

# JOSÉ MARTÍ

## En los Estados Unidos

Periodismo de 1881 a 1892

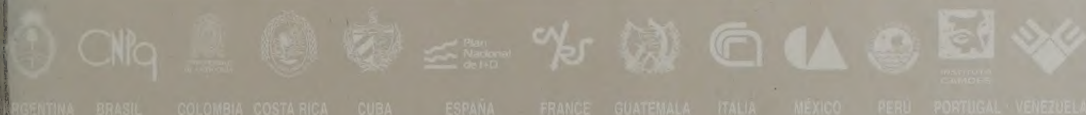
Edición crítica

**Roberto Fernández Retamar**

**Pedro Pablo Rodríguez**

Coordinadores

ALLCA XX





1919

10 0463742 4



09

WITHDRAWN











43

CENTRE NATIONAL DE  
LA RECHERCHE SCIENTIFIQUE  
DE FRANCE

REGION POITOU-CHARENTES  
FRANCE

ACADEMIE INTERNATIONALE  
DE LA FRANCOPHONIE

MINISTERIO DE CULTURA Y  
DEPORTES DE GUATEMALA

CONSEJO NACIONAL DELLE  
RICERCHE ITALIANE

CONSEJO NACIONAL PARA LA CUL-  
TURA Y LAS ARTES DE MEXICO

PORTUGAL UNIVERSIDADE  
CULTURA DEL PERU

INSTITUTO CANOES DE PORTUGAL

EDICIONES UNISCO

CONSEJO NACIONAL DE LA  
CULTURA DE VENEZUELA

ASSOCIATION ARCHIVES DE  
LA LITTÉRATURE LATINO-  
AMÉRICAINE DES CARAIBES  
ET AFFRICAINE DU XX SIÈCLE

MINISTÈRE DE RELATIONS  
EXTÉRIEURES ET COOPÉRATION  
DE LA RÉPUBLIQUE  
FÉDÉRALE DU BRÉSIL

CONSEJO NACIONAL DE DESAR-  
ROLLO CIENTIFICO  
E TECNOLÓGICO DO BRASIL

VITAE ACIO A CUBANA  
EDUCACIÓN E PROMOCIÓN SOCIAL

UNIVERSIDAD DE COLOMBIA

REPUBLICA DE CUBA

PLAN NACIONAL DEL T + D  
DE ESPAÑA

UNIVERSIDAD DE ASTORIA  
DE COLOMBIA



COMITÉ CIENTÍFICO INTERNACIONAL

Montemayor Pablo Montoya Fernando  
Moreno Abelardo Opando Julio Orsaga  
Mata Roberto Ortiz José Emilio Pacheco  
Edmundo Pirella Tité Porto Anaconda Lopez  
Bernard Roman Fernando Rodriguez  
Lafont Camille Paul Bartolomeo  
Edmundo Sanchez Jorge Schwartz  
José Augusto Scharf Anna Segal  
Bernard José Ricardo Silva Samadpour  
Gustavo Tasso Paul Vandenroye  
Luis Leopoldo Zec

Fernando Alvar Manuel Alvar José Balas  
Rubén Barrios Segura Ana María  
Bartolomeo Roberto Barrios Villanueva  
Gustavo Bellini Efigenia Bolanos Anonino  
José de Oliveira Florence Calle Anonino  
Gustavo de Mello e Souza Fernando del  
Pazo Francisco Delprat Claude Fell  
Roberto Fernández Hermano Mangro  
Gustavo Gustavo Luis Hay  
Gustavo Lanchant Dora Lanchant  
Gustavo Lanchant Dora Lanchant  
Gustavo Lanchant Dora Lanchant  
Gustavo Lanchant Dora Lanchant

COLECCIÓN ARCHIVOS



DIRECCION



# ORGANISMOS SIGNATARIOS DEL ACUERDO MULTILATERAL DE INVESTIGACIONES Y COEDICIÓN ARCHIVOS (BUENOS AIRES, 1984 - ROMA, 1988 - PARÍS, 1993)

1004637424



ASSOCIATION ARCHIVES DE LA LITTÉRATURE LATINO-AMÉRICAIN, DES CARAÏBES ET AFRICAINE DU XX SIÈCLE - AMIS DE M. A. ASTURIAS (O.N.G. DE L'UNESCO)



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES Y CULTO DE ARGENTINA. SECRETARÍA DE CULTURA. PRESIDENCIA DE LA NACIÓN ARGENTINA



CONSELHO NACIONAL DE DESENVOLVIMENTO CIENTÍFICO E TECNOLÓGICO DO BRASIL



VITAE. APOIO À CULTURA, EDUCAÇÃO E PROMOÇÃO SOCIAL



UNIVERSIDAD DE COSTA RICA



REPÚBLICA DE CUBA



PLAN NACIONAL DE I + D DE ESPAÑA



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA DE COLOMBIA



CENTRE NATIONAL DE LA RECHERCHE SCIENTIFIQUE DE FRANCE.



RÉGION POITOU-CHARENTES, FRANCE



AGENCE INTER-UNIVERSITAIRE DE LA FRANCOPHONIE



MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTES DE GUATEMALA



CONSIGLIO NAZIONALE DELLE RICERCHE D'ITALIA



CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES DE MÉXICO



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



INSTITUTO CAMÕES DE PORTUGAL



EDICIONES UNESCO



CONSEJO NACIONAL DE LA CULTURA DE VENEZUELA

## COMITÉ CIENTÍFICO INTERNACIONAL

Fernando Aínsa, Manuel Alvar, José Balza, Rubén Bareiro Saguier, Ana María Barrenechea, Rebeca Barriga Villanueva, Giuseppe Bellini, Ligia Bolaños, Antonio Braz de Oliveira, Florence Callu, Antonio Candido de Mello e Souza, Fernando del Paso, François Delprat, Claude Fell, Roberto Fernández Retamar, Margo Glantz, Gustavo Guerrero, Louis Hay, Giulia Lanciani, Dante Liano, Élide Lois, Gerald Martin, Blas Matamoros, Wander Melo Miranda, Carlos Monsiváis, Carlos

Montemayor, Pablo Montoya, Fernando Moreno, Abelardo Oquendo, Julio Ortega, María Salvadora Ortiz, José Emilio Pacheco, Eduardo Portella, Telê Porto Ancona Lopez, Bernard Pottier, Fernando Rodríguez Lafuente, Carmen Ruiz Barrionuevo, Silviano Santiago, Jorge Schwartz, José Augusto Seabra, Amos Segala, Bernard Sesé, Ricardo Silva Santisteban, Giuseppe Tavani, Paul Verdevoye, Gregorio Weinberg, Leopoldo Zea, Sergio Zoppi

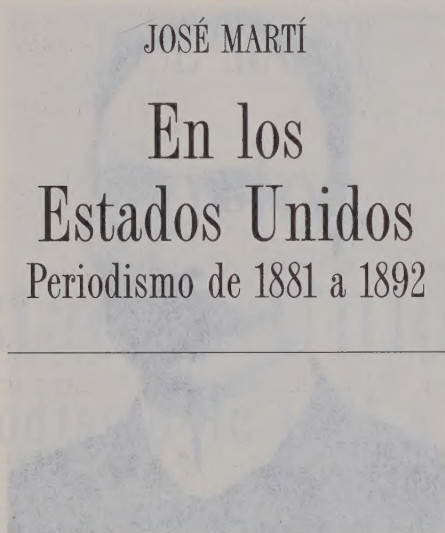
DIRECTOR Amos Segala

---

JOSÉ MARTÍ

En los  
Estados Unidos  
Periodismo de 1881 a 1892

---



Roberto Fernández Retamar y Pedro Pablo Rodríguez

*José Martí*



WITHDRAWN

COLECCIÓN XXV años





---

JOSÉ MARTÍ

En los  
Estados Unidos  
Periodismo de 1881 a 1892

Edición crítica

**Roberto Fernández Retamar y Pedro Pablo Rodríguez**  
Coordinadores

---



**WITHDRAWN**

**C**OLECCIÓN ARCHIVO**S**

© De esta edición, 2003:

SIGNATARIOS DEL ACUERDO ARCHIVOS.

ALLCA XX, UNIVERSITÉ PARIS X - Bat. F 411-412

200, Av. de la République - 92001 Nanterre Cedex (Francia)

Tel.: 01 40 97 76 61 - Fax: 01 40 97 76 15

Primera edición, 2003

CUIDADO DE LA EDICIÓN

Aurore Baltasar

Fernando Colla

Joaquín Tolsá

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA

Raúl Martínez

FOTOCOMPOSICIÓN

Anormi, S. L. - Madrid

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN

Unigraf, S. L.

Madrid

PAPEL

Biblioprint ahuesado 45 g, fabricado por

Miquel y Costas & Miquel, Barcelona

Impreso en España

CEP de la Biblioteca Nacional (España)

Martí, José (1853-1895)

*En los Estados Unidos. Periodismo de 1881 a 1892* / José Martí:

edición crítica, Roberto Fernández Retamar y Pedro Pablo

Rodríguez, coordinadores, 1.ª edición Madrid; Barcelona;

La Habana; Lisboa; París; México; Buenos Aires; São Paulo;

Lima; Guatemala; San José: ALLCA XX, 2003.

(Colección Archivos: 1.ª ed.; 43)

I.S.B.N.: 84-89666-46-6

D.L.: M-23.395-2003

I. Roberto Fernández Retamar, Pedro Pablo Rodríguez,  
coordinadores

II. ALLCA XX.

III. Título. Serie: Colección Archivos (1.ª ed.); 43.

---

HAN COLABORADO EN ESTE VOLUMEN

<b>Pedro Araya</b>	(Chile) <i>Escritor</i>
<b>José Juan Arrom</b>	(Cuba-Estados Unidos) <i>Profesor emérito de la Universidad de Yale</i>
<b>Ana Cairo</b>	(Cuba) <i>Investigadora literaria y profesora universitaria de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana</i>
<b>Roberto Fernández Retamar</b>	(Cuba) <i>Director de la Casa de las Américas y profesor de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana</i>
<b>Anne Fountain</b>	(Estados Unidos) <i>Profesora de la Universidad del Estado en San José, California</i>
<b>Araceli García Carranza</b>	(Cuba) <i>Bibliógrafa. Jefa del Departamento de Bibliografía de la Biblioteca Nacional José Martí</i>
<b>Ibrahim Hidalgo Paz</b>	(Cuba) <i>Historiador. Investigador en el Centro de Estudios Martianos</i>
<b>Adelaida de Juan</b>	(Cuba) <i>Crítico de arte y profesora de la Facultad de Artes y letras de la Universidad de La Habana</i>
<b>David Lagmanovich</b>	(Argentina) <i>Profesor de la Universidad de Tucumán</i>
<b>Gail Martin</b>	(Gran Bretaña) <i>Historiadora y profesora de la Universidad de Pittsburgh</i>
<b>Gerald Martin</b>	(Gran Bretaña) <i>Profesor de la Universidad de Pittsburgh</i>
<b>Pedro Pablo Rodríguez</b>	(Cuba) <i>Historiador y periodista. Investigador del Centro de Estudios Martianos</i>
† <b>Susana Rotker</b>	(Venezuela) <i>Profesora universitaria e investigadora literaria</i>
<b>Ivan A. Schulman</b>	(Estados Unidos) <i>Investigador literario. Profesor emérito de la Universidad de Illinois y profesor de la Florida Atlanta University</i>

# Sumario



I.

## *Introducción*

*XIII*

José Juan Arrom, Roberto Fernández Retamar,  
Pedro Pablo Rodríguez



II.

## *El Texto*

*p. 1*

*En los Estados Unidos. Periodismo de 1881 a 1892.* José Martí  
(Establecimiento del texto, *Pedro Pablo Rodríguez*.  
Notas explicativas, *Pedro Araya*)



III.

## *Cronología*

*p. 1765*

Ibrahím Hidalgo Paz



IV.

## *Historia del texto*

*p. 1781*

Pedro Araya, Gail Martin, Gerald Martin, David Lagmanovich,  
Susana Rotker, Ivan A. Schulman





V.

## *Lecturas del texto*

*p. 1907*

Anne Fountain, Ana Cairo, Pedro Pablo Rodríguez,  
Adelaida de Juan



VI.

## *Dossier de la obra*

*p. 1993*

Domingo Faustino Sarmiento, Rubén Darío, Frida Weber,  
Andrés Iduarte, Manuel Pedro González, Paul Estrade,  
Fina García Marruz, Carlos Ripoll, Robert G. Mead,  
Julio Le Riverend, Roberto Fernández Retamar,  
Julio Ramos, Herbert Pérez Concepción, Ramón de Armas,  
Arcadio Díaz Quiñones



VII.

## *Bibliografía*

*p. 2149*

Araceli García Carranza



## *El programa Archivos*

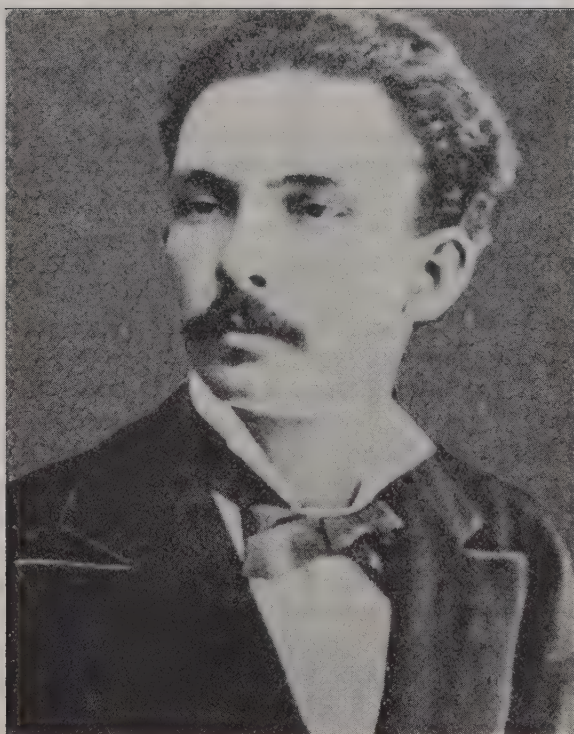
*p. 2195*



# I

---

## INTRODUCCIÓN





---

*José Juan Arrom*

---

**E**n los umbrales del siglo XXI, cuando los avances de los medios de comunicación han reducido el mundo a un villorrio todavía en discordia, es más urgente que nunca que sus habitantes nos conozcamos mejor y accedamos a una convivencia respetuosa y justa. Para este objetivo no sé de obra alguna que arroje más luz sobre uno de los principales sectores de ese mundo que estos escritos de José Martí. Sus observaciones sobre la sociedad estadounidense a finales del siglo pasado son tan sagaces y perdurables que resultan igualmente válidas al cierre del presente siglo.

Acaso no esté de más recordar que Martí vivió en los Estados Unidos, salvo breves ausencias, desde enero de 1880 hasta enero de 1895, es decir, los quince años de su máxima madurez. Esos años fueron de una actividad asombrosa: enseñó, tradujo, dirigió periódicos, redactó proclamas, pronunció discursos y conferencias, envió cartas, desempeñó cargos diplomáticos y, atento siempre a cuanto ocurría en su entorno, escribió las crónicas que ahora tiene el lector en sus manos. Y entre tantos quehaceres agotadores realizó la doble revolución, la estética y la política, que cambió el curso de las letras y de la historia de los pueblos que hablamos español.

Cabe asimismo recordar que precisamente en esos años los Estados Unidos definían su configuración nacional. Con la anexión de Texas, Nuevo México, Arizona y California (1848) habían completado su dominio sobre la costa septentrional del Golfo de México y extendido sus confines hasta el borde del Océano Pacífico. Superado el violento hiato de la Guerra Civil (1861-1864), que estuvo a punto de escindirlos en dos naciones con antagónicos modelos de organización económica y social, continuaban la conquista del Oeste, terminan el

*Ferrocarril Transcontinental que unió el país de mar a mar, y recobran su pujanza durante el llamado Período de Reconstrucción (1865-1877). Tres años después desembarca en Nueva York Martí, quien en 1875 ya había estado unos días, en tránsito hacia México, en la ciudad.*

Desde esa atalaya observa la sociedad estadounidense y escribe las crónicas que Pedro Henríquez Ureña ha definido como «periodismo elevado a un nivel artístico que nunca ha sido igualado en español, ni probablemente en ninguna otra lengua». No es mi propósito puntualizar en estas páginas los valores literarios señalados en esta cita. En otra parte he indicado que nuestro modernismo hispánico comenzó a definirse en la prosa antes que en la poesía. Las características fundamentales del movimiento aparecen en estas crónicas en colores, sonidos, ritmos e imágenes que les confieren innovadores matices pictóricos, plásticos y musicales. El verbo martiano, vivo y vibrante, se yergue, se ilumina, se expande y cobra la elocuencia del discurso oral. Su voz y su mensaje son para ser escuchados e internalizados como si fuesen un canto épico.

En estos reportajes Martí también se adelanta a quienes suelen concebir la cultura circunscrita a sólo las letras y las artes. Su visión se abre a la vida entera de un pueblo, a lo que hace y lo que piensa, a lo que tiene y lo que quiere. Martí se ocupa por supuesto de los más destacados escritores de esos años. Pinta retratos luminosos de poetas a quienes admira y exalta, de Longfellow, cuyos versos son «como urnas sonoras», y de Whitman, que es «de los que ven las raíces de las cosas», y de Emerson, sensato y sereno en su retiro del histórico Concord. Otras veces escribe sobre militares como el general Grant, exploradores como el legendario Buffalo Bill, o forajidos como el notorio Jesse James. En otras describe huelgas y represalias, los sinsabores que padecen los inmigrantes, la inocultable presencia del indio que resiste y la del negro que reclama justicia. Y completa el mural comentando problemas religiosos, luchas políticas, conferencias económicas que afectaban el futuro de nuestra América, exposiciones de pintura, festejos nacionales y hasta un terrible terremoto en Charleston.

Todavía hace más. Martín Fierro, épico paradigma de los tiempos modernos, aconsejaba a sus hijos: «No tiemplan el estrumento/por solo el gusto de hablar;/y acostumbrense a cantar/en cosas de jundamento». Martí afina su voz a la del gaucho y cifra sus reflexiones en apotegmas de registro tan amplio que el lector puede formar su propia antología. Selecciono, a manera de ejemplo aplicable a la presente colección, esta que admirablemente señala una de sus características esenciales: «Cada estado social trae su expresión a la literatura de tal modo que por las diversas fases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos con más verdad que por sus cricones y sus décadas».

En fin, que su obra es histórica, y es brújula y norma y meta. Hay ideas que no caducan y seres que no perecen. Así ocurre con Martí y su obra.



## Para conocer los Estados Unidos de Martí

---

*Roberto Fernández Retamar*

**E**n el hermoso obituario que a raíz de la muerte de Martí le dedicara Rubén Darío en *La Nación*, de Buenos Aires, y recogió luego en su libro *Los raros*, el gran poeta nicaragüense (que lo consideraba «Maestro» y a quien aquél llamó «hijo») afirmó: «Con una magia incomparable hacía ver unos Estados Unidos vivos y palpitantes, con su sol y sus almas. [...] los Estados Unidos de Martí son estupendo y encantador diorama que casi se diría aumenta el color de la visión real.»<sup>1</sup> Darío se refería a las crónicas que Martí escribió para *La Nación* (como lo hizo igualmente para otros diarios y revistas sobre todo hispanoamericanos, pero también estadounidenses). Y su referencia era lógica, pues si Martí fue esencialmente una criatura moral, un revolucionario político y un poeta, entre las profesiones que ejerció para ganar el sustento, aunque estuvieran otras como las de maestro y diplomático, descolló la de periodista: y a ella llevó rasgos fundamentales de sus demás facetas. Según recordó Arrom en su «Liminar», Pedro Henríquez Ureña pudo decir de la obra martiana que es «periodismo elevado a un nivel artístico que nunca ha sido igualado en español, ni probablemente en ninguna otra lengua». Y dentro de su cuantioso periodismo, el país al que incomparablemente dedicó más espacio fue los Estados Unidos, donde vivió desterrado la mayor parte de sus últimos quince años. Andrés Boudier, después de reconocer que «Sarmiento es el hispanoamericano que más ha admirado a los Estados Unidos y el que más actuó en su patria con la lección aprendida en ellos», señaló:

---

<sup>1</sup> Cf. Rubén Darío: «José Martí», «Dossier», de esta obra. En adelante, cuando mencione trabajos, si no ofrezco otros datos es porque ellos aparecerán en las secciones «Historia del texto», «Lecturas del texto» o «Dossier», de este tomo.

El caso de Martí es muy diferente: sus críticas a Norteamérica son mucho mayores y más numerosas; pero, al mismo tiempo, su vida y su obra están más cuajadas de Estados Unidos que la de cualquier otro hispanoamericano. Con toda su veneración y su seguimiento de los rumbos del país del Norte, de su empeño en conocerlos y en aprovecharlos para bien de la Argentina, Sarmiento está fuera de ellos y desde fuera los ve. Más exactamente, los mira desde lejos, aun cuando viva en ellos: desde más lejos de lo que él supone. En tanto que, a pesar de todos los reproches que Martí les hace, sobre todo en la última época de su vida, nadie en Hispanoamérica está tan dentro de ellos y ningún otro hispanoamericano ha hecho tanto como él a favor del conocimiento y el prestigio de la vida intelectual norteamericana en el mundo de habla española. Maneja todo lo norteamericano, sus bienes y sus males, como cosa propia.<sup>2</sup>

La presente obra reúne las páginas que Martí escribió sobre (y en) los Estados Unidos. Antes de radicarse en el país, ya se había referido a él en textos que redactara en España y México. Pero tales materiales carecían de las vivencias directas que alimentan a los que conforman este libro. Y si bien no es la primera vez que, en las varias ediciones de sus llamadas *Obras completas*, esa recopilación se ha acometido, en esta ocasión es mucho mayor el número de dichos materiales.

Entre 1881 y 1892 (fecha esta última en que se dio de lleno a preparar la Guerra de Independencia de Cuba), Martí mostró cómo eran de veras, asumidos y analizados desde dentro, los Estados Unidos. Lo hizo, viéndolos con ojos de lo que llamó «Nuestra América» (como lo aborda en su trabajo David Lagmanovich y lo reiteran otros autores), cuyos lectores eran los destinatarios inmediatos de sus crónicas. Susana Rotker ha estudiado la naturaleza de tales crónicas, difundidas en su época por una veintena de importantes periódicos. En ellas, Martí hizo encarnar la norma a que se refirió en su crónica de 23 de junio de 1887 «México en los Estados Unidos. Sucesos referentes a México»: «Para conocer a un pueblo se le ha de estudiar en todos sus aspectos y expresiones: en sus elementos, en sus tendencias, en sus apóstoles, en sus poetas y en sus bandidos!» El genio múltiple de Martí, su sed de saber, su identificación «con los pobres de la tierra» encontraron una atalaya privilegiada en el Nueva York de finales de aquella centuria. Si Walter Benjamin dijo que París había sido la capital del siglo XIX,<sup>3</sup> Martí vivió en Nueva York cuando se aprestaba a ser la capital del siglo XX. Ello contribuyó sin duda a darle a la obra y al pensamiento

---

<sup>2</sup> Andrés Iduarte, *Sarmiento, Martí y Rodó*, La Habana, Academia de la Historia de Cuba, 1955, p. 20.

<sup>3</sup> Walter Benjamin, *París, capital del siglo XIX*, traducción y notas de Miguel González y José Emilio Pacheco, México, Imprenta Madero, 1971.

martianos su dramática modernidad, como ha observado Ivan A. Schulman, si bien Martí proyectó una modernidad otra que la que contempló en aquel país. Y como él no tuvo de la cultura una concepción enteca sino profundamente vital, fue el veedor formidable de la cultura de unos Estados Unidos que entonces se desperezaban en los más variados aspectos. A menudo se trató de vívidos retratos que llevaron a Manuel Pedro González a llamarlo «A Plutarchian Portrayer». Se referían a escritores, pensadores y oradores, luchadores sociales y políticos, militares, filántropos, inventores, bandidos, seres curiosos. Pero el grueso de sus trabajos sobre los Estados Unidos no lo forman textos sobre individualidades, sino sobre hechos: construcciones, fiestas, acontecimientos naturales, huelgas, conflictos raciales y religiosos, partidos políticos y campañas electorales, las amenazas de monopolios y banqueros, la vida mísera de los trabajadores, reuniones y desfiles obreros, programas pedagógicos y centros de estudios, congresos científicos, exposiciones de obras de arte, reses y flores, obras de teatro, libros, revistas y lecturas, inventos, modas, deportes, circos, bodas, restaurantes, dos mudos que se despiden, la belleza de una locomotora, un romance de oropéndolas. Gail y Gerald Martin han diseñado el ámbito de los Estados Unidos en que vivió Martí, y en los cuales nada era demasiado vasto ni demasiado pequeño para él, cuya insaciable curiosidad se sustentaba de los clásicos, las últimas novedades políticas, literarias, artísticas, científicas, el sentido democrático y factual de la gran prensa norteamericana de su tiempo (sólo después de su muerte aparecería la «prensa amarilla»), aunque no siempre coincidiera con ideas allí defendidas. Dentro de este «diorama» que son «los Estados Unidos de Martí», para valernos de palabras citadas de Rubén Darío, Ana Cairo se detiene en la política; Pedro Pablo Rodríguez, en lo que el propio Martí llamó «la batalla social»; Anne Fountain, en los escritores; Adelaida de Juan, en el arte y el entorno de Nueva York. En la sección «Dossier» aparecen ejemplos de las recepciones que han merecido, durante más de un siglo, textos martianos sobre aquel país.

Para sus conciudadanos de la patria grande bolivariana, Martí desplegó el espectáculo de la emergente potencia vecina, en sus virtudes y en sus ejemplos, en sus defectos y en sus riesgos. Tuvo ojos justicieros para todos. Y cuando comprendió que los segundos aumentaban, y por añadidura amenazaban a su América, y en especial a su patria chica, Cuba, no ocultó su preocupación ni dejó de combatirlos. Aunque algunos prefieren señalar «aquel invierno de angustia» (al que se refirió en el prólogo de sus *Versos sencillos*) cuando entre 1889 y 1890 se celebró en Washington la primera conferencia panamericana, se ha repetido que su radicalización se había hecho ya visible a partir de los sucesos de Chicago, en 1886, y su trágico desenlace al año siguiente. Es significativo que tales sucesos y tal desenlace influyeran también en radicales norteamericanos como Mark Twain y William Dean Howells. En todo caso, al final de su

vida Martí estaba inocultablemente alarmado a propósito del curso tomado por los Estados Unidos. Lo que también les ocurría a figuras como las citadas y muchas otras de ese país cuyo destino no podía serles ajeno. Como tampoco para Martí, quien, sin dejar de ser inequívocamente ciudadano de nuestra América, en cierta forma se había vuelto uno de aquéllos. De ahí que su obra, aunque paulatinamente, esté siendo reconocida, también, como integrante del patrimonio cultural de lo mejor de los Estados Unidos. Si Harold Bloom lo ignoró del todo en *The Western Canon...* (Nueva York, Harcourt Brace and Co., 1994), muy otra es la actitud de quienes toman en serio las exigencias del multiculturalismo en ese país. Así se ve en obras como la de José David Saldívar *The Dialectics of Our America* (Durham, Duke Univ., 1991), la *Encyclopedia of the American Left* (ed. por M. J. Buhle, P. Buhle y D. Georgakas, Urbana, Univ. of Illinois, 1992) o *The Heath Anthology of American Literature* (Paul Lauter ed., vol. 2, 2ª ed., 1994). Al presentar en esta última el ensayo seminal de José Martí «Nuestra América», publicado originalmente en Nueva York en 1891, Enrique Sacerio-Garí escribió con obvia alusión al libro de Allan Bloom *The Closing of the American Mind...* (Nueva York, Simon and Schuster, 1987): «Este ensayo todavía puede abrir mentes [norte]americanas».



---

*Pedro Pablo Rodríguez*

**E**n su carta a Gonzalo de Quesada y Aróstegui del 1° de abril de 1895, justo antes de partir hacia la Guerra de Independencia de Cuba, José Martí confiaba, a quien desde algunos años atrás fungía como secretario suyo, la manera en que habría de organizarse la publicación en libros de sus escritos. Conocida por ello como su testamento literario, la misiva establecía que entre los seis tomos en que a juicio de Martí habría de reunirse su prosa, dos se dedicarían a norteamericanos y un tercero a «Escenas norteamericanas».<sup>1</sup>

Tanto el destinatario como su hijo, Gonzalo de Quesada y Miranda, se mantuvieron fieles al deseo martiano en las diversas ediciones de sus *Obras completas* que prepararon. Así, en la más reciente de dichas colecciones, bajo el cuidado editorial del segundo (La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1965), reimpresa en varias ocasiones, los tomos 9 al 12 se titulan «Escenas norteamericanas» y el 13, «Norteamericanos, letras, pintura y artículos varios».

El hecho de que el propio Martí haya deseado reunir sus textos de temática estadounidense en volúmenes separados evidencia, sin dudas, que los consideraba como un cuerpo específico dentro del conjunto de su obra periodística, lo cual queda reafirmado cuando en más de una ocasión se refirió a sus propósitos e intenciones al escribirlos.<sup>2</sup> Sin embargo, el cumplimiento de la voluntad auto-

---

<sup>1</sup> En verdad, como ha demostrado la edición crítica de este documento, publicado bajo mi dirección en la compilación titulada *Testamentos de José Martí* (La Habana, Editorial de Ciencias Sociales y Centro de Estudios Martianos, 1996), el manuscrito está roto al indicar el tomo I, y parece que Martí escribió «Caracteres» antes de «norteamericanos».

<sup>2</sup> Véase en el anexo de esta colección sus cartas a Domingo Faustino Sarmiento y a su amigo mexicano Manuel Mercado.



ral ha traído como resultado la fragmentación de algunos textos, ya que con cierta frecuencia Martí incluía semblanzas de personalidades norteamericanas, a veces relativamente extensas, dentro de los temas variados que abarcaban las cartas que enviaba a los periódicos donde colaboraba.

La presente edición se propone reunir por vez primera, en estricto orden cronológico de publicación, todos los textos periodísticos de Martí que desde y sobre los Estados Unidos él emitiera para publicaciones periódicas dirigidas a lectores hispanoamericanos. Se persigue así permitir el conocimiento de sus ideas y evaluaciones acerca de los Estados Unidos, con los que pretendió crear una imagen y una perspectiva de aquella nación entre sus lectores, obra considerada por él mismo de importancia capital dado el papel crecientemente relevante que tomaban los Estados Unidos como potencia emergente en este Hemisferio.

Se respeta, por tanto, la voluntad martiana de juntar sus textos acerca de los Estados Unidos, en este caso reuniendo tanto los que tratan a personalidades como las «Escenas norteamericanas», y restituyendo los textos sin fragmentarlos, tal y como fueron publicados. Bajo tal criterio, se han excluido, pues, aquellos textos escritos por él desde Nueva York dedicados a otras temáticas, aunque sí se incluyen aquellos —como, por ejemplo, los dedicados a la Conferencia Internacional Americana de Washington—, donde Martí aborda problemas de las relaciones internacionales de aquella nación, tanto en sentido general como en su relación particular con algún otro país.

Para esta edición se han cotejado las transcripciones brindadas por las *Obras completas* de la Editorial Nacional de Cuba con los periódicos originales. En el caso de *El Partido Liberal* (México) se ha seguido la edición preparada por Ernesto Mejía Sánchez;<sup>3</sup> de *La Opinión Nacional* (Caracas) y *La Nación* (Buenos Aires) se ha dispuesto de microfilmes, además de fotocopias en el caso del diario bonaerense; *La América* y *La Ofrenda de Oro* (ambas de Nueva York) se han podido revisar por los originales de las únicas e incompletas colecciones respectivas que se han localizado hasta el momento en todo el continente americano, y que se hallan en la biblioteca del Instituto de Literatura y Lingüística de La Habana; de *La Pluma* (Bogotá) sólo hemos tenido acceso a la fotocopia de un ejemplar. Para los demás periódicos, ya que no han podido ser consultadas sus ediciones, se siguen las transcripciones de las referidas *Obras completas* o las ofrecidas por los investigadores que han hecho hallazgos posteriores a su primera impresión. Varios textos publicados en *La Nación* (Buenos Aires), se ofrecen por primera ocasión en las obras martianas.

---

<sup>3</sup> José Martí, *Otras crónicas de Nueva York*, investigación, introducción e índice de cartas por Ernesto Mejía Sánchez, La Habana, Centro de Estudios Marianos y Ed. de Ciencias Sociales, 1983.

Se ha modernizado la ortografía y se han corregido los nombres mal escritos, además de modernizarse la grafía de los nombres en lenguas extranjeras que no emplean nuestro alfabeto. Sin embargo, se respeta el manejo de las mayúsculas y de los signos de puntuación, pues hemos constatado en sus manuscritos el particular uso que Martí hacía de ambos; sólo en los casos en que resulta una evidente incongruencia o un error se ha añadido o suprimido algún signo, lo cual siempre se hace constar en nota al pie. Igualmente, en muy contados casos se colocan entre corchetes las palabras que a todas luces no fueron impresas por error y que parecen necesarias para hacer comprensible una idea. Así, ante toda duda se ha respetado lo más estrictamente posible los textos publicados en los periódicos, ya que no se dispone de los manuscritos originales de puño y letra de Martí, y es obvio y conocido que la escritura del cubano sufrió alteraciones de mano de sus editores, por criterios de corrección o perfil editorial.

Ante la imposibilidad material de ofrecer el amplio aparato que usamos para la edición crítica de las *Obras completas* de Martí —actualmente en ejecución por el Centro de Estudios Martianos—, se ha optado por presentar un cuerpo mínimo de notas al pie, que señalan todos los cambios y referencias respecto del propio texto publicado.

Llaman la atención las pocas erratas que aparecen en la mayoría de aquellas publicaciones, a pesar de las dificultades que seguramente imponía la transcripción de la caligrafía martiana, imposible de verificar con su autor dada la distancia que lo separaba de las redacciones, cuando no se trataba de periódicos impresos en Nueva York.

Se brindan los textos de aquellos periódicos en que hay constancia efectiva de que el mismo Martí enviaba sus escritos, no los de aquellos que según todos los indicios copiaban de estos, pues el interés es ofrecer el texto más cercanamente posible al pergeñado por él. En las notas al pie se incluyen los cambios observados de una a otra publicación, tomando como base la última versión publicada. Por supuesto que se ha privilegiado la versión de *La América*, dado que, por editarse esta revista en Nueva York, era más factible que Martí siguiera el texto hasta la imprenta, lo que efectuó sistemáticamente, sin duda alguna, desde enero de 1884 al menos, cuando asumió su dirección. Tal responsabilidad, además, permite asegurar una mayor coincidencia entre lo publicado en ella y el original manuscrito, pues no mediaba el criterio de otra persona encargada de aplicar la política o el perfil editorial.

Cuando los textos de *El Partido Liberal* y *La Nación* bonaerense sobre un mismo asunto divergen apreciablemente, se ha preferido reproducir los de cada cual, pues se han considerado como textos diferentes, aunque tengan muchos elementos comunes.

El trabajo de muchas personas en Cuba ha asegurado el completamiento de la ardua labor emprendida tesoneramente por el equipo bajo mi dirección.

Agradezco a todos por ello, pero no puedo dejar de nombrar a Norma Fernández, quien con amorosa dedicación se movió por más de un año de Rosario a Buenos Aires para comprobar qué había publicado *La Nación*, y pudo detectar una buena cantidad de textos no incluidos en *Obras completas* u ofrecidos allí solamente por la versión publicada antes en *La América*. Tampoco puedo pasar por alto la mención a Élide Lois, profesora de la Universidad de Buenos Aires, quien, con presteza y eficacia, logró que se nos abrieran los archivos del diario porteño, y nos ha enviado fotocopias de aquellos textos que no teníamos en microfilme en La Habana. Y, finalmente, a Liliana Maghenzani, Jefa del Archivo de Redacción de *La Nación*, por brindar su consentimiento y apoyo para todas esas búsquedas y fotocopias.

Esta colaboración internacional ha permitido completar el cuerpo textual de esta edición y acelerar sus preparativos. Creo, con sinceridad, que se ha trabajado «martianamente», con amor y dedicación.

---

# II

## EL TEXTO







---

*En los Estados Unidos.*  
*Periodismo de 1881 a 1892*





---

1881





# Carta de Nueva York<sup>a</sup>

## DE NUESTRO CORRESPONSAL

Mejoría de Garfield.-Ansiedad pública.-  
Periódicos y médicos.-El Presidente y el  
Vicepresidente.-Los dos rivales.-Nuevo atentado  
de Guiteau.-Complicidades misteriosas.-  
El general Hancock.-La candidatura de Tilden.-  
Hartmann, su extradición, su carácter.

Nueva York,  
20 de agosto de 1881

Señor Director de  
*La Opinión Nacional*

**T**AL ES el acontecimiento que absorbe aquí toda la atención, y tales pudieran ser las consecuencias que de él se derivasen, que ni la presencia del famoso nihilista Leo Hartmann<sup>1</sup> en Nueva York, ni la energía con que el partido democrático se prepara para las próximas elecciones, ni el movimiento anticipado del comercio de otoño que ha comenzado ya desde el verano, ni las peculiaridades curiosas de este pueblo en la terrible estación

que atravesamos, son bastante a distraer los ánimos de aquel capital asunto, que les interesa, preocupa y alarma a todos: la vida, del Presidente; de ese hombre fuerte y cristiano, tan diestro para combatir a los envilecedores del sistema republicano, como valeroso para sufrir la cruenta tortura a que le expone su terrible herida. El tiempo que ha pasado desde que la recibió no ha hecho más que aumentar la simpatía que el noble enfermo inspira, «el enfermo de la nación», como lo llama el *Herald*. Es el saludo de todos, de ricos y de pobres, de potentados y de mendigos, de apasionados y desentendidos: ¿Cómo está el Presidente? Pero son muy am-

biguos los datos que hora tras hora publica el cuerpo médico encargado de su cura, y sería en verdad tan grave toda aserción equivocada acerca del estado del enfermo, que se conciben sin esfuerzo la vaguedad y prudencia que envuelven estos ansiados boletines. Tres días hace, creyóse que moría, la ansiedad pública creció tan súbita y marcadamente, que bien se ve qué estrago haría en este pueblo la muerte de su hidalgo jefe. Pero recobró las fuerzas que parecían abandonarle por completo; desaparecieron los

a. Con esta crónica se inician las Escenas Norteamericanas y la colaboración sistemática de José Martí para *La Opinión Nacional*, de Caracas. La agonía y muerte del presidente estadounidense James A. Garfield fueron temas también de las crónicas publicadas por Martí en este diario el 1º, el 14 y el 19 de octubre del mismo año, y en el mensuario *La Ofrenda de Oro*, de Nueva York, en el propio mes.



síntomas de infección purulenta de que se le creía amagado; cejó la tenaz fiebre que lo viene consumiendo, y hoy salió ya de labios del médico de cabecera; esta frase consoladora: «Oh!, va espléndidamente!» Ciertamente, es de esperar que, puesto que retiene mayor suma de alimento, desciende su fiebre, y desaparecen los síntomas de infección, salga al fin vencedor el resignado enfermo de los graves trances que siguen a su herida. Mas la bala aún no ha sido extraída, y continúa amenazando a todas luces, desde su aposento misterioso, algún órgano importante. Ni se extrañen estos detalles, ni parezcan minuciosos. Sábese aquí a cada minuto la menor alteración del pulso del Presidente, que se repite de boca en boca, en el correr de las calles de acera a acera, en medio de los más arduos negocios, como una palabra de pésame, o de felicitación. Se sabe la menor frase que el herido murmura, el cambio más sencillo de su fisonomía, el lado de que está acostado, la clase de alimento que toma, por quién pregunta,<sup>a</sup> a quién sonríe, quién está cerca de él. Cuatro o cinco columnas dedicadas diariamente el *Herald* a estos detalles, <sup>a</sup> b recontar pláticas de la casa, a censurarlas, a acusar de error a los guardianes, a registrar los más agrios comentarios de los médicos; a informar en ediciones sueltas al país del menor cambio que

ofrezca la salud del Presidente. ¡Cuánto plan! ¡Cuánta envidia de los doctores! ¡Cuánta extravagancia! Médico ha habido que afirma que Garfield<sup>2</sup> ha tenido dos asesinos: el malvado que disparó contra él, y el médico que dirige la cura. Disgusta esta falta de respeto al gran dolor público y a sí propios. En tanto; una sonrisa de bondad ilumina perennemente el rostro demacrado del enfermo; su mano generosa estrecha con gratitud las de los que lo asisten; como que se quiere hacer perdonar el que hayan de ocuparse tanto de él; y cuando tiene fuerzas para hablar, dice palabras de amor o reconocimiento. ¿Quién enfrenaría la cólera de esta Nación, quién ampararía de su ira y de la ceguedad de su dolor al vulgar asesino, si este hombre magnánimo muriese?

El asesino, en tanto, con los pies desnudos, nervioso y azorado, esperando confusamente en una salvación de que ha poco desconfía, rumiando ideas siniestras, que se copian en el fulgor vago y visible de sus ojos, gira como una hiena en torno a las paredes de su calabozo, atrae la atención de sus celadores con movimientos inusitados, y cuando uno de éstos entra al fin en la celda a investigar la causa de aquella especial agitación, salta al cuello del empleado, esgrime contra él un trozo de acero, que se usa aquí dentro de la suela de los zapatos; afilado y cortante;

echa al celador en tierra; procura arrebatárle su pistola; rueda con él por sobre el suelo contra los muros, contra la tarima, en un desesperado duelo a muerte, hasta que otros celadores que acuden al disparo casual de la pistola, caída en tierra en la lucha, salvan a su compañero amenazado de aquel ataque bárbaro y extraño. ¿Qué miedo de no salvarse puso espanto en el espíritu de este hombre? ¿Qué plan súbito de fuga concibió? ¿Imaginó acaso, cometiendo en un hombre ignorado un nuevo crimen, llegar a ser tenido por maniaco de homicidio?—Sólo responde con una frase vacía a las preguntas que se le hacen: —«No he querido lastimar a nadie»— Sus guardianes le temen por la rapidez de su penetración, de que da constantes muestras. Ocupase de su comodidad personal, y de pequeños deseos de comida y de bebida, con tranquilidad y minuciosidad repugnantes.— He ahí una gran ambición injustificada, que ha llevado al crimen.

Mas ¿quién sabe cuántos empujan la mano que al fin cae sobre la víctima? ¿quién sabe qué misteriosos y grandes cómplices tendrá este hombre, de cuya complicidad ni él mismo sospecha? ¿Qué lazo singu-

a. Desde aquí hasta el punto, ilegible el *Mf*.

b. Desde aquí hasta la coma, ilegible el *Mf*.

lar ha venido a unir a un mismo tiempo el resultado de los insanos y desmesurados apetitos del asesino, y el interés de un partido político, que con la vida y actos de Garfield no tenía ya esperanza alguna de existencia? ¿Qué sutil veneno no se habrá tal vez vertido por hábiles manos en el espíritu de este criminal, conocido y servido de todos aquellos en quienes caería irremediabilmente la herencia del poder, si muere Garfield? A tales abismos desciende el interés humano, —y había postrado en tierra la inusitada y brillante energía del nuevo Presidente tantos intereses; había arremetido, con tan noble vehemencia, contra los que, en su provecho y el de su gloria, estaban en camino de deshonorar a su partido y a su patria; había levantado tan alta valla a ambiciones desmedidas, ilimitadas, criminales; había hecho saltar, como acero mal templado, planes e intrigas tan trascendentales y sombríos,—que si el ánimo generoso se aflige de dar cabida a una sospecha injusta, las lecciones históricas, los intereses en lucha, y el carácter y momento del suceso la hacen surgir y la autorizan. En la sombra, y en posición desgarrada, a que lo reduce su reconocida y vehementemente enemistad contra Garfield, espera el vicepresidente Arthur,<sup>3</sup> y con él el soberbio, elocuente y hábil Jefe del partido republicano de Nueva York, Roscoe Conkling,<sup>4</sup> la solución

de este atentado, que ha de darles el poder que ansiaban, o alejarlos de él para siempre. De frente están aún los dos enemigos fieros que encabezan los dos grandes bandos republicanos,—Blaine,<sup>5</sup> el jefe del Gabinete de Garfield, y su auxiliar impaciente y brioso;— y Conkling, el mantenedor infatigable de los proyectos grantistas, vastos e impenetrables, pero de seguro tan culpables como ignorados y tenebrosos. Blaine, en quien brilla luz de genio, quiere nación libre, tesoro puro, derecho asegurado; quiere la grandeza americana por las libertades que han hecho la fortuna de este pueblo, y la gloria de sus fundadores. Conkling, abogado altanero de un Gobierno aristocrático y fuerte, no ofrece más programa definido que la reelección de Grant, ni manifiesta su actividad pasmosa, y sus especiales dotes políticas, sino en la desesperada defensa de su preponderancia en el Estado, y la del partido de su Estado en el partido que gobierna a la Nación: todo esto, proyectos sombríos de Grant,<sup>6</sup> ambiciones y altívecos de Conkling, colosales fortunas adscritas a ellas, vanidades y riquezas poderosas, habían venido a tierra a los primeros embates de la limpia lanza que movían Garfield y Blaine. Y todo esto vuelve a flotar, y Blaine, de este grupo tan odiado, muerde el polvo, si el Presidente muere. Este es el gran combate.

Una cuestión grave, que han hecho tratar a la prensa, porque a ellos les impide el decoro tratarla, preocupa ahora a los conklinistas. Verdad es que por la especial situación de la política; por la enemistad pública del Presidente y el Vicepresidente; por el trastorno radical que causaría en el país, y por las sospechas de ambición irreverente que caerían sobre Arthur,—éste no podría intentar el ejercicio del derecho que la Constitución parece concederle, sin que se asemejase este acto a un atentado. Su sola tentativa cubriría de merecido descrédito al general Arthur, para quien se convierten en silenciosas censuras y desaprobaciones tácitas las simpatías que inspira el Presidente. La cuestión, aunque grave, es simple. La Constitución establece que cuando entre otros casos, el Presidente esté en inhabilidad de ejercer las funciones de su cargo, debe entrar a reemplazarlo el Vicepresidente. No hay ampliación: no hay atenuación: no hay interpretación posible: la frase es neta y seca. Y el Presidente está en verdad en inhabilidad para ejercer las funciones de su cargo. Mas honor, y prudencia, y bien parecer prohíben al general Arthur solicitar la realización de un derecho que la Constitución le concede, ni ocupar, en vida de su enemigo, el puesto que deja vacante un adversario, de cuya desgracia le viene a él tanto

provecho. Pone la honra vallas que ningún código salva. He aquí la ley suprema, legislador de legisladores, y juez de jueces: -la conciencia humana.

En tanto que así se batalla en el campo republicano, desbandado y lleno de iras, los demócratas se agrupan y reorganizan, y se escuchan de nuevo dos nombres a quienes la fama no escatima elogio; -el del general Hancock,<sup>7</sup> el gallardo y amado general Hancock, vencido por traiciones de los suyos, y por intereses de orden vil, en las últimas elecciones, y el del estadista Tilden,<sup>8</sup> el anciano paciente, vencido en las elecciones anteriores por la astucia y deslealtad del partido republicano, que dio la Presidencia a Hayes. De Hancock se habla para celebrar un caballeresco rasgo suyo: en respeto a su vencedor, el general demócrata no ha asistido a ninguna de las diversiones públicas y privadas que el verano ofrece, y en tanto que el Presidente que lo venció se debilita en el que puede ser su último lecho sobre la tierra, él no abandona el recinto austero de su casa de Gobernador. De Tilden se habla para presentar su candidatura a la Presidencia en las elecciones próximas, y volverlo por un nuevo voto, indudable e invencible a la dignidad que le fue arrebatada. El sabio político cree oportuno el momento de la nueva campaña, mantiene que el partido demócrata fue vencido en

las elecciones de 1880 por haber dudado de la eficacia de su nombre, y sustitúidole con el de Hancock, -y se muestra seguro del éxito de la lucha. Reina animación desusada en las filas de los discípulos de Jefferson: parece, en suma, como que cansados de tanta política mezquina, corre un aire puro por las asambleas políticas de este país, señor en apariencia de todos los pueblos de la tierra, y en realidad esclavo de todas las pasiones de orden bajo que perturban y pervierten a los demás pueblos. Y es ésta la nación única que tiene el deber absoluto de ser grande. En buena hora que los pueblos que heredamos tormentas, vivamos en ellas. Este pueblo heredó calma y grandeza: en ellas ha de vivir.

Un hombre pequeño y delgado, de bigote y perilla castaños, de grandes ojos azules, astuto y móvil, precavido y parlero, inquieta hoy a Nueva York. Ese es Leo Hartmann, el nihilista acusado de tentativa de asesinato contra el zar,<sup>a</sup> tentativa inútil, que causó la muerte de numerosos seres infelices. Jovialidad, serenidad, actividad y desembarazo distinguen al nihilista. Su caso apasiona a los americanos, como apasionó a franceses y a ingleses.<sup>b</sup> No bien llegó, surgió la cuestión que en Inglaterra y Francia había surgido: la de su entrega a Rusia, en el caso de que Rusia, amiga de los Estados Unidos, solicitara aquí

como solicitó allá, su extradición. Los abogados le dieron respuesta favorable; mas como el vicesecretario de estado indicó confidencialmente que sería entregado, Hartmann<sup>c</sup> se refugió en el Canadá. La opinión, en tanto, se esclareció en la prensa: Wendell Phillips, el gran orador humanitario, rechazó con indignación, como Víctor Hugo en Francia,<sup>d</sup> la idea de la entrega. La prensa americana ha decidido que sería una ignominia para la nación la entrega de un refugiado que si es un criminal, es un criminal político. Cítanse a esto grandes autoridades de derecho; y Hartmann,<sup>e</sup> tranquilo y alegre vuelve del Canadá, prepara la publicación de su libro sobre Rusia, habla en ruso a los reporteros que le hablan en inglés; se señalan sus respuestas por su habilidad en esquivar las preguntas importunas, mas en vano se buscarían en las minuciosas denuncias de espías rusos, y cartas referentes a su caso que dirige a los periódicos, un concepto grandioso, un pensamiento desusado, una consagración apostólica, una fe sobrehumana, una idea alada. Es una naturaleza de combate,

a. En LON siempre escrito «czar».

b. Ilegibles estas dos palabras en el Mf.

c. En LON falta una n.

d. Se agrega coma

e. En LON falta una n.

inquieta y<sup>a</sup> persistente: es un roedor y un derribador. Su fe política no exculpa su crimen frío e innoble: vale más continuar en indeterminada esclavitud, que deber la libertad a un crimen. Curiosidad inspira: no afecto público. Es un caso, una novedad,<sup>b</sup> un escándalo, una ocupación, una atracción. Pero, cualesquiera que sean las simpatías que la causa del pueblo infortunado de Rusia inspire a los corazones generosos,—hay un vacío, un irreparable vacío entre este hombre y los hombres.

Uniendo mi plegaria cariñosa a la ferviente oración que por la vida de su abnegado enfermo alza al cielo este pueblo, conmovido, suspendo aquí esta carta por no enojar a U. con ella, y saludo a U. afectuosamente.

M. de Z.

(A la salida del *Claudius*.)

## 20

• El Presidente continúa mejor. Retiene más alimento. No progresa la inflamación de la parótida, que se creyó síntoma de *pyaemia*. El Patriarca de Armenia le ha dirigido desde Constantinopla una tierna felicitación. La reina Victoria telegrafía frecuentemente a la esposa de Garfield.

• Se ha firmado un tratado de Rusia y China, en que Rusia retiene la mayor parte del territorio de Kuldja, que había invadido sin derecho.

• La plataforma que cayó en Marsella, durante una corrida de toros, mató 27 personas e hirió 306.

• Hay positivo interés para tomar parte en la Exposición de algodones que se prepara en Atlanta. Cuba no toma parte, por orden del rey Alfonso.—Los conservadores extremos han ganado las elecciones en Cuba.

• El rey Kalakawa de las islas de Sandwich, está en Portugal, reclutando inmigrantes para sus islas.

M. de Z.<sup>9</sup>

*La Opinión nacional*,  
Caracas,  
5 de septiembre de 1881

[Mf. en CEM]

- a. Palabra ilegible en el Mf.  
b. Se agrega coma.



## 2

# Cartas de Nueva York.

## Noticias de los Estados Unidos

Nueva York,  
3 de septiembre de 1881

Señor Director de  
*La Opinión Nacional*

**A**ÚN VIVE el esforzado Presidente de la América del Norte, el cristiano enfermo, el reformador atrevido, el venerado Jefe de la sección honrada del partido republicano. Ni un instante han cesado el interés público, las plegarias religiosas, las alabanzas unánimes a la fortaleza heroica del enfermo, los testimonios de adhesión de Cortes y Repúblicas, y las múltiples y cariñosas formas con que este pueblo expresa su ansiedad. Ni un instante han cesado la publicación de boletines extraordinarios, las muchedumbres agitadas frente a las estaciones de telégrafos, el gentío que se reúne de noche en los hoteles en busca de noticias, y el gemido de alarma y la sonrisa de alegría con que este pueblo, indiferente para otras cosas muy nobles, despierta al fin,

para premiar con un afecto vehemente y candoroso el martirio de uno de sus mejores servidores.

Las fluctuaciones entre la esperanza y el desaliento mantienen viva la curiosidad que hubiera podido de otra manera fatigarse. En medio de las funciones de teatros, se leen en alta voz, todas las noches, telegramas dirigidos a un empresario vestido de correo del zar de Rusia, o teñido de negro y vestido de harapos, como los antiguos esclavos del Sur, por algún coronel amigo o senador bien informado que da cuenta de la situación del Presidente. Excelentes retratos de Garfield, a mínimos precios andan en todas las manos. Noches pasadas en una fiesta de fuegos artificiales, imponente y grandiosa como una fiesta de circo romano, en Coney Island, a una figura representando un elefante vivo, con trompa, piernas y cola en movimiento, lo cual arrancaba exclamación de supremo goce al gentío inmenso, sucedió un hermosísimo cuadro coronado por los ge-

nios de la fama, en que brillaban de un lado, en colosales líneas de luz, el retrato del caudillo moribundo y del otro el de la noble reina de Inglaterra que hora tras hora envía mensajes ferventísimos a la santa señora que sonríe y vela a la cabecera del enfermo.

¡Ah! No es esta mujer, abnegada y amante, como esas abominables figurillas que a modo de maniqués escapados de los aparadores de las tiendas, deslumbran por estas calles ricas a extranjeros incautos y a jóvenes voraces; no es esta mujer como esas criaturas frívolas y huecas, vivas sólo para la desenfrenada satisfacción de los sentidos, que afligen y espantan el espíritu sereno con su vulgar y culpable concepto de los objetos más nobles de la vida: es una compañera excelentísima apegada a su sufriente compañero, como las raíces a la tierra, y que sobre su lecho de muerte, lo enlaza y lo calienta, como esas yedras amorosas y emparrados verdes que oscurecen la entrada de los cementerios de Greenwood.



La sola virtud de la noble señora ha dado origen a uno que pudiera llamarse renacimiento de pensamientos puros, y en realidad, a una gala justa de orgullo nacional: bastan para honra de un pueblo prendas tales. No hay periódico que no celebre, con palabras trémulas y agradecidas, la ingenua e inagotable solicitud, la suave y apasionada delicadeza, la enérgica y fortalecedora resignación de esta ejemplar esposa. No es mucho decir que como Washington y Lafayette y Lincoln, el casto matrimonio de Ohio tendrá, de hoy más,<sup>3</sup> sus retratos colgados en las paredes de todos los hogares, y su memoria conservada en todos los corazones norteamericanos.

Mas no sólo vive aún el Presidente: he aquí el último telegrama que media hora antes de zarpar el vapor *Cunacas* leo en el *Herald*: «A Lowell,<sup>10</sup> Ministro en Londres.

«El Presidente ha tenido un día muy satisfactorio y en el juicio de sus médicos todos sus síntomas eran favorables anoche. Considerando el día en conjunto ha tenido menos fiebre y mejor apetito que en muchos días pasados.

«Elaine. Secretario»

El pulso en el brazo que llegó a alcanzar 140 grados, manteniéndose hoy entre 90 y ciento: coma con moderación y déjale los alimentos que le ofrece su buena compañera, que fue tan enérgica en los

días fatales y lúgubres de la última semana y animó de tal modo al enfermo y riñó tan cariñosamente a los desconolados médicos y sacó de su amor tales esfuerzos de vida, que parece como que desde aquel día rasgó con su mano y guarda en ella los crespones de muerte que enlutaban la alcoba de su esposo. En tan buena condición le juzgan los médicos ahora, que ya se trata de transportarle a Quebec, ciudad celebrada por la pureza de su aire y de sus aguas y la extraña fortaleza que allí ofrecen a las naturalezas desmayadas los sanos y frondosos alrededores. Allá van, a las alturas del viejo hatacona, a recobrar su fuerza perdida los inválidos del Sur, y allá iban en los tiempos agitados de la guerra civil los heridos graves y los enfermos macilentos del ejército federal. Alla se proyecta llevar al Presidente en este instante, y ya los médicos inspeccionan cuidadosamente el vapor *Tallapoosa*, que con la máquina encendida y las velas dispuestas aguarda a su venerando pasajero.

No exagero si digo que con el deseo de enviar a U. las últimas noticias, estoy escribiendo esta correspondencia en la escalera del vapor. ¿Que hará ahora el Gobierno en tanto que el Presidente se recupera? Llamará, sin duda al Vicepresidente Arthur que alejado de Washington porque la Nación que le ha visto hostil a Gar-

field, no podría suponer sinceros sus cuidados, espera en Nueva York a que el Presidente o sus Ministros le señalen el instante en que ha de comenzar a autorizar con su firma las decisiones del poder Ejecutivo. Mas esta sustitución temporal y meramente de fórmula no alterará la briosa política original y salvadora que ocasionó la tentativa de asesinato del Presidente. Los hombres honrados serán mantenidos en sus puestos y los dilapidadores expulsados de ellos. La política volverá a ser el arte de conservar en paz y grandeza a la Patria, mas no el vil arte de elaborar una fortuna a sus expensas.

De la presencia de un nihilista ruso, distinción que es preciso hacer porque en todas partes va habiendo nihilistas, hablé a U. en mi carta anterior; y lo cierto es que en este fatigante y denso verano en que la vida parece como que huye espantada a refugiarse en las orillas de la mar y en los rincones de los bosques, todo parece como aletargado y en suspenso, y fuera del interés que inspira el restablecimiento del Presidente, su fortaleza de ánimo y el vigor mental y moral de su esposa, apenas hay noticia que interese, de no ser las querellas de los partidos interiores, las palabras asperas

a. Se agrega coma.

y condenatorias que en algún periódico se leen sobre Grant, el lujo de fuerza pecuniaria que este país despliega en sus relaciones industriales con México, y esta noticia de que, para ahorrarse sin duda complicaciones y para levantar obstáculos a los proyectos revolucionarios del atrevido estudiante ruso, el gobierno del zar, ha comunicado al caballeresco y afamado Secretario Blaine, que el<sup>a</sup> Leo Hartmann que se conoce en los Estados Unidos no es, «aunque Hartmann está haciendo un viaje por América», el Hartmann verdadero.

Con decir a U. que no creo por mi parte verdadera sino astuta, la afirmación del Gobierno del zar, y que es cosa que debiera pensarse en esta hora de exceso de capitales y boga de países americanos el establecimiento de una red de negocios, más fácil que en cualquier otra de las Repúblicas del Sur, entre los Estados Unidos, exuberantes de riquezas y ganosos de mercados, y Venezuela, mercado fácil y grandioso y necesitado del caudal extranjero, cierra aquí hoy felicitando a U. por la popularidad de que su perió-

dico goza en las redacciones de buenos periódicos neoyorquinos, su amigo tan sincero como afectísimo.<sup>b</sup>

M. de Z.

*La Opinión Nacional,*  
Caracas,  
17 de septiembre de 1881

[Mf. en CEM]

a. Se añada esta palabra.

b. El texto continúa en LON con «Noticias de Francia».

## 3

# Cartas de Nueva York.

## Noticias de los Estados Unidos

Movimiento general: estado de Garfield. Su viaje extraordinario: esperanzas y temores.-Médicos.-Día de plegarias.-Bosques incendiados.-La luz eléctrica.-Mujeres norteamericanas: la muerte de una hermosa.-Muerte de Delmónico.-Un tiro en la cabeza de Guiteau.-Lecturas y lectoristas.-Verano, otoño e invierno.-Teatro en Nueva York.-Muerte del general Burnside.

Nueva York,  
16 de septiembre de 1881

Señor Director de  
*La Opinión Nacional*

QUINCE DÍAS han pasado desde que envié a U. mi última carta. Los sucesos se amontonan, buscando puesto, en torno de mi pluma; mas aunque los Apaches vengativos han dado muerte en la frontera meridional a buena suma de soldados norteamericanos, y amenazan de incendio sus casas, de violencia a sus familias, y de muerte a sus compañeros; aunque con implacable rudeza, en cumplimiento de un tratado leonino, acaba de compeler

este Gobierno a una mísera tribu de indios a que abandone para siempre sus risueños poblados, frondosos bosques y valles alegres, de que se despidieron con grandes voces y gemidos, con que pueblan la selva, en busca de nuevos hogares de donde mañana, como de estos ricos de ahora, los expulsarán «los hombres blancos»; aunque en sendas y numerosas columnas de periódicos, se cuenten aquí, transmitidas por el cable como noticias de suma valía, las proezas del potro americano Iroquois, de las caballerizas del rico opulento Lorillard, que acaba de vencer en las carreras de Doncaster, con gran amargura e ira de los ingleses, al caballo St.

Leger, a cuya victoria llaman los periódicos más graves, «gran victoria de América»; aunque ya se aglomeren y den qué decir los preparativos para el centenario de Yorktown que renueva en la memoria de esta nación cuanto de osado, fiero y épico hubo en ella, —ni un instante amengua, ni en el concepto público<sup>a</sup> cede en nada, el interés que la recia lucha del Presidente con la muerte inspira.

Ya no languidece Garfield como antes en aquella calurosa casa en cuyos muros no ondeaba perfumado como ondea ahora en su casa de Long Branch, el aire sano, sino que se condensaba y se movía en ondas espesas el aire impuro, cargado de los gérmenes palúdicos que emanan del ancho río de Washington. Ahora reposa en su cama unas veces, en una silla de brazos otra, viendo desde ambas cómo el

a. A partir de aquí el periódico está rajado y no se leen bien algunas palabras. Se sigue la lección de OC, t. 9, pp. 37-38.

mar bravío azota con su espuma blanca la limpia arena de la margen; ahora hace gala, en sus pláticas de familia, de sus conocimientos náuticos, y les explica qué viento mueve a los buques, y qué buques son, y qué rumbo llevan; ahora, como en días pasados, ve ir y venir al centinela que guarda su ventana, y al mirarlo de frente, alza la mano y le saluda con bondad, a lo que el soldado levanta el fusil, hace un saludo militar y rompe en llanto. Mas nada garantiza aún la salvación de este tenaz enfermo, cuya herida viene ya cerrándose, en apariencias de fuerza y limpieza; cuya mente poderosa sólo vacila en las horas de la mañana en que, como el día, aparece velada por las nubes; y cuya recia máquina se alimenta de escasos trozos de aves, y de cucharadas de whisky, encaminadas sin duda a contener el visible envenenamiento de la sangre. Y ora se cree, ora se desconfía, ora las gentes se alejan con rostro satisfecho de los lugares donde se fijan los telegramas que dan cuenta del enfermo; ora se separan silenciosas, y como si les cubriera el rostro crespón fúnebre. La fe no se asegura: la alarma no cesa. Fíase, sin embargo, en la virtud fortificante del agua de mar que respira; en la energía que viene al herido del placer que la linda casa nueva, la casa de Franklyn, y la cercanía, del mar, la limpieza de la atmósfera, el

vasto espacio y la clara luz le producen; fíase, más que en todo, no ya en el vigor de su fortaleza espiritual que no ha bastado a conmovir la muerte, sino en el poder de la naturaleza creadora, que en aquella orilla de mar, saturada de sales saludables, puede llevar a sus venas invadidas por el pus matador, nuevos elementos y gérmenes predominantes que aseguren su existencia amenazada: del viaje a Long Branch se espera todo.

Y ¡qué conmovedor fue aquel viaje! Rara muestra de afecto público!

Singular expectación! Todo este pueblo temblaba como un corazón de mujer. El país, como un corderillo, asustado, bajaba la voz como para no turbar con el ruido de su respiración la calma de su enfermo. Cuando se supo al fin que la locomotora poderosa,—una gran locomotora de fiesta, a la cual su conductor acariciaba como orgulloso de su hazaña y satisfecho de su compañero de trabajo,—se detuvo al llegar al tramo de ferrocarril improvisado durante la noche anterior; cuando empujado por hombros de amigos y sirvientes, el carro del herido se detuvo con su carga a la puerta de la amplia y pintoresca casa que le aguardaba, sintióse como si un suspiro de alivio se hubiera escapado a la vez de todos los pechos, y como si un grave peso hubiera caído súbitamente de todos los hombros. Este

ha sido un viaje majestuoso, lleno de detalles conmovedores y admirables.

Era la nación como una gran casa, y en ella había el mismo recogimiento y el silencio mismo que se observan en la morada de un enfermo amado. No bien habían pasado las doce de la noche del día precedente al del viaje, numerosos grupos invadían cuchicheando las avenidas que conducen a la Casa Blanca. Las más tiernas palabras se oían en la sombra. Del Potomac impuro ascendían gérmenes mefiticos. Fantásticas luces brillaban brevemente en una y otra ventana de la casa. Ya a las cuatro, el panadero llega en su rápido vagoncillo, con su brazada de pan fresco; entra y sale el mayordomo; aparece en la puerta, cargado el hombro de toallas, el fiel criado de color que sirve al Presidente. Se pisa con cuidado: se habla con confianza; se oyen exclamaciones dolorosas. Y cuando al cabo, tendido en unas andas, con un paño húmedo sobre la frente, expuesto al aire espeso de aquella mañana tórrida, limpia y ansiosa la mirada, larga la barba y los cabellos, apareció en la ancha puerta del hogar nacional el bravo enfermo, la multitud sobrecoyda de amor y de angustia apagó sus murmullos, y todas las cabezas, por espontá-

---

a. Hasta aquí, el periódico dañado.



neo impulso, quedaron en un mismo momento descubiertas. Lleno el rostro de lágrimas entró en su coche la abnegada esposa, y al ver salir en andas a su padre, la buena Mollie, la hija a quien prefiere, escondió su rostro en el seno de una amiga para que no se oyeran sus sollozos. A la par que el carro que llevaba por las blandas calles de Washington al Presidente, se aproximaba a la estación, abríanse las ventanas y poblábanse las portadas de las casas, y afluían en grupos silenciosos los habitantes desde la ciudad a los lugares de tránsito. Al fin, el enérgico enfermo a quien la salida de aquella mansión que abomina y el espectáculo de la encariñada muchedumbre que le seguía, habían dado ya como aire de salud y animación, fue colocado en un alto lecho en mitad de un carro que ha llevado a ilustres viajeros, a potentados y a príncipes, a triunfadores y a futuros reyes. Una elegante máquina precede a la que mueve el tren presidencial. Precauciones minuciosísimas han sido tomadas. La locomotora vibrante y rugiente, rueda ahora sin ruido, y como con conciencia de su carga.—Y se anda, se corre, se vuela. «Mas aprisa, más aprisa», decía el Presidente que por las cortinillas corridas disfrutaba con visible deleite del paisaje. A las veces se anduvo a milla por minuto!

El gigante de hierro se cansa, se le acaricia, se le olea, se

apaga el humo de sus resortes encendidos por el veloz roce. Cuando, precedidos siempre de la alígera máquina exploradora, llega el tren a Filadelfia, como pétalos apiñados en una rosa,<sup>a</sup> llena el camino, la estación, las avenidas, la muchedumbre ávida. Se asoma a la plataforma la hija del herido, —y vitorean. Leen los médicos, para calmar el ansia pública, un boletín en que afirman que el enfermo va en salvo y alegre,—y resuenan hurras,<sup>b</sup> ondean pañuelos, danza la gente de alegría, y echan al aire sus sombreros.—Recomienza la marcha: el tren no se detiene en las estaciones, que rebosan en hombres y mujeres:—«¡Oh! Nunca pensé que me pareciese tan bella esta tierra árida.» «¡Bravo paseo, Lucrecia!» «Bueno es el aire salado!» dice, poseído de un júbilo que atiza su fiebre, el animoso paciente. Le echan las cortinillas del vagón, para que la multitud ansiosa no le impresione: y él se yergue, y recoge por primera vez el premio de su herida: sabe que es amado: «quiere ver la gente».

Ya se acercan al pueblo elegido, a Long Branch aristocrático, que el mar besa con ondas azules, y el fausto neoyorquino con ondas de oro.—Trabas y hábitos se han dejado a un lado. El pueblo ha sido durante la noche una familia. Las casas han estado iluminadas; los hoteles como en fiesta; las gentes, en las

calles. Desde el alba hiciéronse tan apiñados los grupos en torno a la residencia escogida, que no estaban al mediodía más apretadas las arenas en la playa que las criaturas humanas en todas las avenidas de la casa. Parecía como que la locomotora, salida de sus rieles, se abría paso entre la masa humana.<sup>d</sup> El cielo brilla: el mar parece cortejar con más blandas espumas, la orilla arenosa. Y cuando el enfermo llevado de nuevo por médicos y amigos, deja el carro en que anduvo arrastrado por la arrogante locomotora, desde hoy famosa, y desaparece por la puerta de la nueva morada, abierta a la luz viva del sol del puerto y al aire generoso de la mar, en una bendición unánime rompen al fin los labios, por el respeto, y el solemne instante, y el amoroso miedo comprimidos:—y aquí es un «¡Dios le bendiga!» —y allá un «¡Dios nos salve a nuestro amigo!»—y acá «¡Que Dios lo auxilie!»—y allí «¡Cómo no he de orar para que sane!» Y empieza en aquel punto para Long Branch un renuevo de su espléndida vida de verano: los bañistas pasean con el orgullo de recientes titulados: parece a cada uno que de su

a. Se agrega coma.

b. En LON: «hurrahs».

c. Desde aquí, roto el periódico. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 40.

d. Hasta aquí la rotura.



celo depende la salud de la nación; y vivir en el saludable puertecillo que ha de salvar al Presidente les parece no igualado regalo, y singularísimo favor de la Providencia.—De la casa se ha hecho como fortaleza: sólo el aire, y corto número de familiares y de médicos tienen allí libre entrada. De campamento daban idea, al día siguiente de la llegada, los alrededores. Aquí un jinete, presto a montar: allí el empleado de correos, que deja en los peldaños de la escalera sendas valijas, henchidas de cartas; allá el telégrafo, cuyo martilleo elocuente y vivaz no cesa un punto. El Dr. Bliss, tan famoso en los Estados Unidos como el Dr. Hammond, su rival, y los cirujanos Agnew<sup>a</sup> y Hamilton, comparten con estos dos últimos y con el Dr. Boynton, la asistencia del enfermo. No pueden en verdad los médicos desviar las corrientes de la naturaleza, ni extinguir en los órganos interiores del herido las raíces diversas de su mal; mas ven en su cuerpo como a través de claros cristales y atacan con brío y fortuna todo nuevo accidente. La ciencia es como Tántalo, que ve el agua de que no ha de beber jamás. La bala no ha sido extraída, y se opina ahora que ha encajado en el hueso, por lo que ya no se la teme. Mas a cada punto aparecen síntomas de la terrible invasión del pus en la sangre, y unos sostienen que el Presidente padece *pyaemia*,<sup>b</sup>

que es la forma rápida de la infección, y otros septicemia,<sup>c</sup> que es la forma benigna, revelada acá en la inflamación de la parótida que fue sajada y enjugada, allá en un absceso<sup>d</sup> en un pulmón, peligro formidable, que por fortuna fue atacado a tiempo. Ya el Presidente llama a sus Ministros, a James, el Director de correos; a Windom, el hábil financiero; a Blaine, este brillante hombre, capaz de una política sana, intrépida y gloriosa, y amigo de la América del Sur. De Blaine, que juega con el inglés áspero como el *Tintamarre*, el periódico de los equívocos, juega con el francés flexible, se repite una frase feliz: *bullet* es bala, *in* es dentro y *out* es fuera: en los días de mayor gravedad, en que se creía improrrogable la extracción de la bala, los médicos expedían gran número de boletines, en inglés *bulletin*. Y dijo Blaine: «No es un *bulletin* lo que necesitamos, sino *bullet-out*»

Un día solemne siguió al de la traslación a Long Branch, día de ansia y plegaria, en que el Estado de Nueva York cerró todas las tiendas y abrió todos los templos, un día de súplica a Dios, en que resonaban las calles con los acentos de estos hermosos himnos norteamericanos, entonados a una en las iglesias por una concurrencia compacta y conmovida. Era jueves, y día de gran calor. Señalado por el Gobernador del Estado este día de oración,

brillaba el sol sobre la parte mercantil de la ciudad como sobre un inmenso circo vacío; y fueron aquellas horas solemnes, en que las manos se apartaron de todos los timones de los buques y de las ruedas de las máquinas para alzar al Señor clemente el libro de los Cánticos, las horas mejores para estimar las colosales vértebras de esta ciudad monstruosa. La engrandecía el silencio: la súbita soledad la agigantaba. Guardaron los cómicos sus caretas, y los trágicos sus puñales, y los especuladores dejaron en paz la red de alambre que hace trenzado techo a las calles vecinas a la Bolsa. Los sacerdotes, que aquí llaman *divinos*, aprovechaban de esta situación efusiva y amorosa de las almas, traídas a lástimas y afectos tiernos por los méritos, infortunios y magnánima fortaleza del Jefe del país, para afincar en la necesidad de la plegaria, y provocar un renacimiento religioso, que aquí llaman, con palabra típica, *revival*—mas la filosofía natural de Emerson, y la poesía panteística de Bryant, y el desenvolvimiento de la razón humana y la pequeñez y faliibilidad de los intérpretes múltiples de las innúmeras sectas,

a. Errata en LON: «Agnew».

b. Palabra en inglés; en español, piogenia: formación de pus.

c. En LON: «septicemia».

d. En LON: «absceso».

han dado mortal golpe en este país a la fe en las ceremonias del culto. El espíritu de estas gentes no quiere techumbres que ahoguen su cántico, ni piedra en que se petrifique, ni más mirra ni incienso que la invisible de las almas y la fragante de los árboles. Mientras las formas parecen y los que de ellas viven,—la esencia moral que les dio apariencia de vida, como que se nutre del alma humana imperecedera, perdura y perfuma:—así asisten las gentes, no a los templos desiertos en que se discuten apreciaciones nimias o textos aislados o ritos convencionales de las sectas que luchan,—sino a aquellas iglesias donde, con generoso criterio, se eleva, con la palabra de la libertad, que fue la que Dios dio al hombre para hablarle, monumento de fe cristiana al Hacedor misterioso del cielo y de la tierra: —así se agruparon los neoyorquinos el último domingo a la reapertura de una hermosísima iglesia, en que se venera, comenta e imita a un hombre elocuente, cuya voz fue alas y cuyo espíritu fue fuego; que quebrantó y purificó en sí y en los demás todo germen de amor excesivo de sí, desconfianza, intransigencia, ferocidad y vileza: el Dr. Chapin.

Mas no es sólo por el Presidente por quien se ora hoy en los templos: es por las víctimas de un incendio asolador que ha devorado en un espacio de treinta leguas en el

Estado de Michigan las hojas secas, las ramas rotas; los árboles, las cabañas y los pueblos. La ola abrasadora lo unió todo en su fauce: cadáveres y cenizas llenan hoy allí toda la tierra. Un mísero labrador conducía ayer en un carro a padres, mujer e hijos muertos. Durante el incendio, sofocados por el humo, perseguidos por las llamas, enfurecidos por la sed, huían los infelices como conciencias réprobas, por aquellas llanuras incendiadas en que el cielo se unía a la tierra en una misma llama, y se respiraba y palpaba aire encendido:—allí perdió el labrador sus caballos y carros, y sus siembras lujosas, y su hogar amado:—allí, la siega ha sido, no de trigo y maíz, sino de padres e hijos. La seca se prolongaba implacable; del suelo ascendía vapor fogoso; los árboles se doblaban, como sedientos y amortecidos; los bosques, abrumados por el aire cálido y el sol secador, parecían anunciar un incendio espontáneo: —un tabaco encendido, un fósforo arrojado sin apagar, las chispas de una locomotora han causado la bárbara catástrofe. Sobre las ruinas de sus chozas, frente a los esqueletos de sus bestias, junto a la fosa humeante de sus pequeñuelos, se sientan hoy hambrientos los infortunados campesinos. Mas ya la Unión se mueve, y el amparo se anuncia: digno será el alivio de la pena; celébranse reuniones, nómbrense juntas,

organizase una colecta nacional, y la oportuna limosna llegará a tiempo al menos para reencender la confianza en aquellas criaturas abatidas, renovar sus tareas, y comprar cruces a tanta tumba abierta.

A la par que la tierra de Michigan abría su seno para dar sepultura a pobres héroes y a bravos y a infelices ignorados, en Nueva York moría un anciano cuyo apellido goza ya universal fama, más que por especiales títulos suyos a la celebridad, porque de citarlo o recitarlo cobraban renombre de elegantes o ricos los hombres a la moda:—Delmónico ha muerto. ¿Quién, que haya venido a Nueva York, no ha tenido citas, no ha saboreado café, no ha mordido una fina galleta, no ha gustado espumoso champaña, o Tokay puro, en uno de los restaurantes de Delmónico?<sup>11</sup> Allí las comidas solemnes; de allí, los refrescos de bodas; en aquella casa, como en la venta ganó Quijote título de caballero antiguo, se gana desde hace treinta años título de caballero moderno. En estos tiempos prodigar es vencer; deslumbrar es mandar; y aquélla es la casa natural de los deslumbradores y los pródigos: en ricas servilletas las botellas húmedas; en fuentes elegantes manjares selectos; en leves cristales perfumados vinos; en platos argentados panecillos suaves: todo es servido y preparado allí con distinción suprema. El creador de

esta obra ha muerto: un italiano modesto, tenaz y honrado, que comenzó en un rinconcillo de la ciudad baja vendiendo pasteles y anunciando refrescos, ha desaparecido respetado y amado, después de medio siglo de faena, dejando a sus parientes dos millones de pesos. Los ahorró con su perspicaz inteligencia, su humildad persistente, su infatigable vigilancia. Cincuenta años estuvo, —y era millonario, y aún estaba detrás de su escritorio —inspeccionando las entradas; por entre las mesas, riñendo a los criados, y resplandeciente en toda su figura la dignidad hermosa del trabajo.—Mientras que su sobrino iba con el alba a los grandes mercados, él, en pie con el día, elegía los vinos que habían de sacarse de sus magnas bodegas, que eran cosa monárquica, de abundante y de rica. Este hombre venía siendo símbolo de este progreso gigantesco: en cada pliegue nuevo de la inmensa ciudad, allá alzaba él bandera, y llevaba su nuevo restaurante. Por el número de sus establecimientos se miden los grados de desenvolvimiento de Nueva York; y cada nueva casa de Delmónico era más favorecida, más suntuosa, más refinada, más coqueta que la anterior: \$100 000 pagaba por alquiler de establecimientos; quince mil pagaba al mes de sueldos a quinientos empleados. Dejaba de la mano el negro y recio tabaco que fumaba y ha acelera-

do su muerte, para firmar un cheque<sup>a</sup> a beneficio de tanto oscuro pariente, y tanto pobre francés y suizo de quienes cuidó siempre con especial solicitud. Fábula parecen las ganancias de Delmónico,—y cosas de fábula parecían a los neoyorquinos, las maravillas y delicadezas culinarias que él les había enseñado a saborear: —salsas, ornamentos y aderezos eran cosas desconocidas para los norte-americanos, que en sus periódicos se confiesan deudores a Delmónico del buen gusto y elegante modo que ha reemplazado, con los actuales hoteles,<sup>b</sup> al burdo tamaño y tono áspero de los manjares, y su preparación y servicio, en otros tiempos. En casa de Delmónico fue donde se sirvió aquel banquete afamado de Morton-Pets, en que se pagó a \$250 el cubierto; y los de a \$100 el<sup>c</sup> cubierto eran banquetes diarios: fue Delmónico quien preparó una artística mesa, no con esos incómodos florones, monumentos frutales, y deformes adornos con que generalmente se preparan, sino con un risueño lago, en que nadaban cisnes nevados y avecillas lindas, —por lo que aún se llama a aquel el banquete de los cisnes. En Delmónico han comido Jenny Lind,<sup>12</sup> la sueca maravillosa; Grant, que después de un banquete recibió a sus visitantes bajo un dosel; Dickens, a quien un vaso de *brandy* era preparación necesaria para una

lectura pública, y dos botellas de champaña, bebida escasa para un *lunch* común. Luis Napoleón, antes de acicalarse con el manto de las abejas, comía allí; allí los grandes políticos, allí los grandes mercaderes, allí el chispeante James Brady, que entre escogidos invitados, celebraba en comida de solteros cada uno de sus triunfos de abogado; y el hijo del zar, y célebres actores, y nobles ingleses, y cuanto en las tres décadas últimas ha llegado a Nueva York de notable y poderoso. Una corona singular yacía a los pies del muerto, que decía en grandes letras de flores: «La Sociedad Culinaria Filantrópica». Y muchos hombres ilustres, que lo fueron más por este tributo varonil y honrado, asistieron a los funerales del virtuoso y extraordinario cocinero, ya por esa singular afinidad que atrae a los hombres hacia los que satisfacen sus placeres, ya por espontánea admiración de las dotes notables de energía, pertinacia, inteligencia y modestia que adornaron a aquel rico humilde, que no abjuró jamás su delantal de dril y su servilleta blanca. Es la época serena: la de la glorificación y triunfo del trabajo.

Y cómo se acelera, afina y simplifica el trabajo en Nueva

a. En LON: «check».

b. Se agrega coma.

c. Se añade esta palabra



York!—Es de noche: la luna, en el claro cielo luce pálida, y como globillo opaco que huye avergonzado de la tierra. En la tierra, en la calle Broad, paralela a Broadway, un centenar de trabajadores levantan mármoles, abren canales, suspenden pisos, encajan puertas, ruedan máquinas, mueven pescantes a luz eléctrica! En el silencio de la noche, en el seno iluminado de la sombra, se yergue sobre la tierra y como que intenta penetrar el cielo un edificio blanco: ¡qué himno mejor ha cantado a Dios el hombre!—Es la Bolsa nueva, que se construye de noche y de día: a los trabajadores diurnos, suceden los nocturnos,—marea inmensa, en la que no hay bajar; monumento de pórfido, con corona de mármol y cintas de granito.

El hombre, fatigado de preguntar a lo desconocido la causa de su vida y el objeto de sus dolores, concentra en la tierra todo su poder de estudio, y saca de ella fuerzas con que alumbrarse en sus entrañas, destruir los gérmenes impuros e imitar al cielo. Ángel rebelde, reta, encarado con lo alto, a Dios oculto: ahora ha hallado esta nueva espada para el combate,—la electricidad.—Anuncia con ella permanente luz beatífica de que debe el espíritu probado gozar en mundos mejores; y con ella intenta remover del suelo húmedo los elementos pútridos que encierra, y generar en medio del invierno el calor tórrido. Man-

tiene un hombre de ciencia del Pacífico que, filtrando la luz eléctrica por las máquinas de sembrar, que desmenuzan y vuelcan el terreno, y haciéndola reflejar sobre lagunatos y pantanos, se hará morir en aguas y terrenos todo germen de fiebre miasmática. Y un grave caballero acaba de informar, con copias de personales experiencias, que el crecimiento de las plantas puede ser favorecido con el calor benigno de esta luz, y que a su blando influjo, irradiada de entre cristales, una agradable temperatura moderada permitirá la conservación en plenos climas fríos de las frutas volcánicas del trópico. Y ¡pensar que cuando todas estas maravillas, y las nuevas que las sucedan, sean sabidas,—se sentará el hombre, triste, desconocedor de sí como en los primeros días,—a preguntarse por sí mismo; y moverá con ira inútil el ángel rebelde, encarado al Señor, el manojo de espadas con que ha ganado la batalla de la tierra, y el haz de luces a cuyo resplandor no alcanza a ver el lugar de estación en que ha de trocar al fin sus pies en alas! Pero, en tanto,<sup>a</sup> el trabajo nos consuela.

Ya se acerca para Nueva York la estación bella, la estación brillante, la estación trabajadora. Allá viene el invierno, con sus gorras de piel de foca, y sus abrigos opulentos, y sus calzas de goma; allá viene el invierno, derramando desde

su trineo veloz sobre la tierra su capa de nieves pintorescas, sacudiendo sus vocingleras campanillas, rollizo, sonrosado, rico, alegre. Aún no empieza el otoño; aún no juegan los niños en las esquinas con los montones de hojas secas; aún no encienden en medio de las calles, poseídos de una extraña e indómita alegría, las vivas llamadas que se truecan en copos densos de humo odorífero y lechoso, cargado con la savia de las ramas; aún el vapor del agua de los ríos, sofocante y oscuro, absorbe los rayos tenues del sol, y luchando en vano por retener los rayos rojizos baña con un resplandor de incendio y sume en sombra de bruma la ciudad sofocada y rendida al aliento pestífero del verano; aún mueren los niños, con las manos crispadas, la piel sobre los huesos, y los ojos abiertos y febriles, sobre la falda de sus madres; aún se abrañan los bosques, y tala y quiebra y avanza el fuego terrible por sobre cerros, llanos, pueblos y cortijos,—y ya los neoyorquinos previsores, abren sus teatros, anuncian sus modas, recuentan sus placeres, preparan sus lecturas. Multitudes ávidas repletan la Academia de Música, en que con indecorosos atractivos se pone en escena una versión de *Michael Strogoff*; este drama que cuenta

''—————

a. Se agrega coma.

las hazañas de un correo ruso, a través de las estepas, de aldehuelas, de escaramuzas, de batallas, de paisajes suntuosos y de espectáculos de desordenada y deslumbradora fantasía. Un público compacto invade el elegante teatro de Booth, en que, con mayor fidelidad literaria y menos ilegítimos atavíos, se representa también a *Michael Strogoff*, en el que la concurrencia tiene ocasión de risa con los lances y chistes de dos corresponsales de periódico, que en todo el drama se hallan y son como los Sganarellas de la pieza. Acude la gente a ver en Niblo pasmosas escenas, reunidas con el nombre de un buque, el *World*, que se ve mover, funcionar, vacilar, zozobrar, perderse, como si fuera entre mares, entre las tablas. No se halla lugar vacío en el teatro de los Minstrels de San Francisco, especie de Aristófanes tiznados de negro, que ora en elegante frac y nevada corbata, ora vestidos de harapos, como vestían antaño los esclavos del Sur, sacan a plaza con gracejo, a veces brutal, cuanto personaje y acontecimiento del día preocupa al público.

Pero en lo que se anuncia más el invierno es en la preparación para las lecturas. Hay aquí agentes de ellas, en cuyas listas, mediante \$10, se inscriben los que quieren leer en público, ya por provecho, ya por gloria. Cargo es del agente buscar ocasión y auditorio a

los lectores, que bien pudieran llamarse lectoristas, por cuanto a cosa tan nueva como está, y tan especial y genuina, debe llamarse con palabra nueva. Y lector es el que lee, y principalmente lee lo ajeno, en tanto que el lectorista no lee generalmente, sino habla, ni habla o lee más que lo suyo.—Pues hay agente este año que lleva ya en sus listas 400 y cincuenta nombres, de los que doscientos, son nombres de señoritas y de damas, ansiosas de renombre las unas, las otras de lucro. Y iqué variedad inmensa de materias las que tratan los lectoristas,—y qué modo tan honesto de vivir proporcionan a las gentes de letras,—y qué provecho tan abundante y tan agradable sacan los concurrentes a las lecturas! Bien que las pudieran hacer en Caracas, los arrogantes poetas, estudiosos letrados, y críticos severos; e irían las gentes a oírlos, porque a poca costa adquirirían ciencia útil, por cuanto se retiene mejor lo que se ha oído brotar coloreado y palpitante de labios amigos, que lo que se lee en pálidos libros de tierras extranjeras. Los talentos se fortificarían con el estímulo,—y se dignificarían con este empleo grato, propio y airoso. Un día leería Jugo sobre Maracaibo,—y otro Rojas sobre Razas indias, y otro Escobar sobre poetas de plantilla de caña y lira de oro. De pronunciar sus lecturas les vendría un provecho; de venderlas impre-

sas, y ya afamadas, otro; ser conocidos por ellas fuera del país les ofrecería causa mayor de gozo, y la patria la tendría de regocijo viendo que en estas fiestas sus hijos se acercaban y se amaban.

¡Singular mujer esta mujer americana! Ya como la señora Edson,<sup>13</sup> con carácter, título y habilidad de doctor, asisten en su lecho de angustia al Presidente; ya, como la elocuente señorita Aliver, recuerdan con palabras fogosas a los hombres de Brooklyn la necesidad de la virtud y la certidumbre del mundo venidero; ya de pie sobre una plataforma explican, frente a un lienzo en que se han dibujado cuadros disolventes, las márgenes del Danubio; ya regalan, a los ojos de los jueces, como acontece todos los días en una ciudad cercana, ramilletes de flores a dos ricos libertinos, acusados de haber dado muerte, con ayuda de una cazadora de voluntades, a una hermosa mujer a quien uno de ellos cortejaba. En el tribunal se exhiben trozos del cuerpo de aquella criatura desventurada, que fue muy bella, y pobre, y oyó a rico, y se llamó Jennie Cramer; se descubren pormenores incastos; se presenta una villana mujer, de esas que mercan en la virtud propia y en la ajena; se detallan vidas licenciosas; y ¡un centenar de matronas y doncellas asisten ávidamente a estas sesiones, siguen con ansia los procedimientos del tribunal, y



envían recados, billetes y flores a los dos menguados caballeretes, acusados de haber causado, o precipitado al menos, la muerte de la hermosa! En todas las manos andan el relato del suceso: de memoria sabe todo neoyorquino los detalles de la persecución y la defensa: la madre de la doncella muerta va al tribunal, y acusa faz a faz del crimen a los ricos jóvenes; el retrato de la mísera beldad adorna escaparates y repisas; los defensores interrogan fumando y en chaleco a los testigos del proceso; el acusador público fija durante largas horas la vista en los acusados, reclinado en su silla, y cruzados los pies sobre una mesa:—venció a Hartmann, Jennie Cramer: es el caso de moda.

Es Hartmann ciertamente, —aunque por ahorrarse una negativa probable si pedía su extradición a los Estados Unidos, ha dicho el Gobierno ruso que no es,—el estudiante intrépido, el hombrecillo pequeño, el nihilista locuaz que su odio al zar, su fría tentativa de asesinato, y su actividad posterior han hecho famoso.—Y es su rostro al decir de los que los han visto a ambos, singularmente semejante al del hombre que, como hiena enjaulada, pasea desazonado en torno de las paredes de su celda, y rumia pavorosos proyectos para esquivar la pena que le aguarda: el villano Guiteau. Y ¡qué peligros corre la vida

del villano! A su mismo perseguidor oficial se acusa de formar parte de una asociación creada para darle muerte, si no la recibe de manos de la ley; juramentanse otros en los bosques, protegidos por máscaras para forzar su prisión y darle muerte; y hace unos cuantos días, acurrucado en un rincón, y oculta en sus rodillas la cabeza, pedía a grandes gritos que lo mudasen de su calabozo, en cuyos muros acababa de clavarse una bala, que erró el blanco: a la cabeza de Guiteau la había dirigido uno de los sargentos de la Guardia, un hombre honrado y valiente, convencido de que hacía una buena obra, el sargento Mason, que fue al instante preso, y muestra satisfacción y calma.—«Era un malvado y debía matarlo.»—«Yo no me alisté para dar guardia a un asesino.»—Así responde a los que inquieren de él las razones de su acto. Ocho años de prisión y exoneración le hubieran venido de castigo, a habérsele juzgado en tribunal civil; mas es ya procesado por desobediencia e infracción de disciplina, y se le juzgará en tribunal militar. Esto aviva el clamor de la prensa, que insiste en la urgente necesidad de las reformas de las leyes penales, que asimilan en penas dos hechos que obedecen a origen tan distinto como el que, por inconcebible perversión, atentó al Presidente, y el que, por honrada indignación, atenta a su

asesino. A actos originales ha dado margen la tentativa de Mason: los unos, fieles creyentes en aquella severa República de Webster y Madison, quieren que se castigue con toda rudeza este atentado a la vida humana; los otros, obediendo a ese flujo incontestable de simpatías y antipatías instintivas que dominan la naturaleza humana, y extraviados por consecuencias exageradas del concepto del bien, no sólo excusa, sino premio quieren para el matador frustrado del frustrado asesino: a tal punto se llega, que los empleados del Correo de Nueva York, esta gran casa con cuyos empleados pudiera sostenerse una batalla, han pedido en un documento público que se gratifique con un ascenso militar al sargento Mason. Prevalece, sin duda, un espíritu de absolución; y, por sobre las agrias censuras de la razón, adivínase el aplauso tácito. Los que, como se la negaran a Caín, negarían su mano a Guiteau la tenderían sin repugnancia a Mason. Hoy mismo inicia un capitán de Washington los preliminares del proceso militar, intentado sin duda para librar al sargento de las prisiones comunes, y de la mayor pena que le hubiera cabido en tribunal civil. De tentativa de asesinato se le hubiera acusado en éste: sólo de conducta perjudicial al orden y disciplina militares, y de haber disparado a un preso sin órdenes de

un oficial superior,—acaban de acusarle sus jefes ante Hancock, el caballeresco y bravo Hancock, el general vencido en la última campaña electoral. En Washington, la ciudad tranquila de las calles de asfalto, se juzgará al sargento; no en Nueva York, la ciudad inquieta de calles ruidosas. El sigilo favorecerá la lenidad.

Y en tanto que un general, notorio por su romántica bravura, ampara así, so pretexto de proceso, a un hombre equivocado,—otro general, a cuya mano no fue pesada la espada de los héroes,—es llevado a la fosa, en la ciudad de Bristol, en hombros de sus leales veteranos. El general Burnside que, como Lincoln, tuvo «para to-

dos caridad, mala voluntad para nadie»; en la batalla, pujante como un Par; en el hogar, bueno como un belga,—ha muerto: antes que en la tierra, su cadáver ha descansado en los hombros de sus conciudadanos, tumba digna de los que sirven, como sirvió él, con su valor a la Patria y a la humanidad con su honradez.

### Garfield<sup>a</sup>

Aumentan los síntomas de la invasión del pus en la sangre. La invasión adelanta y las fuerzas del enfermo parecen disminuir. El absceso del pulmón continúa amenazante. Hay un cambio desfavorable en la ma-

teria que descarga la herida. Los círculos médicos y oficiales no ocultan su alarma. El Gabinete, que andaba disperso, se ha reunido en Long Branch, donde está el Presidente.

M. de Z.

*La Opinión Nacional*  
Caracas,  
1<sup>o</sup> de octubre de 1881

[Mf. en CEM]

a. Debajo del título aparece la siguiente aclaración de LON: «Nos dice nuestro corresponsal M. de Z. sobre el estado de Garfield a la salida del Felicia:»

## 4

# Cartas de Nueva York. Expresamente escritas para *La Opinión Nacional*. Garfield ha muerto

Labor y premio.-El último día y la última noche.-Pánico y luto.-El nuevo Presidente.-La autopsia y el camino de la bala.-El asesino es ahorcado en efígie.-Viajes lúgubres.-De Long Branch a Washington.-Plegarias y rosas.-Apoteosis de Washington.-Procesiones inmensas.-Arthur jura.-Un Coronel blasfemo quemado en imagen.-El Sur y el Norte fraternizan.-Una reina conmovida.-La noticia a la madre.-El viaje a Cleveland.-Catafalco colosal y noche histórica.-Funerales en Cleveland.-La nación en los templos.-Nueva York admirable.-Caudal para la viuda.-La catástrofe es útil.

Nueva York,  
1<sup>o</sup> de octubre de 1881

Señor Director

CUANDO SE ES testigo de las grandes explosiones de amor de la humanidad, se siente orgullo de ser hombre: así

como, cuando se es testigo de sus postraciones o su furia, da vergüenza serlo. La muerte es útil: la virtud es útil: la desgracia es necesaria y reparadora, por cuanto despierta en los corazones que la presencian nobles impulsos de aliviarla. Y la tierra va camino de ventura, porque ya las coronas de los reyes

descansan sobre el féretro de los trabajadores. El siglo último fue el del derrumbe del mundo antiguo: este es el de la elaboración del mundo nuevo. He ahí si no, trémulos y conmovidos a todos los humanos, y enlutados los tronos, y entornados los palacios de los monarcas, y arrodillada la nación más numerosa de la tierra, ante un ataúd humilde, en que descansan las palmas del martirio, sobre un hombre que se compró sus libros de griego con el producto de las maderas que cepillaba, y ha muerto dueño de una de las famas más limpidas del Orbe, bajo la rotunda<sup>a</sup> del Capitolio de Washington: porque ¿cómo no ha de saberlo U, si las nuevas amargas vuelan como si cabalgaran en la luz?

a. Errata en LON: «rotunda».

## Garfield ha muerto

Murió el 19 de setiembre antes que mediase la sombría noche; y desde entonces, no han cesado la admiración, las muestras de ternura, de veneración y de congoja. La ciudad, las ciudades todas de la Unión están colgadas de negro; y las almas. Un mártir es como padre y como hermano de los hombres en cuyo beneficio muere: así están todos en esta tierra, como si hubiesen perdido a su padre o a su hermano.

A este hombre lo ha matado un elemento oculto, que obra poderosamente contra las fuerzas de construcción, entre las fuerzas de destrucción de la humanidad: un elemento rencoroso, inteligente e implacable: el odio a la virtud.

Yo lo escribí una vez en uno de esos libros tristes que no se publican jamás, porque no deben publicarse sino los libros briosos y activos, que fortifican y abren paso: «¡Virtuoso, tú serás odiado!» El que desmaya ve con ojos de ira al que no desmaya: el perezoso, al laborioso: el que se doblega a la adversidad, y precipita su derrota con su cobardía, aborrece al que sonríe a la adversidad, y, como mago a serpiente, la seduce, la duerme y la domina. Los impacientes odian al paciente: los soberbios que anhelan un premio exagerado y prematuro a condiciones que no cultivan, ni utilizan, ni rie-

gan, execran y persiguen a los mansos que han labrado su recompensa con sus virtudes, su fama con su esfuerzo, su gloria con sus dolores. La ventura es un premio, no un derecho: no decora el pecho del soldado sino después de haber luchado honrosamente en la batalla. El Tabor es la recompensa del Calvario. Y ¡qué susto y veneración llenan los pechos de los hombres que asisten al combate! ¡qué celebrar en el que lidia la heroica energía que a ellos les falta! ¡qué sentirse virtuosos, cuando un hombre es virtuoso! Todos, como si fuera propia, celebran su victoria. Él es el símbolo, el predecesor, el evangelista. ¡Una es el alma humana, y múltiples sus aposentos pintorescos! Por eso ahora parece como si un palio fúnebre cubriese a la vez todos los hombres.

Era una noche tibia, y estaba el aire húmedo, la tierra quieta, y manso el mar. Dos niñas reposaban en la playa. Una mujer oraba en su aposento. Una anciana, en un lejano Estado, velaba por su hijo. Ya los paseantes volvían de su paseo, y sacudían en los portales los arneses los espumantes corceles, y se extinguían las luces de la tierra, y centelleaban, como para alumbrar la grande escena, y recibir al grande hijo las del cielo. Las quintas de Long Branch dormían ya, envueltas en sombras: oíanse a lo lejos los pasos de los guardas, un niño mensaje-

ro, como una mariposa, revoloteaba, corría, entraba y salía en la casa del Presidente herido; y en esa hora de reposo que precede siempre a las catástrofes, como si la naturaleza se proveyese de fuerzas para soportar el golpe que viene a ponerlas a prueba; escasos grupos recorrían las avenidas, comentaban en los solitarios corredores de los hoteles las nuevas del día, o refugiados en un salón hablaban tristemente de cómo, rígidas ya y frías, podían apenas las manos del enfermo tener en alto las riendas de la vida.

Allá en la casa, el día había sido lúgubre: el valeroso paciente, viendo en el rostro de todos el espanto, había querido verse en un espejo, y vio en él su faz seca y demacrada, y dejándolo caer sobre su lecho, dijo con un gemido:

—«Bien parezco, bien! ¿Cómo Lucrecia, quien parece tan bien puede sentirse tan terriblemente débil? Y Mollie? Yo quiero ver a Mollie.»

Vinieron las dos niñas de la playa, que eran la hija del enfermo, y la de su mejor amigo: Mollie dio un beso a su padre, se sentó a los pies de su cama, y a poco cayó al suelo desmayada, y se bañó su rostro de sangre. El enfermo que parecía dormido, abrió los ojos y murmuró:

—«Pobre Mollie! Ha caído como un leño.»

La noche, la noche sombría es la hora favorita de la muer-



te: ya al oscurecer, estaba sentada a la cabecera del Presidente. La energía estaba de pie a un lado de su lecho, y la bondad a otro; mas los resortes del cuerpo estaban ya quebrados, los pulmones purulentos, el corazón atormentado, un aneurisma a punto de romperse:

—«Mucho pus hay hoy», —dijo al curarlo el médico.

—«Pues póngalo en la lista de ingresos!» —repuso sonriendo, y ya seguro de su fin, el mártir.

A las veces, deliquios vagos sucedían a estos instantes lúcidos. Se le oía, al despertar de súbito: «¡El pueblo! ¡El Pueblo! Mi confianza» —Plácidas sonrisas iluminaban su faz macilenta, y confusas palabras— «estrellas! cielo! arroyo! campos!» poblaban sus labios. Soñaba con aquellos árboles que había sembrado, y de cuya madera se había hecho la cuna de sus hijos: soñaba con la buena madre anciana, en cuyos labios dejó un largo beso al salir de jurar la presidencia: isoñaba con aquella hermosa casa del pueblo de Mentor, en cuyas verdes praderas no parecieron nunca más que amables corceiros, y en cuyos altos árboles no se posaron nunca más que águilas blancas!

—«¿Delira?»

—«No! no doctor» —dijo el bravo hombre; y cayó en sueño.

Cuando el médico en jefe dio al guardián de la noche la

hoja de notas para la asistencia nocturna, era la última hoja del libro de notas. Las luces se habían atenuado; la esposa oraba; el general Swaim, un amigo fiel había comenzado su vela; el leal Daniel, un buen negro, entró en el cuarto. Y se oyó un grito ahogado.

—«Oh! Dios mío! Swaim! Qué dolor tan terrible tengo aquí! —y el enfermo se llevaba la mano al corazón: ¡qué dolor tan terrible!».

Los labios que dijeron esto, no dijeron ya más. La casa fue avisada, el lecho rodeado, la hora llegaba. El alma se iba majestuosa y serenamente de aquel cuerpo. La esposa, con los ojos secos, como de quien no tiene ya lágrimas que llorar, entró en el vasto cuarto.

—«Doctor: ¿no hay esperanzas?»

—«Señora: está muriendo!»

Los médicos, los amigos, los hijos, los sirvientes, cercaban al moribundo. La hija, acercándose a la madre, preguntó: «¿Es la muerte?» —Y la madre abrazándola a su pecho, dijo: «¡Hija mía!»<sup>a</sup>

Se oía al mar que gemía, perdiéndose en la playa, y al hombre que moría, perdiéndose en el seno inescrutado. Ya luchaba como un gigante que va a ser vencido; ya decrecía su fatigado aliento, como cansado aparato de vapor que se va hundiendo en estación lejana. Y fueron más roncros y más ahogados, y más lentos, los vagos gemidos; y el corazón,

mansión de amores, quedó roto; y el médico con voz llorosa dijo: «Todo ha acabado».

¡Oh, qué misterio! Vuela un alma del cuerpo, y queda viva, acariciada, abrigada en los lugares que iluminó con su energía, en los espacios que llenó con sus voces, en el pueblo que defendió con su bravura, en los corazones que confortó con su cariño. Quien vive para todos, continúa viviendo en todos, idulce premio!

Al punto, cuando con la faz hundida en su lecho lloraba la esposa; cuando en el seno de su amiga sollozaba la hija; cuando aguardaba insomne la fortísima madre noticias de su Jaime muy amado, —despertóse espantado Long Branch y con él la Nación. A las ciudades, a las aldeas, a los cortijos, voló la triste nueva. Las campanas, del Hudson al Bravo, y de Baltimore a San Francisco, doblaron a un tiempo. Sus sonnes, como aves negras desalojadas por el viento frío de la alta torre, rasgaban los aires. La risa se detuvo en todos los labios; y el llanto brotó a la vez de todos los ojos. Los teatros se cerraron, muchedumbres compactas y alarmadas llenaron los hoteles. En Brooklyn, un grupo de hombres encendido en generosa ira, detuvo e impuso silencio a los

a. El párrafo a continuación, ilegible en el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 202.

pasajeros de un tranvía que, ignorantes del grave suceso, volvían de una fiesta cantando. En Nueva York, en los hogares, levantáronse las familias y velaron el resto de la noche, como por propio muerto: en los hoteles, acá centro de la vida, los potentados de la Bolsa congregados en el Windsor, y los políticos y viajeros de nota en la Quinta Avenida, recibieron conmovidos y con señales de estupor el anuncio terrible. Alcances a los periódicos eran vendidos a grandes voces por las calles y pagados a precios exorbitantes. Las máquinas poderosas de los diarios notables imprimían en abundantes columnas los menores detalles del suceso, traídos como en alas, en trenes especiales.

A la una de la madrugada, en la casa en que habita, y en manos del Juez Brady, en un ancho salón, cuajado de libros, embellecido por cuadros de muchos italianos en marcos de Florencia, el Vicepresidente prestó el juramento de lealtad a los deberes de su nuevo cargo. Y ahogado por las lágrimas, se echó sollozando en un sillón, y estuvo largas horas con la faz llorosa hundida entre sus manos.

Al amanecer iqué alba tan triste! Las gentes, silenciosas, andaban lentamente. La mañana no alegraba, como ella alegraba, los rostros de los hombres. Parecía la ciudad un templo inmenso. Los carros urbanos, los ferrocarriles, los vapo-

res que atraviesan el río donde brillantes y parleras multitudes se agrupan en las primeras horas de la mañana, eran vehículos fúnebres. Entre un millar de personas, ni una voz se oía; oíase sólo el desdoblarse de los periódicos que se vendieron en cantidades fabulosas. ¡Magnífica tristeza, y venerable luto! ¡Y así fue en todas las ciudades de la Unión! Tal el norteamericano, y el de los Estados del mediodía brillante; tal el áspero californiano y el culto hijo de Boston: tal el español, el alemán, el irlandés, el frutero mísero, el carretero duro, la elegante dama, el caballero acaudalado.

Era Nueva York aquella mañana como un sol sin rayos, y un mar seco de súbito. A poco ya no se podía salir a la calle sin que se llenasen de lágrimas los ojos. Aquí, con peligro de su vida, prendía un hombre en la altísima techumbre festones negros que debían colgar, en signo de duelo, por sobre los muros de su casa; allá un niño afanado, con su pequeño martillo, clavaba en su puerta un lazo de crespón; ya al fondo de una calle, alzaba un templo sus columnas robustas envueltas en colgaduras funerarias; ya una humilde mujer asomaba a su ventana una banderilla de los Estados Unidos con sombríos ribetes. A toda prisa vestían con los atributos del dolor, fachadas, pilares, balcones, cornisas, muestras. Al ver el rostro severo de cada hombre,

dijérase que a cada uno había visitado en la noche un huésped enemigo. En las calles suntuosas y en las calles miserables, en el opulento Broadway y en el popular Bowery, en la humilde Tercera Avenida y en las paupérrimas calles de los ríos, de piezas de merino, o rica gasa, y de luciente lustrina o trozos de vestido, se hacían coronas, orlas, rosetas, gallardetes, alegorías, marcos, templos. Colocáronse en las vidrieras almohadones de flores. Sin palabra de aviso, —los negocios, que comenzaron con languidez, interrumpiéronse a poco. Claridad de su mente y alegría de su corazón había perdido cada uno con el muerto. Caudales entraban en la suscripción iniciada por el creador del cable submarino a beneficio de la familia del Presidente. Y las campanas tañían; y se envolvían en negros arreos las torres de las altas iglesias y las cúpulas de los arrogantes edificios; y en las casas de campo colgaban de su puerta los labradores la insignia de la amargura, la rosa blanca y negra; y ondeaban al aire las locomotoras su penacho de grasa y humo; y como a un tiempo hablaban todos los poseedores de teléfono de la ciudad, oíanse por los tubos, no palabras, sino como rumor de ola creciente; y venían por los mares mensajes ternísimos de Emperadores y Libertadores, de corporaciones y de gabinetes, de pueblos, y de reyes.



En el gigante cuerpo todos los miembros se paralizaron. En los colegios, los maestros se volvieron sacerdotes y los discípulos corderos espantados de la ira del Señor. En Tribunales, Ministerios, Bolsas, Aduanas, Municipios, Bancos, las plumas reposaron inactivas sobre los escritorios olvidados. Los negocios parecieron profanación. La virtud llenó un instante a la vez todos los corazones. Los hombres fueron durante algunas horas hermanos en la tierra.

Los americanos del Sud, sobre cuyas cabezas había blandido Garfield la luciente espada, lloraban como los americanos del Norte. La mercantil Filadelfia cerró sus libros y los envolvió en crespón. La orgullosa Boston, la clásica Washington, la inmensa Chicago, la elegante Saratoga, y las que fueron fortalezas del Sur como las que fueron fortalezas del Norte, doblaron la frente y alabaron al hombre, y en honra suya, apartaron aquel día los ojos de la tierra y los fijaron en el cielo. El arado, en suma, quedó clavado en el terruño en que recibió el labriego la noticia, y apagado el fuego en los senos de hierro del vapor pronto a darse a la mar.

En las mismas horas, como tributo a la ley y prenda de respeto a la nación, ansiosa de cuanto hace a la vida y muerte de su Jefe, destrozaban los cirujanos el magro cadáver. Aquella enfermedad había sido

una lucha magnífica entre la voluntad de un hombre y el apetito de la muerte. Mientras hubo cuerpo que defender, y aposento en que estar, el enfermo lo defendió y el alma estuvo. Voló el espíritu vital cuando la carne había sido consumida, y la piel cubría los huesos, y los tejidos sin sangre pura que los alimentara, corrumpíanse y abríanse. Lo que se había creído huella de la herida, y estación de la bala, era un canal de pus. La causa inmediata de la muerte, revelada por la autopsia, fue hemorragia secundaria de una de las arterias mesentéricas que estaban en el camino del proyectil matador. La sangre rompió el peritoneo, y se vació, como en un cuarto de litro, dentro de la cavidad abdominal. La bala, que había burlado todas las ciencias de los hombres, y los aparatos que la persiguieron, apareció enquistada bajo el peritoneo, como a dos pulgadas y media a la izquierda de la espina. Rompió la piel, fracturó la costilla undécima derecha, pasó a través de la columna espinal, enfrente del canal espinal, fracturó el cuerpo de la primera vértebra lumbar, arrastró a las partes blandas adyacentes gran número de esquirolas, y se alojó después de su devastadora carrera, bajo el páncreas. Con ella iba el decreto de muerte del herido.

Prolongársele la vida pudo, para que fuera admirada su fortaleza y estimadas en su alta

valía sus virtudes, y ablandada con la generosidad que en todos los pechos despertó este gran dolor, la cólera pública; mas salvarle, no se hubiera podido.

Y en tanto, cuando en sus entrañas calientes buscaban las trémulas manos de los médicos el proyectil mortífero, dormía en su celda, contento del mayor grosor que en ella ha adquirido, el ruin e inicuo ambicioso que le dio la muerte. Ha engrosado el villano. ¡Fía tal vez en la bondad humana! ¡Fía tal vez en los recursos de su inteligencia, que él estima extraordinaria! ¡Fía tal vez en el agradecimiento tácito de aquellos a quienes su maldad ha aprovechado, y van a juzgarle! Vive de amarse, y de gozar corporalmente. Se mira y se celebra. Ama la vida, como la aman los cobardes. Quería gloria, y sin valor para labrar la suya, detuvo la ajena. Es Eróstrato. Aquel quemó el templo, alegre refugio del Universo antiguo: este abrasó las entrañas de un hombre creador de sí mismo, fuerte por el trabajo, grande por la constancia, noble por la bondad, labrador de su fama, hijo de Dios y hombre de Dios, educado por la libertad para ser guardián de ella, criado a los pechos del dolor con jugo amargo; léste abrasó a un hombre honrado, sensato, investigador, trabajador y libre, templo moderno! ¡Cuán poco pago—se dicen ahora los hombres—es la san-

gre emponzoñada de ese asesino para la existencia magnífica que nos arrebató! «¡Que una vida tan miserable haya podido apagar una vida tan grande!»—ha escrito Holland, el autor de *Catalina*, un celebrado poeta.—En las calles, de balcón a balcón, cuelga ahorcado el asesino en efígie; en las plazas, ante la policía que lo tolera, es quemada la imagen bajada de la horca; en su espalda al danzar en el aire, se leía en ancho cartel: «¡Este es el veredicto popular!» En los bosques, elegantes conjurados, tras espesas máscaras, juran hacerlo morir de una muerte no oída, digna de su crimen, y no de la vulgar muerte a que pudieran condenarle los tribunales; en anuncios de tiendas, y papeles de escasa monta, atados por gruesas cuerdas tobillos y músculos, y el rostro cubierto, y el cuerpo pendiente por el cuello, vense retratos del impasible malvado.

Mas este clamor de venganza, expresión brutal y violenta de una ira generosa, relégase a oscuros pueblos, y a las barriadas bajas, en tanto que persuade a la masa real e imponente de la nación una triste convicción de la inutilidad de la cólera; que no podrá con el puñal que clave en el pecho del reo, rasgar las vestiduras de luto que envuelven hoy todos los corazones. Es disgusto de él y horror de él y desprecio de él; y como ha muerto en la estima de los hombres,

se le cree muerto. Y es que el espectáculo de la santidad santifica y el contacto con el perdonador nos induce al perdón; y las almas llenas de cosas celestes, y ocupadas de Dios, no creen en la eficacia de las justicias de la tierra. Es que un gran muerto necesita mayor homenaje que una estéril muerte. Es que no merece el asesino ni que se cobre en él el precio de su crimen. ¡No! para volver las manos a Él, quien nos ve desde su tumba con ojos de padre, ¿hemos de llevarlas manchadas de sangre, de impía y vil sangre? ¡Ruja en su cueva y en su tiniebla y en su olvido, el malvado envidioso! ¡Que las piedras y el hierro acompañen hasta las postrimerías de su infame vida su corazón de piedra y de hierro! ¡Los hombres que han de elaborarse a sí mismos y merecer a sus héroes, no tienen tiempo de matar a un vil!

¡Y a este punto han venido las mentes traídas a bondad y a blandura por el espectáculo admirable de ese moribundo tierno y heroico, de cuyos labios no salió nunca pregunta de odio, ni palabra de ira!

A tiempo viene este dolor inmenso a igualar en este pueblo negociador, la vida espiritual enferma, y la vida mercantil, sana en su medida natural, pero, fuera de ella, petrificadora y corruptora. Piérdense las vidas empleadas en el amor de sí propio; y en el recuerdo eterno, cuéntanse sólo aquellas

confundidas en dolor y amor, y en faena y en lágrimas con los demás. ¿Qué voz secreta habla a los hombres? ¿Qué anciano bondadoso se sienta todas las noches a su cabecera y guarda su sueño? ¿Qué monarca sabio, sentado en el cielo, gobierna a las naciones? ¿Quién mueve a su merced las corrientes impetuosas de la vida humana, y enfurece a los hombres y los calma, y cierra las puertas de su corazón, y las abre después a las palomas? ¿De qué manto resplandeciente y maravilloso son ondas las nubes? ¿En qué mano ciclópica, nudosa como una cordillera de montañas, residen las riendas de los hombres?

Después de la autopsia, cerrado el cuerpo roto, empezó la colosal apoteosis. ¡Sobre caminos de flores, entre sollozos y llantos, entre muchedumbres postradas; entre enlutados ejércitos; entre banderas, y festones, y coronas y lauros; entre ofrendas de monarcas y amor de pueblo, gloriosísima ofrenda; por puertas de palmas; sobre almohadas de rosas, bajo bóvedas de oro; entre paredes de mármol, ha cruzado este muerto la nación!

De la orilla del mar llévanlo a Washington, la capital histórica y dramática. De Washington, la ciudad de sus glorias, fue a Cleveland, la ciudad de sus faenas, de sus comienzos, de sus luchas de pastor y de maestro, de sus amistades can-dorosas, de sus recuerdos más

tristes y más dulces. Y en Cleveland, ante la nación suspendida, recogida en sus hogares, arrodillada en los templos: ante cien mil testigos, idos de todas partes de esta conturbada tierra; a la hora en que alzaban por él preces la madre Inglaterra y el lejano Egipto, y Francia y Alemania oraban a una, y la reina inglesa humillada de hinojos, rezaba por el muerto con sus hijos; en Cleveland, ante las banderas plegadas y los tambores vestidos de negro, y las águilas nacionales abatidas,—bajó a la tierra el hombre que la ha honrado, fortalecido, amado y mejorado.

En Long Branch comenzó la apoteosis. Los elegantes vecinos del aristocrático lugar, los numerosísimos recién llegados de Washington y Nueva York, la suntuosa y acaudalada muchedumbre que habita en verano las playas favorecidas del afamado pueblo de baños, con olvido de toda convención, y de la aspereza y frialdad que impone la raquítica exhibición de mutuo lujo en que los modernos hombres viven—como si a aquel sol de virtud se hubiera deshecho todo el hielo que los celos y ambiciones de los hombres amontonan—se agolpan silenciosos, humildes, tristes, cual negra marea que fluye y refluye bajo el palio oscuro de la noche melancólica, a la casa del muerto. Allí se abrió por primera vez a la multitud anhelosa el teatro de tanta espe-

ranza y tanta angustia. Allí, durante una hora, desfilaron unos tras otros, ante el cadáver, los espectadores afligidos. Se oía como rumor de alas que pasasen; y como olas de Océano poderoso, estallaban fuera de la puerta, los gemidos. Allí estaba, en su sencillo ataúd negro, adornado sólo con gruesas argollas de plata, aquel cuya vida deja tras sí calor de sol y resplandor de luna. Los vestidos que llevó cuando juró, seis meses ha, ser fiel a los deberes de la Presidencia,—esos llevaba ahora: que no sabe el hombre, al aprisionar su cuerpo entre vestidos, si entrará con ellos a la casa de la Gloria o a la casa de la Muerte. En una lámina de plata, clavada al féretro se leía esto:

JAMES ABRAHAM  
GARFIELD NACIÓ EL 10  
DE NOVIEMBRE DE 1831.  
HA MUERTO PRESIDENTE  
DE LOS ESTADOS UNIDOS  
EN 19 DE SEPTIEMBRE  
DE 1881.

Y a sus pies se cruzaban dos ramas de palma en forma de una V: «Victoria!»

¡Oh! Las garras de la muerte habían dejado huellas en su rostro hermoso; como al paso del negro ángel, las rudas alas, hiriéndole la faz, habían arrebatado de él toda la carne. Nidos vacíos parecían los ojos; la barba, como oleaje de mar muerto, caíale sobre el pecho: semejava la frente campo ara-

do. Su mano, como la posaba en vida, posaba sobre el corazón.

Cerradas a los extraños las puertas, abrierónse a la Iglesia. El pastor de la Iglesia Presbiteriana leyó a la cabecera de aquel apóstol pasajes de los apóstoles; leyó pasajes de aquella Epístola a los Corintios, llena de fe divina y ciencia humana; y luego con voz trémula alzó la voz a Dios y dijo:<sup>a</sup>

«¡Oh, tú que conociste la sepultura de Bethania, aquella tumba abierta del hermano en Bethania! ¡Oh, tú que tuviste compasión de la viuda de Naín, cuando cargaba a su amado muerto! ¡Oh, tú que eres el mismo ayer, hoy y eternamente, en quien no hay mudanza ni noche, ten merced de nosotros en esta hora en que nuestras almas no saben ya donde volar! ¡Mas volamos a ti! ¡Tú conoces estos dolores que sufrimos! ¡Oh, tú, Dios de las viudas, ayuda a este corazón estremecido delante de Ti! ¡Ayuda a estos hijos, y a los que no están aquí! ¡Sé el padre suyo: ampáralos en el distante Estado que veló por ellos en su infancia: ampara a esta nación que hoy sangra, y se inclina ante Ti! Trueca, Señor, en beneficio nuestro, este castigo: guía, Señor, a los que fueron sus compañeros en el gobier-

a. En LON, comillas al comenzar cada línea del párrafo siguiente.



no: haz que de las tinieblas de esta noche de amargura surja un día más sereno, para la gloria de Dios, y el bien del hombre. Gracias te damos por el recuerdo de esta vida que se extingue, víctima de su consagración heroica a los principios: gracias porque él fue tu siervo, y te predicó y enseñó tu vida, y aprendió tu ejemplo, y podemos decir de él ahora: ¡Benditos son los muertos que mueren en el Señor: sus obras van tras ellos! ¡Y ahora, buen Dios, acompaña a estos tristes viajeros en este amargo viaje; fortifícalos y animalos, buen Dios, y llévanos a todos presto a la mañana que no tiene noche, al hogar que no tiene lágrimas, a la tierra que no tiene muerte! ¡Por el amor de Jesús! Amén.»

La locomotora, ansiosa de su carga, mugía ya impaciente a las puertas de la casa: en sus clamores se extinguieron los del hombre del Señor cristiano: en sus brazos poderosos, brazos dignos de llevarlo, volvía el héroe a Washington. Pusieronle en un carro todo arreado de duelo, donde doce soldados daban guardia; y, como vigilando por su mártir, artesaban el techo en colgantes festones las banderas. El tren, por no interrumpir aquel glorioso sueño, se movió lentamente, y cruzó los prados, costeó el mar ancho, se perdió en el luengo espacio, en tanto que, como familias privadas de su jefe, volvían los moradores

de Long Branch a sus desiertas casas,—y en aquella que vio morir al hombre bueno, se apagaban los últimos ruidos de la vida, se echaban sobre los aposentos vacíos las tristes llaves y, cual si llorasen la catástrofe terrible, los parquécillos de césped del contorno, antes tan verdes, resplandecientes y galanos, ahora,—azotados por tantas plantas ansiosas, quedáronse amarillos, y como turbios, despedazados, pálidos y secos.

Corrió el tren hasta Washington entre murallas de gente: en Princeton, donde los jóvenes de los colegios habían cubierto el camino del tren de recién cortadas rosas, aquellas manos infantiles arrojaban guirnaldas y coronas al carro funerario. En Filadelfia, al asomar el lúgubre cortejo, descubriéronse decenas de millares de hombres: hacía llorar el colosal silencio. En Wilmington, avalanchas compactas impidieron el paso de la locomotora que se movía penosamente por entre ellas. En Washington, la ciudad estaba empedrada de gentes y colgada de ellas; avenidas y plazas, balcones y ventanas, aceras y techos, todo, desde la estación, totalmente cubierta de paños negros, hasta el Capitolio, aderezado con severo lujo, rebosaba seres humanos. No hubo en tres horas en Washington una cabeza cubierta. En hombros de artilleros, y cercado de un cuerpo escogido de tropas de la

Unión, fue el féretro hasta el carruaje que lo condujo a la Casa nacional, tirado por seis caballos arnesados de duelo. Ni un brusco ruido, ni palabras importunas, ni un murmullo siquiera, alteraba aquella paz solemne, sino ahogados sollozos. Y los que estaban contenidos en los pechos, por respeto o timidez, hallaron libre suelta, y las lágrimas asomaron a todos los ojos, cuando al llegar al pie de la rotonda la vasta procesión, al tocar aquellos peldaños resplandecientes de la escalera de triunfo, al cruzar el féretro ante la estatua del honrado Washington, rompió la banda en sonos melancólicos, y entonó un aire hermoso, triste y caro a todo corazón americano: «¡Más cerca, mi Dios, de ti!» A un lado y a otro de la imponente escalinata, aguardaban el féretro los hombres más ilustres de los tribunales y las Cámaras, y cuando desde lo alto de aquella majestuosa gradería se miraba a aquella muchedumbre prosternada, sigilosa, amante, y sus rostros afligidos, y sus cabezas desnudas, y sus ojos húmedos, y antes se extinguía la mirada atónita en el distante espacio, que el gentío respetuoso y en las Avenidas del admirable Capitolio; cuando se veía faz a faz el generoso premio, y aquel tributo de amor pagado al mártir, sentíase el que miraba poseído de todas las excelsitudes de la grandeza, y las embriagadoras seduccio-

nes del martirio. Tras el féretro iban, unidos por un dolor visible en ambos, los enemigos airados de la víspera: el nuevo Presidente Arthur y el Jefe del Gabinete de Garfield, Blaine; Windom, celebrado Ministro de Hacienda; y el jefe del cuerpo judicial; el general Grant, que ha mostrado en esta muerte pesar profundo, y el general Beale, su frecuente compañero. Iban los miembros del Gabinete, Swain y Rockwell, los dos tiernos amigos de Garfield, su Mecenas aquél, su Píladés éste; los fieles Secretarios del Presidente muerto; funcionarios notables, y los brillantes oficiales del amaestrado ejército y la famosa armada de la Unión. Transpusieron la escalera de mármol; pasaron bajo la puerta de bronce; dejaron el cadáver sobre el catafalco mismo en que estuvo expuesto, largos años ha, el cadáver de Lincoln. El cuadro alegórico de Brumidi,<sup>a1</sup> el cuadro de la gloria americana, coronaba, como las nubes a la tierra, el féretro. Arriba, sobre la cúpula, la estatua de la Libertad saluda al sol que nace a sus pies, bajo el pavimento; ábrese la cripta que destinó el Congreso a Washington; y allí, en el lado de Oriente, extiéndese el pórtico en que prestó, en el día glorioso de la inauguración, su solemne juramento. Franjas de plata en terciopelo negro adoran el sencillo catafalco. ¡Así ha de ser la muerte cuando se ha vivido bien,

luego de la vida: en negro terciopelo, franja de plata!

Al día siguiente, una rueda nueva reemplazaba a esta rueda rota. El nuevo Jefe de la nación, que entre dramáticos incidentes y en una hora de real y viril amargura había prestado en un artístico aposento de Nueva York, la promesa de lealtad a su alto cargo, la prestó por<sup>b</sup> segunda vez, en el salón del Vicepresidente en el Capitolio, en conformidad a la histórica ceremonia nacional. Digno fue el acto, como han venido siendo siempre dignos todos los actos de orden personal del nuevo Jefe. No la usual multitud de ilustres curiosos, sino escaso número de graves funcionarios o celosos amigos asistieron, por especial invitación, a la ceremonia. Allí, entre altos Magistrados y Secretarios de la Presidencia, el Justicia Mayor, en su severo traje oficial, tomó al nuevo empleado de la Nación el juramento de su empleo: —*«Juro solemnemente que cumpliré con fidelidad el cargo de Presidente de los Estados Unidos; y preservaré y defenderé, con toda mi energía, su Constitución.»*— El Presidente, que había tenido la mano puesta sobre la Biblia abierta que mantenía un funcionario de la Suprema Corte, inclinó su robusto y alto cuerpo, besó humildemente la Biblia, y dijo con voz firme y distinta: —*«¡Juro: así ayúdeme Dios!»*—Y con grave ademán sacó del pecho un breve ma-

nuscrito, y trémulo al comienzo, y con las manos agitadas, mas luego con voz clara y manos serenas, leyó su varonil discurso de inauguración, en que elogia a aquel contra quien combatió, ofrece luchar por lo que él luchó, y asegura que cumplirá al país las promesas de reforma osada y hábitos puros que su predecesor había iniciado en el Gobierno.

¿Ni cómo, ante la universal admiración al generoso muerto, hubiera podido decir en su discurso inaugural cosa distinta? Mas, porque se le pudiera suponer y supone, no caudillo de sus parciales sino parcial de otros caudillos, recabó en frase enérgica y oportuna la suma de autoridad que cabe en la Presidencia y anunció el propósito de ejercerla. De la ciencia es padre el tiempo. Y es la política como cera blanda, que se ajusta a un molde inquieto, variable y hervidor. Como hunde el crepúsculo el día y la noche, así a la sombra de este ataúd, aunque a la larga hayan de reaparecer, se han comprendido por el dolor y por el respeto, y por la necesidad de bien parecer, y por la utilidad que de ello les viene, las dos secciones del partido republicano.

Mas las lides políticas que ya en estos días cobran aire y vigor de novedad, cesaron en la semana de ceremonia fúne-

a. En LON, «Brumidid».

b. Se añade esta palabra.



bre, avergonzadas, y no llegaba de ellas noticia alguna a la afligida familia nacional. A un coronel que intentó —porque es ley que en el hueco del árbol en que se posa el águila anide la serpiente— revivir las calumnias que contra Garfield se lanzaron en la agria campaña electoral, en un artículo publicado a la raíz de la muerte del noble hombre, le persiguieron indignados, y con aplauso de la comunidad ofendida, los estudiantes de la villa; sitiaron su casa; recorrieron en procesión amenazadora la población; con proyectiles llenos de tinta, señalaron la fachada del edificio del periódico; juzgaron como a ser extraño a la especie humana al coronel, y lo quemaron en efígie.

Demócratas y republicanos han llorado y lloran, en común, la pérdida del Jefe honrado; y en aquella estupenda mole viva que se acumuló en Washington a ver los restos del magistrado difunto, era de ver con júbilo, cómo por primera vez, después de la guerra, los odios de los hombres se endulzaban frente a la tumba de un hombre que no tuvo nunca odio. Luchó contra el Sur, por la gloria de la nación, la redención de los esclavos, y el aseguramiento de la Libertad; pero amó al Sur. En su corazón apostólico no cabían hidras. Guardaba la justicia para abatir a los malvados; mas era naturaleza de su juicio la cordura, y bondad era en su cora-

zón naturaleza. Así negros inválidos de los Estados rebeldes formaban en la procesión interminable que aguardaba en las calles desde el alba su momento de entrada en el Capitolio, al lado de elegantes damas de Washington, de corpulentos californianos y despiertos neoyorquinos. Arrastraban su pierna herida, o su muleta poderosa, largas horas; y ascendían, como el muerto el día anterior, la escalera de mármol; y entraban, como el muerto, por la puerta de bronce; y sobre ellos, como sobre el muerto, brillaba cual brilla el cielo sobre los hombres, el cuadro de las glorias americanas, y de pie sobre la cúpula magnífica, la estatua de la Libertad mirando al sol naciente. Vio aquel día la imponente rotonda 150 000 seres humanos. Las madres llevaban en sus brazos a sus hijos. Ciego había, llevado por su amigo. Las gentes pobres de ciudades y aldeas vecinas, llegaron cubiertas de polvo, tras viaje de toda la noche, con su cestillo de provisiones en la mano. Seis mil vieron el cadáver cada hora. Afuera, poseídos de respeto, murmuraban apenas: dentro, traspasadas de angustia, rompían a llorar. Una mujer, con los cabellos blancos, juntas las manos en actitud de plegaria, cae arrodillada y casi exánime, murmurando entre lágrimas: «Querido corazón, ¡cuánto ha de haber sufrido!»

Los niños, como quien se acerca al sol y mira a una mon-

taña, se detenían con asombro y respeto ante el féretro. Henchía el aire en la rotonda perfume de flores. En una almohada de claveles blancos, se leía en siemprevivas azules: «Nuestro llorado Presidente». Sobre una columna truncada de bellas rosas, una blanca paloma extendía las alas. Abriánse a poca distancia del ataúd, con flores magníficas labradas, las puertas del cielo. Alzábase no lejos, en forma colosal, la corona de la gloria. A los pies del catafalco yacía una corona majestuosa y rica, de rosas de Niel, blancos claveles, aromosos jazmines y hojas de geranio; y entre las flores se leía, honrando tanto al envia-dor como al difunto: «La Reina Victoria a la memoria del Presidente Garfield.—Expresión de su pena y su simpatía con la señora Garfield y la nación americana.» ¡Oh esta reina ha domado la etiqueta, y ha hecho brillar su corazón. Su angustia durante la enfermedad de Garfield, ha sido angustia maternal. Con el alba amanecían en la casa del herido sus telegramas. Su interés era vivo, infatigable. Quería informes propios, no oficiales. Ha estado en espíritu a la cabecera del enfermo. De su trono de Reina, ha venido a sentarse en el hogar del labrador de la casa de Mentor. Ha saludado como

---

a. En LON, comillas al comienzo de cada línea del epitafio.

amiga a la admirable esposa del Presidente. Ha preguntado asiduamente por su salud, y la de sus hijos, y la anciana madre.

¿Qué ha faltado en verdad a este hombre que acaba de morir? ¿Ni cómo había de morir hombre tan venturoso? Es su casa transparente, y su vida queda como escrita en bronce. Fue grande en aquello en que se lo es difícilmente —en el hogar. Tuvo tierna, fiel, nobilísima esposa. Pudo verse a sí mismo con orgullo. Tuvo amante, providente, enérgica madre. Ante su fosa llora un pueblo. Y los pueblos se congregan para llorarlo, y por encima de aves rapaces y leones parece que se cierne una paloma.

El día después del de la muerte, la madre, que era alba en sí, y magníficamente pura, se había vestido con el alba, y con sus ojos que han visto morir 83 años, leía la Biblia. Termina el pacífico y señorial almuerzo de las casas de campo americanas: la anciana quiere leer el telegrama del día que le arrebatan.

—«Madre —le dicen— ¿podrías tú recibir hoy malas noticias?»

—«¿Por qué? ¿Por qué?»

—«Madre!: hay malas noticias!»

—«¿Está muerto?», pregunta la anciana temblando.

—«¡Está muerto!»

¡Qué torrentes de lágrimas!

—«¿Es verdad?», pregunta de nuevo con labios balbucientes. «Ayúdeme el Señor,

pues si él está muerto, ¿qué haré yo?»

Y leyó con ansia la briosa anciana el periódico del día. Y decía a cada instante:

—«¡Pues no puede ser que yo viva si él ha muerto!»

Extraña luz la que brota de estas amables cosas escondidas, —mas parece que de aquella cabeza venerable, coronada de canas, resplandece luz suave de aurora boreal.

No ha visto Washington procesión más imponente que la que, el día 24 de septiembre, acompañó el cadáver de Garfield a la estación de que partió el tren que llevó sus restos a donde a la sombra de los sauces nativos, las paredes del ataúd lucharán en vano por resistir la obra transformadora de las entrañas voraces de la tierra. De forasteros y gente de la ciudad estaba lleno Washington. Anchas como plazas son sus calles; y sus plazas son circos, mas a la gran multitud venían estrechas. Habíanse hecho en la hermosa rotunda<sup>a</sup> ofrendas a Dios y ante dos mil afortunados espectadores, los Ministros extranjeros, el alto ejército, la alta marina y los cuerpos más importantes del estado, habíase leído la Biblia; había el Reverendo Isaac Erret elevado al cielo elocuente plegaria y el pastor de la Iglesia que fue en Washington la Iglesia de Garfield, había honrado en hermosas frases al que él llamó Garfield el Bueno.

Una música suave, que semejaba vapor que se eleva o lum-

bre que se extingue, la música del «En el dulce porvenir» acompañó el cadáver a la arrogante carroza fúnebre. Allí todo el ejército, allí las bandas; allí la policía montada, a la vanguardia el Estado Mayor, zuevos, veteranos, infantes, artilleros, cadetes y marinos: allí, cañones con arreos de duelo, y el gran ejército de la República, y los mozos del Club Conkling en su brillante traje azul, y Caballeros Templarios de Washington, y Templarios de Baltimore, que de allá vinieron para dejar a los pies del Presidente una gran cruz de Malta, de muy ricas flores. Y tras ellos, en el carro suntuoso, el cadáver, y en su torno, numerosa guardia de honor de oficiales notables del ejército. Llegóse al tren, rompió la banda de Marina, en un místico aire: «Salvo en los brazos de Jesús», colocaron en su carro de viaje, al féretro, sobre el cual, pendiente de la ornada techumbre, abría las alas de flores blancas y amarillas una gran mariposa; y era tal la compacta muchedumbre en torno a la estación de la vía férrea, que luego de ido con su carga que no había de tornar el tren fúnebre, transcurrió largo tiempo sin que se diseminara la gigantesca masa humana, y volviera a su calma la ciudad vacía de su grande hombre.

a. En LON, «rotunda».

Los jardines del tránsito habían sido segados, y las ramas más frescas de los árboles, para honrar al muerto. En las estaciones en que se detenía, se detenía sobre rosas. Desiertos quedaban los pueblos, y sus habitantes llenaban el camino. Iba en el tren fúnebre la esposa fidelísima; con los restos de su esposo vino de Long Branch, en solemne hora, hurtándose a los ojos extraños; cerró tras sí las puertas de la rotonda del Capitolio, y habló a solas con su esposo muerto; y con él iba a Cleveland, a Cleveland, la ciudad de los funerales. ¡Largo, tristísimo e imponente viaje! La noche, negra; el campo, vasto; fragante el aire; el tren veloz; y el hombre, muerto. Silbaba la locomotora en la campiña; las brisas en los árboles rumoraban; y corrían los arroyos en la naturaleza, junto a aquel en quien había cesado ya de correr el arroyo de la vida. Sonaban en la medianoche, las campanas de iglesias y de escuelas, grave, lúgubremente. En la pradera solitaria, y valle ameno, veíanse a la tibia luz de la aurora, grupos de campesinos que aguardaban el paso del tren, con la cabeza descubierta; labradorcillos con el rostro mustio; labradoras, que en tributo al muerto, le ofrecían el reposo nocturno.

En Cleveland, en tanto, era día la noche, y todo anhelo y rivalidad por recibir al glorioso huésped. La quieta, la religio-

sa, la modesta Cleveland, erigía, con singular presteza en su mejor plaza un admirable monumento. ¿Mas dónde había ella de alojar a los cien mil espectadores? ¿Con qué provisiones había de alimentarlos ella? Las casas privadas se trocaron en hoteles; las empresas de los ferrocarriles alquilaron los asientos de los carros; se juzgó cama buena un montón de césped, o una silla piadosa; resonaban por todas partes en la ciudad redobles de tambores; lucían las diputaciones militares del país sus pintorescos uniformes; ondeaban al aire las plumas de los cascos; las manos de las damas elaboraban hermosas coronas; de siemprevivas y laureles estaban regadas las alfombras de las casas y las calles. Campamento era el pueblo.

Llegó el féretro; ocupó su monumento; la multitud se postró ante él; en un alto arco, al fondo, se leían estas palabras:

*corrió bien la carrera de la vida.  
hizo bien la obra de la vida.  
ganó bien la corona de la vida.  
ahora viene el descanso.*

Bullía la generosa población cual cuerpo de súbito henchido con cantidad de sangre extraordinaria. Fue el día una larga procesión al féretro. Fue la noche una inolvidable, romántica, histórica noche. Sobre cuatro empinados arcos, sustentados por negros pilares, listados de oro, se levantaba la

dorada cúpula. Yedras y siemprevivas ornaban los arcos; enlutados cañones yacían al pie de los pilares recios; banderas negras colgaban de las elevadas cornisas, y a par de ellas el pabellón de la Nación. Reflejábase la misteriosa luz eléctrica sobre las espadas de los escudos, sobre las barras de plata del ataúd, sobre la osada cúpula de oro. Murmuraban los vientos en los árboles; inclinábanse las ramas, llevadas de la brisa al monumento; con paso silencioso movíanse en torno de él centinelas; sobre cruces de musgo y urnas egipcias, sillón vacío, lira, estrella, faro, compás, Biblia de flores, brillaba la luz pálida. Y en aquella lumbre pálida de ámbar se leía escrito con siemprevivas rojas en la Biblia: «Tu voluntad sea hecha».

Lentamente, y apoyado en su bastón, del brazo de un amigo, subió las escaleras del catafalco, un anciano cansado, de mirada profunda, cabello rebelde, y rostro lívido. Era Blaine, que en el seno de la vasta sombra, vasta como sus atrevidos pensamientos, venía a dar el último adiós a su compañero fidelísimo, como él osado, como él honrado, como él prudente. Aquel ataúd se llevaba tantos propósitos de reforma, tantos proyectos redentores, tantos sueños de gloria! La patria corre tanto riesgo en manos de los ambiciosos! Y bajo la mano nerviosa temblaba la caña, y con larga mirada envolvía el ataúd, y



sobre su faz lívida, resplandecía la luz eléctrica!

El lunes, día de los funerales, era día oficial de duelo, día de humillación y de plegaria para toda la Nación. A un lado pusieron estos cincuenta millones de hombres los instrumentos de trabajo. Se abrieron las Biblias y resonaron los órganos. Cleveland amaneció de pie, dispuesto a la tristísima faena. Día inmenso en que todo corazón sintió congoja! Enancha plataforma, levantada a espaldas del monumento, en torno de la cual la leal multitud se agrupaba desde la mañana en suma enorme, comenzaron a tomar asiento los hombres más famosos de esta tierra. Era el oficio fúnebre. Un grupo de mujeres, ocultas bajo espesos velos, sube a la plataforma: ¡es la anciana de 83 años, faz a faz de su hijo! ¡Es la compañera de toda la vida, fiel más allá de la tumba! ¡Es la hija trémula! En grupos vienen, y en silencio se sientan, los hombres famosos. El uno es Hayes; con su rostro sereno, y lucientes sus cabellos rizados, su apostura, digna, grave, impenetrable. Cerca de él se sienta, y cierra los ojos, como si el mundo externo fuera ante él menos espacioso y solemne que el mundo interior, el triste Blaine. Allí se reúnen: el bizarro Hancock, que llora con rudas y nobles lágrimas de soldado la muerte de su vencedor; el hijo de Lincoln, de marcada faz teutónica, en cuyo

espíritu lleno del grandioso espíritu del padre, deben correr a la vista de este otro hombre asesinado, aguas amargas. Dos héroes de la guerra toman allí asiento, Sherman, inquieto y penetrante; Sheridan, cuya mirada atrae y deslumbra. El senador Bayard, que va a ser electo presidente del Senado, y a entrar por tanto en la línea de sucesión legal a la Presidencia de los Estados Unidos, está allí con su faz patriarcal, reposada y afable, al lado de Jones, el tenaz demócrata, que viene a tributar honores con su Jefe al caudillo que un año hace los venció en reñidísima contienda. De gobernadores, de guerreros, de afamados políticos, de sacerdotes, de oradores, de los más leales corazones y más claras cabezas del país, se llena al cabo la plataforma. Se entona un himno, que cien voces levantan. Una voz conmovida lee en las Escrituras aquel pasaje que empieza: «El hombre que nace de mujer, dura poco y vive entre amarguras.» Un sacerdote se levanta luego: «¡Oh, Dios!», dice a Dios: «¡Gracias te damos por ese noble, gran carácter de nuestro muerto Presidente, que se ha alzado tan alto ante nuestra nación y el Universo; haz que te demos gracias porque la rectitud de que dio ejemplo prevalega y cunda en toda la nación.»

«En ti amó, Señor, en ti muere!» —cantó la sociedad vocal. Y con su último acento se levantó a hablar el Reve-

rendo Erret, el apasionado, elocuente Reverendo. De él era el honor de hablar del muerto. No fue en verdad una de aquellas aladas pláticas, y maravillosos transportes de elocuencia que como león de melena de oro, o cóndor que hiende nubes, surgen en horas graves de los labios de los brillantes oradores hispanoamericanos. Fue una oración oportuna, sesuda, reposada: enumeración de merecimientos, conjunto de juicios, amonestaciones racionales y avisos honrados.

«Nos hace falta la virtud, para continuar siendo el pueblo grande y libre de la tierra!»—«Aquí lloramos por un hombre ilustre que fue todo lo que fue en grado supremo, y combinó, con un poder majestuoso, en igual cantidad fuerzas distintas. Aquí lloramos por aquel en quien la ternura del padre fue igual a la bravura del soldado,—y dijo en el templo del Señor la palabra divina con la misma fe y fuerza que en el templo de las leyes la palabra humana. Aquí lloramos por aquel hombre sencillo y perseverante, para quien fue el creer sin razón una ignominia, el desconocer algo un tormento, y el conocerlo, causa de deleite. Aquí lloramos por el que predicó la ley cristiana con la palabra ardiente y fácil, y con el ejemplo rudo y difícil, por el Senador admirable, llevado al Senado en hombros de su pueblo; por el presidente osado y honesto, que apro-

vechó la autoridad para dar golpe al error; y buscó compañía entre los ilustres y puros, y consejo—entre los humildes y desinteresados. La tierra no pudo ponerle más alto; ni su pueblo amarle más, ni él amar más a su pueblo. Noble y maravillosa fue su vida, y nuestro agradecimiento, y el respeto del mundo, y el dolor con que se le ve partir, más grande que ella! ¡A ti, padre celeste de los que aquí no tienen padre, encomiendo la madre que le creó, la esposa que le acompañó, los hijos a quienes dio vida, y esta Nación que llora sin él huérfana.»

Triste, largo, penoso silencio sucedió a la severa plática del grave Reverendo. Un sacerdote cantó entonces, coreado por la sociedad vocal, el himno que amó el muerto, canto de trabajo, voz de guerra, estrofa de faena.

¡Oh, de la mies humana  
[segadores!  
Subid a la montaña  
De la sabiduría,  
Y abajo echad, vencidos los  
[errores:  
No haya palabra extraña  
Ni ciencia oculta al hombre, ¡oh  
[segadores!  
Servid como yo sirvo al Dios que  
[adoro,  
Y será vuestro premio un templo  
[de oro.

Y descansaba, en verdad, cual póstuma y delicada caricia de la suerte, bajo un templo de oro!

Comenzó entonces a moverse hacia lejano cementerio el colosal séquito. En hombros de artilleros iba el Presidente: tras él, en cerradas carrozas, sus deudos y allegados. Lejanos y pausados disparos de cañón, clamor de cornetas, melancólico son de marcha fúnebre, precedieron a aquella corte inmensa. Compañías de todos los cuerpos, comisiones de todas las armas, diputaciones de todas las logias, en uniformes deslumbradores, con sombreros plumados, y arrees de gran fiesta, seguían al féretro. La Logia a que él perteneció, el regimiento que él mandó en la guerra; corporaciones, colegios, centros de campaña electoral, universidades, y hebreos, húngaros, suizos, bohemios, trabajadores, teutones, en luenga interminable fila acompañaban el cadáver. Todo lo que lucha por la vida, todo lo que el trabajo santo alienta, acompañaba a su lecho frío el cuerpo de aquel trabajador, de aquel luchador.

Con él sociedades católicas, racionalistas, israelitas; sociedades de temperancia, sociedades de benevolencia. Con él, en grupo solemne, ciudadanos blancos y ciudadanos negros del Estado. Tras ellos gigantesca procesión de tropa; tras los hombres ilustres de la comitiva, diez regimientos de la Guardia nacional. Banderas plegadas y horadadas de balas, aires lánguidos, y penetrantes, como tocados por fugaces bri-

sas en arpas moribundas, y al cabo, el bravo pueblo, el generoso, el pobre, el desconsolado, el humilde pueblo, con su desorden pintoresco, sus aseados vestidos, sus sombreros gastados, sus bronceados rostros, sus manos callosas, y su continente triste, y su frase de amor, o su cruz de respeto, atadas a la manga o al sombrero. Él, como ellos, fue pobre, y anduvo en fiestas con vestidos raídos, y expuso al sol la faz y al arado las manos. Él, más fuerte que Sísifo, había llevado la roca a la cima del monte, y sentándose sobre ella, amó:<sup>a</sup> por eso ha sido amado!

Bajo un arco abierto de inscripciones entró en el Cementerio: «Duerma aquel a quien hemos amado»,—decía en una parte. «Duerma aquel en quien tuvimos confianza»—decía en la otra. «Ven a descansar»,—decía el arco en lo alto. Lo dejaron en tierra. Lo elogió al borde de la fosa el capellán de su valeroso regimiento. Las Sociedades Corales alemanas cantaron en latín el *Integer vitae* de Horacio. Altísimo coro, que repetía la muchedumbre afuera, cantó de nuevo al aire:

Oh! de la mies humana segadores  
Subid a la montaña  
De la sabiduría,  
Y abajo echad vencidos, los  
[errores:

a. En LON, «ella! Amó:»



No haya palabra extraña,  
Ni ciencia oculta al hombre, ioh,  
[segadores

Calló el himno: se hundió el hombre en la fosa. El caudillo que, como quería el monarca Budista,<sup>a</sup> había acrecentado la misericordia, la caridad, la verdad, la bondad y la piedad entre los hombres; el que vivió en aquella «medianeza comedia» que recomendaba a Boscán Don Diego Hurtado de Mendoza; el que poseído de amor divino, venció todo rencor y traba humana, y del acero de sus aperos de artesano hizo su pluma de Senador y Presidente; el que puso su palabra al lado de la Justicia, su espada al lado de la libertad, y su fortuna a la espalda de su deber; el que, como el Dios de los primitivos hebreos, tomó todas las formas, habló todas las voces, y sufrió todas las amarguras de su pueblo; el que batalló en la hora de la batalla, predicó en la hora de la paz, habló en la hora del debate, sufrió en silencio y amó perpetuamente; el que por la excelencia de su virtud subió de la más humilde grada de la escala de los hombres a la cima fulgente; el que vuelve a la tierra, blanco como los vellones de cabritillo no nacido que regalaban a sus desposadas los castellanos españoles; el hombre de la humanidad, de su nación y de su tiempo, creador de sí, laborioso y amoroso, mártir caído en la batalla

eterna de las fuerzas satánicas que devoran y las fuerzas divinas que construyen, moría entre himnos, llorado a la par y con igual ternura, en los confines todos de la tierra, con la corona de una reina sobre su féretro, y los cánticos de un pueblo colosal acompañando a la inmediata altura el luminoso viaje de su espíritu.

Volvieron los carruajes lentamente; cayó del cielo lluvia triste; volviéronse a sus lares los tributarios fieles; arrebató la multitud las hojas de las rosas, los pálidos helechos; el seco musgo que había estado a sus plantas, bajo su bóveda, en su féretro, y se sentó en su silla, con la mirada vaga, la infeliz anciana; y agrupó así sus hijos, en su terrible soledad, la viuda esposa.

Nueva York en tanto ofrecía una admirable perspectiva. Los templos todos de la Nación, la Catedral católica, la sinagoga, la pagoda, la sala metodista, el salón de los librepensadores, los templos todos estaban abiertos. Beecher, Talmage, Adler, Collyer, Chauncey Depew,<sup>b</sup> hablaban. Moría en las calles el eco de la Iglesia. Nueva York, regiamente decorado de duelo, reposaba y gemía. Negra franja cruzaba los carteles de los teatros. Gravedad y pesar decían los rostros. Eran las calles colgadas de luto, cual cauce seco de un río negro. Y el río mismo parecía enlutado. Se deslizaban por él los vapores como si

no quisieran ser oídos. No era aquella brillante regata, y vocinglera batalla de los comunes días; semejaban los vapores escasos, los blancos vapores de la travesía, cruzando lentos y aislados por el agua mansa, como palomas tristes que saben que no han de hallar padre ni madre en el desierto nido. Guardianes de cementerio parecían. Edificios había, edificios babilónicos como el del joyero Tiffany, cubierto desde el terrado a las aceras, de merino negro. Con cinta negra atados se vendían los nardos. Como en luengos hilos corre el llanto por el rostro, en luengas bandas corrían por las paredes los símbolos del luto. Ya era su retrato, en marco de laurel, surgiendo de entre palmas. Ya era su busto, en fondo lúgubre, coronado por un ángel. Unos habían atado al asta las banderas; otros habían prendido a la lanza gallardete funeral; otros colgaban de sus ventanas banderas negras y blancas. Los mástiles de los buques, las cruces de hierro de las torres, las flechas de las veletas estaban enlutadas. No se entraba a las casas sino por debajo de bóvedas luctuosas; artesonaban la techumbre de los pórticos densas gasas y espesos crespones.

Admiraban los forasteros y los urbanos la soberbia metró-

a. En LON, «Budhista».

b. Errata en LON, «Depew».

poli; del hombre perdido consolaba la esperanza en los hombres que sabían llorarlos; séquito interminable, camino de los templos o de los lugares más ornamentados, llenaba a Broadway, cuando de súbito, con su plumaje de humo pardo salpicado de chispas, una bomba de incendio cruza desalada a los ojos de la suspensión muchedumbre. Una, otra, otra, otra aun, otra más, la siguen. Son águilas rojas que vienen, prendidas en la cresta jirones de nubes, rampando la tierra. Va tras ellas el carro de las escaleras y las mangas; por sus bordes, saltando como duendes, se envuelven los bomberos en sus capuchas de hule; los pasajeros de los ómnibus, que van cuajados de gente, saltan a la calle, anhelosos de ver la horrible fiesta: hay algo de embriaguez para los hombres en todas las grandes convulsiones de la naturaleza.

Aún estamos, amigo mío, bajo el palio negro. En vano han pasado los días de duelo, sin que una sola de las insignias de luto haya sido arrancada de las columnas y los muros: inoble tenacidad de una nación agradecida! En vano ha anunciado el Presidente que debe reunirse en sesión extraordinaria el Senado, para elegir en el presidente de la Alta Cámara, el sucesor legal en caso de catástrofe, a la Presidencia de la Nación, sucesor que hoy no existe; en vano es

motivo de curiosa observación ver cómo la mayoría del Senado hoy demócrata, elegirá un sucesor probable demócrata a un Presidente republicano. Ni vale que se dé cuenta minuciosa de los preparativos del proceso de Guiteau. Ni vale que se susurre que se ha descubierto una tentativa de asesinato al nuevo Presidente, lo que parece inexacto. Ni siquiera vale que se discuta calurosamente la creación del Gabinete que ha de suceder al Gabinete de Garfield, que ha retenido cortésmente Arthur, contra quien no ha cuatro meses reñían apretadísimas batallas. Se dice que Fish, el ministro de Grant, o Conkling, el enemigo de Blaine, sustituirán a Blaine; se dice que este caudillo animoso irá a desempeñar la embajada de Berlín o la de Londres; se celebra la reserva cuerda, y testimonio de dolor, del nuevo Presidente. Mas sobre la fosa abierta, con las manos llenas de mirros y siemprevivas, como aturdida del golpe, está aún contemplando a su muerto la Nación. En dádivas, como en plegarias, muestra su ternura. A \$ 360 000 asciende la suma reunida por voluntarias contribuciones a la viuda. A la anciana trémula, «que ya no quiere vivir», comienzan también a enviarle ofrendas cuantiosas. Pide la reina Victoria, un retrato de Garfield. Sábese que a la hora de los funerales, estaban abiertos en honor del Magistrado difunto, los tem-

plos europeos. Sólo para llevarlos en donativo a las sedientes víctimas del incendio de los bosques de Michigan, rodarán de los muros las coronas, y se desprenderán de las techumbres y columnas los arcos del duelo.

El dolor alimenta, el dolor purifica, el dolor nutre. El caudal de los pueblos son sus héroes. Los hombres son pequeñas maguas que chocan y se quiebran, y de los vasos rotos surge esencia de amor que alienta al vivo. La tierra, gigantesca y maravillosa, con sus bravos que caen, sus malvados que hieren, sus altos que asombran, sus tenacidades que repugnan, sus fuerzas que adelantan, y sus fuerzas que resisten, sus pasiones que vuelan, y sus apentos que devoran; la tierra, pintoresco circo inmenso de espléndida batalla, en que riñen con su escudo de oro los siervos de la carne, y con su pecho abierto los siervos de la luz; la tierra es una lid tempestuosa, en que los hombres, como ápices brillantes y chispas fúlgidas, saltan, revolotean, lucen y perecen; la tierra es un mortal combate cuerpo a cuerpo, ira a ira, diente a diente, entre la ley de amor y la ley de odio. Ha vencido esta vez la ley de amor.

M. de Z.

**La Opinión Nacional**  
Caracas  
14 de octubre de 1881

[Mf. en CEM]

## 5

## Carta de Nueva York

Hechos, juicios, tributos y noticias varias a propósito de Garfield.-Comparaciones, recuerdos, singularidades, accidentes memorables.

Nueva York,  
1º de octubre de 1881

Señor Director

ES EN VANO buscar hoy en los periódicos extranjeros cosa que no se refiera a la vida, muerte y funerales del Presidente de los Estados Unidos. Los de Inglaterra están tan llenos de detalles como los de Nueva York, Washington y Cleveland. Se ha recogido toda frase, todo pequeño suceso, toda memoria olvidada que hiciera directa o indirecta relación a cualquiera de las agitados épocas de la trabajosa y admirable vida del gran muerto. París, durante una semana, no ha leído más que detalles de aquella existencia sana y ejemplar. Es uno de los triunfos de esta época, el modo de vivir y el modo de morir de este humilde hombre. Nosotros recogeremos, como quien

tala en mies rica, todo lo que en estos periódicos, a medida que leamos, vayamos hallando de curioso o de notable. Y lo agruparemos en la misma confusión pintoresca con que viene a nuestras manos. Helo aquí:

-De Garfield-dice el *Herald* del día posterior al de sus funerales-, puede decirse lo que dijo Hume del Sajón Alfredo: «El supo reunir el más osado espíritu a la más fría moderación; la más obstinada perseverancia a la más fácil flexibilidad; la más severa justicia a la más grande lenidad; el mayor rigor en el mundo con la mayor afabilidad en el trato común; la más alta capacidad para la ciencia con los más brillantes talentos para la acción. Por igual eran admirables sus virtudes civiles y militares, pero aquéllas, por ser más raras entre príncipes, y más útiles, merecen mayor aplauso. La naturaleza, como deseosa de presentar

cumplidamente tan buena obra suya, le había dotado de encantos corporales-vigor de músculos, dignidad de aspecto y forma; y aquel continente franco, amable y seductor.»-Y no es sólo el *Herald*: íntimos amigos suyos, y un periódico inglés lo comparan también a Alfredo el Grande.

Entre los poetas modernos ingleses, Tennyson, el bardo laureado, el feliz renovador de la vieja y gráfica lengua inglesa, el autor de afamadas elegías y de delicados y profundos retratos de mujer, era el poeta favorito de Garfield, que recitaba sus versos de memoria, y citó unas estrofas de él en su elegantísima oración fúnebre de Lincoln.

-«Cuando pronunció su discurso de entrada en la Presidencia-dice uno de sus compañeros en el Congreso-, me pareció que con el esfuerzo nervioso de los últimos meses, su rostro estaba en cierto modo transfigurado, no por una luz radiosa, sino una mirada visionaria y soñadora, propia de uno que se hallase en ocasión mayor que en la de una mera instalación en un puesto político: -ital vez era la

instalación en aquel reino más vasto en que ha desaparecido!»

—Cuando estaba triste, rara vez abría sus labios, y parecía, como si se hubiese vuelto más femenino y dócil.<sup>a</sup>

—Su influencia, que era vasta en todos y singular en los hombres jóvenes, venía de su fácil y osado dominio de todas las formas del conocimiento humano, su espléndido modo de aplicar y hablar lo que sabía; y su ardiente y afectuosa naturaleza, que le llevaba a echar familiarmente sus brazos sobre la espalda de los niños y las niñas, y a veces de hombres crecidos, y de llamar a los pequeñuelos por sus primeros nombres, como si fuese a la escuela con ellos. Se le veía gozar, con cierto ingenuo gozo infantil, cuando adquiría algún nuevo conocimiento.

—«He hallado—decía Garfield—un notable tesoro en mi mujer.—En su extraordinaria prudencia y su valor no igualado,—ha hecho a mi lado una maravillosa mujer para hombre público. Ella fué mi discípula de latín, y ahora enseña latín a sus hijos.—Nunca me ha dejado sentir las pesadumbres de la casa,—y a ella, debo haber podido adelantar con energía en mi anhelosa carrera de hombre de Congreso, y en todas las difíciles empresas que he intentado en mi vida. Nada la ofusca ni la asusta: entonces es cuando está más serena. Cuando la veo especialmente tranquila, y cumpliendo con

sus oficios de casa como si gozase particularmente con ello, es cuando algún infortunio me amenaza, o alguna injusticia ha caído sobre mí.»

—Garfield escribió en noviembre del año, después de su elección: —«Hay un tono de tristeza a través de este triunfo que apenas puedo explicar.»

—Uno de los hijos pequeños del Presidente, dijo hace pocos días:

—«La gloria no paga.»

Cuando los médicos se acercaron a su cama, con prisa y espanto, poco después de haber recibido el balazo, Garfield les dijo: «Todo va bien: todo va bien!»—Y volviéndose luego a Rockwell, el fidelísimo amigo, este modelo de militares respetadores de la ley civil, le dijo con una mirada poderosa y penetrante: —«Rockwell, sé perfectamente lo que me pasa.»

—Sólo una vez, durante toda su enfermedad, salió una frase amarga de sus labios. Le preguntó su esposa: «¿Qué es lo que te duele, Jaime?»—Y él detuvo un momento su mirada en la de ella, y dijo: —«Vivir es lo único que duele!»

—Cuando llegaron a Long Branch, le dijo Rockwell: —«Has hecho tan bien este viaje que bien pudieras emprender otro mayor.»—«¡Sí, dijo Garfield, bien puede terminar en el largo, el largo viaje a casa!»

—«Es una noble cosa morir con la armadura encima, y estando en el trabajo a que la

vocación nos ha llamado,» dice un periódico de Nueva York.

—¿Qué no dice en favor del carácter brioso y tenaz de Garfield, esta exclamación de su esposa, cuando le preguntaron si tenía fe en la curación de su marido:—«Jaime quiere curarse!—Jaime ha conseguido siempre lo que ha querido conseguir!»

—Durante la estancia del enfermo en Long Branch, una niña de 10 años, desconocida de la familia del Presidente, entró en la casa, logró con su insistencia ver a la señora de Garfield, y le dijo: «Quiero rezar por Mr. Garfield: Dios siempre responde a mis oraciones: quiero rezar por él.»—Otro niño, —en la noche en que se colocaba el tramo de vía férrea provisional que llevó al enfermo desde la estación hasta la casa en que murió, en su afán de «hacer algo por el Presidente,» cargó con una pesada espiga de las que sirvieron para el tramo.—Y otro niño preguntaba a su madre en Broadway al ver la inmensa calle colgada de negro:—«Mamá! ¿se ha muerto todo el mundo?»

—«El que empieza la vida sin fortuna, sin educación, sin

a. Se mantienen las plecas de LON al comienzo de este párrafo y del siguiente, aunque al parecer son erratas ya que se trata de enjuiciamientos de Martí y no citas de textos o palabras ajenas. Más adelante el problema se repite hasta el final de la crónica.



el auxilio de amigos influyentes, y hace su camino victoriosamente<sup>a</sup> «contra esos carceleros gemelos del bravo corazón –el bajo nacimiento y la fortuna de hierro», prueba su propio sobresaliente mérito, y prueba también cuán sólida es la tierra americana que asienta que de las masas del pueblo se levantarán siempre hombres tan competentes para guiar al estado, como los gobernantes que surgen del mecanismo monárquico en los países aristocráticos.»–(De un editorial.)

–Cuando estudiaba en Chester, pagaba a un carpintero \$1,06 a la semana por posada y lavado de ropa, cuya suma ganaba ayudando a su hotelero en trabajos sueltos. Entre otros, éste: el carpintero estaba fabricando una casa de dos pisos cerca del Seminario, y el primer trabajo de Garfield fue cepillar las tablas a dos centavos cada una: así ganó el primer sábado 1,02.–En ese mismo tiempo empezó el estudio del griego.

–En un discurso notable, en defensa de unos acusados, decía Garfield, al terminar: «¡Oh! jueces<sup>b</sup> en vuestro poder está erigir en esta ciudadela de las libertades un monumento más duradero que el bronce; invisible en verdad a los ojos de la carne, pero visible a los del espíritu, como la imponente figura de la Justicia, coronando y adornando la República, alzándose sobre las tormentas de la batalla política, sobre las som-

bras del combate, sobre el choque de terremoto de la rebelión; visto desde lejos y saludado como protector por los oprimidos de todas las noticias;<sup>c</sup> dispensando iguales beneficios, y amparando con el ancho escudo de la ley, a los más débiles, los más humildes, los más miserables, y –hasta que la ley los declare solemnemente indignos de protección– los más culpables de los ciudadanos!»

–Era sumamente benévolo, y blando a la menor súplica: debió casi todos sus embarazos a su repugnancia a decir: no.

–Tenía fuerte el cerebro, y estaba lleno de vida física. Era como de seis pies de alto, con levantado pecho y ancha espalda, y con un libre y fácil apos-tura que eran fieles reveladores de su abierta y jovial naturaleza.

–Un hombre robusto, amoroso, franco, modesto, de hermosos ojos, de amplio rostro, confiado siempre, siempre alerta, ha estado constantemente a la cabecera de Garfield: –su amigo Rockwell, un simple oficial al servicio del Jefe del Estado Mayor. Fueron amigos toda la vida: en el colegio primero y en todas partes luego. Cuando el Presidente cayó herido su primera pregunta fué: «¿Dónde está Rockwell?»–En todos esos días de ansia y de prueba, en la puerta de la habitación, al pie del lecho, o con la mano del herido entre las suyas, allí estaba Rockwell: se

entendían sin hablarse o con medias palabras. Nada agradaba tanto a Garfield como recordar en largas pláticas sus horas de colegio y sus dificultades de hombre joven: en su enfermedad, gozaba aún más con esto. Hablaban un día Rockwell y él, a quien estaba prohibido hablar mucho, de unas reuniones de colegiales, señaladas por la buena voluntad, hábitos virtuosos y fe en lo porvenir de los reunidos: –«¿Ternura?»–preguntó Garfield, con sus clerofos, lípidos ojos en los de su amigo.–«Sin medida!» contestó Rockwell: y sonrió dulcemente el enfermo.–«Sin medida!» contestó Rockwell: y sonrió dulcemente el enfermo.

–¿Cuál es el verdadero apogeo de una vida humana, su punto de cenit y madurez?–se pregunta un escritor a propósito de Garfield:–«si es la vida de una patriota, es seguramente el punto de su mayor utilidad a la nación.»

–El día 16 de abril de 1865, los periódicos de la mañana publicaron la noticia de la muerte de Lincoln. La ciudad fue un motín. Nueva York, como ebria de ira, se desbordaba y rugía. Parecía que el alba había surgido, en vez de

a. Así en LON.

b. Se agrega coma.

c. Pudiera ser una errata por «naciones».



sonreír envuelta en sus gasas rosadas, vestida de negros crespones. La multitud llenaba las calles del comercio, Wall Street. Del sombrío y poderoso edificio de la aduana, de entre las gruesas columnas, de entre los oscuros y grandes pedestales, salió un hombre. Su palabra, como río encendido, o serpiente de fuego, enardecía a los oyentes: los inundaba de pasión, se deslizaba como para abrazarlos y dominarlos a todos, por entre ellos.—En su cara resplandecía una ira grandiosa: Lincoln era el mártir del día: aquel hombre fue el héroe: aquel hombre era Garfield.—Ninguno entre los que lo han llorado, fue tan elocuente como él fue llorando a Lincoln.

—En una ventana de la compañía de Seguros de Lorillard, se leían en grandes letras estas frases de Antonio en el Julio César de Shakespeare: «Los elementos se mezclaron en él de tal manera, que la naturaleza pudo detenerse, y decir al mundo todo:—«¡Este fue un hombre!»

—Cuando han sido los vicepresidentes que han venido a la Presidencia por la muerte de los presidentes electos: John Tyler sucedió al activo y cortés Harrison; a Zacarías Taylor, el caudillo de la guerra contra México, substituyó Fillmore; al admirado Lincoln sucedió Andrew Jackson, acusado y desdénado luego; —a Garfield sucede Arthur.

—En Garfield la impresión de los sucesos notables de su vida se producía en una especie de piadosa superstición. Creía en presentimientos y fechas, y gustaba en conversación de familia, o amigos de deducir consecuencias de este género de acontecimientos en que estaba él mezclado. Creía en el mundo invisible, pero luchaba a la vez con toda bravura, energía y claridad de mente en el mundo visible. Su romanticismo no se producía en desaliento ni en quejas. Reprimía el elemento poético de su naturaleza y fortalecía el elemento práctico. Su muerte fue la fortificación de sus vagas creencias en la virtud de ciertas fechas, murió en el aniversario de una batalla que él tenía como el hecho culminante de su vida: —la batalla de Chi Kamanga, en que vencida ya el ala derecha del ejército federal, y a punto de ser la batalla total y desastrosamente perdida, —Garfield atravesó, con gran serenidad y riesgo, la distancia hasta el extremo del ejército comprometido, y lo salvó con sus órdenes.—Su presencia, seguridad y bravura en aquel día se recuerdan en la historia de la guerra como hechos poéticos. El general Rosecranz decía en su informe oficial: «Estoy especialmente agradecido al Brigadier Garfield, por la clara y rápida manera con que descubría los puntos de acción y movimiento, y expresaba en excelentes

órdenes las ideas del general director. Los soldados observaron su presencia con mucha satisfacción, y tenían visible placer en que él fuese testigo de su espléndido modo de combatir.» Por esta batalla fue hecho Mayor General.

—El *Evening Standard* de Londres, dice de la muerte de Garfield:—«Desde la muerte del Príncipe consorte, y la terrible enfermedad del Príncipe de Gales, el corazón de la nación inglesa nunca se ha conmovido tanto como hoy.»

—El *Post* de Londres dice: «El Presidente Garfield intentaba la destrucción de un sistema que hace el patronato dependiente de consideraciones de partido, y que evidentemente crea una de las más graves dificultades a la obra generosa y amplia de la Constitución de los Estados Unidos.»

—El *Tagblatt*, alemán dice: «El nombre de Garfield brillará en la historia al lado de los de Washington y Lincoln.»

—Uno de los más elocuentes y sentidos tributos a Garfield, fue el vehemente y hermoso discurso con que Torres Caicedo, que preside el Congreso Internacional Literario en Viena, anunció la noticia dolorosa, y suspendió en honor del difunto los trabajos del Congreso. «No es nuestra obra política, dijo, pero la muerte

a. Parece errata por «al».

de caballero, de orador, de apóstol, de soldado semejante, impone<sup>a</sup> a todo honrado corazón humano esta muestra de tierna simpatía.»

—La muerte del Presidente de los Estados Unidos sorprendió las fiestas de la corte de Alemania, en que se celebraban las bodas del príncipe de Suecia y la hija del gran duque de Baden.

—Nobles y llenas de enseñanza son estas frases de un periódico:—«¿De nada vale, acaso, que por cerca de tres meses haya estado la Nación faz a faz de ese sagrado ejemplo de noble sufrimiento? Cuando un hombre mira en el corazón de su vecino, y ve el oculto y no sospechado bien que yace allí,—es mejor por un nuevo conocimiento y por una nueva y más profunda veneración. Aquí han sido revelados a un gran pueblo el valor espléndido, la paciencia, la gallardía de una noble alma. ¿No somos mejores por esto que hemos visto? Nos hemos sentado junto al lecho de este pobre héroe, que ha sufrido, sin afectación y sin temor, los tormentos de la duda, del temor y del martirio físico. Tan hermosa era la naturaleza que

vimos en su mortal agonía que no es maravilla que rehusemos pensar en el hombre en relación con los negocios ordinarios de la vida. Entre los hombres de todos los lugares y de todos los partidos, se creó un cariño casi infantil por el enfermo, que en su adoración del Santo canonizado por el sufrimiento se negaba a tomar acta de los errores posibles, grandezas o desfallecimientos del hombre de Estado.»

—Cuando Garfield, luego de su herida, cobró conocimiento, su primera pregunta fué por su mujer.—«¿Y Crete? —que así llamaba él a su esposa, Lucrecia, que convalecía en Long Branch: —¿cómo ha recibido la noticia?»—«Como la mujer de un buen soldado.» «¡Querida mujercita! ¡Antes hubiera querido morir, que causarle con esto algún pesar!» Otro día, uno de los negros días de su enfermedad, empeñado en que su esposa saliera, le decía: —«Ve, ve a tomar un paseo, antes que el sol caliente mucho: si yo pudiera, te acompañaría, ipero tengo tantos negocios a que atender!» Y en aquel momento, agonizaba! Cuando pudo tener una pluma, escribió con ella una carta a su madre. Cuan-

do le hablaron los médicos del riesgo que en la operación iba a correr, dijo: «He afrontado la muerte antes de ahora, y no he tenido miedo: puedo volverla a afrontar: aún tengo fuerzas bastantes para vencerla.» «Puede venir la muerte cuando quiera: yo estoy listo.»

Un americano pregunta al *Sun* de Nueva York:—«Al señor editor del *Sun*.—Señor.—Este es un gran país, y sin embargo, es un hecho que dentro de los últimos 16 años dos Presidentes han muerto asesinados; otro Presidente fué procesado, y a poco se le echa indignamente de su puesto; y otro Presidente ocupó su puesto por abominable fraude. ¿No es éste un interesante estado de cosas? ¿Qué viene ahora?».

M. de Z.

*La Opinión Nacional,*  
Caracas,  
19 de octubre de 1881

[Mf. en CEM]

a. En LON, «impone».

## 6

# Carta de Nueva York

Gran batalla política.-La Convención republicana y la Convención democrática.-El boss.-Purificación de la democracia.-El brillante Blaine y el prudente Arthur.-Campaña en el Senado.

Nueva York,  
15 de octubre de 1881

Señor Director

ALLÁ EN MENTOR reposa triste la que fue compañera del Presidente muerto, y en torno de su anciana abuela se agrupan los benévolo nietos, en quienes el dolor que acababan de sufrir, y el carácter nacional que han revestido sus pesares íntimos han acelerado el juicio; allá se queda la familia llorosa, clamando por aquel que viaja «por un país del cual no ha vuelto jamás ningún viajero»: la Nación, en tanto, luego de haber honrado a su muerto, recupera su animada vida, descuélense los lutos de las ventanas, reúnen los políticos en convenciones rivales; ábrese en Atlanta un certamen agrícola; acércase la hora del proceso para el asesino Guiteau; los hoteles visten de fiesta sus

corredores para recibir, bajo las banderas que sus antepasados honraron con su valor, a los descendientes de los bravos defensores de la Independencia americana; los negocios sonríen; los Museos se abren; los teatros ofrecen selecto repertorio; al borde de la tumba de un poeta que muere se cuentan sus libros, sus labores, su éxito; viene a América un retrato directo de Milton; el brillante arte, la traviesa política, la justiciera historia se han reunido a dar realce y color de vida a esta última quincena. Eso es la vida: una batalla pintoresca. Cada cual, al morir, enseña al cielo su obra acabada, su libro escrito, su arado luciente, la espiga que segó, el árbol que sembró. Son los derechos al descanso: ¡triste el que muere sin haber hecho obra!

No se puede mirar a la tierra sin consuelo. Parece, como si a un tiempo mismo, los hom-

bres todos se hubieran hablado a sí propios. Los tiempos son para Sísifo, y no para Jeremías; para empujar rocas hasta la cima de la montaña; no para llorar sobre exánimes ruinas. Hay como un despertar universal; como si todas las frentes se hubieran cansado de los yugos; como si la fuerza, que ha sido durante tanto tiempo señora de la libertad, fuese ahora su esclava.-Los pueblos han crecido, y se sienten ya fuertes; un anhelo de derecho, una capacidad para ejercerlo, una determinación unánime para lograrlo se notan en todos los lugares de la tierra: magnífica portada abren los hombres a la época que nace. El látigo se declara bueno para castigar las espaldas del flagelador. Hasta las Convenciones parciales del Estado de Nueva York ha llegado esta necesidad de saludable independencia. Gemían en el Estado ambos partidos, el republicano y el democrático, bajo tercios y altivos soberanos. El exsenador Conkling, el orador académico y dominante, regía a su placer el partido republicano: el partido democrá-

tico era regido por un hombre de notable energía personal, de astucia poderosa, y de excepcional capacidad para la intriga, por John Kelly.<sup>15</sup> En las filas de los republicanos, como en las de los demócratas, surgió una generosa y prudente rebelión: aquéllos, como partido que goza del poder, han devorado en sigilo sus rencores, y ocultándolos en lo posible a la curiosidad pública; los demócratas, que por su largo alejamiento del mando no tienen hoy semejantes razones de cordura, han desplegado a los vientos sus banderas, y han luchado a la faz de la Nación. En uno y otro partido se habían creado corporaciones tenaces y absorbentes, encaminadas, antes que al triunfo de los ideales políticos, al logro y goce de los empleos públicos. Nueva York es un Estado dudoso, en el que a las veces triunfan los republicanos, y a las veces los demócratas. Estas corporaciones directoras, que solían venir a escandalosos tráficis para asegurarse mutuamente la victoria en las elecciones para determinados empleos, impedían que interviniesen en la dirección de los partidos hombres sanos y austeros, cuya pureza no hubiera permitido los usuales manejos, o cuya competencia se temía. Cada una de estas corporaciones obedece a un Jefe; y del nombre de *boss* que se da a estos caudillos, hasta hoy omnipotentes e irrespon-

sables, viene el nombre de *bossismo*, que pudiera traducirse por el nuestro de cacicazgo, aunque las organizaciones que lo producen, y las esferas de su actividad le dan carácter y acepción propios. El *boss* no consulta, ordena; el *boss* se irrita, riñe, concede, niega, expulsa; el *boss* ofrece empleos, adquiere concesiones a cambio de ellos, dispone de los votos y los dirige: tiene en su mano el éxito de la campaña electoral para empleos del Estado, y el éxito de la mayor campaña para la elección del Presidente. Si la elección del Presidente que nombra su partido choca con sus simpatías personales, o con sus intereses en el Estado, lucha contra su partido, porque él ve preferentemente por su preponderancia en el estado. Un *boss* es soberbio, como Conkling, y emplea sus personales atractivos y su influjo para hacer triunfar su política dominante, ruda y agresiva; otro *boss* es ambicioso, como Kelly, y dirige todos sus esfuerzos a ejercer una influencia incontrastable sobre las fuerzas electorales y la distribución de los empleos públicos en el Estado cuya política democrática dirige. Contra el uno y contra el otro se han alzado a la vez sus lastimados y vejados secuaces. A Conkling, jefe de los Stalwarts –que pudiera traducirse por «los mejores»–, lo han vencido los Half-Breeds, los «media-sangre», los republicanos que no aspiran a

la revisión de la Constitución, a la violación de los derechos populares, a la centralización absoluta del poder, a la creación de un gobierno de fuerza, a la reelección del general Grant, en suma; sino a gobernar, con el credo conservador, con el salvador sistema de rápidos turnos en el gobierno que garantiza la honestidad en las costumbres de la nación, y el respeto a la ley en los mandatarios encargados temporalmente de hacerla cumplir. A Kelly, jefe de Tammany Hall, que así se llama, con el nombre de un fiero y sabio indio, la asociación en que residió un día todo el poder democrático del Estado, lo han vencido en tormentosa contienda los hombres más ilustres de su partido, inhábiles para reprimir en el seno de la asociación de Tammany, más que dirigida, poseída por Kelly, los abusos, los comercios, las traiciones que venían siendo la ruina de la democracia en el estado. Contra el atrevido dominio de Kelly, se había alzado ya otra asociación rival, que se llamó Irving Hall, por cuanto aquí «hall» significa salón vasto, lugar de reunión: mas no eran los miembros del partido, que no creyeron prudente por entonces revelar a los republicanos la división profunda que había en sus filas, o no se juzgaban aún bastante fuertes para vencer al hábil Kelly. Mas con la elección frustrada de Hancock vino a flote una acu-



sación tremenda: Kelly fue acusado, con grandes visos de razón, de haber permitido, por su provecho personal, y por la satisfacción de sus rencores, el triunfo de los republicanos en el Estado de Nueva York, de cuyo voto dependía toda la elección presidencial. Cuando una candidatura democrática no place a Kelly, o no se acepta llana y sumisamente la candidatura de Kelly, Kelly —el caudillo de los demócratas— vota contra la candidatura democrática. Como en las elecciones parciales del estado en el año de 1879, fue cosa probada que dió a los republicanos en un lugar cierto número de votos, para que los republicanos le dieran en otro lugar un número de votos que le era necesario;—salióse de madre el río de la ira, la indignación callada tuvo lengua y forma, los ilustres de la democracia se reunieron en junta popular solemne para apelar al pueblo elector, de quien todo poder viene, contra la corporación traidora: el pueblo confirmó en elecciones privadas la sentencia; nombráronse cincuenta notables, que fueron luego ciento, para dirigir los trabajos de reorganización y purificación democrática; Irving Hall se fundió en la asociación nueva; Tammany Hall, que no concibe más poder que el absoluto que venía ejerciendo, se alzó en rebelión contra el partido de quien el poder le viene; y sostuvo su derecho de prima-

cía y unidad en la gestión de los negocios democráticos.—«Derribaré cuanto sin mí se haga —exclamaba Kelly: derrotaré toda candidatura democrática que sin mí se saque a votación. Piérdase en buena hora toda capacidad de triunfo del partido democrático, que depende de su triunfo en Nueva York: como sin mí no puede vencer el partido, vendrá a mí.»—Estas graves querellas tuvieron ahora airoso y honrada solución. Celebra cada año cada uno de los partidos del Estado una Convención, a la cual asisten delegados de todos los cuerpos de electores, y a la cual compete el señalamiento de los funcionarios anuales por cuya elección han de votar los miembros del partido: sin estruendo y con decoro fue vencido Conkling en la Convención republicana, que celebró su junta en el hermoso teatro de la Academia de Música de Nueva York. Con ignominia y sin ocultación negó la Convención democrática, reunida en Albany, la entrada en su seno a los delegados rebeldes y traidores de Tammany Hall. Levantados y elocuentes documentos ha publicado a este propósito el partido demócrata. Quieren el libre ejercicio del voto por todos los votantes, el examen de la conducta de los comisionados por el más humilde miembro del partido, la purificación de la democracia, desacreditada y envilecida por los intereses per-

sonales creados a su sombra. Quieren, y han señalado al pueblo para su elección en este año, empleados escogidos entre hombres respetables e independientes, ajenos a las ambiciones de bandería; y no contaminados en el trato pernicioso de los políticos hambrientos, y voraces e indignos empleomanos. Quieren, en suma, que una facción rebelde de la ciudad no domine y burle al partido entero del Estado; y que la democracia, íntegra y honrada, retenga a su lado el número de servidores fieles y poderosos, que, avergonzados de la gestión de los negocios del partido, amenazaban ya con abandonar sus filas, se replegaban melancólicamente a sus hogares. Temerosos los buscadores y tenedores de empleos de que la Convención reunida en Albany no osara negar la entrada en su recinto a la facción rebelde de John Kelly, rodeaban aún a éste numerosos partidarios, que con él han compartido los provechos de su largo dominio en Tammany Hall: mas ahora, cortada ya la cabeza del caballo, tiénese por seguro que los que, —por su interés y por miedo de exponerse a las iras monárquicas del *boss*, seguían a Kelly, abandonan a un jefe tiránico, cuyas habilidades no han podido salvarlo de la cólera y el anatema de una agrupación que no ha sabido honrar. Y así quedan ahora ambas agrupaciones: ya están abiertos los

registros, publicadas las candidaturas rivales, vecinas las elecciones para altos empleados del Estado. Kelly, que no tiene ya fuerzas suficientes para vencer, cuenta aún con fuerzas bastantes para derrotar. Por vencidos se dan ya importantes demócratas, mas estiman útil y poco grave esta derrota parcial en el Estado, si merced a ella se captan las simpatías que iban perdiendo, aislan al osado rebelde que con sus manejos atraía sobre el partido creciente descrédito, y llegan fuertes, compactos y respetados a la próxima campaña presidencial. Ciertamente que a villanías de propios, más que a poder de los extraños, debieron los demócratas su derrota en las elecciones en que el honrado Garfield venció al caballeresco Hancock. Y ¡cuán pintoresca es una población en día de convención! Rebosan los hoteles; resuenan alegres bandas; despléganse banderas: óyense de lejos los vítores y silbos de las juntas tumultuosas; grandes grupos bulliciosos llenan las aceras, discuten por las calles, detiéndose ante las puertas. Vense caras robustas de hombres del campo; gallardos caballeros, políticos de ciudad; escúchanse fanfarronadas, amenazas, denuestos, risas, chistes; llénanse las arcas de los mostradores de bebidas. Y luego de electa la mesa de la Convención, de pronunciado por el Presidente el discurso de orden, que viene a ser un pro-

grama del partido; de leída la plataforma, en que las esperanzas, propósitos y creencias del partido se condensan en un número breve de resoluciones; luego de sustentados los candidatos a los diversos empleos por sus respectivos partidarios, y de electos en votación, y de anunciada la lista de candidatos definitivos,—suenan aires marciales, humean en las estaciones de ferrocarril trenes extraordinarios, vacíanse los hoteles, y vuélvense los combatientes a toda prisa a sus lares desiertos, cargados los unos con los laureles del triunfo, y los otros con sus esperanzas muertas, a trabajar en junto por la victoria de los candidatos definitivamente señalados por la Convención. Tal señalamiento es sagrado. El enemigo tiene que trabajar por el enemigo. Al interés de la comunidad se pliega<sup>a</sup> el interés del hombre, servido por la comunidad en la satisfacción de otros intereses. El desleal es lapidado como Kelly. Esta disciplina explica esas compactas masas, esos súbitos y felices acuerdos, ese sofocamiento rápido de rencores que parecían terribles e insaciables, esas admirables victorias del sufragio en los grandes combates de este pueblo. Para noviembre quedan emplazados los partidos.

Aún están en sus puestos los Ministros del Presidente Garfield. ¡Cuánta especulación, cuánto proyecto, cuánta pre-

dicción a propósito de este acontecimiento, que no es tal vez más que un acto de respeto al muerto, y un medio hábil de hacer parecer, por menos inmediata, menos violenta la transición que proyecta acaso el Presidente nuevo! De que sus simpatías le llevan a gobernar con un número escogido de sus amigos personales, tomados de la sección del partido republicano que mantuvo al Presidente actual, y originó su nombramiento,—no ha de haber duda. Mas no cabe tampoco—de que él y los suyos, estiman como más conveniente a los intereses generales del partido republicano, y al juicio que de Arthur haga el país, la probabilidad de gobernar con ambas secciones del partido, que ha menester unión y cordura para vencer al adversario democrático, que se presenta para las venideras elecciones formidable. Ni puede dudarse, por otra parte, que es Blaine un hombre poderoso, por el respeto que inspira, los recursos que crea, las simpatías que en torno suyo mantiene, y la maestría con que se mueve entre los graves obstáculos que le alzan sus temerosos adversarios. Todo es a propósito de esto, preguntar y suponer: corre impresa la generosa y tierna carta en que Blaine aceptó la Secretaría de Estado que le propuso Garfield: es un va-

a. Errata en LON: «plega».

ronil documento, lleno de nobles miras, en que, al ofrecer mezclar con la de Garfield «su política fortuna», —se ve a un hombre sensible, arrogante, honrado, bueno, casi grandioso.—Tal hombre no puede ser desdeñado por Arthur: tal desdén fuera de graves resultados para la Administración. De seguro que el Presidente ha deseado retenerlo. De seguro que, movido a la par del ansia de conservarlo cerca de sí, por el crédito que a su gobierno daría este acto paternal, prudente y noble, —y del anhelo de llamar a su lado a los leales amigos a cuya consecuencia debe su alto puesto, —habrá trabajado Arthur tenazmente por reunir a los políticos rivales en torno de su silla. De seguro que si Blaine se retira del Gabinete, porque sólo con todo honor y libertad consentiría en quedarse en él, se retirara solicitado, llamado, agasajado.—La figura del Ministro de Garfield crece con estos días accidentales y revueltos: se le ve con su rostro luminoso, húmedo aún del llanto que vierte por su amigo, y en sus ojos lucientes, en su franca mirada, en su alta frente, en sus hinchados labios, en su desordenado cabello, se ven anuncios del brío honesto con que, en los próximos combates de su

partido, se alzaría contra toda elección que el elemento rebelde, ambicioso y dominador del bando republicano acaricia y prepara. Hay brillo latino en los actos y sentimientos de este elocuente norteamericano.<sup>a</sup>

Sin sucesor legal venía viviendo el Presidente, y ya lo tiene. Eligió el Senado presidente *pro tempore*, —y a él es a quien tocaría, en caso de nueva catástrofe, ocupar temporalmente la Presidencia de la República. Fue por cierto lo del Senado una animada escaramuza. Por la renuncia famosa de Conkling y Platt, los senadores de Nueva York lastimados porque Garfield no les consultó determinados nombramientos de empleados para el estado que representan, —que daron los demócratas en mayoría en el Senado, y quedó el Senado sin su Presidente. No habiendo sucesor a la primera magistratura de la nación, elegirlo era el primer acto natural de la alta Cámara. Mas si se elegía antes de dar entrada a los dos senadores republicanos electos en lugar de Conkling y Platt, era el Presidente un demócrata. Forzados a la elección, eligieron, antes de dar entrada a los nuevos senadores, al demócrata Bayard, diestro político, hombre puro

y orador celebrado. Mas no bien recibidos ya los dos nuevos senadores, contaron otra vez los republicanos con la mayoría, eligieron Presidente nuevo. Del mismo voto de Bayard dependió durante un momento su permanencia en el puesto, y su derrota. Urgido a darlo, dijo altivamente: «Jamas he votado por mí mismo para obtener un puesto: no votaré ahora para retenerlo.» Recayó la elección en David Davis, prominente anciano, que, aunque más inclinado a las resoluciones republicanas que a las democráticas, ha logrado fama de hombre imparcial y cuerdo, a quien ambos pueden fiar, como a común amigo, sus constantes diferencias.

M. de Z.

**La Opinión Nacional**  
Cárcas,  
26 de octubre de 1881

[Mf. en CEM]

a. Martí varió rápida y diametralmente su apreciación acerca de Blaine, a quien llegó a considerar el arquetipo del político estadounidense falto de ética y con ambiciones ilimitadas, y el más peligroso enemigo para la soberanía de los pueblos latinoamericanos y para la independencia de Cuba.

# James A. Garfield

COMO ORLADA de crespones, y cargada de lágrimas, corre la pluma por sobre las páginas que han de llevar a los lectores de *La Ofrenda de Oro* la nueva amarga de la muerte del hombre virtuosísimo que entre coronas de monarcas y dolor de pueblos, ha vuelto al seno de la tierra que iluminó con su apostólico espíritu, y honró con su prudente sabiduría; —la muerte del Presidente de los Estados Unidos—; la muerte de Garfield. Y por toda la tierra, como de un ser querido y familiar, se dice: «Ha muerto Garfield!», como si fuera a su virtud honor escaso, decir: «Ha muerto el Presidente de los Estados Unidos». Y, en verdad, más que regir los destinos de un pueblo grandioso, vale interesar, conmover, dominar, seducir, el corazón inquieto de la humanidad grandiosa; más que presidir a una congregación de hombres, vale haber presidido sobre sí mismo, en esta larga vida de pasiones, en esta peligrosa vida de apetitos, en esta traidora vida de debilidades, en que, haciéndonos perder tiempo y derecho para la definitiva gloria

y existencia perpétua en el seno hondo y alto, el Deseo, y la Imaginación que viste sus impurezas decorosamente, arrebatan al hombre las riendas de sí, y lo arrancan de la limpia mesa de Daniel para sentarlo en los manchados manteles de Nabucodonosor. El que ha muerto no se sentó nunca entre los artesanos del monarca Asirio: el que ha muerto no bebió nunca en sus ánforas de oro el dulce vino envenenado: el que ha muerto pudo decir, al borde de su fosa, y con las manos sobre su herida, como con la mano sobre la cruz que le decora el pecho dice al morir el militar bravío: «Estoy listo!»—Había vencido a la tierra, y se había vencido a sí: ¡cuán pocos están listos!

La tierra puso en su camino todos los prejuicios, todos los inconvenientes, todas las vallas que levanta al paso de los hombres humildes, de los niños pobres. Y su naturaleza exquisita alzó en su marcha triunfal por esta vía de zarzas en que andamos, todos los peligros, las tentaciones, los deleites que ofrecen una imaginación suntuosa y un gasto

refinado. El arte, que es un gran purificador, es un gran corruptor. Con el acendramiento y delicadeza que lleva al espíritu, le beneficia y perfecciona: pero con los prematuros deseos y ansias voraces que despierta, expone a transacciones, a villanías, a caídas, a los hombres enamorados de las opulentas galas artísticas y brillantes aparejos que esmaltan la vida. Era preciso tener un alma muy briosa, para venir a pie en la existencia, que no quiso armarle caballero, con sus botas de campesino y con sus libros bajo el brazo, desde el cortijo oscuro de Ohio hasta la casa famosa de Washington: era preciso tener en los ojos gran suma de sobrehumana luz para mirar de frente y sin cejar los resplandores de la luz humana.

Garfield no fue una de esas criaturas hechas de tempestad, aire de cima de volcán, masa de lava: brilló, como en noche de Invierno plácida luna: tiene su existencia la misma misteriosa claridad, suave tranquilidad, e ignorada profundidad del místico astro. No cruzó, como otros, la existencia, sem-



brando, cual el glorioso Don Juan, funestos amores y ensangrentadas lágrimas: no alumbró, cual los Reyes Guerreros, las páginas de su Historia con los relámpagos de su espada; no llamó, como los poetas modernos, con clamores de angustia a las puertas cerradas de la felicidad, con voces y golpes de ira a las puertas cerradas de lo infinito; no cayó, como otros, con las manos crispadas sobre el seno, y la mirada consumida de mirar, y los labios secos de beber en el vaso de la vida, envuelto en capa de oro: Murrió como en el seno de la noche el día magnífico, orlado de resplandores, majestuosa y suavemente. Y fue su lecho el corazón de los humanos, vasto como los mares en que, al morir la tarde, el sol resplandeciente se sepulta. Coro de voces tristes y plañidos, que se oyó a la par en toda la tierra, hubo a la muerte de Garfield, como ese colosal coro de olas espumantes, sonoras, apacibles, que a las últimas luces de la tarde vienen, blandas como un beso, a fenecer en la serena playa. Fue la vida de un hombre virtuoso.

La roca de Moisés, si no fuera una creencia, sería un símbolo: en ser un símbolo está el secreto de la perpetuidad de las creencias. Esa raza,<sup>a</sup> es cada vida; ese sacerdote, es cada hombre; esa vara mágica es la soberbia omnipotente voluntad. Esperan en el umbral de cada ser humano, dos esposas rivales que lo acarician a la par

y se lo disputan; de la elección depende morir bendecido o morir maldito; –perderse como un río turbulento en mar oscuro, o extinguirse, como un astro luciente en mar tranquilo. Una esposa es brillante, y envuelta en manto de sol, y coronada de pámpanos, y lleva en las manos, cuajadas de valiosa pedrería, una copa en que hierven la verbena sutil y la mandrágora, las esencias de Aspasia, las mieles de Himeto, el sombrío y pálido espíritu del loto. La otra esposa es humilde, y tiene corona de espinas, manto de lana azul, pies desnudos y heridos, luz de luna en el rostro, y una triste sonrisa que parece flor que se cierra o día que muere. Garfield anduvo por la vida de brazo con la esposa coronada de espinas, y envuelta en manto azul.

Es inoficioso recordar una historia sencilla que todos conocen. Nació en pobrísima cuna. Con el producto de su trabajo se compró los libros de su ciencia. Era débil de cuerpo, y se hizo fuerte. Era oscuro, y se hizo ilustre. Sacó de sí, y de la Naturaleza que responde a quien la ama, toda su luz. Mandó a los hombres, porque no cedió nunca a los hombres. Su superioridad no consistió en su espada, aunque la manejó como un bravo; ni en su ciencia, aunque la estudió como un sabio; ni en su elocuencia, aunque habló una lengua gallarda, sobria, coloreada, amplia, como la lengua de Xeno-

fonte y de Tucídides:<sup>b</sup> consistió su superioridad en la evangélica entereza con que afrontó y domó todos los riesgos de la vida. En todo caso en que la violación del deber hubiera proporcionado aumento a su bienestar, cumplió íntegra y rápidamente su deber. Quería la riqueza, de fuente honrada. Ambicionaba la gloria, en limpias túnicas. De salvar la honra nacional en una batalla o de ilustrar una cuestión sombría en el alborotado Parlamento, descansaba en guiar los dedos rosados de sus hijos sobre sus libros de lectura, o en narrar patriarcalmente a su esposa los detalles del recio combate. Y luego, cuando todos reposaban, él leía ansioso. Su frente era alta y vasta, como destinada a ser aposento de copiosísimos caudales.

Las desgracias son pródigas para los grandes caracteres: traen en su seno, para los hombres que resisten pruebas, los mirtos y lauros de la gloria. Desde la casa de Gobierno en Washington, oscurecida por el polvo de los batalladores, por la humareda de las escaramuzas, por esa espesa atmósfera que enturbian con su aliento las

a. Al parecer, errata en LOO por roca.

b. En su Cuaderno de Apuntes N.º 6, Martí escribió: «Del estilo de Garfield.—Era su inglés como el griego de Xenofonte y de Tucídides: amplio, elegante, arrogante, límpido (lozano).»

hambrientas pasiones humanas, no se veía, sino como por entre nubes se ven los relámpagos, su hermosa figura. Cuando cayó herido, víctima del rencor celoso que en el espíritu de un villano impotente había despertado este hombre trabajador, ungido en años tempranos por la gloria, —las pasiones de los Palacios se enfrenaron, las armas de los combates cayeron de las manos de los combatientes, reposaron, —como que reposaba su objeto—la ambición, la envidia, la calumnia; limpióse del polvo denso y humo oscuro la casa del Caudillo, y vióse entero al fin al hombre casto que ha seducido con el candor de su robusta alma, la firmeza de su magnánima voluntad, y el brillo de su investigadora inteligencia, el amor y respeto de los hombres.

En su muerte, como avergonzados por su ejemplo, han

llorado a la vez todos los pueblos. Los pueblos, fatigados de odiarse, necesitan alguna vez darse el amor. Estos reposos son extraños, y se hacen históricos. Los hombres que ocasionan estas treguas son benefactores de la tierra y seres gigantes. Con su vida enseñó Garfield a los hombres que la criatura más humilde tiene en sí misma todos los elementos de la mayor grandeza humana. A su muerte todos los odios doblaron la rodilla y los buenos de todos los pueblos se afligieron y oraron. Tan grande hombre no tuvo en tan grande obra más que un solo auxiliar, sin cuyo empuje hubieran quedado ahogados en su generoso seno sus singulares energías: ha sido este auxiliar la Libertad. Sin los campos que ella abre, sin las ruinas sobre que ella se asienta, sin las serenas y espléndidas ideas de que ha poblado el espíritu

de los hombres, —como un esclavo, como un rebelde, o como un astro preso en cárcel recia, habría vivido y muerto ese hombre venerable que ha dado a todos los pueblos de la tierra lección de energía. ocasión de comunión, causa de amor. Los más grandes servidores de los hombres son los que les hacen caer las armas de las manos, y buscarse solícitos y tristes para afligirse a la par de una amargura, y los traen a comulgar arrodillados alrededor de un mismo altar. Unir, es crear. Y así desapareció el romántico Garfield de la tierra, como el sol coronado al morir de sus más luminosos resplandores.

*La Ofrenda de Oro,*  
Nueva York,  
octubre de 1881  
La Habana, 7 (6): 8-9,  
octubre, 1881

## 8

## Carta de Nueva York

Medalla de oro.-La autobiografía de Guiteau  
ante el Tribunal.-<sup>a</sup>Premio al valor.-Fuego terrible.-  
La exposición de Atlanta.-Escenas de gala.-  
El centenario de Yorktown.

Nueva York,  
15 de octubre de 1881

## Señor Director

YA HA VISTO U. en lo que se ocupa el Senado, a tiempo que en las oficinas del Congreso, corre ya, a propuesta del senador Voorhees,<sup>16</sup> la moción de que el Poder Legislativo de los Estados Unidos acuñe como especial tributo, una medalla en memoria de la muerte trágica de Garfield. Era Garfield tan profundo hombre de letras como puro hombre político: hablaba y escribía un lenguaje accidentado, sólido, repleto, lleno de incisivos enérgicos y oportunos, fundido-aún en la conversación vulgar-en molde clásico. No cupo nunca pensamiento bajo en su lenguaje amplio y hermoso. La grandiosidad del lenguaje invita a la grandiosidad del pensamiento.

Tales dotes lo llevaron a la presidencia de la Sociedad Literaria de Washington, y de la Sociedad ha nacido la generosa idea de conmemorar en metales ricos su admirable muerte.

Elizabeth Bryant Johnson, que lleva entre sus nombres el de un ilustre poeta, sugirió la cariñosa moción, que por ser de ella, que es dama conocida y estimada en el círculo social y político de Washington, y por honrar a tan grande hombre, ha sido aceptada con vehemente aprobación.

El nombre de un poeta evocamos, el nombre de Bryant; de otro poeta, menos famoso, pero amado y leído, se lamenta hoy la muerte: de Josiah Holland. Por centenares de miles se han vendido sus libros de versos: su *Catalina* es el más gustado. Poeta trabajador, debió su gloria a su mérito, y su éxito a su trabajo. Novelas, historias, libros de educación, toda

esa ruda labor de artesano a que está obligado el literario pobre,-ocupó durante su enérgica vida sus activas manos. Amaba a sus cofrades y era amado de ellos. No era de esos bardos que acumulan en elaboradas rimas imaginarios dolores, y sentimientos cerebrales: era de aquellos bardos sinceros cuyos versos brotan hechos de una hora real de dolor, de fe o de amor. Un hermoso periódico publica mensualmente en Nueva York la casa de Scribner, una revista excelente, en que, bajo elegantísima cubierta de uso antiguo, únense a selectos y amenos estudios literarios grabados exquisitos, retratos bellos, minuciosas y perfectas obras de arte: era Holland el director de este revista de Scribner, hoy leída con fama en Inglaterra, y vendida mensualmente en grandes cantidades en las más lujosas librerías y en los más humildes casuchos de periódicos de

a. El juicio del asesino de Garfield fue asunto seguido por Martí en las crónicas publicadas en LON el 12, el 26 y el 27 de diciembre de 1881, y el 21 de enero, el 6 de febrero y de junio de 1882.

los Estados Unidos. Murió Holland como mueren los que saben cumplir con su deber: murió al entrar en su casa de trabajo; murió de pie. El corazón, fatigado de sentir, se negó a enviar a las venas la sangre. ¡Noble poeta!

¡Qué sanos libros, esos que escribe el alma! ¡Qué repugnante libro, ese que ha escrito en su prisión el menguado Guiteau! Pero atrae los ojos, como los atraen todos los fenómenos. El libro es una autobiografía, dictada a un empleado del *Herald*, —omnipotente periódico—, autobiografía tal que la oía a veces el escribiendo con irreprimible disgusto y con justa ira. ¡Con qué regalo se detenía en los menores accidentes de su vulgar vida! ¡Qué importancia imagina que va atada a la más necia de sus confesiones! Es la vida de un ambicioso, que llega con el deseo a donde no llega con los medios intelectuales y morales de satisfacerlo. Le devoraba ansia de notoriedad y vida cómoda. Todo lo suyo es raquíutico, impotente, soberbio, extravagante. No se somete a trabajos humildes. Aspira a grandes premios con mezquinos merecimientos. En todas partes es desestimado por inepto, por vanidoso y por discolito: su lenguaje es rastrero; sus propósitos pueriles y enfermizos; leyéndolo se imagina un hombre de mirada viscosa, color pálido y cráneo deprimido. Este hombre es una imperfec-

ción moral, como hay imperfecciones físicas. Enseñarse, ofrecerse, alabarse, proponerse,—eran sus oficios. Como periodista, quiere ponerse a la cabeza de un periódico como el de Horacio Greeley;<sup>17</sup> cosa posible, cuando se es Horacio Greeley; como esposo, martiriza, expulsa y abandona a su esposa; como creyente, aspira a demostrar la venida del segundo Cristo en un libro indigesto y monótono *La verdad, o el compañero de la Biblia*; como lector, habla a salas desiertas; como orador político, fue su única gloria asaltar una vez la plataforma en una junta de hombres de color; como abogado, es perseguido por probada estafa; como escritor de campaña electoral, publica y reparte como anuncio un discurso suyo, que envía a los cuatro vientos, y ellos se llevan: *Garfield contra Hancock*; como desvergonzado, atrevese a enviar a Garfield después de las elecciones en que fue proclamado Presidente este singular telegrama: «Los hemos barrido como yo esperaba. Gracias a Dios! —Vuestro respetuosamente—Carlos Guiteau», y en otra entrevista, en la única que alcanzó de Garfield, osa darle el discurso en el que, con mengua de todo decoro, había unido a las palabras del título impreso, por una línea de tinta, estas palabras manuscritas «Consulado de París», que no era menor puesto el que de Garfield pretendía. Más ni Minis-

tro en Austria, ni Cónsul en París, logró ser el osado vagabundo! Con qué frialdad pedía a Blaine que removiese, en honor suyo, al Cónsul actual! A este punto su vida, y de este asalto a la fortuna robustamente rechazado, la ira toma en este espíritu malvado la forma del asesinato. Y entonces describe con repulsiva complacencia cómo «viendo en los periódicos que la tenacidad del Presidente iba a dividir el partido republicano, dar el gobierno a los demócratas y encender una nueva guerra», concibió la idea de «remover a Garfield», para que el poder recayese en «su amigo Arthur». Se concibió héroe. Creyó que cambiaría el curso de la tierra, y dejaría con su valor estáticos y deslumbrados a los hombres. Preparó una segunda edición de su libro. *El compañero de la Biblia*, porque creyó que «por la notoriedad que alcanzaría él por el acto de remover al Presidente,» esta edición se vendería copiosamente. Empezó una tarea de zorra y de hiena. Espió durante días enteros todos los movimientos de su víctima. Compró el mayor revólver que hubo a mano; le probó a orillas del río; quedó satisfecho de su gran ruido y de su grande estrago; lo envolvió cuidadosamente en papel para que no se le humedeciera; durmió tranquilamente, despertó a las cuatro de la mañana, y «se sintió bien en alma y cuerpo». Y se encarna en dar idea de su serenidad. Almorzó bien, y vol-



vió a sentirse bien en cuerpo y alma. Revisó su revólver; aguardó a su víctima; le disparó el primer tiro; lo vio vivo y le disparó el segundo. Y cuando describe la manera con que un policía ciego de ira, se le echó encima y le estrujó el brazo, queda de sus mismas viles palabras la impresión misma que queda en los ojos, de ver a una hedionda sabandija aplastada por la pata de un mastín. ¡Concibió este hombre la única gloria que su ruin mente era capaz de concebir, y sacrificó a ella fríamente, por el beneficio de su fama y provecho, una criatura privilegiada y admirable!

Y dice en su autobiografía, de una manera descosida y violenta, que revela intención de ser tenido por víctima de extravío mental, que hace veinte años comenzó a creer y cree que será electo por un acto de Dios Presidente de los Estados Unidos y ofrece para entonces al pueblo americano «una administración de primera clase»: no sufrirá política de sección ni nada que no sea recto: su objeto será «dar satisfacción a todo el pueblo americano, y hacerlo feliz, próspero y temeroso de Dios». ¡Faltan en ese hombre los gérmenes normales y las corrientes naturales y cálidas de la vida! Parece un árbol seco en que han anidado los gusanos. Se concibe un gran criminal, con gran entereza, gran maldad, y constante propósito: mas no a ese raquíptico culpable, que al delito de

haber cometido su extraordinario crimen, une el de la debilidad de disfrazar su real carácter. Para él el asesinato del Presidente fue un negocio, de que esperó nombre y dinero. Sospecha ya que ni el nombre logrado es el que anhela, ni el bienestar a que en consecuencia de su acto aspiraba, se le anuncia. Y procura torcer las consecuencias de este mal negocio! La autobiografía termina con un cómico anuncio: «Busco una esposa, y no veo razón para no mostrar aquí este deseo mío. Solicito una elegante y acaudalada dama católica, de menos de treinta años, que pertenezca a una elevada familia. Esta señora puede dirigirse a mí con la más absoluta confianza.» Bien hizo Holland, el poeta que acaba de morir, en escribir aquel ardiente verso: «¡Que una criatura tan miserable haya podido exterminar a una tan noble criatura!»

Un cuñado de Guiteau ha venido a defenderle. Parece un hombre justo, no aguijado del deseo de lograr impura reputación o hacerse de mayor crédito profesional, sino movido de animo compasivo por su corazón humano, y por lealtades de familia. Desdén y misericordia muestra por Guiteau. El proceso le daba ocasión para largas demoras, y enojosos trámites: mas parece que no desea usarlos. Juzga a Guiteau demente; y acumula cartas antiguas, documentos de vieja fecha, documentos recientes, testimonios

personales, cuanto haga a la prueba de demencia. Desea Guiteau pasar como un monomaniaco político y religioso. Su cuñado afecta, o siente, confianza en el veredicto de los jueces. Hablarle, verle, oírle, basta,—dice el abogado.

—«¿Cuáles serán vuestros testigos?»

—«Guiteau el primero»,—responde. «Que los jueces le interroguen, que lo vigilen, que lo escuchen, que lean las cartas que a su hermana y a mí nos viene desde hace tiempo escribiendo; el informe que ha redactado desde su prisión para la prensa; el manifiesto que antes de cometer el crimen escribió al pueblo americano, y me dictó ayer de memoria, y la adición al manifiesto en que establece que uno de los objetos del asesinato fue crearse renombre para ayudar a la venta de su libro que ha de salvar a las almas.»

De la perspicacia de los jueces, y del extravío mental de Guiteau parece seguro el abogado que viene a Washington, humilde y sin dineros, a disputar su víctima al cadalso. Altas razones de honra nacional ven algunos abogados en esta defensa; y enseñar a las pasiones a enfrenarse, y a los corazones, a compadecer a los malvados, les parece una buena enseñanza, digna de ser intentada, y de ayudar en ella al modesto abogado Scoville.

Mas ya está el procesado ante la barra. La sala está llena

de juristas y empleados. La multitud, de pie en el fondo del salón, lo ve en silencio. El desdén se mezcla a la lástima. El preso lleva un mal flus muy usado. Grueso y rollizo lo representaban los informes: débil, y de mísera apariencia se le ve ahora ante los jueces.

—«Os confesáis culpable, u os creéis inocente»

El acusado se lleva la mano trémula al bolsillo, y como buscando un papel, dice:

—«Traigo aquí un informe que deseo leer.»

—«No es el momento de leerlo. ¿Culpable o inocente?» repite el Juez.

—«Inocente,» dice Guiteau; y se escapa de sus labios un suspiro.

Se ajusta el día del proceso, que va a ser el 7 de noviembre: quiere el defensor demostrarlo; anuncia que lo defenderá por demente, y que negará jurisdicción al tribunal actual rodeado de empleados de la Corte, sale tímido y nervioso, del salón por entre la multitud, que lo ve pasar sin una amenaza, sin un clamor, sin un gesto. Va poseído de visible zozobra. Le asusta su propio drama. Le abandona la calma con que en la celda dicta su vida y redacta sus informes. Se buscan testigos; se urge al Tribunal para que a su costa los haga venir a Washington, más por demorar el proceso, en espera de lo imprevisto favorable, que por enojar al Tribunal con ello. Vuelve el criminal a su jaula de

piedra. El aire de la sala de la Corte, cuyas ventanas habían sido cerradas, era caliente y fétido.

Por destruir una vida es procesado este hombre en Washington: por salvar a trece náuticos, con grave riesgo, ha sido condecorada una mujer en Newport con la medalla del valor heroico. En noches tenebrosas, en frágil bote, Ida Lewis Wilson, ha arrebatado al mar enfurecido numerosas víctimas. De oro es la medalla con que la premia el Gobierno; y de manos de un bravo comandante pasó a las de la intrépida nauta esta recompensa de su extraordinaria bravura. Afronta, monta, doma la ola furiosa: arranca de su seno a dos hombres medio muertos; los trae en sus espaldas a la playa: bien merece las frases de alta estima que adornan la magnífica medalla.

Por sobre las olas cabalgaba, señora de la tormenta, Ida Lewis: por sobre llamas iban montados los bomberos en el aire noches hace, en un incendio majestuoso y terrible. Una manzana entera vino a tierra: aún humean los restos: entre montones de piedra lucen blancos y grandes huesos; hedor de carne quemada penetra la atmósfera. El fuego devoró el depósito de un gran tranvía, el tranvía de la Cuarta Avenida, 950 caballos estaban en las cuadras. 6 000 pacas de heno ardieron a un tiempo. De provisiones de establo había \$ 50 000. De pérdida total, más de un millón. El cielo de

Nueva York se tornó rojo. Los caballos, frenéticos, se resistían a seguir a sus salvadores; o morían entre estremecedores relinchos, o salían desalados, envueltos en llamas, por las anchas puertas. Ya ondeaba la masa roja sobre las casas de los pobres, que se alzan en uno de los costados del depósito; ya envolvía con sus terribles lenguas, y devoraba objetos valiosísimos, cuadros, manuscritos, maravillas de cerámica, libros raros, curiosidades, joyas dejadas a guardar por viajeros ricos, habitantes de hoteles o gente transeúnte en un acreditado almacén cercano; ya el intenso calor derretía los cristales, y la gigantesca ola roja lamía, golpeaba, iluminaba la fachada de hierro de un edificio monumental, construido para casa de mujeres pobres por el benéfico comerciante Stewart, y convertido por sus ambiciosos herederos en hotel colosal y lucrativo: no tuvo Asiria palacios más altos. Salvó el azar las frágiles casas de los pobres; tragóse el incendio todas las riquezas del lujoso almacén; salvó la dirección del viento al edificio de hierro de mayores peligros; al nivel de la tierra esta el vasto depósito: ruedas de carros, arneses rotos, cráneos de animales, montones de escombros, líneas de vívido rojo entre pedruscos negros, columnas de pardo y denso humo elevándose lentamente de las ruinas, he ahí los restos del inmenso establo.

A la vez que en Nueva York venía a arruinar tan gran-de riqueza, un suceso de trascendencia considerable abre nuevos cauces a la fortuna del mediodía de la Unión Americana.

Bajo el techo de un soberbio edificio, construido en forma de cruz griega, de 750 pies de largo por cien de ancho, ostentando en su centro la máquina potente que movió las maravillas de la industria presentadas a la Exposición de Philadelphia, se abrazan ahora, y se miran como amigos, el Norte y el Sur.

La Exposición Internacional se abrió en Atlanta con conmovedoras ceremonias el día 5 de octubre. No se oyó por cierto en esa hermosa fiesta industrial, que viene a ser un banquete político, aquella voz amada y consoladora que había prometido hacerse oír: fríos están ya, bajo la tierra de Cleveland, los labios que hubieran dado paso en ocasión como ésta a evangélicas y arrebatadoras palabras de hermandad, esperanza y consuelo.

Esta es una fiesta de conciliación, tanto como una fiesta de agricultura. El Sur presenta al Norte su producto rico, de cuya cosecha recaba 300 millones de pesos anuales: el tabaco, el azúcar, el maíz, el arroz, sus jugosas frutas, sus minerales abundantes, sus flores delicadas, sus maderas de monte, todas sus naturales riquezas son desplegadas por el Sur

rico en ellas a los ojos del Norte, rico en caudales. Y el Norte, en cambio,<sup>a</sup> su suntuosa maquinaria que, manufacturando el algodón en los terrenos mismos en que se cultiva, traería al Sur con el hecho solo de exportar en objetos lo que exporta en masa valiosísimo aumento en el precio de su productivo capital.

Con gran pompa, con plerarias de Obispo, con versos de Hayne, poeta ya afamado; con un levantado discurso del senador Voorhees se inauguró la Exposición. Ella viene a incitar al Norte a que lleve al Sur sus capitales desocupados. Ella viene a mover al Sur a que favorezca el cultivo de los frutos del Trópico que hoy a alto precio compra el Norte, a tierras extranjeras, y a demostrarle la posibilidad, y urgencia de que, con tan rica materia prima, y con tan vastos mercados en su frontera como los de México, y los del resto de la América Latina, más allá, se trueque de país agrícola; no bien educado ni aprovechado de sus excepcionales recursos, en país agrícola perfecto, y en país manufacturero de artículos que hoy compra de los mismos a quienes vende la materia prima con que se elaboran.

Día solemne será para la Exposición el día 25, en que los gobernadores congregados en Yorktown para la magna fiesta histórica, irán en masa a tomar y llevar a sus Estados impresión de las ventajas mutuas que de

venir a más íntimo comercio mostrará sin duda esta afortunada Exhibición.

De recordar las glorias de los muertos irán los Gobernadores a honrar las prendas del trabajo de sus laboriosos hijos—trabajar: gran manera de honrar a padres gloriosos. Los hijos deben hacer practicar, no ahogar en sangre, la simiente de gloria que de sus padres ilustres recibieron. De flores y de frutas habrá exhibición luego; y de bueyes y mulas; y de ovejas y cerdos; y de los perros, que guardan la hacienda; y de todos los útiles animales y menesteres de las casas de campo.

De desolación y espanto fue la escena en el incendio de la Cuarta Avenida; de gala y de colores la hubo en el rico hotel que ostenta la Quinta. De famosos generales, de suntuosos viajeros, de altos políticos, de damas poderosas, es el hotel de la Quinta Avenida natural morada. Allí, pasando por puertas embanderadas con los pabellones de Francia y Norteamérica, fueron a descansar de su viaje los descendientes de los heroicos franceses que abatieron —frente a los viejos reductos de Yorktown—el poder y la fortuna de Inglaterra. Del intrépido alemán Steuben, del romántico Lafayette, del noble Rochambeau fue allí la gloria. Decidió el sitio de Yorktown la independencia de la América del

---

a. Se agregan las comas a esta frase.



Norte. El inglés Cornwallis rindió a Steuben su espada; Washington mismo disparó con sus manos el primer cañonazo en la batalla decisiva; en proezas y audacias rivalizaron los auxiliares de Francia, ataviados de brillantes vestidos, y los nativos criollos, envueltos en trajes azotados por la lluvia, quemados por el fuego de la batalla, destrozados por los arbustos del camino.

El Gobierno Americano, que secunda los activos esfuerzos de la asociación, del Centenario de Yorktown, invitó a los descendientes de los héroes franceses, y a los del bravo alemán, a venir a saludar en el campo de sus hazañas el lugar donde blandieron la espada y rindieron al enemigo sus ilustres mayores. Alegres y elegantes han venido los nietos de Lafayette, de Rochambeau, de Haussonville, de Noailles. Fornidos y severos han parecido a los neoyorkinos los atléticos sucesores del audaz Steuben. No bien llegaron los alemanes sobre el casco de cuyo robusto jefe se leía la insignia de los Hohenzollern «*Suum cuique*,» y las palabras de lealtad, «Con Dios, por mi rey y por mi patria», coronadas del águila prusiana, siguieron, luego de ser cariñosamente recibidos por las autoridades de la ciudad, camino de Yorktown. Ver condes, y vizcondes y marqueses enajena de gozo a los buenos neoyorkinos, grandemente han gozado con los nobles de Francia

alojados en la Quinta Avenida. Sus uniformes han sido menudamente descritos; acotada toda observación; celebrada toda frase oportuna; contadas y alabadas las plumas de colores, las cruces, las armas, los bordados.

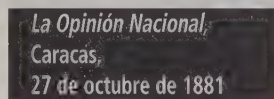
En procesión luciente fueron traídos del muelle al gran hotel. Policía montada abría y cerraba el séquito. A los acordes de la *Marsellesa*, que no ha mucho resonaron bajo los balcones de Sarah Bernhardt, sucedían los de *Salve Columbia!* y *La estrellada y listada bandera*. El séptimo regimiento, servido aquí por ricos mercaderes y jóvenes elegantes, escoltaba a los vivaces y sonrientes nietos de los que, con calor de hijos, ofrecieron sus pechos generosos en defensa de un pueblo amigo a las balas inglesas. Apenas desembarazadas de los deberes de orden, —la inquieta comitiva se reparó por esta ciudad maravillosa. Fueron los unos a pasear las luengas avenidas en el ferrocarril elevado, que en un extremo remata en atrevidas curvas, y en otro se alza a elevación pasmosa sobre los riachuelos y praderas que rodean el soleado Puente Alto. Cuáles cruzaron en coche el ruidoso Broadway. Otros, con un pintor osado a la cabeza, se encajaron en frágil andamio al más extenso puente colgante que va a Nueva York y a Brooklyn.

El que fue campo de batalla se adereza en tanto para

recibir a los viajeros. Revistas, saludos, plegarias, discursos, músicas marciales, todo lo prepara Yorktown para sus cuatro días de fiesta. Se ha remozado, y vestido de limpio, el miserable villorrio. En pie está la casa en que firmó su rendición Cornwallis: aún se señala el lugar que ocupó el humeante parapeto, a cuya cima se asomó entre redobles de tambor, el oficial inglés pidiendo parlamento; aún se enseña el lugar donde los incontrastables franceses, al mando del barón de Viomenil, asaltaron el reducto británico, coronado de llamas; aún se apunta el pedazo de tierra en que cayó herido de muerte el barón Scammell.<sup>a</sup>

Allá iremos: mediremos el glorioso terreno; contaremos la espléndida historia; y del brazo andaremos, de aquí a quince días, por la playa animada, teatro ha un siglo de tan altas proezas, los benévolo lectores de estas humildes cartas, y su afectuoso amigo,<sup>b</sup>

M. de Z.



[Mf. en CEM]

a. Errata en LON: «Scancell».

b. La crónica siguiente se dedica a esta conmemoración.



## 9

# Carta de Nueva York

Historia.-Las doce de la noche.-La última batalla.-  
Jorge III y Washington.-El centenario  
de Yorktown.-La batalla de la Paz.-Arthur y Blaine.-  
La bandera británica.-Triste soledad.-  
Los cautos y los cultos.

Nueva York,  
29 de octubre de 1881

Señor Director

**G**RITOS DE TRIBUTO y gritos de reforma han resonado en los Estados Unidos en esta quincena: con los unos se celebraba aquella magnífica época que vio vivir a Washington; con los otros, se entra con incontrastable ímpetu por la vía de honradez y pureza que abrió Garfield.-Impacientes los hombres de hoy, por asegurarse el dominio de sí mismos que el sistema de camarillas políticas comenzaba a arrebatárselos, como de prisa y de mal grado, emprendieron su peregrinación al campo sacro donde sus tenaces y gloriosos abuelos plantaron sobre reducidos humeantes el pabellón a cuya sombra crece el pueblo más pujante, feliz y maravilloso

que han visto los hombres. ¡Luego de echar la vista por estas calles, por estos puertos, por estas ciudades, se piensa involuntariamente en mares y en montañas! ¡Qué simple, y qué grande! ¡Qué sereno, y qué fuerte! Y este pasmoso pueblo ha venido a la vida, de haberse desposado con fe buena, en la casa de la Libertad, la América y el trabajo! Poseer, he aquí la garantía de las Repúblicas. Un país pobre vivirá siempre atormentado y en revuelta. Crear intereses es crear defensores de la independencia personal y fiereza pública necesaria para defenderlos. La actividad humana es un monstruo que cuando no crea, devora. Es necesario darle empleo: aquí, ha creado.

Eran hace cien años estas ciudades, aldeas; estas bahías, arenas; y la tierra entera, dominio de un señor altivo y perezo, que regía a sus hijos

como a vasallos, y con el pomo de su látigo escribía sus leyes, y con el tacón de sus pesadas botas las sellaba. Los caballeros de las Colonias se alzaron contra los caballeros de Jorge III. Desuncieron los campesinos los caballos de sus carros, y los vistieron con los arreos de batallar. Con el acero de los arados, trocado en espada justiciera, rompieron las leyes<sup>a</sup> selladas con el tacón de la bota del monarca. Se combatió, se padeció frío, se venció el hambre, y con largo y doloroso cortejo se cautivó al fin a la gloria. El 16 de octubre de 1781, los franceses y americanos aliados, recibieron de manos del caudillo británico el pabellón inglés vencido. Cornwallis, cercado, deslumbrado, anonadado, aterrado, se rindió a Washington y a Lafayette<sup>18</sup> en Yorktown.<sup>19</sup> Siete mil ingleses se rindieron con su jefe: trescientos cincuenta habían perecido en el brillante sitio; con valor

a. Desde aquí, ilegible el Mf. hasta «el pabellón inglés vencido». Se sigue la lección de OC, t. 9, pp. 85-86.

fiero asaltaron los sitiadores las obras de defensa de las tropas reales; con gallarda nobleza y ejemplar calma, se regocijaron de su triunfo. Allí descansaron de su jornada de seis años los soldados de Lexington, Concord y Bunker Hill. Allí doblaron la rodilla, para dar gracias a Dios, los que la habían alzado de una vez fatigados de tenerla humillada ante su tiempo, en 1775. Allí se ha honrado ahora a los héroes, se ha conmemorado a los muertos, se ha contado la gloriosa historia, y se ha saludado cariñosamente a los vencidos.

Hace cien años, fue la señal de la rendición a la toma de Yorktown: Francia, que ha redimido a los hombres con su sangre, se había aliado a las colonias americanas rebeldes. En aquellos tiempos de odios, el Rey francés obedecía así a la usual política, y debilitaba el poder de Inglaterra, su robusta enemiga. Mas no fue el rey quien decretó la alianza: fue el clamor de la nación generosa que, enamorada de la libertad, y no bastante fuerte aún para conseguirla, empleaba la energía ya recogida en empujar a la libertad a un pueblo más cercano a ella y más fuerte: fue el clamor de la nación, pagada por la casaca parda y las medias de lana del humilde Franklin, de aquel Embajador austero, que entró en la casa del rey con los vestidos modestos de la libertad, y habló con sus palabras y venció con ellas. La

flota francesa había vencido a la flota inglesa entre los cabos de Chesapeake, con rapidez tan grande y tal fortuna que un noble que venía a visitar al almirante inglés, fue recibido por el conde de Grasse,<sup>20</sup> el marino de Francia, y en las mesas francesas se sirvieron los manjares que habían sido preparados para adornar la mesa de los marinos de Inglaterra. Washington, con cartas diestramente escritas, que aparentaba dejar sorprender a los enemigos, hacía creer a Clinton, el representante del monarca y director de la campaña, que cuando cruzaba el Hudson, estaba aún lejos de él. Cuando despertó de su sueño, halagado por la seguridad de venideras glorias del inglés Cornwallis, Washington mismo,<sup>a</sup> con su mano firme y su postura augusta, disparaba contra Yorktown la bala de cañón que abrió el famoso sitio. De noche construían los aliados las trincheras de donde, al romper el día, habían de disparar las balas llevadoras del asombro, la derrota y la muerte. La luz de una fragata incendiada alumbraba el combate. Lafayette generoso y Rochambeau<sup>21</sup> valiente, mandan a los franceses, y Washington sereno, Washington amado, manda a los americanos. Con ellos pelea el soldado bravo, el disciplinador enérgico, el alemán noble, el barón de Steuben.<sup>22</sup> De Lauzan va a la cabeza de la caballería. Viomenil<sup>23</sup> guía la infantería

ligera. Entre los franceses van un Montmorency,<sup>24</sup> un Lameth,<sup>25</sup> un Noailles.<sup>26</sup>

¿Qué eran los parapetos, los terraplenes, las empalizadas? ¿Qué las grietas del terreno, naturales defensas de Yorktown? ¿Qué los anchos pantanos, que parecían sepulcro inglorioso, inevitable tumba? ¿Qué las fortificadas baterías? Cada mañana amanecían los sitiadores más cerca de los abortos sitiados ¡Es que hay una hora en que la tiranía se ciega, y se deja vencer aturdida por el brillo y la pujanza de la Libertad! ¡Es que el soldado que lucha por la honra vale más, y lidia mejor, que el soldado que lucha por la paga! Rivalizaban en bravura los tenaces americanos y los ardientes franceses. Dos reductos se levantan a su paso: «¡Viva el Rey!» dicen los soldados de Francia, y toman el uno: sobre cien de sus compañeros, muertos o heridos, pasan los triunfadores: —en el otro reducto, el jefe inglés rinde su espada a Alejandro Hamilton, el jefe americano. En vano aguarda Lord Cornwallis refuerzos de la flota inglesa, que ha sido vencida; en vano intenta, contra la naturaleza que, amiga una vez de los hombres libres, le cierra con una tormenta el paso, la fuga de sus tropas. Ya no tiene fuerzas el Lord poderoso para sacar el acero de la vaina. Bate el

a. Se agrega coma.

tambor, pidiendo tregua. Se ajustan condiciones: el inglés las rechaza: el americano las impone: se firman en una casa histórica, la casa de Moore:<sup>27</sup> las tropas quedan prisioneras de guerra: la propiedad pública pasa a manos de los vencedores: la propiedad privada, ya de los hombres de armas, ya de los habitantes del pueblo, queda en poder de sus dueños: los productos del saqueo y la rapiña han de ser devueltos a los que los reclamen, y Tarleton, un hombre odiado, tiene que echar pie a tierra de un caballo admirable que reclama su dueño. Témesese que peligren, por su fama de crueles, algunos oficiales de Cornwallis, y Washington permite y favorece su salida del campo de batalla, so pretexto de que van en comisión de duelo, a dar parte a los gobernantes ingleses de la amarga derrota. Y el día brilla: en carros, a caballo, a pie, ha venido de los campos y poblaciones vecinas muchedumbre imponente de curiosos. ¡Cuán solitario suele estar el campo de batalla el día antes del combate! ¡Cuán poblado<sup>a</sup> el día después de la victoria! Es la hora de la entrega de las armas. A un lado del campamento, con Rochambeau al frente, forman, con sus lujosos uniformes, los franceses: al otro lado, mandados por Washington, forman, con sus uniformes empolvados, desiguales y raídos, los americanos; aquéllos, brillantes; éstos, ingenuos. Por entre

ambas columnas adelanta, con paso solemne, en<sup>b</sup> armas al hombro, banderas plegadas y tambor batiente, el ejército vencido: no lo manda Cornwallis, que está avergonzado. Allí cerca, en un espacio vecino, dejan aquellos hombres tristes sus mosquetes. Nadie los injuria, no los maltrata nadie. Y la nación entera, como a alba magnífica, se regocija y amanece. Filadelfia era ciudad de fieles, y cuando el guardia nocturno anunció las doce de la noche, con aquel grito lento: «¡Las doce de la noche, y todo va bien!»—y añadió—«y Cornwallis ha sido tomado»,—no hubo ventana sin luz, ni balcón sin bandera, ni ser humano dormido en Filadelfia. El Congreso en masa fue a dar gracias al bondadoso Legislador del Universo. La grandeza serena había vencido la tradición insolente: a Jorge III lo había vencido Washington.

Yorktown fué la batalla decisiva, el triunfo efectivo, la victoria incontestada. Tras ella, quedó de hecho el país libre. Esa es la batalla que en estos días los americanos han conmemorado. Han vuelto, llenos de vida, a aquel lugar famoso donde a ella nacieron. Han llamado, para apretar la liga de los pueblos buenos, a los descendientes de aquellos bravos soldados de Francia. Como el alemán Steuben batalló en Yorktown, llamaron también a sus descendientes alemanes. Como Inglaterra ama a sus hijos y no

está celosa sino orgullosa de ellos, han saludado la bandera de Inglaterra en el lugar mismo en que fue vencida, nueva manera de vencerla.—Recuerdo sin odio, fuerza sin vanidad, agradecimiento sin interés —esto ha sido esta fiesta. Y viene a tiempo a este país laborioso esta hora de remembranza de aquellas puras glorias,—como vino a tiempo la noble agonía y dichosa muerte del honrado Garfield. Tiene el corazón sus caudales, y perecen en su palacio de oro, como el Rey Midas, los pueblos que dejan morir estas puras riquezas. Sentir,<sup>c</sup> es ser fuerte. Ni cabe comparación, en el concepto y gratitud humanos, entre Jesús y Creso. ¡No hay flores más lozanas ni fragantes que las que nacen sobre la tierra de los muertos! De amar las glorias pasadas, se sacan fuerzas para adquirir las glorias nuevas.

Oficial, más que nacional, aunque aprobado y loado por la Nación, ha sido el centenario de Yorktown. No suspendió el pueblo sus labores; no hablaron los oradores a las masas; no lucieron banderas en puertas ni ventanas; no recorrieron músicas las calles; ni regocijo, ni emoción, ni curio-

a. Desde aquí y hasta el punto, ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, pp. 87-88.

b. Así en LON.

c. Desde aquí hasta «Creso», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 88.

sidad marcada pudo observarse en comarca alguna de los Estados Unidos. Más allá, en el campo glorioso, milicias, veteranos, altos huéspedes, dignatarios altos, estaban reunidos. Yorktown, morada del silencio, resonaba con ecos de orquesta, clamores de gozo y voces de vida. Al vapor silencioso que cruza lánguidamente las olvidadas aguas de su puerto, un día rico, sucedieron como bosques de buques, ya los americanos de la armada del Atlántico, ya fragatas francesas, ya hoteles flotantes, improvisados en las cámaras de los vapores; ya buques de vela, buquecillos de recreo, vapores de travesía, blancos y gigantes-cos,<sup>a</sup> y barcas de pescadores. Era en tierra todo polvo y ruido; todo tiendas, hoteles improvisados; comedores al aire, puestos de refrescos, grupos de jugadores, bailes de la comarca, comedias de polichinelas, casillas de buhoneros, gritar de gentes, cantar los negros de las haciendas, ir y venir de alegres carruajes tirados por mulas y cargados de lindas virginianas, o de aquellos curiosos vehículos de campo, que llevan sobre dos ruedas la abundante y parlera familia de un hombre de color, tirada por una mansa vaca, que obedece a la voz del guiador acurrucado en la delantera del carrillo, como el más dócil jaco. De feria estaba el pueblo, y parecía feria. De las sesenta casas que un día tuvo, y que solían dar

abrigo a opulentos armadores y a funcionarios pomposos, quedan en pie, envueltas en clásico musgo, la casa de Nelson, y –por manos irrespetuosas blanqueada, pálida y amueblada– la casa de Moore, aquella en que con ojos lucientes de gozo vieron cien años hace los jefes americanos moverse sobre el pliego de la capitulación las manos trémulas del jefe inglés que lo autorizaba con su firma. Algaraza y bullicio era todo en Yorktown. –Estos, que aquí se agrupan y vienen a oír las tradiciones que narra, apoyado en su báculo ruin, el habitante más anciano del puerto; aquéllos, que se apiñan y vocean, ven bailar sobre un entarimado a un hombre de color, calzado con ponderosas y luengas botas, cubierta la cabeza con un gorro rojo, y todo lleno de lazos azules, y marchitos encajes. En un lado los militares presentan armas a un gobernador; en otro, sacian su sed con benéfica cerveza alemana, o áspero whiskey. Ya son corporaciones invitadas a la fiesta, a que la multitud abre paso; ya una columna cerrada de francmasones,<sup>b</sup> que vienen en gran número a la fiesta. Y ya se arremolinan, se empujan, se atropellan para salir al encuentro de un cuerpo de artilleros que viene «cubierto del polvo de seis Estados», por el mismo camino que el ejército libertador anduvo un día,<sup>c</sup> empolvado, alegre, sediento, desplegando al aire

el pabellón luciente, y arrancando voces de triunfo a las marciales cornetas: 465 millas han andado en treinta días. Esto era, al inaugurarse la semana de la conmemoración, el lugar de la famosa batalla. En un yate, por el puerto, paseaba el dueño del *Herald*, y agasajaba a bordo a Archibald Forbes, el más atrevido corresponsal de guerra que cuentan los periódicos ingleses; y en tierra,<sup>d</sup> en un rincón, un grupo ansioso, que viene de comprar a un vendedor de baratijas piedras mágicas y medicinas omniscientes, entra a ver un ternero que nació con seis pies, o una vaca ya crecida que anda sobre cinco. Un lúgubre cortejo cruza en tanto el río. Fatigado de sentir, el corazón de un marino se había roto en su pecho. Era un noble oficial el capitán Mr. Cree. De su buque sacaron solemnemente su cadáver. Singular procesión surca las aguas. Va delante, en un bote guiador, el capellán que reza; detrás, como guardia de honor, botes de los buques de guerra anclados en el puerto: –entre ellos, el cadáver. Quedó éste en tierra. Y continuó el gozo.

El sol del día 18 brilló sobre los buques lujosamente engalanados. En<sup>e</sup> el *Tallapoosa*,

a. Se agrega coma.

b. Errata en LON: «fracmasones».

c. Desde aquí hasta «batalla», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 90.

d. Se agrega coma.

e. Así en LON.



el vapor que tuvo encendidas sus calderas para llevar al buen Garfield a las tierras sanas del Canadá en busca de vida, trajo a Yorktown al Presidente de los Estados Unidos, miembros de su Gabinete, y respetables personas. Cada buque disparó en su honor 21 cañonazos. Batalla parecía aquel estruendo, y lo era realmente: la daba el agradecimiento y la ganaban los hombres: era aquélla la batalla de la paz. A poco, en lujoso buque, vinieron con el secretario Blaine, de blanco cabello, bondadosa<sup>a</sup> faz y penetrantes ojos, los huéspedes franceses y alemanes. En larga procesión, encabezada por el jefe del país, dirigíase la compacta comitiva, acongojada por el caluroso día, y cercada a un lado y otro por la curiosa muchedumbre, al promontorio donde ha de alzarse el monumento que recuerde el esfuerzo de los redentores, la bravura de los aliados y la trascendental victoria. En ancha plataforma acomodáronse los huéspedes. Cerrados los ojos, baja la cabeza, cubierto a medias el rostro por la mano alzada, —que es aquí la señal de reverencia—, oyeron los concurrentes la plegaria en que se ofreció al Alto Señor la ceremonia. De los francmasones era el día 18 la fiesta. Con ceremonias masónicas colocaron la primera piedra del monumento conmemorativo. En el sillón de roble en que, en sus trabajos de jefe de logía se sentó Washington, se

sentó en Yorktown el Gran Maestro de los francmasones. Las bandas y el mandil que lo adornaban fueron bordados por la esposa del humano Lafayette, y a Washington presentadas en ofrenda, allá en la sala humilde de su hacienda solitaria de Mount<sup>b</sup> Vernon. Y el malleto que en la ceremonia resonaba, está hecho de la madera del puente de la fragata *Laurence*, el buque abanderado en la gloriosa flota que en 10 de setiembre de 1813, venció en el Lago Erie a los tenaces ingleses. A los golpes de ese mismo malleto, se colocó en 1876 la piedra primera del monumento que recuerda el combate de Monmouth; y a sus golpes también fueron echadas en la tierra del Parque Central de Nueva York las bases del obelisco valioso cuyas letras extrañas y seculares intentan en vano descifrar los hombres. Del misterioso Egipto vino a Nueva York el obelisco raro. «A la admirable y sensible Francia, a nuestra amiga constante y fiel, queremos honrar en este monumento: y a ese gallardo Steuben, que honró a su patria y nos ayudó a fundar la nuestra» —así dijo el Gobernador del Estado histórico, en cuyo recinto está Yorktown. «Ved ese monumento», decía el senador Johnson: «en él sabremos cómo nacimos, y él dirá cómo somos. Él es nuestra existencia nacional. Trece figuras de mujer, los trece Estados viejos, sustentan

la columna en que van inscritos los treinta y ocho potentes Estados que hoy forman la Unión. Y coronándolos a todos, como fruto de esta concordia espléndida, de aquella victoria<sup>c</sup> brillante, y del trabajo con que la hemos confirmado, brilla la Libertad, nuestra salvadora y nuestra hija.»

Fue el día 19 el día solemne. Ante los rudos prusianos, cubiertos de su casco de batallar; ante los gallardos enviados de Francia, especialmente honrados; ante la multitud de gente ilustre reunida en esta hora grave de la conmemoración, se irguió el Presidente Arthur, honró a la vez a los Estados Unidos que vencieron, y a la madre Inglaterra que fue vencida. Ni honró a Inglaterra demasiado, ni la honró demasiado poco. Fue breve, brillante, seguro, oportuno su discurso. Tenía un modo de decirlo y dió con el modo. A los franceses dió ardientes gracias. Con Alemania fue cortés. «De esta batalla nos vino un legado» —dijo: «el amor de la libertad, protegida por la ley». «¡Quiera<sup>d</sup> Dios —exclamaba al concluir— que nada altere ni conmueve las relaciones que nos unen con el pueblo que fué nuestro adversario, y con

a. Errata en LON: «bondosa».

b. Errata en LON: «Monmt».

c. Al parecer errata en LON: «víctima».

d. Errata en LON: «Quería».

los pueblos que nos cedieron en la hora de la prueba sus mejores hijos: quiera Dios que vivamos con nosotros mismos y con todos los pueblos de la tierra en eterna paz.» De elegante manera respondió al Presidente el marqués de Rochambeau: con frases de marcado y vehemente afecto habló en nombre del Gobierno de Francia el comisionado Max Outrey. La «Oda al Centenario», del poeta del Sur, de Paul Hayne, briosa y bella, fue luego leída. Con donaire de Academia y galansterías de hidalgo dijo su discurso celebrado el caballero Winthrop. «Digamos —exclamó— Dios salve a la Reina», puesto que aún se oye el grito generoso con que la reina nos dijo en nuestra hora de agonía: «Dios salve al Presidente». «Manteneos en la fe de nuestros padres», dijo a los Estados. «Sois la vanguardia de la raza humana: el mundo venidero es nuestro», dijo una vez Mme. de Sevigné a un distinguido americano: ¡alcémonos a un completo sentido de esta responsabilidad inmensa, y mantengamos el progreso de la Libertad en todas las tierras y en la nuestra!» Culto y hermoso fue el discurso de Winthrop.

Un anciano, entre murmullos lisonjeros se alzó luego: el ministro Blaine. Y leyó con voz segura este documento simple y grandioso, de él nacido, y con su mano escrito.

«En reconocimiento de las relaciones amistosas tan larga y

felizmente mantenidas entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos, en la fe y confianza en la paz y buena voluntad de los dos pueblos en todos los siglos por venir; y especialmente como una señal de respeto profundo del pueblo americano por la ilustre soberana y noble señora que se sienta en el trono británico, ordénase por este documento que al terminar estas ceremonias conmemorativas del vapor y triunfo de nuestros antepasados en su lucha patriótica por la independencia, la bandera británica sea saludada por las fuerzas del ejército y marina de los Estados Unidos en Yorktown. Háganlo cumplir el Secretario de Guerra y el Secretario de Marina.—*Arthur.—Blaine.*»

Con salvas estruendosas saludaron baterías y buques el día 20. Fue el día militar, el día naval. 15 000 concurrentes vieron pasar a 8 000 soldados. El hermoso Hancock, como llaman al general demócrata sus entusiastas soldados, llega en arrogante bruto ante la plataforma en que se alza el sillón presidencial; saluda al Jefe del país, entrega las riendas de su caballo y asciende a la plataforma. Apuestas milicias, probados veteranos, pintorescos regimientos desfilan a los ecos de las bandas. Allá van los dos cañones tomados a Cornwallis en la heroica refriega. Allá van con sus blusas azules y sus sombreros blancos, los soldados de la Carolina del Norte.

Con su banda vestida a la austriaca, van allí los ricos voluntarios del Regimiento 13º de la ciudad de Brooklyn; la caballería del escuadrón del viejo Dominion, en caballos castaños, arranca altos vítores. Especialmente aclamados por sus vestidos pulcros y marcial continente, pasan las milicias de color del noble estado de Virginia. Montes de polvo y ruidos de combate quedan tras las baterías de artillería, que cierran el séquito. Y en buque elegante pasa revista el Presidente a los buques anclados en el puerto, que en su honor izan banderas, suenan músicas y descargan cañones. Y movidos de prisa de volver a sus quehaceres diarios; y pagadas ya, aunque no con el fantástico brillo y suntuoso arreo que fueron prometidos, y que se debían al caso glorioso, las deudas de agradecimiento, a los padres de la nación y a los pueblos que vinieron a ayudarlos, volviéronse con premura dignatarios, militares y masones a sus oficinas y a sus lares; fustearon a sus mansas vacas, camino de la hacienda, los labriegos de color; quedó en su soledad triste la histórica Yorktown; y es fama que se ha

a. Desde aquí hasta «puesto que», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 91.

b. Desde aquí y hasta «Carolina del Norte», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 92.

oído decir a muy elevado personaje que allá conocieron los concurrentes,—con el polvo, y el asendereado andar y el imperfecto comer, y el dormir en los hoteles flotantes o en miserables casas,—todos los horrores y miserias de la batalla, sin ninguna de sus glorias. Y ha sido, en verdad, el Centenario, para los que ven con ojos penetrantes y leales, como ceremonia impuesta, a los más indiferentes y sentida sólo por los cultos y los cultos. En periódicos,

—por más que no en todos, —y en un buen libro, ha hallado estima y loa la patriótica fiesta; y más allá del mar será tenida como acto digno de un pueblo grande, fuerte y bueno. Fiesta de los tiempos, y liga de los pueblos. Mas ¿dónde, dónde, ese patriótico anhelo, esos rapsódicos arranques, esa calurosa sensibilidad de nuestros pueblos? En júbilo debieron encenderse todos los corazones; y los muros todos, vestirse de colores de fiestas; y

regarse de rosas todos los umbrales; y en peregrinación ir el inmenso pueblo a doblar las rodillas sobre el campo sacro! ¡Librenos Dios del invierno de la memoria! ¡Librenos Dios del invierno del alma!

M. de Z.

*La Opinión Nacional*  
Caracas,  
14 de noviembre de 1881

[Mf. en CEM]

## 10

# Carta de Nueva York

El «boss» y los «halls».—Las reformas de Garfield.—Sequía.—La sed amenaza a Nueva York.—El Croton sin agua.—Entre Scila y Caribdis.—La caricatura.—Stalwartismo.—<sup>a</sup>Las elecciones.—Rossi y la Patti.—La casa de Washington y la casa de Bolívar.<sup>b</sup>

Nueva York,  
29 de octubre de 1881

Señor Director

**M**AS EN LA POLÍTICA activa, andan calores de verano. Las palabras honradas no son

habladas en vano; ni son vanas las vidas puras; ni es vana la muerte de un varón ilustre, que puso mano fuerte sobre los abusadores y corruptores, y ofreció el pecho a sus iras. Se quiere audazmente la realización de las reformas porque Garfield ha muerto. Así como

hay espíritus evangélicos que gozan en dar en silencio, como las violetas humildes, su perfume a los hombres, así hay refrenadas por la educación o por el miedo, satánicas manos dispuestas a matar. Guiteau, un perpetuo vencido, tenía odio a todos los victoriosos. En sus rencores ardientes cayó la palabra de cólera de los que, con más fortuna y poder que él,

a. Errata en LON: «Stawartismo».

b. A continuación, epígrafes relacionados con Francia.

se habían adueñado de los empleos y votos públicos, y granjeaban en ellos opulenta vida, y se revolieron iracundos contra el hombre sano que quería volver a la nación, en manos ya de unos cuantos despreciados mercaderes, el uso de sí misma. De motivo político disfrazaron los corruptores el motivo de su cólera frenética, y su apetito de los bienes nacionales; y movieron la mano inquieta del ambicioso vulgar y torpe, y le dieron ocasión para que asignase motivo político a su crimen. Siéntense en la nación, más que se dicen, estas graves cosas. Ansia de reforma y anhelo de dignificación,<sup>a</sup> poseen a los ciudadanos. ¿Recuerdan los lectores de *La Opinión Nacional* la carta anterior de M. de Z.? Allí estaba descrito el *boss* odioso; el cabecilla de partido; el que prepara las elecciones, las tuerce, las aprovecha, las da a sus amigos, las niega a sus enemigos, las vende a sus adversarios; el que domina los cuerpos electorales; el que exige a los empleados dinero para llevar a cabo las elecciones que han de conservarlos en sus empleos; el que con la presión de un dedo en el resorte que mueve la máquina política, echa a andar a su voluntad, o detiene, o rompe las ruedas; el que impone al partido los candidatos, que son siempre tenaces tenedores de ricos oficios, de los cuales les vienen influencia y modos pecuniarios para ase-

gurarse en elecciones nuevas la continuación del goce de los frutos públicos. ¿A qué votar, se iban diciendo ya los ciudadanos, si nuestro voto libre y aislado nada ha de poder contra el voto organizado del partido? Y los hombres buenos disgustados de aquellas granjerías, desertaban de<sup>b</sup> las urnas; y en los salones de cerveza, y en las aceras de las casas de registro, se compraban con monedas o cambiaban por licor los votos de los extranjeros naturalizados; y no ascendía a los públicos oficios el caballero honrado, lleno de fama y méritos, y amado de su comunidad, sino el logrero favorecido, sacado del séquito del capataz, a quien en cambio del dominio que sobre su oficio y él tendría el *boss*, dábale el *boss* su insano apoyo y echaba a rodar todas las ruedas de su máquina. De llamarse aquí *halls* los lugares en que las gentes se reúnen, y de reunirse en ellos constantemente los políticos de oficio, ha venido el odio a los *halls*. Y es unánime el grito de rebelión que, con motivo de las elecciones de noviembre, lanzan al aire los buenos ciudadanos. En Brooklyn, en Nueva York, en Philadelphia, quiebran la máquina. Buscan reforma. Exígenla. Niegan a las corporaciones corruptas el derecho de imponer candidatos a los partidos. Reúnense en clamorosos *meetings*, llenos de la savia de la juventud, la cordura de la ancianidad y la fuerza del decoro los miembros independientes de cada partido.

Conciértanse, para votar por los hombres honrados, republicanos y demócratas. En uno y en otro campo cunde la revuelta. Ni caciques, ni asambleas directoras; ni *halls*, ni *bosses*! Quieren que el ciudadano electo sea el mejor ciudadano; y quieren que cada votante tenga voz libre y voto libre en la designación y elección de los candidatos por quienes vota. Brooklyn tenía un dueño demócrata, que se llamaba Mc Langhlin; lo echa abajo. Nueva York se sacude de su dueño, el tenaz y astuto Kelly. En Philadelphia, el partido republicano resiste la candidatura que la asamblea de políticos que viven de los oficios públicos le imponen, y vota por Wolfe, un candidato rebelde, que se presenta espontáneamente a ser votado. Quieren reformar los partidos, que garanticen el ejercicio del sufragio, y hagan imposible el retorno al corrompido organismo actual. No da aún con el modo constante que ha de amparar el libre voto, mas esta vez, salvarán el suyo, con el vigor de su noble rebeldía. Peligran la independencia y la dignidad de la nación. No al triunfo de los partidos, sino al beneficio de los municipios, han de atender los municipios.

La Academia de Música, el más hermoso teatro de Broo-

a. Desde aquí hasta «a sus enemigos», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 97.

b. Se añade «de».



klyn, la ciudad anexa a Nueva York, resuena con vítores y coros de hurra<sup>a</sup> a los desinteresados candidatos de ambas secciones de partido, el popular general Tracy y el meritorio anciano Ropes, que van a ofrecer juntos su influencia y sus cohortes de combate, a un hombre joven y puro, a quien el pueblo y ellos aman, al generoso y rico Seth Low. Habla en la admirable reunión el anciano Ropes, para deponer toda probabilidad de triunfo de su candidatura, determinada una semana antes, como bandera de combate de los hombres puros. Habla entre salvas nutridas de macizos aplausos, el general Tracy, para ofrecer al hombre joven la candidatura que a su vez le ofreció la Asamblea de políticos republicanos de la ciudad. Para decir que auxiliará a los republicanos, habla un demócrata. Para flagelar a los explotadores y ensalzar al nombrado, habla un hombre que gozó un tiempo en este país honores cuasi divinos, y que, acusado de adulterio en un proceso escandaloso, no ha perdido aún, sin embargo, todo aquel no igualado prestigio e influencia mágica que un tiempo tuvo: el sacerdote de rostro encendido, mirada llameante, y labios y largos cabellos blancos, el brioso e infatigable abolicionista de otros días, el párroco de la iglesia de Plymouth, el que lleva de la mano con altos honores a la plataforma de su

iglesia al hereje célebre, el antideísta Ingersoll; el orador famoso, Henry Ward Beecher. Su palabra es azote, canto, arrebatado indignado; bufonada, chiste. Ve las cosas con ojo americano. Se sacude hacia atrás, en un movimiento oratorio, los faldones de la levita. Mezcla con gran fortuna los tonos nobles y los tonos bajos —¿por qué no decir innobles?— del discurso. Que rían de lo que dice, le regocija. Conoce el espíritu de su pueblo, y se adelanta a dar forma hablada, siempre oportuna y feliz, a lo que bulle en la mente popular. Con él los americanos se espasman, se enardecen, se deleitan. El tiene, como ellos, vivacidad, penetración, burla de lo romántico, grandeza y candor. Su voz, ya fatigada, es aún melodiosa. Odia las notas altas,<sup>b</sup> y emite naturalmente sus sonidos correctos, penetrantes, blandamente timbrados. No lleva ante la mesilla del orador un discurso elaborado, grandilocuente, bien armado. Revolotea, se para, anda a retazos, pica, muerde, pisotea, ridiculiza, brilla. Se le sigue con placer, con asombro, con provecho. Oírlo es dar con la clave en este país extraño, que tiene de infantil y de maravilloso, y en igual grado lo repulsivo y lo atrayente. La palabra francesa de Chauncey Depew, la palabra universitaria de George Curté, la palabra llana del abogado Choate, la imperial palabra del elegante Conkling<sup>c</sup>

revelan ya la influencia de las altas clases y literatura alta de los pueblos viejos en este nuevo país. La palabra descarnada, vigorosa, familiar, desenuelata, pintoresca; la palabra brusca, sincera, cándida, llana, la palabra yanqui: —esa es la de Henry Ward Beecher. Discurso sin convención; plática sin embarazos; conversación vivaz, sencilla, útil y humana. Quedó nombrado candidato para *Mayor*<sup>d</sup> de Brooklyn el hombre joven y bueno, que odia los saraos y ama a los pobres: el noble Seth Low.<sup>28</sup>— Que es joven, dicen sus rivales mohinos.—«Pues porque lo es!» exclama Beecher: —«¿nacen acaso los hombres viejos? Tan joven como él quisiera yo ser, y cuando tenía yo su edad, había creado dos parroquias y vine a Brooklyn a fundar la parroquia tercera; mas ¡ay! que el general Tracy decía, pintando su vejez y en consecuencia que él había cortado las maderas en que se había hecho la plataforma republicana, y yo planté las semillas de los robles de que se cortaron las maderas de la plataforma!» A lo que siguieron colosales coros de estruendosas risas.

Halagando a los hijos de Brooklyn, decía Beecher, por cuanto existe rivalidad de vecinos entre las dos ciudades,

a. En LON: «hurrahs».

b. Desde aquí hasta «país extraño», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 99.

c. Errata en LON: «Conckling».

d. En inglés, alcalde.

—por el río y por las hábitos de sus moradores separados: «Nueva York es nuestra casa de trabajo; y vuestro hogar, es Brooklyn.» Con igual clamor y con inusitado empuje, continúa su campaña de reforma la democracia neoyorquina.<sup>a</sup> Gigantesca reunión atronaba anteañoche los aires en el Instituto de Cooper. Los grandes del partido, que son los buenos del partido, hablaban al frenético pueblo. Libre elección, libre designación, y empleados honrados quieren los neoyorquinos. Los hombres puros, que ven libres las urnas de los gavilanes que habían sucedido a las águilas, vuelven a las urnas. En verdad, no presentaba esta tierra a los observadores de su máquina política menos deplorable espectáculo que el de los más viejos y corruptos países. Todas las malas pasiones y todos los ruines apetitos, tenían aquí el usual dominio, y el usual empleo. Falsedad era el voto, e iba camino de su descrédito el superior. Venía a ruinas el templo de Jefferson. Mas los caballeros de la libertad se arman, llaman con las espadas de los padres de la patria a las puertas de la casa de la libertad, y echan del templo con voces de anatema a los procaces logrerros. A tiempo viene la reforma: podríanse los cimientos de esta gran República.

De sed de decoro sufrían los buenos republicanos; de sed de agua están a punto de sufrir los neoyorquinos. ¡Qué

catástrofe, si aconteciera! El acueducto de Croton no recibe de sus corrientes proveedoras el agua necesaria; los grandes receptáculos apenas bastarán a las necesidades de cortos días; la lluvia reacia se ha negado a los campos; la tierra ardorosa enjuga las lluvias escasas que la riegan; no corren los arroyos, ni bajan los hilos de agua de los montes, ni crecen, como suelen, los majestuosos ríos. Ya ha avisado del peligro de la seca el jefe del acueducto; ya ha rogado el *Mayor* de la ciudad que economicen los vecinos el agua que amenaza faltarles. 95 000 000 de galones de agua consume cada día Nueva York: y sólo 4 000 000 diarios podrá dar Croton si sigue la seca. Y no llueve, los ríos no se hinchan; los caudales del acueducto se vacían: el riesgo es inminente, es grande, está cercano. Las familias imprevisoras, habituadas a prodigar la rica agua de Croton, no harán en ella la necesaria economía. De fijo que el próximo domingo todo serán plegarias por la lluvia. Y ya se piensa en traer el agua a la inmensa Nueva York del Lago Erie.

Y en Washington ¿qué hace, qué piensa, qué decide el vigilado Presidente? Sus amigos personales están desacreditados: el espíritu de Garfield llena el país. Por honra y pureza hay general clamor. Podría el Presidente llamar a sí a amigos íntimos, y él cuenta entre

sus hábitos el de serles fiel, mas acontece que cuentan, como los más prominentes entre ellos, hombres de cuya participación constante y absorbente en los negocios públicos desconfía ya la nación. Una caricatura recientemente publicada, pinta esta difícil situación. Es el pasaje de la Odissea: Ulises cruza su azotada barca, entre Scyla y Caribdis. No atado, como pasó Ulises, sino con la reacia mano sobre el timón rebelde va, con su traje griego, el Presidente Arthur. De tierra lo llaman las sirenas; Conkling, con largos cabellos, toca la pandereta. Platt,<sup>b</sup> el compañero de Conkling en el Senado lo llama con el dedo; en gran lira, suelta sobre la robusta espalda la negra melena, tañe melodías seductorías el cacique Logan, partidario tenaz de una secta oficial, de una casta de tenedores de empleo, y de un Gobierno fuerte; mueve, con manos frenéticas, el general Grant una guirnalda de rosas. El Presidente, con vigorosa voluntad, tuerce la barca hacia el encantado promontorio: mas la barca, empujada de lleno por los vientos contrarios,<sup>c</sup> corre mar adelante, y arrastra al barquero. Rodea-

a. En LON, siempre «neoyorkinos» en esta crónica.

b. Errata en LON: «Pratt». Se trata del senador Thomas C. Platt.

c. Desde aquí hasta «A los pies de las», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 101.

do de escollos está el promontorio. Sobre el uno que dice: «Servil fidelidad a los amigos» hay un mástil roto: léese en una roca: «Patronato para fines personales». «Patronato, protección para el logro de empleos». En otra roca está escrito: «Servicio civil corrompido». A los pies de las sirenas se lee «*Stalwartismo*».—*Stalwartismo*,<sup>29</sup> gobierno de la casta alta, de la casta política. Y al volver del promontorio, están, en una grieta de la roca, una calavera y un hueso roído que dice: «muerte política.»

¡Mas los vientos de la nación llevan la barca del Presidente, entre las agitadas aguas políticas, mar adelante! Y ese es de cierto el Gobierno en Washington. La sección honrada del partido republicano no levanta obstáculos al Presidente nuevo; mas no fía en él.—Hombres ilustres y probados se niegan como el buen caballero Morgan, a servir en la secretaría de Hacienda que, para ocupar su puesto de Se-

nador a que ha sido electo,<sup>a</sup> renuncia el probo y hábil Windon, el Secretario de Hacienda de Garfield. El Juez Folger, ya confirmado por el Senado, como aquí es uso, ha sido señalado para desempeñar la secretaría. Atemorizados del ruido de las olas, no asoman sus buques francamente los íntimos amigos de Arthur, vencidos de hecho por el vigor con que la Nación entra por los caminos que abrió Garfield, que descargó sobre sus frentes, depósito perpetuo de maquinaciones personales, un golpe robusto. Y así entra noviembre.

Buenas cosas a fe se nos preparan. Elecciones reñidas de los personalistas que resisten la pérdida de su largo dominio, y los buenos ciudadanos que toman al abordaje el bajel que estaban echando a pique los piratas: elecciones magnas, en que votará libre y alegremente el honrado pueblo. E iremos a las urnas, y asistiremos a sus casas de reunión, y los veremos votar, y

registraremos la crónica del triunfo, y los clamores de la derrota. Rossi, el magnífico actor, representará a Shakespeare. Adelina Patti, de voz celeste y ojos andaluces, cantará sus dulcísimas romanzas. Booth, el trágico americano, personificará a Richelieu, a Othelo, a Hamlet, a Ricardo III. Y lo veremos todos; irá, camino de la noble Caracas, lleno de curiosas noticias el venturoso correo. Bienaventurados sean los buques que salen de la casa de Washington y van a la casa de Bolívar: itristes los que no los acompañan!<sup>b</sup>

M. de Z.

**La Opinión Nacional,**  
Caracas,  
15 de noviembre de 1881

[Mf. en CEM]

- a. Se agrega coma.  
b. El texto continúa en LON con noticias de Francia.

## 11

## Carta de Nueva York

Pueblos perezosos.-Elecciones honradas.-  
 Un millonario es vencido por un trabajador.-  
 Una campaña electoral.-Recursos, hábitos,  
 preparaciones, gastos extraordinarios, día de  
 elecciones.-Adelina Patti.-Shakespeare: *Otelo*  
 y *Hamlet*.-Booth y Rossi.-El Día de Gracias.-  
 ¿A qué matarlo?

Nueva York,  
 12 de noviembre de 1881

Señor Director

**D**ÍAS DE DRAMA, de ansia, de victoria y derrota, de brillo y sorpresa, han sido en Nueva York estos últimos días. Vivir en nuestros tiempos produce vértigo. Ni el placer de recordar, ni el fortalecimiento de reposar son dados a los que, en la regata maravillosa, han menester de ir mirando perpetuamente hacia adelante. Sofocados, cubiertos de polvo, salpicados de sangre, deslustrados o quebradas las armas, llegamos a la estación de tránsito, caemos exánimes, dejamos -ya retempladas en el calor de la pelea-a nuestros

caros hijos las golpeadas armaduras, y rueda al fin en los umbrales de la casa de la muerte, el yelmo roto al suelo. Al que se detiene en el camino, pueblo u hombre, échanlo a tierra, pisotéanlo, injúrianlo, despedázanlo, o -para que limpie el camino- húrthanlo los apresurados, embriagados, enloquecidos combatientes. Y en vano ya, si queda vivo, arrepentido de su flaqueza, levántase el caído, repara su abollada coraza, intenta mover el oxidado acero. Los grandes batalladores, empeñados en la búsqueda de lo que ha de ser, han traspuesto el magnífico horizonte. Y el perezoso ha sido olvidado. Van ya lejos; muy lejos!

Ni de las riendas de su caballo debe desasirse el buen

jinete; ni de<sup>a</sup> sus derechos el hombre libre. Es cierto que es más cómodo ser dirigido que dirigirse; pero es también más peligroso. Y es muy brillante, muy animado, muy vigorizador, muy ennoblecedor el ejercicio de sí propio. Estas cosas venían olvidando las gentes de este pueblo, y como que era comprar y vender los votos, ley suprema, implacable señor y cuna de todo poder, -hallaban los elegantes caballeros y altos potentados, menos trabajo que coligarse para votar honradamente, coligarse para comprarlos y venderlos. Elecciones haylas aquí todos los años, mas estas de ahora han sido como el despertar arrogante y colérico de hombre robusto que sabe que se ha abusado de él en sueño.

Tienen en Nueva York, como en toda la Unión, tipo especial las elecciones, y en las más, que son las de Presidente de la República, salen a la batalla los más reacios, señoriles o perezosos elementos, y se

a. Desde aquí hasta «coligarse para», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 105.



combate con angustia, con fiebre, con rabia, con toda la fuerza de la voluntad y todos los músculos del brazo; y en las otras, que son llamadas «de año aparte», —aparte del gran año de la elección presidencial— ciertos esfuerzos dejan de hacerse, ciertos resortes, más necesarios para la lucha magna, son dejados, temerosos de irritarlos, en descanso; los partidos locales, compactos ante el rival compacto en la gran lucha cuatrienal, se subdividen y desatan; las simpatías personales ponen en peligro la fidelidad y disciplina de los sectarios del partido; como se vota por hombres conocidos de cerca, y de la casa, y cuya influencia se ha de sentir más en la casa, se les duda, se les pregunta, se les analiza, se les despedaza, o se les ama más. Las pasiones toman formas cómicas, un instante después de haber tenido amenazantes formas. «Quisiera que se quemase esta noche la buena ciudad de Brooklyn, y el buen Low con ella!» —decía al bajarse de un carro el día de las elecciones un partidario rival de Low, vencido. Ya a la madrugada, un pobrecillo muchacho mensajero, un gran trabajador de baños\* volvía con su lindo uniforme, sus ojos cargados de sueño, y sus manos llenas de telegramas por repartir aún a las dos de la mañana, a su casita pobre a la que lleva cada día un peso, y de la cual sale cada día, para tornar a su faena, no

bien el sol —que ve tantas maravillas calladas— como hostia de oro, generadora de vida, se alza en el cielo. Y como hablandosele de la elección se le dijese: —«pero la gente pobre quiere a Seth Low, el *Mayor* electo.» «¡Oh, no señor: ahora tendremos que pagar más renta: él es un rico, y no cuidará de los pobres.» «Pues Henry Ward Beecher dice que pocos aman a los pobres como Low.» «Yo sé, decía con aire grave el mensajero, tanto sobre Henry Ward Beecher, como pueda saber nadie en esta localidad. Su mujer mandó una vez a un mensajero a buscar un centavo de leche, le dio una moneda de dos centavos y le pidió el cambio.» Y la puerilidad y suficiencia de aquel niño reflejan en gran modo la lucha electoral. Talmeg, un orador elocuente, aunque epiléptico, censuraba con razón en plática religiosa reciente, las ruindades, las deslealtades, los voluntarios olvidos de la verdad, de que se hace arma, con deliberado propósito, en las lecciones. Se conspira, se anatematiza, se ridiculiza, se desfigura al rival candidato. Mas esta vez tenían las elecciones, no ese encono local, ni esa menor significación que las usuales elecciones de año aparte tienen; sino aquella grandeza de la rebeldía, y aquella virtud singular de las vindicaciones, y aquel hermoso empuje con que los hombres engañados se alzan al fin contra los que co-

mercian con su decoro y beneficio. El buen espíritu de Jefferson, que amó la libertad de una manera ardiente y majestuosa, infundió brío al pueblo adormecido. De dejar las urnas en manos de vagabundos ebrios y politicastos, o de votar humildemente por los candidatos señalados por los omnímodos caciques que en cada partido de ciudad reinan, —se ha venido de súbito a repeler presiones bochornosas y corregir olvidos fatales, que resultaban en la elección de hombres menguados, criaturas y siervos del cacique; a cerrar la entrada a puestos públicos, a los hombres por el cacique recomendados; y a elegir, con voto enérgico y mayoría grande, hombres probados, sanos, útiles, capaces —como un noble diputado mexicano— de ceder su alto puesto a sus rivales, por estimar que el calor de sus amigos, o el interés de su partido, habían llevado a la elección manejos que descontentan a un hombre virtuoso. La infiel memoria no quiere ahora recordar el nombre de este buen diputado de México. ¡Debiera la memoria olvidar las vilezas que sabe, y recordar sólo las nobles acciones!

Elecciones de Estado y municipio han sido estas de ahora, y su importancia —ésa: la de despertar el pueblo a la con-

---

a. Así en LON. Pudiera ser una errata por «pocos años».

ciencia y uso de sí, y arrancarlo de las manos de traficantes osados o dueños soberbios que venían disponiendo, como de hacienda propia, de los votos públicos. Para muchos puestos se elegía: para senadores del Estado, para Diputados al Congreso de la Nación, para altos oficiales del Estado, fiscal, ingeniero, tesorero público: y en Brooklyn, ciudad democrática, se elegía *mayor* de la ciudad. Y en otros Estados hubo también elecciones varias, mas no tan reñidas ni tan trascendentes, ni tan imponentes como las de la ruidosa Nueva York y la doméstica Brooklyn. En Nueva York, una recia, apretada, interesantísima contienda atraería a sí los ojos: un millonario<sup>a</sup> luchaba contra un trabajador. En Brooklyn, aparte de todo personal accesorio, que diera amenidad y brillo a la lidia, peleábase ce-r-radamente por la libertad electoral. En Nueva York, un hombre alto, imponente, delgado, elegante, Astor, disputaba la elección de representante en el Congreso de la Unión a un hombre robusto, espaldudo, jovial, llano, humildísimo, Roswell Flower. En Brooklyn, el *mayor* de la ciudad, que en su término de gobierno ha probado inteligencia y honradez, pero que era cera blanda en las manos del *boss* formidable, del cacique dominador de las organizaciones políticas de la ciudad, se presentaba a ser reelecto, contra un hombre

jóven, caritativo, justo, impetuoso, acaudalado, el buen Seth Low.

Es necesario, es necesario seguir la contienda de Flower y de Astor. Como una, son todas; pero ésta fue más agitada, más palpitante, y más reflejadora del espíritu y prácticas de este pueblo que otra alguna. Astor es un gran caballero, que ha dado en ser político, y tiene palacios, y anhelos de gloria, que son otros palacios, y, sobre sus riquezas, la rica dote de no ver su caudal como derecho al ocio. Es pobre de años, mas no de millones. Es senador del Estado. Pero es miembro, y aspira a ser representante, de esa singular aristocracia de la fortuna, que pretende, para tener pergaminos, hacer olvidar los únicos que la honran: sus modestos pañales. Los ricos de la primera generación recuerdan con cariño aquella época en que fueron mozos de tienda, cuidadores de caballos, cargadores de lana, mandaderillos miserables, criadores de vacas. Pero los ricos de la segunda generación, que montan galanamente en los caballos que llevaron de la brida sus padres, ven como blasón de indecoro en los neorricos aquello que fue para sus padres blasón de honra: la creación de sí. Un acaudalado que se está haciendo, es un ser bajo y desdeñable para un rico ya hecho. Y hay abismo hondísimo entre los poderosos por herencia, delgados, pálidos, y a

modo de luenga flauta –porque es la usanza de la señoría inglesa– aderezados; y los poderosos del trabajo, saludables, castos, decididores, rollizos, y extremadamente limpios, con la antigua limpieza americana, sobria y sólida.

Una aristocracia política ha nacido de esta aristocracia pecuniaria, y domina periódicos, vence en elecciones, y suele imperar en asambleas sobre esa casta soberbia, que disimula mal la impaciencia con que aguarda la hora en que el número de sus sectarios le permita poner mano fuerte sobre el libro sagrado de la patria, y reformar para el favor y privilegio de una clase, la magna carta de generosas libertades, al amparo de las cuales crearon estos vulgares poderosos la fortuna que anhelan emplear hoy en herirlas gravemente. De estos es apoyado y a estos apoya Astor. Los amigos de lo que se llama aquí en política «gobierno fuerte,» son sus amigos. El ceñudo Grant y el desdeñoso Conkling lo defienden. Es para él cosa de código que su familia, su millonaria familia, debe estar representada, como en los antiguos brazos del estado en las antiguas Cortes, en el Congreso de la Unión. Y era este como un ensayo inoportuno del sis-

a. Desde aquí hasta «Roswell Flower», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 107.

tema aristocrático de Inglaterra, cuyos jóvenes nobles aprenden, como ineludible deber e inabandonable derecho, el arte de gobierno.—El competidor de Astor es un modesto, un rico de la primera generación, que guarda aún, como trofeo de victoria, su sombrero sin alas y sus zapatos rotos. Anda hoy en coche, pero él dice que anduvo mucho tiempo descalzo. «¡Yo sé a lo que sabe» —decía en días pasados magníficamente— «esa pobre comida traída de la casa en cantina de lata, sobre la cual se inclina el trabajador al medio día con tanto regocijo.» Roswell Flower tiene el poder, el ímpetu, la fragancia, el poder de atracción de las fuerzas nuevas. Hoy dirige un Banco, donde le aman: en otro tiempo tendía en vano los brazos desesperado en busca de trabajo. Dice la verdad; desdeña a los hipócritas; ama a los infortunados. Tiene el orgullo de su humildad, que es el único orgullo saludable. En su campaña electoral, su única arma ha sido su historia. «Los trabajadores me votarán porque he sido trabajador: muchos años anduve sin ver mis pies libres de heridas y cicatrices. Los hombres jóvenes me votarán porque ha de regocijarles ver a un hombre cuya vida les demuestra que desde el más bajo principio se puede alcanzar el fin más alto.» Los trabajadores y los hombres jóvenes le votaron, y le votaron sus copartidarios demócratas, y

sus adversarios republicanos. Era de ver el distrito en la semana anterior a la elección. Leíase en grandes carteles, en letras negras: «Votad por Astor!».

Y en carteles no menos grandes, en letras rojas, verdes y azules: «Roswell Flower!». Postes, cercas, montones de ladrillos, muros muertos, todo estaba lleno de alúsimos carteles. Cada hotel era un hervidero: cada cervecería una oficina de elección. Entraban y saltan por las calles del distrito carruajes cargados de agentes electorales, y poníanse a la obra gentes nuevas, y no pagadas, a labrar el triunfo del candidato democrático. Gran casa de telégrafos parecía, o tienda de estado mayor en campamento, la oficina electoral de Astor. Oíanse, en incesante movimiento, cerrar de sobres, doblar de cartas, rasguear de plumas. Un mensajero que salía chocaba con un mensajero que entraba. Afluían, como mariposas sedientas<sup>a</sup> a flor cargada de miel, los electores, e influentes de oficio, de los distritos. Y se pesaban, estimaban y pagaban los servicios de cada mariposa. Se hablaba bajo; se entraba por puertas secretas; se estrechaban las manos con misterio; se sonreía maliciosamente. Los unos salían tristes, y como con poco peso sobre sí; y los otros jocundos, y como cargados de un peso reciente. Porque una elección de representante al Congreso no ha venido costando menos de \$ 16 000,

al candidato o a su partido; y esta de Astor ha costado al rico luchador, 80 000. Doscientos pesos pagaba cada día a sus escribientes. Cuarenta mil circulares envió a sus electores, por correo. En grandes carros salían las cartas y circulares de la casa en que tenía el candidato su campo de elecciones. Ciento cinco distritos cuenta la demarcación en que se escogió el voto, y \$ 100 se dieron para pequeños gastos a cada distrito. Del gran número de ofrecedores de sí, como gentes de valía entre los votantes, se cercenaron los inútiles, y a los útiles, por su habilidad, práctica o influjo, se regalaba con \$ 50 diarios. Cantinas y cervecerías, eran al paso del<sup>b</sup> millonario, fuentes de champagne, cerveza y whisky. Salía de mañanita, no hecho a tales paseos ni a visitas tales, el inquieto candidato. Le acompañaba su ministerio electoral, formado de gentes probadas en el amoldamiento, violación y seducción del voto público. Le seguían de cerca por las calles lodosas, bajo la recia lluvia, los reporteros<sup>c</sup> voraces. Sobre su última pisada ponían ellos el pie; no decía Astor palabra, ni echaba moneda sobre el mostrador de una cervecería, que no resonasen al punto sobre las cajas de

a. Desde aquí hasta «una elección», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 109.

b. En LON: «de».

c. En LON, en inglés: «reporters».



impresión de los periódicos. Como tábanos seguían al jó-ven rico los periodistas, —y lo ha vencido esta guerra de tábanos. A captarse simpatías, a mezclarse con los electores, a deslumbrarles con la frase cordial, la promesa oportuna, el modo llano o la plática amena; a cautivar con generosos dones a los dueños de las casas de bebida, que votan, y empujan a los que votan, a esto van habitualmente los candidatos a las cervecerías. En ese horno se venían calentando aquí las elecciones. Allí, sobre el mostrador de madera, se ofrece, regatea y ajusta el precio de los votos; allí, en un rincón de las oscuras salas, llenas de humo, háblase misteriosamente en pequeños grupos; allí descienden a triviales gracejadas, complacencias impropias y llaneos indecorosos los que andan en solicitud del voto popular; allí un candidato, escaso de dinero, insinúa a los vagabundos, que lo reciben con estruendosas risas, la bebida humilde, y dice: «¿Qué querrán estos caballeros? Cerveza?» Allí otro, que es hoy embajador en Europa, en ausencia del mozo de la cervecería, despréndese de su gabán, da vuelta a la llave del barril, sirve la cerveza a sus invitados, choca vasos y manos con ellos y los seduce con su gracia y llaneza. Allí entraba, con guantes de cabritilla, humilde continente y sonrisa afable, el poderoso Astor. A Champagne no a menos, invitaba a

los perezosos; a vinos caros, a licores exquisitos. Echaba en el mostrador, sin aceptar cambio, gruesas monedas de oro de a veinte pesos. Ochenta fábricas de cerveza, llenas de obreros que votan, tiene la ciudad; y visitó casi todas las ochenta. Apuraban la copa los invitados, y el invitador llevaba apenas el vino a los labios. Cautivaba a un vendedor de cerveza, porque le hablaba con soltura en la lengua del idolatrado Vaterland; mas otro alemán le recibía duramente, y otro le negaba faz a faz, luego de haber vaciado a cambio de mal vino su bolsa, el voto que el millonario le pedía. A un baile de gentes bajas fue el candidato, y tapizó el mostrador de monedas brillantes, con las cuales se dio de beber a los bailadores largamente, y danzó con las más humildes mozas. Acá defendía un acto suyo en el Senado; allá se excusaba de haberse opuesto a medidas útiles, de cuya advocación en el Congreso empeñaba ahora promesa. ¡Oh, desdichada gloria, que a tales cosas y a tales prácticas rebaja a los que anhelan sus pasajeros beneficios! «Pues ni un centavo daré para ser electo» —decía a esto el honrado Seth Low en Brooklyn— «ni iré a pagar a los demás cerveza que no bebo; ni a comprar votos que no me honran!». —Y Roswell Flower, el adversario de Astor, no hacía eso que llamaman, en el lenguaje político de la ciudad, «campana personal»,

«campana de cervecerías»: negábasele ya la voz fatigada a emitir pensamientos robustos, a decir a los electores congregados en casas de reunión sus frases netas, crudas y honradas. Deteniase en las aceras; visitaba a sus amigos; explicaba en esa y aquella tienda, y a este y aquel grupo, las razones de la actual lucha, y su conducta en las lidias del Congreso, caso de lograr ser electo. Iban a su oficina electoral puñados de votantes a asegurarle que, a pesar de haber recibido de los agentes de Astor, redondas y pesadas monedas, no por Astor que les hería pretendiendo comprarlos, sino por él votarían. Los agentes de Astor pagaban con monedas de cinco pesos un vaso de agua de Seltz, y dejaban al dueño de la tienda el cambio «para que regalase a los muchachos cuando vinieran.» Y Roswell Flower rechazaba a un grupo de trabajadores demócratas que le pedían un pequeño premio de dinero; —y a quien le hablaba de la posible compra de algunos votos republicanos respondía bravamente: «No espero mi derrota; pero prefiero ser derrotado a deber mi victoria a la compra de votos republicanos. Quiero sacar mi honra en salvo de esta campaña». «Vencerme puede, y me

a. Desde aquí hasta «merodeaban junto a», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 111.



vence mi competidor en riqueza y piernas largas, pero ya salvarán esa diferencia mis leales electores demócratas. Como un pobre muchacho del pueblo empecé mi vida: votará por mí el pueblo; votarán por mí los republicanos honrados.» Y llegó el día solemne. Como gavilanes en espera de presa, merodeaban junto a las tiendecillas en que suelen colocarse, guardadas por policías, las urnas, —los agentes electorales. Y es fama que los republicanos mismos, lastimados de aquella obra de compra de hombres y vergonzante visiteo a que se había abandonado el candidato republicano, descartaban del grupo de papeletas de voto la que llevaba el nombre de Astor, —e iban sin ella a las urnas, o se proveían de una papeleta que llevase el nombre de Flower. Al caer la noche, un joven triste, sentado en el sillón presidencial de una ancha mesa, en un salón casi vacío, movía febrilmente una mano nerviosa, cuajada de magníficos brillantes: era Astor, que rodeado de sus tenientes humillados, recibía en telegramas y cartas las nuevas de su ingloriosa y radical derrota.

Con más de dos mil votos de mayoría le venció Flower, en un distrito donde las anteriores elecciones habían dado mayoría igual sobre los copartidarios demócratas de Flower a los copartidarios republicanos de Astor. Y era ley, que en la ciudad del trabajo, fuese electo el

hombre del trabajo. No están en el fondo de los barriles de cerveza, ni en la voluntad ruin de unos cuantos vagabundos o menesterosos mercadeables, las leyes venideras de un pueblo fuerte y bueno. Se sienta mal el que se sienta sobre hombros pagados; porque, acabado el goce del dinero, para servir a nuevo señor, o para recobrar decoro ante sí propios, los hombres pagados dan, de una sacudida de su espalda, en tierra con los pagadores.

Y la prensa, la reina nueva, la amable reina poderosa, a quien Flower ha dado ardientes gracias, ha sido arma de muerte contra el millonario. No era el odio insano a la riqueza, sino repugnancia viril de verla de tan bajo modo empleada. Los periódicos educados se dolían y airaban de aquella tentativa de abuso de los hombres ineducados. Lastimaba a su decoro de hombres aquella manera de comprar hombres. Jóvenes, y aspiradores, y soñadores de gloria, los periodistas que vigilaban de cerca la contienda, y la narraban con realidad sangrienta e implacable, erguíanse con cólera contra aquel espectáculo, que tan baja cuna preparaba a las leyes, y tan vil empleo a las libertades, y de tales amenazas henchía el porvenir de un pueblo en que las llaves de la casa de la ley pueden ser así compradas y vendidas.

Y han sido las crónicas de esta campaña, verduguillos, saetas, lenguas acusadoras, es-

padas penetrantes, hachas de armas. De desprecio y desconocimiento de los hombres ha venido al vencido millonario esta lección áspera e inmisericordiosa; y de abuso del poder en el Estado ha venido a los republicanos este ruidoso comienzo de pérdida de poder.— «Pues, si es necesario —decía en pujante exabrupto un diario de la ciudad respondiendo a otro— elegir entre los jóvenes de casas ricas nuestros representantes al Congreso, ¿cómo tendremos entonces entre nuestros hombres por venir a Henry Clay, a Abraham Lincoln y a James Garfield? Pues no venía de casa rica Garfield, cuya madre viuda plantaba cercas en las haciendas de campo para ganar el alimento de sus hijos!»

Y los que así han flagelado al rico corruptor, han mantenido en brillante pavés, y alzado entre himnos de victoria, a un rico virtuoso... A Seth Low, heredero de la mayor fortuna de Brooklyn, y electo Mayor de la ciudad por mayoría avasalladora, lo han alabado, defendido, congratulado. Campaña animadísima le hicieron sus secuaces; apiñábanse en las casas de reunión los brooklynianos, para oír al joven bueno; de seis a ocho discursos pronunciaba cada noche, nutridos de pensamiento honrado, y dichos lentamente, en frase llana: —no caudalosa por cierto, ni castigadora, ni culebreadora, como la de Beecher, sino coloquial, serena y sin

aliño, más atenta a decir las cosas, que a la manera de decir las. En odio a la presión política que en la ciudad venía ejerciendo un cacique demócrata, y en respeto a sus no usuales bondades, ha sido electo por demócratas y republicanos, Seth Low. Es de aquellos ricos que pudieran, sin merma del amor que gozan, perder su riqueza: que él, con su virtud y actividad, sabría hacerse otra. Le viene la fortuna de su padre, y la de ser resignado, humilde, laborioso y benéfico, le viene de sí. Le parece que no ha de ser un rico, dorado parásito que crezca en taza de oro, sino criatura animada y arpa sonante al viento humano, y combatiente útil en la enorme y complicada liza de la vida. Hele ya preparado a ocupar su alto asiento, y a trabajar desde él por el bien público, el voto libre, la escuela útil, las comunicaciones rápidas, y a no hacer cosa que resulte hecha fuera del temor de Dios y de sí mismo, sin miedo a la censura de los hombres.

Ya sobre los anuncios de elecciones, tiéndese, en luegos trozos de papel, nuevos anuncios. Ya, dado punto a este reñidísimo torneo, —en que los malos caballeros, que es justicia que en ocasiones no acontece, han sido humillados por los buenos— ábrese en Washington el torneo lúgubre, cuyo juez tendrá ante los<sup>a</sup> implacables ojos el arma con que un vulgar ambicioso dio muer-

te al bravo Garfield. Ya se asegura que el Presidente monta en cólera porque no cree su Ministro de Justicia que debe el Gobierno mostrarse parte en el proceso de Guiteau, sino abandonar su fortuna a la justicia ordinaria, por cuanto influir en ella en este caso, fuera tacharla de parcialidad, torpeza o lenidad en los demás. Ya se afirma que al fin de este proceso y al de alguno de los de desfalco en la administración de Garfield, iniciados contra amigos políticos del actual Presidente, aguarda Arthur para la reforma definitiva de su Gabinete. Ya se van camino de Francia, luego de ser obsequiados con lujosos bailes, los caballeros franceses que vinieron a conmemorar en Yorktown las hazañas de sus mayores. Ya, luego de chocar vasos de cerveza en los *comers*, la fiesta de los bebedores alemanes, y de ser con germánica alegría festejados en la casa de las sociedades de canciones, que son para los hijos de Alemania templos amados, donde es diosa la lejana patria—se vuelven también, camino del país de los hombres de hierro, los descendientes del barón de Steuben. Ya se vinieron abajo dos casas de pobres, que aquí parecen nidales de gusanos, y mueren por la incuria de los avarientos propietarios nueve miserables criaturas, y se salvan las demás que habitaban la casa, por verdadera maravilla. Ya se mueve grandísimo escán-

dalo porque el cajero del banco más rico de una ciudad vecina, prestó y negoció con valores del banco dos millones de pesos;—y llamó una mañana a los directores de la casa arruinada a darles cuenta del hurto colosal. Ya, al cabo, Rossi ha representado en el teatro de Booth a Hamlet, y Adelina Patti ha cantado en la sala de Steinway «Ah, forse é lui» de *La Traviata*, y «Ombra leggera» de la *Dinorah*: que es, dicho al terminar este cúmulo de cosas terrenas, como empezar un viaje en el lomo de un insecto, y acabarlo en el ala de un ángel.

La naturaleza, como frutas perfectas, como paisajes de rematada corrección, crea seres humanos avasalladores. Llevan en sí, por hermosura extrema, o genio extremo, un poder que deslumbra, desvanece y ciega. Negarlos es vano. En ellos, aparecer es dominar. Si las criaturas de la tierra, celosas de estos seres mejores, hincan en su mano blanca el diente airado, su manera de llevar el dolor aumenta la vida gloriosa que la mordida intentó arrebatarles. De estos hombres, la frente resplandece como nieve no hollada. De estas mujeres, tiene el cutis perlados matices, y la mirada intensidad de llama; semeja el pie juguetoncillo cisne; el

a. Desde aquí hasta «lenidad en los demás», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 113.

talle, caña alada; la mano, beso de niño; la voz, promesa de otros mundos, venidos a verter consuelo y fuerzas en éste. Así Adelina Patti. ¿Qué parece, sino un vellón de nieve? ¿Qué se busca en la escena, luego de haberla visto, sino un ser sobrehumano? Ni ¿qué tienen los ojos sino lágrimas? Después de oírla, palpa uno aterrado, como palparía honduras de abismo y trozos de cadenas, el sillón en que se sienta, la ropa que se viste, el vecino que le codea, el muro que le cerca. ¡Se viene de tan lejos! ¡Se estuvo en países tan bueno! ¡Volvió a oír al fin el alma palabras a que parece ella tan acostumbrada! Luego, ¿qué es el cielo, sino un viaje de vuelta? Ni ¿qué ha de decirse ahora que es cantante maravillosa, y alada mujer Adelina Patti? Ella aquí fue a la escuela, y cantó por primera vez *Lucía*, y arrebató a las gentes con aquella tristísima manera de entonar las baladas del país, con su mirada plena, misteriosa y profunda; con su esbeltez aérea, que le añadía encantos angélicos; y con aquella voz sonora, límpida, amplia, que nace como manantial immaculado de monte hondo, y crece a arroyo revoltoso, a riachuelo veloz, a río opulento, a océano. Y así vuelve. Nunca, con sus alas de entusiasmos, volaron victores más ardientes por el aire. Perfumes de elegancia aromaban la atmósfera del inolvidable concierto de inauguración. De gentes, no había

muchedumbre –que costaban diez pesos los buenos asientos. Mas ese común ruido de teatros vulgares; esos altos matices de los trajes de las damas; esa antiartística mezcla de profanos e iniciados; creyentes verdaderos y falsos adoradores; ese parlear de pájaros que precede a las fiestas teatrales, –no ofendían allí la mente preparada a cosas grandes. Se sentía la cercanía de lo solemne. Luego, en admiración frenética y unánime se fundieron todos aquellos arrebatados corazones.

Mas ella viene a dar conciertos, y en la majestuosa ópera quieren oírla los neoyorquinos. Quieren a la gallarda Juana de Arco, cuya elegante armadura de oro y acero, ocupa el centro de un rico trofeo en el palacio de hadas que Adelina Patti tiene en su castillo de Inglaterra. Quieren verla, como a la triste Dinorah, persiguiendo a su cabrita blanca, menos juguetona que su voz, cuando danza a los rayos suaves de la luna. Quieren oírla cantar de amores con el Conde de Almaviva; pasear, plegar, ondear, hacer gemir a extremo no escuchado la voz humana en la *Sonámbula*. Su «*Elixir d'amore*» es muy famoso. En *Fausto* aún alcanza las altas notas que en vano persigue ya la arrogante Nilsson. Oír se quiere de nuevo esa música quebrada, vibrante, chispeante de Rossini. Ni a Nicolini, el tenor de voz potente y artística escuela; ni a la señorita Castelani, a quien

las cuerdas del violín obedecen galantes y sumisas; ni a un<sup>a</sup> buen barítono, ni a un buen pianista, que con la Patti vienen, quieren oír los neoyorquinos. Templo quieren digno de la sacerdotisa. ¡Bien sería! Mejora oír cantos dulces.

En el teatro de Booth trabaja Rossi. Booth –un trágico. Rossi, otro trágico. De fama se sabe que Yago, este hijo siniestro de la mente insondable de Shakespeare, vasta y varia como el mundo en que vivía, es la creación acabada de Booth. Y Hamlet es para el apasionado Rossi el personaje favorito.

¿Por qué es esto revista, y no libro?

Artax es en la India asiática todo lo sumo y no excedible: y hay artax-hombres: Shakespeare es uno. Rompió todos los moldes de la tragedia, y ajustó las suyas a un molde nuevo: el corazón humano. Debíó ser su espíritu como seno de montaña, en que la rica veta de ónix se une al carbón negro. De singular bondad no hay huella en sus obras; mas sí las hay de no igualado poder de examen de la combatida mente, y los voraces y ciegos afectos humanos. Fue como si un hombre, víctima anterior de todas las enfermedades, se sentase en la altísima cúspide a dar la ley de

a. Desde aquí hasta «como el mundo», en el párrafo siguiente, ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 115.



todos. Abunda más en lo divino satánico que en lo divino celeste. Echó a andar por la tierra criaturas tremendas: mas no creó una gran figura llorosa, afligida de amor sobrehumano, perdonadora. A Shakespeare van los anglos a buscar aguas de inspiración como a inexhausta fuente, y como a Grecia y Roma vamos nosotros. De sus maravillas casuales, y de los caprichos de su exuberante genio, rico en creaciones como la atmósfera en celajes, han hecho los comentadores maravillas intencionales; y partos de mente laboriosa, allí donde no hubo más que una colosal y deslumbradora florescencia. Fue una selva, con todos los ruidos, luces lúgubres, castos matices, penetrantes aires, y fantasías enfermizas de la noche. Fáltóle paz de alma, que es el fulgor del día. Mas no hubiera habido con ella este poeta dramático, que es montaña humana.

Es Booth para los americanos un hombre venerado. Están orgullosos de él, y hoy más orgullosos, porque ya Inglaterra, enamorada tanto suya la de Iving, que es actor muy famoso, sanciona y aplaude al trágico americano. Estiman un tanto suya la gloria de este hombre a quien miran como gloria patria. No se le escatima, antes se le prodiga admiración. Los poderosos de la Iglesia celebran su teatro, y le acatan en público; los poderosos de la fortuna le miman y regalan; los

poderosos de las letras lo ven como a mayor hermano; sus cofrades en arte lo tratan con respeto supersticioso. Parece de naturaleza hecho, —no para decir rimas de amores, ni dar cuerpo a pasiones generosas, que iluminan la faz de luz muy bella, y truecan la más grande fealdad en hermosura; sino para sacar a luz lo frío y sombrío del alma. Pálido es su color; anguloso su rostro; violenta su sonrisa; magnífica su honda mirada; vasta, y batida por cabellos lacios, su huesosa frente; va por las calles y anda por los salones, como ser de otros mundos, o rey de éste. A un ánimo grave disgusta su afectado continente. Tiene, en su más sencillo movimiento, aire de Macbeth y de rey Lear. Sus piernas, en vez de parecer partes importantes y olvidadas del cuerpo, parecen personas sabias. Se mueven, lenta, acompasada, juiciosamente. No cometen la menor imprudencia. Saben en todo momento, qué les toca hacer, y cómo se han de colocar y a dónde han de ir. El rostro mismo del actor, que revela espíritu ahondador y mente lúcida, es olvidado ante la teatral personalidad de sus graves piernas. Mas en escena, este actor desaparece. Ni se pinta, ni se alía, para hacer de Yago; y no es Booth sino Yago. Yago, el falso amigo de Othello; el teniente envidioso del favorito de su capitán —Michael Cassio; el que infunde, con astucia de sierpe,

celos salvajes en el ardiente espíritu del moro; el que origina con trama mentirosa, por causar la ruina a su rival y cebarse en los tormentos de su egregio Othello la muerte de la desdichadísima Desdémona; el que al fin, como zorro villano, es convicto de haber ideado falsos amores de la veneciana mísera y el leal teniente Cassio: —el muy vil Yago. Es Booth, sutil en la escena, como el espíritu de la calumnia. No parece hombre, sino satánico fantasma. Es flexible, móvil, rápido, impalpable. Una lengua de escamas de acero no es más flexible que él. Se desliza como culebra en la grieta de un palacio, en el alma del moro. Como veneno por estrechas venas, échale las palabras, encendidas cual espadas ardientes, en el espíritu ya puesto en llamas. Sus miradas parecen dagas, y sus frases silbos. Deja aquel hombre, a cada aparición suya en la escena, la impresión de un relámpago fúnebre. Parecen oírse luego de verle, golpes de florete que azotase rápidamente el aire vacío. Propiedad, verdad, seguridad, fidelidad, gracia. —realzan esa pasmosa encarnación. Ha dado cuerpo visible al alma luminosa y ruin que en Yago puso Shakespeare. Ya, luego de vivir este hombre, vive Yago. Y entre qué accidentes resaltaba esta límpida, perfecta figura! ¡Qué grupo de menguados actores! ¡Qué singular excepción es Booth entre los hijos



del arte en su pueblo! Parecía aquello, no casa consagrada a la veneración y loa del que se sienta al lado de Eschylo entre los que han puesto la batalla humana en drama, sino tienda ambulante, pabellón de saltimbanquis, feria de gitanos. A no ser por aquella criatura mefistofélica que encadenaba los ojos a la escena, con ira hubiérase salido de aquella cueva iluminada de osados profanadores. ¡Qué hacer estribo en una vocal, y arrastrar en creciente la nota, para alcanzar efecto dramático! ¡Qué matar a Desdémona, con el mayor respeto, y la más cuidadosa caballerescas cortesania! ¡Qué vestir a Othello como el más extravagante bellaco que se ha tragado espadas, o exhibido de gigante chino, en compañía de acróbatas! ¡Qué reducir a nivel bajo, de puro no entenderla, la que, no por ser creación poco acabada del soberano poeta, es menos una de las más vigorosas y fieles síntesis del espíritu del hombre, fiera nacida a vivir, con los dientes con que ha de morder, y las riendas con que ha de enfrenarse!

Pues en el teatro de Booth, que es en su parte exterior de arquitectura monumental y digna, y en lo interior joya graciosa, y sala cómoda, resuenan ahora las altas voces del rival de Salvini, del ardiente Rossi. Es de ociosos repetir lo que de él cuenta la fama; que lleva a la vida real el nervio y juego que despliega en sus caracteres teatrales; que es<sup>a</sup> amigo de reyes;

que maravilló a Oporto; que con *Zaira* y *El Cid* admiró a los parisienses; que defendió la libertad en la desventurada Lima; que en fogosos transportes de elocuencia habló de derechos y movió a guerra al pueblo de Cádiz; que es gallarda persona; que lleva en el robusto pecho honrosísimas órdenes; que aprendió arte del majestuoso maestro Módena, hombre grave y generoso que amó la libertad, peleó por ella, fue actor severo y perfecto educador de actores. De ovaciones innúmeras; de calles sembradas de rosas a su paso; de saludos de monarcas, a él ofrecidos por los cañones italianos; de la viva amistad con que lo vio Víctor Manuel y le ve Humberto, de la brillantísima manera con que da vida en la escena a los fogosos héroes de Pietro Cossa, cuyo féretro aún caliente, acaban de coronar de palmas y rosas los romanos; de su vehemente amor al profundo teatro shakespeariano; de una medalla de plata, finamente labrada, en que se ve un hermoso barco que, combatido por las olas, no naufraga, —medalla que como talismán de ventura acompaña a este actor brioso, inquieto, celebre, rico, bello, y ya entrado en cincuenta y dos años: de todo esto, y de obras dramáticas de Rossi, que calza coturno y blande péñola, habla la fama. Y hele ahí, en *Hamlet*. Fue *Hamlet* su primera creación shakeriana. Demasiado huma-

no lo hallaron los críticos de Boston en su encarnación del desventurado Othello, que no es en sus manos nobilísimo espíritu, traído a crimen por deficiencias de educación y arterias de traidor, sino mercenario jovial y afortunado, que ama ardientemente y mata brutalmente. Trino de pájaros pareció a los de Boston el habla de amores de Rossi, en *Romeo*, y resonó con vehementes aplausos el austero y magistral teatro del Globo. Y hele aquí vestido de negro, penetrado de dolor, y más que de dolor, de la convicción de que es en realidad aquel profundo y bello príncipe de Dinamarca, hijo de aquel rey bueno que murió de tósigo a manos del hermano ambicioso que le robó trono y dama. Prueba Rossi en el *Hamlet* que ha concebido; ser gran actor mas no—ese amante débil, ese amante recitador, sentimental, ese afeminado príncipe, no es aquella figura sobrenatural y compleja en que vació Shakespeare las más grandes dudas, las más venturosas osadías, los más amargos juicios de su magna mente. El soplo de lo divino falta en Rossi al acabado personaje humano. No es su *Hamlet* incompleto en lo que es, sino rematada e irreprochablemente bello, mas no es su

a. Desde aquí hasta «pecho hermosísimas», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 118.

Hamlet lo que debe ser. No es aquella alma serena, turbada de manos de los hombres por maldades extremas; y de sí misma por el mal humano, que consiste en creer como cierto o dudar como probable un cielo que no abarcan nuestros brazos. La soledad de un alma honrada en la pequeña tierra, esto es Hamlet. La brava rebeldía de hijo de rey, de rey de mundos, que se siente sin culpa conocida, echado abajo de su trono: esto es Hamlet. Y todo lo divino que cabe en lo humano: esto es Hamlet. Mas es en Rossi un errabundo poeta, un fidelísimo hijo, un implacable vengador, un apasionado amante, un hombre tierno, infortunado, inteligente y bello. Aquella frase aguda que como lanza de templado hierro va derecha al cielo; aquella garra de león clavada escarmiento, en la faz lívida de todos los hipócritas; aquel perseguidor de sí, que va buscando, tendidas las crispadas manos, el secreto de la vida en las tinieblas; aquella entidad universal que toma pretexto de una trama oportuna para dar vida teatral a pensamientos aislados, adoloridos y maravillosos; aquella criatura lúgubre como el desencanto de la grandeza; utilidad y pureza de esta vida, y la duda de la realidad y justicia de la otra; aquel sopro eterno, providente como el sopro cargado de vida y de frescores aromados, de la primera mañana de la tierra, y frío y preñado

de querellas, como las entrañas de la noche; aquel personaje místico que invade, engrandece, ahoga y se enseñorea del príncipe danés, no aparecen en el Hamlet, amoroso, caliente, dramático, activo, plástico de Rossi. Y es hermoso hombre, leal sentidor y elegante caballero. Todo es en su naturaleza gallardo y lozano. Escena de duelo hay al final del drama; y en ella, aunque falta ese terrífico y sobrehumano aliento que empuja al príncipe por el drama vasto, cual si llevase en los pies alas negras; de gracia, arte de esgrima y energía, es modelo Rossi. Y arrebatado de su dramática creación, se le ve ir como alma de hijo tras alma de padre, tras el fantasma del rey muerto que viene a revelarle cómo lo envenenó su propio hermano, esposo hoy de su esposa. Y con vigor magnífico arranca del cuello de su madre el retrato del asesino, y lo despedaza con admirable arrebato bajo sus pies. Nunca artista católico ideó más bello al arcángel Gabriel. Y con voces desgarradoras envía a un convento a su gentil Ofelia. Y con arte sumo dirige y presencia aquella famosísima escena en que los comediantes recitan ante el rey cercado de su corte, un trozo de tragedia en que Hamlet ha intercalado versos que cuentan el crimen del monarca. Mas no resplandece en su gallardo príncipe el misterioso príncipe del drama, con su claridad pálida de luna, y su

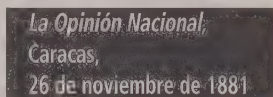
dolor nocturno, y la ira santa de la soledad irrevocable en una tierra que, por estar preñada de elementos ruines, parece, mientras más rebosante, más vacía!

Y ahora ¿qué viene? ¿A qué contar que un mísero estudiante chino, prendado de una veleidosa criatura, se ha arrebatado, la que ya estimaba, por incapaz de goces, inútil vida? ¿A qué repetir con los periódicos americanos, cómo en contienda electoral, murieron en formal batalla, a manos de hombres armados, de color, cuatro hombres blancos? ¿A qué decir, si no ha de poder ser dicho sin dolor, que en el día mismo en que se escriben estas líneas, tres hombres han perecido ahorcados por crímenes distintos en comarcas diversas de esta tierra; y por la muchedumbre enfurecida ha sido un hombre de color, culpable de grave delito, despedazado a la vista de los oficiales de justicia? Ya se acerca, tras adecuada preparación de los nobles defensores, el proceso del mísero malhechor que, por ruin motivo de provecho propio, privó a los Estados Unidos de un ilustre jefe: ya se acerca el día de huelga y recogimiento público, el día de gracias al Hacedor magnánimo por los beneficios que en el año dispensa a este pueblo infatigable y laborioso. Es día de banquetes familiares, y juntas de corporaciones y grandes pláticas en los templos, y narracio-

nes en los diarios de los orígenes de esta piadosa costumbre añeja. Nos sentaremos en el día de gracias a la mesa de pobres y de ricos, y oiremos<sup>a</sup> los himnos de los templos, y pediremos al buen Dios que libre de inútil muerte a la desamparada criatura que como insecto humano vive entre los recios muros de la cárcel de Washington. Si por justicia se le mata, de la más grande de las muertes está muerto. ¡Abridle las puertas de

la cárcel, y se refugiará espantado y trémulo en su jaula de piedra! Si por venganza ha de matársele, ¿cómo se ha de ofrecer en holocausto a tan gran muerto tan ruin vivo?

M. de Z.



[Mf. en CEM]

a. Desde aquí hasta «Abridle las», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 120.

## 12

# Coney Island<sup>\*30</sup>

EN LOS FASTOS HUMANOS, nada iguala a la prosperidad maravillosa de los Estados Unidos del Norte. Si hay o no en ellos falta de raíces profundas; si son más duraderos en los pueblos los lazos que ata el sacrificio y el dolor común que los que ata el común interés; si esa nación colosal, lleva o no en sus entrañas elementos feroces y tremendos; si la ausencia del espíritu femenil, origen del sentido artístico y complemento del ser nacional, endurece y corrompe el corazón de

ese pueblo pasmoso, eso lo dirán los tiempos.

Hoy por hoy, es lo cierto que nunca muchedumbre más feliz, más jocunda, más bien equipada, más compacta, más jovial y frenética ha vivido en tal útil labor en pueblo alguno de la tierra, ni ha originado y gozado más fortuna, ni ha cubierto los ríos y los mares de mayor número de empavesados y alegres vapores, ni se ha extendido con más bullicioso orden e ingenua alegría por blandas costas, gigantesco mue-

bles y paseos brillantes y fantásticos.

Los periódicos norteamericanos vienen llenos de des-

\* En el número 64 de *La Pluma* han podido ver nuestros lectores un artículo en que el célebre escritor italiano De Amicis describe a «París de noche». Recomendamos que se compare esa pintura con la que hace el señor Martí de «Coney Island» en Nueva York. Ambas son admirables. (A.P.) [Adriano Paéz, redactor principal del semanario.]

cripciones hiperbólicas de las bellezas originales y singulares atractivos de uno de esos lugares de verano, rebosante de gente, sembrado de suntuosos hoteles, cruzado de un ferrocarril aéreo, matizado de jardines, de kioscos, de pequeños teatros, de cervecerías, de circos, de tiendas de campaña, de masas de carruajes, de asambleas pintorescas, de casillas ambulantes, de vendutas, de fuentes.

Los periódicos franceses se hacen ecos de esta fama.

De los lugares más lejanos de la Unión Americana van legiones de intrépidas damas y de galantes<sup>a</sup> campesinos a admirar los paisajes espléndidos, la inenarrable riqueza, la variedad cegadora, el empuje hercúleo, el aspecto sorprendente de Coney Island, esa isla ya famosa, montón de tierra abandonado hace cuatro años, y hoy lugar amplio de reposo, de amparo y de recreo para un centenar de miles de neoyorquinos que acuden a las dichas playas diariamente.

Son cuatro pueblecitos unidos por vías de carruajes, tranvías y ferrocarriles de vapor. El uno, en el comedor de uno de cuyos hoteles caben holgadamente a un mismo tiempo 4 000 personas, se llama Manhattan Beach (Playa de Manhattan); otro, que ha surgido, como Minerva, de casco y lanza, armado de vapores, plazas, muelles y orquestas murmurantes, y hoteles que ya no pueblos

parecen, sino naciones, se llama Rockaway; otro, el menos importante, que toma su nombre de un hotel de capacidad extraordinaria y construcción pesada, se llama Brighton; pero el atractivo de la isla no es Rockaway lejano, ni Brighton monótono, ni Manhattan Beach aristocrático y grave: es Cable, el riente Cable, con su elevador más alto que la torre de nuestra Catedral –a cuya cima suben los viajeros suspendidos en una diminuta y frágil jaula a una altura que da vértigos; es Cable, con sus dos muelles de hierro, que avanzan sobre pilares elegantes,<sup>b</sup> un espacio de tres cuerdas sobre el mar, con su palacio de *Sea Beach*, que no es más que un hotel ahora, y que fue en la Exposición de Filadelfia<sup>31</sup> el afamado edificio de Agricultura,<sup>c</sup> Agricultural Building, transportado a Nueva York y reelevado en su primera forma, sin que le falte una tablilla, en la costa de Coney Island, como por arte de encantamiento; es Cable, con sus museos de a 50 céntimos, en que se exhiben monstruos humanos, peces extravagantes, mujeres barbudas, enanos melancólicos, y elefantes raquíuticos, de los que dice pomposamente el anuncio que son los elefantes más grandes de la tierra; es Cable, con sus cien orquestas, con sus risueños bailes, con sus batallones de carruajes de niños, su vaca<sup>d</sup> gigantesca que ordeñada perpetuamente produce siempre

leche, su sidra fresca a 25 céntimos el vaso, sus incontables parejas de peregrinos amantes que hacen brotar a los labios aquellos tiernos versos de García Gutiérrez:<sup>32</sup>

Aparejadas  
Van por las lomas  
Las cogujadas  
Y las palomas;

es Cable, donde las familias acuden a buscar, en vez del aire mefítico y nauseabundo de Nueva York, el aire sano y vigorizador de la orilla del mar, donde las madres pobres, –a la par que abren, sobre una de las mesas que en salones espaciosísimos hallan gratis, la caja descomunal en que vienen las provisiones familiares para el *lunch* –aprietan contra su seno a sus desventurados pequeñuelos, que parecen como devorados, como chupados, como ruidos, por esa terrible enfermedad de verano que siega niños como la hoz siega la mies, –el *cholera infantum*– Van y vienen vapores; pitan, humean, salen y entran trenes; vacían sobre la playa su seno de serpiente, henchido de familias; alquilan las mujeres sus trajes de franela azul, y sus sombreros de paja burda que se atan bajo la barba; los hom-

a. En LP: «galanes».

b. Se agrega coma.

c. Se agrega coma.

d. Errata en LP: «baca».



bres en traje mucho más sencillo, llevándolas de la mano, entran al mar; los niños, en tanto con los pies descalzos, esperan en la margen a que la ola mugiente se los moje, y escapan cuando llega, disimulando con carcajadas su terror, y vuelven en bandadas, como para desafiar mejor al enemigo, a un juego de que los inocentes, postrados una hora antes por el recio calor, no se fatigan jamás; o salen y entran, como mariposas marinas, en la fresca rompiente, y como cada uno va provisto de un cubito y una pala, se entretienen en llenarse mutuamente sus cubitos con la arena quemante de la playa; o luego que se han bañado –imitando en esto la conducta de más graves personas de ambos sexos, que se cuidan poco de las censuras y los asombros de los que piensan como por estas tierras pensamos– se echan en la arena, encendida, porque esto es tenido por ejercicio saludable y porque ofrece singulares facilidades para esa intimidad superficial, vulgar y vocinglera a que parecen aquellas prósperas gentes tan aficionadas.

Pero lo que asombra allí no es este modo de bañarse, ni los rostros cadavéricos de las criaturitas, ni los tocados caprichosos y vestidos incomprensibles de aquellas damiselas, notadas por su prodigalidad, su extravagancia, y su exagerada disposición a la alegría; ni los coloquios de enamorados,

ni las casillas de baños, ni las óperas cantadas sobre mesas de café, vestidos de Edgardo y de Romeo, y de Lucía y de Julieta; ni las muecas y gritos de los negros *minstrels*, que no deben ser ¡ay! como los *minstrels*, de Escocia; ni la playa majestuosa, ni el sol blando y sereno: lo que asombra allí es, el tamaño, la cantidad, el resultado súbito de la actividad humana, esa inmensa válvula de placer abierta a un pueblo inmenso, esos comedores que, vistos de lejos, parecen ejércitos en alto, esos caminos que a dos millas de distancia no son caminos, sino largas alfombras de cabezas; ese vertimiento diario de un pueblo portentoso en una playa portentosa; esa movilidad, ese don de avance, ese acometimiento, ese cambio de forma, esa febril rivalidad de la riqueza, ese monumental aspecto del conjunto que hacen digno de competir aquel pueblo de baños con la majestad de la tierra que lo soporta, del mar que lo acaricia y del cielo que lo corona, esa marea creciente, esa expansividad anoadadora e incontrastable, firme y frenética, y esa naturalidad en lo maravilloso; eso es lo que asombra allí.

Otros pueblos –y nosotros entre ellos– vivimos devorados por un sublime demonio interior, que nos empuja a la persecución infatigable de un ideal de amor o gloria; y cuando asimos, con el placer con que se ase un águila, el grado

de ideal que perseguíamos, nuevo afán nos inquieta, nueva ambición nos espolea, nueva aspiración nos lanza a nuevo vehemente anhelo, y sale del águila presa una rebelde mariposa libre, como desafiándonos a seguirla y encadenándonos a su revuelto vuelo.

No así aquellos espíritus tranquilos, turbados sólo por el ansia de la posesión de una fortuna. Se tienden los ojos por aquellas playas reverberantes; se entra y sale por aquellos corredores, vastos como pampas; se asciende a los pisos de aquellas colosales casas, altas como montes; sentados en silla cómoda, al borde de la mar, llenan los paseantes sus pulmones de aquel aire potente y benigno; mas es fama que una melancólica tristeza se apodera de los hombres de nuestros pueblos hispanoamericanos que allá viven, que se buscan en vano y no se hallan; que por mucho que las primeras impresiones hayan halagado sus sentidos, enamorado sus ojos, deslumbrado y ofuscado su razón, la angustia de la soledad les posee al fin, la nostalgia de un mundo espiritual superior los invade y aflige; se sienten como corderos sin madre y sin pastor, extraviados de su manda; y, salgan o no a los ojos, rompe el espíritu espantado en raudal amarguísimo de lágrimas, porque aquella gran tierra está vacía de espíritu.

Pero ¡qué ir y venir! ¡qué correr del dinero! ¡qué facili-

dades para todo goce! ¡iqué absoluta ausencia de toda tristeza o pobreza visibles! Todo está al aire libre: los grupos bulliciosos; los vastos comedores; ese original amor de los norteamericanos, en que no entra casi ninguno de los elementos que constituyen el pudoroso, tierno y elevado amor de nuestras tierras; el teatro, la fotografía, la casilla de baños; todo está al aire libre. Unos se pesan, porque para los norteamericanos es materia de gozo positivo, o de dolor real, pesar libra más o libra menos; otros, a cambio de 50 céntimos, reciben de manos de una alemana fornida un sobre en que está escrita su buena conducta; otros, con incomprensible deleite, beben sendos vasos largos y estrechos como obuses, de desagradables aguas minerales.

Montan estos en amplios carruajes que los llevan a la suave hora del crepúsculo, de Manhattan a Brighton; atraca aquél su bote, donde anduvo remando en compañía de la risueña amiga que, apoyándose con ademán resuelto sobre su hombro, salta, feliz como una niña, a la animada playa; un grupo admira absorto a un artista que recorta en papel negro que estampa luego en cartulina blanca, la silueta de que quiere retratarse de esta manera singular; otro grupo celebra la habilidad de una dama que en un techudín que no medirá más de tres cuartos

de vara, elabora curiosas flores con pieles de pescado; con grandes risas aplauden otros la habilidad del que ha conseguido dar un pelotazo en la nariz a un desventurado hombre de color que, a cambio de un jornal miserable, se está día y noche con la cabeza asomada por un agujero hecho en un lienzo esquivando con movimientos ridículos y extravagantes muestras los golpes de los tiradores: otros barbudos y venerandos, se sientan gravemente en un tigre de madera, en un hipogrifo, en una esfinge, en el lomo de un constrictor, colocados en círculos, a guisa de caballos, que giran unos cuantos minutos alrededor de un mástil central, en cuyo torno tocan descompuestas sonatas unos cuantos sedicentes músicos. Los menos ricos, comen cangrejos y ostras sobre la playa, o pasteles y carnes en aquellas mesas gratis que ofrecen ciertos grandes hoteles para estas comidas; los adinerados dilapidan sumas cuantiosas en infusiones de fucsina,<sup>a</sup> que les dan por vino; y en macizos y extraños manjares que rechazaría sin duda nuestro paladar pagado de lo artístico y ligero.

Aquellas gentes comen cantidad; nosotros clase.

Y este dispendio, este bullicio, esta muchedumbre, este hormiguero asombroso, duran desde junio a octubre, desde la mañana hasta la alta noche, sin intervalo, sin interrupción, sin cambio alguno.

De noche, cuánta hermosura! Es verdad que a un pensador asombra tanta mujer casada sin marido; tanta madre que con el pequeñuelo al hombro pasea a la margen húmeda del mar, cuidadosa de su placer, y no de que aquel aire demasiado penetrante ha de herir la flaca naturaleza de la criatura; tanta dama que deja abandonado en los hoteles a su chicuelo, en brazos de una áspera irlandesa, y al volver de su largo paseo, ni coge en brazos, ni besa en los labios, ni satisface el hambre a su lloroso niño.

Mas no hay en ciudad alguna panorama más espléndido que el de aquella playa de Cable, en las horas de noche. ¿Veíanse cabezas de día? Pues más luces se ven en la noche. Vistas a alguna distancia desde el mar, las cuatro poblaciones, destacándose radiosas en la sombra, semejan como si en cuatro colosales grupos se hubieran reunido las estrellas que pueblan el cielo y caído de súbito en los mares.

Las luces eléctricas que inundan de una claridad acariciadora y mágica las plazuelas de los hoteles, los jardines ingleses, los lugares de conciertos, la playa misma en que pudieran contarse a aquella luz vivísima los granos de arena parecen desde lejos como espíritus superiores inquietos,

a. En LP: «fuchsina».

como espíritus risueños y diabólicos que travesearan por entre las enfermizas luces de gas, los hilos de faroles rojos, el globo chino, la lámpara veneciana. Como en día pleno, se leen por todas partes periódicos, programas, anuncios, cartas. Es un pueblo de astros; y así las orquestas, los bailes, el vocerío, el ruido de olas, el ruido de hombres, los coros de risas, los halagos del aire,

los altos pregones, los trenes veloces, los carruajes ligeros, hasta que llegadas ya las horas de la vuelta, como monstruo, aquella muchedumbre colosal, estrujada y compacta se agolpa a las entradas de los trenes que, repletos de ella, gimen, como cansados de su peso, en su carrera por la soledad que van salvando, y ceden luego su revuelta carga a los vapores gigantescos, animados por ar-

pas y violines que llevan a los muelles y riegan a los cansados paseantes, en aquellos mil carros y mil vías que atraviesan, como venas de hierro, la dormida Nueva York.

José Martí

**La Pluma**  
**Bogotá**  
**3 de diciembre de 1881**

## 13

# Carta de Nueva York

Proceso de Guiteau.-Varios sucesos.-Animada escena: singular drama.-La turba; la sala; la sesión; la salida.-El hombre.-Escenas de extravagancia e irreverencia «¡manos afuera!».-Discurso de Guiteau.-Elección de los jurados: procesión curiosa.

**Nueva York,**  
**26 de noviembre de 1881**

Señor Director

I

UN HOMBRE RICO, venido a menos, intentó aterrar

con una amenaza de muerte a Jay Gould, el monarca de la Bolsa de Nueva York, para obtener por este medio del gran negociante consejos secretos que en el juego bursátil, que es fama que Gould maneja, favoreciesen su fortuna, y el hombre rico, culpable de lo que llaman aquí *black-*

*mail*<sup>a</sup> está en las Tumbas, que así se llama la fétida y sombría cárcel de Nueva York; Jay Gould mismo, a cuya merced suben y bajan los valores públicos, y se tienden y enmudecen los cables, y hienden altos techos y desiertos vastos los hilos del telégrafo, intenta, en junta con Cyrus Field, que es hombre magno entre los acaudalados neoyorquinos,<sup>b</sup> la creación de una nueva Bolsa. Thurlow Wheed, un admirable

a. Errata en LON: «blackmais».

b. En LON: «neoyorkinos».

anciano, patriarca de las letras y padre de la prensa de esta tierra, recibe con su casta sonrisa, la sonrisa de los hombres de otros tiempos, a los escritores cariñosos que van a estrechar su mano con respeto el día que cumple ochenta y cuatro años. George Law, que comenzó su vida como muchachuelo de una hacienda, reunió una cuarentena de pesos con sus jornales, y se lanzó a buscar fortuna en una áspera y lluviosa mañana de otoño –ha sesenta años– ha muerto a la cabeza de una de las empresas más pudientes de Nueva York, luego de haber sido, sin quiebra ni merma, salvador y jefe de Bancos y Bolsas, constructor de un puente sencillo y maravilloso, el Puente Alto; retador del Gobierno de España, a quien obligó a aceptar, contra el consejo del Presidente de los Estados Unidos, sus buques y sus empleados en el puerto de La Habana en 1851; y activo favorecedor del ferrocarril de Colón a Panamá. Acompañados de gran séquito, de aficionados<sup>a</sup> y apostadores, van a un rincón del Estado de Ohio, a luchar «por el premio de la pluma», el primer pugilista inglés y el primer pugilista americano; y desnudos de pecho y brazos, en el centro de la preparada arena, rodeados de gente ansiosa que gesticula y vocea; a pocos pasos del guardián que con una<sup>b</sup> rodilla en tierra, espera el instante de restañar la sangre y bañar

los músculos hinchados de los combatientes con el menjurje que llena la ancha tina que tiene junto a sí, el recio Holden y el torvo White se dan, con el puño cerrado, hasta que la policía los interrumpe, sendos golpes de maza en frente y labios. Quiebran Bancos; vienen actrices de Inglaterra, encréspanse en silencio dos grandes hidras, una que vuelve la fauce a México, y otra que la vuelve a Panamá.

Mas sobre telegramas de Europa, sobre los desdeñosos editoriales del *Herald*, sobre los versos, grandes e irregulares como montañas, de Walt Whitman, sobre la crónica de la peregrinación que en busca de socorros para la mísera Irlanda han emprendido del lado acá del mar los miembros libres de la laboriosa Liga Agraria; sobre la espantable cohorte de suicidas, de malversadores, de asesinos, de cuyas hazañas fatídicas es la prensa vocero permanente, –no buscan las manos entorpecidas bajo el frío guante en las mañanas crueles de noviembre, más que las compactas columnas en que los periódicos dan cuenta del proceso de ese hombre enfermizo, colérico, nervioso, de ojo vidriado, de tez amarillenta, de cabello hirsuto, que a manera de aterrada hiena, de inquieto movimiento, inhallable mirada, vago giro y elástico paso, echan cada mañana sus guardianes, maniatado y sombrío, a la sala del Jurado en Washington: Guiteau.

Ya está iniciando su proceso, ya están sentados sus jueces; ya, temblante y generosa de una parte, y formidable y severa de otra, están frente a frente ante los juzgadores populares, la acusación y la defensa. Él, como vasija de piel, vacía de soplo humano, en que fueron echadas a bullir, como en cárcel quebradiza, hambrientos y rebeldes, cual duendes presos, las maldades; su defensor, hombre humilde y magnánimo, armado de esa coraza que reluce, cual forjada de acero divino: la bondad cristiana; y su hermana, llorosa; y su sobrina pequeñuela, cuya cabecita han adornado otras veces las flores de mayo, cubierta graciosamente con su gorriño blanco y azul. Él torvo, rebelde, áspero: ellos, silenciosos, pálidos de angustia: el público, reidor, rencoroso, ávido; los jurados, mudos; el juez, flexible, benévolo, sereno.

Vedlo entrar! La sala reboza. De circo, de teatro, de magna fiesta, da idea la concurrencia. Llega la gente a los codos del juez; gime empujada la barra que separa el dominio del público del de los actores del proceso, y los cronistas de la prensa. ¡La prensa es un poder! Miradla, acatada y hol-

a. En LON: «aficionados».

b. Desde aquí hasta «grandes hidras», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 132.



gada, ocupando la parte mejor de la sala de la justicia!—Los primeros días, fueron de muchedumbre desbordada y varia: ¡qué condenar! ¡qué execrar! ¡qué befar! Mas hoy son damas lujosas, y caballeros favorecidos, que logran billetes de entrada, ya porque pertenecen al cuerpo de testigos, ya porque les da privilegio la amistad del juez, ya porque obtienen el beneficio de los Departamentos del Estado. Las damas van allí con sus hermosos trajes, sus sombrerillos cubiertos de plumas, sus anteojos de teatro, y sus cestas de provisiones de boca. Oyen ansiosas; ora hacen ademanes de disgusto, ora rien sin medida. La masa humana llena las puertas, los pasillos, las avenidas que van a dar al tribunal. Llega de la prisión el carro, forrado de hierro; salta el preso, cerrado de guardianes; vocifera la turba; cuál anhela tener a mano una pistola; cuál le echa al rostro injurias terribles, como lluvia de piedras encendidas. Vedlo entrar! Hombres y mujeres, movidos de igual ansia, se levantan a verlo. Un murmullo le acoge. Pisa con rapidez, como quien va huyendo. Como por entre abismos se desliza por entre los muros de gente. Va lleno de espanto. Sus ojos giran de prisa, como los de quien busca un peligro que teme. Con mirada rápida y humilde, como para no excitar ira, ve al público. Y se sienta, con la cabeza baja: su herma-

na, al ver que le quitan de las manos las esposas, rompe en llanto. Su hermano, que tiene aspecto de honrado mercader, vuelve el rostro. Su defensor, el buen Scoville, que es su cuñado, para esconder su noble aflicción, hace como que registra en sus papeles.—Así fue el primer día, que luego, saciado ya su apetito insano de verse objeto de la curiosidad de la muchedumbre, y más hecho a ella, y al público de damas del Jurado, entra con su paso felino y su prisa nerviosa, se sienta sonriendo, tiende las manos a que se las liberen de los hierros, saluda graciosamente a su hermano y comienza a arreglar papel para escribir, o a leer periódicos.

En larga fila se sientan, ante la mesa del juez Cox, los actores del proceso: a la izquierda está la acusación, mantenida por abogados de gran fama; por Potter, criminalista de cuenta, cuyos ojos descubridores centellean tras sus lentes brillantes; por Corkhill, el fiscal del distrito, de caballerisca apostura, hecho a acusar; por Smith, anciano elegante; por Davidge, feliz en la pregunta, inquebrantable en la respuesta, cerrado en el debate, que trueca en expresión temible la benéfica que dan a su rostro de ordinario su tez fresca, su afable sonrisa, y su blanco y rizado cabello. En el extremo derecho del banco se sientan los hermanos del preso. Y junto a ellos la defensa,

la defensa de un hombre odiado y sin fortuna, la defensa que intenta alzar con sus brazos débiles un escudo tan ancho y tan recio que ampare a su ahijado de la ira de toda la nación, la única defensa de la ruin criatura que arranca a la par a su público diario<sup>a</sup> miradas de odio, que parecen saetas de dinamita, y risas; el abogado único, que con su continente humilde sin afectación, e hidalgo sin alarde, su palabra reposada y llana, su corazón sensible y bueno, ha logrado ya ver quebrarse en su escudo las primeras armas de los contrarios que hacían mofa del abogado desconocido, y ha conmovido a los jurados, y cautivado al juez, y héchose amar del público que abomina a su repulsivo cliente. ¡La virtud es un hada benéfica: ilumina los corazones por donde pasa: da a la mente las fuerzas del genio!

Guiteau se sienta al lado de Scoville, con su fría mirada. Gusta de hacer reír, y actúa a la par de payaso y de profeta. Pocos días ha se sentaba junto a él otro abogado defensor, que en elegante modo pidió al Juez que demorase aún la vista de la causa, para poder preparar con menor desventaja la defensa del preso, por tantos

a. Desde aquí hasta «al juez», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 134.

abogados notables atacada. «¡Oh, no, señor juez! Decía Scoville: yo no pienso como mi compañero Robinson. Él quiere hacer una defensa técnica, yo una defensa humana. Él intenta recurrir a las astucias honradas de la mente: no hay mente tan astuta como la evidencia que la naturaleza ofrece. El quiere que la defensa sostenga que la víctima de este hombre murió de mala práctica de los médicos, y no de la bala de su matador; pero esto puede parecer malicia, y yo quiero que la defensa de este hombre influya, no por hábil ni maliciosa, sino por honesta. Nada he de preparar para que el Jurado se convenza de la demencia de este infortunado: si creo sinceramente en su demencia ¿cómo no he de arriesgarme a probarlo? Buscar nuevos escudos a este preso, fuera dudar de la fortaleza de este escudo.»—A esto Guiteau se pone en pie, y llena al abogado joven, a Robinson, de denuos. Intentan sus guardianes sentarlo de nuevo, y él desase de ellos sus hombros con brusco movimiento, y se revuelve contra los guardianes. «¡Quiero hablar! Quiero hablar!»—«¡Manos afuera!» dice víperamente a un guardián que lo toca. Le ruegan en voz baja que calle Scoville y los guardianes: «¡No callo, no callo! Estoy procesado, y diré lo que me plazca! ¡No os atreváis a tocarme! Manos afuera! Y vos,<sup>a</sup> Robinson, sabed que no me ha gustado

vuestro discurso. Yo soy el jefe de esta defensa, y Scoville es mi segundo. Idos, u os haremos ir. Yo dirijo mi defensa. Sólo para tecnicismos quiero yo abogados!» Los guardianes, asombrados de la irreverencia, lograron sentarle.—Y en el público se oían mezcladas exclamaciones de honrada cólera, y grandes risas. Como cebraba a quien echase mano el domador, Guiteau se rebelaba, se sacudía, coceaba. A poco, hecha patente la división honda de los pareceres en la dirección de la defensa, que con los días aumentaba entre los dos defensores, desertó Robinson, autorizado por palabras corteses del Juez, del<sup>b</sup> banco de los actores del proceso. Y quedó solo Scoville. Y ese día mismo, el día primero del proceso, Guiteau de nuevo en pie, intenta leer larguísimo discurso. Se lo niegan: insiste. Ofende: se le trata con dulzura. Al fin, por arte mágica, el discurso cae en manos de los cronistas, y a la mañana siguiente léalo en los periódicos la gente ansiosa. ¿Cómo no dar idea de esta obra histórica? No hay, no, en todos los actos y palabras de este odiado réprobo, aquella analogía y engranaje que revelan que una causa constante y cierta regula o perturba a quien habla y actúa. La extravagancia y desorden innegables que ofuscaron siempre este rebelde espíritu, han ido trocándose, a medida que se acercaba el proceso, en mono-

manía persistente y científica, que en el proceso ha culminado en arranques violentos y groseros, en exabruptos risibles, en propósitos y acciones extraordinarias, que no debieron ser cual son, más altas en grado que el habitual desarreglo y satánica abstracción de esta mente imperfecta, cuando continúa siendo una misma causa, la causa de su creencia en órdenes divinas, la que originó su actual estado. Ideas apuntadas como ensayos de venidera defensa en la autobiografía y documentos varios del preso, adquieren ahora carácter desembarazados de ideas esenciales: y osadamente insiste hoy en lo que apuntaba ayer confusamente. Ciertamente no debe morir: ¿se interrumpen acaso las leyes eternas que rigen la vida, y la traen poco probada en esta existencia humana, y la sacan más probada a existencia venidera en que sean hechos beatíficos las que aquí no son más que luminosas vislumbres, y alados pensamientos? ¿se interrumpen acaso la esencia perdurable y fines necesarios de la vida porque los hombres aceleren el término de este trance humano? ¡El horror que inspira un crimen aleja más de él que el castigo del criminal, que lo realiza y poetiza! Ciertamente no debe morir, mas no parece que sean

a. Se agrega coma.

b. En LON: «él».

de hombre hecho a salas, recibido en hoteles y corporaciones, y justo apreciador ha pocos meses de altos hechos políticos —que sus cartas lo muestran— esa selvática fiera, esa brutal desenvoltura, esa ridícula puerilidad, esos infantiles juicios, esas afirmaciones absolutas de fe en orden divina.—Que no a Dios, sino a servicios que él imaginaba reales invocaba cuando en cartas arrogantes y frecuentes pedía al llorado Garfield la Embajada de Austria y el Consulado de París. ¡Loco, sí, mas de vanidad, de impotencia, de fiera, de rabia, de envidia, de odio! ¡Aposentad en una vasija humana esos chacales, y dadme luego hombre sano!

Oídle empezar: «En los umbrales de<sup>a</sup> este caso quiero hablar a la Corte. Estoy en su presencia acusado de haber asesinado con malicia y maldad a un Jaime Garfield. Nada puede ser más absurdo porque el general Garfield murió de mal tratamiento. El silogismo para probarlo es este: Tres semanas después de que fue herido, sus médicos declararon oficialmente que sanaría. Dos meses después de esta declaración oficial, murió. Luego, según sus propios médicos, no fue herido de muerte. Los doctores que no supieron curarlo, deben llevar sobre sí el odio de su muerte: no su herido. Ellos, y no yo, deben ser procesados por el asesinato de Jaime Garfield.» Pero él dice que recibió de Dios la inspira-

ción del acto: «¿Por qué me inspiró a mí con preferencia a otro alguno? Porque yo tenía, favorablemente, sesos y nervios bastantes para hacer la obra. El Señor no emplea personas incompetentes para servirle: él usa del mejor material que puede<sup>b</sup> hallar. Muchos pensaban como yo de Garfield; y a haber tenido la concepción, el nervio, los sesos y la oportunidad, lo hubieran removido. Yo, de todo el mundo, fui el único hombre que tuvo la concepción. Y otra razón de por qué el Señor me eligió a mí, y no a otro para remover al Presidente, es que él deseaba circular *La Verdad*, mi obra teológica. Este libro fue escrito para salvar almas, y no para ganar dinero, y el Señor, circulando el libro, va en busca de almas.» Y aquí viene un concepto extremadamente lúcido, que arroja súbita claridad en la mente tenebrosa y lóbrega de este ser complejo: «¿Que cómo supe que era la Deidad quien me inspiraba? Tan cierto estaba de ello, que puse en ello mi vida! Y a la Deidad abandono mi defensa. Ella contrastará a esas sabias cabezas de la acusación. A ella serví, y ella me cuidará. Habló su voz, dijo el salmista, y se deshizo la tierra!» Habla luego de su esposa, de «su exesposa,» y dice: «Mi exesposa ha sido citada para la acusación.» «¡Matrimonio prematuro! La conocí diez semanas, y nos casamos en horas. Era una pobre muchacha. No hacía yo

negocio con casarme con ella. No sé de ella desde que nos divorciamos por acuerdo. Entiendo que se ha casado, y vive bien. Yo he sido estrictamente virtuoso durante seis o siete años. Presumo de ser un caballero y un cristiano.» Mas ved, ved ahora, cómo el hombre real, rencoroso y torvo; el hombre que esperó, y ve desvanecida su esperanza; el hombre desnudo, y sólo arreado de los motivos verdaderos de su crimen, se revela en estas frases hurañas y amenazantes, preñadas de punzante desengaño y sorda ira: «No necesito yo nombrar a ciertas personas que han sido grandemente beneficiadas y ayudadas por mi inspiración; pero he de pedirles que contribuyan a mi defensa. No he de tener trabajando sin paga a mis abogados!» Y enseguida insiste, con su frase de otros tiempos, ambiciosa, soberbia, desaliñada y fría: «Digo que hay centenares de personas que han recibido gran beneficio pecuniario por la nueva administración. ¡Todos me deben su posición actual, del Presidente abajo! Confiadamente apelo a ellos, y al público en masa, que me envíen dinero para mi defensa.»

¡Ese, ese es el hombre real! Y ese el motivo de su crimen:

a. Desde aquí hasta «declaración oficial», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 136.

b. En LON: «quede».



isacar paga en premio del provecho que había aportado a la nueva administración! ¡Esa esperanza insana movió su mente avarienta a la idea malvada, luego, y no antes, de que fue desdeñosamente desoído de sus pretensiones de magníficos empleos! El vio, en el desconcierto público, en sus tentativas de teólogo, en las exaltadas polémicas de los periódicos, disfraces para la causa real de su acto, de modo que pudiera él sacar de su acto provecho y no peligro. Base le dieron los periódicos, en aquella época encendidos en agrio debate; mas no motivo para el crimen: «Yo llamaré aquí, dice en su discurso, a los magños políticos del partido republicano y del democrático: yo citaré aquí a los capitales editores de Nueva York y Washington, a que ellos muestren la situación política y cuenten de nuevo los peligros que rodeaban durante la última primavera a la República.» Y ved ahora su argucia, vacía del poder sombrío que tienen sus palabras de oculta amenaza: «Hiere la mente esa palabra asesino y alguna gente se deleita todavía en usarla. ¿Por qué soy yo más asesino que cualquiera otro hombre que disparó sobre otro en la guerra? Millares de bravos murieron así, y mataron así, en la guerra americana y nadie habló por eso de asesinato. Aquí ha habido un homicidio, esto es, un hombre muerto. Mas yo no lo maté, sino los médicos.

Ni de homicidio soy, pues, culpable en este caso. El Presidente fue, simplemente herido por un hombre loco: loco respecto de la ley, porque fue el acto de Dios; y no acto suyo.» Y vedle al acabar envuelto en el manto rojo y despedazado de la locura: «Yo soy un patriota, sufro entre hierros hoy como un patriota. Washington fue un patriota: Grant fue un patriota. Washington condujo a los ejércitos de la revolución a través de ocho años de sangrienta guerra, a la victoria y a la gloria. A la victoria y a la gloria llevó Grant los ejércitos de la Unión, y hoy la nación es feliz y próspera. Ellos alzaron el viejo grito de guerra: «Uníos, bravos, alrededor de la bandera». Y millares de hijos selectos de la república se lanzan a la batalla a morir o a vencer. Washington y Grant, por su valor y éxito en la guerra, ganaron la admiración de la humanidad, y yo sufro hoy entre hierros como un patriota, porque tuve inspiración y nervio para unir a un<sup>a</sup> gran partido político, y salvar a la nación de otra guerra desastrosa. No que la guerra fuese inmediata; pero, tras de las divisiones que iban ahondando hora tras hora en el partido republicano, hubiera venido en dos o tres años. Callaron los corazones en presencia de la muerte; cesó la contienda; corazón y mente puso la nación en el hombre enfermo de la Casa Blanca. Se fue al fin por el camino porque

va toda la carne: y fue la nación casa de luto. En verdad he sido mal entendido y calificado, por casi toda la prensa, por casi todo el pueblo americano. La Providencia y el tiempo lo corrigen todo: y ya puedo desafiar el veneno continuo de ciertos periódicos: ¡cambien ya el nombre de «Guiteau, el asesino», por el de «Guiteau, el patriota».—Y oíd ahora sus últimas palabras, y ved cómo pervade en ellas la mente secreta, desconcertada y airada, mas aún crédula de este hombre; ved cómo no se fía a la impresión de esta rapsodia risible; ved cómo envía lanzas venenosas al pecho de los grandes en cuyo obsequio trabajó espartanamente, seguro de la paga y el amparo que hoy no recibe; ved cómo, aunque termina hábilmente con frases vagas de monomaniaco de deidad, no pone punto a su discurso sin pedir, con colérica impaciencia, y embozado odio, auxilio a aquellos de quienes se cree con derecho a esperarlo; porque en su beneficio, para promover el suyo propio con el de ellos, realizó el crimen: «Apelo por justicia a la prensa de los *Stakwarts*, y a la prensa liberal de la Nación. Apelo por justicia al partido republicano, y especialmente a los *Stakwarts*, entre los cuales me cuento con

a. Desde aquí hasta «Casa Blanca», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 138.



orgullo. Y apelo al Presidente de los Estados Unidos por justicia: yo soy el hombre que le hizo Presidente! Sin mi inspiración, él era una cifra política, sin poder ni importancia. Yo estuve constantemente a su lado en Nueva York durante la última campaña, y a poco la perdemos, y es electo Hancock: nadie sabe qué hubiera acontecido entonces a la República. Vedlo ahora jugando a caballero. Más que alegre estoy de que el Presidente Arthur pruebe ser hombre cuerdo en su nueva posición, y espero que dará al país una administración nunca igualada. Apelo por justicia a esta honorable Corte, y estoy contento de que sea Vuestro Honor un caballero de tan vastas miras, cristiano sentimiento y claro juicio: me cuento afortunado, ciertamente, con que mi caso sea probado ante tan hábil y celoso jurista. Apelo por justicia al Fiscal del Distrito que me acusa, y sus ilustrados compañeros; y les ruego que vayan despacio en su acusación, para que no sean injustos con la Deidad, cuyo siervo fui cuando intenté remover al difunto Presidente. En el gran día último, ellos y todos los hombres estarán en presencia de la Deidad clamando por merced. Tendrán allí lo que aquí hayan merecido. La vida es un enigma. Este es un mundo extraño. Gobierna a los hombres a menudo la pasión, no la razón. La multitud crucificó al Salvador de la

humanidad, y Pablo su apóstol, sufrió una ignominiosa muerte. Esto sucedió muchos siglos hace. Durante dieciocho siglos, ningún hombre ha ejercido tan tremenda influencia como el Galileo y su grande Apóstol. Hicieron su obra, y dejaron su resultado al celo del Padre Todopoderoso!»—Y esto acaba el discurso, que Guiteau remata con esta nota amena como de quien descansa de hacer gran obra, que ha de ser famosa, y está contento de sí: «Este discurso fue escrito acurrucado en mi celda.»—Y ese discurso no fue dicho, que se lo estorbó la Corte. Ha sido conocido por los diarios. El gesticulaba, y exigía que se lo dejaran leer: codeaba, injuriaba. La muchedumbre prorrumplía en exclamaciones de asombro: «¿Qué significa esto?»—«Este es el hombre que mató al pobre Garfield!»—«¿Qué farsa!»—«¿Estará loco?»—«¡Hace su papel demasiado bien!»—«¡Por cierto que esa locura es más metódica que la de Hamlet!»—«¿Qué miserable criatura!»—«¡Y pensar que tal hombre ha costado al país tal pena!»—«De seguro que no está loco.»—«¡No en balde no le dieron el empleo!»—«¡Debe estar loco!» Más que la compasión domina el disgusto. Parece por los gestos de los concurrentes que se está en presencia de algo que infesta y daña los ojos. Vedle ahora salir: parece como que espera el trueno del cielo. Anda como corriendo. Salta, más que

entra, al vagón blindado, que parte entre las injurias mortales y las voces de odio de la muchedumbre. Los muchachos lo vocean como a perro espantado: se oye por todas partes: «¡allá va, el villano!» «Tuviera yo aquí un arma, y no te escaparías!» «Espera hasta mañana, que no sabíamos que venías hoy.» «¡Cuerda, y no asilo, necesita ese loco!» Y un hombre de color, cargado de años, dijo: «El único modo de poner en proceso la vida de este hombre es someter al voto del pueblo en todo el país si debe o no ser ahorcado.» ¡Y allá va, en el carro forrado de hierro, trémulo y lívido, guardado por policías de a caballo, seguido de maldiciones, de denuestos, de silbos y de gritos!

Las grandes líneas del proceso están ya dibujadas: electos los jurados, establecidas la acusación y la defensa; probado el crimen e intentada la prueba de locura. Guiteau ríe unas veces y hace reír otras, como fiera con fiebre, rompe su continente habitual, que disimula compostura, y lucha brazo a brazo con los guardianes que intentan volverlo a su asiento y reprimir sus ofensas a la Corte. Tiene burlas malvadas. La acusación tiene derecho a impugnar cinco jurados, mas la defensa<sup>a</sup> sostenía que sólo podía impugnar cuatro. El

a. Desde aquí hasta «y dice», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 140.

juez, que sin vejar ni mermar los derechos de la acusación, favorece a los prudentes defensores, dice que tienen derecho a cinco: ¡Hum! exclama Guiteau, con risa maligna: «eso lo supimos de Robinson: él no es abogado.» Hace de monarca con los cronistas, o cuando cree que ha dicho cosa de mérito o frase aguda, se vuelve, como rey que ordena, y dice: «¡Escribid eso, cronistas!» Y se levanta de súbito, e increpa al Juez: «Os digo que estáis ultrajando la justicia! Os digo que habéis de oírme, que yo soy el jefe de esta defensa, y sé la ley y seré oído!» Y cuando al cabo, entre ruegos y amenazas, lo sientan, se le oye que dice: «Ese Robinson no tiene sesos bastantes para manejar un pleito de cinco pesos!»<sup>a</sup> Un día vino a la Corte, con ademán furente y ceño adusto: un guardia se le acerca, y le intima que se abstenga de las interrupciones escandalosas del día anterior. Pareció su exabrupto el súbito salto de un manojo de resortes de acero oprimidos. ¡Qué lamentosa, qué extraña escena! La sala estaba en pie: el juez se mordía los labios, y enfrenaba su cólera: «¡Cállate, siéntate, estate quieto!» le decían sus hermanos: «¡Ea! Atended a vuestros negocios!» es su colérica respuesta: «dejadme» solo, que soy aquí abogado en jefe, y hablaré cuanto tenga que hablar»: «le tocan los ujieres en el hombro y él se vuelve convulso: que nada le irrita como

que le pongan mano encima: «¡Lejos de mí: las manos quietas!»—«O el acusado se moderara... empieza el juez «¡no he de moderarme. Y apelaré! Y os denunciaré! ¡Que os estéis quietos!, repite a los ujieres: ¡quietos malditos locos! Sabed, juez, que quiero y debo hablar...» «Sabed, acusado, que en casos semejantes al vuestro, el Tribunal ha prescindido del preso rebelde, y lo ha juzgado en su ausencia: os lo anuncio con pena, pero os lo anuncio.» «Bien está, dice Guiteau sentándose: apelaremos!» Y esa es escena diaria: ya interpela los jurados, ya traba pláticas con sus acusadores, ya injuria o cumplimenta a su cuñado, ya colorea amigablemente con los testigos de la acusación, ya se revuelve contra los que vienen, en beneficio suyo, a dar testimonio del desorden, brutalidad, soberbia, miseria y extravagancia que han marcado su vida. Pregúntale a un testigo si estaba Guiteau en más carnes que ahora antes de cometer el crimen, como ciertamente estaba, y él dice, entre coros de carcajadas, porque es ya famosa su insaciable gula: «Debo decir aquí que hoy he gozado por primera vez de una comida entera desde el día 2 de julio.» El almuerzo de aquella mañana en que hirió al Presidente, fue cosa estupenda, y ya célebre, que revela en este hombre su exceso de instintos animales.

Y ¿quiénes son sus jueces? Son doce jurados, doce hom-

bres de trabajo, doce seres humanos, tomados al acaso entre la masa viva, con tal de ser honrados y poseer dosis común de juicio; doce juzgados, desconocidos del acusado, que viven en la naturaleza fresca, real, libre, ora perfumada, ora hedionda de las ciudades, que pueden juzgar de la pasión porque son capaces de sentirla, que estiman el hecho desnudo, descarnado y brutal, ni torturado, ni desfigurado, ni exagerado, ni empequeñecido por imaginaciones legales, argucias, escarceos técnicos, preocupaciones tradicionales, doctrinas de uso, y antejuicios, sino neto y en globo, tal como hiere los ojos, repugna a la mente y espanta los oídos. ¡Esos son los jurados, y esos los de Guiteau! ¡Cuánta dificultad para elegirlos! A 150 hombres hubo que examinar para elegir doce! Uno a uno pasan, en séquito pintoresco, ante la mesa del Juez. A este Guiteau lo injuria: «¡Ea, que no quiero negros en mi caso!» «¡A ver: a ver: ese que ha dicho que su opinión del hecho cambió cuando vio en las ventanas de la Casa Blanca los boletines de los médicos,—ese me conviene!» A uno lo impugna Scoville; a otros los impugnan los acusadores. La sala aplaude, se divierte, ríe. Como la ley exige

a. Se agregan comillas.  
b. Se agregan comillas.

que los que hayan de ser electos como jurados, no tengan opinión hecha del caso iqué respuestas las de los jurados propuestos! Este es uno que dice: «No hay suma de tortura bastante grande, para ese preso.» Este es otro, que exclama: «¿Que si tengo hecha mi opinión? Sí, debe ser ahorcado o quemado.» Otro dice: «Yo creo que está loco», a lo que rompe Guiteau en risa caudalosa: «¡Colgadlo! Esa es mi opinión», dice un Joshud<sup>2</sup> Green. Un hombre de color que lleva mal colgada al hombro una capa parda, y en sí gran número de años, y en el pecho una camisa de rizada pechera, y entre los anchos labios un gran limpiadientes, responde con agudeza y decoro, y majestuoso desdén del asesino, a las preguntas que lo acosan. Otro hombre de color, Ralph Wormsley, albañil ornamentista hace admirar de la sala su compostura, probidad y juicio. «¡Ahorcadlo!» «¡Guindadlo!» van diciendo por turno, los jurados inscritos que, en procesión curiosa, pasan ante el juez.

Y todo esto ante el acusado, que finge gozo o da señales de impaciencia e ira, y apunta a sus defensores cuál jurado le es grato, y cuál no se lo es. Todo esto ante la hermana del reo. Al cabo, los doce

hombres fueron electos, y acusación, defensa y criminal dicen que fian en haber elegido un Jurado sesudo, inteligente y leal. Y ved los jueces, que no son grandes hombres, ni de gradualidades de la pena, ni de tinieblas fisiológicas, ni de reminiscencias<sup>3</sup> religiosas, ni de rudas leyes sajonas tienen llena la mente. ¿Mató o no mató? ¿Está loco, o no está loco? He aquí lo que ellos van a decidir. Y son los jueces: John Hamlin, dueño de un restaurante; Frederick Brandenburg, un vendedor de cigarros; George Gates, un maquinista, y Joseph Palthre, un comisionista, que tienen parientes locos; Sheeran, un irlandés que vende comestibles, y que afirma que no ganó nunca dineros del gobierno; Wormsley, el hombre de color sensato; Thomas Heinlein, herrero, que dice con arrogancia que él no ha formado parte de conspiración alguna para dar muerte (linchar) a Guiteau, porque «él es americano, e instituciones como esas no son americanas.» Otro jurado es William Brawner, negociante, que anuncia que ha estudiado, y cree que existen diversos grados de demencia, y que, aunque no es persona devota, cree en Dios y en una vida futura de penas y castigos: Hobbs, otro albañil;

Langley, otro vendedor de comestibles; y Bright y Stewart, dos mercaderes, hacen los doce. Ya están en pie ante el juez; ya el juez les dice, tomándoles en punto solemne juramento: «Vos y cada uno de vosotros juráis solemnemente que procederéis bien y opinaréis con verdad entre los Estados Unidos y Carlos Guiteau, el acusado de la barra, a quien recibis procesado por el asesinato de Jaime Garfield; y que daréis un leal veredicto conforme a la evidencia: ayúdelos<sup>4</sup> Dios!» Y juran. «Idos ahora, jurados, a preparar vuestros negocios, de modo que estéis mañana libres.» Así se hizo el tribunal histórico.

M. de Z.

*La Opinión Nacional*  
Caracas,  
10 de diciembre de 1881

[Mf. en CEM]

- a. Debe tratarse de una errata en LON por «Joshua».
- b. Desde aquí hasta «no ganó nunca», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 142.
- c. En LON: «ayúdeos».

## 14

## Carta de Nueva York

Proceso de Guiteau.-Discurso del acusador.-Juego de esgrima.-El buen defensor.-Testigos: interrupciones: extrañezas: risas.-Un hombre a caballo dispara un balazo a Guiteau.-La cárcel de fiesta.-¡Admirable defensa!-Testigos favorables.-El proceso hasta el día.-La humana hiena.

Nueva York,  
26 de noviembre de 1881

## II

Y DE ENTONCES siguieron los acontecimientos culminantes. Siguiéron en orden el establecimiento de la acusación, el examen de los testigos en que se apoya, el establecimiento de la defensa, y el examen de los testigos en que la defensa se sustenta. El combate interesa: el criminal obra de modo que hace creer en su locura; resplandor de escaramuza brilla durante las preguntas y repreguntas de los testigos: Scoville, desvalido, cubre con su delgado cuerpo, y para con sus generosas manos los golpes que los abogados de la acusación,<sup>a</sup> numerosos y venerados, dirigen a su mísero cliente. Un caballero se levanta,

y habla, y arranca lágrimas. Es el fiscal, que abre el proceso: es el abogado Corkhill, que sin encono, mas con firmeza, acusa al homicida. Levita de doble hilera de botones le cierra el cuello: su apostura es severa, sus ademanes, sobrios; su voz golpeante a veces como si contuviera su indignación, y húmeda otras, como de quien llora sobre un muerto. Describe el carácter de Guiteau, su ambición desordenada, su deseo terco de mezclarse en los grandes actos del partido republicano, sus naturales desengaños, sus vanas tentativas de alcanzar altos empleos. Lee sus cartas a Garfield, y a Blaine, el elocuente ministro, que está a su lado, pronto a dar testimonio, opacos ya los ojos que no ha mucho brillaban como centellas en su sillón senatorial. Se ve en las cartas al oficioso ami-

go, al bellaco entrometido, al vulgar aventurero, al ambicioso sin freno, a un hombre osado, astuto y sano. Espera un empleo, ruega, aconseja, amenaza. Adula a Blaine, y luego llama a Blaine, cuando de él ya nada esperaba, traidor amigo y genio malo. Describe Corkhill las esperanzas, la tarea de logro, la tenacidad inconcebible de Guiteau. Persigue en su mente, que la pérdida absoluta de su fe en hallar empleos, puebla de pensamientos feroces la idea criminal, idea de ira hacia el que lo desdén, idea de provecho. Su proyecto comienza<sup>b</sup> cuando su ilusión acaba. Comprende que necesita un disfraz de crimen, y lo halla en las pasiones del momento. Repasa su vida y se decide a utilizar todos sus errores, como excusa de su acto. Pero es un acto de inicua venganza, de cobarde desesperación, de rencorosa impotencia, de rebelde

a. Desde aquí hasta «venerados», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 145.

b. Desde aquí hasta «de su acto», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 146.



odio. ¡Cuán tristemente acaba Corkhill su discurso! Muchas mejillas había húmedas en la sala del Jurado. «Ningún veredicto vuestro», decía a los Jurados, «puede ya llamarlo: duermes el ilustre Garfield el sueño que no conoce despertar, sobre la pacífica ribera del Lago Erie, cuyas límpidas aguas bañan los límites de su nativo Estado; duerme en aquella ciudad que él amó tanto, y bajo el suelo del Estado aquel que coronó su vida con los más altos honores. Es demasiado tarde para volver aquel esposo a la doliente esposa, a los desheredados hijos: que en cuanto a aquella vigilante madre, cuyo rostro no se borrará jamás de la memoria de la Nación, no hay ya en la tierra alivio para ella. Ciertamente es el fatal caso, y vivos quedan para siempre sus horrores y penas! A cada uno de vosotros se ha preguntado si estabais regidos por convicciones religiosas. Y así lo habéis jurado. Mil ochocientos años hace fue escrito por la pluma de la inspiración, como la ley de aquel Dios misericordioso a quien reverenciáis: ¡Anatema sobre aquel hombre por quien la ofensa viene; fuera mejor para él que una piedra de molino colgase de su cuello, y que se ahogase en las profundidades de la mar! Y el honrado, el patriótico, el obediente pueblo de esta nación está esperando por vuestro veredicto, ansioso de ver si el hombre por quien esta grande

ofensa fue cometida no sufrirá el justo y merecido castigo de la ley!»

Abrió seguidamente la acusación sus arsenales, y llamó al banco de testimonio a sus testigos. Allí se sentaron, a dar llena y abrumadora evidencia, Blaine, que acompañaba al Presidente en la horrible mañana; Camacho, el Ministro de Venezuela, que estaba cerca de él cuando recibió el balazo funesto; los doctores, que pusieron la mano en aquella honda herida, de negruzcas fauces, y dieron calma y alivio al noble enfermo; la buena señora que reclinó en sus brazos la cabeza de Garfield desmayado; los que vieron huir a Guiteau, o le vieron entrar, o le vieron disparar, o le prestaron dinero, o le tomaron preso, o ajustaron con él o le vieron ajustar el carruaje que preparó para su fuga. Anonadadora es la evidencia. Ni la defensa la discute; ni él la niega. Que por venganza y despecho mató a Garfield, Guiteau, con plena libertad, plena deliberación y pleno juicio, mantienen los acusadores. El mantiene, ora que le dio muerte para salvar al partido republicano, ora que obedeció la voz de Dios, ora que ambas razones le movieron. Y mantiene la defensa que le mató con libertad, mas no de la razón; y con deliberación, mas no con juicio. Sobre esos ejes gira el gran proceso.

Y ¡si vierais al buen Scoville! «Perdonadme, señor, dice

al juez, mi ignorancia de las leyes criminales. Ved, caballeros acusadores, que defiende a este hombre porque creo honestamente en su locura; y sé quien es, y le he visto vivir: ved que abomino y desdeno toda argucia legal, toda habilidad de abogado, toda negativa moratoria, todo entorpecimiento impertinente que cause al Estado más gastos y a la nación más inquietudes que las que ha causado ya este infortunado. Pero ved que me respetéis, como respeto yo el decoro de la justicia!» El no tiene dineros, él no paga auxiliares; él no puede presentar toda la prueba que conoce; él está solo, frente a su mesilla, llena de cartas y papeles. Hace de modo que sus peticiones sean justas y que el tribunal esté siempre, en las escaramuzas jurídicas, de su lado. «Aquél Robinson era un bellaco, dice Guiteau; pero este Scoville está trabajando espléndidamente!» Y eso es lo cierto. El no hace pregunta sin objeto ni se intimida por la fama de agudos, ni social prosapia de los testigos, ni por las risas burlonas que celebran las réplicas felices de sus contrarios. Nada objeta que no haga a su concepto de la defensa: nada excusa de todo lo que puede fortalecerla. Ha meditado, y obra firmemente. Es honrado, y asombra y hace vacilar a sus adversarios. Él los persigue, los acorrala, los estruja. ¿Quién es ese magnífico anciano, de tez descolorida,

belicosa postura, y suelta barba? Le rodean el aplauso y el respeto. Ese es el primer testigo: es Blaine: el formidable discuti- dor, el vivaz replicante, el caballero de la palabra, en ningún torneo vencido; el verboso y diestro Blaine, que sacude sus frases como látigos, las lanza como azagayas, y las esgrime y hace relucir como floretes. ¡Y a ese afamado esgrimidor lo pone Scoville en confusión y compromiso, y le obliga a esquivar la batalla, y a confesar lo que a la defensa conviene que confiese! Mirad, mirad conmigo esta escena de esgrima. Ya el amigo ha narrado cómo murió el amigo, cómo conversaban aquella mañana alegremente de cosas de la patria, cómo llegaron a la estación, cómo cayó Garfield en ella, cómo le abrumó a peticiones Guiteau terco: ya ha dado plena evidencia del bárbaro suceso. Y el sencillito Scoville, que cierra los ojos ante aquella montaña, inicia el combate. Blaine, lo ataca; para sus estocadas; hace vacilar el acero en las manos entorpecidas del abogado de provincia; latiguea el arma de Scoville como estoque de oro o estoque de plomo. Mas no cesa el humilde estoquillo, y se tiene firme en la mano provinciana, y estremece en su puño el arma áurea: ¡que no pudiera yo haceros ver el hermoso combate!<sup>a</sup> El Ministro, que no sabe refrenar en sus labios la palabra bullente, no olvida, sin embargo, su alto deber y el grave caso. Ni per-

dona Scoville pregunta que le sirva. Guiteau, tímido, calla.

Pregunta la defensa: —¿Cuántas veces, señor Ministro, recordáis haber visto al acusado?

Y Blaine responde: —¡Oh, muchas veces! Es difícil decir el número exacto en casos como este, porque ocho o diez visitas de esa clase, bien pueden hacer la impresión de 20 ó 25.

—¿No podrían ser mostradas las cartas que Guiteau escribió durante la campaña electoral?

—No lo creo posible. Al fuego o al cesto van los restos de la campaña. No es cosa importante que una persona se ofrezca como orador al comité de elecciones: muchas se ofrecen. Bien saben ya a qué atenerse los oradores: la regla general es no usar jamás de un orador que se ofrece a hablar.

—¿Por qué esa regla?

—Porque un hombre de reputación suficiente para que sus palabras ejerzan influencia, no busca sino que espera a ser buscado.

—¿Por qué razón creéis que Guiteau no pertenece a la clase de hombres a quienes puede darse el consulado de París?

—Porque empleos semejantes se dan siempre a hombres señalados por su notable inteligencia y públicos servicios. Nunca creí a Guiteau tal.

Y aquí entró de lleno Scoville a sacar a la vergüenza, con inquietud del Ministro, cuanto de patronazgos, dones de em-

pleos y complacencias de ban- dería se censuran justamente al partido republicano. Ved qué arranque:

—¿Entendéis por servicios públicos, servicios de partido?

—No sé por qué habéis de torcer mis frases. Pueden ser servicios de partido. Por ejemplo, el actual cónsul en París ha prestado servicios públicos en el Departamento de Hacienda de Massachusets, y ha sido agente de negocios de Massachusets en Europa, y es vasta y favorablemente conocido. He ahí los hombres de quienes hablo.

—¿No es costumbre, y cosa siempre esperada que esos empleos se distribuyan como recompensa a servicios de partido?

—Debo decir que ese es un elemento que entra siempre en la distribución: mas hay enviados diplomáticos que lo son sin haber prestado jamás servicios de partido.

—¿Queréis dar a entender que en absoluto este elemento de servicio de partido no es reconocido prominentemente en la distribución de empleos?

—No quiero decir que no sea reconocido: sino que no se hace sobre esa sola base la distribución, y que hombres que no prestan esos servicios, gozan sin embargo empleos conspícuos.

a. Desde aquí hasta el final del párrafo, ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 148.

—¿Era una peculiaridad de Guiteau basar su petición en servicios de partido?

—Ah! No! eso es muy común.

—Y ¿no se basan en eso todas las peticiones?

—Hallaréis como regla que los que gozan altas posiciones en el cuerpo diplomático, son aquellos que no las han pedido.

—¿Os pedía Guiteau el empleo con alguna recomendación?

—Solía decirme que era amigo del general Logan.

—Y ¿es usual que se pidan empleos sin recomendaciones?

—Oh! Cuarenta cada mañana!

—Y ¿todos son semejantes, sustancialmente?

—Todos semejantes en el deseo y casi todos semejantes en el desengaño. No era peculiar el caso de Guiteau.

—¿Cómo tratábais a Guiteau?

—Si yo no hubiera conocido más que un buscaempleos, me hubiera parecido un poco persistente; pero he conocido tantos, que no podía hacer especial reparo en él.

—¿Lo tratasteis siempre con la usual cortesía?

—Yo procuro siempre tratar con cortesía a todo caballero que viene al Departamento de Estado.

—¿Cuándo rechazásteis definitivamente su petición?

—Era como otra, muy tenaz, y venía, y venía, y tornaba a venir, y seguía viniendo: díjele al fin que no debía alentar ninguna esperanza de obtener lo

que me pedía. Mas lo hice sin ninguna dureza.

—¿Le dijisteis que si el Presidente le nombraba, no opondrías objeción? ¿Concluyó así la entrevista?

—Me parece que no; debí de hablarle de una manera decidida.

Y fue luego cosa curiosa ver sacudirse al gran político militante de las preguntas incisivas que, para apoyar la defensa de Guiteau en la influencia que en él tuvieron las disensiones políticas, dirigía a Blaine fríamente Scoville. ¡León cogido en trampa de conejo!

—¿Y cuál era la condición del partido republicano seis semanas antes del atentado, en cuanto a unanimidad y armonía?

Medita Blaine y dice al cabo:

—Había algunas disensiones en él.

—Considerables, no?

—Sí: considerables.

—¿Y creaban gran excitación en el país?

—No debo decir en el país.

—Entre las gentes?

—La disensión era puramente local: diferencias entre el Presidente y sus copartidarios sobre asuntos de Nueva York.

—¿Aquí versaba el diálogo sobre todo lo que apasiona y lastima a Blaine, sobre todo lo que hay para él de amenazador, de candente, de grave, de odiado, de temible, en la política actual!

—Y ¿se agitaban esas disensiones en la prensa?

—Eran comentadas.

—Deseo que expongáis libremente esas diferencias, las diferencias que culminaron en la renuncia de los Senadores de Nueva York.

Sábase de sobra que uno de esos senadores es Conkling, el agrio e irreconciliable rival de Blaine.

—No me explico el alcance de la pregunta.

—¿Había disturbios?

—Sí: grandes disturbios.

—¿No eran actos, a más de opiniones?

—Eran actos.

—¿De qué consistían?

—Del acto que creó la diferencia.

—¿Hizo algo el Senador Conkling, o dijo algo, que avivase esa diferencia?

—¿Qué diferencia?

—La del partido republicano.

—¿Sobre qué?

Y aquí ya el preguntado, echado sobre sus trincheras iniciaba un ataque infructuoso.

—Cese el combate de palabras. Deseo vuestro informe sobre aquellas discusiones del partido republicano.

—Bien sé yo que podría hacer un discurso político de dos horas y media sobre el caso. Pero decidme en concreto a qué queréis que os responda.

Y así lleva Scoville a Blaine a que afirme cuán cierta, hon-

a. Desde aquí hasta «—Eran comentadas», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 150.

da y acalorada fue aquella contienda, y cuán innegable y visible, para excusar luego a su ahijado, con la excusa de que aquella frenética batalla asordó la conciencia y oscureció el juicio de un hombre de mente débil y pasiones desenfrenadas a quien defiende.

El Representante de Venezuela, Simón Camacho, autorizado por el Gobierno venezolano, con cortesía que ha sido aquí estimada, a declarar libremente, sin ampararse de ninguno de los privilegios a que los empleados diplomáticos tienen derecho, declaró luego. El vio el disparo: vio la tentativa de fuga del asesino, excita la ira de Guiteau por asegurar que llevaba el sombrero sobre los ojos. Dice que recuerda como estaba Guiteau pálido y lleno de espanto. Recuerda que oyó a la turba gritar: «¡Linchado! ¡Linchado!»

Oh! ¡Y al día siguiente, qué momento de espanto! ¡A veces el cuerpo es muro de acero, puesto que no lo rompe la ira! Habían ya declarado menudos testigos en general o especial prueba del atentado y sus detalles. Había dicho una mujer joven que vio a Guiteau ajustando el carruaje, que le pareció tan agitado que creyó que iba al cementerio a visitar muertos queridos. La pistola que arrancó la vida a Garfield, cargada aún, había pasado de mano en mano. En entretenido coloquio había estado Guiteau con el policía que lo hizo preso, irlandés fuer-

te y agudo. Y hubo un punto en que la generosidad y la prudencia debieron perder todo su freno. Sobre la mesa del juez estaba tendido el esqueleto de un hombre. Entre sus huesos amarillos seguía con sus dedos pálidos el curso de la bala uno de los médicos de Garfield. La hora es lúgubre: el esqueleto es frío: el médico es grave. Y ved ahora que el médico explica, sobre el hueso mismo, roído de pus, que se extrajo del cuerpo del Presidente, la cabeza del proyectil: ved cómo los jurados examinan el hueso y ved cómo pasa a las manos del defensor de Guiteau, que lo vuelve, palpa y examina: y ved a Guiteau que se inclina tranquilamente sobre el hueso roído de su víctima, y ayuda en el examen sin que el temor cierre sus ojos, ni sus carnes tiemblen, ni se contraiga un solo músculo de su faz. Se hacían atrás las mujeres, como huyendo de algo. Despedían rayos los ojos de los amigos del Presidente. Siguió, reasumió luego la lectura del periódico en que parecía entretenido.

Ese día mismo había aprovechado con vivacidad Scoville la declaración de un testigo a quien pareció Guiteau, antes del atentado, como fuera de sí; y de aspecto extraño.

—Le di veinticinco pesos, decía el testigo, porque me pareció miserable y hambriento.

Protesta Guiteau con ímpetu que nada le irrita tanto como que se revele su miseria. Parecer criminal le inquieta

menos que parecer pobre, mal vestido o sin magnos amigos.

—Hambriento? Pregunta Scoville.

—Tenía una mirada singular y cansada, y su traje estaba usado, y como si se le saliese del cuerpo.

—No se usa pronto un traje de \$ 70, prorrumpe el prisionero. Yo comía muy bien en el tiempo en que estuve libre en Washington. Era la ansiedad mental lo que me hacía parecer delgado. «¡A vuestro negocio!» dice brutalmente a Scoville que le interrumpe.

—Debo insistir, repetía el testigo, en que tenía un aire inquieto, y como salvaje.

Y ese mismo día estuvo Guiteau a punto de perder la vida: «Sabad, señor Juez, que hay en el tribunal gentes que tratan de atentar a mi vida. No cuido de ello, que Dios cuida de mí. Pero es bueno que sepan que tendrán lo que les conviene por su atrevimiento: ¡apuntad eso, cronistas!» Esto dijo Guiteau, y en verdad había las gentes de que hablaba: al montar en el carro que le lleva y trae por el camino de la prisión, fue el vocerío, y el clamor, y los silbidos de siempre. Mas esta vez no iba tras el carro, porque se creía ya inútil la<sup>a</sup>

a. Desde aquí hasta «rompió», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 152.



guardia de a caballo; sino un hombre robusto, caballero en un jaco de pobre apariencia, que a poca distancia iba siguiendo el vagón. De pronto una bala rompe la pared de hierro del carro en que Guiteau iba sentado, por el lugar de su asiento. La bala tibia ya, rompió su levita e hizo una contusión en uno de sus brazos.—«A escape! a escape!» grita el policía que iba al lado del conductor del carro: «a escape tras de aquel hombre que huye!» Y le dispara su pistola. El hombre gira sobre su silla, como si hubiese sido herido, mas continúa su fuga voladora, prendido al cuello de su velocísimo caballo. Era Pegaso la bestia, y él pampero. En vano clamaba porque lo persiguiesen Guiteau acurrucado en el suelo del carro: el vengador se escapa. Lo persiguen: cercan el estado; toman preso a un fanfarrón de las cercanías, que hace de valiente, y es jinete grande. Mas el fanfarrón no fue el hombre que disparó la bala, a lo que dice el policía que descargó sobre él su pistola. Pero el policía que custodia el fondo del carro, dice que es el que iba tras el carro. Hay, pues, conspiración cerrada, secreta y temible. Como de héroes contaban el lance las gentes de Washington. Les parece que el que mate a Guiteau es tan beneficioso como el que mata a un escorpión: y tan irresponsable como la suela del zapato que aplasta a una hormiga.

La curiosidad tuvo su fiesta al día siguiente, que era do-

mingo. Lugar de peregrinación parecía la cárcel. Sitiadas de curiosos estaban las puertas. Unos lograban entrar: otros luchaban por lograrlo. Y Guiteau con acento de inspirado, respondía a los guardias que le movían conversación: «Oh! soy duro de matar! La gente sabrá dentro de poco que Dios está conmigo y que no ha de permitir que yo sea muerto.»—«Pero él insiste, dice un visitante, en que una fuerte guardia de policía asista el lunes al Señor en librarlo de peligro.»—Tanta gente llegó al cabo a salvar las murallas de la cárcel, que él, a indicación del llavero, tomó con gran prisa, como quien hace lo que le agrada, su levita y sombrero y se asomó al corredor, a ser visto por la multitud ansiosa. Fue su hora de triunfo, y se regaló con ella grandemente. Y al reentrar en su celda, como un hombre feliz que se siente amado, sonrió dulcemente, y saludó a modo de jefe del ejército que responde al saludo de sus soldados. ¡Qué mucho! Al día siguiente, elegantes grupos sitiaban en la corte el elegante aposento donde tomaba Guiteau su refrigerio, y recogían con avaricia de sus manos los autógrafos que él escribía con aire señorial e indiferente.

Fue ese un día de vergonzoso auge para el acusado, y de puro y generoso placer para su defensor. El buen Scoville, cerrado ya el examen de testigos de la acusación, abrió con

una conmovedora historia, la historia de la familia del preso, la defensa. A medida que hablaba, que dibujaba los contornos de su proyecto, que con mano segura plantaba sus tiendas, que con modo sencillo decía sus frases limpias de esfuerzo oratorio, seguras, llenas de fuerzas de hecho, y sólido juicio, encorvábanse más atentos los jurados, crecía el silencio respetuoso de la muchedumbre, frunciase el ceño de los abogados acusadores. ¿Conque ese era el abogado de provincia, el pariente desconocido, el justador inexperto? Su discurso es seguro, compacto, macizo. Su plan está engranado, almenado, temible. ¡Es tan simple! ¡Es tan fuerte! «¡Ahí tenéis a manos llenas hechos que os demuestran que ese hombre está loco! Decidme, jueces: cuando un hombre de juicio desequilibrado, de mente sacada de quicio, que en todos sus actos lo muestra, y que en todo momento obra fuera del modo común y de razón, comete en este estado un crimen ¿no se les<sup>a</sup> ocurre preguntarse si lo había cometido en estado de razón en equilibrio? «Yo bien sé que no hay dos casos de demencia iguales. No ha mucho que en Nueva York se paseaba un maniaco político, que se creía hombre magno, y vivía entre ellos, y en

---

a. Se agrega esta palabra.

este engaño trabajaba, y cayó luego, al verse desatendido, en desesperación profunda, que envuelve sin duda la capacidad para el crimen.»—«Me dicen que el fiscal del distrito dice a quien quiere oírlo que este hombre finge aquí locura, como si fuera posible para un hombre que nunca supo nada de ciencia alienista, fingir locura de modo de engañar a un experto.»—Yo no finjo nunca, exclama Guiteau: obro abiertamente cuerdo o loco!»—«No decía, —continuaba Scoville, el mismo Garfield: ¿Qué hace ese hombre? Debe estar loco! No dijo así el mismo Blaine, cuando habló a un noticiero del crimen: Debe estar loco? Sí; esa es la primera idea, la idea espontánea que este crimen inspira.» Enseguida Scoville cuenta cómo viene de lejos la locura al acusado: cómo descendiende de familia que vino a América, empujada de Europa por su ardiente fe hugonote; cómo su padre, que se llamaba Lutero, tuvo hermanos que se llamaron Abraham, Martín y Calvino: y una hermana, María, que murió loca, y fue madre de un pobre joven, músico notable, que murió al fin en un asilo de dementes; y otra hermana Julia, que dio muestras de extravió durante los últimos días de su vida, y dejó dos hijas, una de las cuales nació deforme, muy merma de un lado de la cabeza, y otra, que era una brillante criatura, fue presa de locura religiosa, y está hoy confinada

en un asilo. Un tío de Guiteau, Abraham, murió idiota;<sup>a</sup> otro, Francisco, mortificado por haberse batido sin saberlo con pistola sin bala, paró en loco y murió en el asilo de Bomingdale. ¿Y el padre de Guiteau? Scoville cuenta, con su tono sincero, con su apostura llana, con su palabra firme que era un hombre tierno, muy puro y muy amado; pero que las cosas de religión lo ponían fuera de sí. Creía que de tal manera estaba unido con Cristo, que era parte de Jesús, y Jesús parte de él, y que viviría perpetuamente como el Salvador. Lloraba como un niño, y amaba como una mujer. ¿Y la madre de Guiteau? Era leal y afectuosa y pobre de cuerpo y gastada de enfermedades. Cuando llevaba a Guiteau en su seno padeció de enfermedad terrible, y hubo que cercenar de raíz su cabellera, «que podemos extender ahí, sobre la mesa del juez, tal como fue cortada hace cuarenta años». Durante esa enfermedad nació este hombre. Su próximo hijo nació deforme. El que siguió a éste murió a poco de nacer. Ella exhausta, murió a poco. ¿Y Guiteau mismo? Tenían las palabras de Scoville algo como marca de verdad y gravedad de testimonio. «Aquellos infortunados seres vivos», dice, «tomaban cuerpo real a su evocación sentida y melancólica». ¿Y este mísero Guiteau? Trabajaba y era bueno en su infancia descuidada; notóse sí una

vez que luego de muchos años de olvidado renació en su memoria, después de una impresión ruda, un idiotismo de su infancia. Ya a los dieciocho años, le preocupaban cosas religiosas. Anhelaba saber. Con su pequeña herencia de \$ 1 000 fue a estudiar. Le fatigó el duro aprendizaje, y llevó su haber consigo a la comunidad de Oneida, donde se vive singularmente; y en mezcla y disciplina patriarcales, de cuyas bondades, que ahora abomina, era entonces sectario veheméntísimo. Y ya se imaginaba él el jefe futuro de aquel sistema, que a su juicio debía vencer todos los sistemas de la tierra, con lo que se veía jefe del mundo. ¿No creía Laurence, que intentó asesinar al Presidente Jackson, que tenía cabal título a la corona de Inglaterra y América? Ya fatigado de la vida en común, rumiaba Guiteau, que a la fecha vivía de galletas, y como manjar exquisito y raro, de carne seca, la idea de publicar en Hoboken un periódico que había de llamarse *El Teócrata Diario*. Vuelve desengañado a la comunidad, cuyos miembros, con gran disgusto de Guiteau, tenían entonces la costumbre de reunirse en una gran sala a comentarse y criticarse mutuamente sus acciones. Vive entregado a

a. Desde aquí hasta «Creía», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 154.

la lectura de la Biblia, a estimarse mensajero divino, a buscar su obra. En Chicago estudió leyes; y como de tres preguntas que le hicieron en el examen, acertó dos, hicieronlo abogado, en cuyo oficio no supo nunca más que cobrar acá y allá un retazo de deudas incobrables, merced a que en la pesquisa del deudor ponía a su servicio la maravillosa tenacidad con que persigue siempre toda idea que concibe.» «Yo tenía muy buenos pleitos,» interrumpe Guitau. «Fue a Chicago», continúa Scoville, «y como era un caballero, si ser gentil en modo, gentil en discurso, benévolo y cortés hacen de un hombre un caballero, halló acogida en buenos círculos.» «No tenía yo malos hábitos de ninguna clase», dice Guitau de nuevo. Entre grandes protestas del acusado, cuenta cómo pronunció una vez en el tribunal de Chicago en un caso de robo tan disparatado discurso, que el fiscal del distrito quedó convencido de que era demente. Nunca tuvo Guitau capacidad mental ni física para grandes trabajos. «Yo tenía sesos bastantes», prorrumpió Guitau a esto; «pero la teología llenaba mi mente. Por eso no adelanté en mis negocios. La teología no da dinero; por eso no me hice rico. Ahora estoy ya fuera de los negocios.» «Un día,» cuenta el defensor, «alzó el hacha que tenía en las manos sobre la cabeza de su hermana, mi esposa, que empe-

zó a quitar del paso una leña que le había rogado en vano que quitase.»—«Falso! Falso!» grita el acusado, con el rostro descompuesto.—«El médico de nuestra casa lo declaró loco.» Describió luego el leal defensor la ridícula tentativa de Guitau de pasear el país como lector sobre la segunda venida de Cristo, cuya idea le vino de oír ciertos sermones. Su mayor éxito fue en Detroit, donde ganó cuatro pesos.—«Yo tenía las ideas pero no tenía reputación.» Regocijase el preso de oír contar a su cuñado las artes de bohemio con que se libraba del pago en los ferrocarriles, no sin que una vez, amenazado de prisión, se viese obligado a saltar de un tren que iba andando treinta millas por hora. «A poco muero», dice Guitau, que se complace en ir acotando con sus interrupciones, que acoge el público con grandes risas, el discurso de su defensor. Pero se indigna cuando Scoville pinta el singular placer con que el preso se abandona al trato de las damas. Como se hablase de su pobreza, Guitau dice: «¡Abandoné un negocio de \$ 5 000 por entrar en mi campaña religiosa, y ved cómo he salido de ella. Pero lo mismo le sucedió al apóstol San Pablo. El al fin tuvo su paga y yo tendré la mía del libro que escribí. Yo iba por las ciudades vendiendo mis lecturas, y pensaban que era yo un agente de libros, nada me hacía tan feliz como eso.»

«Ved,» exclama Scoville, vuelto hacia los Jurados, «si concebís que un hombre cuerdo se emplee en semejante negocio por tres años. Creyó siempre este hombre que le bastaba desear una rica heredera para lograrla en matrimonio, y ya lo habéis visto, a él que no ha usado nunca burlas, decir en su autobiografía que solicita<sup>a</sup> una esposa aristocrática y cristiana.» «Y me ha respondido una señora que posee 100 000: ¡eso no está malo!» Esperaba que cuando este peligro que le amenaza se apartase de su cabeza, podría entrar a ser el honrado esposo de una dama honrada. Y lo decía de buena fe, grave y serenamente, ¡y aún cree la acusación que este es un hombre cuerdo! Y alcanzó una respuesta su anuncio, lo cual prueba que hay una mujer en los Estados Unidos que ha perdido también probablemente su razón. A esto sigue una escena tormentosa, que termina con un relámpago de noble ira. Confiesa Scoville que no envió las cartas que Guitau escribía en respuesta a la dama. —«¡Oh, yo lo sabía, yo lo sabía!»—grita Guitau en abrupto tremendo. «Yo sabía que mentáis, cuando me decíais que se las enviabais.» —«¡Estado quieto!» ordena el juez. —«¡Mentís, mentís!» exclama el

a. Desde aquí hasta «Y alcanzó», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 156.



preso con renovada furia. «Señor —interrumpe con agrio tono el fiscal del Distrito: —el esfuerzo del defensor de entrar en un altercado con el preso es reprehensible, y debe ser impedido. Tiempo tiene el acusado de representar su papel cuando haga su discurso.» Un murmullo de disgusto cogió esta arrogante y descortés demanda, que venía a vejar a un hombre notoriamente bueno en el instante en que jurados y público admiraban su devoción, su sencillez y su cordura. —«¡Yo no hago aquí papeles—vocifera Guiteau: con arrebatados ademanes yo sabía que mentía!»—Y pálido, trémulo el cuerpo, relampagueantes los ojos, la voz profunda y el acento grave, encárase Scoville al fiscal inoportuno, y le dice, como si le echara al rostro un manojo de azotes: «Si esta no es evidencia competente de la condición mental del preso, ¿por<sup>a</sup> qué habéis tenido, señor, expertos del Gobierno aquí y en la prisión día sobre día? En cuanto a su insinuación, el caballero Corkhill tendrá la respuesta que merece a su debido tiempo.» Una salva de aplausos nutrida y prolongada—¿cuándo no fue generoso el corazón humano?—acoge este rapto de cólera honrada.

Y quedan los jurados comovidos; y Guiteau murmurando «mentáis!», y el público enamorado del buen defensor; y la soberbia acusación inquieta, en consulta, desquiciada,

sorprendida.—«Todo lo que yo deseo en este caso es que la verdad prevalezca. Si traigo ante vosotros, acusadores, alguna evidencia, tenéis oportunidad de criticarla, en el grado que os plazca, y si un átomo solo de evidencia procurase yo para efectos teatrales, sin una honda convicción de que es justo y honesto presentarla, quiero no sólo que la rechacéis, miembros del Jurado, sino que la volváis diez y diez veces en contra mía en vuestro veredicto.» Ahogan estas briosas palabras nuevas salvas de aplausos; a ellos sigue la lectura de extravagantes cartas que demuestran los risibles proyectos, desórdenes mentales y menguada vida del acusado en los últimos años. Ya es que afirma que vive de galletas, carne seca, y limonada. Ya es que anuncia que la Biblia es su libro de texto, y el Espíritu Santo su maestro de escuela. Ya es que resuelve publicar un periódico que denuncie a los amigos de Satán, donde admitirá, anuncios y modos de ganancia, «porque es bueno combatir al diablo con sus mismas armas». Ya es aquel pobrísimo discurso, zurcido con frases en boga y reflejos de periódicos, «Garfield contra Hancock», que él creyó obra capital, y título para pedir muy altos puestos. Guiteau herido en su vanidad implacable y mórbida, fulmina injurias contra los que así desdeñan su obra. «¡Remediad, señor juez, clama Scoville, es-

tos exabruptos!» «Dadme el medio, vosotros, abogados.» La acusación, colérica y áspera, y pletórica de malos deseos desde que nota el ascendiente legítimo y vasto que el humilde defensor ha conseguido sobre los jurados y la mente pública, dice, con befa censurable: «Buen remedio fuera que cesara el defensor en su discurso, que es una mezcla extraña de cosas sin concierto, una olla podrida.» Juez y público oyen con desagrado al acusador burlón, y juez y público piensan que asisten a una escena memorable y consoladora en que la bondad desinteresada lucha triunfantemente contra el deber pagado, la vanidad profesional y el desdénoso encono. Y después de haber mostrado paciente y ordenadamente los grados diversos de exaltación y miseria de la mente del preso; de haber acumulado toda aquella suma de evidencia, psicológica y palpable; de haber presentado en junto los desquiciamientos, las singularidades, las bellaquerías, el desorden espiritual de su defendido; de haber alzado en torno de su cuerpo en riesgo como paredes fortísimas, sus propios hechos, de no haber traído a cuento cosa que no pueda ser en el testimonio, o haya sido en su discurso, probada, de dejar en sus oyen-

---

a. Se añade interrogación.



tes la idea de que de ser cierto cuando dice, que tiene aire de ser cierto, la demencia del criminal es segura, y su irresponsabilidad nace de ella, -Scoville dice tales cosas, hay aquí tan repetidas y reales, que parecen sus frases a los que las oyen como salidas de los labios de ellos mismos. «Si es loco este hombre ¿a quién condenar por el terrible crimen? A la política moderna; a la avaricia de empleos; a la mala costumbre de prometerlos; a la viciosa práctica de darlos a los que prestan servicios de orden privado de partido. Aquí debéis determinar, oh! miembros del Jurado, si este ser igual a vosotros, con todos sus infortunios, con todas sus extravagancias, debe al fin perecer en el cadalso. Esta cuestión será sometida a vosotros con la evidencia de este caso, y la defensa confía en que haréis lo que es recto conforme a vuestra conciencia, y a lo que hayan de aprobar vuestros conciudadanos y vuestro Dios.»

Los ujieres tienen que sofocar los aplausos que acogen el término del discurso. Y qué ha conseguido ese hombre, ayer ignorado, que se sienta al lado de su esposa, que le mira con ojos húmedos de agradecimiento y de amor, y del preso, que tiembla estremecido bajo su pálida máscara: ¡ha conseguido que la mitad de la nación crea hoy que ese hombre, a quien la nación entera creía ayer sin discrepancia, odiosísi-

mo malvado, es un antiguo infortunado loco! Días ha, parecía cosa de burlas que se discutiera la posibilidad de aserto semejante: hoy la opinión se divide, la acusación bambolea; los jueces callan dominados, y la nación entera duda. ¡Generoso Scoville!

Comienzan los testimonios de la defensa, entre las asperezas de la acusación, que teme de sí, y quiere quitar probabilidades de prueba a la defensa, -y los<sup>a</sup> paroxismos de furia de Guiteau, que se yergue convulso contra los testigos que más le favorecen, y le vienen teniendo por loco de remate desde hace años-,<sup>b</sup> porque él no quiere ser excusado por más locura que la que viene de aparecer como órgano de la deidad.-Niégase la acusación a presentar a Scoville, que los reclama, los recortes de periódicos que Guiteau había cuidadosamente conservado, y que excitaron su mente al grado de la capacidad del crimen, -y el juez compele a los acusadores a mostrar los recortes.

-¿Y cómo sabemos que no son convictos de penitenciaría los testigos que nos traéis?

-Ellos y yo, dice el defensor con calma, os iremos probando que no lo son.

-No conocemos a tal gente; dice Guiteau con tono grave.

Un sacerdote que le oyó pronunciar su lectura sobre la segunda venida de Cristo, dice que le pareció persona sacada de sí, y no tanto desarreglada,

como mal arreglada. El esposo de una tía de Guiteau afirma la locura de su hija. Un médico, a quien hace seis años consultó Scoville acerca del estado de la mente de Guiteau, declara que lo sometió a minuciosa vigilancia, y opinó que estaba demente, asistiéndole para apoyar su juicio la locura hereditaria en la familia, la exaltación de su naturaleza, sus vehementes explosiones de sentimiento, que no proviniendo de causas externas visibles, debían venir de individual causa interna; su egoísmo excesivo; su frecuente incoherencia de pensamientos; su hablar constante de Cristo y cristiandad, sin parecer por eso penetrado de ninguna de las grandes verdades morales del cristianismo; la flaqueza de casi todos sus juicios y el desequilibrio visible de sus capacidades mentales. El médico conoció al padre de Guiteau, que creía en su perpetua vida. Dice el médico que como Guiteau oyó que, trataba su familia, siguiendo el juicio experto, de hacerle entrar en un asilo, dejó súbitamente la comarca, no sin haber llamado una noche al seno del Señor con palabras y gestos extraños a una reunión de gentes en que el médico estaba, y donde no se

a. Desde aquí hasta «testigos que», ilegible el *Mf*. Se sigue la lección de *OC*, t. 9, p. 158.

b. Desde aquí hasta «y el juez», ilegible el *Mf*. Se sigue la lección de *OC*, t. 9, p. 159.

hablaba a la sazón de cosas religiosas. Grande evidencia ofreció otro testigo de Boston, que alquiló a Guiteau la sala para una de sus lecturas, que anunció de este modo: «No dejéis de oír al Honorable Carlos Guiteau, el pequeño gigante del Oeste. Él demostrará que dos tercios de la raza están caminando a su perdición». «Pues estimé muy liberalmente», dice Guiteau desde su asiento entre las risas del auditorio. «Aún recuerdo, continúa el testigo, cómo leyó aquella noche. Leyó sin concierto, saltando páginas, y al cabo de media hora, evidentemente colérico y disgustado de sí mismo, enrolló su lectura y abandonó, con pismo del concurso, la plataforma. Celebramos conferencia los allí reunidos, y opinamos que aquel hombre estaba loco. Como al día siguiente me negase a alquilarle la sala, me dijo que él no era loco, sino inspirado; que Dios era su padre y consejero directo, y que él pertenecía a la firma de Jesucristo y Compañía. Y me dijo que si yo seguía sus consejos iría al cielo, y si no, al infierno. El salón en que leyó Guiteau fue fundado por algunos infieles notables, congregados allí para liberalizar la religión.<sup>a</sup> «¿Le hubierais devuelto un golpe si os lo hubiera dado?» pregunta al testigo la defensa. «No se lo hubiera devuelto. Y conste que vengo aquí involuntariamente,<sup>b</sup> movido del llamamiento de Scoville a todos los que

en el país supiesen algo de la locura de Guiteau.» Declara luego una señora de Nueva York, en cuya casa estuvo posando, *o bordando*, como aquí dicen, el acusado. De fijo, le quedó debiendo. Guiteau se exaspera de verse así sacado a la vergüenza. «Pero eran buenas señoras, dice, y muy cristianas. Es un buen lugar para vivir. Recomiendo esa casa como buena posada.» La señora afirma que Guiteau era peculiarmente osado en su modo de mirarla, y brusco y excéntrico en sus modales en la mesa.—Otro caballero bostoniano recuerda que le oyó en la noche de su lectura, que le pareció, como todo lo que aquella noche hizo el lector, cosa de rematado loco. Un hombre de campo testifica entre los denuestos y apelaciones del preso, que la esposa de Scoville le acusó en su presencia de haber querido matarla con el hacha, y que él siempre lo creyó loco, al verle confundir las más conocidas frutas en los trabajos que le mandaba hacer, y hacía de buena voluntad, como el de enjabonar árboles de *hickory*<sup>c</sup> cuando yo le decía que enjabonase los manzanos.—«Acusadores, prorrumpe Guiteau: —os conjuro a que destituyáis de crédito esas historias absurdas del hacha y de mis torpezas. Yo trabajaba en la hacienda de mi hermana para pagarle mi posada. Lo de enjabonar árboles de madera por árboles de fruta era igno-

rancia. Yo estaba entonces estudiando teología.» «¡Si lo hubierais visto! Decía otro testigo, el abogado Reed, que era fiscal de un caso en que Guiteau fue defensor: Qué hablar de Dios y cosas teológicas en un pequeño proceso de robo ¡Qué incoherencia! ¡Qué ademanes y gritos! Yo opiné aquel día, y todo me ha fortificado en mi opinión, que estaba loco. Luego se empeñó en adquirir un periódico poderoso de Chicago, y en que yo leyese su lectura sobre la «segunda venida de Cristo». Le ofrecí pocos días antes del crimen ayudarle para que lograra un empleo humilde y sin responsabilidad y se revolvió contra mí lleno de ira. ¿Y en su prisión? Aún me parece hallarlo, gesticulando, como ahora, puesto en pie, ante Scoville y los que le hablábamos, alzar la mano al cielo, y culpar a Dios del asesinato del Presidente Garfield. ¿No le habéis oído decir en este mismo Tribunal hoy mismo, en ese discurso que el Juez le ha permitido leer, que nada teme de nadie, porque Dios es su asociado, pero los que a él atenten deben saber que es muerte su pena, y no menos?» La acusación intenta en vano conmover al generoso e inteligente testi-

a. Se añade el punto.

b. Así en LON.

c. Palabra en inglés que significa «nogal».

go. «He de avastar<sup>a</sup> toda mentira que digan de mí el defensor, y los declarantes,» dice Guiteau con cólera, y gesticula, y contrae el rostro de tan ridícula manera, que el Juez le ordena inmediata compostura.

Y este día acaba; y le atan las manos con brillantes esposas; y salen del salón, con los anteojos de teatro y la cestilla de provisiones, las damas ricas; y los jurados pensativos abandonan len-

tamente sus asientos, y con su paso elástico, rápido, inquieto, pasa como quien se desliza, como quien odia, como quien espía, y mira torvamente, y salta al sombrío vagón la humana hiena.

M. de Z.

*La Opinión Nacional,*

Caracas,

12 de diciembre de 1881

[Mf. en CEM]

a. Así en LON. Posible errata por «aplastar».

## 15

# Carta de Nueva York

El proceso de Guiteau.-Ser hoffmaniano.-  
Sus hermanos declaran por él.-Él cuenta<sup>a</sup> su historia.

Nueva York,

10 de diciembre de 1881

Señor Director

I

NO AMENGUA, no cesa el interés que inspira el proceso del matador de Garfield. Tal parece que una fiera se exhibe, y que la nación entera acude a verla. Es un ente frío, demoníaco, lívido. Deja la im-

presión de un cerdo salvaje: tiene su mirada, odiadora y luyente, su crin hirsuta, su modo de arremeter, de espantarse, de emprender fuga. Oh! No hay fantasía que lo afee. Es un ser hoffmaniano, fantástico. Que en la escala moral de fiera a hombre, hay sus grados, como en la escala geológica. La victoria está en humillar la fiera. En ese reo, porque por reo le tiene el tribunal humano, la fiera royó al hombre, y se sentó en el hueco de su es-

píritu. Y poco a poco, de brillar en sus ojos, de hablar por sus labios, de obrar por sus manos, fue dando a la criatura externa su apariencia. No mueve a lástima: no mueve a perdón: no mueve a excusa: no<sup>b</sup> halla aposento en los corazones de los hombres, sino en su odio. La razón exige que su vida sea salvada, por la inutilidad del acto horrendo; por la ineficacia de matar al mons-

a. Coma en LON.

b. Desde aquí hasta «corazones de los», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 166.

truo para detener la potencia de la naturaleza de criar monstruos, porque al fin movido por la soledad prolongada y el espanto puede, al riesgo de las lágrimas, resucitar en el fondo de su cuerpo ese hombre roído, y porque pudiera, en estos días de ira, la justicia tener aspecto de venganza. Y no se debe matar a una fiera en la hora en que se está siendo también fiera; que esto es ser igual a él, y no juez. El hombre debe tener siempre en alto las bridas de sí mismo: no abandonarlas, ni dejarlas llevar de la tormenta. De lo interior suelen soplar vientos tremendos, que parece que vienen de sima honda. Hay que estar seguro de sí, para poder echar en cara a los demás que anduvieron extraviados. Pues ¿qué pena mayor para ese hombre que ver evaporados sus cálculos, y descubierta su miseria, y sus deseos irrealizables, y su última tentativa frustrada, y su ruin mente revelada a sí propio, y huidos irrevocablemente todos aquellos provechos que esperaba de su acto? ¡En verdad que no hubo jamás mayor villano! Eso arroja la causa, eso revela el proceso. No tiene ese hombre ni la dignidad de su crimen. Juguetea con él: lo hace caso de argucia y de risa. No se sientan a su lado, ni reflejan tristeza en sus ojos, la imagen de la muerte que causó, ni la imagen de sí propio, en huesos y sin carnes, que ya toca en su hombro y le amena-

za. Parece una criatura de los mundos a donde los jueces de su crimen van tal vez a lanzarlo. Ama la vida con<sup>a</sup> abominable apego. Es aun motivo de confusión para la mente; pero lo es siempre de desagrado para los ojos. Parece un mar de hielos, que al menor empuje del viento se desata.

El buen Scoville ha traído su cortejo de testigos favorables: la hermana del preso, ha contado en su beneficio su historia de caídas, extravagancias y miserias; su hermano que lo creía antes culpable, ha venido a probar, en su honrado y desembarazado testimonio, que no lo tiene ya por dueño de sí, sino por enajenado. La defensa ha sacado a luz su hueste de expertos, que lo proclaman demente. Pero él mismo, que con tono jocundo y amable sonrisa se sentó en la silla de los atestiguanes a ser testigo de sí propio, se levantó convulso, extenuado, como si llevara aún sobre el cráneo la mano férrea de su hábil fiscal.

Y la acusación ha traído sus declaraciones, que combaten y contrastan las afirmaciones de la defensa; y ya tiene preparados, y puestos a la lucha, sus expertos.

Y el mismo hermano de Guiteau, airado porque en busca de excusa para el matador quería tacharse de loca a una buena y amable hermana que ahora entra a la vida, ha venido, como con aliento pujante, a desvanecer la creencia

de locura permanente en la familia, en cuya certidumbre basa el buen Scoville la defensa del matador, y basaron sus declaraciones los expertos.

¡Espectáculo singular el del Tribunal! Allí están, como desde el comienzo, los jurados a quienes toda relación con cosas extrañas al proceso es prohibida: están mudos como los oráculos, para romper después en voz de oráculo. Allí está el Juez que gana fama para sí y para su pueblo, con la inusitada benevolencia con que trata al preso, porque el Tribunal lo vea, y el mundo todo, y no se diga luego que se le mató sin defensa, o se le privó de alguna probabilidad de salvarse, o se le condenó sin justicia. Allí está el defensor, con su rostro fatigado y benévolo, y sus ojos ansiosos. Triste y conmovida, está allí la hermana. Y los acusadores en sus puestos. Y protegiendo la espalda del preso, un muro de policías. Y el salón rebosante de Senadores, de generales, de magníficas damas, de ancianos sofocados que piden auxilio, y modo de salir del concurso: el salón, curioso, reidor, profanador, que se regocija, como de ver las convulsiones de un animal ebrio, con los espasmos, los exabruptos, los remedos, los cínicos chistes, los ademanes

a. Desde aquí hasta «la hermana del preso», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 166.



brutales de acusado. Ríen los concurrentes a carcajadas: el preso comparte las risas que provoca: los callan los ujieres: los riñe en vano el Juez. No pasea por la sala regocijada la sombra lúgubre del venerando muerto.

Uno de los acusadores, el juez Porter, es grave y solemne, y puso su mano implacable en las entrañas del preso, y lo sintió convulso bajo su mano, y arrancó de él su único grito honrado, su único gemido de remordimiento, su única señal de acatamiento a la naturaleza humana. Otro de los acusadores alardea de crítico, y de diestro, y de temible, y de travieso: y estruja a los testigos, y los punza, y los sacude, y los exaspera, y provoca a Guiteau befa, y le lanza pullas, y emprende querella de comadres con el defensor, y se paga de que sus chistes sean reídos a coro: es Davidge, el interrogador de los expertos. Su consejo es preciado, y precioso; su risa es heladora; su perspicacia, grande; su conducta en el tribunal, pueril y censurable. Declara la viuda de un primo de Guiteau, muerto en un asilo de dementes, que Guiteau se prendó de su hija, y la quería educar a su modo, para hacer luego su esposa de ella:

«Oh; exclama Davidge: esa es una forma muy común de locura».

Repite luego las palabras de un testigo, y dice del preso, valiéndose de ellas:

«¿Parlanchín y fanfarrón y un poco débil del piso alto? Pues como ese andan muchos locos por el mundo!»

Estima uno de los expertos que entre cada cinco hombres que parecen cuerdos, hay uno loco, y dice Davidge:

«¡Pues eso quiere decir que hay dos locos y medio en el Jurado!»

«Cuidado, Juez, que eso os toca de cerca»,<sup>a</sup> dice Guiteau.

«Tal vez algunos de los abogados pudieran ocupar el lugar de los jurados,» prorrumpe colérico Scoville.

Tales escenas colman de gozo a los concurrentes, y son diarias. Ya es Guiteau que, como niño malcriado, vuelve la espalda al acusador que le interroga, calla y se da a leer un periódico: ya es que, en frenesí de ira, lo cubra de injurias, hienda a puñetazos la mesa que tiene frente a sí, amenace con el brazo alto y la mirada fulminante a los acusadores, y a codazos y con palabras irreverentes, aparte de su lado a los guardianes que lo calman: ya, como en sala de escuela, recita con tono dramático un trozo de discurso, y lo anuncia y lo comenta en tono vulgar después de recitado: ya lee un periódico sacado del manojito de ellos que lleva cada mañana al tribunal entre sus manos aherrojadas, y da una página del diario que lee a sus guardianes, que tras él hacen muralla: ya afectando modales caballerescos, habla con lengua y

modo senatoriales al letrado acusador, y todo es mieles, gozo, y gala de elegante: ya como si supiese que aquella de que se ase es la última tabla de su vida, pálido, amenazante, iracundo, angustiado, terrible, prendido con ambas manos a su mesa debate, disputa, grita, empuja la mesa, como si quisiera salirse de sí y de su cárcel, y definiendo como a dentelladas la frágil tela en que ha bordado su defensa. Que obró por orden de Dios;<sup>b</sup> que no obró por ira de verse desatendido, ni le movieron esperanzas del fruto de su crimen: que la división del partido republicano no fue pretexto que encubriese la razón real de su acto, sino la razón real de él: que del seno de su madre y de los pensamientos de amor de su padre, ya venía loco: que los hombres deben juzgar como locura esta que para él fue agencia voluntaria e irresponsable de mandato divino.

Y la acusación mantiene que obró por ruines esperanzas de provecho; que meditó realizar para su beneficio el acto con que al mismo tiempo complacía sus instintos de venganza; que preparó el crimen para que pareciese obra de exaltado político, a quien los que triunfaban por su acto

a. Se añade coma.

b. Desde aquí hasta «amor de su», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 168.

quedarían obligados, y no obra de fanático religioso, porque entonces no hubiera pensado, como pensó, en los que debían a su juicio darle paga; que vio, con su funesta perspicacia, una razón de excusa y una capacidad de provecho en las disenciones republicanas, pero que éstas no fueron la causa de su crimen, que él comenzó a concebir cuando comenzó a verse desairado.

Oíd a su hermana, que cuenta la extraña historia del hombre preso, en voz muy rápida, como si quisiese desasirse de lo que dice, y muy baja, como si saliera la voz de un alma exhausta. El preso la desmiente, la interrumpe, la ofende. ¡Qué raro caso! El abogado la interroga, es su esposa: el hombre por quien comparece, es su hermano. Es a la par procesada y testigo. Con acento enérgico contiene al acusador que quiere perturbarla. Su voz es suplicante; su desventura impone silencio, su narración es clara.

«Mi pobre madre estaba siempre enferma: moribunda estaba cuando nació él, y murió a poco. El era un niño extraño: a los seis años no hablaba: más tarde, era muy tierno: a los diecisiete años, ya lo hallé poseído, cuando fui a verlo en su temporada de colegio, de su extraña manía de redención y de reforma: estaba lleno de lecturas extravagantes: quería irse, y se fue con los socialistas cristianos de Oneida.<sup>33</sup> Cuando

lo fui a ver a la comunidad de Oneida, me pareció que lo habían aterrorizado, o dado un golpe en la cabeza, o hurtado su mente. Luego vinieron todos esos infortunios: sus ambiciones locas, su matrimonio, sus miserias, sus tentativas ridículas y osadas, sus constantes caídas. Volvió a mi casa donde había estado de niño. Allí no hacía ya cosa que no fuese de enajenado, ni obedecía orden a derechas, ni veía bien a mis hijos, ni dejaba la Biblia de las manos, ni ocultaba sus odios ni sus iras. Un día al fin, alzó sobre mí el hacha con que estaba partiendo leña; yo me abracé a mi hija: «¡que lo echen fuera!»; y lo que me espantaba no era el hacha sino sus ojos. Nunca he podido olvidar aquellos ojos! Desapareció y volvió a la casa. Supo que le tenían por demente, y que, a no ser porque le faltaba el acuerdo de su padre y hermanos, lo hubiéramos confiado a un asilo, y huyó luego. ¿Quién no sabe el resto de su historia dolorosa?»

Y oíd ahora a su hermano.

Su hermano es un hombre especial, exaltado, veraz, fiero. Cuenta cómo, después de áspera riña con el preso, temeroso de él, fue a verlo a su celda. Al principio, le hablaba desde lejos, como quien evita un asalto que teme. Luego se acercó a él, ya asegurado. «¡Quiero que honren nuestro nombre!», decía en altas voces el preso: quiero que me llamen

«Guiteau el patriota»,<sup>a</sup> quiero que entiendan que no han de decir Guiteau asesino.»

El hermano se acercó más a él, y le dijo en voz baja:

—«Creo que eres honrado en lo que estás diciendo.»

—«Obré por orden de Dios: no me importa morir o sufrir por él.»

—«Pero tú eres honrado?»

—«Soy honrado.»

—«¿Y quieres morir por ese principio como Cristo murió?»

—«Sí quiero.»

—«Pero tú sabes que ese jurado que te va a juzgar no aceptará tu concepto de la inspiración.»

—«Lo sé.»

—«¿Y sufrirás la pena que te imponga si no la acepta?»

—«Sí, la sufriré.»

—«Dicen que tienes miedo de morir.»

—«¡No tengo miedo: no me importa un ápice mi vida!»

Y todo esto en la celda sombría, con aquel aire húmedo, con voces rápidas.

—«¿Y prefieres ser colgado por la ley o matado en un motín?»

—«¡Ea! gritó el prisionero corriendo a un rincón de la celda, y ocultándose tras una mesa: —ni en motín ni colgado!»

«Y al punto rompió a reír, de lo bello de su acción, y todos reímos. Desde aquel día

a. Se añade coma.

creo que dice la verdad en cuanto dice: desde aquél lo creo demente. Hasta entonces lo había creído responsable, porque estimaba que en su vida anterior había preferido voluntariamente la senda del mal a la del bien. En Boston vino a moverme querella porque le habían dicho que yo informaba en daño de él, y lo acusaba de mal pagador, y en Boston le dije esto que digo. Y me respondió que quería vivir como Cristo, cuando hablábamos de que no pagaba a tiempo sus cuentas de posada. Cristo iba a una casa, y si las gentes lo recibían él bendecía a las gentes. El trabajaba para Dios, y Dios debía cuidar de pagar a sus posaderos. Hablé en bien de la comunidad de Oneida, y él que ya la odiaba, montó en ira. Así colérico, quise que saliese de mi oficina. Al empujarlo a la puerta me llamó bribón y ladrón: le di con el dorso de la mano un golpe en el cuello, y él me devolvió tal golpe en la cara que entré en respeto de él. Yo lo creía poseído de un demonio. La teoría religiosa es que hay dos fuerzas en el Universo: una bajo Satán o el diablo, y otra bajo Dios o Jesucristo: mi padre sostenía que había gentes poseídas del diablo o Satán, y otros de Cristo o Dios: creía que los dos poderes estaban en guerra, y que desde la caída del hombre venía Satán para cautivar a cuantos hombres pudiese, y no fuesen bue-

nos creyentes en el Salvador, ni se hubiesen salvado del poder del pecado por una unión completa con Jesús. Creía que todo mal, toda enfermedad, toda deformidad eran defecto del pecado, o del poder del diablo, que es el mal espíritu, la mala naturaleza. Y mi hermano y yo creíamos como mi padre. Y yo creo que mi hermano por su maldad, por su voluntad, por su soberbia, permitió que Satán alcanzase tal dominio sobre él que estaba bajo el poder de Satán. Y por eso creía yo que mi hermano era responsable ante Dios de haber elegido por dueño a Satán, mas no responsable ante la ley por los hechos que Satán le inspire, puesto que ya estaba en un sentido privado de su mente. Mas eso no ha de decirse de mi padre, que siguió a Dios, y no era loco. Por esto dije al tomar póliza de seguro sobre mi vida que no había habido casos de demencia en ella.»

—«No hubiera quedado duda de su extravío —decía luego la viuda de un primo de Guiteau, que murió loco en un asilo— a quien le hubiese visto vigilar, perseguir, cortejar, importunar a mi hija, que era entonces muy niña, y entró en gran miedo de él.»

Pero era al preso a quien había de oírse.

«¡Oídle!» había dicho Scoville, como si fuera cosa tan clara la demencia del preso que quedara probada con oírle.

Coquetea con los jueces; simula la resistencia; no ha de obligársele a hablar cuando no se siente dispuesto: reconocerá unas cartas, mas no hablará.

Vedle cómo, temeroso de que puesto de faz al público, se atente a su vida, mira a diestra y siniestra con recelo, cómo se levanta, dueño ya de su miedo, cómo habla al público, graciosamente apoyado en la tribuna de los declarantes, con ademán ceremonioso y complacido, y con fina sonrisa, como orador seguro de su fuerza, que va a hablar a público amable. Mas el temor le vence, y pide silla, que así no hay tanto blanco a manos matadoras: y es bueno que Dios cure de su vida, pero no estima impropio que las maderas de la tribuna le protejan. Monta en su nariz correcta las gafas airosas, y lee, con aire de autor satisfecho las cartas que va identificando. Tiene variedades de escritor, y de escribiendo. Parecía muy lleno de fruición. «¡Oh, qué letra!»—«¡Rica letra!»—«Pues ésta es mejor.»—«Y esta carta parece un grabado en acero.»—«Magnífica letra.»—Parecía un niño engolosinado en un nuevo juguete.—Luego leen las cartas que identifica, y él las aumenta, las repele, las acota, las goza. En

a. Desde aquí hasta «Jesucristo», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 190.

una dice: «Mi eterno matrimonio con Jesús y su pueblo en este mundo, es en mí preeminente a toda otra atracción.» Y dice en otra: «Todo lo he olvidado por Cristo: reputación, honor de hombre, riquezas, fama y renombre mundano. Ya pasó para mí, quiera Dios que por siempre, aquella persecución de bienes de la tierra. Esta comunidad de Oneida es el germen del reinado de Dios, y esperamos por el tranquilo y vigoroso adelanto de la asociación, que el mundo entero será pronto su reinado.» Pero ya empieza a declarar como testigo y es preciso verle comenzar sereno, a poco sacudirse, estallar luego, golpear la mesa, empujar la vara de madera que le aparta del recinto del Jurado, romper de súbito en alardes de ira, en palabras grotescas, en voces altas y violentas: es preciso verle regar, como si no viese lo que riega, todas aquellas frases o memorias de hechos que concuerdan con la teoría de su defensa, y esquivar todas aquellas que pudieran fortalecer la acusación: es preciso oír su verba caudalosa, desenvuelta, saltante, chasqueante.

Se hurta, como zorra, de los peligros de la narración. Se aferra, como can con hambre, a los sucesos en que puede basar sus esperanzas. Y como si los disputara a un can rival, los sacude, los tritura, los pone en alto. Hace reír, y se le aplaude. Y luego que hiere con el puño cerrado la verja

de madera, y se entrega a arrebatado escandaloso, y agita al Juez, que le impone silencio, a su defensor que lo apacigua, al público que se conmueve, a sus guardianes que intentan reprimirlo, mira—como si mirase por debajo de su misma mirada—al público y a sus jueces. Así decía, contando su vida:

«Siempre me sentí sin madre. La vi moribunda, y no la volví a ver. Ya a los doce años, en casa de Scoville vivía yo e iba a la escuela. Mi padre se casó de nuevo entonces sin mi consentimiento, lo que era un modo muy extraño de hacer las cosas. Oh, mi padre! Yo quería educarme, y él quería salvar mi alma! Yo quería estudiar historia, leyes, lenguas, y él quería que yo entrase como único modo de prepararme para la gloria divina, en la comunidad de Oneida! Él, él me hizo ir a ese antro hediondo! Y me decía que, aunque fuese yo el hombre más grande de la tierra, de nada había de valerme, si no salvaba mi alma! Él me mandaba el *Bereano*.<sup>3a</sup> que es la Biblia de la comunidad, y sus periódicos. De aquellos me envenené: en leer aquellos perdí mis ojos, mi voluntad,<sup>a</sup> mi afán de ciencia. Al fin fui a la comunidad; allí vi la teoría de la inspiración, de que se decía depositario Noyes, el Cristo de aquella comunión. Noyes decía que su comunidad era el principio del reinado de Dios sobre la tierra, y

que él era socio de Dios, y que sólo por él serían los hombres salvados, porque él era hombre más grande y divino que el Señor Jesucristo. Y he de decir que de niño recibí un gran golpe en la cabeza: media pulgada de mi dedo meñique me cabe aún en la herida. De todo eso era fanático mi padre, y creía que el diablo se entraba en los cuerpos, y que para curar las enfermedades no había más que espantar al diablo, de modo que yo mismo, cuando me sentía con la cabeza dolorida en Oneida, no me hacía remedios, sino que decía al diablo: «¡Fuera de mí, diablo viejo!» Pero mi padre era muy sincero, y muy intenso, muy vehemente, muy arrebatado en sus creencias! y me salí de Oneida: y me fui a Nueva York a fundar aquel periódico que no pude fundar, y que era idea soberana: *El Teócrata*. Luego lei leyes tres o cuatro meses en la oficina de un abogado, y me fui a ver al fiscal del distrito, que me hizo tres o cuatro preguntas de las que erré una, y me dio un certificado que decía: «Por este documento certificamos que Charles J. Guiteau ha sido examinado por nosotros y que le consideramos apto para la práctica de la abogacía en la Suprema Corte del Estado de Illinois.» Y así

a. Desde aquí hasta «sólo por él», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 172.



me hice abogado. Y por mi apariencia me daban muy buenos pleitos. Y yo iba a casas ricas de comercio, y pedía pleitos, y no dejaba de ir hasta que no me los daban, y así gané miles de pesos en Chicago y en Nueva York. Pero el *Herald* me llamó estafador, y me arruinó eso. Luego anduve por hoteles, y un día me sumieron en un calabozo de las Tumbas. ¡Horrendo calabozo! De allí me sacó Scoville, y corrí a bañar mi cuerpo en agua caliente. Oh! yo hubiera hecho buenos dineros a no ser por el *Herald*»

Contó entonces el acusado aquella extraordinaria empresa suya, que consistió en querer comprar en \$75 000, para lo que pedía \$200 000 a uno de los que tenía él por sus amigos, un famoso periódico en Chicago: el *Inter-Ocean*. Y fue de ver cómo no dejó cosa de interés para la empresa que no hiciese. Ni veía a pequeños, sino a grandes. Quería reunir en la hoja colosal el ingenio que para adquirir anuncios ha desplegado un periódico de Chicago, de gran renombre, *La Tribuna*, al espíritu de empresa del fundador del *Herald* y al republicanismo brillante de aquel celebradísimo periodista, Horacio Greeley. Se buscó magnos redactores. Ajustó espléndido edificio. No dejó cosa por hacer. Trató de establecer gran servicio de telegramas; vio y ajustó prensas, y escribió al *Herald*, que no le contestó por cierto, en deman-

da del derecho de publicar a par de él los minuciosos telegramas que a gran costo recibe el diario neoyorquino de todas las partes de la tierra. Y ¿qué propuso al periódico famoso en cambio de tan grande beneficio? Como el *Herald* le había llamado estafador, él había entablado proceso al *Herald* por \$100 000 de perjuicios –proceso muerto– querrela de desesperado. Y ipropuso al *Herald* en cambio de sus telegramas, dar por no establecido el proceso curioso! Y él había dado de mano a la demanda de perjuicios, porque él tenía para sí, y aún tiene, «por más que ya no le importe, y haría renuncia del puesto» que había de llegar a ser Presidente de los Estados Unidos: y no cree él que un Presidente deba tener en contra suya al *Herald*!

A este punto de su vida, llegaron a Chicago unos predicadores grotescos y frenéticos, que atraían concurrencia grandísima a sus juntas, y hacían de removedores de la fe, como ahora hacen en Londres, donde no allegan menos gentes a sus «*Fes de Hosanna*» y «*Convites al Paraíso*». Guiteau, por descontento, se hizo ujier de Moody y Shaddey.

«Y entonces fue cuando me di a estudiar, por un sermón que oí a un pastor, la segunda venida de Cristo! Oh! estudios grandes! No salía yo de la biblioteca pública de Chicago. Y escribí mi lectura, en cuyo

asunto había meditado años, y que no vino a menos que a probar que la segunda venida de Cristo ocurrió cuando la destrucción de Jerusalén, allá en las nubes, directamente encima de la ciudad, y que la destrucción de Jerusalén no fue más que la señal visible de la venida de Cristo. Porque es la verdad, y no, como creen las iglesias, que Cristo ha de venir en tiempos futuros. Y allá me fui como San Pablo, cayendo y levantándome, hoy echado de una casa y mañana de un ferrocarril, a publicar mi hallazgo religioso, y a leer mi discurso. Pues a Pablo le pasó lo que a mí: ni él ni yo teníamos con qué pagar posada: ni lográbamos éxito, porque habíamos descubierto nuevas ideas en teología. Y ¿no trabajaba yo para el Señor? Pues el Señor, como lo tiene dicho de quien para él trabaje, cuidaría de mí. Yo andaba pensando siempre en San Pablo, y huyendo de los conductores. Aún río y gozo acordándome de aquellos buenos tiempos. Y el Señor me protegía siempre. Un día hice de modo que, obligado a salir de un carro, cambié de sitio y seguí viaje a Washington, y se me sentó al lado un hombre a preguntarme si quería yo una buena posada en la ciudad. Y precisamente estaba yo orando al Señor para que me diese una buena casa donde posar.»

El buen Scoville, ganoso de probar cómo en mente tal frágil como la del preso, se clava-

ron, como en cera, las extravagancias de los fanáticos, de modo de<sup>a</sup> poseerlo y quitarle dominio de sí, y darle capacidad para el futuro crimen, le hizo decir entonces cómo se cree en la comunidad de Oneida que el hombre que va a ella es hombre de Dios, e inspirado por Dios; y cómo se tiene al Jefe por comunicante directo con la altura, y profeta del Señor entre los hombres; a quien los de su comunidad obedecen, y en cuyas manos ponen hacienda, pensamiento, voluntad y toda pertenencia de alma y cuerpo.

«Y seguía yo leyendo sin fortuna, como en Boston, donde ese gran hereje Ingersoll iba a pronunciar su discurso sobre el infierno, cuya existencia niega, y tuvo casa llena, rebosante: y yo, que quería probar que hay infierno, no tuve más que a una docena de personas. Pagaban 50 centavos para oír que no había tormentos infernales y no querían pagar para oír que los había. Abrí oficina de abogado y me fue mal. Empecé de nuevo campaña de lector y me fue mal. Publiqué mi *Verdad o El compañero de la Biblia*, y no halló eco. Y vino la campaña electoral, y decidí hacer de mí hombre político. Pergené mi discurso, ese que se llama «Garfield contra Hancock,» y que tuve que rehacer de modo que conviniese a Garfield, porque yo lo escribí en la creencia de que sería Grant electo candidato republicano.

¡Ese discurso —dijo Guiteau con tono grave, tono de quien habla a siglos venideros sobre obra de coloso— fue escrito en la Biblioteca del estado de Boston!»

De este modo, con su palabra insolente, desnuda, desvergonzada, movable, inquieta, contó sus vanas visitas a personajes, «a esos amigos», como él dice, a Arthur, a Logan, que es olímpica persona, y a otros de no menor valía. Contó sus merodeos por las oficinas de la campaña; que envió a los cuatro vientos su discurso; que dijo un trozo de él en una junta de hombres de color; que «esos amigos lo trataban muy bien, y que estaban contentos de verme, y todas esas cosas!»; que, no bien fue electo Garfield, le escribió en demanda de la embajada de Austria, porque iba tal vez a hacer matrimonio con dama rica; y le venía bien la embajada; que vio a Blaine en Washington en busca del empleo de Cónsul en París, en que al fin fue rechazado; que veía bullir a su partido, y agrietarse, y leía la contienda en los periódicos; que escribió a Garfield cartas pacificadoras, que por cierto llevaban al pie del Consejo preguntas sobre el empleo de Cónsul que ahora deseaba; que no tuvo respuesta, y que, en la noche en que con la renuncia de los Senadores ofendidos por Garfield culminó la división en el partido, él tuvo de Dios la inspiración del acto.

Asumía tonos lóbregos, tris-

tes, dramáticos, como de quien oye y ve maravillas, y es casa de ellas. «Me fui a dormir aquella noche, todo opreso de ideas graves sobre aquellas disensiones: y la impresión, como un relámpago, vino a mi mente de que si Garfield no estuviese en el camino, toda la dificultad estaría resuelta. Con la mañana me volvió la impresión. Ya no me dejaba la idea de la remoción del Presidente; la idea trabajaba, me torturó, me oprimió durante dos semanas. Yo estaba lleno de horror, y la echaba lejos de mí, la sacudía, la sofocaba, pero ella creciendo, iba creciendo, de modo que al fin de dos semanas mi mente estaba segura de la necesidad de remover al Presidente. En cuanto a la divinidad de la inspiración —os digo que fue divina— exclamaba con grandes voces: entonces creí y creo ahora que fue divina. ¡Yo oraba, oraba: porque quería que el Señor se me mostrase de algún modo, y me dijese si no era su voluntad que yo removiese al Presidente. Y el Señor no se me mostró, porque aquélla era inspiración de él para el bien del gran pueblo americano.»

—¿Cómo para el bien del pueblo americano? le pregunta Scoville, que arrancaba de él esas aclaraciones y respuestas.

a. Desde aquí hasta «y profeta», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 174.

—«Para unir las facciones del partido republicano, que estaban entonces en riña amarga y deplorable: para evitar que, a causa de la destrucción del partido republicano, rompiese la nación en nueva guerra. «¡Sí, Dios me inspiró cuando entré en Oneida; cuando quise fundar *El Teócrata*, cuando salí a predicar como San Pablo, cuando concebí la re-

moción del Presidente! Dios me cuida. ¡Ved cómo me ha librado de asesinos! Dios me protege, Dios y el Gobierno: esos soldados, esos jurados, esos expertos, este Tribunal, están aquí para servir a Dios y protegerme!» Como salta la lava encendida saltaban estas palabras de sus labios. «Yo no quería mal al Presidente. Estuve en gran agitación espiri-

tual, ahogado, conturbado: no tuve alivio hasta que todo fue hecho: entonces me sentí feliz, y di gracias a Dios.»

M. de Z.

*La Opinión Nacional*  
Caracas  
26 de diciembre de 1881

[Mf. en CEM]

## 16

# Carta de Nueva York

El proceso de Guiteau.-Lucha de gato montés.-  
Duelo solemne.-Reacción hostil.-Espectáculos  
inauditos.-Enorme depravación moral.

Nueva York  
10 de diciembre de 1881

Señor Director

### II

**E**MPEZÓ AL PUNTO el duelo formidable. El defensor, cual pastor bondadoso a oveja, había ido sacando de riscos y

poniendo en lugar de salvación a su defendido. El acusador, el afamado juez Porter, se levantó, cortés y sereno, inquebrantable y terrible, a trocar en lebel humillado aquel cerdo del bosque: a buscar, y a hacer palpar entraña del hombre en la rebelde roca. Y halló la entraña, y lo dejó a sus pies lebel sumiso. Parecía la acusación ola de mar, arrolla-

dora, incontrastable, creciente. Y la defensa del testigo parecía faena de gato montés, que acá se ampara de un tronco erizado; allá se echa sobre el cuello de su enemigo, aquí se escurre y alberga en una cueva, allí la deja, corre desesperado, encuentra muro, vuélvese a su adversario, escápasele herido, no halla refugio, y expira con los dientes clavados en la mano de su perseguidor. Fue un espectáculo extraño, siniestro, doloroso. Fue una lucha a mordidas. Los vulgares reían de él: los observadores se entristecían de aquella hora solemne. Se

veía la sima profunda: el espanto del réprobo: la figura tremenda del juzgador. Se oía el grito desgarrador de aquella vida impía.

El reo veía en su fiscal, vestido de negro y puesto en pie, la imagen del cadalso. Y el fiscal veía en el reo al engañador procaz de un mundo atento, y al retador de la verdad, que ha de abrirse camino, y ser señor. Comenzó el reo burlando, y acabó fulminando. Cortesía, befa, injuria, todo lo echó a la faz del acusador. Entró en el debate sonriendo, y obrando con gentileza, y hablando con seguridad, cual si de antemano tuviese ganada la victoria. A poco, alzaba el puño amenazante. A poco, se negaba espantado a responder. A las preguntas directas, satisfacía con presteza, y con frases de pauta. A las preguntas indirectas, como animal prudente que teme una celada, se hacía atrás. Huía, con visibles signos de terror, del análisis de su delito. Y el acusador se le entraba por las celdillas del cerebro, por los ríos del corazón, por las fibras de la mano. Le buscaba en el cráneo la cuna del crimen. Le buscaba en el pecho el hueco de un corazón que parecía ido de él. Hay naturalezas delirantes, frenéticas, enfermizas: la del reo infortunado. Hay hombres que parecen tallados<sup>a</sup> en roca fulgurante, a cuyo resplandor se ve lo cierto, y en cuya superficie resbalan las saetas: el juez Porter, que no

aturdía al preso con la gravedad de sus preguntas: que no se encarnizaba con el desventurado, sino ponía en claro su flaqueza, y lo dejaba luego, iba movido de anhelo de verdad, no de ira. Hemos de oírlos, que parece la entrada del debate como puñado de balas disparadas sobre tablas secas: es aturridor, seguro, rudo. Sonríe el preso, y el acusador le habla como a hidalgo:

—¿Os creéis hombre de capacidad considerable?

—Permitid que calle mi opinión de mí, juez.

—¿Habéis sido siempre hombre perseverante y decidido?

—Hay gentes que lo creen.

—Y decidisteis matar al general Garfield?

—Declino responderos. Os digo que es ésa una manera ruda de preguntar. Fui el agente de Dios: no hubo en mí volición personal.

—Y decidme ¿ofreció el general Logan recomendaros para el empleo que queríais al general Garfield?

—Lo ofreció.

—Luego mintió aquí cuando juró que no os lo había ofrecido?

—Yo no diré que mintió. Me lo ofreció un día, y se excusó con no tener a mano pluma con que firmar la recomendación. Al día siguiente, ya no quería recomendarme. Así hacen todos esos políticos.

—Vos exclamásteis, después de disparar vuestra pistola: «Ya es Presidente Arthur!»

—No sé si lo es, exclamé. Lo que quiero es que entendáis que Dios lo hizo, y no yo.

—Y quién compró la pistola: Dios, o vos?

—Dios facilitó el dinero para comprarla, yo fui su agente.

—Supongo que fue alguien más quien facilitó el dinero.

—Eso no hace al caso, digo. Fue un amigo que me dio \$15. Con \$10 compré la pistola.

—Y recibisteis inspiración del cielo para tomar del amigo los \$15?

—Del cielo recibí inspiración para remover al Presidente: los medios fueron míos. Os digo que me cansan esos detalles!

—Pero no tuvisteis éxito inmediato en la obra de Dios?

—Los médicos lo tuvieron.

—¿De manera que Dios no pudo, y vos no pudisteis, y pudieron los médicos?

—Dios confirmó por ellos su obra.

—Y cuándo os inspirásteis?

—Un miércoles, de 8 a 9 de la noche.

—¿Os dio Dios la comisión por escrito?

—No.

—Os la dio de palabra?

—No, me la dio por presión sobre mí.

—Pero de un modo oíble?

—No.

a. Desde aquí hasta «la entrada», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 180.



—No vino a vos, como visión de la noche?

—Oh! Yo no me inspiro de ese modo!

—Os ocurrió que debía ser removido para resolver la dificultad política?

—Sí.

—¿Y que erais vos quien debía matarlo?

—No se me ocurrió eso al principio.

—Y no pensásteis que pudiera ser removido sin ser asesinado?

—No, juez; y os repito que no me place esa palabra: asesinato!

—Ya sé yo que no os place, y que es dura, pero ésa es la palabra.

—No recuerdo esos hechos menudos. Si hubiera disparado sobre el Presidente de los Estados Unidos por mi propia cuenta, ningún castigo hubiera sido bastante severo o bastante rápido para mí. Pero obré como agente de la Divinidad: sépanlo tribunal, jurado y acusadores. Digo que la remoción del Presidente fue un acto de necesidad nacido de la situación y realizado para el bien del pueblo americano. En esa idea fijáos, no en esa vuestra fría de asesinato: nunca fue mi primera concepción de asesinato en este asunto.

—Y os sentís muy obligado al pueblo americano?

—Entiendo que el pueblo americano puede alguna vez considerarse muy obligado a mí.

—Os pregunto si os sentís vos obligado a él.

—No sé por qué no haya de estarlo.

—Y al partido republicano?

—No que yo sepa.

Y Porter adelanta así, enfrentando los documentos del reo, ciñéndolo a fechas, echándole en el rostro las contradicciones de motivo y de fecha que en los documentos aparecen. La acusación se va cerrando, como dogal de hierro: adelanta con paso seguro. Es guerra de capitán preparada contra neófito sorprendido. Ved cuál se cierra ahora.

—¿Dijisteis en una carta al Presidente, luego de ser rechazado por Blaine en vuestra solicitud de empleo, que Blaine era un malvado, y que de no removerlo, vendrían daños al Presidente y a su partido?

—Daños políticos, no físicos. Todo hombre inteligente entenderá ahí daños políticos.

—Fue aquel miércoles de mayo cuando concebisteis la idea de remoción?

—Fue aquél un mero relámpago, que no tomó forma hasta después de dos semanas.

—Luego no hubo inspiración en mayo.

—No. Fue mero relámpago, embrión de inspiración, simple impresión la que vino a mi mente de que aquello habría tal vez de ser hecho. Ya en primerro de junio tenía hecho mi ánimo. Antes me prosterné,<sup>a</sup> oré, dudé.

—¿Dudabais?

—Porque mis sentimientos personales estaban contra el acto.

Y allí quedó la primera escaramuza de la batalla. Al día siguiente, Guiteau entró en el tribunal hosco, desatentado, arrebatado. Vejaba a su acusador, remedaba sus tonos, decía sus respuestas con las mismas palabras y el mismo acento de la pregunta. Temía el debate: traía al cuello el dogal: no quería debate.—Ya era este exabrupto: «No tenéis que mirarme tan fieramente, que no me dais miedo!» Ya era este otro: «No necesitáis apuntarme con vuestro dedo huesoso, que no os temo!»

<sup>b</sup>A veces, con raro indecoro, el auditorio rompía en risas. Pretendía el acusador obligar al reo a respuesta, y el reo se sacudía de él, y le hacía mofa. Era siniestro aquel debate ridículo.—¡Tened, tened ahora!—Responded, respondió esto!—Esperad! Masticad eso! Antes del nuevo examen, Guiteau apela a aquellos de sus amigos que quisieran enviarle dinero para los gastos de su defensa. «Pueden enviar 5, 10, 50, 1 000 pesos si quieren.»

—Conque estábais en duda, acusado?

a. Desde aquí hasta «respuestas con las», tres párrafos más adelante, ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 182.

b. Este párrafo comienza en LON con pleca.

—No de la inspiración de Dios, sino de la posibilidad de obedecerla.

—Diferís de la opinión de Dios, y discutís lo que os ordena?

—Estudiaba la posibilidad de cumplir su orden.

—Y usó Dios la palabra *re-moción*?

—Así vino a mi mente. Uno mata a otro en querella, y es asesinato. Esto fue homicidio.

Y así lo ceñía, lo escudriñaba, lo volcaba en tierra, vencido por su lógica, y el acusado aún desde el polvo, se guarnecía el cuerpo con su escudo abollado y maltrecho, y clamaba alzando sus manos crispadas y amarillas: «Divinidad! Divinidad!» Dicen que le brillaban los ojos, acusando preñadas nubes de ira, con fúnebres relámpagos: que sus labios contraídos dejaban ver sus dientes relucientes; que sacudía, en dirección de su acusador, el puño apretado, y parecía a punto de estallar, y henchido de odio.

—Pues todos los que han querido mataros no son asesinos?

—Sí! Porque no estaban inspirados por la Divinidad.

—Y obró mal el sargento que quiso mataros en vuestra celda?

—No sé si obró mal. No quiero responderos. Conozco hombres más grandes que vos, juez Porter. Ya os he visto sacudir vuestro dedo en Nueva York a otros presos, no os tengo miedo!

—Obró mal?

—No quiero responderos.

—Conocéis los diez mandamientos?

—Sí.

—Y tenéis más evidencia de que Dios dijo: Tú matarás, que la que tenéis de que dijo: Tú no matarás?

—No quiero discutir más esta materia. Ya sabéis lo que hice y por qué lo hice. Esto es cosa muy sagrada para tratarla de ese modo tan ligero. No la trato.

—Un amigo vuestro ha jurado que cuando teníais 18 años, disteis un golpe a vuestro padre.

—No lo recuerdo.

—Vuestra hermana jura que alzasteis contra ella un hacha.

—No lo recuerdo.

—Otro dice que la amenazasteis con quitarle la vida.

—Jamás la amenacé.

—Quisiéramos saber cómo os proponéis allegar los fondos que esperáis.

—Tomándolos prestados. Ved, juez, cómo yo pido, que eso puede servirlos. Ni miento ni hablo mucho. Voy derecho a mi hombre, y le pido lo que necesito. Si lo tiene, tal vez, en el impulso del momento, me lo da. Si no, no: eso es todo.

Inagotable parecía el arsenal del juez Porter: no fue la menos temible, ni menos cierta, esta arma suya:

—Cuando fuisteis a probar vuestra pistola ¿teníais orden divina para hacerlo?

—No sabía usar armas y quería familiarizarme con ella.

Y a esto vino esta pregun-

ta, repleta de amenazas, que el reo aturrido intentó parar en vano.

—No sabíais cómo disparar la pistola, pero era ésta la obra de la Divinidad?

—Os digo que no alcanzo —prorrumpió Guiteau con salvaje manera— a qué me importunáis con esas pequeñeces. Podíais dejar de hacerlo. Ya habéis hablado demasiado del acto externo de la Divinidad: Ved al motivo!

Demuestra el juez cómo en un documento relativo a la muerte del Presidente, habla de razón política, y no de Orden divina: —que cuando esperaba de Blaine empleo, le ofreció su apoyo para su candidatura a la Presidencia en 1884: que cuando fue a poco despedido por Blaine, lo denunció a Garfield como un mal genio: que breves días antes del de la concepción, encendido ya en interna cólera el partido republicano, dijo a Garfield, que «a modo de relámpago» le había venido «la inspiración» de que debía ser reelecto en 1884, y le ofrecía su auxilio: demuestra, en suma, que a medida que amenguaban, y se perdían las esperanzas del preso de alcanzar empleo, se acercaba la hora de la remoción de aquel que no quería emplearlo.

Y a esto, con firmísimo tono, seguro de la pasajera impresión que su razonamiento causaría, por más que la razón objete que pareciendo ser el deseo de provecho mezclado

al de venganza, aunque mayor el de provecho, el móvil de su crimen, de matar a Blaine no hubiera alcanzado, por no dar paso esta muerte a un nuevo Presidente, el provecho<sup>a</sup> que pareció haberse prometido; a esto, dijo resueltamente el acusado:

—Nada tuvo que hacer la derrota de mi solicitud en mi acto. No soy un cazaempleos ofendido. Si hubiera obrado por malicia, hubiera matado a Blaine. La Divinidad me dirigía: mil hombres de entre los republicanos, dado el odio y exaltación de aquellos días, hubieran matado a Garfield, si hubieran tenido el nervio, el vigor mental y la oportunidad de darle muerte.

—Habéis dicho en una carta que la muerte del Presidente era una necesidad política, ¿os lo dijo así Dios?

—No quería eso que Dios me lo dijera.

—Os dijo Dios aquello que dijisteis, que con su muerte sería salvada la República?

—Mi propio juicio me lo dijo: y era así la verdad.

—Vos estabais bajo la protección de la ley, cuando el sargento pretendió mataros? Estimáis eso un crimen?

—Eso es un crimen.

—Dijisteis en una carta a la Casa Blanca: la vida es un sueño pasajero: ¿qué importa perderla?

—Así lo dije.

—Os importa mucho, mucho, a vos perder la vuestra?

—Con esta frialdad que véis os digo que no tengo yo temor grande a la muerte. Lo que importa es estar listo para morir.

—¿Dijisteis en vuestra carta a la Casa Blanca: «presumo que el Presidente era un cristiano y será más feliz en el Paraíso que aquí»?

—Lo dije, y estoy seguro de que el Presidente es mucho más feliz ahora que ningún hombre en la tierra.

—¿No tenéis duda de que cuando le matásteis, fue directamente al Paraíso?

—Creo que fue un buen cristiano.

—Pues decidme!—(y aquí la voz del acusador vibraba poderosa, y parecían sus frases látigos de fuego): ¿creéis que el Ser Supremo, que tiene las llaves de la vida y de la muerte, quería enviarle al Paraíso por haber roto la unidad del partido republicano, y por haber sido ingrato al general Grant y al senador Conkling?

—Su cristianismo —responde malhumorado el preso— no tiene que hacer nada con su carácter político. Su historia política era pobre, pero su carácter cristiano era bueno: en lo que sé a lo menos, que muchas cosas duras se dijeron sobre él a propósito del crédito muviliario.<sup>b</sup>

¡Aquel hombre reabría impasible la fosa que había abierto, y echaba en ella un poco de lodo, y la volvía a cerrar!

—Y quién haló del gatillo, Dios o vos?

—Yo cumplía allí la voluntad divina. Dios me usó como agente al halar el gatillo. Lo hubiera hecho, aunque supiera que allí quedaba muerto. La presión era tan enorme que yo no podía resistirla. Anotad eso.

—Y a no ser por vos ¿hubiera habido en la nación una nueva guerra?

—No pretendo que la guerra hubiese sido inmediata.

Y en este punto alzó Cuiteau la voz, echó con oratorio ademán el cuerpo, y prorrumpió de este modo en tono dramático, cual de perorador de asamblea:

—«Pero debo decir aquí en voz alta que el encono en el partido republicano ahondaba de hora en hora, y que por dos o tres años a lo menos hubiera ardió la nación en llamas de guerra. En presencia de la muerte todos los corazones callaron, cesó el disturbio. Durante semanas y semanas, el corazón y el pensamiento de la nación estuvieron fijos en el hombre enfermo de la Casa Blanca. Al fin, —continuó Cuiteau, silbando apenas, de misterioso y lúgubre modo sus

a. Desde aquí hasta «por malicia, hubiera», en el párrafo siguiente, ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 184.

b. Errata en LON, «muviliario». Se refiere al escándalo que, en 1872, involucró a varios políticos del Partido Republicano en un proceso por corrupción con la compañía Crédit Mobilier.

palabras— anduvo el camino de toda la carne, y la nación estuvo en duelo. Este es señores —añadió volublemente, dando a su voz sus tonos naturales, y como muy pagado de su peroración— un trozo del discurso que yo quería pronunciar aquí dos semanas hace. Me parece que es pertinente al caso, y estoy contento de haber tenido esta ocasión de pronunciarlo.»

Aquí venció su espanto, y al punto su espanto asoma.

—¿Creéis errado haber matado al general Garfield sin proceso?

—No quiero decir lo que creo.

—Os dijo Dios que debíais asesinarlo?

—Removerlo!

—Cuándo os lo dijo?

—Excuso responderos.

—Os acriminaría el decirlo?

—No sé si me acriminaría.

—Pretendíais que con su muerte creciese la demanda de vuestro libro?

Le compelen a responder, y dice que lo pretendía.

—Cuando escribisteis: «El nombramiento del Presidente fue un acto de Dios: su elección fue un acto de Dios: su remoción fue un acto de Dios.» ¿Teníais en la mente los boletines de Napoleón?

Muy complacido parece Guiteau con la pregunta, a que responde: —Esa es mi manera de expresarme: breve, precisa, sentenciosa: si queréis ver muestra de ese estilo, ved mi libro.

—Pienso que tenéis —dice Porter con reticencia singular y mirada ahondadora— considerable poder mental. Y piense lo que guste vuestro cuñado, estimo vuestra capacidad.

—Y yo os doy gracias, Juez, por vuestra buena opinión.

—¡Pienso que esa es también la opinión de los jurados!

Ruidos<sup>a</sup> como de clavo en férreo debió haber en aquel instante en el espíritu de Guiteau.

Leen más cartas suyas, y como todo lo que es suyo, le place. Acúsante de haber copiado su libro del *Bereano*, aquella Biblia de la comunidad de Oneida, y se defiende áspe-ramente. No cree en ilusiones diabólicas. No quiere decir si se cree cuerdo o loco, sino que loco lo creen muchos, y él no es experto, y ha de dejar al Jurado que estime cierta o falsa su locura. Le hacen narrar, y sin vacilaciones cuenta, cómo espíó, cómo siguió, cómo acechó a su víctima.

—¿Habíais tratado antes de matar a Garfield?

Y como esto es dicho de modo amenazador y solemne, afectando este modo, dice el osado preso:

—Nunca traté antes de matar a Garfield.

—Y aquella noche que le perseguíais ¿no balásteis el gatillo?

—Oh! No habléis tanto del gatillo!

—Pensáis así?

Y dice Guiteau remedándolo, entre el coro de carcajadas del auditorio regocijado:

«No, señor; no pienso así. Hacía mucho calor, y no me sentí dispuesto en aquel momento».

De nuevo quiere el acusador que le diga, con mirada grave, sin dudas, por qué no disparó sobre Garfield el día que le vio con su esposa. Resistese. Compélenlo. Llama al acusador estúpido.

—«¡Respondedme?»—«No quiero responderos.»

—Contad ahora los incidentes de la mañana del suceso. Y él los cuenta, y se presiente que el drama allí se anuda: el acusador está atento; el reo el parlero; la sala silenciosa; los jurados, conmovidos; Scoville, pálido. Narra, cómo vinieron en carruaje, que no era del gobierno, Blaine y Garfield, lo que muestra la influencia del Ministro en el Presidente; cómo en la estación se bajaron, y el Presidente veía, el Ministro hablaba, y pasaron ante él, y él disparó dos veces.

Porter con vivacidad creciente, estrecha sus preguntas. Las lanza sobre Guiteau como pedradas. Guiteau responde como si se fuera haciendo atrás. Porter inquiere como si fuera avanzando a medida que el reo huye.

—Le disparásteis en la espalda?

—No tiré a ningún lugar determinado. Mi intención fue herirle en la espalda.

a. Desde aquí hasta «y se defiende», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 187.



—Y pensasteis lo remove-  
ríais si le poníais dos balas en  
la espalda?

—Así pensé.

—Intentasteis poner allí las  
balas?

—Lo intenté.

—Pero decidme!, decidme,  
acusado! ¿Desde aquella hora  
hasta esta no habéis sentido  
jamás pesar ni remordimien-  
tos?

—Me apena haber hecho  
sufrir a alguien; pero no tengo  
duda de la divinidad y necesi-  
dad del acto.

—Jamás habéis sentido re-  
mordimientos?

—Libre está de ellos mi  
ánimo.

—Dice un testigo que os vio  
un día echar por una ventana a  
un pobre perro: ¿no sentisteis  
más remordimiento en dejar  
viuda a su esposa, y huérfanos  
a sus hijos, que el que sentís-  
teis por haber roto la pierna  
de aquel perro?

—Bien... bien... por su-  
puesto que sentí remordimien-  
to, en cuanto a mis sentimien-  
tos personales.

Y aquí su voz se deslizaba  
como una queja, baja y pesaro-  
sa.—Sentí tanto remordimiento  
como hubiera sentido cual-  
quier otro hombre, y lamen-  
té la necesidad del acto; pero  
(y aquí, con reacción súbita,  
como ahogando aquella palo-  
ma blanca que acababa de ale-  
tear en el fondo de su recia  
alma) alzó la voz el reo.

—Basta! Basta! exclamó con  
voz vibrante el abogado acusa-

dor. El examen del testigo está  
cerrado.

—Pero —prorrumpió con su  
usual violencia el reo— mi  
deber para con el Señor y para  
con el pueblo americano se  
sobrepusieron a mis senti-  
mientos personales.

Y añadió luego, como pi-  
diendo gracia a los hombres:

—Si el Señor no me lo hu-  
biera inspirado, no hubiera  
sido hecho!

Yérguese al punto Scoville,  
como para cerrar la honda he-  
rida abierta: para que no vi-  
bre en los oídos de los jurados  
aquel grito humano, arrancado  
al alma aletargada del preso:  
para que el eco de sus acen-  
tos de locura; de su frialdad  
monstruosa, de su fe en lo di-  
vino de su acto, sofoquen en la  
atención despierta de los jue-  
ces las ideas de castigo que  
aquel lamento trémulo y aque-  
lla voz sumisa han debido le-  
vantar. Lo interroga: le incita,  
da ocasión de que confirme en  
sus respuestas frías y crueles la  
creencia de que ser semejante  
es criatura demente, o no es  
humana. Mas el lamento tré-  
mulo, la voz sumisa, sus nega-  
ciones, sus temores, su acepta-  
ción del debate el primer día,  
su renovación súbita de mayor  
demencia cuando el temible  
diálogo se volvió en su contra  
—debilitan, si no echan por tie-  
rra, los esfuerzos generosos  
del buen Scoville. Y entró Gui-  
teau en la sala al día siguiente  
con paso lento, con ojos apa-  
gados, con aire vago y triste.

Revive cuando le declaran de-  
mente los expertos. Los con-  
forta, os aplaude. Los guía.  
Revive cuando en su favor de-  
clara algún testigo. Renueva  
aquellas escenas de debate con  
su propio defensor. Abatido,  
ha surgido. Mas ya en estos  
instantes despliegan sus testi-  
gos la acusación.

Gran número de personas  
ha atestiguado en<sup>a</sup> beneficio  
de la teoría de la defensa. El  
general Logan, que es alto  
político, dice que le fue un día  
a pedir recomendación para  
un elevado puesto, e iba Gui-  
teau sin medias, y ruinmente  
vestido, y calzado de zapatos  
de goma. Y lo halló al día si-  
guiente sentado en la mesa de  
comer de su casa de posada, y  
lo tuvo por loco. El abogado  
Reed, que le dio entrada a la  
práctica de la abogacía, cuenta  
de él cosas menudas, y todas  
singulares, y dice que recuerda  
que le dijo que era su libro tan  
inspirado por Dios como el  
Nuevo o el Viejo Testamento.  
Un trabajador de la comuni-  
dad de Oneida declara que le  
pareció siempre hombre fuera  
de ánimo, y que se tenía Gui-  
teau en la comunidad por un  
caudillo de los hombres, y per-  
sona grandísima; y pasaba a  
veces largo tiempo en soledad  
y como sin habla, y otras ha-  
blaba misteriosamente, y gesti-

a. Desde aquí hasta «lo tuvo por  
loco», ilegible el Mf. Se sigue la  
lección de OC, t. 9, p. 189.

culaba y clamaba de un modo desusado. Otro miembro de la comunidad afirma que era tal la pasión de sí mismo que animaba a Guiteau, que le hacía diferente en absoluto de los demás hombres, a los cuales se creía superior en muchos codos, y como nacido a regirlos. Storrs, afamadísimo abogado, y persona de peso, abocada ahora a altos puestos, lo juzgó «fuera de caja» mas no incapaz de distinguir lo justo de lo injusto. Declara un médico reputado que lo tuvo siempre por lunático. Un secretario de la campaña electoral, mueve<sup>a</sup> en Guiteau gran cólera, porque afirma que su discurso le pareció cosa menguada, y enajenado el discursante. Asegura North, un viejo amigo de la casa, que el padre de Guiteau, que fue persona honesta y sincerísima, y muy amada, y digna de serlo, no tenía paces con los médicos a quienes echaba de la cabecera de los enfermos, y decía luego a éstos: ¡Levántate!, anda!» y de tal modo le dominaba aquella fe que quedaba su faz descolorida como sin sangre. Y otras veces, se arrodillaba junto a la cama del paciente, y oraba en alta voz al Dios del cielo, porque hiciese huir al espíritu satánico de aquella criatura. Viene a declarar un caballero de pueblo, que no halla ocasión mejor de parecer grande hombre, y usa muy largamente entre las risas del concurso, de su fecunda prosa. Lleva en la alba

camisa lujosa pedrería. Saca del bolsillo como hombre muy ocupado, cartas que trascienden a antiguas. Habla con deleite como si no tuviera presente ocasión de hablar de ellas, de sus cosas de familia. Muestra por Guiteau desdén tal que, de puro dramático, baja a cómico. Él conoció al anciano, y le hacía mofas por aquellas rarezas. Es verdad lo de los médicos. Y decía que todo hombre ha de tener abierta su bolsa a los demás hombres, mas que éstos no han de tomar de la bolsa ajena sino lo que le sea absolutamente necesario. Otro extraño testigo trae como voz de otro mundo a la asamblea. Es pálida su tez; de cavernas lucientes brotan sus miradas; le cae en rizos el cabello negro por los hombros. Habla lánguidamente, desesperadamente. Se diría que pasea por la tierra en busca de modo de salir de ella. Él da fe, no de que Guiteau sea loco, sino del singular celo, de la tenacidad sobrehumana, de la abstracción religiosa del preso en época en que ambos se vieron a menudo en una asociación cristiana, de modo que le pareció Guiteau persona de fe profundísima, y absorba en alguna nueva idea de religión.

De estas evidencias hace masa Scoville; de aquella madre enferma, con la cabellera cortada, y la naturaleza exhausta; de aquel padre fanático, que espanta al diablo, lanza al

hijo a una secta extravagante, y cree en su unión corporal con el Creador; de aquellos parientes muertos en asilos; de aquellos proyectos singulares, de aquellas ambiciones sin tasa ni fundamento; de la profunda discusión política, que vino a sacudir aquella mente enferma; del molde violento que dieron al espíritu de Guiteau las pláticas de la comunidad en que vivía—junta al defensor un haz de bases y sobre ellas inquiere de los expertos en locura el juicio que por aquella herencia fatal, vida extraviada, violenta presión exterior, crimen inexplicable, y actual conducta, hayan formado del rebelde preso.

Y él rompe a hablar de esta manera:

«Deseo hacer un corto discurso. El punto sobre el cual quiero que los expertos determinen es este: cuando un hombre mantiene que está compelido a hacer un acto ilegal por un poder que está más allá de él, y al que no puede dominar, mientras que su agencia moral está dominada: hay cordura en ese hombre o demencia?».

Y dice el experto Kierman, que rechaza decorosamente las burlas y alardes amenos del inquieto Davidge: «Creo que está loco. Creo que hereda la locura. Creo en la demencia moral, y en que la mente está fuera de quicio, cuando la na-

---

a. Coma en LON.

turalaleza moral está alterada. Creo que hay casos varios, pero ciertos, en que aunque no se alcance a descubrir lesión mental alguna, puede la demencia moral hacer irresponsable a un criminal. Creo que -a semejanza de un demente de Chicago que, juzgado por lo que él tuvo por revelación divina de que su esposa le era infiel, no la mató, sino le entabló divorcio- hay casos en que los hombres obran, regularmente, como si no lo fuera.

-Y si con todo eso que creéis -interroga la acusación- aunque bien sé que<sup>a</sup> dáis dictámenes sobre hipótesis, os dice un hombre que se tiene por inspirado para cometer un crimen, y no hace luego cosa, ni<sup>b</sup> en la comisión ni después de ella, que no sea de un criminal vulgar, ¿creeréis en su inspiración?

-Mirad, caballero acusador, que lo que puede ser vulgar para vos puede no serlo para el caballero experto.

-Vulgar. ¿Quién osa aquí decir vulgar? -interrumpe Guiteau bruscamente.-En este caso todo es de alto tono. Y me han dicho que mi mujer anda haciendo discursos que no me favorecen. Bien hará en callar, si no quiere oír de mí cosas mayores. Y no dice verdad, porque nosotros siempre posamos en casas de primera clase. Yo andaba siempre bien vestido, con buenas referencias, en buenos hoteles, posando con altos amigos, posando siempre en primera clase.

-Creo, continuaba el experto, que si hay desigualdad entre los dos lados de la cabeza, puede haber locura.

-Pues ese es mi caso! Yo tengo un lado de la cabeza más grande que el otro.

-Creo que si viene de herencia la mancha, tarde o temprano se muestra.

-Mi caso! Mi caso!

Y uno, dos, tres, cuatro expertos declaran lo mismo. Certificada la evidencia de cuanto se supone que es evidente, Guiteau está «incuestionablemente loco».

La prueba de la defensa se cierra. Se abre la de la acusación. Se abre tan anchamente, que entran por ella en tropel testigos numerosos. ¡Como que cada uno arranca un retazo del antifaz de aquel hombre, que se lo sujeta a rostro con desesperación, y se cubre la faz con los retazos que aún le dejan! Ya no se oyen risas sino comienzo de rugido. Crece el testimonio de cordura: crece la ola: crece la ira. El clama que el caso político no está bien probado; y como a manos del juez Porter vino a tierra aquella tablación en que había puesto en alto la imagen de la Divinidad, hace ahora de modo que pueda ser defendido por haber sido él la tormenta política, que cuando pasó cerca él, sacudió cerca de su juicio, y le llevó la mente. A él no le basta que el Presidente Arthur, preguntado por Scoville, envíe al Tribunal sus respuestas, sobre

que le conoció y recibió visitas de él, y peticiones de empleo en la campaña electoral. Él quiere ver en la sala del Jurado «a esos amigos;» y probar que estaba unido a ellos; mostrar que le veían bien, y él no andaba mal, ni vestía mal, y vivía en el hotel de la Quinta Avenida, que es en Nueva York magno hotel. Y anunció que luego que Scoville diga su discurso «quiero decir yo el mío, que Scoville es buen hombre y está trabajando bien, pero él no sabe de esto!».

La procesión de testigos comienza implacable. El general Kerman, que llenó de tropas a Washington, imaginando que tan gran maldad como el asesinato del Presidente, no podía venir sino de un conflicto nacional, dijo en tono severo, al levantarse de su asiento de testigo: «Fue el acto de un hombre: un hombre sólo!» North y Hammerling, el caballero de pueblo, habían contado extravagancias del padre de Guiteau, que habían visto viviendo a par de él en un mismo pueblo; pero vienen otros testigos de aquel pueblo, y destruyen ese benévolo testimonio. «Su mente era lúcida, su carácter era puro, su rectitud era grande en los nego-

a. Se agrega esta palabra.

b. Desde aquí hasta «Guiteau bruscamente», en el siguiente párrafo ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 191.

cios» –dice un abogado de aquella población: «pero es verdad que creía que no había de morir». Un comerciante de aquel pueblo mismo, no supo jamás de locura en los miembros que conocía en la familia del acusado. El médico de la casa, en aquella época en que dicen que el anciano expulsaba a los médicos, afirma que en varios años le trató de cerca, y le halló siempre de hermosa inteligencia y mente lógica: nunca oyó hablar de las manías supuestas.

–No había de ir mi padre –murmura el preso– a contar sus manías por las calles como un idiota.

Quiere el defensor probar que Flora, hija del segundo matrimonio del padre del preso, está afligida de demencia: y el hermano de Guiteau, a quien su hermana se vuelve con los ojos encendidos y palabras coléricas, protesta airado contra aquella tentativa de dañar el carácter de Flora con falsos pretextos: y el Fiscal del Distrito anuncia que ha recibido una carta de aquella niña, una niña de 16 años, en que se duele con gran tristeza de ser así acusada de locura. Labriegos, hacendados, mercaderes, letrados del pueblo del anciano, –todos concuerdan en que él no dio jamás, ni dieron los suyos señales de extravío.

–Parad ahí, testigo! No creía mi padre en Oneida? No fue durante 25 años el hazmerreír del pueblo? No le veía todo el

mundo como a un trastornado?... Dejadme en paz, Scoville! No me interrumpáis cuando yo hablo!

–No, repite el testigo, vuestro padre no creía en Oneida, ni estaba loco.

–Me alegro mucho que el general Arthur haya vapuleado en su mensaje a los mormones. Deseo que haga una especialidad en su administración de destruir el mormonismo. Nos va a dar Arthur el gobierno mejor que hemos tenido.

Continúan los testigos declarando. Un Senador del Estado a que pertenece el pueblo cuyos vecinos tacharon al anciano de enajenado, dice que fue el padre del preso hombre tan cuidadoso de la educación pública, que su nombre está en la lápida de honor de una de las escuelas de la villa: y el senador, que fue maestro de escuela, recuerda que a los 6 años Guiteau no articulaba. «¿Si era loco?» pregunta un rico del lugar: «¡era el tercer hombre en inteligencia del condado!»

Un vecino de Chicago publica en aquella ciudad que recuerda que el acusado, que le pedía entonces tenazmente negocios, le anunció hace dos años, que iba a Washington, y que allí haría cosa tal que le diese fama en todo el orbe. –«¡Nada quiero saber de ese loco de Chicago! Jamás he hablado con hombre semejante» –dice Guiteau al jurado. Mueve querella a todos los que declaran en su daño: se

afana en probar que no le conocen bien. La hija de una tía de Guiteau, a quien la defensa dio como demente, afirma que no lo fue jamás su padre, y que su hermana, la pobre Abby, enfermó no de locura de sus padres, sino de la influencia magnética que ejercía en ella, extremadamente sensible, el francés de Bonneville, profesor de magnetismo y clarividencia. Hombres y mujeres de Boston y Chicago, que le trataron de cerca, le declararon cuerdo. Narra un sacerdote de Nueva York una breve historia de bribón bien vestido, que sorprende acompañado de su esposa a una asociación sagrada, y obra en ella galante y cuerdate, hasta que empieza a mostrar su real naturaleza, y a tomar dinero de unos, y a estafar a otros y a caer en prisión hasta que los asociados, en<sup>a</sup> fin, lo encausan y expulsan por cargos, que él no niega, de grandes inmoralidades. Se revuelve en vano Guiteau contra el sacerdote. En vano quiere interrumpir la narración bochornosa, la defensa: –«¿A qué traéis ese testigo?» –«¿A probar que lo que llamáis demencia no es más que una profunda depravación moral!» –Y la sala entera rompe en aplausos ardientes y estruendosos.

a. Desde aquí hasta «una profunda», ilegible el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 9, p. 193.



Y hoy mismo, hoy mismo que os escribo, ya la ola le llega a la garganta. Ha roto todo freno. Un testimonio le hien-de la cerviz, y se anonada al golpe, para alzarse después con mayor furia: aquí lo tenéis! Ha tomado dos almuerzos. Entra temblando. «¡Poneos bien cerca, bien cerca» dice en voz baja a sus guardianes. Lo escarnecen, lo injurian mortalmente. Pasa, como bajo lluvia de pedradas. Ya os dije que parecía un gato montés acorralado. Salta a cada testigo que llega. Anuncia sobre lo que va a testificar. «Os debo \$20», grita a uno. «Os debo \$70», dice a otro. A casi todos debe. Así se oye que el padre de Guiteau murió de hidropesía, complicada con inacción del hígado, que acabó en infección de la sangre, lo que produjo en el enfermo el usual delirio de estos casos. Así se presentan los que le han alquilado escritorios, y le tuvieron por vivaz y por activo. Ahí dice uno que le dijo que iba a hacerse teólogo porque no lo estaba haciendo rico ser abogado: saltó sin transición del escritorio de letrado a la plataforma de lector religioso. Era egoísta y presumido; pero parecía hombre hábil. Allí entra uno a quien

Guiteau estafó \$300. ¡Escena escandalosa! Le llama perjuro! bribón! desvergonzado! El hombre es implacable: Guiteau fue su abogado, y tomó para sí el dinero que le dio para que le buscara fiador; al salir de la cárcel vio a Guiteau rodeado de una turba de presos a quienes había defendido de igual modo —que le llamaban ladrón y estafador—, se ve bien que era un abogadillo lleno de artes, y una mala persona. ¡Vaya si gastáis dinero en vano!» increpa al acusador. «¿Qué importa que estuviera yo sano hace diez años si estaba loco el día 2 de julio?» Y así acaba la sesión, entre testimonios anonadadores. El reo habla a borbotones. La defensa está confusa. La concurrencia no tiene ya aquel noble carácter. La acusación está segura de sí. El carro que lleva al asesino a su prisión va seguido de los policías a caballo que lo custodian, de perros que ladran, de hombres que vocean, de chicuelos que le injurian. La muchedumbre en masa, al verlo, se desata en denuestos, en palabras de espanto, en gestos de odio. El va huraño, desconcertado, como herido; si se pusiera un papel frente a sus ojos, quedaría el papel atravesado, como de daga.

¿Qué más queréis que os diga? ¡Cansa andar al lado de ese hombre! Instruye pero fatiga. Me falta espacio para escribiros que el Presidente Arthur ha enviado al Congreso un excelente mensaje, que es la suma de la vida actual de la nación, y una revelación de su vida próxima. No quiero escribiros que un italiano ha matado hoy a su esposa y a su madre, y ha querido luego matarse a sí. Es ya cosa vulgar que Ida Ullman pida a su amante que la abandona \$25 000 en pago del rompimiento del contrato. Es naturalísimo que el Presidente Arthur quiera, como quiere, tener un periódico que defienda principalmente sus propias miras. Os digo esto para que alejéis con estas mezclas nuevas, ese aire de ala de búho que queda como pegado a las sienes, luego de haber tenido durante tan largo tiempo fijados los ojos en ese hombre hoffmaniano, misérrimo, diabólico!

M. de Z.

*La Opinión Nacional*,  
Caracas,  
27 de diciembre de 1881

[Mf. en CEM]

## 17

## Carta de Nueva York

Las pascuas.-Pascuas y Christmas.-La caja de presentes.-El calcetín maravilloso.-El buen Santa Claus.-La Chanucka.-Los hijos de los peregrinos.-El caballero Frelinghuysen.-Todo, todo, todo.-Flores pascales.

Nueva York,  
24 de diciembre de 1881

Señor Director de  
*La Opinión Nacional*

CIÉRRANSE EL CONGRESO, las casas de gobierno, los colegios; parecen las calles calzadas de romería; las tiendas rebosan; los hogares se conmueven; los hombres graves se animan; las madres se afanan; hay rostros muy tristes, y rostros muy alegres; se venden por la calle coronas y arbolillos; gozosos, como pájaros libres, dejan su pluma el escritor, su lápiz de apuntes el mercader, su arado el campesino: la alegría tiene algo de fiebre -¡y la tristeza!- Los desterrados vuelven con desesperación los ojos a la patria; los pequeños los ponen con avaricia en los mercados llenos de juguetes: todo es flor, gala y gozo; todo es pascuas.

Nueva York es en estos días ciudad ocupadísima: es fiesta de ricos y de pobres, y de mayores y pequeños. Son días de finezas entre los amantes, de efusión entre los amigos, de regocijo, susto y esperanza entre los niños. La madrecita pobre ha esperado a las pascuas para hacer a su hija el traje nuevo de invierno, con que saldrá el domingo pascual, como cabritillo en día de sol. Y a triscar por las calles populosas. ¡Rubíes hay de alto precio en las acaudaladas joyerías, mas no vale ninguno lo que valen esas gotas de sangre que acorralan los dedos afanados de la madrecita buena! Los jefes de familia vuelven a sus casas, sonriendo con malicia como que llevan ocultos en los amplios bolsillos del abrigo, los presentes para la esposa y los hijuelos. La abuela generosa, vuelve toda azorada de las tiendas, porque no sabe cómo podrá entrar a la casa, sin ser vista de los vigi-

lantes niños, los regalos misteriosos que vienen estrechos al que los carga. Los lucientes carros en que los grandes bazares envían a la vivienda de los compradores los objetos comprados, cruzan con estrépito y prisa las calles animadas, entre racimos de pequeñuelos concupiscentes que ven absorbidos y malhumorados aquellas riquezas que no son para ellos, o se agolpan a la verja de hierro, en torno de la madre que en vano los acalla, para ver bajar del carro bienvenido la caja de las maravillas. ¡Ay, qué tristes los que ven pasar el carro! ¡Oh, qué aurora en los ojos de los que lo reciben! Conciértanse las vecinas para ir a las tiendas y elegir regalos; pone el empleado del mercader aparte la soldada de la semana, para comprar con ella presente lujoso a su prometida o a su amiga; dispone en su mesa el dueño de la casa los asientos de sus amigos más queridos; cuelgan los padres en las horas de la noche, por no ser vistos de los hijos candorosos, de bujías de colores y bolsillos de dulces y brillantes juguetes, el árbol de *Christmas*; recuentan de antemano las

dóncellas vanidosas cuántos galanes vendrán a saludarlas en las alegres pascuas y cuántos saludarán a su vecina. Doblan los periódicos sus páginas, y las acompañan de láminas hermosas, llenas de nevadas campiñas, de revoltosos venados, de barbudos viejos, de chimeneas abiertas, de calcetines pródigos,—los símbolos de *Christmas*. Aderezan los pastores el órgano sonoro de sus templos. Y dispónense a baile suntuoso los magnates de la metrópoli,—y los alegres, que son otros magnates. La alegría es collar de joyas, manto de rica púrpura, manojo de cascabeles. Y la tristeza —ipálida viuda! Así son en Nueva York las pascuas de diciembre.

No son, como aquellas de España, fiestas de pavo y lechoncillo, ni días de siega de lechugas y aderezo de atunes y besugos. Óyense allá por todas partes, en los contornos de la ancha Plaza Mayor, chirimías y dulzainas; y una madre gentil ha puesto alas de cera a su hijo alegre, y la otra, cachucha de soldado, y éste compra tambor y aquél zampoña, y la señora Petra está celosa porque no tiene en su ventorrillo un tan galano nacimiento, hecho de cartón pardo y polvo de oro, como el que luce cerca de ella la corpulenta señora María. Vense debajo de las espaciosas capas descomunales prominencias, y son pavos; y asoman por la cesta repleta, como diablillos retozones, los rábanos frondosos.

El duque y el teniente cenan a la vez y la costurera y la chulilla, y con igual afán se acicalan en la taberna de Botino los conejos famosos; como se salpican de rojo pimentón en la tienda de pasteles y chorizos que está junto al teatro del Príncipe, cual la vieja España bajo el ala de la nueva, los embutidos extremeños y las farinetas salmantinas; como el suntuoso Fornos saca de su bodega los añejos vinos, y deja en las botellas señales del polvo nobiliario, a que luego la viertan manos blancas sobre las trufas de Perigord, gustosas y aromadas, y el hígado de ganso de Estrasburgo. La fiesta es la escena que remata en misa.

No son las *Christmas* del yanqui<sup>a</sup> como las Pascuas del hidalgo. Ni es la cena sino mero accidente de este regocijado jubileo. Las *Christmas* son las fiestas del dar y del recibir; de hacer donativos al pariente pobre; de ostentar sobra de dinero; de buscarlo para ostentarlo; de visitar a los conocidos;<sup>b</sup> de enviar, con ramos de flores, artísticas tarjetas de dibujos pascales, de engastar en el pie del ramillete serpientes y cables de oro, que se usan en este invierno como anillos. Las *Christmas* son las fiestas de niñas casaderas, que acaparan en ellas presentes de relacionados y conocidos, se dan con júbilo al placer desenfrenado de la compra, prenden flores al traje de máscara que lucirán en el baile de la noche, y aguardan, en la

cohorte de amigos que ha de venir a deseárselas pascua alegre, a aquel de entre ellos con quien es más alegre la pascua, y la amistad más deleitosa. Las *Christmas* son las fiestas de los padres que ven, como nidal de tórtolas gozosas, agruparse en torno a la mesa de los regalos, la niña esbelta, el varón apresurado, la crianza balbuciente, y olvidan las desventuras de la tierra en aquel gozo ingenuo y celeste compañía. Las *Christmas* son la fiesta amada de los pequeñuelos, cuyos deseos de todo el año van siendo encomendados a este día solemnisimo, en que se entrará el buen viejo Santa Claus por la chimenea de la casa, se calentará del frío del viaje junto a las brasas rojas que se consumen en la estufa, y dejará en el calcetín maravilloso que cada niño pone a la cabecera de su cama, su caja de presentes. Y luego, subirá chimenea arriba, se calará su turbante recio, se mesará la barba blanca, se echará sobre el rostro la capucha para ampararse de la nieve, tomará la rienda de los aligeros venados que arrastran su trineo, y echará a andar por los aires, a los alegres sonos de las colleras de campanillas, hasta la chimenea del niño vecino. A Santa Claus, que es el buen Santo Nicolás, ruegan los niños

a. En LON: «yanquees».

b. En LON: «conocimientos».

todo el mes de diciembre; y le prometen conducirse bien, como a la Lela Marien, que es la dulcísima Virgen, ofrecen en casos graves las gallardas moras; y le escriben cartas, y le incluyen la lista de los presentes que desean; y piden a sus padres que le envíen un<sup>a</sup> telegrama, para que la respuesta venga pronto. Y Santa Claus es muy bueno, ¡y siempre responde! ¡Oh, calcetín prodigiosísimo! Los niños quieren esta noche tener pies tamaños, como los de los gigantes de Perrault. Nada despierta como el deseo, y al alba ya están despiertos. ¡Qué resonar de clarines! ¡Qué redoblar de tambores! De aquel calcetín salen, como de un cuerno de abundancia, vestidos completos, arreos marciales, botines de seda, muchedumbre de confites, gorras de piel de foca, estuches de carpintería, bastones, relojes, juguetes, hermosísimos libros! ¡Qué reír! ¡Qué vocear! ¡Qué darse celos! ¡Qué ser felices! ¡Oh, tiempos de dulce engaño, en que los padres prósperos cuidan, a costa de ahogar los suyos, de la satisfacción de nuestros deseos! ¡Qué bueno es llorar a mares, si podemos traer con nuestro llanto una sonrisa a los labios del hijo pequeñuelo! No hay como vivir para los otros,—lo que da suave orgullo y fortaleza.

Tiffany es poderosísimo joyero. Museo es su casa, no tienda: exhibe en un piso maravillas de cerámica, y en otro, castos mármoles y ricos bron-

ces, y en otro tal cúmulo de costosa prendería, que no parecen aquellos mostradores propiedad de mercader privado, sino tesoro de monarca persa. Ira y piedad levanta el puñado de gentes ávidas que rodea siempre el mostrador de los diamantes. Parecen esclavas, prosternadas ante un señor. Una esclava es más dolorosa de ver que un esclavo. ¡Cuánto deseo! ¡Cuánta sonrisa forzada! ¡Cuánta tristeza! ¡Oh, si miraran de esa manera en el alma de sus hijos: qué hermosos diamantes hallarían!

Y ahí van los compradores ricos en estos días de fiesta. Cuál celebra el «diamante de Tiffany», de tintas canarias, que fue traído de Kimberly, en el África Meridional, y vale \$ 50 000; cuál anhela una pluma, cuajada de piedras, que vale diez mil pesos, porque no tiene menos de seis mil brillantes; cuál compra una mariposa, o una abeja, y paga por ella mil quinientos dólares. Tiffany es como jefe de ejército, y su casa como campamento, cuyas tiendas son de tapices de Esmirna y de Flandes, al pie de cuyos pliegues ricos yacen aceros de Damasco y de Toledo, y copas de oro y plata. Tiene una cohorte de obreros y otra de vendedores, y otra de inventores. De las supersticiones, de las leyendas, de los mitos, hacen joyas los imaginadores que tiene a sueldo Tiffany. Cada año saca a sus mostradores prendas nuevas, como las que andan en

boga en Europa, o como los inventores se las aconsejan. Hoy es un cerdo de oro, que se lleva como alfiler de corbata, y como pendiente de dama, y como sortija; mañana es un anillo, sujeto al cual flota un candado cubierto de turquesas, cuya llave menuda da la amada a su amado, como en símbolo de fe: ahora son anillos abiertos, en forma de sierpe, ya de cordón trenzado, que luce un brillante en el centro, y rubíes, turquesas o esmeraldas en los remates.

Regálanse en estos días las joyas más costosas. Los caballeros envían a las damas, ya, puesto como piedra en una sortija, un carcaj de oro lleno de brillantes pequeñísimos; ya piedras extravagantes, que llaman de ojo de gato, con diamantes lucientes de un lado y del otro; o ponen en un anillo tres piedras de colores blanco, rojo y azul, y con ellas quieren decir pureza, amor y lealtad. Las damas envían a su vez a los caballeros tabaqueras lujosas, de bronce y esmalte, que les cuestan dos centenares de pesos; o alfileres de corbata que ostentan, cuando no la esquina de una calle en oro, perlas de forma rara, que imitan ave o cuadrúpedo, montados en oro, plata o hierro. Gran precio pagan ahora las niñas apalabradas de matrimonio por monedas del viejo

a. En LON: «en».



Egipto, Roma o Rusia, que hacen aderezar elegantemente, y envían luego a que sirvan de prendedor a las corbatas de sus dueños. De bastones, de enfriadores de vino, de estuches de viaje, de tinteros ricos, hacen presentes las damas a los galanes. Y llenan los estantes de las tiendas, elefantes de plata que cargan en lindos frascos penetrantes esencias: frutas de ónice de México que alcanzan aquí excelente precio, falderos dorados que con su hociquillo agujereado anuncian que son humildes saleros: escudos brilladores que encubren juegos elegantes de aseo de manos, viaje o costura. Y casas de libros, que se parecen a la biblioteca de Alejandría. Y cuentos de niños, hacinados en montañas. Y colosales sombreros de damas; breves chinelas; rudos zapatos, cisnes de alas abiertas, rosas gigantes que se abren, apenas se las toca, en jugosos dátiles de Esmirna, o turrones fragantes, frutas azucaradas o castañas suaves. De todo se hace regalo en estos días: de lo de lujo y de lo de uso.

Si unas manos benévolas emplearon sus ocios en tejer con estambre unos mitones, que en esta tierra se usan para amparar del frío a las muñecas, no desdeñará el lujoso caballero ostentar, cual joya de valía, como que lo es más que otra alguna, el donativo familiar. Si una hija hace aposento de seda, todo lleno de rizos y de lazos, para los enseres de aseo de su

padre, éste lo pondrá orgulloso en lugar preferente de su alcoba, como antiguo guerrero su panoplia. Si una amorosa niña borda con sus delgadas manos, en cinta de seda el nombre de su amigo, este colocará reverentemente, para que sepan que es querido, la linda cinta como señal del libro más preciado entre los que adornan su chimenea de hombre soltero. Se encontrarán el domingo de Pascua los conocidos, ya en el salón de las casas, que para recibir estas visitas se alhaja con especial esmero, ya en el baile risueño, donde danzan los aturdidos convidados en torno al resplandeciente árbol de *Christmas*. O se saludarán en los días previos en esas calles rebosantes que con parecer hipódromos griegos, por lo luengas y amplias, vienen cortas y estrechas a la muchedumbre bulliciosa que se apiña a las puertas de los almacenes babilónicos, o lucha por poner los ojos en los palacios de niños, o patios de reyes, o escenas de caridad con que las grandes tiendas adornan sus aparadores.

¡Qué multitudes! ¡Son bosques humanos! ¡Qué tiendas! No fue más animado, ni tuvo más compradores, un mercado de Tiro.<sup>a</sup> Afluyen en las calles, como ríos, procesiones de paseantes: el buhonero pregona sus baratijas: amparado de la lluvia, que no detiene a los compradores, por fuertes botas, gabán fuerte y gorra de hule, el

guardia de policía alza en su brazo robusto su bastoncillo corto, a cuya señal detiene los fornidos corceles el cochero de casa poderosa, y enfrena sus caballos pesados el carretero que lleva su carro rojo lleno de altos cajones; y el férreo irlandés que conduce con su montuosa mano el vagón del tranvía, para de súbito los brutos espumantes y nerviosos, en tanto que el guardia dirige el paso de aquel núcleo de transeúntes de una acera a otra, tras el cual, a otra señal del corto bastoncillo, emprenden su bulliciosa marcha, vagón, carro y carruaje. Todo el día es comprar y vender. Museos son las aceras, las manos fuentes de oro, las gentes, locos ávidos. Y de noche, entre los rizos rubios de los niños, reuelan<sup>b</sup> sobre la cándida almohada, sueñecillos azules.

¿Qué suceso ha de alcanzar importancia en estos días de tantas lágrimas calladas de las madrecitas para cuyos hijos no entrará el buen Santa Claus por la ruinosa chimenea, y de tantos delicados gozos para el padre que llevará a su prole una casa de miniatura, por cuyas puertas y balcones han de verse, en salones liliputienses, libros, juguetes y ricas prendas de vestidos? ¿En qué acontecimiento ha de ponerse mente

a. En LON: «Tyro».

b. En LON: «revelan».

atenta, en estos días en que domina a los hombres ansia de hogar y goces puros, y descansan las plumas y las malas pasiones, y como palomar en día de estío, abren las alas las pasiones buenas? El proceso mismo de Guiteau, del que apartaremos hoy los ojos por no poner en nube sonrosada cenicales de lutos, se ha arrastrado como en desmayo y fatiga, ya por ausencia de testigos, ya por locuacidad de algunos de ellos, ya por la muerte de la esposa de uno de los jurados. En bronce hacen el busto del criminal, cuyo molde se dejó tomar con insana complacencia, luego que le convencieron de que bien valía el sacrificio de sus barbas, de que estaba muy pagado, el júbilo de ser admirado en efígie en los tiempos venideros. Y la que fue su esposa, del brazo del que es hoy su nuevo esposo, entró con su pequeña hija de la mano en la fría celda del preso, y entre sollozos y palabras lúgubres, desearon bien y dijeron adiós al asesino.

Asoman, entre el andar de las gentes, el trenzar de las coronas, y los ramos verdes del árbol de Pascuas, concepciones monstruosas, como una compañía peruana, que mantiene que los hombres del Norte de América tienen derecho a todo el oro y riquezas todas de la América del Sur, y a que en el Perú se haga lo que ha comenzado a hacerse en México, lo cual ha de empezar porque, en

pago de un crédito de aventurero, abra el Perú todas sus minas a los reclamantes avarientos, sus lechos de oro, sus vetas de plata, sus criaderos de guano; y, en prenda del contrato, sus puertos y ferrocarriles.

Y los hebreos celebran su *Chanucka*; y los hijos de los peregrinos el desembarco de los mensajeros de la libertad, que un día once de diciembre llegaron a las playas de la misteriosa América hace doscientos sesenta y un años. De su religión, los hebreos como los polacos, hacen patria. ¡Otros la hacen de un amor, y muerto él, van por la tierra como desterrados! ¡Otros la hacen de un sueño! Aquella lengua raizal, como fue hecha y hablada en tiempos raíces, de que han venido luego estos pueblos de ahora, como frondosísimo ramaje, es conservada con pasión, cual joya de familia, en la casa de los judíos. Para ellos, la indiferencia religiosa<sup>a</sup> no es delito de incredulidad, sino de traición. Dejar solo el templo en los días de fiestas, es desertar de las banderas de la patria: y ide la patria puede tal vez desertarse mas nunca en su desventura! Cierran talleres y tiendas en los días consagrados por su iglesia, y celebran con danzas y festines las hazañas de Judas Macabeo, que se llamó el Macab, porque dio golpes de maza en el testuz de los tiranos, y entró triunfante, a la cabeza de sus huestes redentoras, en el templo que ha-

bía profanado el vil Antíoco. Todo lo cual aconteció hace más de dos mil años. Como injurias mortales y recientes, abominan aún los judíos las groseras profanaciones del sanguinario rey de Siria, que regó con agua en que había hervido un cerdo, el templo venerado de Salomón, y dio muerte a tantos judíos que fue la hecatombe terrible, más alta que el templo. Aún calientan el rostro pálido y enjuto de los hebreos de ahora, las llamas en que echó a arder Antíoco Epifanes<sup>b</sup> las Santas Escrituras. ¡Aún sienten aquel ardor que llevó a sus antepasados a cobijarse bajo la bandera de Matatías,<sup>c</sup> rebelarse fieramente contra el general del Rey, y echarse, como mar en cólera, por llanos y montañas!

Los hijos de los peregrinos tuvieron también su fiesta: más ¡ay! que ya no son humildes, ni pisan las nieves del Cabo Cod con borceguíes de trabajadores, sino que se ajustan al pie rudo la bota marcial; y ven de un lado al Canadá, y del otro a México. Así decía, a la faz del Presidente de los Estados Unidos, que se sentaba a la cabeza del banquete y es miembro de la asociación celebradora, un caballero senador que dijo, por otra parte, con justicia, que le movía a cólera y desprecio,

a. Coma en LON.

b. En LON: «Epiphanes».

c. En LON: «Mattathías».

el hombre menguado que por pereza o ignorancia se negaba a tomar parte activa en los asuntos de su pueblo. Decía así el senador Hawley: «Y cuando hayamos tomado a Canadá y a México, y reinemos sin rivales sobre el continente, ¿qué especie de civilización vendremos a tener en lo futuro?» ¡Una, terrible a fe: la de Cartago!

Sobrado de actividad se mostró en la Secretaría de Estado el esforzado Blaine. De una parte, púsose de pie en las montañas del Istmo, y abrió los brazos para impedir el paso a pueblo alguno de Europa. De otra, intimó a Inglaterra que dejase a la Unión Americana, señora exclusiva de la América, a lo que se opone el tratado de Clayton-Bulwer. De otra, apoyó con premura, en forma de negociación de paz, la reclamación que, como compradora de los derechos de un francés andariego, hace, por suma loca una compañía de explotadores al Perú. Y el Presidente Arthur, no bien sale de la Secretaría por propia voluntad y miras de partido, el innovador y denodado Secretario, le reemplaza, atendiendo a la petición urgente de paz y cordura de la prensa, con un caballero mesurado y grave, de hábitos conservadores y juicio-

so, de rostro lampiño, como de astuto abogado; de fama excelente, a quien viene la habilidad política de padre y abuelo, que fueron gente de nota: el caballero Frelinghuysen. Y como no tenía orador la Cámara de Representantes, eligieron éstos, más por derrotar al candidato Hiscock, que es intrépido y temible, que por que acompañasen al electo merecimientos singulares, a un diputado que antes de cruzar palabras, cruzó balas, y manejó a un tiempo los libros y el azadón: el general Keifer. Viste como hacendado; habla correctamente, y discute con destreza y fluidez; y muestra en su rostro expresivo y abierto, la decisión y el ímpetu que requiere su puesto codiciado. ¿Pero cómo hablar de ellos ahora, si huyen hoy como todos del bullicio público, y dejan sus asientos cómodos, y van, caminito de Pascuas, a colgar el uno su cartera, y el otro su nuevo título, en el árbol de *Christmas* que les espera en sus hogares?

¡Ved! Aquí pasa un árbol de *Christmas*: es de bálsamo, porque son tenidos por vulgares, y se dejan para gente modesta, los de pino y los de cedro. ¡Ved, cuánta corona de flores y hojas secas que vienen

de Alemania! ¡Cuánta estrella, hecha de mirtos y siemprevivas! ¡Cuánta guirnalda, hecha de laurel y acebo! ¡Cuánto adorno valioso, que se colgará luego en las paredes del comedor engalanado, y en puertas y ventanas! ¡Ved el muérdago, la rama sagrada de los galos, ante la cual juraban las sacerdotisas y los druidas eterno odio a César, y cuyas palmas verdes, a los acentos bélicos de la magnífica Velleda, postraban en el bosque misterioso, en la pálida luz de noches tibias, frente a los mudos y divinos dólmenes! ¡Ved estas violetas, que son de Nápoles y Parma! ¡Ved esos cestos de rosas, grandes rosas de Francia; de claveles encarnados; de inmortales amarillos,<sup>a</sup> que vienen de Italia; de jacintos romanos; de camelias japónicas! ¡Y tomadlas y ponedlas junto a la cuna de vuestro último hijo, que es mi don de Pascuas!

José Martí

*La Opinión Nacional*,  
Caracas,  
7 de enero de 1882

[Mf. en CEM]

a. En LON: «amarillas».

---

1882







# Carta de Nueva York

Año nuevo.-Jubileo de cortesía.-Knickerbockers y yanquis.-Casas de ricos y casas de pobres.- Vestidos suntuosos.-El año nuevo del Presidente, el del orador y el del asesino.

Nueva York,  
7 de enero de 1882

Señor Director de  
*La Opinión Nacional*

EL AÑO NUEVO ha nacido coronado de nieve, ha sacudido su manto real, y ha llenado la tierra de copos blanquísimos. ¡Ay, dicen que la nieve es necesaria en estas tierras invernosas, para amparar del frío las semillas y las raíces de las plantas; mas el ánimo azorado suele verla con aquel espanto con que ve la gacela al cazador, y como ella de él, huye el alma de la nieve al bosque: al bosque de sí misma! A bien que hartó lloró Boabdil, y no sienta bien el llanto en rostro de hombres. Es día de ir y venir el día primero de año; día de jubileo, en que no se cambian deudas, sino las de cortesía; día de anhelo y estreno en las damas, y de peregrinación

en los galantes caballeros. Vaciáanse de carruajes los vastos establos; calles de Semana Santa en pueblo católico semejan las calles: parece todo el mundo montado a caballo; hay frente a cada puerta un coche; el galán que entra tropieza con el galán que sale; adivínase el plácido rostro de los hombres que vienen de ver damas. No hay cosa que disponga el ánimo, y que remoce y regocije, como hablar con mujer. ¡Así deben volar los céfiros felices, cargados del perfume de las flores!

No es aquí uso, como en Francia, acompañar de presentes los saludos—que estos se hacen en las alegres *Christmas*; ni es día, como en España, de regalar a carteros y porteras; sino que—al modo de los viejos holandeses que alzaron en torno a esta bahía, siguiendo la caprichosa senda marcada por el ganado vagabundo, las primeras casas— es costumbre que

cada caballero visite en este día a las damas que conoce, las que se juntan luego al día siguiente, y comparan con ojos brillantes de ansia y celos, como Tenorio y Mejía sus conquistas, el número de galanes que les desearon año bueno. Y así como en los solemnes banquetes de la antigua Filadelfia, celebrados al calor de los amables leños, y a la luz de macilentas bujías, era pecado grave que el señor de la casa no bebiese separadamente, cual lo ordenaba la cultura puritana, a la salud de cada uno de sus huéspedes, —así se mira en estos tiempos como culpable negligencia, y ofensivo desdén, que deje un caballero de llamar a la puerta hospitalaria de las damas que aguardan ansiosas a cada visitante, cual justador de la palma apetecida, o cual romano centurión la corona de laurel.

Con gozo igual, reciben las damas las visitas y las hacen los caballeros. Ya en los días anteriores publican los periódicos respuestas a las preguntas curiosísimas que jóvenes inexpertos, o visitantes embaazados, les dirigen. Cuál quiere saber si ha de llevar guantes

a la visita de año nuevo, y si sentará bien la casaca en visita de día, a lo que le corresponden que lleve guantes y no lleve casaca; y cuál pregunta qué brazo ha de dar a la dama que le toque en suerte acompañar a la mesa y si ha de doblar o no la servilleta después de haber festineado, a lo que le dice el diario que dé a la dama el brazo izquierdo, para que pueda prepararle con el derecho el asiento que a su derecha ha de ocupar, y le aconseja que no doble la servilleta, sino que la deje caer con descuido elegante al lado del plato del festín. Pide una dama a un diario idea de un vestido propio que le indique si le estará mejor llevar joyas en su tocado, o poner una humilde margarita de plata en el cabello, a lo que opina el diarista con buen juicio, que le estará mejor la margarita humilde.

Entran en estos días previos, en las casas pobres, que alardean de adineradas, paquetes vergonzantes, que son de copas, o de los modestos manjares que aderezan para obsequiar a los que, con el alba del año, hayan de favorecerlas; y los hombres de color y las elegantes suizas que aquí hacen los oficios de la casa en las suntuosas viviendas de los acaudalados, repasan y aprontan para la fiesta, los ricos vasos de plata, y las artísticas bandejas en que han de servirse a los atentos huéspedes, los aromo-

sos vinos que guardaban las bodegas de los dueños. Y ponen en lugar fresco los vinos rojos, porque así son mejores, y quitan de él los vinos graves, porque éstos han de servirse un tanto calientes. Si tropiezan con Chateau Iquem del 70, lo dejan a un lado porque es de días comunes, y buscan el del 69, que es vino de fiesta. Ha de ser de Duff y Gordon el buen Jerez, o de Domecq, porque en el Jerez se paga la bondad y la fama. El de Málaga ha de ser del que usan los sacerdotes españoles para sus misas, porque si catador neoyorquino sabe que no es el Málaga sacramental, no bebe Málaga. El Madera es vino muy gustado en esta tierra. Cuenta la leyenda que John Hancock, que era antes de la guerra de Washington, un gran mercader de la próspera Boston, acostumbraba en los días de gran festejo, llenar la fuente pública de vino de Madera, del que bebía libremente el pueblo agradecido: mas no ha de ser este vinillo isleño más viejo que el de la cosecha de 1813 ni más joven que el del 46. Y ron, si se ha de servir, ha de ser de la Antigua, y de 21 años.

Porque de los fundadores de Nueva York viene a sus actuales habitantes el hábito cortés y pintoresco de revolotear de casa en casa, que parecen ramilletes de flores, como mariposas mensajeras de buenos deseos el día de año nue-

vo; pero no han heredado los neoyorquinos la sencillez de los fundadores. Juntábanse antes, en estos días, los contertulios y relacionados, que se abstendían de bebidas en la presencia de las damas, y no cataban a sus solas más que vinillo de maíz, cebada y trigo, que hacían muy bien los cosecheros del viejo Kentucky y la histórica Marilandia; pedíase gravemente a la severa matrona que rodeada de sus ruborosas hijas recibía la visita, su venia para acudir el año próximo a desearte un feliz año. Y en la familia se hablaba de los elegantes bailes de Filadelfia, que ponía entonces la moda; de los magistrados y pastores de Boston, que era ya entonces centro de cultura; y de los regocijos del otoño, en que era uso que los vecinos se reuniesen en el cortijo del vecino, y se ayudasen por turno a deshojar la cosecha de maíz, lo que era ocasión de risa y gozo, porque el que hallaba una mazorca picada tenía el derecho de golpear el rostro de los varones de la junta, y el que hallaba una mazorca roja, el de besar en la mejilla a cada una de las niñas solteras que hubiese en el cortijo! ¡iqué suplicar con los ojos el de los galanes! Porque la niña besaba entonces al que le pareciera, en la comunidad, más digno de un beso.

Hoy se hacen las visitas a manera de ráfaga brillante. Detiéndose en la puerta el carruaje

bullicioso: salta de él en traje de día el visitador: tropieza en el umbral con el artesano corpulento o el empleado agradecido que vinieron a dar fe de su cariño al dueño de la casa: y entra a la sala deslumbrante, en donde ricas damas responden con volubilidad e ingenio al saludo de usanza. Y allá, en el fondo, resplandece la mesa de año nuevo, que es mesa que cuesta a veces a sus dueños, dos millares de pesos. Viste el visitador como de viaje; pero las damas se han acicalado grandemente. Van como sobrevestidas estas damas, y no se nota en ellas aquella artística analogía entre la esbeltez que da al cuerpo un espíritu elegante, y las ropas que ciñen el cuerpo, sino una como superabundancia corporal, que da a las damas aires de esposas de mercader, que pasean a los ojos de los compradores las maravillas de los almacenes de su esposo. Era de verse más la seda del alma que la del traje: y aquí es ésta tanta, que no se ve aquélla. Unas llevan sobre traje de seda carmesí, flores de plata: otra ostenta delantal riquísimo, que venden los parisenses a ciento setenta y cinco pesos vara, y está todo bordado a la mano, al modo japonés, de raras aves y grandes rosas sobre fondo crema; y otra lleva bordado en el delantal un gran relámpago de oro, en forma de rama seca, cuyas escasas hojas están hechas de rubíes, cuentas, ámbar y zafiros. No usan

ya por bien del arte y de los ojos, aquellos altísimos tocados con que se robaban las damas de los knickerbockers,—que viene a ser aquí como noble de abolengo, descendiente de fundadores y fue realmente el nombre de éstos—aquella ingenua e infantil belleza de las cabezas femeniles, que ahora se adornan con sus propias galas, y una que otra florecilla púdica: mas reviven las neoyorquinas los viejos brocados, y opulentas flores de relieve ornamentan de nuevo los vestidos, en los que se tiene a gala imitar los colores de la madera húmeda del bosque, y los oscuros matices del bronce y oro.

Tal suma de gastos, que con trajes semejantes y la lujosa mesa, vienen a ser de verdadera monta, van siendo causa de que muchas familias que gozan fama de acaudaladas, y que no quieren perderla, tomen pretexto de la muerte de algún pariente lejano, o la de su deseo, para colgar a su puerta una elegante cesta, atada con una cinta negra, en la que dejan los visitantes sus tarjetas; o cuelguen simplemente la cestilla, adornada de cintas azules, o saquen al umbral un jarrón rico, puestos allí también a recibir tarjetas, en tanto que comentan en lo interior de la casa lo enojoso de obedecer a costumbres que se van haciendo ya vulgares, o disfrutan de este día de fiesta en el abrigado hogar de alguna aldea veci-

na. ¡Qué rodar de carruajes! ¡No cesa en todo el día! ¡Qué recibir visitantes! Sorprenden en esta faena a las damas las campanas de la media noche. ¡Qué entristecerse el de las niñas casaderas, si no vienen a verlas caballeros numerosos! ¡Qué regocijo el de la casa de los pobres, cuando la campanilla desusada anuncia un visitante! Así es en Nueva York el año nuevo. Y en Brooklyn, dos mil personas, en interminable procesión, saludaron a un anciano de faz roja y blanca y larga cabellera, al orador Beecher. Y en Washington, no recibió a más gentes el Presidente en la Casa del Estado, que el orador recibió en la suya en Brooklyn. Y en su celda, rebosante de júbilo, y de insana soberbia, de pie, como un monarca, junto a la ruin mesilla de los presos, respondía Cuiteau con sonrisas afables y frases graciosas, a trescientas personas que fueron a desearle venturoso año nuevo. ¡O curiosidad, o monstruosidad! Esas visitas no son obra de piedad, sino sanción de un crimen. Y no eran los visitantes personas conspicuas, mas no eran tampoco personas vulgares. Parecía la celda un trono sombrío. Las madres enviaban a sus hijos a que diesen la mano al asesino. Las señoras cambiaban con él apretones de manos. Más de una hubo que le llevó flores. A trescientas subieron también las felicitaciones de año nuevo que recibió



por el correo, con hermosas tarjetas alegóricas, y motes bíblicos. De todas partes de la nación le llegaban cartas de saludo y demandas de su autógrafa; en el tribunal ya le ponen en el cepo, como para atajar las censuras que la excesiva libertad del proceso provoca en la prensa extranjera, y él vo-

cea, se desmanda e injuria, como cuando se sentaba entre su hermana y su abogado. Pero en su celda, ¡ve que le llevan flores, cuando ya se han secado las que descansan en la tumba de aquel varón magnánimo que arrebató a la vida! Debe ser ley en los tribunales el ahorro de la vida humana. Debe

ser culto en las familias el horror al crimen.

José Martí

*La Opinión Nacional,*  
Caracas,  
20 de enero de 1882

## 19

# Carta de Nueva York. El proceso de Guiteau. El estetismo

El proceso de Guiteau.-El estetismo.-Pálido Postlethwaite.-El poeta Oscar Wilde.-Los inmigrantes.-Un grande anciano muerto.

Nueva York,  
7 de enero de 1882

Señor Director de  
*La Opinión Nacional*

### II

**Y**A TOCA a su remate el proceso del asesino; ya han negado a sus defensores permiso para poner peritos nue-

vos al formidable cortejo de peritos que le han venido declarando cuerdo en estos días; ya se prepara el defensor a resumir los hechos, y a aprovechar los testimonios en que cimienta su defensa; ya tienen concertada los acusadores la terrible respuesta que ha de seguirle; ya se aguardan cosas dolentísimas, y escenas de monstruo; ya se acerca el día

en que han de publicar su veredicto los jurados.

Con los primeros días del do de uno de esos vapores babilónicos que parecen casas reales sobre el mar, un hombre joven y fornido, de elegante apostura, de enérgico rostro, abundante cabello castaño, que se escapa de su gorra de piel sobre el Ulster recio que ampara del frío su robusto cuerpo. Tiene los ojos azules, como dando idea del cielo que ama, y lleva corbata azul, y sin ver que no está bien en las corbatas el color que está bien en los ojos. Son nuestros tiempos de corbata negra. Este joven

lampiño, cuyo maxilar inferior, en señal de fuerza de voluntad, sobresale vigorosamente— es Oscar Wilde,<sup>35</sup> el poeta joven de Inglaterra, el burlado y loado apóstol del estetismo.

¿Quién no ha visto ese cuaderno de caricaturas que se publica cada semana en Londres, y en cuya carátula ríe maliciosamente, cercado de trasgos, bichos y duendes, un viejillo vestido de polichinela? Ese es el *Punch*, y Du Maurier<sup>36</sup> es el dibujante poderoso que le da ahora vida. Cuanto acaece, allí es mofado. Toda figura que en toda parte de la tierra se señala, allí es desfigurada y vestida de circo. Va el *Punch* detrás de los hombres, con un manojo de látigos que rematan en cascabeles. Publica sus caricaturas por series, como los cuadros de Hogarth, y familiariza a su público con sus víctimas. Londres se ríe hace meses por el poeta Postlethwaite, que es el nombre, ya famoso de un lado y otro del Atlántico, que el *Punch* ha dado a Oscar Wilde. Postlethwaite es una lánguida persona, que abomina la vida, como cosa democrática, y pide a la luz su gama de colores, a las ondas su escala de sonidos, a la tierra apariencia y hazañas celestiales. Todo disgusta al descontentadizo. Postlethwaite. Cuanto hacen los hombres, le parece cosa ruin. De puro desdeñar los hábitos humanos, va tan delgado, que parece céfiro. Postlethwaite quiere que sea

toda la tierra un acorde de armoniosa lira. Estos paramentos de los hombres de ahora le mueven a desdén, y quiere para la vida empleo espiritual, y para los vestidos colores tenues y análogos, de modo que el fieltro del sombrero no desdiga del cuero de las botas, y sea todo melancólico azul o pálido verde. Postlethwaite es ya persona célebre y toda Inglaterra y todos los Estados Unidos aplauden hoy una ópera bufa de un poeta inglés en que se cuentan los melodiosos y alados amores del tenue bardo mustio. Con tanta saña movió Du Maurier su lápiz tajante, que cuando publicó al cabo Oscar Wilde, jefe del movimiento artístico así satirizado su volumen de versos, no veían los lectores en sus arrogantes y lípidas estrofas más que aquella ridícula figura, que pasea con aire absorto por la tierra su mano alzada al cielo, como coloqueando con las brisas, y su nariz husmeante, en que cabalgan colosales galas. Ahí está, en luz y sombra, el movimiento estético. Mantiene este hombre joven que los ingleses tallan sus dioses en carbón de piedra y huye a Italia, en busca de dioses tallados en mármol, y va a Roma, por ver si halla consuelo en los alcázares católicos su espíritu sofocado por el humo de las fábricas; mas vuelve al fin desconsolado a las islas nobles que le dieron cuna, y lo fueron en otro tiempo de la grandeza

y la caballería, e invite a su alma a que salga de aquella vil casa de tráfico, donde se venden a martillo la sabiduría y la reverencia, y donde, entre los que exageran el poder de Dios y los que se lo arrebatan, no tiene espacio de espíritu para soñar en su mejora y en las nobles artes. Quiere el movimiento estético, a juzgar por lo que de él va revelado y lo que muestra el libro de versos de Oscar Wilde, que el hombre se dé más al cultivo de lo que tiene de divino, y menos al culto de lo que le sobra de humano. Quiere que el trabajo sea alimento, y no modo enfermizo y agitado de ganar fortuna. Quiere que vaya la vida encaminada, más a hacer oro para la mente, que para las arcas. Quiere, por la pesquisa tenaz de la belleza en todo lo que existe, hallar la verdad suma, que está en toda obra en que la naturaleza se revela. Quiere que por el aborrecimiento de la fealdad se llegue al aborrecimiento del crimen. Quiere que el arte sea un culto, para que lo sea la virtud. Quiere que los ojos de la mente y los del rostro vean siempre en torno suyo seres armónicos y bellos. Quiere renovar en Inglaterra la enseñanza griega. Y cae al fin en arrogancia y fraseo de escuela. Y dice que quiere hallar el secreto de la vida.

Hay en estos Estados Unidos, a la par que un ansia ávida de mejoramiento artístico, un espíritu de mofa que se

place en escarnecer, como en venganza de su actual inferioridad, a toda persona o acontecimiento que demande su juicio, y dé en sus manos. Y pasa en eso lo que en las ciudades de segundo orden con los dramas aplaudidos en las capitales, que sólo por venir sancionados de la gran ciudad son recibidos en la provincia con mohínes y desdenes, como para denotar mayor cultura y más exquisito gusto que el de los críticos metropolitanos. En esta dependencia de Europa viven los Estados Unidos en letras y artes; y como rico nuevo a quien nada parece bien para aderezar su mesa, y alhajar su casa, hacen profesión de desdenosos y descontentadizos, y censuran con aires magistrales aquello mismo que envidian y se dan prisa a copiar.

¿Qué suerte aguarda, pues, al joven poeta que viene a esta tierra a propagar desde la plataforma del lector su dogma estético, y a poner en escena una tragedia de argumento ruso que por respetos internacionales no ha podido ser representada en Londres? No bien pisó muelles de Nueva York el bardo inglés, a quien estiman los jueces serenos dotado de ingenua fuerza poética, que se verá entera cuando haya pasado para el bardo joven el forzoso período de imitación,—imitación de Keats<sup>37</sup> y Swinburne<sup>38</sup> en que anda ahora,—ya los periodistas sacaron a luz al lánguido Postlethwaite, y ya echan a nadar

por plazas y calles, más ganosos de cebarse en lo alto que capaces de acatarlo, a esa criatura del sangriento *Punch*, a ese poeta famélico de cielo y agostado, a ese trovador que tañe en los aires enfermos una lira doliente e invisible.

Pero Oscar Wilde volverá a Europa. No volverán, en cambio, sino que harán casa en las entrañas de los bosques, o arrancarán una fortuna al seno de las minas, o morirán en la labor esos cuatrocientos cuarenta mil inmigrantes, que Europa, más sobrada de hijos que de beneficios, ha enviado este año a las tierras de América. Manadas, no grupos de pasajeros, parecen cuando llegan. Son el ejército de la paz. Tienen derecho a la vida. Su pie es ancho, y necesitan tierra grande. En su pueblo cae nieve, y no tienen con qué comprar pan y vino. El hombre ama la libertad, aunque no sepa que la ama, y viene empujado de ella y huyendo de donde no la hay, cuando aquí viene. Esa estatua gigantesca que la República Francesa da en prenda de amistad a la República Americana no debiera, con la antorcha colosal en su mano levantada, alumbrar a los hombres, sino mirar de frente a Europa, con los brazos abiertos. He aquí el secreto de la prosperidad de los Estados Unidos: han abierto los brazos. Luchan los hombres por pan y por derecho, que es otro género de pan; y aquí hallan

uno y otro, y ya no luchan. No bien abunda el trigo en los graneros, o el goce de sí propio halaga al hombre, la inmigración afloja, o cesa; mas cuando los brazos robustos se fatigan de no hallar empleo, —que nada fatiga tanto como el reposo,—o cuando la avaricia o el miedo de los grandes trastorna a los pueblos, la inmigración como marea creciente, hincha sus olas en Europa y las envía a América. Y hay razas avarientas que son las del Norte, cuya hambre formidable necesita pueblos vírgenes. Y hay razas fieles, que son las del Sur, cuyos hijos no hallan que caliente más sol que el sol patrio, ni anhelan más riqueza que la naranja de oro y la azucena blanca que se cría en el jardín de sus abuelos: y quieren más su choza en su terruño que palacio en tierra ajena. De los pueblos del Norte vienen a los Estados Unidos ejércitos de trabajadores: ni su instinto los invita a no mudar de suelo, ni el propio les ofrece campo ni paz bastante. Ciento noventa mil alemanes han venido este año a América: ¿qué han de hacer en Alemania, donde es el porvenir del hombre pobre ser pedestal de fusil, y coraza del dueño del Imperio? Y prefieren ser soldados de sí mismos, a serlo del emperador. —De Irlanda, como los irlandeses esperan ahora tener patria, han venido en este año menos inmigrantes que en los anteriores. La espe-

cie humana ama el sacrificio glorioso. Todos los reyes pierden sus ejércitos: jamás la libertad perderá el suyo: —de las islas inglesas sólo han buscado hogar americano este año, ciento quince mil viajeros. Francia, que enamora a sus hijos, no ha perdido de éstos más que cuatro mil, que son en su mayor parte artesanos de pueblos, que no osan rivalizar con los de la ciudad, ni gustan de quedarse en las aldeas, y vienen, movidos del espíritu inquieto de los francos, a luchar con rivales que juzgan menos temibles que los propios. Italia, cuyas grandes amarguras no lo han dejado tiempo para enseñar a sus campesinos el buen trabajo rudo, ha acrecido con trece mil de sus perezosos y labriegos, la población americana. Suiza, que no tiene en sus comarcas breves, faena que dar a sus vivaces y honrados hijos, no ha mandado menos de once mil a estas playas nuevas. De Escandinavia, a cuyos donceles de cabellos rojos no tienen los desconsolados nativos riquezas de la tierra que ofrecer, porque es su tierra tan pobre como hermosa, llegaron a Nueva York cincuenta mil hombres fornidos, laboriosos y honrados. Nueve mil llegaron de la mísera Bohemia, más en fuga del trabajo que en su busca; y nueve mil de Rusia, de cuyas ciudades huyen los hebreos azotados y acorralados. Y los áridos pueblos de la entrada del Báltico

han enviado a estas comarcas de bosques opulentos dieciséis mil neerlandeses. ¡Y cómo vienen, hacinados en esos vapores criminales! No los llaman por nombres sino los cuentan por cabeza, como a los brutos en los llanos. A un lado y otro del globo, del lóbrego vientre de los buques se alzan jaulas de hierro construidas en camadas superpuestas, subdivididas en lechos nauseabundos, a los que sube por una escalerilla vertical, entre cantares obscenos y voces de ebrios, la mísera mujer cubierta de hijos que viene a América traída del hambre, o del amor al esposo que no ha vuelto. Les dan a comer manjares fétidos, les dan a beber agua maloliente. Como a riqueza a que no tienen derecho, los sacan en majadas a respirar algunos instantes sobre la cubierta del buque el aire fresco ¡No se concibe cómo reclusión semejante no los mueve al crimen! ¿Dónde está la piedad, que no está donde padecen los desgraciados?

Y ellos llegan contentos como los hebreos que acompañaban a Moisés. Vienen a la tierra de los gigantes racimos de uvas. Vienen a los ríos que arrastran oro, y a las selvas que no se secan. Los unos empuñan la hoz, y se van en cuadrillas por los campos a hacer trabajos de labriegos. Hácense los italianos de unas cuantas naranjas y limones y pastas de azúcar y alzan en un rincón de

Nueva York una frágil barraca. Los alemanes son hombres de ciencia y de comercio. No hay relojeros como los suizos. Ni gentes más honestas que los belgas. No hay trabajo recio y mezquino que no hagan con buena voluntad los hombres de Irlanda, ni sirvienta que no sea irlandesa. Ni hay modo de ir por las calles sin dar con esos hombres de rostro áspero y huesoso, nariz corta y empinada, ojos malignos y breves, maxilares gruesos, labios belfudos y afeitados, y barbilla ruin que les cerca, como un halo, el rostro. Son inmigrantes de Irlanda. Llenan las minas de California, llenan las fábricas de Nueva York. Ellos elaboran la cerveza y ellos la beben. De su tenacidad e industria se aprovechan los yanquis, que los mofan, y en verdad no hay fiesta que sea más de reír que un día de San Patricio, patrón de Irlanda, en que enfilan en las calles de Nueva York los irlandeses, que andan ese día la ciudad en procesión copiosa, acicalados con las mejores prendas de su baúl de lujo, que son sombreros altos de olvidadas modas, o levitas gruesas que van diciendo en sus indómitas arrugas el excesivo cuidado con que las ven sus dueños, que ostentan en ese día los colores patrios, en una banda verde, que les cruza sobre el chaleco de grandes ramazones el orgulloso pecho. Y en pestados corceles hacen de generales,



con sombreros plumados, mo-fletudos cervecedores. Mas es también verdad que cuando yacen en la cárcel de Kilnainham, en la oprimida Irlanda, los bravos caudillos que intentan arrebatar a los voraces propietarios ingleses las tierras de cuyo señorío culpablemente abusan para que las gocen en su precio justo, los infelices nativos,—estos Patricios y estos Jaimes no vuelven los ojos de su viejo pueblo en desventura, y apartan de sus haberes y salarios grandes sumas que ayudan a mantener viva en Irlanda la sabia rebelión pacífica que organizaron los caudillos presos. ¡Suelen los hombres tener manos rudas y espíritus blandos! Yo estrecho con gozo toda mano callosa.

¡Ahora acaba de huir la vida de una mano que ha arrancado muchos secretos a la naturaleza! Fue también mano inglesa, y sostuvo una de las plumas más investigadoras y elocuentes de su tiempo. Fijó la faz humana en el cristal y vio, como si fuese de cristal, en el cuerpo humano. El profesor Draper,<sup>39</sup> ha muerto. Nació en Inglaterra y vivió en los Estados Unidos. Sus obras están traducidas al francés, al italiano, al alemán, al polaco y al ruso: ¡una apenas está traducida al castellano! «Los conflictos entre la ciencia y la religión». Escribía como el inglés Burke, como Herbert Spencer, como Stuart Mill.—Bajo su frase se sentía el hecho en que la fun-

daba. No preconcebía sistemas, ni laboraba ofuscado por ellos. Su oficio era buscar verdades, y revelarlas. Este siglo prepara la filosofía que ha de establecer el siglo que viene. Este es el siglo del detalle: el que viene será el siglo de síntesis. Draper fue uno de los grandes preparadores. No alcanzan los obreros empeñados en una parte de la obra toda la grandeza y maravilla del conjunto, por lo que no son los que fabrican un edificio los que han de juzgarlo; sino los que huelgan después por sus salones espaciosos, y los ven acabados y lo gozan. ¡Qué estudiante neoyorquino, u hombre de ciencia americano, o extranjero respetuoso, no había visto a Draper! Su frente era saliente y adoselada como la del poeta Bryant, y la del naturalista Darwin. Daba envidia su frente, a la que los pensamientos hablan empujando, a manera de solio, sobre el rostro. Invitaba a llamar a ella con respeto y a evocar las riquezas que encerraba. Fluía de sus labios espesos la palabra grave. Brillaba en sus ojos, cobijados por cejas tupidas, la jovialidad de un alma buena. Los selvosos cabellos castaños que ampararon un día su vasto cráneo, habían sido consumidos por el ardor del pensamiento. Setenta y dos años tenía, y aun exploraba. Tales son sus obras, que no debiera haber hombre moderno que no se regalase con su lectura y las tuviese siempre a mano.

Pueblan hoy los fotógrafos la tierra, y todos ellos deben su arte y bienestar al profesor Draper, que enamorado de las copias de estatuas, y edificios que hacía en Francia Daguerre, y que su amigo Morse le trajo de París, se dio a ahondar en el descubrimiento, hasta que fijó en la lámina fotográfica el rostro de su ayudante, que fue el primer hombre cuya faz reproduciese la fotografía. En manos de Draper, fue a poco anticuado el antiguo procedimiento: él como Daguerre, sometía la lámina de plata al vapor de yodina, dejaba que la luz imprimiese en la lámina la imagen, y desenvolvía gradualmente la imagen al vapor del mercurio. El con el bromino mejoró el hallazgo y lo reformó a tal punto que, alegres como Arquímedes, abrieron en dos habitaciones un tanto lóbregas la primera fotografía, Morse, que estaba entonces inventando el telégrafo, y Draper que no había escrito aún su revolucionario y creador *Tratado de Fisiología*; ni su serena y profunda *Historia de la Guerra Civil Americana*, que escribió para los tiempos por venir, seguro de la posibilidad y pasión de éste; ni su libro sobre *El desarrollo intelectual en Europa*, que es obra tal que parece al que la lee, que se le abren en la sombra luminosos horizontes; ni sus *Pensamientos sobre la política civil de América*, que son guía de estadista, ni su *Filosofía Natural*, que quiere

que no se niegue lo visible, ni se le imponga lo desconocido; ni sus *Conflictos entre la Ciencia y la Religión*, que es una obra formidable y precise, que movió tormenta y consagró la fama del anciano.

¡Cómo nos avergonzamos ante esos cíclopes, nosotros los que hacemos grandes méritos de tal o cual librito mendicante! ¡Cómo nos afligimos de

vivir, como vivimos todos los americanos montados en nuestro caballo de batalla! Y ¡qué bueno fuera dejar de una vez los arreos de batallar, y luego de volver del campo de labor, escribir en la mesa de pino del hogar cosas graves y ciertas, aprendidas en la experiencia provechosa de horas reposadas! ¡Qué maravillas no sacaríamos de nuestras mentes, da-

dos a pensar en lo maravilloso! ¡Nuestros libros serían rayos de sol! ¡Y ahora nos vamos, llenos todos de heridas, con nuestros libros inescritos a la tumba!

José Martí

**La Opinión Nacional**  
Caracas  
21 de enero de 1882

20

## Carta de Nueva York

El proceso de Guiteau.-Abogados, público y reo.-  
Los acusadores y defensores.-El grave Porter.-  
El astuto Davidge.-El defensor nuevo.-Defensa legal  
y defensa ardiente.-Se va cerrando el libro de la vida.-  
Librerías nuevas.-Boston.-Daniel Webster.

**Nueva York,**  
21 de enero de 1882

Señor Director de  
*La Opinión Nacional*

**Y**A ES LA HORA suprema para ese hombre extraño, de corazón seco y rostro lívido, que se revuelve con zozobra y

angustia contra sus implacables perseguidores.-Ya está al cerrarse el proceso de Guiteau. Ya caen las últimas palabras, más como oración fúnebre que como súplica confiada, de los labios desconsolados de la defensa. Ha hablado el abogado Porter, con voces que parecían golpes de maza sobre el cráneo imperfecto y deprimido

del intranquilo reo. Ha instruido, con sabio y generoso informe, a los jurados el prudente juez Cox. Ha sido el discurso del abogado Davidge como diestro can de raza que persigue saltando, mordiendo yerba, jugueteando en el bosque, a la perdiz cansada. Ha defendido a Guiteau el abogado que le hizo abogado, el diestro Reed, con energía, novedad y alteza. Y está luchando el triste Scoville, no como quien defiende de un tribunal común a un reo desconocido, sino como quien arranca a las manos de los acusadores un infeliz ser vivo, por quien llora arrebatada-

da de dolor «la esposa de su alma». ¡iGeneroso espectáculo, no bien entendido! No es una defensa: es un combate: trueña, gime, punza, acusa, ruega, se desalienta, abofetea. Cuatro días hace que habla, sin fatiga, y sin que se fatiguen de él. Moisés no ha muerto, porque Moisés es el amor. Para el amor no hay peña dura que no se abra a contacto en raudal de aguas. Cuando parece que se extingue el argumento, reempez a rebosar, como si surgiese de fuentes inexhaustas. Y lo dice todo como quien no se ocupa de sí, ni de parecer bien. Habla como si cuchichease, como si arguyese en familia, como si debatiese en aposento privado con sus colegas. Si diera tono oratorio a lo que dice, alcanzaría fama. Desdén el adorno de la frase, que por esto mismo es más vivaz y brillante. Denuncia, con voces de Tácito, el interés político que a su juicio compele a los actuales gobernantes, venidos al poder por este asesinato, a desear la sentencia a muerte de este asesino, para que no pueda su absolución ser sospechada de misteriosas culpabilidades suyas. Pone en alto todo hecho favorable, como un escudo. Expone y tuerce todo hecho desfavorable, y lo ve de todos los lados, hasta sacar provecho de él, y se ase de él, con esperanza de quebrarlos, como león preso muerde y vuelve a morder la reja que le estorba. Es una defensa angustio-

sa, desordenada, doliente, jadeante.

Y el tribunal todo ofrece un singularísimo espectáculo. Aquel es siempre un diálogo, terrible o cómico. La muerte se sienta en aquella sala, con gorro de Polichinela, colgado de cascabeles. Los abogados hablan con saña, se tratan con brutalidad, se acusan con descortesía. Uno de los perseguidores es solemne: Porter, anciano grave, de sesenta años. Otro es ameno, y alardea de agudo, Davidge: sus pensamientos son como los rizos blancos que encuadran su rostro sonrosado: pequeños y lucientes. En su caja de cepo, Guiteau gesticula y vocea, como un Pippo de teatro de títeres. Los acusadores lo increpan, o lo mofan, o lo amenazan. El preso, que tiene un pasmoso dominio de sí, y esconde su zozobra mortal, que luce sólo como relámpago fantástico en sus ojos, repele a sus fiscales, los acusa de pensadores de alquiler, les dice faz a faz que es ya tiempo de que mueran. «¡He de colgarle!» clama con dureza repugnante, en medio de magistral discurso, el más solemne de los abogados. «¡Hemos de verlo!» responde Guiteau desde su cepo, con voz que no parece salir de cuerpo humano; voz que suena y no vibra; voz que daña. ¡Oh! Hay veces en que parece aquel desventurado un cuerpo muerto, que se disputan canes: se ve la mordida, se oye el ladri-

do, se presenta la lucha. El fiscal Corkhill, que corta trozos de carta no desfavorable a Guiteau, y presenta la lucha. El fiscal Corkhill, que corta trozos de carta no desfavorable a Guiteau, y presenta la carta mutilada en la evidencia útil a la acusación, mantiene, coreando su discurso con recios puñetazos en la barra, que no ha de permitirse a Guiteau que hable en el tribunal en su defensa. «¡Yo publicaré mi discurso!» —dice Guiteau a voces— «que suena como un discurso de Cicerón; e irá tronando por todas las edades!» —«¡No lo dejéis ir al patíbulo!»—ruega Scoville entre los aplausos de las mujeres que llenan la sala—«sin el privilegio de decir una palabra en su defensa.» Y la hermana del preso rompe en lágrimas.

Cuatro alegatos van hechos en esta estación del proceso memorable. El del juez Porter que aquí miran como a personaje profético, para impedir que en las respuestas que el Juez hace a las preguntas de los defensores del reo, para establecer, en vías de informe a los jurados, el aspecto legal del caso y los principios elementales que han de servirles para dictaminar, no diese al Juez ocasión a que el jurado la tuviese de exculpar al preso por una u otra escapada que permitiesen las respuestas. El del locuaz Davidge, el anciano astuto y parlero, que estableció definitivamente la acusación de asesinato premeditado y

malicioso, contra las súplicas de la defensa, que quiere que se tenga el caso por homicidio sin malicia, que no acarrea pena de muerte, y no por asesinato. El de Reed, que comparó en defensa del reo su proceso, y el acto que lo engendra, a otros procesos y a otros crímenes históricos. Y esa plática afanosa e infatigable, que parece exabrupto prolongado, del cuñado del preso.

Porter habla como quien enseña. Condena y fulmina. No debate sino establece. Es cruel con Scoville; que es leal con la desgracia. Sabe hacer de su voz maza, y eco de tumba. Señala con su dedo descarnado el libro de la ley que tiene abierto sobre su brazo izquierdo. Dice que deja hablar al reo, que clava en él sus ojos odiadores y sus palabras rudas, porque sus días son cortos. Guiteau discute su muerte en el Tribunal, como deudilla de pesos, o cosa de poca monta, que no le causa inquietud. Sus labios gruesos que mueve constantemente, deben estar ya fatigados de ser valladar del espanto que sube constantemente del alma a ellos. El juez Porter no quiere que tenga el asesino beneficio alguno de alguna duda del Jurado. «Aunque ya le parece ver junto al cuello rebelde del reo la cuerda del verdugo». Ni quiere que haya quien ose suponer que al Presidente Arthur, a quien llama con parcialidad visible, el más grande hombre

de Estado de estos tiempos, ni el ex senador Conckling, a quien agracia con el título de sumo parlamentarista de estos tiempos, como quien no ha oído a otros parlamentaristas de estos tiempos, como quien no ha oído a otros parlamentaristas,—tienen afán alguno por ahorrarse sospechas, de que muera ese hombre,—«porque»— y al oírle esto rompe la sala en aplausos estruendosos;—«si estos hombres hubieran estado en el lugar del crimen en aquel terrible día de julio habrían impedido el acto del asesino con un brazo de hierro». Y cuando pedía con elaborada plegaria, oratorio estilo, y voz pausada y honda, la muerte del reo, decía que eran aquellas voces, no las suyas, sino las que brotaban de la tumba abierta de la víctima de aquel malvado. «¡Obró libremente, cobardemente, intencionalmente!»

«¡No acepte el Jurado el juramento de haber obrado sin malicia, que intenta hacerle ese discípulo de Scoville!» «¿Discípulo de Scoville?»—interrumpe la voz agria de Guiteau:—«¡Scoville es mi discípulo!»

Davidge habló luego, la muchedumbre oleaba en las puertas ganosa de entrar. De la sala sacaban a hombres desmayados. El juez Porter oía a su colega; grave el rostro, como de apóstol que ha hablado, con la cabeza erguida y la mano posada sobre el pecho.

«¡Oh! ¡esos jurados cuélgan!»—se oye decir a uno.—«¡Cómo miraba ayer en medio de los ojos a la hermana de Guiteau el juez Porter!»

Los ujieres imponen silencio. Guiteau parece como que pierde ya, al pie de la escalera del patíbulo, las cintas de su máscara que se le sale ya del rostro. Reo, por lo angustiado, parece Scoville. Cerca de Davidge está Rossi, el trágico italiano, en cuyos labios se oyó susurrar algún verso de Hamlet. Davidge establece con calma, y con orden y cuidado sumos, todos los aspectos del caso, y como éste surge naturalmente, de manera culpable y espontánea, del carácter ruin, vida miserable, impaciencia de bienestar y ambición loca del preso. ¿Qué quiere probar? Que Guiteau era un villano de hábito, que culminó su existencia despreciable por un nuevo acto vil de que esperaba beneficio. Guiteau asombra, por la precisión y seguridad de sus interrupciones. No hay exceso de celo que no mofe, con rapidez que conturba al mismo Davidge, al mismo Porter. No hay argumento terrible, a cuyo encuentro no salga, y a que no oponga, con sorprendente destreza, la razón única o el único escudo que pudiera aflojarlo. Hace que escribe; pero ¡qué batalla en su mano que tiembla! ¡qué seno de miedos sus dos ojos! ¡qué tragedia su pecho! ¿Quién ha de decir que ese hombre es loco? Vedle



estimar con toda cordura, este y aquel acto político. «¡Es verdad que lo estimo?» dice el preso alzando la vista del periódico que afecta leer. «¡Pues eso hará que os cuelguen!» responde Davidge con bárbara rudeza. ¡Debiera ser la compasión dote de toda alma! «¿Quién ha de decir que ese asesino está loco? ¡Ved con qué arte estafa y toma dineros de su preso para defenderlo y se embolsa los dineros, y da a un prestamista un reloj de bronce como reloj de oro!» «¡Era de oro bueno, y valía 50!»—Y los jurados y el público ríen.—«¡Y ved con que esmero y juicio se ha procurado y exigido toda medida que asegure su salvación, y cómo, movido al fin de alguna consideración humana, no disparó sobre Garfield, cuando lo vio partir para Elberon, del brazo de su pálida esposa!»—«¿Pues no os lo decía yo?»—exclamaba Guiteau.—«¡Dijo que hablaría dos horas, y hablará dos semanas!»—El abogado describe, con exclamaciones de horror, y frases súbitas y aisladas de espanto, y gestos que entre nosotros parecerían singulares, la escena del espanto, y gestos que entre nosotros parecerían singulares, la escena del asesinato, la furia del pueblo, el dolor de la nación, el terror del asesinato, la furia del pueblo, el dolor de la nación, el terror del asesinato, las tropas que lo ampararon. Y al recordar que Guiteau ha dicho: «Como yo quería que se

fuera sin obstáculo, disparé sobre él varias veces»; exclamó el abogado, alzando las manos al cielo: «¡Oh, Dios! ¿Habéis oído hablar jamás de depravación semejante?» El jurado le veía atentamente. «¿Y por qué temía tanto Guiteau el amotinamiento del pueblo, sino porque a sus solas se confiesa que es plenamente culpable del crimen de que aquí se intenta defender? ¿Qué es un motín sino el exabrupto de nuestras mejores pasiones? No soy yo un amotinador, pero no conozco motín popular que no haya sido inspirado por los mejores sentimientos, y por alguna noble y elevada pasión humana.»

Cuando Davidge, luego de haber dibujado, con líneas rigurosamente tomadas del curso del proceso, la vida de Guiteau, describía a la sala silenciosa y suspensa, el crimen y la frialdad del criminal, y volvía a él, tendidos los brazos, las palmas de sus manos, como para apartarlo o rechazarlo. «¡Era, señor Davidge» —dijo Guiteau—, «que os vais volviendo hinchado!»—La voz del orador, que comenzó como apagada y turbia, era ya penetrante y argentina, y fiel vehículo del espanto que henchía su alma. «Ese discurso ha sido un gran acto, y un extraordinario discurso, digno del teatro y de la admiración de todos», —dijo Rossi.—«Pues ya veréis como Reed despedaza ese discurso extraordinario!»—Y la sala repetía

como un eco las palabras de Davidge: «¡Es cuerdo y depravado! ¡Su alma es negra y deforme! ¡Su perversidad es satánica! ¡El testimonio de su hermano mismo muestra que obró mal y pensó mal desde la cuna! ¡En nombre de la nación y de la cristiandad, condenadlo, jurados!»

El defensor Reed no hizo esa cosa que hace Scoville, defensa ardiente y desesperada, sino defensa histórica. El juez Cox, en sus decisiones para el informe de los jurados, llenas de buen sentido, y de esa claridad deseable en todas las cosas de la ley, estableció que había culpa legal, y cabía veredicto, si los jurados estimaban que en el momento del crimen conocía el reo la diferencia entre lo justo y lo injusto respecto de su acto; y que la alucinación única que podría hacerle declarar irresponsable, debía ser verdadera enajenación mental, que no fuese resultado de su propio razonamiento, sino que tomase posesión de su mente, sin sujeción a su albedrío ni a su raciocinio, privándole así de la capacidad de distinguir entre lo justo y lo injusto respecto de su acto; sin que la duda de los jurados sobre un hecho aislado del proceso pudiese ser motivo para sobreseimiento, sino la duda razonable, nacida del conjunto de la evidencia y el balance de la acusación y la defensa, sobre el hecho que acusa el proceso.

Reed comentó estas decisiones, de manera clara y vigorosa, y echó en cara a Davidge, que se defendió confusamente, que había callado con malicia, al repetir en su alegato las decisiones del jurado, palabras que capacitaban a éste para salvar de la muerte al acusado. Demostrar arterías de la acusación, y deslealtades para con el preso y la defensa, y hacer saber que en procesos semejantes, en que los criminales han sido defendidos por demencia, han sido salvados de la muerte, y enviados a asilos de dementes, —fueron los objetos principales del discurso de Reed.—«¡Sabed, jurados, que hubo una pobre mujer que mató en su baño a un gran revolucionario, una Carlota Corday que mató a un Marat, y fue muerta a pocos días en castigo! Y sabed que hay un cuadro en la galería de arte de Corcoran, en que desde la reja de su prisión, apelando a la posteridad de la injusticia, clama Carlota Corday, demente! Os dicen que jamás hubo un caso como éste, de hombre enajenado que atentase por enajenación al jefe de su país, ni acusado como éste, que asombrase a la Cámara con sus interrupciones y su osadía. Pero os callan que Guillermo Lawrence, que atentó a la vida del Presidente Jackson, y fue enviado a un asilo de dementes. Oíd esto que os leo, que son escenas del proceso de Lawrence, y pensad si no son esce-

nas de este proceso de Guiteau. Pues Lawrence fue enviado a un asilo de dementes. Y Hadfield, que disparó sobre Jorge III de Inglaterra; y Oxford, que disparó sobre la Reina Victoria, y, como Guiteau, compró su pistola, y como Guiteau, la preparó y probó; y como Guiteau decidió con libertad y deliberación aparentes su acto, —fueron también enviados a una casa de locos. Nuestro Dios, oh cristianos jurados, no ordenó que pereciesen en la horca los lunáticos que llevaron a su presencia, sino que dijo lo que os ruego yo que digáis: ¡Curadlos! ¡Curadlos!, dijo Jesús: pero estos acusadores dicen: «¡ahorcadlos!» ¿Qué más necesitáis saber vosotros, sus jueces, que la miserable existencia que ha arrastrado, una existencia en fuga, imbécil, ridícula, compadecible, extravagante? Leed conmigo sus cartas. Reflexionad conmigo sobre sus actos. Decidme si vosotros, que sois cuerdos, haríais lo que él ha hecho, y viviríais como él ha vivido. Miraos como tipo de cordura, y comparadlo a vosotros. Pues si ese hombre fingiese demencia, ¿qué maravilla de inteligencia no sería la suya? ¿Y tal inteligencia maravillosa no se habría despertado antes, para servirle en su triste existencia, sino en la hora de su crimen, ya mediada su vida? ¿Qué motivo halla la persecución para este crimen? ¡No señala motivo! ¿Cómo alega

que no dijo Guiteau, a raíz de su crimen, que había sido inspirado por Dios, sino por razones políticas, y que la defensa por inspiración vino más tarde, —cuando ha impedido que traigamos aquí al empleado de policía que le llevó a la prisión, y a quien habló de su inspiración desde el primer momento? No seáis, jurados, tan duros como quieren que seáis esos abogados duros. No seáis como quiere ese hombre de alma fría, que os dijo ayer que la familia de Guiteau debió abandonarlo como a una rama corrompida, como a un malvado. ¡Abandonarlo, Davidge, cuando cinco años hace, ya llamaban a un médico para que lo curase de locura, y no tenía amparo en la tierra, ni tenía ya el de su razón! ¡Abandonarlo, y dejarlo ir al patíbulo! ¡Verguenza para vos, Davidge; que esto pensasteis y dijisteis! Eso es monstruoso e inhumano. Ved a esa noble hermana afligida, que será bendita en esta vida y después de ella, por su amor fraternal y su felicidad a ese desventurado. Os dijo ayer Davidge que los mejores sentimientos animaban siempre a los motines populares. Un motín popular crucificó a Jesús. ¡Esos son, jurados, los mejores sentimientos para Davidge! Habéis jurado condenar por la evidencia, y es tal aquí la evidencia que os obliga a no condenar. Salvaos, y salvad a esta amada tierra, de eterna infamia. Si condenarais a ese

hombre, de ojos extraños y mirada vagabunda, imagináosle arrancado de su celda, con ese mismo rostro pálido de enajenado, todo atado por cuerdas, todo rodeado de los oficiales de la muerte, cubierta la faz con la capucha negra, privada de la luz, camino del patíbulo. ¡No lo condenéis, jurados, para que años tras años no tengan que cubrirse de vergüenza en esta tierra todas las mejillas!»—«Pues no pago yo a centavo el cesto por todos esos desperdicios», dijo Guiteau al terminarse este discurso.

Y al día siguiente, antes de comenzar Scoville el resumen de la defensa, decía Guiteau: —«Ni al más famoso hombre de América fio yo el último discurso de mi defensa. Solo yo sé defenderme. Yo no estoy loco, ni he estado loco más que desde que pensé en mi acto hasta el día 2 de julio. Lean los jurados ese discurso que no me han dejado leer, ese gran discurso mío que llena ocho páginas del *Herald*. Ahí está todo: lo demás es escombros. ¿Qué importa esa procesión de expertos? Ni los míos que me declaran demente, ni los de mis acusadores, que me declaran cuerdo, saben nada de mí. Dios me inspiró. Dios ha impedido que me maten. Dios lo impedirá. Las divisiones del partido republicano hicieron necesaria esta intervención de Dios. Ved todas las cartas que me han mandado de felicitación y simpatía. Si

no fue la remoción de Garfield el acto de un loco ¿por qué el Gobierno mismo que me acusa lo telegrafió al día siguiente del suceso a todos los Gobiernos de la tierra? ¡Ni al más famoso hombre de América fio yo mi discurso!»

De la defensa de Scoville; todo va dicho. Se ha abrazado a su reo, y no se lo quiere dejar arrebatar. Se ha impedido que pruebe su constante alucinación. Se han dejado los testigos que pudieran declarar que habló de mandato de Dios el día del crimen. Se han pagado a amigos del preso como al general Reynolds,<sup>40</sup> para sorprender sus confidencias en la celda, y arrancarle documentos, que se han aprovechado luego en la persecución. El fiscal ha destruido en un libro de notas taquigráficas que su estenógrafo llevaba de pláticas con Guiteau en la prisión, todas aquellas notas que demuestran el desequilibrio constante de la mente del reo, cuyo marco es ese cráneo achatado de una parte y alto de otra, y lleno de accidentes irregulares, que todos los concurrentes señalan con el dedo desde sus asientos. Hay experto que le ofreció espontáneamente venir a declarar que Guiteau estaba enajenado, y vino, habló con los acusadores, y declaró en favor de la acusación.—«¡Ese quería venir de balde a Washington!»—exclamó Guiteau.—Su vida entera es una quiebra, una prueba constante de extravío, una

muestra extraña de insensatez metódica, y cordura en la demencia, como se observa en tantos lunáticos.—Scoville se exalta; se abandona, se precipita sobre sus adversarios que no son para él abogados que acusan, sino conspiradores que tramán, conspiradores contra la vida de Guiteau. Falsean la ley: truncan los documentos: esconden los recortes de periódicos cuya lectura inflamó la mente del lunático: saludan a los jurados, y les hablan privadamente del caso: sobornan a los expertos.

Esos redactores de periódicos, esos políticos codiciosos, ese general Arthur, que hizo en vida de Garfield tan enconada y repugnante guerra al rival a quien encomia y diviniza; ese senador Conkling, que porque no dieron un puesto importante a un amigo suyo, intentó ostensiblemente la ruina y el deshonor del hombre cuya muerte hoy llora como a miembro de su casa e hijo de su seno, y que no es para los americanos Lord Grant, ni el duque de Galena, sino aquel bueno, viejo y valiente general Grant, ese estadista glorioso que abandonó precipitadamente sus deberes personales para venir a azuzar, con pequeñez indigna de un grande hombre, la ruina y vil guerra que sus secuaces hacían al Presidente; esos políticos hambrientos, de puestos y de empleos, de mando y de gloria; éstos, por el viento de tem-



pestañad que movieron y enardeció la mente exaltable del lunático, son los culpables indirectos, —son los cómplices, son los instigadores, son los autores de este asesinato. «¡Y lo digo sin miedo, yo que he llevado en mi corazón durante veinte años al general Grant: lo digo avergonzado y triste, aunque yo no quería decirlo, porque asisto a esa trama bochornosa que se urde entre estos abogados que están a su servicio, y esos altos políticos que necesitan de la muerte de ese hombre para que no caiga sobre ellos por su absolución la sospecha de haber instigado el acto, que en realidad, aunque indirectamente instigaron, por lo cual tienen miedo a la sospecha: lo digo porque veo que esos altos políticos demandan la vida de este desventurado, para poder alardear de su independencia del crimen, y de su virtud y su justicia!» Y así habla, lleno de dolor, lleno de congoja, lleno de cólera. A un argumento sigue un anatema; a un interrogatorio una disputa; a un trozo de prueba, un párrafo exaltado. Se le escucha con avidez, con respeto, con ternura. ¡Guiteau tendrá ya sobre el rostro la capucha negra, y Scoville estará aún luchando por arrancarlo de manos del verdugo!

Y ya se asoma, aguardado con ansia por toda la nación ese tonante juez Porter. Hay en torno a un discurso de clau-

sura, ese aplauso tácito y silencio respetuoso que precede a las maravillas. Aguárdase tal esfuerzo de elocuencia, de terrible y malaventurada elocuencia, que se moje al fin de lágrimas al rostro seco y pálido del reo. Aguárdase un esfuerzo oratorio, que justifique ante los hombres plenamente la muerte de ese hombre, y que se aflojen al fin estremecidos, los músculos exangües y los nervios de hierro de ese preso.

Para ese mísero se está cerrando el libro de la vida: y algunos de los hombres buenos de New York tratan de que todos los libros se abran a los pobres. Hay librerías famosas, como la de Lenox, que es casa monumental. Colgada de excelentes pinturas, y sobrecargada de ricos anaqueles, llena de libros raros y preciosos. Hay la librería de Cooper, sobre cuyos periódicos numerosísimos se inclinan a la vez dos millares de cabezas. Hay la librería de Astor, luminosa y solemne, donde se alberga toda la ciencia y está dibujado todo el arte de la tierra. Pero esas son librerías de día, para desocupados especialistas y ricos. Se anhela una como la celebradísima de Boston, tan rica en cosas nuestras, de España y de las Indias, y en cosas de todas partes: —de Boston que no se llama en vano Atenas, bajo cuyos árboles pensó Thoreau, en cuyas fiestas conversaba Motley, por cuyas avenidas medita Longfellow.

Quiérese una librería nocturna, adonde vayan, como a un hogar de alma y cuerpo en que ambos reciben amparo del frío, cuantos no saben cómo dar empleo a estas tediosas noches neoyorquinas, oscuras, largas, desocupadas, fúnebres e inútiles. Quiérese casa para los que no la tienen, rica librería de estudiantes, de artesanos, de trabajadores. Quiérese un gran depósito de libros, que se den gratuitamente a las gentes honradas, para que los lleven a sus casas, y los abran junto al fuego en la mesa de familia; y hagan la maravilla de que el espíritu viva en estío entre las nieves del invierno.

¡Bien haya ese proyecto! Cien años hace ahora que nació un hombre ilustre que lo hubiera alimentado, un hombre en honor de cuyo nacimiento resonaban ayer las campanas de las iglesias de su pueblo, y se reunían los pensadores de esta tierra a ver alzarse majestuosa estatua. Puesto que sus palabras fueron tan ardientes que fundían el bronce, debe conmemorársele en bronce. Fue Daniel Webster, —que fue de los que quedan siendo. Aún le recuerdan los que lo veían, desatado como la tempestad, caer desde su magnífica tribuna sobre sus abortos y confusos adversarios. Aún se repiten como código de esta nación, los mágicos y nobles discursos con que explicó sus leyes, enmendó sus yerros y previó los sombríos y



grandiosos tiempos futuros. La nación se sintió en él y él en ella. Su frente era vasta y limpia como hecha para escribir leyes. Sus ojos eran penetrantes y fogosos, como para imponerlas. De color de oro usaba el chaleco que cubría su pecho

robusto; y oro, con su corazón magnánimo llevaba en su pecho. Dicen que en torno suyo se veía como luz deslumbradora; y que parecía cuanto nacía de él, que nacía de montaña. ¡Hicieron bien en ponerse ayer de fiesta los alegres

hogares y los leales campanarios de su pueblo!

José Martí

**La Opinión Nacional,**  
Caracas,  
6 de febrero de 1882

## 21

# Carta de Nueva York

Nieves, gozos y tristezas.-Patines y trineos.-Las casas de dormir y las tabernas.-Grandes bailes del año.-Incendio terrible.-Miseras obreras.-Congreso del sufragio para la mujer.-Nuestros pueblos y aquel pueblo.-Nueva York condena la persecución de los judíos.-El anciano Evarts.

**Nueva York,**  
4 de febrero de 1882

Señor Director de  
*La Opinión Nacional*

LOS LABRIEGOS están gozosos porque los copos fríos, como mariposas blancas, les traen en sus alas, a hacer bien a las siembras, todo el amoníaco de la atmósfera y luego se tienden sobre la tierra, a que

los animales dañinos mueran bajo ellos, y a que el saludable amoníaco, que gusta de volar como toda esencia, no se escape del suelo cultivado que lo ha menester. Despiértase en las mañanas de nevada el hombre del trópico cuyo cráneo parece natural aposento de la luz, que lo engalana y lo arrebola todo, como hombre que viviese hambriento y sediento; y hurraño como lobo encerrado en las paredes fos-

forescentes de una vasta sepultura. Imagina que su cabello ha encanecido. Amenaza con el puño aquel enemigo inmenso y alevoso. Su mano hecha a grabar en el papel los relámpagos que iluminan su mente, pósase en él hinchada y aterida y aletean, en su cráneo encendido, las águilas rebeldes. Fuera es el regocijo y la algaraza. Caballos generosos empenachados y arrogantes, arrastran con gran ruido de sus colleras de cascabeles, los rápidos trineos. Hay sol suave en la altura, y sol de gozo en los rostros de los hijos de estas tierras de nieve. Alzase en el Parque Central la amada bola roja que anuncia a los patinadores que ya está bueno de patinar el lago helado, y aquí

es uno que ajusta los ricos patines, allá otro que se calza de modo que no se les vean los suyos modestos. Puéblase el lago de alegres danzadores. Una parte, sobre el patín afilado que corta, sigiloso como la calumnia, los hielos dóciles, y se balancea, se revuelve, se mece, se extiende, como si se extendiese sobre el cuello de un caballo invisible, se refleja, se acerca, gira presto, traza relámpagos, dibuja edificios, escribe su nombre, se abalanza, se para de súbito, toma de la mano a gallarda doncella y alegre como besos que volasen, se deslizan, veloces como sueños: otro más inexperto, aprende, con sus rudas caídas, cuán caro cuesta en la tierra intentar volar, y dura el regocijo, el reír de los que dan consi-go sobre el hielo, el batir palmas y silbar—que aquí se usa por aplauso—a los que caracolean, revolotean y triunfan, el hacer cerco a los patinadores hábiles, el celebrar a las hermosas damas, el seguir con los ojos a los airosos caballeros, el tomar notas de los agentes de periódicos, el poner orden de los guardianes del parque, hasta que va a dar la nieve en lodo, cual suelen las bellezas, y cae de lo alto del mástil, anunciando que el patinar ha terminado, la amada bola roja.

No cesan en la noche la fiesta y el bullicio. Sobre la nieve, envía la hermosa luna de enero, su luz nevada. Los chielos, reunidos en bandadas,

se vocean, se persiguen, se echan luchando entre risas sobre la nieve. Ya ponen sobre dos pilares imperfectos, dos masas colosales, y abren en la más alta dos grandes agujeros, y dejan su obra a que presida la función, que ese es el buen gigante Tomy. Ya, donde hay cercado, válense de él para apoyar gruesas paredes de nieve que llenan de almejas, desde las que atisban las operaciones del fuerte vecino, donde el bando enemigo está ocupado en amasar sendas bolas pesadas. Que suelen ser peligrosos arreos de batallar. Ya amontonan la nieve, en medio de las anchas avenidas, y luego que la ven bien alta, y la apelmazan a palmadas, le ahuecan el centro, con lo que le dan aire de colosal colmena, y se albergan en ella, orgullosos de su habilidad de constructores.

Otras veces, el viento, más que sopla, arrastra. El agua nevada en la altura, desciende en copos por el aire frío, y el viento los revuelve, los junta a los que alza de la tierra, los arrebatada y arremolina. Así el toro que brama, escarbado la tierra como para sacar de ella fuerzas con que acometer a su enemigo, abate con su aliento enfurecido el yerbaje cercano. Las madres que lloran por todos los hombres, desde que tienen hijos, piensan con angustia en los trabajadores valerosos, que en la alta noche cruzan en vapores que suenan al golpe de los tímpanos, cual montes que

crujesen, los anchos ríos helados. Ampáranse en las tabernas los transeúntes, cuyos rostros amoratados parecen, mostrándose trabajosamente en aquella venenosa atmósfera, setas enfermizas. Humean sobre los mostradores las bebidas calientes. Agloméranse, cólericos y blasfemantes, los hombres más ruines o los más desventurados de la ciudad, a las puertas estrechas de miserables casas de dormir en cuyas alcobas nauseabundas, ebrios de licor y de odio, que embriaga como el licor, yacen desnudos por el suelo, en torno a una vieja estufa enrojecida, centenares de huéspedes. O por medio real compran, los que se espantan de aquella abominable compañía, el ruin derecho de dormitar en una silla de la taberna, junto al piadoso fuego. O merodean aterridos, para gozar de los caballos, entre los magníficos carruajes que aguardan a las puertas de la Academia de Música fastuosa, donde las luces del baile de los grandes, parecen como opacas, por no dar calor a las resplandecientes pedrerías de que son mostrador las elegantes damas.

Ahora es en Nueva York tiempo de bailes, y la Academia de Música, que es el Teatro de la Opera, y de la rivalidad y el fausto de los ricos neoyorquinos, reúne en estas noches de vientos y nevadas a los venturosos de la ciudad, ya los que imaginan que lo son, por

no morir de espanto, de mirar en sí, y a los que quieren ser tenidos por felices. Los franceses, que en Nueva York se cuentan por millares, y viven prósperamente de varias industrias, se juntan en estos días del año en bailes celebrados, exuberantes de color y gozo, que hacen pensar en Beranger y en el buen barrio latino, que es como una gran casa de familia, donde todos los hombres de la tierra están como en su tierra, y viven juntas todas las grandezas y todas las locuras: de guirnaldas de luces, de matices vivos, cuelgan el ancho salón de la Academia, y los palcos parecen balcón del corso de Roma en día de carnavales, y el tablado paleta de pintor, donde hubiera vaciado un niño revoltoso la caja de colores. Danzan guerreros duros, armados de coraza y guanteletes, con pajecillos enamoradores, que parecen tazas sonrosadas, rebosantes de espumoso vino de Borgoña. Saltan de grupo en grupo doncellas suecas y retozones arlequines; un francés, que no ha de ser lector de *El Universo*, lleva blusa de carnicero del mercado, y capuchón de monje, sujeto por collares, que dejan caer al pecho largas cruces; y éste baila, con caballescra gentileza, con una india moza que luce manto y penacho de plumas, y que ha comprado de fijo novelas de Xavier de Montepin a los libreros de viejo que venden libros en

los bordes murados del río Sena.

Tal es el baile de la Amistad, el más famoso de los que en Nueva York celebran cada año los franceses. El de la Caridad, que fue un tiempo el gran baile del año, es aún buena ocasión de galas donde van a ostentar las de sus trajes y joyeros las familias que gozan fama de acaudaladas, y a lucir su casaca de noche, que ha de ser de faldones de punta y no cuadrados, los caballeros que hallan espacio en este mundo ansioso para meditar en la forma de los faldones de las casacas. Y otro día, ya no son animadas guirnaldas las que ornamentan el techo majestuoso de la Academia de Música, sino almetes y escudos, y banderas y lanzas, como en señal de que los que apadrinan el baile que ha sido suntuosísimo, son los ricos soldados del Regimiento vigésimo segundo, cuyos regimentados, que son nobles de Bolsa, la cual es clase de nobleza nueva, divirtieron a los elegantes bailadores con escenas de milicias simulacros de batalla y juego de armas.

La vida y la muerte se despiertan a la par mañana; al alba, la una afila su hoz y la otra coge su ramillete de jazmines, mordidos algunas veces de gusanos. Un baile, es incendio de alma. Un edificio que hace costado a la alta casa de correos, rugía ese día incendiado. Ha sido un espectáculo terri-

ble, cuya presencia no alcanzó a turbar el regocijo de los enamorados de la danza. En esa noche fría, cruzaban almas, ya libres de sus cuerpos, el espacio húmedo y oscuro, y arrebujábanse ateridas, salpicadas, en su camino de copos silenciosos, de volante nieve. Y los alegres danzadores deslizaban sobre la alfombra suntuosa el ancho pie, calzado de zapato femenino y medias negras. Fue el incendio en la mañana, en casa de numerosos pisos, llena toda de oficinas de periódicos, porque, como evocados por la estatua de Franklin que preside la plaza cercana, afluyen en aquellos contornos todos los soldados de la Prensa. Por allí está el *Sun*, con Carlos Dana, su jefe hidalgo, romántico y benevolente; por allí el *Tribune*, donde escribió Greeley, que supo sembrar fresas y verdades, y escribe Whitelaw Reid, que sabe hablar y odiar; por allí está el *Times*, diario severo cuyo jefe joven es honrado y brusco. Allí estuvo el *World*, hoy vendido a un negociante; allí había aún periódicos notables que enseñan a sembrar, a comprar y vender, a trabajar en artes, a preservar cosechas, a criar ganados.

Las llamas ascendieron, con tal furia, que parecía que hubiesen estado largo tiempo presas. Cien lenguas rojas se entraron a la par por escaleras y pasillos. Los pisos altos, llenos de trabajadores, de pobres mozas, que hacen oficio de

cajistas, de niños recaderos, se llenaron de horror y de clamores. Ya las llamas rebosaban por las puertas y los bomberos acostaban sus escaleras en las paredes, y la muchedumbre se agolpaba en las afueras. Un hombre como de pie en las llamas, asoma en una ventana. Otro, rodeado de un halo de fuego, asoma en otra. Ya son todas las aberturas de la casa fauces rojizas, donde hierve el humo. No alcanzan a los pisos altos las escalas de los bomberos. Vese a una pobre negra, que, como perseguida de monstruos feroces, salta dando hondos gritos de un cuarto encendido, se acurruca en el umbral de una ventana, se ase por no caer a la calle, de su nabo ardiente, y se yergue de súbito, se recoge las ropas entre ambas piernas, exhala un alarido, y se arroja a la calle, en cuyas piedras chocó su cuerpo, despedazado con estruendo. Un negro heroico, que limpia botas en una casa de beber, y tiene el alma libre de betunes, ve que en el techo del edificio humeante donde asoman tres hombres, corre un alambre de telégrafo a un poste vecino, que dista de la techumbre como ésta de la calle, y hace una trinchá, se ayuda de ella para subir, halagado por los aplausos, a la cima del poste, donde corta el alambre, que ya colgado sirve de cuerda de descenso a los tres hombres, y baja velozmente, a hacer más bien, lleno el rostro de gozo, y

el pecho de sangre. Una mujer joven aparece en la más alta ventana. Trae las manos manchadas de la gloriosa tinta del trabajo. Muerden las llamas sus cabellos; y ella aparta las llamas con sus manos. Ya se prende el fuego a sus vestidos, y ella arranca los trozos incendiados. Batalla brazo a brazo con el fuego. A seis varas de sus pies está la más próxima escalera, donde la aguarda con los brazos abiertos un bombero y ella se deja caer, arrogante y serena, y así es salvada. Dícese a un hombre que haga lo mismo, y el hombre rehúsa hacerlo. Tardan los bomberos en ver a dos míseros que con las manos en alto piden ayuda, y un albañil asalta la escalera, les excita a dejarse rodar por la pared, y con su brazo noble, al que da su fuerza suma la buena voluntad, recibe a los dos hombres. Otros gritan, agitan las llamas que los envuelven con sus ademanes de horror, se asoman a la calle, donde les aguarda el espacio vacío, se hunden en el fuego, como queriendo ablandarlo con sus lágrimas, y al fin saltan moribundos de angustia sobre los lienzos que mantienen extendidos los bomberos piadosos. Se ven dos manos que se prenden al marco de una ventana ya incendiada, y una mujer a poco, de pie en el poyo humeante. La masa roja olea en su torno; ya está como vestida por las llamas, ya desaparece en el turbión negruzco,

como arrebatada por la fiera hambrienta. Hoy ya todo es ceniza. Queda el respeto a los valientes, que han sido honrados con medallas; quedan los periódicos que mudan de casa, y están hechos de espíritu, por lo que no mueren en incendio; y quedan los cadáveres sepultados entre himnos religiosos, o enterrados en las húmedas ruinas.

En esos escombros asoman, como guerreros de buena batalla, muertos en la mitad del guerrear, las armazones que sustentaban las cajas de tipos de imprimir, manejados a cambio de ruin salario, por débiles mujeres. En verdad que llena de dolor ver venir de lejanos suburbios, en estas mañanas turbias que parecen madrugadas, a esas obreras valerosas que, al volver en la noche anterior de la ruda faena, reclinaron la inquieta cabeza, sin tiempo de soñar, en su almohada dura y fría. Carros y vapores parecen a esa hora casas de huérfanas. Llevan la color mustia; la nariz roja; los ojos, como de llorar; las manos hinchadas. Van los obreros amparados de trajes gruesos, y ellas, de telas descoloridas, delgadas y ruines. Hacen la labor de un hombre, y ganan un jornal mezquino, mucho más bajo que el de un hombre.

Estas amarguras afligen a algunos corazones buenos, que no hallan modo de poner remedio a esa miseria, que roe cuerpos y almas. Hay en esta



tierra un grupo de mujeres, que batallan con una vivacidad y un ingenio tales en el logro de las reformas a que aspiran, que, a no ser porque no placen mujeres varoniles a nuestra raza poética e hidalga, parecerían estas innovadoras dignas de las reformas por que luchan. Ni es justo querer que en prados de mariposas pasten leones. Ni es cuerdo sujetar a nuestro juicio de pueblos romancescos,—y por encima de nuestras pueriles desazones, puros—los menesteres y urgencias de ciudades colosales en cuyos senos sombríos se agitan criaturas abandonadas y hambrientas, comidas de avaricia, nacidas en soledad y apartamiento, y dadas sin freno al loco amor de sí. No ve el norteño en la mujer aquella frágil copa de nácar, cargada de vida, que vemos nosotros; ni aquella criatura purificadora a quien recibimos en nuestros brazos cuidadosos como a nuestras hijas, ni aquel lirio elegante que perfuma los balcones y las almas. Ve una compañera de batalla, a quien demanda brazos rudos para batallar. Ni son los hogares en esta tierra, aquel puerto sereno en que la hija es gala y no estorbo, y su matrimonio cosa temida y no deseada, sino como casa de hospedaje, donde no se cree el hostelero obligado a mantener a los huéspedes que trajo él a su casa. Ni nacen las mujeres en estos pueblos como en aquellos nuestros, miradas de cerca por

los ojos vigilantes de sus familiares, que las guardan con ternura y con esmero; sino que vienen al mundo en lo que hace a los pobres, como retoños malsanos de un árbol enfermizo, que brota entre una mesa coja y un jarro de cerveza, y oye desde el nacer palabras agrias, y ve cosas sombrías, y se espanta de ellas, y va sola.

Tantos males pueden hacer surgir como legítimos, y verdaderos por relación, pensamientos que a nosotros nos han de parecer—por ser nosotros de tierras distintas—vulgares y extravagantes. Va cerrándose el congreso de damas, convocado para abogar enérgicamente por la concesión del derecho de votar, a las mujeres. Ha sido el congreso en elegante sala, y las damas de él muy elegantes damas. Vestían todas de negro, y la que más, que era la presidenta, llevaba al cuello un breve adorno azul. Y el auditorio era selecto, lleno de hombres respetuosos y de damas de buen ver. Es cosa sorprendente, cómo la gracia, la razón y la elegancia han ido aparejadas en esa tentativa. Deja el congreso de mujeres, la impresión de un relámpago,—que brilla, alegra, seduce e ilumina. Yo he oído a un lacayo negro hablar, pintando el modo de morir de un hombre, con tal fuego y maestría, que le hubieran tenido por señor los maestros de la palabra. Yo he oído con asombro y con deleite, la verba exuberante y armo-

niosa de los pastores hondureños, que hablan castellano de otros siglos, con donaire y fluencia tales que podrían respeto a oradores empinados. Y ese modo de hablar de estas damas ha sido como el corretear de un Cupidillo malicioso, bien cargado el carcaj de saetas, y bien hecha la mano a dispararlas, entre enemigos suspensos y conturbados, que no supiesen cómo ampararse, alzando el brazo y esquivando el rostro, de los golpes certeros. ¡Qué destreza, en sus artes de combate! ¡Qué donaire, en los revuelos de su crítica!

«¡No nos dejáis más modo de vivir que ser siervas, o ser hipócritas! ¡Si ricos, absorbéis nuestras herencias! ¡Si pobres, nos dais un salario miserable! ¡Si solteras, nos anheláis como a juguetes quebradizos! ¡Si casadas, nos burláis brutalmente! ¡Nos huís, luego que nos pervertís, porque estamos pervertidas! Puesto que nos dejáis solas, dadnos los medios de vivir solas. Dadnos el sufragio, para que nos demos estos medios.»

Y como decía tales cosas una respetable anciana, con tal riqueza de dicción y propiedad de ademanes, que no había espacio a burlas, amigos y adversarios oían atentos y batían las palmas. «¡Vienen a convertirse las mujeres ignorantes, merced al desamparo en que viven, en frutas de noche, y huéspedes de la policía, y no tenéis en las casas de policía,

mujeres honradas que asistan a esas infelices, sino hombres que las burlan y mancillan! ¡Poned mujeres en las estaciones adonde van presas mujeres! ¡Dejadnos votar, y nosotras las pondremos!»

Y a este punto, como si fuese ley que en esta tierra fueran siempre unidos lo poderoso y lo pueril, dice una dama linda que está en la sala el Jorge Washington de la causa de las mujeres sufragistas, y se debe oír hablar a Washington; cuya dama, que es famosa, y habla esa lengua que gusta a los americanos, porque hace reír, y tiene en abundancia la brutalidad y la presteza del boxeo, subió seguidamente a la plataforma, donde ostentaba un grave caballero su galán lujoso y sus gruesos zapatos de andar; mas no dijo discurso, sino que el libro que tenía en la mano era una historia del sufragio de las mujeres, y que alcanzaría gracia, y se haría

miembro de dos asociaciones sufragistas, quien en prueba de fe comprase el libro. Con lo que bajó de la tribuna Susana Anthony.<sup>41</sup>

La pasión generosa, la réplica aguda, la ironía mordiente, la razón sobria, la exaltación sectarista, distinguieron a esta reunión de damas estimables; por las que se supo que no ha mucho, cincuenta y nueve legisladores votaron en Albany, que es la cabeza del Estado, por la concesión del sufragio a las mujeres, contra cincuenta y cinco, que no gustan de concederlo; y se supo también por un ex gobernador de Wyoming, que en Wyoming votan y gozan empleos, y se disputan candidaturas las mujeres, y hubo vez, en la que todo quedó en paz, en que un marido era candidato republicano para un empleo y su consorte candidato demócrata.

Y aún resuenan a par de esas voces, extrañas por fortu-

na a nuestros pueblos, donde compartir la vida es comenzar de veras a gozarla, —los acentos robustos y magnánimos de los prohombres neoyorquinos, congregados a denunciar, como delito humano, que han de execrar las gentes, y de penar el cielo, la causa bárbara y enconosa de que los míseros hebreos son hoy víctimas en Rusia. Y un anciano de faz rugosa, cuerpo escueto, y palabra apostolar, el anciano Evarts, decía que cuando el pecho se hincha, desborda por los labios, y que como la faz en la linfa del arroyo, copia al punto la faz que se asoma a la linfa, el corazón de todos los hombres y mujeres de la tierra, responde al grito de angustia de los hombres y las mujeres de Moisés.

*La Opinión Nacional,*  
Caracas,  
18 de febrero de 1882

## 22

## Carta de Nueva York

Una pelea de premio.-Los hombres peleadores.-  
 El mozo de Boston y el gigante de Troya.-  
 Exhibición, preparación, paseo triunfal, condiciones  
 de pelea, y pelea de los pugilistas.-  
 La ciudad, el viaje y el circo.-Golpeadores  
 famosos.-Interés de la nación.-Pedro Cooper, amigo  
 de los hombres famosos.-Interés de la nación.-  
 Pedro Cooper, amigo de los hombres.-Los valientes.-  
 Vieja y nueva usanza.-El «Ramayana»  
 en Nueva Orleans.

Nueva York,  
 17 de febrero de 1882

Señor Director de  
*La Opinión Nacional*

VUELA LA PLUMA, como ala, cuando ha de narrar cosas grandiosas; y va pesadamente, como ahora, cuando ha de dar cuenta de cosas brutales, vacías de hermosura. Se retuerce como esclava, se alza del papel como prófuga y desmaya en las manos que la sustentan, como si fuera culpa contar la culpa. Aquí los hombres se embisten como toros, apuestan a la fuerza de su testuz, se muerden y se desgarran

en la pelea, y van cubiertos de sangre, des pobladas las encías, magulladas las frentes, descarnados los nudos de las manos, bamboleando y cayendo, a recibir entre la turba que vocea y echa al aire los sombreros, y se abalanza a su torno, y les aclama, el saco de moneda que acaban de ganar en el combate. En tanto el competidor, rotas las vértebras, yace exámine en brazos de sus guardas, y manos de mujer tejen ramos de flores que van a perfumar la alcoba concurrida de los ruines rufianes.

Y es fiesta nacional, y mueve a ferrocarriles y a telégrafos, y detiene durante horas los negocios, y saca en grupos a

las plazas a trabajadores y a banqueros; y se cambian al choque de los vasos sendas sumas, y narran los periódicos, que en líneas breves condenan lo que cuentan en líneas copiosísimas, el ir, el venir, el hablar, el reposar, el ensayar, el querellar, el combatir, el caer de los seres rivales. Se cuentan, como las pulsaciones de un mártir, las pulsaciones de estos viles. Se describen sus formas. Se habla menudamente del blancor y lustre de su piel. Se miden sus músculos de golpear. Se cuentan sus hábitos, sus comidas, sus frases, su peso. Se pintan sus colores de batalla. Se dibujan sus zapatos de pelea.

Así es una pelea de premio.<sup>42</sup> Así acaban de luchar el gigante de Troya y el mozo de Boston. Así ha rodado por tierra, ante dos mil espectadores, el gigante, inerte y ensangrentado. Así ha estado de gorja Nueva Orleans, y suspensos los pueblos de la Unión, y conmovido visiblemente Boston, Nueva York y Filadelfia. Aún veo, prendidos como colmena alborotada a las ruedas y ventanas del carro donde les venden los periódicos, a esas criaturillas de ciudad, que son como frutas nuevas podridas en el árbol.

Los compradores, en montón, aguardan en torno al carro, que ya anda, arrebatado por el grueso caballo a que va uncido, en tanto que ruedan por tierra, revueltos con paquetes de periódicos, miseras niñas cubiertas de harapos, o pequeñas bien vestidas, que ya desnudan el alma, o irlandesillos avarientos, que alzan del lodo blasfemando el sombrero agujereado que perdieron en la lucha. Y vienen carros nuevos, y luchas nuevas. Y los que alcanzan periódicos, no saben cómo darlos a tiempo a los compradores ansiosos que los asedian. Y la muchedumbre, temblando en la lluvia, busca en los lienzos de noticias que clavan en sus paredes los diarios famosos, las nuevas del combate. Y lee el hijo, en el diario que trae a casa el padre, a qué ojo fue aquel golpe, y cuán bueno fue aquel otro que dio con el puño en la nariz del adversario, y con éste en tierra, y cómo se puede matar empujando gentilmente hacia atrás el rostro del enemigo, y dándole con la otra mano junto al cerebro, por el cuello. Y publican los periódicos los retratos de los peleadores, y sus banderas de combate, y diseños de los golpes. Y se cuenta en la mesa de comer de la familia, que este amigo perdió unos cien duros y aquél ganó un millar, y otro otros mil, porque apostaron a que ganaría el gigante, y sucedió que ganó el mozo. Eso era Nueva York la tarde de la lucha.

¿Y en el campo de la lucha? Fue allá, en tierras del Sur, junto al mar, bajo cedros y robles. No son éstas querellas de bribones, que la ira encona, el azar cansa, y el capricho legisla: son troncos de antemano concertados, en que se dividen —como en las justas antiguas— el campo y la luz, y se determina, como para los caballos de carrera, el peso y el modo de justar y se acuerda en tratado formal y manera minuciosa, que los peleadores pelearán de pie, y sin piedras ni hierros en la mano, ni más que tres espigas de punta redonda y media pulgada de largo en la suela del zapato, y se establece, como mejora de decoro, que aquella vez no muerdan, ni se rasguen la carne con las uñas, ni se dé golpe al que ya tiene una mano y una rodilla en tierra, y a aquel a quien se sujeta por el cuello contra las cuerdas o estacas del circo, que ha de ser prado llano, y no mayor de 24 pies en cuadro, y ha de ostentar al sol, enarboladas en las estacas del centro, los colores de pelea de ambos rufianes, los cuales fueron esta vez arpa, sol, luna y escudo, y águila de anchas alas sobre esfera tachonada de estrellas para el gigante de Troya, y águila que sustenta en las nubes un escudo americano, cercada de banderines de Irlanda y Norteamérica, para el mozo fuerte de Boston. Porque de Irlanda vino a esta tierra, con la pobla-

da numerosa, la bárbara costumbre.

Los tiempos no son más que esto: el tránsito del hombre —fiera al hombre— hombre. ¿No hay horas de bestia en el ser humano, en que los dientes tienen necesidad de morder, y la garganta siente sed fatídica, y los ojos llamean, y los puños crispados buscan cuerpos donde caer? Enfrenar esta bestia, y sentar sobre ella un ángel, es la victoria humana. Pero como el Caín de Comon, en tanto que los aztecas industriosos y los peruanos cultos hacían camino en la cresta de los montes, echaban por canales ciclópeos las aguas de los ríos, y labraban para los dedos de sus mujeres sutilísimas joyas, los hombres de aquellas tierras del Norte, que opusieron a los dardos de los soldados de César el pecho velludo, y las espaldas cubiertas de pieles, alzaban tienda nómada en la tierra riscosa, y comían en su propia piel, ahumada apenas, la res ensangrentada que habían ahogado con sus brazos férreos. Los brazos de los hombres parecían laderas de montaña, sus piernas troncos de árboles, sus manos mazas, sus cabezas bosques. Vivir no fue al principio más que disputar los bosques a las fieras. Mas hoy la vida no es montaña áspera, sino estatua tallada en la montaña.

Así se espantan los ojos, como si de súbito se viera pasar por las calles de una ciu-



dad moderna a Caín, de ver cómo las artes de la pintura y de la imprenta lamen sumisas los pies rugosos de estas bestias humanas, y copian y celebran al bruto magnífico, y le espían anhelantes en el instante en que, desnudo el torso montuoso, y encrespado el brazo troncal, ensaya en una bola de cuero, que envía bamboleando al techo de que cuelga por fajilla de cuero, los golpes que ha de dar luego, entre hurras y vítores, en el cráneo crujiente, en los labios hinchados, en el cuerpo tambaleante de su adversario estremecido. Se educan para la pelea, se fortalecen, se consumen en la carne superflua que pesa y no resiste, se recogen en población de campo, en casa apartada, con sus educadores, que les enseñan golpes excelentes, y les prohíben excesos corporales, y los muestran a los que apuestan de oficio, y quieren ver, antes de apostar a su hombre, porque «ellos van de negocio» y deben apostar «al mejor hombre». Y de negocio también van los peleadores, que jamás se vieron a veces, y van a verse por primera vez en la arena del circo. Pero un chalán ha puesto a los brazos de uno, dos millares, y ajustan la pelea, la sangrienta pelea, porque no viene mal ganar, rompiendo huesos y sacudiendo en los cráneos los cerebros, los dineros y la fama de «campeón del peso grande de la América», porque hay menguados que

pesan ciento treinta libras, y se baten por la fama de ser los más ricos golpeadores entre los de poco peso; mas hay mancebos que pesan doscientas libras, y éstos lidian por merecer el derecho de campeón entre los de peso grande.

Y no bien se publica que se ha ajustado la batalla, hácese cargo del peleador los que le «educan», que se llaman «sus segundos», e impiden que por el deber o el mocear comprometa «el hombre de pelea» la ganancia del que ha puesto dinero «a su espalda». Y es la nación circo de gallos. Van los dos hombres enseñándose por los pueblos, y peleando con guantes, desnudos de cinto arriba, en teatros, plazas y tablados de cantina, donde ondean sus colores, y narran sus hazañas, y palpan sus músculos y balancean las condiciones de ganancia o pérdida, antes de cruzar con el jugador vecino la apuesta de dinero. Créanse bandos en las poblaciones, que suelen parar en que ambos contendientes saltan, revólveres al aire y cuchillos en alto, al circo o al tablado: y Troya, que ama a su gigante, que es dueño de un teatro, y padre de familia, y pródigo de fama, como buen rufián, arde en celos de Boston, que está orgullosa de su bestia, porque no se ha puesto hombre enfrente del mozo bostonés que no haya caído ensangrentado en tierra. No se pregunte quién lo impide, que cuando acontece en plazas pú-

blicas, un mes tras otro mes, no lo impide de toros, buenas para hacer toros de los hombres, en el recinto de Tenochtitlán, y dejan las que haya en el pueblecillo cercano de Tlalnepanta, donde un tiempo oró en su torre alta el gran Netzahualcoyotl, poeta, rey y capitán excelso, y hoy desjarretan brutos, vestidos de toreros de comedia, hombres nacidos, por la grandeza de la tierra que los cría, a más glorioso empleo.

Cuando se acerca el día fijado para el combate, como cada Estado tiene ley diversa, y abundan entre los hombres distinguidos, que hacen las leyes, los abominadores de esta pelea de hombres, suelen los pugilistas andar de salto en salto, en fuga de las cárceles. Mas hallan siempre Estados que los amparen, y allí, es fiesta pública. Vienen los trenes, de comarcas lejanas, cargados de apostadores, que ponen punto a sus negocios, y dejan sin padre sus casas, por venir a centenares de millas, a apiñarse en la muchedumbre vociferadora que con el rostro encendido y las manos en alto, y el sombrero a la nuca, rodeará en la mañana anhelante, el circo de la lidia. Son banqueros, son jueces, son graves personas, miembros de las iglesias de su pueblo, son jóvenes ricos, de dinero que debiera trocarse en yugo para sus frentes: no son sólo bribones ni chalanés. Hay en toda ciudad un

centro de estos juegos, y en algunas ciudades muchos centros. Cada agrupación envía sus diputados; cada postor que puso precio, envía su hombre a ver; cada amator del ejercicio va a gozarse en sus lances. No tienen cierre las puertas de los hoteles y cantinas. Los hijos pródigos del azar asombran con su fausto, y los boxeadores de oficio con sus fuertes músculos, a las damas y damiselas de la villa, que no apartan de ellos los ojos, como de seres aborrecibles, sino que les miran con curiosidad y con regalo, como a hombres magnos y seres de privilegio.

En Nueva Orleans, en cuyas cercanías fue este combate, se abrieron las bolsas viejas, muy atadas desde los tiempos de la guerra terrible, para poner los ahorros mohosos a la bravura de los jayanes. Las calles parecían corredores de casas; y el suceso, suceso de familia. Todo era chocar de vasos, hablar en voces altas, discutir en tiendas y plazas los méritos de los mozos, en cohorte ir a saciar los ojos avientos en la espalda robusta, el hombro redondo, y la cadeira desenvuelta de los atletas. Y volvían los unos, mohínos porque su jayán tenía demasiada carne sobre las costillas, y los otros alborozados porque su hombre era todo huesos y músculos. Iban los médicos en grupos, a ver aquel ejemplar rico de bruto humano. Y las damas iban a poner su mano

delgada en la mano huesosa de los héroes.

Toda la ciudad parecía de viaje en la noche que acabó en la madrugada de la marcha. En sillas, y en sofás y de codos en los balcones, dormían, temerosos de que partiese el tren sin ellos, los que habían comprado, a cambio de diez pesos, el derecho de ver la anhelada lucha. Vaciaban en los mostradores de los hoteles, porque no se las robasen en el camino, las joyas, a que son los rufianes muy aficionados. Y allá va al fin, cruzando los llanos pantanosos de la Luisiana, el tren veloz con los peleadores, con sus segundos, con la esponja y menjurjes de curar, con los dineros de la lidia, con sus vagones repletos, techados de gente, rebosada de los carros. Allí el deber; allí el vocear; allí el proponer apuestas y aceptarlas. Allí el decir que un buen peleador ha de tener arrojo, agilidad y resistencia. Allí al hacer memoria de cómo en otros tiempos se libraban al vigor del puño las contiendas electorales de los neoyorquinos; cómo un Mc Coy mató en el circo a un Chris Lilly; cómo cuando Hyer venció a Sullivan, en «pelea de huracán se encendieron luminarias en Park Row», que es la calle vieja y famosa, que da hoy al costado del correo, y se leyó por largo tiempo en un gran lienzo transparente: «Tom Hyer, campeón de América». Era allí el recordar entre sorbos de póci-

mas ardientes, que Morrissey dejó a Heenan por muerto; que cuando Jones peleó con Mc Coole recibió de él tal golpe en la frente, que rodó al suelo, víctima de náuseas y como con el cerebro desquiciado; y que Mace era un gran golpeador, que braceaba como aspa de molino, y quebró de un buen golpe el cuello de Allen. ¡Y el sol entraba a raudales por las ventanillas de los carros!

Ya en el lugar de la pelea, que fue la ciudad de Mississippi, estaban llenos de gente los alrededores del sitio elegido para el circo, y a horcajadas los hombres en los árboles, y repletos de curiosos los balcones, y almenados de espectadores los techos de las casas. Vació el tren su carga. Se alzó el circo en el suelo, y otro circo concéntrico, entre los que podían vagar los privilegiados; cantando alegres, se sentaron por la arena en batallón gozoso los cronistas, que cuando se pobló el aire de hurras, y fueron todas las manos astas de sombreros, era que venían el huraño Sullivan con su calzón corto y su camiseta de franela verde, y el hermoso Ryan, el gigante de Troya, en arreos blancos. En el circo, había damas. Y a la par que los jayanes se dieron las manos y ponían a hervir la sangre que iba a correr abundosa a los golpes, encuchillados en el suelo, contaban los segundos los dineros que se habían apostado a los

dos hombres. ¿A qué mirarlos? A poco, ruedan por tierra; llévanlos a su rincón, y bañanles los miembros con menjurjes, embístense de nuevo, sacúdense sobre el cráneo golpes de maza; suenan los cráneos como yunque herido; mancha la sangre las ropas de Ryan, que cae de rodillas, en tanto que el mozo de Boston, saltando alegre y sonriendo, se vuelve a su «esquina». Atruenan el vocerío, álzase Ryan tambaleando; le embiste Sullivan riendo; ásense de los cuellos y estrújense; los rostros; van tropezando a caer sobre las cuerdas; nueve veces se atacan; nueve veces se hieren; ya se arrastra el gigante, ya no le sustentan en pie sus zapatos espigados, ya cae exánime de un golpe en el cuello, y al verlo sin sentido, echa al aire la esponja, en señal de derrota, su segundo. Se han cruzado \$ 300 000, apostados en todas las ciudades de la nación a la pelea de estos dos mozos; se han alquilado hilos de telégrafo para dar cuenta menuda a todos los vientos de los detalles de la lidia; han recorrido las calles de las grandes, muchedumbres ansiosas que recibieron con clamores de aplausos, o ruidos de ira, la nueva del triunfo; se ha celebrado con música y fiestas al bostonés victorioso; y se exhiben de nuevo en circos y cantinas, agasajados y regalados, el mozo y el gigante. ¡Aún está roja y castigada de los pies, en la ciudad del

Mississippi, la arena de la mar! Es este pueblo como grande árbol: tal vez es ley que en la raíz de los árboles grandes aniden los gusanos.

¿Qué me trae este niño mensajero, con su uniforme y cachucha de paño azul, que llama a mi puerta? ¡Ah! Es la costumbre de estos días, en que se envían, en lindas tarjetas, sus saludos anónimos los enamorados y los amigos leales, que sufren de ver almas solas. En esta tarjeta bordada de fleco azul, me mandan un niño alado, sentado en un camello; y en esa otra, que tiene al pie dos hermosos versos, como es uso, aunque no todos los versos son hermosos, hay un águila, que mira a lo alto, posada en una roca... Y este niñoelo que viene ¿qué me trae ahora? ¡Me trae un Valentín de burlas en que está un hombre triste, vestido de navegar, de pie en la orilla de un océano en que no apunta un barco! Porque los Valentines, que son de una inglesa, llenan en estos días los mostradores de las tiendas, las bolsas de los fabricantes, los sacos de cuero de los carteros. No hay casa que no los envíe, y que no los reciba. Antes fue sólo hábito de enamorados, y en este día de San Valentín, en que es fama que los pájaros amanecen piando y aleteando en torno a la rama en que se posa aquella que eligen por compañera de su nido, no se acostaban las doncellas de Inglaterra sin

haber prendido cuatro hojas en las esquinas de su almohada, y una en el centro, porque tenían las hojas la virtud de hacer aparecer en sueños, a las doncellas, aquel de sus cortejadores a quien debían de elegir para su esposo, el cual poder era más cierto si luego de haber puesto a hervir un huevo a punto de endurecerlo, y sacándole la yema, llenaban de sal su espacio, y comían el resto, sin comer ni beber después, ni sacar la cáscara al huevo, porque esto le hubiera quitado la virtud. Y era también uso que el que había sido elegido Valentín, hiciese a su dama un regalo valioso, como el del duque de York, muy gentil duque, que regaló a la señorita Stuart, que fue luego duquesa de Richmond afamada, una joya que no le costó menos de ochocientas libras esterlinas: en tanto que las pastoras, «en este día en que los pájaros eran bondadosos», como reza el verso viejo, salían de mañanita a buscar leche, y tomaban de novio al primer pastor que encontraban sus ojos, lo cual, por de contado, haría muy mañaneros el día de San Valentín a los pastores.

De este lado del mar, no fueron estos usos, sino enviar, explicados con versos, dibujos alegóricos a los defectos o peculiaridades de la persona a quien se encaminaban los dibujos, de lo cual, que fue al principio práctica de relacionados en amores, como que era



anónima la práctica, tomó pie la malicia y cada jorobado, o bizco, o narigudo, o avaro, o fanfarrón, o vicioso, recibía de manos desconocidas una gran lámina coloreada, en que en menguados versos se hacía burla, vaga unas veces, y cruel y certera otras, del defecto del valentinado. Y no hay, aun hoy mismo, más que entrar en una tienda, y pedir un Valentín de sastre, para que el tendero busque en sus mostradores el manojo de los sastres, y saque de él un vejezuelo en pocas ropas, que enmienda y repara una casaca añosa, de modo que parezca de lienzo y corte nuevos. Ya queda para barrios bajos este uso de la malicia, que fue a tanto que no hay presunción humana ni hábito ridículo de estas tierras, que no tenga en estos Valentines de antaño su poema y su azote, tal como enviado a dama casera, que hace en la casa las faenas del servicio y luego va, enjoyada y envuelta en sedas a lucir galas en su Jueves de salir, en el cual Valentín está la dama con cubo gigantesco por sombrero, delantal de pinche por frente de vestido, tenedores por pendientes, por abanico espumadera, y una cuchara de alfiler de pecho, a todo lo cual saludan, vestidas de galantes caballeros, un par de flacas tenazas. Pero los Valentines que aún quedan en boga, son dibujos caseros, hechos de mano amiga, para poner en curiosidad a

un amigo bueno, o encantadoras figurillas, tiernas o cómicas, de variedad tan numerosa y rica, que no son más copiosas en arenas que los Valentines en tiendas, las playas de la mar. Son de fino cartón, franjado o cercado de encaje o de flecos; son almohadillas azules y rosadas, en que sonríe, con su gorro francés un niño cándido; son ángeles, amantes, ramos de flores silvestres, lirios, margaritas, un negrilla que se hunde como quien tropieza en los aleros del gorro colosal que ata a su barba una negrilla, o girasoles, que están ahora en boga, por ser la flor de los estetas, o tulipanes, que es flor que se ha pagado aquí a tal precio que se compraban por acciones. Y al pie de todos ellos, versos rientes, versos de día de pájaros, versos azules, de esos que se escriben antes de entrar en lo recio de la vida, y no rojos, como se escriben luego, y no negros, como se suelen escribir, hasta que luego los años buenos tiñen del color blanco de la luz los cabellos y el alma.

Las gentes andan contentas, ocupadas, activas. El Senado, tras debate brillante, aprueba una ley que deja sin capacidad de elegir ni de ser electo a los polígamos mormones. La Academia de Música resuena con el clamor de alegres enmascarados que, ora son niños que llevan de reyes en carroza tirada por cabras a Esmeralda y a Febo, ora son

actores que imitan en la escena aquel carro de Tespis en que nació la comedia, y echan a danzar, aparejados por la sala a Frou Frou y al duque de Buckingham, y a Camille y Luis Onceno. Nueva Orleans celebra sus carnavales con procesión suntuosa en que reviven las maravillas magnas de los poemas indostánicos.

Portland corta de sus jardines las rosas mejores, para ornar con ellas la casa en que ha de celebrarse el aniversario próximo del poeta Longfellow. Ya en la casa se limpia el asta de las banderas de festejo, para honrar con ellas a aquel hombre resplandeciente y sereno, menos infortunado que Bolívar, porque fue menos grande: a Jorge Washington. Oiremos esos himnos, y les pondremos alas de buena voluntad, y cruzarán la mar.

Y ¿quién es ese viejecillo, de espalda corva, y alba y lacia melena, que va camino de esa casa grande, que él ha hecho casa de leer para los trabajadores, apoyado en su bastón nudoso, y en el brazo de su hija que lo mira con amor? Es Pedro Cooper, amigo de los hombres, que acaba de cumplir noventa y un años. El ha creado ese Instituto Cooper, para que los pobres lean libros y periódicos, y tengan cátedras de bien sentir y bien pensar, en las que cada sábado se sienta a hablar con aquellos hijos suyos, el trémulo anciano. ¡Cómo lo vitorean los buenos



obreros! Defenderían a Pedro Cooper de todo daño, como los habitantes de Harlem defendieron de los soldados de Alba a su ciudad. Es de salir a abrazar hombres, contento de serlo, la defensa de Harlem. Y cómo ríe el anciano, –que da ahora a raudales el oro de sus arcas, y que vivió en Nueva York cuando este viejo pueblo de Gotham no tenía más de cuarenta mil vecinos– siempre que cuenta que allí donde ha puesto ahora una fuente para que tengan buena agua los pobres, allí sirvió él de mozo de tienda, y vendió harinas y especias, y caviló en fabricar aquella locomotora de vapor, que fue la primera fabricada en estos pueblos, y que llevó él mismo, gozoso, como mago moderno sentado en su resortes colosales, por los alrededores de la rica Baltimore. La noche es la recompensa del

día. La muerte es la recompensa de la vida. Y la vida es una lucha a dentelladas, en que los hombres detractores echan abajo, royendo como gusanos o espadeando como guerreros, las fortalezas que acumulan, para ampararse de la pasión y estar más cerca de lo alto, los hombres creadores; y en que los creadores, de rodillas, sin miedo a las mordidas del insecto ni a los relámpagos de la espada, abarcan y rehacen sin cansancio las fortalezas que echan en tierra los hombres destructores. Ese Pedro Cooper que va todas las mañanitas, como padre a ver su hijo, a su Instituto benéfico, ha pasado la vida inclinado sobre los abismos, preguntándoles sus secretos; y volviendo fuerte de sus pláticas con la naturaleza, como impregnado de una luz extraña, que parece luz de luna, a poner paz y amor entre

los hombres. Ocho días ha cumplió años, y los mejores de la ciudad fueron a desearle bien y se sentaron a su mesa. ¡No han de decir los poetas que no hay en este tiempo en que vivimos caudales de poesía, sino que son tales las maravillas de este tiempo, que ni el concebirlas ni el narrarlas cabe ya en la mente de un poeta maravilloso! Tal vez la poesía no es más que la distancia.<sup>a</sup>

**La Opinión Nacional,**  
Caracas,  
4 de marzo de 1882

a. Martí publicó dos textos a la muerte de Peter Cooper: en *La Ofenda de Oro*, de Nueva York, en mayo de 1883 y *La Nación*, de Buenos Aires, el 3 de junio del mismo año.

# Carta de Nueva York

Los bárbaros caminadores.-Carreras de hombres.-  
 Atletas griegos y atletas modernos.-Rowell y Atlanta.-  
 El aniversario de Washington.-Los banquetes,  
 las banderas, los discípulos de Pedro Cooper.-  
 Blaine pronuncia ante el Congreso el elogio de Garfield.-  
 El hombre externo y el hombre invisible.-  
 Poeta en acciones.

Nueva York,  
 4 de marzo de 1882

Señor Director de  
*La Opinión Nacional*

CON MÁS DIFICULTAD se abre paso el espíritu por entre las brumas húmedas de este mes de marzo, que lo espantan y contristan y lo invitan, no a salir de sí, sino a reentrar en sí,—que aquella con que, en este instante mismo, apretados los codos a ambos costados, cerrados los puños, jadeante la faz, y llagados los pies, tajan el aire en una carrera los «caminadores», que en torneos por dineros, comparten con sus hazañas repugnantes, su faz marmórea, y sus ojos salidos de las órbitas, la admiración de un público enfermizo que ha aprendido a mirar sin dolor las

lastimaduras de los pies, y las del alma. Un héroe es un bellaco, y un caminador, es un héroe. Las almas asustadas y púdicas; los que no caben en sí y anhelan verterse en los otros; los que prefieren el derecho de vivir en paz en la vida próxima, al goce de una paz que se compra demasiado caro en esta vida; los que gustan más de ver ricas las arcas del alma, con cuyo oro se compra el bien eterno, que las arcas de dineros, cuyo cuño suele ser marca de infamia para el alma que la señalará en sus trances próximos,—como la cédula amarilla al presidiario francés,—son a los ojos de buena suma de neoyorquinos como flores enfermas o mentes sin seso, o maravilla extraterrena, u hombres de poca monta, que ven más por los otros que por sí: en tanto que de manos en-

guantadas y breves, acabado remate de airosos brazos femeniles, cae a los pies de un negrilla caminador, vestido de camisa de seda azul y pantalón de seda roja, una herradura de rosas opulentas con que la dama de Nueva York desea al negrilla buena suerte en el rudo torneo. Hurras responden a la dádiva, hurras estruendosos de aquellos diez millares de hombres que llenan el circo, henchido de humo espeso, humo de vicios y de ese aroma de frutas estrujadas, de naranja sin jugo, de manzanas mondados, grato a las almas corrompidas. Caminan de día, caminan de noche, caminan sin tregua. La gente entra en el hipódromo de Madison a oleadas, no para ver el trance de adelanto de los hombres a un estado mental o moral sumo, sino para ver y vitorear el trance de retroceso del hombre al bruto.

Mas no lucen estos caminadores como aquellos corceles del desierto, sobre cuyo dorso musculoso ondea el albornoz franjado de oro del altanero beduino, y que parecen, más que siervos, señores de sus magníficos jinetes; sino que con sus zapatillas de caminar,

y su camisa ceñida y calzón corto de colores alegres, hundido el rostro entre los hombros, pegado a las sienes enjutas el cabello lacio y sudoroso, respirando difícilmente por entre los labios pálidos y colgantes, andan al paso, galopan, trotan, se detienen sofocados, se disputan el puesto primero, se codean, se ofenden, hasta que vencidos por la fatiga, se refugian un instante en sus tiendas respectivas, a que sus cuidadores les bañen y cepillen los miembros hinchados y toman de manos de ellos sin detenerse en su carrera, una tajada de pan, una costilla de carnero, o un trozo de carne a medio cocer, en las que hincan los dientes voraces a par que galopan. Y así durante el día, así en la alta noche, así en el alba. En anchos carteles van anotándose las millas que andan. En pequeñas mesas, tienen abiertos los libros de apostar los que han pagado dos centenares de pesos por recibir apuestas, que se hacen a los pies de los hombres, como a sus puños, como a la ligereza de sus caballos. Y estos hombres se pesan, y se nutren, y se demacran de antemano. Cuál no toma más que leche que alimenta y no carga el cuerpo de excrecias que estorban para la marcha; cuál sólo come avena, que da fuerza a los músculos; cuál vive de carne sangrienta, tal como la rebana el cuchillo del matador del lomo de la res. Y cada cual

tiene sus hombres de cuidar que les preparan durante el torneo bebestibles fortalecedores, y menurjes, y friegas, y los reciben en sus brazos cuando ebrios de sueño y adementados se apartan un momento de la pista, y los ponen en pie, los reaniman con golpes eléctricos o golpes de puño, y los echan a andar aún dormidos por la arena, cubierta de aserrín, que miran con sus ojos abiertos y azorados, revuelven con sus pies tambaleantes, en tanto que tiran en sus asientos, despiertos por el miedo de perder y el ansia de ganar, los apostadores; y se filtran por las hendijas y cristales el aire húmedo y las luces fantásticas de la madrugada.

Y esto lo hacen, porque se ha prometido que aquel de los caminadores que haya andado más espacio al cabo de ciento cuarenta y dos horas, ganará para sí tantos millares de pesos cuantos sean los que se han presentado a tornear, cada uno de los cuales deposita un millar a la entrada, y ganará también si anda los seis días del torneo, quinientas veinticinco millas, o más, todos los dineros del público que acude ávido a toda hora del día y de la noche a ver cómo el fornido inglés Rowell, de piernas cortas, que anda en veintidós horas y media ciento cincuenta millas, vence sin esfuerzo a Scott gigantesco, que viste camisa de lana blanca y calzón rojo, y a Hazael que tiene de zorra, y

lleva piernas encarnadas y azules, y al escocés Noremac, que tiene de lobo, y a Fitzgerald famoso, que anduvo quinientas ochenta y dos millas en seis días, y a Sullivan, que luce traje verde, y a Hart, el negro esbelto, de andar rítmico y cuerpo donairoso, que corre por entre sus rivales con los brazos llenos de cestos de flores que le dan las damas, como aquellos flamencos antillanos que pasean ligeramente el cuerpo rosado por la arena abrasada de la margen marina.

Ni es ésta aquella garbosa lucha griega en que a los acordes de la flauta y de la cítara, lucían en las hermosas fiestas panateneas sus músculos robustos y su destreza en la carrera, los hombres jóvenes del ático, para que el viento llevase luego sus hazañas, cantadas por los poetas, coronados de laurel y olivo, a decir de los tiranos que aún eran bastante fuertes los brazos de los griegos para empuñar el acero vengador de Harmonio y Aristogitón. Ni es aquel aire balsámico de las serenas tardes atenien-ses, en que envueltos los hombres arrogantes en el majestuoso himation de ruda lona y anchos pliegues, y las mujeres en sus suntuosas diploidias, oían de pie que ceñían con sandalias, y con la cabeza, que ornaban con diadema, los versos y desesperados y terribles de Edipo el Tirano.

Ni son los premios de estos caminadores, como de los que

se disputaban el premio de correr en aquellas fiestas, coronas de laurel verde y fragante, o ramillas de mirto florecido. Sino que estos jayanes andan pesadamente, y dan vuelta al circo con una esponja en la mano y una toalla en la otra, y comen dando vueltas como perro famélico que huye con la presa entre los dientes, y se enlazan los pies,—y se hinchán el rostro, a punto tal que parece que estallan los pies,—y se arrastran por la pista revuelta como jacos de posta, sudorosos y latigueados,—y ruedan por tierra, hinchadas las rodillas y tobillos, o caen inertes como resortes rotos o masas apagadas,—por unos cuantos dineros, a cuyo sonido, al rebotar sobre los mostradores de la entrada, aligeran y animan su marcha.

¡Oh! El espíritu humano como la tierra, como la atmósfera, tiene capas. Las unas son de arena menudísima que el sol calienta, y movida de vientos extraños, asciende, en revueltas y brillantes columnas al sol: y son las otras de roca áspera, en que parece quebrarse impotente, como en masa intachable, el cincel divino. Ni se casarán al fin de esta lidia el astuto Hipómenes y la hermosa Atalanta, que vendía a todos sus rivales en la carrera, y les daba muerte con su acerada jabalina, mas no venció a Hipómenes, que dejó caer tras sí en la justa las manzanas de oro que tentaron la avaricia de

la hermosa, y dieron tiempo al doncel enamorado para llegar, antes que la hija adusta de Esqueneo al término de la carrera cuyo premio era el amor de aquella vencedora de centauros: lo que enseña que han de tenerse los ojos siempre cerrados a las manzanas de oro, y que acabará esta fiesta del hipódromo Madison en disputas y querellas de rufianes, malcontentos con haber de perder, o haber de compartir las monedas de la apuesta. De vapores de mirto iban oreadas las sienes de los esbeltos corredores de otros tiempos: y orean las sienes de éstos, en salones sombríos y húmedos, que parecen cuevas, los vapores del lúpulo.

No está lejos del circo donde, hombro a hombro, trotan ya en parejas, ya en grupos, ya a la cabeza, ya a la zaga, los caminadores,—la estatua de bronce de aquel robusto soldado a quien como a monumento humano, y ejemplo y prez de su raza, mueven hoy los ojos los americanos, cuyo valor avizoró con su prudencia, y los hombres todos de la tierra, que vieron convertirse en sus manos generosas la espada del triunfo en rama de oliva:—la estatua de Washington, que lucía al sol brillante del día veintidós de febrero en que ha ciento cincuenta años nació, raquílicas guirnaldas y menguadas coronas, allí llevadas por la mano marcial de soldados piadosos, cuando de-

bieran,—por cuanto ayuda a ser grande el respeto a los grandes,—venir en este día al altar de granito y de bronce con sus hijos los padres, y con coronas de rosas frescas las doncellas, y con banderas al aire y destocados los niños que se instruyen en las escuelas, y con la falda llena de siemprevivas y las manos llenas de besos las niñas de la ciudad.

Comienza a ser desventurado el pueblo que empieza a ser desagradecido. El grano de oro ha de ser cosechado en los campos y en las almas. Corre peligro de perder fuerza para actos heroicos nuevos aquel que pierde, o no guarda bastante, la memoria de los actos heroicos antiguos. Y aquí se cierran en el día de Washington, tribunales, escuelas, casas de banca y oficinas; los mozos de tiendas pasean alegres por el ancho Broadway a sus amadas bulliciosas; bullen repletos en tarde y noche los teatros; limpia el pilluelo las botas colosales que le dio el munífico vecino, y orla su camisa azul de un cuello amarillento, y encarama en su hirsuta cabellera, revuelta como nido de pájaros traviesos, un sombrerillo agujereado; asoman, en las calles suntuosas, rubias cabezas de damas, y manos cuajadas de diamantes ocúpense con afán, ya en cambiar saludo con el galán rubio, ya en ayudarse de él para colgar a sus ventanas señoriales la alegre bandera de la tierra.



En una parte son banquetes, y en la otra discursos, y en los edificios públicos gala y pabellones; mas es éste deber de hábito, o de gobierno, o tributo de leales corazones y almas privilegiadas, no la procesión maravillosa en que para hacerse de esas fuerzas de espíritu que la vida moderna ofusca y retacea, debiera la ciudad agradecida venir cada año a honrar a aquel héroe amable y sereno a quien no cegó ese reflejo funesto de la luz del sol en los laureles de la corona de la gloria, ni devoraron esos apetitos de lengua de llama que engendra el triunfo. Es aquí ese aniversario día de suerte y paseo, mas no de reverencia; y como a voces anticuadas suenan las nobles voces que en círculos estrechos se alzan aún, con vehemencia filial, a loar aquel que no odió ni ambicionó, ni engañó, ni quiso ser más que caballero de la virtud, conquistador de la libertad, y soldado cristiano. De gran vaso de antigua labor, de donde un día bebieron Henry Clay,<sup>43</sup> aquel jefe de hombres, y Daniel Webster,<sup>44</sup> en quien su nación se hizo hombre, sacaba en la casa del club Washington, humeante ponche un capitán canoso; cuidaba de él, el elocuente Daniel Sikies, que perdió una pierna en las batallas, y con su palabra fogosa gana otra; y al orador Walker, que saludaba en el caudillo de la independencía a un hombre tal que ni tuvo par antes de él

ni ha de tenerlo luego; y al caballero Fairchild, que ha traído de España un mensaje de amor de la Reina Cristina a esa viuda de Garfield nobilísima, que esconde en la aldea oscura, su dolor sereno y sus virtudes pudorosas. El dolor se ofende de que miren a él y lo publiquen.

En torno a la mesa de la Sociedad de Cincinnati, oían prohombres las palabras sobrias con que el general Grant, que rebosa ansias y acontecimientos, honraba en la fiesta del día, al ejército de los Estados Unidos. Y como en la faena de acaparar fortuna, olvidan los americanos nuevos a aquellos veteranos de 1812 que movieron y mantuvieron guerra a los ingleses, que estorbaban el comercio de Norteamérica, herían en la mar a los tripulantes de sus barcas, y asaltaban en el océano solitario, so pretexto de derecho de registro, sus buques indefensos, —tráenlos a su mesa en este día de Washington los veteranos de aquella otra guerra ruda de 1848 contra México, que fue a la voz de Taylor y Scott, hasta enrojecer con sangre de niños bravos que almenaron el último castillo de la patria, la lava abrupta, que como entraña de monte roto, se alza fría y abandonada en el solemne valle mexicano. Truécase el fuego en piedras, como en peñasco truecan los años, en el pecho, los hervores volcánicos y generosos de la mocedad. Y

el buen Pedro Cooper, con su cabellera blanca y con su báculo, preside la fiesta de los manebos aplicados de su Instituto, a quienes ruega que en este aniversario del padre de la patria, se junten a hablar de él y a contarse sus méritos, y cómo era ya en su niñez, juez, más que compañero de sus amigos, tan pulcro y recto que no parecía su espíritu abismo, sino llano; y como puso a su bravura el freno de la prudencia, quitó a la justicia las espuelas de la venganza; y cómo con artes de indio, que da la tierra, caía de súbito sobre los ingleses aterrados y revueltos, y con decoro de puritano, haciendo a un lado la corona de monarca, colgaba de su casa de labriego la espada del triunfo; y cómo lloraba a grandes lágrimas cuando presentaba a Lafayette magnánimo, que le venía a ayudar de Francia, a sus soldados gloriosos y macilentos; y cómo, vencido en Brooklyn, salvó con su serenidad a su ejército, y vencedor en Brilecton, se aprovechó con celeridad de la victoria; y cómo, en suma, el que a la cabeza de batalladores medio desnudos, acampaba en cabañas alzadas con troncos de árboles en medio de la nieve, presidió luego en fértil paz y en próspera fortuna a su pueblo agradecido, que dobló la rodilla sollozando y puso la frente en tierra cuando supo que el hombre virtuoso había muerto en su casa tranquila de Mount Ver-

non. ¡Buen Pedro Cooper! Así, cuando la maldad reina entre los hombres, la virtud tiene siempre hogares encendidos.

Ochenta y dos años hace ahora que, en la iglesia de los luteranos alemanes de California, ungió Henry Lee<sup>45</sup> a Washington, con las palabras históricas que diez días antes había rogado al Congreso su amigo Marshall que aceptase como el título que discernía al muerto, la nación: «El primero en la paz, el primero en la guerra y el primero en el corazón de sus conciudadanos». Y muchos años después del panegírico famoso de Henry Lee, el historiador Bancroft pronunciaba ante el Congreso americano, el elogio de Lincoln, aquel que no bien puso su pie ancho de leñador en la casa de las leyes, acusó con voces nobles de justicia, la guerra que el presidente Polk, hombre del Sur, movía interesadamente contra México.

Y ayer, ante auditorio grave y enlutado, leía con voz lenta en un ancho manuscrito, un hombre anciano, el elogio de Garfield. Negros bordes remataban las páginas anchas; de tocas y vestiduras de dolor estaban aderezadas las damas; y la Casa de Representantes, y el Senado, y el Presidente de la nación, y sus ministros, silenciosos y tristes, oían la voz del elocuente Blaine, que no se encrespaba, ni azotaba, ni acecaba, como suele en los agrios debates que levanta y doma,

sino que salía de sus labios lentamente, como si fuese labor dura para quien bracea sin miedo en los mares de la vida, bogar en calma sigilosa por las sasegadas aguas de la muerte. Y sobre ellos, como brilló en vida, lucía en ancho lienzo el muerto glorioso, con aquella su esbelta apostura de batallados del Parlamento, en una mano el mazo de papeles, que él movía como dardos, y la otra mano blandamente inclinada en el respaldo de una silla, como quien habla sin esfuerzo, porque el habla le surge de manantial hondo y sereno, y no de estufa recién caliente, en que corren el peligro de morir a poco los carbones no bien encendidos; y con aquella su faz benévola, radiante y acariciadora, iluminada más que por luz de sol, por luz interna.

¡Oh! La palabra, como viento que enciende, saca las llamas del espíritu al rostro.—Y Blaine se asió a su tribuna, y sus labios vacilaron, sus labios de orador vehemente y diestro, e hizo además de poner de lado su manuscrito voluminoso, como si aquel discurso que lleva siempre hecho el orador al público que le oye, el cual lo ciega, y al cual lo torna, le pluguiese más que aquella tarea de gabinete, hija de razón que traía escrito. Mas la palabra tiene alas, y vuela caprichosa, y se entra en mundos ignorados e imprevistos, y aquel que habla en nombre del pue-

blo, ha de poner rienda doble y freno fuerte a su palabra alada.

Así fue el elogio de Garfield, más señalado por su obediencia a la rienda que por sus rebeldías.—Vese, en aquel elogio, a la par que tacto discretísimo en no usar la ceremonia solemne en bien del elogiante, que pudo, a no ser discreto, ampararse del caso para hacer defensa de los actos que, como ministro de Garfield, se le censuran, una como vaguedad extraña, y falta de líneas fijas, que den marco saliente a aquella hermosa figura, cuyas virtudes viriles, muerte serena y talento honrado, cautivan y enamoran a los que tienen los ojos fatigados de ver crímenes de la inteligencia y mascaradas del corazón. Como la llaga con hierro ardiente, ha de ser quemado en su cueva el talento que no sirva a la virtud. Surge del elogio, sobria y galanamente hablado, y hermosísimamente rematado, el hombre externo y visible, el niño que supo leer a los tres años, el estudiante que leía sus libros de aprender sobre su banco de trabajador, el maestro blando, el soldado hazañero, el diputado laborioso e incontestable, el viajador que rebusca en los archivos de Inglaterra, datos que muestren que no hubo abuelo suyo que no hubiese cargado mosquetes y blandido espadas en defensa de la libertad; el brigadier romántico que dio con su bravura en Chicka-

magua color de victoria a la derrota; el discuditor leal e invencible que arrolló siempre en campo abierto, y del lado de la justicia, a sus contrarios. Vese a un hombre valioso, que adelanta brillante y velozmente, en alas de fortuna acariciadora, tolerante e ingenuo, sin odios y sin séquitos, amigo de los libros, poco hecho a las ansias famélicas de los humanos. Y se entrevé al hombre grandioso cuando sofocado en la casa de Gobierno, repleta de aire espeso de hombre, va a entregar frente al mar vasto, su espíritu vasto. Pero los que han vivido echan de menos en esa figura externa la falta de la vida verdadera. El hombre no es lo que se ve, sino lo que no se ve. Lleva la grandeza en sus entrañas, como la ostra negruzca y rugosa lleva en sus entrañas la pálida perla. El árbol de la vida no da frutos si no se le riega con sangre. Ese andar afanoso; ese sacudir con los hombros peso de montañas; ese vencer, sin más armas que las de amor y las de razón, a los hombres que mueven otras armas; ese aparecer y deslumbrar; ese sentarse, como Sísifo triunfador, sobre la piedra que ha empujado con sus brazos a la cumbre del monte, a recibir luz de sol y ofrenda de hombres; y ese partir a tan alto destino con un libro de escuela y un cepillo de carpintero bajo el brazo, dan a quien sabe ver, y goza en admirar, la medida de una titánica figura,

titánica hasta en el modo de ocultar que lo era.

¡De Boabdiles, ya no es hora! Es necesario arrodillarse cada día, como el bravo Balboa, a descubrir un nuevo mar. Es fuerza que cada hombre trabaje, con los maderos vírgenes del bosque, su silla de triunfo. Fuerza es que cada hombre, con sus manos tenaces se labre a sí propio. Y el que se labre de tal manera, que saque de sí el jefe de cincuenta millones de hombres, ¡oh, es un gran labrador! Vivir en estos tiempos y ser puro, ser elocuente, bravo y bello, y no haber sido mordido, torturado y triturado por pasiones; llevar la mente a la madurez que ha menester, y guardar el corazón en verdor sano; triunfar del hambre, de la vanidad propia, de la malquerencia que engendra la valía, y triunfar sin oscurecer la conciencia ni mercadear con el decoro; bracear, en suma, con el mar amargo, y dar miel de los labios generosos, y beber de aire y agua corrompidos, y quedar sano: ¡he ahí maravillas! ¡Cuánta agonía callada! ¡Cuánta batalla milagrosa! ¡Cuánta proeza de héroe! Resistir a la tierra es ya, hoy que se vive de tierra, sobradísima hazaña, y mayor, vencerla.

No fue el elogio de Blaine, aunque caluroso, diestro, sentido y elegante, —aquella alabanza justa, mirada en lo interior y lección suma que nace de la vida de aquella criatura casta,

cuyas mejillas encendió siempre noble pudor viril; de aquel varón eminentísimo, que volvía el rostro descompuesto de la cohorte de mendicantes bien vestidos que le asaltó en sus turbulentos meses de gobierno; de aquel orador singular, cuya palabra limpia y maciza, revuelta airoosamente, cual manto de griego, iba cargada de puras y hondas enseñanzas; de aquel espíritu sano que creyó en tiempos de incredulidad, y amó el honor en tiempos en que los hombres se aman a sí propios, de aquel poeta, en suma, que no rimó versos, sino acciones.

Ya aquel ha muerto,<sup>a</sup> y otro, feliz y famoso, está en riesgo de morir. Un cáncer roe el rostro de Longfellow, que cumplió cuatro días ha, setenta y cinco años. Y no hubo en Atlanta, en Cambridge, ni en Boston, mano de niños sin flores, y labio sin versos. Allá en Atlanta, sentados en los mismos bancos, niños blancos y negros, recitaron las estrofas melodiosas del bardo de Boston, cinco mil voces puras: las voces de los niños, cual si vinieran de mundo armonioso, vibran extrañamente; y, cual si temblaran de miedo de entrar a vivir, cuando se alzan en canto, parecen llenas de lágrimas. «¡Excelsior!» decían en coro, con la poesía más celebrada de

a. Se refiere a Garfield.



Longfellow, los niños leales de Atlanta, y toda esta tierra que ama a este hombre tierno y bueno y se ha placido en hacerlo venturoso, decía «Excelsior! Él vive en Cambridge, donde con los pies desnudos, las ropas desgarradas y las manos ennegrecidas por la pólvora, llegaron allá en los años de la Independencia, los bravos soldados norteamericanos, que a pedradas y a culatazos, hundidas ya en cuerpos ingleses todas sus balas, venían de defender la fortaleza, afamada por toda la tierra, con cuyas ruinas se amasó este pueblo, la fortaleza de Bunker Hill.

Y posa Longfellow los ojos en el reloj en que posó los suyos Washington. Y engasta y monta sus pulidas rimas en la alcoba misma en que el héroe tranquilo urdió batallas. La vida, que es para unos como monstruo demente y bufador que los elige por jinetes, y los exalta a nubes, los sacude contra las laderas de los montes, y los esconde en abismos, es para otros riachuelo murmurante que les baña los pies, cargado de flores. Hombre, la fortuna llamó a las puertas de Longfellow y le dio esa dote benéfica –trabajo– esa dote de hadas –trabajo poético, trabajo libre, trabajo de creación y de revelación de la hermosura; ¡y a otros hiende en mitad el hacha de la muerte el cráneo lleno de una selva hermosa! Poeta, nació Longfellow en huerto nuevo, de flores no

segadas, en que su mano activa, guiada de ojo perspicaz, segó presto las más lindas flores. De ahí ese frescor de las poesías bíblicas; ese aspecto de tronco de las frases de Job; ese carro de oro en que aparece Ezequiel; esa escala de Jacob, más hermoso aunque menos osado que el Prometeo griego; esos ruidos de bosque de los poemas indios; y esa lengua pictórica y perfumada que habla Homero. Está la grandeza de aquellos bardos en sí mismos, y en haber nacido cuando todo era nuevo. ¡Hoy, los que nacen, hallan altares rotos, que estorban el paso, altares confusos que se alzan en la distante sombra, y en la tierra, los árboles sin flores, y en la morada de los bardos muertos, los grandes bardos que pasan con las primeras flores de la tierra. Y ¡qué hermosa es la casa que con sus albores se ha alhajado el poeta! Bajo el pórtico que lleva a su sala, ve a los que entran como símbolo del culto que tras de aquel umbral se tributa a la hermosura, la casta y serena Venus de Milo. Sobre la ancha y maciza chimenea guardada por altos tibores de la China, álzase ornamento rico que recuerda las líneas airosas del templo de Paestum. El trabaja en un ancho sillón, ante mesa redonda, cuajada de libros. Allí relee sus versos musicales; sus «Voces de la Noche», en que a vueltas de imitaciones del socrático Bryant,

ya apunta el sentidor afable y melancólico, a quien, porque consuele y conforte con su poesía sana y fragante, quiso dar la fortuna fortaleza y consuelo. Relee allí sus «Aves de paso», en que ya ve con ojos amorosos las penas de los hombres; sus «Baladas», nacidas de mirar atentamente en las obras humildes y armónicas de la naturaleza; y aquella «Evangelina», cuento hermoso de Acadia, olorosa y blanca como un lirio; y aquel «Hiawatha», poema de los indígenas de América, en que se ve la primitiva luz sagrada, los arroyuelos que juegueteen entre los céspedes, y se oyen crujir hojas vírgenes al paso de pies nuevos; y aquellos «Cuentos de la posada del camino», ya impregnados de mística embriaguez y ansias de cielo; y aquellas coplas nuestras de Lope y de Manrique, que él dio al inglés, con singular fortuna, porque ese poeta tiene, como el don de ver en pie cosas y hombres pasados, el don raro de asir la música y el espíritu de las lenguas, de lenguas de Europa, y letras de ellas, y le hicieron maestro cuando tenía apenas dieciocho años, y en enseñarlas sucedió luego a Ticknor, que historió con mano segura las letras de España, y por conocer de fuente propia, como ha de hacer todo el que enseñe, la materia de su enseñanza, fue tres veces a tierras europeas, donde el sol caliente, y la naranja enjuga los



labios ardorosos, como en el mediodía, y donde la tierra parece mar cubierto de perenne espuma y el color del cabello de las doncellas es el color de las naranjas, como en Escandinavia. Y se trajo Longfellow, en sus ojos ávidos, los estudiantes salmantinos, y bridones gallardos de Nápoles, y aquellas mozas de Roma, que son estatuas coloreadas, y aquellos caballeros dormidos, que rezan con sus manos de piedra sobre las sepulturas de las iglesias; y aquellos hombres voladores que cruzan, con velas a la espalda que parecen alas, por las laderas, los valles, los ríos, los pueblos nevados de los daneses. Y así que tuvo de tanto matiz rico llena su paleta, sentóse a ver, con los ojos de quien ve poblada de seres la atmósfera vacía, a este Universo que hierve perpetuamente, como inmensa rosa, y a oír esas risas de alba, que flotan en la tierra en medio de la noche. Para él la vida es un amable sacerdocio, una tarea grave, un deber que acarrea gloria, si

cumplido, y si olvidado, culpa, y miseria, y son los vivos como peregrinos meritorios, que van con las banderas desplegadas, los pies ensangrentados y la azada en las manos, comiendo del trigo que siembran, y bebiendo del agua de los ríos, que vadean con puentes. Dice cosas profundas en versos alados. Habla de fe, hoy que tantos hablan de desesperación. Emerge de sus versos una hermosa tristeza, la tristeza azul de aquel que no ha sufrido, no la tristeza mordedora, inquieta y bárbara de los infortunados. Las pasiones tuvieron compasión de su alma pura, y en su alma cantan ángeles. Le hallan perfecto en forma como vaso árabe. Le hallan como ruiseñor del verso, que canta en flor. Y le hallan como si no vibrasen en su lira las voces hondas y desgarradoras de las pasiones humanas, lo cual viene de que este poeta ha sido venturoso. El dolor madura la poesía. Los ángeles de Longfellow no tienen manchadas de sangre las alas. A las veces, pálido de an-

sia, ve ese anciano al cielo, como buscando en él, cual buscan todos los humanos, el bajel invisible que ha de volverle a la patria de que vino. El hombre necesita sufrir. Cuando no tiene dolores reales se los crea. Purifican y preparan los dolores. Y así ha vivido este poeta, en cuyo honor soltaron al aire sus banderas el día de su cumpleaños las casas del pueblo de su nacimiento, y quedaron sin rosas los jardines comarcanos, porque fueron a llenar los jarrones artísticos de aquel en cuyo espíritu vibra blandamente un arpa melodiosa; de aquel bardo dichoso que ha vivido en el solemne culto y en el apacible cultivo de la belleza; de aquel afortunado en cuya casa, como en paredes de diamante, se quebraron los dardos del dolor.

*La Opinión Nacional,*  
Caracas,  
22 de marzo de 1882

## 24

## Carta de Nueva York

El Mississippi desbordado.-Guerra social.-  
Numerosísimas nuevas.-Un monumento roto.-  
«¡No han de alzarse monumentos a traidores!».-  
La historia del mayor André y del traidor Arnold.-  
Colonos aduladores.-Henry Garnet, notable  
Orador Negro.-Hermosa vida de Henry Garnet.-  
Corre sangre en Omaha.-Graves huelgas.-  
San Francisco contra los chinos.- Los Estados  
Unidos cierran sus puertas a los chinos.-  
Washington, Chicago, Boston.-El caballo de  
Sheridan.

Nueva York,  
12 de marzo de 1882

Señor Director de  
*La Opinión Nacional*

**E**L MISSISSIPPI desbordado, aquel río hermoso que vieron, antes que ojos algunos de Europa, ojos de españoles, arrasa e inunda aldeas, haciendas, centenas de hombres, millares de ganados. Llena de agua los valles. Trueca en mar la comarca. Y así se precipitan en los diarios las nuevas, los aniversarios, las lidias del Congreso, las noticias de muerte, los cuentos de crímenes, las narraciones de fiestas, la historia de las rebeliones imponentes que

se encrespan y estallan en las ciudades vírgenes de las lejanas selvas, y que parecen ensayos tímidos de la revuelta colosal y desastrosa con que, en futuros tiempos, habrá de estremecer del caudal. De Europa viene a este país la savia y el veneno. El trabajador que viene aquí, ya odia. Si prospera, como su rencor era alimentado por su infortunio, acalla su rencor. Mas si medra penosamente, y mientras no medra, vierte en los que le cercan el odio que le llena. De vivir exclusivamente para el laboreo de una fortuna, viene que sea desnudo y formidable el apetito de poseer, envilecedor en los hombres cultos, y tremendo en los hombres ignorantes. Vese aquí cómo los ricos

se van agrupando y espaldando, y buscando gobierno para sí, que les ponga a cubierto de las demandas de los pobres. Y vese cómo los adoloridos de otras tierras, enardecidos por la dificultad que a su progreso opone el visible concierto de los ricos, azuzan las iras y avivan la mente de los pobres desasossegados. En esta tierra se han de decidir, aunque parezca prematura profecía, las leyes nuevas que han de gobernar al hombre que hace la labor y al que con ella mercede. En este colosal teatro llegará a fin el colosal problema. Aquí, donde los trabajadores son fuertes, lucharán y vencerán los trabajadores. -Los problemas se retardan, mas no se desvanecen. Negarnos a resolver un problema de cuya resolución nos pueden venir males, no es más que dejar cosecha de males a nuestros hijos. Debemos vivir en nuestros tiempos, batallar en ellos, decir lo cierto bravamente, desamar el bienestar impuro, y vivir virilmente para gozar con fruición y reposo el beneficio de la muerte. En otras tierras se libran peleas de raza y batallas políticas. Y en ésta se librará la batalla social tremenda.

Mas de prever vengamos a ver. No tienen los ojos espacio para todo lo que salta a ellos. Ya es el guía de la raza negra que muere. Ya son mineros y ferrocarriles que se alzan en demanda de monto de sueldos. Ya son californianos avarientos, que tienen celos de los chinos sobrios, y exigen en el calor de los motines, que se ponga coto a la venida de los chinos. Ya es una moza que ganaba poco con los vestidos de su sexo, y para hacer oficios de hombre, que acarrear mejor salario, que ella hizo cumplidamente, como criado de comedores y mancebo de tienda, se embarcó vestida de hombre, por lo que fue presa, y movió curiosidad, y anda ahora libre. Ya es que esta ciudad provinciana hace gala de tener en menos que en las ciudades de Europa tienen a la Patti, como si no fuera el honrar a quien se la debe, quitarse honra a sí propio. Ya son guerreros que cenan, para hacer memoria de sus heridas, sus marchas y sus guerras. Ya niñas de dieciocho años que preguntan a los diarios si no será la edad suya edad buena de casarse, contra el consejo materno, a lo que uno de los diarios dice que ese de dieciocho años ha de ser afecto pueril, y celaje hermoso resiste al sol de Estío y a las nieves del invierno, por lo cual el consejo de la madre, aunque parezca áspero a la hija, es buen consejo. Ya, todos encintados de verde, cal-

zados con botas corpulentas, y coronados de extraños sombreros, pasean, tras de su general que va a caballo, los hijos de Irlanda, la ciudad en este día de su patrón amado San Patricio. Ya son abanicos que se exhiben; monumentos cuya demolición se trama; diarios que, en este mes de anuncios, se venden como diarios y son montes; banquete con que celebra el Presidente en Washington, en mesa llena de rosas y jazmines, a los buenos y graves jueces de la Suprema Corte. O es ya séquito fantástico de gentes de circo encabezado por mozas robustas vestidas de reinas de Escocia, y por titiriteros en trajes de condes y de duques, en que a la lumbre eléctrica, que baña de luz blanda las calles, resplandecen crinajes de árabes corceles, melenas de leones, labios fangosos de chacales, colmillos de elefantes, jorobas de dromedarios, ojos de hiena.

Y iqué dolorosa historia recuerda ese monumento que se quiere demoler! Es el de un joven militar, cuyo cuerpo yace hoy, honrado entre los cuerpos de los grandes, en la Abadía de Westminster. Salió de las filas inglesas por mandato de su jefe, allá en los tiempos en que guerreaba contra Inglaterra Washington, y se entró en una fortaleza americana, y huyó por entre filas de soldados de América, luego que ajustó el precio de la traición que había de dar a Inglaterra la anhelada

fortaleza. Y el Mayor André,<sup>46</sup> que era bravo y gallardo, fue sentenciado por Washington a morir como traidor en la horca. Y se vendó los ojos, y se ajustó el nudo de la cuerda al cuello y golpeó con el pie firme el carro que iba a servirle de cadalso, el cual fue súbitamente arrebatado de debajo de los pies del triste joven, que quedó allí, colgando por traidor. Es suceso famoso, que merece cuento. Arnold<sup>46</sup> era general americano, y hombre de tantos vicios como bravura, y audacia como ligereza. Vino a poco en dineros cual vienen siempre los viciosos; logró de Washington el mando de la fortaleza de West Point, que era llave del Hudson y casa de águilas, y ofreció en venta la fortaleza al caudillo enemigo, que envió al Mayor André por diestro y bravo, a que averiguase los dineros que quería Arnold por su ignominia, los cuales fueron averiguados, y merecidos de antemano por unos planos de la fortaleza que Arnold dio a André, y éste escondió en sus botas, y causaron su muerte; que no es bien por cierto lamentar y honrar, porque va para vil quien comercia con vilezas, de las que supo al punto por qué cayó el Mayor en manos de soldados del ejército de América que, más honrados que su general, rehusaron los moneales que les ofrecía André porque le dejasen libre, y le llevaron a poder de Washing-

ton, quien le sometió a consejo, el cual le juzgó por su propia confesión, y no creyó bien acordarle el hermoso consuelo de morir faz a faz con los fusiles, como mueren los buenos soldados. Murió vilmente el que había venido a envilecer. Es ley dura, pero es ley justa. Y es ahora moda de americanos de alma enferma solicitar gracias y halagos de la metrópoli inglesa, porque hay frentes serviles, hechas para yugo, cuyos dueños emplean la riqueza que heredaron de sus padres trabajadores en esconder que vienen de ellos, porque no tengan a mal los nobles de mano fina de Londres soberbia, sentar a su mesa a hijos de menestrales y labriegos. —A veces tiene vientre de oro quien tiene testuz de can; es crimen avergonzarse de los que hicieron a su patria colosal y libre, porque hacerla libre era ya ponerla en camino, breve y dilatado de ser colosal, y besan la orla de las casacas señoriales de los que mantuvieron a su patria en hierros, a su riqueza en diques, a su decoro en cepo, a su razón en ignorancia ignominiosa. —De esas frentes yugales vino el pensamiento de erigir a André, a la margen del Hudson un monumento que fue a poco erigido. Mas un joven poeta, hecho en la guerra del Sur a arrancar banderas de los cañones enemigos y a quebrar prisiones, y a poner sobre ellas el pabellón cuya asta fuerte rom-

pió de un golpe la argolla cruenta en el pie de los esclavos; se echó al hombro una azada, aguardó a la margen del río la noche amiga, e inhábil para dar en tierra, como quería, con el monumento bochornoso, —tajó sus bordes y rompió sus letras, porque no se dijese que la traición tenía un altar donde la libertad tiene su más solemne templo. Y le persiguen, porque fue ese trozo de granito, tallado y colocado a expensas de Cyrus Field, magnate rico, que pone empeño en hacer mal al poeta que llama vil a su obra. Mas, en junta de doscientos hombres que se congregaron en un lindo pueblo a la orilla del río, un anciano de cabellos muy blancos denunció con los labios muy trémulos, puestas en alto las dos manos rugosas, al que en el suelo que guarda los cadáveres sagrados de los que murieron por la independencia de su patria, alza insolente piedra a honrar al que, tomando vino y comiendo pan en la mesa de un soldado infame, concertó la manera de mantener la patria gloriosa en ruina y servidumbre. Y se ve ahora el modo de ir en séquito a dar en tierra con el monumento malaventurado.

Otro hombre acaba de morir, al borde de cuya tumba se congregaron dos millones de hombres agitados. Era un herrero, que vivía hace tiempo sin empleo. Nótase ahora, en los grandes lugares de labor,

como oleaje de cólera. Los que se rebelan son hombres fuertes, de espaldas anchas; que dejan sin encender la fragua, y sin batir el hierro sobre el yunque; y mujeres débiles, de manos flacas y hábiles, que se niegan a que se les merme el ruin salario que les pagan por hilar el lino. A un tiempo estallan huelgas entre los molineros de Chicago, los mineros de Cumberland, los terrapleneros de Omaha, los herreros de Pittsburg, las hilanderas de Lawrence. En Pittsburg, corre la sangre de dos guardianes. En Omaha, muere con una bayoneta en el costado, el herrero sin empleo. Los empresarios de los terraplenes en Omaha consintieron en pagar un peso y cincuenta centavos de jornal a cada trabajador, que trabajaba antes por un peso y cuarto cada día. Los terrapleneros se alzaron, y pidieron aumento de veinticinco centavos al jornal diario. La empresa trajo hombres de otra comarca. Omaha desde entonces arde en cólera. La ven los obreros airados, como a fortaleza de sus derechos. Con sesenta guardianes custodió la empresa el lugar de sus trabajos, y a la zaga de grandes banderas y al son de música y tambores, arrollaron tres mil obreros omahenses a los guardianes aterrados, y espantaron e hirieron a los trabajadores forasteros. Convocó el gobernador a la milicia, y el Presidente le envió tropas. La much-



dumbre, como ola, fluía y refluía en torno de los soldados armados, los vejaba, los punzaba, los denostaba. Los soldados, al fin, calada la bayoneta, cargaron sobre la turba, que retrocede y vocifera, y quiere arrebatar a los soldados los fusiles, en cuya lid cae un obrero al suelo, con el acero clavado junto al corazón. La línea se repliega. La muchedumbre ruge. Su caudillo, que lamenta el motín y mantiene el derecho del trabajador a ganar salario que le habilite para vivir sin sustentos y miserias con el producto de su labor, reúne a los miembros de las sociedades de trabajadores para ver de salvar del hambre, y de las cobardías que vienen de ella, a los terrapleneros sin empleo iruega a los Senadores que alcanzan del Presidente la retirada de las tropas, a la cabeza de dos mil obreros, acompaña a ser puesto en la tierra, el cadáver del herrero herido, en honra del cual ya se talla en granito un monumento. Parecía el entierro tregua de campaña. Dicen mucho dos mil hombres silenciosos. Y de pie en las filas, estaban los soldados, preparado el cartucho, atenta la mano, calada la bayoneta. Y así quedan; así se ven ahora faz a faz, trabajadores y soldados.

Allá a lo lejos la gran ciudad de San Francisco ha sido teatro de más extraña lucha. De viejo viene siendo entre los chinos endebles y sumisos

europeos que han menester de trigo y de licores, y de telas costosas, y de familia, por lo que no pueden hacer a precio ruin las labores en que, en lo barato y en lo hábil, le aventaja el chino. Al fin, fue llevado al Congreso el problema arduo. Al fin el Congreso ha decidido que cese la inmigración china en San Francisco. Ya no podrán venir, como venían a modo de rebaño, y a millaradas, los hombrecillos de ojos almendrados, rostro huesudo y lampiño, y larga trenza. Ya no podrá el hombre de China, a no ser viajero, o mercader, o maestro, o enviado diplomático, o estudiante, o trabajador que hubiese estado en Norteamérica hasta noviembre de 1880—los cuales han de traer muy minucioso pasaporte,—pisar en busca de trabajo, tierra norte-americana. En vano dijo un Senador que la nación que hacía gala de llamar a todos los hombres a su seno, no podía, sin que causase asombro, cerrar sus puertas y negar sus campos a toda una raza respetuosa, útil y pacífica. En vano dijo un economista que el Congreso de una nación, hecho a amparar los derechos de los nacionales, no podía privarles del derecho de comprar barato, y en mercado libre, el trabajo que necesitan para sus industrias. En vano imponentes grupos en la alta y baja Cámara decían que prohibir la entrada de hombre alguno, y de un pueblo entero de

hombres, a esta tierra, era como rasgar con daga la Constitución generosa de este pueblo, que permite a todos los hombres el ejercicio libre y libre empleo de sí. En vano toda la prensa buena del Este tenía a mal que en provecho de los inmigrantes de Europa, ambiciosos y voraces, se compeliere a emplear trabajo caro a los fabricantes del Oeste, y se cerrase la entrada del país a los inmigrantes de Asia. Era el duelo mortal de una ciudad contra una raza. Por mantener la esclavitud de los negros hizo una guerra el Sur. Pues por lograr la expulsión de los chinos hubiera hecho una guerra el Oeste. Se veía la nube sangrienta. Días antes del término del debate, la ciudad de San Francisco se replegó en silencio, como aquellos antiguos caballeros, armados de hierro y oro se recogían a orar en la víspera de la batalla, que llamaban velada de las armas. En la ciudad inmensa, inmenso silencio. Era día de paseo, y parecía día de combate. Daba miedo la calma. En sus casas, las mujeres. En las calles, los hombres huraños, rojos y espaldados. En sus callejuelas y rincones, los trémulos chinos. Pero en la hora de las juntas, fue toda la ciudad un gran clamor. Parecían cruzados, ya puestos en camino, a echarse al hombro los mosquetes, y a afirmar en las cujas las pesadas lanzas. Y en las ciudades, villas, aldeas, aldehuelas vecinas,

había juntas iguales. Montes despeñados parecían de lejos los hombres en las calles. Todos tenían los puños apretados, y los ojos coléricos. Alzabanse tribunas en las plazas. ¡Para siempre y de cuajo debían salir los chinos de la ciudad de San Francisco! ¡La ciudad quería defender su civilización y sus hogares! ¡El Congreso debe votar a una la petición de los Senadores californianos! ¡Cómo un hombre, como un pueblo, como leales ciudadanos de la República, el pueblo de San Francisco, reunido todo en junta, ruega al Congreso que le libre de los daños que le vienen de esa absorbente, servil, corruptora, incontrastable invasión china! Y el Congreso encargado de mantener la Unión de todos los Estados, y librar a esta tierra de paz de la mancha de sangrientas guerras intestinas, acató sumiso los deseos del agitado y amenazador pueblo de San Francisco de California. Y no es, no, la civilización europea amenazada la que levanta como valla los chinos la espuma de sus playas: es la ira de una ciudad de menestrales que han menester de altos salarios contra un pueblo de trabajadores que les vencen, porque pueden trabajar a sueldos bajos. Es el rencor del hombre fuerte al hombre hábil. Es el miedo de una población vencida al hambre.

Omaha está aún de miedo. San Francisco está ya de regocijo. Boston no sabe, empata-

dos como están los votos en la comisión del Sufragio de mujeres en su Legislatura, se concederá al cabo, como se aguarda, o se negará, como otros quieren, a las mujeres del viejo y glorioso Estado de Massachusetts, cuna de glorias y casa de letras, el derecho de votar en todos los asuntos que someta a la decisión de las Urnas, el estado. Washington, que aplaudió al Senador Hoar, que muestra ya por su elocuencia y brío que sabrá hacer su nombre famoso, persigue con ansia la investigación, comenzada a puerta abierta, de todos los lances, complicidades, compromisos y misterios de la extraordinaria Compañía Peruana, de relaciones con la cual, se acusa a buena suma de representantes de la Unión. Y como es voz entre altas gentes que en esa extraña Compañía<sup>88</sup> andaban interesados muy venerables personajes, están los unos tímidos y los otros contentos de ver salir así amigos y enemigos culpables a la plaza.

Y en Chicago, la ciudad grande de los graneros y molinos, celebraron ciudadanos prominentes, en torno a mesa suntuosa, el día en que cumplió cincuenta y un años el bravo general Sheridan, que con Sherman<sup>89</sup> y Grant venció al Sur gigantesco; que limpió de rebeldes el valle de Shenandoah; que midió sus armas con las armas del Sur en sesenta y cuatro batallas, y que una vez

que el general Early, caudillo de los confederados, se entró a tala y a saco por su ejército cuando andaba él a veinte millas de distancia de sus soldados, oyó la nueva, clavó las dos espuelas en los de hacer volver grupas a la Victoria, que huía ya de su campo glorioso en rota desolada. Y es famoso, como el caballo de Alejandro, el caballo de Sheridan.

En tanto que esos amigos de las glorias americanas se reunían para ver que no se honrase a quien no era digno de honor, otros hombres agradecidos al bien que del Reverendo Henry Garnet<sup>90</sup> recibieron, decidían vestir de luto por su muerte la iglesia que fue suya; y contar en solemne ceremonia la humildad, la elocuencia, la grandeza, la firmeza, el empuje del afamado orador negro. En un día solemnísimos, los rayos de sol que penetran por las ventanas altas del Capitolio de Washington iluminaban la frente bronceada y vasta de un hombre altivo que decía con voz serena frases magnánimas y elocuentes: era Henry Garnet, el primer hombre negro que se sentaba, como sacerdote venerable, entre los hombres blancos que cobija la cúpula del severo Capitolio. En otro día no olvidado, un joven imponente decía vehementísimas y cultas palabras ante la Sociedad Antiesclavista de Nueva York, que admiró lo aprovechado de su mocedad, lo evangélico de su

frase, lo acabado de su modo de decir, la virilidad de su apostura: era Henry Garnet, que vuelto de trabajos colegiarse lucía por vez primera en público sus facultades oratorias. ¿Y ese grumete mísero, que limpia vajillas y cubiertos, y hace oficios menores, y va de mozo de cámara en un vaporcillo que da viajes a Cuba? Es Henry Garnet, que enseña a los hombres perezosos, soberbios e impacientes, cómo se puede, de negrilla camarero, hijo de esclavos fugitivos que anduvieron desnudos por la nieve y padecieron frío y hambre en los bosques, ir a pastor de iglesia: a maestro, a miembro del congreso de Frankfort, a abogado del trabajo libre de Inglaterra, a caudillo de su raza, a representante de una nación de cincuenta millones de vasallos en tierra extranjera, a orador en cuya frente limpia y altiva juguetea, como acariciándosela enamorada, la serena y grandiosa luz del Capitolio. Venían los negros, perse-

guidos en los Estados del Sur, a Nueva York, y llamaban, como a la casa del patriarca, a la de Garnet, que les aderezaba para vivir su casa y su iglesia: y le oían como a Mesías, y le obedecían como a Moisés. Era fama, cuando ya estaba Garnet privado del uso de una pierna y entrado en latines, que traía revuelta con sus bravas ideas anti-esclavistas a la Academia de Canaan, que llegó a ser fortaleza de estas ideas, repleta de vehementes soldados, y los partidarios de la esclavitud juntaron noventa y cinco yuntas de bueyes, y las uncieron a la Academia, y la arrancaron de cuajo, en tanto que balas matoras tajaban el aire en busca de «aquel negro atrevido de frente alta». No era su lenguaje truncado e imperfecto como el de casi todos los hombres de su raza en esta tierra, sino atildado y ejemplar; sus ojos, decían honradez; sus labios, verdad; todo él, respeto. Lo tributaba y lo inspiraba. En un grupo de hombres, parecía él

el jefe. Fue sacerdote en Washington, y lució como virtuoso y elocuente sacerdote. Lo fue en Nueva York, en propia iglesia, y cada año le traía a sus feligreses más amorosos y sumisos. Con el brazo derecho paraba todo golpe que el negro injusto dirigiese al blanco que había ayudado a libertarlo, y con el brazo izquierdo desviaba de la cabeza de los negros todo golpe que a ellos enderezasen los blancos que los desdeñan sin razón, porque les ven víctimas del mal que les hicieron. Garnet, que ha muerto de Ministro de los Estados Unidos en Liberia, ni se avergonzaba de las miserias de su raza, ni las compartía. Odiaba el odio. Amaba vivamente a los blancos y a los negros. Ha muerto amado.

**La Opinión Nacional,**  
Caracas,  
31 de marzo de 1882

## 25

Longfellow<sup>51</sup>

Longfellow ha muerto.-Su muerte, sus versos, su vida.-Urnas sonoras.-Abogados mujeres.-La mujer en los asilos, en los hospitales, en las cárceles, en las escuelas.-La mujer en las universidades.-En Inglaterra y en los Estados Unidos.-Derecho de desembarque que han de pagar los inmigrantes.-Fauce enorme.

Nueva York,  
1º de abril de 1882

Señor Director de  
*La Opinión Nacional*

YA, COMO VASO FRÍO, duermo en la tierra el poeta celebrado. Ya no mirará más desde los cristales de su ventana los niños que jugaban, las hojas que revoloteaban y caían, los copos de nieve que fingían en el aire danza jovial de mariposas blancas; los árboles abatidos, como por el pesar los hombres, por el viento, y el sol claro, que hace bien al alma limpia, y esas leves visiones de alas tenues que los poetas divisan en los aires, y esa calma solemne, que como vapor de altar inmenso, flota, a manera de humo, sobre los montes azules, los llanos espigados y

los árboles coposos de la tierra. Ya ha muerto Longfellow. ¡Oh, cómo acompañan, los buenos poetas! ¡Qué tiernos amigos, a esos a quienes no conocemos! ¡Qué benefactores, esos que cantan cosas divinas y consuelan! ¡Si hacen llorar, cómo alivian! ¡Si hacen pensar, cómo empujan y agrandan! Y, si están tristes ¡cómo pueblan de blandas músicas los espacios del alma, y tañen en los aires, y le sacan sones, como si fuera el aire lira, y ellos supieran el hermoso secreto de tañerla!

La vida, como un ave que se va, dejó su cuerpo. Le vistieron de ropas negras. Le arreglaron la blanca barba ondeante sobre el pecho. Le besaron la mano generosa. Miraron tristemente, como quien ve un templo vacío, su frente alta. Le acostaron en su ataúd de paño. Le pusieron en él un ramo

humilde de flores campestres. Y abrieron, bajo la copa de un álamo majestuoso, un hueco en tierra. Y allí duerme.

Y ¡qué hermoso fue en vida! Tenía aquella mística hermosura de los hombres buenos; el color sano de los castos; la arrogancia magnífica de los virtuosos; la bondad de los grandes, la tristeza de los vivos, y aquel anhelo de la muerte, que hace la vida bella. Era su pecho ancho, su andar seguro, su cortesía real, su rostro inefable, su mirada fogosa y acariciadora. Había vivido entre literaturas, y sido quien era, lo que es mérito grande. Le sirvieron sus estudios, como de crisol, que es de lo que han de servir, y no de grillos, como sirven a otros. Tanta era su luz propia, que no pudieron cegarla reflejos de otras luces. Fue de los que dan de sí, y no de los que toman de otros. Le graznaron cuervos, que graznan siempre a las águilas. Le mordieron los envidiosos, que tienen dientes verdes. Pero los dientes no hincan en la luz. El anduvo sereno, propagando paz, señalando bellezas —que es modo de apaciguar; mirando ansiosamente el aire vago, puestos los



ojos en las altas nubes y en los montes altos. Veía a la tierra, donde se trabaja, hermosa; y la otra tierra, donde tal vez se trabaja también, más hermosa todavía. No tenía ansia de reposar, porque no estaba cansado; pero como había vivido tanto, tenía ansia de hijo que ha mucho tiempo no ve a su madre. Sentía a veces una blanda tristeza, como quien ve a lo lejos en la sombra negra rayos de luna otras veces, prisa de acabar, o duda de la vida posterior, o espanto de conocerse, le llenaban de relámpagos los ojos. Y luego sonreía, como quien se vence. Parecía un hombre que había domado a un águila.

Son sus versos como urnas sonoras, y como estatuas griegas. Parecen al ojo frívolo pequeños, como parece de primera vez todo lo grande. Mas luego surge de ellos, como de las estatuas griegas, ese suave encanto de la proporción y la armonía. Y no batallan en lo hondo de esas urnas ángeles rebeldes en nubes encendidas; ni se escapan de ellas lamentos alados, que vuelan como cóndores heridos, lúgubre la mirada llameante, el pecho rojo; ni sobre rosas muelles se tienden, descuidados, al son de los blandos besos y la amable avena, los tiernos amadores, sino que es su poesía vaso de mirra, de donde asciende en humo fragante como en homenaje a lo alto, la esencia humana. Hizo el poeta canoso versos varios, y supo de finlandeses y norue-

gos, y de estudiantes salmantinos, y de monjas moravas, y de fantasmas suecos y de cosas de la colonia pintoresca y de la América salvaje. Pero estos ocios de la mente que son bellos, no copian bien el alma del poeta, ni con su obra real, sino aquellos vagares de sus ojos y efluvios de su espíritu, y luengos y ternísimos coloquios con la solemne naturaleza, que era como la desposada de este amante, y se ponía para él sus galas ricas, y le mostraba, confiado en su amor, los tesoros de su magnífica hermosura. Y de sus labios, hechos al canto, fluían entonces versos armoniosos. Así miraba, desde los cristales de su ventana, la tarde oscura, no como quien teme a la noche, sino quien aguarda a su perezosa desposada. Y le parecían los niños flores, y las niñas rosas, y él era para ellos muro viejo, por el que trepaban alegres las rosas y las flores. Le sobrecogía, como a onda misera, el miedo de perderse en el mar inmenso como onda, y se rebelaba, y se preguntaba cuál era entonces la utilidad de tanta pena, y la razón de tanto bárbaro martirio, pero tenía piedad de sí, y de los demás, y no contaba estos dolores a los hombres. Quería que se viviese como Héctor, y no como París, que se viviera sin ira, y con agradecimiento; y que se supiese cuánto hay de hermoso en el dolor, y en la muerte, y en el trabajo. No incitaba a los hu-

manos a cóleras estériles, sino al bravo cultivo de sí mismos. Creyó que, puesto que se tienen brazos, han de moverse y emplearse; y puesto que se tiene alma, ha de vivirse de ella, y no de vanidad, ni de comprar ni vender goces, por cuanto no es goce el que se compra o vende. Veía la vida como monte, y el estar en ella como la obligación de llevar un estandarte blanco a la cima del monte. Y vivió en paz, fuera de los mercados bulliciosos, donde los árboles rumoreaban, y trabajaba a la sombra de un castaño un herrero robusto, y volaban, como las hebras rubias del maíz tierno, las chispas de la fragua, y se paraban a verlas, compensativos, parvadas de escolares, pequeñuelos. Y ha muerto ahora serenamente, cual se hunde en el mar la onda. Los niños llevan su nombre; está vacío el sillón alto, hecho del castaño del herrero, que le regalaron, muy labrado y mullo, los niños amorosos; anda con son pausado el reloj rudo, que sobrevive al artífice que lo hizo, y al héroe que midió en él la hora de las batallas, y al poeta que lo celebró en sus cantos; y cuando, más como voz de venganza, que como palabra de consuelo, sonaron sobre la fosa abierta aún aquellos sonos religiosos, salmodiados tristísimamente por el hermano del poeta, que dicen que se vino del polvo y al polvo se vuelve, parecía que la naturaleza descontenta, en cuyo seno

posaba ya su amado, enviaba el aire recio que abatía sobre la tumba fresca el ramaje del álamo umbroso, y que decía el viento en las ramas, como consuelo y como promesa, los nobles versos de Longfellow, en que cuenta que no se dijo lo de la vuelta al polvo para el alma. Y echaron tierra en la fosa, y cayó nieve, y volvieron camino a la ciudad mudos y tímidos, el poeta Holmes,<sup>52</sup> el orador Curtis,<sup>53</sup> el novelista Howells;<sup>54</sup> Luis Agassiz,<sup>55</sup> hijo del sabio, que lo fue de veras porque no fue para él el cuerpo, como para tantos otros, velo del alma, y el tierno Whittier,<sup>56</sup> y Emerson,<sup>57</sup> trémulo, ien cuyo rostro enjuto ya se pinta ese solemne y majestuoso recogimiento del que siente que ya se pliega su cabeza del lado de la almohada desconocida!

La vida humana está harta, como la tierra, de montes y de llanos. ¡Y a las veces de criptas siniestras y de abismos! Y es fuerza a cada paso sacar los ojos de los montes, que son los hombres altos, y ponerlos en llanuras. —Está en el Congreso de debates; y de fiesta la dama de Massachusetts. Ve el Congreso si debe sacar provecho de tanto hombre de Europa como viene a estas tierras; y ya dijo la asamblea de Massachusetts que pueden abogar damas en los tribunales del Estado. Nótese en esta tierra nueva gran premura por dar a la mujer medios honestos y amplios de su existencia, que le

vengan de su propia labor, lo cual le asegurará la dicha, porque enalteciendo su mente con sólidos estudios, vivirá a par del hombre como compañera, y no a sus pies, como juguete hermoso, y porque, bastándose a sí, no tendrá prisa en colgarse del que pasa, como aguinaldo del muro, sino que conocerá y escogerá, y desdenará al ruin y engañador, y tomará al laborioso y sincero. Pues en ese mismo Estado que acepta ahora las damas como abogados en sus tribunales, hay una señorita Robinson que dirige, con éxito notable, su bufete de letrado, lo cual es honra en Boston, capital de Massachusetts, donde trabaja la señorita, porque es tierra de sabihondos y censores y no luce allí quien quiere, sino quien puede. Y uno de los periódicos de leyes que más crédito goza en toda esta tierra, está también dirigido por una culta dama. En nueve de los estados de la Unión, puede ya la mujer abogar como letrado en casos criminales y civiles. Y en otro Estado, que es Vermont, las damas que pagan contribución votan por aquel que más les place de los candidatos a los empleos de las escuelas, cuyos candidatos puedan ser también mujeres, —aunque cuentan los murmuradores que gozan poco de este beneficio las damas vermontesas, porque en este año, hubo pueblo en que sólo votaron cinco damas.

Mas no es sólo en los tribunales y en las urnas, en donde quieren los pensadores de esta

tierra ver a las mujeres. Es en la administración pública, en la dirección de cada casa de caridad, en el consejo de cada taller correccional. Pues, ¿dos gobernadores de Nueva York no nombraron para altos puestos a dos damas? Nombráronlas, y no hay en el Estado más inteligentes oficiales, ni mejor servidos puestos. ¿Quién no ve en las casas, y más en nuestras casas que en éstas, a la esposa siempre tímida y ahorradora, y al esposo, siempre pródigo y fantaseador, como si fuera la tierra Sésamo, y él, Montecristo, y a cada clamor suyo, de esos terribles que no hallan respuestas, hubiese de abrir a sus ojos la tierra obediente, el seno de oro? Somos un tanto hebreos, en punto a fortuna; y esperamos siempre un Mesías que nunca llega. Y no hay más que un modo de ver llegar al Mesías, y es esculpirlo con sus propias manos. No hay en la tierra más riqueza que la que viene precipitadamente, por medios de indecoro, o lentamente por medios de trabajo. ¿Quién ha de ser mejor guía para las mujeres extraviadas que una dama buena? Ni ¿quién que ve una madre y la ve cómo ama, y prevé, y endulza, y perdona, duda de ese caudal de maravillas que yace ignorado en cada alma de mujer? Es una mano de mujer, vara de mago, que espanta búhos y sierpes, y ojos de Midas, que trueca todo en oro. —Pues ¿cómo no ha de ser justo que en las juntas en

que se ha de aconsejar sobre el modo de dirigir maestras, o alumnas, o pobres presas, aconsejen mujeres, que saben de achaques de mujer, y del modo de reformarlos o curarlos? El hombre es rudo e impaciente, y se ama más a sí que a los demás. Y la mujer es tierna, y goza en darse, y es madre desde que nace, y vive de amar a otros. ¡Llámenla, pues, a que sea consejera en todas esas juntas de consejo, y donde haya niños o mujeres a quienes dirigir, o cuidar, o curar, sea mujer la que dirija, con lo que será más suave y rápida la cura!

¿Y en colegios? ¿Se han de cerrar acaso los altos colegios a estas mujeres que han de ser luego compañeras de hombres? Pues si no tienen los pies hechos al mismo camino, ni el gusto hecho a las mismas aficiones, ni los ojos a la misma claridad ¿cómo los acompañarán? Vive todo ser humano de verse, y es el más suave goce el comercio de las almas. ¿Qué ha de hacer el marido sabedor, sino apartar los ojos espantados y doloridos de aquella que no entiende su lenguaje, ni estima sus ansias, ni puede premiar sus noblezas, ni adivinar sus dolores, ni alcanzar con los ojos donde él mira? Y viene ese divorcio intelectual, que es el mal terrible.

Ni es verdad, a lo que dicen maestros y observadores, que sea cosa probada la flaqueza de la mente femenil

para llevar en sí hondas cosas de artes, leyes, y ciencias. Inglaterra les ha abierto sus colegios, y están orgullosos de ellas los colegios de Inglaterra. Altas cosas estudian las mujeres en el colegio de la Universidad en Londres, donde una tercera parte de los discípulos son doncellas atentas y estudiosas, y no hay año en que no hay ventaja relativa a los donceles estudiantes. Cuatro universidades viejas y famosas tienen los ingleses, y en esa de Londres y en la de Dowham, invístese ya de la toga doctoral a las educandas; en Cambridge, se las recibe en cátedras y exámenes, los que les sirven como de títulos de honor, aunque no les dan derechos; y en Oxford, que es universidad reacia y severa, ya las admiten a cátedras, a que ellas van gozosas. Es cosa que alegra los ojos ver llegar a las puertas del colegio a los mancebos retozones, a la par que bajan gravemente de sus carruajes las jóvenes que vienen a la Universidad a aprender artes y ciencias. De la Universidad de Cambridge han salido maestras excelentes. Y en esta tierra misma, Harvard es universidad celebradísima, y tiene cátedras para mujeres, cuyos adelantos y aplicación encomia; y en la Universidad de Cornell, que goza también fama, no hay memoria de que haya hecho examen nulo ninguna de las numerosas estudiantes. Y ahora se quiere,

que, como las de Harvard soberbio, y Cornell celebrado, se abran a las mujeres jóvenes las puertas del muy valioso colegio de Columbia. Cosas pueden ser éstas, para quien viva en otras riberas, singulares: mas si es verdad que ese ir y venir por cátedras y calles, pudiera parecer en nuestros países como echar flores débiles al viento, no ha de verse el modo de enseñar ni a que sea de hombre el instituto en que se enseñe, sino que se ha de proveer, en forma que concierne con nuestras costumbres a la urgentísima necesidad de esa enseñanza. —Porque no suelen volar los esposos de la jaula de oro primaveral en busca de nueva primavera, o de belleza nueva, sino porque es dama sin mente como vaso seco, y busca el hombre sediento donde posar los labios ardorosos. Son las almas como las rosas, y han menester de sol ardiente, y de que caiga en ellas, con cada alba, rocío nuevo.

Nueva York, que quiere abrir su Universidad a las mujeres, no gusta de tener abierta su bolsa a todos los menesteres de los inmigrantes europeos, que llegan a las veces con hambre, y sin dineros, ni ropa, ni salud, todo lo cual acarrea gastos que Nueva York paga, porque a Nueva York llegan aunque luego se salen del Estado, y fincan en otras comarcas que se benefician de ello, sin tener parte en sus costos.

Ya fue uso en otro tiempo que cada inmigrante pagara un peso al erario, a modo de derecho de entrada, porque el estado de Nueva York había de reenviar a sus tierras los pordioseros y los criminales, de los que venían muchos, y esos pesos se empleaban en los costos del reenvío. Pero se dijo que era inconstitucional la ley, como se dijo también de otra semejante que la sustituyó, por lo que ahora trátase de

que sea la ley de la nación, y no de un estado, y que cada atezado hebreo de Rusia, o fornido alemán, o irlandés belfudo, o francés bullicioso, o sueco de cabellos rojos que a estas playas lleguen, pague unos cuantos dineros, que se pondrán en caja, para pagar con ellos a los que vienen enfermos o a medio vestir, o en incapacidad de hallar rápido empleo. Y ésa va a ser la ley nueva para Castle Garden, que será nom-

bre famoso en tiempos venideros, en que parecerá esta tierra maravilloso monstruo, y esa casa de emigrantes, con su ancha puerta abierta, será temida por su fauce enorme.

José Martí

*La Opinión Nacional,*  
Caracas,  
11 de abril de 1882



## 26

Cartas de Nueva York<sup>58</sup>

«Ostera»<sup>a</sup> y las Pascuas.-Antaño y hogaño.-  
 Los huevos de Pascuas.-Costumbres de Nueva York.-  
 El pájaro de Holanda.-Jesse James, gran bandido.-  
 Sus proezas, su fama y su muerte.-Los cazadores  
 de búfalos.-Los indios de Norteamérica.-  
*Crows* rebeldes y prósperos *cheyennes*.-«A ver  
 crecer el maíz».-El Presidente opone su veto al  
 acuerdo de la Casa de Representantes que cierra  
 los Estados Unidos a los chinos.-Jesse James,  
 gran bandido.-Sus proezas, su fama y su muerte.

Nueva York,  
 15 de abril de 1882

Señor Director de  
*La Opinión Nacional*

NO PARECE de abril el triste  
 día! Ni son de abril los  
 árboles desnudos, que dibujan  
 en el cielo sombrío sus esque-  
 letos negros; ni los arbustos  
 secos, que parecen, más que  
 gala de los patios, manojos de  
 látigos clavados en la tierra; ni  
 la enmarañada enredadera, col-  
 gada como de harapos, de ho-  
 jas rotas; ni el sol triste, que se  
 levanta perezoso entre las nu-  
 bes densas. Pero ya son de  
 abril los pajarillos aleteadores,  
 y los nidos están llenos; y los

niños juegan por las calles,  
 aderezados con sus lujos pas-  
 cuales, porque estos son días  
 de regalo y de fiesta, en que  
 abren ya sin miedo sus alas las  
 palomas; y su seno al aire fres-  
 co de la primavera los niños  
 candorosos.

¿Adónde va la pequeñuela  
 linda, calzada de fino y en-  
 guantada, prendido el broche  
 de perlas de su madre al cue-  
 llo de encaje rico? Va, con  
 paso menudo y jubiloso a de-  
 jar en la caja de bronce, pinta-  
 da de verde, que está fija en el  
 poste del farol de la esquina, la  
 tarjeta de Pascuas que recoge-  
 rá a poco, y llevará a casa de  
 otra linda amiga el cartero ca-  
 sado, el buen cartero, con su  
 bolsón cuerudo, y su uniforme

y su cachucha azules, los cua-  
 les trocaría de buena gana por  
 otro hábito en días como es-  
 tos, en que se llenan las cajas  
 de bronce de las esquinas, y  
 aquellos nichos de la casa de  
 Correos, semejantes a los que  
 lo fueron de libros de la vieja  
 biblioteca de Alejandría, de las  
 cartas de plácemes que cam-  
 bian estos corteses vecinos de  
 Nueva York.

Y no hay secta, ni hay here-  
 jes, ni hay rebeldes, para esta  
 fiesta de Pascuas, que parece  
 religiosa y es pagana, porque  
 con el alborear de la primave-  
 ra, la tierra alborea, la esperan-  
 za renace, los enfermos se ale-  
 gran, los niños triscan, los ojos  
 se encienden, se enjubilaba el  
 alma. Y todos los credos, a des-  
 pecho suyo y como anuncio de  
 mejores días de paz, se juntan  
 en esta creencia suma en la  
 naturaleza. De ella nacieron, y  
 el capricho humano les dio  
 imágenes y formas que persis-  
 ten, porque persisten los in-  
 tereses creados a su amparo,  
 pero el amor llenará al cabo el  
 pecho de los hombres, y todas  
 las creencias vendrán a ser en

a. Errata en LON: «Ontera».

suma, en los días de las almas tranquilas, esta mejoradora y reverente en la divinidad de la naturaleza. Al buen Jesús celebran los cristianos, y los teutones viejos celebraban a la Primavera buena: y con nombre gentil llaman sus pascuas los enemigos de los gentiles, porque era Ostera en los pueblos teutónicos la diosa primaveral que venía de *Oster*, palabra de júbilo, que quiere decir renacimiento, y de Oster viene Easter, que es como acá llaman, y en toda tierra inglesa, a las Pascuas cristianas. Es el hombre gallardo y dadivoso y no sufre de haber sido pródigo, sino de no tener qué dar. No hay goce como hacer gozosos. Busca el ingenio ocasiones discretas de regalo.

Las Pascuas son aquí días de presentes, y no hay niño que no lleve en sus manos cuidadosas un huevo de colores, ni galán que no compre dones primaverales, ni doncella que no ostente en la repisa de sus chimeneas la linda tarjeta, de seda flecada y muy pintada, o la flor blanca, o el nido de pájaros que le ha ofrendado su cortés amigo. No saludan los neoyorquinos como los cristianos griegos, que gustan de ver salir el sol en nuestros días, como suelen en tierras nuestras madres, y el uno dice, a modo de saludo, al griego con quien tropieza: «El Señor ha resucitado», y el otro griego dice: «En verdad que ha resucitado, y que a Simón se ha

aparecido». Ni creen, como en Irlanda, —donde creen muy extrañas cosas, y ponen aún entre los dientes apretados de los muertos la moneda con que han de pagar su pasaje por la Estigia al barquero Carón, —que el sol baila en el cielo en estos días pascuales, y hacen gozo del día, por dar placer al cielo: aunque son los de Irlanda muy católicos, y creen a la par en las virtudes de San Ramón y en el agua negra de la Estigia, en lo que se parecen a los indios de Oaxaca, que esconden bajo el manto de la Virgen el ídolo que veneran, y lo pasean reverentemente en sus procesiones; y a los negros caribes de Honduras, muy bellos e inteligentes negros, que han hecho comercio con los sacerdotes del lugar, los cuales les permiten su *maffia*, que es baile misterioso, y sus fiestas bárbaras de Africa, a trueque de que acaten su señoría, y lleven velas y tributos a la iglesia; y a los indios de los Altos en Guatemala, que antes van a ofrecer el recién nacido, en la cima de un monte, a la naturaleza, como hacen los persas, que a ofrecerlo al Señor cristiano, como manda Roma en la pila del bautismo.

No celebran los neoyorquinos como los irlandeses estos días, en que ya no entumece los miembros temerosos el frío enemigo, y en que ya salen sin miedo a los patios de sus casas las buenas viejecitas de rostro

sonrosado y de cabeza blanca, ni los festejan con juego ceremonioso de pelota, en que hacen de jugadores ante las autoridades del lugar y el pueblo aplaudidor, como fue uso en antiguos pueblos ingleses, doce alegres ancianos. Ni tienen los hombres el derecho de levantar en alto en sus brazos, tres veces a las mujeres que hallan a su paso, por lo que habían de darles las mujeres, como daban a los venturosos de Inglaterra, un beso, o una moneda de seis centavos, amén de que el día próximo, era de aquellas mozas fornidas el derecho de levantar otras tres veces a los mozos. Ni es uso tampoco que los feligreses de la parroquia vayan muy de mañana a echar manzanas en el patio del señor cura, lo que pudiera tenerse a astucia del eclesiástico, que se proveía así de manzanas, si no fuera porque él traía luego a la casa parroquial a sus regaladores, y les daba lonjas de pan y de buen queso, rociadas con cerveza. Y por cierto que ya para entonces el matrimonio era tenido como gran beneficio, y el cura que lo consagra como benefactor grande, porque los recién casados habían de echar en el patio de la parroquia tres tantos de manzanas, y no uno, como los solteros y los viudos. Mas si esas costumbres de los metropolitanos no han sido guardadas por los colonos, otras sí, como la de los huevos de colores, que ya se regalaban en

tiempo de antaño, como es probado por una cuenta de uno de los reyes Eduardos, que repartió a sus cortesanos cuatrocientos huevos.

¿En qué nido no hay alba en este abril piadoso? Nido inmenso es la tierra, y se abre en Pascuas. Huevos de plata y de oro, llenos de ricos confites, son estos días regalos de uso. Ya están forrados de seda suntuosa, y son joyeros, que adornarán luego el tocador de las damas regaladas. Ya van en linda bandeja, cubiertos de paño de seda, por mano de buen artista pintado de aves o flores, lo cual es costoso presente. Ya en el gran huevo de porcelana, que se rompe en la mesa de comer entre vítores de niños, envía el amigo a la niña un ramillete; al niño otro huevecillo, bien cargado de fresas azucaradas o de almendras, a la madre un pajarillo lindo, que lleva en el pico una muñeca, la cual es usanza de este año, que ha venido de Holanda, donde de los niños saben, como sabemos nosotros que vienen en cestos de flores; que los recién nacidos son traídos a la casa en el pico de los pájaros, que los dejan caer para que no se lastimen, en los brazos de sus madres, que es como lo que nosotros creemos, porque los brazos de las madres son cestos floridos. Y remata los regalos del amigo una cáscara de huevo, con cabellera de estambre en la alta punta, y la otra punta hundida en alto

cuello de camisa, ceñida de corbata de anchos pliegues, en la cual cáscara monda está pintado en burla el que recibe el regalo cariñoso: pues ¿qué mejor presente, que el que se hace a nuestra mujer y a nuestros hijos? Y es curioso ver, tras de los cristales de la ventana de una dulcería, cómo acurrucado en una alta banqueta, pinta sobre sus rodillas un artista de Pascuas dibujillos amorosos, y barquichuelos, y palomas, y corazones rojos en grandes huevos de avestruces: y cómo una madre próspera lleva a la casa una cesta de paja, en que van tantos huevos como hijos, y cada huevo coronado, en el lugar en que fue roto para llenarlo de sabrosos dulces, de un amarillo girasol o de una delicada margarita. Luego enseñan las doncellas halagadas los presentes que les enviaron sus amigos, porque no hay acá gozo como el de enseñar, y a ése, que es gozo de la vanidad, suelen poner aquí a tributo los inefables del alma.

El presente de un caballero, «que está en el negocio de las acciones», y es mancebo listo, regalador de damas, es una cruz de hojas secas y flores de la Tierra Santa, la cual es muy agradecida, porque con ella muestran las damas que son muy estimadas y merecedoras de que en ganar sonrisa de gracias emplee un mancebo más de cien bolívares, que es lo que la cruz cuesta. Ese nido

de pájaros, que es nido verdadero, lleno de huevecillos grises, sobre los cuales extiende las alas un pájaro disecado, es don pascual de «un hombre de sustancia», como llaman aquí a los ricos de veras. Los graves amigos han enviado tarjetas alemanas, sobradas de muy místicos dibujos, y de textos de la escritura en grandes y revueltas letras góticas, o tarjetas de América, de cuyos lados salen cintas, que atan el arrogante lirio, o el girasol cabelludo, o el tulipán estimado, las cuales flores están hechas de bulto, y van a ser luego ornamento bello de rinconeras y repisas.

Y allá, en la madrugada de Gloria, en cuarto estrecho y aire espeso, y a la luz turbia de una lámpara humilde, cose de prisa, acatada la labor del día, una madre de alma buena y manos fatigadas, para que al despertar halle su hija, que reposa en la almohada dura su cabecita pálida, el traje nuevo de Pascua, hecho de telas pobres, que son tan ricas, luego que las tocó la mano de la madre, ique no las hay mejores!

Solía James ir a ampararse, luego de cometer sus crímenes, en tierras de indios. De indios se habla ahora, y se teme su guerra; porque les han reconocido, cuando se les han cansado ya los brazos desnudos de pelear por el dominio de los ríos y bosques patrios que los hombres blancos violan su derecho a ocupar

ciertos trozos de tierra, y a alimentarse y vestirse por unos cuantos años, que unas veces son más y otras menos, con los dineros que en pago de las comarcas que hurtó de ellos, paga de buen grado el Gobierno de los blancos. Pero en estas reservas todo es miseria; y hay agentes encargados de distribuir los haberes indios, que parecen los leones de la fábula de «Phedro», que toman para sí la mayor parte; y es tal el hambre en algunas agencias, que ya los indios, azuzados de ella, tienen puestas las manos cerca de sus arreos de batallar. Y hay junto a ellos ganados ricos, y los roban. ¿No han de pagar los ocupadores de su tierra el precio de la tierra a los dueños de quienes la tomaron?

Son los *crows* los que amenazan guerra ahora, y tienen listos sus mil guerreros y sus cuatro mil caballos de batalla. ¿Qué es de aquellos cinco pesos y medio que para el vestido de cada indio acordaron los blancos en formal tratado dar cada año? ¿Y de los mil quinientos pesos para la escuela? ¿Y de los seis mil quinientos más para médico, y maestro de cultivo, y carpintero, y herrero, y mecánico? ¿Y de sesenta y cinco millares más que para carne y harina da el Gobierno? En bancos e instituciones que andan en manos de agentes, quedan, como en crisoles, estas buenas sumas. Y es en vano que los *crows* ingeniosos, que no tienen menos de

catorce mil caballos, y numerosos búfalos, y muchas cabezas de ganado, aprendan artes de los blancos, y les venzan en la del ahorro. Quieren hurtarles aún más tierra, muy cara para ellos, que viven de ella, y ya los *piés negros*, y los *vientres gruesos*, y los *sioux* temidos y los valerosos *arapahoes* acarician el lomo de sus caballos pequeños y veloces, y sienten de nuevo la embriaguez del bosque, y limpian coléricos sus armas.

No así los vivaces *cheyennes*, tratados con blandura. El amor encorva la frente de los tigres. Eran esos *cheyennes* cuatro años hace peleadores tremendos. Como defendían su tierra, no dormían, y caían sobre los blancos, que se dormían al cabo, porque no defendían más que su vida. Brazo a brazo cazaban las ovejas salvajes, las rebeldes *mussienes*; y no era de lienzo su vestido, sino de pieles frescas. Y el general Miles los venció de veras, porque fue bueno con ellos. ¡Qué fiesta el primer carro que vieron! Se echaron sobre el carro en tropel, como niños sobre juguetes. Subiéronse en montón. ¡Qué gozo, ver dar vueltas a la rueda! ¡Qué alegre el hombre salvaje, de aquel triunfo sobre la distancia! Así es el hombre americano: ni la grandeza le sorprende, ni la novedad le asusta. Cuanto es bueno, es suyo. Le es familiar cuanto es grande. No hubo a poco *cheyenne* que no quisiera su carro, y que no unciera a él su

caballo de pelear. Pero gustaban mucho de correr caballos, por cuanto no ve el hombre ingenuo, que vive del aire de la selva y de las migajas de su caza perezosa, que la vida sea más que risa y huelga. Y el buen Miles les vendió los caballos de correr, mas no los de los carros, y les compró vacas y bueyes. Como arrieros comenzaron a ganar salario. Y luego se hicieron de mejores trajes, y de casas fuertes, y de habilidad de agricultores, para lo que les mandó Miles un buen maestro de campo, que les enseñó a arar, y a sembrar, y a levantar cercas.

¡Oh, qué maravilla, cuando brotó el maíz! Sentábanse, acurrucados en el suelo, a verlo crecer. Y a la par que a la brisa de la tarde abría el viento las hojas aún pegadas al tallo del maizal, acariciaba el *cheyenne* pensativo la cabeza de su hijo, reclinada en sus rodillas. Crecían a la par, arbusto y hombre. Llenos ya del placer de poseer, se enamoraban de sus plantas, que les parecían sus hijos, y como criaturas de sus manos, el cual es amor saludable y fecundo. Y hoy ya piensan en hacerse de escuela, para lo que guardan en sus arcas muy buenos dineros; y no hay mercader que no quiera mercadear con ellos, porque palabra de indio es oro; ni hay traficante que engañe a un *cheyenne*, porque ya el cazador de *mussienes* lleva libros de cuentas, y si gasta dos pesos en



zapatos, dibuja un zapato, y saca de él una línea, y a la cabeza de ella hace dos círculos, que son los dos pesos; y si compra en un mismo día una libra de azúcar, que le place saborear, y una hoz de segar, en peso y medio, dibujará la hoz, y el papel de la libra, y juntará en lo alto en una línea las dos que saca de ellos, y pondrá en el remate un círculo grande, que es el peso, y uno pequeño, que es el medio: y si algo queda a deber en ese viaje—pondrá al fin de su apunte tantos círculos cuantos pesos sean los de la deuda. —Y así viven, ya dueños de sí, y dueños de su tierra, en que han hecho muy lindas haciendas. ¡En verdad que no es de tierra de Europa de donde han de venir nuestros cultivadores! Somos como notario olvidadizo que lleva en sí, y anda buscando fuera, las gafas con que ve.

Y para terminar: el Presidente Arthur sensatísimo, niega su firma al acuerdo loco, por el que los representantes cierran esta nación, cuya gloria y poder viene de ser casa de todos los hombres, a los hombres chinos, por no perder en las elecciones próximas los votos de los celosos irlandeses, cuyo trabajo burdo y caro no les da modo de competir con el trabajo chino, barato y perfecto. Viril y cuerdamente en vía Arthur su veto. Dícnle que perderá con ello su partido, a lo que ha respondido con nobleza que ganará con

ello la nación. Un millonario ha muerto.

Estos días que para Nueva York fueron de fiesta, han sido de agitación grande en Missouri, donde había un bandido de frente alta, hermoso rostro y mano hecha a matar, que no robaba bolsas sino bancos; ni casas sino pueblos; ni asaltaba balcones sino trenes. Era héroe de la selva. Su bravura era tan grande, que las gentes de su tierra se la estimaban por sobre sus crímenes. Y no nació de padre ruin, sino de clérigo, ni parecía villano, sino caballero, ni casó con mala mujer, sino con maestra de escuela. Y hay quien dice que fue cacique político, en una de sus estaciones de reposo, o que vivía amparado de nombre falso, y vino como cacique a elegir de Missouri y las de Kansas llenas de recio monte y de cerradas arboledas. Jesse James y los suyos conocían los recodos de la selva, los escondrijos de los caminos, los vados de los pantanos, los árboles huecos. Su casa era armería, y su cinto otra, porque llevaba a la cintura dos grandes fajas, cargadas de revólveres. Empezó a vivir cuando había guerra, y arrancó la vida a mucho hombre barbado, cuando él aún no tenía barba. En tiempo de Alba, hubiera sido capitán de tercio en Flandes. En tiempos de Pizarro, buen teniente suyo. En estos tiempos, fue soldado, y luego fue bandido. No fue de aquellos soldados magnifi-

cos de Sheridan, que lucharon porque fuera toda esta tierra una, y el esclavo libre, y alzaron el pabellón del Norte en las tenaces fortalezas confederadas. Ni de aquellos otros soldados pacientes, de Grant silencioso, que acorraló a los rebeldes aterrados, como sereno cazador a jabalí hambriento. Fue de los guerrilleros del Sur, para quienes era la bandera de la guerra escudo de rapiña. Su mano fue instrumento de matar. Dejaba en tierra al muerto, y cargado de botín, iba a hacer reparto generoso con sus compañeros de proezas, que eran tigres menores que lamían la mano de aquel magno tigre.

Y acabó la guerra, y empezó un formidable duelo. De un lado eran los jóvenes bandidos, que se entraban a caballo en las ciudades, llamaban a las puertas de los bancos, sacaban de ellos en pleno día todos los dineros, y ebrios de —peligro que como el vino embriaga, huían lanzando vítores entre las poblaciones consternadas, que se apercebían del crimen cuando ya estaba rematado, y perseguían a los criminales flojamente, y volvían a las puertas del banco vacío, donde parecían aún verse, como figuras de oro que vuelan, las de los bravos jinetes, a los ojos fantásticos del vulgo, embellecidos con la hermosura del atrevimiento. Y de otro lado eran los jueces inhábiles, en aquellas comarcas de ciudades pequeñas y de

bosques grandes; los soldados de la comarca, que volvían siempre heridos, o quedaban muertos; los pueblos inquietos, que, ciegos a veces por ese resplandor que tras de sí deja la bravura, veían en el ladrón osado a un caballero del robo, y dejaban latir los corazones conmovidos, cual se conmueven siempre, cuando la buena doctrina del alma no los purifica, ante todo acto extraordinario, aunque sea vil. ¡Así, ante los toros que mueren a mano de los hombres en el circo enrojecido, suelen las damas de España lanzar al aire los grandes abanicos, y descalzarse del pie breve, para arrojarlo al matador, el chapín de seda, y enviarle la rosa roja que prende su mantilla, y batir palmas! Una vez estaba Missouri en feria, y no menos de treinta millares de hombres en la inmensa villa, todos de apuesta y de almuerzo, todos de juegos y de carreras de caballos. Y de súbito, corre miedo pánico. Era que Jesse James había sabido de la fiesta, y cuando tenían las gentes puestos los ojos en las cañas ligeras de los caballos corredores, cayó con los suyos sobre la casilla de la feria, dio en tierra con los guardianes, y huyó con los copiosos dineros de la entrada. Lo que pareció a los de Missouri crimen que debía ser perdonado por lo hazañoso y gigantesco. Y otras veces esos malvados hundían los codos en sangre. Alzaban en una

curva del camino, los hierros de la vía. Ocultábanse, montados en sus veloces caballos, en el soto. Y el tren venía y caía. Y allí era matar a cuantos hiciesen frente al robo inicuo. Allí el llevarse a raudales los dineros. Allí el cargar a sus caballos de grandes barras de oro. Allí el clavar en tierra a cuantos podían mover el tren. Si había taberna rica, y bravo del lugar, a la taberna del lugar iban, a armar guerra los bandidos, porque no se dijese que fatigaba caballo ni manejaba armas, hombre más bravo que los de James. Si se danzaba en las villas texanas con las hermosas del partido, con el cabo de sus pistolas llamaba Jesse James a la casa de la fiesta, y como de él era la mayor bravura, de él había de ser la más hermosa. Enviaron a cazarle espía famoso, y con un cartel sobre el pecho, atravesado de balazos, hallaron al espía; el cual cartel decía que así habían de morir los que enviaran a la caza. ¡Es aquella de las apartadas comarcas de esta tierra, vida singularísima que desenvuelve en los hombres, en la selva libre, todos los apetitos, todas las suntuosidades, todos los impulsos y todas las elegancias de la fie-ra! Bien es que el cazador de búfalos, hecho a retar al animal pujante, y a sentarse, como en su propio asiento, en los ijares de la gran res vencida, deje crecer y colgar por los hombros su cabello largo, y

tenga el pie robusto hecho a hollar troncos, y la mano a doblarlos, y el corazón a la tempestad, y los ojos empapados de esa mirada solemne y triste de quien mira mucho a la naturaleza y a lo desconocido.

Mas, ¿dónde hallan, como quieren hallar diarios y cronistas, hazañas de caballero manchego en ese ensangrentador de los caminos? Bien es que le mató un amigo suyo por la espalda, y por dineros que le ofreció para que le matase, el Gobernador. Bien es que merezca ser echado de la casa de Gobierno, quien para gobernar haya de menester, en vez de vara de justicia, de puñal de asesino. Bien es que da miedo y vergüenza que allá en la casa de la ley, cerca de puerta excusada y en noche oscura, ajustaran el jefe del Estado y un salteador mozo el precio de la vida de un bandido. ¿Pues, qué respeto merece el Juez, si comete el mismo crimen que el criminal? Sombra era la del soto en que aguardaban a los trenes que habían de robar los de la banda de James, y sombra la del gabinete de gobierno, en que el guardador de la ley ajustó el precio del caudillo de la banda. Y los corregidores que le persiguieron en vida, le sepultaron en féretro suntuosísimo, que de su bolsa pagarán, o de la del Estado: el cadáver fue a ser puesto en tierra de la heredad materna, en tren especial, y no en tren diario: llevaban los cordones del

féretro del bandolero los coregidores del lugar y millares de personas, con los ojos húmedos de llanto, acudieron a ver caer en la fosa a aquel que rompió tantas veces con la

bala de su pistola el cráneo de los hombres, con la misma quietud serena con que una ardilla quiebra una avellana. Y los empleados de la policía del lugar quedaron arrebatándose

la yegua veloz en que montó el bandido.

*La Opinión Nacional,*  
Caracas,  
1º de mayo de 1882

27

## Emerson<sup>59</sup>

Muerte de Emerson.-El gran filósofo americano ha muerto.-Emerson, filósofo y poeta.-Su vida pura.-Su aspecto.-Su mente, su ternura y su cólera.-Su casa en Concord.-Éxtasis.-Suma de méritos.-Su método.-Su filosofía.-Su libro extraordinario: *Naturaleza*.-¿Qué es la vida?-¿Cuál es el objeto de la vida?-¿Qué son las ciencias?-¿Qué enseña la naturaleza?-Filosofía de lo sobrehumano y de lo humano.-La virtud, objeto final del Universo.-Su modo de concebir.-Su modo de escribir.-Sus maravillosos versos.

Nueva York,  
6 de mayo de 1882

Señor Director de  
*La Opinión Pública*

**T**IEMBLA A VECES la pluma, como sacerdote capaz de pecado que se cree indigno de cumplir su ministerio. El espí-

ritu agitado vuela a lo alto. Alas quiere que lo encumbren, no pluma que lo taje y moldee como cincel. Escribir es un dolor, es un rebajamiento: es como uncir cóndor a un carro. Y es que cuando un hombre grandioso desaparece de la tierra, deja tras de sí claridad pura, y apetito de paz, y odio de ruidos. Templo semeja el Uni-

verso. Profanación el comercio de la ciudad, el tumulto de la vida, el bullicio de los hombres. Se siente como perder de pies y nacer de alas. Se vive como a la luz de una estrella, y como sentado en llano de flores blancas. Una lumbre pálida y fresca llena la silenciosa inmensa atmósfera. Todo es cúspide, y nosotros sobre ella. Está la tierra a nuestros pies, como mundo lejano y ya vivido, envuelto en sombras. Y esos carros que ruedan, y esos mercaderes que vocean, y esas altas chimeneas que echan al aire silbos poderosos, y ese cruzar, caracolear, disputar, vivir de hombres, nos parecen en nuestro casto refugio regalado, los ruidos de un ejército bárbaro que invade nuestras cumbres, y pone el pie en sus faldas, y rasga airado la gran sombra, tras la que surge, como

un campo de batalla colosal, donde guerreros de piedra llevan coraza y casco de oro y lanzas rojas, la ciudad tumultuosa, magna y resplandeciente. Emerson ha muerto: y se llenan de dulces lágrimas los ojos. No da dolor sino celos. No llena el pecho de angustia, sino de ternura. La muerte es una victoria, y cuando se ha vivido bien, el féretro es un carro de triunfo. El llanto es de placer; y no de duelo, porque ya cubren hojas de rosas las heridas que en las manos y en los pies hizo la vida al muerto. La muerte de un justo es una fiesta, de esperanza los rostros de los hombres, y cargan en sus brazos haces de palmas, con que alfombran la tierra, y con las espadas de combate hacen en alto bóveda para que pase bajo ellas, cubierto de ramas de roble y viejo heno, el cuerpo del guerrero victorioso. Va a reposar, el que lo dio todo de sí, e hizo bien a los otros. Va a trabajar de nuevo, el que hizo mal su trabajo en esta vida. —¡Y los guerreros jóvenes, luego de ver pasar con ojos celosos, al vencedor magno, cuyo cadáver tibio brilla con toda la grandeza del reposo, vuelven a la faena de los vivos, a merecer que para ellos tiendan palmas y hagan bóvedas!

¿Que quién fue ese que ha muerto? Pues lo sabe toda la tierra. Fue un hombre que se halló vivo, se sacudió de los hombros todos esos mantos y

de los ojos todas esas vendas, que los tiempos pasados echan sobre los hombres, y vivió faz a faz con la naturaleza, como si toda la tierra fuese su hogar; y el sol su propio sol, y él patriarca. Fue uno de aquellos a quienes la naturaleza se revela, y se abre, y extiende los múltiples brazos, como para cubrir con ellos el cuerpo todo de su hijo. Fue de aquellos a quienes es dada la ciencia suma, la calma suma, el goce sumo. Toda la naturaleza palpitaba ante él, como una desposada. Vivió feliz porque puso sus amores fuera de la tierra. Fue su vida entera el amanecer de una noche de bodas. ¡Qué deliquios, los de su alma! ¡Qué visiones, las de sus ojos! ¡Qué tablas de leyes, sus libros! Sus versos, ¡qué vuelos de ángeles! Era de niño tímido y delgado, y parecía a los que le miraban, águila joven, pino joven. Y luego fue sereno, amable y radiante, y los niños y los hombres se detenían a verle pasar. Era su paso firme, de aquel que sabe adonde ha de ir; su cuerpo alto y endeble, como esos árboles cuya copa mecen aires puros. El rostro era enjuto, cual de hombre hecho a abstraerse, y a ansiar salir de sí. Ladera de montaña parecía su frente. Su nariz era como la de las aves que vuelan por cumbres. Y sus ojos, cautivadores, como de aquel que está lleno de amor, y tranquilos, como de aquel que ha visto lo que no se ve. No era posible verle sin desear besar su fren-

te. Para Carlyle,<sup>60</sup> el gran filósofo inglés, que se revolvió contra la tierra con brillo y fuerza de Satán, fue la visita de Emerson, «una visión celeste». Para Whitman,<sup>61</sup> que ha hallado en la naturaleza una nueva poesía, mirarle era «pasar hora bendita». Para Estedman,<sup>62</sup> crítico bueno, «había en el pueblo del sabio una luz blanca». A Alcott,<sup>63</sup> noble anciano juvenil, que piensa y canta, parece «un infortunio no haberle conocido». Se venía de verle como de ver un monumento vivo, o un ser sumo. Hay de esos hombres montañosos, que dejan ante sí y detrás de sí, llana la tierra. Él no era familiar, sino era tierno, porque era la suya imperial familia cuyos miembros habían de ser todos emperadores. Amaba a sus amigos como a amadas: para él la amistad tenía algo de la solemnidad del crepúsculo en el bosque.—El amor es superior a la amistad en que crea hijos. La amistad es superior al amor en que no crea deseos, ni la fatiga de haberlos satisfecho, ni el dolor de abandonar el templo de los deseos saciados por el de los deseos nuevos. Cerca de él, había encanto. Se oía su voz, como la de un mensajero de lo futuro, que hablase de entre nube luminosa. Parecía que un impalpable lazo, hecho de luz de luna, ataba a los hombres que acudían en junto a oírle. Iban a verle los sabios, y salían de verle como regocijados, y



como reconvenidos. Los jóvenes andaban luengas leguas a pie por verle, y él recibía sonriendo a los trémulos peregrinos, y les hacía sentar en torno a su recia mesa de caoba, llena de grandes libros, y les servía, de pie como un siervo, buen jerez viejo. ¡Y le acusan, de entre los que lo leen y no lo entienden, de poco tierno, porque hecho al permanente comercio con lo grandioso, veía pequeño lo suyo personal, y cosa de accidente, y ni de esencia, que no merece ser narrada! ¡Phrineas de la pena son esos poetillas jeremíacos!<sup>164</sup> ¡Al hombre ha de decirse lo que es digno del hombre, y capaz de exaltarlo! ¡Es tarea de hormigas andar contando en rimas desmayadas dolorcillos propios! El dolor ha de ser pudoroso.

Su mente era sacerdotal; su ternura, angélica; su cólera, sagrada. Cuando vio hombres esclavos, y pensó en ellos, habló de modo que pareció que sobre las faldas de un nuevo monte bíblico se rompían de nuevo en pedazos las Tablas de la Ley. Era moisiaco su enojo. Y se sacudía así las pequeñeces de la mente vulgar, como se sacude un león tábanos. Discutir para él era robar tiempo al descubrimiento de la verdad. Como decía lo que veía, le irritaba que pusiesen en duda lo que decía. No era cólera de vanidad, sino de sinceridad. ¿Cómo había de ser culpa suya que

los demás no poseyesen aquella luz esclarecedora de sus ojos? ¿No ha de negar la oruga que el águila vuela? Desdeñaba la argucia, y como para él lo extraordinario era lo común, se asombraba de la necesidad de demostrar a los hombres lo extraordinario. Si no le entendían, se encogía de hombros: la naturaleza se lo había dicho: él era un sacerdote de la naturaleza. Él no fingía revelaciones; él no construía mundos mentales; él no ponía voluntad ni esfuerzo de su mente en lo que en prosa o en verso escribía. Toda su prosa es verso. Y su verso y su prosa, son como ecos. Él veía detrás de sí al Espíritu creador que a través de él hablaba a la naturaleza. Él se veía como pupila transparente que lo veía todo, lo reflejaba todo, y sólo era pupila. Parece lo que escribe trozos de luz quebrada que daban en él, y bañaban su alma, y la embriagaban de la embriaguez que da la luz, y salían de él. ¿Qué habían de parecerle esas mentecillas vanidosas que andan montadas sobre convenciones, como sobre zancos? ¿ni esos hombres indignos, que tienen ojos y no quieren ver? ¿ni esos perezosos u hombres de rebaño, que no usan de sus ojos, y ven por los de otro? ¿ni esos seres de barro, que andan por la tierra amoldados por sastres, y zapateros, y sombrereros, y esmaltados por joyeros, y dotados de sentidos y de habla, y de no más que

esto? ¿ni esos pomposos fraseadores, que no saben que cada pensamiento es un dolor de la mente, y lumbre que se enciende con óleo de la propia vida, y cúspide de monte?

Jamás se vio hombre alguno más libre de la presión de los hombres, y de la de su época. Ni el porvenir le hizo temblar, ni le cejó el pasado. La luz que trajo en sí le sacó en salvo de este viaje por las ruinas—que es la vida. El no conoció límites ni trabas. Ni fue hombre de su pueblo, porque lo fue del pueblo humano. Vio la tierra, la halló inconforme a sí, sintió el dolor de responder las preguntas que los hombres no hacen, y se plegó en sí. Fue tierno para los hombres, y fiel a sí propio. Le educaron para que enseñara un credo, y entregó a los crédulos su levita de pastor, porque sintió que llevaba sobre los hombros el manto augusto de la naturaleza, ni obedeció a ningún sistema, lo que le parecía acto de ciego y de siervo; ni creó ninguno, lo que le parecía acto de mente flaca, baja y envidiosa. Se sumergió en la naturaleza, y surgió de ella radiante. Se sintió hombre, y Dios por serlo. Dijo lo que vio; y donde no pudo ver, no dijo. Reveló lo que percibió, y veneró lo que no podía percibir. Miró con ojos propios en el Universo, y habló un lenguaje propio. Fue creador, por no querer serlo. Sintió gozos divinos, y vivió en comercios

deleitosos, y celestiales. Conoció la dulzura inefable del éxtasis. Ni alquiló su mente, ni su lengua, ni su conciencia. De él, como de un astro, surgía luz. En él fue enteramente digno el ser humano.

Así vivió: viendo lo invisible, y revelándolo. Vivía en ciudad sagrada, porque allí, cansados los hombres de ser esclavos, se decidieron a ser libres, y puesta la rodilla en tierra de Concord,<sup>65</sup> que fue el pueblo del sabio, dispararon la bala primera, de cuyo hierro se ha hecho este pueblo, a los ingleses de casaca roja. En Concord vivía, que es como Túsculo,<sup>66</sup> donde viven pensadores, eremitas y poetas. Era su casa, como él, amplia y solemne, cercada de altos pinos como en símbolo del dueño, y de ambrosos castaños. En el cuarto del sabio, los libros no parecían libros, sino huéspedes: todos llevaban ropas de familia, hojas descoloridas, lomos usados. Él lo leía todo, como águila que salta. Era el techo de la casa alto en el centro, cual morada de aquel que vivía en permanente vuelo a lo alto. Y salían de la empinada techumbre penachos de humo, como ese vapor de ideas que se ve a veces surgir de una gran frente pensativa. Allí leía a Montaigne,<sup>67</sup> que vio por sí, y dijo cosas ciertas; a Swedenborg<sup>68</sup> el místico, que tuvo mente oceánica; a Plotino,<sup>69</sup> que buscó a Dios y estuvo cerca de hallarlo; a los hindús, que asisten tré-

mulos y sumisos a la evaporación de su propia alma, y a Platón, que vio sin miedo, y con fruto no igualado, en la mente divina. O cerraba sus libros, y los ojos del cuerpo, para darse el supremo regalo de ver con el alma. O se paseaba agitado e inquieto, y como quien va movido de voluntad que no es la suya, y llameante, cuando, ganosa de expresión precisa, azotaba sus labios, como presa entre breñas que pugna por abrirse paso al aire, una idea. O se sentaba fatigado, y sonreía dulcemente, como quien ve cosa solemne, y acaricia agradecido su propio espíritu que la halla. ¡Oh, qué gozo, entender los objetos de la vida! —imodo de monarca!— Se sonríe a la aparición de una verdad, como a la de una hermosísima doncella. Y se tiembla, como en un misterioso desposorio. La vida que suele ser terrible, suele ser inefable. Los goces comunes son dotes de bellacos. La vida tiene goces suavisimos, que vienen de mar y de pensar. Pues ¿qué nubes hay más bellas en el cielo que las que se agrupan, ondean y ascienden en el alma de un padre que mira a su hijo? Pues ¿qué ha de envidiar un hombre a la santa mujer, no porque sufre, ni porque alumbra, puesto que un pensamiento, por lo que tortura antes de nacer, y regocija después de haber nacido, es un hijo? La hora del conocimiento

de la verdad es embriagadora y augusta. No se siente que se sube, sino que se reposa. Se siente ternura filial y confusión en el padre. Pone el gozo en los ojos brillo extremo; en el alma calma; en la mente, alas blandas que acaricia. ¡Es como sentirse el cráneo poblado de estrellas: bóveda interior, silenciosa y vasta, que ilumina en noche solemne la mente tranquila! Magnífico mundo. Y luego que se viene de él, se aparta con la mano blandamente, como con piedad de lo pequeño, y ruego de que no perturbe el recogimiento sacro, todo lo que ha sido obra de hombre. Uvas secas parecen los libros que poco ha parecía montes. Y los hombres, enfermos a quienes se trae cura. Y parecen los árboles, y las montañas, y el cielo inmenso, y el mar pujante, como nuestros hermanos, o nuestros amigos. Y se siente el hombre un tanto creador de la naturaleza. —La lectura estimula, enciende, aviva, y es como soplo de aire fresco sobre la hoguera resguardada, que se lleva las cenizas, y deja al aire el fuego. Se lee lo grande, y si se es capaz de lo grandioso, se queda en mayor capacidad de ser grande. Se despierta el león noble, y de su melena, robustamente sacudida, caen pensamientos como copos de oro.

Era veedor sutil, que veía cómo el aire delicado se transformaba en palabras melodiosas y sabias en la garganta de

los hombres, y escribía como veedor, y no como meditador. Cuanto escribe, es máxima. Su pluma no es pincel que diluye, sino cincel que esculpe y taja. Deja la frase pura, como deja el buen escultor la línea pura. Una palabra innecesaria le parece una arruga en el contorno. Y al golpe de su cincel, salta la arruga en pedazos, y queda nítida la frase. Aborrece lo innecesario. Dice, y agota lo que dice. A veces, parece que salta de una cosa a otra, y no se halla a primera vista la relación entre dos ideas inmediatas. Y es que para él es paso natural lo que para otros es salto. Va de cumbre en cumbre, como gigante, y no por las veredas y caminitos por donde andan, cargados de alforjas, los peatones comunes, que como miran desde tan bajo, ven pequeño al gigante alto. No escribe en períodos, sino en elencos. Sus libros son sumas, no demostraciones. Sus pensamientos parecen aislados, y es que ve, mucho de una vez, y quiere de una vez decirlo todo, y lo dice como lo ve, a modo de lo que se lee a la luz de un rayo, o apareciese a una lumbré tan bella, que se sabe que ha de desaparecer. Y deja a los demás que desenvuelvan: él no puede perder tiempo; él anuncia. Su estilo no es lujoso, sino límpido. Lo depuraba, o acrisolaba, lo aquilataba, o ponía a hervir. Tomaba de él la médula. No es su estilo montículo verde, lleno de plantas floreci-

das y fragantes: es monte de basalto. Se hacía servir de la lengua, y no era siervo de ella. El lenguaje es obra del hombre, y el hombre no ha de ser esclavo del lenguaje. Algunos no le entienden bien; y es que no se puede medir un monte a pulgadas. Y le acusan de oscuro —mas ¿cuándo no fueron acusados de tales los grandes de la mente? Menos mortificante es culpar de inentendible lo que se lee, que confesar nuestra incapacidad para entenderlo. Emerson no discute: establece. Lo que le enseña la naturaleza le parece preferible a lo que le enseña el hombre. Para él un árbol sabe más que un libro; y una estrella enseña más que una universidad; y una hacienda es un evangelio; y un niño de la hacienda está más cerca de la verdad universal que un anticuario, para él no hay cirios como los astros, ni altares como los montes, ni predicadores como las noches palpitantes y profundas. Emociones angélicas le llenan si ve desnudarse de entre sus velos, rubia y alegre, la mañana. Se siente más poderoso que monarca asirio o rey de Persia, cuando asiste a una puesta de sol, o a un alba riente. Para ser bueno no necesita más que ver lo bello. A esas llamas, escribe. Caen sus ideas en la mente como piedrecillas blancas en mar luminoso: ¡qué chispazos! ¡qué relampagueos! ¡qué venas de fuego! Y se siente vértigo, como si se viajara en el lomo de un león volador. Él mismo lo

sintió, y salió fuerte de él. Y se aprieta el libro contra el seno, como a un amigo bueno y generoso; o se le acaricia tiernamente, como a la frente limpia de una mujer leal.

Pensó en todo lo hondo. Quiso penetrar el misterio de la vida: quiso descubrir las leyes de la existencia del Universo. Criatura, se sintió fuerte, y salió en busca del Creador. Y volvió del viaje, contento, y diciendo que lo había hallado. Pasó el resto de su vida en la beatitud que sigue a este coloquio. Tembló como hoja de árbol en esas expansiones de su espíritu, y vertimientos en el espíritu universal; y volvía a sí, fragante y fresco como hoja de árbol. Los hombres le pusieron delante al nacer todas esas trabas que han acumulado los siglos, habitados por hombres presuntuosos, ante la cuna de los hombres nuevos. Los libros están llenos de venenos sutiles, que inflaman la imaginación y enferman el juicio. Él apuró todas esas copas y anduvo por sí mismo, tocado apenas del veneno. Es el tormento humano que para ver bien se necesita ser sabio, y olvidar que se lo es. La posesión de la verdad no es más que la lucha entre las revelaciones directas de la naturaleza y las revelaciones impuestas de los hombres. Unos sucumben y son meras voces de otro espíritu. Otros triunfan, y añaden nueva voz a la de la naturaleza. Triunfó Emerson: he ahí su filosofía.



*Naturaleza* se llama su mejor libro: en él se abandona a esos deleites exquisitos, narra esos paseos maravillosos, se revuelve con magnífico brío contra los que piden ojos para ver, y olvidan sus ojos; y ve al hombre señor, y al Universo blando y sumiso, y a todo lo vivo surgiendo de un seno y yendo al seno, y sobre todo lo que vive, al Espíritu que vivirá, y al hombre en sus brazos. Da cuenta de sí, y de lo que ha visto. De lo que no sintió, no da cuenta. Prefiere que le tengan por inconsistente que por imaginador. Donde ya no ven sus ojos, anuncia que no ve. No niega que otros vean; pero mantiene lo que ha visto. Si en lo que vio hay cosas opuestas, otro comente, y halle la distinción: él narra. Él no ve más que analogías: él no halla contradicciones en la naturaleza: él ve que todo en ella es símbolo del hombre, y todo lo que hay en el hombre lo hay en ella. Él ve que la naturaleza influye en el hombre, y que éste hace a la naturaleza alegre, o triste, o elocuente, o muda, o ausente, o presente, a su capricho. Ve la idea humana señora de la materia universal. Ve que la hermosura física vigoriza y dispone el espíritu del hombre a la hermosura moral. Ve que el espíritu desolado juzga el Universo desolado. Ve que el espectáculo de la naturaleza inspira fe, amor y respeto. Siente que el Universo que se niega a responder al hombre en

fórmulas, le responde inspirándole sentimientos que calman sus ansias, y le permiten vivir fuerte, orgulloso y alegre. Y mantiene que todo se parece a todo, que todo tiene el mismo objeto,—que todo da en el hombre, que lo embellece con su mente todo,—que a través de cada criatura pasan todas las corrientes de la naturaleza,—que cada hombre tiene en sí al Creador, y cada cosa creada tiene algo del Creador en sí, y todo irá a dar al cabo en el seno del Espíritu creador,—que hay una unidad central en los hechos, en los pensamientos, y en las acciones,—que el alma humana, al viajar por toda la naturaleza, se halla a sí misma en toda ella;—que la hermosura del Universo fue creada para inspirarse el deseo, y consolar-se los dolores de la virtud, y estimulase al hombre a buscarse y hallarse;—que «dentro del hombre está el alma del conjunto, la del sabio silencio, la hermosura universal a la que toda parte y partícula está igualmente relacionada: el Uno Eterno.» —La vida no le inquieta: ...está contento, puesto que obra bien: lo que importa es ser virtuoso: «la virtud es la llave de oro que abre las puertas de la Eternidad»: la vida no es sólo el comercio ni el gobierno, sino es más, el comercio con las fuerzas de la naturaleza y el gobierno de sí: de aquéllas viene éste: el orden universal inspira el orden individual: la alegría es cierta, y es

la impresión suma; luego, sea cualquiera la verdad sobre todas las cosas misteriosas, es racional que ha de hacerse lo que produce alegría real, superior a toda otra clase de alegría, que es la virtud: la vida no es más que «una estación en la naturaleza». Y así corren los ojos del que lee por entre esas páginas radiantes serenas, que parecen escritas, por sobre humano favor, en cima de montaña, a luz no humana: así se fijan los ojos, encendidos en deseos de ver esas seductoras maravillas, y pasear por el palacio de todas esas verdades, por entre esas páginas que encadenan y relucen, y que parecen espejos de acero que reflejan, a ojos airados de tanta luz, imágenes gloriosas. ¡Ah, leer cuando se está sintiendo el golpeo de la llama en el cerebro! es como clavar un águila viva ¡Si la mano fuera rayo, y pudiera aniquilar el cráneo sin cometer crimen!

¿Y la muerte? No aflige la muerte a Emerson: la muerte no aflige ni asusta a quien ha vivido noblemente: sólo la teme el que tiene motivos de temor: será inmortal el que merezca serlo: morir es volver lo finito a lo infinito: rebelarse no le parece bien: la vida es un hecho, que tiene razón de ser, puesto que es: sólo es un juguete para los imbéciles, pero es un templo para los verdaderos hombres: mejor que rebelarse es vivir adelantando, por el ejercicio honesto del espíritu sentidor y pensador.



¿Y las ciencias? Las ciencias confirman lo que el espíritu posee: la analogía de todas las fuerzas de la naturaleza; la semejanza de todos los seres vivos; la igualdad de la composición de todos los elementos del Universo; la soberanía del hombre, de quien se conocen inferiores mas a quien no se conocen superiores. El espíritu presiente; las creencias ratifican. El espíritu, sumergido en lo abstracto, ve el conjunto; la ciencia, insecteando por lo concreto, no ve más que el detalle. Que el Universo haya sido formado por procedimientos lentos, metódicos y análogos, —ni anuncia el fin de la naturaleza, ni contradice la existencia de los hechos espirituales. Cuando el cielo de las ciencias esté completo, y sepan cuanto hay que saber, no sabrán más que lo que sabe hoy el espíritu, y sabrán lo que él sabe. Es verdad que la mano del saurio se parece a la mano del hombre, pero también es verdad que el espíritu del hombre llega joven a la tumba a que el cuerpo llega viejo, y que siente en su inmersión en el espíritu universal tan penetrantes y arrebatadores placeres, y tras ellos una energía tan fresca y potente, y una serenidad tan majestuosa, y una necesidad tan viva de amar y perdonar, que esto, que es verdad para quien lo es, aunque no lo sea para quien no llega a esto, es ley de vida tan cierta como la semejanza entre la mano del saurio y la del hombre.

¿Y el objeto de la vida? El objeto de la vida es la satisfacción del anhelo de perfecta hermosura; porque como la virtud hace hermosos los lugares en que obra, así los lugares hermosos obran sobre la virtud. Hay carácter moral en todos los elementos de la naturaleza: puesto que todos avivan este carácter en el hombre, puesto que todos los producen, todos lo tienen. Así, son una la verdad, que es la hermosura en el juicio; la bondad, que es la hermosura en los afectos; y la mera belleza, que es la hermosura en el arte. El arte no es más que la naturaleza creada por el hombre. De esta intermezcla no se sale jamás. La naturaleza se postra ante el hombre y —le da sus diferencias, para que perfeccione su juicio; sus maravillas, para que avive su voluntad a imitarlas; sus exigencias, para que eduque su espíritu en el trabajo, en las contrariedades, y en la virtud que las vence. La naturaleza da al hombre sus objetos, que se reflejan en su mente, la cual gobierna su habla, en la que cada objeto va a transformarse en un sonido. Los astros son mensajeros de hermosuras, y lo sublime perpetuo. El bosque vuelve al hombre a la razón y a la fe, y es la juventud perpetua. El bosque alegra, como una buena acción. La naturaleza inspira, cura, consuela, fortalece y prepara para la virtud al hombre. Y el hombre no se halla com-

pleto, ni se revela a sí mismo, ni ve lo invisible, sino en su íntima relación con la naturaleza. El Universo va en múltiples formas a dar en el hombre, como los radios al centro del círculo, y el hombre va con los múltiples actos de su voluntad, a obrar sobre el Universo, como radios que parten del centro. El Universo, con ser múltiple, es uno: la música puede imitar el movimiento y los colores de la serpiente. La locomotora es el elefante de la creación del hombre, potente y colosal como los elefantes. Sólo el grado de calor hace diversas el agua que corre por el cauce del río y las piedras que el río baña. Y en todo ese Universo múltiple, todo acontece, a modo de símbolo del ser humano, como acontece en el hombre. Va el humo al aire como a la Infinitud el pensamiento. Se mueven y encrespan las aguas de los mares como los afectos en el alma. La sensitiva es débil, como la mujer sensible. Cada cualidad del hombre está representada en un animal de la naturaleza. Los árboles nos hablan una lengua que entendemos. Algo deja la noche en el oído, puesto que el corazón que fue a ella atormentado por la duda, amanece henchido de paz. La aparición de la verdad ilumina súbitamente el alma, como el sol ilumina la naturaleza. La mañana hace piar a las aves y hablar a los hombres. El crepúsculo nocturno recoge las alas de las

aves y las palabras de los hombres. La virtud, a la que todo conspira en la naturaleza, deja al hombre en paz, como si hubiese acabado su tarea, o como curva que reentra en sí, y ya tiene más que andar y remata el círculo. El Universo es siervo y rey el ser humano. El Universo ha sido creado para la enseñanza, alimento, placer y educación del hombre. El Hombre, frente a la naturaleza que cambia y pasa, siente en sí algo estable. Se siente a la par eternamente joven e inmemorablemente viejo. Conoce que sabe lo que sabe bien que no aprendió aquí: lo cual le revela vida anterior, en que adquirió esa ciencia que a ésta trajo. Y vuelve los ojos a un Padre que no ve, pero de cuya presencia está seguro, y cuyo beso, que llena los ámbitos, y le viene en los aires nocturnos cargados de aromas, deja en su frente lumbré tal que ve a su blanda palidez confusamente revelados el universo interior, donde está en breve-todo el exterior-y el exterior, donde está el interior magnificado, y el temido y hermoso universo de la muerte. ¿Pero está el Padre fuera de la tierra? ¿Es Dios la misma tierra? ¿Está sobre la Naturaleza? ¿La Naturaleza es creadora, y el inmenso ser espiritual a cuyo seno el alma humana aspira, no existe? ¿Nació de sí mismo el mundo en que vivimos? ¿Y se moverá como se mueve hoy perpetuamente, o se evaporará,

y mecidos por sus vapores, iremos a confundirnos, en compenetración augusta y deleitosa, con un ser de quien la naturaleza es mera aparición? Y así revuelve este hombre gigantesco la poderosa mente, y busca con los ojos abiertos en la sombra el cerebro divino, y lo halla pródigo, invisible, uniforme y palpitante en la luz, en la tierra, en las aguas y en sí mismo, y siente que sabe lo que no puede decir, y que el hombre pasará eternamente la vida tocando con sus manos, sin llegar a palparlos jamás, los bordes de las alas del águila de oro, en que al fin ha de sentarse. Este hombre se ha erguido frente al Universo, y no se ha desvanecido. Ha osado analizar la síntesis, y no se ha extraviado.

Ha tendido los brazos, y ha abarcado con ellos el secreto de la vida. De su cuerpo, cestilla ligera de su alado espíritu, ascendió entre labores dolorosas y mortales ansias, a esas cúspides puras, desde donde se dibujan, como en premio al afán del viajador, las túnicas bordadas de luz estelar de los seres infinitos. Ha sentido ese desborde misterioso del alma en el cuerpo, que es ventura solemne, y llena los labios de besos, y las manos de caricias, y los ojos de llanto, y se parece al súbito hinchamiento y rebose de la naturaleza en primavera. Y sintió luego esa calma que viene de la plática con lo divino. Y esa magnífica arro-

gancia de monarca que la conciencia de su poder da al hombre. Pues ¿qué hombre dueño de sí no ríe de un rey?

A veces deslumbrado por esos libros resplandecientes de los hindús, para los que la criatura humana, luego de purificada por la virtud, vuela, como mariposa de fuego, de su escoria terrenal al seno de Brahma,<sup>70</sup> siéntase a hacer lo que censura, y a ver la naturaleza a través de ojos ajenos, porque ha hallado esos ojos conformes a los propios, y ve oscuramente y deslucé sus propias visiones. Y es que aquella filosofía india embriaga, como un bosque de azahares, y acontece con ella como con ver volar aves, que enciende ansias de volar. Se siente el hombre, cuando penetra en ella, dulcemente aniquilado, y como mecido, camino de lo alto, en llamas azules. Y se pregunta entonces si no es fantasmagoría la naturaleza, y el hombre fantaseador, y todo el Universo una idea, y Dios la idea pura, y el ser humano la idea aspiradora, que irá a parar al cabo, como perla en su concha, y flecha en tronco de árbol, en el seno de Dios. Y empieza a andamiar, y a edificar el Universo. Pero al punto echa abajo los andamios, avergonzado de la ruindad de su artificio, y de la pobreza de la mente, que parece, cuando se da a construir mundos, hormiga que arrastra a su espalda una cadena de montañas.

Y vuelve a sentir correr por sus venas aquellos efluvios místicos y vagos; a ver cómo se apaciguan las tormentas de su alma en el silencio amigo, poblado de promesas, de los bosques; a observar que donde la mente encalla, como buque que da en roca seca, el presentimiento surge, como ave presa, segura del cielo, que se escapa de la mente rota; a traducir en el lenguaje encrespado y brutal y rebelde como piedra, los lúcidos transportes, los púdicos deliquios, los deleites balsámicos, los goces enajenadores del espíritu trémulo a quien la cautiva naturaleza, sorprendida ante el amante osado, admite a su consorcio. Y anuncia a cada hombre que, puesto que el Universo se le revela entero y directamente, con él le es revelado el derecho de ver en él por sí, y saciar con los propios labios la ardiente sed que inspira. Y como en esos coloquios aprendió que el puro pensamiento y el puro afecto producen goces tan vivos que el ama siente en ellos una dulce muerte, seguida de una radiosa resurrección, anuncia a los hombres que sólo se es venturoso siendo puro.

Luego que supo esto, y estuvo cierto de que los astros son la corona del hombre, y que cuando su cráneo se enfriase, su espíritu sereno hendiría el aire, envuelto en luz, -puso su mano amorosa sobre los hombres atormentados, y

sus ojos vivaces y penetrantes en los combates rudos de la tierra. Sus miradas limpiaban de escombros. Toma puesto familiarmente a la mesa de los héroes. Narra con lengua homérica los lances de los pueblos. Tiene la ingenuidad de los gigantes. Se deja guiar de su intuición, que le abre el seno de las tumbas, como el de las nubes. Como se sentó, y volvió fuerte, en el senado de los astros, se sienta, como en casa de hermanos en el senado de los pueblos. Cuenta de historia vieja y de historia nueva. Analiza naciones, como un geólogo fósiles. Y parecen sus frases vértebras de mastodonte, estatuas doradas, pórticos griegos. De otros hombres puede decirse: «Es un hermano»; de éste ha de decirse: «Es un padre». -Escribió un libro maravilloso, suma humana, en que congrega, y estudia en sus tipos, a los hombres magnos. Vio a la vieja Inglaterra de donde le vinieron sus padres puritanos, y de su visita hizo otro libro, fortísimo libro, que llamó «Rasgos ingleses». Agrupó en haces los hechos de la vida, y los estudió en mágicos «Ensayos», y les dió leyes. Como en un eje, giran en esta verdad todas sus leyes para la vida: «toda la naturaleza tiembla ante la conciencia de un niño». El culto, el destino, el poder, la riqueza, las ilusiones, la grandeza, fueron por él, como por mano de químico, descompuestos y analizados. Deja en

pie lo bello. Echa a tierra lo falso. No respeta prácticas. Lo vil, aunque esté consagrado, es vil. El hombre debe empezar a ser angélico. Ley es la ternura; ley, la resignación; ley, la prudencia. Esos ensayos son códigos. Abruman, de exceso de savia. Tienen la grandiosa monotonía de una cordillera de montañas. Los realza una fantasía infatigable y un buen sentido singular. Para él no hay contradicción entre lo grande y lo pequeño, ni entre lo ideal y lo práctico, y las leyes que darán el triunfo definitivo, y el derecho de coronarse de astros, dan la felicidad en la tierra. Las contradicciones no están en la naturaleza, sino en que los hombres no saben descubrir sus analogías. No desdeña la ciencia por falsa, sino por lenta. Abrense sus libros, y rebosan verdades científicas. Tyndall<sup>1</sup> dice que debe a él toda su ciencia. Toda la doctrina transformista está comprendida en un haz de frases de Emerson. Pero no cree que el entendimiento baste a penetrar el misterio de la vida, y dar paz al hombre y ponerle en posesión de sus medios de crecimiento. Cree que la intuición termina lo que el entendimiento empieza. Cree que el espíritu eterno adivina lo que la ciencia humana rastrea. Esta, husmea como un can; aquel, salva el abismo, en que el naturalista anda entretenido, como enérgico cóndor. Emerson observaba siempre, acotaba cuan-

to veía, agrupaba en sus libros de notas los hechos semejantes, y hablaba, cuando tenía que revelar. Tiene de Calderón, de Platón y de Píndaro. Tiene de Franklin. No fue cual bambú hojoso, cuyo ramaje corpulento, mal sustentado por el tallo hueco, viene a tierra; sino como baobab, o sabino, o samán<sup>72</sup> grande, cuya copa robusta se yergue en tronco fuerte. Como desdeñoso de andar por la tierra, y malquerido por los hombres juiciosos, andaba por la tierra el idealismo. Emerson lo ha hecho humano: no aguarda a la ciencia, porque el ave no necesita de zancos para subir a las alturas, ni el águila de rieles. La deja atrás, como caudillo impaciente, que monta caballo volante, a soldado despacioso, cargado de pesada herrajería. El idealismo no es, en él, deseo vago de muerte, sino convicción de vida posterior que ha de merecerse con la práctica serena de la virtud en esta vida. Y la vida es tan hermosa y tan ideal como la muerte. ¿Se quiere verle concebir? Así concibe: quiere decir que el hombre no consagra todas sus potencias, sino la

de entender, que no es la más rica de ellas, al estudio de la naturaleza, por lo cual no penetra bien en ella, y dice: «es que el eje de la visión del hombre no coincide con el eje de la naturaleza». Y quiere explicar cómo todas las verdades morales y físicas se contienen unas y otras, y están en cada una todas las demás, y dice: «son como los círculos de una circunferencia, que se comprenden todos los unos a los otros, y entran y salen libremente sin que ninguno esté por encima de otro». ¿Se quiere oír cómo habla? Así habla: «Para un hombre que sufre, el calor de su propia chimenea tiene tristeza.» «No estamos hechos como buques, para ser sacudidos, sino como edificios, para estar en firme.» — «Cortad estas palabras, y sanjarán.» — «Ser grande es no ser entendido.» «Leónidas<sup>73</sup> consumió un día en morir.» — «Estériles, como un solo sexo, son los hechos de la historia natural, tomados por sí mismos.» — «Ese hombre anda pisoteando en el fango de la dialéctica.»

Y su poesía está hecha como aquellos palacios de Florencia, de colosales pedruscos irregu-

lares. Bate y olea, como agua de mares. Y otras veces parece en mano de un niño desnudo, cestillo de flores. Es poesía de patriarcas, de hombres primitivos, de cíclopes. Robledales en flor semejan algunos poemas suyos. Suyos son los únicos versos poémicos que consagran la lucha magna de esta tierra. Y otros poemas son como arroyuelos de piedras preciosas, o jirones de nube, o trozo de rayo. ¿No se sabe aún qué son sus versos? Son unas veces como anciano barbado, de barba serpentina, cabellera tortuosa, y mirada llameante, que canta, apoyada en un vástago de encino, desde una cueva de piedra blanca, —y otras veces, como ángel gigantesco de alas de oro, que se despeña desde alto monte verde en el abismo. ¡Anciano maravilloso, a tus pies dejo todo mi haz de palmas frescas, y mi espada de plata!

José Martí

*La Opinión Nacional*,  
Caracas,  
19 de mayo de 1882



# Carta de Nueva York

Política.-Catástrofe.-Guiteau.-Un libro.-Muertos en el Polo.-El Secretario de Estado.-El Ministro poeta.-Conkling.-Bancroft y su extraordinario libro.-Cómo se hizo la Constitución de los Estados Unidos.-Escena memorable.-Sesión tumultuosa.-Los Estados Unidos cierran sus puertas a los chinos.-Guiteau, en la celda de la muerte.-Grandioso festival: música de Berlioz, de Haendel, de Wagner.

Nueva York,  
23 de mayo de 1882

Señor Director de  
*La Opinión Nacional*

¿CÓMO PONER en junto esas cenas tan variadas? Allí en las resplandecientes soledades del Artico, doblan al fin sobre su almohada de nieve la cabeza unos expedicionarios valerosos; aquí en colosal casa, resuenan ante millares de oyentes absortos, los acordes sacerdotales y místicos de la música excelsa la más solemne de las artes humanas. En los árboles, todo es verdor. En los rostros, todo es alegría. En Irlanda, todo es susto. En San Francisco, vencieron los enemigos de los chinos. En los mostradores de las librerías, luce la obra

monumental de un anciano de ochenta y dos años. En torno a mesa rica, júntanse para celebrar glorias patrias, los mexicanos de Nueva York. Masas enardecidas se reúnen a protestar contra los asesinos de los ministros ingleses en Irlanda, y contra los asesinatos de los patriotas de Irlanda por los soldados ingleses. Ha habido festival grandioso. Guiteau entra ya en su celda de muerte. Súrtase que va a haber mudanza importante en puestos diplomáticos.

¡Miseros, los viajeros del Polo! Salieron de estas costas, en la *Jeannette*, ágil y fuerte, entre palmas y vítores; y luego de dos años perdido el barco osado, perdida la esperanza, mueren catorce hombres tristes, hincados los dientes en huesos de reno ya ruidos, y los

ojos en aquella luz polar cegadora y mortífera, los pies despedazados, las mentes perturbadas, los labios cárdenos y secos. Cuando creyeron que no hallarían al cabo asilo en el desierto, se miraron en tremendo silencio, y oraron por primera vez, se apretaron los unos contra los otros, con ese arrebatado de amor y confusión con todo lo humano que se siente en presencia de la muerte, y perecieron. ¡Y estaban a cien millas de hogares calientes, los infortunados! Llevaban malos mapas, y se creían más lejos de los hogares. Roto su barco, emprendieron briosamente la marcha por la nieve. Primero hallaron renos que cazar, y luego ya no hallaron renos. Mientras esperaron, sonrieron y anduvieron: cuando perdieron la esperanza, como máquina que estalla, cayeron exánimes. ¡Qué hombres tan bravos, tantos hombres que viven, ya sin esperanza! Van, sin que nadie lo vea ni lo sepa, como arrastrando un muerto. -El capitán de esos peregrinos del Polo era el noble De Long,<sup>74</sup> que de niño fue estudiosísimo, y enamoraba por su afán de saber. Llevaba siempre en los

ojos una pregunta, andaba siempre buscando en los libros una respuesta. ¡Tal vez lo sabe ahora todo, debajo de la nieve! Han de seguir viviendo los que mueren: pues ¿qué es el hombre, sino vaso quebrable del que se desbordan, fragantes y humeantes, esencias muy ricas? Cada hombre es la cárcel de un águila: se siente el golpe de sus alas, los quejidos que le arranca su cautividad, el dolor que en el seno y en el cráneo nos causan sus garras. —La naturaleza no ha podido formular una pregunta a la que no haya de dar al fin respuesta. En una obra tan lógica que, en su criatura más ruin se hallan los gérmenes de la criatura más alta, y en la más alta los gérmenes de la más ruin, —no puede haber esa porción ilógica. Los desterrados saben que la tristeza que inunda el alma en la tierra, es el dolor mismo del destierro. Hay almas que no saben nada de esto, —porque hay almas-nubes, y almas-montes, y almas-llanuras, y almas-antros. —De Long era de la raza de los escaladores del misterio. El quería ver aquel mar libre del Polo, que de vuelta de su viaje por los hielos, aseguró el Almirante Belcher que había visto. El quería besar con labios filiales, la tumba de Franklin. El quería hallar en las nieves árticas, la bandera que llevó el viajero Hall, a clavarla en los témpanos boreales, y flota hoy en ignorados climas, y como lla-

mando a los hombres, sobre el cadáver del viajero helado. ¡Qué grandes, esos hombres que se lanzan a los mares a arrancar presas a lo desconocido! ¡Qué duelo el del héroe y la sombra! La sombra envolvió al héroe. Este pueblo ha tenido con su muerte, y la de sus marinos bravos, una pena de familia. Del *Herald*, este diario acaudalado, era la expedición infortunada: el *Herald*, que envió viajeros a África, envió esos viajeros al Polo. Este periódico asombroso comprende que necesita para vivir, estar causando permanente asombro. Lo leen cincuenta millones de hombres: y sus actos y empresas, como que tienen ese premio, tienen ese tipo: cincuenta millones. Anuncia el *Herald* que hará de padre para los huérfanos, y de compañero para las viudas. De ponerse a llorar es de almas enfermizas. Cada hombre es un trabajador, y muere bien, si muere en el trabajo.

Rusia se place en agasajar a América. En tanto que el ingeniero Melville fatigaba renos y registraba aldeas polares en busca de los viajeros malhadados, no había hora sin telegrama de cortesía y afecto entre el Secretario de Estado ruso y el Secretario Frelinghuysen.<sup>75</sup> Ahora se dice que Frelinghuysen dejará de ser Secretario de Estado. No le hallan defecto; pero no le hallan significación política bastante. Los pueblos se pagan del genio, y no gustan de que los dirija quien no lo

posea. El genio enamora, aun a aquellos a quienes irrita. El genio brilla, destruye, construye, rechaza, combate, provoca. Y los pueblos se cansan de padecer la nostalgia del genio. Aunque sean hombres peligrosos, quieren hombres brillantes. Ponen riendas fuertes al corcel que ha de guiarlos, pero les gusta ser guiados por corcel brioso. Frelinghuysen es hombre sereno, mas no intrépido. Es fuerte, porque es digno; pero no place porque no resplandece. Mas puede ser que estos rumores sean de deseos de sus rivales, y no de verdadera intención del Presidente. Los Estados Unidos tienen en Inglaterra de ministro a un yanqui de abolengo, de mente clara y alma franca, de exquisita cultura, de ricas dotes de escolar; de finos gustos, que le habilitan para ser a la vez representante fiel de una república, y ornamento de ella en una monarquía. En la Corte de St. James, es persona de casa el poeta Lowell. Todo en él es amplio y expansivo. Llama al encumbrado Lord Grandville «querido Grandville». Los Estados Unidos tienen orgullo en este hombre de letras, que ha escrito el mejor libro en dialecto yanqui, el mejor canto heroico de los milagros y glorias de la Guerra de Independencia, y la revista más concienzuda que ha visto la luz en este pueblo. Pero como Lowell es cuerdo y generoso y amó a Inglaterra como a pueblo

hermano, y pisa con placer la tierra de donde salieron sus padres, cargados de dolor y de virtud, a fundar esta tierra nueva, alegan ahora los irlandeses naturalizados en los Estados Unidos—los cuales han dejado, a pesar de la carta de nueva naturaleza, de ser en pasiones y odios soldados de Irlanda—que ese ministro Lowell, amado de Inglaterra, no defiende con bastante brío, en la querella mortal que Inglaterra e Irlanda tienen empeñada, a los irlandeses naturalizados en Norteamérica, que ya ricos, y al amparo de su carta de ciudadanía, vuelven con lealtad que no ha de censurarse, aunque sea lealtad ilegal, a prestar auxilio a los patriotas de Erin, la ensangrentada y revuelta Erin, y a azuzar allí la rebelión. El gobierno inglés mantiene que, al venir a luchar contra él, los irlandeses americanos no tienen ya derecho al amparo de América, puesto que violan las leyes de ésta, y las del país a donde van, y arman guerra a una nación con la cual su nación está en paz. Y Lowell a lo que parece, piensa en esto, aunque es en todo justo, enérgico defensor de su nación, como piensa el gobierno inglés. Mas como vale tanto tiene el buen poeta gran suma de envidiadores y celosos. La aparición de una personalidad alta es la señal para el desate de los gozques. Todo es ladridos en el cortijo, cuando entra en él impetuosamente, un ca-

ballo brioso. Los perros ladran poco a los caballos ruines. Los perros de buena raza ni aun ladran a esa clase de caballos. Como los irlandeses de América están airados contra Lowell, los envidiadores de Lowell se aprovechan de la ira de los irlandeses. Y como éstos son tantos, e influyen de tal modo con sus votos en la política del país, varios diarios de fama los apoyan y van los rumores hasta suponer que, por no enajenar al partido republicano las simpatías del elemento de Irlanda, consentirá el Presidente Arthur en privar de su ministerio a Lowell. Y como el arrogante Conkling no tiene aún puesto acordado a sus méritos en torno al Presidente Arthur, que le estima en más, por su poder mental y su hidalguía, que a todo hombre de ingenio y nota en esta tierra, y no le halla parangón en lo pasado, sino en la mente robustísima, y en aquel parecer continental, del glorioso Daniel Webster, rumórase que Frelinghuysen irá a Londres, para que Lowell vuelva a América, y que Conkling se sentará al cabo, con plácemes seguros del país, que ama a los arrogantes, en el sillón de Frelinghuysen. Será como poner manto romano donde hay una levita puritana.

Esa obra monumental que luce en los mostradores de las librerías, es de un hombre del tiempo de Daniel Webster, de un investigador paciente, de un expositor claro, de un amador

de la verdad, de un deductor de leyes, de un historiador bueno. De Bancroft.<sup>76</sup> Todavía trabaja en la obra que empezó en 1834. Y está alegre el anciano, como quien ha cumplido con su deber. Está robusto, como aquel que ha podido vivir en el comercio de las cosas grandes. ¡Miseros los que las presenten, y son capaces de ellas, y no pueden darse a ellas! Esos mueren roídos por su ansia. El genio alimentado fortalece. El genio sin empleo devora. El alimento del genio es una obra digna de él.

¿Queréis sentirlos como de mayor estatura y más fuerte? Leed el libro de Bancroft. Antes no se sabía más de los Estados Unidos, que lo que decían crónicas sueltas, la pobre historia de un Marshall, los cuentos de la colonia de Grahame, y lo que contó a Europa, en hermosas, más breves páginas y muy breves páginas, Carlo Botta, famoso. Pero volvió de Heidelberg un norteamericano joven que había sido allí amigo de Heeren. Heidelberg parece casa de la historia, todo lleno de ruinas y romances, con sus estudiantes magnánimos, pendencieros y laboriosos; con sus bosques que invitan a meditar; con sus murallas rotas que llevan la mente a la obra del tiempo; con su río solemne, que hace pensar en la corriente de la vida. Era Bancroft el norte-americano que venía, y el primer libro de este hombre, que ha hecho luego

el más grandioso libro hecho en su patria, fue un librito de versos. —Los versos son las flores de la vida. La flor anuncia el fruto. El fruto fue copioso. No es la historia de los Estados Unidos de Bancroft una cumbre de hechos, engastados a modo de rosario, o puestos en junto confusamente a manera de maraña. Allí cada escena está con sus matices; cada hogar, con su encanto; cada suceso, con su consecuencia; cada héroe, con su hermosura real y sus pasiones. Para Bancroft no hay acontecimiento aislado. La revolución que había de hacer libre a esta tierra empieza para él en la plegería. El ve desde cima, por lo que abarca bien todo lo que pasa en el llano. Agrupa los sucesos, indica su relación secreta, da a los hombres su doble aspecto racional y poético, escribe con colores. No ve en un hecho, el hecho desnudo; sino que cuenta los azares del espíritu que lo engendró. Se entra en las almas, y las saca a luz. Pinta las épocas con sus afectos, con sus costumbres, con sus pasiones, con sus vestiduras: pinta las casas, los caminos, la selva majestuosa, las ciudades. Puebla su libro de vivos. Ve al hombre, como el buen historiador ha de verlo, en todos sus aspectos. El anciano, que se sintió fatigado, anunció que con el tomo en que cuenta la historia del país hasta el término de la guerra que lo dejó libre, acababa su

obra. Pero la mente se le quedaba de estar ociosa. El trabajo nutre. La pereza encoleriza y enloquece. El anciano, como por hábito, comenzó a hacinar de nuevo documentos, a leer cartas amarillentas, a desempolvar anaqueles, a adivinar de nuevo el espíritu de los hombres en sus obras. Es un placer exquisito, el de buscar la causa de los sucesos. Surgen los hombres ante los ojos, como creaciones del que busca. Y él vive —entre ellos, les pregunta, les lleva a la luz para verlos mejor, se enciende en paternal amor por ellos. Están poblados de seres vivos, esos grandes cuartos de estudiosos que parecen vacíos.

Y ahora ha salido a luz el libro nuevo del cultísimo anciano, en que cuenta cómo se elaboró la Constitución que hoy rige a este pueblo, y por qué vino a ser como es, y por qué no pudo ser mejor, y cómo llegó a ser necesaria, porque el país nuevo iba a menos con los pujos de independencia y soberanía de los trece primitivos Estados. Es libro que ha de leer todo hombre americano, porque viendo por qué causas meramente locales y transitorias se han producido en la forma en que aquí existen determinadas instituciones, se aprende que no deben ser éstas a ciegas imitadas, a menos que no se reproduzcan en el país en que se establezcan, condiciones iguales o semejantes a las que en este país las produ-

jeron. Y conociendo los orígenes de esas instituciones deslumbrantes, podremos acercarnos a ellas, o apartarnos de ellas, o alterarlas en la acomodación a nuestros países, o no acomodarlas, conforme al grado de semejanza entre los elementos de nuestras tierras en la época en que elaboramos su Constitución, y los elementos que decidieron a esta tierra a hacerla como se hizo.

Por eso dura esta Constitución: porque, inspirada en las doctrinas esenciales de la naturaleza humana, se ajustó a las condiciones especiales de existencia del país a que había de acomodarse, y surgió de ellas.—Y si os preguntan por un buen texto de Derecho Constitucional, señalad la obra nueva de Bancroft.

Una Constitución es una ley viva y práctica que no puede construirse con elementos ideológicos. En ese libro combaten diversas necesidades, ideas y hechos, en ese libro se ve cómo los más puros legisladores hubieron de sacrificar una buena parte de su idea pura, para no perderla toda. Se estudió en sus entrañas la razón de las federaciones. Se ve combatir a Henry Lee, que quería que fuese una nación cada Estadillo, contra Madison y Washington, que creían que sólo por la unión estrecha de los Estados y la creación de un poder unificador y general, para los asuntos de carácter general y uno, podía llegar a ser,



como lo ha sido, próspera y maravillosa la federación. Se recuerda cómo Jefferson, para impedir que los Estados esclavistas formaran entre sí nación aparte de los estados sin esclavos, se vio obligado a reconocer como institución de derecho americano la abominable esclavitud. Se ve lidiar a Mason, que quería que el Presidente tuviese el poder durante siete años, contra Sherman y Wilson y Bedford, que sólo querían que lo tuviese tres. Se entra en la casa íntima y secreta de todas las instituciones americanas. Se queda en capacidad de juzgar, por lo puro o impuro del origen, lo respetable o irrespetable de ellos, y lo que pudiera tomarse, y lo que no debe tomarse. Se ve meditar a Hamilton, grandioso. Se ve resplandecer a Washington prudente. Ese libro debiera ser la almohada de nuestros pensadores.

También estuvo Bancroft, como Lowell ahora; de ministro en la Corte de Inglaterra. También allí, como el caballeresco Motley ese otro historiador deleitoso, que nació en este pueblo, y narró con arte sumo e ímpetu la historia de Holanda, vivió entre desvanes de anticuario, bibliotecas y archivos. Mas no fueron a llamar allí a su puerta, como hoy a la de Lowell, irlandeses descontentos con voz de ira. No había muerto, como ahora, a manos fanáticas, el mensajero de paz que enviaba Inglaterra arrepentida a Irlanda rebelde.

No se sumieron, con clamores nacidos a cruzar el mar, y a detener el brazo vengador que Inglaterra, poseída de indignación, levanta cólerica,—estos millares de americanos e irlandeses, que se han venido ahora, en sesión tumultuosa, para llamar una vez más aborrecible al crimen; para decir a los hombres que los irlandeses que aman la libertad pueden ofrecer a los amigos de ella sus pechos desnudos, mas no herir el pecho de sus enemigos en la sombra; para excitar a Inglaterra a que no se aproveche del crimen de dos malvados para evitar el goce de sus derechos burlados a un pueblo que protesta con noble horror del crimen. En Irlanda hay políticos cuerdos, que quieren lo posible, como Parnell, y celosos de Parnell, que quieren lo que éste no quiera, por parar en caudillos, so pretexto de querer más que el caudillo verdadero, y fenianos reñidos con la paz como O'Donovan Rossa. Parnell cree que, puesto que Irlanda no puede hacerse independiente, ha de aprovechar los medios honestos que la lucha pacífica le ofrezca para ir mejorando su condición, y haciéndose de mayores medios: Rossa cree que debe forzarse a Irlanda a pelear por su independencia, puesto que no puede por medios pacíficos lograr mejora alguna, y estima bueno el crimen si él aterra y amilana a sus adversarios. Al lado de Rossa, va una treinta-

na de hombres resueltos. Al lado de Parnell,<sup>a77</sup> va Irlanda escarmentada.

Nueva York refleja todas esas luchas. En la noche de la sesión tumultuosa, parecía el barrio de la sesión, barrio de Irlanda. Presidía el *Mayor* de la ciudad, que es caballero cumplido, versado en cosas de nuestra América latina, e hijo de Irlanda: el *Mayor* Grace. «¡No entréis —decían los fanáticos en las puertas— a esta reunión de esclavos blancos!» —«No lloréis a esos que han muerto: se leían en unos ruines versos que repartían manos febriles: llorad porque no han muerto más».—A poca distancia del *Mayor* Grace, que hablaba rodeado de irlandeses notables, desde la plataforma le oía, con la faz de quien está hecho a lucha O'Donovan Rossa.<sup>78</sup> Tal vez merecen excusa los fanáticos. En las naturalezas superiores, la indignación lleva siempre al sacrificio: en las naturalezas inferiores, la indignación suele llevar al crimen.

—«No es bien —dijo uno que habló, «que se haya dado muerte a Mr. Cavendish,<sup>79</sup> no a Lord Cavendish, porque lord es señor, y yo no llamo señor a ningún hombre.»

Y apenas rompió a hablar el *Mayor* Grace<sup>80</sup> de la muerte del Lord y de su secretario, —púsose de pie un hombre, y dijo a grito herido:

a. Se añada coma.

—«¡Tres hurras por su muerte!»

Los guardianes de policía miraron al Mayor, como para lanzarse sobre él.

El Mayor detuvo a los guardianes con su mirada. «A nadie se ha de castigar aquí porque diga lo que piensa: invitamos a todos aquellos que disientan de nosotros a hablar desde esta plataforma: nosotros estamos aquí para denunciar asesinos.»

Y se leyeron entre vítores, como es aquí uso, los acuerdos de la reunión. Vedlos en breve: «El asesinato del Secretario y Subsecretario de Irlanda, de los cuales el Secretario iba a inaugurar en el gobierno irlandés una política de satisfacción al país y de conciliación, es un crimen que merece el más enérgico anatema de los amigos de la tierra irlandesa. Procurar con semejantes medios el alivio de Irlanda, es retardarlo. Inglaterra hace mal en intentar de nuevo, como intenta después del asesinato, una política de fuerza, porque el pueblo irlandés no es responsable de los actos de criminales desconocidos. Debe Lord Gladstone,<sup>81</sup> si intenta realmente poner paz en Irlanda, impedir los ultrajes de la policía inglesa al pueblo irlandés, que excitan a éste al crimen, destituir a los magistrados parciales, y permitir que los irlandeses den abrigo en sus casas a los labriegos que han sido expulsados de sus campos por negarse a pagar por el alquiler de ellos la suma excesiva que venían pagando.

Somos hijos fervientes de Irlanda. Si Gladstone no abandona las medidas violentas e injustas que propone de nuevo, después del asesinato, es justo que Irlanda acuda a todo medio legítimo para domar al cabo la tiranía inglesa, y establecer el gobierno de sí propia.»

Tales cosas decía el jefe del gobierno de Inglaterra el Mayor de la ciudad de Nueva York. Y aquellos millares de hombres las dijeron con él.

—«¡Oídme, oídme!»—dijo un hombre fornido y pujante saltando sobre la plataforma —«Cuando Gladstone, que ganó gloria por denunciar ante el mundo europeo el despotismo del rey de Nápoles, y luego ha sido más déspota que él, halló que los irlandeses no estaban hechos de barro, sino de nitroglicerina, prometió medidas más suaves, mas las dejó en promesas. Los asesinatos de irlandeses inofensivos por las tropas inglesas son tan criminales como ese asesinato indisculpable de Cavendish y de Burke. Y Cavendish podía ser un buen hombre, ni se sabía en Irlanda cómo era; pero Burke<sup>82</sup> era el consejero de nuestros déspotas, era un irlandés apóstata, era el Mefistófeles de Irlanda.»

Y se levantó la madre de Parnell, que habla en frases cortas y nerviosas, como quien lanza dardos, o como quien se sacude cadenas de los hombros. Dice que no le importa ser asesinada si eso ayuda a la

causa de Irlanda, lo cual premian los irlandeses que la oyen con hurras que asordan; y que no han sido irlandeses los que han asesinado a los ingleses, sino ingleses necesitados, para continuar oprimiendo a Irlanda, de ahondar el abismo que comenzaba a salvarse entre ella e Inglaterra. «Oigo que esos hombres fueron a su faena como asesinos alquilados, y usaron de un cuchillo. El irlandés gusta de usar revólver, y de hacer un poco de ruido en el mundo.» Un constructor de cañerías, trémulo y arrebatado, asalta la tribuna. «Hargan! ¡Hargan!» dicen los irlandeses que lo quieren. Hargan dice: —«Quiero que se una a vuestros recuerdos éste: nosotros los desterrados irlandeses en Nueva York, reunidos en gran junta, expresamos nuestra más profunda pena de que Inglaterra continúe su antigua práctica de asesinar a bayonetazos, a balazos y a hambre a nuestros pueblos; y cuando condenamos el asesinato de dos oficiales de Inglaterra, es más oportuno, y es más digno de nosotros, que condenemos rudamente a los carniceros que hayan espantado con sus crímenes los valles de Wyoming y de Wexford.» Vocerío prolongado sucedió a las vehementes palabras del desterrado. Los otros, de pie, en las sillas, agitaban sus pañuelos y sus sombreros. Los otros, roncando de vitorear, sacudían los bancos y golpeaban puertas y

paredes. «¡Hurra, hurra!» y dio fin la reunión tumultuosa, acordando por unánime clamor la enmienda de Hargan.

Más grave ha sido la enmienda que en el debate sobre inmigración de chinos a California ha aceptado por fin el Presidente. En diez años no podrán venir más chinos a los Estados Unidos: ni chinos artesanos, ni chinos sin arte. El dueño de todo buque en que viniesen, será multado y preso. Todos los chinos que estaban en los Estados Unidos el 17 de noviembre de 1880, día en que se firmó el tratado entre los Estados Unidos y China, y los que vengan durante los tres próximos meses, podrán, provistos de certificado al salir, que les sirva de pasaporte al reentrar, ir a China y volver. Los chinos que no sean trabajadores, sino viajeros, o estudiantes, o empleados, podrán pasar por los Estados Unidos, mas han de traer certificado de su gobierno en que se diga el objeto de su viaje. Ni por tierra ni por agua podrá entrar trabajador chino en los Estados Unidos, y con multa y prisión será castigado el que les ayude a entrar. Ningún Estado de la Unión podrá dar carta de ciudadanía a ningún chino. A decreto semejante impuso hace poco su veto el Presidente Arthur, que ahora aprueba el decreto en nueva forma. En el que rechazó se extendía a veinte años el período de exclusión de los chinos

de los Estados Unidos; en el que al fin aprueba, se reduce a diez años.

Para los chinos se cierran las puertas del trabajo. Para Guiteau se abren las de la muerte. Pocos días hace, ya en una sala oscura, en que vagaban dos o tres docenas de personas, subió a la plataforma, preparada para leer desde ella, una mujer que con ademanes nerviosos traía de la mano una niña. La mujer se adelantó hacia el menguado público: sus ojos relampagueaban y su voz era trémula. «Habéis venido para conocer a la hermana de Guiteau», dijo, «pues ya la conocéis», y volvió la espalda al público, y salió de la sala sin recitar la conferencia anunciada. Era en verdad la hermana de Guiteau. Un día después, un hombre atribulado se presentaba a un tribunal de Nueva York, querellándose de que habían desertado de él su mujer y una hija: era Scoville, de quien su esposa, la hermana de Guiteau, se había separado bruscamente. A poco los diarios de Chicago anuncian que los esposos se han vuelto a ver, y que Scoville, que dejó a su compañero Reed la ya irrita defensa del preso, de quien hubo 300 de los mil pesos que vendieron sus fotografías y autógrafos, ha ganado, volvió ya, llevando del brazo a la esposa justificada a su hogar intranquilo. Y el abogado Reed ruega en vano a los jueces de Washington que anulen

el proceso de Guiteau, por parecerle que es el hábito legal en estos Estados procesar al asesino en el Estado en que su víctima muere, y no en el que la mata, a lo que resolvieron los jueces que allí donde intentó dar muerte a la víctima, allí está el asesino bien procesado, tras de cuya decisión vino la de que el reo sea sacado de la celda común en que vivía, y puesto en aquella otra tenebrosa en que, bajo cerrada vigilancia, se encierra a los que la ley condena a dejar de vivir.

Esto pasaba en Washington, y en Nueva York resonaban ante ocho mil oyentes los acordes de trescientos instrumentos, el eco majestuoso de ochocientas voces. Fue gran fiesta de música que duró una semana. Allí se oyeron de Haendel imponente, el Israel en Egipto; de Berlioz, que tuvo en música fuego shakespeariano, las notas desgarradoras en que la mísera y hermosísima Casandra anuncia a los troyanos que en aquel caballo de Troya a que abren las puertas de la ciudad, y de cuyo enorme vientre surgen como lejanos ecos guerreros, vienen ocultos los griegos invasores. Y se ve en aquella música de Berlioz alzarse al cielo, de su ancha túnica blanca, los brazos retorcidos de Casandra; y cómo tiembla Eneas al contar a los troyanos como Laocoonte<sup>a</sup> ha

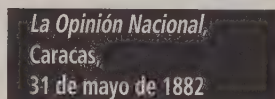
a. En LON: «Laccoon».

muerto, y cómo se enroscan las serpientes en torno al cuerpo gentil de Laocoonte. Se oyó la misa de Beethoven místico, que no cede en belleza a la Pasión de San Mateo de Bach arrebatado. Y cuando la orquesta majestuosa rompió a tocar,

con devoción filial, la música épica de Wagner, parecía que de cestos de fuego surgían aves blancas, y que ninfas ardientes, de cabellera suelta y brazos torneados, envueltas en jirones de nubes, cruzaban el aire oscuro y húmedo, monta-

das en el dorso de caballos de oro.

José Martí



29

## Carta de los Estados Unidos\*

Muerte de Guiteau.-Lances singulares.-Los periódicos: el público: el reverendo: los hermanos.-El reo.-La oración y el canto del patíbulo.-Capitalistas y obreros.-Grandes huelgas.-Últimos debates del Congreso.-Descomposición del Partido Republicano.-Campamentos religiosos.-Escuela de filósofos cristianos.-Congreso de educadores.

den humano. Guiteau era un insecto humano. Su vida fue la de una fiera cobarde, flaca y hambrienta. Su muerte fue la de un niño infeliz que juega a héroe, en medio de un circo.

Otros crímenes son producto de la labor de una época

Nueva York,  
15 de julio de 1882

Señor Director de  
*La Nación*

**N**ACIÓ ESTE MES a la sombra de un cadalso. Ante ávidos espectadores, cayó colgando al aire el cuerpo del asesino de Garfield. Parecía Guiteau, más que criatura animada en que

se hospedasen humanos afectos y defectos, una caja de resortes. No era de especie humana, sino felina: pobre de carnes, rico de nervios, lustroso de ojos, hecho para destruir. A otros devora el amor de los demás; a éste lo devoró el amor de sí mismo. Pensar en él, daña; verlo dañaba. El orden general de la Creación está repetido, como en todos los órdenes parciales, en el or-

\* Publicamos hoy la primera carta de nuestro corresponsal en los Estados Unidos, de cuya preparación y competencia, podrá juzgar el lector, leyendo los siguientes párrafos de un artículo en que el distinguido escritor colombiano Adriano Páez, director de la Revista literaria *La Pluma*, de Bogotá, se ocupa del Sr. Martí, con motivo de un trabajo de éste último sobre la muerte del Presidente Garfield. Dice el Sr. Páez en su citado escrito: «creemos que si el Dr. Martí, autor de las pági-



en la mente de un hombre: el crimen de éste fue solitario y espontáneo, no hijo de la locura de la mente, sino de la del apetito. Cansado de desear en vano, se vengó en un solo hombre de todos aquellos que se habían negado a satisfacer sus deseos. Y para que su venganza fuese más cumplida, eligió el hombre más alto. Hay montañas que invaden con sus cimas serenas los aires azules —y hay abismos que se entran como lenguas de colosales serpientes, por los senos de la tierra. Hay hombres en quienes el bien reposa —que son los apóstoles; y otros en quienes el mal rebosa, —que son los asesinos —como hay buitres y hay palomas.

Apena recordar los días últimos de la vida de ese misero. Apena ver cómo los narraron los diarios de esta tierra; cómo, —luego de muerto—, quemaban por las plazas sus efigies; cómo halaban de los pies y llenaban de lodo los vestidos de una imagen suya, ahorcada en un farol de New York, los niños de la calle; cómo se recibió con festejos públicos, con cañonazos, como en Trenton, —con libre beber en las cervecerías, como en Washington, —con silbar de máquinas de vapor, y vuelo de campanas como en Pittsburg, la noticia de su muerte.

Cuando se abrió bajo sus pies la trampa por que se deslizó con gran caída, camino de la vida venidera, su cuerpo mezquino, —rompió en impíos

aplausos la muchedumbre de presos de la cárcel, que prolongó luego con vítores y hurras, la que danzaba y reía, como en verbena o día de gorja, a las puertas de la prisión del malaventurado. Aunque no sea más que porque recuerda la posibilidad de que exista un hombre vil, no debiera ser motivo de júbilo para los hombres la muerte de un ser humano.

Y el *Herald*, de New York, habló del misero, y de los lances de sus postrimerías, y de los de su muerte, con mofa abominable. De Guiteau antes de morir decía que estaba «fresco como un pepino», «tranquilo como una mañana de verano», «ágil como una pulga», pintaba al hermano del reo, que iba y venía como por casa propia, por la cárcel donde había de recibir horas después su hermano ignominiosa muerte, y andaba jovialmente, por entre los grupos de curiosos favorecidos que repletaban el patio de la cárcel, y con sus mismas manos examinó las cuerdas, las tablas, el gorro de los ahorcados, los resortes, la trampa: palpó con fría curiosidad todos los escondrijos del fúnebre aparato.

Concíbese en caso semejante, que un hombre quede en pie ante el cadalso de su hermano, convertido en piedra. Este más parecía inspector de fiesta que hermano de ahorcado. Desde el amanecer, estaba henchida de gente la ancha rotonda. Examinaban el patí-

bulo, como se examinan las barras peligrosas de donde va a dar el salto mortal el favorito gimnasta. No había esa solem-

---

nas que hoy publicamos, se resuelve a escribir despacio y concienzudamente las biografías de aquellos dos justos —y las escribe en inglés y español, pues que domina ambos idiomas, esas obras lo colocarán entre los grandes escritores de América y de España, y serán populares y clásicos en dos literaturas. Emerson no hablaría de Garfield, en inglés, con más originalidad y sentimiento que Martí, y la descripción de la agonía y exequias del Presidente mártir es tan hermosa, tan elocuente, tan sublime, como las mejores páginas de Castelar.

Hace pocos días que, al analizar en *La Pluma* un trabajo de Martí sobre la poesía española contemporánea, anunciábamos que ese hombre sería pronto célebre. Ahora, en vista de otros trabajos del mismo escritor, que es también orador notabilísimo, diremos lo que decía en 1875 Campoamor del malogrado Revilla: «Su talento es tan inmenso que es imposible predecir hasta qué punto llegará con el tiempo.» No vemos en España ni en Suramérica un prosista mejor dotado ni más brillante. Es la encarnación de la facilidad, de la naturalidad y de la elocuencia. Es un río caudaloso, de aguas clarísimas, que corre sobre arenas doradas.

Su estilo tiene la limpieza, el brillo y las inadaciones del diamante. Hay en la literatura española otro Donoso Cortés, con todas las cualidades y sin los defectos de este insigne orador.

nidad imponente que precede a la muerte misteriosa. Todo era ir y venir, y fumar sin tasa, y preguntar con insana avaricia, como cuando se está en vísperas de un espectáculo animado. El reo mismo, vestido con singular limpieza, ensayaba, sentado en su lecho de la cárcel, con el jocundo reverendo que le asistía, el canto de una rastrera trenodia que se proponía entonar desde el patíbulo. —Era de verle el día anterior, platicando con serenidad y agudeza en la puerta de su celda con el cronista de un periódico, y pidiéndole excusas cortesés por apartarse de él un momento para ir a cerrar una ventana de la celda por donde le entraba aire frío. El cronista le argumentaba implacablemente sobre su crimen: —¡que importa poco revolver con punta de puñal la conciencia de un desventurado, si se da con ello pasto al apetito de un público avariento de extrañas noticias! Y Guiteau se desembarazaba de sus argumentos con nerviosa presteza.

Era su modo de hablar, violento, saltante, airado, arrojadizo. Oyéndole y viéndole, se pensaba en zorras y lobos. Respondía apresurado con sus palabras inquietas, coléricas, abruptas, que parecían disparos de cohetes.

Todo el día estuvo de pie ante la reja de su celda, recibiendo visitas. Veíanse en él los esfuerzos de un domador de fieras: adivinábase que con

mano de hierro ponía dique a torrentes de lágrimas, y reprimía los saltos tremendos de un tigre invisible. —«¡Estopa, y dispare! ¡estupidez y estopa!» exclamaba interrumpiendo con rudeza a su hermano, que le venía a decir adiós, con la sobrina del reo de la mano, y le prometía su reunión en el cielo, y el bien merecido por la inocencia de su alma. —Y al punto estrechaba blandamente la mano de la niña, y le hablaba con súbita ternura, como si a los pies de una maga se rindiese el tigre. En tanto, el revelando sacaba de la celda el ramo de flores que había traído al reo su hermana piadosa, en que había una flor blanca envenenada. Desatada ya la lengua, con esa volubilidad convulsiva y extrema de los sentenciados a morir, y con esa mirada selvática y extraña, como de quien pone el pie en un mundo temible y desconocido, rogaba a su Alcaide que consintiese en ausentarse de la prisión a la hora señalada para su muerte, con lo que esta no podría hacerse, por faltar el Alcaide, ni luego por haber pasado ya la hora.

Ni se ocultaban a sus ojos los diarios que enumeraban los detalles del próximo suceso. Se anunció el programa de la ejecución como el de una exhibición curiosa. Jamás sufrimientos de hombre honrado, ni celestiales dolores de mártir, fueron contados con mayor menudez que las palabras y

actos de este reo, los hilos de la cuerda que lo ahorcó, los matices del vestido que le cubrió el cuerpo, las fibras de las

---

Ha muerto un grande hombre y ha nacido un grande escritor. Sobre la tumba de Larra apareció el pálido Zorrilla, «gladiador que hoy clama al cielo en un circo desierto». El presidente mártir desde su tumba de Cleveland, continúa guiando al pueblo americano e inspirando a los escritores, oradores y poetas.

El espectáculo de sus padecimientos y de su muerte, ha sido fecundo en bienes y en enseñanzas: nada más sublime que la lucha de ese justo, primero contra la corrupción política y luego contra la muerte. Esta triunfó de la carne, pero el mal fue vencido por la virtud.

Cuantos lean estas páginas llorarán como nosotros hemos llorado, amarán a Garfield, como nosotros lo amamos, admirarán al historiador de ese gran muerto como nosotros lo admiramos, y sentirán «aquel aire fresco que resulta del movimiento del ala de un genio». Entonces volverán su corazón hacia Dios — y le dirán con el elocuentísimo Pastor de la Iglesia presbiteriana de Long Branch: «¡Señor! Haz que de las tinieblas de esta noche de amargura, surja un día más sereno, para gloria, de Dios y el bien del hombre» —Gracias te damos por el recuerdo de esta vida que se extingue, víctima de su consagración heroica a los principios— Acompaña a estos tristes viajeros en este amargo viaje; fortificalos y animalos, buen Dios, y llévanos a todos pres-

tablas del cadalso. Decíase de qué pino era hecho, y de qué árbol fue cortado el pino, y de qué país vino la cuerda fúnebre, y de qué menjurjes la untaban para suavizarla, y cómo lo iba a ahorcar «el ahorcador más afa-mado de esta tierra».

Lleno estaba en la cárcel un cuarto de guardar, de cuer-das numerosas, y gorros ne-gros, ribeteados de rojo, y muñecos colgando por el cue-llo de extremos de lazos, y modelos de patíbulo, -envia-dos, para servir al caso lúgubre, de todas partes de la Unión por gentes brutales.

El reo aquella mañana en que murió, se acicaló esmera-damente, como quien va de bodas. No se notaba en él ya violencia, ni temor, ni disimu-lo. Parecía, por la exuberante gentileza con que recibió a su clérigo, novio feliz que oye del sacerdote los deberes del esta-do en que entra, -y por el tea-tral aspecto de cuanto le rodea-ba, y su leer de papeles, y su cuidar del parecer de su perso-na, y su ensayar en alta voz discurso y cantos, -artista de fama que va a probar sus fuer-zas ante público nuevo.

Como quien va de viaje, registró cuidadosamente sus cartas, y rompió unas, y dio otras al clérigo. Vestía el cléri-go ligero vestidillo, y cuando entró en la celda del preso para no abandonarle ya hasta el punto de morir, llevaba cu-bierta la cabeza con un som-brerín de paja, y los diarios del

día bajo el brazo. Y Guiteau le enviaba a una y otra parte, cual director de función que no quiere que haya cosa que no esté en su puesto: a ver, si tal persona estaba entre los curio-sos, a ver si todo había sido dispuesto de modo que no marrase la escena final, a ver si los menesteres del patíbulo estaban ya bien probados y aderezados.

En la puerta oíase tumulto, y era que la hermana solicitaba permiso para ver ahorcar al reo, y venía con el carruaje lleno de anclas, coronas y cru-ces de flores, con que cubrir su cuerpo muerto. Ya van de procesión, de la celda al cadal-so, por entre hileras de curiosos, de generales, de diputad-os, de cronistas de periódicos, de médicos. Hacen de incienso bocanadas de humo. El alcaide, con su bastón de oro, encabeza el séquito. Junto al reverendo, que lleva libros y papeles, va atado el asesino, firme el paso, pálido el rostro, recogido el continente. ¡Oh! no haya miedo: no contaremos cosas demasiado horribles. Ya sube a la plataforma Guiteau sereno; ya en lidia odiosa se codean, precipitan y empujan los espectadores, por lograr buen puesto y amplia vista en torno al cadalso. Y el que me-jor puesto logra, y más serena tiene la faz, y mejor ve, es el hermano.

Mas ¿qué es eso? ¿Es un hombre que muere? ¿Es el vul-gar servicio religioso de una

iglesia pobre? ¿Es la exhibi-ción de curiosidades en algún escenario de circo de pueblo? Porque el programa tiene va-rios lances, y al entrar en cada uno nuevo Guiteau lo anuncia al público, como los tarjetones de los cafés cantantes de París avisan a la concurrencia la can-ción que viene, y como los sal-timbanquis encasacados de los museos introducen, con esbo-zos biográficos, cada una de las bestias humanas, enanos, contrahechos, gigantes fin-gidos, albinos improvisados e idiotas enseñados, que ex-hiben.

Dice el clérigo una plegaria monótona. Guiteau anuncia que va a leer y lee con aquel tono de falsa unción e inspira-da salmodia de los predica-dores comunes, unos versícu-los del décimo capítulo de Mateo. -Desenvuelve un pa-pel el reverendo. «Ahora, dice Guiteau, voy a leer mi última plegaria.» Y lee, en el papel que mantiene a buena altura ante sus ojos el reverendo ser-vicial, una oración al Salvador. ¡Parece una columna de humo negro, en que revolotean jó-venes buitres! ¡Parece una lluvia de culebrillas disparada al cie-lo! Parecían látigos las frases. Y las decía de modo que pare-cían puñales. No las pronun-

---

to a la mañana que no tiene noche, al hogar que no tie-ne lágrimas, a la tierra que no tiene muerte!- «Adriano Páez». [Nota de L.N.]



ciaba: las clavaba. ¡Qué lenguaje! ¡Qué mezcla de dialecto bíblico y odio satánico. Hablaba con Jesús en la lengua de Luzbel. Usaba giros religiosos para pronunciar anatemas enconados: «El espíritu diabólico de esta nación, de su gobierno y de sus periódicos, hacia mí, te justificarán, Señor, para maldecirlos.» «¡Arthur (el Presidente) es un cobarde y un ingrato!» «Todos mis asesinos, desde el Ejecutivo hasta el verdugo, irán al infierno.» «Caiga mi sangre sobre este gobierno y estos periódicos.» «¡Adiós, hombres de la tierra!»

Ya a este punto, el cadalso estaba como levantado sobre los hombros de las gentes. Los rostros no estaban tristes, ni espantados, ni airados, —sino ávidos.—«Ahora», —dice de nuevo la voz de Guiteau,—una voz extraña, hiriente y sin eco, —«voy a leer unos versos que indican mis sentimientos al dejar este mundo. Puede ser que hagan buen efecto puestos en música. La idea es la de un niño que balbucea a su padre y a su madre. Los he escrito esta mañana,—añadía como si hablara a la posteridad atenta,—como a eso de las diez». —Y comenzó entonces un espectáculo tristísimo. Aquella trenodia era una mísera aglomeración de frases pueriles, sin medida ni concierto. Aquel desventurado, que había querido morir cantando como los mártires del Cristianismo, moría arrastrándose como si la culpa al fin, des-

pierta en su recio pecho, estuviese clavando los dientes ponzoñosos en la garganta. Idiótico y salvaje parecía a la vez el cántico. Coros de sollozos que a borbotones entorpecían la rajada voz del triste, rompían al término de cada estrofa, a modo de estribillos o de epodos.

El reverendo le animaba con golpes en el hombro, como jinete<sup>a</sup> a corcel que desfallece. El triste comenzaba a cantar la estrofa nueva, como si anduviese ya sobre sí mismo; y le pesasen sus propias palabras como cadenas. Por entre los sollozos mal apagados rompía el canto tardo y lastimero, como un quejido, como un alarido, como el clamor de quien pide merced, alzada ya en el aire el hacha matadora, abrazado a las rodillas de un verdugo implacable. Lloraba, lloraba a mares. Y se rehacía, y reanudaba el cántico.

El hermano, miraba sereno. En torno al cadalso, de los tabacos encendidos subían columnas de humo. En las ventanas de las celdas vecinas, los cronistas de los diarios escribían apresuradamente sobre los pretilles. Por sobre los cristales de una abertura del techo, revoloteaba, acaso como una promesa, un gorrioncillo. Con una nota estridente, prolongada, súbita, acabó al fin el reo su cántico. Y con él, su cobardía. El llamaba a su canto el balbuceo de un niño en crianza, sí, en verdad, en crianza, a los pechos de una terrible nodriza.

Luego vinieron cosas no narrables. Él, sereno y seguro: ellos, dados presurosamente a las brutalidades de la horca: Cae de las manos de Guiteau un papelillo; alza el alcaide el bastón de oro; «¡Listo! ¡Gloria! ¡Vamos!»—dice con voz sonora el reo; se abre a sus pies la trampa, y a poco, la rotonda estaba desierta, contento de su mano firme el ahorcador, y al lado de un féretro descubierto, el hermano, moviendo el aire con un abanico sobre un rostro lívido.

En juguetes andaba imitado el cadalso de Guiteau, en los fuegos artificiales de los primeros días de Julio, quemábase, ante veintena de millares de espectadores, la cabeza de Guiteau en tamaño monstruoso, y en el pueblo de Norwich, el día 6 de Julio, reuniéronse los niños de la población con una horca y un ahorcado de juguete, para ahorcar a Guiteau.

Estamos en plena lucha de capitalistas y obreros. Para los primeros son el crédito en los bancos, las esperas de los acreedores, los plazos de los vendedores, las cuentas de fin de año. Para el obrero es la cuenta diaria, la necesidad urgente e inaplazable, la mujer y el hijo que comen por la tarde lo que el pobre trabajó para ellos por la mañana. Y el capitalista holgado constriñe al pobre obrero a trabajar a precio ruin.

a. En LN: «ginete».



Los que viven suntuosamente, merced a colosales especulaciones, azuzan al Congreso, a fin de mantener siempre repletas las arcas del Tesoro, a no mermar las contribuciones exorbitantes que afligen los frutos y tráfico en toda la Nación. De este exceso de contribuciones, a poco que las cosechas mermen, o que algún producto escasee, viene exceso de precios. Para el capitalista, unos cuantos céntimos en libra en las cosas de comer, son apenas una cifra en la balanza anual. Para el obrero, esos centavos acarrear, en su existencia de centavos, la privación inmediata de artículos elementales e imprescindibles. El obrero pide salario que le dé modo de vestir y comer. El capitalista se lo niega.

Otras veces, movido del conocimiento del excesivo provecho que reporta al capitalista de un trabajo que mantiene al obrero en pobreza excesiva, —rebélase este último, en demanda de un salario que le permita ahorrar la suma necesaria para aplicar por sí sus aptitudes o mantenerse en los días de la vejez.

Pero ya estas rebeliones no son hechos aislados. Las asociaciones obreras, infructuosas en Europa y desfiguradas a manos de sus mismos creadores, por haberse propuesto, a la vez que remedios sociales justos, remedios políticos violentos e injustos, son fructuosas en Norteamérica, porque

sólo se han propuesto remediar por modos pacíficos y legales los males visibles y remediables de los obreros. Ya no hay ciudad que no tenga tantas asociaciones como gremios. Ya los trabajadores se han reunido en una colosal asociación, que llaman de Caballeros del Trabajo.<sup>83</sup> Ya, por treintenas de miles, como ahora mismo en Pittsburgh, se cruzan de brazos, animosos y firmes, ante los fabricantes de hierro, que tenazmente les niegan el aumento de sueldo que demandan. Ya, como hoy en New York, los trenes cesan, los barcos duermen, los frutos se enmontañan en las estaciones de embarque de los ferrocarriles, y el comercio de toda la nación sufre extraordinaria merma, —porque los cargadores piden a las empresas ferrocarrileras un salario que les permita comer carne.

Piden 20 centavos por cada hora de faena, y que les aseguren trabajo por dos pesos diarios, porque hombre que va y viene a leguas del lugar de su labor, y come fuera de casa y tiene en casa mujer e hijos, y para trabajar ha de vivir en ciudad costosa, no puede hacer con menos de dos pesos, vida de ciudad. Las empresas de ferrocarril, teniendo en poco a sus cargadores, negáronse a la demanda, y hace un mes que están faz a faz los dos bandos hostiles.

Toda la ciudad está del lado de los cargadores desatendi-

dos. ¡Con qué entereza están llevando su mes de penuria! ¡Qué gozo da verlos, como ennoblecidos de súbito por el ejercicio de su dignidad, acudiendo, comidos y limpios, ya a grandes paradas, en que recorren las calles sigilosas y ordenadamente, ya a reuniones que celebran en medio de las plazas, en los muelles abandonados, en humildes salones! Acá hacen tribuna de un carro que les presta un irlandés fornido; allá, de un montón de cajas; más allá, de una elevación del terreno. Está siendo una interesantísima batalla.

Véase ahora cómo no es de desdenar el trabajo más ruin. Esos rodadores de baúles, esos empujadores de sacos, han conmovido y dificultado el comercio de toda la Nación. Las empresas ferrocarrileras, teniendo en cuenta la penuria excesiva de las clases pobres, buscaron y hallaron al punto millares de cargadores nuevos. Mas eran italianos, no hechos a esta labor ruda; eran alemanes, sobrado varoniles para siervos; eran judíos fugitivos de Rusia, a quienes sus súbitos y tremendos males privan de ánimo y fuerzas.

Creyóse al principio que, reemplazados los cargadores, o reentrarían en sus puestos por el ruin salario viejo, o quedaría la labor a cargo de los nuevos.

Pero ya era que los novicios no acertaban con la ágil manera de cargar de los rebeldes; ya que centenares de ca-

rreros aguardaban en vano repletos a las puertas de los colo-sales almacenes; ya que los mozos ásperos de los barrios perseguían sin descanso a los obreros nuevos que trabajaban, y aún trabajan, como sitiados, en los almacenes, y amparados por gruesos destacamentos de policía. Y ya es, que merced a su cordura y paciencia, abandonan en masa los trabajadores nuevos a sus empleadores, y se unen bravamente a la protesta de los cargadores rebeldes. Todos, hoy, italianos, alemanes y judíos rusos, abrazados fraternalmente por las calles, y acudiendo a reuniones entusiastas en que se hablan a la par todas las lenguas, demandan a las compañías de ferrocarril, que ha poco aumentaron sin pretexto<sup>a</sup> los precios de carga, el nuevo sueldo y la nueva garantía.

Gran suceso es este en esta lucha. Antes, si los trabajadores del país se declaraban en huelga, acudíase a los italianos, puestos a trabajar por pobre precio. Ahora, rebelados ya los italianos, que entienden que realizando las condiciones del trabajo para otros, los realzan para sí, <sup>y</sup><sup>b</sup> los empleadores habrán de ceder a las demandas justas de los empleados. Que no es de creer que por demanda injusta se exponga un obrero, que tiene su arca en sus brazos, a dejar en hambre y miseria su casa desolada.

Y así quedan: soberbios los del ferrocarril; confiados y

ayudados con buenas sumas de dinero por los obreros de toda la nación, y gentes ricas de buena voluntad, los cargadores. De manera pasmosa se entrelazan e intiman los cuerpos de obreros.

Se agrupan rápidamente, como elementos dispuestos ya al combate. No sólo tiene cada cuerpo fondos propios, sino que se está creando extraordinario fondo general para que sirva de arca permanente a cada cuerpo en huelga. Esto hasta ahora es justicia. Quiera la buena fortuna que luego de satisfecha, no se trueque en celo e ira. Porque en este pueblo de trabajadores, será tremenda una liga ofensiva de los trabajadores. Ya están en ella. El combate será tal que conmueve y remueve el Universo. Estas que hierven, son las leyes nuevas. Esta es en todas partes época de reenquiciamiento y de remodelo.<sup>c</sup> El siglo pasado aventó, con ira siniestra y pujante, los elementos de la vida vieja. Estorbado en su paso por las ruinas, que a cada instante, con vida galvánica amenazan y se animan, este siglo, que es de detalle y preparación, acumula los elementos durables de la vida nueva.

En el Congreso también están de lucha: también están de lucha en el Partido Republicano. Piden los demócratas la rebaja en la tarifa de derechos de importación, mantenidos en alza para favorecer, que es lo mismo que perpetuar el

monopolio de que gozan, —a las industrias nacionales. Piden la rebaja inmediata de los derechos de los artículos de consumo en el interior de la Nación. Las contribuciones se imponen para sufragar con ellas los gastos del Tesoro. El Presidente declaró en su mensaje que las contribuciones habían excedido el año pasado en cien millones de pesos a los gastos. Los demócratas quieren que de esos cien millones de pesos innecesarios, sean rebajadas las contribuciones. Pero acontece que el Partido Republicano, amenazado de extraños y de propios, ni quiere enajenarse, con la reducción de los derechos de importación de frutos extranjeros, el apoyo considerable de los capitalistas a quienes el sistema prohibitivo favorece, —ni ve mal que para acudir so capa de un gasto o de otro, achacados a necesidades de la Nación, a las expensas que requiera la conservación del partido en el poder, exista en las arcas, que prohombres del partido administran, un crecido sobrante.

a. Errata en LN: «pretexto».

b. Así en LN.

c. La idea de que se acercaba una época nueva es el tema central desarrollado por Martí en el «Prólogo al *Poema del Niágara*», de Juan Antonio Pérez Bonalde, publicado en Nueva York en 1882, texto en el cual se repiten estos calificativos para describir aquella como una época de transición.

Alegan además los republicanos que ya entró esta Nación en edad de mayoría, y la América del Sur, en época de definitivo establecimiento: que para las necesidades de su expansión<sup>a</sup> ha menester de gran suma, que pueda levantar súbitamente gran ejército, y temible armada. Alegan que pudiera venirse, o por querer autoridad suprema en el canal de Panamá, o por impedir el crecimiento del poder inglés en América, a una guerra con Inglaterra, que es gran poder naval. Y se ha dado el caso extraño<sup>b</sup> de que el Congreso vote suma crecidísima para las reparaciones de la armada, a petición y por tenaz empeño de aquel Secretario de Marina que en tiempos de Grant empleó, en gastos confusos o innecesarios, o totalmente inexplicados<sup>c</sup>, cientos y más millones. Tal hombre, Robeson, que fue pocos años ha, por la expresada<sup>d</sup> conducta, befa de la nación y vergüenza de su partido, es hoy, con lo que se da medida de la descomposición de la política del bando republicano, uno de los jefes, si no el único jefe, del bando republicano en el Congreso.

Y otra cantidad, también enorme, han votado contra unánime opinión de los demócratas, que mantienen que esos dineros van a malas manos, para atender a las obras de puertos y ríos. Vese bien que comido de

males interiores, el Partido Republicano, intenta deslumbrar al país con un programa adulatorio de política nacional.

¿Por qué ha de ser tan ligera de suyo una correspondencia, que no da ya espacio a entranar en estos curiosísimos problemas internos del sufragio público, médula, eje, vida de las naciones republicanas? ¿Por qué no ha de llevar esta primera, humilde, precipitada carta, tantas nuevas curiosas de sucesos varios, de los que oran, arrodillados en millares, a la sombra de árboles altos como los de los druidas, en campamentos religiosos que pueblan los bosques de palabras de amor, de esperanza, de fe, de himnos sagrados? ¿Por qué haber de callar cómo sacan a luz con fervor científico, las bondades de la Cristiandad en un «Congreso Cristiano de Verano», los filósofos amigos de Jesús que ven en descrédito y ruina el dogma amoroso, en manos de los malos sacerdotes, y de reformadores hábiles y activos? ¿Por qué, sobre todo, no sentarnos al lado de los Educadores en consejo, que están viendo, con agradecible y laborioso empeño, la manera de educar al niño de modo que abandonado luego entre los hombres, pueda aplicar sus fuerzas enseñadas a un mundo conocido, en vez de ser ciego presuntuoso, cargado de letras

griegas y latinas inútiles, en medio de un universo activo, apasionado, real, necesitado, que lo ofusca, asorda y arrolla?

La prensa no puede ser, en estos tiempos de creación, mero vehículo de noticias, ni mera sierva de intereses, ni mero desahogo de la exuberante y hojosa imaginación. La prensa es Vinci y Angelo, creadora del nuevo templo magno e invisible, del que es el hombre puro y trabajador el bravo sacerdote. Aquí hierven, en junto con los modernos problemas humanos, los problemas concretos de América, y ambiciones que alarman y grandezas reales que deslumbran. ¿Qué mucho que, movida del ansia de cumplir estos grandes deberes, la pluma, a riesgo de parecer cansada, se abandone a considerarlos?

José Martí

**La Nación,**  
Buenos Aires,  
13 de septiembre de 1882

[Mf. en CEM]

- a. En LN: «expansión».
- b. En LN: «extraño».
- c. En LN: «inesplicados».
- d. En LN: «expresada».

---

1883







# Cartas de Martí

Galas del año nuevo.-Gente de pro y gente llana.-Ancianos de otro tiempo.-Luto en la Casa Blanca.-El Ministro Allen.-Gobernadores austeros y pomposos.-Boston; sus hijos ilustres, su Gobernador nuevo y sus ceremonias.-Benjamín Butler.-Hermoso episodio de la historia del sufragio.-Preliminares necesarios para entender sucesos venideros.-Significación del advenimiento de los demócratas.-Deslinde de los campos políticos.-La batalla pasada y la venidera.-Suma de Historia Política.-Mesa del Universo.-Trineos blancos.

Nueva York,  
19 de enero de 1883

Señor Director de  
*La Nación*

AÚN HUMEAN las fiestas del año nuevo. Aún cuentan regocijados los mancebos las galas que vieron y las damas y damiselas que saludaron, y las ensaladas suculentas y nobles vinos que cataron en las casas que recibían visitas de entrada de año, que son ya menos que eran antes, porque muerde a la naturaleza humana el amor del Aristos,<sup>84</sup> y cuando no tiene, por ventura, pedestales de sangre donde alzarse a publicar cuar-

teles de nobleza, álzase sobre pedestales de oro a pregonar, a modo de nobleza nueva, el desdén de las prácticas comunes. Antes, no había en día de año nuevo puerta cerrada, sino que parecían de Lúculo<sup>85</sup> las mesas; bien servidas entre jarrones ricos y flores, más ricas siempre que los jarrones, de manjares y lujos de beber que diesen fuerzas a los parleros visitantes para visitas nuevas; -y eran sonajas las casas, tiendas de alegría los coches, las mujeres, vasos de fiesta, rompería las calles. El más lindo traje era para este día del año; el galán rico lucía a rápido paso su yegua de buena sangre y su delgado caronajillo; el depen-

diente humilde, muy aderezado y muy lucido, llamaba con sus mejores prendas de vestir a la casa del principal opulento, que con el calor del Jerez, y con el mejor que dan las fiestas de la casa, y la ventura, desarrugaba aquel día la frente de los ceños que suele poner en ella el señorío. Vénganse los neorricos en los que no son ricos aún, de la época en que ellos no lo eran. Y gustan villanamente de humillar como ellos fueron humillados, y de hacer beber a grandes copas el acíbar que bebieron ellos.

Este día de año nuevo ha sido siempre de inusitada gala y gozo en que se vaciaban de tarjetas las tiendas que las venden y de fuerzas los carteros abrumados que las llevan y de carruaje los establos y de rosas los jardines, y el pecho de tristezas.-¿Quién tan misero que no tenga a quién ver, o de quién ser visto? Pero esta vez la costumbre vino a menos, porque las altas casas, en vez de abrir sus puertas de granito bien pulido, o peña rota a sendos tajos, como las piedras de los palacios de Florencia, o vil imitación de piedra; porque no hay imitación que no sea vil,

-colgaron del llamador de bronce una cesta con cintas de luto, para dar noticia a los cortesés visitantes de que estaban cerrados por duelo de pariente los salones, o con cintas de colores más alegres, en ligera señal de que los empinados dueños no gustaban de pagar tributo a usanzas populares.

Mas como esta es ciudad de ciudades y mar de gentes y golfo donde se encuentran, rompen y hierven juntas todas las corrientes de la vida moderna, parecían ese día las calles de potentados ceñudos y de nobleza fresca, como dama escurrida y remilgada en salón de mocerío jovial y rebosante, y todo fueron, a los ojos de quien no vio mejores años, cascales en los trineos, enjardinamiento de las salas, susto mortal en las bodegas, despedidas bulliciosas en las escaleras, peregrinación de los visitantes de pie a cabeza de la ciudad alborotada; y recuento en la alta noche, como de batallas ganadas, del número de casas a que se pagó cordial visita.

Parece en esta ciudad grande, donde viven las gentes tan solas, como que se aprovechan las almas con ansia de toda ocasión de averiguar que no viven olvidadas. Y ¡cómo embellece la alegría! Y ¡cómo rejuvenece! Aun los que no han catado licor, parecen el día de año nuevo ebrios de buen vino: ¡íde alegría! Corren, como movidos de celestes vientos. Si se apagaran las luces de la tie-

rra, con las de sus ojos animados habría fiesta de luz. Andan enternecidos, -como purificados, añiados. El gozo de querer les aviva la sangre. Duermen los libros de comercio, que son menos digno empleo del hombre que el cultivo de los campos. Duermen las plumas, que son lanzas mejores que las lanzas. Los jóvenes se alocan, y los ancianos resplandecen.

Aunque ya van de muerte aquellos castos caballeros neosajones, humildes, como hijos de viajeros de la *Flor de Mayo*,<sup>86</sup> que fue el barco feliz que trajo con los puritanos, y la virtud de ellos, el grano de este pueblo, ya van de muerte aquellos ancianos de ojos húmedos y limpios, como de gente de alma buena; de labios finos y cerrados, como de hombre discreto, -luminosos, como almas puras, sanos de espíritu y de cuerpo, como manzanas de noviembre.

Aquellos ojos de holandeses, y viejos hidalgos de Bretaña, aquellos sobrios y domésticos patriarcas, aquellos sacerdotes de la libertad, pueriles, astutos y grandiosos, aquellos Tíos Samueles<sup>87</sup> de sombrero de pelo blanco, barba en halo, ojo profundo, nariz aguilena y rostro lampiño, aquellos ricos de traje de paño recio y burdo, zapato ferrado y guante de lana, aquellos caminadores y reidores, van de muerte.

Hoy, nadie tiene su pulso en calma. Se anda por sobre

las casas en ferrocarril y por sobre la vida.

El ansia de la fortuna bebe en flor, como abeja venenosa, las mieles de la vida. Ni al corazón mismo se le abren las puertas hasta que no se tienen vencidas ya las de la fortuna. En los nuevos ancianos hay como el descontento de haber vivido; en los nuevos jóvenes, como el miedo de no vivir bastante.

Uno de esos ancianos de otro tiempo murió en Washington, y en plena fiesta de Capitolio, el día de año nuevo. Es el Presidente Arthur caballero de salón, y abría con pompa, en recepción solemne, a la par que el año, la estación de fiestas de la ciudad oficial, y el Capitolio remozado para ellas. Veinte damas granadas le ayudaban a estrechar manos de embajadores, gentes de alto oficio, y miembros del Senado y del Congreso. De nuestra América, ofrecían allí los respetos el caballero Domínguez<sup>88</sup> de continente grave, por la República Argentina, con los miembros de su casa oficial y casa propia; por México, con la esbelta dama de Nueva Orleans, que es su esposa, D. Matías Romero,<sup>89</sup> trabajador infatigable, castor de la política, cuidadoso de todo, menos de su gentil apariencia, hormiga que acumula en trabajos de día y noche pesos de elefante, hombre diogeniano. Por el Perú, cabizbajo, Ellmore. Y por Venezuela, que parece hoy dama

violada, el culto Simón Camacho,<sup>90</sup> tierno como su hermano Juan Vicente, que escribió «La última luz», y la da perenne a su nombre con ella; Simón Camacho, el brillante e intencionado Nazareno que llenaba años hace de sales los diarios de Lima, y hoy hace de sutil embajador en esta tierra, abundante de ingenio, de corazón y de palabra.

Pero de súbito, como si se enlutaran los cielos, corrió la nueva de que expiraba en una de las salas de la casa el Ministro Allen,<sup>91</sup> de las islas Sandwich, que había nacido con el siglo, y crecido con él. Las músicas callaron, sobrecogió la tristeza al hidalgo Presidente; con el estado de las almas, que con sus afectos lo visten o lo desnudan todo, y acaloran o entibian la naturaleza, trocose en casa funeraria la que era un punto antes teatro de triunfo. De mal de corazón, que se enferma ahora más que antes, murió el que a pesar de ser Ministro de las islas Sandwich en los Estados Unidos, no era hijo de aquella tierra plutónica y fastuosa, donde la lava está hacinada en montes, y en bosques los rosales, y en valles opulentos los más sabrosos frutos.

Fue caballero de la paz el Ministro Allen, y estos son los mejores caballeros. De romance tiene su vida; él afincó en Honolulu, y quien afinca, y llega a ser amado, a pesar de llegar a ser poderoso, en tierra

extraña, es hombre de fuerza íntima y múltiple, y de bondad vencedora, y de tenacidad que sorprende. Porque tiene algo de demente todo el que vive en tierra extranjera. Los vinos del alma ofuscan el juicio. Este vapor que sube del alma de los desterrados es vapor terrible. Allen fue joven, y fue de cónsul de los Estados Unidos a Honolulu, y le enamoraron las calles pacíficas bordadas de cañas elegantes, y robustos álces, y cactus colosales. Las primicias encantan. Las de la tierra enamoran, como si fueran primicias de alma de doncella. El hombre es tan grande; que se siente siempre un tanto esposo de la tierra. El pueblo nuevo agradó al hombre ingenio; el archipiélago riquísimo deslumbró al joven mercader. De cónsul ante el Rey, se hizo consejero del Rey;<sup>a</sup> y fue por veinte años, espíritu del nuevo Hawai, cerebro y brazo de su monarca, atador de voluntades de su tierra nativa y su tierra nueva, y mirado, entre cóleras pasajeras y odios de naturales celosos y ambiciosos émulos como Balum-Votan<sup>92</sup> de barba blanca, que venía del Este, y daba leyes, y amor, —que es mejor ley— y tiernos consejos, al pueblo nervioso, guerrador y vivo de los viejos mayas.

De Gambetta<sup>93</sup> dicen, que por piedad de hijo, y como romántico alarde de natural de tierra de los trovadores, solía, a despecho de su fe nueva, enviar cirios a una iglesia en el

día aniversario del de la muerte de su madre, y al que le hacía pensar en qué dirían de ello, respondía hermosamente que dirían que amaba a su madre. Del Presidente Arthur cuentan que teme a lo desconocido, e involuntariamente pone fe en presagios, por lo que tuvo peculiar tristeza,—mayor en él que ocupa la silla que aún no ha vaciado bien la sombra de Garfield,—con la muerte súbita, acaecida en su primera fiesta de año, del canoso Allen, que ayudó a crear un pueblo.

Pero en este pueblo, que es ejército en marcha, no hay tiempo de contar los muertos. Ni el muerto les parece árbol arrancado de su jardín, sino ido a hermoear de antemano el jardín, en que han de vivir luego. ¡Y aún en el recordarlos, la vida es demasiado exigente, para que la memoria sea bastante fiel!

Con la entrada del año iqué acopio de sucesos!

¡Si parece panorama mágico, banquete de gigantes, ruido de entrañas de monte, creación de mundo!—Y esto último es: creación de mundo.

Ya es un gobernador electo que seguido de sus caballeros de servicio, entra del lado del gobernador saliente y su cohorte, bajo la cúpula del Capitolio de Albany, ciudad que hace cabeza de este Estado

a. Kamehameha IV y Kamehameha V.



suntuoso de New York, y es madriguera de gente emprendedora, y de famélicos de oficio, que andan en busca de canonjías públicas, con las que aquí, como en buen número de tierras, suele darse paga deshonesta a tal o cual servicio subterráneo, feo como entraña, que ayudó, acaso, en hora de combate, a la victoria de un partido; y al entrar bajo la cúpula, los dos gobernadores se separan, cada uno con su séquito, y el uno de esta ala, y el otro de la otra, van de nuevo a juntarse al fondo del salón, donde un sacerdote que cree saludablemente que no hay rito mejor de religión que el libre uso de la razón humana, eleva al cielo, cercado de hombres graves que tienen cerrados los ojos y las cabezas bajas, oración propia por el buen consejo del que entra, y la buena fortuna del que sale; y luego los dos gobernadores, en apropiados discursos, se saludan, tras lo cual abandonan del brazo la sala ancha y van a recibir plácemes de gente amiga, que es gente menguadiza en la hora de amargura, pero muy populosa y crecedora en horas de victoria.—¡No hay orugas más ruines que estos amigos de la hora venturosa!

En Boston, que es clásica ciudad, no se sientan en su silla nueva con tanta llaneza, los gobernadores. Boston presume de hermano mayor de las demás ciudades de la Unión del Norte, y aun alardea

de desdeñosa maestra. New York, le parece brutal; Filadelfia, terca y gruesa; Chicago, un granero público. Ella sola se mira, y no sin razón buena, como cuna de la nación, y sagrario de las divinidades nacionales, y relicario de las costumbres de los patriarcas de la República, y tribunal de arte impecable, y universidad luminosísima. Periodista que tiene un cuño bostoniano, ya pasa como periodista de buen cuño. Ser de Boston aquí es como ser en Inglaterra de Oxford o de Cambridge. Y cerca de Boston está Concord, la apacible morada de los poetas y de los filósofos. En Boston lució Motley,<sup>94</sup> tan bello como Byron,<sup>95</sup> autor de un libro que encadena y nutre, y no ha de faltar —en anaquel muy a la mano, —de librería de hombre de ahora: la *Historia de la revuelta de los Países Bajos*.

Es más que historia, es procesión de vivos: Felipe II, lamido el pie de llamas, garduñosas las manos, lívido, como de reflejo de lumbré sulfurosa, el rostro; Granville, el cardenal acomodaticio, que se sacó del pecho, como prenda de andar que estorba para el camino, la conciencia; Don Juan de Austria, lindo loco; Alba, hiena, y Guillermo de Orange, incontrastable, que es de aquellos que aparecían en la hora del cómputo, con un pueblo sobre los hombros, y tuvo en vida la grandeza serena, pujante y tenaz de los creadores.

De Boston fueron Emerson, que le dio luz y Longfellow, a quien dio, con prebenda segura, paz de vida, que fue como sentarle en el hogar la Musa: —¡oh, en esta pesquisa del pan diario, qué ha de hacer la Musa, que tiene los pies blandos, sino sentarse a llorar, cansada y sola, en una vuelta obscura del camino! Ahoga el ruido de los carros las voces de la lira. Se espera la lira nueva, que hará cuerdas de los ejes de los carros. La tierra está ahora en hervor: la lira se verá luego, cuando este mar repose.

Y Boston, que es la patria de los místicos, es la patria también de los agnósticos, y de un agnóstico político, rico en mente y dineros, y en desdén de convenciones y de trabas de partidos. De Boston es Benjamín Butler,<sup>96</sup> que un día capitaneó republicanos y otro demócratas; y es revoltoso decidor, que da golpes de maza con la lengua, cuando no de florete bien templado, y de quien hablan hoy los diarios como de gobernador vivo y efectivo, que intenta que sea cosa memorable su gobierno, y le abra paso, por cierto hoy un tanto entorpecido y obscuro, a la Presidencia de la República.

Ya lo vocean como candidato. Pero en esta tierra, sobrado heterogénea, radiada, examinadora y tumultuosa, para que alcance a cautivarla de una vez un hombre solo, llégase más acaso a la Presidencia por

cualidades de discreción y medianía que hacen posible el consorcio en la persona discreta y mediana de entidades superiores rivales e intereses diversos, que por cualidades brillantes y agresivas, que excitan celos agudos en los grandes de la fama y de la mente, y hacen menos posible si no imposible en todo, el amigable compromiso de facciones y elementos celosos y varios.

Aunque Butler sabe ver, y verá ahora que el país está descontento de los audaces, pródigos y soberbios republicanos; y que los demócratas, que pudieran sucederles, no se dan prisa a acreditarse de desinteresados, modestos, compactos y probos; y que la República, fatigada acaso de tanto logrero, buscador de oficio, cómplice de contratistas, e instrumento de politicastros, que son plaga que roe a uno y otro partido, tiende la vista colérica en busca de nueva aurora. Y Butler, que está a lo que nace, se pone a que le den de lleno los rayos de la nueva luz. Pero es aún, por lo versátil, acometedor, novador y bullente personaje, más que nacional, pintoresco. Lo que le trae ahora en palmas es su elección reciente, por número oceánico de votos, al gobierno de su pulcro Estado.

Burlan mucho a la apergaminaada Massachusetts, de que es Boston cabeza, por haber puesto su gobierno en manos de tan gallardo y resuelto albo-

rotador. Pero Massachusetts no ha tenido muchas veces gobernador tan favorecido de su pueblo.

Parece que es Butler uno de los nobles de la naturaleza, que hace, sin duda, sin respeto a los artificios de sus hijos, sus nobles y sus plebeyos. Son estos nobles aquellas criaturas mordidas del amor de lo perfecto a quienes de amar lo perfecto en arte, les viene delicada aristocracia, y de amar lo perfecto en justicia, les viene generoso amor de pueblo.

Las superioridades se respetan: y la misma superioridad de la preocupación ve como a hermana, en las horas de crisis, la superioridad de arte o justicia. Todo hombre nace rey; la labor está en hallar en sí los útiles con que se hace el trono. Así Butler, que sabe de coro la Biblia y los poetas, y usa ramilletes en el ojal y en su lenguaje, y gasta frac, e ideas de frac, place vivísimamente, por cierto ferviente amor suyo innato a los humildes, en que rebosan todas las naturalezas verdaderamente grandes, a la masa empujadora, radical y votante.

Era de ver Boston el día en que Benjamín Butler puso la mano en la pértiga de roble, de grueso puño de oro, que en Massachusetts vetusto es símbolo de gobierno. Allí placen las ceremonias, la procesión elaborada, la junta de las corporaciones del Estado, la música solemne, el juramento escrupuloso de lealtad a Massa-

chusetts y a la Unión. Año tras año venía Butler llamando en vano a las puertas de la casa de gobierno. Mas no vence,—y esto acaso ha de entristecer a los reformadores de alma mansa y apostólica,—sino quien se ama: el desdén de sí, lleva con excepciones raras, al martirio obscuro. Acaso en la baraja de la vida, no son triunfos sino los oros que llevan mezcla de virtud y de ambición.

Ahora «la ola popular», llamada a furia por las últimas prodigalidades y desdenes de los republicanos, que no ven que el pueblo es ola y la ola agua, y quien pone el pie en ella se va a hondo, trae al vocero de reformas a la casa de gobierno, en el instante en que no parece que haya reforma grave que no esté ya en sazón y a punto de dar micles.

¡Qué hermoso encrespamiento el de este pueblo, dos o tres meses hace! Parece como gigante dormido, que seguro de su fuerza en la hora dura, no se da prisa a levantarse; mas se levanta, mueve la maza enorme, aplasta al enemigo o al obstáculo y de nuevo duerme. Y en su sueño, oye.

Estos meses han sido aquí teatro de un interesantísimo episodio de la historia del sufragio. No cabe en carta. Arranca de lejos y va lejos.

No hay cosa más escurridiza y vidriosa que la Libertad. Dama de gran valer, se enoja de que un solo momento la descuiden. Quiere plática que

la entretenga, celo que la estime, culto que la halague. Todo es análogo en la tierra: en vano se pedirán flores hermosas al floral que cede a la maraña; en vano amor a la mujer de cuyo amor ansiosamente no se cuida; en vano fruto al árbol que se deja a regocijo de gusanos; en vano grandeza y permanencia a la libertad cuyo cultivo se abandona. En el amor del hombre y la mujer, la ternura infatigable y galante es la dote de esencia, que asegura al afecto lengua y sólida vida: en el amor del hombre y la libertad, la fidelidad es la condición del goce permanente de la amada. Pues ¿quién deja a sus criados de servicio el cuidado de requebrar de amores a su dama? Ni ¿qué dama otorga mansamente su ternura a quien desdeña, por pereza o por arrogancia, o por seguridad del amor del que no cuida, la tarea dulce de venir empeñosamente a demandarla? De abandonarse demasiado a la señorial seguridad que da el derecho, viene a los casados la mayor suma de sus males; y de esto mismo vienen sus mayores males a los pueblos.

La libertad ha de ser una práctica constante para que no degenera en una fórmula banal. El mismo campo que cría la era, cría las ortigas. Todo poder amplia y prolongadamente ejercido, degenera en casta. Con la casta, vienen los intereses, las altas posiciones, los miedos de perderlas, las

intrigas para sostenerlas. Las castas se entrebuscan, y se hombrean unas a otras.

Tanto gobernó a los Estados Unidos, en años pasados, el partido demócrata, que no quedó al cabo la Constitución en sus manos sino como un montón de papel arrugado. Los prohombres gloriosos, mantenidos por su buena fama en altos puestos, se habían hecho políticos de oficio.

Ayudaban los políticos a los ricos, y los ricos a los políticos. Los poderosos del mercado vaciaban sus mejores bolsas para cosechar votos, ganarse empleados, y favorecer ardides en la hora de las elecciones, a trueque de que los electos favoreciesen luego con sus votos los planes en que cifraban mayores esperanzas de fortuna los ricos mercaderes.

Habían estado los demócratas demasiado tiempo en el poder para que oyese ya de cerca al pueblo. Y despertó el gigante, y dio con los demócratas en tierra; y en alto con el partido de los republicanos. Estos domaron la guerra civil, hicieron libres a los esclavos, amortizaron una deuda monstruosa, levantaron por sobre su cabeza, humeante aún, pero sonriente y sana, a la República. Republicanos eran los grandes previsores, y los grandes guerreros, republicanos. Ellos, los abogados del pueblo uno y grandioso, los fabricantes de milagros, los amadores vehementes de la humanidad

libre. Aún se oye el concierto de alabanzas que se alzó de los grillos de los esclavos negros al caer rotos de súbito sobre la tierra.

Pero la certidumbre de la posesión empezó a deslucir la modestia del triunfo. Los militares desocupados no se resignaban de buena voluntad a dejar de ser personajes nacionales: ni ¿quién se resignaría de buena voluntad, que haya tenido puestos sobre sí los ojos de nación tan grande? Nada embriaga tanto al hombre como sentirse centro de hombres. Le entran pujanzas divinas, y ya no cabe en la piel de un mercader, ni en el blusón azul de un cosechero. La guerra había sido sobrado larga para que los que, como hombres de consejo o de guerrear, no hubieran ya hecho, con descuido de las propias, una profesión del manejo de las cosas públicas. Y como adquirieron fama por aconsejar bien y guerrear bien en la hora de peligro, pareció loable mantenerlos, en la hora del triunfo, en el puesto que honraran cuando era peligroso. Y el gigante, confiado, durmió un largo sueño.

En tanto, con el crédito de la República, se vaciaban, para venir a ella, de trabajadores los países que persiguen y los imperios que oprimen. Todo hombre necesitado es un capitalista. El trabajo no es más que el arte de acuñar las ideas en oro o plata. Toda moneda



ha sido primero idea. Por los campos seguros se entraron los inmigrantes impacientes. Vino la sobra del cultivo; volcadas por las manos del hombre, dieron todo su oro las entrañas de la tierra; rebosaban, como carreta henchida, los mercados; los mares eran voceros del gran suceso humano. A la riqueza gigantesca, respondieron empresas gigantescas. Halagados del aura popular, y bien pagados en moneda presente sus servicios de antaño, y desocupados, trocáronse como en una aristocracia los héroes del consejo y de la guerra. Ya no sabían vivir fuera del Senado, fuera del Congreso, de los gobiernos, del ejército, del Capitolio. Habían perdido las artes privadas. Se habían perfeccionado en el ejercicio de las artes públicas. Perder sus puestos hubiera sido perder sus fortunas.

Las masas se disgustaron de tal o cual abusador, y el abusador, que era hombre de pro entre los políticos, pasaba en hombros de sus colegas y de los que necesitaban aprovecharse de él en futura legislación, por sobre las masas disgustadas. Los capitales, como todo sobre la tierra, tendían a unificarse. El Gobierno, coonestado por la tremenda guerra civil nacida de exceso en el principio de federación, se iba unificando como los capitales, lo que pareció a poco, en los capitales magnos que se apoyaban en los políticos mag-

nos para ahuyentar la industria menor,—insolencia, y en Gobierno, tiranía.

Quedaban sin hacer cosas urgentes, de que necesitaba la masa humilde y común. Se hacían a gran costo cosas enormes y no indispensables, que favorecían los proyectos de los potentados de la Banca. Era una liga incontestable de los magnates de la pecunia, que ayudaban al partido sospechado en la hora de los comicios, y los magnates de la política, que pagaban en leyes sustanciosas el apoyo de los de la pecunia. Y era otra liga incontrastable de los dispensadores de empleos y la gente empleada. El partido otorgaba el empleo, pero el empleado quedaba siervo del partido. El carro de la elección rodaba sobre ejes de oro. Cada empleado pagaba de su propio salario, que era de dinero de la Nación, una cuota cuantiosa, para auxiliar al triunfo del partido que le dio el empleo. De esta ingeniosísima manera, el partido republicano se había asegurado un triunfo permanente a costa de los dineros de la Nación. A los que murmuraban de estos males, se les enseñaba la camisa roja, se les hablaba del peligro de una nueva guerra, ya con los Estados del Sur aún no contentos, ya con un Estado de Europa, que quisiera venir a poner mano en América, ya con otros Estados; se les decía que una nación inmensa necesita un gobierno

fuerte; que un poder continental, en suma, tiene que acumular capitales, y atraerse fondos de repuesto, y ganarse la voluntad de las gentes de grandes fondos, para vaciarse en la hora precisa sobre el continente.

Así explicaban en plena paz, el mantenimiento de las contribuciones de guerra; así el exceso innecesario de la colecta de las contribuciones anuales; que en centenar y medio de millones se salió del presupuesto de los gastos. Seguros de su máquina gubernamental, y confundiendo en hora mala el clamor honesto de un pueblo fatigado con grito de gente hambrienta, los políticos se hundieron hasta los hombros en las arcas, y prodigaron sin cordura el rico tesoro, y el amplísimo exceso, en planes de oscuros orígenes, necesidad no visible y honradez dudosa.

Por confianza primero en sus prohombres, por ausencia de interés personal e inmediato en el triunfo de los políticos en lucha; por la innecesidad de trocar por el gobierno del partido que trajo la guerra, dilapidó los dineros públicos y corrompió los empleos, el gobierno de aquel otro partido que dio fin a la guerra, por lo que merecía luego los empleos de la paz, y aumentaba, puesto que bajo su régimen crecían, los beneficios nacionales;—y por cierto desgano afeminado,—que suele venir de la riqueza, y codeo con gente y pueblo de preocupación aris-



toocrática,—de ir a votar a par del pueblo ingenuo, del extranjero recién naturalizado y bien pagado por el voto, o del empleado que, al defender su partido, defendía su hogaza de pan,—fueron, en número alarmante, alejándose de las urnas electorales aquellos que se miraban, o sobrado en alto para ejercer tan popular oficio, o sobrado perezosos para ayudar a un triunfo que consideraban seguro, o sobrado impotentes para contrarrestar a un partido que había hallado modo de perpetuarse en el goce del poder merced a los dineros nacionales.

Y disgustaba además hondamente aquella red de la elección, tan bien tejida que no había espacio en ella para el pueblo votante, a quien daban los políticos de oficio de cada partido, juntos en convención preliminar, la lista de los candidatos del partido: —y era forzoso votar íntegra y servilmente aquella lista, que no se había tenido modo de ayudar a hacer, ni de objetar, ni de mejorar, o ser tachado de apóstata, el cual dilema, fue también parte grandísima a disgustar del ejercicio del voto a buen género de gente honrada, hartito leal para ir contra su propio bando, y hartito honesta para votar por candidatos que su buen juicio repelía.

A este mal muy sentido, se unieron este año, como en concreción y cumbre, todos los que minan a un partido que ha

estado largo tiempo en posesión de oficio. Ya era escándalo el repartir de los empleos. Con cada ministro se vaciaba y llenaba de nuevo el ministerio; con cada director la casa de correos; cada vencedor traía su séquito y expulsaba al de su antecesor, que a su vez había expulsado el suyo: era como un renuevo de Mario y de Sila. El ignorante que tenía más patrones vencía en la puja por puesto al competente que tenía patrones pobres. Se repartían los más altos empleos como despojos de victoria. Aun dentro del mismo partido, la facción vencedora expelía brutalmente a la facción vencida. Se otorgaban los puestos, no en atención a los merecimientos personales, ni a la probada educación oficial, ni a antecedentes nacionales honrosos, sino en paga de servicios de partido. Al petionario no se le tenía en cuenta sino al servicio cuya paga pedía.

Lo cerrado y autocrático de las convenciones; lo abandonado y empequeñecido del voto público; la mala práctica de dar a gentes vulgares o no idóneas, en recompensa de servicios al partido del Gobierno, puestos que había hecho la Nación, seno de todos los partidos, para gentes idóneas; el interés desordenado de los políticos profesionales en conservar, sobre injurias, denuncias y censuras, los puestos en que

solían alcanzar más beneficio que honra; la complicidad terrible del empleado que, como siervo de gleba nueva, se hacía siervo del partido que lo empleaba, de miedo de quedar sin pan y carne, y el empleador, que al recibir del empleado dinero para la ayuda de las elecciones, quedaba, por cierta moral lógica que crean las mismas mayores inmundicias, obligado a conservar en su puesto al que desde su puesto le ayudaba, y a mantener en sigilo sus errores, como mantenía el empleado en sigilo sus cuotas; el desenfrenado empleo, en turbias empresas, o cosas para provecho de una u otra persona, del centenar y medio de millones que al pago de la deuda, o a la rebaja de las contribuciones internas o a la promoción gradual del libre tráfico pudo dedicarse; y la liga íntima, en este y aquel Estado, y esta y aquella Casa de Legislación, de los legisladores pródigos y los contratistas que partían con ellos los frutos de su prodigalidad legislativa,—juntáronse de súbito, como las olas del mar fiero, que se reuniesen en combate heroico para vencer a las montañas de la costa; y llegada la hora de elección que fue en este Noviembre, barrieron, a modo de viento purificador, las urnas pecaminosas de votos republicanos, y con majestuoso y sereno alarde de la magnífica fuerza de la paz,

dieron los votos enteros de la Nación a hombres nuevos del partido democrático.

El pueblo fatigado volvió las espaldas a los héroes y a los consejeros corrompidos.

¡Oh! fue cosa magna, que regocija de ser hombre.—Es verdad que, dentro del partido mismo republicano, venían de viejo clamando por reformas, pulcros políticos de notable influencia y miembros prominentes del partido, que en la situación corriente de los bandos políticos, viene a ser aquí el partido conservador de otros países.

Los unos, los contratadores, los cobradores de cuotas de empleados, los avarientos más notados, hacían gala de ultraautilismo, y de extender por sobre gran parte de la tierra las alas del águila; los otros, que son en cierto modo como los caballeros de levita, y no de frac ni de uniforme, de esta política, abogaban noble y cuerda por el menester de poner atención en las cosas domésticas, ya que tiene esta nación dominio tan grande; hacían clamor de la justicia de dar los empleos a los probos y de cobrar de menos el exceso cuantiosísimo de contribución innecesaria, y de limitar las contribuciones anuales a los gastos legítimos de la República, y de ir mermando de derechos de entrada a los productos extranjeros, y de robustecer más que de extender las alas del águila.

Estos eran los republicanos de «media raza»,<sup>97</sup> como les apodan; los buenos burgueses, que no desdennan bastante a la prensa vocinglera, a las capas humildes, a la masa deslumbrable, arrastrable y pagadora. Los otros, los imperialistas, los «mejores»,<sup>98</sup> —y sus apodos son éstos,—los augures del gorro frigio, que, como los que llevaron en otro tiempo corona de laurel y túnica blanca, se ríen a la callada de la fe que en público profesan; los que creen que el sufragio popular, y el pueblo que sufraga, no son corcel de raza buena, que echa abajo de un bote del dorso al jinete imprudente que le oprime, sino gran mula mansa y bellaca que no está bien sino cuando muy cargada y gorda y que deja que el arriero cabalgue a más sobre la carga.

Los de «media raza» tenían el oído puesto al pueblo, que es viento arrollador, del que importa saber donde va y viene. Y los «mejores» eran, y aún son, los caballeros de la espalda vuelta: por donde les tomó el pueblo colérico, que alzó esta vez el látigo, y les dejó la espalda verde y negra.

Mantenían los «mejores» que la Constitución es ya capa raída, y cosas de otro tiempo, y que un pueblo empujador ha menester de carril por donde echarse, y no de alguacil que le ate los brazos: los de «media raza» que vislumbraron aun en las voces solemnes de Webster el espíritu heroico de los sa-

grados apóstoles de Filadelfia, y quieren la libertad sencilla, respetadora, magnánima y pura, repetían en diarios y discursos aquellas cosas honradas, límpidas, que se oyeron, como acentos de titanes que hubieran venido a sentarse entre los hombres, en la época suma en que Washington aplacó, Madison preparó, Hamilton hacendó, Franklin aconsejó, y espoleó Jefferson.

¡Qué nombres! ¡Parece, cuando salen de los labios, que se ven surgir de la sombra espléndidas estatuas! Es verdad que era apretada y de pecho a pecho, la batalla de los republicanos de «media raza» y los «mejores», que los unos defendían con tanta firmeza la política pacífica, como con terco brío profesaban los otros la agresiva; que si los amigos de Grant favorecían la centralización en poderes culminantes y absorbentes de los poderes de los Estados,—los intereses de los monopolizadores gigantes, que son ala fortísima de ejército en la gran parcialidad aristocrática que se va ya dibujando; por desdicha grande acaso, en este país,—el derecho del partido triunfante de premiar con destinos nacionales méritos de partido, y con aprobaciones benévolas de proyectos innecesarios o fraudulentos a los grandes cómplices de la hora de elecciones,—los amigos de Garfield, quien más que a manos de Guiteau, murió a manos de los «mejores» que deja-

ron caer, con haberlas echado a volar, palabras de fuego en el oído de aquel ente diabólico, —defendían con patriarcal llaneza y tesón de Curiacios, la tendencia honradamente conservadora de la Constitución inalterable, la repulsión prudente y fraternal de los desbordes de las muchedumbres deseadoras e ineducadas, la abolición del método impuro de costear las elecciones del partido con las cuotas que, por trata innoble, pagaban los empleados de la Nación a sus empleadores, la revisión gradual en sentido librecambista de la tarifa de los derechos de importación, a cuyo sentido el de los monopolizadores es opuesto, —y el repartimiento de los empleos públicos entre gentes capaces de bandos diversos, sólo por pecados públicos removibles de los empleos, —de modo de asegurar el buen servicio de la Nación, que no anda ahora bien servida, en vez de dar, como se da ahora, prebenda holgada y canónjial beneficio a los politicastros y gentecilla de su ahíjo.

¿A qué decir que el partido democrático sacudió a todo brazo cien fustas de fuego sobre los bandos rivales, y los alzaba desnudos en diaria y empinadísima picota, y les hincaba el diente en la más honda entraña? Pero ¿qué es hoy el partido democrático? En la política práctica, es acaso el partido triunfador; en la política de principios, que no son a

veces, y muy comúnmente, más que armaduras que se toman o se dejan, según sean de efecto bueno, o de uso inútil en la batalla popular, el partido democrático es, en todo momento, todo lo contrario de lo que sea el partido republicano. Por donde los republicanos yerran, por ahí se están entrando los demócratas; del catálogo de vicios de los republicanos, que son, —excepto la tendencia ultraunificadora de éstos, —los mismos que dieron en tierra, veinte años ha, con el partido democrático, hacen los demócratas ahora acta de acusación formidable.

Los republicanos reparten sin decoro, y en pago de servicios privados, los empleos: los demócratas mantienen que los empleos han de repartirse con decoro, y sin poner atención a los servicios privados; pródigos son los republicanos; los demócratas grandes pedidores de todo género de economías.

Magnates republicanos defienden ante tribunales y Congreso a magnates de Bolsas y ferrocarriles; los diarios de los demócratas acusan de monstruosas estas ligas de los que hacen las leyes a la orden de quienes van a aprovecharse de ellas, y sacan a la vergüenza los hijos de estas redes invisibles, y cuentan, con ojos de Argos, que ponen súbita claridad de luz eléctrica donde se fijan, los tesoros que han amontonado, con un sueldecillo que va entero a pagar las pieles

que cubren los caballos de sus coches, los diputados y senadores amigos de los ricos; y les hacen inventario público de lo que tienen y les suman lo que legalmente han ganado en la vida de políticos a lo que poseían cuando entraron en ella, y les calculan intereses, y sus traen los costos usuales de existencia, y deducen lo que debían tener de lo que tienen y llaman rudamente a la diferencia robo. Pero ¡ay! que donde los demócratas gobiernan, como en New York, muy buenos oficios suelen ser de notorios rufianes; gente mal vista y desdeñada, los que llenan los bancos de alcalde del Municipio, la gran suma de empleos, de los capitanes de barrio, que en más tabernas mandan y más votantes juntan; y es toda la vida pública, compra y venta y tráfico. Y más amarillo el mármol de las casas del Estado que los puños de oro cuajados de brillantes que, a manera de cetro de los tiempos, empuñan los magnates republicanos.

Pero a la faz de los grandes pecados nacionales de los republicanos, parecían cosa venial estos pecados locales de los demócratas. Y como de las filas de estos se erguían también, como sacerdotes puros, ancianos de cabeza blanca, y buen tipo antiguo que quieren echar, blandiendo los libros de Jefferson, Madison y Jackson, como espadas, a los mercaderes de votos de las Casas del Estado; como diestramente ha



hecho la democracia programa suyo de todos los clamores de la muchedumbre de dinero, disgustada de los abusos des-cocados y arrogantes de los republicanos, sobre que nunca ha borrado de su programa las grandes voces de reforma radical de las muchedumbres pobres, —cuando sonó la hermosa hora del voto, y los robustos guardianes del orden vistieron su mejor levita azul y sus más blancos guantes, y se cubrieron los muros y vidrieras de las casas de votar de pabellones estrellados y de carteles de grandísimas letras, donde parece que batallan encaramados los unos sobre los otros, —los nombres de los combatientes,—se puso en pie la magnífica Nación colérica, votó en masa por los que se yerguen altivos y flageladores en frente de los que la desdeñan, esquilmán y desafían, y se sentó, contenta después de una hermosa batalla en que no se había vertido sangre.

Y aquí ya, como que he tenido sobrado tiempo puestos en mí los ojos de mis lectores benevolentísimos, tomo, a modo de quien salta, dejando para luego contar las ramas del árbol, cuyas raíces dejo echadas, los sucesos que han venido tras el magnífico espectáculo.

Los prolegómenos son estos, necesarios para entender después lo que los prolegómenos engendran. Es verdad que en los toneles de cerveza de las tabernas hierve aquí, con el

lúpulo, el voto público; es verdad que tal gañán que gusta de mojarse las fauces en domingo, trueca por aguardiente de maíz, o por una prenda de abrigo o un sombrero, su derecho señorial de ciudadano; es verdad que por los rincones, por los zaguanillos, junto a los troncos de los árboles secos, huronean con ojos de cazadores y pies ligerísimos, mozos listos que cada partido decora con cintas brillantes, y provee de sacos llenos de papeletas para que, a la puerta de las casas de votos, cautiverio del sufragante indeciso, o compren al que tiene aires de venderse, o prometan puestos de alcalde o cosa no menor a cada vanidoso hijo de Irlanda, que viene armado de su voto, como general emperador de Roma de su majestuosa túnica de triunfo.

No hay nada que embellezca como el ejercicio de sí propio. Ni nada que afee como el desdén o la pereza, o el miedo de poner nuestras fuerzas en ejercicio. No hay tirano que afronte a un pueblo en pie. Los pueblos dormidos, invitan a sentarse sobre su lomo, y a probar el látigo y la espuela en sus ijares. Verdad decía yo que era esa campaña de casas de beber, y ese jurar sobre un mostrador de cervecería, como antaño sobre la rama del muérdago o el dolmen galo, fidelidad a tal luciente caballero de la patria, que era acaso un mes antes embajador en Londres o

en París, y señor de gran nota y poderío, y ahora tiembla como aire a son de flauta ante la cuadrilla de mozos bebedores de quienes aguarda voto, y salta prestamente el mostrador de la cervecería, se desembaraça de la levita de señor, llena la caja del tabernero de gruesos billetes, y saca de los toneles la cerveza espumosa en vasos que entre jácaras y celebraciones pasea ante los votantes lisonjeados.

¡No valen a veces las alturas el trabajo de subir por sus penosas escaleras! Verdad decía yo que era ese intrigar de los prohombres del barrio, y ese comprar el voto de la gente ruin, y ese deslizar con maña papeletas de un partido en las manos del sufragante poco avisado que intentó votar por otro: pero tales menudencias ante este levantamiento del sufragio, son como hoja de árbol podrido en bosque hon-do y solemne. Esta avalancha no cupo en una copa de cerveza. Este derrumbe de gigante no ha sido obra de hormigas. Fue el alarde admirable de un pueblo reflexivo. Fue mar, salido de madre. Fue hecho glorioso.

¡Bienaventurada la tierra donde se libran las batallas de la paz!

Con el año han entrado en sus puestos los nuevos elegidos. El país está en espera. Quiere saber si en la elección presidencial del año próximo votará de nuevo a los republi-



canos, que lo ofenden con sus alardes de dueñez, desconsiderado empleo de los dineros públicos; gala de tener en poco los clamores populares, —cual castellano noble que no cura de ladridos de mastín— y tentativa de gobernación imperial; —o si dará su voto a los demócratas, que ofrecen libertad de derechos los artículos de consumo interior, de trabas el comercio con pueblos extranjeros, de presión y cabildeo federal el gobierno libérrimo de los Estados, de gastos innecesarios a la Nación, y de secuaces de partido las oficinas públicas.

La Nación ha abierto a los demócratas este año de prueba. Si muestran ser de ley buena, irán sobre millones de hombros a la Casa Blanca. Pero si no enseñan pecho juvenil, brazo pujante, ropaje austero y mano limpia, se sentará el pueblo sobre ellos; a ver cómo aprovechan del alarmante aviso los republicanos.

Y es de dar gozo esta carrera de hombres. Andan ahora ambos partidos con los brazos repletos de planes de reforma, y a la par descargan sobre las mesas del Congreso ambas fracciones idénticos proyectos, y no duermen de puro miedo de que el rival se despierte más temprano.

Vocero y estandarte de los «mejores» es el Presidente Arthur, y su mensaje de año nuevo fue, sin embargo, suma

de toda la virtuosa sabiduría de los reformadores de «media raza». Los republicanos hurtan a los demócratas todo su programa; de modo que haya el año próximo razón de reelegirlos, por haber escuchado a tiempo el mandato popular, e innecesidad de elegir a los demócratas por cuanto los republicanos realizaron en leyes, todas sus demandas de mejoras.

El país, alarmado de la concentración del servicio público y aterrado de ver que el poder se le escapaba de las manos, —porque el que no trabaja abjura— y el que no cuida su bien, no lo merece,—se muestra decidido a poner su servicio en manos nuevas: —y como las manos de los demócratas están tendidas, parece querer dejar caer el servicio público en manos de los demócratas. Estos, para lograr vida, han menester de servir fidelísimamente al pueblo que se vuelve a ellos. Sólo por promover reformas, están en vísperas de triunfar. Pero como ya el país teme de prometedores, sólo por cumplirlas triunfarán. Y de este modo quedan. La Nación, que entiende que los demócratas necesitan cumplir sus promesas para mantener el poder, se mueve hacia ellos, interesados en ser virtuosos. Tal va ya estando la virtud, que es necesario ponerla del lado del interés para que venza.

Los demócratas acusan crudísimamente los cabildeos y

tratas del grupo de aprovechadores de elecciones en cuyo dominio por arte de utilizar los apetitos humanos, ha caído el gobierno de New York,—y hacen, por todo el resto de la República, gala de toda virtud, alarde de respeto a los clamores nacionales, y bandera de toda economía. Y los republicanos esperan que sea en toda la República la democracia como en New York, donde sin tener en cuenta lo que les va en ser virtuosos, se reparte el grupo de logreros que laborean las elecciones en la sombra, por mostradores y lugares malos, y con complicidades y trasiegos feos, los magníficos despojos que en forma de empleos altos, y puestos de rendimiento pingüe, consideran paga natural y permanente de su influencia entre la gente comprable y clase baja y odiadora,—que por esto sólo de odiar es de veras baja, y sin eso no lo fuera,—de esta ciudad monumental y benemérita, donde se amasan panes gigantescos, de que comen en paz todos los hombres; y donde, como en cimientos dignos de él, se asienta, coreado por voces de taller, concierto de labradores y ruidos de alba colosal,—iel mundo nuevo!

Y ved, ved qué trineo tan bello es este que cruza ahora por mi puerta, como presagio de los tiempos buenos. Es nieve y alegría. Bajo los pies, la nieve cruje. En las venas, hin-

chase la vida. El aire embriaga y remoja. Lo blanco mueve el alma. Son blancos los caballos del trineo, y sus cintas azules; ¡y en él se sientan dos enamorados!.

José Martí\*

*La Nación*,  
Buenos Aires,  
18 de marzo de 1883

[Mf. en CEM]

\* Publicamos hoy la primera correspondencia de la serie regular que mensualmente nos enviará nuestro corresponsal en Nueva York el Sr. José Martí, que nuestros lectores conocen ya.

Es un nuevo elemento que queda incorporado a los que forman *La Nación* y llevan de frente los numerosos trabajos que llenan sus columnas.

El Sr. Martí nos tendrá al corriente, en estilo admirable,

de la vida asombrosa de Estados Unidos y estamos seguros que no será uno de los menores atractivos de *La Nación*, haciéndonos asistir mediante su pluma galana al espectáculo de la gran nación que es y será por muchos años nuestro modelo. [Nota de la LN.]

## 31

# Cartas de Martí

Las inundaciones del Ohio.-Indiferencia neoyorkina.-Cuadro del desastre.-Cuadro de los socorros.-La batalla de los aranceles.-La corrupción política.-Abusos del partido republicano.-Tentativas y promesas de reforma.-Los magnates del hierro y los magnates del azúcar.-Situación de los demócratas.-Idéntica inmoralidad de todos los partidos.-Primeros anuncios de formación de un nuevo partido.-Una caricatura.

Nueva York,  
21 de febrero de 1883

Señor Director de  
*La Nación*

**D**E GRANDES DESGRACIAS tengo que enviar hoy nuevas a la tierra de los grandes llanos. Jamás manadas de potros, arremolinadas por vientos de tormenta, velocearon con cascos alados y ardientes por las hondas pampas, como las olas oscuras del río Ohio, encabritadas y en despeño, se han derramado ahora por márgenes y valles, subido sobre cerros, tragado villas, trocado en pretilles bajos torres y campanarios, y sacudido, como los animales monstruosos de otro tiempo

los árboles selvados a que se abrazaban, las miserables ciudades que han hallado al paso. Todo es luto en las márgenes del río.

No se paran en New York grandes mientes en la bárbara desgracia, y curan más de los lances del proyecto de reformas del arancel de aduanas que ahora aviva esperanzas, desata cóleras, y saca a los rostros de los proteccionistas livideces en el Congreso alborotado, que de la horrenda catástrofe. Pero se ve el aire lleno de rostros afligidos, ojos arrasados de llanto, y manos clamorosas.

New York, con el ruido de la fragua de oro, no oye aún el clamoreo. Estas grandes ciudades bursátiles tienen la prisa, el fervor, la absorción, la indi-

ferencia de las mesas de juego. No hay más batallas para los jugadores que las que va a ganar el rey de copas, ni más inundaciones que las que barrerán la mesa de dineros: toda la tierra gira con el dado. La más espantable desventura del mundo exterior los halla en estupor lúcido, ebrios de un vapor verde. Si un payaso les pide con la copa del gorro unos cuantos dineros, o una dama de caridad alivio para los pobres, tomarán del montón de monedas, manadas de ellas, sin ver a lo que llenan, ni dar calma a su fiebre, ni quitar ojos de la fragua de oro.

Pero ya en el resto de la Nación, y en New York mismo, se juntan grandes fondos. Sobra el dinero juntado. Donde no se ha sufrido, no se ha probado la miseria. Cada cuerpo frío tenía al punto ropas. Cada boca abierta, pan sobrado.

Sacó de pronto el río furias de mar; al golpe de sus aguas, los hielos se descuajaban; los árboles como hojas se abatían; de quicio eran arrancadas las aldeas; Luisiana fue arrollada; en Cincinnati cubrió la ola aleros y balcones. El cielo,

negro; el río, tragante; la lluvia, como si el cielo entero se vaciase; las fábricas, vagando por el agua; cuantiosísimos pueblos, sumergidos; por los techos, las gentes aterradas; casas henchidas de gente arrebatadas por las olas, ¡y nunca más vistas! Se oyen gemidos de almas que se van, y voces espantosas. Casas completas flotan, como arcas. Las aguas desembocan a torrentes por las avenidas, como monstruos hambrientos; arrojan carros, vuelcan locomotoras, derriban—cual de naipes—muros, sacan de asiento casas y almacenes. A 25 pies llega el agua en las calles. Los balcones, son puertas. Por las rejas de una prisión, con ojos de Ugolino<sup>a,99</sup>, asoman los presos míseros, sitiados en la prisión abandonada que el agua asalta y lame, con belfos inmensos. Sólo una cosecha se ha salvado en la catástrofe: ¡la de la Muerte!

A veces, en las ciudades sumergidas, inundadas las obras de gas, y sombrío el cielo, brillaba, con ese pálido, vívido, misterioso color de la esperanza, un haz de luz eléctrica, encendida para alumbrar el camino a bravos socorredores. Apenas abría el día, las grandes casas públicas llamaban a su seno a todos los desesperados: las escuelas,—¡en donde nunca se enseñó mejor!—se hicieron casas públicas. En todas partes, ondeaban banderas con inscripciones de socorro. Por cada casa arrancada,

una comisión de alivio. En los edificios salvos, montes de pan, de quesos, de jamones, de buenas ropas: los que dan, alegres; los que reciben, tumultuarios y trémulos: —algo como arcoiris en lluvia, o sol después de tormenta. Más bella que la luz del sol sobre la tierra es la de una buena acción sobre el rostro del bueno. La luz de las buenas acciones se parece a la luz de las estrellas.—De los techos cuajados de gente, echan cestos vacíos a los botes de socorro que pasan y abordan los muros, y llenan de pan, de carne fresca, de ropas, los cestos: ¡qué hurra al cesto que sube! Los niños ríen; y se abren los cielos. A poco, damas engalanadas, como buitres dorados, pasean ya, como en carroza, en los botes recios por los lugares del siniestro, que no llamó con su mano mortal a sus moradas, y mozos atrevidos cruzan las calles trocadas en canales, en frágiles balsas, y acá hacen cosa heroica, allá alzan en la punta de un arpón algo que pasa, allá brillan al sol, como el valor en el peligro.

Ya las aguas bajan; los fondos de alivio suben; los cadáveres vuelven con el receso de las aguas a llamar a las puertas de las casas que habitaron en vida; la Legislatura del Estado otorga a las ciudades devastadas créditos lujosos; les llegan por todas vías trenes cargados de socorros; y manos benévolas llaman, con impacientes voces de cólera, a las puertas

de las grandes ciudades bursátiles, que vaciarán sin duda, en las manos tendidas, sin quitar los ojos de la llameante fragua de oro, manadas de monedas.—El alma humana toma al cabo las condiciones de los cuerpos con que se roza. Las profesiones se pintan en el rostro. El marino es grande y blando como las olas de la mar. El contacto de los metales, petrifica.—¡Benditos sean todos los que mantienen luces encendidas en los altares del espíritu! ¡Y perseguidos sean, con látigos de fuego, todos los que apaguen las luces del templo!

Donde New York tiene puestos ahora los ojos, es en Washington. Y no porque el diputado Cox,<sup>100</sup> orador joven, llene de dardos certeros el escudo de sus enemigos; no porque el austero demócrata Randall,<sup>101</sup> caballero de pro, de quien se suele hablar como de candidato grato al país para la presidencia, repita en alta voz a un diputado que le injuria el *iBe a man!*<sup>b</sup> enérgico de Shakespeare; no porque en alegres fiestas, en que suelen brillar magnamente, por luz de hermosura las damas de nuestra América, y por luz de intelecto nuestros enviados diplomáticos,—se cierre con brillo el invierno agitado y suntuoso de la corte republicana. En Washington se libra ahora la batalla de los

a. En LN: «Hugolino».

b. En inglés: «Sea hombre!»



aranceles. En Washington acababa de darse al público el proyecto de tratado comercial con México.<sup>a</sup>

La política es un sacerdocio, cuando empujan a ella gran peligro patrio, o alma grande. Hay criaturas que se salen de sí, y rebosan de amor, y necesitan darse, y traen a la tierra una espada invisible, siempre alta en la mano, que enciende con su fulgor los campos de batalla, mientras viven, y cuando caen en tierra cubiertas de toda su armadura, vuela cual llama azul, al sol. Pero suele ser villanía la política, cuando decae a oficio. Este espectáculo ofrece ahora este pueblo, decidido a sacar de su silla a los augures, y a sentar en su puesto a sacerdotes.

Una palabra pinta la impresión que las últimas elecciones causaron a los republicanos, que se tenían por dueños de la tierra: espanto. En las votaciones de noviembre, el país les azotó las mejillas con las pruebas de sus pecados. Y como dependiente de mercado sorprendido en falta, que teme ya por el puesto que no honra, y anda lleno de susto, procurando halagar al dueño a quien teme, —los republicanos se tocaron la frente con ceniza, y ofrecieron penitencia. Se les acusaba de emplear en proyectos innecesarios y fraudulentos el exceso cuantioso de las contribuciones anuales sobre los gastos del año. Se les acusaba de mantener de deliberada

voluntad las contribuciones de guerra, los altos derechos de aduanas y los muy crecidos sobre ciertas industrias nacionales, para repletar así, en provecho de cómplices, electores poderosos, y monopolizadores, las arcas el Estado. Se les acusaba de impedir a la gran masa del país la compra a buen precio de los artículos de vida, la cual vendría tras la reducción juiciosa de los derechos excesivos que ahora estos artículos pagan, sin más objeto que el de librar de la competencia extranjera al número escaso de industriales que, merced a los altos derechos, imponen en la Nación sus productos inferiores a un precio crecido. Y la acusación fue tan imponente, que la penitencia tuvo que buscar forma sin demora.

Anunciaron, pues, los republicanos que era porción de su programa en la actual campaña del Parlamento rebajar en unos 75 000 000 las contribuciones que ahora paga la Nación. Mas como la semilla está en la fruta, está en la esencia del partido republicano la conservación de los intereses que estas medidas hieren. Lleva el gusano en la médula. El partido está compuesto de los elementos que esas reformas herirían en la entraña. Raro es el representante republicano a quien no ligan, sobre los compromisos generales de su partido con el cúmulo de productores patrocinados con las leyes prohibitivas y el arancel proteccionista, compro-

misos parciales con los productores de su Estado, que son siempre electores poderosos. La reforma era indispensable: pedir la es mermar, y empobrecer acaso, las industrias protegidas; estaba, pues, cada representante republicano, dispuesto a votar toda rebaja en las industrias extrañas a sus representantes inmediatos.

Los magnates del azúcar cuidaban poco del daño que la rebaja de derechos de entrada del hierro extranjero causase a los magnates del hierro, con tal de que no se rebajasen los derechos que gravan el azúcar extranjero, y permiten así la buena venta, en casa del pobre, de azúcar patrio. Pero importaba poco a los magnates del hierro, con tal de que no se permitiese la entrada al hierro de afuera, que las azúcares extrañas vinieran a poner en peligro, una vez libres de derechos de introducción, las azúcares del país. Y se presentó en el Senado un proyecto que, con un corte de derechos en el azúcar, cercenaba unos 20 000 000 los impuestos, con lo que, sin gran riesgo de los magnates del azúcar, se daba, sin embargo, muestra de acatamiento y penitencia al pueblo que se mostró señor colérico y descontento en las elecciones de noviembre.

---

a. Sobre este tema, véase el texto siguiente.

Pero como el partido republicano tiene por fibras a todas esas industrias, sin sajarse sus propias fibras no puede sajar hondamente ninguna de esas industrias. Hecha ya una rebaja, no le cabe hacer otra. Y si hace una ya no puede hacer otra, porque el clamor de sus amigos y mantenedores sería mayor que el de sus enemigos clamorosos.

No ceden un ápice los elementos dominantes que mantienen a flote al partido republicano, en las doctrinas de protección para cuya defensa lo mantienen. Los políticos, bien que cederían,—por dar gozo al pueblo, y asegurarse en la silla; pero liga más a los políticos su trato con los electores que al portero romano ligaba a la puerta su cadena de oro.

Los magnates del hierro anunciaron que derrotarían el proyecto de rebaja en los azúcares si, a despecho del vocerío popular y a la faz de la República acusadora, no se garantizaba con un aumento en el impuesto al hierro extranjero, la protección indeterminada a todas las industrias del hierro en los Estados Unidos. Y como unos republicanos no osan favorecer tal medida, los otros destruyen la rebaja proyectada. Los republicanos derrotaron a los republicanos.

Querían provocar a los demócratas, con lo mezquino de sus reformas, a oposición vehemente a los proyectos pre-

sentados, con lo que aparecerían ante la Nación como incorregibles perturbadores, y los enemigos reales de la mejora intentada por los republicanos; mas los demócratas cuerdos parecían dispuestos a votar el proyecto, que acaso sólo para que fuese derrotado sacaron a plaza los republicanos: y como los intereses encontrados de estos dan ahora en tierra con el proyecto de reforma, viene a volvérselos la daga contra el pecho, y a quedar de nuevo como los burladores de la República, y más defensores de camarillas de intereses personales que de los grandes intereses públicos; y a dejar a los demócratas en limpia fama de apóstoles y ejecutores de la reforma anhelada de aranceles, con cuyo estandarte librarán, sin dudas, en las elecciones venideras, gloriosa batalla.

¿A qué contar cosas menudas? Todo apunta al menester supremo: sacar los negocios públicos de manos, de los que trafican en ellos. ¿Los demócratas, acaso, luego que triunfen, harán gala mayor de independencia? La virtud es presumible, cuando está del lado del interés, y sólo en el ejercicio de la virtud reside el triunfo.

Hay demócratas proteccionistas, y no de poca monta, ni en escaso número. Cunde por fábricas, muelles y minas, que con dejar entrar los productos extranjeros sin derechos, o a bajos derechos, se quedarán sin labor los trabajadores na-

cionales. Pero como cabe reducción suma en los actuales gastos del Gobierno, y hay hoy en las entradas exceso sumo, cortarán los demócratas todo el exceso de las contribuciones que ahora pagan ciertas industrias de la Nación, y de otras contribuciones externas, que gravan hoy duramente los artículos de consumo esencial, y librarán de derechos a productos extranjeros que no sean en los Estados Unidos muy fabricados: con lo que el clamor popular quedará oído, servida la preocupación que cunde entre los trabajadores, la vida grandemente abaratada, y el sistema proteccionista en alza por buen tiempo todavía.

Mas así como la oposición va en pareja forzosa con la virtud, suele ir en política, luego que se aseguran los pies en el dominio señorial, aparejada la victoria con el extravío. Y como en esta y en aquella parte suelen los demócratas triunfantes no hacer cosa mejor que los republicanos en triunfo, pudieran acaso, en tiempo no lejano, alzarse hermosa y definitivamente el voto público, y buscar manera de enderezarse y aplicarse por modo limpio y nuevo, que quite de los ojos de sus representantes el peligro de quedarse sin manos con que hacer leyes, por tenerlas arrendadas a los productores poderosos que contribuyen a elegirlos, o de poner la mano en granjerías, tenebrosas defensas, y logros viciosos.

Ya un periódico de caricaturas, que redacta y dibuja gentes de otras tierras,<sup>a102</sup> y por eso acaso refleja las de esta con tal verdad y brío que excita la atención y ha domado a la Fama, pinta ahora,—entre gente muerta, o mal herida, o vestida de parches y retazos, o de armaduras flojas y abolladas, que son los partidos viejos,—un doncel candoroso y arrogante de franco porte, suelta blusa, ancho calzón y fuerte bota, que con la mano puesta en el arado, mira severamente, como surgido por golpe mágico y soplo puro de las entrañas de la tierra, el horizonte limpio, el campo por labrar, el mundo nuevo. Y llama a este doncel, el «nuevo partido».

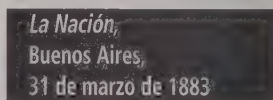
Que el sufragio no está en su juicio, lo dicen todas las pruebas. No hay casa mejor que él; pero puede ser aún mejor que él mismo.

No puede ser representante honrado el que va al Parlamento lleno de gratitudes, y de mercedes recibidas, y de trata tácita o expresa con el cacique que le nombra. ¡Tales siervos no pueden ser los encargados de defender la libertad!

Bien hacen, pues, ciertos prohombres de la mente y de la fortuna que se han congregado en New York para tener puestos los ojos en los negocios públicos; para nombrar candidatos respetables y probados, que no salgan jamás del seno de la congregación; para distribuir la obra de vigilancia en comisiones diversas, que se encargarán respectivamente de examinar los diversos ramos de la administración pública; para arrebatar, en suma, los negocios del Estado de la cohorte de politicuelos de profesión que suelen hacer de ellos, como

los virreyes de nuestras tierras, encomiendas y mercedes de favorecidos, —y volverlos a las manos respetuosas de hombres probos y graves, que defiendan los intereses públicos como el caballero de otro tiempo defendía a su dama, y reciban el cargo de dirigirlos como investidura venerable y como depósito sagrado. Los malos no triunfan sino donde los buenos son indiferentes.

José Martí



[Mf. en CEM]

a. El semanario *Puck*.

## 32

## Cartas de Martí

El tratado de comercio entre México y Estados Unidos.-Don Matías Romero.-El general Grant.-Parte oculta del tratado.-Las reclamaciones de Estados Unidos en México.-Los aranceles de aduana y el proteccionismo.-Evarts y Pedro Cooper.-La gran biblioteca para artesanos.-Asamblea proteccionista presidida por Cooper.-William Dodge, su vida y su propaganda por el reposo dominical.-Los «self-made men».-Muerte de Morgan.-John Swinton, su raza, su vida y su oratoria.-El presidente del Banco de New Jersey.-El calidoscopio de la vida norteamericana.-La República Argentina.-Don Carlos Carranza.

Nueva York,  
25 de febrero de 1883

Señor Director de  
*La Nación*

TANTO COMO EL PENOSO simulacro de reforma que cae encima del partido republicano que lo proyectó como casco de normando del siglo octavo sobre cabeza de hombre de estos tiempos —preocupa ahora a los Estados Unidos el tratado comercial que tiene en ajuste con México.<sup>a</sup> Se conocieron de tiempo ha, en una aldea maltrecha, D. Matías Romero, hombre de hechos y

cifras, y Ulises Grant, que encamina los sucesos de la paz con seguridad y cautela iguales a las que despliega con los ejércitos en guerra.

Como conoce un histólogo un tejido, conoce D. Matías Romero la muchedumbre de hechos menudos que contribuyen a la hacienda de su patria. Escribe sin tasa: rumia pensamientos: huronea archivos: se sienta a platicar con labradores: quiebra toda yerba y rompe toda piedra. Haría un elefante amontonando hormigas. No es de los que miran al cielo y sienten en el corazón agitado la mordida sangrienta de lo sublime: es de los que

creen que remata el hombre su tarea en la tierra cuando puede sentarse a contemplar el alto montón de su fortuna. Pone, pues, mientes, más que en alardes de sentimientos y lujos de inteligencia, en cosas de bienestar material: y se enamora de cuanto lo asegura.

Grant calla lo que piensa, que no es jamás cosa baldía; y acaso echa en la mente cimientos de poderosísimo palacio, cuando parece que persigue por los aires la vaga columna de humo de su tabaco perfumoso.

De años viene, y no de ahora, el tratado que hoy mismo ha salido a la luz: ajustado, con plenos poderes, por Grant y Romero. Los Estados Unidos abren en él las puertas a los productos naturales de la tierra mexicana, a los cueros de la costa, a los toros de Veracruz, al azúcar de Córdoba y Orizaba, a las maderas ricas de Tabasco, a las riquezas múltiples de Oaxaca, al henequén, de cuyo fruto vive la gente yu-

a. Martí escribió un amplio análisis acerca del proyecto de tratado, desde la óptica de los intereses mexicanos, en *La América*, Nueva York, en marzo de 1883.



cateca, al tabaco en rama, que en vano aspira a igualar al dulce veneno de Río Hondo, al esparto y otras materias fibrosas, de que los Estados Unidos hacen papel; al ixtle, variedad pródiga del rico agave, con cuyas hebras se harán, a poco estudio, frescos y fortísimos tejidos; a las frutas, que en aquella tierra bastan a endulzar las penas; al café, que cuando es de Colima, parece néctar, y cuando de Michoacán, parece hachís.<sup>a</sup>

Y México, en cambio, abre sus puertas a cuantos artículos mayores y menores puede necesitar una nación para surgir de súbito aderezada; como del soplo mágico de Mefistófeles surgió galano y gentil el arrugado Fausto. México admitiría, a aprobarse el tratado, maquinaria de todas formas y tamaños, construcciones de ladrillos y de madera, casas completas y cuanto se requiere para hacerlas, vías de ferrocarril y todo lo que en ellas sirve; cuantas maravillas de arte agrícola atesora esta tierra; cuanto aparato de minería puede sacar a los mercados el dormido Eldorado que reposa en las entrañas de los montes de México; tantas cosas, en suma, cuantas bastan para trocar en emporio de industria la enmarañada selva.

Decir más ahora del tratado, fuera prematuro. México exporta poco, y ya tiene mercado para lo que produce y para lo que él, mientras el tratado durase, habría de producir. A los Estados Unidos

sobran los productos cuya libre introducción en México se proyecta, y si de traerlos a su vuelo sacaría México beneficio, de venderlos fuera del suyo no lo sacarían menos los Estados Unidos.

Contra la introducción libre del azúcar, claman los que en Estados Unidos la elaboran, por creer que el fruto vendría a ruinosa baratura; a lo que responden los amigos del tratado que es tal el monto de azúcar que los Estados Unidos consumen, y tan escasa aún lo que produce México, que la entrada libre de esta, a la par que favorece el cultivo de la caña en México, y asegura en lo porvenir azúcar muy barata a Norteamérica, no alteraría ahora el precio del fruto en los Estados Unidos.

Apuntan duendes de bastidores que va derechamente el tratado,—(y esta es idea que prohíjan diarios de Washington y el *Sun* de Nueva York)—a proteger, con maña astuta, los intereses valiosos de una de las compañías de ferrocarril americanas que ahora tienden rieles por las soledades de México,<sup>103</sup> y consiste la maña en que, como de ser aprobado este proyecto comercial, queda apenas sin entradas de aduana, salvo en tejidos de Europa y cosas de poca monta, el gobierno de México, se vería este a poco forzado por falta de dineros, a suspender a uno de los caminos de hierro, por él subvencionado, la suma que el Gobierno le acor-

dó, con lo cual vendría el camino abajo, y podría seguir su obra sin estorbos, la compañía rival, de que es el general Grant creador conspicuo y miembro conocido.

Y los veedores de mal ven riesgos de reclamaciones futuras de súbditos de este país contra un gobierno a quien, tal tratado como este que se proyecta, ha de dejar sin modo de cumplir, sobre los vastos egresos que su complicado sistema doméstico y peculiares hábitos políticos requieren, las obligaciones crecidas con gente extranjera que movida de un noble afán, a par que del deseo de ganar crédito con un pueblo laborioso fatigado de inútil guerrear, ha trabado el gobierno mexicano.

Aunque a esto paran de lado, y paran bien, los Estados Unidos, mostrando deseo vivo de que una nueva comisión revise la lengua suma de reclamaciones norteamericanas a cuyo pago, pocos años hace, fue condenado México,—y devuelva a la República latina lo que, según gentes del caso susurran, fue en cantidad notable concedido con exceso.

No fuera mucho que con México, a quien como mercado para los frutos sobrantes de los Estados Unidos necesitan, y cuyo cultivo de frutas tropicales quieren avivar, para alcanzar así mañana a precios

a. En LN: «hachich».

mínimos lo que hoy a precio alto compran de las Antillas y otras comarcas de América, hicieran los Estados Unidos lo que con el sumiso Japón acababan de hacer, que pagó en otro tiempo a boca de cañón suma cuantiosa por supuestas ofensas, que no parecen hoy tales al gobierno de Norteamérica, el cual devuelve honradamente al Japón, aunque sin los intereses acumulados por suma que se reconoce recibida sin razón, y que el Japón tomó prestada, la cantidad íntegra que pagó más de una decena de años hace a los Estados Unidos.

De aranceles es cuestión, ya en el proyecto de reforma de los republicanos, ya en el de tratado con México. Y no ha habido modo de combate que los proteccionistas no hayan traído a lío para impedir, so pretexto de rebaja de exceso en el cobro de contribuciones, rebaja alguna en los derechos que permiten la producción en Norteamérica de artículos que se fabrican también en el extranjero. Noches hace, iqué voz trémula y patriarcal se oía en una vasta sala, colmada de gente! En mármol griego, tajada por mano poderosa, y oscurecida por el polvo del tiempo, parecía tallada la cabeza de un orador proteccionista; era la de Evarts,<sup>104</sup> de lengua diestra, rica y acerada, cortante como ancha hoja de Toledo: y cuando acaba la frase, parece que ha clavado hasta que el pomo choca con el pecho la hoja de la espada.

Mas no era éste el anciano de 92 años, sino otro, de melena luenga, blanca como espuma, de cuerpo endeble, como lleno de espíritu, de barba en halo que en torno de aquel rostro virtuoso parece más que barba vapor de luz.—Es Pedro Cooper, cristiano como aquellos de los cinco buenos siglos del Cristianismo; como paloma, dulce; como bálsamo, misterioso y fantástico, y de tal vida y bondad, que aun tallado en carne, es ya monumento. En la casa que él levantó, por ciento de millar se cuentan los volúmenes, que en biblioteca rica satisfacen perennemente el ansia de saber de muchedumbre de artesanos: en aulas grandes, se dicen sin cesar por hombres sabios y buenos, cosas de virtud, de política práctica, de arte y de ciencia; en museo permanente exhiben los inventores de todas artes sus novedades y mejoras: y cuando cada sábado, el buen padre de hombres viene, ya a medio caer sobre su báculo, a ver en aquellas salas que abarcan millares, a tanto artesano ansioso y educando pobre a quien da escuela y biblioteca, y pan cuando lo han menester, y mira como a hijos,—siéntese a veces correr por la muchedumbre enamorada, que se aparta al paso, un silencio que parece ruido de rodillas, y otras veces,—como si los hombres todos hubieran de llegar un día a poner todas sus almas en un solo pecho,—un vótor es-

truendoso y unánime que hace llorar al buen anciano.

Y él presidía aquella junta de proteccionistas, porque su cariño paternal por las gentes de labor, que vuelcan hoy en tiendas, como volcó él un día, cajones y barriles,—le da miedos, que acaloran su mente, de que con la súbita entrada de artefactos extranjeros que seguiría, con torrencial empuje, a una legislación librecambista, quedarían los artesanos en facilidad de comprar a menos precio lo que necesitan, mas sin trabajo alguno, por el inmediato perecimiento de las industrias de la Nación, para comprar, no ya lo ajeno, sino lo más necesario propio. ¡Oh, era de oírle hablar, defendiendo a la gente de labor con la magnífica angustia de un buen padre que en su lecho de muerte da consejos a sus hijos en peligro!

Y a su lado se erguía otro hombre de recia edad que ya no habla, porque entró en la tierra del silencio, y reposa. Creso<sup>105</sup> no fue más rico que William Dodge.<sup>106</sup> Media varas de tela y piezas de cinta allá en sus mocedades, cuando era New York corteza de avellanas y daba pasmo ver una carroza por las calles, guardadas en la noche, de fantasmas más que de malhechores, por vigilantes que dejaban caer con mayor frecuencia los párpados que las armas. Era entonces recinto de los nobles el que ahora apenas parece bueno a merca-

deres principantes; e iluminó antes de morir la faz la luz eléctrica a aquel que de pequeño voceó bravamente la noche del estreno de la primera luz de gas. Dodge creció luego de traficante en telas a negociador en metales: y de ellos a ferrocarriles, que no dejó jamás correr en domingo, por parecerle bien que se abrieran las puertas de la República a todo extraño necesitado de pan y de libertad, sin la que no se halla sabor al pan más blando, y es el aire del alma, que lo fortifica y abre al vuelo, mas no creía Dodge que fuera buen modo de pagar de los extranjeros esta acogida cariñosa, con la turbación de la paz dominical, de que fue, en práctica y discursos, y en escuelas y leyes, vehementísimo partidario. Tanto temor tenía a las rebeliones que amontonan en el espíritu seis días de yugo, que le parecía aún poco un día de alas. Y con su plática, y su tiempo, y sus dineros mantuvo y protegió gran número de escuelas de domingo, donde los niños cantan, con lo que ya se purifican y se elevan, y los maestros hablan de virtud, que todavía ampara, cuando no siendo ya un hecho, no ha dejado aún de ser un nombre.

Seducen estas vidas milagrosas. Mueren en palacios reales hombres que nacen en cabañas, o bajo alero de tejados. Una loba crió a Remo. ¡Mejor nodriza es la dificultad,

que cría a estos hombres! En ellos no es la vida reflejo de libros que hace pálido el rostro, inflama el cerebro y falsea la existencia: ni tradición de familia, que echa al hombre a vivir cargado de cadenas: ni copia de obra ajena, que trueca al vivo en queso redondo vaciado en molde de quesos.

¡Oh, no hay cosa como esta de vivir por sí propio! ¡Oh, no hay crianza como la de esta vida directa, esta lección genuina, estas relaciones ingenuas y profundas de la naturaleza con el hombre, que le dejan en el alma cierto perpetuo placer de desposado,—a quien no engañó jamás su amada! Por eso parecen siempre jóvenes estos ancianos, que comenzaron así la vida: en el campo, rompiendo la tierra; en la ciudad, rompiendo los obstáculos. Nada fortalece tanto como el ejercicio de la fuerza. Nada abona y magnifica el ánimo tanto como el contacto con las fuerzas vivas. Así esos hombres, que han subido de semillejas a copas de árboles, y de lecherillos de cortijo, a dueños de casa real, miran siempre con ternura a todo nuevo cortejador de la fortuna, y ven como cosa propia a la naturaleza, con quien tienen confianza tan estrecha como de hijo a madre; y hechos a soledades inspiradoras, y espectáculos sorprendentes y solemnes, tuercen impávidos los ríos; sacan de su curso, para que muevan semilleros de fábricas, las cata-

ratas del Niágara; copian en sus graneros las más altas pirámides naturales y vuelcan y trastrojan impasibles las altas montañas.

¡Se van, se van los viejos! Ellos son como el ornamento, y la mejor fuente de fuerzas, de la vida. ¡Qué ejemplo, un anciano sereno! ¡Qué domador de fieras, todo anciano! ¡Cuán bueno ha de haber sido el que llega a esos años altos sonriendo! Con cada día nacen dos cosas: la luz del sol, y un árbol de cuasia. ¡Oh, dulzura de los labios, la de aquel que aún tiene los labios dulces después de tanta copa amarga! Otro anciano ha muerto, que venció a la vida; desde cuna pobre; que en años sombríos y gigantesco de la rebelión armó dos veces, de cada treinta días, treinta mil soldados;—iy para aquello fue lícito armar soldados: para limpiar la tierra de ignominia, y cubrirla de hombres! Ha muerto Morgan,<sup>107</sup> gobernador famoso, por honrado, prudente y activo, de New York durante la guerra. Empréstitos, con pedirlos, los tuvo. Engaños, sufrió pocos, y no intentó ninguno. Era hombre de consejo, que oye y no habla. Y fue amigo de Lincoln.

«¡Aquí, aquí: a la plataforma! ¡500 me dan por este buen negrazo! Come poco y trabaja mucho, y ya sabe lo que es mordida de perro»: iy a esto seguía,—como para prueba de los méritos del esclavo que se



remataba,—un latigazo! «Aquí, aquí: ¡a la plataforma! ¡ésta es la linda Adelina, que se ve que es muy linda y tiene 18 años: le vendimos el hijo, y está sola! ¿Quién me da 900 por la linda Adelina?» Tales gritos se oían en esta tierra por todas partes, en los remates de esclavos en plazas y lugares públicos, cuando Lincoln subió a la presidencia, apóstol de la nueva fe, y sacerdote en templo abierto de los hombres libres.

Y ayer Adelina y «el buen negrazo» u otros como ellos, se reunían en la iglesia de Bethel, a oír a un hombre de aquella vieja raza, que rifle al hombro y pie en la nieve defendió palmo a palmo, al lado de John Brown<sup>168</sup> el ajusticiado, contra las leyes de su patria a un puñado de negros fugitivos. John Swinton<sup>169</sup> se llama el hombre sencillo y sincero, que en esa lengua troncal y robusta de los que saben de coro, y entienden de propia mente, la Biblia, hablaba ayer a los esclavos de antes, trocados en caballeros y damas de salón, en una iglesia hermosa, de los espantos y glorias de antaño, de los soldados del Gobierno, maravillosos cuando defendían la Libertad, cobardes como quier batalla contra sí propio, cuando daban caza por las selvas a los esclavos prófugos, y huían a la aparición mera de John Brown cual liebres de mastines: les hablaba John Swinton, estremecido y lloroso, de aquel abrazo que en su camino

a la horca dio John Brown a un pequeñuelo negro; ¡y a la verdad, que recordando estas cosas, dan deseos de salir de nuevo por la tierra a andantear hazañas!

Y qué extraña oratoria, la de Swinton, famoso aquí, sobre muy respetado, por la evangélica simplicidad de sus creencias comunistas; por su hondo don de ver, y su hábito de callar en tanto que no lo ve todo, de lo cual le viene singular poder cuando habla. Es tipo puro de esta buena raza fino de la de entecos barbilindos, que hablan inglés, por no parecer americanos, como aquellos galanes del Directorio de Barrás hablaban la lengua de Francia, tan poco tiempo hacía estremecedora y fulminante! Es de la raza buena, llena de tal conciencia de sí, que mira su propia alma como hostia, y comulga directamente con Dios su Señor. Reyes parecen estos hombres pujantes y castos: ríen como niños; pisan como gigantes; desdeñan como hombres impecables; hablan como profetas. Swinton, a veces, arroja frases como artillero balas de cañón. Cuando se enciende en cólera, mueve el brazo de modo que parece que va a lanzar lejos, contra la frente de algún infame, una piedra sagrada.

No es sólo su oratoria propia: es la oratoria de los hombres convencidos de su raza. Él es de los que se ven con un martillo, echando abajo, como

tablazón podrida, tronos. Mira, como quien hoza. Hay ojos que horadan. Cuando habla, va recorriendo su propio discurso, y anunciando qué parte de él viene, como enseñador de panorama que describe al público sus vistas. Nosotros cubrimos el andamio, y hallamos gozo en este arte. El desdeña el arte, y deja desnudo el andamio. El encanto de la primicia estuvo casi siempre reñido con las proporciones amaneradas de la cultura. ¡Por eso anhelamos vivir de origen, en estos tiempos desquiciados en que desfallecemos de copia! La vida nos llega ya recalentada y deforme, ¡y morimos a veces sin haber tenido tiempo para hallarnos a nosotros mismos!

Pocas horas hace, parecía-me ver en torno mío, el sicomoro bíblico; y en el hueco del tronco, al juez de barba blanca, y en torno, tras el reo, aquel pueblo de túnicas sencillas, desnuda la cabeza y baja, el alma trémula.

—«Acusado: decía, toda llena de lágrimas la voz, un juez puro a un hombre venerable, bien poblado de canas: nunca cayó sobre la justicia más amargo deber: todos te hemos conocido, y saludado, y amado: eras el bienvenido a nuestras casas, y como el mejor de toda la ciudad; pero has faltado a la confianza que en ti pusieron tus conciudadanos; has empleado en usos frívolos los depósitos que tantos trabajadores



pusieron en tus manos y yo te condeno, presidente del Banco de New Jersey, a diez años de trabajos forzados.»

¡Sollozaba el hombre canoso como un niño!

¡Mundo breve esta tierra! De una parte, en baile suntuosísimo, mézclanse a Orión resplandeciente y a Sagitario flechador la Perricholi<sup>110</sup> y Mme. l'Archiduc; y en una cuadrilla, escondida entre las trenzas, luz astral misteriosa, danzan; en negros vestidos sembrados de estrellas, las constelaciones resplandecientes, mientras que en otra, donceles de hogaño, puestos en hondas botas, veste y calzón de lana y capa corta, cruzan elaboradas salutations con damiselas de saya breve, manga cerrada al puño y alta gola; y lindo modo de peinar el cabello, cogido bien en lo alto de la cabeza, como si no se hubiera de desfigurar con afeites parte tan noble, en lo que imitan las niñas del baile a las doncellas cuáqueras de antaño. Y de otra parte, hombre salvaje, de barba crespa y torcida, como nido de sierpes, el cuerpo mal envuelto en cuero de caballo, ágil como tigre, torvo y feroz, aparece en las calles de Atlanta, devorando a mordidas ansiosas un conejo recién muerto. La muchedumbre alborotada le persigue, y él a saltos la burla. Le echan un lazo como a bestia, y él lo esquivaba, arrástrase velozmente por la hierba, y entra al bosque, su reino sombrío.

Hubo en tierras de Cuba un magnífico semisalvaje, que comía peces y todo género de carnes crudas, que no conoció la obra de las leyes, y ni acató ni violó jamás ninguna; que dio un hijo a la tierra, a su pueblo un soldado;—y a una mano impía que no lo preservó, su vida en un libro; que huía, llegada la noche de las moradas de los hombres, cual noble ciervo de traidora trampa; y decía en altas voces que iba en busca de su «palacio azul»; que amó a los niños y a su caballo, y odió a los malvados; que se prendó una vez de dama altiva, y abatió un toro, le arrancó el corazón, clavó en él un cuchillo, y envió el presente a la dama como palabra de su amor: —imadrigal homérico!

¡Oh! Cuán ricas enseñanzas, en toda ciencia y en la suma histórica, arrancan de este pueblo, donde en un mismo día abarcan los ojos un paisaje vaporoso de Corot y el salvaje de Georgia; colérica muchedumbre que asalta una cárcel y fuerza al preso a quien reclama enfurecida, allá en pueblo lejano, a sacarse de un tajo de cuchillo la vida por la garganta, y jueces indomables que traen a escrutador y cerrado proceso los fraudes de altos administradores de correos que suponían en curso rutas nunca abiertas, para obtener de este modo del erario, representado en ellos mismos, sumas ponderosas. Aquí se coge la flor de la selva y se respira el vapor del antro.

En esta colosal redoma, por maravillosa alquimia se renueva la vida.

¡Bien sé yo que la tierra adonde te envío, ¡oh mi carta enojosa! ve delante de sí las grandezas y glorias que ve esta! ¡Bien sé yo que en amar la ventaja y en riquezas la iguala, y en entusiasmos generosos de nadie va en zaga! ¡Bien sé yo que es cantar de la nueva épica, que ya no se alimenta de altos muros ferrados, ni sombrías barbacanas, ni ensangrentadas hachas de armas, ni de desposadas de pechero, ni de cabezas de infieles, sino de llanos verdes y valiosos, cuajados de hombres libres, de terrones desmenuzados por el arado, de bestias vencidas! Maravillas me contaba hace un instante, con su palabra que rebosa amores por el suelo patrio, el caballero recién venido, verdadero hidalgo bonaerense, don Carlos Carranza.<sup>111</sup> Quien ama así a nuestra América, merece bien la estima singular en que los del solar propio y los del extraño le tienen en ésta. Oyéndole sus fervorosas historias patrias se ven horizontes encendidos, lumbres nuevas, perspectivas mágicas. Somos jóvenes, y si no hacemos cuanto la naturaleza espera de nosotros, ¡seremos traidores!

José Martí

**La Nación,**  
Buenos Aires,  
1º de abril de 1883

[Mf. en CEM]

## 33

## Cartas de Martí

Suma de sucesos.-Honores públicos a un poeta muerto.-«¡Hogar, oh dulce hogar!»-Funerales excesivos de un pugilador.-Justicias inútiles.-Los trabajadores: sus fuerzas; sus objetos; sus caudillos; europeos y americanos.-Honores a Karl Marx,<sup>a</sup> que ha muerto.-Baile de trabajadores.-De lo que se habla en el Mentidero neoyorquino.-El romántico Butler.-Esgrima de cuaresma; homilías y contrahomilías; Fray Luis de León y Jorge Sand.-Condición y puesto legítimo de la mujer en el mundo moderno; las<sup>b</sup> universidades y las mujeres.-Un baile famosísimo.-Tentativa, no aplaudida, de creación de una aristocracia.-Convencionales en la tiniebla.

Nueva York,  
29 de marzo de 1883<sup>c</sup>

Señor Director de  
*La Nación*

**P**UESTOS EN HAZ los sucesos de este mes, requerirían el brazo de un ciclope para levantarlos: allá, por una puerta luminosa, coronada de serafines de piedra, alfombrada de lirios, entran, ebrias de luz y de hermosura, del brazo de resplandecientes caballeros, damas locuaces y joyantes; allá, por una puerta ancha y som-

bría, que da a la calle negra, salen en alborotado montón, torcido el fieltro usado, inquieto el puño rudo, colérico el corazón y torvo el ojo, los que tienen cansado de labor ímproba el brazo jornalero, o lleno de mordente envidia el pecho mal cubierto, o de impaciente amor a los pobres el generoso espíritu. Y allá, a la luz del día, que debiera enlustrarse por no verlo, trepan por sobre los árboles, cabalgan en postes de telégrafo y faroles, bordan de cabezas rapadas y de ojos sinistros las encaramadas techumbres, por ver pasar cubierto de laureles y de rosas, el

cadáver de un héroe de las turbas, gran pendenciero y recio pugilador—todos esos hijos<sup>d</sup> de la tiniebla, que, como los bacilos en el cuerpo humano, pululan,—ensangrentados, torvos y sedientos, en las grandes ciudades:—siempre al pie de los más hermosos árboles hicieron más honda cueva los gusanos! Un veintenar de miles fue al entierro del pugilador: al baile de un Vanderbilt, que es un Rothschild de esta parte de la América, un millar de galanes y de damas: y diez mil hombres de manos inquietas, burdos vestidos, sombreros irreverentes y corazones inflamados, a aplaudir a los fervorosos oradores multilingües que excitan<sup>e</sup> a la guerra a los hijos del trabajo, en memoria de aquel alemán de alma sedosa y mano férrea, de Karl Marx<sup>112</sup> famosísimo, cuya reciente muerte honran. Y en estos ruidos múltiples de esta ciudad, en que lo real toma ya tamaños de épico, y el grandor

a. En LN, siempre: «Max».

b. Errata en LN: «Las».

c. «de 1883» añadido.

d. En LN: «hijo».

e. En LN: «exitan».

tiene a veces reflejos de grandeza, y el alma sustos, y la libertad abrigo,—mézclanse a esos cantos de próxima batalla, que no irá acaso teñida de sangre, porque se libra en el seno de la libertad,—los místicos, ungidos, suavísimos acordes con que, por orden reverente del municipio de Nueva York, acompaña respetuosa comitiva, en su camino a la patria sepultura, los restos, traídos de Túnez, del autor de una canción que mueve dulcemente el alma de los norteamericanos. Más solo iba el poeta que el pugilador: pero su gran cortejo es invisible. Es hermoso que una ciudad bursátil honre a un poeta.

Era bello John Payne,<sup>113</sup> como Byron y como el historiador Motley. Pero tan impaciente como bello, dio de sí antes de recibir en sí. Y comenzó a sacar de la mente revuelta y privilegiada, dramas, tragedias, periódicos, antes de aquel acumulamiento de infortunios, e incendio de alas de mariposa, y recibimiento en el propio pecho de las arremetidas ciegas y pujantes de las diversas fuerzas de la vida, que han de preceder, como manantial perenne y firme sustentáculo, a esas obras que, más que de lo íntimo, tienen de lo experimental y lo objetivo. A la obra de expresión<sup>a</sup> ha de anteceder la de impresión. Las dotes innatas hierven bien y sazonan las impresiones recibidas; mas, privadas de estas, se escapan por

los altos aires, cual globo sin peso. De trece años, ya escribía el poeta Payne un lindo periódico: *El Espejo de Thespis*. De quince, era actor, y dramaturgo. Anduvo muchas tierras, llevado de aquel deseo de novedad y cambio que agita a esos infelices privilegiados que no han de hallar jamás en las naciones de la tierra la nación alada,—que es la suya propia!—En París tradujo al inglés comedias de Francia; y las escribió originales. Y en una ópera, *La Doncella de Milán*, dejó caer, como quien riega lágrimas, los versos que le han hecho famoso. En vano invocan gloria los pedantes, vestidos de casacas académicas,—que hacen gallarda figura, mas sólo sobre los hombros del que para lucir bien no ha menester de ellas. Sólo los gritos del corazón abren, en poesía, como a conjuro mágico, las puertas recias de la Fama:

No entre palacios ni en placeres

[hallo

Rincón más dulce que mi humilde

[hogar:

Un encanto del cielo allí

[desciende

¡Que palacio o placer no dan

[jamás!

¡Hogar! ¡Hogar!

Ah!, no hay lugar como mi dulce

[hogar!

¡Nada al ausente de su hogar

[deslumbra!

¡Dadme mi choza!—el pajarillo

[aquel

Que cantaba a mi voz!—y la muy

[cara

Paz de la mente, dádme la otra

[vez!

¡Hogar! ¡Hogar!

Ah!, no hay lugar como mi dulce

[hogar!

Pan y fuego faltaron a veces al autor<sup>b</sup> de estos versos, que en órganos y orquestas, y en alas de misteriosa simpatía, viajaron pronto por toda la tierra. Vez hubo en París en que, al pie de un organillo que recogía sueldos por tocar la canción, hubiera extendido<sup>c</sup> la mano trémula y flaca el autor hambriento, que la oía desconocido, solo y lloroso. Luego, este país, que venera a sus filósofos y enriquece a sus poetas, le hizo su Cónsul en Túnez, donde el caminador rindió jornada. Treinta años hace de esto: lo sacaron ahora de la fosa tunecina; en misterioso crepúsculo, y bajo estrecha nave, bañada de esa luz de espíritu que ablanda y perfuma, cantaron sus honras, con temblantes palabras, sus amigos de Túnez, y lo enviaron aquí—de donde lo pedía, para guardarlo en sepulcro de Washington, un filántropo,—a que lo envolviesen en la bandera de la patria, a que se destocasen a su paso, como ante mensajero de pos-

a. En LN: «expresión».

b. Desde «Pan y fuego» hasta aquí, ilegible en el Mf. Se sigue la lección de OC, t. 13, p. 247.

c. En LN: «estendido».

tierras, los caminantes sorprendidos, y a que, bajo la cúpula del municipio, se levantasen, como un lamento y una caricia, sus versos famosos. Bien hacen en traerlo a su pueblo propio: los huesos de los poetas dan virtud especial a la tierra que los cobija. Saber honrar a un poeta, es serlo. Y en la vida, el astro<sup>a</sup> ha de estar al lado del martillo. Los pueblos han de cultivar a la vez el campo y la poesía. Si no, la vida hemipléjica<sup>b</sup> ahoga al pueblo deforme, y el lado exuberante absorbe al pigmeico. Este cantar salió de donde parece que ha de salir todo lo luminoso: de la tormenta, de una vida tumultuosa, entrecortada, y rota en trizas: que el dolor besa en la cuna, con beso que penetra como puñal, y luce como estrella, a todo verdadero poeta. Y la música del *Dulce Hogar* vino de donde viene todo lo grande, memorable y duradero; —de un aire de Sicilia, que el pueblo gorjea: vino del pueblo.

¿A qué contar ahora, al pie de esta hermosura, la romana manera con que, apiñados como granos de arena, enterraron al pugilador<sup>c</sup> Jorge Elliott sus admiradores y cofrades? Es mundo oscuro, donde nada tenéis que hacer los que leemos periódicos y los escribimos, trabajadores de la luz. Quien vio gusanos en cuba, tiene idea de aquella muchedumbre. Era por el Bowery,<sup>d114</sup> lugar de gente pobre, y también de gente aviesa. Bribón

mayor que Elliott no lo había en la cristiandad; pero de un golpe de puño sacaba a un hombre la vida del pecho. Murió en una pendencia de taberna. El funeral parecía el de un héroe. Las calles no eran de adoquines, sino de cabezas. En el ataúd yacía un gigante. Rompía la marcha un carro lleno de coronas de flores. Dijérase, al ver tal muchedumbre, que se había cuajado el aire en cuerpos humanos. Seis caballos llevaban el carro. Milla en torno cubría la concurrencia cuando fue el muerto bajado a su fosa. Tiene este mundo tenebroso de peleadores y gente de vicio su Código de honor, y su literatura y sus teatros. Mozos jóvenes beben de estos venenos, y ese día mismo en que era Elliott enterrado con tal pompa, se apiñaba también la multitud en las escaleras de la casa donde yacía, en ataúd de terciopelo con ornamentos de plata, un niño ahorcado. La justicia le dio muerte porque él, por hacer de ladrón bravo, y pechudo y de cabeza de barrio, la dio a un pobre francés que defendía sus centavos. ¡Llaman justicia a esa que mata! ¡Justicia podría llamarse la que evita! Pues, ¿qué era la apoteosis del rufián, sino incentivo a serlo? No se ha de permitir el embellecimiento del delito, porque es como convidar a comerlo. Y tres días después del que vio morir a aquel bandido de diecinueve años en la horca, apaleaban y robaban a un artesano tres mozos de la banda

del ahorcado. El miedo del peligro futuro no apartará jamás a los hombres de la tentación de ceder al apetito presente.

Por tabernas sombrías, salas de pelear y calles oscuras se mueve ese mocerío de espaldas anchas y manos de maza, que vacía de un hombre la vida como de un vaso la cerveza. Mas las ciudades son como los cuerpos, que tienen vísceras nobles, e inmundas vísceras. De otros soldados está lleno el ejército colérico de los trabajadores. Los hay de frente ancha, melena larga y descuidada, color pajizo, y mirada que brilla, a los aires del alma en rebeldía, como hoja de Toledo, y son los que dirigen, pululan, anatematizan, publican periódicos, mueven juntas, y hablan. Los hay de frente estrecha, cabello hirsuto, pómulos salientes, encendido color, y mirada que ora reposa, como quien duda, oye distintos vientos, y examina, y ora se inyecta, crece e hincha, como de quien embiste y arremete: son los pacientes y afligidos, que oyen y esperan. Hay entre ellos fanáticos por amor, y fanáticos por odio. De unos no se ve más que el diente. Otros, de voz ungida y apariencia hermosa, son bellos, como los

a. Así en LN. Por el contexto, parece ser errata por «estro».

b. En LN: «hemipléjica».

c. En LN: «pugilador».

d. En LN: «Rowery».



caballeros de la Justicia. En sus campos, el francés no odia al alemán, ni este al ruso, ni el italiano abomina del austriaco; puesto que a todos los reúne un odio común. De aquí la flaqueza de sus instituciones, y el miedo que inspiran: de aquí que se mantengan lejos de los campos en que se combate por ira, aquellos que saben que la Justicia misma no da hijos, sino es el amor quien los engendra! La conquista del porvenir ha de hacerse con las manos blancas. Más cauto fuera el trabajador de los Estados Unidos, si no le vertieran en el oído sus heces de odio los más apenados y coléricos de Europa. Alemanes, franceses y rusos guían estas jornadas. El americano tiende a resolver en sus reuniones el caso concreto: y los de allende, a subirlo al abstracto. En los de acá, el buen sentido, y el haber nacido en cuna libre, dificulta el paso a la cólera. En los de allá, la excita y mueve a estallar, porque la sofoca y la concentra, la esclavitud prolongada. Mas no ha de ser-¡aunque pudiera ser!- que la manzana podrida corrompa el cesto sano. ¡No han de ser tan poderosas las excrecencias de la monarquía, que pudran, y roan como veneno, el seno de la Libertad!

Ved esta gran sala. Karl Marx ha muerto. Como se puso del lado de los débiles, merece honor. Pero no hace bien el que señala el daño, y arde en ansias generosas de ponerle

remedio, sino el que enseña remedio blando al daño. Espanta la tarea de echar a los hombres sobre los hombres. Indigna el forzoso abestiamiento de unos hombres en provecho de otros. Mas se ha de hallar salida a la indignación, de modo que la bestia cese, sin que se desborde, y espante. Ved esta sala: la preside, rodeado de hojas verdes, el retrato de aquel reformador ardiente, reunidor de hombres de diversos pueblos, y organizador incansable y pujante. La Internacional<sup>a</sup> fue su obra: vienen a honrarlo hombres de todas las naciones. La multitud, que es de bravos braceros, cuya vista entenece y conforta, enseña más músculos que alhajas, y más caras honradas que paños sedosos. El trabajo embellece. Remoja ver a un labriego, a un herrador, o a un marinero. De manejar las fuerzas de la naturaleza, les viene ser hermosos como ellas.

New York va siendo a modo de vorágine: cuanto en el mundo hierve, en ella cae. Acá sonríen al que huye; allá, le hacen huir. De esta bondad le ha venido a este pueblo esta fuerza. Karl Marx estudió los modos de asentar al mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntales rotos. Pero anduvo de prisa, y un tanto en la sombra, sin ver que no nacen viables, ni de seno de pueblo en la historia, ni de seno de mujer en

el hogar, los hijos que no han tenido gestación natural y laboriosa. Aquí están buenos amigos de Karl Marx, que no fue sólo movedor titánico de las cóleras de los trabajadores europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas, y en los destinos de los hombres, y hombre comido del ansia de hacer bien. Él veía en todo lo que en sí propio llevaba: rebeldía, camino a lo alto, lucha. Aquí está un Shevitsch<sup>b</sup>,<sup>115</sup> hombre de diarios: vedlo cómo habla: llegan a él reflejos de aquel tierno y radioso Bakunin<sup>c</sup>:<sup>116</sup> comienza a hablar en inglés; se vuelve a otros en alemán: «da! da!»<sup>d</sup> responden entusiasmados desde sus asientos sus compatriotas cuando les habla en ruso. Son los rusos el látigo de la Reforma: mas no! no son aún estos hombres impacientes y generosos, manchados de ira, los que han de poner cimiento al mundo nuevo: ellos son la espuela, y vienen a punto, como la voz de la conciencia, que pudiera dormirse: pero el acero del acicate no sirve bien para martillo fundador. Aquí está Swinton, anciano a quien las injusticias enardecen, y vio en Karl Marx tamaños de monte y luz de Sócrates. Aquí está el alemán John Most,<sup>117</sup> voceador

a. En LN: «internacional».

b. En LN: «Lecovitch».

c. En LN: «Bakounin».

d. En LN: «dah! dah!».

dor insistente y poco amable, y encendedor de hogueras, que no lleva en la mano diestra el bálsamo con que ha de curar las heridas que abra su mano siniestra.—Tanta gente ha ido a oírles hablar que rebosa en el salón, y da en la calle. Sociedades corales, cantan. Entre tanto hombre, hay muchas mujeres. Repiten en coro con aplauso frases de Karl Marx, que cuelgan en cartelones por los muros. Millot, un francés, dice una cosa bella: —«La libertad ha caído en Francia muchas veces; pero se ha levantado más hermosa de cada caída». John Most habla palabras fanáticas: «Desde que leí en una prisión sajona los libros de Marx, he tomado la espada contra los vampiros humanos». Dice un McGuire<sup>a</sup>: «Regocija ver juntos, ya sin odios, a tantos hombres de todos los pueblos. Todos los trabajadores de la tierra pertenecen ya a una sola nación, y no se querellan entre sí, sino todos juntos contra los que los oprimen. Regocija haber visto, cerca de lo que fue en París Bastilla ominosa, seis mil trabajadores reunidos de Francia y de Inglaterra».—Habla un bohemio. Leen carta de Henry George,<sup>118</sup> famoso economista nuevo, amigo de los que padecen, amado por el pueblo, ¡y aquí y en Inglaterra famoso. Y entre salvas de aplausos tonantes, y frenéticos hurras, pónese en pie, en unánime movimiento, la ardiente asamblea,—en tanto

que leen desde la plataforma en alemán y en inglés dos hombres de frente ancha y mirada de hoja de Toledo, las resoluciones con que la junta magna acaba, en que Karl Marx es llamado el héroe más noble y el pensador más poderoso del mundo del trabajo. Suenan músicas; resuenan coros, pero se nota que no son los de la paz.

Otro día, vuelven a juntarse en decenas de miles. Quieren tener diario suyo, y se dan bailes,<sup>b</sup> para ayudar a fundarlo con sus productos.

¡Buenas mujeres! Allá han ido con todos sus pequeñuelos: ¡qué alegres están sus hombres, que siempre están tan tristes! Y luego, de noche y con los trajecitos de bailar, no se ven la color enfermiza y las mejillas hundidas de los niños! El aire, cargado de salud, suele estar lejos de donde los trabajadores viven. Millones acaba de dejar el exgobernador Morgan, a sociedades de teología y a seminarios; pues más valiera que empeñarse a forzar en los hombres la fe en el cielo, —crearla en ellos naturalmente dándoles la fe en la tierra! Y ha dejado Morgan muy buenas sumas a las casas en que ayudan a los enfermos, a los ancianos, a los niños y a los pobres: ¡no dejara alguna para ayudar a hacer casas con aire y luz a los que al cabo, de vivir en las sombras llegan a sentirla en el alma, y a hacerla sentir! Estas ciudades populosas, que

son graneros humanos, más que palacios de mármol, deberán erigirlos<sup>c</sup> de ventura:—y no acumular las gentes artesanas en pocilgas inmensas, sino hacer barrios sanos, alegres, rientes, elegantes y luminosos para los pobres. Ya son el aseo y la luz del sol para ellos desusada,<sup>d</sup> elegancia: pues sin ver hermosura ¿quién sintió bondad? ni sin sentir la caridad ajena<sup>e</sup> ¿quién la tuvo? ¡Aleje de la cabeza de otros la tormenta el que quiera alejarla de la suya! Si los vierais, ahora que llegan los meses de verano, entrarse en bandadas, llenos los brazos de las madres de hijos pálidos y moribundos, por los vapores de paseo en que alguna cofradía o persona amorosa les permite cruzar de balde el río! ¡Es de morderse los labios de cólera, de no andar por toda la tierra paseando infatigablemente el estandarte de su redención!

Pero la ciudad no habla mucho de estas cosas. Ve cómo no cejan en su lucha y andan a quien reforma más, y más de prisa, por no ser tachado de poco reformador, —demócratas y republicanos. Dicen de Butler, el brillante gobernador de Massachusetts, que es como águila fuerte, que hace estre-

a. En LN: «Magure».

b. Errata en LN: «baile».

c. En LN: «erijirlos».

d. Coma en LN.

e. En LN: «agena».

mecer el árbol en que se posa: todos los abusos del Estado, como fruta pasada de sazón, están viniendo a tierra al golpe del águila: es un Gobernador ubicuo<sup>a</sup>, insomne, omnipresente, alarmante: ve los pliegues de las conciencias y toda cosa bellaca en leyes, contratos o cuentas. De un caballero de España cuentan, que halló gozo en echar entre sus convidados un novillo gentil de su ganadería, y están los empleados de Massachussets como los convidados del caballero de España: dícelo y hácelo todo de modo gallardo, súbito y nuevo, y en el obrar es tan seguro como en el habla pulido y cuidadoso: es un romántico en el Gobierno: sacude el polvo del Estado, como la Francia joven de 1830 sacudió el polvo de las academias.—La ciudad habla de la suma crecida que ha juntado el *Herald* para beneficio de los desventurados de Ohio,<sup>b</sup> y es cosa que da gozo ver cómo, poniendo en junto sus óbolos humildes, han dado tanto y con más prisa los trabajadores de las fábricas del Estado, que sus gentes de marca y poderío.—Habla de un caballero de iglesia, que trazó tal pintura en sus conferencias de cuaresma de las damas de moda, y de su vida, y redujo a tan cerrados límites la vida femenil, que si en lo de las damas de moda halló justo aplauso, en lo de echar de nuevo a las mujeres a rucas y a conventos ha movi-

do en su contra a clérigos y seglares. Rezadora y hermana de la Merced quiere el Reverendo a las mujeres.—«¿Y la vida? le responde con voces inspiradas desde un púlpito una mujer elocuente: ¿la vida inevitable e implacable, que la obliga a ser trabajadora o a ser impura? ¿Y tanta huérfana, y tanta viuda, sola en esta muchedumbre de gentes, que como viento del desierto la arrastra y la ahoga?»—«Y esta mente mía, que abarca lo que abarcas; —y este corazón mío, más tierno que el tuyo,— y este desdén mío, que condena tantas veces los gustos y prácticas bárbaras de tu sexo,— ¿habré<sup>c</sup> de sofocarlos como crímenes, cuando son poderes que me dio la naturaleza?»—Así increpa al Reverendo otra dama enojada—«¿Para qué me priváis de parte real en vuestras ganancias, si en nada las emplearemos peor que en pagar diez pesos, como los hombres pagan, por ver cómo dos peleadores de oficio, o caballeros de ciudad, o estudiantes de altos colegios, se hinchán a golpes el rostro, y con rabia y pujanza de fieras se derriban y revuelcan por la tierra?» Esto dice otra; y un clérigo dice esto: «Santas! ¡Hermanas de la Merced! Mujeres de rezo: el siglo XIX tiene fuera de los conventos mejores santas: santa es Maria Carpenter, que empleó sesenta años de su vida en educar a los niños de las calles de Londres: y no hay rezadora de las que hermosean las venta-

nas de cristal de vuestra iglesia de cuyo rostro emerja más radiante luz que del rostro, empapado de amor, de María Carpenter.»<sup>119</sup>—Una ardiente reformadora recuerda cómo el rector Wosley, de la Universidad de Yale,<sup>120</sup> favorece la creación de una convención de mujeres, que estudie y decida la ley del divorcio; y mantiene, con agudísima sátira, sazónada de burlas oportunas a los errores de los hombres en el Gobierno, que los Consejos de Educación, las casas de policía, y los puestos todos del Estado, de que el hombre ambicioso y desamorado cuida mal, estarían mejor en manos de mujeres, en quienes el desarrollo de la razón no ahogará la ternura:<sup>121</sup> —que es en verdad gran dote de gobierno.

A punto viene, en medio de estos clamores, la decisión de la Universidad de Columbia,<sup>122</sup> de este Estado de New York. No se atreve a abrir sus cátedras a la par a hombres y mujeres, porque aunque dicen que la Universidad de Cambridge las ha abierto en Inglaterra, no es verdad que las jóvenes estudiantes se hayan aprovechado de la concesión, sino que estudian en el colegio afamado de Girton, que las pre-

a. Errata en LN: «ubicue».

b. Véase la crónica publicada en *La Nación* el 31 de marzo de 1883.

c. Se añade el signo de interrogación.

para, como a los estudiantes varones, en todo arte y ciencia, sin que Cambridge les dé luego más que tribunales de examen, grados y títulos. Y esto ofrece ahora la Universidad de Columbia, y recomiendan la creación de un colegio semejante al de Girton.

¡Acaso se yerra: acaso, en estas naciones en que el exceso<sup>a</sup> de población, o de ánimo interesado en los hombres, acarrea estos mismos problemas—el único modo de salvar a las mujeres de los apetitos que engendran<sup>b</sup> sus condiciones exteriores de hermosura, sea el de inspirar a los hombres, con el continuo trato, y el comercio intelectual, amor por otras más nobles y duraderas condiciones! Se está aún en la primera letra del abecedario de la vida. Se hace hasta hoy de un capricho de los ojos, exaltado a ne-

cesidad del alma, confundido oscuramente con ella por la generosa y enaltecedora fantasía, ley de toda la existencia.—Y no se mire con ojos aviesos este encallecimiento del alma femenino, que esto es, y no menos, la existencia viril a que la necesidad de cuidar de sí, y de defenderse de los hombres que mudan de apetito, la lleva en esta tierra. Vale más su encallecimiento que su envilecimiento. Y hay tanta bondad en las almas de las mujeres que, aun luego de engañadas, de desesperanzadas, de encallecidas, dan perfume. Toda la vida está en eso: en dar con buena flor. En esta ciudad grande, en donde la mujer ha de cuidar de sí, y salvarse del lobo, y de los de la vida, ha de hacerse piel fuerte que la ampare, y aprender toda ciencia o arte que quepa en su mente, donde

caben todas y le dé modo honesto de vivir. La impureza es tan terrible que no puede ser jamás voluntaria. La mujer instruida será mejor pura. Y ¡cuánto apenas ver cómo se van trocando en flores de piedra, por los hábitos de la vida viril, estas hermosas flores! ¿Qué será de los hombres, el día en que no puedan apoyar su cabeza cansada en un seno caliente de mujer?

José Martí

*La Nación*,  
Buenos Aires,  
13 de mayo de 1883

[Mf. en CEM]

a. En LN: «esceso».

b. En LN: «enjendran».



## 34

## Cartas de Martí

Suma de sucesos.-Honores públicos a un poeta muerto.-«¡Hogar, oh dulce hogar!»-Funerales excesivos de un pugilador.-Justicias inútiles.-Los trabajadores: sus fuerzas; sus objetos; sus caudillos; europeos y americanos.-Honores a Karl Marx,<sup>a</sup> que ha muerto.-Baile de trabajadores.-De lo que se habla en el mentidero neoyorquino.-El romántico Butler.-Esgrima de cuaresma; homilías y contrahomilías; Fray Luis de León y Jorge Sand.-Condición y puesto legítimo de la mujer en el mundo moderno; las<sup>b</sup> universidades y las mujeres.-Un baile famosísimo.-Tentativa, no aplaudida, de creación de una aristocracia.-Convencionales en la tiniebla.

Nueva York,  
29 de marzo de 1883<sup>c</sup>

(Continuación)

**P**ERO ABRIÓ esta semana un suceso que venía siendo comidilla de la prensa un mes ha, y de las casas, y de los clubs, como si fuera acto simbólico y típico, en cuyo acaecimiento estuviese algo de la vida nacional. De sus generales se envanecía Roma: y los Estados Unidos de sus ricos. Pero no los levanta sobre el pavés, sino que a la par que los reverencia, los moteja. Los admira, mas los

ve como usurpadores y temporales ocupantes de la riqueza pública; lo que acontece en mayor grado, cuando la riqueza de un hombre o de una familia toma tamaños de riqueza de nación. El ojo popular, que ve los hechos gruesos, se vuelve con cólera contra los que, —en la misma noche en que dos desventurados, transidos de hambre, son presos en el rincón de una iglesia, —en torrentes de luz y perfumes giran, cuajados de rosas de oro y de diamantes, y enjoyados como silla de caballo persa, haciendo alarde ostentoso de la riqueza que se les

desborda de las arcas. Ancha es la Quinta Avenida, y como calle imperial. Bórdanla palacios, que ya tímidamente remedan las portadas suntuosas y lóbregas de las casas ducales de Venecia, y las torrecillas de las Abadías Góticas; ya balcones del Louvre, barbacanas de castillo feudal o minaretes árabes. Paseo es la rica calle durante las horas de la tarde, y morada buscada y valiosa de gentes opulentas. Da carta de nobleza neoyorquina la Quinta Avenida. Realzando con los vestidos estrechos los miembros fuertes, pasean allí sus cabezas célticas, y la medalla del club rico que les cuelga al pecho, los galanes desocupados, aunque éstos no son muchos, —que aquí el trabajo es ley. Y quien no lo tiene, lo finge —de vergüenza de parecer que no lo tiene. —Pero las damas llenan la calle, cargando en los brazos, nacidos por cierto a más nobles y dulces empleos, unos perrillos de luengo pelo

a. En LN, siempre «Max».

b. Errata en LN: «Las».

c. «de 1883» añadido.

y cabeza espantable, que ahora andan en boga. Son damas de hermosura peregrina, mas no animan la calle solemne. Mueven el alma a grandeza el vasto espacio, el imponente y sombrío caserío, la regia calma.

Allá, cerca de Catedral ambiciosa, que copia en vano la de Milán soberbia, desafío afortunado del hombre a su Creador,—se alza, ahogado por sus casas pardas y sombrías, un palacio risueño, que tal parece de encaje menudo. En macizas paredes, severas ventanas. En todas las pinturas, esculturas. La piedra, cincelada. El techo, recogiénose<sup>a</sup> en pirámide, remata en torrecilla aguda y graciosa. Y de la puerta al techo, todo es calado, esculpido, sacado en relieve, acariciado, bordado. Domina allí la gracia, que es la mejor especie de hermosura. No hay casa más hermosa en esta tierra, y en ella vive un Vanderbilt.<sup>123</sup> Tal es, que cuando, al pasear entre las maravillas de su interior caen los ojos sobre un gracioso retrato de la «castellana», de mano de Madrazo,<sup>124</sup> no parece lienzo allí traído, sino como parte de la casa misma, luminosa y esbelta.—Sacude al sol Madrazo sus pináculos, y pinta luego con estos colores. En tal palacio, entraba por entre muros de ujie-re<sup>b</sup>, este Lunes de Pascua, la gentileza neoyorquina, y no hubo nunca en corte ansia mayor por baile de monarca, que la de la gente de New

York por el de Vanderbilt: es ley que en ciudad donde se tiene en mucho la riqueza, se vea como a cosa real el baile con que abre su palacio el monarca a los ricos. ¡Qué contar de antemano los lujos de la casa, y el precio de las joyas, y el de los vestidos, y el de los vinos que habrían de beberse, y el de los más menudos aditamentos de noche de baile! ¡Qué cuchichear millones! ¡Qué aquilatar diamantes! ¡Qué publicar los precios de las telas! Y así llegó la noche suntuosa. Todo era en los barrios ricos curiosidad y movimiento. Parecía fiesta de todos, y no de uno. Vaciábanse en la rica puerta carros de flores. Sentíase a veces en torno de la casa ese silencio que inspiran los monumentos. Ya al caer del crepúsculo veíanse brillar, a través de los cristales de los coches que andaban de una y otra parte velozmente, cazoletas de espadas, collares de altas órdenes, lucientes ferreuelos.

Las diez eran dadas, y toda era luz la casa de las maravillas. Mil carruajes<sup>c</sup> se detenían a sus puertas. Saltan de ellos monarcas, caballeros, duques, antiguos colonos. Un torero ayuda a bien bajar a una escocesa. De su marco parecen salidas, para entrar por aquel corredor majestuoso<sup>d</sup>, de muros de rica piedra, y de robles de menuda talla artesonado, princesas de Van Dyck, duquesas de Holbein, damas de Rubens.<sup>125</sup>

Contienen mal el asombro que la casa inspira. Cuanto ven, está esculpido, dorado, cincelado. Cuanto pisan, es piedra tal, que vale más que oro. En lo inmenso se piensa, y en templo majestuoso<sup>e</sup>, cuando se sube la ancha escalinata, que aún revuela al tercer piso por bajo un arco altivo que la agiganta y ennoblece. Gimnasio llaman a la sala vasta donde, entre la curiosa muchedumbre, se juntan las cuadrillas de honor que han de guiar la procesión y romper el baile. ¡Oh, qué curiosa, esa cuadrilla de damas y caballeros montados en caballos que parecen reales, con largas mantas que ocultan los pies de los bailadores, y cubiertos de pieles verdaderas y de crines que poco ha estaban vivas,—la cual cuadrilla va a bailarse en memoria de las fiestas de Corte! Llevan los jinetes<sup>f</sup> casacas rojas de caza, y veste y medias de raso blanco, y calzón amarillo, como los caballeros de cacería en tiempos de Luis XIV, y ¡qué bordadas van las sayas blancas de las Amazonas, y cómo las realza la chaquetilla roja!—¡Cuán brillante esa otra cuadrilla, que es la de Ópera Bufa! Esta es Scopolette<sup>g</sup> que da la mano a

a. En LN: «recogiéndose».

b. En LN: «ugieres».

c. En LN: «carruages».

d. En LN: «magesuoso».

e. En LN: «magesuoso».

f. En LN: «ginetes».

g. En LN: «Serpolette».

Mr. le Diable y allí van Angel Pitou<sup>a</sup> y la Perricholi<sup>b</sup>, y Mme. Angot y le Petit Duc!<sup>126</sup> ¡Y esos otros que se han vestido de deslumbrante moaré blanco, y de aquel traje de alba seda, empolvada peluca y blanco narciso en el ojal, a uso de caballero de la antigua Corte Alemana, para parecer porcelana de Dresde, cuya marca famosa llevan bordada en el vestido!—¡Qué ingeniosa la cuadrilla de las estrellas: llevan colores pálidos, blanco, azul, malva delicado y sutil amarillo! Y ya se mueven: ya va, tras las cuadrillas, el séquito opulento. Apenas se habla; los ojos cuentan más que miran. Todos parecen allí trenes cargados de rica joyería, duques de Buckingham. ¿Qué maravilla más, la casa o la riqueza de los huéspedes? Ya llegan, en tanto que de afuera la gente ansiosa se agolpa a las balaustradas, al noble salón que parece nacido de las manos creadoras de Pedro Lescot.<sup>127</sup> De fuera hace pensar el palacio en los albañiles de Estrasburgo<sup>c</sup>, y en el Bernini<sup>d128</sup> y en Juan Goujon,<sup>129</sup> esta sala que llaman de Francisco I, arrogante como el rey caballeresco, cubiertas las paredes de tallados muy ricos de nogal de Francia y rojo terciopelo, y chispeando allá en el fondo monumental chimenea hecha como para calentar a reyes gigantes.

De un castillo de Francia fue traída la ornamentación de esta otra sala, en que el séquito entra ahora, toda vestida de

roble dorado, por los amores de Psiquis y Cupido—que Baudry<sup>e130</sup> pintó en el techo—presidida, y ligera y graciosa, como aquel tiempo criminal y amable de olvido y devaneo. Y ya en el comedor, no tiene coto el asombro. Piso y techo son de roble, con revueltos y varios dibujos: y en fajas van vistiendo las paredes roble de talla exquisita<sup>f</sup>, tapices de flores de oro, cornisa de rara piedra de Caen, y luego en lo alto, cómo borda cerrada galería la sala de Embajadas de la Aljafería<sup>g</sup> de Zaragoza, caliente aún de miradas de mora y amores de reyes, extiéndose<sup>h</sup> franja ancha de coloreada cristalería, que hace del comedor como cesto bordado de flores colosales, o nido de luz, o inmenso joyero. Y de la gran ventana de cristales, que ha pintado Oudinot,<sup>131</sup> vivos resaltan, cual si desde sus estribos cincelados recibiesen corte, Enrique VIII y Francisco I, que a la cabeza de séquitos fastuosos, cruzan las manos reales en el campo del Manto de Oro. Y, ¡qué palmas por toda la casa! ¡qué rosas que hacen pensar en la *Rafflesia Arnoldi*<sup>i</sup>, que es flor gigantesca, de Java y Sumatra! ¡Y cómo se encarama, por las paredes del gimnasio, ya poblado de mesas de cenar, al rumor de las fuentes, por entre la rosa Jacqueminot de oscuro carmesí, y la María Vasey, que es rosa nueva, la buganvilla<sup>j</sup> de flores encarnadas, cubana enredadera!

Ya pasean todos por la casa, de brazo y cuchicheo; el señor de ella, que va de Duque de Guisa, lleva de brazo ¡oh cosa bella y novísima! a la Luz Eléctrica. De raso blanco es el vestido de la dama, mas todo, como su cabello, de brillantes cuajado. ¡Dejad que pasen reyes y pastoras, que son cosa vieja, mas no sin observar cómo van Francisco I del brazo de D. Carlos, que le muestra orgulloso su hoja verdadera de la fábrica antigua de Toledo, y cuán amigas andan riendo gozosamente María Estuardo, que es esta vez Cristina Nilsson<sup>k</sup>, e Isabel de Inglaterra!

Ese que pasa haciendo galas marciales, lleva el traje con que paseó su bravo abuelo en aquel otro baile famoso que dio New York al Marqués de Lafayette, que fue noble de veras, pues fue tierno. Y aquella acaba de saltar de una góndola negra de Venecia, y tal parece que lleva al cuello los ricos encajes, y en la cabellera suntuosa la matizada joyería

- a. En LN: «Piton».
- b. En LN: «Perichole».
- c. En LN: «Estrasburgo».
- d. En LN: «Berimi».
- e. En LN: «Bandry».
- f. En LN: «esquisita».
- g. Errata en LN: «Alfajería».
- h. En LN: «estíendese».
- i. En LN: «*Raffelia Arnoldis*».
- j. En LN: «vongenvilla».
- k. En LN: «Nilson».

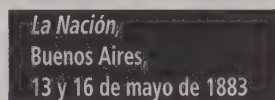
de la mujer de Marino Faliero. Aquí viene el hijo del Duque de Morny, que vio hace poco, en su casa de París, sereno como la estatua del vicio, caer muerta a sus pies a una criatura ardiente y delicada, a la muy bella Mlle. Teyghine,<sup>a</sup> y ahora danza, sin miedo de sombras ni cuidados, en su lindo vestido de caballero de Luis XV. Un charro mexicano pasea airoosamente a la Música, que se lleva tras sí todos los ojos: viste la Música traje de raso rojo que le cae sobre saya de raso blanco, franjada a modo de pautas, de anchas listas de terciopelo negro, y sobre el peto, en una franja de este, lleva bordadas en oro las notas de la escala: lindo gorrillo de seda roja, todo bordado de instrumentos de oro, le recoge<sup>b</sup> todo el cabello. Ahora se sienta en vieja silla de cuero de Córdoba, estampado de escudos reales, un abogado de New York que bien lo pudo ser de corte, por las gracias de su palabra y amena cultura: es Chauncey<sup>c</sup> Depew,<sup>132</sup> orador de nota, defensor probado de esta casa de ricos, que ha llevado al baile el traje de los viejos Knickerbockers<sup>d</sup> que sienta bien a caballero grave: calzón y chupa son de terciopelo negro: de raso pálido bordado de rosas el luengo chaleco, real-

zan encajes por cuello y bocamangas, y ciñen al empeine los negros zapatos dos broches de gruesos brillantes. ¡Oh, quién cuenta la gente innumerable! Este último es Abraham Heritt,<sup>133</sup> rico piadoso y orador de fama, que viste de Rey Lear, y lleva del brazo a esta niña agraciada, a cuya pálida hermosura sientan bien el casco luciente de finísimo acero, y la cota de malla de plata trenzada de la radiosa Juana de Arco.

Y ya sale el correo, y aún se habla del baile: mas no de sus donaires y discreteos, ni comedias de amores, a la sombra de palmas y entre perfumes de rosas enredadas, ni de las réplicas vivaces que el borgoña generoso enciende, y dora el champagne bueno; ni de esas gratas y amenas locuras que luego de los bailes animados revolotean en torno de la frente, cual lindas mariposas de colores, o besos fugitivos. Háblase del baile cual si hubiera sido gigantesco paseo, o muestrario<sup>e</sup> de prendas, o certamen de joyas, o sondeo de arcas. Tal parece que fue procesión muda, que cenó cena recia, se movió pesadamente, y volvió torva. Quien lee en los diarios las notas del baile, lee cuentos de escenario, mas no de alma. Y ha caído en la fiesta como en hueco, y empieza a decir

que sientan mal, en estos tiempos de cólera y revuelta, y muchedumbres apetitosas y enconadas, muestras tales de lujo desmedido y gracia en trajes, que los tristes no entienden, ni la época sería lleva bien, ni convienen a país republicano, ni olvida ni perdona aquel ejército que adelanta en la tiniebla, en que capitanean a los hombres de corazón henchido y frente estrecha aquellos de frente ancha y miradas de hoja afilada de Toledo. Y es que se dio el baile como enseñanza de riqueza; y como a golpe en el rostro lo han tomado las gentes envidiosas, miserables y descontentas: —¡aún no se ha levantado de sus sesiones la convención francesa! Pero aquí está sentada a su lado la cordura.

José Martí



[Mf. en CEM]

a. En LN: «Feyghine».

b. En LN: «recoje».

c. En LN: «Chanucey».

d. En LN: «Kinckerbockers».

e. Errata en LN: «mostruario».



## 35

Peter Cooper<sup>a134</sup>

**H**A MUERTO UN PADRE de hombres. New York quería a Peter Cooper como Grecia quiso en un tiempo a sus ancianos; y la ciudad, cuando supo su muerte, puso a media asta sus banderas, reunió en sesión de luto sus Corporaciones y Senados, arrancó todas las flores de sus jardines, y fue a regarlas al paso del cadáver del hombre benévolo. El día de su entierro, los carruajes detuvieron su curso; las grandes tiendas por cuyo frente cruzó el séquito suspendieron sus pingües negocios; las grandes avenidas de la ciudad ofrecían un aspecto solemne; y las mujeres mismas, en las ventanas, se quitaban al paso del cadáver, como para honrarlo mejor, sus sombreros de cintas de colores.

Peter Cooper vivió noventa y tres años, y no ha cesado en ellos de hacer bien. Hubo siempre a la vez en su hermosa naturaleza algo de gigantesco y femenino. La voz de un pobre le hacía romper en llanto, y, como evocación de mago, brotar de su mano la limosna; pero nadie luchaba como él por arrancar secretos a la natu-

raleza, ni halló tan varios modos de enfrenar sus iras, domar su hostilidad, y aprovechar sus fuerzas. Acumuló millones, y dio millones a los pobres. Nació trabajador, y lo fue siempre. Cuando se vio rico, no apartó de sí a los miserables, sino que les fabricó Universidad de artes e industria, para que venciesen como él los obstáculos de la vida, y se salvaran de la miseria.—Se sintió siempre pobre; y hace pocos meses, cuando vendría acaso de regalar decenas de miles de pesos al Instituto de Artes y Ciencias Industriales que ha creado,—como se rompiese una de las correas de su carruaje, y no pudiera este seguir marcha, se bajó de él; de un listón de madera hizo aguja, de un cordel hilo,—y en medio de la muchedumbre que se aglomeraba respetuosa, muda de asombro y cariño, ayudó a su cochero a coser la correa; y al poner el pie en el estribo, y acomodarse el ancho gabán, sobre cuyo cuello caían en profusión, como halo de astro, los blancos cabellos, daba tiernos consejos a los jóvenes sobre la utilidad de saber hacer las cosas por sí mismo, a lo que

respondía la multitud,—que en presencia de aquel hombre bueno se sentía mejor,—ondeando los sombreros, y aclamándole, y llenando las calles vecinas con el estruendo de hurras<sup>b</sup> fervorosos.

Nada es más adecuado que la vida de Peter Cooper para calmar la impaciencia que ciega y trastorna a las clases trabajadoras. Nació de padres tan pobres, que a los cinco años ya ayudaba a sus padres a vender cerveza; a los diez años, era sombrerero; a los quince, trabajador en coches e inventor de máquinas para mejorarlos; a los veinte, fabricante de máquinas de cortar telas; a los 29, artesano holgado cuya mujer guisaba la comida, por lo que, como el buen Peter había de mecér al niño mientras se hacía el guiso, inventó una máquina que a la vez mecía al niño, espantaba los insectos que turbaban su sueño,

a. Martí escribió otro texto acerca de la muerte de Peter Cooper para *La Nación*, de Buenos Aires, publicado el 3 de junio de 1883.

b. En LOO: «hurrahs».

y ponía en movimiento una caja de suave música. A poco, con el producto de las máquinas que construía, mejoraba e inventaba, aunque<sup>a</sup> no había aprendido mecánica en escuela alguna, ni con maestro alguno, ni en más libro que en la observación de la naturaleza, —compró tierra en New York, y tienda de víveres; edificó casas; adquirió una vasta zona de terreno; sacó hierro de los montes; construyó hornos ciclópeos para hervirlo; echó abajo selvas enteras para calentarlos; descubrió hierros nuevos, y modo de vaciar las minas de lo alto, y por una cintura colosal en torno de la mina, enviar pendiente abajo hasta el depósito los grandes baldes cargados de mineral, que una vez vacíos, eran de nuevo empujados hacia la mina alta, por los siguientes baldes llenos, que los lanzaban de rebote monte arriba en busca de la carga nueva. Si un pantano le salía al paso, lo secaba. Si no podían las máquinas de su tiempo doblar las curvas, y saltaban en pedazos en el intento, él inventaba la caldera tubular, ponía al vapor riendas seguras, y echaba a andar por la América la primera locomotora que logró verdadero éxito. El no veía la ciencia como un libro escrito en letras mágicas, entendible sólo para los privilegiados, sino como el cúmulo de respuestas que la naturaleza daba a las preguntas del hombre tenaz. Jamás se le presentó

obstáculo físico, que no venciera con un fácil alarde de su mente, fértil en inventos. Se complacía en hacer bullir en las retortas de su gabinete elementos diversos, y a las luces fantásticas de aquel incendio de simples, que llenaban de colores de arco iris el sombrío salón, hallaba combinaciones ingeniosas, de algunas de las cuales hizo fábrica que hoy rinde a sus hijos por centenares los miles de pesos.

Pero no bien le caía un centavo en las arcas, ya andaba en busca de quien lo había menester. Miraba a los trabajadores como a propios hijos, y los llevó siempre consigo, y en su corazón, y alzados en sus brazos, a las eminencias a que le empujaron la estimación de los hombres y su cuantiosa fortuna. Jamás cerró su puerta a visitante pobre, ni dejó de ayudar a inventor en penuria, ni a honrado en escasez, ni a viuda en lágrimas; ni apartó nunca el oído de las cuestiones encrespadas que a los trabajadores interesan, ni la mano de la pluma para defenderlos.

Pero quien había ido tantas veces a las entrañas de la tierra en demanda de sus secretos, cuya posesión y aprovechamiento hacen fácil la vida y la alivian,—había de ir también, puesto en estos problemas, a sus raíces, y a la busca de fecundos remedios. No era, como otros tantos, expositores pretensiosos de los males que veía; ni como muchos más

equivocadores de la justicia con la ira, y azuzadores ciegos de un mal que no saben dirigir. No veía en la cólera un bálsamo, sino un tósigo. Por sobre todas las cosas ponía la ley del amor. Preferible le parecía retardar una solución a tomar una violenta, que a su juicio era retardar aún más la solución real. Como la vida había cedido mansamente al empuje de su voluntad y de su inteligencia, aseguró que al empuje de ambas la vida cede siempre. Y vio el remedio de los males de la clase trabajadora en el ennoblecimiento del carácter, que las disgusta de las soluciones brutales y excesivas, y en el cultivo de la inteligencia, que las hace indispensables a los demás, útiles a sí mismas y formidables. Para él, la inteligencia es la fuerza suma; y toda fuerza, por inveterado que sea su dominio, por prestigiosa que la hagan sus triunfos, por sólida que parezca a ojos que ven ligeramente,—cede—como helechos del río a las aguas incontrastables de la catarata, al empuje de la inteligencia.

Y luego ihabía él buscado en sus mocedades tantas veces en vano respuesta a sus preguntas! ise había detenido tantas veces triste ante la naturaleza muda! ihabía envidiado él tantas veces, pobre trabajador,

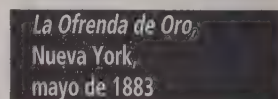
---

a. Errata en LOO: «aun que».

pobrecillo cosedor de sombreros, humilde constructor de coches, a los que en buenos libros y buenas escuelas aprendían lo que él anhelaba saber: Física, Química, Artes Industriales y Mecánicas!—ise había compadecido tantas veces a sí propio, y mirado como pobre máquina de vapor suelta en medio de magnífica comarca, mas sin rieles! ¡Hay tanta diferencia, de un trabajador ignorante, mero diente de rueda o palanca de máquina, a un trabajador inteligente,—vapor que la mueve! Su alma llena de piedad quiso ahorrar a los hombres los trabajos que él había padecido en medio de ellos:—curar heridas, sembrando amores;—librar a la generación nueva de artesanos de las acerbos angustias, de las vagas aspiraciones dolorosas y coléricas, de las zozobras y soledad que afligieron tantas veces su generosa vida! Quiso limpiar de zarzas el camino de los hombres nuevos. Y fundó, para enseñar artes y ciencias indus-

triales gratuitamente, el Instituto de Cooper. Tiene el Instituto otro nombre oficial; pero este es el nombre con que lo conoce la nación y<sup>a</sup> lo celebran por todo el Universo. Allí iba él todos los Sábados, del brazo de su hija, a sentarse entre sus discípulos, a pedir a los maestros eminentes que no perturbaran el espíritu ni cohibieran la libertad de los artesanos estudiantes con la enseñanza del propio credo religioso de él, ni con el credo de otra religión alguna: allí iba a ver qué nueva sala hacía falta; qué nueva cátedra era requerida por las necesidades nuevas del mercado industrial; qué empleo podría hallarse para los que acababan de terminar sus estudios en el Instituto, como si creyera deber suyo apartar de los labios de todos los hombres la copa amarga de la vida. ¡No en vano sentía él que su vida radiosa, como incienso que un supremo sol arrebola y matiza, ascendía al son de tier-nas músicas a los palacios de la

luz suprema! No en vano la ciudad entera rindió homenaje a este gran caballero del amor, y cantó loas entusiastas que, como brisa de alas, levantasen su espíritu a las moradas de la paz dichosa! ¡No en vano le pusieron sobre el pecho, como emblema de su vida, un lirio recién abierto; y acompañaban a pie millares de hombres y mujeres el cadáver venerado por las calles y plazas suntuosas, que parecían, con su amante sigilo y calma súbita, unir estrofa colosal al himno público! ¡Oh! ¡hombre venturoso, aquel sobre cuyo pecho, después de 93 años de vida en la tierra, se abre un lirio!



a. Falta «ción y» en LOO.

# Peter Cooper<sup>a</sup>

Nueva York,  
9 de abril de 1883

## Señor Director de *La Nación*

LAS BANDERAS están a media L<sup>a</sup>sta<sup>b</sup>,—y los corazones: Peter Cooper ha muerto. Este que deja es un pueblo de hijos. Yo no he nacido en esta tierra—ni él supo jamás de mí,—y yo lo amaba como a padre. Si lo hubiera hallado en mi camino, le hubiera besado la mano. Y cuando se abran en sus tallos frescos, al aire y a la luz de mayo, las flores aromosas de la Primavera;—no estas que crecen bajo cristales,—flores pálidas y enfermas de invierno!—cogeré en algún campo vecino un ramo de flores silvestres, y las dejaré a la puerta de la tumba donde, cual manto de ángel caído a tierra al emprender el vuelo el dueño alado, yace el cuerpo del anciano amoroso.—Y murió, y los que le conocían bien, con aplauso de toda la ciudad, le pusieron un lirio sobre el pecho: así fue a la tumba: ¡oh pecho maravilloso aquel en que, tras de noventa y tres años de

vida de la tierra, se abre un lirio!—La vida es ahora como la batalla de un mancebo vestido de túnica blanca, que con las manos febriles debátase en medio de la noche porque no manchen con sus mordidas su alba túnica ejércitos de fieras rastreras, y satánicas, que le asaltan por todos los recodos del camino, arrastrando los vientres pesados; iluminando, con la llamarada siniestra de los ojos, sus rostros humanos; destilando los dientes azuzados—famélicos de túnicas—licor fangoso. Póstrase la tierra con justicia a ver morir a un hombre que ha sacado la túnica inmaculada<sup>c</sup> de su paso por el ejército de fieras.

Amó, fundó, consoló. Practicó el Evangelio humano. Puso paz en los corazones rencorosos, pan en las manos tendidas, alimento en las inteligencias avarientas, dignidad en la vida, ventura en sí, y gloria en su pueblo. Deja un colegio donde aprenden dos mil artesanos, donde leen,—con lo que se apaciguan,—millares de hombres; ¡pues no hay altar en Catedral alguna que levante a su santo más alto que a Peter Cooper levanta este colegio!

Durante su vida cavó la tierra, desmontó bosques, zurció telas, inventó máquinas de cortarlas, máquinas para hacer tranquilo el sueño de los niños, para vaciar las minas, para navegar los canales, para enfrenar el vapor, antes de él rebelde, como colérico de verse preso. La tierra, como pródiga madre, le abrió su seno. Hirvió metales, que es ejercicio que da singular fuerza: parece que en las hornallas bullen mundos nuevos: el resplandor de estos hornos da a los hombres aspecto de dioses.

Vivió serenamente, porque vivió sin pecado. Su esposa no fue para él, como otras esposas, amazona impía que lleva mal al caballo de la brida,—sino ala.—Era tan tierno que parecía débil; pero tenía esa magnífica energía de los hombres tiernos. Lloraba de oír a un niño; pero echaba a andar por las selvas la primera locomotora que cruzó con éxito tierras de América; y

a. Acerca de la muerte de Peter Cooper, Martí publicó otro texto en *La Ofrenda de Oro*, de Nueva York, en mayo de 1883.

b. En LN: «hasta».

c. En LN: «inmaculada».



de hacer, con su arte de sombrero, un gorro a una anciana vecina, se levantaba para dibujar con mano firme una máquina de avasallar y utilizar el poder de las mareas.

Fue cincuenta y dos veces, y no más, a la escuela. Y cada año, de la escuela que él fundó, salen centenares de hombres y mujeres, preparados de arte y de ciencia, como de escudos, para la batalla de la vida. Sus padres fueron míseros. A los 5 años, Peter Cooper ayudaba a su padre a vender cerveza. A los 10, ya hacía sombreros; a los 15, cuando quería zapatos, se hacía con sus propias manos la horma, y el zapato luego; a poco hacía coches, y ahorros, que daba a su padre en penuria. Con la guerra inglesa, se ve la nación pobre de vestidos, y de máquinas de cortarlos, y él las fabrica—el pobre cervecerrillo! Con lo que le dan las máquinas, y a pesar de cuanto él da, porque vivía de darse, —viene a New York a vender especias,—frente a donde hoy, con su generoso Instituto rescata almas; y edifica; compra fábricas; inventa sustancias de comercio; seca pantanos, vacía arenales, rompe montes, sustenta a miles de hombres, descubre cuanto ha menester, doma cuanto le sale al paso, levanta colosales fábricas de hierro, abandona cuanto inventa a que otros lo gocen, da a sus hijos sus bienes, y se crea otros, crece como los mares.—¡Y siempre tiene tendidas las

manos patriarcales y serenas sobre las cabezas atormentadas de los hombres!

Para Peter Cooper, no era un mérito hacer el bien, sino un crimen dejar de hacerlo. Hubiera temblado de espanto, como si sobre él fuera a descargarse mano tremenda y monstruosa, el día en que no hubiese hecho una buena acción. Creía que la vida humana es un sacerdocio, y el bienestar egoísta una apostasia. No se encaró a Dios, airado de sentirlo y de no verlo, ni volvió el puño al cielo desdeñoso; sino que vivió mansamente, como quien entrevé deleites sumos; y fue venturoso, porque conoció el objeto de la vida. Sólo una llave abre las puertas de la felicidad: Amor. No sufre quien ama, aun cuando sufre, porque del alma a quien devora el amor a los hombres, surgen como de una copa de incienso que se quema, aromas embriagadores. El vio que el mayor goce viene de hacer bien, y la mayor tortura de no poder hacerlo; que el dolor puro nutre, pero que el impuro o mezquino, cual la mayor suma de los dolores humanos, azota el alma, como los manojos de alambres erizados—los ijares de los caballos enloquecidos en las carreras bárbaras del carnaval de Roma.

Y él vio que quien se encierra en sí, vive con leones: y quien se saca de sí, y se da a los otros, vive entre palomas. Y si le hincan los malvados el diente

colérico, él no siente dolor de ser mordido, sino de que haya aún un diente que muerda. Y apoyará la mano en la frente del mordedor, y le mirará en los ojos de tan tierna manera, que el mordedor vencido sacará al cabo los dientes de la herida.

En suma, Peter Cooper vivió seguro de una existencia posterior, cuyos albores le inundaban ya de luz. Jamás placer alguno de la tierra, ni música de orquesta alguna, le pareció comparable a aquella música y gozos de su espíritu. «¿Por qué me dais este título de Doctor en Leyes?» dijo una vez al cancelar que le traía las letras latinas en el honroso pergamino con que la universidad premiaba a aquel que tan alto grado tuvo en la Universidad de la Naturaleza. «Si me lo dais porque he predicado el modo de ser venturoso, que es ser bueno; porque pruebo con mi larga vida que dar fuerzas a los demás robustece las propias; porque voy enseñando con mis canas limpias y mis mejillas aún rosadas, que quien se alimenta de ideas jóvenes, vive siempre joven; porque propago que la ciencia no es caperuza de dómine, ni misterio de iniciados, ni privilegio de los aristócratas de la mente, sino el medio único que tiene el hombre de explicarse<sup>a</sup> las leyes de la vida; —dad-

a. En LN: «explicarse».

me acá vuestro generoso pergamino, por más que no sea yo caballero de escuela, y todo ese latín esté para mí en griego». ¡Y ya tenía quien así hablaba 90 años!

Nunca fue fuerte de cuerpo, lo cual no precisa, siéndolo de alma. Jamás se detuvo en un intento, sino hasta hallarlo, y acudir a otro. A cada maravilla de fuerza en la naturaleza, oponía otra maravilla de fuerza mental. Su mano, como el sol los huevos de los peces, calentaba invenciones. Aquello sobre que él ponía mano, salía mejorado. En sus años de pan duro y mesa de pino, como que su mujer atendía al guiso, él había de mecer mientras tanto en la cuna al pequeñuelo; y se saca de la mente fértil una maquinilla que a la par mecía la cuna, espantaba las moscas, y ponía en son una caja de música. Le hacen comprar un gran trozo de costa, en que todos ven ruina; pero él lo fecunda. Llevaría bien un ferrocarril los minerales del terreno, pero están aquellas regiones selvosas muy llenas de vueltas, y las máquinas de entonces, cual cocodrilos de hierro, vuelven mal las curvas: él se entra por las paredes de la máquina, rehace sus entrañas, crea la caldera tubular, y echa a andar por América la primera locomotora. El pueblo paga muy caro, como que le vienen en ferrocarril, los frutos que podría comprar a menor precio si le vinieran por canales;

más los caballos tiran muy lentamente desde las orillas las balsas que traen los frutos canal arriba: él imagina un sistema ciclópeo de cadenas, que corren por las orillas del canal, y hacen andar a las embarcaciones una milla en seis minutos. De una mina muy alta necesita llevar, por riscosa pendiente, el mineral a lejano depósito: ni se sabe cómo irán los baldes cargados del mineral, ni cómo volverán los vacíos;—mas él crea un aparato circular, que tira por sobre la pendiente, y mide tres millas: llena en la mina los baldes, que por su propio peso ruedan sobre el aparato monte abajo, a la par que empujados por los que nuevamente despiden llenos de la cima, los ya vacíos ligeros vuelven de rechazo cuesta arriba. Oye que Turquía sofoca y tiñe de sangre a Grecia: ¿qué tiene el alarde de independencia de los pueblos que trueca en apóstoles a los mismos malvados, y en leones devastadores a las palomas? Peter Cooper se sienta a maquinar un aparato de destruir, un torpedo, que se guiará desde la orilla, por muy luengos alambres, como por las riendas un caballo, y de un choque hará trizas un barco mahometano—. Piensa que fuera bueno —porque no extinga<sup>a</sup> el fuego de las maderas el ara donde ha de estar encendido el del espíritu— fabricar a prueba de fuego el Instituto de Artes y Ciencias y gasta \$ 75 000 en ma-

quinaria preparatoria para producir vigas de hierro. Y las produce. Se mira a veces como un Satán del bien. Cuando vence a una fuerza maligna de la naturaleza, se le esparce por los anchos labios sonrisa llena de malicia angélica—. Gusta de encerrarse a solas entre retortas y sopletes. No busca el oro, pues que lo tiene en sí; sino el medio de arrebatarse un secreto a la naturaleza, después de lo cual ríe alegremente, como jugador satisfecho que ha ganado una difícil partida, o niño que halla al cabo el juego que le tenía escondido su madre. Busca el modo de producir a poco costo sustancias caras, para que el pobre goce de ellas, que es su amigo. Está siempre sentado entre sus trabajadores, preguntándoles si quieren más salario, o si la labor les fatiga mucho, o qué quieren que él haga para que ellos sufran menos, mas en su torno nadie sufre. Cuanto su genio le produce, su mano lo vierte sobre la almohada de los infortunados. Cada centavo que ganaba le parecía un deber deb<sup>b</sup> darlo. Se veía como el administrador de su riqueza, y no como su dueño. A cada buena ventura en los negocios, añadía a su Instituto una buena sala. Millones le traía su industria, millones de-

a. En LN: «extinga».

b. Así en LN.

volvía su caridad. Y calladamente, y sin que nunca permitiera premio fastuoso, ni formal reconocimiento, ni alabanza pública. Él está a la cabeza de toda grande empresa; por él se mejora el telégrafo, por él, que al ver el cable una y otra vez roto no desmaya y anticipa cuantiosísima suma, se tiende al fin el cable. Él está en sus asuntos privados y en su Escuela, que vela todos los días, y en los asuntos públicos. No le preguntéis si tiene hijos, que os dirá que lo son todos los trabajadores. Él lleva sus llagas en el pecho, él ruega a los acaudalados que sean piedadosos, él pide a los descontentos que sean pacientes, y se les da en muestra y les enseña todos los tesoros, que como cintas mágicas de sombrero de prestidigitador, han surgido de aquel pobre gorriño que cosió en sus mocedades para la anciana vecina. Él no cree en la eficacia de la ira, sino en la de la ciencia. Él predica que la ignorancia llega a veces a hacer aborrecible la justicia. Él les anuncia que no hay pujanza que resista a la inteligencia humana cultivada. De la armonía de todas las leyes conocidas, y de la imperfección y brutal rudeza de la actual vida humana, infiérese que el hombre no vislumbra todavía las reglas suaves y amplias de la vida, y que la tierra guarda con exceso bienes holgados con que aquietar los deseos de todos los que la habitan. Es-

tudiar las fuerzas de la naturaleza, y aprender a manejarlas, es la manera más derecha de resolver los problemas sociales. El comercio intelectual ennoblece. El hombre ignorante no ha empezado a ser hombre. El hombre lleva todas sus espadas y todas sus lanzas en la frente.

Pero a Peter Cooper no bastaba aliviar, sino redimir. La beneficencia es un narcótico: mas no efectiva medicina. Seca las lágrimas en el rostro; pero no seca la fuente de las lágrimas. Y Peter Cooper, que había comenzado con los pies descalzos la jornada lacrimosa, quiso fortalecer los pies de los hombres para la jornada. ¿De qué vale aprender en las escuelas palabras cuyo sentido no se entiende, números cuyas combinaciones caprichosas huelgan en la mente cual en caja de médico dislocados y fríos huesos, y estos o aquellos límites geográficos, que una ala de la memoria trae al cerebro, y otra ala se lleva? ¡Pues sacad a los desventurados de esas urnas de vida—que tales debieran ser las escuelas,—y ved si con esas adargas y con esos escudos puede librar bien la batalla! Viven los hombres de mero azar, y de la bondad de otros, y de crearse por sí laboriosamente en la época mayor, lo que en la menor de preparación debieran haber aprendido sin labor alguna. Puesto que a vivir viene el hombre, la educación ha de

prepararlo para vivir. En la escuela se ha de aprender el manejo de las fuerzas con que en la vida se ha de luchar. Escuelas no debería decirse, sino talleres. Y la pluma debía manejarse por la tarde en las escuelas; pero por la mañana, la azada.

Así Peter Cooper, que anheló aprender y no tuvo dónde—imaginó, cuando ya le iban contados los sesenta y cuatro años de su hermosa vida,—abrir casa de industrias, artes y ciencias, a los que han de vivir de la labor que las requiere. ¿No enseñaréis a cabalgar al que ha de ser jinete del desierto? Pues enseñad la Tierra, la Tierra viva, múltiple y palpitante, al que ha de vivir en ella y de ella! Alzáronse los arcos solemnes; tendiéronse los pavimentos espaciosos; pobláronse de millares de libros los anaqueles; sentáronse eminentes maestros en las cátedras; abriéronse de par en par las puertas; y entráronse por ellas, como por aguas de río de redención, los trabajadores incultos: ¡allá van unos, a la cátedra de Química! ¡Allá van otros, a la de Grabado en madera, a la de Fotografía, a la de Dibujo práctico e industrial, a la de Mecánica! Juntos vienen en la bulliciosa muchedumbre hombres y mujeres, que en la noble casa aprenden artes de

a. En LN: «del».

vida, y toman de ellas grado a fin de año; y salen—puesta la mano en las riendas de la Fortuna,—a servir en el empleo que la casa misma a veces proporciona! Entrad: ¡qué silencio! Dos mil hombres leen. Seguid: ¡qué hermosura! Trescientos jóvenes estudian. Y mirad por estos vastos corredores, y magníficas salas: hierven grupos que esperan a los maestros del Instituto que vendrán a explicarles<sup>a</sup> cómo se manejan tales instrumentos, o dirigen tales aparatos, o se mueven las fuerzas sociales, o se almacena y radifica la electricidad, o como Peter Cooper quiere que se diga que<sup>b</sup> la única religión digna de los hombres es aquella que no excluye<sup>c</sup> a hombre alguno de su seno.

Y ya ha muerto! ya ha muerto! Ya no vendrá, como tenía de uso, cada sábado, apoyado en el brazo de su hija, a visitar a su Instituto amado. Ya no verán sus ojos aquella juvenil muchedumbre agradecida, que le aguardaba al pie de las escaleras, y lo atajaba por las calles, y llenaba los vientos de sus

hurras, y ondeaba frenéticamente en su aplauso los sombreros. Ya no se apartarán para dejar pasar su coche, y saludarlo con respeto, las gentes recias y poco ceremoniosas que guían carruajes y carros de carga. Ya no le esperarán seguros de la dádiva, como lo esperaban cada día y se colgaban a la portezuela de su coche, racimos de pobres. Ya no bajará en día pleno, de su carruaje viejo y agrietado, y ayudará a su cochero con sus manos de 93 años, que han amasado millones, a coser con una aguja de palo y un cordel una correa rota, ni desde el estribo de su carruaje hablará ya más, como aquel día, a la multitud que se ha congregado conmovida para verlo, y que a altísimas y prolongadas voces aclama a su sencillo bienhechor!

La ciudad entera ha ido tras su féretro. Alrededor de la iglesia en que yacía, apiñábase, bajo la lluvia, muchedumbre tan grande que parecía como si quisiese llevarse sobre sus

hombros a la iglesia. En seis horas, vieron al anciano muerto 15 000 neoyorquinos.

El templo era un cesto de flores, las calles una alfombra de cabezas descubiertas. Senado, Cámara, Municipios, Cuerpos de Comercio, todos han anunciado su luto, lo han proclamado padre de la nación, y llevan cinta negra al brazo.

En las casas, al oír su nombre pónense depie hombres y mujeres y niños,—y sirvientes. Y en las ventanas al ver pasar su féretro,—por delicado y nunca visto homenaje,—se quitaban sus sombreros de colores y de plumas las mujeres!

José Martí

*La Nación*  
Buenos Aires,  
3 de junio de 1883

[Fotocopia en CEM]

- 
- a. En LN: «explicarles».
  - b. Se añade esta palabra.
  - c. En LN: «escluye».



## 37

## Carta de Martí

Primavera.-El centenario de Washington Irving.-  
La obra de Irving.-Cosas de hace cien años.-  
Un centenario histórico.-Newburgh en regocijo.-  
Washington.-La agitación irlandesa.-Los irlandeses  
en los Estados Unidos.-Parlamento irlandés.-  
En Filadelfia.-Sensatos e insensatos.-La guerra  
de explosión.-Suma de historia actual.-Pánico  
en Londres.-Indignación en Nueva York.-Caso  
internacional.-Nueva Liga Irlandesa.-  
La madre de Parnell.

Nueva York,  
1º de mayo de 1883<sup>a</sup>.

Señor Director de  
*La Nación*

ESTE ES MES apacible. A los calentadores de vapor suceden las fuentes; como enfermos a quienes retorna la salud, se cubren de delgados hilos verdes las ramas de los sauces; no plumas opulentas, sino ligeras y gallardas motas de seda adornan los sombreros de las damas; salen de sus prisiones de cristal los perfumosos jazmines de la Arabia y las pálidas hortensias; las mañanas parecen arpas; se llenan de oro las arcas

del alma;—es Primavera!—Sonríen los infelices, los ancianos se vergüen, y los niños triscan.

Ni ha habido en los sucesos del país vientos de invierno. Con las crudezas del frío, se adormecen las iras que él agrava. Ya no es miseria, sino salud, para los hijos de los pobres andar con los pies desnudos por sobre las aceras; ya se entra de la calle, por las ventanas abiertas, coloreando flores y animando vidas, el aire nuevo, y los enfermos bendicen a la Providencia, que adormece con el aroma de sus flores a la muerte avara.

De un hombre primaveral celebraron a los comienzos del mes el Centenario. Algunos vi-

ven como aquel Koboldt<sup>135</sup> travieso y diabólico de la fábula alemana, con un cuchillo clavado en el costado; otros viven, como Washington Irving,<sup>136</sup> sentados en divanes. Para unos, el genio es diente que clava, ahonda y desgarrar,—diente famélico: para otros, el genio es el beso de una perpetua Margarita, que no ha matado nunca a su hijo.<sup>137</sup>

Washington Irving nació de casa hidalga, que ilustró con la señorial llaneza, patriarcal majestad y fecunda y amena imaginación que hermosan su vida. Tuvo pesares como hormigas, y gozos como montes. De abogado, perdió pleitos; de mercader, perdió onzas; pero aquéllos y éstas ganó en caudales con los hijos risueños y bien nacidos de su ingenio, ya el retozón *Jalmagundi*, famoso periódico de reír en que sacó a burlas, y mantuvo en risas, la que era—en aquellas edades,—aldea de gente buena y avisada, más que ciudad de Nueva York,—ya la vida de Washington, que se lee por todos los ámbitos en que

a. Se añade «de 1883».

resuenan palabras humanas,—y que resplandece como el héroe que pinta. Algunos hombres dejan tras de sí caudas de fuego, y rota la tierra, y hecatombes hirviendo:—de otros brota luz de luna.

Este centenario de Washington Irving, que han celebrado con amor las gentes de letras y las de las cercanías de la histórica casa en que palidiecieron las flores de su fantasía y la de su vida, ha sido el centenario de la independencia de la Literatura Americana.

Como en sermones, malos romances y reales pragmáticas aprendíamos a leer los colonos de la tierra hispana, los de esta soltaban los ojos enamorados siempre de las maravillas, detrás de los pasmosos caballeros del Rey Arturo, o los melosos madrigales, o los amadores de novela que entretenían el ocio inglés.

Y Washington Irving sacudió con mano robusta el árbol patrio, cuajado de frutas, y en bandeja de labor de Europa, recamada de esmaltes de Persia y embutidos arábigos, ofreció al paladar cansado de Inglaterra y al ansioso de América, las frutas nuevas.

Por lo que tiene color heroico y tono primaveral, como quien ve con ojos claros lo no visto, o huella con pie desnudo de calzados de ciudad la selva virgen, o aparta bravamente los cristales de varios colores que para mirar la naturaleza le ofrecen los hombres, y los echa a

todos en tierra de un revés, y mira por sí.

Como que tuvo alma vehementemente y sensible, la dio a sus creaciones: sólo va al alma lo que nace del alma. Y como que sobre ser culto y rendido galán de la hermosura, que refleja en los que la aman, fue feliz, no saltaba su estilo de su pluma, pulido como acero de batalla, o abollado como casco de combatiente, o roto en trizas, sino límpido, como un amor dichoso.

La frase coloreada y opulenta, como mañana de bosque continental a sol tranquilo, imponía majestad, y se deshacía en colores.

Le encomiendan que descifre en archivos de España pergaminos roídos, y escribe la «Vida de Cristóbal Colón», con que el hombre de una nación salvó, por su calor humano y compenetración con lo grandioso, los lindes de su patria y los de la Fama. Ve por entre los sutiles encajes de piedra del balcón de Lindaraja, surgir a los clamores de la mente, que la quieren viva, aquella egregia mora, como toda hermosura, urna de vida; y cual si el viento del desierto, que arrebatara por sobre el lomo de los camellos ondas de arenas de oro, batiese súbitamente su frente maciza de hombre norteño, escribe los encomios de la Alhambra, y sus sueños de moros y de moras, como si no<sup>a</sup> fuese de acero inglés, sino de ave del Paraíso, la pluma del poeta.

Nació Washington Irving en tiempos buenos<sup>b</sup>:—cuando nacía la libertad. Sus pañales fueron los de la República, y en la frente del niño recién nacido dieron los aires frescos de aquel pueblo nuevo.

Por esto se celebrarán a poca distancia, el centenario de Washington Irving en «Sunnyside»—del lado del sol—como él llamó a la vasta casa que le dio techo en sus postrimerías, —y el centenario de aquel día de gozos, en que todos los menestrales vistieron su mejor calzón de cuero y su chupilla roja, y no hubo barbilindo que no sacase a la luz su gran chupa de paño, de puños colgantes, ribeteados de plomo, porque Washington proclamó en Newburgh que cesaban las hostilidades entre los ingleses acorralados y los colonos vencedores.

No abrieron aquel día los correos curiosos, como tenían de uso en sus monótonas jornadas, las cartas que llevaban por los rudos caminos a las ciudades ansiosas la buena noticia; ni en aquellos graves *porches*, rodeados de asientos de madera, en que los hijos de los sencillos fundadores se juntaban, a la caída de la tarde, a discutir con los «hermanos legos» pasajes de las Escrituras.

a. Se añade esta palabra.

b. Desde aquí hasta «en Newburg» en el párrafo siguiente, no aparece en el *Mf*. Se sigue la lección de *OC*, t. 9, p. 403.

ras, o a poner coto a las compañías de pequeñuelos que andaban en riña por sobre cuál había llevado cestos más lindos a coger fresas se habló aquella tarde de los matrimonios cercanos de los niños y niñas de esta o aquella compañía, ni del tiempo lejano, en que las vacas de la ciudad se volvían solas, a las campanas de la tarde, del prado común; ni de aquellos santos solterones, que vivían ejemplarmente, daban consejos bíblicos para esta vida, y se reunían, jubilosos como mancebos, a hablar de las venturas de la otra: sino que fue toda ciudad donde se supo la noticia collar de luces y asta cuajada de banderas.

Todavía se levanta testigo recio y venerado de aquellas pláticas, usos y emociones de

hace cien años, la casa legendaria, asiento un día de aquel hombre magnánimo que tuvo siempre su alma en paz en medio de los furores de la guerra. ¡No es grande el que se deja arrebatar por la vida, sino el que la doma! ¡no el que va, palpitante y rugiente, por donde sus pasiones, o las ajenas, lo empujan, sino el que clava los pies en medio de la vía, y enfrena a los demás, y a sí propio y ve —como por sobre dosel— por sus pasiones domadas!

¡Y este Newburgh de ahora parecía estar oyendo aquellas sabias palabras, que como agua serena de próspera fuente caían siempre de los labios de Washington! ¡Decid que está enfermo de muerte el pueblo que no cultiva filialmente los laureles que dan sombra a la tumba

de sus héroes! El que no sabe honrar a los grandes no es digno de descender de ellos. Honrar héroes, los hace.

Todo fue fiesta el pueblo y el campo vecino: toda ventana, pabellón; todo brazo de hierro, lámpara de colores; y el aire, de tantos fuegos artificiales, danza de estrellas. Y en los banquetes, cien años después del día glorioso, todas las copas hervían llenas, y se vaciaban al son de himnos en honor de Washington!

(Concluirá)

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
16 de junio de 1883

[Mf. en CEM]

## 38

## Carta de Martí

Primavera.-El centenario de Washington Irving.-  
La obra de Irving.-Cosas de hace cien años.-  
Un centenario histórico.-Newburgh en regocijo.-  
Washington.-La agitación irlandesa.-Los irlandeses  
en los Estados Unidos.-Parlamento irlandés.-En  
Filadelfia.-Sensatos e insensatos.-La guerra  
de explosión.-Suma de historia actual.-Pánico  
en Londres.-Indignación en Nueva York.-Caso  
internacional.-Nueva Liga Irlandesa.-La madre  
de Parnell.

*(Conclusión: véase el número anterior)*

**A**SÍ CELEBRAN ahora el nacimiento de este pueblo, —mientras, presididos por el busto del héroe sereno, se juntan en Philadelphia, dando ejemplo a los pueblos cobardes, que tienen regados por la tierra, avergonzados de no poder ser libre, sus hijos silenciosos y macilentos,—centenares de diputados irlandeses, venidos, como en elección parlamentaria, en nombre de las populosas comunidades de los hijos de Irlanda, que pululan en los Estados Unidos,—para mostrarse a Inglaterra todos juntos, tendidas las manos repletas de oro que el trabajo amontonó en sus

arcas, para ayudar, con el calor de su palabra, con las arremetidas de sus hombros, con sus anatemas fustigantes, con sus cuotas cuantiosísimas y permanentes a los indómitos y cuerdos caudillos, que a los lados de Parnell, se han cruzado de brazos, pálidos y resueltos, ante el león británico.

Encadenó Inglaterra a Irlanda; —y ahora, por súbito castigo, se ha trocado en melena de cadenas la cabellera con cuyas sacudidas solió poner espanto al orbe. Pueblo que ata a sí pueblos esclavos, vivirá perpetuamente atado a sus esclavos, y no podrá vivir por sí, sino muriendo, y dando en tierra a cada sacudida de los pueblos sier-

vos, hasta que las fuerzas se le postren, o las ligaduras salten.

Toda Inglaterra tiembla. El dolor, que engendra hijos gloriosos, engendra, en sus horas de locura, fanáticos y abortos. Con cada virtud que luce, se encienden todos los vicios que la combaten. Con cada esperanza que alborea, rompen la sombra todos los obstáculos que pueden ahogarla. Parece la vida una caza perpetua, fatigosa, implacable, frenética, de las virtudes que desmayan y la trailla de satanes diputados a estorbar su triunfo.

Quando la tierra irlandesa, reposada ya del esfuerzo en que dio a luz a O'Connell,<sup>138</sup> calentó en una parvada de jóvenes ilustres los fuegos de la elocuencia, y el hambre de libertad, y envió a sus nuevos prohombres al Parlamento inglés, a recabar leyes benévolas, o a mostrar a un dueño tiránico cómo puede un esclavo impaciente turbar el sueño a su señor,—al calor de los gloriosos jóvenes, que quieren que en la petición de sus derechos se prepare su pueblo ignorante para gozarlos, y no fían en revuelta de armas hasta que no sea completa la de las volunta-



des,—se levantaron sectas múltiples de aquel lado del mar y de éste, y retoñaron, mas ya desasidas de su árbol, un día corpulento, las ramas fenianas.

A la vez que los apuestos lidiadores ganaban increíbles batallas en el parlamento, y los radicales de Inglaterra temerosos de los frutos preñados de sangre que da el odio—favorecían las bravas tentativas, las tercas contiendas, los fríos contrastables, las embestidas robustas de los mantenedores de la reforma agraria de Irlanda, y la devolución del hombre a sí,—se templaba en la fragua encendida el acero que había de dar muerte al gobernante liberal que a los irlandeses enviaba Inglaterra.

Y cuando, merced<sup>a</sup> a la suprema dueñez de sí que avalora el carácter férreo del jefe de los reformadores, Carlos Parnell, parecía con su lealtad decorosa y su ejemplar prudencia haber reconquistado para Irlanda aquellas simpatías fervientes que la abandonaron de súbito cuando vieron su mano teñida de sangre, salta hecho añicos un muro del palacio en Londres, vocéase que sordos trabajadores serpean, cargados de dinamita, por las entrañas de la ciudad, descúbrense en los umbrales del parlamento y de edificios notables bultos mortíferos, que hubieran dado en tierra con palacios y abadías,—y sorpréndese, en el fondo de una casa, cuya muestra reza que allí venden papeles de entapizar, a un puñado de hom-

bres altivos y sombríos, que, manchado el rostro de la greda que impide la explosión<sup>b</sup>, y las fatídicas manos llenas de la nitroglicerina que con la greda deja hecha la dinamita, amasaban sin miedo y sin remordimiento, como guerrero necesitado que hace pólvora, las armas de la nueva guerra.

Al aspecto de la muerte, se levanta, como un reflejo suyo, la traición:—no habían dormido aún en la almohada de la cárcel, y ya tocaban a la puerta de los fiscales las denuncias.

Las revelaciones pasman. Los asombros hormigean. Un ejército entero puebla a Londres. Las sombras parecen haber vaciado sobre Inglaterra todos sus hijos.—Cada hora revela un riesgo nuevo. No de Irlanda pobre, sino de los irlandeses ricos,—y de todos los irlandeses:—de los Estados Unidos vienen esos caudales que acallan el hambre de los campesinos expulsados de sus chozas, mantienen en viajes escuadrones de agentes, y sustentan la fábrica sombría, donde se elaboran los medios de destruir en una noche colosal a Londres.

Esto dicen los diarios, repiten los diputados, proclama toda la ciudad. Cuentan de un club de Invencibles, que cree que el puñal es arma lícita, y la grieta del innoble acechador, cuna digna de la Libertad! —Cuentan de los diarios irlandeses que en los Estados Unidos publican los abogados de la guerra por la dinamita, para la

cual celebran juntas, entonan loas, distribuyen soldados, acumulan públicamente fondos!

Vuela odiado el nombre de O'Donovan Rossa, feniano famoso un tiempo, cabeza ahora de los guerrilleros irlandeses, capitán de gente burda, que se hace amar de ella, y mueve con grande arte sus pasiones, en tanto que con áspera lengua, hablando a un noticiero de periódico, declara que hace bien a los hombres quien abrevia las guerras, y a su pueblo quien espanta y aloca al enemigo de su pueblo, y anuncia, frente al pasaporte de destierro que le cerró las puertas de la patria, que a esta declaración de guerra a él, responde él declarando la guerra a la Gran Bretaña.

Dicen por todo Londres que los temibles miembros del Clan-na-gael<sup>139</sup> tienen jurada la independencia de los irlandeses;—que están repletas las bolsas de las asociaciones de Irlanda en los Estados Unidos, empeñados en la nueva guerra inicua; que gran parte del pueblo irlandés que ha hallado asilo en América, favorece los planes odiosos de los que creen que escribe bien el acta de nacimiento de un pueblo un puñal tinto en sangre, y que Irlanda se levantará sin pecado y con gloria de un haz terrífico de ruinas y cadáveres.

a. En LN: «mered».

b. En LN: «explosión».

No se habla, pues, en New York, ni de Salvini,<sup>140</sup> que aterra; ni de la Patti, a cuya voz, mudos de asombro, y bañados de lágrimas, sienten plegarse sus almas los hombres, como alas de ave, o abrirse, como cáliz de flor; ni de la Langtry, mujer de armoniosísima belleza, cuyas miradas profundas, ansiosas, abrasantes, hacen pensar en el beso de fuego de un arcángel; ni de la Nilsson,<sup>141</sup> cuya voz se eleva, como un halcón canoro, en busca de aves ignoradas. Se habla sólo del Club de la Esmeralda, del que cuentan que envió a Inglaterra doctores y hombres de amasar a la fábrica de dinamita; se habla de salas tétricas donde conciertan asesinatos y explosiones grupos de irlandeses fanáticos; se habla de O'Donovan Rossa, de quien dicen que sabe en qué mano están juntas las riendas que guían a estos poderes de la sombra.

Oyense de todas partes, como puñados de cieno que buscan rostro, anatemas enérgicos a estos recursos bárbaros: léese con extrañeza el artículo de cabeza del diario de la amena vida social, de Nueva York, el cual artículo, en lengua muy culta, mantiene que de la agitación de la dinamita y de su uso, quedará luego mayor respeto de las abusadas de los hombres a sus abusados, sin que deba ser visto hoy el nuevo agente de guerra sino

como la pólvora de los desheredados, y el medio único que un pueblo oprimido tiene para hacer temblar a su opresor poderoso.

Niegan a una todos los diarios,—aunque encendidos en ira contra los conspiradores,—el derecho de Inglaterra de exigir a los Estados Unidos mayor acción en contra de los irlandeses que desde América alientan la guerra de explosión, que la que Inglaterra se decidió a ejercer a pesar del clamor urgente de toda Europa, contra Simón Bernard, cómplice de Orsini.

Y como para sofocar la indignación americana y arrancar de los brazos de los fanáticos que la ahogan a la patria, reúnen, con gran alarde y en número cuantioso, en Philadelphia, los delegados de las innumerables asociaciones irlandesas de los Estados Unidos, para decir en alto, y a todos los vientos del orbe, que la Libertad no es hija del crimen, que los patriotas irlandeses repudian a los que amasan con barro armas de muerte en la tiniebla, que los fanáticos no son el cuerpo de ejército de la Reforma, sino sus buitres, y que en centenares de miles, y con todo el fervor, y los ahorros todos de ellos, la Liga Agraria Irlandesa<sup>142</sup> de los Estados Unidos, y cuantas sociedades se le asemejan, se convierten espontáneamente en una sola formi-

dable asociación, que acepta en su gobierno y objetos las declaraciones de la Liga nacional Irlandesa que acaudilla en su patria Carlos Parnell, con el propósito de arrancar al Parlamento inglés, por vías legítimas y jamás penables, el alivio del hambre, la distribución justa de la tierra, y la gerencia de los negocios propios, sin lo que no calma sus cóleras Irlanda.—Y ved toda esa imponente cohorte de hombres! Se apasionan, se increpan, se abrazan, se atacan: cubren de aplausos ensordecedores los nombres de los caudillos de la Reforma Agraria; y cuando sube a la plataforma de la Presidencia de la Convención, débil, vestida de negro, la madre de Parnell con el luto de su hija Fanny, que dio el cuerpo a la tierra y el alma a Irlanda,—humillan las iras, pónense en pie los diputados, arrancan para enviárselas las flores que decoran el salón, prorrumpan en unánime hurra,<sup>a</sup> mientras que ella se desata en lágrimas.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
17 de junio de 1883

[Mf. en CEM]

a. En LN: «hurrah».

## Cartas de Martí

La nueva Liga Irlandesa.-Primavera.-Partida de actores.-Los chinos y el opio.-El morfinismo de las elegantes.-Las policías voluntarias y los periodistas.-Irlandeses contra chinos.-La vida yanqui.-Sucesos del mes.-Rápida enumeración.-La nueva Ley de Empleos.-El puente de Brooklyn.

Nueva York,  
14 de mayo de 1883

Señor Director de  
*La Nación*

ESTÁ IRLANDA de gozo, porque sus hijos prósperos, que en centenares de miles pueblan los Estados Unidos, cruzado el pecho de la banda verde, y puesta la mano generosa en la llave de las arcas, han jurado en la Convención de Filadelfia a la madre de Parnell que coronaba, al son del arpa de Erin, de grandes rosas el busto de Washington, unirse en masa a la admirable y sagaz Liga Irlandesa.-David que ha puesto el guijarro en medio de la frente del Goliat británico.

Naturaleza está de risas, y todo es viola, lirio y margarita; y en los rostros, alegría; y en

los campos, fresas. Los muelles, llenos de fervorosos caballeros que abrazan a Salvini, que se embarca; a la Nilsson, cargada de honores presidenciales, vía de Europa; a la Patti, que no debiera irse nunca, ¡y se va! Están de huelga los cigarreros; de plácemes, los reformadores; de sosiego, que no es más que velada de armas, los políticos; de mala hora, los chinos infectos, a quienes sus mismos compatriotas honrados persiguen, porque saben de artes abominables y espantosas, y de humos de yerba, y opio hediondo, que llenan el espíritu de miasmas, los ojos de miradas lodosas, las manos de temblores.

Y se sabe que dan dulces de opio a las niñas, que al cabo gustan de ellos, y van a pedirlos, hasta que caen como flores en fango, en torno de una pipa

que nunca se apaga, sobre la tarima del tétrico garito. Y la policía, que sabe de cerrar los ojos, y de volver la espalda, y padece de gota serena, porque tiene los ojos abiertos y no ve, deja el garito encendido, las niñas ebrias, y rico y libre al chino mefítico:—pero gallardos mozos de las cercanías del barrio oscuro, donde es fama que, camino de las cuevas de opio, bajan de ricos coches suntuosas mujeres, se han puesto detrás de un cura católico que los excita a cegar la fuente de veneno recién abierta; y en la callejuela nauseabunda donde gran número de chinos viven, no hay esquina sin patrulla de policía voluntaria, ni chino a cuyos talones no vaya atado un periodista.

¡Oh, el periódico! ilente inmensa, que en este siglo levanta y refleja con certidumbre benéfica e implacable las sinuosidades lóbregas, las miserias desnudas, las grandezas humildes, las cumbres resplandecientes de la vida! Cazadores están pareciendo ahora los periodistas: azuzan a los policías de ojos perezosos, los encarnecen, los empujan a las puertas por donde se entra a la casa de

opio, sorprenden a las pobres mozas de trabajo, que con los ojos opacos y gruesos, los cabellos pastosos y desordenados, y las pálidas mejillas salpicadas de rosetas cárdenas, el vestido misero torcido en arrugas, vienen de vaciar en las manos del chino, en pago de la negra pipa de opio, que las lleva a otros mundos, la porción de jornal que espera en vano, con sus manos sin carne, la madre afligida. ¡Allá va el periodista, tras de un coche que pasa con lacayo y librea, lleno de damas ricas que buscan la casa odiosa, a que el opio las llama, y al verse vigiladas huyen velozmente! ¡Allá trae de la mano a una niña de 13 años, que sale tambaleando, lívida y trémula, de una cueva de chinos! La ciudad no reposa: es formal la batalla: se corre el riesgo de que irlandeses y otras castas, movidos de odio al chino sobrio que en el mercado de trabajo les saca codos y puede dejarlos sin labor, de puro abaratarla, exageren el mal que el vicio del opio hace en las clases pobres, a cuyas jóvenes ya cautiva, y en las altas, que tienen en los barrios ricos tarimas recamadas, donde fuman de tarde a mañana, y el día después a veces, el veneno que de la taza de porcelana les lleva a los labios una pipa de oro.—Pero este pueblo, implacablemente sensato, estrujará de una puñada a esos gusanos que le andan en la entraña; y pondrá por su cabeza,

como Panza a los que creía dignos de estima, a esos otros chinos avisados, aseados, ligeros; que toman, mientras barnizan cuellos y bruñen pecheras, lecciones de una maestra de leer, y cuelgan las paredes de frases de la Biblia, que en verdad es libro que, en cosas de alma, dijo todo;—y leen cada sábado, detrás de las cortinas rojas que ponen como de muestra a sus lavanderías, el periódico chino que en papel amarillo saca a luz de las prensas el diestro Tom Ling-Cho,<sup>143</sup> mozo de letras, que suele tener mesa y paga buenas en los diarios cristianos.

Pero apenas hallan tiempo los ojos de leer, ni los oídos de tomar al paso los hechos de esta vida singular, que tiene los pies en la edad de piedra, el pecho acorazado de oro, sobre las selvas la mano velluda, y la cabeza coronada de rayos, rompiendo, como sol que asciende, el sonoro taller de la Creación. Percíbense aquí, a la vez, brutalidades patriarcales y exquisitos aromas del espíritu; juicios que parecen tramados a la sombra de la horca del feudo, y sueños que parecen sorprendidos, a modo de mensajeros extasiados, en los aires de un mundo que viene.

Ante mí están, en largos hilos de letra menuda que extiende y revuelvo, los sucesos del mes buscando forma. Este es un miembro del Congreso, que de vuelta de hablar por la patria, mató a un men-

guado que le sacó su mujer a villanías; y los pueblos de su comarca se sientan torvos delante de los jueces, porque no quieren que el diputado quede preso, sino celebrado y libre.

Este ¡oh espanto!—creía hace tres años en el advenimiento del nuevo Mesías; y para dar fe de su creencia y de su certidumbre de que Dios volvía a la tierra precedido de milagros, a la luz de una lámpara que a la cabeza de la cuna tenía en alto la madre, clavó el puñal en el pecho de su propia hija, y llamó a sus vecinos a anunciarles que resucitaría al tercer día; el padre ahora se mesa los cabellos y se maldice, y no habla sino con lágrimas; y no quiere el Jurado tenerlo por loco.

Esta es la señora Marta Lamb,<sup>144</sup> que dirige, con aplauso de sabios, el *Magazine of American History*, donde un caballero Shea,<sup>145</sup> que sabe de vejezes, ha reanudado, en pro de Santa Isabela, la querella de dominicanos y españoles sobre qué baúl de cuero o urna de piedra guarda los restos de Cristóbal Colón,—ique halló la tierra buscando el cielo!

Este es un libro nuevo, que cuenta la vida, demasiado apacible de William Cullen Bryant,<sup>146</sup> que fue poeta, blando poeta, al modo cómodo de Woodsworth, no como aquellos otros

a. Parece un error de transliteración y que en realidad se trata de Wong Ching Foo.



infortunados y gloriosos, que se alimentan de sus mismas entrañas.

Este es otro libro, donde hablan alternadamente en cartas, Carlyle, en quien la magnitud excelsa de la inteligencia llegó a suplir a veces el amor, que como de tierra fría y breñosa, había huido de su ingrato corazón,—y Emerson, en cuya frente pálida, alta, cerrada por ambas sienes, como por vastas paredes, lucía el fuego eterno.

Miríadas cuentan estas columnas de papel, que, como alas de la memoria, ahora revuelvo.

Ya es la ciudad de Dodge amotinada, como Cartago en tiempos de tropas de merced, o ejército de electores de Alemania cuando el segundo Felipe; que es Dodge ciudad de viciosos, y de tabernas y gariños, cuyo Mayor es gran rufián, que, apenas venció las elecciones, juntó a los bravos de mina y de manadas que pasean las tierras del Oeste, de ganaderos y buscadores de metal, y echó de la ciudad a sus rivales, que le estorbaban en comercio, puso los fusiles cargados al pecho de los abogados que venían a defender a los presos, y sitió, porque trajeron auxilio, los trenes que llegaban a la villa: a tiempo que en Washington, el Presidente, que discretísima persona, promulga,—demasiado tarde ya para que sirva de bandera útil al partido republicano—, la ley que arranca de las

manos de los dadores de oficios públicos el poder corruptor que se entraba ya, como sutil veneno, por las entrañas del sufragio.

¡Oh, qué catástrofe, si se probara que los hombres, abandonados a la libertad, volvían voluntariamente a la tiranía! Mas no: no bien sintieron que se les aflojaban las riendas en la mano, las empuñaron con majestuosa fiereza, y miran en su torno pujantes y retadores, como buscando a osado vil que acometer.

Aquí se lee que un amador entristecido, a quien su dama escribió cartas y versos tiernos, que luego olvida, entabla querrela ante el juez contra su dama, porque, con su abandono ha quebrantado su corazón, cuyo quebranto estima en \$ 10 000; —y ahí se lee que una dama recaba \$ 10 000 de su galán, porque, enojado de que su prometida gustase de ir en compañía diversa, aunque lícita, a saraos y teatros, dio por finado el «compromiso» que aquí precede a las bodas, en lo que ha declarado el juez que no es causa de dar fin al comprometimiento amoroso el que la prometida dance en fiestas ni salga de teatros en brazos ajenos: lo cual celebra esta dama casándose con uno de aquellos de quienes su amante celaba.

Allá cavan al fin, en lo fondo del mar, la piedra en que ha de encajar el cimientito de la estatua de la Libertad, digno guardián de la ciudad titánica

que ha doblado seis veces sus hijos en un siglo, y en cuarenta años ha sacado de 312 000 hombres, 12 millones de hombres, y como ave tallada en montaña que empollara pelásgicos nidos, se saca a cada aurora de bajo de las alas palacios descomunales y opulentos.<sup>a</sup>

¡Que espectáculo tan vario a la sombra de estas potentes alas!

Cohortes de trabajadoras, alzadas en huelga, celebran con palmas y vítores al mal mozo cigarrero que de una pedrada rinde moribundo a un empleado leal de la cigarrería venido a poner paz entre la turba, ganosa de más sueldo.

Apretados en vasto salón los irlandeses, proponen que todo irlandés jure que no ha de llevar a su boca, ni tocar con su mano, ni poner sobre su cuerpo durante un año objeto de comer, beber, trabajar o vestir que haya salido del suelo o de los talleres de Inglaterra.

Ciudadanos severos acusan ante el Gran Jurado a famosos capitanes de la policía de que dejan a sabiendas, porque cobran el barato de ellos, abierlos de noche y día de fiesta,

a. Martí se refirió a la inauguración de la estatua en la crónica titulada «Fiestas de la estatua de la libertad», publicada en *La Nación*, de Buenos Aires, el 1º de enero de 1887.

rincónes de beber, y cuevas de juego.

Desde la nave de la iglesia, a tiempo que sube las escaleras del altar para besar su libro de oro, una mujer airada acusa con voces tonantes de osadías seculares al sacerdote.

Tras de un hombre que va riendo al cadalso, -otro, que arrebatado por ujieres y alguaciles, clava las uñas, casi arrancadas de las manos en el frenético intento, a los bordes del manto de la vida, que mira gozosa e impasible la alegre función humana, ahora en gala camino de los campos, luciendo en florecidos estandartes los colores de Mayos y de Abriles.

Lindas damas, que en suntuosas comidas se despiden de las alegrías embriagadoras del invierno, adornan sus sombreros de pompones amarillos, y en sensato traje estrecho, que dibuja sin exceso ni alarde las armoniosas formas femeniles, viajan-como mariposas que van a abrir las alas,-por los pueblos vecinos, en busca de una tienda de verano, que el mar corteje, tendiéndole sus olas a la falda, cual gigantesco enamorado andaluz que echa su capa por el suelo al paso de su dama,-o que el verano cuelgue de enredaderas de jazmines, que crecen bien en la sabrosa y regalada sombra del monte.

Otras damas, frenéticas, remontan sus joyas, por que parezcan nuevas, y den celos; desdoblan sus encajes venecia-

nos, porque ni en tierras europeas ni en estas va a haber este verano para las damas cosa de más precio que los encajes; abren palpitantes los cuidados estuches en que les vienen de Francia las sedas ligeras, los tules nubosos, las modas risueñas,-y gastan de antemano, con las ansias del deseo, la vida nueva que la playa del mar o el sosiego del campo devuelven a los miembros, que salen del invierno de ciudad, en las calles fangoso, en los salones agitado, danzador, glotón, febril, -como naranja chupada por un colosal Don Juan hambriento.

Pero son dos los sucesos mayores de este Mayo: uno, una ley;-otro, pasmosa maravilla. ¡El escudo de la tierra debía ser una mano de hombre! ¡Oh, palmas de manos pequeñas, que muestran al Creador como derecho a sentarse a su lado, estas torres del puente de Brooklyn!

La ley también es magna. Antes -¡quién sabe por cuánto tiempo aún, a pesar de la ley!- el que más votos cazaba mayor prebenda obtenía; y quien sacaba en hombros un diputado difícil, ya quedaba con ambas manos puestas sobre las arcas del Tesoro. Portero hay de Ayuntamiento que fue pugilador de fama, que en una hora de votos apretados llevó a las urnas una cohorte de púgiles, por lo que dieron después en premio la portería; de archivero se sabe que no lee; de

médico de hospital que sólo lo es de elecciones; y de estenógrafo que jamás probó sus manos en el arte noble de acompañar en su vuelo espléndido a la palabra humana,-¡la gentil señora! Ni había modo de sacar de las casas del poder al partido victorioso, que costaba suntuosamente las elecciones, y vencía con el peso de los votos venales el de los votos puros, merced a las cuantiosas cuotas que de barrendero a presidente, so pena de perder su puesto público de presidente o barrendero, exigía el partido voraz.

La ley nueva va encaminada a hacer imposibles tales escarceos del voto, y merca-deos de la vergüenza, y premios inmerecidos de servicios personales, y dádiva de empleos en pago de astucias de día de votos, o de promesas de barrio, o de traiciones a bando enemigo.

La ley es imperfecta, como ley de transacción. Apunta el deseo, que no realiza, de convertir en carrera aparte el servicio público.-Ya no será libre el poder de nombrar empleados, sino que habrá de elegirlos el que los haya menester del cuadro de opositores competentes que le ofrezca el Tribunal de Exámenes. Cual persona aspira a un puesto público, dirige su demanda a la Comisión de Servicio Civil, si desea puesto en ministerio alguno; al Secretario de Correos, si en correos quiere servir; o al

Jefe de la Aduana en que pretenda empleo. Llegada la época de exámenes, ha de probar que sabe ortografía, y escribir buena letra, y copias. Los examinarán en fundamentos de aritmética, fracciones, tanto por ciento, intereses, descuentos y nociones de teneduría de libros y de cuentas. Ha de demostrar que es dueño de su lengua, y puede decir en ella correctamente lo que piensa. Y ha de saber, aunque en bosquejo, la geografía e historia de la Nación, y este modo sencillo y solemne, con que, sin sacudidas ni rivalidades enconos, se gobierna el pueblo norteamericano. El Tribunal de Exámenes gradúa los conocimientos del candidato, y ninguno quedará en lista de oficio, si no obtiene un 65% como tipo menor de la suma de sus grados en las diversas materias del examen. Es válido el examen por un año, al fin del cual, los nombres de los nuevos vencedores llenan las listas.

Del grupo de opositores que el Tribunal de Exámenes ofrece al magistrado que necesita proveer un empleo, el magistrado escoge, pone a prueba por seis meses al escogido, y al cabo de ellos, o por incompetente lo rechaza, o por capaz lo acepta, sin que quede, como antes, vendido y suspenso al poderoso que le ungió con el empleo, ni con miedos de perder su pitanza si no da porción de ella al partido que lo nom-

bra, porque esta ley prohíbe, so penas graves, a los cabezas de los partidos que exijan contribuciones a los empleados, y a éstos que las paguen, y empuña promesa de amparar a los que se vieren solicitados, y de castigar al empleado que dé cuota o al partido que la exija; ni vendrá, luego de sendos años de servicio, un lindo caballero, amigo de amigos, a sentarse por sobre las canas de un envejecido servidor, sino que la promoción de empleados se regulará, como los primeros nombramientos, en libre y abierto certamen, sin que haya más título privilegiado que el de haber perdido un brazo o una pierna o un tajo de cráneo en defensa de la patria.

Pero ¿por qué limpian los soldados urbanos sus almetes, y aquéllos peinan con esmero los penachos de sus cascos, y éstos sacuden al sol, rica de botones de oro, su casaca azul? ¿Por qué en las casas todas, como si la ciudad tuviera un invitado, que se sentara a la vez en todas las mesas, no se habla más que del invitado misterioso? ¿Por qué se nota en la ciudad entera, en los rostros mismos de los hombres, súbita virilidad y expresión de fuerza, como si les viniera del reflejo de un poder ciclópeo? No hay bandera que ya no esté buscando el asta; ni farolillo de colores que no aguarde ya luz ni palabra que no sea de admiración y de piedad para

un hombre encorvado, ya enjuto, de ojos vibrantes a la par que dulces, con ese brío de las almas bravas, que han puesto mano al cielo, y esa tristeza tierna y desconsolada que viene del contacto de las grandes fuerzas; no hay ojos que no busquen, en el rincón de una ventana saliente, que se empina sobre una altura de Brooklyn, al ingeniero enfermo y melancólico, que recogiendo y ahilando cada mañana los retazos de su vida, que parecían desasirse de él con desprendimientos eléctricos, con la una mano sujetaba, como mendigo sus harapos sueltos, los restos de su existencia, y con la otra trazaba, en montes de papel, el modo de levantar sobre las aguas montes de piedra.

Era Washington Roebling,<sup>147</sup> a quien sacaron un día moribundo del cajón mefítico que había de sustentar, desde su cueva tallada en la roca a ochenta pies bajo la faz del agua, las portentosas torres de granito que a los 276 pies de altura se interrumpen en cima graciosa para que por sobre ellas corran los cables suspensores de 1 595 pies, con dieciocho dientes de hierro, sujetos bajo una lámina de acero por hercúleos cerrojos, sobre cuyas raíces se levanta colosal mampostería, como para que tales hilos soporten el<sup>a</sup> área calzada de hierro, que con su pavimento com-

a. En LN: «la».

plicado, su doble vía para carruajes, su vía central para peatones, su ferrocarril de ida y de vuelta, pesa 8 120 toneladas.

El hombre enfermo es Washington Roebling, a quien el hablar fatiga, y el mirar ofusca, y el andar postra, víctima ya perpetua de ese mal venenoso que a manera de venganza del misterio vencido, disloca y pudre los gérmenes de vida en quien desciende, en una lóbrega cueva de madera que llevaba ya a su espalda el cimientto de la torre ponderosa, a conquisitar, capitaneando los soldados del cerebro, una ley más del Universo.

De Roebling, que no puede leer ni conversar, que da sus órdenes a trozos, porque su extraño mal le tortura cruelmente apenas habla, de Roebling han surgido esos cables tendidos por sobre las torres, cada uno de los cuales aprieta bajo su corteza de alambre diecinueve hilos tamaños, que cada hilo alcanza un millón de pies que va y viene de una a otra raíz del puente, sin quebrarse ni torcerse nunca, 278 veces. De Roebling, como vapor acaso de la suave música con que en los primeros años de su enfermedad solía templar en el violín sus males, surgieron esas torres corpulentas, que los arcos del Puente de Gard no igualan en gracia, y la Gran Pirámide de Egipto sólo vence en altura: ¡la naturaleza es el brazo de la idea! Y ya la

grande obra está acabada: ya levantan sobre los bordes del camino farolillos graciosos; ya pasan por bajo el arco central del puente que se eleva a 135 pies, los más altos buques; ya, desde su altura de 108 pies, se levanta del medio de las torres hacia el centro la armazón del piso a unirse con los cables que cuelgan de las cimas de granito como un arco iris vuelto, y se entran de uno y otro lado del río, por New York y por Brooklyn, a morder, bajo su pesadumbre de mampostería, la tierra a 930 pies de cada margen.

¡Y aquellos arcos parecen montañas vacías! Y cuando entran en los costados de ambas ciudades, ya parecen, cercados de casas envidiosas y edificios raquíticos, montañas arrodilladas. A los monumentos hace falta, como a los hombres extraordinarios, espacio limpio en torno. Las casas pequeñas, los carros que pasan, los hombres que vocean, distraen los ojos—puertas de monumentos interiores—de la masa empinada e imponente. Las casas de habitación, que por una y otra margen rodean el puente colgante, roen los pies e hincan de rodillas a esas fábricas ciclópeas, casas del tiempo!

¡Oh! Ya viene, ya viene el día de la fiesta. ¡Han querido trabajadores indiscretos e irlandeses odiadores, impedir que el puente se abriese al público entre bosques y mares de

fuego, y ruido de campanas, tambores y cañones, y flamear de banderas y de almas, el 24 de mayo, porque es día en que Victoria, reina de Inglaterra, de Irlanda odiada, cumple años! Mas no ha sido homenaje de este pueblo, sino coincidencia! Indiscreción hubiera sido procurararlo: ahora, descortesía dejar de hacerlo. Se abre el puente el día 24;—y lo veremos todo; y palparemos todo desde el cable que muerde la tierra, sobre a 276 pies, baja a 185, vuelve a subir a 276 y, como monte que camina, entra rompiendo la ciudad, en Brooklyn, y se clava cerca de su plaza mayor, hasta la bandera del tope, que parece avisar ya al cielo que el hombre anda cerca de él.

Iremos a la fiesta.<sup>a</sup>

José Martí

**La Nación,  
Buenos Aires,  
20 de junio de 1883**

[Mf. en CEM]

a. Al puente dedicó Martí las crónicas tituladas «El puente de Brooklyn. Los ingenieros Roebling» y «El puente de Brooklyn. Sus dimensiones», publicados respectivamente el 18 de agosto y el 7 de septiembre de 1883 en *La Nación*, de Buenos Aires. En junio de 1883 publicó en *La América*, de Nueva York, «El puente de Brooklyn».



## Dos damas norteamericanas

**B**RILLAN POR SU TERNURA generosa, verdadera fuente de vida para aquellos a quienes aman, las mujeres de Nuestra América:—y por su brío viril y sensatez, a veces descarnada y excesiva, las mujeres de la América Sajona.

Aquel caudal de aguas perennemente jóvenes que a las entrañas de la selva quisieron arrancar los bravos conquistadores de la Florida, renace perfumado y fresco en el alma de cada mujer de Hispano América; aunque a veces lo turben, ríen con violencia, y tuerzan, vientos norteamericanos y franceses.—Tesoros tiene Golconda; pero ninguno mejor que un alma tierna.

Ahora nos salen al paso en los periódicos del día, dos buenos tipos de dama norteamericana, en quienes las dulces piedades de la casa han embellecido el enérgico empleo de la razón. La una es Lydia Pynham, cuyo retrato, como muestra de marca de la panacea de que es inventora, figura, con su modesto y severo aire cuáquero, en todos los periódicos importantes de la tierra, en el *Journal de St. Petersburg* como en el *Sun* de esta ciudad, que

fustiga a los rateros de las aduanas y puestos públicos, celebra a los atletas y se vende por millones. La otra es la esposa de Washington Roebling, el ingeniero eminente que con empuje sobrehumano y consagración heroica ha hecho surgir, alambre a alambre y piedra a piedra, de su cerebro encendido, movedor inquieto de un cuerpo casi muerto, el colosal puente de Brooklyn.—Las ideas son las riendas de las piedras.

Lydia Pynham, que acaba de morir a los 64 años, inventó una buena medicina vegetal, y la tuvo como escondida años enteros, dándola sólo a las personas de su conocimiento que la hubiesen menester, hasta que al cabo, ya rayana de los sesenta años, organiza tal empresa para la propagación y venta de su medicina, que es cosa cierta que sólo en anunciarla gastaba al año \$ 200 000.—Y desde su sillón de paralítica, dirigió siempre, con próspera fortuna, la formidable empresa.

El primer carruaje que cruzó el puente de Brooklyn, fue, en justo premio a su noble carácter y merecimientos, el de la Sra Roebling.—No bien le trajeron —desde la caverna de aire comprimido donde dirigía la excava-

ción de los cimientos de una de las torres del puente—a su marido, fatalmente enfermo, ida al cerebro, no por eso menos seguro, toda la sangre de la piel en fuga del aire comprimido,—la buena dama, celosa de la gloria de su esposo, y del bienestar de su hogar, se dio con tal empeño a estudiar las artes del hierro y la mecánica, para aliviar en sus labores, y suplir a veces, al noble inválido, que de entonces a acá no ha habido lance difícil en la construcción del puente, en que la Sra. Roebling, sentada al lado de su enfermo en la hora de los cóndaves de ingenieros, no haya tenido voto.—Y hubo vez en que sus manos delicadas enseñaron a hombres fornidos a fabricar mejor el acero.

Pero de estas hazañas en metales nobles, ninguna le vale más pro que la de haber mantenido a buen temple, en su trémulo cuerpo, el alma de su esposo egregio. Construir: he ahí la gran labor del hombre: —consolar, que es dar fuerzas para construir: he ahí la gran labor de las mujeres.

La América,  
Nueva York,  
junio de 1883

## 41

# El puente de Brooklyn

**P**ALPITA EN ESTOS DÍAS más generosamente la sangre en las venas de los asombrados y alegres neoyorquinos: parece que ha caído una corona sobre la ciudad, y que cada habitante la siente puesta sobre su cabeza: afluye a las avenidas, camino de la margen del Río Este, muchedumbre premiosa, que lleva el paso de quien va a ver maravilla: y es que en piedra y acero se levanta la que fue un día línea ligera en la punta del lápiz de un constructor atrevido; y tras de quince años de labores, se alcanzan al fin, por un puente colgante de 3 455 pies, Brooklyn y New York.

El día 7 de junio de 1870 comenzaban a limpiar el espacio en que había de alzarse, a sustentar la magna fábrica, la torre de Brooklyn: el día 24 de Mayo de 1883 se abrió al público tendido firmemente entre sus dos torres, que parecen pirámides egipcias adelgazadas, este puente de cinco anchas vías por donde hoy se precipitan, amontonados y jadeantes, cien mil hombres del alba a la medianoche.—Viendo aglomerarse, a hormiguar velozmente por sobre la sierpe aérea, tan apretada, vasta, lim-

pia, siempre creciente muchedumbre,—imagínase ver sentada en mitad del cielo, con la cabeza radiante entrándose por su cumbre, y con las manos blancas, grandes como águilas, abiertas, en signo de paz sobre la tierra,—a la Libertad, que en esta ciudad ha dado tal hija. La Libertad es la madre del mundo nuevo,—que alborea. Y parece como que su sol se levanta por sobre estas dos torres.

De la mano tomamos a los lectores de *La América*, y los traemos a ver de cerca, en su superficie, que se destaca limpiamente de en medio del cielo; en sus cimientos, que muerden la roca en el fondo del río; en sus entrañas, que resguardan y amparan del tiempo y del desgaste moles inmensas, de una margen y otra,—este puente colgante de Brooklyn, entre cuyas paredes altísimas de cuerdas de alambre, suspensas —como de diente de un mamut<sup>a</sup> que hubiera podido de una hozada desquiciara un monte— de cuatro cables lueños, paralelos y ciclópeos, —se apiñan hoy como entre tajos vecinos del tope a lo hondo en el corazón de una montaña,

hebreos de perfil agudo y ojos ávidos, irlandeses joviales, alemanes carnosos y recios, escoceses sonrosados y fornidos, húngaros bellos, negros lujosos, rusos—de ojos que que-man, noruegos de pelo rojo, japoneses elegantes, enjutos e indiferentes chinos.—El chino es el hijo infeliz del mundo antiguo:—así estruja a los hombres el despotismo: como gusanos en cuba, se revuelcan sus siervos entre los vicios. Estatuas talladas en fango parecen los hijos de sociedades despóticas.—No son sus vidas pebeteros de incienso:—sino infecto humo de opio.

Y los creadores de este puente, y los que lo mantienen, y los que lo cruzan,—parecen, salvo el excesivo amor a la riqueza que como un gusano les roe la magna entraña, hombres tallados en granito,—como el puente.—¡Allá va la estructura! Arranca del lado de New York, de debajo de mole solemne que cae sobre su raíz con pesadumbre de 120 000 000 de libras; sálese del formidable

a. En LA: «mammoth».

engaste a 930 pies de distancia de la torre, al aire suelto; éntrase, suspensa de los cables que por encima de las torres de 2 761 1/3 pies de alto cuelgan, por en medio de estas torres pelásgicas que por donde cruza el puente miden 118 pies sobre el nivel de la pleamar; encúmbrese a la mitad de su carrera, a juntarse, a los 135 pies de elevación sobre el río, con los cables que desde el tope de la torre en solemne y gallarda curva bajan; desciende, a par que el cable se remonta al tope de la torre de Brooklyn,—hasta el pie de los arcos de la torre, donde ésta, como la de New York, alcanza a 118 pies; y reentra, por sobre el aire con toda su formidable encajería deslizándose, en el engaste de Brooklyn, que con mole de piedra igual a la de New York, sajado el seno por nobles y hondos arcos, sujeta la otra raíz del cable. Y cuando sobre sus cuatro planchas de acero, sepultadas bajo cada una de las moles de arranque, mueren los cuatro cables de que el puente pende, han salvado, de una ribera del río Este a la otra, 3 578 pies.—Oh! broche digno de estas dos ciudades maravilladoras! ¡Oh guión de hierro—de estas dos palabras del Nuevo Evangelio!

Llamemos a las puertas de la estación de New York. Millares de hombres, agolpados a la puerta central nos impiden el paso. Levántanse por entre

la muchedumbre, cubiertas de su cachucha azul humilde, las cabezas eminentes de los policías de la ciudad, que ordenan la turba. A nuestra derecha, por la vía de los carruajes, entran carretas que llevan trozos de paredes y columnas; carros rojos del correo, henchidos de cartas; carrillos menguados, de latas de leche; coches suntuosos, llenos de ricas damas; mozos burdos, que montan en pelo, entre rimeros de ameses, sobre caballos de carga que en poco ceden al troyano; y lindos mozos, que en nerviosos corceles revolotean en torno de los coches. Ya la turba cede: dejamos sobre el mostrador de la casilla de entrada, un centavo, que es el precio del pasaje: se ven apenas desde la estación de New York, las colosales torres: zumban sobre nuestra cabeza, golpeando en los rieles de la estación del ferrocarril aún no acabado, que ha de cruzar el puente, martillos ponderosos; empujados por la muchedumbre, ascendemos de prisa la fábrica de amarre de este lado del puente. Ante nosotros se abren cinco vías, sobre la mampostería robusta comenzadas: las dos de los bordes son para caballos y carruajes; las dos interiores inmediatas, entre las cuales se levanta la de los viandantes, son las de ida y venida del ferrocarril, cuyos amplios vagones reposan a la entrada: como a los 700 ps. la mampostería cesa, y empieza el puente col-

gante, que los cuatro cables paralelos suspenden, trabados a los eslabones de hierro, que cual inmenso alfanje encorvado con la punta sobre la tierra, atraviesan la mampostería, como si tuviera el mango al río y el extremo a la ciudad, hasta anclar en el fondo de la fábrica. Ya no es el suelo de piedra, sino de madera, por bajo de cuyas junturas se ven pasar, como veloces recaderos y monstruos menores, los trenes del ferrocarril elevado, que corren a lo largo de esta margen del río,—a diestra y a siniestra. Y por debajo de nuestros pies, todo es tejido, red, blonda de acero; las barras de acero se entrelazan en el pavimento y las paredes que dividen sus cinco anchas vías, con gracia, ligereza y delgadez de hilos: ante nosotros se van levantando, como cortinaje de invisible tela surcada por luengas fajas blancas, las cuatro paredes de tirantes que cuelgan de los cuatro cables corvos. Parecen los dos arcos poderosos, abiertos en la parte alta de la torre, como las puertas de un mundo grandioso, que alegra el espíritu; se sienten, en presencia de aquel gigantesco sustentáculo, sumisiones de agradecimiento, consejos de majestad, y como si en el interior de nuestra mente, religiosamente conmovida, se levantasen cumbres. El camino de los pedestres, ya bajo la torre, se abre al pie del muro que divide los dos arcos; lo ciñe en cuadro; vuelve a

juntarse, entre la colosal alambrería que en calles aparejadas, colgada de los cuatro cables gruesos, descende en largas trenzas, altas como agujas de iglesia gótica junto a la torre, más cortas a medida que la curva baja hacia el centro del puente; y al fin, en el centro, a nivel de éste. Y el puente,—encumbrado en su mitad a 135 pies, para que por bajo él, sin despuntar sus mástiles ni enredar sus gallardetes, pasen los buques más altos,—comienza a descender, en el grado mismo en que su mitad primera asciende: la imponente cordejería, que antes bajaba, ahora en curva revertida, se encumbra a la cima de la segunda torre: el camino, al pie de ésta, se reabre en cuadro, como al pie de la torre de New York, y se recoge: bajo de sus planchas de acero silban vapores, humean chimeneas, se desbordan las muchedumbres que van y vienen en los añejos vaporcillos, se descargan lanchas, se amarran buques: la calzada de acero, cargada de gente, se entra al cabo por la de mampostería que lleva al dorso la fábrica de amarre de Brooklyn, que, sobre sus arcadas que parecen montañas vacías, se extiende, se encorva, sirve de techumbre a las calles del tránsito, bajo ella semejantes a gigantesco túneles, y vierte al fin, en otra estación de hierro, a regarse hervorosa y bullente por las calles, la turba que nos venía empujan-

do desde New York, entre algazara, asombros, chistes, genialidades, y canciones. Regocija lo inmenso.

Pero quedan siempre delante de los ojos, como zapadores del Universo por venir, que van abriendo el camino a los hombres que avanzan, aquellos cuatro colosales boas, aquellos cuatro cables paralelos, gruesos y blancos, que, como serpiente en hora de apetito, se desenroscan y alzan el silbante cuerpo de un lado del río, levántanse a heroica altura, tiéndense sobre pilares soberanos por encima del agua, y van a caer del lado opuesto.—Y parece que los pies quedan pisando aquella armazón que semeja de lejos sutil superficie, y como lengua de hormiguero monstruoso; y es de cerca urdimbre cerradísima, que a los cables sólo fia su sustentamiento, y a las cuerdas de acero que en forma de abanico bajan en cuatro paredes, cruzándose con las de tirantes verticales de cada uno de los lados de las torres. ¡Y se mecen, a manera de boas satisfechas,—sobre la plancha cóncava en que en el agujero en que atraviesan lo alto de las torres descansan sobre ruedas,—los cuatro grandes cables, como alambres de una lira poderosa, digna al cabo de los hombres, que empieza a entonar ahora sus cantos!

Mas ¿cómo anclaron en la tierra esos mágicos cables? Cómo surgieron de las aguas,

con su manto de trenzas de acero, esas esbeltas torres? Cómo se trabó la armazón recia sobre que pasean ahora a la vez, cual por sobre calzada abierta en roca, cinco millares de hombres, y locomotoras, y carruajes, y carros? Cómo se levantan en el aire, susurrando apenas, cual fibra de cañas ligeras\* esas fábricas que pesan 8 120 toneladas? Y los cables ¿cómo, si pesan tanto de suyo, sustentan el resto de esa pesadumbre portentosa?

Pues esos cables, como un árbol por sus raíces, están sujetos en anclas planas, por masas que ni en Tebas ni en Acrópolis alguna hubo mayores: esas torres, se yerguen<sup>b</sup> sobre cajones de madera que fondo arriba fueron conducidos, con los cimientos de la torre al dorso, hasta la roca dura, 78 pies más abajo de la superficie del agua: y esos cables, no abaten con sus cuerdas ponderosas las torres corpulentas, sino que del repartimiento oportuno de sus hilos y la resistencia, apenas calculable, que le viene de sus amarras, soporta la colgante estructura, y cuanto el tráfico de siglos, con su soplo febril, eche sobre ella.

Y ¿qué raíz ha podido asegurar a tierra esa gigante trabazón, pasmo de los ojos, y

a. Deteriorado el original.

b. En LA: «ierguen».



burla del aire? ¿qué aguja ha podido coser ordenadamente esos hilos de acero, de 15 pulgadas de diámetro, y en los extremos anudarlos? ¿quién tendió de torre a torre, sobre 1 596 pies de anchura, el primer hilo, 5 000 hilos, 14 000 millas de hilo? ¿quién sacó el agua de sus dominios y cabalgó sobre el aire, y dio al hombre alas?

Levanten con los ojos los lectores de *La América* las grandes fábricas de amarre que rematan el puente de un lado y de otro. Murallas son que cerrarían el paso al Nilo, de dura y blanca piedra, que a 90 pies de la marea alta se encumbran: son muros casi cúbicos, que de frente miden 119 pies, y 132 de lado, y con su enorme peso agobian<sup>a</sup> estas que ahora veremos,—cuatro cadenas que sujetan, con 36 garras cada una, los cuatro cables. Allá en el fondo, del lado de atrás más lejano del río, yacen, rematadas por delgados dientes, como cuerpo de pulpo por sus múltiples brazos, o como estrellas de radios de corva punta, cuatro planchas de 46 000 libras de peso cada una, que tienen de superficie 16 pies por 17, y reúnen sus radios delgados en la masa compacta del centro, de 2 pies de espesor, donde a través de dieciocho<sup>b</sup> orificios oblongos, colocados en dos filas de a 9 paralelas, cruzan 18 eslabones, por cuyos anchos ojos de remate, que en doble hilera que-

dan debajo de la plancha, pasan fortísimas barras, de 7 pies de largo, enclavadas en dos ranuras semicilíndricas abiertas en la base de la plancha.—Tales son de cada lado los dientes del puente.—En torno de los 18 eslabones primeros, que quedaron en pie, como lanzas de 12 pies, rematadas en ojo en vez de astas, esperando a soldados no nacidos, amontonaron los cuadros de granito, que parecían trozos de monte, y a la par que iban sujetando los eslabones por pasadores que atravesaban a la vez los 36 ojos de remate de cada 18 eslabones contiguos, trenzados como cuando se trenzan los dedos de las manos,—y que a quedar sueltos hubieran girado unos sobre otros como sobre su eje común las dos alas de una bisagra,<sup>c</sup> —inclinaban hacia el río, en la curva interior del alfanje, con la colocación de las piedras invencibles, cada doble hilera de eslabones nuevos, hasta que al acercarse ya a la altura, por donde habían de entrar a enlazarse con la complicada cuádruple osamenta los cuatro cables, la doble hilera se duplica, las dos camas de eslabones se truecan en cuatro; las 18 barras son ya 36; los dos pasadores paralelos, que a tramos diversos e iguales, como anillos de serpiente chata que anda, han venido asegurando la doble cadena, se convierten en cuatro, y cada uno de estos pasadores, bastante a ser más-

til de barco o columna de iglesia, sujeta a la vez, atravesando 18 ojos, los nueve en que rematan los eslabones de cada una de las cuatro hileras, y nueve ojos de nueve de los hilos de cada cable, que tiene diez y nueve hilos, cada uno de los cuales se abre en dos a cada extremo para ajustar,—como cuña entre las dos porciones del cuerpo que rompe,—entre los ojos de dos eslabones contiguos,—con lo que quedan por los cuatro mismos pasadores paralelos unidos en cuatro camas superpuestas e idénticas, los 36 extremos de cada cadena de anclaje y los 36 extremos de cada cable.—Esas cuatro dobles médulas de hierro, hasta 25 pies de lo alto del muro que da al río, en que ya el cable entra en el muro, atraviesan esos dos cuerpos monstruosos de granito,—médulas que remata luego armazón intrincada de nervios de acero, por ser ley, que anuncia lo uno en lo alto, y lo Eterno en lo análogo, que todo organismo que invente el hombre, y avasalle o fecunde la tierra, esté dispuesto a semejanza del hombre.—Parece como si en un hombre colosal hubiera de rematarse y concentrar toda la vida.

De madera es, de madera de pino de Georgia, que deba-

a. En LA: «agovian».

b. En LA siempre «diez y ocho».

c. Errata en LA: «visagra».

jo del agua ni el oxígeno alcanza ni el teder roe, el sustento de ambas torres.—*Caisson* lo llaman en francés y en inglés, y es invención francesa.<sup>a</sup> Es caja inmensa, vuelta del revés: la boca, abajo; el fondo, arriba; y sobre el fondo que le sirve de tapa, veintidós<sup>b</sup> pies de planchas de pino, cruzadas en ángulo recto, sujetas al techo del cajón por tornillos gruesos como árboles, y retorcidos y agigantados, como debe ver, en su cerebro encendido, sus ideas un loco;—y de madero a madero, abrazaderas de hierro;—y en las juntas, alquitrán y materias adherentes y durables. Oh! bien merecen estas cosas que asombran, que bajemos por el pozo forrado de hierro, contra entrada de aire, que descende de lo alto del cajón, por entre los lienzos de pino, al cajón hueco, también de hierro contra aire, forrado de hierro de caldera, y cuyas paredes, de hierro calzadas, van en lo interior disminuyendo, para dejar mayor espacio a los excavadores, desde ocho pies con que junto al fondo que hace de techo comienzan, a ocho pulgadas.—Ya flota la estructura corpulenta, con su margen de 11 pies, entre la triple empalizada, que, en el lugar mismo en que ha de alzarse la torre, le han fabricado los ingenieros; ya comienza a hundirse, al peso de los primeros trozos de granito que le echan al dorso; ya baja! ya baja! Por las canales de aire,

introducen en el cajón el aire comprimido, ante el que huye, no sin grandes luchas, titánicos saltos a quinientos pies por sobre los pozos, tonantes rugidos y mortíferas rebeldías el agua vencida. Ni silbar pueden los hombres que trabajan en aquella hondura, donde está el aire comprimido a 32 libras por pulgada cuadrada: ni apagar una luz, que de sí misma se reenciende. Del pozo de hierro por donde bajan los excavadores al húmedo hueco del cajón, dividido para mejor sustento por seis tabiques, donde los excavadores trabajan,—los hombres pasan, graves y silenciosos a su entrada, fríos, ansiosos, blancos y lúgubres como fantasmas a su salida, por una como antesala, o cerrojo de aire, con dos puertas, una al pozo alto, otra a la cueva, que nunca se abren a la par, porque no se escape el aire comprimido, sino la de la cueva para dar entrada al bravo ejército cuando la del pozo se ha cerrado ya tras ellos, o la del pozo, para darles salida, cuando dejan ya cerrada la de la cueva:—¡ved cómo bajan por cuatro grandes aberturas al fondo de la excavación las dragas sonantes, de cóncavas mandíbulas, a buscar al fondo de los pozos—abiertos a hondura mayor que el nivel del agua, por lo que el agua sube en ellos a nivel—el lodo, la arena, los trozos de roca, que en incesantes paletadas echan en los pozos los excavadores, para

que luego, al encajar, con ruido de cadenas, sus fauces abiertas en la abertura profunda la draga famélica, las trague, cerrando de súbito los maxilares poderosos, y las saque, cajón y torre arriba, al aire libre, y las vuelque en las barcas de limpieza! Ved cómo a medida que limpian la base aquellos heroicos trabajadores febriles, en cuyo cerebro hinchado la sangre precipitada se aglomera, van quitando alternativamente las empalizadas que colocaban ha poco bajo los tabiques de la extraña fábrica, y, con este sistema de escalones, dejando caer sobre las empalizadas que quedan la torre, que, sin el apoyo de las que le quitan, pesa más sobre las restantes, y baja,—y reponiendo sobre el terreno nuevamente limpio las que quitaron, para apartar en seguida las que dejaron antes, al separar las cuales la torre baja otra vez sobre las nuevas. Ved cómo, expulsa el agua, y calva ya la roca, echan los hombres entre ella y el tope del cajón 8 000 toneladas de cemento<sup>c</sup> hidráulico, masa que, celoso de la naturaleza que creó breñas duras, ha inventado el hombre. Así, a flor siempre de agua, construyeron, sobre el cajón que con su entraña de hombres se iba hundien-

a. Errata en LA: «francesa».

b. En LA: «veinte y dos».

c. En LA: «cimientos».

do, la torre que con su pesadumbre de granito, se iba levantando. Y luego, con pescantes potentes, alzaron hasta 300 pies las piedras, grandes como casas, que coronan la torre. Y los albañiles encajaron en aquella altura, como niño sus cantos de madera en torre de juguete de Crandall, piedras a cuyo choque ligerísimo, como alas de mariposa a choque humano, se despedazaban los cuerpos de los trabajadores, o se destapaba su cráneo. ¡Oh, trabajadores desconocidos, oh mártires hermosos, entrañas de la grandeza, cimienta de la fábrica eterna, gusanos de la gloria!

¿Y los cables, los boas satisfechos? ¿Qué araña urdió esta tela de margen a margen por sobre el vacío? ¿Qué mensajero llevó 20 000 veces de los pasadores del amarre de Brooklyn las 19 madejas de que está hecho cada alambre, y los 278 hilos de que está hecha cada madeja, a los pasadores del amarre de New York? Una mañana, como galán que corteja a su dama, un vapor daba vueltas al pie de la torre de Brooklyn: ¡arriba va, lentamente izada, la primera cuerda! móntanla sobre la torre; sujétanla a la fábrica de amarre; arrástrala el vapor hasta el pie de la torre de New York; izan el otro extremo; pásanlo por la otra torre; fíjanlo al otro amarre: —del mismo modo pasan una segunda cuerda: —juntan en cada amarre, alrededor\* de poleas movidas por vapor, los extre-

mos de ambas cuerdas,—y ya queda en perpetuo movimiento circular la gloriosa «cuerda viajera». Sentado en un colupio, que cuelga de una carrucha fija a la cuerda que la máquina de vapor pone en movimiento, cruza el primero, —entre estampidos de cañones, silbos de locomotoras, flameos de banderas y hurras<sup>b</sup> de centenares de miles de hombres— Farrington sin miedo, cabeza de mecánicos.—Luego, montan sobre la viajera, alzadas en brazos de hierro, una rueda de madera acanalada, en que engarzan el alambre, bien mojado en aceite de linaza para evitar el moho, y después bien seco que en ocho grandes ruedas, dos al pie de cada cable, tienen enredado, en extensión de dos millas, igual a 52 rollos, alrededor de cada rueda: ¡allá va la carrucha, hormiga trabajadora, de un cabo a otro del puente, con su doble hilo de alambre! Llega, la acarician, desengarzan el hilo, y lo reengarzan en torno a una gran herradura de hierro de borde estriado, molde provisional del que sacan luego el cable para engastarlo en el último pasador de la cadena: vuelve vacía, chirriando y castañeteando, la carrucha al otro extremo: —ajustan, con grandísimas labores, desde los amarres y lo alto de las torres la longitud diversa, que por quedar cada hilo a altura diversa en la madeja, ha de tener cada hilo: ¡allá va de nuevo la carrucha; la aguja

redonda, que ha cosido el cable! ¡allá va 139 veces, en que deja 278 hilos! Y ya está la madeja, que de alambre forran, como las diez y ocho más que hacen, a un mismo tiempo para cada uno de los cuatro cables: y ya hechas, apriétanlas con grandes abrazaderas; ajustan más aún las diez y nueve madejas, en que los hilos yacen unos al lado de otros y no trenzados; ciñen con medios cilindros, bien apretados, el cable; y sobre una especie de balsa ambulante que del mismo cable cuelga, van, tejedores del aire, los forradores, envolviendo la masa circular con alambre, que una sencilla máquina, semejante a una rueda de timón, que lleva el alambre enrollado en un carretel, va dejando salir en espiral: —y, ya la boa bien vestido, lo posan en su plancha acanalada que, sobre ruedas corredizas, para que el cable pueda extenderse y encogerse, y no dañar la fábrica con su peso, lo espera en la cumbre de la torre.

De los cables cuelgan, sujetos de bandas de hierro, los tirantes trenzados, 208 en cada cable: de los tirantes, las planchas horizontales que sustentan el pavimento, y las seis paredes verticales de alturas diversas que las cruzan, y listo-

a. En LA: «al rededor».

b. En LA: «hurrahs».

nes de acero de pared a pared, y listones diagonales, sobre cuya armazón se extienden, en gruesa lengua de 3 178 pies de largo y 85 de ancho, las cinco calzadas, de 19 pies de ancho la de carruajes; las del ferrocarril de 15; y dando vista a islas como cestos, a ciudades como hornos, a vapores que parecen, por lo avisados, ruidosos y diestros, mensajeros parlantes, y hormigas blancas que se tropiezan en el río, cruzan sus antenas, se comunican su mensaje y se separan,—dando vista a ríos como mares, empínase en el centro, como cresta de 16 pies de ancho, el camino de las gentes de a pie que desde que abrió puertas el puente, cruzan, apretándose a veces en masas enormes, para dar salida a las cuales hay que alzar las barandas del camino, dos formidables y nunca enflaquecidas hileras de viandantes.

Ni hay miedo de que la estructura venga abajo, porque aun cuando se quebraran a un tiempo los 278 que de cada cable la sostienen, bastaría a tenerla en alto, con su peso y el del tráfico, la armazón de tirantes supletorios que, a modo de tremenda mano abierta, de delgada muñeca, baja, casi hasta la mitad del cable por cada lado, del tope de cada torre.—No hay miedo de que se mueva la estructura, ni de que

la sacudan juegos de aire ni iras de tormenta; porque por su base la muerden las torres con dientes de acero, y para que el viento mayor no la conmueva, los dos cables de afuera se encorvan hacia adentro al ir tocando la mitad del puente, y los dos de adentro se doblan hacia los de afuera, con lo que se hace mayor la resistencia.—No vendrán, no, los aires traviesos a volcar carros sobre el río, porque los bordes del puente se levantan a 8 pies de alto y entre las vías de carruajes y las del ferrocarril está tendida, para sujetar los empujes del viento, red de fuertes alambres.—Ni hay riesgos de que los cables se quebranten, —que nunca vendrá sobre cada uno de ellos peso mayor de 3,000 toneladas, y está hecho para sustentar, con sus 294 brazos, doce mil.—Ni se torcerá, astillará o saltará el puente, cuando el calor de estío lo dilate, como al sol de amor el espíritu, o el rigor del invierno lo acorte; porque esta quintuple calzada está como partida en dos mitades, para prevenir el ensanche y el encogimiento, por medio de una plancha de extensión, en el punto medio de la vía, cuya plancha, fija en el extremo de una de las porciones, empalma sobre juntas movibles con el extremo de la porción segunda.—Y

cuando al pie de una de las torres se amontonan en bloque sin salida, millares de mujeres que sollozan, niños que gritan, policías que voccean, forcejeando por abrirse camino,—se mueven señorialmente, como gigantes que saludan, un ápice apenas los cables en sus lechos corredizos en lo alto de las torres.

Así han fabricado, y así queda, menos bella que grande, y como brazo ponderoso de la mente humana, la magna estructura.—Ya no se abren fosos hondos en torno de almenadas fortalezas; sino se abrazan, con brazos de acero, las ciudades; ya no guardan casillas de soldados las poblaciones, sino casillas de empleados sin lanza ni fusil, que cobran el centavo de la paz, al trabajo que pasa:—los puentes son las fortalezas del mundo moderno.—Mejor que abrir pechos es juntar ciudades: —¡Esto son llamados ahora a ser todos los hombres: soldados del puente!<sup>a</sup>

*La América;*  
Nueva York,  
junio de 1883

a. Sobre el puente, véanse los textos números 45 y 47.



42

# Trigo y Maíz

**Nueva York,**  
**junio de 1883**

**N**O PARECE que tienen muy buen año los cosecheros de trigo y maíz en los Estados Unidos.—Junio<sup>a</sup> asoma, y el trigo espiga apenas. Las lluvias excesivas hinchán el terreno. De Toledo,<sup>b</sup> —que así se llama una amena población de Ohio—hasta San Luis, hace aún tanto frío—<sup>c</sup> que arde el carbón en las estufas de las estaciones de los ferrocarriles. «Jardín del mundo»<sup>d</sup> llaman aquí a este hermoso territorio,<sup>e</sup> pero este año, aunque ya todas las ventanas están llenas de púdicas lilas y de selvosas enredaderas, no hay en el «Jardín»<sup>f</sup> famoso más que escarchas, hielos e incesantes lluvias.

Andan, pues, tristes, los cosecheros de trigo y los especuladores, y ansiosos los negociantes de Europa, cuyas transacciones dependen siempre en gran parte de la producción agrícola de estos Estados. El

maíz no se anuncia mejor, lo que han de sentir los pueblos de Hispanoamérica que, con verdadero desdoro, tienen que venir a surtirse de él al Norte: iechar barcos al mar para comprar al extranjero codicioso lo que, con poco esfuerzo, se tiene barato y rico en casa! En muchas comarcas están resembrando el maíz, por no haber podido sacar fruto de la primera siembra<sup>g</sup>; mas esto no alarma tanto a los cosecheros cuanto pudiera parecer, porque han solido recogerse muy buenas y abundantes cosechas de maíz sembrado en Junio.

Pero no hay esperanza de salvar el trigo de invierno.

Setenta y cinco millones de bushels se pierden este año, que equivalen a ochenta millones de pesos.

Mas es tal la fertilidad de las comarcas que en los Estados Unidos dan el trigo, que, luego de atendidas las demandas de la nación, se tiene por seguro que sobrarán para exportar unos 200 000 000 de *bushels*.

Gente hay de pro en el negocio de granos a quienes no aflige la pérdida de la cosecha de invierno, por cuanto no ha de ser tal la demanda de Europa, donde el trigo abunda este año, que baste a consumir el grano sobrante, a pesar de la extraordinaria merma.

Y Rusia, y la India, la temible rival de los frutos de América, están dando además trigo en caudales.

**La América,**  
**Nueva York,**  
**junio de 1883**  
**La Nación,**  
**Buenos Aires,**  
**26 de agosto de 1883**

- a. Sin pleca en LN.
- b. Sin coma en LN.
- c. Sin pleca en LN.
- d. Sin comillas en LN.
- e. Punto y coma en LN.
- f. Sin comillas en LN.
- g. Punto y coma en LN.

## 43

## Cartas de Martí

La vida neoyorquina.-Pompas de estío.-Galas del mes de junio.-Voluntarios neoyorquinos.-Los colegios y fiestas.-Enseñanza clásica y enseñanza científica.-Luz eléctrica.-El cónsul argentino y la luz Edison.-Recuerdo de Catamarca en el *Sun*.

Nueva York,  
julio 8 de 1883

Señor Director de  
*La Nación*

**L**A VIDA EN VENECIA es una góndola; en París, un carruaje dorado; en Madrid, un ramo de flores; en New York, una locomotora de penacho humeante y entrañas encendidas. Ni paz, ni entreacto, ni reposo, ni sueño. La mente, aturdida, continúa su labor en las horas de noche dentro del cráneo iluminado. Se siente en las fauces polvo; en la mente, trastorno; en el corazón, anhelo. Aquella calma conventual de las ciudades de la América del Sur, donde aún con dedos burdos pasa las cuentas de su rosario, desde su ermita empinada, el Padre Pedro,—en esta tierra es vida. Se vive a caballo en una rueda. Se duerme sobre una rueda ardiente. Aquí los hombres

no mueren, sino que se derrumban: no son organismos que se desgastan, sino Ícaros que caen. No se ven por las calles más que dos clases de hombres: los que llevan en los ojos la pupila sin lustre de la bestia domada, hecha al pesebre, y los que abren al aire encendido la pupila fiera de la bestia indómita: el manso ejército de los resignados, vientre de la humanidad,—y el noble ejército de los acometedores, su corazón y su cabeza.

Y si en ningún mes se reposa, en este de junio, mes de aves y de madreselvas, y de sacar nidos, se amanece en una barca, cuya blanca vela tiñe la aurora de color de rosa; se almuerzan fresas en un campamento de estudiantes, que disputan o reciben premios; se divierte la tarde bajo un parasol rojo, viendo al jinete que cae, al apostador que murmura, a la batalla frenética de los caballos corredores, a la yegua de

Vanderbilt que trota una milla en dos minutos y quince segundos; y se acompaña a la tierra en su giro a la sombra, al compás de los atambores melancólicos de los soldados de ciudad que hacen en estos días ejercicios de campaña; y se consume la noche, cual cera en torno a pabilo, en baile ardiente y loco, trabado a sombra de árboles o discretas techumbres de vastos corredores, entre estudiantes satisfechos y soldados novicios, y damiselas lindas que no saben que tienen semilla amarga los manzanos de oro.

¡Oh, los colegios! Ved cómo se abren en verano como las rosas. Os digo que el invierno es la estación de los búhos. Sólo el calor del sol engendra héroes. Parece aquí la tierra en estos meses, no cuando agosto quema, sino cuando junio sonríe, inmensa flor que a recibir el sol, su novio, abre los brazos múltiples. Todos parecen dichosos. En el invierno, se gruñe. En junio, el padre es más amante; más cortés el esposo; el niño, más gentil; más galana la dama; el decidor más ameno; el tético, locuaz; azul el mar y el alma. Las casas se vacían; los buques se dan a la vela; los paseos se repletan. Los

sombreros de colores de las mujeres parecen como sobre rosales coronados de una alegre flor, traviesa mariposa. Estas ricas mañanas, en que la atmósfera se colora de una blanda tinta de espiga madura, convidan a tender al aire las manos abiertas para coger en ellas el oro ambiente que todo lo penetra y lo abrillanta.

Ni épor qué he de hablar de otra cosa, si toda la ciudad es ahora doncella de paseo, que no quiere saber que se viene del llanto, y se va al llanto, sino que vive en el estío caliente, y trisca y goza? Tierra más limpia que ésta, no ha de hallarse. La sala más pobre toda llena de anuncios de colores, ramilletes de cartón, y lazos de cinta, parece, al vérsela de súbito, más que pobre sala, templo. La ventana más ruin tiene un clavel, y la moza más pobre, que va de mañanita a echar tinta a las prensas, rizar plumas o envolver cigarros, tiene su traje de color de crema y su mantilla azul. Y el pobre mozo que viene de enfrenar caballos o de mover ruedas de hierro, se quita, al oscurecer, sus ropas de labor, se embona las de fiesta, y va de gala, con su niña al brazo, camino de la plaza o los jardines. El hombre gusta de ir donde la naturaleza se extiende y se evapora.

Mes de junio, mes de ceremonias de colegios; de carreras de caballos; de regatas de botes y buquecillos de paseo; de lances de pelotas y boliches; de probar, en improvisados

campamentos, el peso de las armas de la guerra, y el sabor de los manjares de batalla.

Los hombres no debían tener jamás en sus hogares estatuas de Venus, ni copias tentadoras de Pomona: —debiera todo hombre clavar, como el Segismundo de *La vida es sueño*, junto a su cama de dormir, el vestido de pieles con que vivió encadenado en la montaña. El licor de risas, laxa. Debe prepararse a todo hombre a la batalla, a la privación, a la desgracia. Pues ¿no se nota que un hombre no es nunca completamente grande sino cuando es desventurado? La felicidad constante anina y debilita.

Hacen bien los soldados voluntarios de New York, en ir de té y pan sobrio, a dormir sobre lona bajo la tienda de campaña; a levantarse con el sol, que es sentirse rey, e inundado de místicas ternezas; a aprender el manejo de las armas, no ípor Dios! Para volverlas contra pueblos hermanos e indefensos, sino para clavarlas en la frente de quien, pensando en hacer de nuevo esclavos a los hombres, deshonrase la frente humana, ¡Oh, qué gran tiempo! Ya parece que el hombre está despierto.

Lindos están ahora los patios de los colegios. Todos inauguran,—antes de devolver sus educandos a sus casas, a que remen, en lo que hacen bien; a que cacen, en lo que hacen mal, a no ser que cacen zorras o lobos; a que nadan, hablen

de amores, dancen y corran; todos inauguran sus clases estos días y reparten sus premios, distribuyen sus grados, convocan a sus amigos, celebran sus fiestas.

¡En esta tierra, los colegios son tan antiguos como las iglesias! Quien dice Harvard, que es el colegio magno de Massachusetts y como el Oxford de la América del Norte, dice palabra mágica, que abre todas las puertas, lleva de mano a todos los honores, y trae perfume de años. Quien dice Yale, sabiduría dice, que da tinte de cana a los cabellos rubios de sus jóvenes doctores.

¿Quién enumera aquí colegios? De uno se dijo que había contado los sueños de las mujeres de un harén; y de otro los del espíritu de un héroe encadenado, y se les tuvo por grandes contadores: mas estos que tanto contaron, no podrían contar los colegios de los Estados Unidos. Abrid ahora un periódico de letra menuda que cuenta los regocijos de las escuelas en este buen mes del año: para admirar sobraré el corazón; pero de leer nombres diversos se cansan los ojos.

Y no se diga que no pueden estos colegios ser mejores, que pueden serlo; mas no ha de negarse que ya tienen alzada la podadera, y están podando del enteco árbol clásico,—bueno para que crezca, como planta curiosa y benemérita, en los invernaderos, todas las ramas torcidas y hojas secas que impiden que por las

anchas venas corra sin traba el jugo humano.

Puesto que se vive, justo es que donde se enseñe, enseñe a conocer la vida. En las escuelas se ha de aprender a cocer el pan de que se ha de vivir luego. Bueno es saber de coro a Homero: y quien ni a Homero, ni a Esquilo, ni a la Biblia ni leyó a Shakespeare,—que es hombre no piense, que ni ha visto todo el sol, ni ha sentido desplegarse en su espalda toda el ala. Pero esto han de aprenderlo los hombres por sí, porque se enseña de suyo, y enamora, y no se ha menester maestro para las artes de gracia y hermosura. Y es bueno,—por cuanto quien ahonda en el lenguaje, ahonda en la vida,—poseer luces de griego y latín, en lo que tienen de lenguas raizales y primitivas, y sirven para mostrar de dónde arrancan las palabras que hablamos: ver entrañas, ilustra.

Pero puesto que la tierra brota fuerzas,—más que rimas, e historietas que suelen ser patrañas, y voces sin sentido, y montones de hechos sin encadenamiento visible y sin causa, urge estudiar las fuerzas de la tierra. Que se lea, cuando el sol es muy recio, la Biblia; y cuando el sol ablanda, que se aprenda a sembrar racimos de uva como aquellos de Canaán, que con su peso anonadaban a los hombres.

Como quien vuelve del revés una vaina de espada, se ha de cambiar de lleno todo el sis-

tema transitorio y vacilante de educación moderna. Mas, no habrá para pueblo alguno crecimiento verdadero, ni felicidad para los hombres, hasta que la enseñanza elemental no sea científica: hasta que se enseñe al niño el manejo de los elementos de la tierra de que ha de nutrirse cuando hombre; hasta que, cuando abra los ojos para ver un arado, sepa que puede uncirlo, como un buey en otro tiempo, ¡un rayo! Que de aquí a poco, la electricidad moverá arados. Asombra que con tanto hombre que junta polos y saca fuerza de ríos y cascadas, no se haya pensado aún en uncir al yugo, en vez de una criatura viva que padece, un acumulador de Faure.<sup>148</sup>

¡Hermosa luz eléctrica! ¡Bien hacen, puesto que es ley que vayan juntos análogos símbolos, en iluminar con la luz de los astros el puente de Brooklyn! Entrar por aquellas aéreas avenidas, cuando todo reposa, y con la suave luz de las estrellas brillan sobre los sutiles cordeles de alambre las lámparas eléctricas; dormidas, como dos ejércitos, las dos ciudades; el cielo, encendido; en calma el río solemne; y en torno, el aire blando iluminado, como con reflejos de alas de ángeles,—la mano estremecida y respetuosa despoja del sombrero la cabeza, y aunque el estático cuerpo quede erguido,—se siente que se ha caído de rodillas.

Apenas amanece suenan golpes de azada por las calles.

Se interrumpen los cavadores, para dejar camino a una columna corintia que pasa; siguen tajando ancha veta en el piso:—y reposan de nuevo, porque sobre ruedas corpulentas, está pasando una casa. Y vuelven a cavar,—a abrir el lecho al tubo recio que ha de regar por Bancos y oficinas, Bolsas que dan miedo, asirios edificios que ponen asombro, y teatros e iglesias, la luz eléctrica. Ya es la de Brusch, cuyo brillo excesivo y penetrante no ofusca a veces la aparición de la aurora; ya la de United States, que se abre en dardos; ya la más suave, dócil y coqueta de Edison,<sup>149</sup> que por barata y segura prospera, y me dicen que el brioso cónsul de la República Argentina, el caballero Carranza, intenta llevar ahora en sus esbeltos y menudos aparatos, a la pujante ciudad de Buenos Aires.

Da gozo ver cómo celebran a la ciudad del mediodía las gentes del Norte: días hace decía un diario, el *Sun*, el gran diario del cutísimo Dana:

«No miréis, si queréis ver racimos como maravillas, y cepas como robles, a California; mirad a Catamarca, que la vence y que crecerá pronto en manos de aquellos hombres industriuosos.»

José Martí

**La Nación,**  
Buenos Aires,  
15 de agosto de 1883

[Mf. en CEM]



## Cartas de Martí

Gozos de colegiales.-Harvard.-Ben Butler.-Guerra contra indios.-Simulacros de la milicia.-Campamentos de verano.-Un periódico del día.-Edison.

Nueva York,  
2 de julio de 1883

Señor Director de  
*La Nación*

**O**H, LOS COLEGIOS! No dan clases ahora, sino músicas. Ved cómo llevan aún en el rostro esos pulidos mozos aquella ansiosa melancolía de los discípulos delicados de Platón. Aristóteles, se empieza a ser a los 30 años; pensad mal, de quien ya no es Platón cuando cuenta veinte. Y vale más ¡por Dios que vale más! ser desterrado de Siracusa que echarse sobre los hombros el manto de púrpura del vicioso Alejandro.

*Commencements* llaman aquí los colegiales a estos días de fiesta. Tienen sus ceremonias candorosas que les vienen de antaño, como a los estudiantes alemanes, y a que ponen puntillo en ser fieles: en este cole-

gio se ha de decir, en tal traje un discurso chistoso; en aquel, los de la clase graduada han de entregar la pipa de la clase a los noveles que vienen a tomar sus puestos.

Duran las fiestas días y noches, que para el alma del recién graduado sin alba y sin crepúsculo parecen, y día todas, como aquella noche de amor inolvidable que gozó el rey Amasis.<sup>150</sup>

Unos van en procesión por las calles del lugar creado bajo las alas del colegio, hasta el teatro por estas ceremonias consagrado: otros, luego que cierran sus exámenes, puesto que saben de Teócrito, hacen de él, y danzan sin fatiga con las zagalas del contorno; otros, a la sombra de robles eminentes, rompen en lágrimas y aplausos al ver venir, del brazo de sus hijos, al sabio moribundo que aún les calienta, con el fuego de su alma que se escapa, el corazón, a que espera a las

puertas del colegio la severa vida; otros, apesados de súbito, van, porque así lo quieren la costumbre y el cariño, a despedirse de las amplias aulas donde fueron venturosos: ¡tristeza formidable! decir adiós al colegio! se siente ya sobre el hombro la garra del león que no perdona! se ve venir, arrebujado en nube negra, el huracán tremendo! parece como que de repente cae sobre los hombros el peso de la vida.

Pero son mozos, y no les van bien en la frente las caléndulas: ya vuelven del jardín con las manos llenas de miosótis y rosas salomónicas:—ya asoman por entre los arbustos cargados de azahares pálidos como alegres, como si presintieran que era la última vez que habían de estarlo plenamente.

Van de paseo a otro colegio de mujeres, donde estas son nutridas de ciencia sólida, y una señorita lee entre plácemes una plática buena, que es de pensar aunque parece de reír, puesto que lo anuncia el programa del colegio como un discurso que lleva este lema no donoso: Pan y Mantequilla. Esta acaba: y otra vestida de

blanco, luciendo etérea hermosura, cabellos del sedoso tinte de hebra de mazorca nueva, y ojos grandes y húmedos, lee su obra premiada, en que ensalza con loa calurosa el menester de tener fe en Dios, en los demás, y en sí.

Y a poca distancia en otro colegio, un orador de fama, que por honrado y elocuente le mantienen, describe con calor de mancebo, que no se extingue jamás por completo en las almas grandes, las fuerzas maravillosas de la naturaleza.

Pero la fiesta magna ha sido en la Universidad de Harvard.

Ya han pasado las regatas entre estas y aquellas clases de unos y otros colegios; que la mente ha de ser bien nutrida, pero se ha de ver de dar, con el desarrollo del cuerpo, buena casa a la mente. Así como el bambú, más lleno de rumores que de frutos, crece en hojas inútiles que dan con él en tierra, así el hombre en quien no anda aparejado, con sólido pensar, sólido cuerpo. No se ha visto palacio bien seguro sobre cimientos de arena.

Ya han pasado las justas de jóvenes remeros, en que los más ágiles del Colegio de Columbia han vencido esta vez a los más recios de Harvard. Ya se han dado a los vientos las canciones del año y los discursos.

Ya viene de Boston, cubierto por colosal sombrero de Panamá de cinta negra, y seguido de su cohorte de lanceros de casaca roja, el afamado Butler.

Los capitanes del colegio, que son republicanos, y ven mal que con mano victoriosa los haya dejado sin capa y en mala figura ante su pueblo, este gobernador brioso, negáronse este año a darle en ceremonia pintoresca de legendaria usanza, el grado de honor de doctor en leyes con que acostumbra la Universidad regalar a los gobernadores del Estado. Pero la gente moza de lenguaje, que gustan siempre los mozos de hombres de lengua brillante y mano inquieta, se pusieron del lado de otros capitanes sensatos que como gloriosa satisfacción, llamaron a Butler, odiado por todos los que ostentan fraude y mácula, a presidir la fiesta de grados, y la mesa ya de siglos famosa de curso nuevo. Muchos detalles cansarían. El gobernador cruzó la ciudad entre bravos.

Águila de años, mas no vieja, parece Ben Butler, y aunque no las ha menester, por tenerlas propias, las del sombrero le fingían anchas alas. Pero oídle ahora, luego que ha hecho reír a sus convives, que cuidan más esta vez de los manjares de la mente, que del humeante puerco con judías de que hace gala Boston, oídle luego que abre su plática con esos gracejos sin los cuales no parece aquí discurso bueno, ni orador genioso, ni ceremonia completa; oídle hablar casi con lágrimas de los tiempos de la guerra enconada con el Sur, en que Harvard tenía pocos

alumnos, porque los niños... los niños estaban tristes porque veían pensativos a sus padres; y los jóvenes... los jóvenes estaban en la guerra.

Y a fe que mientras hay que guerrear, en la guerra deben estar todos los jóvenes.

De ejercicios están ahora los colegios, y la milicia ciudadana. De guerra un general que caza indios, y se entró por sobre tratados y fronteras en tierra mexicana, a sitiar a los apaches; que se ha traído en racimos, más torvos que sumisos, a la cola de su caballo, de lo cual no hablan bien diarios sensatos, que aconsejan a México que cuide de mejor modo sus fronteras; y de simulacro de guerra andan los jóvenes de la milicia ciudadana.

Era antes aquí gala ser bombero, y por sacar a una niña en los brazos de las llamas, moría alegre un hombre.—Y es gala ahora ser soldado, y en estos meses en que la tierra reverdece, los ríos se enaguinaldan y las almas enfloran, van de faena militar los jóvenes, a dar ficticio empleo, para que luego no les sorprenda el verdadero, a sus lucientes armas de combate.—Les regocija el cambio ameno.

El escritorio desea. El campo nutre. No parecen compañías de soldados, sino bandas de presos alegres que gozan, entre pájaros y cervatillos, de sus primeros días de libertad. En la ciudad el aire espeso, la vida monótona, el quehacer

rutinario, no les invitan a salir de sus casas temprano. En el improvisado campamento, no bien asoma el sol por la cresta del cerro vecino, ya están tomando los alegres milicianos sus seis onzas de pan y su café, y vístense de batalla; allá una compañía se adiestra en el manejo de los rifles; allá la otra fingiendo que le viene encima, arrebatada carga de caballería, hinca la rodilla en tierra, eriza las afiladas bayonetas, pega a la culata del rifle la mejilla y dispara con cápsulas inofensivas.—Paso de ataque se oye a la entrada de aquel bosque, ruido de graneada mosquetería se repercute de sus troncos recios al llano y a las lomas: éntranse bravamente por la arboleda envuelta en humo espeso los asaltantes; ipaso de gala y hurra! «ipaso de vencedores!»

¡Mas oh! que suenan risas! —y salen de entre los troncos los prisioneros valerosos—que son damas.—Bailes y honesta huelga acaban en el campamento siempre el día.—Mas en el resto de la noche, no en voluptuosa pluma duermen, en que no debieran dormir jamás los hombres, sino en lona dura, que aún es blanda para cuerpos viriles. ¡No sé qué tiene la tierra, que invita a dormir sobre ella!

Y este es el mes. En la naturaleza, en los colegios, en los

pueblos de baños, en los campamentos de jóvenes ricos, dados a veces—con verdadera mengua—a vestirse de bailarines y payasos, en los campos de las carreras, donde a suntuosas damas que las ven desde elegantes coches se juntan montón ávido de burdos apostadores, que al caballo juegan, como a la ruleta o al dado; en los amplios circos, donde, acumulando ganancias y victorias, juegan con brazos desnudos y ágiles, los favoritos de la ciudad a la pelota; en los carros urbanos que rebosan gente; en las terrazas cálidas, que esparcen aroma, todo es flor y pompa.

Si se toma un diario, se ve que la vida ofrece señales graves de desarrollo anormal y a veces monstruoso; que las pasiones que esperaban antes para hacer presa del pecho, a que estuviese maduro, ahora encuentran albergue, en ocasiones tenebroso, en el pecho de los niños. Se ve que, así como la larga posesión quita el sentido, la larga ausencia de él lo vuelve, y enfrente de los republicanos que se desbandan, y se dan con manos torpes golpes sendos, los demócratas se agrupan en torno a una bandera común y sabia: —y puesto que entienden que sin tarifa de aduana, no podrían pagar los Estados Unidos su deuda sofocan sus anhelos li-

brecambistas, y abogan sólo por tarifas moderadas, con lo cual burlan a los republicanos asustados, que ven cómo no pueden pasar plaza ante el país de defensores únicos del proteccionismo. Y se ve en el periódico que todo son empresas para sacar los telégrafos de los techos, y los hilos de luz eléctrica de sus eminentes postes, y caen sobre el mercado como gotas de fuego en que se rompe aérea estrella pirotécnica, múltiples compañías de telégrafos y alumbrado subterráneo.

Y de vez en cuando, mientras que limpian en las casas para colgarlas el día 4 de Julio las lindas banderas, y los niños acumulan sus ahorros para trocarlos por cohetes; y los hombres se aprestan en el famoso día a ser niños, se ve cruzar en humilde carruaje a un hombre de cutis liso y blanco, ojos ansiosos, que saltan en chispas, azules, dulces; rostro abstraído y como de quien mirase egregios mundos y por sobre él una misteriosa palidez astral. Es dantesca figura, que cruza como un símbolo la tierra: es Edison.

José Martí

**La Nación,**  
Buenos Aires,  
16 de agosto de 1883

[Mf. en CEM]

## 45

# El puente de Brooklyn. Los ingenieros Roebling

¿QUIÉN NO HA DE LEER con gozo, como un triunfo propio, por ser hombre, una noticia breve de la vida de los dos bravos e ilustres ingenieros que han alzado entre New York y Brooklyn, sobre las ondas del aire, ese solemne y admirable puente, sutil calzada de gigantesca encajería?

La ideó el padre; la hizo el hijo. El padre se llamó Juan Roebling; el hijo Washington. El padre, enamorado de la Libertad, bautizó a su hijo con el nombre de su Pontífice. Jerarquía nueva: cielos nuevos, santos nuevos.

Juan Roebling no nació en los Estados Unidos, sino en la ciudad de Mulhansen, allá en Turingia,<sup>a</sup> en Prusia.—Su frente, como un dosel, amparaba sus ojos penetrantes, osados y meditados,—y a menudo dulces. Era bueno, como todos los hombres verdaderamente grandes. La piedad es el sello de las almas escogidas. Cuando la Naturaleza escribe «Grandeza»,—escribe «Ternura».—Desde niño, no jugaba con solda-

dos, de lo que suele venir insana ansia de serlo, sino con libros. Notaban sus amigos, de entre sus cejas pobladas, como de hornos encendidos, sus ojos voraces; y era de aquellos hombres briosos que con sus miradas atrevidas cautivan y encadenan a la Tierra, que les abre enamorada y vencida sus senos. ¡Sólo que tal dama requiere amantes tales!

De la Escuela Real Politécnica de Berlín salió Juan Roebling Ingeniero Civil. Como lo manda la ley de Prusia, sirvió tres años, después de su titulación, en las obras del Gobierno:—que el que la nación educa, si no aprende para vil, debe dar la flor de su trabajo, y la flor de su vida, a la nación.

Pero en Prusia, si enseñan ingenieros, sofocan almas. Roebling andaba torvo, como grande hombre esclavo. Los hombres pueden levantar puentes, más fácilmente que levantar almas. Los hombres gustan de comer y de dormir, y se entretienen en cortarse las alas y en ver caer al polvo sus mejores plumas, en vez de ceñírselas a

los hombros, para tenderlas vía del Cielo. Roebling, airado de vivir en la Tierra donde los hombres son, más que fábricas maravillosas, culatas de fusiles, vino a los Estados Unidos de América. La majestad de la selva; el aroma de la Naturaleza nueva y libre, el placer penetrante de una creación casi absoluta, y el deleite del alma fuerte en las grandes soledades—llevaron a Roebling al bosque virgen; compró tierras incultas; tendió sobre ellas, a fecundarlas con sus hojas muertas, árboles solemnes, cargados de siglos; sobre la tierra nutrida de hojas amarillas reverdecieron en tallos fecundos las hojas útiles. A poco ya era jefe de pueblo, cuando todos los de la comarca cercana, y los de esta tierra toda, puestos en pie, al aire la camisa de labrar y entrando por el suelo los arados, emprendieron su marcha majestuosa, cerceando montes, tajando valles,

a. En LN: «Thuringia».



secando lagos, cabalgando en ríos. Donde había un canal que abrir, un acueducto que levantar, un puente que tender, estaba Roebling.

Dos madres tienen los hombres: la Naturaleza y las circunstancias;—¡cuánto gran poder humano desconocido, que muere sollozando en el vacío! ¡cómo son necesarias para la revelación de la grandeza, el ajuste y feliz encuentro del hombre que la trae consigo y las condiciones que aceleran o favorecen su expresión! En cierto modo la mente de Roebling, prusiana de naturaleza, se tornó en americana; del goce de la libertad y de la presencia permanente de la grandeza, surgió, como refundido en molde nuevo, un nuevo hombre.—Así, cuando tuvo un hijo, no le puso Arminius, sino Washington.

Este puente de Brooklyn que ahora, como por calzada de peregrinaje a nueva Meca, cruzan apiñadas, jubilosas, hirvientes, las multitudes; esta labor excelsa que los estadísticos computan asombrados, los oradores loan con voces magnas y los poetas en arpas limpias y estrofas apostólicas cantan, tuvo numerosos e imponentes padres. Como crece un poema en la mente del bardo genioso, así creció este puente en la mente de Roebling.

Bajo los tilos de Berlín, cuando era mozo, hace como sesenta años, tendía los primeros hilos que ahora, trocados

en cables ponderosos, sustentan la aérea fábrica. Su tesis de título fue sobre puentes colgantes. Más que en abrir canales, tender rieles y levantar acueductos, meditaba en suspender puentes de cables de alambre. A poco, ya era dueño de una fábrica de alambres de hierro y de acero. A poco, echó a andar un colosal acueducto de madera por sobre dos cables de a siete pulgadas de diámetro. A poco, tendía sobre el río Monongahela,<sup>151</sup> sobre antiguos pilares, un puente de ocho tramos, de 188 pies en cada tramo, suspensos de dos cables de cuatro pulgadas y media de diámetro. A seguida tiende sobre el Niágara, suspendida de cuatro cables de a diez pulgadas de diámetro, doble calzada aérea de 825 pies de largo, que los nativos del país van a ver en sendas procesiones, y admiran y celebran los grandes ingenieros de la Tierra. No bien había anclado a los bordes de la catarata los cables que la salvan, echó otro puente entre la ciudad de Cincinnati y la de Covington, que junta con su arrogante vía de mil y cinco pies, un pueblo al otro.

Dan de sí las épocas nuevos hombres que las simbolizan; ya no fabrican los hombres en el fondo del río, sino en el aire. Se afinan y encumbran los puentes, como el espíritu. Cada siglo que pasa es un puñado más de verdades que el hombre guarda en su arca. Y véase el camino, y la perfecta

analogía entre cada época y su obra mayor. Da el Oriente de los Califas;<sup>a</sup> como perfume petrificado, palacios de colores; da la edad teocrática, que nace en Roma antigua y muere en América, torres de religión, en que, sobre los hombros de la Iglesia rica, se alzan los artistas atrevidos, asaltadores de las nubes, rivales hermosos del que, con cincel aún no rehalla-do, talló en la sombra la Naturaleza. La Francia viciosa se sacó de los senos abiertos a Triánón,<sup>152</sup> coronado de adormideras, orlado de rosas. Y las mayores obras de esta edad de concordia y ensanche, y paso a otro mundo, son un istmo<sup>b</sup> y un puente.

Juan Roebling,—cuyo rostro hozador y pujante, figura ya, como retrato de huésped, en todas las casas de los Estados Unidos—murió de su obra, como mueren todos los espíritus sinceros. Estaba en pie sobre un montón de maderos, que echó abajo, de una embestida, en el muelle flotante contiguo, un vapor celoso, de una de las empresas de vapores que atraviesan el río, y cuya prosperidad queda amenazada por el puente: al caer Roebling, se hirió un pie, que expuso por demasiado tiempo al agua fría, de que murió en diez y seis

a. Punto y coma en LN.

b. El LN: «ismo».

días, de pasmo. Ni ¿qué importa? Cuando el hombre ha vaciado su espíritu, puede ya dejar la tierra.

Cuarenta y seis años tiene ahora Washington Roebling, su hijo. De las líneas de su padre, ha hecho calzadas, redes de acero, torres, moles. Lo que el padre esbozó, él completó. Lo que el padre no previó, por él fue resuelto. Nunca se había usado el acero para cables de puentes colgantes, y él lo usó; él ideó la difícil junta de los cabos de rollos de alambre de acero: en máquina vincesca, de trazado suyo, subían majestuosamente al tope de las torres, a 100 metros de altura, las masas de granito; domó las resistencias no previstas, y algunas tremendas, del agua arrollada y expulsa bajo el aire comprimido: era difícil mantener buenas luces encendidas en el fondo del cajón que sustenta, a 80 pies bajo el agua, la torre de New York, y él halló modo de encenderlas, de sacar de los cajones lóbregos y hondos los materiales excavados,<sup>a</sup> de resolver los problemas nuevos que a cada alambre se presentaban al ajustar los hilos en el cable, por ser el cable tan recio y grueso, y de alambres tantos, que requería cada hilo en el ajuste su propia longitud y altura.

Y a veces, cuando en su cerebro fatigado su pensamiento fugaz y como volátil luchaba rudamente por huir—cual ca-

ballo que tasca de mal grado el freno, o vapor sujeto al muelle por flojas amarras—de su casco de huesos, su mujer piadosa, como gallarda amazona que acaricia el cuello de corcel piafante, fortalecía su idea rebelde, remataba sus cifras incompletas, sacaba a lo alto la verdad que las manos desmayadas de su marido habían estado a punto de dejar caer. Una mujer buena es un perpetuo arco iris.

Su vida quedará contada a paso de periódico. De niño, jugaba con los puentes de su padre; de mozo le ayudaba a perfilar diseños, idear torres y templar en los hornos gigantes el acero y el hierro, y probar el acero, hasta que resistiese su presión, en la máquina hidráulica, preparada a punto de romper. Cuando se alzaron del Sur las huestes colosales e infelices, que más que su propia libertad, querían la de gozar sin molestia del abominable derecho de señor sobre los siervos negros, ni vio a las arcas de su padre rico, ni tuvo en mientes los halagos de la vida bella que comenzaba a sonreír al ingeniero joven, celebrado y apuesto,—sino que, con la capa azul del soldado, que flotaba sobre los hombros de aquellos bravos como alas, se puso al pie de la bandera del Norte. Blandió el acero doblemente: en sable, sobre los enemigos; sobre los ríos, en puentes. Parecía que llevaba la espalda llena de ellos, y

no bien salía al paso del ejército triunfante una corriente adversa, se descenía de la aljaba un puente colgante, y lo tendía por sobre el río. Ganó premios, y fama de osado; y el temple que da al alma el enrostramiento frecuente del peligro. Como el padre estaba en serias obras, en la de Cincinnati, que a cada paso ofrecían problemas nuevos, por lo difícil de lo sostenido y preciso del trabajo en el aire comprimido, viajó por Europa, a acaparar ciencia neumática. Volvió; trabajó con el padre hasta su muerte; quedó después de ella con el manejo de la fábrica del padre, la intendencia de su hacienda pingüe y la creación penosa de la gigante maravilla. Pasaba el día en la cueva de aire comprimido, entre miasmas de lodo y astillas de roca, enfrenando el agua rebelde, animando a trabajadores medrosos, con sus manos mismas palpando la húmeda entraña de la tierra! Véngase la tierra de los que la descubren: y de toda superioridad de sus hijos, que como daga loca vuelve contra el mismo que la ciñe. Trabajaba demasiado en aquel lóbrego cajón el ingeniero, —y lo sacaron un día en brazos, ida al cerebro y a las partes blandas del cuerpo la sangre aglomerada: a otros, esta enfermedad del cajón abate,

---

a. En LN: «excavados».

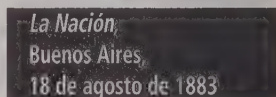
como a un tronco un rayo: les pega a la espalda el pulmón: les hipertrofia el hígado: a Washington Roebling lo ha dejado vivo, como si lo estuviera sobre llamas. Ni en un ápice ha turbado su juicio; pero oír mucho, hablar mucho, concentrar su atención mucho, le enciende el pensamiento, y le da suelta, como si quisiera, con los efluvios que de él brotan, sacar de quicio el cráneo.

Y durante doce años ha dirigido así este hombre, desde la silla en que postraba su cuerpo abatido en el balcón de su casa, que domina el río, —la fábrica del puente. ¡Bien es que, puesto que los tiempos andan, no sea ya Minerva, he-taira formidable y caprichosa, la que salga armada de la ca-

beza de Júpiter! Desde un sillón de cuero, en lúgubre alcoba, miraba en otro tiempo Felipe II, acariciando pomos de daga y criando odios, oficiar en altar solitario a sus sacerdotes, sobre cuyos rostros, con los reflejos del Sol en el bronce de los ángeles hincados en los peldaños del arca, parecía ondear perennemente el estandarte verde que levantaba el Santo Oficio por entre las hogueras de la Plaza Mayor. Ahora, desde otro sillón regio, acariciando compases y muestras de material de construcción un hombre sin corona la pone al mundo nuevo, y ve oficiar en dos pueblos,—entre los que, como altar adonde comulguen en la religión nueva, tiende un puente,—a dos millones de

sacerdotes que trabajan! Pues, Rey por Rey, Dios guarde al Rey de ahora, que echa puentes y no quema!

La ciudad entera ha ido a llevar flores y vocear hurras,<sup>a</sup> al pie de la habitación donde forjó la maravilla el ingeniero enfermo.



[Mf. en CEM]

a. En LN: «hurrahs».

## 46

# La exposición de Boston

BOSTON abre el 3 de Setiembre su Exposición notable. Los muelles están llenos de<sup>a</sup> buques que de todas partes de la tierra traen al noble certamen,—a la batalla moderna—productos de todos los continentes.

Catálogo de productos universales parecería la enumeración

de los que ya se sabe que figurarán en los hermosos salones del Palacio de la Exposición de Boston.

Allí ha mandado Italia sus estatuas esbeltas y transparentes, que más parecen de nube cuajada que de mármol blanco; sus cuadros, en que brilla la ardiente luz amarilla de sus

costas volcánicas, y aquel azul violáceo de su cielo; sus tapices de antaño, tanto como los de Aubusson<sup>153</sup> famosos; sus mosaicos, tan notables hoy como aquellos de Pompeya, de los que cabían 250 piezas en el

a. Errata en LN: «de que».

espacio de una pulgada cuadrada. Italia envía sus encajes, en que logra de nuevo la fama universal que un tiempo tuvo; sus tejidos de paja, de que se hace en sombreros consumo tan grande; sus vinos, que recuerdan aquellos pastosos, dulcísimos y perfumados de la antigua Grecia; su pintoresca y notable cerámica.—Manda<sup>a</sup> Italia cintas muy bien hechas, filigranas de Génova, menos bellas y finas que las de México, y trabajos de concha, que siempre en Italia fueron buenos.

Llenas van a estar las salas alemanas de cuadros de que, por engalanar la Exposición de Boston y honrar la tierra de Arminio,<sup>154</sup> se han desprendido temporalmente las galerías famosas, que viajero alguno debe dejar de visitar, de Dusseldorf y Stuttgart, y la de Munich, corte perpetua de caballeros, músicos y poetas, donde acaba de hacerse ahora Exposición de pinturas notable.<sup>b</sup> Pero no se contenta Alemania, que en tanto trabaja, y con ojos tan abiertos mira los productos y provechos ajenos, con enviar cuadros; sino que manda numerosas muestras de todas las labores en que empeña su tenacidad y su ciencia.<sup>c</sup> Alemania, que a veces carece del empuje de la creación, a todos los pueblos, con excepción del pueblo chino acaso, aventaja en la paciencia de la copia.—Aunque<sup>d</sup> a los mismos chinos sacan codos<sup>e</sup> los chilenos, porque al decir de industriales

europeos que han tenido ocasión de competir con émulos de Chile, el chino se apodera de lo que ve, y lo imita, rápida, precisa y servilmente; y el chileno, cuanto ve lo hace suyo y lo mejora.—De Berlín y de Bremen vienen muchas muestras de artefactos de Alemania.

Por primera vez entra, con derecho y nombre propio, y no como sierva de Inglaterra, la laboriosa y simpática Irlanda en los certámenes de la industria. Envía Irlanda a Boston encajes, que son buenos y originales, telas de hilo y de seda ligeras, estatuas y cuadros.

Inglaterra hace, como ella sabe y usa, alarde formidable de su supremacía industrial. Entre otras cosas, lo que más alto ha puesto el arte industrial, o la industria artística, en Inglaterra, es el sistema de grandes Institutos de Bellas Artes, aplicadas a los propósitos de la manufactura, que desde hace algunos años priva allí con admirable éxito.—En porcelana, en trabajos de loza, en relojes, en útiles de trabajo, en instrumentos científicos, en objetos de plata, en todo presenta obras maestras. En instrumentos de agricultura no, que en esto la ganan los Estados Unidos. Ni en carruajes,<sup>f</sup> que son los ingleses más pesados y menos esbeltos que los de Francia.

Francia también alcanzará especiales honores en esta exhibición,—puesto que envía telas de sus pintores, los más perfectos y elegantes, ya que

no los más inspirados y mejores coloristas de la tierra; y envía la gala y flor de sus magníficos y variadísimos talleres; y muestras escogidas de sus vinos, que aun «cortados», «azucarados», «procedidos» y «plastrados»<sup>g</sup> triunfan en las mesas de todas las naciones sobre sus desdeñados y menos bien preparados rivales.—No<sup>h</sup> está todo en producir, sino en saber presentar. Dama gallarda, parece mejor sin afeites, pero con aseado aliño. En envolver bien está a las veces el único secreto de vender mucho. El hombre es por naturaleza, y aun a despecho suyo, artista; cuanto halaga a su naturaleza, aun cuando no se dé él cuenta de ello, tiene venta segura.

De Persia vienen a Boston lujos, esmaltes, pedrería, perfumes. Ni España, que ya va mejorando sus talleres; ni Portugal, que no pone todavía bastante atención en ellos; ni el Japón, nuevo hermano, y no el menos meritorio ni brillante, de los pueblos modernos; ni Corea, con sus labores solicitadas y pintorescas de marfil, madera, paja, sedas y drogas;

a. Sin pleca en LN.

b. En LN: «notables».

c. Punto y aparte en LN.

d. Sin pleca en LN.

e. Errata en LN: «sacacodos».

f. En LN: «las carruajes».

g. No aparecen nunca las comillas en LN.

h. Sin pleca en LN.

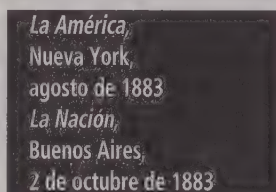


ni la honrada Bélgica, en cuyos campos todo es fruta y jugo; ni Holanda altiva, de afamados telares; ni Suecia, Noruega y Dinamarca pintorescas,<sup>a</sup> faltan en el certamen bostoniano.

De Madera, vinos; de las islas Sandwich, azúcar; de Austria, que es como una Francia de Alemania, muchos productos acabados de artes e industrias. De todas partes, todo. Cuba, México y<sup>b</sup> Brasil, han ofrecido poner allí ante los ojos de los visitantes los frutos de sus campos, y sus adelantados productos fabriles.

Ya las Exposiciones no son lugares de paseo. Son avisos: son lecciones enormes y silenciosas: son escuelas.

Pueblo que nada ve en ellas que aprender, no lleva camino de pueblo.



[Fotocopia en CEM]

a. Sin coma en LN.

b. Se omite la «y» en LN.

47

## El puente colgante de Brooklyn.<sup>a</sup> Sus dimensiones

POR SUS CONTORNOS puede formarse<sup>b</sup> idea de este gigante, obra en lo absoluto magna, y en lo relativo, como símbolo de la osada,<sup>c</sup> adelantada, victoriosa y pujante civilización moderna.

He aquí sus cifras:

La longitud total del puente, desde la entrada de New York, cerca de la plaza donde se yerguen,<sup>d</sup> alrededor de la estatua de Franklin, edificios colo-

sales de periódicos, hasta la entrada de Brooklyn, cerca de una de las estaciones de vapores del río más concurridas, Fulton Ferry, es de 5 989 pies, o una milla y 709 pies.

La fábrica de engaste de Nueva York,<sup>e</sup> desde la puerta de entrada hasta el lugar donde a 930 pies de distancia de la torre entran en la mampostería los cuatro cables, tiene de largo 1 545 pies<sup>f</sup>; la de Brooklyn, que va en grande y ma-

a. El texto impreso es el de LN (Buenos Aires). En las notas se señalan las diferencias en LN (Montevideo).

b. En LN (Montevideo) se añade a continuación «una».

c. En LN (Montevideo) se omite coma.

d. Errata en LN (Montevideo): «jerguen».

e. En LN (Montevideo): «New York».

f. En LN (Montevideo), mayúscula a continuación.

jestuosa curva, a inmensa altura, desde la puerta de la estación al lugar de amarre de los cables, desde donde el puente, como volante río de acero, se adelanta<sup>a</sup> a entrarse por las torres, tiene 971 pies<sup>b</sup>.

El puente, ya colgante, desde cada amarre de los cables hasta cada torre, tiene 930 pies.<sup>c</sup>

De torre a torre, 1 595 pies,<sup>d</sup> con 6<sup>e</sup> pulgadas.

Ya se sabe que cada torre descansa sobre un inmenso cajón invertido, incrustado en la roca, y repleto de cimient<sup>f</sup>.

El cajón de New York pesa 7 000 toneladas; está lleno de 8 000<sup>g</sup> toneladas de cimient<sup>h</sup>. La madera y el hierro de que está hecho ocupan 5 253 yardas cúbicas<sup>i</sup> y allá en lo hondo del río<sup>j</sup> desaloja el agua para enclavar sus raíces, en un espacio de 172 por 102 pies.<sup>k</sup>

La torre de New York, que arranca de la roca a 78 pies bajo la superficie del agua, se levanta sobre esta a una altura de 276 pies.

La torre de Brooklyn sube a igual elevación sobre una base de 45 pies.

La torre de Nueva York<sup>l</sup> contiene 46 945 yardas cúbicas de mampostería<sup>m</sup>. La de Brooklyn,<sup>n</sup> 36 214.

Los cables, paralelos de amarre a amarre,<sup>o</sup> son cuatro, que suspenden el puente de 85 pies

de ancho, 118 de ancho a su entrada a las torres, y 135 sobre el centro<sup>o</sup> del río.

En los cuatro cables se han<sup>p</sup> empleado 14 631 millas de alambre.<sup>q</sup>

Cada uno de los hilos de los cables tiene 3 570 pies de largo.

La fuerza de cada cable es de 12 200<sup>r</sup> toneladas.

Los cuatro cables juntos pesan 3 588<sup>s</sup> toneladas.

De cada cable penden, desde amarre a torre a cada lado del río 86 tirantes, y de torre a torre por sobre el río, 208.

Es tal la firmeza de las torres, que aunque llevan ya once años de levantadas, sólo han descendido, como para asegurarse definitivamente sobre sus cimientos, una pulgada y media.

En las grandes arcadas abiertas en las largas calles pendiente de mampostería<sup>t</sup> desde cada una de las entradas a los amarres,<sup>u</sup> —van<sup>v</sup> a construirse almacenes de depósito:—tales<sup>w</sup> son los arcos, y tales van a ser los almacenes, que sólo en ponerles puertas y pisos<sup>x</sup> a prueba de fuego y de ladrones, se gastarán<sup>y</sup> \$ 400 000.

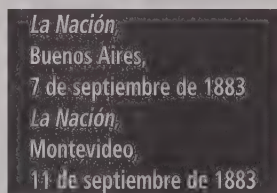
La armadura de acero del puente, que sustenta<sup>z</sup> de amarre a amarre sus cinco vías paralelas, pesa 6 620 toneladas; los tirantes que cuelgan de los cables y mantienen el puente

- a. En LN (Montevideo): «aden-trarse».
- b. En LN (Montevideo): «191 pies».
- c. Se omite esta línea en LN (Montevideo).
- d. Sin coma en LN (Montevideo).
- e. En LN (Montevideo): «seis».
- f. En LN (Montevideo), punto y seguido.
- g. En LN (Montevideo): «800».
- h. En LN (Montevideo), punto y seguido.
- i. En LN (Montevideo), coma.
- j. En LN (Montevideo): «en el hondo río».
- k. En LN (Montevideo), punto y seguido.
- l. En LN (Montevideo): «New York».
- m. Mayúscula a continuación.
- n. Sin coma en LN (Montevideo).
- ñ. En LN (Montevideo): «los cables paralelos, de amarre».
- o. En LN (Montevideo): «ancho».
- p. En LN (Montevideo): «ha».
- q. En LN (Montevideo): «alambres».
- r. En LN (Montevideo) «1 220».
- s. En LN (Montevideo): «3 588».
- t. En LN (Montevideo) se omite «de mampostería».
- u. Errata en LN (Montevideo): «mares».
- v. Se omite pleca en LN (Montevideo).
- w. En LN (Montevideo): «depósitos. Tales».
- x. En LN (Montevideo): «piroscopios».
- y. En LN (Montevideo): «gastaría».
- z. En LN (Montevideo): «resiste».

en el aire, pesan 1 180 toneladas;<sup>a</sup> 2 760 pesa el piso de madera que cubre el camino de carruajes y el de a pie;<sup>b</sup> y los rieles de ambas vías del ferrocarril pesan 660 toneladas;<sup>c</sup> y todo eso parece<sup>d</sup> itales son la armonía y grandeza del conjunto;<sup>e</sup> a media milla<sup>f</sup> de distancia en el río, colgante de una línea blanca, los cables,<sup>g</sup> una línea negra:<sup>h</sup> Todo eso pende de los cuatro cables, que en el fondo de las fábricas de amarre,<sup>i</sup> yacen sujetos bajo cuatro planchas, que pesan 23 toneladas cada una.<sup>j</sup>

Toda esa fábrica ha costado, de raíz a remate, \$ 14.750. 000.<sup>k</sup>

El puente está iluminado por luz eléctrica.



- a. En LN (Montevideo), coma.
- b. En LN (Montevideo), coma.
- c. En LN (Montevideo), coma.
- d. En LN (Montevideo), se añade «-».
- e. En LN (Montevideo), se añade coma.
- f. En LN (Montevideo): «legua».
- g. En LN (Montevideo), sin coma.
- h. Mayúscula a continuación.
- i. En LN (Montevideo), sin coma.
- j. En LN (Montevideo), punto y seguido.
- k. En LN (Montevideo), punto y seguido.

## 48

# Libertad, ala de la industria

SIN AIRE, la tierra muere. Sin libertad, como sin aire propio y esencial, nada vive. El pensamiento mismo, tan infatigable y expansivo, sin libertad se recoge afligido, como el alma de una niña pura a la mirada de un deseador de oficio: o se pone albayalde y colorete, como un tiñitero, y danza en el circo, entre el befador aplauso de la gente. Como el hueso al cuerpo humano, y el eje a una rueda, y el ala a un pájaro, y el aire al ala,—así es la Li-

bertad la esencia de la vida. Cuanto sin ella se hace es imperfecto. Mientras en mayor grado se la goce, con más flor y más fruto se vive. Es la condición ineludible de toda obra útil.

Esto, que en todo es cierto, ¿cómo no ha de serlo en el comercio y en la industria?

Declamar, es echar gas al aire. Nada enseña tanto, ni prueba mejor, que un caso concreto.

Se han vendido estos días en remate en New York los géneros de algodón sobrantes de la estación anual de consumo, por valor de cuatro millones de pesos. Y se han vendido a precios de ruina, a un veinticinco,<sup>a</sup> a veces a un cincuenta por ciento menos que los precios de fábrica.

¿Cómo, se preguntan todos con asombro? ¿Están averiados

- a. En LA: «veinte y cinco».

los géneros? ¿O son de pobre condición? ¿O están fuera de moda? ¿O hay alguna causa financiera extraordinaria, algún pánico en el ramo, que explique la venta?

Nada hay extraordinario: es la situación anormal en que el mantenimiento de la tarifa proteccionista mantiene normalmente a las industrias del país.

¿De qué sirve a las inmensas fábricas su capacidad de manufacturar maravillosa suma de géneros? ¿A dónde los envía luego, luego que está satisfecho el consumo interior, único en que los productos nacionales pueden luchar—por lo alto de los derechos de importación de los artículos extranjeros—con los géneros rivales? ¿Qué hacen los fabricantes con los productos que sobran, que el país ya provisto no necesita, y que no puede enviar afuera? ¿A qué mercado podrán ir a competir los productos norteamericanos caros, hechos con materia prima extranjera importada bajo fuertes derechos, y con maquinaria cara, por gravar la tarifa a la entrada en el país el hierro con que se construye, y con salarios caros, por haber de serlo, para que el trabajador pueda afrontar la general alza de precio, en que, por natural conse-

cuencia, se mantiene todo en un país proteccionista; a qué mercado podrán ir a competir estos productos, con los elaborados en países donde ni la materia prima paga tan exorbitantes derechos, ni el hierro de que se hacen las máquinas padece tan recios gravámenes, ni los salarios, por la baratez general de los artículos de consumo, montan a tanto?

No pueden ir a competir los productos de un país que mantiene la tarifa alta, con los de países que la han rebajado, y reducido a la suma necesaria para pagar los gastos nacionales, a prorrata<sup>a</sup> con los demás ingresos.

El sobrante, pues, de los artículos de fabricación nacional tiene que imponerse al consumo interior. Pero como éste necesita menos de lo que en el interior se produce, él es el que se impone a los productos, que se ven forzados a tentar con una ruinosa baratatura en los precios a un mercado que no necesita lo que le ofrecen ni puede colocarlo al detalle a precios normales.

De ahí esa venta enorme de géneros de algodón por cuatro millones de pesos.

Cuanto entra en la fabricación de los géneros de algodón, paga derechos altísimos:

se repletan las fábricas de productos invendibles: se queda irremediablemente el obrero sin obra, por cerrarse el mercado a sus productos.

Si pudieran entrar libres de derechos, o con derechos legítimamente fiscales, los elementos de la producción, ésta podría hacerse de manera que, costando en la nación misma menos, lo cual para el obrero equivale a un aumento en el salario, pudiera luego ir a rivalizar con los productos similares en mercados extranjeros, lo cual significa para el obrero ocupación constante.

A nadie daña tanto el sistema proteccionista como a los trabajadores.

La protección ahoga la industria, hincha los talleres de productos inútiles, altera y descalabra las leyes del comercio, amenaza con una tremenda crisis, crisis de hambre y de ira, a los países en que se mantiene.

Sólo la libertad trae consigo la paz y la riqueza.

*La América,*  
Nueva York,  
septiembre de 1883

a. Errata en LA: «prorata».



# Cartas de Martí

Crucifixiones.-Demencia religiosa.-Tiempos medios y nuevos.-Cómo se caza ahora la zorra.-Caballeros de Bolsa.-La Bolsa.-El verano sagrado.-Sus fiestas, sus inspiraciones.-Coney Island: la isla de gozos, corridas, músicas, ferias, baños.-Se mueren los niños.-Caza de búfalos en la ciudad.-Selva y locomotora.-Congreso a la sombra de los árboles.-La Convención de la Fe.-La Convención de los Librepensadores: su credo, sus sacerdotes, sus oradores, sus métodos, sus demandas.

Nueva York,  
septiembre 1º de 1883

Señor Director de  
*La Nación*

Lleva este correo convenciones, cazas de zorras, crucifixiones, sangrientos boxeos, emplumamientos, millaradas de gente de rodillas a la sombra de los árboles, vapores como pueblos, cabalgatas como comedias, un arzobispo galán, que viene de Londres a rebañar damas, un hosco reverendo que invita a su ciudad a que mire con ojos grandes en las artes malas con que se entran por las artísticas almas femeniles los sonrosados arzobispos:

en suma, lleva este correo sentada en la falda cómoda de la libertad siempre serena, a la maravillosa vida.

Y se detiene el pensador, y se pregunta: ¿Pues a qué pasan los siglos, si el bárbaro Silvestre Knobb,—como Abraham bárbaro, oveja fiera, sombrío ejemplo de la bestia humana,—ata en una cruz que ha hecho de árboles de su heredad a su propio hijo, y mientras le hunde en el pecho la rodilla porque no rebote, con un clavo de gruesa cabeza le fija la mano al madero ensangrentado; y amarra luego a su hija Mimie a un haz de leños, que a poco es pira humeante, que lame y plaga de úlceras el cuerpo virgen que el padre insensato,

enardecido por las pláticas de ese Ejército de Salvación que anda en moda ahora, ofrece a un Dios horrible, fantasía burda y sangrienta de los pueblos en cuna y de los hombres ignorantes? ¡Tantos dioses han puesto los hombres en el cielo, como fases, estados y accidentes ofrece su historia! Pensando en el Espíritu Creador, se sienten mares, y surgir solemnemente ponderosas montañas en el cráneo: y pensando en los dioses religiosos, se ven puños cerrados, ceños boscosos, mazos tintos en sangre, y hormigas.

¿A qué, se pregunta el pensador, pasan los siglos, si Freeman, a la luz de la bujía que su mujer sostiene a la cabecera de la linda cuna, mata en nombre de Dios a su única hija;—si la mujer de Pensilvania, para purificarse de pecado, pone las palmas de la mano de su pequeña sobre un hierro encendido; si los dos Hicks sujetan en un haz a todos sus hijos, para irlos clavando en una cruz que con mano segura han ido haciendo de árboles frescos el padre y la madre?

Y es que dondequiera que nace el hombre, y en cualquier

ra época y ambiente de civilización en que aparezca, tiene mientras no lo afinan siglos sucesivos e infusión de razas viejas-la credulidad y necesidad del milagro de la infancia, la crueldad y temblor supersticioso de las razas vírgenes, los acometimientos y las brutalidades de la aún no olvidada fiera. ¿Qué es pecho humano sino suma de todo ser viviente, y junta de todas las formas del<sup>a</sup> Universo, y prodigiosa sementera de donde a querer-la regar el agua desconocida, surgiría en todas sus vestiduras y encarnaciones la naturaleza? Y está el progreso del hombre en ir matando fieras.

¡Oh, no pasan en vano los siglos! ¡Qué crónicas aquellas, si hubiesen sido escritas, las de los días menudos, de garra roja y boca de horca, de los tiempos medios! De mañana, era el obispo que se entraba caballero en un caballo negro por entre la grey afinojada, sacudiendo en la corva del cayado la cabeza del conde enemigo; de tarde era el ferrado castellano, jinete en arnesado bridón nuevo, a quien había de echar sobre la arena, sin más escudo que el vello de su pecho, ni más arma que un palo quebradizo, el villano que motejaba a su señor de robo de honra u otra felonía; de noche era el mancebo enamorado que echaba peña abajo el cuerpo triste, antes que ver cómo se entraba por sus puertas, y cabalgaba en su lecho

nuevo de marido, el áspero mesnadero que de noche batía palomas, y de día lobos y zorras: ¡oh, vil poesía, que aún parece digna de loa, y repleta de gracias, a poetas seniles y enfermizos, castigados con la dote funesta de amar fervientemente lo pasado!

¡Y ahora también cazan zorras en Newport, que es gran ciudad de baños; pero como en circo, y por ganar fama de buenos montadores, y por que los vean las gentes, que enfilan a los bordes del puesto de la caza, y aplauden como en títeres o pantomima rabelesca, a los corredores de bolsa, sacerdotes desocupados, hongos de sala, abogados en huelga, y burdos neorricos que, como quien sienta plaza de nobleza, profanan los días hermosos del verano de América con menguadas parodias de los divertimientos de los bosques y terratenientes de Austria selvosa y feudal Inglaterra!

Damas y caballeros, de azul o verde aquellas, y estos de casaquín rosado, que pareciera coraza teñida en burlas al bravo San Huberto, galopan y escapan por sobre el césped, tráganse arroyos, trasponen vallas, vuelan sobre cercas, azuzan a los mastines,—que poco antes vinieron en carro cubierto, porque no se cansasen, al lugar de la junta,—acorralan en un recodo de ramas secas a la azorada bestia, remátanla en presencia de las damas, y a quien saltó mejor le dan el

rabo, y a quien corrió en línea derecha tras la zorra, la cabeza, y este cuarto y aquel del animal a quien ha ennoblecido la casaca rosa con mayor pro-hombría.

Mas es de ver este caballero que se para, todo galán en sus arreos de cinegesta más cerca aún de la ciudad suntuosa que del bosque por donde baten a la zorra, a recibir una cubierta cerrada de manos del mozalbete mensajero, de uniforme azul con botones dorados, que viene como montado en soplos, a traer al caballero el telegrama que para él llega. ¡Es la bolsa que sube! ¡Es el ferrocarril en que tiene su fortuna que baja! ¡Es la especulación, la zorra nueva!

¡Y qué mal que le sienta al moderno cabalgador en esta ansiosa batida la casaca rosada! Desvítesela: da a un caballero el corcel de la fiesta, monta en la locomotora, digno caballo de los hombres nuevos; apéase en la Bolsa, que parece presidio, toda llena de hombres de color cetrina, y miembros pobres, como de quien no saca sus dineros de las fuentes sanas y legítimas de la naturaleza, sino de sombríos y extraviados rincones: vende y compra: grita y le gritan: manotea, como ganan que riñe: va de este lado y aquel, empujado por salvaje ola humana:

a. En L.N: «de lo».

con carcelarios himnos corean los negociantes frenéticos las grandes noticias de alza y baja; como traviesos gorrioncillos cuando comienza a caer la lluvia, agrúpanse en los corredores y dan voces cuando arrecia el ruido los niños recaderos, pobres pájaros de nido podrido. Y en una vuelta de aquella Bolsa elíptica, acaso queda en miseria, porque el río Denver baja y el Pacífico del Norte sube, el galán de rapada cabeza y atildado mostacho que poco antes movía apetitos de bellas cazadoras y lucía hinchadas riquezas en la ciudad de los palacios a orillas de la mar que nutre y embalsama.

Y así se mezclan aquí,—porque no sin intención las pongo juntas, para que como son se vean,—las primerías feroces de la vida virgen, las parodias pueriles de la vida monárquica, las convulsiones aceleradas de la vida moderna. Así corren mezclados estos meses: con botas de exploradores de las selvas llaman todavía a las puertas de estos veloces edificios—que por lo frágiles y mudables, parecen espuma parada o encarnada;—los esposos membrudos de las desentendidas hermosuras que en salones colgados de tapices de Aubusson y de Persia, reclinan, a la lumbre misteriosa de vénetas lámparas, en cojines de raros relieves sus espaldas sedosas.

¡Oh, sagrado verano, estación de poetas y de héroes, de

amores que fecundan, viajes que fortifican, canciones que aletean, cielo que protege, estrellas que hablan! ¡Oh estación de desborde y alegría, que echa de la ciudad, como de cárcel, y llena de buscadores de placer los vapores de ríos y ferrocarriles, las claras playas, bordadas de hoteles, los afamados manantiales entre montñosos edificios sofocados, y los discretos retiros, abiertos en lejanas y fragantes selvas! ¡Oh verano, día del sol, padre de emociones, de movimientos y de ideas! Como se dan a la libertad los pueblos oprimidos, así a la luz los pueblos invernosos. Verano no es el de New York: es fiebre. Tras él, no hay bolsa llena, ni corazón sin rocío, ni cuerpo sin apetito de reposo. Vanse las gentes por campos y por ríos sorbiendo aire, como quien sorbe vida: todo es pareja, aurora y amorío. Aun la noche es alba. Los hoteles, campamento; las playas, hervideros; los ferrocarriles, boas repletos, jamás desocupados; no cierra la ciudad de día ni de noche sus fauces de muelles.

Coney Island, vertedero veraniego de New York, isla de baños no es, ni sus hoteles lo son, que aquellos baños parecen ejércitos moisiacos o faraónicos; y los hoteles aquellos, palacios asirios; y aquellas cocinas, estómago de monstruo; y la isla entera con sus tres pueblos vecinos, gigantesca copa de champaña, en cuya

hirviente espuma descuaja el sol alegre sus múltiples colores.<sup>a</sup> ¡Ay! allá en la ciudad, en los barrios infectos, de donde se ven salir por sobre los techos de las casas, como harapientas banderas de tremendo ejército en camino, mugrientas manos descarnadas; allá en las calles húmedas donde hombres y mujeres se amasan y revuelven, sin aire y sin espacio, así como bajo la superficie de las raíces se desenvuelven pesadamente los gusanos torpes y deformes en que se va trocando la vida vegetal; allá en los edificios tortuosos y lóbregos donde la gente de hez o de penuria vive en hediondas celdas, cargadas de aire pardo y pantanoso; allí, como los maizales jóvenes al paso de la langosta, mueren los niños pobres en centenas al paso del verano. Como los ogros a los niños de los cuentos, así el *cholerera infantum* les chupa la vida: un boa no los dejará como el verano de New York deja a los niños pobres, como roídos, como mondados, como vaciados y enjutos. Sus ojitos parecen cavernas; sus cráneos, cabezas calvas de hombres viejos; sus manos, manojos de yerbas secas. Se arrastran como los gusanos: se exhalan

a. Similares descripciones y adjetivos empleó Martí en su crónica «Coney Island», publicada en *La Pluma*, de Bogotá, el 3 de diciembre de 1881.

en quejidos. ¡Yo digo que éste es un crimen público, y que el deber de remediar la miseria innecesaria es un deber del Estado! A veces, una barca compasiva lleva a una playa vecina a buscar aires, a costa de algunas buenas gentes, a un centenar de madres: ¡oh pobres niños! parecen lirios rotos, sacados del cieno. Las casas, son caras; las madres, ineducadas; los padres, dados a ver boxear y a beber; las industrias, pocas para los industriales; las fábricas, que padecen de plétora de productos, no han menester de nuevos fabricantes; la tarifa prohibitiva, que produce salarios ficticios altos, carga de tal modo las materias primas que, provisto el consumo doméstico, las manufacturas no pueden salir a batallar en otras tierras con los productos más baratos rivales. Y así de sus propios errores, y de la dureza e indiferencia de los acomodados, se aíslan; airan, disgustan y envilecen los pobres; y de padres sombríos, y de aire fétido, se mueren los niños.

Coney Island, en verano, es como una almohada de flores en que reclina la ciudad a cada tarde su cabeza encendida, donde golpea el cerebro hinchado. De los libros de comercio, se va a los muelles, que llevan a Coney Island. Minutos tiene cada hora no más que vapores. ¡Qué gozo de los ojos, el de ir encontrando por el río, como sus nobles dioses secula-

res, majestuosos vapores blancos; el de no ver en el doble animado camino de agua y tierra, ni playa desaseada, ni mugrientas aldeas, ni abandonados y sombríos caminos! ¡Qué fortaleza y dignidad ponen en el carácter, el río ancho, el cielo vasto, el campo cultivado, el ferrocarril alado, las ciudades limpias! ¡Qué saludable comercio, luego de los menudos y dolorosos de la vida diaria, el del hombre y la naturaleza! En Coney Island se vacía New York: de día, es inmensa feria; de noche, tal parece que se dieron cita todas las estrellas en un lugar del cielo, y desgajadas cayeron de súbito en tres cestos gigantes de luces sobre la isla. ¡Hoffman alegre! De un pueblecillo a otro, ferrocarriles; a la margen del mar, ancha calzada; por sobre los bordes de las olas, otra vía férrea; en columnas de hierro por el aire, otra. Frente a cada hotel, cobijada por grandísima concha, ora suena a Lohengrin, ora remeda llanto de chicuelos o cacarear de gallinas, con gran aplauso de la gente burda, una ruidosa orquesta: con cañones a veces se acompañan, y otras, con yunques.—¡No me parece mal esta última música! Y cada pueblecillo de los tres de la isla, que lo es de hoteles y de gente que pasa, vocea, atrae, salpica, aturde, desperdicia colores, se disloca. En torres azules, banderas alegres; por sobre las húmedas blancas are-

nas, clamoreando de júbilo, recogidos los trajes alados, buscan las olas y las huyen, millaradas de niños, con los pies desnudos: bajo un paraguas rojo hacen recodo, como si a sí propios no se vieran, dos amantes joviales; de cómicos bañistas ríen en la repleta baranda, los espectadores perezosos.

Esta máquina es de hacer seda; ved el hilo, ved la trama, ved el coloreo, ved el estampado, ved ya el pañuelo, que a nuestros ojos hacen, y os dan por unos reales. Este que da voces y alza manos, llama a los que pasan a que vean cómo tiene anillos de plata en los dedos de los breves pies, y de rico y no desairado labor de filigrana de oro cubiertas las orejas, una linda manceba de Madrás, de negra tez, contorneadas formas, joyante y lacia cabellera, y tierna mirada. En aquel chiribitil pintado, saca una flaca moza de una maquiñilla,—¡oh mala caricatura de la gitana gente!,—un sobre en que un<sup>a</sup> hada de electroplata, que corona la máquina, dice a sus tributarios la buenaventura. Unos se pesan; otros, del velocípedo se caen; otros, en el rifle se ensayan; aquellos, hombres y mujeres, van como mordidos de sed y de hambre a hacer apuestas en las carreras de caballos; a este paso y al

---

a. En LN: «una».



otro, fuentes de soda aromosa, de pesada cerveza, de champañina de burlas; de sidra sana y leal, que allí se ve como la enjugan de las manzanas encarnadas, fuentes de leche, que de grandes vacas de cuero, como Baco coronadas de pámpanos, sacan, oprimiendo blandamente los resortes de la mecánica ubre, ágiles mujeres, pulcras y graves.

Por ahí van niños y gente niña, a ver cómo con todo su gentío y colores se refleja la isla en la cámara oscura; allá suben, a cien varas de la tierra, en un elevador, que lleva al tope de colosal almacén de hierro, a los que, en tal sobra de vida, hallan la tierra escasa: por aquel muelle, que como lengua, que tendiera a hacer calzada traidora de insectos, monstruoso hormiguero, echa la isla en calles de doscientos metros por sobre el mar, gentes que corren; beben refrescos, aplauden íteres, rien, vitorean, serpean: acá se cuelgan de un grifo de madera, cabalgan en un gallo; se sientan entre las dos gibas de un dromedario, se montan sobre la cola de un pez, a que les den vuelta en son de música, el mocerío y la gente de servir, que lleva allí parvadas de niñuelos.

Todo es carro que anda, cinta que revolotea, cristal que chispea, ruido de mar humano, gruesa alegría física.

Y allí, al fin, tras aquellos vallados de madera, ante diez mil novelescas gentes, hom-

bres del Oeste de larga melena, mano implacable, fieltro gallardo,<sup>a</sup> y cuerpo nervioso, fingen entre volcánicos hurras, con su cohorte de indios y vaqueros, que de las selvas se han traído aquellas románticas y terribles hazañas de los que al testuz de los búfalos, y al encoñado diente de los indios, arrebatan las comarcas vírgenes.

¡Allá se van, los que cazan el ciervo! Este ahora viene, disparando a todo correr de su caballo, sobre una cincuentena de palomas volantes que va matando a bala. Acá se acercan los indios cantando su lastimera selvática canturria, al lento paso de sus potros de guerra, y de súbito, como de invisible muro, despedido tropel de partesanías, dando gritos que vibran en el aire como espadas carniceras, desbándanse en escape desatado, tendidos sobre el cuello de sus brutos; y acorralan contra un tronco solitario al hombre blanco moribundo que vacía en las emplumadas cabezas y en los pechos amarillos sus pistolas. ¡Presto! ¡presto! que arremeten a redimir a su compañero sorprendido, los exploradores bravos, y los indios culebrean por entre los vengadores; y se les escapan de los brazos y se asen por los talones de los costados de sus animales; huyen por entre el humo negro y denso tiroteo, encogidos debajo de los vientres de sus alígeros caballos. ¡Hurra! ¡hurra! que ya indios y exploradores y vaque-

ros, en paz y brazo a brazo, lacean de pies y manos y cabeza al padre búfalo fuerte, que a modo de recia maza golpea con sus impotentes belfos la tierra, en tanto que las músicas suenan, los caballeros de la larga melena sacuden al aire sano del mar sus hermosos sombreros, venden los mansos indios, por entre la concurrencia, sus retratos iy jadea y jadea y rechina a las puertas del hipódromo, elevando por sobre los hombres, como un saludo, su penacho de humo la bufante y lucífera locomotora!

¡Oh, verano clemente, padre de gozos y de pensamientos, que pones manto de oro y corona de astros al espíritu! —Porque con él no vienen solamente estos reboses de júbilo, y desperezos y alborotos del cuerpo en el invierno entumecido, y frivoleos y son de amores de la acre y solitaria vejez de la ciudad, y de la adocenada muchedumbre. Con el verano, que aligera la mente, invita a mudar de casa y echarse a los caminos, y lleva al alma el sol, surgen las convenciones de filósofos y reverendos, los congresos a la sombra de los árboles, las juntas en aldehuelas pintorescas de asociaciones científicas y morales, las asambleas acá ordenadas y prudentes de los trabajadores vigilantes y desocupados, y esos populosos campamentos de

a. Errata en LN: «gallargo».

oración, en que sesenta mil seres humanos doblan a veces, como los galos de Velleda<sup>155</sup> ante los dólmenes, en medio de la selva cargada de cánticos, las pecadoras y trémulas rodillas.

Cada secta, cada iglesia, cada escuela tiene su feria religiosa, su jubileo sagrado, su junta de campo, su *camp-meeting*.<sup>a</sup> Cobíjanse los unos, de iglesias pobres o de modestos pueblos, bajo los ramajes de los árboles o improvisadas tiendas, y día y noche imploran con penosos ejercicios el descenso del óleo de la gracia sobre sus villanísimas cabezas, que abaten humillados sobre la tierra, a la manera de aquellos hindús buenos que ponían a que pasase por sobre ellos el elefante sacro, sus sumisos lomos. Y gimen, y dan voces tris-tísimas, y se acarician unos a otros, y gritan con el rostro bañado de copiosas lágrimas: ¡Aleluya! ¡Aleluya!

En otro campo riñen, colgadas de las ramas las levitas, y enrolladas al codo las mangas estorbosas, los partidarios enconados de dos rivales reverendos; bien como aquellos partidos de parroquia que en día de Viernes Santo la daban por pasar a igual momento el Señor muerto por la misma calle. Y otro es campo famoso, a cuyo amor han surgido al borde de la mar pueblos muy bellos, donde ya en tiendas alhajadas con singular riqueza, ya en cómodos hoteles, dirigi-

dos por los administradores de la fiesta, reúnen a respirar brisas de costa, oír cantantes y músicos de gala, y comentar la llana y cómoda sabiduría de los ancianos santones protestantes,—las damas y caballeros ricos en fe y bolsa, a cuyos hábitos pacíficos, o moderada fortuna no convienen los palaciales y temidos pueblos que albergan a los actores de la moda los veranos—certámenes vulgares de riqueza, de donde no halla pan la mente ni regalo los ojos, ni gusto el alto espíritu. Son caballos humanos, y gana, entre ellos, la carrera el que puede colgarse a la cerviz mayor peso de oro. Nervudas y antipáticas como Atalanta parecen, en esas contiendas ansiosas, las más arrogantes doncellas—tal parecen envolturas rosadas de piel, que encubren esculturas de granito.

Pero no lejos de ellos ioh pismo y consuelo! Frente a la Convención de la Fe, con sus cohortes de cojos que andan, y ciegos que ven, y mancos que ya usan sus dos manos, y ricas personas que a decenas de miles dan los pesos para que la convención enseñe en holgado colegio el poder material, influjo milagroso, y acción terapéutica de la fe; frente a la mágica tienda donde entre lonas cerradas, con un ligero unto de cierto divino óleo, pone un doctor, que ya ha sembrado escuelas y misiones, en juicio a los dementes, en patéticos discursos a los mudos, y a damas

paralíticas en alas; frente a la campiña dócil donde la sorprendida muchedumbre recibe en un día los testimonios de unos tres centenares de pacientes que con venir a aquel congreso de curar, sintieron que las carnes les nacían en el montón del brazo o pierna rebanados,—levántase risueña y opulenta, con sus dos millares de miembros y cabezas notables, con su red de asociaciones y ramales que por todos los Estados adelanta y se extiende, con sus severos y sencillos estandartes donde, a guisa de mote de pelea, van bordadas frases de liberaciones pronunciadas por los mejores amigos de los hombres, la asamblea de los que no tienen por cierto ni por bueno que el cerebro humano, como el testuz del buey, tome su molde en yugos; los que oyen dentro de sí, en permanente pregunta y arrebató, voces de rey y mandamientos imperiales; los que no saben de recortar alas, sino de desplegarlas: la Convención de los Librepiensadores.

La ciudad toda de Rochester envió a la sala del congreso sus más lujosos jarrones de flores. Con sus listas azules, que parecen lenguas alegres que cantan a todos los vientos, las maravillas de la libertad, engalanaban la plataforma los

a. En inglés, reunión campestre.

padellones nacionales. En retratos presiden, Washington, que fue tan grande que no se ha apreciado aún bien, ni por sus más ardientes hijos, la heroica serenidad y trascendencia secular de su grandeza; Robert Ingersoll, Voltaire de América,<sup>156</sup> como adversarios y amigos lo apellidan, orador pujante que quiere hombres libres, y donde ve cuello de clérigo, dice que ve yugo, y pone en filo la erudita lengua, y la deja caer como hacha; y Thomas Payne<sup>157</sup> que lloraba de ver siervos a los hombres. ¡Ay de esas almas, que parecen mantos que quisieran cobijar y calentar en sí toda la tierra!

En luminosas letras centellean sobre estos retratos de patriarcas, frases suyas famosas. ¡Tales cosas se dicen, que con no ser más que palabras, parecen cimientos de mundo! «Tierra mía es el mundo, y el bien mi religión», dijo Thomas Payne. «El Gobierno de los Estados Unidos no está, en ningún sentido, fundado en la Religión Cristiana», dijo Washington. Y Robert Ingersoll ha dicho esto, que brilla sobre su rostro benévolo y abierto: «Rebeldía a credos religiosos es libertad, y toda religión esclavitud». Y al leer una admirable frase suya, parece como que se ve surgir de entre las paredes, canosa y olímpica, la tranquila cabeza de Jefferson,<sup>158</sup> y que su pueblo le besa la mano como a su verdadero padre: «He jurado eterna hostilidad a toda

forma de esclavitud mental, y a toda forma de opresión sobre la mente humana», dijo Jefferson. Pues esos prosélitos inseguros y desalentados de una religión, sobrado verdadera para que se reduzca a templo y forma, sobrado natural para que quepa en recinto menos vasto y variado que la misma naturaleza, éstos son nuestros sacerdotes.

Y ese que ocupa ahora la tribuna, oído atentamente por la concurrencia numerosa ¿quién es que así le baten palmas, como si fuera amigo predilecto de la casa? ¿Leñador es acaso de mano segura que corta ramas secas de ideas viejas? ¿Es Ingersoll mismo, que al defender a un director de correos acusado de gruesas estafas, saltaba ayer a un escenario de teatro a malferir y aventar en trizas las milagrerías y servidumbres que traen aún atados a los hombres? Ruin será el hombre, y pobre en actos, mientras no se sienta creador de sí y responsable de sí, y providencia de sí mismo. Fomenta la cobardía, laxa el carácter, impide el desenvolvimiento natural del espíritu humano la idea de una aciaga Providencia cooperadora. ¿Es el juez Courtland Palmer<sup>159</sup> el que habla, a quien aíran y enrojecen las palabras y métodos de iglesia? El que habla es un clérigo, que en medio de los librepensadores, que lo atacan y aplauden, riñe en lid oratoria con un recio abogado del librepensamiento, que nadie a

la libertad tiene derecho, cuando no hace hábito y gala de respetar la libertad ajena.

Enciclopedia hablada fue la convención. Había entusiastas de decir extremo, vanguardia que ha de ser vigilada y tenerse siempre a la mano, mas hace gran falta, a la marcha de todo ejército de ideas. Los exagerados son los zapadores; luego, a la hora de dar leyes, ni los zapadores tienen que zapar, ni a los exagerados toca la obra. Aunque ha de tenerse siempre en pie, porque así empujan a los perezosos, y sacan el antifaz a los hipócritas, y aterran a los débiles, y vienen a ser como los policías de legislación. No son un grupo artístico, ni parecen necesarios a los hombres justos, pero son una inevitable fuerza lógica. De entusiastas estuvo llena la convención: pero por entre ellos pasaba respetado y cambiando saludos, rota en la mano la vara milagrosa de Moisés, el clérigo a quien brindaban su tribuna los hijos de Jefferson.

Doctores, jueces, comerciantes, damas, todos abogan en fervientes y macizos discursos por el pleno ejercicio y desembarazado movimiento de la mente del hombre. No quieren que se transija, sino que se cercene. A la cortesía en filosofía, llaman traición. Delito grave llaman a permitir la propaganda del error. Harto trae el hombre en sí propio de corruptor y rebajante, para que se abra el paso hasta sus oídos,



a errores que vician la naturaleza humana.

El mal es accidental: sólo el bien es eterno. Contra el dogma del mal eterno, el dogma nuevo del eterno trabajo por el bien. Confiar en lo que no se conoce no mejora mundos, sino trabajar en ellos. A los *camp-meetings* epilépticos, las convenciones del librepensamiento tolerantes e investigadoras. En vez del recodo en mal hora florecido, donde, profanando la majestad de los árboles y el calor amoroso de la luz, pelean por el mando de la comunidad dos sacerdotes membrudos, a puntapiés y puñadas,—la tribuna serena y cobijada de la convención del librepensamiento, donde un clérigo católico discute en paz solemne y respetuosa con sus jurados adversarios.

Habla un hombre:—«Dad tiempo a la naturaleza—dice—y ella arrojará de la faz de la tierra, como arrojé yo mi levita de cura, toda enfermedad y mala semilla».

«Saludemos a Foot y a Ramsie,<sup>160</sup> de Inglaterra; a Krapotkine,<sup>161</sup> de Francia; a Haywood,<sup>162</sup> de América», dice otro, con palabras de alabanza, a la convención que los saluda.

«No levantéis edificios de caridad para mujeres y hombres caídos,—dice magníficamente en la tribuna una discreta señora:—levantad en vez de eso a los hombres de manera que no caigan: —que yo

os digo que el hombre ya viene: ésta es la época de advenimiento del hombre». ¡Ya alumbró lo que puede oponerse a lo que se apaga!

«¿Cómo he de venir de lo infinito—dice en su discurso otra dama incrédula—yo, que soy finita? Pues el Dr. Harvey, que sabía 100 años ha, de la circulación de la sangre, era más sabio que el Jehová de la Biblia, que nunca supo de ella!» Y esta dama desfigura con ideas las hermosuras de la mente libre. La verdad quiere arte. Sólo triunfa lo bello.

«Y oíd, pueblos y hombres de Norteamérica, lo que, como tarea práctica de este año y párrafo de sus Evangelios, quiere esta convención de razonadores: oíd,—dice, al cerrar en fiesta fervorosa y solemne los debates que del sol a la madrugada tuvieron en pie a la convención,—oíd los delitos públicos, las faltas de alevosía humana, las vendas y ataduras que condenamos y extinguiremos. Que por toda la tierra habitable, la mente sea libre. Que los gobiernos de los pueblos, que son de credo vario, no traicionen a varias porciones de su pueblo, favoreciendo un solo credo. Que toda iglesia o propiedad de iglesia pague el tributo público. Que no haya capellanes de una secta en el Congreso, en que se sientan por igual hombres de todas: ni capellanes en las Legislaturas de los Estados, como hay aho-

ra: ni en armada; ni en milicia; ni en ningún otro asilo e instituto sostenido con dineros del público, que comulga en diversas capillas, o en ninguna. Que en las escuelas se prohíba ni como libro de un culto que no hay derecho de imponer traidoramente a inteligencias indefensas, ni como libro de texto, rudimentario y erróneo, el uso de la Biblia. Que cese de ser facultad del Presidente de la República el señalamiento de fiestas religiosas. Que en los tribunales y oficinas, se afirme decir verdad, y no se jure. Que no quede en pie ley que hurta a los hombres, el libre uso de un día de la semana, por darlo a un culto en que los compelidos ya no creen. Que a la moral convencional suceda la moral natural; al gobierno dogmático el gobierno secular, al espíritu místico en el gobierno, un nuevo espíritu; sereno y amplio que por sobre las religiones que batallan y jadean, se cierna como el alción sobre los mares.»

Y nosotros agregamos que besando en la frente a Cristo muerto en la cruz por la redención de todos, ¡hagan de sus maderos instrumentos del trabajo humano!

José Martí

**La Nación,**  
Buenos Aires,  
21 de octubre de 1883

[Mf. en CEM]



# Cartas de Martí. Estados Unidos de América<sup>a</sup>

Ferrocarriles.-Exposiciones.<sup>b</sup> -Centenarios.-  
Louisville: Su exposición: el Sur y el Norte.-  
El ferrocarril nuevo: el Este y el Oeste.-Los pensadores  
sacerdotes.-Gozo de alemanes: Los buenos  
alemanes del *Concordia*.-Philadelphia añeja.-Cuadro  
de otros tiempos.-Bodas de oro de un  
periódico.-New York ha cincuenta años.-Charles A.  
Dana.-Un diario vivo.-Telegrafistas.-Boston.

Nueva York,  
15 de setiembre de 1883

Señor Director de  
*La Nación*

SE ABREN<sup>c</sup> FERROCARRILES, exposiciones, selvas. Bajo pabellones colgados de seda y oro, reúnen en medio de los bosques, a ver clavar en tierra el último riel de una vía nueva, prohombres del Este y del Oeste; y de América y Europa. Los ejércitos, enemigos de la guerra confederada se devuelven sus trofeos de guerra y donde batallaron se abrazan, y se sientan a gustar de su merienda alegre, a la sombra de las máquinas de la Exposición de

Louisville, que junta al Sur y al Norte.

Es época de juntas: y si el cable no hubiera ya enseñado el modo de salvar los mares, hubiera ocurrido ya a los hombres el modo de cegarlos.-No se quieren vallas: se quiere ir derechamente al cielo sin pasar por el sacerdote: derechamente a la justicia, sin pasar por el monarca: derechamente a la paz, por sobre la tierra limpia y libre!

¿Quién que recuerda a Louisville, ciudad en otros días armada en guerra, que no tuvo hijo sin herida, ni casa sin luto, ni día sin gloria, y echaba hordas sobre los del Norte como se echaban los castellanos del de Alba sobre los flamencos;

quién los conoce ahora, labrando con sus manos la cama rica de bronce tallado donde ha de dormir el Presidente Arthur que viene a abrir la Exposición?

Ya no cuelgan cortinas de duelo, sino de alegría. El pabellón odiado se lo envuelven al cuerpo. Aún cazan a los negros por los bosques, mas no con el aplauso de los cultos. A siglos enteros de señores de hombres y completa molicie, a taña gangrena venía tan tremendo cauterio, tan admirable guerra. Ya se entienden y aman el orleanés de negros ojos y el neoyorquino<sup>d</sup> de ojos indecisos: no tienen color fijo en los ojos, como no tienen raza única en las venas: se pintan en sus miradas todos los matices, como en su ciudad todas las razas.

a. Esta crónica no había sido recogida hasta el momento en las *Obras* de Martí.

b. En LN: «exposiciones».

c. En LN: «abre».

d. En LN: «newyorkino».

Louisville se alza a igual distancia de Nueva Orleans, gran señora en penurias, y como reina caída, y New York, Pomona de ciudades que ofrece a los hombres su seno pródigo y robusto, y ríe con los labios rojos y calientes de la mocedad saludable. A Louisville han enviado con prisa y regocijo, para que se enlazasen y fecundase, sus máquinas el Norte, de abrir la tierra, sembrar y coger el grano, desgranar, hilar y tejer, y sus frutos el Sur, frutos lujosos, que como mancebo en años sin esposa, andan sin las máquinas abandonados y enfermizos. A Louisville han ido los del Sur en busca de caudales, que les permitan traer gente de Europa que les pueblen sus comarcas desoladas, y les avigoren sus árboles marchitos y los del Norte a ver si ya habrá amparo para emplear en la tierra rebelde las máquinas y dineros que dan de sobra las comarcas norteñas.

Era gozo ver cómo llamaban a las puertas del hijo de Lincoln los fieros enemigos de su padre: y mirándolos lloraban como si vieses y recobrasen a hijo suyo: oh espíritu de pueblo, que acerca al fin y junta los bordes de todas las domésticas heridas! oh orgullo nacional sagrado, que de los colores mismos de las guerras civiles acaba por hacer nuevo color glorioso para la común bandera.

De cabezas, y no de piedras, era el día de la apertura de la Exposición el pavimento

de las calles: cuadro de Fortuny,<sup>163</sup> rico en vivaces y desnudos colores, parecía, toda vestida de banderas la ciudad moza; millas corrían los hurra<sup>a</sup>, de boca en boca. Sheridan<sup>164</sup> iba a pie y sin armas entre aquellos por cuyas filas cayó un día, caballero en fantástico bruto con múltiples ojos y espadas. Bucéfalo tuvo Alejandro;<sup>165</sup> y su caballo blanco Sheridan; su caballo, que fue como su teniente en las batallas. Un caballo es acaso un hombre preso. Y mientras que la muchedumbre vitorea, y los acaudalados del Norte se entran por las Salas de la Exhibición a ver de cerca las riquezas agrícolas, tan suntuosas como burdas, que el Sur produce, y el Presidente Arthur pone en movimiento la ruidosa y varia maquinaria que con amor de hijo que entra por casa rica recordando a su madre pobre, miran los meridionales agitados, pensando en sus solitarias tierras; mientras que parece a los juegos del aire que sobre mil torrecillas la halaga y ondea, que de más estrellas se puebla la linda bandera americana, los graves hombres de rostro lampiño, o barba en halo, sano color, poblado y cano cabello, sacerdotal continente y holgado vestido de grueso paño patrio; los poderosos y callados directores cuya mente nutrida e ingenua apunta en sigilo y con dedos de hierro, a los ambiciosos y activos los caminos por donde debe entrar la Na-

ción; los Evarts, los Tilden, los Herrith, los Holmann, los patriarcas sobrios de la majestuosa y vidente política que ha asegurado las libertades de manera que los odios todos, y envidias, y arterias y marejadas de ira que de toda la tierra les vienen, en vez de echarlas abajo a cada choque, se quiebran a sus faldas mansamente, y se esparcen de uno a otro lado a regar tierras, cantando himnos; los miembros venerables de ese Senado de la razón que es como junta de padres de los pueblos, que sin cesar vigilan y en silencio repletan la bolsa de los ingratos o ligeros hijos que suelen olvidarlos;—los previsores y fundadores, en suma, que son aquí hombres ancianos y modestos que parece que dan de sí por donde pasan fuerza y luz,—ven con gozo que en una Exposición de avance y fruto se dan mano de amigos los intereses —que son como notarios de la paz del Sur y el Norte;—y en un ferrocarril nuevo se juntan aquel lado del Pacífico de América que mira de cerca, con ojos penetrantes e impacientes, a Asia, y este lado del Atlántico, que ya comienza a corromper la vecindad de Europa. No es necesario, no, aguardar a siglos para certificar que en este suelo que pisamos comulgarán los hombres

a. En LN: «hurrahs»

por primera vez en altares que no vio jamás la tiara. ¡Oh, qué mundo al que se entra por tal pórtico!

En medio de los bosques, al son de grandes músicas, bajaban pocos días hace del tren de resplandeciente locomotora, que parecía en la soledad hada de casa, y joven reina-hombres graves de Inglaterra y Alemania, ricos sanos y gigantescos del Oeste, ricos pálidos y nerviosos de estas costas febriles y bur-sátiles.

Como a manos de padre miro siempre esas manos de los honrados labradores de su fortuna, monstruosas y rojas: hijo quisiera ser de esos nobles de la naturaleza que la ostentan, para besárselas. Y huyo como de sombra de buitre u ojos de lechuza, de esas manos agudas y garduñosas de los que se bañan en rincones de Lonjas o en sextos de acciones en venta, preñadas de angustia y manchadas de sangre, una riqueza malsana e hidrópica; más<sup>a</sup> que bursócrata, fisiócrata.

De toda Europa han venido dignatarios a inaugurar con solemnidad no acostumbrada, el ferrocarril nuevo que anuncia que pronto han de poblar sus bordes hoy selvosos, y ya de pueblos de gente europea esmaltados, no menos de nueve millones de hombres.

El genio toma ya otras formas; y no se hace anacoreta, ni religionista, ni quejador de

rimas: el genio se generaliza, divide y reparte.

No reza, trabaja. No hila palabras, sino ferrocarriles. No es elocuente, es activo. No se concentra en un hombre: se esparce por entre todos los hombres.

A diversa época, diverso genio. Antes caudillos, soldados, clérigos y trovadores. Ahora, directores de ferrocarriles, mecánicos saludables y bien vestidos, compiladores de leyes de la naturaleza, periodistas impacientes y sensatos parlamentarios. Antes, de las húmedas y descascaradas casas de Ravena señalaban los niños descalzos y las ancianas harapientas al magnífico Dante: ahora; al son de mil pájaros alegres que se posan curiosos en el lomo bruñado de la máquina de vapor, destocadas las nobles cabezas, de pie a los bordes del camino nuevo, tajado como con titánicas hachas en los hijares y entrañas de la cordillera Rocallosa, se saludan conmovidos y callados, como quien se lleva a los labios hostia invisible, austriacos y franceses, californianos y neoyorkinos, ministros de Inglaterra y sabios de Alemania. Y frente a una montaña, saluda a Europa, América.

Y resonaban por los pinares y robledos, las palmas que batían los congregados en honor del orador septuagenario que con puritánicas palabras, y como quien dibuja pueblos<sup>b</sup> y consagra hombres, cantaba las alabanzas, narraba las luchas,

otorgaba los premios, enumeraba las ventajas, ponía de relieve los resultados humanos, apilaba sencillamente las colosales cifras del nuevo camino: el arrugado, profético orador Evarts.

Y no era aquel de la inauguración día único de gala para estos alemanes. En Philadelphia era mayor el alborozo donde con raras fiestas celebraban el centenario segundo del día bueno en que a las puertas de aquellas cinco chozas de madera que a Philadelphia dieron cuna, dejó el buque *Concordia* a aquellos primeros treinta cuáqueros alemanes que de sus ciudades nativas logró arrebatarse la coloreada y fervorosa palabra de Guillermo Penn,<sup>166</sup> que nació con corona en la cabeza. Quien ha puesto la mano en las riendas de los hombres, sabe que pesan. El que congrega seres humanos, y los doma y alza ciudades, y muere en paz en ellas, es criatura suma, y rey legítimo, y a través de los siglos se lleva los ojos, para él llenos de veneración y de cariño. Estos tronos no caen. Esos hombres, magnificados y trovados y acrecidos con lo que con cada nueva mente pone de sí propia en la leyenda, tendrán luego, vistos por entre las brumas de los tiempos, tamaños heroicos y divinos.

a. Sin tilde en LN.

b. En LN: «puerlos».

Buenos eran aquellos alemanes del *Concordia* que pusieron en celos con su industria, y en miedos con su amor al libre juicio, a más de un cerrado y envidioso colono de la Neo Britania!

¡Buenos eran aquellos «fletes» y «medios fletes» como en lenguaje de mar llamaban por entonces a los pasajeros y a sus niños. Arminio venía con ellos, aquel glorioso e indomable Arminio.

Ve siempre el alemán delante de sí, faldas de monte, envuelto en brumas que se alumbran y pierden en lo etéreo, y como que ve en la blanca sombra dos almas que caminan y le llaman. Ofréceles su propio pensamiento paseos interminables y revueltos, paisajes esbozados y confusos, donde flotan, como algas de la sombra, bordes de túnicas de ángeles; deleites y fruiciones paradisiacas. Lo acometen todo como quien siente que no vive definitivamente para la tierra; sienten aún sobre la frente, que todavía les duele del golpe, el aleteo del águila romana. Y aquellos alemanes del *Concordia* dijeron por primera vez en tierras de América Británica, que el hombre negro debía ser también libre.

Derribaron árboles; serráronles los troncos, hicieron asientos en sus raíces, apegáronse como a hijas suyas a las paredes de sus casas, juntaron pueblos, aclamaron bailío y burgomaestre, se unieron presto con ese amor a la tierra adoptiva y lealtad a sus leyes

que es don de alemanes y de tarde, cuando a la mano y como amigos de la casa pacían los terneros y las vacas, juntábanse en los rústicos portales, en los albores del siglo dieciocho,<sup>a</sup> a leer aquel periódico del mes que en espesas columnas, contaba en lengua madre las noticias curiosas del Reino de la naturaleza y de la Iglesia.

Hoy millones de industriales alemanes, industriosos, honrados y prósperos, se han puesto en pie y han vaciado sus cántaros de gala en honor de aquellos padres del *Concordia* y de esta tierra mágica y clemente, que llama a sí a los tristes y sin cansarse amasa panes para todos los que se proclaman sus hijos.

No parecieron siempre los abolicionistas gente cuerda. Todavía vive el primer dueño del *Sun*, diario famoso, y aún murmura de cierto compañero que cuando su hoja pequeñuela iba como en alas, le ponía, como polvo de oro en las de una mariposa, centelleantes párrafos abolicionistas en sus columnas. Sus bodas de oro con la fortuna celebra ahora el periódico; y el que se lo sacó de sus manos y de sus sesos, porque lo pensó, puso en letra, tiró en prensa de mano y lió y dio a vender por las calles, aún goza en vejez cómoda de los cuarenta millares de pesos en que a los pocos años de nacida vendió la hoja enana.

Pilluelo entre gentes mayores pareció el *Sun*, no más

grande que un pliego de carta; cuando un pilluelo descalzo, que después fue comediante famoso, Barney Williams,<sup>167</sup> lo vendía por un centavo a las puertas mismas de aquellos otros diarios monumentales que para saber de Europa enviaban ya en regata por el mar a aguardar a los buques sus barcos emisarios, y por expresos de a caballo recibían de manos del jinete sudoroso las nuevas de mensajes y debates. Flechas y no caballos parecían, tendidos por sobre los caminos, los expresos: por entre las orejas de la bestia noble, que, como llevaba ideas, iba con alas, asomaba la cabeza melenuda el rápido jinete; volaba el bravo bruto, vientre a tierra. y allá, en medio del valle, en el recodo del monte, en la hostería del camino, esperaba ya al expreso un caballo ensillado; ya lo sabe el jinete, que de las ancas de su cabalgadura resoplante desata y saca en alto la valija; y ya llega al costado del animal fresco, y con la pierna izquierda se baja del cansado, y desestimando la derecha, salta, valija<sup>b</sup> en manos, sobre el nuevo; y allá van, entre olas de polvos, allá van, camino del diario ansioso que los espera! Y se detenía a verlos pasar el buen cartero que cincuenta años hace repartía por New

a. En LN: «diez y ocho».

b. En LN: «balija».



York mañana y tarde el correo del Sur y del Oeste. Y William Cullen Bryant,<sup>a</sup> el poeta, murmuraba sus rimas de son latino, muy celoso de que se dijeran cosas sesudas en su diario, mientras que el *Sun*, vivo y travieso, que salía lentamente a tres ejemplares por minuto de su máquina burda de madera, como que chispeaba con las novedades del día, y los chismes de los tribunales, y enseñaba a los personajes en boga los jóvenes dientes, crecía como al viento de tormenta las olas de la mar.

Meses no más tenía de vida, y ya pagaba por unos cuantos versos seiscientos pesos a un poeta y unos quinientos a un engañador famoso que escribió en serio un folleto de burlas en que contaba con gran menudez, que puso en cuidado y celo a los astrónomos, las maravillas que con cierto descomunal telescopio había visto desde el cabo de Buena Esperanza Herschell<sup>168</sup> en la luna.

Y con este morder, inventar, llamar la atención, decir bien y de prisa, corretear por la ciudad, dar minuciosa historia de extravagancias y crímenes, enviar cronistas a escribir informes de todos los casos curiosos en los Estados, y no dejar cosa sin cuento ni escándalo sin luz, vino subiendo, a ser sin duda, más que diario, poder y ministerio este que ahora dirige con culto y amplio espíritu y aristofánica gracia el batallador Carlos A. Dana,

maestro de escuela un día, y comunista práctico otro, y ahijado luego del gran Greeley, y viajero después por toda Europa sin más pesos que unos cuantos seiscientos en la bolsa y ahora amigo de jóvenes, justiciero hasta parecer vengativo, candidato probable y meritorio a la presidencia de la República, y hombre sabio de letras y pinturas y floretista maravilloso de la lengua inglesa.

Un número del *Sun* vive y alegra. Cuanto pasa, tanto dice. No dice en dos palabras lo que puede decir en una. Sus editoriales, más que capadas de filo, son, por lo cortos, labrados y certeros puñales de misericordia. Unos tunden como maza; otros levantan como pavés; otros marcan como un hierro ardiente. Y acá, un estudio de un cometa. Y allá, una reseña del último libro. Y aquí, consideraciones de un invento, charla de las bolsas, mentidero de salas y pasillos, bocetos de personajes, nata y flor de discursos, entrevistas autorizadas con viajeros célebres, cuenta muy esmerada de las puñadas recias que se han dado tal Tom y tal Johnnie.<sup>b</sup> Lo lee con gozo la gente plebeya, que le obedece y entiende. Lo lee con fruición la gente culta, que lo admira y prefiere. Todo el *Sun* es médula. Ganaría en caza de zorra el puesto primero, porque va siempre en línea derecha tras la zorra. Cuanto sobre la tierra tiene color, interés, gracia, transcendencia, carácter,

vida, tanto en el *Sun* recoge Dana, ya el baile de un gitano malagueño, ya el modo melancólico y penoso con que un pueblo expira.

Espejo de la vida es un periódico. Y para que un periódico sea bueno, ha de ser limpio espejo de todas las fases de la vida. ¡Pues no suele el *Sun* mismo dar consejo sobre el tiempo y la conveniencia de casarse, y la forma y color de las corbatas!

En una hoja, cuenta que ya han vuelto sumisos y vencidos los telegrafistas en huelga a la poderosa compañía que abandonaron, y les obliga ahora a firmar bochornoso documento en que abjurán de toda liga con la hermandad que promovió el desbande: cuenta que va a crearse con uno de los operarios telegrafistas a la cabeza, una empresa rival de telégrafos subterráneos, que montará a cinco millones, y cuyas acciones, de a veinte y cinco pesos para que pueda comprarlas gente pobre; han de ser manejadas de manera que no puedan venderse ni comprarse sino por su real precio. Cuenta que está sentado, a oír testimonios, el Comité de Educación y trabajo del Senado, que ahora quiere saber de boca de banqueros y trabajadores, grume-

a. Se añaden esta coma y la siguiente.

b. En LN: «Johnnie».

tes y capitanes, obreros y obrerillos, compañías y empleados, y gente de todo empleo, educación y oficio, cómo se piensa en la ciudad del actual malhallado consorcio entre trabajadores y caudales. Y un limpiabotas, -haya ruines que digan que esto no es hermoso!- se sienta a decir a los Senadores su juicio sobre las leyes de la vida en la silla misma de que acaba de alzarse Jay Could,<sup>169</sup> pobre mozo otros días de pueblo y de hacienda, y hoy señor venerado de ferrocarriles y

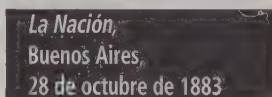
telégrafos, y de cincuentenas de millones.

A esta mesa del Comité nos hemos de sentar, y oír de cerca las voces de los vivos -que las llagas tienen voces, y armas cuando se enconan, y es bueno curarlas, y oírlas.

A esta mesa iremos, y a ver telas de oro de Siam, y rica casa de té del Japón, y lindos cuadros de Italia y estatuillas, y alfombras blandas turcas, en los salones, aún mal dispuestos y desiertos, en que no abandonada aún de las sombras so-

lemnes de Longfellow y Emerson, recibe al mundo, en celebración del centenario del tratado de paz con Inglaterra, la arrogante y artística Boston, donde se pregunta, a cada hombre que llega: «Tú, qué sabes?»

José Martí



[Fotocopia en CEM]

## 51

# Wendell Phillips<sup>a170</sup>

**L**A TIERRA tiene sus cráteres; la especie humana, sus oradores. Nacen de un gran dolor, de un gran peligro o de una gran infamia. Hay cierta pereza en las almas verdaderamente grandes, y cierto horror al empleo fútil, que las lleva a preferir la obscuridad solemne a la publicidad y caracoleo por causas menores. La fuerza oratoria, como la fuerza heroica, está esparcida acá y allá por los pechos de los hombres; tal como en espera de guerra reposan en las almenas forinidables de

los castillos, para cubrirse tal vez de orín si no hay caso de lidia, cañones gigantescos que de un aliento acostarán mañana un buque. Pero los oradores, como los leones, duermen hasta que los despierta un enemigo digno de ellos. Balbucean y vacilan cuando, errante la mente en palacios vacíos, obligan su palabra desmayada a empleos pequeños; pero si se desjara de súbito un monte y de su seno saliese, a azotar con sus alas el cielo lóbrego, colérico y alborotado, bandada incó-

lume de águilas blancas, no sería más hermoso el espectáculo queel que encubre el pecho de un orador honrado

a. Véase el texto siguiente referido también a esta personalidad estadounidense. En *La América* de mayo de 1884 apareció la siguiente nota de Martí sobre el trabajo: «Acaso recuerdan los lectores de *La América* que en el número de marzo se publicó en este periódico un artículo en que, como de pasada y muy en concreto, se reseñaba la extraordinaria y limpia vida de

cuando la indignación, la indignación, la indignación fecunda y pura, desata el mar dormido, y lo echa en olas roncas, espumas crespas, rías anchurosas gotas duras y frías, sobre los malvados y los ruines. Así, de ira de ver aplaudidos por un prohombre del Estado de Massachusetts a los asesinos del reverendo Lovejoy,<sup>171</sup> que defendía en el primer tercio de siglo la justicia de la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos; así, encendido todavía el rostro en la sagrada ira con que meses atrás había visto, desde su bufete de abogado joven y rico, a una caterva de bostonianos acaudalados que de una cuerda que habían atado alrededor del pecho del abolicionista Lloyd Garrison<sup>172</sup> lo llevaban arrastrando por las calles, como a una bestia inmundada; así, bello, como si en la mano le centellease una espada de fuego; tremendo, como si la frente magnífica le coronasen las serpientes sagradas de la profecía; pujante, como quien de una sola arremetida de los hombros, cual bisonite a ovejas, dispersa y acorrala; así, para marcar con letras negras en la frente a los que, en una junta llamada a censurar a los matadores de un abolicionista, osaban defender la legalidad de la esclavitud y la justicia de la muerte, se reveló con tamaños extremos y amor sumo el orador Wendell Phillips a los bostonianos. Acaba de morir, y todavía no le ha nacido un émulo.

¡Qué brío! ¡qué pompa! ¡qué anatema! ¡qué flagelo! Maceradas se hubieran visto aquella noche las espadas de los esclavistas, si las hubiesen desnudado de sus ropas. Era una ola encendida que les comía los pies, y les llegaba a la rodilla, y les saltaba al rostro; era una grieta enorme, de dentadas mandíbulas, que se abría bajo sus plantas; como elegante fusta de luz era, que remataba en alas; era como si un gigante celestial desgajase y echase a rodar sobre la gente vil tajos de monte.

Treinta años habían de pasar aún para que la redención se realizase. Por lo que otros vencieron luego como héroes, murió el viejo John Brown de Ossawatimie,<sup>173</sup> como un malvado, en un patíbulo. Por lo que más tarde sacó millones de hombres a rabiosa pelea, Wendell Phillips peleó treinta años, solo. Fue magnífico verle, como dama numantina que echa al épico fuego todas sus joyas, romper—por no jurar lealtad a una Constitución que parecía prohiar el vil derecho de los amos de esclavos—su título laborioso de abogado. Vio aquella ofensa humana, y se hizo hierro ardiente para sacarla. Él era rico; era de ilustres padres; era de universidad famosa; era de culta, diestra y armoniosísima palabra; era estudioso, ambicioso, ágil; iparecía que la tierra lo recibía en casa de fiesta, y todo iba a ser para el éxito, paga, puesto público, fama fácil, gloria brillante, carroza de

oro! Pero era de esa raza de hombres radiantes, atormentados, erguidos e ígneos, comidos del ansia de remediar los dolores

Wendell Phillips, el famoso orador norteamericano, que mereció bien su fama, puesto que, si fueron de oro sus palabras, todavía más de oro fueron sus hechos. Un orador brilla por lo que habla; pero definitivamente queda por lo que hace. Si no sustenta con sus actos sus frases, aun antes de morir viene a tierra, porque ha estado de pie sobre columnas de humo.

»En los Estados Unidos es famoso, como una especie de Charles Lamb, para los norteamericanos, el escritor y orador George W. Curtis, por su cincelado estilo, su juicio sano, su lenguaje, que no rehúye imágenes, y cierta puritánica entereza, que hace aquí tanto más cuanto que ya quedan pocos que la posean. Más culto escritor y más elegante orador no lo tienen ahora los Estados Unidos, que por estas razones lo eligieron para pronunciar el elogio fúnebre de Wendell Phillips. Lo pronunció, y es como suyo: en estilo, un modelo; en espíritu, amoroso; en su crítica, justo. Tiénese el elogio como el veredicto que los Estados Unidos pronuncian definitivamente sobre la vida del abolicionista formidable.

»Como con las razas varían los criterios, y como *La América* peca más de amante que de insidiosa, hubiéramos temido, y temíamos, que nuestra apreciación de Wendell Phillips difiriese grandemente de la que en justicia hicieran de él los hombres de su propio pueblo. Pero ahora no sólo

humanos. Y ¡qué arreos le dio Naturaleza para la batalla! Parece que, de no sentirse en pueblo sensible a lo grandioso, había hallado manera de acomodar su palabra, abundante y segura, a las artes menores que seducen a auditorios incultos y vulgares; chisteaba, anecdotaba, digredía, ridiculizaba, maceaba, hendía de un juicio acre a su enemigo. Pero por encima del gusto burdo, en aquella época sobre todo, de la nación que le cupo en suerte; por encima de su voluntad misma generosa, que a la propia prefería el triunfo de la idea con que, más que con su mujer misma, se había desposado; por encima de los hábitos nacionales y los intentos previos, hinchábase de súbito su oratoria como las nubes en tormenta, y de acá alzaba el mar, de allá lo vertía en lluvia sonora; y parecía venirse sobre el público, como cerraba nube negra, y abrirse en rayos. Era en una parte su discurso como llovizna de flechas, todas cortas y agudas; plática, en otra, popular y amena, que le traía la atención, estima y juicio del vulgo; párrafos, en otras, que, como lienzo encogido a vientos magnos, se hinchaba, redondeaba, adelantaba y crecía, y se abría al cabo en alas.

Mas no sabía el vibrante discurso de sus labios con ese aparato fragoroso, verba plena ondeante y cabellera de relámpagos con que deslumbra y asombra, como si una selva o

una tempestad se humanaran y hablasen, la elocuencia hispanoamericana; sino de suave, firme y penetrante modo, como si de antemano trajese estudiados el lugar y el alcance de la herida, y con deliberado movimiento y mano fría hundiese el arma en la víctima elegida. Maestro saetero de los tiempos de caso mitrado parecía, que cuando escogía de blanco un roble, lo vestía, como de un manto a un desnudo, de saetas.

No tuvo aquella amplitud, catolicidad, ciencia de vida, desasosonamiento de juicio y tolerancia, que son menester para dar opinión viable, aun en detalles mínimos, sobre las cosas humanas; que sólo el que concibe bien el conjunto puede legislar en el accidente, que es su abreviación y suma. No hirvió por largos años, como el orador que ha de influir en su pueblo debe, en esta artesa colosal de hombres, donde se sazona, al fuego de la vida, la inteligencia, y cuecen las pasiones. Ni clavó, como el Dante, el diente trémulo, sentado en los peldaños del palacio ajeno, en el pan salado de otros. No le enseñó la vida aquella melancólica indulgencia, artes de tránsito y ajuste y moderación saludable que ella enseña; vino de súbito a vivir entre los hombres, menores de espíritu en su mayoría, con todas las dotes sublimes y funestas de los mayores de espíritu. La pobreza, el destierro, la oscuridad del nacimiento, las amarguras del no-

viciado, toda esa levadura de la vida, que la pone a punto y acendra, para él no contó. Su natural encumbramiento, su ansia de darse y de esparcirse, su afán de atraer a todos a su cumbre, por lo que andaba siempre, con mengua de su misma vida, colgado al borde de los abismos, con un brazo defendiéndose de los que lo empujaban a ellos, y con el otro levantando de ellos a los buitres, y azotando con los que se asían de su mano, como con un ramo de sarmientos, el rostro de los egoístas; su ternura abundante, y como oceánica; su violenta necesidad del propio sacrificio en bien ajeno; su supramundo, en suma, no mermado en su niñez por carencia, ni alarmado por anuncio humano alguno, no se corrigieron ni bajaron de quilate, como ha de bajárseles si se le quiere hacer encajar en la existencia diaria, sino que se precipitaron y encumbraron, por el comercio entusiasta con grandes hombres y robustos libros, en que el heroísmo y la imaginación carpetean; de modo que sólo lo sobrenatural

---

vemos con gozo que en todos sus puntos coinciden, tanto en la alabanza como en las razones que damos para algunas deficiencias del orador, el juicio de *La América* y el de George W. Curtis, sino que este caballero se sirve decirnos en carta bondadosa: "Me es sumamente agradable ver que en nada difieren la apreciación de Vd. y la mía sobre el gran orador".



—que ha de dirigir finalmente, pero que no puede dirigir inmediatamente lo natural—, llegó a ser natural para Wendell Phillips.

Un día, y como quien recibe una bofetada en el rostro, vio aquel hombre, condensación —como toda criatura de compadecer a los esclavos y ser bueno. Así como, para arremeter en lucha armada a un enemigo fuerte, se concentran, con desusada energía, casi maravillosa, todas las fuerzas, de modo que el empuje no sea menos que el riesgo que las espera y el adversario que las alza, así ante el crimen de la esclavitud, legalizado y practicado en la mitad de los Estados de la Unión, auxiliado por gran parte del Norte e infiltrado, a manera de sangre venenosa, en toda la nación, se recogieron por instantáneo y culminante esfuerzo las potencias y bríos de Wendell Phillips, para oponer a aquella infamia inmensa enemigo capaz de sujetarla y abatirla; así, a ser animada, se levantaría la tierra en monte cuando viera venir sobre ella, en hombros de la tormenta arrasadora, el mar desatentado. Toda la luz de su espíritu la puso de modo que enseñase bien los antros de aquella institución tan infamante que enloquece y hace llorar, de ver cómo vuelve viles, pacientes e insensibles a los más claros hombres. Y como antros tan grandes requerían, para ser bien escrutados, luz tan poderosa, toda la de Phillips se fue a ellos, y que-

dó como sin luz, o con porción escasa para todas las cosas de la vida que no fuesen la liberación del espíritu del hombre, deseo febril de las almas soberanas. Otros añaden al mérito que viene del ansia de redimir, el de sofocarla y no dejarla ver entera, para levantar así tormenta menor entre la gente usual, y hacer más inmediata su eficacia. Phillips ni debió, ni pudo. A otros, terciar, vadear, tentar, retroceder, conceder, empalmar, juntar orillas, echar puentes; a él, con clarines de oro, despertar al horrible monstruo, y mantenerlo siempre en pie, para que todo el mundo lo viera. Su defecto, pues, fue defecto de exceso; y él fue como debió ser, dada su naturaleza y la de su nación en su tiempo.

De aquel supremo deleite que viene de la visión constante de la propia alma consagrada al bien ajeno; de aquel permanente ímpetu en que mantiene el amor vivo a la justicia a los espíritus preclaros; de aquel útil desdén y legítima arrogancia con que a las turbas interesadas, torpes, equivocadas o coléricas, afrontan los que se sienten poseídos de la palabra magna y pura, como quemándose los viene, como de una cruz hecha de fuego de las estrellas, de vehemente e incondicional amor al hombre; de certeza misma del tamaño y poder de la institución que combatía, y del oportuno sacrificio de la gloria que, para lograrla mayor y definitiva acaso, consuman los ora-

dores honrados, se originaban en Wendell Phillips el perpetuo e intenso brío, la solerime y atilocuente plática, la serena e incontrastable arremetida, la posesión de sí extraña y perfecta; y su soberbia y poderosa calma ante los clamores y hostilidades de la muchedumbre. Poco menos que arrastrado fue por las calles; poco menos que lapidado fue en juntas públicas. «La canalla de levita», como él, con crudeza y desembarazo yanquis, la llamaba; la gente de Boston amiga de los esclavistas, y la de todas partes de la Unión Americana, que quería deshacer Phillips si había de seguir juntando a los Estados cemento tal de «sangre y fango», cual la Constitución, que, a juicio de él, como al de Calhoun del Sur y sus secuaces, prohibaba y mantenía el derecho de poseer esclavos; los amigos fervientes de la Unión; los aliados por miedo, preocupación o conveniencia de los propietarios del Sur, llenaban los teatros en que hablaba Phillips, y lo voceaban y silbaban a su aparición; lo denostaban como a un traidor nacional o un demagogo odioso, hasta que a poco, como que habían tenido alzados los brazos en amenaza y alboroto, sentían que por el pecho descubierto se les había entrado el arma fina, a raíz de la tetilla; y se les oía cejar y crujir, como una fiesta herida y deshuesada. Águila parecía, luchando con gorriones. Si a una frase suya, como fiera que va a acometer,

se revolvió y contestaba con un clamor de cólera la muchedumbre, no bien espiraba a su pies el rugido, les repetía con lentitud e intensidad más grandes la frase condenada. Y con más recia furia, como a un golpe del látigo del domador, reclamaba el concurso y se agitaba. Y con fuerza mayor calma, como quien hunde una espada hasta el pomo, o fríamente echa el guante a la cara a su enemigo, decía otra vez, como si fuera acero ya de muchas hojas, la frase temida; hasta que, respetuosa al fin la muchedumbre, les dejaba la frase bien clavada.

Esa fue su vida: misterio sereno de justicia.

Ese fue su espíritu, a la liberación de los esclavos consagrado, por ser el mal visible y urgente, en su época primera; y luego, aunque por ello se alejasen de él como de enemigo abominable los hipócritas, los poderosos y los ricos, a la liberación de todos los tristes y desamparados de la Tierra, a la defensa de todos los que, aun cuando de modo violento, excusado sólo por los extremos de la acción despótica, se rebelaban, por miseria extrema o

cólera santa, contra los detenedores del hombre.

Ese fue su carácter; que tan seguro de la suprema justicia del amor a los hombres vehementemente y desinteresado estaba, que jamás entendió el uso de la libertad contra la libertad, ni derecho; ni tachó de menos que de participio en la iniquidad todo recurso medio e incompleto, toda espera y lentitud, prudentes acaso, aunque repugnantes; toda arte de compromiso con las maldades que azotaba.

Esa fue su representación, no la de esas profundas y monumentales personalidades en que, como en grandes moles de piedra, se vacían, en su época de hervor y superabundancia, las condiciones distintivas de una época o un pueblo; ni la de esas incontrastables, derrumbadoras, tremendas y lumíneas en que —como si todo el dolor que destilan en noches cruentas y días mudos los hombres oprimidos se condensase y castigara— toman brazo y espada, y abrasadora lengua, dolores y abusos que han durado siglos; ni fue de esos tonantes y parleros, gigantescos, resplandecientes y voltarios, en

que en sus horas de revuelta y acción pública, como en pujante y servicial agente que los refleja y acomoda, se entregan, por períodos nunca largos, los pueblos en desquiciamiento o en reenquicio; sino que fue Phillips de aquellos seres sumos que, venidos a la Tierra con las condiciones todas que dan derecho natural a la grandeza humana, el mando y el goce, a la vida sedosa, muelle y llana, a la gloria pacífica, áurea y cómoda, hizo con todo un haz ardiente y lo puso bajo los pies de los malvados. Se privó de sí, por darse. Y soberano de naturaleza, como vio que las gentes de corte no eran buenas, cambió la púrpura por el sayal de paño pardo, y el látigo por el cayado, y caminó del lado de los humildes.

Y ésa fue su oratoria: afilada, serena, flameante, profética, tundente, aristofánica.

La América,  
Nueva York,  
febrero de 1884

## ¿Cuál es el objeto de la torre?

ENTRE TODAS las Bolsas de New York, por su grandor descuellan la de Productos. La de Acciones, a pesar de su fachada de mármol y sus columnas de granito, es punto menos que ridícula: y parece casa vieja aprovechada para usos modernos. La de Productos, colosal, cuadrada, maciza, roja, enclávase en las entrañas de la ciudad, y empínase sobre ellas, con tales espacio y altura que parece que allí cabrían de veras cuantos granos producen las dilatadas comarcas del Oeste.

Rematan cerca del techo las cuatro grandes esquinas, agudas proas de antiguas galeras, tan tamañudas, por serlo tanto el edificio que decoran, que si de cada esquina se bajan las dos mitades de galeras de ladrillo, y se las echa juntas por el río, en cada una de ellas navegaría cómodamente una docena de hombres.—Bordan, a manera de faja labrada, los diversos pisos, medallones en tierra cocida, donde ostentan sus figuras alegóricas los Estados diversos de la Unión. No son espadas ni lanzas; sino hombres que se dan las manos; rollos de cuerda y cajas

de algodón; ferrocarriles y bahías; árboles bien cargados y cuernos de abundancia. Y por entre los medallones, y en todo lugar conspicuo de la fachada, asoman, en buenos relieves, cabezas de los animales que de cerca ayudan a la agricultura: allí la cabeza ponderosa del recio caballo de carros; allí el testuz pequeño y el delgado hocico del preciado Durham: allí el carnero pródigo de retorcidos cuernos: allí la estrecha cabeza del cerdo cebado. Por mala arte arquitectónica, las puertas de esta gran casa roja no salen de ella misma, como consecuencia y porción de ella, y al modo con que salen los labios de la cara, que es como las puertas deben salir de los edificios, para que parezcan verdaderamente parte de ellos; sino que parecen traídas de afuera; recortadas en pórfido suntuoso, y engastadas allí, como señora de pueblo, no hecha a maravillas, se pone sobre severo vestido de lana de faena diaria, mantón rico de seda japonesa, o cofia de finísimos armiños.

Vienen estos apuntes a cuento de una frase que oyó por estos días *La América* en la

modesta y ocupada calle de Nassau, donde aún se albergan en covachuelescos tendorrios, aquellos antiguos mercaderes de barba en halo, labios finos rasos, sombrero alto de pelo, y rematando sobre grandes botas el bolsudo calzón, holgadamente sujeto de los hombros por lujosos tirantes cruzados.

Dos de ellos venían calle abajo, cubierto el traje venerado de tíos Samueles con esas anchas hopalandas que recuerdan los gabanes de mahón de los antiguos coroneles retirados de la tropa española, y aquí son muy usados en verano, para proteger los vestidos del polvo en ferrocarriles y vapores, por lo que los llaman «cobertores de polvo».

Calle abajo venían, en una de las doradas mañanas de Agosto, dos de aquellos agudos comerciante neolingleses, nacidos cuando todavía cruzaban enconadas balas los Estados Unidos e Inglaterra.

Hablaban en voz alta de cosas altas: hablaban del puente de Brooklyn, que no acierta a iluminar bien la Compañía de Luz Eléctrica de los Estados Unidos, cuyas lámparas de luz radiada se debilitan y apa-

gan con frecuencia con la imperceptible trepidación del puente: hablaban del gran palacio rojo de D. O. Mills, palacio de oficinas, cuya escalera de mármol y laboriosa verja de bronce no son menos ricas que las que ostentan palacios de reyes. Y hablaban de la Bolsa de Productos, que de su masa cuadrada eleva al cielo torre que a la de Babel recuerda, aunque ya no se confunden en ella, sino que se unen íoh símbolo! las lenguas de los hombres.

Bien parecían a aquellos huraños y prósperos comerciantes, de botas sólidas y sólidos negocios, de rostro sano y sanas cajas, los amplios salones de paredes y techos de hierro, por donde han de pulular, voceando precios y exhibiendo muestras, los agentes de venta y compra, y mercaderes incorregibles, y avaros y culpables especuladores, y ricos grandes, tocados del vicio de riqueza, que dan tipo y tamaño a esta tierra. Y como en la mente de estos comerciantes de antaño no suele hacer casa el ángel estético, ni se preguntaban qué hacían en los remates de las

esquinas aquellas proas de galera, que no se desgajan ni derivan de la naturaleza y arquitectura del edificio, por más que las defienda la idea de que representan el comercio—que en tamaño edificio moderno debía estar representado por un vapor,—ni hallaban mal las cuadradas, postizas y pretenciosas puertas. Porque en sirviendo para entrar, ya les parecen inmejorables las puertas; y como que les recordaba objetos de práctico servicio, las galeras no les parecían mal.

Pero no acertaban los acaudalados Samueles a explicarse el objeto de la torre.

—No acierto,—decía uno, abriendo como quien va a hilarvanar estambre sus dos nudosas manos—no acierto para qué pueda ser aquella torre.

—Eso, eso es lo que me pregunto: decía el otro tendiendo pontificialmente la mano ¿cuál puede ser el objeto de la torre?

—¿Cuál puede ser su objeto?

Y esa es toda la llave, médula, fuerza del carácter norteamericano: —no hacer cosa sin objeto. No del carácter de los americanos de ahora, gozadores descuidados y rápidos, que

ya no tienen fruición como la tuvieron sus padres, en ver crecer y fructificar su riqueza, sino que la anhelan sólo por la suma de goces que produce: del carácter de los americanos fundadores hablamos, que, si no tenían la levadura de arte que sazona, embalsama y preserva de la obra mordente de los siglos a las naciones, tenían una poderosa e ingenua sensatez que se trocaba en lo práctico en un amor grande al cimiento, y un desamor no menos grande al ornamento.

Por esto creció este pueblo: por la frase de los Samueles de Nassau Street; porque no se han dado a ornamentar sino después de que tienen ya tal edificio, que con el peso lujoso de los adornos no puede venir estrepitosamente al suelo.

Y por eso no crecen otros pueblos: por el amor excesivo al ornamento.

*La América,  
Nueva York,  
octubre de 1883*



# Botes de papel

**A**NDA POR LAS LIBRERÍAS y tuvo éxito en su tiempo, un libro ameno de un viajero osado que de Quebec, en el lejano Canadá, vino en un bote ordinario de madera hasta la ciudad de Troy, a la orilla del Hudson imponente; y allí vio unos botecillos de papel que pesaban menos que un baúl de señora en viaje a punto de baños, y le parecieron tan bien, que ya no quiso usar su bote de madera, sino que en uno de papel, sin miedo a hielos ni ventiscas, fue a dar al Golfo de México; cuya accidentada travesía narró luego, en ameno lenguaje, en el *Viaje de la canoa de papel*: que así llama a su libro, impreso en la casa de Lee &<sup>a</sup> Shephard, Boston, el viajero N. H. Bishop.

Corrió el suceso el mundo, con ser menos famoso que otro con que acaban de asombrar a Venezuela ahora unos maracaiberos, que por mar se vinieron en otro botecillo del distante Maracaibo a las alborotadas aguas de La Guayra, a dejar a los pies de Bolívar, como digno de él en la fiesta de su Centenario, el heroico barquichuelo.

Pues aquel bote de papel de Bishop no fue una casualidad, ni

un mero capricho; sino el producto regular de una próspera industria. De ese viaje se habló mucho; pero ¿se sabe acaso que en Troy existe una fábrica de botes de papel,—una fábrica que ha solido ganar al año, haciendo estos botes, \$ 50 000 pesos? ¿Se sabe que las bóvedas que coronan varios altos colegios y observatorios de los Estados Unidos, de papel son también, y de la fábrica de botes? ¿Se sabe que en estos instantes mismos la fábrica de Westinghouse, que se anunció en *La América* en el número de Setiembre, está montando una de sus ingeniosas y sencillas máquinas de vapor en un buque de papel? Pues eso esperan saludar pronto los habitantes felices de las orillas prósperas del Hudson:—un vapor de papel.

Ya peina canas el que inventó estos botes, impermeables, ligeros, seguros, muy usados en regatas, a tal punto, que hay club de remadores que tiene cuarenta de ellos, de precios varios, porque desde 60 pesos hay botes hasta \$ 600.

Fue el inventor un bravo muchacho, que ayudaba a su padre a hacer cajas de cartón para sus potes de tinta y sus

siropes, de los que había tan gran consumo que ideó el preparador tener fábrica propia de envases.

El muchacho norteamericano de la ciudad no es por cierto modelo apetecible,<sup>b</sup> —porque el ansia de goces, la facilidad de satisfacerlos, y el amor descarnado y<sup>c</sup> desequilibrado del lucro, le relajan las fuerzas, o se las echan por caminos de aventura, o no les permiten la necesaria disciplina y desarrollo.—Pero el muchacho campesino, o de ciudad pequeña, que vive en más directo trato con los trabajadores, y ha de esforzarse más en obtener<sup>d</sup> lo que desea,—es noble especie de hombre, que a singular astucia junta un ciego y grandioso ímpetu, al que nada pone miedo ni coto. Jorge Waters quiso un día ir de gigante a una fiesta carnavalesca; pero como no llegaban sus pesos a ocho que le pedían por una recia careta de gigante, imaginó hacer—

a. En LN: «y».

b. En LN, sin coma.

c. En LN se omite «y». En su lugar se pone coma.

d. Hasta aquí cotejado por LN. Incompleta la fotocopia.

sela él, a imitación de una que le prestaron. Y puso lámina de papel sobre lámina, y las moldeó y repujó luego, y tuvo en risa a todo el pueblo con su gran careta; de lo que le quedó tanta fe en la eficacia del papel, que otro día que quiso calafatear un bote viejo de madera, con papel lo hizo, como su mascarilla de gigante, y le fue bien, y triunfó en mar y en tierra.

Quiso luego bote nuevo, y, con ayuda de su padre, fabricó uno tan bueno que, tras muchos años de servicio, aún dura y se llama «El Experimento».

«María Teresa» se llamaba el bote en que hizo Bishop su viaje al Golfo de México. De largo, tenía quince pies; de espesor, un octavo de pulgada; de peso, cincuenta y ocho libras.

Y no hay cosa más sencilla que la fabricación de estos botes. Sobre un molde de madera se van tendiendo una sobre otra tantas láminas de papel cuantas requiera el espesor del bote, cortado de manera que ajuste holgadamente en ancho y

largo al molde, de modo que al secarse no se encoja. Una vez seco, se saca ya el casco, que es de suyo impermeable. Se remata el bote, como se pudiera rematar uno de madera; y queda un lindo barquichuelo, liso, ligero, airoso, apto para recibir cualquier barniz o pintura, fuerte, menos susceptible que los de madera a la acción del frío o del calor, por ser el papel un no-conductor excelente,—y sin costura ninguna ni clavo que raje la madera, ni intersticio de ningún otro orden, lo cual lo salva de hacer agua, del quebranto y separación de los cinchos y tablas, y del hundimiento.

El casco de la lancha de vapor, a que pone ahora máquina la fábrica de Westinghouse, es ya más complicado, y se ha hecho en dos mitades unidas por la quilla.

—Es un hermoso bote de recreo; más no nos parece que se le pueda dar tan segura aplicación como a los botes pequeños de remo.

Nos parece ver, al cerrar

estas noticias curiosas, el rostro fresco y atrevido del muchachuelo que modeló su cara de gigante. Recordamos a Peter Cooper, que de nadie recibió instrucción mecánica, y reformó las máquinas de vapor, y halló aparatos para vaciar las montañas. Y pensamos que no hay mejor sistema de educación que aquel que prepara al niño a aprender por sí.

Asegúrese a cada hombre el ejercicio de sí propio.

Si sólo para apoyar esta verdad hubieran servido—ya no habría sido inútil la influencia de los botes de papel.

La América  
Nueva York,  
noviembre de 1883  
La Nación,  
Buenos Aires,  
9 de enero de 1884

[Fotocopia en CEM]

## 54

# Las asociaciones de obreros

**R**ARO DON, don excelso, es la justicia. Todo hombre tiene un poco de león, y quiere para sí en la vida la parte del león. Se queja de la opresión ajena; pero apenas puede oprimir, oprime.—Clama contra el monopolio ajeno; pero apenas puede monopolizar, monopoliza.—No en balde, cuando el Libro de los hebreos quería dar nombre a un varón admirable, lo llamaba «un justo».—No desearlo todo para sí; quitarse algo de sí para que toquen a igual parte todos,—es valor que parece heroico, a juzgar por el escaso número de los que dan prueba de él.

Así son los gremios de bajadores en los Estados Unidos.—Simpáticos, porque tienen de su lado la razón, cuando se congregan para resistir a los abusos del fabricante que los emplea; irreprochables cuando en uso de un legítimo derecho se niegan a trabajar por una suma que no alcanza a cubrir los gastos urgentes de la vida de familia, mientras que con la parte de salarios que les acorta, añade el fabricante una cantidad innecesaria y excesiva a sus provechos,—convuértense a su vez estos gremios en tirá-

nicos, apenas se sienten con fuerzas para imponer su voluntad.

En nombre del derecho humano al trabajo y a la vida se rebelan contra los que les pagan salarios que no bastan a mantenerlos en pie, y a abrigar en el invierno a sus hijos; pero no bien tienen en su mano, acumulada más por la fuerza moral que les da la simpatía pública que por sus propios medios, un ápice de autoridad, o un beneficio que compartir, o un mal que hacer,—los emplean en impedir a otros, a sus propios hijos, el derecho al trabajo y a la vida, en cuyo nombre establecen la sociedad con que los impiden.

En los Estados Unidos, no se está en esto más hoy adelantado de lo que en tiempo del bravo Martel, el heroico municipio de París,<sup>174</sup> estaban los gremios de artesanos, mantenedores activos del derecho del hombre a la dignidad y al uso de sí propio.—Egoístas y tiránicos los gremios, niegan a los hombres nuevos, de su misma clase y familias, el derecho de aprender los oficios en que ellos trabajan; sólo permiten aprendices en el número en que se necesitan de ellos,

más como bestiecillas de carga que como alumnos inteligentes; se rebelan contra las leyes mismas de la Naturaleza; no quieren que haya obreros nuevos, para que no les hagan competencia en sus oficios: si a despecho de ellos, los jóvenes aprenden sus oficios,—se coaligan contra los jóvenes, y les prohíben trabajar en ninguno de los lugares donde trabajan los miembros de los gremios, que amenazando huelga, o de otra manera más violenta, consiguen que el empleador despidan al «nuevo», o que éste se retire atribulado. Al hombre que se ha atrevido a aprender un arte, sin pedir permiso a los que lo tienen ya aprendido, les niegan todos los beneficios, hoy considerables, de las ligas de trabajadores. Años enteros vagan por las calles los hijos de los artesanos agremiados, sin que las súplicas y esfuerzos de sus padres, que tienen miedo de salir del gremio, consigan para sus propios hijos un puesto de aprendiz.—Mientras con tanta injusticia tratan a los que dependen de ellos los obreros, no pueden esperar ser tratados con mayor justicia por los fabricantes de

quienes ellos dependen. El favor público, que los acompaña cuando claman por la mejora justa de su condición, los abandonará indignado, como en este punto los abandona ya hoy, cuando traten de coartar el derecho de los demás hombres a asegurar con su trabajo su vida.—Si el despotismo es abominable en un déspota, que no ha conocido jamás los dolores del vasallaje, las penas agudísimas de la servidumbre; más odioso e inexcusable es en los que imponen deliberada y fríamente a los demás, a sus propios hijos, las amarguras que ellos han sufrido.

Pero las injusticias tienen de bueno que de sí mismas provocan el modo de remediarlas.—Cuando existen, lo que hay que desear es que se extremen: porque viéndolas de bulto, la naturaleza humana, siempre generosa, monta en ira, y remedia.

Esta indigna presión de los trabajadores agremiados, de los «Trades Unions»—como a estos gremios de artesanos se llama en los Estados Unidos e Inglaterra—ha inspirado a un buen caballero, de nombre extravagante, que parece sin embargo bello, R. F. Auchmulty, —la creación de una escuela casi gratuita, escuela con buenos maestros y excelente práctica, para que aprendan los ofi-

cios más importantes y socorridos los jóvenes estudiosos y aspiradores que en vano buscan empleo en los talleres y fábricas donde dominan, como dominan en casi todos los talleres importantes, los obreros agremiados.—Y como siempre sucede que hay artesanos rebeldes que se niegan a aceptar las imposiciones duras de los vengativos y autocráticos capataces de los gremios—a cuyos trabajadores ex-corporados llaman aquí «non-union men», los cuales trabajan a precio menor, o en condiciones más ventajosas que los corporados,—entre ellos hallan empleo los buenos obreros que desde hace años salen de los talleres paternos del caballero Auchmulty:—icon qué placer llamamos caballero, a este que si no lo es de corte de reyes, por haber librado de la ira de un marido, o procurado dama, o salvado de enemigo personal, o adulado bien al rey,—es caballero de los hombres!

Y como en la escuela no quieren usar, cual usan en los talleres, por mucho tiempo a bajo salario, o sin salario, de los aprendices, por lo cual en los talleres los dejan abandonados a sí mismos, —aprenden los alumnos con rapidez grande, ya porque casi siempre traen ese conocimiento necesá-

rio, que en todas las escuelas públicas debiera enseñarse, de los instrumentos de trabajo; ya porque el fundador de la escuela desea sinceramente crear artesanos buenos y coloca para que los enseñen bien a buenos maestros. Y les da obras a hacer,—que como a jornaleros usuales les paga—de los mismos oficios que aprenden. \$ 40 000 de su propia bolsa ha empleado en esta empresa el buen Auchmulty:—nada más que 3 pesos al mes, por aprender sólido y aplicable oficio, pagan los aprendices: o \$ 10 por el curso entero,—pensión que jamás compensa los gastos anuales de la generosa escuela.

Con cólera justa recordamos el abuso de los artesanos agremiados.—Y con fe absoluta aguardamos, por la esencial bondad del hombre, que de éste mismo, en su ejercicio libre, surgirán todos los medios de poner coto a los errores en que le haga caer lo que aún tiene de feroz y avara su naturaleza.

M. de Z.

**La América,**  
Nueva York,  
diciembre de 1883

[Mf. en CEM]



## 55

## Cartas de Martí

Grandes fiestas y grandes problemas.-De Washington, hace cien años, a Carlisle, Presidente de la Cámara Democrática.-Broadway en fiesta: el último centenario de la Guerra.-La estatua nueva de Washington.-Ben Butler, vencido.-Almas populares.-Querellas de otros tiempos y de estos.-Politicastros ruines.-Honrada elección del Presidente de la Cámara.-Los tres campeones: Cox, Randall y Carlisle.-Lo que significa cada uno.-Librecambismo, proteccionismo, y sistema preparatorio.-El gravísimo problema económico.-Sus causas, su alcance, su remedio, sus consecuencias, su aspecto.-El padre Jacinto en New York.-Un cardenal y un poeta inglés.-La Patti.

Nueva York,  
21 de diciembre de 1883

Señor Director de  
*La Nación*

**M**AGNÍFICA LUNA, de luz cara a los hombres, viaja por el cielo. Una luz blanca se esparce por la ciudad, se refleja en los techos, irradia desde el pavimento de las calles y se entra por el alma. Los trineos vocingleros colgados de cascabeles, y a la zaga de alegres caballos, coronada la cabeza de plumero de colores, asoman y se escapan, fugaces como la

belleza y la ventura. Se vive como en un astro. La miseria misma parece que se limpia y argenta. Nueva York festeja sus primeras nieves.

Quedan atrás los grandes días patrióticos, que han sido celebrados con júbilo y bravura, como para dar fe de nación grave y buena, que no se cansa de sus héroes.

En 25 de noviembre, cien años ha, los ingleses vencidos salieron al cabo, como de su último baluarte, de la codiciada Nueva York, y Washington y los suyos entraron en la ciudad, sin odio y sin rudeza, como sienta a los héroes, a

sentarse en la silla de los dueños; lo cual quisieron los neoyorquinos en este veinticinco de noviembre memorar con festival suntuoso, fogatas y banderas, banquetes y discursos y procesión de armas. Contarlo, fuera tarea épica: millas de hombres; las paredes colgadas y los techos almacenados de niños y mujeres; de lo alto de Nueva York a lo alto de Brooklyn, bajo aguaceros tropicales, y el negro lodo a la rodilla, en masa compacta se apretaba cuanto la ciudad tiene de vivo, a ver pasar la colosal procesión de cinco horas, con sus gallardos coroneles de vanguardia; sus gobernadores y generales afamados, en coches de gala sus zuavos de mostacho gris, vitoreados como vitorea la muchedumbre siempre lo pintoresco y lo brillante, sus negros bulliciosos, que danzaban y cantaban como ebrios, ebrios de verse libres; sus comparsas de tricordio y barba blanca, vestidos como en aquellos tiempos de Whigs y de Tories de lindas chupas azules y rosadas. Y los regimientos de voluntarios, que ondeaban a lo largo de Broadway como solemne río. Y los viejos bomberos, que eran

gente de pro y no mercenaria, que a la campana que anunciaba incendio salían con su sombrero de hule y su camisa roja, resplandeciente el rostro del gozo del sacrificio, a halar en loca carrera por las calles, uncidos como caballos a las cuerdas, las bombas burdas que eran de uso antaño.

¡Qué coros de gloria cuando pasan las banderas rotas, las banderas de la guerra de Lincoln, tardío y grandioso complemento de la guerra de Washington! Cuando pasan, en hombros de los abanderados transidos de la lluvia, los pabellones despedazados, los pilluelos que cabalgan en los postes de la luz eléctrica echan al aire, sin cuidar del agua recia, sus sombreros rotos; olean ambas aceras y se ensanchan, como si creciese el corazón de la multitud; y brillan más a través de las ventanas los ojos de las mujeres, nunca cansados del valor, del romance y de la gloria: urnas de vida.

Pero el que de toda la procesión distingue el vulgo; aquel a quien saludan las damas desde los balcones, y los hombres con altos hurras desde las aceras; el que con su negro sombrero de tres picos, remate de uniforme ricamente galoneado, no cesa de dar gracias a los vitoreadores a diestra y siniestra, no es neoyorquino, sino de Boston: es Ben Butler; Ben Butler vencido como todo el que osa decir la verdad a los hipócritas; amado, como al cabo lo es todo el que ama;

adivinado por la masa pública, que siente que tiene en él como reflejo y campeón volatario y caprichoso como ella; como ella pujante y alma abierta. Quiso volver a ser gobernador de Massachusetts, donde ha probado que a ciencia de los empleados del gobierno, vendiase para curtir y sacar al mercado en guantes y otros usos la piel de los pobres muertos en la casa de limosna del Estado. Y como esa probó otras crudezas;—por lo que Massachusetts soberbio, que venía pasando plaza de comunidad inmaculada, dio la espalda a su ahogado mejor en las elecciones de Noviembre y eligió para su gobernador a un republicano. Lo que no abate a Ben Butler, que adiestra ahora sus huestes para reñir el año próximo,—ya que no por la candidatura presidencial que a haber sido reelecto hubiera acaso caído en él,—por un nuevo término del gobierno del Estado. En verdad quien se siente con fuerzas para hacer bien a los hombres, no tiene derecho al descanso.—¡Butler curioso! En la guerra no intentó batalla que no perdiese: en política, de diez que reñía, nueve perdía: ya en el mando, lo sacan de él cuando hace ánimo de quedarse en él; lo cual dice que no usó malamente del gobierno—como tantos otros—para retenerlo:—y la muchedumbre lo aclama, a raíz de su última y estruendosa derrota; como a un triunfador. Es

que por sobre tanto hombre vaciado en un mismo molde, el que sale del molde y se crea y crea, brilla como si tuviera luz de sol, y da calor y ciega. Gusta la naturaleza humana de quien deslumbra, produce y acomete; y ama a menudo más la sinrazón brillante y gloriosa que la sensatez moderada y apacible. Todo rebelde tiene un cómplice en cada hombre: y el que anuncia que quiere ser quien es, admira. Admira, en estos tiempos, venales como los antiguos, en que Esaú no ha acabado todavía de comer su plato de lentejas. Pot-Bouille,<sup>175</sup> es un bravo libro, que enciende en ira y disgusta, pero enseña, y apenas hay hombre que no sea como aquel arquitecto de Pot-Bouille, que por tener buenos dineros con que pagarse gozos, finge que cree en camándulas de Iglesia, y ríe bajo el bigote bien peinado de los retablos de convento que fabrica. ¡Sea rendido tributo al que tiene el valor de ser quien es!

Como lo ha rendido ahora Nueva York a aquel héroe sereno, a cuyo nombre se inclina la cabeza, como si pasase criatura sobrenatural. Ese día mismo 25 de Noviembre y en el lugar mismo donde se alzó en carne a jurar que serviría a la Unión Americana con amor y lealtad, se alza ahora en bronce; con luenga capa colgada a las espaldas, extendiendo la mano tranquila —como quien ampara y protege— Washington, que cien años hace lloraba en días

como éstos, al estrechar la mano, en la fonda célebre—que aún dura—a sus generales y oficiales, que le respondían con mal ahogados sollozos.

En la escalinata de la casa del Tesoro, como para decir que los héroes, creadores de las naciones, importan más que la pecunia que luego las sustenta; y frente a la calle de negocios Wall Street, frente a la misma Bolsa, se levanta ahora, en buena pieza de arte, la efigie de aquel hombre perfecto, tallado en virtudes. Las gentes campesinas han venido a millares, más que a ver, a palpar la estatua.

Le tocaban las hebillas de los zapatos, la orla de la capa, se iban cargados de medallas con su efigie, de estampas con escenas de su vida, de grandes retratos. Leían en coro, no sin risa de mercaderes opulentos y ricomaniacos corredores, copias curiosas de las gacetas breves de aquel tiempo; en que al paso de Washington, movido más de una vez a dulces lágrimas, se alzaban arcos de que dejaban caer sobre sus sienes, como en Filadelfia, una corona de laurel; se cubrían de siemprevivas y de mirtos los puentes en que resplandeciente y tranquilo había librado antes batallas; y se vestían de sus mejores trajes las matronas y doncellas para ir a regar flores en el camino del jefe milagroso de la paz. Un ambicioso, es un criminal. Un caudillo desinteresado, es una gala de los hombres y huésped eterno de la patria.

Recias eran en aquellos días las querellas que venía a calmar Washington. Esos voceadores perniciosos, turbia espuma de todas las revoluciones, vencían y gobernaban, con el nombre de liberales avanzados. Otros, ocupados en fundar la libertad, olvidaban hablar de ella. Los realistas huían aterrados a las posesiones inglesas, o vivían amenazados y tímidos.

La liberalesca quería punto menos que el cercén de toda cabeza de realista. Y los liberales sinceros como que no necesitaban diplomas de bravura y de lealtad, defendían el derecho de los realistas a vivir en el suelo en que nacieron: perdonar es vencer. Y querían los unos, con gran escándalo de los más, que al Presidente se llamara Alteza.

Y eran pocos los bravos de la guerra que no anduvieron desluciendo sus hazañas con pretensiones de canonjías y emolumentos, como si hubiera paga digna del deber más que el gozo supremo de cumplirlo. Sólo lo arraigado del hábito común de ejercitar la libertad individual, que ponía miedo a los que hubieran intentado sofocarla, salvó a este pueblo en su cuna de esas fieras querellas que mueven en los pueblos nacientes los odios triunfantes y los desordenados apetitos, que en igual grado tuvieron, y con furia semejante enseñaron estos hombres del hielo que los que de derecho somos ardientes y bravíos por tenerlo de la mayor savia de la

tierra y la proximidad del Sol. Sólo el ejercicio general del derecho libra a los pueblos del dominio de los ambiciosos.

Pues ahora mismo, el peligro mayor de esta gran tierra, no es el de una crisis económica, que de todas partes asoma, y hace este año moderada la alegría de *Christmas*—es el del desdén de ejercitar el derecho de gobierno que a cada gobernador toca; es el del abandono voluntario de las riendas de sí en manos de los políticos de oficio, criminales repugnantes, que en las cosas públicas hacen a los hombres honrados el efecto que a los creyentes sinceros ha de hacer la presencia de un ladrón en los altares. ¡Abatúrseles debiera como a perros rabiosos!—Inventan ofensas, para levantar odios; soplan las iras con aire envenenado para que arrollen los votos adversos; presentan a las muchedumbres incultas, no los peligros venideros y la necesidad de afrontarlos con medidas sabias que recorten para ahora los haberes, pero los aseguren para luego, sino los peligros accidentales, como la cesación de la labor de fábrica y la rebaja de salarios. Callan lo que saben; cansan para asegurar su bienestar de ociosos prohombres, el daño público; fingen cólera y pena que no sienten: —¡si de barro los hubieran hecho, mancharían menos de lo que ahora manchan! Y los rebaños, porque la mayoría de los hombres se mueve aún en



manadas, van por donde los llevan los pastores. ¡Oh, Rabalais, grandísimo maestro! Riéndose, con risa más sana y saludable que la de Voltaire, pondría yo su efígie culminante en cada plaza pública:—para que los hombres se avergonzasen de no serlo y despertasen a sí, con lo que empezarán a ser felices. El egoísmo aconseja la abnegación. Predíquese insaciablemente, y ayúdese, el afianzamiento de los caracteres. Créase en la perpetua vida, que a cada hombre asegura en estación futura el premio de los sacrificios que se impone en esta. Hágase preceder el dolor al placer, porque está en la naturaleza que vayan siempre equilibrados, y cuando con aquel no se merece este, este se paga luego con aquel. Empleen los mejores por la mente y por la ternura, aunque sea con daño propio y angustia, sus fuerzas todas en levantar a su nivel a la gente mínima, que no sabe y no ama. Y así, procurando la felicidad universal venidera, se asegura y avvicina la felicidad propia.

Nótase ahora en los negocios públicos como miedo y espera. Las gentes cautas, que ven venir relativa pobreza y baratura acaudalan sus fondos, para emplearlos cuando los apuros que se preven para el comercio obliguen a los que necesitan levantar dineros o deshacerse de su hacienda en mala venta. Queríase alejar del programa presidencial—que nada más que programa quiere

decir en romance la voz inglesa *platform*—la cuestión de la tarifa. Y la cuestión de la tarifa se impone, y como un gigante entre liliputienses, llena todo el programa. Los demócratas tienen mayoría en la Cámara de Representantes, y en la primera y por cierto culta y leal batalla que libraron por tal o cual candidato para la Presidencia de la casa, la querella no fue sobre quién defiende con más o menos brío la independencia de los Estados dentro de la Unión, ni sobre quién anhela de más veras la reforma del servicio público; sino sobre quién veía con más prudencia y concreción en los problemas de la tarifa.

Tres prominentes demócratas aspiraban, con derecho al triunfo, a la Presidencia. Y fue contienda hermosa, en que los contendientes, amigos buenos, se hacían visitas cordiales, y reñían a la luz del sol, no merodeando votos, ni cambiándolos por la propia independencia—sino convenciéndolos. Cox, que hace poco fue—como a colorear su viva fantasía—a Constantinopla, y habla a nuestra manera; imaginativa, adjetivosa, alada y abundante, parecía en sus cuartos de campaña, llenos de amigos menos numerosos que activos, caballero de Roma, a la hora de salir a tribunales, rodeado de su cohorte de clientes.

Randall, austero y agrio, más amigo de los que conservan que de los que impulsan, y tenido por los más como cabe-

za visible del partido, recontaba de antemano, seguro de su victoria, los votos de sus parciales. Carlisle,<sup>176</sup> de frente alta, cuadrado en las sienes; de ceja montuosa, como de quien mira mucho, y sabe callar, y ha padecido; de boca fina como de orador discreto; de ropa y modos llanos, como sienta a hijo de casa humilde y recién hecha; Carlisle, en quien parece que se juntan las dotes dichas de ir a la par zapando y construyendo, y no echa abajo piedra vieja, para reponer la cual no tenga piedra nueva a mano; Carlisle vencía. Cox es libre cambista, y vencerá mañana. Randall, es proteccionista, y venció ayer. Carlisle quiere que se vaya sin conmoción súbita, y de manera que las industrias artificiales del país puedan prepararse para resistir el tránsito del proteccionismo al libre cambio: sabe que los errores económicos crean un derecho relativo, tan respetable a los ojos de los hombres prudentes como el derecho absoluto. Derecho de accidente, que para que al absoluto no cierre el paso, ha de irse cercenando, convirtiendo, reponiendo, evaporando.

Asombra cómo no se esclarea en la suerte pública el grave peligro. Por fortuna no bien se anuncia, ya los inteligentes de la tierra, los verdaderos sacerdotes, los caudillos y padres verdaderos, ponen sus odios civiles en freno, como cetrero a sus perros en trailla, y hombro a hombro y en silen-



cio, ven de hacer camino natural a la catástrofe. Los fabricantes nativos tenaces que aún ven dinero en el mercado, no quieren que entren sin derechos, o en condición de luchar con los nacionales, los artefactos extranjeros: y los trabajadores apurados, que creen que con la irrupción de productos baratos, de afuera se quedarán sin labor que hacer en las fábricas nativas, o cobrarán menos salario por tener que venderse entonces todo lo nativo a menos precio, sin que por eso vean que bajan los costos de vida—hacen con los fabricantes que los emplean y los azuzan las alas fuertes del ejército proteccionista. Pero la razón, y el miedo que también la sirve, llenan solos, con probabilidades de triunfo, el ala enemiga:—el vigor permanente viene del equilibrio justo. Al trabajo y a la inteligencia humana les están marcando límites de prosperidad precisos.

El que excede en riqueza, excederá en pobreza. Los países que crecen por merced de condiciones accidentales, y leyes antilógicas que las aprovechan—enflaquecen de súbito luego como los perros del loco de Cervantes.<sup>177</sup>—En la armonía universal inmensa, el que acaba y abusa, depleta luego y no tiene qué usar. La esclavitud que enriqueció a los dueños, los ha ahogado luego en sangre o en vicios y mejor les fuera haberlo sido en sangre!—El proteccionismo, que

hinchó con sobra inesperada de caudales las cajas del país, ha roto las arcas.

El caso es simple. Salta de suyo. La tarifa proteccionista subió de tal modo los derechos de introducción a los artefactos extranjeros, que cerró el mercado a todos los productos extranjeros de las especies que se elaboraban en el país. El país se enriquecía por la abundancia de sus cosechas. Dueños exclusivos del mercado patrio rico, le impusieron a altos precios sus productos imperfectos. El dinero que devolvía el mundo entero por el exceso del valor de las cosechas que iban de los Estados Unidos sobre el de los artefactos y frutos que venían a ellos, mantenía el mercado plétórico de caudales, por lo que no se paraba mientes<sup>a</sup> en los altos precios. Los grandes provechos acumulados merced a estos por los productores nacionales, les habilitaron para crear fortísimas fábricas, para montar hercúleos talleres, para poner a hervir el hierro en calderas que parecen montes vacíos, vueltos sobre su copa; para atraer millaradas de obreros, para pagarles cuantiosos salarios, para crear organismos voraces y poderosos, para despertar a la vida ciudades enteras, sobre estas bases de espuma y capricho, que, en cuanto les sacaran el puntal de la tarifa, vendrían todas a tierra. Y mientras el mercado enriquecido se surtía de los nuevos pro-

ductos, iban como en volandas de gloria los productores. Pero el mercado se ha saciado; las importaciones, con el loco lujo han crecido: el país no necesita más productos nativos de los que tiene; lo que vaya necesitando será siempre mucho menos de lo que las fábricas vayan produciendo.

Como los manufactureros ganaban tanto, no ponían reparo en pagar los altos derechos que, para que la tarifa fuese lógica, se cobraba por la importación de las materias primas, de manera que con la carestía de las materias primas, el alto tipo de los salarios y toda la entretejida fábrica de costos, crecidos por ley mutua en consecuencia del sistema, los productos nacionales (en gran parte burdos, porque como se vendían de todos modos, no tenían por qué esforzarse en ser mejores) ni encuentran en el mercado patrio quien los compre, ni pueden salir a los mercados extranjeros a competir con los productos rivales, baratos y perfectos. Y la fábrica falsa, tremenda, con sus ojos de hoguera y su vientre de hierro, comienza a levantar al cielo espantada sus millares de manos. Hay manufacturas que se cierran; telares que no tejen; pueblos de hacer máquinas que apagan sus fraguas; asociaciones de obreros; empresarios que despiden a los obre-

a. Errata en LN: «mente».

ros por falta de trabajo. Este año podrán hacer frente con los beneficios acumulados en el largo período del sistema, al exceso de los costos de las fábricas sobre el de la venta de sus productos. Pero ya comienzan a no poder hacer frente. Cada fábrica de estas colosales es un pueblo de millares de vientres que quieren alimentos, de voces que amenazan, de almas que gruñen. Mantenerlas es como mantener ejércitos. Son cosas de gigantes, poderosos y temibles como el anudamiento de los vientos en la atmósfera o como las corrientes de la mar.

Y la vida de los prohombres es costosa: treinta mil pesos al año, es renta nimia. A poco, va a ser gala tapizar de billetes de banco las paredes. Ya hubo un vil, años ha, que cubrió de billetes de banco un vestido de novia. El problema está erguido. El proteccionismo ha dado su fruto. Se ha creado un colosal pueblo industrial que no tiene mercados donde colocar sus industrias imperfectas.

Esto que es hoy sospecha mañana será clamor. La inquietud comienza; y en lo hondo, donde se trabaja la superficie, se enciende la vía. La crisis, lenta primero, causará males agudos. Será penosa, amarga, sombría. Depreciaciones súbitas, traerán grandes pánicos. Con continuar la tarifa primitiva, crecería el monstruo. Con abrir de súbito los puertos a los productos extran-

jeros, quedarían sólo en pie con existencia lánguida, las fábricas que pudiesen afrontar los gastos del período de transformación de manufactura que impone a precios caprichosos en un mercado forzoso un artefacto incompleto, a manufactura que solicita a precios bajos un mercado abastecido, con artefactos perfectos. Y los intereses fabriles son aquí tan grandes, que cercenarlos de súbito sería incomparable catástrofe.

Parece, pues, necesario ir manteniendo a raya a los productos extranjeros a la par que se avisa del peligro en fecha cercana a los productores nacionales, para que las fábricas tengan al menos seguro el consumo del país, mientras convencidos del error temible y de la rivalidad inevitable, perfeccionen sus artefactos de manera que, con ayuda del derecho bajo a las materias primas importadas, y de los salarios bajos por el descenso en los costos usuales de la vida,—ventajas ambas que vendrán con una tarifa librecambista—pueda al cabo ser esta establecida, y aquellos salir a luchar con los productos competidores en los mercados extranjeros.

Cuanto aquí pasa hoy, gira sobre esto.

Ante la pluma se yerguen, pidiendo espacio, el Padre Jacinto que aquí predica; un monseñor Capel, magnífica zorra; Mathew Arnold,<sup>178</sup> el escolar inglés que observa y lee en públi-

co; y la Nilsson, cuya voz, como un águila herida ya no alcanza a su cielo natural, y muere; y la Patti, criatura canora, de cristal hecha y plata; que aras merece, y no loas de pluma. En nidos se piensa, viéndola; nidos de argentería. Toda es hecha de alas, alas que se encumbran graciosamente en su seno, que se recogen coquetamente hacia los pies menudos, que se abren anchamente —como aquellas inmensas y radiantes que Doré pintaba— junto a los hombros columbinos; —que caen sobre la gallardísima cabeza en caudas abundantes de plumas negras y sedosas. ¡Y cuando canta el aria de Lucía,<sup>a</sup> parece ala tendida, vuelta al cielo! Se abren cajas de joyas; se ven bandadas de aves, y caen ramos de estrellas cuando canta. ¡Risueña y caprichosa criatura, por quien los hombres han vuelto a ser vasallos!

Pero mañana, mañana hablabremos de Mathew Arnold, alto en inglesa fama; del cardinal de blanda lengua, flexible como estilete napolitano; y del Padre Jacinto, un hombre roto.

José Martí

**La Nación,**  
Buenos Aires,  
27 de enero de 1884

[Mf. en CEM]

a. Muy probablemente se refiere al aria de la escena de la locura, en el tercer acto de la ópera *Lucía de Lammermoor*.



---

1884







# La Ley de la Herencia (libro nuevo)<sup>a</sup>

Teoría nueva y racional de Brooks.-Supremacía del padre en la transmisión de los gérmenes vitales.

Nueva York,  
19 de enero de 1884

**D**ÓNDE EMPIEZA la vida? ¿De qué talleres salimos nosotros, los seres complicados y maravillosos? ¿Cómo de huevecillos en apariencia iguales, se van desenvolviendo condiciones perfectamente peculiares y distintas, que de un lado hacen el pez voraz, y de otro el ave sensible, al<sup>b</sup> bruto servicial, el hombre creador? ¿Cómo se transmite de un ser a otro la existencia? ¿En qué porción la trasmite cada uno de los seres que contribuyen a producir el ser nuevo? ¿Cómo se heredan las particularidades de la especie, de la raza, de la familia misma, de manera que de un simple huevo inorganizado va surgiendo el poder necesario para crear una criatura definida y perfecta,<sup>c</sup> con todas las condiciones de su

especie, y los caracteres particulares, los hábitos, los instintos, los defectos, las manías mismas de sus padres?

Los libros y periódicos científicos hablan de todas estas cosas de manera, que<sup>d</sup> por venir en el dialecto técnico, aprovechan poco a los que no recibieron su instrucción en tiempos recientes, o no se han dedicado especialmente a este género de estudios. Poner la ciencia en lengua diaria —he ahí un gran bien, que pocos hacen.

Ese mérito tiene el libro que acaba de publicar un hombre entendido en la ciencia de la vida, y en el estudio de sus causas, elementos, composición y tendencias visibles. El libro se llama *Las leyes de la herencia*:<sup>e</sup> el biólogo es el Profesor<sup>f</sup> W. K. Brooks.<sup>179</sup>

Dos cualidades propias tiene la obra nueva. Expone<sup>g</sup> clara y amenamente todo lo

que va averiguado y teorizado sobre la producción y composición de la vida; tan clara y amenamente que parece un amigo afectuoso<sup>h</sup> que da clase conversacional a sus amigos. Y adelanta, con buen caudal de hechos de prueba, una teoría particular sobre la porción de influencia de cada sexo en el ser conjuntamente producido por ambos.

Darwin dice que el padre y la madre dan iguales elementos a su vástago común. Brooks mantiene que la madre conserva la raza, y lo que ya lleva adquirido; pero que el padre, más móvil, más responsable, más conocedor de la vida real, más sufriente, más experimentado, más andariego, trasmite al ser nuevo las condiciones que personalmente ha conquista-

a. Este subtítulo se omite en LN.

b. En LN: «el».

c. Sin coma en LN.

d. En LN: «de manera que».

e. Coma en LN.

f. Minúscula en LN.

g. En LN: «Espone».

h. Coma en LN.

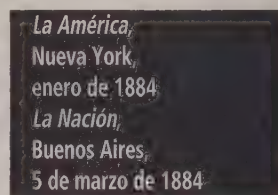
do, las facultades desenvueltas en el ejercicio de las que trajo a la existencia, el hábito del movimiento, la tendencia a lo mejor e ignorado, la inclinación a la pesquisa y al cambio, la desviación de la raza por acrecimiento y mejora, la inquietud saludable de la aspiración.—La madre da todos los elementos conservadores de la especie; el padre, todos los elementos revolucionarios. La madre, los caracteres generales y fijos; el padre, la tendencia de variarlos y acrecerlos.

El libro está escrito en afirmaciones, no en hipótesis:—La herencia en la vida animal es la transmisión de los elementos de una existencia determinada de un individuo a otro. La vida es sutil, complicada y ordenada, aunque parezca brusca, simple y desordenada al ignorante. La vida es una agrupación lenta y un encadenamiento maravilloso. La vida es un extraordinario producto artístico. Se sabe ya suficiente

sobre la manera y condiciones de producción de la vida para tener derecho a esperar que se sabrá más; y no quedará en biología más misterio que el de la producción de los seres primitivos, aquel misterio que irrita y desafía a la mente humana.<sup>b</sup> Pero la Biología no resolverá los problemas, ni desvanecerá la confusión que aún ofrece la formación de la vida, si no busca la respuesta a sus preguntas por las vías que derivan de la teoría de la revolución:—que con nombre más comprensivo y seguro, aunque no tan aparentemente claro, pudiera llamarse, por lo universal de la vida, en esencia idéntica y varias formas armónicas, la teoría de la expansión análoga. Todo se vierte y convierte; pero todo en acuerdo con cada uno de los seres y objetos, y con todos.

Cómo se originan y transmiten los organismos vivientes, qué han pensado sobre eso los científicos, y qué están pensan-

do ahora; qué es probable en lo que se tiene por cierto sobre estos problemas, y qué no es probable; cómo se trabaja, en fin, en esos talleres, en apariencias milagrosos y en realidad precisos y mecánicos donde con sabias e inflexibles leyes se elaboran las varias formas de la existencia—he ahí los asuntos del libro nuevo del profesor Brooks, impreso en Baltimore por John Murphy en 336 páginas.



a. Se omite «el» en LN.

b. En LN, punto y aparte.

57

# Wendell Phillips<sup>a</sup>

Muerte del gran orador norteamericano.-  
Su aparición.-Su influencia.-Su carácter.-Elementos  
de su oratoria.-Su intolerancia y amor a lo absoluto.-  
Su independencia.-Su estilo.

Nueva York,  
11 de febrero de 1884

Señor Director de  
*La Nación*

SOLICITAN EN VANO la pluma los hechos menudos, que en estos días de fiestas de ciudad y emboscadas en el Congreso nutren pesadamente diarios y pláticas. En vano pesan en la memoria, como si no debieran estar en ella, un asesino que se exhibe; la mujer de un bandido que anda en circos, disparando ante niños que fuman y vocean las armas con que más de una vez abatió vidas su esposo; y el camarada que por unos dineros de recompensa le dio muerte, y ahora con beneplácito y regocijo de las turbas del Oeste, cada noche representa en una escena de teatro, con el revólver y los vestidos mismos que tenía cuando mató a su amigo por la

espalda; la escena del asesinado:—en vano suenan, como hojillas de latón contra espadas de ángeles, disputas de políticos menores y de gente privada;—Wendell Phillips ha muerto. Aquel vocero ilustre de los pobres; aquel magnánimo y bello caballero de la justicia y la palabra; aquel orador famoso que afrontó turbas egoístas, y los juntó a su séquito, o cuando aullaban<sup>b</sup> bárbaras, las sujetó por la garganta; aquel abolicionista infatigable de quien John Bright<sup>180</sup> dijo que no tenía par entre americanos e ingleses ni por la limpieza de su corazón, ni por la majestad de su discurso, ni por la serenidad de su carácter—ya no habla. Dolerse no es preciso de su muerte, hecho usual y sencillo que debe merecerse con una clara vida; esperarse en calma y recibirse con ternura. Los grandes hombres, aun aquellos que lo son de veras porque cultivan la grandeza

que hallan en sí y la emplean en beneficio ajeno, son meros vehículos de las grandes fuerzas. Una ola se va, y otra ola viene. Y son ante la eternidad los dolores tajantes, los martirios resplandecientes, los grupos de palabras sonoras y flamígeras, los méritos laboriosos de los hombres—como la espuma blanca que se rompe en gotas contra los filos de la roca o se desgrana, esparce y hunde por la callada arena de la playa.

Pero el que tuvo ya en los labios puesta la copa de los goces, y la dejó caer sonriendo, y echó a andar de brazo con los tristes; el que, a poco de ver en la vida, entiende que esta tiene sus plebeyos, que son los que se aman a sí mismos, y traen la tierra toda a su almohada y su mandíbula,—y sus nobles, que son aquellos a quienes come el ansia de hacer bien, y de su sangre dan a beber, y de su corazón dan a pastar; y con su propio óleo alimentan la lámpara humana;—el que, cuando parece uni-

a. Véase el texto precedente acerca de esta personalidad.

b. Errata en LN: «ahullaban».

c. Sin tilde en LN.



versal empleo, que embriaga y deseca como las orgías, la acumulación de la riqueza, -ve tras de las montañas de la muerte, y en las de sí mismo; -se enciende en amor vivo; en amor, siempre doloroso; y del contagio escapa; y a los desventurados alza de su desventura; y para sí recoge el gozo siempre amargo de defenderlos, como única moneda verdadera; -el que en la general pervisión de las fuerzas mentales y morales, halla en sí la inteligencia que esplende y ensancha, y la levanta en alto con respeto, como levanta un sacerdote una hostia; -el que se consume en beneficio ajeno, y desdeña en cuanto sólo le sirven para sí las fuerzas magnas que en él puso el capricho benévolo de la naturaleza, héroe es y apóstol de ahora, en cuya mano fría todo hombre honrado debe detenerse, a dar un beso.

Cincuenta años hace. -Rugía, rugía la muchedumbre. Chaming,<sup>181</sup> orador grande, había llamado a junta, a la gente de Boston, para condenar a los asesinos del buen Elijah Lovejoy,<sup>182</sup> defensor bravo de la abolición de la esclavitud, que murió al pie de sus prensas: -¿quién dijo que no había poema en nuestra época? -Un Austin,<sup>183</sup> perro de presa, y gobernador del Estado, llamó a los negros bestias, y dijo esas cosas que dicen los que saben ser amos de hombres; y la junta, toda de amos, voceaba

frenética, en honor de Austin. -¿Quién se levanta, pálido y sereno? Aire no se respira, sino silbidos. Muro le ponen; y bracean y vejan; y la sala parece masa extraña,<sup>a</sup> en que de tronco confuso surgiesen torsos y garras de diversas fieras: -¡Oh qué gran gozo, erguirse ante ellas! -Uno dice que el joven abogado de los esclavos es hijo del primer Mayor de Boston, y de mal grado callan. ¿Qué sucede, que Austin palidece? Ya no es silbos el aire, sino lluvia de piedras encendidas. De fantasmas tremendos se puebla la atmósfera. Salen de sus retratos, vengadores, y van, puño cerrado, al esclavista, los padres de la patria americana. Renacen, ya sin fuerzas, los rugidos. Y de letras de fuego se dijera, y de ruedas de fuego, que está llena la sala. - «¡Hurra!» ¡hurra!» y las gentes se abrazan y estremecen: - «¡Hurra! hurra!» -las garras ya son alas. «Hurra» sin fin ni cuento: Wendell Phillips ha hablado. -¡Oh palabra inspirada- taller de alas!

Ya al otro día, Boston estaba, y el norte todo, como madre a quien le ha nacido un hijo. -Se cansan los pueblos de sus hombres puros, y de verlos constantemente altos, llegan a perder el tierno respeto que en el primer momento tributaron a su alteza: a fatigarse llegan todos de la monotonía y descolor de la virtud; pero no hay gozo más hondo, ni que de luz más bella ilumine los rostros de las gentes, que el sentir que

entre ellas, y de ellas, vive una criatura extraordinaria. -Luego lo muerden, lo lapidan, lo desfiguran, lo abandonan. A Wendell Phillips, en sus treinta años de propaganda abolicionista lo escarnecían, lo injuriaban por las calles, de no menos que de traidor e infame le tildaban. No había peso fuerte en los bolsillos de los esclavistas que no se lo lanzasen a la cara.

Pero ahora, que muere ia tierra los mosquetes! ¡abajo las banderas! ¡de luto, todos los púlpitos! ¡en obra, el cincel del estatuario! ¡descubiertos, bajo la nieve y en el frío, a verlo pasar, todas las cabezas!

Era un ímpetu irresistible el que llevaba a aquella propaganda, demagógica entonces y punto menos que infamante, al elocuentísimo discípulo de la Universidad de Harvard, dueño de buena fortuna, y de la que viene con nacer de casa honrada y vieja. ¿En qué sitio no se hubiese sentado aquel esbelto y culto caballero, en quien la austera elegancia de la raza buena de la Nueva Inglaterra, parecía, como en Mottey, haberse aquilatado y acendrado? Con ir por donde iban los poderosos, o con no ir entre los que salían al paso de ellos, ¿qué públicos honores, qué pingües beneficios, qué

a. En LN: «extraña».

b. En LN, siempre «hurrah».

vasta y sabrosa fama, qué amena y grata vida no hubiera disfrutado?

Ya la gloria cruenta del apóstol, que padece de ella tanto que no le es dado gozarla, hubiese reemplazado esa más pintoresca y provechosa que viene de servir intereses de hombres, serpear entre sus odios y flaquezas, flotar sobre<sup>a</sup> los hombros de ellos, y acomodarse a las condiciones normales de los Estados. Wendell Phillips amaba su palabra, porque le salía con valor de las entrañas, como toda palabra verdadera; veíase y oíase a sí<sup>b</sup> propio, moldeando con sus robustas manos una patria más justa y generosa, e iluminando luego, con la límpida luz de su discurso, la estatua de sus manos; miraba a solas, en su bufete de abogado joven; relampaguear en apretada esgrima las agudas contiendas en el foro: e iba y venía, de un lado a otro, como si en sí tuviese espíritus alados, que lo empujaban a constante marcha. Pero un día, pasan ante él; arrastrando al abolicionista Garrison por una cuerda que le habían atado en torno al cuerpo, muchedumbre de hombres bien vestidos, que escarnecían y golpeaban a su presa. Tiraban de él, como arrieros de sus mulos. Lo halaban de este lado y aquel, y reían de su angustia. Alzó Phillips los puños contra los malvados, y no los bajó nunca.

Se desposó con la justicia. Trocó la ambición de brillar

por sus talentos, dones casuales,—por la más difícil gloria de sacrificarlos en provecho de los que la reconocerán, y morderán la mano que les hace bien, y no le darán pago alguno. A los regalos de la apacible vida bostoniana, prefirió ese magnífico deleite que mantiene como sobre alas<sup>c</sup> y entre bálsamos,<sup>d</sup> a las almas consagradas al servicio de la justicia pura, y reconquista del hombre.—Y como se vio solo, solo entre fanáticos y débiles, ante un crimen humano y una maldad inmensa,—se concentraron; a despecho suyo y por natural fuerza de nivel, en esta obra magna, todas sus claridades y energías, y adquirieron, al empuje de la potente indignación, la consistencia, impenetrabilidad y elevación de una montaña.—Así la tierra, al encumbrarse en un punto, dejallanos por vasto espacio los lugares vecinos.—Y fue eso Wendell Phillips, en aquella formidable faena de treinta años: un monte que anda.—Recogido su espíritu en la necesidad intensa de oponer, con su desnuda palabra de abolicionista terco y perseguido, un adversario capaz de victoria a los intereses seculares y múltiples, preocupaciones tenaces y prácticas legales de la mitad más poderosa de la Unión; había naturalmente de perder aquella elasticidad, variedad, catolicidad, a toda obra viable necesarias, que vienen sólo de largo y difícil roce con las di-

ficultades y problemas de la existencia,—y no son posibles—en cuanto tienen de conciliares y cedentes—a un alma levantada por el espectáculo ofensivo de una injusticia abominable a una pasión violenta e intransigente por la inmediata aplicación de la justicia.

El Universo entero adquirió para él la forma de un negro esclavo. Si el Universo hubiera dado muestra de favorecer la esclavitud, como a la muchedumbre que aplaudía a Austin en Faneuil Hall hubiera hecho frente; cortante y deslumbradora la mirada, despeñada y flameante la palabra, al Universo.—Aquella condensación de fuerza requerida para oponerse con éxito al mal extenso y poderoso, juntóse en Wendell Phillips, para privarle de esos talentos menores de acomodación, pequeños talentos amargos que rara vez logran adquirir las grandes almas, con el desconocimiento de la vida real, indispensable para dar con acierto en las leyes que han de regirla: que tanto vale legislar sin este conocimiento como ejercer la medicina sin haber puesto los ojos en el cuerpo humano.

De sí propio, tenía Wendell Phillips exaltado amor al sacrificio, la perfección humana y la

a. Se añade «sobre».

b. En LN: «su».

c. Errata en LN: «sobrealas».

d. Errata en LN: «válsamos».

pureza. De la vida escolar, en que fue egregio, sacó un amor arrebatado por lo extraordinario. Y a su campaña heroica, por no haber tenido nunca menester de amasar su pan para vivir,—salió de este comercio con lo sobrehumano y sumo, y antes de que el trato con la existencia lenta y difícil le hubiera dado esa melancólica y saludable tolerancia que temple el alma sin menguar sus méritos, y le añade acaso el mayor de poder ejercer con ellos más eficaz influencia.

El trato exclusivo con lo sobrehumano aleja naturalmente al espíritu de las soluciones meramente humanas. Quien tiene lo extraordinario en sí sin contar con lo que le añaden lo extraordinario en la Historia, Letras y Artes, ya está mal preparado para legislar en lo ordinario. Un águila no anda a trote:—y esa es la vida—hacer trotar un águila!

Así, el que con voz profética, no menos alta que aquellos sonos de clarines que echaban por tierra los muros de la ciudad bíblica, ni menos magníficas y maravillosas, sacudía en el pueblo norteamericano, con vigor acrecido con las dificultades, cuanto de generoso y expansivo dejaba en él su vida mercante e individual, y el hábito del largo e infame abuso; el que no poseía condición que no fuese sorprendente y amorosa, desconocía a veces, con intolerancia indispensable sin duda para el buen éxito de

su campaña, los merecimientos de los que movidos al mayor conocimiento de lo humano y posible, pretendían con menor alarde y menos violentos medios poner remate al tráfico de esclavos. Para Wendell Phillips no había paces sino en lo perfecto, inmediato y extremo. Cuantos demoraban, le parecían traidores: y encendía su hierro, y se los clavaba en la frente. Como la Constitución de los Estados Unidos parecía—a lo que decían Calhoun<sup>184</sup> y sus secuaces, contra Carlos Sumner<sup>185</sup> y el Norte —prohijar la esclavitud, o permitirla— sin vacilación y sin miedos llamaba criminal a la Constitución. «Ni veo yo—decía—que a un pueblo que anda sea adaptable una Constitución que no anda.»—Y como para ejercer su profesión de abogado hubiera tenido que jurar fidelidad a la Constitución, que creía inicua, no juró fidelidad, y se cerró la que para él hubiera podido ser tan brillante carrera.—No era de los prudentes, que transforman, y son necesarios; sino de los impacientes que sacuden, y no son menos precisos que aquellos, para espuela de los juiciosos, y azote de los egoístas, que a los juiciosos mismos cierran el paso. ¡Y por encima de todas las cabezas restallaba aquel látigo de fuego!

Lo que no debía ser, no debía ser. Toda desviación de la justicia absoluta, cualesquiera que fueran las condiciones de la época y mente que la

cohonestaran, le parecía un crimen:—y mientras más alto el desviado, mayor el crimen. ¿Washington tenía esclavos? Pues Washington era «el gran esclavista de la Louisiana». Henry Clay, «un gran pecador». Daniel Webster, «toda una casa de fieras, y un hereje que había acostado su cabeza en las rodillas de la Dalila de la esclavitud».<sup>186</sup>—Y si de un muerto salía una vileza esclavista, como los obispos romanos al papa Formoso,<sup>187</sup> lo exhumaba, y lo sentaba en su silla; y lo sentenciaba. En aquel juicio unilateral, y en un lado grandioso, la maravilla que permitía en su seno un gusano, ya no era maravilla: y en vez de extirpar<sup>b</sup> con cuidado el gusano,—de una puñada o de un cercén hubiera echado la maravilla abajo.

Y aquella certidumbre de la pureza de sus amores, aquel artístico y sumo acabamiento de su sacrificio intelectual, aquella fiera confianza en la honradez de su propósito, y aquel concepto superior y real del hombre, a atentar al cual no daba derecho al hombre mismo—le hacían a veces áspero contra el ejercicio de la voluntad ajena, cuando esta, en natural uso de sí, se empleaba para atacar la libertad.—La arrogancia de su virtud suele

a. Errata en LN: «y en su un».

b. En LN: «estirpar».



de este modo hacer parecer despóticos a los hombres más enamorados de la justicia.—Sí daba a la justicia Wendell Phillips derechos ilimitados. Creía eficaz y natural la tiranía de la virtud.—Y de estos impulsos movido, solía hablar en hueco ante un pueblo deshabitado a lo absoluto, y que, si se empequeñece en lo futuro, sea cualquiera su grandor visible, será por su amor y práctica de lo concreto.

Se entregan sólo los pueblos a quien los encabeza y condensa. Jamás un hombre de alta virtud condensará a pueblo alguno. Se asirán de él en la hora del peligro, y cruzarán el mar en su barca. Mas llegados a la orilla, a vuelta de pocas contemplaciones, se darán de nuevo a quien comparta sus puerilidades y sus vicios.

La hora única de triunfo de Wendell Phillips fue aquella momentánea en que las razones políticas trajeron al fin la solución que en él venía predicando la razón virtuosa. Pero era fácil de ver su ira y gran tristeza ante la vida arrebañada y mecánica de la mayor suma de la gente de su pueblo.—Padeecía agudamente de ver toda la vida nacional puesta en el logro de la fortuna. Y lo que tenía, lo daba. Y se volvía al norte colérico: «Estáis atragantados de algodón.» «¡Las máquinas no salvan!—Por todas partes se os oye sonando a dinero: no hay más en esta tierra que chirriar de ruecas, polvo

de comercio y ruido de pesos.»—«¡Franklin os ha corrompido con su economía sordida del “pobre Ricardo”!<sup>188</sup>—«¡O le vantáis el alma, o vendréis tarde o temprano a tierra!»

Jamás, jamás, aquel ardiente caballero de la dignidad humana; aquella admirable criatura consagrada a los más altos objetos, puros dolores y exquisitos goces; aquel orador magno, infatigable y fluente, —halagó,—para hacer triunfar momentáneamente siquiera sus ideas, pasión alguna de la muchedumbre.—Que la represión de la justicia hubiese ocasionado la acción violenta de sus reivindicadas, no deslucía a sus ojos la cantidad de justicia que a mirada más vulgar hubiera quedado oscurecida por la violencia empleada en reivindicarla. Si no excusa la justicia la violencia que se comete en su nombre, esta no desvanece la razón real de que es exceso.—Pero si su amor caluroso a la extensión y perfeccionamiento del ser humano,—y aquel tan sutil y vivísimo sentido de la dignidad del hombre, que de toda ofensa a este le sacaba la sangre al rostro como si hubiera sido hecha a él;—si su franca y vehemente simpatía, con todas las agrupaciones establecidas para el recobro de la libertad y el decoro humano—pudieron hacerle parecer a tantos ruines, avaros y medrosos demagogo fanático—jamás, jamás, por apartar una tempestad de su

cabeza, o asegurar aplauso a sus palabras, o a sus propósitos victoria, cortejó—como tanto parlante caballero de palabra fácil y alma corderuna—las preocupaciones vulgares. ¡Él, un aristócrata de la inteligencia, sin lo que no se puede ser demócrata perfecto! Pues en crecer y subir consiste el progresar,—no en decrecer.—Tan viles son los cortesanos de la multitud o de las pasiones públicas como los que buscan damas y entretienen vicios a privados y a reyes. Hábiles podrán ser; pero son viles: o traidores,—aunque hayan venido a la vida con magnas fuerzas, y precisamente porque vinieron con ellas: traidores al espíritu humano y a la patria.

¿Cortejar a la muchedumbre? No concibió verdad que no dijese. Su palabra, arsenal era, y torrente de flechas, limpias,<sup>a</sup> gruesas y duras como aquellas que a clavar en trozos de roble enseñaban a sus hijos los reyes normandos. Cuantas gracias le ofrecía el lenguaje, con una especial suya de redondearlo y magnificarlo, tantas ponía en sus tremendas invectivas.

No discutía: establecía. No argüía: flagelaba. Decía lo que era vil, y no se detenía a probar que lo era. Su frase era serena y elevada como su ros-

a. Sin coma en LN.

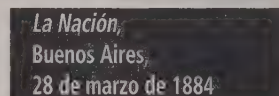


tro; como él, elegante e impasible. Sus anatemas los lanzaba de segura y tranquila manera. Ni se dejaba, ni se proponía, arrebatarse: ni gusta el pueblo norteamericano de excesos de pasión que no comparte. Gran duelo a espadas parecía un párrafo de Wendell Phillips: y el otro, sin variar apenas de tono, gran juicio desde nubes negras y altas, despedido de libros encendidos de profetas. Lo montuoso y lo oceánico<sup>a</sup> asomaban a cada punto en su elocuencia. Lo grandioso de la idea, lo acabado de la construcción, lo armonioso y cerra-

do de la frase, lo artístico, en suma, ningún otro orador norteamericano lo tuvo en mayor grado. «Es una máquina infernal puesta en música»-dijo un coronel del Sur.-«Todo lo dice como un caballero en una sala».-Y del más sutil modo, y con voz rica, de saetas de honda punta dejaba clavados todos los pechos esclavistas.-Y cuando sin mayor ira que aquella santa que tenía en sí en todo momento, concentrada, por arte en el discurso o riesgo en el auditorio se hacía menester actividad mayor de desdén o de cólera,-no era ya

su elocuencia fino acero, sino tremenda y desatentada catapulta. Garra era de león, forrada en guante. Implacable era y fiero, como todos los hombres tiernos que aman la justicia.

José Martí



[Mf. en CEM]

---

a. Errata en LN: «oceánico».

## Cartas de Martí

Los acontecimientos culminantes.-Historia del conflicto entre Bismarck y la Cámara de Representantes de los Estados Unidos.-Eduard Lasker.-Documentos del conflicto y la resolución de la Cámara.-La respuesta de Bismarck.-Real sentido del suceso.-Los diarios.-Aprestos para la batalla presidencial.-El proyecto de rebajas en la tarifa.-Arthur y Tilden.-Un profeta.-Estudiaremos las Convenciones: cómo se hace: cómo se maneja: qué deciden.<sup>a</sup>

Nueva York,  
3 de marzo de 1884

Señor Director de  
*La Nación*

ENTRE LOS ACONTECIMIENTOS de estos días hay una injuria de Bismarck,<sup>189</sup> intencional y fría, a los Estados Unidos; la agitación que entre políticos, diputados y comerciantes, mueve el proyecto de rebaja en la tarifa del diputado demócrata Morrison; la labor, cada vez más apretada, de los operantes eleccionarios, que andan juntando voluntades de los capaces del voto en los Estados para sus prohombres diferentes; y un marqués que ha he-

cho una ciudad; y la Langtry, de lírica hermosura, que con elegancia bienhechora representa. *El peligro de una esposa* traducción de una comedia de Sardou<sup>190</sup> notabilísima, en que contra su uso hay más de Molière que de Scribe, *Nos Intimes* famosa. El andamiaje de la pieza es flojo; pero es seguro que sus tipos quedan. Da pena que las mentes magnas amonedan su talento, y por ponerlo en curso, y sacar de él provecho, lo cual no se logra sino gustando a la gente menor, perviertan la hermosura de su ingenio, como bella criatura que acepta marido a quien no ama. Se corrompe la una, y el otro también. Como se pasea por el mundo una hija, así debe pa-

searse entre los hombres la inteligencia.

La injuria de Bismarck a los Estados Unidos ha sido un brutal y habilísimo acto político. Así es el Canciller, de dura garra, que ha reunido en un cerco a todos los reñecillos de su raza, y no los quiere dejar ir. Ha fundado, a manotadas de oso. Quiere, como si alzara un monte en medio del continente, alzar a la Alemania, frente a Rusia, frente a Inglaterra, sobre la Francia y sobre la Italia. Ha bordado su mente de soldado. Y gruñe, de ver que cada año se le van de las manos cien mil hombres a los Estados Unidos. En los Estados Unidos aborrece la prueba viva de que el hombre puede ser sin peligro, y con provecho humano y propio, no coraza de emperador, sino emperador de sí; el temible rival, aborrece al que con más brío que Alemania produce cuanto producen los talleres alemanes; y aborrece la casa de asilo, a donde, como rebaños que se salvan del

a. Esta crónica no había sido recogida antes en las *Obras* de Martí.

lobo, deserta de su patria, para venir a dar vigor a la ajena, lo que de más e intrépido e inteligente tiene el mocerío pobre de Alemania. ¡Qué combates y qué valor, el de esos aldeanos que del brazo de sus abuelos han cruzado día tras días las calles de su aldea, antes de decidirse a desatar, como quien desarraiga un árbol, todos los lazos de su vida; y para siempre despedirse de aquellos ancianos sonrosados y puros, y lanzarse a la mar y a la tierra extraña, solos! Pero se es, y se ha de ser. Se trae fuerza y se la ha de emplear. Cada hombre que nace, es un paso adelante. El que vive fuera de la patria, vive con los pies sobre el mar; pero a la vergüenza de vivir sin el empleo honrado de sí, los alemanes prefieren la penetrante e incurable angustia de vivir fuera de la patria. La lloran; pero no vuelven. Bismarck, impaciente ya y temeroso, quiere, y no de ahora, cerrar las puertas a los fugitivos. En amistad no puede ser, y tiene que crear situación de enemistad. Quería que los norteamericanos llegasen a odiar a los alemanes, para que estos, ya malquistos con el país lo abandonaran, o no fueran tentador ejemplo de éxodo para los suyos. Ha buscado modo, con la cuestión del puerco norteamericano, a que quisiera cerrar de una vez la entrada, de excitar<sup>a</sup> resentimientos contra los alemanes.

Ha ofendido al ministro de los Estados Unidos, a quien no

recibe, sino envía a tratar con sus subordinados en el ministerio, y de quien habla mal. Cuando buscaba cómo montar en ira, los Estados Unidos, bien es verdad que por manos alemanas le envían considerable ofrenda para el alivio de las víctimas de las inundaciones. De no poder saciarla, creció la ira. Vino a Nueva York Lasker,<sup>191</sup> el implacable y astuto Lasker, el denostador recio y temido de la política de Bismarck, y halló amigo en los Estados Unidos, comentó con moderación y claridad los actos y tendencias del Imperio y creció en fama. Entre los admiradores de Lasker, que los tuvo, un caluroso representante por Texas, de los que siente más que medita, por lo que en política no está bien, donde se ha de meditar más que sentir,—el bueno y fogoso Tomás Ochiltree,<sup>192</sup> de fama nacional por estos alardes, fue el más ferviente. Murió Lasker en los Estados Unidos y Ochiltree, sin esperar acaso que su proposición sería aceptada, puesto que so pretexto<sup>b</sup> de no herir a los partidos políticos franceses, aún está en manos de la Comisión la propuesta de condolencia de la Cámara de Representantes, presentó estas resoluciones, que por el interés que aquí ahora tienen, y fueron, por no levantarse nadie en contra y tener en favor el voto del proponente, aceptadas por la Cámara copio,

Así propuso Ochiltree:

«Queda resuelto: que la Cámara ha sabido con profunda pena la noticia de la muerte del eminente hombre de Estado alemán, Eduard Lasker:

«Que su pérdida no debe ser sólo lamentada en su país nativo, donde su firme y constante exposición de las ideas generosas y liberales y su devoción a ellas han adelantado materialmente la condición social, política y económica de aquellos pueblos, sino por los amantes de la libertad en todo el universo:

«Que un ejemplar de estas resoluciones sea presentado a la familia del difunto así como al Ministro de los Estados Unidos residente en la capital del Imperio germánico, para que sea por él comunicada por el conducto debido al presidente del cuerpo legislativo a que pertenecía Eduard Lasker».

Y como cosa menor, quedó en olvido la resolución de la Cámara. En Alemania, en tanto,—las pasiones políticas inquietas se habían exacerbado a la muerte de Lasker. Los diarios del Canciller lo juzgaban con desdén y crudeza. Los diarios liberales aguzaban en la defensa su justicia y su encono. Se hacía pecado, entre los secuaces del Canciller, hablar en memoria siquiera de su rival muerto. El Ministerio en-

a. En LN: «excitar».

b. En LN siempre «pretexto».

tero hizo gala de no asistir a los funerales celebrados en honra de Lasker. Un alto empleado de la Universidad devolvía la invitación, con la nota, de que se habían sin duda equivocado. *La Gaceta de la Alemania del Norte*, que del aliento de Bismarck, vive comparaba Eduard Lasker a Bradlaugh.<sup>193</sup> y como no habría yerro al parecer de la *Gazeta*,<sup>a</sup> en que el Gabinete inglés no asistiese a los funerales del diputado rebelde, no lo había tampoco, en que el de Alemania no hubiese asistido al del pugnaz doctor.

En esto, la resolución de la Cámara de Representantes llega. El Ministro Sargent,<sup>194</sup> en obediencia a su jefe el Secretario de Estado norteamericano, transmite una copia de las resoluciones al hermano de Lasker, y otra al Conde Hartzfeld, de Relaciones Extranjeras con súplicas de que la presente al Parlamento imperial cuando se congreguen en marzo. Aquí, al pretexto de querella tanto tiempo buscado, vino a unirse en Bismarck la mortificación punzante de ver glorificado a su adversario. Como si estuviera vivo, y le pudiera combatir aún, ha tratado el áspero Príncipe a este muerto. Y como si la resolución de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos no fuera una carta formal de la Cámara norteamericana a la alemana, y el Conde Hartzfeld mero vehículo-usados por internacional cortesía, Bismarck

la carta, mide hasta donde, sin peligro real ni excesiva<sup>b</sup> imprudencia, podía ofender a los Estados Unidos; medita un caso que procure desagrado y pueda llegar a disturbios, mas nunca a guerra; y devuelve por correo al Ministro alemán en Washington para que la entregue al Secretario de Estado norteamericano, la resolución de la Cámara de Representantes con la respuesta que sigue, que para marcar más su desvío del Ministro Sargent y la ofensa, no puso, como debiera,<sup>c</sup> en manos del mismo de quien recibió la resolución.—Dice la respuesta:

«Todo reconocimiento en un país extranjero de las cualidades personales de un alemán, especialmente cuando proviene de un cuerpo tan importante como la Cámara de Representantes, es agradable a nuestros sentimientos nacionales. Hubiera yo aceptado con reconocimiento la comunicación hecha por el Ministro Sargent, y habría pedido al Emperador que me autorizase para presentarla al Reichstag, si la resolución no hubiera contenido una opinión sobre el objeto y efecto de la actividad política del caballero Lasker, que es opuesta a mis propias convicciones. Conforme a mi experiencia del desenvolvimiento político-económico del pueblo alemán, no puedo creer que esa opinión está justificada por los acontecimientos de que he sido testigo. No me hubiese aventu-

rado a oponer mi juicio al de un cuerpo tan ilustre como la Cámara de Representantes si por más de treinta años de participación activa en la política interna de Alemania, no hubiera obtenido una experiencia que me da derecho a considerar como de cierto valor mi juicio en cuestiones de política interior. No puedo determinarme a pedir al Emperador la autorización necesaria para comunicar la resolución al Reichstag, porque tendría que profesar oficialmente ante el Emperador una opinión que no puedo reconocer como correcta».

Y de esta manera un hombre sólo pone la mano fría sobre la mejilla de un pueblo que ha abierto sus playas, sus instituciones, sus puestos más altos, sin más excepción<sup>d</sup> que la Presidencia de la República, a los compatriotas del injuriador. Pues ¿qué es la opinión privada de un Ministro sobre una carta de una nación a otra que en caridad de depósito ha venido solamente a sus manos, y él viola, y no entrega? Pues ¿cómo habla en su propio nombre y de sus propios sentimientos personales, como si el puesto de Secretario de un Emperador fuese igual al de toda una nación, sentada en junta solemne en su casa de gobierno?

a. Así en LN.

b. En LN siempre «excesiva».

c. Se añade coma.

d. En LN: «excepción».



Y si tenía que pedir venia al Emperador para presentar la resolución al Reichstag ¿cómo se arroga la respuesta del Emperador, y prescinde de él, y responde por él, e impide que llegue a sus ojos lo que le está destinado?

Pudo devolver, con acerado y merecido sarcasmo, la resolución a la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, con la razón de que no podía presentar la resolución al cuerpo legislativo de que Lasker era miembro, porque Lasker no era en la época de su muerte miembro de un cuerpo legislativo. Y eso es verdad: y fue error grave e inexcusable<sup>a</sup> del impetuoso Ochiltree y de la indiferente Cámara.—Pero le era precisa la ofensa menor, bastante grande para producir malestar, y preparar una futura separación entre los dos países, pero no tanto que, por buscar modo de hacerse de soldados para la defensa europea fuese a<sup>b</sup> tener que sacarlos de Europa para combatir sin fruto y con riesgos a un enemigo americano.

Pudírase creer que la noticia de la ofensa, aunque con tal medida unánimemente, y por uno que otro muy lamentada, levantó, ya que no injusta cólera contra los alemanes residentes, los sentimientos nacionales: que se habló de guerra: que se respiró por un momento aire de batalla. Se creería mal. No había extranjero que no creyese la guerra segura,

porque los extranjeros son de sangre ardorosa; mas era fácil ver que ni había de cometer error que atrajese tal consecuencia hombre de tan probada previsión política como el Canciller, ni por la devolución de una resolución imperfecta a la Cámara de Representantes por el Secretario de un Gobierno amigo, podía acontecer más que la natural tibieza en las inmediatas relaciones. Los diarios fueron, sobre todo, ejemplos de perspicacia y cordura tan grandes, que a veces, ya lo eran demasiado. Es bueno que el honor patrio sea una médula tan sensible que a una presión ruda enturbie el cráneo. Ni temerarios, ni cobardes; pero antes que cobardes, temerarios.—Lo cuerdo estuvo, salvo uno u otro ejemplo de periódico menos probado o más ganoso de fama, en reducir desde el primer instante a sus proporciones naturales el incidente que traía el telégrafo abultado. Más durezas han dicho al Príncipe astuto y soberbio los diarios alemanes que los norteamericanos. El *Herald*, con visión casi artística por lo perfecto del riesgo y el remedio trató desde los primeros instantes el suceso, como para paliar con un extremo el otro de alboroto e iras posibles de «conflicto internacional entre Bismarck y Ochiltree» en la Cámara de Representantes, y en todo Washington hubo corrillos, y la natural agitación. Y vino la respuesta y fue sencilla-

mente a la Comisión de la Cámara de Representantes, a quien toca dar opinión sobre ella.

Y bien puede ser que esta hermosa indiferencia, aunque mirando en lo hondo tiene causas que no son todas de loar,—por esta vez venga a ser castigo merecido al soñador soberbio que se atreve a salir al paso, impaciente y triunfal, del hombre. El edificio que el Canciller levanta, entre las manos se le está viniendo abajo. Quedará lo que desde Lutero había, y desde Arminio: unidad alemana. Pero ya los habitantes de la tierra no se cuentan por razas: invade a todos los países pacientes de los mismos males, ansia y necesidad de iguales remedios. Una palabra universal, como sagrada palabra, corre de un extremo a otro del hombre. Y ya no hay más que dos campos, con soldados en todos los países; el de los reyes y sacerdotes, que van de vencida, y el de los hombres en camino de sí, que van de avanzada.

¿Diré ya que hoy mismo se presenta en la Cámara de Representantes como para saber si ha de ser o no punto de batalla para la Presidencia la reforma libre-cambista, el proyecto que en esta dirección ha preparado el honrado e influyente demócrata,

a. En LN: «inexcusable».

b. Se añade «a».

que de madera de presidente está hecho, Morrison? Es hombre que prepara, prevee, atrae y manda. Reduce su proyecto, esbozo apenas de futura legislación más liberal, a tres los artículos que han de entrar libres de Derechos, el carbón, la madera y la sal, y en casi todos los demás productos, rebaja a un veinte por ciento los derechos de entrada.—Más de trescientos fabricantes de hierro y acero han presentado a la Cámara una protesta contra el proyecto de Morrison que a juicio de aquellos quiere hacer trabajar en Norteamérica con condiciones mezquinas de trabajador europeo al obrero norte-americano. Randall, jefe de la sección proteccionista del partido demócrata, cree que no tiene el país tanta prisa por un debate que va a poner en riesgo la elección presidencial, que sea menester discutir la nueva tarifa ahora. En lo que Randall se engaña: porque si el partido demócrata es llamado al poder, no lo será solamente para que sea honrado en el mando unos cuantos años, que esto de miedo lo están siendo los republicanos

y aún en vísperas del triunfo no lo son—por decoro al menos—donde mandan los demócratas; sino para que inauguren con madurez y sobriedad un sistema económico que los republicanos, harto amigos de los grandes manufactureros, no parece que puedan nunca intentar.

¿Diré—más no lo diré, por no decirlo de prisa—que Arthur, el Presidente actual, es acaso quien en estos instantes cuenta con más probabilidades de ser electo por sus partidarios para la candidatura presidencial republicana,—y que Tilden, el profundo y hábil anciano a quien Hayes, al decir de los demócratas, burló con una farsa elección la Presidencia, pudiera ser, como acto de cortesía al menos, nombrado candidato en la convención que en Chicago se aprestan ya a celebrar los demócratas?

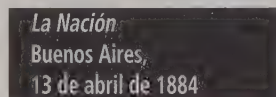
Ni del marqués de Mores, joven y valiente, que fue a la selva vestido de vaquero, plantó una tienda, mató a bribones, y levantó sobre ellos la ciudad de Medora<sup>195</sup> hablaré hoy: —ni de la melodiosa hermosura

de la delicada dama inglesa que, como quien deja ver un acto de su propio drama, representa, en escenario de elegantísimo atavío, la comedia, *Nos Intimes*.

Ni de un profeta que es mercader riquísimo en madera y hace buenos negocios, lo que no obsta para que diga que es enviado de Dios que viene a decir a los hombres que el Bien ha de vencer, y el Mal está venciendo, y el hombre después de muerto vivirá mil años:—todo lo cual conversa en un salón del hotel suntuoso de la Quinta Avenida, y en proclamas impresas andan los engomadores por todas las esquinas de la ciudad fijando.

Diré solo que cuando lleguen estas convenciones de demócratas y republicanos, las estudiaremos minuciosamente y va a ser un estudio muy curioso.

José Martí



[Mf. en CEM]

## 59

# Cartas de Martí.

## Los héroes del Polo

La vuelta de los héroes del polo.-Procesión funeral de los expedicionarios de la Jeannette.-Broadway de luto.-El público y el séquito.-Diversos cuadros.-La expedición, la salida; la marcha por la nieve, el grupo de la muerte.-El capitán, delante; el médico, guardando.-De Long, el jefe; Ambler, el cirujano;<sup>b</sup> Collins, el científico.-Polo sombrío.

Nueva York,  
28 de febrero de 1884<sup>a</sup>

Señor Director de  
*La Nación*

**E**RA EL DÍA aniversario de Washington, 22 de febrero. La generosa luz del sol como de gala queriendo hablar, se esparcía por limpia atmósfera. Desde el edificio del *Herald*, todo colgado de luto, al parque de la Batería donde se sientan hoy, aguardando empleo, los inmigrantes, y se despedía cien años hace de sus llorosos oficiales Washington,—es toda masa humana. Entre un borde y otro de la calle, queda apenas vereda estrechísima, por gente

de todo linaje y puesto transitada. Ya es un galán, inglés de burlas, todo nuevo y lustroso, con botines de proa aguda, y bastón de puño de plata remachada, al rudo y bello modo de los antiguos indios. Ya criadas de servir, lo que no obsta a que vayan de seda y terciopelo, y, si son de buen rostro; perseguidas por ojos avarientos, de mancebos de faz rasa y cabello recortado:—nuestros tiempos son terribles: corre miasma en las venas: todo es como esos mancebos y esas mozas: el deseo es el dueño, y no se disfraza ya de amor, que le da cierto buen parecer: con tal prisa se vive, que no hay tiempo para vestir los apetitos: algo como un cerdo ha hecho

su corral en nuestro cerebro; —pero aquella mañana—aquella mañana—los cerdos huían a manadas, espantados como si corriera viento de águilas.

Pasaban entre el hilo de gente, cada vez más oprimido, niños rubios y blancos, como si fueran botones de rosas traídos a abrirse al aire de la gloria de aquel día,—o florecillas de colores, a posarse volando sobre los féretros. Pasaban envueltas en ricas pieles, damas de visible alcurnia: andan siempre las damas, como si fuesen coronas, en torno de la gloria. Hombres tristes pasaban, guitones infelices, jirones ya de hombres, a los vendavales de la vida rotos, la color amarilla, la mirada larga y seca, revuelta la barba, los pantalones de bajos roídos, los gabanes con los codos abiertos, el sombrero de fieltro alto, no sin ventanas, y en la boca, por calentarse tal vez los labios finos de hambre, una pipa encendida.

- a. En LN: «elde grupo la muerte».  
b. Se añade punto y coma.  
c. Se añade «de 1884».

Las campanas de la vieja iglesia de la Trinidad tocan a duelo. La casa roja del telégrafo, que en el mástil perdido en las nubes ha izado flámula de luto, interrumpe un momento la labor de colmena colosal de su millarada de operarios. Por delante del telégrafo de madera, que hace pocos años inventó Morse, van a pasar—digámoslo ya al fin—los expedicionarios de la *Jeannette*,<sup>196</sup> que vuelven muertos del Polo. ¿A qué los sepultan en la tierra, si ya tienen sepultura en los corazones? Los héroes son propiedad humana, comensales de toda mesa, y de toda casa familiares.

La policía a caballo empuja brutalmente sobre las aceras a la muchedumbre que llena el centro de la calle y echa contra los edificios a los que salieron de mañanita a tomar puesto, o corre desfavorida a chocar contra la masa compacta que empuja Broadway abajo. Por sobre las cabezas, unos carretoneros suben a un Banco una caja de hierro. Ya vienen, ya vienen, cubiertos de coronas, envueltos en la bandera americana, precedidos de gente de mar robusta y grave, los cadáveres que desde el hielo ártico vuelven a la ciudad que les armó el buque, hace cinco años, a que los llevase a buscar lo que no se sabe, y en la mañana clara de un ocho de Julio saludó su partida de San Francisco, al son de cañones de fiesta y del clamor de los californianos conmovidos, que decían

adiós con sus pañuelos y con sus lágrimas a aquel hermoso buque lleno de banderas. Ya vuelven; y se siente que pasan, por lo que sufrieron y por lo que enseñaron, no maquinistas, no fogoneros, no gente de maniobra, no médico, botánico y capitán, no un féretro vacío—del teniente Chipp, a quien no se ha hallado—sino gigantes. Los hombres levantan a sus hijos sobre sus cabezas: yo, que esquivo procesiones, llevé al mío, y lo levanté sobre mi cabeza. Mi hijo se echó a llorar. Las mujeres, que pueblan las ventanas y los techos de los colosales edificios de comercio, aquel día respetuosos, saludan a los muertos con sus pañuelos, y a los sobrevivientes ciegos o escuálidos, que los siguen, y a sus mujeres y parientes, que van en carruajes. Los hombres, conmovidos, se quitan los sombreros. Cerca de la iglesia de la Trinidad, rodeada del cementerio viejo, y junto al edificio del *Herald*, apenas puede el cortejo romper la masa muda. La iglesia dobla: todas las cabezas están al aire frío: en los sótanos de la casa del periódico reposan, como montes arrodillados, las formidables prensas: los carros fúnebres pasan en silencio: sobre las cruces de los mausoleos están encaramados los vivos: el sol luce radiante; y por el aire, por detrás de la iglesia, pasa la locomotora.—El cortejo sigue: en una esquina de la enorme casa de correos

flota, como saludándolo, un jirón de la gasa que vistió al edificio cuando murió Garfield; los muertos cruzan, como si para recibirlos dignamente se lo hubiese la patria preparado, el puente de Brooklyn:—y en el tope de las torres del puente, al paso de los sublimes vencidos, las banderas se bajan a media asta. ¡Es solemne esta ofrenda en la altura!

La merecen la merecen, estos hombres que sacan llanto de respeto a los habitantes de una ciudad que no ama el llanto, y goza, o ruge. Los hombres se sienten agradecidos a los que los conmueven, a los que les despiertan en el espíritu alarmado o aturrido la generosidad, el impulso expansivo, la comunión con lo Eterno y el Universo, la nobleza reudentora y deleitosa. Todo lo que conmueve; agranda. Una hora de dolor puro, privado, acrisola; público, disminuye las probabilidades de próximos crímenes. Los espectáculos grandiosos; recompensan a los buenos; y hacen dudar, cuando no convierten, a los malvados. Ni a los hombres, ni a los pueblos, debe ahorrarse el dolor, que purifica; ni los espectáculos solemnes, que educan, revelan y salvan.

La merecen la merecen, esos conmovedores peregrinos que cayeron como mástiles troncados, uno junto a otro, sin cobardía y sin queja, muertos de hambre sobre el hielo, por el delito—siempre penado—



de entrar en lo desconocido. Pusieron el pie en el misterio, que los tragó iracundo. Coronado señor parece el Polo, con los pies en el centro de la tierra, entre cumbres de montes blancos asomado con la diadema boreal ceñida la helada cabellera; —que al sentir en sus nieves pasos de hombre, levántase de entre las montañas que lo abrigan, desata, como quien echa un mar al aire, sus resplandores, y lanza a rodar los montes sobre los caminantes silenciosos.

Y aquellos fueron bravos, que en el lomo de los montes cabalgaron, y vivieron dos años en el hielo. Contar, no nos es dado. Es cosa heroica, pero aunque de ayer; ya antigua. Les salió el rey al paso; y se metieron por el corazón del rey. Los cegó con su luz, y les cerró las gargantas con su frío, y ellos siguieron andando, cerradas las gargantas y ya ciegos. Les rompió el rey el buque: y se echaron, ¡o maravilla, que postra de asombro y respeto! al hielo en botes.—Les cortó el hielo el paso, y anduvieron sobre él, con los botes a rastras y a cuestras. Se les cayeron los ojos del rostro y las carnes de los pies, y anduvieron sobre los huesos desnudos; con muletas hechas de troncos de árboles.

Triunfaban hielo arriba. El capitán iba delante, con el mapa y la bandera: en las barbas del rey tomaba notas del aterrador dominio. Detrás un

hombre hermoso, con un martillo hercúleo, derribando témpanos: ¡héroes ruines, frente a aquellos desnudos, los que se entraron por las selvas cálidas, rompiendo indios! Detrás el héroe mísero, que andaba sobre los huesos de los pies. Detrás, dos perros secos, hablando el trineo cargado de medicinas. Detrás, sin que se le viesan las alas, por tenerlas tendidas sobre todos, el tierno médico. Palpaban lo insondable. Se aflojan las rodillas, y se doblan, de pensar en aquella marcha en el silencio: ¡oh manos de hombre, oh manos bravas, que estuvieron puestas como para desgarrarla y entrar-se por ella, sobre la envoltura del misterio! ¡qué enojo, el de la naturaleza perseguida! Se vuelve hacia el hombre, y como el tigre al cazador, de un golpe de grifo lo desfibra y aplasta. Gruñe, y tiende. Parece verla en el Polo sombrío, satisfecha y huraña, acurrucada en la luz, como un monte sobre un arroyo seco, junto a los diez vencidos. De hambre cayeron, apretados como soldados, el uno junto al otro, primero: los marineros; el capitán, después; —después, sentado, el médico. Sentado lo encontraron; vestido con las ropas de todos, con la pistola del capitán en la mano, como velando a sus compañeros muertos. Ya tocaban la tierra: a siete millas había chozas, ¡se es hombre, y se muere! Morir es lo mismo que vivir, y mejor, si se ha hecho ya lo que

se debe. Se extinguían, como llamas apagadas. El capitán llevaba un diario, un diario en que no hay una queja. Horas antes de morir, llegada la del rezo protestante, recitaron a medias, ya exhaustos, y no por miedo sino por leal práctica, los oficios del culto. Se roían las carnes. Comían de un perro muerto, se comieron sus mismos zapatos, y toda la piel de sus abrigo. Los vivos se vestían con la ropa de los difuntos. Y se apretaban. Ante el botánico que agoniza, el capitán que lo amaba, toma su diario y escribe: «Mr. Collins está agonizando.»—Y echa el diario por encima de su hombro, cae de un lado, y a su vez muere. Monte de hombres, frente al monte de hielo. El buque está enterrado y cubierto de nieve basta los topes. ¡De aquel cerro de cadáveres comienza a salir luz!

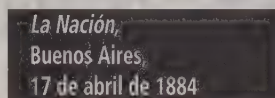
En artículos de periódicos y discursos, se dice que están enterrados—y reposan. A Irlanda han llevado uno, con honores grandes: a Collins. A De Long, el capitán, lo han enterrado con coronas de flores de todas las naciones. Por dondequiera que pasaron, los honraron y les dieron guardia; y como quien condecora a un soldado, les pusieron sobre el sarcófago medallas. Han traído como si trajeran templos, esos cadáveres desde las nieves boreales, mas ¿adónde están los cirios apagados? Un clérigo ha tenido para estos hombres una frase hermosa, aunque pueril:

¡«Dichosos, los que asen la guirnalda de la fama; aunque sea con la mano helada de la muerte»!

La Fama es un mito útil. El deber, que deleita, rige a los hombres. El guía, él salva, y él basta. «Reposan en la gloria» dice con frase vieja otro clérigo. No reposan: ise esparcen! No se es hombre: se es fuerza; se es

Naturaleza. Se han devuelto, crecidos, a la eterna alma humana.

José Martí



[Mf. en CEM]

## 60

## Cartas de Martí

Tres batallas capitales.-¡Primavera, primavera!-Política de primavera.-La escena en la Casa de Representantes.-Un caucus.-Demócratas proteccionistas y demócratas librecambistas.-Estudio de las causas, accidentes y alcance del conflicto actual en el partido demócrata, relacionado con la Presidencia.-Una tarjeta del pintor mexicano Alamilla.-Posición respectiva del partido republicano y el demócrata.-Estrategia de uno y otro.-Razones para la permanencia de los republicanos y la esperanza de los demócratas.-El Capitolio, en la noche del caucus.-Riñas de antaño.-Daniel Webster.-Henry Clay.-Calhoun.-El famoso John Randolph.-Los patriarcas nuevos.-Randall y Morrison.-Cox atildado, Hewitt activo y Kolmau<sup>a</sup> puro.-Resultado del caucus.

Nueva York,  
marzo 27 de 1884

Señor Director de  
*La Nación*

ESTÁ LA POLÍTICA ahora, como la naturaleza, de primavera. De entre los múltiples acontecimientos, clérigos expulsados por sus feligreses, mozos de buenas casas que pelean a puñetazos, un hijo de banquero que muere de un golpe de boxeo en un gran

colegio, una investigación para saber si las escuelas se quedan con los dineros que les dan para enseres de contar y escribir y el actor Booth que hace a Yago,<sup>197</sup> y el senador Blair<sup>198</sup> que quiere que la nación ayude con quince millones al año a las escuelas públicas; de entre teatros, salones y calles, surgen como hechos capitales, tres batallas: la de los demócratas por la reforma librecambista en la tarifa;—la de los prohombres de ambos partidos para las candidaturas a la Pre-

sidencia;—la de un honrado senador contra el corrompido sistema de oficinas públicas de la ciudad de Nueva York.

Se enciende con el Sol nuevo la energía. En todo eso hay inusitado color, bravura y prisa. Avivan la sangre los dulces calores de Mayo. En la Casa de Representantes luchan con encono, más que republicanos contra demócratas, los demócratas proteccionistas contra los librecambistas. En las calles todo es resurrección. Como borgoña bueno, sin alcohol ni azúcar, es el aire vigorante de estas mañanas de Mayo. La sangre, aletea. La inteligencia, florece. Se bebe el aire como un elixir. Alegría va pintada en los rostros, y victoria. Parecen bellas las mujeres feas. Mozas que en el invierno no encontraron novio, ahora que están haciendo sus nidos los pájaros, lo encuentran. Coros de niños danzan en las calles. Sobre el cielo azul se destacan, humi-

a. Así en LN, aunque probablemente se trate de una errata, pues, al final de esta crónica, LN escribe Kolman.

llando los campanarios pardos de los templos, las torres blancas y rojas de las casas nuevas: el hombre ha crecido tanto que sólo cabe en un palacio. Los chirridos mismos de las ruedas del ferrocarril sobre los rieles, parecen canto de aves. Himno es la tierra, y arpas los hombres. Rompen involuntariamente los labios en palabras. En los ojos, se ve resplandor de alas.

Y entre los demócratas de todo el país, hay ahora ese nervio y movimiento. Acaban de salir los diputados demócratas de un *caucus*:—*caucus* es como junta general, y cuentan que el nombre viene de unas reuniones secretas que, después de una alevosa embestida de los soldados ingleses a los blanqueadores de Boston, comenzaron a celebrar los calafates, sus amigos, que en inglés llaman *calkers*.

Animadísima es la escena en la Casa de Representantes; la noche fría; ardientes las pasiones. Ni periodistas ni embajadores llenarán las vastas tribunas de la Sala de Debates. En dos agrios bandos está dividido el partido demócrata, de los cuales es el menor, aunque más antiguo, el bando proteccionista, y abundante e intrépido el que favorece la conversión progresiva del actual sistema al libre comercio. Es una lucha entre el elemento nuevo reacio y el elemento nuevo impetuoso del partido.

Todo partido tiene dentro

de sí sus senadores y sus diputados, sus caballeros calvos y canosos que reprimen, y su gente moza e inquieta que empuja hacia adelante. Un día, en que la pluma que esto escribe se había hecho palabra, vino a abrazarme un gran artista mexicano, indio, de ojos pequeños, desgarrado, feo, el pobre Alamilla,<sup>199</sup> un genio muerto: y me puso en las manos una tarjeta que había dibujado para mí mientras yo hablaba. Por campo extenso y limpio venía a todo vapor en arrogante curva, una locomotora. Brillaba el sol en lo alto del espacio. Y desalado, sudoroso, soltándosele los zuecos de palo en la carrera, un hombrecillo rechoncho corría con un banderín en la mano detrás de la locomotora, avisando el peligro!<sup>a</sup> Todos los partidos tienen, como la tarjeta de Alamilla, su locomotora y sus hombres rechonchos.

Las elecciones vienen: con súbito cambio de votos ha mostrado el país, benévolo hasta hoy para con los republicanos, el disgusto con que se ven sus ligas con las compañías acaudaladas, su insistencia en protegerlas por una alta tarifa de importaciones en daño de la nación entera que en el costo mayor de los artículos la paga; su desentendimiento de toda queja pública; su provisión de empleos entre los que remuneran con contribuciones a los gastos del partido o tienen de pariente o amigo a algún pro-

hombre, y su escandalosa distribución del exceso de entradas en empresas—cuando ni soñadas—ridículas, urdidas sólo como pretexto a gigantescos fraudes. Y como es sabido que sobra cada año más de un centenar de millones de pesos, de lo que por contribuciones internas y derechos de importación se recauda, están los contratistas y peticionarios de dineros públicos asidos de los bordes del exceso, con la misma ansia con que estas damiselas neoyorquinas rodean ávidas y nerviosas, el mostrador de brillantes del joyero Tiffany:—ida pena, ver arrugas de angustia, y como sombras de lodo, en aquellas lindas caras!

A esta desairada condición del partido republicano, han venido a juntarse la plétora de productos traída forzosamente por el artificial sistema de protección que tiene en los republicanos sus abogados más tenaces, y la falta de un candidato a la Presidencia, de tantos que la cortejan, que esté bastante libre de compromisos y seguro de apoyo, para poder iniciar con autoridad una brisa política de reforma.

a. Martí contó esta anécdota nuevamente en *Patria*, Nueva York («La locomotora», 14 de marzo de 1893), precisando entonces que el hecho había ocurrido el 24 de enero de 1880, cuando pronunció su famosa *Lectura en Steck Hall* ante la emigración cubana de Nueva York.



Estaban, pues, en frente, el partido republicano derrotado en las elecciones de los dos últimos años, censurado por su apego a un sistema económico que se ve ya con zozobra, y desprovisto de caudillos para la única política sinceramente solicitada hoy por la nación,—y el partido demócrata, tenido por mejor, por el hecho eficaz de no estar en el gobierno; favorecido en los dos años pasados con los votos sustraídos de los republicanos, y guiado desde su casa de campo por el diestro septuagenario Tilden, que ha dado en época difícil prueba de que sabe acometer con energía y mesura la reforma de los abusos empедernidos y graves.

Y aquí vino la división del partido demócrata, resistida con ira por los que de estos preliminares del combate creían tener ya asegurada la elección del candidato de su partido a la próxima Presidencia. Unos juzgaron que con nombrar de candidato a Tilden, que simboliza la firmeza en la administración, la sensatez en el gobierno, y la extirpación de los abusos, se vendrían todos los votantes del lado demócrata. Pero otros, que alegan con justicia la existencia de un programa de reformas semejante; de antemano servido por la administración juiciosa del cauto Arthur, en la política republicana; otros, que no esperan que sin razones grandes, a pesar de las amenazas parcia-

les de las elecciones recientes, se decida el país en la hora definitiva a mudar los gobernantes que le prometen corregirse, y a quienes está, por no olvidadas glorias, obligado y habituado; otros, previendo que si la vaga cuestión de reforma en el servicio público puede servir aún de pretexto para la lidia en las próximas elecciones, la cuestión de la rebaja de la tarifa vendrá a ser inevitablemente la esencial y demarcadora entre los dos partidos y la ocasión de formidable batalla, han querido, aun con peligro de perder por un movimiento que parece ahora precipitado las elecciones próximas, tomar puesto de precedencia para las de mayor importancia que han de seguirle, ante un país que va a recibir de aquí a poco un sistema conducente al librecurso, han estimado juicioso erigirse en representantes de este sistema;<sup>a</sup> capaces de arriesgar por defenderlo—un éxito probable,—y ganar así la mano a los republicanos, que tal como se asieron de la bandera de reforma civil no bien la desplegaron los demócratas, podrían asirse luego de la librecambista apenas viesen que de este lado estaba la victoria.

Con la elección de Carlisle, conciliador de carácter y lúcido de mente, a la presidencia de la Casa de Representantes, ganaron los librecambistas su primer combate. Morrison es integérrima persona, firme de voluntad y manso en formas,

llena la frente de cuidados ajenos y los ojos de grave melancolía; capaz de mando y debate, librecambista conocido: y el Presidente de la Casa, que tiene el derecho de nombrar a sus comisiones, eligió como Presidente de la de Medios y Arbitrios al librecambista Morrison. Desde entonces, se oyen los golpes sobre las corazas de los combatientes. Fue primero tramitar entre los proteccionistas demócratas que el proyecto de Morrison, que incluye la madera, el carbón y el hierro entre los artículos libres y rebaja de plano un 20 % en los derechos de entrada actuales de las importaciones,—no fuera aceptado a discusión,—como sin esfuerzo ha sido. Fue luego, el demorar con arterias la época de su debate, para ver si esta sesión se cerraba sin poner voz en el proyecto de reforma de la tarifa, y las elecciones presidenciales se hacían sólo con el programa de la reforma en el servicio público. Y como se encontraban los razonamientos, y daban los proteccionistas tan altas voces que parecían ejército poblado, ideó Morrison citar a *caucus*, que es cita que se hace sólo en ocasiones solemnes: el *caucus*, compuesto esta vez de los representantes demócratas en el

a. Desde el inicio de este párrafo hasta aquí, no aparece en el MF. Se sigue la lección de OC, t. 10. pp. 31-32.

Senado y en la Casa, es como un congreso del partido; y lo que en *caucus* se aprueba, por aprobado de todo el partido se tiene.

Así iba a lograr, y logró Morrison, hacer saber a la nación que el partido demócrata se declara abogado de la rebaja inmediata y considerable de los derechos de importación. «Rebájense las contribuciones domésticas que fueron establecidas como impuestos de guerra, y desvergonzadamente se nos están cobrando—dicen los proteccionistas—en tiempo de paz;—y así se aliviará al país, y desaparecerá el exceso enorme que hoy cobra el Gobierno por impuestos.»

«Rebájense—dicen los libre-cambistas—los derechos de importación, que como contribución de guerra fueron también aumentados; y así, cubriendo los gastos con los derechos que se dejen en pie, y los sensatos impuestos domésticos sobre las bebidas y el tabaco, póngase al país en condiciones verdaderas y normales, que al comercio den fijeza, al obrero empleo seguro y vida barata, y a los productos modo de competir con sus rivales en los mercados extranjeros.»

Cuchicheando estas cosas se entraban senadores y representantes, por las puertas del Capitolio que vio un día, no batallas de ideas como estas de ahora, sino riñas a puños y a balazos, trabadas entre los

espaldudos diputados rurales y los cortesés caballeros de la Revolución. Días eran en que con tiros de pistola acentuaban las palabras de su discurso, los diputados; en que el insulto aún estaba de ida cuando ya la puñada venía de vuelta, en que Webster sacaba de su seno odas pujantes y voces de profeta, ondeantes como llamas y resonantes como truenos, por la caverna de sus voraces ojos alumbradas. Clay enamoraba, —a quien no le seguía odiando, con el encanto de su persona seduciéndole, poniendo en admiración a la asamblea con los giros vivaces, esgrima resplandeciente, implacables arremetidas y altos vuelos de su palabra caudalosa, lumínea y plegadiza. Calhoun, grande hombre, mordido de la avaricia impura del poder, entraba, casi en la agonía, llevando en las manos trémulas una invectiva bruñida y afilada, y como el ruiseñor había volado ya de su garganta—con los ojos encendidos, con los labios palpitantes, con los dedos nerviosos, con las canas secas, seguía convulso por sobre el hombro del lector la marcha victoriosa de su robusta plática. O eran los días en que John Randolph<sup>200</sup> se entraba por las puertas de la Casa de los Representantes, sombreado el rostro lampiño y pomuloso por la visera de una gorra de pieles, abrigado en ancho levitón con esclavina, y calzado de botas de montar, con sonantes

espuelas de plata. En la mano llevaba el látigo, que con la gorra ponía sobre su mesilla de diputado, y se sentaba huraño y silencioso, rodeado de todos sus perros.

Dueño era aquél, y no representante. Cuando quería, iluminaba. Por lo común, gruñía. Sabía oír, por lo que era respetado. Y si pasaba cerca de él un enemigo rumiando alguna palabra descompuesta, a la sombra del águila de bronce, y sin poner mientes en la arrebatada campanilla presidencial, abría en pedazos con el pomo de su látigo el cráneo del enemigo infortunado. Claridades tiene un brillante; pero no más que aquella frase purísima de Randolph; más que de palabras, era su discurso de facetitas, y como malla muy ceñida en que los reparos de la crítica no entraban. Del látigo no necesitaba mucho, puesto que hablaba: ni de la maza del macero que vela por el orden en la sala; sus ataques remataban a sus adversarios, como puñales de misericordia. Y cuando disparaba una interrupción o despedía de rebote otra que echaban sobre él, polvo y humo se veía en la sala, pero no al contendiente. Así es fama que fue el temido John Randolph.

No eran ellos ahora, no eran esos patriarcas de la tribuna americana, los que con paso rápido, por no faltar con su voto necesario a la ocasión interesante, acudían a la sala agita-

dísima donde una cincuentena de proteccionistas hacía diligencias vanas por mermar la victoria de más de cien partidarios de Morrison. Randall, puro en sí, pero obligado a ricos, capitanea a los proteccionistas. Morrison, que trae al partido desmayado ojos claros, mano segura, seducción personal y sangre nueva, defiende con moderación la necesidad de que lleve su proyecto de rebaja al debate la importancia de una medida de partido.

Cinco minutos habla Morrison; y nadie, excepto Carlisle, para aconsejar prudencia, habló más de cinco minutos. Ni en las sesiones formales de la Casa duran más las oraciones de los representantes, a no ser las de los magnos de la palabra a quienes se deja el cerrar el debate en discursos de una hora, que ellos suelen benévolamente repartir entre oradores amigos: ¡porque para parlarlos, estos americanos!

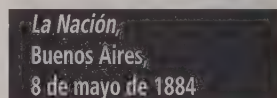
No falta en el *caucus* diputado o senador demócrata notable. Allí Cox, que cuando en días pasados censuraba a la Casa por limitarse a repeler de ingenioso y digno modo la soberbia acción de Bismarck en el caso de Lasker,<sup>a</sup> dijo co-

sas calientes y bien dichas, que él se saca de su espíritu generoso y entero, y viste con un lenguaje musical y culto. Allí Kolman, de la raza de Lincoln, pensador juicioso y político inmaculado; allí Abraham Hewitt, orador de fama, en quien ni achaques ni años ni riquezas aflojan la noble pasión por los asuntos públicos, que con singular fortuna estudia, y con todos sus datos, para que estén cerca de sus labios elocuentes, lleva en su frente adoselada.

La escaramuza dura poco. Morrison vence; pero se declara que el *caucus* no obliga a los representantes a votar por el proyecto aprobado. Como que triunfan los que mantienen la necesidad de rebajar la tarifa de importaciones, y no las contribuciones domésticas, Carlisle propone, con voto favorable, que se declare a la vez necesaria la reducción de las contribuciones domésticas defendida por los proteccionistas. Mas esta concesión la reciben los vencidos de modo huraño... Y resulta que irá a la Casa como medida de todo el partido demócrata el proyecto que propone la rebaja de un veinte por ciento en los actuales derechos de entrada.

Alegan los proteccionistas que la alarma que esta novedad de los demócratas cause, les privará de la victoria que en la próxima elección daban por segura. Creen por su parte los librecambistas que aunque eso fuera por esta vez cierto, el partido demócrata va derecho a la muerte, si, con los ojos puestos en lo futuro, no establece y defiende un programa visible de medidas vivas que puedan contrarrestar la influencia, arraigo y habilidad del partido republicano. Bien se pone en política el que se pone del lado de lo que viene.

José Martí



[Mf. en CEM]

a. Martí se refirió con mayor amplitud a este asunto en la crónica publicada en *La Nación* el 13 de abril de 1884 («Cartas de Martí. Los acontecimientos culminantes»).

## 61

## Cartas de Martí

Nueva York en manos de rufianes.-Los bastidores de una gran ciudad de inmigrantes.-Estudio de la máquina electoral.-Tráfico de votos.-Capataces y rebaños.-Cómo se proveen en Nueva York puestos públicos.-Urdimbre curiosísima.-La gente culta se aleja de las urnas.-Miedos de la prensa.-Impotencia del mayor de la Ciudad.-Votos y cervecerías.-Un viaje por las oficinas públicas, y una nota de sus comercios.-Prácticas en las cárceles.-Trabas al municipio y franquicias al mayor.-Diputados.-Las reformas que se intentan y la que se necesita.

Nueva York,  
marzo 28 de 1884

Señor Director de  
*La Nación*

EN WASHINGTON, y por todo el país, se agitan ahora esos argumentos y rencores; y en la capital del Estado de Nueva York un senador joven y de casa rica, ayudado por cincuenta y tres ciudadanos decorosos, jura guerra a los rufianes de esgrima y traficantes de votos que con deshonor de la ciudad ocupan en Nueva York los más elevados puestos públicos.

Quien estos párrafos vaya leyendo verá en lo interior de

su poderosa vida, y con las manos a la obra, a este pueblo que parece, a pesar de todos los riesgos de la grandeza y de la acumulación de masas incultas, destinado a salvarse.—¡En la médula, en la médula está el vicio, en que la vida no va teniendo en esta tierra más objeto que el amontonamiento de la fortuna, en que el poder de votar reside en los que no tienen la capacidad de votar!—Pero es justo decir que al pie de cada llaga, se ve erguido un sacerdote. Y cuando parece que todo se va a venir a tierra con catástrofe y derrumbamiento, surge un hombre sencillo, vestido de paño del país y calzado de gruesos zapatos,

que con palabra macedora y tundente acusa el mal, y obtiene el remedio. Así ahora con los desvergonzados manejos de las oficinas públicas.

Poco es cohecho; estafa es poco. Domina en Nueva York el voto irlandés que se da, por lo común<sup>a</sup> a quien lo compra, ya con halagos a sus preocupaciones, ya con permisos para cosas ilícitas, ya con dineros;—y hay un John Kelly entre los demócratas y un Johnny entre los republicanos que tienen amaestrados a los votantes de sus distritos como a sus perros sabios un titiritero; los cuales John y Johnny reconocidos capataces de los partidos en la población, en nada más se ocupan que en asegurar para sí y sus favorecidos, a quienes sujetan a tributo, los puestos públicos de la ciudad, que se eligen aquí por mayoría de votos; y sucede cada año que el Brien presta al Kelly unos cuantos millares de votantes republicanos para que le saquen triunfante al registrador que con Kelly tiene sus pania-

a. Errata en LN: «locomún».



guados, y el Kelly presta luego al otros miles de votantes democratas para que quede colocado en la Dirección de Prisiones el que se obliga a partir con Brien, por cuanto le ayuda a ser electo, los gajes del oficio.

Tienen ambos partidos en cada distrito sus asociaciones, obedientes a los representantes respectivos de Kelly y de Brien, cuyos representantes en las cervecerías viven buena parte del año, ya haciéndose de la voluntad del cervecero, que es mercadería que está siempre a la venta; ya encendiendo con pláticas insidiosas las pasiones e intereses de la gente baja. Quien por darse aires públicos, o seguir el hábito, o tener cosa que poner a precio y de que sacar ventaja, quiere a la asociación de algún partido, ya sabe que ha de obedecer a lo que el cacique del distrito mande; y el que por sí piense y obre, de la asociación es expulsado. No se discute en esos comicios de distrito a los candidatos; sino que se vota a ciegas (por tenerse lo contrario a traición al partido) en favor de los que proclaman los caciques.

Y así, por el interés, por la costumbre, por el compadrazgo o por la virtud misma de la lealtad, las asociaciones de los votantes de los distritos pertenecen a los tenientes de Brien y de Kelly; quienes entre los capataces mismos que les ayudan reparten los empleos de la ciudad que por votación se ocupan, y de antemano con-

ciertan con los que han de ocuparlos la distribución de las pingües ganancias, en pago del apoyo de todos los distritos electorales al cacique de distrito que, abandonado a su esfuerzo, contaría sólo con los votos de uno.

Como por sufragio se elige a los miembros del municipio que son los que señalan los árbitros de las oficinas públicas, sucede siempre que los municipales, que no lo serían sin la benevolencia de Brien o de Kelly, ajustan las cosas de la manera que a estos place, y es aquella que permite sacar tantos provechos de las oficinas, que pueda ir una porción de ellos a hacer fondo para los gastos que requiere esta tenebrosa máquina, y otra al mantenimiento de los mercaderes de votos que viven en ella. O bien acontece que cierta persona contribuyó en trances de apuro con una cincuenta de miles de pesos para sacar triunfante una elección dudosa; y el Brien o el Kelly le dan luego en pago un oficio público, —que rinde al año un centenar de miles.

Policia, salud pública, heremoseo de la ciudad, cobro de contribuciones: todo está en el puño de Brien y de Kelly. Por elección popular son nombrados los cabezas de estos departamentos; y un cazador no es más dueño de su trailla que Brien y Kelly de la elección popular.—Dada la gente más culta a la busca ansiosa y goce

precipitado del dinero, recuerdan sólo su deber de elegir cuando ven ya de cerca en el triunfo de algún candidato un peligro para su tráfico o fortuna; y bien por el natural desplacer de andar de codos con aquellas hombradas de cervecería, bien porque les domina de tal modo el amor del provecho propio que creen que en nada influye en este el público, es lo cierto que, salvo en alguna elección presidencial reñida, en que ya se ponen en conflicto mayores intereses, las elecciones están por lo común en manos de la gente de taberna:—isenador hay, embajador ahora en tierras de oro y raso, y muy bien visto en cortes europeas, el cual en las manos del curioso que escribe estas líneas ha puesto en vías de elecciones un vaso de sidra que, arremangada la camisa y abierto el chaleco, por sí mismo sacaba el caballero sonriente y afanoso de la ancha barrica en una taberna de suburbio! ¡Y sonreía el rubicundo candidato, como un hombre dichoso!

Iba de bebedería en bebedería, pagando de beber a todos los sedentales, y dejando sobre los mostradores nauseabundos, en vez de décimos de plata, que aun son mucho para costear estas cervezas infectas, mazos de billetes y monedas de oro:—¡Ya no es honor aquel que necesita ser buscado!—ini se saca el honor de entre las turbas!

Fortalezas sin agujeros para asalto ha venido siendo esa organización formidable. La prensa misma temerosa de perder su influencia y provecho en las masas, no decía estas cosas sino con miedo, para que no se le pusiesen en contra los que capitanean en los distritos las voluntades. Pena da a veces ver cómo cortejan estos periódicos a la muchedumbre: —le halagan sus gustos; le sacrifican la propia cultura; se fingen por complacer vulgares y brutales; se echan encima por la esperanza de la propina, ¡el arreo servil y la sonrisa dolorosa de los lacayos! Por voto público se elige el mayor de la ciudad que es casi siempre un comerciante de pro, el cual acepta en remuneración del nombramiento obligaciones que traban su independencia, cuando no le deslustran el decoro, pero el mayor, que está dos años en oficio, halla en los empleos gente desconocida, a quien no puede mudar, aunque le parezca mal, y la cual tiene su puesto por plazo más largo que el mayor el suyo; ni nombrar podía el mayor a empleado alguno sin el beneplácito del municipio, que imponía siempre los candidatos que por los cabecillas de las elecciones les eran a su vez impuestos.

Buey era, pues, el mayor; y poco más que el derecho de firmar las voluntades de los munícipes tenía, a la sombra de su yugo. En las oficinas de la

ciudad, seguras de la sanción del municipio de quien podía únicamente venirles en persecución y daño, se habían erigido ya en práctica abominables abusos.

El Secretario del Condado, que es una especie de visador de documentos, con 3 000 pesos de sueldo, no ha podido negar a una comisión de diputados investigadores, que cobra indebidamente por derechos de caprichosos, ochenta mil pesos al año.

En la Oficina de Registros, obligada a dar gratis sus informes, pulula muchedumbre de gente involuntaria, a quien se permite tener en el lugar su mesa y plumas para que, con estos asomos de oficinista, exijan a los que buscan algo en el registro una gabela por hallárselo, que los solicitantes pagan como si lo debieran, y los empleados ambulantes parten con los que les consienten y autorizan el comercio. Y sobre Departamento de Prisiones, callar es mejor, por no decir lo que se sabe: presidios de España hemos visto muy de cerca, y su pan lleno de gusanos negros, y su carne hedionda, pero en las cárceles de Nueva York, cuyas atenciones paga la ciudad con largueza, no se sufre menos, por el rapaceo de los empleados, que en los presidios de España.

Si un peso cobran al día por la comida de cada cabeza, con un real le dan de comer, y lo demás se guardan. Si tal pre-

so quiere irse de paseo, o traer feas visitas a su celda, páguelo bien, y se irá y las traerá. Si hay regla que infringir de día o de noche, las infracciones tienen su tarifa, como los pecados, y el que la cubre, deja atrás la regla. Quien no tiene qué dar, vive mísero. En los días de votación, los carceleros, que son agentes de elecciones, salen a votar con los presos, y dejan la cárcel sola. Traducir debiéramos aquí el indignado informe en que a latigazos más que a frases cuenta increíbles villanías y corruptos sistemas la Comisión de diputados republicanos y demócratas que, tomados de entre los hombres más puros de ambas parcialidades, envió la Asamblea del Estado a New York a cerciorarse de estas violaciones. Se ve el rubor, y la noble cólera, en el ardiente informe. ¡Río Alfeo se necesita que de raíz arranque la inmundicia de estos establos!

La mesa del Presidente de la Asamblea está cubierta de proposiciones de reforma. Se quiere privar al municipio, y dotar al mayor de la facultad de nombrar y remover los empleados.

En tanto, ya se ha separado de manos del municipio la facultad de nombrar empleados para oficios de ganancias sabidas. Ahora el mayor los nombra, que es siempre persona de más fianza que los munícipes. Pero esta mejora, anuncio sólo de otras complementarias que han de dejar establecido un

sistema nuevo de provisión de los empleos, y de los fondos necesarios para su pago, ha tenido que arrancarse de los dientes de Kelly y de Brien. Vacieron en Albany, que es el sitio de la Asamblea, a todos sus agentes. Sentían el golpe mortífero, y acudían a pararlo. Como los representantes han menester para ser electos de la autorización y apoyo de Kelly y Brien y de sus distritos, a recordar y a amenazar fueron, y a exigir de los representantes, so pena de no ser reelectos, que no dieran oídos al informe, preñado de hechos, de la Comisión. Pero prendió en la Asamblea el decoro, y los agentes se han vuelto corridos. La befa pública hubiera seguido a los que emprendiesen la defensa de los empleados corruptos y sus cómplices; —y en el hecho mismo de aspirar a la representación popular hay cierta nobleza, que el ejercicio de la representación acrece, y no permite afrontar, aún a riesgo del provecho propio, la befa

pública. Es túnica sacerdotal, una investidura de diputado. Como que unge. Como que eleva. No se es ya un hombre, sino una atalaya. Se es la patria, y se mira la mente como un vaso sagrado. Verdad es que los diputados se venden y se compran; pero hay ocasiones en que no se atreven a venderse. La prensa, aun en medio de sus cobardías, está de centinela. *Cave canem*,<sup>a</sup> estaba escrito para guarda de los visitantes en las casas de Pompeya. La prensa es el can guardador de la casa patria; y en todos los oídos debe resonar siempre el grito saludable: *Cave canem*.

Pero no está sólo en quitar munícipes y poner en el mayor la facultad de nombrar empleados el remedio de los males que vienen del descarado tráfico de votos. Ni en crear organizaciones nuevas de distritos está el remedio; sino en mejorar la masa votante. En nada menos está que en mudar en patriótico e inteligente el espí-

ritu de una muchedumbre que de apetitos sabe más que de ideas, y no siente amor alguno por un pueblo que no es su patria, y el que, sin embargo, gobierna. Y el alivio más inmediato, está en que los ciudadanos cultos, que hoy hacen gala de mantenerse lejos de las urnas, voten. Si desdeñan hoy el ejercicio de su derechos de dueños, tendrán mañana aterrados que postrarse ante un tirano que los salve. Deber es el sufragio, como todo derecho; ¡y el que falta al deber de votar debiera ser castigado con no menor pena que el que abandona su arma al enemigo!

José Martí

**La Nación,**  
Buenos Aires,  
9 de mayo de 1884

[Mf. en CEM]

a. En latín: «Cuidado con el perro».

## 62

## Carta de Nueva York

Grupo de sucesos.-Artistas en Nueva York.-  
Quehaceres en una noche.-Contienda de caminadores.-  
Los caminadores.-El público.-El hipódromo.-Aspecto  
de circo.-Descripción del espectáculo.-Por qué y  
cómo luchan.-El jugador, el médico, el caminador  
y la prensa.-Contienda de candidatos a la Presidencia  
de la República.-Posición de los partidos.-División  
interna de demócratas y republicanos.-El anciano  
Tilden y el abogado Cleveland.-Juntas eleccionarias.-  
Convención de Estado.-Convención general.-Arthur,  
Blaine y Grant.-Examen de la situación política,  
y líneas de los candidatos prominentes.-El senador  
Edmunds.-El Sur demócrata, el Este nobiliario, y el  
Oeste nuevo.-Formación contemporánea de los  
Estados Unidos.-El hombre del Oeste y el neoyorkino.-  
La raza puritana.

Nueva York,  
28 de abril de 1884

Señor Director de  
*La Nación*

LEVARÉ PRIMERO a los lectores de *La Nación* al hipódromo de la plaza de Madison donde catorce caminadores, ávidamente seguidos con ojos, palmas y voces por una colosal muchedumbre, se disputan el premio de dinero anunciado al que en seis días ande

seiscientos veinticinco millas;<sup>a</sup>  
—o los llevaré al muelle de donde arranca para Europa el *Oregón*; casi llevado en alas por los bravos del gentío que acaba de oírle cantar *Semíramis*,<sup>201</sup> a la risueña soberana del canto, a la que da venturas y como el tenor español Cayarre,<sup>202</sup> anuncia cielos, a la Patti; —o a las juntas eleccionarias los llevaré, donde las asociaciones de barrio del partido republicano eligen, no sin golpes de puño y cabezadas, los delegados de la Convención del

Estado que ha de escoger de entre los sostenedores de los varios candidatos a la Presidencia, aquellos que el Estado nombra para que en la Convención General del partido en Chicago, lo cual será en agosto próximo, voten por aquel que les parezca más apropiado para Presidente? Ingersoll, gran orador hereje, como por acá lo llaman, que a guisa de cetro y entre carcajadas levanta por el aire, ante las multitudes cultas que lo admiran, los huesos de las religiones muertas; Ingersoll, que en olla norteamericana ha puesto a hervir argumentos viejos, habla, con más aplausos que palabras, ante la concurrencia que llena la Academia de lóbreo y desmantelado teatro, que es el de la ópera y mayor fama en New York; cuatrocientos alumnos de la Universidad de Harvard, reunidos en un banquete, acuer-

a. En una crónica publicada en *La Opinión Nacional*, de Caracas, el 22 de marzo de 1882 («Carta de Nueva York. Los bárbaros caminadores»), Martí se había referido a este tipo de competencia.



dan pedir al antiquísimo colegio que, en vez de cierto latín inflado y menesteroso que en los actos públicos de Harvard se usa, sea la lengua maciza nativa, en que dibujó colores Irving y amontona ahora Walt Whitman<sup>a</sup> olas, la lengua inglesa sea la oficial y constante del colegio.—En una misma noche desde un palco vaciaba la Nilsson canastos de flores a los pies de la Patti y Nicolini; y la Materna y Scaria, que mejor que nadie a Wagner entienden, cantaban a pocos pasos el Tannhauser;<sup>203</sup> —el actor Irving vestido con las ropas del «*Mercader de Venecia*», asomaba por el costado del telón su faz recia y huesosa, a modo de prólogo de su cuerpo enérgico, dilatado y enjuto, a dar gracias a la gente americana que ha celebrado sin tasa los arranques geniosos y pujante voluntad del actor inglés;—y los teñientes de Barnum<sup>204</sup> enseñaban a una populosa concurrencia un elefante bien cuidado y con manchas rosadas en la trompa, del que se cuenta por el mundo, aunque las embajadas siameses lo niegan, que es elefante sacro del reino Siam. Se va a la cantina de Hoffman, que es como un palacio de las bebederías, por ciertos cuadros y bronce de pocos vestidos famosa; y alrededor de un cordón de seda, se ve siempre un grupo de gente absorta, que mira cómo un sátiro se niega a seguir al bosque a una ninfa que con colores sutiles y acu-

osos ha traído a la vida, tan hermosas que no debieran salir nunca de ella, el exquisito pincel de Bouguerau,<sup>205</sup> que de exquisito peca; muy cerca de la bebedería Hoffman, colgada de tapices de Aubusson y repleta de cachivaches de arte, enseñan los pintores norteamericanos, que apenas dan con uno que otro cuadro de la naturaleza sus ásperas figuras, extravagantes puestas de sol, y espantables correrías en pos de Manet<sup>206</sup> y de Courbet;<sup>207</sup> y a unas cuantas calles de la Academia de Pintura, el General Grant Wilson, ayudado de un gran estereóscopo, cuenta a un público atento por donde anduvo en América Colón; y entre la concurrencia se distingue a un veterano de pasadas guerras y de buena casa que acaba de ofrecer a la ciudad en un discurso de comida su espada y la de sus amigos, para cuando desenvainasen la suya, si espada usan, los «socialistas atrevidos»;—y una señora de cabellera de crespos grises que tiene tendidos sobre la modesta falda los números del *Scientific American* en que el doctor Le Plongeon,<sup>b208</sup> casado con dama inteligente y atrevidísima, cuenta lo que con sus manos mismas, y las de su mujer que le acompañaba vestida de hombre, ha arrancado a las marañas que cubren las ruinas de las ciudades enterradas en el señorío de Mayapán<sup>209</sup> donde hoy vive la raza yucateca; y en las cuevas escondidas donde

sobre informes y labrados pilares tendían las estatuas de sus héroes los antepasados de los indios—como caracolea una opulenta frase en el cerebro, se enroscaba y reentraba en sí y de sí no salía, el dibujo indígena.

Pero sobre todos esos entretenimientos de noche, sobre las procesiones de millares de hombres, mujeres y niños que bajo una lluvia terca recorren las calles con estandartes y músicas pidiendo que se cumpla la ley que limita a ocho horas las del trabajo diario de los artesanos; sobre la lucha empeñadísima de los periódicos de la mañana que a ocho centavos casi todos se siguen vendiendo y cada día inventan métodos con que arrebatar sus lectores a los diarios rivales, entre cuyos métodos el de escribir con ligereza y de burla sobresale y priva, por ser la necedad y frívola disposición condiciones que alcanzan mayoría en lo común de los públicos;—sobre la cripta de un museo de figuras de cera, donde en cuadros groseros están representados los diversos modos de dar muerte que los pueblos usan, lo cual tiene siempre llena de

a. Martí escribió un brillante análisis de su obra literaria, publicado en *El Partido Liberal*, de México, el 19 de mayo de 1887, y en *La Nación*, de Buenos Aires, el 26 de junio de ese año.

b. En LN: «Le Plongeur».

gente la casa; sobre los juegos de pelota, que ya empiezan, y los paseos en el Parque Central, que son ahora deliciosos, y los grupos de las mujeres por las calles que ahora en Abril se parecen a las rosas de mañana,—lo que a todos preocupa más son las próximas elecciones. Se entra a la una del día a un salón de lunch, como es preciso ya llamar para ser entendido, lo que en castizo se llama tentempié,—y asombra oír al que nos vierte en una copa de cristal tallado el tibio cordial de cerezas, discutir con otro de los concurrentes sobre el alcance de las leyes actuales de navegación y comercio,—y el influjo de la tarifa alta sobre las rentas de las casas. Se cruza el río,—y por encima de las noveletas perniciosas de amorfis crimalinales y palacios descritos por quienes nunca los vivieron, que andan en las manos de las trabajadoras jóvenes, se cruzan las preguntas y relatos sobre los candidatos a la Presidencia. Aunque ahora, con las apuestas a las caminadas que están dando la vuelta a la pista del Hipódromo de Madison, se habla menos de los candidatos presidenciales que de los que han de repararse, acabada la odiosa faena, los dineros pagados por la enorme procesión de gente que a todas horas del día y de la noche repleta el Hipódromo.—Porque no es esta porfía de los andadores como aquel animoso estadio griego, donde

a ligero paso, y dando alegres voces justaban en las fiestas por ganar una rama de laurel los bellos jóvenes de Delfos; sino una contienda de avarientos que dan sus espantables angustias como cebo a un público enfermizo, que a manos llenas vacía a la puerta del circo los dineros de entrada que han de distribuirse después los gananciosos.

Anoche, que era domingo, rompieron a las doce la caminata. Con la gente que llenaba el circo a esa hora, había para hacer la independencia de un país:—mas no, no con esa clase de gente, ique bien se están los países esclavos cuando los que los libertaran no han de honrarlos!—No eran sólo los concurrentes habitantes del Bowery, que es en New York el barrio de la cofradía de gente torva, sino caballeros de buen ver; y mujeres de ricos vestidos, en cuyo seno palpitante lucían ramos de rosas que a pocas vueltas de los competidores estaban ya adornando los pechos de los atletas que sacaban la delantera en la primera milla.

Los caminadores son catorce: negro uno de ellos; inglés, de cierta cultura, otro; los más, irlandeses avaros; uno, miembro el año pasado del municipio; otro, un joven indio. A un extremo de la pista, tiene casa uno de los competidores, hecha de pino sin pintar, su cabaña de reposo. Asomarse a ellas, da náuseas; y no por las

cabañas mismas, llena la puerta de banderas y coronas, y símbolos de triunfo; sino por los hombres que en sus umbrales merodean. Allí están, como los galleros cerca de sus gallos, los que cuidan a los catorce hombres, preparando los menjurjes con que han de dar vigor ficticio, de aquí a unas cuantas horas, a los miembros fatigados de los caminadores: allí están, como los homicidas en los presidios españoles, el rostro lampiño, el ojo hinchado y hosco, los labios colorados y belfudos, la cabeza rasa:—ísi se les encaja en un mango, de fijo que esos hombres sirvan, por lo insensibles y duros, más que para hombres, para martillos!—Allí están, riendo de los contentientes ansiosos que pasan, como fantasmas, sin mirarlos, el jugador insolente, ricamente vestido, que ha pagado durante todo un año los vicios y necesidades de uno de los caminadores, para resarcirse luego, según contrato escrito, con la parte de ganancias que en la carrera le quepa; allí está el médico, sombrío como una guadaña, encargado de medir el sueño, preparar el alimento, tomar el pulso y echar a andar, mientras les lata la sangre en las venas, a los que todavía en estas primeras horas están dando vueltas a la arena, sin muestras de gran cansancio.

Mas cuando ya han pasado unos tres o cuatro días, y los diarios han contado por toda

la tierra cómo se van hinchando los pies de Fitzgerald y el corazón de Rowell, y cómo se van hundiendo las mejillas de Noremac, y cómo tiembla, llora y balbucea el vejete Campana; cuando ya ha perdido todo su brillo sobre sus escualidos cuerpos el calzón corto de seda de color y la camiseta de lanilla rosada con que, como los caballos con su divisa, entraron en la arena; cuando ya debajo de los vestidos sudorosos se les señalan los homoplatos agudos, las caderas descarnadas, el vientre seco,—no son seres humanos los que giran en medio de una multitud que monda frutas, casca maníes y ríe, sino unos como espectros o insectos grandes, imbécil y vidriosa la mirada, caído el labio, la inteligencia en velo, la voz en hilo, apretados ambos brazos a los lados del pecho, como los de un mono moribundo.

Ya andan con las rodillas más que con los pies: el negro, más enérgico, camina airoso, y se lleva los ojos y los aplausos, por lo bravo y esbelto, que son admirables siempre la energía y la hermosura aun en medio de la mayor barbarie; los demás, andan como si fueran focas, y como si llevaran a rastras a sí mismos y caminasen sobre el cuello. Se ve que su sudor es frío; en un dedal de niña cabe la vida que les resta en el miserable cuerpo. No han comido: no han dormido: apenas han bebido. Andan treinta horas:

duermen media: les dan a chupar una esponja: les bañan las sienes con aguardiente; pasan cojos y anhelantes, jadeantes por entre el gentío de las barreras, apurando una taza de caldo, descascarando un mendrugo, royendo una costilla de carnero. Por las mejillas les cuelgan las guedejas sudorosas; no responden, de miedo de exhalar sus últimas fuerzas. Y por encima del espectáculo monótono, en que aquellos catorce míseros dan vueltas sin cesar durante los seis días de la apuesta al inmenso circo, en levantada plataforma, con su ejército de chispeantes cronistas y taquígrafos, están todos los periódicos de la ciudad. No se contó de seguro el camino de la Cruz del Nazareno con más minuciosidad que las caídas, desmayos, ligeros sueños, refrigerios breves y reapariciones en la arena de los caminadores.

Como pluma vívida, coloreada y novelesca, y no sin galas de intriga y estilo, cuentan los jóvenes críticos, que allí van a hacer pruebas de ingenio, los cambios del rostro, las inclinaciones del cuerpo, el paso peculiar de cada contendiente. Y el *World* que es periódico viejo en que ha entrado sangre nueva, no contento de haber publicado ayer en su hoja diaria los retratos de todos los nobles de la ciudad, venerables hijos de mercaderes y vaqueros, y las narices de las mujeres de más nota en el teatro,

esta mañana salió a la luz con burlescos y fieles retratos de los justadores del hipódromo. La multitud, por las calles, lee ávida los boletines extraordinarios en que se cuenta hora a hora el progreso de la competencia; y en una esquina se apuesta por el irlandés, y en otra se quita un mozo la levita, y la juega al indio.

El *Herald* sobre su pórtico de mármol,—el mismo que visitió de luto severo la mañana memorable en que pasaron a su sepultura los héroes del Polo,<sup>a</sup>—levanta ahora un gran cuadro de lienzo, donde, para saciar la curiosidad de la gente que se apiña en las aceras, va un hombre escribiendo en grandes cifras las millas que lleva andadas cada combatiente. El mismo cuadro se alzará mañana, para anunciar a los transeúntes cuántos votos tiene obtenidos cada uno de los candidatos a la Presidencia.

Porque ya están las filas apretadas y el combatiente enzarzado; y las Convenciones de Agosto, en que han de nombrarse los candidatos para Noviembre, andan ya cerca. Ya los barrios, en juntas donde se reúnen todos los afiliados al partido que en el barrio viven, nombraron sus delegados a la

---

a. Véase el relato de este acontecimiento en la crónica «Cartas de Martí. Los héroes del Polo», publicada en *La Nación* el 17 de abril de 1884.



Convención del Estado, que discute y declara por qué candidato lucharán sus electores, y otros delegados por distritos, a la Convención de todos los del Estado, los cuales eligen los que este nombra para que le representen y señalen por él el candidato a la presidencia en la próxima Convención General del partido en Chicago. Ya se calculan, con la vaguedad de las profecías, los votos con que Arthur, el actual Presidente cuenta; y los que favorecen a su competidor. Y del lado de los demócratas, ya se dice que de veras no aceptará la candidatura, si para ella se le elige, el anciano Tilden; y con no pequeño asombro de demócratas de más fama, surge de pronto, con todo el poder de los amigos de Tilden, que no lo son de los rivales, que tiene entre sus propios partidarios, la serena y honrada candidatura del que hoy gobierna con seso y desinterés el Estado de Nueva York, el abogado Cleveland, obeso de cuerpo, voluminoso de cara, de mano segura y limpia, y de cabal honestidad.

Pero no está entre republicanos y demócratas la lucha visible; sino entre los republicanos entre sí. Ni es de principios la batalla, porque tiene ahora confusos los suyos, el partido republicano, compuesto de bandos rebeldes y diversos, y libertado apenas de la descomposición por la complicidad en el provecho pasado y

esperanza en el venidero que mantiene en interesada unión a sus miembros inquietos. Es de personas la batalla republicana; y por los puestos es por lo que las personas dan más que por lo que estos significan. Claro es, para quien sabe ver, que el anciano Tilden, que tiene de rencoroso tanto como de profundo, conducirá a sus amigos de manera que no obtenga la candidatura ninguno de los demócratas prominentes que luego de haber mantenido en 1876 que Tilden había sido electo y Hayes le hurtó la elección, cometieron por personal ambición en 1880 el singular desacierto de no proclamar de nuevo al candidato que sobre todos su tamaños personales, tenía lo de la víctima.

Pero con mayor encono que Tilden y sus envidiosos, están luchando Arthur y Blaine; Blaine, a la cabeza de capitalistas, industriales amigos de la tarifa alta, y gente ambiciosa y acometedora; Arthur, con el prestigio que, a pesar de su fama de político intrigante y compadrero, disfruta ahora por la habilísima manera con que, azuzado por su bando personal y vigilado, como por dragón hambriento por el bando de Blaine, ha sabido ir manejando los negocios del partido de modo que no ha dejado talón vulnerable, y los de la nación entera con tal acatamiento a la voluntad pública que esta no oculta sus simpatías por el prudente mandatario. Punto menos que

criminal parecía a muchos cuando, no oreada aún la habitación en que murió Garfield, subió a la Presidencia, vacante, más que por la bala de Guiteau, por los odios entre los bandos internos del partido republicano, que dieron razón a aquel malvado culto para esperar que los recompensaría el bando en que militaba Arthur, que con su crimen salía ganancioso.

Y ahora, a los mismos que le veían con desagrado, parece Arthur un distinguido caballero. Cínico es, y está más a su provecho que al del público, pero es el suyo una especie de cinismo bueno, que consiste en ir dando a los hombres lo que desean, como medio seguro de tener siempre llena de frutas la mesa, de puestos el porvenir y de consideración y regalos la vida. Quien afronta a los hombres, y les hace mirar en sí, es abandonado por los hombres, si no lapidado con furia. Consentidores quieren los hombres que les permitan ir viviendo con sus apetitos y vicios; y no denunciadores amorosos, que los saquen a la faz, para que tengan vergüenza de ellos, que pudren, y se los curen. Arthur es persona muy pulida, entre las damas celebrado, y sin más falta en el vestir, en lo cual sobresale, que el uso de corbatas de pechera y en ellas prendedores coquetuelos. Cuando se es jefe de una nación, se debe llevar la corbata blanca o negra.



Blaine es persona pujante e inquieta, acusada, con asomo de justicia, de poco escrupulosa, y muy diestra en manejar pasiones de hombres. Cosas magnas no dice, aunque no hay quien le aventaje en el arte de regate y esquivo, y de salir al encuentro oportuna y fría-mente a los planes más secretos de sus adversarios. Téme-sele, como a un diablo sabio. Donde mira pone en fuga. Y dicen que habla mieles, pero cosas magnas nunca dice. A su país, si lo tuviera en las manos, le pondría buques por espuelas y un ejército por caballo, y lo echaría en son de conquista por todos los ámbitos de la tierra. Es de los que no se sientan, y nacen para bullir y remover. No le consume el ansia de bien nacional, sino la necesidad del brillo propio. Goza venciendo hombres; y lo es, con algunas condiciones excelentes, muchas veces temibles, ninguna grandiosa, y todas las humanas.

Grant, desde el fondo de sus arrugadas botas de campaña, da a última hora muestras de que aún no cesa en su empeño de ser nombrado por tercera vez para el ejercicio de la Presidencia. Es una roca sentada, roca de filo, que andará cuando le parezca que debe andar, y hecha para aplastar, aplastará tranquilamente a los que para este destino haya elegido. Se le tiene en reserva, como un jefe de ejército, ya para poner freno, lo cual pudie-

ra no estar lejano a los de afuera, ya para acorralar, en caso de revuelta de la muchedumbre mal aconsejada, a los de adentro. Pero el mando le place; y acaso el poder influir en el logro pronto de esos deseos suyos no ignorados de expansión de la tierra norteamericana y afirmamiento decisivo de su influencia.

Blaine, tan hábil para capitanear a los grandes industriales como tenaz en sus odios, cierra a Grant el paso con uñas y dientes, porque los que vemos de cerca esta guerra, sabemos que es de taberna y de palacio, de uñada y dentellada. Grant está como un candidato guardado en la sombra, para que en el caso posible que por su fama antigua de amigable y político de barrio, y por la hostilidad de Blaine, fuese vencido Arthur, o este, sin vencer por su parte, impidiese a Blaine conseguir la necesaria mayoría en los votos de la Convención, surja ante esta, con sus prestigios pasados y la probabilidad de éxito que siempre trae una acometida briosa, la candidatura del recio general, antes de que los delegados hayan tenido tiempo para acordar la proclamación de algún «caballo negro», como acá llaman en el dialecto político a la persona de secundario mérito a quien, por no dar el triunfo a un adversario prominente, convienen en transferir sus votos los bandos rivales. Tal es Edmunds; senador venerado y

huraño, de barba blanca y envidiable historia, a quien acusan sólo de tener caprichos firmes, e ideas tercas, como las del primero de los Adams.

De otros muchos pretendientes a la candidatura se habla: háblase, como en cada época de elecciones, de todos aquellos que tienen predominio marcado en algún Estado poderoso de la Unión, y traerían por consiguiente al partido los votos de su Estado. Un aspirante, basa sus pretensiones en que los del Sur le favorecen con sus votos,—lo cual es importante, por ser los Estados del Sur baluarte usual y poco menos que inexpugnable de la democracia. Otros afirman que con su elección se ganarían los votos del Oeste, que orgulloso de su número y caudales, no muestra disposición a dar a los Estados pedagogos y como nobiliarios del Este el gobierno de la República.

Y aquí nos salta entre las puntas de la pluma uno de los fenómenos actuales de la vida nacional norteamericana: se está rehaciendo, como se rehace la de la tierra, la capa nacional. El aluvión ha traído de todas partes, y ha echado sobre el substrato *yankee*, la tierra fértil nueva. Ni la religión puritana, ni el gobierno republicano mismo primitivo, prenden bien en el nuevo terreno: terreno exuberante, pero lleno de ortigas europeas, y de plantas glotonas.

Tenía su asiento en el Este, del que venía siendo cabeza

tradicional el Estado de Massachusetts, aquel americano de raza vieja, sobrio en el vestir, zancudo en el andar, en las obras mañoso y astuto, provinciano en ademanes y lenguaje, y amigo de poner los ambos pies por centinelas de los platos de su mesa, y sazonar con aguardiente de maíz, ya una plática con damas de pomposa pollera en los salones presidenciales, ya un robusto y monumental debate en la solemne rotonda del Senado.

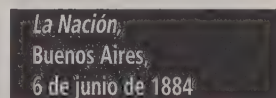
Ahora tienen su asiento en el Oeste y en Nueva York, y cercan de una y otra parte al americano viejo, que por su sabiduría a veces se impone, pero que por todos lados pierde puesto, avalanchas de los nuevos americanos, producto reciente y abundante de la emigración que desde hace medio siglo se está vaciando acá a barcadas. De repleta y turbada de odios vienen rugiendo, blasfemando, empujando. Se ven dueños de sí, como jamás se vieron. Solo de

poner el pie en esta tierra, ya les parece que tienen encima de la frente una corona. Se dan con embriaguez al goce de comer, beber, procrear y poseer. La posesión los afina, eleva y aquilata. Los que se sueltan por el campo se nutren de la savia nueva de la tierra; y crean esos americanos del Oeste sanguíneos, estentóreos y ciclópeos. No parece que explotan minas sino que las traen a cuestras. Parecen hechos para abatir los búfalos que aún pueblan los bosques. Los que se quedan arrinconados por las ciudades vendiendo frutas, merodeando por suburbios o desecándose en populosos talleres, engendran esos neoyorkinos desgoznados, de piernas corvas y entecas, de rostros zorrunos, flacos, viciosos, amarillos y enfermizos.

Los hombres del Oeste se vienen encima, montados, como en sus corceles naturales, en ciudades inmensas, rompiendo como los bárbaros, acostando las selvas. Los de New York fu-

man y silban, de todo desprecupados, de sí propios, de la Nación y de la vida, y si, con ligerísima carga de escrúpulos, acaparan fortuna, que al aire echan como del aire les viene, o logran como un caballo en un pesebre, un quehacer fijo y un tanto holgado, viven indiferentes y se extinguen alegres, como si la grandiosa vida Universal se encerrase en el fuego de su chimenea, o en el humo de su cocina. Persiste, sin embargo, y ahora mismo lucha hermosamente por erguirse y afianzarse, lo cual acaso, mejorada con el sedimento bueno de la inmigración consiga, la antigua y hermosa raza puritana, a quien solo ha faltado ser generosa para ganar puesto entre las más simpáticas y gloriosas de la tierra.

José Martí



[Mf. en CEM]

## 63

El gran Búfalo Bill<sup>210</sup>

Una diversión norteamericana.-Escenas de la vida del Oeste.-Un héroe de las selvas,<sup>a</sup> «Búfalo Bill»,<sup>b</sup> se ve ahora escrito en colosales letras de colores, en todas las esquinas, cercados de madera, postes de anuncios y muros muertos de New<sup>c</sup> York. Por las calles andan los sandwiches,<sup>d</sup> —que así les llaman, de los sandwiches o emparedados,— embutidos entre dos grandes cartelones<sup>e</sup> los cuales<sup>f</sup> como dos paredes<sup>g</sup> les cuelgan por el pecho y por la espalda; y con los movimientos del hombre que los pasea impasible por las calles, ante la muchedumbre que ríe y lee, relucen al Sol las letras que dicen en colores salientes y esmaltados: «El gran Búfalo Bill».

**B**ÚFALO BILL es el apodo de un héroe del Oeste. Ha vivido en las selvas muchos años, entre la gente ruda de las minas, y los búfalos, menos terribles que aquéllos<sup>h</sup>. Sabe correr y abatir búfalos, y cómo se les cerca, aturde, burla, enreda y enlaza. Sabe deslumbrar a los rufianes y hacerse reconocer su principal; porque cuando uno de ellos salta sobre Búfalo Bill con el puñal al aire, ya cae con el de Búfalo Bill clavado en el pecho hasta la tetilla; o si le echan encima una bala, la de Búfalo Bill,<sup>i</sup> que es tirador destrísimo, la topa

en el camino, y la devuelve sobre el pecho del contrario;<sup>j</sup> es tal tirador que dispara sobre una bala en el aire,<sup>k</sup> y la para y desvanece. De los indios y de sus hábitos y astucias y de su modo de guerrear, lo sabe todo; y,<sup>l</sup> como ellos, ve en la sombra, y con poner el oído en tierra, sabe cuántos enemigos vienen,<sup>m</sup> y a qué distancia están, y si son gente peatona o de caballo<sup>n</sup>. Y en la pelea,<sup>ñ</sup> lo mismo se las ha a pistoletazos en una taberna con los vaqueros turbulentos, que no duermen tranquilos si no han enterrado, con sus botas de

cuero y sus espuelas, a algún vaquero comarcano o incauto viajador, —que con los indios vocingleros y ágiles que caen en tropel arrebatado, tendidos sobre el cuello de sus cabalgaduras y floreado el rifle matorador, sobre el hombre blanco, que de la arremetida se guarece detrás del vientre de su caballo<sup>o</sup> o el tronco de un árbol vecino. Todos esos terrores y victorias lleva Búfalo Bill en los claros, melancólicos, relampagueantes ojos. Las mujeres lo aman, y pasa entre ellas como apeteci-

a. En LN se publicó con el título anterior; al epigrafiario se le agregó al final: «El gran Búfalo Bill».

b. Sin coma en LN.

c. En LN: «Nueva».

d. Sin coma en LN.

e. Coma en LN.

f. Coma en LN.

g. Coma en LN.

h. En LN: «aquella».

i. Sin coma en LN.

j. Punto y coma en LN.

k. Sin coma en LN.

l. Sin coma en LN.

m. Sin coma en LN.

n. En LN: «de a caballo».

o. Coma en LN.

ñ. Errata en LA: «caba-», y no finaliza la palabra en la línea siguiente.

ble tipo de hermosura. Siempre que se le ve por las calles, solo no se le ve, sino acompañado de una mujer hermosa. Los niños lo miran como a hombre hecho de sol, que está alto y brilla, y los seduce con su destreza y apostura. Le cuelgan los cabellos castaños que de acá y allá se le platean por las espaldas vigorosas. Usa sombrero de fieltro blando de ala ancha: calza botas.

Ahora está sacando ventaja de su renombre, y pasea los Estados Unidos a la cabeza de un numeroso séquito de vaqueros, indios tiradores, caballos, gamos, ciervos, búfalos<sup>a</sup> con todos los cuales representa, ya al fuego del sol, por las tardes<sup>b</sup> dentro de un cercado vasto como una llanura; ya a la luz eléctrica, durante las primeras horas de la noche, todas las riesgosas y románticas escenas que han dado especial fama al Oeste. Pone ante los ojos de los ávidos neoyorkinos<sup>c</sup> en cuadros animados y reales las maravillas y peligros de aquella vida inquieta y selvática.—Ya son los vaqueros<sup>d</sup> con sus calzones de cuero<sup>e</sup> flechado en las franjas, su chaquetilla corta, su pañuelo al cuello y su recio sombrero mexicano, que se acercan, más como caídos que como sentados,<sup>f</sup> sobre sus vivaces caballejos, pronta a lanzarse por el aire la cuerda en el arzón de su silla de esqueleto recogida, y a salirse de su bolsa burda la pistola con que dirimen sus más leves con-

tiendas. Miran la muerte esos bravos bribones, sin casa y sin hijos, como una copa de cerveza:<sup>g</sup> y la dan<sup>h</sup> o la toman: entie-ran al que matan,<sup>i</sup> o heridos en el pecho se rebujan en su manta para morir.

Ya se alejan los vaqueros<sup>j</sup> después,<sup>k</sup> de lucir sus artes y enseñarse; y los indios vienen a distancia corta de un viajero blanco, que va como si no supiera que le<sup>l</sup> siguen. Adelantan los indios en hilera, todos de frente, cabalgando a paso lento, refrenando sus *ponies* impacientes, que apenas les<sup>m</sup> den rienda los salvajes, se desatarán contra el enemigo blanco, como si a ellos les estuviera encomendada la venganza de la raza que los monta:<sup>n</sup> ¡parece como<sup>o</sup> que el dolor de los hombres penetra en la tierra, y como que<sup>p</sup> cuanto de ella o sobre ella nace, trae consigo a la vida el dolor de que todo en torno suyo está empapado! Así es de esbelto, delgado y nervioso, el caballo *pony*<sup>q</sup> como el indio; y de astuto y rencoroso. Flecha viva parece<sup>r</sup> como si un arma no fuera invención casual de la gente que la usa, sino expresión, concreción y símbolo de sus caracteres físicos y espirituales, y de los trances de su historia. Cantando<sup>s</sup> vienen los delgados indios un cantar arrastrado, monótono e hiriente, que se entra por el alma y la aflige. De cosa que se va parece el llanto, y que se hunde adolorida por las entrañas de la tierra. Cuando se extingue queda vibrando en el

oído, como una rama en que acaba de morir una paloma.

De repente se llena de humo el aire:<sup>t</sup> vocerío diabólico sucede a la canturria lastimera:<sup>u</sup> a escape van los ponies, y al nivel de sus cabezas las de los indios:<sup>v</sup> si un cuchillo pudiera pasarse por debajo de sus cascos voladores, no chocaría con casco alguno:<sup>w</sup> caen todos dando voces<sup>x</sup> disparando a una, envueltos en humo polvoroso, enrojecido a veces por un fogonazo sobre el viajero blanco<sup>y</sup> que, pie a tierra, vacía sobre los indios, como vomita un cañón metralla, todos sus cartuchos:<sup>z</sup> con los dientes

- 
- a. Coma en LN.
  - b. Coma en LN.
  - c. En LA: «neoyorkinos».
  - d. Coma en LN.
  - e. Errata en LN: «curro».
  - f. Sin coma en LN.
  - g. Punto y coma en LN.
  - h. Coma en LN.
  - i. Sin coma en LN.
  - j. Coma en LN.
  - k. Sin coma en LN.
  - l. En LN: «lo».
  - ll. En LN: «le».
  - m. Punto y coma en LN.
  - n. No aparece esta palabra en LN.
  - ñ. Coma en LN.
  - o. Coma en LN.
  - p. Punto y coma en LN.
  - q. Errata en LN: «Cuando».
  - r. Punto y coma en LN.
  - s. Punto y coma en LN.
  - t. Punto y coma en LN.
  - u. Punto y coma en LN.
  - v. En LN, al parecer por salto de línea, se suprime desde «disparando» hasta «a veces».
  - w. Coma en LN.
  - x. Punto y coma en LN.



sujeta la pistola y con las dos manos la carga. Por entre las orejas de los caballos y debajo de sus vientres,<sup>a</sup> disparan los salvajes:<sup>b</sup> espíritus parecen, por los que las balas sin dañarles atraviesan:<sup>c</sup> ya el hombre blanco, que es Búfalo Bill, no tiene más cartuchos en su cinto:<sup>d</sup> supónese, al verlo vacilar, que esta lleno de heridas:<sup>e</sup> los indios lo van cercando, como los buitres a un águila aún viva; él se abraza al cuello de su caballo, que le ha servido<sup>f</sup> con su cuerpo<sup>g</sup> de mampuesto y muere.

Los de combate se truecan en alaridos estridentes de victoria:<sup>h</sup> no parece que los indios han dado muerte a un hombre blanco, sino a todos ellos; de comedia lo están<sup>i</sup> haciendo en el circo<sup>j</sup> para que lo vea la gente del Este,<sup>k</sup> pero tan arraigado lo tienen en el alma, que la comedia parece de veras. Ya se lo llevan; ya lo han puesto atravesado sobre una silla que desocupó un indio muerto en la refriega; y ya se van<sup>l</sup> alegres y vocingleros, cuando asoma con sus mulillas de colleras encascabeladas, y sus voces y restallidos de látigo, una diligencia, cargada de hombres blancos. ¡A la pelea! ¡a la pelea! El viejo carruaje se trueca en trinchera:<sup>m</sup> el pescante en almena de castillo:<sup>n</sup> cada ventana lo es de fuego:<sup>o</sup> los salvajes defienden en vano su cadáver:<sup>p</sup> otra vez todo es humo, chispazo, bala y pólvora:<sup>q</sup> los *ponies* al fin huyen,<sup>r</sup> y en brazos de sus bravos vengadores

es llevado el cadáver del viajero a la diligencia. Ebrio el público aplaude, que esto se ha ganado de Roma acá:<sup>s</sup> antes se aplaudía al gladiador que mataba, y ahora al que salva. El látigo restalla:<sup>t</sup> las músicas suenan; los himnos retumban,<sup>u</sup> y desaparece la diligencia desvencijada en una nube turbia de polvo.

Y así van representando los hombres de Búfalo Bill las escenas que<sup>v</sup> a lo vivo, conmueven aún las regiones selvosas del Oeste. Desalado viene un jinete. Una bala cruza el aire; pero no más aprisa:<sup>w</sup> desata la valija<sup>x</sup> que trae atada a la grupa; saca de los estribos ambos pies<sup>y</sup> fuertemente espolados, y al pasar junto a otro caballo<sup>z</sup> ya en silla, que un hombre tiene de la rienda, salta a él el jinete fantástico<sup>a'</sup> con sus sacos de cuero, y en el caballo fresco sigue la carrera, mientras arropan y reaniman al rocín cansado:<sup>b'</sup> es el correo de antaño:<sup>c'</sup> así, cuando no había ferrocarriles, lo era el hombre.

Ora es una manada de búfalos, que vienen con los testuces montuosos rasando la tierra:<sup>d'</sup> los vaqueros, a escape, con sus caballos<sup>e'</sup> los rodean, con sus gritos los aturden, con sus diestras lazadas los sujetan de los cuernos, los atan por la pierna que el público elige<sup>f'</sup> o los echan al suelo y cabalgan sobre ellos, que rugen y se sacuden en vano su jinete. Y suele haber vaquero hábil que<sup>g'</sup> después de haberle asegurado

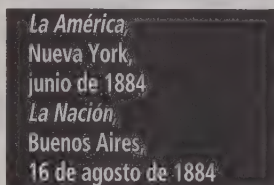
un lazo al cuerno, acelera aún<sup>f</sup> de súbito, a su cabalgadura, para que haga onda la cuerda del lazo, y con un rápido movimiento hace con ella una lazada, que le pasa alrededor<sup>g</sup> del hocico, y de un halón robusto aprieta a él como una jaquima.

Y la fiesta se acaba entre millares de balazos con que

- 
- a. Sin coma en LN.
  - b. Punto y coma en LN.
  - c. Punto y coma en LN.
  - d. Punto y coma en LN.
  - e. Punto y coma en LN.
  - f. Coma en LN.
  - g. Coma en LN.
  - h. Punto y coma en LN.
  - i. Errata en LA: «estkn».
  - j. Coma en LN.
  - k. Punto y coma en LN.
  - l. Coma en LN.
  - ll. Punto y coma en LN.
  - m. Punto y coma en LN.
  - n. Punto y coma en LN.
  - ñ. Punto y coma en LN.
  - o. Punto y coma en LN.
  - p. Sin coma en LN.
  - q. Punto y coma en LN.
  - r. Punto y coma en LN.
  - s. Sin coma en LN.
  - t. Coma en LN.
  - u. Punto y coma en LN.
  - v. Errata en LA: «balija».
  - w. Coma en LN.
  - x. Coma en LN.
  - y. Coma en LN.
  - z. Errata en LA: «consado». Punto y coma en LN.
  - a'. Punto y coma en LN.
  - b'. Punto y coma en LN.
  - c'. Coma en LN.
  - d'. Coma en LN.
  - e'. Coma en LN.
  - f'. Coma en LN.
  - g'. En LA: «al rededor».

hábil tiradores rompen en el aire palomas de barro, y coros de hurras,<sup>a</sup> que se van extinguiendo<sup>b</sup> lentamente, a medida que la gran concurrencia entra, de vuelta a sus hogares, en los ferrocarriles, y las luces eléctricas, derramando su claridad por el circo vacío, remedan una de esas escenas magníficas

que deben acontecer en las entrañas de la naturaleza.



[Mf. en CEM]

a. En LA: «hurrahs».

b. Errata en LA: «extinguiendo».

## 64

# Cartas de Martí

Un domingo de junio.-Nueva York en verano.- Los barrios de pobre.-El pánico financiero.-Los bancos suspenden pagos, la muchedumbre invade las calles.- Decenas de casas quiebran.-Los socios del general Grant.-Fernando Ward y su casa.-El juego de Bolsa.- La vida moderna: la neoyorquina.-Nuestras riberas y estas.-Elementos del carácter norteamericano.- Los negocios de Grant Ward.-Los contratos del gobierno.-Colosales estafas.-La Convención Republicana.-Candidatos para la Presidencia y la Vicepresidencia.

Nueva York,  
junio 7 de 1884

Señor Director de  
*La Nación*

EN DOMINGO se escribe esta carta; un sofocante domingo de verano. Los pueblos de

campo y las playas vecinas tienen hoy más fieles que las iglesias: rebosan los trenes pasajeros acalorados que van a ver las regatas de los remadores desde las barandas del Puente Alto; y los vapores pasean por los ríos, luciendo banderas de todas las naciones, a multitudes aseadas y go-

zosas. Se abren los nidos en el campo y el amor en las almas.

Todo es parejas en los rincones de los botes, en las escaleras de las estaciones del ferrocarril elevado, por las aceras anchas de las calles. Ellos lucen corbata blanca de piqué, y chaleco blanco: ellas, vestidas de telas ligeras como de alas, pasean, como un buque en gala sus pabellones, sus trajes prendidos con cintas rosadas y azules. De diez a doce, aún se veían, en las cercanías de los templos despoblados, barbudos caballeros y compuestas damas con su Biblia y su libro de cantos: pero la ciudad no está ahora de devoción, sino de tálamo. Flota en el aire un inmenso Júpiter;

que besa en la boca a lo desvanecida.<sup>211</sup> Nació el amor de Junio y de la Tierra. El invierno es un féretro; y las almas, con las primeras luces del verano, se visten de amores, como los parques de ramos de lilas. En los barrios míseros que echan sus gentes sofocadas a las grandes avenidas, trepan por las rodillas de sus madres, como insectos por troncos de árboles, los niñuelos enfermos, esos pobres niñuelos descarnados y exangües que en estas grandes ciudades sin fe y sin sosiego, tienen, como flores de lodo, de mujeres brutales los trabajadores descontentos e iracundos:—esos niños, apenas se acerca el sol a la tierra, se empiezan a secar, encoger y desvanecer, como los pantanos en los meses ardientes. Se busca a las fieras en los bosques: buscarlas, y convertirlas, se debe, en las entrañas turbias de estas ciudades opulentas.

Los niños que en Nueva York gustan más de pelotas y pistolas que de libros, porque en las escuelas las maestras que no ven en la enseñanza su carrera definitiva, no les enseñan de modo que el estudio los ocupe y enamore,—y de las casas, los padres acostumbra feamente a<sup>a</sup> empujarlos, como para que no se enojen con sus travesuras y enredos, a las calles;—los niños, ¡válganos Dios! o se detienen en las esquinas, lo que no es del todo mal, a trocar coqueterías con damisellitas pizpiretas de diez o doce

años que con mirada y aire de mujer van solas; o se entran a la callada, a escondidas de la policía, en un patio a jugar a la pelota; o, salen de las cigarrieras, que por esta maldad debieran ser tapiadas con el cigarro adentro, ostentando en los labios sin bozo encendidos pitillos. Y si se va por los barrios pobres, es usual ver cómo en las barbas del gendarme, que suele no ir muy seguro sobre sus pies, unos chiclelos descalzos empinan por turno una botella de cerveza, y hacen burla a un Rinconete de diez años, que pasa ebrio y tambaleando, mal sujeto del brazo por un Cortadillo balbuciente.—¡Válganos Dios, decimos! ¿No estarían mejor los fieles de las iglesias levantando estas almas, y calzando a estos desnudos, y apartando estas botellas de los labios, que oyendo comentarios sobre la bestia del Apocalipsis, y regocijándose en los picotazos que se dan los pastores de los templos rivales del distrito? ¿Quieren levantar templos? Que hagan casas para los pobres. ¿Salvar almas quieren? Pues bájense a este infierno, no con limosnas que envilecen, sino con las artes del ejemplo, puesto que la naturaleza humana, esencialmente buena, apenas ve junto a sí modelo noble, se levanta hasta él.

Envíense conversadores de alma sana por esos barrios bajos; regálenseles periódicos amenos, que no les enojen con pláticas sermoniacas de virtu-

des catecismales, sino que lleven la virtud invisible envuelta en las cosas que al pueblo interesan, de manera que no vean que está allí, y sospechen que se la quieren imponer, porque entonces no la aceptarán. Se curan las llagas en el pecho, y no se curan esos suburbios en las ciudades. En los Ateneos se habla mucho de progresos insignes, y en los editoriales de los diarios; pero no se ve que se está haciendo en casi todas partes el pan nacional con levadura de tigres. Esto sobre todo es peligroso —en países donde, como en este, el tigre manda. Así, las repúblicas van a los tiranos. Quien no ayuda a levantar el espíritu de la masa ignorante y enorme, renuncia voluntariamente a su libertad.

—«Nos parece que el Obispo Potter, en su lindo palacio gótico de Broadway, lleno de altas ventanas de vidrios de colores, hace muy buen obispo»,—dijo uno así esta mañana, tropezando con los rosetones de mármol que en el atrio del templo protestante aguardan a que los suban a contemplar la torre altísima con que la iglesia americana quiere dar celos a la catedral católica.

Y otro que oyó dijo:

—«El mejor Obispo ha sido Peter Cooper».—Nación que no cuida de ennoblecer a sus masas, se cría para los chacales.

a. Se añade coma.

No estaba, por cierto, tan alegre y encintado como hoy Nueva York, la mañana en que una sobre otra, hará unos cuantos días, vinieron a tierra, como naipes en fila, cuando se empuja el primero, decenas de grandes firmas comerciales; que eran meras casas de juego, so pretexto de comprar y vender acciones; y al suspender pagos, en virtud de sucesos escandalosos, algunos Bancos nacionales, quedáronse sin tener quien les prestara o les aceptara como válidos sus cheques nulos, y se declararon en quiebra. Los pueblos se encarnizan en amar, como en odiar; y suelen amar con tanta injusticia como a veces odian. A no ser por esto, y por ser tal la necesidad de lo heroico en las naciones que cuando lo tienen no lo quieren perder, y cuando no lo tienen se lo fingen; a no ser por esta tenacidad con que se aferra un pueblo a quien lo ha llevado a la victoria, y por esa saludable consustanciación de las naciones y de sus grandes hombres públicos, que es tal que si se los hieren les parece que son ellas las heridas; a no ser por esta bondad y nobleza humanas,—no se recobraría el general Grant de la vergüenza en que ahora anda.

Dio su espada a que le acunaran con ella oro, y se le ha ido la espada de las manos. Dio su nombre e influencia para que con ellos negociase la casa de comercio de acciones

de que sacaban él y sus hijos aparente grandísimo beneficio, y ha quebrado la casa del general Grant, enseñando que, sin que él pudiera desconocerlo enteramente o dejar de sospecharlo, venía de años atrás manteniéndose en pie merced a increíbles engaños, mentiras asombrosas, colosales fraudes.

De Grant y Ward se llamaba la casa de comercio. Ward la llevaba en su cabeza, y era el director de los negocios, amigo de buen vivir, de regalar, de dormir entre ricas pieles, de pasearse por establos bien poblados. Y Grant y todos sus hijos eran asociados de la casa. Ward pasaba por persona<sup>a</sup> astuta que veía el provecho aprisa, y se asía de él, con cuya reputación ganó la mano de la hija de un alto empleado del Banco Nacional de la Marina, y la confianza, al cabo, del Banco, que llegó a ser como propio suyo, pues del Presidente, que era un magnate neoyorkino, hizo su cómplice.

Es legítimo el tráfico en valores, y ha de haber un lugar donde el que se vea corto de dinero, y sobrado de papeles que lo representan venda, y compre el que quiera colocar sus fondos. Pero hinchar las acciones a precios que no están en relación con sus orígenes y valor presente y probable; imponer a papeles nulos un valor ficticio; forzar, con escaramuzas y asedios de bolsa, que no son en sí más que voluntarias suposiciones, ocul-

taciones culpables y descaradas mentiras, alzas o bajas que no proceden de los cambios reales del valor representado,—es una estafa indigna de que las gentes honradas pongan su inteligencia en organizarla, o su limpia fortuna en mantenerla en movimiento y crédito.

Ha echado por caminos la existencia moderna, en que la serenidad del ánimo, la claridad de lo interior y la vida legítima van siendo imposibles.<sup>b</sup> El súbito ascenso de los hombres a la igualdad política ha originado un desequilibrio y trastorno económicos que en todas las partes del mundo se notan; así como la súbita cultura, y la necesidad ardiente de ella, los han puesto en desigualdad con los medios de darles satisfacción; que no crecen con tanta rapidez como los apetitos. En las tierras donde toda la vida se es mozo, y se tiene en más el merecer las miradas de una dama, o la amistad de un hombre, que el aumentar las arcas; y se vive en el amor caluroso de la patria, en la doliente contemplación de sus desdichas, en el pago y la solicitud de los afectos, en los arrobos y ganancias del espíritu, en el espectáculo sano y confortante de una Naturaleza pródiga y amiga, no se convierten todas las fuerzas a un solo objeto que las absor-

a. Errata en LN: «presona».

b. Errata en LN, aparece coma.



be e hipertrofia; sino que se distraen y balancean; y como que se recibe placer en las amedidades del alma, no se pone toda la voluntad y la faena, en crearse una riqueza sin la cual es aún posible la ventura.

Pero en estas naciones donde del acumulamiento mismo de hombres vienen soledad y abandono espantosos, donde sólo una porción escasa de los que nacen en el país se sienten prendidos de él por sus padres y abuelos, y por esa interpenetración misteriosa del espíritu del hombre y el del pueblo en que viene a la vida; donde los mismos hijos del país son desterrados, y más que a una patria accidental que no puede tener para ellos ternuras maternales, aman acaso la de sus padres extranjeros que vieron siempre venerada en el hogar, como a una muerta adorada; o caen en el horror de no amar a patria alguna; en este pueblo de niños educados en la regata funesta por la riqueza en que sin sueño y sin día de fiesta forcejea la nación; y de hombres desvalidos cuya existencia entera, acerba como la duda e inquieta como la náusea, pasa en el combate por asegurarse el bienestar, que para luego en el constante susto de perderlo, o en el vicio censurable de acrecentarlo,—en este pueblo revuelto, suntuoso y enorme, la vida no es más que la conquista de la fortuna: esta es la enfermedad de su grandeza. La lleva sobre el hígado: se le

ha entrado por todas las entrañas: lo está trastornando, afeando y deformando todo. Los que imiten a este pueblo grandioso, cuiden de no caer en ella. Sin razonable prosperidad, la vida, para el común de las gentes, es amarga; pero es un cáncer sin los goces del espíritu.

Tal sería la gran tarea de los hombres previsores de este pueblo; y tal fue, como si le hubiese vivido una estrella en el pecho, la tarea de Emerson: espiritualizarlo. En la naturaleza espiritual, como en la física, como en la histórica, lo grande amenaza lo esencial: se ve en los poetas verbosos; en cuyo hojerío la idea se dilúe, afloja y evapora; se ve en la rosa centifolia, monumental, mas sin aroma; y en este pueblo arrebatado, que ofrece tal vez el espectáculo más admirable que hayan presentado jamás los hombres sobre la tierra,—en este pueblo rebosante se está viendo.

Naturalmente, de tanta fatiga, del deshábito del buen comercio de la amistad inteligente, del desconocimiento de los placeres delicados y superiores que vienen de la posesión y ejercicios de los afectos,—los hombres se van a regocijos acres y locos. Como que con las uñas y con los dientes pelean por asir el premio de oro, tienen placer en lucirlo, y entre el ganarlo y el ostentarlo, se les va por entre los dedos, pueril a veces como

la de un niño, la vida. No saben cautivar a la hermosura con las únicas armas que la rinden, y la compran o la toman en alquiler: lo que es tanto como acostar una hidra en el tálamo. La mujer, que abomina siempre a quien la paga, siente odio de sí y cae de un lado y de otro, buscando refugio. Honradas a veces, como en algo se han de complacer, se complacen, con arrojos de enamoramiento y ardores de pasión, en sus joyas y vestidos; por donde en ocasiones es profunda virtud lo que parece un defecto. Se crea un ser nuevo, triste como una llaça: la esposa manceba.

El hogar es un cuarto de hotel, cuyas paredes no son cual aquellas de nuestras casas, a las que se ama y conversa, como a seres vivos, y de quienes no se aparta el alma sin desgarramiento, tal como el árbol de la tierra en que tiene sus raíces: cuarto de hotel es el hogar, donde el proveedor va a dormir, y a que le vean su lujo, y de donde la mujer, como de una tumba; huye.—Las familias se cimentan, de parte del hombre, en una imperfecta necesidad de compañía, o en una exigente atracción física; y del lado de la mujer, en el goce de entrar a disponer de más amplio peculio. Como las ganancias suelen ser extraordinarias, tanto como las pérdidas, la vida llega a ser enfermiza y violenta como la de los jugadores. Un día es un

perro que viene de regalo en los brazos del amo ganancioso: un perro amarillo de hocico negro, con collar de plata; otros, los días de pérdida, el perro viene dentro del amo. Y como el corredor de Bolsa tipifica a esta generación frenética y amonedada, resulta que de pintar los caracteres generales de la vida ansiosa en esta gran ciudad: hemos venido; sin más que acentuar las líneas para ponerlas de relieve, a describir la vida de Fernando Ward.<sup>212</sup>

¿Carruajes? Brougham<sup>213</sup> no se había de pedir, ni tálbur<sup>a</sup> ligero, ni *cuatro en-mano*, ni *carrillo-de-perro* para los niños, ni cupé<sup>b</sup> discreto, ni *cab*<sup>214</sup> abominable:—porque de todos tenía, y los mejores de New York, la cochera de Ward. ¿Pielés? Se andaba sobre ellas, y estaban de ellas vestidas las paredes, tendidos los canapés, repletos, en elegante descuido, los rincones. ¿Medallones, bronces repujados, óleos de maestros, ídolos japoneses, trompetas de voluntario habanero, aguafuertes de Morín, estatuillas de barro y tela de los indios de México,<sup>c</sup> abanicos de Java, y pericones abiertos con sus corridas de toros o sus amores de María Luisa en el paisaje? De todo, de todo eso que puebla hasta los bordes del techo las salas americanas, estaban llenas, como un altar de reliquias, las paredes de Ward. Y días antes de quebrar, compró en una fábrica de la

Quinta Avenida, famosa porque hace en pulida caoba muebles como los de la época de la Revolución, no menos de cuarenta mil pesos en enseres de casa; y de los mostradores de Tiffany, separó para su mujer un aderezo de unos veinte mil.

¿Ni quién lo había de extrañar, si es fama en los Estados Unidos que no hay negocio que produzca más pingües ganancias que los contratos con el Gobierno; y Ward aseguraba a sus depositantes, y el General Grant lo dejaba creer bajo su firma en carta publicada, respondiendo a una pregunta confidencial y ansiosa, que por el prestigio de Grant, que ha sido siempre considerado como enorme, tenía la firma asegurados contratos excelentes con el Gobierno? Y la firma compraba un día millares de acciones; prestaba a un ferrocarril dos millones de pesos; pagaba en cinco meses, sobre cuarenta mil de capital, seis mil de provechos; y en el Banco Nacional de la Marina, cuyo Presidente era también socio de Ward, pagábanse al día a veces por su orden no menos de setecientos mil pesos. Murmuráse del exceso del interés pagado a los depositantes, porque era tal la maravilla, que el que ponía hoy cien pesos en la casa, los recibía mañana doblados; mas nadie lo extrañaba; pues por Grant se suponían seguros los contratos que daban para tanto —hasta que se ha venido a saber que

jamás había tenido la firma contrato alguno, ni hecho acaso, a no ser los primeros que causaron sin duda la pérdida, original negocio que no fuese deliberadamente fraudulento.

¿Pues cómo pagaban aquellos intereses enormes? Con los tres millones de descubierto que enseña la quiebra: con el capital de los depositantes nuevos pagaban los primeros intereses del mismo capital, a tipo loco, y los de los depósitos anteriores, consumidos ya a su vez del mismo modo para pagar los premios de depósitos aún más antiguos. Y no daban a ciegas los nuevos contribuyentes sus caudales; sino que se hacían firmar al entregarlos un documento que les garantizaba para un plazo corto una ganancia escandalosa. La sospecha callaba ante la magnitud del beneficio. Astuto ha habido que, en estos lances, ha sacado en intereses, con préstamos doblados, unas cuatro veces su capital.—Y es verdad que prestaban de una vez dos millones de pesos a un ferrocarril; pero le tomaban en depósito acciones por más, y no bien había estrechado la mano de Ward el presidente satisfecho del camino de hierro, ya andaban agentes excusados<sup>d</sup> por la calle levantando presta-

a. En LN: «tílbury».

b. En LN: «coupé».

c. En LN: «Méjico».

d. En LN: «escusados».

mo sobre las acciones en depósito confiadas, por cantidad mucho mayor que lo que se acababa de prestar, del cual modo se lograba por el momento unos miles de pesos que iban a cubrir los compromisos más urgentes, a los gastos de los asociados, cada uno de los cuales, en año ordinario, tomaba, para mal vivir, unos cuarenta mil pesos. Iban al Presidente del Banco que aceptaba, sin depósito de Ward algunos cheques de Ward por colosales sumas, de cuyo riesgo el Presidente se amparaba tomando de la sociedad para su bolsa unos quinientos mil pesos por año. Iban a los corredores que traían dinero nuevo, uno de los cuales, que vive ya en casa de mármol, pagó la firma por estos servicios en sólo un mes, doscientos mil pesos.

Volví su préstamo el ferrocarril, y a ruinosísimo precio, había que buscar dinero en plaza sobre el que el ferrocarril devolvía, para recobrar las seguridades del camino de hierro de que Ward había indebidamente usado: y como el interés cargado al ferrocarril era mucho menor que la diferencia entre lo prestado a él y lo tomado sobre sus seguridades, había que acudir, con las manos llenas de oro, a un agente que buscara depositantes nuevos que creyeran en el milagro de los contratos. Pero un día, hubo que pagar 215 000, y no se halló depositante. Tenía

Ward en un Banco, que no era el de Marina, unos dos mil pesos, y giró contra él por los 215 000, a favor del Banco de la Marina, que aceptó los cheques; y a quien fueron acreditados a la mañana siguiente en cuenta, al hacerse el cómputo de cheques en la Contaduría de Bancos Nacionales; y los cheques sin valor fueron puestos al cargo del otro Banco, que vio al punto que se le ponían a su adeudo 215 000 en una cuenta cuyo haber no subía a dos mil. Llamó a las puertas del de la Marina; y este que buscaba en vano a Ward, tuvo que correr sus persianas de hierro y suspender sus pagos.

La estopa se enciende aprisa; pero no más que la ciudad con aquella nueva y las que le siguieron.

Años enteros hacía que andaba, con el Presidente Grant a la cabeza, la firma en tales manejos, que es de justicia creer que en detalle él ignoraba, aunque, como estaba en trato continuo con su asociado, a cuya inspiración respondía con cartas insidiosas y afirmativas, a los que le preguntaban si era cierto que la firma andaba en contratos con el gobierno; si de estafa no se le puede, por naturales respetos, acusar, de sigilo culpable sí, o de torpeza e inexperiencia inconcebibles, o de pequeñez grande de miras, porque quien se siente amado de su pueblo, y tiene casa propia y sueldo de

general, y la renta vitalicia de 250 000 pesos que le reunieron sus amigos, y en la casa por única carga la de una sobria esposa-pobre persona ha de ser si se ocupa en amontonar más dineros. A bien que tiene hijos, y acaso por ellos diera su nombre; que el buen padre, por sus hijos hasta la honra pone en riesgo. Pero dos años hace, le preguntaron solemnemente si era verdad que la firma sacaba provecho de sus contrataciones, y si éstas existían; y él, por quien las contrataciones hubieron debido de ser obtenidas y sabía por tanto que no las había, no respondió esto, como debía a la más común honradez, si no a la alteza de su nombre, y escribió en cambio, «que autorizaba de buena voluntad que la firma usase de su influencia y de su nombre del modo que le pareciese provechoso.» Cuando se oyen tales cosas, parece que se ve caer a un hombre de una altura. Y se le ve muerto, aunque se le vea andando.

Al día siguiente, Grant y Ward venían, con gran estrépito abajo: ¡habían dispuesto de todas las seguridades que les dejaran en depósito! El presidente del Banco de la Marina había tomado en año y medio un millón de pesos de provechosos! ¡Por años enteros había llevado Ward una cuenta falsa de contratos! ¡Los hombres más ilustres de la ciudad habían puesto dinero en aquella sentina! Como entre las acciones



desaparecidas, había gran número de empresas ferrocarrileras, cuya necesidad de tomar prestado se revelaba con esto, a la agitación de los negociantes alrededor del Banco en suspenso y la casa de Ward, siguió, con la baja en las acciones de las empresas comprometidas, gran estrépito en la Bolsa y ese rumor que, antes que la razón, anuncia siempre el peligro. Ya venía por las calles la noticia de que un lindo de la ciudad, de casa grande, que era uno de los Directores de un Banco de excelente<sup>a</sup> fama, había hallado manera de disponer de cuatro millones de pesos de los fondos del Banco, y perderlos en la Bolsa. Todavía no acababa de anunciarse esto a los corredores que aullaban y rugían, como fieras presas, y ya por todo Broadway serpeaba otra funesta novedad: el Banco Metropolitano, con un filántropo millonario y famoso a la cabeza, había jugado también a la Bolsa, con el dinero que confiaban a su honradez los depositantes.

Al punto, no hubo Banco seguro; y, en las calles de negocios, ni un adoquín sin su hombre. Hasta los pisos altos de calles lejanas subía el rumor encendido de la muchedumbre. Desde los hombros de la estatua de Washington miraba un pilluelo a aquella enorme masa. Como por las calles de Wall y Broad, y por Broadway están

los Bancos, allí la gente se apretaba, pálidos y como enjugados de repente, las guedejas de cabello sudoroso caídas sobre las sienes, el vestido descuidado, en las manos guarduosas la libreta del Banco. Cómo se viaja en este país, allí se pudo ver. En un instante, se vaciaron sobre New York los pueblos vecinos, que aquí tienen sus ahorros, y corrían aterrados a buscarlos. Mujeres había más que hombres; y a ninguna mujer se vio llorar, y a hombres sí. Sollozaba un desventurado de fábrica monstruosa y barba larga, como si le hubieran arrancado del pecho las entrañas. Cinco, diez, veinte casas, cayeron a un tiempo: todas las que se nutrían de los Bancos cerrados, todas las que vivían, a merced de la bondad de los Bancos, que aceptaban los cheques de sus depositantes por cantidades mayores que sus depósitos, y en aquella hora de asalto y catástrofe se negaron a aceptarlos. Parecía que se venía abajo todo; pero se entrevió pronto que no era aquélla una catástrofe nacional, sino el súbito derrumbe de los que sin caudal cierto, y por expedientes mal prendidos, venían jugando, como sobre las espumas, a los azares de Bolsa.

El padre del ladrón de cuatro millones, los repuso: y el ladrón está preso: los directores del Banco Metropolitano dieron su capital para suplir lo perdido en Bolsa por el filán-

tropo deshonesto, y el Banco volvió a sus pagos, y a tranquilidad los depositantes campesinos. Las riquezas de Ward han caído en manos de los alguaciles: el capellán de Grant va a la cárcel, donde Ward está ahora; y en Washington se aprueba, como para librar a la Nación de la mengua de sospechas de su héroe, la proposición que otorga a Grant el pingüe sueldo de General en Jefe en retiro. La gente se ha asomado, como a una boca fétida, a la Bolsa.

Pero ¿por qué, ya al punto de cerrar esta correspondencia, inundan las calles los voceadores de periódicos, y se levantan todos los trabajadores de sus bancos y bufetes, y los negocios se suspenden un momento, y las calles se animan y llenan? Es que se anuncia que la Convención de delegados del Partido Republicano, ha proclamado ante doce mil espectadores roncoss de la continua excitación<sup>b</sup> y vocerío, que contra Arthur, que fue apoyado parsimoniosamente y contra Edmunds, senador canoso de pacíficas costumbres, es Blaine el acometedor, Blaine ambicioso, brillante y turbulento, Blaine, un Beaconsfield desenvuelto y temible,<sup>215</sup> el que el partido republicano elige para candidato a la próxima Presi-

a. En LN: «excelente».

b. En LN: «escitación».



dencia, y para Vicepresidente, al general Logan, a quien ama el ejército. Luto sería, para este país y para la justicia, luto para algunas tierras de nuestra América que tienen las rodillas flojas, luto para la misma libertad humana que viniese a la Presidencia de los Estados Unidos, este hombre intrépido, agudo y desembarazado, que de las grandezas de su patria sólo tiene las grandes preocupaciones. Halaga odios; y no busca la manera de ennoblecer a los hombres, sino de lisonjearlos para que le sigan de buena voluntad. Piensa en sí más que en su pueblo; y no vacila, con pretextos hipócritas o confesados, en llevarlo al ataque y a la

aventura. Pero es persona móvil y parlera; llama a todos por su nombre de pila; da palmas en el hombro a la gente menor, que queda oronda; flagela a los chinos con lo que halaga a los inmigrantes naturalizados; y arremete contra el librecombio, con lo que tiene de su parte a los trabajadores ignorantes y a los manufactureros. En política, el que sirve, será servido. — ¡De qué agonías, y caídas y humillamientos está hecha a veces la victoria! Y iqué mal que presidirá a los hombres quien está inquieto en sí! Porque una cesión al vulgo en cambio de aplauso o puesto, debe ser como una bofetada, y la señal de los dedos enormes

debe llevarse siempre en la mejilla.

A Tilden piensan en elegir los demócratas. O a Cleveland, el gobernador honrado de New York. O a Benjamín Butler,<sup>a</sup> «el amigo del que cae debajo en la pelea». — Hemos de oír y ver cuanto se diga en esta campaña peligrosa y ardiente.

José Martí

**La Nación,  
Buenos Aires,  
16 de julio de 1884**

[Mf. en CEM]

a. En LN: «Butter».

## 65

# El gobernador de Nueva York

ESTABA EL GOBERNADOR de New York, Grover Cleveland, sentado en el amplio sillón que viene bien a su cuerpo recio, repasando con un ayudante unas pruebas de imprenta, en los momentos en que un disparo de cañón anunciaba a los habitantes de la ciudad de Albany que el

buen Gobernador acababa de ser electo designado a la candidatura para la Presidencia de los Estados Unidos por los representantes del partido democrático reunido<sup>a</sup> en Chicago.

Que la pluma le tembló al Gobernador en la mano es seguro, porque nadie recibe sin

temblar la noticia que le pone en camino de ser jefe del pueblo más libre y grandioso de la tierra; pero no se le vio temblar la pluma.

—Gobernador, dijo irguién-

a. Sin «s» en LA.

dose sobre sus pies el Ayudante, es que están saludando con cañonazos vuestro nombramiento.

—Bien puede ser, Ayudante; pero acabemos estas pruebas.— águilas nos parece que debía ver el Gobernador entre los puntos de la pluma, en vez de letras y cifras.

Pero la campanilla del telé-

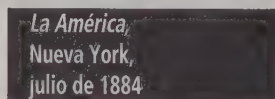
fono suena, y hay que poner atención a lo que dicen.

—«Dígase al Gobernador que ha sido electo candidato en la segunda votación.»

Ya la prueba no pudo corregirse. Los amigos ansiosos, que esperaban en un cuarto vecino, están llamando a la puerta. El Gobernador sonríe: sonríe y no habla: y de pronto,

se pone en pie, y dice a su Ayudante:

—Lamont, quisiera que comunicasen eso a la casa: ¡las hermanas querrán oírlo!



## 66

# Grover Cleveland

CANDIDATO del Partido Demócrata a la Presidencia de los Estados Unidos.

Franco, firme y abierto, como el retrato, que en esta página publicamos, lo enseña,<sup>a</sup> es Grover Cleveland, Gobernador actual del Estado de New York, escogido ahora por la Convención de Delegados del partido demócrata como candidato del partido en la elección de Presidente de los Estados Unidos, que ha de quedar hecha en Noviembre. Tiene Grover Cleveland cuarenta y nueve años; y es alto y corpulento. Su espíritu es virtuoso; su naturaleza activa e impaciente; y su carácter disciplinado. Se ama a sí propio, y pro-

cure su adelanto; sin lo cual no hay a la larga encumbramiento ni fortuna, ni se va a grandes puestos públicos; pero preferirá, como ya una vez ha preferido, poner en riesgo su elección para Presidente de la República, a lisonjear las preocupaciones de los electores acatando un acuerdo de la Legislatura contra un compromiso expreso del Estado. Está el peligro de las democracias en que los funcionarios, amigos del poder que los mantiene en fama y bienestar, procuran, para asegurarse en el mando, halagar con sus actos a las muchedumbres que han de encumbrarlos o abatirlos con sus votos;<sup>b</sup> Grover Cleveland es de aquellos hom-

bres que con entereza igual arrostra la ira de los acaudalados que le solicitan para amparar sus malas empresas, que la de los obreros revueltos y enconosos que no entienden que haya más justicia que la que permite la satisfacción de sus deseos. Con retirarle sus votos para la Presidencia le amenazaron las asociaciones trabajadoras, si en los dientes de un contrato del Estado que lo impedía, no aprobaba el acuerdo en que reducía la Legislatura a

a. En LN, «su físico», en vez de «el retrato, que en esta página publicamos, lo enseña».

b. Punto y seguido en LN.

cinco centavos el precio de diez que ahora cuesta, en las horas del día que no son las de ir y venir la gente obrera, el pasaje por los ferrocarriles elevados:—pero Cleveland, luego que vio claramente que la ley, que en su puesto es llamado a hacer cumplir, no estaba de parte de los obreros, en los dientes de su cólera desaprobó el acuerdo de la Legislatura.

Tammany Hall<sup>216</sup> es el nombre de una poderosa organización del partido demócrata en<sup>a</sup> New York. Son como los caciques del voto; y sus compromisos tan estrechos como los de una sociedad secreta. Ya repartiendo pequeños destinos, ya manteniendo agentes que vierten determinadas ideas y azuzan especiales odios, ya pagando o ganándose la voluntad de las personas de influjo y cabecillas de los barrios, Tammany Hall hace de manera que en época de elecciones la ciudad es suya. Y como del amor exclusivo a sí propio, que caracteriza a nuestro tiempo, y en especial a las ciudades mercantiles, viene el lamentable abandono de las urnas electorales por los ciudadanos independientes, este poder de Tammany Hall es mayor, por no hacer esfuerzo por derribarlo los únicos que podrían balancear su influjo. Como el que sirve a Tammany tiene puesto seguro en el gobierno y administración de la ciudad, los logreros y rufianes, que son siempre los más,

hallan fácil el premio y grata la ocupación de servirle. Y como no hay cosa más ciega y levantisca que las preocupaciones, y es tan fácil encender el ánimo de las clases pobres en estas ciudades que las ofenden con su fausto ostentoso, los servidores de Tammany se hacen pronto de grande influencia y la perpetúan, avivando entre la gente humilde y páupera los rencores y apetitos que la mueven.—De manera que salir al paso de Tammany Hall, es como firmarse con la propia mano, aquí donde todo depende del voto, un decreto de muerte política.—Los barrios enteros votan como Tammany manda: Tammany elige Senadores, Gobernadores y Presidente; Tammany les impone luego, en cobro de la influencia con que los ha elegido, las personas, impuras casi siempre, a quienes por paga o por complicidad en los provechos, tiene señaladas para ocupar los más pingües empleos públicos.—El corcel está en la casa del Gobernador;<sup>b</sup> pero las riendas, las espuelas y el látigo, están en Tammany.—Grover Cleveland se ha puesto en pie, y se ha decidido, para vindicación de las instituciones democráticas amenazadas de gusano, a arrancar de cuajo las raíces de Tammany.

Esta es su significación en las elecciones: no la guerra de Cleveland contra la asociación de demócratas impuros que le acusa y le niega su apoyo; sino

la de los demócratas honrados de que Cleveland es vigoroso representante, contra los vicios políticos que han venido poniendo en descrédito las prácticas viriles de la democracia.

Y como los republicanos eligieron para candidato de su partido a la Presidencia a un hombre que no ve las cosas de la Nación con más escrúpulos que aquel con que Tammany mira las de la ciudad; como al lado de Blaine han prosperado camarillas de ferrocarriles y otras empresas que le remuneraban con acciones y dinero el empleo de su influencia en el Senado y altos hombres públicos,—mientras que Cleveland ha cortado el vuelo, con sus vetos serenos y atrevidos, a todas las tentativas de ese género que en su tiempo alcanzaron apoyo o complicidad en la legislatura de su Estado; como Blaine cree, con doloroso disgusto de los norteamericanos sensatos y leales, que no es desvergüenza usar de la fuerza cuando se la posee, y ahora es la ocasión de que los Estados Unidos asienten la mano, y la claven, por todos los lugares de la tierra adonde les llegue la mano poderosa,—y Cleveland piensa, con aplauso entusiasta de la gente honrada de la República, que el que viola el derecho, la paz y la independencia de la casa

a. En LN: «de».

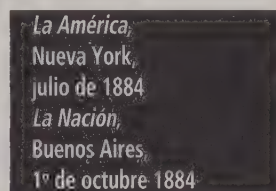
b. Sin punto y coma en LN.

ajena, es como un bandido y rufián de las naciones a la que lo de cesárea y omnipotente no quitaría la mancha de criminal y de villana; como de un lado está Blaine, que trae al pueblo que ha sido hasta ahora albergue del derecho y decoro humanos en toda la tierra ofendidos, aquel desdén del hombre, ejercicio de la fuerza e ímpetu de conquista que los lastiman y violan,—y de otro lado era preciso poner a quien por lo discreto, digno y sesudo dejase a los Estados Unidos en su puesto de nación de hogar y casa de los hombres, y con el respeto a los demás y el goce pacífico de sí, perpetuara el magnífico ejemplo de la eficacia y salud de la libertad que los Estados Unidos vienen dando;—la Convención de los demócratas escogió, de entre todos los candidatos del partido, a aquel que cuida más de gobernar honradamente su casa que de

ir a perturbar la ajena; a aquel que no quiere abrir a las furias de la guerra y al vocerío de los mercaderes este templo maravilloso que sobre columnas de hombres prósperos y buenos por encima de toda la tierra se levanta.—Quien ha sabido preservar su decoro, sabe lo que vale el ajeno, y lo respeta. Y el pueblo que ha sido la casa de la Libertad no ha de convertirse, no, por Dios! en dragón en que cabalgue la conquista, ni en nueva tumba del hombre, como los pueblos despóticos o corrompidos que han dominado y envilecido el universo.

Seso y decoro pide la gente buena de este pueblo a sus Presidentes; y no quiere que se tenga en mucho el seso, si no va acompañado del decoro. Porque el talento, la naturaleza lo da y vale lo mismo que un albaricoque o una nuez; pero el carácter no; el carácter se lo hace el hombre; y con su sangre lo anima y colora, y con

sus manos lo salva de tentaciones que como sirenas le cantan, y de riesgos que como culebras lo vahean; el carácter sí es motivo de orgullo, y quien lo ostenta, resplandece. Como mármol ha de ser el carácter: blanco y duro. Y esto tiene de magno Grover Cleveland; que en época de política corrupta ha traído la virtud a la política; que lisonjeado, cortejado y puesto en peligro, ha salvado su carácter entero y sencillo de tentaciones y de riesgos. Por eso apoya también fervientemente su candidatura gran parte del bando republicano.



[Fotocopia en CEM]



# Una novela en el Central Park. Inteligencia de las oropéndolas<sup>a</sup>

**L**A AMÉRICA suele, para reparar en el comercio de la Naturaleza las fuerzas que se pierden en el de los hombres, salir a paseo por donde hay árboles coposos: y gusta de ver cómo los soles del verano disponen de igual manera al amor a los hombres y los pájaros, y cómo éstos revolotean en torno de las ramas, cual las imágenes, sueltas por el aire a modo de halcones de cetrería, danzan y giran, de vuelta de sus excursiones, en torno de la frente.

Por los lugares menos concurridos del *Central Park* suele pasear *La América*: que más le contentaría andar por selvas naturales, libres y robustas, que por jardines mondados y pulidos. Y allí tuvo ocasión de ver dos pajarillos que por su discreción se han hecho famosos.

La oropéndola es ave diestra e inteligente, y esta pareja de ellas lo es mucho.

Parecía que se veía trabajar al propio pensamiento cuando se les veía hacer su nido: como la observación va cogiendo hechos, y vaciándolos en la mente, que los reúne y trenza,

y da luego en idea compacta y sólida, así recogían las oropéndolas hojas fibrosas, pedúnculos y gramas, y trabajaban su nido con ellas.

Iban y venían, como copos de oro: y como el pico, mayor que la cabeza, lo tienen ancho y recio, y son diligentes y busconas, el nido iba de prisa. Pero a poco observaron que la rama de que lo habían colgado era muy débil y se venía al suelo, a punto que ya tocaba el césped: lo que da miedo singular a las aves que, espantadas acaso del tiempo en que vivieron sobre la tierra, no quieren que sus hijos nazcan en ella, y se interrumpa su camino al cielo.

Aletearon y piaron querellosamente los dos pajarillos. Se paraban en otra rama, y se movían en ella. Se juntaban como para consultarse, y separadamente, como para buscar, se perdían por el ramaje espeso.—Y volvían con tristeza, como dos esposos desdichados, a posarse sobre la rama débil.—Con el nido a medio fabricar, lleno ya de sus esperanzas y

devaneos ¿qué harían ahora?: ni del amor impaciente, que les agitaba de adentro del pecho su plumaje de oro,—de su creador amor, qué harían? Porque el pájaro, más sabio que el hombre, no engendra hijos sino después de haberles procurado casa.—Ala contra ala seguían gimiendo los dos pajarillos.

De pronto, saltan sobre una rama que estaba como a unas quince pulgadas por encima del nido amenazado; la oprimen con el cuerpo y la sacuden; tienden sus cabecitas a la rama de abajo, como para medir bien la distancia; pían con menos dolor; unen un instante sus picos, y, por lados contrarios, vuelan.

Ya era de noche, y a la mañana siguiente se vio la maravilla. ¿Qué habían hecho las

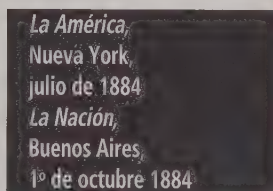
a. Este es un texto insólito en el periodismo de Martí. Aunque es un relato y no una crónica, se incluye en esta edición por tratar un tema neoyorquino.

dos oropéndolas? ¿Llevado el nido a la otra rama? ¿Comenzado un nido nuevo? ¿Suspendido el amor hasta tenerle fabricada la casa? ¡Oh, no; que los novios no tienen espera! —Muchos pájaros saben tejer y anudar, y algunos, como el tejedor de la India, juntar por los extremos una hoja grande, en forma de embudo, y llenar-

la para recibir sus huevos.—Y estas oropéndolas amables y traviesas habían hallado por el suelo piadoso un trozo de cordón, pasándolo por encima de la rama fuerte, y sujeto con sus dos extremos colgantes las alas del nido, adonde ahora, en silencio, están calentando sus huevos.

Como tienen las plumas

amarillas, se ve, por encima del nido, como una espuma de oro



## 68

# Del Viejo al Nuevo Mundo. Escenas neoyorquinas<sup>a</sup>

LOS EDIFICIOS son como las palabras de los pueblos, y sus símbolos. A través de las edades cuentan su espíritu y revelan su historia. Una piedra labrada es un libro: el lapidario le trasmite su alma. En la forma va la esencia. La arquitectura es el espíritu solidificado. Las edades de pelea alzaron castillos; las de sombra, conventos; esta nuestra, casas de inmigrantes. Porque los mares se secan, se amarran los continentes, aumentan los vapores su singladura, los hombres se abrazan. Las razas se niegan a enemistarse; y se está creando

una que las encierra a todas, y borra sus linderos, y como ejército de soldados de coraza de luz, brilla: la raza de la libertad. Se abusa de esta palabra hermosa, que en su propio sentido resplandece. Las castas que oprimen, y vienen de la gente feudal, han heredado con el nombre y privilegio de sus mayores, sus ferocidades y odios; pero los hombres de abajo, que serán pronto, por ley de amor e inteligencia, los de arriba, del Ande al Cáucaso y del Caspio al río Amarillo, se dan de mano, y apretados pecho a pecho, andan. Es hermo-

so ver cómo la tierra les va abriendo camino. Dónde pararán, no se sabe; pero se han decidido a llegar a las puertas del cielo.

Pueblo hay todavía, clavado como un diente de león muerto en el costado de la América libre, que al viajero que viene navegando por su bahía azul, le sale al paso con un presidio.

a. Esta crónica no había sido recogida hasta el momento en las *Obras* de Martí.

Guatemala, tierra encantadora, echa a saludar a los que entran por su Río Dulce un bosquecillo de palmeras, que de la margen se sale, y en el agua tranquila retratan sus copas, y tienden hacia el barco sus lozanas pencas, como brazos que llaman. La América entera va al encuentro de los que la visitan, con estas islas verdes, y cestos de flores, y copiosos frutales. Antes, por sobre el hondo foso que rodeaba la fortaleza, se alzaba como un escudo que cerrase el paso a la humanidad endeble, el puente levadizo: ahora, las casas de inmigrantes tienden sus muelles anchos sobre el mar domado, para que la humanidad pase. Así recibe New York al mundo viejo: con su ancha casa de inmigrantes.

Quien entra en ella y en su rotonda espaciosa y desnuda, a la raíz de cuyas paredes se arrian grupos tímidos de gente burda, imagina que anda en el interior de una vaina inmensa. Y está bien la comparación; porque a los pocos años ya aquellas manadas de gente tosca, se han pulido y bruñido, y como vuelto del revés, y sacado afuera lo mejor de adentro; y son tan diferentes de como llegaron, cual la cara brillante y visible de la vaina lo es de la cara interior, dura y grosera.

Llegan de Irlanda, con su chaquetón raído, por cada uno de cuyos remiendos y bolsillos asoma un chicuelo; y con sus botas de cuero arrugado, con

pliegues que parecen de falda de monte.—De Alemania llegan, con su cachucha de casco redondo, su gabán de paño amarillento que semeja camisa; y en una mano la fe y en la otra la pipa, ambas encendidas. De Suiza llegan más cultos, como que vienen de país libre, lo que quita a los hombres este tímido aire de rebañ: trae el suizo su traje de lana pobre, pero de hechura de ciudad, y en el bolsillo el reloj, aunque grueso y de plata, y en la cabeza el sombrero de fieltro.—De Italia vienen, humildes y hermosos, y parecen que traen entre ellos macetas de flores, que son, con sus vestidos pintorescos, sus mujeres e hijos.—Son cárceles del sol los italianos: en los ojos les arde la lava.—Y entre un griego, bello con la desdichada hermosura del pastor Alexis, y un noruego que ostenta sobre sus hombros macizos, su rostro sereno ceñido de gran barba roja, deslízase, flaco y mugriento, con sus altas botas y su dolman vuelto del revés, como para que no se le pierda lo único que le queda de la patria, un mísero húngaro.—¡Pues a los pocos años, todos esos fumadores de pipa y pobres remendados son dueños de casa, o de tierras, o de votos que los llevan a la Cámara de Representantes,—y dueños de sí, que es más que todo eso!

El judío se ha hecho mercader, y ha traído el beneficio de su inteligencia, y el de su

hermosura: o es director de orquesta, o actor, o buen empleado de comercio. El noruego es capitán de barco. El irlandés, si astuto, políticastro o tendero; si duro de magín, como suele ser, más es una carga que un ornamento, y pasa la vida huyendo de la ciudad creciente que lo va sacando de todos sus rincones, con sus gansos y patos a rastras, y su casaca de madera a cuestras. El alemán todo lo vence y doma; y en todas partes como señor se sienta; y si ve que otros viven de elaborar tabacos, aprende a elaborarlos; y si dibuja, es el mejor dibujante; y si comercia, el comerciante más activo y sesudo.—Calladamente se viene encima la gente alemana, como si adelantase, rompiendo la sombra, formidable e invisible ariete: cuando se les viene a ver, ya están los alemanes sentados en sillón de dueño: son como los jesuitas del trabajo.—Señorío se ha vuelto a los pocos años toda aquella pobre muchedumbre; la cachucha redonda, sombrero de copa alta; el dolman, chaqué atildado; la del griego, varonil hermosura; el reloj de plata, macizo reloj de oro.—En esto se convierte, hervidas al calor de la libertad en esta magnífica redoma, todas esas sustancias humanas de extraña apariencia, que a barcadas vacían de sus vientres inmundos los portentosos vapores de Europa. ¡Recaderos imponentes, esos grandes vapores! La naturaleza por no pere-

cer a su propio fuego, creó volcanes: los hombres han creado volcanes que andan:—como los globos, montes que vuelan.

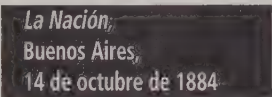
Y a veces, vienen en esas revueltas barcas,—poesías vivas y como flores humanas,—niños de muy pocos años; sin padres vienen, con un letrado al cuello, para que las almas piadosas los encaminen a donde están sus padres.

Una vez es una niña que apenas tiene ocho años, y viene sola de Suiza, con su trajecito de montañesa, y su saquillo alpestre al costado. Llega como aterrada entre la muchedumbre de inmigrantes: ellos se extienden por la rotonda, como olas de mar turbio: y ella, con sus mejillitas encarnadas y húmedas de llanto, parece una hoja de rosa sobre las olas. Todos la cercan, y le preguntan quién es, y la pasean en brazos; y ella, por el enor-

me peligro engrandecida, en una sonrisa se bebe las lágrimas, y a los ojos azules saca el alma tierna, y afecta bravura de mujer mayor, que no tiene miedo de seguir sola a Massillon de Ohio, donde su padre, que le mandó a una parienta el dinero del pasaje, ha sembrado trigo, y la espera. Y con su letrero de cuero al cuello, y su saquillo lleno de dulces y presentes, María Woodti valerosa sigue camino de Massillon de Ohio. ¡Estos son ángeles, y el cielo está en la tierra, y ya hay altares nuevos!

Otra vez, son tres formales personas las que llegan. Las tres vienen de la mano, muy graves y serenas. Al jefe de la partida no le tiembla la voz cuando pregunta al Superintendente de Castle Garden dónde puede tomar el tren para ir al Oeste. Y al Superintendente, que es persona

hecha a lances serios, se le anublan con llanto los ojos y se le ablanda conmovido el pecho, porque el caballero que viene solo de Inglaterra, y quiere tomar el tren con sus dos hermanitos, no ha cumplido nueve años. Ella es su hermanita Lucila, y el otro es su hermanito Hamilton, y él no tiene miedo de ir a Chicago, donde su padre, que es carpintero, vino a mejorar, lo cual ha debido ser, puesto que ya les mandó diez libras para el viaje. ¡Y allá va hasta Chicago el caballero, con Hamilton y Lucila de la mano!



La Nación  
Buenos Aires,  
14 de octubre de 1884

[Fotocopia en CEM]



## Cartas de Martí

La procesión moderna.-Una columna de 20 000 trabajadores.-Problemas graves y paisajes nuevos.- Los políticos.-Los irlandeses y su influjo.- El millonario Jay Gould.-El monopolio.-Desfile imponente.-Las máquinas alegres.-La prensa de Franklin.-El coche de Nellie.-Tipógrafos y sastres.- Cigarreros y carniceros.-Los hermosos negros.-Los alemanes silenciosos.-Alegorías y caricaturas.- La revolución del siglo XIX.-Eficacia de la libertad.-Los trabajadores en la calle de los palacios.- Vestiditos blancos.-«Santo trabajo».

Nueva York,  
septiembre 5 de 1884

Señor Director de  
*La Nación*

**H**AN DECIDIDO los artesanos de los Estados Unidos que el primer lunes de cada Septiembre sea un inmenso día festivo para todos los trabajadores de la Nación:<sup>217</sup> ¡martillo abajo! ¡almas arriba! ¡los niños, a caballo sobre sus padres! Los que edifican el mundo, quieren enseñarse una vez al año a él: así, ante el espectáculo solemne, se decidirán a obrar en justicia los abusadores, y entrarán en miedo los déspotas: mal le irá, al que

quiera sentarse sobre todos esos hombres.

¡Qué ejército, qué ejército el que el 2 de Septiembre de este año paseó sus formidables escuadras por las calles más concurridas de Nueva York! ¡Qué hermosura, qué aseó, qué grandeza! Veinte mil eran, hombres y mujeres.-Antaño, con poner un rey la mano sobre el hombro de un calientachismes de palacio, o un cerceador de hombres, o un guardador de la puerta por donde entraba a robar placeres la Majestad, ya lo hacía caballero: hogaoño, ver a estas gentes humildes, a estos pobres alegres, a estos viejos honrados, a estas mujeres enfermizas, a estos creadores de sí propios, es

como recibir un título más decoroso y limpio de nobleza: «Hombre te hago», dijo el Creador: y le puso en los labios la palabra, y entre el cabello y los ojos un cintillo de luz: desde entonces, ni ser duque, ni marqués, ni conde, ni vizconde, ni barón, es ser más que hombre: ¿cómo el que hereda una fortuna ha de ser más noble que el que la fomenta? ¿cómo el que vive a espaldas de los suyos, o al amparo de castas favorecidas, ha de merecer más respeto que el que forcejea por abrirse paso en la tierra difícil, con la pesadumbre del desdén humano encima, abandonado a sus esfuerzos propios? Gusanos me parecen todos esos despreciadores de los pobres: si se les levantan los músculos del pecho, y se mira debajo, de seguro que se ve el gusano.-Cuando el pobre exagera sus derechos, rebánensele sus pretensiones en buena hora, que nadie tiene un derecho que lastime el de otro; pero repudiar como a criaturas que manchan y avergüenzan a aquellos cuyas virtudes pacientes y admirables ni por un solo día serían capaces de imitar los que las repudian,-es una vileza digna de un castigo público.

Este año, no hubo aún aquel día general de asueto y regocijo que los trabajadores quieren que sea cada lunes primero de Septiembre. La idea es nueva, y, aunque creció pronto, ni los dueños de fábricas han asentido todavía a la demanda de los obreros, ni todos estos pudieron por ir a fiesta, privarse del salario del día que habrían perdido: de modo que se organizó una procesión ostentosa a que las corporaciones más entusiastas o ricas acudieron en masa, y otras enviaron, como a la fiesta campestre con que dio fin, centenares de representantes.

Pero en las calles y plazas por donde había de pasar la procesión, todo era desde por la mañana, en los copos de los árboles, en los botones de bronce del uniforme de gala de los policías, en los vestidos alegres de las familias que iban a ver marchar a sus padres, en los pabellones que engalanaban muchos de los establecimientos de la carrera, y en todas aquellas almas tan a menudo acongojadas, todo era sol.

Sol hubiera habido, aunque el del cielo se hubiera entoldado: dondequiera que el hombre se afirma, el sol brilla.—Rayos de sol travesaban por entre la festosa muchedumbre que llenaba las calles la mañana de la procesión de los trabajadores. De entre los crespos rubios de los niños de los pobres, salían los rayos de sol, cuchicheando, y revoloteando.

Resplandecían, como premios, sobre los martillos de los artesanos. Subían, como duendes, por los postes de la luz eléctrica. Daban sobre las ventanas, como invitando a las gentes dormidas a que se levantasen y las abriesen, para ver pasar a los héroes humildes, que cual los hindús a las plantas del elefante blanco, se acuestan en la tierra para que la humanidad pase: como andas son los trabajadores, en que viaja el mundo. Y se quebraban los rayos de sol sobre los alambres del telégrafo, y se detenían a ver pasar la procesión, como pilluelos, cabalgando en ellos.—Mera casualidad es que haya día bueno o malo, y poesía barata y desdeñable la que hiciese hincapié en ello; pero da gozo ver que la Naturaleza une sus galas a las del espíritu, y se pone de fiesta cuando lo está él; lo cual agradece el alma, que se placen el bello conjunto, como si la Naturaleza hubiera contribuido a él intencionalmente.

Ya viene, ya viene la procesión.—La gente está apretada en las aceras. Limpísimo está Broadway, como las calles de Roma cuando iban a entrar los triunfadores. Los políticos, que no son los politicastros o malos políticos, sino los políticos de ruin ralea que trabajan en los bastidores de la gobernación pública por logrería y oficio, culebrean por entre la turba, como serpientes de ancho vientre y rostro rojo, con diamantes, grandes como crí-

menes, en la pechera de la camisa: como plata bruñida brilla la camisa de estos rufianes de las ideas: nótase siempre que los que no poseen una cualidad, son los que ponen más empeño en aparentarla: cuidan mucho de su limpieza exterior estos políticos. Y van gordos, macizos, sonrientes, relucientes, como quien vive de holganza provechosa: se parecen grandísimamente a los canónigos de antaño; sólo que éstos rezan sus Horas en la ley del sufragio universal. La religión de la libertad, como todas las religiones, tiene sus augures; y la lámpara del espíritu, como todas las lámparas, tiene sus vampiros. El mundo animal está en concreción, en toda asociación o persona humana: cada hombre lleva en sí todo el mundo animal, en que a veces el león gruñe, y la paloma arrulla, y el cerdo hocea;—y toda virtud está en hacer que del cerdo y del león triunfe la paloma. Y estos políticos, de cervecerías y esquinás, estos falseadores de la opinión pública, estos corretores de votos, son como los cerdos de las instituciones políticas: sólo el ojo vulgar puede confundirlos con el león, que fulmina y arremete, o con la paloma que del suyo propio, y de todo dolor ajeno, suplicando, muere.—¿Y la procesión? ¡Ya viene, ya viene!

Cuesta trabajo reprimir las ideas cuando el sol esplende, los trabajadores marchan, y

todo el mundo se hincha. Parece que se ve en el aire una bandera nueva, y se la sigue. Cuando se ve surgir el pabellón que guía a la redención humana, el hombre, como un manto que le estorba, deja caer a sus pies la vida diaria y común, que le ha sido impuesta como un uniforme de concripto que lo enmascara y oculta,—y luce con sus arreos de batallar, claro y brillante como un astro.

Los políticos, gente de bajos, que no alcanzan a ver lo que sucede en las alturas, continúan su camino por entre la muchedumbre, aguzando las pasiones de la gente inculta, dejando caer en sus oídos, como áspides, suposiciones que en aquellos pechos lastimados y sencillos, se convierten luego de serpientes en llamas, que cansadas de comer en lo interior del pecho que las aposenta, les encienden la lengua y los brazos, y se salen de ellos por todos los poros, y se juntan con todos los que sufren y llamean; y queman y devastan, en una hora de mortal incendio, que limpia pero que aterra el mundo. Los políticos malogran y envenenan todas las grandes batallas del espíritu. Criminales públicos son estos calumniadores de oficio. Y como ahora hay cuatro candidatos a la Presidencia de los Estados Unidos, y los cuatro apetece el voto de los obreros, los políticos están muy ocupados: unos, que prefieren a Blaine porque no les

lleva a mal su modo de trabajar en política y sacar provecho de ella; acusando a Cleveland, el candidato de los demócratas, que no tiene alas en la mente, mas sí pies macizos, hechos a hollar abusos; otros que sin querer bien a Blaine sirven a los que tienen miedo de ciertas aficiones librecambistas de Cleveland, encendiéndolo, con encomios a Butler, que usa ahora estas armas, los odios de la gente de trabajo contra la de dineros, y los de los irlandeses naturalizados en Inglaterra:—y la verdad es que los odios de los irlandeses, como que estos representan innumerables votos en la hora de las elecciones, votos que los candidatos ignominiosamente cortejan, influyen de manera lastimosa en la política norteamericana, y en asuntos gravísimos la dirigen: isí en la misma ciudad pasa, por la cual, como una secreción contagiosa, se va extendiendo, no el marcial espíritu de los irlandeses preclaros que batallan por las libertades de su tierra, sino cierta alma harapienta y canina, que trae consigo, arrebujada en sus andrajos, la muchedumbre páupera de Irlanda!

Da miedo ver cómo crece esta alma interesada; odiadora y dura. ¿Qué se derriben templos? Aquellos donde se predica el odio, o la intolerancia, vénganse abajo en buena hora; pero ¿templos? ahora se necesitan más que nunca, templos de amor y humanidad que

desaten todo lo que hay en el hombre de generoso y sujeten todo lo que hay en él, de crudo y vil. Se está en peligro de una revuelta enorme. Y en estas ciudades grandes, hechas de residuos de pueblos enconados y coléricos, donde el dolor, cuando no se exhala en grito de venganza, se petrifica en egoísmo; en estas ciudades populosas, hechas de retazos ardientes, los templos han de erigirse a toda prisa. A barcadas viene el odio de Europa: a barcadas hay que echar sobre él el amor balsámico.

Ahora sí que viene la procesión, ahora sí que viene: no en las aceras sólo, sino en las ventanas de estas altísimas casas rebosa la gente; castellanas no son ni señorías, asomadas a los balcones de piedra del castillo, en sus vestidos de talle largo con mangas colgantes, a ver pasar, trémulo el corazón y enamorados los ojos, los fuertes caballeros que van, con su gente de armas a la zaga, camino de la guerra: son mozos y mozas, con blusas y delantales de trabajo, que se han levantado un momento de sus máquinas de hilar, de coser, de recortar, de plegar, de engomar, de agujerear, de colorear, de escribir, de encuadrar, de parar letras, para ir a saludar con sus pañuelos a los que por la ciudad pasean en procesión, como santidades nuevas, sus méritos y sus dolores.

A sí mismos se ven en los que pasan, y se les llena de amor de hermano el pecho, y los ojos de lágrimas de lástima por sí propios, por su rincón doméstico, sin sosiego y sin abundancia, por sus largas desocupaciones sin salario y sin consuelo por sus niños y sus viejos, siempre coléricos y necesitados; pero la atmósfera está tan encendida y lúcida, los procesionarios llevan tan buena apariencia, tan altos hurras da al verlos la gente, que las lágrimas se les secan en los ojos a los obreros asomados a las ventanas, y se vuelven a sus máquinas consolados como la tierra después de una ligera lluvia.

Replégase la muchedumbre sobre las aceras. Aparecen, abriendo el campo, los policías fornidos a caballo; casco blanco lucen, mas no es ya de acero, sino de felpa, lo que indica que otros tiempos nacen aunque los viejos no han desaparecido todavía. Ya los aplausos vuelan por los aires; ya se escuchan los pífanos alegres y los atambores; pero el que viene a caballo, y muy bien montado, a la cabeza del séquito no es, como antes, el trompetero de ricas vestiduras, con su trompeta de banderín bordado, caballero en animal de pro, de suntuosos paramentos; ni el tamborilero de chupa roja y calzón corto, encaramado en el arzón de la montura, colgándose las piernas por entre ambos tamboriles, montados

entre enaguas de carmesí y de oro al uno y otro lado de la cruz de la cabalgadura: gran mariscal de los trabajadores es el que abre la marcha, y tras él, como precediendo a los diversos gremios que vienen en el séquito, rompe en encendidas músicas una banda de la milicia voluntaria:—la música de las bandas es como un hada visible: en las ciudades invita a la alegría, al perdón y al movimiento: en campaña, pone las armas en manos de los combatientes.—Estruendo se oye; pero no de arcabuces: mástiles se ven, pero no de lanzas: son las lanzas de la guerra nueva, las chimeneas delgadas de las pequeñas máquinas de vapor que por las mañanas, no bien rompe el día, comienzan a subir por las alturas, a no parar hasta los bordes de las nubes, los materiales con que fabrica New York sus casas gigantescas. Por el cielo se están entrando los hombres: Babel es la tierra toda: sólo que ya no se confunden las lenguas.

Cuernos, caracoles y campanas han llamado hasta ahora a los hombres al trabajo: ahora los llama el pito de vapor, que no se pierde como aquéllos en el eco, ni tarda en atravesarlo, sino que lo hiende y domina, y no admite demora ni réplica. Todo lo que es, es símbolo: la conciencia humana crece: el trabajar no es hacer mérito, sino obedecer: la arrogancia de la voz que llama al hombre al trabajo, indica que se está segu-

ro de que este ha de obedecerla. Suena el pito de vapor imponente, despótico: y el hombre se pone en pie, contento, como si hubiese sentido sobre el hombro una mano de luz.

Por toda la procesión van estas lindas máquinas alegrando: almas parecen, que están hoy de fiesta,—almas embanderadas: de un lado va la multitud, pitando briosamente cuando pasan por delante de algunas de las tiendas engalanadas en honor de los trabajadores, silbando a todo silbo cuando cruzan por la puerta de un establecimiento que se anuncia en el *Tribune*, acusado de pagar mal y tratar con soberbia a sus obreros. No parece que sean esas máquinas de levantar piedras, quicios de ventana y capiteles; ¡sino de levantar almas!

—Aquí vienen,—y ahora sí que no haremos más que ver pasar la procesión, después de pedir perdón a nuestros lectores por los escarceos de la mente revoltosa,—aquí vienen, a la cabeza, los tipógrafos. En grupos marchan, y cada periódico e imprenta importante ha mandado el suyo con sus bandas al pecho, de seda bordada, y su bandera al frente: la del *Sun* gana aplausos, que es muy bella: en fondo blanco, un sol de oro surge, frente al mar sosegado, de entre dos montañas. Banderas tienen más; ¿dónde están las armas? No se ven, ¡pero las llevan! Y ¡qué



compañías estas de los soldados que no paran fusiles, sino letras! ¿Adónde están las águilas que no hacen toldo para que pase esta procesión debajo de ellas? La Compañía del *Herald* lleva 150 hombres: la del *Sun* 115; 150 la del *Times*, la del *World*, 120; la del *Journal*, el diario nuevo de a un centavo, hecho de espumilla y muy vendido, lleva 90 hombres. Dos mil tipógrafos marchan entre todos: «Sitíad al *Tribune*», dicen los estandartes. «Sitíad al *Tribune*», dicen simpatizando con los setenta trabajadores despedidos del diario por mantener su buen derecho, todos los demás estandartes de la procesión. «Ya los setenta empresarios bellacos somos 700 000 trabajadores que votan»; pero ni una voz maldice, ni uno de esos instigadores alemanes de malas costumbres, vestidos grasientos, y melena y barba larga desfila, con sus motes de venganza y guerra, por entre aquella columna cerrada. ¿Qué sucede, que el viva no cesa, y todos los labios entonan a un tiempo de ventanas y calle, y la gente se sale de las aceras para ver mejor? Es que en un carro viene la prensa conque comenzó sus negocios de impresor Benjamín Franklin, y un buen viejito que se le parece mucho, va imprimiendo en ella al paso de la procesión las páginas cuyas letras está parando al lado otro viejito de ochenta años, parecido a Horacio Gree-

ly. ¡Oh! ¡cómo aplaude la gente! ¡Cómo adivinan los pueblos, y premian al fin a los que los aman! En vida suelen matarlos, como a Greely: pero ¿acaso tales vidas se acaban mientras la eficacia de sus obras dura? Va llorando sobre sus letras de plomo el viejito parecido a Horacio Greely.

¿Quiénes vienen ahora, tan galanes y de holgada apariencia, con sombrero alto muchos, todos con ropas buenas? Gente oficinesca no son, que come a anchas mandíbulas lo que paga al erario la gente trabajadora: gentes parásitas no son, que vive de expedientes, y de parecer lo que no es ni tiene: son los enladrilladores de New York, que ostentan al pecho el delantal blanco de su oficio, y en él pintado un brazo vigoroso, que empuña una cuchara de albañil. Canaron hace poco una batalla justa contra sus empleadores, y ahora a dobles manos los aplaude la gente por ella: antes, y todavía hoy se aplaudía a los que venían de matar: estos no vienen de abatir moros, ni egipcios, ni anamitas; sino de conquistar un derecho. Marchan, compactos y serenos. A su paso, parece que se levanta por el aire, trabajado por todas aquellas cucharas que caminan, un colosal palacio. Carro no traen los enladrilladores, sino carruaje, en que viene un anciano de barba muy larga, rodeado de todos sus nietos, y de éstos la más pequeñita lleva un estandarte

en que dice: «¡Nada más que nueve horas de trabajo para el abuelo y para Nellie!»—Porque aquí los niños trabajan: y ¡oh infamia sin nombre! Catorce horas a veces. Así, si no se corrigiese esto, sería de temer el día que se escapasen de sus jaulas las fieras: —Ya va lleno de flores, que le echan las trabajadoras, el coche de Nellie.

Los que marchan detrás son los armadores de casas, los pintores, los barnizadores, los cajeteros, que en un carro van haciendo cajones a mano, y enseñando a la multitud otros hechos a máquina, para que vean que los de mano son mejores.—¿Qué ruido de aplausos es este? Aplauden una alegría que va pintada en lienzo en el carro de los armadores. Hemos de verla con cuidado, que está llamando mucho la atención. Un trabajador lleva a cuestras, como carga que lo abruma, al monopolio, representado en la caricatura de Jay Gould, gran estratégico de Corporaciones y Bolsas, que en sus manos tiene las bridas de empresas innumerables, y de un lado y otro las guía con goce frío y maligno—que, más que de la posesión de la fortuna que le rinden, le viene de ganar en previsión y astucia a cuantos le disputan su poder: abre vorágines, levanta montañas, desata océanos; conjura y desencadena vendavales, juega como con una perinola con la Bolsa. Con una voz, hace surgir un ferrocarril: lo hunde

con otra: si quiere puede detener en un momento, hasta que le paguen lo que le place, todos los telégrafos de los Estados Unidos. Por su poder extraordinario, por la pasmosa habilidad con que lo mantiene, por los medios tortuosos de que se vale sin escrúpulo, y por la frialdad de su corazón, atento sólo al triunfo o a la defensa propia, Jay Gould es reciamente odiado: pequenín es, como una peonía: una pera madura le importa más que los dolores de todos, y los impulsos y centelleos todos de los hombres. Dudan un día de la solidez de sus riquezas y enseña a los noticieros de periódico, cincuenta millones de pesos en acciones.—Su casa es modesta: su color cetrino; cuando el amor excesivo a la riqueza se apodera del espíritu, produce estos reflejos metálicos, Jay Gould ha de velar de noche, entre sus riquezas insolentes y estériles, como un duende hambriento en una cueva: ¡oh almas infelices, aquellas exclusivamente consagradas al logro, amontonamiento y cuidados del dinero! Han de debatirse en soledad terrible, como si estuvieran encerradas en una sepultura.—Jay Gould es gran monopolizador, y sobre la espalda del trabajador de la alegría va representado el Monopolio: —él lo representa bien, que ha centralizado en enormes compañías empresas múltiples, las cuales impiden con

su inaudita riqueza y el poder social que con ella se asegura, el nacimiento de cualquiera otra compañía de su género, y gravan con precios caprichosos, resultado de combinaciones y falseamientos inicuos, el costo natural de los títulos y operaciones necesarias al comercio. Donde un sembrador, allá en el Oeste siembra un campo, el monopolio se lo compra a la fuerza o lo arruina: si vende barata su cosecha el sembrador, el monopolio, que tiene grandes fondos a la mano, da la suya de balde: y si decide el sembrador luchar, al año muere de hambre, mientras que el monopolio sigue viviendo sin ganancia muchos años. El monopolio está sentado, como un gigante implacable, a la puerta de todos los pobres. Todo aquello en que se puede emprender está en manos de corporaciones invencibles, formadas por la asociación de capitales desocupados, a cuyo influjo y resistencia no puede esperar sobreponerse el humilde industrial que empeña la batalla con su energía inútil y unos cuantos millares de pesos. El monopolio es un gigante negro. El rayo tiene suspendido sobre la cabeza. Los truenos le están zumbando en los oídos. Debajo de los pies le arden volcanes. La tiranía, acorralada en lo político, reaparece en lo comercial. Este país industrial tiene un tirano industrial. Este problema, apuntado aquí de pasada, es uno de aquellos gra-

ves y sombríos que acaso en paz no puedan decidirse, y ha de ser decidido aquí donde se plantea, antes tal vez de que termine el siglo.

Por la libertad fue la revolución en el siglo XVIII; por la prosperidad será la de este. Jay Gould, va en la caricatura, sobre la espalda del trabajador, y este encorvado bajo su peso y ya a punto de querer echar abajo a su jinete.—Mira a su alrededor como buscando consejo. Por sobre su cabeza dice un letrado: «No hay más que dos remedios». Y allí están los remedios a su lado: una mujer de terrible hermosura vestida de rojo, procura atraer la atención del trabajador, que le vuelve la espalda: es la revolución, recurso que sólo ha de tentarse cuando todos los demás han fracasado: del lado opuesto, otra mujer, de belleza serena, enseña la urna del voto al trabajador, que con el monopolio encima se va hacia ella: ¡oh! La paciencia es fácil a los poderosos; ¡pero cuánto más meritoria no es en los infortunados! Estos son los héroes de ahora: los que doman sus pasiones.

Y ¿esa otra caricatura que los armadores también traen, y es saludada con voces probatorias y grandes risas? Otro lienzo es, y va en otro carro. Desde el seguro de una roca empina un capitalista su magnífica cometa, que lleva escritas las palabras «carne», «harina», y otras como ellas, y con su gran

cola se remonta a gran vuelo por el aire, sin que pueda alcanzarla, como pobre trotón que compite con un caballo de carreras, la cometilla desdichada que desde tierra llana empuja un trabajador y lleva escrito, con letras flacas y hambrientas, la palabra «salarios»;—y por más que el trabajador tira, los salarios no llegan al precio de la harina y de la carne.

Gran barba y paso pesado traen los alemanes, que marchan tras de los cajeteros. Miles y miles pasan de ellos, y parece que no van a acabar nunca de pasar. Van apretados, como para defenderse mejor; silenciosos, como para pensar mejor; recogidos, como si fuesen en procesión sacerdotal. Y sacerdotes son, pues que son hombres. ¡Estrellas hay en el cielo, y hombres en la tierra!

Ya en este punto de la procesión, la gente se arremolina y aprieta: ¿quiénes llegan ahora, que todo el mundo sacude por el aire sus sombreros, y ondean sus pañuelos las mujeres, y los niños baten palmas? ¿quiénes llegan, que un anciano rico, más por sus cabellos blancos que por su fortuna, arranca de su balcón dos banderas norteamericanas, y saluda con una en cada mano a los que pasan? Trescientos negros llegan, hermosos como una bendición. Ungido traen el rostro, más por el agradecimiento al Norte que peleó por ellos, que por la libertad de que en él gozan. Conmueve verlos, y van con-

movidos. La raza negra es alma noble. Estos trescientos forman la Asociación Wendell Phillips, y van detrás de un banderín que dice: «No haya castas». El júbilo de las almas se les desborda por el rostro: quien no ha visto luz de alma, aquí la vea. Parece que cada uno de ellos se lleva a los labios respetuosamente la capa de Lincoln,<sup>218</sup> y la besa. Si se toca a sus ojos, de seguro responden las lágrimas. Si los hurras fuesen palomas, tantos dan a su paso a los trecentos negros, que no se vería el cielo.

Cuatro mil eran los tipógrafos: los enladrilladores mil: dos mil los armadores: los alemanes, sin cuento: estos que tenemos ahora delante son ocho mil cigarreros, pálidos y delgados, comidos del aire impuro de sus cuartejos y talleres: estos oficios demasiado fáciles mantienen siempre a los hombres en enfermedad y pobreza. Muchos de ellos son mujeres: icómo se regocijan de verse al sol, ellas que no lo ven nunca! ¡Van todas muy limpias y muy pizpiretas, con su quitasol nuevo de color, amparándose las espaldas enjutas! Como hormigas perecen, por ser tantas, y por lo menguado de sus cuerpos. Muchos de ellos son niños, niños que trabajan del alba a la puesta, y han empezado a dar fruto, contra la ley de la Naturaleza, antes de abrirse en flor. ¡No es, no por cierto, tan grato<sup>a</sup> a los ojos un hombre que lía cigarrillos como el que labra

la tierra, o golpea el hierro! Llevan carro los cigarreros, y van haciendo y echando a la multitud puñados de cigarros. Se arrastran por tierra los chucuelos, para recogerlos: inada debiera hacerse, ni en procesión ni en chanza, que haga que un niño se arrastre por tierra!

Ahora siguen los empaquetadores, que son 100; 100 cuchilleros; 100 talladores de madera. Los unos van sin cuellos y sin puños, con botas que parecen monumentos, y levitas de tela muy recia: otros van muy pulidos y alisados, con sus cuellos y puños lavados por los chinos, que son aquí favorecidos lavaderos: el de vestido más lustroso anda de brazo con el de pelaje más ruin. Muy elegantes van los sastres, y detrás de ellos un carro embanderado, en que unos cortadores van cortando piezas, otros hilvanándolas y rematándolas. ¿Qué tienen las artes, que educan y afinan? Mientras más tenga de arte un oficio, más hace caballero al artesano. A los cajistas véase, que de andar con ideas, se miran como consagrados, y se respetan, y se resentien más vivamente que otros artesanos toda injuria, como si se hiciera a la idea humana misma, que

a. Desde aquí hasta «Los unos van» en el párrafo siguiente, ilegible en el MF. Se sigue la lección de OC, t. 10, pp. 86-89.



ellos enorman y manejan. Perfeccionánselos los gustos, adelgázaseles la fisionomía: andan con cierta nobleza: y es que los pensamientos, como óleo sagrado, ungen, y cuando tocan purifican. Así el sastre, de andar con ropas, que son los ornamentos y reales de la hermosura, cobra horror por todo lo feo y desarreglado, y se eleva insensiblemente, por ser la nobleza contagiosa, y ser noble todo lo que es bello.

¡Cuán larga, cuán larga va la procesión! Todos la comentan, animan y celebran. ¿De modo que los trabajadores no son ya un rebaño turbulento y sudoroso, sino un ejército de caballeros? Y por el aire ¡cuánto banderín!: de balas no van cruzados, sino de palabras de esperanza. Uno dice: «La injuria a uno es una injuria a todos». Dice otro: «Por todos los medios honrados obtendremos nuestros derechos». Otro dice: «El trabajo es santo». Se lee en otro: «Sé justo y no temas». En uno y otro banderín andan exageraciones; pero cuando las castas privilegiadas y sus órganos, que aquí hay aquellas y estos como en todas partes, les niegan lo que en humanidad les pertenece, y por ley será suyo algún día ¿cómo no ha de ser que se exasperen los trabajadores, y soliciten de vez en cuando más de lo que es justo? Y esa procesión que va pasando, y cuyos veinte mil hombres, y los centenares de

miles a quienes representan, se han resistido a enarbolar bandera política alguna, ni a servir intereses de candidatos, ni a pasar como trailla violenta y amenazadora; esa gente que con tanta calma delibera, que con tanta prudencia determina, que a tantas seducciones y azuamientos desatiende, que con tanta bravura condena los recursos de fuerza, que tan ordenadamente pasea por las calles henchidas, como una serpiente hecha de leones, ¿qué son, sino prueba viva de que, a pesar de todos los gusanos que le nacen en sus llagas, la Libertad tiene poder vivificante, que lo refresca, sana e ilumina todo? Entregar el hombre a sí será ordenar la tierra. Sus convulsiones vienen de que el hombre no ha sido aún completamente puesto en posesión de sí mismo, sino de manera más nominal que efectiva. Nótese que donde la libertad ilustrada es mayor, ni siquiera las viejas cóleras tradicionales pueden hincar el diente y alzar tempestad, sino que se funden y deshacen, como un cometa en su choque con el Sol. El corcel de la Libertad nació con bridas. ¡Qué bien, qué bien marcha la última columna! Nadie les ha enseñado a marchar; pero el trabajo disciplina. ¡Cómo resuenan los pasos de estos hombres sanos, en el silencio que a veces sucede a los vivos! Parece un redoble lento de tambores invisibles, que llevan

a la batalla de la razón, donde se alcanzará una victoria sin sangre.

¿Por qué vienen ahora, cuando en esto pensamos, cuatro mil carniceros? Muy robustos son, y muy entusiastas, y en caballos hermosos van sus jefes. Delantales blancos les cubren el pecho. Visten la ca-

misita azul suelta de su oficio. Llevan el gorriño grisiento con que se cubren la cabeza para defenderla de las humedades de la carne cuando se la echen a cuestras. Muy bien van, y en un carro llevan un buey, guardado en las esquinas por cuatro mocetones con resplandecientes delantales; y en otro carro, con guarda igual, unas ovejas. Muy bien van, al son de alegre música, y en los carros llevan escrito: «Para vivir matamos».—Pero, en verdad, holgaran mis ojos de no ver estos oficios de carnicería. Jamás veo, acá en las mañanitas, a un trabajador de manos duras que deja a sus hijuelos con el alba, y va camino de su taller, mina o escalera, con la comida del mediodía en su tinilla de lata, sin que las manchas de su vestido me parezcan condecoraciones, y si es joven, me entren deseos de abrazarlo, y si es viejo, de besarle la mano. Y mientras más los veo, los quiero más. Pero a estos carniceros esmaltados y rechonchos, que viven en un aire cargado de carne, y con el aire engordan, y en el rostro y en las manos tienen esa suavi-



dad pastosa y turbia de la sangre caliente; magüer sean estimables personas, me desagradan verlos. Lo que funda y resaña debe amarse, no lo que derriba y da suelta a la sangre, aún cuando parezca ley ineludible ique acaso no lo sea! Esta conversión repugnante de la vida: inoble raza eran los indígenas de América, que de comer carne se morían!

¡Hurra, hurra a los últimos que pasan! Ya no van por las calles de fábricas, sino por la calle de los palacios, por la Quinta Avenida. Cazando zorras y luciendo trajes están ahora por Newport y Long Branch, los ricos de la Quinta; pero en muchas ventanas se ve gente; astutas caras de mujeres del Norte se asoman a ojivas<sup>a</sup> góticas, a arcadas románticas, a balcones florentinos, a alféizares morunos. Una linda niña, en un balcón de piedra blanca, pasa la mano sobre una esfinge de pórfido. Se ve desde la calle los jaspes y los broncees. Un mirador hay de oro. Vierte sus aguas una fuente en una taza de teacali rosa: ¡pero ni una palabra

de apetito o de odio surge de aquellos hombres y mujeres, que habitan a menudo en fétidas covachas! Se ve que marchan contentos de pasear unidos por entre las moradas de los poderosos: los cobardes y débiles, irán pensando acaso, airados de no poder levantarse otras iguales, en echarlas abajo: los honrados y bravos, en batallar bien y construir las para sus hijos. ¡Marineros y medidores de telas eran ayer todavía los dueños de esos palacios! Mediodía es: el sol daba de lleno en el centro de la calle, como si de las paredes de mármol hubiese querido huir, y brillar todo sobre los trabajadores.

¿Un ebrio? ¡No lo hubo ni en veinte mil hombres! ¡Lo iban de licor de alma, que embriaga más dulcemente que otro alguno! ¿Un desacato? Hasta muy entrada la noche se estuvieron recreando en paz en un parque vecino, compitiendo unos en una carrera de a milla, corriendo otros con los pies en los sacos, otros disputándose el premio de tiro al rifle, y a la flecha, otros co-

riendo a toda pierna, ligeros como griegos, para ganarse una medalla de oro.

¡Cuánto vestidito blanco, de niñas contentas, porque veían de día a sus padres! Las esposas ¡qué orondas, con sus maridos sobrios y fuertes a su lado! Los hombres, como crecidos. La alegría, contenida y profunda. El odio, mordiéndose los puños arrinconado. «Gran día de Santo es éste: el día de Santo Trabajo», dijo desde una plataforma de madera un Senador viejo, mirándolos y llorando.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
26 de octubre de 1884

[Mf. en CEM]

a. En LN: «ogivas».

# Filiación política. El origen del Partido Republicano de los Estados Unidos

NINGÚN PARTIDO político tuvo nacimiento más glorioso que el Partido Republicano de los Estados Unidos, porque ninguno se formó con ambiciones más desinteresadas ni con esperanzas más nobles.

La Constitución de este país estaba manchada por un vicio original: había transigido con la esclavitud de una raza. El Partido Republicano se fundó verdaderamente para limpiarla de esa mancha. No se componía sólo de los mejores entre los vivos. Puede decirse que se componía también de los muertos ilustres. Las sombras de Washington, de Jefferson, de Franklin, de Hamilton, presidían sus sesiones, y los grandes antepasados de la libertad norteamericana, tomaban parte en espíritu en la obra de refundición en que el oro puro iba a separarse de la escoria.

Como lo indica un historiador del hermoso movimiento,

las semillas de la esclavitud y de la libertad cayeron a un tiempo en el suelo de este continente. En 1620 el *Flor de Mayo* trajo los peregrinos a Plymouth, y en 1620 un buque holandés trajo a Virginia veinte esclavos africanos. Jamás se ha visto paralelismo más extraordinario. El germen de la disciplina social que dignifica la obediencia de los ciudadanos, porque priva a la autoridad pública de toda fuerza inicua,—y junto a eso, degradando el trabajo, envileciendo la propiedad, colocan<sup>a</sup> la piratería entre las instituciones fundamentales del país,—la trata de los negros. Así empezaron a vivir los Estados Unidos.

La «Declaración de Independencia» había dicho estas palabras memorables: «Consideramos como la evidencia misma que todos los hombres son iguales». Pero la Declaración de Independencia fue la

expresión genuina del gran espíritu que animaba a los héroes y a los predicadores de la libertad,—el que batalló en Bunker Hill, el que triunfó en Yorktown. La constitución política no fue en cambio sino un pacto; un pacto con el infierno, había de llamarla más tarde Wendell Phillips.

El empeño de establecer la Unión, el empeño, después, de mantenerla, fueron superiores al odio generoso con que en los Estados del Norte, y del Este se miraba la institución infame. Contra la prudencia de ese patriotismo,—que ponía la Unión por encima de todas las ideas y de todos los sentimientos,—tuvieron que proceder, y combatir, los que al mayor precio, aun con su propia sangre, querían borrar la mancha

---

a. Así en LN.

ominosa. Criminales los llamaban en el Sur y fanáticos en el Norte; allá los llevaban a los tribunales, y de los tribunales al cadalso, los propietarios de esclavos; acá, los negociantes y los estadistas, los tenían por gente turbulenta y peligrosa que era preciso acallar y que estaban dispuestos a ofrecer como víctima propiciatoria a las venganzas del Sur. La Unión, vista así, significaba sólo el engrandecimiento material: los grandes sembrados de algodón, los grandes campos de caña, las grandes vegas de tabaco, los alambiques gigantes. Para que la Unión no fuera solamente eso,—en una noche fría y nevosa, la del seis de Enero de 1832, doce hombres de buena voluntad se reunieron en una iglesia de Boston y firmaron la constitución del partido antiesclavista; eran tan pobres y tan humildes como aquellos de la Galilea, y el Evangelio que iban a sembrar con su palabra en el frío corazón de sus conciudadanos era el mismo sin duda, que sus abuelos, los *puritanos*, vinieron a leer libremente en este suelo virgen de la América. Para levantarlo sobre la cabeza del esclavo en señal de amparo, y sobre el látigo de los negreros como anatema de condenación, hicieron la magnífica campaña, por cuya proclamación entusiasta, Garrison, su jefe, fue arrastrado por las calles y colmado de insultos; pero que había de terminar con

los laureles de Gettysburg, con la proclama emancipadora de Lincoln, con la derrota y el hundimiento portentoso del poder titánico que había alimentado la sangre de los negros, con la enmienda décimotercera de la Constitución norteamericana, que Washington hubiera querido firmar, carta de libertad de cinco millones de ilotas y carta de rehabilitación y de limpieza de treinta millones de ciudadanos.

Sería interesante de seguro hacer la historia de esa propaganda, si la naturaleza de este trabajo periodístico lo permitiera. Sería obra de piedad y de justicia dejar flores en la piedra tumular, yacente en la vía sacra de los grandes recuerdos humanos, que guarda los despojos de los mártires y los héroes,—y repetir los acentos sublimes de los tribunos y los poetas que dieron expresión conmovedora al sollozo de los desgraciados y a la indignación de los buenos, y que en las estrofas pindáricas de Whittier, en el canto majestuoso de Bryant, en la novela inolvidable, que iluminó el interior de la esclavitud, en las columnas de aquellos periódicos en que escribía la pluma de un Creely, al pie de aquellos púlpitos en que resonaba la voz de un Beecher o de un Channing,—en aquellas sesiones legislativas en que un Adam o un Summer arrojaban sobre los debates mercantiles de Congresos oscuros los

esplendores sidéreos de su gran palabra y el reflejo de su conciencia;—en toda esa obra, en fin, de fantasía poderosa y emoción purísima, brillan con la hermosura clásica, que nunca faltó a la revelación sincera y entusiasta de los ideales humanos.

La batalla tuvo que darse en todas artes: en el mitin,<sup>a</sup> en la prensa, en el libro, en el templo como en el Capitolio, en el tumulto de las calles lo mismo que en las conversaciones del hogar. Dos espíritus enemigos, dos corrientes de encontradas ideas agitaban este inmenso país, y sacudían con violencia sus instituciones pugnando por dominarlas para siempre. Las primeras palabras contra la Unión fueron arrancadas por el dolor y la vergüenza al bando generoso. El *rey algodón*, que así se llamaba sarcásticamente a la esclavitud, parecía entonces demasiado fuerte para soñar en destronarlo manteniendo el lazo. «Puesto que la Unión es la infamia, ¡*delenda Cartago!*—clamaba Wendell Phillips:—doy gracias al cielo de que hace mucho tiempo que no me considero ciudadano de los Estados Unidos». Los más apasionados renunciaron, en efecto, a mezclarse en la vida política de la República. No podemos hacerlo, decían, sin jurar que defendemos la Constitución, y

a. En LN: «meeting».

ese juramento es sacrílego. —No queremos Unión con los negreros. Esta democracia no es un dechado sino un escándalo del mundo. Para purificarlos de la ignorancia que arroja sobre nosotros y sobre nuestros hijos, es preciso que rompamos toda alianza con el crimen; al *suelo la autoridad nacional que lo protege y la Iglesia nacional que lo bendice*.

Cuando la propaganda creció, nada más frecuente que el choque eléctrico de las opiniones, lo mismo en la vida pública que en la privada. En los salones del hotel como en los escaños del Congreso era de oírse el clamor de las opuestas pasiones y el lenguaje acerbo, inflamado e hiriente con que se interpelaban los adversarios. La esclavitud tuvo sus sacerdotes, así como más tarde había de tener sus mártires; tuvo sus salmos, sus oraciones y sus intérpretes de la Biblia. Al principio, los mismos hombres del Sur la llamaron un «mal necesario»: arrastrados, después, por el vértigo de la polémica, levantóse a dogma la justificación de la trata. El ataque a la esclavitud fue para el sudista la amenaza contra su propiedad, el desconocimiento de su derecho, el propósito de una tiranía federal, y por último, un ultraje, —¡sombra decirlo!— un ultraje a su creencia religiosa. El hombre del Sur creía en la esclavitud como creía en Dios.

Tras organizaciones diferentes y fragmentarias, que fue-

ron como sus ensayos, formóse, al fin, el partido republicano. Hombres de calma, de espíritu sereno, de tacto político, de buen sentido que rayaba en las alturas del genio, vinieron, siguiendo la columna de fuego de los tempestuosos precursores, a encarnar en la realidad y a implantar en el suelo el pensamiento de los soñadores y de los profetas. Así se necesita para que la justicia y la belleza triunfen en el mundo. Tributo imperecedero y memoria gratisima para los que en la sociedad o en el Arte rompen los moldes en que las ideas pueden vivir al poner en ellas las febriles manos agitadas por la inspiración y el entusiasmo; pero bendigamos la ley de la Naturaleza que ha hecho nacer junto a ellos, —más bajo que ellos, acaso, los hombres capaces de encerrar en cauce, aunque no sea con toda la magnitud de sus aguas, el torrente fragoroso para que beban en él las muchedumbres. Garrison y Wendell Phillips habían querido desatar la Unión: Abraham Lincoln vino a consolidarla.

El Partido Republicano no desplegó la bandera de la abolición. Había tocado a otros la tarea eminente y nobilísima de presentar ante la conciencia del pueblo la idea redentora; los apóstoles y los poetas la habían pregonado: «no nos contentemos por más tiempo, decía Whittier, en magníficos versos, no nos resignemos a

decir en voz baja, y como en murmullos cobardes, la verdad; hablemos con lengua resonante, como la del clarín». Imprudencia necesaria y sublime. Pero los hombres que iban a luchar en las urnas, que preferían la victoria lenta a la derrota heroica, que tenían la vocación y las facultades del combate político, hubieron de elegir otro terreno y otras armas para el duelo definitivo. En el estado de la opinión pública, dados los recursos y la situación respectiva de los bandos que dividían el país, la abolición como programa político, era absurda empresa. Limitóse el Partido Republicano a rechazar los compromisos recientes que el Norte, intimado por la energía del Sur, había contraído con él. Estos compromisos hacían inmenso el abismo abierto por la Constitución. No parece sino que la tierra libre iba retrocediendo ante la irresistible invasión de la esclavitud. Cada nuevo Congreso, por la energía del Sur y los miedos mercantiles del Norte, abría nuevos bazares al tráfico inicuo, y manchaba un nuevo pedazo del territorio con la sombra venenosa de la servidumbre.

Los compromisos permitían lo que siempre se había negado por el Norte: la extensión de la gangrena. Dentro de poco, a no estorbarlo el Partido Republicano, ya no podrían repetirse las palabras de Daniel Webster hablando del



Ohio: «la ordenanza de 1787 imprimió en el suelo mismo, cuando estaba todavía cubierto por la selva, la imposibilidad de que lo pisaran esclavos».

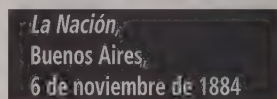
En 1860, Abraham Lincoln, el más reposado y sereno enemigo de la esclavitud, un hombre de los que se llaman providenciales, porque responden a todas las exigencias del ministerio que les toca, subió al poder por dos millones de votos, y llevó consigo a la famosa Casa Blanca, la bandera del Partido Republicano. Innecesario es recordar la ira del Sur; el rompimiento del pacto, la miserable conducta de Buchanan, el júbilo de Europa por la mutilación del coloso, las vicisitudes numerosas y extraordinarias de la guerra. El 1º de Enero de 1863, usando de una facultad que la más autorizada interpretación del Derecho Constitucional le reconocía, el Presidente de los Estados Unidos, en castigo de rebeldes y por la dictadura suprema de la guerra, proclamó libres los esclavos del Sur. La pintura, la poesía, la elocuencia

nos han conservado la imagen de ese Consejo de Gabinete en que Lincoln de pie lee a sus ministros la proclama, escrita por él mismo en ese estilo que la Historia no tiene que alterar, en que las ideas se graban de una vez. «Conozco vuestras impaciencias, añadió, hubiera querido que esto se hiciera antes; pero yo esperaba el momento oportuno»; y después, en voz tan baja que apenas podía ser oída,—«cuando Lee<sup>219</sup> fue arrojado de Maryland, prometí a mi Dios, la emancipación de los siervos». Sabido es que los abolicionistas no consideraron concluida su obra: célebres son las leyes y las instituciones de piedad y de enseñanza con que procuraron levantar al más alto nivel posible a la raza abatida. Algunos años después de la guerra, un testigo ocular refiere que una negra anciana estaba arrodillada en la calle, junto a una escuela republicana del Sur; preguntáronle qué hacía allí: «es muy tarde para que yo entre» —contestó—, «pero estoy orando por los que han fundado

esta casa en que mis nietos pueden aprender».

En la primera época de su existencia, el Partido Republicano, pues, sabio en el consejo, titánico en la guerra, fuerte y grande en la palabra y en la acción, llevó a cabo una de las jornadas heroicas de la humanidad, hizo un cielo en la historia. En la bandera de la patria sostenida virilmente por él, ya no había nubes sobre las incomparables estrellas, y mientras que bajo sus anchos pliegues la única raza desterrada de la civilización surgía a la vida del derecho, podía ya escribirse, como en granito perdurable, en la primera página de la Ley Constitucional, el lema hermoso de un elocuente tribuno norteamericano: «Unión y libertad, unas e inseparables, ahora y para siempre».

José Martí



[Fotocopia en CEM]

71

# Proa al mar.<sup>a</sup>

## La salida de un vapor

Nueva York,  
noviembre 1º de 1884

COMO LOS DIENTES de una sierra inmensa se avanzan sobre la superficie de la bahía los muelles de este hermoso puerto de Nueva York. Sobre ellos se alzan espléndidos edificios que dan abrigo a pasajeros y carga, y a su costado se mecen tranquilos y seguros como niños en sus cunas, los barcos que cruzan el océano y que desafían la tempestad. Aquí reposan; pero fuera sopla el vendaval<sup>b</sup> y las encrespadas olas reclaman como presa que les es propia la atrevida nave que surca su seno turbulento; mas dentro de la bahía se aquietan las iras de Neptuno; cuando mucho se encrespa el espejo líquido en menudas ondas, jugueteos del monstruo que no intimidan, y en paz sobre sus anclas, como atletas rendidos que tras la fachada tienden al sol los miembros fatigados, los navíos arriman la cortante proa al muelle duro y

parecen reposar en sueño reparador.

Es día de partida; en tierra y a bordo la escena es de bullicio, confusión y prisa. Abiertas las anchas escotillas, parecen insaciables abismos que sin cesar devoran, sin colmarse jamás; las grúas gimen bajo la abundante carga, y al chirriar de los cables se mezcla la voz del empleado que enumera lo que pasa. Son escasos los momentos, pues ya están encendidos los hornillos y de las altas chimeneas se escapan las blancas espirales de humo, respiración visible del titán, que ha de empujar el barco a través de mil leguas de movibles soledades. Y de los altos mastileros ondean orgullosos al viento que los acaricia los pendones de los Estados Unidos y de Inglaterra, que son los países unidos con eslabón visible por el navío que va a zarpar.

En tierra es aún mayor la confusión: allí están los que se van y los que se quedan. Al contemplar esa nave que antes de mucho arribará con su hu-

mana carga a tan distantes regiones, siente uno algo como el ansia de viajar continuo, como el deseo del más allá en el mundo físico, deseo que, en el moral, es cruz y corona del hombre. Aquellos para quienes es patria la brumosa orilla que pronto tocará esa nave, sin duda han de pensar en los hermosos días lejanos de su infancia pasados en la altiva tierra cuyo pendón flota sobre su cabeza.

Como brazos de hierro provistos de inteligencia, poderosos garfios agarran fardos de todas clases y tamaños, y los transportan al muelles y los sepultan en las escotillas, volviendo en busca de nueva presa. Los últimos carretones ya se alejan vacíos y entra arrastrado por dos hermosos animales jadeantes y cubiertos de espuma, el que trae los equipajes de los pasajeros; están

a. Esta crónica no había sido recogida hasta el momento en las *Obras* de Martí.

b. En LN: «vendabal»

allí amontonados unos sobre otros, y sostenidos sabe Dios cómo, en violación de toda ley de gravedad o de equilibrio, sacos, baúles, cofres de todos tamaños, formas y colores. Algunos están nuevos, fresco el tinte con que ayer salieron de la fábrica, y tan sólo marcados con una etiqueta que indica su destino y el nombre del buque en que por primera vez se lanzan a correr aventuras. Otros han cambiado de color y no tienen ninguno fijo, veteranos de los viajes como los de la guerra sus heridas, ostentan ellos etiquetas multicolores puestas unas sobre otras, y que rezan los nombres de todas las ciudades y países del globo; allí están los de Roma y San Petersburgo, Biarritz y Ostende; su contemplación deleitaría a un profesor de geografía, o desespearía a quien no guste de viajar y ame la vida tranquila, sin ausentarse nunca de los patrios lares.

Y en esa confusa muchedumbre se forman grupos que si a primera vista no se distinguen, poco a poco se definen al ojo del observador como adquieren forma las constelaciones, para quien atento mira el polvo de oro y de luz que el Hacedor Supremo regó en los espacios infinitos. Mirad con atención: esta es una pareja que ayer contrajo el solemne voto de amarse para siempre, voto bendecido por el sacerdote y atestiguado por el notario. No vuelven en sí; están

ebrios de dicha; todo en el mundo fuera de amor les es indiferente; no ven las lágrimas de los seres que tanto los han amado y que ya empiezan a deplorar su cercana ausencia, y con el egoísmo de la felicidad, quieren sepultarse entre las ondas de una humanidad que no los conoce y cuyo contacto no les llega al alma. En este grupo hay flores y sonrisas; todavía están frescos los azahares en la corona de la novia y puras las ilusiones en esos pechos de niños. Allí otro grupo, en cuyo centro está un enfermo, que herido de muerte por el hielo de su aire natal, va a mendigar unos días más de vida y de tristeza a las tibias auras italianas y al calor del claro cielo que cobija las comarcas encantadas del Mediodía. Y en cada grupo hay un mundo pequeño: la historia de la humanidad se encuentra en cualquiera de ellos; en ninguno son tantas las sonrisas que no se vierta una lágrima, y aun aquellos a quienes tocó la sombra y la tristeza en suerte, tienen un rayo de luz, algo que mitigue su pena.

A ver los camarotes de los que se van suben los que se quedan; el barco es un palacio; el inmenso salón que sirve de comedor a cientos de pasajeros, está atestado de flores hermosos recuerdos que antes de muchas horas, marchitas y desahojadas, serán arrojadas al mar. Aquí y acullá, con copas henchidas en espumoso cham-

paña, algunos amigos se despiden en algazaras y bullicio. Y al favor de este, como a la sombra, una madre o una hermana, entre sollozos comprimidos, murmura los últimos consejos, repite las sabidas recomendaciones, y cariñosas manos estrechan las del que se aleja.

Inesperado suena el pito. ¡A tierra! es el grito. Un postrer abrazo, un apretón de mano, una frase rápida, y todos los que no se han de ir saltan presurosos al muelle.

Ya se sueltan las amarras, el barco está libre, ya dio la<sup>a</sup> hélice su primer golpe poderoso; como brioso corcel que siente de repente el aguijón de la espuela, se estremece todo él, y poco a poco majestuoso y como despertando a la vida, avanza; la proa rompe el agua en hilos de argentada espuma, y a cada segundo que pasa, reconociéndose en su elemento, la nave salta encima de las ondas y aumenta en velocidad.

Todos los pasajeros están al costado del buque que mira al muelle, en donde se aglomera la muchedumbre que queda en tierra. De una y de otra parte se cruzan frases que no se oyen, se batan pañuelos, y los ojos quisieran decir lo que fuera imprudente gritar a voz en cuello.

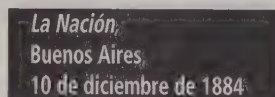
---

a. En LN: «el».

Ya el barco está en la mitad del canal, se aleja, se aleja, se confunde entre las mil embarcaciones, se pierde de vista. Vese ya tan sólo el blanco penacho de humo que vuela hacia atrás «como un adiós». Y la bulliciosa escena de pocos momentos antes parece un

sueño. ¡Dios lleve con bien a los viajeros!

José Martí



[Fotocopia en CEM]

72

## Zig-Zags Neoyorquinos

Noviembre 1º de 1884

**Z**IG-ZAGS—la aplicación de «la palabra no es nuestra: púsole en uso—hasta donde nosotros sabemos—un distinguido escritor cubano, don Rafael M. Merchán,<sup>220</sup> actualmente residente en la capital de Colombia. Es allí editor de un periódico, y bajo el nombre de «Zig-zags» que dejamos apuntado, publica las más interesantes revistas que es imposible imaginar de cuanto sucede—y hasta de cuanto no sucede—en Bogotá. En «Zig-zags» y con la inconstancia de la abeja o de la mariposa, su espíritu aborda ora un asunto, luego otro, como ellas los colores

hermosos y la miel, toca él el punto palpitante, y pasa y sigue en su camino. Ese es el origen de la palabra; sigamos adelante.

Ya llegó el otoño; según Pérez Bonalde<sup>221</sup> «la estación melancólica en que las hojas y las aves se van»; son de ello las señales inequívocas. Pasó ese verano que tan benigno estuvo al principio, pero que recordando de pronto, y al irse ya, quién era, nos dio una tan calurosa y cordial despedida, que poco faltó para que nos diermos. Ya la atmósfera está respirable y el termómetro ha bajado de las alturas plutónicas—por no decir infernales—a cifras de calor más en relación con nuestra como-

didad. De vez en cuando se siente en el aire algo como el ala húmeda de un ave que lo refresca, son las primeras brisas heraldos del invierno, que ya se puso en marcha para hacernos su visita anual. Se han acortado los días, avaro de su luz el sol, cada vez viene más tarde y se retira más temprano. Prados y bosques, yerba y follaje, comienzan a perder la fresca esmeralda de sus colores.

La cimera de los árboles cada día amanece de distinto aspecto; tal parece que las hojas, al comenzar a perder la savia y viendo su fin cercano, hubiesen querido ataviarse con la luz que bebieron durante los cálidos meses estivales, y por eso cada una se apropia un



color y el árbol parece, agitado por la brisa, un prisma palpitante, un iris murmurador y lleno de susurros. Y las ramas comienzan a desnudarse; cada día es mayor el número de hojas que por tierra arroja el viento. No, no hay duda, ya llegó el otoño, estación que los americanos llaman *Fall*, o<sup>a</sup> sea, caída de las hojas.

Eso en el campo. La ciudad se prepara a la actividad mientras la naturaleza se apresta para el reposo. Desiertos han quedado los inmensos hoteles en lo alto de los montes o a la orilla del mar; ya el murmullo de las ondas no se confundirá con el ruido de frases amorosas, repetidas en los nocturnos paseos al manso rayo de la luna, y en la arena no se ven las huellas de menudos piecitos de niños, ni barre la marea los castillos y fábricas de una tarde, que en la playa levantaron manos infantiles. En el establo está guardado el pesado carretón que por las veredas de la montaña arrastraron cuatro caballos jadeantes, y del cual un grupo humano lanzaba al aire sus cantos y sus risas en las alegres excursiones veraniegas... Todo eso pasó, y como leños a la vorágine del remolino han vuelto esos seres a la ciudad, a la faena, a las calles enlodadas, al brillo de las luces eléctricas. ¡Felices los que como las hojas caídas de los árboles, hayan conservado un rayo siquiera de la luz de los meses cálidos, claros, de azulado cielo que ya pasaron!

Y vese en las calles animación y vida, y por las noches se colman de gentes de rostros quemados por el sol, los restaurantes, los hoteles, los teatros. Ya se habla de los bailes que habrá en la estación cercana, de los artistas que visitarán la ciudad. El frac y la corbata blanca recuperan sus derechos, y en vez de partidas de pesca, de excursiones acuáticas, se habla de la venida de Irving, el gran trágico inglés,—de las funciones de la Theo,<sup>222</sup> flor del invernadero parisiense,—de la Ópera Alemana que nos dará a Wagner,—y de la Patti, que por un torrente de oro cambiará el de límpida armonía que brota de su garganta. Y por sobre todo esto, se oye el ruido de la agitación política; a la vuelta de cada esquina se halla la oficina de un comité; ora demócrata, ora republicano, y los pobres candidatos, retratados al por mayor y en inmensas telas, pueden ver su efígie colgada en todas las calles, como bandera de alianza para sus partidarios.

Procesiones, *meetings*, antorchas, disfraces de pacíficos ciudadanos, que se lanzan por esas calles de Dios, y se reúnen en torno de tribunas improvisadas, y aplauden arengas que no oyen y gritan como locos, y a la mañana siguiente tornan a su labor diaria<sup>b</sup> con un sentimiento análogo al del soldado que vuelve de la refriega. Sienten que el laurel vendría bien sobre sus sienes, y en el

fondo de su alma deploran el que esa vulgar necesidad de procurarse «el pan nuestro de cada día» les impida llenar su misión de héroes, para la cual se sintieron nacidos cuando marchaban en desigual formación por las calles de la ciudad, atronando los aires con sus vítores y marcando el paso —con absoluta independencia de sus camaradas— al son de la música, si destemplada cuasi marcial, de la banda alemana que mediante<sup>c</sup> unos cuantos *greenbacks*<sup>223</sup> se dejó seducir hasta el punto de abandonar su puesto de siempre en la cervecería de costumbre, por los azares y peligros de una procesión electoral. Y no pueden seguir su vocación, y en vez de ser héroes es preciso tornar al taller. ¡Cómo está de injusticias lleno el mundo!

Justo no sería sin embargo el mirar, solamente bajo ese aspecto, esas manifestaciones populares; si ellas tienen muchas arandelas y aditamentos que las hacen aparecer pueriles o ridículas en parte, no por eso dejan de ser eco de la opinión pública y palpitaciones del sentimiento que anima a grandes masas de la sociedad. Pasando por alto los arreos marciales improvisados, el aire de ferocidad que toman algunos

a. Se añade «o».

b. Errata en LN: «diario».

c. Errata en LN: «mediantes»

de los individuos en la marcha y otras muchas nimiedades que sería largo detallar, siempre hay algo de majestuoso, de imponente, y de consolador para el espíritu republicano en esas manifestaciones populares. Y como adelantada en la vía del progreso puede considerarse la nación, en donde para la solución de sus cuestiones eleccionarias, sólo se emplean de la guerra los pífanos, atambores, banderas y pompa militar, sin que, como tan desgraciadamente aún sucede hoy en algunas de nuestras repúblicas, cada nueva elección implique el derramamiento de sangre, fecundo sólo en miserias y desgracias.

Los teatros han abierto sus puertas, y actores y directores empiezan su labor, su tarea, en la cual sólo tendrán descanso cuando vuelva el calor. Delante de sí se les presentan largos meses de trabajo: es necesario divertir a sus conciudadanos. Y afortunadamente el público neoyorquino en materia de teatro es bonachón, primitivo en sus gustos y fácil de entretener. Unas escenas violentas al principio, un criminal atroz,

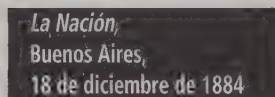
un ser de virtud inmaculada; fortuna, dicha, prosperidad y buen éxito para el primero hasta la penúltima escena del último acto, y amargura, desgracia y desengaños para el segundo, hasta dicha penúltima escena, ahí de cualquier manera no importa cómo, aún violando toda apariencia de verosimilitud, en el momento crítico en que ya sucumbe la virtud, se cambia la corriente, la inocencia triunfa, el crimen es castigado, uno, dos o más matrimonios según los que se puedan hacer con el número de personas que haya en las tablas, y cae el telón en medio de aplausos generales, y los buenos *burgeois*<sup>a</sup> neoyorquinos se retiran satisfechos a su hogar.

Poco importa cómo se llegue al fin, pues el público traga entero lo que se dice y el encanto se aumenta si hay hombres vestidos con camisas rojas y botas altas, que constantemente tienen en la mano un inmenso cuchillo, que por dácame esas pajas despachan a un prójimo para la eternidad, prójimo que el autor se reserva el derecho-*tous droits réservés*,<sup>b</sup> dicen los libros franceses, y este acaso sea uno de ellos- de

volver a la vida, como hizo Cristo con Lázaro, sin que al público se le ocurra hacer la más leve objeción, ni poner en duda el poder milagroso del dramaturgo para resucitar muertos, cuando así le convenga para el citado triunfo de la virtud. Probablemente es tanta su alegría de volverlo a ver, que pasan por alto una cosa tan insignificante como una resurrección.

Y a pesar de lo uniforme de esas tramas, a veces hay en el desarrollo de ellas situaciones dramáticas interesantes y momentos que fascinan y hacen olvidar la imposibilidad de lo que se representa, por lo ilógico que sería según lo que vemos en la vida real.

José Martí



[Fotocopia en CEM]

- a. En francés, burgués.  
b. En francés, todos los derechos reservados.

## 73

# Cartas de Martí. Un día de elecciones en Nueva York

La noche anterior.-Cuarteles generales de los partidos, y lo que se hace en ellos.- Las apuestas.-Preparativos legales.-3 000 casillas de pino blanco.-Una casilla, y sus alrededores.- Los papeleteros, los «trabajadores» y los cuidadores.- La conquista de los electores.-De a dos y de a cinco pesos.-El día en las casillas.-Un votante preso.-Caterva italiana.-Italianos e irlandeses: batalla campal y caso cómico.-Una elección de munícipe en un barrio bajo.-«Pericón» y «Francisco».-La escena en barrios cultos.- Tráfico en votos.-Influjo decisivo de los hombres de negocios.-Curiosidades electorales.-Las cuatro de la tarde, peleas y fogatas.-La ciudad por la noche.- Las calles, las cantinas, los alemanes, las dos razas irlandesas, los hoteles.-La cantina de Hoffman: sus bronces, mármoles y cuadros.-Lectura pública de las primeras noticias.-En las plazas y avenidas.- Vagabundos y señores.-Una conversación en un carro.-La plaza de los periódicos.-La muchedumbre aguarda en la lluvia los boletines.- Pilluelos, paseantes, luces.-El Sun, el World, el Herald y el Tribune.-Hurra, silbos, refranes, coros.-La maravilla del sufragio.

Nueva York,  
6 de noviembre de 1884

Señor Director de  
*La Nación*<sup>a</sup>

Vamos a pasear por Nueva York hoy que es día de elecciones; a ver quiénes votan, y cómo y en dónde, y qué se hace después de votar; a oír lo que se trama, vocifera y cuchichea; a pintar en su día de soberanía a este pueblo pujante y complejo; a palparle, ahora que las tiene conmovidas, las gigantescas entrañas. Los niños se preocupan grandemente, no bien empiezan a pensar, de la manera con que se encenderá el sol, y de quién lo encenderá, y de cómo se podría llegar a él: urden en su mente ingenua y novicia colo-sales escalas: seguir la luz es el primer movimiento perceptible del recién nacido: conocerla, el

a. En LN, punto.

mayor deseo del niño, y el anhelo del hombre hundirse en ella. Curiosidad igual atrae a los pensadores hacia los misterios de formación y desenvolvimiento de este pueblo, sorprendente muestra, ay! de todo lo que puede llegar a ser una nación preocupada de sí, y desentendida, en su propio goce y contemplación, de las maravillas y dolores del resto del universo humano.

En cuatro de Noviembre se vota en los Estados Unidos para electores a la Presidencia, y para otros oficios del Estado y de la ciudad, que suelen caer al mismo tiempo; pero el día de la votación, luego que ya están apagadas las antorchas de las procesiones, y los uniformes, cascos y banderines embaulados, y toda la parafernalia del entusiasmo puesta, en espera de nueva ocasión, en resguardo del orín y la poli-lla; el día de la votación, digo, comienza con la noche que le precede. Cada partido tiene, por supuesto, su cuartel general y cuartelillos menores en diversos puntos, donde se congregan los agentes del partido, y se distribuyen documentos, y se ajustan tramas, y se dispone el plan de la batalla. Estos cuarteles son salones públicos, que los partidos mantienen en constante uso, y de los que suelen ser propietarios, o casas particulares, que para estos meses de lidia y faena alquilan en lugares vistosos y céntricos: y en estas casas todo es abejeco, co-

mezón, portuguesadas, alardes de triunfo, entrar y salir en las partes bajas, donde se junta la gente menor, y sigilo y reca-deo misterioso, y porteros impenetrables, y pasillos discretos, y dobles puertas en las partes más altas y escondidas, donde los patriarcas celebran sus acuerdos, reciben a las personas de cuenta, conversan en apartados rincones con los gamonales que tienen en su puño a los condados o distritos, ofrecen puestos o dineros a los oradores alquilones de cuyo influjo o palabra necesitan, y con una mano en el manipulador del telégrafo, y la bocina del teléfono en la otra, oyen y mandan, y conciertan todo lo que en pro de su candidato ha de hacerse, de un cabo a otro de la Unión. Lujo no se espere en estas casas, donde en estos meses se hilan y reparten los dineros por millones: en los pavimentos no hay alfombra: las luces de gas están a medio quemador: las sillas son de madera o de rejilla pobre, y todas diferentes: alrededor de una gran mesa, gordos como Falfaff y ansiosos como Macbeth, están los senadores y personas de médula que encabezan la campaña, sin que sea raro hallar a estos caballeros con el chaleco abierto y en mangas de camisa. Sus malicias son burdas. De ingeniosos, no pecan. Sus recursos son aparatosos y vulgares. Lo que más cuesta, y lo más numeroso y tamañado, es lo que les parece más efi-

caz. Proponen brutalmente. Y cuando la dan de astutos, son serpientes que parecen toros. De estas casas se sale como de un mal paso. En los salones bajos, sobre una mesa central, están en haces los diarios del partido; tapizan las paredes, en parejas, retratos de los candidatos para la presidencia y vicepresidencia; adornan los rincones, sobre maniquíes,<sup>a</sup> modelos de las capas de hule, corazas de papel y cascos de latón, que paradean por las calles los procesionarios. En la noche que precede a las elecciones, no hay aire allí, sino masas humanas: las grandes bebederías de la ciudad, con sus mostradores de caoba, sus estatuas de mujeres desnudas, sus tapices y curiosidades ricas, sus cuadros tentadores y libidinosos, están repletas,<sup>b</sup> a punto de no dejar paso, de gente rica y vociferante que bebe, desafía, gesticula y apuesta. Los cheques<sup>c</sup> en blanco se llenan sobre las espaldas del vecino o en el hueco de la mano; con un rasgo de lápiz quedan apostados al triunfo de un candidato, como al de un caballo en las carreras, diez, veinte, cincuenta mil pesos: un californiano ha apostado al triunfo de Cleveland, toda su hacienda. En su oficina el Fiscal

a. Errata en LN: «maniquíes».

b. Errata en LN: «repletos».

c. En LN: «checks».



del Estado, a demanda de los inspectores de elección que han descubierto informalidades y abusos en las listas de registro, firma por centenas los mandamientos de prisión con que en el acto de votar se ha de detener al día siguiente a los que han procurado violar las leyes y ordenanzas electorales, y votar sin derecho, o votar dos veces, o hacer en algún modo engaño o fraude: y si cesa el Fiscal por un instante de firmar órdenes de arresto, no cesa de recibir juramento a los vigilantes especiales que para este día cuatro de Noviembre emplea el Estado, a que cuiden en las casillas de votación de que las leyes sean cumplidas, y arresten a los que las desconozcan o las tuerzan: sólo que como es republicano el que nombra, y con nombrar hace favor y obliga, republicanos son los vigilantes especiales, que más que para vigilar, para mover o forzar a los electores a que voten por el partido republicano, son empleados: por lo cual, los demócratas vivaces eligen a una persona de buenos ojos, para que en cada casilla vigile a estos malos vigiladores. Cuando ya está al abrir la mañanita, júntanse en la Fiscalía, para estar pronto a resolver consultas y aclarar dudas, los abogados fiscales auxiliares, a cuyo consejo acuden a bandadas durante el día los electores en apuros; este porque le disputan el voto, aquel porque un bribón

votó en su nombre por el partido contrario al suyo y no lo dejan votar ahora, estotro porque puso en la lista de registro equivocado el número de su casa y lo acusan de fullero, esotro porque van a dar las cuatro, que es la hora en que se cierran las casillas, y él es demócrata, y como los vigilantes son republicanos le han movido un pretexto para impedirle que acuda en tiempo, y él viene desalado a que ordene el fiscal que le reciban su voto: -tales son los empleos de los abogados auxiliares. Votante hay que, en alas de su abogado, se anda una milla en un minuto.

El día cuatro empieza, tranquilo y lluvioso. -Como por magia, se han levantado en las aceras de la ciudad más de 3 000 casillas de pino blanco, cubiertas de carteles. Cinco hay frente a cada lugar de votación: cinco pesos cuesta cada casilla al partido que la erige: «Aquí se juntan<sup>a</sup> los amigos de los republicanos»; -dice en el tope de un cartel grande; -«Aquí Butler»; -y a este llamamiento lamentoso nadie acude; -«Aquí Tammany Hall», que es la casilla de la organización electoral más terrible y numerosa de los demócratas: y sus casillas sí que están animadas.

Desde las seis de la mañana, en que empieza el voto, merodean, fuman, mascan, ponen rostros horribles y blasfeman los rufianes que, a modo de intimidadores, disputan por

los barrios ambos partidos: frente a cada casilla o saliendo al paso a cada elector que llega, está con su bolsón de lienzo al costado, lleno de mazos de papeletas de votar, el papeletero de cada partido; y a su alrededor, con miradas ávidas, y tacto seguro, buitrean los «trabajadores» de los bandos contendientes, que así se llama en la parla política a las personas de blando hablar y buen vestir que, por los méritos<sup>b</sup> de cinco pesos que les dan por esta labor, se obligan a procurar convencer a los electores de que es de ley y conciencia votar por el bando que paga a estos blandillocos.

Por entre todos ellos, llenos de ojos los vestidos; porque parece que ven por los codos y por las espaldas, culebrean los cuidadores que cada bando u organización importante emplea, a fin de que no dejen que haya engaño en las papeletas, y den con apariencias de republicano un mazo demócrata, o al revés, y de que no procuren cohechar a los votantes: lo cual no quita que llamen mucho la atención, y tomen del brazo lindamente a este o aquel que llega con apariencia ruin, unos caballeros lustrosos y bien puestos, con muy buenas ropas y sombrero de pelo, que en desdeñoso ángulo obtuso llevan en la esquina de la boca

a. Errata en LN: «junta».

b. En LN: «mérito».

un robusto tabaco, y, a modo de invitación, y en ángulo que no puede llamarse recto, ostentan en el bolsillo exterior del chaqué un mazo de billetes de banco,—que a las cuatro de la tarde—vivan los pantalones nuevos y la botella de aguardiente de maíz!—están ya en otros bolsillos. Mugriento, vestido de pingajos, tocado de un sombrero lleno de hoyos, los pies en unas botas que van diciendo lástima, descuélgase por la esquina un negrón de cara picaresca, o un vagabundo infeliz, de nariz roja y barba hirsuta, que hiede y tiritá: a este se llega enseguida, con el cuidador del partido rival en las espaldas, el señor del tabaco y los billetes:—¡y cuánto que lo quiere! ¡y qué bien que lo regala en la cantina de las cercanías! ¡y cómo halla manera, sin que el cuidador le vea, de ponerle en las manos, con el mazo de papeletas de su partido, un billete de dos o de cinco pesos, según sea de marrajo o necesitado el vagabundo! —Cuando es una persona de buen ver la que se acerca a las casillas, o un artesano orondo<sup>a</sup> de su ciudadanía, que se ha echado encima, para venir a votar, sus vestidos mejores, los papeleteros se le adelantan, y los «trabajadores» le rodean; pero él se va derechamente a la casilla de su partido, y allí pide al del bolsón el mazo de papeletas, y las mira una a una para que no le engañen como suelen, y va en paz y majestad

a echarlas en las urnas. No sé qué tienen los que así caminan: pero consuela verlos, y parecen reyes.

Y todo el día es este rapacear, este ojear, este seducir, este acusarse unos a otros de corruptores y ladrones, este poner miedo en los que no parecen muy seguros, este disputar el voto a los que con el menor error o desliz han puesto en riesgo su derecho, este llevar presos a la presencia del Fiscal del Estado, o sus representantes, a cuantos por haberse registrado malamente o sin derecho, dieron ocasión a que los vigilantes se proveyesen de antemano de mandamiento de prisión contra ellos. Vienen del brazo, como desafiando y venciendo, unos diez caballeros demócratas; pero tanto inquiere de uno el trabajador republicano, que el caballero vacila en dar su voto; y el trabajador lo sigue poniendo en alarma, que no llega a ser tanta que no vote el demócrata; mas no sin que se le haya antes exigido la formalidad desusada del juramento, con que acreditada su fe honrada en su derecho de votar, y se expone a pena fuerte en caso de perjurio,—para ventilar lo cual un vigilante se lleva preso a la Fiscalía al caballero demócrata, seguido de gran muchedumbre, que injuria al aprehensor y lo conmina a que dé libertad a su cautivo; y como resulta que su voto es de ley, sale libre, entre los aplausos de la gente.—Otro grupo es de ita-

lianos excelentes, que vienen en rebaño tras del capataz que ha mercado sus votos; pero como la paga fue hecha afuera, de probarla no hay modo, aunque el alboroto que esto mueve es grande, y los sencillos italianos con su buen peso en la bolsa, y no poco temor, echan en las urnas el mazo que les dieron: mas se descubre a tiempo que uno de ellos dijo que vivía en tal casa, donde no vive, y aunque suplica y llora, los irlandeses se ríen de él a gran mandíbula, y el vigilante se lo lleva en prenda. Irlandeses e italianos no se quieren bien; ni alemanes e irlandeses.

Los de Irlanda no gustan de ir al campo, donde la riqueza es más fácil y pura, y el carácter se fortifica y ennoblece: sino de quedarse en la ciudad, en cuartos infectos, o en chozas de madera vieja encaramadas en la cumbre de las rocas, empleados en servicios ruines, o aspirando, cuando tienen más meollo, a que el pariente avecinado les saque un puesto de policía, si son mozos esbeltos, o de conserje o cosa tal.

Y los de Italia tampoco se van al campo, ya por ser gente apegada a lo suyo, que gusta de vivir entre las comadres vestidas de colores y los que hablan, riñen y matan a su guisa, ya por no ser personas de grandes deseos, ni aspirar a más

a. Ilegible en LN. Se sigue la lección de OC, t. 10, p. 110.

que a allegar unas centenas de pesos, que estiman como monumentos de oro, y ganan haciendo oficio de barrenderos, musicantes, vendedores de fruta, y mercaderes de vejees y restos, con cuyo producto se vuelven luego alegremente a su lugar nativo. De manera que como la Irlanda es mucho y la Italia no es menor, los celos han subido tanto que no hay día sin corrida, paliza o pedrea entre italianos e irlandeses. En este día de elecciones, y en la mismísima plaza del Ayuntamiento, a propósito de la elección de cierto municipio, acusado de haberse puesto en muchos votos de italianos, andaban ya a puños y puñales los hombres de ojos ardientes y los de nariz remangada: trescientos eran de un lado, y más de trescientos de otro, y la ira mucha; pero el municipio acusado, persona de gran pro entre la gente baja, salió a las gradas de la casa municipal, y abriendo, entre altas voces, las recias manos: «No se maten por mí, dijo, italianos e irlandeses, porque en mí llevo las dos sangres: mi padre era irlandés, y mi madre italiana»; con lo que, mirándose de reojo, envainaron los contendientes las espadas.

Y esto sí que es de ver, y allá vamos, ya que hoy se hacen, además de la elección de Presidente, las de algunos municipios en los barrios donde no se ven casas de fachada de piedra artificial, bordando calles

limpias de espaciosas aceras, sino ventorros de muy mal ver, casucones<sup>a</sup> de mugrosa madera, o de ladrillo despintado y roído, que a ambos lados de estrechas callejas, parecen dientes careados y rotos en encías en ruinas<sup>b</sup>. Allí el aire es fétido y espeso: las casas, colmenares; el mayor rufián, el rey; cada mujer, un ala rota; y cada puerta, una bebedería. Son aquellos romanos que pedían pan y circo; lampiños como ellos; como ellos, miserables y feroces. Cada mañana, recogen de bajo algún mostrador un hombre muerto a puñaladas o a balazos. De noche, se acurrucan en un recodo oscuro de la calle, o se reúnen en solares solitarios, alrededor de un jarro roto, a pedir a los que pasan, siete centavos con que comprar cerveza para el jarro, o un centavo, porque tienen seis y les falta uno; y si el que pasa no lo tiene, o no se los da, muere, y cuanto lleva sobre sí, de sombrero a calcetines, va a cubrir el cuerpo de los rufiánes, sin que la policía se aventure a deshacer estas temibles cuadrillas, porque como todo el barrio es de su jaez, todo él los protege y recata; y si llega a poner mano en algunos de ellos, ya está el cervecero o el político de esquina, de cuyos votos necesita el Juez para ser reelecto, cosido al Juez hasta que deja libres a los presos, con cuyo voto comercian los políticos, por lo que es de costumbre que se obliguen a servir en

estos casos apurados a los que a su vez en las elecciones les sirven:—y los acatan los jueces,—que este es uno de los males de que los jueces sean electos por votaciones populares. Tales son las cohortes de electores que hacen municipio a «Pericón» el cervecero, o a «Francisco» el vendedor de carne! Mientras más cerveza, más votos. La bebedería de Pericón da hoy cerveza a barriaca por hombre. Él, sudoroso, sentado en un barril, aviva a su gente. Este de un trago vacía media botella; otro, en un rincón, se ceba en su vecino, y lo abate a puñadas; uno canta, todos juran: por tierra andan ya algunos, y los demás sobre ellos; en copas no beben, sino en tinas de lata: y se cobran así los que han votado, y los que van a votar luego. Francisco, el de la madre italiana, anda en un coche por la calle, seguido de centenares de chicuelos: a cada puesto de votar adonde llega, echa al aire puñados de centavos y reales sobre los<sup>c</sup> que se lanzan los chiquillos, en tanto que él da abiertamente a sus trabajadores billetes de a peso con que compren votos, que él a peso paga. Allí sí, no hay cuidadores, más que los de Pericón; ni policías, o no se ven al menos. Del corredor de una casa vecina se oyen gritos,

a. Ilegible en LN. Se sigue la lección de OC, t. 10, p. 112.

b. Errata en LN: «ruías».

c. Se añade esta palabra.



golpes, juros: es que a la misma casa fueron en busca de un votante que les falta los trabajadores de Pericón y los de Franciscazo, y al verse faz a faz en la escalera, dan poderes a los puños, que son tales que suelen romper cráneos, y ruedan sin sentido, o abrazados y mordidiéndose, hasta la acera. Franciscazo es electo municipal. Lago, con manchas rojas, es la bebedería de Pericón.

Muy otra es la escena en los barrios más cultos. Los lugares de beber, por de contado están llenos, aunque manda la ley que los cercanos a los puestos de votar estén cerrados. Los que viven del tráfico de votos, y de tenerlos preparados para estos días, que son muchos, en esquinas, cervecerías y corredores, emplean sus artes y se ganan gente; pero por casi toda la ciudad iqué orden, limpieza, y respeto!—Acá acogotan a un negro, porque tomó cinco pesos de un seductor; pero tan graciosamente cuenta que él ya era amigo de este tal, quien le indicó que cinco pesos no dañarían su amistad, y le suplicó a poco que sacrificase por él sus firmes convicciones políticas, que el concurso ríe en coro, y al acogotado dejan suelto. En uno u otro lugar, ya a la caída de la tarde, con lo cerrado de la elección y la excitación del día, suele suceder que cambien puños, a pesar de su caballeresca apariencia, los trabajadores de los partidos rivales, o un pape-

letero alevoso y el elector malhumorado que ha recibido de él un mazo de papeletas fraudulentas: —porque hay cuerpos políticos de la ciudad que tienen en más la elección de determinado candidato a un puesto local que el triunfo del candidato de su partido a la Presidencia, y arreglan mazos de papeletas con la del Presidente rival a la cabeza, y desligada entre las demás la del candidato propio cuya victoria les importa; lo que da lugar a comercio abierto entre los gamonales republicanos y los demócratas, y a que muchos de estos, interesados en hacer corregidor de New York a una especial persona, hayan tratado en esta elección que sus secuaces voten por el candidato republicano a la Presidencia, con tal que los secuaces del gamonal republicano voten por el candidato demócrata a la Corregiduría. Por estos tratos fue vencido Hancock, demócrata, en la elección presidencial que llevó al Gobierno a Garfield en 1880; y por estos tratos ha estado a punto de ser vencido Cleveland. Sólo que los hombres de negocios, sinceramente interesados en el triunfo de este hombre honrado y sencillo, dispusieron un cuerpo tal de cuidadores en las casillas, y tantos electores desinteresados hubo, y con tal celo eran revisadas por ellos las papeletas, que el tráfico esta vez, con ser cierto, no ha llegado a mucho. En esto han de pensar aque-

llos pueblos que quieran conservar la libertad de que gozan: sólo la disfrutarán mientras la vigilen, la perderán, como aquí mismo, en esta misma tierra santa de la Libertad, han estado a punto de perderla, tan pronto como la abandonen.

Van a dar ya las cuatro, y es hora de que, muy de prisa, recorramos las urnas. En estas los trabajadores son iquién lo dijera! dos mujeres aún jóvenes: llevan al pecho la cinta blanca y azul, distintivo de los partidarios del candidato de las Sociedades de temperancia, el apuesto y ferviente St. John. Jamás se vieron hasta hoy mujeres en las aceras, repartiendo papeletas y trabajando, con elocuencia y persuasión reales, por convencer a los votantes: y es fama que, en aquella casilla hubo buen número de votos por St. John.

En otras casillas vitorean a un octogenario: Tilden es, el profundo Samuel Tilden, que pudo rescatar de los bribones el Estado de New York que esquilman y envilecían con un inicuo gobierno, mas no la Presidencia de la República a que fue electo en 1876, y que le hurtaron los republicanos.—Y al Presidente Arthur vitorean también calurosísimamente, por discreto, cortés y gentil, a su salida del puesto electoral en donde ha dejado su voto en pro del rival que le venció en la candidatura a la elección del partido para aspirar a la elección presidencial, su rival Blaine.



Pero ¿qué pasa en aquellas otras urnas, que la gente se agolpa junto a un anciano que expira? El anciano tenía ochenta y seis años: salió a votar con su hijo: rehusó ocupar en la fila el puesto que le cedían los que llegaron antes que él, y, asido de su derecho de hombre, cayó muerto al pie de las urnas.

No bien dan las cuatro, y las urnas se cierran, dentro comienzan los inspectores, guardados por los policías, a contar los votos: y fuera son las riñas de muchachos y mozos, y a veces de hombres crecidos, por ver quién se lleva las casillas. Se echan sobre ellas, y las desclavan con las manos. Otros vienen a quitárselas, con palos y piedras. Cien muchachos se juntan de un barrio, y cien del vecino. La policía suele acudir, y golpearlos donde no quede hueso roto, o donde quede; y ellos, con la cara ensangrentada, echan a correr calle arriba, con las tablas al hombro. Para hacer candeladas las quieren, con lo que es de uso antiguo que la gente menor celebre aquí las elecciones. De días atrás, no ha quedado barril en las aceras que los muchachos no se roben, ni cajón o baúl viejo en los desvanes que no escondan en el sótano; y cuando la madera escasea, de las cercas de los solares las arrancan: aunque el honor no está en esto, sino en apoderarse a mano fuerte de las casillas. Como se va avecinando la noche, aunque llueve de recio, se

enrojece, con el color vaporoso del hierro encendido, la bóveda del cielo. En cada esquina, frente a cada puerta, llamea una fogata. Si la han hecho niños de buen vestir, suelen llegar con unos garfios, protegidos de lejos por rufianes talludos, grupos de chicos de los barrios bajos, blasfemando y braveando, que hacen de barateros de la fogata, y con sus garfios arrebatan los barriles encendidos, y con gritos de triunfo se los llevan a una esquina cercana: a lo que no es común que se opongan los niños de buen vestir, ni sus padres, porque si lo intentan, y riñen o toman de un brazo a alguno de los malandrines, caen sobre el regañante con las manos armadas de manoplas, o con puños tan fuertes que dan como si lo fueran, los rufianes que con las manos en los bolsillos han estado en fila en la acera, cuidando del buen éxito del robo: Tienden a dar en las sienes, o un golpe fatal que ellos saben, detrás de la oreja. Niños hay, y hombres también, que se levantan a morir de estas contiendas. Pero, por lo común, la fogata es ocasión de entusiasmo y risas. Algunas hacen altas, como una columna, poniendo uno sobre otro barriles vacíos: prende la llama abajo; el humo negro, como un diablo escapado, sale por la alta boca; tras él, como las hojas de una palmera, brota en lenguas la llama. Puesta de sol de Egipto parecen las calles,

con todos los cristales de sus casas encendidos, y las paredes, y los vecinos que desde ellas miran, y el aire mismo, en unas oleadas amarillo, en otras vivamente azafranado. Y ya a esta hora de la noche ¿quién, aunque la lluvia es torrencial, no irá a la parte baja de la ciudad, o a las grandes plazas de la Unión y de Madison, a ver, con la muchedumbre aglomerada en ellas, lo que van anunciando, ya en grandes lienzos colocados sobre un techo o en la fachada de un muro, ya en los que arman a las puertas de sus oficinas, los diarios más notables de la ciudad?—Todo Brooklyn,<sup>a</sup> todo New York, todo New Jersey, están en las calles.

No hay salón de bebida que no hierva. En los de suburbio, a los lados de ambos ríos, se apuesta y balbucea: y no hay nadie en pie, sino porque los unos se apoyan contra los otros: de beber y vocear están roncacos. No son así los salones de gente alemana, que votó muy temprano, y a sus casas no ha vuelto, sino a oír perorantes, y quemar sus pipas, y beber en sus jarillos de barro bañado, sobre la salchicha de Frankfort o el bocado de pastoso Limburgo, el Hubmacher negro, o el Lichoschaner transparente: toda esta gente de Alemania es de buen ver; su ropa, buena; su aspecto honrado; su alegría,

a. En LN siempre: «Brooklyn».

reflexiva y bonachona; su lealtad tenaz; su juicio lento y propio; en todo alemán hay un poco de Lutero:—Republicanos han sido por lo común, pero esta vez, han votado mayormente con los demócratas, acaso porque, con promesas y parla pomposa, los amigos de Blaine hicieron creer a la caterva irlandesa que el caudillo republicano movería querella a Inglaterra en pro de Irlanda, con lo que se ganó mucha parte del voto irlandés, cuya preponderancia en la ciudad y en la política del país no ven los alemanes de buen grado: —en verdad, los alemanes han despoblado selvas, y fundado Estados, y abierto vías férreas del Atlántico al Pacífico; y el mejor comercio de New York, alemanes lo hacen; mientras que Irlanda, fuera de este o aquel hijo inteligente, astuto o valeroso, no ha traído más que gente preocupada y odiadora, amiga de puestos públicos y oficios ruines. El hijo del alemán es culto, respetuoso, fuerte y dado a su trabajo. El del irlandés es perezoso, enteco y pendeñero. A bien que en Irlanda hay dos razas: la una de pelo negro, nariz aguileña, barba poblada y alma clara y heroica; la otra de pelo rojo, naricilla al viento, boca máxima de labios caninos, y almilla de aldehuella, desconfiada, terca y vanidosa. Quien quiera ver pandemonium de razas, en noche como esta de elecciones en que estamos debe venir a New York,

en que todas se mezclan y hor-miguean. A las plazas de Madison y de la Unión va la gente, porque en ellas tienen el *Herald* y el *World*, sus boletines; y cerca de ellas están los cuarteles generales y sucursales de ambos partidos, y los hoteles grandes y famosos, el de la Quinta Avenida, donde ha posado Blaine, lleno de republicanos; el de Hoffman, que fue posada de Cleveland, lleno de los demócratas de más cuantía. De cerveza no se sabe en estas ricas cantinas, sino de champañas y claretos. Banqueros y corredores conocidos gritan, fuera de sí, de pie sobre las mesas. Son Bolsas los atrios de estos hoteles y bebederos suntuosos: nadie pone atención, en la cantina de Hoffman, cubierta de tapices y cuadros valiosos, en el Fausto dormido de un pintor español, con un Mefistófeles arrodillado que parece un arriero alcarreño, orando con el rostro vuelto a tierra, cual si no quisiese ver cómo, en contorsiones estudiadas y volcánicas, cruzan el cielo lácteo, a manera de ráfaga, despeinadas y lívidas, en todos los abandonos del deseo, un montón de mozas ubérrimas y esbeltas; ni en un plato de porcelana se fija nadie; en que una mujer joven, alta y fina como los Cristos maravillosos del guatemalteco Quesada,<sup>224</sup> es arrebatada cielo arriba, con visible deleite suyo, en el lomo de un monstruo fiero y retador; ni hay esta noche, apiñada ante el

cordón de seda que protege de los curiosos la obra de arte, aquella caterva de mirones seniles que a toda hora escudriñan las bellezas de las ninfas acuosas y diáfanas de Bouguereau,<sup>a</sup> que, en posiciones que trascienden de sobra a Academia y señorío, y quitan en verdad a la tela toda intención y apariencia lúbricas, convidan a un fauno temeroso a que se hunda con ellas en las aguas: a este cuadro lo decoran y miman aquí, como un altar: de lo alto, bajo un dosel de terciopelo y flecos de oro, cae sobre el lienzo un torrente de luz, que las cortinas rojas de los lados concentran y recogen, ante el cuadro; en jarrones de Sévres, a menudo rodeados de símbolos amorosos de plata o porcelanas varias, están siempre turbando con su aroma los sentidos, grandes mazos de rosas. Y por las esquinas, bayaderas de bronce. Venus corpudas en mármol blanco, una bacante descarada que, con los brazos por detrás de su cabeza, y desmayado de placer el rostro, abraza la cabeza de un Sátiro fornido, en que remata el poste en que se apoya. Un sable japonés cuelga de un lado: una cabeza de camero, con los cuernos embutidos de zafiros y topacios, está junto a una puerta: junto a otra, un altar chino, todo de oro; un mosquete de los tiempos de Médicis enseña

a. En LN: «Bonguereau».

sus incrustaciones de nácar, a poco andar de una gran arca de hierro, toda llena de cerraduras formidables, que parece máquina vincesca, y es del tiempo: bajo una lámpara de cristal de roca, en un arco de bronce, cuelga un loro: un bronce de Barbedienne,<sup>225</sup> un jockey a caballo, preside una esquina del mostrador; cerca, da vueltas una caja armónica; en la otra esquina, vestido de seda, hace muecas un mono: ésta es, de las cantinas de la ciudad, la más rica, frecuentada y famosa.

Pero ahora ¡qué vocerío! En las calles han doblado los policías: tras del mostrador de Hoffman, han puesto otro vivo de cantineros: entrando de lejos, no sin gran trabajo, y vistos tras la masa de hombres de ropas negras que llenan el salón, aquellos ágiles mozos, de gran delantal pulcro, semejantes, entre las botellas y copas de colores que les resplandecen en las manos, a un colosal gusano blanco con pintas amarillas, pardas y rojas, no parecen, destacándose del fondo del mostrador de caoba bruñida, repleto de cristales tallados y frascos artísticos, un ejército diestro de criados, sino como ese malsano mohó blancuzco que en los lugares fétidos cubre a los árboles caídos, o esas flores verdosas, que, con la cabeza despeinada entre los codos, ven surgir, de un inmenso tronco negro, los bebedores de ajeno. Nadie sabe lo que bebe, ni lo que paga por ello. Es el único

día del año en que los hombres se hablan en esta ciudad, sin conocerse. De lo que se dicen, ya ricos, ya pobres, o siguen copas y efusiones,<sup>a</sup> o puñadas.<sup>b</sup>

No se habían visto antes jamás: y en un momento, como cuando se asiste a la representación de una noble obra dramática, se hablan con cariño y abandono de alegría, y se juran, siempre sobre una copa, amigos:—a menos que no disientan su parecer, y arremetan uno contra otro, como gladiadores ebrios, aunque esto, en los buenos lugares, sin ser raro, no ha de pensarse que es frecuente. Todos quieren hablar, sin que nadie lo logre. Las diez de la noche son ya y no se reciben aún más que vagas noticias. De pronto, en Hoffman, atruena un hurra el aire, y los vasos se detienen en las manos de los bebedores: un noticiero agita un telegrama por sobre su cabeza: Cleveland tiene mayoría en la ciudad de New York: publica otro que Vanderbilt, que a cientos cuenta los millones, ha dado \$ 150 000 para ayudar a los gastos de elección de Cleveland. Otro hurra ahora, para Canmack, un animoso corredor de Bolsa que sin miedo a la derrota probable, ni millones aún en que remirarse, dio a los demócratas cincuenta mil pesos. Un hombre, por fin, no de mal ver, logra alzarse; voceando y agitado el sombrero, sobre los hombros de unos cuantos ami-

gos: lleva un libro de cheques en la mano: «Apuesto un millón de pesos—grita entre el estupor de todo el mundo—a que Cleveland será electo Presidente». Se oye un rumor sordo, como si consultasen los concurrentes para aceptar la apuesta: los apostadores de oficio, y los que llevan libros de apuestas, como en las carreras de caballos, se abren paso a codazos entre la multitud, para saber si la oferta colosal es seria. «Tu cheque por un millón de pesos no es bueno», responde al fin uno: «¿tú quién eres?» «Pues aquí firmo, dice el hombre escribiendo con lápiz sobre la copa de su sombrero, otro por veinte mil que perderé si el del millón no es bueno». Pero nadie entra en la apuesta, y el hombre sale, como un triunfador, de la cantina, del brazo de sus amigos, que ríen mucho del caso, porque el de la apuesta es millonario, pero en buen humor y atrevimiento. En un cuarto alto del hotel, en mangas de camisa, coronada la frente encendida de gotas de sudor, un senador, un senador de rostro rojo y poderoso cuerpo, lee, como un ogro ocupado, los primeros recuentos. Favorecen a los demócratas todos: frenesí es aquello, no entusiasmo: todos se

a. Errata en LN: «efusiones».

b. Errata en LN: «puñados».

c. En LN: «check».



dan las manos, y se abrazan. Brillan con un placer infantil los rostros apagados. Se sonroja la frente de los viejos, y las canas traviesas se les saltan del peinado, como queriendo remozarse, y volver a su negror y mocedad: patriarcas graves, que en Julio eran candidatos a la nominación de su partido para la Presidencia, ebrios<sup>a</sup> de júbilo, echan ahora sus sombreros al aire, y los vuelven a echar y no se ocupan más de ellos. Abraham<sup>b</sup> Hewitt, el yerno de Peter Cooper, autor de un magistral discurso sobre el hierro y sus aplicaciones, *sachem* venerado entre los demócratas, de gran limpieza moral, sexagenario y millonario, habla móvilmente, levanta los brazos al cielo, dice cosas hermosas, y hunde el rostro dichoso en el hombro de un amigo.

En las calles, bajo la lluvia estruendosa, en el frío húmedo, andan del brazo hombres y mujeres, los que tienen paraguas, olvidados de abrirlos; las mujeres envueltas en sus capas de goma. De pronto, como dos fieras, a que se abre paso con lástima, asoman, por una esquina, él transido en un traje viejo de verano, ella ebria como él, cubierta con un sombrero de paja, abrigada con una manta rota, dos vagabundos jóvenes que parecen acabados de levantar del lodo. Ella le lleva a rastras, deslumbrada de tanta luz, y casa limpia, y vestido correcto, como un ave de pantano a quien se echase a

volar por primera vez en un teatro de magia. Al fin desaparecen, huyendo de un carruaje ligero de que tiran, como un gigante que lleva a espaldas un niño, dos caballos de sangre, de ojo batallador, pecho nervudo, vientre escaso y cañas finas: dos recién casados, en capotes impermeables, ríen dentro del carruaje que ella guía; luce en su capuchón el rostro vivarachito de vez en cuando salpicado por una gota de lluvia, como de mañanita luce una rosa, que parece que acaba de despedirse de su amado, y se ha abierto a sus besos, y se lo quiere decir a todo el mundo: —han salido, de su comedor cubierto de medallones de bronce repujado, alhajado de sillería de rica talla, a ver a Nueva York en elecciones. Si se entra en un carro, echa de él la gente que rebosa. Si se sube al ferrocarril elevado, nótese a los viajeros conversando en alta voz, lo que no hacen jamás. En una esquina del vagón, un hebreo de larga nariz, que hace danzar sus espejuelos de oro, corta el aire con el ir y venir del puño de plata de su bastón de ébano, descontento de oír decir a un joven demócrata de rostro pomposo que viene de Tammany Hall, donde están reunidos los demócratas en millares, oyendo música, discursos y noticias, y que allí se sabe que Cleveland ha triunfado en el Estado de Nueva York, donde no se creyó jamás que triunfaría. ¡A su

casa con él! dice de mal humor cerrando la portezuela del vagón el conductor, que es republicano, y rompe en denuestos horrendos. Todo el carro ha puesto el oído al perorante, que se siente escuchado y crece. «¡Cleveland es nuestro Presidente!» dice al fin como si a aquella hora fuera posible saberlo. «¡Ese mozo quiere azotes!» gruñe desde un rincón envolviéndose en su recio gabán húmedo un amigo de Blaine. Y la gente se echa a reír, y el perorante. El tren vacía su carga a los pies del puente de Brooklyn. Ya se ve desde la escalera, a pesar de lo tenebroso de la noche, el inmenso gentío que llena la plaza de las Imprentas, donde están los grandes periódicos, y la del costado del correo, que es toda cabezas, porque en ella está el *World*, que tiene fama de publicar noticias fieles en el vasto lienzo, adornado de los retratos de los candidatos demócratas, con que decora su puerta, y por esa calle se va al *Herald*, en cuyo pórtico de mármol está armado desde el día anterior el sencillito aparato de tablas y cuerdas, donde en cuadros de lienzo de a un metro, numerados, van escribiendo en grandes letras negras, las noticias, iluminadas, como el cuadro de Bouguereau, por

a. En LN: «ebrios».

b. En LN: «Abraham».



un dosel de luces. Pide fin ya esta carta; hemos de andar de prisa. Al pie de la escalera de la estación, ¿quién no se siente tentado a darle un beso?, un picolín de cinco años, empapado de la lluvia, sale al paso ofreciendo su periódico: ¡Extra, patrón!—Muchas mujeres vendedoras lo asen atrás, para que no les quite la mercancía. Y todo el mundo se la compra a él, la gente prefiere ser buena cuando no le cuesta trabajo serlo. «¡Oh, patrón, vendo mucho esta noche: me los compran como buñuelos calientes!» ¡Pobre comerciantillo de cinco años! ¿Y ese otro caballero que vende el alcance al *Herald*, en papel rosado, unos pasos más adelante? Está a caballo en un león de madera dorada, que es la muestra de una camisería. Por los ijares del león le cuelgan dos botas de trabajador, en que cabía holgadamente el caballero. El sombrero es un casco agujereado de uno que lo fue y quedó sin alas. Pero las alas se le ven al italianillo emprendedor en los ojos, que le relampaguean mientras se inclina, como un jinete desde su cabalgadura, a ofrecer sus alcances a los transeúntes, que ríen de verle allí encaramado, cayéndole a raudales la luz eléctrica sobre una capilla desflecada, de hule azul, de las que usan acá en las paradas de elecciones los procesionarios de alquiler.

Uno tras otro están los grandes diarios: el *Sun*, primero,

que tiene colérica a la gente por su embozada defensa de Blaine y su enconosa campaña contra Cleveland, pero que ahora recobra voluntades, ya porque está dirigido con tal arte que es difícil perderle la afición,<sup>a</sup> ya porque en su boletín, que también goza fama de notable, a pesar de que las noticias que desde las diez de la noche están llegando de toda la nación no favorecen a Blaine, él así lo dice, aunque ha probado que odia a Cleveland a diente y cuchillo; mientras que el *Tribune*, de torre altísima y edificio suntuoso, único diario de Nueva York, aun entre los republicanos, que a Blaine ha defendido abiertamente, hora tras hora pasa, con silencio mortal que se transmite a la muchedumbre republicana, que aguarda sus nuevas, sin dar más que las que benefician a Blaine, que, como son pocas, tarda en dar. ¡Qué triste es ver a los hombres vencidos! Se entra en deseo de ser vencido, como ellos. Y ¡cuánta gente! Nadie se va: muchos afluyen: un encanto sujeta a los que vienen: noche lluviosa y negra es, pero en las almas parece de mañana: las luces eléctricas, alzadas a algunas varas del pavimento, parecen con su hervor, claridad y centelleo, palabras divinas o espíritus venidos de lo alto a traer mensajes profundos a los hombres: y unas que hay, que se rompen en múltiples rayos, como un diamante al sol, pare-

cen escudos de dioses, colgados en el aire para alumbrar, cuando el sol cesa, la refriega humana. Dibújase a lo lejos, por uno de los lados donde remata este gentío, el edificio en que se imprime el más sedudo de los diarios alemanes de Nueva York. En su fachada enorme sólo brillan dos luces, ya a los bordes del techo, que semejan, grandes y rojas, los ojos de un gigante, digno guardián de tamaña muchedumbre. ¡Ahora si que es ya continuo el vitoreo, el hurreo, el canto, la aleluya! Nueva York, ciudad de gente nacida de sí misma, prefiere indudablemente a Cleveland, nacido de sí. Coros de gruñidos reciben, sobre todo delante de los diarios demócratas, las noticias ventajosas para Blaine: y todavía está en los aires, en manos del colgador que ha de colocarla en el aparato, la nueva de que el Estado de Indiana ha dado su voto a los demócratas; de que New Jersey, donde los republicanos distribuyeron, en los dos días anteriores al de la elección, más de \$ 500 000, vota también por Cleveland; de que Florida, el Estado cuyo voto fue escamoteado por los republicanos en las elecciones de 1876, es demócrata por buena mayoría; un hurra, formidable como una arremetida de caballería, un hurra que

a. En LN: «afición».

rueda de calle en calle, y renace de sí mismo, y no cesa, y no cesó en verdad hasta las últimas horas de la madrugada, un hurra con vibrantes alas, grandes como para cobijar un ejército, hechas de sombreros, se levantó robusto, por el aire. El que a las doce se iba y volvía a la una, encontraba vibrando el mismo vitor. Un blainista, ebrio de la dicha de los monomaniacos, enjuto, como un oficinista, luengo como un poste de telégrafo, estaba a eso de las nueve con una mano en el bolsillo del gabán, y la otra en alto ondeando su sombrero, sacándose de la garganta ronca vivas a Blaine, a «nuestra esperanza y nuestro orgullo», al caballero de la «Pluma Blanca», como llamó a Blaine hace algunos años el orador ateo Ingersoll, que ahora es su enemigo: y ya muy pasada la medianoche, todavía estaba frente al *Tribune*, cóncavos los ojos, pálidas las sienes, desaparecidas las mejillas, ida la voz, con una mano en el gabán y la otra con el sombrero por el aire, lanzando gritos, que parecían los últimos clamores de un agonizante venturoso, en honra del caballero de la «Pluma Blanca».

¿Cómo, tras de campaña tan enconada, hay en la hora ansiada de su remate, tanta paz? Mayor que la ansiedad es la alegría. El entusiasmo redime a los hombres, y los embellece. Fatigados de los oscuros y egoístas cuidados de la vida diaria, se visten el espíritu de fiesta, y

la traen en el rostro, en estos días en que por común consentimiento y mandato de la ley, todos los trabajadores dejan en reposo los aprestos de labor, y ejercitan, una vez al fin, su derecho de señores. El hombre se recobra, y se rejuvenece. Se siente condueño de su patria, él, el esclavo de un martillo, de una mesa de escribir, de un capataz huraño, de una rueda. Y mientras más grande ve a su pueblo, más grande se ve, y más se respeta, con pensar que ayuda a hacerlo. De eso viene esta paz: de que nadie tiene celos del poder de nadie: de que, como en el jubileo hebraico, lo que en los años normales se ofusca y tuerce, cada cuatro años, en este día de jubileo, es vuelto a su lugar y condenado: de que, en la caja de cristal en que se echan las papeletas y en la mesa de pino en que se recuentan, tanto pesa la papeleta del Presidente Arthur, que votó por los republicanos, como la del trabajador irlandés que vino después de él, y anuló su voto, puesto que votó, entre los aplausos de la gente, por los demócratas.

Sólo en que el sufragio se corrompa puede estar el peligro de los países que se gobiernan por el sufragio: allí donde no hay un poder superior a otro, sino que no hay hombre que tenga, aunque el triunfo lo engrandezca y los dones naturales lo hermosteen, poder mayor que otro hombre:

allí donde la blusa de cuadros del albañil puede tanto como la levita principesca del mercader, como la casaca del opulento petimetre, como el uniforme galoneado del general, como la túnica morada del arzobispo; allí no queda orgullo rebajado, ni derecho desconocido, ni opinión desoída, ni dignidad burlada y desafiada: allí donde con un ejército de papelillos doblados se logran victorias más rápidas y completas que las que logró jamás ejército de lanzas: allí, donde antes que pase el tiempo necesario para que las iras se aprieten y estallen, se les da ancha y natural salida, y modo de que remedien o desarraiguen la sinrazón que las provoca: allí donde cada cuatro años, los que fabrican y mantienen la Nación, que son sus únicos dueños legítimos y naturales, se sientan a examinar el manejo de su hacienda, y dan juicio sobre la obra de los administradores, y los confirman y reemplazan; allí, donde la Nación es el Gobierno —¿cómo han de provocarse esas batallas de odio entre el Gobierno y la Nación, posibles sólo en pueblos ineducados, elementales e incompletos?—¿esas contiendas de clases, cuando al cabo de cuatro años la clase ofendida puede enfrenar los desmanes de la que la desafía? ¿esos costosos y sangrientos desbordes de impaciencia, cuando antes de acumularla se le da modo respetado de satisfacerse? ¡No

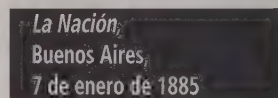
en vano, los que en pueblos diferentes nacimos, ambulamos por entre esa muchedumbre de reyes, ya vertiendo dulces lágrimas de gozo, de ver a los hombres redimidos, serenos y resplandecientes, ya lágrimas que escaldan las mejillas, lágrimas que muerden hasta el hueso, y tienen manos invisibles, y claman a los cielos, lágrimas de desesperación y de vergüenza!

Oh! muchos votos se venden; pero hay más que no se venden. Las pasiones trastornan, y el interés aconseja villanías; pero la justicia vela. La inseguridad aparente de los pueblos que se gobiernan por el sufragio no viene de su incompetencia, sino de su impersonalidad y multiplicidad. No se pronuncia por una voz sola, y parece dudoso y vacilante, porque tiene millares de voces, que sólo se reúnen una vez, cada cuatro años y con admirable sentido determinan. Sin alarde, y como quien satisface una función natural, depone este pueblo, a los ambiciosos,

impone a los honrados, expresa su voluntad, resuelve en justicia, sale, sin miedo a la lluvia, a ver en los boletines de los periódicos su decisión obedida, y, en un ferrocarril que anda por los aires, vuelve a su casa limpia, donde los hijos duermen hombro contra hombro, cerca de la caja de herramientas de sus padres; el uno con el retrato de Blaine al pecho, el otro con el retrato de Cleveland. Mientras tanto, afuera, las razas se confunden; los grupos cantan en coro los refranes de la campaña; se levantan por el aire periódicos encendidos, en befa de Blaine, que escribió tales cartas que hubo de rogar después, con lágrimas de miedo, que las quemasen; se ven alas caídas, de la gente de Blaine, que pierde poder y apuestas; y alas nuevas y alegres, de la gente democrata, que al fin, tras veinte años de pelea, ha ganado la batalla. Por los carros del puente se vuelven los brooklynianos<sup>a</sup> a su Brooklyn; y por los vapores van a sus casas los de Jersey:

—en arco osado va de orilla a orilla del río Este el puente: y viendo desde los vaporcillos alumbrados con faroles de colores que lo cruzan las aguas argentadas y movibles, tal parece, ayudado por los caprichos fantásticos de la niebla, que del fondo del río se levanta, atraída por el estruendo de esta memorable noche, la virgen colosal de la Libertad, que duerme en calma, y asoma la cabeza soñolienta, que va de orilla a orilla, y a la que el arco del puente, sembrado a trechos de luces eléctricas, sirve de diadema.

José Martí



[Fotocopia en CEM]

a. Así en LN.

## Cartas de Martí

El Día de Gracias.-Cómo era entre los colonos, cómo fue entre sus hijos, cómo es hoy.-Nueva York de fiesta de familia. Costumbres, procesiones, espectáculos.-Homenaje a Adelina Patti.-Los tres veteranos.-Las fiestas de este invierno.-Los teatros.-Henry Irving en Hamlet.-El New York nuevo.-Una escena del fútbol<sup>a</sup>.-Los Colegios y los ejercicios físicos.-Una lectura de dos escritores famosos.-George Cable, el novelista del Sur.-«Mark Twain», el primer humorista norteamericano.-Sus antecedentes, su carácter, su carácter literario, sus viajes, sus libros.

Nueva York,  
27 de noviembre de 1884<sup>b</sup>

Señor Director de  
*La Nación*

ES DÍA de dar gracias. Los peregrinos puritanos, que en estatuas de bronce y en el lugar mismo en que desembarcaron debieran haber perpetuado sus hijos, trajeron de la sagrada Holanda, corazón de la libertad, la conciencia humana en salvo, y la costumbre amable de reunirse un día cada doce meses alrededor de la mesa de familia, a dar gracias al Todopoderoso, con el cuchillo levantado sobre los manjares do-

mésticos, por los beneficios y sucesos del año. Del escándalo reinante en la corte inglesa, que hizo necesaria para mantener el equilibrio del espíritu de la nación la resistencia puritana, puede juzgarse todavía por la austeridad, cómica a veces de puro excesiva, con que los descendientes de los peregrinos rehuyen toda fiesta y práctica mundana: mucho debieron dar las damas de Isabel, cuando, como de rechazo de aquellas liviandades, las damas cuáqueras se resisten aún hoy a dar la mano.

Aquella gente templada y adusta no se juntaba en el día de gracias, como nosotros en nuestra Noche Buena, a feste-

jar y regocijarse: el ojo negro es alegre: el ojo azul es triste. Tenían el cabello castaño, como el roble, ásperos los vestidos, como el carácter: el rostro huesudo, como las costumbres. Se juntaban los viejos colonos, bajo el techo que habían levantado con sus mismas manos, a alabar al Dios grande que no deja morir la virtud entre los hombres, a poner las palmas callosas sobre los hijos y los nietos, a oír con la mano recogida en ademán de meditación sobre la frente humillada la homilía fervorosa del padre de la casa, y a orar por los desaparecidos de la vida, sobre la Biblia en cuyas páginas señalaba sus nombres una línea negra. Con la contemplación de este universo nuevo, las emociones de la guerra de independencia, las pláticas y contacto de la gente francesa que les ayudó al triunfo, y el alejamiento de la época que engendró la protesta puritana, —se fue ablandando la mesa de familia, que vino a ser al cabo mera ocasión de juntarse en torno de los pavos monumen-

a. En LN: «foot-ball».

b. Se añade «de 1884».



tales, y ponderosa repostería, y riquezas de la despensa familiar, que en ese día del año mostraban con gran orgullo a su parentela las abuelitas hacendosas. Todo el día era de comer: para el desayuno, pollo: hervido en salsa blanca, y panetelas, y pastel de calabaza, rociados con sidra:<sup>a</sup> para la comida del mediodía, que era la momentosa, ¡qué pavo, y con qué adornos! ¡qué pastel formidable, especioso, macizo y carnidulce! ¡qué pudines de pasas, y las peras de Agosto, y los melocotones de Septiembre, y los membrillos que le siguen, bien guardados en frascos de vidrio por las damas cuidadosas para que den fe en estas fiestas de sus artes caseras! De noche eran las nueces y las manzanas, y juegos inocentes, y de nuevo la sidra.

Ahora, con haberse vaciado en el pueblo neolinglés, la gente hambrienta, descreída y festosa<sup>b</sup> de la tierra europea, no es el día de gracias, en New York al menos, la fiesta casera; sino un suave modo de que los amantes se reúnan, las mesas se engalanen, trompeteen y procesionen los chicuelos, se abran de tarde los teatros, coman los pobres de limosna, y descansen todos.

¿Qué se ha perdido en el cambio? Un día de fiesta es un beneficio público. Los días de fiesta reponen las fuerzas y suavizan las iras.

El último jueves de Noviembre es el usualmente se-

ñalado por el Presidente de la República y los Gobernadores de los Estados para que las labores se interrumpan, y sea el pavo comido, y loado por la paz y prosperidad de la República el buen Señor. Ya el miércoles de tarde, los mercados rebotan: no hay brazo sin cesta: éntrese en un vagón,<sup>c</sup> y óyese cierto ruido de alegría; este lleva rosas; aquel, ganso; el otro, pollo. En torno de las madres dichosas, que esquivan los dulces, los pequeñuelos ríen y pían. Los rostros se suavizan. Los desconocidos se hablan y sonríen. Los maridos salen de compras con sus mujeres. Los amantes cuchichean y se aprietan. Todo el mundo lleva algo a sus casas. Todo el mundo es bueno. Y hoy jueves, amén de la de comer, que es grande, todo es fiesta. Las cuadrillas de jugadores de pelota vienen de los colegios del interior a disputarse en concurso público el premio: unos juegan acá a la pelota de pies: otros allá a la de manos, o a los bolos, o a los juegos de prado y jardín que privan entre los ingleses.

Los panoramas, llenos de banderas, invitan a los transeúntes a ver la batalla de Yorktown,<sup>226</sup> en que el inglés se rindió a Washington; o la de Tetuán,<sup>227</sup> donde brilló entre los árabes Prim famoso. Los teatros, dan función de gala, y es moda ir hoy a ellos; y como en España no hay Día de Difuntos bueno sin Don Juan Tenorio,

no hay acá novia neoyorquina que se crea bien querida si no la lleva su novio en el día de gracias a reír en el jubileo aristofánico de Tony Pastor,<sup>228</sup> empresario de bufos, que en sus chanzas, canciones y sainetes saca siempre a lucir las cosas públicas, y los vicios o manías en boga de los gobernados y el gobierno. ¡Qué formidable sacudida sería la de esta tierra, si alguna vez quisiese cabalgar en ella un tirano! ¡Parecería como si se levantase despidiendo tempestades la trompa, y reluciendo como cometas los colmillos, un elefante que cubriese desde la bahía del Hudson hasta la Patagonia! Pero este jueves de Noviembre, no hay miedo de que el tirano asome, —que están llenas las calles de soldados. Las calles parecen páginas de Thackeray.<sup>229</sup> Esta sí que es gentil soldadesca. ¡Qué bravo viene el capitán, con su sable de hoja de lata recostado en el hombro, y banda tricolor sobre camisa blanca al cinto; y cachuchilla blanca, y polainas de cuero! El que lleva el tambor pesa, ¡pero no más que el tambor! Son los veinte chicuelos de la cuadra, que pusieron a sus madres a coser, y se hicieron para hoy este uniforme, con el que van de calle en calle, echados los brazos por los hombros, acom-

a. En LN, siempre «cidra».

b. Así en LN.

c. En LN: «wagon».

pañados de pífanos y trompetas; y seguidos de todo el Liliput del barrio, ¡que como por ensalmo se entra en fila, y marcha a paso lento y grave detrás de los venturosos del uniforme! Pero ahora viene otra compañía, que es aún mejor. La debilidad enamora, aun a los niños crueles: pues ¿a quién han hecho el capitán de la farsa? Lleva un casco de felpa colorada, gabán que llega al suelo, polainas de estambre rojo, al hombro el sable en su vaina, y un respeto como de rey en torno suyo, porque sus tropas lo miran con ternura, y él, que no sonríe de puro orondo, tiene tres años. Bueno es acabar aquí el cuento de esta fiesta: ¡ojalá todo acabara en un niño!

Otra procesión hubo anoche. No fue por Cleveland, que ha reunido para la fiesta casera a sus hermanas, de las que una ¡qué hermosura! gana su propio pan dando clases de historia:—pero esto no lo hemos de envidiar a los norteamericanos; ni, en verdad, tenemos que envidiarles virtud alguna: Presidente mexicano hay vivo, que fue Alteza en su tiempo, y no ha tenido a menos poner luego, en la calle de México más hermosa, una tienda de menuencias y chocolate: y él vendía, y su mujer ilustre lo ayudaba.

Ni fue la procesión por Blaine, avisado e indómito, que no bien es derrotado, sale al balcón de su casa a responder a

sus vecinos que le saludan, con un terrible programa de batalla, en que apunta de nuevo con habilísima malicia al Sur<sup>a</sup> triunfante: ya toma casa en Washington, porque la suya suntuosa la tiene alquilada: ya congrega a sus amigos y echa redes, para que en la próxima elección presidencial lo escoja de nuevo como su abanderado el partido republicano.

Ni fue la procesión para celebrar, como otros años, el día en que los ingleses vencidos abandonaron a New York, —porque este año, con llanto y rabia de los tres veteranos que acudieron a la ceremonia, no hubo en ella más que los tres y una banda de tambores, con los cuales, para oprobio a la gente de alma fría, emprendieron la marcha Broadway arriba, y se fueron a gustar en silencio la comida llana de una fonda pobre: lloraba por el camino el más viejo de los tres veteranos: «¡que así olvide New York, decía, sus glorias!» La procesión era en honor de esa benéfica y armoniosa criatura, que como ave mensajera de la vida futura, echa al aire sus notas: de Adelina Patti. Veinticinco años hace que, niña aún, cantó por primera vez en ópera, en este mismo teatro y ciudad, que la miraba como gala suya. Cantó *Lucía*,<sup>230</sup> y enamoró a la gente.

Y es hoy tan pizpireta y elegante, y es su voz tan arrobadora y flexible como entonces. Cantaron *Marta*<sup>231</sup> anoche; y al

acabarla, no se levantó la concurrencia, sabedora de que se preparaba un homenaje: en uniforme de lujo venía, desde el fondo del escenario, por entre las aldeanas del coro, la banda del regimiento de los petimetres y gente de pro, que es el séptimo<sup>b</sup> de milicias, que viste gris y blanco y es galano: y mientras rompía la banda en una marcha de la Patti misma, y agitaban de palcos y butacas ramos de flores y pañuelos hombres y mujeres, abríase el telón en el fondo del teatro, y sobre el nombre de la Patti, en letras encendidas, apareció una colosal águila de luz. En las puertas del teatro, piafaban los cuatro caballos blancos de un coche de gala: encendiéronse centenares de antorchas: hizo-se procesión espléndida: por más de media legua la acompañaron a pie, con incesantes hurras, damas en traje de teatro, caballeros de frac, larga hilera de coches vacíos: magia grande la de esta criatura que deshiela estas almas norteamericanas, criatura gentil, hecha de alas de pájaro.

Para fiestas, este invierno en New York. Esta es la estación de los teatros, bailes y lecturas. De ópera, hay dos casas: una, de ópera italiana: otra, alemana, donde con artístico relieve desfilan ante un públi-

a. En LN: «Sud».

b. En LN: «sétimo».

co ceñudo las figuras, resplandecientes y vagas como las nebulosas, de las leyendas de Wagner: parecen una cohorte de guerreros de plata, que suben por un cielo oscuro en el lomo de un inmenso cisne. En comedia, renueva sus laureles, que comenzó a ganar ha sesenta años, un Wallack famoso, que hace aún de galán barbilindo y demoledor de damas, sin que le pesen ni la voz ni el gesto, que no desdicen, por cierto, en la discreta sala, todavía perfumada con las ingenuas y señoriles gracias de la Lantry. En drama, aquí están Irving y Ellen Terry.

Fluidos hoy como la flor de su arte en Inglaterra: ambos exagerados y ampulosos, dominadores y grandiosos ambos. El anda a trancos, y habla a sacudidas. Peca ella a veces de varonil bravura. Pero, a los cuidados de un arte sesudo, unen ambos el divino demonio, que de zancos y tartamudeces se burla, y quema el alma, y se sale de ella, y conquista las almas. Deja Irving a veces a su público jadeante y sudoroso, como si la concurrencia entera hubiera experimentado las angustias que torturan al personaje en escena.

Ahora hace *Hamlet*, el universo<sup>a</sup> *Hamlet*. No lo hace como Booth, que lo atenebra y esfuma; sino como Rossi, que llora y mata. A aquel *Hamlet* amargo, como treinta años de vida, no lo alcanza Rossi:<sup>232</sup> pero al vaporoso, al filial, al vengador, al humano, lo realza

de manera que parece que está aún vivo, detrás de los bastidores, esperando a dar la enhorabuena a su actor favorito, el cráneo de Shakespeare.—en donde cupo el alma humana. Y operetas, de Francia y de Alemania y de Inglaterra; y comedias domésticas, en que se imitan, con tramas inocentes y burdas, los caracteres varios, y en su mayor parte groseros, que echa sobre este país el mundo ansioso.

La misma comedia se hace a un tiempo en alemán y en inglés. Dos teatros rivales ponen en tablas con casa llena el último baile del Edén, mas sin aquel salón de bailarinas, que centellea como la espuma del champán, sin aquel fondo de polvo de oro de los teatros de París, que hace amable la vida. Vuela aquello, esto pesa. El placer es allá un arte, aquí una faena. La raza autóctona se ha ido afinando, y desapareciendo. De las invasoras que la acorralan y la reemplazan, nace un americano carnudo y búfago. Paga, y pega. Para tres cosas tiene el puño: para acaparar, para dispendiar, para anonadar. Quiere vaciar donde lo vean lo que gana donde no lo ven. Su placer mayor, acaso su placer único, es que lo vean. Nada envidia, sino la fortuna. Se vende, y cree que todo se compra. Cuando necesita un vestido, como un alma, lo paga. Por fortuna, la gente llana de todos los pueblos de la tierra es buena, y al olor del mercado vie-

nen, suavizando y bruñendo, la literatura y la música.

De aquí a algún tiempo, sucederá que esta gente bovina tendrá vergüenza de serlo a la sombra de tanta casa bella, a los ojos de tanta mujer culta, en las ventanas de tanta librería suntuosa; y se sentirá domada, y entregará a Dalila sus cabellos. Las artes, que son el elemento femenino del espíritu, se entran sutilmente por las almas forzudas de los hombres, y las postran. De castillos feudales, de palacios rosados, de mansiones de pórvido, se está adornando Nueva York aprisa, como mujer que entra al gran mundo adelantada en años, y toma con desorden y a gran precio maestros de artes mundanas, que no logran quitarle de súbito aquella rustiquez y atolondramiento que delatan a los advenedizos. Es la cultura sutil como el aire, y más es vaporosa que visible, y es como un perfume. Pero ya es señal de ella el desearla, y New York anda en esto. Los teatros, más que divierten, fatigan, porque falta entre los concurrentes aquella compenetración de almas que hace involvidables y fortalecedores los goces de la escena. Cada alma se queda en sí, y de esto viene una gran soledad de cada persona; y una atmósfera densa espiritual, que con las manos

a. En LN: «uni-verso».



hay que empujar de encima, como un velo de plomo, para dar paso al pensamiento que quiere salida, y cae no bien la busca, quebradas contra el muro las dos alas.

Esa buena gente de New York, de la raza nativa, más astuta que pródiga, que hace gala de su moderación y sanidad, llenaba ayer mismo un salón de conferencias donde aparecían a recitar y leer trozos de sus obras dos de los escritores más famosos de los Estados Unidos. Mark Twain<sup>233</sup> es el nombre de pluma de uno de ellos, que en persona real se llama Samuel Clemens. George Cable<sup>234</sup> era el otro, un Pérez Galdós neorleanés,<sup>a</sup> como él minucioso, trabajador<sup>b</sup> como él, como él patético. No son hijos de libros, sino de la naturaleza. Esos literatos de librería son como los segundones de la literatura, y como la luz de los espejos. Es necesario que debajo de las letras sangre un alma.

Debajo de mis ventanas pasa ahora, en una ambulancia, en trozos, unidos apenas por un resto de ánima, el capitán de uno de los bandos de jugadores de pelota de pies. Dicen que el juego ha sido cosa horrible. Era en arena abierta, como en Roma. Luchaban, como Oxford y Cambridge en Inglaterra, los dos colegios afamados, Yale y Princeton. Mujeres, abrigadas en pieles de foca, ricas en pedería, hubo a millares. Naranja era el color de Yale, y el de Princeton azul; y

cada hombre llevaba su color en el ojal de la levita, y cada mujer una cinta al cuello. Caballeros y damas, de seda exterior vestidos, mas sin seda interior, se apretaban contra las cuerdas que cerraban la arena. Detrás de ellos, coronados de gente, doble fila de coches, como en las corridas de caballos. El cielo sombrío, como no queriendo ver. Los gigantes entrando en el circo, con la muerte en los ojos. Llevan el traje del juego: chaqueta de cañamazo, calzón corto, zapatilla de suela de goma: itodo estaba a los pocos momentos tinto en la sangre propia o en la ajena!<sup>c</sup>

A las dos comenzó el juego: a las seis no era aún terminado. Los de un bando se proponen entrar a puntapiés la bola en el campo hostil: y los de este deben resistirlo, y volver la bola al campo vecino. Este pega: aquel acude a impedir que la bola entre: otros se juntan a forzarla: otros acuden a rechazarla: uno se echa sobre la bola, para impedir que entre en su campo: los diez, los veinte, todos los del juego, trenzados los miembros como los luchadores del circo, batallan a puño, a pie, a rodilla, a diente. Se asen por las quijadas: se oprimen las gargantas: se buscan las entrañas, como para sacárselas del cuerpo; resuenan, como duelas de caja rota, los huesos de los pechos. Se patean, se cocean, se desgarran. Y cuando se apartan del mon-

tón, el infeliz capitán del Yale, caída la mandíbula, apretados los dientes, lívido y horrendo, se arrastra por la arena hecha lodo, como una foca herida: gira sobre su cabeza, apoyado en un calcañal, con el cuerpo en comba; se revuelca sobre su estómago; muerde la tierra; se mesa el pecho, como si quisiera arrancárselo a tajadas; y lo recoge del suelo, con un tobillo junto de la barba.

Agoniza en la arena, y lo sacan en brazos. El juego sigue; y el vitor, y el aplaudir de las mujeres. A otro le cuelga el brazo dislocado. A otros les corre la sangre por los rostros. Y puján, y arremeten, y se revuelven y retuercen sobre la bola, y uno se queda exánime, cuando el montón clarea, con los brazos tendidos, y la vida en vilo. Dos jugadores se arrojan a su lado, le sacuden el pecho, le golpean sobre el corazón; cambian con él alientos: ya está en pie, tambaleando. Las mujeres lo saludan y voccean: todo el aire es pañuelo. Toma otro su lugar, y sigue el juego. Si el día no acabase, no cesaría. Yale vence. No se pregunte por los nombres de los combatientes, muchos de ellos de casas famosas. El lucimiento mental se desdén, y se apetece el brío—del músculo.

a. En LN: «new-orleanés».

b. Errata en LN: «trabajado».

c. En LN: «agena».



En los colegios befan a los aplicados, y admiran y regalan a los fuertes. Alarmados, comienzan este año los colegios a poner coto a estos alardes físicos. Ya no habrá este año en Harvard pelota de pies. Pues los niños en Boston, de donde es el púgil Sullivan, ¿no han empezado a ir al matadero público a beber tazas de sangre, porque a uno de ellos, que peregrinó por ver una pelea del púgil, le dijo este que para ser fuerte debía sangre? Y se escapan de las escuelas, y van a ver, en su taberna, llena de cuadros lascivos, al bostonés formidable que de una puñada abate un cráneo. Su cara es roja e informe, como un bulbo. Cuando pasa por los pueblos, a dar fiestas de boxear, la gente sale a los caminos, y lo reciben en diputación, y lo aclaman. Vale más que volvamos los ojos a la casta mejor, que mantiene en salvo la honradez de la nación, que fue la que determinó la elección de Cleveland, que influye en la plataforma colegial y en la sagrada, que acudió a oír a Mark Twain y a George Cable.

Ya no son los rostros inexpressivos y las cabezas redondas de las calles; en los vestidos se nota sobriedad elegante; luz en los rostros; en las cabezas, aquel tamaño, desigualdad y carácter que dan las varias ocupaciones del pensamiento. Lo mejor de New York ha ido al salón. No es de perder la noche en que se presen-

tan en público el humorista célebre, y el novelista perspicaz del Sur.—Mark Twain escribe libros de reír, henchidos de sátira, en donde lo cómico no viene de presentar gente risible y excesiva, sino de poner en claro, con cierta picardía de inocente, las contradicciones, ruindades e hipocresías de la gente común, y en contrastar, con arte sumo, lo que se afecta pensar y sentir, y lo que se piensa y siente. Pero lo hace de tan suelta manera, y con tan poco aire de dómíne, que la gente se ríe de sí misma, al verse sorprendida en su interior, como niño a quien al punto de hurtar fresas de la cesta, alcanza a ver la madre cariñosa. Sus ideas le vienen directamente de la vida; y aunque bien se ve en sus libros la maña del letrado, no es de aquellos que por parecer culto, monda, tijeretea y recorta sus ideas, como si dama alguna en tren de baile fuera más bella que la Venus de Milo.

¿De qué nace, sino de desatentada coquetería, ese callar o desfigurar lo que se ve por sí propio, en el afán de demostrar que se está en cuenta de lo que otros dijeron? Bueno es saberlo y aprovecharlo; pero con ser un índice de su tiempo, no se pasará a los venideros. Mire cada uno por sí, y escriba por sí, y entre en sí por luz, y palpe en sí y en su torno la naturaleza.

De impresiones viven las letras, más que de expresiones.

¡Escombro, escombro! Todas esas frases rellenas, todos esos abalorios históricos, todos esos paramentos literarios, ¿qué dejan en quien lee, sino la presunción de que el escritor es sabihondo? Narciso no se ha de ser en las letras, sino misio-nero. No se ha de escribir para hacer muestra de sí, y abanicar como el pavón la enorme cola; sino para el bien del prójimo, y poner fuera de los labios, como un depósito que se entrega, lo que la naturaleza ha puesto del lado adentro de ellos. Los motivos, los abominables y ruidosos motivos, se han puesto de moda en la literatura como en la música.

Este frasea la inspiración de aquél, y la diluye,<sup>a</sup> la infla, la dora. Andan por el aire las ideas del siglo, porque cada siglo tiene su atmósfera de ideas: se las recoge en una cucharilla literaria; y se las presenta, inermes y pomposas, sin aquel brío, color e influjo que tienen las ideas vivas, surgidas, como un ave del nido sorprendido, de cada tajo en el pecho, o noche del cerebro, que trae luego la luz. Oficio de dorador se hace ahora en las letras: urge que se haga oficio de minero. Las manos duelen más; pero se saca, con las manos fuertes, metal puro. Sobran los ejecutantes y los ornamentistas. No es Mark Twain, a pesar de su

a. En LN, siempre «dilúe».

fama, en el mundo de las letras, luz mayor; pero brilla con la suya, que es hoy cualidad rara, y merece su renombre, que es mucho, en Europa y América. No lo trajeron a vivir de la mano, ni le dieron mujer hermosa y buena, ni le pusieron casa y coche, como era en nuestras tierras regalonas uso, no bien salía del aula, con la muceta encarnada o amarilla, el caballero joven de la casa.

Empezó de impresor. Las aventuras le hablaban al oído, y se hizo hombre de mar: lo lleva aún en el rostro sonrosado y fresco. En el Mississippi tomó su nombre de escribir, porque lo original le<sup>b</sup> cautivaba. «Mark Twain», decía la voz de mando muchas veces: «En dos brazos», y no bien empezó, con su burlón desembarazo a contar lo que había visto por el mundo y a sacar de dentro del hombre visible, el hombre verdadero, lo firmo con el grito del Mississippi: «Mark Twain». Luego anduvo, de Secretario de un hermano, por tierras de minas, donde la gente se acuesta sobre una veta de oro, y se despierta con un puñal al pecho.

Ha estado en los talleres encendidos, donde el país se fragua: con los que yerran, con los que enamoran, con los que roban, con los que viven en soledad y la pueblan; con los que construyen. El vagar le placía, y luego que había visto al hombre en un lugar, se iba de él, ganoso de observarlo en

otro. Tiene el hábito de guiñar los ojos, como para ver mejor, o para que no le adivinen en la mirada sus pensamientos. Conoce a los hombres, y el empeño que ponen en ocultar o disfrazar sus defectos; y se divierte en contar las cosas de manera que el hombre real, hipócrita, servil, cobarde, lascivo, caiga de la última frase de su cuento, como de las manos de un payaso el polichinela con que juega. Y se asoma a su frase a verlo caer.

Dibuja con carbón, pero con líneas rápidas y firmes. Entiende el poder de los adjetivos, los adjetivos que ahorran frases, y los apila sobre un carácter de manera que el hombre descrito echa a andar, como si estuviera vivo. De la práctica de ver le ha venido la seguridad en describir. Hay espíritus crédulos y ardientes, que lo ven todo, a la luz de sus propias llamas, o entre sus propias nubes, disparatado, enorme o deforme, falso o confuso: hay otros espíritus, como el de Mark Twain, incrédulos de puro experimentados, y aquietados, en fuerza acaso del padecimiento: y estos lo ven todo en su tamaño natural, por más que a veces, como el defecto de su cualidad, no les sea dable adivinar las alas de las cosas. Le han dado fama, y cuatrocientos mil pesos de provecho, sus libros de viajes. Dice sus chistes como quien no los quiere decir, y los produce sin intención de causar mal.

No le gusta enseñarse, para que los hombres no se recaten de él, y le escondan el carácter que él con arte de buen cazador, les excita y espía. Debe tener, y creo que tiene, la melancolía incurable de todos los que conocen a los hombres profundamente. Casó con mujer rica, y ha estado en las Islas Sandwich, por toda Europa, por Egipto, por la Palestina. Lo insensato y lo hipócrita le mueven inevitablemente la pluma. Su chiste tiene de su propia vida la originalidad y la burdez. Lo ha ejercitado mucho tiempo entre gente elemental, y él ha debido ser calavera entre ellos, por lo que en todas sus páginas asoma el vulgo. Más tiene de Kock que de Chamfort.<sup>235</sup> Pero sobre ellos tiene un exquisito sentido de la naturaleza, que a estar servido con más delicados pinceles, habría engendrado copias gloriosas. Su propia persona, chisteando y burlando, empequeñece sus vívidas pinturas.

No vaya a ver a Atenas de noche, si no quiere ir, el que lea el cuadro en que Mark Twain la pinta, que es tal, que se la ve: ni vaya a las Pirámides: acomete el contar cómo, estando en el tope de una de ellas, apostó uno de los guías que bajaría de allí y subiría a

a. Errata en LN: «Mississippi».

b. Errata en LN: «origina lle».

c. Errata en LN: «Mississippi».

la cumbre de la pirámide próxima, y de ella volvería a la cumbre en que estaban, en diez minutos. Y echa a correr el árabe veloz; lo pinta bajando a trancos; lo suelta en la llanura ardiente: ya lo ve como un perro: ya lo ve como una paloma: ya lo ve como una mosca: no lo ve ya: ve un punto negro rampando pirámide arriba: sube: llega: saluda: baja: echa a correr de nuevo: ya toca a la base de la pirámide: ya vuelve como el viento: ya está otra vez en el tope y ha ganado la apuesta: no han pasado aún diez minutos. En veinte renglones apenas cuenta Mark Twain todo esto, y aunque no lo describe hilo a hilo, se ve la soledad magnífica, el sol quemante, la pirámide grande, la distancia que las separa, la arena arremolinada, el albornoz que flota.

Escribe novelas, todavía no bien cuajadas. Recita, como de mala gana y de corrido, incidentes de su vida o episodios de sus obras: sale de bastidores como cojeando y aburrido:

dice su cuento al público como pudiera a sus propios hijos para entretenerlos y verse libre de ellos. En estas recitaciones, al chiste del pensamiento añade el que irresistiblemente produce el contraste de sus cuadros cómicos y exageradas<sup>a</sup> descripciones con el tono malhumorado, nasal e imperturbable con que las recita. No logra efecto en chistes cortos, sino que los diluye y extiende por la masa, porque su picor no está en la felicidad de la expresión, que suele ser violenta cuando la rebusca o dilata; sino en la justicia de su crítica, y en la manera con que contrapone las apariencias y los sentimientos. Dejarse caer y vagabundear le han complacido y servido siempre, y en los títulos de sus mejores libros se revelan este método y tendencias suyos: *Los inocentes en viaje*, *Los inocentes en casa*, *Un vagabundo en viaje*, que lleva por cierto un tirabeque ingeniosísimo.

A veces, sobre un átomo, alza y hace danzar, con prodigios de equilibrista, una trom-

ba de chistes. El *Figaro* de París se regala en sus libros, y lo traduce y celebra: por la fineza de estilo no es, que él conoce a su pueblo, y no se quiere fino, sino por la sutileza de la observación. Peina melena cana: los ojos acusan experiencia, profundidad y picardía; la nariz, aguiña y luenga, preside un mostacho marcial: el resto del rostro, de color sano, lo lleva lampiño: echa la cabeza hacia adelante, como quien escudriña: y es subido de espaldas, como si hubiera decidido encogerse para siempre de hombros.

Así es Mark Twain, o Samuel Clemens, el primer humorista norteamericano.

José Martí

*La Nación*,  
Buenos Aires,  
11 de enero de 1885

[Fotocopia en CEM]

a. En LN: «exageradas».

---

1885







## Cartas de Martí

Un teatro original y cómo se elabora en New York.- Los personajes de las comedias de Harrigan y Hart.- De pilluelos a actores famosos.- La Ristori ahora.- La casa de Vanderbilt.- Vanderbilt perdona una deuda de \$ 150 000 a Grant.- Un donativo de \$ 500 000.- Una frase de Barrios.- Grant.- El Senado acuerda conceder a Grant el sueldo de General en Jefe.- Los oradores de los Estados Unidos.- Caracteres y razones de su oratoria actual.- Los oradores de antes: Nye, Carpenter, Garfield, Lincoln.- Los oradores de ahora, y su método: Edmunds, Blaine, Conkling, Hewitt, Bayard.- En vísperas de un cambio en la historia de los Estados Unidos.- Proyecto de ocupación mercantil de los países españoles de la América del Norte.- Grant, Blaine y Arthur.- Proyecto de un canal americano en Nicaragua.- Curiosidades diplomáticas.- Tratado de los Estados Unidos con España sobre Cuba y Puerto Rico.- Tratado de los Estados Unidos con Santo Domingo.- El tratado con México.- Trascendencia americana de estos tratados.- Argumentos en contra y ligera discusión de los tratados.

Nueva York,  
enero 15 de 1885

Señor Director de  
*La Nación*

**E**S INVIERNO, y lo es de veras; pero no lo está sintiendo nadie, de puro preocupado y

asustadizo. Los teatros, siempre en esta época tan concurridos, o cierran, o languidecen, o se queman: como si el arte debiera morir siempre así-iluminando: lo cual decimos porque es verdad que el fuego se tragó en estos días un teatro, a donde va la gente cuando no va a otros de más empaque<sup>a</sup> y litera-

tura, porque aquel, con los teatrillos de variedades y museos de monstruos, es el teatro genuino y directo de este pueblo naciente en cosas de arte: no gusta el pueblo de ir sino a donde se halla. En este teatro de comedia neoyorquina, no se pinta, como que no la hay, una sociedad como la de París, que parece una estatua hecha de gusanos; ni como la de Londres, que es una caja de geometría; ni como la de Madrid, que es una cana al aire revoloteando perpetuamente al sol; ni como la de Viena, que es un «gabinete particular», donde los camarones a la bordalesa están siempre servidos, y la tortilla con trufas, y el Liebmilchfran rubio y ardiente: en el teatro de Harrigan y Hart,<sup>236</sup> donde los actores, como fue de uso antaño, se escriben sus comedias, píntanse, con ribetes de sentimiento que parecen rayos de sol sobre una capa miserable; la masa revuelta, el feto colosal, las entrañas oscuras y fabricadoras, la roca hir-

a. Errata en LN: «empague».

viente: la calle, el taller, la casa de vecindad, la covacha en que los italianos aman y riñen; el aposento, repleto de hijos, donde el alemán, con gabán y sombrero alto, fuma, lee, se mata, o espera; la casuca, fabricada con restos de cajones, en que desde el pico de una roca, frente a un palacio enorme de granito labrado, un irlandés, cruzado de brazos sobre el chaleco mugroso, y empinados el labio inferior y las rodillas, mira sentado, fumando su pipa, cómo pasan, camino de la sombra, a manera de cesantes de la vida, los sacerdotes sin iglesia, con su corbata blanca, su levita negra, y su cara triste, los descendientes de los buenos holandeses, con su rostro afeitado y honesto, y sus vestidos de paño burdo, las damas de años ha, singular mezcla de virilidad y de recato, la más cercana acaso en nuestros tiempos a la matrona romana: y ve pasar el irlandés—mientras que su hijo que vendía ayer periódicos se le sube por la roca, con su vestido nuevo de dependiente de comercio, y de los dos hijos del dueño del palacio que tiene en frente, la una se casa con un noble inglés y el otro quiebra: —a esos melancólicos y despaciosos pensadores de provincia, (niñescos y colosales a la par, como todo lo que está más cerca de la Naturaleza), que con lentitud y honradez de aldea iban moviendo, mundo adelante, su nación, y ahora, arrollados por

el impetuoso pensamiento nuevo, que aquí toma las formas de la desesperación que embriaga y el ansia de conquista que la entretiene y alivia, tiene despavoridos y arrinconados, pálidos como los que se sobreviven, a los hijos legítimos de este país, que están viviendo como extranjeros en su tierra. Sentarse a oír una de las comedias de Harrigan y Hart, que no son más que escenas de costumbres avivadas con tonadillas penetrantes que toda la ciudad tararea luego, es asomarse a ver cómo se fabrica Nueva York,—y qué oro y qué cardenillo están entrando en ella.

Como alrededor de una oruga, muchos cuadros se desenvuelven en torno de una frutera irlandesa acurruada, en medio de su montaña de mantones, frente a una mesilla de manzanas cenceñas que nunca se venden. Jóvenes dependientes; mozos artesanos que los miran como a gente menor; alemanes cuadrados y tortugosos; italianos tallados en un cuchillo; neoyorquinillos entecos, que son como maniqués<sup>a</sup> de apetitos, peinados a la Capoul<sup>237</sup> y disfrazados con burlas, por ser ley que todo lo que degenera se hace crítico, y luego pasa a cínico; policías, que abaten con su palitroque al que hace guiños a la criada de servicio que tiene a honra haber parecido bien al uniforme azul de botones dorados; pilluelos que relampaguean; padres viejos que salvan;

muchachas pobres, ramilletes de caléndulas en que el pisaverde de monóculo, corsé, bastón de puño de plata y polainas carmelitas hunde la nariz descolorida en busca de rosas,—son los personajes usuales, matizados con uno que otro negro del Sur, de las comedias de Harrigan y Hart.

Hombres y mujeres se deleitan en oírlas, porque se ven en ellas. Y el que de larva pasó ya a mariposa, y se puso debajo de Júpiter cuando llovía oro: —¡que nunca cuesta menos la riqueza!—va allí de vez en cuando a batir las alas, o a rejuvenecerse: —acaso el corazón, viendo en escena, con los combates y lances que un día fueron los suyos, aquellos tiempos envidiables de contienda y creación, en que, porque era desgraciado, era dichoso. Estos Harrigan y Hart así surgieron: de pilluelos, a actores famosos, a empresarios de teatros, a héroes de la ciudad.

Sus comedias, ellos se las escriben; y su teatro, que era de ladrillo y estaba en Broadway, se lo hicieron ellos. En el incendio desaparecieron todas las decoraciones de una pieza nueva,—salpicada por cierto de escenas francesas, como aquí está ya todo que iban a estrenar<sup>b</sup> al día siguiente. Ea, pintores! Ea, carpinteros! Ea, maquinistas!: que Harrigan y Hart,

a. Errata en LN: «manequies».

b. Errata en LN: «extrenar».

por quienes todo New York se conduele, quieren enseñar que no les apena, a ellos que todavía ayer andaban descalzos, haber perdido con su teatro unos sesenta mil pesos; ea! que quieren abrir en una semana un teatro olvidado con la comedia nueva. Fue hecho, y lo abrieron. Mucha gente, en tanto que la Ristori<sup>238</sup> declamaba en inglés los versos de *Macbeth* ante un teatro vacío, acudió a llevar los saludos de New York a sus actores favoritos.

Oh! la Ristori ahora, paseando por teatros lóbregos de tierras duras sus años adoloridos! Se siente una especie de dolor filial al ver esta majestad ofendida: parece que las estatuas griegas se han hecho carne; y vestidas de mendiga, lloran. ¡Cómo no lo han de sentir, los que, niños de escuela todavía, ayudaron a desuncir, en una de las tierras del sol, los caballos de su carruaje, y mientras ella se cubría los ojos arrasados de llanto, se gloriaban, al aire la cabeza, en hablar de él!<sup>a</sup> ¿Cómo no ha de ser digna de la gloria la que la enseña?

¡Váyase de aquí la triste señora, que aquí, ni la estatua de la Libertad ha hallado quien le compre el pie; que de limosna piden ahora al Congreso,—ni ella tiene escolares! Ser rico es bueno; pero esto no ha de roer lo otro.

Nada es tan repulsivo como un hombre acaudalado que se repliega<sup>b</sup> en sí y descuida los do-

lores de los hombres. Es un criminal, sin duda: un criminal por omisión. Sólo hay algo tan repulsivo como él:<sup>c</sup> el envidioso disfrazado de filántropo, el denunciador sistemático de todo el que posee alguna riqueza. Un hombre hay en New York de fama universal por su fortuna; su padre, de poco más que botero, llegó, por las artes de su ingenio pronto y sutil, a fundador y dueño de caminos de hierro y otras altas empresas: el hijo, que heredó en tiempos prósperos, una hacienda enorme, con serena perspicacia la ha aumentado: sus millones llegan a la centena: otros tienen en sus manos las riendas de sus caballos, y él, como de los caballos modernos, las de los ferrocarriles: no es avaricioso, como Jay Gould, sino frío: ha levantado en la Quinta Avenida, frente a la Catedral de la religión, que como señal de los tiempos, está incompleta, la Catedral de la riqueza; su casa no tiene arabescos, como no los tiene su carácter; y ¡oh símbolo involuntario y elocuente! con cajas y con pacas se hizo esa fortuna, como toda la de este país, y la casa oscura de Vanderbilt tiene la figura de una caja o una paca: ¿se vive acaso en vano entre ellas?

Las artes todas de estos tiempos sin creación, puesto que son tiempos sin fe, se han dado cita, estimuladas como meretrices por el lucro, en este hogar de magnate indiferente. Sedas, Damascos, Gobelinos,

Aubussones, Goyas, le parecieren tapices pobres y de poco costo para sus paredes; y las ha cubierto, como del lienzo que cuesta más, de tela de los grandes pintores, que son ahora los que hacen las cosas pequeñas: Meissonier<sup>239</sup> vive, copiando crines y ribeteando sombreros de miñones, ochenta años; Bastien Lepage<sup>240</sup> y Millet,<sup>241</sup> que conciben los ángeles y llenan de aire cargado de espíritu sus cuadros, en la flor de su juventud afligida, mueren. En ciertos tiempos, y entre ciertas gentes, no hay como ser pequeño para ser grande. Y ahora que los de arriba bajan y los de abajo suben, y se está en el oleaje de que quedará luego el nivel justo, no hay como ser poseedor de una gran fortuna para atraerse la malevolencia de las gentes. Vanderbilt es odiado y por los que no lo odian, mirado de reojo. No lo conocen, ni ha hecho nada abominable, y, sin embargo, lo abominan. Aborrecen en él las desigualdades exasperantes que asaltan a los ojos melancólicos de los observadores, y a los menos benévolos de los pacientes de pobreza. Y en verdad, en verdad: mientras haya un hombre que duerma en el fango, ¿cómo debe haber otro que duerma en cama de oro? Séquense en las ciudades los

a. Errata en LN: «el».

b. Errata en LN: «replega».

c. Errata en LN: «el».



barrios fétidos, échense a tierra las casas malsanas, levántense por los capitales desocupados, y dense a los pobres por bajo alquiler, o sin él cuando no pudieren pagarlo, casas limpias y gratas a los ojos—que la bondad en mucha parte entra por ellos! ¿Cómo se piden, de atmósfera miasmática, almas claras? El alma, que desde su aposento desaseado no ve más que lóbreguez, se vuelve torva. Cada casa limpia y ventilada es una escuela.

Vanderbilt no cuida de estas cosas, no tanto porque desdeñe la fama y quehaceres de filántropo de oficio, como porque, de ver desde que nació, aduladores y viles a los hombres a su alrededor, ni le despiertan interés, ni le inquietan o alcanzan sus censuras. No tiene el ansia angélica de los espíritus generosos. No tiene el arte de la bondad.

Pero hace bondades colosales, simplemente. Como no ha padecido, no conoce a los que padecen. Para ser caritativo, se necesita haber sido infortunado. Y a Vanderbilt se debe disculpar porque los hombres, vistos desde arriba, vistos desde cualquier género de altura, dan tristeza:—«¿A qué quieren que me apesure—decía Barrios,<sup>242</sup> el tirano de Guatemala, un domingo por la mañana—para recibir esos perros que vienen a comer las migajas de mi mesa?»<sup>a</sup>—sus ministros, sus magistrados, sus empleados, sus aspirantes, ígiente brava toda, que bajo hombre

semejante tiene el valor de vivir! ígiente muy brava!

Vanderbilt acaba de hacer ahora dos bondades. La primera ha sido, regalar al Colegio de Medicina de New York, que es mísero y no da médicos de monta, quinientos mil pesos, doscientos mil en terreno, para que levante un edificio, y en un cheque que incluyó en la carta de donación, trescientos mil. Tenía la carta unos veinte renglones. Más sonada aún y celebrada,—por estar hecha en favor de persona prominente, y con esa delicadeza que dobla los beneficios,—ha sido su bondad con el general Grant, a quien el fumar tabaco ha hinchado y puesto a punto de cáncer, la lengua—y las amarguras pecuniarías,<sup>b</sup> que en su momento fueron contadas a *La Nación*, tienen enfermo de espíritu. Se recuerda la quiebra famosa de la casa de Grant y Ward, en que aquel permitió a sabiendas, por salvar acaso a sus hijos comprometidos, que el bribón Ward usase de mala manera de su nombre. Recuérdase el pánico a que aquella quiebra dio origen: los bancos que se cerraron: las quiebras y suspensiones que les siguieron: el préstamo de \$150 000 que Vanderbilt hizo personalmente a Grant para cubrir los pagos de un día del Banco a que la casa de Grant y Ward debía 600 000. De manera que, como Banco y casa vinieron abajo, Grant quedó debiendo por su propia cuenta a Vanderbilt \$150 000.

Tiene honor, el viejo soldado; y empeñó al punto a Vanderbilt cuanto le quedaba de la hacienda de su mujer y de la suya propia; sus casas, su finca de campo, los regalos que en su viaje imperial le hicieron en todas partes del orbe, las copas labradas que le dieron las ciudades inglesas, la caja de oro en que le entregaron su acta de ciudadanía de Dublín,<sup>c</sup> las medallas acuñadas en su honor, los dos caballos blancos, de ojo vivo y caña aérea, que le envió el Jedive.<sup>d243</sup> Hizo Vanderbilt cual si de veras aceptaba los empeños, para que, como su deuda era privilegiada, no pudieran echarse sobre la propiedad otros acreedores de espíritu ruin; y luego que pasó lo empeñado a su poder, pidió permiso a la esposa de Grant para ofrecerle, en dominio absoluto, las pertenencias del marido: «y pasen, dijo, cuando el general lo desee, a poder del Gobierno de la Nación los recuerdos históricos que demuestran cómo supo servir la uno de sus más ilustres hijos».

Negóse el general, que, aunque pareció aceptarla al principio, se había resistido ya tam-

a. Desde «mi mesa» hasta «diputados» (p. 422), ilegible en microfilme. Se sigue lección de OC, t. 10, p. 147.

b. Errata en LN: «pecunarias».

c. En LN: «Dublín».

d. En LN: «Khedive».

bién a recibir de sus amigos la suma que estos, entre los que en New York y Philadelphia estiman a Grant en mucho, tenían casi reunida para pagar a Vanderbilt su crédito.—Insistió Vanderbilt; y Grant cedió; pero la esposa ha renunciado el donativo finalmente. Acomodo ha de haber: las medallas y regalos irán al Gobierno: Vanderbilt se ha hecho amable: ya los paseantes de la Quinta Avenida hallan menos insolentes los feos embutidos de oro que decoran un balconete interior de la fachada de su casa oscura.

Los hombres, uno a uno, son tristes de ver: en conjunto, admiran. Y como el infortunio acrisola, y no hay lavador de culpas como la desdicha, los adversarios más fieros de la política desdeñosa, marcial y adquisitiva de que consejeros adustos<sup>a</sup> hicieron a Grant representante, arrían banderas, y saludan con ella al enemigo vencido. Él, como aquel misero general Santa Anna en sus últimos años, tiene ya los labios apretados, como si airado de no haber podido gobernarla a su antojo, no quisiese ya cambiar palabras con la vida. Él, luego que se vio en la mano, resplandeciente como si estuviera hecha de estrellas, la espada con que ganó la libertad de los negros y restableció su nación, —soñó, hecho ya a andar a caballo, que debía entrar a saco, disimulando el arma bajo trata-

dos y convenios como el toreador su espada bajo la muleta, por cuantas tierras baña el mar y orean los cuatro vientos en los alrededores de Norteamérica. Soñó con Alejandro y con Aníbal;<sup>b</sup> —y se apaga, de la tristeza de no serlos.—Mas la nación, que vio con inquietud y disgusto, cuando no con ira, su parcialidad para con sus secuaces, y las tentativas con que hubiera deslucido su propia gloria y la de la República,—no olvida, cuando lo ve desconsolado y esquivo, al que fue grande y clemente en Appomattox;<sup>c</sup> junto sin ira la República deshecha, y salvó para la libertad, con propósito o sin él, el pueblo único donde impera ampliamente. Cuando lo han visto sufrir, se han apretado todos a él; y en el Senado, donde ya habían hablado mucho de esto, un anciano de calva cabeza y barba blanca pidió a los senadores conmovidos la inclusión del general Grant en la lista de retiro con el sueldo pleno de General en Jefe de los Ejércitos de la República: y todos los senadores, y de los del mismo Sur, menos nueve, asintieron a la demanda de Edmunds. La Casa de Representantes ha de confirmarla, con debate agrio sin duda. Y ya se susurra que hablarán briosamente en pro oradores de fama.

¿Qué tienen los oradores americanos de este tiempo, que ni sus nombres, ni sus discursos,

salen afuera? Los de Wendell Phillips, sí; y los de Webster, y los de Charles Sumner, y los de Lincoln.—Ah! lo que tienen es, que el que se preocupa excesivamente de sí, es olvidado de los demás con justicia; y el que trabaja en pro del rincón de tierra en que aprovecha y no de la tierra vasta humana en que sólo la conciencia se beneficia, no merece salir, y no saldrá, de su rincón de tierra. Sólo el amor penetra.

Y es curioso ver cómo se han ido convirtiendo de oradores en lectores los representantes norteamericanos. Ya no peroran, sino leen. Tienen como vergüenza de su propia inspiración. Creen que, si dejan el vuelo a la elocuencia airosa, se les ha de acusar de romancescos e inexpertos; y, una a una, en obediencia de la demanda de abogados utilitaristas, van deponiendo, sin tristeza, las nobles pasiones. El sarcasmo y la lógica quedan sólo como fuerzas acreditadas en la oratoria americana; mas la elegancia y hermosura, la olímpica majestad, la arremetida relampagueante, la gloriosa fulgencia de la palabra de Webster,—parecerían ahora dotes pampanosas y vanas, con que se hurtaba el tiempo del Congreso, señalado a más altos oficios. También

a. Errata en LN: «adultos».

b. En LN: «Annibal».

c. Errata en LN: «Appomattox».

la oratoria como la pintura, se rebaja. En el mundo hay, sí por Dios, más López que cortejan, que Cervantes que resisten. Tal paga, tal manda. Quieren calculadores, que vean por la bolsa. Y como de hacer el dinero, apenas les queda tiempo para gastarlo, no gustan de que el discurso les obligue a meditar, sino de que diga las cosas en lengua pedestre, que les parece sospechosa, y como poco fidedigna, si por desventura deja paso a algún primor artístico.—De ser elegidos viven los representantes; de modo que no hacen cosa que desagrade a los que han de elegirlos: —vese, pues, que en las tierras de sufragio hay peligro de vida en no afinar y aquilatar el espíritu de los electores.

Y con esa razón principal, esto<sup>a</sup> también para esta decadencia de la tribuna la parcialidad cerrada y ciega con que batallan aquí, los bandos políticos; porque como se sabe lo que cada partido piensa, y de antemano se tienen recontados sus votos, vienen a ser ineficaces los discursos, y a estar como previamente desoídos por aquellos en quienes debieran influir,—de modo que no se les da ya este empleo, ni se pretende hacer vacilar con ellos la opinión de hombres que se han resignado a no tenerla propia, sino que se usa de la tribuna del Congreso como de un medio de ser oído por toda la Nación—por lo cual ha venido a ser costumbre que diputados y senadores no pro-

nuncien, con la animación de la palabra suelta, sino lean pausada y monótonamente sus peroraciones. Sobre que apenas hay tampoco cuestión que no demande tal copia de hechos menudos, y razones de cifra, que la improvisación, y la vehemencia que va con ella, parecerían extemporáneas. No ha de decirse, sin embargo, que los oradores han muerto. Las ocasiones vengán, que los oradores se revelarán.—¿Pues cuando no tienen qué decir, qué han de decir? No hay pudor más tenaz que el de la verdadera grandeza.

Oradores pujantes tuvieron en otro tiempo los Estados Unidos: aquel Nye, que llevaba en el pecho todas las pasiones de la muchedumbre, que le oía pasmada, y le seguía embebecida y sin aliento más que por el interés humano de la causa parcial que defendía, por aquella manera especialísima de discurrir en que ya describía cuadros queridos a la gente llana que iba siempre a escucharle, ya, pendientes aún las lágrimas de sus ojos, se las evaporaba en risas, ya desnudaba de toda virtud, a sus adversarios políticos: y parecía que quedaba marcado con hierro el hombre a quien Nye marcaba;—aquel Garfield, de griega solidez, en cuya plática maciza y bruñida ni la energía, ni la trascendencia, ni el ardiente amor a los hombres anduvieron nunca en falta;—aquel Carpenter que luego de estudiar, cincuenta y ocho horas de seguido a veces, la materia de su discurso,

salía de entre volúmenes abiertos y revueltas notas a derramar su palabra caliente y meliflua, rebotante de admirables imágenes, que venían a sus labios armónica y precipitadamente, como los movimientos significativos a sus brazos, y a sus ojos encendidos las guedejas revueltas de su plateado cabello: y ya se ponía, como quien reta, las dos manos en los bolsillos de su pantalón, ya, como quien levanta un haz de flechas, las alzaba con gesto violento por encima de su cabeza, y con inspirados ademanes las abatía, sacudiéndolas, sobre sus oyentes; y aquel Lincoln, que no dijo palabra que no fuera máxima, que a todos venció en el arte de conmover a sus oyentes por medios inesperados y sencillos, que decía las cosas de manera que cada cual que las oía las tenía por suyas propias, que trajo a la oratoria aquel aroma fuerte de la selva bíblica, que en el trato de la naturaleza se consigue, aquel temido Lincoln que unió, con arte de ferrador, la claridad a la grandeza.

Otros son los oradores de ahora, más famosos por su manera diestra de escaramupear que por esas benéficas oraciones que quedan por largo tiempo visibles y suspendidas

a. Así en LN. La redacción es mejorada en OC, t. 10, p. 149, cambiando esta palabra por «lo es».



en el aire, como aquellos escudos de los caudillos que levantados por los nervudos brazos servían como de punto de reunión y signo de victoria a las cohortes desbandadas. Ese Edmunds, que habla como quien clava con las dos manos enlazadas y caídas, empujando a veces las palabras decisivas con el índice de la mano derecha,—certero, cortés, atendido; Blaine, que no fía a la inspiración sus discursos, sino los elabora celosamente, y escribe muchas veces las mismas frases hasta que le parecen bien cuajadas, y conoce el arte de sugerir, que gana el orador la voluntad de su auditorio, por cuanto deja creer a este que de sí propio origina lo que sutilmente le va el discurso enseñando: agrupar es el medio, contenerse es la habilidad, halagar es el arte de Blaine;—Conkling, el más airoso acaso de la nueva tribuna, que sin un clásico no anda nunca, por no perder la costumbre del noble hablar, ni reconoce compañero más útil que el Diccionario de Noah Webster, Conkling nunca lee sus discursos, sino que se prepara cumplidamente, antes de ellos, sin que le quede malla rota en la armadura para ningún asalto probable, ni pueda ser que el adversario sepa del caso lo que él ignore: y ya sobre estos rieles, echa sin miedo ni violencia la palabra flexible y abundosa, que se esparce en variadas ramazones, y deja de una parte y otra cabos sueltos,

y caracolea, y se remonta, y se enmaraña, y ya parece perdida, cuando como guiador que está seguro de sus corceles, con un hábil golpe de mano recoge las riendas divididas, y a paso resonante y altanero llega a término feliz, así cual carrero de Grecia que detuviese sus caballos robustos, en día de buen sol, frente a la columnata del Pórtico.

A Carlisle, el Presidente de la Casa de Representantes, le viene su fama de aquel inevitable influjo de su palabra aparentemente sencilla, mas redoblada de finísimo acero templado en largo estudio; él no estudia su forma modesta, que es la de un disertador seguro y discreto; mas se carga de tal suma de razón, y con empeño tal escruta los detalles en que funda sus argumentos, que lo que dice, pesa y queda: y en otro campo le buscarán batalla, mas todos le huyen en el suyo propio: Bayard que está a punto de ser miembro del Gabinete de Cleveland, es un aristócrata de la lengua, que la usa con grande amor y gracia, y a quien lo abundante del pensamiento, sobre lo escogido de la dicción, hace parecer a veces, en el concepto vulgar, desmayado y difuso.

Otros hay, como Hoard<sup>a</sup> y Long, que campean por la elegancia y riqueza de su lenguaje, que en Long alcanza excepcionales perfecciones; más, aunque la improvisación no los pondría en apuros, ambos estudian con mimo las oraciones

que pronuncian luego de memoria, con arte celebrado; y de Hoard dicen que no sólo las palabras aprende, sino en el espejo los gestos. Ya entre los famosos, quedan sólo, porque lo profundo va en ellos realzado por lo clásico y por la honestidad clarísima de propósito, Abraham Hewitt, amigo de los hombres, que se mira en ellos, y les ve alada el alma; y Cox, el diputado de New York, que los números adorna con guirnaldas de rosas, con tal galanura que sus electores mismos no se lo echan a mal, como que no tiene la razón puerta mejor que la hermosura. Estos cruzan, en las grandes ocasiones, armas en la casa y en el Senado.—¡Oh, oratoria, León encendido!

Es invierno decíamos, y lo es de veras; pero no lo está sintiendo nadie, de puro preocupado y asustadizo. Y es que al separarse Arthur del gobierno, ha propuesto a la nación, con asombro de los demócratas consternados que no hubiesen deseado tal herencia, no una ley importante, sino un conjunto de medidas que implican el cambio más grave que desde la guerra han experimentado acaso los Estados Unidos. De nada menos se trata que de ir preparando, por un sistema de tratados comerciales o convenios de otro género, la ocupa-

a. Errata en LN, siempre: «Hoar».



ción pacífica y decisiva de la América del Norte e islas adyacentes por los Estados Unidos. ¿A que explicarlo en más detalles, que a tal distancia pudieran parecer complicados y enojosos? Y esto no es más que una nueva manera de hacer, con blandura y sin desatención aparente de sus deberes de nación republicana, lo que allá en sueños y sin saber bien cómo, quiso Grant,<sup>a</sup> y por malas artes y resortes ocultos, que por desdicha no fueron suyos sólo, estuvo a punto de adelantar mucho Blaine: y ¿cómo no, si en cambio de apoyo inmoral, había nacioncilla de Hispanoamérica que le ofrecía, según se corre, una banda de territorio, por donde pudiera oprimir del lado del Sur a un pueblo a quien ya tiene amenazado por el del Norte? ¿Cómo no, si en pago de haberle sacado de un conflicto con Francia, otro desvergonzado mandón, que sólo los mandones hacen estas cosas, se ligó de pies y manos a los proyectos de Blaine, y le ofreció su ayuda incondicional en el atentado de someter, so pretexto de conferencia, a un protectorado del Norte los países de Hispanoamérica?

De las revoluciones y pobreza que, por culpas de aquella de quien dice Quintana<sup>244</sup> que no fue la culpa, han agitado nuestros países de América, ha venido a los hombres activos de ellos un inmoderado deseo, saludable y urgente cuando se encierra en naturales límites, de

desarrollar, a costa aun de la libertad futura de la nación, sus riquezas materiales así:—Nicaragua, que en progreso natural y ordenado no tiene que avergonzarse de pueblo alguno, ha contratado con el gobierno de los Estados Unidos la cesión, punto menos que completa, de una faja de territorio que de un Océano a otro cruza la República, para que en ella construya el gobierno norteamericano y mantenga, a su propio costo, un canal, con fortalezas y ciudades de los Estados Unidos en ambos extremos, sin más obligación que una reserva de derechos judiciales en tiempo de paz a las autoridades nicaragüenses, y el pago de una porción de los productos líquidos del canal, y de las propiedades que fincan en el territorio cedido al gobierno americano.

España, de otra parte, incapacitada de aliviar con sus propios recursos la angustia reinante en Cuba, obligada a pagar, fuera de sus gastos de vida, al gobierno español en enorme presupuesto local y una considerable parte del nacional, con los productos de azúcar que por lo subido del costo de la producción en la Isla y los derechos altos en los Estados Unidos no se vende,—ha celebrado con el Gobierno norteamericano un tratado comercial, que de tan absoluta manera liga la existencia de la Isla a los Estados Unidos que es poco menos que el vertimiento de cada uno de estos países en el otro, lo que

acaso vendrá a parar, con gran dolor de muchas almas latinas, en perder para la América Española la isla que hubiera debido ser su baluarte.

A estos tratados se juntan el de México, ya ratificado, y a punto de salir reglamentado del Congreso; y el que acaban de firmar los Estados Unidos con Santo Domingo, en virtud del cual, como en el tratado con Cuba y Puerto Rico, cuanto acá sobra, y no tiene por lo caro donde venderse, allá entrará sin derechos, como acá las azúcares. Y vendrán los Estados Unidos a ser, como que les tendrán toda su hacienda, los señores pacíficos y proveedores forzosos de todas las Antillas. —Y como sin querella con Francia e Inglaterra no hubieran podido poner estorbo al canal del Istmo de Panamá, por donde querían, como quien aprieta a su seno con un brazo, abarcar esta parte de arriba de nuestra América, intentan ahora, con asentimiento imprevisor acaso de nuestra propia gente, pasar el brazo por el corazón de la América Central.

Pero esas medidas, más que alegrar, aturden a la opinión americana; no porque parezca mal atraerse tan estrechamente a países de tierra tan rica, y que mueven el apetito a poderosas naciones europeas, que serían para los Estados Unidos veci-

---

a. Errata en LN: «Gran,t».

nos molestos, sino porque, poco habituados a concepciones nacionales y a previsiones históricas, miran estos convenios, no por el poder que para mañana aseguren, ni por los conflictos que eviten, sino por la suma de beneficio o daño pecuniario que su realización pueda importar. ¿A qué buscar, se dicen, en Cuba y Puerto Rico, un mercado que nos compra al año quince millones de pesos, si para esto vamos a perder los veinticinco millones que importan los derechos de entrada de las azúcares de las Antillas?/y los que así razonan no ven que si mantienen los Estados Unidos sus derechos altos, Cuba cesará de producir azúcar, porque no podrá competir en precio con las de otras procedencias en el mercado americano; ni ven que es tal el sistema de ocultaciones que con provecho y complicidad de los más altos empleados, se practica en las Aduanas de Cuba, que si quince millones de importaciones acusa la estadística, una tercera parte, a lo menos, va de aquí, de cierto; ni ven tampoco que, alentado el crédito en la Isla y aguzada por la penuria la natural perspicacia de sus habitantes, se establecerán, con capitales americanos acaso, múltiples empresas, que ocasionarían demanda extraordinaria de artículos del único mercado donde tendría la Isla crédito y dinero./¿Y qué haremos, dicen, los azucareros nacionales? Mas a esto se responde: ¿cómo ha de importar más

el sustentamiento artificial de una industria que, a pesar de toda clase de favor, no ha sabido salir de sus pañales, que el beneficio de toda la Nación, a quien la importación libre, o casi libre, de las azúcares extranjeras permitiría comprar a precio bajo, mantenido por la competencia de los diversos países productores, el azúcar por una libra de la cual pagan hoy tanto, cuando no más, que por una libra de pan?

Gremios menores, y entre otros, los gremios políticos, se oponen al tratado español,—los amigos de Blaine, porque con hacer a la faz del mundo y con provecho seguro lo que quería hacer él con arterias y violencias, pierde su política una de sus novedades más alucinadoras,—los proteccionistas, porque un tajo en su sistema abre la puerta a otros tajos,—los libre-cambistas, porque con esa súbita reducción, y el aumento de gastos que la construcción del canal, caso de que se apruebe, u otras causas, pueden traer al tesoro, no habrá manera de hacer nuevas reducciones en los derechos de introducción, que harían menores las entradas del erario que sus expensas,—y los demócratas, porque al entrar, tras veinte años de ausencia en el Gobierno, jamás pensaron verse reducidos al desairado empeño de realizar un plan político cuyas ventajas habrían de ceder en favor de sus adversarios, y en cuya elaboración no tuvieron la menor parte.

Ni parecen tampoco más resueltos a aceptar los tratados, los fabricantes cuyos productos excesivos hallarían venta en los países de esos convenios, oposición que en verdad sólo se explica por el miedo en que pone a los manufactureros americanos todo desvío del sistema proteccionista, que durante veinte años les permitió ganancias tales, que no obstante las angustias presentes que les acarrea, aún dudan de que él sea el que las cause.

Y sobre el convenio para el canal de Nicaragua, inquieren, sin parar mientes en su alcance político, si por acaso no costará más de los ciento cuarenta millones en que ahora lo estiman, y si esta suma y la de su mantenimiento y defensa en caso de guerra pagaría probablemente un interés estimable.

Nótase, en conjunto, la sorpresa ingrata que, aunque de provecho posible en lo futuro, causa a la gente tímida una obligación inmediata inesperada. Temor de obligaciones, y no consideración alguna de otro género, es lo que inspira la resistencia a estos convenios.

Reunidos están el Senado y la Casa, y no se sabe si ratificarán, como ya hizo aquél con el de Santo Domingo, los convenios concluidos con Nicaragua y España, o si, para esquivar compromisos de ahora o dar a la opinión pública más tiempo de esclarecerse, se prorrogará<sup>a</sup>

---

a. Errata en LN: «prorogará».

para la sesión próxima del Congreso, caso de que el nuevo Presidente no convoque una extraordinaria, el examen de los tratados, y la política que implican. Se está, pues, en este país en el momento de un grave cambio histórico, de tras-

cendencia suma para los pueblos de la América.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
22 de febrero de 1885

[Mf. en CEM]

76

## Cartas de Martí

I.-Crímenes y problemas.-El problema religioso: de racionalismo a autoritarismo.-Posición de las Iglesias hostiles.-Monseñor Capel y sus trabajos.  
II.-La dinamita en New York.-Los irlandeses e Inglaterra.-Los socialistas alemanes.-Los Caballeros del Trabajo.-O'Donovan Rossa e Iseult Dudley.-Fenómenos del egoísmo.

New York,  
febrero 9 de 1885<sup>a</sup>

Señor Director de  
*La Nación*

I

ECO DE EUROPA ha parecido en estos días últimos New York: y se delinea ya a los ojos de todos una pregunta que des-

de hace mucho se hacen los de mirada previsor: ¿este país tan preparado por la naturaleza y la fortuna para ser original y bueno, será definitivamente una voz genuina y formidable, que con locomotoras por cañones, chimeneas por lanzas, y dragas y cultivadoras por máquinas de guerra, eche adelante por el mundo, y lo lleve a vías nuevas,—o, sin fuerzas para depurar y transformar la invasión que a

un tiempo lo trastorna y lo fecunda, será al cabo un mero eco?

Porque una iglesia se fundó aquí, con diversísimos rituales, hijuelos más o menos timoratos de un sistema de autoridad que a unos agrada y a otros parece indispensable, si el mundo ha de vivir en orden, dado que lo impuro y brutal florecen en él con exceso sobre lo delicado y justiciero, y es fuerza andar entre los hombres poniendo frenos y mellando dientes, si no se quiere, dondequiera que la vigilancia se abandone, ver, a manera de cuadro ultrapocalíptico, bajo de cielo desgarrado, los brutos sentados sobre sus ancas gordas, refocilándose con los

a. Se añade «de 1885».

restos de las almas:—un alma superior es un gemido. Mas todas estas iglesillas se unían, como en un templo de acero, en una iglesia fundamental y común, fecunda como todo lo digno, y era el ejercicio de la razón humana. Pues ahora crece y prospera, al modo compuesto y precipitado de una progresión geométrica, otra iglesia distinta que apoyada en los temores de los incultos a quienes aterra con el anuncio de la penitencia eterna y atrae con las solemnidades de su rito, y en los mayores y distintos miedos de la gente poderosa, que empieza a ver con recelo la libertad política, como ocasionada a que se salgan al fin de madre los apetitos de la muchedumbre, cunde y se enseñoorea, atrae a sí las sectas más autoritarias y por tanto, abandonadas del culto protestante, crea Universidades de Teología, prepara, para echarlo por sobre toda la nación como una red, un sistema de enseñanza religiosa, y echa al cielo impasible, rodeada de palacios, una catedral de mármol, más frecuentada y rica que todas las que proclaman el uso legítimo de la razón libre.

Se ve aquí todavía, como se acaba de ver en la elección presidencial, una especie de poder subcutáneo, lento de puro pudoroso, que en las horas de crisis y pervertimiento público, aparece, opera, sujeta los dioses a sus altares, dispensa a los profanadores, y con sus vestidos sencillos de paño burdo, se vuelve amenazante a su asiento.

Mas lo que viene de Europa arroja y sobrenumera a lo que de aquí se mantiene; y en vista de las grandes hordas descontentas, deseadoras y convencidas de su poder que enseñan de todas partes el puño cerrado, y ya muy a menudo en virtud del falso sistema económico que permitió su importación excesiva, se quedan sin empleo, y en vista también de la indiferencia religiosa, que viene de la omnívora preocupación de la riqueza, y del pensamiento libre, que amenaza a la vez a todas las formas de cultos, el trascendentalísimo problema humano que aquí ahora se formula, es este: —¿Se agruparán, más en espíritu y forma y la mayor parte en espíritu, todas las Iglesias, autoritarias por esencia, alrededor de la más autoritaria mirada hoy como baluarte único contra la próxima arremetida social, o sensibles al fin al inminente peligro, ya por mucho tiempo descuidado, frente a la Iglesia Romana, y alguna hija cercana que se le allegue, se congregarán, en enorme y arrolladora rebeldía, a una sacudida alarmada de ese espíritu del país, que parece ir de vencida, todas las Iglesias, desde el episcopalismo<sup>a</sup> al abeísmo, que mantienen el derecho inalienable del hombre al ejercicio de su propia razón?

¿Y cuánto problema secundario, cada uno considerable, arranca de este? ¿La Iglesia Romana, al enseñorearse de un pueblo de prácticas más libres y gratas al hombre que las de otro

alguno, se suavizará beneficiosamente con ellas, o se valdrá meramente de ellas para luego ya segura de su dominio, cercenarlas?

¿Y la entrega voluntaria del Gobierno de sí, verificada de propio asentimiento y en paz aparente, en un pueblo fundado y mantenido con el fin de demostrar la capacidad del hombre para entenderse y regirse, no será el golpe más rudo de eco secular que haya jamás recibido, desde que el primer espíritu generoso se rebeló contra el primer déspota de tribu, la dignidad humana?

¿Dónde está pues, en esta fábrica portentosa, en esta nación a que su enormidad misma defiende y asegura, la hendidura por donde se está escapando, con prisa que da miedo el gran esfuerzo humano? ¿Todas las libertades, todas las abundancias, hasta todos los favores políticos que vienen de una posición geográfica privilegiada, no rodearon a este país al nacer, como hadas buenas, y le presagiaron no vil poder marcial, sino nueva y espléndida manera de fortuna? ¿Quién sino aquella cohorte de patriarcas norteamericanos, de las alas ensangrentadas de la Libertad fabricó rien-das, y a la redención humana, que andaba en poesía, la puso en práctica, y llamó a la puerta del hombre, y le entregó las llaves de sí mismo, y le dijo: levántate, y manda?—Y ¿qué valdrá más, aun-

a. Errata en LN: «epicopalismo».



que de lo que va dicho a esto parezca que hay gran salto, sin haberlo; qué valdrá más para un pueblo nuevo que quiere constituirse de un modo grandioso y durable, honroso para sí y la historia humana, puesto que sin utilidad para esta no hay honra alguna en ser grande; qué valdrá más: desarrollarse con lentitud juiciosa y por allegamientos moderados en analogía con su propio espíritu, o alcanzar en poco tiempo tamaño y fuerzas que pasmen, por la desbaratada acumulación de elementos desemejantes y enormes, comidos hasta la médula por odios y preocupaciones hereditarias, que se harán dueños de un país antes de haber tenido tiempo de confundirse con su espíritu y amarlo? ¿Pues nación es el conjunto de hombres febriles e indiferentes en una tierra en que han nacido de ocasión, o viven de poco ha, sin más intento que el de acaparar presto la mayor suma de fortuna, o es aquella apretadísima comunión de los espíritus, por largas raíces, por el enlace de las gentes, por el óleo penetrante de los dolores comunes, por el gustosísimo vino de las glorias patrias, por aquella alma nacional que se cieme en el aire, y con él se respira, y se va aposentando en las entrañas, por todos los sutiles y formidables hilos de la historia atados, como la epidermis a la carne? De eso, las cohortes que vencen; las literaturas que perpetúan; las nacionalidades que perduran y resplande-

cen.—¡No está el nutrirse bien, en esto de pueblos, en hartarse de alimentos, sino en digerirlos!

¿Cuándo hubo monjes en los Estados Unidos? Pues ya, en ceremonia pública y con más celebraciones que censuras, un joven de buena casa y fortuna, miembro de una Iglesia no muy reñida con la Católica, renuncia a las alegrías humanas, se rasa la barba, y se hace monje? ¿Quién que lee con atención la *North American Review*, donde con imparcialidad notable se van presentando los problemas que más preocupan al público, no ve que el religioso, con ser el político tan interesante, no<sup>a</sup> está sobre él, sino dentro de él, y con extraño silencio o asentimiento resucitan debates teológicos, se acentúa la creencia en la necesidad de una Iglesia autoritaria, se enderezan argumentaciones sobre la bondad y racionalidad del infierno? En los periódicos, ¿quién no tropieza, aunque sean de gente protestante, con muy marcadas muestras de simpatía a ese blandilocuo prelado, que porque la tiene buena figura entre las cabezas de la Iglesia, y en dos años que lleva en este país, ha logrado vincular, como si trabajase en materia blanda, no sólo en influyentes conversos, sino en gran parte del público común, ideas de autoridad y represión que a maravilla concuerdan con aquel cansancio del cuidado de sí que engendra, más que otro alguno en los hombres, el exclusivo afán de

riqueza, y con los sustos en que ponen a la gente que tiene que perder las sacudidas y amenazas de lo que no halla camino de ganar? Monseñor Capel está en la casa de los ricos, en el púlpito de las catedrales, en el escenario de los teatros, en el retrete de las esposas afligidas, en la sala triste de la niña exaltada, que sin conocer todavía la santidad del amor humano, arde por consumirse en el divino. Lógico, culto, fértil, elocuente, suave, diestro, está monseñor Capel: venerado y agasajado en todas partes. Si duerme, no se sabe; pero no lo parece. No hay día sin acto suyo. Está en los tiempos, y trabaja con ellos. No gusta de sermones, sino de conferencias. Cardenal como es, más que en la iglesia, predica en el teatro. Se dan fiestas noche tras noche, y no hay ramo de flores más oloroso que sus cumplimientos. Seda es su túnica y su lenguaje. No saca sus argumentos de la *Biblia*, ni de los Concilios, ni de las Encíclicas papales; sino de los sucesos corrientes, de los riesgos que acusan, de la necesidad de remediarlos. No presenta la Iglesia como una institución nacida de revelaciones, y mantenida por eterna virtud de autoridad; sino como el mejor sistema represor de los extravíos y peligros modernos.

Las preocupaciones, las azuza en privado; en público, no hace más que elegantes y estre-

a. Se añade «no».

chos razonamientos. Y el acero de Toledo penetra bien en la carne; pero no mejor que en las mentes desprevenidas, que son las más, y aun en las que no lo estén, la frase templada y bruñida de este reavivador infatigable, que ve que el combate está en la tierra, y pie en ella lo libra contra el siglo, de lo mejor de su panoplia misma,<sup>a</sup> tomándole las armas. De manera que si hoy se preguntase quién ejerce en este país un poder oculto más enérgico y trascendental, el que respondiese que monseñor Capel era, no iría errado. A su aliento, se ha levantado todo un ejército de lidiadores.

En Roma, Concilio de obispos americanos. Aquí, con asistencia respetuosa de toda la prensa, Concilio en Baltimore: sabia presentación de la utilidad de la Iglesia como poder político, más que nunca necesario en el actual desbarajuste; donaciones cuantiosas para Escuelas Normales de Sacerdotes, base permanente de un ancho sistema de escuelas nacionales religiosas; y las arcas, ya llenas; y las órdenes, dadas; y los carpinteros, levantando enfrente de las escuelas públicas, donde ninguna religión se ofende ni apadrina, mas se mantiene el sentimiento religioso, las escuelas católicas, donde se enseñará la subordinación de todos los fines humanos a las ordenanzas de la Iglesia. Y en una caricatura del *Puck*, que es aquí un semanario cómico, con láminas de colores, un gatillo, a quien en la primera lámina da a beber

leche una niña, con permiso de su maestra, que le guarda el libro, en la lámina última se ha convertido en aterradora fiera; la maestra, rota a un lado; el libro, bajo la garra; la niña, subyugada y temblorosa.

## II

De Europa vienen, no sólo, suecos andariegos e italianos mansos; sino irlandeses coléricos, rusos ardientes, alemanes exasperados. El irlandés, que se ve cortejado por la importancia política que le da lo numeroso de su voto, y con ella le asegura buena porción de los presupuestos e innúmeras ventajas privadas que vienen de ella, mira esta como tierra donde es necesitado, y no olvidado jamás de su terruño, parte de buen grado su hacienda entre el cura que le maneja el alma, y los capataces políticos que alardean de públicos enemigos de Inglaterra. El alemán que en buena porción es ciudadano pacífico, en otra, pernicioso y activo, es fanático propagador de medidas violentas que pongan de una vez los cimientos de las casas en las nubes, y los trabajadores socialistas en los lugares de los empresarios que los emplean. El ruso, sangrándole todavía las espaldas de los golpes del *knut*<sup>b</sup> trae a estas inquietudes alemanas su palabra deslumbrante y fatídica como las estepas: y entre esos odios brilla, con su frente blanca

y sus ojos azules, como el ángel de la iniquidad. De alemanes está lleno el Oeste; y el Este de irlandeses: de alemanes, que azuzan a los trabajadores descontentos; de irlandeses, que alienan, más que a los defensores esforzados de su tierra en el Parlamento inglés, a los que saltan, en unión con gente de París, el Parlamento, y Westminster, y la Torre de Londres.

De la noble Francia, que paga siempre con sobrada sangre propia sus errores, no ha de decirse que viene a perturbar la casa ajena. De Europa vienen, pues, con los artesanos que trabajan, los odios que fermentan. Viene una población rencorosa e híbrida, que ni en sí misma ni en la que engendra produce hijos legítimos y sanos del país cuyo gobierno, sin embargo, les pertenece; y más que en el provecho de una nación que no aman, y de la que, por estar ella misma atajada, no alcanzan cuanto apeteecen, usan sus privilegios de ciudadanía en satisfacer sus pasiones extranjeras, en propalar ideas nacidas en otras tierras de problemas extraños, y en valerse de la inesperada libertad para cumplir más prontamente sus designios. Su trabajo, generalmente bien remunerado, les da modo de mantener en constante empleo a los

a. Desde «Toledo» hasta aquí, ilegible en microfilme. Se sigue lección de OC, t. 10, p. 158.

b. En LN: «knout».

c. En LN: «al».

que, por convicción o por oficio, se ocupan, no en estudiar y perseguir las causas económicas de las injustas diferencias de provechos entre empresarios y empleados, sino en excitar a los obreros, en preparación de un levantamiento formidable aun lejano, a actos de violencia que por el terror arranquen de los empresarios las concesiones que la razón a veces no alcanza, aun cuando en verdad sea la causa de su resistencia en muchos casos, no el deseo de un inmoderado provecho, sino la angustia en que tiene en todo este pueblo hoy a los fabricantes la venta cada día menor de sus productos, elaborados a un precio demasiado alto para exportarse con utilidad, en cantidad que excede en mucho a las necesidades ya bien suplidas del mercado doméstico.

Estos buenos establecimientos, que ven así mermar sus beneficios, y acumularse en almacenes que no se depletan, sus artículos, o suspenden sus trabajos, dejando en inmediata penuria, presa de los horrores del invierno, a pueblos enteros de trabajadores, a quienes el imperfecto sistema actual de salarios no permite allegar ahorros, o, para poder continuar produciendo, reducen en una porción siempre importante, el sueldo de sus operarios, a lo que estos, necesitados de más de lo que ganan, con todos sus esfuerzos se resisten. Y hoy, en silencio, están cerradas centenares de enormes fábricas: po-

blaciones completas hay de trabajadores sin empleo.

Y allí, en vez de la prudencia que aconseja no pedir más de lo posible, o esperar para rebelarse época y estación más clementes, las Asociaciones socialistas envían sus azuzadores profesionales, que alzar la gente no logran; mas envenenarla sí.—Otras más temibles ligas que estas de alemanes frenéticos tienen tratadas en centenares de miles de miembros, los trabajadores norteamericanos: y a haber Gracos<sup>245</sup> pronto, que ya los habrá, esta será cuestión como la de Roma, y más grave que aquella; y si no se viene pronto, como es de esperar que se venga por aquel poder genuino de que hablábamos a una original y justa distribución de los provechos de la industria, se verán frente a frente con el voto primero, o de cualquier otro modo, los trabajadores unidos de una parte, con todas las cohortes de agitadores en su bando y de otra los que, a pesar de la moderación con que entablarán aquellos sus demandas, determinan resistir sus pretensiones. Así ceñidos por los deberes de una Asociación propia, la de los Caballeros del Trabajo, bastante fuerte y rica para auxiliar en horas como esta a sus miembros desocupados, la gente alemana halla pasto escaso entre los obreros norteamericanos que—¿cómo no?—en el ejercicio seguro de su libertad han aprendido a desamar la violencia: pero en las ciudades, don-

de el trabajo, en su mayor parte extranjero, ya viene de Europa ofendido y codicioso, la propaganda sí prende; las asociaciones de destrucción, prosperan; químicos expertos enseñan en libros y lecciones prácticas, la manera de elaborar compuestos explosivos, y en esta última semana como toda esta gente inquieta es sombra y secuela de Europa, a las explosiones de dinamita en Londres siguieron aquí sucesos, que por encima de todos los demás, han escandalizado, y en cierto modo alarmado, el espíritu público. A la verdad, que no hay peor país para ejercitar la violencia que aquel donde se practica el derecho. Lo innecesario de la ofensa la hace más abominable.

¿Quiérense en una nuez estos acontecimientos extraordinarios? O'Donovan Rossa, feniano de fama, publica en dos cuartos tétricos, un periódico en que mantiene la legitimidad de aplicar a edificios y personas en la tierra inglesa, y a sus buques en la mar, sustancias explosivas, como manera de asegurar a Irlanda las libertades que apetece: y Rossa en esto, más que criminal, es aberrado.

La barba, tiénela roja; y el color, pálido. El ojo, que se le enciende en un fuego enfermizo, le vacila, como si no tuviera detrás la razón. Mas Rossa no es sólo el defensor de estas ideas, sino el jefe en América de los que las aplican, y el petionario y receptor de las sumas que en este género vil de gue-



rrrear se emplean, y el organizador de los planes tremendos que alguna vez, y siempre con ejecutores sobrados, se han llevado a camino. En una casuja, con los escalones del pórtico destartados, tiene Rossa su oficina de crímenes: y cara noble, por allí jamás entra: que el patriotismo se detiene, allí donde para salvar a la patria es necesario deshonrarla. Y esa casuja ha conmovido a New York en estos días, y a toda Inglaterra. Poco tiempo hace, hicieron venir a New York con alevosía a un Capitán Phelan, que tuvo que hacer en la tentativa de volar un vapor inglés, y reveló a un periódico algunos detalles del suceso: Phelan vino, y a la oficina de Rossa, que cayó toda sobre él, este con puños, otro con botas, otro a cuchilladas, de las que le dio once: de una le pasó el cuello, de otra le rebanó un brazo. El Phelan, momentos después, ya preso el asesino, le disparó a quemarropa con el brazo libre su pistola; y hoy andan en tribunales, y cada día hay que quitarle a Phelan del bolsillo, porque no mate ante los jueces a Short, un gran revólver de marina, de los que parece tener abundancia.

Pero todavía no se habían secado las manchas de sangre en los cuartos de Rossa, todavía se estaban recogiendo del suelo los pedazos de una rica vidriera que en venganza de los dueños de una tienda de ropas saltaron con una sustancia desconocida algunos de sus empleados: to-

davía se escuchaba el tumulto de los dos bandos de socialistas alemanes que, reunidos en un mismo salón a censurar y encomiar las explosiones en Londres, a puñetazos y puntapiés echaron abajo de la plataforma a la policía que subió a ella para poner orden en el concurso; cuando Rossa mismo, cogido con maña en un lazo de los de su naturaleza, cayó herido sobre las losas de la calle por la bala de una mujer inglesa. «Felón eres, y enemigo de mi tierra, y como a felón te mató!»

La mujer, está presa: Rossa, con una bala en un hombro, ya en pie, y vociferando; de poco menos que de can, lo trataban los diarios más generosos al dar cuenta del suceso: no hay mano sin retrato de esta nueva Corday;<sup>246</sup> como la llaman; no ha tenido New York, de Guiteau acá, sensación más durable. Mas ¡ay! que no parece el caso comparable al de la sensible francesa. Una vida quebrada, dada a lo romántico, y sin salida apetecible para su dueña, halló, avivada acaso por una indignación real, manera con este suceso de quedar en el mundo con la notoriedad y prominencia, antes en vano procurada. De la historia de la mujer, esto se revela.

Ella es Iseult Dudley, de alto cuerpo y de finas maneras. Tendrá 24 años. Tiene cierta belleza, esa belleza lívida que da a los rostros el espíritu capaz de semejantes resoluciones. Usa anteojos azules, porque tiene un ojo imperfecto. El cabello lo

lleva en dos sobre la frente, y recogido en un nudo sobre la nuca. Habla cultamente, como quien lee y escribe, y ha visto mundo. Su vida es la de aquellas criaturas que apeten más de lo que por su posición social o mérito verdadero les es dable alcanzar. Como enfermera recibida, con muy buen diploma, vino aquí de Inglaterra hace poco tiempo, y en Inglaterra lo había sido, y muy estimada, mas de ánimo inquieto, y sólo unos meses, ya al fin de su carrera dolorosa marcada por dos tentativas de suicidio. Un hijo había tenido, y parece que de persona principal, al cual hijo no amaba natural, sino frenéticamente.

Se le murió, y pasaba semanas, día sobre noche, junto a su tumba en el cementerio. Quién era el padre no se sabe; unos dicen que un ministro; otros que un militar francés; pero ella, en más de una ocasión y lugar, ha mostrado, cuando no bolsa amplia, aquellos gustos y alardes de persona determinada a poseerla. Osada en ejercicios corporales; ardiente en amistades y antipatías; protegida por personas que tenían este deber, concebían con ella verdadera lástima; arrebatada hasta la epilepsia, ya por la muerte de su hijo, a quien, estando en pobreza, erigió una tumba de cincuenta libras esterlinas, ya por cualquier otro accidente que echaba en tierra sus esperanzas; acosada por un afán enfermizo de ver reconocida, en su profesión y fuera de ella,



la superioridad que en cierto modo tiene; exaltable la mente al punto de haber querido sacársela dos veces de su quicio; compelida a buscar en un trabajo rudo, que por otra parte desempeñaba con celo, una existencia inferior a la que juzgaba merecer; abandonando, -presa de estas inquietudes, los empleos en que comenzaba a hacerse valer, -¿qué mucho que ella, nunca especialmente dada a cosas políticas, buscara, en la oportunidad que a su mente inclinada a lo violento ofrecían los sucesos de Londres y la connivencia probable de Rossa, manera de prestar con un ardid un servicio de policía que la señalase y abriese camino, y que desesperada de lograr su objeto, u obedeciendo a la idea, nunca en ella nueva, de llamar sobre sí la atención de una manera ruidosa, disparase sobre él, con tal cuidado que el escándalo ha sido grande, y el daño tan corto? Patriotismo no es, ni extraviado siquiera; porque a estas determinaciones se llega, como a la cumbre de un monte, después de larga subida, y no de pronto: y para el crimen, sólo arma la mano un patriotismo tan vivo y absorbente que pare en locura. Se cansaba de esperar oportunidad de señalarse, y halló ésta buena. Ni fue determinación de momento, porque ella, que vio a Rossa dos veces en la entrevista a que el disparo puso fin, quiso que él firmara, por una imaginaria cantidad con cuyo ofrecimien-

to le atraía, un recibo en que Rossa atestiguaba haber tomado la cantidad para emplearla en gastos de explosiones contra Inglaterra, y con tal arte estaba hecho el documento, que sólo él, dadas las leyes americanas, hubiera sido razón suficiente para perseguir en los Estados Unidos a Rossa, por lo que mucha gente cree, y los fenianos declaran, que esta mujer, para hacer lo que ha hecho, estaba en la paga del Gobierno inglés. Cosa muy rara es la policía secreta: y la mujer que nos seduce, y el amigo que nos aprieta a su corazón, son a veces empleados de la policía, y esta criatura desgraciada, mas con artes y apariencias de dama e inteligencia no común, pudo acaso ser empleada para atraer a Rossa a firmar el recibo: mas lo del disparo, que a tan poco riesgo penal la expone, y le da las ventajas de la notoriedad buscada antes por ella en vano, de fijo que fue su idea propia. -Y hay adivinador que cree adivinar que en la paga de Rossa mismo estaba, para llamar sobre él, trocado en mártir, el cariño y ayuda de los irlandeses, ya un poco reacios en proveerle de fondos para sus tentativas: mas esto es un alarde de suspicacia, -ella, en su celda, reina y recibe cartas, amenazas, flores, gente curiosa, telegramas. En Inglaterra, han bebido en tabernas, ricos y pobres, a la salud de Iseult Dudley. Aquí, airada como estaba la opinión por las explosiones in-

glesas, y atenuada la tentativa por su ligero éxito, mirasela en lo general con más curiosidad que encono, y a Rossa con abominación y desdén. -¿No es el egoísmo, la lepra y signo dominante de nuestros tiempos? ¿El cuidar de sí, y el descuidar de los demás, no es hoy enfermedad usual y aborrecible, que a los ánimos generosos trae disgustados, como de una llaga, de la vida? ¿Lo que en todos prospera, en algunos no culmina? ¿Todos los tiempos, no producen criminales representativos del defecto especial que los carcome? ¿No es el prescindir de la vida de otro en provecho de las aspiraciones propias, una manifestación suprema del amor a sí? En Guiteau, en quien alcanzó al grado sumo esta enfermedad vil, llegó a la muerte. En Iseult Dudley, en quien la enfermedad parece menos aguda, ha llegado solamente a la herida. ¿Quién hoy no se alimenta fríamente de alguien, y se nutre de la bondad, de la inteligencia, de la sangre del alma, como éstos de la sangre del cuerpo, ajena? El medio es distinto: mas igual el fin. ¡En las dos sienes pudiera marcarse a los egoístas con los dos retratos de Guiteau y de Iseult Dudley!

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
20 de marzo de 1885

[Mf. en CEM]

# Inauguración de un Presidente en los Estados Unidos

Cleveland.-Sucesos varios y desatendidos: huelga de los empleados de ferrocarriles.-La estatua de la Libertad.-Grant moribundo.-La guerra en Centroamérica.-La nueva administración y los empleados.-Escenas en Washington antes de la inauguración.-La mañana del 4 de marzo.-Ceremonias y fiestas.-Arthur y Cleveland van de la Casa Blanca al Capitolio.-El Senado y el juramento del Vicepresidente.-El discurso inaugural de Cleveland.-La majestuosa<sup>a</sup> escena.-«¡Conciudadanos!».-Cómo fue dicho y oído el discurso.-Líneas generales de la política de Cleveland.-La procesión enorme.-El Sur abrazado en las calles con el Norte.-Ovación a las tropas confederadas.-El gran baile de inauguración.-Los confederados en el gabinete.-El nuevo gabinete y su política.-Bocetos de los nuevos Secretarios.-Bayard, de Estado; Lamar, de lo Interior; Garland, de Justicia; Vilas, Whitney y Endicott.-Cómo nombró Cleveland su gabinete.-Nueva política de los Estados Unidos en la América española.

Nueva York,  
marzo 13 de 1885

Señor Director de  
*La Nación*

UN ACONTECIMIENTO ha de llenar esta correspondencia, como ha llenado al país

desde un mes hace, sin que aún hoy le deje espacio para ocuparse de otro asunto: la inauguración del Presidente Cleveland. Ya está sentado en su mesa de trabajo, del alba de un día a la madrugada de otro, el hombre cuerdo y entero que hace cinco días era por completo desconocido en la políti-

ca americana; abogado honrado era, sin miedo a hablar la verdad, y sin paces con pícaros, por lo que lo hicieron *Mayor*<sup>b</sup> de su ciudad de Buffalo;<sup>c</sup> fue *Mayor* íntegro, sin sumisión en los intereses bajos y personales de su propio partido, ni a los de las corporaciones que viven del favor del Gobierno, -y lo hicieron Gobernador del Estado de Nueva York; fue Gobernador tan imparcial que, gobernando con su partido, se captó la voluntad del partido hostil,-y lo hicieron Presidente. De Presidente, ya ha comenzado a hacer lo que, como Gobernador y como *Mayor*. Basta que le pidan un empleo, para que no lo dé al que lo pide. Apenas sabe que en las oficinas públicas sobra un empleado, que cobra una paga que no gana, lo cercena. Le preguntan, contra lo que piensa la mayoría de su partido, si convendrá al país que el Gobierno siga imponiendo la

a. En LN: «magestuosa».

b. En inglés, alcalde.

c. En LN: «Búfalo».

circulación, con valor de cien centavos, de los pesos de a ochenta y dos, y él, sin temor a la opinión de la mayoría, responde que el Gobierno tiene antes que nadie el deber de ser honrado, y que la moneda pública debe tener un valor real.

Como ha venido al más alto puesto de la nación por su imparcialidad e independencia, en ellas se mantiene, no con alarde excesivo de virtud, que ofendería a los que no la poseen, y aun a los que la poseen parecería de mal tono, por cuanto hasta en el ejercicio de la virtud se debe ser cauto y artista; sino como quien cumple una función natural, con tan sencilla determinación y tan claras razones que desarma aun a los más enconados enemigos. Al poder no llegan nunca, de una o de otra manera, sino los que en sí concretan y tipifican uno de los elementos de la nación, que predomina por causas accidentales o esenciales en el momento de su triunfo. Las voluntades no se agrupan, ya para elevar, ya para sufrir, en el poder, sino a quien las representa la admirable aristocracia que consumó la independencia estuvo gobernando desde ella hasta la guerra de separación, los Estados Unidos; los representantes del estado de guerra, ya en principio, como Lincoln, ya en armas, como Grant, ya en agios o combinaciones políticas, gobernaron por derecho y consecuencia naturales la nación que habían organizado; hasta que,

vuelto a sí en un momento de crisis el país que se había abandonado a los que le defendieron bien ha veinte años, vio que a poco más lo sacaban del mando de sí mismo; y en la persona de Cleveland, regular e incontrastable como una fuerza, ha recobrado su propio gobierno. No ofrece la política moderna, fenómeno ni persona más interesantes, que las que en carta inmediata estudia, para *La Nación*, la pluma que pergeña ahora esta. En Cleveland están fundidos el espíritu neoinglés, adusto y neto; y el del neomeericano, que ni teme ni cesa.

De cabo a cabo están llenos de Washington los diarios de los Estados Unidos. Y suceden, sin embargo, muchas cosas interesantes:—los<sup>a</sup> empleados de los ferrocarriles del Oeste, en formidable revuelta, capitaneada con tino, se niegan a servir a los ferrocarriles en las condiciones que estos les imponen; y hay un Congreso de los directores de las vías; y otro de representantes de los empleados, y truecan términos, y debaten un contrato de avenimiento, y los ferrocarriles no andan hasta que las compañías cedan a las peticiones de sus trabajadores, lo que hace pensar inevitablemente en cuánto es cierto lo dicho en estas cartas numerosas veces: que acá se van agrupando los dos bandos de la gran batalla venidera, y que acá se ha de resolver, antes de que fine el siglo, la cuestión industrial, acaso ioh, maravilla! sin guerra.

El general Grant, con un cáncer en la garganta, escribe sus últimas memorias, y expira.<sup>b</sup> Revuélvese inútilmente con las manos tendidas, la comisión encargada de recoger fondos para acabar el pedestal de la estatua de la Libertad, que ya se embarca en Francia generosa, en un buque de la nación, y que aún aquí no tiene pie. Sentencian en Washington por falsario, y disfrutador de forrajes<sup>c</sup> para más caballos de los que tenía, al rico general Swain, que ayudó a morir a Garfield y fue su íntimo amigo. Surgen, como por ensalmo, en los teatros, en los circos, en las iglesias mismas, salas de patinar con ruedas; y con celo de las compañías teatrales, alarma de las madres y escándalo del púlpito, no hay niño, galancete, ni damisela que de siete a diez de la noche no se deje llevar por las ruedas amables, de lo que muchos amoríos se enzarzan, y muchos niños, estragados,<sup>d</sup> mueren. Se desata, ya mal contenida en muros flojos, la guerra en Centroamérica, que Barrios quiere entre para sí, contra el Salvador, que pide auxilio a México<sup>e</sup> con éxito; contra Costa Rica, cuyo Presidente ha fallecido hoy de muerte súbita; contra Nicaragua, que por un plato de lente-

a. Errata en LN: «Los».

b. En LN: «espira».

c. En LN: «forrages».

d. En LN: «extragados».

e. En LN: «Méjico».



jas quería vender a este país su primogenitura; contra Honduras misma, que sólo en fuerza de su pequeñez va a la zaga de Barrios, mas conserva en su seno nobles rebeldes que no estarán, apenas lo puedan, del lado de esta bárbara persona, mantenida en el poder más por la corrupción de sus conciudadanos que por cualidad alguna suya. Sabe Barrios que los hombres son viles, y se venden, y los paga; y ellos, por tener puesto asegurado, y por vivir en lujos, o por miedo, le sirven; y con sus ideas ¡ah, prostitutos! cubren los atentados brutales de su dueño: ¡estatuas de fango! —pues decíamos que ni este suceso, que por de contado destruye toda posibilidad de que el proyecto de canal con Nicaragua sea aprobado, basta a sacar los ojos de la gente del escritorio de Cleveland, que sin más que dos criados a la puerta de la Casa Blanca, recibe afablemente a los que le quieren ver, con tal que no sea en busca de empleos; que ya la caterva hambrienta de solicitantes sabe que si bien, como es de ley, una administración democrática necesita para realizar sus fines agentes democráticos en los puestos de iniciativa y representación nacional, esto no arguye que los empleados menores sin significación política que cumplen bien con su deber, sean removidos, en mero provecho de los peticionarios democráticos, por el pecado de ser republicanos. Y a cada peticio-

nario, aunque cuando venga, como suelen, provisto de cartas y recomendaciones de gente de viso, lo envía, como un pedidor común al Jefe del Departamento en que solicita empleo: sólo que los nuevos Secretarios, más que a cambiar de empleados, se muestran dispuestos a destituir a todos los que no tienen oficio real, de cuya clase de parásitos remunerados así por turbios servicios políticos, estaba poblado el árbol gubernamental en tiempo de los republicanos.

Cuarenta empleados de una vez ha suprimido el Secretario de Hacienda; el coronel Lamont, personaje silencioso y astuto, que hace de Secretario particular de Cleveland, y es como él honrado hasta el hueso, ha reducido a la mitad el número de servidores de la Casa Blanca. Seis porteros había y, hay dos. Un caballero había empleado en recortar de los periódicos, y conservar en grandes volúmenes, los elogios a la Administración; y han quedado sin oficio las tijeras del buen caballero. Unos invasores de tierras indias tenían muy cercado a Cleveland, en la esperanza de que, como que los republicanos les vedaron ocupar un territorio reservado a los indios por tratado, la administración democrática, por serlo, volvería contra la decisión republicana; pero a esto Cleveland responde confirmando, con un énfasis que ha confundido a los rufianes, la necesidad humana y política de

respetar la tierra propia de los indios vencidos. Se habla a menudo, cuando se quiere dar idea de gran destrozo, de un torete en una tienda de porcelana: —garboso, y pujante y sobrancero en bríos, aquí ensarta, allá vuelca; todo lo echa por tierra el torete: —pues esto parece que será aquí dentro de poco la caterva de agiotistas y mendicantes políticos: porcelana rota.

Ya está, sí, Cleveland, como un llano caballero, sentado, después de almorzar, a las ocho y media de cada mañana, en su mesa de trabajo. Su inauguración fue un júbilo. Su discurso inaugural, ingenuo y sensato, con sabor de cosa nueva, como aquellas intrépidas manifestaciones de los fundadores de la República, que trajeron el hombre al Gobierno, y con él el calor y hermosura de la naturaleza. La procesión y el baile con que celebró el suceso Washington, enormes. El gabinete nuevo, invulnerable.

Jamás monarquía alguna celebró fiesta de reyes con más brillo. Imagínese: en la ciudad donde Washington en mármol, ofrece su espada desnuda a la Casa de las Leyes, el sol radiante, en un día azul de invierno, sobre trescientos mil hombres, dueños de sí mismos.

Desde el día 3, la ciudad toda era gente. Cuanto democrata tuvo bolsa y tiempo, fue a ver la entrada en el Gobierno del Presidente demócrata.

Todo el Sur, vuelto por primera vez al mando y a la discu-



sión leal de sus destinos con el triunfo de Cleveland, se vació sobre Washington. En las calles donde veinte años hace era castigado como felón el negro que portaba armas, ahora, con sus vestidos viejos de guerrear, y con mosquetes y banderas, alegraban la noche los soldados negros, y cuando hallaban a su paso a un anciano de elevada estatura, privado de una pierna, de gran barba blanca, que le caía, como un testimonio de nobleza, sobre el pecho de su uniforme de confederado, los negros vitoreaban al que fue su enemigo, y a la sombra de la bandera desplegada de la Unión, que abrazaba el anciano, celebraban, ante la multitud que se descubría la cabeza, el olvido de aquel mal entendimiento de ha veinte años, de cuyos resultados se enorgullecen hoy tanto los que pretendieron evitarlo como los que lo defendieron. ¿No están hoy, sin escándalo de nadie, sino con aplauso público, Lamar y Garland, dos confederados ardientes e ilustres en el Gabinete de Cleveland,—Garland, que fue diputado al Congreso de la Confederación—Lamar que mandó sus tropas y fue a Rusia a abogar por ella? En esos reconocimientos, músicas y preparativos, pasó la ciudad de Washington la noche. Todas las ventanas estaban encendidas. En las aceras, la gente acurrucada. En los teatros y las iglesias, ocupados todos los asientos, como en función. Un tren cada minuto. Al paso de

los forasteros salía una «Comisión de Comodidad», encargada de hallarles alojamiento y comida a precio ínfimo. Las compañías de milicia, las diputaciones de asociaciones democráticas, las avalanchas de habitantes de las comarcas vecinas, derramábanse a toda hora de la noche por las anchas calles, todas más ganosas de ver el alba que de sueño. Ya Cleveland, que a la callada había salido de Albany, a la callada había llegado a Washington; y cuando salió el sol, salió sobre este espectáculo:—en los momentos en que volvía al poder un partido privado de él por veinte años, y salía de él otro partido acostumbrado a mirarlo como cosa suya, y era puesto en el gobierno de la nación el bando del Sur que luchó temerariamente por dividirla,—ni un soldado había en la casa del Presidente que cesaba, ni un soldado en el hotel en que se alojó el Presidente nuevo.

¿A qué hablar del número inmenso de gente militar que desde por la mañana buscaba su sitio en la procesión, a no ser para decir que no eran los del Gobierno, ni pagados en modo alguno por él, sino gente voluntaria, venida de los Estados a dar brillo a la fiesta, y cada una de las cuales, ya de su bolsa, ya de la de sus asociaciones políticas, se pagó sus propios gastos? ¿A qué pintar el apretarse de las gentes en las aceras de la Avenida por donde debían pasar los Presidentes; los tabladros,

de seis pisos algunos, levantados sobre sus cabezas y desde las diez henchidos de espectadores; las ventanas, acariciadas por el sol, repletas de gente; los árboles, cargados de fruta humana, y las lámparas, y los postes de telégrafo, y los techos? Músicas, cuchicheos, el sol en las banderas, en los penachos y en los cascos; edecanes cercando el paso a los carruajes; pequeños pacíficamente sentados en el brazo de mármol de Colón, sobre la cabeza iracunda de la Guerra, a los pies de la estatua de Washington. Ya vienen, en su carruaje tirado por cuatro caballos, frente a un Senador del Norte y otro del Sur, los Presidentes Arthur y Cleveland. Los vitorean, pero más con cariño que con estruendo: Arthur que ama el poder, le deja con pena profunda, que no se le nota, sin embargo, en el disciplinado rostro. Cleveland viene sereno, regocijado de verse querido, y visiblemente contento de sí; mas sin aquel exceso de cortesanía con que los hombres ambiciosos semejan acatar al pueblo de quien anhelan constantes honores.

Al Capitolio llegan, donde la Casa, en sesión tumultuosa, acaba de cerrar sus sesiones aprobando la ley que coloca a Grant con sueldo de General en Jefe en la lista de retiro; donde el Senado presenta a Arthur la ley, que él firma con júbilo. Solemne está el Senado, le entra la luz por altos cristales de colores. Cabezas calvas de

barbas luengas se destacan como cabezas sacerdotales, de detrás de los escritorios de pulida caoba. En sus sillones de cuero están sentados los jueces de la Suprema Corte, cuyas togas de seda negra caen en pliegues sobre la alfombra verde. Damas y caballeros de pro llenan los asientos todos de la sala. Entra Arthur entre los dos senadores y resuena un aplauso nutrido. Entra, de los mismos senadores acompañado, Cleveland: al redoblado aplauso, el rostro se le enrojece, saluda a un lado y otro, y sonríe.

De manos de Edmunds, de barba blanca y larga, toma juramento como Vicepresidente de la República y Presidente del Senado el venerable Hendricks, a quien lo fino de la inteligencia ha ennoblecido y aguzado el rostro; sobre la nariz aguilena se levanta la frente cuadrada: sus dos ojos penetran: los labios delgados y apretados enseñan firmeza. Ya está el Vicepresidente en su puesto. Ya afuera se ha ido llenando el tablado levantado a la intemperie en el pórtico del Este del Capitolio, siguiendo el uso de Washington, que al aire libre prestó la primera vez su juramento. De diplomáticos, de senadores atildados, de diputados menos cultos, de los jueces de la Suprema Corte está ya lleno el tablado. ¡Qué hurra,<sup>a</sup> cuando aparecen ante la muchedumbre de la plaza, Arthur y Cleveland! Conversan un instante: renuévase el vocerío; pón-

nese en pie Cleveland de súbito, y alzando la mano derecha, en que en una tarjeta lleva apuntadas las palabras iniciales de los párrafos de su discurso, dice, con penetrante voz, juvenil y halagadora: «¡Conciudadanos!» Y el magistral discurso empieza. Lo sabe de memoria, como todos los suyos, y lo recita.

La cabeza echa atrás, como quien es honrado, y no lo teme. Su grata voz corrige el imperio de este gesto. La mano izquierda no la saca de la espalda. A cada término de frase, una ola de hurras. Tiene delante, rematados en cuatro ríos de acero que se pierden por las colosales avenidas, cincuenta mil hombres, con la cabeza descubierta. ¿Qué se dirá en estas ocasiones, que no llegue al cielo? Se entiende por qué los reyes se han creído a veces de buena fe enviados divinos. Eso ha de consagrar, y en el alma ha de haber, en momentos tales, postramientos e inundaciones de luz; y ha de parecer como que, en una sombra solemne, descendiendo sobre la cabeza una hostia.

Cleveland, a quien una mano amiga había acercado un vaso con un líquido turbio, que bebió de un aliento, dice con entereza sus propósitos nobles. Ni un vuelo de retórica, ni una pompa de estilo, ni un puntal de frase. Todo ello es verdad fuerte, dicho de la manera augusta y sencilla que es el natural lenguaje de los principios fundamentales. Parecía bien aquel discurso, de líneas

sobrias y grandiosas en aquel día tan claro. «Aquí no vengo como dueño, sino como encargado de los intereses del pueblo de mi tierra. Nuestra doctrina democrática, que con esta elección agitada se confirma, no necesita apología: pero todo ciudadano es un miembro del Gobierno, y si este ha de obrar bien, aquel ha de entender a tiempo cuándo es ocasión de que el calor del partidario político se trueque en el patriotismo del ciudadano. Recuerdos de la guerra y pequeñeces de partido han solido dividimos; es hora ya de que armoniosamente trabajemos por el bien de todos, y gobernemos de un modo práctico esta nación práctica, y aseguremos por firme determinación al pueblo de esta tierra, el beneficio entero de la mejor forma de gobierno que haya sido jamás gozada por el hombre».

Cada palabra iba cargada de sentido: caía sobre las heridas, como un bálsamo; sobre los errores, como una reprimenda discreta y cariñosa; sobre los buenos, como una iluminación. «Por amistad y concesión mutua se hizo la Constitución: pues así se mantenga! ¿Qué importa que acá se lastime un interés privado, y allá se sacrifique una preocupación local? Piensen honradamente los legisladores en lo que conviene al bienestar general, y hallarán

---

a. En LN, siempre: «hurrah».

compensados esos sacrificios. Seré buen guardador de la Constitución, y de los deberes del poder ejecutivo, y de aquellos prudentes límites que mantienen en roce y sin choque al Gobierno Federal y los Estados. Pero no seré más, ni siento ser más, siendo Presidente, que lo que todo labrador, todo artesano, todo mercader, todo hombre de honor de la República es en ella: vuestro es todo aquello que yo tengo que guardar y hacer guardar: vuestra es la Constitución; vuestro el gobierno que me daís; vuestro el sufragio; y todas las leyes, y toda nuestra mecánica administrativa, desde el municipio hasta el Capitolio de Estado, y el Capitolio Nacional, son vuestros:—de modo que tenéis el mismo deber que yo de cuidarlos, y de vigilar a sus servidores: ese es el precio de nuestra libertad, ese el derecho de nuestra fealtiva en la República».

Lo aplaudían punto menos que a cada palabra, y rogaba con la mano que no lo aplaudiesen. Con líneas seguras, apuntó su política doméstica y extranjera. «No se gaste más en el gobierno que lo que estrictamente necesite, administrado con modestia; y viva todo el mundo sencilla y económicamente, que esta es tierra de gente trabajadora: vivan sobre todo con discreción y sin vanidad los funcionarios públicos.

Querellas extranjeras, no las tengamos con nadie. Ni nosotros en la casa ajena,<sup>a</sup> ni en

nuestra casa nadie. Sea nuestra política de independencia y de neutralidad: la política de Monroe,<sup>b</sup> de Washington y de Jefferson: «Paz, comercio y honrada amistad con todas las naciones; alianzas comprometedoras, con ninguna».

Aquí el aplauso fue tal, para reposo de nuestra América y honor de esta, que parecía sacar a los circunstantes<sup>c</sup> de su juicio.

«La hacienda, procuraremos arreglarla de manera que los negocios se sientan seguros, ni el trabajador tenga que temer por sus salarios, y la tarifa será compuesta de modo que el país no pague tributos innecesarios, sin comprometer por eso los intereses de los capitalistas y obreros empleados en las industrias americanas; ni permitir tampoco la acumulación de un exceso en el erario que convida a la prodigalidad y extravagancia: ni la propiedad de la Nación ha de ser distribuida entre usurpadores y agiotistas.—Los indios han de ser tratados con lealtad. La poligamia ha de ser perseguida sin descanso. La reforma del servicio de empleos públicos no admite espera ni debilidad; por mérito y competencia se dan los empleos; no por favor político, ni en cambio de apostasías y servicios ocultos. A los negros emancipados pertenece de hecho todo lo que de derecho se les tiene acordado. Al Gobierno refluirán, y el Gobierno con imparcialidad y honradez atenderá, los varios contrapuestos clamores de los

intereses diversos que en constante brega labran juntos, aunque en apariencia divididos, esta fuerte Nación; que no sólo a nuestra laboriosidad y vigilancia, y al cuidado infatigable de nuestras libertades debe fiar sus destinos; sino que, reconociendo humildemente el poder y la bondad de Dios Todopoderoso, que preside sobre los pueblos, y se ha revelado en todas ocasiones en la historia del nuestro, ha de invocar, como yo invoco ahora, su ayuda y bendición sobre nuestros trabajos».

El Justicia Mayor se puso en pie; tendió abierta al Presidente, que ayudó a sostenerla con la mano derecha, una Biblia pequeña y muy usada, de cubierta de cuero y con ribetes dorados, que fue la misma que dio a Cleveland su madre cuando salió de mozo a buscar suerte por el mundo; recitó el Justicia el juramento, y lo selló el Presidente con un beso en la Biblia.

La procesión comenzó entonces del Capitolio a la plataforma erigida para el cortejo presidencial cerca de la Casa Blanca. ¿Que fueron Arthur y Cleveland, ambos descubiertos, llevados, más que por los cuatro caballos, por los vítores,—y Hendricks tras ellos en otro gran carruaje? ¿Que iban Arthur y Cleveland vestidos de paño mo-

a. En LN, siempre: «agena».

b. Errata en LN: «Monroe».

c. Errata en LN: «cir cunstantes».



desto, y sin insignia, ni banda, ni joyas siquiera? ¿Que las asociaciones democráticas de New York, no todas amigas de Cleveland en los días de su elección, acudieron en masa, con trajes de calle uniformados, -Tammany Hall, cuyo nombre viene de un caudillo indio, con unos cuantos politicastros rubios a la cabeza, pintados los rostros con colores a la manera salvaje- y Irving Hall con sus ancianos de peluca de cola y gran bastón, -y la Democracia del Condado con sus viejecillos Knickerbockers,<sup>a</sup> en memoria de los holandeses que fundaron a New York, los cuales iban encorvados, como los vejetes del coro de *Fausto*, golpeando acompasadamente con sus báculos el asfalto de las avenidas de la procesión? ¿Que bajo la bandera federal, al mando del general confederado Lee, sobrino del jefe militar de la rebelión, iba, con sus vestidos de guerra, toda una división en uniforme confederado, -y que el general Lee recibió, en aplausos, en saludos, en ondeos de pañuelo y en flores, una ovación más entusiasta y significativa que la que a los presidentes mismos se estaba tributando? ¿Que detrás de ellos, con sus ropas desgarradas de combate, venían los negros invencibles de Philadelphia, que decidieron en pro del Norte muchas batallas dudosas contra los rebeldes, -y los gloriosos irlandeses del Regimiento 69, con su uniforme verde, como su bandera, y sus haza-

ñas? ¿Que los Estados todos enviaron sus más gallardos Jefes, hombres mejores y mejores tropas? ¿Que dondequiera que asomaba, acudían mujeres y hombres a saludar y festejar al anciano confederado de la barba y de la pierna rota? -¿Que fue todo el día 4 de marzo, día de asombro, en que los vencedores magnánimos del Norte instalaron con júbilo indecible en el Gobierno a los vencidos decorosos? ¡Así el hermano ofuscado por cierto tiempo con nimias discordias de familia, aprieta al fin a su hermano contra su pecho, en un abrazo en que parece que quiere recobrar de un solo ímpetu todos los años de amor perdidos! Los federales eran los que hacían los honores de Washington a los confederados. Así, pues, resultó una fiesta nacional, y confirmación definitiva de la paz, la vuelta de los confederados al Gobierno, que los republicanos agoreros pregonaban como una calamidad pública: los republicanos mismos, arrebatados por la grandeza del suceso, salían en tropel de las aceras para estrechar la mano afable del General Lee, que detenía al paso de los vencedores el de su hermoso caballo obediente, y con antigua gracia recibía los honores de la derrota. Sin convulsión, pues; sin insolente remoción de empleados; sin peligro, antes bien con provecho de la Unión, han vuelto al poder los demócratas, y los confederados con ellos.

Porque, no bien había re-  
posado Cleveland del baile con que en el edificio enorme de Pensiones le obsequiaron las asociaciones democráticas, que en la fiesta emplearon sesenta y tres mil pesos, y decoraron con inusitada riqueza de pabellones de seda las columnas, de plantas tropicales, los recodos, de flores valiosas el gigantesco sillón presidencial, de escudos las paredes, de emblemas florales, altos como un hombre, en representación de las diversas secretarías el salón reservado a Cleveland; no bien asomó el día 5, -el nuevo Presidente envió al Senado, a que la aprobase, la lista de los que ha elegido como sus consejeros; y entre ellos, para representante de la ley nacional, Garland, que se rebeló contra ella; y para Secretario de lo Interior, Lamar, que pocos días hace, como herido en la médula, se levantó con elocuente indignación en el Senado a anunciar que jamás permitiría que en su presencia se llamase traidor a Jefferson Davis! Y Cleveland, sin miedo, ha traído a estos dos hombres, que de persona no conocía, a su consejo íntimo. Y la Nación lo ha aplaudido por ello unánimemente.

Así se vence de veras: honrando al vencido. Acaba, por tanto, con este atrevimiento generoso, la época de suspicacia y recriminaciones, que sigue siem-

a. Errata en LN: «Kinckerbockers».



pre a una guerra; y comienza, de buena fe y de lleno, el trabajo acordado de las dos secciones del país, la agrícola y la manufacturera, en busca de una prosperidad durable, que no haya menester de falso estímulo, ni de merodeos por tierras ajenas. Querían los republicanos, so capa de comercio y humanidad, una política acometedora y alejandrina, y soñaban en Roma y en Cartago, y ya se veían señores de toda la América. Con hombro desdeñoso echan por tierra los demócratas esta fatiga, y, como símbolo de la política de neutralidad que restauran, viene a la Secretaría de Estado Thomas Francis Bayard,<sup>247</sup> que capitaneó con éxito en el Senado la resistencia al proyecto del canal en Nicaragua—¡y cómo ha venido a darle razón ahora, y a hacer que de Tiro como de Troya le feliciten, la guerra que Barrios mueve en Centro América, tomando excusa de estas tentativas de alianza con los Estados Unidos, que en ley de honor, y antes de sacar fruto del canal, se habrían visto en el empeño de mantenerlo, y amparar a la pequeña nación que por tratar con ellos se ve en tal disturbio!

La artística hermosura del lenguaje, que le censuran por exceso de perfección, realza en Bayard la moderada firmeza de sus opiniones, que no reprime cuando el caso lo quiere, el fuego sagrado y el acometimiento. Se ve ya en el timón de la nave una mano segura.

Daniel Manning es el Secretario de Hacienda. Con decir que Tilden le quiere entrañablemente, está dicho su elogio: Tilden,—que pudo ser hace ocho años, sobre sangre acaso, el Presidente de los Estados Unidos, y, por no verter sangre, no quiso serlo; que sin conflicto alguno lo pudo ser ahora, y echó el manto en los hombros de Cleveland: ¡feliz el que desdeña lo que tantos se disputan! La indiferencia del poder es la prueba más difícil y menos frecuente de la grandeza del carácter. De modo que el que Tilden estima, bueno ha de ser.

Como organizador político, como ojeador del campo hostil, como lidiador de recursos rápidos y sorprendentes, como penetrador de los hombres, Manning no vale menos que como perito en Hacienda,—y como cajista: que parando letras y atando galeras empezó su camino en el *Argus*, de que hoy es dueño, el político brillante que a Tilden en 1876 y a Cleveland ahora, aseguró, sobre disensiones en el campo propio y maldades del ajeno, el triunfo.

De lo Interior, el Secretario es Lamar, a quien acusan de distraído, sin más razón que la de no estar nunca lejos de su sesuda frente las ideas graves. La pasión, ordenada y artística, acalora en él las deducciones rigurosas del juicio, que suelen sugerirle imponentes arranques oratorios. Con él van llama y peso. Le cuelga sobre los hombros la melená, que no está mal

a su rostro robusto y ponderoso. En la confederación, su espada fue buena, y su palabra tan buena como su espada. En el Senado, pocos le han aventajado en elocuencia e influjo. En el Gabinete, todos le miran como el carácter más pintoresco e interesante. La mirada triste alivia la expresión severa de su rostro, y hay en el hombre cierta natural majestad que a sus amigos fascina, e impone respeto a los extraños. Abuso no verá que no cercene. Hará pasar el río por los establos. Representa en el Gabinete la voluntad leal del Sur de cooperar sin reservas con el Norte al engrandecimiento nacional, y a la pureza más estricta en la administración doméstica.

Y a su lado se sienta William F. Vilas,<sup>248</sup> que para venir a ser Secretario ha tenido que abandonar la cátedra en que le oían con respeto sus discípulos, y en los tiempos de la guerra alzó una compañía, se vio de Capitán a su frente, y de Coronel muy pronto, y luego de vencer en Vicksburg, se retiró a enseñar historia:—¡como Arthur ahora, que acaba de ser Presidente, y ha tomado ya en un edificio de pórvido y bronce, una oficina de abogado! Puesto de peculiar importancia es el de Secretario de Correos que tiene Vilas; porque los empleos de correos son muchos, y por tanto, las ocasiones de favorecer; y porque, en paga del puesto, y con las relaciones en que pone, cada Administrador de Correos

ha venido siendo agente eficazísimo del Gobierno, en manos hasta hoy de los republicanos.

Pero sin administradores de correos triunfó Cleveland, y contra ellos: de modo que para gobernar y volver a vencer; no ha de necesitar revertir a usos legítimos las funciones de los administradores, que no contando ya en el Gobierno con la impunidad que les aseguraban sus servicios políticos, atenderán con más empeño, si han de conservar sus puestos, al servicio público. Luce, como una gala, el coronel Vilas, a su muy discreta esposa. Crece un hombre bien casado. El mal casado, decrece. O si se mantiene en alto, será con agonía, y sobre puntales.

Garland es el Secretario de Justicia. Reacio al principio a seguir a los confederados, no resistió al fin a ellos, y fue su diputado. Ni en firmeza, ni en honestidad, ni en manera clara y galana de exponer le vencen fácilmente. Cuando escribe, suele parecer que graba. Presenta con método, y deduce en justicia; por lo que se le tiene como muy apropiado para su puesto, donde están bien la palabra elocuente, juicio frío y no seco, voluntad firme y talento elegante que le adornan.

El Ministro de la Guerra es un juez, el Juez Endicott,<sup>249</sup> de prosapia puritana. No lo tomó Cleveland en atención a que es en Massachusetts<sup>a</sup> prominente, y a que figuró con honor hace un año como candidato demó-

crata al Gobierno del Estado; ni porque viene de Gobernadores y Secretarios ilustres, y su elección había de halagar al hidalguío de Neo Inglaterra, sino porque Endicott tiene, con todas estas ventajas sociales y el cariño unánime de su bando y del opuesto, aquella actividad en la labor, tesón en el empeño, y honradez inmovible que a Cleveland placen. No hay miedo de que en manos de Endicott vaya el ejército a la corrupción y a la tiranía—de donde iba yendo!

Ministro de Marina es Whitney, otro abogado, ya notable porque con tacto singular ha salido sin mancha de peligrosos puestos públicos, por lo que se espera que realce el que ahora le asegura, tanto como sus méritos, la amistad personal de Cleveland.

Y para venir a este Gabinete cuánto ir y venir de comisión por ríos y por tierra; cuánto entrar y salir de gente ansiosa en la oficina y la casa de Cleveland; cuánto apretarse, en omni-nosa hilera, frente a la puerta de su aposento, cuando días antes de su entrada en Washington, vino, para oír pareceres, a New York! Todos los Estados le enviaron comisiones. Los corredores de su hotel eran congresillos y hormigueros. Cada asociación tenía su favorecido para cada Secretaría. Cuál Estado, por esto, reclamaba para sí la de Hacienda. Cuál, por aquello, la de Correos. Cuál, se enardecía porque de un solo

Estado, el de New York, iba a haber dos Secretarios, el de Marina y el de Hacienda. Cuál, del Oeste, se quejaba altamente de que no hubiese representación occidental en el Ministerio.

A los abogados de cada candidato oía Cleveland, y ni de oír se cansaba, ni de callar. Mas no compuso su Gabinete en obediencia servil a estas prácticas de agio, ni a estos miedos de que los Estados descontentos le nieguen su simpatía o sus futuros votos; sino de modo que reuniese un grupo de hombres inteligentes, limpios y activos, que, sin trabas de patronazgo ni empeños previos, entrasen brava e inmediatamente en la tarea de asegurar la paz con el extranjero, consolidar la unión con los Estados un tiempo rebeldes, preparar al país para una liberal reforma económica que normalice la producción y abarate la existencia, y extirpar los abusos que entorpecen y afean la administración pública.

He aquí, pues, que de un sol a otro sol, por la fuerza regular e incremento del voto libre, ha cambiado de rumbo radicalmente la política americana, y acaso la América. Porque a ofrecerse venían, ¡qué mengua! varios estadillos hispanoamericanos, y a tomar lo ofrecido, y a más, mostrábanse dispuestos, y decíanse necesitados, los go-

---

a. Errata en LN: «Massachussets».

bernantes y gente de influjo en el partido dominante en los Estados Unidos. Pero el buen abogado de Buffalo<sup>a</sup> piensa de otro modo, y no quiere lances afuera, sino honradez en casa, ni estima bien que los abanderados de la libertad se entren a saco por las tierras vecinas, violando la libertad ajena. Ya se vislumbra la prosperidad que seguirá a esta confianza.

Ya no se ve a los Estados Unidos como traidores odiosos al espíritu humano, de que parecen mantenedores naturales; sino que ya que no ayudan como debieran a la victoria universal de la libertad, la practiquen al menos, y la respetan. Salir de sí, y confundirse en batalla generosa y activa con el Universo, falta para su grandeza a los Estados Unidos.

¡Mas qué servicio nos hacen con su ejemplo!

José Martí

**La Nación,  
Buenos Aires,  
7 de mayo de 1885**

[Fotocopia en CEM]

a. En LN: «Búfalo».

78

## Cartas de Martí

Historia de la caída del Partido Republicano en los Estados Unidos y del ascenso al poder del Partido Demócrata.-Antecedentes, transformaciones y significación actual de los partidos.-Resumen, con este asunto, de todos los detalles y consideraciones que pueden explicar de una manera definitiva como clave para sus movimientos futuros, la política norteamericana.

**Nueva York,  
marzo 15 de 1885**

Señor Director de  
*La Nación*

**Y**O ESCULPIRÍA en pórfido las estatuas de los hombres maravillosos que fragua-

ron la Constitución de los Estados Unidos de América: los esculpiría, firmando su obra enorme, en un grupo de pórfido. Abriría un camino sagrado de baldosas de mármol sin pulir hasta el templo de mármol blanco que los cobijase; y cada cierto número de años, establecería una semana de peregrina-

ción nacional, en otoño, que es la estación de la madurez y la hermosura, para que, envueltas las cabezas reverentes en las nubes de humo oloroso de las hojas secas, fueran a besar la mano de piedra de los patriarcas los hombres, las mujeres y los niños.-El tamaño no me deslumbra. La riqueza no me deslumbra. No me deslumbra la prosperidad material de un pueblo libre, más fuerte que sus vecinos débiles, aislado de rivales peligrosos, favorecido con la cercanía de tierras fértiles necesitadas de comprarles sus productos, y al que afluye, al amor de la libertad y a la facilidad para el trabajo, lo que

tiene de más enérgico y emprendedor la Europa sobranceira de habitantes, lo que tienen de más puro y entusiasta los partidos humanitarios de las naciones que no han roto aún la cáscara del feudo.

Los nombres no me deslumbran, ni las novedades, ni los brillantes atrevimientos, ni las colosales cohortes; y sé que de reunir a tanta gente airada y hambrienta de pueblos distintos que no se abrazan en el amor a este en que no nacieron y cuyo espíritu no llevan en las venas, ni del miedo a la vida, acumulado en ellos por los padecimientos heredados y los propios sacan otro amor y cuidado que no sean los de sí,—sé que de reunir a tanta gente egoísta y temerosa, ha sucedido que la República esté en su mayor parte poblada de ciudadanos interesados o indiferentes, que votan en pro de sus intereses, y cuando no los ven en riesgo no votan, con lo que el gobierno de la nación se ha ido escapando de las manos de los ciudadanos, y quedando en las de grandes traillas<sup>a</sup> que con él comercian. Sé que las causas mismas que producen la prosperidad, producen la indiferencia. Sé que cuando los pueblos dejan caer de la mano sus riendas, alguien las recoge, y los azota y amarra con ellas, y se sienta en su frente. Sé que cuando los hombres descuidan, en los quehaceres, ansias y peligros del lujo, el ejercicio de sus derechos, sobrevienen terribles

riesgos, laxas pasiones y desordenadas justicias, y tras ellas, y como para refrenarlas, cual lobos vestidos de piel de mastines, la centralización política, so pretexto de refrenar a los inquietos, y la centralización religiosa, so pretexto de ajustarla; y los hijos aceptan como una salvación ambos dominios, que los padres aborrecían como una afrenta.

Sé que el pueblo que no cultiva las artes del espíritu aparejadamente con las del comercio, engorda, como un toro, y se saldrá por sus propias sienes, como un derrame de entrañas descompuestas, cuando se le agoten sus caudales. Sé que a esta nación enorme hacen falta honradez y sentimiento.—Pero cuando se ve esta majestad del voto, y esta nueva realeza de que todo hombre vivo, gritón o auriteniente—forma parte, y este monarca hecho todo de cabezas, que no puede querer hacerse daño, porque es tan grande como todo su dominio, que es él mismo; cuando se asiste a este acto unánime de voluntad de diez millones de hombres, se siente como si se tuviera entre las rodillas un caballo de luz, y en los ijares<sup>b</sup> le apretásemos los talones alados, y dejásemos tras de nosotros un mundo viejo en ruinas, y se hubiesen abierto, a que lo paseemos y gocemos, las puertas de un universo decoroso: en los umbrales, una mujer, con una urna abierta al lado, lava la frente rota o enlodada de los hombres que entran.

A los que en ese universo nuevo levantaron y clavaron en alto con sus manos serenas, el sol del decoro; a los que se sentaron a hacer riendas de seda para los hombres, y las hicieron y se las dieron; a los que perfeccionaron el hombre, esculpiría yo, bajo un templo de mármol, en estatuas de pórfido. Y abriría para ir a venerarlos, un camino de mármol, ancho y blanco.

No se ven bien las maravillas cuando se está dentro de ellas. Las colosales figuras, los colosales hechos, sólo a distancia adquieren sus naturales proporciones, y se enseñan en su conjunto y hermosura.

¿Qué sabe el gusanillo que anda en las entrañas, de la majestuosa beldad del cuerpo humano? Por un canal se entra; en una celda se aloja; cae, como la langosta sobre los sembrados, sobre todo un tejido: ¿qué sabe él, luzbelillo ocupado en transformar la viña, de las amables líneas del cuerpo en que carcome,—de los mandatos amorosos, veloces y brillantes como rayos de estrellas, que van de un cuerpo a otro,—del velo de luz en que, como el sol a la tierra en la mañana envuelve el enamorado a su querida; ni qué sabe del toldo de rosas a cuya sombra se abrazan y adormecen?

a. Errata en LN, siempre: «trahillas».

b. Errata en LN: «hijares».



Es recia, y nauseabunda, una campaña presidencial en los Estados Unidos. Desde mayo, antes de que cada partido elija sus candidatos, la contienda empieza. Los políticos de oficio, puestos a echar los sucesos por donde más les aprovechen, no buscan para candidato a la Presidencia aquel hombre ilustre cuya virtud sea de premiar, o de cuyos talentos pueda haber bien el país, sino el que por su maña o fortuna o condiciones especiales pueda, aunque esté maculado, asegurar más votos al partido, y más influjo en la administración a los que contribuyan a nombrarlo y sacarle victorioso.

Una vez nombrados en las Convenciones los candidatos, el cieno sube hasta los arzones de las sillas. Las barbas blancas de los diarios olvidan el pudor de la vejez. Se vuelcan cubas de lodo sobre las cabezas. Se miente y exagera a sabiendas. Se dan tajos en el vientre y por la espalda. Se creen legítimas todas las infamias. Todo golpe es bueno, con tal que aturda al enemigo. El que inventa una villanía eficaz se pavonea orgulloso. Se juzgan dispensados, aun los hombres eminentes, de los deberes más triviales del honor. No concibe nuestra hidalguía latina tal desborde. Todavía asoman, detrás de cada frase, las culatas do aquellas pistolas con que años atrás, y aún hoy de vez en cuando, se argumentaba acá en los diarios en época de elecciones.

Es un hábito brutal que curará el tiempo. En vano se leen con ansia en esos meses los periódicos de opiniones más opuestas. Un observador de buena fe no sabe cómo analizar una batalla en que todos creen lícito campear de mala fe. De plano niega un diario lo que de plano afirma el otro. De propósito cerceña cada uno cuanto honre al candidato adverso. Desconocen en esos días el placer de honrar.

Las elecciones llegan, y de ellas ve sólo el transeúnte las casillas en que se vota despañosamente, las bebederías en que se gasta y huelga, las turbas que se echan por las calles a saber las nuevas que va dando el telégrafo a los boletines de periódicos. Se ve aturdir, escamotear, comprar, falsear el voto. Se ve a extranjeros naturalizados votar por su interés especial en daño de los de la tierra que les da porción en su hacienda y en su gobierno. Se palpa el peligro de dar autoridad en el país a los que no han nacido en él, y no lo aman, aunque se reconoce la justicia de que cada uno de los que ha de llevar las andas al hombre, dé su voto sobre el peso de las andas. Se vive de mayo a noviembre viendo ruindades, y en disgusto y alarma. Pero por sobre ellas, y con todas ellas ante los ojos, queda en la mente, sacudida de asombro, un respeto comparable sólo al de quien viera tambalear sobre su quicio un mundo, inclinarse de un lado al abismo, irse ya todo

sobre él, y reentrar de súbito en su puesto. Conmueven, obrando a la vez, diez millones de hombres. El que los ha visto, en esta hora de faena, siente que la tierra está más firme debajo de sus plantas: y se busca sobre las sienas la corona. Este es el inevitable hecho épico. Brilla, entre la revuelta y oscura campaña, como en un cielo gris brillaría una gran rosa de bronce encendida.

Campaña ninguna presidencial fue tan enmarañada, trascendental y significativa como la que dio el triunfo a Grover Cleveland. De lejos, no se distingue tal vez más que el hecho de bulto: la victoria del partido demócrata; y se supone, con error, que implica un cambio decisivo en la opinión y tendencias del país. De cerca, se observa el peligro, punto menos que inevitable, de dejar la política del país, que en las naciones libres, no es ya más que la manera de conducir honradamente sus intereses, en manos de una casta de empleados ociosos que no los poseen. De cerca se observa cuán difícil es, luego que ha sido descuidado por la gente proba, recobrar el ejercicio del poder político. De cerca, se ve que el cambio no ha sido esencial y durable, sino ocasional y como de prueba: y se ve lo que puede, con una sacudida de hombros, un puñado de gente honrada.

Nada más, nada más que esto, un puñado de gente hon-

rada ha dado el triunfo a Cleveland. Mil votos menos, entre diez millones de votantes, y el Presidente hubiera sido un hombre impuro y funesto, un sofista brillante, hubiera sido Blaine.

Cuello a cuello fueron hasta el último instante en la carrera Blaine y Cleveland: y por muchos días después de la elección no se supo de veras si había de ostentar en el actual período la Casa Blanca, el piñón, símbolo de los republicanos, o el gallo democrático. Garfield por los republicanos y Hancock por los demócratas contendieron por la Presidencia hace cuatro años: es verdad que esta vez votaron 468 000 electores más por Cleveland de los que entonces por Hancock, pero también por Blaine votaron 393 000 más que por aquel discreto, sufrido, buen Garfield. De un solo Estado de los 36 que tiene la República dependía la victoria de uno u otro candidato: del Estado de Nueva York.

El que lo obtuviese ganaba la Presidencia: nada más que por mil votos ganó el Estado, su propio Estado en que gobierna, Cleveland. No en vano, indomable y airoso, no se confiesa vencido Blaine por su adversario, sino por la casualidad; y con sutil conocimiento de los odios y miedos de su pueblo, los azuza todos, los hila en cuerpo de doctrina en un discurso de habilidad admirable, y hace de ellos cartel de batalla

con que se propone guiar a su hueste de aquí a cuatro años al Gobierno perdido.

Sabe que el Norte está aún receloso del Sur, y que la administración democrática, por tener en el Sur la gran masa de sus partidarios, y por obediencia a su espíritu y programa, ha de ser benévola con el Sur: lo que Blaine, hábil para manejar a los hombres por sus pasiones, anuncia, seguro de que ha de suceder, y de antemano explota. —Desentrañemos, pues, porque está llena de enseñanzas, la elección de Cleveland.

Y si antes se pregunta quién es él, diremos que es un caballero del pueblo, y aunque joven, uno de aquellos americanos viejos de mano de hierro y ojo de águila, que no pone ya las botas sobre la mesa, pero que tiene aún puestas las botas. Tiene los desdenes, la penetración, la ingenuidad, la audacia, la dureza, la nativz del pueblo en que ha nacido. Viene del mercader y del explorador. Viene del puritano y del volcador de los fardos de té. Tiene el ojo puesto adelante, como quien está decidido a llegar.

Tiene la inocencia poderosa de los caracteres primarios, que salen derechamente de la Naturaleza, y deben menos a los hombres que al influjo de su propia originalidad, y a su aptitud para domarlos, mezclando hábilmente la astuta sumisión con que se les halaga al desembarazado desdén con que se les atrae y sujeta: que los hombres

y las cosas, esquivos para quienes los solicitan, se apegan, por vil esclavitud instintiva, a quien quiere deshacerse de ellos. Los grandes hombres necesitan ser coquetas. Fácil es, sirviendo a intereses o preocupaciones poderosas, subir a grandes puestos, a ser como antifaces o portavoces de las fuerzas que encumbran; mas ¿cómo no admirar, cuando se sabe lo desamparada y sola que anda la honradez, a quien no llega al triunfo en virtud de complicidad con los defectos de los hombres, sino contra ellos? ¿Quién está en el fondo de los pueblos, como en el fondo de los hombres, que, a despecho de ellos mismos, y con voz determinada e imponente, aconseja al oído lo que en las horas de peligro deben hacer, y los echa por el camino de la salvación, en temporáneo arrebato de virtud, que los sostiene y levanta cuando están al borde ya de la caída? El ángel no visita a Cleveland; lo sublime no se estruja y mantiene en agonía la mente; su espíritu tiene la solidez y llaneza de sus almuerzos: pan y mantequilla, y ancha lonja de carne, y sendo té. Tan sencillo es a veces que parece pueril: pero pensando en él, aunque no fuese más que por el ajuste del hombre a la situación en que adviene, se asoma a los labios—¡qué elogio!—el nombre de Lincoln, que es de los que cuando aparecen, alivian e iluminan. ¿Qué hacen los pueblos que no levantan grandes tem-

plos a los redentores de los hombres; y colocan en nichos sus estatuas, y componen con ellos un santoral nuevo, y se reúnen en los días feriados a comentar las virtudes de los héroes? ¿Por Iglesia, claman? ¿Por Iglesia que reemplace a la que se va? ¡Pues he ahí la Iglesia nueva!

Hay dos clases de triunfo: el uno aparente, brillante y temporal: el otro, esencial, invisible y perdurable. La virtud, vencida siempre en apariencia, triunfa permanentemente de este segundo modo. El que la lleva a cuestras, es verdad, tiene que apretarse el corazón con las dos manos para que de puro herido no se le venga al suelo: que tan roto le ponen los hombres el corazón al virtuoso, que si no lo corcose y remienda con la voluntad, saltará deshecho en pedazos más menudos que las gotas de lluvia. Sólo en los momentos de agonía suprema, a que conduce a los pueblos fatalmente la prescindencia de la virtud, acuden los hombres con grande homenaje y alabanza a ella, dispuesta siempre a salvar en la hora de tribulación a los que la olvidan, y no bien se ven por la virtud sacados del apremio, la acusan de gazmoña y estorbosa y de importuna y excesiva, y le empiezan a roer los pies, y la derriban.

Los hombres gustan de ser guiados por los que abundan en sus propias faltas. Véase cómo se apegan con más ardor

a las personalidades viciosas, brillantes, que a las personalidades puras, modestas. Sólo en las épocas de crisis, el instintivo conocimiento del gran riesgo y de su incapacidad para librarse de él, les hace aceptar a los grandes honrados. La pureza, de que en lo general carecen, les irrita. En las faltas del que los gobierna, ven como la sanción de las suyas propias. Por una mentirijilla de la conciencia, creen que exculpándolos, se exculpan. Pues que sus pecados no estorbaron al gobernante para llegar a su alto puesto, no es tan malo el pecar, que el mundo condena y premia. Todos los que han pecado, tienen simpatía secreta por los pecadores. No hay como caer en error para aprender a perdonarlo. Ni hay insolencia mayor que la de la virtud, que con su cara austera, sus vestidos humildes y sus manos blancas, va haciendo resaltar por la fuerza del contraste, las villanías y mañas criminales de la gente, que cuando la virtud no está cerca no aparecen de tanta fealdad, como que, por tenerlas todos por igual, en nadie sobresalen: así es que, en cuanto la virtud asoma, los caminos se quedan sin piedras, porque todos dan sobre ella.

Para el poder, sobre todo, es mal camino la virtud. Los hombres no siguen sino a quien los sirve, ni dan ayuda, a no ser constreñidos, sino en cambio de la que reciben. La autoridad que por su condición de ciu-

dadano en un pueblo de gobierno electoral, o de persona de influjo, reside en ellos, la regatean y escatiman mucho. Todo hombre es la semilla de un déspota; y no bien le cae en la mano un átomo de poder, ya le parece que tiene al lado al águila de Júpiter, y que es suya la totalidad de los orbes. Por eso en estos pueblos en que la autoridad reside, cuando no es en cada ciudadano, en cada capataz de ciudadanos, de que hay cuentos, el que aspira a ganar voluntades tiene que rebajar tanto la suya, que no se sabe cómo se pueda, con grandeza de alma, soportar las vergüenzas que acarrea la conquista del poder. El corazón honrado se revuelve a la vez contra los que humillan, para prestar su apoyo, y contra los que en espera de él se humillan.

Pero el que, cuando necesita del influjo de un capataz de votos, inquiere, antes de procurarlo, cuál es su pasión, para halagársela; o su precio, para pagárselo; o su vanidad, para acariciársela; o el puesto que apeetece, para empeñárselo; el que, con mayor apego a sí que a su pueblo o al pueblo humano, afloja en la defensa de lo que mantiene, o lo abandona, o lo defiende con más brío, según acomode a aquellos de quienes ha menester para lograr el mando;—el que, sabedor de que la razón es de suyo, como que está convencida de su justicia, confiada y desdeñosa, y la pre-ocupación impresionable y ac-



tiva, opone a la razón de sus contendores cuanta preocupación, odio o cizaña<sup>a</sup> encuentra a mano;—el que no ve en sus capacidades intelectuales una misión de abnegada tutela de las capacidades inferiores, sino un instrumento eficaz para perturbarlas y dirigir las en provecho propio;—el que usa para sí lo que no recibió de sí, y no pone en la humanidad, sino que la corrompe y confunde;—<sup>b</sup> el que no ve a los hombres como hermanos en desgracia a quienes confortar y mejorar, aun a despecho suyo, sino zócalo para sus pies, sino batalla de orgullo y de destreza, sino la satisfacción de aventajar en ardid y fortuna a sus rivales;—el que no ve en la vida más que un mercado, y en los hombres más que cerdos que cebar, necios a quienes burlar, y a lo sumo fieras que abatir;—el que del genio tiene lo catilinario, cesáreo y luz bélico, y no lo humanitario y expansivo;—el que, como lisonja suprema a los hombres, cae en sus faltas y se vanagloria de ellas;—ese tendrá siempre la casa llena de clientes, y entrará en los combates seguido de gran número de partidarios. Blaine es ese.

Ocupados los unos en fabricar riquezas; privados muchos, en la batalla por el pan del día, del bienestar que hubiera podido moverles a ver con celo por el buen gobierno que ha de conservárselo; y abandonados todos, por la sordidez que trae al

ánimo esta vida precipitada, suntuaria y avariciosa; la política, aunque jamás desamparada de eminentes y pulcros servidores, fue aquí quedando por gran parte, en manos de los políticos ambiciosos, los empleados que les ayudan para obtener puestos o mantenerse en ellos, los capitalistas que a cambio de leyes favorables a sus empresas apoyan al partido que se las ofrece, los extranjeros que votan al consejo de sus intereses y pasiones, y los leales partidarios que, encariñados con las glorias pasadas o las ideas añejas, recuerdan sólo la cosa pública, con consecuencia mal entendida, los días en que las elecciones les ofrecen oportunidad de ejercitar su autoridad y confirmar su fe.

Las grandes almas, modestas y vergonzosas de suyo, sólo consienten en salir de sí cuando corren la humanidad o la patria un grave peligro, el cual afrontan con pasmoso denuedo, y con pecho ciclópeo, para volver después, ganada la batalla y asegurada la victoria, al dichoso rincón donde se goza de la aprobación interior y el cariño de algunas gentes buenas. Apenas hay para estas almas martirio mayor que el de confundirse necesariamente en la hora de la batalla con los logreiros, negociantes y fanáticos que, como la lepra a la piel sana, se pegan a las grandes ideas, y son a veces lo que se ve más de ellas. Magnífico fue el surgimiento<sup>c</sup> de la gente honrada,

cuando el Sur, exagerándose sus fuerzas y derechos, se mostró al fin decidido a apartar de la del Norte la fortuna de sus Estados esclavistas: y a la luz del cadalso de John Brown, apareció, cuál con la palabra, cuál con el bravo pecho, cuál con el don de toda su fortuna, aquel inagotable ejército del Norte.

Astros tienen los cielos, y la tierra: como un astro refulge el cadalso de John Brown. Jesús murió en la cruz, y este en la horca. Luego de muertos los hombres, vacíanse, sin carne y sin conciencia de su memoria, en la existencia universal: en remolinos suben; camino al Sol caminan; dichosamente bogan; mas si se hallaran los hombres después de muertos, que no han de hallarse, andarían de la mano Jesús y John Brown.

Tales se van poniendo los humanos, que como no tenga éxito común la vida de un apóstol, se avergüenzan de que se sepa que lo admiran, y el loarlos mismo viene a ser de mal gusto. ¡Pues al primer grupo de estrellas que se descubriese, bien pudieran llamarle John Brown!

a. Errata en LN: «zizaña».

b. Se añade la pleca.

c. Así en LON. Parece un neologismo formado de *turgencia* para indicar hinchazón o abultamiento, como metáfora por reunión o agrupación compactada. La lección de OC, t. 10, p. 190, es «surgimiento».



Entonces, al peligro, acudió lo más granado de la gente del Norte; y el mejor de todos fue aquel zanquilargo, bolsicorto y labirraso<sup>a</sup> de mirada profunda y ojos tristes; aquel que no vino de negociantes, pastores, ni patricios, sino de la Naturaleza y la amargura; aquel de vestir burdo y alma airosa, el buen Abe Lincoln. Ellos, en incontrastable exabrupto, no crearon solamente un partido, al organizar el republicano, sino que volvieron a crear la Nación. Fueron cruzadas nuevas, y Wendell Phillips su Pedro el Ermitaño. Se entraron por todas las ciudades. Asaltaron todas las plataformas. Hablaban desde un púlpito en las iglesias, desde un barril en las plazas, desde un caballo en los caminos. Ni una aldea sin prensa; ni un día sin peroración; ni una estancia sin su misionero. Cubrieron toda su tierra, y salieron de ella a conmover a las ajenas. Así quedó el Partido Republicano establecido: como el mampuesto de la libertad humana.

Mas luego que venció el Norte, y quedó en el poder como símbolo de la Unión el partido formado para defenderla, y fuera del poder como causante del disturbio, el Partido Demócrata dominante en los Estados rebeldes, miró apenas la República, deslumbrada por la victoria y la colosal prosperidad que vino de ella, en los detalles de la cosa nacional, cuyo manejo juzgó premio oportuno de los que la

habían salvado. Diose fervientemente el Norte a la elaboración de la riqueza. Cumplido su deber, fueron volviendo a sus hogares y quehaceres los hombres generosos que sólo al gran peligro consintieron salir de su humildad. Quedó el Partido Republicano en manos de aquellos que, ya por cariño a sus victorias, ya por odio a sus enemigos, ya por temor de que resucitasen, ya por beneficio propio, tenían un interés más directo en mantenerlo organizado y poderoso. Y como la victoria pudre, comenzó inmediatamente después de ella la descomposición. El manifiesto de la libertad humana llegó a convertirse en una casa de agios.

¡Qué repartir, como canonjías,<sup>b</sup> a hombres ineptos los puestos mejores! ¡Qué distribuir, en gastos confusos, los ingresos sobrantes! ¡Qué contratar a escandalosos precios, correos que no existían y buques que a la primera caldeada zozobran! ¡Qué dar destinos, con perjuicios de los más dignos y probos, a los que tenían valor de uno u otro sexo, o habían puesto manos serviciales en los manejos oscuros de las elecciones! ¡Qué acumular, con promesas secretas y compromisos inmorales, sumas enormes en las campañas presidenciales para vencer a los demócratas! ¡Qué prometer a los empleados la permanencia en sus oficios, si ayudaban con su óbolo al fondo electoral, y por él al mantenimiento del

partido en el gobierno! ¡Qué ir entregando, ley a ley, a los capitalistas y asociaciones poderosas, las tierras de la Nación, y hasta sus derechos, en pago, estipulado previamente, de los subsidios cuantiosos que para asegurarse en el poder recibía el partido de monopolios y bolsistas en horas apuradas! ¡Qué responder cínicamente, con acusarlos de amigos enmascarados de la rebelión, a las acusaciones de sus adversarios, y de la gente mejor de su propio partido, a quien el espectáculo de tan atrevida corrupción había forzado ya a salir de su silencio!—¿quién deja a la libertad sin vigilancia? ¿quién no sabe que por cada paloma que nace, nacen como tamaño de tres palomas de gusanos? En las elecciones ¡qué comprar los votos o cambiarlos en las urnas, o rebajarlos en las listas, cuando era menester! En las asambleas menores de los Estados que eligen los diputados a la Convención que ha de designar el candidato del partido a la Presidencia, ¡qué excluir, con anatema de traición, a los que se negaban a votar en el interés de los políticos de oficio!

En las Convenciones mismas, a la hora de elegir ya el candidato, ¡qué desdeñar a los prohombres de reputación acrisolada, por aquellos de recono-

a. En LN: «labiraso».

b. En LN: «canongías».

cidas faltas, que merced a ellas mismas pudieran, con menos escrúpulos, asegurar en la elección, más votos, y en el poder, más empleos, y provechos! ¡Y qué venderse los diputados de la Convención a este o aquel postulante a la candidatura; bien por dinero, bien por la promesa de un buen puesto, en caso de triunfo!

Una tienda abierta, donde se mercadea por los rincones el honor, han venido a ser las convenciones, un tiempo gloriosas, en que los delegados del partido en cada Estado se reúnen cada cuatro años a elegir su candidato para el primer empleo de la Nación. Toda una delegación se compraba con unos cuantos millares de pesos, así, como esta suerte de delegados para serlo, había comprado, siempre de mala manera, en la asamblea menor del Estado, el nombramiento en virtud del cual podían luego en la convención nacional vender su voto. Y dinero para estas compras de delegaciones oscilantes, jamás faltaba, por haber tanta enorme corporación, y tanto atrevido empresario, interesado en el triunfo del candidato que, en recompensa de estos anticipos, ha prometido estar a su servicio. Así, como de un templo profanado, se retiraron de la última convención las gentes blancas del partido.

Pregonábase como calamidad nacional, y como el triunfo del Sur, la vuelta al poder del Par-

tido Demócrata, con lo que se tenía segura la adhesión de los Estados del Norte.

Por desamor a la publicidad, o por no aparecer en ella del brazo con los logrerros, manteníanse apartados de los negocios públicos los hombres mejores, y por indiferencia los que no tenían especial interés en ellos. De manera que, seguros del triunfo y de la impunidad, puede decirse, de acuerdo con las declaraciones escritas y habladas de los republicanos más notables, que no había abuso público, violación, fraude, cohecho, rapiña, robo, que el Partido Republicano no cobijase o alentara.<sup>a</sup>

En las elecciones, sustituían las papeletas democráticas por las republicanas, o aumentaban estas a su sabor, o falseaban los recuentos. En los Estados, desaparecían en bolsas privadas los dineros dispuestos para atenciones públicas. En Washington, compraban los Ministerios el apoyo de los representantes en ambas Cámaras con empleos y pensiones para sus recomendados: a cada Senador y Representante estaban reservados, para distribuir entre sus favorecidos, cierto número de empleos, «y en muchos casos» —dice el honrado Mr. Veagh, miembro que fue del Gabinete de Garfield— «los hombres a quienes se reserva este privilegio, y las mujeres nombradas en virtud de él (que ya se sabe que en los Estados Unidos muchos empleados son mujeres); viven

lejos de la protección y las trabas de sus hogares».

En la Secretaría de la Guerra, todo eran cajas rotas, y «cuentas dobles», y forrajes para caballerías imaginarias. En la de lo Interior, no podía entrarse sin tropezar con los agentes de la camarilla de pensiones, de fondos Indios, de Distribución de Terrenos, de cuyo valor, una vez concedidos a la camarilla, iba una buena parte en pago a los que habían asistido en asegurar la concesión. En la de Correos, al contratista encausado por percibir subsidio efectivo por servicios falsos, concedíansele nuevas contratas. En la de Hacienda, ladrón de billetes del tesoro llegó a haber tan poderoso que cuando uno de los secretarios quería indignado poner mano sobre él, otro Secretario había, cuando no más de uno, que abogaba por el ladrón, y lo salvaba. En la de lo Exterior ¿no hubo toda una misión labrada, faz a faz de una guerra, en la esperanza de obtener el reconocimiento de una inmoral reclamación privada, pretexto, si no a ganancias viles o a protectorado inmerecido y abusivo, a dandismos y calaveradas diplomáticas, indignas de una nación honrada y grave?

Fuéronse, al fin, con tan grandes abusos, despertando la indignación y energía de los miembros más sanos y menos ostensibles del partido, y pri-

a. Errata en LN: «atentara».

mero en los consejos privados, y luego, aún a la callada, en las luchas eleccionarias, y por fin abiertamente en la Convención que nombró a Blaine, y en la campaña en que fue vencido, publicaron su determinación de purificar su partido deshonorado, o apartarse de él. Los apellidaron fariseos, petimetres y traidores.

Con ocasión del nombramiento del candidato, y la lid electoral que le siguió, se acentuaron, y quedaron definidas las tendencias que en siglo habían venido dividiendo al Partido Republicano, y ya antes, por haber de preceder en la feroz contienda humana alguna sangre a toda obra fructífera, habían venido a producir, exaltando un cerebro desatinado, la muerte de Garfield. Los bandos eran dos. Los unos mantenían descaradamente que, por encima de toda otra consideración, estaban el interés del partido y el beneficio de sus miembros; que la Unión era propiedad natural de los que la habían sacado en salvo; que al vencedor pertenecen los despojos de la victoria; que los empleos, concesiones y dignidades deben ir a pagar los servicios prestados para mantener en el poder al partido que los concede; que no es censurable, sino lícito, coleccionar de los empleados públicos, pagados con dinero aprontado por toda la Nación, sumas destinadas a mantener en el Gobierno a uno de los partidos que se disputan su go-

bierno, y en cambio de este auxilio queda obligado a mantener en sus destinos a los contribuyentes, convertidos en sus cómplices, y a proteger o disimular sus abusos. Los otros, hijos en espíritu de los monumentales fundadores de la República, tachaban ese programa de abominable y vicioso; y si bien dispuestos a conservar viva la organización republicana, como símbolo aún necesario de la Unión ayer amenazada, como partido moderador y principalmente doméstico, como represor juicioso de la excesiva influencia seccional y extranjera que parece notarse en el Partido Demócrata, compuesto en gran parte de los electores del Sur y de muchos de Irlanda y Alemania,—preferían, sin embargo, la disgregación temporal, si no definitiva, del partido, o la fusión tal vez de la mejor parte de él con la más elevada y doctrinal de los demócratas, a contribuir con su complicidad al mantenimiento del Gobierno de la Nación en manos de una agresiva caterva de logrerros tenaces.

¿Cuál era la nuez de este poder colosal; la clave de esta máquina enorme; la valla puesta a los mejores esfuerzos de la gente sana del partido; el obstáculo a toda tentativa de su moralización y reforma, sino la facultad de distribuir entre sus auxiliares los empleos y propiedades públicas? ¿Qué agentes más perspicaces y celosos pueden tener un partido que aque-

llos que le deben su subsistencia, y que sin él, habituados ya al bienestar fácil, y la holganza, se verían reducidos a la desconsideración y la miseria? Eran, pues, los propagandistas y servidores del partido, no sus secuaces sinceros que, como que se dan sin paga, gustan de hacer sentir su influjo, sino aquellos otros dependientes de él para subsistir y medrar, y a quien altos ejemplos y el deseo de sostenerse en plácida fortuna incitaban para lograr influjo con que servir a su partido en la época electoral, a las complicidades y dispensaciones ilícitas que permite el ejercicio de una autoridad benévola y vigilada.

Tardó mucho en parar mientes en esta corrupción la mayoría del país descuidado. A la masa común, y aun a la entendida, parecía peligroso devolver el gobierno a los demócratas, en cuyos consejos se suponía aún predominante el espíritu del Sur. Y como a la guerra, bajo los republicanos que la ganaron, había sucedido prosperidad casi maravillosa, patriotismo e interés se juntaron para mantener la confianza en el partido vencedor, que a pesar de sus desaciertos y abusos, resultaba acreditado por la abundancia de las cosechas, la cuantía de las sumas que entraban en el país en retorno de ellas, y la aplicación de esta riqueza sobrante a la creación de industrias que parecían prósperas, porque aún era bastante a consumir sus manufacturas el mer-



cado doméstico, al que el exceso de lo que exportaba sobre lo<sup>a</sup> que importaba permitía pagar sin gran quebranto el precio inmoderado a que por el alto derecho de introducción de los artículos europeos, se vendían los productos rivales americanos.

En pos de la enorme guerra vino la enorme confianza, y la riqueza que ciega y arrebata, y lo atrae todo a sí en el afán de gozarla y el miedo de perderla; de lo que, mientras a sus extraordinarias empresas se daba con verdadero frenesí el país deslumbrado, se aprovecharon las aves de rapiña para anidar en el árbol nacional, hasta que fue al fin fue innegable y visible que la larga permanencia en el poder de hombres que a su sombra habían perdido ya la costumbre, y la capacidad acaso, de más honroso modo de vivir: la seguridad de una constante victoria; la práctica de emplear los dineros nacionales en sus gastos de partido; la intimidad con negociantes que, hacen pagar caro los servicios que prestan, habían, a la vez que pervertido sus móviles, hecho insolente y descarado al partido gobernante, que con prácticas, cuando no con leyes, venía cercenando al país los medios de sacudírsele y reemplazarlo por sus opositores: por lo cual, en cuanto sintió el país el yugo sobre el cuello, lo echó, de un solo vuelco, abajo.

Se vio que, envalentonado con su predominio, no atendía

el partido republicano a calmar el desasosiego que la exuberancia de productos invendibles y el exceso de población desocupada comenzaban a causar con sobrada justicia. Se vio que para poder continuar repartiendo entre sus favorecidos el sobrante recaudado innecesariamente por derechos de importación, se resistía a rebajar estos, so pretexto de proteger las industrias nacionales, que de esta protección están muriendo; como que en verdad no se hacía más que encarecer el costo de vida de una población ya afligida por la falta de empleo, originada forzosamente en la producción excesiva de artículos que por su abundancia y precio subido no hallan compradores en la Nación abastecida y alarmada, ni fuera de ella pueden competir con artículos mejores fabricados a menos precio en tierras más baratas. Se vio que con el apoyo desvergonzado de legisladores venales, tendían las leyes a concentrar, así como el poder, la riqueza, con pérdida creciente de la independencia de los Estados, y la de los ciudadanos, y con merma de las posibilidades de emprender, que los monopolios absorben, y sin cuya esperanza se descontentan y rebelan los trabajadores útiles. Se vio que con la liga entre los empleados y el Gobierno, y la aplicación de los caudales de la República a los gastos privados de uno de sus bandos políticos, se iba a hacer a la larga

imposible arrancar la autoridad a un partido cuyos abusos y arrogancia provocaban la condenación de sus prohombres, y cuyos errores económicos, continuados en favor de notorios intereses, han traído al país, favoreciendo engañosamente el mantenimiento de industrias artificiales, a una crisis latente y angustiosa, que todo lo paraliza y alarma, y de la que sólo podrá reponerse la Nación por su producción agrícola, ayudada del abaratamiento de la vida en virtud de una tarifa más racional y llevadera, y de la reducción de la producción industrial a la de aquellos artefactos que sin ficción arancelaria pueden fabricar los Estados Unidos con posibilidad de vencer en la competencia a sus rivales extranjeros.—Tierra, cuanto haya debe cultivarse: y con varios cultivos, —jamás con uno solo. Industrias, nada más que las naturales y directas.<sup>b</sup>

No bien comenzó la Nación a sufrir por la depresión de su comercio, investigó sus causas, y las halló en gran parte en el parcial y desenfadado manejo de los negocios públicos. La Nación era un festín, y los republicanos, gordos y lucidos, estaban perpetuamente sentados a

a. Se añade «lo».

b. Hasta aquí el texto publicado en LN el 9 de mayo de 1885. Al párrafo siguiente, le precede: «(Conclusión—véase el número anterior)».



la mesa. Las heridas políticas, como las del cuerpo, de sí mismas se curan, sin más que cuidar de no envenenarlas o reabrir las; y así como la carne crece, y acerca con un tejido nuevo los bordes abiertos, así de los males excesivos brota, como su fruto natural, el remedio. Las leyes de la política son idénticas a las leyes de la naturaleza. Igual es el Universo moral al Universo material. Lo que es ley en el curso de un astro por el espacio, es ley en el desenvolvimiento de una idea por el cerebro. Todo es idéntico.—Cuando parecía, por el apetito de riqueza fuera del gobierno, y la inmoralidad dentro de él, podrida en la médula, y como sin cura posible, la nación; cuando en su aplicación veíanse corrompidas como en los países viejos, las instituciones políticas, y la naturaleza humana; cuando a vuelta de un siglo, toda era polvo la peluca de Washington, y polilla la chupa de Franklin y lepra todo Jefferson; cuando eran de ver, en el espíritu del gobierno, la usurpación y el desenfado, y el ímpetu de arremeter, so manto de Libertad, contra la esencia de ella en el país y fuera de él, —y en el país eran de ver la misma empleomanía, preocupaciones e imprevisión que desfiguraban a pueblos de cima menos afortunada y grandiosa,—surgió, como por magia, en cada lengua un remedio, se levantó, como contra la esclavitud, en cada púlpito un apóstol; se ensañaron

con brío juvenil, los honrados ancianos; relucieron aquellas mismas lanzas de la cruzada abolicionista; salieron de su silencio los pensadores vigilantes, que son, como la médula del cuerpo humano, la esencia escondida de los pueblos; y la República se mostró superior a su peligro.

¡Así sea para los males de orden mayor que se están comiendo el espíritu nacional, nacidos todos ellos, como las ramas de una semilla, del culto exclusivo a la riqueza! Se llenó el país de reformadores. Y la campaña que empezó en las elecciones de ciudad por despojar a los traficantes de votos del poder, poco antes omnímodo, de elegir a su sabor los municipios, creció, más aprisa que la nieve que rueda, y en tres años ha venido a parar en arrancar a los traficantes, organizados de modo formidable, el absoluto y descarado dominio con que venían imponiendo su voluntad en las mismas elecciones presidenciales sobre la unanimidad de la Nación y sus necesidades más urgentes.

A las raíces del mal se está yendo, se ha visto de dónde el mal proviene. En las raíces se le está atacando. Así, de tiempo en tiempo, precisa purgar el campo de gusanos y yerbas.

Tímido primero, y luego más enérgico de verse desairado, empezó a alzarse entre los republicanos un clamor de reforma,—en la manera de nombrar los empleados, en los tra-

bajos electorales y la recaudación de fondos para ellos, en la distribución fraudulenta del sobrante del Tesoro, en los derechos de importación que, con ser más que lo que el Gobierno requiere para sus expensas, mantenían en apetito activo a las traillas de logreros congregados en Washington para distribuirse el exceso, estimulaban la producción de artículos imperfectos, invendibles en el interior e inexportables, y hacían cada día más escaso el trabajo, más cara la existencia, y más sombrío el problema público. Enfrente de los demócratas al principio, cerca de ellos más tarde, y a su lado al fin, se unieron los republicanos honrados a la demanda de reforma, cuando no la originaron y consiguieron con más energía que los demócratas mismos, como en la ley que establece la elección de empleados menores en certamen público, y su promoción por mérito. Y como trocar el sistema de empleos, era descabezar la organización republicana, ahí culminó y por ahí se convirtió en guerra mortal, el desacuerdo referido, entre los republicanos que mantenían la urgencia de reformar la tarifa, purificar la administración, y estorbar con un buen sistema de empleos la complicidad del Gobierno y los funcionarios públicos en la preservación violenta e indebida del poder, y aquellos otros republicanos más influyentes en el partido y numerosos que, ayudados de los

capitalistas cuyas empresas favorecen, originan su influjo y bienestar, y los mantienen en el ejercicio de su privilegio de distribuir empleos entre sus amigos y auxiliares.

¿De quién había de ser el triunfo en la convención de los delegados del partido, escogidos entre los que subsisten de su favor por los que lo comparten o lo esperan, sino de los que reparten los beneficios? De esta, secundado por los capitalistas, era Blaine el capitán; Blaine, que llama a la gente familiar por su nombre de pila, y a los José «Pepotes», y a los Migueles «Miquis», y «Tomasetes» y «Juanillos» a los Tomasés y a los Juanes, lo que deja a estas gentes gansescas muy llenas de halago; Blaine, que con el rufián habla en su jerga, y con el irlandés contra Inglaterra, y con el inglés contra Irlanda, y fue el que quiso sujetar en hipoteca al Perú, bajo la garantía y poder americanos al pago del reclamo de un aventurero con quien andaba en tomares y decires y por cuyos intereses velaba con tal celo que convirtió al Ministro de los Estados Unidos, muerto después del bochorno, en agente privado del reclamo, que abusaba del gran nombre de su pueblo para que los beligerantes reconociesen la impura obligación; Blaine, móvil e indómito, perspicacísimo y temible, nunca grande; Blaine, acusado con pruebas y con su propia confesión escrita, de haber empleado espontánea e inten-

cionalmente, en anticipo de una recompensa en acciones, su autoridad como Presidente de la Casa de Representantes para que se votara una ley que favorecería indebidamente los intereses de un ferrocarril en que ya tenía, por servicio no menos criminal, una buena parte;—Blaine, que no hablaba de poner orden en su casa, sino, de entrarse por las ajenas, a buscar, so pretexto de tratados de comercio y paz, los caudales de que los errores económicos del partido republicano han comenzado a privar a la nación;—Blaine, mercadeable, que a semejanza de sí propio,—en el mercado de hombres compra y vende. Tal Convención eligió a tal candidato. Blaine fue el electo. Por debajo de las banderas alquiladas, y de entre los delegados vendidos que habían ayudado al triunfo, salieron, llenos de rubor y de ira, los que con una generosa esperanza habían acudido a la Convención para ver de nombrar a un hombre honrado.

Había venido entre tanto, criándose para la victoria, a la que son buenos pechos los desastres, el Partido Demócrata. Coincidiendo, en apariencia en toda cuestión grave, y aun en sus mismas divisiones interiores, con el partido republicano, no puede, sin embargo, desconocerse que lleva en sí poderosísima esencia y algo como la médula de la República el partido que quedó en pie después de haber abierto el camino a

los rebeldes, dándoles eminentes defensores, y continuando luego la guerra con el voto cerrado de los enemigos de la Unión.

Mas los federalistas, que eran como los republicanos de ahora, se habían diseminado: los republicanos triunfantes no traían cuerpo esencial de doctrina, sino la misión accidental y temporal de mantener sujeta la Unión para cuya defensa habían nacido; y el Partido Demócrata quedó vivo, como partido de oposición, que con serlo tiene ya condiciones legítimas y útiles de existencia, como el último símbolo, y la semilla de derecho, de la doctrina de los Estados rebeldes que por medio de él únicamente se manifestaban,—y, enfrente de un partido transitorio e infantil, como la urna de madera noble, hollada por los fusiles, roída por los gusanos, quemada por la pólvora, que guarda el aroma de aquellas colosales flores de justicia, radiosos pensamientos, con que este pueblo apareció a la vida. Aquella gran familia de Estados, que tuvo, como toda casa joven, sus desconocimientos y turbulencias, mas que se asentó luego con el respeto y puntillosa cortesía de los hogares puritanos; aquella sustanciosa y fundamental elocuencia, novedad absoluta y refloramiento de la mente humana, cuyos radiantes párrafos parecen pabellones de victoria, y a la que se asoma el espíritu reconocido como a la mano de un

padre, o como a un nuevo mar; aquella generosa épica, que en su día aparecerá, cuando la lejanía permita verla proporcionalmente, no abatiendo hombres, sino tallándolos; no tinta en sangre por una moza liviana, como la épica de los peluquines clásicos, sino de las ruinas del hombre, que salió mal hecho la primera vez, recomponiendo a la criatura humana, y quitándole las bridas, y coronándolo de luz; aquel espíritu, aquella letra, aquella revelación del tiempo heroico del pueblo americano, perpetúanse, como tradiciones de familia que han solido ser abandonadas en el canoso Partido Demócrata, favorecido con el sutil prestigio de la leyenda y de la buena casa. Imponen, esas acumulaciones de virtud. Los hombres, que apedrean la virtud, saben que necesitan de ella para salvarse.

Ve la gente, en la posteridad de los personajes ilustres, como la sombra de los grandes hombres. Y los pueblos, así como los hijos, aman más a sus padres después de muertos. Luego que cesó la guerra, y empezaron a brillar los mercenarios que ella sacó a flote, con la insolencia y ruidos propios de la gente advenediza, los ojos se volvían como a un descanso, a aquel viejo partido, arrinconado y expulsado, que purgaba en la pobreza su fausto y sus yerros; pero en el cual, más que en los atrevidos soldados triunfantes, vivía, con su traje de terciopelo negro y sus zapatos de

hebillas de plata, el espíritu de la República.

Demócrata había sido el Sur antes de la guerra; y vencido en su tentativa de crear nación propia, mantúvose afiliado al partido que a sus contemplaciones con el Sur, tanto como a una corrupción administrativa, no menor que la de los republicanos de hoy, debió su salida del poder, punto menos que ignominiosa.

Y como considerable número de demócratas del Norte habían servido con lealtad la causa de la Unión, no les dañó grandemente que los Estados rebeldes les continuasen afiliados, sino antes bien les dio la formidable masa de votantes que para equilibrar la de los republicanos, dueños de todo el Norte, necesitaban, mientras que la adhesión del Sur se explicaba como el natural apoyo de Estados oprimidos al partido que mantenía la obligación nacional de respetar, como causal ajeno, los derechos reconocidos por la Constitución a los Estados. Señores del Norte eran los republicanos: y del Sur, los demócratas. Más poblado estaba el Norte que el Sur, pero esta merma de población la reparaban los demócratas con sus partidarios del Norte numerosos. El combate, pues, comenzó a ser reñido desde las primeras elecciones y a pico cerrado. Con un poco que aflojasen los republicanos, con un poco que los demócratas creciesen, la victoria podía cambiar de lado.

Para un cambio en el Gobierno, no se necesitaba un vuelco redondo de la opinión nacional, sino una oscilación ligera. Quedaba, para los demócratas, reducida la contienda a aguardar los yerros de los republicanos, a esperar a que se apiguase la desconfianza que de ellos se tenía por su arraigo en los Estados rebeldes, a presentar en las grandes cuestiones nacionales un programa más seguro y conforme a las tradiciones, que el de los republicanos. Todo lo cual dejaron de hacer cegados por intereses locales, durante largos tiempos. Y el poder les viene hoy, no de sí mismos, ni de ninguna especial virtud de la idea democrática, sino de la confianza que, a pesar de su partido, inspira Cleveland, por independiente y honrado, en un momento de corrupción gubernamental y alarma pública, en que la independencia y honradez hacen gran falta.

Aseguradas las libertades esenciales, sin cuyo completo goce no está justificada la paz en ningún pueblo honrado; anonadada la intentona de separación que puso a la vez en peligro la eficacia de la República como forma de gobierno, y la existencia de la unión nacional; creados, en consecuencia de la población, confianzas y créditos que trajo la guerra, intereses enormes,—los problemas que a la guerra siguieron, salvo el de las franquicias del Sur, que los republicanos cerce-



naban y amparaban los demócratas, fueron, más que políticos, económicos. Y el de importancia mayor, y el único con el que uno de los dos partidos hubiera podido presentar batalla, era el problema del libre-cambio, que a cada elección parecía venir a ser el caso de combate, pero del que, como del escollo en que ha de zozobrase, huían con igual tenacidad ambos partidos.

El librecambio, que sólo impide el desarrollo de las industrias ficticias, y asegura baratez a la vida general, base firme a la riqueza y al comercio, y la paz, que de esto viene, a la Nación, se hacía cada vez menos fácil en los Estados Unidos, por haberse creado, al abrigo de un sistema engañoso, numerosas industrias violentas que ocupaban a centenares de miles de obreros, a los que humanidad y prudencia aconsejan no dejar súbitamente sin oficio.

No son en los Estados Unidos partidos de clases diversas los dos que se disputan el Gobierno. Fabricantes y obreros hay con los demócratas; fabricantes y obreros hay con los republicanos. Por sus notables principistas y abnegados servidores de la cosa pública sobresalen los demócratas, pero muchos de ellos, como Cox, son hombres acaudalados; como Hewitt, grandes manufactureros.

Y manufactureros y operarios, tanto de un bando como de otro, son, según sus alcances

intelectuales y la independencia de sus industrias, librecambistas o proteccionistas. De modo que esta no pudo ser línea divisoria entre las organizaciones rivales. Poderosa ala librecambista tiene el Partido Demócrata: más poderosa acaso la tiene el Republicano: y cuando una u otra de estas dos opiniones contendientes en el seno de cada partido ha querido extremarse y declararse como dogma de él, la opinión rival se le ha opuesto con tanta energía que la tentativa ha sido abandonada, porque de seguro abría en dos el partido, que para sus demás fines necesitaba conservar la Unión.

En economía, pues, uno y otro partido andaban igualmente vacilantes. En religión, fuera de estar siendo socavados ambos, como por el diente de una nutria, por la Iglesia católica, tan dividido en protestantes y católicos está el uno como el otro. En política, sí que los divide, aun sin saberlo ellos, el diferente concepto de la nación y su gobierno; pues los republicanos, que vinieron de la guerra, trajeron a la conducción de los negocios públicos los desambarazos y acometimientos de los vencedores, y en su política fueron de notar siempre, como pecho vellosa que no alcanza a esconder la pechera bruñida, las cualidades del combate: el botín y la violencia; mientras que los demócratas, que de viejo guardan la leyenda republicana, miraban de mal

grado a la muchedumbre violenta y nóvedosa, amiga de mandos imperiales y de pompas, y de excursiones por tierras ajenas, que, porque había salvado de un peligro a la nación, se creía autorizada a prescindir y blasfemar de su espíritu:—por lo cual, aunque descontentos de mucho inmigrante burdo que a la prédica de las libertades les seguía, iban del lado demócrata los guardadores de la República: los enemigos del soldado.

Pero como unos y otros, aparte de esta distinción (no visible sino a las miradas penetrantes) donde gobernaban, gobernaban con iguales abusos, por ser ambos tajos de un mismo pueblo; como en ninguna cuestión capital se diferenciaban, sino que se dividían de igual manera; como que, el único problema imponente, a no ser el de la corrupción electoral y administrativa, era ese del sistema económico que la exuberancia de la producción y dificultad del comercio venían cerrando, en él parecían haber de parar al fin ambos partidos, e irse de un lado los librecambistas, republicanos y demócratas, y de otro, los proteccionistas de ambos bandos.

Mas los pueblos ricos, conservadores de suyo, sólo aceptan en casos extremos las soluciones radicales, y ven todo cambio con horror secreto. De modo que como, a la vez que estas penurias económicas, cuyo remedio ha de ser a la fuerza



violento y costoso, había disgustado de la arrogancia republicana, pruebas de su imprudencia en el manejo de los caudales del Erario, y miedos de que la libertad electoral, ya muy desfigurada por los que han hecho negocio de la política, quedase definitivamente en sus manos, por ahí se han manifestado primero, por no costar ahí nada el cambio, las inquietudes y cóleras del país descontento.

Y esto, no por sacudimiento de la masa votante, que sólo se estremece cuando el hierro le entra en las carnes, o el lobo le aulla a la puerta; sino por la briosar arremetida de la gente pensadora, que apenas vio cierto el peligro de la República, saltó a la plataforma, peroró desde los ferrocarriles, propagó por toda la nación la alarma, enfiló sus soldados en las cajas de imprimir, y en el borde de una navaja ganó la contienda. Mas lo curioso es que la victoria de los demócratas la han ganado los republicanos.

En la nación venían gobernando los republicanos; pero en algunos Estados los demócratas; y en New York, donde la opinión fluctúa, con inclinaciones democráticas, unos y otros, con lo que se tenía ocasión de ver que los de la oposición no eran más escrupulosos que los del Gobierno en el modo de reclutar partidarios y premiarlos. New York principalmente estaba como roída por una caterva de hombres lustrosos y obesos, consagrados, con gran

provecho, a mantener subordinado el voto de la ciudad a los intereses de una añeja corporación democrática. Tammany Hall, que como por la distribución de empleos pequeños y el avivamiento de las pasiones irlandesas, disponía del voto de la ciudad que es más importante que el del resto del Estado y decide de él, no sólo imponía sus candidatos al partido, sino que, por lo que New York pesa en los negocios nacionales, y por no poder haber ahora Presidente sin el voto de New York, no podía aparecer candidato democrático a la Presidencia a menos que no consintiese de antemano en servir los intereses de Tammany Hall. Y los candidatos que sacaba electos, sabíase ya que entraban a sus oficios obligados a repartir puestos y ganancias con los miembros de la asociación: de estos empleos mayores obtenía los menores con que tenía sujetos a los votantes, que en cambio de ellos le daban el poder necesario para imponer condiciones a los que deseaban ser electos, o sacar por sobre sus contendientes a los que la asociación deseaba elegir.

Era Tammany Hall, con ser demócrata, tipo acabado, por lo que aquí lo describimos a la carga, de ese sistema de capataces, de caciques, de gamonales del voto que, con no admitir en las listas de las asociaciones de barrio del partido sino a los que acataban sus voluntades, tenía sujeto por la raíz el voto

público. Al fin, los no admitidos, que por indiferencia o respetos, venían viendo en silencio este abuso, se levantaron, y votaron. La revuelta fue en el campo republicano. Se levantaron los votantes ultrajados contra el *boss*, el cabecilla, el gamonal. Se levantó primero Brooklyn, hogar de la Iglesia protestante, que guarda a pesar de sus estrecheces—¿por qué no decirlo?—la semilla de la libertad humana.—¡Ah Holanda!—¡Ah Guillermo de Orange! ¡Ah, sembradores! vuestra mano, penetrante como una consagración—se ve aún sobre el hombro de estos reivindicadores de la limpieza de sufragio.

Sacasteis a la mejilla, mejor que nadie en Inglaterra y en Francia, la dignidad humana, que ya no se irá jamás del rostro. Fue Brooklyn la primera en rebelarse contra el *boss*, que en Tammany Hall tenía su representación más acabada. Y eligió a su *Mayor*, un joven honrado y rico, contra la oposición de los capataces del voto en Brooklyn. Y como el mal era nacional, por la Nación se esparció el contenido y por los electores el crecimiento de fuerza que da la victoria. Y luego por sobre el *boss* eligió el Estado a su gobernador. Y al fin sobre el *boss*, tipificado en Blaine, eligió la Nación su Presidente.

El canevá de toda aquella urdimbre electoral, el huevo de toda aquella vileza, era la repartición de los empleos públicos. Los que «trabajaban» por el

triunfo de un partido, se proclamaban con derecho exclusivo a que este los recompensase con los destinos de la Nación, así como los que de alguna manera contribuían a la victoria, y sin influjo o pecunia hinchaban el voto, creíanse con naturales títulos a las concesiones y preferencias que están en manos de los administradores de negocios públicos; de lo que deriva que el electo a un puesto no fuese en él, como que sin aquellos votos interesados no hubiera podido alcanzarlo, más que el cómplice y servidor expreso de estos intereses; vendida como se ve estaba la Nación, a los traficantes activos de la política, que por el alejamiento de las urnas de los votantes desinteresados o entrabados por miramientos de partidarios o tibios, dominaban sin contrapeso en las deliberaciones de ambos bandos. Porque donde llegaba al Gobierno el demócrata, como que subía por la misma tortuosa escala, quedaba sujeto a iguales compromisos. El Gobierno tiene puestos que dar, y abusos que permitir, y contratos que autorizar; y los trabajadores lo eran por la golosina de los puestos, y los que los ayudaban, por la de las contratas y permisos. Lo que a los buenos republicanos indignaba, indignaba también a los buenos demócratas. Y así vinieron a juntarse, en la saludable revuelta, unos y otros.

Porque aquella misma diferencia en el partido dominante entre los republicanos de san-

gre entera, que mantenían en todos sus extremos la política gamonal, de disciplina, acometimiento y despojos, de subserviencia de sus adversarios, de befa y estrago de los pueblos débiles, de gobierno de conquista en conquista en lo interior y lo exterior,—y los republicanos de media sangre, que querían mayor respeto a la voluntad nacional, menos alarde en las relaciones extranjeras, más pureza en las elecciones y distribución de empleos, más libertad para los miembros del partido,—existía, por causas iguales y con equivalente encono entre los demócratas. No se habla aquí del Sur, cuya simbólica democracia anda dividida por causas locales relacionadas con la guerra; sino del Norte, y de New York en especial, donde se extremó el mal y ha comenzado la cura.

«Borbones» se llaman entre los demócratas los viejos, los que gobernaban antes de la guerra, los que siguiendo el ejemplo inicial de los tiempos de ardiente contienda no concebían que bajo una administración hubiese empleado alguno que no compartiera sus miras políticas, los que en el Gobierno contrajeron los vicios que de él nacen y han corrompido a los republicanos, los que más para los demócratas que para la Nación querían su vuelta a la gobernación pública, los que están a las tradiciones, y no a los tiempos. Mas en estos veinte años, mucha persona de

buen pensar, mucho guardián de las libertades públicas, mucha gente moza a quien sacaba al rostro los colores la soberbia republicana, mucho elector del Norte que veía riesgos de guerra o tiranía en la tendencia del Partido Republicano a reunir en el poder federal las autoridades que pertenecen a los Estados y garantizan el equilibrio y renovamiento indispensable a la existencia de esta nación vasta y numerosa, habían venido afiliándose, como al único partido combatiente fuera del que ocupaba el Gobierno, al bando democrático, y creando dentro de él como tejidos nuevos, libres de la polilla que cernía la mente preocupada y los casaquines de seda de los empolvados «Borbones». Ni celos del Norte, ni invasiones a México, ni intolerancias mezquinas, ni explotación del gobierno en beneficio de los partidarios. Enfrente de los males creados por el partido republicano, y por el disgusto de ellos, había formado bandera esta gente nueva bajo los demócratas, de modo que no batallaban<sup>b</sup> como los «Borbones» para recobrar su influjo y aprovecharlo bien, sino para destruir los abusos republicanos, para estancar en lo posible la sed inmoral de puestos públicos; para establecer las organizaciones del partido de manera que

a. Errata en LN: «la».

b. Errata en LN: «batallaba».

todos sus miembros pudiesen expresar y realizar en él sus voluntades libremente; para reformar las elecciones de modo que los funcionarios no fuesen los meros ejecutores de las imposiciones de las camarillas que le aseguraban el nombramiento; para aliviar de cargas innecesarias la importación de artículos y la vida general, sin comprometer de súbito la suerte de las industrias establecidas; para sacar de sobre las arcas del Tesoro a los explotadores que las cubren. Y contra estos demócratas nuevos, claman los trabajadores por empleos, los negociantes que los auxilian y dirigen, y los «Borbones».

Los «Borbones» son disciplinarios y quieren el mando como cuna propia, de que nada se debe a los que no sean miembros del partido, en lo que son como los republicanos de sangre entera. Y los demócratas menos miran el Gobierno como la manera de afirmar el beneficio propio sirviendo con imparcialidad los intereses generales de la nación, y no creen que sea el Gobierno una granja de los miembros del partido triunfante, donde pueden coger hasta la fruta, y rapacear a su placer, sino un depósito, en lo que se parecen a los republicanos de media sangre. Venían, por tanto, con semejante espíritu, hablando dentro de su partido con enemigos iguales, y acercados por natural simpatía, los mejores entre los republicanos y los mejores entre los

demócratas. Tímidamente primero, y como en un ensayo, se unieron en Buffalo para la elección de corregidor de la ciudad a Cleveland. Ya con más franqueza, aunque sin confesión pública, juntaron de nuevo fortuna para elegir, siempre a Cleveland, Gobernador del Estado de New York. Por fin, abiertamente, y en notoria rebeldía, salieron de la Convención republicana muchos de los delegados más ilustres, decididos a apoyar; como apoyaron, al candidato de los demócratas, si en vista de este apoyo, el candidato fuese como fue siempre, Grover<sup>a</sup> Cleveland.

Porque tuvo el Partido Demócrata la fortuna de que apareciese en él el reformador que los tiempos requerían, duro como un mazo, sano como una manzana, independiente como un cinocéfalo. No usa pompas en el lenguaje, ni en la vida. Cuando pasa un bribón, dice: «Ese». Cuando le piden que haga lo que no debe, dice: «No». Cuando le representan que un acto de justicia podrá dañar su adelanto personal o el de su partido, dice: «Es justo». Y como el país tiene ahora miedo de que los abusadores le sequen sus caudales, más aún que de que los «trabajadores» le vicien sus libertades políticas, se han dado todos a apoyar a este hombre sencillo, que se ha puesto sin miedo a la limpia de los bribones y la vigilancia de las arcas.

Con el auxilio de los repu-

blicanos tan puros, y contra el sentimiento borbónico de su partido, fue electo Cleveland al corregimiento de la ciudad de Buffalo, para que la gobernase con imparcialidad e independencia. Con tal entereza condujo los negocios de la ciudad, y ganó por ello tal fama, que el elemento joven del partido demócrata lo sacó triunfante sobre los «Borbones» corridos, como candidato al gobierno del Estado de New York, a cuyo puesto subió en hombros de demócratas y republicanos que lo ayudaron, ya con su abstención, por no complacerles el candidato de su partido, ya con su voto silencioso. Y como Cleveland en su dificultísimo puesto mostró saber conciliar el agradecimiento a sus electores con sus deberes para con el Estado, como no tenía que pagar por un empleo que no había solicitado; como que contra Tammany Hall, repleto de borbonismo, fue electo; y no cedió ni al deseo de atraerse más voluntades republicanas, ni a las amenazas de Tammany Hall; como gobernó con su partido sin faltar a sus deberes con la Nación, sino en ejemplo y provecho de ella, como en tiempos en que había clamor de honradez y fortaleza, subía la fama de Cleveland por fuerte y por honrado,—aconteció naturalmente que cuando con la designación de Blaine por la Convención republicana

a. Errata en LN: «Graver».



para la candidatura a la Presidencia culminó el desdén de los republicanos a la opinión nacional, y la indignación pública,—culminó de la otra parte, en la Convención Democrática, con floja e ineficaz oposición de los «borbones», el anhelo de reformas en aquel que había demostrado que no tenía miedo para afrontarlas, ni exageración con que deslucirlas, ni debilidad en llevarlas a remate en Grover Cleveland.

Los republicanos disidentes, por considerar como un golpe en la mejilla la designación de Blaine, se organizaron en los Estados, se reunieron en junta pública, proclamaron su determinación de votar con los demócratas, y, contra gran parte de los demócratas mismos, los sacaron triunfantes.

Los más mordidos de borbonismo, los más vivaces partidarios de los demócratas viejos, los que no querían en el Gobierno a la democracia joven, formada en los problemas actuales para salvar en ellos a la Nación, sino la de antaño, amiga e incondicional de sus secuaces y consagrada a su servicio; los capataces de votos, que llenará Tammany Hall, siempre por Cleveland tratados con severa firmeza, y sin aquella adulación a que los solicitantes de sufragio

tienen acostumbrados a los de Tammany,—en masa se revolviéron contra Cleveland, y ya a la llamada, ya a la faz, prescindieron de su voto, o se lo dieron a Blaine, que halló fáciles partidarios entre estos «Tomasetes» y estos «Miquis», y ayudados de ellos, en la gente de Irlanda, con el anuncio, desmentido, sin embargo por su conducta anterior, de que, en defensa de los irlandeses iba a poner la mano, como en el de un perro de presa, sobre el cuello inglés.

Mucho puede Tammany Hall entre los electores de New York, y muy bien organizados los tiene. Muchos votos de Tammany Hall faltaron sin duda el día de elecciones, aunque en público, afectó decir que apoyaría a Cleveland, y luego ha ido a festejar su inauguración en Washington. Mucho irlandés votó por Blaine, aunque mucho alemán republicano hasta ahora, votó en cambio con la democracia. Pero las demás asociaciones democráticas de la ciudad de New York, a que, dado el equilibrio nacional de las fuerzas de los dos partidos, estaba la batalla presidencial reducida; y el comercio en masa, que llenaba las calles bajo la lluvia con procesiones y banderas; y los republicanos disidentes, que en plataforma, púl-

pito y prensa pelearon por Cleveland, con un ardor que entre los demócratas entibiaban mucho los «Borbones» airados, pudieron al fin, no sin grandísima dificultad, superar el voto de los republicanos disciplinados, y los tráfugas demócratas por poco más de un millón de papeletas en diez millones de votantes: ihonradas papeletas, alas del derecho, que por encima de candidaturas censurables aunque previsoras, como la de Butler, o ineficaces, como la del partido de temperancia, o curiosas como la de la señora favorecida por las sociedades del sufragio femenino, han llevado al sencillo reformador a que la ore y purifique, a la Casa Blanca!

Así cayó el partido republicano del poder: así sube, y en esas dificultades queda en él, el elemento joven del partido demócrata. ¡No<sup>a</sup> tiene la virtud más enconados enemigos que los que la ven de cerca!

José Martí

**La Nación,**  
Buenos Aires,  
9 y 10 de mayo de 1885

[Mf. en CEM]

a. Se añade la admiración.



## Sucesos de la quincena

Proceso del banquero Fish.-Vindicación de Grant.-Escenas de su agonía.-Memoria del general Santa Anna.-El aniversario del rendimiento del general Lee.-La escena en Appomattox.-Movimiento político en Washington.-Continuación del análisis del actual problema político.-Modo y razones con que combaten los elementos del Partido Demócrata.

Nueva York,  
abril 14 de 1885

Señor Director de  
*La Nación*

GRANT, vindicado, expira; y si como Presidente dejó pensar y gobernar por sí a sus amigos y valedores, que abusaron de su nombre y desconocimiento de la cosa pública en provecho de ellos y de sus camarillas; si como soldado deslució sus glorias adquiridas en la campaña contra los Estados del Sur, con su disposición a marchar a la cabeza de las tropas que debían en caso de protesta armada de los electores del demócrata Tilden, colocar en la Presidencia al republicano Rutherford Hayes, nombrado en virtud de fraude; como

hombre de negocios al menos, aunque débil y ciego, cual suelen ser fuera de sus quehaceres militares, los hombres de armas, queda bien probado que le engañaron en vil acuerdo un atrevido bribón, Ward, a quien quería como a un hijo aventajado, y un presidente de banco, Fish, que arregló con el rufián la manera de ir disponiendo, en forma de préstamo a su cómplice sobre seguridades nulas o supuestas, de los depósitos acumulados en el Banco, que como provechos de la firma Grant, Ward y Cía. iban, en parte a Grant y a sus hijos y en parte mucho más considerable a Ward y a Fish. El nombre de Grant lo había deseado Ward, de rostro vago, lechoso y lampiño, y mirada llena de atrevimiento y desvergüenza, que en el mundo pasan por

intrepidez y empuje,—ya por los naturales beneficios que, con semejante asociado y el caudal que él y sus hijos aportaban, habían de venir a la firma; ya por la esperanza de tener por medio del ex Presidente aquellos prolíficos y misteriosos negocios de Gobierno que en todas partes, según es fama, hacen crecer a ríos, allegados por de contado con aguas turbias, las fortunas que eran antes de ellos escuálidos arroyos. Y Grant, por su parte, airado de que los Estados Unidos no abundasen en aquellos sordos e imperiales deseos suyos de extensión y conquista que le hacían desear por tercera vez la Presidencia, y en que le apoyaban, como jefe del partido de resistencia a las masas inquietas, los que pudieran llamarse aquí conservadores, se echó de bruces, espolado por la visión de crecimientos súbitos y el amor a sus hijos, en las tramas de uno de esos proyectistas ávidos lenguaraces que, por su falta de escrúpulos y sus capacidades de acometimientos, hallan siempre acogida en los negociantes crédulos o ambiciosos. Mas por Grant no vinieron,

como Ward suponía, aquellas secretas influencias y contratos pingües que de él se aguardaban; ni Ward, que tenía en estos toda su esperanza, supo hacer más, si esto siquiera hizo, que mermar de tal manera en unas cuantas especulaciones secretas de Bolsa, el capital aportado por Grant y sus hijos, que a poco de asociarse a ellos, ya le fue preciso, en la esperanza acaso de una salvación remota, fingir, en compañía de Fish, y merced a la prominente situación de Grant, la existencia de productivos contratos de Gobierno, con cuyos amplios rendimientos explicaba el alto interés que pagó siempre, como incentivo para atraer a sus arcas las fuertes sumas requeridas ya por él para algunas especulaciones locas que aumentaban sus apuros, ya por su cómplice Fish, para ir cubriendo la falsa situación del Banco, que en tanto estuviese en pie les proporcionaría sumas que irse repartiendo como provechos de la firma. Grant entraba y salía en estos negocios, y firmaba en ellos mucho, mas sin entenderlos.

De fumar con exceso se le llegó a acentuar en la garganta una disposición cancerosa que hoy se extiende por toda ella, y ya le está comiendo, en presencia de un pueblo afectado, las últimas migajas de la vida. En mortaja lo envolverán cuando se muera; pero cuando el desastre de su firma trajo aquel pánico de Wall Street, en que las mujeres llamaban sollozan-

do a las puertas de los Bancos cerrados, que habían jugado sus ahorros, y los hombres forrados se sentaban en los bordes de las aceras a llorar su ruina como mujeres; cuando su prolongada asociación con aquellos dos desfalcadores y truhanes, que sólo una excesiva ignorancia explica, trajo sobre su cabeza las acusaciones y desvíos más rudos; cuando el que se vio tratado por encima de Washington en su propia tierra, y como a rey en las ajenas, se veía en política desdénado como jefe inepto y ambicioso, y en privado como el amparador y compadre de un fullero; cuando a duras penas recobraba un tanto del respeto público por su determinación de pagar con sus mismas reliquias de guerras y viajes los ciento cincuenta mil pesos que por consejo de su asociado pidió a su amigo Vanderbilt, y este dio sin tardanza, y no quiso cobrar luego; cuando del más alto poder y fortuna vino a verse de modo que recibió con lágrimas de agradecimiento unos mil pesos que dejó en su mesa D. Matías Romero, el ministro mexicano en Washington, que le quería muy bien, y unos quinientos más que le mandó en préstamo un extraño compasivo; mortajas fueron ya para aquel hombre, rotas todas sus vestiduras, y el día mismo que le veía vivir, y los rayos de sol que por el alma triste le penetraban como espadas: isólo para los felices es hermosa la Naturaleza! Y a to-

das esas humillaciones venían a unirse la áspera censura de algunos diarios inclementes, que aquí sacuden el látigo sobre la frente de los moribundos y las cenizas de los muertos, y la negativa de la Cámara de Representantes a complimentarle con su colocación en las listas de retiro en el carácter de General en Jefe que abandonó para ocupar la Presidencia. Hacía Grant pensar en aquel desdichado general Santa Anna<sup>250</sup> de México, que llegó a ser venerado como Alteza por las gentes de su pueblo y murió al fin, ya después de mucho tiempo de haber muerto, apagadas sus atrevidas ilusiones, vacías las arcas pródigas en que tanto aventurero puso mano, solo, apretados los dientes, con un rasgón de su colcha entre las manos crispadas, en cuarto de paredes polvosas y de alfombra roída, como por el despescho su propia alma.

Mas ni fueron como las de Santa Anna, las culpas de Grant, ni esa por cierto será su muerte, aunque en la amargura y desastres de los últimos meses de su vida se venían pareciendo.

Porque, no bien fue el peligro de Grant conocido, y se supo que el general que sacó a puerto la Unión, y recosió con su espada la carta rota de la República, tanto bajo el peso de sus desdichas como bajo el de sus enfermedades, se moría, los enemigos esgrimieron con menos fiereza sus armas; los veteranos comenzaron a recordar hechos gloriosos de su Jefe; el Congreso avergonzado de su

demora lo puso a la cabeza de la lista de retiro; los sacerdotes de sectas diferentes que en esta época del año—buena para gente anciana—se congregan, le enviaron sus plegarias; la Casa Blanca, que está ahora en los recibos de primavera, suspendió sus banquetes y sus bailes; los niños de las escuelas, con rosas cogidas por sus manos, le mandaron su tristeza y sus buenos deseos; la calle de su casa, en los días en que más se ha temido por él, no se vio un instante sin grupos de gente silenciosa, que miraba amorosamente a las ventanas del cuarto donde expira, y en que la luz, a través de unas cortinas amarillas, entra para verte luchar, con un valor que le atrae las simpatías que le enajenaron sus errores, faz a faz y a sabiendas con la muerte. Para oírle despedirse uno a uno, y con voz entera, de su mujer, y de sus hijos, y de los amigos que rodean su cama, para alumbrar la escena en que, sentado en su sillón de brazos, declara en el proceso del banquero Fish hechos que llevan a toda la nación la certidumbre de la inculpabilidad de Grant en las vilezas de la firma que llevó su nombre, y para ver cómo lo escribe, ya limpio de esta mancha, y generalmente venerado, en el libro de autógrafos de un niño.

Así queda muriendo. Y el banquero Fish, juzgado en jurado, muy discreto por cierto, en estos días, es reconocido culpable de los cargos más graves que puedan hacerse a un negociante honrado, cada uno

de los cuales, que son nueve, lo sujeta a prisión, de cinco a diez años. En prisión está ya, cubierta la mala cabeza, cabeza turbia de anciano vicioso, con un casquillo de seda negra; sin que en el rostro gris de barba rala, acentuado por los labios gruesos y los ojos fríos, se le note la grande vergüenza de haber venido a parar de presidente de uno de los Bancos más sanos y antiguos de la Nación en despreciado huésped de una de sus cárceles. En la misma está Ward; y se esquivan, como dos cobardes que han tenido que hacerlos con la misma moza. Así vio Fish el 9 de este mes, aniversario de la mejor batalla que ganó Grant en su vida de soldado, y de su clemente aceptación de la rendición de los confederados en Appomattox.

El 9 de abril era; Appomattox, río estrecho; en el pueblo, cinco casas; un juzgado, un taller de carrero, una pulpería, una casa de ladrillo, una taberna; del pueblo al río, un terrerillo, y en él un manzanar, que daba buena sombra; a un lado del camino, donde un negro tiene ahora una cabaña, descansaba Grant, recién llegado, bajo unos pinos: del otro lado, a lo lejos, ya seguro de que el maravilloso Sheridan le había cerrado con su caballería el paso por donde pensaba escapar con su ejército, venía el general Lee, despacio sobre un caballo rosillo, vestido de coronel confederado, a la cabeza de su Estado Mayor. Ya había venido car-

teándose con Grant sobre la manera de efectuar su entrega; ya llevaba la bandera de los Estados sin fortuna caída sobre su corazón; no quería ya más sangre americana; venía muy lentamente, bajo el ala del fieltro oculto el rostro, las riendas sobre el cuello del caballo; y, en silencio, llegaron al sombrío.

Sentado estaba allí entre sus oficiales apeados, sobre unas estacas de la cerca del manzanar con que le improvisaron un asiento, cuando se vio venir en son de ataque a una parte del ejército del Norte. Hizo Lee enarbolar en una astilla un lienzo, que no se sabe si fue pañuelo o toalla, y con él en alto salió un emisario al paso de los federales, a decirles que Lee, rendido, deseaba ver a Grant; de debajo de un árbol de manzana, salió con este mensaje el emisario. Viose a poco subir por la pendiente a un hombre corto y recio, de holgados vestidos, y fue hacia él seguido por sus oficiales hasta poco trecho, Lee, que se bajó de su caballo a medio camino, y siguió a pie a saludar al que venía. Dicen que de lejos no parecieron más que buenos amigos que se dan la mano y hablan de cosas indiferentes. Concertaron allí nueva entrevista, para firmar las estipulaciones de la rendición; y esto hicieron unas dos horas más tarde, en la casa de ladrillos, a donde Lee acudió con su mejor traje, y al cinto la espada, que cuando salió de allí llevaba: Grant iba en traje descompues-



to por no haberle llegado con el triunfo su equipaje, y recibió de manos del desdichado capitán uno de los más grandes ejércitos que han movido guerras sobre el mundo, mas no quiso que los confederados rindiesen sus caballos «porque habían de hacerles falta para el arado de la primavera!»

Lee, casi lloraba. ¡A Grant, que montó a poco a caballo y siguió a Washington, no se le vio ni alegre, ni movido con afecto alguno, el rostro! A las pocas horas, el árbol de manzanas a cuya sombra se había sentado Lee estaba hecho trizas, y todas ellas en manos de los soldados federales, que aquella noche se las enseñaban con júbilo al resplandor de las grandes hogueras con que festejaron su victoria.

Otras batallas se lidian ahora en Washington, diversas de las que se libraron en aquellos días. Batallas son de empleos y de damas.

Las damas, por sus puestos de precedencia ¡quién lo dijera de la republicana Casa Blanca!; por empleos, los políticos de profesión de los Estados, todos, que ya se van volviendo, cariacontecidos y sin credenciales, pero que todavía, de cuando en cuando, apoyados por los demócratas antiguos, se aprietan unos contra otros, como los bisontes, y arremeten unidos, levantando gran polvo, con los cuernos rasando la tierra, contra las puertas cerradas de la Presidencia y las Secretarías, que a nueva guisa, y no a la añeja,

están distribuyendo puestos pocos; mas ya estos buscadores de empleos están desapareciendo de lo visible, como los bisontes. Sólo que, llenos de despecho, reaparecerán por todo el país, obedeciendo acaso al mandato de la vieja democracia irritada, para impedir, con todo género de esfuerzos de palabra y obra—que en la Convención de delegados demócratas que cada cuatro años se congrega para designar el candidato del partido a la Presidencia, vuelva a salir electo, aunque el partido corra riesgo de volver a la derrota, «ninguno de estos ridículos demócratas mozos que pretenden que la gente trabaje por la victoria de un partido que se niega después a darles empleos!» Aunque esto harán los solicitantes desechados, con auxilio de los demócratas de antaño que ven desdeñados sus métodos y maltrecho su influjo en los altos cónclaves demócratas, sin recordar, que, entre otras reformas, anda en camino la de esas mismas convenciones electorales que no son asambleas oficiales de la Nación, sino un modo privado de los partidos de discutir y presentar sus candidatos a la Presidencia, en vez del modo antiguo que consistía en que los representantes y senadores de cada uno de ellos en Washington se reuniesen en convención para acordar y nombrar el candidato.

Y la reforma acaso irá más lejos, puesto que actualmente, las convenciones de los Esta-

dos, que son los riachuelos que dan en el río mayor de la Convención Nacional, designan a los votantes que las obedecen, los electores presidenciales, encargados por la Constitución de escoger el Presidente de la República; y como los partidos están organizados de manera que no la han de votar fuera de la cédula adoptada en las convenciones, o es inútil el voto, se está estudiando por gente de peso un plan de elecciones presidenciales que no sujete a los electores nombrados por los Estados a la dependencia absoluta de las decisiones de la Convención que los designa, a la cual están ahora sujetos; sino que, ya que el nombramiento de los electores es irresponsable, puesto que lo establece la Constitución, este sea hecho de manera que el tribunal de ellos escoja libremente de entre todos los candidatos, o fuera de éstos si le parece bien, el que haya de ser Presidente de la República. Gran batalla será esta, y no menor de la que acá se necesita para ir salvando a esta Nación de la corrupción y desastre que, a seguir por las vías por que iba, le aguardan; mas todavía no está cercana. La de los empleos es la que se riñe ahora.

José Martí

*La Nación*,  
Buenos Aires,  
2 de junio de 1885

[Mf. en CEM]



80

# Cartas de Martí

## Sucesos de la quincena

Conducta de Cleveland en el poder.-Espíritu y práctica de su gobierno.-Su teoría y manejo de los empleos públicos.-Los nuevos empleados.-Reforma en la organización de los partidos políticos.-Casos de prueba.-Los republicanos aún en sus puestos.-Los nuevos enviados diplomáticos.-El conflicto de Centroamérica, la muerte de Barrios, y la actitud de los Estados Unidos.-Actitud de los Estados Unidos después del incendio de Colón en la guerra de Colombia.

Nueva York,  
abril 15 de 1885

EN LOS ESTADOS UNIDOS fue uso siempre, desde la época de su fundación en que los demócratas de ahora se llamaban republicanos, y los que en tendencias se parecían a los republicanos de ahora, federalistas,—el cambiar, de la raíz al tope, todos los empleos cada vez que, aún, cuando fuera del partido mismo, y sobre todo cuando el partido cambiaba, entraba en el Gobierno un Presidente nuevo. Mas entonces se debatían intereses esenciales, y las pasiones de los que batalla-

ban por decidir la suerte futura del país eran ardientes e inconciliables y tan opuestas sus tendencias que con los unos no podían gobernar los otros. Triunfaron definitivamente al fin los mantenedores de la Constitución; y sus adversarios, seco ya aquel primer campo de batalla, entraron a reñir, con menos ira, y ya sobre el país fundado, en los campos menores que la política corriente iba ofreciendo.

Y desde antes de la guerra se hubiera notado este decremento de pasión, y esta reducción de la contienda por el gobierno a una contienda de métodos administrativos y económicos, a que está reducida

ahora, si no hubiera quedado aún en pie aquella cuestión esencial, preñada de problemas y de llamas, la cuestión de la esclavitud, que trajo al fin, como lo previó Webster, la guerra.

Con los amigos de los esclavos no podían gobernar los enemigos de la esclavitud, que venían al poder con el ánimo de ir destruyendo. Con los enemigos de la esclavitud, y de sus defensores del Sur, no podían gobernar los hombres del Sur, decididos a mantenerla.

Por las diferencias constitucionales primero, y por las esclavistas luego, se concibe cómo, ni aun en manos de aquel clarísimo Jefferson, pudo el gobierno librarse de la práctica, entonces necesaria, de cambiar casi totalmente los empleados públicos a cada Presidencia. Mas extinguida con la guerra, en tanto que se presenten nuevos problemas, la última diferencia esencial, llegóse a ver, como en estas correspondencias queda minuciosamente explicado, que de la viciosa manera de distribuir los empleos, y del ansia de

ellos, venían, ayudados de los apetitos de las grandes empresas y los miedos de los capitalistas, los defectos graves del sistema político, que iban ya penetrando en la Nación. Casta de holgazanes. Casta de legisladores traficantes. Nación indiferente. Los que dan el poder con sus votos en liga con los que distribuyen los provechos que vienen de la posesión del poder. El Ejecutivo a las órdenes del Legislativo, en las funciones que son de aquel, para el buen rodaje nacional. El Legislativo a las órdenes de los electores.

A quien no ofrece puesto, no se da voto. De modo que ya se dijo—o la nación se iba a pique, o se veía modo de poner fin a estas rapiñas y vergüenzas. La reconstitución moral de la República, seriamente amenazada, había de empezar por la reforma en la distribución de los empleos. Cleveland, ascendido al poder en virtud de estas doctrinas, y contra los miembros de su partido que las desatienden y ridiculizan, ¿tendría<sup>a</sup> en el poder entereza bastante para afrontar la amenaza, la injuria, la burla, la calumnia, el desdén, el abandono, que habrían de apilar sobre él, como han apilado, los demócratas viejos, celosos de su influjo en tiempos en que las cuestiones eran otras, y los buscadores de empleos que, en acuerdo con las antiguas costumbres, más que por el triunfo de un sistema político, trabajan por un cambio

de gobierno que les asegure puestos de lucro correspondiente a sus servicios? Pues Cleveland ha tenido esta entereza:—y esa frase explica todo lo que ahora, con inflamada verba, llena los diarios, republicanos o demócratas.

Vienen de los Estados diputaciones especiales, con largas listas de candidatos para los empleos ocupados por los republicanos, y al pie de ellas, firmas de los demócratas que en los Estados mandan en los votos; —pero los republicanos, si han sido honrados, en los empleos se quedan, y las diputaciones especiales, recibidas sin mucho agasajo, a sus Estados se vuelven, aunque sin las listas, que por orden de turno quedan cortésmente registradas en las Secretarías a que los empleos pertenecen.

Era con los otros Presidentes, en estos meses de la primavera del año de la inauguración, una antesala del Conde Duque la casa presidencial; y el Presidente para nada más tenía tiempo que para oír recomendaciones y demandas, y esquivarse o prometerse: con Cleveland, los solicitantes comenzaron, si bien con parsimonia, a invadir la Casa, mas de tan firme manera fueron los más señorudos enviados para reforzar su empeño al secretario a que el puesto solicitado incumbía, y el secretario con la entereza daba a entender que el viejo tiempo es ido, que a poco ya estaba tranquila la Casa Blanca.—Antes, a cada entrada de

Gobierno, representantes y senadores acudían a cada secretario con la lista de los empleados de sus demarcaciones, de antemano adjudicados a los que les habían ayudado mejor, ya en su propia elección, ya en las demás del partido; y fuera del natural contrapeso de influencias rivales de otros republicanos o algún deseo particular del gobierno; los empleos iban, so pena de la hostilidad del Representante en el Congreso, a quienes este señalaba, por lo cual era visto como el dispensador de puestos públicos en su distrito: y como los Senadores son electos de más indirecta manera, que comprende demarcaciones democráticas, estaba esto concertado de modo que a los republicanos pertenecía, como de derecho natural, la distribución de los empleos de su distrito entre sus secuaces; y a los Senadores la de los empleos de los distritos demócratas, lo que era tan sabido que cuando un demócrata quería un puesto, al senador o diputado republicano lo pedía, no al suyo, que en tal arreglo no tenía manera de influir en las Secretarías:—y sucedió naturalmente que al venir al poder los demócratas, a sus senadores y representantes enviaron sus pretensiones los aspirantes, y aquellos, ya en casos estrechos con su recomendación personal, ya

a. Se añade el signo de interrogación.

en casos comunes endosadas con su firma, las presentaron al Presidente o a los Secretarios; mas la austeridad de estos ha puesto la honradez en moda, y el senador que más se muerde los labios, y el representante que más murmura de un sistema que le pone en riesgo a su juicio la elección próxima, hacen gala de no ser vistos por las Secretarías, u ocultan que alguna vez lo fueron.

En cuanto a empleos, cambios ha habido, inevitablemente en todos aquellos empleados que por la naturaleza política de sus funciones, han de estar para que estas sean eficaces, en acuerdo con el espíritu y métodos del gobierno cuyas ideas administrativas aplican. Los representantes extranjeros se han cambiado; los jefes de secciones en los departamentos; el personal privado en cada uno de estos; el personal director de aquellos ramos confesamente necesitados de reforma. Mas en un caso conspicuo, para el que los republicanos observadores y los demócratas viejos, se apretaron su mejor cinto y batallaron sobre su mejor caballo,—en el caso de Director de Correos de Nueva York,—un republicano probó, que no torció nunca a servicios de partido su correo, y ayuda con voz y acto a la reforma, iba a cesar, por expiración de término, en su puesto. El comercio lo deseaba. Toda la ciudad, y el Estado todo, lo apoyaba. Había cumplido con su deber irreprochablemente. Pero si,

para otros puestos, bien que de espíritu político, y para hacer la reforma que ya este republicano tiene hecha, se habían nombrado demócratas; ¿por qué a su salida natural de su empleo, no habría de nombrarse en su lugar a un demócrata? ¿Qué demócrata es Cleveland, y cómo considera a su partido, que así va a poner en manos de un republicano la Dirección de Correos de New York, que dispone de mil setecientos empleos? ¿Cómo se contentará sino con este puesto deseado, a tanto prohombre demócrata de New York, que puede dar a los republicanos el triunfo en las elecciones de noviembre, y de Brooklyn,<sup>a</sup> que tan bien combatió por Cleveland?

¿Para quién trabajó la democracia; para los republicanos? Pues si Cleveland deja en la Dirección a Pearson, «contra nuestra voluntad, la voluntad de los demócratas de New York, suceda lo que suceda,—iya verá Cleveland!»<sup>b</sup> En estas y mayores razones andaban los demócratas viejos, que en New York son los más, y acaso en toda la Nación; cuando se supo, con mucho regalo de la parte honrada, y con mucha ira de los «Borbones», que Cleveland, asesorado por demócratas ilustres, había hallado ejemplar la conducción de la Casa de Correos por el empleado republicano: y lo dejó en su puesto. Las amenazas culminaron. La rebelión alzó las armas. Los «Borbones» pronosticaron la derrota del par-

tido en noviembre, que sin duda desean, para forzar con este escarmiento a Cleveland a que acate su sabiduría y les ceda la jefatura del partido. Cleveland, sin duda,<sup>c</sup> estaría ya arrepentido frente a su oposición, de haber nombrado al republicano!

Sucedió en esto que el Comisionado de Pensiones, porque cierta señora que tiene un buen empleo había ofendido en cosas políticas a un amigo suyo, le pidió por telégrafo, a uso republicano, que enviase su renuncia; a lo que respondió la señora que quitarle el puesto lo hiciera el Comisionado; pero renunciar ella, no.

Y el Comisionado acaba de ser nombrado por el nuevo Gobierno: este es otro caso de prueba. Es verdad que la señora ha vociferado un tanto, y como desafiado el poder del Presidente. Mas no parece que este dé razón al empleado demócrata, sino que, caso de que la señora no desfigure su derecho con provocaciones excesivas, Cleveland estará por la señora.

Y en el nombramiento de representantes en el<sup>d</sup> extranjero, que por su importancia precedió a todos los demás, igual fue la sorpresa, cuando si bien en irreprochables individuos no recayó la elección en aque-

a. En LN: «Bronklyn».

b. Se añaden las comillas.

c. Se añade coma.

d. Se añade «en el».

llos prominentes personajes del partido en quienes, por haber ganado antaño glorias en contiendas domésticas, todos tenían puestos los ojos, mirando más en los destinos una recompensa que un trabajo público. Mas Cleveland los considera evidentemente de esta última manera, y no de aquella; por lo que no eligió para los altos puestos de la diplomacia políticos de mera reputación nacional, o meros magnates demócratas, sino aquellos que, a las condiciones generales de antecedentes y cultura que han de asegurarles el respeto que su situación exige, reúnen en cada caso las condiciones especiales necesarias para resolver las dificultades que él presente. A Inglaterra, en diplomacias consumada, que con los Estados Unidos tiene pendientes cuestiones tan importantes como la validez del tratado Clayton-Bulwer<sup>a251</sup> y las de la extensión de los derechos de los irlandeses naturalizados, americanos en Irlanda, envió al caballero Phelps,<sup>b</sup> tan llano como discreto, muy conocedor del carácter y legislación de Inglaterra, y maestro eminente de ley internacional.

A Francia, donde el conocer a los franceses tanto importa, mandó a quien lo es en modales y aficiones, y se educó entre ellos, al caballero Mc. Lane, muy distinguido. A Alemania manda a<sup>c</sup> Pendleton, no por ser, como es, demócrata de mucho viso, sino porque el alemán lo habla

como el inglés, y las cuestiones pendientes o probables con Alemania, sobre su general ilustración, le son de particular conocimiento.

Y a España, ni siquiera un demócrata nombra; sino que como el republicano Foster inició<sup>d</sup> y llevó a su estado actual el tratado de comercio entre los Estados Unidos y las Antillas, que asegura sin duda a aquellos la dictadura comercial en estas, ruega a Foster que permanezca en su puesto, por lo menos hasta que termine el tratado. En tal espíritu han sido hechos los nombramientos restantes de Ministros y Cónsules. Sólo al Perú va un caballero que, aunque conoce un tanto sus asuntos y no tiene tacha, tampoco cuenta derechos especiales; por más que parece que el Secretario de Estado espera mucho de las cualidades de que sabe poseedor a Mr. Buck, entre las que es la primera un decidido respeto a la independencia de los países a que los representantes diplomáticos van acreditados. A Chile va de Enviado un caballero de buena historia política, varia y limpia fortuna y distinción personal: el Coronel Roberts. A México, como acatamiento a los derechos del Sur, y cumplimiento a la cultura y aficiones mexicanas, envía Cleveland el General confederado Jackson,<sup>252</sup> persona literaria, y de mucha moderación y riqueza.

Va ya tan adelantada esta carta que apenas queda en ella espacio para dar cuenta de la

intervención discreta, aunque no hubiera llegado a ser, ni tenía derecho a ser, eficaz, de los Estados Unidos en la tentativa de unir por la fuerza bajo un solo imperio las cinco Repúblicas de Centroamérica, tentativa que sólo la muerte violenta del que la venía desde hace tantos años acariciando, impide comentar con la sagrada dureza y ardiente inmisericordia que inspiran las ambiciones de los tiranos.

¿Cómo no ha de haber anticipado el cable que Barrios, el Dictador de Guatemala, es muerto; que en una fiesta de ópera bufa hizo leer la proclama en que se anunciaba Dictador Militar Supremo de las cinco Repúblicas centroamericanas; que mal seguro a última hora del apoyo del Presidente de El Salvador, escurridizo y misterioso, echó sobre él su ejército preparado, y ya en camino para unirse al de Honduras, mientras que Zaldívar,<sup>253</sup> el Presidente salvadoreño, aclamado jefe del ejército de resistencia por Nicaragua y Costa Rica, y apoyado por México eficazmente con un contingente de armas que marchaba sobre Guatemala, reunía en la frontera guatemalteca, para cerrar a Barrios el camino de Honduras, el ejército desesperado que en una batalla ya legendaria libró a Guatemala de

a. Errata en LN: «Bulner».

b. En LN: «Phelpss».

c. Se añade «a».

d. En LN, coma.



un dueño cruel, a Centroamérica del más grave de sus peligros, y a nuestra historia americana de un período de espanto y de vergüenza? El cable ha de haber dicho que el senador Edmunds hizo aceptar en el Senado una resolución tan enérgica que hubiera sido punto menos que una declaración de guerra contra el Dictador; a no haberla templado con su mera repulsa moral el Secretario de Estado Bayard. No: los Estados Unidos no intervendrían en las querellas intestinas de los centroamericanos; pero defenderían a sus súbditos en aquellas tierras; y las propiedades de ellos, y protegerían la comunicación por el cable interrumpida, a lo que enviaban ya el buque y las instrucciones necesarias;—y el cable habrá dicho, cómo el generoso México,<sup>a</sup> que por justo aborrecimiento a la conducta y atentado de Barrios, se ligó por telégrafo en suerte de armas con el Salvador; y le ayudó grandemente con distraer parte de las fuerzas de Barrios en ir a esperar a los mexicanos que se le venían encima, —desiste, apenas Barrios muere, de todo preparativo de guerra,

y de las intenciones de aprovecharse de su posición de persona mayor en Centroamérica, que los Estados Unidos ya le suponían, más celosos que conocedores de su noble vecino mexicano.

Y ya el cable habrá dicho también cómo los Estados Unidos armaron en unos cuantos días, con determinación y sin alarde, unos seiscientos hombres de marina, y en sus humildes buques de guerra, en vapores mercantes, los enviaron a proteger en el istmo de Panamá las personas e intereses de los ciudadanos americanos ya en Colón, reducida a cenizas en la guerra civil que ahora enciende a Colombia, ya en Panamá, que a la fecha queda en manos de los revolucionarios: mas la expedición llevó y ha cumplido la orden de proteger a los súbditos, y reponer el tráfico interrumpido por el ferrocarril del istmo, a lo que están obligados los Estados Unidos por tratado, sin intervenir para esto en modo alguno con la contienda doméstica que divide ahora a Colombia, ni juzgar en ella, ni ayudarla en una parte u otra. Corre el ferrocarril, Colón repa-

ra sus muelles. En Colombia pelean contra el Presidente liberal que se entrega a los conservadores, los liberales que, extraviados en querellas internas, no vieron que, so capa de buena lengua y literatura latina, siempre gratas a pueblos cultos, se venía encima de sus escuelas laicas, de sus instituciones tolerantes y del gobierno que las mantiene, un grupo político que nada ve en América tan estimable como en España, ni reconoce en aquélla destinos propios que en algo la apartan de su fundadora, ni con la España nueva está, de Núñez de Arce, y Ateneos, sino con aquella otra canónica y desusada, que rey y clero quiere, y es como era cuando recibía tributo de los indios arrodillados en los zaguanes empedrados de huesos en Guatemala.

José Martí

*La Nación*  
Buenos Aires,  
5 de junio de 1885

[Mf. en CEM]

a. En LN: «Méccio».

## 81

## Cartas de Martí

Grant mejora.-Cómo se despidió Lee de sus soldados.-La casa y el ferrocarril.-Quincena de crímenes.-Un joven distinguido se mata, y mata a su madre y a su hermano.-Males modernos.-El mal de las aspiraciones excesivas.-Exhibición de cuadros americanos.-Bosquejo del arte en los Estados Unidos.-Recuerdos del arte en México.-Los tipos del arte americano.-Creación del arte.-Los pilluelos de Brown.-Reforma trascendental en el Colegio de Harvard.-Modernos contra antiguos.-Una victoria del espíritu moderno.-El estudio del griego y el latín no será obligatorio en la Universidad.

Nueva York,  
abril 23 de 1885

Señor Director de  
*La Nación*

**F**UNERALES DE GRANT; suspensión y estremecimiento público; reunión definitiva, junto a su féretro, de los federales y los confederados; reavivamiento en los diarios de las trágicas y pintorescas memorias de la guerra;—de como en Pittsburg, que fue terrible, nadie vio temblar a Grant, sino andar a paso contenido en su caballo, de un lado para otro, con un tabaco en la boca,

siempre encendido; de cómo Lee, cuando acabó la guerra, reunió a todos sus generales frente a su casa de Richmond; que echaron pie a tierra, con las bridas al brazo, de cuyo modo se fue Lee despidiendo de ellos uno a uno, tomándoles largamente por la mano, y mirándoles, en silencio, muy despacio, en el rostro, en el rostro de todos aquellos generales que lloraban, después de lo cual, sombrero en mano, cuando ya muchos de aquellos bravos sollozaban abrazados al cuello de sus caballos, subió Lee paso a paso la escalinata de su casa antigua, y con la mano libre, cubiertos los ojos,

llenos de lágrimas, se entró precipitadamente, sofocando sus altos gemidos, por su morada solitaria:—esas y más, historias y sucesos tenía ya preparados la fantasía popular. Ya se le tenía elegido a Grant lugar de reposo a la sombra del monumento a Washington, y se decía con este motivo: «Para dos cosas servirá este costoso y feo obelisco, a más de conmemorar la gloria del padre, para medir, como merced a él se ha medido, con más exactitud la velocidad de la luz, y para albergar en su recinto a un gran soldado». Ya un periódico novedoso y brutal había impreso, con vivos detalles, el orden del séquito fúnebre y las ceremonias con que había de ser puesto el cuerpo en tierra;—cuando la prensa entera cae sobre los siete médicos que habían declarado a Grant moribundo de un cáncer en la garganta, porque una buena mañana el general, sin ayuda de brazo ni bastón, bajó en el elevador hasta el comedor donde almorzaba su familia, y se sentó entre ella, a comer de sus panecillos calientes y su guisado de carnero. Y se ha levantado Grant, y va en carruaje

al Parque Central, que está cerca de su casa, al doblar de la cual están por cierto las dos casas suntuosas que compraron, en la Quinta Avenida, Barrios, el muerto, y el que fue su amigo y Presidente de Honduras, amigo de las letras y de sus prohombres, Marco Aurelio Soto.<sup>254</sup> Y no sólo sale Grant en carruaje, sino a pie por los alrededores de su casa, por donde hay siempre un grupo de curiosos que se descubre al verle pasar, a lo cual él, dulcificado por el sufrimiento, responde con gratitud en la sonrisa: no hay como verse cerca de la muerte para aprender a ser humilde. Ahora dicen los siete médicos después de un mes de exámenes microscópicos de lo que creyeron un epiteloma,<sup>a</sup> que puede ser que no lo haya más que en la superficie, o que la hemorragia que puso en riesgo al enfermo—fue de una úlcera común, y no cancerosa: —y como la conmoción pública, alimentada por los constantes boletines de los siete doctores, fue profunda, ahora hay alegría porque el héroe de la guerra puede bien salvarse, y cólera contra los médicos que tan plenamente erraron. Porque al tenor de los boletines, hora sobre hora, un cáncer estaba comiendo a Grant la garganta, y en «su bata de paño pardo y con el gorro de seda que usa para librarse de neuralgias» podía a cada momento quedar muerto en brazos de su fiel criado negro, de su Dr. Douglass

de barba blanca, y de sus hijos. Ese es acaso, con no ser más que personal, el suceso más saliente y notorio de estos días.

Siempre por estos meses, en que empieza a cesar la vida exuberante del invierno, y a prepararse la larga vacación de estío, son escasos los sucesos de importancia, para quien no tiene la mente de gacetero de crímenes que en la quincena actual han sido terribles, y entre gente de cierta pro, como revelando la agonía profunda de un país donde los afectos íntimos no son bastante dulces y sagrados para sobrellevar el peso enorme de esta vida de bestia de hipódromo, apretada y seca, como las fauces del que camina largo tiempo por un desierto en que no hay remanso en que apagar la sed.

¡Mantengan la casa, los que quieran pueblo duradero! ¡Y malhaya los ferrocarriles, si se llevan la casa, que viene a ser como el hígado, que limpia todas las impurezas de la vida! Esta vida de cartón y gacetilla que se lleva ahora, no es buena. Es mejor vivir como los antiguos griegos, sin ventanas a la calle, ni en toda la casa más que una sola puerta; o como vivíamos antes en nuestros países de América, con aquella claridad patriarcal que fomenta la sabrosa virtud, y que la riqueza fácil, y las ventajillas de apariencia que permite, y las rivalidades que crea nos deslucen ahora. Una mañanita de nuestros antiguos domingos, cordial y comu-

nicativa, vale tanto como un ferrocarril o un puerto. Hace cinco años, un pobre suizo, arrepentido de haber puesto en vida miserable a sus tres hijos pequeñuelos, se los echó a los brazos, se fue con ellos a una selva, y, en lo hondo de un pozo, se ahogó con ellos.

Dos años ha, la mujer de un conocido médico de locos que ahora mismo hace de testigo en el pleito de una hija desheredada, so capa de demencia, por su padre, se encerró con todos sus hijitos en su alcoba, y con una pistola nueva, les dio muerte, y se la dio ella. Hoy, el hijo de un caballero que fue Ministro de los Estados Unidos en Europa, se lleva por la orilla del mar a su madre y hermana, y las mata, «para que sean más felices», y se mata. Maridos que de una descarga de revólver se llevan a sus mujeres y a sus hijos, y sus propias sienas con ellos, los hay aquí, por celos y por pobreza, cada día.

Algo falta, que refrene. En este pueblo de gente emigrada, falta el aire de la patria, que serena. En este pueblo vasto de gente aislada y encerrada en sí, falta el trato frecuente, la comunicación íntima, la práctica y fe en la amistad, las enérgicas raíces del corazón, que sujetan y renuevan la vida. En este pueblo de labor, enorme campo de pelea por la fortuna, las almas

a. En LN: «epitetioma».

apasionadas de soledad se mueren; o apenas acaba el goce de la riqueza, ya se vuelan el cráneo, porque les parece que no hay más goce. Y a más, en esta época de renovación del mundo humano, los ojos desconsolados, se vuelven llenos de preguntas<sup>a</sup> al cielo vacío, gimiendo junto a los cadáveres de los dioses. De esos crímenes, por sobre todo otro suceso, o falta de otro mayor, se ha hablado principalmente en estos días.

De ese hombre joven que mató a su madre y a su hermana, dicen que en todo este año último lo vieron silencioso y torvo, como si le doliese tener que vivir, con sus gustos de universalidad, en un pueblo de gente de trabajo, que ara la tierra y comercia con sus frutos: ¡como si hubiera sobre la tierra nobleza mayor, ni impresión más sana y dulce, que la que pone en un alma limpia el espectáculo de la hermosura de la Naturaleza, y el tráfico con sus fuerzas vivas! Ver trabajadores, repone. Vivir en ciudad, enjuta. Ese infeliz caballero sufría de verse con más apetitos que modos de satisfacerlos: y era como otros tantos de mente de hormiga enferma: padecía de no poder vestir bien, ni poseer grandes trenes por los pueblos de baños en verano, ni ostentar en clubs y teatros en invierno la abundancia de otros condiscípulos suyos más afortunados. Parece que el rencor le fue creciendo en el pecho, donde le

anidaban algunas buenas condiciones; y en vez de hacerse, de su propia sangre cuajada, un pedestal en que afirmarse contra los vientos de la vida, era de los que, por traer en el cerebro unos granos de talento, o en los hombros un retoño de alas, ya se imaginan que la tierra entera está obligada a servirles de pavés, como a un triunfador o a una maravilla, y a traer a sus plantas, como a un conquistador, todo género de presentes y de ricas frutas, sin ver que en la tierra, con las propias manos se ha de sembrar con esfuerzo, y con la propia sangre se ha de regar con dolor, toda fruta con que se haya de enjugar los labios. No hay corona como la de la entereza en la adversidad. Se sale de ella, a menos que no se tenga una virtud implacable y excesiva, siempre que se pone el cuello al yugo del trabajo, que no estorba, sino estimula, los centelleos del genio, cuya sublime e irremediable intranquilidad suelen confundir los que no lo poseen con las inquietudes punzantes que provienen de la desigualdad entre las aspiraciones prematuras y su realización penosa. El genio verdadero, fuerte de naturaleza, y seguro de un reconocimiento final, acá o allá, no gruñe, ni se impacienta, ni da valor a riquezas pasajeras: trabaja, aguarda y desdeña. Se mete las manos en el corazón sajado y caído, y cuando las retira, con un dolor que da luz, llenas de su sangre propia, sonríe deliciosamente,

complacido en su valor; y para beneficio de los hombres, las manos cuentan lo que han visto; o con el verde de la hiel hacen esmeraldas, y con el rojo de la sangre hacen rubíes, y con sus lágrimas diamantes, que montan en firmes estrofas, como un joyero sus piedras, y ofrecen a los hombres curiosos, que no saben qué gemidos saldrían, si se rompiesen, de aquellas joyas finas. Mientras más cruel es el desengaño, más acerrada es la espuela heroica. El dolor excesivo empuja el alma a las resoluciones grandes. Los cobardes, dan en la boca de una pistola, y con el humo de la pólvora se desvanecen. Los enérgicos, aunque desgranándose en lo interior como un rosario al que se rompe el hilo, echan manos a la espada, al arado o a la pluma, y con las ruinas de sí mismos, fundan. El hombre tiene que ser abatido, como una fiera, antes de que aparezca el héroe.

En ese pobre mozo que mató a su madre y a su hermana, parece que pudo tanto la certeza, aparente a sus ojos, de la inconformidad de un espíritu superior con la vida usual, y el rencor a esta,—que tardaba en satisfacerle—llegó a ser tal, que no creyó bien dejar tras sí, en una existencia infecunda e injusta, a su hermana y a su madre, a quienes amaba: y se las llevó consigo. Algún pesar de

---

a. Errata en LN: «pregunta».



familia, que apenó la casa, le decidió la mano. Hoy, sus discípulos compasivos, que le recuerdan como al alumno más brillante que tuvo en estos años el Colegio de Yale,<sup>a</sup> que es aquí una especie de Oxford, le han cubierto su féretro de rosas: y con noble piedad, el pueblo de Greenwich, cuyas doncellas acompañaron a la sepultura a su amiga Eleonor, han enterrado juntos a la madre y la hermana, y al infeliz hijo.—¡Ah! una mente exaltada, un corazón ambicioso, cuestan mucho de llevar a salvo por la tierra. ¡Con que el decoro mismo, se salva a penas!

Bien hacen, pues, y un bien radical y urgente, los presidentes de colegios que, obedeciendo a esa analogía indispensable entre la vida de la nación y los elementos que han de continuarla y vivir en ella, se han decidido a abandonar el programa extemporáneo y férreo de la vieja educación universitaria, y a ir poniendo sus colegios de manera, como el benéfico Ezra Cornell<sup>255</sup> quería, que cada uno pudiese seguir en ellos la línea de estudios a que se sintiese más aficionado. Este Cornell fue, como Cooper, un hombre de trabajo, que fundó un Instituto, donde los americanos modernos pueden educarse en los conocimientos nuevos, necesarios para luchar con fruto por la vida en la época moderna.

En primavera se congregan siempre, para departir sobre los

problemas e intereses en curso, las corporaciones en los Estados Unidos: los presidentes de colegios como los ministros de las sectas religiosas, los sastres, que quieren reformar el vestido de etiqueta, como los artistas americanos, que no han podido crear aún más que dos tipos, con color falso y ejecución burda, el viejo de barba en halo, como la de Lincoln, con sus botas recias, su chaleco corto y su sombrero de fieltro; y el pequeñuelo de las calles, que con cara más rosada e ingenua que la tiene de veras, reproduce el pintor Brown en lienzos conmovedores y picarescos. Ahora están en exhibición, los cuadros de los artistas americanos. No se inspiran en su propia naturaleza, por lo que no traen su nota propia al arte; ni les es esto posible por desdicha, por ir ya el arte tan adelantado que los que quieren estar en sus mercados, y venderse en él, tienen que tomarlo al paso que va, y como él es, desprendido de vida centuria en otros países; de modo que el arte americano no puede traer, al saltar de súbito a la arena, más que ciertas originalidades menores, que por el escaso relieve artístico que todavía alcanza acá la vida nacional, no tienen aún valer de tipos universales, en todas partes estimados y reconocidos, sino méritos secundarios de tipos locales, sólo apreciables para aquellos que ven de cerca su exactitud o se sienten movidos ante ellos el corazón por las

relaciones del sentimiento y la memoria, que siempre gustan de traer por medio del lienzo a la presencia del espíritu lo que causó en ellos alguna vez una impresión penosa o halagüeña.

El Arte, como la Literatura, ni se improvisa ni trasplanta; ni trasplantado, da buen fruto. Para ser poderoso, ha de ser genuino. En pintura, como en letras, sólo perdura lo directo. El Arte ha de madurar en el árbol, como la fruta. Se va haciendo despaciosísimamente, mediante la agrupación tenaz e indisoluble de los elementos nativos y distintos que, por los caracteres peculiares de la naturaleza o los productos condensados y resistentes de especiales direcciones del espíritu, constituyen al fin de larga vida el carácter nacional, que como se sale el alma al rostro, en el Arte y en la Literatura se reflejan. Están ahora estos Estados Unidos definiéndose y condensándose, y en un período de monstruosa elaboración e incesante allegamiento, en que apenas se entreven cuáles elementos han de descartarse, y cuáles de permanecer en la Nación definitiva; de modo que, a más hacer, el arte americano, por mucho que quisiera apartarse de las seducciones del mercado que lo incita, no podría más que pintar, con los métodos extranjeros, los paisajes de una

a. Errata en LN: «Yals».

naturaleza que tiene más de grandiosa que de peculiar, y los tipos de accidente que en esta época de formación han alcanzado alguna relativa permanencia: el soldado de la guerra del Sur; el negro voluntario; el estanciero viejo; el explorador del Oeste; el esclavo en día de fiesta; el muchachuelo de New York. Y es curioso de ver cómo la mujer norteamericana no ha podido aún lograr una expresión durable en la pintura; ya porque los artistas, educados en el estudio de tipos europeos más armoniosos y flexibles, las hallen, como en verdad están, faltas de femeneidad y delicadeza, ya porque con aquella ductilidad y porosidad mayores que son propias de su sexo, se amoldan con tal rapidez a las fases de civilización por que precipitadamente su pueblo atraviesa, que en ninguna de ellas persisten por tiempo suficiente para constituir un tipo fijo. Más que por condiciones propias, la mujer americana es original en cuanto a espíritu por su asombrosa falta de estas condiciones; y es como un vaso de madera amarga, que en el primer momento guarda al licor que va el azar vaciando en él algo como su sabor legítimo, aunque ya un tanto derivado por el natural del vaso, mas a poco, por encima del sabor del líquido extraño, sobresale la amargura nativa de la madera. Escurridiza como un reptil, vacía como una vejiga, la mujer americana va de una forma a otra,

sufriendo rápidamente influencias extranjeras diversas con todos los hábitos y servidumbres del harén<sup>a</sup> en medio de una sociedad libre, que no ha alcanzado a caracterizarla y dignificarla, siendo más digna por el tácito asentimiento de los demás, que por ningún esfuerzo o deseo propio. Por estos tantos resulta que no se ofrece a los pintores como tipo original ni en espíritu ni en cuerpo. Ni los retratistas mismos hallan modo de espiritualizar con el pincel la abuela entonada, la matrona fría, la granítica doncella, cuya faz ni se ilumina ni se adelgaza con los bellos sustos y angélicas consagraciones de las novias. Modelos de trajes, y no almas en transfiguración, parecen aquí los más perfectos retratos de recién casadas.

Escasez, pues, por todas estas razones, tanto de asuntos nacionales como de espíritu nacional con que tratarlos, los artistas americanos que con la buena venta que en estos tiempos alcanzan las pinturas han florecido copiosamente, se limitan, dentro de las maneras de ejecución que gozan ahora mayor precio y boga, a tratar los sujetos usuales del arte moderno, o los correspondientes, y en relación nuevos, que les ofrece directamente su país. Aquel modo de ver heredado, aquella acumulación de métodos originada lentamente en la contemplación de unos mismos especáculos por los pintores de diversas épocas de una misma

raza, que para el fin en una escuela, o en cierta particular sustancia del arte de cada país está manifestado aún en los métodos más personales y distintos, de sus artistas,—aquí faltan. Cierta crudeza, cierto abocetamiento, cierta prisa, cierto desdibujo, o contradibujo, cierto exceso en la condición dominante, que es condición de la juventud, en el arte como en todas las demás manifestaciones de la vida, sí se notan, como defectos típicos nacidos de causas comunes, a modo de impresión general de la exhibición.

Y sin querer, y cuando iba esta carta a hablar de la buena reforma que han acordado los profesores del Colegio de Harvard, se ha dado cuenta de uno de los sucesos más señalados de estos días, que ha sido la exhibición de cuadros de artistas americanos, congregados a competir por los cuatro premios, de a dos mil quinientos pesos cada uno, que, para animar las artes nacionales, tienen fundados las ciudades de Nueva York, Boston, Louisville y San Luis, cada una de las cuales tiene su museo, que compra en esa forma la obra que premia: y hay además otros premios menores, creados por americanos entusiastas que aman la pintura, y son, en Nueva York al menos, bastante numerosos. ¡Ah! Cuán diferentes resulta-

a. En LN: «harem».

dos, los que hasta la fecha, y con tanto ánimo y precio, ha dado el arte rudo o imitativo de los Estados Unidos a sus practicantes, y el que, sin estímulo ni campo, ni más que una sola y buena escuela, rica en cuadros antiguos, lleva dado, con sus estudiantes, geniosos y pobres, el arte en México! Allí, a las pocas tentativas, rebozó lo que aquí falta: la personalidad. Al punto, la historia legendaria del país comenzó a estimular la fantasía de los jóvenes pintores. La atmósfera musical y luminosa de la tierra de México se puso en sus cuadros. Se ve en muchos de ellos, como que fundó la nueva escuela un dibujante eximio, un ultradibujo que, de puro embellecer el asunto, lo desnaturaliza y recorta.

Pero, si ya en la primera generación de pintores modernos mexicanos,—Rebull,<sup>256</sup> Pina, Cordero, Sagredo, Ramírez,—se nota, a pesar de la excesiva sumisión a las enseñanzas del español Clavé, en el Jesús de Sagredo arrobadora idealidad, en Cordero osadas excursiones en el verde y en la sierra, en Pina solidez que Alma Tadema<sup>a</sup> envidiaría, en Rebull transparencia y brujimiento—que a los de ningún pintor moderno ceden,—ya en la generación de jóvenes a quienes estos enseñaron iqué irse cada uno, éste con tamaños históricos, aquél con feminismo

italiano, el otro con elegancias parisienses, por donde el genio libre, enfrenado por el buen dibujo, le mandaba! Enfrenado, porque para dejar de hacer academias, es necesario haberlas estado haciendo mucho tiempo.

Sin compradores, y con escaso público, pintaban, con un celo triste y solitario, Obregón, con esmero y color, sus cuadros de indios; Ocaranza, el más independiente y original de todos, sus cuadros de asuntos modernos, elegantes a veces como un pasaje de François Coppée,<sup>257</sup> simbólicos y terribles otros, como un cuento de Edgar Poe; y Parra pintaba, con vuelo no igualado por ninguno de sus profesores y condiscípulos, ya a los matadores de Cholula, cubiertos de hierro, ya a Fray Bartolomé,<sup>258</sup> encendido siempre en los ardores a que le movieron los espectáculos tristes de la Española en tiempos de Enriquillo,<sup>259</sup> pidiendo al cielo a las puertas de un templo profanado, justicia, para el indio gallardo que yace a sus pies muerto, para su desposada de pies desnudos que se abraza sollozando a las rodillas del dominico.

¿Cómo no acordarse, teniendo sangre leal de hispanoamericano en las venas, de estas glorias sofocadas y desconocidas de nuestro arte latino, enfrente de estos paisajes violentos de

Chase, no como los de Velazco el mexicano poderosos; de estas marinas, acabadas, mas sin brío, de Swain Gifford, que sigue a Tieppolo;<sup>260</sup> de estos retratos de Sargent, que tiene genio suyo y copia con soltura la figura humana, más a la manera ajena de Bonnat; de estas playas borrosas de Arthur Quartley, y árabes de Moore, calcados sobre los de Fortuny, y pilluelos de Brown, que, tanto como la fidelidad de la expresión, deben su fama a aquella misteriosa simpatía de las almas bien nacidas por la flor que saca su tallo por encima del lodo, por el niño desvalido que, solo en estas ciudades tremendas, batalla y trabaja? A puñados se quisiera tener el oro, para poner en buen camino a esos pilluelos ingeniosos, a esos escolares cascacabezas, a esos vendedorcillos descalzos, a esos harapientos críticos de los manjares expuestos en las vidrieras, a esos remendones de sus propios zapatos que con color un poco castaño pinta Brown.

José Martí

**La Nación,**  
Buenos Aires,  
13 de junio de 1885

[Mf. en CEM]

a. En LN: «Fadema».

## Cartas de Martí

La educación conforme a la vida.-Disciplina de la mente moderna.-La lengua antigua.-Sucesos políticos.-Facciones democráticas.-Tilden.-Habilitación de un confederado.-El ministro a Italia enemigo de la unidad Italiana.-Número excesivo de aspirantes a exámenes para turno en las listas de empleos.-Consecuencias de una guerra entre Inglaterra y Rusia para la marina mercante americana.-La raza de color y el partido demócrata.-Desfile de sacerdotes.

Nueva York,  
abril 24 de 1885

Señor Director de  
*La Nación*

**A** LA BATALLA de los Presidentes volvemos ahora, que así se llama el libro en que corren expuestas las razones por que Harvard, repitiendo, y no con menor riesgo, la hazaña de Tomás Moro en los tiempos escolásticos, va reemplazando la mera educación literaria, útil sólo, cuando es exclusiva, a los maestros de bellas letras por aquella otra más eficaz y sensata, que a la par que afina con el conocimiento de las mejores obras del espíritu las tenden-

cias ásperas de la naturaleza del educando, le prepara, con el estudio de las fuerzas corrientes y el modo de aprovecharlas, a vivir de propio derecho, y no por merced de la tradición y a su sombra, en países en que la tradición no importa, o importa menos que en cualquiera otra, y todos corren, y el que no corre queda bajo los pies de los demás, o se levanta detrás de ellos, oscurecido y empolvado. Ya los sacerdotes no tienen tan seguro empleo; ya los abogados defienden sus pleitos ante los jurados, que no conocen de latines, sino de hechos; ya el periodista ha de abarcar, si quiere poner bien su nombre, no solamente aquellos truismos

escolásticos, amartillados en el yunque latino, y dispuestos con provincial prosopopeya, que bastaban antes, con algún tintillo de cosas extranjeras, para dar a un escritor fama de lucero de la prensa; sino la moderna vida múltiple, en todas sus formas, cómo estalla en las mismas, cómo rugen en las fraguas, cómo se transforma en el comercio y viaja, cómo se ideifica en la literatura y en la política, cómo se sublima y colorea en las artes. El periodista ha de saber, desde la nube hasta el microbio. A Omar Kheyyám<sup>a</sup> y a Pasteur. La literatura del espíritu, y la de la materia. Ambas ha de enseñar, si quiere dar buenos hombres de ideas, o preparar bien a los hombres de actos, el colegio moderno.

De disciplinarse tiene la mente, y de ejercitarse; mas no en la repetición de reglas muertas para idiomas que no se hablan; sino en el estudio minucioso de los organismos naturales, que no son menos lógicos que los de las lenguas, y se les parecen, —y en el de estos idiomas de

a. En LN: «Kharyjam».



ahora, que a la par que sirven de gimnasia a la inteligencia, y la enseñan a refrenarse, agrupar, depender, e ir por cauces, cosas todas que ha su gran menester la inteligencia humana, la dejan en aptitud de asimilar-se los resultados eminentes y actuales de la labor de los hombres en los pueblos en que se hablan las lenguas modernas, —ventajas que no tiene el que sin más estímulo que el del goce de la belleza literaria, que a muy pocos es dado, adquiere imperfectamente a disgusto una lengua en que de siglos atrás han dejado ya de vivir y trabajar los hombres.

Bienvenida ha sido, pues, y merece serlo, esta decisión de Harvard de ir acercando a la vida la educación universitaria, y poniendo a los alumnos comunes más cerca del alemán y francés que del latín y el griego, sin cerrar por eso, —que esto jamás debe hacerse, —a los que sientan afición irrevocable por las letras, o a los que quieran conocer con más fijeza las fuentes del idioma que hablan, aquellas cátedras de lenguas y literaturas antiguas, donde se coge como la flor del espíritu nacida al calor de un cielo azul, en bandejas de plata.

Suena a hoz nueva sobre espiga primeriza, esa brillante lengua antigua.

Es como núcleo y jugo. Da olor de yerba fresca. Asomarse a un poema viejo, es como asomarse al Paraíso. Adán anda desnudo; la serpiente ventrea; se

despierta Eva. Todo es raizal, troncal, floral. Circula un aire esencial y penetrante. Parece que se caen capas del cuerpo. Es como una radiosa Primavera. Tales gozos son muy dulces al alma, y a las privilegiadas sobre todo; mas fuera de aquellas escasas personas de irrevocable fuerza literaria a quienes esa enseñanza provee de la grande y sólida forma que han de revestir, para que duren e influyan, los pensamientos, tal espíritu en el colegio, por lo mismo que saca la mente de las esferas usuales a otras más elevadas y deleitosas, no sólo lo aleja de la posibilidad de batallar con éxito en aquellas esferas que por su educación desconoce, aunque de su educación ha de entrar, de súbito y de lleno, a batallar en ellas; sino que dispone el espíritu a los agudos sufrimientos que produce el choque incesante de una mente purificada y engrandecida por el trato y amor de los grandes ideólogos, con los intereses apasionados y fuerzas egoístas e incontrastables cuya lidia permanente, y en apariencia odiosa, constituye la vida verdadera.

De hoy, pues, en adelante, el Colegio de Harvard, que va siempre en su disposición a aceptar lo nuevo un poco adelante del de Yale,<sup>a</sup> abre sus costados con mayor largueza a la vida moderna; deja a la opción de sus colegiales el estudio profundo de las lenguas y literaturas antiguas, que sólo exige para la carrera exclusivamente litera-

ria; y en su sistema general establece el principio de libertad de los alumnos para escoger, dentro del plan y orden del establecimiento, aquellas asignaturas que por sus tendencias más les atraigan, o por sus proyectos para su futura ocupación más necesiten. De esta manera, al saltar a la lid por la existencia, lid impregnada de espíritu animal, avariento e implacable, no se verán los alumnos de Harvard, codo a codo en la labor diaria con los hijos de la naturaleza y del trabajo, como aquellos pecheros obligados en los juicios de Dios del tiempo añejo a pelear con un palo y a pie contra el señor montado a caballo, y armado, caballo y él, de todas armas.

Sucesos políticos, fuera de la continuación y menudeo de aquellos ya estudiados en cartas anteriores, no los ha habido en estos días prominentes. Que las facciones de los demócratas riñen, ganosa cada una de quedar con mayor influjo en la Administración de Cleveland, y éste, sin cejar de su programa, acá nombrando a un republicano, allá a un demócrata inespereado, las va, discontentándolas por igual, manteniendo sin razón para creerse una ni otra postergadas. Que desde su hermosa casa a orillas del río Hudson, llena de ricos manus-

a. Errata en LN: «Jale».

critos históricos y cuadros notables, mantiene Tilden, con sus sagaces consejos e influjo en su partido, la energía de Cleveland, que no lleva, a lo que parece camino de quebrantarse. Que los senadores republicanos se negaron a confirmar el nombramiento de un general confederado para una Legación en Europa, so pretexto de que no hay ley que haya devuelto a los confederados su representación política, contra cuyo voto del Senado mantiene Cleveland su nombramiento, y el general va a Europa. Que después de elegido un Mr. Kelley para Ministro en Italia, resulta que años atrás, cuando el ejército unido ocupó a Roma, este Mr. Kelley tachó de crimen el suceso, y a Víctor Manuel de criminal, lo que desenterró aquí la prensa, que es un vigía que lo desentierre todo, y Mr. Kelley, avisado de que era probable, como en cartas de Italia se dejaba ver, que el Rey Humberto no lo recibiría, creyó bien, a petición acaso de este Gobierno, presentar su renuncia.

Que son tantas las peticiones que se presentan a la Comisión de exámenes de empleados de Gobierno, para alcanzar en concurso puesto de turno en las listas a donde por

la ley nueva ha de ir el Gobierno a proveer ciertos empleos, que la Comisión de exámenes ha tenido que declarar que el número de solicitantes excede ya con mucho al que racionalmente puede ser en mucho tiempo empleado, lo cual anuncia, tanto para contener la demanda por exámenes, como para evitar el mantenimiento de esperanzas inútiles. Que como la guerra probable entre Inglaterra y Rusia haría peligrosa para la marina mercante la bandera inglesa, sería muy aconsejable reunir en sesión extraordinaria a la Casa de Representantes hoy en receso, para que revocase la torpe ley que prohíbe que un buque no construido en los Estados Unidos lleve bandera americana, abriendo así con esta revocación, oportunidad<sup>a</sup> a que la marina mercante inglesa se acoja al pabellón neutral americano, y recobren los Estados Unidos la preponderancia naval perdida, por proteger a unos navieros que sólo a precios enormes han llegado a hacer buques buenos. Que los negros del Sur, afiliados hasta hoy como a sus defensores naturales a los republicanos contra los demócratas que miraban como a sus enemigos, por haber sido siempre

demócratas los Estados del Sur que mantuvieron los esclavos; declaran hoy, por boca de su caudillo, el pujante orador mulato Federico Douglass,<sup>261</sup> que el gobierno de Cleveland les merece cariño y confianza; y un Congreso entero, de ciento cincuenta sacerdotes de color, que representan a trescientos mil negros, va en cuerpo a la Casa Blanca, con el Obispo a la cabeza, y dice a Cleveland un largo discurso congratulatorio, en que le asegura de la buena voluntad y afectuosa sorpresa con que ha recibido los actos del gobierno su raza; después de cuyo discurso, en fila india, de a uno en fondo, pasaron como en la Casa Blanca excluidos,<sup>b</sup> los ciento cincuenta sacerdotes por frente de Cleveland, deteniéndose cada uno, sin hablar, el tiempo necesario para que el Presidente les estrechase la mano.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
14 de junio de 1885

[Mf. en CEM]

a. Errata en LN: «oportunidad».

b. En LN: «exclusos».

## 83

# Cartas de Martí

Revista y resumen de los problemas actuales en los Estados Unidos.-La crisis económica y sus causas.-Dificultades y progresos del gobierno de Cleveland.-Manera con que ha ido venciendo la oposición de su propio partido.-Método de proveer los empleos públicos.-Desalojo de republicanos.-Esbozo del carácter de Cleveland.-Cómo Cleveland, siendo alcaide, habló dos veces de la cuerda de la horca.-Los americanos en Panamá.-Gran urgencia de una reforma liberal en la legislación de aduanas y de mar.-Necesidad y modo de crear la marina mercante americana.-Obstáculos que encuentran las reformas, y conciliaciones necesarias.-Cómo son escritas estas cartas.-Hechos menores.-Gran número de suicidios.-La parada de coches.-Beecher inicia una revolución religiosa.-Miss Cleveland, la hermana del Presidente, va a publicar un libro.

Nueva York,  
mayo 29 de 1885

Señor Director de  
*La Nación*

EN ESTE MES de mayo reposan los partidos políticos de su campaña del invierno, y hacen por medio de la prensa y de las declaraciones de sus hombres importantes una es-

pecie de balance de cuentas, que viene a ser como una toma de posiciones para los combates que se reanudan en octubre, ya en las elecciones parciales de los estados que en ese mes las celebran, ya en Washington, donde los republicanos, reducidos a la observación, luchan desde ahora por ver cómo impiden que lleguen a un acuerdo sobre las cuestiones de reforma esencial e

inmediata los dos bandos que contienden por la supremacía en el seno del partido demócrata. Unos quieren que la tarifa se reforme en sentido libre-cambista, y que los gastos de la federación se colecten principalmente de los contribuyentes nacionales, y en especial de los consumidores de bebidas y tabaco; y estos parece que están en lo cierto, y que cuentan acaso con el apoyo del Presidente. Otros quieren la abolición de las contribuciones internas, para que de este modo, obligado el Gobierno a colectar la suma que necesita para su mantenimiento, se vea forzado a mantener la actual tarifa, proteccionista, que ha traído al país a la crisis creciente y gravísima por que ahora atraviesa.

Las cosechas se venden mal; ya porque de afuera compran menos, ya porque Australia y la India producen mucho, y con trabajo más barato y libertad mayor pueden vender a menos precio que los Estados Unidos. Las industrias, ni tienen el mercado propio, que sólo compra, y esto con miedo, los artículos corrientes, ni han mostrado hasta hoy el empuje y previsión

necesarios para hacerse del mercado extranjero.

Los ferrocarriles cuestan mucho más de lo que producen, y como ellos las demás vías de comunicación, lo que tiene en depresión creciente el mercado de acciones. En el mercado de productos, suele venderse con tal lentitud que los corredores, cuando no andan entretenidos en unas tiendas de lotería en que so pretexto de negociar acciones por lotes se juega verdaderamente al azar, se toman de la mano en un gran corro y danzan alrededor de la enorme pila de trigo que se ostenta en el centro de la sala. El dinero mendiga tomadores, y no los encuentra, ni aun a precios ínfimos.

Las casas de comercio disminuyen sus gastos y empleados: es notable el número de hermosas oficinas que en este mes de mayo, cuando la ciudad entera cambia de casa, han quedado sin inquilinos: y esto que las oficinas de ahora convidan a trabajar en ellas, las unas pintadas al óleo, de colores blandos, con todo el maderamen amarillo que alegra los ojos y predispone al tráfico y la confianza; las otras de pórpidos y bronce, de losetas de mármol el techo, sujetas con clavos de bronce dorado; de losetas de mármol el piso; de madera amarilla tallada ricamente el mostrador; cada mesa de escribir colocada sobre una alfombra persa; las ventanas de vidrios de colores.

En la ciudad no se observa aquella riqueza y bullicio que en años más prósperos reinaban, sino que los sábados, día en que todas las damas y los galanes todos de Nueva York se dan cita en la acera derecha de Broadway, es muy de notar cuánta<sup>a</sup> menos es la gente que pasea hoy, que lo que solía ser. Los vapores ingleses, que en esta época del año tienen muy de antemano tomado todo su pasaje por viajeros a Europa, ahora solicitan pasaje, y aunque lo llevan bueno, ni es numeroso, ni presentan aquel concurso parlero y ameno que se reunía en la cubierta de los barcos a decir adiós a los viajeros conocidos, o a darse cita en Europa, o a verlos partir: las mesas estaban llenas de grandes herraduras de flores, de cestos y vapores de alambre vestidos de rosas: ¿cómo ha de ser este año lo mismo, si los ferrocarriles no pagan dividendos, si los canales los pagan escasos, si los gastos de las empresas exceden de sus provechos, si el mal estado del comercio se agrava con la depresión que la producción excesiva está causando en casi todos los países con que los Estados Unidos trafican?

La primavera misma, consoladora de suyo, ha demorado tanto este año que aún hay nieve en los campos, y el trigo de invierno viene pobre y tardío. Y el mal crece, porque ni depende de este país sólo, ni la mente americana es fuera de su tierra tan perspicaz y atrevida

como la inglesa, ni aun como la alemana, que dominan las plazas que por todo sentido deberían pertenecer al comercio del Norte; ni es dable en un día volcar, sino con mucho más tiempo y cuidado, el sistema funesto, de engañosas apariencias, el sistema protector, que ha traído este país a esta alarmante plétora de producciones caras, que lo tiene hoy vuelto una especie de Midas. El oro rebosa; pero el pan falta. Demasiados ferrocarriles; demasiada tierra sembrada de trigo; más vías de comunicación de las que en mucho tiempo pueden necesitar las comarcas despobladas que atraviesan; más acciones de las que autorizan el capital empleado y la capacidad productora de las compañías que las emiten.

La deshonestidad y el atrevimiento inmoderado,<sup>b</sup> si bien deslumbran con sus primeros arranques y beneficios, no pueden crear una prosperidad segura. Los mismos que llenaron el mercado de acciones infladas, sin base real, vendidas ricamente por la astucia y falsificaciones de las compañías emisoras, no saben hoy mismo qué hacer ni con el dinero que merced a ellas han acumulado,

a. En LN: «cuánto».

b. Ilegible el microfilme desde «inmoderado» hasta «talladas», en el párrafo siguiente. Se sigue lección de OC, t. 10, p. 243.



ni con las acciones buenas, que en la baja y zozobras generales, han seguido en la mala fortuna, a las dudosas o nulas.

El dinero desocupado viene buscando empleo en suntuosas fábricas urbanas, más altas que las más elevadas torres de las iglesias, todas llenas de piedras talladas el pavimento de mosaico, las alfombras de terciopelo espeso, la entrada, baja y oscura, como en los palacios italianos; todo una maravilla.

Mas las causas que tienen deprimido en lo general el tráfico, mantienen a las gentes en disgusto de toda idea de aumento y cambio; sobre que, como muchos capitales se han dado a edificar, y acá el hacer casas va tan de prisa que parece cuento, los edificios excedieron pronto a las necesidades de la población; y estructura magnífica hay, a un lado de la entrada del Parque Central, que como los dientes de una sierra descompuesta dibuja en el cielo azul, allá a la altura de un noveno piso, sus paredes desde hace un año no adelantadas. Ese es en Nueva York, sin exceso y sin ocultación, el mayo financiero.

El mayo político va muy ligado a él, como que la catástrofe que la paralización de las industrias traería encima, iniciaría acaso, amén de los males presentes, una campaña temible de los trabajadores desocupados, que pudiera ¿por qué no, si lo tienen en la mente, y aun en los la-

bios? acarrear graves trastornos públicos.

Pero quien observa este país, sin encono, por mucho que en él le disguste la primacía que tienen los apetitos, y el olvido, si no el desdén, en que están las cualidades generosas, ha de reconocer que, con la periodicidad de una ley, sucede siempre que cuando parece que un peligro es inminente, o que una institución está ya profanada sin remedio, o que un vicio se ha comido un lado de la nación, surgen, sin gran aparato, y cuando el mal tiene aún cura, los hombres y sistemas que han de evitar sus estragos. Aparecen, hacen lo que tienen que hacer, y se pierden de vista. Y parece ser también condición de esta ley que el mal se extreme, como si los pueblos prósperos no se decidiesen a variar de rumbo, y a perturbar sus hábitos, sino cuando ya la realidad aprieta tanto, que no es posible negarse a ella.

Esta ley fue confirmada en la elección de Cleveland, antes que a la presidencia, al Gobierno del Estado. El mal era muy grave, y tan arraigado que no se veía la manera de extinguirlo: los republicanos, asidos del poder, abusaban de él cínicamente: atentaban a la libertad del voto, a la de la prensa: burlaban con leyes parciales el espíritu de la Constitución: meditaban ya, para llevar la atención fuera de sus manejos, la táctica de los tiranos, la guerra exterior: ¿quién iba a combatir-

los, quién a derribarlos, si las elecciones se ganan a fuerza de dinero, si los republicanos tenían la mano libre en las arcas nacionales, si los ciento cincuenta mil empleados de la República, pagados por esta, eran con su bolsa y con su influjo los agentes interesados en la conservación del Partido Republicano en el Gobierno? ¡Pues de pronto se alzó una ola, que nadie desde afuera vio formar, ni se sabe cómo vino, y por encima de todos los políticos ambiciosos e ilustres de la Nación, por sobre el enojo de sus propios partidarios los demócratas, por sobre prácticas y vanidades justificadas por el tiempo, la ola enorme y triunfante trajo sentado en la cresta, y apeó en la Casa Blanca, a un hombre poco menos que desconocido, a un hombre recio y humilde, apropiado para la tarea de reformar sin miedo y con paciencia el Gobierno corrompido, a un hombre nuevo para la obra nueva, al que entre todos sus conciudadanos parece más determinado, y capaz de cumplirla, a un alcalde que cuando fue del deber de su puesto tirar de la cuerda de la horca en una sentencia de muerte, no pagó a otro, como pudo y es uso, porque lo hiciera, sino lo hizo él mismo: la ola trajo a Cleveland.

Nosotros, de raza nerviosa y sensible, no entendemos cómo cabe nobleza, ni elevación, ni cualidad alguna estimable, en un hombre que, cualesquiera que sean las obligaciones de su

empleo, no se desgarra en el cuerpo la túnica oficial, y huye de ella como de un manto de lenguas encendidas, cuando su puesto público le exige que por su propia mano hale la cuerda que ha de causar la muerte a un hombre. Aquí también se lo echaron en cara cuando las elecciones; pero se conocía que, aunque el hecho era cierto, la acusación venía sin fuerza y caía en falso. ¿Acaso el enorme valor que un hombre culto necesita para cumplir un deber tan abominable, el deber conocido de un empleo que solicitó y aceptó de su propia voluntad, para cumplirlo por su mano cuando podía remitirlo a otra, no ponía más de manifiesto, en el juicio de esta raza diversa de la nuestra, el alto temple de alma, y cierta manera de heroísmo, del que con ese acto, dos veces practicado, daba prenda de que ninguna consideración ni influjo le hacía cejar en la obediencia a los más duros deberes? Porque más duro no lo hay; ni puede estar sujeto un hombre a influjo mayor que al de su propio deseo de evitárselo. Ha de ser un gran domador de hombres el que a sí se doma.

De esto, sentado como una fortaleza humana en su sillón presidencial, a la cabeza de sus siete ministros trabajadores, está dando amplias pruebas, en cosas aparentemente sencillas, el nuevo Presidente. Hace lo que cree que debe hacer. Oye a todo el mundo con suma paciencia, clavando en los que le

hablan una mirada que pregunta y juzga, una mirada que tiene aprendido mucho y no lo esconde cuando mira; y luego hace lo que le parece que debe hacer. Si no le conviene para ser reelecto, como sin duda ambiciona y en sus adentros prepara, y una porción de su partido desea,—bien está, no le convendrá; pero eso es lo que se debe hacer. Si no conviene al partido un acto de justicia, sino que sería bueno, para no discontentar a los partidarios, demorarlo o disfrazarlo,—nadie le hable de eso; al partido no le convendrá, pero a la nación le conviene: eso es lo que se debe hacer.

Decidido si es el Presidente; pero no obstinado. Cuando ha meditado sobre un asunto, con conocimiento de todos sus detalles, y resuelto sobre él, lleva a cabo lo que ha resuelto. Pero pesa antes con cabal serenidad los argumentos de un lado y los de otro, y se ve, sin lo cual ninguna virtud o excelencia hubiera sido bastante a traerlo a su alto puesto, que procura ir conciliando, en cuanto la justicia no resulte dañada, los elementos diversos de su partido, y los intereses de su partido y la Nación, dispuesto siempre, sin embargo, en caso de conflicto, a poner por encima los de ésta.

No se cierra al consejo racional; antes lo invita, y suele acomodarse a él y agradecerlo: a lo que sí se cierra es al mero influjo personal, y es fama que no hay persona,—y así debe ser,

y los que así no sean, dejen el arte de gobernar,—que pueda torcer su determinación una vez que la ha tomado en consecuencia de un estudio maduro. Como se sabe honrado, no duda de sí, ni teme a lo que digan las gentes. Esta es su excelencia, y no otra. Por la excesiva flexibilidad de los gobernantes en manos de su partido llegó a corromperse la administración republicana: viene bien ahora, para volver las cosas a nivel, un hombre inflexible. —Viendo de alto, se ven estas leyes en lo político como en lo físico. El alma, con todas sus libertades, va como los astros, con toda su luz, donde sus leyes la llevan. Es muy grandioso el mundo. ¡Los hombres espantan; pero meditar en la hermosura universal, aunque sea a propósito de una hormiga que pasa, consuela!

—¡Influir en el Presidente, respondió a un caballero de nuestras tierras una ilustre señora de Washington, que de seguro lo ha intentado en vano: ¡*Poooh, poooh!* ¿Qué ha de influir en él ni su hermana, ni nadie? No creo yo que si el más hermoso ángel femenino de los cielos cayese a sus pies con las alas abiertas, hiciese en él más impresión que la que los ángeles de la tierra hacemos, y a la verdad, esta no es mucha.

El Presidente es cortés, pero no a lo cortesano, sino a lo rudo. Tiene la apariencia pesada, como de una fuerza que anda.

El cuerpo lo tiene recio, y el cuello toral; pero el cabello, ya escaso, le suele caer en gajos rebeldes sobre la frente, y como bajo ella le lucen siempre los ojos inquietos, y a veces se mueve impaciente de un lado y de otro en la silla, como quien va a embestir, no es difícil entender que en aquel hombre de peso hay a la vez un hombre de batalla. No son sus condiciones de las que brillan a primera vista, sino de las que se hacen sentir a la larga.

Merced a ellas, cuando aún no lleva un trimestre de gobierno, ya tiene como ganados<sup>a</sup> y convencidos, o enfrenados a lo menos, a los que le hacían más oposición en su partido propio, por su resistencia a repartir a cubadas, y sin mirar en quién, los empleos públicos; sin que para esto haya cejado un ápice en su determinación de irlos proveyendo conforme a justicia.

Ya los republicanos han visto que, aunque Cleveland les agradece muy de veras que hubiesen ayudado a su elección, y allí donde hay en un empleo rico un republicano honrado en su empleo lo deja,<sup>b</sup> esto no quiere decir que por más que los republicanos lo amenacen, como lo amenazaron, con retirarle su apoyo, vaya a dejar a todos los republicanos, honrados o no, en sus puestos, por el miedo de descontentarlos. Ya los demócratas han visto, no sin cierto respetuoso asombro que la gente previsora impone a la que no lo es, que si bien no está

Cleveland dispuesto a dar los oficios de la nación a los demócratas, cuando estos no tengan más méritos que el de haber ayudado en las elecciones a su partido, está por otra parte, determinado a ir colocando demócratas en los puestos ocupados hasta hoy por republicanos que tomaron parte con algo más que con su voto personal, en contiendas electorales y trabajos políticos: y como estos empleados republicanos que son tantos, que apenas hay uno a quien no caiga la censura, y Cleveland vino al poder confesamente para extirpar este vicio, resulta ahora que, precisamente en consecuencia del programa que tanto le pelearon los demócratas, tienen estos manera amplia y justa de entrar con aplauso público en los puestos en que forcejeaban por entrar a rebato y con violencia de oficio: estos son miopes: aquellos son prsbitas. Hipermétrope parece que llaman a los que combinan los dos defectos que en política son dos cualidades: en política, se debe ser hipermétrope.

Esa venía siendo ahora la cuestión más grave e interesante en la política, después de haberse demostrado, con la rápida ocupación y abandono inmediato de Panamá, deslucidos un tanto por la ayuda a las tropas del Gobierno colombiano, que si los republicanos tramaban aprovecharse de toda oportunidad que les diesen los disturbios de la América española para ir poniendo mano sobre

ella, no es este el espíritu de los demócratas que, aunque a la salida del poder hace veinte años eran tan ambiciosos como los republicanos, ahora, con la sangre nueva que ha entrado en el partido, han vuelto a su pristina pureza y patriarcal espíritu antiguo. Esa venía siendo, y ahí quedó nuestra última correspondencia,—la cuestión más grave e interesante de esta política: la distribución de los destinos. Véase ya cómo va quedando resuelta, y cómo la astucia ha ido aquí acompañando y sirviendo a la honradez.

Formidable fue, y descarado, el ataque de los pretendientes a la Casa Blanca y a las Secretarías, abiertas a todo el mundo para oír, cerradas para conceder. Sin sorprenderse ni ablandarse, que sabía que todo el país le miraba, echó Cleveland atrás a los pretendientes, que se fueron a sus Estados jurando venganza y rugiendo. Y ahora resulta que, no en virtud de fraude ni engaño, sino por rigurosa aplicación de su proyecto de reforma, los demócratas, aunque ni por supuesto lo más revuelto de ellos, sino lo más granado, están entrando en orden y por legítimo derecho en los empleos que apetecían. Y la República ha celebrado, la

a. Llegible el microfilme, desde «ganados» hasta «defectos», al final del párrafo siguiente. Se sigue lección de *OC*, t. 10, pp. 246-247.

b. En *OC*, punto y seguido.



energía primero, y la habilidad después, del Presidente.

Cuanto empleado republicano se ha valido del empleo, o del influjo, o del dinero que recibió de la Nación, para servir los intereses de su partido, ha faltado a su deber y ha abusado de la Nación: su puesto queda vacante, y un demócrata entra en él, un demócrata obligado a no hablar en público, a no escribir en la prensa, a no valerse de su oficio público en favor de los intereses de su partido, al cual, desde que acepta un empleo de la Nación, que a todos los partidos comprende por igual y de todos se alimenta, ya no tiene el derecho de servir al suyo propio más que con su voto. ¿Harán tal los demócratas? Los republicanos afirman que no; sino que harán como ellos. Pero, en silencio, temen que, si esto sucede, Cleveland, que no tiene su empleo de Presidente en más que su reputación de hombre honrado, sacará de sus puestos a los demócratas culpables, como con todo cuidado y paciencia está sacando ahora a los republicanos.

Este reconocimiento de los derechos del partido, como se dice en la parla política, ha sido mucha parte al buen acuerdo que ya se nota, o por lo menos al mayor acuerdo, entre las agrupaciones que contienden por el predominio en el gobierno demócrata, y puede a la fecha tenerse por cierto que con

una cordura que en un hombre político no hay como alabar, el Presidente, si bien no esconde sus aficiones librecambistas, y todas las que derivan de ellas está decidido a ir las subyugando a las condiciones reales que aún estorban su triunfo, y prolongan, aunque para poco, el de los defensores de la tarifa alta; a cuya muestra de respeto se sienten agradecidos los protectionistas, que por la boca de su jefe, Randall, celebran «la gran prudencia y patriotismo del Presidente», y abogan desde ahora por su reelección, cuando Randall mismo era uno de los candidatos. Y Carlisle, el último Presidente de la Casa de Representantes, que comparte con Randall el influjo sobre sus miembros, dice punto por punto lo mismo, lo cual hace creer que, aunque cada facción esté en octubre en su puesto, ambas aceptan un mismo árbitro, y estarán a lo que él componga y determine.

Esta concordia es también favorecida por la urgencia de no aparecer divididos e incapaces de soluciones precisas, en momentos en que la penuria pública, imperceptible acaso desde afuera, va siendo ya tan recia que no hay cómo sacar el pensamiento del modo de aliviarla. Si de afuera no compran y adentro no hay para qué, y las fábricas a gran costo siguen acumulando productos que nadie consume, o reduciendo al consumo sus productos, o cerrándose, como ya están cente-

nares de ellas, y estarán otros centenares pronto, ¿qué se hará el ejército de obreros? ¿qué entretendrá las mandíbulas de este gigante? Nadie tenga en su casa un oso, que no haya provisto manera de darle de comer. ¡Qué desbarajuste enorme, el día en que, en un país como este, donde el interés personal es la ley, sientan todos que el terreno que pisan se les escurre bajo las plantas, y, con todos los hábitos pomposos del lujo, se revuelvan coléricos a todos lados, a las fábricas cerradas, a los ferrocarriles detenidos, a los barcos vacíos, a los obreros amenazadores, comidos todos del horror de la vasta pobreza!<sup>a</sup> A esto hay que poner mano, y esto va a suceder, si no se evita a tiempo, en el periodo de esta misma administración democrática. Toca a los demócratas ir llevando en salvo al país por entre los conflictos a que lo ha traído la administración de los republicanos.

El comercio exterior es muy escaso: es necesario estrechar amistades, abrir caminos nuevos, celebrar tratados útiles, crear el comercio.

Rebajar de una vez la tarifa abarataría la vida del obrero y el costo de la materia prima, lo que permitiría producir más barato y competir en el extranjero con Inglaterra, Francia y Alemania; pero como ya estos países tienen hecho lo que aquí

a. Errata en LN: «?».



está por hacer, la producción barata, inundarían los Estados Unidos con sus manufacturas, antes de que las fábricas americanas pudiesen estar en posición de exportar en las nuevas condiciones a menor precio; y privada de súbito del consumo doméstico, único que hoy la alimenta, la industria nacional, levantada a tanto costo, se vendría abajo: de modo que hay que ir combinando con todos estos elementos la reforma de la tarifa: el problema es este, -legislar de manera que se abarate la producción sin que perezca la industria.

Y ¿en qué buques va hoy por los mares el comercio americano? En buques ingleses, dinamarqueses, italianos, alemanes, noruegos. No hay marina mercante americana.

Allá en tiempos de antaño, por favorecer a unos constructores de buques del país, acordó el Congreso que ningún buque que no fuese construido en arsenales de los Estados Unidos podría llevar bandera americana: y como, por excluir así los buques de fábrica extranjera, los constructores americanos quedaron dueños del mercado, impusieron sus precios, más altos que los de los demás países sobre que, por la alza general que origina el sistema de protector, el costo de producir los buques americanos era en realidad mayor que el de los de otras tierras: de modo que desapareció de las aguas, o punto menos, la mari-

na mercante americana. Si la hubiera, el dinero que ahora se paga por llevar el comercio de los Estados Unidos a los buques extranjeros, quedaría en bolsillos americanos, y constituiría a la riqueza pública.

Es necesario que vuelva, pues, a la Nación el caudal que neciamente se está pagando fuera de ella. Hay que reconstruir la marina mercante. Hay que abaratar la producción de los buques; pero como esto no puede ser tan de prisa cuanto la angustia pública requiere, hay que habilitar a los buques de fábrica extranjera para llevar bandera americana.

En estas meditaciones se juntan y concuerdan, apegados tanto por razón patriótica como por el interés de partido, los bandos en que se dividen los demócratas, muy divorciados entre sí sobre estas mismas cuestiones, pero convencidos ya, a lo que parece, de que no es éste el tiempo de extremarlas, sino de acomodarlas de modo que resuelvan, de un modo amplio y generoso los problemas presentes. En plegar y moldear está el arte político. Sólo en las ideas esenciales de dignidad y libertad se debe ser espinudo, como un erizo, y recto, como un pino.

Queda arriba reflejado, con el reposo que la calma de primavera permite, el estado interior de esta tierra, y por dónde y adónde van las fuerzas que la componen y dirigen. No está

acaso de más advertir que estas cartas humildes van dispuestas de manera que, sin fatigar al que lee con la relación de hechos menudos y nombres que apenas a la distancia entendería, no quede sin embargo espíritu de persona o de suceso que acá influya que, sin que lo parezca acaso, no esté, en una frase u otra, y en el lugar en que hace juego, expresado en estas cartas. De manera que a veces, tratando a la larga un solo asunto, van envueltos en él, sin que se vea en la superficie, otros muchos incidentes y detalles menores, que dados uno a uno, y sin aquella armonía, ni dieran tan clara idea del movimiento y elaboración de esta República, ni dejarían que el que leyese viera de bulto y en globo, como debe ver, las fuerzas que en ella se acomodan y agrupan.

¿Hechos menores? ¡pues si cada día es un poema! ¡cada número del *Herald* es, a su modo, un poema! En estos días, muchas mujeres que se matan; una, con todos sus hijos; otra, la hermosa hija soltera de un labriego, educada en un seminario, que viene a morir a Nueva York en un hotel- y su padre tenía la mano en el arado cuando recibió la noticia; otra, una niña apenas, sobrina de la viuda de Lincoln, se dispara, en su cama de colegio, una pistola sobre el corazón. Muchos hombres se matan, alemanes los más de ellos: viven hasta su último cen-

tavo: con él ruedan.—Hay mucha carrera de caballos, con caballeros de casa rica que montan bien y saltan mucho. Hay mucho juego de pelota. Hubo hace días mucho coche, en la parada de ellos, que hacen aquí en remedo de la de Inglaterra, y fue muy pobre, no porque los coches no fuesen tan caros y los caballos tan buenos como los de los ingleses, sino porque la costumbre no es del país y se despegan de él. Acá no hay en las venas esa sangre hereditaria, que sale por sobre los vestidos. Acá no se ha refinado esa costumbre pintoresca, muy fina donde es antigua, acá no hay en los colores de los coches aquellos juegos que en París renuevan y mejoran la costumbre inglesa, y alegran la parada. Acá, con vestirse las señoritas que van en la imperial del carruaje, de crema y de lila: y los señoritos ir tocados con una chistera blanca, que en Venezuela llaman *pumpá*, y en Colombia *cubilete*, y en Cuba *bomba*, y *sorbetera* en México, y *galera* en otras partes, denotándose con

la dificultad de apellidarlos noblemente, que el tal sombrero en sí es ruin,—ya creen que van bien, cuando no van. Acá, los de los coches van sentados con tal encogimiento y gravedad, como las sombrillas y bastones que lleva el carruaje a un lado en la bastonera de mimbre. Acá se ha dicho mucho, sin embargo, de esta parada de los coches.

Y entre otros muchos hechos, dos hay, que no son para olvidarlos. Es el uno que Beecher, quien a pesar de su moderado atrevimiento, será juzgado con justicia, no sólo como el mejor orador sagrado, sino como uno de los gloriosos atrevidos de este país,—ha comenzado una serie de sermones en que pretende, del brazo de la teología y ciencias que la ayudan, conformar el espíritu religioso al espíritu científico: ¡como si, a manera de perfume, no se escapara de la ciencia, la religiosidad! ¡Mientras más hondo, más alto!

Y el otro hecho es que la hermana del Presidente, que es dama de voluntad propia que no quiere vino en la mesa de su

hermano y anda enojada con él por esto, vino a arreglar por sí misma, desde la Casa Blanca en que preside, hasta Nueva York, la publicación de un libro suyo, notable y encendido a juzgar por la muestra, en que reúne sus ensayos éticos, estéticos e históricos.

Quien quiera ver a la hermana del Presidente,<sup>262</sup> vaya de mañana a la Casa Blanca, y la encontrará, vestida de una bata de franela, con una rosa mal prendida al lado, encorvada sobre sus cuartillas, caídos sobre la frente los rizos sueltos del cabello gris que usaba corto, y abierta a la derecha una obra de Hume,<sup>263</sup> que la enoja, y a la izquierda las Capitulares de Carlomagno.<sup>264</sup>

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
15 de junio de 1885

[Mf. en CEM]

84

## Cartas de Martí

*Decoration Day*.-La campaña de otoño.-La estatua del peregrino.-Junio.-La Universidad de Cornell.-Universidad para los hispanoamericanos.-Derechos en Alemania de los alemanes naturalizados en los Estados Unidos. Caso diplomático.-Bismarck y los norteamericanos.-Actual situación de demócratas y republicanos.-Análisis de la situación política.-La próxima campaña electoral.-Los grandes fraudes de la Aduana.-Nosotros los hispanoamericanos.-¿Perdurará en los Estados Unidos el espíritu puritano?-El peregrino de bronce.-El día de las flores.-Grant dice adiós a sus soldados.

Nueva York,  
junio 12 de 1885

Señor Director de  
*La Nación*

LOS HIJOS de los alemanes naturalizados en los Estados Unidos, y los mismos alemanes naturalizados, quedan sujetos, o deben quedarlo, a perder a los dos años de su residencia en Alemania la ciudadanía adquirida en América? ¿En Nueva York, quién vencerá en otoño, los demócratas, que parecen más dispuestos, a acatar

a Cleveland, o los republicanos, cuyo sistema de fraudes en la Aduana es revelado ahora, y que andan divididos en facciones más hostiles que las de los demócratas? ¿En los Estados Unidos, perdurará el espíritu de *La Flor de Mayo*, representado en la estatua de uno de los peregrinos que vinieron en ella, y ahora en bronce se levanta en el Parque Central, o se pondrá en su lugar, más pujante y menos puro, el espíritu cartaginés, que la seguridad de la fuerza engendra y favorece, o el mercenario, aún más dañoso, -nacido de la accesión continua al

país de hombres de otros pueblos que no tienen raíces en él, cuyo objeto único en la vida es fomentar su hacienda y aumentarla; cuyo corazón—como un ave que tuviese las alas contra el cuerpo—se agita siempre, con cierta ira de haberla abandonado, por la tierra nativa, donde hay menos riqueza y más ventura; cuyos hijos nacen en un país que nadie le enseña a amar, con el espíritu del cual contiene acaso el acre y diverso que de sus padres extranjeros recibe, cuyos elementos nacionales, cuyas tradiciones, cuyos propósitos, cuyo sano orgullo patrio no lleva en la sangre? ¿Grant, morirá? ¿Su libro de memorias, que se publicará en diciembre, y del que ya corren muestras, se leerá con tanta avidez como el de la hermana del Presidente, la doctrinaria inspirada, que en diez días andará ya en todas las manos, y es esperado con curiosidad acá y en Inglaterra?

De todas esas cosas se habla ahora, porque son las que han ocurrido en los últimos días o están para ocurrir; de todo eso se habla, ya en los colgadizos de los hoteles de verano, sentados los contertulios frente al mar o a la falda de la arboleda

pintoresca, en anchas mecedoras rústicas de madera roja y asiento de paja; ya mano a mano en las canoas, cuando se va a recobrar en una partida de remo las fuerzas exhaustas por la labor excesiva, mientras se ve a lo lejos girar sobre su sostén central un puente de acero por donde acaba de pasar arrebatado un ferrocarril, para que a su vez lo cruce el vapor embanderado que lleva a los paseantes por el río; ya en los juegos de pelota, ya en las carreras de caballos, ya en la playa limpia de los pueblecillos veraniegos, viendo cómo compiten, a modo de regata de alas blancas, los veleros yates,<sup>a</sup> ya en las fiestas con que en este mes de junio celebran los colegios-Yale<sup>b</sup> y Harvard viejos, Vassar rico, Cornell útil-las fiestas de fin de curso que abren las puertas a las golondrinas cautivas, y los echan armados, a la batalla de la vida, o a que en los regocijos de las vacantes remocen las fuerzas para seguir con el nuevo invierno, preparándose a ella.

Cornell, en Ithaca, es Universidad magnífica. Es la Universidad moderna. No a Seminarios, donde los quiebran; no a colegios de pupilos, donde los explotan y descuidan; no a academias literarias, donde ni las ventajas de la literatura obtienen, pues olvidan la propia y no tienen tiempo ni gusto de adquirir la ajena; no a injertar violentamente en el espíritu penetrado ya de los aires nativos, otro que no se apeg a él y

lo aumenta, sino que lo contradice; no a esto, ni por esos caminos, debería mandarse a los Estados Unidos a los niños hispanoamericanos; sino a la Universidad de Cornell, basada en el conocimiento y necesidades de la vida moderna, sin desdén de lo bueno de la antigua; a la Universidad de Cornell, donde adquieren en un trabajo interesante y fecundo los elementos universales de la vida nueva.

¿Los alemanes naturalizados, y sus hijos nacidos en los Estados Unidos, caen de nuevo en su ciudadanía originaria, a los dos años de vuelta a su país?

Parece que sí caen; y que tan oscuro anda el punto, que Alemania ha retenido como soldado a un joven hijo de alemán, nacido y educado en San Luis, que por la Constitución americana pudiera ser elegido a la Presidencia de los Estados Unidos.

Bismarck gruñe, y da con la bota de hierro en el suelo, cada vez que los vapores de inmigrantes se le llevan a América, con sus gabanes de lana y sus cachuchas, la pipa en los labios, y en la mano la jarra de cerveza, a una barcada de soldados futuros, de espaldas anchas y corazón bueno. Bismarck aborrece a los Estados Unidos. Ayer, cerraba a la carne de cerdo americana sus mercados, so pretexto de que iba enferma y dañina, cuando era la verdad que los que de comer cerdo mo-

rían, morían de haber comido el mal cerdo alemán; hoy, ya trabaja por cerrar la Alemania a los granos y el petróleo de los Estados Unidos. Y como ve con ojos hondos, y muy en las entrañas de los pueblos, desafía al norteamericano sin ningún embarazo, y vuelve a desafiarlo al día siguiente, siendo raro que, si puso la mano sobre un alemán naturalizado en los Estados Unidos o en su hijo, ablande el modo huraño y consienta en devolver a los cautivos: antes parece que se goza en negarlo de una manera brusca. ¡Y acá, puestos a machacar en el yunque y a apilar el oro, se ocupan poco en eso!

Pero ahora se nota el deseo, avivado por los alemanes alarmados, de que se rescinda el tratado de Bancroft, que en 1868 ajustaron los Estados Unidos con Alemania por diez años, y en que, en clarísima cláusula, se estipula, con inconcebible desconocimiento de los derechos personales, que el alemán naturalizado en América que vuelve a la tierra nativa y está en ella dos años, es de nuevo alemán. Clay, en 1829, ajustó otro tratado que aún rige, y nulifica el de Bancroft, pues en él se ajustó que los habitantes de Prusia y los Estados Unidos pueden entrar y residir, y salir con toda libertad, y como si fuesen nacidos en la tierra, en todos los

a. En LN: «yachts».

b. En LN: «lale».



lugares de la otra nación que estén abiertos al comercio,—sin limitar tiempo, ni perder derecho alguno, ni estar obligados a más que a no infringir las leyes del país. Mas hay manera de obviar las contiendas a que se prestan ambos convenios, y es notificar a Alemania como en el de Bancroft se acordó, que al año del aviso queda sin efecto el último tratado. En uno nuevo, no habría que esperar de Bismarck más concesiones, puesto que mira a este país como a un atrevidillo ladrón, que le hala impunemente del mostacho, y se le encorva cuando le enseña toda su estatura; pero se definirían los puntos dudosos. Y los alemanes podrían ir sobre seguro a su tierra; o no ir si no van seguros,—que es donde Bismarck les hiere, porque sabe que los aflige.—«¡La tierra padre!» como dicen ellos: y se quedan largo tiempo en silencio, delante de su vaso de cerveza, apagada la pipa, y mirando vagamente al vacío.

¿En Nueva York, quién vencerá en otoño, los demócratas o los republicanos? Si los republicanos, ¡cómo será esto tenido en el país por una muestra de la incapacidad para el gobierno de los demócratas, que ayudan a derribar a su caudillo porque no se presta a abandonarles los puestos públicos!

Si los demócratas ¡qué golpe de maza en la cabeza de los republicanos, a quienes demos-

traría así el partido demócrata que aunque haya en él mucha gente interesada y vociferadora, puede más la que no lo es, y aplaude la política honrada de Cleveland!

Mal va para las nuevas elecciones a la Presidencia el partido que pierda ahora las elecciones en otoño. Por eso, con todo su brío, han empezado ya las labores de campaña unos y otros; y si se recuerda que fue en este mismo Estado de Nueva York donde Cleveland estuvo a punto de perder la Presidencia, que sólo por una pobreza, por unos mil cuatrocientos votos, llevó a Blaine, vese que el vado es de tentar. Y como los demócratas de Nueva York no obtienen de Cleveland, como muchos de ellos quisieran, los puestos pingües en que se abusa de los dineros e influencia de la ciudad, no fuera extraño que muchos de ellos conviniesen en dejar de votar, o votasen de mal grado y como para ser vencidos, lo que, por mucho que el grupo de republicanos independientes ayudase a Cleveland, bastaría para poner muy en riesgo la elección. Es un Gobernador el que elegirán en otoño; pero ya se ve cómo lo que en verdad eligen es un Presidente. Cleveland, sin embargo, es muy sesudo, y ni pierde los estribos, ni vacila en dar con ellos sobre la cabeza de los que le quieren sacar de su buen paso.

Oculto, bajo su aspereza aparente, una singular habilidad; y

cundo llegó a la Presidencia, ya tenía meditada la manera de poner en armonía los apetitos de su partido, sin la satisfacción de los cuales no puede gobernar ningún partidario, y las necesidades de reforma administrativa que le trajeron al gobierno, y él obedece: el cual medio ha sido el de expulsar de los empleos nacionales a los que usaron de ellos como instrumentos de partido, lo que deja legítimamente vacantes, gran número de puestos, que entran a ocupar demócratas de honradez bien probada, con la obligación de pagar con su absoluta imparcialidad en las elecciones el precio del puesto que desean. Lo que toda la nación paga, no hay derecho para convertirlo en beneficio inmoral de uno solo de sus partidos. Y como de esta manera van entrando en oficio muchos demócratas aunque no tan de prisa como quieren, ya sus reclamaciones y amenazas van a menos; y sin que los republicanos independientes tengan por qué arrepentirse de la ayuda con que sacaron a Cleveland triunfante, se ve que los demócratas airados empiezan a apaciguarse y a estar contentos.—De que conversa poco; de que consulta poco; de que se deja guiar poco; de que «cree que lo lleva todo en sí»; acusan esos demócratas mohínos a Cleveland.

a. Errata en LN: «los».

b. Errata en LN: «porqué».

Pero así es siempre: al honrado le llaman orgulloso. La dignidad es tenida por soberbia. Hay en la humanidad un deseo sordo de abatir a los que no se abaten.

Ni esta causa de conciliación, ni la moderación que impone el triunfo, que trueca en gente provecia y sesuda a la más moza y levantisca, favorecen ahora a los republicanos. Ciertamente que tienen grandísimo empeño en la derrota de los demócratas, que sería considerada como una censura del partido a las intenciones reformadoras en cuya virtud vino al poder, y como un estruendosísimo fracaso. Ciertamente que entienden que en esta campaña les da la Presidencia, y a cuanto nervio tienen le están dando cita para que la campaña sea campal y honrosa. Pero no se ve modo de que las facciones de los republicanos concuerden en un candidato aceptable a todas ellas; ni aquellos republicanos puritanos que votaron por Cleveland están aún descontentos de él y desearían de volver a su partido; ni los mismos demócratas que ayudaron flojamente en la elección presidencial o la traicionaron, en la esperanza de que Cleveland fuese derrotado, tienen ya hoy contra él el encono que todavía conservan, capitaneados por dos rivales que se abominan, los bandos en que los republicanos se dividen; el de los *Stalwarts* o «Mejores» que quiere gobierno recio en casa, y expansión del

territorio, pero por manera franca y arrogante y con manos limpias; y el de los «Mestizos», que en sí tenía un elemento honrado de reforma que inició Garfield, y hubiera acaso evitado el advenimiento de los demócratas; mas Blaine lo lleva ahora tras de sí, y lo desacreditó con sus empresas y métodos impuros, mientras estuvo en la Secretaría de Estado, siendo tal el enojo entre los «Mestizos» y los «Mejores», que estos, sin alharaca, tienen determinado no votar en pro de su propio partido, como en castigo de haber sido desdeñados por él cuando Garfield, y en la Convención que eligió a Blaine sobre Edmunds; y para ver si de este modo, reconociendo los «Mestizos» que sin los «Mejores» no pueden ganar batallas, resuelven hacer penitencia, y venir a pedirles por merced el apoyo que una vez desafiaron. Cuando el Secretario Folger,<sup>a</sup> que murió del pesar como Greebey, fue propuesto por los «Mestizos» como candidato al Gobierno del Estado, en la elección que hizo Gobernador a Cleveland, los «Mejores», con el soberbio Conkling<sup>b</sup> a la cabeza, se cruzaron de brazos; y, por la más subida mayoría que vieron jamás elecciones, por más de 200 000 votos, Cleveland fue electo. Cuando Cleveland contendió por la Presidencia, se cruzaron de brazos los «Mejores», y vieron impasibles, mas,<sup>c</sup> vieron contentos, cómo los demócratas vencían a Blaine.

Ese voto negativo de los «Mejores» fue tan eficaz para el triunfo de Cleveland como el voto positivo de los republicanos independientes. Es formidable en política el no hacer.

Esta situación de los republicanos ha venido a agravarse con el escandaloso descubrimiento de los fraudes perpetrados impunemente en la Aduana de Nueva York, servida hoy por políticos de oficio y gentezuela laboriosa en las faenas de partido. Los comerciantes americanos se han puesto a una, a bien que ya lo estaban, del lado del Gobierno. Los comerciantes extranjeros se ven sorprendidos y murmuran. ¿Quién creyera que en la Aduana de Nueva York, en la primera Aduana de los Estados Unidos, se hayan estado cometiendo por años enteros, los mismos abusos que han hecho famosa a la Aduana de la Isla de Cuba, los mismos que los americanos echan en cara a México? Esto no sorprende, sin embargo, sino a quien no observa: porque no hay pecado latino, que acá no haya, y con creces; pero hay en cambio virtudes y sistemas que no tenemos nosotros, nacidos ¡ay! de padres que no fueron puritanos!

No nos falta la condición, no, sino la ocasión, la constitución social, el medio ambiente.

a. En LN: «Fólger».

b. En LN: «Conklin».

c. Con acento en LN.

Sacudirnos todo lo que nos queda de polvo viejo: abrir los brazos, y tenerlos siempre abiertos; dar al que llega un arado, y un pedazo de tierra, y ayudarle a hacer la casa, y respetársela; crear medios honestos de vida para las inteligencias calientes, ambiciosas y desocupadas; sacar de la literatura escolástica, la educación pública que hoy se basa en ella, y arraigarla en las ciencias y artes prácticas, para que no le falte al hombre trabajo útil que lo dignifique, ni aquella savia pura falte a rama alguna de vida; decisión en masa de los hombres honrados para levantar en sus espaldas este edificio del continente nuestro, fundado sobre serpientes, y echarle base nueva, sin lo que vendrá abajo, desapercibido y beñado, como una nube que pasó, con el seno repleto de gente alborotada, por el cielo humano: tal nos falta, y nada más:—virtudes de condición, y no de esencia: de acomodación, de lugar, de atmósfera; pero en nosotros mismos tenemos la impaciencia y previsión del espíritu futuro, la mano ágil, la mente viva, el corazón caluroso, el caballo de cañas finas en la llanura, y en las sienes.

Desbasar, y rebasar. De raíz venimos mal; y tenemos que sacarnos la raíz, y ponernos otra.

Los abuelos nos pudrieron; pero el aire puro de nuestras tierras nos ha oreado. El alimento que hemos tomado por

las ramas combate, y expele, al que nos viene de la raíz. Con nuestra clase fina cultísima, y nuestras clases bajas rudísimas, somos como un libro de Barbey d'Aurevilly<sup>265</sup> en manos del hombre fresco de la selva. Tenemos cabeza de Sócrates, y pies de indio, pies de llama, pies de puma y jaguar, pies de bestia nueva. El sol nos anda en las venas. Nuestro problema es nuestro, y no podemos conformar sus soluciones a las de los problemas de nadie. Somos pueblo original: un pueblo, desde los yaquis hasta los patagones.

Como la cabeza socrática no gusta de abatirse, ni sabe cómo, ni puede, tenemos, si no<sup>a</sup> queremos morir de mal de cabeza, que ponernos cuerpo en relación a la cabeza. Somos el producto de todas las civilizaciones humanas, puesto a vivir, con malestar y náuseas consiguientes, en una civilización rudimentaria, el choque es enorme; y nuestra tarea es equilibrar los elementos. La literatura debe afinarnos y entretenernos, no ser nuestra ocupación favorita y exclusiva: nuestra ocupación favorita ha de ser el estudio, ihondo y de prisa! de nuestras condiciones peculiares de vida.

Decíamos que en la Aduana de Nueva York se han descubierto grandes fraudes. La Aduana tiene sus avaluadores, y los derechos de ciertos artículos se pagan sobre el avalúo, —que suele tener en cuenta como base el precio que las mer-

caderías traen en factura. Alegan los comerciantes americanos, con visos de certeza, que el fraude en su mayor parte era tramado y beneficiado por los mercaderes extranjeros. Ya fuese que los fabricantes de Europa estableciesen aquí casas sucursales para la venta de sus géneros; ya en las casas de europeos aquí abiertas se pudiesen de acuerdo con los manufactureros de allende, ello es que las facturas traían siempre un precio inverosímil por lo bajo, menor con mucho que el costo mismo de producción de los artículos: los avaluadores de la Aduana, cómplices todos entre sí y cohechados, avaluaban sobre los precios de factura; como de este modo venían a ser muy reducidos los derechos y resultaba que los comerciantes que declarasen el valor real del artículo y pagasen derechos sobre él, habían de venderlo a un precio mucho mayor que el que en virtud del fraude pedían sus competidores; cuando no era, además, que los encargados del avalúo, como para intinar a los comerciantes la necesidad de un arreglo, fijasen a las mercaderías de los importadores honrados, un valor caprichoso, que hacía que los derechos fueran aún mayores. La Aduana toda está andando en puntillas. El Ministro de Hacienda, que es político agudo, no pudo hallar

a. Errata en LN: «sino».



mejor ocasión para sacar a luz estos malos secretos de los empleados republicanos que ahora que el voto de la ciudad, no muy fiel a los demócratas, importa tanto para ganar<sup>a</sup> las elecciones de otoño.—«¡No en balde, dice un comerciante neoyorquino, ha hecho ese alemán pelirrojo en cuatro años una fortuna igual a la que me ha costado a mí veinticinco hacer!»<sup>b</sup> Pero el alemán pelirrojo<sup>c</sup> dice que también el americano rubio, entiende de preparar facturas.

¿Qué<sup>d</sup> espíritu perdurará en la civilización norteamericana: el puritano, la afirmación más sesuda y trascendental del derecho humano, o el cartaginés de conquista y el mercenario de lucro que la contemplación del enorme poder nacional, el aislamiento de la vida de los individuos, y la acesión incesante de inmigrantes desamorados fomenta?

¡Bien que agita esta duda, aunque a la llamada, a los briosos descendientes que aún quedan de aquella raza de hombres que huyó con la libertad por sobre los mares, y vino a ponerla en una tierra inmaculada que mereciese recibirla! Los descendientes y amigos del espíritu de aquellos peregrinos, reunidos en una sociedad que llaman de la Nueva Inglaterra, acordaron que en el Parque Central se levantara, en una estatua magnífica de bronce, la figura de uno de aquellos do-

madores de la selva, fortalezas del derecho, hombres celestes, en imagen del puñado de ansiosos evangelistas a cuyo paso de bota cuadrada se alzó por el cielo la libertad como un sol que ilumina día y noche la tierra, grande como el espacio que en lo más ancho del Continente va del Atlántico al Pacífico, y afluyeron los hombres redimidos, y pulularon las ciudades como arenas.

Ya se ostenta en el Parque Central *El Peregrino*, a provocar en los que contemplan la admiración por aquellos hombres que fundaron el reinado de la razón sin desenfreno, el del derecho propio sin desconocimiento del de los demás, el del examen libre, como decoro de la mente, sin asolar, cual vientos envidiosos, la esperanza y la poesía.

De allí se ve el muelle de Leyden, con sus tablas comidas; el barquichuelo en que venían, con tanta mano al cielo; la roca de Plymouth, altar natural digno de las rodillas de los hombres. Contra la razón augusta, nada. Sobre el deber de dar empleo a las fuerzas que puso en la mente la naturaleza, nada. Ni rey sobre el derecho político, ni rey sobre la conciencia. Por encima del hombre, sólo el cielo. Allí está desafiando a los que entregan en curatela su inteligencia, y la ponen como una culpa, trémulos y traidores, a los pies de los que envilecen y contienen la naturaleza humana; allí está, inexpugnable

como Wickliffe, firme como John Hampden,<sup>266</sup> profundo como Milton,<sup>267</sup>—la mano a la escopeta, boca en tierra; al cinto la canana; sobre la túnica de estameña la blusa de cuero; por encima de la media de costuras la bota a la rodilla; la cabeza, cubierta, que ante Dios nada más se destocaba. Y todo él, batallador y altivo, como si la escopeta fuera a levantarse y a vomitar fuego sobre los que abdican el ejercicio de su inteligencia, y se sacan el juicio de las sienes, y en las gradas de un dueño deshonorados, lo ponen temblando. Allí está, y lo descubrieron con fiestas y músicas, el hombre de bronce.

Y pocos días antes, cerca de donde la estatua se alza ahora, con sus manos escuálidas saludaba a los regimientos que cruzaron ante él con la cabeza descubierta, como el valor honrado y la muerte lo merecen, el General Grant, que lentamente acaba.

Era el día de las flores y de los muertos; un lindo día de mayo. De rosas están llenos los héroes en las plazas; las ventanillas, de pabellones; las calles,

a. En LN en cursiva: «ganar».

b. Errata en LN: «i».

c. Errata en LN: «el alemán pelirrojo rojo».

d. Ilegible en el microfilme desde aquí hasta «accesión incesante». Se sigue lección de OC, t. 10, p. 262.



desde por la mañanita, de anchos carros repletos de mace-tas. Por todas las esquinas des-sembocan, resplandecientes y orgullosos, los regimientos de milicia, y los soldados de la guerra: aquellos, peripuestos, de casaquilla gris y pantalón muy blanco, con un jefe muy bien montado, y con pomposa música;-y los soldados de la guerra, sin brazo el uno, sin pierna el otro, otro sin los dos brazos, vestidos de paño azul, con unos vivos de oro, y sus propios hijos tocando los tambores, y las banderas rotas!

Se juntan en procesión. Cleveland ha venido de Wash-ington a verla, y lleva en el ojal una rosa roja, la rosa roja que los habitantes de Gales sembra-ban en la tumba de los que habían obrado bien y merecido

el cariño de su patria. Decenas de miles van en la procesión. Van a los cementerios, con sus carros floridos, a vaciarlos sobre las sepulturas de sus compañe-ros muertos en la guerra.

Nadie está triste: hay como una sobrenatural alegría, hasta en las ancianas mismas, vestidi-tas de negro, que en los carros del ferrocarril elevado van con el primer sol al cementerio, y llevan sobre la falda su maceta de flores.

Las calles, henchidas. El tambor mayor, icómo levanta, que parece que va a perderse por el cielo, su bastón de cabe-za de plata que se sube por el aire como una saeta, y cae en sus manos derecho y obedien-te, y vuelve a subir, entre los aplausos de la muchedumbre! Un buen viejón, de cabeza muy

blanca icómo cojea y cómo lo vitorea la gente, que cual bravo le vio pelear en la guerra, y después, en veinte años, jamás le ha visto faltar a una parada!

¡Cómo se quitan todos los sombreros cuando pasan, con sus banderas despedazadas, las mangas vacías! Y un desterrado que anda por allí cerca icómo llora! Luego que se acabó la procesión, como ya Grant se muere, fueron a decirle adiós, y desfilaron silenciosamente bajo sus ventanas.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
24 de julio de 1885

[Mf. en CEM]

## 85

## Cartas de Martí

En verano.-Política, religión, tribunales y literatura.-Un libro de Vining sobre Hwin Shang, el primer descubridor de América.-Cosas americanas.-El periodista Stanton y su tiempo.-Los periódicos antaño.-Los campamentos de milicianos en junio.-Congresos.-Los indios inquietos.-Cómo los trataban los agentes del gobierno.-Los cheyenes.-Gobierno admirable de los cheroqueses.-El sufragio, la escuela y la propiedad entre los cheroqueses.

Nueva York,  
julio 6 de 1885

Señor Director de  
*La Nación*

ESTÁ LA MESA llena de los diarios del mes. Es mes ocupado; pero no en cosas mayores: en regatas, en partidos de pelotas, en carreras de caballos, en exámenes de colegios, en simulacros y ejercicios militares, en congresos de sacerdotes y de músicos, en preparar el viaje a Europa, a aplaudir a la esposa del ministro inglés Churchill, que es americana y acaba de dirigir y ganar la elección de su marido al Parlamento; o a Nueva London, a ver las regatas entre los remadores de la Universidad de Har-

vard y los de la de Yale;<sup>a</sup> o a Long Branch, a festejar abundantemente a los marinos franceses que han traído a Nueva York la estatua de la Libertad; o a Saratoga,<sup>b</sup> que es cada año lugar de certamen y exhibición de las hermosas; o a Peekskill donde a la sombra de las pestañas de las lindas niñas, acampan, so pretexto de ejercicios militares, los soldados elegantes del 7º regimiento, que son de lo granadito de Nueva York, y muy mimados y regalados por las damas; o a Richfield Springs, donde veranea la gente sensata o a las montañas de Catskill,<sup>c</sup> a rusticar en paz, y echar afuera, enfrente de la hermosura y grandeza naturales, los miasmas de alma y cuerpo que echa en ellos todo un año de vida en la ciudad.

En política, Cleveland no ceja, y va por donde iba, conciliándose cuando puede las voluntades de los politicians y arrollándolos cuando la honestidad del servicio público lo ha menester; ciego estará quien no vea que, aunque los desengañados le ladran, el país lo aprueba.

En religión, antes de viajar por Canadá en velocípedos, -icincuenta<sup>d</sup> clérigos van a dar este verano la vuelta al Canadá en velocípedos, en calzón corto, camisa de franela y casquetín de paño!,-antes de salir, con los dineros que suelen regalarles sus corporaciones, a veranear por California, donde hay valles que hacen pensar en el Señor, o por Europa, de donde vuelven con asuntos nuevos para sus teatrales sermones de invierno, recogen los clérigos en pláticas eminentes sus doctrinas del año; y a manera de la lluvia de estrellas con que rematan<sup>e</sup> las funciones de fuegos de artificio, acaban con brillantes discursos,

a. Errata en LN: «Yabe».

b. Parcialmente ilegible el microfilme. Se sigue la lección de OC, t. 10, p. 267.

c. Errata en LN: «Casthill».

d. Se añade signo de admiración.

e. Errata en LN: «remetan».

que sintetizan su enseñanza pasada y prolongan la futura, el curso de pláticas anuales, colección casi siempre de estudio sobre los sucesos y problemas del día, matizados con versículos bíblicos y unas tantas invocaciones al Señor.

En tribunales, Iseult Dudley, la que disparó su revólver sobre el feniano O'Donovan Rossa, ha sido absuelta, con escasa persecución del fiscal, so pretexto, que de pretexto no pasa, de que es lunática: y dos millonarios han ido a la Penitenciaría.

En literatura, no hay casa que no se tenga prometido leer el libro de la hermana del Presidente, que apenas salga learemos también nosotros acá en *La Nación*: ni hay veterano que no se haya suscrito a las memorias de Grant, de las que ya murmuran que no las ha escrito él, sino el talentoso de la casa, el viejo y letrado general Adam Budeau, que es Píldes de este Orestes que se muere;<sup>268</sup> rodeado de sus hijos, en una casa de campo. Así también se dice de las memorias del general Páez,<sup>269</sup> quien manejó mejor la lanza que la pluma—la lanza a cuyos botes huía, con sus entrañas de tigre, Monteverde!—y contó sus recuerdos, para que los escribiese, al cubano Mantilla.<sup>270</sup>

Otro libro hay notable de los publicados en este mes. *Un Colón sin gloria* se llama el libro nuevo de Vining,<sup>271</sup> a quien los americanistas acusan de romanesco y novador, como al abate Brasseur;<sup>272</sup> quien solía dar por

cierto lo que le parecía y se llevó de Guatemala, lo cual no ha hecho Vining, riquezas de librería antigua que generosamente pusieron en sus manos los guatemaltecos.

Todavía anda sin publicar una obra en diez tomos sobre la antigua Centroamérica, del alemán Behrend, donde dicen que se ven, bien traducidos, aquellos títulos de propiedad indígenas, que eran la historia de cada casa, y tanticos en coloreada imaginaria que no parecen documentos de dominio, sino mantos de plata luciente, revestidos de piedras preciosas, colas de aves del paraíso, segmentos de arcos iris.

Edward P. Vining, con mejores fundamentos que el abate Brasseur para muchas de sus teorías, mantiene en un recio octavo de 700 páginas, que otros colones hubo que no fueron el genovés, y el primero de ellos el monje budista<sup>a</sup> Hwin Shan, quien con otros monjes de Buda, salió de Afganistán, y entró por el estrecho de Behring en América, de donde volvió después de sendos años, contando maravillas del industrioso pueblo que habitaba la tierra de Tu-Sang,<sup>b</sup> cuyas señales de tal manera coinciden, según el manuscrito de Hwin, con lo que por entonces era México,<sup>c</sup> que ni del viaje del monje budista se puede dudar, ni de que los Tusang-ecos eran los mismos mexicanos «que tenían unos relucientes espejos de piedra, y unos tejidos muy semejantes a la seda, y unas plantas de que hacían de

beber y sacaban cuerdas, y una manera de escribir con pinturas que ya contenía los principios de un alfabeto de sonidos, y unas ovejas muy crecidas, con grandísimos cuernos», que eran en todo como las ovejas, de cuernos tales que cada uno pesaba cincuenta libras, y Coronado cuenta haber visto por cerca de Chibola.

Como en México hay todavía la tradición de la visita de Hwin Shang, en que se cuenta que llegó por el Pacífico, y traía barba larga, y todo el cuerpo cubierto de extraños vestidos, con los que anduvo respetado y enseñando su religión por varias comarcas de México, la crítica no toma a fantasía el libro de Vining, sino que lo juzga muy puesto en razón; y parece que ya se ve salir vivo, de detrás de los anuncios que dicen en los cristales de las librerías *An Inglorious Columbus*, a aquel que vino a América, y no esclavizó, ni mató, ni trajo a gente de matar, sino que enseñó y amó, y se volvió a Asia sin más almirantazgo que su conciencia satisfecha, ni más trofeos que sus honradas barbas.

Y en literatura de periódicos, los periodistas de Nueva York se reunieron en el salón de lectura del club de la Prensa, a oír cómo su presidente, Olmos Cunnings, en un discurso, que comienza con la mismísima frondosa imagen con que

a. En LN, siempre: «budhista».

b. En LN: «Tu-Lay».

c. En LN, siempre: «Méjico».

empiezan las notas de Castelar sobre Víctor Hugo,<sup>273</sup> saluda al más anciano de los periodistas neoyorquinos, fuerte también como la encina, y ni atemorizado por el trueno, ni deslumbrado por el rayo. Fue de los que vio venir como si todos los soldados de la tierra se hubiesen juntado en una llanura, a los suntuosos rebeldes del sur, sobre el norte, indefenso, y embrazó la pluma, la pluma sagrada, que pone la resolución en el ánimo de los héroes, y fortalece y corona a los soldados.

Henry B. Stanton<sup>274</sup> se llama el periodista octogenario: y ientre qué gentes le tocó vivir, y cuánta fortuna es vivir en tiempos grandes, y cuánta desdicha ser grande en tiempos pequeños! Lincoln, Horacio Greeley, Federico Douglass;—tales, y todos como ellos, fueron los hombres de su tiempo. Cuando Stanton ensayaba la pluma que había de ser famosa, Erastus Brooks,<sup>275</sup> celebrado hombre de prensa, estaba de mancebo en una pulpería; Federico Douglass, el esclavo orador, recogía semillas en una hacienda del sur; y Lincoln ganaba seis pesos al mes manejando una balsa de transporte en el río Ohio. Y icómo han andado los hombres, de entonces a ahora!

Hoy, seis horas después de que el corresponsal<sup>a</sup> del *Herald* se inocula en el brazo el virus colérico del bravo valenciano Ferrán,<sup>276</sup> por todos los Estados Unidos se publica, con tan minuciosos detalles, que la fanta-

sía de los quesos de Zola, o la de las ropas blancas, los enviará: y entonces, aunque en pro y en contra se apasionaba aquí la gente con los sucesos de Napoleón, tardaron sesenta y cinco días en tener noticia de su derrota en Waterloo. Y los correos que repartían los periódicos por los campos servían a los periódicos a la vez de correos y de cronistas. «De<sup>b</sup> 120 diarios —dijo Stanton esa noche— que he visto fundar en esta ciudad de Nueva York en lo que llevo de vida, sólo han perdurado seis: veinticinco millones de pesos he visto gastar estérilmente en aquellos». Y Erastus Brooks recordó lo que le dijo al tomarlo a su servicio, su señor el pulpero, con cuyo consejo le ha ido después muy bien en el periodismo: «Erastus, aquí tengo trabajo para ti: échale agua al ron, moja el tabaco, ponle arena al azúcar, y enseguida, a rezar a la iglesia.»

«¿Qué más—añadió Erastus—se necesita para ser un buen periodista!»

Son de ver los campamentos del mes de junio. Allí van como si fuesen de guerra, los regimientos de milicianos de ciudades mayores y menores; allí se ensayan en las artes del buen marchar y el mal dormir, y las durezas de la guerra; allí, si llueve, con el fusil al hombro lo tienen de sufrir: y si el sol quema, de quemarse han, como si les pareciese bien, con el fusil al hombro. Los milicianos, que en

las ciudades tienen suntuosos cuarteles, allí viven cosa de una semana en tiendas de campaña; de comer, rancho; de beber, leche y agua de soda; de vestir, el uniforme; de dormir, el catre-cillo de campamento, y con la mano sobre el arma, y la cabeza en la gorra, porque a lo mejor suena el clarín, en lo más fresco de la madrugada, y el que no esté a tiempo en fila, como el que falta a cualquiera otro deber del soldado, paga su pena, que suele no ser floja, como el año pasado, en que por haber faltado al respeto a una fornida moza de la vecindad, un sargentín de muy lindos bigotes, y mayores dineros, fue degradado ante las filas, y expulsado a redoble de tambor de su regimiento.

Todo el día lo pasan en aprestos y ensayos de guerra; en marchas; en guardia; en avanzadas; en simulacros de encuentros. Suelen ir a verlos, en carruajes de fiesta, grandes partidas de damas, que aquende, como allende, gustan de los vestidos coloreados y de las armas relumbrantes; y luego que la temporada de ejercicios termina, bien que se baila, y se entregan de veras los soldados de afición a las amenidades socia-

a. Desde aquí hasta «el de infringirla», tres párrafos adelante, no aparece en el microfilme. Se sigue la lección de *OC*, t. 10, pp. 270-271.

b. Se añaden las comillas a esta frase.



les: por cada rama, que estas juntas y bailes son casi siempre en lugares frondosos,—asoma, tendido el arco y aguzada la flecha, un amorcillo: y de noche, aun cuando la disciplina lo prohíbe, y suele seguir al pecado el arresto, so capa de que redactan un informe, o auxilian a un enfermo, o asisten a bien morir a un compañero que en su catre-cillo perece de risa, se reúnen los más amigos a jugar a las cartas y a otras cosas prohibidas. La disciplina engendra un deseo: el de infringirla.

Otras veces, no son los caballeros jóvenes de casas ricas, ni de los de modesta fortuna y sincero entusiasmo los que acampan en los grandes parques de las ciudades o a la sombra de bosques tupidos; sino gente hecha a las armas, o diestra en sus ejercicios, que viene desde los Estados más distantes a competir por premios de dinero, que las ciudades ricas allegan sin dificultad, para aquellas compañías que mejor marchen, o ataquen, o se defiendan,<sup>a</sup> o dirijan sus tiros. Se hacen procesiones verdaderas de estos milicianos lucrantes, que de ciudad en ciudad, so pretexto de campamento militar, van exhibiendo sus habilidades marciales, sobradas siempre de amigos, muy sobradas de amigos por desdicha, y repartiéndose buenamente los premios que ganan al paso.

Y como que, de abril a julio, cuanto elemento público, asociación o gremio hay en los Es-

tados Unidos se congrega en algún grato lugar a debatir sus intereses, no es extraño que al plegar sus tiendas, al son de los tambores y los pífanos, los soldados veraniegos, tropiecen con los músicos que van a una sala vecina a levantar la suya, los unos, los de la derecha, tras un cabecilla alborotoso de ojos salvinianos y mostacho negro, que pone por sobre su cabeza a Bellini; los otros, los de la izquierda, a grandes trancos, capitaneados por un luengo señor de corbata blanca, rala barbilla, y gafas de oro, levantando, a par que andan, los brazos al cielo, y alabando a Wagner.

Los sastres también han tenido su congreso este mes; y los albañiles y los zapateros.

Y los indios han tenido también su congreso: un congreso de guerra. Los cheyenes, que ya en 1878, cansados de padecer vejámenes a manos de los agentes del gobierno, se rebelaron y fueron causa de preocupaciones, gastos y guerra seria,—están descontentos. Entonces, tuvieron razón. Ahora, puede ser que la tengan. Entonces el gobierno los desatendió y los provocó a la guerra. Hoy, en cumplimiento de la promesa de mirar por los indios que en su discurso de inauguración hizo Cleveland, envía a un comisionado de paz, a inquirir sus razones de queja.

En 1878, ¿cómo no se habían de sublevar los cheyenes, si los agentes del gobierno en las reservas de indios, les ro-

baban, los esquilmaban, los sometían a trabajos inicuos, les negaban la medicina y el alimento? El Congreso vota de sobra dinero para atender bien a los indios sometidos; mas era uno de los bochornos públicos en tiempo de la administración republicana la repartición que los empleados del gobierno hacían en su favor de las sumas dispuestas al pago de los contratos del gobierno con los indios, en forma de escuelas, tierra cultivable, aprestos de cultivo, medicamentos y raciones, con que se compensaban las tierras cedidas de mal grado por las tribus.

A los cheyenes del norte, los sacaron de sus hogares, en la agencia de la Nube Roja, y los llevaron con los cheyenes del sur, al territorio indio. Al año, se huyeron, saqueando a su paso. ¿Cómo no, si morían uno sobre otro de malaria, y semanas enteras había en que no se les daba un medicamento; si en vano se quejaban de que les habían traído de sus hogares fríos y sanos, en que prosperaba su naturaleza, a una tierra ardiente y pestífera, donde se secaban los senos de las madres, y la piel no servía más que para dibujar los huesos de los pequeños; si el gobierno contrató con ellos pagarles por su tierra, entre otras cosas, con raciones, y los agentes se negaban a darles las raciones que eran suyas por contrato, y su

a. En LN: «defienden».

único recurso de alimento, a menos que no acabasen un trabajo rudo que no tenían obligación de hacer?

Se huyeron, y con no poco esfuerzo y muertes injustas, fueron acorralados en las tierras pestíferas, a ser mejor tratados, mas no tanto que ahora, en unión con otros indios que llegan a cinco mil, no den señales de una temible revuelta, que acaso evite el mensaje de buena voluntad que les lleva el comisionado del gobierno.

¡Y dicen ciertos caballeros de nariz canina, porque los ven infortunados y desnudos, y a veces, por culpas históricas que ahora se pagan, violentos y feroces, dicen que los indios son gente inferior, buena sola para envainar la espada o encajar la lanza! ¡Esa es la inmigración que mejor nos estaría acaso, o ayudaría mucho a la otra: nuestros propios indios! Acá, en los Estados Unidos no tanto, que son pocos: pero nosotros, ¿cómo podemos andar, historia adelante, con ese crimen a la espalda, con esa impedimenta? Lo que los indios son, o pueden ser, lo enseña el senador Ingalls, que ha vuelto del territorio de los cheroqueses, adonde fue en comisión del Senado, que quería saber la verdad en ciertas materias. Ingalls, que es uno de los senadores más renombrados por su elocuencia y juicio, viene maravillado de lo que ha visto en las tribus; ¡pues no tienen un gobierno democrático, con un jefe elegido por

sufragio, y su Senado y su Congreso, que cada año se juntan! Tienen sus tribunales, con jueces también electivos; tienen su sistema de penas, tan ordenado como el de los blancos; y no tienen leyes para cobrar las deudas, porque entre ellos no hay deudas.

¡Y escuelas! ¡Los cheroqueses tienen escuelas! ¡Cincuenta por ciento del dinero público de los cheroqueses es empleado en las escuelas! Dondequiera que hay trece niños reunidos, levantan una escuela, y la proveen del mejor maestro que hallan: y ha de ser bueno el maestro. La escuela tiene dos habitaciones, como las de Utatlán<sup>a</sup> de los cachiqueles<sup>b</sup> que a botes de lanza exterminó Alvarado:<sup>277</sup> una habitación es para las niñas, y para los niños otra: de las escuelas de Utatlán salían los niños indios en procesión, a aquel sol suave, con sus vestidos blancos: ¡salían cantando! Los edificios de escuelas de los cheroqueses son de apariencia noble, y el gobierno cheroqués no sólo paga los maestros, sino que viste y alimenta a los alumnos: y cuando estos completan la educación que puede darles la escuela india, como que en su territorio no quieren los cheroqueses a gente blanca, mandan a los estudiantes a los colegios famosos de los Estados Unidos, a Darmouth, a Yale. A los blancos, los quieren bien; pero de lejos: sobre todo, no quieren colonos blancos en sus tierras. Indios sí: cuantos vengan.

Y el senador Ingalls viene asombrado de la manera en que los cheroqueses, «con ventaja, dice, sobre cuanto pueblo civilizado conozco», tienen resuelto el problema de la distribución de la tierra.

Toda la tierra pertenece en común a la tribu; lo que no excluye la propiedad, ni el derecho de traspasarla según las leyes de la tribu; pues la tierra es del que la cultiva, eso sí, mientras la trabaje, porque en cuanto el propietario de la tierra no la trabaje, vuelve al común. Mientras la cultiva, es su propiedad absoluta. Cualquier cheroqués puede cultivar cuanto tierra le plazca, con tal de no llegar sino como hasta un cuarto de legua a distancia de los linderos del vecino. Con esto se impide la acumulación de vecinos en pequeñas comunidades, que a juicio de los cheroqueses favorece la holganza y sus vicios. Y con que la tierra vuelva al común tan pronto como su propietario no la cultive, se estorba que una misma mano llegue a poseer mucha tierra, y cuanto viene de eso. 70 000 habitantes tiene el país de los cheroqueses: no hay ni un mendigo.

José Martí

*La Nación*,  
Buenos Aires,  
20 de agosto de 1885

[Mf. en CEM]

a. En LN, siempre: «Utatlán».

b. En LN: «cachiques».

## 86

# Cartas de Martí

Dos millonarios en la penitenciaría.-Los secretarios de Cleveland.-La reforma adelanta.-Cómo nombró Cleveland al colector de la Aduana de Nueva York.-Ojeada en el trabajo interior del Partido Demócrata.-El Presidente doma a su partido.-Vicepresidente contra Presidente.-Nuestras tierras latinas.-Inquietudes en la América Central.-Lo que piensa hacer el gobierno de los Estados Unidos en la América Central.-Problemas de la América Central, en relación con los Estados Unidos.-Cómo gobernaba Barrios.-México y las repúblicas de Centroamérica.-Los Estados Unidos en Panamá.-Los Estados Unidos en México.-Intereses de los Estados Unidos.-México arregla su deuda y suspende los subsidios acordados a las compañías de ferrocarriles americanas.-Discusión de este asunto.-Habilidad y lealtad de México.

Nueva York,  
julio 6 de 1885

Señor Director de  
*La Nación*

**P**EUR QUE MENDIGO está ahora el que fue presidente de Banco, gamonal en Wall Street, este Lombard Street de Nueva York, y cómplice de Ward en los manejos inicuos de aquella firma, cuya historia se contó

en estas cartas, de que eran socios el general Grant y sus hijos. Sesenta y dos años tiene el infeliz presidente de Banco, el viejo dado a cosas de mozo, que con brutal crueldad retratan en los anuncios de una farsa que corre por los teatros con el nombre de «Nos, nosotros y compañía».

Ya se recordará que Fish era socio de la casa de Grant y Ward, a la vez que presidente del Banco de Marina, y como presiden-

te del banco prestaba sin garantías o con garantías simuladas, sumas enormes a la casa de Grant y Ward, por cuyo servicio, que trajo al fin la ruina del Banco con la quiebra de Grant y Ward, recibía de este sin escrúpulo sumas cuantiosas, fuera de toda relación con el capital que representaba en la firma. De todo género de abusos, ocultaciones y fraudes, fue acusado y convicto.

«Ahí están, decía a los crédulos directores del Banco, las seguridades sobre que en uso de mis facultades de presidente he prestado a Grant y Ward tal suma»: y los crédulos directores acataban: y las seguridades o eran menos y diferentes de las que él decía o eran un mazo de papeles en blanco.

Estas y aquellas condiciones exigía con razón el Banco a las casas a que prestaba las sumas confiadas a él, y al presidente exigía que las investigase bien y no prestase sin ellas: y Fish ponía toda la fortuna del Banco, toda la fortuna de centenares de depositantes, en manos de una casa que no reunía ninguna de estas condiciones, sino que por todos se había de sospechar que carecía de ellas. A Ward,



aún no se ha hallado manera de entablarle acusación: Fish, tiene ya puesto el vestido de listas del penitenciario.

Y otro millonario ha ido también por dos años a prisión. A la sombra de un contrato con el gobierno, que le habilitaba para introducir libres de derechos los cristales que convino en suministrar a los edificios públicos de Filadelfia, importó, sin pagar derechos, grandes valores en cristales destinados a su particular comercio. Se comprobó el fraude. A un hijo mayor de veintidós años, a quien mezcló el millonario en sus operaciones, por ser joven lo dejaron libre, con mil pesos de multa y una severa plática del juez: el millonario, está en la penitenciaría.

Persiguiendo abusos semejantes emplean a la callada lo más de su tiempo los secretarios de Hacienda, Interior,<sup>a</sup> y Guerra y Marina. Uno, suprime de un rasgo de pluma trescientos empleados inútiles. Otro, rechaza al contratista mimado por los republicanos, por violación probada del contrato, un buque de guerra de seiscientos mil pesos de valor, que los asesores de la Secretaría habían declarado ya en la administración anterior proyectado y construido conforme al convenio. Otro, ordena la suspensión de los trabajos en la oficina litográfica del gobierno, mantenida a gran costo, so pretexto de abaratar la obra de litografía que necesitan las publicaciones

oficiales, mas sin oficio real, a no ser el de producir un número excesivo de retratos de diputados y senadores sin derecho a ello.

Mucho trabajan los secretarios en eso, en ver que ningún republicano que disfruta de un empleo sea acusado por pura codicia de las faltas que pudieran hacérselo perder, y en sacar de sus puestos prontamente a los que de veras las hayan cometido, que son reemplazados entonces por demócratas puros.

Sorpresa como la que Cleveland dio a los políticos de oficio del Estado de Nueva York, ha habido pocas. El puesto de colector de la aduana de Nueva York es, con el de director de correos, el más apetecido de todos los del Estado, y por el que lo obtiene se juzga del carácter del gobierno que lo nombra, porque ha sido siempre un político de influjo en el bando cuyas simpatías desea el Ejecutivo conservar. Grande era la expectación desde hace meses.

Los demócratas viejos,<sup>b</sup> los que mantienen su derecho a los despojos de la victoria, volvían a amenazar al Presidente con privarle de sus votos si no agradaba con el puesto a un hombre de su bando.—¡Pues si lo agracia!, decían los republicanos benévolos, «su partido lo ha vencido y el reformador ha muerto».<sup>c</sup> «Si da la colecturía como la dirección de correos, a un republicano», decían los demócratas, «desdeña a sus parti-

darios, y permitiremos nuestra derrota en las elecciones de noviembre».—«Y si es demócrata el colector, ¿de qué clase de demócratas será? De los perseguidores de empleos, o de los que sirven a su partido con mejores fines: será el candidato de Tammany Hall, el cuartel de la gente irlandesa y la política de gula, o el de la democracia del Condado, donde los hábiles lo son en pro de los buenos principios y de los hombres honestos?»—«Personaje ha de ser; republicano o demócrata, sea de Tammany o del Condado».

Cleveland nombró por fin el colector. Era demócrata y no era personaje. No era el candidato de los perseguidores de empleos, sino el de los hombres honestos. Era un excelente hombre de negocios, de notable práctica en las operaciones aduaneras, de capacidad y honradez sumas, y punto menos que desconocido entre los políticos de oficio. El aplauso llegó al cielo: no de los demócratas famélicos, que, sin tener reproche que hacer al nombrado, se mordieron los labios. De manera que Cleveland no cede. Lo que ofreció, lo cumple.

a. Se añade coma.

b. Desde aquí hasta «este no vale para hacer», cuatro párrafos adelante, mutilado el microfilme. Se sigue la lección de OC, t. 10, pp. 278-279.

c. Se añade signo de admiración.



No ha venido, so capa de reforma, a continuar en provecho de su partido una política viciosa; sino que conocidos los vicios públicos, y elegido para extirparlos, reforma de veras.

¿Que los de Missouri piensan que el gobierno no satisfice bastante las aspiraciones de los demócratas a los puestos públicos? Pues Cleveland lo siente por Missouri, pero cree que todo hombre debe avergonzarse de confesar que sirve a un partido político por los provechos que le vengan de él. Y tras esta contestación, el senador que la provocó, no vuelve, y Missouri no pide más destinos.

La energía del Presidente va plegando la aparatosa de sus opositores que, aunque se sienten apoyados por el Vicepresidente Hendricks, notan que a este no vale para hacer triunfar sus doctrinas el andar de discursos por ferias y colegios apuntando que no le parece bien la política del Presidente.

Por cierto que si en nuestras tierras sucediese que un vicepresidente indicara en público su desaprobación de la conducta del gobierno, parecería esta natural manera de tentar la opinión y ejercer legítimo influjo, una exhibición lamentable de nuestro díscolo espíritu latino, y de ambicioso y traidor sería lo menos que se adjetivaría al vicepresidente. Pues acá se hace también y no parece mal.

Acá se hacen también muchas cosas que nosotros hace-

mos. Es que, en tanto que tenemos en empresas útiles modo apropiado de emplear nuestras inteligencias, estas, enfermizas de puro ociosas, de puro inactivas irritadas, con poco que ver fuera de sí, se vuelven contra sí, y como el alacrán, se hieren con su misma ponzoña. Siempre que se ve mucho, constante, y acaso únicamente un mismo objeto, el objeto llega a parecer deforme. Así nosotros: de puro mirarnos a nosotros mismos no nos conocemos.

Nuestras tierras son ahora, precisamente, motivo de preocupación para los Estados Unidos. México y la América Central los preocupan.

¿La América Central? ¡Quién sabe lo que será de la América Central! ¿México? ¡Quién sabe lo que será del bravo México! El *Sunday Herald* de Washington lo decía, por boca de un miembro del gobierno que tendrá más o menos que hacer con las miras del Presidente sobre la América Central—«Vale más que se sepa desde ahora»—ha dicho el miembro del gobierno, sin que los periódicos le hostiguen, ni lo duden,—«que aunque no se proyecta plan alguno de anexión, ni ha tomado aún el gobierno en consideración el establecimiento de guarniciones militares permanentes en la América Central, sea lo que quiera lo que las circunstancias demanden, eso será hecho. La política exterior de los Estados Unidos será a la vez guiada por los principios más

humanitarios, y en acuerdo con las necesidades de la civilización anglosajona.»

De esta manera ha hablado el miembro del gobierno, aludiendo a inquietudes próximas en la América del Centro, que en nada por cierto afectarían, ni de cerca ni de lejos, a los Estados Unidos, a quienes, con ser lo que son, no agrada la idea acá concebida, y simplemente absurda, de que México generoso, México sobrecargado de territorio frondosísimo, México con más problemas que modos de afrontarlos, México a quien toda habilidad y energía bastarán apenas para salvarse de los riesgos a que le expone la vecindad de un pueblo acometedor, que lo necesita y no lo ama, llegará a apoderarse, por artes de vecino fuerte, de las repúblicas de la América Central.

¿Dónde se vio león con dos cabezas, mirando con la una, todo azorado, al norte, y la otra en la cola, abierto para tragarse al sur?

¿Ni cómo asiría México, ahora ni en el cercano porvenir, un territorio tan vasto y escurridizo como el de la América Central, sobrado segura, por otra parte, contra semejante tentativa por el doble interés de los Estados Unidos, ya de que México no adquiera un territorio que pudiera llegar a ser base de una civilización hostil y formidable; ya de que las tierras vecinas del Istmo, caso de salir de sus dueños naturales, vengán a ellos?

Pues en Panamá, aunque con mesura y apariencias de servicio público, y orden de no hacer más que lo que fuere necesario—¿no ha ido la marina americana más allá de la mera protección de su bandera, puesto que ha impedido con la imposición y la amenaza de la fuerza los actos de uno de los partidos beligerantes en el país, y ayuda con esta actitud y con sus propios buques las operaciones de guerra de otro de estos partidos?

Pues ahora, ¿a qué vendrá la intervención americana en Centroamérica, fuera de aquella honrosa que quiere evitar sangre y se ha de limitar para no ser sospechada a buenos oficios, caso de que en Guatemala aspirase al poder, lo cual anda aún lejos un partido liberal, moderado, que quisiese rescatar el país de manos de los reaccionarios confusos que a la sombra de Barrios, aun después de muerto lo gobiernan, por haber estado en el poder, so nombre de liberal, cuando Barrios murió, en manos del partido embozadamente religioso, en aquel ensayo grosero de monarquía que el rudo instinto aconsejaba al Dictador, quien, aparentando que desdénaba la opinión, tenía el oído atento a ella, y no bien se le encrespaban los religiosos, daba de espaldas a los reformadores, y no bien había desacreditado a aquellos lo bastante para no haber de temerles por algún tiempo, se volvía hacia los reformadores,

que creían, o por su salvación o interés afectaban creer, que los impulsos liberalescos a que su odio a las clases altas movía a Barrios eran aquel tesón en el moldeo de caracteres, aquel fortalecer la dignidad con respetarla, aquel mirar sesudamente por la cordial unión de todos los elementos limpios, más o menos arrebatados en política, que son los medios únicos de asegurar en un país la práctica de la libertad?

¿A qué vendría la intervención americana, siquiera fuese igual a la de Panamá, como ya la anticipa el miembro del gobierno, caso de que Honduras, mal contenta con su jefe actual, deslucido por su incondicional sujeción a los proyectos de Barrios, volviese los ojos, aunque fuesen, como en todo pueblo imperfecto van, acompañados de las manos, a otro jefe de mayor peso y alcance, señalado hace dos años por su resistencia a coadyuvar a la tentativa armada del guatemalteco, de quien fue teniente este jefe, que redimió el haberlo sido con fatigarse a tiempo de serlo?

¿A qué vendría la intervención americana, caso de que el Salvador, que ve con malos ojos todo gobierno que le venga de Guatemala, volcase el que ahora tiene, que le ha venido de ella, incapaz de absorber al Salvador por la fuerza, pero capaz aún de gobernarla por medio de un salvadoreño que le prometa no serle hostil en cambio de su alianza?

Sólo estos problemas se abocan en Centroamérica: ¿en qué puede ninguno de ellos afectar a los Estados Unidos, sino en uno que otro ciudadano suyo, que andan allí en número mucho menor que los de cualquiera otra nacionalidad? Pero los pueblos no se forman para ahora, sino para mañana.

Los Estados Unidos se han palpado los hombros y se los han hallado anchos. Por violencia confesada, nada tomarán. Por violencia oculta, acaso. Por lo menos, se acercarán hacia todo aquello que desean. Al Istmo lo desean. A México, no lo quieren bien. Se disimulan a sí propios su mala voluntad, y quisieran convencerse de que no se la tienen; pero no lo quieren bien.

No parece que reconocen el derecho de México a hacer, sino que le permiten que haga. Apenas México afirma con un acto desembarazado, y siempre hábil y correcto, su personalidad de nación, acá se toma a ofensa y se ve el caso, no por el derecho de México a ponerlo a su interés, sino por el deber de México de no hacer cosa que no sea primeramente en el interés de los Estados Unidos.

Libremente, sin intervención alguna del gobierno de los Estados Unidos, y estipulando que en caso alguno que resultara de su convenio acudirían a él, contrataron con el gobierno de México, ciertas compañías ferrocarrileras norteamericanas la construcción de vías férreas en México, y de México a los

Estados Unidos, favorecidas con crecidos subsidios del gobierno de México.

El gobierno del presidente González,<sup>278</sup> calculando mal los ingresos futuros del erario, ofreció de gobierno a contratante particular, estos subsidios. Bien pudieron ver, como veía todo calculador juicioso, que México no había de poder, a los pocos años, pagar las subvenciones ofrecidas. El cuidado mismo que ponía en exigir que no se acudiese al gobierno de los Estados Unidos en caso de falta de pago lo indicaba. Escritores ilustres y periódicos famosos de los Estados Unidos lo advirtieron. Grant recomendó la empresa, estimulado por su amigo fidelísimo, el Ministro de México en Washington, Matías Romero, que ha hecho el objeto de su vida acercar esta tierra a la suya.

Deliberadamente, y como empresa privada, entraron las compañías en la empresa de construcción de los ferrocarriles. Los construyeron. Sucedió lo previsto. Hubiera sucedido aun sin los abusos que hicieron pública granjería del erario mexicano en el último tiempo de la presidencia de González.

Con estos abusos, sucedió más pronto. Advino Díaz<sup>279</sup> al gobierno; y halló a la nación en quiebra. Tenía<sup>a</sup> un déficit en el presupuesto anual. Tenía contra sí veinticinco millones de obligaciones legales. Ni cubrir su presupuesto podía, cuanto más pagar esa deuda enorme.

Tales eran las subvenciones ofrecidas que, de pagarlas, consumirían todas las entradas naturales. ¿De qué viviría el país? Acaso este no debió ofrecerlas: pero, ¿por qué, libres los contratantes para observar y prever, las aceptaron? Ni el ejército ni el servicio civil estaban pagados, ni podía seguirseles pagando en el número y suma que se les pagaba. Díaz, provisto de poderes amplios por el Congreso, afronta enérgicamente la situación desesperada: reduce los gastos del gobierno; suspende las subvenciones acordadas y aceptadas imprevisoramente durante el gobierno de González; unifica en una emisión de bonos por veinticinco millones a veinticinco años, al seis por ciento anual, los subsidios pendientes hasta la fecha de la unificación y otras obligaciones semejantes; refunde las deudas varias del país en una sola deuda con interés más bajo y uniforme, que será gradualmente de uno, dos y tres por ciento, en el primero, segundo y tercer año, hasta quedar en tres, por \$144 000 000, suma total aproximada de la deuda; y aunque importa tanto a México el apoyo de Inglaterra fundado en un derecho real, para sus conflictos futuros con los Estados Unidos, repudia valerosamente la deuda de la intervención y las que dieron pretexto a ella, aunque dos terceras partes de esta deuda están en manos de ingleses, acto de lealtad que debiera inspirar en los Es-

tados Unidos respeto profundo por la buena fe de México, que ni desconoce sus peligros, ni con admirable habilidad deja de precaverse contra ellos, ni cualesquiera que sean los motivos de la aparente cordialidad norteamericana, cesa de pagarlos con la más candorosa nobleza.

¿Pues qué camino le queda, tampoco, sino cerrar con exquisito cuidado todo camino de reclamación por el que ante el mundo que observa pudiera decorosamente entrarse una república por otra que la trata con tanta limpieza y gallardía?

Obra fina, y por todo punto magistral, están haciendo los mexicanos en sus relaciones con los Estados Unidos. Sobre hierros encendidos están andando; de todas partes oyen voces que debieran acalorarlos y cegarlos: no tropiezan. Acaso se salven.

Ahora, naturalmente, los tenedores de acciones de los ferrocarriles mexicanos claman. Las acciones han bajado de precio. Por años, la empresa es ruinosa. Mas la reforma mexicana ha empezado en casa; está conforme a la ley y necesidad; pudo y debió ser prevista por los que se expusieron libremente a ella: y si estos entraron a correr este riesgo, a pesar de

a. Desde aquí hasta «o acaso desearon», al final del penúltimo párrafo, ilegible el microfilme. Se sigue lección de OC, t. 8, pp. 100-101.

él, o tal vez por tener ocasión en él de cosas mayores, o porque este riesgo que se preveía pudiera dar a algún político ambicioso ocasión de conquista, merecido tienen por su deslealtad o su codicia el apuro que pudieron prever o acaso desearon.

Como cien millones de pesos emplearon los norteamer-

canos en ferrocarriles en México. A ciegos no pudo ser ni sin prever y estudiar sus consecuencias. Así queda, briosamente sentado en México, y en hora todavía oportuna, el problema de mayor interés que presenta acaso la política continental americana. Quien dude de nuestras tierras, para redimirse, para trabajar sus minas, para mejorar sus cien-

cias, para crear su arte, para crecer de sus mismos infortunios, para mantener la más difícil diplomacia, mire a México.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
21 de agosto de 1885

[Mf. en CEM]

87

## Cartas de Martí. Muerte de Grant

El lecho de muerte.-Preparativos para sus funerales.- Los diarios.-Las calles.-Disputa sobre el lugar de sepultura.-Se le entierra en Nueva York.-El monumento.-La tumba provisional.-Grant, en la guerra y después de ella.-El Este y el Oeste.- Los gitanos en Nueva York.-La magia de Nueva York.-Convulsiones de elaboración en el Oeste.- Los indios revueltos.-Los vaqueros traviesos.- Los ganaderos rebeldes.-Un sacerdote con pistolas.- El caolín.-Éxodo de húngaros.-¡A trabajar, los nobles!-Una ciudad en un mes.

Nueva York,  
agosto 3 de 1885

Señor Director de  
*La Nación*

**L**AS CALLES están vestidas de negro. Las veletas de los techos echan al aire sus

cintas de luto. Edificios de once pisos están cubiertos de casimir fúnebre. Todo Wall Street, la calle de la banca, parece un féretro. Poco menos que de pie sobre el aire cuelgan de paño sombrío los decoradores, columnas y balcones más altos que las torres de las iglesias.

Los carreteros han puesto sobre las sienes de sus caballos rosetas de duelo, los maquinistas han atado a la chimenea de sus máquinas sus cintas de tristeza, que, a par del humo oscuro, van oscilando al viento. La ciudad entera se viene preparando a ver pasar el sábado, con doscientos mil soldados y lo mejor de la nación tras él, el cadáver de Grant.

Murió el 23 de julio. Le rodeaba toda su familia, su criado fiel, sus médicos. Los nietecitos dormían en sus ropas blancas de sueño, en el cuarto que daba sobre su cabeza. La esposa le tenía de las dos manos, se las acariciaba, le apartaba los cabellos de la frente. Nadie lloraba.

a. Se añade «i».



De pronto, aspiró el aire, con ese movimiento de fuego fatuo con que lo aspiran por última vez los moribundos. Y murió como a las ocho y ocho minutos de la mañana, en Mount Gregor, a más de diez horas de Nueva York. A las ocho y once minutos, con el telegrama que anunciaba la hora del fallecimiento, salía a las calles, el *Evening Telegram*, que es el alcance al *Herald*. De entonces a hoy, y van ya diez días, ni diarios ni gentes hablan más que del funeral de Grant, a quien Nueva York ha acaparado para sí, con gran celo de Washington, que lo reclama como a héroe nacional; de Chicago, siempre celosa de Nueva York; de Galena, la humilde ciudad donde nació y padeció pobreza, y de donde salió a la guerra primero, después de cinco años de quehaceres penosos por asegurar el pan del día, y luego a la Presidencia de la República. En los lugares puros y apartados del campo se crían las grandes fuerzas.

Política, teatros, artes, todo parece en tregua desde hace diez días. Los detalles más menudos de la vida del general llenan, de la fecha al pie de imprenta, los periódicos: las casucas empinadas de los barrios más ruines, los puestos de frutas de los italianos, los sillones de los limpiabotas en las esquinas, todo se ha ido adornando con guirnaldas y coronas negras y retratos del muerto. En el gran Parque Nuevo lo van a enterrar,

más allá del Parque Central. Quienientos mil pesos quieren reunir para levantar sobre su tumba un mausoleo de granito y bronce. Fabrican provisionalmente, mientras se le levanta el palacio de granito, una bóveda recia, semejante en la forma a una ambulancia militar. Día y noche está en sus alrededores la policía arrollando gente, que va a millares a ver hacer la tumba, y a recoger como momento una esquirla de ladrillo, una pedrezuela, un puñado de tierra, una hoja de los árboles de las cercanías. El funeral adelanta, como una apoteosis. La ciudad de Nueva York ofreció a la familia de Grant, el lugar que ella eligiese para sepultar al jefe muerto, quien ya en vida había dicho que contaba a Nueva York entre las ciudades donde le sería agradable ser sepultado «porque el pueblo de Nueva York le había sido amigo en su necesidad»; y como el municipio concedió a la viuda el derecho de ser enterrada al lado de su marido, según este quiso, la familia prefirió a Nueva York, que con las más ostentosas celebraciones se prepara a agradecer el privilegio de abrigar en su suelo el cuerpo del que llevó de gloria en gloria, contra los rebeldes esclavistas, el ejército colosal de la Federación. A las veces, la sangre le llegaba, como en la batalla de dos días en Shiloh, hasta las cañoneras de las sillas, él, entre los labios el tabaco, el fieltro sobre los ojos imperturbables, avanzaba.

Si por la derecha le cortaban el paso, se iba por la izquierda; si por esta se lo cortaban volvía por la derecha. Caía, sin cólera, como una avalancha. A donde puso el ojo, puso la bandera.

Una capa nueva podría hacerse a la tierra con los soldados que perdió en una sola batalla; pero expulsó de sus cuarteles del oeste a los confederados; pero forzó el paso del Mississippi;<sup>a</sup> pero entró en Vicksburg inexpugnable; pero jamás tuvo que hacerse atrás; pero acorraló al ejército enemigo contra el manzanar donde se le rindió Lee. Y como tendió la mano a los vencidos, estos, los generales mismos a quienes echó de ciudades y atrincheramientos, han venido a sentarse a su cabecera y llevarán mañana las cintas de su fétetro en su entierro: ¿quién dijo que se habían acabado los poemas? Nueva York no quiere ver hoy en Grant, ni la nación agradecida quiere ver, ni en realidad quiso ver nunca, al hombre de armas en quien era vicio ya el mandar, abarcar y arremeter, al Presidente parcial y manejable, al político autocrático e inculto, cuyas faltas alcanzaron siempre a disimular el resplandor de su triunfo y el candor de su ignorancia. Las grandes personalidades son como cimientos en que se afirman los pueblos. Pueblo hay que cierra los ojos a

a. Errata en LN: «la».

b. Errata en LN: «de».

c. Errata en LN: «Mississippi».

los mayores pecados de sus grandes hombres, y necesitado de héroes para subsistir, los viste de sol, y los levanta por sobre su cabeza.

Cuantos errores pudo cometer hombre, en cosas públicas; muchos de los atentados que puede imaginar Presidente de un país libre contra el derecho de su país y el del ajeno, Grant, que tenía apetito de marcha, permitió e imaginó. Él miraba con ansia al Norte inglés; al Sur mexicano; al Este español; y sólo por el mar y la lejanía no miraba con ansia igual al Oeste asiático.

Mascaba fronteras cuando mascaba en silencio su tabaco. La silla de la Presidencia le parecía caballo de montar; la nación regimiento; el ciudadano recluta. Del adulador gustaba; del consejero honrado no. Tenía la modestia exterior, que encubre la falta de ella, y deslumbra a las masas, y engaña a los necios. Concebía la grandeza cesárea, y quería entrañablemente a su país, como un triunfador romano a su carro de oro. Tenía el rayo debajo del ojo; y no gozaba en ver erguido al hombre. Ni sabía mucho del hombre; sino de empujar y de absorber. Pero ahora no escribimos su vida. Ya nos asomaremos el sábado, los lectores de *La Nación* y nosotros, a verlo pasar, con la carta que su pobre mujer le hizo poner en el bolsillo del pantalón en que «se despidió de él hasta un mundo mejor»; ya veremos el sábado este suceso histórico, y en las paradas de la procesión

de doscientos mil soldados, hablabamos de aquel que sin pestañear ni cejar se fue derecho al triunfo, a la cabeza de un millón de hombres. Esta masa, no manejada antes nunca por el hombre, tuvo en las manos, que no le temblaron.

No era de los que se consumen en el amor de la humanidad, sino de los que se sientan sobre ella. Ha muerto noblemente, robándole a la muerte los días necesarios para escribir el libro que deja como único caudal a su mujer y a sus hijos. Antes de morir concibió y proclamó la hermosura de la paz. Fue leal. No fue cruel. Le esperan, en fila silenciosa, para acompañarlo a la tumba, los cañones envueltos en crespón, y las casas, las colosales de Nueva York, a la generala.

La ciudad no está triste; comienza a estar solemne. No se debe ahorrar a los pueblos los espectáculos grandiosos.

El Este se prepara a esta fiesta; el Este, que acata el derecho humano y es hoy sobre la tierra su mejor mampuesto. -Triste sí, uno se siente triste en Nueva York. Ver pasar unos infelices gitanos que el municipio cruel devuelve a Europa de donde acaban de venir; verlos pasar, los pequeñuelos con sus ojos de amor; los chalanos con su chaqueta alamarada; las mozas con sus pañuelos amarillos, entre los policías espaldudos que los llevan a oír su sentencia de embarque a la casa municipal; verlos pasar, como migajas

secas de la paleta de Pasini, del luminosísimo Pasini, destacándose de las paredes oscuras de estas casas cuadradas, alegra los ojos, con esa batalladora alegría que producen el color, la luz, el hombre libre y el caballo suelto. Triste sí, uno se siente triste en Nueva York; -pero firme también; se siente uno tan firme que cuando se aleja de estas playas, ien no siendo para las de la patria, donde la roca es dulce!, parece como que se aparta del goce digno de la libertad real, que se aleja de sí propio!

Mientras celebra a su héroe de guerra el Este culto, en el Oeste contienen a duras penas a los indios las tropas del general Sherman; las ciudades se arman, para defenderse de los huelguistas que las acometen; empresas de ganaderos intentan rebelarse contra el gobierno; y sostener por las armas su derecho a conservar en arrendamiento por precios mínimos tierras indias de pasto, que no pudieron alquilar de los indios sino por medio del gobierno; en un mes, donde no había ayer más que una escuela y una tienda de campaña, en Fern City se levanta, al cebo de un pozo de petróleo, una ciudad nueva que ya se procura municipio, jefe de policía y vigilantes, y tiene al aire sus fondas, y un periódico, y cuatro mesas permanentes de jugadores: a Fern City están mudando toda una ciudad vecina, cerca de la cual se secó un pozo de aceite. Las casas de dos pisos vienen por

los caminos: las apean, las remontan en Fern City. Los vaqueros traviesos, los gauchos del Oeste, detienen un tren; porque les dio gana de reír de los *cajetiyas*, y a cuanto caballero de ciudad va en el tren lo ponen-ayer mismo los pusieron-de cabeza en tierra con los pies al aire, y de dos tiros de bala le destaconan los zapatos. En Kansas City, un cura católico cayó en liviandad, y en el desamor de sus feligreses; ante los cuales, como que son gente de vestido de cuero y escopeta pronta, se presenta a decir misa, entre silbidos y befas, con sus ropas de sacerdote, y bajo ellas dos pistolas. Un marqués, que se fatigó de ser noble y ha alza-

do un gran rancho, no sin haber tendido de un balazo a más de un vaquero atrevido, halla en las cercanías de unos terraplenes recién descubiertos, una arcilla finísima, que dicen ser el caolín afamado de los chinos: ya el marqués levantó compañía, busca obreros en porcelana, y diseña una fábrica enorme.

Cansados, en tanto, por Filadelfia, unos veinte mil húngaros de trabajar a intervalos en industrias que por muchos años han de estar produciendo más de lo que de ellas se demanda, propónense emprender la marcha con otro noble a la cabeza, el Conde Esterhazy,<sup>280</sup> y dedicarse en masa, juntos los veinte

mil húngaros, a las labores que perduran, y en las que debe descansar toda riqueza, a las labores agrícolas: les da el gobierno cerca de la frontera del Canadá doscientos mil acres de tierra. La Hungría es vivaz y de ojos negros; y escogida en sus mejores lugares puesto que los tiene laxos y malos, no estaría mal en la América Latina. Una raza no crece bien sino con el allegamiento de materiales afines.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
20 de septiembre de 1885

[Mf. en CEM]

88

## El general Grant

Estudio de la formación, desarrollo e influjo de su carácter, y de los Estados Unidos en su tiempo.

Nueva York,  
agosto 12 de 1885

Señor Director de  
*La Nación*

Nació de pobres; de niño, gustó más de caballos que de libros y acarreo leña; en la

Escuela Militar se distinguió por buen jinete; llegó a Capitán en la guerra de México y, por no ser sobrio, le pidieron su renuncia; le alcanzaron los cuarenta años poniendo billares, curtiendo cueros y cobrando cuentas; cuatro años más tarde, era General en Jefe de un ejército activo de doscien-

tos cincuenta mil soldados que peleaban por la libertad del hombre; cuatro años después, presidía desordenadamente su República.

Luego viajó por el mundo, que lo hizo miembro de sus mejores ciudades y lo salió a recibir, guiado por sus presidentes y sus reyes; luego cayó en trampas de comercio, por el apetito vulgar de la fortuna; al fin ha muerto, ennoblecido por sus dolores, seguidos de cincuenta mil



soldados, los generales a quienes venció en batalla lo acompañaron a su tumba. Hombres de hechura nueva y de tiempos radiosos son estos que en veinte años aprenden a amar sin disimulo, al que frustró sus esperanzas, diezmó sus feudos y los venció en guerra! ¡Estos son hombres, los que no empeñan la vida de generaciones y la paz de su pueblo en vengar derrotas y rumiarse injurias!

Se pelea mientras hay por qué,<sup>a</sup> ya que puso la naturaleza la necesidad de justicia en unas almas, y en otras la de desconocerla y ofenderla. Mientras la justicia no esté conseguida, se pelea. Luego, sofocando con la superior fraternidad que da el contacto común con la muerte los recuerdos que expusieron a ella, se entregan en paz los hombres dignos de serlo a las faenas usuales de la vida, engrandecidos<sup>b</sup> por aquel caudal nacional que dejan a los pueblos las campañas en que se han probado las virtudes de sus hijos. Los bravos, olvidan. Se nota, después de las guerras, que los que olvidan menos, son los menos bravos; o los que pelearon sin justicia, y viven en el miedo de su victoria. Pueblos hay y gentes, de oro por fuera, que son una cueva de duendes insomnes por dentro. Sólo los pueblos pequeños perpetúan sus guerras civiles. Como bueno, caballo contra caballo, se dirimen las contiendas que arrebatada al dictamen de la razón la ferocidad del hombre: después,

como los federales en Washington luego que acabaron de vencer, como los confederados en Appomattox, luego de ser vencidos, los soldados se despiden de sus generales, y sin suspender sobre la patria las armas ociosas ni cobrar como mercenarios impuros con una soldada perenne el premio de haber cumplido con su deber, vuelven, enriquecidos con la grandeza propia y la de sus adversarios, a los quehaceres libres que mantienen en toda su fuerza y majestad al hombre.

Ulises Grant fue el que nació de pobres, en una casuca gacha de madera y tejas, allá en un rincón de Ohio: y de terciopelo y paño negro estaban colgadas las casas de mármol y los palacios de piedra cuando al doblar de todas las campanas de la nación, seguían su fétetro por las calles de Nueva York, Johnson, a quien su teniente Sherman desalojó de Atlanta; Buckner, a quien Grant mismo tomó diecisiete mil prisioneros en Fort Donelson, Fitzburg Lee, sobrino y soldado de aquel hombre brillante y piadoso que, por Grant sólo fue rendido: Culminan las montañas en picos y los pueblos en hombres. Veamos cómo se hace un gran capitán en un pueblo moderno.

Como de un pobre colono fue la casita de su nacimiento: de un piso, paredes de madera, techo de caballete; la chimenea en la cruz, la puerta entre dos ventanillas; de madera el cercado, monte atrás, en el patio,

follaje, un árbol en la puerta. Allí, en el cariño de su buena mujer, descansaba el padre de Grant de curtir cueros, cuando no contaba las hazañas de sus antepasados, que eran gente de Escocia brava y firme, o escribía con mano hecha al oficio un artículo de diario. De ocho generaciones americanas vino Grant, generaciones de campesinos y soldados. ¿Se acendran las cualidades de los padres al pasar por los hijos? ¿Serán los hombres nuevas representaciones de fuerzas espirituales que se condenan y acentúan? «¡Firme! firme!» rezan los motes del linaje de Grant, uno sobre una montaña que humea, otro sobre cuatro eminencias encendidas: «¡Firme, Craig Ellachie!» De Grant era todo un regimiento inglés en la India, que fue de los más bravos. Montaña encendida, regimiento, firmeza: todo eso se encuentra en Grant; y va con él, maceando, aplastando, arremolinando, tundiendo. En Chickahominy, cuando en un cuarto de hora acaba de perder once mil hombres, sin moverse de la silla, manda renovar el ataque. En Vicksburg, a una anciana que le da agua: «Aquí me estaré hasta tomar a Vicksburg, aunque tenga que esperar treinta años!» En Chattanooga, «¡arriba, arriba!» por la montaña, entre las nubes, por encima

a. Errata en LN: «porqué».

b. Coma en LN.



los caminos: las apean, las remontan en Fern City. Los vaqueros traviesos, los gauchos del Oeste, detienen un tren; porque les dio gana de reír de los *cajetiyas*, y a cuánto caballo de ciudad va en el tren lo ponen—ayer mismo los pusieron—de cabeza en tierra con los pies al aire, y de dos tiros de bala le destaconan los zapatos. En Kansas City, un cura católico cayó en liviandad, y en el desamor de sus feligreses; ante los cuales, como que son gente de vestido de cuero y escopeta pronta, se presenta a decir misa, entre silbidos y befas, con sus ropas de sacerdote, y bajo ellas dos pistolas. Un marqués, que se fatigó de ser noble y ha alza-

do un gran rancho, no sin haber tendido de un balazo a más de un vaquero atrevido, halla en las cercanías de unos terraplenes recién descubiertos, una arcilla finísima, que dicen ser el caolín afamado de los chinos: ya el marqués levantó compañía, busca obreros en porcelana, y diseña una fábrica enorme.

Cansados, en tanto, por Filadelfia, unos veinte mil húngaros de trabajar a intervalos en industrias que por muchos años han de estar produciendo más de lo que de ellas se demanda, propónense emprender la marcha con otro noble a la cabeza, el Conde Esterhazy,<sup>280</sup> y dedicarse en masa, juntos los veinte

mil húngaros, a las labores que perduran, y en las que debe descansar toda riqueza, a las labores agrícolas: les da el gobierno cerca de la frontera del Canadá doscientos mil acres de tierra. La Hungría es vivaz y de ojos negros; y escogida en sus mejores lugares puesto que los tiene laxos y malos, no estaría mal en la América Latina. Una raza no crece bien sino con el allegamiento de materiales afines.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
20 de septiembre de 1885

[Mf. en CEM]

88

## El general Grant

Estudio de la formación, desarrollo e influjo de su carácter, y de los Estados Unidos en su tiempo.

Nueva York,  
agosto 12 de 1885

Señor Director de  
*La Nación*

Nació de pobres; de niño, gustó más de caballos que de libros y acarreo leña; en la

Escuela Militar se distinguió por buen jinete; llegó a Capitán en la guerra de México y, por no ser sobrio, le pidieron su renuncia; le alcanzaron los cuarenta años poniendo billares, curtiendo cueros y cobrando cuentas; cuatro años más tarde, era General en Jefe de un ejército activo de doscien-

tos cincuenta mil soldados que peleaban por la libertad del hombre; cuatro años después, presidía desordenadamente su República.

Luego viajó por el mundo, que lo hizo miembro de sus mejores ciudades y lo salió a recibir, guiado por sus presidentes y sus reyes; luego cayó en trampas de comercio, por el apetito vulgar de la fortuna; al fin ha muerto, ennoblecido por sus doctores; seguidos de cincuenta mil

soldados, los generales a quienes venció en batalla lo acompañaron a su tumba. Hombres de hechura nueva y de tiempos radiosos son estos que en veinte años aprenden a amar sin disimulo, al que frustró sus esperanzas, diezmó sus feudos y los venció en guerra! ¡Estos son hombres, los que no empeñan la vida de generaciones y la paz de su pueblo en vengar derrotas y rumián injurias!

Se pelea mientras hay por qué,<sup>a</sup> ya que puso la naturaleza la necesidad de justicia en unas almas, y en otras la de desconocerla y ofenderla. Mientras la justicia no esté conseguida, se pelea. Luego, sofocando con la superior fraternidad que da el contacto común con la muerte los recuerdos que expusieron a ella, se entregan en paz los hombres dignos de serlo a las faenas usuales de la vida, engrandecidos<sup>b</sup> por aquel caudal nacional que dejan a los pueblos las campañas en que se han probado las virtudes de sus hijos. Los bravos, olvidan. Se nota, después de las guerras, que los que olvidan menos, son los menos bravos; o los que pelearon sin justicia, y viven en el miedo de su victoria. Pueblos hay y gentes, de oro por fuera, que son una cueva de duendes insomnes por dentro. Sólo los pueblos pequeños perpetúan sus guerras civiles.—Como bueno, caballo contra caballo, se dirimen las contiendas que arrebató al dictamen de la razón la ferocidad del hombre: después,

como los federales en Washington luego que acabaron de vencer, como los confederados en Appomattox, luego de ser vencidos, los soldados se despiden de sus generales, y sin suspender sobre la patria las armas ociosas ni cobrar como mercenarios impuros con una soldada perenne el premio de haber cumplido con su deber, vuelven, enriquecidos con la grandeza propia y la de sus adversarios, a los quehaceres libres que mantienen en toda su fuerza y majestad al hombre.

Ulises Grant fue el que nació de pobres, en una casuca gacha de madera y tejas, allá en un rincón de Ohio: y de terciopelo y paño negro estaban colgadas las casas de mármol y los palacios de piedra cuando al doblar de todas las campanas de la nación, seguían su féretro por las calles de Nueva York, Johnson, a quien su teniente Sherman desalojó de Atlanta; Buckner, a quien Grant mismo tomó diecisiete mil prisioneros en Fort Donelson, Fitzburg Lee, sobrino y soldado de aquel hombre brillante y piadoso que, por Grant sólo fue rendido:—Culminan las montañas en picos y los pueblos en hombres. Veamos cómo se hace un gran capitán en un pueblo moderno.

Como de un pobre colono fue la casita de su nacimiento: de un piso, paredes de madera, techo de caballete; la chimenea en la cruz, la puerta entre dos ventanillas; de madera el cerca-

follaje, un árbol en la puerta. Allí, en el cariño de su buena mujer, descansaba el padre de Grant de curtir cueros, cuando no contaba las hazañas de sus antepasados, que eran gente de Escocia brava y firme, o escribía con mano hecha al oficio un artículo de diario. De ocho generaciones americanas vino Grant, generaciones de campesinos y soldados. ¿Se encendrán las cualidades de los padres al pasar por los hijos? ¿Serán los hombres nuevas representaciones de fuerzas espirituales que se condenan y acentúan? «¡Firme! firme!» rezan los motes del linaje de Grant, uno sobre una montaña que humea, otro sobre cuatro eminencias encendidas: «¡Firme, Craig Ellachie!» De Grant era todo un regimiento inglés en la India, que fue de los más bravos. Montaña encendida, regimiento, firmeza: todo eso se encuentra en Grant; y va con él, maceando, aplastando, arremolinando, tundiendo. En Chickahominy, cuando en un cuarto de hora acaba de perder once mil hombres, sin moverse de la silla, manda renovar el ataque. En Vicksburg, a una anciana que le da agua: «Aquí me estaré hasta tomar a Vicksburg, aunque tenga que esperar treinta años!» En Chattanooga, «¡arriba, arriba!» por la montaña, entre las nubes, por encima

a. Errata en LN: «porqué».

b. Coma en LN.

caracteres: la queja es una proscripción del carácter. Aquel que es capaz de algo y muere sin que le haya llegado su hora, muera en calma, que en alguna parte le llegará. Y si no llega, bien está: ya es bastante grande el que es capaz de serlo.

No era Grant de carácter amigable, y si no<sup>a</sup> desdenaba los escasos cariños de que pudiese ser objeto, jamás cortejó, ni en lo más recio de sus pruebas, amistad alguna. En sí exploraba y vivía. Venía del campo, del campo siempre nuevo y original, y de sí mismo, con poca mezcla de lo general humano, en cuyas artes se sintió siempre como extraño y perseguido; ya abrumado, como un hombre a quien todo vence, ya rebelde, como aquel a quien azuza una voz superior. Huía Grant por eso, y por sus penosos recuerdos de su vida militar, que se exacerbaban con su candidatura frustrada al puesto de agrimensor, de los manejos políticos, harto complicados siempre, aun en los villorrios, para no<sup>b</sup> inspirar temor y un sentimiento<sup>c</sup> previo de derrota a los espíritus sencillos; mas por esto era, y no porque en sí le desagradasen, sino que, marcial de naturaleza, arremeter y arrebatar le era más fácil que cautivar y esperar, y carecía de aquella ductilidad y pleguez que en la vida política aseguran el éxito. A su naturaleza de dueño repugnaba esa angustiosa y continuada servidumbre con que se compra casi siempre la pro-

minencia política. Entrar en política sí le hubiera parecido bien: pero como se entra en una plaza enemiga: imponiendo condiciones. Por donde iba la política no lo distinguía él muy bien a veces; pero en su país, la política era la única forma del mando. A los demócratas estaba afiliado, porque era en aquel tiempo la democracia, el partido que al Estado en la Unión, y al hombre en el Estado, reconocía más derechos, y Grant fue siempre muy celoso de los suyos; mas en sus cuarenta años sólo en una elección había dado su voto, y en una República, un hombre que no vota es como en un ejército un soldado que deserta.

Acerca a los espíritus originales una incontestable simpatía. Mirando bien se observan dos especies de hombres en perpetua lucha; los que arrancan de la naturaleza, pujantes y genuinos, activos y solitarios, reconocidos y aclamados sólo en las grandes crisis, que necesitan de ellos; y los hombres amoldados a la convención, que ocultan su espíritu como un pecado, que defienden y contribuyen a lo establecido, que viven acomodados y dichosos, y en el movimiento social sólo son útiles como fuerza saludable de resistencia, en los casos en que un carácter natural, embriagado con el triunfo, se desvanece y afirma en demasía. Otro carácter natural vivía en Galena, el abogado Rawlins, un árbol de

virtud, todo hecho de valor y de justicia. Hablaba en explosiones. Sus pensamientos nacían y salían de él derechamente, como rayos de luz. Tenía la concisión y grandeza de la palabra apostólica, y la suprema elocuencia de la vida, ante la cual la de las academias, como coqueta embijada ante doncella de franca hermosura, se oscurece. Rawlins había vivido de hacer carbón hasta sus veintitrés años; Rawlins, que murió más tarde de secretario de la Guerra. Solo, se educó; solo, se hizo abogado; solo, impuso respeto a sus cofrades: se habituó a pensar y a obrar solo. Y solo podía pensar y obrar sin miedo, porque no le dominó más pasión que la de la justicia. Pero tenía aquella superior prudencia que, como nueva gala, engendra el sufrimiento prolongado en los hombres de verdadera fortaleza, dichosa cualidad que en el grupo de caracteres naturales distingue al desinteresado del egoísta. En el egoísta hay más personalidad, visible al menos, que en el desinteresado, pero sólo en el desinteresado hay verdadera grandeza. En Rawlins eran apreciables la palabra, la intuición, la firmeza, la honradez, el consejo. Aplastaba las intrigas como hubiera aplastado víboras. Una sinrazón

a. En LN: «sino».

b. Errata en LN: «parano».

c. Errata en LN: «sentimiento».

o un agravio no podía soportar, aunque se hiciesen a una tórtola. La verdad quería él que triunfase, aunque nadie llegara a saber que triunfaba por él. A este hombre, desde que vendía cueros se fue Grant acercando poco a poco; en sus defensas bebió luces; en su consejo superior encontró un dueño: de los labios de Rawlins salían acabadas y perfectas, las ideas que en su forma rudimentaria de instinto fatigaban el cerebro a Grant. Y juntos hablaban el abogado y el curtidor de cómo se venía encima la querella en el Sur, cuyo creciente atrevimiento, como a toda la Unión, tenía asombrada a la gente de Galena.

Los tiempos eran aquellos de la más noble cruzada que jamás vieron los hombres. De un mar a otro hervían los Estados del Norte: «No ha de haber más esclavos.»

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión; icómo crecen las ideas en la tierra! Una pobre hojilla era el *Liberator* en 1831, el primer vocero de la idea abolicionista: ya en 1840 había descompuesto los partidos enormes que contendían por el poder, y creado el de la libertad: el de los abolicionistas que querían el mantenimiento de la Unión, contra su mismo apóstol Garrison, que llamaba a la Unión, porque amparaba la esclavitud,<sup>a</sup> «contrato con el infierno y convenio con la muerte». Los 7 000 que en 1840 votaron por el partido de la

libertad, ya eran 62 500 cuatro años más tarde. En 1848, ya eran 300 000, ya pedían, congregando en una organización formidable a los antiesclavistas de todos los partidos, «la tierra libre para el pueblo libre». Ya en 1856 fueron 1 341 000; y en 1860 ya fueron la Presidencia de la República, fue Lincoln. ¿Dónde se vio mayor grandeza, más generoso<sup>b</sup> impulso, más llameante palabra, más desinteresado caudillaje, ni virtud más fecunda y batalladora? Por el apetito del cielo y el amor de la ventura batallaron en tiempos de guerra otros cruzados; pero estos de América conmovieron sus hogares seguros en una época próspera y pacífica para libertar a la raza más desventurada de la tierra. Ellos la bolsa, que cuesta; la palabra, que consume; la familia, que sujeta: la vida, que en una tierra libre y próspera enamora. El Sur, hecho a mandar, veía con cólera la resistencia del Norte a sus voluntades, y sonreía a la gente burda de los Estados libres, empujado sobre sus esclavos.

El Norte, lento como todos los fuertes, cauto como todos los trabajadores, miraba al principio con temor, y siempre con pena, el peligro de la ruptura que el Sur provocaba. No había paz desde 1831, desde el *Liberator*. Por todas maneras persiguió el Sur el periódico de Garrison: por la voz del Presidente Jackson pidió al Congreso la persecución de toda propaganda abolicionista.

El Sur pidió más tierras para criar la esclavitud: el Norte, obligado por la Constitución a reconocerla en los Estados que la tenían establecida, en la Constitución misma se apoyaba para resistir su institución en los nuevos Estados. Si un territorio entraba a ser Estado, el Sur lo clamaba para sí, para tener esclavos en él, y más votos en el Senado sobre el Norte; y el Norte, fatigado de aquella inhumanidad y de la arrogancia del Sur, clamaba como libre el Estado nuevo, inundado de merodeadores sudistas que en batallas campales o en asaltos nocturnos disputaban la tierra a los colonos abolicionistas. Cuando Wilmot<sup>c</sup> pide que los Estados que por la paz con México hayan de entrar en la Unión puedan a su voluntad no tener esclavos o tenerlos, el Sur, que los quiere esclavistas, se yergue<sup>d</sup> como herido en la médula; y a la afirmación enérgica del Norte, al partido del suelo libre, a la palabra de Wendell Phillips, opone tan atrevida resolución que cuando se trata de la incorporación de California como Estado libre propone por la voz de Calhoun<sup>d</sup> que se iguale por ley el poder político del Sur y del Norte. La palabra majestuosa

a. Se añade coma.

b. Errata en LN: «generosa».

c. En LN: «iergue».

d. Errata en LN: «Calham».



de Henry Clay obtiene, a fin de alejar el conflicto que ya en 1850 se avecina, el compromiso famoso en que, a trueque de que el Sur reconozca Estado libre a California y el distrito federal y facultad a Nuevo México y Utah de declararse libres o esclavistas, el Norte se obliga a ceder en una cuestión del territorio de Texas, y a devolver por una ley de fugitivos los esclavos prófugos del Sur. Este, hasta entonces siempre vencedor, se cree seguro. El Norte, avergonzado, fulmina sus censuras<sup>a</sup> contra la ley de esclavos prófugos; reúnen en Europa los enviados diplomáticos del partido del Sur para publicar proyectos de extensión del territorio esclavista; y en 1856, contra el partido republicano que nace con un millón y medio de votantes, para impedir la extensión de la esclavitud en los Estados libres y territorios, eligen Presidente a Buchanan, uno de los tres ministros esclavistas de Europa. Recoge el Norte el guante. Ya el Norte es un partido y el Sur otro. ¿Quién en el Norte entregará a un esclavo? Las legislaturas de los Estados libres dictan leyes que impiden los efectos de la de esclavos fugitivos. Renace el fuego de los mártires y los apóstoles. Cunde entre los apáticos el ardor de los generosos. John Brown se ofrece en sacrificio: y convierte la idea en acción. Del cadalso en que muere porque faltó a la ley escrita, un ejército surge, que pu-

lula buscando jefes y campo de batalla. Cuando las nuevas elecciones vienen, y el Partido Republicano, en una gloriosa arremetida, elige a Lincoln, sin un solo voto del Sur vencido, ya la guerra ominosa está en todas las bocas. La Legislatura de Carolina del Sur llama a Convención para discutir el derecho del Estado a separarse de la Unión; y ella y once Estados más se separan, y reunidos en Congreso, crean la Confederación de América y eligen Presidente a Jefferson Davis. Arsenales, aduanas, fuertes, todos los recursos y depósitos del Gobierno en el Sur caen, sin oposición, en manos de los confederados que al fin disparan sobre el fuerte Sumter. Un leñador está en la Casa Blanca—un curtidor de cueros está en Galena.

Oye Grant la noticia. «El Gobierno me educó para militar, dice, y todavía no le he pagado bien mi deuda». Rawlins, en un discurso ardoroso, disiente de su partido y mantiene la Unión, en cuya defensa entra a servir al punto. Lincoln ha llamado a las armas 75 000 voluntarios; y como en Galena no hay más militar que Grant, a él le dan a instruir, y a que lleve al Gobernador la compañía de Galeana. Apenas recordar cómo en aquellos días andaba el triste soldado de puerta en puerta pidiendo, como de limosna, un puesto que le niegan. Ese, que cinco años después llevaba cuatro ejércitos con pasos seguros

a la victoria, no pudo hallar al principio un puesto ruin en las armas de su patria. Lo pide al Ayudante General, que no le contesta. Lo pide dos veces a McClellan que lo conoce: en vano las dos veces. Lo hacen al fin, por carencia de instructores, coronel de un regimiento, al cual enseña y organiza de manera que cuando, merced a un representante del Estado que le fue siempre amigo, lo nombran Brigadier del Ejército, a nadie que lo ha visto en medio de sus soldados le sorprende. Rawlins, que erraba pocas veces, estaba ya a su lado, «preparándolo a vencer», de Secretario y ayudante. Rawlins, la sugestión disimulada, el consejo hábil y modesto, la prudencia que sofrena la palabra que pule. Y se vio entonces de nuevo el poder del hombre para crecer a nivel de sus dificultades.

Dieciséis mil hombres tenían por todo ejército los Estados Unidos cuando se declaró la guerra que cinco años después cerraba, al mando de Grant, con 1 000 516 soldados en servicio activo y 2 254 006 en reserva,—dieciséis mil hombres componían el ejército, esparcidos en lugares apartados de la Nación por el Ministro de la Guerra del Gobierno de Buchanan, para que no pudiesen impedir la organización armada

---

a. En LN: «censuras».

de la Confederación, que con tanta presteza como el Norte cubría su territorio de soldados. De voluntarios tuvo el Norte un ejército a los pocos días. A porfía organizaban tropas los Estados, las ciudades. De \$100 a \$400 daba el gobierno a cada voluntario. Al instante se reúnen 750 000; 42 000 enseguida; enseguida 300 000 más. En cuanto se refiera a los Estados Unidos, se ha de contar con esta pujanza súbita y oculta, que parece aún mayor en el momento en que se enseña, por la vacilación y recogimiento que la preceden, y suelen tomar los observadores ligeros por indiferencia, cuando no son más que el cuidado natural con que un pueblo maravillosamente próspero examina sus problemas antes de decidirse a una innovación que lo ponga en peligro. Tarda más en alzarse de tierra el elefante que el ciervo.

Al punto una ojeada basta para comprender la magnitud de la guerra. Un general se ríe de otro porque pide doscientos mil soldados para mantener un puesto en el Oeste; pero después,<sup>a</sup> en una sola campaña, en un invierno sólo, mueren cien mil federales entre el Rapidan y el James, que corren cercanos y casi parejos. No hay encuentro que no deje postrados millares de hombres. Shiloh, Gettysburg,<sup>b</sup> Antteta, Chattanooga, Wilderness,<sup>c</sup> Chickahominy, ¿cuál de ellos no vio, cuando menos, dos mil muertos?

Y cuando Grant avanzaba

sobre Lee, poderoso e impenetrable como una montaña que se mueve, los federales estuvieron muriendo de un mayo a un junio en un solo campo de operaciones, mil por día. ¡Adelante las columnas! ¡El pueblo que han<sup>d</sup> ayudado a fabricar todos los hombres, para todos los hombres ha de quedar libre! ¡Libres ha declarado a cuatro millones de esclavos el Presidente Lincoln, que «ofreció a Dios darles la libertad si permitía que los confederados fuesen expulsados de Marylandia», y han de rendirse, quebrados para siempre, los que se oponen a que cuatro millones de hombres sean libres!

No hay añagazas políticas que les den semejanza de derecho. Las guerras deben verse desde las nubes. Bien está que medio millón de seres humanos muera para mantener seguro a los hombres su único hogar libre sobre el Universo. Allá, desde arriba, los hombres deben parecer, ondulando, fabricando, abrazándose cuerpo a cuerpo, hasta para guerrear, como esos bulbos vivos, henchidos de gusanos invisibles, que en grandes masas pugnan con movimientos incesantes y torpes por romper las raíces de los árboles que acaso en ellos mismos se convierten en una forma más libre y animada de la vida. Son como un puño cerrado que viene pujando por salir de lo hondo de la tierra. ¿Quién no entrevé en la magnitud de los pesares que acarrea el estado

rudimentario de la especie humana, la claridad dichosa que la aguarda, después de su acendramiento y paso doloroso por los mundos?<sup>e</sup> ¡Qué paz para equilibrar este comienzo! Arrebata el pensar en esa suprema dicha: ¡a cuán pocos es dado vislumbrarla, satisfechos de su pequeña máquina, desde su cáscara de huesos!

La guerra está encendida; el Sur se echa sobre el Norte; tiene lista la costa meridional; a treinta leguas de Washington, capital de la Unión, unge a Richmond capital de los confederados.

Domina todo el Sudeste por el Potomac y el James; por el lado del Oeste, sube y ocupa el Mississippi, y los puestos donde se le une el Ohio, enriquecido a poca distancia con el Tennessee y el Cumberland. Tiene la victoria quien tiene los ríos. Los ríos son las venas de la guerra. Con ellos va todo el territorio que ellos bañan. Cerrando a los federales el Mississippi, ni los confederados podrán ser envueltos en sus Estados, por el mar de una parte y el río de otra; ni los Estados rebeldes del Este serán separados de los del Oeste que quieren para sí; para criaderos de esclavos! ¿Cómo dan agua los ríos a semejantes

a. Se añade coma.

b. Errata en LN: «Gettysburg».

c. Errata en LN: «Wilderness».

d. En LN: «ha».

e. Se añade signo de interrogación.

hombres?—Asegurando las bocas del Ohio y del Tennessee y el Cumberland que afluyen en él, se aseguran los Estados centrales, que en la guerra vinieron a ser como los límites norte y oeste de las batallas. En la boca del Ohio sobre el Mississippi, confluyen como los radios a un centro, Illinois, Missouri, Tennessee, Kentucky. Quien tiene al Tennessee, tiene abierto el camino por sus aguas hasta el corazón del Estado rebelde de Alabama. Quien tiene al Cumberland, tiene a Tennessee y Kentucky; Galena está en Illinois, que remata por el sur en la boca del Ohio. Manda la tropa de aquella comarca Grant de Calena! Los confederados se han subido hasta allí, para cerrar el paso a los avances de los federales y ampliar hacia el norte, con espacio para la defensa, el territorio que cruza su red de ferrocarriles, indispensable para el transporte de sus hombres y provisiones. De Mississippi, de Alabama, de Georgia, de la Carolina del Sur, de Virginia, todos los ferrocarriles van a confluir en Chattanooga, sobre el Tennessee.<sup>b</sup> Fortifican, pues, los confederados los ríos. Se encierran dentro de un baluarte de río y mar.

Por el Mississippi cubren su oeste: su norte con el Ohio, el Tennessee y el Cumberland;<sup>c</sup> con el Atlántico, su este; su sur con el Golfo de México.

Vicksburg defiende de los federales al Mississippi—Fort Henry defiende al Tennessee;

Fort Donelson defiende al Cumberland. Por el este, Charleston ampara la costa; y New Orleans por el sur. En la guerra no es necesario ocupar todos los puntos, sino los principales. En el interior, el Potomac y el James, cuajadas las orillas de tiendas de campaña, defienden a Richmond.—La guerra, pues, consistirá desde el principio en la disputa y toma de los ríos; las ciudades del mar importan menos. Los ejércitos tomarán su nombre de los ríos. Los caminos están marcados. Si por el mar hay que tomar a New Orleans y a Charleston, por tierra hay que tomar a Fort Henry y a Fort Donelson, para dominar el Tennessee y bajar por él hasta Alabama; hay que tomar a Vicksburg para ocuparn el Mississippi y dividir en dos la Confederación; hay que cruzar el Potomac y el James para tomar a Richmond.

Allí los laboriosos planes, la estupefacción de los ejércitos del Norte, la sorpresa y celos entre sus generales. Al genio, sólo no sorprende lo imprevisto, porque lo imprevisto es su dominio natural. No ven que ésta es una guerra de tamaño y número, que sólo puede vencerse con el tamaño y con el número. Hay uno que lo ve; pero no lo dice todavía; hay uno a quien un hombre inspirado y enérgico aconseja. No se trata de vencer a un enemigo científico, sino denodado. Denuevo vence a denuedo. El Sur se viene encima; no hay tiempo

para preparar un ejército perfecto. Los ejércitos perfectos no se improvisan. El Sur arremete con sus masas brillantes y desordenadas: hay que salirle al paso, si se puede, con masas mayores. Si el Norte se detiene a prepararse, el Sur se preparará también; y al cabo de la larga preparación quedarán siempre a la par, el Sur y el Norte. «Vencerá quien ataque primero», en Fort Donelson, donde lo dijo Grant como en toda la guerra, y por su parte, apenas tiene número suficiente de soldados para caer sobre el enemigo, mientras los generales académicos vayan por las cercanías del Potomac arrogante, entabando su valor con sus preocupaciones escolares, allá va Grant, con su sombrero de copa alta y su cigarro en los labios, «a atacar primero».

Paducah está en Kentucky sobre el Ohio, cerca del lugar donde se le junta el Tennessee; Cairo está en la confluencia del Ohio y el Mississippi y es la llave del Oeste. Ya los rebeldes merodean por el Estado leal de Kentucky. Grant tiene que tomar la boca del Ohio sobre el Mississippi, aun antes de caer sobre Fort Henry y asegurar el Tennessee, y sobre Fort Donelson, para asegurar el Cumberland. Ocupa a Paducah sin violencias. «No tengo nada que

a. En LN: «el».

b. Errata en LN: «Tennessee».

c. Errata en LN: «Cumbeland».



hacer», dice en su proclama, «con las opiniones, sino con los rebeldes armados y los que les ayuden y encubran». El buen juicio de Grant percibía siempre la utilidad y nobleza de los propósitos de Rawlins, y este envolvía en forma hermosa y memorable las inspiraciones confusas de su jefe.—Cae Grant sobre Cairo, que tiene 7 000 hombres, con 3 000 federales no más, aún indisciplinados y novicios. El enemigo le sale al encuentro: rudo acaba el día, y parece haber vencido; en aquella noche de espera «el corazón se me había subido a la garganta». El alba le reveló en camino al Cairo, abandonado por los confederados: «Nunca desde aquella vez vacilé en atacar al enemigo».

Grant manda ahora el distrito del Cairo; pero ya el caballo que le hirieron en Belmont está bueno y le «molestan» Fort Henry y Fort Donelson.—No entiendo su prisa el General del Departamento. Al fin da sobre Fort Henry que se rinde a la flotilla avanzada: y, dejando en él, dueño ya de la boca del Tennessee a 2 500 de sus hombres, marcha con los 15 000 que le restan contra Fort Donelson, que está entre dos arroyos que dan en el río, y desde su eminencia echa las balas lejos. Los rebeldes fingen caer sobre el centro de Grant, cuando en realidad se concentran sobre el ala más retirada de sus tropas. Concentrados los deja Grant, y por una altura vecina, se les

sube bombardeando sobre el fuerte que queda a su merced: y de jefe en jefe que lo abandona, viene al fin a manos de Buckner, que se le rinde: irenirse a discreción! es lo único que Grant acepta. «¡Allá voy sobre las defensas!» 15 000 prisioneros se entregan con Buckner, y el Cumberland es de Grant, de Grant la primera gran victoria de la guerra. Una u otra idea podía Grant tomar de los demás, y acaso el plan entero de una batalla, si lo creía bueno como el de Chattanooga,<sup>a</sup> del general Thomas, como el de la toma de Vicksburg, de su ayudante Rawlins, pero el acometimiento, el movimiento inesperado, el quite de un desastre, el juego original de sus tropas, la percepción instantánea de la oportunidad feliz, de nadie más que de sí las necesitó Grant nunca. ¿Vacilar? las rocas sobre que libraba la batalla vacilarían: él no. No era valor el suyo; sino «insensibilidad ante el peligro». Jamás le ocurrió que podía ser vencido. Detenido, sí, pero jamás vencido. El empuje despedaza las primeras filas enemigas; pero la tenacidad gana la batalla. Donde todo general se hubiese retirado, Grant resistía y vencía. Ya le tenían la mano sobre el cuello; ya no tenía dónde poner el pie el caballo, de tanto muerto en torno, ya lo acorralaban contra un río: él concentra sus fuerzas, fuma su cigarro, espera en calma el refuerzo que debe venir: recoge su gente al pie de sus cañones:

«¡Todavía los tengo de vencer!» dice y los vence.

Así fue en Shiloh, que dejó al Sur asombrado de aquel poder de resistencia, y al Norte aterrado de aquella hecatombe. A pesar de la victoria de Fort Donelson, el General del Departamento, hombre entero, le quitó el mando, «porque había vuelto» refiriéndose a su embriaguez «a sus antiguos hábitos».—Pero Rawlins lo desmiente; y le vuelven sus tropas. Los confederados no quieren que los refuerzos que vienen a Grant bajen con éste el Tennessee; poniendo en riesgo uno de sus ferrocarriles, y en hora en que él andaba lejos del campamento, y sus oficiales desprevenidos, caen sobre los del Norte, que acá resisten, allá mueren en montón, allá se desbandan y Shiloh fue «terrible!»; mas Grant había venido a tiempo, y con su serenidad y valor llegaron sin huir hasta la noche. Cañonea con los restos de su fuerza al enemigo que adelanta, preparando así la carga que proyecta apenas se le reúna el refuerzo, que viene a tiempo, y con cuyo auxilio dispersa a los confederados.—Pero su victoria espanta. A descuido, o a causa peor se atribuye la sorpresa. Su jefe desconfía de él; de Washington, donde no se buscó amigos, los generales de ciencia lo desdeñan, los que

---

a. Errata en LN: «Chattanooga».



presienten su fuerza le atacan. Es Washington durante toda la guerra un semillero de intrigas.

Se disfrazan de patriotismo los celos. Los incapaces se coaligan, para cerrar el paso a los afortunados. La patria ¿qué les duele? Lo que les duele es que les saque alguien ventaja. A los hombres les importa más, a los hombres que llegan con el deseo a donde no llegan con el mérito, o con la ambición a donde no les llega el patriotismo, les importa más quedar primero que salvar la patria. Así, con aquellos celos que se trajo de la guerra de México, se unieron en el ánimo de Grant estos reveses para abominar, conforme a justicia, los nombramientos de compadrazgo que paralizaban la guerra y la privaban de sus soldados mejores: así se fue acumulando en él aquel odio; hecho de desdén y miedo, a Washington, que atenuó Lincoln con su grandeza y su prudencia luego, más no pudo ni quiso Grant sacar de sí, el cual explica acaso aquella manera de conquistador, en que sus deseos personales iban mezclados a ciertos instintos rudos de honradez, hasta que con los goces de una autoridad excesiva que apenas su propio pueblo le tenía a mal, llegó a encaminarse con Washington de modo que en nadie en tanto grado como en él se personificaron sus peligros y sus vicios. Pero el amigo que le hizo brigadier, logró devolverle después de Shiloh sus tropas. Los ojos grises se le humede-

cían a veces en aquel tiempo, cuando se veía desatendido, y fuera acaso para siempre del camino de la victoria. Sufren mucho esos hombres que lo concentran todo en sí.

Pero encabezó su ejército, y ya no lo abandonó, sino a las puertas de Richmond vencido; adonde, con su natural magnanimidad, no quiso entrar como triunfador. Encabezó su ejército. El Tennessee ya lo tenía. Los generales del Potomac y el James vencían o eran vencidos, pero no los cruzaban. ¡Él no: él cruzaría hasta los ríos! ¡A Vicksburg ahora, que guarda el Mississippi!

Se ha hecho mal en esparcir en cuerpos pequeños, cuyos movimientos son expuestos y difíciles, un ejército que tiene que desalojar a un enemigo concentrado en posiciones formidables. El general que concentra, lleva ya la ventaja de forzar a su enemigo a darle batalla o a recibirla en el lugar que a él le plazca. No es lo mismo por cierto pelear donde el enemigo se ha preparado para resistir que donde tiene que acudir imprevista y precipitadamente. Esto quería Grant siempre: forzar al enemigo a dar batalla. En concentrar no hay peligro: también tiene que concentrar el enemigo, que no ha de irse a merodear cuando ve sus puntos vitales amenazados.

Sobre Vicksburg mueve Grant sus fuerzas, las que él lleva, las de Sherman, las que le vienen de Washington.

Va por tierra, y la caballería enemiga lo hace atrás. Baja por el río, ante la nación que espera en angustia el resultado de la marcha. Todo Vicksburg está rodeado de tierra anegadiza: ¿dónde poner el pie para atraer a batalla al enemigo? ¿dónde alojar las tropas que la marea alta no le suba a la rodilla? Un canal para doblar a Vicksburg por el Sur, no se pudo abrir.

El Norte se impacienta con lo dilatado de la empresa.

De Washington se habla de cambiar de jefe. «Dios lo bendiga», dice Lincoln a Charles Dana, el que hoy dirige el *Sun*<sup>a</sup> de Nueva York, cuando sale de Washington por en medio de los enemigos, pues no hay otro camino, a ver lo que sucede en Vicksburg. Llega. Ve que sucede lo que debía. Rawlins propone, pues nada más se puede hacer, correr las baterías de la plaza, río abajo. «¡Locura!» le dicen los demás jefes: al fin tiene que hacerse la locura. Baja el ejército el Mississippi, bajo los cañones de Vicksburg y de otro fuerte más al sur: la tropa desembarca. Corre a Jackson al este, donde hay un cuerpo fuerte de enemigos a quienes derrotan. Echan vencidas sobre Vicksburg a las fuerzas de la plaza que les salen al encuentro. La plaza sufre de hambre y se rinde.

El Mississippi queda abierto a los federales: 27 000 enemi-

a. Errata en LN: «Sund».

gos se le entregan y 120 cañones. Rojo se puso el cielo de los Estados todos del Norte, de tanta fogata que encendieron para celebrar la victoria. Y en aquel punto y hora se acercó a Lincoln una comisión de «caballeros cristianos» a inquirir si era cierto—¡oh puerilidad de los fanáticos! que Grant era dado a la bebida. «No lo sé yo en verdad»; les respondió Lincoln, peinándose la barba, «pero si lo es, bien quisiera yo saber dónde compra su brandy, para mandar un barril de él a cada uno de sus generales». Y se fueron mohínos los caballeros cristianos, en tanto que Grant volaba, hecho ya general de toda aquella comarca, a salvar a la tropa federal sitiada en Chattanooga: Chattanooga, eminencia apetecida en las orillas del Tennessee, que como en un puño recoge todos los ferrocarriles que mueven las fuerzas del Sur y llevan a los ejércitos de Virginia los granos y la carne de los valles; Chattanooga, donde el Sur cercena sin piedad a la gente federal del país, brava gente montañesa. Entre dos crestas preñadas de confederados que aguardan tranquilamente su caída está Chattanooga. Sólo el río queda a los federales para escapar, el río vigilado por sus enemigos. El camino de donde les vienen tropas y recursos está lleno de avanzadas de los confederados. Lookout Mountain y Missionary Ridge miran desde sus toques a Chattanooga, como dos

gigantes que miran a un niño. Grant llega de noche, bajo lluvia tremenda. A trechos va en brazos de sus soldados, porque está cojo de una caída de caballo. ¿Cómo contar aquellos gloriosos sucesos? Desde aquella roca mueve Grant sobre ella los diversos cuerpos de su ejército, sin descuidar un detalle, sin abandonar un lugar importante, sin dejar descubierto el camino que tiene Chattanooga a la espalda, sin alarmar al enemigo, que, con torpeza grande y seguro de rechazar a los asaltantes desde sus empinadas ciudadelas, sale a cerrar el paso a uno de los cuerpos que vienen sobre Chattanooga. El plan de Thomas va a ser realizado por los cuerpos que con acierto y previsión tales dirige Grant: de Thomas, que a una orden de Grant en que le dice: «Manténgase en Chattanooga de todos modos»—responde: «La mantendré hasta que muramos de hambre». El día viene, un día hermosísimo, que convida al triunfo. Pero la bruma envuelve la cumbre de la más elevada de las ciudadelas. Sin que lo sienta el enemigo, le han tomado los federales, cruzando el río en pontones más abajo de la montaña, unas colinas de donde arrancan sobre ella. Thomas sale de la ciudad, y arremete triunfante sobre una posición vecina. ¡Montaña arriba van los federales, a la bayoneta, que, al sol que resplandece, brilla como una serpiente de anillos de plata que adelanta

sobre el vientre a saltos! Suben con arrebato irresistible. Un cañonazo divide las filas como un relámpago las nubes: ciérranse las filas tras el cañonazo como las nubes tras el relámpago. Entran los asaltantes por la bruma de la cumbre, donde ya apenas se les ve desde abajo. Sobre sus cañones rematan a los despavoridos artilleros. Regimientos enteros se les rinden. Vuelven las piezas de la ciudadela sobre los confederados que escapan monte abajo. Y ganan «la batalla sobre las nubes». La otra altura queda, y a punta de bayoneta se la ganan. Está la pendiente llena de reductos, de atrincheramientos, de fosos, de cortinas. Rompen las filas pendiente arriba las tropas de Sherman. Destácanse sobre el cielo azul, por cien partes a la vez, las banderas de colores. Saltan como Alvarado. Salvan foso tras foso, trinchera sobre trinchera. A un tiempo mismo las asaltan todas. Missionary Ridge, tomado en su cresta misma, se rinde a los federales. Contaron los federales sus hombres perdidos en esta batalla: 7 000 eran los muertos.

Ya los ríos del Oeste están ganados: ahora, a los ríos del Este. El Congreso, ante la nación que aplaude, resucita en honor de Grant el puesto de teniente general, que sólo Washington tuvo en los Estados Unidos. Grant recibe de manos de Lincoln que, «en presencia de Dios» le promete ayudarlo

honradamente, el mando de todas las tropas de la Unión, esparcidas entonces, por el mal consejo de los generales en jefe anteriores, en cuerpos aislados que molestaban al enemigo y lo tenían a raya; pero no estaban en su campo, ni lo reducían a una comarca ceñida, ni interrumpían su sistema de comunicaciones, ni se interponían entre los diversos cuerpos de sus tropas, ni impedían que con unos mismos soldados defendiesen puestos diferentes, ni le quebraban aquella voluntad de acometer que tenía siempre indecisa la suerte de la Unión.

El Mississippi y el Tennessee estaban abiertos; pero el Potomac y el James estaban todavía llenos de tiendas confederadas: todavía Richmond se erguía a noventa millas de Washington todavía entre Washington y Richmond; movía sus 80 000 soldados invictos el general Lee; todavía al oeste cubriendo a Atlanta, y en ella el centro de ferrocarriles que movían los hombres y los recursos del Sur; mandaba Johnson su temible ejército; todavía nueve millones de hombres obedecían las leyes de Richmond, que defendían en un<sup>a</sup> área de 800 000 millas más de medio millón de soldados. A Virginia, como a un vértice, venían las avenidas de la guerra, y al oeste, alrededor de Georgia, que protegía a Atlanta. Llenos estaban los campos intermedios de mero-deadores sudistas y de columnas sueltas que los perseguían.

Grant no vuelve al Oeste, como Sherman le pide «por el amor de Dios», no vaya a ser que los intrigantes de Washington le hagan perder su fama. No se detiene en Washington, donde no está el enemigo, y teme que lo derroten «los de casa». No: sale a dar de beber a su caballo en el Potomac y en el James. El ejército de Lee en el Potomac no ha sido nunca vencido: va a vencerlo. No más expediciones sueltas; no más temporadas de descanso, en que se repone el enemigo, y ayuda a los negros de las haciendas a sembrar en verano las provisiones del próximo invierno; no más ataques inútiles a poblaciones, ni a Richmond siquiera. Es necesario «quebrar de una vez el poder militar del Sur»; perseguirlo; concentrarlo; acorralarlo; extenuarlo; aturdirlo. Es necesario caer en masa, de todas partes a la vez, sobre los cuerpos de su ejército aún famoso por su valor y por su número; marchar incesantemente contra ellos, en todas estaciones; tenerlo constantemente amenazado en todas partes, para que luego de defenderse en un lugar, no vaya a proteger con las mismas fuerzas otro. Ni un día sin batalla; ni un día sin un paso adelante. Contra el núcleo confederado de Georgia, avance Sherman, pero de modo que cuando venza siga a reunirse con el núcleo del este sobre Lee. Contra Lee en el este, un cuerpo que se le eche encima por el norte, y otro

que le cierra el paso por el sur. Ya lo tiene Grant todo en su mano, y bien lo hizo entender y respetar del secretario de la Guerra antes de salir de Washington. ¡Contra Lee, pues, de todas partes, dejando siempre protegido a Washington en la marcha sobre Richmond!—«Voy a reducirlo, a cerrarle todos los pasos; a anonadarlo a golpes repetidos; a caer incesantemente sobre él como un martillo». Y así va sobre Lee, de mayo de un año a junio de otro, con sus ciento treinta mil hombres: sentado en un leño, da al comenzar la primera batalla, la orden de que se pongan en marcha todos los cuerpos del ejército; y en lo más recio de la pelea del Wilderness, en que los generales, desconcertados en medio de un bosque desconocido, pierden 2 261 muertos y 8 785 heridos, noticias llegan de todos los generales de las divisiones: ¡ha comenzado la marcha que lleva de triunfo en triunfo a Sherman hasta el mar, y a Grant al pie de Richmond! Jamás un hombre movió, como Grant entonces, tamaño ejército. Ya Rawlins no estaba a su lado, y el brillo de los ataques de Grant era menor; mas no su orden, no su paciencia incontrastable, no su capacidad para dictar cada noche desde su tienda, no siempre victoriosa, la orden del día siguiente para cuatro cuerpos de ejército diversos.

---

a. En LN: «una».



Grant no pelea contra Lee como general que proyecta, sino como mole que avanza. Lee podrá salirle al paso, como le sale, cada vez que intente forzarle el camino. No piensa Grant cosa que Lee no le adivine. Y cuando cree haberlo burlado, a Lee tiene delante; pero cada vez más abatido. ¡Oh, aquella guerra no tiene precedente! ¿Qué manera es aquélla de hacer la guerra? Lo que se propone Grant hacer, lo hace. Una vez, diez veces, las fuerzas entusiastas y valientes de Lee se lo impiden; pero él tuerce la brida a su caballo, y un poco más abajo del río tienta otra vez, sin volver los ojos sobre los cincuenta mil muertos que en<sup>a</sup> poco más de un mes deja tras sí: y, al fin, «lo que quiso hacer, lo hace».

Toda la campaña de Grant contra Lee en el Potomac, que acabó la guerra, es eso. Adelante, adelante: no batallas que brillan, sino golpes que aturden. Hoy un río y mañana otro; una trinchera hoy y otra mañana. Lee se va retirando sobre Richmond, protegido<sup>b</sup> por los atrincheramientos improvisados que dondequiera que acampa levanta; pero ¿cómo<sup>c</sup> el Sur, descorazonado ya y desparovido, cercado por todas partes, caída ya Atlanta en manos de Sherman, tomados o amenazados de cerca los cuatro ferrocarriles que paran en Richmond, podrá dar a su jefe, que no quiere derramar sangre inútil, aquellos centenares de miles de hombres robustos y fres-

cos que el Norte, determinado como Grant, a acabar de una vez, le manda sin tasa? Ya está Grant sobre Pittsburg, que cubre a Richmond. Ha perdido,<sup>d</sup> es verdad, cien mil hombres muertos en menos de un año, pero las líneas de Lee están tan mermadas, que «apenas le bastan para centinelas». Cae sobre las últimas fortalezas de los confederados cerca de Pittsburg, para rendir a Lee antes de que pueda reunírsele Johnson que vuelve derrotado con el ejército de Georgia. Una salida quiso Lee hacer sobre Washington para sacudirse el sitio que le sofoca; y Sheridan, que duerme siempre vestido con un plano en la mano, vuela a caballo donde sus tropas están ya vencidas: «No es nada! No es nada!» le dice a un soldado que acaba de recibir una bala en el cerebro; y el muerto: «No, mi general: no es nada» y anda. Vuelve atrás derrotada la caballería de Lee;<sup>e</sup> Five Forks es la última batalla, y estaba Jefferson Davis oyendo el servicio en una iglesia de Richmond cuando recibió de Lee la nueva de que aquella noche debían ser evacuados Richmond y Pittsburg. Y días después, el 9 de abril, iba Lee tristemente a la cabeza de sus generales, a dejar en manos de Grant, que lo trató como un amigo, la espada, victoriosa tantas veces, en que no quiso Grant poner las manos. Artes de guerra no quiso Grant, ni parece en verdad que en ataques que requieran

concepción y brillo tuviese muchos; pero no iba él a «hacer la guerra de libro», sino a ahorrar gente; a acabar pronto, a exterminar el poder militar del Sur. Carnicero le decían: porque veía morir decenas de miles de soldados sin retirarse de sus posiciones: a lo que él alegaba que con prolongar la campaña por esos miramientos se perderían al fin más hombres. Vio que, dejando caer su fuerza enorme sobre el enemigo debilitado podía extinguirlo; y la dejó caer. ¿El objeto de la guerra es pelear brillantemente, o vencer al enemigo? Él era de instrucción pobre, escaso en la inventiva, en la concepción lento; pero vio el gran hecho, las grandes<sup>f</sup> líneas de la masa; las causas de la fuerza del enemigo, las novedades que exigía una guerra nunca vista, y la exterminó conforme a ellas, sin más objeto que entregar a la Unión al rebelde para siempre abatido, sin que jamás manchase su triunfo un acto de inclémencia o injusticia. Parecía él en Appomattox, y no Lee, el vencido, por lo modesto del traje y la apostura, y por lo humilde del habla y la expresión. Ajustó la paz como había con-

a. En LN: «en un».

b. En LN: «protegiendo».

c. Se añade signo de interrogación.

d. Se añade coma.

e. Coma en LN.

f. Se añade «el».

g. En LN, errata: «granas».



ducido la guerra, sin entusiasmo y sin ira. Él entreveía lo que había hecho; pero en su arrogancia, no desenvuelta todavía, sólo vio entonces que «hizo lo que se había propuesto hacer».

Verdad que en el principio de la guerra tuvo de consejero a Rawlins, que para él meditaba, abatía intrigas; disponía planes de conducta y refería batallas; verdad que, ya por buen consejo de Rawlins o por el propio, se rodeó, no bien tuvo el ejército en sus manos, de hombres de carácter natural como el suyo, que a la intriga debían poco, y la abominaban; y se reunían en él por el respeto a sus méritos y su odio a ella; verdad que tuvo en Washington a Lincoln,<sup>a</sup> carácter más que otro alguno nacido de la Naturaleza, a quien «le gustaba el hombre», por lo que se puso siempre entre él y los generales celosos y gente de política, que sin su influjo, sin mirar por la patria, le hubiesen sacado del mando;<sup>b</sup> verdad que tuvo detrás de sí, supliendo sus filas con una abundancia y determinación análogas al tamaño de la lucha, un pueblo de su mismo origen y tendencias, que en aquel hombre que adelantaba y arrollaba reconocía con placer su propio espíritu; verdad que como apuntan sus más benévolos biógrafos, mucho hizo la fortuna por aquel que no siempre previó cuanto debía, ni ahorró la sangre que debió ahorrar, ni dejó de reparar nunca sus omisiones y torpezas con el triun-

fo, a costa a veces de horrendos sacrificios. Pero mirando en aquella asombrosa guerra, con el superior sentido que el íntimo conocimiento de ella crea, nada sobrenatural se nota en ella, sino<sup>c</sup> una de las expresiones humanas más espontáneas y completas, la más completa y artística acaso, con el gran arte de las cosas universales, de cuantas hasta hoy conoce el hombre; por cuanto estuvieren en ella en perfecta analogía, desenvueltos pujantemente al calor de una libertad ilimitada, los elementos del acto con sus agentes y sus métodos. Los hechos legítimamente históricos, son tales que, cada uno en sí, a más de reflejar en toda la naturaleza humana, refleja especialmente los caracteres de la época y la nación en que se produce; y dejan de ser fecundos, y aun grandiosos, en cuanto se apartan de su nación y de su época.

Ni hombres ni hechos derivan grandeza permanente sino de su asimilación con una época o con una nación.

En su determinación cauta y prudente; en la súbita y pasmosa creación de sus ejércitos; en el carácter de hecho que distingue a los que en ellos llegaron a señalarse, tanto por él como por su falta de carácter de ciencia; en la manera, desordenada primero, como científica apenas y ciega y brutal luego de mover la guerra;<sup>d</sup> en la magnanimidad misma de su caudillo durante lo más ardiente de la pelea y en

la hora de la más cruenta victoria, ni un punto cesó de haber analogía absoluta, que oscureció todas las tentativas y elementos exóticos o innaturales, entre la manera de formación,<sup>e</sup> el espíritu y los métodos del Norte, y la manera de formación, el espíritu y los métodos de la guerra. País súbito, de costumbres mercantiles y tolerantes, y de colosal tamaño, produjo naturalmente una guerra súbita, en que el conflicto creado más por un propósito humanitario que por el desagrado de política interior que influyó en él, vino a verse y terminarse como una mera cuestión de interés público, y atacarse con los recursos enormes consiguiendo a la magnitud de la empresa y de sus mantenedores, mas sin aquella crueldad frecuente todavía en los pueblos más literarios y artísticos, que no se deben aún al beneficio de la práctica ordenada y constante del libre albedrío que agranda y fortifica los caracteres.

Enorme, improvisada, inculcata, original y generosa fue la guerra del Norte, como era por entonces el pueblo que la hizo, y el caudillo que le dio su espíritu natural e ingenuo, y expelió de ella el espíritu académico

a. En LN, punto y coma.

b. Coma en LN.

c. En LN, coma.

d. En LN, coma.

e. Se añade coma.

exótico, nació,<sup>a</sup> como su pueblo, de la pobreza y de las privaciones; dio, como su pueblo, más tiempo y afición al trabajo fecundo y directo que al débil y secundario trabajo de los libros; sustituyó, a las ideas convencionales e importadas, las ideas nuevas que le iba sugiriendo en campo virgen y condiciones locales la Naturaleza; y, siempre, como su pueblo, arremetió con todo su tamaño, firme e incontrastable como los montes, sobre el objeto de su deseo.

También, como su pueblo, y mucho más que él,<sup>b</sup> corrompió con malas prácticas políticas su gloria. De sí mismo había llegado,<sup>c</sup> desde los quehaceres de la curtiembre,<sup>d</sup> a honores tales, que, para darles forma propia, creó el Congreso el título de general, que<sup>e</sup> Washington mismo no tuvo en los Estados Unidos.

Amor no era aquello, sino como una especie de frenesí; y se vio un hombre a quien cada uno de sus conciudadanos veía como señor de su casa y salvador de ella, con lo que se acumuló en torno suyo tal afecto que los errores más grandes le fueron luego,<sup>f</sup> en virtud de él, condenados, y parecía como que su pueblo mismo le invitaba al error, para tener el placer de perdonarlo. No tenía aquel viril desamor de los presentes que ha de ser cualidad del hombre público, a bien que hubiera sido difícil rechazarlos, cuando de todas partes de la nación se le entraban en brazos del cari-

ño.—Ciudadanos y ciudades competían en regalos y dádivas al salvador de la Unión: cien mil pesos le regaló Nueva York; Filadelfia le dio treinta mil; Galena le regaló una casa lindamente amueblada; Boston se la llenó de libros; salió la nación entera por dondequiera que iba a regarle el camino de rosas. Y como en la guerra, cuando se querían valer de él para candidato político contra Lincoln, dijo que en política sólo quería ser *Mayor* de su ciudad, para componer la acera que iba de la estación a su casa; el pueblo todo de Galena fue a recibirlo a la estación y lo llevó a su casa nueva arrebatado de entusiasmo por la acera compuesta.

No conociera al silencioso paseante de hacía cinco años el que le imaginase con aquellos tranquilos honores satisfecho. El carácter en la paz es más difícil que la fortuna de la guerra. Aquel poder comprimido, aquella sofrenada actividad, aquella personalidad concentrada, aquel rencor confuso contra la fortuna que se la desconocía o los que ayudaron, con voluntad o sin ella, a la mala obra de la fortuna, ahora habían<sup>g</sup> hallado campo espacioso y natural empleo. No era propia<sup>h</sup> para reposo alguna aquella naturaleza violenta y expansiva, no en el hablar por cierto—en que en guerra y en paz fue siempre excesivamente parco con los que no gozaban de su confianza íntima; sino en la acción, a que necesitaba dar constantemente

ocupación de acometimiento y conquista. Ya la política no le era desagradable, puesto que él no tenía que ir a ella, lo cual no estaba en su naturaleza, sino que ella<sup>i</sup> venía a solicitarle a su puerta; ya con el Presidente Johnson, para que ordenase todo aquel aparato de guerra que había tenido en sus manos; ya con republicanos y demócratas, que a una se propusieron valerse de su prestigio para ganar la elección presidencial, entonces próxima. Sirvió a Johnson de ministro luego de asesinado aquel, cuyo nombre se dice siempre con reverente alabanza, hasta que el Senado desaprobó la opinión de Johnson sobre su facultad de proveer empleos; y como con esta muestra de respeto al cuerpo gobernante, hermoseó su gloria<sup>j</sup> sometiéndose a la expresión de la voluntad pública por su órgano legítimo; fue incontrastable su candidatura, cuando, ganando la mano a los demócratas, de quienes no se duda la hubiese aceptado, se la propuso el agudo político Thurlow<sup>k</sup> Weed,<sup>283</sup> de primera noticia en un almuerzo, para capita-

a. Se añade coma.

b. Se añade coma.

c. Se añade coma.

d. En LN: «curtiembre».

e. Errata en LN: «que».

f. Se añade coma.

g. En LN: «habrán».

h. Errata en LN: «propio».

i. Se añade «ella».

j. En LN, punto y coma.

k. En LN: «Thwelon».

near a los republicanos, porque, muerto Lincoln, «el único modo de exterminar definitivamente el espíritu de secesión era poner en el gobierno de la Unión al que acababa de salvarla con su espada». Y Presidente fue, como candidato de los republicanos, el que en la elección anterior a que provocó la guerra había votado por el más conspicuo de los demócratas, por Buchanan.

¿Quién es ese hombre extraño, desigual, ignorante de las más elementales leyes de la República y cortesías y agradecimientos de gobierno; desconocedor absoluto de los límites que señalan en la presidencia de un país los derechos personales del gobernante y su autoridad pública; incapaz de entender la relación indispensable en que han de estar los empleos nacionales y los individuos nombrados para desempeñarlos; persona desafiadora y excesiva que pone en la administración de un país celoso de su libertad y respeto, todo el garbo y desembarazo malhumorado que permiten y aun exigen en su objeto y constitución especial, las prácticas de la guerra? Grant es ese, que se ha traído las botas de campaña a la Casa Blanca, y yerra. No hay faena más complicada y sutil que la del gobierno, ni cosa que requiera más práctica del mundo, sumisión y ciencia. No basta el mero instinto; sino el conocimiento, o el genio del detalle; el genio es conocimiento acumula-

do. Por toda suerte de condiciones habrá sido útil pasar, para ser benigno y justo, según diferentes normas, con los hombres de todas condiciones.

Han de tenerse en grado igual y sumo la conciencia del derecho propio, y el respeto al derecho ajeno; y de este se ha de tener un sentimiento más delicado y vivo que de aquel, porque de su abuso sólo puede venir debilidad, y del de aquel puede caerse en despotismo.

Fuera de pensamiento está que el gobernante no viene a la Presidencia para crear con los dineros de la nación, beneficio a sus relacionados y clientes, ni para dar a su pueblo la forma que le place, o adormecer con el desuso o la aplicación equivocada el espíritu de sus leyes; sino para gobernar conforme a virtud, por medio de las leyes que le da su pueblo hechas, sin tomar para sí y los suyos lo que la nación le entrega en custodia y depósito. Obediencia es el gobierno.

Todo lo que vive, se expresa. Lo que se contiene, se desborda. Asomémonos a ese carácter. Que tenía persona, bien se ha visto en la guerra. Se completaban sus cualidades con las de juicio, prudencia y elocuencia de otros; pero de todos ellos se desentendía, y sobre todos ellos obraba, y libremente tomaba y rechazaba de ellos lo que le parecía acertado; tanto,<sup>a</sup> que no bien se vio un tanto libre de aquel excelente Rawlins, que ya después de Chat-

tanooga le pesaba, porque sin querer le echaba en cara con sus cualidades altas y finas, las que él no tenía, su persona se afirma de un modo considerable; manda incesantemente, sin alarde ni esfuerzo, cual si le fuera cosa propia, ni pide ni oye consejo, como si se quisiese probar que no lo necesita; y como en una guerra en que ha concebido la idea eficaz y simple de vencer por el número, le proporcionan todo el número que necesita para vencer; se complace y admira a sí propio, y no extraña que le comparen a los capitanes más grandes de todos los siglos y lo pongan a veces por sobre todos ellos ¿quién mandó más soldados? ¿quién venció con menos idea ajena a tal enemigo? ¿quién produjo con sus guerras de un lado tantos hombres libres y un pueblo tan próspero de otro? Y por toda la guerra, que en algunos incidentes se lo confirma, ha venido temiendo y murmurando, con razón sobrada, mas sin el espíritu de justicia que la completa, de «los de Washington», de los que son injustos para con el soldado de pelea, de los soldados de escuela que se confabulan con los políticos de oficio, de «los políticos». No ve que Lincoln es un «político»; para él son políticos los que quieren ponerle encima a Rosecrans, o a McClellan. Sherman también, que ama la justicia con

a. Se añade coma.



pasión y viene, como Grant, de la naturaleza, le estimula ese horror de los que dan puestos de preferencia a los que no los merecen. Durante la guerra, cuando pasan por Washington, sale como de ascuas encendidas. «No; lo que es esta vez, el general en jefe mandará en la guerra: Washington no ha hecho más», y es la verdad, «que demorarla y entorpecerla».

En la guerra, manda sin soportar contradicción. Mucho ha de querer a quien le contradiga para soportárselo. Poco a poco, los que le rodean, necesitados de su gracia, se hacen una ley de no contradecirle; Rawlins sí le contradecía, por lo que, ya al fin, le irritaba. Impuesta la paz, no cesa de oír, con la conciencia de que las merece, alabanzas mayores que las que oyó jamás hombre alguno, tributadas sin descanso por el pueblo más grande en la paz y generoso en la guerra que habita en su tiempo el Universo.

Entra, pues, en la Presidencia de la República, el sumo puesto político con estos elementos: abominación de la política y rencor acumulado contra los que la representan; complacencia excesiva en su personalidad y hábito y deseo de expansión, conquista y marcha; costumbre lisonjeada de mando absoluto y carencia completa del hábito de<sup>a</sup> obedecer; desdén de toda ley minuciosa y progresiva, y carrera súbita hecha fuera de la práctica natural y ordenada de las leyes;

hábito de verlo todo partir de sí, y realizarse por su voluntad y conforme a ella.

Este es el hombre del instinto, que por exceso de persona o apego a la Naturaleza, que puede provenir de sinceridad o de crudez, se niega a beneficiarse con los resultados civilizados del trabajo del hombre, y llevado por su fuerza natural, oportunamente servida por la fortuna, a los quehaceres complejos del gobierno, que incluyen en ejercicio minucioso y activo los resultados y averiguaciones más perfectas de la cultura humana, se despedaza contra ella, ya que en un país habituado a ejercitarse y más fuerte que él no puede despedazarla.

Otros caracteres hay, entre esos primarios y originales nacidos derechamente, o con pocas trabas de la Naturaleza, que no traen de ella sólo la fuerza, como el de Grant, y cierta generosidad que viene siempre con la fuerza verdadera; sino que, como el de Lincoln, como el de Garfield, como el de Rawlins mismo, traen con la fuerza, constituyendo un grado superior en los caracteres primarios, la intelectualidad y la hermosura, y de ellas la capacidad y la necesidad activa de asimilarse el resultado entero del trabajo humano. Así la grandeza final, que es en estos superiores caracteres consecuencia forzosa de la unión de los méritos comunes a una voluntad desusada y tenaz, es meramente casual

en los caracteres de fuerza, y, ciega como ella, necesitando de condiciones adventicias e independientes del carácter del<sup>b</sup> individuo para producir toda su cualidad saliente.

Pensar en sí es propio<sup>c</sup> del hombre, su existencia inevitable y encarnizadamente se lo impone: mas en unos se desenvuelve el pensamiento en sí, a poco que justifique su persona la fortuna, con tenacidad y plenitud odiosas, que en la esfera de la vida común engendran los egoístas, y en la esfera del gobierno produce los déspotas; y otros se miran en sí como una palabra que tienen que comunicar o una indicación que tienen<sup>d</sup> que cumplir, o una caridad que tienen que hacer, y dirigen su vida con el segundo pensamiento en sí y el primero y dominante en el beneficio humano, a que han venido, padeciendo ásperamente, como de un delito; mientras no han sacado su elocuencia, su ternura o su energía afuera.

Mas aun cuando no sean los caracteres primarios desinteresados, una especie de parentesco de originalidad les atrae y relaciona más directamente con los que lo son que con los caracteres comunes, y aunque suelen odiar, y por todos los medios combatir, a los que llevando en sí embellecida la fuer-

a. Se añade «de».

b. Se añade la l.

c. Se añade «propio».

d. En LN: «tiene».



za con la intelectualidad y la hermosura,<sup>a</sup> abominan y fustigan como irregularidad monstruosa los caracteres de fuerza mera, tienen,<sup>b</sup> sin embargo, cierta venturosa capacidad de la grandeza propia y consciente que en lo más de la vida parece estarles negada; y, a poco que el roce con los caracteres desinteresados, o con alguna condición favorable lo estimule, la grandeza intelectual y espiritual, rudimentaria y opaca en ellos, se abre paso, como si fuese la simple energía del huevo rudo, cuya existencia preside en grado a la inteligencia y la belleza, y las carreras de fuerza se iluminan con la luz suave, penetrante y fresca que dejan tras de sí, esclareciendo y ensanchándose, los hombres de bondad y de propósito.

Y iqué país entraba Grant a gobernar con aquel desdén de los demás, costumbre de sí y pensamiento voluntarioso a que se había habituado en los hechos simples y rudos de la guerra! Un país en peligro, ciertamente, donde la conciencia de la fuerza y el apetito de la fortuna tienen en riesgo el decoro nacional, la independencia de los pueblos vecinos y la independencia del mismo espíritu humano acaso; pero grandioso país a pesar de eso, donde el hombre se elabora y ejerce sin más trato ni límite que los naturales que le impone la vecindad de los demás hombres; donde acababa de darse el espectáculo sublime de una

nación pacífica exaltada hasta la guerra tremenda por su conciencia del decoro humano; donde, a los mismos ojos de Grant, habían desfilado, camino de sus hogares en las calles de Washington, con las banderas desgarradas, los vestidos maltrechos y los miembros rotos, doscientos cincuenta mil hombres en masa, resplandecientes aún de la victoria; un país de pregunta y de respuesta, donde a todo hombre se pone desnudo y se le mira del revés, y a cada acto se lo ve en la entraña; y si no sale puro, se le quiebra; un país de «Junta de oraciones», de *prayer meeting*, donde en las salas de las iglesias aprenden hombres y mujeres a usar de su palabra revelando en voz alta sus pecados, denunciando los del vecino y pidiendo al pastor que les explique sus dudas sobre el dogma; un país de periódico vivo, donde cada interés, no bien asoma, ya tiene su diario, y en él acceso todos los interesados en común, de modo que no hay injuria<sup>c</sup> o sospecha sin voz, y prensa que la<sup>d</sup> publique, y tribunal dispuesto a censurarla;<sup>e</sup> un país prendado, sí, de aquel hombre marcial, terco y arremetedor como él, que había quebrantado a sus rivales y abierto vías a la prosperidad mayor que la historia escrita recuerda en los siglos; de la que ya gozaban; pero un país que, por encima de todo, al que le escatima o amenaza su derecho, lo denuncia y lo vuelca.

De modo que fue penosa, en su arranque y en las composiciones y atentados que le siguieron, la vida política con que deslució Grant sus magnánimos actos en la guerra.

Desde el principio, obra, creyendo<sup>f</sup> que hace muy bien, conforme a su abominación de la política y su rencor contra los que la representan, y da en el modo en que lo hace, prueba pueril de su desconocimiento de las leyes y del sentido de decoro que las inspira: quiere rodearse de consejeros que no sean políticos de hábito, y nombra a un gran comerciante en ejercicio Secretario del Tesoro, al amigo fiel que le hizo nombrar brigadier y devolver el mando de sus tropas, Secretario de Estado, a un negociante oscuro, Secretario de Marina, a un Williams, que por medios tenebrosos subió de juez de aldea a senador, Secretario de Justicia; pero en aquella soledad terrible y desconocida del poder supremo, en que se sentía tan ignorante como vigilado, volvió los ojos al amigo fiel de consejo siempre entero, a Rawlins, a quien el estar cerca de la muerte, que le llegó poco después, no estorbó para asesorar brava-

a. Se añade coma.

b. Se añaden las comas antes y después de «sin embargo».

c. En LN: «injuriar».

d. En LN «lo».

e. Coma en LN.

f. Coma en LN.

mente a su jefe, mientras vivió cerca de él como Secretario de la Guerra. Y mientras Rawlins está en el Gabinete, ladrones y malos consejeros se tienen a la puerta: acechando,<sup>a</sup> sí, más lejos. Luego que Rawlins desaparece cómo ha de gobernar en tan complicados asuntos quien los desdén de propósito y nada sabe de ellos? Va como barco perdido, donde los vientos lo llevan. Al que le da consejo, le frunce el ceño y lo rechaza; pero él busca a pesar suyo opinión en lo que ignora y necesita saber; por lo que viene a ser, sin sentirlo, esclavo de los que le aconsejan de soslayo, y no como quien da, sino como quien recibe ideas.

La vanidad tiene el hígado sensible: tiene artes increíbles la lisonja. El que le adula, le sujeta. No sufre al que no le adula. Todo lo da al que aparenta creer en él, y en su instintiva sabiduría, todo lo da, con singular lealtad hasta el peligro de su propio honor. ¿Qué ha de ser un hombre ignorante en el gobierno, sino la presa natural de los que conocen y halagan sus defectos?

Su complacencia en su personalidad lo expone a que le lleguen a hacer creer que el gobierno<sup>b</sup> es cosa suya,<sup>c</sup> como la nación, que sin él no existiría, y no será cuerda si no se deja guiar de él. Como prolongación de sí, mira a todos los suyos, y a cuantos le defienden su persona y voluntades, y como si cumpliera un deber de la nación, no deja pariente, o amigo

de pariente a quien no ponga en buen puesto, de tal modo que a poco viene a ser llamado su gobierno «el gobierno de los cuñados». Por facilidad de admiración los unos, por deslumbramiento del poder los otros por la necesidad de sus favores, acatan sin contradicción y sirven con exceso sus deseos originales, autocráticos, cuando no atentatorios, o aquellos de sus lisonjeadores poderosos que se valen de él para abatir a sus enemigos políticos en el Norte, o constituir en capital permanente de poder y de las elecciones que lo aseguran, el temor del Norte al renacimiento de la guerra en el Sur: y hasta su natural magnanimidad con los rebeldes que en nadie hubiera sido mayor; se la envenenan, pintándole como desagradecimiento del Sur, la resistencia legítima de los estados vencidos a ser tratados con abuso por los empleados del Norte. Hábilmente azuzados, su hábito del mando y su falta de costumbre de oír y obedecer, va hasta a prohiar un plan inicuo, que a tiempo se descubre e inutiliza, de amordazar la prensa libre que lo censura, instituyendo en Washington un tribunal especial de jueces manejables que conozcan de los «delitos» de la prensa política en toda la nación.

Estimulado en su necesidad de expansión y marcha, y en acuerdo con su desconocimiento del espíritu y forma de las leyes, manda a su secretario pri-

vado, so pretexto de reconocer la bahía de Samaná,<sup>d</sup> a celebrar, sin intervención de la autoridad diplomática legítima, un tratado de anexión con el gobierno de Santo Domingo, contra el que Sumner, en el Senado protesta con indignación, tanto por la violenta manera con que en él aparece sometido a la voluntad de un deseador poderoso, un pueblo débil, como por el peligro que corren las instituciones republicanas con un gobernante que usurpa a la nación sus facultades legítimas, y para obtener el reconocimiento de su usurpación en el Senado y en la Casa de Representantes, entra en tratos bochornosos con miembros de uno y otra, y promete en la sombra su apoyo a proyectos reprensibles a cambio del voto de sus cómplices en favor del proyecto de anexión y la manera de tratarla; y era lo mísero de este caso, no sólo que el pueblo que mantiene sobre la tierra la eficacia de la libertad quisiese violar, como en realidad violaba, la ajena en un pueblo gallardo, aunque pequeño; sino que con gran razón se sospechaba que una camarilla de especuladores, valiéndose del espíritu de acometimiento y conquista que conocían en Grant sus familiares, le había inspirado la idea de la

a. Se añade coma.

b. En LN, coma.

c. Se añade coma.

d. En LN: «Samaria».

anexión, para repartirse luego entre sí; y fuera de él, sus provechos.

Y así iba, sin brújula, el gobierno, ya en el primer término de gobierno de Grant, ya en el segundo, que le fue asegurado por aquel candor íntimo suyo que le hacía aparecer al cabo, como en verdad era, inocente en los abusos que sus amigos hacían de su ciego apego a los que le mostraban lealtad; y por aquel arraigado amor en que su pueblo le tenía como a su máspreciado héroe, con cuya presencia en la casa de gobierno, no bien acallado aún el Sur a lo que parecía se creía seguro; aunque, como a raíz de su segunda elección ya se hablase de asegurarle una tercera, se levantó un clamor de miedo y de ira que puso respeto a sus más atrevidos partidarios;—y por más que la opinión pública se resistiese siempre con igual tenacidad a culpar a Grant de los robos escandalosos de sus Secretarios en que aparecían complicados a veces su mismo hermano y sus más próximos parientes, de los hurtos de impuestos públicos autorizados a grandes corporaciones por los empleados de la Hacienda que aprovechaban en ellos, del atentado revelado por los defraudadores que aseguraban haber dejado de pagar sus cuotas al tesoro público para aplicarlas a los gastos de la elección de Grant a un tercer término de gobierno;<sup>a</sup> por más que se observase en el pueblo americano

la voluntad, no desmentida hasta la muerte de Grant, en conflictos aún más dolorosos, de explicar, de manera honrosa para él, por su candor de soldado y por su lealtad de amigo, aquel sometimiento de la persona pública a su propia persona,<sup>b</sup> aquel abuso de los puestos nacionales en favor de secuaces indignos y de culpables relacionados;<sup>c</sup> aquella inaudita torpeza en la elección de hombres maculados, oscuros e incapaces para los destinos de más momento y representación de la república, aquellas desconcertadas tentativas, acentuadas más que desmentidas en la carta en que se vio obligado a dar cuenta de ellas, hacia el aseguramiento de un poder a cuya permanencia tendían a toda luz los consejeros íntimos del deslucido Presidente;<sup>d</sup> por más que se excusasen su silencio descortés, su desagrado manifiesto de oír las opiniones propias de sus Secretarios oficiales, su determinación de hacer acatar en torno suyo sin resistencia su voluntad, inspirada si original, en los asuntos públicos, con aquella severa cortesanía que se notaba en sus modales y en sus expresiones;<sup>e</sup> aquella humilde manera suya para con sus subordinados;<sup>f</sup> aquella modestia de su persona exterior que en él, como en tantos otros, parecía en realidad no ser más que hábil cobertor de las inmodestias temibles de adentro,—ello fue que, ni todo el brillo de su viaje ostentoso alrededor del

mundo, en que la grandeza de su pueblo fue reconocida y festejada en su persona, pudo mover a su pueblo a elegirlo por tercera vez a la Presidencia de la República. Perdió su majestad, por haber comprometido la de las leyes.

¡Ay de sus años últimos! en que ni se fatigó su ansia de poder, encaminada ahora innecesariamente hacia la riqueza, cuando sus amigos le habían asegurado la renta vitalicia de un caudal de doscientos cincuenta mil pesos; ni cejó en su afán de expandirse y marchar en que su misteriosa cualidad de héroe negociante le llevó a curiosear por Cuba y México y a aconsejar con su nombre a la cabeza, la continuación sobre México de la red de ferrocarriles norteamericanos; ni su pueblo se cansó tampoco de poner a la parte de sus asociados en su catástrofe en los negocios la culpa que a<sup>g</sup> primera vista resultaba también de él. Los que le conocían, no lo dejaban en la prensa de la mano, como si supiesen que alrededor suyo se movía, con él por centro, un partido de fuerza que, al menor descuido u ocasión, con el amparo de los monopolios enormes que necesitan defenderse

a. Coma en LN.

b. Coma en LN.

c. Coma en LN.

d. Se añade coma.

e. Coma en LN.

f. Coma en LN.

g. Se añade «a».



de las clases llanas, cuyo porvenir y bienestar impiden,<sup>a</sup> se levantan por sobre las leyes de la República.

Profundamente generoso, o decoroso o discreto es este pueblo norteamericano, que parece, al mirarlo por encima, egoísta y desatento *¿cómo*, si no, explicarse la tenaz bondad con que se negó a reconocer en Grant culpa alguna en el manejo escandaloso, en la colosal estafa, de la casa de comercio que abusó de su nombre, y logró su firma en documentos graves; y se condujo por derrisaderos tan semejantes a los que recorrieron sus años de gobierno que siendo él la persona que en ambas existía, el repetirse entre personas extrañas como que indicaba que las faltas eran suyas? Y no; no eran de él: permitir vagamente un engaño que creía útil, podía acaso; mas nunca aprovechar a sabiendas de una ganancia inmundada. Fue aquel afán de principalidad visible;<sup>b</sup> aquel perpetuo clamor interno de encabezamiento y mando; aquella falta de intelectualidad y hermosura que embelleciesen su carácter primario de fuerza; aquella importunada incapacidad en que este le tenía de reconocer la dulce majestad de la modestia, y el influjo mayor que, aun en las cosas prácticas ejerce en las verdaderas repúblicas el que no se prevale de los servicios prestados para sobreponerse a ellas.

Pero vino a la postre su enfermedad, a cerrar, de luminosa

y singular manera aquella vida, ora brillante, culpable ora, que fue de propia fuerza y por la magnitud de sus servicios innegable y definitivamente ilustre. A otros parecerá término apropiado de aquella existencia, que mantuvo sin crueldad la obra política más grande imaginada por los hombres, el funeral pomposo que desde su casa mortuoria le vino haciendo su nación hasta su tumba en Riverside sobre la que extiende ahora sus ramas un retoño de la enredadera de la que fue tumba de Napoleón en Santa Elena. Les parecerá término bueno de aquella fecunda vida el tren de luto, que bajaba, sacudiendo al aire lluvioso<sup>c</sup> sus cortinas negras, de la altiva montaña; la procesión de la milicia neoyorquina que acompañó, poco después de una tempestad, su cadáver de la estación del camino de hierro al vestíbulo de la casa de Ayuntamiento, convertido en cripta fúnebre: el cortejo interminable, el cortejo incansable, de hombres y mujeres,<sup>d</sup> de negros, de blancos, de artesanos que volvían de su labor, de soldados que habían peleado en sus filas, de curiosos que en dos días y dos noches no se depletó un instante, a lo largo de una milla: de la casa municipal, para venir a ver su cuerpo; el día, en suma, del solemne entierro, declarado día de plegaria para toda la nación, en que el enorme catafalco que llevó sus restos a la fosa, tirado por veinti-

cuatro caballos negros, paseó las calles enlutadas de Nueva York, henchidas de gente, que desde la madrugada anterior esperaba acurrucada en los quicios, colgada en los aleros, montada en los postes de telégrafo, apiñada en balcones pagados a alto precio, para ver pasar al general Hancock con su estado mayor de generales, y uno del Sur entre ellos; a tanto regimiento apuesto de milicias; al batallón de Virginia, acorralado por Grant en la guerra; a los que lo acorralaron a las órdenes de Grant;<sup>e</sup> al muerto, ante quien todas las cabezas quedaban descubiertas; y al Presidente de la República, en un coche con sus caballos negros, y a los dos ex Presidentes, y a quinientos carruajes, llenos de prohombres, de Secretarios del Estado, de gobernadores, de obispos, de generales, para ver pasar, envueltas en sus largos velos, a la hija y las nueras del gran muerto.

Mas no fue eso lo que cerró luminosamente aquella vida; sino el superior espíritu que en la prolongada espera de la muerte, soportada con singular entereza por aquel anciano carcomido, fue sacando a actos y palabras de eficaz ternura lo mejor de su energía natural, os-

a. En LN, sin coma.

b. Coma en LN.

c. Coma en LN.

d. Se añade coma.

e. Coma en LN.



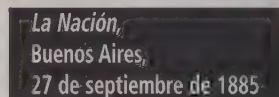
curecida por los apetitos y tran-  
ces vulgares de la existencia. Un  
soberano recogimiento puso a  
aquel hombre en la conciencia  
clara de la grandeza verdadera  
de su vida; y, al preparar su pro-  
pia historia de la guerra, que  
será el caudal único que deje a  
sus hijos, y cuyas últimas pági-  
nas ha escrito jadeante y con  
los sudores de la agonía, sobre  
los bordes mismos del sepul-  
cro, como polvillo de escultura  
roída caían ante él las vanida-  
des a que, con apariencia de  
humildad, dio en otro tiempo  
tanto aprecio; y por aquella gra-  
cia genuina de los caracteres  
primarios que les permite ele-

varse, apenas les favorece algu-  
na condición, al superior senti-  
do de la grandeza del espíritu,  
ni vio, ni estimó, ni recordó de  
su obra más que aquellas haza-  
ñas necesarias en que sólo fue  
magno en el pelear para serlo  
más en la manera de vencer.

Desde sus ojos profundos,  
enternecidos por el agrade-  
cimiento al pueblo bueno que  
le perdonaba sus errores y lo  
miraba en su hora de morir;  
contemplaba con un digno y  
elevado cariño a los héroes  
equivocados a quienes le fue  
dado un día combatir sin repo-  
so y someter sin ira; y su mano  
descarnada, extendida al Sur

desde la orilla de su tumba con  
buena voluntad, ha sido recog-  
da por amorosa admiración,  
como tesoro nacional, por sus  
gallardos enemigos. La nación  
de los hombres ha empezado,  
y este muerto, a pesar de sus  
grandes errores, ayudó a abrir  
camino para ella.

José Martí



[Mf. en CEM]

## Cartas de Martí

Los indios, los soldados y los agentes del gobierno en el territorio indio.-«El caballo de hierro» y el «gran padre».-Abusos de los agentes.-Cómo los trata Cleveland.-Mozos y viejos.-Cleveland.-Cleveland y Grant.-Análisis de la política interior.-Continúa la batalla de los empleos.-Demócratas contra demócratas, y Vicepresidente contra Presidente.-No basta haber sido soldado para ser empleado.-Los empleos han de proveerse por oposición, conforme a la ley.-El gobierno mantiene su programa.

New York,  
agosto de 1885

Señor Director de  
*La Nación*

SOLA Y ABANDONADA a su desdicha, acurrucada junto a sus caciques canosos, con los ojos puestos en sus ponies y en los pies los bordados mocasines, determinan las tribus indias, agasajadas por los emisarios de Cleveland, no mover la guerra a que les compellan el abuso y maldad de los agentes del gobierno en el territorio indígena. Porque no los miran, cual debieran los agentes, como a una raza rudimentaria y simpática, estancada en flor

por el choque súbito con la acumulada civilización de los europeos de América; sino que los tienen como a bestias; y los odian; y se gozan en envilecerlos para alegar después que son viles. Ellos tienen sus sabios; sus grandes caudillos; sus diplomáticos cuerdos; ellos son como pájaros graciosos, irisado el plumaje, húmedos todavía del redaña de la naturaleza. Piden con moderación; sufren con paciencia; aconsejan con juicio; pelean con bravura. Pero acá *ruma*<sup>a</sup> y allá hambre, acá prisión y allá castigo, ¿cómo ha de acallar el indio el odio natural al que le robó su tierra so capa<sup>b</sup> de contrato, y lo embrutece y denigra? Madrigueras son esas agencias. Las bonda-

des del Congreso, que para los indios son grandes, no les llegan. Si son de cariño y miramiento, jamás. Si de dinero o raciones, más de la mitad queda en las manos de los encargados de distribuirlos. Los viejos con su manto crestado y su rostro real, suelen montarse en «el caballo de hierro» y venir a exponer elocuentemente sus quejas al «gran padre». Y si «el gran padre» tarda en recibirlos, suelen ponerse en pie, mostrando descontento, y dar a entender que no les place la descortesía. Ahora se ha descubierto que los agentes habían forzado a los indios a alquilar, por precios nominales, sus mejores tierras de pasto a ganaderos del Oeste; habían respondido a sus quejas con privaciones del dinero y alimento que sus tratados con el gobierno les aseguraron; habían mermado sin vergüenza la ración de comida y vestido de los indios; habían cobrado al gobierno por años enteros, donde no había más que 2 000 cheyenes, raciones para 4 000 y

a. En inglés, ron.

b. Errata en LN: «capo».

todo como para ellos. Allí donde el agente es bueno, el indio es manso. El soldado, que pelea con ellos pony contra pony y los respeta como a enemigo, los trata cual siempre trata un combatiente a otro, aunque de bando opuesto. La muerte y el valor los fraternizan. El soldado trata al indio con cariño:—pues en astucia, en resistencia, en sobriedad, en atrevimiento, en decoro, ¿quién iguala al indio? Los civiles no: los civiles lo odian. Aceptan un puesto en la agencia, porque es pingüe, y ya se ve cómo un agente se come las raciones de dos mil indios: pero lo odia, por esa conciencia brutal de la espalda ancha, que mira con desdén la espalda estrecha; por esa insolente primacía de los rostros rosados, que se ofende de la vivacidad de la gente olivácea, y de su esbeltez y ligereza; y por la obligación misma de vivir entre los indios, los odian. Cleveland ha hecho llegar hasta los cheyenes,<sup>a</sup> por detrás de los montes los soldados necesarios para impedir su revuelta, y frente a frente, con la mano tendida, la cordial voluntad de mantenerlos libres, bien racionados, sin contratos forzosos que les quiten sus pastos, con médico y con escuela. A un vil se le conoce en que abusa de los débiles. Los débiles deben ser como los locos eran para los griegos: sagrados.

Da prenda de infamia el hombre que se goza en abatir a otro.

Tiene su aristocracia el espíritu: y la forman aquellos que se regocijan con el crecimiento y afirmación del hombre. El género humano no tiene más que una mejilla: idondequiera que un hombre recibe un golpe en su mejilla, todos los demás hombres lo reciben!

Quedan quietos ahora los cheyenes: los mozos quieren guerra, y acumulan mocasines viejos para dejarlos caer en su ruta en los casos de fuga, como si fueran por donde aparecen caídos los mocasines, y así despistar a los rastreadores; pero estos tienen olfato de moloso, y los viejos saben que el indio será vencido, porque no puede el pino joven de la selva sujetar a los vientos furiosos que vienen vociferando por el aire y escribiendo en el cielo con relámpagos.

¡Fuérale tan fácil a Cleveland reducir a los peticionarios de empleos como a los indios! Cleveland viene a New York con todo su gabinete, al entierro de Grant. Como si le sangrara su propio corazón, escribió Cleveland un admirable pésame a la familia del jefe temido por los republicanos. Todo lo ha hecho en su honor: interrumpe sus trabajos; hace día nacional el de los funerales; pone a las órdenes de la viuda, para las exequias de su esposo, las arcas y los soldados de la nación; nombra para llevar las cintas del féretro a los capitanes valerosos que con los ríos al

cuello o la maleza al petral de los caballos embistieron a las órdenes de Grant contra las fortalezas enemigas, y le trajeron su bandera; y a los que la defendieron de Grant y de sus capitanes con grandiosa e infortunada bravura. La primera victoria de Grant fue contra Buckner en Fort Donelson: lo expulsó, lo puso en fuga, lo aniquiló: Buckner llevará una cinta en los funerales de Grant. Johnson, sólo a Lee cedía en talentos, y con él mantuvo invencible, hasta que Grant lo atacó, el ejército rebelde del Potomac: Johnson llevará otra cinta. Y Cleveland, a quien el Sur entero alaba, y la gente desinteresada toda encomia, irá en el séquito, con su paso sencillo de hombre honrado.

Pero no bien quede puesto en la tierra el jefe nacional, con cuyo triunfal entierro ha decidido la nación dar memorable fe de sí, se reanudará la campaña interna del partido democrático, ni aun por los funerales de Grant enteramente interrumpida. La vieja democracia quiere puestos; por ofrecerlos se han mantenido en la prohombria muchos de los dignatarios del partido: temen bajar de ella si no pueden darlos: y los defienden. Otros lo hacen por saña; y habituados a las vociferaciones de partido, no entienden cómo es necesario para sal-

a. Errata en LN: «chayenes».

var la República amenazada, purificar el sufragio en que se funda, acá donde la República es verdadera, y donde el apetito de los empleos había engendrado unas despóticas organizaciones políticas que acaparaban la iniciativa y acción de los partidos sin más objeto que llevar al triunfo candidatos comprometidos a dividir con sus encumbradores los beneficios de la victoria.

«¿Pues por qué trabajarán, ni con qué estímulo, los demócratas—se preguntan estos demócratas viejos—si no han de ser recompensados con los destinos públicos por el gobierno que han elevado al poder?» Por la patria: «Por el placer de verla honrada y de ayudar a que lo sea; por el bienestar de la república trabajarán»: de esta manera responden, sin cejar un ápice de su puesto, Cleveland y sus secretarios. De sobra entienden que cuando haya vacante que llenar, a los fines del gobierno, a la utilidad de la nación importa, y está en la naturaleza humana, fuera de la cual no se gobierna, que sean demócratas, y no republicanos, los que las llenen: y demócratas las llenan, cuando las hay. Pero subir al poder en virtud del clamor público por la reforma del vicioso sistema de empleos que esclaviza a la nación y pudre el sufragio, y una vez en el poder echar de sus asientos a los empleados útiles y puros, para poner en su lugar a sobrinos, concuños y amigos, o a la rufianería, que busca

votos a cambio de empleos, fuera una traición ignominiosa. Ni gastos innecesarios; ni compadrazgos y favorecimientos; ni repartición de fondos públicos; ni pago de servicios de partido con empleos de la nación. De este programa no se ha apartado el gobierno: de este programa han jurado apartarlo, so pena de derrota en las elecciones próximas, los demócratas viejos, con el vicepresidente a la cabeza.

Hay una ley de empleos que ordena determinada manera de proveerlos por oposición. Aun cuando no compartiera Cleveland el espíritu de la ley, y cuentan que ella fue parte del programa que le dio el triunfo, ley es, ley del Congreso: y como poder ejecutivo, pluguiérale o no, habrá de mantenerla. Y los demócratas viejos quieren que la viole: lo mismo quieren ahora que a raíz del 4 de marzo: que no se provean los empleos como el Congreso manda: que el gobierno demócrata abandone el programa con que se aseguró el poder: que se expulse a todos los republicanos de los empleos públicos: que se ocupen todos los empleos públicos con demócratas: que se mantenga confesadamente el principio de que los empleos públicos pertenecen de derecho al partido vencedor. A todo apelan, hasta a la gratitud de la República; a todo, hasta a convertir los soldados del gran ejército en mendigos. ¿No fue en días pasados una co-

misión de ex marineros y soldados a inquirir del Presidente si a su juicio no merecen preferencia para ocupar los puestos públicos aquellos que han servido con las armas al país? Los trató sin crudeza Cleveland; mas les hizo entender que ni él puede hacer más, como vigilador de que las leyes se cumplan, que cuidar de que se cumpla la ley de provisión de empleos del Congreso, ni un puesto público es una remuneración de servicios que la han tenido ya en el honor de prestarlos y en la paga recibida oportunamente por ellos: un puesto público es el desempeño de funciones necesarias, en su grado relativo, para la eficacia y seguridad de la marcha nacional, y sólo debe ocuparlo el que demuestre, como la ley vigente manda, poseer la capacidad necesaria para el desempeño de las funciones a que aspira. Si los ex soldados y marineros obtienen en el concurso grado igual al de otros, el gobierno los preferirá, pues al mérito de competencia reúnen el de haber defendido la unión de la patria; pero el mero hecho de ser ex soldado o marinero no da derecho a empleos nacionales que requieren determinadas aptitudes. Si va a la ruina una simple casa de comercio cuyos empleados no entienden el manejo de los asuntos que se les encomiendan, ¿cómo no irá a la ruina un gobierno, que es casa que gira intereses materiales tanto como morales, con



servidores que entorpecen sus operaciones con su ignorancia, pereza o simonía? Por lo menos, un gobierno debe ser tan bien administrado como una casa de comercio.

Y cuando, como ahora, sucede que con el beneplácito y el apoyo del vicepresidente, que es gamonal máximo en el Estado de Indiana, despiden al director de correos de Indianápolis a empleados eficaces y meritorios, a cuatro viudas entre ellos, y pone en su lugar a sus propios hijos, a tres «políticos»<sup>a</sup>, a un sobrino de la esposa del vicepresidente, parece al fin abocado a una prueba estruendosa la batalla, reprimida desde el cuatro de marzo, entre las alas opuestas del Partido Demócrata. Se quiere hacer del caso del director de correos un caso de prueba. Los viejos demócratas alegan que el director de correos ha hecho bien en reemplazar a los empleados republicanos con demócratas

serviciales. El presidente mantiene, cualquiera que sea la opinión y actitud del vicepresidente, que puesto que hay una ley para la distribución de empleos públicos, que establece y reglamenta su provisión por oposiciones ante el tribunal competente, que los nombramientos que estén hechos fuera de esa ley, o en virtud de oposiciones fraudulentas o de dictamen de jurados parciales, serán nulos. Y ha enviado una comisión a Indianápolis, a investigar si son ciertos los hechos de que se vanagloria el director de correos. Si son ciertos, vendrán abajo, aunque esto, definiendo enfáticamente la política imperturbable de Cleveland, determine una deserción tan numerosa en las filas demócratas, en las del Norte sobre todo, que no baste a repararla la entusiasta adhesión de los republicanos independientes, cada día más satisfechos de haber prestado a

Cleveland su apoyo. Es lo cierto, sin embargo, que fuera de los que padecen por la privación de los empleos, ni el menor desvío de su deber, ni la menor inconsistencia, ni el menor yerro se ha echado aún en cara a Cleveland: y apenas a sus Secretarios: bien que estos, con unánime ímpetu, aunque sin agresiva destemplanza, están poniendo coto firmemente a las prácticas culpables que traían al erario desangrado y sin crédito al gobierno de la República.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
3 de octubre de 1885

[Mf. en CEM]

a. En más de una ocasión Martí empleó la hispanización de la voz inglesa *politicians*.

# Cartas de Martí

## LOS SECRETARIOS DEL PRESIDENTE

El honrado ministro de Marina.-El contratista John Roach.-Cómo colectan sus fondos y pagan sus gastos los partidos.-Ligas de especuladores y políticos.<sup>a</sup>-Historia íntima.-El Secretario de Marina era el abogado del contratista.-El Consejo de Marina servía al contratista.-Anticipos cuantiosos.-Quiebra de John Roach.

## LA POLÍTICA DE ACOMETIMIENTO

Los acometedores de los Estados Unidos y su génesis.-Los mercenarios de ayer y los de ahora.-Los acometedores en Washington y los que los ayudan.-Banqueros privados.-Ministros sombríos.-La política de la sombra.-Dentro, corrupción; conquista, fuera.-Planes perfectos.-«¡Adquirir!»-Último proyecto: compra de los estados del Norte de México.<sup>b</sup>

New York,  
agosto de 1885

Señor Director de  
*La Nación*

ERA UN JOHN ROACH<sup>284</sup> amigo grande de los republicanos. Tiene arsenal, y no menos de \$10 000 000 le han sido pa-

gados, no más que por remiendos de buques mohínos, que nunca salen de un mal paso. Pero más se han pagado en realidad, porque año sobre año, en certámenes simulados, le ha estado adjudicando la Secretaría de Marina a precios nominales, y como hierro viejo, maquinarias enteras de buques en buen estado y material de toda clase.

Y ¿cómo no, si el Secretario de Marina era el propio abogado de John Roach? Así fue que cuando el gobierno sacó a licitación sus nuevos buques de guerra, aunque John Roach ofreció hacerlos a precios que por lo bajos eran sospechosos, a él se le adjudicaron, y en pocos meses, aún sin haber acabado el primer buque, que ha salido tal que no puede aceptarlo el gobierno, ya el Secretario de Marina y abogado de Roach había pagado a este, so capa de adelanto una considerable parte, el total a veces, del valor de los barcos. No en balde, cuando la elección de Garfield, dio Roach para los gastos del partido cien mil pesos. Y para la de Blaine, con cuya ruina le ha venido la suya, no parece que dio menos: así quedan inmoralmemente obligados a los especuladores los candidatos que no triunfarían sin su ayuda: así afrontan los partidos los desembolsos extraordinarios que requiere una campaña de elecciones. Los especuladores dan,

a. Errata en LN: «policianos».

b. En LN, siempre: «Méjico».

a cambio de legislación y favor que adelanten sus intereses: los empleados dan a cambio de la promesa de ser conservados en sus puestos en atención a sus contribuciones. De ese doble punto, escasamente adicionado con el de algunos partidarios entusiastas, se pagan los oradores, los periódicos, las calumnias, los viajes, las paradas de uniforme y antorcha, las wagonadas<sup>a</sup> de documentos impresos, las ricas enseñas con inscripciones y retratos que izan en las calles, y los demás quehaceres oscuros del día de elecciones. Vencidos los republicanos, sacada la Secretaría de manos de su abogado, llegado el momento de entregar a un Secretario austero y desconocido el primer buque de la serie, conforme a requisitos<sup>b</sup> estipulados en el contrato, hubo de serle devuelto el buque a Roach, porque, a pesar de que todo el Consejo de Marina había aprobado los planos y proyectos de la embarcación, ésta demostraba no reunir, en pruebas generosas e imparciales, las condiciones estipuladas en el contrato. Rechaza el gobierno el barco: pone Roach a salvo su fortuna, y quiebra. Se publica la lista de los injustificables anticipos del Secretario anterior a su cliente, en pago de buques que acaso no pueda comenzar a hacer jamás.

El Consejo de Marina dio por buenos, y con ciertas especificaciones, planos que no lo eran, ni las tenían. Antes de en-

señar el contratista el primer buque, el Secretario de Marina le había adelantado poco menos que el valor de todos. Ni inclemencia, ni encono, ni innmerecida gracia ha mostrado el Secretario. Al Consejo de Marina lo ha reprendido ante la nación. A su antecesor en la Secretaría, hartó lo reprende el voto público. A Roach, se propone tratarlo como si fuese el gobierno, como es, un mero aunque importante acreedor de la quiebra. La sencillez y justicia de este escarmiento ha ganado honrosa popularidad al Secretario Whitney.

La política tiene sus púgiles. Las costumbres físicas de un pueblo se entran en su espíritu y lo forman a su semejanza. Estos hombres desconsiderados y acometedores, pies en mesa, bolsa rica, habla insolente, puño presto; estos afortunados pujantes, ayer mineros, luego nababs, luego senadores; esta gente búfaga, de rostro colorado, cuello toral, mano de maza, pie chato y ciclópeo; estos aventureros, criaturas de lo imposible, hijo ventrudos de una época gigante, vaqueros rufianes, vaqueros perpetuos; estos mercenarios, nacidos, acá como allá, de padres perdidos al viento, de generaciones de deseadores enconados, que al hallarse en una tierra que satisface sus deseos, los expelen más que los cumplen, y se vengan con ira, se repletan, se sacian en la fortuna que viene,

de aquella que esperaron generación tras generación, como siervos, como soldados, como lacayos, y nunca vino; estos tártaros nuevos, que merodean y devastan<sup>c</sup> a la usanza moderna, montados en locomotoras; estos colosales rufianes, elemento temible y numeroso de esta tierra sanguínea, emprenden su política de pugilato, y, recién venidos de la selva, como en la selva viven en la política, y donde ven un débil comen de él, y veneran en sí la fuerza, única ley que acatan, y se miran como sacerdotes de ella, y como con cierta superior investidura e innato derecho a tomar cuanto su fuerza alcance. En Cartago, estos hombres se asentaban en el palacio de Amílcar,<sup>d</sup> se comían sus bueyes y bebían su vino; se revolcaban ebrios, repletos de germen desocupado, al pie de sus rosales olorosos; se echaban vientre a tierra, cubiertos de oro y de perfumes, y luego se alzaban como la esfinge,<sup>e</sup> las palmas de las manos apoyadas en el césped, en los ojos una mirada redonda como la de trilobites, asido entre los dientes el rosal roto: y

a. En LN: «wagonadas».

b. Desde aquí hasta «a pesar de», ilegible el microfilme. Se sigue la lección de OC, t. 13, p. 288.

c. Errata en LN: «devastan».

d. En LN: «Hamílcar».

e. En LN: «esfinje».

luego cargados de botín, rugiendo por su soldada, se iban como una plaga, por los campos, a juntarse anca a anca para caer, con las lanzas tendidas y secando a su aliento la tierra, contra la República. La inmigración tumultuosa; la fantástica fortuna que la recibió en el Oeste; la fuerza y riqueza mágicas que surgieron y rebosaron con la guerra, produjeron en los Estados Unidos esas nuevas cohortes de gente de presa, plaga de la República, que arremete y devasta como aquella. El país bueno la ve con encono, pero alguna vez, envuelto en sus redes, o deslumbrado con sus planes, va detrás de ella. Algunos presidentes, como Grant mismo, hecho a tropa y conquista, la aceptan y mantienen, y comercian con ella su apoyo y la ascensión<sup>a</sup> de una tierra extranjera. Forman sindicatos, ofrecen dividendos, compran elocuencia e influencia, cercan con lazos invisibles al Congreso, sujetan de la rienda la legislación, como un caballo vencido, y, ladrones colosales, acumulan y se reparten ganancias en la sombra. Son los mismos siempre; siempre con la pechera llena de diamantes; sórdidos, finchados, recios: los senadores los visitan por puertas excusadas; los Secretarios los visitan en las horas silenciosas; abren y cierran la puerta a los millones; son banqueros privados.

Si los tiempos sólo se presentan a cábalas interiores, urden una camarilla, influyen en los

decretos del gobierno de manera que ayuden a sus fines, levantan por el aire una empresa, la venden mientras excita la confianza pública mantenida por medios artificiales e inmundos y luego la dejan caer a tierra. Si el gobierno no tiene más que contratos domésticos en que rapacear, caen sobre los contratos, y pagan suntuosamente a los que les auxiliaren en acapararlos. Caen sobre los gobiernos, como los buitres, cuando los creen muertos; huyen por donde no se les ve, como los buitres por las nubes arremolinadas, cuando hallan vivo el cuerpo que creyeron muerto.<sup>b</sup> Tienen soluciones dispuestas para todo: periódicos, telégrafos, damas sociales, personajes<sup>c</sup> floridos y rotundos, polemistas ardientes que defienden sus intereses en el Congreso con palabra de plata y magnífico acento. Todo lo tienen: se les vende todo: cuando hallan algo que no se les vende, se coaligan con todo los vendidos y lo arrollan.

Es un presidio ambulante, con el que bailan las damas en los saraos, y coquetean los prohombres respetuosos, que esperan en su antesala y comen a su mesa. Esta camarilla, que cuando es descubierta en una empresa, reaparece en otra, ha estudiado todas las posibilidades de la política exterior, todas las combinaciones que pueden resultar de la política interna, hasta las más problemáticas y extrañas. Como con piezas de aje-

drez, estudian de antemano, en sus diversas posiciones, los acontecimientos y sus resultados, y para toda combinación posible de ellos, tienen la jugada lista. Un deseo absorbente les anima siempre, rueda continua de esta tremenda máquina: adquirir: tierra, dinero, subvenciones, el guano del Perú, los Estados del Norte de México.

Esto quiere ahora la camarilla, que cree ver en la suspensión del pago de las subvenciones a los ferrocarriles americanos, decretada últimamente como medida angustiosa por México, buena ocasión para estimular el descontento y arriar los apetitos alejandrinos que, como que los llevan en sí suponen en el pueblo norteamericano hacia sus vecinos de lengua española. Esto propone ahora la camarilla: comprar en 100 000 000 de pesos la frontera del norte de México. No han hallado todavía, como hubieran hallado en tiempo de Blaine, el camino del gobierno: la Casa Blanca es ahora honrada. Pero insisten; pero pujan; pero azuzan sin escrúpulos el reconocimiento y desdén con que acá en lo general se mira a la gente latina, y más, por lo más cercana, a la de México; pero acusan falsamente a México de traición, y de liga

a. Errata en LN: «accesión».

b. En LN, dos puntos y mayúscula a continuación.

c. En LN: «personage».



con los ingleses; pero no pasaba sin que pongan un leño encendido, con paciencia satánica, en la hoguera de los resentimientos.

¡En cuerda pública, descaltos y con la cabeza mondada, debían ser paseados por las calles esos malvados que amasan su fortuna con las preocu-

paciones y los odios de los pueblos!-¡Banqueros no: bandidos!

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
4 de octubre de 1885

[Mf. en CEM]

91

## Placeres y problemas de setiembre

Días venecianos en New York.-Una regata.-  
Los anglómanos.

New York,  
septiembre 19 de 1885

Señor Director de  
*La Nación*

ESTOS HAN SIDO días venecianos para New York. Ha habido gran regata de yates<sup>a</sup> nuevos, bajo el cielo azul de setiembre, vestidos los marineros de blusa de colores y anchos calzones blancos. Inglaterra y Estados Unidos van a

disputarse la copa de plata, la copa «América»,<sup>285</sup> que premia al yate que mejor corta el mar y doma el viento. Como los Estados Unidos vencieron en la regata anterior, el yate *Genesta* ha venido de Inglaterra a contender con el *Puritan*, elegido entre los americanos por el más velero. La entrada de la bahía es un campamento: suelo firme parece el mar de los vapores, por lo seguros que lo cruzan: van y vienen, como ayudantes de órdenes: el uno

sale primero, el otro le alcanza con instrucciones nuevas, los dos juntos van a marcha igual hacia el *Genesta*; porque ya llegó la hora, hacia el *Puritan* que aguarda preparado: brilla más el *Genesta*; dice menos el *Puritan*: ¿no hemos de repetir sus nombres? ¿de qué se ha hablado aquí en estos quince días últimos?: las Bolsas, cerradas; los negocios semisuspensos; los hoteles, vacíos; todo el mundo en el mar, o a las orillas. El dueño del yate inglés, con ese amor al color que va

a. En LN, siempre: «yachts».

salvando a su pueblo, viste de gala, blusa blanca y rosada, calzón blanco, gorrilla azul: fuma: los tripulantes resplandecen, vestidos de dril blanco; del gorriño negro les cae a la izquierda un doble rojo.

El capitán del *Puritan* lleva el azul de guerra, suelto y oscuro: el sol le curtíó el rostro: en sus pupilas claras no se ve una mancha: son los ojos misteriosos y extrañamente bellos de los que ven lo inmenso: los ojos de los que descubren, de los que inventan, de los que navegan: el capitán aprieta los labios, y no fuma: aguardan sus órdenes los marineros severos, torres humanas, vestidos de un blanco que ya vio faena, y sin gorrillos. Un pito suena, es la primera señal; suena otro pito: y en marcha! Reloj en mano están a bordo del *Genesta* los ingleses: allá va sobre el mar, la vela inflada! Arranca, gira, para: llegó antes que el *Puritan* a la línea de salida: de vapor en vapor rueda el aplauso. Y al fin parten seguidos de espesa masa de vapores. Los nobles rivales van parejos: poco casco en el agua, al aire mucha vela; andan de prisa y bien, contra lo que sucede en la tierra, que basta que una mente gallarda y, de buena vela ande de prisa, para que los de casco pesado y vela ruin digan que no anda bien, hasta que con el envidiarlo y el decirlo se lo impiden. Sigue adelante la regata larga: unas veces saca ventaja de poca monta el americano; el inglés la saca otras,

también de poca monta: ya van caídos sobre el mar y al frente, delgados como una hoja de cuchillo; ya tuercen viento, y regatean de lado; se acosan; el *Puritan* va atrás: ¿dónde tiene las espuelas que parece que le han cortado los ijares,<sup>a</sup> y arremete sobre el mar suelta la brida, el capitán al cuello, y alcanza, aborda, iguala al barco inglés, le saca la proa, le lleva ya toda la enorme vela, y dobla la flotante meta, que ostenta pabellón americano, con dos millas sobradas de ventaja?

Fuera de la bahía, han ido tras ellos, apretándose para ver mejor, vapores blancos de tres puentes, cargados de hermosuras, vestidas en traje azul de navegar, con listas blancas: cuando la calma enoja a los veleros formidables, adelantan sin cambio mayor en su camino; el tentempié comienza; la cubierta les sirve de asiento, de mesa la jaleta; un galán les trae la ensalada de pollo o de langosta, otro galán cerveza de jengibre,<sup>b</sup> soda, vino del Don que a la champaña suple, o champaña: los sombrerillos de paja reposan junto a sus dueñas, que del aire del mar y el desorden de sus cabellos cobran más hermosura. Vapores blancos de tres puentes, cargados de niñas ricas, de adinerados negociantes, de jóvenes de buen vivir: vapores azules, rojos y verdes, fletados por los clubes<sup>c</sup> y por las bolsas, donde hablan las botellas, se cuentan chistes acres, se dan a duen-

des los quehaceres del oficio, se canta y baila en coro; se saluda, con júbilo de loco, el cielo, el mar, el aire, la libertad grandiosa; vapores de gente burda, comerciantes de vicios, rufianes adineradores, apostadores de carreras, gente de diamante en pecho, vientre robusto y rostro rojo; vaporcillos innúmeros, de esta y aquella empresa, personaje, casa rica, o diario, a bordo la mesa de redacción y la escuadrilla de dibujantes y de grabadores; ejército de vapores, bordeándose, tropezando, andando lado a lado, lanzando al aire fuegos de artificio, cambiándose chistes, retos, apuestas y botellas, han seguido a los dos yates por el camino; se han juntado como aves de casa a la hora del maíz al llegar a la meta; y ya en mayor alboroto y desorden los han escoltado al volver; acá acercándose al *Genesta*, como para consolarlo; allá echándose sobre el *Puritan*, rodeándolo, yéndole tras la quilla, como si quisieran darle la mano.

«¡Hurra, hurra!»<sup>d</sup> de todas las orillas que están llenas de gente; bote se ha vuelto la ciudad, y sale al paso a recibirlos; en hilera, como soldados que aguardan a su jefe, están los yates de vela, poblados de lo mejor que tiene en niñas New York y el vecindario; brazos,

a. En LN: «hijares».

b. En LN: «agengibre».

c. En LN: «clubs».

d. En LN: «¡Hurrah, hurrah».

sombreros, pañuelos y banderas saludan al triunfante *Puritan*, que viene ya a remolque, todo el velamen caído, como de la mano de su caballero el buen caballo que ha ganado la carrera. A remolque viene también el *Genesta*. Sir Richard, el caballero de la blusa blanca y rosada y el gorriño azul, pide que lo lleven al costado del *Puritan*, porque quiere saludarlo: todos sus marineros están detrás de él, con la gorriña negra y roja en la mano derecha, silenciosos y en fila, y al pasar junto al yate vencedor, señor y marineros rompen a una, agitando los gorros al aire tres veces: «Hip hip! hooray!» Y el capitán de rostro tostado, que tiene tras sí, no en fila, a sus suecos, encajando en el aire los dos brazos altos, vocea una y otra vez: «Hip! hip ihooray!».

Glorioso llaman en inglés a este tiempo lucido acaso porque con su aire fresco y cielo limpio invita a gloria. Las gentes se dan prisa, antes de que vengan las nieves, a nutrirse el pensamiento de las ideas vivas que inspira el verano, a gozar de estas horas de boda a que han de seguir luego tantas horas de féretro. Y es setiembre un festival prolongado, sin día que no sea acontecimiento, ya porque Maud S., la yegua más ligera que pisa tierra, anda una milla en dos minutos y nueve segundos, cuya hazaña celebran a la vez en Inglaterra y en los Estados Unidos juiciosos editoria-

les; ya porque los «nueve» de Chicago vencen en el juego de pelota a los «nueve» neoyorquinos, uno de los cuales gana al año diez mil pesos, porque no va una vez la pelota por el aire que él no la pare, y eche por donde quiera; ya porque un vapor lleno de bostonianos ha venido río arriba, con ocasión de las regatas, a mofarse de los petimetres neoyorquinos que no hallan cosa de su tierra que sea buena, y compran en Inglaterra yates que New York vence, y andan por las calles a paso elástico y rítmico, como si anduviesen sobre pastillas, y hablan comiéndose las erres y la virilidad con ellas, acariciando con el mostachillo rubio el cuerno de plata del bastón que no se sacan de los labios: son unos señorines inútiles y enjutos, a quienes no se ve por las calles desde que venció el *Puritan*.

Las regatas como tantas otras cosas, no son de valer por lo que son en sí, sino por lo que simbolizan. De los Estados Unidos se van las herederas a Inglaterra, a casarse con los lores; ningún galán neoyorquino se cree bautizado en elegancia si no bebe agua de Londres; a la Londres se pinta y escribe, se viste y pasea, se come y se bebe, mientras Emerson piensa, Lincoln muere, y los capitanes de azul de guerra y ojos claros miran al mar y triunfan. La grandeza tienen en casa, y como buenos imbéciles, porque es de casa la desdeñan. Hasta la hormiga, la mísera hormiga, es

más noble que la cotorra y el mono. Pues si hay miserias y pequeñeces en la tierra propia, desertarlas es simplemente una infamia, y la verdadera superioridad no consiste en huir de ellas, isino en ponerse a vencerlas! La regata ha dado esto bueno de sí, como dan siempre algo bueno, aunque parezca puerilidad al que ahonda poco, todo acto o suceso que concentra la idea de la patria: ¡hay un vino en los aires de la patria, que embriaga y enloquece! Se le bebe, se le bebe a sorbos en estas grandes ocasiones y parece que se deslíen por la sangre, con prisa de batalla, los colores de una gran bandera!

¿Quién que viera estos lujos, estos hipódromos favorecidos, estos palacios mercantiles, grandes ya como un circo romano; quién que viera estas calles de New York, cansadas de la piedra parda, y la arquitectura monótona, levantar por sobre las torres mismas de las iglesias sus casas de negocios, labradas las paredes, mármol y bronce el techo, el atrio púrpura y granito; quién que viera en las horas de faena pasar ante sus ojos en procesión enorme, acabados como obras de arte, el carrero de carga, el percherón que tira de él, y el carro mismo: quién que viese, a la cabeza de la ciudad, guiando todo este himno, a la justicia, ¿creería que, poco más que insectos, viven en hambre y angustia, allá del lado de los ríos, en el Monongohela,

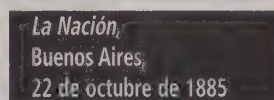
de donde sacan el carbón, millares de mineros, que no tienen una corteza de pan en su alacena, ni vestidos para sus hijos, ni más muebles que bancos de madera, ni más asilo que casas hechas de tablas de cajones? ¿quién que en New York asiste a una como santificación humana, a una perenne ceremonia de coronamiento de la persona libre, a la vida pacífica de un rebaño de reyes, sospecharía que allá, donde se prepara y crea, donde se acumula la arena caliente y el viento negro, donde los mineros sacan de la tierra el carbón que la mueve y la sustenta, los hombres, sin miedo a la ley ni juez que se les oponga, llaman a la batalla, se congregan armados, caen sobre un pueblo vivo, y matan a sus hombres y le ponen fuego?

En lo que peca, en lo que yerra, en lo que tropieza, es ne-

cesario estudiar a este pueblo, para no tropezar como él. La historia anda por el mundo con careta de leyenda. No hay que ver sólo a las cifras de afuera; sino que levantarlas, y ver, sin deslumbrarse, a las entrañas de ellas. Gran pueblo es éste, y el único donde el hombre puede serlo; pero a fuerza de enorgullecerse de su prosperidad y andar siempre alcanzado para mantener sus apetitos, cae en un pigmeísmo moral, en un envenenamiento del juicio, en una culpable adoración de todo éxito. Bondadoso pueblo es este, y el primero que, con generosidad imperturbable, abrió los brazos, y los ha mantenido un siglo abiertos, a los laboriosos y a los tristes de toda la tierra; pero hay que ver que deseó desenvolverse contra la naturaleza, y estableció leyes restrictivas que permitieron la creación

súbita de una colosal riqueza interior, de subsistencia ficticia, que no puede hoy, por su mismo exceso, dar alimento a la masa de hombres que de todas partes de la tierra atrajo. Porque las huelgas, la miseria de los mineros, el asesinato de los chinos, todo viene, aunque no se vea en la superficie, de un hecho capital que se debió prever acá y fuera de acá se ha de anunciar para que se prevea: la producción de un país se debe limitar al consumo probable y natural que el mundo pueda hacer de ella.

José Martí



[Fotocopia en CEM]



# El problema industrial en los Estados Unidos

Axiomas económicos.-Valores ficticios y reales.-  
Los especuladores y los obreros.-Obreros  
armados.-Asesinatos de chinos.-El chino en  
los Estados Unidos.-Los Caballeros del Trabajo.-  
La catedral de San Patricio.-Las procesiones  
de trabajadores.-¡Siquiera una vez al año!

New York,  
septiembre 19 de 1885

Señor Director de  
*La Nación*

EL FERROCARRIL Union Pacific tiene acá, como tantos otros, sus propias minas. De Europa no compran, ni muchos granos, ni muchos productos: América, Asia y Australia compran poco. Los ferrocarriles, que se fabricaron en anticipación de un colosal consumo y están montados para él, transportan hoy, con excesiva competencia, una producción escasa.

Las minas de carbón se abrieron, y poblaron de mineros, en relación a los tamaños enormes de los ferrocarriles.

Mermado el consumo de afuera y las ganancias de los ferrocarriles, lo estrechan estos todo: los dividendos de sus acciones, la producción de sus minas de carbón, los salarios de los mineros. Y como el mismo sistema erróneo de altos derechos, que permitió la creación violenta de industrias nacionales y vehículos sobrantes de transporte, y causa hoy el exceso de producción invendible a un alto precio, mantiene también alto el costo de la vida, —resulta ahora que los recursos para satisfacer esta, decrecen sin que hayan decrecido en el mismo nivel sus necesidades.

A esto se junta un vicio mercantil que trae aparejada, con el provecho de unos pocos, la ruina pública: y este es la hinchazón de los valores por sobre

su importancia real, producida por las habilidades y violencias de la especulación: de cuyo pecado comercial se padece hoy aquí tan gravemente que es una obra de beneficencia asentar esta enseñanza económica: —no produce ningún provecho a un país vender dentro, ni fuera de sí sus títulos de riqueza por más de su valor real.

El valor real a la larga se impone, casi siempre de un modo súbito y violento, y todo el orden falso de existencia edificado sobre estos valores huecos, viene a tierra, como una casa que toma dinero para negociar a un interés mayor que el que ella percibe, a la primera hora de arreglo de cuentas. Al tute o la brisca se puede jugar; un hombre honrado, so pretexto de habilidad o deseo de fortuna, no puede jugar a la ruina del país.

Hincha la especulación los títulos de riqueza cotizables en Bolsa, fuera de toda relación con el producto real de la suma de riqueza que representan, y se crea así todo un mundo mercantil vacío, que va del valor

real del título a su valor ficticio: este inundo mercantil, por el consentimiento público que le reconoce su valor de Bolsa como valor sustancial, crea, cambia, fabrica, atrae obreros, levanta pueblos, habilita comarcas, evoca de la selva nuevos Estados.

Como el mismo sistema pernicioso se ha seguido en todos los ramos de riqueza, el día del balance no pueden ayudarse unos a otros, puesto que todos tienen sobre sí ese mismo mundo mercantil ficticio. Llega el día del balance, porque los obreros hambrientos se impacientan, porque los accionistas alarmados dejan de percibir sus dividendos; se afirma entonces el valor real de los títulos hinchados; se niega el país a aceptar estos por encima de su valor real, y aún por este; y las esperanzas, los lujos, los compromisos, y cosas más reales, las fábricas, las minas, los Estados, los millares de obreros con familias traídos a ellos para trabajar en empresas sin base, todo se derrumba.

Esperanzas y lujos son humo, y no es malo, cuando no tienen base, que desaparezcan; pero los pueblos de obreros son seres reales, que al caer a la tierra fría y sin pan del seno de esa bomba de jabón, se levantan rugiendo y con los puños cerrados de la lastimadura.

El diente se ha hecho para triturar: la mujer sufre cuando no tiene sopa en el hogar y calor para los hijos: a los hombres, la angustia les enfurece; y

de ahí vienen esos acometimientos, injustos y culpables otras veces, que ven de alto abajo como crímenes los especuladores ocupados en echar al aire las bombas de jabón, que son los criminales verdaderos!

Cuando, a lo menos, queda después del descubrimiento del valor ficticio de los títulos un valor real y constante, cabe al fin, aunque con muchos dolores, en la merma general; en el cercén a nivel de dividendos y salarios, el remedio; pero cuando, como hoy en los Estados Unidos sucede, estallan al mismo tiempo los dos males; cuando no solo se descubre que la especulación ha levantado los títulos por sobre su valor real, sino que este queda fuera de relación con las obligaciones urgentes, de pan y de carne, que ha contraído para mantenerse en curso; cuando por falta de previsión se han levantado, con esos capitales huecos creados por el consentimiento público, más talleres, más empresas, más vías férreas, más poblaciones de trabajadores, de los que puede necesitar en un largo plazo la producción natural del país; cuando se ha traído a producir, con una fe indigna de pensadores eminentes, un caudal enorme de hombres en condiciones impuestas y perezosas, que quedan vivos, necesitados, airados: frente a las fábricas suspensas, los molinos detenidos, los muelles desiertos, por falta de consumo de la producción excesiva; —cuando

sucede, como acá sucede ahora, que el país necesita alimentar más hombres de los que puede alimentar naturalmente, su gran riqueza, dígame de una vez, se convierte en un gran peligro. La amenaza es tanta cuanto fue la prosperidad.

De aquí esas turbas inquietas y desordenadas, que la estrechez y los celos precipitan al incendio y al asesinato. De aquí esas huelgas triunfantes, por su justicia intrínseca y absoluta, que acarrearán la cesación de la labor en las fábricas incapaces de satisfacerlas, por estar los salarios que exigen fuera de la justicia relativa, de los recursos de las fábricas en pérdida. De aquí ese ejército de obreros que ya, dígame también esto, ya se arma.

Cuando se irrita, derriba, se pone en pie; convoca a sus soldados: mata, e incendia.

Reducidos los recursos de los ferrocarriles, con menor producción que transportar, con competencia demasiado viva entre un gran número de rivales por el escaso tráfico, tienen a la vez que reducir sus precios de transporte y sus viajes, y con ellos el número de hombres que emplean, en el camino, en los talleres y en las minas: reducen los salarios de sus empleados: reducen el carbón que extraen. Y al conflicto general se une otro de especial naturaleza.

El chino, por encima de las leyes que le prohíben, o punto

menos, la entrada en los Estados Unidos, se desliza por los puertos mal vigilados a raudales: con este o aquel ardid, los mismos empleados americanos, por la sobrepaga, les ayudan a burlar las leyes: en San Francisco vencen de pie a cabeza a los alemanes y americanos los comerciantes chinos.

El chino no trae mujer, vive de fruslerías, viste barato, trabaja recio; persiste en sus costumbres; pero no viola la ley del país; rara vez se defiende; nunca ataca; es avisado, y vence en la lucha por su sobriedad y su agudeza al trabajador europeo.

No es simpático; un pueblo sin mujeres no es simpático: un hombre, es estimable, no por lo que trabaja para sí, sino por lo que da de sí. El hombre casado inspira respeto. El que se ha resistido a ayudar a otra vida, desagrada. La mujer es la nobleza del hombre.

Pero como trabajador el chino es sobrio, barato, bueno. Como vive en condiciones diversas del trabajador blanco, ni consume lo que este, ni los problemas de este—necesidades, salario, huelga—le alcanzan de igual manera; por lo que, satisfecho siempre de una retribución que nunca está por debajo de lo que necesita, por ser esto tan poco, rehuye la liga con los trabajadores blancos, y se sabe odiado de ellos.

Cuanto movimiento intenta el trabajador blanco, el chino lo estorba; porque si el blanco falta, allí está el chino.

Es además el chino astuto y como lo hace todo por la paga, en cuanto percibe una ocasión de provecho, un pozo blando en la mina, un privilegio apetecible, por la paga procura hacerse de él; de lo que se irrita, desde sus condiciones especiales que lo entraban, el trabajador blanco, que acaso no ha visto lo que el chino.

Manso y resignado este, no menos diestro y vigoroso que los trabajadores de otra raza, las empresas lo emplean gustosamente.

Llega el chino a la mina: levanta casas, fonda, lavandería, tienda, teatro, y con menos dinero, vive próspero, de lo que el minero europeo se encona y encela.

Al fin, un día ha llegado en que la mina humea. ¡Ya en otros muchos lugares ha humeado! En las entrañas de un pozo ha habido una contienda: cuatro chinos muertos.

Sus compañeros despavoridos, abandonan la labor e izan la bandera de alarma: todos los chinos se congregan en su caserío: la mina entera ha levantado el trabajo. Los mineros blancos llaman a los de las cercanías, y, armados de rifles, revólveres, hachas y cuchillos, marchan sobre el caserío chino, y le intiman que salga de la mina en una hora.

Aquellos infelices, prontos a obedecer, apenas tienen tiempo de recoger sus ropas.

No han pasado unos minutos, los mineros blancos rom-

pen a disparar sobre los chinos. Aterrados, salen dando alaridos de las casas hacia una inmediata colina, seguidos a balazos por los europeos. Caen muertos en el camino: siguen heridos.

Arden detrás de ellos las casas, y de entre llamas y humo corren de todas partes hacia la colina los chinos que aún quedaban en el caserío, cubiertas las cabezas de colchas y frazadas que con los brazos en alto llevan extendidas, para protegerse de las balas. Dan los blancos tras ellos. Pocos escapan. Por donde asoma uno, lo cazan.

Mueren ciento cincuenta.

En la noche, los trabajadores blancos vuelven al caserío, y queman sus cincuenta casas.

La ley anda despacio en perseguirlos.

De San Francisco han salido con escolta seis comisionados chinos a investigar el crimen.

En libertad están, conferenciando con los empleados del Union Pacific, los mineros blancos, que exigen a la compañía la absoluta determinación, a que ella se niega, de no emplear chinos en las minas.

Los pozos de carbón están desiertos, y los Caballeros del Trabajo anuncian que ampararán con todo su poder a los mineros blancos del Union Pacific y le exigirán en su nombre que atienda a su demanda.

O no hay carbón para el ferrocarril, o salen de él los chinos.

Y crece, crece a ojos vistos, injusta en esto, justa las más de

las veces, la sociedad de los Caballeros del Trabajo—*The Knights of Labor* les llaman en inglés.

En ella, dirigida con singular sabiduría, se vienen agrupando lentamente las asociaciones parciales de obreros, que a su número y falta de relación, y a la falta de recurso consiguiendo, debían gran parte de sus derrotas.

Los Caballeros del Trabajo cubren hoy una ciudad, dos mañana, el Estado luego, luego dos Estados.

Tenían ya todo el Este. Ahora el Oeste, que se les resistía por no haber nacido de él la asociación, se ha entregado a ellos.

Los Caballeros del Trabajo son un congreso permanente de trabajadores. A cada problema, una resolución. La sociedad debate en secreto, pero manda, y ocho mil obreros, diecisiete mil obreros, los mineros todos del Oeste, como a un golpe de martillo, abandonan el trabajo. Y son tales las arcas de la sociedad que pueden mantener en huelga meses sobre meses a diecisiete mil obreros.

Misteriosos, constantes, enormes, fieles son las manos que llenan esas arcas. Y se extienden, se extienden.

Son poderosas, porque nacen directamente de sus propios problemas. No es el socialismo europeo que se trasplanta. No es siquiera un socialismo americano que nace.

Acá no hay una casta que vencer, escudos a que van en-

garzados grandes dominios territoriales, clases privilegiadas que legislan o influyen en la legislación nacional. Acá el escudo es un bote, una pala, un látigo, un yunque, un zapato. Los que reposan en ataúd de bronce comieron en tina de lata.

Ahora es candidato para gobernador de New York un banquero, vivo orador por cierto, que picó piedras por estas mismas calles.

Acá el trabajador sabe que el monopolista era ayer todavía trabajador: cuando trata de su huelga con un empresario, con un trabajador de ayer trata, lo que modera al que pide, y ablanda al que ha de dar. Aún en sus combates se sienten hermanos.

Pero ya se divisan las líneas futuras, y acá se ha de dar el espectáculo hermoso de la victoria de la razón, si no lo enconan, como descastadas de Europa pretenden, más que las políticas, que acá no cunden, las influencias religiosas.

La catedral de San Patricio no tiene aún torres; pero ya se divisan en el aire las campanas con que invita a los ricos y a los medrosos a la coalición y a la guerra: no tiene aguja todavía la catedral de San Patricio, pero toda ella es mano que señala a los trabajadores unidos que se acercan, sin gran fe en la otra vida, a afirmar su derecho a una existencia holgada en ésta.

«Únanse, dice, la iglesia que transporta a otro mundo las esperanzas de los pobres, y los

ricos de este mundo que pueden sufrir a manos de ellos.»

Y ya levantan fondos para las torres de la catedral de San Patricio: y ya se celebra, con desusada pompa, un congreso eminente de católicos: y ya, con rapidez americana, está al concluir una gran universidad de clérigos.

Ocho mil mineros acaban, a una hora dada, de suspender labores; ellos, que nunca quisieron acceder a que los dirigiesen los Caballeros del Trabajo, renuncian hoy a su propia asociación, y entran de un solo empuje en las filas invisibles de los Caballeros. Hoy, todos los obreros asociados ayudarán en su demanda a los mineros que quieren que se les paguen tres centavos por cada *bushel* de carbón: mañana entrarán en labor, y ayudarán a los zapateros, a los pintores, a los enladrilladores, a las tejedoras de seda, a los sombrereros de apariencia fina, a los elegantes impresores.

Era de verlos pasar este año a todos—ya en *La Nación* los vimos pasar un año antes—con sus banderas, con sus notas al aire, con sus esposas, el día siete del mes, el día de «Santo Trabajo».

En Baltimore, en Chicago, en Nueva York pasaron. En Chicago, fue enorme la fiesta: la ciudad salió a verla: iban como ocho mil hombres: los impresores, imprimiendo diarios; los curtidores, badaneando el cuero; los herreros con gorros de



cuero curtido, y delantales lindamente bordados; y los zapateros con grandes girasoles en el ojal de la levita: de levita y sombrero alto iba la gente zapatera.

En Nueva York, pasearon con sigilo, no con la novedad y número de un año hace. Allí sus propios jefes y propios policías, como para denotar que su razón los guarda: jefes y policías van a caballo: Rocinantes son, más que Bucéfalos. No llevan vestidos de guerra, sino el traje de los días de votar. Algún jinete lleva el calzón a la rodilla; pero va tan contento de su banda blanca y roja, y trae tal aire de hombre, que se le perdona lo de pobre jinete: machacando en el yunque no se puede aprender a andar garboso; sólo los pedantes no respetan esta sagrada falta de garbo.

Y marchan, marchan, Broadway arriba, en decenas de miles.

Llevar el paso firme, y bastones por lanzas. No parece que andan, sino que afirman. Llevan un paso peculiar: fuerte y callado. No es fantasía: es que así andan. Gozan de verse juntos: saben que empiezan a ser fuertes.

Pasa uno a caballo que va arrancando homéricas carcajadas; el rocín se va desgoznando, y le han mondado la cola: el caballero lleva el bigote crecido de un lado, y afeitado del otro, y todo el rostro en bija. Él y el caballo van llenos de ajos y cebollinos; y una armadura de paraguas, que abre y cierra y tiene de cebollinos las varillas: banda de ajos y cebollas lleva al pecho: y a la espalda un letrero que dice que aquello es todo burla del capataz de una cervecería que se ha negado a pa-

gar a los cerveceros los debidos jornales.

Ah! pero lo más hermoso de la procesión son esas viejas diligencias cargadas de pobres obreras, con sus vestidos de percal planchado: ellas también van hoy en coche, siquiera una vez al año: las saludan poco, pero como se saludan ellas a sí mismas, de todo el mundo se sienten saludadas, y mueven incesantemente los pañuelos.

De vez en cuando, pasaba en los coches de fiesta, envueltos en pabellones, con sus dos bandas de cabellos de plata sobre la frente, una viejecita!

José Martí

**La Nación,**  
**Buenos Aires,**  
**23 de octubre de 1885**

[Fotocopia en CEM]

# Cartas de Martí

Suma de sucesos.-Elecciones, convenciones, muerte de un cardenal.-Mary Anderson.-El problema del Sur.-Los partidos en el Sur después de la guerra.-Política de vencedores.-El sufragio entre los negros.-Renacimiento del Sur.-Paseo patriarcal del general Lee.-Escenas de Virginia.

Nueva York,  
octubre 25 de 1885

Señor Director de  
*La Nación*

**O**CTUBRE es siempre mes fecundo en los Estados Unidos en combates políticos: Ohio, Nueva York y Virginia están eligiendo sus gobernadores. Los republicanos batallan por unirse, y por no desunirse los demócratas; que acá como fuera de acá, tiene todo partido secuaces que mueren de él y le sirven puramente, y otros que viven de él, y a estos molesta la virtud que parece a aquellos esencial: nunca fueron juntos apostóles y mercaderes.

El Sur, vuelto en cierta manera al poder con la elección de un Presidente demócrata, tie-

ne puestos los ojos y el corazón en el Estado de Virginia, donde con brío de mediodía quieren sacar los demócratas, triunfante en la lid por el puesto de gobernador, al general confederado Lee, sobrino del austero caudillo de la campaña, que en prenda de cordialidad paseó por Washington a la cabeza de sus soldados grises en el séquito de la inauguración de Cleveland, y vino en nombre del Sur, con la cabeza descubierta, a acompañar a su tumba el cadáver de Grant, el capitán del Norte que extinguió la guerra. En Nueva York, se estrujan a las puertas de la catedral de mármol de la Quinta Avenida los fieles que quieren ver en su túnica lila, el cadáver de Mc Closkey,<sup>286</sup> el primer cardenal americano, que dirigió con habilidad su iglesia, y deja

ahora a tres obispos su recia fortuna.

Vuela una roca, en la explosión mayor que recuerda el mundo, a la entrada del río Este. La actriz Mary Anderson,<sup>287</sup> de pálida alma y escultural hermosura, vuelve aplaudida de Inglaterra; pero como se precia ahora por haber estado entre ingleses más de lo que cuando no había ido a ellos se preciaba, la gente de Nueva York, que la mimó siempre, lo tiene a mal, y no va con gusto a verla. Mucho asunto menudo hay en New York, y en las cercanías, y alguno magno, como en la convención de Amigos de Indios, que ahora sube de importancia porque el presidente comparte sus miras; pero en color, originalidad y espíritu, fuera de la convención y el volamiento de la roca, nada se lleva tanto los ojos como la patriarcal manera con que recorre en su paseo de candidato el general Lee a la florida Virginia. Allí lealtad, entusiasmo, romance; allí cabalgatas de mujeres que siguen al candidato, tienden manteles bajo los árboles, bordan las bandas y sirven el almuerzo de los caballeros, llevan en el sombrero sus colores

y en las horas de alto suelen vencer en las carreras: allí, en el Sur, política con alas de poesía.

Son terribles en manos de los políticos de oficio las masas ignorantes; que no saben ver tras la máscara de justicia del que explota sus resentimientos y pasiones. De la gloriosa abolición de la esclavitud y de las leyes enérgicas que para confirmarla abrieron a los negros las urnas del sufragio, se ha originado, a manos de políticos sin escrúpulos, un mal electoral, innecesario por cierto en los Estados que hablan ya purgado con la guerra el delito de persistir en gozar de una riqueza que mancha a quien la disfruta: no es hombre honrado el que posee a otro hombre.

Demócratas como eran los Estados del Sur que se habían ligado en la Confederación, demócratas seguían siendo después de vencidos, por lo que no hubo presión legal que como acto legítimo de prudencia no ejerciese el Partido Republicano de los Estados que habían mostrado ser un contendiente formidable, y para crear en su seno un elemento de su propio partido, que a la par que mantuviese en el Sur la autoridad del Norte, pesase con un importante número de votos en las elecciones a la presidencia. Sólo una voz había tenido el Sur cuando sus caudillos le hablaron de guerra: se puso en pie, y anduvo. Sólo una voz tuvo después de la campaña, cuando el decoro mismo le vedaba poner-

se a raíz de ella del lado de sus vencedores: votó, íntegra, como antes de la guerra, con el Partido Demócrata, no tanto por votar en pro de él como en contra del partido republicano, cuyos naturales prosélitos fueron los negros a quienes había dado la libertad y otorgado el sufragio.

Creáronse al punto intereses locales y capataces autóctonos, que vieron en el voto negro, azuzado y enconado hábilmente, un seguro instrumento de poder, y desconociendo la lealtad con que el Sur, que ya llevaba muy a cuestras la guerra, había entrado en la paz con el Norte, lealtad sólo igual a su bravura, sofocaron la libre emisión del voto de los naturales blancos de los Estados, batallaron contra la unión que a despecho de la esclavitud tendía a hacerse entre los emancipados y las familias a cuyo calor habían crecido, y mantuvieron en cizaña al negro ofendido, armado de un voto que veía como el símbolo de su libertad, contra los blancos que por encima de esta política venenosa sacaban triunfante la candidatura demócrata, no sin sangre y disturbios, que los alardes de dueño que fue tomando en el poder el Partido Republicano tenían siempre encendidos, de modo que hasta el advenimiento de Cleveland al Gobierno no ha habido para el Sur, puesto que en el alba de la paz murió el justo Lincoln, hora completa de confianza y de ventura.

Virginia había sido la cabeza de la rebelión; y allí acumularon sus fuerzas los republicanos, y bien cargadas de odio, las sacaron vencedoras muchas veces. Virginia está cerca de Washington: fue voz nacional mantener abatida a Virginia, la cabeza rebelde. Fácil era pasear a los ojos del negro, que todavía se mira en los pies las llagas de los grillos y tiene en las caderas las mordeduras de los perros, el fantasma de su vida de esclavo, que le ponía el cerebro en hervor y le daba reflejos de sangre en los ojos: el Sur, mientras, que peleó acaso tanto por su supremacía política como por mantener en sus Estados la esclavitud, trabajaba dolorosamente, a pesar de la ruina de sus familias y la desconfianza y opresión de sus gobernantes, por levantar sobre las nuevas bases una segunda riqueza. Fundió la espuela de oro para comprar arados. Cambiaron los señores perezosos por el fecundo sol de los algodones la sombra regalada de los colgadizos. Reconocieron pronto que la esclavitud había muerto en los Estados Unidos para siempre y arrepentidos de su error, aunque orgullosos de la bravura con que habían sustentado la independencia de sus hogares, veían con pena, y a veces con ira, el desconocimiento voluntario y ofensivo de su intención y de sus derechos en que, so pretexto de defender una unión que ya el Sur no acababa, insistía con actos injustos

el Partido Republicano, necesitado de reparar con el apoyo forzoso del Sur las pérdidas que sus abusos e insolencia le acarreaban en los Estados Unidos.

Al cabo, sin que el Sur contribuyese a ello con más que con su lealtad ordinaria, fue electo Cleveland, en una sacudida de honradez de los republicanos, avergonzados de la osadía con que perpetuaba sus culpas y atentaba a los derechos públicos su propio partido. Ya el Sur respira. El Sur, demócrata siempre, fortaleza perenne de la democracia, tiene derecho en una administración de su partido a una porción igual de honores e influjo que los estados del Norte a cuya victoria y purificación ha ayudado. El Sur no ve ya a sus militares tratados como traidores, a sus estadistas desconocidos, a sus hombres mejores vilipendiados por las consecuencias de un yerro que llevaron virilmente. Ya el Sur vuelve a sentirse entidad en la nación, y ve a sus hijos de cabezas en las oficinas públicas, de embajadores en las cortes extranjeras, de Secretarios en la mesa del Presidente; —y ve que el Norte no le teme sino que lo alaba. Los arados se afilan; la gente canta; los mismos regocijos públicos, mantenidos sólo por puntillo patriótico, se celebran con grandeza y majestad; ha doblado la siembra de algodón. Porque aquellas vislumbres de respeto que en la administración de algún

republicano sensato, como Arthur, se notaban, aquel empeño casi estéril de la porción mejor de los republicanos por ver tratado al Sur como mano que se arrepiente y no como adversario a quien se aplasta, gobierno de Cleveland, que fue desde el principio sabio y fuerte, al fin cuerpo de verdad entera, y el pueblo que se consolidó una vez la guerra y acaso se hubiera consolidado otra vez para una guerra en la comunidad de la desgracia, ahora en la esperanza se consolida y con las manos cargadas de productos, sueltos los bríos y el que la presión política había tenido en estos veinte años encogidos, adelanta tranquilo hacia el Norte, asido sin vergüenza y sin miedo de la bandera de la Unión, para devolverle acaso, dando más frutos primos comercio y mayor empleo a las industrias pletóricas del Norte, la prosperidad que el exceso de estas ha comprometido. El negro mismo, a quien en veinte años de prueba ha aprendido a tratar como hombre su señor antiguo, ve que en las gentes de su propio solar tiene leales, y que el blanco se ha olvidado ya de ser su dueño: abonan los campos los huesos de los perros que en otro tiempo por bosques y por nieves los perseguían.

Es voz de la nación que, so pretexto de impedir la reacción armada en el Sur, el Partido Republicano iba, con los excesos de que lo haría víctima, por

el único camino que hubiera podido llevar acaso a la reacción que se afectaba temer. Ha sido una fiesta para el Norte honrado esta vuelta plena de los Estados del Sur a la vida nacional. Lee es nombre mágico, el nombre del general sin tacha que excedió a todos los del Norte en genio, si no en fortuna: el general Fitzburgh Lee, que peleó con su tío y dejó luego la silla de campaña por la de hacendado, ha elegido ahora Virginia, cabeza espiritual aún del Sur, para señalar su regocijo y afirmar, con él por gobernador, su restablecimiento. El Norte se lo aplaude.

¿Cómo no ha de aplaudir, si no hay aldea de Virginia donde el honrado general, que ni sabe ni necesita de lisonjas, habla muy en alto de la patria común sin avergonzarse por eso de sus héroes: si las ciudades, si los villorrios, si los postes mismos de los caminos que antes vieron fragor y batalla, están ahora envueltos profusamente, al paso del general, en los colores nacionales? ¿si al acabar un almuerzo en Linchburg, todo vestido de gala para recibirlo, una dama del Sur, que padeció mucho de la guerra, prendió en su solapa una roseta con los colores de la Unión, que ahora que corre el estado de paz, lleva el general al pecho a la cabeza de los que fueron sus soldados? Son de ver las ciudades que el general recorre en su camino de candidato: es sol, como es siempre en el Sur; es cielo ale-



gre: es milicia en las calles, banderas sobre las puertas, procesión que no cesa de gente a caballo; junta de pueblos vecinos que se vienen a la ciudad en vagones. No hay ventas: no hay comercio: es el viejo espíritu: es el Estado que renace: es el suelo propio desconocido que cobra persona: es la alegría inmaculada de la patria: itodo goce es mezquino comparado a este!

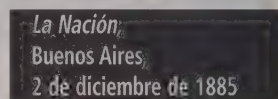
Pero la procesión es lo que hay que admirar, la procesión de la gente ciudadana. Luego que pasa la milicia, el general, en vestido de calle, se pone a la cabeza de los jinetes que lo esperan: son mil, son dos mil, ¿quién sabe cuántos son? Van de dos en dos, todos en lindos caballos.

El Sur monta bien: el Sur es la luz y es la gracia. No se avergüenzan, no, de llevar las banderas del regimiento a cuya sombra pelearon en la guerra:

los veteranos están mezclados con la gente nueva: la bandera amarilla desgarrada, va al lado del pabellón azul y blanco. Van de dos en dos, de dos en dos: no cesan de pasar, no cesa el aplauso de las mujeres de ojos negros que agitan sus pañuelos, desde los balcones, ni de la multitud campesina que repleta las aceras, allá va un veterano manco, con el chaquetín y el calzón gris que usó en campaña! Se puede creer en los que no son hipócritas: se puede tener fe en los que no se avergüenzan de sus entusiasmos. Todavía van, de dos en dos, cuando la cabeza de la procesión entró ya en el camino de la montaña; todos los caballeros llevan al pecho una banda blanca. Así recorre Virginia el candidato en triunfo, sin miedo a pregunta alguna, ni embarazo ni alarde al aludir a la guerra pasada.—Y en las montañas es donde el regocijo toma tamaño

bíblico. Los pueblos enteros, mozas y mozos, montan a caballo: allá la casa es abierta, la miel dulce, el trato miel: allá sacan el potro más fino, a que el general lo monte, y mientras aguarda por su caballero, o habla este en la escuela del lugar a los poblanos que la cercan, o desde el tronco de un árbol les repite que ya la guerra es muerta y el miedo del Norte también, y la vida empieza,—o disponen en mesas de pino el desayuno con sus manos las amazonas de la aldea, que dos a dos seguirán luego al general en procesión hasta el pueblo vecino por los caminos de la montaña.

José Martí



[OC, t. 10, pp. 313-318]

# Los indios en los Estados Unidos

Bosquejo del problema indio.-Política del presidente Cleveland con los indios.-Convención de Amigos de los Indios.-Historia y estado de las reducciones.-Carácter del indio.-¿Qué educación debe darse al indio?

Nueva York,  
octubre 25 de 1885

Señor Director de  
*La Nación*

LAKE MOHONK es un lindo lugar en el Estado de Nueva York. Convidan a la grandeza los bosques de Adirondack cercanos que talan sin sistema especuladores torpes:—en bosques, como en política, no es lícito derribar sino para edificar sobre las ruinas. A la serenidad invita el lago; y el río, que pasa cerca, a fecundar sin ruido e ir hacia delante, rumbo al mar:—los ríos van al mar, y al porvenir los hombres. A ese retiro pintoresco se acogieron este otoño, cuando las hojas amarillean y se enrojecen, los amigos de los indios, para tra-

tar en paz del modo de atraerlos a una vida inteligente y pacífica en que no sean como ahora, burlados sus derechos, engañada su fe, corrompido su carácter y sus revueltas frecuentes y justas. Era de ver en aquella reunión de hombres y mujeres benévolos<sup>a</sup> la ausencia de ese espíritu de teoría que afea y esteriliza, o retarda por lo menos la obra cordial de tantos reformadores, y suele enajenarlos, por la repulsión que a una mente sana inspira la falta de relación y armonía, el apoyo solícito de los ánimos moderados que serían de otra manera auxiliares eficaces de la reforma. El genio, que detona y deslumbra, no necesita desembazarse del buen sentido que hace fecunda su vida en la tierra. Senadores, comisionados, superintendentes, compartían

allí la generosa faena con periodistas entusiastas y sacerdotes protestantes. Una mujer abrió en los Estados Unidos los corazones a piedad de los negros, y nadie ayudó a liberarlos más que ella, la Beecher Stowe,<sup>288</sup> la que, apasionada de la justicia, no tuvo luego miedo de deslucir con revelaciones tremendas a propósito de Byron el éxito fecundo de *La cabaña del Tío Tom*, lágrima que habla!

Mujer ha sido también la que con más sensatez y ternura ha trabajado año sobre año por aliviar las desdichas de los indios. Helen<sup>b</sup> Hunt Jackson,<sup>c289</sup> de seso fuerte y alma amante; que acaba de morir, escribiendo una carta de gracias al presidente Cleveland por la determinación de este a reconocer ser de hombre y derecho a justicia en la gente india. Y en la convención de Lake Mohonk hubo gente de verba apostólica y do-

a. Errata en LN: «benévolas».

b. Errata en LN: «Heben».

c. Errata en LN: «Lackson».

tes de Estado; pero la estadística cerrada, la cuenta estrecha, la implacable cifra, no fue ni de los superintendentes, ni de los comisionados, ni de los senadores,—sino de una mujer, de Alicia Fletcher;<sup>290</sup> viva en el discurso, segura en el razonamiento, diestra en el debate.

No fue, pues, la de Lake Mohonk una convención de filántropos desalentados, que miren a los indios, sólo porque lo son, como seráficas criaturas; ni fue de esos políticos mariposiles que sólo se paran en la flor de las cosas, y juzgan por meras apariencias y resultados, sin ver que no hay más modo de curar los males que extinguir sus causas. Fue una reunión de gentes de hecho. Uno de ellos, y por cierto de los más ardientes, «se estremecía» al recordar las tristes escenas que ofrecen las reducciones de indios cuando, como la carne a la fieras, les reparten raciones, vestidos, o el dinero del año»: y por lo mismo que ha visto esas señales de degradación, como que es hombre, se ha sentido avergonzado, y quiere levantar a los infelices de ella:—se es responsable de todo mal que se sabe y no se remedia: es una pereza criminal, es una culpabilidad pasiva que sólo se diferencia en grado de la culpa de hacer:—el apostolado es un deber diario y constante. Otro de los de la convención ha visto a los indios acurrucarse en rondas a jugar la paga del año, y jugar de cada diez pesos nueve, como los chi-

nos en los talleres de cigarrería de un presidio español, no bien reciben a la tarde del sábado el exceso de sus jornales sobre la faena que han de entregar al establecimiento. Que los indios de las reducciones son perezosos y amigos de jugar y de beber lo sabía toda la convención; y que habilitados ya por un mal sistema de gobierno a un descanso vil, no gustan del trabajo; y que hechos a recibir del gobierno paga anual y comida y vestidos, resistirán toda reforma que tienda a elevarles el carácter compeliéndoles a ganar su sustento con la labor propia; y que, privados de los goces civiles y aspiraciones sociales de la gente blanca, verán sin interés el sistema de escuelas públicas que tiende a ellos, y no se desprende de la existencia salvaje de las tribus ni les parece necesaria en ellas. Todo eso lo sabía la convención; pero sabía también que el indio no es así de su natural, sino que así lo ha traído a ser el sistema de holganza y envilecimiento en que se le tiene desde hace cien años.

Allí donde el indio ha logrado defenderse con mejor fortuna, y seguir como era, se le ve como él es de raza, fuerte de mente y de voluntad, valeroso, hospitalario, digno. Fiero aún, como todo hombre, como todo pueblo que está cerca de la naturaleza, esas mismas nobles condiciones de altivez personal y de apego a su terruño le hacen revolverse, como una fiera,

cuando lo despojan de sus sembrados seculares, cuando echan a tierra sus árboles sacros, cuando el viento caliente de sus hogares incendiados quema las crines de sus caballos fugitivos: y al que le quemó, quema; y al que le cazó, caza; y al que lo despojó, despoja; y al que lo extermina, extermina.

Reducido luego—ipobre pueblo de 300 000 salvajes dispersos que lucha sin cansarse con una nación de cincuenta millones de hombres!—él no entra en las ciudades de sus vencedores, él no se sienta en sus escuelas, a él no le enseñan sus industrias, a él no le reconocen alma humana: le obligan a ceder su tierra por tratados onerosos; lo sacan de la comarca en que ha nacido, que es como sacar a un árbol las raíces, con lo que pierde el mayor objeto de la vida; lo fuerzan, so pretexto de cultivo, a comprar animales para trabajar una tierra que no es suya; lo compelen, so pretexto de escuela, a que aprenda en lengua extraña, la lengua odiada de sus dueños, libros de texto que le enseñan nociones vagas de letras y de ciencias, cuya utilidad no se explica y cuya aplicación no ve jamás; lo apresan en un espacio estrecho, donde se revuelve entre sus compañeros acorralados, con todo el horizonte lleno

a. Errata en LN: «extremecía».

de los traficantes que le venden cachivaches relucientes y armas y bebidas en cambio del dinero que en virtud de los tratados reparte entre las reservas el gobierno al año. Él no puede, si el ansia de ver mundo le posee, salir de aquel potrero humano: él no tiene tierra propia que labrar, y le estimule a cultivarla con esmero para legarla después con un nombre honrado a sus hijos; ni qué hacer tiene en muchas de las tribus, puesto que el gobierno por un sistema de tutela degradante que comenzó hace un siglo, le da para vivir un terreno en común, y lo surte de vestidos, de alimentos, de medicamentos, de escuelas, de cuanto es objeto natural del trabajo del hombre, sobre lo que le abona una anualidad en dinero que, sin propiedad que mejorar, ni viaje que emprender, ni necesidad material que no esté satisfecha, gasta en fruslerías de colores, que halagan su gusto artístico rudimentario, o en el licor y el juego que le excitan y aumentan los placeres brutales a que vive condenado. El indio es muerto, con este sistema vil que apaga su personalidad: el hombre crece con el ejercicio de sí mismo, como con el rodar crece la velocidad de la rueda; y cuando no se ejercita, como la rueda, se oxida y se pudre. Un sentimiento de fiera abatida, que nunca se extingue por entero en las razas esclavas, el recuerdo de los hogares perdidos, el consejo de los viejos que

vieron en los bosques nativos tiempos más libres, la presencia de sí mismos, encarcelados, vilipendiados y ociosos, estallan a oleadas intermitentes, cada vez que la rapacidad o dureza de los agentes del gobierno escatima o niega a los indios los beneficios que se les estipularon en los tratados: y como en virtud de estos, y sólo por ellos, lo que el hombre tiene de noble les está vedado, y permitido no más lo que tiene de bestia, acaece naturalmente que en estas revueltas sobresale, desfigurando la justicia que las ocasiona, la bestia que el sistema ha desarrollado.

Todo hombre esclavo es así; no es el indio sólo: por eso son tan crueles las revoluciones que vienen tras de las prolongadas tiranías: ¿qué blanco que tenga el seso en su lugar no entenderá que no puede echar en cara al indio el ser como los blancos lo han hecho? «-Él es gentil y bravo, decía en la convención el venerable Erastus Brooks, cuya palabra ama y pesa: he aquí a decenas, a centenas, los ejemplos de la historia americana, que demuestran que el indio, en condiciones iguales, es capaz, mental, moral y físicamente de todo aquello de que es capaz el hombre blanco». Pero, hemos hecho de él un vagabundo, un poste de taberna, un pedidor de oficio. No le damos el trabajo para sí, que alegra y eleva; sino que a lo sumo, y esto violando tratados le forzamos a ganar, en un trabajo de que no

aprovecha directamente, el valor de las raciones y medicinas que le prometimos a cambio de su tierra; le acostumbremos a no depender de sí, le habituamos a una vida de pereza, sin mas necesidades y gozos que los del hombre desnudo primitivo; le privamos de los medios de procurar por sí lo que necesita, y sombrero en mano y cabeza baja le obligamos a demandarlo todo, el pan, la quinina, la ropa de su mujer y de su hijo al agente de gobierno; el hombre blanco que conoce es el tabernero que lo corrompe, es el buhonero que lo engaña, es el racionero que halla modo de mermarle la ración, es el maestro improvisado que le repite en una lengua que él habla apenas palabras sin gusto ni sentido, es el agente que le despide a risas o a gritos cuando va a él a demandar justicia. Sin trabajo, sin propiedad, sin esperanza, sin la tierra nativa, sin más goces de familia que los meramente físicos, los indios de las reducciones ¿qué han de ser más que hombres torvos, perezosos y sensuales, nacidos de padres que ya vieron a sus padres, apagada la pipa y el alma, llorar sentados en cuclillas en el suelo por la nación perdida, por la sombra del árbol grande que presenció siglo por siglo sus matrimonios, sus justicias, sus regocijos y sus consejos? Un esclavo es muy triste de ver; pero aún es más triste un hijo de esclavo: ¡hasta en el color se les ven reflejos de cieno! Grandes



criaderos de hombres son esas reducciones de indios. Segarlos de cuajo hubiera valido más que envilecerlos.

En 1783 fue el primer tratado, en que se reservó al gobierno de los Estados Unidos el derecho de regular su tráfico y administrar las tribus; y ahora los trescientos mil indios, sometidos tras de guerra en que no fue suya la mayor crueldad, están repartidos en cincuenta reducciones sin más ley que la voluntad presidencial, y otras sesenta y nueve que se llaman reducciones de tratado, por ser ley en ellas el convenio establecido entre las tribus y el gobierno, treinta y nueve de cuyos convenios acuerdan el repartimiento de la tierra de la reducción en propiedades individuales, medida ennoblecadora que apenas se ha intentado con doce de las tribus. «Se reparte entre los indios—dijo Alicia Fletcher— lo que el Congreso manda dar para alimentos, porque esto pasa por muchas manos, y en cada par de ellas se queda algo de este comercio; pero lo que se da para escuelas no se reparte, porque de esto sólo pueden alcanzar los empleados el sueldecillo de maestra que hacen caer en su mujer o en su hija para aumentar el haber doméstico, de modo que de los \$2 600 000 que del 71 al 81 debieran haberse gastado, sumando las obligaciones de todos los convenios, en escuelas, sólo se han gastado unos \$200 000». A muchas tribus se ha ofrecido aún más que la pro-

piedad individual que no se les distribuye, y la escuela que no se les establece: se les ha ofrecido la ciudadanía.

Y todo esto lo oían sin contradicción, antes lo apoyaban y confirmaban, el subinspector de las escuelas de indios,<sup>a</sup> los autores de los proyectos de reformas de las reducciones en la Casa y en el Senado, los miembros de la junta de indios. Los altos empleados del gobierno apoyaban y confirmaban todo esto, y aplaudían la defensa inspirada que hizo del natural del indio el buen Erastus Brooks. «¡No hay vicio suyo de que no seamos responsables! ¡No hay bestialidad de indio que no sea culpa nuestra! ¡Mienten del indio los agentes interesados en mantenerles embrutecido bajo su dominio!»

El gobierno lo envilece con su sistema de tratados que lo condenan a la inercia y al vicio, y la rapacidad de los agentes del gobierno mantiene a éste en un concepto falso del indio, o le oculta la causa de su corrupción y rebeliones, para continuar mermando a sus anchas los caudales que destina el Congreso a mantenerlos.

¡Ponga ojo el gobernador a los empleados rapaces!

Llor al Presidente Cleveland, que sin alardes de fanatismo ni gazmoñerías de filántropos les ha enviado a preguntar lo que padecen, y en vez de echarles en cara la ignominia en que se les mantiene, está decidido a llevar la culpa de ella, y

a levantarlos por un gobierno justo a la condición de hombres. No quiere insectos ebrios este presidente Cleveland: quiere seres humanos. «Ebrios y ladrones son porque así los hicimos: pues tenemos que pedirles perdón por haberlos hecho ebrios y ladrones, y en vez de explotarlos y de renegarlos, démosles trabajo en sus tierras y estímulos que les muevan a vivir, que ellos son buenos, aun cuando les hemos dado derecho a no serlo».

En masa, pues, acordó la convención, a la sombra de las montañas del Adirondack<sup>b</sup> que invitan a la grandeza, aconsejar aquellas reformas prácticas de mera justicia que pueden convertir una muchedumbre costosa de hombres agobiados e inquietos en un elemento pintoresco y útil de la civilización americana.

Que ya que se les ha quitado, por razones de la república, sus derechos de naciones libres, no se les quiten, a los indios sus derechos de hombres. Que el despojo de sus tierras, aun cuando racional y necesario, no deja de ser un hecho violento que todas las naciones civilizadas resienten con odios y guerras seculares, el cual no ha de agravarse con represiones y tráfico inhumanos. Que ha de tenderse a abolir el sistema corruptor e injus-

a. Errata en LN: «indeas».

b. Errata en LN: «Adironclack».

to de las reducciones, y abrirles poco a poco la tierra nacional, confundiéndolos con la población blanca, de modo que puedan pronto poseer tierra en los Estados de la nación, y gozar de los derechos que tienen en ellos los demás ciudadanos, y estar a sus obligaciones. Que el pago de anualidades sea abolido porque fomenta la mendicidad y la vagancia, y habitúa al indio a no usar de sí. Que se eduque al indio en conformidad con sus necesidades y alcances; y se le convenza, y donde sea menester se le compela a aprender y a trabajar, a lo que acaso, envilecido por su actual género de vida de pupilo ocioso, se resista. Que el indio vuelva a su alma clara, y suba a ciudadano.

Y para que así se conviertan en hombres útiles ellos, y en país próspero y pacífico las comarcas que no son hoy más que costosísimas cárceles;—cámbiese, dijo la convención, todo el sistema de enseñanza actual y torpe;—sustitúyase el trabajo de las tierras en común, que ni estimula ni deja ver el premio, por el repartimiento de la tierra en propiedad a cada familia, inalienable por veinticinco años, en relación a la clase de terreno y la extensión de cada casa;—compre el gobierno a buen precio las tierras que no sean repartidas, y como se las ha de pagar a sí mismo, por ser él el tutor de los indios que venden, reserve el importe de estas tie-

rras para la educación industrial y mejora de los indios, y abra las comarcas compradas a la colonización;—obténgase de las tribus la revocación de los tratados que las han traído a su estado miserable;—admitase a ciudadanía todas las tribus que acepten el repartimiento individual de sus tierras, y los indios que abandonen las tribus que no les aceptasen, para acomodarse a los usos de la civilización;—césese de arrancar a los indios de las tierras de sus mayores, y de acumularles en centros numerosos bajo la vigilancia interesada de empleados ofensivos y rapaces;—«espárzase la escuela», decía al fin el sub-inspector de escuelas de indios, la escuela útil, la escuela viva:—que todo esfuerzo por difundir la instrucción es vano, cuando no se acomoda la enseñanza a las necesidades, naturaleza y porvenir del que la recibe. No maestros de ocasión, —que nada saben de lo que enseñan y son nombrados para aumentar la pitanza de familia de algún empleado, o para complacer a capataces políticos: se emplearán buenos maestros, y se compelerá a los indios a enviar sus hijos a la escuela, aun cuando se haya de recurrir, mientras el sistema ominoso de raciones dure, a cortar a la casa las raciones. No la educación por textos,—que es un almacenamiento de palabras que pesa luego en la cabeza para guiar bien las manos. Lo que es el

campo que ha de cultivar, y lo que es él y el pueblo en que vive ha de enseñarse al indio. Que se entienda y admire: que sepa de política práctica, para que alcance lo conveniente del respeto mutuo; que conozca cómo está dispuesto el país, y cuáles son sus derechos de hombres a poseer y pensar en él, y el modo de ejercitarlos: que la escuela le enseñe a bastar a su vida:—escuela campesina para la gente del campo.

Ni particular ni verbajes: sino el modo de criar animales y sembrar la tierra, así como todos aquellos oficios que lo hagan miembro útil y dueño de sí en una comunidad de trabajadores. No se envíen sólo entre los indios, ni entre la gente de campo, maestros de letras. El maestro es la letra viva. Enviense maestros agricultores y artesanos. Estuvo bien, y acabó bien, aquella convención de Amigos de Indios, en el sereno lugar de Lake Mohonk, allí donde los montes andan cerca, y los hermosos cuadros de tierra, cultivados con elegante esmero, parecen, abriéndose a los ojos de hombres dignos de contemplarlas, colosales flores verdes.

José Martí

**La Nación**  
Buenos Aires,  
4 de diciembre de 1885

[Fotocopia en CEM]

# La explosión mayor del mundo

Una isla rota.-Escena polar.-Cómo se preparó la roca para la explosión.-Cómo se cargó la roca y estalló la carga.-El *rackarock*.-La explosión: inolvidable escena.

New York,  
octubre 25 de 1885

Señor Director de  
*La Nación*

MIENTRAS SE ABRÍA a los indios en una ciudad apacible, el camino de la civilización, saltaba hecho pedazos por los aires, al empuje de doscientas ochenta mil libras de materias explosivas, el islote Flood Rock, para abrir a las embarcaciones el camino libre por la boca del río Este, entorpecida hasta hoy por las ásperas puntas de Hell Gate, donde de siglos atrás venían quebrándose las corrientes en revueltos golpes que eran el miedo de la gente de río.

El hombre ha roto en nueve años de trabajo aquella alta masa de cieno, endurecido al calor de la tierra, que fue depositando al correr, centurias ha, el río fangoso que cursaba antes

por el cauce que hoy llenan las aguas solemnes del río Este.

Nueve años han estado en el seno de Flood Rock los trabajadores tenaces, que allá se descolgaban por un ancho pozo, abriendo túneles en las entrañas de la roca, que eran calles perfectas, veinticuatro de norte a sur, por donde cursa la corriente, cuarenta y seis de este a oeste en perpendiculares a ella; y las de norte a sur eran de mil doscientos pies, como cuatro cuerdas, de largo. Mulas y hombres, allá abajo, acarreaban hasta el pozo, por donde subían a amontonarse en la superficie, las rocas cavadas;<sup>a</sup> mulas y hombres estuvieron los nueve años relucientes, del agua que manaban las rocas rotas.

No en balde,<sup>b</sup> acudió entre medrosa y admirada la ciudad, ya a las orillas del río, ya al campamento flotante de vaporcillos y botes que lo poblaban, para ver levantarse por el aire a cien

pies de altura, una isla entera, lanzada en fragmentos a la presión del dedo de una niña sobre el botón que puso en actividad la batería eléctrica a cuyo sacudimiento, encendidos por la corriente los alambres de platino que habían de prender los fulminantes principales, trece mil y trescientos cartuchos de dinamita reventaron, y se vio por unos momentos sobre el río teñido de gris y luego de amarillo, y enseguida de verde, una colosal cresta de agua espumada y rizosa, compacta y coronada de picachos como los que ornamentan de paredes formidables las gargantas del polo.

Bajemos a la bóveda, antes de que la isla estalle: tal maravilla no ha de ser celebrada con espasmos de frase: enumeraría, encorva. Bajemos a los túneles cargados: todo el techo está lleno de taladros, abiertos como los rayos de una corona, y cada uno de ellos, de tres pulgadas de ancho y nueve pies de hondo, repleto de cartuchos de *rackarock*, un explosivo nuevo compuesto de clorato de potasa y dinitro benzóleo; por la boca

a. Errata en LN: «cavaras».

b. Errata en LN: «valde».



de cada taladro sobresale unas seis pulgadas un cartucho de dinamita que tiene en el extremo un explosivo fulminante, más sensible aún que la tremenda carga del cartucho: de estas púas está artesonada la techumbre de los túneles, que al cruzarse a los cuatro vientos dejaron en pie cuatrocientos ochenta y seis pilares, sustento<sup>a</sup> ahora de la capa de roca de veinticinco pies de espesor y unas trescientas mil yardas cúbicas que al golpe de la niña en el botón eléctrico volarán de aquí a un instante por los aires: ¡ay, si alguien tropieza con el instrumento, situado allá al otro lado del río en una casita de madera, en tanto que nosotros estamos viendo envueltos en capotes de goma los túneles, y sobre nuestras cabezas conectan los hilos eléctricos en el cable que va hasta la casita de la otra orilla, los trabajadores que han olvidado la manera de temblar! ¡ay, si estalla la mina antes de que estén lejos de ella los vapores y botes incautos que cruzan el río, y como a quien va a morir miran el islote!—Acabemos de ver, antes de subir pozo arriba, cómo está preparada la explosión:—los túneles tienen de seis a ocho pies de ancho: de veinticinco en veinticinco pies han puesto a lo ancho de todos ellos unos travesaños de madera, y a cada travesano están atados dos cartuchos de dinamita, cada uno de los cuales lleva sujeto un disparador de mina, un cilindro de acero

de siete y media pulgadas de largo y una y media de diámetro, de dinamita también repleto, en el cual entra por un extremo un tubo de cobre con treinta gramos de fulminato de mercurio, y por el otro extremo penetra otro tubo menor cargado de azufre, que tiene firmes los dos hilos unidos de la corriente eléctrica que entran en el cartucho por el segundo tubo: dentro del cartucho rematan los dos hilos en un arco de alambre de platino, y ¡he ahí cómo va a estallar la mina! No va un alambre a cada taladro: se hubieran necesitado entonces trece mil doscientos ochenta y seis alambres. Nada conecta entre si los cartuchos que asoman por los taladros, ni une a éstos con los que reposan sobre los travesaños a cada veinticinco pies a lo largo de todos los túneles. Los cartuchos de los taladros contienen doscientas cuarenta mil libras de *rackarock* y cuarenta mil de dinamita. Los travesaños, son trescientos. Los disparadores de mina son seiscientos, pues. De cada un disparador colocado en los travesaños sale un doble hilo eléctrico, seiscientos hilos eléctricos entre todos, que se juntan afuera después en el cable que de la isla cruza el río hasta la orilla vecina. Allí la niña de once años, la misma que a los tres años voló de igual modo a Hell Gate, la hija del general Newton, que ha dirigido los trabajos, tocará el botón, que pondrá en actividad la batería. La electricidad, co-

rriendo al mismo tiempo hasta los extremos de cada hilo, ralentará el arco de platino que los une; los arcos encendidos harán estallar los disparadores de mina en que rematan los hilos eléctricos: cada uno de estos disparadores causará la explosión del cartucho de dinamita a que está sujeto sobre el travesano de madera, y al reventar a la vez los seiscientos cartuchos, estallarán a un tiempo los trece mil doscientos ochenta y seis que asoman por las bocas de los taladros, y todos los cartuchos de *rackarock*, que en las bóvedas están tras ellos: a su empuje se verá inflamarse el río, que sobre su lomo roto llevará por los aires, desarraigada, la roca. Pozo arriba subamos: ya no queda nadie en la isla, ni en el río queda vapor o botecillo: sólo se ven los policías del agua, las lanchas de vapor veloces, con su banderilla roja que anuncia peligro, cruzando acá y allá por cerca del islote para que no se acerque a él algún barquichuelo imprudente. Las once y cuarto son: cien mil curiosos llenan las orillas, los bordes de los techos y las torres. Como grandes arañas, encaramadas sobre sus tentáculos zancudos, bordan el río del lado de New York, respetadas por la multitud, las cámaras fotográficas: diario hay que tiene siete, para obtener, y enseñar a sus lectores mañana,

a. Errata en LN: «sustenta».



vistas instantáneas de la explosión enorme. No se oye nada: acaso pudiera decirse que se oía el silencio.

De pronto se oyó un ruido sordo, «como de una manada de toros enardecidos que mugiesen debajo de la tierra».

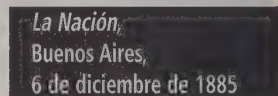
El suelo de las cercanías osciló media pulgada. Tembló el agua del río. Se abrió el río en dos ondas colosales que fueron a morir a las orillas. Por el río roto asomó una masa negra, como si el gigante que atiza el fuego en el centro de la tierra la

empujase agua arriba con su espalda, apoyadas las manos en los muslos. ¿Era lodo o roca? No hubo tiempo de saberlo; arriba subió el agua, arriba, arriba, y como un témpano de hielo de purísimos cristales, estuvo unos segundos, coronados los picachos de una cresta de iris, a ciento cincuenta pies de altura: unos Andes de agua.

A poco cayó la mole rota en gotas sobre el lecho del río, que se levantó y volvió a levantar ya con menor esfuerzo, hasta que por sobre las aguas plácidas

vagaba solo a los pocos instantes el humo del *rackarock* pesado y amarillo. De cuanto recodo y ensenada tienen las márgenes salieron, como hormigas del agua, botecillos cargados de gente, que en memoria de la fiesta recogían de la turbia superficie los pescados muertos.

José Martí



[Fotocopia en CEM]

96

## Cartas de Martí

La feria industrial del instituto.-Exhibición de caballos.-Sus escenas y su objeto.-Los anglómanos: los *dudes*.-«El espíritu aristocrático en Nueva York.-Dinamita al monumento del mayor inglés André.-Toda la nación contra la política importada.

Nueva York,  
noviembre 9 de 1885

Señor Director de  
*La Nación*

**H**A PASADO la primera contienda electoral después del advenimiento de los de-

mócratas a la presidencia. Ha muerto Mc Clellan,<sup>291</sup> el caballerizo militar; McCullough,<sup>b 292</sup> el actor pujante; «Josh Billings»,<sup>293</sup> que escribió con gran éxito en yanqui<sup>c</sup> burlesco. Una liga de trabajadores ha hecho saltar con dinamita los tranvías en las calles de San Luis. En pueblos del oeste, con sus

corregidores a la cabeza, se expulsa en masa a los chinos.

En un vastísimo corral, techado de sombrillas japonesas, se exhiben, con el nombre de «Feria del Instituto Americano» todas las novedades industriales del año, los muebles de forma reciente, las flores y las frutas premiadas en sus exposiciones respectivas, los productos perfeccionados para el consumo doméstico, las máquinas

a. En inglés, petimetre.

b. En LN: «M. Cullough».

c. En LN: «yankee».

de frigorizar, de redondear ejes, de tornear tuercas, de comprimir y endurecer el papel, las máquinas de ventilar las habitaciones, en que con el gran poder de vapor que tienen a mano, acumulan tales corrientes, que no hay curioso incauto que la visite que no tenga que echar a correr tras su sombrero.

Allí una señorita de brazos blancos hace pan en una artesa con una levadura de nueva invención, que deja la masa sin ojos, como quiere el refrán antiguo, *pan sin ojos, queso con ojos*, vino que salte a los ojos, añejerías que eran de ley en los tiempos de Lope, pero que ya no rezan en estos de Pontet-Canet y Budha-Crema, que son como un Sevre<sup>a</sup> en licor, y no como aquellos vinazos de antaño, que echaban a la cara la brutalidad de la uva.

Allá, detrás de un mostrador cubierto de tinillas de madera oblonga, de cuyos bordes cual racimos de la de Ohio y California, un alemán de delantal blanco escancia, a cinco centavos vaso, el jugo de la uva pura, que escacha a nuestra vista en una prensa de embudo; y por cierto que es cosa rica, que debieran hacer en los meses de vendimia los países que tienen vides.

Allá una puerta se abre y cierra sola; otro allá enseña una cornisa con varilla automática, que tiene o deja caer a voluntad una cortina, lo que salva del enojo de las argollas, o del romper las cortinas en el clavar

y desclavar en las cornisas;—y esta es invención de uno de nuestra raza, así como unos patines flexibles que obedecen a todos los movimientos del pie, lo que hace el patinar más cómodo y gracioso.

Allá, en diez máquinas rivales, diez inventores vecinos empollan huevos. La luz eléctrica lo innova todo; la música anima el enorme bazar; a las concurrentes regalan una pluma de pavo real o un frasquillo de agua de colonia.

Va mucha gente a la feria, —aunque no tanta ni de tanta cuenta, como la que tuvo cuajado el otro corral en que dan sus peleas los púgiles, y este año, como los anteriores, se convirtió, a escape de martillos, en un palacial establo, en donde, a semejanza del concurso hípico de París, compitieron por premio, ante las más lindas damas de la ciudad, los percherones de ancas ciclópeas y los mustangs de caña viva, los caballos de silla y trote, los de carrera y salto, los de todo trabajo, los de mera hermosura.

Un día animaban la fiesta las evoluciones de la policía montada: otro había competencia de bombas de incendio, a ver cuál era la que en menos tiempo, al toque de alarma, arresaba los caballos, rompía el vuelo y daba vuelta al circo: en dos minutos y cuarenta segundos hubo una bomba que lo hizo todo.

Otro día era el concurso de los jinetes, que ya no dan sus

caballos a montadores de profesión, sino que, como que los ven damas, montan ellos: y a uno le echaban al paso ramos de rosas, porque no parecía hombre puesto sobre el animal, sino atrevida criatura de la imaginación, o señor natural en trono vivo, que daba a la fuerza singular belleza con los reales de la gracia: tal debieron parecer a nuestros pobres indios los primeros jinetes de Castilla, firmes y ferrados. Rindió el certamen unos \$34 000, y costó \$40 000; pero la asociación que lo convoca cada año se da por contenta, pues no es la exhibición para ganar dinero, sino para el fomento de la cría caballar, y para que los jóvenes ricos estimulados con el aplauso de las mujeres, den su caudal a empresas serias, y entren en afición de ejercicios viriles, que no sean como el empinar la cabeza por sobre las alas de un cuello pavuno, o embutirse las pernazas en un calzoncillo de payaso, o morder el puño del bastón y comerse las erres, que es lo que hacen ahora, por parecer ingleses, los anglómanos.

Los cercan<sup>b</sup> y acorralan por las calles los muchachos que van naciendo de sí mismos en los codeos duros de la vida, y ya aunque sin entenderlo, sienten ofendida por estos elegantes vanos su majestad de hombres.

a. En LN: «Sevre».

b. En LN: «cecean».

Por donde asoma un *dude*, ya hay un pilluelo cuqueándolo, y es de ver en los carros la travesura con que los dependientillos de oficina, al volver a la tarde de sus labores, se industrializan para burlar el asiento al *dude* o hacer que caiga sobre las rodillas del que se lo burla, de los que se levantan para ir a otro asiento vacío, en el que, como por magia vuelve a caer sobre las rodillas de otro. Y sube a otro carro entre las risas de la gente a pasos de garza, mordiéndole al bastón el puño.

Parece esta tierra decidida a mantener su aristocracia de pueblo trabajador.

Entra de lleno en la mejora artística, lo cual se ve en la variedad extravagante de su arquitectura moderna, en la suntuosidad con que decora sus hogares, en la súbita riqueza de sus templos y teatros antes desnudos y sencillos, en sus colecciones de cuadros y objetos curiosos, en sus exhibiciones anuales y en sus museos; pero no soporta tentativa alguna<sup>a</sup> de crear, con la holganza por blasón, una casta de ricos privilegiados, ni de importar en esta tierra de hombres que se levantan de sí mismos, los hábitos de la nobleza de herencia inglesa.

Acá no se reconoce a más noble que el que lo es por sí.

De una sátira, como una excelente que se publicó hace un año, matan la tentativa de una explosión de dinamita.

A Cyrus Field, por ejemplo, no le echan en cara que haya recorrido de buhonero las oficinas de Nueva York donde hoy, blanca la barba y llenas las manos de cables y ferrocarriles, funge<sup>b</sup> de rey, y recibe sobre alfombras turcas a los magnates de la tierra; pero cuando se empeña en elevar al infeliz mayor André un monumento en el lugar en que fue preso, en los tiempos de la independencia, al volver con el salvoconducto del traidor Arnold por las líneas americanas, de recibir de Arnold para el general inglés los planos de la fortaleza de West Point, que llevaba en las botas, el monumento le dejan erigir, pero es para ponerle debajo—pues quiere honrar en<sup>c</sup> su suelo americano a un espía inglés—tal cantidad de dinamita que no quedó de la piedra conmemorativa un ápice visible, ni vidrios en las ventanas de los pueblos a la redonda.

Esto apasiona ahora a los diarios, sin saber por qué.<sup>d</sup>

Verdad es que el mayor, que tenía sangre francesa en las venas, era de estas hermosas personas que por la virtud de su armónica belleza y por el influjo de su triunfante juventud se ganan las voluntades y se hacen perdonar sus extravíos: verdad es que parece bien, por parte de los hijos vencedores, dar prueba de amistad a la metrópoli vencida, y hacerse perdonar su victoria, que es gracia suprema de las almas grandes; pero no parece cuerdo representar este

sentimiento loable en un tributo a la persona del que en las sombras de la noche trató de ganar una fortaleza a sus enemigos francos en conversación con un traidor.

Al que cayó con el pabellón al pecho, peleando al sol, bien estaría el tributo, y nadie lo hubiera resentido; pero los hombres viriles abominan a los que traman el triunfo en la tiniebla. Esos éxitos son arte de ladrones.

Esta manera de pensar es sin duda la de los que aplauden la destrucción del monumento, que no al mayor André debió erigirse, sino a Washington por haber sabido en aquella ocasión sofocar su natural clemencia para castigar sin merced al que, en tiempos comprometidos para la<sup>e</sup> república naciente, había negociado de traición con un jefe americano, cuya bravura en lides anteriores no quita un ápice a su deshonor: ni a balazos lo hizo morir siquiera, como a un caballero; sino en la horca.

Pero en la manera de sentir que ha producido la destrucción, se han juntado visiblemente este sentimiento de decoro patrio, que no hay fineza internacional que baste a sacar del pecho, y aquel otro sentimiento de repulsión a la anglomanía que los caballeretes muestran

a. Coma en LN.

b. En LN: «finge».

c. Se añade «en».

d. Errata en LN: «porqué».

e. Se añade «la».

en sus vestidos, modos de hablar y costumbres, y los magnates revelan en actos y palabras de desatentada admiración por la instituciones inglesas, necesarias, a los<sup>a</sup> que creen, en los Estados Unidos para alzar una valla de clases conservadoras a las gentes de trabajo que se han sentado ya a conocerse y estudiar en calma sus problemas, para ponerse después en pie, con una magnitud y energía que han de asombrar, a reclamar sus soluciones.

Pero a esta tentativa de agrupación de «las fuerzas altas», de la Iglesia, el ejército, la banca, el gobierno central, de todo lo que miran como componente de este cuerpo conservador que ha de hacer atrás el ataque próximo de las clases nuevas;—a esta concepción estrecha e ineficaz de la función del más grande de los Estados modernos;—a esta liga entre los herederos de riquezas obtenidas de la manera gloriosa que hoy repugnan los afortunados que con aires de aristocracia quieren esconder el humilde origen que es su mayor derecho a la estima pública, y los sacerdotes, abogados y militares por ganarse la protección de los ricos, o por miedo de perder su estado los rodean y defienden;—a este conato de autoritarismo exótico y provocador se opone, como una inmensa conciencia, todo

lo que hay de natural y vivo en la nación.

Pues de este allegamiento de fuerzas nuevas, puestas a obrar en una naturaleza rica y enorme;—de este empleo entero del hombre redimido, del hombre verdaderamente libre por primera vez sobre la tierra, que en la ilimitada posesión de sí que le otorga la ley reconoce la necesidad de mostrarse acreedor a ella, y entra en la lid por la vida sin aquel invisible peso, invisible y fatal, que oprime a los hombres que no pueden sacar francamente a la existencia su persona libre;—de este espectáculo creciente, no visto hasta hoy en la historia, en que, fuera del endurecimiento que trae el excesivo amor a la riqueza, se ve realizada toda perfección y maravilla, sin más artes de gobierno y sin más freno que los que da de sí una comunidad de hombres de trabajo, que por su propio interés, reprimen sus excesos, que dueños de toda su persona no necesitan poner en riesgo vidas y fortunas para conquistar, como otros pueblos, lo que les falta de ella;—de este amor fiero e indestructible a la constitución social que garantiza a los ciudadanos el señorío y ejercicio de sí, viene una nueva majestad, con cincuenta millones de cabezas coronadas, que echa abajo de un ímpetu a los que

quieren salir al paso de la nación triunfante.

Todo hombre siente acá un argumento vivo contra la doctrina intrusa.

Todo hombre siente a esta tentativa de merma probable de sus derechos, un impulso ciego y gigantesco, semejante al de un padre a quien arrebataste un salteador sus hijos.

En esta tierra al menos, aunque su amor al lucro la pone a veces en gran riesgo, el hombre parece decidido a no rendirse.

Sería hermoso, de una hermosura que llegaría al cielo, todo ataque a la libertad humana en los Estados Unidos, nada más que por la tremenda magnitud de la defensa,—a cuyo sacudimiento vendrían abajo las trabas que aún impiden en los pueblos viejos el ejercicio del hombre, tal como cuando una ola de soberano empuje se entra con grande espuma playa arriba, quedando luego, al plegarse las aguas serenadas, limpia y como con nueva luz la arena.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
15 de diciembre de 1885

[Mf. en CEM]

a. En LN: «lo».



# Campaña electoral

Triunfo de los demócratas.-Antecedentes.-  
Análisis, accidentes y elementos del triunfo.-  
Conducta de Cleveland en las elecciones.-  
Blaine y Conkling.-El confederado Lee es  
electo gobernador de Virginia.

Nueva York,  
noviembre 9 de 1885

Señor Director de  
*La Nación*

**H**A PASADO la primera contienda electoral después del advenimiento de los demócratas a la Presidencia, y han vencido los demócratas.

Mas ya sabemos que no entiendo de política el que se lleva de nombres, pues precisamente en lo que hace a esta nueva elección, tanto batallaron los demócratas contra los republicanos como contra sí propios; y acá en Nueva York era el caso saber si vencerían en los consejos del partido los que mantienen la política ancha y nacional de Cleveland, o los que, sin salirse de la democracia, afirman que un partido no vence ni gobierna, ni tiene responsabilidad entera de sus actos, sino cuan-

do barre de todo puesto nacional, por rutinario y humilde que sea, a los miembros de los partidos oponentes, y desconoce a estos el derecho a la menor participación en el gobierno activo de sus propios intereses.

Ya en *La Nación* hemos visto cómo Cleveland ha mantenido con entereza que, puesto que hay una ley para escoger empleados, a la ley se ha de estar, aunque no plazca a los demócratas avarientos; cómo el Vicepresidente representa a estos demócratas que lo son por los provechos y puestos públicos que esperan de la victoria; cómo, derrotados estos demócratas del Vicepresidente en la elección de Cleveland para su candidato a la Presidencia, Cleveland fue electo a pesar de la traición de muchos de ellos en Nueva York que votaron con Blaine, por los esfuerzos de los republicanos independientes a quienes parecía Blaine un can-

didato indigno; cómo Cleveland, electo a sus varios puestos por la conciliación de los elementos reformadores y sanos de ambos partidos, gobernaba estrictamente con el demócrata, sin faltar por eso a ninguna de las promesas que le ganaron el apoyo de los republicanos independientes, aunque esta lealtad y firmeza irritaban a los demócratas radicales, decididos a extinguir el influjo de aquellos republicanos en la política de Cleveland, a quien han sostenido con fidelidad en los actos de su Presidencia. Ya hemos visto cómo los demócratas parecían dispuestos a dejar las elecciones en manos de los republicanos, antes que consentir en la exaltación al gobierno del Estado de uno de los demócratas de Cleveland, lo que a los ojos de los interesados, daría fin a las esperanzas de los que mantienen la necesidad de un cambio absoluto en los empleos, y a los ojos de los fanáticos adularía, por la fusión y coqueteos de los republicanos independientes, la significación enérgica y distinta del partido demócrata, al que sus secuaces ardientes no ven en lo principal como el partido que quiere el

mantenimiento de las libertades públicas por la descentralización del gobierno, sino como un partido antirrepublicano.<sup>a</sup>

Así estaban las fuerzas cuando a mediados de octubre se reunieron, en convención, como es de uso en las cercanías de las elecciones, los delegados de las agrupaciones de cada partido. La de los demócratas fue primero: los republicanos independientes, cuyo éxito en la campaña de Cleveland aumentó su crédito entre los partidarios cerrados de que se alejaron y que los desdeñaban, aguardaban a conocer la persona elegida por los demócratas para determinar si habían de apoyarla o atacarla. En la convención lucharon brazo a brazo los demócratas reformadores con los radicales: si el candidato resultara ser un partidario de la política de reforma, los independientes votarían por él, como votaron por Cleveland; si era un defensor de la política de cambio absoluto de los empleos, de repulsión de todo elemento extraño al partido, ejercerían entonces influjo en la convención republicana para que el candidato de esta fuese un partidario confeso de la reforma en el sistema de empleos, libre de toda acusación de provechos o nepotismos. Triunfaron en la convención demócrata, con considerable mayoría, los de Tammany Hall, los «politicianos», los de vientre obeso y cabeza rapada, los políticos «vivos», los que saben dónde

está el voto y cómo se maneja, los que viven del voto y se han asociado en organización poderosa para mantenerlo al lado de su partido, con tal de que este se lo remunere en puestos provechosos, a reserva de traficar en él con los partidos rivales, siempre que estos compren la ayuda de Tammany para la elección de determinado candidato que le interesa, en cambio de su propia ayuda para sacar triunfantes<sup>b</sup> los candidatos a los empleos lucrativos que Tammany prefiere. Triunfaron los de Tammany Hall, con el auxilio de todos los que, educados en la censura acre a los republicanos, creen en peligro la existencia del partido demócrata por cualquier fusión, aun cuando sea pasajera, con elementos republicanos, más cuando estos, alucinados e imprudentes, dejaban suponer que intentaban la formación de un partido tercero, compuesto de los reformadores republicanos y demócratas, con Cleveland a la cabeza. Fue nombrado candidato para gobernador del Estado de Nueva York David Hill,<sup>294</sup> electo teniente gobernador cuando lo fue Cleveland al gobierno del Estado, para conciliar así las susceptibilidades y votos del partido, como concilió en la elección presidencial el nombre de Hendricks, candidato radical a la Vicepresidencia, al lado del de Cleveland, el candidato reformador elegido para el primer puesto.

Los ánimos quedaron suspensos: Hill, honrado en su per-

sona,<sup>c</sup> es amigo y criatura de los políticos de oficio. Era casi seguro que todos los demócratas lo apoyarían, por no haber motivo tan grande de incapacidad moral en él que habilitase al grupo reformador a votar con los republicanos, como ellos en la elección de Cleveland habían votado por este para abatir a Blaine; pero era seguro también que los independientes no votarían por Hill, y que la convención republicana, próxima a reunirse, prevenida por la derrota de Blaine en Nueva York a causa de la deserción de los independientes, nombraría un candidato de inmaculada limpieza, que atrajese los votos de estos, con lo que, en un Estado que había electo a Cleveland un año antes sobre este programa de pureza personal, era muy probable la victoria sobre un candidato a quien muchos de su propio partido veían con desamor, porque representaba los elementos más desdeñables e impuros de él: los negociantes de votos, los desocupados de esquina y cervecería, los rufianes del partido.

Dominaban en la convención republicana los amigos de Blaine, que de buen grado hubiesen elegido un candidato agresivo y definido como él, que fuera entre los republicanos lo que Hill entre los demó-

a. En LN: «anti-republicano».

b. En LN: «triunfante».

c. Se añade coma.

cratas; pero, como hubiese sido singular torpeza el desdeñar u ofender el voto de los independientes que parecía volver a ellos, consintieron en nombrar una excelente persona, de más riqueza que ímpetu, y más honradez que popularidad, el millonario Ira Davenport,<sup>295</sup> sin ver que estos millones que Davenport tiene de herencia, si prometían por una parte una buena bolsa para los gastos electorales, por la otra habían de ser usados cual lo fueron, por los demócratas como muestra de deshonestidad en los métodos electorales, de ofensa al voto llano a quien se suponía capaz de venta, y, sobre todo, de tentativa del partido autoritario de imponer un gobernador de casta privilegiada a este Estado de gente igual y libre. Ni vieron tampoco que este Davenport había sido teniente de Blaine en la conspiración que impidió, dentro del Partido Republicano en el Estado de Nueva York, la reelección de Conkling al Senado, de Conkling, que no perdona y sabe hacerse amar, y con quien votan gran parte de los Estados rurales, que no habían de desaprovechar esta sabrosa ocasión de represalia, y contribuir a la elección del que había impedido en violentísima campaña la del que reconocen como jefe. Desde el primer instante, pues, la democracia unida tuvo enfrente de sí a un candidato debilitado por la abstención del voto de los condados que con abstención

igual cuando la elección de Cleveland contribuyeron a la victoria de este dejando de votar por Blaine, el perpetuo rival de Conkling por el predominio en los consejos supremos del partido. ¿Ideas? ¡Oh! ¿quién se ocupa de ideas? Personas y personillas, son las que causan todas estas tormentas.

Empezó entonces, con miedo y desaciertos de una parte y acometimientos de otra, la campaña electoral, en la que a pesar de no haber puesto Cleveland ni sus ministros mano visible, y de no serles compañero en reformas el candidato demócrata, no pareció desde el principio, como algunos temían, que Cleveland favoreciese al candidato reformador de los republicanos, como los independientes sostenían que debía hacer por ser el nombramiento de Hill una condenación de su política; sino que fue claro que la descompostura e injusticia con que el programa de la convención republicana, escrito de mano fanática, trató a Cleveland, desconociendo el mérito que los independientes le acatan y desluciendo la elección de un candidato irreprochable, había enajenado desde el primer instante toda posibilidad, para los sensatos siempre muy remota, de que el presidente que es persona despaciosa y aguda, se pusiese frente a su partido en obsequio de los que desconocían con descaro notable sus difíciles esfuerzos por moralizar el sistema político nacional.

Cometían en tanto los republicanos nuevo error trayendo del Estado de Ohio a que perorase en las juntas públicas al elocuente Foraker,<sup>296</sup> electo gobernador de su Estado, quien, con otros prohombres de su partido, recorre el país anunciándole cuentos de desdichas por la elevación de los demócratas al poder, que permitirá al Sur rehacer sus fuerzas pasadas y caer armado de nuevo sobre el Norte, icomo si pudieran soñar los del Sur en volver a la esclavitud los cuatro millones de negros, base antigua de su sistema social y económico, cuyo mantenimiento dio origen a las disensiones políticas que dieron apariencia legal, y en algún momento simpática, a la rebelión! El Norte todo se resiente de la imprudencia y mala fe de estos agoreros y les responde regocijándose, por boca de republicanos y demócratas, de la triunfante elección del general confederado Lee para el gobierno de Virginia, que es la garantía mayor de paz en aquellas regiones, pues con ella vuelven al poder los elementos naturales del Estado, y es vencido Mahone,<sup>297</sup> político ignorante y maligno, que obtenía a brazadas dinero en el Norte para combatir en Virginia al elemento nativo, y explotaba inicuamente el miedo de los negros a la vuelta a la esclavitud.

Mientras que estos errores cometían los republicanos, y se demostraba la certeza de que

Davenport se hubiese opuesto a la existencia de las pequeñas sociedades de seguros mutuos que, a poca costa, proveen en caso de muerte una suma para la familia del asegurado, trabajaban con el mayor ardor los demócratas por Hill; ya sus amigos de la opinión, estimulados por el afán de continuar preponderando en el Estado y por el mayor de traer a su sentido la política de Cleveland; ya los demócratas amigos de la reforma que, fuera quien fuese el candidato en Nueva York, creían indispensable para el éxito de la administración de Cleveland una victoria democrática en su propio Estado. Y como ya se dijera demasiado, en víspera de las elecciones, que Cleveland se oponía al triunfo de Hill, llegó una mañana a Nueva York el secretario privado del Presidente con una carta al jefe de la comisión electoral democrática, y \$1 000, que Cleveland enviaba para los gastos de la campaña: y otros ministros, otros \$1 000: y el secre-

tario privado \$500. Franca y virilmente se ponía del lado de sus compañeros de toda la vida en una hora de prueba, con sabio arranque político, el magistrado que no ha temido desafiar su censura en el cumplimiento de deberes que ellos miran como faltas, ni ha descendido a tener en estas elecciones que tanto le importaban, más que aquel general e indispensable influjo que una persona magna, de honradez y fortaleza reconocidas, ejerce entre las que la contemplan sobre todo cuando está a la cabeza de la nación.

Ya para este momento se sabrá también lo que los que a Cleveland conocen no han puesto nunca en duda, y es su arte para no envenenar con acaloramientos personales las diferencias de opinión, sino suavizarlas por el contrario con un trato abierto, que ni quita energía para el mantenimiento de la opinión, que se estima buena, ni cierra el paso a inteligencias y acomodos honrosos, que vienen naturalmente en las horas

difíciles, ya porque la sinceridad del gobernante inspira involuntario respeto<sup>a</sup> a los que se le oponen, ya porque no ha dado a éstos razón con un trato áspero para su alejamiento y rebeldía. De manera que, cuando la elección vino a ser, ya estaba Davenport vencido, y<sup>b</sup> Hill electo, sin que, con poco más de quince días de intervalo, resultase como una derrota para Cleveland la elección del candidato cuyo nombramiento se había hecho para significar una ostentosa condenación de su gobierno. Sin ser intrigante se puede ser hábil: sin ser gazmoño se puede ser honrado.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
16 de diciembre de 1885

[Fotocopia en CEM]

a. En LN: «respecto».

b. En LN: «e» por «y».



# Muerte del general McClellan

Bosquejo de su carrera.-Su carácter y significación peculiar.-El actor McCullough.<sup>a</sup>

Nueva York,  
noviembre 9 de 1885

Señor Director de  
*La Nación*

UNA NOBLE persona moría, de ese corazón que hoy casi nadie tiene sano, cuando allá abajo, en Virginia, batallaban pacíficamente por el gobierno del Estado los mismos a quienes él redujo muchas veces en combate, y maravilló con las maniobras más difíciles que recuerda la guerra: en su casa de pueblo de campo, rodeado de libros queridos, murió George McClellan, el joven general, segundo en la escuela militar, bravo en la guerra de México, que de ingeniero de un ferrocarril pasó a mayor general de los ejércitos del Norte, y tan buen mayor, que el Congreso le dio gracias por «su serie de brillantes y decisivas victorias en los campos de batalla del oeste de Virginia»: era general en jefe a los 35 años.

Pero no iba con el espíritu de su pueblo, a quien excedió siempre en moderación y cultura. No entendió que esta nación, levantada a la cumbre en una hora, quería la guerra de Grant, una guerra de hora. ¡El tiempo le hacía falta a la nación para continuar prosperando! ¡Ya la guerra le enojaba! ¡Para eso daba todo lo que le pedían, ¡para que se acabase pronto! ¡Vencer, vencer de cualquier modo, vencer de prisa! ¡Arrollar, adelantar, hundir!

McClellan era de fina naturaleza. No le agradaban los éxitos brutales, sino científicos. Gustaba más de defenderse que de atacar. Odiaba la guerra encarnizada. Creía criminal llevar su ejército al combate sin tener allegadas todas las probabilidades de la victoria, «el último soldado en su puesto, el último fusil en orden».

Por magnanimidad y por respeto a sus tropas dejaba a éstas en reposo después de una gran victoria, y daba tiempo a que el ejército contrario se<sup>b</sup> escapase o se rehiciese, en vez de

caer sobre él, y extenuarlo, y rendirlo; sistema que, sin embargo, nunca dejó de acabar por una victoria final de McClellan, o por una ventaja señalada en su posición sobre el enemigo.

Pero ni el espíritu de su pueblo entendió, que quería guerra de yunque, anonadadora, ni entendió el espíritu de la guerra: él era hombre de meditación, de bondad, de seso, y sus mismas perfecciones mentales le impedían juzgar con claridad una época en que estaban en acción pasiones que no le era dable sentir, y a las que buscaba un acomodo que ninguno de los beligerantes deseaba.

Vio nacer la guerra de contiendas políticas, y creyó que con componendas políticas, con concesiones mutuas, con nuevos remiendos podía sofocarse una lucha que de ambas partes se había comenzado con la determinación absoluta de vencer; lo que le hizo recibir un voto mezquino cuando, ya después de separado del mando

a. En LN, siempre errata: «McCullough».

b. En LN: «le».

por el gobierno que veía mal sus injerencias en la política o sus demoras en lo militar, capitaneó, como candidato demócrata a la presidencia, frente a Lincoln, el partido que quería la cesación de la guerra.

Pero luego que acabó esta, su juicio, su serenidad, su amor a sus tropas, su capacidad para la organización, su admirable estrategia, su habilísima retirada, su clemencia con el enemigo comenzaron a levantarle una admiración sólida, que sus hermosas prendas de hombre, dado a las cosas del espíritu y modelo de lealtad, fueron aumentando hasta el día de su súbita muerte. No quiso honores: sólo a sus amigos quiso<sup>a</sup> que llevaran su cadáver a la tumba.

¿Le sobró, acaso, bondad y cultura para llegar a ser el jefe natural de los ejércitos de su país en su tiempo? ¿Le faltó, acaso,<sup>b</sup> esa inspiración sagrada, esa insensatez divina, esa maravillosa palabra interior que viene hecha, y da la ciencia que no se sabe, y la previsión de lo que no se ve, y es razón acu-

mulada, que, como una estrella que estalla, sube de repente del pecho al juicio, y guía, y avienta en él todas las vacilaciones?

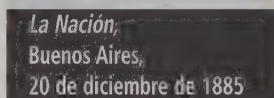
Y ¿ese pobre McCullough, que acaba de morir, enjuto como una caña; él, que era alto como una torre, lleno todo de arrugas de loco el rostro romano que ceñía en otro tiempo la cabellera rizada? No había, envuelto en la túnica, Virginio como él, ni en escenas de majestad heroica tuvo rival entre los actores ingleses y americanos.

No fue uno de esos rufianes de tablas, que de hombre sólo tienen el habla y la figura y pasan la vida contrahaciendo papeles con habilidad de histrión, y chismeando por bastidores y escaleras. Era una naturaleza rica y explosiva, a que la intensidad de sus afectos llegó a privar del juicio; pero que supo levantarse de aprendiz en una tienda de hacer sillas, donde entró a los quince años sin saber escribir, a uno de los hombres más cultos y caballerosos que habló inglés y amó a mujer.

Llevaba en su apostura un natural imperio que suavizaba en el trato su conversación sencilla; y tenía a la vez, como toda gran persona, la seguridad de lo que valía y la vergüenza de no valer más.

Cuentan que, cuando ya no tenía el derecho de querer, se enamoró de una actriz de perfecta belleza y virtud que no vio sin cariño un amor que no podía pagar con honradez: y le comió el juicio, dicen, el recuerdo perenne de aquella ideal criatura, y música hecha carne, que andaba por la vida y no podía ser suya.

José Martí



[Fotocopia en CEM]

a. Coma en LN.

b. Se añade coma.

# Muerte repentina de Hendricks

Ojeada sobre su carácter.-Cómo crece una persona política.-El gran fraude de 1876.-El sacrificio de Tilden.-Representación de Hendricks en la administración de Cleveland.-En caso de muerte de Cleveland los Estados Unidos quedarían sin presidente.-Reforma<sup>a</sup> de la Constitución.

Nueva York,  
diciembre 5 de 1885

Señor Director de  
*La Nación*

EL OTOÑO trae muertes: el alma de adentro se vivifica y decae con el alma de afuera, y por el espíritu del hombre se entran los fríos que encogen en noviembre el universo.

Estaba sentado hace pocos días en su silla de estudio el vicepresidente de los Estados Unidos, el abogado Hendricks,<sup>b 298</sup> y, de repente, quedó muerto: ni a su mujer tenía al lado, que fue a la sala a hablar con un visitante sobre negocios; ni a su mujer, sin cuyo consejo no dio nunca paso en política, ni empezó campaña de elecciones, ni pronunció un discurso: ella tomó de él cierta virilidad, que, a lo que parece, no la hace sim-

pática: él tomó de ella la suavidad femenil que avalora y refina los talentos.

Los talentos, para ser eficaces, han de reunir en sí ambos sexos: el hombre, que invade; la mujer, clemente.

A nadie tenía Hendricks cerca de sí más que a sus libros.

Lo mató el mal de esta época. Las rocas roen las costas, les comen los bordes, abren en ellas cavidades, las echan hacia adentro: en este tiempo de ansias, en esta colosal y descompuerta regata por la prominencia y el lucro, en este celo necio e infecundo del bien ajeno, en este súbito desequilibrio que han traído las conquistas modernas entre la igualdad de los derechos políticos, que abre las puertas a todas las aspiraciones, y la fortuna y la condición social, que no se igualan con tanta presteza, bate sobre los corazones la sangre agitada por el

correr, por el desear, por el envidiar, por el temer que de un revés se lleve la fortuna el bien codiciado, siempre escaso.

De mucho latir se le murió el corazón al vicepresidente o tal vez de haber deseado en vano.

Fue persona de mucha honestidad privada, pero muy amiga de las vanidades políticas; tanto que para verlas, satisfechas, siempre miró más a complacer a los que podían asegurárselas, que a los grandes intereses del Estado.

Desde muy joven batalló con votos, y fue maestro en ellos; hacía arte y gala de pedir para sus partidarios, que le daban su voto y le procuraban más; pero con hacerle andar siempre plato en mano, en busca de posiciones, le quitaban aquel mayor decoro y libre empuje que da a los hombres derecho natural a los primeros puestos: una cosa es partir honradamente la buena fortuna con sus amigos, y otra ver la nación como un plato de uso

a. Desde aquí hasta «1885», ilegible el microfilme. Se sigue la lección de OC, t. 13, p. 147.

b. En LN: «Hendriks».

propio, hecho para que se festejen de él los que nos ayuden a ganar un puesto encumbrado.

Votos se logran así, y puestos; mas no la fama duradera, que es la única que entre gente honrada puede hacerlos apetecibles.

Desde niño, vivió entre hombres de influencia política, oyó hablar de los partidarios que hacía su padre, y vio cómo se sujetaban voluntades en época de elecciones cuando fue hecho gobernador su tío: de su madre, de ascendencia escocesa, le venía la tenacidad; y de sus abuelos, americanos del tiempo viejo de la colonia, el desamor de todo lo inglés, el espíritu de secta, y cierta incapacidad de lo universal que, como un hombre encasacado en un frac azul de botones de oro, persiste aún, agresivo y terco, en medio de este gran hervimiento y renovación de caracteres. El americano nuevo, criado en medio de todo lo extraordinario, desdeña, invade y puja, y no soporta frenos: esos otros americanos de abolengo antiguo traen de raza un despego de todo lo que no es nativo, y una áspera complacencia de sí que aun en medio de esta enorme hornalla de naciones les da una cierta apariencia de aldeanos.

Había en Hendricks natural poder, amor a la brega de la vida y singular claridad de inteligencia; pero, criado entre abogados practicones, y amigo de la prominencia rápida, que se adquiere a costa de la austeridad de principios, redujo con las

pequeñas artes de la abogacía las dotes originales que le permitieron mantener en una larga existencia su influjo en su partido: porque no era de los que llevan a su partido a donde debe ir, sino de los que van por donde su partido vaya, y a estos hombres los partidos encumbran siempre y repletan de distinciones, porque por ellos se sienten servidos y adulados.

Era persona de mucho detalle, que servía bien en las comisiones de los Congresos, y de mucha parcialidad, como va dicho, por lo que, desde muy joven tuvo numerosos parciales: le adornaban un juicio fino y una palabra blanda, que ni se sorprendía ni se encolerizaba, ni lo llevaba tras de sí, como se lleva a tantos otros.

El pleitear le familiarizó con las emboscadas y las intenciones dobles, lo que, sobre su genuina perspicacia, le hizo temible esgrimir en los debates de la política y los tribunales, mientras que su práctica de servir a sus auxiliares fortalecía su influjo, y su palabra lo hacía amable.

Iba más lejos con la capacidad que lo que alcanzaba con la acción; porque cuando había peligro de su influencia o de impopularidad en la defensa de una idea justa, se recataba de servirla, por ser su propia persona la que le importaba más: no tenía, pues, aquel desinterés hermoso que es la marca imprescindible de todo gran carácter.

Diputado, senador, comisionado de la distribución de tie-

rras públicas, gobernador de su Estado de Indiana, todo lo fue sucesivamente Hendricks, a quien se le alojó en la voluntad un apetito persistente de la Presidencia; un apetito que mata hombres.

La deseó en 1876, pero las artes que le valían para hacerse de amigos en el Estado no habían sido aún suficientes para asegurar su triunfo como candidato nacional; y los demócratas eligieron para candidatura a Tilden, y a Hendricks para la vicepresidencia.

Entonces fue cuando el fraude que acaba de historiar en un curioso libro J. A. Gibson<sup>299</sup> sentó al republicano Hayes, por el dictamen de la comisión electoral nombrada para evitar un conflicto armado, en el puesto a que los votos adulterados de la Luisiana y la Florida habían elegido al demócrata Tilden: Hendricks no acató, como Tilden, una injusticia que salvaba a la nación de un enorme conflicto; sino que insistió, con una tenacidad que no está bien defendiendo un puesto propio, en extremar un derecho que llegó a punto de encender en los Estados Unidos otra guerra; oscurecerse es bien, si así se evita ensangrentar la patria.

Hubo, por supuesto, entonces, y hay ahora, quienes a aquel acto de superior abnegación de Tilden llaman cobardía: no cabe en una cáscara de nuez la esfera celeste; a ciertos actos no es dado el ser entendido por ciertas mentes.



Coronó a Hendricks desde entonces la aureola de las víctimas; y como Tilden, con magnífico desdén, o con noble dolor de ver censurado su sacrificio, buscó en silencio el camino de su parque solitario, Hendricks quedó entre los demócratas como la encarnación más activa de una injusticia que pedía reparación.

Los demócratas, torpes e ingratos, no ofrecieron a Tilden en las próximas elecciones su candidatura,—que la grandeza lastima a los que no son grandes; y como Hendricks de su propia cabeza no tenía fuerza nacional, un soldado simpático, Hancock, fue electo candidato demócrata, y un comerciante rico, Englioch,<sup>a</sup> candidato a la vicepresidencia, a quienes vencieron Garfield y Arthur.

Cercano ya, por los yerros de los republicanos, el advenimiento de los demócratas, contendieron por la candidatura dentro del partido, aquellos que todo lo quieren para sí, y ven el partido como divinidad inmaculada, y no lo ensanchan y adecuan a la medida de las necesidades nacionales y los tiempos corrientes, y aquellos otros demócratas nuevos de mayor perspicacia y capacidad de espíritu, que advierten que ya no es esta nación el pueblo sencillo de ha veinte años que se iba ciegamente con los unos o con los otros, sino otro pueblo mayor y curioso que investiga y desconfía, y atiende menos a los clamores de los partidarios que a lo que le parece ha de encaminarle a su bienestar.

En un demócrata, en Cleveland, había encarnado esta demanda general de mayor decoro e independencia en el gobierno; y como era el deseo manifiesto de la nación, los demócratas eligieron como su candidato a Cleveland, que lo encarnaba: y para allegar los dos bandos rivales y aprovecharse de la indignación que el recuerdo del fraude de 1876 levanta, escogieron a Hendricks para la vicepresidencia.

Allí fue donde latió más el corazón del hoy muerto!

Ya se veía de Presidente: ya desde años atrás, que Tilden quería oscurecerse, se estaba viendo: ya tuvo casi de la mano la candidatura, ganada en cuarenta años de parcialidades y de ansias, cuando de súbito aparece un caballero corpulento que cinco años antes era un letrado oscuro en Buffalo, y le arrebató la Presidencia.

Mrs. Hendricks aconsejó que debía dejarse elegir vicepresidente; pero cómo no debió padecer de aquel derrumbe de acumuladas esperanzas el que había puesto su vida toda en ellas! Se han de poner las esperanzas en lo que no se pierdan; jamás en hombres, escurridizos como las serpientes.

De la elección acá, Hendricks no hizo más, a modo de príncipe heredero contra padre reinante, que acentuar su política hostil a Cleveland; y sin ver que los tiempos cambian y que el país está decidido a hacerse servir de sus gobernantes antes

que servirlos, se daba las artes más minuciosas y los más pueriles empleos para allegar así,<sup>b</sup> durante la administración<sup>c</sup> de Cleveland, a los demócratas descontentos que no hallan cómo sacar provecho de ella; con los cuales esperaba Hendricks obtener la próxima candidatura democrática a la presidencia.

¿Hablaban el presidente de la urgencia de purificar el servicio público? Hendricks proclama en un discurso la urgencia de distribuir los empleos entre los demócratas.

¿Decía el presidente que el gobierno ha de ser para toda la nación, y no para una camarilla interesada de partidarios? Pues Hendricks decía en una solemnidad que los despojos pertenecen a los vencedores.

¿Destituía el presidente a un administrador de correos que daba los puestos floridos de su oficina a sus sobrinos y yernos? Pues Hendricks se hacía el campeón del administrador, y defendía contra el presidente a los sobrinos y a los yernos!

Más: en la última carta escrita por este vicepresidente de república se hablaba detenidamente a un traficante político sobre un puesto de portero: así, ¿cómo no han de votar en pro de quien les atiende los porteros y los traficantes?

Los pueblos yerran en las

a. En LN: «Englioch».

b. Errata en LN: «a sí».

c. Errata en LN: «administración».

horas de crisis que les turban el juicio; pero, en reposo,<sup>a</sup> es admirable su justicia: ven el hecho, el carácter, el peligro, como entre nubes; pero lo ven; y si por el odio, el interés o el amor, suelen extremar o desviar sus opiniones, es lo más común que las tengan justas y seguras.

Así ha sucedido que la muerte inesperada del Vicepresidente no causó aquella pena que estremece a las naciones cuando desaparece de sus ojos alguno de sus beneméritos; y aunque la curiosidad lo fue a ver, y el gobierno se declaró en duelo, y su ciudad lo enterró con afectuosa pompa, ni de los de su bando ni de los del contrario han podido tributarse más celebraciones que las que merece un caballero inteligente y amable que puso su habilidad natural y su honradez no común al servicio ciego y exagerado de su partido y de sí propio. — ¡Mayores cosas pueden escribirse sobre el mármol blanco de una sepultura!

Y cuando, llena la casa funeraria de todos los magnates oficiales, y la ciudad de gente, iban ya a poner en el carro el cadáver, la esposa fiel quiso todavía volver a verlo, y se tuvo de pie junto al ataúd, e hizo venir a un fotógrafo para que así la retratara. Entre los que esto veían ¿quién estaba? Estaba Hayes, el que hurtó a Tilden y a Hendricks la presidencia de la república.

Cleveland no fue al entierro del vicepresidente; no porque no

quisiese ir; sino porque, por una peligrosa omisión de la Constitución de los Estados Unidos, pudieren estos, muerto el vicepresidente, quedarse sin persona legal para cabeza del gobierno, en caso de que en el apresurado viaje a la ciudad de Hendricks, se inhabilitara o muriera Cleveland.

Él mostraba empeño en ir; pero de todas partes de la nación, y de Mrs. Hendricks misma, le vinieron cartas, y como órdenes, para que no fuese.

Tilden mismo, que manda mucho en los campos demócratas desde su parque solitario, le envió públicamente su opinión de que no fuera, como si supiese que le mandaba con esto una absolución: un misterioso respeto circunda a Tilden, que está aún vivo, y ya parece como una gran sombra, que cubre a su pueblo y le habla.

Está la constitución dispuesta de manera que aunque prevé que en caso de muerte del presidente el vicepresidente electo le suceda, no prevé quién ha de sucederle cuando el vicepresidente muera, sin que haya electo presidente del Senado: con lo que queda que si el presidente también muere, la nación se ve sin poder ejecutivo, sin quien constitucionalmente pueda convocar a reemplazarlo, y sin presidente del Senado, puesto que este lo es de derecho, y lo era ahora de hecho, el vicepresidente.

Ya en tiempo de Garfield se notó el mismo desasosiego; pues

así como Hendricks no quiso abandonar su derecho a presidir el Senado que tiene hoy mayoría republicana, así Arthur se negó entonces a ceder el puesto a un presidente *pro temporis*, que hubiera sido demócrata, puesto que los demócratas tenían entonces mayoría.

Murió Garfield: tomó el gobierno Arthur: quedó el Senado sin presidente y la República, como ahora, sin persona legal para suceder al jefe de la nación en caso de su muerte, y sin modo de elegirla.

El año pasado aprobó el Senado una enmienda a la Constitución que ordenaba entre los secretarios de gabinete la sucesión a la presidencia; pero no fue aprobada por los representantes; y como el caso a que la muerte de Garfield dio lugar se repite hoy con la de Hendricks, créese segura la aprobación de una enmienda semejante, a menos que la guerra cerrada a que se preparan la Cámara de Representantes y el Senado no traiga su derrota, o su oscurecimiento en batallas mayores.

José Martí

La Nación,  
Buenos Aires,  
9 de enero de 1886

[Fotocopia en CEM]

a. Desde aquí hasta «naciones», en el párrafo siguiente, parcialmente ilegible el microfilme. Se sigue lección de OC, t. 13, p. 151.

100

# Cartas de Martí

El mensaje presidencial.-Las pascuas.-Vicios en el reglamento de la Cámara.-Una novedad: la comisión de debates.-Un general acusado de cohecho.-Las memorias de Grant.

Nueva York,  
diciembre 5 de 1885

Señor Director de  
*La Nación*

YA EL MENSAJE del Presidente está fuera de las prensas, guardado de los diarios merodeadores con un gran sigilo. Ya se susurra que allí toma el Presidente campo consigo propio y los que están con él en la tentativa de hacer nacional y honrado el gobierno, y ni provoca ni cede a los que no están con él. Ya se miden las probabilidades de que, después de algunos conatos de pacificación entre los dos bandos demócratas, venzan los adversarios del Presidente, y tenga este que gobernar contra la Casa de Representantes. Ya se preguntan si el senado republicano confirmará o rechazará como es su derecho, los nombramientos de demócratas que

Cleveland ha hecho para reemplazar a republicanos, o si pedirá a Cleveland, contra todo precedente, que explique las razones de estos cambios, a lo cual sin duda se resistirá por decoro, puesto que para esa petición de los senadores, no habría más fundamento legal que una honrada frase de Washington, en que dijo que hubiera explicado al Senado las causas por que efectuó un nombramiento que los senadores, con gran pesar de Washington, rechazaron. Ya se pregunta si el Senado se aprovechará de su mayoría republicana, para elegir como su presidente que ha de ser vicepresidente de la república, a un republicano, o si, en muestra de acatamiento a la voluntad del país, desistirá de elegir a un senador de opinión contraria a la del jefe de la nación a quien estaría llamado a suceder.

Unos creen que los senadores elegirán al general Logan;<sup>a</sup>

que fue candidato a la vicepresidencia de la república con Blaine; otros creen que, según el consejo de periodistas y sacerdotes prominentes, elegirán a un demócrata, porque no se les acuse de tender a producir un conflicto nacional; y creen otros, que uniendo en lo posible su derecho de mayoría a lo que la cortesía y el respeto al país les imponen, elegirán a un senador republicano que se distinga por su adhesión a las reformas que mantiene Cleveland.

Por encima de todo asunto de interés está ahora la próxima reunión de la Casa de Representantes y el Senado; y en tanto que un viento de purificación se entra por los rincones más escondidos de las oficinas públicas del Estado de Nueva York, crece la curiosidad sana y honrosa del país, que cuida de sí mismo, por ver cómo se resuelven en juego abierto los influjos contrarios que contienen dentro del partido gobernante, y ver en qué se diferencian verdaderamente en la obra de gobierno los demócratas

a. Errata en LN: «Lugao».



censores, de los republicanos a quienes motejaban y reemplazan.

Las pascuas vienen, con sus estrellas de mirto y de laurel para las vidrieras de las tiendas; sus wagonadas<sup>a</sup> de libros suntuosos, cajas de música y presentes de la más varia especie, su legendario Santa Claus que galopa sobre los techos de las casas en su trineo arrastrado por renos de mucha cornamenta, y de los hilos de la barba, de los bolsones de las mangas, de debajo del gabán de pieles saca a millares chucherías y maravillas, y deja los renos al borde de la chimenea de cada casa, y baja por la chimenea cuando ya es muy de noche, y en la media nueva que la madre cuidadosa ha colgado a la cabecera de la cama de sus niños, deja-íoh buen Santa Claus que todo lo sabe!—el juguete aquel que los niños desean.

Desembarca de Inglaterra el muérdago bajo cuyas guirnaldas se besan, a la hora en que nació Jesús, los amigos y los amantes. Vienen de las montañas los perfumados pinos, que los amigos de la casa y los padres piadosos cuelgan de cartuchos y figuras de dulce, y de juguetes menudos, que la noche de *Christmas* resplandecen en la sala oscura a la luz parlanchina de centenares de velas de colores. Las vidrieras de las tiendas están llenas de todas clases de apetitos costosos, y escenas pintorescas dispuestas con los artículos de venta de la casa.

De toda la ciudad bajan ricos y pobres a ver estas procesiones, banquetes, bailes, teatros de muñecas. Las vidrieras de las librerías, sobre todo, hacen morir de celos!

Todo eso viene; y atrae ya los ojos: viene la ópera alemana, que ha vencido en Nueva York a la italiana, y tiene su gran teatro propio: vienen las exposiciones de diciembre, y en ellas luce en línea preferida el talento hispanoamericano: vienen los bailes y matrimonios de la gente mayor, que elige la entrada del invierno, que congrega a los vecinos de la ciudad, para celebrar sus festividades y lucir riquezas:—pero los ojos no se apartan de la Casa de Representantes y el Senado.

Lleva todo lo de esta tierra un sello tal de enormidad y éxito, que involuntariamente se desea imitar todo lo que se hace en ella; por lo que es bueno saber que acá no se considera lo propio tan invulnerable y acabado como si ya no hubiera que volver sobre ello; y ahora mismo hay en la prensa y en el Congreso una animada campaña para reformar el reglamento parlamentario, por ser el que está en vigor muy elemental y lleno de vicios.

Es interesante lo que los reformadores piden.

Ahora, se necesitan más de dos terceras partes de la mayoría de la Casa para aprobar una proposición: ¿qué partido reforma-

dor puede gobernar así, cuando, por humillados que estén sus contrarios, siempre tienen en la Casa la tercera parte de votos necesarias para derrocarlo?

Así la legislación tiene que ser toda de avenimientos y compromisos, más hecha para aquietar las vanidades e intereses de los representantes que para satisfacer a la nación.

Se quiere, pues, que baste el acuerdo de la mayoría para que una proposición sea aceptada: hay casos en el reglamento de hoy, en que diez miembros pueden impedir un acuerdo, aunque todo el resto de la Casa esté en favor de él.

Ahora no hay regla segura, ni autoridad responsable, que ordene los asuntos de debate: sino que casi todas las comisiones tienen días escogidos de antemano para la discusión de sus informes, verdaderos días de hierro, que excluyen tenazmente todo otro debate sobre asuntos de mayor interés nacional.

Y se ofrecen para corregir este vicio varios sistemas, siendo el más nuevo el que propone el representante Dorsheimer, persona de mucho alcance y peso, quien aboga porque se nombre una comisión de debates, que en inglés se llamaría *Committee on the Business of the House*, la cual tendría a su cargo y responsabilidad exclusivos la

a. En LN: «wagonadas».



ordenación de las materias de debate, salvo la natural preferencia del presupuesto y las apropiaciones de fondos del tesoro u objetos nacionales.

Y se quiere que esta comisión sea escogida de la mayoría, no para favorecer al partido que gobierna, sino para que tenga ante el país la responsabilidad clara de su cometido, y si ordena mal las discusiones y prefiere a lo nacional lo partidario, sea castigada con la censura política.

Ahora, pierde la Casa en cuestiones personales, cuestiones de orden, mociones dilatorias y votaciones nominales más de una tercera parte de su tiempo, escaso siempre para las leyes de pueblo de tanto volumen y monta.

Cualquier representante tiene el derecho de «privilegio personal» de hablar una hora en respuesta de cualquier censura o ataque que le haya sido hecho de fuera o de dentro de la Casa, a cuya respuesta sigue un debate sin término fijo en que cada discurrante puede hablar otra hora. En las cuestiones de orden la presidencia no tiene autoridad, sino que se debaten por los miembros largamente. Hay multitud de ardidés dilatorios que la presidencia no tiene manera legal de repeler, y se discuten a toda lengua con el menor asunto. Y no se vota por recuento o por división, como se hace en Inglaterra, pasando de un lado los que están por la afirmativa, y de

otro los que la niegan, cuyos nombres todos toma a cada puerta un taquígrafo, del portero que los dice en voz alta: el voto nominal toma ahora de cada vez tres cuartos de hora.

Se quiere que todo esto cese: que se restrinja grandemente el «privilegio personal»: que la presidencia resuelva por sí y sin debate las cuestiones de orden, y la Casa no oiga apelación de sus medidas, a menos que la sostenga una tercera parte de los miembros; que las votaciones ordinarias se hagan por mero recuento de votos, o por «división» cuando así se solicite: que la presidencia pueda libremente considerar o desechar las mociones dilatorias.

Ahora los miembros tienen en la sala de debates escritorios espaciosos, donde se arrellenan en plática contenta, o dejan correr las horas tediosas absortos en responder sus cartas personales, y a este prometer un puesto y al otro ofrecerle que votará por su medida, y al diario amigo mandarle el artículo que ha de favorecerle,—de modo que el debate se desliza mezquino y en lo común se vota con lo que el partido tiene decidido de antemano, sin que, excepto en casos extraordinarios, la Casa escuche los argumentos de los oradores, lo cual quita al sistema parlamentario decoro y eficacia en tanto grado que se llega a pedir, con visible exageración, que no haya escritorios en la sala, sino que los representantes sean

sentados bien juntos en bancos sin escritorios, de modo que escuchen bien lo que se dice, y pueda movérseles en la voluntad el lóbulo del partido, que es por acá de obsidiana dura, en la que no penetra nada.

Washington se ocupa de estas cosas, y Nueva York se asombra, al ver entrar en la cárcel acusado de cohecho al jefe de la milicia del Estado y presidente de la junta de higiene pública, el general Shaler.

Persona más marcial no había en todo Nueva York, que tenía orgullo en los días de funerales y procesiones, en la arrogante figura que hacía a caballo el general a la cabeza de la milicia: el hombre a caballo tiene algo de sobrehumano: vale más: crece: inspira respeto y entusiasmo.

Pero parece que este soldado apuesto de cabeza blanca tenía gravada una casa suya con una hipoteca de \$9 000; y como hubiese trabado amistad en una junta de que fue miembro con un policía que subió por artes del voto a persona mayor, sucedió que cuando el policía se hizo luego agente de fincas urbanas, y la junta de armería, en que estaba Shaler quiso vender las suyas, las puso para venta en manos del policía, quien en pago de los provechos que sacó de esta preferencia, redimió de la hipoteca de \$9 000 la casa de Shaler.

Se nota una pena sincera en la ciudad, por ver manchada

esta cabeza blanca. Se cree acá, con el nombre de «comisión», lícito todo cohecho, y en este exceso de comercio, cuesta trabajo hallar un hombre honrado.

No es lícito, sin embargo: si Shaler, que ha dado fianza, no desmiente la confesión de su cómplice, irá a la prisión del<sup>a</sup> Estado por siete años.—Por diez está ya Ward en ella, el mozo enjuto y atrevido que aceleró con sus estafas colosales la

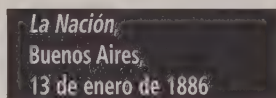
muerte de Grant,—de Grant, cuyo libro salió ayer a la plaza, registrado a la vez en Europa y en los Estados Unidos, donde la venta alcanza ya—en este país de 50 000 000 de habitantes—, a 400 000 ejemplares.

Es hermoso entrar en la casa librera que tiene el afortunado contrato: todo son cajas que ruedan, hombres satisfechos, montes de libros!

Sólo el júbilo que produce entrar en una gran librería es

comparable al frío que se siente al entrar en un gran arsenal.

José Martí



[Mf. en CEM]

---

a. Errata en LN: «de».



---

1886







# De Año Nuevo

Lo artístico, lo social, lo político.-Los documentos oficiales.-El mensaje de Cleveland.-¿Miss Cleveland escribió parte del mensaje?-El carácter de Cleveland.-Revista de reformas.

Nueva York,  
enero 16 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

QUÉ LEJOS ya, hoy que estamos a 16 de enero, las cenas de Nochebuena, las fiestas de primero de año, las curiosidades de la gente que quería ver de cerca en sus funciones de primera dama de la república a la profesora de cuarenta años que escribe desde la Casa Blanca sobre los mormones y Carlomagno!

Acá apenas se tiene tiempo para vivir. El cráneo es circo, y los pensamientos son caballos azotados. «La neurosis<sup>a</sup> de París» dicen los diarios de Francia: ¡porque<sup>b</sup> no han venido a ver esta otra neurosis!

Nadie se duerme, nadie se despierta, nadie está sentado: todo es galope, escape, asalto, estrepitosa caída, eminente triunfo. Es una procesión de ojos se-

dientos, montados sobre piernas aladas, las piernas de Mercurio.

Van los unos tras los otros, como persiguiéndose, alcanzándose, abatiéndose.

La médula se retuerce, y encoge como un cuero húmedo puesto al sol: el alma se va del cuerpo como de un pomo roto las gotas de esencia.

Parece que de dentro clama algo, como una flor fénix despedazada bajo los cascos de caballos furiosos, que entre las pezuñas mismas que la aturden, levántanse sin cesar sus pétalos maltratados para cumplir su deber de flor, de enseñar su hermosura y dar aroma.

Camino de poesía va esto; pero ¿quién entra en tareas queridas por primera vez en el año, sin sentir que, aun hablando de las querellas del Congreso con el presidente, de las contiendas de los que quieren acuñar más pesos de plata y los que no lo quieren, de las batallas de los dueños de ferrocarriles y de sus

empleados, no sienta que le nacen a su pluma alas de mariposa?

Acá apenas se tiene tiempo para echar los ojos por sobre todo lo que pasa.

En lo artístico, apenas hay una tentativa de crear ópera americana, con partitura de Goetz, sopranos de Berlín, tenor de Rusia, bajo inglés, y bailarina de Boston: y una traducción de la finísima comedia de Moreto<sup>300</sup> *El desdén con el desdén* que en inglés representa, con una flexibilidad de florete, una actriz fea y admirable, la polaca Modjeska:<sup>301</sup> confusión de nacionalidades que no asombra a quien ha visto llegar a su mesa, entre las publicaciones oficiales de año nuevo el mensaje del gobernador de Tejas, impreso a la vez en inglés, en alemán, en castellano y en bohemio.

En arte,<sup>c</sup> apenas hay eso.

Pero en lo social cómo va creciendo, a manera de conquistador, la asociación de los Caballeros del Trabajo, que manda ya en una suma enorme

a. En LN, siempre: «neurosis».

b. Errata en LN: «por qué».

c. En LN, punto y coma.

de los trabajadores de los Estados Unidos, y es representante, y es gobernador, y es ministro, y gana batallas a los monopolios, y puede, si lo decide su consejo supremo secreto, hacer cesar a una misma hora el trabajo en Estados enteros!

Y en lo político iqué avalancha de sucesos importantes!<sup>a</sup> El Congreso que se abre, el presidente que le da cuenta en un mensaje detallado de los errores que ve y los remedios que intenta, las secretarías de la Presidencia que publican informes profundos sobre los ramos del gobierno, el Senado que quiere obligar a Cleveland a que confiese que él también ha dado puestos públicos en pago de servicios de partido, el Congreso en que todavía no se ha entablado francamente la batalla de los demócratas que insisten en la distribución de los empleos nacionales entre los miembros del partido victorioso, y los otros demócratas; los caballeros de la democracia, que ayudan a Cleveland en su propósito de limpiar la política nacional de estos perros hambrientos!

¿No es mala vergüenza andar lamiendo manos, con tamaño barba y un par de manos fuertes, para alcanzar un sueldillo de limosna,<sup>b</sup> cuando se tiene a poco andar tanto campo nuevo, tanto animal de cría, tanta manera de vivir honradamente?

Y, ¡cuántas sugerencias útiles en los documentos oficiales, y en los comentarios de los

periódicos sobre ellos! Da tristeza ver tanto a la mano, y agonia de no poder abarcarlo de una vez.

Cada mensaje, cada informe de secretario, ha sido este año un tratado de política viva, no de esa política de sistema, política de cátedra, política de pie de dama china, política metafísica, sino esa otra manera sabia de equilibrar los elementos nacionales, yendo por medio de la mayor justicia posible a la justicia cabal y absoluta!

Este año los secretarios son nuevos y ya por dar cada uno buena muestra de sí, ya por revelar la originalidad necesaria en un gobierno nacional, ya por informar a la nación del estado en que el partido contrario dejó las cosas públicas, y de la sencilla cordura con que el gabinete se ha puesto a enmendarlas, ello es que no hay historia más elocuente, ni novela más amena, ni lección de gobierno más práctica, que la lectura de los informes<sup>c</sup> de los Secretarios y la del mensaje, en que el presidente los compendia, y expone al Congreso sus propias miras.

Todo el mundo habrá leído ya en Buenos Aires el mensaje del presidente.

Él no favorece la política de irse entrando, so pretexto de abrir canales en tierra extranjera.

Él no opina que, porque una monarquía europea quiere agasajar a otra, se merme el derecho

de los Estados Unidos a nombrar para sus representantes en las cortes de Europa a caballeros honrados, conforme al tipo norteamericano de caballería: levita cruzada, bigote raso, perspicacia aguileña, silencio sabio, costumbres claras, ardor en la tolerancia, ideas nuevas.

Él no cree que, cuando hay 200 000 000 ociosos de pesos en plata en el tesoro, por los cuales ha tenido el gobierno que pagar en oro, deba seguir dando oro vivo en cambio de más millones de monedas de plata muertas, que van valiendo menos mientras más va habiendo, y más se teme, como se teme ahora, que la moneda de plata sea desechada como tipo principal por algunos de los países que la consumían.

Él no quiere que, ya que fue históricamente necesario arrebatar poco a poco a los indios nativos sus tierras que adoran, se agrave aun este hurto necesario maltratando y corrompiendo a los indios desposeídos, capaces en algunos lugares de mantener escuelas superiores y celebrar congresos, so pretexto de que allá por Arizona, donde la justicia india se ha hecho crimen, arrasen ranchos y quemen mujeres unos diez apaches fugitivos.

a. En LN, sin el signo de admiración, a continuación minúscula.

b. En LN, punto y coma.

c. Coma en LN.

Él no opina que, puesto que el país no quiere chinos, deban traerse más mientras no lo quiera; pero opina que los chinos que vinieron bajo la garantía de las leyes anteriores, deben ser protegidos por las leyes con toda energía contra los inmigrantes europeos del oeste, que los envidian por su sobriedad, les temen por su inteligencia, y les odian porque están siempre prontos a trabajar por menor precio que ellos.

Él juzga que de todos los proyectos de tránsito entre los dos océanos, el canal de Tehuantepec<sup>a</sup> será el mejor, por más barato, porque no envuelve tutela política por parte de los Estados Unidos, y, acaso, aunque esto no lo dice el mensaje, porque a un americano genuino ha de parecerle especialmente bien eso de llevar por sobre la tierra los buques a lomo de ferrocarril.

Él mantiene la necesidad urgente de construir una armada comparable a los intereses de la nación y al poder de los países que pudieran atacarla: «la nación que no puede resistir un ataque—dice—está constantemente expuesta a él».

Él cree que si sobra dinero en el erario después de cubiertos los gastos públicos, no debe guardarse este caudal en caja, sirviendo de tentación a agiotistas que andan a caza de dineros fáciles y gobiernos desprovistos, sino que el sobrante debe rebajarse de los derechos de arancel en el año siguiente, para

ir así abaratando, con el menor precio de los artículos importados, el costo general de la vida, y para ir poco a poco habituando a las industrias americanas a rebajar sus gastos de producción para poder un día elaborar a los bajos precios a que se elaboran los artículos de industria en Inglaterra, Francia y Alemania, que es el único medio de asegurarse una existencia industrial legítima y duradera.

Él sostiene que el gobierno democrático de los Estados Unidos, con el mismo prestigio del hombre, corre<sup>b</sup> peligro, si no se pone coto al vicio norteamericano de tratar la política, no como santuario, sino como una profesión, como un tráfico, como un *trade*,<sup>c</sup> en que se coaligan para dirigir en su provecho los asuntos públicos todos aquellos abundantes y voluminosos holgazanes que no tienen valor, conocimientos o vergüenza suficientes para ganar su pan en un trabajo duro y honrado: la política es el deber de todo el mundo, y el amarla es señal de nobleza y abandonarla es señal de innobleza; pero no debe servir de máscara a los perezosos, de pretexto a los ladrones, ni de mercadería a nadie: la política es la ocupación natural de toda mente elevada y generosa, pero no debe servir de banquete a los augures, ni de dispensa a los bribones, ni de tentación a los débiles que por seguir sus caminos, en apariencia fáciles, abando-

nan los trabajos llanos y fecundos que conquistan un bienestar y dignidad durables: no envidia a un rey el que se ha hecho a sí mismo, y mira y obra como si llevara corona: por eso los pueblos de hombres prósperos y laboriosos son los únicos verdaderamente libres.

El presidente cree que es una villanía que en un pueblo como los Estados Unidos, vivan aún los mormones seguros en su hogares bárbaros.

Vibran y duelen las frases del mensaje en que el presidente condena la poligamia; por lo que pasa aquí como cierto que esta parte del mensaje no es suya, sino de su hermana, de su apasionada y dogmática hermana, que maneja su lengua a lo Carlyle, a modo de quimera, de mirada encendida.

Y se ha dicho y redicho esto de la hermana; pero no parece que el público en junto lo haya tomado a mal, aunque fuese verdad.

También en tiempo de Jackson puso mano en los papeles de Estado Miss<sup>d</sup> Eaton:<sup>302</sup> también dejaron la pluma a sus mujeres, a la hora del mensaje, Madison<sup>303</sup> y Adams.<sup>304</sup> Pero esa colaboración, aun cuando parece verdadera, ni se extiende al mensaje en lo que no es de

a. En LN: «Tehuantepec»

b. En LN: «corren».

c. En inglés, comercio, tráfico mercantil, negocio.

d. En LN: «Mis».



incumbencia femenil, ni le quita el carácter de personalidad e independencia que en todo él se trasluce. Ni provoca ni halaga enemigos. Como ve las cosas las dice.

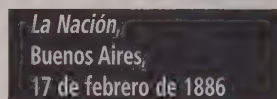
Sabe que la mayoría democrática rechaza su campaña de purificación del servicio público, y suspensión del cuño de la plata,—y su primer acto en el

Congreso dominado por la mayoría es explicar sin alarde y sin tibieza, las razones por qué insiste en la reforma del servicio público, y en la suspensión del cuño.

Todo el mensaje es como el presidente: prudente, de una pieza, inspirado en ese noble valor que prefiere caer con la honradez desatendida que prosperar

por la complicidad con los que atentan a ella.

José Martí



[Mf. en CEM]

## 102

# El problema indio en los Estados Unidos

Informe del Secretario Lamar.-Lo que debe hacerse con los indios.-Cómo debe educárseles y cómo han de dividirse sus bienes.-Una universidad nacional.-Ojeada sobre el espíritu actual norteamericano.

Nueva York,  
enero 16 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

DE LOS INFORMES de los secretarios, el mejor, por lo sesudo y lo práctico, no es ni el del Ministro de Hacienda,

ni el del Ministro de la Guerra, ni el de Marina, sino el del «soñador» del gabinete, el del «idealista y vagabundo» de la casa, el del Secretario del Interior, Lamar, acusado de amar el romance, de dejar correr de vez en cuando la fantasía y de mirar una que otra vez al cielo.

Hay grandísimos necios que se pasan la vida proclamando

que las mentes, infelices por altas, que ven bastante hondo y lejos, adentro y encima de la tierra, son fatalmente incapaces para entender en las cosas terrenas: y al que es capaz de entenderlo<sup>a</sup> más, ya lo bautizan de inepto para entenderlo<sup>b</sup> menos: como si las mismas facultades de observación, que penetran en las leyes del alma y del mundo, no fuesen por su excelencia natural inevitablemente capaces de penetrar las

a. En LN: «entender lo».

b. En LN: «entender lo».

relaciones más visibles, cercanas y menores! ¡como si esa tendencia misma hacia lo superior y general, hacia lo universal y sumo, no fuera una violenta consecuencia de la tristeza angustiosa que da el conocimiento de lo individual y pequeño!

Pero, en la tierra, según se sabe, hay más ratones que águilas; y los ratones se juntan, y dicen entre sí: «¡vaya!: ¡inosotros volamos mejor que las águilas!» —y, por de contado, todos los ratones lo creen.

Lamar es de las águilas: y su informe ha sido tan cauto, tan claro, tan apegado a lo real, tan conforme a los problemas prácticos, que estudia, que ya no se oye decir, por esta vez, que Lamar es inhábil para el puesto porque lee versos, o los hace, y usa el cabello largo, y sabe del hombre antiguo y de monedas, y se suele quedar, ipensando precisamente en los rufianes políticos!, con las manos cruzadas, mirando chisporrotear en la chimenea, los leños encendidos!

Y en el informe de Lamar, que tiene 90 páginas, como cuarenta, y las primeras, están consagradas al estudio del problema indio.

Ya es hora, según él, de que los Estados Unidos resuelvan este problema, que está hoy en su punto crítico. Ni se defiende siquiera de que lo acusen de filántropo; todo el mundo pone hoy atención privilegiada en la cuestión india.

El salvaje vive, y, aunque en diversos grados de civilización, vive, como salvaje. Ya no está como antes en tierras lejanas, de donde podrá huir, y de las que se le podrá sacar: está en las tierras mismas que el gobierno le dio a cambio de las suyas, que le fue quitando, y estas no se las podría quitar sin cometer infamia y violar sus contratos. Las comarcas cultivadas de los blancos rodean ya de todas partes el territorio y las reservas indias.

¿Qué se ha de hacer pues?

¿Exterminar al salvaje? ¿Corromperlo, como un medio de exterminarlo? ¿O pagarle en cuidados civilizadores, que él no rechaza y solicita, la libertad fiera en los montes nativos, el placer de la raza, la vida grata de la tribu, el rincón materno donde sus madres los tuvieron con dolor, y sus abuelos fueron señores y felices?

Pues que las tierras son suyas, según contrato con el gobierno, el gobierno debe mantenerlos en ellas. Si los agentes los compelen a arrendar sus tierras a los ganaderos a mal precio, o sin precio, hay fraude en estos arriendos, y la ley no debe autorizarlos.

Si hay en algunas comarcas, como la de los pintes, como la de los apaches, un centenar de indios tercios y nómades que se resisten a ser mudados de lugar y a vivir sometidos a la gente, esta no es razón para que se trate como vasijas de barro a las cinco tribus civilizadas, los cherokees,

los choctas, los chicasas<sup>a</sup> y los brazos seminolas<sup>b</sup> de la Florida: los apaches son la forma excesiva de la venganza india: ¿qué idea justa no tiene sus fanáticos? ¿qué justicia no engendra exageraciones? ¿a qué extrañar en hombres cercanos aún a la naturaleza pecados inherentes a la naturaleza humana?

Bien puede ser que acabe el gobierno por llevarse a las islas del Pacífico los 200 apaches que mantienen en zozobra constante el Estado de Arizona,—y decida recoger con las tropas a los pintes en alguna reserva cercana al lugar nativo que aliciente alguno ha bastado a hacerles abandonar,—pero ya, de una vez por todas, es necesario tratar de atraer,<sup>c</sup> por modos graduales, a una civilización definitiva a los 200 000, nada más que 200 000 indios, muy adelantados ya muchos de ellos, que viven enclavados entre los Estados blancos, que adelantan, costando al gobierno nacional, por el actual sistema de tutela, de cuatro a siete millones de pesos al año por gasto de agencias.

El Secretario Lamar sugiere que se eduque a los indios por medio de los indios: que en vez de enviarlos, contra la voluntad de sus padres, a escuelas lejanas de la nación, se les envíe a las escuelas excelentes de los

a. En LN: «cherokees», «choctaws» y «chickasaws».

b. En LN: «seminales».

c. En LN: «traer».

cheyenes,<sup>a</sup> donde son indios casi todos los profesores, donde los indios, y no el gobierno, fueron los que fundaron y los que pagan la enseñanza, donde la enseñanza iguala, en sus ramos, y en el cuidado con que se estudian, a la de las escuelas superiores de la Nueva<sup>b</sup> Inglaterra:—el secretario Lamar lo dice.

En cuanto a tierras, ya los sioux poseen las suyas, por separado, y están contentos con ellas; pero como los indios han sido tan traídos y llevados y los contratos del gobierno con ellos violados tantas veces; como es tanto su miedo natural de que toda promesa nueva<sup>c</sup> sea olvidada, y es tan vivo y legítimo su apego a las tradiciones de su raza, más ardiente mientras más amenazadas las ven, y menos tradiciones les quedan; la posesión de la tierra en común es uno de sus hábitos más arraigados y queridos, el Secretario indica que la tierra ha de dividirse, pues no hay otro modo de elevar al hombre que hacerlo creador de sí y propietario de algo, pero eso ha de hacerse de manera que ni choque mucho al principio con las costumbres de la raza, ni luego de que esté repartida la tierra en lotes individuales, se apoderen de ella los contratistas rapaces o los colonos blancos que se las envidian.

Dividase en haciendas personales parte de la tierra que hoy posea por contrato cada tribu: compre el gobierno a los

indios a buen precio y resérvela para su adelanto, la tierra sobrante: prohíbese a los indios, por un plazo que baste para que entiendan el valor de su propiedad, que enajenen o hipotéquen su tierra, o que la arrienden a cualquiera que no sea un indio de su propia tribu.

Propone un sacerdote, y recomienda el Secretario para la tribu de los umatillas, que como no conocen aún las ventajas y goces de la propiedad individual, y no la ven hasta hoy sino como una revolución temible en sus costumbres, que les viene del blanco engañador, se divida la tierra en lotes individuales de a ochenta acres; se elija un grupo de diez a quince indios jóvenes, se les enseñe a cultivar y dirigir sus fincas, bajando los diez o quince en común en las fincas de todos, bajo maestros prácticos a un costo de \$ 7000<sup>d</sup> al año; y cuando este año preparatorio esté acabado, se ponga cada hacienda aislada en manos de su dueño preparado ya para hacerla prosperar, en tanto que se comienza de nuevo al año siguiente con otro grupo: y así hasta que quede enseñada toda la tribu.

No parecen bien al Secretario los agentes fijos, que obran sobre tribus en distintos grados de civilización con un sistema igual para todas. No: el Secretario cree que cada<sup>e</sup> caso ha de resolverse en acuerdo con sus especiales exigencias: que el indio de la reserva de los

pueblos, que apenas tiene carne que comer y algo que vestir, tiene razón para resistirse a pagar las cargas públicas de una ciudadanía de que no goza, y de unas leyes escritas en una lengua que no entiende; mientras que los cheyennes, que de mucho tiempo atrás se gobiernan con innegable sabiduría, no sólo no se eximirían mucho de las cargas urbanas, sino que voluntariamente se las imponen, y sin espolio<sup>f</sup> ni soplo ajeno, han determinado dar \$ 6 000 al año de la anualidad que por contrato les paga el gobierno, para contribuir a los gastos de las escuelas de la tribu.

En 1886 se recomienda, pues,—¡oh hombres vanidosos!—para resolver el problema indio—lo mismo que recomendaba, en la lengua sana y nueva de aquellos tiempos, la ordenanza de 1787; lo mismo que decía en su informe en 1822 aquel hombre de gran frente que dio el Sur, John Calhoun, «el sistema de educación que es la base de todo, la reducción de su comarca, y la división de la propiedad territorial». Ya entonces decía Calhoun, también Secretario: «Todas las tribus, no sólo no resisten, sino que solicitan la educación de sus hijos. Los

a. En LN: «cheyennes».

b. En LN: «nueva», con minúscula.

c. En LN: «promesanueva».

d. En LN: «7000 \$».

e. En LN: «que a cada».

f. En LN: «espelio».

informes de los maestros son unánimemente favorables. El progreso de los niños indios es enteramente igual al de los niños blancos de la misma edad; y parecen tan capaces como ellos de adquirir hábito de trabajo.»

Y acaba Lamar recomendando que no se les aparte de los lugares en que hoy viven, porque no podrán entonces, con el miedo de ser expulsados de la tierra que hubiesen cultivado, entregarse con fe a la labor a que se quiere aplicarlos definitivamente. Ni podrán las compañías ferrocarrileras pasar por las tierras indias sin compensar cumplidamente la ocupación que usurpan.

Y las nuevas haciendas individuales serán registradas como cualquiera otra propiedad de un ciudadano de la república y asignadas por el título respectivo a su dueño indio.

Así, educado por maestros de su propia raza, encariñado con su labor productiva en tierra definitivamente suya, y ayudado, en vez de burlado sangrientamente por sus conquistadores, podrá, con paz segura, con los placeres de la propiedad, con la conciliación de la vida de su raza y la vida civilizada, con la elevación de la mente instruida, permanecer el indio como elemento útil, original y pintoresco del pueblo que interrumpió el curso de su civilización y le arrebató su territorio.

No acaba el mensaje de Lamar sin una sugestión que ha sido

muy celebrada: ¡esas son las cosas que los hombres romancescos, que saben de versos y monedas antiguas, descubren cuando miran con los ojos fijos en las llamas elocuentes del leño que chisporrotea en la chimenea!

Washington, Madison, Jefferson, Adams, todos habían sugerido ya lo que hoy, por razones que discretamente calla, sugiere de nuevo el Secretario. Todos recomendaron, como él, la creación de una universidad nacional. Bien se ve, aunque él no lo dice, que sufre por esta rudeza general de espíritu que aquí aflige tanto a las mentes expansivas y delicadas. Cada cual para sí. La fortuna como único objeto de la vida. La mujer como un juguete de lujo. El amor de la mujer, como un capricho de la fantasía o como una necesidad de acomodo social. El hombre, máquina, rutinaria, habilísimo en el ramo a que se consagra, cerrado por completo fuera de él a todo conocimiento, comercio y simpatía con lo humano. Ese es el resultado directo de una instrucción elemental y exclusivamente práctica. Como que no hay alma suficiente en este pueblo gigantesco: y sin esa juntura maravillosa, todo se viene en los pueblos, con gran catástrofe, a tierra.

Los hombres, a pesar de todas las apariencias, sólo están unidos en este pueblo por los intereses, por el odio amoroso que se tienen entre sí los que regatean por un mismo premio.

Es necesario que se unan por algo más durable. Es indispensable crear a los espíritus aislados una atmósfera común. Es indispensable alimentar la luz, y achicar la bestia.

Fuera de negocios y de cierto círculo privilegiado, salta acá a los ojos que los hombres no tienen nada que decirse, ni pensamientos finos con que complacerse, y elevarse en común: ni modo siquiera, aparte del<sup>a</sup> instinto y la costumbre, de retener en sí el alma volandera e imaginadora de sus mujeres.

De leer, escribir y contar no se pasa en la escuela pública. Y de la escuela pública, a la faena, al espectáculo del lujo, al deseo de poseerlo, a la vanidad de ostentarlo, a las angustias crueles e innobles de rivalizar con el del vecino.

De este empequeñecimiento es necesario sacar estas almas. En el hombre debe cultivarse el comerciante, —sí; pero debe cultivarse también el sacerdote.

Un hombre no es una estatua tallada en un peso duro, con unos ojos que desean, una boca que se relame, y un diamante en la pechera de plata. Un hombre es un deber vivo; un depositario de fuerzas que no debe dejar en embrutecimiento, un ala.

La lectura de las cosas bellas, el conocimiento de las armonías del universo, el contacto mental con las grandes

a. Errata en LN: «se repite del».



ideas y hechos nobles, el trato íntimo con las cosas mejores que en toda época ha ido dando de sí el alma humana, avivan y ensanchan la inteligencia, ponen en las manos el freno que sujeta las dichas fugitivas de la casa, producen goces mucho más profundos y delicados que los de la mera posesión de la fortuna, endulzan y ennoblecen la vida de los que no la poseen, y crean, por la unión de hombres semejantes en lo alto, el alma nacional.

Clama el Secretario por una educación general superior como

una inmediata necesidad nacional; cree que no basta la seca escuela de elementos meramente prácticos; pide una gran universidad nacional, que organizándose sobre la base de las diversas corporaciones científicas, que hoy mantiene separadas el gobierno, complete este espectáculo de las fuerzas de la tierra sorprendidas y puestas a servir, con los conocimientos que se derivan del hombre que ama y aspira sobre ella, y no ha de saber sólo qué es lo que tiene bajo sus pies, sino lo que lleva en sí.

Un pueblo no es un conjunto de ruedas; ni una carrera de caballos locos; sino un paso más dado hacia arriba por un concierto de verdaderos hombres.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
18 de febrero de 1886

[Mf. en CEM]

103

## El general Hancock

Muerte súbita del contendiente de Garfield para la presidencia.-El general hermoso.-Su carrera y carácter.-Su casa.-Muere pobre.

Nueva York,  
febrero 12 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

**P**ARECE que en los Estados Unidos se muere de desear. No se hace lo que Horacio<sup>305</sup> aconsejaba a Leuconoe: no se

contiene la esperanza en límites estrechos. De las grandes esperanzas se cae como de las grandes alturas: muerto. Acá, muchos de los que han aspirado en vano a la presidencia pagaron sus aspiraciones con su vida.

Horace Greeley, que no ha tenido igual en lo enérgico de su voluntad y lo brillante del ingenio, murió de eso; aspiró a

la presidencia y lo venció Grant. El vicepresidente Hendricks, hecho todo a lo abogado, sedoso y temible, y a más muy amigo de sí, murió de eso; aspiró dos veces a la Presidencia, y lo venció Tilden en 1876, y Cleveland en 1884.

Hancock, que llevó dentro de sí la pena de no ser llamado a regir su nación, como quien lleva dentro del pecho una montaña, ha muerto ayer al fin de eso: contentió con Garfield por la Presidencia en 1880, y fue vencido. Ya no se le vieron

más aquella seguridad y brío con que arremetió en Williamsburg contra los confederados que lo perseguían, y detuvo con su espada en Gettysburg la rueda de la fortuna que se iba camino de los confederados.

Cuidaba en silencio en la linda isla del Gobernador, a la entrada de Nueva York, de los jardines y canteros<sup>a</sup> que allí embellecen la morada del mayor general del ejército del Este; respondía con su propia mano a cuanta carta le escribían, aunque fuera nimia, engañando así con las puntualidades de la cortesía la actividad loca del alma; trataba cada vez a los que le rodeaban con mayor blandura, lo que es signo fijo de muerte cercana; pero el pie en el estribo, no lo volvió a poner jamás como lo ponía antes. Detrás del ánimo se le iban las carnes; ya cuando presidió el entierro famoso del general Grant, que fue su jefe, tuvo que dejar el caballo a media procesión, porque las fuerzas no le igualaban la voluntad; al fin, de pronto, la pena se hizo carbunclo maligno: y esta correspondencia se escribe, frente a un gran arco de pórfido, a la sombra de la bandera a media asta que toda la ciudad enarbola por la muerte del soldado querido, y desafía la lluvia y el viento.

Los escándalos, las genialidades, las intrigas políticas, las noticias menores, los periódicos, todo ha cedido por un momento el paso al caballero immaculado y clemente que «peleó

tan bien en la guerra, que cuando la acabó se quedó satisfecho»: estas cosas épicas dice acá todos los días la gente sencilla. Esa es una frase recogida al pasar en una entrevista con uno de los enemigos de Hancock en la guerra, con el que paseó toda Virginia hace meses seguido de procesiones de amazonas, con Fitzburgh Lee.

Dos cosas culminantes se ofrecían a la pluma al empezar esta correspondencia: un gran escándalo, y un hombre bueno. Pareció mejor dejar el escándalo para después, y hablar primero del hombre bueno.

Y un instante antes de seguir.

Hay algo que hacer notar en la muerte de ese noble soldado, del «general hermoso». General fue, y de los que vencen militar, desde que le apuntó el bozo: hasta morir con el bigote blanco: jefe, casi toda la vida.

Pero el respeto a los demás, que pierden casi siempre los hombres acostumbrados a mandar y es la mejor y verdadera medida de la grandeza del alma, Hancock no lo perdió nunca. *Sir* suele llamar el inglés a su hijo: *gentlemen*<sup>b</sup> llamaba este general a sus soldados.

Cuando en Williamsburg, que fue una de las grandes batallas de la guerra del Sur, fingió que huía, se dejó perseguir por los confederados, y se volvió de pronto contra ellos, bayoneta en brazo, ni se acaloró, ni juró, ni dijo cosas napoleónicas; sino esto: «*We must*

*give them the bayonet, gentlemen*»<sup>c</sup>

Tuvo desde el principio de la vida satisfechos los deseos; por lo apuesto del cuerpo y lo claro de la mirada se prendó de él un hombre de afectos vivos, que lo hizo cadete.

Era bello; se mostraba seguro de sí; tenía ya la mirada inquietante y seductora, de los que sienten en sí la capacidad de vencer—la mirada que turba y disgusta a las gentes vulgares. ¿Adónde quieres ir? le preguntaron cuando salió ya de teniente, de la escuela.—¡Tan dentro del Oeste como pueda! idonde el búfalo vive, donde se derriba y se avanza, donde todavía luce el indio al caer, donde se entreabre lo grande y lo nuevo!

Después vino la guerra contra México, una guerra infame; pero el soldado es el único hombre que puede cometer crímenes sin deshonorarse; y dentro de la maldad se crean virtudes relativas.

Hancock peleó bien en Molino del Rey; volvió laureado; gustó la dulcísima paz de la casa; vino la guerra del Sur; organizó bien las tropas que le dieron; le hicieron brigadier general; no se le vio la ambición, pero sí muchas veces la bravura; no se le ofuscaba la hermosa cabeza, amada de sus soldados; cuando

a. Errata en LN: «canteras».

b. En inglés, caballeros.

c. En inglés, «Debemos ofrendarles la bayoneta, caballeros».

su jefe Meade iba a plegar en Gettysburg banderas, en aquel Gettysburg donde habló luego Lincoln, él tomó las banderas de la mano, y metió el regatón en el estribo, y se ganó por sus consejos la pelea; después de vencer, le sacaban del muslo una bala y un clavo.

No murmuró de nadie, ni pidió puesto, ni envidió el ajeno. Le dieron luego de la paz puestos altos, y no se aprovechó de ellos.

No cayó en el amor de la riqueza, que pervirtió el carácter de Grant, ya descompuesto con el amor del mando.

Muere pobre. Pero sí tuvo, por la decorosa bondad con

que trató siempre a sus subordinados, mucho admirador leal entre ellos; sí gozó del respeto creciente de su pueblo, que se sentía de él respetado.

Sí le embelleció la vida, una digna señora, a quien quiso tanto, que, cuando tuvo un hijo, no le puso nombre de general, como a él le pusieron, Winfield Scott; sino el nombre de su mujer, que la ley quita y él devolvió: Russell era de apellido ella, y el niño se llamó Russell Hancock. ¡Russell, antes de Hancock! Van siendo ya muy raras estas galantes noblezas.

Tuvo la fuerza, porque tuvo la paz de la casa. Nadie preguntó el secreto de tanta existencia

desperdiciada, desviada, frustrada, incompleta; es el desarreglo del hogar.

Sólo saca de sí su fuerza entera el que vive en la arrogancia interior de ser querido.

El país, cuya opinión en masa es siempre justa, quería acá de veras a este noble hombre. Ya le hacen una suscripción a su familia, que queda sin fortuna. No le enterrarán con pompa.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
26 de marzo de 1886

[Mf. en CEM]

## 104

## Un gran escándalo

El Secretario de Justicia culpable de soborno.- Una compañía de teléfonos<sup>a</sup> en que el Secretario tiene \$500 000.-El Departamento de Justicia procura anular en nombre de los Estados Unidos la patente de una compañía rival.-El Presidente y sus ministros.-Examen de este escándalo: la Pan Electric contra la compañía de Bell.-La patente de los teléfonos de Bell acusada de fraude.- ¿Qué es diputado y qué es soborno?-Garland.

Nueva York,  
febrero 12 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

EL ESCÁNDALO es donde no pudo sospecharse que tan pronto sería: en el gabinete de Cleveland. Soborno se llama en castellano el recibir paga por abusar de un cargo público en beneficio del que remunera el abuso. El diputado electo por el país para cuidar de sus intereses, no tiene el derecho de servir con su puesto a compañías privadas sino cuando de ellas resulta claramente un bien general e indiscutible para el país a quien debe su puesto, y de quien cobra paga.

No tiene el derecho de valer en servicio de Juan del empleo que ocupa por la voluntad de Pedro, y por el cual le paga Pedro. Y si recibe el diputado dinero, o cosa que lo valga o pueda valerle, por poner su investidura pública y los influjos que vienen con ella al servicio oculto de una compañía que compra al diputado para sí el poder que este sólo tiene legalmente para las cosas de la nación; si el diputado esclaviza a una compañía, su influencia, su juicio y su libertad, que necesitan permanecer desentramados,<sup>b</sup> y se vale a escondidas de su carácter nacional para favorecer un interés personal de que recibe paga, el diputado es culpable de soborno.

Ese fue el colosal escándalo que se dio aquí cuando el Credit

Mobilier en que el mismo Garfield apareció envuelto: representantes y senadores recibieron paga, en dinero o acciones, de la compañía, por determinar con sus votos en el Congreso la legislación favorable a la empresa;—por distribuir en provecho de los que los sobornaban las tierras, los fondos y los derechos públicos, para guardar los cuales habían sido nombrados y se les pagaba sueldo ípara<sup>c</sup> robar, so capa de legislar, al erario público, y lo que importa más, al erario de los derechos de la nación, vendido por los mismos que reciben sueldo para custodiarlo!

Ese fue el escándalo de Blaine, de quien es fama que tuvo que poner las rodillas por el suelo para obtener de su acusador las cartas en que se probaba que había vendido su influencia como presidente de la Cámara a la empresa de un ferrocarril que se lo había comprado con acciones!

Y eso, y no más, a bien que

a. En LN: «teléfono».

b. En LN: «desentramadas».

c. En LN, el signo de admiración cierra en la palabra anterior.



era bastante, le impidió ser Presidente de la República.

Ese es ahora el escándalo de Garland, el Secretario de Justicia en el gabinete de Cleveland.

Está probado de un modo absoluto que cuando era Garland senador, recibió quinientos mil pesos en acciones de una compañía nueva de teléfonos, la Pan Electric, y, según se demuestra por sus propias cartas, empleó su influjo como senador en beneficio de la compañía, cuyas acciones sólo tienen hoy un valor nominal, en tanto que no se invalide la patente de la compañía de teléfonos<sup>a</sup> de Bell que excluye toda otra empresa de teléfonos; pero tendrían grandísimo valor desde que, en virtud de los esfuerzos de Garland y otros como él, se anulase la patente de Bell, que se dice fraudulenta, y pudiera la empresa rival Pan Electric, sacar patente nueva por sus inventos telefónicos.

Garland hizo, pues, lo que Blaine y lo que los del Credit Mobilier: puso su carácter nacional al servicio de una compañía privada, y recibió una compensación, que puede resultar enorme, por sus servicios fraudulentos.

¿Le pagaba la nación para que le sirviese a la Pan Electric?

Así las cosas, sube Garland al gabinete.

A poco de subir, se presenta, con buenas razones es verdad, la compañía Pan Electric a pedir a la Secretaría de Justicia que litigue, en nombre de los

Estados Unidos defraudados, contra la compañía de teléfonos Bell, y use su legítimo poder para anular una patente de invención que fue obtenida del gobierno por sorpresa y con engaño por el que no era el inventor legítimo.

La compañía de Bell,<sup>306</sup> que con los provechos del monopolio del teléfono ha acumulado un caudal considerable, ha vendido doce veces en los tribunales a los que niegan a Bell la invención del instrumento; a pesar de que es válida en el público la opinión de que no fue él el inventor, ni se soporta en lo general con calma el abuso que hace la compañía de su privilegio, cobrando altísimo precio por el uso del teléfono.

Garland, que posee una décima parte del capital en acciones de la Pan Electric, se reconoció en carta pública privado del derecho de establecer en nombre de los Estados Unidos, un litigio en cuya decisión estaba personalmente interesado. Pareció muy bien este acto honrado. Pero a los pocos días, salió de verano el Secretario, y a las calladas, aunque en virtud de las atribuciones de su empleo, el «abogado público», el *solicitor general*,<sup>b</sup> dio permiso para que se promoviera en nombre del gobierno el pleito de nulidad de la patente de la compañía de Bell.

No lo promovía el Secretario, es verdad; pero lo promovía su subordinado inmediato, lo promovía la Secretaría.

¿Cómo se puede suponer, sea cualquiera la ficción legal a que se acuda, que el jefe de un departamento no influye en un litigio de su departamento, en el que le va una colosal fortuna? ¿Cómo, siendo una en la mente pública las personas del jefe del departamento y el empleado menor que está bajo él, no ha de suponerse que la Secretaría de Justicia ha accedido a entablar el pleito porque el Secretario sacará de él, si lo gana, una inmensa fortuna? ¿Cómo no ha de parecer indecoroso que uno de los más altos empleados de la república use el poder y las cajas de la nación en un litigio en que le espera conocidamente provecho personal? ¿Cómo ha de ser imparcial en el caso, como es su deber, el que tiene en él tan conocida y valiosa parcialidad?

La compañía de Bell puso enseguida en juego sus resortes, que son acá, como todo, gigantescos: periódicos que se leen por centenas de miles, amigos personales de Cleveland que se prestan «por una consideración» a darle consejos, representantes que obligan a la Casa a pedir cuenta de las sumas gastadas por el erario nacional en entablar contra la compañía de Bell la acción que solicita la Pan Electric. Una tormenta de injurias fue la prensa,

a. Errata en LN: «teléfonos».

b. Subsecretario de Justicia en Estados Unidos.

y lo es aún ahora. Cuando se ensalza aquí, el mundo entero lo oye; pero cuando acá se lapida, las piedras son montañas; y se visten de tal dignidad de argumentación los diarios comprados, que da grima creer que pueda haber criaturas con luz en la frente y canas en la barba que por dinero abran a los paseantes, como la mujer de la Biblia, esta arca santa de los pueblos, que debe ser la prensa. No hay monarca como un periodista honrado.

El Presidente, a las primeras acusaciones, pidió cuenta a su Secretario: «Es verdad, dijo Garland, que poseo esas acciones de la Pan Electric; pero el «abogado público» ha dado permiso para el litigio sin mi aprobación, ni mi conocimiento». «Mejor será», dijo el Presidente al abogado público, que su permiso se recoja, e informe sobre los méritos de este caso, el Secretario de lo Interior».

Lamar es el Secretario de lo Interior, Lamar, una especie de caballero Bayardo, a quien nadie jamás ha puesto tacha. Lamar vio el caso fuera de Garland, y en lo que daba de sí genuinamente.

Hay razones reales para creer que la patente de Bell es fraudulenta. Ni la Pan Electric ni ninguna otra empresa privada, puede combatir con éxito en los tribunales—¡acá también!—contra el influjo y recursos cuantiosos de la compañía de Bell, acusada de fraude y despotismo por la opinión pública.

Denunciado el fraude en una patente, el gobierno de los Estados Unidos, que la dio, tiene la obligación de investigar si el derecho de privilegio de que es depositario le fue hurtado. Decidió Lamar que procedía el litigio.—¿Quiso ayudar a su amigo, a su antiguo compañero en la guerra de la confederación, al Sur en quien recaería apenas vuelto al poder el descrédito de uno de los hijos que tiene en el gabinete? De eso le acusan; pero esa no es la opinión pública.

Se reconoce, por una parte, que el gobierno tiene derecho a exigir la prueba de la validez de la patente denunciada. Todo inventor tiene en la oficina de patentes un depósito nato: su privilegio de invención. Si la Oficina de Patentes da el privilegio a quien no sea el inventor real, da lo que no es suyo, y defrauda al inventor verdadero. Si este reclama su derecho, la Oficina de Patentes tiene que procurar recobrarlo para volverlo a su dueño legítimo.

Tal es el caso legal. Pero, por otra parte, aun cuando sea cierto, y bajo Cleveland parece que lo es, que el gobierno no permitiría que se usase de ninguna influencia ilícita para torcer la opinión del tribunal en este asunto, siempre resulta que está hoy a la cabeza del Departamento de Justicia un hombre, Garland, que vendió a cambio de las acciones de una empresa su influencia de senador para hacerlas valer. Vendió un pues-

to público.—Y ¿por qué no ha de querer aprovecharse de su influjo mayor como jefe del Departamento de Justicia, en un caso de su propio departamento, el que se prestó a aprovecharse, y se aprovechó de su puesto de senador en el mismo caso?

¿De qué le vale ser ahora imparcial por la fuerza de la opinión, si tiene aún en sus manos el precio de la venta de su cargo público? ¿No se ve desde allí la tormenta, que acá ha levantado, de gozo entre los republicanos, de tristeza entre los demócratas, este bochornoso descubrimiento? Bien se entiende que Cleveland muestre generosidad a Garland, y lo mantenga, aun con daño suyo, bajo su amparo; porque si sale Garland de esta manera del suceso, a no tener la vitalidad pasmosa de Blaine, se quedará con las acciones de la Pan Electric, pero sin honra pública.

Y los republicanos dicen, echando al aire gozosos sus gorros de fiesta:—«¡Lo mismo, lo mismo que nosotros, vuestros demócratas!»

La persona de Garland se oscurece: a la de Lamar nadie toca, ni a la de Cleveland. La justicia del caso quita mucho de su fealdad al interés probado del funcionario público. Y el hecho, frecuente en los círculos de negocios, de recibir acciones de las empresas nuevas a cambio de servicios, entumece el sentido moral, que no entiende que el negociante es dueño de

sí, y no goza de sueldo de la nación por defenderla, mientras que el diputado ya no es nada en sí, sino la nación misma, y no puede ponerse sin desvergüenza a la paga de quien busca su autoridad para el propio provecho, y acaso contra el de la nación misma. ¡Los depositarios de los derechos, de las tierras, de las arcas, del porvenir de la República, recibiendo

dinero, o cosas que lo valen, para venderlos, torcerlos y comprometerlos!—Vale más ser honrado.

José Martí

*La Nación*  
Buenos Aires,  
28 de marzo de 1886

[Mf. en CEM]

105

## El Senado y el Presidente

El buen secretario Bayard.—Hechos menores.

Nueva York,  
marzo 12 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

ESTE ACONTECIMIENTO, que llena aquí ahora los aires, ha dejado un tanto en la sombra los debates del Senado sobre el proyecto de exigir al Presidente que explique las razones de cada una de las vacantes de empleos que ha ido creando, y de los nombramientos con que las ha ocupado. La Constitución manda al

Presidente que someta al Senado los documentos que este le pide sobre remoción y nombramientos de empleos; pero no que le dé cuenta de sus razones, porque ya esto no sería tener el derecho que la Constitución le reserva, de remover y nombrar. El Senado sólo tiene derecho constitucional a confirmar o rechazar los nombramientos del Presidente, y a examinarlos para actuar a sabiendas sobre ellos. Pero se quería escandalizar, aterrorizar a Cleveland, forzarlo a confesar que él también ha dado empleos en pago de servicios políti-

cos. Cleveland no se aterroriza, y se niega a ceder su prerrogativa<sup>a</sup> al Senado que no ve cómo salir del lance. Pero ¡qué cartas se han leído a propósito de esto! ¡qué abyecta se vuelve por el pan fácil la persona ofínica! ¡cómo quiebra la honra la larga posesión de un beneficio público! ¡cómo debilita la costumbre de los empleos la energía de los hombres! ¡No me saque de mi puesto, señor, —decía uno de estos menguados al Presidente— que por lo mismo que me tienen por republicano, yo serviré mejor a

a. En LN: «prerogativa».

los demócratas!»—Si no estuviesen, a la verdad, cerca de un presidente de república caballeros como Lamar y Bayard, sería<sup>a</sup> cosa de que el Presidente llegase a creer que esta tierra es un gran pudridero. Bayard no: ahora le respetan en su gran aflicción amigos y enemigos. Perdió a su hija, que ponía toda el alma en ser atenta, y sabía cosas serias, y fue generosa, y era vehemente en sus afectos, y murió de todas esas enfermedades!<sup>b</sup> Sobre la hija, murió la madre, que se miraba en ella; y el hombre afligido, que lo está de veras, no desertó su puesto público, sino que aún encuentra en su corazón roto fuerzas para cumplir con su deber. ¡En la hora de la vejez, írsele a la tumba la casa!

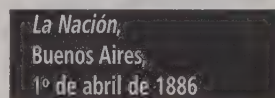
Hormiguean, como siempre, los hechos menores.—Todo un pueblo japonés trabaja en sus industrias en un circo: se les ve tejer, pintar, peinar, bordar, teñir, cocer la porcelana. Las óperas de Wagner, aderezadas con grandísima riqueza, tienen lleno el teatro.—Un actor de poca nariz y buena fama, Lawrence Barret, representa con trajes brillantes el *Hernani*.—Unos quieren que haya aquí un Westminster;<sup>307</sup> donde en la casa de la religión nacional se sepulsen los grandes muertos: otros, sacerdotes por cierto, sugieren que sea un Walhalla,<sup>308</sup> donde no haya culto religioso alguno, por tenerlos este país todos, sino una casa libre para los muertos na-

cionales: los más están porque no haya Walhalla ni Westminster, sino porque cada héroe repose en paz donde el corazón le llamó en vida, con lo que, en este pueblo tan grande, no habrá lugar a celos, ni se separará tanto el muerto del lugar que le era grato.—Los escritores de más nota se juntan para pedir que se ajuste al fin entre Inglaterra y los Estados Unidos, un tratado mutuo de propiedad literaria; porque no es justo, como dice Mark Twain, que el que inventa un nuevo ojo de aguja pueda perseguir por sobre toda la tierra al que le robe los provechos de su invención, y el que de padecer o de observar, saca una verdad moral o física al mundo, o una obra que lo deleita y maravilla, sea robado de sus provechos en Inglaterra, por el delito de escribir en los Estados Unidos.

La legislatura de Nueva York, azuzada por la queja pública, trata de saber si fue por acaso entre los miembros del ayuntamiento neoyorquino donde cayeron unos millones de pesos que aparecen gastados por la empresa de tranvías de Broadway, cuando los libros rezan que sólo unos \$160 000 se gastaron en el camino, lo cual parece confirmar la opinión de que el resto hasta unos tres millones, fue distribuido entre los municipios y demás caballeros para obtener en una sesión apresurada de última hora, la suspirada franquicia de establecer «por 1 000 años» un tranvía

en Broadway.—Un gremio de tipógrafos multa a un periódico en \$50 por cada semana que tarde en despedir de sus talleres a los cajistas de otro gremio que hoy lo ocupan.—Francis Ellingwood Abbot<sup>309</sup> que piensa hondamente, delineo con mano segura en un libro notable: *El teísmo científico*—los contornos, cada día más claros, de aquella espaciosa religión venidera que va saliendo a voces, cada vez con más brío del conocimiento científico del mundo.—Y señoras muy cultas, una de las cuales ha desenterrado ruinas en Ajucatan en traje de hombre y habla lenguas indias, se han reunido, en virtud de que acá no hay la noble ley que da a la esposa la mitad de las ganancias del matrimonio, para discutir la justicia de esta proposición: «El marido debe pagar a la mujer un salario semanal por los trabajos de la casa». ¿Dónde estará el aroma de las rosas?

José Martí



[Mf. en CEM]

- a. Errata en LN: «seria».  
b. En LN, a continuación, dos puntos y mayúscula.  
c. En LN: «feísmo».



106

# La revolución del trabajo

Grandes huelgas.-La reforma de la tarifa en el Congreso.-Proyecto de educación federal.-La colección de cuadros de Morgan, vendida en \$2 000 000.-Un vaso en \$18 000.-Huelga y motín de los empleados en los tranvías.-Escenas de la huelga.

Nueva York,  
marzo 25 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

MUCHO PROBLEMA hay en pie ahora en los Estados Unidos; mucho libro nuevo, porque parece que también la inteligencia, fecundada como la tierra por el frío, da flor cuando se acerca la primavera; mucha batalla política hay ahora.

¿Quiénes vencerán en el Congreso: los que quieren la reducción de la tarifa de aduanas, para ir rebajando el costo general de la vida y sujetando la producción al consumo legítimo, o los que quieren mantener alta la tarifa, con la esperanza de que una legislación amiga les permita imponer a la nación inquieta y pobre la compra de los artículos de uso a un precio extraordinario?

¡Es la batalla de siempre!: to-

dos los poderosos aliados con los que viven de sus migajas, contra los previsores, amigos de los débiles.

¡Es la batalla de siempre!: todos los glotonos de hoy, Don Tierra y Don Panza, contra los espíritus desinteresados y fervientes, sin más sueldo que el placer de hacer bien, que es una sabrosísima paga.

Dicho sea<sup>a</sup> con dolor: aun-que las estadísticas del trabajo en 1885 revelan el hecho temible de que un 7½ por ciento de las industrias de los Estados Unidos han estado sin empleo durante el año por falta de consumo; aunque el malestar y la ociosidad forzosa que esta penuria crea entre los trabajadores, enconan sus males y precipitan sus quejas, sin que se paren a pensar que una parte de sus sufrimientos viene de abusos que indignan, y otra de la mala condición de las industrias;—aunque, con la vehemencia mística de los apostolados,

se esparce por la nación, como fuego en campo seco, la Orden de los Trabajadores, la noble orden de los Caballeros del Trabajo,—parece que va a quedar vencida en el Congreso la proposición de rebaja de la tarifa: así extreman los comerciantes sus fiestas y banquetes cuando están prontos a declararse en quiebra: así alardean los gobiernos de autoridad cuando sienten que se estremecen<sup>b</sup> y vienen a tierra.

Sin querer se van saliendo de la pluma estas reflexiones: porque la mente está repleta, en este aire de batalla, de los ecos del magno combate que en todo el mes están librando en diferentes partes del país las organizaciones de trabajadores.

No se trata de una huelga aquí, y otra allá, y otra mañana. Se trata del estupendo crecimiento de una asociación de obreros de toda labor, coaligados por un sistema fácil bajo un tribunal supremo, para arbitrar las diferencias entre los capitalistas y los trabajadores, dirigir y mantener huelgas, hacer leyes en acuerdo con una distribución justa de los productos del

a. Errata en LN: «Dichosea».

b. En LN: «extremecen».

trabajo, y suspender en un día dado todo el trabajo de la nación, en tanto que haya un solo abuso que enderezar, un empleado despedido sin razón, un salario odioso que no alcance para comprar pan, una muestra de persecución a los obreros que defienden sus derechos o los de su clase.

¿Qué importa ante esto la bravura con que en un imprevisto mensaje echó en cara el Presidente al Senado que le mueva guerra por cambios de empleos honradamente meditados, cuando muchos de ellos fueron hechos a instancias secretas de los senadores republicanos que en público, arrogándose un derecho que no les da la constitución, afectan luego ponerlo en berlina porque se niega a presentar a los senadores los documentos privados que para su mejor información mediaron con ocasión de estos nombramientos?

¿Qué importan los sucesos menores del mes:—que en la opinión pública triunfa Cleveland:—que no cede a los demócratas interesados, y estos, sintiéndolo fuerte, buscan pretextos decorosos para irle cediendo; —que el Presidente, reconociéndose impotente para dominar la agitación contra los chinos en el Oeste, esquivе en un mensaje al Congreso la responsabilidad pecuniaria de la nación en los últimos asesinatos y expropiaciones de chinos en California, so pretexto de que, en lo visible y aparente, el gobierno acudió con sus fuerzas y recursos

a remediar el conflicto; lo cual es verdad, si se añade que ni acudió a tiempo; ni lo remedió, ni anduvo tan de prisa como pudo, ni hay modo ni voluntad de castigar a los agitadores?

Nada son, junto al asunto mayor que hoy conmueve la atención pública, ni el proyecto de Blair, muy sonado y ya casi vencido, de repartir entre los Estados una suma anual de los fondos federales para ayudar a los gastos de la educación, cosa que se tiene aquí por viciosa, ocasionada a fraudes y atentatoria a la virilidad e independencia de cada Estado,—ni la opinión creciente de que ha de tratarse de buena fe a los indios, sacarlos de su condición abastida de páuperos a sueldo, y repartirles por cabeza sus tierras propias;—ni importa siquiera ya el colosal rendimiento de la colección de cuadros, porcelanas y otras obras de arte de la Sra. de Morgan, que entre lo que le llevaban los vendedores de oficio, los chupapintores, los que pagan en hambre lo que venden en fortunas, compró tales maravillas y rarezas de pinturas y cerámica que la venta de ellas ha producido a la testamentaria dos millones de pesos.

Un Jules Breton,<sup>310</sup> —una procesioncilla, sentida y suave, de niñas de pueblo que van a recibir la primera comunión,—se vendió en más que los cuadros de Gérôme, que tienen la consistencia y brillo del acero; de Millet, que halló lo hermoso de

la fealdad y la tristeza; de Delacroix, que pintaba sus tigres como si él lo fuese; de Fromentin, el caballero del espíritu y de la pintura; y de Fortuny, el sabio de la gracia, una orla de oro! ¡En 45 500 pesos se vendió el cuadro de Jules Breton; linda cosa, es verdad, pero no más que linda!

Y el cuadro que alcanzó segundo precio, no fue tampoco cuadro de fantasía o historia muerta; no fue un bufón de Zamacois, que saca la cabeza a casi todos los pintores modernos; no fue un oficial de Detaille, un oficial abanderado, de cuello enjuto y ojos secos, que es todo él triste y grandioso como la derrota de la Francia; sino un cuadro de Vibert, que pinta cardenales picarescos y canónigos de buen vivir; mucho rojo en mucho blanco, mayordomos que saben el pescado que place a monseñor, sotanas negras que sonríen mientras hacen como que oyen lo que platican en la sala vecina las sotanas encarnadas. ¡Ah; pero este cuadro, si no merecía todo su precio, era, por lo menos, una lección<sup>a</sup> profunda!: todo lleno de heridas, bello como una luz que sube al cielo, contaba un sacerdote misionero su campaña de almas a las túnicas lisas y relucientes de los sacerdotes de ciudad, que le oyen distraídos y de mal humor, como oyen al deber siempre los que no cumplen con él.

a. Errata en LN: «lección».

De esta misma colección era un vaso de porcelana que parecía hecho de nube y se vendió en 18 000 pesos; un *ou-tsai-khi* legítimo, que es mucha maravilla; uno de aquellos pocos que se hicieron, de caolín molido y remolido en todo un año, cuando Tchingthoae<sup>a</sup> y Tching-te regían en China,<sup>311</sup> y luego cuando Khang-hy, en los tiempos de la «Alegria Serena»: ¡y toda la paz imperial parece emerger del vaso!

Por delante de las salas en que se exhibía la colección iban y venían grupos de curiosos, y obreros en traje de fiesta, que querían ver cómo acababa la huelga de conductores de carros con que empezó este mes memorable en las batallas del trabajo.

Adentro, vanidades disputando precios, y aficionados de corazón de artista, mohínos porque se les iban de los ojos las maravillas que se los aliviaron un momento. Afuera, las aceras repletas de gente de labor endomingada: porque, para el que padece, todo día en que se luce el derecho es domingo; —y se visten en sus días de huelga los obreros para recibir el derecho que esperan, como las niñas de Jules Breton iban vestidas para recibir en el templo al Señor.—¿Vamos afuera?

Hay huelgas injustas. No basta ser infeliz para tener razón.

La justicia de una causa es deslucida muchas veces por la ignorancia y el exceso en la manera de pedirla. Es verdad que al que se cría para toro, no

puede exigirse que salga ángel: y el obrero, no educado en finezas mentales ni dispuesto por lo que sufre y ve a dulzuras evangélicas, cuando tiene que decir o hacer, lo dice o hace a manera de obrero; si es conductor de carros, con guantes de cuero; si es zapatero, con lezna; si es herrero, con martillo.

Ese es el vicio que daña a casi todas las contiendas de los trabajadores: el pensador los excusa, y en lógica es justo; pero en la acción social es peligroso, y el gobernante tiene que reprimirlo: de ahí los gloriosos fracasos de los hombres de pensamiento en el gobierno.

Pero la huelga de los conductores era justa. De mala alma se necesita ser; para no sentir cariño por estos pobres soldados de la vida, de pie día y noche en la plataforma de sus carros, azotados por la nieve, empapados por la lluvia, arremolinados en la ventisca, salpicados de fango, y a cuyo tesón y resistencia deben los habitantes de la ciudad el poder ir de un lado a otro, cómodos y con buen calor, a ganar la olla de la casa.

Se tiene natural afecto por el cartero, que nos trae señales de que alguien nos recuerda, aunque sea para mal; por el sereno, que nos guarda el hogar en las horas negras y húmedas; por los bravos conductores de los carros, que nos ayudan en la faena de ir de prisa, a amasar nuestro pan.

De modo que cuando se supo que, mes sobre mes, venía

pidiendo la gente de los carros dos pesos al día por trabajar en pie doce horas, a lo cual las compañías ahítas de dividendos contestaban aumentando las horas y disminuyendo el sueldo, no hubo apenas quien no aplaudiese la determinación que, fatigados al fin, tomaron los empleados de una de las compañías, de desertar carros y establos hasta que se accediese a pagarles su precio, que no es más que lo bastante para abrigar y dar mal de comer a una familia muy humilde: ¿pues qué,—decía uno de los empleados,—tengo hijos, y nunca puedo verles a la luz del sol? Pero los establos no los dejaron completamente desiertos los huelguistas: el carrero ama sus caballos, que entienden su amor; dejaron hombres que dieran de comer y beber a los caballos.

En un instante, se vio en aquella región de la ciudad un espectáculo notable. Es barrio de trabajadores, aunque toca por todas partes, y sirve de vía, a los mejores lugares. Cuantos estaban libres, inundaron las calles. Las mujeres pasaban hora sobre hora acodadas en sus ventanas. Hombres, mujeres y niños se mostraron dispuestos a impedir que la compañía moviese un solo carro, si había quien la sirviera,—¡que siempre hay! De todas partes,

a. En LN: «Tch'inghoæ».

como obedeciendo a orden mágica, vinieron carros cargados de carbón, de piedra, de ladrillo, que vaciaban sobre los rieles. Las mujeres de las casas de vecindad, a quienes el carbón cuesta caro, salían con baldes de él, y también los vaciaban. -Y la huelga fue creciendo, y ramificándose a otras líneas.

A una hora se detenía el tráfico en una vía. Un instante después se detenía en otra. Venía un carro; saltaba a la plataforma un hombre desconocido; hablaba al conductor; y el conductor desuncía los caballos dejando el carro vacío sobre la vía; itodados por uno!: «una injuria a uno es una injuria a todos»; ese es el lema de la noble orden de los Caballeros del Trabajo.

Y como los conductores son miembros de ella, y los empleados de los ferrocarriles elevados también, hubo un instante de verdadero pánico, en que la ciudad sintió como que se le encogía el aliento, y se notó en los rostros la inquietud y el trastorno, cuando se temió fundadamente que, en obediencia a la disciplina de la asociación, los empleados de los «elevados» se negarían a trabajar, hasta que a los de los carros se hubiesen reconocido sus derechos.

En esto, ya estaban las avenidas de la compañía henchidas de gente. Ni un carro habría de pasar. Toda la policía de la ciudad y la de reserva, fue llamada para proteger el viaje de un carro. La muchedumbre toda se dispuso a cerrarle el camino.

Apareció el carro, rodeado de 750 policías. Ya no eran sólo cargas de carbón, piedra y ladrillos: era un vagón<sup>a</sup> de cerveza, torre ambulante, cuyos barriles vacíos dejó el carrero de buen grado amontonar sobre los rieles: eran vagones<sup>b</sup> de las líneas transversales, que a hombres sacaban de sus vías los amigos forzudos de los huelguistas, y reclinaban suavemente sobre la vía bloqueada, como se reclina en la cuna a un niño.

La muchedumbre, que hacía masa a un lado y a otro de la calle, desde las paredes a los bordes de la línea, esperaba cólerica la llegada del carro, que por sobre la gente, con difícil prudencia, hacía adelantar la policía.

De las ventanas mostraban los puños cerrados y vociferaban las mujeres. Silbidos, gritos e injurias acogían a los policías y su carro. Hubo en un instante un grito tal, tan sostenido y fuerte, un grito de diez mil criaturas a la vez, que se oyó al otro lado del río. Al fin, un adoquín fue lanzado por alguien sobre la policía y las piedras empezaron a llover sobre los carros.

Cargaron los policías sobre la turba, con las porras en alto, y la multitud aterrada se entró por las calles y casas dejando en paz el carro por pocos momentos, pues al cabo de ellos ya otra vez estaban las ventanas llenas de puños y la calle de hombres y mujeres.

Así el día entero. Así la noche.

Tenía el Bowery, el Broadway de los pobres, un aire de campaña: y tanto hombre robusto y sombrío, inspiraba respeto, pero daba miedo: no por lo que era aquello en sí, aunque fue el motín mayor de trabajadores que ha habido en Nueva York, sino porque el instinto público presiente los grandes riesgos, y hay en cada hombre, aun en el más burdo, una especie de inteligencia involuntaria, que obra a despecho de él y sin su conocimiento, y le avisa anticipadamente, en revelaciones bruscas, de lo que va a ponerle en alegría o en peligro.

Venció la huelga: el trabajador de los hijitos, podrá abrazarlos alguna vez al sol; pero Nueva York entrevió con visible recogimiento, en qué extremos podría hallarse si se coaligaran por fin todos los trabajadores hasta conseguir la mejoría de condición y seguridad de empleo a que aspiran. Se sintió que aquel reconocimiento del poder que les da su organización, podría precipitar sus demandas en las comarcas descontentas, y adquirir proporciones tales que detuvieran, o sacudieran, la vida de la nación.

José Martí

**La Nación,  
Buenos Aires,  
7 de mayo de 1886**

[Mf. en CEM]

a. En LN: «wagon».

b. En LN: «wagones».



107

# Las huelgas en los Estados Unidos

Los Caballeros del Trabajo.-Causas y aspecto de la huelga ferrocarrilera.-Jay Gould y los trabajadores.-El lenguaje de los Caballeros del Trabajo.-Atentados de los huelguistas.-«¡Todavía eres buena bandera!».

New York,  
marzo 25 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

**H**OY, TODO es huelga, huelga formidable. Estados enteros hay en huelga; regiones enteras de trabajo, que abarcan dos o tres Estados. De asamblea en asamblea, o sea de gremio en gremio, ha ido extendiéndose la orden de los Caballeros del Trabajo desde su cuna en Filadelfia por toda la república, en las manufacturas del Este primero, luego en las grandes ciudades, después en los ferrocarriles que van al Oeste, al fin entre los campesinos y mineros de los Estados del Pacífico.

Lo que empezaron junto a una mesa de cortar ropa hace

veinte años unos cuantos sastres de brava voluntad, es hoy asociación técnica, organizada como vastísima masonería, por medio de la cual, si en un ferrocarril de Texas<sup>a</sup> despiden a un obrero sin razón, ya están los herreros de Pittsburg, los zapateros de la Nueva Inglaterra, los cigarreros de New York disponiéndose a ayudar con su cuota a la huelga de los ferrocarrileros de Texas, hasta que el obrero despedido sin justicia sea vuelto a su puesto.

Si los trabajadores en las minas de carbón creen que se les paga un salario ruin por su trabajo casi sobrehumano, los Caballeros del Trabajo los defienden, los representan, los ayudan; y hace seis meses que en Monongahela hay poca carne y poco pan, pero las minas están desiertas: unos días ha, quisie-

ron algunos volver a las minas, y sus propias mujeres les salieron al encuentro, y les vaciaron sobre la cabeza las cestas de los desechos de la casa.

Sí en la Nueva Inglaterra se resisten los manufactureros a dar cuenta de sus provechos al tribunal de la orden, que los inquiera sinceramente en son de paz; para saber si es cierto que no pueden pagar a los obreros el salario que reclaman, sin obreros se quedan las colosales zapaterías, con gran utilidad de las que, por no parar en la ganancia, han reconocido a los trabajadores como regla de salario, una parte en los productos de la fábrica.

Crece este sistema. Acaso sea el que predomine, como único medio justo de dar en la producción de la obra su porción correspondiente al dueño y a los operarios:—ique como se está hoy, el obrero, después de halar mal toda la vida y cavar cincuenta años, tiene que vivir de una limosna, que no siempre halla!

a. En LN, siempre: «Tejas».

Y si una gran compañía de ferrocarriles, como la que por el sudoeste del país dirige el hábil millonario Jay Gould, falta de propósito a sus acuerdos en conflictos anteriores, y contra lo estipulado en ellos, rebaja sueldos sin anuncio anticipado de un mes, despide hombres, aumenta horas, y deja sin compensación las horas aumentadas; si una y otra vez piden en vano a los directores de la compañía que se examinen sus casos de queja, y se cumpla el acuerdo; si el desafío y desdén, como sucedió por desdicha en este caso, responden a la moderación y la paciencia,—en masa se levanta el gremio ofendido del ferrocarril, y poco después, uno tras otro, todos los gremios que trabajan en la empresa, ahora los fogoneros, luego los maquinistas, los guardafrenos enseguida, enseguida los guardaguías, diez mil hombres en fin, el ferrocarril entero.

No salen trenes. Apilanse en enormes montes las mercancías.

Día sobre día aumenta la huelga.

Ni los productos van, ni su importe vendrá cuando se calculaba, ni las ventas serán las que hubieran sido.

Un ferrocarril detenido en semejantes comarcas es una plétora en la aorta.

Así se está hace ya quince días en los Estados de Missouri y Kansas.

La labor continua de los que preparan a los trabajadores para un alzamiento general y

pacífico, por el que se venga a una reforma esencial en la condición del trabajo, se revela prematura e inevitablemente por estos grandes movimientos precursores, que estallan de su propia fuerza allí donde son más vivos los abusos que se intenta remediar o donde el influjo apaciguador de las cabezas más prudentes no puede ejercerse con tanta eficacia como en las comarcas que están más a su alcance.

Hace un año por esta misma fecha, sólo había dieciocho mil obreros alzados: este año hay, en estos instantes, fuera de las huelgas menores, más de sesenta mil. Apenas hay un minero trabajando en las regiones de carbón de Pensilvania, Marilandia y Ohio: están desiertas las fábricas de clavos de los Alleghanies: pasan de diez mil los huelguistas en las grandes fundiciones, telares y zapaterías de Massachusetts.<sup>a</sup>

Se asedia, se boicotea<sup>b</sup> menos que el año pasado a las fábricas que se niegan a dar al operario el sueldo o estimación que él cree justo, lo cual la «asamblea local» castiga publicando el hecho en su periódico, para que los trabajadores o sus amigos no compren los productos de la fábrica.

Se boicotea menos; pero, mirando atentamente en la revuelta y voluminosa masa de noticias de las comarcas alzadas, se distingue menor sumisión, más determinación, mayor unidad que en las contiendas

anteriores. No han esperado a tanto para levantarse. Piden sin arrogancia, pero con más energía; y en cuanto piden, en el Este como en el Oeste, se nota el mismo tino de resolución y de batalla.

Leyendo a la vez las manifestaciones de los lugares más distantes, salta a la vista esta igualdad de intensidad de resolución y de lenguaje.

Es el lenguaje constante de las resoluciones de la gente llana: infantil y terrible a veces, puerilmente retórico, a veces de apostolar elocuencia.

Si no se viera a la asociación que aconseja o dirige estas huelgas, surgir por todas partes, triunfar en unas, e inspirar respeto en todas; si no se la viese esparcirse, concentrarse, ubicarse, atender con energía y prudencia a todo; y acá reprimir, y allá azuzar, por un lado retener a los fanáticos, someter por otro a los que los tratan con desdén; si por la fuerza que mueven, y la habilidad con que la guían hasta ahora, no hubiesen atraído sobre sí la atención del país entero, y de fuera de él, donde se le proclama «la más notable de las asociaciones obreras conocidas»,—pudierase decir por el tema general del lenguaje de sus documentos, que aún no le llegaba la seriedad a donde le llega el entusiasmo.

a. Errata en LN: «Massachussets».

b. En LN, siempre: «*boycota*».

Pero esto es cuando se mira sólo a la retórica: porque en el hueso de los documentos se ven precisamente toda esa exaltación y concentración, todo ese fuego erguido y desbordante, toda esa incapacidad de ver más<sup>a</sup> que aquello a que se tiene dada el alma,<sup>b</sup> la manera social, que<sup>c</sup> echan a un lado con cólera, como capas de duende, los reformadores, convencidos de su justicia.

«Somos idiotas, que no podemos ver, ni leer, ni sentir, ni saber lo que las palabras significan. Durante meses enteros nos hemos sometido en paciencia a esa humillación: durante meses enteros hemos pedido, esperado, suplicado que se nos oyera amigablemente.

«Meses enteros hemos deliberado, en la esperanza de que los directores del ferrocarril nos diesen al fin razón. «¡En vano! Cada día las violaciones han sido más rudas. ¿Qué podemos hacer? ¿Qué haríais vosotros? ¿Someteros? No puede tanto la naturaleza humana. Los hombres que lo son, no se someten. Abandonaríamos el trabajo; y lo volveríamos a abandonar en circunstancias iguales, aunque la miseria nos diera en el rostro.»

Esto dice una asamblea. Otra dice así, al apelar a la *orden* y al *país* del intento mostrado por Jay Gould de llevar a los Caballeros del Trabajo ante los tribunales como conspiradores:

«Bien puede ser que prendan en los tribunales, que él do-

mina, los ardides de la ley; y que no vean los jueces más derechos que los de la riqueza, a través de los lentes de oro que él sabe ponerles ante los ojos; pero a aquel tribunal superior y más alto, aquel cuyo veredicto es definitivo y supremamente recto, a aquél apelamos: he aquí nuestro caso».

Y cuenta los abusos de la compañía. La proclama, aludiendo a los que por necesitados o traidores sirven a un ferrocarril, que son muy pocos, prorrumpe de este modo:

«Los cobardes atrás, los bribones al enemigo; los hombres al frente».

¡Los traidores, o los infelices! ¡Los de alma baja, nacidos para adular; o los de espíritu pobre, a quienes la rebelión y la miseria aterran!

¿Quién no ha conocido, en los bancos del colegio como en los de la vida, al que hace la ronda, como gallina enamorada, al maestro, al rico, al poderoso, y al mísero de corazón que, sin ser malo, va por miedo donde los malos lo llevan?

Y puede ser también, ¡quién sabe! que sea el amor de la casa, y el espanto de su escasez, lo que a algunos de los obreros del ferrocarril, cincuenta entre diez mil, haya movido a continuar sirviendo a la compañía. Pero de este hecho ha surgido el conflicto mayor, y el que pone en peligro a la orden de los Caballeros de perder mucha parte de la simpatía respetuosa

con que visiblemente se la saluda, acaso porque, con justicia, se vea más en ella la resolución del problema del trabajo, que la convulsión sangrienta que otros temen.

Ni el que tiene un derecho, tiene con él el de violar el ajeno para mantener el suyo: ni el que se ve dueño de una fuerza debe abusar de ella. El uso inspira respeto: el abuso indigna. El país acompaña con sus votos, fuera de los muy interesados, a las asambleas locales de la orden que decidieron con razón aparente la huelga del ferrocarril, y los Estados mismos que padecen de ella no lo echan en cara a sus instigadores: los gobernadores de los Estados han actuado como mediadores voluntarios entre los representantes supremos de la orden que ha reconocido y tomado a su cargo la huelga, y los directores del ferrocarril que se niegan a tratar con ella.

Pero cuando, con la violencia que la orden rechazó, han impedido los huelguistas que la compañía mueva sus trenes; cuando han saltado al paso de las locomotoras, y apagado sus

a. Las dos palabras a continuación, ilegibles en el microfilme. Se sigue la lección de *OC*, t. 10, p. 405.

b. Ilegible el microfilme. Esta frase, hasta la coma, no aparece en la edición de *OC*.

c. Desde aquí hasta «cólera», ilegible el microfilme. Se sigue lección de *OC*, t. 10, p. 405.

fuegos; cuando han vuelto a la fuerza al depósito los trenes que emprendían camino; cuando, con toda la furia de una horda, que al fin se detuvo por sí misma, corrieron a atacar los talleres; cuando se apoderaron de una locomotora de la compañía, y fueron en ella, por la vía que no es suya, a hacer un recado de su huelga,—ni el público lo sostiene, ni la prensa los alaba ni la milicia se está quieta.

Los gobernadores han declarado hoy su intento de hacer respetar el derecho de la compañía a correr sus trenes, si tiene empleados que la sirvan.

Convenzan los huelguistas en buena<sup>a</sup> hora a los empleados: y niéguese en buena hora, sean cualesquiera los resultados para el país, a dar su trabajo por precio y condiciones menores

de los que estiman justos,—que a eso tienen derecho. Mas si atentan a la propiedad y libertad ajena, la milicia del Estado caerá sobre los perturbadores.

Grande es la agitación; pero no se esperan, sin embargo, armas de ella.

En la ciudad de San Luis, ese aire de fiesta de las revoluciones en todo se muestra,—en la gente que ocupa las calles, en los corrillos donde se discute acaloradamente, en las mujeres vestidas de gala. De pronto las calles se vacían: ¡es que han ido a silbar un tren que pasa!

Un hombre está junto a la línea con una bandera americana en la mano. El tren se acerca lentamente, y el hombre agita la bandera, tiene el rostro arrugado y barbudo: las manos velludas: va en camisa de franela, calzón holgado y corto, y botas.

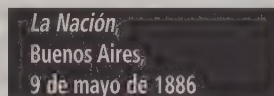
—«¿Pasarás por sobre esta bandera?», le grita al maquinista,—y pone el pabellón sobre el riel.

El tren pasa y lo rompe.

El hombre lo levanta y vuelve a enderezarlo, y en el silencio profundo de la muchedumbre dice:

—«¡Rota estás y caída; pero todavía te respetamos: ayer te cortaron tus estrellas, y hoy te cortan las listas; pero todavía eres buena bandera!».

José Martí



[Mf. en CEM]

a. En LN, siempre: «buen hora».



108

# Correspondencia particular para *El Partido Liberal*<sup>a</sup>

Sumario.-El alzamiento de los trabajadores en los Estados Unidos.-Motivos y antecedentes del alzamiento.-Aspectos originales del problema obrero en los Estados Unidos.-Nacionales y extranjeros.-Peligros de la inmigración.-Angustia de las industrias norteamericanas.-Lo que los alemanes se trajeron: Schwab, Spies, Most.-Escena de los motines de Chicago.-Una bomba de dinamita: casas asaltadas: tiendas despedazadas: batallas en las calles.-«¡En fila, hombres!».-Métodos de Europa y métodos de Norteamérica.-Los Caballeros del Trabajo condenan a los anarquistas.-Orígenes, composición y tendencias de la orden de los Caballeros del Trabajo.-El anciano Uriah Stevens.-Programa y medios legales de la orden: cómo creció y cómo lucha.-El fin del siglo.

Nueva York,  
15 de mayo de 1886

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

PONER LOS acontecimientos de estos días en una correspondencia de periódico, es como recoger la lava de un volcán en una taza de café. Los problemas políticos, la reforma de la tarifa, la colocación de la

plata, el establecimiento de un sistema nacional de instrucción, el Congreso de pueblos americanos se empequeñecen de repente ante la aparición sangrienta de la cólera de las masas trabajadoras. La batalla formidable de los dos grandes trágicos, Booth frío y silbante, Salvini tempestuoso; la pintura enérgica y desordenada de los impresionistas de París, que acá tienen ahora en exhibición sus cuadros de figuras bruscas y

borrosas, sus campos lilas, sus montes amarillos, sus árboles azules; la indiscreción con que los diarios cuentan cómo va a casarse pronto el presidente Cleveland, ponderoso y de poco cabello, con una arrogante niña, una Miss Folson, de cabellera castaña, que arranca en ondas de la frente limpia, de dos ojos grandes y serenos que parecen dormir sobre sus cuencas como dos huevos de palomas sobre sus nidos, todo, teatros, artes, chismes, juicio público de un general ladrón, prisión y juicio de un Ayuntamiento entero sobornado, todo ante los tremendos acontecimientos de Chicago<sup>312</sup> palidece. La gente trabajadora se ha puesto en pie, ha comprado pañuelos rojos, se ha metido por túneles oscuros a practicar en el blanco el modo de no errar en el tiro, y con toda la variedad de los elementos diversos que la componen, mesurada en los obreros ame-

a. Con esta crónica José Martí inició sus colaboraciones con este diario mexicano.

ricanos, nacidos y desarrollados en el goce de la libertad, arremetedor y frenética en los obreros europeos que traen del otro continente mucha ira amasada, ha dado esta primavera una súbita muestra de sus ímpetus, que acá contenidos, allá sueltos, se escapan de quien los quiere sujetar; como si las manos del hombre, a semejanza del pobre aprendiz de conjurado de que habla Goethe, no fueran capaces de enfrentar los monstruos que crean.

Los sucesos tremendos han sido en Chicago; pero el alzamiento es en toda la nación. En los Estados Unidos, culpable de haber traído al país por falsas doctrinas económicas un número mayor de obreros del que sus industrias pueden naturalmente alimentar, se prepara desde hace años, con celeridad y firmeza, la misma contienda justa y espantable que en los demás pueblos de industria disponen los obreros contra los que mantienen un sistema social que han decidido echar abajo. Las razones son las mismas. Las cosas no están bien cuando un hombre honrado e inteligente que ha trabajado con tesón y humildad toda la vida, no tiene al cabo de ella un pan en que reclinar la cabeza, ni un peso ahorrado, ni el derecho de pasear tranquilo al sol, tan necesario a los viejos! Las cosas no están bien cuando el que en las ciudades «agua las acciones» de los ferrocarriles, que es

como aguar el vino, haciendo aparecer más vino del que hay, vive en consideración y holganza que exasperan al minero, al cargador, al guardagujas, al maquinista, a tanto mísero que tiene que contentarse con sesenta y cinco centavos al día, en lo crudo del invierno, para que la compañía pueda pagar a sus accionistas dividendos pingües sobre un capital falso, mucho mayor que el que realmente emplearon. Las cosas no están bien cuando, para que una mujer desgreñada y sus chicuelos amarillos puedan vivir en un rincón de casa de vecindad fétida, tienen que salir los hombres antes del alba, con sus vestidos de hule manchados y sus capotes rotos, con su merienda de poco peso en la tinilla de lata, a cavar, a edificar, a levantar monumentos en los lugares de aire puro y hermosas cercanías, de donde emprenden su viaje al caer la noche a sus casas lejanas, hambrientos, agrios, soñolientos, a comer, a beber, a crear de prisa y en las sombras, entre vapores de cerveza y boqueadas de odio, una generación de anémicos que nace ebria.

Las razones son las mismas. La concentración rápida y visible de la riqueza pública, de tierras, de vías de comunicación, de empresas, en una casta acaudalada que legisla y gobierna, ha provocado la concentración rápida de los trabajadores, quienes sólo apretándose en liga formidable, que a un tiempo deje apagar los fue-

gos en los hornos y crecer yerba en las ruedas de las máquinas, puede oponer con éxito sus derechos a la altivez y descuido con que los miran los que derivan toda su riqueza de los productos del trabajo que maltratan. Las tierras públicas van cayendo todas en manos de ferrocarriles y magnates, dejando poco espacio para que mañana, cuando estos globos industriales estallen, cuando la producción excesiva de las industrias se reduzca a las necesidades reales, puedan los obreros sin empleo ocupar la tierra, industria sabia que nunca se cansa! Las corporaciones, compuestas de príncipes de la Bolsa, que viven a lo monarca, hallan en su capital acumulado modo cada vez más fácil de compeler a los obreros a trabajar por la pitanza mísera que la empresa requiere, para poder repartir sendos millones a sus caballeros principales. Si eso sigue, pronto no habrá tierras en que refugiarse, ni modo de resistir a las corporaciones, que por la virtud de sus caudales sacan triunfantes en las contiendas del sufragio a los que hacen las leyes para su provecho, y las aplican en beneficio de los que los encumbran o pagan. Esto avivó en los pensadores de la clase obrera el deseo de remediar sus males.

Pero como en cada país se dan los problemas en consecuencia del carácter propio del país de los elementos que lo forman, este problema de tra-

bajo se da aquí con elementos originales; y por esa magnífica virtud de la Libertad, que retiene siempre al borde del abismo a sus hijos, parece presentarse en los Estados Unidos, a pesar de sus últimos alardes sangrientos, con una mano llena de heridas y otra llena de bálsamos. Pues qué ¿cien años de ejercicio libre del hombre, habrían de ser perdidos?

En el actual problema del trabajo en los Estados Unidos se reflejan todos los elementos que han entrado en la formación de su clase trabajadora. Del propio país fueron naciendo las injusticias y la indignación, que es la sombra de ellas, pero los obreros del país, que las sufrían, y los que han crecido en el ejercicio de los hábitos republicanos, hechos a mudar y hacer mudar cada cuatro años los oficios públicos, y a discutir y ver suceder en paz las leyes, no pensaron en buscar fuera de ellas sino en ellas, el cambio de organización industrial que se requiere para que el obrero tenga en su pueblo la independencia y goce a que le da derecho su utilidad.

De muchas partes a un tiempo fueron surgiendo a la vez las mismas tentativas infantiles. Un maestro o pequeño capitalista, se resistía a pagar a los obreros el salario en que estos estimaban su labor: pues todos los obreros de la fábrica se coaligaban para abandonar a una el trabajo y obligarlo por esta fuer-

za indirecta a lo que no lo obligaba la justicia: y si aún resistía, como que todos los obreros saben de sufrir y se sienten hermanos, rogaban a los demás obreros que no comprasen los artículos de la fábrica asediada. Así nacieron las huelgas, los gremios, los asedios, que llaman boicot<sup>a</sup> ahora, aunque ya en 1830 hubo aquí boicoteadores,<sup>b</sup> que castigó la ley, por cierto. En cada ciudad se fueron agremiando los obreros de cada ejercicio contra los empresarios y fabricantes rapaces que les trataban mal en su salario o su decoro; y pronto estuvieron llenos los Estados Unidos de estos gremios, de *trade-unions*.<sup>c</sup> Ellos discutían, trataban,<sup>d</sup> daban y oían razones, vencían o eran vencidos. Los de una ciudad se iban uniendo a otra. La unión de fines llevaba a la comunidad de métodos. Se empezó a hacer entre los obreros una cadena de dolor. Los que tenían trabajo se complacían en ayudar a los que no lo tenían a resistir, aunque siendo pobre la condición de todos, y las batallas muchas y frecuentes, las bolsas no llegaban por lo común a donde las voluntades.

En esto se iban acentuando las condiciones más peligrosas hoy del problema. El afán de producir y la necesidad de emplear los caudales que levantaron las cosechas, las minas de oro y plata, y el crédito, habían puesto en pie en los Estados Unidos, protegidos por una tarifa alta de entradas que hace la

producción cara, una muchedumbre de industria, que con un pueblo rico y envanecido a la mano, tuvo al principio, mientras fue creciendo, un mercado generoso que, como que poseía caudales de sobra, no se negaba a pagar caros artículos de fábrica americana que sin la tarifa alta de derechos hubiera podido introducir baratos de los países europeos. Con la decadencia de las minas, con la imitación y falsificación en Europa de los artículos útiles de fábrica americana, con el exceso de producción agrícola en todo el universo que trae naturalmente la baja de los precios, con el desarrollo del arte, la vanidad y el lujo, que aumenta la importación de los artículos que los satisfacen, fue poco a poco reduciéndose la industria americana al extremo que está ahora y la sofoca: al extremo de tener que producir caro, en cantidades enormes, productos inferiores o iguales a lo sumo, a los de igual clase que se hacen en los países europeos?

¿Qué hacer con estos pueblos de talleres? ¿Qué hacer con estos ejércitos de inmigrantes? ¿Qué hacer con estas vías de comunicación, creadas para trasportar más productos de los que en las actuales condiciones puede vender el país natural-

a. En EPL: «*boycott*».

b. En EPL: «*boycoteadores*».

c. En inglés, sindicatos.

d. Se añade coma.

mente? Lo racional hubiera sido rebajar la tarifa, abaratar la vida del obrero con la introducción libre de los artículos de abrigo y alimento, ir reduciendo sin sacudidas la producción industrial a aquellos artículos y cantidades que de un modo normal y constante puede el país producir con provecho, sacrificar al bienestar nacional y a la conservación de las industrias permanentes, las industrias ficticias, que son aquellas que sólo pueden mantenerse merced a leyes protectoras que imponen a toda la nación, en forma de precio alto, una contribución injusta en provecho de un ramo que al fin, como todo lo violento, tiene que dar en tierra.

Pero eso no se hizo, porque pudieron mucho, como aún pueden, los industriales coaligados. No se restringió la producción. No se procuró abaratar la vida, para poder mermar sin daño el salario del obrero; ni abrir los puertos a las materias primas, para poder producir baratos los artículos de fabricación europea. Empezó la merma de salarios. Empezó la importación de trabajadores baratos. Con muchos trabajadores, habría siempre para reponer a los que se rebelasen. La depresión lenta de las industrias continuaba. Ya las ganancias antiguas no bastaban a afrontar las obligaciones presentes. El consumo no crecía y crecía el pueblo de trabajadores. No se abrían nuevas fábricas, sino que se cerraban mu-

chas o rebajaban sus salarios o el número de sus obreros. Al malestar de los que ya estaban aquí, se venía uniendo el de los que llegaban.

¡Ay, y los que llegaban, alemanes en su mayor parte, polacos infelices, polacos y alemanes criados en miseria y trabajados en su tierra por la necesidad de sacudirla no traían en los bolsillos de sus gabanes blancos, en sus botas de cuero negro, en sus cachuchillas, en sus pipas, aquella costumbre y fe en la libertad, aquel augusto señorío, aquella confianza de legislador que persuade y fortalece al ciudadano de las repúblicas: traían el odio del siervo, el apetito de la fortuna ajena, la furia de rebelión que se desata periódicamente en los pueblos oprimidos, el ansia desordenada de disfrutar de una vez la autoridad de hombres, que en vano les comía el espíritu, buscando salida, en su tierra de gobierno despótico. Lo que allá no estallaba, venía a estallar aquí. Lo que allí se engendró, aquí está procreando. ¡Por eso puede ser que no madure aquí el fruto, porque no es de la tierra!

Esos trabajadores que venían, en su mayor parte alemanes, se trajeron esa terquedad rubia, esa cabeza cuadrada, esa barba hirsuta y revuelta que no orea el aire y en que las ideas se empastan. Se trajeron a sus anarquistas, que no quieren ley, ni saben qué quieren, ni hacen más que propalar el incendio y

muerte de cuanto vive y está en pie; con un desorden de medios y una confusión tal de fines que les priva de aquella consideración y respeto que son de justicia, para toda especie de doctrinas de buena fe encaminadas al mejor servicio del hombre. Se trajeron estos alemanes a Most, a Schwab, a Spies: Spies, parecido a Guiteau, un hombre chupado, un hombre mal hecho, en quien la masa no fue batida a punto para que por entre las fieras naturales saliera con toda la luz de la razón el hombre verdadero.

Most, con una lengua grandaza, como su barba, gordo, fofo, mirada de sargento enamorado, orador que en días pasados habló en Nueva York a su auditorio con un rifle en la mano, invitando a voces a sus oyentes a que hicieran como él, y fueran a sacar de sus guaridas a todos los capitalistas, y a volar sus casas y riquezas con las bombas que él enseñaba en sus libros a hacer y manejar. —Schwab, persona torva y enfermiza, pelo y barba al descuido, ojos temibles bajo anteojos grandes, largo y seco. Todos hoy están ya presos. Pero estos hombres tienen tras de sí miles de adeptos, y cuando Spies, que ha sido amo de tienda, sube a hablar en un vagón, sacudiendo en la mano un fajo de los *Arbeiter Zeitung* que publica, doce mil hombres se echan por donde él va, sacan estandartes y fusiles de donde los tienen escondidos, se ponen como flor



de sangre en la solapa una cinta roja, asaltan tiendas, despedazan cervecerías enemigas; empuñan batallas mortales con los policías en cuerpo, y echan sobre sus líneas una bomba de dinamita que, al estallar con infernal estruendo, deja en tierra tendidos a sesenta hombres. Es ya una batalla de siete días, que aún no termina. Quieren que el trabajo se reduzca a ocho horas diarias, y es su derecho quererlo, y es justo; pero no es su derecho impedir que los que se ofrecen a trabajar en su lugar, trabajen. No es su derecho apedrear a los fabricantes que cierran sus talleres, porque no pueden continuar produciendo con esta época de precios bajos, en condiciones que requerirían más gastos de producción. No es su derecho perseguir con ese odio bestial de las muchedumbres, a los infelices que se prestan un día a ocupar los lugares de algunos huelguistas: ¡infelices! los llevaban por las calles de vuelta a sus casas, dos cordones de policías: iban lívidos como sin habla: las mujeres, con pañuelos encarnados en la cabeza les enseñaban desde las ventanas sus puños cerrados y les echaban encima agua hirviendo: iban como, quien se siente acabar: corría un viento de muerte, que les hacía temblar las rodillas: se escondieron en sus casas, como insectos que se entran en sus agujeros.

Los amotinados no eran ya doce mil, sino veinte mil. Cuarenta mil son los trabajadores

en huelga. En Milwaukee, la ciudad de la cerveza; en Cincinnati, el palacio del cerdo, también a miles están amotinados los polacos y los alemanes; también quieren, como todos los obreros de los Estados Unidos, en huelga o no, que se reduzcan a ocho las horas de trabajo. Pero en Milwaukee la policía pudo refrenarlos. En Cincinnati el corregidor no se ha mostrado de paz, y anuncia que el que prive a otro hombre en su ciudad del menor de sus derechos de hombre libre, se verá, por la ley o por la fuerza, privado de los suyos. Sólo en Chicago, donde Spies y Schwab escriben, donde incitan en las plazas públicas los oradores al incendio y a las armas, donde una mulata marcha a la cabeza de las procesiones ondeando con gesto de poseída una bandera roja, donde al sol y a la luz eléctrica, flotan día y noche de las ventanas de Spies dos pabellones anarquistas, mientras que en libros y talleres ocultos aprenden sus adeptos a manejar las armas y fabricar bombas, sólo en Chicago, que es desde hace diez días un campo de batalla, se empeña a cada hora, entre la policía mermada y la muchedumbre frenética, una contienda de muerte, en que los cañones de los revólveres se disparan boca a boca, en que las mujeres ayudan desde sus ventanas a sus maridos que pelean, lanzando ladrillos, bancos, piedras, botellas, en que doce policías heroicos hacen frente,

sin más cota de malla que sus blusas azules de botones dorados, a veinte mil hombres, que les disparan sin cesar, faz a faz, desde las ventanas y vagones, desde sus emboscadas que se les echan encima y les rodean, que entran en miedo de su fuego certero, que al ver llegar en los carros de patrulla cuadrillas de refuerzo, huyen espantados por las calles vecinas, los veinte mil ante los doce! Se llevan en vagones a sus heridos. Un policía queda en la acera muerto. ¡Otra refriega a pocos pasos! Un policía muere sobre un huelguista: el huelguista le ha vaciado el revólver en el pecho: el policía con el pecho traspasado, con su enemigo por tierra, les dispara en la cabeza dos tiros de revólver. Una ambulancia llega. Está llena de pólvora la calle. Tienden en la ambulancia uno al lado de otro, a los dos desventurados. En el camino, chaqueta junto a blusa azul expiran.

¡Allá van desalados, bajo un fuego graneado de revólver, los vagones de patrulla, cargados de policías! Detienen a uno: los que van en el interior se apilan, con las cabezas bajas, para evitar los tiros, el que va en el estribo, roto un hombro, se ase con una mano de la baranda del vagón y con la otra hasta que cae en brazos de sus compañeros, ya en pie y pistola al aire: dispara sobre los huelguistas que le atacan. Rompe a correr el carro: parece que el caballo entra en la pelea, y que el

carro es su ala: los huelguistas se abaten, al verlo venir, ebrio ya el carro todo: las casas se los tragan.

Allá lejos ¿quién muere? Es un huelguista envenenado: otros más han llegado a casas vecinas. Se entraron a una botica a cuyo dueño acusan de haber llamado a la policía por el teléfono. Tiemblan allá arriba en un rincón el boticario y su mujer. La turba rompió a pedradas las ventanas, inundó la tienda, deshizo los mostradores, quebró y majó los pomos, se echó sobre las ropas los perfumes, se bebió cuanto le supo a vino.

Los que mueren del tósigo quedan detrás. Hombres y mujeres, ondeando al aire los pañuelos, arrebatando consigo a cuantos hallan, poniendo en fuga a un policía que les sale al paso caen sobre una cervecería, que han jurado devastar. En las gorras y en el hueco de las manos se beben la cerveza. Con hachas y a pedradas han abierto los barriles y hasta secarlos tienen en ellos las bocas. Caminan sobre la espuma. Rien. Despedazan con sus manos, las alacenas y anaqueles. Todo es astilla en un minuto. Los policías llegan, y como no se les hace fuego, sólo usan de su porra, una porra que tunde. Los huelguistas huyen. Pero los policías venían de otro encuentro, muchos de ellos manchados de su sangre. «En fila, hombres!» les dijo su capitán, al arremeter contra la cervecería. Después de vencer, tres vinieron al suelo.

Y en la noche de la bomba mortal, ini uno solo se hizo atrás, ni huyó la muerte! La explosión los ensordeció; pero no los movió. ¿Qué sabían ellos si les arrojarían<sup>a</sup> más de aquellas máquinas terribles? ¿No vieron venir a tierra, como si el suelo hubiese cedido bajo sus plantas, todo el centro de su línea? ¿No oían quejidos desgarradores? «¡En fila, hombres!» Unos recogen a los muertos. Los demás, con las pistolas a la altura del pecho, avanzan cerrajándolas. Un fuego cerrado les responde. Guardan los revólveres vacíos y avanzan cerrajando los llenos. La multitud se desbanda aterrada. Sobre el suelo lívido aclarado por la luz eléctrica que fosforea en el silencio mortal, se arrastran los policías heridos, como gigantes rotos; uno cae muerto al quererse erguir sobre un brazo, con el otro vuelto al cielo; le resplandecían sobre el pecho como estrellas los botones dorados.

La indignación nacional ha sido súbita. De todas partes, de los gremios de trabajadores, de la prensa más liberal y generosa, se alza un brazo de hierro. No quieren merced para los que no merecen gozar de su libertad, puesto que atentan sin provocación contra la ajena. Esos hombres no son los verdaderos trabajadores americanos que se coaligan, que cometen errores, que ejercen presión violenta sobre las empresas que se nie-

gan a reconocerlos como agremiados; que en las horas de furia allí donde el frío azota más y sus angustias son mayores, vuelcan carros, incendian corrales, rompen las entrañas a las máquinas; pero no se reúnen en cuevas y agujeros a estudiar la manera más módica y sencilla de destruir al hombre por el delito de haber creado.

Sólo los que desesperan de llegar a las cumbres, quieren echar las cumbres abajo. Las alturas son buenas y el hombre tiene de divino lo que tiene de capaz para llegar a ellas; pero son propiedad del hombre las alturas, y debe estar abierto a todos, su camino. Ese odio a todo lo encumbrado, cuando no es la locura del dolor, es la rabia de las bestias. Comete un delito, y tiene el alma ruin, el que ve en paz y sin que el alma se le deshaga en piedad, la vida dolorosa del pobre obrero moderno, de la pobre obrera, en estas tierras frías: es deber del hombre levantar al hombre: se es culpable de toda abyección que no se ayuda a remediar: sólo son indignos de lástima los que siembran a traición incendio y muerte por odio a la prosperidad ajena.

En Alemania, bien se comprende, la vía secular, privada de válvulas, estalla. Allá no tiene el trabajador el voto franco, la prensa libre, la mano en el

---

a. Errata en EPL: «arrojarían».

pavés: allá no elige el trabajador, como elige acá, al diputado, al senador, al juez, al Presidente: allá no tiene camino natural para reformar las leyes, y contrae el hábito de saltar sobre ellas: allá la violencia es justa, porque no se permite la justicia. Las reacciones serán tremendas, allí donde las presiones han sido sumas. Las justicias se van condensando de padres a hijos, y llegan a ser en las generaciones finales cal de los huesos y vicio de la muerte. Estos burdos obreros de Alemania, azuzados por espíritus de odio, o por aquellos de su casta en quienes el dolor culmina en acción o palabra, vengan siglos, en su oscuro entender, cuando echan una bomba encendida sobre los guardianes de la ley, símbolos para ellos en su tierra del inquebrantable poder que los oprime. De ahí la compasión de todo espíritu justo por los extravíos de esos tristes que vienen a la vida con las manos inquietas y el juicio caldeado.

Pero acá, los obreros no se han levantado como siervos, sino como hombres, puesto que tienen la práctica de serlo. Perderían en un país por largo tiempo los caracteres que lo engendraron; y tal como las rocas ígneas, quebrando las capas menores de la superficie, surgen de las entrañas del globo por entre ellas y se levantan en montes sobre la faz de la tierra, tal aquel espíritu tenaz y apostólico de los puritanos, fervien-

te, egoísta, armado, astuto, persiste en estos Estados Unidos en todas sus manifestaciones nacionales: él inició en John Brown, aquel loco hecho de estrellas, la guerra de abolición de la esclavitud: él produjo en un sastre de Filadelfia, en Uriah Stevens,<sup>313</sup> el brío evangélico con que dio comienzo, ayudado de unos cuantos cortadores de oficio, a la lucha inspirada que con el fuego y la pureza de una iglesia nueva, entabla para la redención de la gente obrera la Orden Americana de los Caballeros del Trabajo.

Y esta Orden ha tomado sobre sí la tarea de unir en un solo cuerpo a todos los trabajadores de los Estados Unidos, para pesar con todos ellos en el gobierno y en la ley, y como que son los más, reorganizar la nación de modo que los más puedan vivir en ella libremente, sobre la tierra pública, en la paz de la cultura y en el goce modesto de la majestad del hombre. Abominan la injusticia. Sienten amor frenético por la entereza de la persona humana. Consideran como criminales a los que la merman en sus semejantes y se sientan sobre ellos. Tienen un odio santo a los que acumulan masas enormes de riqueza pública, y a las leyes defectuosas que amparan el estancamiento en unas cuantas manos de la propiedad que debe circular entre todos, y principalmente entre los que las producen, de una manera más equitativa.

Uriah Stevens era de aquellos a quienes devora el alma, iluminándola, el sagrado bochorno de ver que hay hombres humillados y hombres que humillan. Meditó en el silencio, y tenía ya canas cuando comunicó a sus amigos su proyecto para levantar a aquellos, y abolir a estos. Rehágase, dijo, nuestro pueblo, de modo que no pueda descomponerse en castas enemigas, que no pueda envilecerse el hombre, ni siendo siervo, ni siendo señor, que aún envilece más; rehágase nuestro pueblo de manera que sea seguro el bienestar de todos, y no haya hombre que pueda abatir a hombre. Todos juntos, podremos. Es preciso comenzar por convencer a los humildes, a los débiles, a los trabajadores de que nada pueden si no están todos juntos. De una parte están los monopolios que acaparan: de otra parte tienen que estar todos los que sufren de ellos. Estando todos juntos, como que somos más, venceremos; pero no venceremos si no tenemos de nuestro lado la justicia, porque un solo hombre con ella es más fuerte que una muchedumbre sin ella. Para vencer en la realidad a nuestros enemigos, debemos haberlos vencido moralmente. El que convence a su enemigo de que no tiene razón, ya lo tiene vencido. Nada se hace sin el dios de adentro. Seamos inexorables con los que nos nieguen el producto legítimo de nuestro trabajo, y man-



tengan esta organización social viciosa en que un solo hombre puede tener en exceso lo que hace falta a muchos: pero seamos inexorables con nosotros mismos. El que abuse de los demás, el que negocie en los pleitos de los hombres por oficio, el que trafique con las leyes públicas, el que acumule ganancias inmorales en el cambio de manos de los productos de primera necesidad, la vil criatura que permite que el licor abuse de ella, esos no pueden entrar en nuestra orden. Estudiemos de paso y resolvamos los problemas en que podamos hacer bien a nuestros miembros, pero, por ahora, reunámonos para pensar, para saber lo que tenemos que pedir, para estudiar el problema que hemos de resolver, para enseñar a los trabajadores ignorantes sus necesidades y remedios, para afinar y acumular ideas, para que, cuando salgamos a la luz a batallar, salgamos para vencer y redimir, salgamos como una mole de justicia que se asienta; salgamos como un ejército invencible andando a pasos que resuenen en lo Eterno, salgamos todos juntos! Así pensaba en su mesa de cortador el buen Uriah Stevens, que pudo ser rico y se quedó artesano. Cuando murió se notó que seguía viviendo. Queda del hombre la luz que infunde y el bien que hace. Hoy hay quinientos mil hogares de trabajadores donde,<sup>a</sup> en las horas de sosiego, cuando hablan del porvenir de

obreros dolientes, con sus hijos sobre las rodillas, vuelven los ojos con ternura al retrato de un anciano de frente espaciosa, ojos profundos, mejillas huecas y barba firme, y dicen a sus hijos: «Mira: íese es nuestro Uriah Stevens!» Hay ya alrededor de él ese nimbo de luz que circunda a los hombres permanentes.

Nació él de padres ricos, y aprendió letras buenas y bellas, porque lo querían sus padres; que lo notaban puro y ardiente, para sacerdote; pero él quiso iglesia mayor, y meditó tanto en los tristes, que decidió pasar la vida entre ellos. Pensó sus hermosuras en Filadelfia, ciudad de casas y almas lisas, y de notable limpieza. En 1869 fundó la Orden con una asamblea primera de los sastres sus amigos, que se reunían con él los domingos a pensar. La virtud de aquellas ideas ganó pronto a otros gremios de la ciudad; pasó a otros pueblos: la aclamaron todos los trabajadores del Estado. Stevens creía en la eficacia del misterio, que retiene a los asociados por el placer de lo maravilloso, y aterra a los enemigos con el poder de lo desconocido. El secreto convida a la iniciación. La Orden fue al principio como una Masonería. Las palabras todas de la Orden tenían ese vigor de látigo que distingue el lenguaje de las grandes reformas. Cada Asamblea era una escuela de la ciencia del trabajo. Eduquémonos, organicémonos, movámonos. Nacieron

oradores; escritores, administradores. La Orden tuvo Tesoro, celebró Congresos; se organizó en acuerdo con la organización de la República, se atrajo la voluntad de los cultivadores del Oeste por sus teorías sobre la nacionalización de la tierra, «que ha de ser para todos como la luz y el aire», y cuando, para evitar conflictos más que para provocarlos, terció en las diferencias de algunos de los gremios con sus empresarios, las razonó con tanta novedad y fuerza que en muchos casos los obreros que entraron en el trato como rebeldes, salían de él como socios de la fábrica.

Los detalles privados y los tratos con las empresas, fueron aconsejando a los cabezas de la Orden; soluciones prácticas nacidas de los mismos problemas y sazónadas con aquel respeto al derecho ajeno que hace sagrado el propio. Estas victorias dieron a la Orden vasta fama. Los gremios parciales se le unían por cientos. Todos creían llegada la hora de una victoria general. La Orden formó su mira en educar para después; los gremios, ofendidos en casi todas partes, la miraban como el medio de acelerar el cobro de sus ofensas. La Orden repudia, puesto que se tiene la razón y el modo legal de influir

---

a. Punto y coma en EPL.



en la ley, todo recurso violento, los gremios menos inteligentes que la Orden, no bien se sentían miembros de ella se declaraban en huelga, ganosos de mostrar su nuevo poder: las huelgas, peligrosas siempre, solían ser prematuras e injustas. Si las condenaba la Orden por completo, perdía una popularidad que necesita aún para su establecimiento y eficacia. Levantados<sup>a</sup> los ánimos por los triunfos locales, por la fama creciente de la Orden misteriosa, por el influjo visible de sus ideas en los poderes públicos, por la recepción respetuosa que le acordaba la gente de pensamiento, vinieron a fustigar los ánimos sedientos de justicia los preparativos de resistencia de las empresas coaligadas, y las prédicas insidiosas de los socialistas europeos, que olvidan que ningún triunfo se logra definitivamente fuera del buen sentido y el equilibrio de los derechos humanos. Todavía era pequeña la casa de la Orden, una casa pobre de ladrillos que tiene alquilada en Filadelfia, para contener las impaciencias, las miserias, las iras, las demagogias abominables, las exageraciones que de todas partes se entraron con ímpetu por ella; y han amenazado echarla abajo antes de estar bien asentada!

Pareció por un momento que se le escapaba su obra de las manos: que tanto gremio nuevo colérico, ansioso como toda persona de poco alcance de solu-

ciones inmediatas, daría de espaldas a la Orden prudentísima que quiere explicar bien su derecho antes de demandarlo, y juntar sus cohortes antes de marchar a su conquista. La prudencia siempre fue un pecado a los ojos del fanatismo. El odio mira como a un criminal a la cordura. Pero la Orden no ha vacilado en poner su marchamo de reprobación sobre los que avivan en los espíritus atormentados de los obreros ignorantes los juegos del crimen. Condenan las huelgas y los asedios, salvo cuando toda razón sea desoída. Quiere adelantar propagando. Quiere ir conciliando en su marcha, para que al llegar no sea necesario vencer. Quiere ir deponiendo un consorcio amigable entre los trabajadores que producen y los fabricantes que, con las ganancias acumuladas en trabajos anteriores, contribuyen a la nueva producción. Quiere anonadar con su justicia e inspirar fe por su templanza.<sup>b</sup> Quiere fortalecerse, de manera que no sean posibles dentro de la Orden desmanes de extraviados ni desobediencias de fanáticos. Quiere hacer ir gradualmente por los caminos de la ley su ejército temible de quinientos mil hombres. Estos no son los del pañuelo rojo: estos van, pecho a pecho, guiados por un maquinista sin armas, con la palabra fuerte de Uriah Stevens en los labios. Tropiezan, caen, se levantan, han vencido muchas veces; ya tienen Estados suyos: Legislaturas enteras con-

vierten en leyes algunos de sus principios; el Congreso adopta otras; el Presidente mismo acaba de recomendar en un mensaje el medio de paz que enseñó a sus amigos el sastre de Filadelfia. Si la Orden vence en su contienda con los elementos coléricos a que resiste<sup>c</sup> con aplauso nacional, el siglo acaso acabará en paz en los Estados Unidos; si el gran maestro trabajador Terencio Powderly<sup>314</sup> es vencido, si predominan en los Consejos de la Orden los que no la quieren fuerte para mañana, sino agresiva para hoy, se echarán de un lado con miedo todos los que tienen qué perder y conservar, y se pondrán a hervir con nueva furia en el otro los elementos de una embestida gigantesca, que volcará sobre la tierra espantada llena de sangre la barba de oro, a este siglo sublime en que vivimos, grandes como una cordillera de montañas, desde cuyas cumbres celebran su persona triunfante, los hombres victoriosos.

José Martí

**El Partido Liberal,  
México,  
29 de mayo de 1886**

[Mf. en CEM]

a. Se añade «os».

b. Errata en EPL: «templaza».

c. Errata en EPL: «resite».

109

# Las grandes huelgas en Estados Unidos

Aspecto del problema social.-Causas de la depresión industrial.-Las angustias del gran Tío Samuel.-Martin Ivons, un fanático.-Trabajadores contra trabajadores.-Motines y muertos.

Nueva York,  
abril 27 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

**N**O HA ABIERTO esta vez la primavera con lilas y heliotropos, sino con rosas; ni están de acuerdo los cielos y las mentes inquietas.

Este mes ha visto el planteamiento, aún burdo y desordenado, del problema social con que, en este lado del mar como en el otro, parece quiere cerrar sus angustias el siglo en que vivimos;—como se cierra la noche, en cuyas entrañas negras relampaguean los ojos de las fieras: con el alba.

Es lícito deducir de movimientos simultáneos universales en una misma vía, la existencia de un malestar universal.

El buen vivir y el ligero pensar son cosa grata y cómoda; pero no bastan a espantar los problemas de los tiempos, que se sientan mal de nuestro grado en el festín como el fantasma de Banquo.<sup>315</sup>

El siglo tiene las paredes carcomidas, como una marmita en que han hervido mucho los metales. Los trabajadores, martillo en mano, cuando no Winchester al hombro, han comenzado ya a palpar las hendiduras, y a convertir en puertas anchas los agujeros, por donde entren a gozar en paz, aunque se les manchen los vestidos de la sangre propia, o ajena, de un estado nuevo en que el trabajo sea remunerado a un precio suficiente para sustentar la casa sin miseria y amparar la vejez, sin esa dependencia de la avaricia o capricho extraño en que ahora viven.

En los Estados Unidos se presenta el problema, como acá se presenta todo, y como lo da el país: colosal y súbito.

Acá, cuando hay fuerza, hay mucha; cuando hay hambre, hay mucha. Ni están aquí los excesos que esos tres elementos acarrean, templados por aquel amor arraigado y tradicional al propio país, que como voz de madre detiene en las entrañas de los más justicieros o coléricos, los malos hechos; porque esta población revuelta, ya se sabe, sólo tiene de americana la última capa, la última generación, y en muchas partes ni esa tiene,—de modo que, sin los frenos del patriotismo que aun en los ruines puede tanto esta mezcla de irlandeses, de escoceses, de alemanes, de suecos, de gente que come carne y bebe cerveza, y tiene espaldas y manos atlánticas, va rápida y sin bridas, sin más bridas que las de su miedo o instinto de conservación, a conquistar lo que cree suyo: su derecho a una parte mayor en los productos de una riqueza de que se estima el principal factor, y no es el aprovechador principal.

Pudiera detenerse, en muchos casos con justicia, a esa masa que adelanta. Pudiera hacérsele pensar en que si ella es una parte indispensable a la producción de la riqueza, lo es de otra parte la acumulación del capital contra cuyos abusos odiosos justamente se coliga. Pudiera traérsela a entender que no es sólo un mal ajuste de la distribución de los productos de la industria lo que en muchos casos tiene sin empleo, o en empleo de poco salario a los industriales; sino lo enorme de la producción por el trabajo acelerado de las máquinas, el exceso de lo producido sobre lo necesitado, la competencia entre los países rivales que es mortal para aquellos que como los Estados Unidos cobran por sus importaciones derechos altos, y los errores de esa misma industria que alimenta a la masa obrera, la cual, con el miedo de ser invadida en su propio mercado, por los frutos de los países de importación libre, aboga por la continuación de los derechos altos de entrada, que le impiden producir con baratura suficiente para salir a competir con éxito en los mercados rivales.

Este gran Tío Samuel se aprieta los tirantes, se mesa la barbilla, se pasa de mano en mano el sombrero con copa alta, se enjuga con su pañuelo de algodón el sudor de la frente, que ya empieza a dar gotas de sangre y a fuerza de haberse protegido tanto a sí mismo, se

halla en frente de este problema formidable.

El Tío Samuel se lo fabrica todo; montes de fábricas de toda especie tiene el Tío Samuel, pero tiene que comprarse él mismo todo lo que fabrica; ¿y dónde lo pone? ¿y qué hace con tanto? ¿y con qué dinero seguirá alimentando sus fábricas? ¿y qué hará con sus millones de trabajadores, que no se paran a ver este problema, sino que ven a las empresas ricas, y se ven pobres, y quieren más salario, más seguridad y más respeto?

El Tío Samuel, la nación americana, se revuelve inquieto, y ya con señales de mucho malestar, entre sus fábricas de tejidos de lana, que hoy no se venden en la cuarta parte de lo que costaron,—de armas, montadas para hacer mucho más de lo que los ejércitos naturalmente consumen,—de máquinas, que por lo caro del hierro, o por producir más de lo que se necesita, yacen en ocio, o disimulan su pobreza o trabajan con pérdidas, tristes y descompuestas como cíclopes con hambre.

Ese es el problema: hambre de cílope. Y ese malestar industrial, cuyas causas,—exceso de producción, exceso de población obrera,—no son todas remediables, tiene en zozobra al país, y sin sus recursos y fe habituales, en los momentos en que, sintiéndose ya por la fortaleza de la hermandad más poderosa, la gente trabajadora, ha decidido trancar su fuerza.

Eso pudiera decirse a la masa obrera para contenerla, o demorar para ocasión más propicia sus demandas de reorganización industrial.

Pero como ellos se han hecho ya su código de derechos, que tienen muy cimentados en razones; como ellos ven que sus males provienen en parte visible de la insolencia y desdén del capital organizado, de las combinaciones ilegítimas de este, del sistema de desigual distribución de las ganancias que mantiene al trabajador en un perpetuo estado de limosnero; como ellos no hallan justo que los salarios de los trabajadores de ferrocarril no pasen de un mendrugo y una mala colcha, para que puedan repartirse entre sí dividendos gargantuescos los cabecillas y favorecidos de las compañías, que por cada mil pesos de gasto real en la empresa emitieron veinte mil en acciones, de modo que como los provechos están naturalmente en relación al capital empleado, nunca hay bastante con el producto de los mil para pagar los dividendos de los veinte mil; como el santo veneno de la dignidad humana ya no quiere salirse de las venas de los hombres, y los hincha e impulsa,—resulta que con una justicia acá, y allá una violencia, los trabajadores se han puesto en pie, decididos a no sentarse sino mano a mano con el capital que los emplea.

Y más resulta, y esa es la desdicha: nadie más que los sier-

vos sienten la necesidad de ser señores; y como la gente trabajadora ha tenido tanto que sufrir del señorío de los que la emplean, le han entrado veleidades de déspota, y no se contenta con hermanarse con los que la han hecho penar, sino que, yendo más allá de toda razón, quiere ponerse encima de ellos, quiere sujetarlos a los términos que impedirían a los empleadores la misma dignidad y libertad humana que los empleados para sí reclaman.

Ahí está su debilidad, en su injusticia: y por esta vez al menos, ahí está su derrota.

Eso que va dicho a manera de comentario, no es comentario sólo, sino la esencia y resultado real de los gravísimos sucesos que se han venido amontonando acá en este mes de huelgas, y dominando la atención, y conmoviendo todas las fuerzas del país, y paralizando el tráfico, y provocando la acción misma de la Presidencia.

Contados, uno a uno a la distancia, esos sucesos, interesantes todos, algunos terribles, parecerían tediosos; sobre que puestos uno encima de otro, harían de esta carta un monte.

En estas cartas decimos los hechos, no en su osamenta ponderosa, sino en su jugo: de modo que cuando razonamos, vamos contando, pero en tal manera que el cúmulo de sucesos no fatigue, y reciba el lector de ellos el beneficio mental y la experiencia que sacaría de pre-

senciarlos. Pero estos sucesos han sido tales que, en índice al menos, hay que darlos.

Con rosas rojas abrió esta primavera; con manchas de sangre sobre la yerba verde; con obreros muertos, y alguaciles muertos; con acciones de armas entre los obreros del ferrocarril Missouri Pacific, ocultos en la yerba, con el Winchester encendido, y los alguaciles empeñados en hacer andar por la vía una locomotora, contra la voluntad de los obreros.

¿Quién no se imagina lo que son diez mil hombres del Oeste, del hierro, de la fragua, de la máquina, de la naturaleza, después de un mes de rebeldía sin paga, apoyados por una hermandad de quinientos mil trabajadores avivados, encendidos, fustigados por un fanático de lengua de acero, un escocés que ve murciélagos ventrudos y hediondos, y brujos con alas del tamaño de locomotoras en los capitalistas?

Los cabezas de la hermandad de los Caballeros del Trabajo no son así, sino gente que hacen resplandecer su justicia con su prudencia; pero ese terco escocés, que tiene la fe y el ímpetu de los apóstoles, no ve el problema con la mente que endereza, sino con la indignación que ofusca, y con tal de sacar a su ídolo, que es el decoro y la supremacía del obrero, por sobre todos sus oprobios, ni se para en llamas, ni respeta propiedades, ni cuida de teléfonos, ni entiende de paces y

esperas, ni de derecho ajeno. Es de los desventurados que sólo ve el derecho suyo.

Este egoísmo es sublime, pues en semejante persona llevaría a la pérdida de la propia vida en holocausto de la dignificación del hombre; pero la grandeza moral absoluta, que es cosa del cielo, suele ser justamente crimen en la historia, que es cosa de los hombres. Todo aquel que no mira por el derecho ajeno como por el propio, merece perder el propio.

La huelga de los ferrocarriles del Sudoeste, del Missouri Pacific, ha sido en su marcha y acción reflejo del carácter de su caudillo. Fue premeditada con poca cordura; decretada sin suficiente razón visible; mantenida contra la voluntad de los directores de la orden de Caballeros del Trabajo, y contra sus métodos; afeada por asaltos, incendios, violencias y muertes.

Que el trabajador se niegue a dar su trabajo por menos del precio en que lo estima; que diez mil trabajadores ejerzan a la vez este mismo personalísimo derecho; que procuren, por el bienestar general de las clases humildes, que las empresas abusadoras no hallen trabajadores que los sustituyan, y se vean forzadas a comprar el trabajo que necesitan en el precio a que este se estima, así como el trabajador compra los artículos de su uso al precio en que los estima el que los vende,—eso está bien, y tiene acá, en la



conciencia del público, profundo apoyo, por más que lleguen a ser grandes las inconveniencias de industria y tráfico que resultan del ejercicio de esos derechos.

Pero no es de este modo escolástico y meramente racional como la gente de trabajo ve su problema.

No lo ve como un argumento, sino como una batalla.

De buena voluntad no se le ha dado nada: ella ha tenido que irlo arrebatando todo: por la organización, por la huelga, por el asedio—que llaman ahora «boicot»—siempre por un medio violento. Mientras pedían, mientras esperaban, mientras no se erguían, sus tristezas no hallaban favor. Asociados en pequeño, comenzaron a obtener victorias tímidas, que les dieron ánimos para mayores acometimientos y para afrontar sin desbandarse considerables derrotas. No dotados de aquella superior paciencia que viene del pensamiento, por cuanto la vida no prepara a los ganapanes para catedráticos de filosofía, no ven ellos las causas hondas y los efectos finales de su problema, sino las causas directas y los efectos inmediatos.

Conforme se van presentando los males, van discurriendo los remedios.

El primer mal era la miseria, la agonía permanente, la casa sin un ahorro para caso de médico o de muerte, el salario más bajo que las necesidades. Pues cesando a una vez de tra-

bajar para el dueño, este perderá indudablemente más con la suspensión de su empresa que cada uno de los obreros, que sólo pierde su salario. Huelga, pues, y el más testarudo o el menos necesitado, gana.

Mucho ha crecido el problema, y mucho más saben ahora los trabajadores que antes; pero para la gran masa de ellos, ese es el estado de su caso, y esa ha sido la huelga del Sudoeste. «El ferrocarril no podrá trabajar sin nosotros, pues mientras no acceda a lo que queremos de él, huelga.» Sí; pero hay muchos hombres sin trabajo, que andan de rodillas pidiendo qué hacer; hay mucha empresa ociosa; hay mucho inmigrante hábil; ¿de qué sirve la huelga, si por donde salen los huelguistas entran a miles, en los términos que ellos rechazan, otros obreros que cubren sus puestos?

Si sus clamores son justos, alega la empresa, ¿cómo esos obreros nuevos no los sienten y están satisfechos con su empleo, y con sus relaciones con la empresa?

El huelguista, ya fuera de su empleo por una causa que cree santa, no puede forzar a la empresa a que reconozca su demanda, si aquella halla obreros que lo reemplacen; ni quiere que otro ocupe su lugar, pues siente que no es de ley moral que la empresa deje sin trabajo a los que en la hora del apuro se prestaron a servirla. El huelguista, que desde hace años oye a predicadores, asiste a reu-

nes y lee libros, cree que todo obrero que se presta a ocupar su lugar es un traidor, un traidor a «la causa santa del trabajo», y no estima que viola un derecho cuando pretende impedir que el obrero nuevo lo reemplace, sino que castiga a un infame y cumple una justicia.

Los huelguistas del Sudoeste decidieron, pues, impedir por la fuerza que la empresa moviera sus trenes, y utilizara las manos nuevas.

¿A qué contar los innumerables conflictos? Máquinas desventradas, talleres asaltados, trenes vueltos atrás, trenes quemados, trenes que adelantan entre tempestades de silbidos y descargas cerradas, la muchedumbre que acomete a los alguaciles, los alguaciles o la milicia que vacían sus fusiles sobre la muchedumbre, la empresa que va llenando los fuertes vacíos, ocho mil hombres que reemplazan a los diez mil huelguistas, una paz de rabia que sucede a una quincena de frenesí, una mezcla de razones e injusticias que a estas horas hace difícil saber de quién fue la culpa primitiva, un sacudimiento nacional en suma, que ha obligado al Congreso a nombrar a toda prisa una junta de arbitramento con poderes oficiales de investigación y dictamen en los conflictos que puedan poner en peligro el libre comercio entre los Estados, y ha movido al Presidente mismo, a quien prudencia y costumbre

mandan ser cauto en el ejercicio de su derecho de recomendar al Congreso la adopción de medidas oportunas, a aconsejar el nombramiento de una comisión de trabajo, compuesta de tres miembros de oficio permanente, para el estudio y arbitramento de los casos de disputa entre los obreros y sus empleadores.

Ya el año pasado se nombró un comisionado de trabajo, cuyo informe ha sido de mucha luz, y ha puesto en claro lo que tienen de injusto y peligroso las relaciones actuales de empleadores y empleados, y lo que suelen tener de excesivo las demandas de los trabajadores. Conocer un problema es ya más de la mitad de su resolución: la

mente humana, por esencial virtud, acude con súbita revelación al remedio de un mal, tan pronto como lo conoce.

José Martí

*La Nación*  
Buenos Aires,  
4 de junio de 1886

[OC, t. 10, pp. 409-417]

## 110

# Las grandes huelgas en Estados Unidos

Elementos, métodos y fines de los Caballeros del Trabajo.-Los elementos del conflicto ante el juicio público.-Jay Gould, el millonario.-Powderly, obrero y hombre de Estado.

(Conclusión)

Nueva York,  
abril 27 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

**L**O QUE HAY que notar en esta condición del problema del trabajo, no es esa huelga aislada del Sudoeste, que,

en sí, sólo es una huelga más; sino su relación con las asociaciones de obreros, esparcidas con una u otra denominación por el país, con capacidad de acudir a la vez, como están acudiendo ahora, a dos huelgas considerables, y de reunir de cinco a ocho mil pesos diarios para alivio de los huelguistas del Sudoeste.<sup>a</sup>

Aquella huelga que en la carta pasada fue descrita y que

a pesar de sus violencias retuvo por su fundamento de justicia la simpatía pública, encendió las esperanzas, esponjadas y vaporosas como la estopa, de las muchedumbres obreras del país. Caballeros del Trabajo eran los que triunfaron en Nueva York, y todos los obreros, engolosinados con aquella redonda victoria, quisieron ser caballeros del trabajo.

Se les tiene ofrecido un Mesías, que habrá de sacarlos de su suerte triste, y creyeron el Mesías venido.

a. Errata en LN: «sudoeste».

La casa pequeña de ladrillo donde se reúnen los directores de la orden en Filadelfia no daba espacio para los quehaceres crecientes de las asociaciones parciales: hubo que nombrar un verdadero ejército de «organizadores»; a estos «organizadores» no alcanzaba el tiempo para explicar a las nuevas «asambleas locales» que el objeto de la orden no es favorecer a diestra y siniestra las huelgas, sino impedir las, o dirigir las en paz, siendo su mira principal ir a la vez tendiendo su red de asociados por la república, e instruyéndolos en los elementos verdaderos y dificultades de problemas del trabajo, para que un día lleguen a ser sus demandas de reforma industrial incontestables; por su justicia, por su oportunidad, por su moderación, y por el orden y cohesión de los demandantes.

Le entró en la orden de súbito un elemento distinto del que ha contribuido a su formación y prosperidad. La orden vio desde el principio que sólo en la educación reside la fuerza definitiva y fue ejerciendo influjo entre los obreros, ya por lo secreto de sus labores, ya por el éxito desusado que la superior cultura de sus miembros lograba dar a contiendas industriales en que los obreros habían sido antes vencidos. En vez de huelga, argumento; en vez de amenaza, exposición, examen y arbitramento. Los fabricantes veían a un obrero nuevo, firme y conocedor de

sus derechos, y cedían el derecho a la sorpresa.

Pero la popularidad obtenida por estas victorias de la prudencia, y el agigantamiento que da el secreto a todo lo que se envuelve en él, hicieron de la orden en estos últimos meses el representante único de los intereses del trabajo; y la orden se vio en el extremo de prohiar a las asociaciones fanáticas o turbulentas, con la esperanza de ir las enseñando y conduciendo antes de que estallasen, o de perder, si las rechazaba, el súbito influjo de que por unánime consentimiento se veía investida: ¿quién que ha andado en cosas públicas no sabe que en toda corporación hay dos alas, una de canas, otra de pelo negro, y en medio un cuerpo infeliz que padece de ellas y las balancea?: a veces se tiene que ser cómplice, por el crédito de la idea general y superior, de detalles parciales que se miran como crímenes.

Los huelguistas del Sudoeste fueron de esos recién llegados que rompieron la brida, antes de que esta pudiera asegurarse de ellos.

No ha tenido todavía tiempo la orden para ir reduciendo los privilegios locales de las asociaciones a la disciplina general de los Caballeros, que tiende más a preparar a los obreros para la batalla definitiva que a ir comprometiendo sus fuerzas en batallas menores.

Las asambleas locales retienen su poder de reclamar las

huelgas, la junta ejecutiva sólo tiene el de declarar la huelga buena o mala, para darle o no el auxilio de la orden, si se somete a su aprobación.

Como que quieren escapar de una tiranía, los obreros son celosos en el delegar su autoridad, y gustan de ejercerla por sí, como todo el que no ha tenido mucha ocasión de mandar.

La fuerza embriaga. Embriaga a los de mente fuerte y educación suma; ¿qué mucho que ponga fuera de sí a los que están hartos de padecer, y sedientos de justicia, y sin mucha mente de que disponer, ven su fuerza como un medio justo y sagrado de reparación, de entrada en el goce de sí mismo, del supremo deleite de sentir en sí y por sí triunfante la persona humana?

¡Ese es el gigante escondido que hace dar al mundo sus tremendos vuelcos: el sentimiento divino de la propia persona, que es el martirio cuando se ejerce aisladamente, y es Jesús, y es Abelardo, y es Lutero, y es Revolución Francesa cuando se condensa en una época o en una ilación!

Ahora también se está innegablemente condensando.

Quedábamos, pues, en que los obreros del ferrocarril del Sudoeste, ansiosos de hacer sentir a la empresa del ferrocarril su fuerza nueva, declararon con un pretexto ligero, una huelga prematura, y pusieron de relieve, para ventaja acaso de la orden de los Caballeros, los de-

fectos que aún hay en la organización de esta, los elementos diversos, radical y moderado que contienen en el seno de ella por el predominio en la orden y la esencial diferencia de método entre los miembros primitivos de ella, que quieren traer con pasos naturales e inevitables el problema del trabajo a una solución pacífica, y los miembros nuevos que quieren ir sin orden a victorias despóticas e inmediatas por recursos violentos.

¿Cómo quedan después de ese choque estos elementos varios: la empresa arrogante que no quiere reconocer a los Caballeros del Trabajo como asociación, y se niega a tratar con ellos: la junta ejecutiva de la orden, que saca incólume, con gran sentido, el espíritu de unidad, de la gente obrera, aun cuando desapruéba los métodos violentos: los huelguistas del Sudoeste, a quienes las armas de la milicia, la reprobación pública y el influjo de la junta ejecutiva de la orden ha logrado reducir a la paz?

Quedan como después de un juicio salomónico: iqué admirable en sus resultados es esta costumbre, brutal e inconveniente en apariencia, de decirlo todo en público! La mente, hecha a lo pulcro y universitario, se subleva a veces: esta revelación parece un atentado: aquella otra una alevosía: la otra una imprudencia; pero, en fin de cuentas, esa es la única salvaguardia de los pueblos, ese es el

taller de la paz, ese es el trabajo de pesa y juzgamiento: la publicidad absoluta.

A cada parte ha ido dando el público su merecido. La empresa, que puede haber dado razones para el descontento de sus empleados, se ve de súbito, favorecida con la opinión que le era contraria en principio, por ser esa una manera anticipada con que protesta el país contra la repugnante y desastrosa condición en que le pondría la entrega del manejo de sus industrias a los obreros, que ni son sus dueños, ni son más que uno de los factores de ellas, ni llevarían a ese triunfo la cultura y la paz de ánimo que podrían hacerlo menos temible: una cosa es que el triste suba, y cada cual goce de todo su derecho, y otra que se dé el gobierno del mundo a los tristes rabiosos.

Así se ha visto que al punto del peligro, se han formado, aparte de las de la ley, asociaciones de ciudadanos dispuestos a afrontarlo.<sup>a</sup> Una junta de ciudadanos de lo mejor de San Luis, intervino largamente como mediadora entre los obreros y el ferrocarril. En los lugares más amenazados se han formado asociaciones de ley y orden, con el fusil al hombro; uno de los diarios de más séquito en Nueva York, *The Evening Post*, llama con clarines de guerra a una liga activa de propietarios y gente de orden para contener los acontecimientos de los obreros. En Nueva York, en una de las avenidas

donde hay huelga de tranvías,<sup>b</sup> caballeros de sombrero alto se han prestado a hacer de cocheros y conductores en los carros asediados, y los han llevado triunfantes de uno a otro extremo del camino:—y una brava panadera, a quien querían obligar los panaderos asociados a que no empleara a hombres que no fuesen de su asociación, le han enviado de todas partes por su firmeza, regalos en dinero, y pedidos de pan; y el juez ha multado uno sobre otro a los asociados que sitiaban, o boicoteaban<sup>c</sup> la panadería.

Le han visto, pues, a una el peligro y el remedio. El peligro está en la absorción de los derechos públicos por los obreros exigentes, y rencorosos: no quieren que se emplee sino a los que a ellos les place, y son sus asociados; niegan a las empresas el derecho de despedir a sus empleados, pretenden imponer como capataces de las fábricas a obreros que son desagradales a los dueños de ellas; casi no quedaría derecho alguno a los dueños y empresarios en sus fábricas y compañías si se accediese a todo lo que piden los obreros.

El remedio está en la vivacidad con que se ha entrevistado el peligro, y en la disposición que muestra la gente de paz a rechazar mano a mano la invasión obrera.

a. En LN, dos puntos.

b. En LN: «tramways».

c. En LN: «boycoteaban».



Mas si de una parte se levanta ese espíritu contra los excesos de los trabajadores, se reconoce de la obra que para muchos de ellos, si no para todos, se les ha dado razón; y a pesar de las deficiencias probadas de su organismo, y de su incapacidad para reprimir en los comienzos esta huelga, se alaba el sentido superior y magnánimo de la orden de los Caballeros del Trabajo, y se entrevé que en los formidables conflictos que se avecinan, sólo la cultura de los obreros y soluciones profundas y conciliatorias por que aboga, pueden salvar al país de una insurrección sangrienta.

Porque la verdad es que si el programa de demandas de los obreros en huelga está todo en puntas, como un erizo, no hay una sola extravagancia en él que no haya sido urdida de revancha o en defensa de un ataque público o encubierto de las compañías, que quieren «quebrar la médula» a las asociaciones. Ahora todavía puede una empresa de tranvía<sup>a</sup> con todos los policías de la ciudad, mover de un extremo a otro de una calle un carro; pero si para mover un carro se han necesitado 750 policías, si en lo mejor de la huelga, los policías mismos tienen que ser los conductores de los carros, ¿quién reprimiría a los obreros, quién movería los vehículos públicos, quién habilitaría a las empresas para salvar sus concesiones que las obligan a movimiento diario,

el día no lejano en que todas las industrias, o la mayor parte de ellas, suspendiesen sus labores, hasta ver reconocido su derecho en un punto indiscutible del interés de toda la clase trabajadora, en que les acompañase la simpatía pública?

Por eso quieren las compañías quebrantar a este enemigo terrible, a esta orden que ya es capaz en un día dado de dejar sin *tramway* a las ciudades de Nueva York, New Jersey y Brooklyn, a tres inmensas ciudades; y de levantar a una voz cien mil pesos para el socorro de una huelga, y advertir a sus miembros que se preparen para otras diez colectas más.

Las avenidas quedan tomadas a los primeros peligros, y las bases se están sentando para ir resolviendo en paz los que vengan. De todos estos movimientos resulta un adelanto indiscutible, que como es en el camino de la justicia, lo es también en el del orden. No son sólo demagogos y filántropos, no son sólo fanáticos y teóricos los que abogan por el estudio inmediato y la reforma eficaz de las relaciones entre los elementos de la producción industrial, entre las empresas y sus empleados.

Prensa, púlpito, Congreso, Presidente, país, todo aboga a la vez por la justicia y urgencia de atender a la reforma de la organización industrial, a la moralización del sistema interior de las empresas, a la purificación del sistema de compa-

ñías por acciones, a la distribución equitativa de los productos de la industria, al establecimiento de tribunales de arbitramento, que ahora se miran como recurso salvador.

Lo serían, si pudiera compelerse, ya a los obreros, ya a las empresas a que depusiesen ante ellos sus derechos civiles y personales, en cuya virtud, en tanto que no violen el derecho ajeno, pueden resistirse a acuerdo alguno. Pero así y todo los tribunales de arbitramento, con poder oficial para investigar, son un recurso de salvación, porque si un tribunal respetado, que no es de empresarios ni de obreros, presenta al país un caso y enseña de quién es la culpa, puede estarse seguro de que el clamor público compelerá al culpable a reconocer el derecho ofendido, y a dejar de ser obstáculo a la seguridad de la nación.

Ni cabe ya ir atrás en lo que se ha andado. Hay industrias enteras que tienen reconocida la orden de los Caballeros del Trabajo y están distribuyendo en paz sus productos conforme a su sistema de repartición equitativa para el capital empleado, un tanto por ciento de las ganancias; para los obreros que la hacen producir, otro tanto por ciento, ajustado el todo en contrato formal con arreglo a las condiciones económicas de cada industria. En

a. En LN, «tramways».

cuanto a huelgas y a asedios, ya se ve que el país reconoce sus razones, pero no soportará mucho tiempo sus excesos.

Y para bien de la gente de trabajo, queda probado que la orden de los Caballeros, que quiere hacer de los trabajadores un ejército temible por su organización y cultura, abomina las huelgas y condena las violencias que en ellas se provocan, si bien tiene entereza bastante para mantenerse al lado de los que las deciden, cuando en esto se ofende por las empresas aquella dignidad humana que los hombres siempre estiman, hasta en los mismos crímenes que engendran.

Así, vayan por donde vayan las huelgas presentes, quedarán por ahora las líneas generales. No parece que venza la de los ferrocarrileros del Sudoeste, ni la de los tranvías de Nueva York, por el pecado capital de haber sido dictadas sin razón bastante en relación a su importancia y consecuencias, y por el error de haber querido violar a mano armada, la propiedad y el

derecho de las compañías, y el derecho al trabajo de los nuevos empleados de ellas.

La orden de los Caballeros, fortalecida moralmente, a pesar de su derrota, por el unánime encomio de sus principios y métodos, verá probablemente reorganizada con mayor fuerza su constitución en las nuevas elecciones de la asociación. El elemento fanático, entre los trabajadores, quedará, por algún tiempo al menos, sometido al elemento prudente.

Senadores, diputados y gente de pensamiento parecen sinceramente decididos a abrir anchos caminos de paz a las dificultades posibles. En Washington la comisión de arbitramento está oyendo, en interesantísimas sesiones, a todos los prohombres de la huelga del Sudoeste, y a Jay Gould, el millonario duro y desdeñoso que preside en el ferrocarril, mas no en el cariño público; a Powderly, el gran maestro de la orden de los Caballeros, que puede, con las herramientas del trabajador componer, acostado

sobre tierra, una máquina rota, y, con la augusta serenidad del hombre de Estado, reprimir en el pecho robusto las oleadas de la indignación, para que no se perturban en la mente los pensamientos de justicia. Sólo el que se manda, manda.

La comisión irá luego al lugar de la huelga, investigará en ella, y dirá al país de quién fue esta vez la culpa.

Por lo pronto, ya son oídos a la par, sin diferencia alguna de respeto, el Gould, el buhonero de genio que ha olvidado en la prosperidad las miserias con que empezó su pasmosa fortuna, y el Powderly, el mecánico generoso, que ha preferido a su adelanto personal la consagración a la defensa de los derechos de la gente humilde.

José Martí

*La Nación*  
Buenos Aires,  
6 de junio de 1886

111

# Primavera

Los quehaceres de la cuaresma.-La mujer en los Estados Unidos.-La hermana del Presidente.-El Presidente se casa.-La hermosura de Miss Folsom.-Cleveland en lo doméstico.-Cómo recibe Cleveland.-Cleveland y el Congreso.-Los proyectos de ley.-Acuñaición de la plata.-Reforma de la tarifa.-Derrota de un proyecto para aumento del ejército.-Obreros y soldados.-El Senado de barba blanca.

Nueva York,  
mayo 2 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

ESTÁ MAYO al romper, y ya pasados los ardores primaverales de las huelgas, se ve la sangre nueva en las mejillas de las damas, en la energía de las diversiones, en la asiduidad del congreso, en los ramos de rosas.

Hasta una asociación ha traído la primavera, una asociación de señoras, para que no se usen más como adorno de los sombreros de mujer los pájaros muertos: ¡oh, si en una tierra de gigantes como montañas, usasen las señoras como adorno a nuestros hijos!

No sé qué tiene la luz, que llena el alma de afectos compasivos: se deshuelan en el alma, a los primeros estremecimientos<sup>a</sup> del calor, la fantasía, la bondad, el brío heroico.

Parece toda la ciudad un árbol de mañana, donde juega la luz y pían los pájaros. Todavía no ha muerto la fiesta pagana. El hombre es pagano.

La cuaresma ha acabado, y acá es de notar la cuaresma por el febril ardor con que en ella se consagran las señoras a diversiones recatadas y piadosas.

No les deja la piedad un momento de reposo.

Bailes no hay, porque no es de buen tono: y como no se reúnen para bailar, se reúnen para coser, para tomar un tentempié,<sup>b</sup> para ensayar cuadros

plásticos, para estudiar los simpáticos atrevimientos de los pintores impresionistas, que acá han mandado este año sus obras mayores, y tienen ya de su lado mucha opinión: y lo que les queda de noche a las piadosas damas, lo emplean en ir a ver carreras griegas y juegos de elefantes en el circo de Barnum, o galas de domador en otro circo donde un profesor Gleasen hace maravillas en eso de sujetar<sup>c</sup> caballos viciosos y corregir resabios: mucho sombrero de pompones, y mucho traje liso y ajustado, se ve en el circo del profesor Gleasen, porque acá gustan las cosas de fuerza, y es en la mujer innata la afición a quien la muestra o la doma: aun en los Estados Unidos, el alimento natural de la mujer es lo extraordinario.

Visten ahora las damas, pasadas las exhibiciones de invidias, unos trajes ingleses sin paramentos ni pomposidades, que respetan la perfección de la

a. En LN: «extremecimientos».

b. En LN: «tente-en-pié».

c. En LN: «sujetar».

naturaleza y la realzan: sólo son bellos, en hombre y en mujer, los vestidos que siguen la línea humana.

A la hermana del Presidente<sup>a</sup> parecerán bien sin duda esos modestos trajes: y sí que fue curiosa una carta que escribió hace poco a una amiga suya, respondiendo a otra en que un clérigo anciano la acusaba de envalentonar con su ejemplo maneras de vestir que no son decorosas: ni con el natural deseo de parecer hermosa, ni con el encanto aún mayor de la honestidad riñe la opinión de Miss<sup>b</sup> Rosa Cleveland, para quien no es deshonesto el traje que deja al desnudo el cuello y los brazos, armonía viva que no hay por qué esconder, sino aquel traje que muestra el busto: «siempre hay una línea entre el cuello y el busto—dice la señorita Rosa—que el recato enseña, y toda mujer conoce: y la mujer de sociedad que pasa de ella, pasa porque quiere, porque no lo necesita para parecer elegante y hermosa».

Como una circular paseó esta carta por todos los diarios de los Estados Unidos, así como pasea ahora, con mucho enojo del novio, la noticia de que en junio, a los primeros rayos vivos del sol, se casa el Presidente con una hermosa señorita de educación segura y gustos castos y serios: es una Miss Folsom, de rostro claro y bello, sin esos enrejados sobre la frente que en Venezuela llaman «pollina», y encubren lo mejor del

rostro y del alma: dicen que es de tez blanca y pelo castaño, y que sus dos grandes ojos reposan en sus anchas cuencas como dos huevos de paloma en sus nidos.

No es de estas señoritas doctas, señoritas huecas, barnizadas de escuela normal y de París, sin más alma por dentro que una bolsa de seda o un gusano: sino ese otro tipo de mujer de esta tierra, que ya se va acabando, y viene de los puritanos en vía recta, esa mujer de lo que llaman acá Nueva Inglaterra, para quien la pasión es un extravío, pero en quien es raíz el deber, y la falta imposible.

Tienen esas mujeres una majestad<sup>c</sup> sobria, que no sería mal comparar a la de las estatuas griegas: el pie es ancho, pie de «sentido común»: la mano es larga y remata en punta, como la de las razas que se afinan: llevan sobre el cuello blanco la cabeza bien torneada, que no invita al pecado, no, sino al saludo.

Jamás se visten de colores recios: parece el negro su traje natural.

Saben, de veras,<sup>d</sup> de cosas altas y teológicas, y de literatura patria e inglesa: poco de arte: poco de la desvergonzada y odiosa avaricia de la neoyorquina moderna, que cuando se la toca, como esos maniqués de ladrones llenos de campanillas, suena toda a moneda.

De aquel arrogante tipo dicen que es Miss Folsom, que ahora pasea en Europa con su

madre, para evitar acaso curiosidades y hablillas que al Presidente Cleveland sacan de quicio.

El parece ser, en lo privado, persona de gran bondad real y de hábitos bruscos, que no llegan a romper con la cortesía, ni le dan más que lo que es muy de menester. Con los humildes, el Presidente es afectuoso: con enviados diplomáticos y gente de esta pro, es burdo y descompuesto; como quien se pone una pieza de vestir que no le asienta, y quien desdeña lo meramente formal: con los platicadores de oficio no tiene paciencia, y dicen que lleva siempre en la cara el número de minutos que ha de durar cada entrevista.

Por ingenio y sutileza no se distingue ciertamente, ni por la voluntad de asegurarse amigos con zalamería.

Es verboso cuando viene al caso, y lo muestra en sus cartas privadas, donde da vueltas en párrafos tirados alrededor<sup>e</sup> de una idea, que al fin halla modo de concretar en una frase tersa; pero en lo usual no dice más palabra que la que es estrictamente necesario decir; y cómo rumia mucho cada uno de sus pensamientos, parece que no gusta de verlos discutidos por

a. Siempre con minúscula en LN.

b. Con minúscula en LN.

c. En LN: «magedad».

d. En LN: «deveras».

e. En LN: «al rededor».



los que cree él que deben acatarlos; su extraordinaria honestidad le retiene las simpatías de los mismos a quienes trata secamente, o acaso maltrata; pero esto no lo hace, por de contado, con quien tiene ideas que darle y derecho que representar, sino con aquellos que viven recomendándose, o recomendando a otros, y absorben el tiempo público en pretensiones interesadas o en parvedades personales.

En cambio no ha habido Presidente que atienda más por sí propio a sus labores: en lo que él da voto, se lo tiene estudiado: pesa la voluntad ajena,<sup>a</sup> pero no cede un ápice de la suya: tiene vanidad en su industria y fortaleza, y se hace un mérito de su capacidad de resistir el pensamiento ajeno,<sup>b</sup> que le ha echado encima muchos apodosos iracundos y mucha enemistad.

Conoce que su Congreso<sup>c</sup> no le quiere muy bien, por no haber dejado ocasión a los representantes para que distribuyeran amablemente entre sus electores los puestos que antes les daba el uso; y de esta falta de simpatía apela indirectamente al público, iniciando ante el Congreso con más frecuencia que otros presidentes las medidas públicas que en los casos graves la opinión reclama.

Es un hombre nacido de esta tierra, con sus asperezas y su ímpetu.

Quien se pliegue<sup>d</sup> menos, no se ha visto. Parece increíble que con una médula tan recia haya

subido a tanto: porque los hombres cierran el paso a los que no se les encorvan.

La Casa de Representantes y el Senado<sup>e</sup> han querido esta vez rivalizar en novedades y energía con el Presidente, ya acudiendo con medidas originales e inesperadas a los casos graves que se han ido presentando durante las sesiones, ya discutiendo proyectos de ley sobre los asuntos vitales del país, y conciliándolos de manera que hasta ahora, con positiva ventaja pública, hay paz entre ambas alas del bando demócrata.

Y una de las pruebas del influjo de Cleveland, a pesar de la entereza con que se resiste a entrar en complicidades e intrigas con los representantes y senadores, es que éstos, en lo que pudieran darle en cara, no le dan, sino se inclinan a las medidas que él públicamente favorece.

En dos causas debe buscarse esa influencia: o en una habilidad superior, que no es habilidad de cortesano, para sujetar y atraer a aquellos mismos a quienes no se complace ni solicita, o en el hecho de estar Cleveland en casi todo lo que desea del lado de la opinión pública.

Parece, pues, que en política se puede una que otra vez ser sincero y honrado.

No siempre es menester comprar el triunfo personal a cambio de compadrazgos repugnantes y de concesiones secre-

tas o disimuladas de los bienes públicos.

El que está con el país, bien puede afrontar que no lo quieran muy bien en el Congreso, pues éste ha de cuidar, por su bien propio, de ponerse del lado del país.

De esta manera se van salvando, en sentido reformador y librecambista,<sup>f</sup> los proyectos de ley de más alcance.

Para la acuñación de la plata, a que el Presidente es hostil, había dos proyectos: el de los amigos de los que la producen, que pedían su acuñación ilimitada: el de los economistas vigilantes que querían su suspensión total: ¿por qué ha de estar comprando la nación cada mes a precio de oro dos millones de plata en barras, que luego nadie le compra en moneda, o sólo le compran a precio de plata? ¿a qué ruinosa depreciación no llegará al fin la moneda de plata el día que el gobierno se vea obligado a sacar del tesoro los millones ociosos que allí tiene guardados, sólo para que los mineros del oeste puedan ir saliendo de su producción excesiva? ¿Qué sistema de protección es este, que consiste en imponer a la nación una gran pérdida en sus fondos, que vie-

a. En LN: «agena».

b. En LN, siempre: «agena».

c. Siempre con minúscula en LN.

d. En LN: «plegue».

e. Todo con minúscula.

f. En LN: «libre cambista».

ne a ser como una contribución general indirecta, en beneficio de unos pocos poseedores de minas?

Pero éstos son muy perversos aún para ser vencidos: trae en sí la plata el secreto de vencer; tiene muchos amigos la plata.

No se pudo, pues, lograr la suspensión del cuño; pero tampoco pudieron lograr sus amigos la acuñación ilimitada.

Otro proyecto importantísimo que va adelantando con probabilidades de éxito, es el de la reforma de la tarifa. Se ha probado que el lino y la lana, protegidos por fuertes impuestos interiores, no pueden cultivarse al precio del mercado, a pesar de haber una demanda excesiva por los artículos de lana.

Los fabricantes de artículos de lana están al cerrar sus telares porque como el material primo que cuesta acá tan caro entra libre en Inglaterra, los fabricantes ingleses inundan este mercado de sus productos buenos y baratos a pesar de lo altísimo de los derechos.

Los fabricantes del país no pueden pagar, por lo mucho que les cuesta la producción y lo poco que venden, el precio que a los criadores de ovejas les cuesta la lana.

¿Cómo se quiere mantener, si no por un miedo torpe, un derecho de importación que tras largos años de tarifa protectora no permite criar las ovejas ni tejer la lana sino con una gran pérdida de criadores y tejedores, y una gran presión

sobre los compradores generales del país?

El proyecto quiere que entre libre la lana, libre el lino, libre la sal, libre la madera, libres o casi libres casi todos aquellos artículos de importancia para el abrigo, el vestido y el alimento de los habitantes del país, aunque teniendo en cuenta todas estas reducciones, lo muy crecido de los gastos públicos y la mitad de la deuda de la guerra que está aún por pagar, por lo cual la tarifa necesita ser todavía alta por algunos años, para ir afrontando las expensas legítimas de la nación, a la vez que se va poniendo en capacidad a las industrias, entumecidas hoy por una protección desatentada, de producir en precios que les permitan llevar sus frutos a los mercados extranjeros, sin forzar a toda la nación por el interés de unos pocos fabricantes, a comprar caros los artículos de uso.

El problema de la industria, que se ve amenazada acá de muerte por producir demasiado y caro, necesita urgentemente esa reforma, que, conservando lugares de trabajo y posibilidad de buen salario y vida barata a los obreros, ayuda además a resolver el problema del trabajo.

No hay que decir que los fabricantes poderosos, que tienen aún ganancias antiguas acumuladas, se oponen con encono y éxito a un sistema de rentas públicas que, por lo pronto, mermará el actual consumo de sus frutos.

No quieren ver que es un consumo innatural y violento: que no puede mantenerse con justicia un sistema económico que, después de una época larga de prosperidad asombrosa, viene a parar en que el siete y medio por ciento de las fábricas del país están sin empleo.

No quieren ver que con la marea del trabajo que sube, con la cólera y el descontento de un pueblo de pobres sin qué hacer, o con qué hacer a precios ruines, no es ni prudente, ni posible, sostener a precios altos los artículos necesarios para la vida, que la nación sabe que puede comprar baratos.

Ni la justicia ni la previsión se imponen; sino el miedo a problema amenazante, y como el gobierno colecta hoy por derechos anuales casi fijos \$335 000 000,<sup>a</sup> y a todo gastar sólo necesita para los expendios públicos \$305 000 000,<sup>c</sup> ni el país, ni los proteccionistas, se atreven a oponer gran resistencia a una reforma en la tarifa que sólo producirá en total unos \$25 000 000,<sup>d</sup> de rebaja en la renta y traerá las ventajas de ir abaratando la vida en una época en que escasea el trabajo, de ir suavizando la existencia de los pobres en momentos en que parecen poco dispuestos a

a. Parcialmente ilegible en el microfilme.

b. En LN: «\$35. 000. 000 \$».

c. En LN: «305.000.000 de pesos».

d. En LN: «25.000.000 \$».

la resignación, y de ir poniendo al país, por el principio de una reforma gradual, en condiciones de una producción racional, remunerativa y permanente.

Fue vencido otro proyecto de ley muy importante. El general Logan<sup>316</sup> lo propuso: Logan, que figuró como segundo de Blaine en la última candidatura republicana, y ahora se enseña de todas maneras, y se vale de las artes sociales de su culta esposa, y no pierde ocasión de presentarse ante el país con medidas de bulto para ver si consigue, como pudiera ser que consiguiese, el primer puesto de la candidatura en las próximas elecciones.

El proyecto en sí no era muy grave, sino en lo que significa y en lo que hizo decir. Logan es general, y pretendía que se aumentase el ejército permanente en 5000<sup>b</sup> hombres, y se reorganizasen las 430<sup>c</sup> compañías de ahora, con 50<sup>d</sup> más.

«¿Para qué se quieren esos soldados?, dijeron dos o tres senadores: ¿para tener preparada una fuerza que contenga por las armas las demandas justas de los obreros? ¡Bondad es menester, y atención a su derecho, más que amenazas!»

«¡Pues yo, dijo en el debate el general Hawley, como obrero siento, y al lado de muchas huelgas me he sentado; y por honor y bien de los obreros mismos, si hay bribones que se valen de sus revueltas para tomarse lo ajeno y asaltar la paz pública, y si hay demagogos que so pretexto de servirlos les encienden la sangre con declaraciones violentas; si obreros o bribones destrozan lo que no es suyo, no permitiría yo que así me engañasen y pusieran en descrédito, y con las armas haría cumplir la ley a los que la violasen, y tendría a los demagogos por mis mayores enemigos!»

El proyecto de ley fue rechazado; y otro que reduce los 25 000 hombres de las 430 compañías a 320, lleva camino de ser tomado en consideración.

Los senadores son todos personas de barba blanca. Es verdad que los obreros tienen sus demagogos, y muy viles que son y muy dignos de la picota; pero también tienen su demagogia las clases altas y para nadie es misterio, desde los tiempos de Grant, que las gentes de dinero, iglesia y milicia,

se preocupan más en acumular medios de ataque contra los humildes que van subiendo que en descabezar sus iras poniendo honrado remedio a sus legítimas angustias.

El Senado<sup>e</sup> de barba blanca ve que este pueblo está amasado con trabajadores,—que en la hora de los recuentos no hay aquí castas bastante numerosas para afrontarlos,—que nada excita tanto a la violencia como el desafío y la preparación prematura contra la justicia. La prudencia ha estado, pues, de parte de los que abren los brazos, y no de los que han querido armarlos.

José Martí

**La Nación,**  
Buenos Aires,  
17 de junio de 1886

[Mf. en CEM]

- 
- a. En LN: «los».
  - b. En LN: «cinco mil».
  - c. En LN: «cuatrocientas treinta».
  - d. En LN: «cincuenta».
  - e. Se añade «i».
  - f. Se añade «j».
  - g. Con minúscula en LN.

## 112

## Cartas de Martí

Los trabajadores se apaciguan.-Los prudentes van venciendo a los fanáticos.-Las calles en Pascuas.-Exhibición de pintores impresionistas.-Un «Estudio» de Roll, el «Marceau» de Laurens, el «Hamlet» de Manet, la «Carrera de caballos».

Nueva York,  
mayo 2 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

CUANDO los mismos trabajadores dan el ejemplo del comedimiento, no toca a las gentes magnas de la república ser menos comedidas que ellos. Porque la enseñanza de estas huelgas no ha sido vana: tanto en Nueva York como en el sudoeste, pasados los primeros desastrosos, las riendas parecen ya estar en manos de la junta ejecutiva de la orden de los Caballeros.

La junta está presente en el teatro de las huelgas, y no permite acto ilegal, así como no deja, con habilidad de floretista, ataque de las empresas sin respuesta.

Da gozo verlos disponer por artes de paz su pelea: las empresas pueden resistir las huel-

gas porque tienen su capital acumulado: los trabajadores han aprendido la lección, y han imaginado modos de acumular su capital.

No hay miseria entre los 10 000<sup>a</sup> huelguistas del ferrocarril:<sup>b</sup> la junta recibe de todas partes caudales ordenados, por miles de pesos al día, y los reparte con orden: la huelga, que en el primer momento se escapó de las manos de los directores, ha vuelto a ellas; no esperan vencer «matando» locomotoras, descarrilando trenes, quemando corrales de heno, agujereando a balazos los pechos de los alguaciles: esperan vencer ante el tribunal de la opinión, ante las legislaturas de los Estados, ante los tribunales de la ley.

Las compañías de ferrocarril con la complicidad de legisladores y jueces venales, han falseado las leyes públicas, y poseído y distribuido de mal modo su riqueza.

Herirlas en su riqueza mal ganada, someterlas a la confesión de su organismo interior, ir desintegrando poco a poco el caudal enorme que han amontonado por la fusión ilegal de empresas contendientes, privar de empleados nuevos a las compañías por el medio sencillo de pagarles con el fondo de la orden, lo que les va a pagar la compañía, reducir a la empresa a no tener quien le arregle las locomotoras, ni le rehaga las piezas, ni atienda a los múltiples quehaceres de los caminos férreos con el cuidado diario que requieren; eso son los medios que la orden de los Caballeros del Trabajo<sup>c</sup> propaga y ejecuta para reducir a la empresa del ferrocarril a tratar a los obreros unidos como corporación necesaria y respetable.

En Nueva York se ve aún mejor; hoy mismo, la manera con que obran estas asociaciones. En una empresa de tranvías<sup>d</sup> hay 1300 trabajadores en huelga.

a. En LN: «diez mil».

b. En LN, siempre: «ferro-carril».

c. En LN, siempre: «Caballeros del trabajo».

d. En LN siempre: «tramways».



Los empleados unidos de las empresas de tranvías de las tres ciudades, Nueva York, Nueva Jersey y Brooklyn, son unos 12 000. Cada uno de ellos conviene en dar a la semana su sueldo de un día, \$1,50, para los gastos de la huelga.

La huelga, pues, puede repartir a sus obreros ociosos \$18 000 cada semana, entre 1300 trabajadores. No les da mucho más que eso su mismo salario.

La compañía, mientras tanto, pierde caballos y pierde crédito, pierde sumas grandes importando de ciudades vecinas conductores inútiles, y atrayéndose con dádivas desusadas gente nueva. Véase de qué manera práctica y temible se empeñan ya estas batallas, cuya significación viene de tan hondo, y va tan lejos, que los graves excesos que han señalado estos movimientos de la gente obrera no han bastado a apagar la simpatía que inspira la convicción general de su justicia.

En estos días de Pascuas,<sup>a</sup> andan por las calles remozadas, y como vestidas de luz, ramilletes de niñas que estrenan sus ajuarres nuevos,—ramilletes de hombres azules, que son las patrullas que la huelga mantiene para que no se cometan desórdenes en su nombre,—ramilletes de señorines de cara a lo Enrique III, que van del brazo<sup>b</sup> de damas suntuosas a ver los montes lilas, los trajes colorados, los paisajes hermosos, los desórdenes en verde y azul de los pintores impresionistas.

Durand-Ruel<sup>317</sup> es su apóstol en París y ha mandado a Nueva York una exhibición lujosa.

Entremos. Todo el mundo entra. Acá se ama lo japonés y extravagante, que han sacado de sus quicios de razón a la buena escuela de los pintores al aire libre.

¿Por qué afean su santo amor a lo verdadero con el culto voluntario de lo violento o lo feo? Manet<sup>318</sup> es grandioso; Laurens, admira; Roll, Lenolle, Huguet, enamoran. El modo es crudo; pero la idea es sana, y el efecto fuerte y bello; pero ¿a qué rebuscar, como hacen los neoimpresionistas, esas brutalidades de la naturaleza, donde a manera de lámina china, los planos se superponen sin sombra que los ligue y ablande, y sobre una agua escamosa se aboca como una hoja de cuchillo una playa verde sin gracia y sin nobleza?

Pero ¿a qué hablar de lo malo? Ello se cae solo. No hablar, ya es hablar mal. Sólo en los casos de reincidencia en el delito, deja de ser la crítica una pedantería. Admirar hace bien y da salud.

Lo que se lleva primero los ojos es el *Estudio* de Roll: una mujer desnuda, en los secretos de la selva, abraza medio desmayada a un ternero robusto. De cerca, manchas, pastas, corrientes de color, atortamientos, edificios de pintura. De lejos, parece que se sale del lienzo iluminado el belfo del ternero, un belfo admirable, apretado, como de quien concentra

en sí lo que le place: el ojo satisfecho, a medio cerrar, lánguido, misterioso, pleno, tierno. La mujer medio caída, rojizo el rostro, la boca sonriente, con la mano izquierda aprieta el belfo grueso contra su cabeza inclinada, con la derecha se sujeta de un ijar:<sup>c</sup> la luz se entra por el cuerpo desnudo a grandes manchas y saca en relieve su belleza humana, amplía la cintura, breves los ornamentos del busto, cumplidas las treinta gracias latinas. El fondo, verde y espeso, con unas cuantas flores de selva, blancas: el suelo, revuelto, herboso, estropeado.

¿Quién no conoce el *Marceau* muerto de Laurens? Allí no hay dolor barnizado, sino vivo: aquellos son hombres que lloran, y gloria que se va,<sup>d</sup> no vestidos de alquiler sobre modelos de Academia! Todo el mundo conoce el escorzo atrevido de *Marceau*:<sup>e</sup> el adorable rostro tiene aún las sombras de las alas del alma: vestido verde, con trencillas blancas, faja rosa, botas; la mano calzada de guante amarillo, tiene en los dedos rígidos la empuñadura del sable corvo, con luz en la punta. No hay lujo en la camisa: sobre la sábana, una colcha lacre con rosas blancuzcas: so-

a. En LN: «Pascua».

b. En LN, coma.

c. En LN: «hijar».

d. Se añade «i».

e. En LN, sin cursivas.

bre la colcha un paño rojo: bajo la cabeza, una almohada blanca; detrás, haciendo fondo y cabecera, un cancel amarillo.

¡Qué viejo, el que llora sentado en el sillón<sup>a</sup> blanco que está junto a la camilla! No se le ve la cara; pero cuentan su dolor la mano que se la cubre, y lo ajado de sus vestidos.

¡Qué otro triste, el que llora apoyado sobre la cabecera de la camilla! Casaca<sup>b</sup> azul, peluca blanca: ¡Qué desconsuelo irremediable el del soldado de la capa gris! ¡qué terrible pena, pena de esas que abaten y atraen el cuerpo a tierra, la del caballero de casaca blanca de galón dorado, espadín de puño de oro y faja verde! Viendo el cuadro, el grito sale a los labios: ¡qué grande debió ser ese muerto!

Ahí está Jaure vestido de Hamlet. Lo pintó Manet. Es Hamlet de veras,<sup>c</sup> no de esos Hamlet de caverna, que parecen emanaciones de antro, sino un alma tierna, que en el terror de la indignación concibe venganzas que la mente culta no se atreve a cumplir: con una mano tendida, en que le arrastra la capa, expresa su duda: con la otra empuña la espada a medio embestir: anima el negro de la ropilla una gola corta de ribete azul: el ojo es fijo, como de quien quiere saber lo inmenso

y no lo sabe: el muslo es delgado: la pantorrilla llena: no hay línea que separe el suelo del ambiente: la figura sobresale en fondo gris.

Otro Manet, es una *Carrera de caballos*: allí está en su poder y en sus desaciertos. Manet tuvo dos padres: Velázquez y Goya: en el *Bebedor de ajeno*, en el *Mendigo*, en el *Filósofo* todavía no ha salido de Velázquez: en el *Fibre<sup>d</sup> de la Garde*, un beso en traje de soldado, un picolín que toca con empeño su pífano, es Manet propio, que destaca sin sombras la figura, con soberana lealtad de efecto y atrevimiento de color.

En esta *Carrera de caballos*, como en otros cuadros suyos, Manet es el Goya de los castigos y las profecías, el Goya de los obispos y los locos que por ojos pinta cuevas, y remordimientos por caras, y harapos por miembros, todo a golpes y a manchas.

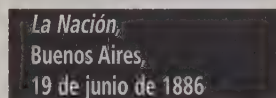
Pero en la fantasía cabe ese exceso, porque allí se ve todo deforme y en bruma, y aquella orgía de formas añade al efecto mental de los lienzos. En lo humano, como esta carrera, sólo una belleza cabe al cuadro, que la tiene en eso suma: con pintas, con motas, con esfumos, con montículos de color, sin una sola línea, se ven carruajes, caballos, parejas sueltas en mucha amis-

tad, las tribunas cargadas de gentes, las oleadas de sombreros, cintas y sombrillas: detrás el cerro, casas, arbolillos, grietas, y el sol, que lo inunda y baña todo: por el borde del cuadro, junto al espectador, bruñidos, como figuras de Alma Tadema, pasan dos magníficos caballos, de ojos redondos e hinchados, que flamean como los de las quimeras.

No hay tiempo para más; ni para la gran pintura de órgano, de Lenolle; ni para la bailarina española, de Manet; ni para los paisajes árabes de Huguet, que son agua de mar, caballos vivos, color<sup>e</sup> de cielo. Ni para una admirabilísima criatura de Renoir, en que se deja el alma presa, como en los ojos de la maja de Goya.

Los impresionistas menores, con las furias de la mocedad, son un frenesí de azul, verde y violeta.

José Martí



[Mf. en CEM]

a. Sin acento en LN.

b. En LN, con minúscula.

c. Errata en LN: «deveras».

d. En LN: «Fibre».

e. Errata en LN: «calor».

## 113

## Grandes motines de obreros

Alzamiento unánime en favor de ocho horas de trabajo.-Los anarquistas armados.-Gran mitin<sup>a</sup> en Nueva York.-Los policías y los anarquistas.-Espíritu y trascendencia del alzamiento<sup>b</sup> obrero.-El obispo de la Iglesia Metodista conmueve al país con una plegaria por la reorganización social.-Fábricas de bombas.-Libros de crimen.

Nueva York,  
mayo 16 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

**J**EFFERSON DAVIS,<sup>319</sup> roído por el dolor de su vencimiento, acaba de pasear en triunfo, a la sombra de sus banderas y por calles alfombradas de flores, las ciudades del Sur<sup>c</sup> que fueron hace un cuarto de siglo fortalezas de la gigantesca rebelión que lo eligió por presidente. Desde aquellos magnos años hasta hoy, no ha habido en los Estados Unidos acontecimientos más graves que los que han manchado de sangre las flores de estos mayos. Lo que se esperaba ha sido.

El problema del trabajo se ha erguido de súbito, y ha enseñado sus terribles entrañas. Se

ha visto que, aunque de un modo todavía confuso, y con diversos métodos, están unidos en una misma tendencia y determinación los trabajadores norteamericanos. Es inútil ahorrar números: son 17 400 000.

So pretexto de reclamar la reducción de las horas actuales de trabajo a ocho, ha culminado en batallas campales en las plazas, y en una especie de intentona y alistamiento general el malestar que empezó con las huelgas de los ferrocarriles y tranvías,<sup>d</sup> no bien tendió a secar al sol de abril su manto lúgubre el invierno; iparece a veces que hay cierta fuerza moral en los rayos del sol!

Se ha visto que<sup>e</sup> en consecuencia de labores constantes, y sin necesidad de ninguna voz ni dirección fija, todas las ciudades obreras se levantaron<sup>f</sup> en los mismos días con una peti-

ción unánime, y este primer estallido de una fuerza que es acaso demasiado vasta y heterogénea, para que pueda echar toda por igual camino, ha revelado, como a la luz de un rayo, el tamaño de la casta triste y enorme que se viene encima, y la negrura de las minas hondas donde las criaturas de destrucción, que se acumulan siempre en las horas de tormenta, socavan con una cordura de locos, los descansos de la fábrica desequilibrada, fábrica de mármol sobre lodo, en que ocupados en la busca de oro viven hoy los hombres.

En Nueva York,<sup>g</sup> hubo procesiones, plazas repletas, casas henchidas de policías armados alrededor<sup>h</sup> de las plazas, discursos más encendidos que las antorchas que iluminaban a los oradores, y más negros que su humo: Union Square,<sup>i</sup> que tiene

a. En LN: «meeting».

b. En LN, en cursiva.

c. En LN, siempre: «sur»;

d. En LN: «tramvías».

e. En LN, coma.

f. Errata en LN: «levantaren».

g. En LN, sin coma.

h. En LN: «al rededor».

i. En LN: «square».

cuatro cuadras de cada lado, era una sola cabeza la noche de la petición de las ocho horas: como un cinto, ceñía la gran plaza, oculta para no excitar los ánimos, una fuerza de policía, pronta a la carga: ¿cómo no, si se sabe que en Nueva York los anarquistas leen como la Biblia, y compran como el pan un texto de fabricar bombas, bombas grandes, redondas, bombas de lata, bombas cómodas, «graciosas y pequeñas como una pera», bombas de dinamita «que caben en la mano»?;<sup>a</sup> ¿cómo no, si a la luz del día, porque no hay ley aquí que prohíba llevar un rifle en la mano, entran los anarquistas en los lugares donde aprenden el ejercicio de las armas las «compañías de rifleros trabajadores» y no se oye, en las horas libres y en todo el domingo, más que la marcha de pies que se clavan, la marcha terca, continua, firme, una marcha de que nadie se cansa ni protesta, una marcha de gente que se ha puesto en pie decidida a llegar?: ¿cómo no, si todo el este de la ciudad está sembrado de logias de socialistas alemanes, que van a beber su cerveza, y a juntar sus iras acompañados de sus mujeres propias y sus hijos, que llevan en sus caras terrosas y en sus manos flacas las marcas del afán y la hora de odio en que han sido engendrados?

Pero entre los que azusan desde las tribunas a los trabajadores la noche de la reunión, no hay sólo alemanes, no, sino

patriarcas americanos, hombres de buena fe y habla profética, ancianos encanecidos en la creencia y propaganda de una época más justa, apóstoles a lo John Brown, aquel loco hecho de estrellas.

En otros lugares, lo traído de Europa, violento y criminal, predomina en el movimiento obrero, y lo mancha y afea: pero en Nueva York, como dondequiera<sup>b</sup> que hay trabajadores, aunque los medios brutales repugnen a la gente de hábitos republicanos, se nota que el alzamiento viene de lo hondo de la conciencia nacional, y que la pasión y la voluntad de vencer están ya, para no dejar de estar, en el trabajador americano.

En la plaza de la Unión hay grandes árboles, y de encima de todos ellos, como un cesto de lunas llenas suspendido en los aires, se vierte por entre las hojas, dibujando en la tierra fantásticos bordados, una atrevida claridad de mundo nuevo. Apiñados en ella, removiéndose, cuchicheando, ondeando, oleando, parecía aquella muchedumbre de gente ciclópea, la gran taza encendida donde se transforma en una noche luminosa, el universo.

Acá se acaba de ver, en el alzamiento general, en los arsenales anarquistas sorprendidos, en el desafío y locura de su prensa, en los motines y combates de Chicago, a la luz de los rifles y al estallido de las bombas, se acaba de ver que es colosal y viable el feto.

¿Qué quieren? Un día es más salario; otro día es más respeto; otro día, como ahora, quieren que las horas de trabajo no sean más que ocho, no tanto para que pueda entrar alguna luz por el alma en las horas de reposo, como para que se vean obligados los fabricantes a emplear a los obreros que hoy no tienen faena;<sup>c</sup> pero todas estas demandas son formas y peldaños: ha llegado ya a condensarse en acción la plenitud de amargura y encono en que su vida infeliz y desesperada tiene a la pobre gente de trabajo: ya han llegado los organizadores, los administradores, los filósofos y vulgarizadores, el ejército, en fin, que realiza las grandes reformas; unos empujan, otros maldicen, otros contienen, otros sujetan la acción mientras encuentran el remedio; pero ya todos obran.

¿Quiénes podrán más, los obreros moderados que con la mira puesta en una reorganización social absoluta se proponen ir hacia ella elaborando por medio de su voto unido las leyes que les permitan realizarlo sin violencia, o los que con la pujanza de la ira acumulada siglo sobre siglo, en las tierras despóticas de Europa, se han venido de allá con un taller de odio en cada pecho y quieren llegar a la reorganización social

a. En LN, dos puntos.

b. En LN: «donde quiera».

c. En LN, dos puntos.



por el crimen, por el incendio, por el robo, por el fraude, por el asesinato, por «el desdén de toda moralidad, ley y orden»?

Ese es, en este instante, el problema trabajador, tal como queda deslindado, después de estos sucesos, en los Estados Unidos.

¿Las prácticas de la libertad habrán enseñado a los hombres a mejorar sus destinos sin violencia? Parece que sí: parece que el ejercicio de sí mismos, acá donde es perfecto, ha enseñado a los hombres la manera de rehacer el mundo, sin amenazarlo con su sangre.

Dos cosas hay que son gloriosas: el sol en el cielo, y la libertad en la tierra.

La verdad es que, por todo lo que se ve, esos motines de Chicago, esos voceos de socialistas, esos ejercicios en patios y túneles, esas odiosas violencias, son como salpicaduras de su fango ensangrentado que, con la rabia de los que mueren, echa sobre América triunfante, como una reina desdentada, la Europa iracunda. Acá se ve que la opinión en masa, la prensa misma de los capitalistas, ¡qué más, la iglesia misma, la iglesia protestante!<sup>a</sup> acepta la revisión del sistema social de ahora, y va pensando en la manera de ir poniendo un poco del mármol que sobra en unas calles, en el lado que sobra en otras.

El obispo de la iglesia metodista, una iglesia robusta y protegida por gente de caudales, envía a los templos de su credo

una pastoral que causa en el país una emoción profunda:

«Basta<sup>b</sup> —dice: este edificio donde vivimos es un edificio de injusticia: esto no es lo que enseñó Jesús, ni lo que debemos hacer los hombres: nuestra civilización es injusta: nuestro sistema de salarios, asilos y hospitales ha sido sometido a prueba y ha fracasado.

Repugna al orden de la razón que unos tengan demasiado y otros no tengan lo indispensable. Lo que está hecho así, debe deshacerse, porque no está bien hecho. Salgamos amistosamente al encuentro de la justicia, si no queremos que la justicia se desplome sobre nosotros. Por Cristo, y por la razón, esta fábrica injusta ha de cambiarse. ¡Rico, tú tienes mucha tierra! ¡Pobre, tú debes tener tu parte de tierra!»

Esas palabras, que condenan las de la pastoral, han sacudido la atención, porque no vienen de filántropos desacreditados, ni de gente de odas y de libros, sino de un gran sacerdote, de mucho seso y pensamiento, que tiene una iglesia de granito con ventanas de suaves colores, y ha pasado una vida majestuosa en el trato y cariño de los ricos. ¡Bendita sea la mano que se baja a los pobres!

Pero esa bondad sacerdotal, que acá no ha sido oída ni con asombro ni con escarmio, ese sorprendente acercamiento del representante de una iglesia al reformador más sano e ingenuo

que estudia hoy el problema del trabajo, a Henry George, no alcanza a excusar, sino que condena, como condena George mismo, a los que afean la marcha victoriosa del espíritu humano con violencias y crímenes innecesarios en un país donde hora a hora, desde todas las tribunas, pueden decir los hombres lo que quieren, y juntarse para hacerlo.

¿Que no puede la mayoría trabajadora convencer a la minoría acaudalada de la necesidad de un cambio? Pues no tiene la capacidad de gobernar con justicia, y no debe gobernar el que no tiene la capacidad de convencer.<sup>c</sup>

El gobierno de los hombres es la misión más alta del ser humano, y sólo debe fiarse a quien ame a los hombres y entienda su naturaleza.

No;<sup>d</sup> en eso ha estado la nación unánime. Se ha concedido el derecho a errar de las agrupaciones de obreros, que comienzan, desde su ignorancia y dolor, a organizarse: se empieza a conceder que el sistema de distribución equitativa de los productos de la industria debe reemplazar al sistema de salarios: se reconoce casi generalmente la necesidad de reconstituir la nación sobre bases que no impidan, como las de ahora,

a. En LN, sin coma.

b. En LN, coma.

c. En LN, punto y seguido.

d. En LN, dos puntos.

el desarrollo armonioso y mejorante de todos sus elementos: se confiesa que no es por cierto irrevocable un sistema social que, a pesar del pleno ejercicio de la libertad humana, lleva al odio, al desequilibrio creciente, y a la guerra entre los habitantes de un país libre, generoso y rico: se presiente sin miedo, y casi se saluda con cariño, la llegada de la era del trabajador;<sup>a</sup> pero opinión, gobierno, prensa, clero ¡qué! el trabajo mismo, se levantan contra las turbas de fanáticos que, en vez de emplear su fuerza en rehacer las leyes, fortalecen y justifican las leyes actuales con el espanto que inspiran sus crímenes.

Lo mismo artesanos que banqueros;<sup>b</sup> lo mismo el gran maestre de los Caballeros del Trabajo<sup>c</sup> que los capitalistas del club famoso de New York Union League, lo mismo los gremios aislados de obreros americanos que los diarios de los magnates de las bolsas, abandonan a la ira pública y a la ley a los que con su odio insensato a las instituciones que merecen, puesto que no las saben vencer en paz en un país libre, retardan la reforma de la constitución industrial, que en-

traña la del hombre mismo, por la alarma justa de la opinión pública sin la que es imposible la victoria.

Ni la policía, ni los jueces, ni el gran juzgado, que es la opinión general, perdona a los que han ensangrentado a Chicago, ni a los que los imitan.

Los caudillos anarquistas están presos: a uno, a Most, lo halaron por los pies de debajo de una cama.

Las imprentas se niegan a poner en sus prensas los diarios anarquistas. Acá, donde hay flores para los asesinos condenados a morir, no ha habido una muestra de simpatía para los anarquistas presos.<sup>d</sup>

Los oradores y escritores<sup>e</sup> que convocaron a las armas a la muchedumbre,<sup>f</sup> en Chicago, y presidieron a su crimen, serán probablemente acusados de homicidio ante el jurado.

La policía ha recogido en mucho antro, en casas arrinconadas, en cuartos oscuros, que hacían de hospitales de sangre, en trincheras y cuevas subterráneas, vagones<sup>g</sup> enteros llenos de fusiles, cajones de cápsulas, depósitos de dinamita y glicerina, moldes de bombas, bombas «graciosas y pequeñas como

una pera», cerros de periódicos y circulares que llaman a crimen, libros anarquistas empastados en cuero rojo, pruebas de una red vasta de fábricas de dinamita y logias organizadas que la consumen, documentos que demuestran que una de sus prácticas es la de incendiar sus casas aseguradas para cobrar en provecho del tesoro anarquista el precio del seguro: mucha sustancia extraña se ha encontrado, que estalla al sol y al choque, mucho texto donde se enseña, por diez centavos, el modo de incendiar y de matar.

¡Al más noble de espíritu, da arrebatos de ira esta perversión de la naturaleza humana!

Ha habido en todo el país, aun en la gente de alma apostólica, una conmoción semejante, a la que produce en una calle pacífica la aparición de un perro atacado de hidrofobia.

(Concluirá)

a. En LN, dos puntos.

b. En LN, dos puntos.

c. En LN: «trabajo».

d. En LN, punto y seguido.

e. En LN: «escritos».

f. En LN, sin coma.

g. En LN, siempre: «vagones».

# Grandes motines de obreros

Los obreros de Alemania y los de Estados Unidos.-Lo que traen de Europa los obreros alemanes.-Most, Schwab, Spies.-*Escenas de los motines de Chicago*.-Huelguistas envenenados.-Explosión de una bomba de dinamita.

(Conclusión)

Nueva York,  
mayo 16 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

**E**SOS HOMBRES no son los verdaderos trabajadores americanos, que se coaligan, que cometen errores, que ejercen presión injusta sobre las empresas que se niegan a reconocerlos como agremiados, que en las horas de furia, allí donde el frío azota más y sus angustias son mayores, vuelcan carros, incendian corrales, rompen las entrañas a las máquinas, pero no se reúnen, en cuevas y agujeros, a estudiar la manera mas módica y sencilla de destruir al hombre, por el delito de haber creado.

Sólo los que desesperan de llegar a las cumbres, quieren

echar las cumbres abajo. Las alturas son buenas, y el hombre tiene de divino lo que tiene de capaz para llegar a ellas; pero son propiedad del hombre las alturas, y debe estar abierto a todos su camino.

Ese odio a todo lo encumbrado, cuando no es la locura del dolor, es la rabia de las bestias.<sup>a</sup>

Comete un delito, y tiene el alma ruin, el que ve en paz, y sin que el alma se le deshaga en piedad, la vida dolorosa del pobre obrero moderno, de la pobre obrera, en estas tierras frías: es deber del hombre levantar al hombre: se es culpable de toda abyección que no se ayuda a remediar: sólo son indignos de lástima los que siembran a traición,<sup>b</sup> incendio y muerte por odio a la prosperidad ajena.<sup>c</sup>

En Alemania, bien se comprende, la ira secular, privada de válvulas, estalla. Allí no tiene el trabajador el voto franco,

la prensa libre, la mano en el pavés,<sup>d</sup> allá no elige el trabajador, como elige acá, al diputado, al senador, al juez, al Presidente:<sup>e</sup> allá no tiene leyes por donde ir, y salta sobre las que le cierran el camino: allí la violencia es justa, porque no se permite la justicia.

Las reacciones serán tremendas, allí donde las presiones han sido sumas. Las justicias se van condensando de padres a hijos, y llegan a ser en las generaciones finales cal de los huesos, y vicio de la mente: llegan a erguirse dentro del alma como un fantasma que no duerme.<sup>f</sup>

Estos burdos obreros de Alemania, aguzados por espíritus de odio, o por aquellos de su casta en quienes el dolor culmina en palabra o acción, vengan siglos, en su oscuro entender, cuando echan una bomba encendida sobre los guardianes

a. En LN, punto y seguido.

b. En LN, sin coma.

c. En LN: «agena».

d. En LN, dos puntos.

e. En LN, siempre: «presidente», con minúscula.

f. En LN, punto y seguido.

de la ley, símbolo para ellos en su tierra de la hiel en que viven. ¡De ahí la compasión de todo espíritu justo por los extravíos de esos tristes que vienen a la vida con las manos inquietas y el juicio caldeado! ¡Pero en ninguna alma honrada llega la justicia a precipitarse en crimen!

Importa mucho a los pueblos que se acrecen con la inmigración de Europa ver en qué ayuda y en qué daña la gente que inmigra, y de qué países va buena, y de cuál va mala.

Los Estados Unidos, que están hechos de inmigrantes, buscan ya activamente el modo de poner coto a la inmigración excesiva o pernicioso: viendo de dónde viene el mal a los Estados Unidos, pueden librarse de él los países que aún no han sido llevados por su generosidad o su ansia desmedida de crecimiento,<sup>a</sup> al peligro de inyectarse en las venas toda esa sangre envenenada.

Se sabe de cierto. Es de alemanes, de polacos, de suecos, de noruegos<sup>b</sup> la gran masa en que han prendido esas prédicas de incendios y matanzas. La ciudad de Milwaukee,<sup>c</sup> es un ejemplo, y allí por poco, a no haber habido un gobernador enérgico, no queda de la ciudad más que pavesas: en Milwaukee, de cincuenta mil trabajadores, apenas diez mil hablan inglés: polacos y alemanes son en su gran mayoría.<sup>d</sup> En Chicago todos eran alemanes;<sup>e</sup> un americano había, uno entre diez

mil, un Parsons: ¿en qué país,<sup>f</sup> no cría fieras el odio? Ese es aquí el elemento temible del problema obrero: esa Alemania y Polonia, esa Noruega y Suecia, toda esa espuma europea, se ha derramado por el país entero, y no se sabe si los trabajadores del país serán más poderosos que ella.<sup>g</sup>

Esos alemanes, esos polacos, esos húngaros, criados en miseria y en la sed de sacudirla, sin más cielo sobre las cabezas que el tacón de una bota de montar; no traían, al venir a esta tierra, en los bolsillos de sus gabanes blancos, en sus cachuchas, en sus pipas, en sus botas de cuero y sus dolmanes viejos, aquella costumbre y fe en la libertad, aquel augusto señorío, aquella confianza de legislador que pervade y fortalece al ciudadano de las repúblicas: traían el odio del siervo, el apetito de la fortuna ajena,<sup>h</sup> la furia de rebelión que se desata periódicamente en los pueblos oprimidos, el ansia desordenada de ejercitar de una vez la autoridad de hombres, que les comía el espíritu, buscando salida, en su tierra de gobierno despótico.

Lo que allí se engendró, aquí está procreando. ¡Por eso puede ser que no madure aquí el fruto, porque no es de la tierra!

Esos trabajadores, en su mayor parte alemanes, se trajeron esa terquedad rubia, esa cabeza cuadrada, esa barba hirsuta y revuelta que no orea el aire y en que las ideas se empaстан. Se trajeron a sus anarquistas,

que no quieren ley, ni saben qué quieren, ni hacen más que propalar el incendio y muerte de cuanto vive y está en pie, con un desorden de medios y una confusión tal de fines que les priva de aquella consideración y respeto que son de justicia para toda especie de doctrinas de buena fe encaminadas al mejor servicio del hombre. Se trajeron estos alemanes a Most, a Schwab, a Spies, —Spies, parecido a Guiteau, un hombre chupado, un hombre mal hecho, en quien la masa no fue dispuesta a punto para que por entre las fieras naturales salieran con toda la luz de la razón el hombre verdadero;—Most, con una lengua grandaza como su barba,<sup>i</sup> gordo,<sup>j</sup> fofó, mirada de sargento enamorado, orador que en días pasados habló en Nueva York a su auditorio con un rifle en la mano, incitando a voces a sus oyentes a que hicieran como él, y fueran a sacar de sus guaridas a todos los capitalistas, y a volar sus casas y riquezas con las bombas que él enseña en sus libros a hacer y manejar;—Schwab, persona tor-

a. En LN, sin coma.

b. En LN, coma.

c. Errata en LN siempre: «Milwaukee».

d. En LN, punto y aparte.

e. En LN, dos puntos.

f. En LN, sin coma.

g. En LN: «ellas».

h. En LN: «ajena».

i. En LN, sin coma.

j. En LN, sin coma.



va y enfermiza, pelo y barba al descuido, ojos temibles bajo anteojos grandes, huesoso y ávido.

Pero estos hombres tienen tras de sí miles de adeptos: y cuando Spies, que ha sido amo de tienda, sube a hablar en un vagón,<sup>a</sup> sacudiendo en la mano un gajo de los *Arbeiter Zeitung*, del *Diario de los obreros* que publica, doce mil hombres se echan por donde él va, sacan estandartes y fusiles de donde los tienen escondidos, se ponen como flor de sangre en la solapa una cinta roja, asaltan tiendas, despedazan cervecerías enemigas, empuñan batallas mortales con los policías en cuerpo, y echan sobre sus líneas una bomba de dinamita que, al estallar con infernal estruendo, deja en tierra tendidos a sesenta hombres.

Quieren que el trabajo se reduzca a ocho horas diarias, y es su derecho quererlo, y es justo; pero no es su derecho impedir que los que se ofrecen a trabajar en su lugar, trabajen. No es su derecho apedrear a los fabricantes que cierran sus talleres, porque no pueden continuar produciendo con esta época de precios bajos, en condiciones que requerirían más gastos de producción. No es su derecho perseguir con ese odio bestial de las muchedumbres a los infelices que se prestaron un día a ocupar los lugares de algunos huelguistas: ¡infelices! los llevaban por las calles, de vuelta a sus casas, dos cordones de policía: iban lívidos, y como

sin habla: las mujeres, con pañuelos encarnados en la cabeza, les enseñaban desde las ventanas sus puños cerrados, y les echaban encima agua hirviendo: iban como quien se siente acabar: corría un viento de muerte que les hacía temblar las rodillas: se escondieron en sus casas como insectos que se entran en sus agujeros.

Los amotinados no eran ya doce mil, sino veinte mil. Cuarenta mil son los trabajadores en huelga en Chicago.

En Milwaukee, la ciudad de la cerveza; en Cincinnati,<sup>b</sup> el palacio del cerdo, también a miles están amotinados los polacos y los alemanes.

Pero en Milwaukee el gobernador les puso freno, espantó a un alcalde polaco que fungía de bravo, y envió a la cárcel a prepararse para la penitenciaría,<sup>c</sup> a unos cien cabecillas, expertos en manejar bombas y encender cabezas.

En Cincinnati el corregidor no se mostró de paz, y anuncia que el que prive a otro hombre en su ciudad del menor de sus derechos de persona libre, se verá, por la ley o por la fuerza, privado de los suyos;<sup>d</sup> se puso en pie, y ordenó a la milicia que tuviese dispuestos los cartuchos.

Solo en Chicago, donde Spies y Schwab escriben, donde incitan en las plazas públicas los oradores al incendio y a las armas, donde los anarquistas hacen ejercicios diarios<sup>e</sup> de armas en sus patios y túneles, donde una mulata marcha a la cabeza

de las procesiones ondeando con gestos de poseída una bandera roja, donde al sol y a la luz eléctrica flotan día y noche de las ventanas de Spies dos pabellones anarquistas, mientras que en libros y talleres ocultos aprenden sus adeptos a manejar sustancias siniestras y fabricar bombas.

Solo en Chicago, que es desde hace nueve días un campo de batalla, se empeña a cada hora, entre la policía mermada y la muchedumbre frenética, una contienda de muerte, en que los cañones de los revólvers<sup>f</sup> se disparan boca a boca, en que las mujeres ayudan desde las ventanas a sus maridos que pelean lanzando ladrillos, bancos, piedras, botellas, en que doce policías heroicos hacen frente, sin más cota de malla que sus blusas azules de botones dorados, a veinte mil trabajadores amotinados que les disparan faz a faz, desde las ventanas y vagones, desde sus emboscadas, que se les echan encima y les rodean, que entran en medio<sup>g</sup> de su fuego certero, que al ver llegar en sus carros de patrulla, las cuadrillas de refuerzo, huyen espantados por las calles cercanas los veinte mil

a. En LN, siempre: «wagon».

b. En LN: «Cincinnati».

c. Sin acento en LN.

d. En LN, dos puntos.

e. En LN: «ejercicio diario».

f. En LN: «revólvers».

g. Errata en LN: «miedo».

ante los doce! Se llevan en vagones a sus heridos. Un policía queda en la acera muerto.

¡Otra refriega y a pocos pasos! Un policía muere sobre un huelguista: el huelguista le ha vaciado el revólver en el pecho: el policía, con el pecho traspasado, con su enemigo por tierra, le dispara en la cabeza dos tiros de revólver. Una ambulancia llega. Está llena de pólvora la calle. Tiéndese en la ambulancia uno al lado del otro, a los dos desventurados.

En el camino, chaqueta junto a blusa azul, expiran.

En cada esquina, un encuentro; en cada plaza, reunión, discursos, acometimientos, balas.

Allá van desalados bajo un fuego continuo de revólver, los vagones de patrulla, cargados de policías. Detienen a uno: los que van en el interior se apilan, con las cabezas bajas<sup>a</sup> para evitar los tiros: el que va en el estribo, roto un hombro, se ase con una mano de la baranda del vagón, y con la otra, hasta que cae en brazos de sus compañeros, ya en pie,<sup>b</sup> y pistola al aire, dispara sobre los huelguistas que le atacan. Rompe a correr el carro, parece que el caballo entra en la pelea y que el carro es su ala: los huelguistas se abaten al verlo venir, ebrio ya el carro todo: las casas se les tragan.

Allá lejos, ¿quién muere? Es un huelguista envenenado: otros más han llevado a casas vecinas. Se entraron a una botica a cuyo dueño acusan de

haber llamado a<sup>c</sup> la policía por el teléfono. Tiemblan arriba en un rincón el boticario y su mujer. La turba rompió a pedradas las ventanas, inundó la tienda: deshizo los mostradores; quebró y majó los pomos, se echó sobre las ropas los perfumes: se bebió cuanto le supo a vino.

Los que mueren del tósigo quedan detrás:<sup>d</sup> hombres y mujeres, agitando al aire los pañuelos rojos, arrebataando consigo a cuantos hallan, poniendo en fuga un policía que les sale al paso, caen sobre una cervecería, que han jurado devastar porque el dueño dio un sombrero a un policía maltratado por la turba. En las gorras y en el hueco de las manos se beben la cerveza. Con hachas y a pedradas han abierto los barriles. Hasta secarlos tienen en ellos las bocas. Caminan sobre la espuma. Ríen. Despedazan con sus manos las alacenas y anaqueles. Todo es astilla en un minuto. Los policías llegan, y como no se les hace fuego esta vez, sólo usan de su porra, una porra que tunde. Los huelguistas huyen, pero los policías venían de otro encuentro,<sup>e</sup> muchos de ellos manchados de su sangre.

«¡En fila, hombres!» les dijo su capitán, al arremeter contra la cervecería. Después de vencer, tres vinieron al suelo.

Y en la noche de la bomba mortal, ni uno solo se hizo atrás, ni huyó la muerte! La explosión los ensordeció; pero

no los movió. ¿Qué sabían ellos si les arrojarían más de aquellas máquinas terribles? ¿No vieron venir a tierra, como si el suelo hubiese cedido bajo sus plantas, todo el centro de su línea? ¿No oían quejidos desgarradores? «¡En fila, hombres!»

Unos asisten a los que han caído. Los demás, con las pistolas a la altura del pecho, avanzan descerrajándolas. Un fuego cerrado les responde. Guardan los revólveres vacíos, y avanzan, descerrajando los llenos. La multitud se desbanda aterrada. Sobre el suelo lívido, y aclarado por la luz eléctrica que fosforea en el silencio mortal, se arrastran los policías heridos, como gigantes rotos: uno cae muerto, al quererse erguir sobre un brazo, con el otro vuelto al cielo: le resplandecían sobre el pecho como estrellas los botones dorados.

De esta hoguera primera se van apagando los fuegos: una fábrica cede una hora: otra da siete días de término para que sus operarios vuelvan, o pierdan toda ocasión de volver: otras, pocas, consienten en rebajar a ocho las horas de trabajo: alguna, con prudencia que es muy celebrada, fija en nueve horas y media el trabajo del día, pero se obliga con sus obreros, como

a. En LN, coma.

b. En LN, sin coma.

c. Se añade «a».

d. En LN, punto y seguido.

e. «Encuentro» parcialmente ilegible en mf.

éstos con ella, a no acudir a la violencia para arreglar sus disensiones, y a someter a árbí-tros los puntos en que no con-cuerden.

Es general esta tendencia al arbitramiento:<sup>a</sup> general la aten-ción al gran problema, la fe en la sensatez pública, y como cierto legítimo orgullo, que ya

se nota,<sup>b</sup> de ver cómo el aire de la libertad tiene una enérgica virtud que mata a las serpientes.

José Martí

**La Nación,**  
**Buenos Aires,**  
**2 de julio de 1886**

[Mf. en CEM]

a. En LN: «arbitramiento».

b. En LN, sin coma.

115

# Correspondencia particular para *El Partido Liberal*

Sumario.-Resumen de los últimos actos del congreso.-Antecedentes y comentarios de los últimos proyectos de ley.-El congreso y el país en junio.-Convenciones de las asociaciones.-Excursiones al interior.-Partidas alegres.-Grandes regatas.-Ardides de los diputados.-Interioridades del Congreso.-Mala suerte del tratado de México en el Senado de la Cámara de Representantes.-Derrota de Sherman y Hewitt, amigos del tratado.-Los proteccionistas derrotan en la Cámara el proyecto de reforma liberal de las tarifas.-Estudio sobre la situación y porvenir del proteccionismo en los Estados Unidos.-La plata, las industrias y las cosechas.-La situación económica.-Venalidad de los representantes.-Las grandes empresas tienen corrompido el sufragio.-Cómo se ayudan y sirven las empresas y los representantes.-Se vota una ley que prohíbe a los representantes ser abogados de las empresas que requieren terrerías públicas.-El problema de la tierra en los Estados Unidos.-Abusos de las empresas y aspiraciones de los trabajadores, sobre la tierra.-Leyes recientes sobre la concesión y contribuciones de los terrenos nacionales.-Ley importantísima que prohíbe a los extranjeros poseer tierra en los Estados Unidos.-Antecedentes y gravedad de este problema.-Manejos de las corporaciones europeas para hacerse de tierras en América.-Voz de alarma a los países americanos.-Cómo se están descomponiendo los Partidos.-Cómo adelantan en política los trabajadores.-George Childs candidato de los trabajadores para la presidencia.

Nueva York,  
18 de junio de 1886

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

**J**UNIO ES ACÁ mes agitado. La vida cambia de súbito, como los árboles, y se nota una prisa nacional por darse al aire y a la luz. El Congreso acumula sus trabajos. El Presidente se prepara a ir de recreo a las montañas. La milicia se congrega en campamentos improvisados. Los creyentes de cada secta religiosa disponen grandes reuniones de rezo al aire libre. Todas las asociaciones, abogados, sastres, libres pensadores, católicos, velocipedistas, maestros de baile, reformadores, cocineros, celebran en poblaciones pintorescas, sus congresos anuales, donde revisan la obra del año, pintan y explican al público sus argumentos, cambian ideas respecto a sus intereses y mejora, y organizan las tareas del año entrante: el hombre gusta de partir de la luz y de parar en ella: cuenta su vida de acción de julio a



julio. Los colegios festejan su principio de trabajos, que en realidad no empiezan hasta octubre. Se crean escuelas ambulantes de ciencias políticas, de ciencias físicas, de idiomas, de instrucción varias, para aprender durante los tres meses de sol, en lo vivo del campo, a la sombra de los árboles. Los jóvenes vi[r]iles improvisan partidas de exploración, y con sus tiendas de campaña al hombro, sus provisiones y su rifle se van a las comarcas despobladas a vencer dificultades, a matar fieras, a buscar aventuras entre los indios, a vivir en lo desconocido, de lo cual vuelven siempre alegres y fuertes. Es una florecencia colosal; de las plantas y de los espíritus. Toda la nación es una rosa. En la bahía, como palomas enormes, tienden las velas blancas para la gran regata próxima los veleros ingleses y norteamericanos que van a disputarse este año la copa apetecida. La ciudad ese día es jubileo, y se va toda al mar, en vapores embanderados, en buques de pasear: se entibian los negocios el día de la gran regata: el champán<sup>a</sup> llega al cielo.

El Congreso parece siempre en esta época poseído de esa prisa de fiebre. Las votaciones se suceden. Los asuntos demorados durante el invierno, se precipitan. Cada partido se esfuerza en hacer aceptar a su contrario las medidas que le interesan. Suelen pasar en esta premura me-

didadas que una ojeada basta para reprobear. Algunos representantes hábiles mantienen en reserva hasta estos días sus proyectos de mayor interés, por ver si pueden obtener a la rebatida un voto favorable del Congreso, poco preparado para ellos. Ambos partidos, republicanos y demócratas, van dilutando hasta el fin de las sesiones los proyectos en que no han podido convenir los bandos opuestos de cada partido, —el de reforma de la tarifa, por ejemplo, en que a pesar de la decidida protección del Presidente y sus Secretarios, acaban de ser vencidos los librecambistas, por aquellos mismos que han estado impidiendo la reglamentación del tratado con México, que en vano trató de reanimar Sherman en el Senado, proponiendo prorrogar el tratado por cinco años. Las industrias agrícolas amenazadas, el azúcar y el tabaco,<sup>b</sup> han podido más que las manufacturas, pleróticas de artículos fabriles que no tienen salida. En la Cámara de Representantes, fue también vana la energía con que Abraham Hewitt, el noble y perspicaz yerno de Cooper, trabajó por que se declarara prácticamente libres de derechos aquellos frutos mexicanos que el tratado señala como tales. Los mismos que batallan contra la reforma de la tarifa en sentido liberal, que vaya<sup>c</sup> preparando con moderación las viciadas industrias nacionales para la competencia en su propio mercado

con las europeas, son los que batallan contra la vigencia del tratado mexicano.

Mucho<sup>d</sup> arraigo tiene todavía el proteccionismo en los Estados Unidos, aunque se dan casos tan elocuentes como la última exposición de los cuarenta mil obreros de Pennsylvania<sup>e</sup> que acaban de pedir al Congreso la abolición del derecho de entrada sobre las materias primas de la industria. Pero el proteccionismo que ha traído a la industria norteamericana a una plétora que la tiene en agonia, no podría resistir mucho tiempo el deseo justo de un cambio de sistema, que empieza a apeteecer ya imperiosamente la Nación alarmada.

De tres riquezas viven los Estados Unidos: de las minas de plata, de las industrias y de las cosechas. La plata ya se sabe como está: si el gobierno no tuviera por la ley obligación de comprar cada mes dos millones del metal a las minas del país, con que luego no sabe qué hacerse, las minas habrían parado ya en una catástrofe. Las industrias, de puro producir a precios altos cantidades enormes de artículos que no pueden vender, están hoy, salvo aquellas muy especiales y necesarias, sin mercado donde colo-

a. En EPL: «champaña».

b. En EPL punto y coma.

c. *Idem* al anterior.

d. En EPL: «muchos».

e. Así en EPL.

car lo que van produciendo, y sin manera de dar trabajo a los millones de hombres que vinieron a este país, engañados por la prosperidad transitoria de que gozaron sus industrias, mientras una serie de cosechas pasmosas estuvo trayendo a la República rendimientos tales, que podía entregarse sin pérdida a todo género de tentativas costosas, y pagar sin peligro los precios subidos a que, en virtud del sistema de protección, tenían que comprar los artículos que sin ese sistema, hubieran podido comprar a Europa mejores y más baratos. Con derechos crecidos sobre las materias primas, con los salarios altos que los obreros necesitan en un país donde este sistema de protección a las industrias nacionales hace los productos de todas ellas caros, ¿cómo han de poder producir las industrias americanas a los precios bajos a que producen los países donde las materias primas entran sin derechos, y lo barato de la vida, por la libre entrada de los artículos extranjeros, permite a los operarios vivir con un salario escaso? Resulta, pues, que afuera no pueden mandar los Estados Unidos sus artículos a competir con los de fábrica europea; y adentro, si de afuera no viene dinero en retorno de las exportaciones, ¿con qué dinero han de comprarlos? Así se llega a estar como Midas, que todo lo que palpaba era oro, pero no tenía qué comer ni qué beber. Tal,

pues, como están hoy su plata despreciada y su industria recargada, los Estados Unidos no pueden vivir de ellas.

Quedan las cosechas, la riqueza magna, aquella que, como hacían los antiguos, debía celebrarse cada año con fiestas jubilosas y regocijos públicos,—la riqueza de la tierra, que jamás se acaba. Los Estados Unidos venden sus algodones al Asia, y su carne a Europa,—y sus industrias, ya se ve con qué trabajo las venden, y cómo andan locos buscando asociaciones, tratados y congresos para asegurarse tierras que les compren; pero hoy por hoy, su principal fuente de vida está en las cosechas. ¿Cuál será en esto la suerte del proteccionismo? Abandonado el país, como único medio de recurso, a su producción industrial, se comprende que no puede quedar un instante en pie, puesto que con él el país no puede producir lo que necesita vender en las condiciones precisas para la venta; ni puede alimentar siquiera a sus trabajadores. Dos necesidades inmediatas requerían un cambio de sistema, gradual, como todo cambio que ha de ser fructuoso: una es la necesidad de la vida, la necesidad económica de vender, para poder vivir y comprar lo de afuera con los productos de la venta; la otra es la necesidad de dar alimento a tanto millón de hombre con mujer y con hijos, que en el día en que la ira de la miseria lo enardeciese, podía echar abajo

de una arremetida toda esta fábrica de fachada, que no tiene tan sólidos los cimientos como suntuosa la apariencia. La suerte del proteccionismo depende aquí de las cosechas, y de los acontecimientos extranjeros que pudieran favorecer su venta. Si hay cosechas grandes, si hay en Europa una guerra que requiera mayor consumo de ellas y paralice las cosechas europeas rivales, entonces vendrá al país en retorno tal suma de rendimientos que se continuarán pagando por algún tiempo sin murmurar los precios altos de los productos nacionales, que así tendrán al menos el mercado propio que hoy les escasea, y la ventaja de que con la prosperidad general del país, no se note el daño que este recibe de mantener a las industrias que han de vivir de la exportación, en condiciones de no poder exportar si no hay grandes cosechas, o sucesos del extranjero que las consuman y levanten sus precios, el país se verá frente a frente del problema industrial, como ya se ve ahora,—frente a dos millones de hombres, que ya son dos millones con casa y sin trabajo,—frente a lo absurdo de un país que tiene que vivir del producto de unas industrias organizadas de tal modo, que sus productos no se puedan vender.

El sol es claro; pero no es más claro que esto. Sin embargo, los protectionistas de los dos partidos reunidos, demócratas y republicanos, han derrotado

hoy en la Cámara de Representantes el proyecto de reforma moderada y preparación juiciosa, que habían compuesto de acuerdo los librecambistas y los proteccionistas conciliadores. La razón es visible, puesto que acá las elecciones a Senador y Representante se sacan a fuerza de dinero, y hay elección de Representante que cuesta a cada candidato ochenta mil pesos, por lo que necesitan del auxilio de los monopolios y empresas, que los ayudan a salir electos con condiciones de ser ayudados después por ellas.—La reforma, por ahora, aunque está en el espíritu público, queda vencida: que acá tiene el sufragio sus llagas, como en otras partes, y suele el país pasar años pidiendo lo que sus Representantes, por intereses personales o de partido, le niegan tenazmente. Por esas causas también sucede que el Senador o Representante, pretenden sacar ventaja a las malas de sus puestos, y en acciones de empresas o en moneda aún más real reciben el pago de su voto en pro de las empresas ricas o de buen porvenir, y de su influencia en el Congreso que ha de legislarlas. Esto es ya tan sabido, que apenas hay Representante o Senador que no ande en estas culpas. Ya se susurra que tendrá al fin que abandonar su puesto el Secretario de Justicia, Garland, en cuyo departamento se accedió a establecer en nombre del gobierno una demanda de nulidad en

favor de una patente de teléfonos en que Garland recibió, a cambio de su influjo, acciones por valor de medio millón de pesos, que otros probos legisladores, Hewitt entre ellos, rechazaron secamente. Y este escándalo ha llegado tan a mayores, que el Senado acaba de votar por considerable mayoría un proyecto de ley en que se prohíbe a los miembros del Congreso servir de abogados de las empresas que requieren concesión de tierras públicas.

A seguir como hasta aquí se ha ido, entre los extranjeros que acaparan terrenos, y los Representantes que por esas razones ocultas regalan la tierra de la nación a las corporaciones que les pagan el voto, se hubiera quedado la nación sin tierra.

A esto viene también otro proyecto de ley aprobado por el Senado en estos días: asombra la facilidad y largueza con que el Congreso ha dado terrenos valiosísimos a las compañías de ferrocarriles. Ya se sabe que Blaine mismo, como presidente de la Cámara de Representantes, trabajaba como Agente de una empresa de ferrocarril, que le pagó en acciones. Ahora ha decidido el Senado, para corregir tanta loca franquicia en alguna parte, que las compañías de ferrocarril no podrán por ninguna especie de ley, federal o local, librarse del deber de pagar tributo al Erario por las tierras que el Congreso pueda

concederles, sea cualquiera el pretexto en que la exención se envuelva.—A dos objetos se dirige esta medida: uno es mostrar al país que sus Representantes atienden al clamor sostenido que está alzando en la nación esa vergonzosa entrega del caudal de tierra pública por aquellos mismos a quienes ha sido confiada en depósito: otro objeto, el principal acaso, es halagar y templar a la masa trabajadora, que sobre todas sus dificultades y yerros continúa disciplinándose y organizándose conforme al pensamiento de sus filósofos, quienes con Henry George a la cabeza piden, como estado final, que toda la tierra sea del dominio público, y, en preparación de esto, para que el tránsito al nuevo estado sea menos difícil, que se vaya desde ahora reteniendo la mayor extensión de tierra posible por el Estado, en cuyas manos debe llegar a quedar toda. Se quiere cerrar el camino, con actos oportunos de justicia, a esa masa temible, puesta en marcha, que no se detendrá sino donde se detenga su razón.

Esas mismas previsiones engendraron otro proyecto de ley que, sin un solo voto en contra, ha aprobado hace pocos días el Senado. En Europa las grandes masas de tierras se van escapando de las manos de los aristócratas ociosos que las poseen en virtud de privilegios de familia, otorgados siglos ha sin



más razón que la necesidad ya pasada de fundar un Estado en que predominasen los señores, o el hábito de premiar con títulos y tierras las gracias de las mujeres y la infamia de los hombres. Otros nobles ha creado esta época, que son las grandes empresas, en cuyas manos tampoco están seguras las tierras que han amontonado, y de las que las va echando, con el ímpetu de lo que vive y quiere puesto, la muchedumbre cada vez más apretada de la población, que no permite la acumulación en una mano, o en un pequeño grupo de manos, de una extensión de tierra en que pueden vivir muchos que no tienen hoy por esa distribución injusta los medios de vida necesarios. La organización de Rusia la tiene preparada a ese repartimiento.

Las exageraciones socialistas perderán en Alemania por ese grano de razón que las sazona y preserva. En Francia, ya se sabe que la propiedad es de muchos. Inglaterra no podrá contrastar el brío con que la población pobre está exigiendo la reforma territorial, y ya habla de comprar a los lores la tierra irlandesa, para repartirla de nuevo entre muchos terratenientes, como medio de calmar las cóleras de Irlanda.—Pues toda esa cohorte de grandes propietarios, de aristócratas ociosos, de grandes empresas, ha venido cayendo en sígilo, sobre la tierra norteamericana, como caerá, y en algunos lugares ya

ha caído, sobre la tierra de la América española. Y eso sí que hemos de salvar, ahora que vamos siendo pueblos,—nuestra tierra!

Parece mentira: pero ya casi poseen una nación en los Estados Unidos los ricos europeos. Uno solo, el marqués inglés de Tweeddale, tiene 1 750 000 acres. Una casa de Londres, Phillips, Marshall y Comp., 1 300 000. Una compañía inglesa 1 800 000 acres en Missisipi.<sup>a</sup> Otras también de Inglaterra, 2 000 000 de acres en Florida, y 3 000 000 en Texas. Una compañía alemana posee 1 000 000. Y una compañía holandesa tiene ya 4 500 000 en Nuevo México.

Y es preciso estar a la mira contra los ardides de esos compradores, porque, en la conciencia de su culpa, suelen no comprar francamente, y se valen de hábiles recursos. Ya compran en pequeños lotes. Ya hallan norteamericanos que se asocian con ellos, y amparen sus compras con los derechos que les da su nacimiento. Ya se valen de varios compradores, que entregan luego su compra a la persona que les emplea, y llega así a poseer en una sola cabeza una comarca, como el marqués de Tweeddale.

El mal es grave, y la ley votada por unanimidad en el Senado es radical. Prohíbe que, salvo en caso de herencia, cobro de deuda y provisión de tratado, puedan adquirir terrenos en los Territorios o en el Distrito de Columbia, que es en

lo que puede legislar en esto el Congreso, ningún extranjero que no haya manifestado su intención de hacerse súbdito americano, ni ninguna compañía que no esté formada en virtud de las leyes federales, de los Estados, o de los Territorios. Tampoco puede adquirir tierras ninguna compañía que tenga entre sus miembros más de una quinta parte de extranjeros.—Y es tan cierto que las razones de esta ley son las mismas de las que ya llevamos apuntadas, que acaba el proyecto prohibiendo que ninguna compañía, aun cuando sea de ferrocarril, canal o calzada, salvo en caso de concesión del Congreso, posea más tierras que las que positivamente necesita para que funcionen sus vías. La Cámara de Representantes está en riña con el Senado, que quiere para sí más autoridad de la que le da la Constitución; pero en este asunto, han obrado, por diversos proyectos, en acuerdo absoluto. Y todavía son más rudos con los extranjeros los proyectos de la Cámara que los del Senado. Están para venir tiempos grandes en la política norteamericana. Los partidos políticos actuales, incapaces de afrontar con una intención unánime los problemas vitales de la tarifa, la moneda pública y el trabajo, se están descomponiendo, y mostrando al país su egoísmo e in-

---

a. Así en EPL.

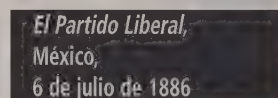


competencia. El carácter personal de Cleveland, venido con pocas trabas de la naturaleza, favorece, y como que prepara el advenimiento de una política viva, que afronte y resuelva los problemas reales, y reconstruya a la nación sobre las<sup>a</sup> bases nuevas que la justicia humana y sus elementos de composición demandan. Ya se habla sin asombro de nombrar candidato para la Presidencia a un hombre de peso y bondad, George Childs, director del *Ledger* de Philadelphia, que jamás ha sido republicano ni demócrata, sino amigo de los pobres. De su dia-

rio vive un pueblo. A cada mu-  
jer que va a visitar la casa de su  
diario, le regala una taza de  
china. Y cada obrero suyo, tiene  
en el banco una cuenta; y para  
vivir y morir una casa. Lo po-  
nen en ridículo porque escribe  
elegías y regala tazas; pero la  
verdad es que, como que se ve  
que el ejército trabajador se  
aprieta y viene adelantando,  
nadie ha tomado a burlas la  
posibilidad de que, cambiando  
de juicio los partidos políticos,  
elegirán los trabajadores de los  
Estados Unidos, con un progra-  
ma de reforma social moderada  
a un Presidente de su propio

espíritu. No será en la elección  
próxima. No será extraño que  
fuese en la de 1892.

José Martí



[OCNY, pp. 32-39]

a. En EPL: «la».

## 116

# Correspondencia particular para *El Partido Liberal*

Sumario.-Semana de junio.-El juego de pelotas.-El culto de la fuerza en los colegios.-Las fiestas de fin de curso.-La educación antigua y la nueva.-Lo científico sobre lo clásico.-Predominio del espíritu de libre investigación.-La educación en los colegios como medio de preparar para la vida.-Los discursos de los graduandos.-La vida nacional anula la educación.-El programa de estudios de Harvard.-Conviene educarse en la patria.-El peleador Sullivan.-Cómo lo admiran y miman en Nueva York.

Nueva York,  
26 de junio de 1886<sup>a</sup>

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

NO CABE una cacería del Indostán, con su príncipe, con sus elefantes, con sus pabellones, con su bayaderás, con sus brahmanes vestidos de blanco, en la cuenca de una uña: así no cabe en una revista esta semana de fin de junio ardiente, donde con la cercanía mayor del sol crecen el amor, la generosidad, el placer y los

crímenes. Todo es regata de yates,<sup>b</sup> de caballos, de caminadores. Todo es gente que marcha, color que brilla, cinta que flota, fresa madura que convida al diente. Se mezclan las últimas palabras serias del año, dichas de prisa en el Congreso, los Colegios y los Tribunales, con esos cuchicheos de aurora con que renace en estos meses la naturaleza en los árboles, en los nidos y en las almas. Si se mira a las calles por la tarde, no se ven sino mozos robustos que andan a buen paso, para cambiar sus trajes de oficio por el vestido de paseo, con que

han de lucir galas a la novia, o el del juego de pelota, que aquí es locura, en la que se congregan por parques y solares grandes muchedumbres.

Los juegos son como los pueblos en que privan: este es golpe, rudeza, ausencia de arte: se enronquecen y embriagan con ese juego burdo, que cría la admiración funesta por los fuertes, tanto que<sup>c</sup> en los colegios se mira aquí como a pobre persona el que se nutre, como de estrellas que muerden, de ideas y sueños grandes: acá los prohombres de los colegios, los que se llevan las damas y mantienen corte, son el que mejor rema, el que mejor recibe la pelota, el que más sabe de hinchar ojos y desgoznar narices, el que más bebe o fuma. Niños de nuestras tierras que vienen a estas Universidades con el almita clara y encendida, llena de sombras de héroes y de colores de bandera, se vuelven ¡ay! a los pocos años de estar entre estos

a. Se añade «de 1886».

b. En EPL: «yachts».

c. Se añade esta palabra.

boxeadores, mozos hoscos y abruptos, ida toda la flor, sin fe más que en el dinero y en la fuerza. Mejorar los colegios nativos, que con ser como son ya son mejores, vale más pese a la gente novelera, que sacar a los hijos de bajo de las alas de la patria para venir a donde olvidan la suya, y no adquieren la ajena.

Este es uno de los acontecimientos de junio en los Estados Unidos: las fiestas de fin de curso. Toda una página dedica cada periódico día sobre día a las recepciones alegres con que acaban su año las escuelas públicas de niñas, donde estas recitan, cantan, tocan, y entre pabellones y ramilletes reciben a la vez el diploma de maestras de Escuela Normal, y la rosa de los amores de la naturaleza. En las Universidades, en las Escuelas Técnicas, en los Colegios que acá mantienen, para crianza de prosélitos, las grandes sectas religiosas, estos son días de baile y premio, de palabras sabias y de regatas locas. Se cierran los cursos en Harvard y Yale, en Columbia y en Princeton, en Amherst y en Williams.

Ya acabó la bárbara costumbre de llamar con nombres latinos a los estudiantes norteamericanos, lo que hacían traduciendo al latín el nombre inglés, de modo que un John Nose venía llamándose en clase como si en español le dijésemos Juan Narices. Y ya se va acabando, acicateada por los tiempos, aquella preminencia que los estu-

dios meramente literarios, a que tienden sin precisión de espuelas las almas finas que necesitan de ellos, tenían hasta hoy sobre los estudios de mayor cuantía que preparan para los choques y menesteres de la vida, en esta época de revuelta donde cada cual tiene que ser padre de sí, y no hay herencia segura, ni se edifican casas para siglos, ni hay fortuna que está a salvo de los vuelcos sociales y de las catástrofes financieras. La casa, que ha de mantenerse tan santa como nuestra masa vil nos lo permita, debe educar el alma en el aseo y horror del fango, de que se hacen hoy generalmente las estatuas. La escuela ha de equipar la mente para la faena de la vida.

Si la vida no es una Universidad, sino una casa llena de odios y de fatiga ¿a qué educar a los hombres que han de vivir en ella como para vivir en Universidades? Ya estos no son tiempos de toga regalada y chocolate de canónigo. Hoy se come agonía y se bebe angustia. Por eso hay tanto infeliz que no puede ser honrado, y tanto astro sin alas: porque en nuestros países, donde la cultura no se ha acumulado aún en bastante para que el consumo de ella por la masa común corresponda a la fuerza de ella en las almas superiores, no puede existir mercado suficiente para la suma de Literatura y Arte que se enseñan exclusivamente en las Escuelas. Ármese en la escuela al niño con las armas que ha de

necesitar para la vida. Otras razas, corpudas y bestiales, corren riesgo de perder con la exageración de ese sistema aquel suave y clemente espíritu femenino que trae a los pueblos la educación artística, para engendrar en el trato con los oficios briosos la gloria que los alegra y perpetúa. Nuestros pueblos, donde las rosas huelen y las mujeres aman, renuevan incesantemente en cada niño la poesía.

Esas fiestas de fin de curso, si no acabasen en regatas enconadas y en desafíos celosos de pelota, serían cosa bella, porque siempre se reúnen para cerrar el año en los salones de cada Universidad los oradores de palabra más lujosa, los funcionarios del Estado, las damas literarias, y las jóvenes con sus vestidos de Primavera. En algunos colegios, como las Universidades acá se llaman, señoritas y mancebos se educan a la vez, y suele suceder que los discursos de traje blanco y ramillete al pecho, ahondan y valen más que los discursos, de levita cerrada y espejuelos.

Un príncipe de la palabra, un gran sacerdote, un candidato a la presidencia de la República, un educador ilustre, habla solemnemente a los alumnos, que ya están al tomar, en los umbrales del colegio, el fusil y la mochila de la vida. Luego, entre premios y música, van leyendo o recitando los graduandos más distinguidos sus pero-

raciones, que antes eran sólo sobre Lupercios y Teofrastos,<sup>320</sup> y cosas de antaño que no sirven hogaño; pero ahora, como que la savia nueva ha entrado de fuerza propia en los colegios, ya no hablan solamente de latines y grecias, y de la eternidad y prepotencia de los dogmas de la secta que mantiene la Universidad, sino del buen sentido y armonía consoladora con que fue creado el mundo, de la esencial libertad de investigación que confirma al hombre en su fuerza y nobleza, y le da la majestad interior de que necesita estar poseído para vivir con fruto en marcha a lo alto. Todavía hablan los temas mucho de sequedades antiguas; pero ya se trata en gran número de ellos de la verdadera composición espiritual y material de la tierra en que vivimos, y de la formación, tendencias y vicios de los elementos vivos que batallan sobre ella.

En Harvard y en Yale, colegios venerandos y canosos, tiene ya tanto campo esta manera nueva, que no sólo se deja en amplia libertad de espíritu al alumno en cosas de doctrina religiosa, sino que se han añadido a los cursos literarios usuales, otros cursos exclusivamente científicos, y se ha puesto cátedra doble de los problemas que más afectan hoy a la Nación. Allí puede un alumno escoger, si le place, el estudio de las letras; pero no está forzado a ella, sino que puede arreglar sus asignaturas clásicas con

otras de mayor realidad y momento; y oír a la vez la cuestión de la tarifa explicada a una hora por un profesor librecambista, y a la hora siguiente, cátedra sobre cátedra, por un maestro del sistema prohibitivo. Así, es verdad, no ganan fanáticos las iglesias ni los partidos; pero la patria se cimenta sobre un único sostén: los hombres de pensamiento propio.

¡Ah! da envidia leer el programa de enseñanza en Harvard, donde no hay asunto digno de la mente que no tenga un buen maestro, y de donde, si se estudia con ahínco, se puede salir hombre «vivo y efectivo», como dicen las lápidas de los militares de antes en los cementerios españoles: pero ¿qué flor vive sin aire? Todas esas finezas de cátedra, todo ese lujo de materias y maestros, todo ese glorioso empeño de los educadores por ir conformando las casas de enseñanza a los tiempos en que han de vivir los que se crían en ellas, como que se evaporan en este aire pesado para las almas, como que perecen por falta de estímulo en esta loca contienda por la simple riqueza pecuniaria, como que se extinguen en el desprecio en que tienen a las carreras sudorosas, las carreras limpias de producto lento, los hijos adementados de estos hombres de mirada gris e insegura, que sólo veneran sinceramente, por sobre humanidad y sobre patria, la capacidad de acumular súbitamente una masa estupenda de fortuna.

La pujanza los enamora y los domina. Les gusta lo que arremete, lo que violenta, lo que invade. ¡Ved cómo miman los estudiantes durante todo el año, no al poeta de frente grave que les leerá la oda de fin de curso, no al mozo pensador que ya desde las aulas medita la manera de que los problemas sociales se vayan resolviendo sin sangre y en justicia, sino a «los nueve» ágiles que deben vencer a Yale en el juego de pelota, a los «ocho» de brazos alados que han de competir por el premio de remo con los ocho del colegio vecino, al que en las brutales peleas con que en otoño se inauguran las clases arrancó «el bastón» de las manos ensangrentadas al que lo defendía en nombre de las clases rivales! ¡ved con qué saña, mal contenida durante todo el año, se entregan a estas regatas y desafíos, y apuestan sobre ellas, no por aquel sano amor a los ejercicios viriles que hizo hermosos y fuertes a los primeros griegos, sino con aquella mercenaria y rencorosa rivalidad que afeaba las lidias tremendas de los gladiadores de Roma y de Pompeya! ¡ved cómo muchos de ellos, deslumbrados por la paga que aquí se da a los buenos jugadores de pelota, abandonan su carrera casi terminada, y truecan su libro agosto por la camisa azul y el pantalón corto de los histeriones, en que los aplaude y venera el populacho! Pudren acá esos vicios de pueblo rudo y ambi-



cioso el aire de los colegios. El aire deshace lo que hace la cátedra. La educación verdadera está en el coadyuvamiento y cambio de almas. Lo sórdido de la vida sofoca acá lo luminoso de la escuela. Se debe vivir entre aquellos con quienes se ha de batallar.

Acá es frenesí este amor al gladiador. Se tiene en él una gran vanidad, como si encarnara y representase al país en lo que más se estima. Ahora mismo agita el papel en que esto se escribe, el aire que entra por la ventana, lleno de la música ruidosa con que van a saludar unos mozos entusiastas al púgil Sullivan, rey de los puñetazos, que tiene ya cinco años de vida de triunfo, adorado y mimado por su fuerza. De un golpe abate a un hombre: de dos lo mata. Lleva una vida brutal. El día es para él champán:<sup>a</sup> de noche, cerveza; un puñetazo, el cielo. Le deleita quebrar labios y leyes. No tiene una bondad ni arranque de hombre. A su mujer, la tunde. A su hijito, de ojos azules, lo echa escaleras abajo. Goza en magullar. Tiene el gusto burdo, y va todo él colgado de brillantes: lleva un puño de ellos en la pechera de la camisa: un anillo le relampaguea en la mano derecha: otro en la izquierda. Usa un sombrero blanco como la leche. Pero toda esta

grosería y brutalidad se le perdona. La policía lo escuda y lo trata tiernamente. Los tribunales no le son hostiles. Se ve en él todo eso como ornamento y gracia de su majestad. Un carriño real acompaña y protege por todas partes a esta bestia.

Aquí está en un hotel que abre sus balcones sobre el aire aromado, del Parque Central, preparándose para la pelea enorme con que va a celebrarse el día 4 de julio, el día santo de la independencia patria!

Diez días faltan, y ya no habla Nueva York de otra cosa. Se olvidan las carreras de caballos, los desafíos de pelota, la noticia de que la hermana del Presidente publica una novela de amores; las sentencias recaídas sobre los obreros coaligados que amenazan a los dueños la demanda de un representante para que el Congreso impida que el gobierno francés tome sobre sí la obra del canal de Panamá. Todo eso se lee como de pasada. De nada de eso se trata en las conversaciones. La primera ojeada de los que leen diarios es para el párrafo de Sullivan. Los diarios informan al público de que sus ojos están claros, vivos, buenos para la pelea. Tiene un cuidador que le amasa la piel dos veces al día, que le lleva al levantarse por las mañanas un vaso de agua, con cuatro yemas de huevo. Todo el

día está en el hotel rodeado de gente. El campeón sale dos veces a tomar el aire, en un carruaje pomposo, que él quiere que sea muy grande, y de dos caballos. Si está almorzando adentro, la multitud cuchichea afuera: «Le han servido cuatro costillas»: «no toma más que té y yemas de huevos»: «ya pesa cinco libras menos». Si se acerca a la puerta para tomar el suntuoso coche, la multitud se arremolina, se siente como una unión, los policías halagüeños limpian el paso para su héroe, el héroe sale, acogido por un clamor de victoria, y cuando vuelve, pleno el pulmón de aire de flores, la gente es más, y de la plazoleta del hotel, que es toda una cabeza, surge un vótoro robusto que corean los chicuelos amontonados de todas partes de la ciudad, para respirar siquiera el polvo del carruaje del campeón a quien admiran. Da frío, ver criarse a un pueblo entero en el culto de la fiera.

José Martí

**El Partido Liberal,  
México,  
13 de julio de 1886**

[OCNY, pp. 40-45]

a. En EPL: «Champagne».

117

# Gran fiesta confederada

Todo el Sur alrededor de Jefferson Davis.-Paseo triunfal.-Monumento a los confederados.-«Por honor, no por guerra»-¡Aquellas batallas!-Jefferson Davis ahora.-Su discurso.-«¡Sigue, viejo, sigue!»-Fiesta de ternura.-Incidentes notables.-Las ciudades de gala.-«Por sobre todo, la bandera de la Unión».

Nueva York,  
junio 3 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

**L**A TOLERANCIA en la paz es tan grandiosa como el heroísmo en la guerra. No sienta bien al vencedor encelarse de que se honre la memoria de las virtudes del vencido.

Dentro de una nación, todo cuanto haga de bravo y brillante un hijo de ella, es capital de la nación, con el que ésta se amasa y resplandece. Un pueblo ha de ser columna de virtud, y si no está hecho de ella, o no la tiene en su masa en cantidad principal, se desmigaja, como un hombre que pierda la fe en la vida, o como un madero roído.

Los Estados Unidos acaban de ver ahora en paz una cosa

grandiosa. El Sur, que peleó rabiosamente en aquella guerra enorme por separarse del Norte, acaba de congregarse bajo su propia bandera, la bandera rebelde, para inaugurar, con su viejo caudillo a la cabeza, los monumentos en que conmemora a los soldados que murieron en la pelea contra el gobierno nacional, y a los patriarcas que los condujeron y aconsejaron.

Nunca se ha visto cosa mas hermosa.

De este pueblo del Norte hay mucho que temer, y mucho que parece virtud y no lo es, y mucha forma de grandeza que está hueca por dentro, como las esculturas de azúcar; pero es muy de admirar, como que cada hombre se debe aquí a sí mismo<sup>a</sup> el magnífico concepto de la libertad y decoro del hombre en que todos se man-

tienen y juntan, y produce espectáculos de viril y gigantesca indulgencia, o de pacífico y radical volteamiento, que en nada ceden al brío épico y resplandor marmóreo de la grandeza pública de Grecia.

¿Quién no recuerda aquellas batallas que tenían en un hilo la atención del mundo, y fueron como un proceso de la soberanía humana, y como una prueba de la capacidad del gobierno popular para dirigir y mantener unida a una nación?

No era que el Sur quisiese tener esclavos, y que el Norte se opusiera a que los tuviese; no era que los patricios agricultores del Mediodía<sup>b</sup> repudiasen las leyes acordadas para toda la nación por los habitantes industriales de los Estados del Norte; no era que el Sur, desesperanzado de mantener bajo su férula al yanqui,<sup>c</sup> a quien despreciaba, se determinase con su arrogancia ciega de señor a «rendir a la bestia por la fuer-

a. En LN, coma.

b. En LN: «mediodía», con minúscula.

c. En LN: «yankee».

za», o a aterrarla con la amenaza de ella.

La bestia se hizo Lincoln, y lució como si de oriente a ocaso se tendiese en el cielo un palio de justicia. La bestia se hizo Grant, y cayó sobre los Estados confederados como un martillo sobre un clavo que se tuerce, o como un monte.

Era que se alegraron por todo el universo las castas medio muertas, las gentes de tradición y monarquía, las que no gustan de ver desenvolverse y afirmarse al hombre, como una divinidad de espaldas anchas que cual en su trono natural se sienta en la tierra; y mantuvieron que sin cabeza regia y prestigios misteriosos no podía existir un pueblo, ni podía una nación, sin caer en catástrofe, gobernarse a sí propia libremente.

Y se gobernó; y peleó de un modo irregular, brutal y nuevo, en armonía con los elementos diversos y acometedores de que este pueblo reciente está formado; y perdonó en la victoria con una plenitud y verdad de que no dio antes ejemplo pueblo alguno.

¿Quién no recuerda aquellas batallas cruentas, aquella cintura de ríos en que se encerró la confederación, aquellos puentes<sup>a</sup> de cadáveres sobre los que fueron trasponiendo los federales vencedores, aquella alegría heroica y patriarcal grandeza con que una vez en la pelea injusta, defendió el Sur su tierra y gobierno que consideraba

legítimamente propios, y a cuyos soldados, que brillaban en sus harapos como una bandera al sol, daban con sus manos finas las matronas de los pueblos el pan que habían amasado de buena voluntad en sus casas sin padres y sin hijos, porque se los había llevado a todos la guerra?

Pues aquella manera de morir; pues aquel fiero apego a la tierra nativa; pues aquella loca firmeza en el mantenimiento de los que estimaban sus derechos; pues aquella sublime sencillez en el abandono del regalo y la fortuna, igualada sólo por la fortaleza de las mujeres en la desdicha y la bravura de los hombres en la guerra; pues aquella hecatombe, tremebunda, necesaria para mostrar a las edades en escarmiento el sepulcro de la institución de la esclavitud en cuya defensa fue so color de derecho político levantada; pues aquel monte de héroes que redimieron su equivocación con el tesón glorioso con que pelearon en pro de ella,—es lo que en estas fiestas de ahora, en estas ciudades de gala, en estas calles llenas de banderas, en estos pavimentos cubiertos de flores, en estas escenas de vencido que sacan llanto a los ojos, ha querido celebrar el Sur en la persona agonizante de su viejo caudillo Jefferson Davis, que se va sin doblarse, antes de que se muera.

¡Pobre viejo, más terco que bueno!

Debió ser muy fuerte, como todo aquel que queda vivo después de que se le cae encima su pueblo.<sup>b</sup> Es verdad que se ha quedado sobre la tierra como una luz fatua, y,—a juzgar por lo que ha dicho en estas fiestas,—como una lámpara casi vacía que sólo se reanima, con luz agigantada por los esfuerzos de la muerte, cuando la visión de sus cohortes grandiosas o de su esperanza enconada en la derrota sacuden el aire, con sus alas de oro, o con sus alas negras!

En otro país, hubiera parecido traición lo que aquí se ha visto en calma.

¡Levantar un monumento, en los días mismos declarados sacros por la rebelión a los muertos rebeldes! ¡Disponer una gran fiesta, con jubileo de los soldados desleales en las ciudades que fueron su cabeza, para recibir, no bajo un cielo azul, sino bajo un cielo de banderas traidoras, al que fue el primero en aconsejar la traición, y la presidió, y ya en los vahos de la tumba, se yergue<sup>c</sup> sobre su bastón como sobre una arma de guerra, y con desordenadas frases seniles levanta su traición, como una gloria por sobre su cabeza!

Pues todo eso se ha hecho aquí, sin que el país se estremezca,<sup>d</sup> ni nadie crea en una

a. En LN: «puentes».

b. En LN, cierre de admiración.

c. En LN: «iergue».

d. En LN: «extremezca».

resurrección del bárbaro conflicto.

La esclavitud era la médula de aquella guerra. Ya no hay esclavitud que mantener. El sentimiento del Sur queda, en los que palparon con él y en sus hijos; pero la guerra, con la razón que tuvo, es muerta.

Ni ¿qué mayor castigo para Jefferson Davis, que mantuvo el derecho de un pueblo a conservar esclavos a los negros, que ser recibido a su llegada a Atlanta por dos mil niños negros de las escuelas, que iban vertiendo flores delante de su coche, el cual llevaba las ruedas vestidas con las banderas de la nación que quiso echar abajo?

No: no significaba esa fiesta solamente la generosa ternura de un pueblo que quiere endulzar, antes de que se queden para siempre fríos, los labios de un anciano que lo inflamó con su espíritu de independencia, y ha vivido envuelto foscamente en su derrota, como un abandonado que muere en su bandera. La fiesta del Sur ha sido como un arrebato de almas, como un ternísimo apetito, como una gran despedida, como una función de amor, en que los que aún están vivos quisieron verse, juntos como en la hora de la gloria, antes de dejar en este mundo sus uniformes e ir a unirse con los que murieron por ella.

«¿Quién nos ha de tener a mal, se decían con razón, que honremos a los que pelearon a nuestro lado por un ideal que

se escapó por sus heridas, por deshacer una unión que hoy todos mantenemos?»

Y nadie se lo<sup>a</sup> ha tenido a mal. Uno que otro político del Partido Republicano quiere hacer capital de guerra para la próxima campaña presidencial, de ese sentimiento unánime con que un pueblo decoroso honra sin miedo a los que supieron morir por él; otros pueblos hay<sup>b</sup> menos leales y dignos, que tienen vergüenza de recordar en alta voz a sus muertos!

Pero el Sur no; y el Norte se ha descubierto la cabeza con respeto, y ha visto pasar, después de veinticinco años de la muerte, el féretro de la guerra, como se descubre el vencedor honrado cuando pasa el cadáver del vencido.

En Montgomery fue la fiesta mayor, y Jefferson Davis, llevado en triunfo desde su hotel al Capitolio, dijo sin obstáculo su discurso de gracias y de recuerdos en el lugar mismo ¡oh caso memorable! donde juró ser fiel como Presidente<sup>c</sup> a la constitución de los Estados rebeldes.

Fue de verlo, cuando se levantó a hablar. Temblaba el viejo, como tiembla el acero. El cabello no se le ha caído, sino que en guedejas lacias y revueltas le bate la frente, como jirones<sup>d</sup> de bandera rota.

Parecía un hombre de piedra: y como que todos se empuñaban a su alrededor, para darle el consuelo, a él que lo procuró en vano, de creerse un momento grande.

Ni una palabra dijo que mostrase arrepentimiento por sus actos, o reconocimiento de su ilegitimidad, o sanción de la victoria del Norte.

Insistió en la defensa de su guerra. Razonó el movimiento rebelde. Lo saludó —en el espíritu de libertad que ve vivo en los hijos del Sur.

—«No diré cosas que puedan comprometer a nadie».

—«¡Sigue, viejo, sigue—le dijo una voz—que estás entre amigos!»

Y habló como entre amigos, con rabia, con arranques a veces de salvaje<sup>e</sup> hermosura, con un grito de amor a los muertos que saca a los ojos lágrimas de piedad por el pobre hombre roto, con exabruptos de invencible odio, como un mastín desdentado y exangüe que enseña a su enemigo las encías.

Pero decía todo esto, apoyado sobre un bastón que parecía dispuesto a alzarse, a la sombra de una gran bandera federal, bajo cuyos pliegues se agrupaban sin armas los jefes rebeldes.

Y el general Gordon, que peleó muy bien y quiere ser gobernador, saludó los tiempos pasados, en que fue héroe del

a. En LN: «los».

b. En LN, coma.

c. En LN, con minúscula.

d. En LN: «girones».

e. En LN: «salvage».



lado de los caídos, como se saludaba una tumba, y proclamó la época nueva de unión sólida en que el Sur ama al Norte, cuyo hombre en la guerra fue aquel Lincoln, que al que le dijo en el campo de muertos de Gettysburg: «Los federales que defendieron estas alturas vivirán en la historia!»—respondió, tendiendo aquella mano suya, que parecía una bendición, hacia el lugar de sepultura de los confederados:

«¡Y los confederados que los atacaron vivirán en la historia también!»

En paz han lucido al aire los emblemas y colores de la confederación.

Locura eran las calles de Montgomery y Atlanta. El día, procesión; hotel la noche. El Sur entero reunido en Montgomery.

Acá un cojo, allá un manco. Mucha barba gris. Mucho rostro curtido. Llevaban muchos el uniforme de la guerra. Se juntaban en grupos. Se abrazaban al reconocerse. Los que habían servido en una legión se apiña-

ban, llorando algunos, bajo una ventana en que flotaba su bandera.

Un secretario con una sola pierna, distribuía cintas rojas a los soldados confederados.

—«Quiero mi cinta», dijo un anciano esbelto. La voz estremeció<sup>a</sup> al secretario que levantó la cabeza.

—«¡Doctor!»

—«¡Davis!»

Se habían vuelto a hallar el valentísimo soldado, y el cirujano que le amputó la pierna.

Uno lleva enormes bigotes porque juró no cortárselos hasta que no venciese el Sur, que no ha vencido. Todo era cinta roja. No había en las calles hombre solo. Parecían cuchichear las cintas, agitadas por la emoción y la alegría de aquellos fuertes pechos.

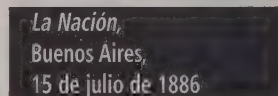
En los balcones de las casas, junto con las de la nación, ondeaban las banderas confederadas.

La casa misma del ayuntamiento era toda ella un oriflama: en estandartes y banderines, en pabellones y gallarde-

tes, lucían retratos y nombres de los héroes de la confederación: «Robert Lee», «Stonewall Jackson», «Sidney Johnston». Grandes retratos de rebeldes ilustres vestían las paredes.

Pero en la cúpula, como remate y color final en que todos los del edificio se fundían, se desplegaba y recogía al viento majestuosamente,<sup>b</sup> con aire de buena madre que sonríe la bandera de las listas rojas y las estrellas blancas.

José Martí



[Mf. en CEM]

a. En LN: «extremeció».

b. En LN: «magestuosamente», seguido, sin coma.

c. En LN, coma.

118

# Célebre proceso por cohecho

El vicepresidente del ayuntamiento de Nueva York es condenado a penitenciaría.-Detalles y antecedentes.-Cómo son, y de qué viven, los regidores en Nueva York.-El ayuntamiento en masa se vende a una empresa.-Vicios del sufragio.-Jaehne, confeso, era la flor del sistema.-Sentencia solemne.-El reo en la penitenciaría, lavando camisas.

Nueva York,  
junio 3 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

**O**TRAS MUCHEDUMBRES han sido las que siguieron en su proceso escandaloso y en su salida de las tumbas al vicepresidente del ayuntamiento de Nueva York, condenado por cohecho a nueve años y diez meses de trabajos forzados en la penitenciaría de Sing Sing. Ya está el caballero de gabán fino y sombrero luciente volviendo al revés las camisas nuevas en la lavandería, vestido, como el homicida que tiene de compañero, con el traje de lienzo amarillo cruzado como la cebra de un lado a otro de fajas negras.

Ya no le cae el cabello sedoso sobre la frente alta y cuadrada de hombre astuto, ni los luengos bigotes que acentuaban el aire presidencial en su rostro juvenil le disimulan lo redondo de los ojos, lo saliente de los pómulos, lo montado de la nariz, lo escurridizo y flojo de la barba. Ya por diez años, en vez de la gloria de barrio que lo elevó dos veces, de joyero travieso que era, a presidir el ayuntamiento de esta gran ciudad, no tiene más que su celda, donde le dejan fumar, leer y dormir en un colchón de crines. Cuando se porte bien, lo ascenderán a almidonar camisas.

Recibió veinte mil pesos por votar en pro de la concesión de la línea de tranvías de Broadway, que compró en cuatrocientos mil pesos el año pasado a veinte regidores de la ciudad

de Nueva York; de veintidós que eran, sólo dos fueron honrados. Y les decían *dudes* y *dandys*, porque la virtud entre los ladrones es un abominable dandismo. Los regidores, es verdad, no son gente de mucha cultura y refinamiento, en el exceso ridículo de los cuales pecan los *dudes* o petimetres de ahora: ellos gustan de la riqueza fanfarrona que deslumbra a la gente curtida y rufianesca: la ropa ha de ser cara: el sombrero de seda ha de enseñar el lustre de la plancha: la cara ha de estar afeitada hasta lo azul: se ha de ver mucha pechera de camisa, con un recio diamante en el centro; la leontina ha de ser de mucho oro, y si el vientre es abundante y redondo, mejor, porque así se muestran más los dijes: la cartera ha de estar siempre llena de billetes de Banco, que se van quedando de noche por los mostradores de las cervecerías, donde el regidor paga todo lo que se torna, y truena y relampaguea, y asegura a los «muchachos» que él los sacará de apuros con el juez que es su amigo si sus pecados lo llevan al banquillo; y tranquiliza al cervecero que teme que le cierren la tienda de

noche diciendo, el vaso en alto, que donde está el regidor está la buena, y nadie tiene que temer, porque él «ha visto a la policía».

Porque para poder tener tienda de votos en el ayuntamiento, y vender al que mejor las compre todas las franquicias de la ciudad, los regidores necesitan poner de su parte a los cervecedores que por lo que fian tienen sujetos a mucha porción de los votantes activos, los cuales en la hora de elecciones, si no venden el voto a un candidato que lo paga de contado, lo dan al regidor a quien protege el cervecero, por tener la cerveza segura, y porque cuando roban, o se desnarigan a puñadas bestiales, o se quitan a tiros los sombreros, haya regidor que acuda a sacar del juez la libertad o una condena baja, que es servicio que el juez hace generalmente de buen grado, porque cuando le llega su vez de ser electo, necesita de los votos de los rufianes y de la protección de los regidores.

Y como el que elige es aquí el que manda, se halaga al que elige, que como se ve no siempre es persona que debiera elegir, y se le compra el voto, en este odioso sistema, con una garantía de impunidad futura.

Luego, allá arriba, en el ayuntamiento, se hace mucho negocio: hay regidor que deja en una cervcería un billete de quinientos pesos, y no nota la falta: los regidores, Tommy el enterrador, Mike el cervecero, Jim

el de la carnicería, toda gente ventruda y corpulenta, gente repleta y búfaga, no dan propinas sino de a peso fuerte, ni beben sino champaña, y toda esta maravilla la hacen los regidores con un sueldo anual de mil ochocientos pesos.

¿Cómo rebosan en dinero, cómo cubren el enorme déficit, cómo re mantienen tan plenos y rosados?

Pues así, vendiendo regularmente, como un negocio fijo, a las empresas de tranvías los derechos públicos por el cohecho que les quieran dar.

Viven tranquilamente en esos lodos. Acá se sabía; pero la ciudad, como toda gran mole, ha sido lenta en irse rebelando.

Ni, ¿cómo se podía evitar ese predominio del regidor en el barrio, si las elecciones de regidor se hacen por barrios?

Regidores y policías son buenos amigos: con esa amistad, los vicios, que son siempre vicios, florecen ante los ojos cerrados de las leyes, y compran en la hora de la elección los votos que aseguran la permanencia en los puestos públicos de «los amigos».

Hasta que por fin, cuando fue pública la venta descarada de la vía de Broadway a la empresa que logró impedir con su soborno que la vía se sacase como propiedad pública a remate, la vergüenza fue ya mucha, —los ciudadanos honrados, culpables de haber dejado el voto en las manos de los que a tales rufianes ponen a la cabeza

de la ciudad, celebraron juntas, publicaron resoluciones, avivaron los espíritus, y la legislatura, que comenzó por quitar a los regidores el derecho de nombrar empleados para puestos que vendían o en que traficaban a cambio de influjo o complacencia, acabó por sacar de los barrios la elección especial de cada regidor, haciendo ésta general en la ciudad, de manera que se compute en un voto total el número de ellos que favorezca a cada candidato, y se compense de este modo el sufragio de los guitones y tahúres con el de la gente honesta.

Jaehne, el regidor condenado a la penitenciaría, era la flor de este sistema, que en la furia de riqueza que acá envenena los espíritus, está tan en lo hondo de las costumbres que muchos lo creen legítimo negocio, y en teniendo talento para ser bribón, nadie se lo tiene a mal a nadie.

¡Pues qué! el general Shaler, con la cabeza blanca como la nieve, el jefe de las milicias del Estado de Nueva York, el presidente de su dirección de cuarteles, el presidente de su comisión de sanidad, con un sueldo pomposo al año, ¿no está procesado por lo mismo, por haber dado a un quidam un valiosísimo privilegio en un remate de cuarteles, en pago de que el quidam, que ya llevaba hechos con él otros negocios, le levantase una hipoteca con que tenía Shaler gravada su casa?

Jaehne era la flor del sistema: más fino que los otros regidores, sin ser *dude*, que es como suena en español la palabra con que aquí se burlan de los que andan por las calles en pantalones apretados, muy sacados de pecho y prietos de cintura, con los brazos en ganso, con el puño de plata labrada del bastón entre los labios, como una pipa de fumar, con un ojo en frío y el otro disfrazado por un gran monóculo.

Jaehne tiene fácil la palabra, que es gran enredadora; y como se ha visto en sus treinta y ocho años de edad en mucho lance oscuro, posee singular habilidad para salir bien de todo tráfico con truhanes, y sacar adelante el gobierno de picardías y complicidades que han puesto a Nueva York a los pies de estos vendedores de servicios públicos, méritos todos que le llevaron dos veces a la vicepresidencia del ayuntamiento, que es como la presidencia, porque el presidente nato es el corregidor, quien pocas veces preside, pues suele ser persona honrada, y tiene ascos de verse en tacto diario con grandes villanos.

Pero esos méritos no le sirvieron a Jaehne, a quien su mayor finura hacía más sensible que sus compañeros para guardarse tan bien como éstos, que se han puesto en fuga: y como un inspector de policía supiera irlo reduciendo hábilmente, llegó a confesarle un día en su casa, sin saber cómo detrás de una cortina le oían dos testigos,

que él y cada uno de los veinte regidores recibió veinte mil pesos de la compañía por su voto. Al día siguiente fue preso. En una semana vio su causa el jurado, y lo declaró culpable.

Justo es decir que la opinión de la ciudad estaba ardientemente contra el preso. Se había sentido la bocanada de deshonra pública. Y cuando, lleno el tribunal de gente, arrinconadas en la puerta su madre vieja y su pobre esposa, mandó el juez al regidor vendido que se pusiera en pie para oír su sentencia, la boca se ponía amarga y se apretaba el corazón de angustia, al oír cómo iban cayendo de los labios del juez venerable las tremendas y sosedas palabras de justicia: si se le hubieran quitado a aquel infeliz un momento después las ropas, se le habría visto el cuerpo entero cortado a latigazos: tanto herían aquellas palabras sencillas.

El infeliz escuchaba, bello aún en sus ropas de lujo, con la cabeza baja. La sentencia le caía encima, una sentencia sana y admirable como un castigo de varas cimbradoras:

«Los hombres de tu estampa creen que el Universo entero está podrido, porque ven fuera lo que tienen dentro: pero el Universo no está podrido todavía. Fish está en la penitenciaría, y era una grande persona, y un presidente de Banco; Ward está en la penitenciaría, aunque era un rey de negocios, porque invirtió en negocios

fraudulentos las sumas que obtenía con mentira; el policía Crowley está en la penitenciaría, porque empleó en ofender a una mujer la autoridad que se le había dado para protegerlas; y Twed, el gran ladrón de hace veinte años, aunque era mucho más poderoso que tú, murió en la penitenciaría. Tu mujer y tu madre me han movido el corazón: pero tu delito es demasiado grande, para que yo pueda encontrar pretexto de merced.

«Lo que has hecho de ti mismo es triste; pero lo más triste es que el poder de hombres como tú, sea tanto,—y tan general en esta ciudad el hábito de tu delito que se ha estado creyendo que la justicia se vendería a los bribones, como te has vendido tú, y que no tendríamos valor para condenarte. Escardan sus cabezas las viboras que alimentan estos pensamientos. Levantad la cabeza, gente honrada. Los *dudes* no han vencido esta vez, y los que trafican con su vergüenza van a la penitenciaría. Jaehne, el tribunal te condena a nueve años y diez meses de trabajos forzados en una penitenciaría.»

El hombre no es cruel; pero dicen que se oyó como un suspiro de alivio en el salón cuando el juez Barrett, premiado hoy por el aplauso público, dijo estas últimas palabras.

Y al otro día, con otros cuatro delincuentes, llevaron los alguaciles a su prisión al vicepresidente del ayuntamiento.



En las estaciones del ferrocarril se habían apiñado los pueblos, para verlo pasar. Él, hundía en su periódico el rostro trémulo. Llegaron. Llamaron a la gran puerta de hierro que abrió el paso a la oscura alcaidía. Pusieron en fila, con la espalda en la pared, a los cinco sentenciados. Llegó a Jaehne su vez de acercarse a la mesa del alcaide, donde le hicieron vaciar cuanto tenía en sus bolsillos; aún llevaba repleta la cartera, con noventa y dos pesos.

Colocaron a los cinco en fila, Jaehne el último, y siguieron prisión adentro, pisándose los talones, con las dos manos de cada uno puestas en los hombros del que le antecedió. Le hicieron tomar un baño. Le cambiaron su ropa por el traje amarillo con las fajas negras. Lo raparon. De dos tajos de tijera le cercenaron el bigote. Le tentaron todo el cuerpo, para tomar nota de sus peculiaridades y señales. Almorzó bacalao y papas hervidas, café y pan. Y

lo dejaron en la lavandería, volviendo al revés las mangas de las camisas nuevas, y atándolas con un cordón por la cintura, para que el almidón sólo empaque la parte alta. Así acababan los que venden la justicia.

José Martí

*La Nación*  
Buenos Aires  
16 de julio de 1886

119

# Matrimonio del Presidente Cleveland

La fiesta de la Decoración de las Tumbas.- Nueva York en la mañana de Decoración.- Procesión, flores, banderas.- Descripción de las honras solemnes en la tumba de Grant.- Las ofrendas de flores.- Un cañón de claveles.- «¡De ti patria mía y tierra de libertad»!- Descripción de la boda.- El Presidente y la prensa.- La batalla de los vapores.- Los reporteros victoriosos.- Los alrededores de la Casa Blanca.- El aposento azul.- La ceremonia.- «Arroz y chinelas»

Nueva York,  
junio 3 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

**E**STA HA SIDO semana de flores. Los jardines se han vaciado al pie de las tumbas, y a los pies de la novia. La tierra misma ha estado alegre, como quien goza en abrigar a los que han vivido con honor, y en que los que vivan en ella se amen.

El día último de mayo fue la decoración de las tumbas de los soldados muertos en el servicio de la patria. Ayer, día dos

de junio, dibujado con letras de colores sobre las cajas de seda, en que se repartió el turrón de boda, casó Cleveland, ponderoso señor de cuarenta y nueve años que preside sobre los Estados Unidos, con miss Folsom, una gallarda y humilde criatura de veintitrés que hace un año recibió en la escuela su título de maestra.

Él se venía aficionando a ella, desde que la vio nacer, y alegrar la casa de su padre, el amigo de alma de Cleveland. Ella viene de donde viene él, de gente llana, honrada y seca, de generaciones de campesinos, acostumbrados a ganar con su

trabajo sus derechos, y de abogados, en quienes el derecho se condensa, y es como cuerpo vivo, o debe serlo. Pero la Casa Blanca no se decoró para la boda, no antes que las tumbas. Las tumbas fueron primero.

Es acá la fiesta de Decoración un día de colores. Las grandes fiestas de la naturaleza se perpetúan, con este o aquel vestido, en todas las edades y pueblos de los hombres. Razas, lenguas, historia, religiones, todo eso son vestiduras de quitaipón, debajo de las cuales surge, envolviéndolas y dominándolas, la esencial e invariable naturaleza humana, como las hojas de acanto<sup>321</sup> se desbordaron sobre las cestas que puso en la columna la madre de Corinto.

La fiesta de Decoración es la antigua fiesta de la primavera, que se renueva en el alma cada año a las primeras lilas, y se expresa en vestidos nuevos, en sombreros de colores vivos, en bondad, en justicia, en matrimonios. La proximidad del Sol a la Tierra no sólo renueva el suelo, sino el espíritu. En la luz, hay virtud.

El día de Decoración es nacional. El respeto a los muertos se hace fiesta pública. Huele la tierra a flores. Nadie trabaja. Se amanece entre banderas y ruido de clarines. Vienen a Nueva York los grandes dignatarios del país. La ciudad parece ponerse uniforme de gala, como los soldados. En las plazas se levantan tribunas embanderadas, donde ver pasar el séquito. Todo es procesión, pabellones, compañías, músicas, gentío en las aceras, calle de cabezas, leguas de bayonetas, desde las faldas de mármol de la catedral de San Patricio en la Quinta Avenida a lo alto de Nueva York hasta Greenwood, el cementerio de los palacios, a lo más lejos de Brooklyn. Allí los soldados, allí los veteranos que han visto peleas, éste sin un brazo, aquél sin una pierna. Uno, sin más pierna que la izquierda, va con la procesión de un extremo a otro, no en coche, no, sino a pie, porque así será el tributo más digno de los muertos: otro, con el muñón de brazo que le queda, aprieta al pecho el banderín que su compañía llevó en campaña. Son viejos; pero van jóvenes, porque el honor y la alegría remozan.

De las sociedades de veteranos, de los puestos militares, de los cuarteles, y de esos cuarteles mejores,—las escuelas,—mandan carros de flores para las tumbas de los soldados.

Los carros, llenos de rosas, de claveles, de heliotropos, de geranios, van en la procesión,

entre una y otra compañía. La procesión, que arranca cerca de la catedral, cuando la mañana está en todo su brío, llega al pie de las tumbas en Greenwood cuando ya el sol las baña con esa luz última suya que parece una caricia.

Por la mañana es preciso ver ese día a Nueva York. El comercio, callado. Las calles, claras como si la luz de los espíritus saliese a ellas, o como si las cubriesen alfombras de luz. Es el claror primaveral de mayo. Es la alegría, que está en los ojos. Las noblezas dan luz, dentro y afuera. Cuando mucha gente se reúne a sentir bien, la intensidad de nobleza en las almas parece traducirse fuera de ellas en intensidad de hermosura y de luz.

Por la mañanita hay que ver a Nueva York. La tierra parece abierta en niños,—la vanguardia de la gloria! Suenan las chirimías gozosamente, y los tambores y los pífanos. No hay ventana sin bandera, ni sin mujer que la haga más hermosa. Por cada bocacalle entra con su banda de tamborines a la cabeza, una compañía. Unos llevan pantalón de dril, con casaquín de lana perla, cruzado el pecho de anchas correas blancas. Otros van de rojo y blanco, blanco el pantalón, la casaca roja. Otros van más de ciudadanos, y aunque menos brillantes, muy viriles; llevan pantalón azul oscuro, y uno como gabán ceñido y corto, cerrado al pecho con doble hilera de botones dora-

dos; el sombrero es de fieltro negro de alas anchas, con una fina trencilla de oro, que remata en dos bellotas sobre la espalda.

En las esquinas van las compañías tomando puesto. ¡Qué conmovedoras, las banderas rotas! ¡Qué arrogantes, los que las llevaban! No parecían bien, cerca de aquellos pabellones desgarrados, los banderines de seda y flores de oro en que con letras de realce llevan bordados los números de sus batallones los soldados nuevos. Y ¡qué correr desalados, el de los muchachos por las calles! Verdad que hasta los hombres mayores, periódico en mano y bastón al aire, corrían. Nadie quiere perder la banda que pasa, el general famoso que se acerca. A algunos, se les saltaban las lágrimas. Se veía pasar de prisa a algunas viejecitas, con tiestos de flores en las manos.

Rodeaba a las tribunas en las plazas apiñadísimo gentío. En la plaza mayor, la de Madison, había una gran tribuna con mucha gente granuda del país: el Presidente, generales, gobernadores de Estados, *mayores* de ciudades, gran número de damas. Cerca del Presidente está la que a los dos días va a ser su esposa. Ya todo el mundo lo sabe, y aplauden la boda, como si fuera propia.

Aquí gusta Cleveland, con su honradez tonante, y su firmeza de hombre de éxito. Al principio pareció el matrimonio fuera de proporción; pero lue-

go se empezó a saber que ella no es joven que vive entre jolgorios, sino señorita de peso y recato, habituada por una educación de sentido común a ver la belleza en la bondad más que en la brillantez.

Él tiene ante ella el prestigio de todo hombre que se levanta por la fuerza de sus brazos sobre los demás hombres: el respeto que se tribute al marido entra por mucho ¿quién no lo sabe? en el amor que le tenga la mujer. Y él tiene por ella una caballerescas pasión, hecha a martillo, como la plata antigua: he ahí otra cosa que entra por mucho en el amor de la mujer.

Cuentan que el día en que le dijo por primera vez sus cariños, bajó Cleveland, contra su costumbre, de frac a la comida. En los afectos se debe entrar así: solemnemente.

El público sabe estas cosas, y acaba por encontrar bien que una rosa fresca adorne el frac de un hombre bueno.

Hubo un instante esa mañana, en que el matrimonio anunciado se convirtió en un negocio público.

Pasaban, pasaban, hora sobre hora, los regimientos tocando marchas nacionales e himnos fúnebres. Gran éxito para los tambores mayores, para la guardia vieja, con su uniforme blanco y sus morriones de piel; para los zuavos; para los soldados negros; para las banderas rotas. De pronto, al acercarse un regimiento a la tribuna, rompe la banda en una marcha de boda.

Alguien habla al oído al Presidente, que se sonroja y echa a sonreír. Un instante después, el aire era un hurra. Los hombres agitan los sombreros; las señoras, desde la plaza y desde la tribuna, ondeaban sus pañuelos. Se saludaba con ternura a un hombre honrado que iba a ser feliz.

Allá, junto al río Hudson, donde reposa Grant en su tumba de ladrillo, las fiestas de Decoración tuvieron particular solemnidad. A la orilla del río majestuoso muere, a gran altura, un parque que ornamentan agigantados pinos.

La tumba está a la sombra de éstos: el río, allá abajo: enfrente, como un monte tajado a pico para dar paso a sus ondas se elevan, cubiertas de verde espeso, las empalizadas. La tumba desaparecida bajo las flores, que hasta la hora de la ceremonia ocultó al público un telón de lona: tras ella una tribuna que los invitados fueron ocupando poco a poco: y allá, bajo los pinos, todo el apretadísimo concurso, cincuenta mil seres humanos silenciosos, por entre cuyas cabezas y sombrillas de colores sobresalían las tiendas blancas de campaña de la milicia que da guardia al sepulcro. Allá el sol tuvo la majestad de los pinos y el río.

Como dolientes naturales en las honras de semejante muerto, fueron llegando al pie del alto cerro los vapores de guerra, con sus cañones que resonaban tristemente a cada minu-

to. Un pueblo flotante de embarcaciones de recreo, suspendido el placer, les daba escolta. Un enorme vapor llega a la orilla con los personajes de la fiesta.

El sacerdote, gigantesco anciano, tras las ropas del culto. El orador, el general Logan, candidato republicano a la Presidencia, da el brazo a su esposa, marcial señora de cabellos blancos. La familia del muerto viene toda, menos la viuda, que no tuvo fuerzas. Viene una diputación de oficiales confederados a honrar a su vencedor clemente. Amigos y personas oficiales cierran la comitiva que llega a la tribuna a los acordes de una marcha fúnebre: como un encaje de oro bordaba a esta hora la tierra la luz del sol, filtrándose por entre las hojas rumorosas de los pinos.

Descorren el lienzo que oculta la tumba; y al ver tanta ofrenda, tanta corona de rosas, tanta palma nueva, tanta cruz y pirámide, tanta águila de claveles, tanta insignia de guerra y de paz, tanto escudo de Estados de la Unión, tanto lirio y laurel, la muchedumbre reprime apenas un aplauso unánime.

«Fiel hasta la muerte», decía en letras de lirios sobre la puerta de la tumba, guardada por un cañón de clavel blanco, que descansa sobre una cureña de hojas. Cerca estaba una mochila de siemprevivas, las palmas de Bermuda, los cactus de México, la pirámide coronada de rosas que envió el ministro chino, la urna de flores del



Estado rebelde de Virginia, y la almohada de rosas rojas del mi-nistro mexicano, D. Matías Romero, a quien Grant quiso mucho: los dos taciturnos, los dos acometedores, los dos tercios. Coronaba la tumba, con las alas abiertas, una gran paloma, con una rama de olivo en el pico, ofrenda de la viuda del general Barrios.—A la extravagancia llegaban los adornos: éno mandaron de California, con todo un carro de flores, a Grant mismo a caballo, hecho en tamaño natural, de rosas, y todo el caballo de rosas y claveles que, desmontado ya el marchito jinete, parecía aguardar a un lado de la tumba a que volviese de ella el dueño acostado?

Cesa el cañoneo: tribuna y muchedumbre aguardan con unión: lee un comandante de destacamento los oficios de campaña, un canto de iglesia sube por entre los pinos, lento y bello como el humo de las hojas secas que queman en otoño. Habla con el Señor, en su traje de oraciones, el sacerdote anciano. Música y plegarias se suceden. Lee un luengo discurso, hinchado y retórico, el general Logan, que deslucen con sus pruritos académicos la hermosura del sentimiento con que logró arrancar lágrimas al más viril de los hijos de Grant. La marcha fúnebre de Beethoven, como un crespón que se va tendiendo lentamente, siguió a la alabanza, con esas hondas palabras musicales semejantes a almas heridas que suben por el

aire a suspender sus nidos en el cielo.

Por encima del sepulcro, y de las flores, descargó un piquete de marineros sus fusiles. Bajo los pinos, a lo lejos, los artilleros de casco plateado y uniforme azul encendieron a una sus cañones. Cañonazos de todos los vapores, velados por la bruma y por el eco, se esparcieron por la empalizada, y por el río.

«¡De ti, patria mía, y tierra de libertad, canto de ti!», rompió la banda, en aires nacionales; y en aquel templo de la naturaleza, con el pinar por órgano magnífico, con el sol por lámpara única, y con el cielo por techo, hombres y mujeres, niños y soldados, clérigos y banqueros, se unieron en una voz las cincuenta mil voces, y al ruido de los cañonazos y en la azul humareda de la pólvora, subió este canto al aire ungido y firme: «¡De ti, patria mía y tierra de libertad, canto de ti!»

Jardín era también la Casa Blanca, el día en que celebró en ella sus bodas, con decorosa elegancia, el Presidente Cleveland. ¡Qué curiosidades, las del público! ¡Qué crueldad la de estos diarios, porque el Presidente no les dijo de antemano cómo iba a ser la boda, ni si iba a ser! Fue como una batalla, entre el Presidente por callar y los diarios por averiguar. Como la novia es persona humilde y de provincia, y andaba en viaje por Europa, se sabía de ella poco. Huroneaban los noticie-

ros buscando antecedentes y detalles,—las amigas de la novia, sus parientes, sus memorias de colegio, ¿qué miss? hasta a cierto caballerete buscaron que cambió cariño de crisálida con miss Folsom cuando a ambos, en las alegrías primaverales, les empezó a alborear el corazón.

Se encarnizaba en callar el Presidente, que es voluntarioso y terco, y siente como una ofensa toda intrusión en la sagrada intimidad de la persona. Se encarnizaron los periodistas en descubrirle sus planes secretos. ¡Y el Presidente fue vencido! Porque hizo embarcar a su novia en Amberes sin que lo supiese nadie, para evitar las curiosidades de la muchedumbre, y cuando el vaporcillo de la aduana salía en lo alto de la noche a buscar a escondidas a la misteriosa pasajera, ¡hurra! ¿quién le da caza en el río? ¿quién se le echa por delante? ¿quién se le pone a la banda? ¿quién resopla a su lado victorioso, como un caballo mágico, que ha triunfado en una carrera en la sombra sobre las olas, rizando platas y hendiendo terciopelos? ¡el vapor del *Suez*, que a la madrugada contaba a Nueva York pasmado el traje en que desembarcó la novia, y cómo preguntó por el «buen Grover», y hasta cómo era una novela que por entretejer el viaje escribió para un periódico de burlas publicado por los pasajeros en las horas de alta mar! Acató al vencedor el Presidente, y ya no escondió las bodas, que han sido a los

cuatro días después de la batalla de los vapores. Con natural sigilo, buscó el Presidente unos días de retiro en un pueblo callado: ¡allí no estaría el vapor del *Sun!* ¡allí no estaría el carruaje de la prensa, que rociando de arroz desde lejos el coche de los fugitivos, llegó tras ellos la noche de las bodas a la estación del ferrocarril que los aguardaba, rumbo a la amable soledad, con sus carros de fiesta!

Lució el sol a la mañana siguiente sobre el pueblo callado: salió el Presidente, a eso de las diez de la mañana, más breve el paso que de costumbre, más vivos los ojos, más rosado el rostro, al colgadizo de la casa que lo alberga,—y, ¿qué ve a pocas varas de distancia? ¡La tienda de campaña de los reporteros, y sobre ella, travesando y como sonriéndose, una bandera de los Estados Unidos! Por la tarde,—huele aún a tinta el periódico que lo dice,—salió el Presidente, acompañado de su esposa, a pasear por las calles del pueblo, luciendo su mejor bastón de puño de oro; y sonrieron ambos con amistad cuando a un lado y a otro, a manera de guardia de honor, se alinearon silenciosamente los reporteros, como los militares victoriosos en campaña cuando pasa por entre ellos un gran prisionero de guerra.

Fue linda la función de bodas en la Casa Blanca, donde Cleveland es el primer Presidente que se casa. Ya porque a este gran suceso del alma sien-

tan bien el silencio honesto y la paz cordial de la familia, ya porque pocos días antes de la boda murió el abuelo de la novia, que la deja rica, ello es que la ceremonia no fue pública ni su lujo ostentoso ni insolente, sino tal cual conviene a quien quiere honrar con su ternura a la mujer que ama, y gobierna a sesenta millones de hombres.

Con el amanecer empezaron los cariños, pues un buen campesino y su mujer, ya bien entrados en edad, detuvieron frente a la Casa Blanca con aire de misterio su carro de trájín; sacó la anciana, como en pañales, un cesto lleno de fresas frescas, lo dejó al portero de la Casa, sin más nombres de los donantes que una tira de papel, donde decía en letras tortuosas: «Demócratas de la vieja Virginia».

El día fue para Washington de gala. Al caer la tarde, cercana ya la hora del matrimonio, la Casa Blanca, de tanta gente que tenía alrededor, parecía suspendida en el aire sobre ella.

Era muchedumbre escogida: damas, legisladores, generales, platicaban cariñosamente del suceso, y contaban cómo la novia es agraciada y seria, cómo es de casta pura y nativa, cómo era pobre cuando se arregló la boda, cómo los diplomáticos estaban en enojo grandísimo, y habían tenido juntas de protesta, porque no habían sido, ni el Senado ni el Congreso, ni la ley, ni el ejército, ni nadie más que la amistad, invitados a la boda.

Coches, mensajeros, presentes, telegramas.

Pero nadie más que las gentes de la Casa, hasta las de muy humilde empleo, nadie más que ambas familias y los miembros del gabinete, por quienes Cleveland se siente amado, asistieron a la fiesta hermosa. Ni los miembros del gabinete estaban todos, porque uno de ellos, Garland, no se había puesto jamás frac y prefirió faltar a la ceremonia memorable antes que a su costumbre.

En el aposento azul fue la boda. Todo es de azul celeste, muebles y paredes. Cristales de ópalo y franjas de níquel llevan los ojos desde los muros vestidos de seda al techo artísticamente decorado, a manchas irregulares y caprichosas, con listas rojas y estrellas blancas. Por donde el aposento sale en óvalo hacia afuera, estaba el raso azul escondido tras de muralla altísima de hortensias y de rosas. Plantas del trópico ornaban todo el redor de las paredes. En una de las repisas lucía en pensamientos sobre un lecho de rosas la fecha de la ventura: «2 de Junio». La chimenea que en invierno resplandece con el fuego vivo y sabroso de los leños, ahora daba como cierta luz de luna, llena toda de plantas y de flores... Era de Malmaisons, Jacqueminots y Fraures la cornisa de un espejo, donde en flores se veía el monograma de los novios; y allí donde había grupos sueltos de rosas, eran siempre de tres, por-

que dicen, los que saben de estas gratas niñerías, que los grupos de tres rosas traen buena fortuna.

El aposento del este era una pompa, todo vestido de palmas muy bellas: los muros, de palmas; y a sus pies claveles, lirios, jazmines, azahares y gencianas. Las columnas estaban cubiertas de follaje, matizado de flores. Se vertía la luz muy blandamente de las lámparas de cristal, por entre los festones y guirnaldas que las ocultaban a los ojos. Sobre las puertas había grandes escudos de los Estados Unidos, hechos de clavos.

Ya vienen los dos novios hacia el aposento azul, donde aguardan con ruido de abejas los sacerdotes e invitados. Con mucha riqueza visten las damas. Vienen los novios sin acompañantes, ni doncellas de boda, ni ninguna de las suntuosidades vanas de uso. Él, que desdeña galas, trae puestos guantes blancos. Ella, trae la seda de pálido amarillo que hace resaltar los azahares y el velo de las novias.

Los sacerdotes llevan levita cerrada: uno es un anciano, amigo de Cleveland, que lo conoció en tiempos pobres; otro es su propio hermano. Quedaron los novios de espaldas al muro de rosas. ¡La ceremonia fue tan culta y sencilla!

Pidió el sacerdote anciano en una tierna plegaria al Todopo-

deroso toda especie de venturas sobre aquella hija suya, «para que influya dulcemente con su existencia cristiana en la nación, a cuyos ojos va a vivir», y sobre aquel siervo suyo, «nuestro primer magistrado, por quien invoco la plenitud de tu gracia, para que le des sabiduría con que vivir en tus mandamientos». Luego, en frases serenas, encomió la bondad del matrimonio, en que van a entrar «este hombre y esta mujer», «si no hay aquí quien diga que existe impedimento legal para sus bodas». No hubo. «Unid vuestras manos»;—«Grover: ¿tomas a esta mujer a quien tienes de la mano como legítima esposa tuya para vivir conforme a Dios en el santo estado de matrimonio? ¿Prometes quererla, atenderla, estar junto a ella en enfermedad y en salud, en la pena y en la alegría; y ser de ella toda la vida?»—«Frances: ¿tomas a este hombre a quien tienes de la mano como a tu legítimo marido para vivir con él conforme a Dios en la santidad del matrimonio? ¿Prometes amarle, respetarlo, animarlo, estar junto a él en enfermedad y en salud, en alegrías y en penas, y vivir, nada más que para él mientras vivas?»

No dijo *obedecerlo*, lo que ha llamado la atención. Prometieron, cambiaron sortijas. El anciano, con voz conmovida, declaró esposos «a Grover y a Frances, ¡y lo que Dios ha juntado, hom-

bre ninguno se ha de atrever a separar!»

Y acabó la ceremonia, a los sonos de la marcha de Lohengrin, invocando el hermano del Presidente la protección de los tres Dioses cristianos sobre los novios, «para que vivan tan bien en este mundo que puedan vivir eternamente en el otro».

Como un cesto de rosas que se esparce rompieron sus grupos las damas, para felicitar a los recién casados. De allí al comedor, bajo puertas vestidas de flores. Cena ligera, en mesas sueltas, en el comedor suntuoso de la Casa, donde se oían esas sonoras risas y ese ruido de alas propios de las bodas. Ya bajan los novios vestidos de viaje, y salen a tomar el coche que debe llevarlos al tren, a la casa pacífica, al ruido de los pájaros y de las hojas del bosque: salen a escondidas, ya oscura la noche, por una puerta secreta.

¿A escondidas? No tanto: las damas no respetan presidentes: y como aquí es costumbre, no bien entran los novios en su carruaje, se desatan las risas en la sombra, y allá va sobre el coche que lleva a César una lluvia de granos de arroz y de chinelas, «¡que dan buena suerte a los recién casados!»

José Martí

**La Nación,**  
Buenos Aires,  
21 de julio de 1886

120

# Correspondencia particular para *El Partido Liberal*

Sumario.-El 4 de Julio.-Nueva York a media noche.- Falta de espíritu patrio en las fiestas.-Los días patrios.-Observaciones sobre el espíritu público en los Estados Unidos.-Cómo se forma este país.- Efectos sociales de la inmigración y el excesivo amor a la riqueza.-Las fiestas.-Día de paseo.-Coney Island.-La fiesta de los irlandeses.-La madre de Parnell.-Hermosa escena en la plaza de la Unión.

Nueva York,  
6 de julio de 1886

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

**T**ODAVÍA ESTÁ el aire rojo, y penetrado de olor de los fuegos con que se celebró ayer el 4 de Julio. Anoche, al sonar las doce, cuando a los reflejos carmesés y violetas de las últimas luces de Bengala pasaban cual fantásticas figuras los paseantes cansados de las playas y pueblos vecinos, parecía Nueva York como un cesto de duendes, que se acostaban entre chispazos y volteretas, saltando por sobre torres y techumbres, a la luz cárdena del

cielo encendido. Camino de la eternidad parecían ir los trenes del ferrocarril elevado, como serpientes aéreas por cuya piel agujereada se escapase su espíritu de luz. Las chispas de una rueda de fuego clavada en un poste de esquina, caían sobre un niño en traje de soldado, dormido en la acera sobre su tambor. De una estación de ferrocarril bajaban, entre familias alemanas y jugadores de pelota, trece mozas en uniforme de cantineras, los trece Estados de la Unión, que hace ciento diez años declararon en estos mismos días su voluntad de ser unos y libres. Un veterano llevaba en brazos a su hijita, envuelta en una bandera nacional. Bufando, y como exhalan-

do los últimos suspiros, vaciaban en el muelle su carga sofocada los vapores que volvían de los lugares de paseo, conciertos, baños, pugilatos, juegos y carreras. Como los pueblos se revelan en sus fiestas, y la alegría y la libertad desnudan las almas, es bueno observar las ciudades en los días en que el regocijo, expansivo de naturaleza, saca de ellas lo que tienen de tierno, de indiferente o de bárbaro.

Animadísimo ha sido aquí este 4 de Julio; pero ¡quién lo diría! no hubo fiesta patria sino en un barrio nuevo, allá por las afueras, que quiere llamar la atención sobre sus calles y sus casas, y tener por lo pintoresco y bullanguero los atractivos que le quita la distancia. Allí hubo gran parada, con el coche redondo de Washington; hubo bandera de treinta yardas, que se izó entre vítores en un parque que lleva el nombre de uno de los firmantes de la Declaración de la Independencia; hubo un general octogenario, que cantó con voz velada, ante la muchedumbre descubierta con



respeto, una de las tonadas de guerra del año 1812, cuando Inglaterra mordía las alas del águila que había espantado de su nido. Pero fuera de la procesión de Harlem, y del pabellón que al abrir la aurora iza en la Batería todos los años un nieto del que arrió la bandera británica cuando salían, mosquete a tierra, los ingleses vencidos de Nueva York, ¡ni los nombres se pronunciaron en los discursos de los oradores en teatros y plazas, de aquellos cincuenta y seis patriarcas que en la hora de la necesidad aparecieron sobre su pueblo como hombres de mármol que daban luz!

Los días patrios no han de ser descuidados. Está en ellos el espíritu público. Están en ellos las victorias futuras. Están en ellos las artes y las letras, que levantan a los pueblos por sobre las sombras cuando se han podrido los huesos de sus hijos, y cubierto de capas de tierra sus bronce y sus mármoles. Está en ellos esa arrogante soberanía que hace a los pueblos capaces de defenderse afuera de sus enemigos, y de valerse adentro de sus tiranos. En esta vida, donde el hombre no vive feliz ni cumple su deber sino<sup>a</sup> en un altar, el día patrio reanima el santo fuego, en las aras manchadas por las pasiones, empolvadas por la indiferencia, o pervertidas por el ocio y el lujo. ¡Se necesita de vez en cuando respirar juntos, al ruido marcial de los tambores y al reflejo de las banderas, ese aire

sobrehumano que embriaga, y pone en los que viven, para que anden y triunfen, la voluntad y el brazo de los muertos! De sí debe tener vergüenza el que se avergüence de fortalecer, con estas juntas brillantes de espíritus, esa alma compacta y robusta sin la que, al embate de los avariciosos, caerá como un montón de polvo la patria: o como la estatua de plomo del rey de Inglaterra, que derritieron los neoyorquinos hace ciento diez años, cuando supieron que estaba repicando en Filadelfia la campana sagrada, publicando al mundo que había nacido sobre una tierra nueva un pueblo libre.

Aquí da miedo ver cómo se disgrega el espíritu público. La brega es muy grande por el pan de cada día. Es enorme el trabajo de abrirse paso por entre esta masa arrebatada, desbordante, ciega, que sólo en sí se ocupa, y en quitar su puesto al de adelante, y en cerrar el camino al que llega. Por cada hombre del país, cincuenta extranjeros. El extranjero que desembarcó hace un año con sus botas de cuero, su gabán parduzco, su cachucha y su nariz colorada, mira de reojo como a un enemigo a cada nueva barcada de inmigrantes. Nacidos de estos padres, los nuevos americanos no traen a su patria casual aquella sutil herencia de afectos y orgullos, aquella insensata y adorable pasión por el país donde se viene al mundo, que parece que

sujeta con raíces a los que ven la luz sobre él, con raíces que les olean la frente como alas cuando se la enardecen o abaten los infortunios, y que los llaman como brazos angustiosos cuando con un dolor que tuerce las entrañas, se siente resonar sobre la patria un pie extranjero.

En las luchas se acendran e inflaman los elementos que las inspiran, por lo que acá llega a ser señora única del alma el ansia de la fortuna. La nación se ha hecho de inmigrantes. Los inmigrantes se dan prisa frenética por acumular en lo que les queda de vida la riqueza que desearon en vano en la tierra materna. De esta tierra adoptiva sólo les importa lo que puede favorecer o retardar su enriquecimiento o su trabajo. No les estorban para adelantar ni las creencias religiosas, que aquí son libérrimas, ni las opiniones políticas, que caldean el corazón y turban el juicio en el país propio. Acuestan sobre la almohada por la noche la cabeza cargada de ambiciones y cifras. Nace el hijo entre un cheque<sup>b</sup> y una factura, o en uno de esos goces sin espíritu en que buscan las mentes desasosegadas compensación física y violenta a su fatiga. No es el matrimonio aquella mutua y absoluta entrega que lo hace feliz, porque el ser humano sólo lo es

a. En EPL: «si no».

b. En EPL: «check».

completamente en darse, sino que en él continúa la preocupación abominable del bien de cada cual, sin que el hijo llegue a ser un perfume, porque jamás se unen bien el céfiro y la rosa. En este aire sin generosidad, en esta patria sin raíces, en esta persecución adelantada de la riqueza, en este horror y desdén de la falta de ella, en esta envidia y culto de los que la poseen, en esta deificación de todos los medios que llevan a su logro, en esta regata impía y nauseabunda, crecen los hombres de las generaciones nuevas sin más cuidado que el de sí, sin los consuelos y fuerzas que trae la simpatía activa con lo humano, y sin más gustos que los que pueden servir para la ostentación del caudal de que se envanecen, o los que apagan los fuegos de la bestia o la fiera que desarrolla en ellos su vida de acometimiento y avaricia. No es el hermoso trabajo, ni la prudente aspiración al bienestar, sin el que no hay honor, ni paz, ni mente seguras: es el apetito seco de acaparar riqueza, afeado por el odio y desdén a los oficios en que se la logra con honradez y lentitud. Lo que admiran es el salto, la precipitación, la habilidad para engañar, el éxito; y se fían en el que ha engañado más. La mujer, criada en el mismo amor de sí, ni siente con ardor la necesidad de darse a otro, ni se presta a darse para la desdicha, ni busca en su compañero más que el modo de asegurarse su holgura

y complacencia. Nacen los hijos pálidos y avarientos de este consorcio sórdido. Así, consagrado cada uno al culto de sí propio, se va extinguiendo el de la patria. No endulza acá las vidas la generosidad ni el agradecimiento.

Y cuando, como en este 4 de Julio, sienten las gentes políticas el deber de celebrar la fiesta patria, se juntan, como se juntaron ayer en Tammany Hall; no para entonar alabanzas a los fundadores y afirmar sus doctrinas, sino para flagelar al Presidente porque no desaloja de sus empleos a los republicanos, y pone en ellos a aquellos mismos demócratas mercenarios sobre cuya voluntad y traición fue elegido.

La fiesta era ayer en todas partes: carreras de caballos corredores, carreras de todo paso, apuestas entre caminadores, juegos escoceses, excursiones por los ríos, regatas de remadores, partidas de pelota. Pululaban los alrededores y las playas. La ciudad se iba vaciando desde por la mañana sobre las arboledas y campos vecinos. Sobre cada adoquín estuvo estallando del alba a la media noche un cohete. Caían las muchedumbres sobre los ferrocarriles y vapores, como los potros sobre el portillo abierto en la dehesa. No se abre un brazo en estas multitudes para hacer lugar al niño que se sofoca o al viejo que desfallece. Cada vapor lleva un ejército a las playas serenas de Coney Island, que

atrae a las gentes con el fragor de sus hoteles, la algarazara y chirridos de los columpios y las ventas, sus cantos de tiroleses y de minstrels, sus orquestas de mujeres descoloridas y huesudas, sus hediondos museos de elefantiacos y de enanos, su elefante de madera, que tiene en el vientre un teatro, y es como símbolo y altar monstruoso de aquella parte glotona y fea de la isla, a cuyo alrededor, como columnas de incienso, se eleva de los ventorrillos que le hormiguean a los pies el humo de las freideras de salchichas. Allá lejos, se tiende la playa, matizada de grupos de familias, reclinadas o sentadas en la arena junto a los restos del festín casero: se salen los trajes de los cuerpos canijos de los judíos; se salen de sus talles morados y pomposos las irlandesas ubérrimas; la vida se sale de algunos ojos apenados, que van allí a hablar con el mar de la honestidad y la grandeza que no se hallan en los hombres; y se observa tristemente el contraste que hacen las caras varoniles y osadas de las niñas con sus vestidos de encaje y con sus cintas de colores. En una tienda fríen maíz: en otra, bajo un toldo, comen ostras frescas en el borde de un bote: allí cerca, alquilan caballos para los niños: van y vienen, arrancando risas con sus trajes de baño, los flacos y los gordos, mostrando esa pobreza y caimiento de las formas consiguiendo al ayuntamiento apresurado y hurraño de

tanta casta diversa y egoísta. Se pavonean entre los grupos, ojeados por damiselas de mala ocupación, los jugadores de oficio que han tenido suerte en las últimas carreras: el pecho es un brillante: llevan el pelo a rape, como los presidiarios: ostentan sombreros blancos: van seguidos y curioseados como héroes. El mar fresco, surcado a lo lejos por botes de paseo llenos de galanes y de hermosas, echa su ola fragante sobre la vasta arena, blanca como la plata sin brujir. Suenan a lo lejos la marcha de Lohengrin.

Pero no se fue toda la ciudad a estos gozos bullentes. Tienen disciplinada a la gente de dolor los trabajadores del espíritu. El derecho, y toda ocasión de pedirlo, es una fiesta para los que padecen de hambre de él. Esos hombres buenos y graves que están procurando juntar en una asociación incontrastable a todos los obreros, para que vuelquen de un común empuje las leyes de distribución de los productos del trabajo y la tierra pública, llamaron a una gran fiesta en la plaza de la Unión, donde obreros de todas nacionalidades, alemanes y americanos, franceses y bohemios, y los ingleses mismos, mostraran, a la hora en que el sol está en el cenit, su simpatía por los obreros irlandeses, en cuyas bolsas no se acaba nunca el centavo para el cura, ni el paso para ayudar a la faena política de la magnífica cohorte que batalla por obtener la autonomía de Irlanda.

Había más gente que hojas en los árboles. Llegaba por una calle, un gremio de alemanes, con un esplendor de barba rubia, serio el rostro, pesado el paso; y su guía, brillándole los ojos con esa luz misteriosa e inquieta que distingue a los hombres nacidos para conducir, clava la bandera del gremio, entre cohetazos y aplausos, en el balcón de la casilla de madera donde preside rodeada de señoras, la adorable anciana que trajo al mundo a Parnell.

Allí está, con su vestido negro y su cabeza blanca, la madre del reformador irlandés. Ella es en Irlanda propietaria y noble; pero donde están sus irlandeses, allí está ella. Su hijo sienta a Irlanda, del otro lado del mar, sobre la cabeza de los ingleses; y como que se contiene, vence. Ella se muestra eriguida y sobria, cada vez que los irlandeses de este lado se reúnen para mostrar simpatía o buscar ayuda a los que luchan en el Parlamento de Londres por sus libertades; y no bien la ve el público, se pone en pie frenético, como si vieses santificada en un altar a su propia madre. No perora, pero dice cosas que abofetean y que queman: parecen sus palabras, deliberadas, profundas, centelleantes, breves, manojos de guantes que echa al rostro inglés. Se eleva el espíritu, y se humedecen los ojos, en la presencia de esta sublime dama que tiene involuntariamente

sobre su pueblo el prestigio de las antiguas sacerdotisas.

Pasan, pasan delante de ella, todos los gremios que acuden a tomar parte en la fiesta. Unos clavan su estandarte junto al de los alemanes, y las banderas quedan allí, dando guardia a las mujeres que sufren y trabajan por los hombres. Otros dejan a sus pies ramos de flores. Otro le trae una insignia del color de su patria, para que la ostente en el pecho, y al notar la multitud que la insignia es verde, comienzan a sacudir los árboles, al ruido de las músicas, y se adornan aquellos cincuenta mil hombres los sombreros y las solapas con las hojas.

Los americanos e irlandeses se agrupan junto al estrado donde están reunidos los consejeros mayores del partido obrero: Henry George, con su cara benigna; Louis Post, con sus aires de pelea; John Swinton, el que trabaja frente a un grabado de John Brown flotando al aire en la horca. Los alemanes y bohemios toman puestos alrededor del estrado donde van a hablar los oradores en su propia lengua: oradores ardientes y excesivos, como son siempre, precipitados sin duda por el dolor perpetuo de no hallarse en su pueblo, aquellos que concentran en los países lentos o duros las condiciones de poesía y palabra de que la comunidad carece, por eso han nacido de los países más recios los reformadores más violentos. En

el estrado de las damas, las oradoras se van poniendo en pie, y bendicen, al acabar sus razonamientos elocuentes, a aquel hombre joven de frente de templo y de brazos cruzados que va peleando sin sangre por la libertad de Irlanda. Habla después su propia madre: ¿cómo ha de hablar, sin empezar<sup>a</sup> por decir que cientos de años de los dolores de Irlanda le hierven en el pecho? Ya se imagina lo

que fue la fiesta: un hurra que duró tres horas. Los banderines azotaban contentos los altos mástiles del parque, coronados por una bola de oro.

José Martí

*El Partido Liberal,*  
México,  
25 de julio de 1886

[OCNY, pp. 46-51]

a. En EPL: «empieza».

121

## Correspondencia<sup>a</sup>

Nueva York,  
2 de agosto de 1886<sup>b</sup>

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

CON ANSIEDAD de hijo he venido siguiendo los sucesos que han abierto al fin vía a las pasiones acumuladas en los pueblos de las orillas del Río Grande: lo perentorio e inminente de ellos me impone su narración desnuda y exacta: ¡quién pudiera con sangre de sus venas comprar la paz del pueblo que ama!

En este mismo instante están presentándose al Congreso

en Washington todos los documentos referentes a la prisión y proceso del periodista Cutting<sup>322</sup> en El Paso; y la que no era hasta ayer más que una cuestión diplomática, en la que la prudencia innegable de dos gobiernos amigos parecía ir disipando la furia de una región brutal y ambiciosa, es ya en estos momentos un caso nacional, coloreado vivamente por los que quieren forzar al país a una guerra de conquista, y puesto a la merced de un cuerpo de Representantes que ni por la naturaleza de sus miembros ni por su dependencia de las masas electoras obrará probablemente con el tacto y la cautela

con que tal vez lo reprima el Senado.

Sólo hay una esperanza permanente de salvación en las

a. Esta crónica no se publicó en EPL, porque el licenciado Manuel A. Mercado la consideró seguramente peligrosa para la política internacional de México. Aparece en las *Cartas a Manuel A. Mercado*, México, Eds. de la UNAM, 1964, pp. 250-260, acompañando la núm. 50, que debe fecharse el mismo día de la correspondencia; OC, t. 20, pp. 96-97, la supone sin mayor riesgo como de agosto de 1886, sin indicar el día. OC, t. 7, pp. 36-45. Nota de Ernesto Mejía Sánchez, OCNY.

b. Se añade «de 1886».



resbaladizas relaciones entre los gobiernos de México y los Estados Unidos. No son las relaciones entre estos países como las que, con más o menos cordialidad, sujetan en respetos mutuos a dos gobiernos capaces de desatar o reprimir la guerra; sino que las relaciones de México tienen que ser dirigidas de manera que a la vez respondan a la actitud del gobierno de los Estados Unidos, y a la de sus habitantes, que los empuja y precipita.—Las relaciones con el gobierno son relativamente fáciles, porque aquél tiene a la fuerza, aun cuando no fuese sincero, que obrar como a la faz del mundo atento se lo imponen su decoro de República y su moderación de pueblo mayor; y así, se le tiene siempre por las bridas, por su propia necesidad de parecer justo y honrado. Pero en la opinión cruda del país hay respecto a la posesión final de México una especie de seguridad vaga, una como conciencia de natural dominio, una visión oscura de definitivo imperio, que espera para convertirse en certidumbre a que se ponga en pie el deseo.

Repugna y alarma la constante exhibición de desconocimiento e injusticia que acá se hace de las cosas de México. Por imprevisión fatal no se ha salido al paso de este concepto erróneo, no se ha puesto acumulado y terco empeño en sustituir ese recio desdén con la admiración sincera que en un

pueblo, compuesto al fin de trabajadores y gente hecha de sí, tiene que inspirar un país que ha ido agrupando en nación sólida, con las manos ensangrentadas por las mordidas de sus propios hijos, los elementos más hostiles y desgranados que entraran en la composición de pueblo alguno. Ese es aquí el gobierno verdadero, ante el cual sólo sirve de asesor y ejecutor el gobierno nominal: de manera que, en las relaciones con éste, que poco puede en los casos de conflicto, hay que tener constantemente la mira en aquél, que es el que los produce o los evita. A ese gobierno invisible y enorme es al que hay que tomar las avenidas.—Esa es la originalidad temible y distinta de este pueblo respecto a los países de constitución monárquica. En esos países de constitución monárquica,—lleven o no título de República, puede descansarse, por lo que hace a guerra, en las promesas, intrigas o influjo del gobierno, que realmente dirige. En los Estados Unidos el gobierno no dirige. El país se abandona a los políticos de oficio en las cosas de importancia menor pero manda por sí, y arroja a los políticos de oficio, en todos los casos mayores. De manera que aquí no se ha de cortejar a un rey ni a un presidente; sino a la masa nacional, que con toda realidad rige y preside. Ha de haber dos corrientes de diplomacia, con un solo espíritu; la una, para con el gobierno, a fin de tener siem-

pre los ánimos obligados a entrar por la salida decorosa que se ha de tener pronta a todo caso probable de conflicto; la otra, para con la masa del país, a fin de ir destruyendo en ella la falta de respeto y conocimiento que hace el conflicto demasiado fácil.—Y como por desdicha las pasiones acumuladas en la frontera, que están siempre a punto de estallar con ira, van más aprisa que esta propaganda directa de respeto todavía no emprendida, e irían más aprisa que la que se emprendiese; como la ambición descarada de los Estados fronterizos del lado americano prende sin trabajo en esa idea vaga de una posesión segura que acá está en la masa respecto de México, y encuentra apoyo, y apenas resistencia; como esa voluntad de invasión, que hay tiempo todavía de reprimir, no llega aún a tal viveza que sea inminente, porque el gobierno no ve razón para ella, ni el país distraído todavía la necesita; resulta indispensable el tener calculada en todo extremo una salida visible de derecho por donde hubiera de escurrirse, ante el mundo que ve, el gobierno, en que caben las malas como las buenas intenciones,—o le diera pretexto decoroso para negarse a atender a los interesados en la guerra. De eso parece que viene la presente angustia: de que este gobierno, que ni en palabra ni en acto ha apoyado a los turbulentos de Texas o puesto en mal

al gobierno mexicano, ha hallado la salida de derecho que indudablemente ansía para salvarse de un conflicto venido en mal hora.

Desde que los despachos de Texas empezaron a avivar esa idea de dominio que es característica temible del norteamericano genuino; desde que la prensa, que suele acá hacer gala de brutalidad, prohijó sin enmienda, antes bien con expresiones de aplauso, los informes enviados de la frontera llenos de detalles exagerados o fingidos con habilidad siniestra, debe decirse en verdad que ni una palabra sola del Gobierno ha venido a azuzar el conflicto, y muchas en cambio ha hecho decir para calmarlo. Ni las censuras agrias e irrespetuosas de la gente de Texas y de su gobernador Ireland han sacado de esta actitud al Gobierno, que en toda ocasión dice que el deseo del de México de resolver honradamente este caso es tan sincero y respetable como el suyo propio. Y aun es seguro que, con esa ciencia de esperar que hace al hombre de Estado, hubiera extendido las negociaciones diplomáticas hasta dejar pasar el primer vaho de la ira, si azuzado por la gente de Texas no hubiera un Representante pedido con anuencia del Congreso al Presidente los documentos del caso, que el Presidente tiene que presentar al Congreso, según una provisión de los Estatutos refor-

mados. Y en la prensa misma, donde no faltan a México observadores justicieros, no se nota aún un empeño real de forzar el conflicto, que salta en su desnudez, a pesar de sus colores de apariencia legal, con su carácter de invasión disimulada que cree cierto el triunfo, y quiere darse por razón, ya el proceso del periodista Cutting, ya el fusilamiento del naturalizado Resures, ya la insignificante detención de un Mr. Fleming, viajero de una casa de comercio, preso en Dallas.

Pero el Congreso no ha querido conocer del caso de Resures, entregado a las autoridades de México por la autoridad misma de Texas,—ni del de Fleming. El caso único y de gravedad verdadera es el de Cutting, que por desdicha va al Congreso basado en una argumentación que apenas permite a éste una evasiva juiciosa. Cutting ha sido preso y procesado en El Paso de México por un artículo publicado en inglés en El Paso de los Estados Unidos, que el juez de El Paso mexicano considera penable conforme al Código de la República. El Secretario de Estado, Mr. Bayard, mantiene que la ley de México, como la de ninguna otra nación, no puede causar efecto fuera de su territorio—ni los periodistas de los Estados Unidos pueden naturalmente quedar expuestos a ser castigados conforme a la ley mexicana por haber expresado en su propio país, y conforme a

sus leyes, opiniones que pareciesen penables a la justicia de México; no pueden los Estados Unidos admitir sobre los actos de sus hijos en su territorio más jurisdicción, ni diferentes penas, que las suyas propias: no puede admitirse que México castigue como delito mayor un acto que acaso es sólo una falta en los Estados Unidos, o no es siquiera falta: ni puede, sobre todo eso, conformarse el gobierno norteamericano a ver efectuar el proceso de un súbdito suyo con formas y condiciones que en el derecho constitucional de los Estados Unidos se tienen por arbitrarias y opresoras.

En ese punto penoso descansa la controversia; y el Congreso de los Estados Unidos es llamado, como se ve, a declarar si puede su nación aceptar sobre los actos de sus ciudadanos en su territorio propio la jurisdicción extranjera. El Secretario de Estado de los Estados Unidos lo niega. De la correspondencia aparece que el Ministro de Relaciones Exteriores<sup>a</sup> de México, fundado en el artículo 188 del Código, lo afirma. Del tono de la controversia se desprende la sincera voluntad en uno y otro de salvar con decoro un peligro de guerra casual, que ninguno de los dos gobiernos desea. Del desdén que inspira Cutting, y del conocimiento que se tiene

---

a. En *OC* se omite «Exteriores».

del espíritu agresivo de la gente de Texas, pudiera creerse que el Congreso, aun cuando decida exigir al Presidente que intime la libertad de Cutting, como es casi inevitable que decidirá, no lo haga en una forma tan estrecha que impida el modo de evitar una guerra que no se ve con entusiasmo, ni se considera justa, aunque la verdad manda decir que, salvo en nobles espíritus, no se la vería con temor ni repugnancia.—Pero de la Casa de Representantes, que ha entregado ya los documentos a la Comisión de Negocios Extranjeros no debe esperarse, a juzgar por lo que ya se ve, más que el acuerdo de intimar al Presidente a que exija la libertad inmediata de Cutting. Los diputados texanos ejercen todo su influjo sobre la Comisión. El juicio de aquella parte de la prensa que parecía dispuesta a mantener a México en el caso técnico de que el artículo de Cutting, penable según su ley, hubiese sido circulado en su territorio, se vuelve hoy contra México, desde que los documentos revelan que la República mantiene que puede penar en su territorio por sus leyes los actos de un ciudadano americano referentes a México en los Estados Unidos. Y ya se tiene en estos momentos por seguro que la Comisión de Negocios Extranjeros proponga a la Casa de Representantes que «apruebe la conducta del Presidente en el caso de Cutting, y renueve la demanda de su li-

bertad». Pero en ese mismo acuerdo de la Comisión resalta de propósito, y no está allí sin su intento, una frase que es una puerta abierta: ésta: «La Casa de Representantes, *aunque aprecia la disposición mostrada por el Gobierno de México a cumplir con sus deberes internacionales*, no podrá nunca aceptar la doctrina de que los ciudadanos de los Estados Unidos pueden ser perseguidos en un país extranjero por actos realizados en suelo americano».—No impone por fortuna, semejante lenguaje, el deber de contestarlo con violencia; antes bien, dado el espíritu de este país y la naturaleza del conflicto, es una verdadera invitación a la paz, y a los medios suaves necesarios para mantenerla. La doctrina legal, ya se ve, no es cosa en que el Congreso de una nación pueda mostrarse blando. Pero no hay hasta hoy, por dicha grande, en cuanto va hecho y expresado en el caso de Cutting por el Gobierno y el Congreso de los Estados Unidos, una sola palabra o acto de provocación, abuso o desdén que comprometa el decoro mexicano a responder sin miramiento a la prudencia. —Y más puede decirse: todavía halla excesiva la mayor parte de la prensa la prisa mostrada en este caso por el Secretario de Estado: se le recuerda que hace poco puso España en un calabozo a un español naturalizado en los Estados Unidos, y a las reclamaciones de su ciudadano respondió el Secretario que «po-

día perseguir ante los tribunales españoles al funcionario que lo había preso»: se le recuerda que con todo atrevimiento y deliberación han estado y están siendo conculcados por súbditos de Inglaterra los derechos y propiedades de los ciudadanos de los Estados Unidos en el Canadá, y él no pide su remedio inmediato, ni el Congreso se da prisa en conocer los trámites de estas burlas diarias. —Ayuda indudablemente a México esta actitud del juicio público, que parece serle favorable. Parece que puede obrar con la conciencia de que este país mayor no se está regocijando en su pequeñez relativa. Pero estas exclamaciones de prensa, que permiten a México resolver en este asunto con el desembarazo de quien no siente encima la presión injuriosa y unánime de un pueblo de más fuerza, no pasa de simpatía que no causa estado, ni desvanece la decisión formal y urgente a que está sin duda determinado el Congreso.

He aquí el esqueleto de las negociaciones diplomáticas, sometidas en mal hora a una Casa de Representantes donde domina, por sobre el Este industrial y pacífico que no quiere esta guerra, el Sur que no parece sentirse completo en los límites que hoy tiene del lado del Río Grande, y el Oeste, criado con gente ruda y acometedora, para quien no es nueva la idea de continuar en los pueblos vecinos la conquista que ha reali-



zado ya en las selvas. Y es de temer también en los actos de la Casa de Representantes el miedo interesado y servil con que, por no perder su puesto o comprometer su fortuna política, halagan los diputados contra su conciencia las preocupaciones y celos de la masa de electores: ¡aunque esta vez debe esperarse que, por ser de un solo Estado el interés directo, y por no hallarse condensado en esta hora del conflicto el espíritu invasor que aquí es la esencia del carácter, puedan los Representantes resolver sin la ligereza y desafío con que en caso de mayor pasión se habría mostrado la ruda y riesgosa ignorancia en que acá se vive de cuanto hay en México de respetable y vigoroso!—He aquí, como resulta de la correspondencia, el esqueleto de las negociaciones:

En 1º de julio, Brigham, el Cónsul Norteamericano en El Paso del Norte, expuso a su Ministro en México, Jackson, la ineficacia de sus esfuerzos por obtener un proceso imparcial o la libertad bajo fianza de Cutting.

En 6 de julio, el Ministro de Relaciones Exteriores de México, aseguró a Jackson que el Gobierno había recomendado al Gobernador de Chihuahua la aplicación pronta y desapasionada de la justicia. El 10 ordenó por telégrafo el Secretario en Washington al Ministro Jackson, que pidiese al Gobierno mexicano la inmediata liber-

tad de Cutting. El 20 telegrafió de nuevo el Secretario a Jackson, comunicándole correspondencia y hechos, y detallando las razones en que se apoyan los Estados Unidos para pedir la libertad de sus ciudadanos. El 22 transmitió Jackson, por despacho a su gobierno, las razones en que se apoya el Ministro de México para desestimar la demanda de los Estados Unidos. El 27 remitió Bayard a Jackson por correo una formal protesta contra «la teoría de que México tenga jurisdicción sobre los delitos cometidos contra los mexicanos en los Estados Unidos, y el anuncio de que estos no pueden asentir a esas facultades extraterritoriales que reclama la ley de México. En tanto, dice el Secretario, me aseguró definitivamente el Ministro de México, Sr. Romero, que Cutting sería puesto en libertad en un plazo breve». Y al Cónsul escribió el Secretario que en su opinión «todos los casos de conflicto entre los dos Gobiernos pueden sin dificultad ser arreglados equitativa, honrosa y satisfactoriamente».

Esto, en Washington, donde sin duda brillan, en lo impalpable de estas negociaciones, las cualidades casi maravillosas con que la diplomacia mexicana ha venido por sobre brasas encendidas sacando con respeto a su país en la lucha gigantesca y sorda empeñada de igual a igual con el que ya ha tenido veleidades terribles de domi-

nio. Mueve a respeto y entenece esta habilidad vigilante y profunda; esta sutileza sin avasallamiento, esta flexibilidad sin abandono, esta labor asombrosa y artística.—Pero ¿en Texas? ¡Ah! en Texas, la Convención de los Demócratas reunida ayer pidió al Presidente con seco lenguaje que mantuviese el honor de la bandera, y exigiese a México la libertad de Cutting y «el castigo de los asesinos de Resures, el ciudadano americano fusilado». El Gobernador habla de guerra, y amenaza con llevarla él si el Gobierno no la lleva. En muchas poblaciones se ofrecen voluntarios. Y en Dallas acuden 2 000 hombres a una junta que fue una asonada verdadera, donde un funcionario del Estado, brigadier en la Confederación, dijo a sus oyentes que estuviesen prestos para la llamada a tropa, y a obedecerla e ir adelante, «a clavar en las salas de los Moctezumas la bandera de las Fajas y de las Estrellas»; y un coronel de Caballería habló de acabar con los arados viejos y «tomar el país para los americanos, a fin de cultivarlo conforme a la civilización moderna»; y el Jefe de la Asociación de Veteranos votó por arreglar cuentas con la guerra, «aunque Inglaterra y Alemania y Francia ayudasen a México, y la creación entera». Uno hubo en la junta que tuvo el valor de reconocer que «el Presidente Díaz y el Gobierno Federal tenían la determinación de obrar bien, pero no podían



sujetar a su pueblo. No hay hora en que no lleguen despa-chos con tales noticias, sazona-das de cuanto puede airar la sangre y azuzar en la nación el odio a México. De Washington, en cambio, sólo salen comen-tarios de prudencia, frenos puestos por las manos de más peso en el país a la ambición aventurera de los merodeado-res texanos. Y en la alta prensa aún está por aparecer una opi-nión favorable a las ideas de guerra, notándose más bien como la sorda voluntad de de-sacreditar con el silencio o sentido pacífico de los edito-riales, las ideas violentas que el interés del periódico les obliga a aceptar en puestos menos honrosos de sus columnas. He aquí lo que ayer mismo imprimió el *Herald*:

En caso de que se vieran los Estados Unidos compelidos a reducir a México a la fuerza al cumplimiento de sus deberes internacionales, ya veríamos que la tarea era mucho más difícil de lo que aparentemente se supone. Yerran muchos de nues-tros militares y políticos opi-nando que México no puede hoy resistirnos, porque el General Scott tomó en otro tiem-po la ciudad de México con doce mil hombres. Cuando el ejército americano ocupó a Mé-xico, sólo tuvo que habérselas con un Dictador tiránico, co-rrompido y enteramente impo-pular: el General Santa Anna. Tan disgustados estaban los

mexicanos con el gobierno rui-noso de aquel déspota, que la mayoría de ellos vio a las tropas invasoras más como amigos y redentores que como a enemi-gos de la patria. Enteramente han cambiado los tiempos. Mé-xico se ha fraguado en buena lid una constitución federal. De-rrotó al ejército de la invasión francesa, que contaba con unos cuarenta y ocho mil hombres. Abatió la conspiración monár-quica que intentó establecer un imperio dentro de sus límites, y en los últimos diez o quince años ha realizado verdaderas maravillas en el aseguramiento de sus instituciones políticas y la organización de un ejército há-bil y bien equipado.

Calcula el artículo que México puede poner en pie de guerra 250 000 hombres. Analiza mi-nuciosamente la distribución del ejército. Celebra el valor, la so-briedad, la resistencia fabulosa de los soldados indios y mesti-zos. Aplauda las reformas re-cientes que han conducido a la centralización y mayor discipli-na del Ejército, y quebrado la importancia funesta de los pe-queños jefes. Cuenta las fábricas de armas y municiones. Ta-cha de mal tirador al soldado de México. Dice que es mucha y de la mejor la artillería, pero cortos los rifles y de poco cali-bre.—Y de la caballería dice esto: «La caballería de México es famosa por sus intrépidos jinetes y sus valientes escuadrones; pero es demasiado ligera

para soportar un encuentro con la caballería americana.

Tales son, por desdicha, los asuntos a que se mezcla ahora incesantemente el nombre de México. Esos le cuentan su ejér-cito. Otros refieren los prepara-tivos del Coronel Unda en El Paso. Otros describen los atrincheramientos que dicen levantados por los mexicanos. Azuzan desde Texas la opinión, describiendo como ultrajes nue-vos, que demandan venganza inmediata, la prisión sin causa del agente Fleming, la muer-te del mexicano Resures que tomó hace poco papeles de ciu-dadanía en Texas y era acusado de robar caballos; y el proceso de Cutting, en que cuentan que le dieron por defensor a un abogado imberbe, y que el juez «para quitarle todo derecho de acudir a su gobierno en deman-da de reparación» hizo traducir por el Medina ofendido en el artículo de Cutting, la ley de Texas que éste reconoce, a fin «de aplicarle sentencia con arreglo a su misma ley, y así no diga que le juzgaron por una ley que no es la suya».

Bien sabe México lo que hace; pero a ser todo eso cierto, como parece que lo es, no ha-bría vergüenza, no, en recono-cerlo así, sino deber perentorio. La moderación del Gobierno norteamericano, la prudencia con que ha ido entibiando el clamor de guerra que sube de la fron-tera con una prisa que le fuerza a hacer más de lo que quisiese, la amistad con que ha defendi-

do los propósitos rectos del Gobierno de México, no darían por cierto carácter de debilidad al hecho honrado de confesar, si los hubiera, los errores de un funcionario menor, con las circunstancias que indudablemente los ennoblecen y atenuan.

No parece cercano, por desventura, el día en que pueda México entregarse en paz a su trabajo, sin temer las asechanzas de sus vecinos: no parece cercano.—Pero así como en la frontera se amontonan riesgos que exigen una faena constante de misionero, y la presencia y obra pacífica de hombres de valía y mesura; así como ese peligro de todo momento es más real y mayor por la ignorancia americana de las cosas de México, que mantiene a los ánimos en la idea arraigada de la naturalidad y comodidad de su conquista; así como es verdad que parece llegada la hora, si se quiere salvar a la Repúbli-

ca, de atajar con una campana infatigable de habilidad y propaganda este terrible espíritu de un pueblo que puede dejarse caer con tanta fuerza, así parece esta vez que, a pesar de la actitud a que lo compele la dificultad del caso, ha querido el gobierno americano dejar abierto de intento el camino, para la solución de este conflicto, negándose con energía a sospechar enemistad ni injusticia en el Gobierno de México, y conteniendo con su actitud directa, y su influjo indirecto, la ola de sangre que arranca de Texas.

Texas quiere la guerra; pero el resto del país ni la quiere ni la teme. Se ansía una excusa legal que la salve. La prensa aquieta el conflicto, y el Gobierno no lo compromete; pero el que puede es el Congreso, y el Congreso va a decidir que el Presidente pida de nuevo la libertad de Cutting. No está ofendido en palabras ni en actos el decoro de México. Se le

ha preparado una salida honrosa dejándose a salvo. Tiene levadura de santidad el enojo antiguo de los mexicanos de la frontera, y parece como que hoy acatan los violentos vencedores la justicia con que enciende los ánimos en México el recuerdo de 1848. ¿Qué vergüenza ha de haber en que México no se reconozca capaz por completo de sujetar los desbordes patrióticos del Estado de Chihuahua, cuando los Estados Unidos ni pueden tampoco sujetar los desmanes invasores del Estado de Texas? ¡Ojalá diesen razón las informalidades supuestas en el proceso de Cutting para salir por ellas del caso legal con cuya resolución terminaría la controversia!—¡Fía el alma enamorada de México en la sabiduría singular de sus hijos!

José Martí

[OC, t. 7 pp. 36-45]

122

# Carta a *La República*

Nueva York,  
8 de julio de 1886

Señor Director de  
*La República*

**D**EBO A LA MERCED de algunos nobles amigos de Honduras el encargo, que estimo como valioso privilegio, de escribir periódicamente para *La República*, con mi juicio americano y libre, una revista ordenada, de cuanto pase en esta tierra, grande en sus maravillas como en sus defectos, que pueda ser de interés o utilidad en ese gallardo país hondureño, del que no digo aquí cuanto me nace para él filialmente del alma, porque no vaya a parecer lisonja entrometida, la amorosa ternura con que le veo irse haciendo y levantando, y porque tengo en tal respeto la palabra pública, que, ni aun para captarse la simpatía que ha menester en una tierra culta el cronista desconocido que llega a sus puertas, deben emplearse en expresiones meramente personales la atención y el espacio que han de darse enteros al mejoramiento de la patria, y al estu-

dio leal de los problemas industriales y políticos, que puedan ayudar a extraer el oro de sus entrañas generosas, o a ir poniendo en su aire ese otro oro sutil y de más precio que viene con la práctica entendida y sincera de las libertades.

Porque nosotros hemos padecido de hojiosidad, como nuestros bosques. La pompa del follaje no ha dejado ver la sustancia del tronco. Han sido nuestros pueblos, venidos a la existencia en el esfuerzo de una violación irredimible, en el impío maridaje de una azucena y una lanza, como esos poetas novicios que derraman, en frases confusas y rimas incoloras, su vaga ansia de músicas celestes, antes de que la vida, recia y viril, haya sazonado con sus jugos amargos los afectos desgarradores que engendran la poesía.

Dotados al nacer de masas incultas por una parte, fuertes y tenaces como todo lo que arranca nativamente del suelo en que vive, y de minorías preocupadas por la otra, ahítas con nombre de ciencia, de culturas griegas y latinas que no nacen del suelo nativo, ni tienen acomodo, ni mercado, ni influjo

posible en él; cerrados así, por esta educación universitaria, falsa y estéril, los caminos naturales y honrosos de la prosperidad en pueblos nuevos, donde la cultura no ha tenido todavía tiempo de distribuirse en la masa con la abundancia necesaria, para que consuma con una demanda legítima y firme esos productos de cultura acumulada que se llaman Artes y Letras; -azogada en las venas nuestra sangre ardiente por la transfusión desmedida e incesante de las ideas gloriosas que todavía son sueños, o realidad casi impalpable, en los mismos pueblos seculares y maduros que las crearon; -solicitados los espíritus por las necesidades de la vida, que en nuestros pueblos nacientes fuerzan a los hombres de cultura inútil a oficios de parásito o a oposición interesada, a la vez que estimulados por esa magnífica fiera, divina hija del sol de nuestros montes, a erguirse como dioses a quienes se priva de su escabel de nubes, cuando falta en el aire que respiran ese respeto a la persona humana que hace grandes a los pueblos que lo profesan y a los hombres que viven en ellos, y sin el cual los

pueblos son caricaturas, y los hombres insectos;—así compuestos, así impacientes, así deslumbrados, así altivos, ¿qué habían de hacer nuestros pobres países de América, nacidos a la libertad con una lanza en el costado, sino batallar, con el ímpetu y desprendimiento propios de la adolescencia, para hallar acomodo entre las clases universitarias y amomadas, que tomaron las riendas en su mano, y las masas genuinas y vivas que al ver flamear en el aire las palabras modernas se creyeron llamadas, como por estandartes de luz, al ruido y esplendor de la existencia? ¿qué habían de hacer nuestros pobres pueblos nuevos, bautizados en la ignorancia y en el odio, caldeados por el sol del cielo y el del espíritu, pecadores de entusiasmo, ágiles como la raza nativa que los puebla, sedientos de una libertad sin límites como su luz y su hermosura? ¿qué habían de hacer, vestidos de toga en medio de la selva, sino ir torciendo penosamente las togas en arados, y bregar con la pujanza del instinto por ajustar la cultura ficticia, nominal y vana de las escuelas viejas, a los trabajos sólidos, varoniles y reales que requiere el desarrollo de países que acaban de salir, como esmeraldas enormes, con las luces ocultas y las fases veladas, de las entrañas de la naturaleza?

Ese desasosiego en que hemos estado viviendo; esos acontecimientos y dominios de la fuerza osada, esas rebeldías de

la aspiración, esas resistencias de los privilegios, esas acumulaciones de poder en los caudillos populares, ese desdichado servimiento de los hombres cultos, preparados por una educación más vana que una sombra para mal vivir en países de mucho cuerpo que quieren fuerza viva; esas mismas guerras frecuentes que se nos echan en cara como crímenes nuestros, cuando son resultado de crímenes ajenos,<sup>a</sup> o pergaminos de la arrogancia e idealidad de nuestra raza,—no han sido más que la manifestación inevitable y natural de la vida en países compuestos de elementos hostiles y deformes, precipitados violentamente a la cultura: íse paga en sangre lo que se asalta en tiempo! ¡no hemos podido subir sin dolor en cincuenta años de patios de convento a pueblos de hombres libres! ¡llevamos las manos ensangrentadas del asalto, y movemos los pies entorpecidos por entre las ruinas, pero vamos sacando de esta brega la fe en nuestras fuerzas propias, el conocimiento de nuestras necesidades verdaderas, el desdén de los combates inútiles, y las virtudes de los trabajadores! Nos llena la pasión de la Naturaleza. Nos avergüenza deber la vida a complacencias bochorrosas, o a complicidades. Nos aterra tener la manera de vivir pendiente de la fortuna política, que no debe mirarse nunca como fortuna, sino como altar, donde se entre y se salga con

las manos limpias. Nos posee un amor de hijos pródigos por el trabajo verdadero. Nos servimos de las leyes, más para asegurar y ensanchar la riqueza pública, que para pelear mezquinamente la privada. Nos da miedo la sangre perdida en mocedades, y decidimos ahorrar sangre. Nos domina igracias a Dios! el deseo febril de obtener con un trabajo personal y directo una existencia libre y honrada.

Y ¿por qué no ha de decirse, si es la verdad? Honduras asoma con brío por estos caminos de experiencia. Nuestra América ha entrado en la era industrial, y Honduras con ella, y no a la zaga de nadie, antes bien con paso más firme y voluntad más decidida que pueblos más compactos y viejos. Acá en New York, por ejemplo, apenas hay país hispanoamericano que esté ante el público con más gallardía que Honduras. Se nota como que la opinión se extiende y levanta, y como que alguien la mueve. El país va siendo exhibido con el tesón y método que requieren las cosas durables. Se suspende respecto a Honduras ese necio veredicto de Republicuilla con que las gentes de poca piedad y conocimiento ofenden, acá y en otras partes, a nuestros países. Obsérvase en los hombres de empresa una curiosidad marcada. La fama de los tesoros hon-

---

a. En LR: «ageno».



hondureños tienta las arcas de la gente grave. Ayer apareció un mapa de Honduras, un mapa de minas, como quieren los tiempos, que dibujó el Ingeniero Byrne, y acaba de sacar a la venta la casa de Colton. Hoy ya se anuncia la publicación de un libro ilustrado sobre la República, que está imprimiendo a gran costo una Compañía hondureña. Es una dicha que estas cosas no se estén haciendo con precipitación de aventureros, sino con aquella dignidad que es natural tributo a un país por los que adelantan sus fortunas en él. Repugnan los negociantes ávidos; tanto como inspiran respeto los que se encariñan con el suelo que les da el sustento.

Por cierto que da gozo entrar por uno de los más bellos edificios de New York, un templo del comercio donde corren aires de grandeza y maravilla, y ver cómo todo un piso de él está lleno por oficinas elegantes y activas, donde preside un anciano benévolo, de barba blanca: alegra el corazón, como si aquello fuera propio. Y da orgullo poder decir: Ese es el «Sindicato de Honduras». Y si se entra en Broadway por otra casa magna, vasta como los palacios babilónicos, por entre cuyos corredores palpitantes suben y bajan con rapidez de

flecha los elevadores mágicos, allí brilla también, y como que sonríe contento un nombre hondureño, «Aguán»: es la Compañía de Navegación de Aguán. No son estos, no, gozos pueriles; sino legítimo placer de hijo de América, de ver cómo se levanta con decoro, y más dando que pidiendo, uno de esos esbeltos pueblos nuestros que juntan a las riquezas de la tierra que a otros hielan, los fuegos del espíritu que enriquecen esos tesoros naturales y los avaloran, tal como cobran hermosura mayor las tierras vírgenes cuando se esparce sobre ellas, y las funde en oro, la vibrante luz del Sol.

Nada habrá en los Estados Unidos interesante para Honduras que, en lo breve del espacio, no vaya en estas cartas. Aquí veremos, sin que el tamaño nos deslumbre ni la pasión de raza nos ciegue, cuanto de este país necesita Honduras conocer, —lo bueno, con su razón, por si conviene introducirlo,—lo malo, dicho sin miedo: porque es de saber que entre estos palacios que pasman y ruidos que aturden, no es el hombre mejor, ni diverso, ni de más divina estampa e inteligencia que aquéllos que tuesta el sol, y deja como penetrados de él, en el país donde florece el ópalo, y

travesean, como si tuviesen espíritu de luz, los novillos ágiles. Veremos cómo se va haciendo esta gran tierra, y qué la pudre, y qué la salva. Estudiaremos hebra a hebra sus problemas graves, cómo se compone y funciona su política, cómo se descompone, cómo influye la inmigración, en bien y en mal, cómo nacen de la inmigración desmedida colosales peligros, cómo endurece y perversa a las naciones el amor exclusivo a la fortuna, cómo se viene encima, amasado por los trabajadores, un universo nuevo, y cómo en este hervor, en que no hay hombre que no parezca tocado de locura, se mueven y adelantan las empresas que desde su alojamiento suntuoso en New York procuran llevar a la tierra hondureña esos amplios caminos de fortuna por donde con pie firme pueda entrar cada hombre activo, redimido de servidumbres y complicidades, a ganar iloado sea Dios! en un trabajo directo y varonil una existencia libre y honrada.

José Martí

**La República,  
Tegucigalpa,  
14 de agosto de 1886**

123

# Nueva York en junio

El púgil Sullivan.-Últimas sesiones del Congreso.-Un nuevo proyecto proteccionista.-Votación de una ley que prohíbe a los extranjeros poseer tierras en la República.-Los tribunales condenan a los huelguistas.-El Secretario de Justicia, cómplice de una compañía.-Novedades en Washington.-La hermana de Cleveland.-Chinos cristianos.

Nueva York,  
julio 2 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

AQUELLA penetración del hombre y la naturaleza que con su estilo flagelante y lumínico predicaba Emerson, aquella concentración del universo en el hombre y esparcimiento del hombre por el universo, aquella simultánea florescencia de la tierra y de los espíritus a la cercanía del sol, se comprueban en el desbordamiento de colores, en el lujo de actividad, en las regatas, en la elocuencia, en las prisas, en el desprendimiento de este mes de junio.

Cierra el Congreso aceleradamente sus sesiones; llevan

los sacerdotes por los campos floridos a sus rebaños en excursiones de fiesta; reparten escuelas y colegios en sus ceremonias de fin de curso los premios del año; se vacían las ciudades en los pueblos de campo, en los hipódromos donde se corren los caballos favoritos, en los monumentales hoteles de concierto a la orilla del mar, en los alegres ríos henchidos de vapores y veleros embanderados, donde regatean remo a remo, con ansias de mercenarios, los estudiantes de las universidades: y está sacudida Nueva York, porque para celebrar al gusto público el aniversario de la independencia, se nutre el púgil Sullivan, cargadas las manos y la pechera de brutales brillantes, con las costillas de carnero, yemas de huevo y aire fresco del Parque que han de mante-

nerle claros los ojos y sueltos los músculos en la pelea tremenda contra un inglés rival y diminuto, a quien ceban y amasan dos guardianes en un pueblo de playas salutíferas.

Todo es juego, movimiento y gasto. En cada solar hay un desafío de pelota. Las sociedades benéficas, los diarios poderosos, los regidores que anhelan fama, sacan en flotillas por el río a las gentes de los barrios pobres, que meriendan y danzan en las islas vecinas.-Y se nota que el advenimiento de la luz predispone a la generosidad.

Cuando llega junio, obsérvase la misma fuerza de expansión en los hombres como en los árboles. La savia contenida se echa afuera en hojas. Ni los estudiantes caben en los bancos del colegio; ni en los bancos del Congreso caben los representantes, y los senadores.

Se acumulan en el Congreso los proyectos de ley. Ceden los republicanos en uno para que los demócratas les cedan en otro. Ambas casas, la de Representantes y el Senado, deseosas de ir con buena historia ante el país para las elecciones de otoño, se apresuran a cumplir algunas de las promesas

que dejaron descuidadas durante el año, y a acercar con votos conciliatorios en las cuestiones difíciles sus acuerdos a los ofrecimientos de su programa. El Presidente, ocupadísimo, ha puesto su veto, con mucho aplauso público, a un centenar de acuerdos de pensiones, concedidas a granel por el Congreso para atraerse los votos de los soldados. O para que se aprovechen de ellas los agentes asiduos que colectan en Washington en nombre de los agraciados las pensiones. Se ve en la legislación de junio como un balance de año, en que cada elemento político, el Presidente, el Senado, la Casa, los republicanos, los demócratas, quieren afirmar su posición, dilatar sus dificultades y esconder sus flaquezas. Pero la cuestión de la tarifa, la bola encendida, se queda sin que nadie ponga en ella mano.

Ni republicanos ni demócratas tienen campo exclusivo en la cuestión de la tarifa. Entre los unos como entre los otros anda la opinión dividida en librecambistas y partidarios de la protección, y éstos son más que aquéllos; porque el libre-cambio, aun cuando comience moderadamente, ni cautiva más que a los pensadores, que son los menos, ni aprovecha de primer momento más que a los humildes, que pagan mal a sus representantes.

Las elecciones cuestan mucho. Los capitalistas y empresas ayudan en los gastos de ellas a

los candidatos necesitados; y éstos, una vez vencedores, pagan con su voto servil el antipolo de los capitalistas.

Aquella sonadísima reforma del librecambista Morrison que había de traer con el abaratamiento de la vida y la liberación de las materias primas el alza de las industrias, acudió en vano, para salvarse, al expediente de irse moderando con concesiones a los partidarios de los impuestos altos. En vano la apoyaba Cleveland: Morrison es demócrata, y los demócratas lo vencieron, unidos a los republicanos.

Queda la tarifa absurda: las industrias pletóricas de productos sin mercado; el comercio rastrero y ansioso en estas dudas, y dos millones de hombres sin trabajo. No bien cayó Morrison vencido en su proyecto de rebaja gradual de los derechos para ir poniendo a la industria nacional en vías de una producción barata, constante y legítima, ocupa su puesto Randall, caudillo hábil y avieso de los mantenedores de la protección, y a punto de cerrarse estas sesiones, presenta un proyecto de reforma en que se suprime innecesariamente el derecho sobre el tabaco, que debía estar siempre gravado, con el objeto confeso de que, mermadas así en veinticuatro millones de pesos anuales las rentas públicas, no sea posible luego a los librecambistas intentar rebaja alguna en los derechos de importación. ¡Acá, como en casi todas partes, pueden todavía

más los intereses que la justicia!

En la cuestión de la tarifa, no se han levantado aún, gracias al alivio que traen anualmente al mercado mortecino los retornos de las cosechas ese clamor de la necesidad con que en un día de ira o de alarma derriban las naciones, como un león a un faldero, los obstáculos que se oponen al mejoramiento de sus angustias.

Pero en otra cuestión, en la de poner las tierras nacionales fuera del alcance de los acaparadores europeos, no ha habido en el Senado ni en la Casa de Representantes más que un voto. ¿Qué sería, sin la tierra madre y generosa, de este pueblo que ahora precisamente se va salvando con sus abundancias de la penuria en que tiene a su población industrial excesiva el sistema falso de impuestos que le ha traído a producir más de lo que necesita, a precios en que sus artículos no pueden hallar consumo? La tierra es santa.

Los trabajadores oprimidos vuelven a ella los ojos para el día en que la producción universal, aglomerada por las máquinas, se amontone en los mercados sin hallar compradores y llegue al cielo. ¡No han de venir al pie del hombre libre las avarientas empresas europeas, los lores ingleses de insolente fortuna, a acumular en sus manos el suelo de la patria, para vivir luego en injusto regalo con el

producto enorme y caprichoso de su arrendamiento!

A la callada, como pulpos, se han estado tendiendo las grandes empresas de Europa sobre las tierras más feraces de Norteamérica. ¡Han de vigilar mucho, los países que tienen tierras! Mientras más pronto las pongan a salvo, mejor:—anda inquieto en Europa el dinero, sobrando y ocioso. Una compañía holandesa posee ya 4 500 000 acres de lo más floreciente en Nuevo México. Un sindicato inglés tiene 3 000 000 de acres en Texas. Una casa alemana, 1 000 000. Y un solo hombre, el marqués de Twedale, es dueño de 1 750 000 acres de país de buen cultivo. Ya compraban Estados enteros: todo Nuevo México, con sus dehesas; todo Mississippi, con sus ríos; toda Florida, con sus naranjales. Pero el Senado se ha puesto en pie, y sin un solo voto en desacuerdo, aprueba el proyecto de ley que prohíbe que en lo futuro adquieran tierra alguna en los Estados Unidos los extranjeros que no compren este privilegio con su declaración de someterse a las leyes del suelo que apetece. Sólo el extranjero que declare su intención de acogerse a la ciudadanía de la República, podrá adquirir suelo en ella, a no ser que lo obtenga en herencia, o en pago de deuda.

Tampoco podrá comprar terrenos ninguna compañía que cuente entre sus miembros más de una quinta parte de extranjeros. Ni las mismas compañías

nacionales, ya sean para camino carretero, canal o ferrocarril, podrán obtener en los territorios, que es donde manda en pleno el Congreso, más de cinco mil acres, y esto si los emplean visiblemente en el funcionamiento de la empresa.

Hay que salir en amistad al encuentro de los ejércitos amenazantes. Los trabajadores fueron vencidos, ciertamente, en sus levantamientos mal aconsejados de esta primavera. Mucho les falta todavía para obrar con aquella unión de propósito que ha de hacer tan robusta su arremetida a la constitución social vigente. En la convención que tuvieron este mes, se vio que los gremios aislados que trabajan cada uno para el bien de los miembros de un mismo oficio, no quieren ceder su soberanía a la orden general de los Caballeros del Trabajo,<sup>a</sup> ni estar sujetos a los lances, derrotas y contribuciones de ella. Pero la orden está en manos de apóstoles, y horada.

Otros entretienen los calores de junio jugando a la pelota, corriendo en apuestas, imitando en ejercicios corporales a los soldados ingleses. Pero George, Swinton, Post, Powderly, puestos en la tarea gloriosa de volcar sin sangre el mundo humano sobre quicios mejores, van de pueblo en pueblo, atentamente oídos, enseñando la manera de conquistar por la acción inteligente y compacta una existencia de labor segura, donde

la casa y el pan del trabajador no sean una limosna. No predicar estos nuevos evangelistas a la ciega. No se han aprendido de memoria un texto de reforma. Cada mal sugiere su propio remedio. Han deducido su texto original de sus males originales, y con la fuerza entusiasta y contagiosa de todo lo genuino, acomodan su propaganda a la reforma que intentan. Estos son santos nuevos, que van por el mundo cerrando puertas al odio. Ven venir el huracán y lo van guiando. Como método, usan la paz. Como fin, ven que la tierra no niega nunca al hombre lo que ha menester, y quieren que la tierra se administre de modo que su producto sea repartido equitativamente entre todos los hombres. De esta idea central, que ha de encanecer antes de la victoria, surgen las reformas previas porque se ha de llegar a ella.

Del abuso de la tierra pública, fuente primaria de toda propiedad vienen esas atrevidas acumulaciones de riquezas que arruinan en la competencia estéril a los aspirantes pobres: vienen esas corporaciones monstruosas, que inundan o encogen con su avaricia y estremecimientos la fortuna nacional: vienen esos inicuos consorcios de los capitales que compelen al obrero a perecer sin trabajo, o a trabajar por un grano de

a. En LN, con minúscula.



arroz: vienen esas empresas cuantiosas que eligen a su costo senadores y representantes; o los compran después elegidos, para asegurar el acuerdo de las leyes que les mantienen en el goce de su abuso; y les reparten, con la autoridad de la nación, nuevas porciones de la tierra pública, en cuyo producto siguen amasando su tremenda fuerza.

Estos apóstoles creen, pues, que ha de ponerse coto a la alianza ilícita entre las empresas y los representantes que, en nombre de la nación, dan a las corporaciones la riqueza de la tierra, por el interés de la parte de ella que les ha de ser devuelta, en forma de acciones o de lo que las valga, en pago de su voto: ¡ide su robo!

Estos apóstoles, George, Swinton, Post, Powderly, creen que la nación, que es el nombre de estado del guardián de la propiedad común, no puede dar en dominio la tierra que es de todos, y es para todos necesaria, sino en arrendamiento o en préstamo, y sólo para los usos nacionales. Creen estos apóstoles que, puesto que el suelo público ha de llegar a ser del pueblo que en él vive, mientras menos se vaya dando de él, menos costará luego sacarlo de las manos de los que por cohecho o astucia se fueron alzando con los dominios públicos.

Eso, pues, significó principalmente la votación unánime del Senado, y el proyecto aná-

logo de la Casa, que prohíbe la posesión de la tierra por los extranjeros: ha sido un acto oportuno y poco costoso de acatamiento al poder de los trabajadores, que adelanta en la sombra.

Los tribunales castigan sus coaliciones ilegales, sus asedios a los propietarios que resisten las demandas obreras, sus actos de violencia o de amenaza. Libre es el dueño de emplear o no emplear en su negocio al obrero que le place, como es libre el obrero de trabajar o no para el dueño. El obrero que fuerce al dueño, por coaliciones, o por sitios, o por anuncios de violencia, a consentir en sus demandas, es reo de conspiración por la ley vigente; y un día sobre otro están entrando los alborotadores de esta primavera a cumplir sus condenas en las cárceles. En Chicago, ya entiende un jurado en la acusación de asesinato contra los anarquistas que excitaron a la matanza y la sembraron con su mano. Pero la orden de los Caballeros del Trabajo, servida por esos hombres de acero y de paz, es precisamente fuerte por eso: porque condena los medios de fuerza.

Y ¡qué razón tienen en sacar a la vergüenza pública esos ignominiosos maridajes entre las compañías ricas o ambiciosas, y los representantes que emplean en despojar a la nación la autoridad que recibieron de las mismas manos de ella!

La honradez debía ser como el aire y como el sol, tan natural que no se tuviera que hablar de ella; ¡pero hoy va siendo de tan buen tono el robo público, y tan elegante la vileza, que lo que da bochorno es ser honrado! Pues ¿no sucede aquí ahora mismo que la minoría de la junta de inspección del Congreso reconoce que una compañía en miseria distribuyó dos millones y medio de su capital en acciones entre senadores y representantes, para que sus nombres y opinión fueran logrando dar valor a los dos millones y medio restantes, que vendrían a ser el provecho líquido de los iniciadores de la campaña? Quinientos mil pesos en acciones recibió, por el uso de su nombre e influjo, el mismo senador que es hoy, para mengua nacional, Secretario de Justicia de Cleveland. Y como la Secretaría de Justicia, sino el mismo Secretario, instituyó con un costo de \$300 000 a nombre de la nación una demanda de nulidad de patente en favor de la compañía, ¡qué importa que la mayoría democrática de la junta diga que no hubo voluntad en el Secretario de servir a la compañía que lo tenía comprado, y hacer bueno en el mercado su medio millón de acciones? No es maravilla que el Senado republicano, vestido ahora en la oposición de penitente, proponga y vote una ley que prohíbe a los representantes de ambas casas abogar por empresa alguna que tenga interés de tierra ante el Congreso.

Washington, con la entrada de la primavera en la Casa Blanca, está contento. La esposa del Presidente es galana y sencilla. Un diplomático europeo dijo que no han dado las casas reales de Europa producto de más legítima y natural soberanía. El Presidente, terco en sus voluntades honradas, ni deja ir de la mano a los demócratas, que lo censuran, ni se pliega ante ellos. De mucho se habla: de David Davis, el amigo de Lincoln, que casó de ochenta años, y ahora ha muerto: del representante King, que llama al gobierno la atención sobre la importancia política de que Francia tome a su cargo la obra del

canal de Panamá. Se habla de que los republicanos del Senado se negaron a confirmar a un caballero negro para un alto empleo, por «no parecerles que debe haber negro demócrata». Se habla de que la hermana del Presidente, a quien parece que tiene mohína el casamiento, va a publicar una novela de amores, y a dirigir un periódico en Chicago. Pero nada de esto encubre el escándalo del Secretario de Justicia.

Dejemos ahora a Washington. ¡Ved cómo aplauden desde las orillas del río a los ocho remadores del colegio de Columbia, que han vencido a los de Harvard!—Y al volver, en Nue-

va York, que está en estos días como una flor abierta, ¿qué música es esa que suena, camino de un vapor empavesado que azota con sus ijares blancos el muelle repleto? Es una procesión de chinos cristianos, vestidos de seda, que van a una isla de nidos a celebrar su entrada en Jesús, del brazo de sus amigas americanas, rosadas y frescas.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
15 de agosto de 1886

[Mf. en CEM]

124

# Nueva York y el arte

## Nueva exhibición de los pintores impresionistas

Los bendecidos de la luz.-Influjo de la exhibición impresionista.-Estética y tendencias de los impresionistas.-Verdad y luz.-Desórdenes de color.-El remador de Renoir.

Nueva York,  
julio 2 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

**I**REMOS ADONDE va todo Nueva York, a la exhibición de los pintores impresionistas, que se abrió de nuevo por demanda del público, atraído por la curiosidad que acá inspira lo osado y extravagante, o subyugado tal vez por el atrevimiento y el brillo de los nuevos pintores. Cuesta trabajo abrirse paso por las salas llenas: acá están todos, naturalistas e impresionistas, padres e hijos, Manet con sus crudezas, Renoir con sus japonismos, Pissarro con sus brumas, Monet con sus desbordamientos, Degas con sus tristezas y sus sombras.

Ninguno de ellos ha vencido todavía. La luz los vence, que es gran vencedora. Ellos la asen por las alas impalpables, la arrinconan brutalmente, la aprietan entre sus brazos, le piden sus favores; pero la enorme coqueta se escapa de sus asaltos y sus ruegos, y sólo quedan de la magnífica batalla sobre los lienzos de los impresionistas esos regueros de color ardiente que parecen la sangre viva que echa por sus heridas la luz rota: ¡ya es digno del cielo el que intenta escalarlo!

Esos son los pintores fuertes, los pintores varones, los que cansados del ideal de la Academia, frío como una copia, quieren clavar sobre el lienzo, palpitante como una esclava desnuda, a la naturaleza. ¡Sólo los que han bregado cuerpo a cuerpo con la verdad, para reducirla a la frase o al verso, sa-

ben cuánto honor hay en ser vencido por ella!

La elegancia no basta a los espíritus viriles. Cada hombre trae en sí el deber de añadir, de domar, de revelar. Son culpables las vidas empleadas en la repetición cómoda de las verdades descubiertas. Los artistas jóvenes hallan en el mundo una pintura de seda, y con su soberbia grandiosa de estudiantes, quieren un artesano de tierra y de sol. Luzbel se ha sentado ante el caballete, y en su magnífica quimera de venganza, quiere tender sobre el lienzo, sujeto como un reo en el potro, el cielo azul de donde fue lanzado.

Al olor de la riqueza se está vaciando sobre Nueva York el arte del mundo. Los ricos para alardear de lujo; los municipios para fomentar la cultura; las casas de bebida para atraer a los curiosos, compran en grandes sumas lo que los artistas europeos producen de más fino y atrevido. Quien no conoce los cuadros de Nueva York no conoce el arte moderno. Aquí está

de cada gran pintor la maravilla. De Meissonier están aquí los dos Napoleones, el mancebo olímpico de Friburgo, el hombre pétreo de la retirada de Rusia. De Fortuny está aquí *La playa de Pórtici*, el cuadro no acabado donde parece que la luz misma, alada y pizpireta, sirvió al pintor de modelo complaciente: iparece una cesta de rayos de sol este cuadro dichoso! ¿No fue aquí la colosal venta de Morgan?

Pero toda aquella colección de obras maestras, con ser tan opulenta y varia, no dejaba en el espíritu, como deja la de los impresionistas, esa creadora inquietud obsesión sabrosa que produce el aparecimiento súbito de lo verdadero y lo fuerte. Ríos de verde, llanos de rojo, cerros de amarillo: eso<sup>a</sup> parecen, vistos en montón, los lienzos locos de estos pintores nuevos.

Parecen nubes vestidas de domingo: unas, todas azules; otras, todas violetas; hay mares cremas; hay hombres morados; hay una familia verde. Algunos lienzos, subyugan al instante. Otros, a la primera ojeada, dan deseos de hundiros de un buen puñetazo; a la segunda, de saludar con respeto al pintor que osó tanto; a la tercera, de acariciar con ternura al que luchó en vano por vaciar en el lienzo las hondas distancias y tenuidades impalpables con que suaviza el vapor de la luz la intensidad de los colores.

Los pintores impresionistas

vienen ¿quién no lo sabe? de los pintores naturalistas,—de Courbet, bravío espíritu que ni en arte ni en política entendió de más autoridad que la directa de la Naturaleza; de Manet, que no quiso saber de mujeres de porcelana ni de hombres barnizados; de Corot, que puso en pintura, con vibraciones y misterios de lira, las voces veladas que pueblan el aire.

De Velázquez y Goya vienen todos,—esos dos españoles gigantescos: Velázquez creó de nuevo los hombres olvidados: Goya, que dibujaba cuando niño con toda la dulcedumbre de Rafael, bajó envuelto en una capa oscura a las entrañas del ser humano y con los colores de ellas contó el viaje a su vuelta.—Velázquez fue el naturalista: Goya fue el impresionista: Goya ha hecho con unas manchas rojas y parduzcas una *Casa de Locos* y un *Juicio de la Inquisición* que dan fríos mortales: allí están, como sangriento y eterno retrato del hombre, el esqueleto de la vanidad y la maldad profundas. Por los ojos redondos de aquellos encapuchados se ven las escaleras que bajan al infierno. Vio la corte, el amor y la guerra y pintó naturalmente la muerte.

Los impresionistas, venidos al arte en una época sin altares, ni tienen fe en lo que no ven, ni padecen el dolor de haberla perdido. Llegan a la vida en los países adelantados donde el hombre es libre. Al amor devoto de

los pintores místicos, que aun entre las rosas de las orgías se les salía del pecho como una columna de humo aromado, sucede un amor fecundo y viril de hombre, por la naturaleza de quien se va sintiendo igual. Ya se sabe que están hechos de una misma masa el polvo de la tierra, los huesos de los hombres, y la luz de los astros. Lo que los pintores anhelan, faltos de creencias perdurables por que<sup>b</sup> batallar, es poner en el lienzo las cosas con el mismo esplendor y realce con que aparecen en la vida. Quieren pintar en el lienzo plano con el mismo relieve con que la Naturaleza crea en el espacio profundo. Quieren obtener con artificios de pincel lo que la Naturaleza obtiene con la realidad de la distancia. Quieren reproducir los objetos con el ropaje flotante y tornasolado con que la luz fugaz los enciende y reviste. Quieren copiar las cosas, no como son en sí por su constitución y se las ve en la mente, sino como en una hora transitoria las pone con efectos caprichosos la caricia de la luz. Quieren, por la implacable sed del alma, lo nuevo y lo imposible. Quieren pintar como el sol pinta, y caen.

a. Falta en el microfilme el texto entre «los municipios para» y «eso». Se sigue la lección de OC, t. 19, p. 304.

b. Errata en LN: «porque».



Pero el espíritu humano no es nunca fútil, aun en lo que no tiene voluntad o intención de ser trascendental. Es, por esencia, trascendental el espíritu humano. Toda rebelión de forma arrastra una rebelión de esencia. Y esa misma angélica fuerza con que los hijos leales de la vida que traen en sí el duende de la luz, procuran dejar creada por la mano del hombre una naturaleza tan espléndida y viva como la que elaboran incesantemente los elementos puestos a hervir por el Creador, les lleva por irresistible simpatía con lo verdadero, por natural unión de los ángeles caídos del arte con los ángeles caídos de la existencia, a pintar con ternura fraternal, y con brutal y soberano enojo, la miseria en que viven los humildes. ¡Esas son las bailarinas hambrientas! ¡Esos son los glotonos sensuales! ¡Esos son los obreros alcoholizados! ¡Esas son las madres secas de los campesinos! ¡Esos son los hijos pervertidos de los infelices! ¡Esas son las mujeres de gozo! ¡Así son, descaradas, hinchadas, odiosas y brutales!

Y no surge de esas páginas de colores, incompletas y sinceras, el perfume sutil y venenoso que trasciende de tanto libro fino y cuadro elegante, donde la villanía sensual y los crímenes de alma se recomiendan con las tentaciones del ingenio; sino que de esas mozuelas abrutadas, de esas madres rudas de pescadores, de esas co-

ristas huesudas, de esos labriegos gibosos, de esas viejecitas santas, se levanta un espíritu de humanidad ardiente y compasivo, que con saludable energía de gañán echa a un lado los falsos placeres, y procura un puesto en la tierra para los deformes y los desgraciados.

¿Cómo saldremos de estas salas, afeadas por mucha figura sin dibujo, por mucho paisaje violento, por mucha perspectiva japonesa, sin saludar una vez más a tanto cuadro de Manet que abrió el camino con su cruda pintura a esos desbordes de aire libre, sin detenernos ante el *Organo* de Lerolle, con su sobrehumano organista, ante los cuadros resplandecientes de Renoir, ante los de Degas, profundos y lúgubres, ante aquel *Estudio* asombroso de Roll, recuerdo de la leyenda de Pasifae, de donde emerge una poesía fragante, plena y madura como las frutas en sazón?

Los Renoir lucen como una copa de borgoña al sol: son cuadros claros, relampagueantes, llenos de pensamiento y desafío. Hay un Seurat que subleva: la orilla verde corta sin sombra, bajo el sol del cenit, el río algodonoso: una mancha violeta es un bañista: otra amarilla es un perro: azules, rojos y amarillos se mezclan sin arte ni grados. Los Monet son orgías. Los Pissarro son vapores. Los Montemard ciegan de tanta luz. Los Hugué, que copian el mar árabe, inspiran amistad hacia el

artista. Los Caillebotte son de portentoso atrevimiento: unas niñas vestidas de blanco en un jardín, con todo el fuego del sol; una nevada deslumbrante e implacable; tres hombres arrodillados, desnudos de cintura, que cepillan un piso: al lado de uno, el vaso y la botella.

¿Cómo contar, si hay más de doscientos cuadros? Estos exasperan; aquéllos pasman; otros, como *La joven del palco*, de Renoir, enamoran como una mujer viva. Este monte parece que se cae; ese río parece que nos va a venir encima. ¿No ha pintado Manet un estudio de reflejo de invernadero, tres figuras de cuerpo entero en un balcón, todo verde?

Pero de esos extravíos y fugas de color, de ese uso convencional de los aspectos transitorios de la naturaleza como si fueran permanentes, de esa ausencia de sombras graduadas que hace caer la perspectiva, de esos árboles azules, campos encarnados, ríos verdes, montes lilas, surge<sup>a</sup> los ojos, que salen de allí tristes como de una enfermedad, la figura potente del remador de Renoir, en su cuadro atrevido *Remadores del Sena*—Las mozas, abestiasdas, contratan favores a un extremo de la mesa improvisada bajo el toldo, o desgranar las uvas moradas sobre el mantel en que se apilan, con luces de pie-

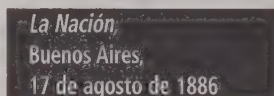
a. Errata en LN: «surgen».

dras preciosas, los restos el almuerzo.

El vigoroso remador, de pie tras ellas oscurecido el rostro viril por un ancho sombrero de paja con una cinta azul, levanta sobre el conjunto su atlético torso, alto el pecho, desnudos los brazos, realzado el cuerpo

por una camisilla de franela, a un sol abrasante.

José Martí



[Mf. en CEM]

125

## Carta de Nueva York

La vida de verano en los Estados Unidos: pobres, ricos, campamentos religiosos, sucesos notables.- Peligro grave de guerra entre México y los Estados Unidos.-Estudio del conflicto: sus antecedentes y su curso.-El Congreso americano censura la actitud premiosa de su Secretario de Estado: actitud firme de México.-Texas y Chihuahua.- La opinión y la prensa en este conflicto: se alaba a México.

Nueva York,  
agosto 12 de 1886

Señor Director de  
*La República*

**E**S ARDIENTE en estos meses la vida en los Estados Unidos, como las olas de aire caldeado y plomizo que bajan sobre el Atlántico desde las lla-

nuras encendidas del Oeste. La vida se multiplica y se desborda. Con las hojas a los árboles viene a mujeres y hombres un frenesí de alegría. Se abren al aire casas y almas. Las ciudades se vacían sobre los pueblos frescos de las costas y montañas vecinas. Los niños pobres, que respiran en los barrios más populosos un aire podrido, mueren en un grito penetrante

sobre las rodillas de sus madres, o se arrastran con sus manos roídas sobre las piedras de las aceras, buscando consuelo en su frescor al fuego que les consume las entrañas. Los ricos recorren los lugares de campo en ostentosas jiras. Los imbéciles y la gente de mal vivir vociferan y apuestan en las carreras de caballos. Treinta sacerdotes andan en velocípedos visitando los Estados de «Nueva Inglaterra». A la orilla del mar y en la cúspide de los montes se levantan hoteles babilónicos. Sesenta mil creyentes se reúnen a la sombra de un pinar en un campamento religioso, y se arrodillan en el aire libre, corean con aleluyas los discursos de las sacerdotisas, se mesan los cabellos, hunden en la tierra sus cabezas

arrepentidas, se abrazan confesándose sus pecados. Partidas de estudiantes distraen el verano explorando a pie las selvas con la tienda al hombro, y fortificándose con el ejercicio del cuerpo y el placer sano y directo de los descubridores. Los maestros juntan grupos de jóvenes dignos de serlo, y se van con ellos a lugares propicios a estudiar Minería en las minas, Agricultura en los campos, en los bosques Botánica. El Congreso se cierra, después de dejar probado que los representantes prefieren dejar solo al Presidente de la Nación en su campaña de reforma de los vicios políticos, a ayudarle en la tarea de enmendar éstos, para que no sea como hasta aquí la Nación un mero instrumento de los partidos, sino los partidos los servidores leales de la Nación. La hermana del Presidente comienza a dirigir en Chicago una revista que lleva por nombre *La Vida Literaria*, la misma hermana que no hace dos meses presidía aún la vida social del país, desde la Casa Blanca en Washington. Un hombre cruza el Niágara embutido en un casco oblongo de madera. Un mozo salta, por apuesta, de lo más elevado del puente de Brooklyn al río Oeste, y sale salvo. Ya tiende al cielo en su pedestal de Bedloe Island la estatua de la Libertad su brazo en esqueleto. Mucha villanía política y venta de destinos se descubre en la ciudad de Nueva York. Mucho se comen-

ta la energía del Presidente, que contra el voto del Senado ha dado en Washington a un negro un empleo altísimo. Mucho libro interesante y nuevo se publica. Se inventa un medio económico de producir fuego sin carbón.

Pero con ser todo esto tan vario e interesante, nada, ni la muerte siquiera de aquel ilustre Tilden, que prefirió perder la Presidencia de la República, a que fue electo, antes que permitir a su partido que la conquistase con sangre,—nos interesa tanto a nosotros los de la otra América, como el grave riesgo de una guerra entre México y los Estados Unidos. Es nuestra raza mal entendida la que está en peligro. Es la caterva de cuatros y matones ambiciosos de la frontera americana la que quiere forjar un pretexto para echarse sobre el Estado minero de Chihuahua, que excita su codicia. Es nuestro corazón americano, que allí duele. Nuestra patria es una, empieza en el Río Grande, y va a parar en los montes fangosos de la Patagonia. México haría mal, si, contra todo lo que se ve, diese oídos a los perturbadores opulentos que en estos mismos instantes andan buscando su apoyo para influir en la política de Centroamérica. Pero, ¿quién no ha de apenarse de ver expuesto a una agresión injusta del americano, a un pueblo que ha sabido irse amasando con la sangre misma que fluía de sus heridas; a un pueblo que está

logrando acumular en nación sobre un territorio vasto y escapadizo, los elementos más hostiles y reacios, los odios más violentos, e incansables, las herencias más tercas y dañinas que contendieron en su edad de formación en pueblo alguno?

El caso del conflicto es un mero pretexto, agravado por el apetito de guerra que ya se hace impaciente entre los americanos que pueblan el Estado de Texas, que fue de México hasta la guerra inicua de mil ochocientos cuarenta y ocho, y por la imprevista y exagerada rudeza con que el Secretario de Estado en Washington decidió exigir a México, contra una ley anterior y expresa de su Código, la libertad inmediata de un americano preso y procesado en Chihuahua justamente por un delito contra la ley de libelo de México, cometido fuera y dentro del territorio mexicano, con desprecio de sentencia anterior del juez de Chihuahua, acatada bajo firma por el preso.

Un periodista americano, Cutting, airado porque un hijo de México, Medina, le establecía un periódico rival en la ciudad mexicana de El Paso del Norte, publicó en ella un ataque injurioso, que en acto de conciliación le condenó el juez a retractar a pedimento de Medina. Se retractó Cutting en El Paso del Norte; pero en la ciudad americana de El Paso, de Texas, unida por un puente a la de México, publicó en un periódico, siempre impreso en in-

glés, un nuevo ataque a Medina, en inglés y en castellano, y circuló por sí mismo el periódico en El Paso del Norte. El artículo ciento ochenta y seis del Código de México autoriza a los Tribunales de la República a procesar y castigar conforme a sus leyes a los extranjeros presentes en su territorio que hayan cometido fuera de México delitos contra éste que tienen pena en sus leyes criminales. Y Cutting fue preso y procesado en virtud de esta ley, pero no sólo por haber impreso en una ciudad americana un artículo contra un mexicano, penable por la ley de México, sino por el delito de distribuirlo, cometido en México con violación de un acuerdo de su juez y la ley de libelo. El Cutting es de esa mala casta de aventureros sin oficio, que mira como propiedad suya la tierra mexicana, y cría odio de raza a sus hijos bravos, que ven con miedo natural que los americanos pueblen hoy a Chihuahua como poblaron antes a Texas, para alzarse con ella, y recuerdan con penas en el corazón la guerra humillante en que fueron vencidos por el Norte en mil ochocientos cuarenta y ocho. Casi todo Texas está poblado de aventureros; y como el cónsul americano en El Paso del Norte es de los que se enojan de que México posea un país tan valioso como el de Chihuahua, los aventureros, el preso y el cónsul lograron con sus representaciones que el Secretario de Estado en Washington pidiese

al Gobierno de México la libertad incondicional de Cutting. El Gobierno de México ofreció en respuesta cortés que el Gobierno Federal ejercería cuanto influjo le fuese legítimamente dable en favor del preso cerca del Gobierno del Estado de Chihuahua; pero se negó con modesta firmeza a entregar al preso, porque ni puede el Gobierno Federal, por la Constitución, compeler así, a su capricho a un Estado libre de la República, ni cabe que el Gobierno mismo de un país obre contra lo que ordena expresamente uno de los artículos del Código, que está llamado a hacer cumplir. En esto, los odios acumulados en ambos lados de la frontera del Río Grande tomaban color de guerra; americanos y mexicanos se amenazaban desde sus respectivas ciudades; voluntarios y tropa de línea recorrían las calles; las asociaciones de veteranos se asociaban a las protestas de los de Texas: el gobernador de Texas, ganoso de popularidad, se mostraba pronto a llevar la guerra a Chihuahua, si el Gobierno de Washington no la llevaba; el Congreso pidió al Presidente la correspondencia, y el Presidente la envió al Congreso, sin recomendar en su carta de mera fórmula solución alguna, ni apoyar el resumen precipitado y violento de la correspondencia con que la ponía ante el Congreso el Secretario de Estado.

Todo en aquellos momentos anunciaba la guerra: los prepa-

rativos de los texanos, la acumulación de las tropas de México, la demanda del Secretario, nuevamente rechazada por el Gobierno mexicano, el resumen belicoso del Secretario de Estado, el voto de confianza que la Comisión de Negocios Extranjeros propuso al Congreso, basada solamente en la lectura del resumen. Pero la guerra ha parecido disiparse, y la opinión ha torcido de rumbo en todo lo que no es la gente agresiva de Texas, porque el Congreso se negó a votar la resolución de confianza intimando de nuevo a México la libertad incondicional de Cutting, tan luego como uno de los mismos representantes que habían firmado el proyecto de resolución, reveló con pruebas al Congreso atónito que el resumen hecho de la correspondencia por el Secretario de Estado no presentaba el caso como resultaba de la correspondencia misma. No era verdad que México estuviese procesando a Cutting por un delito cometido en Texas, sino por eso, según está facultado por su ley, y por un delito cometido en México con desacato a un juez mexicano. No era verdad que Cutting estuviese sufriendo en México las amarguras que el Secretario decía, repitiendo con ardor los informes exagerados del cónsul de El Paso; sino que Cutting había tenido constantemente abierta por el juez la libertad bajo fianza, que rechazaba con desdén «porque el asunto es-



taba ya en manos de su Gobierno». No era verdad que México mostrase arrogancia punible en la defensa de una ley oprobiosa para los Estados Unidos; sino que había «la mayor cortesía y solicitud, y casi humillación», en las respuestas amistosas con que alegaba a los Estados Unidos la existencia previa de una ley general que comprendía el caso de Cutting, y la misma incapacidad del Gobierno Federal para forzar los procesos y sentencias del Tribunal de uno de sus Estados que el Secretario americano alegó ante el Gobierno chino hace pocos meses, cuando éste le exigió responsabilidad por los asesinatos de sus súbditos por ciudadanos americanos en uno de los Territorios de la Unión. No era verdad, como decía el resumen, que el caso todo se redujera a una injuria de México a la Nación Americana, a la pretensión desnuda de que puede por un artículo de su ley procesar y castigar en su territorio a los ciudadanos extranjeros por delitos penales según su Código, que se hubieran cometido fuera de México. La revelación del representante cambió en desagrado y desconfianza la precipitación con que se disponía el Congreso a apoyar la actitud belicosa del Secretario de Estado: el Congreso suspendió sus sesiones sin tomar noticia de la resolución que se le recomendaba con urgencia; y la honestidad de un solo hombre, defendiendo con

palabras que parecían golpes a un pueblo amigo, avasallado injustamente, disipó en una hora la nube de guerra.

Pero, ¡ah!, no puede decirse, por desdicha, que a estas horas se haya desvanecido por completo. El Secretario de Estado dice que el silencioso voto en contra que le dio la Casa de Representantes fue un manejo de los diputados republicanos, que quieren demostrar al país que también los demócratas practican con los pueblos de América la política de intimidación e intrusión que a ellos les censuraban. No rebaja el Secretario sus pretensiones aparentemente, a pesar de la censura del Congreso. No se muestra dispuesto a ceder México, que con su sabiduría en la controversia logró convertir a su propia defensa, por la revelación elocuente del diputado republicano, al Congreso mismo encargado de votar una resolución preparatoria de la guerra. En Texas y en Chihuahua se vive con los rifles cargados y el pie en el estribo, los de Texas dispuestos a pasar el puente e ir a rescatar a Cutting; los de Chihuahua decididos a resistir la invasión y a presentarles la cabeza de Cutting en respuesta. Y el tribunal de El Paso del Norte, sereno frente a la ciudad rival americana, decoroso en este peligro de guerra, procesó en forma a Cutting, con atención a la ley de su delito que rige en su propio Estado de Texas, y lo sentenció a un año de peni-

tenciaria y quinientos pesos de multa, de cuya sentencia apela. Grande es, pues, el peligro que se corre todavía; pero es de honor decir que fuera de la prensa invasora publicada en el Sur, toda la buena prensa de este país se declaró contra la intencionalidad de guerra tan pronto como reveló la verdad de la disputa el representante. Es de honor decir que si bien perdura, por desgracia, en la masa del pueblo americano, esa opinión desdenosa e ignorante de nuestros países que lo tiene tan dispuesto a mirar en menos, como a dogos falderos, a esos nobles pueblos nacientes que entre tantos obstáculos adelantan, es cierto también que la costumbre republicana cría en esta tierra, como en todas aquellas donde impera, un hábito de justicia que se impone en los casos mismos de decoro nacional hasta este extremo de defender hoy al que se tuvo ayer como enemigo. Es de honor decir que en vez de exasperar a los Estados Unidos, parece, en lo general, haberle sido grata la firme y dolorosa bravura con que, sin desafiar y sin cejar, se ha mostrado México dispuesto a defender su ley y su derecho de la intrusión del pueblo más formidable acaso de la tierra.

*La República,*  
Tegucigalpa,  
11 de septiembre de 1886

## 126

# Correspondencia particular para *El Partido Liberal*

Sumario.-El caso «Cutting».-Cambio de la opinión.-Censuras unánimes al Secretario Bayard.-El Congreso suspende sus sesiones sin votar la resolución hostil a México.-El resumen del Secretario Bayard resulta contrario a los hechos.-México es celebrado en el Congreso por su cortesía y prudencia.-El republicano Hitt defiende a México.-El discurso de Hitt.-El Congreso da un voto silencioso por la paz.-La prensa ataca a Bayard duramente.-Importancia e influjo de las entrevistas del Presidente Díaz y el señor Romero Rubio con un miembro de la prensa americana; el *Herald* celebra al Sr. Mariscal.-El *Herald* da un consejo a los texanos.-Las verdaderas armas contra los Estados Unidos, y la razón de esta victoria.

Nueva York,  
6 de agosto de 1886<sup>a</sup>

Señor Director de  
*La Nación*

**D**OS DÍAS han bastado para alterar profundamente el estado producido por el caso de Cutting, que hoy anuncia paz, y ayer aún, sin la menor exageración, parecía un caso de guerra. Porque hace dos días

no habían descubierto aún los republicanos de la Cámara de Representantes lo que hoy sabe todo el país: que el resumen violento con que el Secretario de Estado acompañó al Congreso la documentación del caso de Cutting, no presentaba este caso a su verdadera luz y en todos sus aspectos, sino que lo desfiguraba, y callaba como de propósito los esfuerzos hechos con firme prudencia por el gobierno mexica-

no para evitar un conflicto, sin que perdiese México un ápice de su decoro, ni el temor a una guerra inoportuna lo compeliere a sacrificar a una demanda injusta las relaciones respetuosas entre el poder federal y los Estados.

Hace dos días, se creía, sobre la fe del Secretario Bayard, que el caso era sólo como él lo exhibía, y que todo él versaba exclusivamente sobre la pretensión de México a juzgar por sus leyes en su territorio los actos de los ciudadanos americanos en el territorio de los Estados Unidos. Parecía inexplicable que la suprema discreción con que ha venido costearo la diplomacia mexicana todos los casos de roce difícil con los Estados Unidos, hubiera reducido una controversia de resultados inminentes a un extremo de que no había apenas salida; pero nadie osó dudar que ese era el único punto de la controversia, porque así lo afirmaba en su resumen al Con-

a. Se añade «de 1886».

greso el Secretario de Estado. Esta relación inesperada, vino a avivar las llamas encendidas por los representantes de Texas, que no habían logrado aún ver aceptadas sus resoluciones belicosas por un Congreso que esta guerra venía a sorprender, y que no tiene hoy por hoy el ánimo hecho a ella. Pero cuando el Secretario de Estado sometió al Congreso en ardiente lenguaje el caso desnudo de derecho, por el que aparecía que un país extranjero pretende tener jurisdicción sobre los actos de los Estados Unidos en su propio territorio; cuando el telégrafo trasmitió por todo el país la pintura vivísima que hacía el Secretario de los sufrimientos y violaciones de persona y de ley, que estaba padeciendo Cutting a manos mexicanas; cuando no aparecía de esta presentación de los sucesos que México hubiese hecho cuanto ha hecho por resolver con honra y prudencia el conflicto, y que lo mismo que el Secretario decía, o no era, o era de diferente modo, hubo instantáneamente en la Cámara de Representantes, y en la prensa toda un revertimiento grave en la opinión, no se vio más que el caso de derecho en que se ponía en duda la jurisdicción exclusiva de los Estados Unidos sobre los actos de sus hijos en su propio territorio, se dispuso de prisa por la comisión de negocios extranjeros la resolución que intimaba al Presidente una nueva demanda de

la libertad de Cutting, y como la seca negativa que el secretario daba como respuesta única de México parecía indicar su decisión de no atender la demanda, se sintió indudablemente la decisión de la guerra.

Pero ayer cambió todo. Puede decirse, porque es verdad, que la justificación de México la ha hecho el mismo Congreso de los Estados Unidos. La prensa entera censura hoy áspidamente al secretario por haber reseñado las negociaciones con un espíritu diverso del que las anima, con ocultación de hechos esenciales, y con desentendimiento de las legítimas razones expuestas por México para no atender inmediatamente a la petición de libertad de Cutting. Y el Congreso, en vez de aprobar la resolución de la comisión de negocios extranjeros a que lo urgía el Representante Belmont, so pretexto de que era grata al Secretario, acaba de interrumpir su período de sesiones sin tomarla en consideración, ni urgir resultado alguno, ni sancionar con su premura la que se mostraba en la Secretaría de Estado. Ha sido un voto de censura silencioso y enérgico. Parece increíble, después de la agitación de antier, y del enojo que desde el primer momento viene declarando a la luz de la Cámara, dispuesta a intimar la libertad de Cutting, que la correspondencia en cuya virtud se había propuesto por la comisión de negocios extranjeros la resolución agresiva sobre la

que se pedía el voto, revelaba precisamente lo contrario de lo que se desprendía del resumen del Secretario de Estado, único documento conocido a la comisión cuando redactó su propuesta. Se sorprendió la Cámara de oír semejante revelación en boca de uno de los miembros mismos de la comisión de extranjeros. Habló poco, y áspidamente, como quien ha sufrido de un engaño. Declaró que en México no había habido arrogancia, sino constante espíritu de complacencia. El caso no era como el Secretario lo decía: era que en México, como en los Estados Unidos, él pintaba en los representantes lo que se les señalaba de parte de México como desafío y audacia. Dejar de tomar resolución en un caso que el secretario de Estado pintaba como tan grave y atentatorio al honor nacional, ha sido decir sin palabras al Secretario que el Congreso no cree en sus representaciones, o que estas no lo convencen de que se atenta al honor de la nación.

Y es justo decir que a este aquietamiento de la opinión, han contribuido como un elemento importante y activo las nobles y tranquilas declaraciones hechas en México a un miembro de la prensa americana por el Presidente de la República y el Sr. Romero Rubio. Llegaron sus palabras impregnadas—según ha parecido aquí a la prensa—de una conmovedora dignidad, en momentos en que se oía aún el

eco de las del representante republicano Hitt, demostrando que el poder federal no puede someter a su voluntad sumariamente los tribunales de un Estado. Los representantes se miraban unos a otros con sorpresa. Abandonaron sus asientos para formar grupos. Desoyeron a los que les argüían, que las declaraciones del republicano Hitt, que por espíritu de partido deseaba desacreditar al Secretario de Estado, debían ser contestadas unánimemente por el voto de los demócratas, como una cuestión de partido. Se veía materialmente desvanecerse ante la voz de aquel hombre sencillo la nube de guerra. Y la simpatía hacia México despertaba entre los representantes, con la vivacidad natural de quien tiene prisa en reparar la injusticia que estuvo a punto de cometer, se aseguró cuando las afirmaciones de Hitt, vinieron, calientes aún en sus labios, a ser corroboradas por la clarísima exposición y la severa modestia con que exponía el caso en México el Presidente y el Sr. Romero Rubio. Acá ha parecido sinceramente bien ese lenguaje, que ni teme, ni desafía.

Pero no hubo nada más brioso que la denuncia en los labios de Hitt. «Yo voté por esa resolución en la comisión porque me aseguraron que eran ciertas las bases en que descansaba: que México estaba maltratando a un ciudadano americano; que se resistía a entregarlo, so pretexto de que tenía ju-

risdicción sobre nuestros ciudadanos en nuestro territorio. Pero eso no es verdad. México ha tratado de hacer con prontitud y empeño lo que le pedíamos que hiciera, y ha explicado plenamente en esas cartas que no tiene autoridad para compeler en sus procedimientos a un Tribunal de Estado ni a un Estado. Me he llenado de sorpresa al ver esta mañana en prensa la correspondencia de estas negociaciones, que no dice lo que se la ha hecho decir; que dice lo que se ha callado; que en cada palabra del secretario de Estado y el Presidente de México muestra la voluntad de atender a nuestras reclamaciones. No ha habido evasión por parte de México; no ha habido desafío: hasta exceso de complacencia, pudiera decirse, que ha habido.»

—«Pero ¿no está Cutting preso?» le preguntó un representante de Georgia.

—«Sí lo está, dijo Hitt prontamente, pero porque quiere, porque ha rehusado con desdén la libertad bajo fianza que se le ofrecía. Esa fue la obra de la imprudente persona que tenemos allá de consúl: que anda haciendo discursos por las calles, para que se vindiquen los derechos de nuestro país. Es la encarnación de la indiscreción el hombre que tenemos allí encargado de nuestros negocios nacionales. Él ha insistido en que se estuviera preso un hombre que en todo instante ha estado libre para salir de la prisión.»

A otros oponentes se encaró Hitt con no menor energía.

—«¿Por qué tanta bravura con un país populoso y menos fuerte que el nuestro? ¿Por qué con México tan impetuosos y con Inglaterra tan mansos y complacientes?» Y los representantes que lo oían le concedieron razón: porque España ha podido con impunidad encerrar hace un año en un calabozo inmundo de cárcel de provincia a un ciudadano americano a quien quería hacer soldado; porque Inglaterra, so pretexto de que violan las leyes de pesca, un día sobre todo, se apodera de buques y pescadores de los Estados Unidos, y les niega lo que les concede en los tratados; y en el Canadá los expulsa de sus puertos: porque ¡qué más! para libertarse de responsabilidad en las matanzas bárbaras de chinos en los Estados del Oeste, donde los tribunales no osan castigar a los asesinos, los Estados Unidos han invocado precisamente ante el Gobierno de China, la misma razón que hoy invoca el Gobierno de México ante los Estados Unidos. «Y se nos calló que el Gobierno de México nos hubiese dado esa razón legítima, como resulta que nos la ha dado. No porque lo creemos menos débil que nosotros, debemos hacer con México lo que no osamos hacer con los más fuertes. Este caso no es más que un caso común de intervención para la libertad de un preso entre los gobiernos amigos. Si hubiera ofensa de



veras, no le negaríamos nuestro apoyo por cierto al Secretario. Pero está en nuestro interés, en el de nuestro propio pueblo, en el de las naciones todas que preservemos la paz con un país que no nos da ninguna razón para turbarla.»

Después de este discurso, que oyeron los representantes confirmando con la lectura de la correspondencia que invocaba, se esparció ese unánime sentimiento que hoy censura al Secretario por las ocultaciones de su resumen, y reconoce la sinceridad y maestría con que ha llevado México este caso. «El despacho del Sr. Mariscal», dice el *Herald* de hoy, «debe ruborizar a Mr. Bayard. En él, respondiendo a la demanda imperiosa de Mr. Bayard por la inmediata excarcelación de Cutting, alega el Sr. Mariscal con la mayor moderación y cortesía, que el caso está ante un tribunal de uno de los Estados de la República; que el Presidente ha ejercido su influjo en cuanto puede ejercerlo para que el proceso sea breve y justo; que ha hecho ya el gobierno mexicano cuanto cabe en sus fuerzas legítimamente; y que debe el Secretario recordar que en México, como en los Estados Unidos, el poder federal no puede dar órdenes al Tribunal de un Estado».

Tal es hoy en este asunto el sentimiento público. En los periódicos de más opuestos bandos se lee la misma censura acre y desembozada: se dice en

alta voz que el Presidente no ha favorecido esas prisas, ni quiere solución violenta alguna, como lo prueba, él que es amigo de enviar mensajes particulares al Congreso, con haber remitido con simples frases de fórmula la correspondencia que pudo acompañar de indicaciones y consejos.—Se desmiente al Secretario en frases como esta: «En su desdichado resumen, Mr. Bayard hizo hincapié principal sobre el punto de que Cutting estaba siendo procesado en México por un delito cometido en Texas. Nada absolutamente hay en los despachos que pruebe esto. Eso es una simple suposición de Mr. Bayard, que no se ha tomado el trabajo de demostrar con un solo hecho de la correspondencia»,—y censuras son éstas que han de llamar la atención, no sólo por lo unánimes, sino porque los diarios y representantes de su partido propio son tan severos en ellas como los del bando enemigo. No es enemigo del Gobierno el *Herald*, y he aquí lo que decía ayer con irónica amargura: «Aconsejamos a los tejanos que aprendan paciencia de nuestros pescadores del Norte, de los que hay muchos cientos que han sufrido provocaciones más graves e irritantes a manos de Inglaterra, sin que les haya aún socorrido con una palabra de consuelo nuestro Departamento de Estado. No parecen los pescadores estar tan favorecidos con la amistad de Mr. Bayard como los valerosos teja-

nos: pero no debe la confianza en esta predilección llevarlos muy lejos, porque la guerra desautorizada ha llevado antes de ahora en nuestro país a los hombres a la prisión y a la horca, y sería doloroso que la prisa de los tejanos por hacerse de esos viñedos de Naboth al otro lado del Río Grande, los precipitase a empresas que obligaran a los Estados Unidos a usar sus tropas, contra ellos, en vez de echarlas contra *aquellos* con quienes muestran tanta ansia de reñir.»

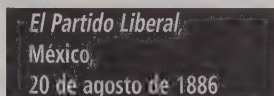
El telégrafo habrá sin duda dado cuenta hora a hora a México de los varios aspectos de este conflicto, que parece haber salido ya de su gravedad inmediata; pero no sólo es útil, sino indispensable, sino vital, sino de tal importancia, que no se ha de sacar de esto un momento los ojos, el conocer en todas sus corrientes la opinión de los Estados Unidos sobre los asuntos de México. De una mera oportunidad, de la honradez de un hombre, acaso de un movimiento de partido celoso, ha dependido esta vez la suspensión de una medida que se consideraba generalmente como precursora de la guerra. Y es que aquí existe una especie de preparación constante para ella, favorecida por una cruda y tradicional confianza; por los recuerdos de la victoria que fuerza y traición ganaron en 1848 sobre justicia y heroísmo; por la desocupación de la gente de guerra que no sabe estar quieta

una vez que ha gustado las armas, por la naturaleza penetrante e invasora del carácter del hombre en los Estados Unidos; y más que por todo, acaso, por el desconocimiento en que está la masa del país de las virtudes, de la originalidad, de la resistencia, de la inteligencia, de las dificultades, de la fuerza de trabajo que hacen respetable a México. Sólo esas armas pueden conseguir aquí una durable victoria; sólo esos escudos podrán a la larga detener la guerra. La inteligencia tiene aquí que jugar sus astas contra la fuerza. Porque no puede ser

enteramente vana, en medio del apetito de riqueza y pudridor egoísmo que las vician, esta educación y práctica del hombre en la laboriosa libertad de la República; porque los que trabajan aprenden en sí propios a respetar a los trabajadores; porque ese irritante desdén que es aquí usual para las cosas nuestras, viene principalmente de que nos creen pueblos azucarados y viciosos, sin la fuerza realmente titánica de que en luchas enormes venimos dando muestra; porque esta batalla, en suma, que acaba de ganar México, no la ha ganado por

intimidación, ni por agencias peligrosas; ni por conciertos con pueblos extranjeros, sino por el respeto que ha inspirado su honradez, y por la habilidad con que sus representantes han expuesto su justicia.

José Martí



[OCNY, pp. 52-58]

127

# Correspondencia particular para *El Partido Liberal*

Sumario.-El caso de Cutting visto en los Estados Unidos.-La política interior americana ha favorecido la paz.-Influjo del partido republicano en las censuras unánimes a Bayard.-Interés de los republicanos en la derrota de Bayard.-Blaine: su próxima campaña: sus condiciones de caudillo.-México usado como instrumento político.-El Sur y México.-Peligros permanentes.-Los capitales norteamericanos en México.-Muerte de Samuel Tilden: su carácter y su vida: su elección y sacrificio [...].

Nueva York,  
19 de agosto de 1886<sup>a</sup>

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

NI LA MUERTE de Tilden, aquel sabio político a quien defraudaron de su elección a la presidencia los republicanos; ni la revelación del modo ignominioso con que trafican y venden entre sí los beneficios de su empleo los más altos funcionarios de la ciudad; ni la campaña ruda que se dispone a hacer Blaine contra el gobierno del Partido Democrático; ni el proceso de los

anarquistas de Chicago, que tienen ya sobre la cabeza la sombra de la horca; ni el gran Parlamento irlandés que con el nombre de Convención celebran aquí ahora los amigos de la autonomía de Irlanda, tienen hoy para nosotros el interés de los asuntos de México.

Y esto no es tanto por las noticias que lleva el telégrafo antes y no cabrían en carta, cuanto porque con el sacudimiento de opiniones que este conflicto súbito ha traído a la superficie, ayudado por la mayor independencia que va permitiendo a los diarios la descomposición gradual de los partidos políticos, se están viendo

las corrientes por donde van aquí los juicios que importan tanto a México, y los peligros, y las ambiciones, y acaso la manera de contristarlos. Y se ven además con mayor claridad los elementos que han ido impidiendo la terminación fatal del conflicto de Cutting, cosa que se debe tener muy en cuenta para prever conflictos posteriores, y no abrigar esperanzas vanas sobre la facilidad de esquivarlos.

La justicia de México, y la habílissima firmeza con que la han defendido sus representantes han sido, sin duda, causa principal de la reversión instantánea y definitiva del juicio público en caso de Cutting. Los alegatos de México, reproducidos aquí minuciosamente con elogio, han ganado ante el público la batalla. Las contestaciones del ministro de Relaciones de México se han opuesto como modelo de cortés raciocinio a los documentos arrogantes e impremeditados del Secretario Bayard. Nunca prestaron documentos diplomáticos servicio

a. Se añade «de 1886».

mayor: ellos han sido los abogados felices de este pleito grave: ellos parecían pedir cada día desde las columnas de los periódicos, la justicia que no se pudo negar a su digna elocuencia y su lógica cerrada. Pero en la prisa con que los promulgaba cierta parte de la prensa, en la fruición con que daba con ellos en el rostro al Secretario aturrido y colérico, y en la falta de analogía entre los comentarios<sup>a</sup> especiales sobre el caso de hoy y la opinión general que continuaban teniendo de México algunos diarios que lo han defendido, se observa claramente que la guerra inclemente y unánime que se hace aquí a Bayard por su torpe e inconsiderada demanda ha habido una razón de política interior, sin cuya ayuda no hubiera podido acaso libertarse México de la guerra que tenía ya encima, cuando por su propio interés acudió a estorbarla el Partido Republicano.

Esa reflexión, apuntada ya a *El Partido Liberal* antes de que aquí se hubiese ni ligeramente enseñado, no sólo se confirma por la premura con que salta Blaine de nuevo a la arena política para aprovecharse de ella con su usual oportunidad y audacia, y por el implacable empeño con que ha desnudado los actos de Bayard en este conflicto el principal diario de Blaine, *The Tribune* de Nueva York, sino por las indiscretas amenazas con que el Secretario acorralado de todas partes y vencido, ha llegado hasta a anunciar

su intento de acusar de traición a «los prohombres republicanos que han estado comunicándose con el gobierno de México en este conflicto para ayudarle a ridiculizar e impedir la política del Departamento de Estado». Los mismos diarios de Blaine levantaron el guante, y revelaron que ese ataque era a Blaine y al exministro Foster: y aun parecía llegar la amenaza encubierta hasta el mismo Ministro de México en Washington, que ha sabido afrontarla por fortuna con decorosa entereza.

Lejos ha ido el Secretario en el desconcierto en que lo tiene derrota; y sus palabras fueron oídas como de persona a quien se ha de compadecer, por no haber sabido borrar con una retirada cauta y un silencio discreto el yerro grave de afirmar una demanda internacional sobre el hecho seguro de la prisión ilegal de un ciudadano, para venir a parar un mes después en enviar un comisionado a inquirir si la prisión fue efectivamente ilegal.

Un penoso trastorno ha caracterizado los actos del Departamento de Estado en todo este conflicto. A la una negaba que tuviese hecho lo que tenía determinado desde las doce, y hacía público a las dos. Ha dado a la prensa el Departamento los más opuestos rumores. Y ha caído en descrédito mayor por pretender ocultar con declaraciones de aparente firmeza las concesiones que se venía viendo forzado a hacer en virtud de

sus yerros y de la opinión pública, a la cual revelaba la prensa día a día todo lo que insistía en negar el Secretario. Así fue como se le vino a arrancar la confesión de que se había nombrado enviado especial a Mr. Sedgwick, de quien se dijo al principio que era general, y hombre de mucha ciencia jurídica, sin que luego haya podido averiguarse que sea, más que un estimable caballero que ha escrito con juicio un libro sobre contratos.

Pero si en el atolondramiento y disgusto que le ha causado su inoportuna derrota ha ido quizá lejos en su acusación el Secretario Bayard, ni a él que es político de oficio se le han podido escapar los manejos y el interés de sus rivales; ni dejan de ser claras las razones por que ha caído sobre él con tanto fuego el Partido Republicano.

Dirigido este por hombre de más escrúpulos y menor viveza y ambición que Blaine, acaso hubiera creído deber contribuir, si no a ayudarle, a salir por lo menos con decoro de un lance en que no quedaría bien puesta la nación, si aquí no fuese tanta la libertad de los hábitos públicos y la división de las manifestaciones de la opinión, y el gobierno no supiese que aquella no se cree responsable de los yerros de este ni lo es realidad, como se ha visto ahora.

a. En EPL: «comentarios».



Pero Blaine es político feliz, y tiene de su especie el salto elástico y la garra. Él sabe que este país no tiene tiempo de ver hacia atrás ni hacia adelante. Sabe que va tras lo que le deslumbra de presente. Tiene el don hábil de apoderarse del asunto palpitante en la época de sus campañas, y oscurecer con él su propia historia y los asuntos más graves de política menos ostentosa. Vienen las elecciones de candidatos a la presidencia. Él, que sólo en mil votos casuales fue vencido por Cleveland, se presenta de nuevo candidato por el Partido Republicano. Ve que los demócratas van sin rumbo, y quitan a su partido con sus abusos locales y su oposición a Cleveland el prestigio de reformador que llevó a este de triunfo en triunfo al poder. Ve que a Cleveland no lo siguen los demócratas. Ve que sin Cleveland y lo que él representa, no volverá a confiarse a los demócratas el país. ¡Qué fortuna para él, que en su discurso de vencido anunció el riesgo de dar el gobierno al Sur, el poder antes de dos años presentarse a la nación denunciándole que se ha estado a punto de envolverle en una guerra ridícula para complacer al Sur que la desea! —Blaine no pierde tiempo, no se cuida de lo que le dirán sobre su propia manera de entenderse, cuando fue secretario de Garfield, con nuestros países hispanoamericanos, con Colombia, con Chile, con el mismo México. Lo que él ve es que la cabeza

del Partido Demócrata le está temblando sobre los hombros, y que él puede ponerse en lugar del descabezado: y de las mismas manos de Bayard toma el hacha con que ha de echar abajo la cabeza. —Percibió con sus ojos de águila la importancia del instrumento que le ofrece la fortuna, y ha usado y usará de él, como medio de campaña, con esa deslumbradora rapidez que llega a dar apariencia de hombre de Estado a aquel a quien sólo falta para serlo el concepto superior de humanidad y de justicia que los produce y consagra.

Por ahí va a comenzar su campaña; por eso ha puesto tanto empeño, ya que Bayard le dio hechas las razones con sus yerros, en demostrar la ineptitud y ligereza con que ha llevado el Secretario el caso de Cutting; porque de ahí sacará él su argumento principal para combatir a los demócratas más seguros: —el peligro de dar el gobierno de la nación al Sur, que se ha apresurado a comprometerla en una guerra innecesaria y sin defensa. —Así lo ha visto Bayard, que acaso, desconociendo la entereza y habilidad de México, creyó adecuado el caso de Cutting para hacerse sin gran riesgo de capital político en el Sur, cuyos votos corteja a fin de que le ayude a ser electo candidato a la presidencia. ¡Es tan doloroso como oportuno saber que la paz de un pueblo depende a veces de los juegos políticos de dos riva-

les que se disputan el mando en un pueblo extranjero!

Ni exagerarse, ni desconocerse, deben estos elementos reales de la política viva. Determinada así por el caudillo de los republicanos la campaña sobre este fracaso ostentoso del Secretario de Estado, no sólo emprende él con fe una lucha en que tiene de su lado la opinión que no quiere esta vez la guerra, y en la que a un tiempo combate con posibilidad de victoria, a un partido despedazado y a un rival terrible por su influjo político; sino que a su voz, que tantas veces los ha llevado a la victoria, le sirven con admirable disciplina sus amigos en el Congreso y en la prensa, a quienes tiene Blaine enseñado con su ejemplo la ventaja de dar sobre el enemigo cuando está aún aturrido por el golpe.

Es digno de estudio como caudillo político este hombre tenaz: tiene siempre a sus hueses dispuestas para la pelea: inspira en ellas el mismo ardor y presteza pasmosa que a él le anima: da sus batallas de intriga con la misma precisión y rapidez con que se dan las batallas en campaña: está despierto cuando todos sus rivales duermen. Es hoy el único pretendiente activo para la candidatura de los republicanos; y toda esa ciencia y estrategia la ha empleado desde el primer instante sin descanso, para exhibir ante el país los errores del secretario Bayard en el caso de Cutting, y hacer más completa e irre-

mediable su derrota, para dejar así a la vez anonadado al candidato y desacreditado por incapaz y riesgoso a su partido. De este modo ha venido la política interior a ser auxiliar eficaz ¡pero eventual! de la justicia y habilidad con que México ha sabido esta vez librarse de la guerra.

Ya se sabe que no es, por desdicha, amigo de la paz con México el espíritu de los Estados del Sur; y que en una nación regida principal, si no exclusivamente, por el apego desmedido de cada hombre a su bien propio, ha de tenerse siempre como probable la acción en que esté a la vez empeñado el interés individual de un número crecido de hombres. Ya se sabe que el Sur desea las tierras férciles y mineras de la frontera mexicana, y que, con una prisa que ha sido dignamente contestada en la otra orilla, ha mostrado esta vez disposición, y en algunos lugares, hasta ansia de la guerra.

Pero más que ese mal constante, que sólo puede prevenirse favoreciendo apresuradamente y a toda costa las poblaciones y comarcas de la frontera, y teniendo en sus ciudades un buen número de personas<sup>a</sup> de prudencia exquisita, llama la atención aquí la insistencia y naturalidad con que la prensa del Oeste y el Este se refieren, con ese tono seguro de las cosas sabidas, a la posibilidad de que los intereses norteamericanos en México pudie-

sen producir—como dice el *World* de Nueva York, no extraño a esos intereses según se presume,—«un estado de cosas en el que hubiera muchos que desearan una guerra con México, para dar de ese modo un valor permanente a sus propiedades». «Los profetas dicen—continúa el *World*—que eso ha de suceder tarde o temprano.» ¡No lo quiera Dios, y ya México sabrá evitarlo, apresurándose a explotar por sí, como medio acaso único de impedir el conflicto, las riquezas que los extraños le codician, para no tener de este modo que aceptar un capital cuyo interés es demasiado caro! O legislando eficazmente la posesión de tierras y minas en su territorio, con una ley parecida a la que ahora acaban de dictar los Estados Unidos para prohibir la absorción de su suelo por compañías extranjeras.

No esta guerra con México, que aquí está en la raíz de las gentes y hay que ir quemando día sobre día en la misma raíz, en el desconocimiento que acá se tiene de la nobleza y brío del carácter mexicano; no esta guerra con México, sino otra con Europa por el canal de Panamá es la que tenía en la mente Samuel Tilden, el anciano que acaba de morir, cuando recomendó al Congreso, desde su sillón de enfermo, viendo correr anchas y serenas como sus pensamientos las ondas del río Hudson, que procediese sin demora a fortificar las costas

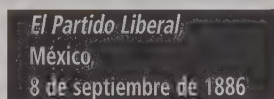
desamparadas, de los Estados Unidos.

Le temblaban las manos al octogenario; sus criados tenían que darle de comer: su sobrina pasaba el día a su lado leyéndole filosofías y versos; pero él no podía librarse de la agonía celosa con que perseguía de lejos las luchas del partido que le cautivaban el alma, ni del noble deseo de dejar puesto su nombre entre los que han hecho en su país algo de extraordinario y perdurable.

Era de aquellos hombres, aquí raros, que no se satisfacen con la mera posesión de la fortuna; famoso en los tribunales por lo sagaz, por lo previsor en la política, en los negocios por prudente y feliz, y en la historia de su patria por haberse negado a disputar con las armas su derecho clarísimo a la Presidencia de los Estados Unidos, para la cual fue electo en 1880 contra el republicano Hayes, a quien la adjudicó una Comisión del Congreso con fraude visible.

Noble fue aquella alma.<sup>b</sup>

José Martí



[OCNY, pp. 59-64]

a. En EPL: «persona».

b. En la edición de Siglo XXI se transcribió, probablemente con razón, «cejar sobre los enemigos». (N. de los E. de OCNY).

# México y Estados Unidos

Peligro grave de guerra.-Antecedentes del conflicto.-Elementos constantes de la guerra.-La razón de la guerra y su pretexto.-Resumen engañoso del Secretario de Estado ante el Congreso.-Estado de guerra en la frontera.

Nueva York,  
9 de agosto de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

**V**ALIERA MÁS esta vez no tener que dar cuenta de los sucesos culminantes de esta tierra, porque uno es el grave peligro de una guerra con México, y otro es la muerte inesperada de Samuel Tilden, aquel anciano que electo legítimamente a la Presidencia de su República, prefirió consentir en la pérdida de su puesto y en el anatema de sus secuaces, a precipitar a su pueblo a la guerra para mantener su derecho.

Murió en sus arcos de batallar, con el cuerpo clavado a su sillón y la mente en el bien público. Murió mirando por sus ventanas al río Hudson, cuya corriente majestuosa es lícito comparar a la de sus pensamientos.

Es inminente en estos momentos el peligro de una guerra mexicana. Ya se comprende que la razón verdadera para ella no es el pretexto que la precipita acaso. El pretexto es la prisión, juicio y sentencia por los tribunales del Estado mexicano de Chihuahua de un Cutting, un periodista aventurero y de poca vergüenza, que circuló con su propia mano en México, contra lo que ordena y castiga la ley mexicana de libelo, un artículo difamatorio contra un mexicano, publicado en español e inglés en un periódico americano del Estado de Texas.

La razón es la insana avaricia de los cuatreritos y matones echados de todas partes de los Estados Unidos sobre las comarcas lejanas de la frontera de Río Grande.

Allí de un lado está México, con sus ciudades viejas, su riqueza descuidada, sus hijos bravos, sus recuerdos encendidos

de la invasión americana de 1848, su disgusto de ver crecer cada día en su suelo la población americana, su miedo justo de una invasión ansiada por la mayoría de los habitantes del otro lado de la frontera, y su instintiva repulsión contra la insolencia agresiva de la caterva que merodea y acecha desde las orillas opuestas de su río.

Del otro lado está Texas, que fue antes provincia de México como es ahora Chihuahua, y fue poblándose de americanos como se está poblando ella, y un día fue invadida por ellos y quedó entre sus garras, como Chihuahua teme quedar ahora: del otro lado están los Estados Unidos con su vanguardia de ciudades nuevas, sus hoteles y casas arrogantes, sus puentes que atraviesan el río como garras clavadas en la tierra de México, y su populacho desalmado, que la mira como una cosa de su pertenencia, y tiene ansia de caer sobre sus dehesas y sus minas.

A aquellos mexicanos se les hace sangre la boca de pensar en la batida que sufriendo, tanto por la traición de su jefe como por la suerte de las armas, en la guerra de 1848. A estos

americanos fronterizos se les ve en los ojos el fatídico desdén hacia la raza de color trigueño que un novelista simbolizó acá hace pocos años en «Niñita» lindísima, india muy bella enamorada en mal hora de un americano blondito, que muere aplastada por la triunfal locomotora que guía México, adentro el hombre a quien ama. Los novelistas lamentan la suerte de «Niñita»: ¡y los texanos la aplastan!

Y esos dos pueblos viven en la frontera pecho a pecho, excusándose en la conciencia sus depredaciones mutuas con sus odios nacionales, entrándose como enemigos diariamente unos en tierras de otros, achacando cada día a los vecinos los crímenes que cometen en su Estado propio. Allí viven en tráfico constante, divididos por una estrecha cinta de agua, estos dos pueblos que se odian. El Paso frente a El Paso del Norte, Laredo frente a Nuevo Laredo, comunicadas por *tramways* las dos ciudades hostiles, aguardando constantemente la una, el instante de invadir, y la otra el de rechazar la invasión.

En tanto, los gobiernos de los Estados Unidos y México han venido manteniendo relaciones pacíficas que casi tenían carácter de cordiales, ya porque por ahora no estuviese en la mente de una admiración presidida por un hombre apacible del norte llevar la guerra a México que interesa más a los Estados del sur, ya porque con habilidad suprema ha venido es-

quivando México todo peligro de conflicto, y obligando con sus muestras de buena voluntad al gobierno de los Estados Unidos a reprimir cualquier turbulencia de sus ciudadanos contra un país tan amigo.

Pero en lo general de la opinión subsiste la creencia vaga en la cercana realidad de la posesión de México, y en el pensamiento público viene a ser la actual independencia mexicana como una mera concesión de los Estados Unidos, que no se interrumpe porque todavía no ha sido menester, pero cesará tan pronto como sea preciso. Y si en el norte mismo, que está alejado del campo del conflicto, perduran este desprecio de la raza y esta seguridad de abatirla, que en realidad se explican sólo por la ignorancia, risible si no fuera tan grave, en que están de la historia y el carácter mexicanos, en el sur, y bastante en el oeste, esa idea de conquista es cara a la imaginación popular. Se apetece la gran riqueza. Se percibe el júbilo inicuo de los animales fuertes. Todo pretexto, pues, de conflicto que se levante entre los dos países, encuentra a la frontera deseosa de la guerra; al sur dispuesto a ayudarla; al norte convencido de que la guerra ha de ser algún día y tanto es que sea hoy como mañana; y al gobierno, obligado por moralidad diplomática a la paz y empujado a la guerra por el apetito de invasión de la frontera, el espíritu belicoso del sur, y el consenti-

miento tácito del resto de la nación.

Esa es, en verdad, la situación que en estos instantes presenta el conflicto mexicano, aunque la negativa de la Casa de Representantes a votar la resolución hostil redactada por la comisión de negocios extranjeros en vista del resumen de la controversia presentado por el Secretario de Estado, parece por fortuna haber aliviado el caso de sus primeros peligros. La negativa súbita, contraria a la resolución belicosa que se esperaba del Congreso, se debió sólo—¡de qué pequeñeces dependen los sucesos mayores!—al discurso inesperado de un diputado oscuro, que acusó con pruebas al Secretario de Estado de haber presentado el caso al Congreso, en su resumen de la correspondencia con el gobierno mexicano, en contradicción plena y aparentemente voluntaria de lo que de la correspondencia misma resulta.

Por voluntad sería, o por descuido, aunque no cabe descuido en cosa semejante; pero los representantes acudieron a los ejemplares impresos que no se habían cuidado de leer, y era verdad que el caso se presentó al Congreso falsamente.

En vano defendieron al Secretario sus amigos, pidiendo ansiosamente para él la sanción inmediata de la Casa de Representantes: en vano alegaban que la revelación del diputado Hitt, que es republicano, no era



más que un movimiento de partido para presentar a los demócratas como amigos de una guerra innecesaria, a lo que debían los demócratas, que tienen mayoría en la Casa, responder con un voto unánime de partido.

La cuestión era demasiado grave para que cupiera en ella tanta ligereza. El país se hubiera indignado de que su Congreso lo precipitase sin necesidad a una guerra inesperada, y en toda apariencia inexcusable ante los demás pueblos. El representante Hitt habló poco, y a golpes; y el hecho de haberse prestado a firmar la resolución misma a que se oponía, daba peso invencible a su afirmación, comprobada con asombro por los representantes todos, de que esa resolución se había obtenido de la comisión por sorpresa, y que no era de aceptar, puesto que la comisión sólo conocía al dictarla el resumen notoriamente engañoso de la correspondencia que con tanta claridad lo desmentía.

Los republicanos asieron con júbilo esta ocasión de probar al país que no son ellos sólo ni es sólo Blaine, los que favorecen una política de intimidación e intrusión en los países americanos de casta española; y por venganza de partido censuraron en su contrario lo que hubieran aplaudido en sí. Los demócratas se exasperaron de verse guiados sin sinceridad por uno de sus jefes predilectos, por su propio Secretario de

Estado, en un caso en que el país no puede perdonarles andar de ligero, ni caer en error; ni comprometerlo por razones de bando político. Y el Congreso suspendió sus sesiones sin aprobar la resolución hostil de la comisión de negocios extranjeros, que loaba la actitud del Secretario, e instaba al Presidente a que insistiese en exigir de México la libertad inmediata del americano preso, «por no poder consentir los Estados Unidos que un poder extranjero se arrogase, como se arrogaba México, la facultad de castigar según sus leyes en territorio mexicano delitos cometidos por ciudadanos americanos en los Estados Unidos».

Pero ése no era el caso, y<sup>a</sup> Hitt lo reveló así ásperamente al país entero.

No era verdad, como decía el Secretario Bayard, que México se negase a entregar al preso apoyado en una ley suya que le autoriza a castigar a los americanos por delitos contra mexicanos cometidos en territorio de los Estados Unidos. No era verdad, a pesar de que Bayard lo afirmaba así, que se estuviese procesando a Cutting en El Paso del Norte, en México, por un delito cometido en El Paso, en Texas.

De la correspondencia resultaba la verdad: en el Paso del Norte se estaba procesando a Cutting por un delito cometido en territorio mexicano, en violación del asentimiento suscrip-

to por Cutting ante el juez que había reconocido con su firma en el acto de conciliación provocado por una falta anterior: se le estaba procesando en México, no porque había publicado en Texas una ofensa a un ciudadano mexicano, sino porque había distribuido en México la ofensa impresa que cabe dentro de la ley mexicana de libelo, con desprecio—perpetrado en México—de una disposición anterior en el mismo caso, acatada por él, de un juez mexicano.

Y México no decía lo que le hacía decir el Secretario de Estado, sino que «con una cortesía y blandura en que la complacencia se orillaba casi con la humillación», argüía a los Estados Unidos que no podría entregar al preso Cutting, porque el gobierno federal no tenía facultad para forzar las decisiones de un tribunal de un Estado,—que es precisamente, por desdicha de Bayard, lo mismo que Bayard, el Secretario de Estado, respondió hace pocos meses al gobierno chino, cuando éste le pidió reparación por los asesinatos en masa de sus súbditos en un territorio del oeste.

Ni Cutting era tratado con las amarguras que decía el Secretario, porque Hitt demostró, con la misma correspondencia, que estaba preso por su capricho, y porque quería dar causa

a. En LN, «e».

a una invasión de los de Texas; puesto que había rechazado voluntariamente su excarcelación bajo fianza, que en todo instante le tuvo abierta el juez de El Paso del Norte, como a cualquier ciudadano mexicano.

Se esparcieron por el país los miembros del Congreso, después de condenar con esa censura tácita y enérgica la actitud del Secretario de Estado, que no parece ser muy del agrado del mismo Presidente. Pero el conflicto, por desventura, está aún lejos de su solución pacífica, no tanto porque el Secretario lastimado quiere hacer caso de partido la aprobación de su conducta, y trata tal vez de prepararse absolución completa en una sesión extraordinaria del Congreso, cuanto por el espíritu de guerra que arde en la frontera. Allí está esperan-

do Cutting, condenado ya a un año de penitenciaría en El Paso del Norte a que los texanos invadan a Chihuahua al mando de su gobernador, que quiere guerra, o desea hacerse popular entre los que la quieren: allí hay de un lado y otro acumulaciones de tropas y paradas, los de Texas envían por todos los Estados Unidos despachos calculados para encender la opinión: los de México ven venir el peligro, y atrincheran sus alturas: los veteranos de la guerra de México ofrecen a los texanos sus servicios: el trabajo está suspendido en las ciudades rivales: a caballo y en armas pasean los americanos por sus calles en partidas: fórmanse en casi todos los Estados de la frontera compañías de voluntarios y todo parece a punto de precipitar el conflicto, que el go-

bierno de México esquiva con su habilidad usual y sorprendente, que el Congreso y la prensa americana sin duda reprobaban, que no desea el Presidente, dispuesto a irse a veranear a las montañas, pero que el Secretario Bayard mantiene a punta de lanza, exigiendo aún la libertad incondicional de Cutting, a que México, con modesta entereza, no accede.

¡De qué débiles hilos depende la fortuna de ese pobre país mexicano, exangüe y admirable!

¡Oh, no: la simpatía no puede estar con la boca del león!

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
18 de septiembre de 1886

[Mf. en CEM]

129

# Cleveland y su partido

Lucha entre el Presidente y los demócratas.-Vicios políticos de los representantes.-Cruel tratamiento de los presos en la penitenciaría.-La máquina de levantar.-Sucesos varios.

Nueva York,  
agosto 9 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

CON EL ACTO de justicia a su propio decoro y a México,<sup>a</sup> expuesto en una carta mía anterior, terminó la Casa sus tareas de este año, distinguidas principalmente por la incapacidad de los partidos para poner de acuerdo sus distintos bandos en las grandes cuestiones de la reforma de la tarifa y la suspensión del acunamiento de la plata, por el olvido de toda idea alta de patria con que continúan su riña mortal los demócratas y los republicanos y por la resistencia del Partido Democrático a ayudar al Presidente a conducir la política nacional de manera que el bien público sea lo primero, y el bien del partido

sólo se atienda cuando no riñan sus necesidades o conveniencias con las del bien público.

El Presidente quiere que el partido sirva a la nación, y los demócratas se resisten a seguirlo, porque quieren que la nación sirva al partido.

El Presidente quiere lo justo, y mantiene que ese es el camino único de su conocimiento para ganar la confianza popular. Los demócratas de la Casa creen que la política no es el servicio de la justicia, en su grado posible y oportuno, sino de los elementos e intereses que los mantienen en su prominencia y puesto.

La lucha es interesante para cuantos estudian el movimiento de los partidos políticos en las repúblicas. Se averigua ahora aquí si el Presidente de la nación es persona viva, con obligación de cumplir las ofertas en cuya virtud vino al poder,—o si

el Presidente, por el hecho de serlo, tiene para con su partido hasta la obligación de ser traidor a su honra personal y a su país, y de pagar los votos de sus correligionarios con la violación de las promesas hechas a la república por él y por ellos, desde el mismo puesto a que fue precisa y explícitamente encumbrado para que las cumpliera.

Trátase de saber si un partido debe seguir al jefe que escogió de su propia voluntad, en el desarrollo del carácter y programa en cuya virtud fue electo para el gobierno con el consentimiento previo y expreso del partido,—o si debe apartarse del Presidente cuando éste se resista a obedecer a sus sectarios en la adopción de medidas precisamente opuestas a aquellas para cuya realización fue electo.

«Partidario—dice el Presidente—<sup>b</sup> no quiere decir bribón.»<sup>c</sup>

«Para esta política fui elegido, porque en mi vida anterior probé que sabía ponerme frente a mi partido cuando así lo quería la ley escrita o la justicia.

a. En LN: «Méjico».

b. En LN, sin plecas.

c. En LN, sin comillas.

Mi partido no tuvo el derecho de votar por mí para venir al gobierno, con la esperanza in-moral de que los halagos del poder o las amenazas de mis partidarios me obligarían a hacer traición a la política para la cual se me elegía. Dije antes de la elección, mi hostilidad al sistema de repartir como premios personales los empleos públicos; dije mis tendencias a una reforma liberal de la tarifa; dije mi fe en un dinero honrado, y mi deseo de ver suspendida la acuñación de la plata hasta que un convenio internacional fije su valor; dije que yo entendía la presidencia como un oficio nacional, y no como el aprovechamiento del poder de la República en favor de una de sus sectas o banderías. ¿Qué cargo, pues, me tienen que hacer por ser quien soy firmemente, sin debilidad y sin insolencia? ¿He de seguir a mi partido, cuando me pide que falte deliberadamente a aquello para lo<sup>a</sup> que él y yo vinimos al gobierno, —o ha de seguirme mi partido a mí en el cumplimiento del programa en cuya virtud y sobre cuya fe nos trajo al gobierno la nación? Un gobernante que falta al programa por el cual se le elige, es un ladrón del puesto que ocupa, y no vale más que un prisionero de guerra que se escapa después de haber empeñado su palabra de honor.»

Ese encono de la Casa contra el Presidente que no le cede, se ha

estado mostrando en la serie de vetos razonados en que Cleveland ha ido devolviendo, con argumentos llenos de severas sátiras,<sup>b</sup> los acuerdos de pensiones injustas concedidas so pretexto de incapacidad contraída en la guerra a gentes que vieron de ella poco, o enfermaron antes o después de ella.

El Congreso ha querido con estas pensiones atraerse el voto de los soldados, por lo que las acordaron con igual largueza republicanos y demócratas; pero el Presidente cree, y dice, que los dineros de la nación no deben usarse con pretextos falsos o fútiles para adelantar intereses de partido. Los republicanos, que introdujeron estos proyectos de pensión y obtendrán el mayor crédito de ellos, ríen entre bastidores con mucho regocijo, y azuzan a Cleveland de procurarse popularidad de gobernante probo a costa de su propio partido.

Y en esta disensión se ha visto que Cleveland tiene mano mayor para ir juntando con singular astucia la conveniencia y la justicia; porque si bien veta aquellas pensiones otorgadas con base nimia a personas que no las han merecido, aprobó sin vacilar el aumento de doce pesos de todas las pensiones de a ocho concedidas por los Congresos anteriores, con lo que ante el país gana por sus vetos fama de íntegro, sin perder por eso la benevolencia de la gente de armas.

Y ese localismo, esa falta de áurea patria, esa angustiosa y amarga servidumbre de los representantes para con las comarcas que los eligen, esa traición perpetua a los intereses generales de la nación en obsequio a las demandas de cada distrito, es aquí el vicio de los electos de todos los partidos, que acaba siempre en igual prodigalidad de los dineros públicos, y en la misma pequeñez de las sumas verdaderamente consagradas al país, por estar los representantes sobrecogidos del miedo de que no alcance el caudal del erario para la concesión que cada uno prometió obtener a su comarca en pago de sus votos.

No hubo en tiempo de los republicanos sección del presupuesto más atacada por los demócratas que la de puertos y ríos; y este año los demócratas han votado para puertos y ríos una suma aun mayor que la que con escándalo y abuso votaron los republicanos en años anteriores.

Más:—se habló mucho este invierno de las necesidades de fortificar las costas: se tuvo el asunto vivo en la prensa y en la reuniones de los demócratas: se quería traer sobre el partido el prestigio de una gran idea nacional: se alegaba que así tendrían ocupación las factorías y arsenales norteamericanos, que

a. Se añade esta palabra.

b. En LN, sin coma.



hoy languidecen o quiebran: se argüía que con el empleo en cosa tan útil del sobrante del tesoro, cesaría ese rebato ignominioso con que ahora caen los representantes sobre los dineros mismos.

Tilden mismo, escribió al Presidente de la Casa una carta excelente en que todas esas necesidades de partido estaban muy bien vestidas de necesidades patrióticas.

Vino al fin de la comisión el presupuesto de fortificaciones, —y he ahí que por toda suma, en vez de las cuantías esperadas, sólo vota la Casa unos míseros quinientos mil pesos. —Pero como cada comarca tiene su puerto a que echar muelle, o su arroyuelo que limpiar, he ahí que para puertos y ríos, y los abusos gigantescos que se encubren con este nombre, votó la Casa en cambio veinticinco millones.

El egoísmo levanta a los pueblos y los pierde.

¡Levantar!... he ahí una palabra en estos días tristísima, que movió hace poco a un caballero curioso a visitar, allá en el pueblo seco de pedregales y árboles empolvados de que parece natural crianza, la prisión del estado de Nueva York, que goza fama de ejemplar y clemente.

Allí hay una máquina terrible de castigo, que llaman «máquina de levantar», y es la tortura misma con que en los tiempos lúgubres se suspendía del suelo por las muñecas a los

culpables de la divina maldad del pensamiento.

Dicen los alcaides, es verdad, que estas naturalezas duras, que suelen ver el crimen como un derecho, no abaten su fiera, sino que la enconan y refinan<sup>a</sup> con el trabajo callado y recio de la penitenciaría: que no los doma la oscuridad egipcia de las celdas de castigo: que ni el látigo mismo que les abre canales en las carnes, puede en ciertos hombres vencer el odio al trabajo: —¡ay! pero los que ven a la obra a este pueblo sin caridad, saben que allá adentro, en el sigilo de los muros, deben ser ciertas todas las cosas que los presos dicen, y que rizan de espanto la sangre.

Dicen los presos que en vano les permiten tener en sus celdas las obras de la librería y las revistas ilustradas, porque les dejan sin fuerzas para volver las hojas la brutal faena a que los compelen y el castigo del látigo con que se responde a toda petición de su derecho. Dicen que para obtener de ellos en los talleres más ganancia, los estrujan y chupan a trabajo como a la aceituna en el lagar, y no se ve allí en cada preso una criatura a quien mejorar y compadecer, sino una bestia que ha de halar en agonía una tarea enorme. Dicen que alzar los ojos es tener encima una red de látigos. Y hasta dicen los míseros, no hechos nunca en esta tierra de república a dejar de sentir por completo su decoro y libertad, que hay allí privilegios

para los serviles y espías, y que a todos los tienen rapados, pero a esos otros les permiten la barba y los bigotes, cuyo cercén hace a los presos más pesada su ignominia.

Y cuando hablan de la máquina de levantar a los comisionados de prisiones, tiemblan. No ha habido en cinco años preso puesto en ella que no pidiese clemencia a los cuarenta segundos: los cuelgan, por las manos esposadas, de una especie de horca, que van subiendo los alcaides lentamente; las esposas les cortan las carnes;<sup>b</sup> la circulación cesa en los brazos;<sup>c</sup> las puntas de los pies vagan sobre el suelo;<sup>d</sup> los alaridos espantables detienen en el aire los martillos de los presos que escuchan desde sus talleres; y el color no se lo detienen en las mejillas, porque allí no hay una sola mejilla con color: sacan en brazos al preso del potro, y luego lo echan a andar, como una fiera deshuesada.

El curioso que fue a la prisión vio aún luciente en los ojos de uno de esos infortunados el reflejo mortal de la otra vida. Criaturas de barro parecen aquellos hombres sombríos y macilentos: y en la cara amarilla les relampaguean los ojos viscosos como los fuegos fatuos sobre una sepultura.

a. En LN, coma.

b. En LN, dos puntos.

c. En LN, dos puntos.

d. En LN, dos puntos.

Un hombre que cruza el Niágara embutido en un casco de madera; un mozo que salta por apuesta desde lo más alto del puente de Brooklyn, y queda vivo; un campamento religioso a donde<sup>a</sup> acuden sesenta mil creyentes; un jurado que oye atónito los detalles de la conspiración trémenda de los anarquistas de Chicago;<sup>b</sup> una vergonzosa investigación de la que resulta que las asociaciones políticas hacen un tráfico infame para provecho personal con los puestos más altos del Estado, —eso sería, después de las cosas mayores, lo más curioso de esta ardiente vida de verano, si no estuvieran comentando a Dante a la sombra de los sagrados árboles de Concord algunas damas y caballeros que cada año se reúnen a hablar de las sublimidades del espíritu,—a poca distancia del campamento religioso donde, agitados por la frenética palabra de una mujer de sesenta años, se postran en la yerba de rodillas los catecúmenos convulsos, alzan en coro los brazos con el rostro lloroso vuelto al cielo, se echan de bruces sobre la tierra, exhalando lamentos y alaridos, se abrazan, se interpelan, tutean a los demonios, se confiesan en voz

alta, corren de un lado a otro, se mesan los cabellos, hasta que exhaustos e insensibles se reclinan contra los troncos de los árboles, desmayados los brazos, dichosa la sonrisa, y la mirada agonizante y ebria, como de quien a la vez muere y renace: —parece como si en el fragor de una infernal batalla se vieran salir de entre los cuerpos palpitantes y rotos los pecados vencidos, cercenadas las garras, desplumadas las alas, ensangrentado el pico, como un tropel de buitres carniceros.

Llevar en camilla<sup>c</sup> a los poseídos hacia la orilla del arroyo: hacen de las hojas de los árboles abanicos con que mover el aire sobre sus labios secos y entreabiertos: la sacerdotisa, vista de cerca, parece como que brilla y humea, y se le<sup>d</sup> ve vagar, temblando, después de su discurso.

Así se mezcla aquí lo extravagante a lo grandioso: y en el sigilo de las selvas ignoradas de los viajeros se acendran la pasión y fuerza bíblicas que deslumbran y arremeten luego con pasmoso empuje en las horas de convulsión o de reforma.

John Brown y Guiteau nacen juntos de esas selváticas escenas; y para entender a este

país no sólo hay que mirar a las ciudades con sus palacios de pórfido y su animada maravilla, sino a esas costumbres y extrañezas,—al brío primitivo con que se derriba el bosque y se alza el pueblo en el oeste,—a la justiciera brutalidad con que para castigar a un seductor se enmascaran de noche los hombres de un pueblo a 200 millas de Nueva York, sacan de la casa manchada al galán impúdico, y luego que le han vaciado sobre la cabeza un casco de alquitrán y lo han rodado sobre plumas, llévanlo en esta figura a la carretera, a la vergüenza del mundo y de la aurora.

José Martí

*La Nación*  
Buenos Aires,  
21 de septiembre de 1886

[Mf. en CEM]

- a. En LN: «ádonde».  
b. En LN, dos puntos.  
c. En LN: «camillas».  
d. En LN: «la».

## 130

## ¡Magnífico espectáculo!

La vida del Oeste.-En un hipódromo de Nueva York.-Indios: cowboys: vaqueros mexicanos.<sup>a</sup> Las squaws.-Escenas de la vida en el desierto.-Romance de la conquista del Oeste.-Búfalo<sup>b</sup> Bill, el gran escucha.-Grandes fiestas en el hipódromo.-Desfile a la carrera.-Rifleros: jinetes:<sup>c</sup> caballos resabiosos.-Asalto a una diligencia.-La caza del búfalo.-El médico tristísimo.

Nueva York,  
agosto 9 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

ESTÁ A LAS PUERTAS de Nueva York, uno de los espectáculos más originales y sanos a que pueda asistirse en pueblo alguno.

En procesión brillante, en rápidas escenas, entre la humareda de la pólvora y los gritos de guerra de los indios, pasa ante los ojos con sus trajes nativos y lances apretados la vida del Oeste, la caza de los búfalos, la carrera de los correos, las ocupaciones de los vaqueros, las hazañas de los exploradores, la vida aborígen.<sup>d</sup>

Y al lado del gran circo, donde se celebran con sus actores

naturales las cacerías y lidias que han dado al Oeste fama romancesca, levántanse entre los pinos de un bosque tierno las tiendas de campaña en que se alojan los héroes de la fiesta al mando de Búfalo Bill, de Guillermo el de los búfalos, del caballero de las selvas, del gran escucha y guía de las campañas, que en media hora mató una vez cuarenta y ocho bisontes, y tiene en sus ojos azules la melancolía inefable del que ha mirado tenazmente en lo fondo de la naturaleza.

Allí se vive con la épica grandeza que enamora el alma en los peligros y en las soledades: allí se cría ante los ojos, en juegos inocentes la raza esbelta y áurea que dio al mundo el suelo americano; allí la vida se agiganta y refresca en la contemplación de esa misteriosa

novedad que traen los hombres brotados hace poco de la tierra, y los que se entran a caballo por sus virginidades; allí se asiste, transida el alma y el cuerpo palpitante, a los cuadros de odio y acometimiento con que ha arrollado el hombre blanco la solemne espesura, y han saltado a los tiros del rifle, las plumas de las flechas, en el estruendo de la salvaje<sup>e</sup> arremetida. Allí el drama se reproduce inicuo y grande, y se presencia el triunfo del fuerte y la doma de la naturaleza.

La empresa es un ejército.

Los indios, son indios. Los vaqueros, son los mismos que enlazan animales y duermen sobre las culatas de sus rifles en las llanuras donde rondan los lobos y los indios velan.

Los mexicanos, mexicanos son, hábiles en echar el lazo y colear el toro, y los manda el gran montador de caballos viciosos, Antonio Esquivel: y icon

a. En LN, siempre: «mejicanos».

b. En LN, siempre: «Buffalo».

c. En LN, siempre: «ginetes».

d. En LN: «aborigene».

e. En LN: «salvage».

qué gusto se ve lucir por entre aquellos pinos las chaquetas de hombrera y galón de oro, bordadas por la mano de las novias! iparece que centellea sobre las chaquetillas mexicanas, descendiendo radiante por entre los pinares, el sol de la otra América, que vierte en el alma oro!

Los rifleros, son grandes rifleros, y han ensayado sobre pechos de indios ¡ay! y sobre lomos de búfalo los disparos seguros con que hoy rompen en el aire las bolas de barro.

Búfalo Bill, el jefe, es el célebre escucha de las campañas contra las tribus, el que habla a los indios en sus lenguas propias, el que ha arrancado su penacho de plumas a los guerreros muertos con el mismo cuchillo y el ademán mismo con que ahora repite cada tarde el simulacro de su hazaña.

El médico sacerdotal de imponente estatura que va de choza en choza meciendo en su marcha con ademán regio su corona y arcos de plumas de águila, es el mismo patriarca entristecido que en los bosques pawnees, al reflejo de las fogatas llameantes, de pie con sus ornamentos de colores sobre su tribu postrada,<sup>a</sup> alza los brazos por encima de su cabeza misteriosa y lívida, prorrump<sup>b</sup> en un grito desgarrador y ronco, y vierte sobre su pueblo los consejos de la desolación y la prudencia. Antes de tomar puesto en el enorme circo, a ver cómo se derriba el bosque y se abre la

vida en el Oeste, pasean los visitantes por el grato sombrío a cuya entrada habitan en carpas de pieles curtidas y pintadas por su mano las familias indias. ¡Qué bellos lucen los guerreros jóvenes, enhiestos y aminbrados, con la hierática hermosura de las fieras en reposo! Las *squaws*, las mujeres que acarrear la carga y levantan la tienda en su existencia vagabunda, allí conversan en cuculillas sobre la yerba, mientras sus hijas, pintado el rostro de rojo y amarillo, se columpian con rítmico despacio en las cuerdas atadas de árbol a árbol, y los hijos varones se entretienen en los saltos y juegos con que adiestran sus miembros para su vida de carrera y de ave.

Ríen los ojos de los niños indios, y les lucen con una dulzura y claridad extrañas: suena a arroyo su risa placentera: les cae el cabello agitado por los saltos sobre la espalda cubierta de una blusa verde: en los calzones rojos llevan flecos, y bordados de cuentas en los mocasines de sus pies menudos. Silfos parecen, corriendo alegremente de un tronco a otro. Saltan con pesas en las manos, plegando hacia atrás el cuerpo con los brazos en alto, para que alcance más el brinco a pie juntillas.

Unos tiran la barra; otros persiguen, en el juego de la *crosse*, las pelotas que quieren echar con sus palos encaperuzados en el campo hostil. Otros vencen en la carrera a los niños

blancos. Una hija mayor se acurruca a la puerta de una tienda con su hermanín a la espalda, un bravo de un año que ya trae en los ojos la inquietud de la tribu y la astucia de la raza.

Los guerreros y mozos van de carpa en carpa, a saltos elásticos y rítmicos.

De pies a cabeza van cubiertas las madres y las hijas, que por la espalda llevan una manta, y en los pies polainas de cuero, a pesar de lo largo de su túnica.

Se ve a lo lejos al médico que cruza, detiene sobre la gente sus ojos melancólicos y desconsolados, y se entra por lo más espeso de los pinos blandiendo altivamente su bastón de plumas, como un rey en su palacio.

Las ternezas están vedadas a un observador de oficio, pero de aquellas apuestas criaturas de cuerpos cimbreantes<sup>c</sup> y ojos vívidos surgen con tal fuerza la dignidad y la gracia, que se condena vehementemente a los que interrumpieron en flor el natural desenvolvimiento de esta raza fina,—fuerte, imperial y alada, con las águilas que la vieron nacer desde sus cumbres, y a quienes vence el cóndor de los Andes.

En el interior de sus tiendas reposan de sus ejercicios los gue-

a. En LN, signo de puntuación ilegible.

b. En LN: «prorump».

c. En LN: «cimbrantes».



rreros, reclinados silenciosamente en círculo al borde de la lona, viendo apretarse en la abertura de la entrada a la gente curiosa que quiere saber cómo es por dentro una tienda india.

Tienen de ala y de estatua aquellas melancólicas figuras. Aquellos son los ojos penetrantes del que pasa la vida en pie y alarma, husmeando entre los troncos de los árboles al enemigo que lo<sup>a</sup> espera apercibido. Se ve una cesta de ojos: todos miran de frente. Tienen en la mirada el aire del desierto, el arrebatado y algarada de la cacería, la cola ondeante del caballo libre.

Uno está recostado con descuido, la cabeza en las palmas de las manos, en un fiero abandono de dios joven. Otro, sujeta<sup>b</sup> con ambas manos la pierna encorvada, se mece con movimiento de columpio. Otro, a medio acostar suspende sobre un brazo el cuerpo esbelto y dibuja sobre el fondo de crepúsculo de la lona su cabeza bronceada, como un sol poniente. Otro, sentado sobre sus talones, mira atento, con los codos clavados en las rodillas, y hundida en las palmas de las manos la cabeza coronada de plumas. En medio de ellos, envuelto en su frazada blanca, está sentado el jefe.

Les caen sobre ambos hombros guedejas de crin negra: usan anchos calzones, amarillos o rojos, y con flecos, pero sujetos<sup>c</sup> por dentro de modo que enseñan y permiten el juego de

la pierna: la blusa es verde o azul, de mangas anchas, ceñidas sobre el codo y la muñeca por aros plateados o dorados: llevan al cuello como adorno una piel de castor muerto a su mano, esmaltada de lentejuelas y de espejos: les cruza el pecho en banda una sarta de huesecillos pintados, que distraen las largas marchas por montes y llanos con su sonsonete alegre. Les gusta el ritmo, el canto, la elocuencia, la pintura, el verso. Les gusta el ruido de los cascabeles, que les recuerda a las serpientes místicas; y saben la grandiosa y lenta música que se aprende en los ejercicios ordenados del cuerpo, y en la armonía de la naturaleza. Y así, tendidos, sentados, reclinados, dispuestos en graciosos grupos como un muro de defensa en torno de su jefe, parecen con sus trajes vivos y su escultórico reposo, hombres recién nacidos de las entrañas de la tierra, coloreados con los<sup>d</sup> tintes vírgenes que matizan las flores y pintan las alas de los pájaros en los talleres volcánicos del universo.

Frente a las tiendas de los indios se extienden en hilera las que dan albergue al jefe de la empresa, a sus empleados, a los vaqueros, que aguardan entre sus armas y monturas la hora de echarse a escape sobre el circo, en simulacro de las hazañas y correrías de que fueron héroes reales.

Algo hay del testuz del bisonte en aquellos hombres ha-

bituados a domarlo. Con los cuchillos que llevan al cinto han arrancado vivo al búfalo el cuero de que están hechos sus vestidos; y es fortificante y saludable la contemplación de aquellos hombres primarios y genuinos, altos como columnas, erguidos como árboles, pujantes como el viento, que han peleado en la selva solemne con la naturaleza brazo a brazo, y la han sometido, y se han sentado sobre su cuello a enjugarse el sudor de la victoria, caído a sus pies su sombrero que parece un sol, como se sienta el domador sobre su fiera.

Los *cowboys*, los vaqueros del Oeste,<sup>e</sup> llevan en sí esa fuerza y encanto misteriosos de los que se crían en el peligro. Ellos, con esos mismos rifles, han hecho resonar los montes nuevos donde no hubo antes más ruido que el de los ramajes<sup>f</sup> arrollados por el tronco que rueda de la cumbre depuesto por el rayo, el bramar de los toros encendidos que invitan a su amada temerosa, y el mugir de combate de las bestias que sacian asta en asta la furia soberana de los celos. Ellos, movidos por la voz de adentro que manda abrir tierras y mares, saltaron con el apetito de las aven-

a. En LN: «los».

b. En LN: «sugeta».

c. En LN: «sugetos».

d. En LN: «las».

e. En LN, sin coma.

f. En LN: «ramages».

turas de las chozas de sus padres al lomo de los caballos libres del desierto señoreado por el indio, y echaron adelante a atajar el paso al mundo blanco que venía tras ellos, comiendo lo que cazaban, adelantando entre nubes de flechas, durmiendo sobre sus sillas, con el arma al hombro, bebiendo a veces, por no morir de sed, la sangra de sus cabalgaduras. Ellos han sido la vanguardia de este tropel aurífero, que va del Este con hambre de siglos, y máquinas por cañones,<sup>a</sup> y locomotoras por cureñas, y por culebrinas rieles, y donde los indios pintaban ayer a la sombra de los fresnos las plumas de águila que habían de ornar sus mantos, levantan<sup>b</sup> hoy como si los hubieran traído a cuestras, palacios de oro y plata que tienen por cimientos los troncos de los árboles petrificados en las montañas en el silencio activo de los siglos: siglos parecen ser los montes, siglos acurrucados en hilera, a ver hervir transformarse el mundo.

Esos vaqueros, esos escuchas, esos cazadores, esos rifleros, no son, no, hombres de comedia que se empelucan y disfrazan para hacer en el circo de bravos y de héroes, sino que son los héroes mismos que han empujado en menos de veinticinco años sobre el mar las manadas de búfalos que como vivos montes sombreaban los valles aborígenes, y las tribus de indios que los atravesaban a flechazos en sus maravillosas

cacerías, e imitaban después sobre sus pieles las formas y colores de la naturaleza, asemejándose en sus errantes campamentos a pedazos caídos de un arco iris.

Hay en los ojos de estos hombres una especie de vela, de marcha, de alba: no parece que el fuego de sus ojos permite que se cierna sobre ellos pesadamente el párpado.

Aun cuando están sentados, parece que van a arremeter.

Ya los ferrocarriles y ciudades se levantan donde ayer todavía llevaban ellos la vida de guerra y caza que ahora exhiben, para ocupar el verano, a las gentes del Este; pero acá como allá duermen vestidos. Quieren sus llanos donde el sol se bebe los ríos en el estío, quieren sus abras negras donde el cielo acostado parece de noche un árbol caído, y donde el indio acecha las pieles de búfalo que el cazador vigila con el rifle al hombro, y los caballos que tiene cerco adentro, porque no caiga el indio sobre ellos a la desbandada, y los ahuyente hacia su campo a gritos. Quieren oír en las temibles noches la tempestad que silba y truena sobre la copa de los árboles, y los indios que se acercan salto a salto, de arbusto en arbusto, y los lobos que cruzan aullando,<sup>c</sup> y girando, y centelleando, por entre los troncos. Quieren guiar como antes, cuando hay tribus alzadas, a los soldados de a caballo que las siguen, y husmearlos, cerrarlos, y engañar las

veladas charlando junto al fuego, viendo pasar a veces, ilomismo que en la vida,<sup>d</sup> una banda de lobos detrás de una ternera<sup>e</sup> o despertándose de súbito para desembarazarse de un golpe de indios que a rastras se les han venido encima, ágiles y feroces como una jauría, revolviendo en el aire las hachas que llevan pendientes de las muñecas, lleno el carcaj a las espaldas, luciéndoles a la luz de los disparos con resplandor diabólico los rostros, que traen embijados por parecer más fieros.

Quieren, cuando la pelea los ha dejado escualidos y hambrientos, dar al salir al valle con una feria de cazadores, donde se retoza, huelga y merca, con abundancia de comida y dineros, alrededor de las fogatas, y se descansa sin temor bajo las recias tiendas de pieles, por cuyas cúspides se escapa, rizado al aire azul, un fino penacho de humo, como por entre las hojas del maíz tierno los hilos rubios que anuncian su sazón.

No se cansa la gente, antes de entrar en el gran circo, de mirar a esos hombres vestidos de cuero, lleno el cinto de cuchillos y pistolas, larga la cabellera hasta los hombros, ancho el sombrero, como para guardar

a. En LN, sin coma.

b. En LN: «levanta».

c. En LN: «ahullando».

d. En LN, sin coma.

e. En LN: «tercera».

del sol la espalda, y echado atrás, como para dar mejor la frente. Tienen a los pies el lazo, y sobre las piernas, o en el baúl en que se sientan, el rifle a cuyo fuego está más acostumbrado su caballo.

Uno de esos hombres, cuyos ojos azules parecen venir de un gran mar interior, ha entrado materialmente por el bosque cabalgando en una locomotora y defendiéndola a bala de los indios que hacían con sus cuerpos muertos alfombra a su propia tierra.

Otro ayudó a fundar una ciudad junto a las minas, y a látigo y a bala la mantuvo en freno hasta que al rumor de la ganancia vinieron los misioneros y los diarios.

Otro es un ladrón famoso, cuyos ojos muerden, y anda ahora arrepentido, junto al mismo que lo sacó maniatado en un tren que robaba.

Otro rompe en el aire el hilo de un anzuelo, y pasa una bala por una sortija.

Otro se echa a escape con la rienda suelta tras un indio que le adelanta lanzando al aire palomas de barro, y el hombre es tan gran tirador que todas las palomas las rompe en el aire, y caen a tierra en trizas.

Hay mujeres también, célebres en cabalgar y en el tiro al vuelo:—allá las mujeres desmontan, cazan, pelean, dirigen diarios, aran, tunden a los galanes atrevidos, empluman a sus rivales, salen en procesión a ver linchar<sup>a</sup> a los bandoleros, con

su merienda en el arzón y los hijos a la grupa.

No tienen los hombres ese color de fruta sazónada de los que crían en paz la tierra, sino un color misterioso de luz de luna, como si el peligro que perpetuamente afrontan fuese un astro. Aquellas miradas, aquella luz del rostro, aquel sombrero hidalgo, aquel cabello al viento, aquel vestido de héroe, aquella apariencia de puntal que anda pidiendo bóveda, aquel trasunto vivo de una existencia de valor y muerte, caliente en los cerebros el grano de romance y locura que los aviva y colorea, y se siente en el cráneo como un alegre incendio, a cuyos resplandores, sobre un caballo alado, el espíritu mete el pie por el estribo, y en un clarín de oro resueña la llamada a botasilla.

Todo eso se desborda sobre el circo: las tribus con sus jefes, los *cowboys* a todo el correr de sus caballos, los vaqueros de México, las Amazonas tendidas sobre sus brutos con la cabelleira al viento: y los caballos traen el vientre en tierra.

De allá, del lejano portón, vienen los indios, como colores locos: aúllan<sup>b</sup> como si el suelo se abriera bajo sus animales, y dieran suelta a toda la venganza de su raza:—tiene aquel grito de flecha y gallardete;<sup>c</sup> se tiende por el aire, como el lazo que echan sobre los toros los vaqueros; cimbreo, vibra y arrastra: no ha de quedar de él en la guerra sino lo que queda

en la caza de la pieza entregada a la trailla.<sup>d</sup>

Detiene la tribu de súbito sus caballos. Del fondo viene como un sol de colores en un polvo dorado: es el jefe de la tribu, que reciben los indios con vocerío orgulloso.—Otras tribus; otros jefes, todos a escape, y todos acomodándose en hilera.

El circo entero saluda a los *cowboys* con sus pañuelos, cuando se desatan del portón, voceando triunfo, los sombreros girando a todo brazo, roto el aire en la furia de la arremetida.

Sobre alas, más que sobre pies, vienen tras de ellos los mexicanos celosos. Van llegando los héroes, y los van anunciando: el tirador, el escucha, el laceador, el saltador. Viene con paso triste, como si no viniese, el médico sacerdote, en un caballo blanco.

Y aparece por fin, entre aquellos trescientos hombres de la naturaleza, el que por la perfección de sus sentidos y la bravura de su corazón ha logrado domarlos: él, el más ágil y fuerte, y jinete mejor; él, el que endereza a los indios en los tiempos de combate las homéricas arengas que les agradan; él, el que obtiene casi siempre que se descian de la muñeca el hacha de pelear, y fumen sentados en coro la pipa de la paz;

a. En LN: «lynchar».

b. En LN: «ahullan».

c. En LN, coma.

d. En LN: «trahilla».



él, que entre los blancos del Oeste tiene puesto de rey porque redujo la soberbia de un baratero que tenía esclavos a los cazadores, y entre los indios es venerado como jefe porque abatió con su mano en una cacería cuarenta y ocho búfalos; él, Búfalo Bill, que parece nacido sobre su caballo, y ni en rastrear indios, ni en ablandarlos, ni en burlarlos, ni en gobernarlos tiene quien le saque ventaja.

Se pliegan<sup>a</sup> él y su caballo con igual movimiento, como dos hojas gemelas que a compás en la hora de la puesta se van volviendo al sol. Parece el animal como porción del hombre, por lo fino y sutil de su obediencia, y hay música en aquel gracioso andar, y esa penetrante magia con que se gana el alma todo lo perfecto.

Llega, saluda, tuerce bridas, da una voz: y como una tormenta esparciría en encantados remolinos las cuentas de un rosario, así en carrera arrebatada se desgranran mezclados por el circo,<sup>b</sup> indios, *cowboys*, vaqueros y amazonas: se ven cascotes que lucen y colas que desaparecen: por entre el polvo turbio, que brilla como un manto cuajado de lentejuelas, asoman puntos verdes, rojos y amarillos: va a paso triste el gran caballo blanco.

Y la fiesta comienza, y las escenas de la vida del Oeste que van ya pintadas, cuando aún está subiéndolo por el aire, como cantando himnos, la polvareda espesa.

Como tres flechas que apenas se llevan la punta pasan regateando en sus *ponies* veloces un mexicano, una *cowboy* y un indio. Desalado viene un jinete, que fue correo hace años, y enseña cómo se lo era, cuando el correo se servía a caballo: ya le tienen dispuesto otro caballo fresco: ya trae él descinchada la montura y sacados los pies de los estribos: salta al caballo nuevo con silla y valija:<sup>c</sup> encincha en un segundo: ¡ya no se ve más que el polvo que levanta!: así era antes el correo.

Las amazonas lucen sus gracias en la carrera. Hacen los tiradores cosas locas. El saltador salva un caballo a pie juntillas. El del lazo derriba por los cuernos a una vaca. Otros acorralan a un búfalo, y lo van enlazando pierna a pierna hasta que un *cowboy* lo monta. Tiembla el público al ver lanzar contra el cercado a otro vaquero por un caballo indómito: y cuando está la concurrencia riendo entretenida con los esfuerzos de los mozos por montar los caballos y mulas resabiosos,<sup>d</sup> cuando rompen a correr con su jinete por el aire los brutos vencidos dando tremendos y risibles botes, se ve entrar cojeando<sup>e</sup> y con la cara ensangrentada<sup>f</sup> al *cowboy* que el animal echó contra la cerca, y aunque el público grita que no monte, él se mete debajo de la bestia que se tiende higar en tierra, él se abraza a su cuello para quedar sobre el animal cuando se alce, él recibe sobre sí el

peso del bruto que una y otra vez se deja caer sobre el jinete, y cuando hostigado por los vaqueros, se levanta al fin el caballo con un salto espantable, ya no está solo, sino que lleva al *cowboy* ensangrentado encima.

Fingen luego, con verdad que encoge el ánimo, un ataque de los indios a una diligencia: cómo ellos cautamente se acercan; cómo el coche de mulas<sup>g</sup> se adelanta; cómo caen los indios de repente sobre la diligencia, dando alaridos bárbaros, tal como en sus soledades ven bajar a los buitres sobre su presa con vuelo de cuchillo. La diligencia se defiende: los vaqueros acuden prontos siempre al rescate: sangre de indios cubre el campo aprisa: vence el blanco; pero la diligencia lleva en el pescante a su cocherito muerto.

Lentamente vienen a caballo, en otra escena, los de una tribu india. Traen su canto de viaje, que se pega al corazón como una serpiente herida, y es una infinita queja, solitaria e inmensa como los bosques que evoca: tal se cree que se tiene ante los ojos la soledad con su silencio y su espesura; y se entra la cabalgata triste por el

a. En LN: «plegan».

b. En LN, sin coma.

c. En LN: «baliya».

d. En LN: «resabiosas».

e. En LN: «cogeando».

f. En LN: «ensangrentado».

g. En LN, coma.



alma, como un difunto entra en su féretro. Cantan lo que se va y no tiene remedio: cantan el río que muere, el pájaro que muere, la luz que muere: cantan la desesperación y la mortaja. Baján de sus caballos, y se sientan en coro a fumar la pipa, mientras las *squaws* fornidas, que ahorran a sus maridos las fuerzas para defenderlas, levantan las tiendas, encienden el fuego, y ponen sobre él las ramas secas en que se ha de asar la carne de búfalo que aún queda de la última correría. Saltan por allí juntos y jinetean<sup>a</sup> en los burros los indiecitos; y luego se acercan todos, para que las *squaws* bailen primero, con el ritmo monótono y melancólico de toda raza acabada de nacer, y después de ellas bailen los bravos de la tribu su danza de guerra, selvática fanfarria de la que se escapan inacordes gritos, tal como en un encierro de caballos para cazar el búfalo rompen la fila husmeando el riesgo con bravura los más impacientes.

Y así va viendo la absorta fantasía, con fruición de enamorada, los lances nativos de aquella existencia original y grandiosa; así asiste en todo el fulgor de la verdad al desalmado combate entre los dueños naturales del país y los conquistadores de la selva; así se va sacando al alma mansamente de la poquedad y escualidez de la vida ciudadana,—cuando un espectáculo estremecedor involuntariamente

excita a ponerse en pie sobre las gradas, cual si fuera vergüenza quedarse holgando en los estrados de la vida cuando cruzan ante nosotros, con la majestad<sup>b</sup> del trabajo y el peligro, los que bregan en sus entrañas. Es la caza del búfalo, masa contra masa.

Se traen una manada, y se ve la caza como si fuera cierta.

El ingenio nativo de los indios resplandece en ella sobre los movimientos penosos de los blancos.

No trae montura el indio, para que su caballo alcance o escape al búfalo, que cuando arremete arrolla, y cuando huye lleva alas. Unos indios traen rifles, que es como cazan ahora; y otros flechas, como cazaban antes. Vaga la manada desapercibida semejante de lejos a un oleaje de mar turbia; y en silencio se juntan a su espalda, caballo contra caballo, los hombres todos de la cacería; los indios primero, en cuerpo de más de cien, detrás los blancos. Un hilo puede cambiar la vida en muerte. Se aprietan más, se aprietan.

A un solo grito, estridente y frenético, se desgaja toda la masa de jinetes sobre la manada; sólo lo ha visto quien haya visto la negrura irse apiñando en un rincón del cielo, y cuajarse en cerrazón violenta, y desatarse luego, como a voz de rayo, en pardas y mortíferas corrientes, que a cercén de la tierra van rasando cuanto osa alzar la copa al cielo en ira.

Apenas deja el polvo ver la

lucha. La manada, al sentir la caballería, ondea, se entreabre, huye. Se ve en el turbión que unos búfalos, en vez de huir primero, abren campo a otras: son los machos, que se quedan atrás para guardar sus hembras. Ellas corren más que ellos: ¡pesa siempre la fuerza de crear! Ellos, que ya llevan en las ancas a los cazadores, vuélvense como para arremeter; cierra la caza el cuerpo; tuercen grupas los búfalos: ¡ya no se ve más que el espeso torbellino! Gira el polvo en el aire, como si lo agitasen sobre la tierra el estertor de muertos gigantescos:<sup>c</sup> ahoga el olor de pólvora: apenas se oyen los alaridos de los indios, que la atmósfera lívida detiene; se alcanza a ver que cada jinete<sup>d</sup> sigue a un búfalo, que es ya su presa cierta: un grito hiende el aire, uno de esos gritos, que da en campaña el alma entera, erguido el cuerpo loco sobre los estribos. Y con el ruido de un monte que cae, desaparecen por el portón la manada vencida y la furia que lo acosa.

Queda la vida palpitando largo tiempo en el circo que se depleta poco a poco, y el curso de curiosos va perdiéndose a lo largo de los pinos, cual sangre que se sale de las venas. El día acaba. Va-

a. En LN: «ginetean».

b. En LN: «magestad».

c. En LN: «jigantescos».

d. En LN: «ginete».

queros, tiradores e indios han entrado en sus tiendas.

Pero junto al más recio y lejano de los pinos, agigantada por la sombra sobre el horizonte su figura enhiesta erizada de plumas, mira a la gente blanca que desaparece, el médico trístico, cruzadas sobre el pecho ambas manos huesudas, el es-

cudo a los pies, los ojos secos, y la faz terrosa.

José Martí

*La Nación*  
Buenos Aires  
25 de septiembre de 1886

[Mf. en CEM]

131

## Carta a *La República*

Nueva York,  
12 de agosto de 1886

Señor Director de  
*La República*

**I**NTELIGENCIA, elocuencia, calor de corazón, todo esto lo dio la naturaleza ricamente a nuestras tierras americanas; mas sin lazos que las aten al resto del mundo, sin aplicación laboriosa que las haga respetables, sin vías por donde salgan las riquezas escondidas, sin un trabajo productivo que emplee natural y noblemente aquellas condiciones ventajosas, se extraviarían por siempre en flo-

reos y hojosidades de literatura inútil, se pondrían al servicio de las revueltas políticas que aseguran por cierto tiempo en caso de triunfo un sustento fácil y vergonzoso, y se esterilizarían a lo sumo en la persecución fantástica de la mera forma. No hay más medio de asegurar la libertad en la patria y el decoro en el hombre, que fomentar la riqueza pública. La propiedad conserva los Estados. Un déspota no puede imponerse a un pueblo de trabajadores.

Vigilar por cuanto atañe a Honduras, es deber de quien escribe para ella. No hay acaso por ahora tarea más patriótica

en nuestros países que la de abrir campo ancho al trabajo personal, y al Erario fuente viva que permita la rápida creación de las vías y conductores de riqueza, y la educación práctica, no meramente universitaria y verbosa, de sus hijos. Puesto que allí donde los hombres no tienen un seguro modo honesto de ganarse el pan, no hay esperanzas de que se afirmen las libertades públicas, porque la necesidad de vivir proporcionará siempre auxiliares de sobra a los que quieran conculcarlas, y la falta de intereses que defender dará séquito a los turbulentos o ambiciosos.

Se ha visto estos días el

nombre de Honduras repetido en los periódicos americanos, ya en los que se publican aquí en español, a los que fuerza el adelanto del país a poner en él mayor atención, ya en los de lengua inglesa que es lo que más importa. Un día cuenta un viajero de New Orleans su visita a las minas de Yuscarán, y los trabajos briosos emprendidos en ellas, con elogios a la inteligencia de la compañía, y a la hospitalidad, viveza de juicio y cultura de lenguaje de aquellos habitantes. Otro día se confirma la noticia de la publicación de un libro hermoso que va a revelar a los americanos todo lo que esconde de rico la tierra hondureña, y lo que tiene de bello. Otro día es un cuaderno muy leído y bien puesto de la Compañía de Mejora y Navegación. Y alguna vez, por desdicha, es un artículo violento, escrito, en esta hora de creación de riqueza, en que todo estímulo e indulgencia son pocos, como si se hubiese querido de propósito asustar a los que piensen llevar sus capitales a Honduras. Cuanto se haga aquí por dar a conocer el país, es un servicio inestimable, y base precisa de todos los demás trabajos patrios. Así es un peligro verdadero para Honduras cuanto se diga aquí de exagerado o malévolo en su contra. Como desde hace meses viene animada en los periódicos la descripción de la abundancia minera de Honduras, llamó aquí mucho la atención, por su espíritu

acerbo y la ligereza con que se le hiere en este instante crítico de creación de su crédito en el mercado, que ha de dar vuelo a su riqueza, una carta de Puerto Cortés, enviada a un buen periódico, *The Engineering and Mining Journal* por un corresponsal que se firma «Clip». No cabe desde aquí saber si en este o aquel detalle que denuncia, tiene el corresponsal razón; pero es obra triste, en que se debía mover despacio la mano, esa de presentar a un país en vergüenza como un pueblo famélico e indigno de confianza en los momentos mismos en que para sacar al tráfico las riquezas que han de constituir sólidamente la República, están entregados a la tarea de revelarlas y explotarlas los más previsores y útiles de sus hijos. Mano hondureña no puede ser la que así pone en riesgo las cosas de Honduras.

Que es país que comienza, ya se sabe; pero debía inspirar respeto la suma de sus infortunios pasados, y el ímpetu que se consagra a su remedio. Mal ayuda a un país el que lo presenta como una selva enmarañada, donde las mulas no tienen donde poner el pie, y las minas cuestan más de lo que dan, y no hay pan que comer. Mal lo ayuda quien, en vez de contribuir a la labor de hacer conocer sus entrañas de oro a los que pueden trabajarlas, se burla de ellos con acento irónico, enseñando por fortuna, desde las primeras palabras, un vivo encono contra los que creen

mejor revelar a un país que denigrarlo. No es cosa grata en verdad, leer en un periódico influyente en el ramo de minas, que no es cierto lo que se dice de la riqueza minera de Honduras; que cuanto se hace no es más que ver cómo se aligeran los bolsillos de los caballeros de Chicago, etc.; que el país no tiene un camino por donde pueda andar una caballería, ni entrar maquinaria; que es pura pérdida de dinero vivo todo lo que se gasta en esas minas muertas; que se debe mirar mucho antes de dar un peso para ellas; que el trabajador y el que va en busca de fortuna deben volver grupas si van vía de Honduras, porque Honduras no tiene pan que darles, y otras cosas como éstas, calculadas todas para detener la mano de los que están dispuestos a tenderla al país.

Los que ven con afecto, y con el alma auxilian, el esfuerzo de esta tierra hermana por asegurar su moralidad y bienestar con la explotación legítima de su riqueza verdadera, leyeron con placer el número siguiente del periódico de minas, donde con un estilo cuya fineza y discreción contrasta con el ligero y enconado de la denuncia, contesta al corresponsal en Puerto Cortés el Presidente del Sindicato Centroamericano. No deja un cargo en pie. Vindica al país. Reconoce que ha de haber errores y obstáculos imprevistos en toda empresa nueva. Cita los nombres de los encargados

de los trabajos en Honduras, que parecen ser gente toda celebrada en su ramo. Abre los libros de la Compañía a quienes quieran cerciorarse de la economía de los gastos y el éxito de las operaciones. Sugiere que el lenguaje celoso del corresponsal revela un interés privado que no debía ir hasta poner en peligro el éxito de los esfuerzos que hace la República por enseñar al extranjero pudiendo los tesoros que puede darle a cambio de su capital y su trabajo. Se lee ciertamente con gozo esa réplica, no porque no deban sufrir los oídos en calma toda censura justa; sino porque aflige ver herida por un propósito interesado la tierra que se está levantando con dificultad de su lecho de angustias.

Pocas cosas, en cambio, hay más precisas y atractivas en su sencillez que el cuaderno de explicaciones que ha impreso la Compañía de Navegación del Aguán. Allí se enumeran y acumulan los derechos de la compañía con mano firme y nerviosa. Se observa en el cuaderno esa seguridad que atrae y doma. No lisonjea: expone. Se ve en todo el cuaderno uno de esos exploradores tenaces de ojos ardientes y móviles, ojos de Edison. Abre el cuaderno una lista de los representantes, Directores y Agentes de la Compañía. Luther Shinn, que goza aquí reputación de ágil e intrépido, es el Presidente. Entre los Directores hay capitalistas de peso, comerciantes que

dan valor a lo que firman, abogados de buena fama que llevan clientes, personas de relaciones serias en los círculos de los negocios. Abogados, no los puede tener mejores la Compañía; aquí, Fullerton, avisado y elocuente; allí el caballero de la palabra, ancho de corazón como de mente, el señor Adolfo Zúñiga.

Lo primero, aun antes que la lista de representantes, es un buen mapa seccional de Honduras. Luego viene el informe claro y macizo de los propósitos, medios y derechos de la Compañía. ¿Quién no sabe ahí lo que esta empresa se propone?—mejorar y navegar en vapores u otras embarcaciones el río Aguán; cortar y vender madera y otros productos; levantar aserraderos; beneficiar minas; construir almacenes. Enumera el informe sobriamente las franquicias que disfruta la compañía para cubrir todas esas labores; no las adorna, ni llama siquiera la atención sobre ellas: no hace más que contarlas, como quien sabe que vence. La compañía enseña sus títulos y mapas a quien solicite examinarlos: el capital es de \$5 000 000, dividido en 100 000 acciones de a \$50 cada una: los primeros bonos hipotecarios de la Compañía ascienden a \$150 000, garantizados con los vapores «Tenaflay» y «Edith», sus barcas, dragas y otras maquinarias y buques, sus tierras y almacenes en las márgenes del río, sus tierras de Colón, Yoro y Olancho, sus

minas presentes y futuras, sus líneas de telégrafo y teléfono y todas las franquicias, propiedades y provechos venideros de la Compañía.

Levanta luego el informe un tanto el estilo para contar cómo las canoas que antes de esta empresa solían traer a Trujillo productos de esa región afortunada, confirmaban las leyendas de esmeralda y de oro, los cuentos de exuberancia y pasmo que movieron a Hernán Cortés al más rudo de sus viajes. Allí corre el río Aguán, nacido en aquellos campos de oro, plata y cobre que hacen de Honduras el primer país minero de Centroamérica, e igualarán a los de cualquier lugar del globo, luego que esta Compañía les proporcione en sus vapores útiles modernos y transporte fácil. Cruza el río bosques preciados de las más finas maderas de construcción y de tinte «que pondrá en el mercado la Compañía» y más luego en las ricas tierras de aluvión del valle de Aguán, que acaba hoy a unas treinta y dos millas de Trujillo, sobre el lecho mismo que tuvo en lo antiguo, e iba directamente a morir en el puerto. El canal será todo él de unas veinticinco millas; pero va por lagunas; y sólo hay que abrir unas cinco millas de tierra: ya las trabajan, y creen que la vía estará en uso para 1887, en la estación de lluvias: todo costará de \$50 000 a \$75 000. ¡Qué rico comercio afluirá entonces de todo el valle de Aguán al puer-



to de Trujillo! La Compañía calcula que en diez y ocho meses, a partir de julio de 1886, y contando a los precios menos ventajosos, la comarca le habrá producido, sólo en maderas, frutas y fletes \$1 233 000. De fletes espera \$250 000: hoy cuesta el de una tonelada a los trujillanos de \$30 a \$80, y en sus vapores la Compañía podrá tomarlo a \$10. Sólo una casa de Trujillo compra al año 2 500 piezas de caoba: bastan 2 000 para que la Empresa cobre de este ramo \$192 000. Empleados tendrá 300. Los gastos de beneficios y explotación los fija para 18 meses en \$108 000. Augura pues, la Compañía un producto neto de \$1 125 000 en año y medio.

Realza enseguida estos datos una caballerescas y nutrida relación de un viaje en la comarca por S. B. Mc Connico, Agente General antes del tráfico del ferrocarril de Illinois y hoy Presidente del de la Costa Norte de Honduras: en ese informe se pinta al hondureño con su cortesanía nativa y su bondad para el extranjero honrado; se celebran los últimos gobiernos en cuyo período se ha abierto al trabajo la Repú-

blica; y se celebra vigorosamente la empresa del Canal, que ha de sacar a puerto las riquezas naturales cuya maravilla cuenta: «muy cordiales y hospitalarios, dice Mc Connico, hallé en mi visita a los hondureños; y aunque la manera de viajar no es, ni con mucho, igual en ambos países, creo que con tanta seguridad se viaja en Honduras como en los Estados Unidos».

Es del señor Eduardo Viada, el estimado caballero que acaba de morir; buena y extensa carta que sigue a la relación de Mc Connico, a quien enumera las riquezas del valle, y expresa el ansia de Honduras por ver en sus tierras americanos laboriosos. El Cónsul inglés W. Mellhado le asegura también la abundancia que hay en aquel suelo de buen clima en minerales y maderas. Y después de algunos telegramas del Gobierno hondureño que muestran la fe que le inspira la empresa del Aguán, y de las concesiones en que ésta descansa, cierra el cuaderno de la Compañía con la cabal y amena descripción de Honduras que el caballero Squier, autor distinguido de «Honduras» y «Notas

sobre Centroamérica» escribió concisamente para ese libro que debe estar en todas las bibliotecas: la «Enciclopedia Británica». Todavía tiene más el cuaderno: acaba con un mapa nuevo de las tierras que cubren el canal de «Aguán».

¿Cómo no se ha de celebrar, por el bien que hacen a la tierra, esas publicaciones que cuentan sin hinchazón ni aparato sus fuentes de fortuna, que son, verdad es, riqueza para las compañías extranjeras; pero riqueza sin la cual jamás sería posible la de la patria; riqueza que no es sólo pecuniaria sino moral, por la seguridad pública que engendra, sino política por el decoro que produce el empleo legítimo y el giro libre de la propiedad en el carácter? ¡Pase en buena hora el río al mar que lo consume, si deja en sus orillas sus arenas de oro!

José Martí

*La República,*  
Tegucigalpa,  
25 de septiembre de 1886

132

# El terremoto de Charleston<sup>323</sup>

Horror del primer choque.-Rompe el incendio.-  
Extraordinarias escenas.-Escenas de la madrugada.-  
Torres caídas.-Casas rotas: sesenta muertos.

New York,  
septiembre 10 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

UN TERREMOTO ha destrozado la ciudad de Charleston.<sup>324</sup> Ruina es hoy lo que ayer era flor, y por un lado se miraba en el agua arenosa de sus ríos, surgiendo entre ellos como un cesto de frutas, y por el otro se extendía a lo interior en pueblos lindos, rodeados de bosques de magnolias, y de naranjos y jardines.

Los blancos vencidos y los negros bien hallados viven allí después de la guerra en lánguida concordia: allí no se caen las hojas de los árboles; allí se mira al mar desde los colgadizos vestidos de enredaderas; allí a la boca del Atlántico se levanta casi oculto por la arena el fuerte Sumter<sup>325</sup> en cuyos muros rebotó la bala que llamó al fin a guerra al sur y al norte; allí recibie-

ron con bondad a los viajeros infortunados de la barca Puig.<sup>326</sup>

Las calles van derecho a los dos ríos: borda la población una alameda que se levanta sobre el agua: hay un pueblo de buques en los muelles, cargando algodón para Europa y la India: en la calle de King se comercia; la de Meeting ostenta hoteles ricos; viven los negros parleros y apretados en un barrio populoso; y el resto de la ciudad es de residencias bellas, no fabricadas hombro a hombro como estas casas impúdicas y esclavas de las ciudades frías del Norte, sino con ese noble apartamiento que ayuda tanto a la poesía y decoro de la vida. Cada casita tiene sus rosales, y su patio en cuadro, lleno de yerba y girasoles y sus naranjos a la puerta.

Se destacan sobre las paredes blancas las alfombras y ornamentos de colores alegres que en la mañana tienden, en la baranda del colgadizo alto,<sup>a</sup> las negras risueñas, cubierta la cabeza con el pañuelo azul o

rojo: el polvo de la derrota vela en otros lugares el color crudo del ladrillo de las moradas opulentas, se vive con valor en el alma y con luz en la mente en aquel pueblo apacible de ojos negros.

Y ¡hoy los ferrocarriles que llegan a sus puertas se detienen a medio camino sobre sus rieles torcidos, partidos, hundidos, levantados; las torres están por tierra; la población ha pasado una semana de rodillas; los negros y sus antiguos señores han dormido bajo la misma lona, y comido del mismo pan de lástima, frente a las ruinas de sus casas, a las paredes caídas, a las rejas lanzadas de su base de piedra, a las columnas rotas!

Los cincuenta mil habitantes de Charleston, sorprendidos en las primeras horas de la noche por el temblor de tierra que sacudió como nidos de paja sus hogares, viven aún en las calles y en las plazas, en carros, bajo tiendas, bajo casuchas cubiertas con sus propias ropas.

Ocho millones de pesos rodaron en polvo en veinticinco segundos. Sesenta han muerto,

a. En LN, sin coma.

unos aplastados por las paredes que caían, otros de espanto. Y en la misma hora tremenda, muchos niños vinieron a la vida.

Estas desdichas que arrancan de las entrañas de la tierra, hay que verlas desde lo alto de los cielos.

De allí los terremotos con todo su espantable arreo de dolores humanos, no son más que el ajuste del suelo visible sobre sus entrañas encogidas, indispensable para el equilibrio de la creación: ¡con toda la majestad de sus pesares, con todo el empuje de olas de su juicio, con todo ese universo de alas que le golpea de adentro el cráneo, no es el hombre más que una de esas burbujas resplandecientes que danzan a tumbos ciegos en un rayo de sol!: ¡pobre guerrero del aire, recamado de oro, siempre lanzado a tierra por un enemigo que no ve, siempre levantándose aturdido del golpe pronto a la nueva pelea, sin que sus manos le basten nunca a apartar los torrentes de la propia sangre que le cubren los ojos!

¡Pero siente que sube, como la burbuja por el rayo de sol!: ¡pero siente en su seno todos los goces y luces, y todas las tempestades y padecimientos, de la naturaleza que ayuda a levantar!

Toda esta majestad rodó por tierra en la hora de horror del terremoto en Charleston.

Serían las diez de la noche. Como abejas de oro trabajaban sobre sus cajas de imprimir los

buenos hermanos que hacen los periódicos: ponía fin a sus rezos en las iglesias la gente devota, que en Charleston, como país de poca ciencia e imaginación ardiente, es mucha: las puertas se cerraban, y al amor o al reposo pedían fuerzas los que habían de reñir al otro día la batalla de la casa: el aire sofocante y lento no llevaba bien el olor de las rosas: dormía medio Charleston: ¡ni la luz va más aprisa que la desgracia que la esperaba!

Nunca allí se había estremecido la tierra, que en blanda pendiente se inclina hacia el mar: sobre suelo de lluvias, que es el de la planicie de la costa, se extiende el pueblo: jamás hubo cerca volcanes ni volcanillos, columnas de humo, levantamientos ni solfataras: de aromas eran las únicas columnas, aromas de los naranjos perennemente cubiertos de flores blancas. Ni del mar venían tampoco sobre sus costas de agua baja, que amarillea con la arena de la cuenca, esas olas robustas que echa sobre la orilla, oscuras como fauces, el Océano cuando su asiento se desequilibra, quiebra o levanta, y sube de lo hondo la tremenda fuerza que hincha y encorva la ola y la despide como un monte hambriento contra la playa.

En esa paz señora de las ciudades del Mediodía empezaba a irse la noche, cuando se oyó un ruido que era apenas como el de un cuerpo pesado que empujan de prisa.

Decirlo es verlo. Se hinchó el sonido: lámparas y ventanas retemblaron... rodaba ya bajo tierra pavorosa artillería: sus letras sobre las cajas dejaron caer los impresores, con sus casullas huían los clérigos, sin ropas se lanzaban a las calles las mujeres olvidadas de sus hijos: corrían los hombres desalados por entre las paredes bamboleantes: ¿quién asía por el cinto a la ciudad, y la sacudía en el aire, con mano terrible, y la descoyuntaba?

Los suelos ondulaban; los muros se partían; las casas se mecían de un lado a otro: la gente casi desnuda besaba la tierra: ¡oh Señor! ¡oh, mi hermoso Señor! decían llorando las voces sofocadas: ¡abajo, un pórtico entero!: huía el valor del pecho y el pensamiento se turbaba: ya se apaga, ya tiembla menos, ya cesa: ¡el polvo de las casas caídas subía por encima de los árboles y de los techos de las casas!

Los padres desesperados aprovechan la tregua para volver por sus criaturas: con sus manos aparta las ruinas de su puerta propia una madre joven de grande belleza: hermanos y maridos llevan a rastras, o en brazos a mujeres desmayadas: un infeliz que se echó de una ventana anda sobre su vientre dando gritos horrendos, con los brazos y las piernas rotas: una anciana es acometida de un temblor, y muere: otra, a quien mata el miedo, agoniza abandonada en un espasmo: las luces de gas débiles, que apenas se

distinguen en el aire espeso, alumbran la población desatentada, que corre de un lado a otro, orando, llamando a grandes voces a Jesús, sacudiendo los brazos en alto. Y de pronto en la sombra se yerguen, bañando de esplendor rojo la escena, altos incendios que mueven pesadamente sus anchas llamas.

Se nota en todas las caras, a la súbita luz, que acaban de ver la muerte: la razón flota en jirones en torno a muchos rostros, y en torno de otros se le ve que vaga, cual buscando su asiento ciega y aturrida. Ya las llamas son palio, y el incendio sube; pero ¿quién cuenta en palabras lo que se vio entonces? Se oye venir de nuevo el ruido sordo: giran las gentes, como estudiando la mejor salida; rompen a huir en todas direcciones: la ola de abajo crece y serpentea; cada cual cree que tiene encima a un tigre.

Unos caen de rodillas: otros se echan de bruces: viejos señores pasan en brazos de sus criados fieles: se abre en grietas la tierra: ondean los muros como un lienzo al viento: topan en lo alto las cornisas de los edificios que se dan el frente: el horror de las bestias aumenta el de las gentes: los caballos que no han podido desuncirse de sus carros los vuelcan de un lado a otro con las sacudidas de sus flancos: uno dobla las patas delanteras: otros husmean el suelo: a otro, a la luz de las llamas se le ven los ojos rojos y el

cuerpo temblante como caña en tormenta: ¿qué tambor espantoso llama en las entrañas de la tierra a la batalla?

Entonces, cuando cesó la ola segunda, cuando ya estaban las almas preñadas de miedo, cuando de bajo los escombros salían, como si tuvieran brazos, los gritos ahogados de los moribundos, cuando hubo que atar a tierra como a elefantes bravíos a los caballos trémulos, cuando los muros habían arrastrado al caer los hilos y los postes del telégrafo, cuando los heridos se desembarazaban de los ladrillos y maderos que les cortaron la fuga, cuando vislumbraron en la sombra con la vista maravillosa del amor sus casas rotas las pobres mujeres, cuando el espanto dejó encendida la imaginación tempestuosa de los negros, entonces empezó a levantarse por sobre aquella alfombra de cuerpos postrados un clamor que parecía venir de honduras jamás exploradas, que se alzaba temblando por el aire con alas que lo hendían como si fueran flechas. Se cernía aquel grito sobre las cabezas, y parecía que llovían lágrimas.

Los pocos bravos que quedaban en pie, ¡que eran muy pocos!, procuraban en vano sofocar aquel clamor creciente que se les entraba por las carnes: ¡cincuenta mil criaturas a un tiempo adulando a Dios con las lisonjas más locas del miedo!

Apagaban el fuego los más bravos, levantaban a los caídos,

dejaban caer a los que ya no tenían para qué levantarse, se llevaban a cuestras a los ancianos paralizados por el horror. Nadie sabía la hora: todos los relojes se habían parado, en el primer estremecimiento.

La madrugada reveló el desastre.

Con el claror del día se fueron viendo los cadáveres tendidos en las calles, los montones de escombros, las paredes deshechas en polvo, los pórticos rebanados como a cercén, las rejas y los postes de hierro combados y retorcidos, las casas caídas en pliegues sobre sus cimientos, y las torres volcadas, y la espira más alta prendida sólo a su iglesia por un leve hilo de hierro.

El sol fue calentando los corazones: los muertos fueron llevados al cementerio donde está sin hablar aquel Calhoun<sup>327</sup> que habló tan bien, y Caddens, y Rutledge y Pinckney: los médicos atendían a los enfermos: un sacerdote confesaba a los temerosos: en persianas y en hojas de puerta recogían a los heridos.

Apilaban los escombros sobre las aceras. Entraban en las casas en busca de sábanas y colchas para levantar tiendas: frenesí mostraban los negros por alcanzar el hielo que se repartía desde unos carros: huemeaban muchas casas: por las hendiduras recién abiertas en la tierra había salido una arena de olor sulfuroso.

Todos llevan y traen. Unos preparan camas de paja. Otros



duermen a un niño sobre una almohada y lo cobijan con un quitasol. Huyen aquéllos de una pared que está cayendo. ¡Cae allí un muro sobre dos pobres viejos que no tuvieron tiempo para huir!: va besando al muerto el hijo barbado que lo lleva en brazos, mientras el llanto le corre a hilos.

Se ve que muchos niños han nacido en la noche, y que, bajo una tienda azul precisamente, vinieron de una misma madre dos gemelos.

Saint Michael de sonoras campanas, Saint Phillips de la torre soberbia, el Salón hiberniano<sup>328</sup> en que se han dichos discursos que brillaban como bayonetas, la casa de la guardia, lo mejor de la ciudad, en fin, se ha desplomado o se está inclinando sobre la tierra.

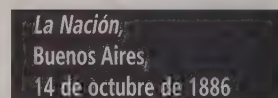
Un hombre manco, de gran bigote negro y rostro enjuto, se acerca con los ojos flameantes de gozo a un grupo sentado tristemente sobre un frontón roto: «no ha caído, muchachos, no ha caído»: ¡lo que no había caído era la casa de justicia, donde al oír el primer disparo de los federales sobre Fort Sumter, se despojó de su toga de juez el ardiente Mc Grath,<sup>329</sup> juró dar al sur toda su sangre, y se la dio!

En las casas ¡qué desolación! No hay pared firme en toda la ciudad, ni techo que no esté abierto: muchos techos de los colgadizos se mantienen sin el sustento de sus columnas, como rostros a que faltase la mandíbula inferior: las lámparas se han clavado en la pared o en forma de araña han quedado

aplastadas contra el pavimento: las estatuas han descendido de sus pedestales: el agua de los tanques, colocados en lo alto de la casa, se ha filtrado por las grietas y la inunda: en el pórtico mismo parecen entender el daño los jazmines marchitos en el árbol y las rosas plegadas y mustias.

(*Concluirá*)

José Martí



[Mf. en CEM]

## 133

# El terremoto de Charleston

En los alrededores.-Entrada en Charleston de los primeros visitantes.-La ciudad entera vive en carros y tiendas.-Arrebatado de los negros.-Orgías religiosas.-Escenas singulares.-Las causas de los terremotos.-La ciudad renace.

(Conclusión)

New York,  
septiembre 10 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

**G**RANDE FUE la angustia de la ciudad en los dos días primeros. Nadie volvía a las casas. No había comercio ni mercado. Un temblor sucedía a otro, aunque cada vez menos violentos. La ciudad era un jubileo religioso; y los blancos arrogantes cuando arreciaba el temor, unían su voz humildemente a los himnos improvisados de los negros frenéticos: ¡muchas pobres negritas cogían del vestido a las blancas que pasaban, y les pedían llorando que las llevasen con ella,—que así el hábito llega a convertir en bondad y a dar poesía a los mismos crímenes,—¡así esas

criaturas, concebidas en la miseria por padres a quienes la esclavitud heló el espíritu, aún reconocen poder sobrenatural a la casta que lo poseyó sobre sus padres! ¡así es de buena y humilde esa raza que sólo los malvados desfiguran o desdennan!—¡pues su mayor vergüenza es nuestra más grande obligación de perdonarla!

Caravanas de negros salían al campo en busca de mejoras, para volver a poco aterrados de lo que veían. En veinte millas a lo interior el suelo estaba por todas partes agujereado y abierto: había grietas de dos pies de ancho a que no se hallaba fondo: de multitud de pozos nuevos salía una arena fina y blanca mezclada con agua, o arena sólo, que se apilaba a los bordes del pozo como en los hormigueros, o agua y lodo azulado, o montoncillos de lodo que llevaban encima otros de arena, como si bajo la capa de la tierra

estuviese el lodo primero y la arena más a lo hondo. El agua nueva sabía a azufre y hierro.

Un tanque de cien acres se secó de súbito en el primer temblor, y estaba lleno de peces muertos. Una esclusa se había roto, y sus aguas se lo llevaron todo delante de sí.

Los ferrocarriles no podían llegar a Charleston, porque los rieles habían salido de quicio, y estallado, o culebreaban sobre sus durmientes suspendidos.

Una locomotora venía en carrera triunfante a la hora del primer temblor, y dio un salto, y sacudiendo tras de sí como un rosario a los vagones<sup>a</sup> lanzados del carril, se echó de bruces con su maquinista muerto en la hendidura en que se abrió el camino. Otra a poca distancia seguía silbando alegremente, la alzó en peso el terremoto, y la echó a un tanque cercano, donde está bajo cuarenta pies de agua.

Los árboles son las casas en todos los pueblos medrosos de las cercanías; y no sale de las iglesias la muchedumbre campesina, que oye espantada los

a. En LN: «vagones».

mensajes de ira con que visitan sus cabezas los necios pastores: los cantos y oraciones de los templos campestres pueden oírse a millas de distancia. Todo el pueblo de Summerville ha venido abajo, y por allí parece estar el centro de esta rotura de la tierra.

En Columbia las gentes se apoyaban en las paredes, como los mareados. En Abbeville el temblor echó a vuelo las campanas, que ya tocaban a somatén desenfrenado, ya plañían. En Savannah, tal fue el espanto que las mujeres saltaron por las ventanas con sus niños de pecho, y ahora mismo se está viendo desde la ciudad levantarse en el mar a pocos metros de la costa una columna de humo.

Los bosques aquella noche se llenaron de la gente poblana, que huía de los techos sacudidos, y se amparaba de los árboles, juntándose en lo oscuro de la selva para cantar en coro arrodillada las alabanzas de Dios e impetrar su misericordia. En Illinois, en Kentucky, en Missouri, en Ohio, tembló y se abrió la tierra. Un masón des-pavorido, que se iniciaba en una logia, huyó a la calle con una cuerda atada a la cintura.

Un indio cheroquí<sup>a</sup> que venía de poner mano brutal sobre su pobre mujer, cayó de hinojos al sentir que el suelo se movía bajo sus plantas, y empeñaba su palabra al Señor de no volverla a castigar jamás.

¡Qué extraña escena vieron los que al fin, saltando grietas y po-

zos, pudieron llevar a Charleston socorros de dinero y tiendas de campaña! De noche llegaron. Eran las calles líneas de carros, como las caravanas del Oeste. En las plazas, que son pequeñas, las familias dormían bajo tiendas armadas con mantas de abrigo, con toallas<sup>b</sup> a veces y trajes de lienzo. Tiendas moradas, carmesíes, amarillas; tiendas blancas y azules con listas rojas.

Ya habían sido echadas por tierra las paredes que más amenazaban. Alrededor de los carros de hielo, bombas de incendio y ambulancias, se habían levantado tolderías con apariencias de feria. Se oía de lejos, como viniendo de barrios apartados, un vocear salvaje. Se abrazaban llorando al encontrarse las mujeres, y su llanto era el lenguaje de su gratitud al cielo: se ponían en silencio de rodillas: oraban: se separaban consoladas.

Hay unos peregrinos que van y vienen con su tienda al hombro, y se sientan, y echan a andar, y cantan en coro, y no parecen hallar puesto seguro para sus harapos y su miedo. Son negros, negros en quienes ha resucitado, en lamentosos himnos y en terribles danzas, el miedo primitivo que los fenómenos de la naturaleza inspiran a su encendida raza.

Aves de espanto, ignoradas de los demás hombres, parecen haberse prendido de sus cráneos, y picotear en ellos, y flagelarles las espaldas con sus alas en furia loca.

Se vio, desde que en el horror de aquella noche se tuvo ojos con que ver, que de la empañada memoria de los pobres negros iba surgiendo a su rostro una naturaleza extraña: iera la raza comprimida, era el África de los padres y de los abuelos, era ese signo de propiedad que cada naturaleza pone a su hombre, y a despecho de todo accidente y violación humana, vive su vida y se abre su camino!

Trae cada raza al mundo su mandato, y hay que dejar la vía libre a cada raza, si no se ha de estorbar la armonía del universo, para que emplee su fuerza y cumpla su obra, en todo el decoro y fruto de su natural independencia: ni ¿quién cree que sin atraerse un castigo lógico pueda interrumpirse la armonía espiritual del mundo, cerrando el camino, so pretexto de una superioridad que no es más que grado en tiempo, a una de sus razas?

¡Tal parece que alumbra a aquellos hombres de África un sol negro! Su sangre es un incendio; su pasión, mordida; llamas sus ojos; y todo en su naturaleza tiene la energía de sus venenos y la potencia perdurable de sus bálsamos.

Tiene el negro una gran bondad nativa, que ni el martirio de la esclavitud pervierte, ni

a. En LN: «cherokees».

b. En LN: «tohallas».

se oscurece con su varonil bravura.

Pero tiene, más que otra raza alguna, tan íntima comunión con la naturaleza, que parece más apto que los demás hombres a estremecerse y regocijarse con sus cambios.

Hay en su espanto y alegría algo de sobrenatural y maravilloso que no existe en las demás razas primitivas, y recuerda en sus movimientos y miradas la majestad del león: hay en su afecto una lealtad tan dulce que no hace pensar en los perros, sino en las palomas: y hay en sus pasiones tal claridad, tenacidad, intensidad, que se parecen a las de los rayos del sol.

Miserable procreación de esa soberana constitución son esas criaturas deformadas en quienes látigo y miedo sólo les dejaron acaso vivas para transmitir a sus descendientes, engendrados en las noches tétricas y atormentadas de la servidumbre, las emociones bestiales del instinto, y el reflejo débil de su naturaleza arrebatada y libre.

Pero ni la esclavitud que apagaría al mismo sol, puede apagar completamente el espíritu de una raza: ¡así se la vio surgir en estas almas calladas cuando el mayor espanto de su vida sacudió en lo heredado de su sangre lo que traen en ella de viento de selva, de oscilación de mimbre, de ruido de caña! ¡así resucitó en toda su melancólica barbarie en estos negros nacidos en su mayor parte en tierra de América y ense-

ñados en sus prácticas, ese temor violento e ingenuo, como todos los de su raza llameante, a los cambios de la naturaleza encandecida, que cría en la planta el manzanillo, y en el animal el león!

Biblia les han enseñado, y hablaban su espanto en la profética lengua de la Biblia. Desde el primer instante del temblor de tierra, el horror en los negros llegó al colmo.

Jesús es lo que más aman de todo lo que saben de la cristiandad estos desconsolados, porque lo ven fusteadado y mansas como se vieron ellos.

Jesús es de ellos, y le llaman en sus preces «mi dueño Jesús», «mi dulce Jesús», «mi Cristo bendito». A él imploraban de rodillas, golpeándose la cabeza y los muslos con grandes palmadas, cuando estaban viniéndose abajo espiras y columnas. «Esto es Sodoma y Gomorra»<sup>330</sup> se decían temblando: «¡Se va a abrir, se va a abrir el monte Horeb!»<sup>331</sup> Y lloraban, y abrían los brazos, y columpiaban su cuerpo. El convencimiento de su expatriación, de la terrible expatriación de raza, les asaltó de súbito por primera vez acaso de sus vidas, y como se ama lo que se ve y lo que hace padecer, se prendían en su terror a los blancos y les rogaban que los tuviesen con ellos hasta que «se acabase el juicio».

Iban, venían, arrastraban en loca carrera a sus hijos; y cuando aparecieron los pobres viejos de su casta, los viejos sagra-

dos para todos los hombres menos para el hombre blanco, postráronse en torno suyo en grandes grupos, oíanlos de hinojos con la frente pegada a la tierra, repetían en un coro convulsivo sus exhortaciones misteriosas, que del vigor e ingenuidad de su naturaleza y del divino carácter de la vejez traían tal fuerza sacerdotal que los blancos mismos, los mismos blancos cultos, penetrados de veneración, unían la música de su alma atribulada a aquel dialecto tierno y ridículo.

Como seis muchachos negros, en lo más triste de la noche, se arrastraban en grupo por el suelo, presa de este frenesí de raza que tenía aparato religioso. Verdaderamente se arrastraban. Temblaba en su canto una indecible ansia. Tenían los rostros bañados de lágrimas: *¡Son los angelitos, son los angelitos que llaman a la puerta!* Sollozaban en voz baja la misma estrofa que cantaban en voz alta. Luego el refrán venía, henchido de plegaria, incisivo, desesperado: *¡Oh, dile a Noé, que haga pronto el arca, que haga pronto el arca, que haga pronto el arca!* Las plegarias de los viejos no son de frase ligada, sino de esa frase corta de las emociones genuinas y las razas sencillas.

Tienen<sup>a</sup> las contorsiones, la monotonía, la fuerza, la fatiga de sus bailes. El grupo que le

a. En LN: «Tiene».



oye inventa un ritmo al fin de frase que le parece musical y se acomoda al estado de las almas: y sin previo acuerdo todos se juntan en el mismo caso: Esta verdad da singular influjo, y encanto positivo a estos rezos grotescos, esmaltados a veces de pura poesía: *¡Oh, mi Señor, no toques, oh, mi Señor, no toques otra vez a mi ciudad!*

*Los pájaros tienen sus nidos: ¡Señor, déjanos nuestros nidos!* Y todo el grupo, con los rostros en tierra, repite con una agnía que le posesiona del alma: *—¡Déjanos nuestros nidos!*

En la puerta de una tienda se nota una negra a quien da fantástica apariencia su mucha edad. Sus labios se mueven; pero no se la oye hablar: sus labios se mueven; y mece su cuerpo, lo mece incesantemente, hacia adelante y hacia atrás. Muchos negros y blancos la rodean con ansiedad visible, hasta que la anciana prorrumpe en este himno:—*«¡Oh, déjame ir, Jacob, déjame ir!»*

La muchedumbre toda se le une, todos cantando, todos meciendo el cuerpo como ella de un lado a otro, levantando las manos al cielo, expresando con palmadas su éxtasis. Un hombre cae por tierra pidiendo misericordia. Es el primer convertido. Las mujeres traen una lámpara, y se encucillan a su alrededor, le toman de la mano. Él se estremece, balbucea, entonces plegarias; sus músculos se tienden, las manos se le crispan; un paño de dichosa muerte pa-

rece irle cubriendo el rostro: allí queda junto a la tienda desmayado. Y otros como él despiés. Y en cada tienda una escena como ésa. Y al alba todavía ni el canto ni el mecer de la anciana habían cesado. —Allá en los barrios viciosos, caen so pretexto de religión en orgías abominables, las bestias que abundan en todas las razas.

Ya, después de siete días de miedo y oraciones, empieza la gente a habitar sus casas: las mujeres fueron las primeras en volver, y dieron ánimo a los hombres; la mujer, fácil para la alarma y primera en la resignación: el corregidor vive ya con su familia en la parte que quedó en pie de su morada suntuosa: por los rieles compuestos entran cargados de algodones los ferrocarriles: se llena de forasteros la ciudad consagrada por el valor en la guerra, y ahora por la catástrofe: levanta el municipio un empréstito nacional de diez millones de pesos para reparar los edificios rotos y reponer los que han venido a tierra.

De las bolsas, de los teatros, de los diarios, de los bancos les van socorros ricos en dinero: ya se pliegan por falta de ocupantes muchas de las tiendas que improvisó el gobierno en los jardines y en las plazas. Tiembla aún el suelo, como si no se hubiese acomodado definitivamente sobre su nuevo quicio: ¿cuál ha podido ser la causa de este sacudimiento de la tierra?

¿Será que encogidas sus entrañas por la pérdida lenta de calor que echa sin cesar afuera en sus manantiales y en sus lavas, se haya contraído aquí como en otras partes la corteza terrestre para ajustarse a su interior cambiado y reducido que llama a si la superficie?

La tierra entonces, cuando ya no puede resistir la tensión, se encoge y alza en ondas y se quiebra, y una de las bocas de la rajadura se monta sobre la otra con terrible estruendo, y tremor sucesivo de las rocas adyacentes siempre elásticas, que hacia arriba y a los lados van empujando el suelo hasta que el eco del estruendo cesa.

Pero acá no hay volcanes en el área extensa en que se sintió el terremoto; y los azufres y vapores que expele por sus agujeros y grietas la superficie, son los que abundan naturalmente por la formación del suelo en esta planicie costal del Atlántico baja y arenosa.

¿Será que allá en los senos de la mar, por virtud de ese mismo enfriamiento gradual del centro encendido, ondease el fondo demasiado extenso para cubrir la bóveda amenguada, se abriera como todo cuerpo que violentamente se contrae, y al cerrarse con enorme empuje sobre el borde roto, estremeciera los cimientos todos, y subiese rugiendo el mo-

---

a. En LN, sin coma.

vimiento hasta la superficie de las olas?

Pero entonces se habría arrugado la llanura del mar en una ola monstruosa, y con las bocas de ella habría la tierra herida cebado su dolor en la ciudad galana que cría flores y mujeres de ojos negros en la arena insegura de la orilla.

¿O será que, cargada por los residuos seculares de los ríos la planicie pendiente de roca fragmentaria de la costa, se arrancó con violencia, cediendo al fin al peso, a la masa de gneis<sup>a</sup> que baja de los montes Alleghany,<sup>332</sup> y resbaló sobre el cimiento granítico que a tres mil pies de hondura la sustenta a la orilla de la mar, comprimiendo con la pesadumbre de la parte más alta desasida de la roca las gradas inferiores de la planicie, e hinchando el suelo y sacudiendo las ciudades levantadas sobre el terreno plegado al choque en ondas?

Eso dicen que es: que la planicie costal del Atlántico blanda y cadente, cediendo al peso de los residuos depositados sobre ella en el curso de siglos por los ríos, se deslizó sobre su lecho granítico en dirección al mar.

¡Así sencillamente tragando hombres y arrebatando sus casas como arrebató hojas el viento, cumplió su ley de formación el suelo, con la majestad que conviene a los actos de creación y dolor de la naturaleza!

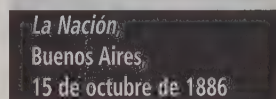
¡El hombre herido procura secarse la sangre que le cubre a torrentes los ojos, y se busca la espada en el cinto para combatir al enemigo eterno, y sigue danzando al viento en su camino de átomo, subiendo siempre, como guerrero que escala, por el rayo del sol!

Ya Charleston revive, cuando aún no ha acabado su agonía, ni se ha aquietado el suelo bajo sus casas bamboleantes.

Los parientes y amigos de los difuntos, hallan que el trabajo rehace en el alma las raíces que le arranca la muerte. Vuelven los negros humildes, caído el fuego que en la hora del espanto le llameó los ojos. A sus quehaceres mansos y su larga prole. Las jóvenes valientes sacuden en los pórticos repuestos el polvo de las rosas.

Y ríen todavía en la plaza pública, a los dos lados de su madre alegre, los dos gemelos que en la hora misma de la desolación nacieron bajo una tienda azul.

José Martí



[Mf. en CEM]

a. En LN: «gaeiss».

134

# El proceso de los siete anarquistas de Chicago

El problema del trabajo en Europa y en América.-  
Estudio de caracteres.-El proceso.-El veredicto:  
aplauso unánime.

Nueva York,  
septiembre 2 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

AQUELLOS ANARQUISTAS que en la huelga de la primavera lanzaron sobre los policías de Chicago una bomba que mató a siete de ellos, y huyeron luego a las casas donde fabrican sus aparatos mortíferos, a los túneles donde enseñan a sus afiliados a manejar las armas, y a untar de ácido prúsico, para que maten más seguramente, los puñales de hoja acanalada; aquellos que construyeron la bomba, que convocaron a los trabajadores a las armas, que llevaron cargado el proyectil a la junta pública, que excitaron a la matanza y el saqueo, que acercaron el fósforo encendido a la mecha de la

bomba, que la arrojaron con sus manos sobre los policías, y sacaron luego a la ventana de su imprenta una bandera roja; aquellos siete alemanes, meras bocas por donde ha venido a vaciarse sobre América el odio febril acumulado durante siglos europeos en la gente obrera; aquellos míseros, incapaces de llevar sobre su razón floja el peso peligroso y enorme de la justicia, que en sus horas de ira enciende siempre a la vez, según la fuerza de las almas en que arraiga, apóstoles y criminales; aquéllos han sido condenados, en Chicago, a muerte en la horca.

Tres de ellos ni entendían siquiera la lengua en que los condenaban. El que hizo la bomba, no llevaba más que unos nueve meses de pisar esta tierra que quería ver en ruinas.<sup>a</sup>

Uno solo de los siete<sup>b</sup> casado con una mulata que no llora,

es norteamericano, y hermano de un general de ejército: los demás han traído de Alemania cargado el pecho de odio.

Desde que llegaron, se pusieron a preparar la manera mejor de destruir. Reunían pequeñas sumas de dinero; alquilaban casas para hacer experimentos;<sup>c</sup> rellenaban de *fulmicoton*<sup>d</sup> trozos pequeños de cañería de gas: iban de noche con sus novias y mujeres por los lugares abandonados de la costa a ver cómo volaban con esta bomba cómoda los cascos de barco: imprimían libros en que se enseña la manera fácil de hacer en la casa propia los proyectiles de matar: se atraían con sus discursos ardientes la voluntad de los miembros más malignos, adoloridos y obtusos de los gremios de trabajadores: «podrían, —dice el abogado,—como el vómito del buitres, todo aquello a que alcanzaba su sombra».

a. En LN: «ruina».

b. En LN, coma.

c. En LN, dos puntos.

d. En LN, sin cursiva.

Aconsejaban los bárbaros remedios imaginados en los países donde los que padecen no tienen palabra ni voto, aquí,<sup>a</sup> donde el más infeliz tiene en la boca la palabra libre que denuncia la maldad, y en la mano el voto que hace la ley que ha de volcarla: al favor de su lengua extranjera, y de las leyes mismas que desatendían ciegamente, llegaron a tener masas de afiliados en las ciudades que emplean mucha gente alemana:<sup>b</sup> en Nueva York, en Milwaukee, en Chicago.

En libros, diarios y juntas adelantaban en organización armada y predicaban una guerra de incendio y de exterminio contra la riqueza<sup>c</sup> y los que la poseen y defienden, y contra las leyes y los que las mantienen en vigor. Se les dejaba hablar, aun cuando hay leyes que lo estorban, para que no pudiesen prosperar so color de martirio, ideas de cuna extraña, nacidas de una presión que aquí no existe en la forma violenta y agresiva que del otro lado del mar las ha engendrado.

Prendieron estas ideas lóbregas en los espíritus menos racionales y más dispuestos por su naturaleza a la destrucción; y cuando al fin, como enseña de este fuego subterráneo, saltó encendida por el aire la bomba de Chicago, se vio que la clemencia equivocada había permitido el desarrollo de una cría de asesinos.

Todo eso se ha probado en el proceso. Ellos que, salvo el

norteamericano, tiemblan hoy, pálidos como la cal, de ver cerca la muerte, manejaban en calma los instrumentos más alevosos que han sugerido nunca al hombre la justicia o la venganza.

No fue que rechazasen en una hora de ira el ataque violento de la policía armada: fue que,<sup>d</sup> de meses atrás,<sup>e</sup> tenían fábricas de bombas y andaban con ellas en los bolsillos «en espera del buen momento», y atisbaban al paso a los grupos de huelguistas para enardecerles con sus discursos la sangre, y tenían concertado un alzamiento en que se echasen sobre la ciudad de Chicago a una hora fija las carretadas de bombas ocultas en las casas y escondites donde los mismos que ayudaron a hacerlas las descubrieron a la policía.

No embellece esta vez una idea el crimen.

Sus artículos y discursos no tienen aquel calor de humanidad que revela a los apóstoles cansados, a las víctimas que ya no pueden con el peso del tormento y en una hora de majestad infernal la echan por tierra, a los espíritus de amor activo nacidos fatalmente para sentir en sus mejillas la vergüenza humana, y verter su sangre por aliviarla sin miramiento del bien propio.

No: todas las grandes ideas de reforma se condensan en apóstoles y se petrifican en crímenes, según en su llameante curso prendan en almas de amor

o en almas destructivas. Andan por la vida las dos fuerzas, lo mismo en el seno de los hombres que en el de la atmósfera y en el de la tierra. Unos están empeñados en edificar y levantar: otros nacen para abatir y destruir. Las corrientes de los tiempos dan a la vez sobre unos y otros; y así sucede que las mismas ideas que en lo que tienen de razón se llevan toda la voluntad por su justicia, engendran en las almas dañinas o confusas,<sup>f</sup> con lo que tienen de pasión estados de odio que se enajena<sup>g</sup> la voluntad por su violencia.

Así se explica que los trabajadores mismos temblaron al ver qué delitos se criaban a su sombra; y como de vestidos de llamas se desasieron de esta mala compañía, y protestaron ante la nación que ni los más adelantados de los socialistas protegían ni excusaban el asesinato y el incendio a ciegas como modos de conquistar un derecho que no puede ser saludable ni fructífero si se logra por medio del crimen, innecesario en un país de república,<sup>h</sup> donde puede lograrse sin sangre por medio de la ley.

a. En LN, sin coma.

b. En LN, dos puntos.

c. En LN, coma.

d. En LN, sin coma.

e. En LN, sin coma.

f. En LN, sin coma.

g. En LN: «enagenan».

h. En LN, sin coma.



Así se explica cómo hoy mismo, cuando los diarios fijaron en sus tablillas de anuncio el veredicto del jurado, no se oía una sola protesta entre los que se acercaban ansiosamente a leer la noticia.

¡Ay! ¡aquí los corazones no son generalmente sensibles! ¡aquí no hace temblar la idea de un hombre muerto por el verdugo a mano fría! ¡aquí se habitúa el alma al egoísmo y la dureza!<sup>c</sup> pero se suele ver, como en los días de la agonía de Garfield, el corazón público,<sup>d</sup> se suele sentir, como en los días del abolicionista Wendell Phillips, la pujanza con que se revela la conciencia nacional contra la injusticia o el crimen,—se ve crecer en un instante, como en los días de las huelgas de carros, la ira de la clase obrera cuando se cree injuriada en su decoro o su derecho.

Y esta vez, ni un solo gremio de trabajadores en toda la nación ha mostrado simpatía, ni cuando el proceso, ni cuando el veredicto, con los que mueren por delitos cometidos en su nombre.

Y es porque esos míseros, dándose a sí propios como excusa de su necesidad de destrucción las agonías de la gente pobre, no pertenecen directamente a ella, ni están por ella autorizados, ni trabajan en construir, como trabaja ella; sino que son hombres de espíritu enfermizo o maleado por el odio, empujados unos por el apetito de arrasar que se abre paso con

pretexto público en todas las conmociones populares, pervertidos otros por el ansia dañina de notoriedad o provechos fáciles de alcanzar en las revueltas,—y otros, illos menos culpables, los más desdichados! endurecidos, condensados en crimen, por la herencia acumulada del trabajo servil y la cólera sorda de las generaciones esclavas.

Aquí, a favor de la gran libertad legal, de lo fácil del escape en esta población enorme, de la indulgencia que envalentonó la propaganda anarquista, se reunieron naturalmente para su obra de exterminio esos elementos fieros de todo sacudimiento público: los fanáticos, los destructores y los charlatanes. Los ignorantes los siguieron. Los trabajadores cultos se retrajeron de ellos con abominación. Los obreros norteamericanos miraron como extraños a esos medios y hombres nacidos en países cuya organización despótica da mayor gravedad y color distinto a los mismos males que aquí los hábitos de libertad hacen llevaderos.

El silencio amparó la obra siniestra.

Y cuando llegaron para Chicago las horas de inquietud que en su justa revuelta por su mejoramiento está causando en todo el país la gente obrera, saltaron a su cabeza los hombres tenebrosos, vociferando, ondeando pañuelos rojos, azuzando a los desesperados, echando al aire la bomba encendida.

Saltaron en pedazos los hombres rotos: murieron miembro a miembro desesperados en los hospitales: repudió toda la gente de trabajo a los que a sangre fría mataban en su nombre. Y hoy, cuando se anuncia el veredicto que los condena a muerte, se siente que en esta masa de millones hay todavía rincones vivos donde se hacen bombas, se reúnen en Nueva York dos mil alemanes a condolerse de los sentenciados, se sabe que no han cesado en Chicago, ni en Milwaukee, ni en Nueva York los trabajos bárbaros de estos vengadores ciegos; pero las grandes masas no han alzado la mano contra el veredicto, ni el curioso indiferente que se acercara hoy a las tablillas de los diarios hubiera podido oír a un solo trabajador ni comerciante, ni una palabra de condenación o de ira contra el acuerdo del jurado.

El que más, el extranjero de alma compasiva, el pensador que ve en las causas, se entristecería y callaban.

Porque entre otras cosas, los peligros mismos que, a la raíz del proceso,<sup>e</sup> corría el jurado, venían siendo garantía de que él no daría veredicto de muerte contra los anarquistas,<sup>f</sup> a tener

a. Se añade «a».

b. Se añade «a».

c. En LN, punto y coma.

d. En LN, coma y pleca.

e. En LN, sin coma.

f. En LN, sin coma.

la menor posibilidad de evitar-se así una inquietud para la conciencia y un riesgo para sus vidas. Si la evidencia no era absoluta, el jurado se aprovecharía de ello para no incurrir en la ira de los anarquistas.

Ya se sabe que el jurado aquí, como en todas partes, no es como los jueces, que viven de la justicia<sup>a</sup> y pueden afrontar los peligros que les vengan de ejercerla con la protección y paga del orden social que los necesita para su mantenimiento.

Estos doce jurados, traídos muy contra su voluntad<sup>b</sup> a juzgar a los jefes de una asociación numerosa de hombres que creen glorioso el crimen, y criminales a todos los que se les oponen, habían de temer con razón que los anarquistas,<sup>c</sup> enfurecidos por la sentencia de sus jefes,<sup>d</sup> llevasen a cabo las amenazas que esparcían abundantemente,<sup>e</sup> mientras se estaba eligiendo el jurado.

Treinta y seis días tardó el jurado en formarse. Novecientos ochenta y un jurados hubo que examinar para poder reunir doce.

Reunidos al fin, siguió por todo un mes la sombría vista.

De noche reposaban los jurados en sus cuartos en el hotel, vigilados por los alguaciles que debían librarles de toda comunicación o amenaza: deliberaban: comentaban los sucesos del día: iban concentrando el juicio: se distraían tocando piano, banjo y violín. De día<sup>f</sup> eran las sorpresas.

Ya era el norteamericano Parsons,<sup>333</sup> a quien la policía no podía hallar, y se presentó de súbito en la sala del proceso, desaseado, barbón, duro, arrogante: ya era que iban perdiendo su seguridad aparente los presos, conforme el fiscal público presentaba en el banquillo como testigos a los cómplices mismos de los anarquistas, al regente de la imprenta del periódico que incitaba a la matanza, al dueño de la casa donde el recién llegado alemán hacía las bombas.

Una joven repartía un día a los presos ramilletes de flores encarnadas. La madre del periodista Spies oía día sobre día las declaraciones contra su hijo. El fiscal presentó en su propia mano una bomba cargada, de las que se hallaron en un escondite, fabricadas por uno de los presos, con ayuda del cómplice que lo denunciaba desde el banquillo.

Cada día se veían crecer las alas de la muerte, y se sentían más aquellos infelices bajo su sombra.

Todo se fue probando: la premeditación, la manufactura de los proyectiles, la conspiración, las excitaciones al incendio y el asesinato, la publicación de claves en el diario con este fin, el tono criminal de los discursos en la junta de Haymarket, la preparación y lanzamiento de la bomba desde la carreta de los oradores.

Estaba entre los presos el que la había hecho, ésa y cien más.

Los restos de la bomba eran iguales a las que los cómplices de los presos entregaron a la policía, y a las que tenía el periodista en su imprenta y enseñaba como una hazaña.

Los testigos de la defensa se contradijeron y dejaron en pie la acusación. Los testigos de la acusación eran amigos, compañeros, empleados, cómplices<sup>g</sup> de los presos.

Sin miedo hablaron el fiscal y su abogado. Sin fortuna ni solidez hablaron los defensores. El juez dijo al jurado en sus indicaciones que el que incita a cometer un delito y a prepararlo es tan culpable de él como el que lo comete.

Anonadaba tanta prueba. Estremecía<sup>h</sup> lo que se había oído y visto. Trascendía al tribunal el espanto público.

El jurado deliberó poco, y a la mañana siguiente los presos fueron llamados a oír el veredicto.

¡Pobres mujeres! La viejecita Spies,<sup>334</sup> la madre del periodista, estaba en su rincón, mirando como quien no quiere ver. Allí su hermana joven. Allí la novia lozana de uno de los presos. Allí la mujer de Schwab,<sup>335</sup>

a. En LN, coma.

b. En LN, coma.

c. En LN, sin coma.

d. En LN, sin coma.

e. En LN, sin coma.

f. En LN, coma.

g. Errata en LN, coma.

h. En LN: «extremecia».

desdichada y seca criatura, el cuerpo como roído, de rostro térreo y manos angulosas, extraña en el vestir, los ojos vagos y ansiosos, como de quien viviese en compañía de un duende: Schwab es así: desgarrado, repulsivo, de funesta apariencia; la mirada caída bajo los espejuelos, la barba silvestre, el pelo en rebeldía, la frente no sin luz, el conjunto como de criatura subterránea.

Allí la mulata de Parsons, implacable e inteligente como él, que no pestaña en los mayores aprietos, que habla con feroz energía en las juntas públicas, que no se desmaya como las demás, que no mueve un músculo del rostro cuando oye la sentencia fiera. Los noticieros de los diarios se le acercan, más para tener qué decir que para consolarla. Ella aprieta el rostro contra su puño cerrado.

No mira; no responde; se le nota en el puño un temblor creciente; se pone en pie de súbito, aparta con un ademán a los que la rodean, y va a hablar de la apelación con su cuñado.

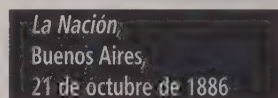
La viejecita ha caído en tierra. A la novia infeliz se la llevan en brazos. Parsons se entretenía mientras leían el veredicto en imitar con los cordones de una cortina que tenía cerca el nudo de la horca, y en echarlo por fuera de la ventana, para que lo viese la muchedumbre de la plaza.

En la plaza, llena desde el alba de tantos policías como concurrentes, hubo gran conmoción cuando se vio salir del tribunal, como si fuera montado en un relámpago, al cronista de un diario,—el primero de todos. Volaba. Pedía por merced que no lo detuviesen. Saltó

al carruaje que lo estaba esperando.

—«¿Cuál es, cuál es el veredicto?»—<sup>a</sup> voceaban por<sup>b</sup> todas partes.—«¡Culpables!»—<sup>c</sup> dijo, ya en marcha. Un hurra,<sup>d</sup> triste hurra!<sup>e</sup> llenó la plaza.<sup>f</sup> Y cuando salió el juez, lo saludaron.

José Martí



[Mf. en CEM]

- 
- a. En LN, sin pleca.
  - b. En LN: «de».
  - c. En LN, sin pleca.
  - d. En LN, siempre: «hurrah».
  - e. En LN, sin coma.
  - f. En LN, seguido, pleca.

## 135

# Correspondencia particular de *El Partido Liberal*

Sumario.-Estudio indispensable para comprender los acontecimientos venideros en los Estados Unidos.-Análisis del movimiento social, causas que lo producen y elementos que lo impulsan.-Influjo de las prácticas de la libertad política en el carácter de la guerra social.-El movimiento social está ya en actividad definitiva en los Estados Unidos.-Descomposición de los factores que han producido la presentación de un candidato de los obreros al corregimiento de Nueva York.-La historia viva.-La levadura de la Revolución Francesa fermenta en los Estados Unidos.-Causas especiales de la desigualdad social en Norteamérica.-La tierra y las ciudades.-Límite de acción de la libertad política: su eficacia y su deficiencia.-Razones del aspecto original del movimiento social en los Estados Unidos.-Influjo de la inmigración en el carácter del movimiento social.-¿Será la libertad inútil?-Problema nuevo en política: ¿los efectos de la educación despótica predominarán sobre los efectos de la educación liberal?-La libertad suaviza al hombre y lo hace enemigo de la violencia.-Aspecto presente del movimiento.-Fuerza definitiva del voto.-Los movimientos se concentran en los que poseen en mayor grado sus factores.-Razón de la candidatura de Henry George al corregimiento de la ciudad.

Nueva York,  
15 de octubre de 1886

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

SE PUDREN las ciudades; se agupan sus habitantes en castas endurecidas; se oponen con la continuación del tiempo masas de intereses al desenvolvimiento tranquilo y luminoso del hombre; en la morada misma de la libertad se amontonan de un lado los palacios de balcones de oro, con sus aéreas mujeres y sus caballeros mofletudos y ahitos, y ruedan de otro en el albañal, como las sanguijuelas en su greda pegajosa, los hijos enclenques y deformes de los trabajadores, en quienes por la prisa y el enojo de la hora violenta de la concepción, aparece sin dignidad ni hermosura la naturaleza. Esta contradicción inicua engendra odios que ondean bajo nuestras plantas como la fuerza misteriosa de los terremotos, vientos que caen sobre las ciudades como una colo-



sal ave famélica, ímpetus que arrancan a las naciones de su quicio y las vuelven del revés, para que el aire orece sus raíces. Y cuando ya parece que son leyes fatales de la especie humana la desigualdad y servidumbre; cuando se ve gangrenado por su obra misma el pueblo donde se ha permitido con menos trabas su ejercicio al hombre; cuando se ve producir a la libertad política la misma descomposición, ira y abusos que crea la tiranía más irrespetuosa; cuando se llega a ver vendido por un ciudadano de la República a cambio de un barril de harina o de un par de zapatos el voto con que ha de contribuir a gobernar su pueblo y mejorar su propia condición; cuando parece que va a venirse a tierra al peso de sus vicios, con un escándalo que resonaría por los siglos como resuena el eco por los agujeros de las cavernas, la fábrica más limpia y ostentosa que ha levantado el hombre a sus derechos, ¡he aquí que surge, por la virtud de permanencia y triunfo del espíritu humano, y por la magia de la razón, una fuerza reestructora, un ejército de creadores, que avienta a los cuatro rumbos los hombres, los métodos y las ideas podridas, y con la luz de la piedad en el corazón y el empuje de la fe en las manos, sacuden las paredes viejas, limpian de escombros el suelo eternamente bello, y levantan en los umbrales de la edad

futura las tiendas de la justicia!

¡Oh, el hombre es bueno, el hombre es bello, el hombre es eterno! Está en el corazón de la naturaleza, como está la fuerza en el seno de la luz. No hay podredumbre que le llegue a la médula. Cuando todo él parece comido de gusanos, entonces brilla de súbito con mayor fulgor, tal cual la carne corrompida brilla, como para enseñar la perpetuidad de la existencia, y la inefable verdad de que las descomposiciones no son más que los obrajes de la luz.

Sí: de esta tierra misma donde el exceso de cuidado propio sofoca en los hombres el cuidado público, donde el combate febril por la subsistencia y la fortuna exige como contrapeso y estímulo el placer acre, violento y ostentoso; donde se evaporan abandonadas las vidas de ternura, idea o desinterés que no han logrado la sanción vulgar y casi siempre culpable de la riqueza; de esta tierra misma, que cría con el grandor de sus medios y la soledad espiritual de sus habitantes un egoísmo brutal y frenético, se está levantando con una fuerza y armonía de himno uno de los movimientos<sup>a</sup> más sanos y vivos en que ha empeñado jamás su energía el hombre.

Es hora de estudiarlo, hoy que se manifiesta en Nueva York con inesperado brío, sustentando un candidato ingenuo al puesto de Corregidor de la ciu-

dad, de donde en manos de los políticos toda virtud parece haber huido. Vuelve a verse, para pasmo de intrigantes y soberbios, que en los grandes instantes de revolución y crisis, basta la voluntad de la virtud, tan tarda siempre en erguirse como segura, para acorralar a los que se disfrazan de ella. Un niño humilde, un aprendiz de imprenta, un grumete, un periodista, un mero autor de libros, ha estremecido con un volumen claro y sincero a toda la nación: y cuando los que se ven representados en él lo alzan por sobre su cabeza para que los conduzca en sus batallas, tiemblan a la simple presencia de este hombre sencillo los pecados públicos, el cohecho político, el falso sufragio, el tráfico en los empleos, el comercio en los votos, la complicidad de las castas favorecidas, la caridad interesada, la elocuencia alquilona, como viejos viciosos sorprendidos en su sueño por la luz del alba a los postres de una orgía. Se les ve por las calles despavoridos, cubriéndose las cabezas con los mantos, para que no se les descubra lo vil del rostro. Los formidables intereses ligados en paz criminal con los políticos de oficio, que prosperan con la venta y manejo del voto público, ven con estupor la aparición de un hombre honrado que les disputa el primer puesto de la ciudad, para inau-

a. Errata en EPL: «movimientos».

gurar desde él las batallas ordenadas de votos y leyes que han de asentar la Constitución social de la República sobre nuevos cimientos de justicia.

Para ojos menores, esto que en Nueva York sucede no es más que la candidatura de Henry George, autor de *El progreso y la pobreza*, al corregimiento de la ciudad; pero para quien tiene por oficio ver, y por hábito ir a buscar las raíces de las cosas, este es el nacimiento, con tamaños bíblicos, de una nueva era humana. Grandes son nuestros tiempos: es grande el gozo de vivir en ellos: y como se ha extinguido justamente la fe en las religiones incompletas que en su infancia deslumbraron el juicio y lo satisficieron; como el hombre, necesitado por su naturaleza de creer, padece de esa soledad mortal en que ningún cuerpo de creencias admisible a la razón ha venido a sustituir los mitos bellos que se la tenían oscurecida, es bueno, con las dos manos llenas de flores, señalar como una causa de fe perpetua ese poder de la naturaleza humana para vibrar como una novia a los besos viriles del pensamiento, y surgir con nueva virtud de su propia degradación y podredumbre.

¿Cómo se ha de decir bien en una mera carta de periódicos, escrita ahogadamente sobre la barandilla del vapor; toda la significación de un movimiento que trata de cambiar pacífica-

mente las condiciones desiguales en que viven los hombres, para evitar con un sistema equitativo de distribución de los productos del trabajo la tremenda arremetida de los menesterosos por la igualdad social, que dejaría atrás, y que dejará donde no se la evite, la que cerró e iluminó el siglo pasado en busca de la libertad política?

La historia que vamos viendo es más difícil de asir y contar que la que se espuma en los libros de las edades pasadas: esta se deja coronar de rosas, como un buey manso: la otra, resbaladiza y de numerosas cabezas como el pulpo, sofoca a los que la quieren reducir a forma viva. Vale más un detalle finamente apercebido de lo que pasa ahora, vale más la pulsación sorprendida a tiempo de una fibra humana, que esos rehervimientos de hechos y generalizaciones pirotécnicas tan usadas en la prosa brillante y la oratoria. Complace más entender en sus actos al hombre vivo y acompañarlo en ellos, que redorar con mano afeminada sus hechos pasados. Pero cuando se vive en una ciudad enorme adonde el Universo entero envía sin tregua sus más alborotadas corrientes; cuando se ve adelantar a la vez contra los mismos abusos sociales las lenguas encendidas de todas las naciones, y los pechos velludos, y los brazos alzados, y no se da por la ciudad un paso sin que salten a los ojos como voces que clamen, la opulencia indis-

creta de los unos, y de los otros la miseria desgarradora; cuando no es posible desviarse de las calles cuidadas de los acomodados y los ricos sin que el calor de la batalla suba al rostro, y una ola empuje el pecho, y se enrosque en la mente una sierpe encendida, al ver degradarse en el vicio forzoso, en las cargas inicuas, en un trabajo sin paga ni descanso, en una vida que no da tiempo al amor ni a la luz, el espíritu de la especie y la nobleza del cuerpo que lo encarna; y cuando aumentan día a día el refinamiento y provechos de los indolentes, la desesperación, la desocupación, la insuficiencia de salarios, el frío cruel, el hambre espantable de los que trabajan; cuando no hay sol sin boda de oro en catedral de mármol ni suicidio de un padre o una madre que por librarse de la miseria se dan muerte con todos sus hijos; cuando se habla mano a mano en las plazas con el desocupado hambriento, en los ómnibus con el cochero menesteroso, en los talleres finos con el obrero joven, en sus mesas fértidas con los cigarreros bohemios y polacos; cuando no se tiene el alma vendida a la ambición y el bienestar, ni se sufre del miedo infame a la desdicha, entonces vuelven a entrecerse con realidad terrible las escenas de horror fecundo de la Revolución Francesa, y se aprende que en Nueva York, en Chicago, en San Luis, en Milwaukee, en San Francisco,

fermenta hoy la sombría levadura que sazonó con sangre el pan de Francia.

La libertad política no ha podido servir de consuelo a los que no ven beneficio alguno inmediato en ejercerla, ni conservan siempre su independencia de los empleadores que exigen el voto de los obreros en atención al salario que les pagan, ni tienen en su existencia acerba tiempo para entender, ni ocasión o voluntad de gozar, el placer viril que produce la participación en los negocios de la patria.

Pudiera haber influido suave e indirectamente la libertad política en las masas demasiado afligidas o ignorantes para ejercerla, si el goce de ella hubiese creado en los Estados Unidos condiciones generales de seguridad y bienestar ignorados en los países donde impera una libertad incompleta o un gobierno tiránico. Pero la libertad política, considerada erróneamente, aún en nuestros días, como remate de las aspiraciones de los pueblos y condición única para su felicidad, no es más que el medio indispensable para procurar sin convulsiones el bienestar social: y siendo tal que sin ella no es apreciable la vida, para asegurar la dicha pública, no basta.

La libertad política, que cría sin duda y asegura la dignidad del hombre, no trajo a su establecimiento; ni crió aquí en su desarrollo, un sistema económico que garantizase a lo menos

una forma de distribución equitativa de la riqueza; en que sin llegar a nivelaciones ilusorias e injustas, pudiese el trabajador vivir con decoro y sosiego, educar en honor a su familia, y ahorrar para su ancianidad como el legítimo interés de labor de toda su existencia, una suma bastante para librarlo del hambre, o de ese triste trabajo de los viejos que de veras es una ignominia para cuantos no hemos imaginado aún el modo de evitarlo: ¡los viejos son sagrados! cambiaron en detalles de importancia las leyes civiles con el advenimiento de las libertades públicas, pero no se alteraron las relaciones entre los medios y objetos de posesión y los que habían de disfrutarla. Luego, hubo que tomar la selva del Oeste, que fecundar los desiertos del Centro, que desnudar de árboles los montes para tender sobre ellos los ferrocarriles, que emplear para el sometimiento del país medios que por la importancia del objeto y el costo de lograrlo excluían la pequeña propiedad personal y requerían la acumulación de los recursos y la propiedad de muchos: todo tuvo que ser gigantesco, en acuerdo con los fines pasmosos de esta nueva epopeya, escrita por las locomotoras triunfantes en las entrañas de los cerros, sobre criptas, abismos, llanos y abras, escrita con las balas de los rifles sobre el testuz de los búfalos y el pecho de los indios.

La tierra, madre de todo

bien y universal sustento, fue repartiéndose en forma y cantidades proporcionadas a los desembolsos y esfuerzos empleados en vencerla. Y a la raíz misma de aquella batalla de las familias con el suelo que se retorcía bajo sus pies en el estío, que en invierno quedaba sepulto bajo silbantes y tormentosas nevadas, comenzó la desigual competencia de la propiedad personal del colono con la propiedad combinada. La tierra pública fue distribuida, con razón o pretexto de empresas de utilidad general, a compañías privadas. Si la seca, los hielos o la competencia arruinaban al colono, lo arruinaban por entero, en tanto que en las compañías sólo comprometían los asociados el capital sobrante o parte de su capital. Así, con otras causas menores, fue en los campos quedando la propiedad en mano de asociaciones omnipotentes y el colono glorioso reduciéndose a agonizante arrendatario.

En las ciudades también caía el peso de la grandeza pública sobre los humildes, porque fuera de aquellos raros casos en que el genio individual se sobrepone a los obstáculos que impiden su desarrollo, exigía el consumo extraordinario de la nación empresas que lo abasteciesen, y no podía levantar frente a ellas las suyas infelices el obrero recién venido y solo que, a más de ganar en apariencia un salario mayor que el de su país nativo, entraba con



tanto júbilo en el ejercicio de su ser de hombre, que no hubo en mucho tiempo espacio en su mente más que para la satisfacción y la alabanza.

A esta embriagadora golosina de la libertad política acudieron, más que a las mismas de California y a las prósperas tierras del Oeste, los hombres de todas partes del mundo, y no los menos estimables e impetuosos, sino aquellos que aunque criados en aldeas oscuras en la humildad y en el miedo de lo desconocido, tienen en sí brío suficiente para abandonar el terruño que es toda su existencia, y desafiar el mar y el extranjero, más feroz y temible que el mar!

Pero con ser tantos los que llegaban de todas las aspas de la rosa de los vientos, los noruegos pelirrojos y espaldudos, los alemanes tenaces y tundentes, los italianos brillantes y mansos, los irlandeses caninos, todavía sobraba espacio para contenerlos en las ciudades en que vaciaba sus ubres la tierra recién cubierta, en las fábricas que no producían aún todo lo que la población necesitaba, en las abras y montes argentíferos, y en los llanos que no se cansaban de dar trigo y maíz. Y afanados los hombres en asegurar su prosperidad, fueron abandonando poco a poco la dirección de su libertad política a los que halagaban sus pasiones, o se hacían voceros y patronos de sus intereses, hasta que con el hábi-

to de venderlo todo, y de no dar valor sino a lo que tiene precio, llegó a ser costumbre en los Estados enteros, aun entre la gente acomodada, vender al mejor postor el voto a que no veían un provecho palpable e inmediato. Los que no lo vendían, sin tiempo ni afición para educarse en los asuntos públicos, lo cedían a las<sup>a</sup> más hábiles o locuaces.

Mientras el espacio excedió en las ciudades y en los campos a la muchedumbre que se aglomeraba en ellos, no hubo ocasión de notar la desproporción inconsiderada con que se había distribuido el territorio nacional, ni las condiciones falsas en que se estaban creando las industrias. Pero cuando las fábricas llegaron a producir más de lo que el país necesitaba; cuando la tierra que pedía el colono para trabajar en ella pertenecía de antemano a empresas que no la trabajaban; cuando el valor enorme dado al terreno de las ciudades por la obra común de los habitantes reunidos en ellas se volvía en daño de los mismos que lo producían, obligándoles a pagar por estrechas e inmundas habitaciones sofocantes rentas; cuando ni en la tierra ni en las industrias, poseídas por corporaciones privilegiadas o por herederos dichosos, podían abrirse camino los trabajadores compelidos a recibir como un favor el derecho de trabajar en condiciones impías a cambio de un

salario insuficiente para su alimento y abrigo; cuando en los mismos campos vírgenes, sólo el genio y el crimen podían abrirse paso, a tal punto que se volvían contritos a las repúblicas del Plata los emigrantes que retornaron de ellas para aumentar en su patria la fortuna adquirida en la ajena; cuando se palpó que los inventos más útiles, puestos en ejercicio con abundancia ilimitada en el país más libre de la tierra, reproducen en pocos años la misma penuria, la misma desigualdad, las mismas acumulaciones de riqueza y de odio, los mismos sobresaltos y riesgos que en los pueblos de gobierno despótico o libertad inquieta se han acumulado con el concurso de los siglos; cuando se observó definitivamente que la maravilla de la mecánica, la exuberancia del suelo, la masa de población, la enseñanza pública, la tolerancia religiosa y la libertad política, combinadas en el sistema más amplio y viril imaginado por los hombres, crean un nuevo feudalismo en la tierra y en la industria, con todos los elementos de una guerra social, entonces se vio que la libertad política no basta a hacer a los hombres felices, y que hay un vicio de esencia en el sistema que con los elementos más favorables de libertad, población, tierra y trabajo, trae

---

a. ¿las o los?



a los que viven en él a un estado de odio y desconfianza constante y creciente, y a la vez que permite la acumulación ilimitada en unas cuantas manos de la riqueza de carácter público, priva a la mayoría trabajadora de las condiciones de salud, fortuna y sosiego indispensables para sobrellevar la vida.

Ese es en los Estados Unidos el mal nacional. En otras tierras de menor pujanza, de más tradiciones, de más espíritu de familia, de más apego al suelo, las verdades balbucean largo tiempo antes de convertirse en fórmulas y en actos, cuando la pelea por ellas ha de acarrear trastornos públicos, de adelantarse contra hermanos, de lastimar costumbres venerandas: porque el hombre se ama tanto, que convierte en objeto de adoración y a las faltas mismas del suelo en que ha nacido. Pero en los Estados Unidos, abandonado cada cual a sus esfuerzos propios, batallando los hombres en su mayoría en una tierra que no es suya o sólo lo es desde una generación, habituados a poner en práctica, por lo fácil de los medios y lo apremiante de las necesidades, las soluciones que les parecen urgentes y útiles, las ideas arrollan a poco de nacer, arrollan, sin que las enfrente la tradición, que no existe en este pueblo de recién llegados, ni las suavice la bondad, apagada en el combate angustioso por la vida. Por fortuna, la lentitud forzosa en las determinaciones

de las grandes masas de población, esparcida en territorios extensos, reemplaza aquí la paciencia, indispensable para preparar los cambios públicos con probabilidades de victoria.

Pero este conflicto social, que con sólo enseñarse en su primer estado de organización ha purificado las relaciones políticas y empuñado las cuestiones transitorias que venían pareciendo principales, no es como aquellas ideas redentoras que bajan sobre los pueblos lentamente desde un senado de almas escogidas: no es despañoso, como todos los movimientos expansivos, imaginados por los espíritus de caridad para el bien común, sino batallados y violentos, como todos los movimientos egoístas, producidos por la masa ofendida en beneficio propio. Como este conflicto viene de un estado común a las regiones más apartadas de la República; como este pueblo es en su mayoría de hombres de trabajo, que ya se cansan de luchar en desorden por mejoras locales, en que los vencen casi siempre las empresas poderosas, por la privación, la fuerza o la astucia; como a esas causas generales se une la especial y grave de que los errores del sistema prohibitivo obliga a los empresarios a rebajar el salario de los obreros o el número de ellos en sus fábricas; como su mal es presente y agudo, es la renta del mes, es la ropa empeñada, es el pan que

no alcanza; como ha entrado en su mente, devastándola por su misma fuerza de luz, la idea impaciente de que existe un medio de vivir sin tanta zozobra e ignominia; como con hilos de fuego están atando los reformadores de un cabo a otro de la República las almas que estallan, parece infelices! que la paloma anunciadora ha bajado de veras del cielo y que a todos les ha deslizado en el oído el mensaje que hace ponerse en pie, iluminarse el rostro y vestirse de fiesta, para recibir dignamente la bienaventuranza.

Los que no han respirado desde su niñez el aire sano de los pueblos libres; los que vienen febricitantes y torvos de los pueblos donde se persigue como un crimen la fatiga natural del hombre por asegurar su dignidad y bienestar; los que traen viciado el juicio con las ideas violentas que cría en los espíritus humillados y enérgicos la presión insensata del pensamiento y del derecho incontestable a investigar las causas de la desdicha y buscar su mejora; los obreros que vienen de Europa sin la práctica de los hábitos de la República, con desconfianza en la utilidad y justicia de las leyes, con el conocimiento indigesto de teorías sociales en que la fantasía generosa, o cierto callado despotismo deslucen los más brillantes planes, esos, ansiosos de echar afuera su persona comprimida, condensados por la larga espera de su derecho y las agrega-

ciones de la herencia en seres angélicos sedientos de martirio, o en criaturas de venganza, apremian a los obreros norteamericanos o a los que se han hecho ya a los hábitos libres del país para que intenten por recursos violentos, como los únicos eficaces, la reforma inmediata de las condiciones sociales que producen ese fenómeno vergonzoso e inhumano: la miseria. La miseria no es una desgracia personal: es un delito público. ¿Será ley para el hombre en la naturaleza lo que no lo es para los animales?

Resulta, pues, que la mayoría necesitada del país se ha dado cuenta del malestar que la rebaja y agobia: que palpando en sí misma sus efectos inquiere naturalmente sus causas: que como el hambre y el decoro no son tan pacientes como la filosofía, aun antes de conocer bien las causas se ha determinado a buscar su remedio: que la inmigración incesante de obreros coléricos incita a la mayoría inquieta de trabajadores a que vuelque la fábrica social edificada con tanta injusticia, que el hombre que más duramente trabaja en ella viene a ser reducido a una condición en que no tiene todo el alimento que necesita, ni lo tiene seguro, ni puede criar en honradez la familia que la naturaleza le permite engendrar, ni goza de la libertad y reposo necesarios para impedir que su espíritu, en vez de cumplir la ley universal de aumento y ele-

vación, baje a los lindes mismos de apetito e instinto de la bestia. Estas masas crecen. Crece la inmigración que las azuza. Los salarios no alcanzan a las necesidades. Aumenta la renta y el precio de los artículos de vida. El desarrollo de los grandes inventos sólo aprovecha a las corporaciones que los explotan. Faltan los medios de desenvolver en paz y con éxito la persona del hombre. Faltan los medios de ahorrar y competir. Falta el trabajo. Falta la tierra. Los que padecen, se lo dicen. Los que vienen de afuera, avivan. Los que poseen, resisten. ¿Por donde echará este mar de fuego? ¿Se aquietará en la paz, o se desbordará en la guerra? ¿Ni en los Estados Unidos siquiera podrá evitarse la guerra social?

¿Será la libertad inútil? ¿No hay virtud de paz, fuerza de amor, adelanto del hombre en la libertad? ¿Produce la libertad los mismos resultados que el despotismo? ¿Un siglo entero de ejercicio pleno de la razón no labra siquiera alguna mejora en los métodos de progreso de nuestra naturaleza? ¿No hacen menos feroz y más inteligente al hombre los hábitos republicanos?

El hombre, en verdad, no es más, cuando más es, que una fiera educada. Eternamente igual a sí propio, ya siga desnudo a Caín, ya asista con casaca galoneada, a la inauguración de la Estatua de la Libertad, si en

lo esencial suyo no cambia, cambia y mejora en el conocimiento de los objetos de la vida y de sus relaciones. Todo el anhelo de la civilización está en volver a la sencillez y justicia de los repartimientos primitivos. Todo el problema social consiste acaso en eliminar los defectos y abusos de relación creados en la época rudimentaria de la acumulación de la especie, en que todavía vivimos, y restablecer en la población acumulada las relaciones puras y justas de las sociedades patriarcales. Pero si en lo esencial no cambia el hombre, no puede ser que produzcan en él igual resultado al despotismo que lo retiene dentro de sí, mordido por su actividad, abochornado por su deshonra, impaciente porque oye de su interior la voz que le dice que falta a su deber humano con no ser por entero quien es y ayudar a los demás a ser, y este otro dulcísimo sistema de la libertad racional del acto y el pensamiento, que no amontona la voluntad presa, ni estruja las sienes con ideas sin salida, sino que tiene al hombre en quietud armoniosa, en el decoro y contento de su ser entero y en el equilibrio saludable entre su actividad y los modos de satisfacerla. No del mismo modo emprenden a correr por el llano los potros sujetos dentro de la cerca que los acostumbrados a pacer libremente. El espíritu desahogado no obra con tanta violencia como el espíritu ahogado. El hombre habituado a ejer-

citar su fuerza no es tan impaciente, cegable y llevadizo como el que tiene hambre de emplearla. Es esencialmente distinta la disposición amigable y respetuosa de los hombres hechos a su soberanía, de la acción agresiva y turbulenta de los que padecen de sed de ella. El delirio no puede obrar con la hermosura y fecundidad de la salud.

No: no parece que haya sido vano en los Estados Unidos el siglo de República: parece al contrario que será posible, combinando lo interesado de nuestra naturaleza y lo benéfico de las prácticas de la libertad, ir acomodando sobre quicios nuevos sin amalgama de sangre los elementos desiguales y hostiles creados por un sistema que no resulta, después de la prueba, armonioso ni grato a los hombres. Parece que la organización, aconsejada por la inteligencia y servida sin ira por la voluntad, suple con ventaja a la revolución, producto impaciente de la razón mal educada, u ordena la revolución, para el caso en que la provocación inicia la haga imprescindible, de modo que construya cada uno de los actos en que derribe; y no comprometa la suerte pública con los arrebatos de una cólera o los consejos de una venganza a que no tienen derecho los redentores. Parece que el hábito ordenado y constante de la libertad da a los hombres una confianza en su poder que hace innecesaria la violencia.

Obsérvese lo nuevo. Aquí se ofrece ahora un caso original en la vida de los pueblos:—están frente a frente los resultados de la educación libre de la República en América, y los de la educación tradicional o intermitente de los pueblos de Europa. Cada uno de estos espíritus pugna por prevalecer, y aconseja medios radicalmente opuestos para llegar al fin que ambos anhelan. La infusión constante de inmigrantes europeos y los violentos hábitos que importan, no ha permitido al espíritu directo de los Estados Unidos desenvolverse en toda la entereza y extensión de su originalidad, que hubiera hecho más patente y decisivo el conflicto, y más pura su enseñanza histórica; mas ya se alcanza a ver que el hábito del éxito y la afirmación de la persona que vienen del ejercicio constante de la libertad política, no bastan a impedir las desigualdades consiguientes a una organización social imperfecta, pero suavizan dentro de ella los espíritus, crean el miramiento y respeto comunes, inspiran repulsión a la violencia innecesaria, y proporcionan los medios precisos para proponer y conseguir en paz las pruebas y cambios que allí donde no hay libertad política efectiva sólo obtienen a medias la cólera y la sangre.

¡Oh, sí! De la libertad como de la virtud, está casi vedado hablar, por ser tantos los que las profanan que quien las ama

de veras tiene miedo de ser confundido con ellos: y hasta de mal gusto está ya pareciendo ser honrado! Pero es cierto que la libertad favorece sin peligros la expansión y expresión de las cualidades más nobles del hombre y más necesarias para la grandeza y paz de los Estados: lo cual debe decirse, —por haber muchos que hacen argumento, para demostrar su ineficacia, de su aparente fracaso allí donde no se la ha aplicado con la sinceridad y tolerante espíritu que son su esencia; y porque en los mismos Estados Unidos, por causas nacionales ajenas a ella, han ido endureciéndose los caracteres, y avillanándose y perdiéndose las prácticas cívicas, a tal extremo que los que sólo miran a la superficie pueden asegurar que las costumbres de la República engendran los mismos vicios de las monarquías privilegiadas y ociosas, sin mantener en cambio el ímpetu heroico y la deslumbrante brillantez que suelen estas inspirar a sus vasallos.

Pero no. En verdad que en los Estados Unidos el afán exclusivo por la riqueza pervierte el carácter, hace a los hombres indiferentes a las cuestiones públicas en que no tienen interés marcado, y no les deja tiempo ni voluntad para cumplir con su parte de deber en la elaboración y gobierno del país, que abandonan a los que hacen oficio de la cosa pública, por ver en ella desocupación desahogada y lucrativa. Mas la justicia



irrepresible bulle en el espíritu de los hombres, de alma apostólica, y en los caracteres sencillos, que padecen y ven padecer por la falta de ella; y donde quiera que los hombres se juntan crecen los fariseos y se comen las ciudades, pero por encima de todos ellos, como criatura de eterna luz que ningún suplicio agobia, surgen Jesús y su séquito de pescadores. Aquí han brotado, se han ungido, han abandonado oficios pingües para servir con más desembarazo a los menesterosos, han puesto en orden las razones descompuestas de los desdichados: y ese mismo espíritu de caridad que en los países oprimidos lleva por el calor de su fuerza divina a la batalla, aquí por la fuerza más segura que viene al hombre del empleo constante de su razón, le conduce a buscar la mejora de sus males, la distribución equitativa de los productos del trabajo, por la agresión incontestable de la palabra justa, por el uso inteligente y terco del voto,—gigante que deben criar con apasionado esmero los pueblos que acaso lo desdeñan porque no estudian su poder y no se toman el trabajo de educarlo. Pues bien: después de verlo surgir, temblar, dormir, comerciarse, equivocarse, violarse, venderse, corromperse; después de ver acarnerados los votantes, sitiadas las casillas, volcadas las urnas, falsificados los recuentos, hurtados los más altos oficios, es preciso procla-

mar, porque es verdad, que el voto es un arma aterradora, incontestable y solemne; que el voto es el instrumento más eficaz y piadoso que han imaginado para su conducción los hombres.

Esa es la novedad considerable que el ejercicio de la libertad política parece haber traído a la resolución del problema social que se anunció al mundo con tamaños tremendos a fines del siglo pasado, y ha venido naturalmente a plantearse en la plenitud de sus elementos al país donde se reúnen con menos trabas y mejores condiciones los hombres.

Pero con ser tanta esa novedad en la forma del problema, más importante es el modo original con que lo han entendido en los Estados Unidos los hombres acostumbrados a dominar los sucesos y los elementos. Si en cuanto a los métodos no pudo ser inútil el hábito firme de las libertades públicas, tampoco pudo serlo en cuanto a la concepción del problema. La costumbre dichosa del norteamericano de resolver prácticamente cada dificultad que va palpando, sin que el afán de cada día le dé tiempo para ofuscar su juicio de antemano con teorías confusas que a la vez rechazan su cuerpo fatigado del combate y su espíritu acostumbrado a lo directo.

Esa paz en el método, y esa genuinidad en la concepción del problema, han sido el servicio peculiar e inestimable de la li-

bertad política, y la sana vida nacional que produce, a la causa del mejoramiento de la sociedad humana. Casi simultáneamente se produjeron en los Estados Unidos los efectos del malestar social, y los apóstoles, los estadistas, los organizadores, los agentes encargados de remediarlo. El hábito de oírlo todo aseguró desde el primer instante el respeto público a los que estudiaron el problema con más cariño para los humildes que miramiento para los poderosos. Y los hombres todos, hechos aquí a serlo, dieron muestra de sentir un legítimo orgullo de especie cuando otro hombre se ejerce y determina, aun cuando la preocupación o la propiedad misma le sean amenazadas.

Método, formas, corporación, lenguaje, todo es en este movimiento social de los Estados Unidos propio y diverso de como es en otras tierras. Los mismos sistemas han producido aquí y allí los mismos efectos; pero la diversa preparación política ha dispuesto a los hombres de diferente manera para remediarlos. Las masas, más educadas, no esperaron a que les marcaran el camino los pensadores generosos que en otros países han revelado a los obreros los males que estos sentían confusamente; sino que de sí misma, por brote espontáneo y unánime, se concertaron para buscar el modo de extirpar el mal, mientras que los meditadores esclarecían sus orígenes



para ir sobre seguro a curarlo en ellos, y los espíritus de caridad ardiente, previendo el desorden natural en población obrera de tan varios elementos y cultura, se pone amorosamente de su lado para aconsejarles la acción acordada y pacífica que ha de acabar porque cada boca tenga un pan, y cada viejo ahorre para el fin de su vida una camisa limpia y un almohada blanda.

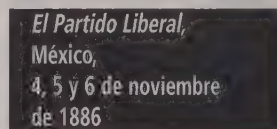
Un hombre hay en Nueva York en quien dichosamente se reúnen los elementos de trabajo, juicio y amor que producen en los Estados Unidos, en robusto arranque, el combate social más bello, numeroso y breve que hayan visto los siglos: ¡así es, aunque los hombres se resisten, por soberbia y efecto de visión, a dar proporciones grandiosas a lo que ven con sus ojos! Y ese hombre junta a esas condiciones, para tener en sí todas las de la pelea que simboliza la sosegada costumbre de las prácticas de libertad que dan carácter original y modo pacífico de éxito a la reforma social a que la mayoría de la nación parece determinada.

Enseña el estudio hondo de los movimientos humanos que estos tienden a concentrarse en quien reúne en sí los factores que los impulsan y que el éxito de los caudillos depende del grado e intensidad en que posean los caracteres del movimiento que encabezan. Rápido crece el movimiento obrero, en acuerdo lógico con las demás manifestaciones de la vida en este país de la acumulación maravillosa y la existencia directa. Anda confuso, como todo lo que nace, aunque para confirmar con esto la virtud de la libertad, más se han esclarecido aquí en cinco años los orígenes del mal social que en un siglo entero de planes europeos. Determinado, sin embargo, el movimiento obrero a intentar en paz sus proyectos de reforma, con la urgencia impuesta por la naturaleza y verdad de los males palpables y crecientes que lo producen, resulta que al presentarse en Nueva York la primera ocasión de exhibir su poder y voluntad en una seria contienda política, se precipita rápido en sus actos y confuso en sus fines a pelear con ímpetu apostólico, con ala de águila,

con júbilo de fe, por establecer su decisión e influjo, poniendo en la silla de Corregidor de la ciudad al hombre de armoniosa cabeza y espíritu apacible que por su origen de trabajador, por la fuerza de su piedad, por lo directo y primario de su pensamiento, por el carácter agresivo de su meditación; por su hábito arraigado de las libertades públicas, reúne en su augusta sencillez, hasta en lo osado y discutible de sus planes, los elementos de fondo y forma de la revolución pacífica que representa.

Así ha venido, juntándose como en toda hora crítica la virtud y los que necesitan de ella, a ser Henry George, antes de un libro de fuerza bíblica, el candidato de los obreros de Nueva York para el oficio de Corregidor de la ciudad. Y de allí, al porvenir.

José Martí



[OCNY, pp. 65-78]

## 136

# Correspondencia particular de *El Partido Liberal*

Sumario.-La mujer norteamericana.-La «mulata» Lucy Parsons, mestiza de mexicano e indio.-Lucy Parsons recorre los Estados Unidos hablando en defensa de su marido, condenado a muerte entre los anarquistas de Chicago. La sentencia no ha amedrentado a las asociaciones de anarquistas. Lucy Parsons en Nueva York.-Su elocuencia.-Escena memorable en Clarendon Hall.-Carácter viril de la mujer norteamericana y su razón.-Una mujer decide el debate en una convención<sup>a</sup> política.-La mujer como organizadora y empresaria.-La mujer en los teatros: Helen Daubray: Lilian Olcott y la *Fedora* de Sardou.-Mrs. Langtry.

Nueva York,  
17 de octubre de 1886

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

**S**ANTO ES EL MISMO crimen, cuando nace de una semilla de justicia. El horror de los medios no basta en los delitos de carácter público a sofocar la simpatía que inspira la humanidad de la intención. El verdadero culpable de un delito no

es el que lo comete, sino el que provoca a cometerlo: eso parecía decir ayer a los que la observaban de cerca la reunión de los anarquistas en Nueva York. ¿Y se creía que la sentencia a muerte de los siete anarquistas de Chicago, los convictos en el proceso de la bomba, los había hecho enmudecer? ¡Como una condecoración llevan al pecho desde entonces hombres y mujeres la rosa encarnada! Ahora parecen más que antes: se reúnen con más frecuencia: afir-

man con más atrevimiento sus ideas! se ven injustamente miserables; desesperan de la posibilidad de reducir al mundo por la ley a un sistema equitativo; se sienten como purificados y glorificados por el espíritu humanitario de sus dogmas; se convencen de que la civilización que usa la pólvora para hacer cumplir su concepto de la ley, no es más legal ante el alma del hombre que la reforma, que, para hacer cumplir la ley tal como la concibe, usa la dinamita, que no es más que pólvora concentrada. Y como cualquiera que sea el extravío de sus medios y la locura de su propaganda, es verdad que esta y aquellos arrancan de un espíritu de justicia ofendido en las clases humildes siglo sobre siglo, y de una compasión febril por los dolores del linaje humano, resulta, hoy como siempre, que el mundo se dispone a olvidar las manchas rojas que deshonran la mano, atraído por el

a. Errata en EPL: «convención».

rayo de luz que brota de la frente: y que un grano de piedad basta a excusar una tonelada de crimen.

En la certeza de sus móviles humanitarios toman fuerza para arrostrar el martirio de estas criaturas de juicio desequilibrado, ya por la viveza e intensidad de sus penas, ya porque no es la fetidez de los agujeros de los artesanos buen lugar de cría para la divina paciencia con que soportan el ultraje los redentores. Si a duras penas concibe cada civilización un Jesús, ¿cómo se pretende que sea un Jesús cada uno de estos pobres trabajadores? Así al ver próximos a morir a siete de sus compañeros en la horca, no se paran a pensar en que de sus manos salió un proyectil de muerte, porque no ven su proyectil más criminal que la bala de un soldado, que también sale a matar en la batalla sin saber adónde: sólo ven que van a morir sus siete amigos por el delito de buscar sinceramente el que ellos miran como modo de hacer feliz al hombre; y los arrebató, esa es la verdad, la misma voluptuosidad de sacrificio que poseyó cuando la iglesia virgen a los mártires cristianos. ¡Ah, no: no es en la rama donde debe matarse el crimen, sino en la raíz. No es en los anarquistas donde debe ahorcarse el anarquismo, sino en la injusta desigualdad social que los produce.

Aquí el aire está cargado de estos problemas: no hay otra

cosa en el aire: se oye el ruido cercano de la cólera: en Nueva York los trabajadores, partidarios de la nacionalización de la tierra, están a punto de sacar a su apóstol Henry George mayor de la ciudad: en Richmond hay un Congreso de Caballeros del Trabajo, que hace alarde de simpatía a la raza negra: en todos los Estados los gremios de obreros entran en masa en la política, y en algunos triunfan de lleno y eligen casi sin obstáculos a la legislatura y al gobernador: todavía funcionan por encima, como actores segundos que entretienen la escena, los partidos y personajes que han perdido con el uso de eficacia y pureza; pero de todas partes se asiste a la elaboración de una fuerza tremenda: nadie se oculta la importancia de los nuevos sucesos: es preciso hablar de esto.

Sí: los anarquistas no temen al sacrificio, y aun lo provocan, como los héroes cristianos. Sus sufrimientos explican su violencia; pero esta misma parece menos repugnante por la generosa pasión que los inspira. Y se ve aquí, como en aquellos tiempos de almas, que esa exuberancia de amor al hombre crea lazos más fuertes entre los que la sienten en común, y da al cariño de los amantes y a los deberes de familia una poesía e intensidad que les visten de flores el martirio.

Ayer mismo se asistió en Nueva York a una escena de interés

penetrante y extraordinario. En ninguna iglesia de la ciudad hubo ayer domingo un sacerdote más ferviente; ni una congregación más atribulada, que en Clarendon Hall, el salón de los desterrados y los pobres. Pugnaba en vano la concurrencia de afuera por entrar en la sala atestada, donde hablaba a los anarquistas de Nueva York, alemanes en su mayor parte, la Lucy Parsons,<sup>336</sup> la «mulata» elocuente, Lucy Parsons, la esposa de uno de los anarquistas condenados en Chicago a la horca.

El sábado llegó. Anda hablando de ciudad en ciudad para levantar la opinión pública contra la ejecución de la sentencia a muerte. En la estación la esperaban un centenar de personas, y entre ellas muchas mujeres y niños. Todas las mujeres la besaron: lloraban casi todas: dos niñas le ofrecieron un ramo de rosas rojas: «La bandera roja», dice ella, «no significa sangre: significa que las grandes fábricas donde hoy se asesina el alma y cuerpo de los niños, se convertirán pronto en verdaderos kindergartens.» Sabe de evolución y de revolución, y de fuerzas medias, de todo lo cual habla con capacidad de economista lo mismo en inglés que en castellano. «La anarquía está», según ella, «en su estado de evolución: luego vendrá la revolución, si es imprescindible: y luego la justicia». «La anarquía no es desorden, sino un nuevo orden.» He aquí cómo ella misma la describe, con sus

propias palabras: «Pedimos la descentralización del poder en grupos o clases. Los agricultores proveerán a la comunidad con un tanto de los productos de la tierra, con otro tanto de zapatos los zapateros,<sup>a</sup> los sombreros con otro tanto de sombreros, y así cada uno de los grupos, de modo que quede cubierto el consumo nacional; del que se publicará una cuidadosa estadística. La tierra será poseída en común, y no habrá por consiguiente renta, ni intereses, ni ganancias, ni corporaciones, ni el poder del dinero acumulado. No pesará sobre los trabajadores la tarea brutal que hoy pesa. Los niños no se corromperán en las fábricas, que es lo mismo que corromper a la nación; sino irán a los museos y a las escuelas. No se trabajará desde el alba hasta el crepúsculo y los obreros tendrán tiempo de cultivar su mente y salir de la condición de bestia en que viven ahora. El que trabaje comerá, dentro de nuestro sistema, y el que no, perecerá, lo mismo que hoy: pero no se amontonarán capitales locos, que tientan a todos los abusos: no habrá dinero de sobra con que corromper a los legisladores y a los jueces: no habrá la miseria que viene del exceso de la producción, porque sólo se producirá en cada ramo lo necesario para la vida nacional.»

De todo esto, por supuesto, sólo se puede considerar el buen deseo, y la verdad de los dolores punzantes que por serlo

tanto llevan los planes de reforma a tal exceso. En esos planes falta el espacio preciso para el crecimiento irrepresible de la naturaleza humana, que es la base de todo sistema social posible; porque un conjunto de hombres, sólo por transición y descanso puede ser distinto de como el hombre es: lo innatural, aun cuando sea lo perfecto, no vive largo tiempo. El hombre tratará de satisfacer siempre en lo tangible del mundo su ansia de lo desconocido e inmenso.

A Lucy Parsons le dicen mulata por su color cobrizo. Es mestiza de indio y mexicano. Tiene el pelo ondeado y sedoso: la frente clara, y alta por las cejas: los ojos grandes, apartados y relucientes; los labios llenos; las manos finas y de linda forma. Viste toda de brocado negro: usa largos pendientes: habla con una voz suave y sonora, que parece nacerle de las entrañas, y conmueve las de los que la escuchan. ¿Por qué no ha de decirse? Esa mujer habló ayer con todo el brío de los grandes oradores. Rebosaba la pena; es verdad, en los corazones de los que la oían: y auditorio conmovido quiere decir orador triunfante; pero a ella, más que del arte natural con que gradúa y acumula sus efectos, le viene su poder de elocuencia de donde viene siempre, de la intensidad de la convicción. A veces su palabra levanta ampollas, como un látigo; de pronto rompe en

un arranque cómico, que parece roído con labios de hueso, por lo frío y lo duro; sin transición, porque lo vasto de su pena y creencia no la necesitan, se levanta con extraño poder a lo patético, y arranca a su voluntad sollozos y lágrimas. Momentos hubo en que no se percibía más ruido en la asamblea que su voz inspirada, que fluía lentamente de sus labios, como globos de fuego, y la respiración anhelosa de los que retenían por oírla los sollozos en la garganta. Cuando acabó de hablar esta mestiza de mexicano e indio, todas las cabezas estaban inclinadas, como cuando se ora, sobre los bancos de la iglesia, y parecía la sala henchida; un campo de espigas encorvadas por el viento.

No desenvuelve la palabra graciosamente, sino la emite con la violencia de la catapulta. Los ojos ora le relampaguean, ora se le llenan de llanto: adelanta el brazo con lentitud, como si lo retuviese al extenderlo: todo en ella parece invitar a creer y subir. Su discurso, de puro sincero, resulta literario. Ondeas sus doctrinas, como una bandera: no pide merced para los condenados a muerte, para su propio marido, sino denuncia las causas y cómplices de la miseria que lleva los hombres a la desesperación: dice que en la reunión en que esta-

---

a. Se añade coma.



lló la bomba, la policía se echó encima de los hombres y mujeres con el revólver en la mano y el asesinato en los ojos: los anarquistas llevaron allí la bomba, para resistir, como la policía llevó el revólver, para atacar: «¡Miente», exclama, «el que diga que Spies y Fischer<sup>37</sup> arrojaron la bomba!» No se abochorna de confesar sus hábitos llanos: «Fischer», dice, «estaba entonces tomando cerveza conmigo en un salón cercano. ¿Quién ha dicho en el proceso que vio tirar la bomba, a ninguno de los condenados? ¿Acaso los que van a matar llevan a ver el crimen, como llevó mi marido, a su mujer y a sus hijos?» «¡Ah, la prensa, las clases ricas, el miedo a este levantamiento formidable de nuestra justicia ha falseado la verdad en ese proceso ridículo e inícuo! Alguno, indignado por el asalto de los policías, lanzó la bomba que causó las muertes: ¿qué culpa tiene el dolor humano de que la ciencia haya puesto a su alcance la dinamita?»

Cuando habla de la miseria de los obreros halla frases como esta: «Oigo vibrar y palpar las fábricas inmensas; pero sé que hay mujeres que tienen que andar quince millas al día para ganar una miserable pitanza.» «Decid que no es verdad, a los que os dicen que aquí se adelanta. Cuando a mis propios ojos andaban en Chicago descalzos diez mil hijos de obreros, en Washington se presentaba en un baile una señora con

todo el vestido lleno de diamantes, que valían \$850 000: y otra llevaba en el pelo \$75 000, y el pelo después de todo no era suyo! ¡No! no es bueno que los ojos de vuestros hijos pierdan su luz puliendo esos diamantes» «¡Oh, pobre niño de las fábricas»;—seguía diciendo con el cuerpo inclinado hacia delante, con la voz convulsa, con las manos tendidas a su auditorio en gesto de plegaria, —«oh, pobre niño de las fábricas: las lágrimas que ahora hacen correr por tus mejillas la avaricia y la brutalidad, se transformarán pronto en caricias y en besos. Los hombres que las ven correr las secarán con sus robustos brazos. No los detendrá en su camino de justicia el hambre, la mentira ni la horca, sino se erguirán y padecerán como sus padres bravamente, y salvarán por sobre sus cabezas, si es preciso a sus hijos!»

En este instante, la concurrencia que se apretaba a las puertas, aprovechando el silencio de emoción que acogió estas palabras, braceó por entrar en la sala. No podían. «¡Hurra»,<sup>a</sup> gritó una voz, «hurra»<sup>b</sup> por los anarquistas de Chicago!» Por un impulso unánime saltó sobre sus pies la concurrencia. Dicen que temblaban las mejillas de ver aquella escena. Les corrían las lágrimas a los hombres barbados. Las mujeres, de pie sobre los asientos, movían sus pañuelos. Las niñas gritaban «hurra» alzando sus manecitas, subidas sobre

los hombros de sus padres. ¡Hay tanto triste en el mundo que de recordar estas cosas se aprieta involuntariamente la garganta! *La Marsellesa* unió a ese arrebatado sus notas eternas.

Singular espectáculo, el de esa mujer que recorre los Estados Unidos pidiendo desde los escenarios, desde las aceras, desde las plazas públicas, justicia para su propio esposo condenado a muerte. Pero no parece tan raro si se observa la prominencia curiosísima de la mujer en la vida norteamericana. No se trata sólo de aquel rudo desembarazado y libertad afeadora de que aquí la mujer goza; sino de la condensación de ellas, con el curso del tiempo, en una fuerza viril que en sus efectos y métodos se confunde con la fuerza del hombre. Esta condición, útil para el individuo y funesta para la especie, viene de la frecuencia con que la mujer se ve aquí abandonada a sí misma, de lo mudable de la fortuna en este país de atrevimiento, y de lo inseguro de las relaciones conyugales. Aquella encantadora dependencia de la mujer nuestra, que da tanto señorío a la que la sufre, y estimula tanto al hombre a hacerla grata, aquí se convierte en lo general por lo interesado de los espíritus en una relación hostil, en que evaporada el alba de la boda, el

a. En EPL: «Hurrah».

b. En EPL, siempre: «hurrah».

hombre no ve más que la obligación, y la mujer más que su comodidad y su derecho. Ni cede la mujer tan dulce y ampliamente a su misión de darse, como se da a la noche la luz de las estrellas; sino que, por lo áspero e independiente de la existencia, el amor va quedando en ellas, cuando no muerto, amenguado hasta su expresión fea del sentido: y como sólo se aperciben de él en esta forma tediosa e intermitente, tiénenlo en mucho menos que la independencia que conviene a sus espíritus sin cariño. En otros casos desenvuelve la persona de la mujer su larga soledad, las pruebas de una vida sin simpatía ni apoyo, o el disgusto de un brutal marido. Y así se ve vencer a muchas mujeres en la lucha de la vida por su intrepidez y su talento, no sólo en los gratos oficios de arte y letras que requieren delicadeza e imaginación; sino en la creación y manejo de empresas complicadas, en el desempeño trabajoso de empleos nacionales, y en la fatiga de los combates políticos. Pero esta victoria es genuina y absoluta, independiente de todo encanto de sexo y de la extravagancia y ridiculez con que aquí mismo se distinguían hasta hace poco las tentativas de la mujer por emplearse en los oficios del hombre.

No hay día en verdad, sin caso notable. Hace unas dos semanas luchaban con escándalo los partidarios de una Convención política, y fueron vanos

durante días enteros los empeños de calmarla, hasta que una señora que disfruta de buen nombre de abogado expuso con tal lucidez las quejas de una y otra parte, y los llamó a razón en un discurso tan lógico, que la Convención votó con ella, y hoy la miran como árbitro de la política del Estado, sin que la acuse nadie de «media azul», como llaman aquí a las marisabidillas, antes dicen que lleva su triunfo con sencillez y modestia.

En Nueva York crece a ojos vistos la fortuna de una bella señora que se vio caer en un día de lo más alto de la riqueza a la miseria en su palacio vacío: le quedaban sus muebles inútiles, sus hijos sin pan, su puerta sin amigos y su marido en fuga. Sabía que en una tienda de objetos de arte apreciaban mucho el gusto fino de que había dado muestras cuando compraba en su hora de abundancia las lindas chucherías de que tiene aún llena su casa: y la aristocrática mujer que tenía fama en las mayores ciudades de Estados Unidos, de rica y hermosa, ofreció sus servicios como vendedora a la tienda de objetos artísticos. Llamaron pronto la atención a los parroquianos el tino de sus consejos, y la gracia con que disponía las compras sus casas. Empezaron a comisionarla para que alhajase casas enteras. Se puso al oficio con una bravura de domadora. Con sus primeros ahorros imprimió circulares. Y en tres

años apenas ha levantado con su industria tan amplio modo de vivir que ya puede habitar su casa propia, a donde ha vuelto por camino más seguro a manos de la mujer el lujo que se perdió en ella a manos del esposo.

Y hoy mismo se lee en los diarios otra curiosa noticia. Acá se ha zurcido una compañía de ópera<sup>a</sup> americana, compuesta de alemanes, franceses, suecos, italianos, y una bailarina de Boston: y la verdad es que el año pasado no cantaron mal, y está en vías de formarse permanentemente con sus productos un conservatorio<sup>b</sup> de música, donde de veras aprendan arte los aficionados americanos. En un año se puso en pie la empresa, contrató gran número de artistas, creó un cuerpo de baile; representó en los teatros mejores de los Estados Unidos, ganó lindamente ciento cincuenta mil pesos. Porque sólo por ser americana, se llenaban los teatros de gente. ¿Y quién sacó sobre sus hombros toda esta obra? Una señora rica, que la concibió y puso en práctica; que reunió entre amigos la primera suma, que organizó a su modo la administración, y que ahora, dejando sin pena su casa de Nueva York, está en San Luis agenciando la colecta de unos cincuenta mil pesos que

---

a. En EPL, con mayúscula.

b. En EPL, con mayúscula.

necesita para llevar a término su empresa favorita.

En los teatros no sólo triunfan las damas como actrices sino como organizadoras y dueñas. Helen Daubray, que es americana a pesar de lo francés del nombre, ha establecido por primera vez, en un teatro en banarrota, el drama nativo: un drama que dicen bello, aunque las escenas de más vida suceden en una estación de teléfonos, y descarrilamientos y telegramas figuran entre los recursos de la trama: dos trenes chocan en la escena: la heroína se decide en su deber de telegrafista a poner un despacho que ha de costarle su propia

ventura. En otro teatro, Lilian Olcott, una actriz sin talento, compra a Sardou mismo en París e introduce aquí con pompa, esa rapsodia desconocida y brillante que morirá con Sarah Bernhardt<sup>338</sup> y sus decoraciones, a quienes debe la majestad e interés aparente que la salvan, porque figura de la habilidad de zurcidor que en algunas escenas maravilla, es *Fedora* una desmayadísima invención, en que no vibra la humanidad, ni el interés cubre los huecos de la armadura, ni se levanta un carácter. Y Mrs. Langtry, con su talle de flor, tiene lleno de aromas, y de música maga y sutil el teatro de la Quinta Avenida

donde, realizando con un talento verdadero su exquisita hermosura, representa con la compañía de que es cabeza esa finísima comedia de Sardou *Nos Intimes*, que en inglés se llama *El peligro de una esposa*. No parece mujer, sino lira, o jazmín que anda.

José Martí

**El Partido Liberal,  
México,  
7 de noviembre de 1886**

[Mf. en CEM]

137

# Correspondencia particular de *El Partido Liberal*

Sumario.-«El millonario Stewart y su mujer».-  
«Henry George».-«El libro *Progress and Poverty*».-  
«El movimiento obrero».-Lucy Parsons en Orange.-  
Muerte de la viuda de Stewart.-El carácter de  
Stewart-Vida sombría de su viuda.-Un rico  
abominable.-Su palacio.-Sus cuadros: el *Napoleón*  
de Meissonier y la *Playa de Portici* de Fortuny.-  
Henry George.-Cómo se pagan los gastos de las  
elecciones.-El libro de George: *Progress and Poverty*.  
Sumario de sus teorías sobre la nacionalización de  
la tierra.-Su programa social.-Espíritu del libro.-  
El hombre.-Su apariencia.-Entusiasmo de los  
obreros.-Carros vestidos de flores.

Nueva York,  
27 de octubre de 1886

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

SE AMONTONAN los sucesos. Están en la ciudad los delegados para la fiesta de la Estatua de la Libertad. Como una curiosa, no como una entusiasta, se prepara la ciudad para la fiesta. Con actividad deslumbrante, con palabra moisiaca, con popularidad espléndida continúa Henry George su

campaña de elecciones para Corregidor de Nueva York, contra Roosevelt, el joven millonario a quienes han sacado candidato los republicanos ricos, y Hewitt, el yerno opulento de Peter Cooper, hombre benévolo y respetable que se ha prestado por comedillas de partido a representar en su candidatura a las dos alas podridas del Partido Demócrata en Nueva York, Tammany Hall y la Democracia del Condado, asociaciones de políticos de oficio. Pero todavía hallan espacio los periódicos para reseñar con de-

tención y asombro la campaña anarquista de la mulata Lucy Parsons.

Sigue de pueblo en pueblo exhalando las quejas de su clase, en discursos inspirados y dramáticos, abriendo de un empujón la puerta de la sala que tenía alquilada y le cerraba luego el dueño, haciendo caer con sus razones el fusil de las manos del centinela que acude a poner la bayoneta al pecho de los que querían entrar en el salón. En Orange fue todo eso. Lucy Parsons hablaba de pie sobre un banco, en una esquina oscura de la sala: las manos le temblaban todavía, las manos con que acababa de hacer caer el fusil del centinela avergonzado:<sup>a</sup> unos doscientos curiosos habría en el salón, pero lejos de ella para no confundirse con el grupo de anarquistas que la rodeaban: ella se destacaba sobre el grupo, el busto todo negro, el rostro encendido, el gesto ardiente y rápido: a sus pies, a un extremo del banco, estaba sentado un alemán de

a. Errata en EPL: «avergonzando».



lívica palidez y pelo rojo, que la envolvía con la mirada adoradora: al otro lado estaba el banco lleno de rosas encarnadas. Así habló; habló hora y media: «Nuestra bandera roja», decía, «es el símbolo de la sangre que corre igual en todas las venas de la especie humana!»

A esas mismas horas moría en Nueva York, en su palacio de mármol, una mujer también singular; pero por su soledad y sordidez: la mujer de aquel rico abominable y duro, que jamás secó una lágrima, de Stewart, el «príncipe mercader», el que levantó en Broadway una colosal casa de hierro para vender bajo una augusta rotonda sus terciopelos y sus cintas, el que de una vara de medir hizo florecer ochenta millones. Se secaba todo lo que Stewart veía. Le obedecía el dinero, como si fuera su perro. Pagaba sus cuentas puntualmente, como tanto hombre honrado, y tantos que no lo son. Jamás faltaba a sus contratos; pero aunque se muriese a sus pies—eso fue verdad—aunque se muriese a sus pies cubierto de llanto un infeliz que no podía cumplirle el suyo, se lo exigía con frialdad satánica. Por donde quiera que se le tocara, era de piedra. ¡Debe estar pereciendo de sed, donde quiera que esté ahora!

Momificó a su mujer, que ha vivido y muerto como una prisionera. Ella parece haber sido como él, de alma hirsuta. Su mano, que sabía escoger colores, no sabía tenderse. La des-

gracia hallaba cerrado el camino de su corazón. Con su mano de hierro le había ido quitando su marido de la frente todas las gracias de la juventud. Cornelia Clinch no fue fea, ni pobre, ni mal educada, ni de escasa inteligencia: hija de un comerciante rico, parecía haberse concentrado en ella los hábitos de rapacidad y previsión que suele desarrollar el ejercicio del comercio, y ella adivinó y sirvió en la naturaleza buitral de su marido. Él, comido por la pasión de la riqueza, desenvolvió con la posesión de ella una brutalidad fría, que junto<sup>a</sup> a su poder de organización y su firmeza de cálculo, constituyó una persona pujante y extraña, a quien el éxito gigantesco dio apariencia de genio. ¡Ay! millones corrían diariamente sobre sus mostradores; manzanas de palacios eran suyas; suyos teatros y jardines suntuosos; suya la casa de mármol y oro donde su mujer ha muerto; suya la soberana colección de cuadros, de Meissonniers, de Munkacsy, de Rosa Bonheur, de Madrazos, pobres cuadros presos que parece que se quejan en su galería desierta, donde la avaricia de los amos apenas deja penetrar mirada viva; ochenta millones tenía Stewart a su muerte hace diez años; pero cuando de su sepulcro robaron ladrones desconocidos su cadáver, dicen que en Nueva York mucha gente reía como de un chiste, y era común oír por las calles aquel día: «le dieron su merecido!»

Algo de espectro va unido a su memoria. Recogía del suelo los alfileres que encontraba al paso; pero dar, jamás dio un alfiler a nadie. Todavía tienen cara de esclavos los dependientes que sirven en su tienda. Y cuando concibió la construcción de un edificio monumental para habitaciones de trabajadoras—un edificio de hierro como él—imaginó para las infelices inquilinas de su lóbrego palacio un reglamento tan impío, que las pobres criaturas huyeron de la jaula, espantadas de aquella grandeza de ataúd.

Por su mujer tenía un rudo respeto, y unos como estallidos de complacencia, que su áspero sentido de justicia le movía a mostrar en donaciones o caprichos ricos a la que le ayudó con el consejo y el trabajo en su juventud difícil: cuando él vendía sus lienzos sobre el mostrador, ella, en lo alto de la casa, sacaba al aire los colchones, cocinaba, barría, bruñía con su puño de mujer sana los muebles. En ella respetaba él las cualidades que aplaudía en sí y se amaba a sí propio en ella, como en todo lo que le pertenecía, por lo cual gustó de engrandecer, de iluminar, de decorar, de buir de oro todas sus pertenencias, su mujer como su casa! Lo agudo de su deseo se pinta en su decisión de que todos sus edificios fuesen del

a. Errata en EPL: «junta».

más puro blanco. Y como en la soberbia adoración de su persona en que vivía aquel gran patán, su mujer era entre sus propiedades vivas la que tenía más de él, y la ojeaba el mundo como a él mismo, construyó para ella una casa que parece un ara, toda cuadrada y blanca, los suelos de mosaico, las escaleras del mármol más fino, las alfombras con los mismos frisos que bordaban los techos, las paredes vestidas de lienzo de los pintores más famosos. Y allí vivió y ha muerto la solitaria señora, cautiva en su riqueza como en una red, defendida como un fuerte por los canes que esperan el bocado, subida en las alturas de su palacio como un alma montada viva, por arte de fantástico joyero, sobre una sortija negra. Una colosal mano secante parecía estar perpetuamente posada sobre esa casa blanca que parece oscura. Por donde quiera que se acercase uno a la casa o a los que la guardaban, salía a recibirlo un erizo.

Como por entre púas de ellos era necesario pasar para conseguir ver de soslayo los pobres cuadros presos. El ujier vigilaba al privilegiado visitante como si se fuese a llevar con la mirada las figuras. Allí está el *Napoleón* de 1807, la más bella y humana persona del pincel duro y perfecto de Meissonier, allí está, en un lienzo incomparable, hermoso el *Napoleón* como un Júpiter joven, arrebatados y heroicos a su alrededor

en grupos magníficos sus capitanes: el color mismo de aquella atmósfera triunfante, el caldeado azul, el luminoso vapor, están hablando de imperio y victoria: por la yerba se ve correr la savia: todo el ardiente poema está en la retina de cada caballo.

Y allí están de Fortuny esos dos pasmos de la perspectiva: su *Aquietador de Serpientes* echado en medio de ellas sobre una alfombra al aire oscuro y tibio, por el que sube de la esbelta figura el pensamiento profundo, como surgiría un espíritu de esfinge de un cáliz de rosa: y su *Playa de Portici*, su cuadro gozoso, su cuadro fresco y libre, el cuadro de su alma, en el que se acercó tanto a la luz que cayó de ella para morir, como caen las mariposas, con las alas abrasadas. Murió sin acabarla. Su familia misma es la que pintó en el cuadro, su mujer co-siendo, su cuñada herborizando, sus hijas retozando, en un cantero abierto no lejos de la playa. Allá, en lo hondo del cuadro, una puerta que da a la ciudad, que por aquel agujero se adivina entera. Creciendo con soberbio atrevimiento viene de la puerta por un lado del lienzo un muro blanco, apenas interrumpido por un rosal en flor: y el cochero dormilón y coche y jaco que reposan a la espera, son todos juntos más pequeños que la flor amarilla que se abre a los pies de la linda señora en lo bajo del cuadro del otro lado, lleno de bañistas menudos como

hormigas, se extiende el agua límpida, azul, fosforescente; pero la maravilla está en el modo, allí visible, con que Fortuny tendía y mezclaba sobre el lienzo las capas de color que, rebujadas y bruñidas luego con arte suavísimo, dan a sus telas aquel claror sereno y caliente en que parece que van a abrirse las rosas y a volar los pájaros: tal es como si se asistiera en una nube al nacimiento de la luz.

Entre esos tesoros languidecía oscuramente la desdichada señora. Mujer fue también, mujer de alas de fuego, Teresa de Jesús, la que dijo aquella sentencia sublime: «el desgraciado que no puede amar.»

Un grupo de trabajadores salía ayer por la tarde de colgar de negro las ventanas del Palacio, y un curioso que tiene por oficio ir a ver por sí toda cosa o persona típica en algún modo de los países en que vive, para sorprender a los pueblos en su hora de horror, notó que todos ellos llevaban colgando de una cinta blanca en la solapa una medalla de Henry George; Henry George pasó poco después por las cercanías de la casa, en su camino a una junta de cigarreros, a quienes había prometido ir a hablar a la salida del trabajo.

Y eso es diario, desde que comenzó la campaña de las elecciones, e improvisaron los obreros de Nueva York su partido político. Antes, diez mil pesos por lo menos tenía que

pagar cada aspirante a un puesto en el Congreso, a la asociación de su partido que lo escogía para la candidatura; y si la elección era para Corregidor de la ciudad u otro oficio magno, de los que recaman de oro a los que los disfrutan, dicen que hasta cien mil pesos ha solido pagar el candidato a la Asociación; para las expensas de la campaña, en que se hace gran tráfico, porque por naturaleza son secretas: y lo más no es para los pagos lícitos,—propagandas de ideas, impresión de boletos, alquiler de salones, transparentes,<sup>a</sup> paradas, banderines,—sino para comprar votos: aunque la verdad es que sólo para lo lícito se necesita una fortuna, porque durante todo un mes hay que tener a la ciudad atenta y viva en todos sus Distritos con reuniones diarias, que improvisar periódicos, que distribuir folletos, que pagar en cada Distrito una sala propia, que abejear día y noche por toda la ciudad, que mover un millar de hombres por carros y ferrocarriles para que exciten simpatías, domen rebeldes y acallen dudas en los doscientos mil votantes que se disputan diente a diente los partidos en liza. Y ahora, ¡oh entusiasmo que engendra montañas! todo eso lo está haciendo el partido del trabajo, el temidísimo Labor Party, sin que desembolse miles ni cientos su candidato honrado, que a duras penas se ha hecho con sus libros, sobre todo con *Progress and Poverty*, un me-

diano pasar: ¿quién no sabe que *Progress and Poverty* es una obra admirable, un examen hondísimo de los males humanos y sus causas, un libro vivo, con carne y con hueso, en que se estudian con bíblico espíritu las relaciones actuales de los hombres, y la razón innatural del divorcio en que, para la mayoría de los hombres útiles, andan el bienestar privado y el progreso público? Ya está la obra traducida a toda lengua viva; y ha recibido más encomio, y causado más sorpresa, que lo que en estos últimos tiempos haya publicado pensador alguno. Aquí está en todas las manos, y los trabajadores lo han hecho su libro de bolsillo. Ya desde hace años era libro de estudio para todo hombre de importancial pensamiento. Como que tiene una idea nueva, que parece a pesar de su osadía surgir naturalmente del examen cerrado que la precede: como que no esquivo faz alguna del problema social en los pueblos prósperos, y después de conocerlo en todas sus fases y raíces, procura remediar en paz las agonías que ya se echan encima con gritos de guerra: como que luego de exponer la triste manera en que el bienestar y el decoro de la masa de los hombres va reduciéndose, aun en los pueblos libres, a medida que progresa y aumenta la nación, llega a asentar que todo el mal viene de la acumulación de la tierra en manos privadas, y sostiene que el proble-

ma de la pobreza no tiene en estos pueblos grandes más remedio que ir convirtiendo pacíficamente por una reforma en la tarifa toda la tierra, que la naturaleza creó para todos los hombres, en propiedad nacional, por cuyo uso pague el ocupante a la comunidad, explótele o no, el alquiler de la tierra que ocupa, el cual irá como contribución única, a pagar las legítimas expensas del erario, quien no tendrá de esa manera que agravar los costos de la vida con los derechos de Aduanas, y aun podrá, con lo que ha de sobrarle, reunir en sus manos y gobernar por sí todos los medios de comunicación necesaria para la felicidad humana, que por no poder existir sin el elemento nacional de la tierra, pertenecen de derecho a la nación para el beneficio de sus habitantes.

Y así va, de lógica en lógica, ensanchándose y ensanchándose el sistema. Es todo médula y no cabe en extracto. Así, dice Henry George, no se crearía, sino por la misma nación que ha de beneficiarse de ella, esa acumulación de propiedad de naturaleza pública que priva al hombre, nacido con derecho a vivir, de condiciones naturales e iguales de lucha y existencia. Así, teniendo que pagar al erario alquiler por la tierra que retuviesen, no mantendrían los especuladores en ocio la tierra

a. En EPL: «trasparentes».



porque otros hombres gimen, hasta que estos hombres, en virtud precisamente de los adelantos traídos al suelo con su propio trabajo, tengan que pagar a mayor precio la tierra que mientras más la adelantan ellos, más va convirtiéndose en su azote. Así no se aprovecharían inhumana y cruelmente, creando cóleras enormes y justas los propietarios del suelo de la labor de la comunidad que le da más valor, y a la que obligan a pagar en renta por la tierra el mismo aumento de precio que la comunidad produce. Así todo el que pudiese compensar al erario el uso del terreno, levantaría sobre él su casa, y habría muchas cosas, y a precio llano, y no tendrían que amontonarse como ahora los obreros a millares en esas cuevas gigantes y hediondas, porque lo alto del alquiler no les deja tener un rincón limpio, y el mantenimiento del suelo en pocas manos les priva de terreno donde fabricarlo propio. Así, resolviendo el problema social sin catástrofe ni violencia, se resolvería el industrial, que está en la raíz de él, porque bastando con la renta de la tierra para todos los gastos del erario, los artículos de uso podrían entrar sin los gravámenes de aduana que los hacen caros y reducen el valor real del salario, y con el abaratamiento consiguiente de este en virtud del abaratamiento de la vida, sería dable, unido a la entrada libre de las materias de producción producir

para el comercio del mundo los precios bajos a que no es posible producir ahora. Así, en una nación de propietarios bien proporcionados y de trabajadores satisfechos, cada hombre gozaría en seguridad, sin ira ni envidia, de todo lo que es legítimamente suyo, porque lo puede producir con su mente o sus brazos, dejando sólo de poseer aquello que desde Santo Tomás de Aquino hasta Herbert Spencer vienen reconociendo en principio los filósofos que no puede ser propiedad privada, por lo mismo que no lo es el aire, la tierra pública.

Bien se ve que el que propaga esas ideas, con tal mesura que hasta hoy que empiezan a hacerse sentir sólo hubo para él plácemes, no está hecho en los tiempos corrientes para agregar fortuna. También George paga renta, y vive de lo que le da la pluma que en él parece ser de paloma entrada en edad, por lo amoroso y tierno de su juicio; y más parece que ha de ser de paloma por lo apretado y puro del color, y porque como las plumas de ella es suave su argumento en forma y en sentido, sólo que es paloma misteriosa, que trae en el seno a un águila. Porque pequeño de cuerpo como es, es tan robusto de pensamiento que le sale cicercioniana la elocuencia; y tan crecido en lo interior, que cuando habla de verdad los oponentes se le achican, y van desapareciendo por ensalmo, sin que haga éla más que irse con

cierto paso ligero sobre ellos, y apretar bien las dos manos por detrás de la cintura.

Ya le llaman de apodo «el pequeño gigante», *The Little Giant*. Todo él es de buen marco, y hecho como para quedar. En la fornida espalda le encaja enérgicamente la cabeza: la barba larga y entera es de un rojo castaño, y de ella hasta la nuca todo es claridad, porque el pensar deja pocos cabellos: las facciones son vivas y correctas, y firmes cuando la hostilidad las entusiasma: la frente, vista de perfil, se levanta como un hermoso domo: y los ojos claros y pequeños, preñados de cariño, acentúan el color y centellean cuando le ponen en duda su nobleza, o desconocen y ofenden el dolor del hombre.

Así aparece este ídolo de los obreros en la medalla que miles de ellos ostentan al pecho, y se acuñó para ayudar con su producto a los gastos de esta elección improvisada. De eso vienen los fondos para la compañía del partido nuevo del Trabajo; que comenzó por asegurar a su candidato treinta mil votos en declaraciones firmadas y juradas: vienen de la venta de medallas y retratos, de colectas espontáneas en los talleres, de óbolos voluntarios de los que simpatizan con la determinación de los obreros de asomar

---

a. Errata en EPL: «el».



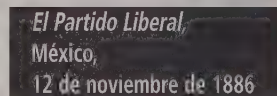
en cuerpo a la vida política, luchando por colocar a su mejor amigo y consejero; a un reformador serio y pacífico, en el puesto de corregidor de una ciudad, gobernada hasta hoy con abuso escandaloso por los representantes de los partidos meramente políticos, en cuyas manos ha venido a ser el sufragio un pantano, y el voto una franquicia inútil o un artículo de comercio vil.

Ya cuando hablemos a principios de noviembre de esta elección, la veremos en detalle, por su aspecto social y político. Lo que ahora hay que ver es lo brioso y unido de los artesanos, lo viril y mesurado de sus mé-

todos, lo mucho que interesa a la gente de idea y bondad este movimiento de raíz, lo eficaz de la acción unánime de las masas dirigidas sin miedo ni exceso para un fin humano y justo,<sup>a</sup> lo vivo de esta campaña que mueve de veras la inteligencia y los corazones, y lo impetuoso del candidato que más parece destinado a preparar una victoria futura que a obtenerla ahora: porque cada día, a más de la faena privada de la campaña electoral, habla en cinco o seis reuniones diversas, habla ideas, habla de improviso en diálogo con sus oponentes: y donde no hay tribuna ni salón, habla en la calle desde un carro de carga;

que ayer era blanco, adornado por los obreros de luces y flores.

José Martí



[OCNY, pp. 87-94]

---

a. Errata en EPL: punto y seguido y minúscula a la continuación.

138

# Cartas de Martí

Nueva York en otoño.-La escuela en Nueva York.-Falso concepto de la vida y de la educación.-Influjo de la inmigración en la cultura pública.-Remedio a los defectos observados.

Nueva York,  
septiembre 28 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

SEPTIEMBRE<sup>a</sup> es siempre mes animadísimo en la vida norteamericana.

A los baños de mar suceden las partidas de caza; a las partidas de pesca, las grandes regatas entre los veleros ingleses y bostonianos, en que los de Boston ganan.

A los abandonos y coque-terías sobre la arena, que son aquí cosa mayor y pecadora, reemplazan los trajes elegantes de los paseos por el mar y las carreras de caballos: las que en Narragansett<sup>b</sup> Pier y en Bay Harbor paseaban sin miedo de mañana a tarde los trajes más atrevidos y vistosos, ahora con más honesto arreo vuelven a sus hogares de la ciudad, a perder en las cenas de champaña,<sup>c</sup> en las meriendas a la moda, en los bailes y rivalidades del in-

vierno,<sup>d</sup> las rosas que devolvieron a sus mejillas los aires vivos del océano<sup>e</sup> y el campo.

Los teatros se abren; las escuelas sacuden el polvo de los bancos; el congreso de maestros de baile anuncia que ha compuesto tres danzas nuevas; la política que ha recontado sus huestes y remendado sus banderas durante los meses de verano, vuelve con todo el fuego del estío a sus elecciones y combates.

No había más que salir esta mañana a primera hora para comprender que la vida norteamericana está de muda.

Cubría el cielo un velo plomizo; despeinaba las ramas de los árboles un viento sutil; gaban al brazo asaltaban los hombres a paso premioso, las estaciones vibrantes del ferrocarril elevado; como abejas de colores salían de las bocacalles bandadas de criaturas, que iban llenas de libros a las escuelas a tomar sus puestos.

Unos se desviaban para saciar los ojos en los grandes car-

teles de teatros que ya cubren todos los cercados y paredones de las esquinas; otros, apiñados a la puerta de la clase esperando la hora de entrar, arreglan con esmero en sus cajitas japonesas sus lápices de pizarra y sus esponjas; otros, casi todos trigueños, como si hubiese rebeldía innata en cierto color, huían como potros cerreros, caídas las medias, descabezados los zapatos, desgajadas las ropas, perdidos los sombreros, de los muchachos de más edad, colorados y rubios, que las maestras de los barrios bajos habían lanzado a recoger a los fugitivos.

En los escaparates ya no se ven chalecos de dril, hamacas de henequén y sombreros de paja, sino capotes de goma, gorras de pieles, guantes fuertes de pelo de camello.

Pero este espectáculo, que encoge lo poco que queda aquí de alma en los pechos tropicales, parece dilatar y rejuvenecer los de los hijos del país: y ya se

a. En LN, siempre: «setiembre».

b. En LN: «Narragansett».

c. En LN: «champagne».

d. En LN, sin coma.

e. En LN: «Océano», con mayúscula.

oyen las<sup>a</sup> voces alegres, el ruido de los cencerros y campanillas de los trineos que inundan la ciudad a las primeras nieves: ya se ven lucir en el aire los penachos rojos, amarillos y azules con que engalanan sus caballos.

Escuelas, teatros, elecciones: he ahí las grandes fiestas de septiembre.

Mucho se habla aquí de las escuelas, de la insuficiencia que en ellas se nota, de la ineficacia de importar a la educación de un país nuevos sistemas extraños surgidos en pueblos de elementos distintos;<sup>b</sup> de lo incompleto, retórico y artificioso del sistema actual, y de la necesidad de reformarlo.

¿Deberá ser la educación de meros elementos literarios, o como aconseja el inglés Mathew Arnold, corre peligro de perderse la nación que aun en su educación primaria no infunde el espíritu superior de las asignaturas bellas?

¿Deberá ser la educación diferente, general o especial en su enseñanza religiosa?

¿No deberá ser toda la educación, desde su primer arranque en las clases primarias, se preguntan otros,—dispuesta de tal modo que desenvuelva libre y ordenadamente la inteligencia, el sentimiento y la mano de los niños?

Tiene muchos abogados, fanáticos tiene ya, esta que llaman industrial o manual, sin ver que ésa es también una educación parcial, que sólo es principalmente buena para un país de

industriales, en vez de ser general y llevar en sí los elementos todos comunes de la vida del país, que es como debe ser la educación pública.

En Nueva York estamos: veamos cómo se presenta el problema en Nueva York.

Las escuelas son muchas, bellas en su mayor parte y monumentales, otras más descuidadas y oscuras;<sup>c</sup> pero con ser tantas, aún falta espacio para los que quieren entrar en ellas.

En las clases,<sup>d</sup> que ya aquí se llaman altas, aunque en muchas de nuestras tierras sólo serían elementales, los puestos sobran: acá, después de los catorce años, son pocos los niños que van a las escuelas.

En la clases menores es donde se aglomeran los hijos de los irlandeses y alemanes, que son aquí el grueso de la población escolar: los de los alemanes sobre todo.

Ciento cincuenta mil puestos hay en las escuelas de primera instrucción: cinco escuelas más van a fabricar este año: cuatro millones anuales gasta la ciudad en enseñanza: y cada año se quedan sin lugar de cuatro a seis mil niños.

¿Cómo se manifiesta en los espíritus ese progreso en el número? ¿Cómo coinciden, o cómo luchan, el sistema generoso de las escuelas y el espíritu seco e individualista del país?

¿Qué defectos de método ha revelado la práctica en esta obra gigantesca de la educación en los Estados Unidos? ¿Qué

vicios radicales de constitución en el sistema se descubren observándolo?

¿Deben los hombres juiciosos contentarse con la grandeza formal, externa y aparente de los sistemas, o estudiarlos sinceramente en su agencia, funciones y resultados?

Gran bendición es esa de la abundancia en el número de las escuelas y los escolares; pero mayor sería si la educación que en ellas reciben los niños se asemejase en lo sólido, amplio y espacioso a los edificios en que se distribuye;<sup>e</sup> si el carácter, hábitos y formación del cuerpo de maestras se acomodasen a la hermosura, independencia y orden que rebosan en los providentes y elegantes textos que regala a los niños el Estado;<sup>f</sup> gran bendición sería, si las escuelas fuesen aquí<sup>g</sup> como son en mayor grado en esto en Alemania, casas de razón donde con guía juiciosa se habituase al niño a desenvolver su propio pensamiento, y se le pusieran delante,<sup>h</sup> en relación ordenada,<sup>i</sup> los objetos e ideas, para que deduzca por sí las lecciones directas y armónicas que le dejan enriquecido con sus datos, a la vez que

a. En LN: «oye en las».

b. En LN, coma.

c. En LN, punto y coma.

d. En LN, sin coma.

e. En LN, coma.

f. En LN: «estado» con minúscula. Seguido, dos puntos.

g. En LN, coma.

h. En LN, sin coma.

i. En LN, sin coma.

fortificado con el ejercicio y gusto de haberlos descubierto.

En ese desenvolvimiento regular y originario de la inteligencia, está el secreto de la ductilidad y éxito con que los alemanes adelantan en el mundo, a pesar de su dureza y lentitud nativas.

Pero acá ha venido a resultar, por el desajuste ante los encargados de educar y lo generoso del sistema y de los textos, que con sus hermosos libros, con sus facilidades grandes, con su orden exterior, con sus lápices y pizarrillas, con sus gramáticas y geografías, son las escuelas meros talleres de memorizar, donde languidecen los niños año sobre año en estériles deletreos, mapas y cuentas; donde se autorizan y ejercitan los castigos corporales; donde el tiempo se consume en copiar palabras y enumerar montes y ríos; donde no se enseñan los elementos vivos del mundo en que se habita, ni el modo con que la criatura humana puede mejorarse y servirse en el contacto inevitable de ellos; donde no se percibe entre maestras y alumnos aquel calor de cariño que agiganta en los educandos la voluntad y aptitud de aprender; y se les queda en el alma dulcemente como una visión del paraíso, que les conforta y alegra la ruta en los desfallecimientos forzosos de la vida.

Las cosas no han de estudiarse en los sistemas que las dirigen; sino en la manera con que se aplican y en los resultados que producen.

La enseñanza ¿quién no lo sabe? es ante todo una obra de infinito amor.

Las reformas sólo son fecundas cuando penetran en el espíritu de los pueblos; y resbalan por sobre ellos, como la arena seca sobre las rocas inclinadas, cuando la rudeza, sensualidad o egoísmo del alma pública resisten el influjo mejorador de las prácticas que sólo acata en forma y nombre.

¿De dónde viene que con ser tan patente el cuidado con que aquí se atiende a la instrucción pública, tan vastos los cursos, tan numerosos los maestros, tan hábiles y bellos los libros, den por resultado general niños fríos y torpes<sup>b</sup> que después de seis años de escuela dejan los bancos sin haber contraído gustos cultos, sin la gracia de la niñez, sin el entusiasmo de la juventud, sin afición a los conocimientos, sin saber por lo común más, cuando mucho saben, que leer a derecha, escribir vulgarmente, calcular en aritmética elemental, y copiar mapas?

Viene del concepto falso de la educación pública: viene de un error esencial en el sistema de educar, nacido de ese falso concepto: viene de la falta de espíritu amoroso en el cuerpo de maestros: viene, como todos esos males, de la idea mezquina de la vida que es aquí la carcoma nacional.

Se mira aquí la vida, no como el consorcio discreto entre las necesidades que tienden a rebajarla y las aspiraciones

que la elevan, sino como un mandato de goce, como una boca abierta, como un juego de azar donde sólo triunfa el rico.

Los hombres no se detienen a consolarse y ayudarse. Nadie ayuda a nadie. Nadie espera en nadie.

No hay pueblo que premie, por lo que no hay estímulo a solicitarlo.

Todos marchan, empujándose, maldiciéndose, abriéndose espacio a codazos y a mordidas, arrollándolo todo, todo, por llegar primero.

Sólo en unos cuantos espíritus finos subsiste como una paloma en una ruina, el entusiasmo.

No es malevolencia, no, sino verdad penosa que acá ni en los niños siquiera se notan más deseos que el de satisfacer sus apetitos, y vencer a los demás en los medios de gozarlos.

¿Y esto será envidiable? ¡Debe temblarse de esto!

A eso va el hombre hecho, a eso va la mujer, a eso va el niño que nace de ellos.

¿Qué viene de afuera? ¿Qué acrece este enorme caudal de egoísmo? ¿Cómo influye la inmigración en la cultura pública?

Vienen generaciones hambrientas de hombres abandonados a sí propios, que emplean con ansia la segunda mitad de la vida en librarse de la miseria en que han pasado la pri-

a. En LN: «entre».

b. En LN, coma.



mera. No tienen aquí la patria propia, que nutre con su tradición y calienta con sus pasiones el espíritu del más miserable de sus hijos: no tienen aquí el círculo de familia, que conserva al hombre en la fuerza de sí, con la certidumbre de no verse abandonado en la hora de agonía: no tienen aquí el pueblo nativo, cuya estimación ayuda a vivir, y cuya censura es temida.

Sin riendas, sin descanso, sin auxilio, sin más placer que el solitario de la casa, envenenado por la fatiga que cuesta mantenerla, y por la cólera de no ver nunca el suelo patrio, se endurece el hombre en el miedo de los demás y en la contemplación de sí, y engendra,<sup>a</sup> en este estado de personalidad exaltada y enferma, hijos que se crían en la presencia de sus ambiciones y sustos, y en el desconocimiento de los agentes nobles que dan a la naturaleza humana su energía y encanto.

Colosales hileras de dientes son estas masas de hombres.

Aquí se muere el alma por falta de empleo.

Tal es el concepto de la vida: tales son los conceptos fraccionarios sobre su conducción, que se derivan de él.

En balde procura el antiguo espíritu puritano, acorralado con esta constante invasión, sujetar<sup>b</sup> las riendas que se le van cayendo de las manos. En balde pretenden los hombres previsores dirigir por la cultura y por el sentido religioso esta masa pujante que busca sin fre-

no la satisfacción rápida y amplia de sus apetitos.

En balde los innovadores generosos y los maestros interesados, discurren planes para perfeccionar la instrucción pública y prolongar sus cursos en clases superiores.

El espíritu crudo de la masa arrolla esas tentativas de refinamiento, neutraliza o anula su influjo, e invade y empieza a corromper los cuerpos mismos encargados de dirigirla.

¿Qué vale que la ley tenga un espíritu, si tienen otro los encargados de realizarla?

¿Qué vale mejorar en la forma externa y en los recursos materiales la instrucción pública, que es obra de ternura apasionada y constante, si las maestras que la transmiten ni aun con ser mujeres han podido salvarse del influjo maligno de esta vida nacional sin expansión y sin amor?

¿Qué vale acumular reglas, repartir textos, graduar cursos, levantar edificios, acaudalar estadísticas, si las que se ocupan en esta labor son mujeres vencidas en la batalla de la vida, que endurece y agria, o jóvenes descontentas o impacientes que ven como los pájaros afuera<sup>c</sup> de la escuela, y tienen su empleo en ésta como un castigo injusto de su pobreza, como una prisión aborrecible de su juventud, como una preparación temporal incómoda a los fines más gratos y reales de su vida?

De aquel concepto descartado de la existencia nace el

modo imperfecto de preparar a los niños para ella.

No sólo se ve la existencia principalmente por el aspecto de la necesidad de bastar con el trabajo a sus menesteres; sino que se la ve exclusivamente por ese aspecto.

Esa es la preocupación de todos, el miedo, la fatiga. De eso han padecido sin cesar, de eso padecen<sup>d</sup> el legislador que dispone los cursos, el experto que los aconseja, la maestra que ha de enseñarlos.

A eso proveen: a evitar la angustia que ellos mismos han sentido, a dar al niño los medios rudimentarios de pelear con algún éxito por la existencia.

Leer, escribir, contar: eso es todo lo que les parece que los niños necesitan saber. Pero ¿a qué leer, si no se les infiltra la afición a la lectura, la convicción de que es sabrosa y útil, el goce de ir levantando el alma con la armonía y grandeza del conocimiento? ¿A qué escribir, si no se nutre la mente de ideas, ni se aviva el gusto de ellas?

Contar sí, eso lo enseñan a torrentes.

Todavía los niños no saben leer una sílaba,<sup>e</sup> cuando ya les han enseñado ya las criaturitas de cinco años! a contar de memoria hasta cien.

a. En LN, sin coma.

b. En LN: «sujetar».

c. En LN: «a fuera».

d. En LN, coma.

e. En LN, sin coma.

¡De memoria! Así rapan los intelectos, como las cabezas. Así sofocan la persona del niño, en vez de facilitar el movimiento y expresión de la originalidad que cada criatura trae en sí; así producen una uniformidad repugnante y estéril, y una especie de librea de las inteligencias.

En vez de poner ante los ojos de los niños los elementos vivos de la tierra que pisan, los frutos que cría y las riquezas que guarda, los modos de fomentar aquéllos y extraer éstas, la manera de librar su cuerpo en salud de los agentes e influencias que lo atacan, y la hermosura y superior conjunto de las formas universales de la vida, prendiendo así en el espíritu de los niños la poesía y la esperanza indispensables para llevar con virtud la faena humana,—ilos atiborran en estas escuelas de límites de Estados<sup>a</sup> e hileras de números, de datos de ortografía y definiciones de palabras!

Y así, con una instrucción meramente verbal y representativa, ¿podrá afrontarse la existencia, la existencia en este pueblo activo y egoísta, que es toda de actos y de hechos?

No en vano andan canijos y desorientados, por las calles, reducidos a<sup>b</sup> mandaderos de comercio, la mayor parte de los niños que, sin más dote que una mala letra y un poco de lectura y aritmética, salen a los trece o catorce años de las escuelas públicas. De los que llegan de afuera, con el empuje que da

la necesidad; de los que se forman y levantan en el campo, con la pujanza que da el trabajo directo; de los espíritus genuinos que traen en sí la fuerza original incontestable; de esos viene a esta tierra su crecimiento e ímpetu, no de estas hordas impotentes, criadas por padres ansiosos y maestras coléricas, en escuelas de mera palabra, donde apenas se enseña más que el modo aparente de satisfacer las necesidades que vienen del instinto.

De raíz hay que volcar este sistema.

Ya esto se empieza a ver aquí confusamente. Se ve el fracaso, y buscan el remedio. «¡Pongan al muchacho entero en la escuela!» *«Put the whole boy to school!»* acaba de decir con mucha razón en San Luis un defensor de la educación industrial; pero todavía eso no es bastante.

El remedio está en desenvolver a la vez la inteligencia del niño y sus cualidades de amor y pasión, con la enseñanza ordenada y práctica de los elementos activos de la existencia en que ha de combatir, y la manera de utilizarlos y moverlos.

El remedio está en cambiar bravamente la instrucción primaria de verbal en experimental, de retórica en científica; en enseñar al niño, a la vez que el abecedario de las palabras, el abecedario de la naturaleza; en derivar de ella, o en disponer el modo de que el niño derive,

ese orgullo de ser hombre y esa constante y sana impresión de majestad y eternidad que vienen, como de las flores el aroma, del conocimiento de los agentes y funciones del mundo, aun en la pequeñez a que habrían de reducirse en la educación rudimentaria.

Hombres vivos, hombres directos, hombres independientes, hombres amantes,—eso han de hacer las escuelas, que ahora no hacen eso.

Eso hizo aquel santo Peter Cooper, que padeció de ignorancia y abandono, y levantó escuela donde se aprendiese la práctica de la vida en sus artes usuales y hermosas,—y la religiosidad y moralidad que surgen espontáneamente del conocimiento de ellas.

Eso, a tientas aún, quisieran hacer aquí con el sistema de escuelas públicas los reformadores más juiciosos: reconstruirlo de manera que no apague al hombre, y surja al sol todo el oro de su naturaleza.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
14 de noviembre de 1886

[Mf. en CEM]

a. En LN: «estados» con minúscula.

b. Se añade esta palabra.

c. En LN: «esos».

139

## Cartas de Martí

Las elecciones de otoño.-Escenas de las elecciones.-La batalla en Ohio, Connecticut y Tennessee.-Blaine.-Situación probable de esta política para 1888.-Batalla peculiar y pintoresca de dos hermanos, candidatos al gobierno de Tennessee.-Henry George

Nueva York,  
octubre 3 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

**E**STÁN EN TODO su fuego las elecciones: elecciones de gobernadores en varios Estados, de jueces, de corregidores de la ciudad.

Todo el verano lo pasan los políticos disponiendo sus fuerzas para vencer a sus contrarios en las lides de invierno, que comienzan en septiembre con la batalla de las urnas.

Ya cuando dora agosto los campos maduros, las pasiones caldeadas empiezan a ponerse en fila para las elecciones de otoño, que como son locales, se lidian siempre a diente y uña, con odio formidable. Acá se debate como se boxea: ante un circo, y sin guantes. En nuestras

tierras pronto estarían rojos todos los vestidos, si oyéramos lo que aquí suele oírse en calma. Se ha adelantado algo en eso, mas sólo en las ciudades visibles, tal como en las casas suele tenerse más cuidada la sala que las habitaciones interiores.

Allá en los Estados de adentro los votos se compran y venden lo mismo que en Nueva York; pero pasman por lo atrevidos y malignos el lenguaje y las acusaciones.

Un gobernador compra a cincuenta pesos los votos de los delegados a la convención reunida para nombrar el candidato del partido.

Otro ofrece perdón a los criminales de la penitenciaría, e introduce en ella de noche a su propio secretario, para que los presos afirmen bajo juramento escrito que durante el gobierno de los demócratas se les obliga-

ba a despellejar a los irlandeses y negros que morían en la prisión «y a hacer con retazos de sus pieles bastones de pasear». ¿Mentira?

El gobernador republicano de Ohio, es quien lo dice, el gobernador Toraker, que va de tribuna en tribuna leyendo al público las declaraciones juradas.

«No es eso sólo», añade: «El gobernador demócrata empleaba un alcaide que recibía dinero de los presos, del preso Banley, para tratarlo bien y darle un oficio suave.» «¡Mientes!» le grita desde su banco uno de la concurrencia: «aquí está la copia de tu carta al alcaide, que es mi amigo:

«Señor alcaide: agradeceré a usted que saque al preso Hiram Banley de la cuadrilla de contratos, y lo coloque en alguna otra.—El gobernador, *Toraker*.» Pero esa derrota no abate al candidato: dos horas después está pronunciando otro discurso. Sus argumentos parecen más firmes que el del alcaide y el de los presos despellejados: «No hay fraude que los demócratas no hayan cometido en las elecciones de Ohio: se han registrado los que no tenían derecho a votar: los mismos hom-

bres votaban dos veces: en las urnas aparecían papeletas que nadie había echado, y desaparecían las papeletas republicanas; los encargados del recuento contaron los votos deslealmente, y juraron en falso: ¿quién hay en Ohio que no sepa esto? Aquella votación fue una comedia, un robo verdadero. ¿Y los jueces? Cuando acudíamos a los tribunales, siempre había un juez demócrata dispuesto a aprobar el fraude.»

Y la verdad es que eso no es sueño de Toraker; así le arrebataron aquí los republicanos la presidencia a Tilden: así quisieron en la última campaña presidencial hurtársela a Cleveland los amigos de Blaine: así se suelen pervertir aquí con falsificaciones de listas y manejos en las urnas las elecciones municipales.

Y del lenguaje, del lenguaje de los gobernadores ¿se quiere una muestra? Pues he aquí cómo habla en sus discursos electorales el gobernador Toraker: «Todos los empleados demócratas son una trailla de miserables incapaces; de bribones desvergonzados y atrevidos, que robaron y saquearon a derecha e izquierda desde el día que entraron en el poder hasta el día en que fueron echados de él a puntapiés para quedarse donde merecen, esperando a que se les mande, como se les debe mandar, a purgar sus crímenes sirviendo al Estado, pero no como empleados, sino en la penitenciaría.»

Esto es Ohio. En Connecticut, donde también eligen ahora gobernador, el candidato es acusado de haber obtenido con dinero los votos de la convención republicana.

¿Lo acusa un demócrata, una persona de poca cuenta, uno de esos perros a sueldo, que ladran o lamen por la paga? No. El que acusa, en un folleto circunstanciado, es un republicano de mucha nota en su ciudad.

Pero eso parece que viene de la división profunda que hay en el partido: cuando trabajan juntos todo les parece santo: cuando sus obligaciones o su pasión por opuestos caudillos los dividen, denuncian como crímenes en sus compañeros de ayer sus actos propios.

Ni la caridad ni el guante blanco son producto natural de los Estados Unidos. Blaine persigue a sus enemigos sin caridad y sin guante, tal como le persiguen. Hasta el cabello, que le cuelga en guedejas rebeldes sobre la frente, revela en Blaine la implacable pasión de su política: sus raras condiciones agresivas deslumbran y enamoran a sus mismos enemigos, en este país de agresión y de combate. Su versatilidad, su catolicidad, su genuina fuerza de palabra, avivan el encanto sentido por hombres que en su mayoría carecen de ella; y en los mismos defectos de Blaine, en la hábil venta de su influjo político, en el despejo imperturbable con que afronta las acusaciones más graves y probadas, en su deci-

sión terca de poner su persona con toda clase de artes por sobre los que se oponen a su paso, en la falta visible de escrúpulo y pudor para cometer y ocultar sus culpas públicas, parece como mirarse y perdonarse la masa del país, que ve en ese pecador político que triunfa la sanción de su amor desenfrenado al éxito.

Luego, él tiene el tacto de ver por donde va la pasión momentánea de su pueblo; y con saltos magníficos de tigre se pone a la cabeza de la pasión que pasa. Nada lo deprime. No lo abate nada. Y esa pasmosa capacidad de supervivencia, esa fe ardiente e indómita en sí y en su fortuna le aseguran la admiración y el dominio de la gran masa de un país hecho de hombres que ven la vida como un campo de conquista, y asaltan serenamente la tribuna de los sacerdotes, el banco de los abogados, el foro político, si les va mal en su hacienda de cerdos o en su comercio de zapatería. Ese hombre dúctil representa bien a este país elástico.

La elección de gobernador del Estado de Connecticut este año no es más que un episodio del drama de Blaine. Él, al día siguiente de caer casualmente vencido por Cleveland, se levantó del polvo enjugándose el sudor del rostro, con un discurso temible en los labios, con su candidatura en la mano otra vez.

Corrió el frío desde aquel mismo instante en la médula de los republicanos que por hon-



radez o por envidia habían ayudado a abatirlo. Su valiente tenacidad retuvo a su lado a sus amigos, en el instante en que creyéndolo acabado en política se preparaban a abandonarlo.

No ha perdido un solo amigo después de su derrota. Ha espiado con fruición las discusiones infelices del partido demócrata, su incapacidad para votar de acuerdo en las cuestiones de la plata, de la tarifa y de los empleos públicos, la resistencia de la masa interesada del partido a ayudar a Cleveland en la política de reforma a que debe su eminencia, la complicidad del Secretario de Justicia en una empresa privada de teléfonos, el error cometido en el caso de México por el Secretario Bayard.

¿No lo acusan a él los demócratas y los republicanos, de haber vendido por acciones a una compañía de ferrocarriles su influjo y autoridad de presidente de la Casa de Representantes? ¡pues ahí está el Secretario de Justicia de los demócratas, que usa en su propio interés y en el de una compañía privada, su influjo y autoridad de Secretario, y los fondos del tesoro público! ¿No decían republicanos y demócratas que él había deshonorado con una política de baratero impúdico en los países de América la Secretaría de Estado? ¡pues ahí está el Secretario de Estado de los demócratas, precipitando una guerra odiosa contra México para asegurar en los Estados del Sur a

su candidatura a la Presidencia un número mayor de partidarios!

De todo eso ha hecho Blaine capital para la campaña ardiente de su última candidatura.

Su ejército está en orden: sus amigos le obedecen a ciegas: su voz ha bastado para impedir que en este otoño fueran vencidos en su propio Estado de Maine los republicanos por el partido de la temperancia: sus tenientes tienen la orden de no permitir alzar cabeza a ningún republicano enemigo de la candidatura de Blaine a la Presidencia de la República.

A hierro pelea él, y sus enemigos le pelean a hierro. Por eso es un republicano notable, hostil a Blaine el que acusa con datos, de corrupción y cohecho, al candidato blainista de los republicanos para el gobierno de Connecticut. Por los gobiernos de Estado se va a la Presidencia.

Ojeando estas elecciones menores, vamos estudiando ya sin querer la gran elección presidencial de 1888.

Cuando Blaine fue escogido para candidato de su partido en la elección pasada, sus correligionarios de más respeto y pureza lo abandonaron con aplauso público, reiteraron con pruebas los cargos patentes contra su honradez personal y política, y sin separarse del partido republicano en doctrina, trabajaron como «independientes» por

la elección de Cleveland contra los mismos demócratas, prefiriendo en el gobierno de la nación un adversario puro a un correligionario maculado.

Y ahora, para 1888, la situación parece ser la misma. Blaine reúne en su partido, por todo lo que se ve hasta hoy, más voto y más pasión que Edmunds severo, que Logan verboso, que Sherman cauto. Y los republicanos puros se muestran dispuestos a mantener en el gobierno a los demócratas antes que contribuir a dar el poder a un político culpable que a su juicio deshonra al partido republicano.

Pero no es en Maine donde está el suceso curiosísimo de la campaña de otoño, aunque allí ha lidiado Blaine peleas radiantes contra el partido de la temperancia, que tiene gran fuerza en aquella comarca puritánica: no es en Connecticut, donde un republicano prueba a otro que ha comprado peso a peso a la convención que lo nombró, y se está valiendo de influjos de iglesia para confirmar en la elección este hurto indigno al voto público: no es siquiera en Ohio, donde el mismo gobernador asegura que en la prisión oficial se hacían bastones de los irlandeses y negros despellejados.

El curiosísimo suceso está en Tennessee, donde dos hermanos, demócrata el uno y republicano el otro, recorren juntos el Estado como candidatos rivales al puesto de gobernador, y defienden en debate conti-

nuno, cada cual a su partido, desde un mismo escenario.

Hablan desde la misma escena: duermen bajo los mismos techos: impone cada uno a sus amigos el respeto personal hacia su hermano: debaten sin ningún miramiento, y con toda la crudeza de la pasión, sobre los méritos y las faltas de sus partidos: pueblos los reciben: procesiones los siguen: peroran en teatros, en bosques y en grutas: los acompañan lucidas cabalgatas: los cubren de regalos de flores al acabar cada debate: las jóvenes demócratas salen de los pueblos a recibir a su candidato Bob Taylor, vestidas de blanco todas, y ornado el seno con una rosa blanca: en toda la campaña no se han separado Alf y Bob<sup>339</sup> un solo día: se dice que no hubo nunca en Tennessee debate más brillante, y que ha quitado su usual brutalidad a esta campaña política, el respeto con que, a pesar de su franqueza en la discusión, se tratan los dos hermanos.

Han sentido los de Tennessee el romance del suceso; y aunque en su día votarán por el que les llegue más al alma o a la bolsa, ahora se complacen en repartir por igual sus cariños entre los hermanos rivales.

Ambos tocan el violín,—y ¡oh sencillez de los pueblos nacientes!—una noche después de la discusión le llevaron al escenario un violín a cada uno, y sentados en sus sillas gemelas siguieron a piezas de música el debate.

A Bob le regalaron ayer, después de su discurso, un violín hecho de nardos.

Estos dos hombres, hijos de un apacible sacerdote protestante, son de mucha elocuencia. Alf, el republicano, macizo y pequeño, lleva llena de hechos y raciocinios la cabeza grande. Bob, el demócrata, es de alta estatura, de encanto magnético, de manos que sujetan lo que tocan, de ojos que hacen amigos, de verba batalladora y chispeante. Alf despide sus frases con tino de tirador al blanco, apunta, acaricia el blanco, lo cubre con los ojos, da donde duele, pero no apasiona. A Bob se le ven erizadas debajo del frac las plumas; coge a medio vuelo las frases de su hermano, como un gallo de lidia; no para hasta que no las postra en tierra: cuando le alcanza un buen argumento del hermano, lo deja pasar, como si le permitiese salir victorioso: pero de repente cae sobre él con una invención risible, y las razones que no puede contestar, las mata a cuentos, que siempre triunfa en los auditorios ignorantes.

Como cierta sección del Estado es republicana y otra demócrata, sucedió que en la de los demócratas quiso un gañán ofender a Alf. Bob se levantó, y se fue sobre el público, que no tiene en Tennessee fama de blando:—«¡El que insulta a mi hermano me insulta a mí!» Y se acabaron las ofensas.

Alguna vez, herido en lo vivo del debate, se pone Alf tor-

vamente pálido. «¡El único voto demócrata que he dado a las urnas en mi vida, dice con la voz trémula, lo di por este hermano ingrato! Si él hubiera sido electo candidato antes que yo, yo nunca hubiera permitido que a mí después me nombrasen candidato.»

Bob oía esto con la cara encendida, pero cuando acabó el debate esa noche, se llevó en paz a su hermano del brazo.

—«Lo quiero, lo quiero personalmente, dijo Alf, hace tres noches, en medio de su oración, volviéndose a su hermano, pero políticamente ¡lo desprecio, lo desprecio! Yo quiero, siguió diciendo, que los negros se eduquen...»

—«¡Paga primero tus deudas, republicano!» le interrumpe desde el auditorio, un partidario de Bob.

—«¡Estoy seguro, contesta Alf, de que ese que me habla no ha pagado nunca una deuda!»

Así discuten noche tras noche, de un pueblo en otro pueblo, sobre el librecambio que quiere Bob y Alf no quiere, sobre el proyecto de Blair que Bob resiste, porque no cree que los negros, que son ciudadanos libres de un Estado, deban educarse con los dineros de la nación, con limosnas federales.

El debate continúa en las calles de los pueblos, en los asientos del ferrocarril, a la cabeza de las cabalgatas, en su conversación privada.

Siempre hay cerca de ellos partidarios atentos que recogen

sus réplicas y las popularizan, como el cuño menor de la elección, en que Bob saca ventaja. Se acerca un viejo campesino a Bob: «Tengo derecho a saludarte, porque de mí han nacido treinta buenos demócratas, siete hijos y veintidós nietos». —«No ha vivido usted en vano, mi buen viejo». —«No en balde, murmura Alf, hay en Tennessee tantos demócratas.»

Bob es bello, es mucho más bello que Alf; pero un labriego de edad, republicano firme, se acerca adonde están sentados los dos, los mira curiosamente; y al fin se vuelve a Alf, como consolándolo con la mirada, y le dice: «Tú eres el mejor mozo, Alf.»

Así adelantan los hermanos rivales de aldea en aldea en esta singular campaña.

Todo el Estado se viste de gala para salir a verlos. A los bordes de los caminos se ven multitudes que saludan al paso al tren que los lleva. Las mujeres de los republicanos ostentan pañuelos rojos; las de los demócratas los llevan blancos. En todas las estaciones les esperan, en filas separadas, sus opuestos amigos, a caballo unas veces, para acompañarlos hasta la explanada o bosquecillo vecino, donde puede caber la muchedumbre, otras veces a pie, para seguirlos de la estación a la casa del municipio o al teatro.

Y van las dos hileras, a caballo o a pie, apartadas por las calles, los unos con su rosa o cinta blanca en el ojal de la levita, los otros con rosa, dalia o cinta encarnada.

Las mujeres les regalan banderas, estandartes, ramilletes de flores, frutas finas.

Los hombres se disputan la honra de albergarlos en sus casas.

—«¿A cuál le darás el brazo?» —pregunta sonriendo a su mujer al ir a la mesa el caballero demócrata que hospeda en su casa a ambos: «A ambos», dice ella; y sigue entre los dos, con uno de cada brazo, entre muchos aplausos.

Esa misma noche, diez mil demócratas se apiñaron debajo de los balcones de la casa para dar una serenata a Bob. Toda la calle era bandera, antorcha y rosa, de fuegos artificiales. Sorprendido, sale Bob al balcón. La multitud comprende en ese instante que puede herir sus sentimientos con la serenata, dejando así involuntariamente a su hermano humillado, y a toda voz, como si cantaran un himno, ipiden que salgan al balcón los dos hermanos!

Pero lo que en realidad tiene el himno es el empuje, el cariño, la fe contagiosa y simpática con que los trabajadores de Nueva

York unidos por primera vez en un serio esfuerzo político, intentan elegir corregidor de esta ciudad del trabajo a uno de los pensadores más sanos, atrevidos y limpios que ponen hoy los ojos sobre las entrañas confusas del nuevo universo, a Henry George.

Él, con su frente socrática, parece irradiar luz sobre esta apostólica campaña.

Sacerdotes lo ayudan, y reformatores que parecen sacerdotes.

Lo auxilian con su palabra y su influjo muchos latinoamericanos. No ocultan su miedo ante el advenimiento de esta fuerza nueva los partidos meramente políticos; y se observa que el espíritu de esta ciudad, hija de hechos y capaz de ellos, recibe con respeto la candidatura de este innovador honrado.

A este bautismo de una nueva raza asistiremos atentos.

José Martí

**La Nación,**  
Buenos Aires,  
7 de diciembre de 1886

[OC, t. 11, pp. 87-96]

140

# Fiesta de la Estatua de la Libertad<sup>340</sup>

Breve invocación.-Admirable aspecto de Nueva York en la mañana del 28 de octubre.-Los preparativos de la parada.-El escultor Bartholdi.-Aparición de la estatua.-El fragor de los saludos.-Imponente escena.-La plegaria del sacerdote.-Cleveland y su discurso.-La bendición del obispo.-¡Adiós, mi único amor!

Nueva York,  
octubre 29 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

**T**ERRIBLE ES, libertad, hablar de ti para el que no te tiene. Una fiera vencida por el domador no dobla la rodilla con más ira. Se conoce la hondura del infierno, y se mira desde ella, en su arrogancia de sol, al hombre vivo. Se muere de el aire, como muerde una hiena el hierro de su jaula. Se retuerce el espíritu en el cuerpo como un envenenado.

Del fango de las calles quisiera hacerse el miserable que vive sin libertad la vestidura

que le asienta. Los que te tienen, oh libertad, no te conocen. Los que no te tienen no deben hablar de ti, sino conquistarte.

Pero levántate ¡oh insecto! que toda la ciudad está llena de águilas. Anda aunque sea a ras-tras: mira, aunque se te salten los ojos de vergüenza. Escúrrete, como un lacayo abofeteado, entre ese ejército resplandeciente de señores. ¡Anda, aunque sientas que a pedazos se va cayendo la carne de tu cuerpo! ¡Ah! pero si supieran cuánto lloras, te levantarían del suelo, como a un herido de muerte: ¡y tú también cabrías alzar el brazo hacia la eternidad!

Levántate, oh insecto, que la ciudad es una oda. Las almas dan sonidos, como los más acordes

instrumentos. Y está oscuro, y no hay sol en el cielo, porque toda la luz está en las almas. Florece en las entrañas de los hombres.

¡Libertad, es tu hora de llegada! El mundo entero te ha traído hasta estas playas, tirando de tu carro de victoria. Aquí estás como el sueño del poeta, grande como el espacio de la tierra al cielo.

Ese ruido es el del triunfo que descansa.

Esa oscuridad no es la del día lluvioso, ni del pardo octubre, sino la del polvo, sombreado por la muerte, que tu carro ha levantado en su camino.

Yo los veo, con la espada desenvainada, con la cabeza en las manos, con los miembros deshuesados como un montón informe, con las llamas enroscadas alrededor del cuerpo, con el vapor de la vida escapándose de su frente rota en forma de alas. Tónicas, armaduras, rollos de pergamino, escudos, libros, todo a tus pies se amasa y resplandece; y tú imperas al fin por sobre las ciudades del interés y las columnas de la guerra



¡oh aroma del mundo! ¡oh diosa  
hija del hombre!

El hombre crece: imira  
como ya no cabe en las iglesias,  
y escoge el cielo como único  
templo digno de cobijar a su deidad!  
Pero tú, oh maravilla, creces  
al mismo tiempo que el hombre;  
y los ejércitos, y la ciudad entera,  
y los barcos empavesados que van  
a celebrarte llegan hasta tus plantas  
veladas por la niebla, como las conchas  
de colores que sacude sobre la roca  
el mar sombrío, cuando el espíritu  
de la tempestad, envuelto en rayos,  
recorre el cielo en una nube negra.

¡Tienes razón, libertad, en  
revelarte al mundo en un día oscuro,  
porque aún no puedes estar satisfecha  
de ti misma! ¡Y tú, corazón sin fiesta,  
canta la fiesta!

Ayer fue, día 28 de octubre,  
cuando los Estados Unidos aceptaron  
solemnemente la Estatua de la Libertad  
que les ha regalado el pueblo de Francia,  
en memoria del 4 de Julio de 1776,  
en que declararon su independencia  
de Inglaterra, ganada con ayuda  
de sangre francesa. Estaba áspero  
el día, el aire ceniciento, lodosas  
las calles, la llovizna terca; pero  
pocas veces ha sido tan vivo el júbilo  
del hombre.

Sentíase un gozo apacible, como  
si suavizase un bálsamo las almas:  
las frentes en que no es escasa  
la luz la enseñaban mejor, y aun  
de los espíritus opacos surgía,  
con un arranque de ola, ese delicioso  
instinto del

decoro humano que da esplendor  
a los rostros más oscuros.

La emoción era gigante. El movimiento  
tenía algo de cordillera de montañas.  
En las calles no se veía punto vacío.  
Los dos ríos parecían tierra firme.  
Los vapores, vestidos de perla por  
la bruma, maniobraban rueda a  
rueda repletos de gente. Gemía bajo  
su carga de transeúntes el puente  
de Brooklyn; Nueva York y sus  
suburbios, como quien está invitado  
a una boda, se habían levantado  
temprano. Y en el gentío que a  
paso alegre llenaba las calles no  
había cosa más bella, ni los trabajadores  
olvidados de sus penas, ni las mujeres,  
ni los niños, que los viejos venidos  
del campo, con su corbatín y su gabán  
flotante, a saludar en la estatua que  
lo conmemora el heroico espíritu  
de aquel marqués de Lafayette, a  
quien de mozos salieron a recibir  
con palmas y con ramos, porque  
amó a Washington y lo ayudó a  
hacer su pueblo libre.

Un grano de poesía sazona un  
siglo. ¿Quién no recuerda aquella  
amistad hermosa? Grave era Washington  
y de más edad: a Lafayette no le  
asomaba el bozo; pero en los dos  
había, bajo diversa envoltura, aquella  
ciega determinación y facultad de  
ascenso en que se confunden los  
grandes caracteres. Mujer y monarca  
dejó aquel noble niño por ayudar  
a las tropas infelices que del lado  
de América echaban sobre el mar al rey

inglés, y ponían en sublimes palabras  
los mandamientos de la Enciclopedia,  
por donde la especie humana anunció  
su virilidad, con no menor estruendo  
que el que acompañó la revelación  
de su infancia en el Sinaí.

Iba la aurora con aquel héroe  
de cabellos rubios; y el hombre en  
marcha gustaba más a su alma fuerte  
que la pompa incura con que en los  
hombros de vasallos hambrientos como  
santo en andas sobre cargadores  
descalzos, paseaba con luces de ópalo  
la majestad. Su rey le persigue,  
le persigue Inglaterra; pero su mujer  
le ayuda.

¡Dios tenga piedad del corazón  
heroico que no halla en el hogar  
acogida para sus nobles empresas!  
Deja su casa, y su riqueza regia:  
arma su barco: desde su barco  
escribe: «Íntimamente unida a la  
felicidad de la familia humana  
está la suerte de América, destinada  
a ser el asilo seguro de la virtud,  
la tolerancia y la libertad tranquila».  
¡Qué tamaño el de esa alma,  
que depone todos los privilegios  
de la fortuna, para seguir en sus  
marchas por la nieve a un puñado  
de rebeldes mal vestidos! Salta a  
tierra: vuela al congreso continental:  
«Quiero servir a América como  
voluntario y sin paga». En la tierra  
suceden cosas que esparcen por  
ella una claridad de cielo.

La humanidad parecía haber  
madurado en aquel cuerpo joven.  
Se muestra general de generales.  
Con una mano se sujeta la herida  
para mandar a

vencer con la otra a los soldados que se preparaban a la fuga. De un centelleo de la espada recoge la columna dividida por un jefe traidor.

Si sus soldados van a pie, él va a pie. Si la república no tiene dinero, él, que le da su vida, le adelanta su fortuna: ¡he aquí un hombre que brilla, como si fuera todo de oro! Cuando su fama le ha devuelto el cariño de su rey, ve que puede aprovechar el odio de Francia a Inglaterra para echar de América a los ingleses abatidos.

El congreso continental le ciñe una espada de honor, y escribe al rey de Francia: «Recomendamos este noble joven a vuestra majestad por su prudencia en el consejo, su valor en el campo de batalla, y su paciencia en las privaciones de la guerra».

Le pide alas al mar. Francia, el primero de los pueblos, se cuelga de rosas para recibir a su héroe. «Es maravilla que Lafayette no se quiera llevar para su América los muebles de Versalles!» dice el ministro francés, cuando ya Lafayette cruza el océano con los auxilios de Francia a la república naciente, con el ejército de Rochambeau y la armada de De Grasse.

Washington mismo desesperaba en aquellos instantes de la victoria. Nobles franceses y labriegos americanos cierran contra el inglés Cornwallis y lo rinden en Yorktown.

Así aseguraron los Estados Unidos con el auxilio de Francia

la independencia que aprendieron a desear en las ideas francesas. Y es tal el prestigio de un hecho heroico, que aquel marqués esbelto ha bastado para retener unidos durante un siglo a dos pueblos diversos en el calor del espíritu, la idea de la vida y el concepto mismo de la libertad, egoísta e interesada en los Estados Unidos, y en Francia generosa y expansiva. ¡Bendito sea el pueblo que irradia!

Sigamos, sigamos por las calles a la muchedumbre que de todas partes acude y las llena: hoy es el día en que se descubre el monumento que consagra la amistad de Washington y de Lafayette. Todas las lenguas asisten a la ceremonia.

La alegría viene de la gente llana. En los espíritus hay mucha bandera: en las casas poca. Las tribunas de pino embanderadas esperan, en el camino de la procesión, al Presidente de la República, a los delegados de Francia, al cuerpo diplomático, a los gobernadores de Estado, a los generales del ejército.

Aceras, portadas, balcones, aleros, todo se va cuajando de gozoso gentío. Muchos van por los muelles, a esperar la procesión naval, los buques de guerra, la flota de vapores, los remolcadores vocingleros que llevarán los invitados a la Isla de Bedloe,<sup>341</sup> donde, cubierto aún el rostro con el pabellón francés, espera sobre su pedestal ciclopeo la escultura. Pero los más afluyen al camino de la gran parada.

Acá llega una banda. Allá viene un destacamento de bombarderos, con su bomba antigua, montada sobre zancos: visten de calzón negro y blusa roja. Abre paso el gentío a un grupo de franceses, que van locos de gozo. Por allí llega otro grupo: uniforme muy lindo, todo realzado de cordones de oro, gran pantalón de franja, chacó con mucha pluma, mostacho fiero, cuerpo menudo, parla bullente, ojo negrísimo: es una compañía de voluntarios italianos. Por una esquina se divisa el ferrocarril elevado: arriba, el tren repleto: abajo, reparte sus patrullas la policía, bien cerrada en sus levitas azules de botón dorado. A nadie quita la lluvia la sonrisa.

Ya la multitud se repliega sobre las aceras, porque viene a caballo, empilándola con las ancas, la policía montada. Una mujer cruza la calle, llena la capa de hule de medallas de la estatua: de un lado está el monumento; de otro, el amable rostro del escultor Bartholdi. Allí va un hombre de mirada ansiosa, tomando apuntes a la par que anda. ¿Y Francia?

¡Ah! de Francia, poca gente habla. No hablan de Lafayette, ni saben de él. No se fijan en que se celebra un don magnífico del pueblo francés moderno al pueblo americano.

De Lafayette, hay una estatua en la plaza de la Unión; pero también la hizo Bartholdi,<sup>342</sup> también la regaló Francia. Los literatos y los viejos de corbatín

recuerdan sólo al marqués admirable. En la caldera enorme hierve una vida nueva. Este pueblo en que cada uno vive con fatiga para sí, ama poco en realidad a aquel otro pueblo que ha abonado con su sangre toda semilla humana.

«Francia—dice un ingrato—nos ayudó porque su rey era enemigo de Inglaterra». «Francia—rumia otro en un rincón—nos regala la estatua de la libertad para que le dejemos acabar en paz el canal de Panamá».

«Laboulaye<sup>343</sup>—dice otro—es el que nos regaló la estatua. El quería poner freno inglés a la libertad francesa. Así como Jefferson aprendió en los enciclopedistas los principios de la declaración de independencia, así Laboulaye y Henry Martin<sup>344</sup> quisieron llevar a Francia los métodos de gobierno que los Estados Unidos heredaron de la Magna Carta.»

«Sí, sí: fue Laboulaye quien inspiró a Bartholdi: en su casa nació la idea: Ve, le dijo, y propón a los Estados Unidos construir con nosotros un monumento soberbio en conmemoración de su independencia: sí, la estatua quiso significar la admiración de los franceses prudentes a las prácticas pacíficas de la libertad americana.»

Así nació la idea, como crece en lo alto del monte el hilo de agua que, hinchado en su carrera, entra al fin a ser parte del mar. En la tribuna están los delegados de Francia, el escultor, el orador, el perio-

distista, el general, el almirante, el que une los mares y abre la tierra: aires franceses mariposean por la ciudad: el pabellón francés golpea en los balcones y flota en el tope de los edificios; pero lo que aviva todos los ojos y tiene alegres las almas, no es el don de una tierra generosa, que acaso no se recibe aquí con el entusiasmo que conviene, sino el desborde del placer humano, al ver erguido con estupeña firmeza en un símbolo de hermosura arrebatadora aquel instinto de la propia majestad que está en la médula de nuestros huesos, y es la raíz y gloria de la vida.

Vedlos: itodos revelan una alegría de resucitados! ¿No es este pueblo, a pesar de su rudeza, la casa hospitalaria de los oprimidos? De adentro vienen, fuera de la voluntad, las voces que impelen y aconsejan. Reflejos de bandera hay en los rostros: un dulce amor conmueve las entrañas: un superior sentido de soberanía saca la paz, y aun la belleza, a las facciones; y todos estos infelices, irlandeses, polacos, italianos, bohemios, alemanes, redimidos de la opresión o la miseria, celebran el monumento de la libertad porque en él les parece que se levantan y recobran a sí propios.

¡Vedlos correr, gozosos como náufragos que creen ver una vela salvadora, hacia los muelles desde donde la estatua se divisa! Son los más infelices, los que tienen miedo a las calles

populosas y a la gente limpia: cigarreros pálidos, cargadores gibosos, italianas con sus pañuelos de colores: no corren como en las fiestas vulgares, con brutalidad y desorden, sino en masas amigas y sin ira: bajan del este, bajan del oeste, bajan de los callejones apiñados en lo pobre de la ciudad: los novios parecen casados: el marido da el brazo a su mujer: la madre arrastra a sus pequeñuelos: se preguntan, se animan, se agolpan por donde creen que la verán más cerca.

Ruedan en tanto entre los hurras de la multitud las cureñas empavesadas por las calles suntuosas: parecen con sus lenguas de banderas, hablar y saludar los edificios, enfréñanse, piafán y dejan en la playa a sus jinetes los ferrocarriles elevados, que giran sumisos, como aérea y humeante caballería: los vapores, cual cargados de un alma impaciente, ensayan el ala que los ata a la orilla; y allá, a lo lejos, envuelta en humo, como si la saludasen a la vez todos los incensarios de la tierra, se alza la estatua enorme, coronada de nubes como una montaña.

En la plaza de Madison es la fiesta mayor, porque allí, frente al impío monumento que recuerda la victoria ingloriosa de los norteamericanos sobre México, se levanta, cubierta de pabellones de los Estados Unidos y de Francia, la tribuna donde ha de ver la parada el Presidente. Todavía no ha llegado; pero la plaza es toda una



cabeza. Surgen de entre la masa negra los cascos pardos de los policías. Cuelgan por las fachadas festones tricolores.

Parece un ramo de rosas en aquel campo oscuro la tribuna. De vez en cuando recorre un murmullo los grupos cercanos, como si de pronto se hubiera enriquecido el alma pública. ¡Es Lesseps<sup>345</sup> que sube a la tribuna: es Spuller, el amigo de Gambetta,<sup>346</sup> de ojos de acero y de cabeza fuerte: es Jaurés, valeroso, que sacó con gloria del combate de Marners los doce mil soldados, mordidos de cerca por los alemanes: es Pellissier, que herido en Nogent-sur-Marne empuja con la mano pálida la rueda sus cañones: es el teniente Ney, que cuando sus franceses aterrados huían de una trinchera toda en fuego, abrió los brazos y afirmó el pie en tierra, y a empellones, bello el rostro con un resplandor de bronce encendido, echó a los cobardes sobre la boca terrible, y entró por ella: es Laussédát, el coronel canoso que amasó murallas con manos de joven contra las armas prusianas: es Bureau de Pussy, que no dejó caer entre los enemigos la espada de su bisabuelo Lafayette: es Deschamps, el alcalde de París, que fue tres veces hecho prisionero por los alemanes, y se escapó tres veces: es el joven marino Villigente, figura viva de un cuadro de Neuville: es Caubert, abogado de espada, que quiso hacer con los abogados y los jueces una legión para sujetar el paso

a Prusia: es Bigot, es Meunier, es Desmons, es Hielard, es Giroud, que han servido a la patria bravamente con la bolsa o la pluma: es Bartholdi, el creador de la estatua, el que en los ijares de la fortaleza de Belfort clavó su león sublime, el que forjó para Gambetta en plata aquella Alsacia desgarradora que maldice, el que lleva en sus ojos, melancólicos como los de los hombres verdaderamente grandes, todo el dolor del abanderado que en el regazo de su Alsacia muere, y toda la fe del niño en que a su lado la patria resucita.

No se vive sin sacar luz en familiaridad con lo enorme. El hábito de domar da al rostro de los escultores un aire de triunfo y rebeldía. Engrandece la simple capacidad de admirar lo grande, cuanto más el moldearlo, el acariciarlo, el ponerle alas, el sacar del espíritu en idea lo que a brazos, a miradas profundas, a golpes de cariño ha de ir encorvando y encendiendo el mármol y el bronce.

Este creador de montes nació con alma libre en la ciudad alsaciana de Colmar que le robó luego el alemán enemigo; y la hermosura y grandeza de la libertad tomaron a sus ojos, hechos a contemplar los colosos de Egipto, esas gigantes proporciones y majestad eminente a que la patria sube en el espíritu de los que viven sin ella: de la esperanza de la patria entera hizo Bartholdi su estatua soberana.

Jamás sin dolor profundo produjo el hombre obras verdaderamente bellas. Por eso va la estatua adelantando, como para pisar la tierra prometida; por eso tiene inclinada la cabeza, y un tinte de viudez en el semblante; por eso, como quien manda y guía, tiende su brazo fieramente al cielo.

¡A Alsacia, a Alsacia! dice toda ella; y a pedir la Alsacia para Francia<sup>347</sup> ha venido esa virgen dolorosa, más que a alumbrar la libertad del mundo.

Disfraz abominable y losa fúnebre son las sonrisas y los pensamientos cuando se vive sin patria, o se ve en garras enemigas un pedazo de ella: un vapor de embriaguez perturba el juicio, sujeta la palabra, apaga el verso, y todo lo que produce entonces la mente nacional es deforme y vacío, a no ser lo que expresa el anhelo de las almas. ¿Quién siente mejor la ausencia de un bien que el que lo ha poseído y lo pierde? De la vehemencia de los dolores viene la grandeza de su representación.

Ved a Bartholdi, que toma su puesto en la tribuna saludado amorosamente por sus compañeros: una vaga tristeza le baña el semblante: un dolor casto le luce en los ojos: anda como en un sueño: mira hacia lo que no se ve: hacen pensar en los cipreses y en las banderas rotas los cabellos inquietos que caen sobre su frente.

Ved a los diputados: todos ellos han sido escogidos entre los que pelearon con mayor



bravura en la guerra en que perdió Francia a la Alsacia.

Ved a Spuller, el amigo de Cambetta, en la fiesta que dio en honra de sus compatriotas el Círculo francés de la Armonía. ¿Habían hablado de vagos cumplimientos, de histórica fraternidad, de abstracciones generosas?

Vino sobre las luces Spuller, como viniera un león: comenzó como una plegaria su discurso: hablaba lenta y dolorosamente, como quien lleva una vergüenza encima: en un augusto y lloroso silencio se iba tendiendo su inflamada palabra: cuando la recogió, todo el teatro estaba en pie, envolvía a Spuller una bandera invisible: el aire retemblaba, como un acero sacudido: ¡a Alsacia! ¡a Alsacia!

Spuller trae ahora baja la cabeza, como todos aquellos que se recogen para acometer.

Desde aquella tribuna, juntos vieron los delegados franceses, con los prohombres de la república en torno al Presidente Cleveland, la parada de fiesta con que celebró Nueva York la inauguración de la estatua: ríos de bayonetas: millas de camisas rojas: milicianos grises, azules y verdes: una mancha de gorros blancos en la escuadra; en un carro llevan al *Monitor*<sup>348</sup> en miniatura, y va a la rueda un niño vestido de marino.

Pasa la artillería, con sus soldados de uniforme azul; la policía, con su marcha pesada; la caballería, con sus solapas ama-

rillas: a un lado y otro las dos aceras negras. El hurra que empezaba al pie del Parque Central, coreado de boca en boca, iba a morir en el estruendo de la batería. Pasan los estudiantes de Columbia, con sus gorros cuadrados; pasan en coches los veteranos, los inválidos y los jueces; pasan los negros; y redoblan las músicas, y por toda la vía los va siguiendo un himno.

Aplaude la tribuna el paso firme de la milicia elegante del 7º regimiento: va muy bella en sus capas de campaña la milicia del regimiento 22: dos niñas alemanas, que vienen con una compañía, le dan al Presidente dos cestos de flores; apenas puede hablar una criatura vestida de azul que alcanza a Lesseps un estandarte de seda para Bartholdi: vuela la Marsellesa, con su clarín de oro, por toda la procesión; el Presidente, con la cabeza descubierta, saluda a los pabellones desgarrados: humillan sus colores las compañías cuando cruzan delante de la tribuna, y los oficiales de la milicia francesa besan al llegar a ella el puño de su espada. Pasan las mangas sin brazo, entre frenéticos saludos de las aceras, tribunas y balcones: pasan los banderines atravesados por las balas: pasan las piernas de madera.

A rastras viene un viejo en su capote de color de tórtola, y la ciudad entera le quiere dar la mano: hala su cuerpo roto bravamente, como haló en su moce-

dad en el tiempo de los voluntarios las bombas de incendio: se rompió los brazos por recibir en ellos a un niño encendido: por salvar a un anciano se dejó caer una pared sobre las piernas: los bomberos le siguen, en sus trajes de antes, tirando de las cuerdas que arrastran las bombas: y cuando, cuidada como una niña, toda llena de plata y de flores, viene a la zaga de los mozos de camisa roja la bomba más antigua tambaleando en sus ligeras ruedas, desbócase sobre el gentío, a apagar un incendio cercano, una de las bombas modernas formidables. Deja el aire caliente y herido. Negro es el humo y los caballos negros. Derriba carros y atropella gentes. Bocanadas de chispas dan un color rojizo a la humareda.

Sigue desalado el carro de las escalas, como en una nube: rueda tras él la enorme torre de agua, con fragor de artillería.

Se oye una campana que parece una orden: el gentío se aparta con respeto, y pasa en una ambulancia un hombre herido. A lo lejos se oían los regimientos. Con su clarín de oro volaba sobre la ciudad la Marsellesa.

Entonces los espíritus, llegada la hora de descorrer el pabellón que velaba el rostro de la estatua, bulleron de manera que pareció que se cubría el cielo en un toldo de águilas. Era prisa de novio la que empujaba a la ciudad a los vapores.

Los vapores mismos, orlados de banderas, parecían guirnaldas, y sonreían, cuchicheaban, se movían alegres y precipitados, como las niñas que hacen de testigos en las bodas.

Un respeto profundo engrandecía los pensamientos como si la fiesta de la libertad evocase ante los ojos todos los que han perecido por conquistarla. ¡Qué batalla de sombras surgía sobre las cabezas! ¡qué picas, qué rodela, qué muertes esculturales, qué agonías sobe-ranas! La sombra de un solo combatiente llenaba una plaza. Se erguían, abrían los brazos, miraban a los hombres como si los creasen, y emprendían el vuelo.

La claridad que hendía de súbito la atmósfera oscura no eran rayos del sol, sino los cortes de los escudos en la niebla, por donde descendía la luz de la batalla. Lidiaban, sucumbían, morían cantando: tal, por sobre el de los campanarios y los cañones—es el himno de triunfo que conviene a esta estatua hecha, más que de bronce, de todo lo que en el alma humana es oda y sol.

Un cañonazo, un vuelo de campanas, una columna de humo fueron la bahía y ciudad de Nueva York desde que cerró la parada hasta que, al caer el crepúsculo, acabaron las fiestas en la isla donde se eleva el monumento.

¡A encías desdentadas se asemejaban las hileras de muelles, huérfanas de sus vapores! El ca-

ñoneo incesante aumentaba la lluvia. Por la parda neblina pasaron camino de la isla doscientos buques, como una procesión de elefantes. Como palomas encintadas iban apiñándose los vapores curiosos en torno a la figura, que se destacaba entre ellos vagamente. Había un rumor de nido. Como alas sorprendidas salían de los vapores llamaradas de música. ¿Quién que no haya sufrido por la libertad podrá entender la frenética alegría que enloqueció las almas, cuando por fin se reveló a los ojos aquella a quien todos hablan como a una amante adorada?

¡Allí está por fin, sobre su pedestal más alto que las torres, grandiosa como la tempestad y amable como el cielo! Vuelven en su presencia los ojos secos a saber lo que son lágrimas. Parecía que las almas se abrían, y volaban a cobijarse en los pliegues de su túnica, a murmurar en sus oídos, a posarse en sus hombros, a morir, como las mariposas en su luz. Parecía viva: el humo de los vapores la envolvía: una vaga claridad la coronaba: iera en verdad como un altar, con los vapores arrodillados a sus pies! ¡Ni el Apolo de Rodas,<sup>349</sup> con la urna de fuego sobre su cabeza y la saeta de la luz en la mano fue más alto! Ni el Júpiter de Fidias, todo de oro y marfil, hijo del tiempo en que aún eran mujeres los hombres. Ni la estatua de Sumnat de los hindúes, in-

crustada, como su fantasía, de piedras preciosas. Ni las dos estatuas sedentes de Tebas, cautivas como el alma del desierto en sus pedestales tallados. Ni los cuatro colosos que defienden, en la boca de la tierra, el templo de Ipsambul. Más grande que el San Carlos Borromeo, de torpe bronce, en el cerro de Arona, junto al lago; más grande que la Virgen de Puy, concebida sin alas, sobre el monte que ampara al caserío; más grande que el Arminio de los Cheruskos, que se alza por sobre la puerta de Tautenberg citando con su espada las tribus germánicas para anonadar las legiones de Varus; más grande que la Germania de Niederwald, infecunda hermosura acoirazada que no abre los brazos; más grande que la Baviera de Shwautaler que se corona soberbiamente en el llano de Munich, con un león a las plantas,—por sobre las iglesias de todos los credos y por sobre las obras todas de los hombres se levanta de las entrañas de una estrella la «Libertad iluminando al mundo», sin león y sin espada. Está hecha de todo el arte del universo, como está hecha la libertad de todos los padecimientos de los hombres.

De Moisés tiene las tablas de la ley: de la Minerva el brazo levantado: del Apolo la llama de la antorcha: de la Esfinge el misterio de la faz: del Cristianismo la diadema aérea.

Como los montes, de las profundidades de la tierra ha sur-

gido esta estatua, «inmensidad de idea en una inmensidad de forma», de la valiente aspiración del alma humana.

El alma humana es paz, luz y pureza; sencilla en los vestidos, buscando el cielo por su natural morada. Los cintos le queman; desdeña las coronas que esconden la frente; ama la desnudez, símbolo de la naturaleza; para en la luz de donde fue nacida.

La túnica y el *pephum* le convienen, para abrigarse del desamor y el deseo impuro: le sienta la tristeza, que desaparecerá sólo de sus ojos cuando todos los hombres se amen: va bien en pies desnudos, como quien sólo en el corazón siente la vida: hecha del fuego de sus pensamientos, brota la diadema naturalmente de sus sienes, y tal como remata en cumbre el monte, toda la estatua, en lo alto de la antorcha, se condensa en luz.

Pequeña como una amapola lucía a los pies de la estatua la ancha tribuna, construida para celebrar la fiesta con pinos frescos y pabellones vírgenes. Los invitados más favorecidos ocupaban la explanada frente a la tribuna. La isla entera parecía un solo ser humano.

¡No se concibe cómo voceó este pueblo, cuando su Presidente, nacido como él de la mesa del trabajo, puso el pie en la lancha de honor para ir a recibir la imagen en que cada hombre se ve como redimido y encumbrado!

Sólo los estremecimientos de la tierra dan idea de explosión semejante.

El clamor de los hombres moría ahogado por el estampido de los cañones: de las calderas de las fábricas y los buques se exhalaba a la vez el vapor preso con un júbilo loco, conmovedor y salvaje: ya parecía el alma india, que pasaba a caballo por el cielo, con su clamor de guerra: ya que, sacudiendo al encorvarse las campanas todas, se arrodillaban las iglesias: ya eran débiles o estridentes, imitados por las chimeneas de los vapores, los cantos del gallo con que se simboliza el triunfo.

Se hizo pueril lo enorme: travesaba el vapor en las calderas: jugueteaban por la neblina los remolcadores: azuzaba la concurrencia de los vapores a sus músicas: los fogoneros vestidos de oro por el resplandor del fuego, henchían de carbón las máquinas: por entre la nube de humo se veía a los marineros de la armada, de pie sobre las vergas.

En vano pedía silencio desde la tribuna, moviendo su sombrero negro de tres picos, el mayor general de los ejércitos americanos: ni la plegaria misma del sacerdote Storrs,<sup>350</sup> perdida en la confusión, acalló el vocerío: pero Lesseps, Lesseps, con su cabeza de ochenta años desnuda, bajo la lluvia, supo domarlo. Jamás se olvidará aquel espectáculo magnífico. Más que de un paso, de un

salto se puso en pie el gran viejo.

Es pequeño: cabe en el hueco de la mano de la estatua de la libertad; pero rompió a hablar con voz tan segura y fresca que la concurrencia ilustre, arrebatada y seducida, saludó con un vítor que no parecía acabar a aquel monumento humano. ¿Qué era el estruendo, el vocear de las máquinas, el cañonear de los barcos, el monumento arriba, a aquel hombre hecho a tajar la tierra y a enlazar los mares?

¿No hizo reír, reír delante de la estatua, con su primera frase? «El vapor, señores, nos ha hecho progresar de una manera pasmosa; pero en este momento nos hace mucho daño».

¡Viejo maravilloso! Los americanos no lo quieren, porque hace a pesar de ellos lo que ellos no tuvieron el valor de hacer; pero con su primera frase sedujo a los americanos. Luego leyó su discurso, escrito por su misma mano en páginas sueltas, blancas y grandes. Decía cosas de familia, o daba forma familiar a las cosas más graves: se ve en su modo de frasear cómo le ha sido fácil alterar la tierra: cada idea, breve como una nuez, lleva adentro un monte.

No se está quieto cuando habla: se vuelve hacia todos los lados, como para dar a todo el mundo el rostro: algunas frases las dice, y las apoya con toda la cabeza, como si las quisiera clavar: habla un francés marcial, que suena a bronce: su gesto



favorito es levantar rápidamente el brazo: sabe que por la tierra se ha de pasar venciendo: la voz, lejos de extinguírsele, le crece con el discurso: sus frases cortas ondean y acaban en punta como los gallardetes: el gobierno americano lo convidó a la fiesta, como el primero de los franceses.

«Me he dado prisa a venir, dice poniendo la mano sobre el pabellón de Francia que viste el antepecho de la tribuna: la erección de la estatua de la Libertad honra a los que la concibieron, y a los que la han comprendido aceptándola.» Francia es para él la madre de los pueblos, y con egregia habilidad, deja caer en su discurso este juicio de Hepworth Dixon sin contradecirlo: «Un historiador inglés, Hepworth Dixon, después de decir en su obra sobre la Nueva América que vuestra Constitución no es producto del suelo, ni procede del espíritu inglés, ha añadido: se puede, por lo contrario, considerarla como una planta exótica nacida en la atmósfera de Francia.»

No se detiene en símbolos, sino en objetos. Las cosas a sus ojos son por aquello para que sirven. Por la Estatua de la Libertad va él a su canal de Panamá. «Gustáis de los hombres que osan y que perseveran: yo digo como vosotros: *go ahead*: inosotros nos entendemos cuando yo uso este lenguaje!»

¡Ah, piadoso viejo: antes de que se siente, premiado por los aplausos de sus enemigos mis-

mos, rendidos y maravillados, démosle gracias, allá, en la América que no ha tenido todavía su fiesta, porque recordó nuestros pueblos y pronunció nuestro nombre olvidado en el día histórico en que América consagró a la libertad: ¿pues quién sabe morir por ella mejor que nosotros? ¿y amarla más?

«¡Hasta luego, en Panamá! donde el pabellón de las treinta y ocho estrellas de la América del Norte irá a flotar al lado de las banderas de los Estados independientes de la América del Sur, y formará en el nuevo mundo, para el bien de la humanidad, la alianza pacífica y fecunda de la raza francolatina y de la raza anglosajona.»

¡Buen viejo, que encanta a las serpientes! ¡Alma clara, que nos ve lo grande del corazón bajo los vestidos manchados de sangre! A ti, que hablaste de la libertad como si fuera tu hija, la otra América te ama!

Y artes de que se levantara el senador Evarts a ofrecer la estatua al Presidente de los Estados Unidos en nombre de la Comisión americana, la concurrencia, conmovida por Lesseps, quiso saludar a Bartholdi, que con feliz modestia se levantó a dar las gracias al público desde su asiento en la tribuna. Nunca habla el senador Evarts sin noble lenguaje y superior sentido, y es su elocuencia diestra y genuina, que va a las almas porque nace de ellas.

Pero la voz se le apagaba, cuando leía en páginas estre-

chas el discurso en que pinta, con frase llena de cintas y pompones, la generosidad de Francia.

Y después de Lesseps, parecía una caña abatida: ya en la cabeza no tiene más que frente: apenas puede abrirse paso la inspiración por su rostro enjuto y apergaminado: viste gabán, y lleva el cuello vuelto; le cubría la cabeza un gorro negro.

Y cuando inopinadamente, en medio de su discurso, creyeron llegada la hora de descubrir, como estaba previsto, el pabellón que cubría el rostro de la estatua, la escuadra, la flotilla, la ciudad, rompió en un grito unánime que parecía ir subiendo por el cielo como un escudo de bronce resonante: ¡Pompa asombrosa y majestad sublime!; ¡nunca ante altar alguno, se postró un pueblo con tanta reverencia!; los hombres pasmados de su pequeñez, se miraban al pie del pedestal, como si hubieran caído de su propia altura: el cañón a lo lejos retemblaba: en el humo los mástiles se perdían: el grito, fortalecido, cubría el aire: la estatua, allá en las nubes, aparecía como una madre inmensa.

Digno de hablar ante ella pareció a todos el Presidente Cleveland. Él también tiene estilo de médula, acento sincero, y voz simpática, clara y robusta. Sugiere más que explica. Dijo esas cosas amplias y elevadas que están bien frente a los monumentos. Con una



mano tenía asido el borde de la tribuna, y la derecha la hundió en el pecho bajo la solapa de la levita. Mira con ese amable desafío que sienta a los vencedores honrados.

¿No se ha de perdonar un poco de altivez a quien sabe que, por ser puro, está lleno de enemigos? Su carne es gruesa y mucha; pero la inteligencia la echa atrás. Aparece como es, bueno y enérgico. Lesseps lo miraba cariñosamente, como si se estuviera haciendo de él un amigo.

También él, como Lesseps, habló con la cabeza descubierta. Sus palabras solicitan el aplauso, más que por la pompa de la frase y autoridad del ademán, por lo vibrante del acento y firme del sentido. Si vaciasen la estatua en palabras, eso mismo diría: «Esta muestra del afecto y consideración del pueblo de Francia demuestra el parentesco de las repúblicas, y nos asegura de que en nuestros esfuerzos para recomendar a los hombres la excelencia de un gobierno fundado en la voluntad popular, tenemos del otro lado del continente americano una firme aliada.» «No estamos aquí hoy para doblar la cabeza ante la imagen de un dios belicoso y temible, lleno de rabia y venganza, sino para contemplar con júbilo a nuestra deidad propia, guardando y vigilando las puertas de América, más grande que todas las que celebraron los cantos antiguos: y en vez de asir en su mano los rayos

del terror y de la muerte, levanta al cielo la luz que ilumina el camino de la emancipación del hombre.» Nació de los corazones cariñosos el largo aplauso que premio a este hombre honrado.

Chauncey Depew, «el orador de plata», comenzó enseñuida la oración de la fiesta. Bella hubo de ser, para sujetar sin fatiga, ya al caer la tarde, la atención del concurso.

¿Quién es Chauncey Depew? Todo lo que puede ser el talento, sin la generosidad.

Ferrocarriles son sus ocupaciones; millones sus cifras; emperadores su público; los Vanderbilt, sus Mecenas y amigos. El hombre le importa poco; le importa más el ferrocarril. Tiene el ojo rapaz, la frente ancha y altiva, la nariz corva, el labio superior fino y estrecho, la barba lampiña larga y en punta: y aquí se miran en él por lo armonioso y brillante de su lenguaje, lo agresivo y agudo de su voluntad, y lo listo y seguro de su juicio. Su estilo, fresco y versátil, no chispea ahora como suele en sus oraciones celebradísimas de sobremesa; ni expone con cerrada lógica, como en sus casos de abogado y director de caminos de hierro; ni tunde a sus adversarios sin misericordia como es fama que hace en los malignos y temibles ejercicios de las asambleas políticas: sino cuenta en encendidas frases la vida generosa de aquel que, no satisfecho de haber ayudado a Washington a fundar su

pueblo, volvió ibendito sea el marqués de Lafayette! a pedir al Congreso norteamericano que diese libertad a «sus hermanos los negros».

Pintó Depew con encendidos párrafos, las pláticas amigas de Lafayette y Washington en el hogar modesto de Mount Vernon,<sup>351</sup> y aquel adiós del marqués «purificado por las batallas y las privaciones» al congreso de América, en que veía él «un templo inmenso de la libertad, una lección para los opresores, y una esperanza para los oprimidos de la tierra».

Ni el «noventa y tres»<sup>352</sup> lo aterró, ni el calabozo de Olmütz<sup>353</sup> lo domó, ni la victoria de Napoleón lo convenció: ¿qué son, para quien siente de veras la libertad en el alma, más que acicates las persecuciones y bombas de jabón los imperios injustos de la tierra? Estos hombres de instinto guían el mundo. Raciocinan después que obran.

El pensamiento corrige sus errores; pero no posee la virtud de sus arrebatos. Sienten y empujan. ¡Así, por la voluntad de la naturaleza, en la historia de los hombres está escrito!

Magistrado parecía Chauncey Depew cuando, sacudiendo sobre su cabeza cubierta de un gorro de seda el brazo en que temblaba el dedo índice, reunía en cuadro admirable los beneficios de que goza el hombre en esta tierra fundada por la libertad, y con el fuego del corcel que lleva la espuela hundida en

los ijares, trocaba en valor el disimulado miedo, se erguía en nombre de las instituciones libres contra los fanáticos que se acogen de ellas para trabajar por volcarlas, y enseñado por el ímpetu creciente con que se viene encima en los Estados Unidos el problema social, humilló la soberbia por que este caballero de la palabra de plata es afamado, y haló inspirados acentos para decir cual suyas las frases mismas que ostenta como su evangelio la revolución obrera.

¡Tu sombra, pues, oh libertad, convence: y los que te odian o se sirven de ti se posan al mando de tu brazo!

Un obispo en aquel instante surgió en la tribuna, alzó la mano comida por los años, y en el magnífico silencio, puestos en pie a su lado el genio y el poder, bendijo en nombre de

Dios la redentora estatua. Entonó la concurrencia, guiada por el obispo, un himno lento y suave, la *Doxología*<sup>354</sup> mística. De lo alto de la antorcha anunció una señal que había terminado la ceremonia.

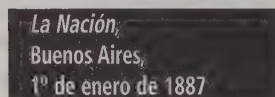
Ríos de gente, temerosa de la torva noche, se echaron precipitados, sin respeto a la edad ni a la eminencia, sobre el angosto embarcadero. Pálidamente resonaron las músicas, como si desmayasen la luz de la tarde.

El peso del contento, más que el de los seres humanos, hundía los buques. El humo de los cañonazos envolvía la lancha de honor que llevaba a la ciudad al Presidente. Las aves sorprendidas, en lo alto de la estatua, giraban como medrosas en torno al monte nuevo. Más firmes dentro del pecho sentían los hombres las almas.

Y cuando de la isla convertida ya en altar, arrancaban en

la sombra nocturna los últimos vapores, una voz cristalina exhaló una melodía popular, que fue de buque a buque, y mientras en la distancia se destacaban en las coronas de los edificios guirnalda de luces que enrojecían la bóveda del cielo, un canto a la vez tierno y formidable se tendió al pie de la estatua por el río, y con unción fortificada por la noche, el pueblo entero, apiñado en las popas de los barcos, cantaba con el rostro vuelto a la isla: «¡Adiós mi único amor!»<sup>355</sup>

José Martí



[OC, t. 11, pp. 97-115]

141

# Correspondencia particular de *El Partido Liberal*

Sumario.-Asuntos varios.-Los indios ciudadanos.-Indecisiones del Congreso.-La plata.-El sobrante anual de cien millones.-Librecambistas y proteccionistas.-Política de mujeres.-La mujer en las elecciones de Massachussets.-Las mujeres contra las cantinas.-La política de cantinas.-Influjo de las cantinas en el gobierno de la ciudad.-Estudio de baja política.-«El gordito Walsh».-Un jugador alcaide.-Vicios de la política norteamericana.

Nueva York,  
22 de diciembre de 1886

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

**L**A ALEGRÍA de Pascuas es acá tan viva que todo lo penetra y hermosea. El Congreso interrumpe sus sesiones: las calles, del alba a media noche son un jubileo: es un lujo de compras, generosidades y regalos: ya contaremos las Pascuas de Nueva York, que son bellas porque en esos días se deja ver la nobleza de las almas, y se sufre de no tener que dar. Los indios son los que

estarán contentos estas Pascuas, porque antes de levantar sus sesiones para las fiestas de fin de año los hizo ciudadanos el Congreso,—ciudadanos con tierra propia y voto. Tal como el hombre que teme llegar a hablar de un asunto espinoso e indispensable procura agotar antes toda materia de conversación de menos interés, como para retardar el asunto ingrato, tal el Congreso, incapaz en la situación actual de sus partidos para determinar sobre las cuestiones más vivas y urgentes de la política y economía del país, se entretiene en problemas menores, muy justos en sí, pero tenidos por la opinión como

bocados de poco peso con que sus administradores apurados le quieren engañar el hambre.

Se ansía el voto definitivo del Congreso sobre la suspensión del acuñamiento de la moneda de plata, acumulada sin empleo esa cantidad temible en el Tesoro, pero los productores de plata, valiéndose de lo confuso del juicio público sobre esta materia compleja, hallan modo de impedir que el Congreso tome acuerdo alguno en favor o en contra de los consejos que acaba de dar en su Mensaje el Presidente.

No se ansía menos, sino más acaso, la rebaja del exceso anual de cien millones que paga el país por contribuciones innecesarias al Tesoro Nacional; pero como los librecambistas, conducidos por Morrison, proponen un modo de cortar el sobrante que entraña el abandono gradual del sistema de derechos altos,<sup>a</sup> los proteccionistas capitaneados por Randall, presentan planes diversos para supri-

a. Errata en EPL: «derecho altos».

mir el exceso sin tener que rebajar los derechos subidísimos que se recaudan hoy, o en mero provecho de los fabricantes, so pretexto de favorecer las industrias del país: y Morrison, como en la sesión pasada, ha sido vencido: verdad que sólo lo fue por unos cuantos votos, tanto que su mujer, que sabe de política, tan pronto como supo por Morrison la derrota del proyecto, le envió a decir por telegrama: «¡Pues vuelve a presentarlo!»

De la naturaleza humana, saben más las mujeres que los hombres. Precisamente lo que en ellas seduce las incapacita, no para la comprensión, pero sí para el ejercicio constante, de las pascuas públicas; mas ellas saben lo que nosotros no sabemos sobre el mejor modo de vencer al hombre: y bien puede ser que las mismas artes que triunfan en lo privado, empleadas en la política triunfasen en lo público.

El hablar de esto hace pensar en las últimas elecciones de Springfield, en Massachussetts.

Allí hay guerra entre las mujeres del lugar y los cerveceros. Contra la virtud van muchos y vencen; pero en lo general, es necesario, aun para prosperar en el vicio, vestirse de virtuoso. Y eso se acaba de ver en Springfield. La propaganda de las mujeres, que ven que en las cantinas se crían la brutalidad y la desgracia, consiguió que la ley prohibiera el tráfico en bebidas, que era en

aquel lugar descarado y excesivo; pero los bebedores, hechos ya a dejar solo en las noches el hogar, sin ver que la casa de noche es muy triste sin su jefe, hallaron manera de reunirse a beber en privado, y con la práctica que acá se tiene de la asociación, estimulada por el vicio que es ingenioso y activo, pronto fundaron sociedades de beber, donde privadamente satisfacen amparados por ley de los clubes,<sup>a</sup> el gusto por los estimulantes que prohíbe satisfacer la ley contra los establecimientos de bebidas. Los clubes, por supuesto, no son más que beberías disfrazadas. Pero como con este disfraz el vicio no sale tan al rostro de las ciudades pudibundas de Massachussetts, todo el trabajo activo de las mujeres no ha bastado a triunfar de los cerveceros encubiertos con esta apariencia hipócrita.

Era sin embargo, interesante el día de la elección. Estaban llenas de mujeres las cercanías de las casillas. No eran las «blumeristas» ridículas de antaño, ni las «medias azules» de literatura y pretensiones, ni las que abogan por derechos viriles que riñen con el dulce sexo, hecho para menos doloroso e ingrato poder que el del sufragio; las madres eran, las esposas, las hermanas de los mismos que, con la insignia del club bribón clavada en el chaleco, marchaban sobre las urnas a pelear por la botella, como si fuesen de veras a una pelea digna de hombres.

Las casillas parecían una feria. Solas y casimires alternaban con calicoes y paños pobres. Todas luchaban por «cerrar a sus maridos las puertas del infierno».

Junto a cada casilla levantaron al aire libre improvisados fogones donde hervían el té y el café, cerca de la mesita llena de nueces y de emparedados. Las «amigas de la temperancia» ofrecían a cada ciudadano el tentempié<sup>b</sup> y el té o café humeante, mientras a su alrededor mariposeaban todas como tenaces duendes, convenciendoles de que era vil abandonar en esta campaña honrada a las mujeres, y votar por las «infames beberías». Los votantes oían a las hadas, saboreaban el tentempie y el café o té amoroso, se iban sobre las urnas y votaban por las beberías.

Incalculable es en estas ciudades el poder de esa inmunda política de cantina. No se puede en una mera carta de periódico ir hasta las raíces de este mal que está socavando la seguridad de las ciudades. Acá, en las clases obreras, el dinero se va todo de la mano a la boca: ni lo que queda de los gastos de la familia es bastante para el teatro, ni hay baratos en número suficiente para la población, ni lo sórdido burdo de la vida es-

a. En LPL, siempre: «clubs».

b. En EPL, siempre: «tente-en-pie».



timula la inteligencia de la gente llana a los entretenimientos del espíritu. El taller rudo y la casa miserable echan el obrero fatigado y torpe a buscar un estimulante en la cervecería. Allí engaña la noche, intima con el cervecero, le toma fiado, y le paga en las elecciones con su voto.

El cervecero no pierde, porque le pagan de arriba los que del voto se aprovechan; lo cual puede acabar en que el dueño de la cervecería se vea con influjo y lo ejerza en su beneficio, ya para subirse él mismo a un puesto de regidor, donde se hacen negocios excelentes, ya para vender lo que él pueda a un camarada que se obliga a darle parte en las ganancias del puesto a que le encumbra.

Esas cervecerías son la escuela verdadera de la política de la ciudad, y han venido en mal hora a sustituir a aquellas casas de madera casi santas, y parecidas a templos, donde en los primitivos tiempos de la nación se reunían los ciudadanos a debatir las cosas públicas y preparar las elecciones. Crecen en las cervecerías los personajes de los barrios, como los hongos fangosos en los maderos corrompidos; y allí, como en las sociedades elementales, triunfa el más corpulento; porque deslumbra y aporrea a sus comensales, el más dadivoso, porque les satisface y mantiene agradecida la garganta, y el de menos escrúpulos, porque sin ellos se obtiene pronto la bolsa

llena, que es acá entre los miserables como en los poderosos el certificado de superioridad y poder.

Así se ve que van subiendo de elección en elección a los puestos más encumbrados de la ciudad, y a veces a los del Estado y la República, esos hombres rollizos y brijagos de mano pródiga y llena de sortijas que hablan su propia lengua bestialmente, sólo saben del gobierno el modo de escalarlo y vender como granja propia la autoridad que gozan por él.

Así está compuesto de esos héroes de barrio el Ayuntamiento de Nueva York, y el cuerpo entero de empleados de la ciudad, que apenas tiene en puesto de prominencia a un hombre honrado, porque acá todo poder emana del voto, y esos rufianes que disponen de él se coaligan para hacerlo ir por donde a todos conviene para viles fines, y lo niegan a los candidatos que de antemano no se prestan a atraérselo con dinero constante, y a obligarse a cederles parte del poder a que le llevan.

Así se viene a parar en que un pillero de oficio, un propietario de casas de juego, un dueño de un circuito de cervecerías, un rufián acusado de delitos contra la ciudad, un amigo tierno y encubridor solícito de roleteros y ladrones, haya sido nombrado, a petición de jueces y altos políticos, Alcaide de la cárcel de las Tumbas, cuyo nombramiento, que

es acá de mucha consideración por su sueldo e importancia política, se ha celebrado con público regocijo en las bebederías y los garitos. Pues ¿no es *Fatty Walsh*, el *Gordito Walsh*, el fiador de todo jugadorzuelo, heridor o ratero que cae preso en su barrio? Pues ¿no son suyas todas las cervecerías? Pues ¿no dispone de miles de votos, y tiene entrada de derecho propio en los Tribunales de Justicia, en el Ayuntamiento, en las Estaciones de Policías? Pues ¿no es uno de los reyes de la ciudad de Nueva York, con su vasallaje de desorejados y gritones, este pez-sol humeante y reluciente, con la camisa toda empedrada como morcilla ornada de diamantes? Pues el Alcaide de las Tumbas es, y lo ha recomendado, a pesar de sus garitos abiertos y sus cervecerías, el Fiscal de la ciudad. ¡En Roma y Grecia no llegó a esta miseria la democracia, porque allí el arte, el teatro y la oratoria tenían constantemente levantado el espíritu público!

No hay que decir que el *Gordito* es generoso, y padre de su barrio, y libra de contribuciones a un frutero italiano, y de cárcel a un chino; dar es sembrar, y no hay jugador que no sea pródigo, ni popularidad en la plebe que se mantenga sin frecuentes dádivas.

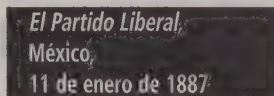
Son de ver los festejos con que admira a sus barrianos el *Gordito*; porque dos veces al año les pone barco para que paseen en verano por el río, y les da

gran banquete con carneros y toros de una pieza en medio de la plaza, y a cada hombre por silla un barril lleno. ¡El día de la elección, no falta un voto! La cerveza no se paga: el tentempié es homérico; el Gordito<sup>a</sup> mismo, como mucho Senador en el día de votos, sirve de beber en mangas de camisa; al caer la noche, la calle es río de espuma, uno que otro puñal duerme en un muerto, el suelo de las cervcerías está alfombrado de votantes, de las cuevas de los chinos sale con brío

de fiesta el hedor de opio. Y el Gordito es electo Regidor. ¿Y quién sabe? Si en el hombre hubiese capa de cultura ¿por qué no, como otros, diputado, intendente, juez, senador? ¡Y todos los Wish juntos, cuando se juntan los barrios en las elecciones nacionales, eligen o pesan en la manera de elegir, a los primeros magistrados de la nación! Debía negarse el voto a los hombres que no tuvieran reconocidamente una ocupación honrada. Y debe, sobre todo, cuidarse de reducir la

brutalidad y cultivar el espíritu en las Repúblicas.

José Martí



[Mf. en CEM]

---

a. Errata en EPL, coma.

142

# Correspondencia particular de *El Partido Liberal*

Sumario.-«México en los Estados Unidos». Prórroga para la ratificación del tratado. El Senado autoriza al ejecutivo para tratar con Nicaragua sobre la construcción del canal.-Tres libros sobre México.-*Los aztecas* de Lucien Biart.-*The Mexico of today, a study of Mexico*, de Wells.-El libro de Wells.-Necesidad de constante vigilancia.-Importancia del libro en la opinión.-Todo el libro es hostil.-Lo que dice de México.-Los capitales norteamericanos en México.-La República Argentina.-El Historiador George Bancroft.-Su aspecto actual.-Su ancianidad.-Sus costumbres.-Su método de trabajo.-Sus amigos en Europa.-Gorthe, Byron, Scheiermayer.-Macaulay.-Espíritu de su obra.

Nueva York,  
8 de enero de 1887

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

MÉXICO HA ESTADO estos días muy presente en los diarios norteamericanos. El Senado ratificará hoy el protocolo levantado entre los gobiernos de México y los Estados Unidos para prorrogar hasta mayo de 1888 el período

de ratificación del tratado de reciprocidad, de que los librecambistas son muy enemigos, porque temen que las obligaciones especiales que con él se contrajeran, disminuirían las probabilidades de una rebaja general y equitativa en los derechos de importación. Se ha hablado de México, sin haber por qué, a propósito del informe favorable que es seguro va a dar al Senado sobre el canal de Nicaragua, autorizando al gobierno de los Estados Unidos

a entrar en negociaciones con el nicaragüense sobre los que este haya de conceder para la construcción del canal. Se han recordado en Washington los malhadados tiempos de la guerra, con motivo de recordar los hechos notables del historiador George Bancroft, que llamó la atención en la Casa Blanca el día de Año Nuevo, por la ligereza con que ponía a los pies de las damas sus laboriosos ochenta años. La nobleza de la casta mexicana ha sido sacada de relieve en *Teresa Itasca*, novela de una señora Mc. Alpine, que pinta una mujer llana de nuestras tierras, de mente inculta y poco nutrida, pero de tan natural y poética virtud que sin ser más que una criatura humilde y común, parece al acabarse el libro, un alma superior. Y tres libros se han publicado sobre México. Uno es traducido del francés, con láminas muy ricas, y estimable por su ciencia y juicio: *Los aztecas* de Lucien Biart. Otro, principalmente descriptivo, y sin mucho nuevo, es el *México de hoy*, *The Mexico of*

today. Otro, que yerra voluntariamente, y revela ignorancia y prevención, es *Un estudio de México, A Study of Mexico* de David A. Wells.

No hay que esconder que las razas corpulentas y vigorosas miran con cólera, como a un estorbo, a las razas de cuerpo menor y vida difícil que la historia les pone en el camino. Hay que estar perennemente dentro de la raza corpulenta, e irle convenciendo. Acá, entre otras razones principales, se suele desdeñar a México porque se le envidia, o porque no se le conoce. En los Estados Unidos se crean a la vez, combatiéndose y equilibrándose, un elemento respetuoso y rampante, de que hay que temerlo todo, y por el Norte y por el Sur quiere extender el ala del águila,—y un elemento de humanidad y justicia, que necesariamente viene del ejercicio de la razón, y sujeta a aquel en sus apetitos y demasías. Dada la dificultad de oponer fuerzas iguales en caso de conflicto a este país pujante y numeroso, es útil irle enfrenando con sus propios elementos y procurar con el sutil ejercicio de una habilidad activa, que aquella parte de justicia y virtud que se cría en el país tenga tal conocimiento y concepto del pueblo mexicano, que con la autoridad y certidumbre de ellos contraste los planes malignos de aquella otra parte brutal de la población, que constantemente se elabora por la seguridad de la fuerza y el espectáculo del

éxito: a un informe falso, un informe verídico: a un artículo avieso, un artículo en que se exhibiesen las razones de él, o se denunciaran sus errores. A diarios hostiles, un diario defensor. A libros enemigos libros justos. Todo en la lengua hostil, con prudencia a la par que viveza. En suma, un estandarte permanente, clavado en el campo que pudiera convertirse en enemigo. ¿No es lástima que la labor menuda de los diarios socave la obra de paz de los gobiernos? En países de opinión, es de arena todo edificio que no se levanta sobre la opinión.

El libro de Wells es la colección de artículos publicados por el autor estos últimos meses, en una notable revista de ciencia amena: *The Popular Science Monthly*. Y precisamente se debe la publicación en forma de libro de estos artículos, al éxito que obtuvieron cuando iban apareciendo en la revista popular; tanto que, aunque el libro mismo de Biart responde al de Wells en los errores de su parte histórica, y México entero le contradice en lo que afirma sobre lo actual, puede decirse que el libro de Wells ha sido saludado como la expresión oportuna del juicio común sobre México, y comienza a ser visto como autoridad muy atendida en cosas mexicanas:—acaso porque la ignorancia y prevención públicas, incapaces de entender nuestros méritos en la historia misma de nuestras luchas y debilidades, estaba invo-

luntariamente dispuesta a recibir con aplauso un libro semejante. Tal disposición pública arguye a favor de la necesidad urgente de tratar de cambiarla.

A los tiempos el decir, y a los prudentes el penetrar, si será o no saludable tratar de llevar a México mucho capital del Norte, o si valdrá más, en vista de lo azaroso e impaciente del capital norteamericano, crear, como ha hecho patrióticamente la Argentina, el crédito doméstico, y sobre un Erario de papel moneda, aceptado por acuerdo común en la nación decidida a crecer, levantar un pueblo sólido y grandioso, sin más base cierta en un principio, que el consentimiento unánime de tomar como moneda real la moneda de papel.—Tal riqueza se desarrolló por esta disposición patriótica, ayudada del trabajo adentro y la natural confianza afuera, que hoy el papel es oro, y la República Argentina crece con mayor rapidez relativa que los Estados Unidos. Y quien ayudó a la Argentina, tiene interés en ayudar a toda la América: Inglaterra. Los tiempos y los prudentes, analizarán los caracteres peculiares del capital norteamericano,—su inquietud, su hábito de crecimiento inmoderado y súbito, su costumbre de servirse de las leyes y de los legisladores, el peligro que pudiera haber en ir acercando empresas lentas por naturaleza a capitales pocos enseñados y dispuestos a la lentitud.



Pero lo que en eso haya de cierto del lado mexicano, y la razón que aquí puedan tener los capitalistas para negar sus cajas a las empresas de México, no bastan a explicar la publicación de un libro en que México aparece desprovisto, no sólo de su visible capacidad de adelantar, sino de su riqueza natural y su hermosura histórica! Y poco fuera que el escritor negase a México la solidez necesaria para inspirar confianza a los capitalistas de los Estados Unidos, si eso no lo dedujese, icon una historia hecha de naipes! De insinuaciones o afirmaciones respecto a las raíces del carácter del país que fortificarán, en vez de desvanecer, el concepto injusto, el temible concepto de pueblo incapaz y débil, en que mucha gente norteamericana tiene a México. No explica nuestros males, ni quiere entender que debemos padecer de ellos por razones históricas, y aún padecemos menos de lo que debiéramos. No se para a considerar con cuánta dificultad ha de ir creciendo en un territorio desigual y vastísimo una minoría educada a lo universitario y europeo, que adelanta, armada sólo de libros y alteza de espíritu, contra una raza negada a vivir, estancada, petrificada. No mira la lucha religiosa, que la dominación de España le dejó a México clavada en el costado.

No atiende a que, medidos con los obstáculos que ha tenido que domar el adelanto de

México, contra los extraños y ¡ay! Contra los propios, corre parejas con el de cualquiera otro pueblo rápido de nuestros tiempos. ¡Sólo quiere saber que el camino a Acapulco es un «camino de pájaros», que vale menos a sus ojos, después de haber pasado por él los héroes de la independencia, que cuando lo hollaban las mulas cargadas con los tesoros que el indio infeliz mandaba a la corona de España.

Dice cosas que parecen ciertas; pero dejando en silencio ominoso las causas que las justifican o atenúan. Donde ve un hecho desfavorable que nada dice en desfavor si se le analiza, cuenta el hecho desnudo:—«En cuanto a facilidades de comunicación, muchas partes de la República están más atrasadas que ningún país de la Europa Oriental o Central en el siglo quince.» «Hay cientos de millas cuadradas en la parte meridional de México, en Michoacán y Guerrero sobre todo, que sólo se ven en el mapa por la nota de «Terreno desconocido»:—pues ¿qué tiempo ha habido aún, con tanta lucha interna irremediable, con el conflicto entre las prácticas rancias de la colonia y las aspiraciones sublimes de los constituyentes, para revivir la raza nativa, que sería lo más cuerdo y posible, ni para asegurar la paz y grado de riqueza necesarios al desarrollo de la inmigración, que es la que ha de abrir las comarcas nuevas en los países poco poblados, como

las abrió y está hoy abriendo en los Estados Unidos?»—Apenas hay línea en el libro que no excite a semejantes comentarios. «La falta casi total de caminos, la completa inseguridad de la hacienda y de la vida, la interposición de vastas comarcas estériles y áridas, y la inhospitalidad y casi salvajismo de no pequeña parte de los habitantes», tales son las causas que señala Wells a lo infrecuente de las exploraciones inhospitalario México!

Pero, ¿qué mucho? No dice el libro de Wells que «México es uno de los más pobres y miserables países del globo, susceptible de mejorar su actual condición, pero»—nótese bien, y nótese la autoridad que se concede al libro—«pero incapaz de llegar a ser una nación rica, poderosa y enteramente culta?» Que no tiene ríos, que no tiene pozos, que sólo Arabia es más árida que México, que los instrumentos y artefactos de los aztecas, aquellos que fueron codicia de los conquistadores y pasmo de los joyeros y lapidarios de Madrid, aquellos que Prescott mismo describe con enamorada pluma, no son mejores, sino en algunos sentidos más bajos, que las cabezas de arcos y lanzas que elaboran hoy con arte infantil los indios de las orillas del Columbia y el Culebra! ¿Y aquellas curiosísimas fundiciones, aquellos platos, pescados y figuras de metales diversos, aquellos peces de oro con lengua movable de

plata, aquellos juguetes ingeniosos que no pudieron imitar los plateros de España, y se vendían en el hermoso mercado que pinta Cortés a Carlos V, con sus calles limpiísimas, sus jueces como en Grecia, sus gremios inspectores; y aquel lindo bullicio de «las sesenta mil ánimas!» — Así pretende probar el libro aviesamente que de Río Grande abajo, ni la tierra da flores, ni los hombres caracteres. Bien se alcanza que un pueblo desdeñoso, inquieto y acometedor, lo leerá esa clase de libros en vano!

\* \* \*

Más duraderos son, aunque no tan artísticos ni levantados como los de Motley, los libros famosos de ese anciano a quien todo el mundo se detenía a saludar en la Casa Blanca el día del Año Nuevo, de George Bancroft, el autor de la *Historia de los Estados Unidos*, que ahora poda y revisa, y de la *Historia de la Constitución*, que acaso enseña más, y tiene puesto de derecho en toda biblioteca de hombre público.

Parecía Bancroft el día de Año Nuevo la viva encarnación del Tiempo. Es hombre de singular energía y salud. Va para el siglo, y todos los días pasea a caballo. A las cinco se levanta, y comienza a disponer el trabajo cotidiano. Como vive feliz en un pueblo hecho, tiene la capacidad de distribuir con método sus horas, cosa excelente para

los cráneos bien criados. Odia la prisa, y tiene la vida en compartimientos, como sus datos. A las ocho de la mañana ya ha almorzado, y dicta, compagina o releo con su secretario hasta las dos de la tarde, en que con lluvia, nieve o sol monta a caballo, y vuelve luego a la alegría de la casa o a los goces sociales, a que es muy dado hasta las diez de la noche, en que les pone inflexiblemente punto.

Este orden se le ve en el rostro sano. La frente no muy espaciosa y redondeada en lo alto de las sienes, se le levanta por las cejas. Brillan bajo las cejas los dos ojos, astutos y vivaces como los de las codornices. La nariz dantesca le cae al labio raso. La barba nivea le cuelga sobre el pecho. No tiene el rostro expansivo y piadoso, como de quien ha vivido más para otros que para sí; pero por su ancianidad y gloria se le ama, por su obra formidable, por sus amigos célebres e históricos, porque es el siglo vivo.

Todo lo grande de estos tiempos le ha tratado de cerca. Él confirmó en Alemania la simpatía temible por la fuerza, que afea el carácter norteamericano. Allí estudió filosofía, lenguas y poetas. Dante, Milton y Bacon eran sus libros favoritos. Con el metódico y elocuente Heeren se apasionó de la Historia. Asistió como familiar a las tardes filosóficas de Scheiermayer, aquel floretista de la razón, enemigo de Hegel. Creyó en Kant y en su mundo a prio-

ri, en el que las corrientes históricas se desenvuelven como fuerzas fijas, a que obedece el hombre en vez de guiarlas.

Conoció a Goethe, estirado, formal, vano, robusto, un Narciso de mármol, que le dijo que Byron había tomado de su *Fausto* a Manfredo. Conoció a Byron, ofendido, generoso, ardiente, que le habló de Goethe con cariño y asombro, y le aseguró que no había leído el *Fausto*. Vio demudarse a Byron cuando al poner el pie en un buque, creyó verse enfrente de mujeres inglesas: ¡así pone las urracas a los ruseñores! Viajó por las tierras madres.

En Inglaterra tuvo a Macaulay por amigo.

Semejante hombre creyó deber ser administrador de Aduanas, singularidad perdonable, porque merced a ella pudo aliviar con un empleo pingüe la pobreza de Hawthorne,<sup>356</sup> aquel que bajó al espíritu, y escribió luego *La letra encarnada*.<sup>a</sup> Y los que se burlan, — como hay grandísimos bellacos que se burlan, — de las capacidades prácticas de los caballeros de letras, deben saber que Bancroft fue un admirable administrador, y Hawthorne un puntilloso empleado.

Lo que a los hombres de letras suele suceder es que su amor y hábito mental de lo relativamente perfecto, les produce el dolor de no hallarlo en

a. Habitualmente traducida como *La letra escarlata*.

todo, y una noble pereza de trabajar en las cosas fútiles que no llevan en sí grandeza y trascendencia.

No así George Bancroft, que es de esas mentes claras y tranquilas, en que el placer justo de sí y la soberbia de la raza quitan espacio al deseo, que engendra penas.

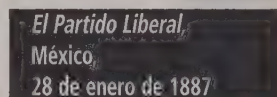
¿A qué repetir lo que el anciano ha hecho? Ha contado su pueblo. Su lenguaje es ameno, caliente y un tanto pomposo. Estudia la historia por días, y en sus cuadernos borradores, cada día tiene aparte un buen número de páginas. Interesa lo que cuenta; pero le

falta ese calor de humanidad que liga al lector con el autor del libro, y hace a los caracteres perdurables. Mas ¿quién no envidia esa obra imponente, y esa salud asegurada en la vejez por la paz del alma y del gozo del trabajo?

¡Ah! ¿por qué ese anciano fue aquel mismo ministro de Marina que ayudó con pretexto inicuo a despojar de California a México? La libertad propia se ha hecho sangre en estos hijos de casta puritana; pero, ingleses al fin, sólo para violarla les parece bien la libertad ajena. En la nariz excesivamente aguileña, se le ve la rapacidad de la

casta. En un mero soldado la rapiña puede ser natural, pero todo atentado contra el derecho, en tierra propia o ajena, es crimen en un hombre de pensamiento.

José Martí



[OCNY, pp. 100-105]

143

# Estados Unidos

El mensaje del Presidente.-Antecedentes y situación actual de la política.-Aparición de un partido nuevo.-Continúa la lucha abierta entre el Presidente y su partido.-Los demócratas pierden campo.-Los georgistas.-Reunión del Congreso.-Extracto del mensaje de Cleveland.-Más correos al Plata.-Paz con México.-Reducción de impuestos.-Habilidad política del mensaje.-El porvenir

Nueva York,  
diciembre 8 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

CON LOS PRIMEROS días de diciembre viene siempre en los Estados Unidos el renuevo de la actividad política.

Se reúne el Congreso. El Presidente define su posición en el mensaje. Los Secretarios detallan en sus memorias el estado de sus departamentos. La prensa de cada partido, o de cada fracción de ellos, formula su programa.

Se esperan con afección los primeros actos de los diputados y senadores reunidos en Washington, para deducir de ellos el rumbo que tomarán las cosas públicas.

No es aquí uso, como en los parlamentos monárquicos, exhi-

bir la situación de cada grupo político en los discursos de respuesta al mensaje de la Corona.

Los representantes, cohibidos por sus compromisos y diferencias, rehuyen las fórmulas precisas y definitivas. Los periódicos, que en su libro de cuentas aprenden de cerca por dónde va la opinión, se encargan, aun contra sus simpatías y predilecciones, de revelar lo que está en la mente pública.

Hoy, sobre todo, no podría ninguno de los dos partidos rivales definir su política en un programa fijo; porque la verdad es que cada uno de ellos está fraccionado en bandos enemigos, juntos sólo por la necesidad de apoyarse mutuamente para mantener o asaltar el poder.

El Partido Republicano, desacreditado con justicia por su abuso del gobierno, su intole-

rancia arrogante, su sistema de contribuciones excesivas, su mal reparto del sobrante del tesoro y de las tierras públicas, su falsificación sistemática del voto, su complicidad con las empresas poderosas, su desdén de los intereses de la mayoría, hubiera quedado sin duda por mucho tiempo fuera de capacidad para restablecerse en el poder, si el Partido Demócrata que le sucede no hubiera demostrado su confusión en los asuntos de resolución urgente, su imprevisión e indiferencia en las cuestiones esenciales que inquietan a la nación, y su afán predominante de apoderarse, a semejanza de los republicanos, de los empleos públicos.

El Partido Demócrata fue traído al gobierno, si no para realizar un programa preciso que sus divisiones internas le impedirían ofrecer, para gobernar por lo menos con espíritu distinto del corruptor, absorbente y temible de los republicanos, para dejar de hacer aquello por que los republicanos se habían atraído la censura unánime de sus mismos amigos y fundadores, para reformar la tarifa de modo que fuese quedando en bases provechosas la producción, sin ocasionar un sacudimiento in-



mediato en las industrias, ni dejar sin empleo a los trabajadores,—para reducir el sobrante innecesario de cien millones de pesos en el Tesoro, a fin de abaratar en esa suma la vida nacional con la rebaja consiguiendo de los derechos de importación, facilitar el abaratamiento de los productos de la industria con la entrada libre de las materias primas y la reducción en los salarios, y sacar del alcance de los especuladores y rateros el exceso de las cajas, solicitado con pretextos fútiles para empresas extravagantes o inmorales.

El Partido Demócrata fue traído al gobierno para discutir honradamente la conveniencia de continuar acuñando la moneda de plata, que no tiene salida; para impedir la cesión inmotivada de los terrenos nacionales a las compañías pudientes que se adueñan con sus dádivas o su protección del voto de los representantes; para que el gobierno en suma dejase de ser, como venía siendo, propiedad exclusiva y verdaderamente escandalosa de las camarillas ricas que con la ayuda de los Secretarios y representantes a quienes corrompen, intimidan o favorecen, se apoderaban a gran prisa de la riqueza nacional, de los encargados de distribuirla y de los métodos y avenidas dispuestas en la constitución política para asegurar al pueblo el conocimiento y manejo de sus intereses y dominios.

Y resulta que después de dos años de goce del poder, con el

ejecutivo en sus manos y con la mayoría en la Casa de Representantes, el Partido Demócrata no ha reformado la tarifa, no ha discutido con honradez la cuestión de la plata, no ha rebajado el sobrante de cien millones en las cajas públicas, no ha dado muestras de desear la moralidad ofendida por los republicanos en la distribución y ejercicio de los empleos, no ha legislado realmente con espíritu distinto del de los republicanos.

Acá lo han dicho en una frase gráfica: «pueden echar a perder un cuerno, pero no saben hacer una cuchara».

Destruir sí pueden; pero no construir. En vez de rebajar el sobrante, han tratado los demócratas de distribuírselo. Han caído en los abusos mismos que vilipendiaban en sus rivales.

Y sólo han mostrado actividad y cohesión para oponerse a la política de su propio Presidente, combatir toda proposición suya que conduzca a los fines para que fueran electos, y forzarlo, en paga de la benevolencia de su partido, a que reparta en él como derechos de la victoria, los empleos públicos.

En vano el Presidente, nombrado para purificar el sistema de empleos como modo principal de tener libre de fraudes el sufragio, y el gobierno de abusos, trata de conciliar con concesiones prudentes la ley que impone el concurso y ascenso en la provisión de los empleos, con el sistema de cambiar por entero de empleados, desde

barrenderos hasta ministros, a cada nueva elección,—lo cual engendra el vicio de servir a los partidos por el provecho que se espera de ellos, y la creación de una casta traficante en los puestos de la nación, cosas ambas venenosas para las repúblicas.

En vano Cleveland, atento a la voz del país, a sus ofertas y a su legítima ambición personal, no cede más que en aquello en que puede aflojar su acción sin deshonor, e insiste en solicitar de su partido el cumplimiento de las promesas por que fue elevado al poder: la reforma de la tarifa; la supresión del sobrante; la cesación del amonedamiento de la plata; el estudio de la reforma necesaria en la distribución de la tierra y de todos los problemas vivos del país; el miedo de las industrias, que no pueden producir barato; el desasosiego de los trabajadores, a quienes no alcanza la prosperidad; el exceso ofensivo de las acumulaciones de riquezas en las compañías favorecidas por las leyes y dádivas del Congreso; la construcción de una armada vigorosa y obras de defensa sobre las costas: la mejora de la condición de las tribus indias, y el repartimiento efectivo por cabezas libres de la tierra que hoy poseen nominalmente y en común.

En vano han sido derrotados los demócratas, como alarmante anuncio de lo ofendida de la opinión, en muchos distritos electorales descontentos de su incompetencia, para concertar desde el gobierno las mejo-

ras que parecían serles tan caras cuando disputaban el puesto a los republicanos.

En vano, del puro exceso y verdad de la alarma pública, en las cuestiones del trabajo y del abuso de la tierra, se forma a toda prisa, con armonía, elocuencia y determinación formidables, un partido dispuesto a resolverlas sin violencia, pero sin demora.

En vano todo, por lo que hasta hoy parece. Los republicanos, menos visibles ahora que están fuera del poder, tratan de ir zanjando sus diferencias, puesto que no las encuentran los apetitos rivales que las nutren cuando el partido disfruta del gobierno.

Los demócratas,—decididos, según se deja ver, a no tratar de paz con el Presidente hasta que éste no les ceda en el punto principal de los empleos, no dan señal de avenirse en las cuestiones en que el país aguarda su acción con impaciencia: —la tarifa, el sobrante y la plata: porque en lo de los empleos, lo cierto es que hay aquí tal descuido de lo que no atañe directamente a la bolsa, que no puede decirse que el país muestre verdadero empeño por la reforma que con celo relativo aunque meritorio, sostiene Cleveland:—siempre los pensadores fueron menos.

Unos a otros se echan en cara los demócratas la causa de las pérdidas recientes en las elecciones del otoño; y mientras los amigos de Cleveland afirman, con razón aparente, que el motivo de la derrota fue

la demora del partido en promulgar las reformas para cuya realización vino al gobierno, responden los adversarios del Presidente que los demócratas han sufrido ese fracaso por la lentitud de Cleveland en repartir entre sus sectarios los empleos públicos, como si la confesión de ese interés no fuera bastante para demostrar la urgencia de remediar tal envilecimiento de la cosa política!

«La derrota ha sido porque no se ha reformado la tarifa», dicen los librecambistas. «La derrota, dicen los proteccionistas, ha sido en condenación del empeño de reformar la tarifa».

Pero ésas en verdad, fueron causas menores, aunque verdaderas. Las mayores son otras.

Disgustan al país el desconcierto, el egoísmo, la indecisión, la rivalidad excesiva, la estrechez de miras, la falta de alma pública revelados por los demócratas en los dos años que llevan de gobierno.

Desencanta a la opinión la semejanza mal disimulada de espíritu y hábitos entre los políticos de oficio, bien sean republicanos o demócratas.

Y más que todo, obra activamente, en proporciones amenazantes para los dos partidos desacreditados, ese espíritu de reforma, sano y súbito como viento de tormenta, que en la historia de los Estados Unidos ocurre periódicamente en cada época crítica, como primavera de libertad, producto de ella, y válvula de la República.

Nótase también que este espíritu saludable viene siempre de la gente de libros—del clero protestante,— y de la llaneza, de la multitud que vive en la verdad, amasada y curtida por el trabajo.

El lucro cría gusanos. Prospera entre los pobres la sinceridad que los avienta.

Está, pues, la política de los Estados Unidos distribuida entre dos partidos gastados, descompuestos en bandos sostenidos por celos personales y diferencia de ideas, y un partido naciente demasiado nuevo y radical para que su advenimiento al poder pueda ser contado como factor inmediato, aunque ya sientan los partidos viejos en las espaldas el látigo del que les viene dando caza.

Los republicanos no parecen capaces de reunir bajo un programa y jefatura comunes a los amigos de Blaine, que retiene por su magia personal el influjo que a otro menos hábil y elocuente hubiera hecho perder la versatilidad, más, la inmoralidad de su política,—y a los amigos de Edmunds, sectario acérrimo, pero muy prendido al viejo espíritu de libertad pública, honesta e imparcial, que el cinismo brillante de Blaine desdenna y amenaza.

Y si algo crece y se acerca al predominio en el Partido Republicano, no es Edmunds, que tendió la mano en los funerales de Arthur a Blaine, a quien había ofendido, sino Blaine, que no quiso aceptarla.

Los demócratas por su parte, sin atender a la visible aprobación con que se acoge la conducta entera y sensata de Cleveland, muéstranse cada día más airados por no haber podido reducirlo a su voluntad, azuzan la oposición al método de empleos y medidas de hacienda con que se encariña, responden a su abrupta honestidad con el hastío y la ofensa, continúan entre sí tan divididos como pudieran enemigos mortales, y sólo ven en la popularidad de Cleveland un motivo para acusarlo de que sacrifica el provecho de su partido a su fama propia.

Los georgistas, que así pueden llamarse por ser su caudillo Henry George, lo más brillante y visible de toda su reforma, —extienden— ayudados de las sectas liberales del protestantismo y del clero llano católico —las ideas de legítima democracia, reforma de las condiciones actuales del trabajo, transformación de la tierra en propiedad pública, y conversión de todos los pechos en un tributo único sobre la tierra ocupada; cuyas doctrinas no hallan acogida en las corporaciones poderosas que hoy disponen de casi toda la riqueza productiva, ni en aquella porción del clero protestante y católico que vive cerca de los ricos, y de ellos, y parece dispuesto a hacerles del cielo un parapeto de defensa.

Este partido nuevo se extiende, como quien echa cimientos, por los municipios de

las grandes ciudades; envía representantes a las legislaturas de los Estados y al Congreso; predica activamente por todo el país; se organiza para la acción máxima sobre bases precisas, ya con el nombre de Democracia Progresista, ya con el más frecuente de Partido del Trabajo Unido (United Labor Party); practica las costumbres de paz y respeto de la democracia, y cuenta ya con el auxilio potente de los gremios de trabajadores, a tal punto que todo el país le pone atento oído y no se menciona menos a Henry George, como candidato respetable a una de las futuras presidencias que en las campañas primeras de los amigos «del suelo libre» desdeñados al principio, se mencionó para el mismo empleo a los prohombres que luego salvaron a la Unión a la cabeza del Partido Republicano.

Trátase ahora, indudablemente, de ver cómo, atendiendo a tiempo a las reclamaciones justas, se salva al país de la guerra social.

En esas condiciones de batalla se ha reunido el Congreso.

El Presidente le ha enviado su mensaje, que tiene aún la tinta fresca, una tinta firme y saliente, que no deja duda sobre lo que dice.

El mensaje es explícito, moderado y sincero. No hay en él generalidades ni pompa. Este Presidente entiende su puesto, como lo es, como un oficio de adminis-

tración, que debe dar cuenta a los dueños de lo que administra.

En pueblos nuevos, heterogéneos, y por una u otra manera primitivos, a pesar de su apariencia de civilización o de su civilización parcial, presidente puede significar lo mismo que caudillo, e indicar que el que lo es posee en grado culminante la condición característica de su pueblo o la de equilibrar y manejar sus varios elementos.

En países donde la mayoría de los hombres conoce su interés y es capaz de su derecho, el gobierno no proviene de la necesidad de que lo ejerza una criatura superior por sabiduría, ambición o astucia, sino de la imposibilidad material de que todos los humanos gobiernen a una vez, por lo cual se ponen de acuerdo sobre el modo mejor de dirigir sus asuntos y escogen de entre sus filas los que les parecen más capaces de entenderlo y ejecutarlo, o les proponen ideas que creen aceptables y útiles.

Es un ladrón el que recibe en depósito una suma, para administrarla en beneficio de su dueño, y la administra contra los deseos de él, o en beneficio propio.

El voto es un depósito más delicado que otro alguno, pues van con él vida, honor y porvenir, a más del interés, de los depositantes; y el que usa malamente y contra los votantes el puesto que les debe y en que administra cosa ajena, es un ladrón.



El mensaje es sencillo y detallado como una cuenta de fin de año, sin que le falte entereza donde es menester, para asegurar a los administrados de que su caudal está bien defendido, ni aquellas artes naturales del administrador contento de su empleo, que hace cuanto puede para que le conserven en él.

Esta afición inevitable que despierta el mando, aun en donde es más escaso de poder y brillo, se junta en Cleveland al virtuoso deseo de ver vencidos, con su reelección a la presidencia, a los que maliciosos y voluntariamente han desconocido su persona y desfigurado su honradez.

Formula el mensaje de nuevo la política de cordura, previsión y transformación lenta que va vinculada en Cleveland.

En las cuestiones sociales ve que el cielo se cierra y se amontonan las nubes, oye el trueno, y quiere parar el rayo.

En las cosas de la hacienda, que están en la raíz de la inquietud social, quiere que las industrias se desahoguen de los tributos excesivos que les impiden producir a bajo precio y acomodar a los trabajadores impacientes cuando no desesperados.

En política, sabe que el país cuida poco de dogmas, teme la creación de una camarilla cínica de gobernantes y empleados que se repartan sus haberes, y sólo mantendrán en el poder al partido demócrata si éste se muestra capaz de administrarlo desinteresadamente.

Abre el mensaje con una exposición del estado de las relaciones internacionales.

En ella prevé la necesidad de restringir la inmigración china a la vez que de proteger a los chinos que están en el país; alude con cariño a la estatua de la Libertad, que confirma el afecto de Francia; intima que pudiera traer consecuencias desagradables la disputa de las pesquerías canadienses, defendidas en más de su derecho por el gobierno inglés; encomia la importancia de renovar el tratado con las islas de Sandwich, por no perder en provecho de otra nación este puesto en el Pacífico, que ha venido a ser una factoría americana; no cree mal que, sin color de protección, se dé a la pequeña república de Liberia un buque que no haga mucha falta en los Estados Unidos; aboga por el mayor cuidado en la elección y sostenimiento del cuerpo de cónsules, que debe ser inteligente y numeroso; favorece la extensión de los correos, y la mejora de los que hoy se cruzan con el Río de la Plata, aunque no ha de ser en forma de concesión, ni subvención; reconoce el interés excepcional de los Estados Unidos en Cuba, y cree posible un arreglo amistoso con España, que asegure a los norteamericanos las ventajitas que juzga naturales; y resumiendo con discreta y necesaria modestia la última censurable controversia de los Estados Unidos con México, busca sin

mucha fortuna modo de salir airoso del mal paso, afirmando con énfasis que, a la vez que es muy de desear que se lleve a afecto el tratado de reciprocidad convenido en 1883, «puesto que la naturaleza nos ha hecho vecinos irrevocables, y la cordura y la benevolencia deben hacernos amigos», los Estados Unidos deben protestar y han protestado, contra la ley mexicana que autoriza a los tribunales de aquel país a aplicar en él su código penal a los súbditos extranjeros que, fuera de él y en la tierra de su ciudadanía, hubiesen cometido contra súbditos mexicanos delitos castigados por la ley de México.

Y en esa sección internacional comprende recomendaciones varias, tales como las de que se revisen y fijen, para evitar contiendas con tierras amigas, las leyes de naturalización y extradición,—se levante el alto derecho existente sobre las obras de arte extranjeras,—y se celebren, en simpatía con los acuerdos de la convención de Berna, tratados de propiedad literaria.

Páginas sabias de la ciencia de la economía parecen casi todas las secciones en que trata el mensaje, en un estilo macizo e inexpugnable, del sobrante del tesoro, que debe reducirse a los gastos necesarios del gobierno, «porque una concesión oportuna suele evitar la acción violenta y desatentada que nace a veces de la demora en la aplicación de la justicia»;—de los intereses del trabajador que entre



otras cosas requieren la rebaja de la tarifa, «de modo que quede abaratada la existencia sin reducir las oportunidades de trabajo, ni el digno puesto que tiene éste en nuestra estimación»;—de la necesidad de suspender el amonedamiento de la plata, «porque ya no hay bóveda donde guardar la inmensa suma de plata acuñada, que vale menos de lo que representa, y no tiene salida en la circulación»;—de la justicia de administrar con más bondad y eficacia las tribus indias, ya mansas, educables y trabajadoras, «porque el gobierno no puede libertarse de su responsabilidad hasta que no civilice y disponga a los indios para que con la paz de sus derechos puedan cuidar de sí propios»;—del deber de poner coto a la acumulación de la tierra en manos codiciosas que la adquieren sin derecho, y no la hacen producir, ni residen en ella, «porque no es bueno despertar el celo justo de los necesitados con ese amontonamiento de riqueza inútil u opresora en compañías avaras, y en muchos casos de gente forastera»;—de la pensión que debe pagarse a todo veterano inválido, «porque el pedir eso no es privilegio de este o aquel amigo del soldado, sino sentir de la nación, que sabe que ha de atender en la vejez o en la pobreza a los que la defendieron con sus vidas»;—de la urgencia de tratar las diferencias entre el trabajo y el capital, «con sentimiento verdadera-

mente americano, que no permite ver siervos en los demás hombres, sino iguales, y exige que todos en la república cooperen a su ventura y sosiego, y el capital estime y remunere al trabajo, como a hermano glorioso en cuyo contento tiene su mayor seguridad».

Así son todas las frases del mensaje, espaciosas y sesudas.

Son frases cómodas, amplias, bien distribuidas, donde se mueve con majestad el pensamiento.

El fieltro del estadista vela la maza del político.

No faltan en el documento soberbios desdenes, sendas tundas, marchas triunfales sobre las cabezas de los adversarios malignos.

Cada asunto está además tratado de manera que sin acusar ni defender a los demócratas hostiles, les pone de manifiesto su injusticia, a la vez que, «quita el aire de las velas», como acá se dice con frase expresiva, a los georgistas y republicanos, y a éstos se sustituye en las reformas que vocean como propias, y a aquéllos les sale al paso, reconociendo todo lo que hay en sus demandas de atendible.

Porque en política se ha de ser a la vez como Cleveland es en este mensaje: elefante y mosca.

Ya el mensaje está leído.

La prensa no le encuentra talón.

El país lo aplaude sin reserva. Los mismos que notaban en Cleveland cierta brusquedad y

pesadez, comprenden que la pesadez puede haber sido prudencia y la brusquedad indignación.

El río está a la vista y los demócratas tienen que echar la suerte.

Vinieron al poder para gobernar con el espíritu del mensaje, si no con las leyes precisas que en él se recomiendan.

Están en la mitad de su administración. Los republicanos experimentados, acechan. Los georgistas, entusiastas, adelantan.

Si los demócratas apartados hoy en dos bandos hostiles en la cuestión de la tarifa, y en otros dos, en la cuestión de empleos, no ajustan con energía sus diferencias, rebajan los impuestos, desisten de sobreponer su apetito de empleos a la necesidad de moralizar la política, y muestran tamaño nacional en las cuestiones graves—o los partidos se descomponen, al tiempo de las elecciones para la próxima presidencia,—o a pesar de su historia lamentable, vuelven al poder los republicanos por los yerros de sus enemigos.

Los partidos no se conservan en el gobierno si no tienen las manos limpias de interés, y la raíz en la verdad.

José Martí

**La Nación,**  
Buenos Aires,  
26 de enero de 1887

[OC, t. II, pp. 117-128]

144

## Carta sobre arte

El Cristo de Munkacsy.-Exhibición en Nueva York del famoso cuadro *Cristo ante Pilatos*.-La gente húngara.-La vida de Michael Munkacsy.-De pobrecillo Miska a rey de pintores.-Análisis de su arte.-Carácter moderno, nacional y profundo de toda su obra.-Influjo de su esposa.-La fuerza de la idea, en Milton y en Cristo.-Originalidad y encanto de su Cristo.-Descripción del cuadro.-Razones de su popularidad.-El Cristo vivo, racional y fiero.

Nueva York,  
diciembre 2 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

IREMOS HOY adonde va Nueva York, a ver el Cristo del pintor húngaro Munkacsy.<sup>357</sup> «*iEhjem, ehjem!*»—que quiere decir ¡viva!—gritan pintores, poetas, periodistas, clérigos, políticos, dondequiera aparece Munkacsy, que está ahora de visita en Nueva York, como para ayudar la fama y ganancia de su cuadro. Ayer le dieron un banquete los magnates de la ciudad, y en la pared decía en letras de flores, por sobre su cabeza de cabello hirsuto, «Istem-Hozott»: «Dios te trajo a nosotros». Recuerda la sun-

tuosidad de su viaje aquella manera de vivir de Rubens, que todo lo quería de tisú y de oro, y aun en la misma carne femenina gustaba de ver los resplandores y pompa de las joyas. En Washington lo celebran con festejos grandes, manteles de brocado, candelabros de oro, salas colgadas de damasco rojo, riquezas de reyes. Pero más honores que él, recibe en el humilde tabernáculo en que se enseña, su sublime Cristo, de cuya túnica de lienzo blanco, por maravilla secreta del pincel, emerge una luz magna que domina y compendia todas las del contorno, concentra en el reposo el vario movimiento del conjunto, e inviste de seductora majestad un cuerpo escueto por donde cae el lienzo en pliegues desairados.

¡Ah!, es preciso batallar para entender bien a los que han batallado: es preciso, para entender bien a Jesús, haber venido al mundo en pesebre oscuro, con el espíritu limpio y piadoso, y palpado en la vida la escasez del amor, el florecimiento de la codicia y la victoria del odio: es preciso haber aserrado la madera y amasado el pan entre el silencio y la ofensa de los hombres. Este Michael Munkacsy, casado ahora con una viuda rica que da a su casa de París el encanto de un palacio, era en los primeros años de su vida un pobrecillo «Miska» de la aldea de Munkacsy. Nació en una fortaleza en los tiempos en que los rusos devastaban a Hungría, y todo el bello país de selva y viñedos parecía una copa<sup>a</sup> de colores quebrado por el casco de un caballo.

No salía el sol para las almas. La gente moría de hambre. De hambre murió la madre de Munkacsy. Su padre murió preso. Los ladrones que nacen de la guerra, dieron muerte a lo que quedaba de la casa y sólo a

a. Errata en LN: «copo».

él lo dejaron vivo, junto al cadáver de su tía. El niño no sabía reír. Un tío pobre lo puso de aprendiz de carpintero. Trabajaba doce horas, por un peso a la semana. Unos niños de escuela, apenados de ver aquella cara ávida y triste, le enseñaron a leer y escribir las letras que acariciaba con los ojos.

Sin saber por qué, empezó a pintar en las arcas de la carpintería las escenas heroicas de húngaros y servios, los morriños peludos, las botas ajustadas, los sables corvos. Al fin su tío mejoró de fortuna y le envió a recobrar fuerzas a un lugarejo que pareció a «Miska» bóveda celeste, porque allí vio a un pintor de retratos manejar los colores y se le pusieron en pie, en la voluntad, todos los héroes de sus arcas, y con tanto fuego rogó al retratista, que logró ir con él para aprender a pintar, lo cual hizo tan bien que a los pocos meses vivía de dar lecciones de dibujo y retrató la familia de un sastre tan a gusto del don Tijeras que le pagó los retratos en un sobretodo.

Ya en aquel tiempo leía vorazmente, y los tipos heroicos y las épocas tomaban puesto como invasiones de luz, en su alma, que la muerte, la guerra y la orfandad habían vestido cual una cámara fúnebre de sombras. Pero la gente de esas tierras de Hungría, de ojo negro y tenaz, adora la naturaleza, la pasión desnuda, el hogar franco, el campo alegre y libre: en música son Liszt,<sup>358</sup> en poesía

Petőfi,<sup>359</sup> Kossuth<sup>360</sup> en oratoria; beben el vino fresco de los odres: aman de modo que que-man: cuando tocan sus músicas selváticas tienen de crin de corcel revuelta por la tempestad, y de voz de flor, y de reclamo de paloma: de allí son los gitanos de colores, con sus caravanas felices y pintorescas; sus amoríos que huelen a fruta primeriza, sus vagabundos de cabellos rizados que se enamoran de las reinas.

La vida allí florece y se desborda, se sale de cánones y reglas, y conserva aires regios aun en el vicio y la molicie: parecen príncipes todos aquellos vagabundos, que se disfrazan, por capricho, de mendigos. La idea ajena molestaba a Munkacsy como un freno: el amor de su raza a la naturaleza le nacía; prefería la vida al libro: crear le urgía; tenía aquel apetito de verdad, desconocido de los eruditos, que produce a los grandes hombres: los hombres son como los astros, que unos dan luz de sí y otros brillan con la que reciben. ¿Con qué había de pintar Munkacsy sino con las tristezas de su alma, con sus recuerdos tétricos, con aquellas tintas propias de quien no ha conocido la alegría? Se ve en el mundo lo que se tiene en sí; el hombre se sobrepone a la naturaleza; y altera con la disposición de la voluntad su armonía y su luz.

Así fue el pobre «Miska» ejercitando su impaciente mano; y como era de aquellos que en sí

tienen su ley y su color, con lo que le rebosaba de artista, buscó lo pintoresco en el asunto, mas del alma no bien asoleada sacó la tinta lóbrega, fortalecida por su misma superioridad, de la que sólo el amor y la gloria que traen luces, habían de apartarle luego. ¡Pero brillaba en aquel betún oscuro el ojo del gitano!

Y ese hombre audaz, directo, hijo de sí, ¿había de entretenerse en vestir momias, en mimar trajes, en agrupar academias? No. La vida está llena de encanto y de aspectos pictóricos: cuando sintió maduras sus fuerzas, aplaudidas ya en exposiciones y concursos, lo que le ocurrió pintar, con gran escándalo del plácido Knaus,<sup>361</sup> fue una nota viva, un cuadro famoso: *El último día de un condenado*. Ora el reo de bruces sobre una mesa en cuyo mantel blanco se levanta entre dos cirios el crucifijo: de pie contra la pared sombría gime la pobre esposa; la niña queda entre ellos: el soldado contiene a la puerta del calabozo a la muchedumbre que se asoma. Puso el pintor en aquella obra su piedad de pobre, su color de alma sola, su osadía de hombre nuevo.

Le dio el premio París; y su arte y su existencia misma han crecido con la hermosura y rapidez de las leyendas. Cada cuadro de Munkacsy es un asalto. Fuera tiene la fama, en su casa tiene el amor de esposa que da los bríos para ganarla. Ella mima sus creaciones, vuel-

ve a sus manos la paleta que abandona la impotencia o el despecho; se posa en su hombro, como un colibrí, para decirle al oído, de modo que él no note que la voz viene de afuera, que aquel brazo está alto, que aquel ojo está tibio, que aquel pie un poco brutal denuncia a «Miska». Ella disipa sus últimas tristezas. Ella suaviza sus grupos atrevidos, ella trae al taller el verde y el azul. La sombra no, no puede desvanecerla por completo: que cuando la sombra bautiza un alma, la sal queda clavada sobre la frente, como una rosa de diamantes: hay placer en la sombra. Y el blanco tampoco lo atrae, porque éste lo saca de sí el pintor con épico atrevimiento.

La fuerza de la idea fue cada día poniendo mayor asombro en este espíritu que ha tomado de sí principalmente, con poca ayuda de libros, los seres palpitanes de sus lienzos: y por esta admiración del poder mental vino a caer en el amor de Milton, demacrado y ciego, como el tipo mejor de la hermosura y pujanza de la idea, y luego subió al amor del Cristo, ante cuya luz triunfante agrupa, para que resalten más su mezquindad y abatimiento, los poderes más temibles y activos de la tierra: el egoísmo y la envidia. Ha acumulado de intento dificultades que parecían insuperables, ha querido hacer triunfar por su propio fulgor la mente humana: ha logrado investir de

suprema belleza una figura fea: ha conseguido dominar con una figura en reposo, toda la fiera y brillantez de las pasiones que se la disputan en animado movimiento.

Ese es su Cristo. Esa es su extraña concepción de Cristo. Él no lo ve como la caridad que vence, como la resignación que cautiva, como el perdón inmaculado y absoluto que no cabe, no cabe, en la naturaleza humana: cabe el placer de domar la ira, pero sería menos hermosa y eficaz la naturaleza del hombre si pudiese sofocar la indignación ante la infamia, que es la fuente más pura de la fuerza.

Él ve a Jesús, como la encarnación más acabada del poder invencible de la idea. La idea consagra, enciende, adelgaza, sublima, purifica: da una estatura que no se ve y se siente: limpia el espíritu de escoria, como consume el fuego la maleza: espere una beldad clara y segura que viene hacia las almas y se siente en ellas. El Jesús de Munkacsy es el poder de la idea pura.

Ahí está en un sayón, flaco, huesudo; trae las manos atadas, estirado el cuello, la boca comprimida y entreabierta, como para dar paso a las últimas hieles. Se siente que acaban de poner sobre él la mano vil; que la jauría humana que lo cerca ha venido oteándolo como a una fiera; que lo han negado, golpeado, escupido, traído a ras-tras, arrancado las vestiduras a pedazos, reducido a la condi-

ción más baja y ruin. ¡Y ese instante de humillación suma es precisamente el que el artista elige para hacerle surgir con una majestad que domina a la ley que tiene en frente, y a la brutalidad que lo persigue, sin ayudarse de un solo gesto, de un músculo visible; de la dignidad del ropaje, de lo elevado de la estatura, del uso exclusivo del color blanco, de la aureola mística de los pintores!

De la cabeza nada más se ayuda, de la mirada augusta bajo el ojo cóncavo, de la mejilla enjuta, de la boca contráida que aún revela la bravura humana, de la serena y adorable frente, honda hacia las sienes poco pobladas de cabellos y levantada en dosel sobre las cejas.

¡La mirada es el secreto del singular poder de esa figura! ¡La angustia y la aspiración se ven claramente en ella; y la resurrección y la existencia eterna! Los vientos pueden desnudar los árboles, los hombres pueden derribar los troncos, el fuego de la tierra puede descabezar montañas, pero se siente, sin estímulo violento y enfermizo de la fantasía, que esa mirada, por natural poder, continuará encendida.

Todo se postra ante esos ojos que concentran cuanto cabe de amor, anunciación, claridad, altivez, en el espíritu. Él está al pie de las cuatro gradas que llevan al ábside de Pilatos; y Pilatos parece postrado ante él. Blanco es la túnica de Pilatos,



como la suya, pero de la suya brota, sin ardid visible del pin-cel, una luz que no brota de la del juez cobarde.

A su lado se revuelve la cólera, se atreve la insolencia, se discute la ley, se pide a gritos la muerte; pero aquellos ojos curiosos o atrevidos, aquellos rostros frenéticos y descompuestos, aquellas bocas que hablan y que gritan, aquellos brazos iracundos y levantados, en vez de desviar la fuerza y la luz de su figura fulgurosa, se concentran en ella y la realzan por el contraste de su energía sublime con las bajas pasiones que lo cercan.

La escena es en el pretorio, de austera y vasta arquitectura. Por la entrada del fondo que acaba de dar paso a la multitud, se ve un rincón de cielo delicioso que brilla como las olas de las mariposas azules de Muzo.

El gentío alborotado se aprieta a la izquierda del lienzo sobre la figura de Jesús. Ni en el centro quiso ponerla el pintor, para tener esa dificultad más que vencer. Un magnífico soldado echa atrás con su pica a un gañán que vociferó con los brazos en alto: ¡figura soberana! ¡todos los pueblos tienen ese hombre bestial, lampiño, boca grande, nariz chata, mucho pómulo, ojo chico y viscoso, frente baja!: rebosa en la figura ese odio insano de las naturalezas viles hacia las almas que las deslumbran y avergüenzan con su claridad; y sin

esfuerzo alguno artificioso, ni violencia en el contraste, resaltan en el cuadro en su doble oposición moral y física: el hombre acrisolado que ama y muere, y el bestial que odia y mata.

A la derecha del lienzo está el romano Pilatos, en su toga blanca ribeteada del rojo de los patricios; se adivina la lana en lo blando de los pliegues: pasma el relieve de Pilatos, que parece vivo en el nicho del ábside: en los ojos se le ve el trastorno de sus pensamientos, el miedo a la muchedumbre, el respeto al acusado, la vacilación que le hace ir levantando una mano de la rodilla, como preguntándose qué ha de hacer con Jesús.

Comparable a la mejor creación artística es el fanático Caifás, que con el rostro vuelto hacia el pretor le señala en un gesto imperante el gentío que reclama la muerte; aquella cabeza de la barba blanca increpa y apremia: de aquellos labios están saliendo las palabras, ardientes y duras.

Dos doctores sentados a la izquierda del ábside miran a Jesús como si no acabasen de entenderlo.

Al lado de Caifás clava un viejo los ojos en Pilatos, que tiene baja la cabeza. Un rico saduceo, de turbante y barba cana, mira a Jesús de lleno, rico el traje, arrellanado en el banco, en arco el brazo derecho, el izquierdo sobre el muslo: ¡es ese rico odioso de todos los tiempos! la fortuna le ha henchido

de orgullo brutal: la humanidad le parece su escabel: se adora en su bolsa y en su plenitud. Entre él y Caifás discuten el caso jurídico los sacerdotes, éste con ojos torvos, aquél con frialdad de leguleyo; otro, reclinado en la pared, de pie sobre el banco, mira en calma la revuelta escena. Detrás del saduceo, junto mismo a Jesús, otro gañán, de realidad que maravilla, se inclina sobre la baranda en postura violenta para ver de frente el rostro al preso; por encima de la cabeza del gañán, junto al pilar del arco que divide la escena sabiamente, una madre joven, con su niño en brazos, tiene puestos en Jesús sus ojos piadosos, que como toda su figura recuerdan las madonas italianas; allá al fondo, para quebrar la línea de cabezas, se alza entre ellas un beduino barbudo que tiende el brazo brutal hacia Jesús.

Imposible es ver este lienzo gigantesco sin que asalte la mente, fatigada de tanto arte menor, de tanto arte retacero y sofisticado, la memoria de aquella época de ideales fijos en que los pintores vestían las iglesias y los palacios de composiciones grandiosas.

Aquella luz del Cristo avasalladora, que atrae a él los ojos como el término inevitable de las excursiones por el lienzo: aquel arco robusto y espacioso que en vez de robar efecto al Cristo lo realza y completa: aquella fuerza, novedad y vive-

za de los grupos: aquella ciencia para destacar sin falsedad del fondo sombrío, los colores riquísimos, calientes y pastosos, como los de la vieja escuela de Venecia: aquella concepción armónica y segura, en que ninguno de los tipos secundarios ha perdido en relieve y poder al subyugarse al tipo central y superior: aquella elocuencia de los rostros que están contando la pasión que los enciende: aquel brío magistral en los detalles, y desdén de ardidés, oposiciones y contraluces: aquella gracia, verdad y movimiento, y el punto aquel de cielo que a lo lejos las inflama y corona, enseñan que el pobre «Miska» de la aldea de Munkacsy que hoy vive en París como un rey de pintores, era uno de aquellos magníficos espíritus, raros en esta edad de apremio y crisis, que pueden pecho a pecho abrazarse a una idea humana, descomponerla en sus elementos, y reproducirla con la intensidad y energía que requieren las obras dignas del aplauso de los siglos.

No en vano ha paseado el cuadro en triunfo por Europa entera. No en vano dio París al admirable Valtner la medalla de honor por la radiante aguafuerte del *Cristo ante Pilatos*. No en

vano, en este siglo, cuya grandeza caótica y preparatoria no ha podido condensarse en símbolos, apasiona este cuadro de Munkacsy a los críticos y a las muchedumbres, aunque alguna de sus figuras resulte violenta, aunque cierta parte de él parezca añadida como segundo pensamiento, por efecto de decoración, a la idea principal, aunque ya esté perdida la fe en la religión que conmemora.

Nunca acude en vano el genio verdadero a la admiración de los hombres, necesitados a pesar suyo de grandeza. ¿Pero serán sólo esa facultad de componer grandiosamente, esa fuerza y fulgor de colorido, esa armoniosa gracia de los grupos, esa pujanza de la obra entera, lo que en este tiempo de creencias rebeldes y temas novísimos asegure tamaña popularidad a ese asunto familiar de una religión vencida?

Algo más hay en ese cuadro que el placer que produce una composición armónica y la simpatía a que mueve el que emprende con ímpetu y corona con esplendor una obra osada. Es el hombre en el cuadro lo que entusiasma y ata el juicio. Es el triunfo y resurrección de Cristo, pero en la vida y por su fuerza humana. Es la visión de

nuestra fuerza propia, en la arrogancia y claridad de la virtud. Es la victoria de la nueva idea, que sabe que de su luz puede sacarse el alma, sin comercio extravagante y sobrenatural con la creación, ese amor sediento y desdén de sí que llevaron al Nazareno a su martirio. Es el Jesús sin halo, el hombre que se doma, el Cristo vivo, el Cristo humano, racional y fiero.

Es la bravura con que el húngaro Munkacsy, presintiendo en su intuición artística lo que el estudio corrobora, entendió y realizó, que siempre fueron unas las pasiones y sus móviles, y desembarazándose de leyendas y figuras canijas, estudió en su propia alma el misterio de la divinidad de nuestra naturaleza, y con el pincel y el espíritu libre, escribió que illo divino está en lo humano! Pero el cariño por el dulce error es tan potente, y tan segura está el alma de un tipo más bello fuera de esta vida, que el Cristo nuevo no parece enteramente hermoso.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
28 de enero de 1887

[Mf. en CEM]

145

# Muerte del Presidente Arthur

## Análisis de carácter

Interioridades e intrigas de la política de los Estados Unidos.-Los caracteres menores en la política.-Blaine, Conkling y Arthur.-La Presidencia y la muerte de Garfield.-Gobierno, ambición y muerte de Arthur.

Nueva York,  
diciembre 15 de 1886

Señor Director de  
*La Nación*

LEGAN DOCTORES hindús a convertir a Buda<sup>a</sup> a este país protestante. Va a la penitenciaría otro de los regidores que tomó dinero de una empresa de tranvías para dar su voto en pro de la concesión. Prepárase el fiscal público a perseguir a los demás sobornados, y a los sobornadores.

Cruza el Niágara, en un casco de madera, una moza del campo, a quien se ve por un real en un museo del Bowery. Atrae gran concurrencia la feria azteca, que es una imperfecta exposición de las artes y costumbres mexicanas.

Se votan cincuenta mil pesos para empezar en las escuelas públicas el ensayo de la educación industrial.

Por primera vez entraron como vocales en la Junta de Instrucción dos mujeres, con un pingüe sueldo, lo que se tiene por muy natural puesto que son mujeres las encargadas de la enseñanza.

Se publica en una revista mensual, *The Century*, la historia nueva de Abraham Lincoln, escrita por sus secretarios L. Nichols y Hay,—libro sincero, sano y poderoso.

Quiebra por el abandono público una compañía de ópera italiana, y el *Tannhäuser*<sup>b</sup> y el *Lohengrin* llenan de bote en bote el teatro.

Pero, el suceso de más significación ha sido la muerte de Chester Allan Arthur, que no

hace todavía dos años era Presidente de los Estados Unidos.

Sólo resisten el vaho venenoso del poder las cabezas fuertes.

El espíritu despótico del hombre se apegaba con amor mortal a la fruición de ver de arriba y mandar como dueño, y una vez que ha gustado de este gozo, le parece que le sacan de cuajo las raíces de la vida cuando lo privan de él.

Otros mueren, como Greeley y Hancock, de desear la Presidencia. Arthur murió de tener que abandonarla.

Dicen los que le vieron en los días últimos de su poder que era extraño y enfermizo el brillo de su mirada, que había llanto profundo en su alegría cortés, que los desgajamientos de la caída se le veían en el livor del rostro.

Él no creyó que había de abandonar tan pronto la Casa Blanca. Quiso continuar como propietario en el asiento a que

a. En LN: «Baddha».

b. En LN: «Tanhäusser».

había subido en una hora trágica como sustituto.

Él había sacrificado su lealtad para con sus valedores más generosos y fieles, en la esperanza de conquistar por los actos con que se apartaba de ellos el renombre de imparcial que debía asegurar su elección de Presidente en la inmediata campaña.

Blaine le puso en el hombro su garra formidable, y con la candidatura le arrancó literalmente la vida.

Aquel atlético y amigable caballero, fuerte como ninguno en cenas y galanterías, comenzó a morir del corazón enfermo el día en que supo que Blaine, y no él, era el candidato de su partido para la Presidencia.

Se le entró por alma y cuerpo como un tósigo aquel perfume de mujer hermosa que en los años de su gobierno desvaneció a Washington.

No mueren nunca sin dejar enseñanza los hombres en quienes culminan los elementos y caracteres de los pueblos; por lo que, bien entendida, viene a ser un curso histórico la biografía de un hombre prominente.

En la elevación de cada hombre, por más que pueda parecer injusta y casual, hay causas fijas y de gran cuantía, ya residan por fuerza original en el encumbrado, ya dominen por fuerza nacional en el pueblo que los encumbra.

Todo gobernante representa, aun en las formas más extra-

viadas y degradantes del gobierno, una fuerza activa y considerable, visible u oculta: y cae, cualesquiera que sean su poder y aparato legal, cuando esta fuerza cesa, o él cesa de representarla.

No hay en los pueblos cosa más real que sus gobiernos.

Las repúblicas tienen, como excrecencias de su majestad y gusanos de su tronco, sus callejuelas y sus pasadizos, y así como en las horas de tormenta el instinto seguro del pueblo le lleva a elegir por guía el águila que cruza con más serenidad el aire, sucede en las horas de calma, cuando las águilas reposan, que las ambiciones, hábiles de suyo y agresivas, se entran por donde duerme la verdadera grandeza, que sólo da cuenta de sí cuando un peligro digno de ella viene a despertarla.

Así aconteció que muerto Lincoln, quien hasta en la forma de la mano llevaba puesta por la Naturaleza la insignia del poder, fue la política del partido republicado cayendo, de Grant a Hayes, en las rivalidades y apetitos por donde se pudren y perecen los partidos triunfantes.

El Sur, domado, no inspiraba miedo. El Norte, próspero, sólo pensó en gozar de la victoria. Y como los hombres necesitan de pelea, tan pronto como los republicanos no tuvieron enemigo contra quien combatir, combatieron entre sí, por el provecho los más viles, y los de espíritu superior por el triunfo.

No había durado bastante la guerra para que el prestigio de los militares afortunados o valerosos predominara en el ánimo del país sobre el cariño y orgullo con que mira por sus libertades; y la fama de Grant, única que ofuscó el albedrío de sus conciudadanos, se deslucía en los oficios respetuosos de la paz, que repelen justamente la disciplina y arrogancia necesarias en la guerra.

La idea misma que produjo al partido republicano, descansó después de vencer: con Lincoln, en quien resplandeció más vigorosamente, pareció morir lo mejor y más alto de ella.

Y puesta para muchos años la mesa del poder, quedó entregado el partido vencedor, con toda la gloria y recursos del triunfo, a la gula de los codiciosos y a los celos de los espíritus brillantes e inquietos que tienen gozo sumo y de mera ambición en demostrar a los hombres su capacidad para mandarlos. Ese aspecto de la república creó a Arthur.

Claro está que en un país de pensamiento, sólo por las sorpresas de la guerra puede subir un hombre inculto al poder; y que, por mucho a que lleguen los manejos ruines de los políticos de oficio, sólo va creciendo al amparo de ellos ante la opinión el que la corteja con más prudencia y gracia y no desfigura con la brutalidad del deseo manifiesto sus intenciones de cautivar para sí la simpa-



tía pública: hasta puede decirse con razón que el vulgo prefiere a aquellos en quienes halla sus defectos propios, siempre que no los exhiban con tal desverguenza que le quite la capacidad de publicar su apoyo.

Y si a ese suave modo y cauta vestidura se une un grano de aquel valer esencial y genuino que lleva a los hombres en los instantes críticos a olvidar su interés por el de una idea generosa, he ahí que la persona política se condensa y consagra, y queda en puesto para las más altas empresas, caso de que los lances de partido, diestramente aprovechados, los lleven<sup>a</sup> hasta ellas.

Arthur vino de quien suele engendrar los Presidentes de los Estados Unidos: de un sacerdote protestante.

El suyo fue buen padre, puesto que en su tiempo y país no reñían como riñen en otros, el ser padre bueno y criar a su hijo para abogado.

El futuro presidente empezó su vida de hombre por esa santa tarea que parece preparar bien para la paciencia y justicia que requiere el gobierno, —la enseñanza; siendo cosa curiosa que Arthur hubiese estado de director de la misma escuela en que dos años después entró a enseñar caligrafía James A. Garfield, por cuya muerte había de venir Arthur con el correr del tiempo a ocupar la Presidencia.

¡Sirvan esos modelos de castigo a los mozos que no hallan

sabor al aprendizaje llano, y apenas barbados quieren todos empezar en la vida de pontífices! —¡Así anda el mundo, empedrado de ícaros!

Precisamente se pagó los estudios de abogado con los «quinientos pesos que ahorró» trabajando como maestro de escuela.

Ya titulado, se estableció en Nueva York; y como parece que sí hay hombres que seducen a la fortuna, sucedió que a los pocos meses de tener su estudio abierto se le deparó uno de esos casos que ungen una vida.

Vino un bribón de Virginia con ocho negros esclavos, de paso para Texas; levantó el juez la cuestión de que por pisar Estado libre eran en él libres los siervos; y Arthur abogó por los negros, frente al Sur que aullaba, y ganó el caso en el tribunal inferior, y lo volvió a ganar en el tribunal superior, contra la elocuencia y habilidad de O'Connor —pues hubo lenguas que no se secaron al defender por la paga a los dueños de los negros! No hay espectáculo, en verdad, más odioso que el de los talentos serviles.

Otro caso vino después a coronar éste. Echaron de un «tramway» a una pobre negra, y Arthur obtuvo entre grandes celebraciones la decisión que por primera vez se autorizó a los negros en Nueva York a entrar en todas partes por derecho propio a nivel de los blancos.

Y esa fue la acción superior y generosa que mantuvo a

Arthur, a pesar de sus compadrazgos y cábalas, en la dignidad de persona pública.

Aquella victoria le puso alas para la vida: y la seda del trato, que es aquí muy escasa, y lo arrogante y pulcro de su persona, le abrían las puertas con facilidad extraordinaria.

Pero más que por estas condiciones se ganaba amigos por su aire de jovial franqueza, tan seductora para los hombres como la austeridad les es temible, y por cierta facilidad más dichosa que envidiable, de parecer como que necesitaba la guía ajena y se sometía a ella de buen grado; y haciendo como que obedecía, fue de cumbre en cumbre tomando rango entre los que mandaban.

Desde estudiante se le conocía ya ese poder; porque era tal su capacidad para dirigir sin que se lo sintiese, que él, que no hablaba nunca en los debates de sus compañeros, resultaba ser para todo lo de voto y mando un caimacán de cuenta. Quien lisonjea, manda.

Así, galante y culto, se vino deslizando desde los oficios humildes de la política hasta su empleo más alto; y como tenía el arte de dividir con sus asociados la buena fortuna que sacaba de la asociación, y de trabajar ostensiblemente en pro de la camarilla a que pertenecía, ésta no le escatimaba su apoyo, ni se en celaba de verlo ir su-

---

a. En LN: «llevar».

biendo entre aquellos a quienes hacía gala de servir tanto que su habilidad suprema fue la de perfeccionar el sistema de la asociación para provechos políticos, y, convirtiendo a los que pudiesen ser sus rivales en sus cómplices, recoger en sí, sin excitar sospechas, el poder que iba logrando para la asociación con ayuda de ella.

Privada su naturaleza de aquella ciega generosidad e ímpetu heroico que levantan sobre el nivel común a las almas mayores, comprendió a tiempo que domina a los hombres el que aparenta servirlos, y tiene más seguro el mando aquel que no deja ver que lo desea, ni lastima la ambición, orgullo o decoro de sus émulos con el espectáculo de su presunción y soberbia.

¡Y de ambición ha muerto ese hombre de apariencia tan suave que nadie hubiese dicho que de eso muriera!

Le iba ayudando su misma pequeñez, porque por mucho que él deseara, no se atrevía a alzar la mira a más allá de aquello de que en sí se creía merecedor, y se contentaba con predominar por su gentil manera y reconocida astucia en las intrigas e influjo de la política de su ciudad y Estado; siéndole de gran auxilio su figura hermosa, la cautela con que escondía sus fines, el gallardo abandono con que esparcía entre amigos sus ganancias, y esa indiferencia formidable que suele llegar a parecer una virtud, cuando en

verdad no es más que el refinamiento del egoísmo.

Sin nada que le preocupase tanto como su propia fortuna, no veía en las cosas públicas con la ira o la fe que ciegan a otros, sino iba sobre firme a lo que le convenía particularmente, y su misma frialdad y descuido de los intereses humanos le daban aquella calma infecunda que suele pasar entre los políticos miopes por espíritu de conciliación y sensatez.

Y todas esas facultades menores las extremó y usó con tal cordura, que por su excelencia en ellas, que son parte viva de la política de la nación, y por representarlas más cabalmente que otro alguno, llegó a subir, en una época de política menor, al puesto de donde una bala trágica lo llevó a gobernar a su república.

Toda la historia de Arthur está en la de las intrigas políticas de su partido. Nunca adelantó por sí, sino como representante de la camarilla en que servía.

Cada caída o triunfo suyo, y cada acto notable de su existencia, no es un suceso de orden nacional, en que las ideas choquen y luzcan, sino de orden interno de partido, en que las personalidades rivales se arrancan el provecho y la honra diente a diente.

Ya en los puestos, verdad es, se ganaba la voluntad por moderación caballeresca, el blando modo con que suavizaban su energía, su bondad personal,

que fue sincera, y aquellas gracias corteses y llaneza digna que añaden tanto al mérito y llegan a disimular su ausencia y a suplirlo.

Pero si con sus subordinados era afectuoso, y en el manejo de los fondos públicos irrequieto, nunca dejó de servirse del influjo que con esto mismo obtenía, para ir trenzando una organización política tan fuerte y estrecha que no había en el Estado distrito donde no tuviese de agente un empleado suyo, ni convención en que no sacara triunfante a sus candidatos, ni cábala posible sin su voluntad, ni elección segura sino por sus manos.

Él, como John Kelly entre los demócratas, se servía de los empleados públicos para favorecer en las elecciones y mantener en oficios lucrativos, al partido que les conservaba los empleos. Como una red tenía extendido, en la ciudad primero y luego en el Estado, este sistema; y lo que en otros parecía repugnante por lo ofensivo de los modos o el escandaloso provecho que sacaban de su habilidad, en Arthur estaba disimulado por la apuesta sencillez con que llevaba sus victorias, y porque no se echaba en diamantes y leontinas insolentes el fruto de ellas sino las apetecía por lo que vigorizaban a su partido, y le acreditaban en él de jefe de hombres.

La virtud no liga a los hombres tan estrechamente como estos

compadrazgos y camareos oscuros. Dos que han pecado juntos, son eternos amigos.

Obsérvase además que cuando todas las noblezas se han oscurecido en el hombre, aún es capaz de la pasión de amigo, y se encarniza en ella, como para probarse que no es enteramente vil.

Si hay algo sagrado en cuanto alumbra el Sol, son los intereses patrios. Es natural y humano que el hombre piense constantemente en sí, aun en sus actos de mayor abnegación y descuido de sí propio, y procure conciliar su adelanto personal y la utilidad pública, y servir a ésta de modo que resulte aquél favorecido, o no muy dañado.

Pero no hay viles mayores que los que miran exclusivamente los intereses de la patria como medios de satisfacer su vanidad o levantar su fortuna.

Esos son apóstatas de la gran religión del hombre, que en cada uno tiene una columna, y ya se va condensando en imágenes racionales y grandiosas, dignas por su poesía de las imágenes vencidas, y superiores a ellas por su amplitud y majestad.

Ladrones del altar son esos comerciantes de opinión, y debían sacarlos por las calles con sayal de lienzo y la cabeza llena de ceniza.

De modo que no podemos aplaudir a los políticos de oficio, que no andan en la cosa pública para preservarla y trabajar por su bien, sino para ser-

virse de ella en beneficio de su ambición o de su bolsa.

Pero el ala, como se sabe, no entra por mucho en la composición del hombre, que parece tener más de uña y de diente; y si bien es cuerdo conservar siempre la hornilla encendida y los hierros en blanco para marcar a esos traficantes de modo que se vea, e impedir que corrompan y esclavicen la república, cuerdo es también reconocer la ambición impura y disfrazada como factor inevitable de las funciones humanas, y valerse de ella, ya que no puede suprimírsela, para mejor servir a la virtud.

Y como guía y aviso en los países que se están formando, es de prudencia advertir que no basta salir a la defensa de las libertades con esfuerzos épicos e intermitentes cuando se las ve amenazadas en momentos críticos, sino que todo momento es crítico para la guarda de las libertades y no bien se retiran de ella por noble altivez o pudorosa modestia los celadores honrados, asaltan sus puestos, como buitres que quieren hacer de águilas, los que tienen en sus pasiones agresivas de codicia o soberbia una fuerza permanente, y se adueñan con tenacidad formidable de lo que los virtuosos prepararon.

Jamás debe apartarse de los cuidados públicos, ni en los momentos de mayor paz, la gente honrada. Retener cuesta menos que desalojar.

No debe abandonarse por descuido lo que habrá de reconquistarse luego a gran costa.

Ni una vez comenzados a podrir, sanan completamente los cuerpos sociales.

De afuera no podrían entenderse bien las batallas de intriga a que Arthur debió su prominencia; pero es sabido, en globo, que no hay furia mayor que la de los caudillos rivales de un mismo partido.

De tropezar constantemente unos en otros, llegan a ver el universo en la forma y aspecto del rival que les disputa el paso; y como en todos los caminos de la vida se nota en el hombre esa cobarde y feroz naturaleza que en unos pueblos lleva a lidiar toros, en otros gallos y perros, y hombres mismos en otros, sucede que estimulan, en vez de sofocar, esas peleas, y llega a ser motivo de mayor interés lo que cada caudillo dice o hace respecto a su rival, que lo más vivo y urgente de la cosa pública.

Así fueron surgiendo en el Partido Republicano los dos crestados caballeros en quienes año tras año ha estado todo el interés de la lidia; y Conkling, de Nueva York, y Blaine, de Maine, han venido justando como tremendos enemigos, sin aquellos tamaños nacionales que vienen a los hombres—por diputación impalpable y mística—del país que se siente amado con generosidad y defendido con pureza, pero con todo el luciente



arreo y el grueso de armas de dos seres superiores a quienes sólo falta el desinterés para llegar a la grandeza.

Blaine, con más años y ambición más activa, batallaba por sí, y continúa batallando, con pasmoso poder de supervivencia, y versatilidad catilinaria.

Conkling, más astuto o más leal, quería hacer de Grant una cabeza suma e imperante, ya porque cree, con funesta y antipática equivocación, que la autoridad del poder se asegura con el aparato y misterio de la fuerza, ya porque, a pesar de su elegantísima palabra y austera honradez, la misma pasión de su política le quitaba aquel carácter de superior criterio y anchas miras que los pueblos buscan como por instinto en los que han de ser sus jefes: y no quería ver en la cabeza de su rival los laureles que no hallaba modo de pedir para sí propio.

De esa lucha nació a la Presidencia Arthur, que a la sombra de Conkling y Grant había venido adelantando en Nueva York su fortuna política, y tenía cerca de ellos influjo fortísimo, desde que, llevado al puesto de colector de la Aduana por complacencia de Grant hacia el colector saliente, que se lo había ganado con regalos, se vio expulsado de su empleo, so pretexto de pureza, por el Presidente Hayes, que al privar del puesto a Arthur «para purgar la Aduana de la intriga política de que era centro» cedía en realidad al interés de su Secretario

Sherman, que veía en el creciente prestigio de Conkling y en el poder de Arthur sobre los republicanos de Nueva York un obstáculo temible para su candidatura a la Presidencia, que todavía hoy codicia.

Ni de intendente del Ejército durante la guerra, ni de colector de la Aduana, se deslució Arthur con indignos provechos; y si bien se valió de ambos empleos para recoger bajo su mano el voto de su partido por la agencia de sus subordinados y favoritos, ni entró a parte en contratos cuando intendente, ni se dejó comprar por los importadores cuando colector, ni necesitó de adláteres venales para desempeñar sus oficios; sino que atendió a ellos con mucha lucidez y aplauso.

Y como hay pocas cosas que en el mundo sean tan odiadas como los hipócritas,—entre Arthur, partidario franco que trabajaba al sol por sí y los suyos, y Hayes, reformador pretencioso e incompleto que encubría sus venganzas y compromisos con disfraz de moralidad pública, se dio la razón a Arthur.

Y con santa dignidad llevó su caída; y tan bien la hizo valer ante Grant y Conkling que, cuando en la próxima convención de los republicanos para elegir candidato a la Presidencia Blaine triunfó sobre Conkling, obligando a la convención a elegir a Garfield en vez de Grant, ya que no podía hacer recaer la elección en sí pro-

prio, ya Arthur había cobrado tamaños suficientes para obtener de Conkling que le permitiera ser propuesto a la convención como candidato a la Vicepresidencia, para lavarse de la injuria recibida, cuando llegó a las puertas de la delegación de Nueva York un emisario de Garfield, rogando a los partidarios de Grant vencidos que nombrasen de entre los delegados neoyorquinos la segunda persona de la candidatura.

Por esos manejos de bastidores, por la impotencia de Blaine y Conkling para predominar uno sobre otro, resultaron nombrados y como electos, a los empleos más altos del país, dos hombres relativamente oscuros; porque Garfield, escogido para presidente por los enemigos de Grant y de Conkling, comprendía que su candidatura no podía vencer sin el apoyo enérgico del Estado de Nueva York, fortaleza de Conkling.

Conkling abandonó a Arthur el puesto a que se asió tan pronto como lo puso a sus ojos la fortuna, porque vencido en Grant su orgullo de caudillo, determinó en aquel instante en su soberbia permitir que fuese vencido Garfield.

Aquellas luchas se encontraron de tal modo que vino a sombrearlas la muerte.

Blaine, que en el gobierno de Garfield hacía de Mefistófeles como Secretario de Estado, empeñó contra Conkling y sus favorecidos la misma lucha que Sherman, por mano de



Hayes, empeñó contra Arthur; y compelió a Garfield a remover y sustituir el colector de la Aduana en Nueva York sin consultar, como es de uso, a los senadores del Estado en que se hacía este cargo importante. Presidía Arthur en el interés de Conkling, el Senado de la república, adonde en altivo arranque envió con general asombro Conkling su renuncia, en la vana confianza de que, ayudado por Arthur en su estado de Nueva York, la Legislatura lo sacaría de nuevo senador por sobre el influjo de los amigos de Blaine y Garfield, que se oponían a su candidatura.

Pero también acá, el gobierno puede. La lucha fue tan reñida entre ambas facciones, como si pelearan por grandes intereses nacionales.

Conkling no fue reelecto; Arthur, el vicepresidente, quedó por enemigo confeso del presidente, y por semicabeza de la facción que le hacía guerra: tan estruendoso y amargo fue el combate que un hombre de espíritu deforme y ambición brutal, Guiteau, creyó que sería saludado salvador de la patria por dar muerte de un balazo al Presidente Garfield, a quien los amigos de Conkling acusaban de conculcar, ipso facto no haber pedido parecer a un Senado hostil, las libertades de la República.

Vinieron aquellos días en que la tristeza prestó la hermosura que casualmente falta a este pueblo ajarioso de los Estados Unidos.

Murió Garfield de la bala de Guiteau: pusieron una estrella de bronce en el lugar del pavimento donde apoyó la cabeza al caer herido: Arthur, sacudido en lo mucho que tenía su persona de bueno y generoso, no sólo demostró sincerísimo anhelo de que Garfield se salvara, sino que se le vio muchas veces sollozar, y estremecerse con la emoción todo su robusto marco, cuando veía al fin seguro y cercano el instante de entrar a suceder en la Presidencia al adversario muerto en consecuencia de la lucha en que él había sido parte principal.

Allí recibió su espíritu audaz y ligero aquella consagración de pesar que sublima cuanto hay de puro en las almas, y les descubre horizontes no soñados e ignoradas alturas.

Quiso prolongar por el espíritu de su política la vida que involuntariamente había contribuido a interrumpir.

Entró en la Presidencia acusado de asesino. Mirábanlo con aversión. Sólo sus muestras de dolor sincero templaban el desagrado nacional.

Fuego y espinas fueron para él los primeros meses de gobierno; y tan lejos llevó su deseo de que no le motejasen de vender a sus amigos el poder que le había venido de la muerte, que a Grant mismo y a Conkling les volvió a los pocos días la espalda; a Conkling, a quien había servido de edecán, no le empleó siquiera de consejero; a Grant, por cuyo empeño con-

sintieron los amigos de Conkling en trabajar por Garfield y por Arthur en virtud de promesas que dicen quebró Garfield, le negó el favor de nombrar colector de la Aduana al ahijado para quien le pedía el puesto:—que también acá, como en todas partes, hay compromisos, y tapujos, y componendas, y comercios, y ahijados.

En suma, aquel adversario de Garfield ferventísimo no consintió en repartir entre secuaces personales el poder que le venía de su enemigo; y respetando sin alarde cuanto había en el espíritu del muerto de sincero, lo puso en obra contra sus propios pareceres, trató de gobernar como su enemigo hubiera gobernado, y sin perder su natural llaneza, revistió de tal decoro su persona y gobierno que ni sus amigos abandonados se atrevieron a moverle guerra, ni hubo para él a la terminación de su poder, más que respeto y alabanzas.

Pero no bien se vio seguro del cariño público y separado sin dificultad de aquellos a quienes debía su encubrimiento, surgió en él, levantado por los trágicos sucesos a su natural altura, una legítima ambición por entrar de propio mérito por virtud de esa transformación gallarda, en el puesto a que lo acercó una mera intriga y le llevó un acontecimiento inesperado.

Tomó para sí, como muchos gobernantes toman, la lisonja y acatamiento tributado

en su persona al poder que ejercen. Vio su moderación estimada y aplaudida. Renovó con gusto exquisito la austera Casa Blanca. Sacó de ella lo feo y anticuado y se fue poniendo en ella con los adornos y muebles con que la embellecía, a punto que la creía su natural morada.

Mantuvo en el gobierno aquella suave autoridad, aquella manera caballeresca, aquella fina justicia, aquel aparente olvido de sí propio que le ayudaron a subir de puesto en puesto sin que le estorbasen ni sintiesen.

No era extraña su galante persona al placer de los amores. Realzaba la elegancia su hermosura. Y pudo creer, por lo nutrido del aplauso, que era general la sanción pública.

Pero aprendió que el decoro encalla donde la intriga sale

ilesa, y conoció en sí amargamente, como había hecho conocer a los demás, que donde se plantan podres<sup>a</sup> no hay que esperar olores; que los que han ayudado a corromper por el cohecho, franco o embozado, los cuerpos políticos, no pueden ser escogidos por ellos como representantes de las virtudes que antes profanaban; que el que subió por su arte de emplear los puestos públicos, a la mayor altura política, no podía mantenerse en ella cuando en su novísima virtud se negaba a comprometer los puestos nacionales, en cambio de votos, a los delegados reunidos para escoger el nuevo candidato de los republicanos a la Presidencia.

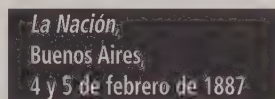
Tan grandes fueron, sea dicho en verdad, su ansia de obtener la designación, como su decoro en la manera de

pedirla. Y se cree que salió de la Casa Blanca con el corazón partido y la muerte sentada al lado en su carruaje.

Pero no quiso sacrificar a su ambición la honradez que iluminó su espíritu en la emoción de la catástrofe.

Se ha muerto de deseo, celebrado por las gracias de su persona, y por haberla redimido.

José Martí



[Mf. en CEM]

a. En LN: «pudre».



---

1887







# Muerte del General Logan

## Candidato a la Presidencia

Su carácter, su valor, su oratoria y su significación en la política.-Su esposa.- Los militares en las repúblicas: Grant y Logan.

Nueva York,  
3 de enero de 1887

Señor Director de  
*La Nación*

**L**AS FIESTAS de Pascuas cerraron el Congreso, dejando al indio convertido en ciudadano y a los librecambistas vencidos en otra tentativa.

El año nuevo empieza alegre, preñado de problemas, resplandeciente de esperanza, aunque se levanta sobre la tumba de un político ambicioso que tuvo fama de héroe y pudo ser presidente de la república—el general Logan.

Logan era aquí prominentísima persona.<sup>a</sup> El mundo no ha de sentirlo, porque no añadió nada al pensamiento humano, ni vivió para el bien de los demás, sino para su propio ennoblecimiento y triunfo; pero era su carácter tan terco y agre-

sivo, y tenía en su persona ponderosa y tonante tan marcados los elementos de su pueblo, que sin mérito alguno que pudiera compararse a su tenacidad, a su negra melena, a sus gargantuescos bigotes, llegó a ser candidato de los republicanos a la Vicepresidencia, senador permanente, portaestandarte del ejército y rival temible para los aspirantes en la próxima candidatura del partido a la presidencia de la república.

Mucho de su influjo era debido a un apego tan vivo a los soldados que parecía a veces servidumbre y a aquella apariencia suya de león de que sacaba ventaja, con artes de mujer coqueta, en los instantes decisivos para sus ambiciones o las de sus copartidarios así se cuenta que cuando en la convención en que fue escogido Garfield para la candidatura, se vio irse a la concurrencia por el lado de Garfield, aquellos gra-

ves estadistas determinaron en sesión secreta, como medida de campaña, que Logan apareciese de pronto en la tribuna, agitando la cabeza pintoresca, sacando el busto que en su día no temió a las balas confederadas, revolviendo sus ojos centelleantes, para atraer sobre sí el aplauso, y dividir la mente del concurso, que a ojos vistas se concentraba sobre Garfield: «¡y nadie sabe, decía Garfield luego, lo cerca que anduvimos de perder la candidatura!»

Logan aquella vez no obraba por sí, sino por Grant, ya porque no llega a jefe el que no sabe ocultar sus pretensiones al mando, y obedecer o fingir obediencia, ya porque Logan cedía con menos dificultad su ambición en provecho de un soldado.

No hay fraternidad más temible en las repúblicas que la de los militares por cuanto a más de fortalecerse por el interés común, viene de hechos

a. En LN, dos puntos y mayúscula.

heroicos que apasionan con justicia a los pueblos, y hacen conmovedora y sincera la unión de los que los realizan justamente.

La muerte engrandece cuanto se acerca a ella; y jamás vuelven a ser enteramente pequeños los que la han desafiado.

Logan fue de los que menos la temieron durante la guerra contra el Sur, a la que entró manchado por un impío discurso suyo en la Casa de Representantes, en el cual se había mostrado satisfecho, antes que desdeñoso, de cumplir aquella infame ley, que mandaba devolver a los dueños los negros fugitivos, «porque era ley». «¡No me importa, decía, que sea oficio poco limpio!» Y desde entonces le pusieron de apodo «Poco limpio».

Pero se quitó el apodo con su bravura.

Grant le quería precisamente porque veía en él su misma falta de ciencia y su acometimiento ciego. Adelantar sin temor le parecía a Logan suficiente para vencer; y es cierto que pocas veces tuvo que echarse atrás, y que su espléndido ímpetu tuvo en un día aciago magia bastante para reunir sobre el enemigo vencedor a sus tropas deshechas, y desbandarlo.

¡No hay como estos relámpagos del alma, y estas divinas furias!

¿Quién recordaba después de la guerra que Logan había sido demócrata ferviente, si

para defender la unión de su país se había convertido en republicano? Y luego, tan pronto estaba acorralando rebeldes como interrumpía sus combates para ir a perorar en su Estado en apoyo de la candidatura de Lincoln, a quien años atrás había perseguido rudamente; ¿a quién no vencía aquella santa grandeza de Abraham Lincoln, que lloraba a solas, siendo presidente de la república, porque sus generales iban a fusilar por desertores a unos pobres mozos campesinos que no habían aprendido a amar la guerra? Cada acto de aquel varón sublime le asegura su hospedaje en lo mejor del corazón.<sup>a</sup>

Era de ver Logan hablando. No fue persona de oro, sino de similar; pero ¿qué importaba, si lucía como de oro? El triunfar no está en ser, sino en lucir. Su principal fuerza fue su contento de sí. El público no le embarraba, ya porque Logan era sincero en cuanto decía, ya porque siempre entendió él que ese mismo ímpetu suyo agradaba a concursos donde sólo se acata el atrevimiento y el éxito.

Su oratoria era tonante y turbulenta. Se iba sobre la tribuna, como si hubiese de tomarla por asalto. Se apretaba el cinto, como el varón bíblico; desahogábase el pecho, florea los ojos, se ahuecaba la melena y, con fragor de artillería, vociferaba sus pomposos párrafos, en que las sentencias sin acabar, como caballos de

medio cuerpo y crin revuelta, caían en bosques de citas y pámpanos retóricos.

Pero solían sacarle en triunfo en la oratoria las condiciones mismas que le favorecieron para la guerra y la política, las cuales eran lo genuino y potente de su ambición, que no conoció descanso o límite, lo pintoresco y marcial de su figura, su valor loco, y su conformidad con su pueblo en aquella condición de atreverse a todo sin miedo, ni respeto, ni derecho, que es nota del carácter en los norteamericanos. Tan fiel era a sus amigos como honrado en el desempeño de sus cargos. No vendió como Blaine y tantos otros, por dinero o acciones de empresas, los derechos públicos confiados a su custodia, y aunque como general no fue científico, ni como abogado prominente, ni como orador ordenado, ni como político escrupuloso, ni la caridad le movía el ánimo, nunca pudo decirse que puso su ambición en el mero crecimiento de su bolsa, ni que repletó ésta a costa de su honor. Por eso muchos de los amigos que se había ganado con su ímpetu y fidelidad acuden con crecidas sumas al alivio de su viuda pobre, que no tuvo nunca más amor ni cuidado que los de favorecer, cuando no dirigir, las

a. Los dos párrafos a continuación ilegibles en el mf. Se sigue la lección de OC, t. 13, p. 307.

ambiciones de su compañero. Ella en lo privado, le buscaba voluntades: ella le adivinaba los enemigos: ella ponía en boca de su esposo sus propias agudezas y superioridades: ella fortalecía la admiración pública con que en todo acto y palabra le mostraba. ¡Así se entiende

que se ponga el pie en el cielo,  
—con el amor de la casa!

José Martí

*La Nación*  
Buenos Aires,  
24 de febrero de 1887

[Mf. en CEM]

147

## Sobre los Estados Unidos

Ciudadanos y propietarios.-Adelanto de los indios.-La escuela «Ramona».-Cleveland enfermo.-Influjo creciente de la mujer norteamericana.-Mrs. Cleveland.-La recepción de Año Nuevo.-El historiador George Bancroft.-Bosquejo de su carácter y de su obra.-Cómo trabaja en su ancianidad.-Un tipo del carácter nacional.

Nueva York,  
enero 3 de 1887

Señor Director de  
*La Nación*

**D**OS DÍAS ANTES de la muerte de Logan había decretado el Congreso la ciudadanía de los indios.

Ya son propietarios definidos, a tantos acres por cabeza, de las tierras que hasta ahora habían poseído en común, y como menores sujetos a un guardián. En veinticinco años no podrán vender o gravar sus tierras, para que los especuladores no los engañen; pero ya cada cabeza de familia tiene ciento sesenta acres suyos,

ochenta cada mayor de dieciocho años o huérfano, y cuarenta cada menor de dieciocho.

Y todo indio que acepte este arreglo, o entre de propia voluntad en la vida civilizada, queda por la ley investido de la ciudadanía, y podrá votar, como es justo, sobre las contribuciones que paga y el gobierno a que debe obedecer.

Como cada tribu posee según tratados mucha más tierra de la necesaria para el repartimiento que marca la ley, manda ésta que lo que reste del común de cada tribu se venda, en virtud de lo que se disponga luego, para emplear el producto en el bien de los indios. ¿Quién que lea osará decir que no es el



indio capaz de apreciar el bien que se le concede?

De las escuelas de Hampton y de Carlyle salen convertidos en artesanos y labradores los más fieros comanches y winnebagos. Como el irlos colocando en casas de familia es uno de los medios de educación en ambos institutos, se ha visto que los campesinos se encariñan con su inteligencia y lealtad de manera que les cuesta trabajo abandonarlos.

Lo que escriben los indios de las escuelas a sus casas tiene una sabia ingenuidad que recuerda los poemas. Ya hay cinco mil indios educándose voluntariamente en las escuelas públicas.

¿Qué más? En una escuela de Filadelfia en que se educan mezclados indios y blancos, de doce premios que hubo en el último mes, nueve fueron para indios: y ya se sabe que no es acá adonde se ha de venir para caridades vacías ni alarde de sentimiento.

¡Qué contenta estaría si viviese aquella noble mujer que hizo en pro de los indios con un libro lo que la Beecher Stowe hizo en pro de los negros con su *Cabaña del Tío Tom*, Helen Hunt Jackson, que escribió esa novela encantadora de la vida californiana, *iRamona!* Allí la vida nueva, luciente y olorosa, el choque y apetito de las razas, la liga de las castas y la iglesia, la elegía de la pobre gente india. Salud y piedad infunden en el espíritu aquellas

páginas artísticas y ardientes, y se sale del libro como de la agonía de una flor, con el alma avarienta de concordia. La admirable mujer, muerta hace años, reposa sobre un cerro de la linda comarca donde vio padecer tanto a sus indios: ilo saben ellos, que le tienen la tumba llena de ofrendas y de flores!

Ahora acaba de fundarse una gran escuela de indios, para prepararlos de una vez a la ciudadanía, y le llaman como el libro de Helen Hunt: —la escuela «Ramona».

Para recibir a una diputación de indios quejosos dejó hace unos días su cuarto de enfermo el Presidente Cleveland. El mando le ha llevado los colores del rostro. Padece de obesidad y reumatismo. Padece también de ansia, porque su partido no da señales de ajustarse a su plan de reformas, ni de apoyarle en la candidatura para el próximo período presidencial contra el aspirante que ofrezca repartir los empleos públicos como despojos de la victoria.

Dijo Cleveland, cuando solicitaba la Presidencia, que los magistrados no debían ser reelectos; pero ¿qué tiene el poder, que envenena las mejores voluntades? Todo hace creer que pone el mayor empeño en ser nuevamente electo candidato, ya por el gozo de vencer con la fuerza de la opinión que lo aplaude la resistencia insidiosa de los enemigos de su propia comunión política, ya porque

crea que con el prestigio del poder tiene más encantado y sujeto el cariño de la linda criatura que le tocó por esposa: ¿quién se libra de ser hombre?

Crece de un modo singular el influjo de la mujer en los oficios y negocios viriles de la república, aunque visiblemente disminuyen la salud de la casa, y la santidad de la existencia. Da frío ver en las almas.

Una cosa es que la mujer desamparada tenga profesiones en que emplearse con decoro; una cosa es que la mujer aprenda lo que eleva la mente, y la capacite para la completa felicidad, por entender y acompañar en todo al hombre, y otra cosa, que la fuente de todas las fuerzas, el cariño entre hombre y mujer venga a parar en un contrato de intereses y sentidos.

No es que falte a la mujer capacidad alguna de las que posee el hombre, sino que su naturaleza fina y sensible le señala quehaceres más difíciles y superiores.

Aquí hay damas banqueras, ferrocarrileras, empresarias de ópera: a tanto llega la variedad e importancia de su acción que casi todos los diarios han fundado recientemente en sus ediciones semanales una sección sobre «Lo que hacen las mujeres», o «Mujeres distinguidas», o «Las mujeres en el comercio y la política».

Una es venerable de una orden de obreros: otra es una jugadora de cuenta en la Bolsa;

otra abre un teatro de comedia nativa, o va a París a comprar a Sardou, su *Teodora* de abalorio: otra, la esposa del Secretario de Marina, dice esta frase contra sus censores: «yo peleo mejor con los puños que con la lengua». Ayer mismo se publicaba el programa del nuevo partido de los trabajadores, donde se anuncia que debe pedirse en la próxima convención constitucional del Estado de Nueva York el voto para todo mayor de veintiún años, sea mujer u hombre.

Pero ninguna de estas damas despierta el cariño mostrado en todas partes a la joven esposa del Presidente, que a la faena ingrata de trabajar como el hombre, prefiere la más útil y difícil de consolarlo.

Tiene los ojos de un azul claro, y los pensamientos. Sale a comprar en *Christmas* sin que la conozcan, y entra en las tiendas pobres, «porque le da pena que no venda esa pobre gente». Lleva las manos repletas de chucherías, y se para en la acera a comprar un muñeco de cinco centavos de un caballero vendedor que no es mucho más alto que él.

En público, no hay quien no vuelva la cabeza para mirarla, por la sencilla dignidad con que lleva su alto puesto. En su casa, gusta de amigas jóvenes, y se sube por sillas y consolas a colgar el gabinete de flores y ciprés en Noche Buena «para que tenga ocasión de alegrarse su marido».

Ayer fue la recepción de año nuevo en la Casa Blanca, y la concurrencia salió prendada de ella. De nadie esquivaba la mano, y la da a todos sin miedo, a negros y a blancos. Estaba cercada de bellas mujeres, que la acompañaban en las labores de la recepción, pero como es la más tierna y afectuosa, parecía la más bella.

Hubo en la recepción el largo enojo, la procesión de las tres horas, el dar de manos a todos los que llegan. Rehuye Cleveland las cortesías innecesarias sin ver que toda cortesía es útil, y no hacen mal esos dulces engaños. Pero las de Año Nuevo son ineludibles, y la Casa se llena de caballeros pintorescos, de diplomáticos ostentosos, de pretendientes tenaces, de viajeros y admiradores.

Una cabeza blanca había, que se llevó sin embargo todas las miradas. El hombre se siente, consagrado en los ancianos.

Era George Bancroft, el autor famoso de la *Historia de los Estados Unidos*. Ya va para el siglo y todos los días monta a caballo. A las cinco se levanta y se sienta a preparar el trabajo del día.

Tiene la capacidad, acaso porque ha vivido feliz en un pueblo hecho, de repartir sus horas, lo que es cosa excelente para los cráneos bien criados. Odia la prisía, y tiene su vida en comparativos, como sus datos.

A las ocho de la mañana ya ha almorzado, y dicta, compagi-

na o relee con su secretario hasta las dos de la tarde, en que con lluvia, nieve o sol monta a caballo, y vuelve luego a la alegría de la casa o a los gozos sociales, a que es dado, hasta las diez de la noche en que les pone inflexiblemente punto.

Este orden se le ve en el rostro sano. La frente, redondeada en lo alto de las sienes, se levanta por las cejas. Brillan bajo las cejas los dos ojos, astutos y vivaces como los de las codornices. La nariz dantesca cae al labio apretado y lampiño. La barba nívea le cuelga sobre el pecho. No tiene el rostro expansivo y piadoso, como de quien ha vivido más para otros que para sí; pero por su ancianidad y gloria se le ama, por su obra formidable que completa, por sus amigos célebres e históricos, porque es el siglo vivo.

Todo lo grande de estos tiempos le ha tratado de cerca. Él fortaleció en Alemania la simpatía temible por la fuerza, que ojea el carácter norteamericano.

Allí estudió filosofía, lenguas, poetas. Dante, Milton y Bacon eran sus libros favoritos. Con el metódico y elocuente Heeren se apasionó de la historia. Asistió como familiar a las tardes filosóficas de Schleiermacher, aquel floretista de la razón, enemigo de Hegel.

Creyó en Kant, y en su mundo a priori, en el que las corrientes históricas se desenvuelven como fuerzas fijas a que obedece el hombre, en vez de

guiarlas. Conoció a Goethe, estirado, formal, vano, robusto; un Narciso de mármol, que le dijo que Byron había tomado de su *Fausto* a Manfredo. Conoció a Byron, ofendido, generoso, ardiente, que le habló de Goethe con cariño y asombro; y le aseguró que no había leído el *Fausto*. Vio demudarse a Byron cuando, al poner el pie en un buque, creyó hallarse enfrente de mujeres inglesas; ¡así ponen las urracas a los ruiseñores! Viajó por las tierras madres. En Inglaterra tuvo a Macaulay por amigo.

Semejante hombre creyó deber ser administrador de aduana, singularidad perdonable, porque merced a ella pudo aliviar con un empleo pingüe la pobreza de Hawthorne, aquel que bajó al espíritu, y escribió luego *La Letra Encarnada*.<sup>a</sup> Y los que se burlan,—como hay grandísimos bellacos que se burlan,—de las capacidades prácticas de los caballeros de letras, deben saber que Bancroft fue un admirable administrador y Hawthorne un puntilloso empleado.

Lo que a los hombres de letras suele suceder es que su amor y hábito mental de lo relativamente perfecto les produce el dolor de no hallarlo en todo, y una noble pereza de trabajar en las cosas fútiles que no llevan a ello.

No así George Bancroft, que es de esas mentes claras y tranquilas, en que el placer justo de sí y la soberbia de la raza quitan espacio al deseo, que engendra penas. ¿A qué repetir lo que el anciano ha hecho? ha contado su pueblo.

Su lenguaje es ameno, caiente y un tanto pomposo. Estudia la historia por días, y en sus borradores cada día tiene un buen número de páginas.

Seduca lo que cuenta; pero le falta ese calor de humanidad que liga al lector con el autor del libro, y hace perdurables a los caracteres. Mas, ¿quién no envidia esa obra imponente, y esa salud asegurada en la vejez por la paz del alma y el gozo del trabajo?

¡Ah! ¿Por qué ese anciano, a quien todos saludaban el día de Año Nuevo, fue aquel mismo

Ministro de Marina que ayudó, con pretexto inicuo, a despojar de California a México? La libertad propia se ha hecho sangre en estos hijos de casta puritana; pero, ingleses al fin, sólo para violarla les parece bien la libertad ajena. En la nariz excesivamente aguileña se le ve la rapacidad a la casta. En un mero soldado, la rapiña puede ser natural; pero todo atentado contra el derecho, en tierra propia o ajena, es crimen en un hombre de pensamiento. ¡Por eso no seduce el rostro de Bancroft!

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
25 de febrero de 1887

[Mf. en CEM]

a. Habitualmente traducida como *La letra escarlata*.

148

# Correspondencia particular de *El Partido Liberal*

Novedades de Nueva York.-El nuevo descubrimiento de Edison.-Descubre el modo de elaborar los alimentos con sustancias químicas.-Edison.-Emerson y Edison.-Viaje extraordinario de un velocipedista.-Stevens.-Sus viajes en Asia.-Las huelgas.-Fin de la huelga del carbón.-Significación de la huelga. Continúa el movimiento de transformación nacional.-De la guerra de clases.-Chauncey Depew y Grant.-Los mutualistas buscan jefe.-El acorazado «Abraham Lincoln».

Nueva York,  
14 de febrero de 1887

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

CUENTAN DE LINCOLN que la noche misma en que él y sus más íntimos amigos aguardaban con afán las noticias de su reelección a la Presidencia, se sacó del bolsillo un libro de anécdotas vulgares, y las leía de tiempo en tiempo en alta voz, con gran sorpresa y cólera de sus ministros: así se aliviaba aquella grande y afligi-

da mente de la pesadumbre de su ansiedad y melancolía. Todo lo decía en apólogos, como quien hubiese leído mucho la Biblia; y manejaba el cuento con la misma gracia y firmeza con que en sus mocedades blandió el hacha. Cuestión a la que echaba encima un cuento, ya quedaba hendida y como para no volver a levantarse. Pero él no decía cuentos únicamente para convencer con claridad y prontitud, de modo que no se discutiese sin medida, ni quedara enojado el vencido, al ver que su vencedor era la gracia; sino que abría ese escape

a sus preocupaciones y amarguras, y como que cobraba fuerzas de esos regocijados entremeses, tanto que cuando viajaba como candidato a su primera Presidencia, y le seguían pueblos y honores, se estuvo una noche entera «a ver quién cuenta más» con un famoso chascarrillero de un pueblo infeliz, ya asombrado de que el Presidente de la República fuera a ser «aquel compadre de las piernas largas».

Así Nueva York, como Lincoln, distrae sus alarmas y pesares con bailes, fiestas extrañas y novedades estupendas. Huelgas de un lado, acres y amenazadoras, miedos de guerra, reales o fingidos; proyectos de obras de defensa, ejércitos y armadas, planes de milicia que ya llevan en la entraña el huevo venenoso del ejército permanente, como si la riqueza hubiera de corromper las Repúblicas, y por el exceso y abuso de ella vinieran éstas a parar en los mismos vicios y tiranías contra los que, con fuerza de Universo moral, se levantaron. Y de otro lado, los «snow shoers», los andado-



res en el hielo del Canadá, con sus vestidos pintorescos y viriles, hechos de frazadas de colores—Wagner, que parece aquí vivo, triunfante y colérico como una quimera, y rey del teatro de ópera, de donde la italiana huye vencida;—Bishop, un prestidigitador impune, que dice que lee la mente y sólo alcanza, con mucho vendarse los ojos y ser llevado de la mano, a descubrir el paradero de una aguja o adivinar las cifras de un billete de banco;—Stevens, un velocipedista que acaba de circunrodar el mundo, y vuelve de los bambúes y las pagodas cargado de condecoraciones y leyendas;—¡y qué más! Edison, que en sus ratos perdidos se entretiene en dibujar en la pared a salivazos de tabaco los Estados Unidos, y ahora anuncia que ha descubierto la manera de fabricar los alimentos todos, el chocolate y la almendra, el plátano y la carne, el trigo generoso y el vino cordial, sin más que descomponer la tierra y el agua y combinar sus elementos.

El misterio, es verdad, chispea en los ojos de Edison, su mirada se escapa, como la de los felinos. Parece que lleva escrito en la pupila un cuento de Edgar Poe o una estrofa de Charles Baudelaire. Un silfo de alas verdes, ribeteadas de plata, danza en aquella niña de ojo claro, se mofa, se harta, enseña su vientre hendido y luminoso como el de los cocuyos, centellea. Pasa el toro al torero, cuya mirada es sanguinosa y turbia.

La medicina pasa al médico, que ya por serlo cura, y con su sonrisa suele abatir la fiebre. La electricidad, profunda y traviesa, ha pasado a este hombre extraño, de cara pálida y ojos relucientes. Se adquiere fuerza y apariencia sobrenaturales del comercio con la naturaleza. Y se adquiere además una ardiente y batalladora fe en el espíritu, como en su viaje a la gota de sangre adquirió Pasteur, y en el suyo a las entrañas de la luz ha adquirido Edison. Dicen que ve por todas partes cuerpos sin forma, que el silencio tiene para él mágicas voces, que la ciencia de este mundo le ha llevado hasta el dintel de otro más bello, al que desde esta ribera oscura solicita y enamora. El mundo despierta una sed que sólo la muerte apaga. El hombre que conoce bien el mundo cae en la muerte, como un trabajador cansado cae en los brazos de su esposa.

Tortura la ciencia y pone al alma en el anhelo y fatiga de hallar la unidad esencial, en donde, como la montaña en su cúspide, todo parece recogerse y condensarse. Emerson, el vecedor, dijo lo mismo que Edison, el mecánico. Este, trabajando en el detalle, para en lo mismo que aquél, admirando el conjunto. El Universo es lo universo. Y lo universo, lo univario, es lo vario en lo uno. La Naturaleza «llena de sorpresas» es toda una. Lo que hace un puñado de tierra hace al hombre y hace al astro. Los elemen-

tos de una estrella enfriada están en un grano de trigo. Lo que nos mantiene sobre la tierra está en la tierra. ¿No dijo Newton que las propiedades de los alimentos están en el suelo que pisamos, y en el aire que nos rodea, sólo que eluden nuestras garras? Humphrey Davy,<sup>362</sup> Faraday,<sup>363</sup> Liebig<sup>364</sup> estuvieron, dice Edison, a punto de acelerar la transformación de las sustancias primas en alimentos sápidos y nutritivos: como él, Edison, los transforma. Quien ha estudiado los orígenes de la vida animal, quien ha visto cuán poco desemejantes son el hombre y los animales rayanos en su primer estado de existencia, no se asombra de oír decir a Edison que puede hacer plátanos y chocolate de las mismas sustancias primas, sin más que variar su combinación ligeramente. «Con tierra de New Jersey y agua, dice, he hecho una botella de Chateau d'Iquem.» Son asombrosos los fenómenos del anamorfismo: no hay fin para el número de cosas diversas que pueden hacerse, combinando elementos semejantes. La analogía de muchos compuestos orgánicos y ciertos grupos de simples, pasma a los químicos. El peso atómico de los compuestos es igual al peso atómico de los ingredientes. La ley del isomorfismo enseña que hay ciertos grupos de sustancias compuestas de tal modo que uno de sus elementos puede ser sustituido por otro de proporciones equivalentes sin

alterar el carácter cristalino de la materia. «¡Ea, pues!» concluye Edison: «ya no habrá que ir por dulces a los países finos, ni por cacao a Soconusco, ni por vinos a Francia.» Él puede hacer en un día una papa, una calabaza, una espiga de trigo; un solomillo lo puede sacar de la tierra en unas cuantas horas.

La diferencia estará en que no habrá fibra. La química celosa ha robado sus retortas a la naturaleza. «De aquí a tres años —dice Edison— Nueva York no comerá carne ni hortaliza. Yo las haré más barato que la tierra.» ¡Tal parece que la naturaleza, luego que los atrae a sus brazos, trastorna a sus amantes!

Stevens, el velocipedista, acaba de llegar de los países donde la naturaleza es fragante y perezosa, y lleva en los brazos lianas y serpientes. Un periódico de Nueva York, el «Outing», algo como «Al Aire Libre» le pagó el viaje en velocípedo alrededor de la tierra. En abril del ochenta y cinco salió de Nueva York en un vapor de Europa, y en enero del ochenta y siete llegó a San Francisco en un vapor de Asia. Europa, ya está vista, y no tiene romance, o su romance está aladrado, pasado de sazón, echado a podre, como la comida de moda en los hoteles. El romance está en los países de túnicas de seda, mujeres embozadas, de cabellos vivaces, de paramentos joyantes y vistosos, de vinos perfumados, de apólogos que saben a nuez fresca.

Donde Haydée mira, donde embriaga el hashish, donde cantan el Rubaiyat, el poema bordado de rosas, está el romance. Como por ruinas pasó Stevens por los pueblos europeos, llagados todos, como una enorme Capua. Recorrió en velocípedo los caminos de Turquía, de esa rosa comida de gusanos. Cruzó a Persia; penetró en Afganistán. En China quiso entrar, pero a las cien leguas lo detuvieron a pedradas en Kingan-Toy, y ya llevaba magullado el casco hindú de que se armó para el viaje, cuando pudo asilarse en el yamen, que ampara, como antaño nuestros templos, a los que se acogen a su guarda.

Por todas partes halló Stevens clubs de velocipedistas. De los países de ojos negros ha traído recuerdos dominantes. Celebra la sencillez y bondad turcas. Lugar hubo donde el gobernador le tributó honores de Estado, y congregó a la población para verle partir «volando sobre su rueda y pedir a Alá que fuese siempre con él la maravilla». Halló a los chinos desconfiados y silenciosos, como quienes han padecido de la gente extraña. Ellos, como nuestros indios, jamás dicen llanamente al extranjero lo que le falta de camino, ni cuál es su vía, ni qué tiempo le auguran. El blanco los estrujó en agraz: agraz es para ellos el blanco. Un miedo rencoroso inspiran sus respuestas.—«¿Falta mucho para llegar?»—«Una subidita y una ba-

jadita.» Y faltan leguas. —«¿Lloverá hoy?»—«El cielo sabrá eso!» Da pena ver las razas espantadas.

Mientras la mocedad elegante festeja con banquetes la vuelta del osado Stevens, y en los teatros resucitan con pompa de vestidos las comedias viejas, y lo florido de las damas acude a los bailes famosos con que es uso cerrar aquí la estación de las nieves, reúnen en una vasta sala fría los delegados de los obreros, anuncian que la compañía carbonera ha accedido a pagar al tipo antiguo a sus empleados, y dan por terminada la heroica, la angustiada, la temible huelga. Han vencido, sí, pero perdieron \$1 200 000 de salarios. Sesenta mil hombres han estado sin trabajar cinco semanas, porque una compañía de carbón quiso rebajar injustamente la paga y una empresa de vapores intentó en otra parte reducir la de sus muelles. «Una ofensa a uno es una ofensa a todos» es el lema de los Caballeros del Trabajo. «Pues hasta que no traten con justicia a nuestros hermanos, no trabajaremos!»

Y un gremio tras otro, se mantuvieron en la huelga, compeliendo a las dos compañías a obrar en justicia.

De paso no se puede decir todo, lo que estas huelgas enseñan. Esta ha enseñado más que otras, porque revela que, aunque la organización de los obreros no es aún tan completa

como pudiera, lo es ya bastante para inducir que si en un caso sencillo se muestra tanta hermandad, pudiese el trabajo entero de la nación dejar a una vez sus talleres algún día, y retar a las industrias productoras a fatal desafío, cuando llegue aquel caso grave o combinación de casos que ha de producirse de este estado de guerra enconado y silencioso. Y si por los medios legales no se acude a las causas del mal, si no se abarata la vida con una tarifa amplia, si no se suprimen los tributos innecesarios que repletan inútilmente el Tesoro, si no se atiende a contener los daños públicos que evidentemente nacen de la acumulación del territorio y los derechos nacionales en compañías privadas, prosperará esta nación de obremos en la sombra, y acabará por ofrecer batalla a la nación legal de propietarios.

Lo más temible de esta lucha es que, mientras los prudentes la afrontan, los demagogos la precipitan, aquellos que se consideran por su enorme fortuna como los magnates del país, se concilian para defender sus privilegios y andan buscando jefe. ¿Dónde está ya aquel respeto del americano por su ciudadanía, aquella fe inquebrantable en el ejercicio del libre albedrío, aquel orgullo de ver levantarse de la humildad a sus apóstoles y a sus cabezas? Fingen aún esas ideas, pero ya las abominan. La guerra que ase-

guró la Unión y el crédito, creó una generación de agiotistas venturosos, sin práctica ni fe en una libertad oscurecida por la arrogancia del triunfo y sin respeto por las instituciones trocadas en comercio por los encargados de conservarla. Creó esta generación tribunales serviles y Senados de millonarios, y ha llegado a hacer de la Casa de Representantes, de las fuentes de las leyes, un mercado abierto donde éstas se venden y se compran, un cóncave inicuo de agentes de poderosos solicitantes o de empresas ricas. Y esta generación ahora se niega, cuando el país se siente vendido y vuelve en sí, a abandonar esta vida de robos disfrazados, a devolver lo que ha adquirido ilegalmente, a permitir que la nación se limpie de ellos y se reconstituya. ¡Es gran desdicha que la abnegación sea tan escasa y tan grande aquí el amor a la riqueza, que los reformadores no estén saliendo de entre las filas mismas de los pudientes e ilustrados, sino de los humildes y mal vistos, con lo que tienen los ciudadanos viciosos el derecho aparente de considerar como ambición de los pobres lo que es nada menos que la necesidad de la conciencia, el clamor del hombre, y la salvación de la República! ¡Grande fue aquel Wendell Phillips que no temió cuando la guerra de la esclavitud defender a los humildes, habiendo nacido entre los altos!

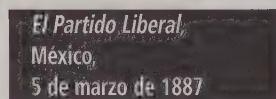
Ayer mismo se congregaron en un comedor suntuoso los prohombres del partido de los magnates, el Partido Republicano. Ostensiblemente se reunieron para celebrar el aniversario del nacimiento de Abraham Lincoln; de aquel que ya tenía fama gloriosa y era aclamado entre los padres de los hombres, cuando apenas había ganado lo preciso para comprar una casa de madera y ponerse zapatos ásperos y medias de lana. Pero el objeto verdadero de la fiesta era ir buscando el jefe nuevo, que ha de juntar en un programa vivo, para la defensa de los privilegios logrados, a las huestes republicanas que andan hoy inseguras tras de unos y otros jefes, sin llegar a concertar sus voluntades sobre alguno. Ven que la tierra se mueve, y quieren ponerle freno. Ven que la nación les interroga ya colérica, y quieren con sus antiguas glorias parapetarse y deslumbrarla. Una figura enérgica y poco amable viene surgiendo, como si se sintiera evocada, entre estos políticos acaudalados y medrosos: la de Chauncey Depew, el abogado de los Vanderbilt, el que pronunció el discurso oficial de inauguración en la fiesta de la estatua de la Libertad, el que tiene el ingenio bastante agudo para comprender por dónde se vienen los miedos de los ricos, y ponerse a su cabeza. Conduce los tiempos el que penetra sus necesidades, y se determina a reflejarlas. Así empiezan a reco-

gerse en torno a Chauncey Depew aquellos elementos mismos de autoridad y soberbia que creían hallar en Grant su natural encarnación, y lo tuvieron siempre en el pavés para la Presidencia. Bien poco hablaron por cierto los políticos anoche de aquella excelsa virtud

del «Honrado Abe», que aprendió a escribir con trozos de carbón sobre las cercas de madera, y hubo muchas veces de recurrir a sus amigos para que le sacaran de empeño su caballo, -el caballo en que había recorrido año tras año su comarca pobre, estudiando a la solana

por el camino los clásicos y el Euclides.

José Martí



149

## Henry Ward Beecher<sup>365</sup>

Bosquejo de la vida del famoso orador.-  
Su carácter.-Sus ascendientes.-Infancia y  
juventud.-Vida de un pastor protestante.-Albores  
de su fama.-Campana contra la esclavitud.-  
Su religión peculiar.-Amor a la naturaleza.-Influjo  
en la patria y en el cristianismo.-Su vida épica.-  
Viaje a Inglaterra.-Triunfos.-Proceso escandaloso.-  
Su oratoria.

Nueva York,  
marzo 13 de 1887

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

**P**ARECE que la libertad, dicha del mundo, puede rehacer la muerte. El hombre, turbado antes en la presencia de lo invisible, lo mira ahora sereno, como si la tumba no

tuviese espantos para quien ha pasado con decoro por la vida. Ya alborea la alegría en la gigantesca crisis; de cada nuevo hervor sale más bello el mundo; el ejercicio de la libertad conduce a la religión nueva. En vano frunce la razón meticulosa el ceño, y rescatando con estudiado livor la fe invencible, escribe la duda sus versos raquíticos y atormentados. ¿A qué sino a desconfiar de la efi-

cacia de la existencia han de llevar las religiones que castigaban y los gobiernos tétricos? Así, donde la razón campea florece la fe en la armonía del Universo.

El hombre crece tanto, que ya se sale de su mundo e influye en el otro. Por la fuerza de su conocimiento abarca la composición de lo invisible, y por la gloria de una vida de derecho llega a sus puertas seguro y dichoso. Cuando las condiciones de los hombres cambian, cambian la literatura, la filosofía y la religión, que es una parte de ella; siempre fue el Cielo copia de los hombres, y se pobló de imágenes serenas, regocijadas o vengativas, conforme viviesen en paz, en gozos de sentidos, o en esclavitud y tormento, las naciones que las crearon.



Cada sacudida en la historia de un pueblo altera su Olimpo; la entrada del hombre en la ventura y ordenamiento de la libertad produce, como una colosal florecencia de lirios, la fe casta y profunda en la utilidad y justicia de la Naturaleza. Las religiones se funden en la religión; surge la apoteosis tranquila y radiante del polvo de las iglesias; ya no cabe en los templos, ni en éstos ni en aquéllos, el hombre crecido; la salud de la libertad prepara a la dicha de la muerte. Cuando se ha vivido para el hombre, ¿quién nos podrá hacer mal, ni querer mal? La vida se ha de llevar con bravura y a la muerte se la ha de esperar con un beso.

Henry Ward Beecher, el gran predicador protestante, acaba de morir. En él, como criatura de su época, la fe en Cristo, heredada de su pueblo, ya se dilataba con la grandiosa herejía, y su palabra, como las nubes que se deshacen a la aurora, tenía los bordes orlados con los colores fogosos de la nueva luz; en él, como en su tiempo y pueblo, los dogmas enemigos, hijos enfermos de una sombría madre, se unían atropelladamente, con canto de pájaros que festejan la muda de sus plumas a la Primavera; en él, hijo culminante de un país libre, la vida ha sido un poema y la muerte una casa de rosas. En la puerta de su casa no pusieron, como es costumbre, un lazo de luto, sino una corona. Sus feligreses le bordaron, para cubrir su fére-

tro, un manto de claveles blancos, rosas de Francia y siemprevivas. En sus funerales oficiaron todas las sectas, excepto la católica. A su iglesia, la iglesia que llamó a su púlpito a los perseguidos y rescató a los esclavos, la vistieron de rosas, del pavimento al techo, y parecía, al penetrar en el enflorado recinto, que la iglesia cantaba!

Nada es un hombre en sí, y lo que es, lo pone en él su pueblo. En vano concede la Naturaleza a algunos de sus hijos cualidades privilegiadas; porque serán polvo y azote si no se hacen carne de su pueblo, mientras que si van con él, y le sirven de brazo y de voz, por él se verán encumbrados, como las flores que lleva en su cima una montaña.

Los hombres son productos, expresiones, reflejos. Viven, en lo que coinciden con su época o en lo que se diferencian marcadamente de ella; lo que flota, les empuja y pervade; no es aire sólo lo que les pesa sobre los hombros, sino pensamiento; esas son las grandes bodas del hombre: sus bodas con la patria. ¿Cómo, sin el fragor de los combates de su pueblo, sin sus antecedentes e instituciones, hubiera llegado a su singular eminencia Henry Ward Beecher, pensador inseguro, orador llano, teólogo flojo y voluble, pastor hombruno y olvidadizo, palabra helada en la iglesia? Nada importa que su secta fuese más liberal que las rivales; porque los hombres, su-

bidos ya a la libertad entera, no han de bajar hasta<sup>a</sup> una de sus gradas. Pero Beecher, criado en la hermosura y albedrío del campo, por padres en quienes se acumularon por herencia los caracteres de su nación, creció, palpité, culminó como ella, y en su naturaleza robusta, nodriza de aquella palabra pujante y desordenada, se condensaron las cualidades de su pueblo; clamó su crimen, suplicó su miedo, retemblaron sus batallas y tendieron las alas sus victorias.

Él era, es verdad, como arpa en que los vientos, juguetones o arrebatados, ya revolotean sacudiendo las cuerdas blandamente, ya se desatan con cólera y empuje, arrancándoles sonidos siniestros; mas, sin los vientos, ¿qué fuera de las arpas? Él era sano, caminador, laborioso, astuto, fuerte; él había levantado en el Oeste su casa con sus manos; él traía de la contemplación de la Naturaleza una elocuencia familiar, grata y armónica, y de los trabajos y choques de la vida la pertinacia y la cautela; él, semejante en todo esto a su nación, aún se le asemejaba más en el espíritu rebelde que conviene a los pueblos recién salidos de la servidumbre, y en lo rudimentario y llano de su cultura. Él usaba, como su pueblo, sombrero de castor y zapatos de becerro; él, que<sup>b</sup> perteneció en su Estado

a. Se añade «han de bajar hasta».

b. Se añade «que».

nativo al bando de colonos hostiles<sup>a</sup> a la esclavitud, trajo al público de Brooklyn aquella ira local que fue nacional luego; él, puso al servicio de la campaña de la abolición su salud desbordante, su espíritu indisciplinado, su oratoria pintoresca, su dialecto eclesiástico, embellecido con una natural poesía; él vio crecer los tiempos, a través de las señales engañosas, y se puso junto a ellos en la época feliz en que la virtud era oportuna.

Cautivó a su congregación con la novedad, llaneza y gracejo de sus sermones; arremetió contra la esclavitud con todo su ímpetu<sup>b</sup> y descomedimiento campesinos. Cedió su púlpito a los abolicionistas apedreados por las turbas. Su oratoria batallante y esmaltada tuvo pronto por admiradora a la nación. Y cuando Inglaterra ayudaba a los Estados rebeldes, a los dueños de esclavos, él se fue al corazón de Inglaterra; la hizo reír, llorar, avergonzarse, celebrar en él la justicia de su pueblo. Luego bajó la cuesta de la vida, acusado de una culpa odiosa: el adulterio con la mujer de un amigo. Veinte años ha llevado la carga, jadeando como un Hércules. Jamás recobró la altura que tenía antes de su pecado, porque todo se puede fingir, menos la estimación de sí propio; aunque en su pasmosa energía, o en su sincero arrepentimiento, encontró fuerzas para seguir siendo elocuente cuando ya no era honrado.

Mas desde que quedó resuelto el gran problema en que

se confundió con su República, sólo fue lo que con su naturaleza bullente, encogullada en un dogma religioso, hubiera sido siempre en un país donde la fe no es asustadiza y la originalidad es rara: fue una fuerza de palabra, como otros son una fuerza de acto. Hay palabras de instinto, que vienen sobre el mundo en las horas de renuevo, como los huracanes y las avalanchas; retumban y purifican, como el viento; elaboran sin conciencia, como los insectos y las arenas de la mar. Era un orador superior a sí mismo. Divisaba el amor futuro; defendía, con pujanza de león, la dignidad humana; se le abrasaba el corazón de libertad. Demolía involuntariamente; sólo dejó en pie los dogmas indispensables para que su congregación no lo depusiera por hereje. Traía a su púlpito a sus adversarios, a un cardenal, a un ateo. Apenaba verle luchar entre sus hipócritas reticencias de pastor y el concepto filosófico del mundo, que se enseñoreaba de su juicio. No se atrevió, acobardado por la ancianidad, a defender a los pobres como había defendido a los negros. Pero introdujo en el culto cristiano la soltura, gracia y amor de la Naturaleza; congregó en el cariño al hombre las sectas hostiles que con sus comadrazgos y ceños lo han atormentado; y con una oratoria que solía ser dorada como el plumaje de las oropéndolas, clara como las aguas de las fuentes, melodiosa como la fronda

poblada de nidos, triunfante como las llamaradas de la auro-  
ra, anunció desde el último templo grandioso de la cristianidad que la religión venidera y perdurable está escrita en las armonías del Universo.

Henry Ward venía de antepasados vigorosos; de una partera puritana, que sacó al mundo mucho hijo de peregrino cuando aún no se había podrido la madera de La Flor de Mayo; de jayanes que bebían la sidra a barril alzado, como los catalanes beben el vino en sus porrones; de un herrero que, a la sombra de un roble, hacía las mejores azadas de la comarca; de un posadero parlanchín que pasaba los días debatiendo, con los seminaristas que se hospedaban en su casa, sobre la religión y la política; del pastor Lyman Beecher, el padre de Henry, en quien culminó la fuerza exaltada, nómádica y agresiva de aquella familia de puritanos menestrales.

En los tiempos de Lyman los estudiantes se apellidaban con los nombres gloriosos de la Enciclopedia. Todos sabían de memoria *La Edad de la Razon*, de Tomás Paine; todos, como Paine, jugaban, se embriagaban, adoraban sus puños y sus remos, se descuadraban sobre las cabezas las Biblias. Lyman, que empezó en el seminario de

a. Se añade esta palabra.

b. Se añade «todo su ímpetu».

despensero, salió de él pastor elocuente. Componía sus sermones vagando por el campo; y luego, en el desorden de la improvisación en las mentes que no se han nutrido por igual ni fueron criadas, en el ejercicio y sensatez del arte, los exhalaba con la fuerza histórica que le venía de sus abuelos, y de lo agitado y directo de su propia vida. La palabra le molestaba y oprimía, hasta que, como apretado granizo, la vaciaba sobre sus oyentes en apotegmas y epigramas; y tan estremecido quedaba del choque, que le conocían por «el pastor del violín», porque calmaba la agitación de sus sermones tocando al volver de la iglesia un aire viejo, o bailando con gran ligereza el trenzadillo en la sala de su casa, la casa de un pastor de pueblo que ganaba trescientos pesos al año. La alfombra en que bailaba era de algodón cardado e hilado por su esposa, y pintada por ella misma de orlas y ramos, con unas pinturas que le dio un hermano.

Ese padre vehemente tuvo Beecher, y una madre que a la sombra de los árboles gustaba de escribir a sus amigas cartas bellas, que aún huelen a flores. Los rizos rubios de Henry le revoloteaban al correr detrás de las mariposas; Harriet, la que había de escribir *La Cabaña del Tío Tom*, quería que le hiciesen una muñeca; allá adentro, en la sala, discutían los pastores, envueltos en el humo de sus pipas; ornaba las ventanas la pe-

netrante madreSelva; mecían sus copas compasadamente los álamos y meples, guardianes de la casa; como gotas de sangre lucían en la huerta las manzanas, sobre su follaje espeso. Cansado a veces de ellas, miraba Henry el pinar majestuoso que bordeaba los lagos vecinos; y la cabeza redonda y azul de la montaña del lugar coronaba a lo lejos el paisaje; en monstruos soberanos, en extraños ejércitos, en rosas de oro, en carros gigantescos, se desvanecían las nubes apaciblemente en la hora de las puestas. Durante el invierno, leía el pastor, rodeado de sus hijos, los patriarcas de la lengua: Milton, austero como su San Juan; Shakespeare, que pensaba en guirnalda de flores; la Biblia, fragante como una selva nueva. O bien, mientras los hijos ponían la leña en pilas, les contaba el pastor cuentos de Cromwell. En el comedor oscuro ardía perennemente el fresno, en una colosal estufa rusa.

Sin madre ya, aunque con buena madrastra, iba creciendo el niño, rebelde a reclusión y freno, como quien se cría en el decoro e independencia del campo. El pinar le atraía más que los libros. Cuando lo llevaban a la iglesia «le parecía que iba a una cueva donde no entraba nunca el Sol»; pero se estaba absorto horas enteras oyendo rezar a un negro de la casa, que decía sus oraciones cantando y riendo, como si unas veces sintiera en sí el cuerpo

mismo del Señor y otras le inundara de alegría la belleza del mundo. Para las palabras no tenía el niño memoria; su ingenio se mostraba sólo en sus réplicas, cómicas y sesudas. Se iba por los caminos recogiendo flores; volvía de sus excursiones por el bosque cargado de la bellota misteriosa, de piñones, de semillas; gustaba de pasearse por las rocas, viendo cómo el agua se esconde y labra en ellas, con tal finura que parece pensamiento. ¿Qué catecismos y libros de deletrear habían de seducir a aquel hijo de un puritano activo y de una descendiente de escoceses románticos, que se embebecía en las músicas de la Naturaleza; que comparaba sus semejanzas y colores; que observaba la sabiduría de sus cambios, la perpetuidad de la vida, la eficacia de la misma destrucción; que se sentía mudar, como las hojas y las plumas, con el invierno, que fortifica la voluntad; con la primavera, que desata las alas; con el estío, que atormenta y enciende; con el otoño, el himno de la tierra?

«¿Conque me pedís mi plegaria de ayer?»—decía una vez Beecher.—«Si me enviáis las notas de la oropéndola que trina en el ramaje de mis árboles el último junio, o las burbujas tornasoladas de la espuma que en menudos millones se deshicieron ayer contra la

a. Se añade «de».



playa, o un segmento de aquel hermoso arco iris de la semana pasada, o el aroma de la primera violeta que floreció en mayo, entonces yo también<sup>a</sup>, amigos míos, podré enviaros mi plegaria.» Esa era su oratoria. Él la improvisaba, porque conocía la Naturaleza. Por la fuerza del lenguaje amó luego a los clásicos; de su abolengo de puritano le vino su ímpetu de reformador; pero el amor fogoso a la libertad, la salud y la alegría, y la abundancia y color de su elocuencia, le vinieron de aquellos profundos paseos por el campo, y de su madre, que vivió en el jardín cuando lo tuvo encinta y fue amiga siempre de las flores.

Es necesario que la juventud sea dura. Beecher fue al seminario; jamás aprendió el griego; supo mal sus latines; era el primero en los ejercicios corporales en correr, en nadar, en luchar, en tirar a la pelota; también era el primero contra las brutalidades del colegio, el manteo, la bebida, el juego, el abuso de los menores. Pastor fue el padre, pastores eran sus amigos, pastor lo hicieron a él; estas carreras heredadas malogran los hombres; la cogulla para aquel mozo indómito hubiera sido un insoportable freno, si no hubiese en la casta puritana el espíritu vehemente del sacerdocio y la astucia que enseña cuán prudente es entrar por un camino hecho. El bosque se come a los exploradores. Los hombres abandonan

a los que se deciden a vivir sin adularlos.

Beecher se casó joven, en lo que dio prueba de nobleza. «Me casaré con ella, aunque no tengamos para vivir más que la punta noroeste de una mazorca»; y juntos se fueron a la aldea, donde derribó él los árboles de que hizo su casa, ayudado por sus feligreses y vecinos. Él era el pastor, el sacristán, el apagaluces; su parroquia era de ganapanes; recibía, como su padre, trescientos pesos al año. Pero luego en una ciudad de más viso, la angustia fue mayor; allí a su mujer la envejecía la ira; el Oeste rudo la sacaba de quicio; ocho años vivió enferma. Y aquel pastor elocuente, a quien ya venían a oír de los lugares a la redonda; aquel defensor enérgico de los colonos que se resistían a permitir la esclavitud en el Estado; aquel ministro del Señor que no tenía embarazo en convidar a las armas, como los obispos antiguos, ni en hacer reír a sus oyentes con chistes brutales, ni en hacerles llorar con sus tiernas memorias domésticas; aquel desenvuelto predicador que hablaba más de los derechos del hombre que de los dogmas de la Iglesia, cultivaba una huerta para ayudar a los gastos de la casa; cuidaba de su caballo, su vaca y su cerdo; pintaba las paredes como su madre había pintado la alfombra; ¡y cocinaba, y corría con la limpieza de la vajilla!

Al fin, lo oyó predicar un día un viajero, por cuya recomen-

dación lo llamaron de Brooklyn. ¡Brooklyn, del Este! Allí los pastores son gente de mucho libro; no dicen chistes en el púlpito; no cantan a voz en cuello con sus feligreses; usan zapatos finos y sombreros de copa; ¿qué va a hacer allá el pastor de rostro bermejo y cabellera suelta? Pero su mujer quiere ir, y van. Lo primero fue cambiarles el guardarropa, porque el que llevaban era para reír: ella, unas mangas abullonadas, y saya de vuelos; él, una levita flotante y locuaz, el sombrero risueño y caído sobre la oreja, el cuello a la Byron.

Para reír también era la oratoria del pastor. ¡Qué ademanes, qué chascarrillos, qué transiciones súbitas, qué hablar de las costumbres de las ardillas y de los amores de los pájaros! ¡Pues no discurría sobre política en el púlpito! el mejor modo de servir a Dios es ser hombre libre y cuidar de que no se menoscabe la libertad. Unos períodos parecían arrullos; otros, columnas de humo perfumado; de pronto un manotazo en los faldones, un círculo dibujado en el aire con el brazo. ¡Y qué herejías! Él no creía en la caída de Adán; el hombre estaba cayendo siempre; la divinidad se estaba revelando sin cesar; cada nido es una nueva revelación de la divinidad; los dominicos deben ser alegres; el mun-

a. Se añade «yo también».



do no pudo haber sido hecho contra lo que revela con su propio testimonio. Zumbaba el encono alrededor del púlpito. «¡Por Dios, sáquenme al hijo del Este»; decía Lyman Beecher. «Allí se sabe demasiado».

¡Ah, sí! pero allí no se tiene la altivez pujante de los que se crían alejados de las ciudades populosas. Él traía su religión oreada por la vida. Él venía del Oeste domador, que abate la selva, el búfalo y el indio. La nostalgia misma de su iglesia-pobre le inspiró una elocuencia sincera y amable. Hacía tiempo que no se oían en los pulpitos acentos humanos. Le decían payaso, profanador, hereje. Él hacía reír; él se dejaba aplaudir; iculpable pastor que se atrevía a arrancar aplausos! Él no tomaba jamás su texto del Viejo Testamento, henchido de iras, sino que predicaba sobre el amor de Dios y la dignidad del hombre, con abundancia de símiles de la Naturaleza. En lógica, cojeaba. Su latín era un entuerto. Su sintaxis, toda talones. Por los dogmas pasaba como escaldado. ¡Pero en aquella iglesia cantaban las aves, como en la primavera; los ojos solían llorar sin dolor y los hombres experimentaban emociones viriles!

¿Qué importaba que sus mismos feligreses creyeran exagerada la propaganda de su pastor contra la esclavitud? Ellos le habían admirado cuando, afrontando la cólera pública, cedió

su púlpito al evangelista de la abolición, a Wendell Phillips. ¡Quién ha de atreverse con el pensamiento del hombre! Y ellos fueron, como él les aconsejó, armados de garrotes. El púlpito crecía; de la nación entera venían a oír aquella palabra famosa. «¡Siga al gentío!» decían los policías a quienes les preguntaban por la iglesia. Allí solía encrespase la elocuencia del pastor, y subir, como las olas del mar, en torres de encaje. Tundir solía, como el garrote de sus feligreses. Pero era, en lo común su discurso, coloreado y melodioso, como un fresco bosque por cuyos árboles de escasa altura trepan, cuajadas de flores, las enredaderas, ya la roja campánula, ya la blanca nochebuena, ya la ipomea morada. A veces un chiste brusco hacía parecer como si, por desdicha, hubiese asomado entre los florales un titiritero; pero de súbito, con arte de mago, un recuerdo de niño cruzaba volando como una paloma, e iba a esconderse, despertando a las lágrimas, en un árbol de lilas.

Corría el estilo de Beecher como las cañadas del valle, argumentando la arena, meciendo las frutas caídas y las florecillas, sombreándose en las nubes que pasan, serpeando por entre las guijas relucientes, derramándose en mil canales, entrándose por los bosques de la orilla y volviendo de ellos más retozonas y traviesas. Cuando se ahondaba el camino, cuando

enardecía aquel estilo la pasión, despeñábanse sus múltiples aguas, y allá iban, reunidas y potentes, con sus hojas de flores y sus guijas; mas luego que el camino se serenaba, volvía aquella agua, que no tenía fuerza de río, a esparcirse en cañadas juguetonas.

No poseyó la palabra nueva, el giro abrupto, el salto inesperado, la concreción montuosa<sup>a</sup> de los creadores. Él era criatura de reflejo, en quien su pueblo se manifestaba por una voz sensible y rica. Tenía de actor, de mímico, de títere. Lo gigantesco en él era la fuerza; fuerza en la cantidad y los matices de la palabra, fuerza para adorar la libertad, con una pasión frenética de mancebo. ¡Y todo se tocaba menos ella!

Aquel orador, acusado con justicia de mal gusto, hallaba entonces ejemplos apropiados en el tesoro de sus impresiones de la Naturaleza; aquellos ojos azules centelleaban, y se veía en el fondo el mar; aquel predicador de gestos burdos producía sin esfuerzo arengas sublimes. Ya era una nota inesperada y vibrante, que subía hundiéndose el aire y quedaba azotándolo en lo alto, como un gallardete de bronce. Ya era un magnífico puñetazo, dado con acierto mortal entre las cejas.

No recargaba el raciocinio con ornamentos inútiles, pero

a. Se añade «el salto [...] montuosa».

solía debilitar la frase por su misma abundancia. Escribió libros sin cuento, por el cebo de la paga, que llegó al millón de pesos; mas nunca fue maestro de la palabra escrita; y se buscarían en él en vano, a pesar de su amor a la Naturaleza, la expresión triste y jugosa de Thoreau y aquella lengua raizal de Emerson. No hay que buscar en él la prosa caldeada, transparente y fina de Nathaniel Hawthorne; pero eso bien se puede perdonar al que, descubriendo en todos los credos dignos del hombre el amor a éste en que todos se reúnen, desmintió la frase fanática de aquel otro Nathaniel Ward, «la polipiedad es la impiedad del mundo». La lengua inglesa, es verdad, no debe a Beecher ningún cuño nuevo, ningún ingrediente desconocido y olvidado, ningún injerto brioso. No ilustraba su asunto con anécdotas, como Lincoln, sino con símiles. La imagen era la forma natural de su pensamiento. El hombre era su libro. Casi puede decirse de él, aunque no en tan alto grado, lo mismo que él decía de Burns: «Fue un verdadero poeta, no creado por las escuelas, sino educado sin ayuda ni cultivo exterior»; él, como Burns, pedía «una chispa del fuego de la Naturaleza»: ésa era toda la ciencia que él deseaba.

Célebre era la iglesia de Plymouth en aquellos días en que, marcado en la frente por Wendell Phillips, se decidía el Nor-

te, herido en sus derechos, a protestar al fin contra la esclavitud; un flagelo de llamas era la elocuencia de Beecher; no se salía sin llorar un solo domingo de su iglesia; exhibía en su púlpito a una niña esclava de diez años, y despertaba el horror de la nación; con las joyas que llevaban puestas libertaban otro día sus feligreses a una madre y su hija. Cuando el rufián Brooks golpeó brutalmente, en el Senado, con el puño de su bastón, al elocuente abolicionista Sumner, los magnates de Nueva York no invitaron a Beecher a protestar con ellos en su reunión solemne; pero Beecher fue a ella; lo vio el público; lo echó sobre la tribuna, abandonada por los magnates medrosos» ¡Y halló en aquel instante de soberbia emoción palabras históricas que todavía flamean, tal como lloran las que dijo cuando voló la luz de Lincoln!

Mas ¿qué era el entusiasmo de sus compatriotas, el saludarlo por las calles, el llenarle el púlpito de lirios, el recibirlo en triunfo las ciudades, comparado a su gloriosa defensa de la Unión Americana en Inglaterra? Los ingleses, menos enemigos de la esclavitud que de la prosperidad de los Estados Unidos, ayudaban a los confederados. La Unión corría peligro; aquella Unión, mirada entonces como la primera prueba feliz de la capacidad del hombre para gobernarse sin tiranos. ¡No en balde, con tal causa,

halló Beecher en sus debates de Inglaterra aquellos arranques portentosos! ¡Para eso se han hecho los montes, para subir a ellos! Quien ha visto abatir toros, ha visto aquella lucha. Hablaba bajo tormentas de silbidos. Las desahacía con un chiste inesperado. Su auditorio, compuesto en su mayor parte de muchedumbre sobornada e ignorante, tenía a los pocos momentos húmedos los ojos. ¡Cómo le movía, con alusiones a sus propias desdichas, las entrañas! ¡Con qué fortuna, de un revés del discurso, echaba a tierra y una interrupción insolente! Era duelo mortal: él, con sus hechos, sus chistes, sus argumentos, sus cóleras, sus lágrimas; ellos, cercando su tribuna, frenéticos, enseñándole los puños, vociferando; imas siempre, al fin, domados! Esgrimia, aporreaba, fulminaba. Era invencible, porque llevaba la patria por coraza. ¡Cuán fácil es lo enorme! ¡Cuán poco pesan las tareas grandiosas!

Vinieron luego los días del triunfo, cuando él, que defendió a la Unión en Inglaterra fue llamado a proclamarla en nombre de Dios sobre aquellas mismas murallas de Sumter que por primera vez la vieron abatida. Vinieron los días amargos de la política mezquina, cuando él, que había ayudado a levantar a la nación contra el Sur esclavista, pidió luego en vano, con palabras que cayeron al suelo con las alas rotas, que los

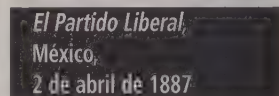
vencidos entraran en la Unión con su derecho pleno de hijos. Vinieron luego los días del escándalo, cuando a él, el pastor adorado, lo acusó el orador celoso a quien alzó a la fama y casó con una de sus feligresas, de haber deslucido la majestad de su vejez con el hurto de la mujer ajena. ¡Bien pudo ser, porque el amor de una mujer joven trastorna a los ancianos, como si volviera a llenarles la copa vacía de la vida! Sentaron al pastor en el banquillo; fue su proceso la befa nacional. Que se había insinuado en el alma de su oveja; que no había dejado el hombre a la puerta, como debe el pastor cuando va de visita a las casas, que le había bebido la mente con místicos hechizos; que había caído sobre Danae, merced a las vestiduras divinas. El jurado era un teatro; se oyeron cosas que daban vergüenza de vivir; cien mil pesos pedía Tilton,<sup>366</sup> el orador celoso, por su honra; la esposa del pastor se sentó siempre a su lado, con adorable fortaleza. Protestó Beecher ante

Dios, en escena dramática, de su inocencia; complaciase su acusador en darle vueltas por el lodo, como a su presa un perro envenenado. El tribunal ni absolvió ni condenó a Beecher, que, declarado por su iglesia exento de culpa, ni entonces, ni luego, abatió la cabeza. Un diario implacable ha estado en vano exigiéndole confesión con amenazas dantescas. Beecher, regocijado y rubicundo, era el primero en las juntas políticas, en las reformas, en las campañas de elecciones, en las reuniones de teatro, en los festines. La opinión, agradecida o indiferente, continuó honrando en público a aquel a quien en privado creía culpable.

Culpable pudo ser; mas su pecado será siempre menor que su grandeza. Grande ha sido, porque fustigó sin miedo a su pueblo cuando lo creyó malvado o cobarde; y, para extirpar de su país la esclavitud del hombre, hizo a su lengua himno, a su iglesia cuartel, y a su hijo soldado. Grande ha sido, porque la Naturaleza le ungió con la pala-

bra, y aunque la usó en un oficio que apoca y estrecha, nunca la puso de disfraz de su interés, ni engañó con ella a los hombres, ni le recortó jamás las alas. Grande ha sido, porque, como el cielo se refleja en el mar con sus luminas y tinieblas, su pueblo, que es aún la mejor casa del derecho, se reflejó en él como era: amigo del hombre y ciclópeo. Grande ha sido, porque, creado a los pechos de una secta, no predicó el apartamiento de la especie humana en religiones enemigas, sino el concierto de todo lo creado en el amor y la alegría, el orden de la libertad y la ventura de la muerte. Y cuando salió de su iglesia para no volver a ella jamás, a la hora en que el sol de la tarde coloreaba el pórtico con su última luz, iba de la mano de dos niños.

José Martí



[Fotocopia en CEM]

150

# El cisma de los católicos en Nueva York

Los católicos protestan en reuniones públicas contra la intervención del Arzobispo en sus opiniones políticas.-Compatibilidad del catolicismo y el gobierno republicano.-Obediencia absoluta en el dogma, y libertad absoluta en la política.-Historia del cisma.-La Iglesia Católica en Nueva York, sus orígenes, y las causas de su crecimiento.-Los irlandeses.-El catolicismo irlandés: el «Sogarth Aroon».-Elementos puros e impuros del catolicismo.-Causas de la tolerancia con que se ve hoy en los Estados Unidos el poder católico.-La Iglesia, la política y la prensa.-Tratos entre la Iglesia y la política.-El padre McGlynn.-El padre McGlynn ayuda al movimiento de reforma de las clases pobres.-Revista del movimiento.-Carácter religioso del movimiento obrero.-McGlynn favorece las doctrinas de George, que son las de los católicos de Irlanda.-El Arzobispo suspende al padre McGlynn, y el Papa le ordena ir a Roma.-El Papa lo degrada.-Santidad del padre McGlynn.-Rebelión de su parroquia.-Gran «meeting» de los católicos en Cooper Union contra el abuso de autoridad del Arzobispo.-Los católicos apoyan a McGlynn, y reclaman el respeto a su absoluta libertad política.

Nueva York,  
16 de enero de 1887

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

NADA DE LO QUE sucede hoy en los Estados Unidos es comparable en trascendencia e interés, a la lucha empeñada entre las autoridades de la Iglesia Católica y el pueblo católico de Nueva York, a tal punto que por primera vez se pregunta asombrado el observador leal, si cabrá de veras la doctrina católica en un pueblo libre sin dañarlo, y si es tanta la virtud de la libertad, que restablece en su estado primitivo de dogma poético en las almas una Iglesia que ha venido a ser desdichadamente el instrumento más eficaz de los detentadores del linaje humano. ¡Sí, es la verdad! los choques súbitos, revelan las entrañas de las cosas. De la controversia encendida en Nueva York, la Iglesia mala queda castigada sin merced, y la Iglesia de misericordia y de justicia triunfa. Se ve cómo pueden caber, sin alarma



de la libertad, la poesía y virtud de la Iglesia en el mundo moderno. Se siente que el catolicismo no tiene en sí propio poder degradante, como pudiera creerse en vista de tanto como degrada y esclaviza; sino que lo degradante en el catolicismo es el abuso que hacen de su autoridad los jefes de la Iglesia, y la confusión en que mezclan a sabiendas los consejos maliciosos de sus intereses y los mandatos sencillos de la fe. Se entiende que se pueda ser católico sincero, y ciudadano celoso y leal de una república. ¡Y son como siempre los humildes, los descalzos, los desamparados, los pescadores, los que se juntan frente a la iniquidad hombre a hombre, y echan a volar, con sus alas de plata encendida, el Evangelio! ¡La verdad se revela mejor a los pobres y a los que padecen! ¡Un pedazo de pan y un vaso de agua no engañan nunca!

Acabo de verlos, de sentarme en sus bancos, de confundirme con ellos, de ver brillar el hombre en todo su esplendor en espíritus donde yo creía que una religión atentatoria y despótica lo había apagado. ¡Ah! la religión, falsa siempre como dogma a la luz de un alto juicio, es eternamente verdadera como poesía: ¿qué son en suma los dogmas religiosos, sino la infancia de las verdades naturales? Su rudeza y candor mismos enamoran, como en los poemas. Por eso, porque son gérmenes inefables

de certidumbre, cautivan tan dulcemente a las almas poéticas, que no se bajan de buen grado al estudio concreto de lo cierto.

¡Oh, si supieran cómo se aquilatan y funden allí las religiones, y surge de ellas más hermosa que todas, coronada de armonías y vestida de himnos, la Naturaleza! Lo más recio de la fe del hombre en las religiones es su fe en sí propio, y su soberbia resistencia a creer que es capaz de errar: lo más potente de la fe es el cariño a los tiempos tiernos en que se la recibe, y a las manos adoradas que nos la dieron. ¿A qué riñen los hombres por estas cosas que pueden analizarse sin trabajo, conocerse sin dolor, y dejarlos a todos confundidos en una portentosa y común poesía?

Acabo de verlos, de sentarme a su lado, de desarrugar para ellos esta alma ceñuda que piedra a piedra y púa a púa elabora el destierro. Otro se hubiera regocijado de su protesta: yo me regocijaba de su unión. ¿Para qué estaban allí aquellos católicos, aquellos trabajadores, aquellos irlandeses? ¿Para qué estaban allí aquellas mujeres de su casa, gastadas y canosas? ¿Para qué estaban allí los hombres nobles de todos los credos, sino para honrar al santo cura, perseguido por el Arzobispo de su Iglesia por haberse puesto del lado de los pobres?

Era en «Cooper Union», la Unión de Cooper, la sala de reu-

niones de la escuela gratuita, que aquel gran viejo levantó con sus propias ganancias para que otros aprendiesen a vencer las dificultades que él había hallado en la vida: ¡jamás ha sido tan bello un hombre que no lo era! Era en la sala baja de «Cooper Union». Llovía afuera y adentro rebosaba. Apenas se encontraba rostro innoble, no porque no los hubiese, sino porque no lo parecían. Seis mil hombres, seis mil católicos, ocupaban los asientos, los pasillos, las puertas, las espaciosas galerías. ¡Al fin, les habían echado de su Iglesia a su «Sogarth Aroon»,<sup>367</sup> al «cura de los pobres», al que los aconseja sin empequeñecerlos desde hace veintidós años, al que ha repartido entre los infelices su herencia y su sueldo, al que no les ha seducido sus mujeres ni iniciado en torpezas a sus hijas, al que les ha alzado en su barrio de pobres una iglesia que tiene siempre los brazos abiertos, al que jamás aprovechó el influjo de la fe para intimidar las almas, ni oscurecer los pensamientos, ni reducir su libre espíritu al servicio ciego de los intereses mundanos e impuros de la Iglesia, al padre McGlynn,<sup>1368</sup> Lo han echado de su casa y de su templo, su mismo sucesor lo expulsó de su cuarto de dormir: han arrancado su nombre del confesionario: ¿quién se confesará ahora con el espíritu del odio? Porque ha dicho lo que dijo Jesús, lo que dice la Iglesia de Irlanda con autorización del Papa,

lo que predica a su diócesis el Obispo de Meade, lo que puso a los pies del Pontífice como verdad eclesiástica el profundo Balmes; porque ha dicho que la tierra debe ser de la nación, y que la nación no debe repartir entre unos cuantos la tierra; porque con su fama y dignidad, porque con su sabiduría y virtud, porque con su consejo y su palabra, ayudó en las elecciones magníficas de otoño a los artesanos enérgicos y los pensadores buenos que buscan en la ley el remedio de la pobreza innecesaria—su Arzobispo le quita su curato y el Papa, le ordena ir disciplinado a Roma!

Cuando por creer a Cleveland honrado, lo defendió en sus elecciones el padre McGlynn hace dos años en la tribuna política, no se lo tuvo a mal el Arzobispo, porque Cleveland era el candidato del partido con que está en tratos en Nueva York la Iglesia, ien tratos y en complicidades! ¡Pero lo mismo que pareció bien al Arzobispo en el padre McGlynn cuando defendía al candidato arzobispal, esa misma expresión de preferencia política de parte de un sacerdote católico, le parece mal ahora que la defensa del padre McGlynn puede alarmar a los ricos protestantes, que se atrincheran en la Iglesia y se valen de ella, para oponerse a la justicia de los pobres que la levantaron!

La Iglesia Católica vino a los Estados Unidos en hombros de los emigrados irlandeses, en quie-

nes, como en los polacos, se ha fortalecido la fe religiosa porque sus santos fueron en tiempos pasados los caudillos de su independencia, y porque los conquistadores normandos e ingleses les han atacado siempre a la vez su religión y su patria. La religión católica ha venido a ser la patria para los irlandeses; pero no la religión católica que el servil y desagradecido secretario del Papa Pío VII ponía de asiento del rey protestante de Inglaterra Jorge III, dando al pedir favores a este enemigo implacable de los católicos de Irlanda, le hacía observar que «las colonias protestantes de América se habían alzado contra su Graciosa Majestad, mientras que la colonia católica del Canadá le había quedado fiel»; sino aquella otra religión de los obispos caballeros y poetas que con el arpa de oro bordada en su estandarte verde como su campiña, hacían atrás a los clérigos hambrientos que venían de Roma, manchados con un fausto inicuo, con todos los vicios de una oligarquía soberbia y con el compromiso inmoral de ayudar contra sus vasallos y enemigos, mediante el influjo de la fe, a los príncipes de quienes habían recibido donaciones. Los mercaderes de la divinidad mordieron el suelo ante los sencillos teólogos de Irlanda, que tenían pan seguro en la mesa de los pobres, y no apetecían más púrpura que aquella de que les investía el hierro del conquistador, al he-

rirlos, con el himno en los labios, entre las turbas de fieles campesinos que peleaban rabiamente por su libertad. El cura irlandés fue la almohada, la medicina, el verso, la leyenda, la cólera de Irlanda: de generación en generación, precipitado por la desdicha, se fue acumulando en el irlandés este amor al cura, i y antes le quemarán al irlandés el corazón en su pipa, que arrancarle cariño a su «Sogarh Aroon», su poesía y su consuelo, su patria en el destierro y el olor de su campo nativo, su medicina y su almohada!

Así creció rápidamente, sin razón para pasmo ni maravilla, el catolicismo en los Estados Unidos, no por brote espontáneo ni aumento verdadero, sino por simple trasplante. Tantos católicos más había en los Estados Unidos al fin de cada año, cuantos inmigrantes de Irlanda llegaban durante él. Con ellos venía el cura, que era el consejero y lo que les quedaba de la patria. Con el cura la Iglesia. Con los hijos educados en ese respeto, la nueva generación de feligreses. Con la noble tolerancia del país, la facilidad de levantar por sobre las torres protestantes las torres de los centavos irlandeses. Esos fueron los cimientos del catolicismo en estos Estados: los hombres de camisa sin cuello y de chaqueta de estameña, las pobres mujeres de labios belfudos y de escaldadas manos.

¿Cómo no habían de entrar-se por campo tan productivo

los espíritus audaces y despóticos, cuyo predominio lamentable y perenne es la plaga y ruina de la Iglesia? La vanidad y la pompa continuaron la obra iniciada por la fe; desdeñando a la gente humilde, a quien debía su establecimiento y abundancia, levantó reales la Iglesia en la calle de los ricos, deslumbró fácilmente con su aparato suntuoso el vulgar apetito de ostentación, común a las gentes de súbito engrandecimiento y escasa cultura, y aprovechó las naturales agitaciones de la vida pública en una época de estudio y reajuste de las condiciones sociales, para presentarse ante los ricos alarmados como el único poder que con su sutil influjo en los espíritus podía refrenar la marcha temible de los pobres, manteniéndoles viva la fe en un mundo cercano en que ha de saciarse su sed de justicia, para que así no sientan tan ardentemente el deseo de saciarla en esta vida. ¡De ese modo se ve que en esta fortaleza del protestantismo, los protestantes, que aún representan aquí la clase rica y culta, son los amigos tácitos y tenaces, los cómplices agradecidos de la religión que los tostó en la hoguera, y a quien hoy acarician porque les ayuda a salvar su exceso injusto de bienes de fortuna! ¡Fariseos todos, y augures!

Puesta ya en el deseo del poder, en que el misterio religioso y lo amenazante de los tiempos la favorecen tanto, echó la Iglesia Católica los ojos sobre el

origen de él, que es aquí el voto público, como en las monarquías los echa sobre los soberanos. Y traficó en votos. La democracia era el partido vencido cuando arreció la inmigración irlandesa; y como siempre fue de partidos vencidos el parecer liberales, a él se iban los inmigrantes tan luego como entraban en sus derechos de ciudadanía, por lo que vino a ser formidable el elemento católico en el partido democrático, y triunfar éste en la ciudad de Nueva York y aquellas otras donde se aglomeraban los irlandeses. Pronto midieron y cambiaron fuerzas la Iglesia, que podía influir en los votos, y los que necesitaban de ellos para subir al goce de los puestos públicos. La Iglesia Católica comenzó a tener representantes interesados y sumisos en los ayuntamientos, asambleas y consejos de los gobernadores, y a vender su influjo sobre el sufragio a cambio de donaciones de terreno y de leyes amigas; y sintiéndose capaz de elegir los legisladores, o impedir que fuesen electos, quiso que hiciesen las leyes para el beneficio exclusivo de la Iglesia, y en nombre de la libertad fue proponiendo poco a poco todos los medios de sustituirse a ella.

Todo lo osó la Iglesia desde que se sintió fuerte entre las masas por una fe que no pregunta, entre los poderosos por la alianza que les ofrecía para la protección de los bienes mundanos, y entre los políticos por

la necesidad que éstos tienen del voto católico. En el barrio de los Palacios alzó una catedral de mármol, rodeada de edificios de beneficencia, donde los viera y alabara todo el mundo,—ino como los que ha mantenido el padre McGlynn, que están en los barrios sombríos donde las almas saben de angustia! Comenzaron a verse los milagros de la influencia eclesiástica: abogados mediocres con clientela súbita, médicos untuosos que dejan preparada para el bálsamo a la atribulada enferma, banqueros favorecidos sin razón visible por la confianza de sus depositantes, cardenales de seda y de miel que venían de Inglaterra, frescos y lisos como una manzana nueva, a convertir a la fe en el Arzobispo las familias ricas. Hubo hospitales y asilos deslumbrantes. Los candidatos de más empuje solicitaban el apoyo a la neutralidad de la Iglesia. ¡Los periódicos mismos, que debían ser los verdaderos sacerdotes, atenúan o disimulan sus creencias, coquetean con el palacio arzobispal, y parecen aplaudir sus ataques a las libertades públicas, por miedo los unos de verse abandonados por sus lectores católicos, y los otros por el deseo de fortificar a un aliado valioso en la lucha para la conservación de sus privilegios! Se usó la amable influencia del «Sogarth Aroon» para llevar el voto irlandés por donde convenía a la autoridad arzobispal, confabulada para sa-



car ventaja de las leyes con los que, como ella, comercian con el voto. Y así creció en proporciones enormes la fuerza de la Iglesia en los Estados Unidos, por lo numeroso de la inmigración europea, por la complicidad y servicio de las camarillas políticas, por lo temido de las aspiraciones de las masas de obreros, por lo desordenado y tibio de las sectas protestantes, por lo descuidado de la época en cosas religiosas, por lo poco conocido de la ambición y métodos del clero de Roma, por lo vano y necio de los advenedizos enamorados de la pompa nueva, y sobre todo, por aquella vil causa, propiamente nacida en este altar del dinero, de considerar el poder de la Iglesia sobre las clases llanas como el valladar más firme a sus demandas de mejora, y el más seguro mampuesto de la fortuna de los ricos.

Tal parece que en los Estados Unidos han de plantearse y resolverse todos los problemas que interesan y confunden al linaje humano, que el ejercicio libre de la razón va a ahorrar a los hombres mucho tiempo de miseria y de duda, y que el fin del siglo diecinueve dejará en el cenit el sol que alboreo a fines del dieciocho entre caños de sangre, nubes de palabras y ruido de cabezas. Los hombres parecen determinados a conocerse y afirmarse, sin más trabas que las que acuerden entre sí para su seguridad y honra co-

munes. Tambalean, conmueven y destruyen, como todos los cuerpos gigantesco al levantarse de la tierra. Los extravía y suele cegarles el exceso de luz. Hay una gran trilla de ideas, y toda la paja se la está llevando el viento. Enormemente ha crecido la majestad humana. Se conocen repúblicas falsas, que cernidas en un tamiz sólo producirían el alma de un lacayo; pero donde la libertad verdaderamente impera, sin más obstáculos que los que le pone nuestra naturaleza, ¡no hay trono que se parezca a la mente de un hombre libre, ni autoridad más augusta que la de sus pensamientos! Todo lo que atormenta o empequeñece al hombre está siendo llamado a proceso, y ha de sometersele. Cuanto no sea compatible con la dignidad humana, caerá. A las poesías del alma nadie podrá cortar las alas, y siempre habrá ese magnífico desasosiego, y esa mirada ansiosa hacia las nubes. Pero lo que quiera permanecer ha de conciliarse con el espíritu de libertad, o de darse por muerto. Cuanto abata o reduzca al hombre, será abatido.

Con las libertades, como con los privilegios, sucede que juntas triunfan o peligran, y que no puede pretenderse o lastimarse una sin que sientan todas el daño o el beneficio. Así la Iglesia Católica de los Estados Unidos, con sus elementos virtuosos e impuros, sale a juicio por esclavizadora y tiránica cuan-

do los espíritus generosos del país deciden ponerse a la cabeza de los desdichados, para ayudar a mejorar la servidumbre de cuerpo y espíritu en que viven. Todas las autoridades se coligan, como todos los sufrimientos. Hay la fraternidad del dolor, y la del despotismo.

Viva está aún en la memoria, como si se hubiese visto pasar una legión de apóstoles, la admirable campaña para las elecciones de corregidor de Nueva York en el otoño de 1886. En ella apareció por primera vez con todo su poder el espíritu de reforma que anima a las masas obreras, y a los hombres piadosos que sufren de sus males. Hay hombres ardientes en quienes, con todos los tormentos del horno, se purifica la especie humana. ¡Hay hombres dispuestos para guiar sin interés, para padecer por los demás, para consumirse iluminando! —En esa campaña se vio la maravilla de que un partido político nuevo, que apenas cuenta tres años de dimensiones y errores preparatorios, combatiese sin amigos, sin tesoro, sin autoridades complacientes o serviles, sin castas cómplices, y estuviese a punto de vencer, porque no le animaba el mero entusiasmo de las campañas políticas, sino un ímpetu de redención, pedida en vano a los partidos ofrecedores y parleros.

Ya se saben los orígenes de este movimiento histórico. Henry George vino de California, reimprimió su libro «El Progre-



so y la Pobreza», que ha cundido por la cristiandad como una Biblia. Es aquel mismo amor del Nazareno, puesto en la lengua práctica de nuestros días. En la obra, destinada a incurrir las causas de la pobreza creciente a pesar de los adelantos humanos, predomina como idea esencial la de que la tierra debe pertenecer a la Nación. De allí deriva el libro todas las reformas necesarias.—Posea tierra el que la trabaje y la mejore. Pague por ella al Estado mientras la use. Nadie posea tierra sin pagar al Estado por usarla. No se pague al Estado más contribución que la renta de la tierra. Así el peso de los tributos a la Nación caerá sobre los que reciben de ella manera de pagarlos, la vida sin tributos será barata y fácil, y el pobre tendrá casa y espacio para cultivar su mente, entender sus deberes públicos, y amar a sus hijos.

No sólo para los obreros, sino para los pensadores, fue una revelación el libro de George. Sólo Darwin en las ciencias naturales ha dejado en nuestros tiempos una huella comparable a la de George en la ciencia de la sociedad. Se ve la garra de Darwin en la política, en la historia y en la poesía; y dondequiera que se habla inglés, con ímpetu soberano se imprime en los pensamientos la idea amante de George. Él es de los que nacen padres de hombres: ¡allí donde ve un infeliz, siente la bofetada en la mejilla! En torno suyo se agruparon los gremios de obre-

ros: «¡Educarse, les dijo, es indispensable para vencer! En un pueblo donde el sufragio es el origen de la ley, la revolución está en el sufragio. El derecho se ha de defender con entereza; pero amar es más útil que odiar.—Cuando los obreros de Nueva York se sintieron fuertes, todos, católicos, protestantes y judíos—todos, irlandeses, alemanes y húngaros,—todos, republicanos y demócratas, designaron a George como su candidato para dar, con motivo de las elecciones de corregidor de Nueva York, la primera muestra de su voluntad y poder.

No era un partido que se formaba, sino una iglesia que crecía. Semejante fervor sólo se ha visto en los movimientos religiosos. Hasta en los meros detalles físicos parecían aquellos hombres dotados de fuerza sobrenatural. El hablar no les enronquecía. El sueño no les hacía falta. Andaban como si hubieran descubierto en sí un ser nuevo. Tenían la alegría profunda de los recién casados. Improvisaron tesoro, máquina de elecciones, juntas, diario. Grande fue la alarma de las camarillas políticas, de las asociaciones de rufianes y logreros que viven regaladamente de la compra y venta del sufragio. Aquellas hordas de votantes se les escapaban, y entraban en la luz. «¡Buscad el remedio de vuestros males en la ley!» dicen los partidos políticos a los obreros, cuando censuran sus tentativas violentas o anárquicas, pero ape-

nas forman los obreros un partido para buscar en la ley su remedio, los llamaron revolucionarios y anarquistas: los dejó solos la prensa: las castas superiores les negaron su ayuda: los republicanos, partidarios de los privilegios, los denunciaron como enemigos de la patria; y los demócratas, amenazados de cerca en sus empleos e influjo, pidieron auxilio a los poderes aliados a ellos para administrar la ley en el común beneficio. La Iglesia entera cayó sobre los trabajadores que la han edificado. El Arzobispo que depone a un sacerdote por haber apoyado la política de las clases llanas, ordena en carta circular a sus párrocos que apoyen la política de los logreros y rufianes determinados a venderlas. ¡Sólo un párroco, el más ilustre de todos, el único ilustre, no abandonó a las clases llanas, el padre McGlynn!

Pues qué: si el Arzobispo, que ha de ser el ejemplo de los curas, puede favorecer una política, ¿cómo ha de ser delito en un cura hacer lo mismo que hace el Arzobispo? ¿Y de qué parte estará la santidad, de los que se ligan con los poderosos para sofocar el derecho de los infelices, o de los que, desafiando la ira de los poderosos, y estando sobre todos ellos en inteligencia y virtud, dan con el pie a la púrpura y van silenciosamente a sentarse entre los que padecen?

Dicen que hay santidad igual a la del padre McGlynn, pero no

mayor: que en su espíritu excelso es tal mansedumbre que no halla obstáculo en toda su sabiduría al dogma del descendimiento de la gracia: que ve al hombre más alto tan esclavo del cuerpo, que no acierta a comprender por qué aquel que triunfó de su cuerpo fuese solamente un hombre. Dicen que la virtud le parece tan deseable y bella que no quiere otra esposa. Dicen que vive para consolar al desdichado, robustecer y dilatar las almas, elevarlas por la esperanza y la hermosura del culto a un estado amoroso de poesía, y hacer triunfar en el seno de la Iglesia el espíritu de caridad universal que la engendró, sobre la ambición, el despotismo y el interés que la han desfigurado. Pero también dicen que tiene la energía indomable de los que no sirven a los hombres, isino al hombre!

Cuanto sofoca o debilita al hombre, le parece un crimen. No puede ser que Dios ponga en el hombre el pensamiento, y un arzobispo, que no es tanto como Dios, le prohíba expresarlo. Y si unos curas pueden por orden del Arzobispo intimar desde el púlpito a sus feligreses que voten por el enemigo de los pobres, ¿por qué no ha de poder otro cura, por su derecho de hombre libre, ayudar a los pobres fuera del altar, sin valerse, ni aun para hacerles bien en cosas no religiosas, de su autoridad puramente religiosa sobre las conciencias? ¿Quién peca, el que abusa de su auto-

ridad en las cosas del dogma para favorecer inmoralmemente desde la cátedra sagrada a los que venden la ley en pago del voto que les pone en condición de dictarla, o el que sabiendo que al lado del pobre no hay más que amargura, lo consuela en el templo como sacerdote, y le ayuda fuera del templo como ciudadano?

El párroco, es verdad, debe obediencia a su Arzobispo en materias eclesiásticas; pero en opiniones políticas, en asuntos de simple economía y reforma social, en materias que no son eclesiásticas ¿cómo ha de deber el párroco obediencia absoluta a su Arzobispo, si las materias no pertenecen a la administración del templo ni al ejercicio del culto a que se limita su autoridad sobre el párroco? ¿Cómo ha de ser en Nueva York mala doctrina católica la nacionalización de la tierra que hoy mismo promulga todo el clero católico de Irlanda? ¿O no ha de tener el párroco más política que la que le manda tener su Arzobispo, que no es autoridad suya en política, y cura viene a ser tanto como esclavo, que tiemble ante la ira del señor, porque se atreva a abogar con ternura por los desventurados? ¿O el cura ha de renunciar a tener patria?

Pues porque el Arzobispo, que ha expresado en una pastoral opinión sobre la propiedad de la tierra, ordenó sin derecho al padre McGlynn que no asistiese a una reunión pública en

que se iba a tratar la cuestión de la tierra, y el padre lo desatendió en aquello en que tenía el derecho de cura y el deber de hombre de desatenderlo, lo suspendió el Arzobispo en sus funciones parroquiales, ¡a él, que ha hecho un cesto de amor de su parroquia! Porque desatendió a su superior eclesiástico en una materia política, el Papa le ordena ir, ¡a él, a la virtud humanada, en castigo a Roma! Y por que en vez de ir, explica al Papa en una carta sumisa el error porque se le condena, el Papa, ¡a él, el único sacerdote santo de su diócesis, le arranca las vestiduras sacerdotales!

Aquí fue donde se vio el espectáculo hermoso. Al poder, claro está, ¿cómo han de faltarle amigos? Los que viven del voto de la Iglesia, los políticos que la temen, los que tienen de ella recomendación o apoyo, los que la miran como salvaguardia de sus riquezas excesivas, la prensa interesada en conservar su alianza, aletean satisfechos en la sombra en torno del palacio arzobispal; pero la parroquia en masa ha desertado los bancos de la iglesia, ha vestido de siempreviva el confesionario vacío de su párroco, ha echado indignada de la sala de reuniones del templo al nuevo cura, que osó presentarse a disolver una junta de los feligreses para expresar cariño a su «Sogarth Aroon» ardientemente amado. —«¡Por él, por él, estaremos, contra el Arzobispo y contra el Papa!»

—«Nadie nos le hará daño, ni ha de faltarle en esta tierra nada!»  
 —«Hemos levantado este templo con nuestro dinero: ¿quién ha de atreverse a echarnos de nuestro templo?»

«¿A quién ha podido ofender ese santo que vive para los pobres?»—«¿Por qué nos le maltratan, porque se opuso a que tuviéramos escuelas religiosas que no necesitamos, cuando tenemos la escuela pública para aprender, y para la religión tenemos nuestra casa y nuestra iglesia?»—«¡Él nos quiere católicos, pero también nos quiere hombres!» Mujeres eran las más entusiastas de la junta. Una mujer redactó la protesta que llevó la comisión de la junta al Arzobispo. Artesanos fornidos sollozaban, con los rostros ocultos en las manos. El padre, humilde y enfermo, a nadie ha visto, ni con nadie ha hablado, y padece en la casa pobre de una hermana.

Pero los católicos de Nueva York se alzan coléricos contra el Arzobispo, preparan juntas colosales; oponen la piedad inefable del cura perseguido al indigno carácter de obispos y vicarios que el arzobispado tiene en gloria: y con toda la intensidad del alma irlandesa recaban su derecho a pensar libremente sobre las cosas públicas, denuncian los tratos inmorales del arzobispado con los mercenarios políticos a cuyos dictados obedece, proclaman que fuera de las verdades de Dios y el gobierno de su casa

«el Arzobispo de Nueva York no tiene sobre las opiniones políticas de su grey más autoridad que la del hombre intermedio que andan buscando los naturalistas en los senos de África», y recuerdan que hubo en Irlanda un arzobispo que murió de vergüenza y abandono por haber condenado la resistencia justa de los católicos irlandeses a la corona protestante de Inglaterra. «¡Sobre nuestras conciencias, Dios; pero nadie venga a segarnos el pensamiento, ni a quitarnos el derecho de gobernar a nuestro entender nuestra República!» —«En las cosas del dogma, la Iglesia es nuestra madre; pero fuera del dogma, la Constitución de nuestro país es nuestra Iglesia».—«¡Arzobispo, manos fuera!»

Nunca, ni en la campaña de George en el Otoño, hubo entusiasmo mayor. Retumbaba la sala con los vítores cuando aquellos católicos prominentes vindicaban en frases fervorosas la libertad absoluta de su opinión política.

«¿Conque a nuestro consuelo, al que fue honor por su sabiduría en la Propaganda y es estrella por su caridad en Nueva York: conquie a ese santo padre McGlynn que es nuestro decoro y alegría, y nos ha enseñado con su ejemplo y palabra amorosa toda la razón y hermosura de la fe; conquie al que en nuestras manos vertió toda su fortuna, y nos devolvía en limosnas el sueldo que le dába-

mos y jamás quiso abandonar el barrio de sus pobres, nos lo echan de la iglesia que él mismo levantó, nos le niegan por un día más el cuarto donde reza y sufre,—y ese otro obispo Ducey que se llevó bajo su capa al Canadá a un banquero ladrón, goza de toda la confianza de la Iglesia? ¿Conque el Arzobispo compele a nuestro Papa a ser injusto con esta gloria de la fe cristiana, y asiste compungido a los funerales de ese católico liberticida, de ese Jaime McMaster, que lucía como los ojos de las hienas, que pasó la vida vilipendiando a los pueblos libres y ayudando con su palabra venenosa a los dueños de esclavos y a los monarcas?»—«¡Librenos Dios de hablar contra nuestra fe, de obedecer a los sacerdotes que atentan a nuestra libertad de ciudadanos y de abandonar a nuestro Sogarth Aroon, por cuya inmensa caridad se ha hecho el catolicismo raíz de nuestras almas!»

En este fervor queda el cisma de los católicos. ¡Cuántas intrigas y complicidades, cuántos peligros para la República ha revelado! ¿Conque la Iglesia compra influjo y vende voto? ¿Conque la santidad la encoleziza? ¿Conque es la aliada de los ricos de las sectas enemigas? ¿Conque prohíbe a sus párrocos el ejercicio de sus derechos políticos; a no ser que los ejerzan en pro de los que trafican en votos con la Iglesia? ¿Conque intenta arruinar y degrada

a los que ofenden su política autoritaria, y siguen mansamente lo que enseñó el dulcísimo Jesús? ¿Conque no se puede ser hombre y católico? ¡Véase cómo se puede, según nos lo enseñan estos nuevos pescadores! ¡Oh Jesús! ¿Dónde hubieras estado en esta lucha? ¿acompañando al Canadá al ladrón rico, o en la casita pobre

en que el padre McGlynn espera y sufre?

José Martí

*El Partido Liberal,*  
México,  
febrero 9 de 1887

[Mf. en CEM]



151

## Cartas de Martí

Un mes de vida norteamericana.-Aspecto airado de los acontecimientos.-El carácter en invierno.-Rumores vanos de guerra con el Canadá.-Crece el cisma católico.-El Senado y los representantes.-La paz definitiva en el sur.-Causas de la paz.-

Cleveland, sus modos y su influjo.-Gran discurso del sudista Grady.-El Sur nuevo.-Lo que hay que aprender de los Estados Unidos.-Las huelgas.-La gran huelga de los carboneros.-Continúa condensándose el partido obrero.-Escenas dolorosas de la huelga.

Nueva York,  
febrero 2 de 1887

Señor Director de  
*La Nación*

**T**ODO HA SIDO debates, diferencias y cóleras en este mes de enero. Acaso los únicos sucesos amables fueron la sesión pública de la excelente escuela de indios de Carlyle, en que se están fundiendo las dos civilizaciones con cierto color poémico, y la exhibición de *El Dorador* de Rembrandt, un burgués de verdad majestuoso. Precipita la vida este tiempo sombrío. Parece que la luz incubaba el alma como el ca-

lor de la madre a los polluelos: y allí donde no hay luz salen las almas malhumoradas y canijas, como pollos que ha calentado mal la madre, y faltan en los actos y pensamientos aquella generosidad y buena-hombría que quitan veneno a las más recias contiendas.

En las ciudades, sobre todo, se agravan estos males. Se vive mucho fuera de la casa. Llega el hombre a su hogar, sea rico o pobre, como el transeúnte a su fonda, o la fiera a su cubil. Trae de afuera el barro hasta la garganta, y toda la hiel movida con el contacto del animal humano. Pierde el trabajo su decoro y hermosura, por la prisa y fin mercenario con que se le hace,

y por la brutalidad usual del trato. La casa, comida por la vanidad, desecada por la escasez general de espíritu, suele ser poco amena, o pierde por lo menos aquel dulce poder de hacer olvidar, que hace el hogar tan bello, y da a la que reina en él tanto encanto y prestigio.

En los inviernos fangosos, como éste, estos trabajos se enconan con la áspera ventisca, la pedrea de granizo, la triste sábana de nieve, los odiosos lodazales. No hay mujer que parezca bella, ni hombre que parezca joven, en una de estas mañanas coléricas, criminales, dolorosas, negruzcas.

En Washington, hablan de guerra contra los ingleses, porque el Canadá continúa tratando mal a los barcos de pesca americanos, para compeler con estas modificaciones a los Estados Unidos a que renueve el tratado de Halifax, en que Norteamérica cedió torpemente el derecho de dominio que la Gran Bretaña le reconoció sobre las aguas canadienses, por haberla ayudado, cuando eran colonias, a sacar el territorio del poder de Francia.

Ahora los canadienses, para forzar a los norteamericanos a

que les abran como antes los puertos, les niegan el derecho que siempre tuvieron de pescar y traficar en sus costas, y aun llegan hasta resistirse y venderles la carnada, para que en las aguas propias de los Estados Unidos puedan seguir la pesca. El Congreso de Washington propone que se les cierren los puertos de mar y de tierra, y un senador ya dijo anteayer que debía suspenderse toda especie de relaciones con el Canadá. Pero de esto no pasará, y acabará en arreglo. Porque los Estados Unidos no van a sangre por escasa razón, e Inglaterra tiene a la puerta y dentro de casa lobos más fieros.

En Nueva York, y en toda la costa de Jersey hay grandes huelgas, ciegas y desatentadas como todas; y tan justas en principio como crudas, en métodos, y deslucidas a veces por agresiones y violencias.

El cisma sigue en la Iglesia Católica. Diez mil católicos han vuelto a reunirse en el hipódromo de Madison para declarar su resistencia a recibir dictado alguno de la Iglesia sobre sus opiniones económicas y políticas. Y el padre McGlynn, que se ha hecho persona nacional, afirma en un documento público que la Iglesia no prohíbe enseñar que la tierra es propiedad común, y que ni el Arzobispo, ni la Propaganda, ni el Papa, tienen derecho a coartar los actos de ciudadano de un sacerdote, en materias que no estén expresamente condenadas por la Iglesia:

«Así es, dice, como nuestra Iglesia se ha hecho odiosa, y ha llegado a parecer enemiga de la libertad. El Papa no tiene derecho sobre mí como ciudadano. No voy a Roma.»

En la Casa de Representantes continúan riñendo protectionistas y librecambistas, por reformar cada uno conforme a su credo la torpe tarifa que produce al país desasosiego y miseria, y al gobierno cien millones de pesos más de lo que necesita.

En el Senado hay guerra también, porque los senadores de peso están siendo poco a poco echados de sus curules por los millonarios búfagos y resoplantes, dueños de haciendas, ferrocarriles y minas, quienes hallan sin dificultad legislaturas viles que los prefieren por su caudal a los ancianos ilustres que han criado a sus manos a la patria.

Sólo en el Sur, donde ríe el sol, no hay guerra. Allí, desde que acabó la esclavitud, comenzó la prosperidad. El Sur, desde que perdió sus esclavos, se ha hecho inventor, económico, industrial.

La poesía de la vida en las tierras calientes hace grato y ameno el trabajo. El negro, que en el Norte crece a orador, a pedagogo y a político, en el Sur va a la escuela, estudia la ley, y se convierte en agricultor y artesano. Tanto, que, por sobre la muchedumbre de hechos menores que distraen al observador ligero de las grandes corrientes que con ellos se forman

y alimentan, puede decirse que los dos sucesos capitales hoy en los Estados Unidos, las dos transformaciones gigantescas que realmente interesan el ánimo y merecen atención universal, son la unión sincera y definitiva de las dos secciones que pasaron al mundo hace un cuarto de siglo por el fragor de sus combates—y la reaparición del espíritu puritano, que parecía acorralado o extinguido en el partido nuevo en que se amasan los trabajadores, con todos los desajustes, choques y quebrantos de los cuerpos colosales que buscan acomodación y encaje.

Esas sí son lecciones que conviene estudiar en esta tierra, sin regatear un ápice a su majestad histórica. No la educación pública, falsa y dura en la práctica, y rudimentaria y errada en la letra. No la manera de vivir, podrida por un egoísmo odioso. No el espíritu libre, anhelado con más fervor en nuestras tierras, y sentido con más intensidad y hermosura—sino el modo en que la práctica de la libertad evita, aun en los pueblos brutales, la guerra;—y el arte sublime, el arte de la justicia, el arte del respeto al vencido, por el que dos pueblos enemigos, diversos en orígenes, antecedentes, costumbres y clima, se confunden por propia voluntad en un pueblo único, y se cambian las banderas de pelear y las coronas de sus muertos.

Y para esto ninguno ha tenido que esconder ese amor a sus

glorias que es el caudal más seguro de las naciones, y como su cemento; icada soldado muerto es una raíz!

Se ha de permitir que todos los cultos salgan a la luz, para que los sanee el aire y depure, mientras que, si se les compele a no salir del corazón, adquieren allí fuerza de templo y color de bandera, y acumulándose la actividad comprimida, estalla al fin en guerras. No puede suprimirse ningún factor humano. Por su órbita andan los astros, y por su órbita anda el hombre. Como se calcula un eclipse, se puede calcular la vida.

Ni el Sur ni el Norte han necesitado para unirse con sinceridad olvidar a sus muertos. ¿Qué puede florecer sobre la ingratitud? Han hecho algo mejor que olvidarlos: ilos han honrado juntos!

Ni agravia al Sur que Nueva York exhiba durante dos años en panoramas la batalla en que Grant le tomó a Vicksburg y aquella otra en que la Merrimac fue vencida por el Monitor. Ni ofende al Norte porque cuatro Estados del Sur, cuatro miembros vivos de la Unión, acuerden ayudar con pensiones vitalicias la vejez de los soldados que pelearon contra ella.

El Sur resucita. Sus jóvenes, nacidos entre negros libres, se asombran de cómo pudieron sus padres vivir en ociosidad, persiguiendo con perros o marcando a latigazos a los negros esclavos. El Norte sale al en-

cuentro del noble vencido que no le guarda rencor.

Y como el orador es el hombre divino, todo eso abejea y mariposea, y se le siente en el agua que corre y el aire que pasa; pero no culmina hasta que un georgiano de palabra galopante viene a un banquete de norteños acérrimos, el banquete en que celebran los yanquis cada año el desembarque de los peregrinos, y en párrafos que resplandecían como círculos de oro recoge esos deseos de amor y trabajo, y anuncia a la república unida que el Sur de antes ha muerto, y ha nacido otro. Todo el Sur lo secunda y alaba: y ya ha habido en el Norte quien hablase de elegir al georgiano Grady, famoso por un solo discurso, candidato a la Vicepresidencia de la república.

¡Grande es la palabra cuando cabalga en la razón! Penetra entonces más que la más larga espada. Ni la belleza del día se oscurece por los delitos que se cometen a su luz; ni decrece el poder de la palabra por el abuso que se hace de ella. Para el oro hay similar; y hay palabra buena, y palabra falsa.

En Washington vive sin embargo un hombre de apariencia burda a quien se debe contar entre los causantes de ese feliz estado de cariño. El hombre es tosco, se olvida de los apellidos y las caras, recibe de pie, suele andar malhumorado, no da de prisa con las ideas que necesita, y es corto de palabras, salvo cuando se le

oponen por malicia a su voluntad honrada. Para comer, prefiere carne, y sin aliños. Para beber, preferirá cerveza.

Lo que es sincero llega hasta su almohada. Contra lo que no es sincero, bufa.

Lo que él es, le viene de sí, que es lo que constituye los hombres históricos; a diferencia de la mayor parte de los hombres, que vienen a ser, en cuanto saben y hacen, como esos papeles azucarados en que se quedan prendidas las moscas. Llevan encima las ideas que pasan, y van tan en ellos que parecen suyas; pero sólo son fecundas, sólo mueven a los hombres, las ideas directas y vivas que sugiere a los espíritus originales la contemplación de ellos, o la humanidad que traen concentrada en sí, y se revela y obra, al reconocerse en la contienda humana.

Cleveland da muchas vueltas en torno de una idea, y tarda en dar con ella; pero, una vez que ha dado, antes le arrancan una libra de carne que arrancársela.

Así creyó él que era tiempo de devolver al Sur proscrito su asiento en los consejos públicos. Y se vio lo que se ha visto siempre: que un acto de generosidad y de justicia trae a los brazos a aquellos a quienes la aspereza subleva, o mantiene apartados. Todo el Sur ha venido a ofrecerse en paz al Norte, en agradecimiento de haber sido llamado sin miedo a sus consejos.

Y los que ven hondo, observan que es mayor el bienestar nacional.

Menos huelgas habría o durarían menos, si los que las provocan por su injusticia no agravaran las razones de ellas con sus aires altivos, o con alardes de fuerza que enconan la herida de los que ya están cansados de ver ejercitada sobre ellos la fuerza ajena, y entran en el conocimiento y voluntad de su fuerza propia.

Todo el invierno ha sido para los trabajadores una campaña; mas ha de decirse en razón que la de este año ha mostrado gran adelanto de su parte en la inteligencia de la ley, y en la eficacia de ir a la raíz de los males en vez de andar por las ramas de ellos.

No es esta o aquella huelga particular lo que importa, sino la condición social que a todas las engendra.

Esta condición debe ser, primero, puesta en claro, y después si resulta tan funesta como se cree, debe ser cambiada. Cámbiesela en acuerdo con las razones concretas de ella, poniendo el remedio donde está el mal, y no conforme a teorías abstrusas o sistemas sentimentales, tan perniciosos en su aplicación como respetables por su origen.

No se debe poner mano ligera en las cosas en que va envuelta la vida de los hombres. La vida humana es una ciencia; y hay que estudiar en la raíz y en los datos especiales cada aspecto de ella. No basta

ser generoso para ser reformador. Es indispensable no ser ignorante. El generoso azuza; pero sólo el sabio resuelve. El mejor sabio es el que conoce los hechos.

Los trabajadores serán vencidos probablemente en las varias huelgas en que ahora están empeñados.

Pero, vencidos o triunfantes, la importancia de estas huelgas reside en que por ellas se ve cómo cuarenta mil hombres, cuarenta mil cabezas de familia, están dispuestos a abandonar su trabajo por todo un mes en lo crudo del invierno, para ayudar a un grupo de acarreadores de carbón, o de cargadores de muelle, a obtener un salario que baste al menos para pagarse el pan, el techo y el carbón, y no andar desnudos.

Se oyen de estos Estados, pompas y maravillas. Se dice que un albañil gana tres pesos al día, sin contar con que apenas trabaja seis meses al año, lo cual lo deja en peso y medio diario, que es lo que necesita para no caerse al suelo. Se dice por los filósofos amables, y por los caballeros que saben griego y latín, que no hay obrero mejor vestido y calzado que el americano, y que ésta es Jauja, y hacen muy mal en enojarse, en vez de estar agradecidos a su eximia fortuna.

¡Ah! Así como los jueces debieran vivir un mes como penados en los presidios y cárceles para conocer las causas reales y hondas del crimen y dictar

sentencias justas, así los que deesen hablar con juicio sobre la condición de los obreros deben apearse a ellos, y conocer de cerca su miseria.

Véase esta huelga del carbón. Trabajan rudamente en la nieve y en la lluvia. La compañía no les asegura el trabajo, sino el llamarlos a él cuando los necesite; mas sí les obliga a estar en los muelles a su disposición, de modo que el acarreador no sabe de cierto si tendrá al fin del día jornal que llevar a la casa, ni cuánto llevará; pero no puede alejarse del muelle, ni ayudarse con trabajo alguno. Por el que hace le pagaban veintidós centavos y medio por hora. Lo usual es que empleen a cada acarreador tres o cuatro horas, que montan unos ochenta centavos, ípara el sostén en invierno de toda una familia!

El carbón, lo tienen que comprar. El tugurio en que viven, lo han de alquilar a la misma compañía, que recobra en renta seis u ocho pesos al mes del obrero a quien paga veinticinco o treinta. Así la compañía ha doblado el valor de sus acciones; y no contenta con esto, al mismo tiempo que aumentó en cincuenta centavos el precio de la tonelada de carbón, rebajó a los acarreadores dos centavos y medio en la paga por hora.

Los acarreadores solicitan que se les retuviese siquiera,—ya que no se les da trabajo fijo, ya que se les fuerza a trabajar de noche sin sobrepaga,



-al mismo precio de antes. La compañía se negó a tratar con ellos; y so pretexto, o con razón, de temer de ellos violencia, alquiló a unos gañanes que tiene aquí adiestrados para esos oficios una agencia famosa de espías, la agencia de Pinkerton.

Los obreros de las industrias relacionadas con la del carbón, se declararon en huelga, para obligar así a la compañía a mantener sus jornales. Paleadores, boteros, cargadores de muelle, todos, en pleno enero, renunciaron a su jornal para que no rebajasen injustamente el de sus compañeros. Aflige entrar en aquellas chozas. Como no hay ahorros, ¿qué carbón ha de haber, ni qué comida caliente? Las muje-

res lo sufren en silencio. Sus hijos pequeños, desocupados por la huelga, cometen la primera violencia de ella, disparando unas bolas de nieve sobre los espías.

Los mercenarios cargan sobre los niños, y matan de un balazo a uno de ellos. ¿Qué han hecho los huelguistas? ¿Se han encendido en furia? ¿Han devuelto muerte por muerte? ¿Han despedazado con los dientes la tablazón que guarda las riquezas de la compañía? No. En número de diez mil, con la cabeza descubierta, en silencio, han acompañado en sus funerales al niño infeliz y han dejado sobre su féretro una corona de flores pobres: *¡A nuestro compañero!*

Junto a la tumba rompió en sollozos la madre del niño asesinado. Los hombres, los diez mil hombres, se volvieron a sus tugurios sin comida caliente, y sin carbón, siempre en silencio. La compañía cotizaba sus acciones a 67 el año pasado, y este año las cotiza a 135.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
15 de abril de 1887

[OC, t. 11, pp. 151-159]

## 152

## Cartas de Martí

Movimiento social y político de los Estados Unidos.-Historia del último Congreso.-Ojeada sobre la situación social y política.-Una humanidad nueva.-Significación y alcance del partido nuevo.-El partido del «Trabajo Unido».- Los trabajadores, los políticos y los advenedizos.- La opinión y el Congreso.-Actos del Senado y de la Casa de Representantes.-El Congreso desatiende la opinión.-Peligros del problema social y modo de evitarlos.-El Congreso ante el partido nuevo.-Resumen de los actos del Congreso.-Medidas que la opinión le ha pedido en vano.-Proteccionistas y libremercantilistas.-El Congreso, las empresas y el pueblo.-Medidas que interesan a los países hispanoamericanos.-La opinión censura al Congreso.-Cleveland va venciendo a sus partidarios.

Nueva York,  
marzo 15 de 1887

Señor Director de  
*La Nación*

**C**UARENTA Y NUEVE congresos han tenido ya los Estados Unidos, desde aquel de Filadelfia, elocuente y bendito, de donde se destacan, con sus trágicas palabras y nobles cabezas, el impetuoso Henry, el cuerdo Washington, el previsor

Dickenson, el elegante Lee. Ahora ha acabado sus tareas el último congreso; pero de él, indeciso e interesado no puede decirse lo que el conde de Chatham<sup>369</sup> dijo del que hizo a la América del Norte libre: que «por su sagacidad genuina, por su sólida cordura, por su moderación singular, brillaba sin rival, el Congreso de Filadelfia».

Los hombres son como los tiempos en que viven, y se adaptan con flexibilidad maravillo-

sa a su pequeñez o grandeza. Cuando se aprieta el corazón de angustia, porque la patria padece; cuando nos la amenazan, cuando nos la invaden, cuando nos la azotan, cuando nos la torturan, se ve a los hombres resplandecer y sublimarse, la palabra se inflama y centellea, no hay distancia del brazo a las hazañas, y es palpable la identidad del hombre y de los astros: se hacen cosas que van resonando por las edades, y se dicen frases que se levantan en la sombra, como los ángeles de bronce arrodillados en las gradas del altar antiguo. Pero cuando los tiempos se allanan y reducen, el hombre cae con ellos, y da pena verle poner en ruines intentos, en intereses impuros, en rencores de aldea, en celos y rivalidades femeniles, la fuerza del corazón y la viveza de la mente.

Y no es porque se haya acabado la tarea,—que nadie tiene el derecho de dormir tranquilo mientras haya un solo hombre infeliz; sino porque la virtud es costosa, y el espíritu humano la demora y esquiva, aunque en las horas supremas sea capaz de ella. Sucede también que el hombre es dramático, y los com-

bates de la mera razón no le deslumbran ni estimulan tanto como aquellos que la pasión alegra y magnífica con sus fuegos. Los tiempos menores no favorecen la aparición de grandes caracteres; y el hombre, como la naturaleza, es más hermoso cuando los rayos lo iluminan y se desata la catástrofe.

En los Estados Unidos hierve ahora una humanidad nueva; lo que ha venido amalgamándose durante el siglo, ya fermenta: ya los hombres se entienden en Babel.

Tal como de los retratos superpuestos de un grupo de individuos de sexo, edad y vida análogos, va eliminando el fotógrafo las facciones desiguales e indecisas, hasta que quedan en uno final los rasgos enérgicos y dominantes en el tipo, tal en esta hornada grandiosa,—que estallará acaso por falta de levadura de bondad—razas, credos y lenguas se confunden, se mezclan los misteriosos ojos azules a los amenazantes ojos negros, bullen juntos el *plaid* escocés y el pañuelo italiano, se deshacen, licúan, y evaporan las diferencias falsas y tiránicas que han tenido apartados a los hombres, y se acumula y acendra lo que hay en ellos de justicia.

Por la ley o por el diente, aquí ha de haber justicia. Los que se quejan de falta de ella, la clase desacomodada, suele pedir la mal, o tomarla por su mano, pero se les ve ya moverse en la cosa pública como en morada

propia; y los que quisieran resistirles, o retardar su advenimiento, andan delante de ellos como Tartufos despedidos, que vuelven la cara lívida y sonriente, saludando y ofreciéndose con exagerada solicitud, cuando ya tienen la bota en los faldones.

Pero este trance nuevo del hombre, del cual saldrá, como de todos los suyos, mejorado; esta entrada, probablemente violenta, en un estado social amable y justiciero; esta eliminación de dejos turbios de edades y de pueblos, y acendramiento de sus cualidades libres y puras; este adelanto en la libertad y en la dicha, no han llegado aún, con correr ya tan cerca de la superficie que la tierra tiembla, a aquella determinación e ímpetu que despertarán otra vez, como en las grandes épocas, la naturaleza humana, y volverán a enseñarla en toda su estatua.

Los pensadores, los veedores, los escuchas del pensamiento, observan el cambio y lo anuncian; pero los pueblos son como los convidados de Baltasar, que no se deciden a abandonar el festín hasta que la cólera flamea en el muro.

El trabajador que es aquí el Atlas, se está cansando de llevar a cuestas el mundo, y parece decidido a sacudírselos de los hombros, y buscar modo de andar sin tantos sudores por la vida.

Los acaudalados, los que esperan serlo, los que prosperan a su sombra, no se ocupan

en atender a estas reclamaciones en justicia, sino en sobornar a los que dictan las leyes, para que les pongan atadas a los pies, las libertades públicas. Hay hombres para tales cosas: ¡para pervertir y vender las libertades públicas!

Otros, fatigados de la batalla por la vida, esperan con ansia que un invierno benigno se los lleve, sin fuerzas ya para sufrir por el dolor humano; los más, habituados al ejercicio pacífico de su derecho, confían en que ese vuelco social, se hará sin sangre, y que «Dios volverá a marchar», como en los días de la guerra del Sur, pero sin más armas que la ley. Mas en lo visible y aparente no se nota aún este formidable movimiento de entrañas.

Los partidos políticos, aunque alarmados, atienden más a sus apetitos y rencores que a este elemento nuevo que amenaza su existencia. La prensa, que vive de las castas creadas, teme perder su clientela si les denuncia la verdad del riesgo; y el Congreso, compuesto en su mayoría de hombres criados al favor de ellas, tiende a captarse con leyes indirectas y menores la voluntad de esa masa nacional que crece, pero sirve en las leyes reales e inmediatas a las empresas, a los bancos, a las corporaciones, a los poderes de quienes dependen su elección y fortuna.

Este último Congreso no ha hablado con grandeza un solo día,

ni obró con desinterés. Lo que ha hecho, lo ha hecho de miedo, por cortejar el favor de la masa trabajadora a quien ya teme. Lo que no ha hecho era precisamente lo que la república pedía. No ha atacado los males públicos en su raíz, en el exceso de contribuciones; en la existencia de un sobrante enorme que tienta a empresas innecesarias, a sueños de fuerza, a intrigas de partido, a perennes abusos; en la tarifa proteccionista, que cierra el país al comercio extranjero por favorecer una industria ambiciosa, y por sustentar los falsos beneficios de un número reducido de empresarios mantiene la vida cara, las fábricas sin trabajo suficiente, el comercio desigual y rastrero, y los ánimos en la exasperación y el desasosiego que precede a las guerras.

En los Estados Unidos, como en todas partes, si bien se ve crecer la indignación y el malestar, conforme van peligrosando los derechos privados y las libertades nacionales, la cólera no se condensa y estalla hasta que el efecto de estos abusos y abandono lastima el interés o priva a los menesterosos de medios de subsistencia.

Se disfruta aquí de tanta libertad que sólo un ojo ejercitado puede ver lo que se va perdiendo de ella, por la indiferencia o las pasiones de los extranjeros, por el manejo interesado de los políticos de oficio, y por el descuido de los

ciudadanos, abortos en la fatiga de la fortuna.

Una de las salvaguardias de la libertad, aunque no la más eficaz, es la frecuencia, grande en los Estados Unidos, de las ocasiones de ejercitarla. Las violaciones del espíritu y letra de la república, la perversión y sutil envenenamiento del sufragio, son ya sobrados para alarmar a los ciudadanos celosos; mas no bastante visibles para que se levanten a defender las libertades abatidas estas masas compuestas de extranjeros naturalizados, que jamás las gozaron tan completas, y de hijos del país que en su mayor parte ni las aman ni entienden su eficacia; un vaso de cerveza y una mujer vendida parecen a estos mozos de ahora la más gustosa de las libertades.

Tampoco sería causa para ese levantamiento la soberbia ridícula de los neorricos, de los advenedizos del caudal, de esta nobleza que se avergonzaría de ostentar en sus cotas de armas las únicas insignias que la honran, el remo del pescador, el escoplo del carpintero y la esteva del arado. En las bestezuelas de los circos se piensa forzosamente al verlos remedar las brutales costumbres del señorío inglés; al ver a las mujeres vanidosas echar al mercado de Londres su fortuna como cebo de lores hambrientos, y entregarse friamente al adulterio inevitable a cambio de un título; al ver a estos primogénitos de artesanos montar con casaca roja

en caballos de sangre que no los respetan.

Pero esa cruda arrogancia de los enriquecidos es poco conocida aun de aquellos a quienes pudiera lastimar, aunque perceptible para los que los tratan de cerca en sus casas doradas.

La causa de esa rebelión de los espíritus, que les ha dado energía para protestar contra su propia iglesia; del fervor religioso y creciente con que en peregrinaciones ya históricas acogen las ciudades a esos nuevos cruzados; de la aparición de setenta mil votantes compactos en Nueva York cuando las elecciones de George en el otoño, de la candidatura de representantes de los trabajadores para el corregimiento de las ciudades más acaudaladas y famosas; del triunfo de los diputados de los obreros, o de sus favorecidos en comarcas no disputadas antes a los republicanos y demócratas; del crecimiento pasmoso de una asociación de trabajadores, dueña hoy de palacios, de prensas, de gobernadores, de legislaturas, de la iglesia misma que no osa ponerse de frente porque ve que se suicida; la causa de todos estos sucesos, que acaban de culminar en la formación de un nuevo partido, el partido del Trabajo Unido, en la fogosa convención de Cincinnati—está en que el trabajo falta, en que la vida encarece—, en que las compañías, enriquecidas por las concesiones de los derechos y bienes públicos, impiden la competencia libre y



feliz del trabajador aislado,—en que la tierra nacional está pasando a manos de señores extranjeros o corporaciones ricas que compran con moneda constante<sup>a</sup> o con papel de sus empresas el voto de los diputados a quienes se entrega en depósito la patria.

¿Qué ha hecho para atajar esos males el Senado, donde los millonarios, los grandes terratenientes, los grandes ferrocarrileros, los grandes mineros componen mayoría, aunque los senadores son electos por las legislaturas, elegidas directamente por el pueblo, que no tiene las minas, ni la tierra, ni los ferrocarriles? ¿Por qué mágico tamiz sale filtrada la representación popular, de modo que al perfeccionarse en el senador, que es su entidad más alta fuera de la presidencia, resulta ser el Senado la contradicción viva de las opiniones e intereses de los que, por medio de la legislatura, los elige? ¡Los senadores compran las legislaturas!

¿Que ha hecho la casa de los representantes, electos ya por tan viciados métodos que, aunque el país vote por ellos directamente, no hay elección que no resulte forzada por el uso de recias sumas de dinero, ni se ha alzado en la casa una voz sola que denuncie el peligro y clame por los necesitados?

A las ideas se las siente venir, como a las desdichas.

Cuando un problema impone una solución, viene ésta de

todas partes más o menos confusa, y ocurre vagamente a todos. Los cuerdos no deben desdeñar el instinto público. Así las fieras cuando husmean el peligro, cambian de asilo, y buscan el más seguro y apartado. Así se ve en el aire, que cuando quiere aquietarse la tormenta, los átomos se agrupan lentamente, recógense en remolinos densos y estrechos, y bajan y se posan.

El instinto público avisa esta vez el remedio inmediato de los desasosiegos nacionales. ¿A qué cien millones de más en el Tesoro, y tanta angustia, tanta desigualdad, tanta tirantez en la existencia de los más meritorios, tanto pan de menos en las casas? ¿A qué estar pagando las contribuciones creadas para sostener la guerra, si hace veinticinco años que se vive en paz? ¿A qué gravar la entrada de frutos indispensables para la vida del país, porque en un rincón de él se empeñen en producir los mismos frutos unos cuantos cultivadores privilegiados? ¿A qué impedir, so pretexto de proteger las industrias nacionales, que entren libres de derechos las materias primas necesarias para producirlas? ¿A qué hacer imposible con esa carestía de la vida del trabajador y de la materia del trabajo, que las industrias nacionales, funestamente protegidas, produzcan a precios que las permitan competir en los mercados del mundo con los productos de las naciones manufactureras?

Todo, es cierto, no se logrará con eso. Los representantes han de ser hombres honrados.

Las corporaciones deben devolver las tierras públicas adquiridas por soborno tácito o expreso.

Los señores de afuera no pueden comprar tierra en los Estados Unidos. Los derechos públicos, las vías públicas, las propiedades públicas, no deben ser cedidas en propiedad a empresas privadas. La tierra americana debe ser para los ciudadanos americanos. Pero lo urgente es abaratar la vida, para que no falte el trabajo.

Urge devolver al país en obras útiles lo que se ha cobrado de él innecesariamente. Urge reducir los gastos del gobierno a las expensas legítimas que requieren el decoro y la seguridad de la nación. Urge, puesto que el malestar nacional es patente, quitarle la principal razón, poniendo a las industrias, con la rebaja de los aranceles, en capacidad de elaborar los productos de cuya venta necesita el país para que sus habitantes puedan vivir con desahogo.

Acosado de cerca el Congreso por la reconvención unánime, no ha podido desatender ni sus probabilidades de reelección, dependiente de las masas exasperadas, ni el miedo de los que ven los movimientos de

a. En LN: «contante».

éstas con mal disimulado es-panto. Lo más remoto, lo me-nos eficaz, eso ha hecho el Congreso; pero basta para ver cuánto influjo tiene desde su aparición, en este país de traba-jo, el partido nuevo de los tra-bajadores. ¿Quién se le opon-drá cuando, suavizadas las es-quinas después de los choques inevitables en las agrupaciones nacientes, adelante organizado y compacto? En las decisiones del Congreso se ve el mismo afán de aquietar con dádivas y halagos el partido temible, a quien cortejan los candidatos en sus cartas, las legislaturas en sus proyectos, y en sus mensa-jes los gobernadores.

Más que entre demócratas y republicanos, el Congreso esta-ba dividido entre proteccionis-tas y librecambistas.

En los asuntos menores, cada miembro votaba con su partido; pero, en los proyectos de reforma de los aranceles, de empleo del sobrante, de las leyes del cuño de la plata, las líneas de partido desaparecían, y los librecambistas, que son los menos, votaban reunidos, lo mismo que los proteccionistas, bien fuesen demócratas o repu-blicanos.

El Congreso no se decidió a afrontar la censura nacional, em-pleando, como quería, el so-brante en enormes fortificacio-nes, en armada temible, en pen-siones vergonzosas a los solda-dos que ya recibieron paga cuando defendían la patria, y no quedaron inválidos, en su

servicio. Votó leyes que de-vuelven al dominio público cincuenta millones de acres de tierras mal dadas. Decretó el examen de las concesiones de tierra pendientes a los ferrocar-riles. Satisfizo el clamor popu-lar sujetando el manejo de los ferrocarriles al examen e im-perio de una junta del Estado. Prohibió que los extranjeros posean tierras en los Estados Unidos. Prohibió en beneficio de los obreros americanos, que se trajesen de afuera trabajado-res por contrata, y que en las prisiones públicas trabajasen los penados, para contratistas. Dictó medidas prudentes, ta-les como la que establece por orden fijo la sucesión de la pre-sidencia entre sus secretarios, caso de que faltasen el presi-dente y vicepresidente, y la que, para evitar fraudes como el ini-cuo de Tilden, dispone el re-cuento de los votos de los elec-tores presidenciales en sesión pública del Senado y la Casa de Representantes. Aprobó la con-cesión de garantía oficial —al canal de Nicaragua. Repelió un plan para llevar a efecto el tra-tado de reciprocidad con Mé-xico. Desatendió el proyecto, compuesto a las claras para fa-vorecer a determinada compa-ñía de vapores, de subvencio-nar con medio millón de pesos anuales el servicio de correos al Río de la Plata. Desechó varios planes, pueriles todos e indis-cretos, para traer a las repú-blicas hispanoamericanas a un congreso en Washington, que

ninguna de ellas desea, ni aun las que a cambio de una pro-tección concedida como limos-na, cuando no negada, se han manchado ofreciendo a los Es-tados Unidos pedazos de la tie-rra nacional, o ayuda contra sus repúblicas hermanas. ¡Para todo hay en este mundo imbéciles y viles!

Todo eso ha hecho el Con-greso; pero no ha devuelto al país en obras de utilidad legíti-ma el sobrante, ya que tampoco se decidió a emplearlo en las gigantescas obras de defensa que proyecta contra enemigos soñados o invisibles. No ha le-vantado las contribuciones de guerra. No ha rebajado los derechos de los artículos indis-pensables. No ha permitido la entrada libre de las materias primas. No ha puesto a la masa obrera en condiciones de vivir con baratura, ni de obtener sin miseria y humillaciones el tra-bajo que requiere para su sus-ten-to.

Cuando trataban ambos par-tidos de deslucir a sus contra-rios, para ir cada uno con mejor historia a las nuevas elecciones; cuando los republicanos, disci-plinados en la oposición, echa-ban en cara a los demócratas, que componen la mayoría, su incapacidad para resolver las cuestiones vivas, que ellos tam-poco durante su gobierno re-solvieron; cuando los demócra-tas, airados contra Cleveland, porque no los reconoce como dueños y les reparte los em-pleos públicos, acusaban a su

presidente de terco y desleal, porque es virtuoso, o le clavaban con un voto enemigo la daga en el costado; cuando, vencidos los representantes por la opinión unánime, acataban mordiendo los vetos justos y sesudos que el presidente ha opuesto a sus inexcusables despilfarros, a sus abusos de poder constitucional en pro del partido o de amigos personales, a sus proyectos demagógicos de pensiones, que hubieran costado lo mismo que cuesta a los pueblos monárquicos su ejército permanente, entonces sí era vivísima la esgrima de los debates del Congreso, y la frase era ardiente, y fluía la elocuencia enemiga y bastarda. Pero cuando como lacayos sumisos tenían que obedecer a las corporaciones que los pagan, o los sobornan, o los ayudan a mantenerse

en sus puestos; cuando en las cuestiones vitales del país, turbado por el exceso de poder de las empresas, habían de votar por abatírsele y preferían comer su pan a darlo a su pueblo; cuando azuzados por el clamor público sacaban a debate las leyes vivas que han de reformar la hacienda y devolver el sosiego a los espíritus, entonces las discusiones eran breves, veladas y confusas.

Si votaban por la patria, votaban contra su interés. Son siervos, a quienes se manda con látigo de oro. La votación era vergonzante y sorda. Salían de ella con la cabeza gacha, como canes apaleados.

Así acaba el Congreso, bajo la censura pública. En vez de alejar, facilitando el trabajo y abaratando la vida, el problema social, lo ha agravado. Y el

presidente, seguro de que obra bien limpiando los establos, ni baja la cabeza, ni se aturde porque se la golpeen, porque está decidido a ser honrado.

Los mismos que lo abominan lo respetan. «Haz lo que debas, y suceda lo que quiera», dice él, como la casa de Borgoña. ¡Y ya dicen los mismos que le injurian que votarán por él si el partido, como parece inevitable, lo declara otra vez su candidato!

Bien dice el árabe: «Señor: hazme ir por el camino recto».

José Martí

**La Nación,**  
**Buenos Aires,**  
**4 de mayo de 1887**

[Mf. en CEM]

153

# En los Estados Unidos

Vida Popular.-Las mujeres que votan.-Notables sucesos.-Candidatos a la presidencia.-Una oración frenética.-(De nuestro corresponsal).

Nueva York,  
abril 10 de 1887

Señor Director de  
*La Nación*

**A**SESINATOS MISTERIOSOS, desfalcos de cajeros, millonarios que mueren, jurados vendidos, farsas aristofánicas, nadadores indómitos, paseos de Pascua en la Quinta Avenida; ¿qué son esas burbujas de una hora junto a los grandes sucesos, de honda raíz y trascendencia humana, en que se ve alterarse el mundo, perfeccionarse al hombre, dominar en paz definitiva a la libertad? ¿Quién se entretiene en ver gorrones cuando pasan las águilas?

Cierto es que suceden en estos Estados Unidos menudencias muy interesantes.-Catherine Wolfe,<sup>370</sup> soltera sexagenaria, luego de haber ayudado en vida a muchas caridades, deja

su colección de cuadros, que vale como un millón de pesos, al museo de Nueva York: -los judíos, simples mercaderes, cuando no prestamistas, en los países donde se sienten malqueridos, fundan aquí, al seguro de la república, grandiosas escuelas de artes y oficios, más útiles y amables que el comercio, que «el camarada de la noche»: -los obreros de Bessemer encienden a una todas las hornallas, desatan las válvulas todas, repican sobre sus yunques con todos sus martillos, levantan con sus potentes fuelles columnas de chispas de cien pies de alto, enrojecen el cielo nocturno con el resplandor de su formidable bienvenida, para festejar la cura del rico obrero, del escocés generoso, del autor de *La Democracia Triunfante*, de Andrew Carnegie.<sup>371</sup> -Los indios amansados en la escuela de Hampton componen, en su lengua de colores de gracia abrupta y nueva, una comedia matizada de himnos,

para celebrar con el concierto de todas las tribus, con pintorescos discursos de sus mujeres, con versos ingenuos de sus mancebos ocupados en la labranza, con patéticos coros que acaban clavando la bandera de los Estados en una ventana, enflorada para recibirla, el día de emancipación, en que la ley de repartimiento de las tierras ha sacado al indio de su puesto en el rebaño común para levantarlo a ciudadano terrateniente y cabeza libre de familia: Charles Dana, el amigo constante de la libertad, imagina publicar un diario de la tarde a centavo, un *Evening Sun* incisivo y resplandeciente, donde la vida entera, en sus fases variadas y movibles, se desborda de los párrafos vivos y robustos, como champán<sup>a</sup> bueno de copas de oro labradas a martillo; -Hernndon, el amigo y socio de Lincoln en sus días primerizos de Springfield, anuncia que va a revelar en un libro curioso todo aquello por donde la vasta naturaleza del «Honrado Abraham» es más pintoresca, ignora-

a. En LN: «champagne».



da y profunda: sus comienzos rugosos, sus varios amoríos, su hogar inquieto y triste, lo interior de su ánimo, punzado a veces por la pasión hasta privar de fuerza al cuerpo hercúleo: se verá como un grande sicomoro abierto por un lado de un hachazo, por otra parte vencido por el viento, ipero con luz por entre las hojas y con pájaros revoloteando por las ramas!

Que Cleveland pasea a caballo todos los días para traer a menos sus carnes presidenciales; que un amigo del arte ofrece trescientos pesos cada año al artista joven que pinte el mejor paisaje; que Sarah Bernhardt, fatigada con el esfuerzo de complacer a los bostonianos, estos atenienses con armadura, se desmayó al salir de Boston; que el gentío se agolpa en las vidrieras a ver el retrato en que aparecen juntas la Langtry y la Bernhardt, bonaza y sentada la una y pensativa y en pie la otra. Pero ¿qué es todo eso comparado a las barcadas de inmigrantes que se desgranaban al sol de abril por las calles repletas; a las peleas de los católicos por sacar de una vez la mano de la iglesia de sobre la libertad; al derrumbe visible de los grandes partidos políticos que han pervertido en el mando los ideales que les dieron vida; al alzamiento victorioso de la clase trabajadora en un partido nuevo que aprende en sus errores la manera de no volver a caer en ellos; a la creación espontánea de una masa resistente en que se amal-

gaman sin rencor los de opuestos partidos que ven sus privilegios atacados por los gigantes a quienes tenían sujetos con frágiles ligaduras?

Ya cruje, bajo el peso de una inmigración innecesaria y excesiva, esta república que comienza a pensar en cerrarle sus puertos. Ya se nota, el decidido propósito entre los católicos criados en tierra libre, de abandonar la iglesia antes que ceder de su libertad. Ya se ve cómo van deshaciéndose, por no entrar en los tiempos con desinterés y previsión, los partidos antiguos, atentos sólo al bienestar de sus secuaces. Ya se agrupa en dos parcialidades enormes la población norteamericana, de un lado «las masas», como se llaman a sí mismos, de otro lado «las clases»—los «ciudadanos», republicanos o demócratas;—los partidarios de la «Ley y el Orden». Pero ni aun eso iguala en novedad y riqueza de color a la primera elección política en que han votado las mujeres en el Estado de Kansas: así pudiera condensarse: notable bullicio, febril energía, los modos muy agresivos, el fin puro y confuso, la originalidad poca, un instrumento—esta vez, al menos, de las pasiones de los hombres.

La legislatura del Estado, compuesta contra lo usual de republicanos, necesitaba ensanchar la ley de elecciones de modo que favoreciese a su partido, arrollado siempre en Kansas que es,

como todo el Sur, demócrata: por eso acordó conceder el ejercicio del sufragio a las mujeres, «nacidas en el país», asegurando con esta condición en su provecho el voto femenino, puesto que a la vez que excluía a las naturalizadas, demócratas en su mayor parte, se allegaba a las negras, que ven a los republicanos como sus libertadores y habían de asir con júbilo la ocasión de encararse ante las urnas con las que veinticinco años hace eran sus dueñas.

Helen Congar, una agitada del Estado vecino, era el alma de esta nueva empresa. Ella esgrime la pluma política, trata en secreto con el partido que la ayuda, defiende con elocuencia los «derechos de la mujer» y la urgencia de purificar con su intervención el sufragio: ella propaga, viaja, organiza, ensaya sus huestes, da puntos a sus oradoras, aterra con sus denuncias a sus enemigas. «Nadie me detenga, porque voy con la verdad». «La inmundicia desaparecerá ante mí, como ante el huracán el polvo». ¿Por qué ha de espantar a esta mujer la política? La política, tal como se la practica ahora, ¿qué es más que mujer? Todo se hace en ella a hurtadillas, con insinuaciones, con rivalidades, con chismes: los hombres entran en ella con colorete y polvos de arroz, como las máscaras: al que asoma en ella con amor a la patria y franco discurso, lo escarnecen, lo aíslan, lo acorralan: ya no es coraza la que usa la política, sino

corsé flexible: ¡bien está la mujer en este arte de mujeres! Helen Gongar conoce a sus hombres. «Votadme-les dijo- en vuestra legislatura republicana, esta ley que he redactado yo misma, concediendo el sufragio a las mujeres, y yo os ayudaré en las elecciones a sacar triunfantes a los candidatos republicanos». Adelanta en los Estados Unidos, aunque con lentitud, la idea de conceder el sufragio a la mujer, pero en Kansas no fue adoptada la ley por razón de alta humanidad, sino en virtud de ese trato mezquino.

La Gongar cumplió bien su palabra. En nada ha tenido que envidiar a la de los partidos experimentados la organización de las mujeres. En cada ciudad se creó una junta directora. Comisiones especiales visitaron los salones de beber y las casas odiosas. Redactaron su programa de moralidad. «Publiquense, dice el manifiesto de las juntas, los nombres de los que abandonen de noche sus hogares para convertirse en brutos babeantes ante los mostradores de las cervecerías! queremos casarnos con hombres a quienes podamos respetar, no con cuadrúpedos: ¡publiquense los nombres de los que asisten a las casas de vicios!» «La hacienda la dejaremos a nuestros hermanos los hombres». Ellas crearon comisiones de distrito, fueron casa por casa procurando votos, congregaron en reuniones privadas a las votantes antes de la elección, para cono-

cer sus fuerzas y disponerse a parar los golpes enemigos. Como saben que la honra es lo más caro a la mujer, hirieron a sus contendientes en la honra. El odio, rezago inevitable de la esclavitud, envenenó el combate. «Las de abajo», las negras ¿cómo no habían de aprovechar la ocasión de hermanarse con las que un día las azotaban, y hoy mismo las desdeñan? «Las de arriba», las «dueñas», ¿cómo habían de llevar en paz que su lavandera, su cocinera, su esclava de ayer, pudiese, por una hora al menos, lo mismo que ellas pueden? Así fue que comenzaron a desacreditar a Helen Gongar, a preguntar por sus moralidades, a hacer ascos a la masa de negras que habían acudido con júbilo al registro, a ofrecer a sus criadas favor o dinero en cambio de sus votos, a luchar por el triunfo de los demócratas, los «dueños», de ayer, contra los republicanos, ayudados por las antiguas esclavas. Eso echó a volar todas las cortinas de las casas: No quedó fama viva: «¡Vuestras moralidades sí son impuras!», les grita en un discurso Helen Gongar: «¡estas negras mías lavan y planchan, pero su hombre es su hombre, y no tienen dos puertas en su casa, una para el marido que paga las cuentas y otra para los lindos oficiales!» La ofensa era graneada, de un bando y de otro. Las de arriba, convencidas por la ira, se inscribieron al fin en el registro, de que al principio se burlaban. Se

oía en las ciudades, la noche antes de las elecciones, abejear la cólera.

Con el sol se abrieron las casillas de las urnas, cuyos alrededores están en Kansas limpios de grupos, porque la ley, para evitar querellas, manda que haya un espacio de cincuenta pies entre la casilla y la hilera de votantes. Esta vez hay dos hileras, una de mujeres y otra de hombres. Se hablan poco, porque se temen. Hay muchos rostros descompuestos, porque la ira saca al rostro todo el cieno del alma. Van y vienen cargados los carruajes que los republicanos pagan a las negras. ¡Son damas y han de ir en carruaje! Las «de arriba» que llegan luego en sus coches propios, toman puesto detrás de sus criadas en la hilera:—«¡Eh, Atanasia!» grita un negro travieso a su mujer, que espera en la otra fila: «¿votas por el demócrata?»—«No: ¡por el republicano!»—«Pues mira, no votemos porque mi voto mata el tuyo: el brazo, Atanasia: a casa!» Y se van de bracero alegremente; pero Atanasia vuelve sola, y vota por el republicano. Dos señoronas quieren comprar el voto a una negra: los hombres intervienen: los puños acentúan pronto las palabras: espárcense, como el maíz por el aire, las votantes. Vota una anciana de ochenta años: «¿qué he de hacer, mi señor?», responde a un cronista el lindo viejo que fuma su pipa en el portal, junto a una silla vacía: «¿qué he de hacer

—repítele mirando a la silla:—la mujer fue a elegir porque el cura le dijo que votara». Estallan los aplausos, es que pasa la oradora elocuente, la mulata Stevens, que habló en la tribuna pública, acompañada de dos jueces y señoras de rango, ¡pues no todas han de apartarse de los humildes, y hay quien goza en irlos levantando!

Al fin, la batalla cesa: no han peleado a lo púgil, sino a lo serpiente: hay brazos que llevan para toda la vida la mordedura. En la pelea se notó demasiado encono. Para el olvido no hubo la noble rapidez con que en el común triunfo de la libertad, suelen ahogar los hombres sus querellas. Las mujeres, como los hombres, ayudaron al que las ayudó. Las negras, como los negros, votaron por aquellos que miran como sus emancipadores. En la propaganda se ha notado más ahínco, más fuego, más inquina, más fuerza apostólica que las usuales entre hombres. Lo nuevo que hicieron—la denuncia de las casas odiosas—lo hicieron con brío. Muchas mujeres obtuvieron puestos públicos. Una había que aspiraba a la presidencia del municipio. En Stockton, a poco sale nombrado un ayuntamiento de mujeres. En Carden City una mujer ha sido electa tesorera municipal para el entrante año. Un candidato al corregimiento, que tiene fama probada de galantería, ganó la elección por considerable número de votos.

Veamos ahora otras elecciones: las que han estado a punto de poner en manos de los obreros las ciudades más populares y ricas: Chicago, San Luis, Cincinnati. El partido que asomó hace ocho meses con la candidatura de George en Nueva York, ya se insinúa en el campo, arrebatando falanges enteras a los partidos antiguos decrepitos, y en su segundo esfuerzo reaparece organizado y triunfante en las capitales de más importancia e influjo. ¡Es que la ola es honda, y trae ímpetu de raíz!. Lo que en estas cartas se ha previsto sucede: Los trabajadores, los reformadores que los dirigen o combaten a su lado, están decididos a luchar juntos por las vías de la ley para obtener el gobierno del país, y cambiar desde él, en lo que tienen de injusto, las relaciones de los elementos sociales. Lo que les falta para el triunfo, o para estar en disposición de aspirar con probabilidades a él, es su constitución definitiva como partido americano, libre de ligas con los revolucionarios europeos; y eso adelanta, porque Powderly, el jefe de los Caballeros del Trabajo, se sacó de sobre el pecho hace pocas noches una bandera de los Estados Unidos, y ondeándola entre aplausos por sobre su cabeza, declaró que esa era la única bandera «digna de ser seguida por los libres norteamericanos».

Asombra a los que no conocen la virtud de la libertad esta confianza del país en que nin-

guno de sus hijos ha de comprometer su grandeza. Acá el hombre se siente orgulloso de la fábrica nacional, y no atenta contra ella, porque ha ayudado a crearla. Le saca lo podrido, le humedece las cerraduras, la oreja de vez en cuando, levanta paredes nuevas, repone sus puntales; ¡pero no la echa abajo! El arte de la libertad, consiste en que ha puesto al servicio de la virtud el egoísmo. Hasta a lo que se ha hecho mal se le ama, porque se le ha hecho.

Acaso se ven aquí con gozo, no por inconsciente menos eficaz, estos sacudimientos periódicos de la conciencia pública, estas apariciones pujantes y agresivas de los grandes problemas. Todo prepara aquí a eso. Los debates continuos, brutales a puro francos, de la contienda política, robustecen en el hombre el hábito de expresar su opinión y atender a la ajena. Enorme es el beneficio de vivir en un país donde de la coexistencia activa de diversos cultos impide aquel Estado medroso e indeciso a que descienda la razón allí donde impera un dogma único e indiscutible. El espectáculo constante de la pujanza, antes incita a desearla que a temerla, tanto, que puede decirse que acá es delito, en las ideas como en los hombres, presentarse sin ella. Y en cuanto a lo súbito, place a este pueblo ocupado, salir de una vez de lo que le embaraza.

Pero si la nación no desconfia de lo que en ella puedan



hacer sus propios hijos, si se la nota reacia<sup>a</sup> a que le pongan mano irreverente los que no entienden su estructura, los que traen en los huesos odios extraños, los que no han criado el juicio en las instituciones a que intentan aplicarlo. Crecen rápidamente, con energía tal que el Papado mismo se les pliega, los Caballeros del Trabajo. Vese adelantar con inesperado favor la teoría de George sobre la devolución al Estado de la propiedad de la tierra. Acatan a McGlynn, el Pedro de la nueva cruzada, los diarios y magnates que antes de conocer lo numeroso de sus huéspedes le ofendían. Vencen en ciudades tan populosas como Milwaukee los trabajadores, que en su primera aparición como cuerpo político han sacado triunfante a su candidato. Por unos quinientos votos, acaso por un fraude en el recuento, ha sido derrotado el candidato obrero en la ciudad soberbia que disputa a Chicago el imperio del Oeste, en Cincinnati. En San Luis, otro emporio, tuvieron cerca el triunfo. Pero en Chicago les volvió la espalda el voto, y demócratas y republicanos, unidos con júbilo en la aversión común al destructor advenedizo, obraron como un partido solo, el partido de los que conservan, contra los trabajadores imprudentes, que por miedo a perder el voto de los anarquistas, consintieron figurar al lado de los que destruyen.

No hubo en Chicago países ni ocultamientos. Quedó en vein-

te mil el voto obrero, que se esperó ver llegar, como en Nueva York, a setenta mil. El candidato para corregidor de la ciudad, un talabartero inteligente, se enajenó la confianza pública, por no haber osado condenar en un discurso, brillante por cierto, la bandera roja, cuyos pliegues albergaron la bomba que esparció la muerte entre los heroicos policías, cuando los motines de la otra primavera. Los trabajadores mismos se volvieron contra el talabartero. Los «ciudadanos», olvidando en el peligro de lo esencial las diferencias menores, se reunían en las calles en patrullas, y en masa depositaban su voto unánime contra el candidato favorecido por los anarquistas. Los rencores políticos se desvanecieron ante la alarma social. Hombres de opuestos partidos se abrazaban en las calles al publicarse la derrota del candidato de los obreros. Allí, donde se ve de cerca el riesgo, donde los descontentos se encuentran por docenas de millares, donde se oyen en los sótanos los pasos de los ingratos huéspedes que se disponen para vomitar la muerte sobre la ciudad que les abrió sus brazos, donde se ha visto ya el humo y la sangre; allí se juntan por instinto contra los invasores todos los que tienen algo que defender de ellos: la hacienda o la libertad. Y allí sucede en principio lo que, si el riesgo se extendiese, sucedería en toda la república mañana.

Eso se vio en Nueva York en el otoño, cuando confundiendo malignamente la reforma que George capitaneaba con el programa de los anarquistas, obtuvo Hewitt, el candidato demócrata al corregimiento, que votase por él gran número de republicanos. Eso se ve en cuanto dice Chauncey Depew, que tenía a Grant en reserva, mimado por los ricos, como campeón de ellos en la venidera lucha, y ahora que Grant ha muerto, se pone en lugar suyo, agrupa a su alrededor las clases que tienen qué temer, y es su jefe en la milicia de la palabra. Eso acaba de verse en Chicago, donde legiones de «ciudadanos», olvidando querellas recientes de republicanos y demócratas, marchaban sobre las urnas a votar contra los anarquistas con el mismo paso marcial, la misma mano pronta, la misma mirada encendida con que los soldados marchan al combate.

Sí, hay mucha noticia menor. Sullivan, el pugilista, ha visitado en la Casa Blanca a Cleveland. Blaine, que anda encendiendo votos por el Oeste, ha caído enfermo. Dos yates,<sup>b</sup> el «*Coronet*» y el «*Dautless*», han cruzado a toda vela el Atlántico en una desesperada regata. La Langtry, que vive entre oros y sedas, pinta a la hora en que sus amigos la visitan, los vasos de porcelana que realzan luego el

a. En LN: «rehacia».

b. En LN: «yatch».



escenario de su lindo teatro. Recogen fondos para poner techo de hierro a un colegio africano, y para fundar en el colegio de Columbia una cátedra de hebreo rabino. Aumentan entre los republicanos los partidarios de la candidatura de John Sherman a la presidencia, de John Sherman<sup>372</sup> que habla como hablaba Grant, de que «el águila extienda sus alas», esto es los Estados Unidos, «anime y ayude a nuestras repúblicas latinas».

Los demócratas acogen en público con grandes festejos a uno de sus candidatos a la presidencia, a Hill, que gobierna ahora el Estado de Nueva York, merced al arte menguado de administrar el puesto público para el provecho exclusivo de los que en consideración de esta paga lo encumbran. Embullen los temibles fuegos de la primavera las casas de los animales, las siembras, los pueblos de aterrados labradores que intentan en vano huir de la ola que los envuelve en su huir.

Pero en New York, nada ha habido comparable a la apasionada ovación con que los católicos neoyorquinos recibieron al cura McGlynn, cuando les predicaba la otra noche en el

teatro de la Ópera, lleno de bote en bote, sobre «*La Cruz de la nueva Cruzada*». «El discurso —dice un diario hostil a McGlynn— fue una de esas soberanas oraciones que cambian la faz de los pueblos, y abren época en la historia». Allí predicó, el retorno de la propiedad de la tierra a la nación, como era uso en el pueblo de sus padres, en Irlanda: allí resplandeció su rostro benigno, el solo rostro de los oradores cuando se sienten amados de su pueblo resplandece: allí, con palabras que hendían y lucían como hierro encendido, marcaba, entre coros de vivas, a esos cegadores de la luz que andan poniendo librea a la dignidad y caperuza a la conciencia.

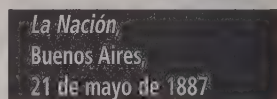
¡A la felicidad, hombres humildes, porque el himno más grato a Dios es la dicha de todas sus criaturas! ¡Mientras haya un hombre infeliz, hay algún hombre culpable! ¡Antes se levantaban cruzadas de guerra para rescatar el Santo Sepulcro: ahora levantaremos cruzada de paz para que no sea un sepulcro la vida! Y si os dicen que yo, cura católico, no tengo el derecho de hablar con los hombres sobre la manera de que sean más felices, yo, cura católico, os

digo, en el umbral de esta era nueva de la humanidad en que ha de ser vencida la miseria odiosa, que por sobre púrpura y por sobre mitra, por sobre cóncave y sobre tiara, por sobre domos y espiras eminentes, está, en las cosas del hombre, la conciencia humana!

A eso podría reducirse lo que dijo, por las ciudades más populosas, va diciendo: retemblaba el teatro: No sabía aquel frenético concurso estar sentado. Duraba minutos el ondear de los pañuelos: parecía ver brillar el horno de Daniel: como lanzas han quedado clavadas las frases.

McGlynn vestía levita, no sotana. Muchos curas católicos, muchos, aplaudían con ardor: uno había de barba muy blanca, a quien todos besaban la mano. Y tres niñas pusieron a los pies del amado pastor, del párroco depuesto por el arzobispo, tres cestos de rosas.

José Martí



[Mf. en CEM]

154

# México en los Estados Unidos

Una reina en Washington.-La reina Kapiolani.-El «kaulukan», y el tierno «aloha-oé».-Honores a la reina.-La hermana del Presidente va a dar clases de historia.-Sus méritos.-Su carácter.-Su independencia del hermano.-Va a dirigir una escuela en Nueva York y a redactar una revista.-La mujer americana.-La Feria de Vacas en Madison Square.-Primera visita.-Las lecherías y las lecheras.-La vaca Mary Ann.-Certámenes y premios.-Carácter religioso de la reforma social.-La reforma no está limitada a los trabajadores descontentos.-La «Sociedad contra la Pobreza».-Una nueva iglesia.-Adelanto notable de la Sociedad.-Un discurso de George.-Reunión entusiasta.-«¡Nuestra cruz va marchando!».

Nueva York,  
mayo 9 de 1887

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

**H**AY UNA REINA en Washington. La hermana del Presidente empieza a trabajar de maestra de escuela. Un millonario llevaba en su boda un traje de lana gris. Una inmigrante alemana ha estado trabajando de labriego y canteiro durante un año en ropas de

hombre para ganar el importe del pasaje de sus padres. Está Nueva York en seco, sin que dejen vender ni licores ni vino los domingos. Las «nuevas fuerzas políticas», como las llama el ardiente John Swinton, han establecido con soberano éxito una especie de iglesia dominical, bajo el nombre de «Sociedad contra la Pobreza».

Se habla a las claras de anexionar el Canadá a los Estados Unidos. Dice el *Sun*, de Nueva York, en un artículo lleno de

justicia para México, que los capitalistas americanos dejarán perder un excelente negocio si no obtienen las concesiones necesarias para construir por sí las obras del desagüe del valle. Al día siguiente publica el *Sun* una carta que no puede menos de tener que hacer con el artículo, en que se elogian calurosamente los planes del ingeniero Garay. Los diarios de ayer celebran, con recomendaciones del Gobierno mexicano, «la justicia y energía que muestran» las dolorosas ejecuciones de Nogales. El *Herald* de hoy dice que no ha de pensarse en los Estados Unidos tanto como se piensa en la conveniencia de adquirir los Estados del norte de México, para evitar el problema social con la abundancia de tierras libres que repartir entre los descontentos, «porque toda la tierra buena de esos Estados está ya distribuida en vastas concesiones, poseídas en gran parte por especuladores norteamericanos, de modo que su adquisición, aun cuando pudiera realizarse honradamente, sólo añadiría, caso de que añadiese algo, una pobre extensión a la tierra pública de los Estados Unidos». Hay, pues, que

pensar en lo que se hace y se publica estos días por estos pueblos rubios, mientras las oropéndolas cuidan de sus nidos en los árboles del Parque, cubiertos de hojas frescas, y se publica en castellano con láminas lujosas la traducción de Bonalde de *El Cuervo*, de Edgar Poe, el día mismo en que los viejos del pueblo de Fordham, donde su mujer, extenuada, se le quedó muerta en los brazos, cuentan que el pobre poeta, flaco y lívido, se aparecía como un fantasma por los campos vecinos, pidiendo un trabajo que jamás hallaba, a la hora triste en que su madrina leal, disimulando el hambre de la casa, se iba por los cerros menos visibles del pueblo, recogiendo verdolagas para la comida de la tarde, «¡porque le gustaba la verdolaga mucho a Edgardo!»

La reina que está en Washington es Kapiolani, esposa de Kalakawa, el monarca de Hawaïi, con quien están en buenas amistades los ingleses, que saben de tiempo atrás cuán prudente es tener en todos los mares islas propias o amigas; así es que a Inglaterra va Kapiolani ahora, que es la ocasión primera en que deja a su tierra de guerreros y volcanes altos, para acudir a los festejos con que celebran los ingleses el 26 de Mayo, el jubileo de la poderosa reina Victoria. Dicen que Kapiolani, sí tiene una majestad, y es la de ser buena y haber fundado en su reino, aunque no

sabe de lenguas cultas, un hogar para los leprosos, de los que hay muchos en aquella tórrida isla. No va vestida aquí, como en su país, del *kaulukan* nativo, blanco y suelto como el tipo poético de las indias payaguaces, sino que lleva vestido de seda negra y gorra, con los cuales se presentó en un banquete de ceremonia que le daban, por parecerle más propio de una reina, «siendo ya tarde para cambiar de vestido, el cumplir en traje humilde su promesa, que el faltar a la hora fija por entretenerse en mudar de traje». Lo que, por supuesto, pareció muy mal a la gente republicana de Washington. Pero con su llaneza y agradecimiento ha cautivado la reina Kapiolani, tan alta de virtud como de estatura, el afecto de la gente sensata; y dicen que va tan contenta de lo que ha visto en Washington, de las fiestas en que la han estado paseando, del banquete solemne dado en su obsequio por la Casa Blanca, que cuando partía el tren donde iba a Boston, lloró como quien deja el lugar en que ha amado, y dijo tiernamente el adiós de los de Hawaïi, el «aloha-oé», el «¡ite amo!»

Y es verdad que Rosa Elizabeth Cleveland, la hermana del Presidente, la que hace un año apenas dirigía aún las fiestas de la Casa Blanca viene a Nueva York con el glorioso otoño, que es aquí todo pompa y grandeza, para empezar su trabajo de pro-

fesora con una humildad que las iguala.

Pues es historia, lo que ella viene a enseñar, mientras su hermano preside la nación libre más populosa del globo; es historia patria; con lo que su lenguaje que tiene el rojo ígneo y el aroma acre de las hojas poéticas de Octubre, y baja en lluvia viva de colores como ellas, y como ellas se arremolina visiblemente al viento, también, como ellas, sobre la tierra caerá a guardar el fuego sacro en los corazones: porque ¿de qué vale, ni qué asegura aprender la vida práctica en un pueblo si no se habitúa el alma al trato heroico de los que han sabido vivir para conservarlo o morir, cuando ha sido preciso, en su defensa? Aquí se aprende, por el caimiento evidente de los caracteres que sólo la inmigración mantiene y repara, lo que fuera de aquí no debe olvidarse: un pueblo de patriotas fanáticos o imperfectos, es preferible a un pueblo de egoístas.

¿Y no es hermoso eso que va a hacerse aquí con tanta sencillez, la hermana en su silla de maestra, enseñando cómo vivió Washington, cómo ordenó Hamilton, cómo aconsejó Franklin, cómo murió John Brown;—el hermano, que también fue maestro de escuela, presidiendo, desde la Casa Blanca, la nación?

Ella, por ser mujer, no cree que ha de ser carga. No le parece decoroso vivir de otro, ni de su hermano, cuando puede vivir de sí. Su hermano tendrá su

decoro y se enojará acaso de verla ganar su vida; pero ella tiene el suyo. ¿Ni qué falso decoro sería ese de tener a menos que la familia del Presidente, del empleado más alto de la Nación, trabajase en el empleo más venerable y grato, en aquel dulce empleo de maestro en que se sirve mejor a los hombres y se padece menos de ellos? No. Ella tiene fama merecida de maestra de Historia. Su estudio sobre Juana de Arco ha merecido aplausos franceses. No se puede escribir sobre Carlomagno nada más bello y juicioso que lo que ella ha escrito. Antes de que su hermano fuese Presidente, ella gozaba fama en las escuelas del país, e iba de una en otra durante la estación de las conferencias, explicando, con su inspirado lenguaje, las bellezas dignas de imitación en los grandes caracteres.

Y como un pan no estorba, ni está en la mente yanqui perder la oportunidad de colocarse con provecho, no sólo viene de maestra de Historia, sino de condueña del colegio en que la va a enseñar; y es justo que le pague su nombre y su fama, sin que esos quehaceres le estorben para escribir, también como dueña, en el *Magazine of American History*, que en manos de hombres fue una quiebra ruidosa, y en las de la mujer que hoy lo dirige, de la señora Lamb, es una de las más prósperas y amenas publicaciones americanas. Sí, hay que venir a ver esta tierra, donde de veras el mun-

do se cambia, se transforman los conceptos antiguos, y por la fuerza de la libertad y de la batalla por la vida parecen mudar de constitución mental, ensancharse, crecer los mismos sexos.

Vamos ahora a donde mañana irá todo Nueva York, a la «feria de vacas», en Madison Square. Hay que criar las alas, y que ejercitar las manos. Bien es que Rosa Cleveland enseñe historia en su lenguaje flameante, y es bien que los ricos de Nueva York, los mismos que han regalado en estos días al Museo del Parque Central cuadros famosos, organicen para estímulo de la industria una exhibición que va a ser célebre, de vacas lecheras. «El Partido» irá a verlas despacio, para contar a los agricultores lo mucho que enseñan, pero ya hoy son interesantes, aun cuando en la confusión de los trabajos preparatorios no alegran las pintorescas lecherías los banderines y las luces, las músicas y las lecheras agraciadas, en sus vestidos de alemanas y de suizas, que dicen han de ser cosa de verse. Las veremos. De una de ellas cuentan que es positiva maravilla, con ojos de Lalla Rookh,<sup>373</sup> y manos «hechas a cebar lechones», como las de la Inés de la cena del Alcázar. Pero de ésta no hablan los caballeros del queso y la mantequilla, con los labios rasos y la barba en halo, que han venido de los condados en que se produce la leche a ver cuál vaca da más; si

la de Jersey, la Guernesey, la de Holstein o la de Ayrshire: ellos hablan de Mary Ann, la triunfadora, la vaca de Ontario, que vale veinte mil pesos, y es hasta hoy la que más mantequilla ha dado de sus ubres. En Madison Square sucede todo eso, sobre la arena misma que hace pocos domingos cubrían los católicos fervorosos que tienen aún las palmas encendidas, por lo mucho que aplaudieron al cura McGlynn, y a los que con elocuencia y fuerza de apóstoles lo acompañan a él y a Henry George, en su «Cruzada contra la pobreza».

Anoche no eran los aplausos en Madison, sino en el teatro más espacioso de Nueva York, en la Academia de Música. Ya esto es religión. La verdad es que se saltaban las lágrimas de gozo. El público no era de ganapanes, sino de gente modesta que quiere hacer bien: ¿a qué hay que añadir que había más mujeres que hombres? En el escenario estaban las coristas, coristas voluntarias, vestidas de blanco. Presidía un anciano elocuente, que ha empleado sus últimas fuerzas en llevar la bandera de los trabajadores, las fuerzas que le quedaron de su empeño glorioso, cuando juró no vivir si no veía libres a los negros esclavos. Todo el teatro estaba en pie cuando las jóvenes vestidas de blanco, a los sonos del órgano, prorrumpieron en su himno al trabajo. El anciano trémulo y Henry Geor-



ge cantaban. Cada estrofa acababa en un conmovedor y vibrante aleluya y una salva de aplausos.

«La pobreza es injusta», decía Henry George, en su discurso salpicado de sabia ironía, de patéticos recuerdos, de familiares abandonos, de aquellas sentidas y profundas palabras en que se revela su ardiente concurso con los dolores humanos. «No queremos quitar a nadie su riqueza, sino crear más riqueza de la que hay. Cada vivo, el negro más infeliz, el niño mísero que nace sin pañales en una casa de vecindad, tiene derecho a la extensión de tierra necesaria para nutrir su vida, puesto que nace.»

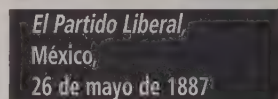
¿Cómo los ingleses pueden estar adquiriendo para especular millones de acres de tierra en América, y se mueren de ham-

bre en América, por falta de tierra en que trabajar, más de un millón de americanos? El producto de lo de todos sea para bien de todos. No queremos repartirnos la tierra, sino liberar de trabas las industrias para vivir barato, imponer sobre la tierra el único tributo, y aplicar a los gastos del Estado y al beneficio de sus habitantes, la renta de las tierras que al Estado pertenecen y él alquila a los que las trabajan. Mientras haya un pobre, a menos que no sea un perezoso o un vicioso, hay una injusticia. No queremos hacer ricos a todos los hombres, sino congregarlos en buena voluntad para estudiar juntos la manera de constituir nuestro pueblo de manera que las madres no tengan que echarse a los pozos con sus hijos en brazos, por no poder saciar-

les el hambre. Cuando a esto se llega, la sangre hierve en las venas; y hay que hacer algo.

Llovían los pesos sobre las cestas en que depositaba la colecta la congregación. «¡A mí, a mí la cesta!» decían de todas partes, pobres irlandeses, alemanes bien vestidos, mujeres de holgada apariencia, un viejito que se levantaba sobre su báculo y tenía a su hijo al lado. Un ejército en marcha parecía, puesta en pie, la enardecida concurrencia, cuando al acabarse la fiesta solemne, las coristas vestidas de blanco cantaban a los sonos del órgano: «¡Nuestra cruz va marchando!»

José Martí



155

# El arte en Nueva York

Venta de la famosa galería Stewart.-Los mejores cuadros.-Precios enormes.-El espectáculo.

Nueva York,  
Abril 15 de 1887

Señor Director de  
*La Nación*

EL ALMA, es verdad, va por la vida como en la cacería la cierva acorralada, sin tiempo para despuntar los retoños jugosos, o aspirar el aire vivífico, o aquietar la sed en aquel arroyuelo del bosque que corre entre las dos riberas verdes, luz derretida, joya líquida, discurso de la naturaleza que fortifica y alecciona por donde pasa. En cuanto el alma asoma, un escopetazo la echa abajo: para vivir, hay que esconderla donde no nos la sospechen, y en las horas de soledad, en las horas de lujo, sacarla a la luz tenue, como el relicario que guarda la efigie de la mujer querida, y llorar sobre ella, acariciarle la cabellera pegada a las sienes, aquietarle la mirada ansiosa, y decirle con la voz de los desesperados: «¿cuándo

acabaremos, oh alma?» Todo vivo, que debiera ser un aroma, es un cómplice; y la existencia es más feliz, mientras son más numerosas y francas las complicidades.

Pero también el alma, aun en estos corrales donde la persiguen, tiene sus días de fiesta, en que se regocija y dilata: algo se sabe entonces de la maravilla que cobra el ónix en las entrañas de los montes, y de esos vapores tornasolados que, como mariposas que se despiertan lentamente, van desapareciendo de las cumbres cuando las calienta la mañana. ¿Quién que padezca de lo agrio de la vida en esta comunidad sórdida no ha de comparar a esos deleites el de ver, como hambriento sobre quien cae lluvia de frutas luminosas y aladas, una colección de cuadros soberbios, de esfuerzos del pincel de vistosísimas acumulaciones espirituales, de las batallas a cuyo fragor nació este siglo, de los tanteos y afanes con que engaña su actividad aún no madura, de la glo-

riosa luz y el aire alegre con que la edad nueva se prepara a reanimar, con los flancos abiertos y encendidos, la dulce religión pagana?

¿No es Fortuny, vencedor de la luz, el pintor en quien parece haberse reconocido nuestro siglo?: él, la gracia heredada: él, la fuerza discreta: él, la creación indecisa y encogida: él, el consorcio de la libertad y la academia: él, la luz armoniosa y final que corona sus ensayos y dudas, tal como del conocimiento de la naturaleza surge, ahuyentando espantos, la creencia de alas universales a cuyo abrigo crecerán en paz los hombres. Todo es símbolo y síntesis, y hay que ir a buscar la raíz de todo.

Pero ahora no: ahora veamos estas obras famosas del arte moderno: esta galería incompleta y envidiable que acumuló por vanidad de advenedizo el odio de Stewart, el rico impío que encerró viva a su mujer, privada hasta del dinero de alfileres, en un sepulcro de mármol y oro. Aquí, en sus inútiles pujos por igualar la frescura de color del maravilloso catalán están todos esos pintores elegantes y ale-

gres: Álvarez,<sup>374</sup> con sus pompas y dorados; Jiménez Aranda, que no acierta a ligar las tantas claras en el aire libre; Nittis, cuyo cielo anaranjado ya mostraba los fuegos de ocaso de su temprana muerte; Simonetti, leve y gracioso como un paisaje de abanico; Palmaroli, un sombrero de paja; Michetti un «niño sublime» de la pintura de la luz; Boldini, que pinta con el polvo esmaltado y rebelde de las alas de las mariposas.—Zamacois, sabio como su maestro Meissonier y desolado como Larra, salpica con verdes y rojos altivos sus telas que debaten, arrollan y acusan. Y Madrazo pinta mujeres, adorables, con una luz ceruida por un tamiz de seda.

¿A qué contar, en esa colección desordenada, los cuadros alemanes de peluca y chupa, los paisajes rojizos y sinceros de los norteamericanos, los lienzos de asuntos domésticos que seducen las almas sencillas, los campos graves y corpulentos de los artistas franceses, los estudios académicos, famosos y exangües? Los cuadros, como los hombres que los crean, se congregan por sus cualidades comunes en grupos: uno u otro, como los magníficos cabellos rebeldes en la «Feria» de Rosa Bonheur, levanta sobre el conjunto con las crines resplandecientes la cabeza. No veamos lo menor, que ése es entretenimiento grato sólo a los menores, y propio de ellos: no digamos, aunque es verdad, que en

esta célebre galería de Stewart no había la ligazón y orden que da a las colecciones meritorias valor lógico e histórico. Amontonó sus cuadros Stewart en la época en que, deslumbrados por Fortuny, todos los pintores vivos, los que buscan y crean, pugnaban por encarcelar la luz y remedar el aire; y eso es lo que tuvo de original esta galería afamada, fuera de la posesión feliz de algunas obras de empeño en que los pintores eminentes de nuestra época campean con su mayor bravura.

En el remate los veremos todos, entre los abejeros de la concurrencia, las ofertas, los chistes, los aplausos, las cortinas rojas. ¿En cuánto se venderá el «Friedland» de Meissonier, su único lienzo de tamaño heroico? La «Carrera» y el «Pollice verso» de Gérôme, ¿se venderán en acuerdo con su fama? ¿Quién comprará la «Feria de caballos», el cuadro monumental de Rosa Bonheur? ¿Nos entenderán nuestros Fortunys, de sombra mística el uno, el otro de claridad deslumbradora?

Todo el señorío de Nueva York, para comprar o curiosear, espera pacientemente a que abran las puertas del salón de Chickering. «La Nación» está en la concurrencia al lado de Jay Gould, un millonario de cuerpo pequeño y ojos vivaces, que lleva el gabán raído. Son las ocho. La sala está llena. Los catálogos, empastados de rojo, brillan entre los vestidos negros del concurso como manchas de

sangre. Un cintillo de luces de gas da sobre el escenario, en cuyo fondo aguardan los cuadros su fortuna, ocultos tras las cortinas encarnadas. Ábrense las cortinas. El remate empieza.

Como neblina tachonada de globos de colores queda en la memoria esa escena que la fama de los cuadros, lo considerable de las sumas y la leyenda del dueño primitivo, han contribuido a hacer histórica. Los cuadros aparecían, oían el debate, se desvanecían detrás de la cortina. El rematador era, como suelen ser ellos, de aguada mirada: espejuelo, nariz bermeja, barba raía y comida en los arranques: frac: voz que acude con viveza de urraca donde huele a compra. No se mueve el rematador de delante de su pupitre, y se ve revolotear, cernirse, posarse en un hombro lejano, abalanzarse sobre una presa nueva, saltar, picotear, a aquella voz. Él sigue el humor del público, que el que solicita ha de lisonjear. Deja reír, porque sabe que la alegría predispone a la largueza; pero no quiere que se hable: «el hablar, señoras y caballeros, déjenmelo a mí». Aquella sala de millonarios le obedece: él, como ellos, es vulgar y astuto. Fascina por la presteza con que anuncia el cuadro, con que sigue las puestas, con que excita a los rivales. Para él, un Tiziano se resume en esto: «Sí, ya sabemos que en este punto es inútil querer vender maestros antiguos». Su lengua-

je es éste: aparece el cuadro: «¡Ea, párense ahí!» «Buen cuadro, muy buen cuadro.» «¿Cuánto me dan?» «¿Cinco mil?» «¿Tres mil?» «¿Dos mil?» «¿He oído mil?» «¡Mil gracias!» «Cuadro valioso, muy muy valioso.» «No volverán a ver su igual por el dinero.» Él no florea, no explica, no alaba la mercancía. «¿Eh? ¿oi dos mil pesos?» «Dos mil!» «Ha costado mucho, ha costado mucho.» «No se equivocarán comprando esa pintura.»

De tiempo en tiempo dice un chiste, como cuando trajeron tres retratos pomposos de damas a la Dubarry, con un paje negro para realzar su blancura, con mucho pelucón, cota de peto y gran lujo de flores y de pliegues: «Vaya, no rían tanto: alguno los necesitará para su galería de antepasados.» Él sabe que estos ricos neoyorquinos prefieren a la gloria verdadera de crearse a sí propios la de parecer descendientes de algún buscamosas o guardapueras de monarca. Pero enseguida aparece el retrato de Washington por Stuart, y las risas se cambian en un aplauso cerrado. «¡Mil!» «¡Dos mil!» «¡Tres mil pesos!» Se va el retrato ufano seguido de palmadas.

A veces el remate decae. Los cuadros con viejos, niños y animales gustan, lo mismo que los paisajes y marinas, y los de historia y costumbres inglesas. Pero cuando un cuadro notable ocupa el caballete, sostenido a uno y otro lado por dos negros

de guante y librea, entonces es de ver cómo el rematador con su arte sutil enfrena al público, que susurra como colmena levantada. Descubre a los competidores, dirígese personalmente a ellos, les ruega que no dejen salir el cuadro de la ciudad, se inclina sobre el pupitre como sobre el cuello de un caballo en la carrera, recoge en el aire la puesta nueva, ordena con un gesto feliz al rival que haga una puesta mayor: las provoca, las logra, las engasta en su dedo nervioso y erguido, como el caballero del torneo antiguo engastaba las sortijas en su lanza.

Las puestas silban como si fueran balas: la una da en el aire contra la otra: a cada puesta atrevida el público aplaude. «¡Al caer, al caer! ¿Quién da más? ¿Cien pesos más? ¡Pues dado!» Las cortinas, como empujadas de adentro por elefantes invisibles, caen sobre el cuadro que se aleja bajo ellas con ruido de triunfador. A veces, por una abertura del cortinaje, se ve a los gañanes, deformados por la faena como los campesinos de Millet, forcejear con el cuadro en la sombra.

Las obras de gracia alcanzan poco precio en este país de fuerza. La yerba jugosa, el camino solemne, el celaje apretado, los árboles robustos de «El fin de Mayo» de Daubigny, obtienen más favor que las nubecillas pizpiretas que animan el cielo risueño de «Las Lavanderas»

de Boldoni, y el elegante bosque versallés que asiste al paseo alado de sus damas, cuyos rostros, pulidos como la cuenca de una concha, asoman por entre un polvo de colores.

Bajo un cielo rugoso se vienen por la sombra del camino, en la majestad de la espesa arboleda, las ovejas cansadas que sacian la sed en el arroyo pedigüeño con que agracia Jacque, artista potente, su oscuro paisaje; pero esa calma profunda, es preferible a «La vuelta del Bosque» de Nittis, donde desde sus sillas de alambre, menos frágiles que ellas, ven pasar las alegres de París los carruajes que vuelven del paseo, destacando sus líneas ligeras en el aire rojizo. Pinta Vallés una «Tentación» a lo Casanova, un sacristán, de puro flaco líquido, que ya no halla rincón en su banco donde libertarse de la desenvoltura de tres lozanas mozas: «Una mujer galante» de Simonetti oye, tendida en un sofá de blancas pieles, el vivo amor de un caballero barbilindo, de quien se burlan, escondidas detrás de una cancela, tres regocijadas curiosas: Michetti, desdeñando esas falsas poesías, pinta en su arrobadora «Mañana de bruma» los campesinos italianos, de vivos colores, adelantando en la neblina del crepúsculo con sus verdes melones a la cabeza, mientras rompe a lo lejos sobre la vieja muralla una luz cegadora; pero esos cuadros apenas alcanzan el precio de un «Familia de



gatos» de Lambert, que con ese ojo humano que dan a los animales los pintores que atentamente los estudian, persiguen absortos los revoleros de dos mariposas, desde su cojín de gatos ricos.

¿Cómo explicar el gusto excesivo del norteamericano por los lienzos de animales, a no ser por ese cariño de conquistador a todo lo que le ayuda a la conquista, por esa ternura con que ama el labriego su caballo y su vaca, por el amor natural de la mujer al gato, que acaricia, al perro, que acompaña, al viejo amigo del campesino, que bala del carro en el verano y en la nieve? Un caballo salvaje, atacado por un león, se vendió en más que la deliciosa «Marquesa» de Madrazo, mujer que sabe de amor, y empolvada la cabeza, agraciada la barba con el lunar, dormidos ya los ojos del sueño venidero, consulta con un espejo de mano la sabiduría de sus hechizos.

Una salva de aplausos merecida estalló cuando pusieron en el caballete unas «Vacas» de Troyon, no—como otras suyas— notables sólo por la firmeza de la copia, sino porque allí los pacientes animales, en cuyo ojo turbio se ve aún la fuerza caótica de la creación, campean con natural beldad en el valle sereno donde dos altos chopos, quebrando la monótona llanura, realzan la majestad del horizonte.

Pero ni «La fiesta de niños» de Krauss, con tanto rostro me-

nudo que parece moldeado sobre una manzana;—ni la «Carrera» y el «Pollice Verso» de Gérôme, más célebres que dignos de serlo, puesto que en ellos no iguala al interés del tema la decisión y sabiduría de la pintura;—ni «La vuelta de la Vendimia» de Bouguereau, grupo frío de labriegos de Italia, donde no pudo este fecundo artista lucir los nácares y gracias de la carne, que él anima con una luz de aurora;—ni el retrato de Humboldt que hizo Schreyer, donde su cuerpo, débil sostén de la cabeza inefable y gloriosa, destacase desde su asiento en la colina sobre el argentado ambiente, en cuyo fondo alzan la cana cumbre los volcanes; ni la solidez y relieve soberanos de «La visita al recién nacido» de Munkacsy, donde la madre, pálida aún del admirable dolor, sonríe desde su sitial de convaleciente a las curiosas amigas que le saludan aquella joya labrada en sus entrañas; ni los «Bufones» de Zamacois, verde uno, blanco otro, otro rojo, otros en todo el fuego de la luz, otros en un rincón sombrío, y el cuadro entero, salpicado de enanos, piernas colgantes y jorobas, hecho a una luz que acusa y quema, como el infierno de aquellas tremendas almas,—arrancaron aplausos tan ardientes como el grandioso rincón de bosque vivo por donde los lujosos caballos de Rosa Bonheur van a «La Feria». Se ven, se ven aquellos duros lomos, aquellas ancas altas y

macizas, aquellas cabezas pujantes y fogosas. Uno negro, normando, se encabrita y flagela con las crines erizadas el rostro del jinete de blusa que lo doma: a paso travieso lo sigue un pony peludo por entre sus mayores, con la mordida en la mirada. Un mozo va arrogante, como si supiese que el animal que monta es el más bello. Por el recodo vienen alazanes, retintos, bayos, ruanos. Del otro lado se entran en el bosque los que abrían la magnífica cuadrilla. Un chalán vigoroso, en lo mejor del lienzo, sujeta con ambos brazos desnudos el paso orgulloso de dos sementales blancos. Llevan la cola anudada, como para que se vea el dibujo rico. La carne recia hinchaba la piel tendida. La luz cae en las ancas.

Sobre ese cuadro sí fue la batalla recia. «Cuarenta mil pesos!» dijo una voz vibrante. Ruedos de aplausos acogían las ofertas, que iban de mil en mil. «¡Cincuenta mil!» «¡Cincuenta y tres mil!» En cincuenta y tres mil pesos lo compró el mayor de los Vanderbilt para regalarlo al museo de Nueva York, donde servirá de modelo permanente esa obra fresca y pura.

«¡Cuarenta y cinco mil pesos!» «¡Cincuenta mil!» «¡Sesenta mil!» «¡Sesenta y seis mil!» ¿Qué cuadro es ese que obtiene el mayor precio alcanzado en los Estados Unidos por cuadro alguno?

Es el «Friedland» de Meissonier, su cuadro querido, su Na-

poleón en gloria, no cuando —como en aquel otro cuadro suyo «1814»—; volvía de Rusia con el águila muerta a la grupa de su caballo, sino cuando la fiereza de una criminal ambición no había deslucido aún en su rostro de dominador la gracia olímpica. Desde lo alto de un cerro, rodeado de sus generales y su guardia, con los cuerpos de ejército por horizonte, saluda Napoleón a los coraceros que en heroico desfile, alzándose sobre los estribos y con los aceros fuera de la vaina, van jurando, a galope tendido, morir por su emperador. Acá la furia e ímpetu de la carrera, el choque de ferralla de vainas y corazas: la yerba arremolinada bajo la caballería, el plumero de los cascos relampagueantes, la locura de los caballos y de las espadas: los caballos flamean, los hombres juran: no hay un músculo en paz, ni en caballos ni en hombres: un corneta, vestido de amarillo, alza el clarín por sobre su cabeza, mientras exhala en una voz el alma: en el fondo del grupo, como un bosque de mástiles, se cruzan en líneas lejanas los aceros: dos espadas desnudas cortan de arriba abajo el cielo, a la cabeza de la cabalgata. Allá en el cerro, acopiando en los ojos azules cuanto deleite, penetración y misterio caben en el espíritu del hombre, mira aquel Jove nuevo a sus soldados vencedores, sentado firmemente en su orgulloso caballo blanco. Por entre la yerba, pintada hilo a

hilo, baja al otro lado del lienzo, a marcha lenta, un grupo de húsares de negro morrión, cota azul con alamares amarillos, y el dolmán rojo al hombro. Un cañón desmontado está tras ellos. El cielo, un cielo claro de victoria, muestra ya en las alturas algunas nubes pardas.

¿No decíais—preguntó Meissonier a los que lo acusaban de impotencia artística,—que yo no sé pintar el movimiento? Pues aprended como yo, recopiando la vida hebra por hebra, a pintar al animal y al hombre en el grado mayor de animación de que son capaces: aprended como yo, pintores de polvo de arroz, a componer obras nacionales y macizas.»—«Sí» respondió Manet, aquel perseguidor de la luz a quien ha dado Zola cuerpo inmortal en su Claudio de «L'Oeuvre»; «sí, pero en ese cuadro todo es de hierro, menos las corazas. ¿Cómo has de pintar la vida; tú, que jamás has sabido pintar una mujer?»

Ese «Friedland», como todo lo que Meissonier pinta, es un cuadro maravilloso, pero sin epidermis. Hay naturalezas ogrescas, que necesitan ver la sangre. Si habéis visto cadáveres desollados, ya conocéis ese color cienoso que Meissonier emplea en sus cuadros. Parece el suyo ojo de trilobites, que veía en redondo, con perfección implacable. Pinta pequeño, pero ve grande. La carne le seduce a tal extremo que da su color a las sendas de sus jardines y a las paredes de las casas. Pero su

composición es graciosa, a despecho de su torvedad y constante estado de ira; su invención es profundamente artística, y lleva los caracteres enérgicos de su persona; y si no acierta a cubrir con un sobrecolor ligado y definitivo las desnudeces de su análisis, acaso para lucir mejor la inimitable fuerza de éste, ha sabido pintar como no se pintaron jamás el ojo del caballo, la mirada de Napoleón, y el sonriente y festivo azul del cielo.

¿Quién sino Fortuny pudo unir sin trabajo visible la fuerza y la gracia? Dejemos en buen hora al rematador animando a su público para que le compren el «Otoño» concienzudo de Bierdstadt, unos lirios coquetuelos de Adrien Moreau, la repulida «Hermanita bondadosa» de Van Bremen, «El Hijo pródigo» de Dubufe, sabio y brillante, la deseada «Disputa de límites» en cuyos rostros iracundos ha sabido pintar Nicol las pasiones sociales que tienen ruidos los cimientos de Inglaterra. Dejemos que las puestas cesen, que el remate acabe, que la concurrencia se reparta por las calles vecinas, con sus catálogos rojos brillando osadamente a la luz eléctrica sobre los vestidos negros.

¿En qué hemos de pensar, después de haberlos visto, sino en «El Encantador de serpientes» de Fortuny, un juicio de la vida, y en «La Playa de Pórtici», una tormenta de luz?

Mientras más se estudia «El Encantador», más revela ese ex-

traño poder del genio para crear involuntariamente símbolos profundos de la naturaleza que lo inspira. Sopla el levante, que deja el aire limpio, clara la oscuridad, rastreando por la tierra la humareda: a lo lejos, llanos, cuchillas, tolderío de árabes, montes, horizontes. ¿Cómo pudo obtener estos grados de luces en la sombra, sin los contrastes y blancos de Rembrandt? Al frente del cuadro se desenvuelve en profética paz el drama eterno. ¿A qué encomiar la verdad de la alfombra donde el árabe esbelto está tendido, encantando a la serpiente; los verdes y los rojos del dibujo; la gracia del escorzo y de la perspectiva; la silla de montar caída a los pies del árabe, como su perro? La silla es como él, elegante y fina: ella es la libertad; la vida fiera, en una nube de haschisch; la carrera que inflama el corazón; el turbión de arena en que resplandece la espingarda; la amiga en el peligro y la almohada en la muerte.

Sopla el levante: azotadas las nubes trasponen los montes: enderézase sobre sus anillos, al voto de mago, la mística serpiente: el mancebo la mira sin miedo, como la juventud a lo desconocido; un derviche, envuelta la cabeza en un lienzo rojo que el viento sacude, contempla erguido en su asiento el duelo extraño con aquella poética curiosidad del árabe por la naturaleza, con el afán del viejo, curtido y desnudo, que quiere saber lo que está al otro lado de

la vida. La serpiente se va desenroscando, como cuando las sacerdotisas de Lavinium le ofrecían en su templo las tortas de harina y miel de las colmenas; como cuando el esclavo la invitaba, temeroso de su poder, a tomar puesto en el festín de los hogares; como cuando el hindú arrodillado le ofrece la leche fresca en su escudilla. Nada más que el levante, que se lleva el humo, interrumpe la escena.

Acaso el encantador pregunta a la serpiente lo que ha de suceder, como le preguntaban los atenienses; acaso la riñe, la abate, cuando intenta erguirse, la castiga, porque ha mordido a alguno de los árabes del tolderío. Flota al viento el lienzo rojo que cubre la cabeza del derviche. Reclinado el pico sobre el plumón del pecho asiste a los encantos una grulla. ¿Dónde mejor que en aquel nocturno espacio están representadas la pregunta incesante del hombre y el misterio sereno de la vida?

¡Domémosla de jóvenes, y luego de bien curtidos y desnudos, volvamos a ti, naturaleza!

¿Y esa «Playa de Pórtici», el cuadro que dejó sin acabar el único pintor que pobló de aire sus telas? ¿Cómo no había de ser hermoso, si era la prueba de su libertad de artista y de su propia dicha? Ya aquella no es la vida de árabe que desató a sus ojos las gracias de la luz, y le reveló la elegancia y la sabiduría; ya ha tomado del moro

el conocimiento de la paz y alegría del mundo, y la dignidad del carácter; y la admiración de los coleccionistas le ha dado fama y riqueza; ya puede pintar a la claridad del sol a su mujer y sus hijos.

El cuadro es eso, su hogar en la playa, con su mujer que cose, su cuñada que se ampara los ojos del reflejo, sus hijos que juegan sobre el verde a la sombra de un quitasol encarnado: de un lado un muro blanco, a cuyo abrigo reposa el coche de la gira, sube al centro del cuadro, donde se divisan las callejas del pueblo, por una puerta roja: del otro lado, en ángulo atrevido, baja humedeciendo la orilla un mar de azul ardiente, donde se copia y acentúa el del cielo: con la calma de estío radioso vagan por el celaje algunas nubecillas. Blanco sobre blanco, celeste sobre marino, flor amarilla y parasol rojo entre hojas verdes: sólo dos puntos negros quiebran aquel enorme lujo claro,—el coche dormido al amparo del muro, y del lado del mar la sombra de un bote. Allá en la arena triscan los bañistas, semejantes, bajo el fuego del sol, a hormigas de colores.

Y en la parte no acabada del cuadro se ve que jamás fue fácil el triunfo, y que aquella tersura del color, que es sutil aire ambiente, aquella gracia tan natural que no parece creada, aquella luz que sólo cede en esplendor a la del cielo, eran el producto sabio de una labor terca

y robusta, como todo lo que perdura y resplandece. Allí se ve, cortadas impiamente por la mano mortal sus hebras de colores, la carne sana de aquella enérgica pintura.

Era una capa puesta sobre otra, un azul en el seno de un amarillo, un verde cimentado sobre un blanco, un cariño de padre cuidadoso en la manera de hacer vivir y palpar la luz. La noble tristeza de los crea-

dores sombreaba la frente de aquel joven glorioso: ¡Sabe el hombre de partos y agonías, antes de que le dé su primer beso de paz en la aurora.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
22 de junio de 1887

[OC, t. 19, pp. 309-320]

## 156

# El poeta Walt Whitman

Un poeta.-Walt Whitman.-Su vida, su obra y su genio.-Una fiesta literaria en Nueva York.

Nueva York,  
abril 23 de 1887

Señor Director de  
*La Nación*

**P**ARECÍA UN DIOS anoche, sentado en su sillón de terciopelo rojo, todo el cabello blanco, la barba sobre el pecho, la mano en un cayado.» Esto dice un diario de hoy del poeta

Walt Whitman, anciano de setenta años, a quien los críticos profundos, que siempre son los menos, asignan puesto extraordinario en la literatura de su país y de su época. Sólo los libros sagrados de la antigüedad, ofrecen una doctrina comparable por su profético lenguaje y robusta poesía, a la que en grandiosos y sacerdotales apotegmas emite, a manera de bocanadas de luz, este poeta

viejo, cuyo libro pasmoso está prohibido.

¿Cómo no, si es un libro natural? Las universidades y latines han puesto a los hombres de manera que ya no se conocen; en vez de echarse unos en brazos de otros, atraídos por lo esencial y eterno, se apartan, piropeándose como placeras, por diferencias de meros accidentes; como el pudín sobre la budinera, el hombre queda amoldado sobre el libro o maestro enérgico con que le puso en contacto el azar o la moda de su tiempo: las escuelas filosóficas, religiosas o literarias, enco-



gullan a los hombres, como al lacayo la librea: los hombres se dejan marcar, como los caballos y los toros, y van por el mundo ostentando su hierro: de modo que cuando se ven delante del hombre desnudo, virginal, amoroso, sincero, potente; del hombre que camina, que ama, que pelea, que rema; del hombre que, sin dejarse cegar por la desdicha, lee la promesa de final ventura en el equilibrio y la gracia del mundo; cuando se ven frente al hombre padre, nervudo y angélico de Walt Whitman, huyen como de su propia conciencia, y se resisten a reconocer a esa humanidad fragante y superior el tipo verdadero de su especie, descolorida, encasacada, amueñecada.

Dice el diario que ayer, cuando ese otro viejo adorable, Cladstone, acababa de aleccionar a sus adversarios en el Parlamento sobre la justicia de conceder un gobierno propio a Irlanda, parecía él como mastín pujante, erguido sin rival entre la turba, y ellos a sus pies como un tropel de perros. Así parece Whitman con su «persona natural», con su «naturalidad sin freno en original energía», con sus «miríadas de mancebos hermosos y gigantes», con su creencia en que «el más breve retoño demuestra que en realidad no hay muerte», con el recuento formidable de pueblos y razas en su «saludo al mundo», con su determinación de «callar mientras los demás discuten, e ir a bañarse y a ad-

mirarse a sí mismo, conociendo la perfecta propiedad y armonía de las cosas»; así parece Whitman, «el que no dice estas poesías por un peso», el que «está satisfecho, y ve, baila, canta y ríe», el que «no tiene cátedra, ni filosofía, ni escuela», cuando se le compara a esos poetas y filósofos canijos, filósofos de un detalle o de un solo aspecto,—poetas de aguamiel, de patrón, de libro,—figurines filosóficos o literarios!

Hay que estudiarlo, porque si no es el poeta de mejor gusto, es el más intrépido, abarcador y desembarazado de su tiempo. En su casita de madera, que casi está al borde de la miseria, luce en una ventana, orlado de luto, el retrato de Víctor Hugo; Emerson, cuya lectura purifica y exalta, le echaba el brazo por el hombro y le llamó su amigo; Tennyson,<sup>375</sup> que es de los que ven las raíces de las cosas, en vía desde su silla de roble en Inglaterra, tiernísimos mensajes al «gran viejo».

Robert Buchanan,<sup>376</sup> el inglés de palabra briosa, «¿qué habéis de saber de letras,—grita a los norteamericanos,—si estáis dejando correr sin los honores eminentes que le corresponden, la vejez de vuestro colosal Walt Whitman?» La verdad es que su poesía, aunque al principio causa asombro, deja en el alma, atormentada por el empuje queñecimiento universal, una sensación deleitosa de convalescencia. Él se crea su gramáti-

ca y su lógica: él lee en el ojo del buey y en la savia de la hoja: «Ese que limpia suciedades de vuestra casa, ese es mi hermano». Su irregularidad aparente, que en el primer momento desconcierta, resulta luego ser, salvo breves instantes de portentoso extravío, aquel orden y composición sublimes con que se dibujan las cumbres sobre el horizonte.

Él no vive en Nueva York, su «Manhattan<sup>3</sup> querida», su «Manhattan de rostro soberbio y un millón de pies», a donde se asoma cuando quiere entonar el canto de lo que ve a la libertad; vive, cuidado por «amantes amigos»—pues sus libros y conferencias apenas le producen para comprar pan,—en una casita arrinconada en un ameno recodo del campo, de donde en un carruaje de anciano le llevan los caballos que ama a ver a los «jóvenes forrados» en sus diversiones viriles, a los «camaradas» que no temen codearse con este iconoclasta que quiere establecer «la institución de la camaradería», a ver los campos que crían, los amigos que pasan cantando del brazo, las parejas de novios, alegres y vivaces como las codornices. Él lo dice en su *Calamus*, el libro enormemente extraño en que canta el amor de los amigos: «Ni orgías, ni ostentosas paradas, ni la continua pro-

a. Errata en LN: «Mannahatta», sin comillas.

cesión de las calles, ni las ventanas atestadas de comercios, ni la conversación con los eruditos me satisface, sino que al pasar por mi Manhattan los ojos que encuentro me ofrezcan amor: amantes, continuos amantes es lo único que me satisface».

Él es como los ancianos que anuncia al fin de su libro prohibido, sus *Hojas de yerba*: «Anuncio miríadas de mancebos gigantes, hermosos y de fina sangre; anuncio una raza de ancianos salvajes<sup>a</sup> y espléndidos.»

Vive en el campo, donde el hombre natural labra al sol que lo curte, junto a sus caballos plácidos, la tierra libre; mas no lejos de la ciudad amable y férvida, con sus ruidos de vida, su trabajo graneado, su múltiple epopeya, el polvo de los carros, el humo de las fábricas jadeantes, el sol que lo ve todo, — «los gañanes que charlan a la merienda sobre las pilas de ladrillos, la ambulancia que corre desalada con el héroe que acaba de caerse de un andamio, la mujer sorprendida en medio de la turba por la fatiga augusta de la maternidad». Pero ayer vino Whitman del campo para recitar ante un concurso de leales amigos, su oración sobre aquel otro hombre natural, aquella alma grande y dulce, «aquella poderosa estrella muerta del oeste», aquel Abraham Lincoln.

Todo lo culto de Nueva York asistió en silencio religioso a aquella plática resplandecien-

te, que por sus súbitos quebros, trenos vibrantes, himnica fuga, olímpica familiaridad, parecía a veces como un cuchicheo de astros. Los criados a leche latina, académica o francesa, no podrían acaso entender aquella gracia heroica.

La vida libre y decorosa del hombre en un continente virgen ha creado una filosofía sana y robusta que está saliendo al mundo en epodos atléticos. A la mayor suma de hombres libres y trabajadores que vio jamás la tierra, corresponde una poesía de conjunto y de fe, tranquilizadora y solemne, que se levanta, como el sol del mar, incendiando las nubes, bordeando de fuego las crestas de las olas, despertando en las selvas fecundas las flores fatigadas y los nidos. Vuela el polen, los picos cambian besos, se aparejan las ramas, buscan el sol las hojas, exhala todo músicas: con ese lenguaje de luz ruda habló Whitman de Lincoln.

Acaso una de las más bellas producciones de la poesía contemporánea es la mística treno-dia que Whitman compuso a la muerte de Lincoln. La naturaleza entera acompaña en su viaje a la sepultura el féretro llorado. Los astros lo predijeron. Las nubes venían ennegreciéndose un mes antes. Un pájaro gris cantaba en el pantano un canto de desolación. Entre el pensamiento y la seguridad de la muerte viaja el poeta por los campos conmovidos, como entre dos compañeros. Con arte

de músico agrupa, esconde y reproduce estos elementos tristes en una armonía total de crepúsculo. Parece, al acabar la poesía, como si la tierra toda estuviese vestida de negro, y el muerto la cubriera desde un mar al otro. Se ven las nubes, la luna cargada que anuncia la catástrofe, las alas largas del pájaro gris. Es mucho más hermoso, extraño y profundo que *El Cuervo* de Poe.<sup>377</sup> El poeta trae al féretro un gajo de lilas.

Su obra entera es eso: — Ya sobre las tumbas no gimen los sauces, la muerte es «la cosecha, la que abre la puerta, la gran reveladora»: lo que está siendo, fue y volverá a ser: en una grave y celeste primavera se confunden las oposiciones y penas aparentes: un hueso es una flor. Se oye de cerca el ruido de los soles, que buscan con movimiento majestuoso su puesto definitivo en el espacio: la vida es un himno: la muerte es una forma oculta de la vida: santo es el sudor y el entozoario es santo: los hombres, al pasar, deben besarse en la mejilla: abrásense los vivos en amor inefable: amen la yerba, el mar, el animal, el aire, el dolor, la muerte; el sufrimiento es menos para las almas que el amor alegre: la vida no tiene penas para el que entiende a tiempo su sentido: de un mismo germen son la miel, la luz y el

a. En LN: «salvages».

beso: en la sombra, que esplende en paz como una bóveda maciza de estrellas, levántase con música suavisima, por sobre los mundos, dormidos como canes a sus pies, un apacible y enorme árbol de lilas.

Cada estado social trae su expresión a la literatura, de tal modo, que por las diversas fases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos, con más verdad que por sus cricones y sus décadas.

No puede haber contradicciones en la naturaleza: la misma aspiración humana a hallar en el amor durante la existencia y en lo ignorado después de la muerte un tipo perfecto de gracia y hermosa, demuestra que en la vida total han de ajustarse con gozo los elementos que en la porción actual de vida que atravesamos parecen desunidos y hostiles. La literatura que anuncie y propague armonía final y dichosa de las contradicciones aparentes; la literatura que como espontáneo consejo y enseñanza de la naturaleza promulgue la identidad en una paz superior de los dogmas y pasiones rivales que en el estado elemental de los pueblos los dividen y ensangrientan; la literatura que inculque en el espíritu espantadizo de los hombres una convicción tan arraigada de la justicia y belleza definitivas que las deformidades y penurias de la existencia ni los acibaren ni desconrazonen,—no sólo revelará un

estado social más cercano a la perfección que todos los conocidos, sino que, hermanando felizmente la razón y la gracia, proveerá a la humanidad, ansiosa de maravilla y de poesía, con la religión que confusamente aguarda desde que conoció la oquedad e insuficiencia<sup>a</sup> de sus credos antiguos.

¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? Hay gentes de tan corta vista mental que creen que toda la fruta se acaba en la cáscara. La poesía, que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apunta la o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues esta les proporciona el modo de subsistir, mientras que la poesía les da el deseo y la fuerza de la vida. ¿A dónde irá un pueblo de hombres que hayan perdido el hábito de pensar con fe en la significación y alcance de sus actos? Los mejores, los que unge la naturaleza con el sacro deseo de lo futuro, perderán, en un aniquilamiento doloroso y sordo, todo estímulo para sobrellevar las fealdades humanas; y la masa, lo vulgar, la gente de apetitos, los comunes, procrearán sin santidad hijos vacíos, elevarán a facultades esenciales las que tienen servirles de meros instrumentos, y aturdirán con el bullicio de una prosperidad siempre incompleta la aflicción irremediable del alma, que sólo se complace en lo bello y grandioso.

La libertad debe ser, fuera de otras razones, bendecida, porque su goce inspira al hombre moderno,—privado a su aparición de la calma, estímulo y poesía de la existencia,—aquella paz suprema y bienestar religioso que produce el orden del mundo en los que viven en él con la arrogancia y serenidad de su albedrío. Ved sobre los montes, poetas que regáis con lágrimas pueriles los altares desiertos. Creáis la religión perdida, porque estaba mudando de forma sobre vuestras cabezas. Levantaos, porque vosotros sois los sacerdotes. La libertad es la religión definitiva. Y la poesía de la libertad el culto nuevo. Ella aquieta y hermosea lo presente, deduce e ilumina lo futuro, y explica el propósito inefable<sup>b</sup> y seductora bondad del universo.

Oíd lo que canta este pueblo trabajador y satisfecho, oíd a Walt Whitman. El ejercicio de sí lo encumbra a la majestad,<sup>c</sup> la tolerancia a la justicia, y el orden a la dicha. El que vive en un credo autocrático es lo mismo que una ostra en su concha, que sólo ve la prisión que la encierra y cree en la oscuridad, que aquello es el mundo: la libertad pone alas a la ostra. Y lo que oído en lo interior de

a. Errata en LN: «y suficiencia».

b. Errata en LN: «nefable».

c. En LN: «majestad».



la concha parecía portentosa contienda, resulta a la luz del aire ser el natural movimiento de la savia en el pulso enérgico del mundo.

El mundo para Walt Whitman, fue siempre como es hoy. Basta con que una cosa sea para que haya debido ser, y cuando ya no deba ser, no será. Lo que ya no es, lo que no se ve, se prueba por lo que es y se está viendo; porque todo está en todo, y lo uno explica lo otro, y cuando lo que es ahora no sea, se probará a su vez por lo que esté siendo entonces. Lo infinitésimo colabora para lo infinito, y todo está en su puesto, la tortuga, el buey, los pájaros, «propósitos alados». Tanta fortuna es morir como nacer, porque los muertos están vivos: «nadie puede decir lo tranquilo que está él sobre Dios y la muerte!». Se ríe de lo que llaman disolución, y conoce la amplitud del tiempo: él acepta absolutamente el tiempo. En su persona se contiene todo: todo él está en todo: donde uno se degrada, él se degrada: él es la marea, el flujo y reflujo: ¿cómo no ha de tener orgullo en sí, si se siente parte viva e inteligente de la naturaleza? ¿Qué le importa a él volver al seno de donde partió, y convertirse, al amor<sup>a</sup> de la tierra húmeda, en vegetal útil, en flor bella? Nutrirá a los hombres después de haberlos amado. Su deber es crear: el átomo que crea es de esencia divina: el acto en que se crea es exquisito y sagrado.

Convencido de la identidad del universo, entona el *Canto de mí mismo*. De todo teje el canto de sí:—de los credos que contienen y pasan, del hombre que procrea y labora, de los animales que le ayudan, ¡ah! de los animales, entre quienes «ninguno se arroja ante otro, ni es superior al otro, ni se queja». Él se ve como heredero del mundo. Nada le es extraño, y lo toma en cuenta todo, el caracol que se arrastra, el buey que con sus ojos misteriosos lo mira, el sacerdote que defiende una parte de la verdad como si fuese la verdad entera. El hombre debe abrir los brazos, y apretarlo todo contra su corazón, la virtud lo mismo que el delito, la suciedad lo mismo que la limpieza, la ignorancia lo mismo que la sabiduría: todo debe fundirlo en su corazón, como en un horno: sobre todo debe dejar caer la barba blanca. Pero eso sí: «ya se ha denunciado y tonteado bastante!»; regaña a los incrédulos, a los sofistas, a los habladores; iprocreen en vez de querellarse y añadan al mundo! ¡Créase con aquel respeto con que una devota besa la escalera del altar!

Él es de todas las castas, credos y profesiones, y a todas halla justicia y poesía. Mide las religiones sin ira; pero cree que la religión perfecta está en la Naturaleza. La religión y la vida están en la Naturaleza. Si hay un enfermo: «idos», dice, al médico y al cura, «yo me apegaré a él, abriré las ventanas, le

amaré, le hablaré yo al oído: ya veréis como sana!: vosotros sois palabra y yerba, pero yo puedo más que vo-sotros, porque soy amor».

El Creador es «el verdadero amante, el camarada perfecto. Todos los hombres son «camaradas», y valen más mientras más aman y creen, aunque «todo lo que ocupe su lugar y su tiempo vale tanto como cualquiera»; mas vean<sup>b</sup> todos el mundo por sí, porque él, Walt Whitman, que lo siente en sí desde que el mundo fue creado, sabe por lo que el Sol y el aire libre le enseñan, que una salida de Sol le revela más que el mejor libro. Piensa en los mundos, apetece a las mujeres, se siente poseído de amor frenético y universal; oye levantarse de las escenas de la creación y de los oficios del hombre un concierto que le inunda de ventura, y cuando se asoma al río, a la hora en que se cierran los talleres y el Sol de puesta enciende el agua, siente que tiene cita con el Creador; reconoce que el hombre es definitivamente bueno, y ve que de su cabeza, reflejada en la corriente, surgen aspas de luz.

Pero ¿qué dará idea de su vasto y ardentísimo amor? Con el fuego de Safo<sup>378</sup> ama este hombre al mundo. A él le parece el mundo un lecho gigantesco. El

a. En LN: «amo».

b. Errata en LN: «veau».



lecho es para él un altar. «Yo haré ilustres, dice, las palabras y las ideas que los hombres han prostituido con su sigilo<sup>a</sup> y su falsa vergüenza: yo canto y consagro lo que consagraba el Egipto.» Una de sus fuentes de su originalidad es la fuerza hercúlea con que postra a las ideas, como si fuera a violarlas, cuando sólo va a darles un beso, con la pasión de un santo. Otra fuente es la forma material, brutal, corpórea, con que expresa sus más delicadas idealidades. Ese lenguaje ha parecido lascivo a los que son incapaces de entender su grandeza: imbéciles ha habido que cuando celebra en *Calamus*, con las imágenes más vehementes de la lengua humana,<sup>b</sup> el amor de los amigos, creyeron ver, con remilgos de colegial impúdico, el retorno de aquellas viles ansias de Virgilio por Cebetes<sup>379</sup> y de Horacio por Gyges y Lycisco.<sup>380</sup> Y cuando canta en *Los Hijos de Adán* el pecado divino, en cuadros ante los cuales palidecen los más calurosos del *Cantar de los Cantares*, tiembla, se encoge, se vierte y dilata, enloquece de orgullo y virilidad samitfecha, recuerda al dios del Amazonas que cruzaba sobre los bosques y los ríos esparciendo por la tierra las semillas de la vida: «¡mi deber es crear!» «Yo canto al cuerpo eléctrico, dice en *Los Hijos de Adán*, y es preciso haber leído en hebreo las genealogías patriarcales del Génesis, es preciso haber seguido por las selvas no holladas las comitivas

desnudas y carnívoras de los primeros hombres, para hallar apropiada semejanza a la enumeración de satánica fuerza en que describe, como un héroe ahito que se relame los labios sanguinosos, las pertenencias del cuerpo femenino. ¿Y decís que este hombre es brutal?: oíd esta composición, que, como muchas suyas, no tiene más que dos versos,—sus *Mujeres hermosas*. «Las mujeres se sientan, o se mueven de un lado para otro, jóvenes algunas, algunas viejas: las jóvenes son hermosas, pero las viejas son más hermosas que las jóvenes.» Y esta otra: *Madre y niño*. «Veo el niño que duerme anidado en el regazo de su madre. La madre que duerme, y el niño: ¡silencio! Los estudio largamente, largamente». Él prevé que, como ya se juntan en grado extremo la virilidad y la ternura en los hombres de genio superior, en la paz deleitosa en que descansará la vida han de juntarse, con solemnidad y júbilo dignos del universo, las dos energías que han necesitado dividirse para continuar la faena de la creación.

Si entra en la yerba, dice que la yerba le acaricia, que «ya siente mover sus coyunturas»; y el más inquieto novicio no tendría palabras tan fogosas para describir la alegría de su cuerpo, que él mira como parte de su alma, al sentirse abrazado por el mar. Todo lo que vive le ama. La tierra, la noche, el mar le aman; «¡penétrame, oh mar, de humedad amorosa!» Paladea

el aire. Se ofrece a la atmósfera como un novio trémulo. Quiere puertas sin cerraduras y cuerpos en su belleza natural. Cree cree que santifica cuanto toca o le toca, y halla virtud a todo lo corpóreo. Él es «Walt Whitman, un cosmos<sup>c</sup> el hijo de Manhattan, turbulento, carnoso, sensual, que come, bebe y engendra, ni más ni menos que todos los demás». Pinta a la verdad como una amante frenética, que invade su cuerpo y ansiosa de poseerle lo liberta de sus ropas. Pero cuando en la clara medianoche, emancipada el alma de ocupaciones y de libros, emerge entera, silenciosa y contemplativa del día noblemente empleado, medita en los temas que más la complacen, en la noche, el sueño y la muerte; en el «canto de lo universal, para beneficio del hombre común»; en que es muy dulce! «morir avanzando»; y caer al pie del árbol primitivo, mordido por la última serpiente del bosque con el hacha en las manos!

Imagínese qué nuevo y extraño efecto producirá ese lenguaje henchido de animalidad soberbia cuando celebra la pasión que ha de unir a los hombres. Recuerda en una composición del *Calamus* los goces más vivos

a. En LN: «sigilo».

b. En LN, sin coma.

c. En LN: «Kosmos».

que debe a la naturaleza y a la patria; pero sólo a las olas del océano halla dignas de corear; a la luz de la luna, su dicha al ver dormido junto a sí al amigo que ama. Él ama a los humildes, a los caídos, a los heridos, hasta a los malvados. No desdén a los grandes, porque para él sólo son grandes los útiles.

Echa el brazo por el hombro a los carreros, a los marineros, a los labradores. Caza y pesca con ellos, y en la siega, sube con ellos al tope del carro cargado. Más bello que un emperador triunfante le parece el negro vigoroso que apoyado en la lanza detrás de sus percherones guía su carro sereno por el revuelto Broadway. Él entiende todas las virtudes, recibe todos los premios, trabaja en todos los oficios, sufre con todos los dolores. Siente un placer heroico cuando se detiene en el umbral de una herrería, y ve que los mancebos, con el torso desnudo, revuelan los martillos por sobre sus cabezas, y golpean cada uno a su turno.

Él es el esclavo, el preso, el que pelea, el que cae, el mendigo. Cuando el esclavo llega a su puerta, perseguido y sudoroso, le llena la bañadera, lo sienta a su mesa: en el rincón tiene cargada la escopeta para defenderlo: si se lo vienen a atacar, matará a su perseguidor, y volverá a sentarse a la mesa, ícomo si hubiera muerto una víbora!

Walt Whitman, pues, está satisfecho: ¿qué orgullo le ha de

punzar, si él sabe que se para en tierra o flor? ¿qué orgullo tiene un clavel, una hoja de salvia, una madreSelva? ¿cómo no ha de mirar él con serenidad los dolores humanos, si sabe que por sobre ellos está un ser inacabable a quien aguarda la inmersión venturosa en la naturaleza? ¿Que prisa le ha de azuzar, si cree que todo está donde debe, y que la voluntad de un hombre no ha de desviar el camino del mundo? Padece, sí, padece; pero mira como un ser menor y acabadizo al que en él sufre, y siente por sobre las fatigas y miserias a otro ser que no puede sufrir, porque conoce la universal grandeza. Ser como es le es bastante, y asiste impasible y alegre al curso, silencioso o loado, de su vida. De un solo bote echa a un lado como excrecencia inútil la lamentación romántica: «¡No he de pedirle al Cielo que baje a la Tierra para hacer mi voluntad!» ¿Y qué majestad no hay en aquella frase en que dice que ama a los animales «porque no se quejan»? La verdad es que ya sobran los acobardadores: urge ver cómo es el mundo para no convertir en montes las hormigas: dése fuerzas a los hombres, en vez de quitarles con lamentos las pocas que el dolor les deja: pues los llagados, évan por las calles enseñando sus llagas? —Ni las dudas ni<sup>a</sup> la ciencia le mortifican: «Vosotros sois los primeros, dice a los científicos; pero la ciencia no es más que un departamento de mi mora-

da: no es toda mi morada: ¡qué pobres parecen las argucias ante un hecho heroico! A la ciencia, salve, y salve al alma, que está por sobre toda la ciencia.» Pero en aquello en que su filosofía ha domado enteramente el odio, como mandan los magos, es en la frase, no exenta de la melancolía de los vencidos, con que arranca de raíz toda razón de envidia: ¿por qué tendría yo celos, dice, de aquel de mis hermanos que haga lo que yo no puedo hacer?: «aquel que cerca de mí posee un pecho más ancho que el mío, demuestra la anchura del mío». «Penetre el Sol la Tierra, hasta que toda ella sea luz clara y dulce, como mi sangre. Sea universal el goce: yo canto la eternidad de la existencia, la dicha y sentido de nuestra vida; y la hermosura implacable del universo: Yo uso zapato de becerro, un cuello espacioso y un bastón hecho de una rama de árbol».

Y todo eso lo dice en frase apocalíptica. ¿Rimas o acentos? ¡Oh no! su ritmo está en las estrofas, ligadas, en medio de aquel caos aparente de frases superpuestas y convulsas, por una sabia composición que maneja en grandes grupos musicales las ideas, como la natural forma poética de un pueblo que no fabrica piedra a piedra,

a. En LN: «de».

sino a enormes bloqueadas. El lenguaje de Walt Whitman, enteramente diverso del usado hasta hoy por los poetas, corresponde por la pujanza y extrañeza a su cíclica poesía y a la humanidad nueva congregada sobre un continente fecundo con tales portentos, que en verdad no caben en liras ni serventesios<sup>a</sup> remilgados.<sup>b</sup> Ya no se trata de amores escondidos, ni de damas que mudan de galanes, ni de la queja estéril de los que no tienen la energía necesaria para domar la vida, ni<sup>c</sup> la discreción que conviene a los cobardes. No de rimillas se trata y dolores de alcoba, sino del nacimiento de una era, del alba de la religión definitiva, y de la renovación del hombre: trátase de una fe que ha de sustituir a la que ha muerto, y surge con un claror radioso de la arrogante paz del hombre redimido: trátase de escribir los libros sagrados de un pueblo que reúne, al caer del mundo antiguo, todas las fuerzas nuevas de la libertad a las ubres y pompas ciclopeas de la salvaje<sup>d</sup> naturaleza: trátase de reflejar en palabras el ruido de las muchedumbres que se asientan, de las ciudades que trabajan y de los mares domados y los ríos esclavos. ¿Apareará consonantes Walt Whitman, y pondrá en mansos dísticos estas montañas de mercaderías, bosques de espiras, pueblos de barcos, combates donde se acuestan a abonar el derecho millones de hombres, y sol que en todo impera,

y se derrama con límpido fuego por el vasto paisaje?<sup>e</sup>

Oh no: Walt Whitman habla en versículos, sin música aparente, aunque a poco de oírlo se percibe que aquello suena como el casco de la tierra, vienen por él, descalzos y gloriosos, los ejércitos triunfantes.

En ocasiones parece el lenguaje de Whitman el frente colgado de reses de una carnicería: otras parece un canto de patriarcas, sentados en coro, con la suave tristeza del mundo a la hora en que el humo se pierde en las nubes: suena otras veces como un beso brusco, como un forzamiento, como el chasquido del cuero reseco que revienta al sol: pero jamás pierde de la frase su movimiento rítmico de ola. Él mismo dice cómo habla en «alaridos proféticos»: «estas son, dice, unas pocas palabras indicadoras de lo futuro». Eso es su poesía: índice. El sentido de lo universal pervade el libro entero, y le da, en la confusión superficial, una regularidad grandiosa; pero sus frases desligadas, flagelantes, incompletas, sueltas, más que expresan, emiten: «Lanzo mis imaginaciones sobre las canosas montañas». «Di tierra, viejo nudo montuoso, ¿qué quieres de mí?» «Hago resonar mi bárbara fanfarria sobre los techos del mundo».

No es él, no, de los que echan a andar un pensamiento por diosero, que va tropezando y arrastrando bajo la opulencia risible de sus vestiduras regias:

él no infla tomeguines para que parezcan águilas; él riega águilas, cada vez que abre el puño, como un sembrador riega granos. Un verso tiene cinco sílabas, el que le sigue cuarenta, y diez el que le sigue. Él no esfuerza la comparación, y en verdad no compara, sino que dice lo que ve o recuerda con un complemento gráfico e incisivo, y dueño seguro de la impresión de conjunto que se dispone a crear, emplea su arte, que oculta por entero, en reproducir los elementos de su cuadro con el mismo desorden con que los observó en la naturaleza. Si desvaría, no disuena, porque así vaga la mente sin orden ni esclavitud, de un asunto a sus análogos; mas luego, como quien si sólo hubiera aflojado las riendas sin soltarlas, recógelas de súbito y guía de cerca con puño de domador la cuadriga encabritada: sus versos van galopando, y como engullendo la tierra a cada movimiento: unas veces relinchan ganosos, como cargados sementales; otras, espumantes y blancos, ponen el casco sobre las nubes; otras se hunden, osados y negros, en lo interior de la tierra, y se oye por largo tiempo el ruido.

Esboza, pero dijérase que con fuego. En cinco líneas agru-

a. En LN: «serventesios».

b. En LN, punto y aparte.

c. En LN: «o».

d. En LN: «salvage».

e. En LN: «paisage».

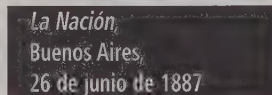
pa, como un haz de huesos recién roídos, todos los horrores de la guerra. Un adverbio le basta para dilatar o encoger la frase, y un adjetivo para sublimarla. Su método ha de ser grande, puesto que su efecto lo es; pero pudiera parecer que procede sin método algunos, sobre todo en el uso de las palabras, que mezcla con nunca visto atrevimiento, poniendo las augustas y casi divinas al lado de las que pasan por menos apropiadas y decentes. Ciertos cuadros no los pinta con epítetos, que en él son siempre vivaces y profundos, sino por sonidos, que compone y desvanece con destreza cabal, sosteniendo así con el turno de los procedimientos el interés que la monotonía de un modo exclusivo pondría en riesgo. Por reproducciones atrae la melancolía, como los salvajes. Su cesura, inesperada y cabalgante cambia sin cesar, aunque se percibe un orden sabio en sus evoluciones, paradas y quiebras. Acumular le parece el modo mejor de describir, y su raciocinio no toma

jamás las formas pedestres del argumento, ni las altisonantes de la oratoria, sino el misterio de la intimación, el fervor de la certidumbre y el giro ígneo de la profecía. A cada paso se hallan en su libro estas palabras nuestras: *Viva, camarada, libertad, americanos*. Pero ¿qué pinta mejor su carácter que las voces francesas que con arrobo perceptible, y como para dilatar su significación, introduce en sus versos?:<sup>a</sup> *ami, exalté, accoucheur, nonchalant accoucheur, en masse, ensemble; ensemble*,<sup>381</sup> sobre todas le seduce, porque él ve el cielo de la vida, de su pueblo y del mundo. Al italiano ha tomado una palabra: *ibravura!*

Así, celebrando el músculo y el arrojo, invitando a los transeúntes a que pongan en él sin miedo su mano al pasar; oyendo, con las palmas abiertas al aire, el canto de las cosas; sorprendiendo y proclamando con deleite fecundidades gigantes; recogiendo en versículos édicos las semillas, las batallas y los orbes; señalando a los tiem-

pos pasmados las colmenas radiantes de hombres que por los valles y cumbres americanos se extienden, y rozan con sus alas de abeja la fimbria de la vigilante libertad; pastoreando los siglos amigos hacia el remanso de la calma eterna —aguarda Walt Whitman, mientras sus amigos le sirven en manteles campestres la primera pesca de la primavera rociada con champaña, la hora feliz en que lo material se aparte de él, después de haber revelado al mundo un hombre veraz, sonoro y amoroso, y abandonado a los aires purificadores, germine y arome, «desembarazado, triunfante, muerto!».

José Martí



[Fotocopia en CEM]

a. En LN, se omite el cierre del signo de interrogación.



157

# México en los Estados Unidos

## Sucesos referentes a México

Nueva York,  
23 de junio de 1887

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

ESTOS DÍAS han sido mexicanos. Que México tendrá pronto en Washington un palacio digno de él; que el comercio entre México y los Estados Unidos recibirá un súbito empuje con el nuevo tratado de correos, según el cual pueden enviarse cartas y paquetes a la otra margen del Bravo,<sup>382</sup> por lo mismo porque circulan en los Estados Unidos; que la hija de Juárez, el indio que crece,<sup>383</sup> fue agasajada, en la Casa Blanca; que unas fieles amigas peregrinaron a la tumba de Helen Hunt Jackson, la que con tal arte y ternura contó en su novela *Ramona* las desdichas de los indios de México, cuando la conquista de California; que en un salón, con poca luz, se reunieron para oír a Cutting<sup>384</sup> los delegados de la «Liga de Anexión Americana», y hablaron cosas torvas; que es

una maravilla la loza tornasolada de los indios de Santa Fe, y pudiera convertírsela en una pingüe industria; que el *American Magazine*, buena revista, trae un artículo limpio de iras, sobre la Villa de Guadalupe y sus piedades y leyendas; que Charles Dudley Warner, el escritor pintoresco y afamado, describe sin bondad en el *Harper's Magazine* su viaje por Toluca, Pátz-cuaro y Morelia. Veamos todo esto. Desembaracémonos primero de lo desagradable. Asistamos al salón de poca luz. Para conocer a un pueblo se le ha de estudiar en todos sus aspectos y expresiones: en sus elementos, en sus tendencias, en sus apóstoles, en sus poetas y en sus bandidos!

Era de noche, como conviene a estas cosas, cuando en los salones de un buen hotel de New York, se reunieron en junta solemne los directores de la «Liga de Anexión Americana» y los delegados de todas las ramas de ella, para hacer un recuento de sus fuerzas y mostrar su poder a los misteriosos repre-

sentantes que los Estados anexionistas del Canadá envían a la Liga, a la vez que para tributar honores al Presidente de la «Compañía de Ocupación y desarrollo del Norte de México», al coronel Cutting. Presidía el coronel W. Gibbons, conocido abogado; canadienses había muchos, a más de los delegados de la Liga cuyo objeto inmediato es «aprovecharse de cualquier lucha civil en México, Honduras o Cuba, para obrar con celeridad y congregar su ejército»; pero no había ningún hondureño; ningún cubano, ningún mexicano. «La ocasión puede llegar pronto», decía el Presidente; «lo cierto es que puede llegar de un momento a otro? «¿Honduras también?» preguntó un neófito. «¡Oh, sí; vea el mapa de Byrne. Honduras tiene muchas minas». «¡Que no nos tomen en poco», decía un orador, «que lo que va detrás de nosotros, nosotros lo sabemos; con menos empezó Walker hace treinta años!; sólo que tendremos cuidado con no acabar como él».

Nueve años hace quedó establecida la Liga de Anexión, y

hoy cuenta, repartidos en los varios Estados de la República, y «prontos a acogerse al banderín de marcha» más de diez mil afiliados, «gente buena», dice uno de los informes, «a la que cuesta esfuerzo reprimir, pero los tiempos no están aún maduros para una agresión aislada e independiente». Cada delegado de las ramas numerosas de la Liga leyó su informe, y de ellos y de sus conversaciones, resulta que tienen fe en la espalduda canalla que, impaciente de guerra y saqueo, se cría siempre, como las setas venenosas de las mejores maderas, en los pueblos fuertes de muchos habitantes. Su deber es acudir a la primera voz de mando. Les sobran afiliados, dicen, lejos de faltarles. Su Organización es la de un ejército de reserva.

De todo el Sur y el Este del Canadá habían venido para esta junta magna delegados especiales, y no de poca monta, pues dos de ellos son diputados en el Parlamento del Dominio. ¿Ni cómo pueden tomarse enteramente a la ligera, por lo menos en cuanto hace al Canadá, los trabajos de la Liga, cuando a la vez que celebra una convención especial para afirmar sus relaciones en el país vecino y tratar con sus representantes, piden los diarios demócratas, el *Sun* y el *World*, sin escándalo de los demás, que el partido haga dogma de su programa la anexión del Canadá a los Estados Unidos? En New Brunswick no hay un solo ciudadano que

quiera ser inglés, dijo uno de los diputados, y todo Manitoba es anexionista.

—¿Y a México, por qué no? —preguntó al *Sun* otro diario, —puesto que está tan cerca de nosotros y nos es tan necesario como el Dominio?

—No debemos querer a México—respondió el *Sun*,—porque su anexión sería violenta, inmaterial y odiosa, sobre que nos fuera incómoda, porque allí, ni las instituciones, ni la lengua, ni la raza son las nuestras, y no habría modo de llegar a una asimilación fecunda; mientras que en el Canadá vienen de ingleses como nosotros, como nosotros hablan inglés, y como nosotros desea el país confundirse con nuestra República. Y eso mismo dijeron en la junta los canadienses, que no son conocidos por su nombre, sino por números, para que no les caiga encima por traidores su gobierno nativo.

Pero este asunto, con ser tan importante, lo pareció menos a la junta que la presencia del coronel Cutting.—«Viene, se decían en susurros, a unir las fuerzas de la Liga de Anexión con las de la Compañía de Ocupación y Desarrollo del Norte de México».—«Sí, a eso viene, se trabaja mucho. Las dos asociaciones van a celebrar una asamblea».—«¿Dónde?—En Niágara Falls».—«¿Ah? ¿en la frontera del Canadá?» —«¿De qué se trata, pues, primero, del Canadá o de México?»

Y en medio de esos comentarios, todos al caso y ciertos,

iba explicando Cutting a la junta, que lo oyó con favor, la organización de «las fuerzas de la Compañía», después de haber pretendido encender el odio con la aleve pintura de su prisión en México, que acaso procuró para servir de buen pretexto a la Compañía invasora. Allí dijo lo que debe repetirse y los periódicos todos publican:—que los soldados de la Compañía pertenecen a Estados diversos, pero son más los del Sur, por irles más de cerca; que ya son quince mil, prontos a una llamada; que el objeto de la Compañía es desposeer a México de los Estados del Norte, y en especial de Sonora, California, Chihuahua y Coahuila; que «su gente» es probada, toda de aventura, y hecha ya la mano a empresas tales, gente recia y sin miedo. Dijo, en fin, lo que no puede ser, que Nuevo León y Tamaulipas; semejantes a un hijo que acaba de asesinar aquí a su madre porque ella se empeñaba en hacerlo ir por bien, están dispuestos a acogerse a los Estados Unidos; y dijo la vulgar locura de que, con tal de echar a su gobierno abajo, muchos mexicanos ayudarían a la invasión, a pesar de su odio al Norte.—Va a reunirse una asamblea preparatoria de la general en New Orleans.

Ya tienen escogido el hotel donde la general va a celebrarse en Niágara Falls. A Cutting, para su persona, nada le falta. Ahora urgiría que todo lo favorable a México se propalara y

tundiese, para que cuando por una u otra parte alzasen cabeza estos bandidos, no estuviera la opinión de acá indiferente o inclinada en su pro, sino sintiera que le venía de la conciencia el freno; lo que no puede lograrse sino aprovechando, y con prisa, toda ocasión de inspirar respeto a quienes pueden ser, con su obra, o su bolsa, o su indiferencia, hostiles. ¿No cuentan ahora mismo los historiadores de Lincoln cómo atizaban año sobre año los espíritus turbulentos de la frontera; cómo provocaron; cómo intentaron, una y otra vez; cómo al fin trajeron la guerra, entre el Sur y el Norte, de que eran ellos látigo y vanguardia? Las saetas venenosas no son más que saetas, pero matan. Y es bueno conocerlas y prevenirse contra su uso.

El que describe a Guadalupe en el *American Magazine*, no pone por cierto su leño en esa hoguera. Él, Arthur Howard Noll, no es de los que busca en las estatuas los lunares; él no estudia a los vecinos por lo absoluto, como no se les ha de estudiar, sino en relación con sus antecedentes, que es como queda el observador prendado de ellos. Guadalupe le parece «la población más interesante de los alrededores de la capital». La Sacristía le recuerda *La Vicaría* de Fortuny. Cuenta sin burla las aventuras de Juan Diego; el crecer de las rosas en la piedra viva; el milagro de que, al llegar a la casa del Obispo, las flores hubiesen pintado

el retrato de la Virgencita en la frazada; cuenta las hazañas de la de Guadalupe, en su formidable pelea con la de los Remedios en el día de los muertos, ve, entre las sepulturas cubiertas de flores, la tumba de Santa Anna con una sola corona, la de su esposa; azota «el gran vicio nacional, el juego», aunque observa que el mexicano no juega tanto por la ganancia como por los lances y la novela de la diversión, y porque se vea que sabe perder como sabe morir.

Pero ¡en cuán distinto espíritu está inspirado lo que Charles Dudley Warner,<sup>385</sup> que aquí campea entre las autoridades literarias, escribe, sobre su viaje, superficial y pretencioso, por Toluca, Pátzcuaro y Morelia! Nadie, en verdad, pudiera atestiguar mejor sobre aquella hermosura natural, y evocar con palabras, vivas como colores, los soberbios cambiantes de aquellas puestas; porque él es escritor elegante y personal, que comparte con John Burroughs<sup>386</sup> el mérito de describir con ternura la naturaleza, y la ama como Thoreau, el solitario de Concord, mas no con la pasión desmedida de aquel eremita desconsolado, sino con gracia de artista francés, y en virtud de una fina y vehemente necesidad de color y hermosura.

Hay en sus estilos la misma diferencia que entre sus personas: Thoreau, enjuto, cenceño, de ojos dolorosos y fijos, de cabello despeinado e hirsuto,

raso el labio de arriba, como un lacedemonio, la boca comprimida, para que no se le saliese por ella la tristeza, y la barbilla en barboquejo: Warner, pulcro en el traje, amigo de gustar, nariz montada, ceja rasgada, ojo adoselado, frente griega, cabello rico, partido a la mitad; barba apostólica. Conoce su jardín hoja por hoja. Se ha sentado a horcajadas junto al árabe. Ha ido, buscando la gracia, al Levante y al Nilo. Después de eso, ve a Morelia, y exclama: «¡Es lo más bello que he visto!» Pero no merece escribir para los hombres; porque no sabe amarlos.

Ve bien en los detalles; pero ¿de qué le sirve, si no ve con cariño? Pinta bien lo que ama, los lagos resplandecientes, los sembrados lucidos, los coros de montañas, arrebujadas como las vírgenes en velos vaporosos; mas el mérito no está en eso, pues para eso no hay nada que vencer sino en domar la antipatía, si se la tiene, y pintar con lealtad, y como si se le quisiera, aquello que por naturaleza no se ama. No es que todo sea bueno, ni que haya de disimularse lo malo que se ve, porque con cosméticos no se crían las naciones, ni con recrearse contemplando en la frente inmóvil su hermosura; pero todo se ha de tratar con equidad, y junto al mal ver la excusa, y estudiar las cosas en su raíz y significación, no en su mera apariencia. Pues si acá fuera a juzgarse el país por la corteza, y no se mirara a sus brutalidades con la piedad



y razón que son menester para excusarlas! Los pueblos, Warner, son como los obreros a la vuelta del trabajo, por fuera cal y lodo, ípero en el corazón las virtudes respetables!

Entiende la naturaleza, pero es escritor estrecho, que no sabe salirse de su raza, como aquel del cuento indio, que porque tenía asido al elefante por una pata, sostenía que todo era pata. Por sobre las razas, que no influyen más que en el carácter, está el espíritu esencial humano, que las confunde y unifica: sus emperadores tienen el pensamiento, que son los que ven de alto y en junto, como Emerson, y sus alféreces, que son los que de andar en los asuntos de su compañía todo lo quieren modelar por ella.

Como Warner. Entiende la naturaleza, mas en cuanto les ve cambiar de color, ya no entiende a los hombres. ¡Lástima de estilo, porque de veras escribe con cierto calor, precisión y viveza en todas partes desusados!

Toluca le parece limpiísima ciudad, y preferible en esto a todas las de los Estados Unidos; le recuerdan el Oriente las columnas egipcias del mercado, y la capilla con su dombo de azulejos. Admira estático la perfección de los cultivos, no sin enseñar su vulgar preocupación. «No creíamos, dice, hallar en México tan celosa agricultura». La puesta de sol, vista desde un cerro que domina la población, «es uno de los más bellos espectáculos del Universo». El via-

je a Morelia le impacienta por lo lento; y el viaje a Toluca le entretuvo reflexionando en lo mucho que robaban antes por allí «estos mexicanos, que al parecer con el favor de la opinión pública variaban la monotonía de sus ocupaciones ordinarias con la del robo en despoblado»; como si en los Estados Unidos no se hubiese robado de la misma manera, cuando vivían sus comarcas en el mismo aislamiento y condición primitiva en que estaban, cuando eso pudo decirse, las de México; como si los enormes fraudes que comete en los Estados Unidos, en lo cabal de su civilización, la gente culta, y de los que México está casi libre, no revelasen una corrupción nacional más vasta e inexcusable que el banditaje romanesco, fatal secuela de las guerras, en soledades sin vigilancia y sin medios de trabajo; ico como si en México, dondequiera que ha aparecido el trabajo, no hubiese desaparecido el robo!

Al fin llegó a Morelia, después de ver el lago Cuitzeo, que cree más bello que el de Winipiscoyee, o el afamado lago George; después de apuntar que los indios de México viven como cuando Cortés, ico como si hubiese cosa más triste, fuera de las escuelas de Hampton y Carlyle, que los indios norteamericanos; como si no los tuviera extenuados la desolación o el vicio; cómo si Helen Hunt Jackson no apellidase este siglo, por el maltrato de los indios,

«un siglo de infamia»; ico como si de los indios norteamericanos hubiese surgido un Juárez!

Llega a Morelia, y allí escribe sus páginas con rosas; se siente en su estilo la noche serena y el aire aromado; las flores invisibles danzan en torno del búfalo, y lo doman; ellas le dejan ver que la ciudad es un árbol de jazmines; que el orden reina en Morelia adorable y sencilla, que el colegio es excelente, aunque sobran en su librería pergaminos inútiles y faltan los libros de la vida nueva. Las flores lo guían; Morelia sale de sus manos como una maga que invita al mundo a reparar las fuerzas en su seno; hay suave tristeza en el éxtasis con que admira cada nuevo espectáculo. Las flores lo llevan, no le enseñan castellano, porque dice que «calzada» quiere decir «sombrio», pero describe la calzada como bóveda sacra y opulenta, y entra en paz el espíritu, sólo de divisar en la pintura las guías de carmelina, asomadas a los muros blancos para ver pasar al Búfalo vencido. Y llega a la Alameda por el noble acueducto que trae a su memoria, con lo que alcanza a ver entre los arcos, los paisajes menos bellos de la campiña romana donde nada hay que se compare en su poético abandono a aquel paseo, a la vez jardín y bosque, con una que otra choza de labrador en los canteros, cercada de claveles, con su follaje espeso y elocuente, con su rumor que acalla los pesares, con la divina



quietud del poeta persa. ¡Repara, el malagradecido, en que los bancos no están bien cuidados!

Luego, más vale no leerlo. ¡Pretende juzgar la ciudad, quien no sabe que allí vivió Ocampo! ¡Quiere dar voto sobre la gente del país, y no pregunta dónde peleó Rayon! ¡Que son mestizos; que los extranjeros tienen que sobornar a los jueces para obtener justicia; que los amantes se entienden a señas por las ventanas, como si no fuera esto mejor, sin ser loable, que estrujarse en el Parque Central por los rincones; que los novios, como cosa nunca vista y pecado especial de México, se ganan a las criadas para hablar con las novias en sus habitaciones; que a un americano le permitieron una vez depositar en una elección el voto de sus trabajadores ausentes; que en las fiestas de la plaza, adornada de carnales, vio a los «petimetres de la ciudad, de piernas pobres, jovenzuelos sin seso, escoria de una civilización degenerada, sin virilidad y sin propósito».

¡Este Warner merecería que se le pusiera, como en tiempo del Cid, la mano en la barba! ¡Conque las piernas fuertes hacen los corazones animosos!

¡La civilización en México no decae, sino que empieza!

¡La han levantado de sobre un cesto de hidras, con brazos que esplenderán en lo futuro como columnas de luz, un puñado de hombres gloriosos! Ha sido la heroica pelea de unos cuantos ungidos contra los millones inertes, y contra privilegios capaces de ampararse de la traición! ¿Qué civilización heredó México, cuando ya tenía el brío propio necesario para declararse libre? ¡Esa Nación ha nacido de esas piernas pobres y de unos cuantos libros franceses! ¡Más ha hecho México en subir a donde está, que los Estados Unidos en mantenerse, decayendo, de donde vinieron! Quede Warner en paz, que fuera hablar más de él, darle la gran lanzada al moro. ¡Piernas pobres! Davides han hecho más que Goliates; Bolívar pesaba tanto como su espada; Don Miguel Hidalgo llegaría a unas ciento treinta, libras; las piernas pobres no arremetieron mal el Cinco de Mayo. ¡Piernas pobres!; precisamente era así el guía que cierto caminante llevaba una vez de Acapulco a México, el cual camino acabó con una buena suma a la cintu-

ra, sin que nadie le robara; era así el guía, poco de carnes y años, sin seso y zancudo; pero como un francés corpulento, que se agregó a la caravana, diera en punzarlo y hacer burla de él, llegando, porque lo creyó flojo a mover mucho el sable y desafiarse el valor, saltó el mozo de su arria con tal vuelo que pareció a todos gigante, y más que a nadie al francés, que escondió el sable en cuanto le vio al mozo los ojos, tan encendidos que no había modo de hacerle seguir camino hasta que el francés no se bajara de su caballo y aceptase el combate. Al francés no le pareció el mozo ¡piernas pobres!—Pero, ¡ah, de esos juicios de viajeros, que no se responden al punto y en su propia casa, se hace aquí lentamente el juicio nacional, que México no ha de querer que le sea en las malas horas enemigo!

José Martí

**El Partido Liberal,  
México,  
7 de julio de 1887**

[OC, t. 7, pp. 50-57]

158

# Correspondencia particular para *El Partido Liberal*

Sumario.-Una parada militar en Nueva York.-  
El día de las tumbas «Decoration Day».-Visita al  
cementerio de los soldados.-Entusiasmo público.-  
Escenas.-Concurrencia.-Las calles.-Trajes.-  
El 7º regimiento.-El gran ejército de la  
República.-Los negros.-La gran parada en  
la Quinta Avenida.

Nueva York,  
junio 1º de 1887

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

NO PASEAREMOS hoy por lo escondido de las montañas, donde anda pescando truchas, acompañado de su esposa, el Presidente. No contaremos hoy, sino mañana, cómo es el ancho globo que el periódico *The World* ha construido para que, so pretexto de un viaje aéreo sobre el Atlántico, esté fija en él la atención del público variable, que gusta del atrevimiento y la sorpresa. No adelantaremos el fallo, que ha de merecer estudio minucio-

so, del proceso que ahora se sigue por jurado al empresario de tranvías que compró para la línea de Broadway, el voto de aquel Jachne y compañeros viles del Ayuntamiento, que están penando el delito de haber vendido los derechos públicos en el extranjero o en la Penitenciaría. No fijaremos los ojos en las torturas de una infeliz italiana sentenciada a morir en la horca, por haber dado muerte a su marido. No describiremos las estúpidas diversiones, los peloteos brutales, las rufianescas carreras de caballos en que pervierten el carácter los jóvenes, y se habitan por su desdicha a los lances acres y la fortuna súbita del juego. No asistiremos a la muerte

solitaria de William Wheeler, que ahora acaba en la oscuridad, y llegó a ser por sus mañas políticas Vicepresidente cuando Hayes, de la República. No trataremos de pasada, porque requieren más estudio, la reelección de Cleveland, que unos anhelan y condenan otros, ni las divisiones del partido obrero, ni las ovaciones con que recibe la ciudad católica de Baltimore a su Arzobispo Gibbons, que quiere que la Iglesia marche con los tiempos, y fue a Roma a decir que, al menos en América, la Iglesia ha de ser liberal, si quiere vivir. Hoy todo es música, uniformes, recuerdo respetuoso, triunfante bandera: hoy iremos con la milicia a decorar las tumbas donde, en la amable cuesta de Greenwood reposan los soldados: hoy es el día de recordar con festejos solemnes el valor de los que cayeron por la patria: es el día de los muertos.

Todos los años es; pero cada año se les quiere más. Todos los pueblos debían tener esta fiesta. Los pobres hoy olvidan que lo son: el que anda caído, hoy anda

erecto: los corazones sacan afuera sus flores; en este día del honor y de la primavera: los padres más tristes y huraños compran una bandera para sus hijos, y un ramo de botones o de claveles para sus esposas. Hay gran parada de la milicia nacional, que va a visitar las tumbas de los héroes al Campo Santo. Las aceras rebosan desde el alba, de gente que ha acudido a tomar puesto: bullen las calles: se escapan de los instrumentos las notas impacientes: allá pasa un caballo orgulloso, de la mano de un negro gigantesco: allí, como ruedos de cinta desatados, corren de una acera a otra grupos de niños en trajes de colores: llevan unos en hombros un cojín de clavel, con una muleta hecha de rosas: despréndese de la esquina una turba de chicuelos mal vestidos, que se esparcen y mezclan entre el gentío endomingado de la acera, como granos de uva en un cesto de flores: las casas, llenas de banderas, con el gentío hacinado en los peldaños de la entrada, parecen altares: ¡oh! ¿qué importa que no haya salido el sol, si de todos modos brilla?

No veamos la parada junto al estrado del gobernador, donde está la pompa, la ceremonia, acaso la intriga: veámosla al nacer que es como se deben ver las cosas. En cada bocacalle una compañía, con sus tambores y pífanos a la cabeza, aguarda por turno a que le llegue el instante de incorporarse al séquito.

Conversan en desfile mientras tocan llamada. Los milicianos, como que no han tenido ocasión de probar su valor, lo afectan. Los veteranos llevan en la solapa un ramo de pensamientos, y al brazo una corona de siemprevivas. Un tambor lleva al hombro un haz de banderas, que se clavarán al llegar sobre la tierra húmeda de las tumbas. A un veterano le cae la barba blanca sobre las flores del pecho. Se oye en la multitud, en esta multitud libre, el ruido de la dicha, no el de esa alegría armada, desgarradora e imprudente de los pueblos decapitados cuando les parece ver que asoma por el horizonte de tormenta el sol de la libertad, sino un rumor de abejas satisfechas que celebran en la paz de su colmena a los que la aseguraron en el árbol. Cuelga sobre los cascos, a pocos pasos de nosotros, un sauce corpulento, y se destacan sobre el cielo gris, como guardando la procesión, una hilera de espiras, cubiertas de enredaderas verdes, de la cruz a abajo.

Y ¿ha de emplearse la palabra humana en celebrar los instrumentos vivos de la muerte, en despertar cariño hacia el soldado? ¡En nada mejor puede emplearse la palabra humana, cuando el soldado lo ha sido del derecho, y los muertos se han levantado, como un muro que nada podrá derribar luego, entre la infamia y la patria! Maravilla el poder de los muertos,

que hermosean hasta la misma tiranía, cuanto más si han caído clavando en tierra con las manos crispadas el asta de la libertad. Podrán venir turbiones, los cielos cerrarse, las playas ensobrecerse y abatir los campos, pero árbol que crece del pecho de un muerto, no hay hacha que lo abata!

Empieza la procesión. Abren la marcha los policías de a caballo y de a pie; policías que parecen fortalezas. Van detrás en carruajes los jefes: y ¿en seguida? ¡ah! en seguida, van los jefes de mañana, cuatro pilluelos, con su bandera cada uno, uno descalzo y otro sin sombrero, a paso marcial, con espadas de palo! nadie piensa en echarlos del séquito: el que hace de capitán tiene algo de agosto, con su mirada ansiosa y sus cabellos pálidos. Luego la primera música, vestida ricamente, con peludos morriones. Luego el orgullo de la ciudad, el 7º Regimiento de milicia, el regimiento de los jóvenes ricos que, cuando lo mandó la patria, salieron a tomar parte en la guerra, abandonando negocios y palacios. Merecen su uniforme, digno y bello: es blanco el pantalón, la casaca gris, blancas las correas, el casco blanco y oro: se mueven a anchas ondas, entre los aplausos que estallan y los pañuelos que se agitan en su honor: ¿quién ha dicho al caballo del coronel lo que lleva tras de sí, que va a paso soberbio y contenido, en casi sobre-

natural belleza? Eso parece un himno. Pasan, pasan los ríos de cascos blancos.

A cada nuevo regimiento precede una música vistosa, que el gentío, familiarizado con sus héroes, recibe a palmadas. La música no cesa, y no bien se amortigua en los que han pasado, rompe con nuevos bríos en los que llegan, como festones de guirnalda enorme: ya es acometedora, ya pizpireta, ya grave, ya hiende y taja como una hoja de sable: juntanse en victorioso ruido los gritos de mando, los acordes de las fanfarrias, el caer de los fusiles, el susurro del gentío. Ahora pasa el 69, el regimiento de los irlandeses, con su uniforme de pelear, de levita corta azul y casco que brilla como la plata. Allá va el veintidós, con sus músicos de pantalón rojo: ¿qué aire tocan, que la mano busca por instinto la espada en la cintura? el alma crece, y aletea como águila gigante: ¡oh, si apareciesen ahora por esa esquina las leyes que oprimen a los pueblos y las maldades que avergüenzan el mundo! Sigue el setentiuño de milicia que ha visto pelear, con el paso seguro de los valientes que tienen probado su coraje. Sigue el once, con sus mochilas grises y su azul pendón. Sigue el nueve, de cascos negros: una

madre se agita en un portal, saludando a su hijo que va en el regimiento, y no ve a su madre: ¡a nada se ve, cuando se va en el regimiento! Como esos que vienen, como la marina, deberían vestirse los soldados modernos: ¿qué tiene el mar, que todo lo que lo trata o nace de él resplandece de sabiduría?: no llevan relumbrones ni colorines, sino el vestido serio y holgado de los exploradores, paño azul, casco útil, polainas de cuero: ¡cuesta trabajo no ir a pedir puesto en sus filas! ¿no es el deber de todo hombre descubrir y marchar?

Viene la caballería, azul y amarilla, con su sombrero de fieltro, de cordoncillo de oro. Viene la artillería, con sus cañones lucientes, con sus mozos pujantes de bota negra y casco de pendón encarnado. Viene por fin, con el paso militar coreado por los vítores, el gran ejército de la República, el que ascendió a las alturas de Chattanooga, que tronaba desde las nubes; el que abonó los cerros de Gettysburg, donde se oyeron de labios de Lincoln palabras que honran la humanidad; el que cayó en masas pasmosas en la temida lobre-guez del Wildernes; y, para que pasase la libertad, hizo a los ríos fuentes en sus pechos: ese

es el Gran Ejército, con su traje de trabajador y su sombrero negro de trenza de oro con sus mancos, con sus flores para los compañeros de las tumbas, con sus banderas rotas! Ya el aire no lo es, sino aplauso. Enloquece al gentío la aparición de los pabellones, desgarrados. ¡No cargan armas los del Gran Ejército: ¿para qué, si ya aseguraron el derecho?: sólo cargan coronas. Los de una compañía llevan al hombro, a modo de fusil, las banderas nacionales los negros fornidos, justamente orgullosos de su probado valor, cierra el séquito, en sus trajes azules, con manojos de lirios en las manos.

A este punto, cuando rompía la última música en un himno fúnebre, al destacarse el postrer grupo del pie de una alta torre, y seguir tras él la concurrencia, con sus ciudadanos contentos, con sus padres que llevaban de mano a sus hijos, con sus desterrados llorosos y torvos, salió el sol, inundando de luz la gran escena, de entre el celaje amenazante y oscuro.

**El Partido Liberal,  
México,  
23 de junio de 1887**

[OCNY, pp. 106-109]



159

# Gran exposición de ganado

En Nueva York.-La lechería.-La agricultura, sus productos, sus auxiliares.-El toro triunfante.- Razas.-Modelos.-Criaderos.-Alimentación.- Mejoras.-Indicaciones.-Premios.

Nueva York,  
mayo 24 de 1887

Señor Director de  
*La Nación*

A POCA DISTANCIA de la plaza de Madison, que tiene por el oeste, como gargantilla de brillantes, los hoteles más suntuosos de Nueva York, y por el este, al amor de encopetada iglesia, sombría hilera de casas señoriales, levántase un recinto célebre y espacioso, el circo de «Madison Square», adonde, como aurícula capaz, acuden, en las festividades de gusto popular, las grandes concurrencias.

Allí el hipódromo de Barnum, con sus griegos de pega, sus carros de relumbrón, sus desmeledados aurigas, sus gladiadores, embadurnados de albayalde para parecer estatuas clásicas, sus caballos que danzan en la cuerda

floja, sus mujeres que se descuelgan por la cabellera de lo más alto del circo, sus elefantes que bailan lanceros y fungen de payasos, cuando no se cansa alguno de que le moleste a su novia el domador, y echa puerta adentro, seguido de la manada enfurecida, derribando con ímpetu terrible músicos y danzantes, y moviendo en los establos, a que sirven de techo los asientos, un ruido como de volcanes.

Allí los irlandeses, convulsos de entusiasmo, luciendo en los sombreros la hoja de trébol con que el gran Patricio demostró a su jefe el misterio de la Trinidad, pendiente de las solapas la cinta verde con el arpa de Erín,<sup>387</sup> van a Parnell, su abogado sesudo, a quien tiene ahora mismo al morir su amor intenso a Irlanda;—van a desear buen viaje a Davitt,<sup>388</sup> a su manco indómito, en cuyos ojos, que han prometido no cerrarse hasta que Irlanda sea libre, luce la

determinación con brillo sobrenatural.

Allí—cuando como airones de primavera aún aletean los vitores,—levantan el piso, cubrenlo de aserrín, pónenle estrado al árbitro, apriétanse junto a la pista las mozas y los rufianes, y día sobre día, a la embriagadora luz eléctrica, hallan el cuerpo mísero, deslucidos los trajes, macerados y monstruosos los pies, lívido el color, suplicante y moribundo el ojo, caída la barba al pecho, los andarines competidores, ¡que es cosa que da náusea!

Allí, a diez pesos por cabeza, y de general a bandido, agólpase la ciudad, ya turbia y repulsiva la mirada, a ver cómo se magullan a puñetazos, desnudos del cinto arriba, los bárbaros púgiles, que al fin de cada arremetida, caen en sus sillas de descansar, exánimes y cubiertos de sangre.

Allí, muy visitados por damas caprichosas, los perros en feria ladrando vilmente, unos de lana como seda, otros de hocico inmundo, olisqueando ratones, y enjaezados de lujo, con mantos de pedrería y cadena de plata; y otros, los chihuahueros,

de ojos saltados y redondos, y grandes como la palma de la mano.

Allí la feria de caballos, que reaniman al hombre, y en mayor grado que él conservan en la servidumbre la arrogancia y galanura de la libertad, —el *pony* malicioso y peludo, el feo, enjuto y sufrido *mustang*, el Glydesdale, tan bueno para la labor, el trotador de Norfolk, de fuerte arranque de ancas, el caballo de carruaje, hermoso y recio, el generoso percherón, un monte vivo.

Allí ha sido también, en Madison Square, la feria que contamos ahora, la feria del ganado y de las lecherías, preparada en tres meses por unos cuantos ricos que merecen serlo, puesto que no tienen empacho en que les vean cuidando de su hacienda honradamente, que es como echar cimientos a la patria.

Eran de compararse, en los días de la feria, ricos y ricos. Unos, los barbilindos, agansado el andar; abestiada la frente con el peinado a modo de vendaje; el traje sin carácter, y como el uniforme de zoncera; los labios, de mostacho pobre, besuqueando el mango de cuerno de sus bastones, rematados en plata. Otros, los dignos, los que demuestran con el trabajo personal su derecho a disfrutar la fortuna de sus padres, sobresalían, como gallos finos entre quiquiriques; el cuerpo, ágil y proporcionado; el traje, obediente y suelto; la mano, algo más ancha; el rostro con cierta marcial hermosura, y ese esplendor,

tan grato de ver, ¡que sólo la fuerza de la dignidad da al hombre!

Se llegaba a la puerta de la feria por entre un laberinto de carruajes, porque no hubo espasa que no quisiese parecer buena casera, yendo a ver cómo se hace la mantequilla, y si se la puede hacer en casa; ni domador de damas que no acudiera al reclamo de tanta hechicería, y al de una bella de alquiler que se contrató para aparecer vestida de lechera normanda; ni magnate que no tuviese a honra el que le vieran interesado en estudiar esta fuente de riqueza del país.

El padre de los Vanderbilt de ahora ¿qué era más que lechero, hasta seis años antes de morir? y aun después de heredar a su padre, nunca abandonó su hacienda. Muchos nombres famosos protegían la feria del ganado; Vanderbilt, Pierpont Morgan, Le Grand B. Cannon, Appleton, Sloan, Tselin, Douglass. ¿Cómo no, si los Estados Unidos tienen ya cuarenta millones de cabezas vacunas, que valen una con otra veinticinco pesos, y de las cuales catorce millones son de vacas lecheras, de cuatrocientos veinte millones de pesos de valor, que dan al año quinientos millones de galones de leche, cuatrocientos de libras de mantequilla, sin contar con lo de uso doméstico, todo lo cual rinde por año unos trescientos millones de ganancia limpia? A Inglaterra se manda cada año

ganado vivo por veintiún millones de pesos, y en carne fresca treinta más.

¡Y a todo eso se ha llegado en sesenta años, y si se nos apura, en veinticinco; porque antes la cría no era acá una ciencia como es ahora, con un sistema para producir bueyes de labranza, y otro para mejorar la casta lechera, y otro para la res de matazón—sino una cría torpe y revuelta, en que se iban confundiendo sin juicio las razas distintas; y por no afinar cada una con la mejora de sus condiciones y el injerto de las que le faltaban, todo eran vacas cabezonas y de poco vientre, y toros papudos y de gran cornamenta, con más hueso que carne y muy hambrones, mostrando la verdad de aquel decir de España: «el buey ruin en el cuerno crece»!

¡Y en veinticinco años, sin más que traer buenos padres y criar con orden y a pesebre pleno, se ha venido a parar del ganado zancudo y astoso de Tejas, del buey caído y lentón de Massachusetts, a estos Devon y Heresford, que llevan el yugo como una corona, y rompen de una paseada el labrantío, a estas Jerseys copiosas que valen, como «Eurotas» y «Mary Ann», de diez a veinte mil pesos!

¿Quién no ha de querer ver esas vacas famosas, el modo de ordeñarlas, de sacar la crema a la leche, de hacer esa mantequilla, de ver cómo se elabora el queso, de comparar, allá al fon-

do del circo, las castas rivales, desde la Holstein de alzada hasta la Jersey pizpireta?

La feria lo es de veras. Acá éstos, que recomiendan sus aparatos, y enseñan cómo funcionan: aquí mantequeras, arreadores de la leche recién ordeñada, vasijas para recoger la crema, refrigeradores, artesas de hacer queso: allí lecherías rústicas: allá la pagoda en que un mujik, vestido de azul y negro, vende *kumis*:<sup>389</sup> más adentro, cuando acaban las tiendas y máquinas, el corral modelo: y en torno y hacia el fondo los establos. Cuelgan de la viguería banderas y oriflamos. El aire que entra a bocanadas por las claraboyas, se lleva el olor pesado y acre de las bestias. Acarician las mujeres en el testuz a las vacas que las miran mansamente. Hacen coro, acurrucados, los niños ante los terneros. La música da al viento tonadas pastoriles, donde se imita el caracol y el pífano.

Primero, como heraldos, están los puestos de los periódicos de agricultura. «The American Agriculturists», que es un tesoro, tiene el suyo, donde se reparte gratis el número iluminado que dedica a la feria. Un caballere de arrogantes modales da a cuantos pasan un ejemplar de «The Jersey Bulletin», donde se publica la genealogía de todas las familias ilustres de este rico ganado, y el registro de sus compras y ventas. «The American Dairyman»,

«El Lechero americano», está en manos de todos, recomendando estos o aquellos modos de beneficiar la leche. «El Campesino de Nueva York», «The Rural New-Yorker», es una crónica viva de la fiesta, con una caricatura en que un rabadán de botas y sombrero de fieltro hunde una bayoneta donde dice «voto» en el pecho del monstruo «fraude», cuyas tres cabezas, «glucosa», «oleomargarina» y «semilla de algodón», representan las sustancias viles con que se envenena la leche, y se imitan, con autoridad del Congreso, sus productos. Pero el puesto más bello es el de la «Orange Judd Co.», la noble casa de Broadway, que lleva publicado cuanto se necesita saber para cuidar del campo y de sus criaturas: ¡qué mina, aquellos estantes! ¡es de hacerse agua los ojos, por no poder alzarse de una sola brazada con tanto libro útil! y todo está explicado con el interés de un cuento, y de modo que lo entiendan bien el labriego y el pastor, y se engolosinen en el estudio su mujer y su hijo.

Aquí está toda una familia campesina, viendo lo que se ha de ver primero, el modo con que se separa la crema de la leche, para hacer con aquélla la mantequilla, y con la desnatada el queso.—Unos, el sueco Laval, enseña su «separador mecánico», el cual aparta la crema conforme va recibiendo la leche, que él aconseja no vender al peso, sino en razón de la crema

que contiene, lo que se conoce por el «lactótrito» de su invención, ya en uso en toda Suecia y Dinamarca:—otro, el americano Cooley, que tiene su «Cremaría» ceñida de medallas, explica su refrigerador de descremar, donde las jarras repletas de leche están sumidas en el agua fresca, que acelera la aglomeración de la nata, a la vez que por las tapas de las jarras, dispuestas de manera especial, se escapan los gases que quedan en la leche cuando se la pone a criar nata al aire libre, y le quitan el dulzor y aroma que da a la mantequilla la crema recogida en las jarras cerradas de Cooley:—otro americano, Stoddard, encomia un refrigerador parecido, que de uno a otro ordeño, si se usa hielo en vez de agua, saca la nata toda, y deja las jarras listas para la nueva ordeñadura, con la ventaja de que cada jarra tiene un graduador que sin necesidad de destaparla dice por donde va la crema, y ésta baja en segundos por un embudo a la tina que la aguarda abajo, sin que sea menester recogerla despacio y a la burda: aunque también el refrigerador de Cooley tiene su modo propio y automático de separar la nata, que ha de ir seguramente a las mantequeras.

¡Y las mantequeras, giran que vuelan! Las hay de barril, de ataúd, rectangulares, cilíndricas y de columpio, movida ésta a manija, a rueda aquélla: unas baten la crema con aspas

interiores, que quiebran a la mantequilla el grano, lo cual la expone a agriarse y durar poco: otras, como la «Stoddard» y la «Soper», no trabajan por fricción como éstas, sino por concusión, dejando que el grano entero se aglomere por el movimiento propio y veloz de la leche en la mantequera, que en ninguna es tan natural y sencillo como en la de columpio de Davis, a todas superior porque se sirve a sí misma, y no hay más que empujarla de vez en cuando mientras se anda en las demás faenas.

Pero la más curiosa era una de metal a modo de nevera, donde, dando de firme a la cigüeña, se hace mantequilla, y toda especie de helados y semejanzas, en dos o tres minutos. Que se hace, es verdad; pero dicen que todo el grano queda roto, y el brazo del que da a la rueda. ¡Y a esto le llama el inventor «la maravilla del mundo», sin ver que más maravilla es la que tenía al lado, pues allí estaba un ternero lactando buenamente de una mamadera, a cuyo pezón de goma, un poco más alto que el de la vaca, baja la leche de una lata fija en un tablón entre dos ranuras corredizas. «Así, decía el inventor Small, se nutre el ternero mejor que de la tina, no le quita a la leche la crema, que a él le hace mal, y toma el alimento despacio y suavemente, como naturaleza manda.»

Alrededor de todo esto había puestos de varias invenciones,

—ya el «aereador» de Hill, que por medio de una corriente de aire puro enfriaba la leche recién ordeñada y echa de ella el calor animal y los olores, con lo que queda en todo su dulce, sin tanto riesgo de agriarse,—ya jarras ingeniosas para traer la leche a los mercados, y botellas herméticas de vidrio, y cajas para la mantequilla, y prensas en que enjuagarla, y batidores en que molerla, y sellos de madera para marcar sus panes, y un papel apergaminado donde envolverlos, más limpio y económico que el lienzo donde la amortajan ahora.

¡Y todo tan sencillo, que parece que no hay más que sentarse y saberlo hacer, desde tomar la leche espumante al pie de la ubre en las colodras, hasta cortar en panes apetitosos la mantequilla, tan fina como la de Bélgica, o henchir con el queso nuevo, que ha de sazonar a los tres meses, los cuñetes redondos! Como que no hay cosa más fácil que hacer queso, según allí se le veía, porque tan luego como la leche que hierve en la artesa está a punto, se la salpica con extracto de achiote, del que se da tan bueno en Venezuela, y se le mezcla bien con la leche, hasta que ésta se tiñe de un ligero crema, que es cuando se suspende el vapor, o lo que esté calentando, para mezclar por igual el cuajo: por las llaves se deja ir el suero, y a las tres horas, que antes era un mes, queda el queso hecho.

Tan de oír sería lo que ante estas cosas dijera el pastor, que huyendo por el valle con el zurrón de leche al hombro, descubrió la mantequilla y la halló buena, como fue de ver el ansia con que iban de un lado para otro los visitantes campesinos, vestidos tanto de paño burdo como de desconfianza, mirando como si los fueran a engañar; iguales las corbatas y los ojos en lo que cada cual se salía de su cuenca, registrando en cuclillas los codos y rincones de cada aparato, como si tentasen los puntos maduros de un buey padre o una vaca lechera. Todo lo querían comprar, y no querían comprar nada; pero los inventores habían de estar sobre sus pies en lo de las preguntas, porque los campesinos, rudos podían ser, pero sabían de su oficio tanto como los de los inventos, y a ojos presentes se vio allí mejorar la mamadera del ternero con lo que insinuó un pastorcillo que no alzaba del suelo mucho más que él: pues ¿qué ciencia hay mejor que la que salta a la vista, ni qué biblioteca enseña lo que un rayo de sol, si se ve a lo que ilumina con paciencia para comparar y voluntad para entender?

Este pregona los menjurjes de McDougall, exentos de sustancias venenosas para limpiar de lacras la piel de las ovejas; otro dice que los remedios de «Vet» son más variados y mejores: uno cuenta que a su ganado le va bien con el «Fluido de Little», que cura fuera y dentro:



aquéllos contienen sobre si la «turba alemana» («The German Peat Moss Co.»), que es muy absorbente y desinfectante, debe preferirse en los establos a la paja, húmeda y de mal olor, y al aserrín de Newell, que si no vale lo que la turba luego para abono, tampoco daña la vista de los animales y el pavón de los arneses con el amoníaco que exhala, como aquélla. ¿Quién no sabe que al animal se le ha de dar el forraje cortado, y caliente y cocido si es posible, para que así le vaya a la carne, a la leche o al trabajo, la fuerza y calor que de otro modo pierde en mascar y digerir la fibra dura?: allí está el «Lion», el cortador de forraje, que lo aplasta a la vez que lo corta, y se lo da ya a la bestia roto y masticado. Y aquél, el único que aún no hemos visto, prueba en una vaca su «amarra de cadenas», prendida al techo y suelo por dos cadenas cortas que dejan al animal, sujeto por el cuello, aquel grado de mayor libertad que amansa y aprovecha a los cautivos.

De pronto rompen las músicas: pueblanse los alrededores del corral: resuenan los aplausos: es que pasean al toro triunfante, al lindo toro de Jersey, a «Pedro». —Puerilidad será: pero acorralado de todas partes por la lengua inglesa, idaba gozo que este triunfador se llamase «Pedro»! Del narigón lo llevaba el zagal, por una vara enganchada en las argollas, seguido de sus hembras. Él, corpulento, impe-

tuoso, duro al palo: ellas pequeñas, adamadas, mansas, como traídas a tierra por el peso de las ubres. Mugía, cabeceaba, parecía hender con la pezuña la tierra cada vez que asentaba el paso elástico. La cabeza pequeña, el cuerno poco, la mirada sanguinosa, alta la cruz, el lomo ondeado, la grupa baja y caída, parecía digno «Pedro», como los toros Apis, de las danzas ardientes en que se ofrecían a la vista de la divinidad pujante las doncellas: los perfumes del templo merecía su hermosura: en las astas y lomos le hubieran estado bien las guiraldas de flores. Y se fue, negando la cabeza al palo, por la puerta del corral, seguido a paso alegre de sus hembras.

Él fue el premiado entre los Jerseys, por la hermosura y mérito de su progenie; y entre los Holstein lo fue «Sir Henry Mapplewood», abnegado, pomposo, de enorme peso de ancas, padre de vacas que son todas ubre, pero sin aquella graciosa majestad, y paso vivo con que «Pedro», galán de su manada, la mejora y señorea.

No se quiso juntar en esta feria, como pudo ser, todas las castas nobles, ya se críen para la matanza, ya para la colodra, ya para el yugo; sino reunir en competencia las que presumen de riqueza de leche. Ni el Devon cerezo, breve, económico y sufrido, que presta dócilmente su ancho cuerpo de carne llena y fragante a la servidumbre del arado, y acompaña bien al hom-

bre en las tierras calurosas;—ni el Hereford, de piel roja y careto, menos fino y pequeño que el Devon, pero tan leal como él en la faena, buen servidor de vacas de fatiga, y amigo de su yugo;—ni el Longhorn, de astas caídas, de allá del Lancashire y de Irlanda, que en pocos años de mejora dio prueba de buena fibra, capacidad para la labor, y normal ordeño;—ni el Kloe torvo y peludo de los escoceses, afilado de cuerno y de testa atopada, pero de carne bien deparada sobre el hueso escueto, fuerte en la sangre y monta, acomodable y sobrio, y hecho a vivir con el pastor, y a dormir junto a él en su cabaña;—ni las «mochas» de Garloway, gordas y humildes, y de cabeza recia y ovejuna, en cuya casta es manso el toro, por lo que el pastor tiene a vergüenza que se las vean en su majada; ni el Durham de pecho colgante y brazo en pera, sin más hueso que el necesario para tener en pie la carne, plano el dorso, espacioso el encuentro de los cuartos traseros, ancho y largo de ancas, el mejor para el cuchillo;—ni aquel ganado suizo parco y huesudo que vive del aire aromoso más que del yerbón escaso en los desfiladeros de los Alpes;—ni la vaca de casta americana, que es como no tener casta, angosta de ancas e ijares, cerrada de pecho, bolsuda, carnosa y dura la ubre, chata y hundida de costillas, muerta la cola,—disputaban en la feria el premio a esas cuatro razas, únicas allí reconocidas,

que campean hoy como primeros en los establos norteamericanos,—la Jersey, viva y cuidona; la Guernesey, un poco más recia; la Ayrshire, la vaca de los pobres; y la Holstein, que a todas ha vencido.

Pero a la Jersey ¿cuál podría vencerla en coquetería? Allí está la gloriosa «Eurotas», con el pesebre lleno de medallas, echada sobre el mullido con regia indiferencia. Mímanla los zagales, que recuerdan, por lo que la celan y complacen, a los cortesanos que aguardan la venida al mundo de un hijo de la corona. Hecha parece para el descanso y la abundancia: lo parece, cargada por Júpiter. Así es la vaca de Jersey, pulcra y regalada: ella sabe que su leche amarilla es oro puro, y que se disputan los establos sus terneras, porque no hay crema más suave: ella sabe que es bella: es vaca de salón, de seda toda y hasta el color, que del aire padece, va diciendo lo puro de su raza. Es más felina, más femenina que las otras castas; y con sus ojos procaces y seguros, de negras ojerías; con su oreja menuda ribeteada de vello voluptuoso; con sus cuernos de juguete, brillantes y retorcidos; con su cuello de onda y pies de cierva; con su piel clara y lúcida, recamada de pelo lacio y fino; con sus flancos capaces, como para que la maternidad no la fatigue; con el encuentro de las ancas bien holgado, como para que la ubre de

delicados pezones, tenga libre juego;—allí parece, tendida negligentemente sobre su limpia cama de aserrín, damisela entretenida que aguarda sin pasión la hora galante.

Pero los mimos los tiene bien ganados, porque hay Jerseys, como «Eurotas», que en 341 días dio 7 525 libras de leche y 778 de mantequilla; y la «Duchesa de Smithfield», a quien por las gracias y altanería no le va mal el nombre, en una semana dio 436 libras de leche; y en un año 10 784 libras; y «Mrs. Langtry», del color de las rosas de té, estaba dando en la feria treinta y seis cuartos diarios. De los toretes, el más bello tenía un nombre nuestro, «Lorenzo Beauty», y era del suave acero de las perlas, gris como ese vapor que en las primeras tardes de verano cubre con cambiantes lilas los lagos y los ríos.

Quien vio Jerseys, ha visto Guerneseys, que dan leche de tanta nata, y tan copiosa y amarilla, como aquéllas, sólo que su lindeza es menor, a pesar de lo más claro de su piel; aunque en eso mismo aventajan las Jerseys, porque no es tan saliente su armadura, ni la grupa tan alta, ni el cuello tan corto, sino que se les ve más fuerza y simetría, y no parecen princesas de la leche, sino las damas de buen pasar del gremio, a quienes en los quehaceres de la casa se les han crecido tobillos y muñecas.

Las Holstein venían luego, todas negras y blancas, y de mu-

cho comer, como su gran alzada necesita. Muros parecen las ancas de sus toros, aunque a la mano son mansos, y su piel flexible se levanta al pellizco, como sucede en toda res de casta buena: catedrales dormidas parecen estos padres ciclópeos: levántanse del suelo con la pesadumbre visible de su potencia: en el lomo pudieran descansarles camarines, como el que llevaba Lalla Rookh cuando iba enamorada de su poeta Feramorz.<sup>390</sup>

De Holstein fue el primer ganado que trajeron cuando la colonia los libres holandeses; y les sirvió en la labor con voluntad, y les dio abundante leche. Son más huesosos que Jerseys, Guerneseys y Ayrshires, como que les llevan mucho en corpulencia; pero su hueso no es ese áspero y fofu del ganado sin ley, que va aparejado siempre con carne de fibra ruin, cuero de hartu peso, panza y papada en cuelga, piernas volantes y altas, apetito desordenado e infecundo, y toda la luz del día entre las costillas;—sino ese otro hueso sano y compacto que atrae la carne a donde debe estar, con su debida proporción de gordo.

Para buey de labor, el Holstein no es de alabar, porque su masa lo obliga a la pereza; pero madura pronto, consume menos que el Durham, Hereford y Devon como res de matanza —aunque su carne no es tan noble, y no hay quien le gane a padre enérgico, ni casta que dé

más leche, queso y mantequilla: en el queso principalmente sobresalen: dos libras de mantequilla al día da cualquier Holstein. Lo que comen, lo devuelven pronto en leche. Él es discreto, honrado, amigo de pagar en cría lo que recibe en el pesebre: ella es seria, recatada, hacendosa, y como la matrona de las vacas.

«Lady Fay», la que ganó por lechera el premio de la feria, mira con su dulce rostro a los que la contemplan admirados: su ubre, tamaño como las ancas, ha dado de sus firmes y francos pezones 97 libras y cinco onzas de leche en un día, y 20 412 en un año. Y el premio de mantequilla también fue de una Holstein, de «Clotilde», que viene como «Lady Fay» de los establos de Lakeside, y con el ordeño de veinticuatro horas dio dos libras y dos onzas y media.

Veamos, antes de acariciarles por vez última el sumiso testuz, el medallón de Guénon, que les crece a pelo vuelta a ambos lados del encuentro de los cuartos traseros, y según sea de grande indaca, si vaca, lo lechera que es, y si toro, que será padre de crianzas de riquísima ubre. A «Sir Henry Mapplewood», que tarda horas en poner sobre sus pies sus veintinueve quintales y treinta y tres libras de peso, le llega el medallón del pie del muslo a la grupa.

Así debían ser aquellos toros heroicos de que cuenta Homero, con las puntas del asta

cubiertas por bolas de oro: así aquellos en que los sacerdotes de Egipto veneraban «la fuerza, la paz y la paciencia, favorables a los trabajadores».

Pero hay algo en las fieles Ayrshire que seduce, a pesar de su flaca apariencia, y de ser toda ella hondonadas y puntas: los ijares voluminosos, el costillaje grande y arqueado, el lomo sumido, la ubre modesta y de corto pezón, y sólo el pecho y el vientre anchos.

De color son bermejas, o bermejas y blancas. No se espera de cuerpo tan menudo pezones tan pródigos. En la cabeza pequeña, de curioso hocico, le lucen los ojos conversadores y vivaces. Toda ella es mujeril, agraciada y sincera. Lo usual en ella es cinco galones diarios de buena leche butirácea; y hay muchas que dan al año mil galones; pero «comen bondadosamente», como acá dicen en jerga de establos, y de lo que hay, sin que por lo pobre del forraje sufran tanto como las de otras castas. Ella, buena escocesa, sabe de pobres, y es vaca propia de ellos, porque les da más que les quita; y es madraza y gregaria, amiga de andar en grupos con los suyos. Su piel resiste más, aunque sus cañas finas no son para largos viajes. Su toro es poco osado, aunque ágil y dispuesto a sus deberes. Lo vivaracho y diligente de la Ayrshire aprovecha a los terneros, que nacen de tales madres fogosos y con todo su tipo, y no ventrudos y de poco empuje,

como cuando la madre es comodona, y amiga de la sombra y el mullido. Al ternero lo tienen siempre cerca, y los establos las prefieren por su resistencia y mansedumbre. Ella es la vaca esposa. La de Jersey es la vaca barragana.

«Esta es buena, señor, decía un zagal levantando de una pellizcada la piel de la grupa, flexible y sedosa, y no cosida al anca, sino que se sentía la carne suelta bajo ella. Vaca lechera, así ha de tener acá la piel, y el que quiera saber si es de buen engorde, que le cate la piel del costillar, y si se alza, lo es. Vea el señor: esta galana tiene todos los puntos. La cola no le hace, porque lo mismo da leche la negrота de Holstein, que la amarilla de Jersey, que esta Ayrshire achocolatada. Mírele la cabeza pequenuela; el cuerno corto, ancho de base y punta fina; el ojo que parece de señora, quieto y suave, y de pestañas cortas y sin mucha arruga, y la boca grandaza, de belfo fuerte y grueso: ¡y lo que come! ¡y lo que bebe! vaca bebedora cómprela el señor, que no le engaña. La cruz véale alta y ancho el pecho, a que le queden bien sueltos los pulmones, y las costillas así, largas y arqueadas, para que el ternero tenga espacio.»

«¿No ve el señor?: dos dedos le caben en esta abertura del espinazo, que parece roto en la mitad y sigue abierto hasta el rabo, lo que quiere decir que las ancas están como de-

ben, bien aparte, para que la ubre tenga donde crecer, y todo lo de atrás quede espacio, que estas partes son los talleres de la leche, donde ha de estar todo amplio y en juego. La ubre así, sin baches y elástica, y cubierta de seda, con este pezón de punta, que no tiene más tacha que el ser verrugoso. Pero la gran señal son estas venas hinchadas y retorcidas de la ubre, y estas otras que le corren por la panza hasta entrarle en la carne, por esos agujeros donde cabe el dedo. Vaca con eso, y los medallones en lo de atrás, ¡esa es vaca lechera!»

«Véala cómo me mira, señor, porque la trato bien, y la vaca lo sabe: la mejor no dará toda su leche, si no la lleva con mimo el lechero. ¿El comer? Eso hay que cuidarlo, y dárselo con medida sin tanto que empache, pero fuerte y lleno. La leche empieza en la yerba. Buen comer,—buena colodra y buen ternero. Buen invierno, medio verano; y buen verano, medio invierno. En verano la pongo donde yerba, y que no me coma yerbaje de mucha agua o con rocío, sino seco, que es como nutre: cuando se acaba, a establo, a comer pasto cortado y caliente, y cocido si hay un poder. Y aun creo yo que es más barato apesebrar las reses,

porque sueltas, sobre que se estropean más, con cuatro acres no tengo para cada vaca, y a establo con acre y medio tengo; y les doy tres aguas, y su ejercicio en el corral siempre aseado, con lo que recojo todo el abono. Eso sí, la comida ha de mezclarse, y hoy una y mañana otra, con su sal y su dulce, que le gusta a la vacada, aunque en lo dulce ha de andarse con tiento, porque la mucha azúcar le quita al toro empuje, y hace estéril a la vaca.»

«El ternero, sí señor, salió blanco, porque la madre vio en una ocasión pasar a un torete así de otra majada. La verdad es, aunque no lo digan libros, que la vaca tiene el seso flojo, y ni escoge el galán, ni se despinta en el ternero cualquier rareza que vea o le suceda cuando está para la familia.» «Ahora a callar, señor, que es la hora de ordeñar, y junto a las vacas no se ha de alborotar cuando se las está ordeñando, ni de hablar siquiera, ni distraerse con ningún ruido, porque mientras se las exprime, se ve que sufren, y están espantadizas: yo, por mí, lo que hago es canturrearles, y al son se me están quietas, y veo que me agradecen el canto.»

Ya cae el crepúsculo, los mansos lecheros se acercan a sus vacas: beben los ternerillos de las tinas: el quesero vende a

los concurrentes retardados sus últimas libras de queso nuevo: chispean, como al apagarse, las luces eléctricas: hablan en un rincón empleados del entusiasmo con que Nueva York ha asistido a la feria; de los largos artículos en que la describe la prensa diaria; de cómo en estos quehaceres de la lechería crece el hombre natural y bueno, y mejor que en cualquiera otra faena. Y mientras al son del canto cae la leche espumante en las colodras, y se cierran las puertas de la feria, pasa «Pedro», seguido de una turba de zagales, de un lado a otro del circo: la sombra lo agiganta: va halando a la tierra el palo que lo guía: los mozos, a un lado y otro, van callados como orgullosos de llevarlo: las Jerseys todas, a la última luz, levantan la cabeza. No con pompa menor bajaba Apis, cubierto el cuerpo negro de sagradas rosas, cuando, al caer la luna sobre el pálido loto, lo llevaban río abajo, entre inciensos y cánticos, los sacerdotes.

José Martí

**La Nación,**  
Buenos Aires,  
2 de julio de 1887

[OC, t. 13, pp. 490-502]



## 160

# El monumento de la prensa

## Los periodistas de Nueva York

Grave incidente.-La devolución de las banderas al Sur.-Los veteranos y Cleveland.-  
El Presidente no debe sustituir a la Nación.-  
El irlandés O'Brien.-Honores a Mc Glynn.-  
Proyecto de una catedral protestante.

EN UN VAPOR embanderado venían ayer del Cerro de los Cipreses, cuajado de tumbas, los periodistas de Nueva York y sus amigos, que, como quien va a una jira, fueron a las ceremonias de entrega de la columna, sin elocuencia ni mérito artístico, que señala el lote donde reposan los periodistas muertos.

El aire, es verdad, limpio en aquella altura, hablaba más de vida que de muerte; y como colegiales en vacantes se aprovechaban los llenacolumnas de aquella hermosa hora libre.

Los discursos mismos, más que lazos de crespón, parecían copas de champaña.

Acá no se teme mucho a la muerte. El periodista sobre todo parece verla venir sin miedo: ¡tiene tanto el periodista de soldado!

Hasta extrañó, como una nota falsa en aquella linda escena bajo el cielo vívido, el discurso patético en que Chaun-

cey<sup>a</sup> Depew, el orador de moda, el candidato encubierto de los republicanos de Nueva York para la presidencia próxima, lamentó demasiado la muerte, acaso porque él vive feliz.

¿Llorar por los muertos, por los que descansan, en este cerro matizado de asfodelos, bajo estos cipreses de música tan suave, ante esta bahía, taza azul donde hierve el universo, en este estío fogoso? ¡Oh, no, reír será mejor! reían y aplaudían.

Si los muertos se hubieran levantado de sus tumbas, no se habrían enojado, no, habrían pedido de merendar a sus compañeros.

Vivieron con honor: ¿a qué vivir más? Sus camaradas, tristes todos bajo aquella apariencia de júbilo, les habrían dicho al oído: «Ya deseamos ir a reposar como tú». Se dicen «tú», aunque no hay «tú» en inglés, todos estos periodistas.

Acá la muerte es otra cosa.

Cuando sí movía a las lágrimas la escena, fue cuando, al compás de los cipreses, cantó el coro, como la humilde protesta de tantos trabajadores ingloriosos, «¡Manos cansadas, oh, manos cansadas!»

Venían alegres en el vapor embanderado.

Hablaban de todo: de una joven que ha escrito un buen drama. De cuán duro es para los principiantes abrirse camino en esta prensa de negocio. De cómo cayó ignominiosamente en un ortigal el globo cuyo viaje sobre el Océano había anunciado el *World*, dueño de la empresa, con tamaña pompa.

De la maravilla del *Evening Sun*, el diario de la tarde de a centavo donde siguen juntándose con arte admirable la viveza en la noticia, y la literatura, la literatura gráfica y viva en el estilo, no aquella pompa clásica, jerga de libros y hueca imaginería de los diarios inútiles y académicos.

Hablaban de cómo crece la

a. En LN: «Chancey».

fama de original y sutil que goza Frank Stockton,<sup>391</sup> el nuevo novelista: del peligro de muerte que acaba de correr Ella Wheeler Wilcox,<sup>392</sup> la poetisa de los *Versos de Pasión*, joven y célebre, la que con el producto de su primer libro compró, en un ajardinado recodo, una casita para su madre anciana, y hoy se vuelve a su hogar en el Oeste, cansada de la vida oficinesca y fea de esta parte avariciosa de los Estados Unidos: hablaban de la novedad del colegio de Packard, que cada viernes invita a un pensador notable a dialogar con los discípulos sobre las teorías corrientes: de la otra novedad de otro colegio, el de Parker, en Brooklyn, cuyas alumnas, guardadas por su directora y su maestra de francés, van a Europa, aprovechando las vacantes de verano, a tomar en los museos y en las ciudades famosas, lecciones vivas de arte y de cultura. Celebraban, recordando la fiesta del día, los variados talentos de aquel hércules mental, el doctor Woods, a quien llegaron a llamar «el gran condensador americano», no porque usase pocas palabras, que usaba muchas, sino porque en cada una encerraba un pensamiento.

El arte de escribir ¿no es reducir? La verba mata sin duda la elocuencia.

Hay tanto que decir, que ha de decirse en el menor número de palabras posible: eso sí, que cada palabra lleve ala y color.

Celebraban a los dos periodistas jóvenes de más boga, Ro-

bert Bonner,<sup>393</sup> leal al *Puck*, y Joseph Howard, que sabe lo de Ovidio, y ha ganado fama siendo amable. Quiere que digan de él lo que Arsène<sup>a</sup> Houssaye<sup>394</sup> hace decir de sí a aquella maga Sophie Arnould:<sup>395</sup> «Algunos lo transforman todo en serpientes y culebras: yo verteré,<sup>b</sup> olas de perlas, de rubíes y de topacios.» Hablaban en francés; más, se veía a muchos de ellos, como si el periodismo preparase especialmente a la elegancia, vestidos con la soltura y nitidez francesas.

Iba un grupo hablando de la amistad del americano como Henry James<sup>396</sup> y Paul Bourget,<sup>397</sup> ambos obreros finos, cuando el vapor, como espada que vuelve a la vaina, encajó en su ancho muelle: unos rompieron a correr, atropellándolo todo rudamente, para llegar a sus diarios antes que los rivales con las noticias de la fiesta: otros, puestos en vía de amor por el día grato, siguieron por entre los álamos del Parque de la Batería, autorizados por lo cercano de la noche, según la etiqueta neoyorquina, para ofrecer el brazo a las damas: algunos se entretuvieron en ver desembarcar una bandada florida y parlara de familias de inmigrantes italianos, en cuyas manos una niña vertía cariñosa los dulces que compraba de la cesta de una arrugada irlandesa: los más compraron de prisa el *Evening Sun*, donde leyeron con asombro las fieras palabras con que Fairchild, un general de la guerra civil, maldijo el pensamiento, autorizado

por el Presidente dos días antes, de devolver al Sur, en vez de tenerlas amontonadas en un sotabanco, las banderas que las tropas del Norte le habían arrebatado en los combates.

Hubo una reunión de veteranos. Ya se sabía que el Presidente había dado la orden de que las banderas del Sur fuesen devueltas.

Se comentaba, se desaprobaba.

Entra Fairchild, con su manga colgante. Asalta la presidencia sin esperar por las formalidades de uso.

«Se ha dado la orden, dice, de devolver a los rebeldes sus banderas: ¡paralice Dios la mano que escribió la orden: paralice Dios el cerebro que la concibió: paralice Dios la lengua que la dictó!». Hubo un breve silencio, un ruido de hombres que se ponen en pie, y un formidable y dilatado hurra. La pasión de partido hizo presa al punto de la generosa indiscreción del Presidente; y no muerden con más deleite los lobos hambrientos al mastín encadenado que el que la prensa hostil a Cleveland muestra ante este anatema, inspirado, más que en el amor a las victorias sobre el enemigo, en la ira política, la ira del republicano contra el demócrata, la ira, mezclada con desdén, del hombre de armas contra el que esquivó la ocasión de llevarlas, la ira del soldado

a. En LN: «Arsène».

b. En LN: «verteré».

pedigüeño contra el empleado público que no consiente en que, abusando de los recuerdos gloriosos, se distribuya el tesoro nacional en pensiones militares injustas.

Es cierto. Cleveland autorizó la devolución de las banderas; los veteranos protestaron; la prensa avivó el fuego: Cleveland, ante la censura aparentemente unánime con que ha sido recibido su acto, ha recogido la orden.

Pero ¿no han estado devolviéndose espontáneamente sus trofeos los regimientos que se despojaron de ellos, muerte a muerte, en el odio de la batalla? ¿no devolvió Grant mismo su espada a Lee en el instante, en que se le rindió, con todo su ejército, en Appomattox? ¿no dijo el gran Sumner, con palabras gloriosísimas, en lo más vivo y apasionado de la guerra, en plena Casa de Representantes, en la hora de júbilo de una reciente victoria, que «era inoportuno» manchar las banderas de la Unión escribiendo en ellas, como se acostumbraba, el nombre de las batallas en que los rebeldes hermanos habían sido vencidos? ¿no quiso hace dos años Robert Lincoln, el hijo de Lincoln, siendo Ministro de la Guerra de los republicanos, devolver estas mismas banderas, las banderas cuyos colores encendieron en el asesino Booth<sup>a</sup> la idea de matarle a su padre? ¿no es el general Dunn, el Secretario del Ministerio de Guerra, que soli-

citó la orden, hombre crecido en las filas de la Unión, desde la bayoneta hasta la estrella? ¿no acaban de abrazarse con alegría visible, y de cambiar colores, los veteranos del Norte y los del Sur, en los simulacros militares de Washington, bajo los balcones de la Presidencia?

Todo eso es verdad. Pero lo es también que el partido republicano fue desalojado inesperadamente del poder, no por los demócratas, sino por Cleveland: que, convirtiendo en derecho la consideración, la mayoría de los veteranos recompensados en su día y en varias formas por sus servicios a la patria, se habituaron a mirar los puestos públicos como cosa tan suya, a más de regalada y pingüe, que su moderación misma no ha valido a Cleveland para suavizar la ira de los que, hechos a la violencia y al goce de los empleos, ni entienden de turno de poderes, ni dejan de ver en el Presidente al que los ha despojado de una propiedad en que no admiten condeño.

El odio a Cleveland, nacido entre los veteranos principalmente de esas dos causas, se ha enconado por aquel marcado desvío del Presidente, más justo que cauto, hacia las cosas de la milicia, que estima él respetable, mas no cuando sus intereses y arrogancia mantienen viva en el Norte la suspicacia contra el Sur, por la cual aún no se ha podido entrar de veras en aquel período de fusión entre las dos secciones, que será por sus re-

sultados, cuando llegue como ha de llegar, uno de los sucesos más fecundos y pasmosos de cuantos recuerdan las edades. Lo que Sumner, republicano, pensaba ya en medio de la guerra, eso piensa Cleveland, demócrata.

Pasmo es el patriotismo, pero es plaga cuando se hace oficio de él. El mejor modo de mantener al vencido en el estado de espíritu necesario para vencer, es mantenerse en pie ante él como vencedor. Todo lo que recuerde la derrota es un incentivo a la guerra. La guerra se hizo, cualquiera que fuese su pretexto, para acabar con la esclavitud.

Las causas menores que aceleraron la guerra dependían de esa causa esencial, que la produjo.

¿Dónde están hoy los esclavos? ¿Para qué volvería el Sur a levantarse?

¿Cómo han de entenderse de buena fe los hombres de ambas secciones en las grandes cuestiones públicas, mientras el Sur tenga que mantenerse armado en espíritu contra el Norte, que lo mira como a extraño y no pierde ocasión de marcarle la frente como traidor y echarle al rostro el estigma del vencido?

Tiempo es ya de que eso cese, se dijo Cleveland: tiempo es de que desaparezca de la discusión de las cosas públicas ese

---

a. En LN: «Beoth».

inútil argumento de la guerra con que el partido republicano, acorralado y sin armas que emplear, excita la pasión militar en los soldados, que van a su vanguardia, y el miedo al rebelde en los que no quieren ver a la nación empeñada en una campaña desastrosa.

Y en todo ha seguido Cleveland esa noble política, en traer a su consejo a rebeldes distinguidos, en visitar personalmente la que fue capital de la rebelión, en dar puestos públicos de nota a temidos sudistas, en ir mermando la importancia excesiva que las asociaciones de veteranos, conservados para fines políticos más que para piadosas memorias, lograron obtener, con resultado funesto, durante el gobierno de los republicanos, interesados en tener a su lado a los representantes vivos de la defensa de la Unión. Hay, sí, muchas asociaciones de veteranos demócratas; pero tal es el espíritu de cuerpo que sofoca el de partido, así como éste se sobrepone generalmente al amor a la patria. También los veteranos demócratas, encariñados con su oficio y con los puestos públicos en que la costumbre los ha ido prefiriendo porque los ejercieron bien, fueron desde el principio hostiles a Cleveland, que no entiende por qué el interés de trescientos mil hombres bien atendidos por la nación, haya de perturbar las relaciones de sesenta millones de ciudadanos y absorber su-

mas enormes, so pretexto de pensiones, del tesoro; hostiles a Cleveland, que mandó en uso de su derecho un sustituto al ejército en la hora de pelear, y no sabe cuán temible, cuán ciega, cuán terca, cuán susceptible, cuán difícil de desconocer para un gobernante cauto es la hermandad que se juran tácitamente los hombres en el peligro de la muerte: itan poderosa es, que subsiste después que el odio ha acabado, entre los ejércitos rivales!

¿Cómo dio Cleveland de soslayo, como asunto de rutina de una Secretaría, como decisión suya personal, un acto que por su espíritu había de conmover a toda la nación? ¿Cómo no vio que las banderas tomadas a los rebeldes, y cedidas al Congreso por sus captores,—por el Congreso, que es la única voz legítima de la República, habían de ser devueltas a los que prometen no mirarlas ya sino como reliquias de extraviado valor? ¿Cómo, dejándose llevar de aquel brusco desdén de la enemistad interesada, que ha de saber domar el gobernante, no consultó siquiera sobre la entrega de las banderas a aquellos que con sus propias manos las capturaron, a los generales que antes los condujeron a la victoria y hoy los representan?

¿Cómo, por desarrollo desmedido del concepto de sí, que es dejo venenoso del poder, creyó que en un acto grave en que tiene derecho a ser oída la Nación, podía sustituirse a ella?

Por lo mismo que el acto era glorioso, debió dejar que la Nación lo hiciera. Hubiéralo insinuado, y la gloria hubiera sido toda suya, sin el deslustre de este atrevimiento.

¡Aquí no puede nadie subirse sobre su pueblo, ni aun para ser virtuoso!

¿Y qué era eso de pretender robarle una gloria a la patria?

Véase cómo la virtud tiene defectos, y cómo en un gobernante, el acto de virtud mayor es su modesto y constante acatamiento a la suprema autoridad de su república: ¡el oficio es guiar, no sustituirse!

¡Acaso creyó Cleveland, en el júbilo de la buena obra, que el Norte todo se la entendería, sin ver que el odio político no duerme, y se complace en afeardar toda hermosura; sin ver que la Nación no permite, ni debe permitir que nadie obre en vez de ella, aun cuando sea en bien, para que esta derogación voluntaria de su autoridad en un acto justo no pueda ser tomada mañana como precedente por un tirano en un acto alevoso!

La censura ha sido en coro. Al Presidente no le son permitidas brusquedades ni ignorancias. Si el Congreso era el único autorizado para devolver las banderas ¿cómo no lo supo antes de hacerlo? ¿cómo pretendió hacer por sí aquello que hubiera sido el canto último de una epopeya que hicieron todos, y en que no fue él quien más hizo?

Los pueblos deben ser como éste, susceptibles. Las banderas



deben devolverse, pero para gloria nacional, y en un acto grandioso: por este encono mismo de los veteranos en su triunfo se demuestra que deben devolverse: puesto el caso ante el Congreso ¿quién duda que las devolverá, sobre todo ahora que Lee, el primero entre los jefes vivos de la rebelión, el sobrino de su caudillo, el gobernador de Virginia, acaba de decir: «Al que ataque ahora la bandera de la Unión, désele muerte enseguida?»

Pero las heridas se les han reabierto a los veteranos del Norte con el incidente, y uno de ellos dice, mientras Cleveland aguarda a que por la bondad general de sus actos se le excuse éste, ligero y arrogante, esta frase que anda en todas las bocas: «Con que ¿devolver las banderas?: bueno: aquí dentro tengo una bala de ellos: ¡que se la devuelvan!»

¡De tanto habría hoy que hablar! Del irlandés O'Brien, que vino a perorar sobre los desmanes de los agentes de Landsdowne,<sup>398</sup> el virrey<sup>a</sup> de Canadá, contra sus arrendatarios en Irlanda, y luego de recibir ovaciones y pedradas de uno y otro partido de los canadienses,<sup>b</sup> se negó, por fútiles pretextos, por miedo a los pobres, a aceptar la demostración de los obreros de Nueva York, «para no comprometer a Irlanda apareciendo en una demostración presidida por el que presidió la conferencia de un irlandés puesto por In-

glaterra fuera de la ley»: ¿por qué aspirar a grandezas los que no tienen tamaño para ellas? La grandeza es difícil: ¿qué excusa femenil es ésa, aquí donde un arzobispo católico aparece en público con sacerdotes protestantes;<sup>c</sup> aquí donde Beecher, un sacerdote, da la mano a Ingersoll, al propagandista del ateísmo, para que suba a la tribuna, donde le estrecha la mano otra vez, y tributa público honor a su sinceridad y a su talento? Habría hoy que hablar de la procesión enorme con que el pueblo de Nueva York festeja al padre McGlynn,<sup>d</sup> con ocasión de haber sabido que está para caer sobre su cabeza la excomunión, que no será argumento para que el padre McGlynn abandone sus pobres, su cruzada «contra la pobreza», su templo nuevo que todos los sábados rebosa, su campaña en pro de la devolución de la propiedad de la tierra al Estado, su fe en la «determinación de Dios y en la fraternidad de los hombres». Habría que hablar de los colosales festejos de verano que ya se preparan, en proporciones estupendas, en las vecinas islas: de las escuelas industriales, modelo de las de instrucción primaria: del recuento de saber qué se hace aquí en esta época con ocasión de los exámenes: de cómo van siendo ya tantas en número y tan buenas en clase las universidades de ciencia como las de mera literatura. Pero de lo que sí hemos de hablar, cuando la idea esté ya

bien a punto, es del deseo de las iglesias protestantes de levantar, por sobre todos los edificios metropolitanos, una catedral que desde mares y campos se divise, y domine los atrevidos palacios de negocios, las espiras de piedra parda de las sectas viejas, los campanarios relamidos de los templos estéticos, las dos torres blancas, aún no acabadas, de la catedral católica. Catedral debiera hacerse, porque los edificios grandiosos entusiasman, conservan y educan; pero no catedrales de ritos, a que los hombres sólo se apegan para salvar su hacienda y privilegios en esta hora oscura, y son, más que catedrales, murallas, y más que altares, parapetos; sino una de arquitectura nunca vista, donde se consagra la redención del pensamiento, y fuese el entrar en ella como en la majestad, y como sublimarse en la compañía de los héroes, vaciados en bronce: ¡y las puertas, siempre abiertas! La libertad debiera ya tener su arquitectura. Padece, por no tenerla.

José Martí

**La Nación**  
Buenos Aires,  
28 de julio de 1887

[Mf. en CEM]

a. En LN: «virrey».

b. En LN: «canadienses».

c. En LN, coma.

d. En LN siempre: «Mc. Glynn».

161

## Varios sucesos

Trabajo preparatorios de los partidos políticos.-  
El partido nuevo y los socialistas.-Cleveland  
y los demócratas.-Blaine y su rival Sherman.-Los  
temperantes.-Una mujer, Mrs. Salters, presidente  
de Ayuntamiento.-Su vida.-La vida de pueblo.-  
Los juegos.-Tributo de Boston al púgil Sullivan.-  
Los ejercicios de la milicia.-El campamento.-  
Organización del campamento y carácter  
de los ejercicios.

Nueva York,  
Agosto 8 de 1887

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

**N**O HA HABIDO en estos días suceso magno que tiente de veras a mover la pluma. Ni es el verano, cuando los artistas salen a pintar y los novelistas a buscar caracteres y asuntos, y los viciosos a cazar aventuras, y los políticos a juntar sus hilos, la ocasión de ver—como en los sucesos, libros o cuadros donde aparece luego total y acumulada—esta vida del Norte, ejemplar hasta en sus mismos vicios. Aquí, como en todo

cuerpo social, los pobres aspiran a la justicia, los ricos al abuso, los perezosos a la holganza, los empleados a la perpetuidad, los políticos al despotismo, los sacerdotes a la agorería. Aquí no es, por la incompleta y brutal educación del hombre, donde éste aparece más amable y bello, viviendo con el mundo, apeteciendo la beldad, agraciando la vida hosca con el sentimiento y con el arte. Pero aquí es donde por la maravilla de la prensa, amiga fiel en estos pueblos donde se vive sin amigos, se ve, con supremo orden final en la aparente rebelión y desconcierto, mostrarse en toda variedad, naturaleza y pujanza al hom-

bre. Aquí, cuando el sol quema los campos, como cuando el invierno ampara con la nieve las cosechas futuras, de toda opresión se salva, contra todo abuso se rebela, a toda novedad presta oído, y ni las fuentes cálidas de Islandia surgen con más fragor e ímpetu de tierra que aquí las opiniones, cuyo continuo contraste y examen mutuo asegura aquella cabal y lenta deliberación de cada uno en lo de todos, y de cada cual en lo que su interés choca con el ajeno, que es la labor de entrañas que mantiene viva y saludables a las repúblicas.

¿Quién no conoce la relación visible del sol y la elocuencia? La palabra, abrigada y resplandeciente en los países de hielo, se caldea y va dorando conforme entra en zona más fecunda, hasta que ya, al llegar a la cinta del sol, consumidos por la excesiva luz los cuerpos frágiles que la contienen, los sacude y arrastra, cual arúspices a quienes echa a tierra la fuerza del oráculo, y fluye, llena de esmaltes y atavíos, como aque-

llos arroyos de agua clara de que cuenta Mahoma que corren por sobre rubíes, topacios y amatistas. Y quien lo dude, venga a verlo: aquí todo es lengua el verano; no bien pasa el calor mortal de julio, tan recio este año que los labradores recorren el campo seco en rogativas, y los chinos sacan por las calles, pidiéndole clemencia, a su Joss de oro, celebran los agricultores su congreso, los sabios el suyo, los poetas de Boston su simposio y sus escaramuzas de avanzada los partidos políticos. Entre los republicanos, John Sherman, proclamado ya candidato por la Convención del partido en Ohio, le lleva al pie a Blaine, que con su susto ostensible azuca a sus tenientes desde su agitado retiro en Inglaterra.

Entre los demócratas, los empleómanos desconcertados buscan en balde, hasta ahora, candidato que oponer a Cleveland, que de toda la Unión, de federales y confederados, del Oeste nuevo y el renaciente Sur, recibe invitaciones, hechas a veces con gran pompa y costo, para que en su gira próxima visite sus ciudades. Entre los republicanos independientes, que por desdén de Blaine y deseo de reformar el sistema de empleos públicos, acordaron votar por Cleveland, el desconsuelo es tal que acaban de declarar en su Convención «no ser este gobierno de Cleveland, donde a la larga todos los empleados van siendo demócratas,

aquel ideal a que aspiran los reformadores del sistema, aunque no sea posible negar que el Presidente ha empleado todo su poder para resistir los apetitos de su partido». Entre los trabajadores, como por la masa que lo avigora puede llamarse el partido nuevo, el partido de George y de McGlynn, del abolicionista Redpath,<sup>399</sup> del brillante escritor Russell Joung, del sacerdote protestante Pentecost, del monje protestante Huntington; todos de palabra de llama, todos partidarios de la acción y provecho libres e individuales del hombre en el Estado sin desigualdad y sin miseria; la Convención preparatoria, anticipándose a la solemne que ha de reunirse en pocos días, se desentendiendo de todo trato en cosas públicas con los socialistas alemanes, segura de ganar con esto en lo general de la opinión que la aplaude, los votos que pierda en los barrios donde domina el alemán, que ya son muchos: el alemán trabaja, cría a sus hijos; bebe cerveza, canta, piensa. Y entre los temperantes del Oeste, entre los enemigos del licor, que allí asola y triunfa, hay gran júbilo, y pasean en sus procesiones gallos embalsamados y escobas, porque en el voto de este mes ha crecido tanto, con la ayuda de las mujeres, el número de sus secuaces que ya dan por suyo al Gobernador de mañana, y al Presidente de 1892.

¿A qué esconderlo? Las muje-

res acaban de ser en Kansas y en Texas las vencedoras. «Las hemos visto—dicen los diarios—anticiparse a las intrigas hostiles, urdir magistralmente las propias, perorar con dignidad y gallardía, recorrer casa a casa los distritos, convertir cerca de la urna a los reacios, vigilar concienzudamente el voto, acudir con minucioso conocimiento de la ley a registrar sus protestas, y fungir en todo lo de la elección con tal inteligencia y decoro, que sólo la gracia y el vestido pudieran revelar en ellas el distinto sexo.» Así ha llegado la ciudad de Siracusa, en el condado de Hamilton, a tener su Ayuntamiento de mujeres, salvo el *mayor*, que está contento de ellas.

Así el pueblo de Argonia, en Kansas, tiene por *mayor* a una buena casada, Mrs. Salters, de veintisiete años y con cuatro hijos, criados por ella tan de cerca que nunca, hasta que la eligieron, tuvo sirviente en su casa: «Lavando nuestra ropa estaba yo, señor, cuando vinieron a anunciarme mi candidatura.» Como burla, por ser ella elocuente enemiga de los defensores del licor, la propusieron éstos para *mayor* del pueblo, pero sus adversarios, casi todos mujeres, determinaron usar de veras en favor de Mrs. Salters el derecho de voto que les fue recientemente concedido:—y salió electa. Con su traje de merino negro y su elegante sombrero de verano preside las sesiones del Municipio, que no mur-

mura de su *mayor* porque presida mal, o ignore la ley, que sabe al dedillo, sino porque se opone la terca señora a rebajar la contribución que pagan ahora los billares y bebederías.

¿Que cómo llegó a *mayor* la señora Salters? Naturaleza le dio luces, y adquirió la costumbre de expresar sus ideas y contestar las ajenas en los debates del Colegio Industrial que sostiene en Manhattan el Estado de Kansas, excelente colegio, puesto que, a más de las letras, que no son lo primero en la educación, obliga a cada alumno, conforme su sexo, a aprender un oficio. El de costurera aprendió la señora Salters, al mismo tiempo que a pensar tan bien que su discurso de examen sobre «La Mujer de Hoy y la de Ayer», sin ser maravilla, agradó por su claridad y cordura. El hijo del maestro se prendó de ella, y, ya casados, no fueron, como vamos nosotros, a un rincón de alquiler, amueblado de préstamo, sino a vivir de sí; a merecer la ventura, a trabajar la casa, a la única habitación que el pueblo de Argonia tenía libre, a un granero, al que las canales de vaciar el trigo servían de ventanas. Allí, entre un artículo para el periódico y una plática sobre las cosas públicas, cocinaba ella, mudando el cañón a la canal por donde entrase aire, en una estufa de gasolina, en la que no hervía mal el maíz quebrado, ni faltaba fuego para salcochar a punto el cho-

clo, de lo que descansaba ayudando al pueblo, a par de su marido, a levantar la iglesia, o concertando la Liga de las Mujeres Cristianas contra la Intemperancia donde su propensión natural a los debates halló pronto aplauso y empleo.

Ahora, ya viven en casa buena; la estufa es de carbón, por el cristal de las ventanas no entra el frío, el marido es el abogado del pueblo y ella es *mayor*. Y dicen que la casa, por el esmero y pulcritud de ella, convida a vivir y no hay pechera más bien planchada que la del abogado en todo aquel lugar.

En el Oeste pelean de esa manera los hombres, que van en piara a la bebedería, y las mujeres, forzudas y decididas como ellos, que quieren barrer la parte del hogar. En el Este, ausente de las ciudades populosas todo el que no tiene los panes tasados, anda el gentío luciendo hijos en Newport, Bar Harbor, Long Branch y Saratoga, o purgando la sangre viciada en los manantiales de Sharon o Richfield, donde la calma llega a la majestad, o realizando la hermosura en Narragansett y otras costas amables con trajes estrechos, sin que en lugar alguno falte una asamblea, ya de clérigos protestantes, que quieren ver cómo se unen las sectas para levantar en Nueva York una catedral famosa que deje enana a la católica de San Patricio; ya de periodistas negros

que consultan sobre la conveniencia de que cada negro vote por el partido que le plazca, no como hasta hoy, ciegamente por el republicano, y case con quien quiera, negra o blanca; ya de bomberos, que luego de reglamentar su asociación, se entretienen con cuentos de cuando eran los bomberos voluntarios, aunque no más heroicos que los que ayer expusieron sus vidas por salvar de un incendio a dos caballos; ya de jugadores de pelota, que es juego desgraciado y monótono que perturbaba el juicio, y como todos los demás, como las regatas, como los pugilatos, como las carreras, como cuanto estimula la curiosidad, las apuestas, y el amor natural del hombre a lo sobresaliente, aun en la fuerza física y el crimen, privan aquí tanto en verano, que para dar cuenta de quién recorrió el cuadro más veces o tomó más la pelota en el aire, publican los periódicos de nota al oscurecer, una edición extraordinaria. Boston mismo, que de shakespeareana y poética se precia; Boston, hogar de arte, y como academia del buen gusto, del periodismo experto y de la fina literatura; Boston, en cuyas cercanías pensó Emerson y rimó Longfellow; Boston, en cuyo sacro Faneuil Hall, cuna luego de la soberana oratoria del abolicionista Wendell Phillips nació «con palabras que han puesto cinta al mundo» la libertad americana, ¡Boston mismo, con su *mayor* a la cabeza, ha subido a un estrado de pú-



giles, para ceñir el vientre de John Sullivan, campeón de los peleadores, una faja de oro y diamantes, y águilas esmaltadas, y banderas de Irlanda y los Estados Unidos, que ha costado a los ciudadanos de Boston diez mil pesos! ¡Este es el magnífico bruto que derriba a cuanto hombre sale al frente, que tiene a la cofradía pasmada por el empuje y peso de su puñetazo, que echa a tierra del golpe, rodeado de trémulos policías que lo disuaden tiernamente, al niño que le enoja, a la mujer con quien tiene hijos, al caballo que le cierra el paso! Babeando y hediendo va todas las noches a su casa este magnífico bruto, honrado ahora, ante el teatro repleto que lo vitorea, por el *mayor* de su ciudad de Boston.

Más dignamente se entretienen, rodando los cañones que ellos mismos arman, quemando la pólvora que ellos mismos fabrican, atacando las trincheras que ellos mismos construyen, los que, unos por fe de ciudadanos, por vanidad otros, otros por moda, forman aquí los regimientos de milicia. Esto está bien. El hombre debe dormir alguna vez al aire, desafiar la lluvia, manejar las armas que defenderán mañana la tierra patria o el derecho, velar al pie de algo más que un mostrador o una ventana. ¡El único modo de librarse del soldado es serlo! Aquí los ejercicios de la milicia

son de veras, duran semanas, prevén prácticamente cuanto mañana puede suceder en la tienda o en el hospital, en el asalto o en la acometida, en las filas o el campo de batalla. Cada cual funge de lo que, según su grado, en campaña fungiría. Se duerme al raso. Se vela, con el fusil al hombro. Se echa, a tambor batiente, del cuerpo, al que desafía su disciplina: isólo en los días últimos de los simulacros, como premio, como si sólo el amor fuese la recompensa digna de la guerra, permiten los jefes invadir el campo a las mozas lozanas de las cercanías! El soldado más *combo* y *largiruto* encuentra pronto entusiasta compañera.

No se ejercitan las milicias en campo ajeno, sino en el espacioso, bien regado y de mucho accidente natural que compró con este objeto la Legislatura. Van y vienen los cuerpos, para que alcance el tiempo a todos, pero del campo cuida, a costo de la Legislatura, un destacamento de la fuerza del Estado.

El terreno, donde se debe, está cortado a escalones. Hay armería, hospital, cuarto de banderas. Licores, sólo a los enfermos se permiten. No se pierde el tiempo en el manejo de armas, que cada cual aprende en su cuartel en el invierno, ni en paradas, ni en paseos por las cercanías, como era uso antes; ni en el tiro al blanco siquiera,

aunque cada miliciano carga veinte kilos de cartuchos. —Ahora está en sus simulacros el regimiento 22. Quien llegase allí de pronto, se creería en batalla real.

Unos arrastran cuatro cañones de Gatlin, cargados hasta la boca, y disparan ochocientos tiros por minuto: los desarmen, los arman, los vuelven a cargar y a disparar. Otros a espaldas de un cerro, se adiestran en el tiro del fusil, solos, en cuadro, en pelotón, en compañía, arrodillados, acostados. Estos excavan la tierra y cortan las ramas, con que hacen las trincheras aquéllos. Esos van de avanzada, a ojear por donde viene el enemigo. El enemigo, por un lado, viene al fin: por otro, se sale a provocarlo. Cada cual pelea como para vencer. Se fingen sorpresas, combinaciones, flaqueos, retiradas parciales, cargas en masa. A un miliciano se le quema la cara en el ejercicio. ¿Cuándo se firmó un derecho, o se adquirió una virtud, sin un desastre? El dolor es la sal de la gloria.

José Martí

**El Partido Liberal,  
México,  
25 de agosto de 1887**

[OC, t. 11, pp. 253-260]

162

# Primer aniversario de las bodas del Presidente

Mrs. Cleveland en Washington.-Gran reunión de señoras en el Corregimiento de Brooklyn.- La mujer americana.-La oradora irlandesa.- Las maestras alemanas.-Sociedad antropológica de señoras.-La americana de ayer y la de hoy.

Nueva York,  
Junio 10 de 1887

Señor Director de  
*La Nación*

¿QUIÉN SEGUIRÁ a Blaine, que viaja astutamente por Europa, dando tiempo a sus rivales para que caigan, por sus excesos de palabra o su prisa en la acción en las mismas redes que le tienden? ¿Quién asiste a los tristes, funerales de un hombre que por sus artes de político, por su insignificancia misma, como tantos otros, llegó a la vicepresidencia de la República, y hoy desaparece, olvidado por ella, como deben serlo todos los que de ella se han servido, en lugar de servirla?

Más que de Wheeler, el Vicepresidente muerto; más que

del francés Masquerier,<sup>400</sup> que ante gran concurso de curiosos celebra la terminación del mau-soleo en cuya piedra ha cincelado su doctrina sobre la distribución por cuadrados iguales de la superficie de la tierra; —más que del globo corto y ventrudo que el *World* de Nueva York echa al Atlántico, para tener sobre el periódico la atención pública;—más que del congreso de tribus indias, donde Slikay Pahanah, cabeza de los osages, excita a los nómadas de las praderas, a que «se sometan a la educación, su única esperanza»;—más que de las leyes que tienen en seco a la ciudad de Nueva York, donde los que quieren beber vino los domingos en los hoteles y cafés, han de hacerlo a hurtadillas, y en tazas;—más que de exámenes, de muertes, de abusos, de que-

rellas políticas, de carreras y juegos, de simulacros marciales, habla la prensa de cómo, a la dulce manera de las cogujadas, pasean el Presidente Cleveland y su linda mujer, para celebrar el aniversario de su conocimiento de la dicha, por las amables soledades donde florecieron, entre pinos y almendros, sus bodas: allí parecen acudir de preferencia, por lo recatado y frondoso del ramaje, las aves viajeras a levantar sus nidos: allí no deslustra el polvo de las calzadas, las hojas jugosas, que al mediodía se vuelven hacia el sol, encogidas y dormilentas, como las novias en los días de estío, reclinan la frente, ya al cerrarse los ojos, sobre el hombro del esposo amado; allí no turban la quietud tropeles de velocipedistas, ni bandadas de caminantes, ni lides de pelota, ni el estruendo de caracoles y bocinas con que anuncian sus pasos los coches de camino, pintados de amarillo, con la imperial henchida de beldades de quitasol rojo, que es lo de moda aquí estos meses para recorrer el campo, con otro co-

che atrás, lleno de viandas y de vinos, en vistosas cestas: allí unas pozas pródigas, de donde a la mañana se alza la bruma a vuelo tardo, diciendo con sus últimos jirones dónde abunda la pesca, brindan al Presidente, amigo de la caña y el anzuelo, ocasiones propicias para vencer en ingenio a la avisada trucha.

Con razón se dice en castellano «¡ése es un trucha!», porque no hay pez que guste más de su comodidad, ni ande con tal cautela, ni examine mejor el cebo, ni esquite con más gracia los amaños de sus enemigos.

Por eso sin duda interesa tanto la pesca al Presidente; porque pescar es combatir, es ver en la sombra, es conocer los misterios de la naturaleza, es adivinar los hábitos del enemigo oculto, es demostrar en la pelea con el animal que se es una bestia superior: por eso les lucen los ojos a los pescadores, y al Presidente le lucían, cuando sacaba con sus propias manos del cestón el pescado vencido; no éste ni aquél, que cayeron en lance común por engullirse la «mosca» de cebo donde va el anzuelo—y ha de ser lanzada a lo recto y con habilidad para que el mucho ruido no espante el pez—sino aquélla, la corpulenta, la de siete libras y ojos sanguinosos, con la que sostuvo un duelo de horas, porque primero le coleó la mosca en vez de echarse sobre ella, y luego, en cuanto sintió fría el agua y se encapotó el cielo, se acogió a su cama en lo hondo, hasta que por

fin, aprovechando el pescador el romper del sol para echarle una «mosca» de forma nueva, salió a la luz el animal engañado, y se clavó el anzuelo en las mismas agallas: allí está, boquiabierta, desencajada y repulsiva: ¡así han de ser por dentro los que estrujan y oprimen al hombre, así como los pescados vencidos por su gula, son por fuera!

No es Cleveland, como otros presidentes, amigo del fausto de las grandes ciudades: ni tiene, como algunos de ellos tuvieron, ese amor sano al caballo a que se apegan los criados en la faena campestre o en las batallas; ni gusta, como los ostentosos presidentes del Sur, de lucir troncos fuertes en bellos carruajes. No es como Washington, hecho desde niño a quebrar potros y a cuidar con solícitud de sus establos, como que era su gozo mayor, después del de servir con desinterés a su país, el irse por los bosques husmeando la zorra en su traje de cazador, chupa azul, vestón rojo, calzones de ante y botas altas. Ni es como Jefferson, el sobrio Jefferson, que no desdénaba en el vestir los terciopelos y el encaje, pero salía a fortalecerse la mente cabalgando, e iba en su caballo querido el día en que recibió en el Capitolio la Presidencia, para lo cual se apeó de su montura, la ató al cercado, y entró sin más ceremonia a prestar el juramento. Ni es como Grant, cuyo leal Cin-

cinnati sabía aguardar suelto a su amo, sin impacientarse ni huir, a la puerta de las casas donde iban de visita.

Cleveland gusta de ser llevado en su amplio carruaje por las tardes a la hermosa quinta que, por amor a su mujer, compró en las cercanías de Washington; y cuando, como ahora, está de vacaciones, es su alegría mayor entrar por el bosque acompañado de su Acates, su astuto Secretario Lamont, hasta dar en unos rápidos donde hay buenas camadas de truchas, mientras se ocupa su mujer, del brazo de una amiga de colegio, en ver cómo en un mimbral vecino van rompiendo sus huevos alunarados las crías de becadas: un perro hecho a la caza de ala la acompaña, pero ni la becada se asusta, ni el perro le salta encima, ¡porque durante la maternidad exhala el ave aroma distinto del que excita a los perros a la caza!

Sigue a la joven esposa un coro de alabanzas en su peregrinación al consagrado retiro. Todos celebran su modestia afable, su lealtad y llaneza con sus amigas de situación humilde, su cortés memoria de rostros y de nombres, su conversación varia y prudente, siempre nueva con cada visitante, y su suave influjo sobre Hércules.

El partidario que él espanta, se lo devuelve ella. No siendo muy notable, él olvida al que ve, pero ella no; ella estrecha la mano y mira dulcemente en los ojos a cuantos la saludan; ella

conoce la historia y pretensiones de cada concurrente; ella recuerda a tiempo los hechos honrosos cuya memoria ha de halagar a aquellos prohombres a quienes no se ha de tener por enemigos: ¡filtro será, pero un aplauso de mujer hace que parezcan más numerosos y vividos los astros! Ella da, sin cansarse, la mano a dos mil personas en cada recepción pública; ella, en las más privadas, habla a cada cual de lo que le interesa, y le hace hablar de sí, y como si estuviese en su casa propia; ella no solicita encoquetadas amistades, sino que trae de su sencilla ciudad de Buffalo a sus amigas de colegio, y las honra en la casa presidencial como a singulares huéspedes; ella, la mujer del Presidente, recibió en las últimas ceremonias acompañada de una pobre niña, hija de un empleado oscuro.

Con un traje gris y un sombrero de paja anda ahora visitando nidos, mientras en Washington desempolvan sus servidores los retratos solemnes de la Casa Blanca, plantan los redondos canteros de deslumbrantes tulipanes, y hablan, como de una heroína, de una joven de notable belleza que, en vez de aguardar esposo anciano y rico, un magnate, un senador, acaso más, elige para compañero a un periodista pobre, de frente pálida y mejillas un poco hundidas. A las amigas que la censuraban por no haber aguardado a algún senador, Miss Dolph ha

respondido:—«¡Esperaremos el senado juntos!»

Muy distinta de la del retiro campesino era la escena ayer en la oficina del corregidor de Brooklyn. Llenas estaban de carruajes las cercanías de la Casa Consistorial, de mármol toda, frente a un palacio de oficinas de ladrillo rojo cuyo elegante y calado minarete se destaca, con reflejos de lacre, sobre el cielo azul. De seda y enjoyadas habían venido a ver al corregidor cien damas de Brooklyn; a debatir con él, conociendo su hostilidad a la idea, sobre la justicia de emplear en la junta de escuelas que han de ser maternales, a dos mujeres, por lo menos, a dos madres. No eran pretendientes, no; sino la flor del señorío de Brooklyn; y «cualquiera que sea electa», bien Mrs. Stranahan, rica y llena de quehaceres benéficos, bien Mrs. Carey, que iba hecha una cesta de brillantes, bien Mrs. Sethlow, millonaria y hermosa, «serviremos el puesto».

Ellas alegan que falta ternura, desinterés, mujer, a las escuelas públicas: que la junta de Nueva York debe ya mejoras serias a las dos damas que figuran entre sus miembros: que de los niños saben más las madres, puesto que los observan sin cesar, que los hombres, harto inquietos y alejados de la casa por las faenas de la vida: que las madres pueden determinar mejor los estudios que ama el niño, para ir educándolo en acuerdo con el desarrollo y curiosidad

normal de su naturaleza; que sólo las madres, siempre benévolas, saben la tarea que el niño puede soportar sin fatiga; que siendo las maestras mujeres, mujeres son las que más les entenderán y oirán sus quejas, y les irán sobre los defectos, y las tratarán con justicia: alegan que la escuela se extravía, que los niños se secan, que es urgente poner en la educación más sentimiento.

El corregidor fue todo angustias. Le argüían ellas con mejor palabra. En un senado no hubiera sido el debate más lógico. El discurso de la que pintaba la naturaleza del niño fue una espada de taza de fina cinceladura. Ardiente como las rosas Malmaison que adornaban su seno fue el resumen de una bella señora, sentada entre dos lozanos niños. «¡No han de ser nuestros hijos—decía otra—no ha de ser nuestra patria víctima de este sistema criminal de compadrazgos, por el que se distribuyen aquí los puestos públicos: los capataces de votos, los bebedores fuertes de las cervecerías, están envejeciendo la nación: no hay delito mayor que poner en manos descuidadas, o en gentes de corazón frío, la educación pública: ¿ha de ser nuestro símbolo el águila, o el cuñete de cerveza? Mientras no se halle, que al fin se ha de hallar, otro modo de pagar los servicios políticos, ¡salven el pudor, al menos, los empleos destinados a crear los hombres que han de fundar más tarde los hoga-



res, y de dirigir y defender la patria! ¡ya sobran las maestras nombradas por compromisos y favores; sobran los consejeros ineptos; hacen falta en las juntas de educación las que adivinan con su amor el modo más propio de educar, y lo aprenden con la lección diaria y sincera de la vida!»

El corregidor se revolvió en su asiento. Ni una razón halló para oponerles.

Que se adelantaría: que se tendría en cuenta: que la legislación acaba de acordar que los puestos de maestra no se den por favor, sino por concurso: que por sí no lo tiene a mal, pero que no favorece la idea la opinión pública. «Eso no es —replicó casi en voz alta una dama afamada por su enérgica virtud— sino que faltan puestos para tener contentos a los amigos políticos, y sacrifican estos bribones, ni un ápice menos de bribones, la médula misma de la patria a sus necesidades electorales.» Parecían los diamantes brillar de ira. Llevaban las señoras al salir de la junta el paso vivo. Se habían caído todas las hojas de la rosa con que se adornó la solapa el trémulo corregidor. «¡Pues no ha de ser!» decía la millonaria, al poner el pie, calzado con un zapato de los que aman aquí «sentido común», en el estribo de su coche, «¡no ha de ser! ¡a casa, a convocar a junta pública para el jueves que viene a todas las madres de la ciudad!» Y así quedan: convocándolas.

Ellas, las de más plata en el caballo, comentan los asuntos corrientes de religión y de política con aquel lenguaje aterciopelado y temible, como la zarpa felina.

Ellas, las irlandesas del barrio de St. Stephens, exhortan a sus amigas, reunidas en la iglesia del padre McGlynn para protestar contra la amenaza de excomunión que el Papa tiene suspendida sobre el que fue su cura: «¡llevad a la procesión del 18 de junio a vuestros hijos en los brazos, les decía la oradora, para que en los años futuros, puedan honrarse con decir que ellos también tomaron parte en la protesta indignada del pueblo contra los que quieren aniquilar, sean nuestros papas o nuestros arzobispos, al sacerdote más puro que tuvo nunca iglesia!»; y las feligresas la vito-reaban, y le echaban flores.

Ellas, las maestras alemanas, de Cincinnati, llenan el vapor *Suevia*, que las lleva a Alemania, donde van a pasar el verano, para aprender más de lo que saben, y besar las cabezas de los viejos, y volver con más ciencia, y con la fuerza que dan el amor satisfecho y el aire del mar, a las tareas amables del invierno. Ellas, las damas de Washington, las doctoras de los asilos de huérfanos, la decano de la Escuela Médica de Mujeres de Filadelfia, acumulan en memorias minuciosas, conforme a los consejos de la Sociedad Antropológica de Señoras que reside en Washington, los detalles

todos del desarrollo de sus hijos, de sus enfermedades, de sus alimentos, de sus vestidos y costumbres, de su estatura, de su ascendencia y ambiente, todo lo cual es obra de cimiento, y capítulo de la ciencia de la patria, por donde se vendrán a hallar reglas sobre el mejor modo de criar fuertes y alegres a los hombres, y se llegará a saber qué padres dan buenos hijos, y qué razas y pueblos son preferibles para la inmigración, cuáles no han de mezclarse, porque dan crianzas pobres. En las naciones se ha de estudiar cuidadosamente el animal, y de fomentarlo con ciencia y esmero.

Ellas, las de la generación anterior, las que se criaron en las «juntas de ciudad» y en la obra activa de sus iglesias, las que ayudaron al marido a levantar desde los tiempos modestos su fortuna, las que no nacieron de estos padres de ahora, tallados en un diente, febriles perseguidores de la riqueza, negociantes inmorales y sordos; ellas, las ricas que visten aún merino negro, auguran triste fin al pueblo ansioso donde el hijo estorba, donde no nace el matrimonio del amor, donde la conversación íntima, rebo-sante en vulgares apetitos, destruye el trabajo desganado y superficial de las escuelas, dirigidas por maestras cansadas de su condición y de alma poco amante.

Sólo que junio no deja ver estas lobregueces, sino que, como si las mujeres y el sol tu-

vieran parentesco, se las ve florecer y aromar apenas junio brilla. Casualidad será, pero los diarios están llenos de noticias de ellas. Ya que se casan, como si la mujer fuera ave de luz y tuviera, como las becasas, miedo de que la nieve resplandeciente denuncie al cazador su cuerpo airoso. Ya que inundan las playas y los caseríos, en sus trajes de blanco dril con adornos azules, en que ahora marínean, o en aquellos otros, audaces y ceñidos, con que juegan en parques y jardines a la pelota y al *lawn tennis*.

Pero como más bella aparece aquí en junio la mujer es en los colegios, donde acaba de echar alas, de sonar con su misión, de prepararse al combate y la fatiga, de aprender para maestra, para escritora, para médico, para abogado, para artista: allí es donde más bellas aparecen. Acaso porque inspiran más piedad. ¡Así nacen luego los hijos, astutos, egoístas y débiles, de estas almas desfloradas por el cuidado prematuro de la fortuna! A función o a desdicha queda el hijo reducido, el hijo triste de los consorcios sin abandono y sin fe. Se extingue así en la generación nueva el elemento femenino que salva a los pueblos poderosos y prós-

peros. Adquiere iquién lo dijera! la mujer americana el halo doloroso, el enfermizo brío, la hartura de conciencia, el desdén del amor, la colérica virginidad de las jóvenes rusas. Aquéllas, no batallan por la patria: éstas, sí. Fatigadas por herencia de padecer del hombre, se preparan contra él y sólo aparentan cederle para aprovecharlo.

Junio no ve estas cosas. El colegio de Wells, en el austero pueblo de Aurora, viste de gala a su portero negro, y le ata al ojal una cinta amarilla y azul, para recibir de ceremonia a la esposa del Presidente, que de la soledad de la montaña irá a ver, en las fiestas de los premios, a las que hace dos años eran aún sus compañeras, ya en escribir dramas, ya en imaginarse heroínas de ellos, ya en deshojar, como quien acaricia lo que no se ve, las flores agradecidas de la madre selva. Es fiesta, gorjeo y coro en los colegios todos.

El de Vassar saca sus hijos, retoca el artístico adorno de sus salones, invita a las damas de más prominencia para despedir con regocijos solemnes a las graduandas de este año. Las alcobas, dicen que parecen jaulas abiertas: las gozosas cautivas baten palmas, y cambian sue-

ños en los corredores del colegio de mármol: todas llevan al seno ramos de flores, olean sus trajes, disponen con coquetería sus libros, limpios y enteros a pesar del uso, en los aéreos anaqueles: guardan, bajo correas de cuero, sus apuntes de artículos, borradores de conferencias, dibujos ideales: ni lo agitado y ambicioso de la vida de su pueblo, que a la vez las fortalece y desfigura, ha podido descoger de sobre sus sienes el último velo rosado de la primavera: proyectan con una presunción encantadora.

Y como si la Naturaleza, la providente esfinge, quisiera prometer, a cambio de la vida que consume aquí la avidez nacional, nuevas vidas y galas, revuelan picoteando el césped por entre las faldas de las colegialas los lindos pechirrojos, y, cargadas de flor, se entran por las ventanas de las alcobas las enredaderas.

José Martí

**La Nación**  
Buenos Aires,  
10 de agosto de 1887

[Mf. en CEM]

163

# Historia de un proceso famoso

## Áspero verano

Nueva York en julio.-La bahía de noche.-  
Un pánico en la Bolsa neoyorquina.-Caso  
extraordinario de soborno.-Causa y sentencia  
del millonario Sharp.-Escenas del Jurado.

Nueva York,  
junio 30 de 1887

Señor Director de  
*La Nación*

SI EN BRISA ni poesía arde en Nueva York, cargado de pestes, el verano. Se suicidan los infelices a racimos: se desploman los caballos en las calles: en las plazas públicas se anda sobre hombres acostados: hornos encendidos de pútridas bocas parecen en la sombra las enormes casas de vecindad donde viven, a seis por cuarto, los obreros: las mujeres de los pobres, exasperadas y sedientas, se están hasta la madrugada en los portales, con sus niños sobre las piernas, moribundos: los niños, de pronto, exhalan un grito que se recuerda después como un remordi-

miento, y mueren: los más venturosos, embotado el ánimo, huyen a las playas vecinas, donde, después de un grato viaje en los vapores, se representan escenas pintorescas de pirotecnia y espectáculo, en Coney Island-*La caída de Sebastopol*, en Staten Island donde los cerros, con la falda verde cargada de casas, se adelantan a mirarse en el mar-*La caída de Babilonia*.

Anoche, por la majestad del río recamado por la luna, venía el vapor henchido de St. George, en Staten Island, que lucía a lo lejos, reclinado en la sombra, como un collar de cuentas sobre un seno africano.

Buscaban las parejas los rincones: muchos búfagos, rasa la cabeza y tachonada la pechera de brillantes, resollaban como si el sol, hartó de ver vivir a los egoístas, les tuviera ya puesta

al cuello la mano mortal: unos músicos pálidos entonaban una *Lucía* asposa y famélica: una hija amable abrigaba con el chal, del sudeste traidor, al padre anciano: unas niñas negras acariciaban, con confianzas febriles, a unas muñecas blancas: un extraño, que cuando sabe tristezas de su patria no quisiera ver la luz, pasea, como huyendo, el puente vasto: del fondín que va a bordo sube olor a guiso de almejas y fetidez de cerveza: vació al fin el vapor la muchedumbre en las plazas y muelles, pero no para hallarlos en silencio, como están a esas horas sino llenos de grupos locuaces, que leían ávidamente los alcan- ces aún húmedos bajo las lámparas eléctricas. *The Evening Sun* acababa de publicar, a media noche, una edición extraordinaria: la tenían ya todos: la compró el vapor entero: el grito de *¡Extra! ¡Extra!* tiene en Nueva York algo de toque de arre- bato.<sup>a</sup> Los que comen dejan las mesas: los que van mimando a

a. Errata en LN: «arebato».

su pareja, la abandonan: los que andan, se detienen: el vendedor, con los diarios al hombro, en verdad vuela: cobra, cobra por supuesto, pero no se ve cuándo: sólo un bellaco, al que responderán con un gruñido o un chiste, les pregunta «¿qué es?»: lo frecuente es que le respondan, alargándole el papel, «¡cinco centavos!»

¿Cuál era la noticia? ¿un ferrocarril hecho astillas? ¿un vapor encendido, con el horror de los naufragos aumentando las llamas? ¿alguna nueva convulsión de la Bolsa? ¿algún delito público de esos que se cometen al amparo de la ley con el nombre de especulación? ¿algún pánico como el que acaba de desatar sobre el país pasmado el banquero Jay Gould, recogiendo de súbito sus préstamos, alarmando la plaza, acorralando el dinero, vendiendo a la baja sus acciones del ferrocarril elevado, espantando con el descenso que provocó en estas acciones las demás, todo para levantarse sobre estas ruinas, tumbos de millones, catástrofes y quiebras, dueño mayor del ferrocarril, cuyos socios menores, a quienes forzó a la venta de su parte, le estorbaban? ¿Hasta estos egoístas, al verse aventajados por ese maestro de su vicio, denuncian «al egoísta»? «¡cámbiese—dicen los mismos que viven de él,—el orden legal que permite estas acumulaciones inmorales de riqueza, estos valores falsos y agitados, estos ma-

nejos inicuos en la sombra, estos desmoronamientos de las empresas más firmes del país al capricho de un jugador sórdido, este vivir de toda la nación como un teatro de títeres, suspensos de los hilos que lleva en los dedos nerviosos un rapaz barbudo, que hace veinte años vendía ratoneras!»

Pero no era ésa la noticia, sino que el jurado, después de escandalosísimo proceso, acababa de declarar culpable de soborno, con pena de penitenciaría, al millonario Jacob Sharp, dueño de los tranvías más ricos de Nueva York, dueño hasta ayer del tranvía del Broadway, la concesión del cual aseguró comprando por quinientos mil pesos los votos del ayuntamiento, cuyo presidente Jaehne, abrigador de ladrones y prendas robadas por oficio, espera ya a su cómplice, en su traje listado, planchando camisas:—*La Nación* contó a tiempo su proceso.

Por recibir dádivas para torcer o cumplir la ley han sido castigados aquí muchos: ¡sí, éste es mercado abierto, y el que sale a comprar hombres, anda a pocos pasos seguido de la muchedumbre, que pide, sombrero en mano, que la compren! Pero por ofrecer la dádiva, por tentar al funcionario público a vender por dinero el derecho de que es depositario y administrador, este mísero viejo Jacob Sharp, hinchado, más que por la crasa vida, por la ganancia impura, es el primer sentenciado.

¡Ni canas tiene, a pesar de

sus setenta años, sino un ralo vellón, turbio y raído, como si hasta el aspecto exterior de la limpieza fuese negado a este chalán de hombres! Así ha vivido: cebando vicios, serpeando en los ayuntamientos, deslizándose palabras interesadas en los acuerdos públicos, pervirtiendo empleados, comprando por dinero contante los votos de la mayoría de la legislatura.

Fuera del tribunal, aguardaba su coche suntuoso, con cifra roja y lacayo de librea: dentro, abogados, periodistas, jóvenes lujosas, el poder y la pompa de la ciudad, dándose codazos por asegurar un puesto. Veamos el pecado, el veredicto, el reo, la fantástica escena en que cayó sobre la cabeza turbia la justicia.

No había desde la mañana lugar vacío en el Tribunal, lleno, como un teatro, de privilegiados curiosos, de los amigos de la acusación y la defensa, de damas bellas y de buen vestir, lo que es extraño, porque parece que las mariposas sólo deban ir a la luz: ¡éstas son las vestales de ahora, que ven desde las rejas de su abanico los vuelcos del alma en el rostro del reo, con la misma ansiedad del circo antiguo! Allí estaba la hija del juez:—allí la madre del joven fiscal, tan anciana como el delincuente, cual si el gozo de ver triunfar al hijo no debiera estar en ella moderado por la

a. En LN, sin mayúsculas.



natural simpatía que une a los viejos, y por la amargura de todo triunfo que cuesta al vencido honor y lágrimas:—allí, en sus escaños, abatidos por el proceso de treinta y cuatro días, los doce jurados. De cara a ellos, los acusadores. Frente al estrado, los defensores, nerviosos, descompuestos, cuchicheando, animando al defendido.

El defendido, vagos los ojos, casi mondo el cráneo, deshecha la barba, clava el rostro en las palmas de las manos, y los codos en ambas rodillas; o, en la fatiga del calor o la duda, se reclina en su asiento, donde su nieto fiel le atrae el aire con un abanico de grotescos dibujos. Preside el juez, con ojo y viveza de guardabosque, bajo su dosel de nogal negro.

Ya los testigos han declarado: el preso está casi convicto: el ayuntamiento que vendió la concesión, en la única junta secreta celebrada en el Municipio de Nueva York, está en parte en la penitenciaría, y en parte fugitivo: la red de la prueba está tan bien trabada que Sharp renuncia a declarar en su defensa: todo demuestra que Sharp levantó sin necesidad visible sobre el tranvía, y pagó al ayuntamiento por la concesión, quinientos mil pesos. Se demuestra que obtuvo en la legislatura por artes deshonorosas, el acuerdo fundamental en que basó la concesión el municipio: que él y sus familiares trataron enseñuida con los concejales sobre la concesión del tranvía de

Broadway: que el teniente de Sharp no salía en aquellos días del municipio, ni los capataces de los municipios de la oficina de Sharp: que a toda prisa levantó Sharp la suma del soborno en billetes contantes para el día mismo en que, dando y dando, votó en su favor el ayuntamiento: que, según confesión de uno de los concejales, que atestiguó en pro del Estado, las sumas del soborno fueron entregadas al confeso como a sus compañeros, por un familiar de Sharp: que Sharp mismo, en su coche de librea, los fue levantando de sus camas en la mañana del delito para que no faltasen a la junta: que hasta una señal convinieron el capataz de los municipios y el teniente de Sharp para que, cuando por una ventana viera alzar el brazo al capataz, supiese que la ciudad había sido vendida, y que la concesión del tranvía de Broadway, solicitada por varias empresas, era de Sharp, del que había ofrecido al municipio mayor dádiva. Porque los otros también ofrecieron: así, en aquel ayuntamiento, el que dejaba un billete de mil pesos, se llevaba un alma!

Eso dijo el más elocuente de los defensores, poniéndose las manos abiertas sobre las caderas, azotándose, para mayor énfasis, una palma con la otra, levantando de pronto, al encararse con los doce jueces, ambos puños cerrados.—Su oratoria era como su vestido: levita negra abierta, chaleco blanco,

cuello vuelto en las puntas, corbata azul con pintas blancas. Ponía de oscuro las morales públicas; apuntaba algún chiste, tieso y corto; evocaba la pureza privada de su cliente; procuraba ganarse al jurado con burdas elegancias.—Eso dijo el defensor, abriendo el día:—«Los concejales vendieron la concesión: no se ha probado que Sharp se la comprara: pero aunque se probase ¿qué culpa tiene el que sale a la carretera plagada de ladrones si les da lo que piden, para poder seguir camino? Castíguese al que intente corromper al virtuoso, pero ¡a estas virtudes que tiene cada una marcado su precio, como los trajes en los bazares? ¿Qué empleado público no se hace pagar en Nueva York por cumplir con su deber, o por demorar su cumplimiento, o por violarlo? ¿Qué comerciante puede sacar sus mercancías de la aduana si no suaviza las manos de los empleados? ¿Quién puede llegar a un documento en el registro, que es público y gratuito, sin pasar por una doble hilera de manos tendidas? ¡Cuánto abogado hay en Nueva York que tiene que estar incesantemente sobornando a los empleados para que no se le opongan, o lo vendan a su contendiente, en los trámites más justos del oficio! ¿Quién no sabe que las compañías no pueden adelantar ni en los tribunales ni en las legislaturas sus intereses sin comprar el voto de legisladores y empleados, o el silencio

de los que en las legislaturas hacen práctica provechosa de amenazar a las empresas ricas con proyectos hostiles, para compelerlas a solicitar de ellos, bolsa en mano, que retiren el proyecto?

¿Qué institución más veneranda tiene el crédito de los Estados Unidos que el ferrocarril Central de Nueva York?: pues uno de sus abogados, que es el honor mismo, declaró aquí que el ferrocarril Central ha pagado cuantiosas sumas a los legisladores para amparar sus intereses. ¿Cómo se hará entender a este acusado, aun cuando hubiera cometido lo que nadie, de verlo hacer a todos, mira como culpa—que es justo castigar en él, nada más que en él, aquello que no hay hombre en pie en Nueva York que no haga? El acusado, que es de mente tosca, oía este ratiocinio con visible gozo.

El acusador, ceñido el cuerpo en una levita cerrada como una armadura, ni dejó eslabón por atar de los muchos de la prueba, ni con su alegato sutil e inclemente, que ascendió en ocasiones a elocuencia legítima, abrió portillo de escape al mísero anciano que oía atónito el discurso condenatorio del amigo mismo a quien en el club había ganado tantas partidas de baraja. El infeliz aniñaba los ojos, y los volvía al abogado elocuente, alquilado por sus perseguidores, como pidiéndole merced. Al nieto, un niño todavía, se le llenaban de llanto los

ojos. Pero el acusador, liso el rostro, enrizada como para una festividad la cabellera, luciendo bajo el labio corto y afilado los dientes caninos, adelantaba el alegato, escuchado con lisonjera avidez por la culta concurrencia:

—«¡Pues si eso que el defensor dice es cierto, exclamaba, éste es uno de los que han traído los caracteres a tanta ignominia!»—«¿Qué culpa tiene un empresario de tranvía, interrumpe el defensor, de que de veintidós concejales, de Nueva York sólo dos sean honrados, y veinte le pidan dinero para darle sus votos?»—«¡Por otros como él se ha llegado a eso, y por éste se ha de comenzar a deshacerlo! Este hombre es la encarnación del traficante de conciencias. Como que él no la tiene no la reconoce en los demás. Su único objeto en la vida ha sido amontonar fortuna; y su único método, tentar a los hombres y comprarlos: es un tipo este hombre del intrigante de congresos: de tratar con los inmorales se le ha embotado el sentido de moralidad: ni aun la penitenciaría le hará entender que es un delito comprar en la sombra a un empleado para que altere los documentos que están bajo su guarda,—a un juez para que viole en su provecho la ley que debe administrar para el provecho del país, que fía en su honradez y le paga su trabajo,—a esos bribones diestros e infuyentes que abundan en las

asambleas, prontos por la paga a hablar en pro del más bestial ambicioso o de la más desvergonzada villanía.»

«¿Queréis saber qué hacía este hombre? Va a Albany, el asiento de la legislatura del Estado, donde se discute una ley de tranvías, propuesta por los legisladores que tiene a su servicio una compañía parecida a la suya: pero el proyecto no incluye la vía de Broadway por la que desde hace treinta años trabaja,—y Sharp ofrece al canceller de la legislatura cinco mil pesos porque a la callada incluya en el proyecto la vía: el canceller lo ha declarado. A un abogado, que tiene puesta la mano sobre el hombro de los legisladores, paga cincuenta mil pesos en los días del voto: ¡la ley pasa! Sharp es recio de cuerpo; pero Mercurio mismo no hubiera vuelto a Nueva York más aprisa: varias compañías, al amparo del acuerdo, solicitan del municipio la concesión de la vía de Broadway, con ofertas para la ciudad que aventajan a las de Sharp: pero ninguno lleva su oferta privada a los munícipes a tanto como Sharp.»

«Entre él y el municipio tenían ya ajustado el precio del voto. Dame quinientos mil pesos, te daré la concesión. Pero no faltan más que unos quince días: no hay tiempo para litografiar una nueva emisión de bonos: levanta sobre el camino su proyecto una nueva hipoteca por la suma: hoza, convence, tiene la suma lista para la mañana»

na de la junta: todo eso está probado en el proceso. Al canciller le dijo en Albany: «¡Al ayuntamiento lo tengo ya arreglado!» ¿No veis cómo no os dice qué ha hecho de los quinientos mil pesos, que él levantó, y resultan en manos de los concejales, después que la concesión está en las suyas? Ya ha confesado que hizo entradas falsas en los libros. Los quinientos mil pesos habían de ser para «comprar tierras, erigir estaciones y aumentar las facilidades del tranvía»: ni un metro de tierra se ha comprado, ni se ha erigido una estación: las facilidades sí se han aumentado: ilos especuladores encuentran siempre estas frases correctas para disimular el crimen!»

El juez se levantó, a instruir al jurado; un juez puro, nacido en Irlanda, el juez Barrett, leal en los procesos, a quien pocas veces devuelve corregidas el Tribunal Supremo las sentencias.

Todo el mundo está ansioso: en Nueva York, sólo de Sharp se habla: ¡es necesario que no se pueda decir que en Nueva York no hay por lo menos un juez honrado! Nerviosamente ase con ambas manos la baranda, y se le ve palpar la sangre en las venas del cuello. Del dosel encendido baja sobre él luz plena.

—«No debo ser cruel, dice, pero el que ayuda a corromper su pueblo es tan culpable como

los que vierten la sangre humana. El que comercia con un truhán, es un truhán. El que desciende hasta el bribón, desciende. El que roba el derecho de todos para sí, roba. El que degrada a los demás, se degrada.»

«Es lícito estudiar a los hombres, y procurar distinguirse entre ellos; pero no por las artes que van haciendo un pantano de la patria. Son habitantes naturales del uniforme de las penitenciarías el que vende un derecho público, y el que lo compra. El que instiga un delito, lo comete. El que se aprovecha a sabiendas de un delito, es cómplice en él. ¡Ya no hay por las calles a quien dar la mano! Si creéis, jurados, por lo que sabéis, que este hombre hizo lo que dicen que ha hecho, no os deshonréis discutiendo vuestro veredicto: ¡condenadlo!»

Quince minutos habían pasado apenas. Hablaba, rodeado de mujeres, el acusador triunfante en un corrillo. La madre del fiscal lo acariciaba con los ojos. El acusado, en una congoja, no oía los consuelos de sus defensores. El nietecito le había traído la cabeza sobre su hombro:—cuando entraron de pronto los jurados.—«¿Habéis llegado a acuerdo?» dice el alguacil.—«Hemos llegado. El acusado es culpable». ¡Pobre niño!: todos oyeron el sollozo.—«¡Levántate, Jacob Sharp!» El infeliz, como

ebrio, se levanta.—«¿Cuántos años tienes?»—«Tendré setenta, el seis de julio.» Y cae sobre su asiento.—«Lo recomendamos a la piedad del juez» dice el jurado. Pasos legales: moción de demostra: despedida del jurado, con las gracias del juez, que le ahorra al reo palabras: ¿quién da sobre un viejo? ¡ni él, espantado, entenderá lo que le dicen!

La noticia corre al punto las calles. El reo, que tiene el corazón enfermo, va en coche a la prisión, seguido de la turba que cae siempre, sin saber de dónde, sobre la desgracia. Llega. Lo entran en brazos.—«¡Mi mujer!» balbucea: ¡su compañera de cuarenta años! A poco llega su mujer, en el carruaje de cifra roja y de librea. Al verla, hombre al fin, se pone en pie y se bebe las lágrimas. Una hija, casada, sale de la cárcel sollozando. Afuera se oye el ruido de la turba, que quisiera gozarse en la escena. La mujer queda allí, a su lado, a sus pies, a su cabecera: ¡para ella, él no es criminal! De aquí a diez días le leerán la sentencia, le repararán la barba, y le pondrán el uniforme listado. ¡Así acaban los que, por satisfacer su avaricia, corrompen a los hombres!

José Martí

**La Nación**  
Buenos Aires  
14 de agosto de 1887

164

# Cleveland

## El incidente de las banderas

Los veteranos en la Casa Blanca.-Admirable escena en el campo de batalla de Gettysburg.-«Grisés» y «azules».-La viuda del general confederado.-4 de Julio.-Procesión sombría en el Sur.-La raza negra en los Estados Unidos.

Nueva York,  
julio 8 de 1887

Señor Director de  
*La Nación*

**E**L CARÁCTER impera. La elocuencia brilla más: el atrevimiento lleva lejos: el que sabe dominar las pasiones ajenas o tiene grandes las propias, es guía natural de los hombres, aunque efímero, a menos que la virtud no lo posea; pero el que al fin triunfa, no es el que enciende y desata las pasiones, sino el que sabe reprimirlas.

Aquí acaba de verse. Cleveland, con aquella autocracia legítima que va con la honradez, ordenó, como cosa natural en esta época de abrazos entre el Norte y el Sur, que se devolvieran a los Estados de la Con-

federación los pabellones que les tomó el Norte en buena lid: ciertos políticos mostachudos y marciales, de esos que quedan siempre como excrescencias de las guerras, pidieron con dramático ademán que cayera del cielo la parálisis sobre la mano que se apresuraba a cerrar las heridas de los hombres: pareció que el país los atendía, no porque tuviese a mal la orden de Cleveland, sino porque le extrañó que en medida de tanta significación no se hubiera solicitado su consejo: ¡acá se quieren Presidentes que guíen, no que manden! Los adversarios de Cleveland, que hasta hoy son todos los que quieren hacer pesebre propio de los puestos públicos, se asieron de esta rara oportunidad de atacarlos con visos de justicia.

Pero se vio que sin esfuerzo alguno de Cleveland, la polva-

reda se aclaraba, volvía el Presidente a todo su renombre y se alcanzaban las razones interesadas de la ira. El Sur, en silencio, se apretó, como para mejor combatir en defensa del que osó poner en riesgo su influjo político por alejar de la memoria de sus conciudadanos un estímulo constante al odio. El Norte, con esa dote del sentido común que es la flor de los pueblos libres, aquietó su censura, y una vez aleccionado el gobernante, reconoció públicamente su nobleza, tal como el buen jinete, luego de verse obligado a herir los ijares de su caballo generoso, le acaricia las crines y tiene para él voces de hermano.

Nada hace padecer tanto a un hombre virtuoso, ni le pone más cerca el juicio de la ira, que ver interpretadas por la malignidad o el interés sus intenciones: pero sólo merece gobernar a los hombres quien tiene menos flaquezas que ellos: el uniforme da valor y el gobierno estatura: ya se sabe que el que entra en medio de los hombres, no saldrá a su cabeza sino lapi-



dado: nadie se baje a recoger las piedras, sino échelas con el pie adonde las puedan ver los hombres justos: las piedras del odio, a poco de estar al sol, hieden y se desmoronan, como masas de fango.

Calló Cleveland, mientras las asociaciones de veteranos, creyéndolo vencido, apretaban la lanza, vociferaban su desdén, se vengaban con encono del que les ha negado sus inmorales solicitudes de pensiones, y como el Presidente prometió a los veinte mil ciudadanos de San Luis que lo invitaron, asistir a las fiestas de la ciudad, donde los veteranos levantarán su campo este año, dijeron las asociaciones que allí iba a verse el modo de silbar, y que el ejército es rey y señor, y que al santo ejército no lo ha de tocar nadie. Cleveland, forzado a explicar su ausencia a la ciudad de San Luis, ha publicado ayer su excusa en una carta tan sencilla y serena que no hay diario o persona que no diga, seducidos por esa viril moderación: «Este es Presidente».

Porque no rebaja el puesto hasta el hombre, sino eleva el hombre al puesto. Porque ni alude siquiera, sino con su mismo silencio sutil, a las causas de interés y rencor por que los veteranos atacan su persona. «Porque-dice-connmigo va mi puesto, que es más que yo, y debo preservarlo de mi propia pasión y de la ajena: y me ha lastimado, ¿cómo no?, el caprichoso e indigno ataque de que en este

asunto he sido objeto, pero no siento rencor, ni ha de entenderse que creo que haya acto que me haga temer ver frente a frente a las asociaciones del gran ejército, ni a ninguna otra asamblea de mis compatriotas: la cuenta de mi administración está siempre pronta para ser presentada a mis conciudadanos.»

¿Qué misterioso influjo es el de la palabra justa? Literalmente se ve a los veteranos con los mostachos caídos. La alabanza del digno hombre es a coro. Los generales mismos lo celebran. Sus adversarios políticos ven que se alza por donde parece que caía. La ciudad de San Luis quisiera, si no causase escándalo, negarse a recibir al gran ejército, que se vale de las pasiones nacionales para cebar su ira privada y vergonzosa en un hombre puro. Cleveland ha rescatado con su dignidad de hoy su error de ayer. Los Presidentes son para unir, no para dividir. En las elecciones próximas, será difícil vencer a este candidato a quien hoy todos aclaman porque ha domado el odio.

Ni ¿cómo pudo tenerse de veras a mal la orden de la devoción de las banderas, cuando uno de los puestos de veteranos va a Washington, solicita ver a Cleveland, invade con su bandera desgarrada la sala de la Presidencia, y al verlo aparecer, rompe en los tres vítores coreados con que aquí es uso dar

suelta al entusiasmo, más el que llaman «tigre», que es una especie de estrambote al vótor, que lo alarga, como el estrambote al soneto, y sólo se tributa para expresar complacencia extraordinaria? ¿Cómo se la han podido tener de veras a mal, en estos días en que, en escena inolvidable, se dan las manos en el campo de batalla de Gettysburg los «grises» y los «azules», en presencia de los sobrevivientes de ambos bandos, por encima del muro mismo a cuyo pie levantaron otro de cadáveres, de una parte y de otra, federales y confederados?

En Gettysburg hubo el cuatro de Julio una procesión magna. Es necesario verla pasar. Mojiganga parece junto a ella la del jubileo de Victoria, que aquí han festejado escandalosamente los anglómanos, cantando, puestos en pie, himnos «a nuestra muy amada reina», mientras en un templo vecino, colgado de luto, se celebraban honras fúnebres por los irlandeses muertos en el destierro, en las prisiones o en el cadalso, por recobrar de Inglaterra su ley perdida. La procesión de Gettysburg bien pudiera escribirse, sencilla como fue, con coronas y palmas. Sólo acá ha habido hasta ahora estas cosas, porque acá es donde hasta ahora ha lucido la razón más libre.

El hombre lleva en sí lo que lo pierde, que es el interés, y lo que lo redime, que es el sentimiento. Trabaja inútilmente, porque será vencida, esa gene-

ración pueril de filoclastas que anda, por esclavitud de la moda, con traje de cinismo.

La inteligencia tiene sus pe-tímetros, que son los que toman a pecho cualquier novedad que sale de las sastrerías, y sus verdaderos elegantes, que son los que llevan sus vestidos de modo que siempre están bien, porque no acatan ninguna exageración y siguen la gracia natural del cuerpo. ¡Mal va un hombre cuando no le da un vuelco el corazón al leer o presenciar un acto heroico!

La procesión fue al campo de batalla. Hay por sus cercanías una fonda que apropiadamente se llama «del Águila», porque por allí fue la carga del confederado Pickett, donde los hombres volvieron a ser dioses, y por allí dijo Lincoln aquel discurso que parece celeste, el día de la consagración del cementerio.

En los días anteriores, los veteranos de ambos ejércitos, el del Norte y el del Sur, habían tenido fiestas, y ahora, con la luz fresca de la mañana, iban a visitar juntos, por última vez, el campo que se disputaron puño a puño: porque en aquel combate, donde empezó a caer la confederación, llegó la muerte al cielo. ¿Quién no recuerda las esperanzas de Lee; la arrebatada carga de los «grises»; su encuentro con los federales en medio de la loma, barba a barba; su desastre grandioso y melancólico, su general, rondando solitario, en algo sobre el rostro

parecido a la divinidad que da la muerte, entre los pozos llenos de cadáveres, y los heridos, que contenían sus quejas al verlo pasar, mientras brillaba con su piadosa luz la luna?

De la fonda del Águila salió la procesión en cien carruajes: en uno cuatro mancos; en otro los que tenían el cráneo remendado con láminas de plata; en otro el general Webb, de porte patriarcal, a quien llevó aquel día el brazo derecho una bala de cañón; en el primer carruaje, la viuda del general confederado, de angélica belleza, que mandó, sobre la loma del cementerio que parecía cráter hirviente, aquella terrible carga: iba la viuda del general Pickett en el primer carruaje, con su hijo y con la esposa de uno de los jefes federales, del mismo que cerró su gente, más compacta que el muro, y resistió, sin perder pie, al héroe del Sur.

Dijérase que crecía aquel escenario a la vista de los que lo han hecho famoso. «¿Y mi brazo perdido?» «¿Y el hueso de mi barba?» «¿Y mi hermano?»

Iban todos en silencio. De vez en cuando, reunidos los adversarios en el mismo coche, también en silencio se daban las manos: a su vista los cerros, la Cumbre del cementerio, el Pozo de Menchey, el Muro de piedra, el Golpe de árboles.

¿Qué himnos podría tocar allí la banda, al bajar de los coches, cerca del puesto donde habló Lincoln, aquellas viudas, huérfanos e inválidos? ¡Los him-

nos de los dos ejércitos tocó la banda, mezclados! y cuando, al disponerse los veteranos a recorrer el campo de pelea, la música, como recogiendo el alma de ambos himnos, entonó el *Yankee Doodle*,<sup>401</sup> a la vez, sin previo acuerdo, prorrumpieron en su ¡hurra! los del Norte y los del Sur en el alarido con que entraban en batalla. Y siguieron, brazo en brazo, al punto donde Pickett formó su infantería, para atacar con inútil valor, la masa inmóvil de sus contrarios. Delante iba en el coche la viuda de Pickett. Doscientos de los soldados de su esposo, que seguían tras ella, allí quisieron tributarle honor, que recibió llorando: luego, uno a uno, cabeza descubierta, fueron pasando ante ella los soldados vencedores.

Reconocieron sus puestos, conversando en paz en los lugares mismos donde chocaron con espíritu de muerte: imitaron la batalla: pasaron lista, como cuando estaban en servicio: recogió la viuda algunas margaritas y granos de trébol, que distribuyó luego, en memoria del día, entre federales y confederados. ¿Qué impulso, al mismo tiempo, lleva a unos y otros al Muro de piedra, donde la pelea fue resplandeciente y bárbara? Corren; suben sobre las piedras, unos de un lado y otros de otro; y a la vez se tienden por encima del muro las dos manos: Hurra sobre hurra ondeaba por el aire. La viuda y su hijo lloraban abrazados.

¿Por qué, ese mismo día, cuando en juegos sencillos y oficios patrióticos se regocijaban los pueblos más humildes; cuando ante el estrado improvisado sobre el césped, se congregaban las ávidas aldeas a oír leer a su pastor la declaración de independencia, y hablar sabiduría al viejo del lugar, rodeado de montañas; cuando en los ríos todo era regatas, en los vapores músicas y baile, en las iglesias la campana a vuelo, en los topes y mástiles banderas, en las ciudades humo, ceremonias, fuegos y paradas, adelantaba cautelosamente, por el bosque rayano de un pueblo del Sur, una procesión sombría? ¿Qué guerra hay que van armados? Llevan la carabina calzada en el arzón, como para no perder tiempo al caer sobre el enemigo. Bandidos parecen, pero son el alcalde y su patrulla, que vienen a matar a los negros de Oak Ridge, en castigo de que un negro de allí vive en amor con una blanca.

¿Qué han de hacer los negros, perseguidos por todas partes en el Sur del mismo modo, expulsados hoy mismo de la orilla del mar en un poblado religioso del Norte porque los cristianos que van allí a adorar a Dios se enojan de verlos, más que apretar como aprietan, la

línea de raza, negarse a recibir del blanco, como antes recibían, la religión y la ciencia, levantar seminarios de negros y colegios de negros, prepararse a vivir fuera de la comunión humana, esquivados y perseguidos en el país donde nacieron? Harto lucen ya, en estos hijos de padres desgraciados por la esclavitud, el carácter e inteligencia del hombre libre. ¡Se les debe, por supuesto que se les debe, reparación por la ofensa; y en vez de levantarlos de la miseria a que se les echó, para quitarles su apariencia antipática y misera, válense de esta apariencia que criminalmente les dieron para rehusarles el trato con el hombre!

Y crecen: porque los ignorantes y los pobres, privados de los goces finos del espíritu, son padres fecundos. Compran haciendas y casas; fundan bancos; levantan credo propio y universidad propia; se fortifican en sus pueblos: se defienden, como los infelices de Oak Ridge, con el arma al brazo: todos los días ya hay en el Sur esos ataques y defensas.

Llegó el alcalde al pueblo: intimó rendición a los habitantes: le contestó la pólvora: hubo de un lado y otro muertos: se desbandaron los negros vencidos: cuatro quedaron sobre

el campo, y a ocho les dieron muerte, sin proceso, en la horca. ¿Al alcalde quién lo castigará, si él es la ley?

Para otra cacería estará limpiando el rifle.

No en balde se nota en el lenguaje de los negros cultos un dejo de desolación que mueve a echarles los brazos: suelen hablar ásperamente, como se habla en campaña: los hijos nacen más determinados que los padres: leen los libros del sueco Swedenborg, que en lengua que parece red de fuego pinta el advenimiento de una nueva cristiandad: acaudalan, como los judíos, porque la riqueza es al fin una patria, cuando no se la tiene propia: iles luce ya en los ojos aquella súplica desgarradora, que ni cesa ni duerme, por donde revelan su agonía los desterrados!

Es el albor de un problema formidable.

José Martí

**La Nación,**  
Buenos Aires,  
16 de agosto de 1887

[OC, t. 11, pp. 231-238]

165

# La excomunión del padre McGlynn

Curso del conflicto católico en los Estados Unidos.-Lucha inútil de McGlynn por introducir el espíritu y prácticas de la democracia en la Iglesia americana.-Síntesis de los argumentos, discursos y escritos sobre el conflicto.-Actitud de la población católica.-Los secuaces del padre.-El día de la excomunión.-La gente acude en procesiones a oír a McGlynn, y llena dos teatros.-Extraordinaria escena en la Academia de Música.-Ovación sin ejemplo.-Entrada del padre.-Incidentes conmovedores.-Su doctrina.-Su oratoria.-Su discurso.-«¡Contigo hasta la muerte!»

Nueva York,  
Julio 20 de 1887

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

AQUEL SACERDOTE de vida pura que estudió la Iglesia con el filial cariño que tienen por ella los irlandeses y los polacos; aquel varón de cuerpo y alma atléticos que en el goce de consolar males ajenos halló modo feliz de no sentir los propios; aquel párroco fuerte

que antes que ceder de su derecho de hombre a pensar por sí en los peligros y remedios de la patria, ha consentido en que el Papa fulmine sobre él la excomunión mayor, que resbala sobre su virtud como sobre el acero una gota de agua; aquel McGlynn de bravo corazón en quien, a lo que su pueblo se degrada y pudre, vuelve a encarnarse el soberano espíritu de rebeldía y examen, a que deben los hombres su adelanto, y su oreo y saneamiento las naciones; aquel católico ardien-

te que ha hallado natural manera de servir con el alma de Hutten y de Zwinglio<sup>402</sup> a la libertad sin que se enubien en él ni en sus feligreses el culto pintoresco y la fe activa del dogma,—ha sido al fin excomulgado por el Papa.

¿Conque el que sirve a la libertad, no puede servir a la Iglesia? ¿Conque hoy, como hace cuatro siglos, el que se niega a retractar la verdad que ve, y que la Iglesia acata donde no puede vencerla, o tiene que ser vil, y negar lo que está viendo, o en pago de haber levantado en una diócesis corrompida un templo sin mancha, es echado al estercolero, sin agua bendita ni suelo sagrado para su cadáver? ¿Conque la Iglesia se vuelve contra los pobres que la sustentan y los sacerdotes que estudian sus males, y echa el cielo en la hora de la hiel del lado de los ahitos, y arremete con ellos, como en los tiempos del anatema y la flor del Papado, contra los que no hallan bien que las cosas del mundo anden de modo que un hombre vulgar acumule sin



empleo lo que bastaría a sustentar a cincuenta mil hombres? ¿Conque la Iglesia no aprende historia, no aprende libertad, no aprende economía política? ¿Conque cree que este mundo de ahora se gobierna a cuchicheos y villanías, de barragana hedionda en rey idiota, de veneno en cuchillo, de calabozo en pica, de chisme en intriga, de augurio en excomunión, de complicidad en venta, como en los tiempos de Estes, Sforzas y Gonzagas?

¡Ah, no! El mundo ha crecido. Queda aquella caballerosa condición del alma, por la que el hijo ama la fe paterna como voz que no muere, y cuerpo que no se pudre, de sus padres. Queda aquella primera marca de las aulas, que aturde el espíritu y quema en él la yerba, como quema la marca el caballo en la piel de los brutos: ¡tiene el mundo quien tiene el poder de poner sobre los niños las primeras manos! Queda, en la sordidez perpetua humana, aquel inexhausto y dócil anhelo de los corazones, altos como llanos, flojos como viriles, por un país de piedad y un mar sin ruido donde se vive sin crimen y sin odio, y halle el alma su asiento, que el ignorante busca sin saberlo, y el que conoce, con el cansancio de conocer, espera airado. Queda aquella poesía innata en el alma, más exigente mientras menos culta, y a cuya actividad involuntaria o torpe dan pueblo alado y regocijo hecho los mitos religio-

sos, o aquellos símbolos, enriquecidos con lo que la mente levantisca añade o forja, en los que el que mira de prisa cree ver a Dios, cuando lo que está viendo lo es de veras, porque es el hombre. Por eso, porque nacen de la esencia del alma y se fabrican naturalmente de sus elementos, perduran, entre los cultos como los salvajes, las religiones. Pero aquellos emperadores despavoridos que iban envueltos en sayales, desmeledados y descalzos, a tocar en la puerta de hierro del Pontífice prepotente, para que les sacase, como un manto de zarzas, la excomunión divina; aquellas hordas de labriegos testudos, sin más vestir que el sayo, supersticiosos y bestiales, calzados de alpargatas; aquel pueblo de ayer, crudo y espantadizo, está tomando asiento delantero, y viendo cómo limpia el templo humano de víboras y momias. De vez en cuando es necesario sacudir el mundo, para que lo podrido caiga a tierra.

¿Que se ejercita el hombre en vano? ¿Que no madura, desde Delfos hasta América? ¿Que, poseyendo razón suya, ha de pedirselo al oráculo? ¿Que cree como antes en Velledas, en Pia-atnas, en Mokannas? Ya ha arrancado su velo a los profetas; ya ha visto por dentro el andamio vestido de elefante donde entraba el augur a fingir la palabra divina; ya ha desmontado a Juggernaut<sup>403</sup> terrible, y visto que no era más que una armazón ventruda de madera.

Las religiones todas son iguales: puestas una sobre otra, no se llevan un codo ni una punta: se necesita ser un ignorante cabal, como salen tantos de universidades y academias, para no reconocer la identidad del mundo. Las religiones todas han nacido de las mismas raíces, han adorado las mismas imágenes, han prosperado por las mismas virtudes y se han corrompido por los mismos vicios. Las religiones, que en su primer estado son una necesidad de los pueblos débiles, perduran luego como anticipo, en que el hombre se goza, del bienestar final poético que confusa y tenazmente desea. Las religiones, en lo que tienen de durable y puro, son formas de la poesía que el hombre presiente; fuera de la vida, son la poesía del mundo venidero: ¡por sueños y por alas los mundos se enlazan!: giran los mundos en el espacio unidos, como un coro de doncellas, por estos lazos de alas. Por eso, la religión no muere, sino se ensancha y acrisola, se engrandece y explica con la verdad de la naturaleza y tiende a su estado definitivo de colosal poesía. Las religiones todas, fuera de aquellas ya aventadas que en anuncio de la final religión poética han establecido la razón, tienen sus milagros, sus arúspices, sus oráculos, sus ídolos, sus Juggernaut que tunden y fulminan, hasta que, negados los fieles a creer que la palabra de Dios sea enemiga del albedrío, condi-

ciones y virilidad que nacen con el hombre, se acercan a Juggernaut con maza en mano, le desciñen el manto, le quitan las faldas de forma de flores, le quiebran el vientre esférico, le levantan el capuz funeral, orlado de luminosa pedrería, y en vez de la palabra de Dios, a que enseguida corren a alzar templo, encuentran un tablón viejo y roído, con los pies y las manos de cartón pintado, como los gigantes de las ferias.—Así, montados en ira por la desvergüenza con que la Iglesia oficial trafica en sus derechos de hombres libres, tratan los católicos de Nueva York, maza en mano, al poder papal que excomulga en mal hora al cura virtuoso.

Al fin se está librando la batalla. La libertad está frente a la Iglesia. No combaten la Iglesia sus enemigos, sino sus mejores hijos. ¿Se puede ser hombre y católico, o para ser católico se ha de tener alma de lacayo? Si el sol no peca con lucir ¿cómo he de pecar yo con pensar? ¿Dónde tienes tú escrita, Arzobispo: Papa, dónde tienes tú escrita la credencial que te da derecho a un alma? ¡Ya no vestimos sayo de cutí, ya leemos historia, ya tenemos curas buenos que nos expliquen la verdadera teología, ya sabemos que los obispos no vienen del cielo, ya sabemos por qué medios humanos, por qué conveniencias de mera administración, por qué ligas culpables con los príncipes, por qué con-

tratos inmundos e indulgencias vergonzosas se ha ido levantando, todo de manos de hombres, todo como simple forma de gobierno, ese edificio impuro del Papado!

Como si los hubieran citado a batalla salieron de sus casas los católicos la mañana en que se publicó la excomunión. ¡Ni un santo descolgó de la pared ninguna de aquellas devotas, ni un solo dogma suspendió en sus rezos! «Dios mío, ¿qué ha hecho este padre de los pobres, este enamorado de la Iglesia, este cura de almas, para que lo echen de su altar esos codiciosos, intrigantes, glotones, lame-ricos, que viven chismeando como dueñas y aleteando como brujas, en el Arzobispado de mármol? ¿Conque el Papa lo ha excomulgado, y mi conciencia no me remuerde, sino que me llena de ardor, y Dios me dice de adentro que vaya a besar la mano al padre, y porque se las voy a mandar con mi hijo, me parecen más lindas las rosas?» —Y los hombres, con las levitas a medio poner, daban con el puño sobre los diarios, en los corrillos de las aceras: «¡Como si un italiano que no sabe dónde está Nueva York, pudiera venir a decirme cómo debemos cobrar en Nueva York las contribuciones! Conque el sol no se enoja porque se le diga que tiene manchas, ¿y el hijo de un país libre, porque lleva la túnica del que murió por sacar a los hombres de pena, no puede decir, cuando ya se tiene

el hambre encima, cómo se remedia el hambre?»—«Di, Smith, ¿te sientes tú excomulgado?» —«No, Jones, me parece que empiezo a ser católico ahora». —Así al llegar la noche, cuando se acercó la hora en que Eduardo McGlynn, expulso de la Iglesia aquella mañana, debía hablar en la reunión del domingo de la «Sociedad contra la Pobreza», miles de católicos, vestidos de fiesta, acudían de todos los barrios de la ciudad y los pueblos vecinos—la abuela, la madre, el hombre mayor, los niños y las niñas—ía recibir al excomulgado!

No era la hez de las ciudades europeas que viene aquí ya a medio podrir, y como torre viva hinchaba las casas fétidas de los barrios bajos, y horada y hormiguea, como los gusanos en los quesos: era la casa llana, la familia burguesa, el periodista generoso, el pensador desinteresado y grave, los americanos nacidos de Irlanda, el obrero alemán que canta y lee: era la gente justa, educada racionalmente en el trabajo, que sabiendo en conciencia que en las buenas obras no puede haber mal, da de lado, como a indigna estantigua, al que usa el nombre de Dios para castigar al que obra bien.

¡Oh, la ciencia que se aprende en el libro de todos los días, con la pluma, con las bridas, con el componedor, con el cepillo, con la lezna! La verdad se revela al hombre en el trabajo con tal poder y armonía, que no

hay Papa que pueda conmovier en las almas de los trabajadores la superior justicia que les ha enseñado el mundo.

¡Pues qué!: ¿ni la libertad había de abatir la Iglesia corrompida? ¿Los apetitos, habían de vencer otra vez a los derechos? Como un pulpo, braceando en la sombra, se le iba viniendo encima el mal catolicismo a la República. Se le entraba pidiendo vestido de mujer, con un huerfanito de la mano, «para los huérfanos». Les dieron tierras, les fabricaron casas. El centavo irlandés da para todo: para hospitales, para conventos, para asilos, para templos de piedra, para palacios de mármol. Al principio, mientras les resbalaba el pie iqué obsequiosos con la libertad! ¡ellos no pedían nada, más que un rincón donde alabar a Dios! ¡excelentes las escuelas públicas! ¡la Iglesia y la libertad pueden vivir unidas!: todo era sonrisas, facilidades, hacerse a un lado para no estorbar el paso, oír amablemente la opinión ajena. Pero todas las iglesias se juntan, las de la religión como las de la política: ¡los intereses reúnen hasta lo que ha dividido la fe!: las autoridades, por instinto, se coligan contra los que padecen de ellas. Así hablaba la Iglesia:—Al político: «Dame esta tierra, esta ley, este derecho exclusivo: yo haré que vote por tu candidato mi rebaño.» Al rico: «Las masas se están echando encima: sólo la Iglesia prometiéndoles justicia en el cielo, puede contenerlas:

es necesario hacer frente a las masas.» Al pobre: «La pobreza es divina: ¿qué cosa más bella que un alma fortificada por la resignación?: allá en el cielo se encuentra luego el premio y el descanso!»—Y aquí, donde cada mañana, como se avienta en la era el trigo, se avienta al sol la vida pública; donde todo se inquiere y se comenta; donde lo descarnado y ansioso de la existencia habitúa al hombre a la realidad brutal; aquí, entre esta gente sanguínea y musculosa, hecha a la verdad y el puñetazo, ¿no habían de verse esos comercios, esas traiciones, del voto católico a los políticos, esas ventas, esas ligas de los ricos de todas las sectas, esa osadía de hablar de la pobreza de Jesús y vivir de faisán con vino de oro en pompa de palacio, deslizándolo la púrpura suave entre altas damas, que gusten de los clérigos blandilocuos? Así, cuando cayeron sobre el piadoso sacerdote que con la discreción de la sabiduría busca remedio en las leyes para evitar la revuelta sangrienta de los desesperados, se alzó contra estas excrecencias de Jesús el pueblo que lo ama, y a la excomunión de la Iglesia, que castiga al buen cura por servir al hombre, ha respondido el pueblo de Jesús excomulgando a la Iglesia. ¡Esa es nuestra Iglesia, ese cura pálido!

Sí: hervían aquellas calles en torno a la Academia de Música. Había como un silencio en aquel ruido. ¿Dónde, aquel miedo viejo por la excomunión?

¡los rayos se prostituyen y se cansan! Se leía en las caras decisión y prisa. Ni un harapo en el gentío, todo de ropa buena. Mucha mano ancha, cabello blanco, paso de pelear. ¿Quién dice que se ha extinguido la poesía? ¡Por cada gusano, nacen dos rosas! Donde luce un espíritu sincero, los hombres se congregan y siguen el camino, como detrás del manso la majada. Aún había sol, y ya estaba lleno el teatro. Arriendan otro en frente, ¡y ya está lleno! Las calles mismas parecían iglesia, y la gente llegaba, llegaba.

¿Quién que entró en el teatro aquella noche, a la media luz que precede a la plena de la fiesta, olvidará aquella escena que parecía una apoteosis: ni un asiento sin dueño, hileras y pasillos apiñados, ya caídos a las manos los sombreros, y cierto aire de amor y de bravura a que los mismos que por su mal han visto tierras no hallaban nada comparable? ¡Color y olor tienen las almas! Aquella era una batalla de paz: ¡una victoria! Caballos blancos y espadones fieros cruzaban por aquel aire acerado. Según, con la cercanía de la hora, avivaban la luz, se iban viendo aquellos rostros férvidos, que con esfuerzo reprimían el grito, aquellos hombres asidos de la baranda de los palcos, como jinete que enfrena a su corcel, aquellas mujeres animosas a quienes venía el asiento estrecho, aquellos estandartes de seda blanca y oro que adornaban el escena-



rio, con frases de McGlynn, con el retrato de McGlynn, con este lema: «La tierra es de la nación», con este otro: «Con él hasta la muerte!»

A cada instante aquel vigor crecía. ¿Cuándo vendría el padre, para darle el alma? Se oía ya uno u otro grito, como aquellos edecanes veloces que al empezar la revista recorren la parada. Preocupados, no aplaudieron la luz. Por donde el entusiasmo se mostró primero fue por el aplauso, vivo y amoroso con que el teatro saludó la entrada de las jóvenes del coro, vestidas de blanco: isólo el dolor de ver a nuestras mujeres indiferentes a las noblezas de espíritu, iguala al gozo, casi perfecto, de verlas padecer y conmovirse a nuestro lado! Empieza la sesión. El coro canta, canta con voces tímidas de nido, voces vírgenes. Preside, entre hurras, un hombre que cabe en un grano de anís, todo giboso y muengo, pero que, por venir a esta cruzada de los pobres, perdió su puesto de lucro sin pesar. ¿Decir el rumor, el estremecimiento, la ola, cuando se puso en pie el coro en la escena, mirando a la puerta por donde venía el padre McGlynn? ¡Ni rey ni Papa nunca, ni orador ni guerrero, oyeron estruendo de almas semejante! Era la libertad, que se vengaba de haber estado comprimida. Pretex- to o nombre no importan: ¡Era la libertad, atacada de nuevo y viva siempre! Dos niños le iban sembrando el camino de rosas.

Él andaba de prisa. ¡Todo el mundo de pie, mujeres y hombres! Ondeaba la voz, tal como el mar. ¡Cuánta niña le lleva ramos de flores! Una mujer, vestida de negro, cruza la escena, se arrodilla a sus pies, y le besa la mano.

No se nota que lo aplauden: ¡ya no se puede aplaudir más! Llorar sí: casi todos lloran. También llora él, caído sobre su sillón, una mano a los ojos, otra sobre el muslo, como los hebreos cuando juraban. Lo rodean sus amigos, en aquella agonia del placer. ¡Sigue ondeando la voz, tal como el mar! La mesa del orador es un monte de flores. Y para que las almas bajen sin dolor de aquella altura, el presidente hace cantar al coro. «¡Por Dios, dice el presidente, que Eduardo McGlynn es un cura bien excomulgado!»

Habló, habló después de otra tempestad de vítores, en que las mujeres, de pie en los asientos, agitaban sus pañuelos, y sombreros los hombres, y los niños banderas, y una anciana, vecina ya de la suprema luz, le tendía los dos brazos. De veras que aquel discurso irregular, impetuoso, desgarrador, violento, era una fiesta de la razón, no menos grande que aquel que se pronunció en la ruta de Worms, bajo el tilo de Moera.<sup>404</sup> Abrió como majestad, castigó como justicia, padeció como azotado, chismeó, denunció, acabó sereno. Él es agigantado, membrudo, de rostro napoleónico, aunque amansado por la clerecía.

Va enseñando el candor y el acometimiento. Engañarlo será más fácil que domarlo.

El discurso lo arrastra cuando habla, sin lo cual figuraría, por la elegancia y poder de su lenguaje, entre los primeros oradores. No es lírica su oratoria, ni la tiene aún libre de los lugares comunes de la Iglesia: es como una fortaleza, tan bien trabada y segura, cuando la verba no le arrebatara el pensamiento, que no es fácil hallar la juntura de las piedras. Comenzó su discurso lento y grave, con palabras que involuntariamente recordaban los martillazos con que clavó Lutero su tesis en la puerta de la iglesia de Wittenberg.

«Católico como soy, católico por aquello mismo por que es roja mi sangre, yo os digo, católicos, que debéis obedecer siempre a vuestra conciencia, puesto que Dios no nos la pudo poner en las almas para que fuese desobedecida: antes que la misma ley revelada está la ley natural de la conciencia. La teología moral católica enseña que el que sigue a su conciencia, aun cuando sea errando, obedece la voluntad de Dios. A la sombra del Vaticano he aprendido que si el que se sienta en el Vaticano manda a un hombre hablar u obrar contra su conciencia, manda contra el espíritu de Dios. Séquense nuestros miembros uno a uno antes que abjurar, mándelo quien lo mande, lo que nos dice nuestra razón o ven los ojos. Cuanto



pretende hablar en nombre de Dios ha de traer de la razón sus credenciales. Contra la razón no puede haber verdad.»

Por quererla divorciar de la razón; por envilecerla en tratos temporales; por apetecer beneficios que no sientan a la túnica sagrada; por vender a trueque de poder o ganancia mortal la libéral y conciencia de los fieles a príncipes y gobiernos enemigos; por atacar neciamente lo que la naturaleza enseña con su invencible pontificado; por deslucir la esencia amorosa de la cristiandad con los incontables abusos, errores, estulcias, crímenes, del gobierno eclesiástico romano,—está la Iglesia sin crédito ni casa honrada, y no hay sátrapas más grotescos y escarnecidos que los curas en los pueblos católicos. «Oh, me han libertado, me han libertado!»—A esto le respondían hurras frenéticos: Henry George, el autor de la teoría sobre las contribuciones, por cuya defensa excomulga el Papa a McGlynn, saltó sobre sus pies y guiaba el arrebato.

Pero la pena del cura excomulgado, de cura veintisiete años, se enroscaba a las alas del discurso. Los hombres eran fuertes, ¡pero también la losa!

Pintó con ingenua ternura la Iglesia del Nazareno; mas luego,—crecido de pronto con el decoro humano hollado en su persona,—como quien salta al cuello de un rufián, como quien lo sacude y lo acogota, denunció la política alevé, la intri-

ga sutil, el gobierno fraudulento, las complicidades inicuas, la ambición tenebrosa, la naturaleza meramente humana del Pontificado.

Ya era el aniquilado sacerdote que en el dolor de la agonia clava las uñas en la mano implacable que lo echa del cielo; ya el ciudadano que halla acento altivo para declarar la dignidad de su conciencia; ya el teólogo honrado, recordando a su pueblo que miente quien le diga, en lo callado de la confesión o en lo solemne del altar; o conminándolo con la excomunión, que peca contra Dios y la fe católica el que opina y da voto conforme a su propio juicio en las cosas del gobierno de la tierra.

¡Aprenda su fe el católico decoroso que no quiera ser burlado por los falsos ministros! ¿Que la fe es una librea? ¿Que ser católico es ser esclavo? ¿Que no se sabe en qué tratos mundanos están siempre los palacios de los obispos? No hay cuadro más mísero que el de esos ciegos que andan por el mundo de rodillas, cogidos de la fimbria de una sotana como los brahmanes que se asen, para morir en la gracia, de la cola del buey sagrado.

Aquel era discurso sin cuartel. De lo alto de toda su estatura echaba el guante. «Enseñadle a Roma los dientes, si queréis obtener de ella justicia! ¿Qué saben de nuestros asuntos de gobierno civil esos italianos que condenan el libro de

George, sin leerlo, porque alarma a los ricos, con quienes viven confabulados, que excomulgan a un sacerdote desde Roma porque aboga por un cambio en el sistema de cobrar los tributos en los Estados Unidos? ¿Qué, les pondremos nuestra patria a los pies? ¡Sed católicos, pero hasta el instante en que para serlo tengáis que ser traidores a la patria! Ved lo que hace el Papa con los católicos de Irlanda, los más leales acaso del mundo: ¡venderlos, a cambio de influjo político, al gobierno protestante de Inglaterra! Ved lo que hace el Papa con los católicos alemanes que lo defendieron como leones en el Parlamento: ¡abandonarlos, censurarlos, venderlos, a cambio de apoyo para el poder temporal, al gobierno protestante de Alemania!» Y decía sin respeto el nombre de León XIII.<sup>405</sup> y apayasaba los dulcísimos apellidos de monseñores y eminencias; y provocaba sobre ellos silbidos, gruñidos, befas, toda especie de escarnecimiento, del auditorio que lo seguía subyugado.

Luego, como quien desahoga el corazón, bajó a la historia de su conflicto con el Arzobispo; de su insistencia en mantener aparte el Estado y el templo; de su santo pecado, hace cuatro años, cuando habló fuera del púlpito en pro de la tierra de sus padres, de Irlanda; de la envidia con que los curas de la ciudad miraban su iglesia, adornada de nuevo, siem-

pre con fieles y rosas, siempre abierta; de la inmoral servidumbre, del atentado político desde el confesionario y el altar, del abuso de almas que, como condición del beneficio, exige el Arzobispo a los párrocos de su diócesis; del mentidero de la sobremesa arzobispal. Mármol de anatomía eran aquellos párrafos. A pedazos salían de ellos vicarios y obispos.

«¿Pero cómo los he de pintar, si así son, si de esos chismes viven, si por esas lentejas venden perpetuamente a Jesús, si odian la libertad sagrada al hombre, si me han robado mis niños y mis viejos, que yo asilaba con vuestra ayuda en la casa limpia que les compramos junto al mar; si son hombres secos, fosilizados, comidos de gusanos?»

Y se le retorció en los labios el discurso. Hablaba así por no llorar: sin rienda o tasa hablaba. Quien ha visto condenados a muerte, sabe que poco antes de morir, como moría él para su Iglesia, les viene esa volubilidad inagotable y dolorosa: la vida, como soldados sin esperanzas que asaltan una fortaleza, se les agolpa al cerebro: las palabras, a medio acabar, les salen a borbotones: es una luz de incendio. Cuando acababa de desnudar a algún bribón, de enseñar bien una de esas cabezas de marfil de las sacristías, de llamar «bufón viejo» al cura indigno que le acusa de querer tomar esposa, «cuando él no quiere más esposa que la

Iglesia», sacudía hacia adelante la cabeza con gestos enérgicos, como clavando con la barba en su adversario lo que acababa de decir; tal cual el indio que mira satisfecho, pegados a los ijares del caballo los talones desnudos, altivo y sonriente, cuán bien va a la puntería su lanza.

Pero el discurso en estos arranques de disimulada pena se le torcía y salía de madre; y volvía sobre un cargo o argumento una y otra vez, como el juglar que en pleno circo, perdidas las fuerzas, siente crecer sobre sus hombros el globo de hierro con que juega, y lo echa sin cesar de un hombro a otro, para entretener el exceso de dolor con la novedad de la postura.

«Excomulgado! ¡No tiene terrores, para el que conoce a Dios, el abuso que hacen de él los que lo desfiguran! ¿Quiénes me excomulgan? ¿esos que pasaban las horas en el silencio viperino de las antesalas, murmurando porque yo había dejado acercar a la reja de comunión una pobre trabajadora cargada con un fardo? ¿esos, que me prohíben hablar en pro de George, cuya teoría de contribuciones juzgo buena, y mandan a todos los párrocos de la diócesis que hablen, con la casulla puesta, contra George, y rehúsan la comunión a los que le dan su voto? ¿Esos, que nos niegan a los párrocos el derecho de expresar opinión política que no sea la que nos manden que expresemos, cuando

ellos viven hundidos hasta la tirilla en manejos políticos, cuando el Arzobispo es el aliado público de la menos respetable de las asociaciones políticas de Nueva York, cuando a mí mismo me ha enviado el Arzobispo a Washington a pedir un empleo para uno de sus favorecidos, cuando están moviendo desde hace cinco años cielo y tierra porque les recibiera el Gobierno un nuncio en Washington, un nuncio que ate en tratos y convenios la Iglesia que debe ser libre, en pago de cuyo atentado contra la Iglesia y la República en América le tienen empeñada palabra a un obispo alemán de hacerlo arzobispo?»

¡Parecía, entre aquellos desesperados ataques, que llovían sobre la escena máscaras y huesos!

¿Pero cómo no había de volver al cura afligido la paz de la palabra, aquella continua ovación, aquellos aplausos que parecían juramentos y caricias, aquellas fieras protestas de fidelidad que como saeta cruzaban el teatro? Con el puño levantado acentuaba las palabras. Los hombres, como para acercarse más a él, se habían puesto en pie. Las mujeres, ansiosas y erguidas, ondeaban sus pañuelos, con aquel mismo gesto con que enjugó la Verónica el sudor de Cristo. Del cura expulso fue poco a poco emergiendo el hombre; y la palabra, conforme entraba en las ideas mayores, adquiría aquella heroica senci-

llez que levanta de súbito al que escucha, como si viera nacer torres del suelo, o a tajo señorial escalar el aire al águila.

«¿Sabéis por qué me han excomulgado? Porque yo quiero que la Iglesia se gobierne en bien de los pobres, y no contra ellos en bien exclusivo de la Iglesia; porque no me siento a las mesas de tráfico donde se ríe en secreto de la fe que en los altares se promulga; porque amo mi fe, pero no tanto que, por obedecer a los que la falsean, desobedezca yo el mandato augusto que trae a la vida el ciudadano de una República; porque no quiero consentir, ni por mi patria ni por mi religión, en que so pretexto de religión, roa una curia codiciosa las libertades de mi patria. ¿Os dicen que yo trabajo contra la Iglesia? ¡Sí: en la única parroquia amada y popular de Nueva York he trabajado veintisiete años, a vuestra cabecera y entre vuestros hijos, para que no engañen a mi pueblo; para que no prospere por métodos corruptores una jerarquía eclesiástica egoísta; para que el clero viva en aquella nobleza y santidad de los siglos en que la Iglesia pobre admiró y sedujo al mundo; para que no hagan el catolicismo abominable por su odio a la libertad y su avaricia; para que no levanten la cólera de la nación hurtando del

Tesoro, acumulado por el óbolo de todas las sectas, sumas enormes destinadas a pagar las instituciones superfluas y las escuelas ciegas de una secta sola; para que no nos quiebren desde el nacer el carácter con un sistema de serviles escuelas de parroquia, donde clérigos ignorantes y abyectos, en vez de alas pondrán al niño vendas; para que no nos minen, como nos quieren minar, nuestro amplio y glorioso sistema de enseñanza pública, donde el hebreo aprende sin odio al lado del cristiano!»

«¿Sabéis por qué me han excomulgado? ¡Porque he visto que la distribución injusta de la riqueza, que la Iglesia debiera corregir en vez de aprovechar, tiene ya amontonada mucha cólera en el pecho de los hombres; porque creo que, en el riesgo de este encuentro bárbaro, peca contra Dios el que, en vez de evitar la obra de muerte con una distribución más justa, la atrae con su descaro y la provoca; porque creo honradamente que el sistema de cobrar los tributos todos sobre la tierra acercará las fortunas, pondrá en circulación un gran caudal de riqueza estancada, criará a los hombres sin ira ni miseria, en hogar propio, y evitará el levantamiento más hondo y temible que haya visto el mundo; porque el Papa me ha mandado que peque contra mi concien-

cia, que jure el nombre de Dios en vano, que niegue lo que creo; y porque, aunque me quemen vivo, no lo niego!»

«Se ha visto al huracán arrebatar, arremolinar, lanzar al cielo, desmenuzar las olas? Pues así, en un vótor que todavía no cesa, que repitió la calle, que la nación repite, rompieron a esta declaración aquellas almas. «¡Y si os amenazan—decía sobre el aplauso la voz tonante,—si os amenazan con rehusaros los sacramentos porque os negáis a abjurar la verdad en que honradamente creéis, negaos a recibir los sacramentos!»—«Tú nos guías!» «Contigo hasta la muerte!» «Tú eres nuestro Papa!» Lo abrazaban de lejos; las madres ponían en alto a sus hijos, para que aplaudiesen: hacían los hombres con los brazos, al ir saliendo McGlynn del escenario, el movimiento de quien saluda con ramos de palmas. —De esta manera, seguido de ciudades, comienza su campaña el que, si no alcanza a purificar la Iglesia Católica, o a conciliarla con la República, habrá sido al menos uno de los salvadores de la libertad.

José Martí

**El Partido Liberal**

**México**

**12 de agosto de 1887**

[OC, t. 11, pp. 239-252]

## 166

## Las ferias campestres

Sucesos principales.-Maquinaria agrícola.-La política en las ferias.-La cura por la fe: un santuario de creyentes. El milagro en nuestros días.-La hermana Peterson.-Fuerza del campo.-Los anarquistas de Chicago: se confirma su sentencia.-Mujeres heroicas.-La novela de Nina Van Zandt.-Los presos.

Nueva York,  
Septiembre 22 de 1887

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

ESTOS SON ya los últimos Congresos de estos meses, los que celebran en enormes ferias agrícolas los campesinos; en cada centro de tráfico se celebra una. Ni un duque inglés, feo, calvo y de poca caballería en sus fáciles amores, obtuvo semanas pasadas tanta atención entre lo más advenedizo, por supuesto, de la gente rica en un pueblo de baños, en Nueva York;—ni las fiestas de los judíos, las fiestas del Rosh Kashanah o Año Nuevo, en que se confunden por tres días en el templo y en la casa criados y señores;—ni el

príncipe hindú, vestido con ropas de oro y turbante blanco, que pasea con las familias de los magnates por parques y avenidas;—ni la briosa escena en que con aplauso unánime le niega un juez el derecho de naturalización americana a Most, el anarquista que solicita entrar en la patria para trabajar más seguro contra ella;—ni el artículo notable del chino Wong Chin-Foo, que se resiste a mudar de religión porque, con abundancia de razones y resultados, cree la suya superior a la cristiana;—ni la Langtry, de tez de nácar, que ha vuelto;—ni el cuadro de Detaille, la conmovedora *Defensa de Champigny*, que campea en el Museo como un soberano, ocupan tanto la mente pública como esas grandes fiestas campesinas, donde, antes de que el año se entre en

nieve, vienen a verse, a comprar, a beber ciudad, a oír política, los moradores de los condados de la redonda. A una, a la de Nenburg, van como veinte mil: más a la de Lyons; más que a todas a la de New Jersey.

De tres días a una semana dura en cada una la fiesta; por los caminos no se puede andar, llenos de carruajes; mercan, curioséan, entran en rifas, se empuñan tercamente en salir con ventaja en los juegos fraudulentos que allí, ilo mismo que en nuestras tierras!, llevan, simulando la ruleta, los estafadores. Son grandes áreas, casi siempre alambradas, y como exposiciones al aire libre, donde el tablado para el baile se alza, jamás desierto, entre un concurso de pollos y un ventorrillo de salchichas. Una cuadra está llena de máquinas y útiles agrícolas, y el que quiera adelantar su campo, venga acá en septiembre, a ver las ferias, porque allí las casas rivales tienen en juego todo su muestrario; uno ara, otro trilla, otro descascara, otro muele el maíz, otro desmenuza el forraje, otro saca azúcar. En el concurso de las viandas ganó una calabaza, de doscientos



tas cincuenta libras, cultivada por los presos de la Penitenciaría de Essex. Los gallos más altos, de tamaño trágico, eran los *shangais*, que comían el grano de la boca del barril: y los *bantams*, de exquisita finura, son tan menudos que hay que darles partidos los granos de maíz.

Pero cuando la feria triunfa es a la llegada de los caimacanes de los prohombres políticos, que, como el novio cuando está para merecer, salen por todas partes al paso de su voto, que es su dama. ¡Cómo viajan de una a otra feria, como con alas, demócratas, republicanos, amigos de la tierra libre, prohibicionistas! Unos, como George, encienden con energía religiosa el entusiasmo simpático y puro, propio de los primeros años de un partido nuevo: otros, como Sherman, el candidato de muchos republicanos a la Presidencia, trata con solicitud, en él no nueva, del modo de hacer de Nueva York, a fuerza de remolacha, un gran estado azucarero, lo cual, yendo como él va, de candidatura, es tanto como convertir la remolacha en votos; otros, como el diestro Hill, el gobernador del Estado de Nueva York, pronuncia hábiles discursos en que explota, con arte maravilloso de demagogo, las preocupaciones arraigadas en el campesino, levanta como sin querer el miedo a lo que recomiendan sus adversarios políticos, y con corte-sía de forma, como la de pedir

que supriman el vino en un banquete, halaga a los partidos menores, de cuya ayuda pudiera necesitar cuando, a pesar de lo que repelen su politiquilla de interés las gentes de influjo, pudiera conseguir que, en estas elecciones o en las próximas, le proclamen los demócratas candidato a la Presidencia. ¡Dan pena, esos criados del voto!

No lejos de este bullicio se levanta, animada en un bosque de *maples*,<sup>406</sup> una ruinosa casa de madera; han reunido la casa y el corral con una tienda de lona, como la de los circos; y aquél es, en el silencio del bosque, sin más ruido que el lejano de un canal por donde bajan como con alma las maderas, el Santuario del Monte Zion, donde vienen a orar todos los septiembreros los que creen por aquellas cercanías que con la fe se curan las enfermedades del cuerpo, y con el unto del óleo sagrado. En Boston hay muchedumbres de creyentes en estas curas milagrosas, que llenan en sus juntas, juntas de lágrimas, plegarias y exclamaciones, los grandes teatros. En Brooklyn no hace mucho estaba repleto un lugar de asambleas: las mujeres lloraban; gente de buena fe rezaba en voz alta; un ex cojo ostentaba la pierna devuelta. En Nueva York, frente mismo al Parque Central, hay un Hospital de Curas por la Fe, que acaso no son más que el hábil aprovechamiento de la imaginación en los disturbios físicos que

de ella nacen, o se agravan por ella.

Partidos políticos en boga no pueden a veces allegar el gentío que en aquel recodo de selva atrajo esta fe. Eran como mil, mujeres y hombres, aunque por allí no pasan muchos caminos. Grandes carteles rojos dicen en la puerta: «¡Venid a Jesús!» «¡Tened fe en Dios!» El templo, que la luz tamizada por la lona llena de claror espectral, rebosa de gente que oye atenta, con la frente apoyada en el respaldo de la silla delantera, la historia que les hace, en lenguaje llano, de su conversión la hermana Peterson, dama de campo, de no mal parecer, que vive cerca, en otro rincón de árboles, donde ella y su marido, partiendo como los rusos los trabajos, tienen una casita blanca que mira a la bahía. Cuando la oradora se deja arrastrar por un párrafo fervoroso, el auditorio se humilla, como las ramas cuando pasa el viento: se oyen suspiros, sollozos sofocados, «loado sea Dios», y amenes entrañables. La asamblea empieza cantando himnos. «¡Levántense los que tengan algo que pedir, que los dones del Señor son libres!», dice la hermana Peterson: muchas mujeres se levantan, a demandar al Señor esto o aquello para el pariente enfermo, para el amigo extraviado; un hombre se pone en pie, sin que le deje hablar el llanto; quiere que el Señor le cure a su hijo que agoniza. «¡Levántense los que quieran dar gracias a

Dios por los beneficios recibidos!» Y se levantaron muchos más que los que tuvieron súplicas que hacer; se llenó de hombres y mujeres en pie la tienda de lona, tan súbitamente como a la primavera se llenan, en los países fríos, de flor los árboles de lilas. «Levántense ahora los que tengan milagros de cura que decir!»

Diez, veinte, treinta curados por la fuerza de la fe se levantaron a dar su testimonio. «A mí me ahogaba el hígado, y ya me deja vivir.» «Yo me moría de consunción, y ahora respiro y trabajo.» «Mi mujer dijo un comerciante transeúnte, se curó, por el rezo, de un mal viejo; y luego se rompió el brazo al bajar de un vagón, y con el rezo se le soldó, porque no quiso llamar a cirujano. Aquí están siete de la familia, que se curaron por la oración.» Y los siete se pusieron en pie. «Y yo tenía la piel mala, recé con fe, y las lacras se me han ido.» Pero el negociante no fue quien conmovió de veras al auditorio, sino una mujer del campo que con acento concentrado, hondo, brusco, pintó su amor a un hijo, que se le moría en manos de médicos; hablaba entre gemidos; pocos ojos estaban allí secos; «hasta que resignada a la voluntad de Dios, entregada de corazón a lo que quisiese hacer de mí, le dije de rodillas: illévatelo, Señor, si es tu voluntad! ¡Y me devolvió mi hijo! ¡Gloria a Dios!» exclamaba al sentarse; y hombres y mujeres, sacudiendo

en alto los pañuelos, «¡Gloria a Dios!» decían en coro, abrazándose, sollozando; los aquietó la hermana Peterson entonando un himno. Se puso en pie una niña de diez años, que con la fe curó de la escarlatina, y pidió a la congregación que orase para que le volviera el oído.

Eso ven, meciendo su ramaje como el aire mece las barbas luengas de aquellos creyentes, los *maples* que esconden el santuario a la vista del camino. Tienen al día tres juntas. Vienen al templo por una vereda que atraviesa un cementerio. Por un paso casi oculto en el monte se baja a la bahía, donde sumergen de cuerpo entero a los bautizantes. Dos sacerdotes del campo se bautizaron ayer. El cielo y los altos árboles recalientan en el hombre el culto mortecino.

Mujer es la sacerdotisa del santuario de Zion; una mujer, de crédito entre los abogados, solicita los votos del Estado de Nebraska, para un puesto en la Corte Suprema de Justicia; mujeres son las que, con muerte en el alma y circulares en las manos, trabajan con más fervor por librar de la sentencia de horca, confirmada ya, a aquellos siete anarquistas acusados de arrojar la bomba mortal a los policías de Chicago. ¡Cuán distinta de Ada Bittenberder,<sup>407</sup> la que solicita los votos sobre sus méritos de abogado, político y escritor, es aquella mulata Lucy Parsons, que con el mismo fuego de Vera Zazulitch<sup>408</sup> y de

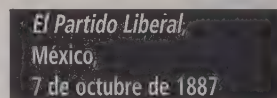
Sofía Bardina,<sup>409</sup> pone en manos del juez, ante quien la traen presa por repartirlas, una petición de clemencia para su marido, condenado a morir, y para sus siete compañeros! ¡Cuán distinta de la esposa próspera, temida de los cofrades por su ciencia jurídica y sus raciocinios, es esa pobre criatura de buena casa y fina educación a quien el exceso de lo más noble del alma llevó a casarse por noticia pública, único modo en que la ley no podía prohibírsele, con el apuesto periodista Spies, uno de los sentenciados, a quien ella cree víctima del amor a los hombres! Nina Van Zandt,<sup>410</sup> que acompañada de su madre asistió al turbulento proceso, arrojó la pérdida de la herencia que aguardaba de una tía, y la burla, y la notoriedad que repugna a las almas sensibles, para ofrendarse como esposa a un condenado a muerte, a quien sólo puede ver en público, entre rejas. Acaso le facilitó la resolución ese amor a lo extravagante que en la mujer de los Estados Unidos es ya un hábito; acaso, como parece cierto, tiene su alma en grado sumo aquella excelsa cualidad de la mujer que no la deja estimarse a sí misma sino cuando se da con dolor, y prescinde de su bien por el de otro, regocijándose en el deleite puro del martirio, que es la dote femenina en que, confundiéndose las diferencias materiales en la altura moral, abunda en los verdaderos grandes hombres.

Ella, con el recato victorioso del sincero amor; ni se avergüenza ni se enseña, sus padres, personas de respeto, le ayudan por sana piedad a allegar recursos para la defensa del que mira como esposo, a visitarlo, con las chucherías que alegran la vida del preso, a consolar con una humilde devoción el espíritu agrio y brutal, según dicen, de aquel a quien ella perdona como asperezas de la prisión las palabras secas y actos desdeñosos con que el alemán egoísta la recibe en la reja, a ella, delicada y joven. Y el mismo Chicago, donde parece por lo unánime de la opinión ser irremediable

la muerte de estos hombres, ya no se burla de aquel dolor donde es visible la virtud. Ni se ve que fuera de Chicago se ablanden los corazones, aunque apenas hay quien crea que entre los ocho llamados a morir, está el que lanzó la bomba, de los ocho, uno es un orador de ímpetu y elegancia literaria, cuya suma cultura le hace afrontar en paz la muerte; otro, el periodista, escribe dramas y sabe oficios finos; otro, que lleva en la cara la manía agitatoria, parece proyectil, no hombre; otro, es buen socialista según libros; otro, de cajista, subió a escribir en diarios; hay

otro sabio en artes; a otro, un impresor, no lo fueron ya a ver, el día en que se confirmó la sentencia, dos niños que tiene, agraciados y lindos; otro, el condenado a quince años de penitenciaría, vende cestas, que trabaja muy bien, y dice serenamente que si le matan a sus compañeros, se mata.

José Martí



[OC, t. 11, pp. 305-311]

167

## Cartas de Martí

Los congresos de agosto en los Estados Unidos.-  
Indios y negros.-Los partidos políticos.-La novela  
de un lord.-Velocípedo para el agua.-Contra la  
inmigración.-Los alemanes.

Nueva York,  
agosto 17 de 1887

Señor Director de  
*La Nación*

CON EL SOL rojo de agosto, que aviva sin quemar, vuelven las juntas de sabios y políticos, las asambleas a la sombra del pomposo olmedo, las «convenciones» sobre los asuntos del cielo y de la tierra, a la orilla del mar. Cada pueblo de baños tiene su congreso, y el suyo cada rincón de la montaña. Donde ayer se sentaron, viendo por las ventanas la regata de los veleros, los abogados que acuerdan pedir al Congreso leyes nacionales de cambio y bancarrota, hoy diversas en todos los Estados, siéntanse en seguida los miembros de la Sociedad para el Adelanto de la Agricultura. La palabra corre, menos brillante y hojosa que la latina, pero con cierta verdad directa que le da como sabor de sal de mar.

¿Quién no conoce la relación visible del sol y la elocuencia? La palabra, abrigada y resplandeciente en los países de hielo, se caldea y va dorando conforme entra en zona más fecunda, hasta que ya al llegar a la cinta del sol, consumidos por la excesiva luz los cuerpos frágiles que la contienen, los sacude y arrastra, cual arúspices a quienes echa a tierra la fuerza del oráculo, y fluye, llena de esmaltes y atavíos, como aquellos arroyos de agua clara de que cuenta Mahoma, que corren por sobre rubíes, topacios y amatistas. La palabra hablada, además, funde a los hombres mejor que la palabra escrita.

Los partidos militantes—el republicano, el demócrata, el de la temperancia, que con ayuda de las mujeres adelanta marcadamente en el Oeste, el del trabajo, que sin exageraciones ni utopías va poniéndose con pujanza apostólica donde para evitar males lo llama el buen sentido,—todos cuentan sus fuerzas, publican sus deseos, y exhiben sus hombres.

Los indios, donde aún les queda un árbol a que acogerse y un adivino que los cure, viendo como es vano que la ley los ampare cuando en virtud de ella, los echa el blanco ambicioso de su hogar, sienten, como el negro perseguido en el Sur, el ímpetu de agosto en la sangre, y siguen a su viejo Colorow, no cansado de defenderse a los setenta años.

Colorow, a quien todavía quedan noventa guerreros, pasó la nieve en silencio, pero ahora congrega a su tribu ofendida por la avaricia de los vaqueros que le invaden su llano, y sentado al pie del tronco, antes frondoso, donde decidían los asuntos públicos sus padres, anima a sus hombres, manda a las *squaws* a un rincón de la selva cercana adonde curarán los heridos, mata cuanto ternero encuentra al paso, para curtir con sus sesos las pieles crudas, y provoca, sin pérdida al principio, a las milicias de Illinois, aumentadas con los aventureros famélicos de los contornos.

Los negros, tristes porque ya no hay sol que no salga sobre el cadáver de uno de ellos, muerto a manos de los blancos del Sur por tener amistad o consorcio con mujeres blancas, cele-



bran un congreso, determinan que ya no vote el negro, como hasta hoy votaba exclusivamente, por los republicanos que por azar vinieron a libertarlo y en realidad lo odian y abusan de él, sino que como todo ciudadano vote por quien le plazca, y en todas partes proteste contra los que, disfrazando su odio con el deseo de mantener la raza blanca pura, toman bandera de uno u otro matrimonio mestizo para echar a balazos de los pueblos a los negros en quienes luce más la razón, a sus sacerdotes, a sus poetas, a sus periodistas, a sus políticos.

Los «independientes», aquellos republicanos que para mostrar su aborrecimiento decoroso de Blaine, votaron en pro de Cleveland, como mantenedor del sistema de permanencia y ascenso por mérito en los empleos, declaran, en su sabroso retiro de Long Branch, donde la Langtry compara sin miedo la luz de su rostro a la de las conchas de la arena, que la presión de los demócratas ha sido más que la misma sinceridad de Cleveland, y que éste, por no aislarse sin duda de su partido, ha dado, aunque sin escándalo ni exceso, más puestos a los demócratas de los que el sistema riguroso de méritos requiriera.

Para invitar a Cleveland a que los visite de ceremonia se reúnen en teatros repletos los vecinos de más sustancia de las mejores ciudades del Oeste y el Sur, y a gran costa vienen en tren especial cien vecinos de una

ciudad sola, de San Luis, para entregarle, seguida de veinte mil firmas recogidas en pocas horas, la invitación de los luisianos, en un libro con tapas de plata.

Las milicias, en tanto, en su campo permanente de Peeckskill,<sup>a</sup> que el Estado posee y cuida, fingen ataques, salidas, monta y desmonta de cañones, vida de batalla, velas de armas, y no lejos de donde un tirador famoso rompe en el aire mil palomas de barro en 40 minutos, levantan con la tierra del suelo y las ramas de los alrededores una trinchera, y luego vienen sobre ella, disparando por minuto ochocientos tiros, con sus cuatro cañones de Gatlin.

La ciudad apenas cuenta curiosidades individuales: el aeronauta que se deja caer de mil pies de altura con un paracaídas, y llega en salvo: el neoyorquino que vuelve del Niágara triunfante, después de haber cruzado el torrente, con levita y sombrero de copa, en un velocípedo de agua, que flota sobre dos cilindros de zinc, y adelanta por las aspas que lleva en la rueda: o es un lord que muere en pobreza, después de haber sido acá labrador y allí tenedor de libros, por no abandonar, como sus parientes ingleses le exigían, a la mujer humilde con quien casó hace diez años, y la niñita rubia que tuvo de ella: o es la esposa de un centenario que cuando se lo van a llevar, a su Juan Durand, bello aún en edad tan adelantada, de su cuarto infe-

liz al montón de los pobres en un ataúd de pino, no se quedó con su única riqueza, con los botones de oro de Durand, sino que se los puso en la camisa mortuoria, y le quitó la de paja que trajo el muñidor para ponerle su almohada de plumas, y con lo mejor de la alfombra, ayudada de un periodista compasivo, forró el féretro.

No está el interés en Sharp, el sobornador, que dicen que del pesar de su sentencia muere; ni en las noticias que llegan de las minas de carbón, donde, precedidas de un estandarte que decía: «Matemos a los que nos quitan el pan», cayeron las mujeres, armadas con los palos de las cercas, sobre los que de afuera vinieron a ocupar el lugar de sus hombres, inquietos por la huelga: ni en el púgil Sullivan está siquiera el interés, aunque Boston, la ciudad del Faneuil Hall, y de Emerson, se aprieta en un teatro a regalar al mozo bárbaro, de puños como mazas, un cinto de oro y brillantes que, con el corregidor a la cabeza de la lista, le compraron por diez mil pesos los vecinos.

La atención está toda en los campos alegres: en las escuelas de verano, donde se aprende la ciencia en la naturaleza, como Agassiz quería: en las romerías de jóvenes exploradores que se van «a la dura», como acá dicen, a andar como exploradores, durmiendo al aire y bebiendo

a. En LN: «Peekskill».

del arroyo, por campos desconocidos: en el pueblo de baños donde la esposa del Presidente, dispuesta a saludar a los poblanos que lo desean, no lo avisa en cartulina de letra inglesa, sino con un papel escrito, pegado a la puerta de la casa de correos, como en tiempo de Jefferson, lo cual aquí se aplaude.

La atención está en los labradores que, dueños ya de las llamas que prendió el sol en sus:<sup>a</sup> cambiar experiencias» a la feria de Deckertown; en los alemanes, que donde encuentran un sombrío, se llevan su familia, su barril de cerveza, su coro y su cítara; y entre Kartffel<sup>b</sup> y Frankfurter;<sup>c</sup> junto a sus hijos robustos y sus mujeres caseras, hablan de sus socialistas, más modosos en Nueva York que en el Oeste, pero dondequiera temidos y rechazados; de sus curas, que ejercen en el noroeste, casi todo alemán, una tan loca influencia que cuando quieren castigar a un escolar lardo o maligno, a quien prohíben hablar inglés, le dicen: «Tu eres americano»; del clamor que de San Francisco, donde se forma contra los extranjeros el Partido de América,—de los profesores doctos, que demandan en las revistas leyes contra los inmigrantes,—de los mismos Caballeros del Trabajo, donde domina lo americano puro y lo irlandés, se alza contra la inmigración, alemana ahora en su mayor parte, ya tan recio y activo, que Mc. Glynn, cada día más amado por su lealtad a los

humildes, tiene al fin que decir en un artículo hermoso: «No, trabajadores, no está el remedio de vuestros males en cerrar a otros trabajadores como vosotros esos valles y bosques fecundos donde llama a los hombres la semilla, y convida al honrado la natural riqueza; sino en administrar vuestra tierra de modo que por ficciones legales no vaya a manos de los hábiles en el arte de la concesión y del cohecho la tierra que necesitan para vivir en paz los hombres: no está el remedio, protestantes, en barrer como lepra, a la manera de aquellos *Know-Nothing*,<sup>d</sup> los poderes católicos, sino en separar el culto de la fe, que ha de ser libre, de la autoridad civil y la práctica política de donde haréis bien en sacar a la iglesia por los hombres: no paguéis con el dinero público, que con el óbolo de todas las sectas se junta, el predominio de ninguna secta, aunque sea la mía católica, ni temáis, como los interesados partidos políticos que os corrompen, parar los desmanes del catolicismo impuro por el miedo de perder sus votos: perdedlos<sup>e</sup> ahora, antes de que sean tan poderosos que se sienten sobre la libertad.»

¡Nada menos que ese lenguaje se necesita para contener la petición impaciente de los que, en la carestía de la vida y la dificultad del trabajo, no hallan remedio más pronto que ese rudimentario de negar un asilo a aquellos mismos peregrinos gloriosos que en sus morrales

de lona y en el fondo de sus cachuchas trajeron el genio y la voluntad que a tanta altura los levantaron! Esta fábrica enorme, esta república con tales ciudades que, más que ciudades, naciones parecen, como clarísimo suceso se explica<sup>e</sup> cuando en la augusta mañana de los domingos silenciosos se ve llegar, por aquel parque mismo donde se despidió de sus oficiales triunfantes Washington, a los suecos bellos, los pensativos alemanes, los escoceses majestuosos, las parleras y lindas italianas: turcos miseros, zingaros y malteses vienen de vez en cuando con las nobles barcas, feos como una buba: pero ¿quién les niega un asilo, en esta tierra de tanto aire y luz, que les vea la angustia de animal apaleado que traen en los ojos? ¡Ah, no, no puede ser! ¡Bebe, sediento, aunque me manches la copa! ¡Descansa, peregrino!

En Long Branch se reunieron los partidarios del sistema de exámenes y ascensos en los empleos públicos. En Saratoga, donde tiene sitio suntuoso el Morton que por no dar a tiempo la suma que le pedían no fue puesto de candidato a la Presidencia en vez de Arthur, tuvie-

a. Ilegible el microfilme hasta dos palabras a continuación. Se sigue la lección de *OC*, t. 11, p. 266.

b. En LN: «Kartöfoll».

c. En LN: «Frankfurter».

d. Errata en LN: «perdellos».

e. En LN: «explican».

ron cónclave los magnates de su partido, para ir pensando a quién han de apoyar en la lucha cercana por la nueva Presidencia, si a Blaine, que pierde amigos, o a John Sherman que, sin las faltas y arrebatos de su rival, se pone, con esa moderación que ayuda tanto al triunfo, en todas sus ideas y puestos, o a Chauncey<sup>a</sup> Depew, en quien reconocen, sobre aquel prudente desinterés que atrae el honor que en secreto se solicita, ingenio agudo y seso original para ir sacando al país de la rebelión de los necesitados que ahora lo amenaza.

En Nueva York mismo se juntan, con un chino ilustre e hispanoamericanos curiosos, los sabios del Canadá y los Estados Unidos, en cuya mente parecen ir Agassiz y Dawson cediendo el puesto a Lamarck y Darwin. En Siracusa celebra su primera convención en este instante mismo el Partido del Trabajo. Los labradores no han vuelto aún de su reunión alegre en Deckertown.

Pasaron los labradores por los pueblos, vestidos para verlos con sus mejores galas. Los andenes, en cada aldea, estaban llenos de estas campesinas de aquí que escriben, pintan y enseñan, y llevan bien su sombrero de paja y sus trajes blancos: ¡Como que no las merecen, ni están dispuestos para ellas, los jayanes de pelo a la Capoul y tosca levita que tienen al lado! En Butler se detuvieron: Butler es pueblo bello, y fábrica de pei-

nes, donde cada obrero vive en su casa sola y los fabricantes dan premios apetecibles a los que mejor cultivan su huerta y atienden su casa, con cuyo premio no les quitan la libertad de ir y venir, como en su pueblo más pomposo hace el tiránico filántropo Putnam, quien da a los que trabajan en sus carropalacios casa de piedra, iglesia con elocuente pastor, y biblioteca con buen fuego y alfombras, pero todo tan medido y tan sujeto a dura regla, que con dificultad halla Putnam trabajadores.

El congreso fue, al fin, bajo unos recios robles. Los campesinos de raza lamentaron que se atienda ahora más a la leche, que hace rico pronto, que al campo, el lento amigo. Se contaban, en su lengua velluda, sus modos de sembrar, sus ganancias, sus pérdidas, sus remedios para avivar el maíz dormilento, el modo cierto de dar aroma y jugo a los melones. «Para melones, esos pícaros negros», decía uno, y dos negros que allí había se reían. «Ponen ahora en el campo mucho libro, dijo otro: los mozos se van a la leche, y las hijas, a Nueva York, hinchadas como un globo.» Y luego que se tuvieron dichas todas sus confianzas y desmayos, tomó el oboe el director del periódico del pueblo, y el trombón su edecán, y en los carros de plaza, con las caballerías cargadas de cascabeles, fueron por el pueblo los galanes, buscando a las damas, que ya venían solas al gozo de la música.

A poco todo era la voz del bastonero, guiando el baile, con sus decretos coreados de palmadas: «¡Dos parejas más!»: «¡billetes, diez centavos!»: «¡salúdense los compañeros!»: «¡paseo!»: «¡cambio de señoras!»: «¡rueda de manos!»

Por campos cuidados, en muchos de los cuales es moda ahora criar gallinas de Menorca y Leghorn y faisanes ingleses, llevó también el ferrocarril a Siracusa a los delegados de la convención del Partido del Trabajo. Pero no viajaban tan de paz como los labradores, sino que en los carros mismos, como en estos días últimos en las juntas apasionadas de la ciudad, iban los socialistas alemanes, dueños del voto obrero en el este de Nueva York, impetrando del enérgico George la revocación del fallo inapelable del partido, que en sus asambleas primarias decretó, y en la convención ratifica ahora, su separación completa del socialismo europeo, y de aquellos miembros de éste que insisten en allegarse al partido nuevo sin dejar a la puerta de América el pueblo fantástico y de extranjera raíz, que con errónea generosidad se empeñan en fundar, contra la naturaleza distintamente individual del hombre. «Perderá el partido dieciocho mil votos socialistas». «Los perderá, responde George: ganará más de

a. En LN: «Chancey».



mostrando que el miedo a perder una elección no le estorba para hacer lo que debe.»

Ahora mismo están en sesiones. Adornaron para ello un teatro, con el escenario compuesto como jardín; pero como si aquel postizo floreo desdijera de la verdad de sus almas, en el jardín no parecieron reparar, y en el patio del teatro celebran sus juntas, alrededor de un estrado de pino. Mc. Clynn está allí, robusto y callado, y cerca George, contento de aquel orden que es todo obra suya, obra de su fe en la supervivencia del buen sentido en la lucha de las pasiones, y que por la misma absoluta libertad de cuantos gozan de él, y aun quisieran turbarlo, es más eficaz y perfecto: ila mordaza que se pone en la boca ajena se vuelve esposas para las propias manos! En la convención hay dos partidos, la minoría que aboga por trabajar en común con los socialistas alemanes, y la mayoría respetuosa y firme, que no quiere confundir su plan de suprimir todos los tributos, aplicar a los gastos de la nación la suma que por la renta de la tierra pague el que la ocupe, y reservar al Estado la administración y provecho de los monopolios naturales, espacio, suelo, agua, —con el plan de los socialistas, que quieren que la tierra, los instrumentos de producción, las máquinas, las fábricas y los productos del trabajo pertenezcan en junto al pueblo todo, y sea todo entre todos y

para todos producido, bajo la dirección de la comunidad cooperativa, que distribuirá los productos conforme al trabajo que cada cual haya puesto en ellos, y a las necesidades de los individuos. «Jamás!» dijo el profesor Clark saltando sobre sus pies: «¡por algo nos hizo Dios diferentes de los tordos que andan en bandadas, y de las ovejas que pacen en rebaños! el hombre necesita para desenvolver la zozobra, el estímulo, el premio, el dolor mismo!». «¡Jamás!» dijo el Dr. Wood, hijo de un Ministro de Estado: «¡he venido aquí a sacar al hombre de la esclavitud industrial, a luchar por obtener para él la libertad entera, y no he de empezar por confesarme esclavo: ¡ini indio esclavo de la iglesia en las reducciones, útiles sólo para la iglesia! ini norteamericano esclavo del gobierno en esas nuevas reducciones socialistas!»

Hablaron en vano los socialistas, oídos con respeto. Preside Post, un abogado amigo de los pobres. Otros propusieron de Presidente a Franck Ferroll, un negro. «Nos reunimos aquí» dice el negro, maquinista de oficio, «para concertar la lucha próxima; para extender por los campos la organización que, con un año de trabajo tenemos ya completa en las ciudades; para declarar que, aunque no procuramos esconder que toda nuestra alma es de los que padecen en casas fétidas, en amargura indescriptible, en bestial

ignorancia, no procuramos sacar de quicio con visionarias fábricas el mundo, sino volver el gobierno de nuestro pueblo, como remedio único y bastante de todos sus males, a la sencillez y a la justicia. Leed esos tres estandartes que nos presiden: «Sufren, porque permitimos que entre políticos venales y diestros ambiciosos les roben la tierra que les pertenece de derecho»: «No atacamos el derecho justo de propiedad»: «No robarás, dice la ley de Dios». Así hablan, con intensidad de sentido y palabra que adquiere de ella singular elocuencia, bajo el techo cubierto, sin uno solo extranjero, de pabellones norteamericanos.

Hay profesores, coroneles, autores de libros, zapateros, periodistas, pastores protestantes, sastres. Son doscientos, y viven en un hotel que excluye el vino de su mesa. Domina el buen vestir, aunque sin exceso de elegancia. Alguno clama contra un nombramiento, en mangas de camisa. Otro perora, en blusa de franela. George sonríe y espera, detrás de su sombrero de fieltro blanco.

José Martí

**La Nación,  
Buenos Aires,  
2 de septiembre de 1887**

[Mf. en CEM]



## 168

# Sobre la ciencia

## Asamblea anual de la «Sociedad para el adelanto de las ciencias»

Escenas de la asamblea, y sus trabajos y conclusiones principales.-El Colegio de Columbia.-Preparativos para la asamblea.-Los miembros.-Hombres y mujeres.-Sabios notables.-Las nueve secciones.-Asuntos más interesantes.-La educación industrial en las escuelas.-La enseñanza científica en las escuelas públicas.-Antigüedad del hombre americano.-Un hacha de México.-El invento nuevo de Edison.-El hombre de África.-Darwin en la asamblea.

Nueva York,  
Agosto 17 de 1887

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

LOS COLEGIOS están en Nueva York abandonados durante el verano. En el campo es donde ahora se estudia, bien sea lenguas en Amherst, o agricultura en los paseos científicos del Colegio de Bryant, en Roslyn, o filosofía, divinidades u oratoria en las clases que juntan desde mayo buenos maestros,

quienes con sus discípulos se entran por la montaña, a abrigar del estío la escuela libre en un grato retiro.

Aprenden conversando, remando, corriendo los caminos, reposando de ellos bajo el pinar agosto, el robledal enérgico, o los olmedos religiosos: la mineralogía, en los pedruscos la aprenden; la botánica, componiendo su herbario; la física, subiendo y bajando montes; la meteorología, viendo desvanecerse la neblina, o destacarse de sus nubes a los cerros, o volverse hacia él sobre las hojas

desmayadas, o cuajarse sobre la hoja plácida, el rocío. En Nueva York, ni el Colegio de la Ciudad, que educa gratuitamente para las carreras universitarias, abre su biblioteca, lóbrega ahora, a sus alumnos numerosos, hijos en su mayor parte de alemanes, ni en el Colegio de Columbia, ya centenario, hay más morador que el bedel fosco, que con pocas palabras guía al visitante veraniego por aquellas aulas donde, abarcando cuanto hoy tiene el hombre aprendido, se enseña en seis escuelas especiales: ya Artes y Letras, con un conocimiento general del mundo, desde Litología hasta la historia de las religiones, y sus lenguas, del sanscrito al francés; ya Minería, con todas las faenas del ingeniero, y metalurgia, química, arquitectura y paleontología; ya Ciencia Política, con cuanto conduce a entender y practicar el buen gobierno, y leer con juicio lo que va escrito sobre él; ya Arte Bibliotecaria, indispensable en todo pueblo regido por la mente pública,

donde se aprende a crear una Biblioteca, conservarla y enriquecerla; ya Medicina y Leyes: «¿Sudamericano?» pregunta el bedel enseñando el colegio: «aquí tenemos un profesor sudamericano, don Daniel de León,<sup>412</sup> el que enseña Derecho de Gentes, y le llevó el premio al hijo de Blaine: está pálido, dicen que de saber».

¿Qué sucede ahora, pues, que en lo vivo de agosto Columbia<sup>413</sup> abre sus puertas, engalana su paraninfo, embandera la tribuna doctoral, sacude los retratos de sus rectores, vestidos unos de toga negra, los más de encarnada? Todo anuncia animación y concurrencia. Aprontan muchas aulas, como si fueran a servir a un mismo tiempo. Un alemán que no deja de la mano «La Historia Natural del Alma», acaricia de vez en cuando con los ojos los insectos de cartón que ha repartido por especies en un ventorrillo improvisado, junto al atrio. Cerca arregla otra mesa una joven, pálida y triste, que va a vender, alineadas en cajas, esquivlas de ágata. Allá adentro, como si fuera a venir gente de Boston, prepara el fondista unas como las *munyetas* de los catalanes, que son judías blancas, salchichadas y sofritas, con su generosa laja de cerdo, manjar grato en Boston.

Todo es porque esta vez celebra su Asamblea Anual en el Colegio de Columbia la Asociación Americana para el Adelanto de las Ciencias.

Como quinientos maestros asistieron a la asamblea este año, y entre ellos muchas damas de ciencia, y otras que iban por gala o afición, aunque es justo decir que cuando un maestro en crematística aglomeraba números en sabias hileras para comprobar con los censos el progreso humano, o un entomólogo desentrañaba los antecedentes de una especie confusa, o un botánico pretendía demostrar que el protozoo unicelular, escogiendo de sí lo más fino y desechando lo inferior, se convirtió por su propio esfuerzo, siguiendo la ley de toda la naturaleza, en el más perfecto y descolorido *hybridum*, muchas damas de edad sacaron de la vaina los espejuelos de oro, y la calceta, empezada, del ridículo.

Allí estaba junto a Barnard, el rector brioso de Columbia, más amigo de laboratorios que de latines, la historiadora Martha Lamb, que con el color de Motley y la amenidad de McMaster ha narrado los sucesos de Nueva York, y dirige una revista excelente; junto a Morse, para quien no es el mundo más que una despaciosa masa física, que va mejorándose por su prurito propio, la botánica Britton, que no ve en la semejanza de las plantas razón para no alabar a Dios con reverencia los domingos; junto a Newton, el astrónomo de ojos dichosos y benévolos, Miss Winifred Edgeton que, contra mucho barbudo competidor ganó el

año pasado doble premio por su raro conocimiento en las más altas matemáticas; y llevaba un sombrerito de hombre, como usan este verano las damas, un traje de sastre, que no esconde la gracia del cuerpo y un quitasol de encajes opulentos.

Científicos famosos había muchos: Langley, que por lo general de su saber queda de presidente del Instituto Smithsonian, centro de todos los americanos, ahora que ha muerto, dejando completas sus obras sobre peces, el paciente Baird; Anthony, campeón de la enseñanza directa y científica en las escuelas públicas, por donde ha de salir el hombre nuevo; Alvord, a quien todos acatan por su singular pericia en lo más alto o humilde de la agricultura; Brinton, que está sacando a luz lo que ha podido hallarse de poesía y drama aborigen, y lleva publicado un índice cabal de los libros más notables sobre nuestra América: Maberry, salido apenas de las aulas y ya profundo químico.

Abrió la asamblea, con su palabra pelliczada y lamida, el obispo protestante Potter, y con visible apremio, como si ya les escasease el tiempo para comunicarse sus victorias del año; sus invenciones, sus desfallecimientos, saliéronse todos, después de la plegaria usual, del paraninfo, y cada uno fue al aula de su ciencia, que eran nueve: astronomía, química, física, mecánica, biología, geología, geografía, antropología y estadística.

ca. Allí leyeron, cada cual entre los de sus aficiones, los más minuciosos y especiales estudios; éste, sobre los teléfonos de mar; ése, sobre la química del nitrógeno y la facilidad de elaborar artificialmente la quinina; aquél, sobre el corazón de la serpiente, que halla igual al de la rana; uno sobre el sentido del gusto, que en la mujer le parece menos despierto que en el hombre; otro sobre la «morfología de las piernas de los insectos himenópteros», que valiéndose de los cepillos que le dio Naturaleza, se limpian sin cesar, con aseo felino sus piernas y antenas. Pero cuando Morse, enemigo de melindres y tapujos en las verdades científicas, va a leer, con ardor de sectario, su agresivo estudio sobre la verdad palpable de la Teoría de la Evolución; o el comandante Taylor, con otros más, va a defender, por sobre Tehuantepec y Panamá, la ruta breve y sana del canal de Nicaragua; o James se prepara a discurrir sobre la urgencia de enseñar a los niños el ejercicio industrial en las escuelas; o Brinton, cargado de datos, diserta sobre la aparición del hombre en el Continente Americano, todos los maestros interrumpen el quehacer de su aula privada, y se congregan para oír a estos colegas de palabra mayor.

Aquello que dijo Rabelais,<sup>414</sup> siglos ha, sobre los malos maestros que le pusieron a Gargantúa, a quien hubiera valido no tener maestros tales, porque su

saber no era más que torpeza; y hojaldres su maestría, que bastardeaba los nobles ingenios y corrompía toda flor de juventud, fue lo mismo que dijo James al recomendar la eficacia de los ejercicios industriales en la escuela, y confirmó Anthony con brío, sosteniendo la importancia nacional y verdadera urgencia de enseñar las ciencias físicas en las escuelas públicas. ¿Adónde va con su leer, escribir y contar, su gramática que ni entiende ni aplica, su geografía que aprendió de memoria, el americano que deja la escuela a los quince años? Desdeña el trabajo real, o no sabe—por falta de rudimentos—cómo acercarse a él. Es un caballero vergonzante, sin valer para sí ni para los demás, que acaba en escribiente pobre, abogado ruin o estéril clérigo. Lo que pierde el niño, dice James, en aprender letras inútiles y para su país perjudiciales, gánelo aprendiendo, al par que lo útil de las letras, aquellos fundamentos generales de las artes todas, que en sí mismos son ciencia acumulada, y aquella destreza de la mano que le dará fe en sí, disposición para el oficio que después escoja, carácter y orden para aquello a que se dedique, aunque no sea oficio, y afición en vez de dedén a las industrias, que hoy los mismos hijos de los obreros tienen por empleo inferior y villano. Anthony decía lo mismo: —«Enciende la sangre ver mascullando verbos, que en la calle conjugará enseguida de manera

bárbara, a un niño hermoso que pudiera haber aprendido, en vez del pluscuamperfecto, qué es el calor y cómo puede servirse de él el hombre! Hasta que no enseñemos ciencia en las escuelas, no tendremos a salvo la República.»

Acababa Atwater de recomendar que no se tomara más alimento del que el cuerpo humano necesita, que es a lo sumo un cuarto de libra de proteína, en magro de carne, leche, gluten de trigo, o blanco del huevo,—otro cuarto de grasa, en lo gordo de la carne, mantequilla y el óleo de la harina, y como una libra de carbohidratos, en la maicena y el azúcar: acababa Leeds de explicar que por cada niño que muere de los criados al pecho materno, mueren tres de los que se crían a biberón, y ocho de los que se nutren de otras sustancias, contra lo que apenas será remedio, para asemejarse a la leche de la madre, poner a la de vaca más agua y crema, y hervirla cinco minutos con algún peptógeno; cuando se llevó la atención de la asamblea entera el discurso de Brinton, quien mantiene que el hombre vivió ya en América en la época glacial. Todo se lo demuestra: los útiles humanos descubiertos en los depósitos glaciales; y otros útiles y piezas de cerámica hallados en los montículos de conchas, a lo largo de la costa; los restos paleolíticos desenterrados de los arenales de Trenton; lo extendido del cultivo del maíz de que se han en-

contrado remotísimas huellas desde el Hudson hasta el Chubut,<sup>415</sup> allá en la Patagonia; lo vario y opuesto de las lenguas de América, que proviniendo de tronco común, como demuestra la identidad de los cráneos antiguos americanos, se descompusieron luego de tal modo que sólo lo remoto de su origen puede explicar sus trances y final divergencia: todo, en suma, le prueba que el hombre comenzó a vivir en América hace treinta y cinco mil años. Pero no cree que el hombre naciese de América mismo, «porque no pudo desenvolverse, dice, de ninguno de los mamíferos americanos hasta hoy hallados»: cree que vino de Asia y de Europa por puentes preglaciares: «como si la identidad, o semejanzas de los actos, aspiraciones y artes del hombre en países sin relación ni conocimiento, que vemos hoy con nuestros ojos, no estuviese probando que sobre toda la faz de la tierra pudo nacer el hombre a un tiempo mismo!

Sus mismas semejanzas son la prueba de su variedad de origen, a la par que de la identidad de su naturaleza... ¿Qué es eso que exhibe, entre tantos curiosos, el geólogo Kunz? Es una hacha de jade, gigantesca, traída de México: en una cara tiene esculpido un rostro: de ambos lados le han sacado tajos, «uno, dice Kunz, por cada cacique que moría». ¿Y aquello que es, que atrae también a todos los maestros? Es la descripción del

piromagneto, el invento nuevo de Edison: pone un rollo de tubos delgados de hierro dentro de un círculo magnético, y al precipitar el aire caliente sobre el rollo, se desarrolla en él una corriente de electricidad que por el alambre que rodea a los tubos, va del fuego común de horno o cocina que obre sobre el piromagneto, a la lámpara en forma de luz, o a la rueda motriz en forma de fuerza.

Luego habló Drummond sobre África. Estos místicos con la mirada vuelta adentro, quieren conformar locamente el mundo al concepto que en sí tienen de él. Negar lo espiritual, que duele y luce, que guía y consuela, que sana o mata, es como negar que el sol da luz, o que conmueve a un padre la gloria de un hijo; así es negar que, en el desierto tostado como en la cátedra escocesa, son iguales las virtudes y maldades del hombre. Para Drummond, contra lo que narran otros viajeros, ir a África es como ver alboreada la bestia humana. Juzga perversión de la inteligencia lo que, por lo mismo que él dice, se nota que es diversidad local. «Medio animal y medio hombre es en el corazón de África el ser humano.» Y sin ver que en el orden y correspondencia de la creación van ligados de cerca y con grados paralelos de desarrollo los seres de diferentes reinos que la habitan, cuenta luego que hay valles tendidos a la sombra de cerros selvosos, donde orquí-

deas gigantes revientan en capullos carmíneos y azules, y el verde canta, y la tierra no está cubierta de césped, sino de maravillosas flores. Y no halló monos en estos lindos valles, ni en las soledades lodosas de árboles enanos por donde bajó de la meseta a los ríos.

Pero, ¿qué idea general, qué razón de los orígenes, qué concepto del mundo pareció predominar en las afirmaciones de la asamblea? Antes, con el cuvierista Agassiz,<sup>416</sup> el amigo de Humboldt, resistía en masa la ciencia americana a las novedades inglesas. Después con el canadiense Dawson, el amigo de Lyell, negó, hasta aquel libro de Draper, que hubiese razón de conflicto entre la historia bíblica y la que cuentan las piedras; ahora Morse dijo, ante el concurso claramente atento, que de donde Darwin puso la ciencia ya nadie la quita, que su doctrina es irrecusable, como la de la conservación de la energía, que los hombres serían menos infelices si conocieran las leyes científicas de su reproducción y mejora, que el dolor del pecado original fue el dolor del hombre al ponerse en pie, al surgir de cuadrúpedo a bímano.

Pero como a la mañana siguiente del discurso de Morse fuese domingo, en el paraninfo mismo donde lo pronunció se reunieron casi todos los maestros, con Drummond a la cabeza, a declarar, so pretexto de oficio divino, «que no hallan

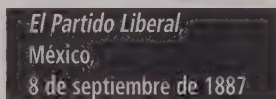


argumento contra la existencia y bondad del Hacedor en el orden científico con que indudablemente está compuesto el mundo».

Unos olvidan que en la arrojadora armonía universal toda teoría sobre el cuerpo ha de ir comprobada por una correspondiente sobre el espíritu; otros, ensimismados y soberbios, desconocen aquella relación del alma al cuerpo que no es dese-

mejante de la de la música sublime con el sentimiento que la expresa, ¡y con cuya cuerda precedera no se extingue la música! Todo se afina, se purifica y crece.

José Martí



169

# Postrimerías del verano

## Principales sucesos

Tres convenciones.-Los dos chimpancés.- La convención de sordomudos: los debates.- Elecciones, discursos, bailes, amores.-La ley de herencia.-Convención de sociólogos: ideas sobre el arte del censo.-Carácter e importancia de los censos.-Problemas actuales.-La convención de los «prohibicionistas».-Los enemigos del tráfico en licor.-Su importancia política.-Su programa.-Apuntes sobre la situación política: sus cambios y corrientes.

Nueva York,  
Septiembre 4 de 1887

Señor Director de  
*La Nación*

**Y**A SE VUELVEN a Europa los duques pobres que vienen aquí todos los veranos a buscar esposa acaudalada;—ya Saratoga, Bar Harbor y Richfield cierran sus hoteles, y abre sus sotos el aristocrático Tuxedo, donde los neorricos imitan las habitaciones, cacerías, vestidos, juegos y hablar hondo y deshuesado de los nobles de Inglaterra;—ya el partido democrata, azuzado por el nuevo par-

tido del trabajo, acuerda el modo de aparecer ante el país como reformista decidido de la tarifa en el próximo invierno, como ansioso de devolver a la República las contribuciones que el erario cobra hoy innecesariamente de ella;—ya en el Sur terminó con una paz que parece guerra, la cuestión suscitada en el Estado de Georgia, sobre si deben educarse juntos los negros y los blancos, o cada raza en su universidad, como por fin se ha decidido;—ya, por la ley fatal de la aglomeración de lo semejante, que prevalece en la formación de los cuerpos como en la de las naciones, están para juntarse en las mis-

mas manos las dos redes ferroviarias de más fuerza en los Estados Unidos, la del «New York Central» y la del «Baltimore and Ohio», puesta al morir por el descuido del principal de sus dueños, que emplea la fortuna acumulada por su padre, rueda a rueda, en levantar baños de plata y tener la percha llena de sombreros;—ya dicen que se rinde el pobre viejo Colorow, que al verse robado e injuriado por los brutales vaqueros que merodean en sus tierras, al ver que le quitaban a su tribu las tres mil ovejas que la sostienen, y el caballo querido, último símbolo de su libertad, se alzó en guerra por un monte cercano con sus *squaws* y sus bravos, y ahora que ve la opinión a favor suyo se le entrega, como si hasta su desaparición debiese el indio dar prueba constante de aquella mezcla de astucia y valor que distingue a su raza:—inosotros, allá en nuestra América, la tenemos sofocada torpemente, pero no la hemos asesinado!

Y se están preparando grandes fiestas. Los bomberos vete-

ranos, los voluntarios de camisa roja y casco de hule, se van en colosal gira a pasear por las ciudades del Oeste. Washington está de gala, honrando, aunque sin aquella abundancia del latino, al congreso universal de médicos. Los alemanes disponen extraordinarias ceremonias para celebrar el comienzo de las obras de su enorme gimnasio, que será como universidad de los músculos, donde éstos se fortalezcan con el ejercicio para soportar su salud los sacudimientos, agonías y anhelos del alma. Los trabajadores ordenan la más imponente de sus procesiones para dar realce al Día del Trabajo, que este año por primera vez es de fiesta por ley del Estado. Y en Filadelfia, adonde hoy se vuelven todos los ojos, completan el programa solemne con que, en paradas, festines y cuadros históricos, celebrará la ciudad sacra el centenario del nacimiento de esta Constitución que aún rige en los Estados Unidos, y a la que, a pesar de sus prácticas liberales de tres siglos, no llegaron sin choques, odios y rebeliones semejantes a los que, con tardanza explicable por lo diverso de los antecedentes, inquietan ahora a los Estados de la América del Centro.

Pero eso será mañana. A todo iremos: al Turn-verein de los alemanes, a la procesión de los trabajadores, al congreso de médicos en Washington, a las fiestas de la Constitución en Filadelfia. Hoy hemos de asistir a

tres convenciones famosas:—la de los sociólogos; la de los «prohibicionistas», enemigos de la fabricación y venta de licores, y la de los sordomudos. Como trescientos sordomudos de cuna, capaces en virtud de su educación de ganar por sí la vida, allí se reunieron—padres, esposas e hijos—a regocijarse en su rescate, a conocerse, a levantar una estatua al sacerdote que trajo aquí la manera de enseñarlos.

¡Apenas hay espectáculo más angustioso que el de la luz presa, que el de la inteligencia humana presa! Aquí exhiben ahora, suponiéndoles, sin razón, madre humana, dos que parecen chimpancés, de pocos meses: no sacan los brazos del talle de la negra que los cuida, a quien constantemente acariciaban, con una ternura dolorosa; pero se siente un malestar invencible, uno como dolor del juicio, cuando se ve el pensamiento caótico bajo aquel cráneo acocado, por aquellos ojos suplicantes y mortecinos, por aquel ademán con que se llevan la mano velluda de uñas carmesíes al cráneo casi mondo, como si quisieran aliviar en él la idea que pide vida:—¡así miran los presos!

Los sordomudos celebraron su congreso en la sala de ayuntamiento de Siracusa. La tiniebla tiene pocas fiestas, así que en cuanto lució el sol señalado, se juntaron en la ancha sala, en grupos que hacían pensar en los astros vacíos. Se entendían con los dedos, que subían y ba-

jaban por el aire en mil figuras, como es fama entre duendes que suben y bajan los *kobold* traviesos por las chimeneas de las cocinas de Holanda. O bien tenían conversación tirada con los músculos del rostro, de un tinte como de luz, albo y misterioso, acaso por el esfuerzo del pensamiento en salir a ellos.

De pronto todos se saludan, se apartan, se sientan, porque por las privaciones del aire han conocido que el presidente acaba de abrir la sesión, dando con el puño cerrado en la mesa. El presidente, sordomudo por de contado, es periodista, es director del *Deaf Mutes Journal*, donde todos los afligidos del mal hallan guía y consuelo.

Dos días duró la convención, e hicieron en ellos cuanto en las convenciones se hace. Eligieron, debatieron, protestaron. Cuando la confusión era excesiva, y todas las manos andaban por el aire, el presidente daba con la palma izquierda sobre la derecha. Un sacerdote protestante, de voz sonora, dice un discurso que a la par de él va otro sacerdote sordomudo interpretando. Otro protesta en un informe nutrido, contra el profesor Bell,<sup>417</sup> «que osa decir que entre los sordomundos no debe haber matrimonio, por las fatalidades de la herencia». «¿Y nuestro amigo Risley—replica el informe—que habla como el que más, y es hermoso de cuerpo y de buena salud, siendo su padre y madre sordo-mudos?: ¡más vale no tener lengua que em-

plearla en negarnos la luz del alma!»

De los intereses de su gremio discutieron: de que hay entre ellos artesanos, artistas, libreros, sacerdotes; del plan para costear un momento en memoria de Gallaudet,<sup>418</sup> que trajo a América el modo de educar a estos desgraciados. Estuvieron, después de la convención, de convividades y recibos, y el mejor de éstos fue un baile, cuyo instrumento único era un violoncello, al acorde del cual llevaban el compás, trasmitido por el aire, muy gallardamente.

Por fin, no sin sembrar amores, se apartaron. En lo más solitario del andén se veía en la mañana de la despedida un grupo triste: se estaban diciendo adiós dos almas que acababan de conocerse. Él, conteniendo mal las lágrimas en los ojos azules, se lleva varias veces la mano al corazón; ella, por no enseñar el rubor, no levanta la cabeza: él, como preguntándole si sabe dónde nace la luz, le toma al fin la mano, que acaricia en la suya largamente: ella, ya al venir el tren, alza los ojos, mueve, diciendo que sí, los dedos trémulos; y ya va el tren lejos, lejos, cuando todavía dos pañuelos se hablan por el aire.

«Decimos, señores, que no podemos dar fe entera a los censos. La estadística está todavía en pañales. Debemos clasificar más, escudriñar más, dividir de tal modo las preguntas en subpreguntas y comprobatorias, que

el interés, pasión o desidia de los que dan datos sobre sí y sus asuntos, no haga caer al censo en deducciones tanto más peligrosas cuanto que se las tiene, por una fe romántica en la infalibilidad de las cifras, como base segura para determinar sobre las grandes cuestiones sociales, sobre el peligro o beneficio de mezclar las razas, los empleos que aumentan o aceleran la locura, la edad que ha de requerir la ley para tales o cuales funciones, el modo en que se debe distribuir, para que sea equitativo, el producto del trabajo, la inmigración a que se debe abrir o cerrar las puertas.»

Eso decía ayer en Saratoga, Carroll Wight,<sup>419</sup> de Massachusetts, tachando de imperfecto el último censo norteamericano que reputan famoso, ante el congreso de ciencia social, reunido para tratar de cuanto atañe a su averiguación y mejora: de reformar las leyes de modo que concuerden con el país a que se aplican: de dirigir la educación de manera que prepare a los hombres para vivir sin ahogo en la patria en que nacieron: de inquirir la verdad sobre las relaciones entre el capital y el trabajo, que urge saber cómo realmente sean, para que los abusos de aquel y las ilusiones de éste no tengan al país, como hoy lo tienen, alarmado e inquieto.

¿Para qué, sino para poner paz entre los hombres, han de ser los adelantos de la ciencia? Véase cómo libran ahora su batalla los reformadores, a cifras

del censo: por eso el censo ha de ser nimio y veraz, para que no se funde esperanza o ley alguna sobre engaño. Ahora está en pie la gente obrera norteamericana. Demanda cambios esenciales en la organización social. Que sufre, es cierto. De alguien será, pues, la culpa. Es preciso que el censo investigue cuánto emplea el empresario, cuánto recoge del trabajo de sus empleados, cuánto paga a éstos, así como otros detalles que impidan al uno dar menos de lo que en justicia ha de dar, y al otro pedir más de aquello a que su porción de trabajo y la especie de él le dan derecho. Y el capitalista debe decir la verdad, porque si, por ejemplo, calla que alimenta su empresa con capital prestado, y sólo confiesa el suyo propio, resulta una proporción falsa entre lo producido y lo empleado para producir, que aparecerá menos de lo que en realidad es, dando así derecho a que el obrero crea fuera de toda relación el producto que saca él de su trabajo con el que, por confesar menos de lo que emplea ciertamente, parece que saca el capitalista del suyo.

De eso hablan: del ejercicio industrial en las escuelas; del modo de unificar las leyes de comercio y matrimonio sin atentar a la independencia que ase-gura a los Estados la Constitución; de la influencia que en la especie y número de los crímenes y en la inmundicia de las costumbres tiene el hacinamien-



to de las masas pobres en edificios enormes y hediondos, donde se vive en peste de alma y cuerpo.

Y entre los sociólogos, por descontado, hay dos damas, maestra la una en Nueva York, y la otra en Princeton. Lo cual no ha de creerse que sea dote exclusiva de este país sensato; porque de penitenciarias y de derecho internacional, por ejemplo, no hay quien sepa más que Concepción Arenal, una española, a quien, poco después de haberla premiado con medalla de oro Dinamarca por un libro admirable sobre cárceles, halló un visitante respetuoso zurcien-do medias.

En Siracusa también, como los sordomudos, se reunieron, con sus cintas blancas en la solapa, con su roseta blanca sobre el generoso seno, los caballeros y damas que de todas partes de los Estados Unidos, del Oeste, donde triunfan, del Sur, donde se abren paso, vinieron al pueblo vecino de Nueva York para repetir su determinación de trabajar por la moralidad de la vida, y como raíz de ella, por la supresión del tráfico en vinos y licores.—«¡Venimos a pelear contra el reinado del ron, que con la riqueza que trae siempre el satisfacer los vicios, tiene comprados o sujetos a los partidos que no pueden triunfar sin su influjo y la magnanimidad de su tesoro! ¡No puede salir virtud, decimos, de un triunfo que se compra con el

producto del vicio!» Y otro dice, subido por la fuerza de la oratoria sobre el asiento de su silla:—«Ha habido una nación conocida en el mundo con el nombre de «narices atravesadas»; a nosotros nos va a llamar pronto el mundo, con justicia, la nación de las «narices rojas».

El congreso fue un hurra continuo, y ardía en él visiblemente el entusiasmo que inspiran las revoluciones religiosas. ¡Duérmanse otros pueblos sobre glorias pasadas, o esperanzas que no tienen derecho a alimentar los que no las cultivan! ¡Aquí, según el consejo de Franklin, nadie fía en otro para hacer las cosas, sino que las hace por sí mismo! Por un lado, es ala el hombre, que mira al cielo; y por el otro es hocico, clavado en la tierra: hay que empujar perennemente el ala.

Así dicen en su programa estos mil ochocientos entusiastas de Siracusa:—«Sin honradez privada no hay república segura. El tráfico en bebidas es un enemigo del hombre, una maldición para la casa, una carga para la sociedad, un crimen contra la Naturaleza y el Estado. El que vende un voto y el que lo compra son ambos criminales contra la República, y deben ser desposeídos por la ley del derecho que emplean en corromperla. La mujer, que sabe más de virtud que el hombre, debe tener el mismo derecho de votar que el hombre tiene.»

Pero algo más dijo la convención de los «prohibicionis-

tas», esperanzados, ya que no en vencer de lleno en la contienda presidencial, en reunir por lo menos tantos votos que por el interés de ellos tenga que comprometerse a realizar en leyes sus demandas el partido que sin el voto prohibicionista no pudiera alcanzar la victoria. Y este poder moderador de los partidos menores, no extraño en las repúblicas, es de más importancia ahora, cuando la aparición pujante de los obreros como cuerpo político demuestra que el partido que pierda el grueso de los votos de la nueva agrupación, bien podría verse obligado a reponerlos con los que los prohibicionistas le trajesen, siempre que, contra lo que parece probable, en el Este, al menos, fueran más los enemigos del tráfico en bebidas, que los miembros que por oponerse a él perdiera el partido; ¡y cuántos son, aquí donde los partidos antiguos tienen por puntales—después de los monopolios y los empleados—las cervecerías!

Por ahí van las corrientes políticas. Los demócratas ven con susto que en el Estado de Nueva York, sin el cual no pueden triunfar, lo más de su voto, que era de los obreros, parece mudarse irremediablemente al nuevo partido del trabajo, lo que les pone en situación desesperada, y necesitados de extraño concurso.

Los republicanos, contentos de una parte por esta merma en las fuerzas de sus adversarios, quisieran por la otra, ya que en

ellos se tiene poca fe como partido de reforma, ver esparcido en agrupaciones diversas el voto de los trabajadores que, si se junta, ha de ser incontestable.

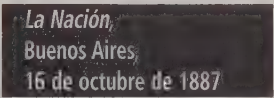
Los prohibicionistas, que en las mujeres del obrero tienen sus sectarios más convencidos y ardorosos; que ven cómo crece, invadiendo la Iglesia y la ley, el cuerpo organizado de los trabajadores; que comprenden la necesidad de acatarlos para atraerlos, y de engrosar con ellos sus filas para darse peso en sus ligas con el partido que solicite sus votos, determinaron redondear su programa con declaraciones de simpatía absoluta con el elemento obrero; y como que en éste se señala el deseo de restringir la inmigración, tam-

bién en eso han querido halagarle, e ir más lejos que el partido mismo del trabajo, presentándose como abogados de una ley restrictiva de la inmigración, que ya asusta con una angustiosa competencia a los mismos que ayer vinieron aquí como inmigrantes, y no ven más medio de mantener sus jornales al tipo actual que cerrar a los que sufren de lo que sufrían ellos ayer las puertas clementes a que ellos llamaron.

Abogados ambos partidos, el republicano y el demócrata, a una descomposición irremediable, sin que les quede más medio de imperar que abrazarse a la virtud, que vuelve a estar en boga en esta época de muda, es fácil ver que puede tocar pues-

to importante en los nuevos arreglos de las fuerzas nacionales a un partido basado en la honradez, que en el Oeste acaba de acercarse al triunfo, que se pone al lado de la masa obrera, sin los extremos que pueden alejar a ésta de la victoria a que parece encaminada, que pelea con la exageración indispensable en las reacciones, contra la bestial embriaguez, contra «el enemigo público».

José Martí



La Nación,  
Buenos Aires,  
16 de octubre de 1887

[OC, t. 11, pp. 289-295]

170

# En los Estados Unidos

Días de fiesta y días de trabajo.-Procesiones pintorescas.-Los antiguos bomberos.-El gran Turn-verein.-Niños alemanes.-Obreros

Nueva York,  
Septiembre 7 de 1887

Señor Director de  
*La Nación*

**H**A NACIDO un día nuevo. Cada época se pone en una fiesta que la representa y refleja sus ideales. Naturaleza, en todas partes igual, celebra sus mudas, con uno u otro vestido, en todas partes, ya libando la sangre de las uvas, ya segando la garganta del cordero.

Pero ahora se entra en tiempo en que el hombre obra por sí, y no como obraba antes, por apoderado; en que la vergüenza no es ser menestral, sino no serlo; en que se muestran capaces de gobernar el mundo los que lo construyen. Jamás llegaron a fiesta pública, fuera de aquellos que la pasión exagera y deshace, sino aquellos sentimientos potentes que de vez en cuando, como energías volcáni-

cas, levantan los pueblos, y quedan para siempre visibles en ellos, como los montes en la tierra.

Así, aquí, donde por todos lados, como si acudiesen al clarín de cita, asoman el rostro enérgico los obreros; donde se coligan todas las fuerzas reales del trabajo contra los que tienen la libertad a punto de morir con sus corruptelas, sus robos y su holganza; donde el trabajo se da cuenta de sí, se reconoce como eje del mundo, y ve que sin él, sin el brazo, sin el martillo, sin la rueda, todo se estanca y desbarata; aquí, al fin del siglo libre, que es como se llamará este siglo luego, por lo que ha trabajado para serlo, los trabajadores han obtenido de la ley que les señale, tal como hay un día para poner flores sobre las tumbas de los soldados que defendieron la patria, otro día para celebrar el trabajo que la mantiene.

Y no se ha escogido el día cuando el frío hostil cierra las

almas, como cierra la noche las flores sensibles; no cuando el cielo está negro y ceñudo; no cuando caen las hojas; sino cuando, como en símbolo de la humanidad oreada, lo viste todo de fiesta natural el aire azul de Septiembre, limpio de miasmas, cuando el sol desvía de la tierra sus rayos más crueles, como si así la fiesta del trabajo indicase que ya el hombre deja atrás sus mayores torturas.

Hoy ha sido día de fiesta. Ávida la ciudad, aprovecha el día inesperado de reposo: alegre el cielo parece lleno de espíritus vocíferos que invitan a la animación y la alabanza: por espontánea simpatía se han dado cita, en tres diversas procesiones, el heroísmo, la juventud y el trabajo: Nueva York, hosca y parduzca, parece un cesto de flores.

Allá van las madres, con sus hijos pomposos en todo su lujo, con el varón de marinero, con la niña mayor vestida de blanco, que es el único lujo propio de los niños, a ver pasar en la procesión al padre endomingado, que montará a caballo, que llevará una banda al pecho, que cargará un estandarte, que en su tarea de maquinista, de librero,

de excavador, de albañil, pone el del hombre cada día más alto! ¡Allá van las novias, olvidadas de coquetear en esta mañana de mayores triunfos, a saludar desde las aceras, sus enamorados, a llegar a tiempo para que les den puesto en los carruajes donde han de ir de reinas de la procesión, a tomar su lugar en el taller rodante de costureras, de cigarreras, de engomadoras, que han de lucir en el séquito, llevadas sobre carros, engalanadas con las banderas nacionales!

Pero, ¿qué trompetas, qué rodaje, qué músicas suenan por allá abajo de la ciudad, que no son las de los trabajadores?

Son los héroes del fuego, los bomberos veteranos de antes, aquellos voluntarios valerosos, escogidos de entre lo mejor de la ciudad, que cuando no tenía Nueva York los bomberos diestros y disciplinados de ahora, a tanto por mes, acudían en algarada celosa de los bancos donde se ejercitaban en los cambios, del bufete en que despachaban el pleito, de la bolsa donde sacudían millones, a apagar el incendio del palacio o el tugurio, vestidos de camisa encamada, cubiertos con gran casco de hule, llevando a rastras, por sobre cuanto hallaban al paso, la bomba de bronce y de níquel, pugnando, a puñetazos y a balas a veces, por llegar los primeros.

Luego vino la bomba de vapor, que no parece obra de

hombre, sino alma de montaña que en vez de ir a afrontar el incendio sobre la superficie, huye de él en las entrañas de la tierra. Luego vino el perfecto servicio de mangas y escalas, el tener las estaciones provistas de juegos ágiles de botones eléctricos, el precaver de modo que cuando el botón anuncia llamas, ya salen los caballos, libres de su cadena por el mismo aviso, a uncirse el arnés que día y noche cuelga esperando ante la puerta abierta. Ya aquellos bravos abogados y médicos, banqueros y bolsistas, que en los celos y codeos de las antiguas compañías y en sus reñidísimos debates, aprendieron mucho de aquella arte humana, con la que—más que con libros y con imaginaciones—se gobierna a los pueblos; aquellos que mimaban como a novia la bomba de su esquadra y la solían vestir de plata y oro—hoy reemplazados por los bomberos de paga, no menos heroicos, sólo se reúnen, como en este día bello, para conmemorar aquellas riñas, rebatos y humaredas, o para ir cual van ahora, con la bomba que domó entonces más llamas, a pasear, seguidos de la simpatía pública, por las ciudades nuevas del Oeste.

Y ¿aquel canto que por lo alto de la ciudad se oye, que parece lo entonasen a la vez miles de niños? ¿Qué es, que parece ala que cae sobre plata? Son niños de veras, los hijos de los alemanes, que con todas las socieda-

des germánicas de música y gimnasio a la cabeza, con el sacerdote que va a rezar la plegaria, con el poeta que va a decir su oda, se encaminan al ancho solar, de roca recién abierta, a celebrar con himnos, con saludos, con todo el estruendo de las almas alegres y los orfeones, la colocación de la primera piedra del magno edificio donde, entre coros para mantener el alma en alto y libros para aprender y consolar la vida, tendrán los alemanes de la ciudad todos los juegos físicos con que la docta raza germana ejercita el cuerpo—para que el espíritu no lo arrebate y trastorne, para que el pesar no lo desconcuerde y abrume, para que la salud de la fibra le dé ejemplo y certeza de la del alma—en los salones de orden, regocijo y música que ellos miran como su patria en las pueblos extraños;—en sus bulliciosos Turn-verein.

Pero es en Broadway, en las plazas centrales, en Union Square famosa por sus juntas públicas, en las aceras cuajadas de cordial gentío, en los postes del telégrafo, faroles y árboles de toda la línea, en las cornisas de las casas, en las torres de las iglesias, donde está Nueva York viendo pasar, desde hace ya tres horas, los veinticinco mil trabajadores. ¡Allí, ante la humanidad triunfante, olvidábase el destierro, que es un egoísmo! ¡Allí, ante tanta fuerza, se veía a los hombres inquietos, como ganosos de ponerse en marcha! ¡Allí se curaban los enfer-



mos, de ver tanto hombre sano! ¡Qué robustez! ¡Qué viril ingenuidad! ¡Qué encanto en aquellas sonrisas! ¡En aquellos pasos, qué anuncio! Hablaban poco, como si se fueran sintiendo consagrados.

Ya hemos visto procesiones como éstas. No son los alquilados hachones que a gran costo pasean los viejos partidos en las campañas electorales para hacer creer, por el número de sus procesionarios, en lo poderoso de sus fuerzas. Son los que tunden, levantan y sajan, en los quehaceres recios de la vida; son los que abren al hombre el camino, y aún no disfrutan la paga ni el respeto que cumple tributar a la avanzada de los hombres; son los esposos, los padres, los novios, de las que desde las aceras los vitorean, los saludan con pañuelos, los saludan, levantándolos en alto, con sus propios hijos; son los que han dado a bordar a sus mujeres palabras nuevas sobre los estandartes blancos.

Si decimos que son veinticinco mil, en escuadrones, con sus jefes a caballo, con sus músicas, con sus carros alegóricos, con sus carruajes llenos de niñas y de ancianos ¿no se está viendo pasar aquella grandeza?

Desocupada la policía, no halla donde dejar caer la maza que blande, en la multitud henchida de aquel impalpable rebelde: el derecho. En sus estandartes va escrita su historia, su esperanza, su pena: quieren ver a sus hijos al sol:

—«¡Que el trabajo no dure más que ocho horas!» Quieren salvar a sus hijos de la peste: —«¡Que se abran más parques!» Quieren defender a sus hijos de la corrupción, la angustia y la avaricia: —«¡Que se prohíba el trabajo de los niños!» Quieren demostrar que ya se acabó la época tiránica de los procuradores: —«¡No descansamos en hombres, sino en principios!» Quieren enseñar que son capaces del triunfo: —«¡Respetemos a todos: no temamos a nadie!»

Así pasan, con orden marcial, todos los gremios detrás de sus banderas: —los carpinteros, con un colosal cepillo por insignia; los peones de albañil, con camisas de lana blanca y sombreros negros; los canteros, con delantales de lona, y un grupo de ellos que iba rompiendo cantos en un carro; los panaderos alemanes, que por mostrar desavenencia con los antisocialistas que George capitanea, pasaron ante él, con el

pabellón socialista a la funerala; los revocadores, con sombreros blancos como el yeso que manejan; los albañiles, con una casa a medio hacer sobre un camión embanderado; las cigarreras, en treinta ómnibus, y niñas en un carro, vestidas de indias, recogiendo tabaco; los floristas, con un monte de flores; los cajistas, con banderas azules; los cerveceros, con hebra de trigo y lúpulo en los fieltros grises; los herradores, con una herradura roja en el delantal de cuero; los boteros de los canales, con un bote como aquellos en que los sorprende en el canal brumoso la mañana. Y cada grupo su enseña ingeniosa. Al fin, como una súplica más honda y elocuente que las palabras, un grupo de niños vestidos con miseria, y detrás, como pidiendo la libertad del aire y de la luz, un carro que imitaba un parque pequeño sembrado de árboles.

José Martí

*La Nación*,  
Buenos Aires,  
26 de octubre de 1887

[OC, t. 11, pp. 297-303]

171

# Desde los Estados Unidos

## Los sucesos

El Casino que Vanderbilt regala a sus trabajadores.-Chauncey Depew y Henry George.-Un hombre afortunado.-Un discurso de Vanderbilt y un obispo entusiasta.-Oposición creciente a los inmigrantes.-El Presidente en San Luis.-Incidentes.

Nueva York,  
Septiembre 3 de 1887

Señor Director de  
*La Nación*

SI EL PRESIDENTE, invitado por el Oeste entero, no anduviera bajo palmas del brazo de su esposa por las ciudades que lo reciben con cordial júbilo, con ferias y procesiones populares, con todas las galas nobles del trabajo; si cerca de San Luis, donde los esposos andan ahora sobre flores, no fuese candidato una dama que goza crédito de buen letrado para el puesto de magistrado de la Suprema Corte de Justicia; si no estuviesen llevando de club en club, con imperiales honores, al dibujante y al dueño del bravo *yacht* «Volunteer»,

de quilla móvil; que acaba de sacarle en la regata veinte cuerpos al escocés «Thistle», de quilla fija; si no acabasen de sancionar vigorosamente la política de Cleveland los demócratas de Nueva York, que se suponía le eran hostiles por no haber recibido de él suficientes empleos; si no se sintiera en la política visible de los partidos, compuestos ya para las elecciones de otoño, el viento de purificación con que todo partido nuevo, el partido de la tierra pública, de George y McClynn, crea los establos apestados; si no estuvieran abriendo sus puertas las asociaciones de jóvenes cristianos, las escuelas de noche, los talleres de aprendizaje industrial, las clases sensatas y vivas de Cooper; si no pardeasen ya en montones junto a los ventorrillos de café caliente, los

vendedores de diarios, anunciando los primeros fríos, lo más notable de estos días fuera acaso el casino suntuoso que ha abierto el nuevo jefe de la familia Vanderbilt para que lean, aprendan, bailen, se asocien y se distraigan en juegos lícitos los empleados de sus ferrocarriles.

¿Por qué no ha de entrometerse un verdadero signo de malestar social en la prisa con que esa nueva cabeza de esa estupenda fortuna quiere encariñarse por actos benévolos con los necesitados que pudieran censurársela? Estos Vanderbilt tienen de Mecenas a Chauncey Depew, americano desembarazado y agudo que ve venir para los ricos tiempos torvos, y quiere ponerse pronto con sus acaudalados amigos de lado seguro.

Este Depew, gran orador de sobremesa, es el que desde el pedestal de la estatua de la Libertad, amparándose de la fina lluvia con un casquillo de seda, habló sin caridad y fuera de tiempo, aunque en absoluta justicia, de los desesperados de otras tierras que se aprovechan

de la libertad americana para ponerla en peligro.

De un salto, aun en aquellos días de popularidad de Blaine, se puso al frente de la masa inquieta de gentes de caudal que ven discutidos por métodos constitucionales sus títulos a las tierras regaladas a leguas por los amigos complacientes del Congreso; que ven adelantar entre la gente de campo, contra lo que auguraban, esta idea de la tierra nacional, que por el abuso anterior de concesiones del dominio público ha ganado en dos años de propaganda enérgicos conversos; que ven propuesto por el tercer partido del Estado de Nueva York para Secretario de gobierno al que, en consecuencia de la lotería inmundia que con nombre de especulación se juega en la Bolsa, pide que pertenezcan al Estado, como los correos aquí y el telégrafo en otras partes, los ferrocarriles que a su juicio no deben ser propiedad privada porque descansan sobre tierra pública, ni repartir entre un grupo de accionistas privilegiados el producto de los terrenos, de la materia esencial y prima de la vía férrea, que pertenecen por su naturaleza a la comunidad.

Si ágil es George en propagar por el campo entusiasta su doctrina; en retar a sus adversarios económicos a que como Lincoln y Douglas la discutan en público con él, puño a puño, desde la misma plataforma; en aceptar a vuelta de correo el reto de un socialista alemán elocuente

que, acusando a George del individualismo humano en que se basa, lo desafía a debate oratorio sobre las ventajas que tiene en su pensar el socialismo puro; si es George ubicuo, si atrae a su voz el campo como la ciudad, si recorre el Estado entre muestras de apasionado respeto, no pregonando como dómíne, sino respondiendo llanamente a los que le preguntan, —Chauncey Depew, que por la fuerza de su mente ha subido de la más llana condición a candidato nato a la Presidencia de las clases conservadoras de los Estados Unidos, no perdona feria, reunión o simposio donde, explotando el miedo que las bombas anarquistas de Chicago han despertado en el país, no se burla con encono que ya disimula mal, con razones como aquellas que daban los esclavistas sobre la inefable ventura de los negros, de los hombres de piadoso corazón que, viendo crecer desmedidamente la miseria, quieren, con la política infalible de la justicia, extinguirla antes de que estalle.

«¡Ved a Cornelio Vanderbilt!», decía anoche Depew, como si tuviera enemigos delante, «organizar a los diecinueve años una sociedad de uno, y morir dueño de la mayor riqueza que acumuló con su trabajo hombre alguno! Y George Law, ¿qué tenía, más que un capacho de albañil? ¿Y Daniel Drew, con un par de terneros por única fortuna?» «¡No creáis, responde de lejos George, a los que para de-

mostraros lo venturoso de la condición general os presentan, sacados con pinzas de entre sesenta millones, dos o tres creadores de genio extraordinario, dotados del loco amor de sí, que empuja a los hombres, con poco que la mente ayude y la conciencia se desvíe, a los más altos puestos!»

En vez de un estado social donde unos cuantos hombres excepcionales se levanten por sobre turbas cada día más infelices, ¿no es lícito procurar, conservando en su plenitud los estímulos y el arbitrio propio del hombre, un estado donde, distribuyendo equitativamente los productos naturales de la asociación, puedan los hombres que trabajen vivir con descanso y decoro de su labor?

Bello es ver a un pobre mozo de campo levantarse, como Chauncey Depew, dueño sólo de la centella de sus ojos, a presidir, sin que el carácter se le endurezca ni la palabra pierda su flor, cinco mil empleados que entre humo y chispas recorren, sembrando pueblos, siete mil millas de suelo cultivado: ¡pero más bello será ver levantarse a los cinco mil empleados! Y ¿de qué valen espléndidos casinos, baños de mármol, palmas de México en las escaleras, candelabros artísticos, librerías que valen mucho, si para poder estar cerca de su labor tiene el empleado que arrinconar a su mujer joven y a sus hijos, a costa de lo más de su sueldo, en un inmoral tugurio? ¡No son

hospitales de los ojos lo que necesita la gente común, sino aire limpio para el cuerpo y para el alma; espacio, que ayuda a la honradez; esperanza, que predispone a la generosidad; calma, que es necesaria para la virtud!

Y la escena era curiosa anoche en el Casino. El verlo sólo, mejora: los edificios bellos son verdaderas cátedras. Por entre cuadros y palmas se sube a los suntuosos salones. Casi puede decirse que no tiene Nueva York club de desocupados más amplio y bello que el que Vanderbilt, con ásperas palabras, dedicó anoche en público, acompañado de Chauncey Depew y de un obispo protestante en frac y zapatos bajos, al regocijo e instrucción de sus trabajadores.

Y entusiasmó tanto al obispo la ceremonia, que cuando Vanderbilt acabó entre los vótores de la concurrencia reconocida su discurso desgraciado, saltó sobre sus pies, cortó en el aire con el brazo derecho un círculo vigoroso, y propuso tres hurras para el fundador, que fueron coreados de buena voluntad. «Eso doy, tómenlo; jueguen, lean, duerman, bailen, báñense»; tal fue, con pocas palabras más, el discurso de Vanderbilt.

Nada falta, en verdad, para ocupar allí, en gratos y nobles empleos, las horas de ocio. Hay cuartos de leer, con acopio de revistas y diarios. Hay una biblioteca que invita a pensar grande, con escalerillas que se pierden por el balcón de la

galería alta, cual por el aire, azulándose como él, se pierden los pensamientos, y en la biblioteca no sólo hay todos los libros de ferrocarriles, sino poesía y novela sana, historia, viajes.

En cuartos alhajados con esmero hay ajedreces, juegos de damas, dominós, pianos. Nada falta al gimnasio ni al boliche, donde las bolas ruedan por sobre madera rebruñida y fina. El comedor, sin ser estirado, obligará a los comensales, con tanto blanco y bronce, a la cortesía. Y baños no los hay mejores. Para los que tengan la noche libre, hay cuartos cómodos. Habrá clases de noche, conciertos y funciones de teatro, comidas solemnes en los días, comidas magnos del ferrocarril.

Iban y venían anoche mezclados por las bellas salas los empleados de saco azul, y las damas ricas recamadas de joyas.

En dos puntos se asemejan los discursos que con distinto propósito, van pronunciando George, candidato de los reformadores, y Cleveland, aspirante poco menos que confeso a la reelección a la Presidencia que, en su partido al menos, no parece pueda disputarle nadie. Y esta semejanza es la cordialidad con que hablan ambos de la población extranjera, y lo ancho que ven todavía el país, cuando apenas hay asunto más frecuente en diarios y discursos desde hace un año que el de la necesidad de poner coto al exceso de la inmigración.

Los republicanos no la apetece, por temer que con ella continúen viniendo de Europa los elementos anárquicos que ciertamente tienen azorada a la República: y los trabajadores, que ven en el partido republicano el partido de los monopolios y las concesiones descaradas, su más certero enemigo, concuerdan con él en el miedo al inmigrante, imaginando que según le dicen, corre peligro su salario ya escaso por una creciente competencia. Así las grandes empresas se sirven de la ignorancia de los trabajadores.

Pero ve mal quien no ve que de todas partes de la República continúa este clamor contra la inmigración excesiva, aunque ayer, con suma habilidad, le dio Cleveland elocuente respuesta, al saludar en la ciudad de San Luis, la rival de Chicago, «una ciudad creada en una sola generación por el trabajo extranjero». El Sur no tiene inmigrantes. En el Oeste ha dado el Congreso a favoritos y ferrocarriles lo mejor de las tierras. En el Este, la abundancia de obreiros tiende sin duda a las interrupciones de la labor y a la baja de los salarios. ¿Adónde irán los inmigrantes, si la industria, no aliviada todavía por la tarifa, no adelanta en relación al aumento de trabajadores, si las tierras apetecibles andan ya tan escasas?

¿Adónde irá la República, se pregunta el americano genuino, con estas marejadas de odio que nos vienen de Europa, con



estos entes contrahechos, que vienen hablando lenguas bárbaras de las vecindades de Turquía, con estas barcadas de gitanos que llegan aquí sin más aperos que sus tiendas?

De eso viene el ceño con que se recibe toda tentativa de perdón para los anarquistas de Chicago, que van ya a entrar en la vela de muerte, aunque de público se sabe que no está entre ellos el que lanzó la mortal bomba. De eso vienen los partidos que por espontáneo movimiento surgen para protestar contra la inmigración continua en casi todas las ciudades importantes. De eso viene que mirando Cleveland con razón a los inmigrantes sanos como la levadura de la República, no perdona ocasión de adelantar por grados su proyecto de abaratar la vida con una reforma de la tarifa racional, sin poner en peligro las industrias; de recabar para el Estado cuanta tierra se dio a ferrocarriles u otras empresas por motivos oscuros; de abrir al blanco la tierra inútil reservada hasta hoy al indio. De eso viene que ya circule con

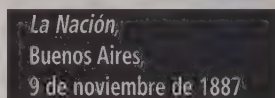
favor, como tentando la opinión pública, el plan de exigir que cada inmigrante venga provisto de certificado del cónsul, que no dará éste si el inmigrante no resulta ser, bien por el cuerpo pobre o la política envenenada, un gusano que venga a roer la República.

En tanto, Nueva York está contento: la Sociedad contra la Pobreza celebra en Madison Square una feria de hadas, adonde va Nueva York entero, atraído por los villorrios alegres y juegos ingeniosos con que las fieles secuaces de McGlynn, en sedas y terciopelos, levantan fondos para pelear por las vías de la Constitución contra las causas de la pobreza: allí se vota por el periódico más leído, por el político más popular, por la mujer más hermosa: Rebeca guarda el pozo, una niña protestante cuida unas ovejas: confúndense en verdadero entusiasmo, con simpatía no limitada ya a los humildes, las menos amigables religiones.

Un velocipedista que dio la vuelta al mundo dice en una

conferencia descosida que notó en su viaje cómo los pueblos que consumen más licor son los predominantes; se burla del manso hindú, y como prueba de la bondad del licor presenta al Jat fiero, traidor a la India, amigo del inglés. Un diputado rico, que por su fama de chistoso ha malogrado su carrera, pronuncia una conferencia humorística sobre Turquía; y no halla impropio de su decoro de legislador iniciarla con un pronunciadísimo *salaam*. Un chino, vestido de mandarín, va a ir por los pueblos explicando en inglés por qué se ha convertido a la religión cristiana.

José Martí



[OC, t. 11, pp. 279-286]

172

# Cartas de Martí

Centenario de la constitución de los Estados Unidos.-Grandes fiestas en Filadelfia.- Los Estados Unidos en 1876.-La obra de la organización.-Washington y Franklin.

Nueva York,  
19 de septiembre de 1887

Señor Director de  
*La Nación*

**P**OR QUÉ HAN de describirse en día nublado las fiestas con que celebran los Estados Unidos el aniversario de la Constitución que los ha hecho gloriosos? Filadelfia, que vio en 1778 la traidora *meschianza*, —cuando sus hijas disfrazadas de moras bailaron en salones recamados de espejos con los oficiales ingleses, vestidos de oro y negro o de seda blanca y roja, para el torneo con heraldos de dalmática en que despidieron a Sir Howe,<sup>420</sup>—con colosales juntas públicas ha conmemorado hoy, con procesiones históricas, con pompa industrial, populosas juntas, plegarias solemnes el día en que, acomodando en un

código prudente sus tercas diferencias, los hombres educados en la libertad imaginaron un gobierno digno de ella. Los pueblos crecen en estas grandes fiestas; y aun los míseros que aspiran a la libertad, sin hallarle sabor en tierra ajena,<sup>a</sup> sentían como un grato frío de aurora, como un dichoso temblor de héroe, cuando a la limpia luz de la mañana, fue la ciudad saliendo de la noche, vestida de banderas. Bella es Filadelfia siempre, y más si se la mira desde la torre de su nueva Casa Pública, destacando su masa alegre de edificios rojos, ceñidos por el claro y manso río, sobre el cielo de fijo azul que cobra majestad<sup>b</sup> mayor de aquellas esmeradas y pródidas llanuras; pero la ciudad de mármol y ladrillo tenía en estas fiestas aquel realce de gracia que da el inefable orgullo de las bodas: y los hombres, que ni

ante los muertos sofocan sus enemistades, se olvidaron de ellas para conmemorar la forma de gobierno a que deben su ventura,—lo que no han hecho acaso por egoísmo, sino por el placer divino con que saludan los humanos, torvos aún y confusos, cuanto adelanta y consagra su persona. Las casas hablaban: lindas cuáqueras prendían al amanecer las últimas guinaldas y colgaduras: y los que primero se echaron a las calles, fueron los viejos. La vida tiene horas de oro, en que parece que el sol sale en el alma, y como ejército que asalta, escala y bulle la gloria por las venas. Se rompe en risa y llanto, y con la fuerza del pecho se abatiría una fortaleza.

Hace cien años, vio Filadelfia, vestida entonces de calzón de pana, vestón de seda y chupa de tirilla, las mismas iras, discordias y querellas que los latinos ignorantes, enfermos de destemplada admiración, tie-

a. En LN, siempre: «agena».

b. En LN: «magestad».

nen por patrimonio exclusivo de su raza. Por cada hebilla de zapato había una opinión hostil en la junta convocada por el Congreso inerte, a fin de reunir bajo un gobierno de poderes reales los trece Estados distantes y celosos que por amor excesivo a su soberanía anulaban con su rebelión o indiferencia las medidas nacionales que en vano dictaba el Congreso de la Federación, sin fuerzas por los artículos de 1781 para hacer cumplir lo que recomendaba. Era la burla pública el Congreso. Cada Estado, rico y populoso como Virginia o raquítico e insignificante como Rhode Island, tenía un voto. La nación era de aire, y los Estados se negaban, so pretexto de pobreza, a pagarle su cuota. No había modo de que los Estados acatasen las leyes enfermizas que acordaba el Congreso para trabar por un comercio equitativo las antiguas colonias, desunidas por los celos y los productos rivales. La Nueva Inglaterra, que levantaba ya sus industrias, desobedecía las leyes que pudieran favorecer la agricultura del Sur. El Sur agrícola quería el comercio libre con Europa, contra del Este marino, que apetecía para sí todo el tráfico de agua.

No había moneda común, que unos querían y rechazaban otros. Por sí, no podía vivir ningún Estado; pero, engolosinados con su soberanía inútil, se negaban a fijar en el código la unión indispensable a su exis-

tencia. La única forma visible de la nación era el Congreso, que servía sólo para demostrar su ineficacia. Los grandes, que como siempre, eran pocos, recomendaban a sus conciudadanos con angustia la conveniencia de poner término con un gobierno nacional efectivo, a aquellas disensiones recientes que amenazaban la Unión sin fortalecer los Estados, ni aprovechar más que a los politicuelos criminales que cultivan con pompa sagrada las pasiones. Cada Estado tenía un dueño de almas, a quien importaba más ser caudillo en su conuco que figura secundaria en una gran República. Los caracteres prominentes, deslucidos a veces por rivalidades indignas, coincidían, por la inevitable fraternidad de la grandeza, en el deseo de fomentar un pueblo glorioso, antes de que los intereses en apariencia hostiles se superpusieran a las virtudes. Hamilton,<sup>421</sup> con aquella marcial compostura de su entendimiento, demostraba, bajo el nombre de «Phocyon», la necesidad de que los Estados se juntasen bajo un gobierno fuerte: entonces se escribía con nombres antiguos:<sup>a</sup> Phocyon declaraba, los Publius explicaban, Helvidius contendía con Pacifiús: había Honestus, Camillos, Leonidas: Roma y Grecia imperaban, como en Francia: la juventud se precipitaba en los moldes de Plutarco, ansiosa de asemejarse a sus héroes: Madison<sup>422</sup> se sabía al dedillo los de-

bates del ágora, los discursos de Cleón, las leyes de Lycia. Pero Washington no aprendía en pergaminos, sino en la vida, la política: rogaba en sus cartas, urgía en sus discursos, propagaba en sus viajes, miraba por la unión de los Estados como hubiera mirado por la de sus hijos. Y Franklin, como él, ponía su nombre, limpio de cola y polvos como su venerable cabellera, al pie de aquellas sabias misivas que con su amable influjo esclarecían en pro de la Constitución nueva los entendimientos, y se entraban como cariños por los corazones. «¿A quién había de ir a saludar Washington cuando vino entre arcos de triunfo a presidir la Convención de Filadelfia, a quién sino a Franklin?

De su coche de gala, que era un globo dorado, bajó a verlo, antes de dejar en la posada el sombrero de tres picos, antes de correr el embozo de seda roja de su capa azul. Él que había defendido la nación se juntaba para salvarla con el que la había preparado. ¿Qué podrían contra aquella augusta benignidad los eruditos dañinos, los políticos interesados, los imaginadores verbosos?: ¡lo que la serpiente que quiere morder el rayo de sol que denuncia sus escamas!

Al fin, el Congreso daba licencia para revisar los artículos inútiles de la Confederación:

a. En LN, coma.

la Convención Mercantil convocada por Nueva York para remediar el desorden del comercio, se convertía en la suspirada Convención Nacional para dar nuevas bases y funciones al gobierno. Desde Penn, en 1698; desde d'Avenant y Livingston,<sup>a</sup> de quienes no ha querido hablar Bancroft; desde el folleto de un hijo de Virginia sobre el «gobierno de los establecimientos ingleses»; desde Lord Stairs y Daniel Coxé, que quisieron echar las colonias unidas sobre Francia; desde el «plan de Albany» de Franklin,<sup>b</sup> que aprovechó en bien de las colonias el odio y miedo que tenían a Inglaterra los franceses; desde el Congreso de 1775, que proclamó los Estados libres, puso en manos de Jefferson la pluma con que trazó sobre un escritorio de mujer la Declaración de Independencia, y aprobó, a propuesta de Franklin mismo, los artículos de la primera Confederación, ¿no venían agrupándose naturalmente, como miembros de un mismo cuerpo, los Estados? «Unión o Muerte» decía en aquellos días un dibujo que representaba una serpiente dividida en trece pedazos.

Aún se recuerda el instante en que Franklyn con las canas sedosas caídas sobre la tirilla de su chupa parda, salió a la puerta de su casa de techo de pizarra de la mano de Washington, que sin hablar le dijo adiós, y lleno de esperanza sublime entró, descubierta la cabeza, en su coche dorado.

Allí se habían reunido, unos en casaca de paño negro o verde, otros de calzón de terciopelo y cuello y puños de encaje, los próceres, los letrados, los comerciantes, los mercaderes, que los Estados, descontentos del descrédito e impotencia del gobierno federal, enviaban para discutir el modo de robustecer la Unión sin que perdieran la soberanía sus partes. Allí esclavistas y abolicionistas: allí criadores de arroz, armadores y manufactureros: allí nacionalistas y provincialistas: allí oradores típicos y organizadores prácticos.

Allí el impetuoso Hamilton, en quien la elegancia contenía el valor y la gracia el genio; sagaz, incansable, de talentos múltiples; cauto en obrar y hablar; hijo de escocés y francesa; precoz, como nacido en zona cálida; fundador y sensato de la hacienda; hombre de arriba, de brillo y de pompa; acusado de desear la monarquía; no limpio de culpa; muerto luego de un balazo.

Allí Madison, valioso asesor; muy metido en letras, cargado de historia, ponente preclaro y persuasivo, de juicio tan seguro que le brillaba lo original por entre montes de retórica ridícula, capaz de odiar a Washington.

Allí Martin, de fama fugaz como su palabrería, célebre entonces y seguida de vanos aplausos: llenaba horas, arrebatada al vulgo, remedaba la grande elocuencia, prorumpía<sup>c</sup> en estu-

diados apóstrofes, era servido por las pasiones a que servía, después de hablar él todos se preguntaban: «¿qué ha dicho?».

Allí Morris, Gouverneur Morris, cuya mente no tuvo niñez, conocedor sutil de los móviles de los hombres, piloto frío y feliz en los debates, creador de fórmulas dichosas, consejero de reyes y de repúblicas, fino en vestidos, empréstitos y madrigales.

Allí Patterson, díscolo y fecundo, defensor de Estados y pleitos pequeños, proyectil que los enemigos natos de lo grande hallaban siempre a mano, compuesto para dividir, como todos los que son incapaces de fundar, abogado terco del plan de New Jersey, de la soberanía absoluta de los Estados.

Allí Randolph, dramático y vistoso, más pronto a perorar que a meditar, desposeído del carácter, que hubiera dado belleza permanente a sus bravos impulsos, defensor ágil del plan de gobierno nacional enérgico, el plan de Virginia; desdichado ministro.

Allí Gorham, riquísimo comerciante, hombre hecho a sacar argumentos de la realidad; enemigo colérico de la esclavitud, con la que se negó, como Rufus King, a acuerdos ni pactos: «Lo que ha de ser mañana, sea ahora. ¡qué Repú-

a. En LN: «Livinstone».

b. En LN, siempre: «Franklyn».

c. En LN: «prorumpía».



blica es ésta, llevada en hombros de esclavos! icómo la "meschianza" de los ingleses, donde iban los negros con argollas al cuello!».

Allí los fraseadores profundos, los componedores de mente judicial: Ellsworth y Rutledge, que con Gorham, Randolph y James Wilson bosquejaron la Constitución: Roger Sherman, zapatero al principio y luego abogado, juez, firmante de la Declaración de Derechos, de la de Independencia, de los artículos de la Confederación: Johnson, famoso universitario, con honores de afuera, de los ingleses mismos: James Wilson, que aprendió en<sup>a</sup> d'Aguesseau y Montesquieu,<sup>423</sup> y en cuyo brazo se apoyaba Franklin.

Es moda nueva, moda de esmalte, moda de puro barniz, suponer que los accidentes de educación y clima pueden alterar la esencia de los hombres, iguales en todas partes, salvo lo que les pone o lo que no les ha puesto<sup>b</sup> la vida acumulada de las generaciones. El maíz habla como la carne. El rubio odia, engaña y cacarea como el trigo. El norteamericano se apasiona, se exalta, se rebela, se aturde, se corrompe lo mismo que el hispanoamericano.

¡Viérasele en la Convención! Cada cual traía un plan. Este llamaba demagogo a aquél. Aquél llamaba monárquico a éste. De trece Estados, tres se negaron a venir. De tres delega-

dos de Nueva York, dos abandonaron la Convención enfurecidos. Un Estado no tenía con qué pagar el viático a sus delegados. «¡Tiranos!» decían los Estados pequeños a los grandes: «¡Nos rebelaremos contra la Unión!»-«¡Rebélense!»-«¡Antes que ceder al plan de Virginia nos someteremos a un déspota extranjero!» Los discursos se decían por centenares: Madison solo pronunció 198. El desorden llegó a ser tal, y con tal ira terminaban las sesiones, que Franklin,<sup>c</sup> menos cordialmente respetado de lo que se debiera, propuso abrir el día con una plegaria.

Había momentos en que se temía una riña general. Evitábanla enviando a una junta escogida las cuestiones candentes. Ante la junta los intereses se balanceaban; las frases se estiraban y encogían; las heridas del deseo se curaban con halagos a la vanidad: Cuando la ira volvía a estallar: «¡Válgame Dios!» decía Franklin, se encerraba un domingo a preparar un discurso prudente, lleno de apólogos sagaces, y lo que aquietaba y convencía no era el discurso mismo, sino que el anciano hubiese puesto tanta alma en él que ya al leerlo le faltaba la voz, y dejándose caer en un sillón, lo dio a leer a Wilson.

Los discursos eran, después de esto, moderados y tímidos. En vano, cansados de la justicia como los griegos, se burlaban algunos parricidas de los «grandes nombres».

Y aquel debate, natural en las condiciones políticas que lo producían, dio fruto vivo por su misma fuerza. No ha de temerse la sinceridad: sólo es tremendo lo oculto. La salud pública requiere ese combate en que se aprende el respeto, ese fuego que cuece las ideas buenas y consume las vanas, ese oreo que saca a la luz a los apóstoles y a los bribones. En esos debates apasionados los derechos opuestos se ajustan en el choque, las teorías artificiosas fenece ante las realidades, los ideales grandiosos, seguros de su energía, transigen con los intereses que se les oponen. Los trece Estados diversos, en la necesidad de vivir juntos, con elementos hostiles, de crear un gobierno nacional sin privar a los Estados de su soberanía, decidieron acomodar sobre las bases reales sus pretensiones extremas, después de luchar cada uno desesperadamente por salvarlas.

«Todos desean, todos esperan algo de nuestra Convención», decía Washington desde ella en carta a un amigo, «pero mientras se batalle con tanto fuego por la soberanía absoluta de los Estados, mientras las miras locales y el interés especial que influye en cada uno

a. Las tres últimas palabras ilegibles en el microfilme. Se sigue la lección de *OC*, t. 13, p. 318.

b. En *LN*, coma.

c. En *LN*, siempre: «Franklyn».

con exceso, no cedan<sup>a</sup> a una concepción más elevada de la política, la incompatibilidad entre las leyes de los Estados diversos y su falta de respeto al gobierno general, han de tener a este gran país débil, impotente y en desgraciada condición». Esa pelea rabiosa de cada Estado por su peculiar interés, ese miedo de los Estados pequeños a perder por la liga de los grandes su independencia; esa repulsión de cada Estado a arriesgar su especial riqueza o someter sus instituciones, aun la inhumana de la esclavitud, a las conveniencias generales, mantuvieron en lidia fogosa a la Convención Constitucional, pusieron hasta el último instante en peligro la suerte de sus debates, y si bien impidieron el triunfo inmediato de los ideales generosos, lograron descubrir, con una novedad precisa en la doble naturaleza varia y una de la nación recién nacida, la única forma viva en que podrían preservarse con gérmenes de mejora y vigor de realidad los elementos indestructibles y diversos que se oponían a una unión más pura.

Pero la guerra enorme que a los tres cuartos de siglo fue indispensable al fin para decidir el pleito entre las secciones rivales, guerra que hubiera sido al empezar la Unión igual en resultados y menos cruenta, enseña que si cabe transigir en meras suspicacias, orgullos e intereses, no hay transacción fecunda ni sancionada por la

historia en lo que acorta y tortura la esencia del ser humano.

En la justicia no cabe demora: y el que dilata su cumplimiento, la vuelve contra sí. La experiencia política así lo falla, no el mero sentimiento. ¡Urge ya, en estos tiempos de política de mostrador, dejar de avergonzarse de ser honrado! Los pícaros han puesto de moda el burlarse de los que se resisten a ser pícaros. La política virtuosa es la única útil y durable.

Era grande el encono de los convencionales.

Unos iban a crear un gobierno nacional vigoroso: otros iban a estorbarlo. Unos a sostener la igualdad primaria y absoluta de los Estados ante la Unión; otros a sostener la prioridad de los derechos naturales del hombre sobre los de la entidad abstracta de los Estados. Unos iban a procurar el comercio forzoso entre los Estados unidos;<sup>b</sup> otros a resistirse a toda obligación que pusiere trabas a su comercio libre con el extranjero.

Los Estados pequeños acusaban a los grandes de intentar su absorción, e insistían, para que no desapareciese la igualdad ficticia, en que en el gobierno nacional tuviera el mismo número de votos cada Estado.

Los Estados grandes preguntaban con asombro cómo en el gobierno de una nación podían tres millones de hombres en un Estado tener el mis-

mo número de votos que doscientos mil de otro. Los Estados que mantenían la esclavitud, ansiosos de hacer valer a los negros como hombres para aumentar su representación, insistían en que se les reconociese como agentes de producción de riqueza, para traerlos de África libres de derechos; a lo que se negaban los Estados de población libre, que veían en la importación ilimitada de esclavos y en la representación de los negros, el peligro de que los Estados esclavistas imperasen con este recurso falso e inhumano en el gobierno de una nación fundada para el triunfo de la humanidad. Los Estados de la costa, ganosos de dar empleo a sus buques, querían facultar al gobierno de la nación para que impidiese en las aguas americanas el predominio de la bandera inglesa, a lo cual se oponían los Estados agrícolas, temerosos de que este monopolio de la marina americana produjese un alza irremediable en el costo del añil y del arroz que enviaban a Europa.

¿Cómo acercar los partidarios de la representación por Estados a los defensores del voto personal? ¿Cómo conciliar los Estados del Norte y el Este, partidarios del voto libre exclusivo, y<sup>c</sup> los del Oeste, que ya ape-

a. En LN: «ceda».

b. En LN: «Estados Unidos».

c. En LN: «el».

d. En LN: «a».

teían la esclavitud para cultivar sus tierras, y los del Sur, que se anunciaban<sup>a</sup> dispuestos a abandonar la Unión si se negaba representación a los esclavos? ¿Cómo avenir el Este, que anhelaba amparar su marina, con el Sur, que resistía su imperio?

Esas fueron las luchas de los cuatro penosos meses que duró la Convención: había injurias, amenazas de separación, desafíos, puños alzados. Lo demás eran cuestiones menores:—si habría tres poderes, o una Suprema Legislatura que fuera judicial y legislativa,—si el Ejecutivo sería de uno o de tres, temporal o vitalicio, electo por el pueblo o por la Legislatura,—si el Poder Legislativo tendría una Cámara o dos,—si los de la Cámara llana serían elegibles a los veinticinco años o a los treinta,—si los senadores servirían nueve, siete o cinco años o durante su buena conducta. Mas por airados que fuesen, como solían ser, estos debates, y los de la presidencia sobre todo, ninguno levantó tormentas como las que sacudían la Convención cuando chocaban los intereses vitales, o la cuestión de soberanía<sup>b</sup> de los Estados. Tres fueron las batallas mayores, y tres los compromisos. Impotentes para vencerse, acortaban disputas reconociéndose sus intereses vitales.

La batalla de la soberanía de los Estados fue la primera, mantenida por el plan de New Jersey, y opuesta por el de Virginia: Hasta la palabra «nacional» era odio-

sa a los Estados pequeños: Virginia excluía la representación por Estados: New Jersey se negaba a la representación personal: los Estados pequeños alegaban que la Convención no tenía derecho a crear una Unión nueva, sino a reformar la primitiva: los Estados grandes niegan que sean ellos los que puedan combinarse, teniendo cada uno interés distinto: «los pequeños son los que se combinan»:—«Nos ahogarán los Estados mayores»; «si accedemos a la representación personal»:—«¡Cómo!», replican los estados mayores, «hemos de consentir» en tener representación igual en el gobierno de la nación cuando le pagamos mayor cuota para su sostenimiento, cuando la cuota se impone sobre la población a que se le niega voto en lo que paga?» Entonces, en la paz de la junta de examen, ayudó Franklin con sus chistes y llanos ejemplos al triunfo de aquel primer acomodo que dio pie y modelo a todos los demás: allí surgió la idea realmente nueva de la Constitución americana, sugerida por la especial composición de las entidades desiguales políticas a que habría<sup>c</sup> de aplicarse: allí, reservando el voto sobre asuntos del Erario a la representación personal, a los Estados que más podían padecer de él, se imaginó el Congreso de dos Cámaras, una de representantes de la población a un voto por cada cuarenta mil y otra de representantes de los Estados, que con

la primera discutirían las leyes nacionales.

Cien años ha vivido el acomodo; y como que los Estados tienen entidad real, como la desigualdad entre el Senado y la Casa de Representantes en el derecho a votar el presupuesto, que ésta se guarda, corresponde a una desigualdad de población verdadera, subsiste y ayuda al equilibrio de esta noble máquina de gobierno la representación de los Estados, cuya ley interior, arreglada a sus peculiaridades y hábitos, facilita el trabajo gubernamental, puesto que lo divide y alimenta en círculo bastante<sup>d</sup> las vanidades y ambiciones cuya concentración es amenaza perpetua para las repúblicas.

Pero no bien se había acordado, con calma volcánica, la representación personal, estalló la ira de nuevo, y los Estados alteraron sus puestos de combate, en cuanto el Sur pidió representación para los negros. «¿Para qué la pide, pues que los negros no tienen allí persona, sino para influir fuera de su derecho en los Estados que están limpios de esa mancha?»

Ya la lucha no era entre los Estados pequeños y los grandes; sino entre los libres y los esclavistas. Uno quería dar a los negros voto entero: otros darles

a. En LN: «anunciaba».

b. En LN, coma.

c. En LN: «había».

d. Errata en LN: «bastantes».



tres quintos: el Sur alegaba que la esclavitud, que añade a la riqueza de la nación, debía estar representada en su gobierno. «¡Conque<sup>a</sup> por ser inhumanos y perezosos,<sup>b</sup> contestaban los Estados libres,<sup>c</sup> tendréis más representación que nosotros, que somos humanos y trabajadores?» Morris propuso que la cuota de los estados se impusiese conforme al número de representantes. Si con la amenaza de una cuota sobre nuestros negros se nos quiere negar su representación, me aparto de la Convención», dijo la Carolina del Norte. Si la Carolina se apartaba como faltaban tres Estados más, la Convención quedaba sin poderes, según los mismos artículos en cuya virtud se había reunido. Hay que ceder, pues King y Gorham no ceden: «¡La conveniencia no nos puede hacer cómplices de la inhumanidad!» Pero cede el Congreso: «La cuestión no es de humanidad; la cuestión es que si la Carolina se separa, se desvanece la Unión.» Se llega al otro acomodó: el número de representantes corresponderá al monto de la cuota directa del Estado: ambos se basarán sobre la población: en la población se contarán todos los blancos y tres quintos de los negros.

Han pasado cien años, y este arreglo no ha vivido, porque no nació de lo real y constante, sino del<sup>d</sup> caprichoso reparto de poder sobre la base innatural y transitoria del cri-

men: y lo funesto de aquella concesión hecha al crimen por el miedo se ve en la lucha sorda y creciente que en los Estados esclavistas entablan contra sus dueños de ayer, aún soberbios y crueles los millones de emancipados incultos que sin aquel aciago arreglo no hubieran nacido.

No sin amenazas se obtuvo que los Estados menores no se saliesen aquí de la Convención; y ya lucía el sol rojo de agosto cuando<sup>e</sup> los convencionales, impreso con anchos márgenes e interlíneas, el bosquejo de la Constitución bien distinto por cierto, fuera de los acomodados esenciales, del que el día 17 de septiembre firmaron con orden solemne aquellos que supieron someter su soberbia al bien público.

Notas se tienen apenas de aquellos debates animados en que, atendido ya de lo real, ostentaron los eruditos sus nociones de historia y los demagogos fingieron alarma, y con terco pudor opusieron los amigos del hombre todo asomo de ataque a la libertad esencial a su ventura. Al presidente le quitaron fuerza y títulos: confirmaron la libertad de la prensa: desaprobaron el alojamiento de tropas en tiempo de paz: y en esas noblezas estaban, cuando, agrupándose de súbito según sus intereses los estados, salió a debate el poder del congreso nacional sobre el comercio.

Que el Sur no traiga negros de África. Que pague de-

rechos si los trae. Que no debe pagarlos porque son productores de riqueza pública. Que la Carolina del Sur y Georgia abandonan la Unión si los negros que importen han de pagar derechos. Que se les arruina su agricultura si se les prohíbe importarlos. Más que llevar tendrán los barcos del este, mientras más negros haya. King y Gorham hallan magníficos acentos para negar que prospere un país de esclavos. El Este pide que el congreso pueda favorecerle su marina mercante. El Sur se opone. El Sur niega al congreso el poder de pechar las exportaciones. El Este, a cambio del asentimiento del Sur al poder del congreso para dar leyes de mar, accede a negarle el derecho de pechar las exportaciones y la entrada de esclavos. ¡Así, por regateos, no todos dignos, quedó sancionada aquella constitución que a Gladstone le parece «la obra más poderosa que de un solo arranque haya producido en el arte el gobierno el espíritu humano».

Ya van a firmar. Ya Washington, que no dio muestras jamás de esa familiaridad propia de los que cortejan las turbas, parece, aun a los que no lo aman,

a. En LN: «Con que».

b. En LN, cierre de admiración.

c. En LN, a continuación, abre la admiración.

d. En LN: «de».

e. En LN, coma.



que a su propia vista se transfigura y diferencia del resto de los hombres. Ya el Secretario Jackson le da la pluma, humedecida en el tintero de plata, y todavía tienen proyectos que oponer! ¡Ya piden nuevo Congreso! ¡Ya están proponiendo enmiendas! Franklin, con su modo de padre, invoca en aquel tono humilde nunca desoído, la prudencia de los descontentos. Morris halla la fórmula apetecida: Acordada esa convención por el consentimiento unánime de los estados presentes, Washington pone el primero su nombre: «No creí, cuentan que dijo, que llegaríamos a esto sin sangre.» Los delegados van firmando por el orden geográfico de sus Estados. Dieciséis se niegan a firmar. Franklin se acerca a la mesa presidencial, bajo cuyo dosel había pintado un sol. «Nunca acerté a entender, dijo, si este era sol naciente o sol poniente; pero ahora veo que es sol que nace!». Y dos años después, todavía un Estado reacio se negaba a entrar en el «buen barco de la Constitución», a cobijarse bajo el «techo nuevo».

La sangre que Washington esperaba vino después. Aplazar no es resolver.

El crimen, el crimen de permitirlo, trae<sup>a</sup> siempre sangre. Pero la Constitución americana, prosperando a pesar de él, enseña a los pueblos que sólo echan raíces en las naciones cédigos que nacen de ellas; y que así como los artículos de la Con-

federación cayeron en ridículo y desuso por ser imitación postiza de las ligas griegas, así las púrpuras extrañas pueden podrir el lienzo no dispuesto a recibirlas, ni necesitado tal vez de más colores que los que echa en él el ingenuo sol nativo.

Veamos, veamos la más bella de las procesiones con que celebra Filadelfia el centenario.

No es la de militares: tribunas embanderadas rodean la plaza central: pasan uniformes, cascos, fusiles: el presidente Cleveland no ve más que sombreros levantados. ¿Cómo estás, viejo? le dice dándole la mano un mozo: al presidente de la suprema corte lo echa atrás rudamente un policía: la marina lleva pantalón blanco y sombrero rojo, la esposa del presidente los ve pasar desde un balcón, vestida de seda negra: va la milicia azul, recogiendo himnos: la esposa del presidente saluda con el pañuelo a los cadetes huérfanos: artillería, banderas, caballos, veteranos.

No es la fiesta oratoria, celebrada en estrado gigantesco en medio de la plaza: oró el obispo protestante, con túnica de seda negra, estola morada, y bonete chato de negro terciopelo; no halló Cleveland las palabras nacionales que requería el enorme suceso: el juez Miller, orador oficial, lee infortunadas diatribas contra los que, en las agonías de Europa, no hallan tiempo para tener fe en la libertad: un negro man-

tiene un quitasol abierto sobre el manuscrito: el juez antes de leer, se preparó una bebida de un vaso a otro con sus propias manos. Dos mil niños corearon el himno nuevo de la república, himno sin alas. Bendice la fiesta el cardinal de Baltimore, vestido de encarnado.

Pero la procesión singular fue la de las industrias, como eran hace cien años, como son ahora. Pasan ridiculeces, pasan grandezas, están pasando durante nueve horas. Ahí va un grupo de continentales: tricorne, chupa azul de vueltas rojas, calzón blanco, polaina negra: y así eran los que, con Washington y Lafayette a la cabeza, rindieron a Cornwallis! Llevan en andas una miniatura de los padres de la constitución: Franklin se está acercando a la mesa: Washington está firmando: Hamilton, mira, de pie: ¡se sentaba poco, Hamilton! Los carpinteros llevan dos templos, con trece columnas uno, los trece estados de antes; otro con treinta y ocho, los treinta y ocho de ahora. Un arado de 1818, y mil arados de hoy, en grandes carros de anuncio: «La joya del Este», «El Rey del Oeste», «El Soberano». Una arrogante sembradora lleva delante un labriego antiguo, que va regando a puñados de un saco la semilla. En el carro que sigue van imprimiendo, distribuyen-

a. Errata en LN: «traen».

do letras, hirviendo tipos. Esto que aplauden es la escuela india de Carlyle: niños y niñas indias van en los carros en sus labores de escuela: unos dibujan, otros tallan, otras cosen y escriben: detrás de los últimos, doblados sobre sus pizarras, cabalga una tribu salvaje, pintada en guerra, envuelta en sus frazadas de colores: en un carro van indios de antes y colonos, fumando sobre el tratado recién hecho el catumete de la paz. Junto a una sierra mohína, que corta al día ciento cincuenta pies, pasa silbando, con real magestad [*sic*], una máquina de aserrar que abate al día cuarenta mil pies. Los gremios todos, centenares,

miles, décimos de miles, con sus aperos al hombro. Tras de unos negros de ayer, recogiendo algodón medio desnudos, van los buenos artesanos negros que tienen tienda próspera en Filadelfia, un relojero, un ebanista, un encuadernador. En el lomo de una monstruosa águila dorada van unos caballeros de lanza y rodela, con el casco sobre los muslos o la lóriga desabrochada. Ahora siguen los carteros, como mil doscientos; los de la casa de moneda, de negro y guantes amarillos; un mensajero sorprendiendo a un ladrón que abre la caja que lo delata: ¿quién cuenta lo que sigue? invenciones de anunciar; tejedores de

alfombra, con alfombrillas por delantales; ovillos gigantescos; un pastor de ovejas; un telar rodeado de tejedoras lindas; tras de la diligencia de ayer, cuarenta caballos arrastran una locomotora: ¡no es la locomotora la más bella! Y vacío, porque no hay nadie que pueda ocuparlo con justicia, cierra la procesión el coche dorado de Washington!

José Martí

**La Nación,**  
Buenos Aires,  
13 de noviembre de 1887

[Mf. en CEM]

173

# La República Argentina en los Estados Unidos

Un artículo del *Harpers Monthly*

Nueva York,  
octubre 22 de 1887

Señor Director de  
*La Nación*

DE DOS AÑOS acá se nota en los periódicos de los Estados Unidos deseo marcado de conocer los países y recursos de nuestra América, que les parece campo necesario, cuando no obligado, para los productos excesivos de las industrias norteamericanas; sin que a estas averiguaciones de riquezas y costumbres haya presidido aquella cordial afición que a nuestros países cortesés y caballerescos enamora, y nos induce a sacrificar en pago de ella el propio interés; antes bien, nos estudian e historian a meras ojeadas, y con mal humor visible, como noble apurado que se ve en el aprieto de pedir un favor a quien no mira como igual suyo. Así es que,

siendo en verdad admirables la mayor parte de los pueblos de nuestra América por haber subido, entre obstáculos mortales a su condición presente, de los más oscuros y opuestos orígenes, no pasa día sin que estos diarios ignorantes y desdenosos no traten de pueblecillo sin trascendencia, de naciones de sainete, de repúblicas sin ciencia ni alcance, de «pueblos de piernas pobres»; —como decía ayer Charles Dudley Warner hablando de México,— «escoria de una civilización degenerada, sin virilidad y sin propósito!»

¡Este Warner merecería que se le pusiera, como en tiempo del Cid, la mano en la barba! ¡Lástima de estilo el suyo, porque de veras escribe con cierto calor, precisión y viveza, en todas partes raras! La civilización en México, como en toda nuestra América, no decae, sino empieza. Tendrá el carácter de nuestra naturaleza, de pampa y

de ombú. De sobre un cesto de hidras ha levantado la civilización en nuestra América, con brazos que esplenderán en lo futuro como columnas de luz; un puñado de hombres gloriosos, de apóstoles marciales, de mentes enciclopédicas, de universitarios redimidos.

¿Qué ha sido en México la civilización contemporánea sino la heroica, pelea de unos cuantos ungidos contra los millones inertes, contra privilegios capaces de ampararse de la traición, y de vender al extranjero su república? ¿Qué, civilización heredó México, heredó toda nuestra América, cuando ya tenía brío propio para declararse libre? Más han hecho nuestras tierras en subir, a donde están, que los Estados Unidos en mantenerse, decayendo tal vez en lo esencial, de la maravilla de donde vinieron.

Dudley Warner ve bien los detalles; pero ¿de qué le sirve, si no ve con cariño? Pinta bien lo que ama, los lagos celestes,

los sembrados lucidos, los coros de montañas, arrebujadas como las vírgenes en velos vaporosos; mas el mérito no está en eso, pues para eso no hay nada que vencer, sino en domar la antipatía, si se la tiene, y pintar con lealtad, y como si se le quisiera, aquello que por naturaleza no se ama. No es que todo sea bueno, ni que haya de disimularse lo malo que se ve, porque con cosméticos no se crían las naciones, ni con recrearse contemplando en la fuente inmóvil su hermosura; pero todo se ha de tratar con equidad, y junto al mal, ver la excusa, y estudiar las cosas en su raíz y significación, no en su mera apariencia. ¡Pues si acá fuera a juzgarse el país por la corteza, y no se mirara a sus yerros con la piedad y razón que son menester para excusarlos! Entiende Warner la naturaleza; pero es, a pesar de su forma, escritor estrecho, que no sabe salirse de su raza, como aquel del cuento indio, que porque tenía asido por una pata al elefante, sostenía que todo era pata. Por sobre las razas, que no influyen más que en el carácter, está el espíritu esencial humano, que las domina y unifica. Sus emperadores tiene el pensamiento, que son los que ven de alto y en junto, como Emerson; y sus alféreces, que son los que, de mirar en los asuntos menudos de su escuadra, todo lo quieren modelar por ella.

¡Piernas pobres! Davides han hecho más que Goliat. De San

Martín<sup>424</sup> no se cuenta que pesase montes: Bolívar<sup>425</sup> pesaba tanto como su espada: el cura Hidalgo<sup>426</sup> llegaría a unas ciento treinta libras. ¡Piernas pobres! Precisamente era así el guía que cierto caminante llevaba una vez de Acapulco a México, al cual viaje dio fin sin que le robase nadie la suma fuerte que cargaba al cinto; así era el guía, poco de años y carnes, muy cenceño y zancudo; pero como un francés corpulento que se agregó a la caravana diera en punzarlo y hacer burla de él, llegando, porque le creyó flojo, a mover mucho el sable y desafiarle el valor, saltó el mozo de su arria con tal vuelo que pareció a todos gigante, y más que a nadie al francés, que escondió el sable en cuanto le vio al mozo los ojos, tan encendidos que no había modo de hacerle seguir camino hasta que el francés no se bajara de su caballo y aceptase el combate. ¡Al francés no le pareció el mozo «piernas pobres!»

Precedidos casi siempre por la fama de la riqueza natural del país, se han publicado principalmente en las revistas mensuales artículos miopes sobre Guatemala; que con política culpable ofrece ahora su alianza a los Estados Unidos a cambio de que éstos abusen de su temible influjo en México para que el Gobierno mejicano permita al guatemalteco oficiar de potencia mayor y absoluta entre los países de Centroamérica que Guatemala mira como bo-

ún natural suyo;—sobre Costa Rica, industriosisíma colmena, que inspira cariño por la cordialidad de sus habitantes, de los «hermanitos», como en Centroamérica los llaman, y respeto por su laboriosidad e industria;—sobre Honduras, que levanta su nueva generación, medulosa y prudente, entre minas de oro y plata que estallan por todas partes a flor de tierra como en la ceniza caliente se abren en florones niveos los granos de maíz;—sobre Colombia, montada en oro, sujeto el seno henchido por un corselete de esmeraldas; oreada la frente, repleta en malhora de latines, por las alas anchas de las mariposas azules de Muzo;—sobre Chile, «el país del yanqui sudamericano», donde vio Eleroy Curtis,<sup>427</sup> secretario de aquella volante comisión norteamericana que recorría hace dos años nuestros países, «el paseo de Santa Lucía, el lugar más bello que he visto jamás», donde le pareció el chileno «el más activo, emprendedor e ingenioso entre los hispanoamericanos, agresivo, audaz, arrogante, perspicaz, rencoroso, fiero de naturaleza, hombre de sangre fría», mezclando en eso y en lo que aquí se calla, de tal modo las virtudes a los reparos, que más llegaran a ser éstos que aquéllas.

Y hoy mismo acaba de publicarse en el *Harper's Magazine*, que reclama con justicia entre las revistas ilustradas el puesto de representante terco del espíritu aguileño de Norte-



américa, un respetuoso estudio sobre «el otro extremo del hemisferio», sobre la Argentina y el Uruguay, donde el asombro mal contenido no deja al autor, que es el mismo Eleroy Curtis; espacio para la censura.

Adivínase el estupor con que los comisionados vieron surgir, cuando desembarcaban en Buenos Aires, «sobre los hombros de un tempestuoso italiano», aquella inesperada y ya temible grandeza; y el escritor ligero que de todos los demás países de América transmitió impresión tal que resultan, aun los más prósperos de entre ellos, semi-bárbaros y deformes, sólo ve en Buenos Aires al gaucho que expira sobre su poncho de colores a los pies de una nación mágica y pujante.

No tiene el estudio mucha literatura; pero su misma desnudez realza su efecto y es su elección mejor, puesto que desde el exabrupto con que comienza, revela el miedo e impone el respeto que a su juicio merece la Argentina de un país que «vergonzosamente la desconoce», aunque, a seguir como van los precios de producción y transporte en los Estados Unidos, «acabarán los argentinos por echarnos de los mercados de provisiones y harinas.

Y hay algo del floreo de brazos de los boxeadores en aquella avalancha de contrastes estadísticos. Ya no preocupan al escritor, como en los demás pueblos que visita, «si la costa-

rricense anda descalza», lo cual sólo es verdad de alguna campesina infeliz; ni si en Santiago de Chile se deja morir de frío la gente en las casas, arrebujada en sus pieles alrededor de un ético brasero. ¡Lo que os debe preocupar, imbéciles, es que «a nosotros nos cuesta cincuenta pesos poner una res curada de Chicago, en Londres, y a ellos les cuesta veinticinco; que hace cinco años empezaron a exportar cereales y de aquí a poco nos van a quitar el mercado de harinas del Brasil como Chile nos ha quitado el del Pacífico; que con su tierra, cultivable casi toda sus ríos hondos sus impacientes ferrocarriles, los pueblos del Plata tienen ventajas que superan a las de cualquier otro país del globo!»

Y con aquel espanto con que Catón<sup>428</sup> acababa su discurso con un elogio continuo y casi colérico que va levantando a latigazos la atención de sus compatriotas soberbios y dormidos –en vez de entretenerse en describir estatuas y edificios;–en vez de intentar desdichados y rudimentarios esbozos de mera historia política de nuestra lucha sublime por poner de acuerdo, con generosidad e ímpetu difíciles de entender para otras razas, nuestra población supersticiosa y primitiva con nuestros ideales acrisolados y magníficos;–en vez de burlarse a boca ancha de costumbres risibles que acaso conservamos sólo por aquel tierno respeto del nieto leal a las chocheas de sus

viejos buenos,–esto es lo que dice Curtis a los norteamericanos: «No os fiéis de aquella Patagonia inhabitable, porque lo es tanto como nuestro gran desierto; nuestra población aumenta en un setenta y nueve por ciento, y la de ellos en ciento cincuenta y cuatro; creéis que nuestra Mineápolis es la ciudad que más de prisa crece en el mundo, y Buenos Aires crece mucho más de prisa que Mineápolis. Wheelwright,<sup>429</sup> de Pennsylvania, les fundó su primer ferrocarril; Halsey, de New Jersey, su primer rancho; Hale, de Boston, la primera casa de comisiones que abrió la vida al comercio extranjero; pero tales son ellos que no sólo imitan nuestros métodos, sino los mejoran, y nosotros somos tales que mientras Inglaterra envía allí trescientos nueve vapores en un año, los Estados Unidos, invitados por una subvención anual de cien mil pesos, que no nos decidimos a igualar, no enviamos uno solo la compañía de carnes frigorizadas de Londres y el Plata está ya siendo enorme pulpo comercial, que acapará el tráfico de carnes como nuestra Standard Oil Co. acapara el tráfico de petróleo. Y cuando aquel pueblo que va un siglo adelante de cualquiera otro país hispanoamericano; que tiene en sus ciudades más teléfonos y luces eléctricas que nosotros, sus propios inventores; que con avidez inteligente se apodera de toda idea o procedimiento útiles; que tiene más escuelas,

más riqueza animal, más riqueza relativa que nosotros; que echa por todo el continente, con éxito que pudiéramos aquí mismo envidiar, suntuosos ferrocarriles por tentáculos; cuando la Patagonia—de donde ha volado el indio como el avestruz—esté poblada por los rebaños que ya la inundan, y por el ferrocarril del Norte baje el comercio, el tránsito, las minas del Pacífico, Buenos Aires será a la vez Londres y New York, y la constancia de aquel pueblo latino habrá levantado contra la misma naturaleza un populoso emporio, una nueva maravilla hermana, en la ribera que con más prisa que juicio escogió para sitio de la ciudad, pensando antes en guerra que en trabajo, el fundador Mendoza. Ya no es aquella la «Confederación Argentina», como nuestros textos de geografía la siguen llamando torpemente, sino Nación, Nación con N mayúscula como la nuestra, y «una e inseparable», y «unidos nos salvamos y divididos perecemos», y todo lo más que nos plazca decir de nosotros, todo eso es la República Argentina; llamarla de otro modo es injuriar a los patriotas que con su sangre la han hecho lo que es, y poner en berlina nuestra propia inteligencia.

Y así como la relación desnuda del viaje de Darwin en la fragata «Beagle» resulta a veces, por el influjo de la beldad americana en el autor sincero, épica

como nuestro natural resplandeciente, fúlgida como un brillante negro, fresca y casi olorosa; así, por su efecto en este narrador desordenado y frío, por el orden y, poesía que le infunden, por la belleza desusada que adquiere al describirlo su lenguaje, se enseñan mejor que con pujos retóricos o mercenarios éxtasis los elementos originales, y pintorescos como todo lo grandioso, con que se elabora aquella nación nueva, ya el pastoral, que pinta en el gaucho a la vez infatigable y muelle «devorando el espacio, semisalvaje y semicaballero», acogiendo como esposa a la viuda del que le pagó con la vida el delito de vencerlo en la payada, ya el ímpetu contemporáneo, que sin más ayuda histórica que el arranque nativo, enfrena los ríos, levanta ciudades en lo que crece la yerba, da cita y envidia a las naciones y con tal virtud que oscurece sus vicios, ante el extranjero hostil, cubre los llanos maravillosos de un pueblo digno de ellos.

Esmaltan el artículo—donde se ve regatear las locomotoras, ir y venir los vapores repletos, encerrar con homérica sencillez la última indiada—las peculiaridades graciosas que llamaron más su atención de viajero: y aun en esto se nota cómo domina al observador el asombro de hallar hasta en lo bajo y popular del argentino la única condición que inspira respeto al norteamericano: la opulencia. «De qué

familia eres?» dicen que preguntaban antes en Filadelfia al que quería hospedarse en la ciudad. «¿Qué, sabes?» preguntaban en Boston. «¿Cuánto tienes?» preguntan en New York. Ahora New York ha embebido la nación entera, y en toda ella sólo se pregunta: «¿Cuánto tienes?» A Eleroy Curtis le llaman la atención no las obras de arte que embellecen las plazas, sino las espuelas y estribos de plata maciza la chinela de plata donde anida el pie breve la amazona argentina las túnicas de plumón de avestruz «que ya desaparece como nuestro búfalo», el poncho de vicuña «tan caro como un chal de pelo de camello». ¡Cosa magnífica—dice—el poncho argentino, y ojalá que algún petimetre de New York lo pusiera de moda, que no hay mejor ni más airoso abrigo!» «El estanciero va a su hacienda en un carro de Pullman; en vez del caballo de antes, colmado de argentería, y habla con su mayordomo por teléfono, y mata sus reses a la luz eléctrica». «Cuesta seis pesos un asiento en el teatro». «Hay bancos en Buenos Aires que mueven más caudal que casi cualquiera otro del mundo, y ocupan palacios de hierro, cristales y mármol». «Su crédito es bueno y sus bonos están sobre la par». Todo, aunque a paso de viaje, lo celebra, acata y admira, y concretando con recogimiento visible sus inesperadas impresiones, depone la soberbia con que el hombre de Norte-

américa se juzga único y prominente entre los pueblos, augura que la nueva generación, educada como en los Estados Unidos para dar a la patria hombres y mujeres útiles, borrarán los últimos restos de la dominación española, y después de exhibir en sumario leal las leyes generosas y sensatas de la repú-

blica» declara que aunque el Brasil, edificado sobre diamantes, le lleva la delantera en población femenina e inculta; aunque Chile «se envanezca con la devastación del Perú», la Argentina es de todas esas naciones «la más próspera, la que mejor establecidas tiene las libertades religiosas y civiles, y

la que con más éxito y cuidado levanta los cimientos de la grandeza nacional».

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
4 de diciembre de 1887

[OC, t. 7, pp. 329-335]

174

## Cosas del otro mundo

Últimas elecciones de Nueva York.-Su importancia para la elección presidencial. Cleveland será probablemente reelecto.-Triunfan los demócratas.-Bastidores de la política.

Nueva York,  
Noviembre 9 de 1887

Señor Director de  
*La Nación*

**A**CABA DE TRIUNFAR en elecciones reñidísimas el Partido Demócrata de Nueva York, anunciando así que en la próxima elección presidencial, que por Nueva York se gana o se pierde, la victoria será de los

demócratas, a cuya paz ha contribuido, con una carta de veinte líneas que le asegura su reelección, el Presidente Cleveland.

Es media noche.

Las muchedumbres, apiñadas desde el oscurecer, esperando noticias, frente a los edificios de periódicos, hoteles y lugares de reunión de los varios partidos, se vuelven ya, con la última luz de las fogatas, a sus hogares. Asidos por el cuello llevan los policías a los que insisten en

continuar celebrando la fiesta con candeladas que ponen en peligro las casas vecinas.

Los candidatos, roncós, entran de prisa, levantándose el cuello del gabán, en los carruajes que los llevaron durante el día de casilla en casilla, animando el voto.

El abogado Fellows, sobre cuya candidatura a la fiscalía, lidiaron con su mayor fuerza y veneno estas elecciones, se despidió así de sus amigos, a quienes ya falta voz para vitorearlo: «Y ahora me vuelvo a la parte alta de la ciudad, a ver a una mujercita que me hubiera recibido con cariño si hubiésemos sido derrotados, y a la que me llevan esta noche los brazos de

cien mil demócratas triunfantes, que no han creído indigno de su confianza a aquel a quien ella creyó digno».

Subió de prisa la escalera de hierro que lleva a la estación del ferrocarril elevado, saltó al tren, a cuyas lámparas dio más luz, orgulloso de su César, el conductor, que resultó demócrata, y ciudad arriba arrancó jadeando la máquina, con cuyo humo se mezclaba el que despedía por la boca estrecha, en lenguas negras y rojas, una columna de barriles encendidos al pie de la estación, a cuyo alrededor danzaban, como los indios después de la victoria, los regocijados muchachos de las cercanías. En los hoteles, desdeñado el diario whisky, fluía champaña, el vino del triunfo.

Los periódicos vencidos habían apagado desde temprano las luces.

Tenía esta elección interés extraordinario, porque por ella había de conocerse si los demócratas conservaban, a pesar de su división sobre la política de Cleveland y de la pérdida del voto obrero en el año anterior, la pujanza precisa para vencer en la contienda presidencial inmediata; o si mermado su voto por el partido nuevo de George y McGlynn, y por el odio de los traficantes políticos a Cleveland, demostraban que los republicanos, que eso querían ver para brindar su candidatura a Blaine, podían vencer con él en la campaña por la Presidencia venidera.

Las facciones demócratas, convencidas de la popularidad de Cleveland por su viaje victorioso al Sur y al Oeste, y halagadas por la ya franca adhesión del Presidente, a quien creían en excesiva paz con los republicanos, determinaron dar muestra anticipada del ímpetu con que intentan trabajar por la reelección de su caudillo el año entrante; y con menos dificultades que otras veces compusieron, por mutuas concesiones de los opuestos bandos, las diferencias de mera granjería, los apetitos por mayor número de puestos, que es riña constante, tan agria en ocasiones, que uno de los bandos del partido vota en masa por los contrarios para que no triunfe el bando hostil.

Fuera de aquella gente honrada que vota por sí, o por lealtad al programa que prefiere, y sólo sacude la pereza y muestra su tamaño mermado por el cansancio peligroso, cuando está en riesgo algún gran interés de la ciudad, el Estado o la nación, o cuando el abuso del poder y los caudales públicos es ya amenazante, lo activo aquí en política es lo que vive de ella.

Ellos tienen organizados los barrios, los distritos, la ciudad entera,—porque su influjo es mayor en la ciudad que con sus salarios los seduce y mantiene,—con la precisión de un ejército en campaña. Cada barrio tiene su amo: éste es de O'Neil, que está en la penitenciaría por vender su voto en el Ayuntamiento; aquél es de Jaehne, que purga

igual pecado planchando camisas; el otro es de Cleary, que por una uña se libró de una sentencia igual; cuál es de un cervecero, cuál de un carnicero, cuál de un muñidor, que acaso por los entierros que fia tiene aquí notable influjo electoral.

La asociación de estos hombres, de los que para encumbrarse necesitan los votos de que ellos disponen, de los que procuran obtener en las cámaras del Estado y en el Ayuntamiento leyes propicias, y de los que hallan cómoda fuente de recursos en acercar para el mayor provecho general a estas catervas de logreros, es la verdadera médula de esos cuerpos políticos de vastos recursos y poder, a que el entusiasmo de partido y la presencia de sus hombres principales, lealmente interesados en la vida pública, lleva un elemento que apenas basta a mejorar las candidaturas, o imponerlas alguna vez, cuando ya ha sido mucho el escándalo y tráfico de las elecciones anteriores, o cuando el empeño de los adversarios aconseja ponerles enfrente hombres que pueden por su fuerza hacerles difícil la victoria.

Pero, por lo común, aun en los años apurados, las candidaturas no son más que el laborioso ajuste de ambiciones rivales, animadas por el lucro del puesto más que por el noble deseo de adelanto político; y en ella, vence aquel que ofrece al partido, tanto republicano como demócrata, más seguridades de



pagarle el empleo con favores, con parte de sus ganancias, o con su honor a veces, cuando los riesgos en que suelen caer los que viven en esas encrucijadas se lo exijan.

Porque en esta cadena el delincuente cuyo voto ayuda a la fuerza electoral del cervecero de un barrio tenebroso, está unido al mismo gobernador del Estado, a los jueces que son electos por el voto público, al fiscal que ha de acusarlos.

Y la explicación viene ahora a cuento, porque sin ella no se podría acaso entender el áspero combate de estas elecciones. Los demócratas de oficio, que quieren tener, en los puestos donde se castiga, personas amigables, convinieron en proponer para fiscal de la ciudad a un abogado más elocuente que firme, hecho a tratos políticos y a no escandalizarse de los recursos con que sostienen sus arcas e influencia los que hacen profesión y negocio de ellos; aunque debe decirse en verdad que cuando los procesos de los concejales que vendieron su voto a la empresa de tranvías, la palabra de ellos, que era uno de los asesores de la fiscalía, cayó sobre los criminales como hierro encendido.

En esos procesos trabajó mucho, con más empuje y actividad que Fellows, otro asesor joven del fiscal, demócrata como ellos, y candidato a la fiscalía a que por su celebrada actitud en aquella persecución famosa creía tener derecho.

Los republicanos vieron en el despecho de Nicoll, que tuvo al principio por cierta su candidatura, ocasión de presentarse con él de candidato, como depositarios de la moral pública, ofendida por la elección que los demócratas habían hecho de Fellows, herido en el talón en la brega política de años, no purificada ciertamente por el mal hábito de jugar a la baraja, y vivir por encima de su entrada legítima. Nicoll, dando la espalda al partido que lo había postergado a un rival de más servicios, edad y talentos, consintió en ser el candidato de los republicanos, deseosos de atraerse con ese acto de aparente honradez votos bastantes para sacar electo al hijo de Grant, a quien sólo por serlo, mudo y romo como es, propusieron para Secretario de Estado, con el designio de ganar por la fama del general muerto estas elecciones previas, de que parece depender la elección presidencial.

Desde la campaña de Blaine y Cleveland no se había visto elección tan disputada. Todos los demás puestos quedaron subordinados a la contienda por la fiscalía, que por sí no hubiera sido de tanto interés.

Los demócratas, con toda su antigua fuerza, bracearon en pro de Fellows. Los republicanos, fingiendo descuidar a Grant, hicieron de Nicoll envanecido su portaestandarte.

El *World*, diario ansioso de notoriedad, cuyo director húngaro presta sus servicios al Par-

tido Demócrata, abogó contra el partido en pro de Nicoll, y llegó a tanto en el empeño por ganar gloria a su sombra, que valido de su interesada imparcialidad para con George, osó ofrecer a éste, en vano por supuesto, veinticinco mil pesos para gastos de campaña, con tal de que, en la certeza de no elegir el candidato obrero para fiscal, diesen sus votos al republicano.

Ya daba ira leer los periódicos en toda esta semana.

A Nicoll, intachable, le acusaban de joven, de traidor, de petimetre, de Judas, de perro alquilado.

El húngaro diputó espías, invadió cocinas, sobornó cocineras, desenterró documentos, pagó a oro vivo un cheque nulo que dio Fellows a un su amigo por una deuda de juego, compró y publicó unas cartas, ya por los años amarillas, en que Fellows, que es caballero manirroto, pedía dinero al insigne ladrón Tweed, ya por entonces acusado de tener los brazos hasta el hombro en las arcas de la ciudad, por cuyo delito y el de tener en pie todo un ejército de corrupción, fue enviado a morir a la penitenciaría, sin que el castigo, poco frecuente acaso, sirviera a sus sucesores de marcado ejemplo.

Y la lucha entre Nicoll y Fellows se enconó por la rivalidad mortal del *World*, el diario del húngaro que sirve por interés con ágil genio, y el *Sun*, abogado implacable de los viejos demócratas, que como dia-

rio es una verdadera maravilla, y el más despierto y artístico que se escribe tal vez en lengua alguna; pero que a pesar de estos méritos perdió recientemente mucha de su popularidad, porque en su amiga por el partido viejo, desconoció, con brutales arranques, el derecho a vivir; a buscar remedio, a hacer sentir el voto de los obreros que, en una hora de conmovedora rebelión, se juntaron para sacar corregidor de la ciudad a Henry George, cuyo libro, henchido de simpatía por los humildes, leían en corrillos con el corazón palpitante.

Este año no ha sido así: George, sin valer menos, perdió la mitad de sus secuaces; en cuanto lo vieron por sobre sus cabezas, los mismos que en el primer arrebato del agradecimiento lo encumbraron, decidieron moverle sorda guerra; todos los caudillos de trabajadores se ligaron contra este otro caudillo, a cuya puerta fueron antes a llamar como a la de un Mesías. ¿Quién pone su fe en las olas de la mar?

La determinación de separarse de los socialistas alemanes privó a George, candidato ahora para la Secretaría de Estado, del voto considerable de este grupo.

El jefe de los Caballeros del Trabajo, que ya tiene, como dicen acá, «la abeja presidencial en el gorro de dormir», retiró su ayuda al que ya ve como rival posible en sus aspiraciones a la Presidencia. Y la masa

venal, que por aquella honradez que nunca falta en la hora extrema a los más viles, votó con el alma el año pasado en pro de George, como protesta contra la miseria injusta, este año, solicitada a buen precio por los demócratas y los republicanos, vendió su voto a unos o a otros.

Así George, que un año hace obtuvo, cuando aquel levantamiento unánime de los obreros, sesenta y ocho mil votos para corregidor, esta vez sólo ha recibido treinta mil.

Nicoll llegó a setenta mil.

Y Fellows a noventa y cinco mil, por lo que el *Suz*, al día siguiente de las elecciones, encabezó el relato de ellas con la imagen de un gallo cacareando.

El olor de la batalla saca a los más entecos de su serenidad en estas mañanas de elecciones. Se espera ansioso el diario, para ver hasta dónde pueden los escritores de alquiler vestir de ingenio y novedad la injuria.

Bien cerrado el gabán, porque en estos días andan acá las manos del ratero sueltas, se sale a ver cómo vota el Este alemán, —la parte baja de la ciudad, toda demócrata;—lo mejorcito y más empinado de ella, que es republicano, —las orillas del Oeste, donde abundan los húngaros y los polacos.

Votar se ve, aunque con lentitud, y sin más entusiasmo que el que por la paga, cinco pesos al día, emplean los «trabajadores» de cada partido para repar-

tir sus boletas y tratar de ganarse la voluntad de los electores.

Lo que sucede en una esquina, sucede en todas. La taberna, cerrada por la ley, está abierta por la benevolencia de la policía. El italiano, repantigado en su tarima de dar betún, como en un trono, mira, con la cachucha hasta los ojos y las manos en los bolsillos, si el curioso que pasa lleva limpias las botas. En fila al borde de la acera, cubierta de cartelones y retratos, están las garitas de pino que sirven de punto de reunión a los fieles de cada partido.

Los «trabajadores», con el saco de boletas colgando de la mano, asaltan, con los ojos y el ademán, al que se acerca a la garita, con la misma expresión y gesto con que los judíos del Bowery, apostados en la puerta de sus tiendas, se disputan al comprador rural, incierto y aturrido. Otros, los inspectores, pasean de uno a otro lado, hablan con el policía, divisan al votante que viene por la media cuadra, se echan sobre él con otro inspector rival a los talones, o dándose aires de persona que tiene con qué pagar, tuerce el ojo hacia el recién llegado, chupa recio el tabaco de lujo, y sin cuidarse del policía, que es todo espalda, deja asomar por los bordes del puño, cerrado como quien ase un cetro, un mazo de billetes de banco, frescos y coruscantes.

Otros, de alto sombrero y de mejor vestir, van y vienen con agilidad felina, se entran por un

zaguán, salen prendidos del ojal de la levita de un votante terco, revolotean por las casas del barrio requiriendo a los electores morosos del partido, abren con familiar solicitud la portezuela del carruaje ostentoso en que recorren sus huestes, apretando manos y tuteando sin tasa, los candidatos sumisos.

Allí cerca, en una tienda alquilada por el Ayuntamiento, van los electores depositando

sus votos. Tropiezan al salir con una patrulla de carteros que miran a las urnas con desconfianza, como temerosos de perder en consecuencia de esta elección el puesto que deben a sus servicios políticos;—o con una turba de chicuelos, armados de garfios y lazos, con que apresan cajones y barriles para las candeladas de la noche;—o con una bandada de niñas, cuyos abrigos abiertos les flo-

tan a la espalda como alas, que corren a recibir del aire el papel de oro escapado de las manos del obrero que está dorando un balcón vecino.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
29 de diciembre de 1887

[Fotocopia en CEM]

175

## Whittier

### Un poeta de 80 años

DE LA HOMERIADA norteamericana; de la época de creación en que surgieron, con los caracteres originales de la República, las mentes magnas que los condensaron en la forma superior de poesía; de los tiempos de Bryant, Emerson y Longfellow, sólo quedan ya los poetas menores, a quienes lo mejor del país mima en la vejez con ternura de hijo. La casa se les llena de flores a cada nuevo cumpleaños; las escuelas declaran el aniversario día de

fiesta; las ciudades disputan comisiones para que lleven sus cariños al poeta anciano; las casas editoras, enriquecidas con sus versos, le dan muestra de gratitud con algún presente artístico; la prensa cuenta su vida, sus primeros ensayos, sus versos de mozo, la manera con que sus versos, como una enredadera de ipomeas a un olmo robusto, se han ido enlazando a la nación; pintan el retiro donde alberga el poeta sus últimos años, los amigos que le

visitan, los libros cuya compañía prefiere, las creencias que le ha dejado en pie la vida y aquella fe en lo sobrenatural que, por claro misterio, posee a las almas bellas cuando se acercan a su nuevo estado.

Así ha sido ahora el cumpleaños del cuáquero Whittier. Él, Wendell Holmes y Russell Lowell, son los tres viejos de la literatura americana. Su rostro no es hercúleo y barbón, como el de Lowell; ni ladino, píscico y de poco pelo, como el de

Wendell; es un rostro amoroso, cercado por una barba nívea, raso el labio de arriba, como el de Lincoln; la nariz de águila, menos lo rapaz; los ojos debajo de la frente, que sobre ellos se levanta y adosela, brindan al transeúnte un asiento en el alma; la frente, como sus versos, es de nácar. Nácar no más son sus versos, como los vapores azulosos de las colinas en cuya falda mora, y los guijarros irisados que en sus largos paseos matinales recoge por las orillas de aquellos claros ríos; nácar que se tiñó una vez de fuego, y centelleó como las bayonetas, cuando, en vez de narrar amablemente las «Leyendas de la Nueva Inglaterra», condenó en sus «Voces de Libertad», henchidas de soberano desdén y santa furia, a los dueños viles y los políticos cobardes que se oponían a la emancipación de los esclavos. Luego, «laureado de la Libertad», como acá le dicen, volvió el sensible cuáquero, siempre pobre de salud, al regazo de la Naturaleza; y de las flores silvestres, de los copos de nieve, de las mariposas primaverales, de las conchas de la playa vecina, tomó modelos para

sus versos, que son de veras, como «La Tienda en la Playa», concha; como «Rumbo a la Nieve», copo; como «Maud Muller», flor y mariposa.

Ochenta son los años que acaba de cumplir, a pesar de que desde la juventud el cuerpo se le queja y no tiene hora sana. El día fue de fiesta en toda la comarca. El pueblo de Danvers, donde él vive, cerró sus tiendas y celebró en sus escuelas, con cantos y recitaciones de sus versos, el «día de Whittier». Allá, a la orilla del otro mar, hay una ciudad que lleva su nombre, y le envió impreso en seda un número de su primer periódico, «The Whittier News Item». En Massachusetts, así como hay sociedades literarias para estudiar al inglés Browning, las hay para el adelanto de las letras, bajo el nombre de «Whittier», y éstas honraron el día con sesiones solemnes, en que, en prosa y en verso, recordaron la gracia y virtud del poeta amado. En la casa, llena de amigos, no había lugar para tantos cestos de rosas; y tiendas de siemprevivas, en recuerdo de la «de la Playa»; y haces de helechos finos, como los que él pinta

en sus poesías; y un pastel de cumpleaños, con recia capa de azúcar, y encima una corona; y el más tierno y original de los presentes, hecho de mano de una doncella india, que no era más que un almohadón de abeto balsámico, donde el verso de Whittier: «Es nuestro pino médico famoso» estaba bordado con hebras sacadas del pinar de la tumba de Helen Hunt Jackson, la autora de «Ramona». Y alrededor de la corona que realizaba el exquisito pastel, rodeado incesantemente de los visitantes y vecinos, sobresalía, con letras de fina fruta sobre la capa azucarada, este otro verso del cuáquero: «El que ama al hombre halla en la vida el Cielo». ¡De este modo celebra el norteamericano a sus poetas!<sup>a</sup>

---

a. No se ha podido precisar dónde fue publicado este texto. El aniversario del natalicio de John Greenleaf Whittier, fue el 17 de diciembre de 1887, por lo que el escrito fue probablemente publicado durante los primeros meses de 1888.



## Críticos de Chicago

ESTE UNIVERSO es lo más iEmono del mundo! Vale la pena empezar con un disparate para hablar de otro. He aquí que como uno de los méritos de la «Vida de George Sand»,<sup>430</sup> que ha escrito el francés Caro,<sup>a</sup> dice un crítico de Chicago: «*He does not rhapsodize*» (no peca por rapsodiar): como el otro día, que decía quién sabe dónde, también como mérito: «*He is not enthusiast!*» (no es un entusiasta). Por supuesto que el crítico ha de ser hombre de peso, capaz de fallar contra sí propio, y obligado a hablarnos, como todo hombre digno de tener la pluma, sin una sola palabra más de las que necesita para expresar su pensamiento, ni dos imágenes por una, ni una imagen donde no concurra a la claridad de la idea; pero de eso a echarse por el mundo a arriar banderas, y a negar so capa de crítica cuanta hermosura se ve, no deja de haber distancia. Criticar no es censurar, sino ejercitar el criterio. ¿Que todo ha de ser corriente,

rastrero, bajo y podrido? ¿que ya no hay eminencias de genio y virtud? ¿que hemos de preferir Caro a Land, Gottsched a Lessing, Willis a Poe, Laharpe a Shakespeare? ¿la literatura de frac inglés, tiesa y fría como segundón envidioso del lord primogénito, al arrebatado sublime, el desarreglo heroico, el gran desorden aparente, la visión del profeta agonizante, la concepción energética y expresión patética del mundo? ¿que al falso tono de hablar frío se ha de sacrificar la admiración legítima que inspire un carácter extraordinario o un acto glorioso? ¿que cuando en el examen de un carácter se hallen bellezas sumisas, ha de sofocarse el arranque de la expresión, que busca por lógica el nivel de la impresión, y es falsa cuando no se acomoda a ella, o no la transmite en el grado y fuerza mismos con que se ha sentido? ¿que se ha de perder el arte de ahorrar páginas, por medio de frases culminantes o imágenes justas que concen-

tren viveza y muestren de relieve las ideas que los escritores de menos poder y habilidad exponen hito a hito en páginas difusas? ¿que el estilo, compuesto para expresar lo natural, ha de salirse del modelo de la naturaleza, que no lo ha hecho todo montañoso, ni todo llano, sino llano y montaña a la vez? Mucha llanura oprime, y mucha montaña también. He ahí dos frases culpables, dos frases que han de parecer mal a los críticos de Chicago.<sup>b</sup>

a. *George Sand*, de Caro fue publicado en París en 1887 y la traducción inglesa en Londres en 1888, bajo el título de *A Life and Study of George Sand*. A todas luces este texto fue escrito por Martí en ese último o posterior año, pues parece obvia su alusión a la edición inglesa.

b. No se ha podido precisar dónde fue publicado. *OC*, t. 13, pp. 462-463.

177

# Recuerdos

## Franklin, Washington, Lincoln y Webster

NO SE CANSA el norteamericano de oír hablar de sus héroes, ni parece que aquí pudiera caer en desgracia Aristides, por fatiga del pueblo de oírle llamar justo. No bien aparece una anécdota o dato nuevo sobre sus prohombres, su Washington, su Franklin, su Webster, su Lincoln, ya corre de boca en boca; la rima el poeta, la incluye en su primer discurso el orador y los diarios la acogen y comentan en su sección editorial, que es aquí varia y viva, dando a cada cosa su lenguaje propio, y no hueca y estirada, como suele en nuestros países, muy semejante a aquella caricatura de Luis XIV que hizo Thackeray, en que, sacándole al rey pomposo el manto y la peluca, no quedaba de él más que un vejete temblón y canijo; acá, en un editorial, se trata codo a codo del espíritu cesáreo en Francia y de la conveniencia de que la mujer lleve sombrero bajo al teatro o no lo lleve, que es cosa que la mujer haría sin duda, si supiera que no hay regalo ma-

yor para los ojos de los hombres que una cabeza femenina sin más adorno que su propio pelo y sin los prendedores y las plumas que la hija de Franklin pidió a su padre, en días en que una vara de gasa costaba veinticuatro pesos y un par de guantes siete, a lo que Franklin le respondió enojado, desde París, donde andaba buscando ayuda para su patria, que «para encajes, con gastar bien tus puños de hilo, como los gasto yo, ya se te quedarán en encaje puro; y para plumas, hija mía, si tantos deseos tienes de emperifollarte, no tienes más que arrancarlas a la cola de cualquier gallo americano. De veras, hija, que leer esto de ti, en días en que todo nos aconseja la frugalidad y la moderación, me ha causado el mismo efecto que si me hubieras echado sal en las fresas».

Así acaba una de las interesantísimas cartas, hasta hoy inéditas, que publica John Bigelow en la edición completa de las obras de Franklin,<sup>a</sup> de que infortunadamente no saca más

que seiscientos ejemplares, y a un precio que no es para pobres. Allí se ve a Franklin como fue, sin que los defectos que tuvo, que no fueron pocos, basten a deslucir la majestad de su intelecto y la ternura y pureza con que amó a su patria. Allí se ve sangrar su corazón de padre, con dolor que ha de ser el más grande del mundo, al ver a su hijo sirviendo en las filas de los opresores de su patria. Allí está la carta a Washington, en que le recomienda a Lafayette, «caballero joven de quien se espera mucho y es aquí muy amado; pero a quien, por cuenta de sus amigos de Francia, proveerá Washington de dinero moderadamente, en vista de que la generosidad de este caballero es excesiva».

La de Washington no lo era tanto, ni tenía en tan poco su caudal como el héroe francés;

a. Esta edición fue de 1888, lo cual permite precisar que este texto fue escrito en ese año a todas luces.

porque, a propósito del ridículo elogio de cierto orador que quiso poner al Padre de la Patria como modelo de todas las virtudes, se recuerda ahora el pormenor de sus amores, que nunca fueron sino por donde los acompañaba el beneficio, puesto que primero cortejó a una rica heredera de Nueva York, una Miss Philips, que no lo quiso, y a los tres años casó por fin con la viuda Curtis, que tenía sus cien mil pesos, más que menos. Verdad es que Washington tuvo ocasión de saber lo que los pesos valían, porque hubo durante la guerra ocasión, con el frío en los huesos y la gente sin pagar, en que declaró por carta que «la remesa de quinientos pesos le sería un inmenso servicio»; ien lo que aprenderán fe y esperanza los cobardes! Esos tiempos recordaba Washington años después, un día que en el descanso de la gloria iba a caballo por un camino de Virginia, y al pasar por una choza de negros

oyó un violín de son tan melodioso, que se apeó, conversó con los negros un buen rato y les compró el Steiner por una suma moderada, menor que el gusto con que hasta su muerte solía entretenerse con el violín en sus veladas de Mount Vernon, cuando no las distraía recibiendo amigos, o escribiendo cartas, cuyo estilo, aunque siempre señor, no tuvo la intensidad y robustez con que, sin más maestros que la Biblia, Milton y Shakespeare, escribió luego Lincoln.

Ahora se acaba de revelar un dato curioso, que demuestra cómo aquel talento, recomendado por Boileau, de poner cada palabra en su lugar, no se aprende tanto en la retórica como en el buen sentido; porque aunque Lincoln no tuvo más escuela que la que se sabe, allá en los campos hondos, y Seward, su ministro, las tuvo todas, sucedió que cuando Seward le propuso un párrafo muy florido para el fin del dis-

curso famoso de inauguración en su primera presidencia, no tomó el párrafo como se lo trajo Seward, lleno de pompa vana que obscurecía y debilitaba una hermosa imagen, sino que entresacó esta de la palabrería de su ministro, y sin más que mudar aquí una vez y repeler allí otras, convirtió el flojo fraseo en belleza poderosísima.

Webster era lo mismo, aquel Webster en quien fue natural y constante lo grandioso, y no tenía en su estudio de abogado, según recordaba ayer un su amigo setentón, más leyenda ni anuncio que un latón con su nombre; iél, el que había anonadado a Hayne con su casi sobrehumana réplica! Des-tiérrese la pompa.<sup>a</sup>

---

a. No se ha podido precisar dónde fue publicado. *OC*, t. 13, pp. 405-409.

178

# Un drama terrible<sup>431</sup>

La guerra social en Chicago.-Anarquía y represión.-El conflicto y sus hombres.-Escenas extraordinarias.-El choque.-El proceso.-El cadalso.-Los funerales.

Nueva York,  
noviembre 13 de 1887

Señor Director de  
*La Nación*

NI EL MIEDO a las justicias sociales, ni la simpatía ciega por los que las intentan, debe guiar a los pueblos en sus crisis, ni al que las narra. Sólo sirve dignamente a la libertad el que, a riesgo de ser tomado por su enemigo, la preserva sin temblar de los que la comprometen con sus errores. No merece el dictado de defensor de la libertad quien excusa sus vicios y crímenes por el temor mujeril de parecer tibio en su defensa. Ni merecen perdón los que, incapaces de domar el odio y la antipatía que el crimen inspira, juzgan los delitos sociales sin conocer y pesar las causas históricas de que nacieron, ni los impulsos de generosidad que los producen.

En procesión solemne, cubiertos los féretros de flores y los rostros de sus sectarios de luto, acaban de ser llevados a la tumba los cuatro anarquistas que sentenció Chicago a la horca, y el que por no morir en ella hizo estallar en su propio cuerpo una bomba de dinamita que llevaba oculta en los rizos espesos de su cabello de joven, su selvoso cabello castaño.

Acusados de autores o cómplices de la muerte espantable de uno de los policías que intimó la dispersión del concurso reunido para protestar contra la muerte de seis obreros, a manos de la policía, en el ataque a la única fábrica que trabajaba a pesar de la huelga: acusados de haber compuesto y ayudado a lanzar, cuando no lanzado, la bomba del tamaño de una naranja que tendió por tierra las filas delanteras de los policías, dejó a uno muerto, causó después la muerte a seis más y abrió en otros cincuenta heri-

das graves, el juez, conforme al veredicto del jurado, condenó a uno de los reos a quince años de penitenciaría y a pena de horca a siete.

Jamás, desde la guerra del Sur, desde los días trágicos en que John Brown murió como criminal por intentar solo en Harper's Ferry lo que como corona de gloria intentó luego la nación precipitada por su bravura, hubo en los Estados Unidos tal clamor e interés alrededor de un cadalso.

La República entera ha peleado, con rabia semejante a la del lobo, para que los esfuerzos de un abogado benévolo, una niña enamorada de uno de los presos, y una mestiza de india y español, mujer de otro, solas contra el país iracundo, no arrebataran al cadalso los siete cuerpos humanos que creía esenciales a su mantenimiento.

Amedrentada la República por el poder creciente de la casta llana, por el acuerdo súbito de las masas obreras, contenido sólo ante las rivalidades de sus jefes, por el deslinde próximo de la población nacional en las dos clases de privilegiados y descontentos que agitan las sociedades europeas,



determinó valerse por un convenio tácito semejante a la complicidad, de un crimen nacido de sus propios delitos tanto como del fanatismo de los criminales, para aterrorizar con el ejemplo de ellos, no a la chusma adolorida que jamás podrá triunfar en un país de razón, sino a las tremendas capas nacientes. El horror natural del hombre libre al crimen, junto con el acerbo encono del irlandés despótico que mira a este país como suyo y al alemán y eslavo como su invasor, pusieron de parte de los privilegios, en este proceso que ha sido una batalla, una batalla mal ganada e hipócrita, las simpatías y casi inhumana ayuda de los que padecen de los mismos males, el mismo desamparo, el mismo bestial trabajo, la misma desgarradora miseria cuyo espectáculo constante encendió en los anarquistas de Chicago tal ansia de remediarlos que les embotó el juicio.

Avergonzados los unos y temerosos de la venganza bárbara los otros, acudieron, ya cuando el carpintero ensamblaba las vigas del cadalso, a pedir merced al gobernador del Estado, anciano flojo rendido a la súplica y a la lisonja de la casta rica que le pedía que, aun a riesgo de su vida, salvara a la sociedad amenazada.

Tres voces nada más habían osado hasta entonces interceder, fuera de sus defensores de oficio y sus amigos naturales, por los que, so pretexto de una acu-

sación concreta que no llegó a probarse, so pretexto de haber procurado establecer el reino del terror, morían víctimas del terror social: Howells, el novelista bostoniano que al mostrarse generoso sacrificó fama y amigos; Adler, el pensador cauto y robusto<sup>432</sup> que vislumbra en la pena de nuestro siglo el mundo nuevo; y Train, un monomaniaco que vive en la plaza pública dando pan a los pájaros y hablando con los niños.

Ya, en danza horrible, murieron dando vueltas en el aire, embutidos en sayones blancos.

Ya, sin que haya más fuego en las estufas, ni más pan en las despensas, ni más justicia en el reparto social, ni más salvaguardia contra el hambre de los útiles, ni más luz y esperanza para los tugurios, ni más bálsamo para todo lo que hierve y padece, pusieron en un ataúd de nogal los pedazos mal juntos del que, creyendo dar sublime ejemplo de amor a los hombres aventó su vida, con el arma que creyó revelada para redimirlos. Esta República, por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos.

Como gotas de sangre que se lleva la mar eran en los Estados Unidos las teorías revolucionarias del obrero europeo, mientras con ancha tierra y vida republicana, ganaba aquí el recién llegado el pan, y en su casa

propia ponía de lado una parte para la vejez.

Pero vinieron luego la guerra corruptora, el hábito de autoridad y dominio que es su dejo amargo, el crédito que estimuló la creación de fortunas colosales y la inmigración desordenada, y la holganza de los desocupados de la guerra, dispuestos siempre, por sostener su bienestar y por la afición fatal del que ha olido sangre, a servir los intereses impuros que nacen de ella.

De una apacible aldea pasmosa se convirtió la república en una monarquía disimulada.

Los inmigrantes europeos denunciaron con renovada ira los males que creían haber dejado tras sí en su tiránica patria.

El rencor de los trabajadores del país, al verse víctimas de la avaricia y desigualdad de los pueblos feudales, estalló con más fe en la libertad que esperan ver triunfar en lo social como triunfa en lo político.

Habitados los del país a vencer sin sangre por la fuerza del voto, ni entienden ni excusan a los que, nacidos en pueblos donde el sufragio es un instrumento de la tiranía, sólo ven en su obra despiciosa una faz nueva del abuso que flagelan sus pensadores, desafían sus héroes, y maldicen sus poetas. Pero, aunque las diferencias esenciales en las prácticas políticas y el desacuerdo y rivalidad de las razas que ya se disputan la supremacía en esta parte del continente, estorbasen la com-

posición inmediata de un formidable partido obrero con unánimes métodos y fines, la identidad del dolor aceleró la acción concertada de todos los que lo padecen, y ha sido necesario un acto horrendo, por más que fuese consecuencia natural de las pasiones encendidas, para que los que arrancan con invencible ímpetu de la misma desventura interrumpen su labor, su labor de desarraigar y recomponer, mientras quedan por su ineficacia condenados los recursos sangrientos de que por un amor insensato a la justicia echan mano los que han perdido la fe en la libertad.

En el Oeste recién nacido, donde no pone tanta traba a los elementos nuevos la influencia imperante de una sociedad antigua, como la del Este, reflejada en su literatura y en sus hábitos; donde la vida como más rudimentaria facilita el trato íntimo entre los hombres, más fatigados y dispersos en las ciudades de mayor extensión y cultura; donde la misma rapidez asombrosa del crecimiento, acumulando los palacios de una parte y las factorías, y de otra la miserable muchedumbre, revela a las claras la iniquidad del sistema que castiga al más laborioso con el hambre, al más generoso con la persecución, al padre útil con la miseria de sus hijos,—en el Oeste, donde se juntan con su mujer y su prole los obreros necesitados a leer los libros que enseñan las causas y proponen los remedios de

su desdicha; donde justificados a sus propios ojos por el éxito de sus fábricas majestuosas, estremaman los dueños, en el precipicio de la prosperidad, los métodos injustos y el trato áspero con que la sustentan; donde tiene en fermento a la masa obrera la levadura alemana, que sale del país imperial, acosada e inteligente, vomitando sobre la patria incua las tres maldiciones terribles de Heine;<sup>433</sup> en el Oeste y en su metrópoli Chicago sobre todo, hallaron expresión viva los descontentos de la masa obrera, los consejos ardientes de sus amigos, y la rabia amontonada por el descalro e inclemencia de sus señores.

Y como todo tiende a la vez a lo grande y a lo pequeño, tal como el agua que va de mar a vapor y de vapor a mar, el problema humano, condensado en Chicago por la merced de las instituciones libres, a la vez que infundía miedo o esperanza por la república y el mundo, se convertía, en virtud de los sucesos de la ciudad y las pasiones de sus hombres, en un problema local, agrio y colérico.<sup>a</sup>

El odio a la injusticia se trocaba en odio a sus representantes.

La furia secular, caída por herencia, mordiendo y consumiéndose como la lava, en hombres que, por lo férvido de su compasión, veíanse como entidades sacras, se concentró, estimulada por los resentimientos individuales, sobre los que insistían en los abusos que la provocan. La mente, puesta a obrar,

no cesa; el dolor, puesto a bullir, estalla; la palabra, puesta a agitar, se desordena; la vanidad, puesta a lucir, arrastra; la esperanza, puesta en acción, acaba en el triunfo o la catástrofe: «para el revolucionario, dijo Saint-Just,<sup>434</sup> no hay más descanso que la tumba!»

¿Quién que anda con ideas no sabe que la armonía de todas ellas, en que el amor preside a la pasión, se revela apenas a las mentes sumas que ven hervir el mundo sentados, con la mano sobre el sol, en la cumbre del tiempo? ¿Quién que trata con hombres no sabe que, siendo en ellos más la carne que la luz, apenas conocen lo que palpan, apenas vislumbran la superficie, apenas ven más que lo que les lastima o lo que desean; apenas conciben más que el viento que les da en el rostro, o el recurso aparente, y no siempre real, que puede levantar obstáculo al que cierra el paso a su odio, soberbia o apetito?

¿Quién que sufre de los males humanos, por muy enfrenada que tenga su razón, no siente que se le inflama y extravía cuando ve de cerca, como si le abofeteasen, como si lo cubriesen de lodo, como si le manchasen de sangre las manos, una de esas miserias sociales que bien

a. Desde el comienzo de la crónica hasta este punto, no aparece en el microfilme. Se sigue lección de OC, t. 11, pp. 333-336.

pueden mantener en estado de constante locura a los que ven podrirse en ellas a sus hijos y a sus mujeres?

Una vez reconocido el mal, el ánimo generoso sale a buscarle remedio: una vez agotado el recurso pacífico, el ánimo generoso, donde labra el dolor ajeno como el gusano en la llaga viva, acude al remedio violento.

¿No lo decía Desmoulins?:<sup>435</sup> «Con tal de abrazar la libertad, ¿qué importa que sea sobre montones de cadáveres?»

Cegados por la generosidad, ofuscados por la vanidad, ebrios por la popularidad, adementados por la constante ofensa, por su impotencia aparente en las luchas del sufragio, por la esperanza de poder constituir en una comarca naciente su pueblo ideal, las cabezas vivas de esta masa colérica, educadas en tierras donde el voto apenas nace, no se salen de lo presente, no osan parecer débiles ante los que les siguen, no ven que el único obstáculo en este pueblo libre para un cambio social sinceramente deseado está en la falta de acuerdo de los que lo solicitan, no creen, cansados ya de sufrir, y con la visión del falansterio universal en la mente, que por la paz pueda llegarse jamás en el mundo a hacer triunfar la justicia.

Júzganse como bestias acorraladas. Todo lo que va creciendo les parece que crece contra ellos. «Mi hija trabaja quince horas para ganar quince

centavos.» «No he tenido trabajo este invierno porque pertenezco a una junta de obreros.»

El juez los sentencia.

La policía, con el orgullo de la levita de paño y la autoridad, temible en el hombre inculto, los aporrea y asesina.

Tienen frío y hambre, viven en casas hediondas.

¡América<sup>a</sup> es,<sup>b</sup> pues, lo mismo que Europa!

No comprenden que ellos son mera rueda del engranaje<sup>c</sup> social, y hay que cambiar, para que ellas cambien, todo el engranaje. El jabalí perseguido no oye la música del aire alegre, ni el canto del universo, ni el andar grandioso de la fábrica cósmica: el jabalí clava las ancas contra un tronco oscuro, hunde el colmillo en el vientre de su perseguidor, y le vuelca el redaño.

¿Dónde hallará esa masa fatigada, que sufre cada día dolores crecientes, aquel divino estado de grandeza a que necesita ascender el pensador para domar la ira que la miseria innecesaria levanta? Todos los recursos que conciben, ya los han intentado. Es aquel reinado del terror que Carlyle pinta, «la negra y desesperada batalla de los hombres contra su condición y todo lo que los rodea».

Y así como la vida del hombre se concentra en la médula espinal, y la de la tierra en las masas volcánicas, surgen de entre esas muchedumbres, erguidos y vomitando fuego, seres en quienes parece haberse amasado todo su horror, sus deses-

peraciones y sus lágrimas.

Del infierno vienen: ¿qué lengua han de hablar sino la del infierno?

Sus discursos, aun leídos, despiden centellas, bocanadas de humo, alimentos a medio digerir, vahos rojizos.

Este mundo es horrible: ¡créese otro mundo!; como en el Sinaí, entre truenos:<sup>436</sup> como en el Noventa y Tres, de un mar de sangre: «¡Mejor<sup>d</sup> es hacer volar a diez hombres con dinamita, que matar a diez hombres, como en las fábricas, lentamente de hambre!»

Se vuelve a oír el decreto de Moctezuma:<sup>e</sup> «¡Los dioses tienen sed!»

Un joven bello,<sup>437</sup> que se hace retratar con las nubes detrás de la cabeza y el sol sobre el rostro, se sienta a una mesa de escribir, rodeado de bombas, cruza las piernas, enciende un cigarro, y como quien junta las piezas de madera de una casa de juguete, explica el mundo justo que florecerá sobre la tierra cuando el estampido de la revolución social de<sup>f</sup> Chicago, símbolo de la opresión del universo, reviente en átomos.

Pero todo era verba, juntas por los rincones, ejercicios de armas en uno que otro sótano,

a. En LN, coma.

b. En LN, sin coma.

c. En LN, siempre: «engranaje».

d. En LN: «mejor».

e. En LN, se omiten los dos puntos.

f. En LN, se omite «de».



circulación de tres periódicos rivales entre dos mil lectores desesperados, y propaganda de los modos novísimos de matar —ide que son más culpables los que por vanagloria de libertad la permitían que los que por violenta generosidad la ejercitaban!

Donde los obreros enseñaron más la voluntad de mejorar su fortuna, más se enseñó por los que la emplean la decisión de resistirlos.

Cree el obrero tener derecho a cierta seguridad para lo porvenir, a cierta holgura y limpieza para su casa, a alimentarse sin ansiedad los hijos que engendra, a una parte más equitativa en los productos del trabajo de que es factor indispensable, a alguna hora de sol en que ayudar a su mujer a sembrar un rosal en el patio de la casa, a algún rincón para vivir que no sea un tugurio fétido donde, como en las ciudades de Nueva York, no se puede entrar sin bascas. Y cada vez que en alguna forma esto pedían en Chicago los obreros, combinábanse los capitalistas; castigábanlos negándoles el trabajo que para ellos es la carne, el fuego y la luz; echábanles encima la policía, ganosa siempre de cebar sus porras en cabezas de gente mal vestida; mataba la policía a veces a algún osado que le resistía con piedras, o a algún niño; reduciéndolos al fin por hambre a volver

a su trabajo, con el alma torva, con la miseria enconada, con el decoro ofendido, rumiando venganza.

Escuchados sólo por sus escasos sectarios, año sobre año venían reuniéndose los anarquistas, organizados en grupos, en cada uno de los cuales había una sección armada. En sus tres periódicos, de diverso matiz, abogaban públicamente por la revolución social; declaraban, en nombre de la humanidad, la guerra a la sociedad existente; decidían la ineficacia de procurar una conversión radical por medios pacíficos; y recomendaban el uso de la dinamita, como el arma santa del desheredado, y los modos de prepararla.

No en sombra traidora, sino a la faz de los que consideraban sus enemigos se proclamaban libres y rebeldes, para emancipar al hombre, se reconocían en estado de guerra, bendecían el descubrimiento de una sustancia que por su poder singular había de igualar fuerzas y ahorrar sangre, y excitaban al estudio y la fabricación del arma nueva, con el mismo frío horror y diabólica calma de un tratado común de balística: se ven círculos de color de hueso, —cuando se leen estas enseñanzas,— en un mar de humareda:<sup>a</sup> por la habitación, llena de sombra, se entra un duende, roe una costilla humana, y se afila las uñas: para medir todo lo profundo de la desesperación del hombre, es necesario ver si el espanto que suele en calma

preparar supera a aquel contra el que, con furor de siglos, se levanta indignado,—es necesario vivir desterrado de la patria o de la humanidad.

Los domingos, el americano Parsons, propuesto una vez por sus amigos socialistas para la Presidencia de la República, creyendo en la humanidad como en su único Dios reunía a sus sectarios para levantarles el alma hasta el valor necesario a su defensa. Hablabab a saltos, a latigazos, a cuchilladas: lo llevaba lejos de sí la palabra encendida.

Su mujer, la apasionada mestiza en cuyo corazón caen como puñales los dolores de la gente obrera, solía después de él romper en arrebatado discurso, tal que dicen que con tanta elocuencia, burda y llameante, no se pintó jamás el tormento de las clases abatidas; rayos los ojos, metralla las palabras, cerrados los dos puños, y luego, hablando de las penas de una madre pobre, tonos dulcísimos e hilos de lágrimas.

Spies, el director del *Arbeiter Zeitung*, escribía como desde la cámara de la muerte, con cierto frío de huesa: razonaba la anarquía: la pintaba como la entrada deseable a la vida verdaderamente libre: durante siete años explicó sus fundamentos en su periódico diario, y luego la necesidad de la revolución,

a. En LN: «humarada».

b. Errata en LN: «Hablababa».



y por fin como Parsons en el *Alarm*, el modo de organizarse para hacerla triunfar.

Leerlo es como poner el pie en el vacío. ¿Qué le pasa al mundo, que da vueltas?

Spies seguía sereno, donde la razón más firme siente que le falta el pie. Recorta su estilo como si descascarase un diamante. Narciso fúnebre, se asombra y complace de su grandeza. Mañana le dará su vida una pobre niña, una niña que se prende a la reja de su calabozo como la mártir cristiana se prendía de la cruz, y él apenas dejará caer de sus labios las palabras frías, recordando que Jesús, ocupado en redimir a los hombres, no amó a Magdalena.

Cuando Spies arengaba a los obreros, desembarazándose de la levita que llevaba bien, no era hombre lo que hablaba, sino silbo de tempestad, lejano y lúgubre. Era palabra sin carne. Tendía el cuerpo hacia sus oyentes, como un árbol doblado por el huracán: y parecía de veras que un viento helado salía de entre las ramas, y pasaba por sobre las cabezas de los hombres.

Mecía la mano en aquellos pechos revueltos y velludos, y les paseaba por ante los ojos, les exprimía, les daba a oler las propias entrañas. Cuando la policía acababa de dar muerte a un huelguista en una refriega, lívido subía al carro, la tribuna vacilante de las revoluciones, y con el horrendo incentivo su palabra seca relucía pronto y

caldeaba, como un carcaj de fuego. Se iba luego solo por las calles sombrías.

Engel,<sup>438</sup> celoso de Spies, pujaba por tener al anarquismo en tren de guerra, él a la cabeza de una compañía: él donde se enseñaba a cargar el rifle o a apuntar de modo que diera en el corazón: él, en el sótano, las noches de ejercicio, «para cuando llegue la gran hora»: él, con su *Anarchist* y sus conversaciones, acusando a Spies de tibio, por envidia de su pensamiento: él solo era el puro, el immaculado, el digno de ser oído: su anarquía, la que sin más espera deje a los hombres dueños de todo por igual, es la única buena: perinola el mundo y él, —y él, el mango: ibien iría el mundo hacia arriba, «cuando los trabajadores tuvieran vergüenza», como la pelota de la perinola!

Él iba de un grupo a otro: él asistía al comité general anarquista, compuesto de delegados de los grupos: él tachaba al comité de pusilánime y traidor, porque no decretaba «con los que somos, nada más, con estos ochenta que somos» la revolución de veras, la que quería Parsons, la que llama a la dinamita «sustancia sublime», la que dice a los obreros que «vayan a tomar lo que les haga falta a las tiendas de State Street, que son suyas las tiendas, que todo es suyo»: él es miembro del «Lehr und Wehr Verein»,<sup>439</sup> de que Spies es también miembro, desde que un ataque brutal de la poli-

cía, que dejó en tierra a muchos trabajadores, los provocó a armarse, a armarse para defenderse, a cambiar, como hacen cambiar siempre los ataques brutales, la idea del periódico por el rifle Springfield. Engel era el sol, como su propio rechoncho cuerpo: el «gran rebelde», el «autónomo».

¿Y Lingg?<sup>440</sup> No consumía su viril hermosura en los amozuelos enervantes que suelen dejar sin jugo al hombre en los años gloriosos de la juventud, sino que criado en una ciudad alemana entre el padre inválido y la madre hambrienta, conoció la vida por donde es justo que un alma generosa la odie. Cargador era su padre, y su madre lavandera, y él bello como Tannhauser o Lohengrin,<sup>441</sup> cuerpo de plata, ojos de amor, cabello opulento, ensortijado y castaño. ¿A qué su belleza, siendo horrible el mundo? Halló su propia historia en la de la clase obrera, y el bozo le nació aprendiendo a hacer bombas. ¡Puesto que la infamia llega al riñón del globo, el estallido ha de llegar al cielo!

Acababa de llegar de Alemania: veintidós años cumplía: lo que en los demás es palabra, en él será acción: él, él solo, fabricaba bombas, porque, salvo en los hombres de ciega energía, el hombre, ser fundador, sólo para libertarse de ella halla natural dar la muerte.

Y mientras Schwab,<sup>442</sup> nutrido en la lectura de los poetas, ayuda a escribir a Spies, mien-

tras Fielden, de bella oratoria, va de pueblo en pueblo levantando las almas al conocimiento de la reforma venidera, mientras Fischer alienta y Neebe organiza, él, en un cuarto escondido, con cuatro compañeros, de los que uno lo ha de traicionar, fabrica bombas, como en su *Ciencia de la guerra revolucionaria* manda Most, y vendada la boca, como aconseja Spies en el *Alarm*, rellena la esfera mortal de dinamita, cubre el orificio con un casquillo, por cuyo centro corre la mecha que en lo interior acaba en fulminante, y, cruzado de brazos, aguarda la hora.

## II

Y así iban en Chicago, adelantando las fuerzas anárquicas, con tal lentitud, envidias y desorden intestinos, con tal diversidad de pensamientos sobre la hora oportuna para la rebelión armada, con tal escasez de sus espantables recursos de guerra, y de los fieros artifices prontos a elaborarlos, que el único poder cierto de la anarquía, desmelenada dueña de unos cuantos corazones encendidos, era el furor que en un instante extremo produjese el desdén social en las masas que la rechazan. El obrero, que es hombre y aspira, resiste, con la sabiduría de la naturaleza, la idea de un mundo donde queda aniquilado el hombre; pero cuando, fusilado en granel por pedir una

hora libre para ver a la luz del sol a sus hijos, se levanta del charco mortal apartándose de la frente, como dos cortinas rojas, las crenchas de sangre, puede el sueño de muerte de un trágico grupo de locos de piedad, desplegando las alas humeantes, revolando sobre la turba siniestra, con el cadáver clamoroso en las manos, difundiendo sobre los torvos corazones la claridad de la aurora infernal, envolver como turbia humareda las almas desesperadas.

La ley, ¿no los amparaba? La prensa exasperándolos con su odio en vez de aquietarlos con justicia, ¿no los popularizaba? Sus periódicos, creciendo en indignación con el desdén y en atrevimiento con la impunidad, ¿no circulaban sin obstáculo? Pues ¿qué querían ellos, puesto que es claro a sus ojos que se vive bajo abyecto despotismo, que cumplir el deber que aconseja la declaración de independencia derribándolo, y sustituirlo con una asociación libre de comunidades que cambien entre sí sus productos equivalentes, se rijan sin guerra por acuerdos mutuos y se eduquen conforme a ciencia sin distinción de raza, iglesia o sexo? ¿No se estaba levantando toda nación, como manada de elefantes que dormía en la yerba, con sus mismos dolores y sus mismos gritos? ¿No es la amenaza verosímil del recurso de fuerza, medio probable aunque peligroso, de obtener por intimidación

lo que no logra el derecho? Y aquellas ideas suyas, que se iban atenuando con la cordialidad de los privilegiados tal como con su desafío se iban trocando en rifle y dinamita, ¿no nacían de lo más puro de su piedad, exaltada hasta la insensatez por el espectáculo de la miseria irremediable, y ungida, por la esperanza de tiempos justos y sublimes? ¿No había sido Parsons, el evangelista del jubileo universal, propuesto para la Presidencia de la República? ¿No había luchado Spies con ese programa en las elecciones como candidato a un asiento en el Congreso? ¿No les solicitaban los partidos políticos sus votos, con la oferta de respetar la propaganda de sus doctrinas? ¿Cómo habían de creer criminales los actos y palabras que les permitía la ley? Y ¿no fueron las fiestas de sangre de la policía, ebria del vino del verdugo, como toda plebe revestida de autoridad, las que decidieron a armarse a los más bravos?

Lingg, el recién llegado, odiaba con la terquedad del novicio a Spies, el hombre de idea, irresoluto y moroso: Spies, el filósofo del sistema, lo dominaba por aquel mismo entendimiento superior; pero aquel arte y grandeza que aun en las obras de destrucción requiere la cultura, excitaban la ojeriza del grupo exiguo de irreconciliables, que en Engel, enamorado de Lingg, veían su jefe propio. Engel, contento de

verse en guerra con el universo, media su valor por su adversario.

Parsons, celoso de Engel que le emula en pasión, se une a Spies, como el héroe de la palabra y amigo de las letras. Fielden, viendo subir en su ciudad de Londres la cólera popular, creía, prendado de la patria cuyo egoísta amor prohíbe su sistema, ayudar con el fomento de la anarquía en América el triunfo difícil de los ingleses desheredados. Engel: «ha llegado la hora»: Spies: «¿habrá llegado esta terrible hora?»: Lingg, revolviendo con una púa de madera arcilla y nitroglicerina: «¡ya verán, cuando yo acabe mis bombas, si ha llegado la hora!»: Fielden, que ve levantarse, contusa y temible de un mar a otro de los Estados Unidos, la casta obrera, determinada a pedir como prueba de su poder que el trabajo se reduzca a ocho horas diarias, recorre los grupos, unidos sólo hasta entonces en el odio a la opresión industrial y a la policía que les da caza y muerte, y repite: «sí, amigos, si no nos dejan ver a nuestros hijos al sol, ha llegado la hora».

Entonces vino la primavera amiga de los pobres; y sin el miedo del frío, con la fuerza que da la luz, con la esperanza de cubrir con los ahorros del invierno las primeras hambres, decidió un millón de obreros, repartidos por toda la República, demandar a las fábricas

que, en cumplimiento de la ley desobedecida, no excediese el trabajo de las ocho horas legales. ¡Quien quiera saber si lo que pedían era justo, venga aquí; véalos volver, como buyes tundidos, a sus moradas inmundas, ya negra la noche; véalos venir de sus tugurios distantes, tiritando los hombres, despeinados y lividas las mujeres, cuando aún no ha cesado de reposar el mismo sol!

En Chicago, adolorido y colérico, segura de la resistencia que provocaba con sus alardes, alistaba el fusil de motín la policía, y, no con la calma de la ley, sino con la prisa del aborrecimiento, convidaba a los obreros a duelo.

Los obreros, decididos a ayudar por el recurso legal de la huelga su derecho, volvían la espalda a los oradores lúgubres del anarquismo y a los que magullados por la porra o atravesados por la bala policial, resolvieron, con la mano sobre sus heridas, oponer en el próximo ataque hierro a hierro.

Llegó marzo. Las fábricas, como quien echa perros sarnosos a la calle, echaron a los obreros que fueron a presentarles su demanda. En masa, como la orden de los Caballeros del Trabajo<sup>b</sup> lo dispuso, abandonaron los obreros las fábricas. El cerdo se podría<sup>c</sup> sin envasadores que lo amortajaran, mugían desatendidos en los corrales los ganados revueltos; mudos se levantaban, en el silencio terrible, los elevadores de granos

que como hilera de gigantes vigilan el río. Pero en aquella sorda calma, como el oriflama triunfante del poder industrial que vence al fin en todas las contiendas, salía de las segadoras de McCormick,<sup>d443</sup> ocupadas por obreros a quienes la miseria fuerza a servir de instrumentos contra sus hermanos, un hilo de humo que como negra serpiente se tendía, se enroscaba, se acurrucaba sobre el cielo azul.

A los tres días de cólera, se fue llenando una tarde nublada el Camino Negro, que así se llama el de McCormick, de obreros airados que subían calle arriba, con la levita al hombro, enseñando el puño cerrado al hilo de humo: ¿no va siempre el hombre, por misterioso decreto, adonde lo espera el peligro, y parece gozarse en escarbar su propia miseria?: «¡allí estaba la fábrica insolente, empleando, para reducir a los obreros que luchan contra el hambre y el frío, a las mismas víctimas desesperadas del hambre! ¿no se va a acabar, pues, este combate por el pan y el carbón en que por la fuerza del mal mismo se levantan contra el obrero sus propios hermanos?: pues ¿no es

a. Ilegible el mf. Se sigue la lección de *OC*, t. 11, p. 343.

b. En LN: «trabajo» con minúscula.

c. Errata en LN: «podría».

d. En LN, siempre: «Mc. McCormick».



ésta la batalla del mundo, en que los que lo edifican deben triunfar sobre los que lo explotan?: ¡de veras, queremos ver de qué lado llevan la cara esos traidores!» Y hasta ocho mil fueron llegando, ya al caer de la tarde; sentándose en grupos sobre las rocas peladas; andando en hileras por el camino tortuoso; apuntando con ira a las casuchas miserables que se destacan, como manchas de lepra, en el áspero paisaje.

Los oradores, que hablan sobre las rocas, sacuden con sus invectivas<sup>a</sup> aquel concurso en que los ojos centellean y se ven temblar las barbas. El orador es un carrero, un fundidor, un albañil: el humo de McCormick caracolea sobre el molino: ya se acerca la hora de salida: «¡a ver qué cara nos ponen esos traidores!»: «¡fuera, fuera ese que habla, que es un socialista!...».

Y el que habla, levantando como con las propias manos los dolores más recónditos de aquellos corazones iracundos, excitando a aquellos ansiosos padres a resistir hasta vencer, aunque los hijos les pidan pan en vano, por el bien duradero de los hijos, el que habla es Spies: primero lo abandonan, después lo rodean, después se miran, se reconocen en aquella implacable pintura, lo aprueban y aclaman: «¡ése, que sabe hablar, para que hable en nuestro nombre con las fábricas!» Pero ya los obreros han oído la campana de la suelta en el molino:

¿qué importa lo que está diciendo Spies?: arrancan todas las piedras del camino, corren sobre la fábrica, ¡y caen en trizas todos los cristales! ¡Por tierra, al ímpetu de la muchedumbre, el policía que le sale al paso!: «¡aquéllos, aquéllos son, blancos como muertos, los que por el salario de un día ayudan a oprimir a sus hermanos!» ¡piedras! Los obreros del molino, en la torre, donde se juntan medrosos, parecen fantasmas: vomitando fuego viene camino arriba, bajo pedrea rabiosa, un carro de patrulla de la policía, uno al estribo vaciando el revólver, otro al pescante, los de adentro agachados se abren paso a balazos en la turba, que los caballos arrojan y atropellan: saltan del carro, fórmanse en batalla, y cargan a tiros sobre la muchedumbre que a pedradas y disparos locos se defiende. Cuando la turba acorralada por las patrullas que de toda la ciudad acuden, se asila, para no dormir, en sus barrios donde las mujeres compiten en ira con los hombres, a escondidas, a fin de que no triunfe nuevamente su enemigo, entierran los obreros seis cadáveres.

¿No se ve hervir todos aquellos pechos? ¿juntarse a los anarquistas? ¿escribir Spies un relato ardiente en su *Arbeiter Zeitung*? ¿reclamar Engel la declaración de que aquélla es por fin la hora? ¿poner Lingg, que meses atrás fue aporreado en la cabeza por la patrulla, las bombas cargadas en un baúl de

cuero? ¿acumularse, con aquel ataque ciego de la policía, el odio que su brutalidad ha venido levantando? «¡A las armas, trabajadores!» dice Spies en una circular fogosa que todos leen estremeciéndose:<sup>b</sup> «¡a las armas, contra los que os matan porque ejercitáis vuestros derechos de hombre!» «¡Mañana nos reuniremos!»;—acuerdan los anarquistas,—«y de manera y en lugar que les cueste caro vencerlos si nos atacan!» «Spies, pon *Ruhe* en tu *Arbeiter*: «*Ruhe* quiere decir que todos debemos ir armados.» Y de la imprenta del *Arbeiter* salió la circular que invitaba a los obreros, con permiso del corregidor, para reunirse en la plaza de Haymarket a protestar contra los asesinatos de la policía.

Se reunieron en número de cincuenta mil, con sus mujeres y sus hijos, a oír a los que les ofrecían dar voz a su dolor: pero no estaba la tribuna, como otras veces, en lo abierto de la plaza, sino en uno de sus recodos, por donde daba a dos oscuras callejas. Spies, que había borrado del convite impreso las palabras: «Trabajadores a las armas», habló de la injuria con cáustica elocuencia, mas no de modo que sus oyentes perdieran el sentido, sino tratando con singular moderación de fortalecer sus ánimos para las

a. En LN: «inyectivas».

b. En LN: «extremeciéndose».



reformas necesarias: «¿Es esto Alemania, o Rusia, o España?» decía Spies. Parsons, en los instantes mismos en que el corregidor presenciaba la junta sin interrumpirla, declamó, sujeto<sup>a</sup> por la ocasión grave y lo vasto del concurso, uno de sus editoriales cien veces impunemente publicados. Y en el instante en que Fielden preguntaba en bravo arranque si, puestos a morir, no era lo mismo acabar en un trabajo bestial o caer defendiéndose contra el enemigo, —nótase que la multitud se arremolina; que la policía, con fuerza de ciento ochenta, viene revolver en mano, calle arriba. Llega a la tribuna; intima la dispersión; no cejan pronto los trabajadores; «¿qué hemos hecho contra la paz?» dice Fielden saltando del carro; rompe la policía el fuego.

Y entonces se vio descender sobre sus cabezas, caracoleando por el aire, un hilo rojo. Tiembla la tierra; húndese el proyectil cuatro pies en su seno; caen rugiendo, unos sobre otros, los soldados de las dos primeras líneas; los gritos de un moribundo desgarran el aire. Repuesta la policía, con valor sobrehumano, salta por sobre sus compañeros a bala graneada contra los trabajadores que le resisten: «¡huimos sin disparar un tiro!» dicen unos; «apenas intentamos resistir», dicen otros; «nos recibieron a fuego raso», dice la policía. Y pocos instantes después no había en el recodo funesto más que ca-

millas, pólvora y humo. Por zaguanes y sótanos escondían otra vez los obreros a sus muertos. De los policías, uno muere en la plaza; otro, que lleva la mano entera metida en la herida, la saca para mandar a su mujer su último aliento; otro, que sigue a pie, va agujereado de pies a cabeza; y los pedazos de la bomba de dinamita, al rasar la carne, la habían rebanado como un cancel.

¿Pintar el terror de Chicago, y de la República? Spies les parece Robespierre; Engel, Marat; Parsons, Danton.<sup>444</sup> ¡Qué? ¡Imenos!; ésos son bestias feroces, Tinville, Henriots, Chaumettes,<sup>445</sup> illos que quieren vaciar el mundo viejo por un caño de sangre, los que quieren abonar con carne viva el mundo! ¡A lazo cáceseles por las calles, como ellos quisieron cazar ayer a un policía! ¡salúdeseles a balazos por dondequiera que asomen, como sus mujeres saludaban ayer a los «traidores» con huevos podridos! ¿No dicen, aunque es falso, que tienen los sótanos llenos de bombas? ¿No dicen, aunque es falso también, que sus mujeres, furias verdaderas, derriten el plomo, como aquellas de París que arañaban la pared para dar cal con que hacer pólvora a sus maridos? ¡Quememos este gusano que nos come! ¡Ahí están, como en los motines del Terror, asaltando la tienda de un boticario que denunció a la policía el lugar de sus juntas, machacando sus frascos, muriendo en la

calle como perros, envenenados con el vino de *colchydium*!<sup>446</sup> ¡Abajo la cabeza de cuantos la hayan asomado! ¡A la horca las lenguas y los pensamientos! Spies, Schwab y Fischer caen presos en la imprenta, donde la policía halla una carta de Johann Most, carta de sapo, rastrera y babosa, en que trata a Spies como íntimo amigo, y le habla de las bombas, de «la medicina», y de un rival suyo, de Paulus el Grande «que anda que se lame por los pantanos de ese perro periódico de Shevitch». A Fielden, herido, lo sacan de su casa. A Engel y a Neebe, de su casa también. Y a Lingg, de su cueva: ve entrar al policía; le pone al pecho un revólver; el policía lo abraza; y él y Lingg,<sup>b</sup> que jura y maldice, ruedan luchando, levantándose, cayendo en el zaquizami lleno de tuercas, escoplos y bombas: las mesas quedan sin pie, las sillas sin espaldar; Lingg casi tiene ahogado a su adversario, cuando cae sobre él otro policía que lo ahoga: ini inglés habla siquiera este mancebo que quiere desventrar la ley inglesa! Trescientos presos en un día. Está espantado el país, repletas las cárceles.

¿El proceso? Todo lo que va dicho, se pudo probar; pero no que los ocho anarquistas, acusados del asesinato del policía

a. En LN: «sueto».

b. Errata en LN: «Lingg».

Degan, hubiesen preparado, ni encubierto siquiera, una conspiración que rematase en su muerte. Los testigos fueron los policías mismos, y cuatro anarquistas comprados, uno de ellos confeso de perjurio.<sup>a</sup> Lingg mismo, cuyas bombas eran semejantes, como se vio por el casquete, a la de Haymarket, estaba, según el proceso, lejos de la catástrofe. Parsons, contento de su discurso, contemplaba la multitud desde una casa vecina. El perjurio fue quien dijo, y desdijo luego, que vio a Spies encender el fósforo con que se prendió la mecha de la bomba. Que Lingg cargó con otro hasta un rincón cercano a la plaza el baúl de cuero. Que la noche de los seis muertos del molino acordaron los anarquistas, a petición de Engel, armarse para resistir nuevos ataques, y publicar en el *Arbeiter* la palabra *ruhe*. Que Spies estuvo un instante en el lugar donde se tomó el acuerdo. Que en su despacho había bombas, y en una u otra casa rimeros de «manuales de guerra revolucionaria». Lo que sí se probó con prueba plena, fue que, según todos los testigos adversos, el que arrojó la bomba era un desconocido. Lo que sí sucedió fue que Parsons, hermano amado de un noble general del Sur,<sup>b</sup> se presentase un día espontáneamente en el tribunal a compartir la suerte de sus compañeros. Lo que sí estremece<sup>c</sup> es la desdicha de la leal Nina Van<sup>d</sup> Zandt, que prendada de la arrogante her-

mosura y dogma humanitario de Spies, se le ofreció de esposa en el dintel de la muerte, y de mano de su madre, de distinguida familia, casó en la persona de su hermano con el preso; llegó a su reja día sobre día el consuelo de su amor, libros y flores; publicó con sus ahorros, para allegar recursos a la defensa, la autobiografía soberbia y breve de su desposado; y se fue a echar de rodillas a los pies del gobernador. Lo que sí pasma es la tempestuosa elocuencia de la mestiza Lucy Parsons, que paseó los Estados Unidos, aquí rechazada, allí silbada, allá presa, hoy seguida de obreros llorosos, mañana de campesinos que la echan como a bruja, después de catervas crueles de chicuelos, para «pintar al mundo el horror de la condición de las castas infelices, mayor mil veces que el de los medios propuestos para terminarlo». ¿El proceso? Los siete fueron condenados a muerte en la horca, y Neebe a la penitenciaría, en virtud de un cargo especial de conspiración de homicidio de ningún modo probado, por explicar en la prensa y en la tribuna las doctrinas cuya propaganda les permitía la ley; y han sido castigadas en Nueva York, en un caso de excitación directa a la rebeldía, con doce meses de cárcel y doscientos cincuenta pesos de multa!

¿Quién que castiga crímenes, aun probados, no tiene en cuenta las circunstancias que los precipitan, las pasiones que

los atenúan, y el móvil con que se cometen? Los pueblos, como los médicos, han de preferir prever la enfermedad, o curarla en sus raíces, a dejar que florezca en toda su pujanza, para combatir el mal desenvuelto por su propia culpa, con medios sangrientos y desesperados.

Pero no han de morir los siete. El año pasa. La Suprema Corte, en dictamen indigno del asunto, confirma la sentencia de muerte. ¿Qué sucede entonces, sea remordimiento o miedo, que Chicago pide clemencia con el mismo ardor con que pidió antes castigo: que los gremios obreros de la República envían al fin a Chicago sus representantes para que intercedan por los culpables de haber amado la causa obrera con exceso; que iguala el clamor de odio de la nación al impulso de piedad de los que asistieron, desde la crueldad que lo provocó al crimen?

La prensa entera, de San Francisco a Nueva York, falseando el proceso, pinta a los siete condenados como bestias dañinas, pone todas las mañanas sobre la mesa de almorzar, la imagen de los policías despedazados por la bomba; describe sus hogares desiertos, sus ni-

a. En LN, siempre: «perjurio».

b. En LN: «sur» con minúscula.

c. En LN: «extremece».

d. En LN, siempre: «van», con minúscula.

ños rubios como el oro, sus desoladas viudas. ¿Qué hace ese viejo gobernador, que no confirma la sentencia? ¡Quién nos defenderá mañana, cuando se alce el monstruo obrero, si la policía ve que el perdón de sus enemigos los anima a reincidir en el crimen! ¡Qué ingratitud para con la policía, no matar a esos hombres! «¡No!», grita un jefe de la policía, a Nina Van Zandt, que va con su madre a pedirle una firma de clemencia sin poder hablar del llanto. ¡Y ni una mano recoge de la pobre criatura el memorial que uno por uno, mortalmente pálida, les va presentando!

¿Será vana la súplica de Félix Adler, la recomendación de los jueces del Estado, el alegato magistral en que demuestra la torpeza y crueldad de la causa Trumbull?<sup>47</sup> La cárcel es jubileo: de la ciudad salen y entran repletos los trenes: Spies, Fielden y Schwab han firmado, a instancias de su abogado, una carta al gobernador donde aseguran no haber intentado nunca recursos de fuerza: los otros no, los otros escriben al gobernador cartas osadas: «¡o la libertad, o la muerte, a que no tenemos miedo!» ¿Se salvará ese cínico Spies, ese implacable Engel, ese diabólico Parsons? Fielden y Schwab acaso se salven, porque el proceso dice de ellos poco, y, ancianos como son, el gobernador los compadece, que es también anciano.

En romería van los abogados de la defensa, los diputados de los gremios obreros, las ma-

dres, esposas y hermanas de los reos, a implorar por su vida, en recepción interrumpida por los sollozos, ante el gobernador. ¡Allí, en la hora real, se vio el vacío de la elocuencia retórica! ¡Frasas ante la muerte! «Señor, dice un obrero, ¿condenarás a siete anarquistas a morir porque un anarquista lanzó una bomba contra la policía, cuando los tribunales no han querido condenar a la policía de Pinkerton, porque uno de sus soldados mató sin provocación de un tiro a un niño obrero?» Sí: el gobernador los condenará; la República entera le pide que los condene para ejemplo: ¿quién puso ayer en la celda de Lingg las cuatro bombas que descubrieron en ella los llaveros?: ¿de modo que esa alma feroz quiere morir sobre las ruinas de la cárcel, símbolo a sus ojos de la maldad del mundo? ¿a quién salvará por fin el gobernador Oglesby la vida?

¡No será a Lingg, de cuya celda, sacudida por súbita explosión, sale, como el vapor de un cigarro, un hilo de humo azul! Allí está Lingg, tendido, vivo, despedazado, la cara un charco de sangre, los dos ojos abiertos entre la masa roja: se puso entre los dientes una cápsula de dinamita que tenía oculta en el lujoso cabello, con la bujía encendió la mecha, y se<sup>a</sup> llevó la cápsula a la barba: lo cargan brutalmente: lo dejan caer sobre el suelo del baño: cuando el agua ha barrido los coágulos, por entre los jirones

de carne caída se le ve la laringe rota, y, como las fuentes de un manantial, corren por entre los rizos de su cabellera vetas de sangre. ¡Y escribió! ¡Y pidió que lo sentaran! ¡Y murió a las seis horas,—cuando ya Fielden y Schwab estaban perdonados, cuando convencidas de la desventura de sus hombres, las mujeres, las mujeres sublimes, están llamando por última vez, no con flores y frutas como en los días de la esperanza, sino pálidas como la ceniza, a aquellas bárbaras puertas!

La primera es la mujer de Fischer: ¡la muerte se le conoce en los labios blancos!

Lo esperó sin llorar: pero ¿saldrá viva de aquel abrazo espantoso?: ¡así, así se desprende el alma del cuerpo! Él la arrulla, le vierte miel en los oídos, la levanta contra su pecho, la besa en la boca, en el cuello, en la espalda. «¡Adiós!»: la aleja de sí, y se va a paso firme: con la cabeza baja y los brazos cruzados. Y Engel cómo recibe la visita postrera de su hija? ¿no se querrán, que ni ella ni él quedan muertos? ¡oh, sí la quiere, porque tiemblan los que se llevaron del brazo a Engel al recordar, como de un hombre que crece de súbito entre sus ligaduras, la luz llorosa de su última mirada! «¡Adiós, mi hijo!» dice tendiendo los brazos hacia él la madre de Spies, a

a. En LN: «le».



quien sacan lejos del hijo ahogado, a rastras. «¡Oh, Nina, Nina!» exclama Spies apretando a su pecho por primera y última vez a la viuda que no fue nunca esposa: y al borde de la muerte se la ve florecer, temblar como la flor, deshojarse como la flor, en la dicha terrible de aquel beso adorado.

No se la llama desmayada, no; sino que, conocedora por aquel instante de la fuerza de la vida y la beldad de la muerte, tal como Ofelia vuelta a la razón, cruza, jacinto vivo, por entre los alcaides, que le tienden respetuosos la mano. Y a Lucy Parsons no la dejaron decir adiós a su marido, porque lo pedía, abrazada a sus dos hijos, con el calor y la furia de las llamas.

Y ya entrada la noche y todo oscuro en el corredor de la cárcel pintado de cal verdosa, por sobre el paso de los guardias con la escopeta al hombro, por sobre el voceo y risas de los carceleros y escritores, mezclado de vez en cuando a un repique de llaves, por sobre el golpeo incesante del telégrafo que el *Sun* de Nueva York tenía en el mismo corredor establecido, y culebreaba, reñía, se desbocaba, imitando, como una dentadura de calavera, las inflexiones de la voz del hombre, por sobre el silencio que encima de todos estos ruidos se cernía, oíanse los últimos martillazos del carpintero en el cadalso. Al fin del corredor se levantaba el cadalso: «¡Oh, las cuerdas son bue-

nas: ya las probó el alcaide!» «El verdugo halará, escondido en la garita del fondo, de la cuerda que sujeta el pestillo de la trampa.» «La trampa está firme, a unos diez pies del suelo.» «No: los maderos de la horca no son nuevos: los han repintado de ocre, para que parezcan bien en esta ocasión; porque todo ha de hacerse decente, muy decente.» «Sí, la milicia está a mano: y a la cárcel no se dejará acercar a nadie.» «¡De veras que Lingg era hermoso!» Risas, tabacos, brandy, humo que ahoga en sus celdas a los reos despiertos. En el aire espeso y húmedo chisporrotean, cecean, bloquean las luces eléctricas. Inmóvil sobre la baranda de las celdas, mira al cadalso un gato... ¡cuando de pronto una melodiosa voz, llena de fuerza y sentido, la voz de uno de estos hombres a quienes se supone fieras humanas, trémula primero, vibrante enseguida, pura luego y serena, como quien ya se siente libre de polvo y ataduras, resonó en la celda de Engel, que, arrebatado por el éxtasis, recitaba *El Tejedor* de Henry Heine,<sup>448</sup> como ofreciendo al cielo el espíritu, con los dos brazos en alto:

*Con ojos secos, lúgubres y ardientes,  
Rechinando los dientes,  
Se sienta en su telar el tejedor:  
¡Germania vieja, tu capuz zurcimos!  
Tres maldiciones en la tela urdimos;  
¡Adelante, adelante el tejedor!*

*¡Maldito el falso Dios que implora en  
[vano*

*En invierno tirano  
Muerto de hambre el jayán en su  
[obrador:*

*¡En vano fue la queja y la esperanza!  
Al Dios que nos burló, guerra y  
[venganza:  
¡Adelante, adelante el tejedor!*

*¡Maldito el falso rey del poderoso  
Cuyo<sup>a</sup> pecho orgulloso  
Nuestra angustia mortal no conmovió!  
¡El último doblón nos arrebató,  
Y como a perros luego el rey nos  
[mata!  
¡Adelante, adelante el tejedor!*

*¡Maldito el falso Estado en que florece,  
Y como yedra crece  
Vasto y sin tasa el público baldón;  
Donde la tempestad la flor avienta  
Y el gusano<sup>b</sup> con podre se sustenta!  
¡Adelante, adelante el tejedor!*

*¡Corre, corre sin miedo, tela mía!  
¡Corre bien noche y día  
Tierra maldita, tierra sin honor!  
Con mano firme tu capuz zurcimos:  
Tres veces tres, la maldición  
[urdimos:  
¡Adelante, adelante el tejedor!*

Y rompiendo en sollozos, se dejó Engel caer sentado en su litera, hundiendo en las palmas el rostro envejecido. Muda lo había escuchado la cárcel entera, los unos como orando, los presos asomados a los barrotes, estremecidos los escritores y los alcaides, suspenso el telégrafo, Spies a medio sentar. Parsons de pie en su celda, con los brazos abiertos, como quien va a emprender el vuelo.

a. Errata en LN: «Cayo».

b. Parcialmente ilegible en mf.



El día sorprendió a Engel hablando entre sus guardas, con la palabra voluble del condenado a muerte, sobre lances curiosos de su vida de conspirador; a Spies, fortalecido por el largo sueño; a Fischer, vistiéndose sin prisa las ropas que se quitó al empezar la noche, para descansar mejor; a Parsons, cuyos labios se mueven sin cesar, saltando sobre sus vestidos, después de un corto sueño histérico.

«¡Oh, Fischer: cómo puedes estar tan sereno, cuando el alcaide que ha de dar la señal de tu muerte, rojo por no llorar, pasea como una fiera la alcaidía!»: «Porque»—responde Fischer, clavando una mano sobre el brazo trémulo del guarda y mirándole de lleno en los ojos, —«creo que mi muerte ayudará a la causa con que me desposé desde que comencé mi vida, y amo yo más que a mi vida misma, la causa del trabajador, —y porque mi sentencia es parcial, ilegal e injusta!» «¡Pero, Engel, ahora que son las ocho de la mañana, cuando ya sólo te faltan dos horas para morir, cuando en la bondad de las caras, en el afecto de los saludos, en los maullidos lúgubres del gato, en el rastro de las voces, y los pies, están leyendo que la sangre se te hiela, cómo no tiemblas, Engel!»—«¿Temblar porque me han vencido aquellos a quienes hubiera querido yo vencer?—Este mundo no me parece justo, y yo he batallado, y batallo ahora con morir, para crear un mundo

justo. ¿Qué me importa que mi muerte sea un asesinato judicial? ¿Cabe en un hombre que ha abrazado una causa tan gloriosa como la nuestra desear vivir cuando puede morir por ella? ¡No: alcaide, no quiero drogas: quiero vino de Oporto!» Y uno sobre otro se bebe tres vasos... Spies, con las piernas cruzadas, como cuando pintaba para el *Arbeiter Zeitung* el universo dichoso, color de llama y hueso, que sucedería a esta civilización de esbirros y mastines, escribe largas cartas, las lee con calma, las pone lentamente en sus sobres, y una u otra vez deja descansar la pluma, para echar al aire, reclinado en su silla, como los estudiantes alemanes, bocanadas y aros de humo: ¡oh, patria, raíz de la vida, que aun a los que te niegan por el amor más vasto a la humanidad, acudes<sup>b</sup> y confortas, como aire y como luz, por mil medios sutiles! «Sí, Alcaide, dice Spies, beberé un vaso de vino del Rhin!»... Fischer, Fischer alemán, cuando el silencio comenzó a ser angustioso, en aquel instante en que en las ejecuciones como en los banquetes callan a la vez, como ante solemne aparición, los concurrentes todos, prorrumpió, iluminada la faz por venturosa sonrisa, en las estrofas de *La Marsellesa* que cantó con la cara vuelta al cielo... Parsons a grandes pasos mide el cuarto: tiene delante un auditorio enorme, un auditorio de ángeles que surgen resplandecientes de la bru-

ma, y le ofrecen, para que como astro purificante cruce el mundo, la capa de fuego del profeta Elías:<sup>a</sup> tiende las manos, como para recibir el don, vuélvese hacia la reja, como para enseñar a los matadores su triunfo: gesticula, argumenta, sacude el puño alzado, y la palabra alborotada al dar contra los labios se le extingue, como en la arena movediza se confunden y perecen las olas.

Llenaba de fuego el sol las celdas de tres de los reos, que rodeados de lóbregos muros parecían, como el bíblico, vivos en medio de las llamas, cuando el ruido improviso, los pasos rápidos, el cuchicheo ominoso, el alcaide y los carceleros que aparecen a sus rejas, el color de sangre que sin causa visible enciende la atmósfera, les anuncian, lo que oyen sin inmutarse, que es aquélla la hora!

Salen de sus celdas al pasado angosto; ¿Bien?—«¡Bien!»: Se dan la mano, sonríen, crecen. «¡Vamos!» El médico les había dado estimulantes: a Spies y a A. Fischer<sup>c</sup> les trajeron vestidos nuevos; Engel no quiere quitarse sus pantuflas de estambre. Les leen la sentencia, a cada uno en su celda; les sujetan las manos por la espalda con esposas plateadas: les ciñen los brazos al cuerpo con una faja de cuero: les echan por

a. En LN: «oportó», con minúscula.

b. En LN, coma.

c. En LN: «E. Fischer».

sobre la cabeza, como la túnica de los catecúmenos cristianos, una mortaja blanca: ¡abajo la concurrencia sentada en hileras de sillas delante del cadalso como en un teatro! Ya vienen por el pasadizo de las celdas, a cuyo remate se levanta la horca: delante va el alcaide, lívido: al lado de cada reo, marcha un corchete: Spies va a paso grave, desgarradores los ojos azules, hacia atrás el cabello bien peinado, blanco como su misma mortaja, magnífica la frente: Fischer le sigue, robusto y poderoso, enseñándose por el cuello la sangre pujante, realzados por el sudario los fornidos miembros. Engel anda detrás a la manera de quien va a una casa amiga, sacudiéndose el sayón incómodo con los talones: Parsons, como si tuviese miedo a no morir, fiero, determinado, cierra la procesión a paso vivo. Acaba el corredor, y ponen el pie en la trampa: allí están en fila, ante los espectadores, las cuerdas colgantes, las cabezas erizadas, las cuatro mortajas.

Plegaria es el rostro de Spies: el de Fischer, firmeza: el de Parsons, orgullo radioso; a Engel,<sup>a</sup> que hace reír con un chiste a su corchete,<sup>450</sup> se le ha hundido la cabeza en la espalda. Les atan las piernas, al uno tras el otro, con una correa. A Spies el primero: a Fischer, a Engel, a Parsons, les echan sobre la cabeza, como el apagavelas sobre las bujías, las cuatro caperuzas. Y resuena la voz de

Spies, mientras están cubriendo las cabezas de sus compañeros, con un acento que a los que lo oyen les entra en las carnes: «La voz que vais a sofocar será más poderosa en lo futuro que cuantas palabras pudiera yo decir ahora.» Fischer dice, mientras atiende el corchete a Engel: «¡Este es el momento más feliz de mi vida!» «¡Hurra por la anarquía!» dice Engel, que había estado moviendo bajo el sudario hacia el alcaide las manos amarradas. «¡Hombres y mujeres de mi querida América...» empieza a decir Parsons... Una señal, un ruido, la trampa cede, los cuatro cuerpos caen a la vez en el aire, dando vueltas y chocando. Parsons ha muerto al caer, gira de prisa y cesa: Fischer se balancea, retiembla, quiere zafar del nudo el cuello entero, estira y encoge las piernas, muere: Engel se mece en su sayón flotante, le sube y baja el pecho como la marejada y se ahoga: Spies, en danza espantable, cuelga girando como un saco de muecas, se encorva, se alza de lado, se da en la frente con las rodillas, sube una pierna, extiende las dos, sacude los brazos, tamborinea: y al fin expira, rota la nuca hacia adelante, saludando con la cabeza a los espectadores.

Y dos días después, dos días de escenas terribles en las casas, de desfile constante de amigos llorosos, ante los cadáveres amaratados, de señales de duelo colgadas en puertas miles

bajo una flor de seda roja, de muchedumbres reunidas con respeto para poner a los pies de los ataúdes rosas y guirnalda, Chicago asombrado vio pasar tras las músicas fúnebres, a que precedía un soldado loco agitando como desafío un «pabellón» americano, el ataúd de Spies, oculto bajo las coronas; el de Parsons, negro, con catorce artesanos atrás que cargaban presentes simbólicos de flores; el de Fischer, ornado con guirnalda colosal de lirio y clavellinas;<sup>b</sup> los de Engel y Lingg, envueltos en banderas rojas, y los carruajes de las viudas, recatadas hasta los pies por velos de luto, y sociedades, gremios, *vereins*,<sup>c 451</sup> orfeones, diputaciones, trescientas mujeres en masa, con crespón al brazo, seis mil obreros tristes y descubiertos que llevaban al pecho la rosa encarnada.

Y cuando desde el montículo del cementerio, rodeado de veinticinco mil almas amigas, bajo el cielo sin sol que allí corona estériles llanuras, habló el capitán Black, el pálido<sup>d</sup> defensor vestido de negro, con la mano tendida sobre los cadáveres:<sup>e</sup> «¿Qué es la verdad» —decía, en tal silencio que se oyó gemir a las mujeres dolientes y al concurso— «¿qué es la verdad

a. En LN, sin coma.

b. En LN, dos puntos.

c. En LN, sin cursiva.

d. Errata en LN: «pábilo».

e. En LN, coma.

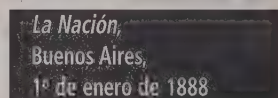
que desde que el de Nazareth la trajo al mundo no la conoce el hombre hasta que con sus brazos la levanta y la paga con la muerte? ¡Estos no son felones abominables, sedientos de desorden, sangre y violencia, sino hombres que quisieron la paz, y corazones llenos de ternura, amados por cuantos los conocieron y vieron de cerca el poder y la gloria de sus vidas: su anarquía era el reinado del orden sin la fuerza: su sueño, un mundo nuevo sin miseria y sin esclavitud; su dolor, el de creer que el egoísmo no cederá nunca por la paz a la justicia: ¡oh cruz de Nazareth, que en estos cadáveres se ha llamado cadalso!»

De la tiniebla que a todos envolvía, cuando del estrado de pino iban bajando los cinco ajus-

ticiados a la fosa, salió una voz que se adivinaba ser de barba espesa, y de corazón grave y agriado: «¡Yo no vengo a acusar ni a ese verdugo a quien llaman alcaide, ni a la nación que ha estado hoy dando gracias a Dios en sus templos porque han muerto en la horca estos hombres, sino a los trabajadores de Chicago, que han permitido que les asesinen a cinco de sus más nobles amigos!»... La noche, y la mano del defensor sobre aquel hombre inquieto, dispersaron los concurrentes y los hurras: flores, banderas, muertos y afligidos perdíanse en la misma negra sombra: como de olas de mar venía de lejos el ruido de la muchedumbre en vuelta a sus hogares. Y decía el *Arbeiter Zeitung* de la noche, que

al entrar en la ciudad recibió el gentío ávido: «¡Hemos perdido una batalla, amigos infelices, pero veremos al fin el mundo ordenado conforme a la<sup>a</sup> justicia: seamos sagaces como las serpientes, e inofensivos como las palomas!»

José Martí



[Mf. en CEM]

a. En LN se omite «la».

179

# La propiedad de la tierra y la propiedad literaria

Chickering.-Pactas ausentes.-Mark Twain.-  
Longfellow.-Un banquete en el Delmónico.-  
Andrew Carnegie, autor de *La democracia triunfante*,  
habla del problema obrero.

Nueva York,  
Diciembre 15 de 1887

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

QUIEN LEE con cuidado los periódicos de estos días, los boletines del Congreso, los informes de los Secretarios del Presidente, ve por ellos cómo en los Estados Unidos, lo mismo que en Inglaterra, el correo produce más mientras más barato es; cómo los indios ladinos del Territorio y de Nueva York, y las tribus que van mostrando apego al arado y la escuela, viven sin trastornos y en adelanto visible en los repartimientos, en cabeza propia que les concede la ley nueva, según la cual cada indio es ciudadano, habita y labra la tierra de que es dueño,

y disfruta con la comunidad del interés de la suma en que su tribu cedió al gobierno la tierra que para los indios era mucha y ya está poblando el blanco de arrozales y ganado.

Pero, mientras Washington no vuelve del asombro que por lo inusitado de la forma y lo pujante del argumento le ha causado, como al país entero y a Inglaterra, el mensaje de Cleveland; mientras Boston, que da gente bien criada, pone cubiertas ornadas por el simbólico muérdago a los libros de viajes, leyendas y poesías, que es aquí dulce costumbre regalar en Año Nuevo; mientras Filadelfia ve morir, al bajarse a levantar del suelo una oropéndola herida, a un poderoso irlandés que deja a Henry George, para que propague la nacionalización del suelo, toda su fortuna;

mientras Nueva York acompaña en un remolcador de fiesta el buque que lleve a Nicaragua a los ingenieros, cubanos y yanquis, que van a abrir los trabajos del canal propuesto por el ingeniero Menocal, de Cuba; mientras los representantes, divididos en proteccionistas, librecambistas y conciliadores, acuerdan en el Congreso sus comisiones, y las madres, mientras duermen los niños, recaban lo más de la bolsa marital para saciarles los deseos de Pascuas, los juguetes, los dulces, las baratijas mil que obstruyen ya las calles y rebosan de las henchidas tiendas, lo más culto de Nueva York, que es casi todo damas, se agolpa a la sala histórica de Chickering, para ver más que oír, a los literatos famosos que hoy se exhiben al público, a fin de allegar fondos con la fiesta en beneficio de la Liga de Propiedad Literaria; porque ahora, como la de Inglaterra se reimprime aquí, sin pagar derechos de autor, al mero precio del papel, el público satisface en los libros de in-



gleses su ansia de leer, desdeñando a los autores de casa, más caros y menos célebres; de modo que los autores de casa, cuyas obras también lee sin pagar derechos el público inglés, creen justo que entre Inglaterra y los Estados Unidos se acuerde un tratado de propiedad equitativo para los autores.

No está en el estrado de Chickeriing, notable a primera vista porque los literatos de rica cabellera son más que los calvos, el famoso Oliver Wendell Holmes, el médico-poeta, el *Autócrata de la Mesa de Almuerzo*, que en prosa y rima patéticas y fáciles loó las virtudes y castigó la frivolidad de la gente bostoniense, y luego en los días de la guerra, acuñó versos que se parecen a aquellos soldados de Bunker Hill, de chupa abierta, manos humeantes, cabello apelmazado por la sangre, mirada al morir venturosa. John Whittier tampoco está allí, el bardo a quien llaman acá, porque no tuvo miedo de hablar en pro del esclavo cuando la campaña por la abolición, «laureado de la Libertad», el que deja correr su verso suave como los riachuelos que triscan por entre las colinas donde como un pardal en el alero se acoge su modesta casa, el cuáquero que, como los obreros de Eibar, repuja en hierro, blando a su mano, hilos de plata y oro, y con hoja de perla los alegra y recama. Faltan en el estrado Bret Harte, que desde Inglaterra escribe cuentos sentidos y

finos de los mineros de California; Joaquín Miller, el poeta de la Sierra; William Carlston y John Hay, que en la lengua y los lances del pueblo del Oeste describen sus hazañas, amores y aventuras.

Pero sí está, con la originalidad literaria que le vino de su libre y agitada vida, aquel Mark Twain, famoso por su chiste satírico de entre americanos y europeos, que en su mismo seudónimo, voz de mando en las balsas de los ríos del Sur, revela cómo ha sacado sus libros ya célebres del pecho mismo de los hombres, y de su propio pecho en las noches en que a lo largo de los bambúes iba escuchándose la balsa atrevida por donde no la denunciase a los enemigos la luna. Está R. K. Stoddard, tocado con su cabello cano como con un turbante, huroneando, como en su mesa de crítico del *Mail and Express*, pronto siempre, sin dejar de escribir sátiras elegantes, a recoger del suelo una perla caída, y a echar del jardín de la poesía a los que no llaman a él con las alas. Está Edward Eggleston, literato de fajina, fecundo en biografías de indios, cuentos de guías y escuelas, y toda especie de libros de comercio de asunto cómodo y preciosa pasta. Está el que pareció entre todos mejor, porque hizo reír, y con la sola nariz, que es regañona y opulenta, ya está contando cuentos: un Riley, poeta del Oeste, que dicen merece más fama de la que goza aún, porque con

tres o cuatro toques de su verso preciso viste un carácter de aquellos de Indiana y Missouri, bigotazos y botudos, como en pocos sesgos de espátula, tendiendo y enrollando en torno a una hebra de caña la masilla de colores, fabrica sabios, guerreros y mandarines un artífice chino.

Mas, ¿quién entre todos ellos —ni el censor George Curtis, de palabra que ara y siembra; ni Howells, el novelista fisiómano; ni Dudley Warner, el poeta de las soledades y jardines; ni Frank Stockton, el narrador ingenioso que ahora triunfa; ni Cable que en novelas profundas pinta y sacude el Sur de los criollos, —igual en celebridad al patriarca de las letras amenas en América, al que dibujó con abundancia de corazón al yanqui tenaz y astuto en los *Biglow Papers*, al que cortejó la opinión de su pueblo, cuando la sentía esquivo por su amor excesivo a lo inglés, con el discurso majestuoso, montado en lengua histórica, en que en plena Inglaterra defendió, desde su puesto de embajador, el decoro y la vitalidad de la *Democracia*—a James Russell Lowell?

La edad le ha apagado la voz; el señorío mundano le sofocó aquella bravura juvenil con que, con mano cual la del herrero de Longfellow, flageló a los avariciosos y a los hipócritas; vendido a la prosperidad, ya se le ha helado el genio. El cabello le cae a los dos lados de la raya que se lo parte por mi-

tad, como las lanas de un carnero merino; de la barba copiosa le cuelgan los mostachos luengos; lleva levita de príncipe, de doble hilera de botones y cerrada al cuello; preside sí, pero no ya como antes, por el talento robusto y la palabra franca, por la crítica osada e ingenua, por aquellos versos en que acusaban de debilidad oculta «al que no sabe esperar sereno en sí», y adula a la victoria; preside por la autoridad que le viene de la vanagloria de haberla adulado. El pudor del hombre está en la mente, y se ha de llegar con él incólume a los ochenta años. ¡La admiración del mundo no vale la vergüenza de cederle!

Los autores leyeron mal, y cosas pobres. La concurrencia premiaba en ellos su obra conocida, no su lectura, generalmente fuera del caso o desmayada.

Sólo resisten sin pestañear el fuego de la tribuna el arcángel Gabriel y Satanás,—por ser una de las pruebas de la virtud el haber de triunfar sobre las que la imitan, y creen que el mejor modo de vencerla es falsificarla. Aquellos autores famosos, salvo Twain, Cable y Riley, parecían escolares que acuden a recibir su primer premio. A Lowel, no le oían. Stockton pesa ciento veinte libras. Cuando Howells se pone en pie, entre palmadas nutridas, la concurrencia se dice al oído que aquél es el que gana al año, sin contar sus derechos de autor, unos diez

mil pesos con lo que le corre de la pluma; sus novelas son burdas, no porque lo sea su talento noble y leal, sino porque lo es el pueblo que, conforme a su falso código literario, copia... Reproducir no es crear; y crear es el deber del hombre.

Obispos, corregidores, jueces, generales, clérigos y banqueros se juntaban un día después a las puertas del restaurant famoso de Delmónico. A grupos los va llevando el ascensor al salón alto, un salón de a tanto la hora, repulsivo como un amor alquilado. La palabra sincera huye, como niña decorosa, de los comedores venales. El aire ha de estar lleno de almas desinteresadas y amigas. Van subiendo por el ascensor, mientras salva a trancos la escalera de servicio, un mozo con un gallo dorado, los banqueros, los clérigos, los jueces, los generales, los corregidores, los obispos. Son los nobles de Nueva York, los que con su arrogancia visible deslucen el justo placer de venir de una familia honrada y vieja, los que van a conmemorar los patriarcas holandeses, comiendo, bebiendo fumando en pipa, tal como en el vestíbulo de su casuca fumó antaño, en paz con los indios de la virgen Mannahata, el buen viejo lampiño Wouter van Twiller. Son los caballeros de la sociedad de San Nicolás, el santo barbón que baja del cielo, en un trineo halado por venados, repleto de juguetes, con los que callandito se entra por

las chimeneas, para meter los regalos de pascua en la media que cuelgan de la cabecera o la repisa los niños buenos que esperan la visita del santo.

El salón del festín está vacío: al respaldo del asiento presidencial, bajo una cota de flores en que descansan las imágenes de un marinero y un indio, se lee la divisa de los nicoleños: *Orange Hoveu*. Resuena en el corredor una trompeta. Entra, vestido de soldado inglés, el trompetero a la cabeza del séquito festal. Síguele un patriarca cargando el gallo forrado de papel de oro, que lleva en el lomo un cataviento: el gallo, venerable para el holandés, amigo de los fundadores y del labriego solitario. Y luego siguen Depew, candidato de los ricos a la Presidencia de la República; Hewitt, rival suyo, y corregidor de Nueva York; Potter, obispo de las sectas protestantes unidas; y muchos Schevmerhorns, y Van der Weydes.

El presidente lo es desde que le ponen a la cabeza un tricorno, y una cinta rosada en el ojal de la flor. Les traen patatas fragantes y lechosas, que rocían con sidra buena.

Hablan al fin de la fiesta jocosamente los que tienen la lengua colgada en la mitad, como acá dicen de las personas de palabra voluble. Depew mortifica a Hewitt, Hewitt mortifica a Depew, y leen un periódico de cien años ha, con las mismas quejas, violencias y agorerías de

los de ahora. Uno saluda a los «Fundadores de New Amsterdam»; otros a «Nuestros huéspedes», «A nuestro país padre», a «Nuestro Santo Patrón», «al Presidente», «al Estado», «a la Ciudad»: el asunto del primer brindis fue este verso:—«¡Déjame, oh Nicolás, volver a niño!»

Y se sentaron todos a la redonda, pugnando en vano por sacar humo de las largas pipas.

Entre dos girasoles, que ornaban las esquinas del atril usado acá como tribuna, hablaba a esa misma hora a un escogido concurso el hijo de un tejedor escocés que por su bondad e ingenio ha llegado a ser dueño amado de los talleres de hierro y acero donde, entre los montes que les hacen natural compañía,

trabajan sin ira doce mil hombres. Es Andrew Carnegie, el autor de *Democracia triunfante*, libro agradecido que el observador estudioso no debe leer sin *El Progreso y la Pobreza* de George al lado. Como la derrota consume, el éxito reanima: este millonario que empezó la vida de telegrafista hace medio siglo, fue a paso ágil a su atril, el paso ágil de aquel que, porque no la conoce, no teme a la palabra: a la palabra no se llega nunca sin temblar, como jamás entró sin temblar Talma en el escenario.

Lo ha invitado a hablar sobre el problema obrero ante la sociedad de «El siglo diecinueve» el juez Courtlandt Palmer, millonario socialista en cu-

yos salones es obligatoria la casaca: Courtlandt Palmer ha invitado a la vez a Andrew Carnegie, que por la certeza de su propia bondad y su noble fortuna, no sabe poner en la desdicha de los telegrafistas, como él, ni de los tejedores, como su padre; y a Grönlund, elocuente socialista alemán, que diseñó con palabra feliz, ante las damas en seda y en plumas, un mundo de oro, como su barba.

José Martí

**El Partido Liberal,  
22 de enero de 1888**

[Mf. en CEM]

180

# Congreso norteamericano

Importantísimo mensaje presidencial.- Peligros del proteccionismo.-Efectos de los derechos protectores sobre las industrias favorecidas.-El presidente Cleveland partidario de la libre importación de la lana extranjera.- La cuestión del proteccionismo.-Efecto extraordinario del mensaje.

Nueva York,  
diciembre 7 de 1887

Señor Director de  
*La Nación*

ES INSIGNIFICANTE y duro el cuadro nuevo de Munc-káczy, *Cristo en el Calvario*? ¿Es singular la prohibición del corredor de la ciudad de que se rematen cuadros de noche? ¿Es pasmosa la novedad de un diario del Sur, *The Constitution*, de Atlanta, cuyos directores abogaban a la vez en el diario en pro el uno de tráfico de licores, y el otro en contra? ¿Es verdad que, so pretexto de huelga, los blancos de un pueblo del Sur atacaron a caballo las viviendas de los negros y mataron a treinta? ¿Es cierto que se anima en los Estados del Este la cru-

zada contra los chinos, que el vocero de los anarquistas, el ex-diputado alemán Most, acaba de ser sentenciado a un año de penitenciaría contra el testimonio de sus oyentes, por excitar a la rebelión en una oración fúnebre en memoria de los ahorcados de Chicago, que un Congreso de Metodistas reunido en Washington, con asistencia de prohombres de la política, el culto de las letras, denuncia unánimemente la inmigración excesiva como causa principal del desmoronamiento y desorden visibles del Estado? Todo esto es cierto; pero hoy sólo se habla del Congreso que reanuda sus sesiones, y de la bravura con que, desdeñando habilidades de hombre menor, como que ve que la única cuestión viva hoy en el país es la del sistema económico, sobre ella, aunque le cueste su reelección, dice todo lo

que piensa el presidente en su mensaje.

Ayer se abrió el congreso. Las galerías rebosaban: la esposa del presidente, rodeada de sus amigas, sonreía desde su asiento privilegiado: de codos en la baranda de la tribuna diplomática, miraba la escena brillante, en sus togas de seda amarilla y azul, la embajada china: por sobre ellos, escondida bajo la máscara del rostro la ambición voraz, asomaba la cabeza fría Joseph Chamberlain, que lleva en el costado el golpe de cachete con que creyó acabar a su jefe Gladstone: frente al asiento de cada senador hay cestos de rosas, almohadas de siemprevivas en atriles de clavel, escudos de los estados hechos de mirto y flor, sillas curules de magnolia y miosotis,<sup>a</sup> arpas de Irlanda, de yedra y margarita: presentes de amistad, que llevan atada con cinta crema o roja la tarjeta. Grupos: encuentros: saludos: las conversaciones, como pájaros en jaula apretada, se sofocan, barbullen, cecean: por las puertas entrea-

a. En LN: «miosisotis».



biertas de los corredores vienen ecos de risas y bufadas de humo, en que cabalgan con sus colas rojas los cuentos picarescos: los senadores nuevos pasean, pálidos: en la Cámara de los Representantes, un paje vendado va sacando de una caja de caoba las bolas de marfil, cuyos números corresponden en la lista de la casa a los nombres de los miembros, ansiosos de que les caiga un número temprano en suerte para escoger mejor asiento: un representante, creyendo desocupado su puesto de la legislatura anterior, oculto tras herradura colosal de flores, oye su número, abalanzase al sitio querido, y halla detrás de la herradura dos piernas: de Tennessee, imperturbables y cruzadas: entra, con el ojo izquierdo pintado, el representante a quien en el calor de la reunión preparatoria se lo desfiguró de un puñetazo un compañero: una dama de la galería manda una rosa de té a un representante calvo.

«¿Y de qué tratará en su mensaje el presidente? —Carlisle, el libre cambista, ha sido reelecto presidente de la Casa. Dicen que Randall, el caudillo de los demócratas proteccionistas, anda murrio y alicaído. Carlisle y Cleveland se han visto mucho estos últimos días. ¿Y qué?: aunque el libre cambio triunfe en la Casa de Representantes, el Senado que es republicano, le cerrará el paso a la ley. La verdad es que Cleveland, con aquella carta de veinte líne-

as en favor del candidato de los demócratas disidentes, ha asegurado su reelección. Sí; pero si toca la tarifa, lo abandonarán los demócratas proteccionistas; y si no la toca ¿sobre qué punto interesante se va a librar la nueva campaña presidencial? La verdad es que este Cleveland es todo un florete, certero y sutil, en un estuche de piel de oso. ¿Y ese modo de bufar, que tiene limpia de pretendientes la Casa Blanca en cuatro leguas a la redonda? Yo no sé cómo se puede sostener un presidente que no reparte los beneficios del poder entre los aspirantes de su partido, y desde que se casó, se le ha puesto el paso más firme al presidente, y tiene los ojos más azules. De veras: parece como si se sintiera con más, y ambicionara menos...»

A tales conversaciones puso hoy asombro y coto Cleveland, enviando al Congreso un mensaje contundente y viril, y abotonado hasta el cuello, como su propia persona en que demuestra que la ansiedad y desórdenes del país provienen del culpable empeño de favorecer un número limitado de empresas con una tarifa de importación que, so capa de proteger las industrias nacientes, mantiene a alto costo los artículos indispensables para la subsistencia, acumula en el Tesoro un sobrante enorme que a la industria hace falta y al Congreso tienta al despilfarro, priva a las manufacturas de la materia prima libre y salarios bajos que

le son menester para competir con sus rivales en los mercados extranjeros y anulando por el poco poder comprador de la moneda el aumento aparente del salario del obrero, que busca empleo en vano en el país pletórico, cría el formidable descontento que ha de acallarse, si no cesar, con un reajuste de la tarifa en cuya virtud sea barata, las industrias más viables y numerosas, y los salarios nivelados con las necesidades.

*La Nación* conoce de antemano el mensaje del presidente, que en incomparable forma repite lo que en *La Nación* se dijo, en tiempos en que costaba aún trabajo discernir aquí la verdad económica por entre los venales argumentos de los proteccionistas ambiciosos y los librecambistas desconsiderados.

El mensaje dice lo que *La Nación* previó. ¿De qué viene el trastorno obrero, que ya ha parado en sangre, sino del extremo del mal en que tiene al país una tarifa que, so pretexto de proteger a industrias vivideras, parte mínima de las 4000 industrias del país, agrava el costo de la vida de la nación toda, aglomera en el tesoro 140 000 000 de pesos sobrantes mientras ciudades de artesanos buscan en balde empleo, y a la vez que exaspera las masas abatidas o desocupadas, impide por lo caro de los productos el desarrollo legítimo de las industrias naturales en los mercados de donde las echan competidores más baratos?

La inmigración continúa llegando, y el trabajo disminuyendo. Las fábricas se cierran y el Tesoro tiene que ayudar por medios extraordinarios la circulación escasa mientras sobran en el Tesoro por exceso de derechos de importación 140 000 000 de \$. ¿A qué viene a alardear de que el gobierno está rico, cuando lo está en virtud de un sistema que empobrece la nación, paraliza su comercio, y engendra el odio entre sus habitantes. Este país industrial no puede vender sus industrias. Puesto que no las puede vender a no ser aquellas que le son muy peculiares, por el precio excesivo del producto, consecuencia de los altos derechos que suben el costo de la materia prima y el de la vida, y con el de esta los salarios, hay que redimir la materia prima, hay que abaratar la vida, hay que reducir sin perjuicio del obrero los salarios, hay que crear una condición nueva en que las industrias puedan vender lo que fabrican. Y en un país industrial, que lleva en su seno los gérmenes de un tremendo conflicto, hay que sacrificar el provecho desordenado de unos pocos a la necesidad de salvar la nación, por un sistema de tributos módicos y naturales, de la ira de la masa obrera.

En virtud de esos altos impuestos, los salarios son altos para todos, la vida es cara para todos. La producción más o menos barata según lo sea la vida, es cara y poco remunerativa

para todos: pues ¿qué derecho hay para imponer a 17 392 000 habitantes empleados en las varias faenas de la producción un orden económico preñado de amenazas, que sólo aprovecha, si aprovecha de veras a los 2 683 099 empleados en las industrias protegidas «nuestro deber claro y sencillo —dice el Presidente— es reducir los impuestos a los gastos necesarios para atender con economía al gobierno de la República, y devolver a los negocios el dinero que hemos acumulado en el Tesoro por el abuso del poder gubernamental. Esto se puede y debe hacer con seguridad para todas las industrias, sin riesgo de que el obrero pierda la remuneración de su trabajo y con beneficio de los obreros y de toda la nación, por el abaratamiento del costo de la vida, y el desarrollo de sus comodidades.

Las teorías nada tienen que hacer aquí. Este es un estado peligroso a que hay que atender, —no una u otra teoría—. A esto se ha de mirar, no con los ojos del economista pagado de un nombre, sea protección o librecomercio; no con el interés estrecho del partido, sino a la luz de aquel deber patriótico que debe resplandecer en los actos de los hombres escogidos para procurar el bien de un pueblo que puso en ellos su confianza.

Y el presidente va diciendo todo lo que es verdad. «Es una cobardía, es una traición, esqui-

var por intereses de partido un debate de que depende la suerte de la República. ¿Qué me importa a mí que mi partido no me reelija candidato a la nueva presidencia, por miedo a perder el voto proteccionista, si el país se está desangrando en medio de sus aparentes montes de oro, si por un mal sistema de tributos se está provocando la ruina e invitando a un horrendo conflicto social? Tranquilece yo a mi pueblo, dígame yo la verdad, compela a los políticos interesados a resolver esta cuestión de vida pública, —aunque me cueste este acto de valor la nueva presidencia que mi tacto con los disidentes de mi partido parecía tenerme asegurada.

Pero ¿correrá de veras Cleveland ese peligro? En política, la única fuerza definitiva e incontrastable es la honradez. No lo parece así: pero así es. Lo que daña no es ser honrado sino serlo a medias. Precisamente el más desinteresado es el que sirve mejor su interés. El poder, como un perro faldero, se acurruca a los pies del que sabe desdeñarlo.

Sí; el problema es como Cleveland lo pinta: hay que librar a la nación de sus convulsiones internas; hay que abrir salida a sus frutos, y empleo a sus hijos coléricos: hay que dar a la prosperidad del país bases constantes y naturales: hay que devolver a la nación los cien millones de pesos que se acumulan anualmente en el Tesoro, en virtud de un sistema de protección falsa a

las industrias que al obrero no aprovecha, porque le escasea el trabajo y en el costo alto de la vida gasta la aparente ventaja de su salario sobre el del obrero europeo, ni al fabricante aprovechará mañana, cuando en consecuencia de esta organización ficticia cese de producir porque el país no necesite ya lo que tampoco en el extranjero puede vender, cuando llegue, según dice el mensaje, «aquel pánico o catástrofe a que el estado actual de cosas tiende, y no tendrá en su día más respeto a los intereses manufactureros que a los demás intereses: ahora se nos presenta la oportunidad para una reforma segura, cuidada y deliberada; y ninguno de entre nosotros debe dejar de prever una época en que el pueblo, engañado e iracundo, saltando por sobre los que le negaron el alivio racional cuando aún era tiempo, insista en que de una vez de raíz le sean remedios todos sus males».

Ese es el problema, enunciado con fuerza profética. Ni un argumento han podido levantarle los republicanos más apegados a la tarifa prohibitiva, ni los demócratas más medrosos, que acatan gruñendo a este hombre que los obliga a ir tras él porque dice las cosas de manera que él se las discute confiesa por ello que no es honrado. ¿Por qué ha de correr riesgo la reelección de Cleveland? Su partido no osa abandonarlo, y va por donde él marca porque él cuida de ir por donde marca

el país; y ¿qué importa tener el partido en contra, cuando se tiene en pro al país? Si los demócratas proteccionistas lo abandonasen, los republicanos librecambistas se le juntarían.

Si los 2 623 089 interesados en la aparente protección votan contra él, acaso voten con él los empleados de todas las demás industrias. Si el que cría ovejas vota por el derecho alto sobre la lana, sin ver que cuando compra sus vestidos paga en ellos el mismo exceso de precios<sup>a</sup> que por su lana le pagaron, votarán contra el derecho alto todos los que tengan que comprar vestidos, que son más que los que crían ovejas: y si no vota con él nadie ¿no ha hecho él lo que manda la divisa de Borgoña: «haz lo que debas, suceda lo que quiera».

Precisamente a este capítulo de la lana pone especial atención el presidente en su mensaje. En tres interesantísimos párrafos lo discute. Dice eso: que el hombre de campo padece con que la lana tenga derecho alto, y el mismo criador de ovejas: que acá lo común es criar de veinticinco a cincuenta ovejas, cuya lana, a seis libras vellón, se vende, por el derecho de 10 a 12 centavos que paga la extranjera, a unos 36 \$ más de lo que sin él se vendería: que como cuando la lana sale de las manos del vendedor va ya cargada con ese aumento de precio al volver a él en forma de vestidos o piezas de abrigo no

sólo desembolsa el aumento que cobró por ella, sino el que, en virtud del sistema protector a que para favorecer su lana ayuda, le añade el fabricante que paga altos derechos y salarios: que por el precio excesivo de los vestidos y piezas de abrigo indispensable al uso de la Casa, pierde el criador de ovejas los mismos 36 pesos, si no más que creyó puro provecho cuando vendió su lana.

Y ¿qué importa, dice al fin el presidente, que perdieran ese mínimo beneficio, aunque fuera real, unos cuantos criadores, si por perderlo ellos puede la nación entera abrigarse mejor y reduciendo los salarios en la proporción en que los gastos se reducen, habilitar a las industrias nacionales a competir en los mercados del mundo con las extranjeras, fomentando así el comercio que hoy decae, contentando la masa obrera que hoy ruge, asegurando el trabajo que hoy le falta con el sistema de salarios altos. Ni ¿quién debe sacrificarse, si sacrificarse debiera alguien, en este conflicto de una nación de trabajadores, puesta en vías de quedarse sin trabajo? Redúzcanse los derechos de manera que el salario real del obrero no sufra, aunque se le rebaje en apariencia, y que las industrias queden beneficiadas por la introducción libre de las materias pri-

a. Parcialmente ilegible el microfilme.



mas y la merma que el abaratamiento de la vida produciría en los salarios, en lo mismo o en más en que hoy las favorece, con daño nacional, el derecho de protección, más que de importación sobre las industrias similares extranjeras.

Si alguna industria hubiese de padecer por lo que calma y abre nuevos caminos a la nación alarmada, ipadrezca!, que en los cuerpos sociales el interés de uno no ha de imperar sobre el de todos. No se diga que la protección asegura al obrero un salario crecido, pues ¿qué le vale cobrar como aumento de paga en el artículo en que trabaja, que es un solo artículo, el 35% con que ese producto está protegido en la tarifa, si por el sistema general establecido para esa protección tiene que pagar 35% en todos los artículos que consume, aun en los más necesarios? ¿si en virtud del sistema que invocan los manufactureros para abonarle un salario mayor, mantienen los productos domésticos, que para la exportación venden con veinte, a veces con sesenta por ciento de descuento, al mismo precio de los productos extranjeros. Y no es verdad que la competencia disminuya los precios, porque los manufactureros rivales se coaligan para vender a un tipo marcado y caprichoso sus artículos: y cuando la competencia disminuya el precio, como se suele alegar, a menos del artículo importado, eso demuestra que el artículo

se puede producir sin necesidad de la tarifa protectora que está causando tal plétora de industria, tal carestía de la vida, tal desocupación de los trabajadores airados.

Sí: hay que reducir los derechos; no dejando entrar libres en el país edificando conforme a la tarifa alta los productos baratos de pueblos donde se requiere menos para vivir, sino deduciendo de los derechos de protección la ganancia inmoderada de las industrias protegidas, y poniéndolas, por la entrada libre de las materias primas, en condición de luchar con éxito en las plazas del mundo, que hoy les están cerradas. «Esta no es novedad mía, dice el mensaje, sino ofrecimiento hecho al país en programas y leyes previas por demócratas y republicanos: la única duda está en la fuente de donde debe hacerse la reducción, si en el tabaco y en los licores de cuyo impuesto justo y moral nadie se queja, o en los derechos protectores que crean este riesgoso estado nacional: ni como ciudadanos ni como partidarios se muestra por cierto nuestro país dispuesto a condenar la violencia deliberada de este compromiso».

Y ¿qué haríamos con este sobrante de cien millones anuales, descaradamente acumulado en el Tesoro cuando la ansiedad de los capitalistas, la timidez de los negocios de crédito, el número creciente de artesanos

sin empleo, demuestran que falta de la circulación el numerario preciso para la salud de las fábricas? Ya hemos recogido todos los bonos del tres por ciento, los bonos de los capitalistas, pero de eso los mismos capitalistas se quejan, porque no tienen dónde colocar sus fondos a igual interés ni es lícito distribuir entre la clase que menos lo necesita el sobrante cobrado indirectamente en el cesto de los artículos de uso a la masa que con más dificultad puede pagarlo: ni es honroso ver en cada legislatura a los representantes caer famélicos con proyectos innecesarios e inmorales sobre ese enorme sobrante de cien millones que los tienta.

El gobierno sólo debe recabar del trabajo del ciudadano la suma que estrictamente necesita para protegerlo. Pide, pues, el mensaje, que se rebajen los derechos de protección con el menor daño posible de las industrias favorecidas y de los obreros; que se declaren libres las materias primas; que se conserve el impuesto doméstico sobre el tabaco y los licores; que se reduzca la tarifa de modo que desaparezca el sobrante anual, y que no se cobre al país más de lo que necesita para sus gastos legítimos el gobierno.

---

a. Parcialmente ilegible el microfilme.



Y con tal habilidad levanta este hombre obeso su prueba; con tal arte establece, como pudieran sus propios adversarios las verdades de hecho de que se vale enseguida para combatirlos sin encono; con tal moderación deduce de una avalancha de pruebas la necesidad de una concesión siempre

menor que lo que las pruebas ameritan: con tal desdén por todo interés bajo recuerda a hostiles y a secuaces la obligación de trabajar puramente por el bien del país, encaminado a la sangre y a la ruina, que republicanos y demócratas, deslumbrados y aturridos, como bajo el látigo se plegan ante el flage-

lo de este florete envuelto en piel de oso.

José Martí

*La Nación*  
Buenos Aires,  
27 de enero de 1888

[Mf. en CEM]

181

## La Pascua en los Estados Unidos

En la cárcel.-Los banquetes.-La cena en el colegio.-El muérdago.-San Nicolás y los niños.-El árbol de Navidad.-Juguetes y alcancías.

Nueva York,  
diciembre 25 de 1887

Señor Director de  
*La Nación*

WASHINGTON teme en estos días perder a Corcoran,<sup>452</sup> a su filántropo: el partido demócrata ha perdido a Manning, el padrino de Cleveland en la

convención donde le hizo nombrar candidato a la Presidencia contra la voluntad de su propio Estado, el que en el roce con los hombres aprendió a usar de ellos, el que supo, domando su pasión, poner a su servicio las ajenas; pero ¿qué es esta muerte, lamentada por Cleveland en una carta viril y magnánima; qué es el susto de que en Washington acabe el ancia-

no que emplea en el bien público la fortuna que acumuló como osado banquero; qué son las carretadas de reliquias que vienen a Boston de los nueve pueblos toltecas recién desenterrados en Arizona; que es la cueva, colosal como la del Mamut, y henchida de momias, bronce y cerámica, descubierta ayer mismo en Kentucky; qué los cadáveres de los anarquistas, cuyos cabellos encanecidos en el ataúd vieron con asombro los asistentes a su entierro final, ante el bullicio, la prodigalidad, los banquetes pomposos, las tiendas resplan-

decientes, las ventanas ornadas con la corona simbólica del muérdago y el regocijo arrebatado de las Pascuas?

¿Quién no regala en estos días, únicos en que no es triste la nieve? Se hablan los que no se conocen: las almas, siempre aquí encogidas e hirsutas, salen riendo a los rostros; los padres, cargados de regalos para sus hijos, aman en el propio al hijo ajeno, y reconocen, en la alegría de amar, la fraternidad del hombre: dádivas a los pobres, fiestas en los teatros, en las calles iluminación y jubileo: «¿Qué falta?» se pregunta la madre afanosa, que hoy no quiere fiar al mandadero de la tienda sus compras, «el libro, el *Principito Fauntleroy* para la niña!», «el estuche de afeitar para el tío!» «el juego de tocar para la abuela!» ¡Y el Santa Claus, el San Nicolás de yeso, el obispo de Myra, de la barba blanca para que presida el árbol pascual, que es de pino oloroso, colgado de juguetes, de cajillas de talco lleno de confites, de candelabros de talón con velas de colores, de bombas irisadas y muñecos de azúcar, de guirnaldas de papel rojo y azul polvoreadas de plata y de oro!

Y así vuelven los padres, ya a la medianoche, cuando los novios salen en parejas de los teatros que lucen estos días sus piezas famosas—cuál halando un trineo, cuál cargando un caballo; en un bolsillo una linterna mágica, un *Robinson Crusoe* en otro bolsillo, y saliéndose

por el del pecho la punta dorada del cartucho de bombones, el cartucho que San Nicolás, el obispo de Myra, el que echaba por las ventanas a escondidas la dote de las doncellas pobres, pone siempre callandito, a eso de la madrugada, en el fondo de la media clásica que cada pimpín cuelga lleno de fe en la repisa de la chimenea. Porque es tal en el alma del hombre la necesidad de la maravilla,—y en la del niño más, recién venido de ella,—que aunque el padre que quiere educarlo en razón le explique el mito viejo, y cómo Santa Claus fue un excelente señor, patrono de pobres, doncellas y marineros, dice el niño que sí, que lo entiende muy bien, que no hay Santa Claus, —¡y cuelga la media!

Ya no es como antes la Pascua brutal, en los tiempos en que las reinas tejían a la sombra del olmo el lino de la casa, mientras a su vista adiestraban al príncipe en la ballesta y en la jabalina los barbados servidores; el oso no baila como en aquel tiempo crudo, ni humea en la fuente de madera, aún no muerta la luz de los ojos, el jabalí recién cazado, ni en el vaso de roble fragante se bebe la sidra, ni se celebra la noche feudal con cuentos desnudos y danzas de bufones. Ni es hoy como en el siglo dieciocho, cuando la vela de Pascua era toda de baile y villancicos, tras los cuales venía lo mejor de la fiesta, el baile de disfraz, cotillones, minués,

trenzadillos, gavotas,—danzados en zapatos de broche y media fina; y en las paredes el muérdago y el acebo, orlando las cornucopias repletas de bujías; y en la chimenea travesando, charlando, guiñando a los bailarines los ojos de fuego, el gran leño pascual.

¡Ya no es ésa la Pascua, sino el día de generosidad y olvido a que, una vez al año por lo menos, tiene derecho el hombre! No se cuenta lo que se gasta: —¡Luego, luego veremos! que los niños tengan lo que han pedido: ¿y la criada, y el mandadero? ¿y el portero?: se me acabó el dinero, ¿vecino, me prestas?: ese juguete no es bueno, ¡otro mejor!—El hombre se ve vil tantas veces, que se comprende que goce, ¡hasta llorar! de verse, una vez al menos, desinteresado.

Hasta las piedras se ablandan aquí estos días. Sing-Sing, la prisión, es toda de piedras; y las celdas, que son ataúdes, en la Pascua están llenas de flores, ¡de láminas con ángeles plateados, prendidas con almidón a la pared! ¡del crucifijo de ébano y pasta amarilla que al preso irlandés le lleva de Christmas la madre viejecita!, ¡del pastel de arroz que acaba de darle el presidio de regalo!

Hablar les está prohibido; pero hoy, desde el mediodía al anochecer, les permiten hablar, juntos cuando están a la mesa, de celda a celda después de la festal comida. Son más de mil quinientos hombres, de tez muerta y

mirada viscosa, íla mirada viscosa de las cárceles! Gritan de cuarto a cuarto; unos cantan los himnos de la iglesia, otros baladas plañideras, otros coplas desembarazadas. Este arenga a un público invisible. Aquél improvisa una ardiente defensa del crimen que lo llevó ante el jurado. Increpa al fiscal: «Allá te va todo, bribón, las flores, el pastel, el crucifijo!» «¡Mi fiscal tenía orejas de burro, y su señora era de miel, y los amigos tenían la llave de noche!» Unos, a raudales, se hablan a sí propios: los de al lado vitorean a la República y la Constitución, los de más allá hablan a celdas distantes: los gritos como mensajeros, se cruzan por el aire sin confundirse.

El chiste no falta: «Eh, fulano: ¿no sales esta noche?» «¡No, fulano: está nevando!» Ward, el millonario, se acurruca, contando los años que le faltan de condena, en su frazada parda. Sueña una campana y callan a una vez los mil quinientos hombres. ¡Han tenido galletas de limón para el festín y el bollo de arroz dulce, y dos tabacos!

Mucho banquete hay hoy. Los solterones festejan a sus amigos en Hoffman y Delmónico: los políticos celebran, en torno a un pavo relleno de frutas y morrones, sus últimas victorias: los periodistas del club de la Castaña, donde se toca la campanilla con pena consiguiente al que dice un lugar común o cuenta un chiste viejo, loan en verso la

largueza de su director, alrededor de una fuente de judías, recamada de lonjas de tocino: las trescientas alumnas de Packard, que vienen de ver juntas la buena comedia de «La Esposa», se sientan a la medianoche en mesitas de a cuatro, a un pueblo de manteles: la luz, de tantas velas encendidas, parece que les habla, y corretea, y les sirve a la mesa: estofado es el plato de honor, que aquí llaman pastel de *beefsteak*, porque lo sirven en tazas de argentería cubierto de hojaldre: hay pavo en gelatina, y pastel azucarado con banderita americana: la luz susurra, se asoma, chismea: ¡ya estas niñas saben de amor tanto como de alemán y francés!

¿Qué les regalará el primo? ¿el quitasol de mango de plata que delante de él dijeron que no tenían? ¿la gorra de canutillo que está ahora de moda? ¿el portamonedas de cuero de colores, tan largo este año como eran el pasado los pomos de esencia, o la sortija de brillantes? La tía ¡qué ha de mandar!: ésa manda un costurero, o los versos de Felicia Hemans,<sup>453</sup> o pañuelito blanco, ilo que mandan las tías! ¡Como no vaya a mandar el primo el mismo tarjetón de Christmas que le regalaron el año pasado! Las velas, curiosas, mueven de uno y otro lado, como conversando, sus llamas. ¡Oh, si mandara el primo la sortija!... ¿Y la hermana mayor, la que en ese mismo instante entra en el baile de Nochebuena, habrá pasado a pro-

pósito por debajo de la araña donde está escondido el muérdago, para que su novio la bese? ¡Porque cuantos sorprenden a una mujer bajo el muérdago, le pueden dar un beso!

Pero para los niños es la fiesta mayor.

Para ellos, si son pobres, los banquetes servidos por maestras, los árboles de pascua dispuestos por damas benévolas y ricas, el buen abrigo y el gorro de estambre que los Astor, Roosevelt y Vanderbilt regalan a miles, la muñeca de rasó y porcelana que en un coche de librea, como en los cuentos, lleva un lacayo de botas amarillas a la niña descalza que escribió pidiendo una muñeca al buen corregidor. ¡Y mucha buena gente, leyó la carta de la niña, y se le llenó la casa de arcas de Noé, y relojes de estaño, y cocinitas de latón, y trenes de lavar, y un corral con sus doce ovejas blancas y su perro negro, y un par de zapatos!

Para los niños que no son tan pobres, el juguete francés, la muñeca vestida de armenia, los caseríos y pastoradas alemanas, y estos juguetes de los Estados Unidos, graves y útiles como el pueblo que los creó. Ya es poco el alfabeto de trozos pintados, y el teatro de papel con todo el drama de Hamlet u Otelo, y el Partenón en piezas de madera, que compone como el dibujo el niño curioso: ¡jamás compone un niño el Partenón o no lo compone más que una

vez! La bomba de incendios; la imprenta en miniatura; la locomotora de vapor, con vapor de veras; la máquina de aserrar; el molino de trigo; la draga de petróleo; el taller del herrero, con toda su maquinaria, perforando, silbando, torneando, cepillando el hierro: ¡esos son los juguetes!

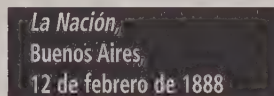
¡Las alcancías mismas, de hierro todas, no son ya figuras de negros hambrientos que se tragan el centavo entomando del gusto los ojos, ni de irlandeses de corbata verde que apuran la moneda en el vaso

que se llevan a la boca con gesto regalado: este año las alcancías nuevas son un águila que pone el centavo de su pico en el nido en que tienden el cuello sus hijuelos,—y la de los «Caballeros del Trabajo»: un peón de albañil deja caer el centavo de su cuenco en la chimenea a medio enladrillar por donde asoma otro peón cuchara en mano!

Y otro juguete hay nuevo: ni es el caballo de ruedas, ni el gato en la bota, ni los tres monos músicos, ni el negro bailarín, ni la caja de suertes, ni las

carreras de caballos, que son ruletas venenosas y disimuladas: ¡es un barco aéreo, colgante de un balancín, que al impulso de una máquina oculta, gira en el aire movido por dos aspas! Así, desde los juguetes del niño, se elaboran los pueblos.

José Martí



[Mf. en CEM]





---

1888





# Invierno norteamericano

Los banquetes y la política.-Oradores.-  
Sobremesas.-El frío en el Oeste.-Ventisca mortal.-  
Pueblos cubiertos por la nieve.-Huelga triste  
y justa.

Nueva York,  
enero 27 de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

A YER, EN UN museo, un hombre fornido se sacaba con prisa de la cabeza un casco recio de guerrero del siglo octavo: «No podría llevarlo un cuarto de hora», dijo: «sentí como si me hubieran puesto encima el cascarón de una montaña»: ¡y eso que el hombre era de los que crían<sup>a</sup> Illinois y Kansas, envidiables, magníficos, corpulentos, gulliveres<sup>b</sup> a cuyo alrededor da vueltas, como población de hormigas,<sup>c</sup> Liliput asombrado!<sup>d</sup> Pero el hombre que así ha desmerecido en fuerzas físicas, soporta sin enloquecer—como parece que debiera—este bullir y chocar de ocupaciones, recreos, miserias, lujos; este vibrar de su

naturaleza, no menos constante que el de la amazón de hierro en que el vapor lo arrastra por el aire; esta fatiga de vivir de sí, sin el amor de los hombres que en tierras más cálidas abriga y estimula, y sin más ayuda que la vaga y vergonzosa de los intereses de clase; este ondear majestuoso de las corrientes sociales. Gran energía se necesita, y gran fuerza de ojos, para levantarse del turbión, cuya crueldad suele apocar el ánimo; pero el que dominando su dolor o interés saca un instante la cabeza por sobre las de los hombres, y los ve en marcha, en marcha como un ejército, aunque acá sigan alegres a Catilina y más allá vuelvan la espalda a Demóstenes,<sup>455</sup> bien podría tenderse a morir, satisfecho de sus compañeros de batalla. El hombre es feo; pero la humanidad es hermosa. La humanidad es alegre, paciente y buena.

Y no sería ahora, tiempo de brumas y rachas, la ocasión más propicia para conocer su bondad, si no fuera deber de aquella crítica superior, que es la única fecunda, prescindir de lo<sup>d</sup> que la apariencia externa y el ambiente pintoresco ponen en el hombre, y, sin ceder al influjo del estío benévolo o el invierno pesimista, notar cómo, así como en lo animal salva al hombre de la epidemia la misma sustancia que la produce, así de sus llagas morales, estiércol del camino que se convierte en mariposa, surge el remedio que las cura.

De veras no es este enero mes bonancible. ¿Quién, acá en la ciudad, podría soportar, si no estuviera el cielo tan azul, la ventisca que viene del oeste, la ventisca criminal, que deja aquellos pueblos hundidos en la nieve, helados los ganados, bufando en vano las locomotoras en la vía obstruida, los caminos sembrados de muertos?

¡Oh! aquí en Nueva York, este es mes de bailes, teatros y

a. Ilegible en mf.: «crían». Se sigue la lección de OC, t. 11, p. 383.

b. En LN, errata: «gulliveres».

c. En LN, punto y seguido.

d. En LN, se omite «de lo».



convivialidades: no hay noche en que, so pretexto de banquete, no diga un candidato a la Presidencia su discurso; o se cante en la ópera alemana *Fidelio* o *Hernán Cortés*, o se reúnan los alumnos de este colegio, o los que lo fueron tal año, o los bomberos, o los capitanes de policía, o los que saben cuánto ayudan a la política las sobremesas, que son por acá muy largas y habladas, y como las «juntas de rezo» de estos tiempos suntuosos, donde a la manera de las reuniones de iglesia de antes se cambian ideas, y se captan adeptos, y se urden programas, y se traban compromisos, y se miden, en lo sutil de la conversación, los que aspiran a ser favorecidos con el voto, y los dueños de éste, que quieren saber antes cuánto pagará por él a su partido, en una forma u otra, el que, copa en mano y discurso en boca, lo solicita.

El que estudia los pueblos por la cáscara, sólo ve de éste los actos deslumbrantes y estruendosos en que con majestad que parece desproporcionada a quien no la estudia desde su cuna, dispone el pueblo libérrimo de sus destinos; pero esos grandes sucesos de mañana, esas candidaturas imprevistas, esos alzamientos de la opinión, esas célebres convenciones presidenciales, así es como se hacen día tras día en las juntas privadas de las iglesias, en el dentelleo y labor de encaje del periódico, y en esa costumbre creciente de los banquetes, que

este año adquiere proporciones desusadas, ya porque los más la hallan buena, ya porque varios de los candidatos a la Presidencia y al gobierno de Nueva York gozan fama de oradores de sobremesa.

Orador hay como Chauncey Depew, que no tiene noche libre, y hombre que se hace miembro de la orden de Palestina o de una sociedad de hosteleros o sastres, para oír, por los diez pesos que le cuesta el asiento, los chistes no muy sutiles de Depew, o la réplica casi siempre mal cocida de su contrincante el corregidor Hewitt, o la palabrería urbana y untada del abogado Coudert, o el consejo franco y brioso del periodista Dana, o la verba vulgar y feliz de Fellows el fiscal, o el discurso de Deems, clérigo elocuente, maestro en el arte sumo de levantar y distraer las discusiones enconadas.

Ahí es donde los partidos imperantes, exponen sus dogmas, gradúan a sus abanderados, contestan las acusaciones impresas y las que no se imprimen, y ensayan, para la lid de juego<sup>a</sup> sus armas y hombres mejores. Ahí es donde Hill, el gobernador ambicioso de Nueva York, socava los baluartes de Cleveland, a quien desea suceder en la Presidencia: ahí es donde, entre platas y bujías de colores, y la tortuga y codorniz de la estación, se dan la mano, atrevidos unos y a la callada los otros, cuantos, apretados por el miedo, quieren levantar en la

República, con el más insolente a la cabeza, un partido de ricos que, a man o a desmán, a buenas o a malas, retenga en obediencia permanente a las clases productoras, privadas de su parte natural en la distribución de la riqueza: ahí, en esas comidas fastuosas, ofrece el candidato un puesto al orador que no se decide a apoyar la candidatura,—o un divorcio al marido rico, que lo protegerá con su influjo si por el del candidato con tal juez le libra de una esposa innecesaria,—o una ley favorable al agiotista que está pensando cómo podrá comprar a la asamblea cuando en la apariencia está partiendo mansamente un rábano: ahí, en los salones altos del Delmónico, donde impera el silencio grato al buen gusto, o en los nuevos de Hoffmann, churriguerecos y con música de mucho bronce, como cosa de advenedizo, alistanse los partidarios de cada pretendiente, alléganse las simpatías de los que mañana serán llamados a mostrarla con su bolsa, exhibense los candidatos ante el pueblo que aún aquí es el<sup>b</sup> real,—ante los que poseen, que son los que mandan,—y hace el pastor cesante en busca de púlpito gala de la oratoria que puede animar a los ricos a dotarle una buena iglesia; y el cómico, que necesita amigos, los distrae, entre el Oporto y la

a. En LN: «duego».

b. Se añade «el».

crema de Chuao, contándoles chistes de poca ropa o cuentos burdos, montados en lengua fina por el ingenio de algún literato complaciente, como morcillas orladas de diamantes.

Esto es en Nueva York, que prepara sus bailes locos de los carnavales, o patina en el Parque Central a la llama negruzca de los hachones de petróleo clavados en el hielo, o vestida de invernante canadiense,<sup>a</sup> con traje<sup>b</sup> y gorros hechos de telas de frazadas, se deja caer de lo alto de la montaña rusa. Pero en el Oeste, donde viven los que crean, ¡ique valen más que los que trafican!—todo es horror desde las pascuas. Ni en los ferrocarriles se puede ir, porque el invierno les ha cerrado el paso; ni a pie, porque el hielo del aire, de una bufada, deja muerto al que lo desafía. ¡Vaya allí quien quiera saber de héroes! ¿Que todo es heredar a padres ricos, lucir coches, alquilar bribonas, aprender literatura de relumbrón sentado a la mora en un sillón amigo, vivir, so pretexto de empleos públicos, del trabajo ajeno? Al campo, al mar, al Oeste los que quieran ser dignos de la vida, y opinar sobre ella!

El que compró con los ahorros de la cosecha su toro de Holstein, y el percherón para el arado, sale a echarles cogollos de maíz seco, mas apenas le da el frío tiempo para verlos morir, y muere. La viuda que con su hijo de doce años lleva su cam-

po y lo ara y lo siembra, se asoma a ver si viene el hijo, que la halla con las manos y los pies helados. La maestra que, como todos los días, va con la discípula querida de su aldea a dar clase de invierno en la escuela, que está a unas siete millas, muerta aparece a los que fueron a buscarla, muerta sobre su discípula, como si con su cuerpo hubiera querido ampararla del último frío. Allí hay un montón: ¡son diecinueve cadáveres! Allí hay otro: ¡son cien bueyes muertos! En el tren que puja atascado, para salvarse con el calor mutuo, se juntan los pasajeros en un carro: los hombres se quitan sus abrigo para cubrir a las mujeres; a los niños les echan encima los sacos vacíos y las valijas del correo: van dos madres nuevas, y los dos hijos se les mueren.

A los pueblos del monte no llegan los socorros: la nieve sube a las copas de los árboles: de una pila de heno que lo cobijaba sale un infeliz a gatas a buscar ayuda para la gente de su aldea, y lo recoge expirante, helados los vestidos: otro, que pudo por su arte de andador venir deslizándose con sus zapatos de nieve, cuenta que en Brown, a donde hace un mes no llega el tren, ya no hay un saco de carbón, ni una astilla de leña: ya se acabó el carbón confiscado a la estación del ferrocarril; ya echaron abajo la estación, para calentarse en las hogueras públicas. Le regalan un saco de carbón: «¡Me espera la

mujer!» dice: y se deja ir, volar, desaparecer, sobre el muro de nieve. Día y noche trabajan mujeres y hombres, azules ya las manos y las caras, para que no sepulte sus casas la nevada.

A veces, de una puerta a otra, cae muerto un vecino.

¡Esa es la estación que la compañía de Reading, que descaradamente reparte este año un dividendo mayor que el de muchos años ha, elige para forzar a sus mineros, a sus mineros norteamericanos que ganan sesenta centavos al día, a someterse a un cuadro de salarios que les rebajará el miserable que hoy cobran! Intentaron los diarios venales, so pretexto de condenar abusos de los gremios obreros, levantar la opinión contra los pobres mineros de Reading, que a lo más ganan un peso diario, y no son bohemios, ni húngaros, ni alemanes pestíferos»; pero ¡estaba muy cerca el teatro de la villanía para que pudieran disimularla! La compañía, claro es, quiere repartirse mayores dividendos en el año entrante: como el carbón no sube, rebaja los salarios: como cuenta en caja seis millones libres, y cada accionista tiene otros negocios de que vivir, ¡bien puede la compañía esperar a que los mineros capitulen, vencidos por el hambre!

a. En LN: «canadense».

b. En LN: «trage».

Son treinta mil los mineros huelguistas: todo les falta ya, después de un mes de resistencia, en sus casuchas remendadas con tapas de barril y latas viejas: se entra en una de ellas, y pan y café, que es todo lo que tienen, están tomando junto a la estufa sin fuego la madre pálida, los dos hijos, con la levita del padre el uno, el otro sin zapatos, y el padre sombrío, de botas de cuero y camisa azul: en una esquina de la mesa está la pipa de yeso, pero al lado no hay bolsa de tabaco. «¡Pan y café, señor, no tenemos más que pan y café! los Caballeros del Trabajo nos dan de uno a tres pesos a la semana, y un poco de harina: pero estas botas son nuevas; y yo he jurado no ceder hasta que no se gaste la suela de estas botas! ¿Es justo que año tras año tenga mi hijo, biznieto de yanquis, que andar quince millas al día en su propia tierra para ganar en diez horas de mina cincuenta y dos centavos?».

Rico es, todo de crema y oro, como sus altos precios, el salón

de comer, que en la parte baja de la ciudad ha abierto ahora la empresa «Savarin» en el palacio de oficinas de una compañía, todo de bronce y granito, con gran arcada a la puerta, de techo y pared de pórfido, y la escalera de ónix de Argel y mármol mexicano. La cantina es una gala, con su blanco y dorado, y de mármol el techo, como la pared, y el piso, con listones de bronce entre las losas: pero en el comedor de señoras es donde está la maravilla: Vanderbilt dio un gran baile con lacayos de librea, pero los demás criados hicieron de los lacayos tal burla, que la riqueza de Vanderbilt fue poca para evitar que le desertasen la casa: «Savarin» puede más, porque los mozos del comedor llevan librea parda con botones de plata, y un chaleco como de piel de tigre menudísima, por entre cuya botonadura asoma la libreta de apuntes. Llega la dama con su acompañante, como suele, y a ella la desembaraza de sus abrigos una camarera de cofia y delantal, y a él un ayuda de cámara de chaque-

ta de pelo, que es azul, con botones redondos de plata: los mozos llevan todos patilla de criado inglés, cortada a cercén por junto al lóbulo de la oreja; sobre la mesa todo es plata pura, y dibujo de lo más fino de Roma y Pompeya: en el salón, desde el color sigiloso, lucen con reflejos de perla, en aquel lácteo ambiente, los manteles: la alfombra es de un vago amarillo: cercan el salón, hasta media pared, espejos de arco alto, alternando con otros más bajos y estrechos de templete griego, con unas guirnaldas que caen de la cornisa sobre la luna, y esconden una luz eléctrica: el papel, de flor leve: la cajera, vestida de negro y rubia, cobra en su escritorio blanco, orlado de guirnaldas, y tiene a la espalda como un dosel de espejos.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
9 de marzo de 1888

[Mf. en CEM]

183

## Cartas de Martí

El arte en los Estados Unidos.-¿Hay un arte propio?-¿Puede haber arte vigoroso en un país industrial?-Los acuarelistas americanos.-Su adelanto pasmoso.-Su entrada franca en la escuela de la luz.-España, Italia y México en el arte yanqui.

Nueva York,  
27 de enero de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

**E**RA HACE POCOS años motivo de tristeza ver en Nueva York una exhibición de cuadros de pintores norteamericanos. Relamían el paisaje, arte único que pudieron aprender de los ingleses, porque es el único que los ingleses saben. Sus marinas, brutales y negruzcas, no tenían la gracia y el cristal de agua, sino que eran duras, pastosas, violáceas, como la carne que va parapodre.

Las figuras, sin vida ni dibujo, y como recortadas en madera, brotaban violentamente de un fondo rectilíneo siempre gris, o de un aire que era humo o ceniza. ¡Quién dijera que ocho años después estuviese ya,

como está, la pintura yanqui en camino de animar, por el ímpetu y luz de todo lo de América, el lúgubre arte inglés de que aún ayer recibía falsas y tímidas lecciones!

Carece el pintor yanqui de aquella paleta luminosa que en nuestros artistas, como en los españoles e italianos, no es mérito personal sino de sus tierras y su sol, ni posee, —por ser ése privilegio de los países de luz, en que culminan la beldad y armonía de la naturaleza,—aquel arte sereno y juicioso, sin rebuscamiento ni extravagancias, negado a los pueblos en que la imaginación ha de suplir la ausencia de hermosura natural: ¡cuánto hay aún de profundo y no enseñado en los cánones del arte, que América sabe, y que no pudieron saber ni Fromentin, ni Blanc, ni Ruskin!<sup>1456</sup>

Falta al yanqui esa calma artística, como al francés mismo, y al inglés sobre todo; pero no la decisión de aprender, ni el ansia de lo nuevo, ni el instinto del color, ni la necesidad de la emoción aguda, indispensable para el equilibrio y reposo de la mente en los países de vida difícil y nerviosa. ¿El pintar produce?—se dice el norteamericano. ¡Pues a pintar! ¿El pintar es una delicia de la fantasía, una ocupación noble, una protesta de la luz, un acto de rebelión del alma fina contra la existencia grotesca, bestial, insípida, indigna de un pueblo que perece, con lo mismo en que se hincha y deslumbra, porque no ama más que lo animal y perecedero? ¡A pintar, pues, los que tengan alma fina y mientras más grosera sea la vida nacional, más alto el arte!

La poesía es como la tierra, que con la nieve que la cubre y con la lava que la quema se fecunda. El diamante ¿no es carbón precipitado? ¿Dónde es la poesía más sutil, más delicada, más honda, más voluptuosa, más musical, ¡sí, más musical! que en Inglaterra, por lo mismo que el dolor de vivir



en un pueblo duro y búfago acendra la fuerza poética, que sin el estímulo de la contradicción jamás llegará a tanta robustez, personalidad y finura? El contraste sublima; la indignación aquilata; la honradez, que es la forma más modesta de la poesía, crece hasta la locura, que se llama heroísmo en la historia y genio en el arte, allí donde la acorralan o la desconocen.

Por eso, aun al pintar lo natural, lo envuelven en tintas de ideas, etéreas y róseas, los pintores y estéticos ingleses. Por eso en los Estados Unidos los artistas, los desterrados de la luz, buscan el arte donde puedan bañarlo en ella.

Ya imitan menos que antes: ya copian menos la bruma de Millet, cargada de alma dolorosa, las crestas lilas y olas épicas del inglés Turner;<sup>a</sup> el capricho imperante de algún maestro de fama transitoria que sale por entre azules y carmines persiguiendo el sol que le huye o la celebridad que se le escapa: ya no le seduce, como ayer, un innovador viril o un japonizante famoso. ¡La nieve, dicen, es buena para cromos! ¡el mucho color es malo, pero no se puede vivir sin color! y por aquel amor a lo natural que es consecuencia estética del régimen de la República, cuya verdad realza y fortalece la propia del espíritu, salen a buscar la luz donde es vestido usual de la naturaleza, o estela de siglos de arte,—¡a Granada, a Madrid, a Venecia, a

Florenia, a California, a la Florida, a México!

Priva aún entre los artistas norteamericanos, que apenas comienzan a confiar en sí, aquella pasión por lo extravagante, legítima sólo como esfuerzo de la ambición desesperada en los pueblos donde el arte mercader convida con atrevimientos sorprendentes a los compradores ahítos, o donde, escasa la pintura de los modelos de la naturaleza, pide al capricho o al sueño el esplendor que le anuncia el alma.

Pero por esta exhibición de acuarelas que ahora visitamos; por esta obra simpática, leal y geniosa, que hace ocho años parecía imposible; por esta muestra pujante del genio improvisador y cálido de América, se ve que en cuanto dieron con la fuente del arte, que es la beldad natural, abandonaron las escuelas o maneras ficticias de los pintores literarios que prosperan en los países húmedos y oscuros, y fueron la primera forma inevitable de la pintura en Norteamérica, provincia cada día menos fiel de Inglaterra, en las letras y en las artes.

Aún quedan algunos, como Church<sup>457</sup> a veces, como Lippicott, que arrebujan en un aire lechoso sus creaciones rosadas; como Robinson, para quien la primavera, como para el poeta Baudelaire, está en los labios hospitalarios de una africana sinuosa. Uno, copian-

do a Whistler, destaca un busto huesudo de un fondo amarillo: otro, con osadía singular, viste su «Coqueta», que hunde la barba en un abanico negro, con una túnica verde.

Pero lo que llama la atención no es, como antes, la vana tentativa de imitar lo extraviado y escandaloso, sino lo colorido de los paisajes, la pesquisa directa de lo bello natural, la entrada franca en la escuela de la luz, y la rapidez con que los artistas jóvenes de este pueblo burdo han adquirido el arte leve y discreto de la acuarela, a tal punto que Fortuny pudiera firmar el «Mozo de campo» de Winslow Homer, y Leloir la «Marquesa» de León Morau. Los que se distinguían como realistas toman por donde deben, buscando la realidad artística, que es diferente de la común, en lo constante y hermoso.

Los que sentaron plaza de idealistas, ya no confunden el pensamiento con la expresión, antes violenta de puro refina, sino que encarnan la aspiración, el dogma o el símbolo en obras gratas a los ojos, sólidas y proporcionadas, no como aquellas que, por parecer vapor, eran derroches de leche, tormentas de iris y charcos de sangre.

¡Con qué ahínco no han debido estudiar estos artistas de un pueblo convulso para adqui-

a. En LN: «Furner».

rir la moderación, que es el genio del arte! Aun en los más arrebatados vuelos de la fantasía debe el artista, pintor o literato, llevar la rienda tirante a sus corceles, y agrupar, acentuar y desleír con miramiento escrupuloso a los dictados de la razón, y a las proporciones y distancias. La moderación se enseña demasiado, como en Moratín, o se deja adivinar como en Goethe; y como en Goethe, ha de ser constante e invisible.

Por el contraste, pues, de las almas artistas con su pueblo rudo, y por la fecunda arrogancia con que en sí y en lo hermoso se refugia y crece en medio del pueblo hostil el espíritu fino, ha venido casi desde el nacer el arte de Norteamérica a distinguirse en aquellas mismas condiciones culminantes y redentoras que escasean en su pueblo: ¡Oh divino arte! El arte, como la sal a los alimentos, preserva a las naciones.

Pero ni esa rápida victoria sobre el espíritu nacional, ni la tersura y gracia del trabajo, que realzan el asunto pintoresco y la composición serena, son las únicas novedades con que en este certamen muestra ya sus caracteres propios el genio norteamericano. Veraz, por lo real de la vida de la nación y lo franco de la controversia en que en ella se prueban las ideas universales, desdeñó lo postizo de las escuelas caprichosas, y buscó la verdad naturalmente: invicto, aplicó al arte la avaricia

y pujanza, no exentas de nobleza, que en los demás aspectos de la vida le han asegurado, o le auguran, la victoria; pero apenas, dueño ya del pincel, supo dónde reside la hermosura, pinta como Sargent cuadros que, más que los de su maestro Carolus Duran, recuerdan a Velázquez por la naturalidad y el brío, y equivocando ambicioso los campos diversos de cada especie de arte, pretende reemplazar, no siempre sin fortuna, con acuarelas de enormes proporciones, los tamaños y pompa del óleo. Y la verdad es que sin que se vean las junturas del color o pierda la obra su aire y tenuidad, ni las *Dalias* soberbias de Catalina Greateorex, ni el solemne *Cañón de Sicomoros* de Luis<sup>a</sup> Tiffany, ni el colosal *Paisaje* de Hamilton, tienen que envidiar, por el vigor y efecto, al óleo más robusto, y sin duda lo vencen ¿por qué no ha de decirse? en vaguedad y gracia; aunque en vano intentan parangonarse con el lienzo las acuarelas grandes de figuras, tan pálidas y groseras en estas tentativas de tamaño mayor, como adorables y perfectas las que La Farge en *Salomé* y Moran<sup>b</sup> en *Miss Dorothy* han pintado en su tamaño propio. Leve es la flor, y el campo vaporoso, por lo que puede ser que en grande como en pequeño los represente bien el arte del acuarelista, etéreo y sutil; pero precisamente por la incapacidad de este arte menor para expresar los estados superiores y cambiantes del alma

y los movimientos enérgicos y múltiples, se conoce aquella ventaja que lleva por su espíritu el hombre, resumen y cúspide, al alma naciente con que a su alrededor se prepara, para transformarse en él, la de la naturaleza.

¿Quién que vaya viendo cómo el norteamericano se revela en la pintura, creará fútil este estudio ligero de la condición actual, genuinidad, y adelanto notable de su arte? No percibe aún el asunto épico, ni su misma guerra formidable se lo enseña; pero en sus lienzos, como en sus edificios, como en sus negocios, como en sus vías de comunicación, como en sus fiestas públicas, tiende —cual a lo suyo natural— a lo grandioso. Ama, como todo pueblo trabajador, los animales, que el pintor en mil cuadros retrata, y hallan fácil venta; pero si pinta el mar, lo pintará crespó y rugiente, tragándose, como las olas de Harrison, la playa, y si copia árboles, no copiará la copa frondosa, sino el tronco.

Llega su brío hasta adquirir en pocos años la discreción artística que muy difícilmente logran en siglos de esfuerzo los pueblos más cultos. Su capacidad de absorción llega, hijo como es de la tormenta y de la

a. En LN: «Louis».

b. En LN: «Morau».

nieve, a pintar con menudez y color italianos los aspectos recónditos y vivaces de las ciudades de civilización diversa donde centellea con inquietos matices la vida luminosa.

Su familiaridad con lo colonial le induce a intentar, con los recursos del arte de gracia, las obras gigantes del arte de fuerza. Y como la fantasía vigila para que no se corrompan las naciones, como los artistas, en el lenguaje o en el pincel son los hombres sagrados de los pueblos, ya se va viendo cómo, a medida que los vicios de la República y el concepto falso de la vida, menguan en el norteamericano el amor a la patria, vuelve por él el arte y trata sus hazañas y memorias con la frecuencia que conviene donde los gusanos tienen puesto asedio al alma.

Pero el triunfo es de los pueblos de luz, es de Fortuny, que la pintó por primera vez, es del arte de Italia, que en estos hombres independientes reemplaza al arte literario de los franceses y al falso y violáceo de Inglaterra; es de California, es de Florida, es de México.

Cada año han sido más los cuadros de color, ya acuarelas, ya lienzos, y se notaba que lo mejor de los artistas pedía al reposo agraciado de la naturaleza cálida asuntos a la vez nuevos, sinceros y durables. Pero este año ¡cuánto puente de Venecia, cuánto canal, cuánta Via Garibaldi,<sup>a</sup> y las palomas de

San Marcos y el portal de un palacio y Santa María de la Salud, y Venecia de noche, y un calabacero veneciano! Y no eran las rejas y balcones de Rico, que parecen encaje incrustado, sin sombra ni liga de color, sobre las paredes resplandecientes; ni el azul de Pasini, cuyo cielo ígneo escalda más que ilumina las figuras: era el color fortuniano, saludable y jugoso, con el aire que lo refresca y nutre,—el color de Villegas, azul como la mar y amarillo como las naranjas—el color de Domingo, un vaso de cristal lleno de claveles.

De España también ¡cuánto lindo asunto! Lo pintoresco español es más viril que en Italia, aun en lo femenino. ¡Y con qué gracia están escogidos los temas! ¡con qué poder, que recuerda el del aragonés Gonzalvo, resalta en lo oscuro flamante el *Coro de la catedral de Ávila!* ¡con qué firmeza mira, bajo el dosel de rizados negros que le oculta la frente, esa amorosa gitana de Granada! ¡y ese arriero que saca sus cuentas, sentado en las losas donde se quiebra en hartas luces el color, a la puerta, pintada a maravilla, del palacio moruno! ¡y ese cuadro finísimo de *Las Lavanderas*, de Fenn, menudo y centelleante como las acuarelas de Menzel,<sup>b</sup> con su campo de ropa colgada que parece de nieve, y las mozas de Madrid, secando o riñendo, o estrechando arrodilladas en su cajón

de lavar, y los puentecillos de madera, tendidos sobre el débil hilo de agua, repletos de galantes soldados!

Pero lo más grato a nuestros ojos era el notable número de cuadros de tierras nuestras, o de las que como la Baja California lo serán siempre por la naturaleza, ¡aunque ya no lo sean por la historia!

A nosotros van a buscar estos pintores la luz: a las misiones de Santa Bárbara, Santa Inés y San Diego, teatro ayer de la estéril virtud de los franciscanos estoicos, y hoy desnudos jardines, emparados sin vid, fontanas sin agua, campanarios sin bronce, techos sin tejas: a Santa Bárbara van, como Luis Tiffany, que pinta el patio melancólico y el claustro desierto, testigos un día de las hazañas de amor de fray Junípero Serra:<sup>c458</sup> al *Carión de los Sicomoros*, donde por entre pedruscos cenicientos de que surgen los troncos serpeantes, corre sin yerba ni flor, en la paz de los siglos, el agua sana y clara; van como Hopkinson Smith, que pinta con el amarillo terroso de Heilbuth,<sup>d</sup> a la «Tierra Caliente» donde la sombra de los árboles escuetos vetea el suelo enjuto, sin más verde que un

a. En LN: «Caraboldi».

b. En LN: «Menta».

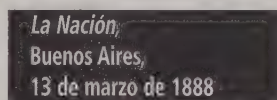
c. En LN: «Sierra».

d. En LN: «Hilbruth».

sediento maguey,—y a la ciudad misma de México, donde con pincel mortecino intenta en vano pintar la lindeza y luz de las canoas de mercado que vienen con sus frutas y sus flores canal arriba, y logra luego tonos más reales, aunque sin la vida y esplendor del país, cuando—como vieron sus ojos hechos a la bruma—copia el patio de Santo Domingo, con unos indios que parecen árabes, y la entrada de San Hipólito, compuesta, aunque

no coloreada, como por excelente artista, salvo cierto quitasol que para avivar lo térreo del ambiente es de algodón rojo: ¡no a todos es dado asir la luz de América!

José Martí



[Mf. en CEM]

[OC, t. 10, pp. 479-484]

184

# La originalidad literaria en los Estados Unidos

Louisa May Alcott<sup>459</sup>

NO HAY QUE andar buscando en los pueblos nuevos aquellas literaturas de copia y alfileres que enseñan catedráticos momias en las escuelas clásicas.—¿Y quién es ese secretario de usted que da tantos tropiezos?—preguntaban a un periodista de Chicago.—«Es un imbécil que habla dieciocho

lenguas y sabe seis ciencias vivas. Déle usted un fin de verso latino y él le dirá si es de Juvenal o de Persio; pero no le pregunte por dónde va la vida humana, ni cómo se influye en ella, ni cómo se saca de ella la felicidad, ni cómo se anda por el mundo sin tropezar con los callos y juanetes del vecino; ¡ésa

es la ciencia, amigo, no tropezar con los juanetes!»

No fue esa literatura científica por cierto la que dio fama a la escritora que acaba de morir, Louisa May Alcott. De seguro que su nombre no es conocido en nuestros países, como no lo era el de su padre, el filósofo Bronson Alcott, cuya vejez



mantuvo ella decorosamente con el producto de su trabajo. Y su trabajo fue notable. Lo primero fue, más que estudiar, vivir; vivió pobre; vivió en el campo, cerca de Thoreau el naturalista eremita, y de Hawthorne el novelista del espíritu, y de aquella águila blanca que se llamó Emerson; vivió en su casa humilde, haciendo de hija mayor en la casa adonde traía poco pan el padre filósofo, y donde lo que la madre ganaba enseñando por el pueblo urbanidad y costura fue mermándose tanto, que Louisa, engolfada en lecturas sabihondas, dejó de escribir sendas cartas a Víctor Hugo, a Milton y a Goethe, para enseñar en una escuela vecina, donde la querían mucho por su arte de inventar cuentos. Los enviaba a docenas a los diarios, por si se los querían imprimir; y al fin uno pareció bien a cierto editor compasivo, que le pagó cinco pesos, y diez por el segundo, hasta que un día de nieve se encontró al volver de sus lecciones un poste donde decía en letras muy grandes: «Bertha», novela nueva por la autora de «Las primadonnas rivales». La familia entera fue en procesión a ver aquel poste, que era la lengua primera de la fama, y arrancó los jirones del cartel, que guardan aún piadosamente las hermanas.

Pero en vano escribía Louisa May Alcott novelas imaginadas, con más invención que observación y llenas de reminiscencias y trasuntos literarios.

«Hará algo»—decían los que la conocían; mas con veinte libros que llevaba escritos aún no lo había hecho; hasta que, tocada en el noble corazón por los sufrimientos de los heridos en la guerra del Sur, se alistó de enfermera, vio la muerte, y halló este lenguaje: «Alrededor de la estufa, de la estufa roja y enorme, estaban encogidos, tendidos, caídos sobre el codo, reclinados uno contra otro, los hombres más infelices que vi jamás, desencajados, despedazados los vestidos, pálidos; con el fango hasta las rodillas, con vendas ensangrentadas de muchos días atrás; muchos acurrucados en sus mantas, con la levita a los pies o sin levita, y todos con aquella mirada de cansancio que proclama, más que el silencio de las ciudades y los despachos de los jefes, la derrota. Yo los compadecía tanto, que no me atrevía a hablarles. Me moría de deseo de servir al más miserable de ellos.» Y las historias del hospital las cuenta así, en sus *Hospital Sketches*: trajeron de comer, y ella dio alimento a uno de los peor heridos y lo ofreció después al que tenía al lado. —«Gracias, mi señora; ya yo no creo que volveré a comer; tengo una bala en el vientre. Pero beber agua si quiero, si no está usted muy ocupada.» Eché a andar muy de prisa, pero acababan de llevarse los baldes para llenarlos y tardaron un mundo en volver. Yo no olvidé a mi herido, y fui a él con la

primera jarra. Me pareció que dormía; pero algo en su cara pálida y cansada me hizo poner a sus labios el oído. No respiraba. Le toqué la frente. Estaba fría. Entonces entendí que, mientras yo aguardaba por el agua, otra enfermera mejor le dio a beber una medicina más fresca, y lo curó de una caricia de su mano. Tendí la sábana sobre aquel cuyo sueño ya no podía turbar ruido alguno, y media hora después la cama estaba vacía.»

Desde entonces Louisa May Alcott, iluminada por la ternura, no escribió más que la verdad. No se valió de la imaginación para inventar, sino para componer, que es su verdadero oficio; y lo que sabía de la literatura le sirvió mucho, por supuesto, pero no para construir edificios de cartón pintarrajeados de leyendas y mitología, con un puntal griego, otro hindú, otro alemán y otro latino, sino para distribuir lo suyo propio, que por sí vio de cerca y sabía, con aquella proporción, naturalidad y buen gusto que son la lección eterna y útil que se saca del estudio de la buena literatura. Louisa May Alcott contó entonces su vida de niña, las de sus hermanas, la de aquel buen padre que no comía carne, la de su madre que la crió como una flor, la de sus vecinos del pueblo de Concord, refugio antes y aún hoy de las almas más claras y felices de entre aquella pléyade de bostonianos en quienes arraigó por igual el amor al

hombre y el amor a las letras. Pero no lo contaba en cabeza propia, porque eso hubiera privado a la narración de libertad y encanto; sino que, disponiendo los incidentes alrededor de un argumento propicio y urdiendo en una acción imaginada y siempre sencilla los caracteres reales, creó, con toda la fuerza de quien había vivido una niñez típica y original, la novela nueva del niño americano. De la niña americana sobre

todo. No hay casa de campo ni de ciudad que no tenga sus «Mujercitas», sus «Hombrecitos», su «Trabajo», sus «Ocho Primos», su «Biblioteca de Lulú», su «Bajo las lilas». En «Mujercitas» y en «Trabajo» está su vida entera, porque ella es «aquel marimacho de Jo», y ella es «aquella bonaza de Christie». Y tan sanos y vigorosos son sus libros, que no los leen los niños sólo con delicia, sino que la persona mayor que comienza

uno, ya no sabe dejarlo de la mano. «Mujercitas» se ha vendido por centenares de miles; y «Hombrecitos» poco menos. Allí chispea la vida, sin imágenes vanas ni recias descripciones; la virtud se va entrando por el alma según se lee, como se entra el bálsamo por la herida.

[OC, t. 13, pp. 191-195]

185

## Un gran baile en Nueva York

El «Union League Club».-La elegancia.-Los vestidos.-Hombres.-Mujeres.-Regeneración.-Trajes pomposos.-La galería de pinturas.-El baile.-La cena.

Nueva York,  
7 de febrero de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

EN MUCHOS AÑOS no ha visto Nueva York fiesta tan sonada como la que ayer celebró el famoso club «Union League» para conmemorar sus

bodas de plata, sus primeros veinticinco años de vida.

Las invitaciones, solicitadas en vano por lo más influyente de la ciudad, ostentaban en cifras de realce los años «1863-1888», de plata, como las iniciales del club: letras de plata encabezaban la lista de la cena: con un lápiz de plata apuntaban las damas el nombre del bailar favorito en la blanca cartu-

lina.-¡El club tenía derecho a bailar, porque en la hora de la angustia, cuando el Sur quiso perpetuar su predominio y la infamia de la esclavitud, surgió para mantener la unión de la República y lavar aquella mancha. «Creamos este club-dijeron los hombres de entonces, pobres aún y poco conocidos-para cultivar el cariño profundo a la patria entera, y no el apego funesto a una sola de sus partes; para fortalecer el respeto y amor a la Unión, y desvirtuar cuanto propenda al privilegio injusto de intereses parcia-

les; para discutir y proponer al país proyectos amplios y nobles de adelanto nacional, e influir en los negocios de la República con cuanto sea dable realizar a una agrupación de patriotas sinceros que se prestan mutua ayuda.»

Aquellos cuantos que ni eran muchos ni podían mucho entonces, convidaron en privado, como conviene cuando se preparan grandes cosas, a los que pudieran pensar como ellos: alquilaron, para empezar, una casa pobre: discutieron-propagaron: avergonzaron con su actividad a los inactivos: ni dinero ni soldados tenían ¡pero la palabra es la bandera de Dios, detrás de la cual surgen los soldados y el dinero! Veinticinco años después, la República sin esclavos ha adelantado de modo que ya empieza a padecer de los vicios de una prosperidad entonces desconocida: la casa pobre se ha trocado en imperial mansión, de cuyas ventanas, abiertas sobre la Quinta Avenida, ven los fundadores canosos rodar en coches lucientes la riqueza que ayudaron a inaugurar con el triunfo sobre el Sur: y el club «Union League» goza de tal respeto y nombre, que con ser mil quinientos sus socios, más son los que cada año llaman en vano a sus puertas: allí los generales, allí los gobernadores, allí los jueces, allí los millonarios, allí los candidatos a la Presidencia de la República y los que lo han sido, de allí acaso

el nuevo Presidente. De modo que cuando el club anunció la celebración pomposa de sus bodas de plata, con la asistencia de lo más granado de Nueva York, se preparó la ciudad a una noble fiesta, donde, con todo el lujo de la metrópoli, se congregara cuanto hay en ella de ilustre y poderoso. *La Nación* vio de cerca esta fiesta característica, por la cual había de enseñar Nueva York si adelanta en elegancia y dulzura de trato, tanto como en el vigor de sus empresas, la gracia de su arte y el atrevimiento de sus fábricas.

Estos amarillos que están ahora de moda, y estas sombras inglesas, atenúan en lo interior de los salones, tapizados de oscuro y con cenefas de arce, la fuerza de la luz que da hermosura regia al espacioso blanco, o misterio poético a las salas pequeñas donde los claros combinados predisponen al amable sigilo y a la hidalga galantería.

La arrogante fábrica del club, producto de un arte híbrido que enseña más sus imitaciones por el afán de disimularlas con novedades postizas, tiene, sí, señoriales farolas a la entrada, como en los palacios de Florencia y Venecia, y finos recodos en la escalera, amarilla también, que lleva del amplio atrio al piso ya majestuoso que de un lado ostentaba anoche la rica biblioteca, sin más lectura que la que cubriendo las mesas ofrecían las rosas, y del otro da celos a los museos más ricos

por los cuadros que adornan su sala de pinturas, y atrae el gentío al teatro de altivo puntal, con la música que, oculta entre palmas y arbustos, convida a lanceros, valeses y mazurcas, fáciles en el piso de tabloncito encerado.

De allí por escaleras o ascensores, se sube a las habitaciones pequeñas, hermoseadas con rosas, y al rico comedor, que para salón de descanso pudiera apetecer el teatro más bello.

Pero en arquitectura, como en todas las artes, el modo más seguro de matar el efecto es rebuscarlo; así que cuando el noble club abrió sus puertas para una fiesta a que los recuerdos históricos y la singular concurrencia imprimían involuntaria majestad, resultaron pobres para expresarla aquellas salas concebidas sin ella.

Allí se vio cómo a las grandes ocasiones convienen los espacios grandes, y cómo en los edificios solemnes las líneas continuas realzan la belleza y acentúan la idea que empequeñecen los rincones caprichosos y las líneas quebradas. Ni la colosal ventana de cristal pintado que da fondo y pompa a la gran escalera, ni las plantas preciosas que sin vulgar cargazón animaban ya los tramos, ya los descansos, ya las salas, lucían su natural beldad perdidas en aquel ambiente opaco y entre tanto ángulo y recodo. Y es también que, a semejanza de la

estructura de su propio cuerpo, el norteamericano concibe aún el edificio huesudo y anguloso, sin aquella gracia de la curva, indispensable en las fábricas de arte como en la mujer, sobre todo allí donde ésta ha de mostrar en el imperio del baile su hermosura.

¿Ni cómo, aun en lo que balbucea e imita, podrá dejar de enseñarse con lo que tiene de propio un pueblo en quien el influjo del suelo e instituciones nuevas sobre el carácter heredado ha producido una originalidad briosa? El norteamericano, que apenas empieza a dar en los hijos de sus ricos muestras de afeminamiento, refleja en su arquitectura el predominio de sus hábitos viriles, y no revela hasta hoy en sus edificios aquella gracia femenil, nivel y gusto de la vida, que todavía no ha ejercido su influjo regulador ni lo ejercerá nunca acaso, sobre la existencia nacional.

Y es muy de notar, como prueba de la semejanza del hombre a sí propio, en estados por todas sus condiciones o por alguna análogos, que lo más genuino que lleva producido la arquitectura norteamericana, lo más legítimo y grandioso de cuanto lleva hecho, recuerda, aunque con menos gracia y novedad, las fábricas sin curvas de los indígenas de América.

Pero ¿quién pensaba en esto, a no ser algún observador convencido de la necesidad de estudiar las raíces de las cosas, al

detenerse, llegado el turno en aquel pueblo de carruajes, ante el camino entoldado y alfombrado que lleva a las damas del estribo del coche a la entrada del palacio? Algunas, aunque pocas, vienen de sombrero. Otras, que llegan a pie, traen el calzado fuerte, y las zapatillas de baile en la mano, envueltas en papel de China. A su vestuario los hombres, donde les atienden criados de librea; a la sala de billar las señoras, que es su vestuario, desde cuyas puertas abiertas, sin más guardián que dos pajes que reparten la tarjeta de baile, divisan los caballeros impacientes una animada escena: deja caer una beladma de la espalda desnuda su talma de armiño: una camarera arrodillada descalza las botas «de sentido común» a la dama que vino con ellas por temor al frío: una se empolva el cabello, otra saca de su caja redonda de marfil un abanico japonés, otra cambia diez veces de puesto un lunar, cien a la vez entregan sus abrigo, reparan los estragos del coche, se prenden sus flores.

Y con la tarjeta de baile colgada de la muñeca van tomando a la puerta el brazo de sus caballeros, y repartiéndose, ansiosas de ver, por las salas lujosas, por la biblioteca donde, con frase siempre feliz, recibe a los huéspedes del club su presidente Chauncey Depew, orgullo y esperanza de los ricos inquietos; por la galería de pinturas donde «en color nada más

tenemos aquí esta noche—como decía un socio—quinientos mil pesos»; por la sala del teatro, dispuesta para bailar, sin más adorno que el bosqueje que en el escenario oculta a los músicos, y los cuadros que a grandes trechos animan las paredes; por el comedor, en fin, «el pasmo de la noche» donde Camovito, tan célebre como Trompette, ha acumulado tales maravillas que «¡oh—dice otro socio—vaya, vaya a verlo! nunca se ha puesto en Nueva York una mesa más costosa: ¡véalo antes que lo destrocen!» Y así va toda la concurrencia, como al salón de cuadros, al de la cena, expuesta a toda luz desde la primera hora como «El Caballero» de Meissonier, como el «Tigre sediento» de Delacroix, como el «Paso del Riachuelo» de Troyon. La multitud respetuosa revisa en procesión la cena.

Suben, bajan: ya son tres mil: no estorba el ruido de las voces; ni en la sala más concurrida se halla quien cierre el paso: sólo en los trajes reina el desorden.

Sentémonos un instante, con una linda niña vestida de blanco y violeta, allí en aquel sofá del salón de pinturas, que queda frente a la «Carga de Caballería» de Detaille.

Nueva York va desfilando por allí: Vanderbilt y Roosevelt, Stebbins y Schuyler, Ceiton Sweets y Van Santvoorts, todas las familias, todas las noblezas, los obispos protestantes de alza-



cuello y levita, el ejército en plaza, con botones de oro y entorchados, el almirantazgo con charreteras de oro.

Las jóvenes, como criadas ya con más cultura, van de gasas y sedas ligeras, con púdicos escote, o sin escote las más.

Una, que saca toda la cabeza a su marido calvo, lleva un traje rojo, abotonado al cuello y de manga larga. De raso amarillo, marco feliz de un admirable busto, va sin más joya que su beldad, una judía de cabellera negra. Una dama estética envuelta en encajes, carga a la espalda, como cuello de capa invisible, una capellina de peluche carmesí. Pasan moarés cortados, como para visita, terciopelos negros con collar de diamantes, Watteaus de gris de acero con abanicos rojos, tules amarillos con abanicos de espejo, brocados de azul y oro, un traje de tisú de iglesia de calle: izapatos de botones! Pasa, cubierto el seno por un pañuelo de burato, una recién casada, con el vestido de gasa pajiza adornado de colibríes: se le rueda el pañuelo de un hombro, y descubre un colibrí, con las alas tendidas, volando al seno. Pasa una anciana caduca, de cara pergamínosa, de andar trémulo; va arrastrando la cola de tisú blanco y oro: sobre la clavícula lleva un lunar falso: en los pómulos le arden dos motitas rojas: los brillantes, que en el collar de tres vueltas le penden, lucen en el pecho hundido como las joyas guardadas en yeso.

Y según va pasando se confirma el divorcio palpable de la riqueza y el buen gusto, como en otra millonaria, sesentona que lleva botas de cabriulla y vestido de brocado persa, recamado de esmeraldas, zafiros y rubíes; o en una joven verde de suma delgadez, que carga un abanico redondo, un frasco de sales tamaño como un cetro, y un ridículo de canutillo: a otra no se le ve el cabello ni la seda, por lo espeso de la montura de brillantes.

Los ojos, por supuesto, no se iban tras ellas, sino tras los vestidos de sedas claras, sin más adorno que el supremo de la natural belleza, favorecida por el amplio uso del tul, que da como vapor y poesía al color que encubre, y por el abanico de plumas en forma de cola de ave del paraíso, que es la cosa más bella que en el abandono del baile puede una mujer escotada reclinar sobre su hombro.

Más que el lujo impropio de la mayor parte de los trajes, era de notar, en el paseo de viudas acaudaladas, de esposas resplandecientes, de ilustres herederas, la degeneración, si no ausencia total, de aquella beladad de Diana y Juno de la mujer de Norteamérica, antes de la mezcla desconsiderada de las razas y los afanes de una prosperidad violenta y excesiva. Y las pocas que por su hermosura llamaban la atención, eran en lo general gente nueva, recién venida del trabajo, del emigrante, del minero, del pilo-

to, del campesino: porque las de familia más rica y antigua se conocían, no por la soltura y majestad del trato, sino por lo descolorido de la tez, o la espalda gibosa, o el cuerpo infeliz, o el perfil embebido de Carlos II *el Hechizado*.<sup>460</sup> Como sólo iba pintada una que otra anciana loca, se podía ver por lo pobre del cutis, así como por lo desmedrado de los cuerpos, que las angustias de la vanidad en que aquí viven los ricos, y el ansia con que el banquero inseguro y vinoso engendra su prole, y la falta de sentimiento en las ocupaciones y objetos de la vida, no son elementos sociales que perpetúen la salud y la hermosura.

Los hombres, casi todos de mediana edad o ancianos, no se mostraban como nosotros, ágiles y blandilocuos, sino que, aun los que por sus méritos o fortuna han subido a altos puestos, revelaban en su áspera cortesanía el guante de lana del trabajador, o el de gamuza del soldado. Lo que sólo parecerá defecto a los observadores fútiles, porque bien fuese por hallarse allí después de veinticinco años de victoria muchos de los que ayudaron a fundar en su nuevo maravilloso estado la República, bien porque la democracia tenga un señorío natural suyo, menos pintoresco y más decoroso que el de la realeza, fue imposible dejar de observar cómo, sobre esas desigualdades de país nuevo donde la vida social no es arte aún, se

sentía en aquella enorme fiesta sin dirección ni centro visible una como dirección superior y majestad, ¡y eran las del carácter, hecho a regirse e imponerse, en este pueblo de almas libres!

Verdad que allí no estaban los petimetres de casa ilustre que, en el palacio de Vanderbilt como en la mansión de la Hicks Lord, ofenden con chistes cargados de vino a la esposa que busca a su compañero en el tumulto repugnante; ni niñas casaderas que se entran a galope tendido por la coquetería, sin saber dónde acaba Recamier; y empieza Manon Lescaut, como la que en Washington halló pesada la gasa que protegía su beldad íntima, o la que en Baltimore dio a beber champaña en su zapatilla a uno de sus galanteadores. Verdad es que en la sala de baile, donde de tres mil concurrentes nunca valsaron más de veinte a un tiempo, cierto caballero, servidor esa noche de una dama de riqueza suma, la entrega a un valsador, siéntase a esperarla, cruzadas las piernas, y enseña un borceguí de becerro, atado al tobillo con cordones, por donde rebosa en arrugas una media de lana.

Pero aquel digno y natural reposo, no deslucido en un solo instante de la fiesta, la embellecía con originalidad indudable; y al verlos presidir sobre sus pedestales de honor, no pareció que estuviesen allí fuera de lugar ni el mármol de Webster ni el bronce de John Brown.

¿Y los cuadros, prestados por los socios para las bodas de plata? No habla esa acumulación que lastima el gusto noble, ni lienzo donde no alcanzara el concurrente a ver, ni cuadro que no fuese verdadera maravilla. Ni con mucho decían de ellos los hombres, aunque gobernadores de Estados y almirantes, lo que con rara sensatez sabían decir muchas de las mujeres, jóvenes las más. Con ser de mucha fama los Rousseaus rojizos, y los Bierstads, bosques y otoños colosales, unas preferían los caprichos de Knauss y las cabezillas de Von Bremen; otras los soldados augustos de Neuville, o los de Detaille, siempre más jóvenes; otras las vacas de Troyon, Van Marcke y Rosa Bonheur, gratas a las que recuerdan sin bochorno sus primeros años de vida campesina.

Allí la pintura voluminosa y esmaltada de Díaz subyugaba los ojos con sus «Ninfas del Bosque», que no parecen de color sino de relieve, y convidan bajo la última sombra a la merienda. De Jacquet había delicias, en nácar y seda como todo lo suyo, el enamorado que llega, de tricornio y chupa azul, a los pies de su amada, perdida en la saya de gro de grandes ramazones: el que en lo amable del bosque deja en la palma de su desposada el primer beso. De Pasini había cielos deslumbradores, de Shereyer, árabes fantásticos; de Howalski, un polaco de genio, la «Caballería en el Herrador»; de Gérôme, grande en lo pequeño,

«El Mercado de Esclavas»: glorias todas del pincel moderno. Y de Jiménez Aranda, el español, había un cuadro que tuvo coro toda la noche, por la gracia del asunto y la vida y maestría de colores: un salón de la España de principios del siglo, que invade «Jugando a Papá» el pequeñuelo de la casa, vestido de montera, casaca y bastón.

En la sala del baile, entre Izquierdos y Zimmermans, lucían dos de los cuadros sobre que más haya batallado la crítica moderna: el «Colón e Isabel» de Laurens, verde y rojo, y el «Pintor en su estudio» de Munkacsy, con él y su esposa por únicos actores, todo negro.

Y en tanto que en esa grata libertad iba de uno en otro salón la concurrencia, ya de vuelta a sus casas, viendo aquí los retratos famosos, allí la biblioteca envidiable, allí el descanso que inundan de blanca luz los florones eléctricos disimulados entre las palmeras, otros subían o bajaban, ya repuesta la sabrosa fatiga de los comedores donde en torno de las mesas, sentadas las favorecidas y de pie las menos, rociaban con champaña—el único vino de la noche—las majestades culinarias que de cazos sin fondo iba enviando en mil fuentes pequeñas Camovito; las ostras fritas, la tortuga verde, las lajas de capón, el pastel de volatería, el de hígado de ganso, la pechuga de faisán, la lonja de oso, la pava silvestre: o café, té y caldo o helados y dulces.

Un galán arranca de un castillo de merengue una bandera americana de flecos de oro, y la pone en los cabellos negros de su amiga, que saborea una ensalada de gallina y un emparedado de lengua escarlata. Un marido trae abierta una botella de champaña, y la deja sobre la alfombra, a los pies de su esposa. Un socio del club, calvo como una bola de billar, arranca para una octogenaria escotada, vestida de amarillo, un oso blanco de los que adornan en lindo paisaje de nieve, el gran jamón ursino «a lo Polo Norte». Nadie, ni el enamorado más ardiente, osa hundir el cuchillo en el gigantesco salmón de

Kennebec, cubierto de escenas de pesca dibujadas con materiales succulentos, y del cual halan por los dos cabos, como luchando en vano por alzarlo, dos pescadores de graciosa escultura.

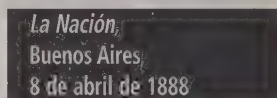
Sentados bajo una palma departían Eva y Adán, con muchas aves de pluma verdadera a sus pies, y frutas y flores. Había fortalezas de crocante y buques de almendra con marineros y soldados vestidos como cuando la guerra del Sur, y fusiles y cañones.

En estatuas de cera presidían la mesa central Washington, Lincoln, Grant y Sherman, y sobre ellos, y más grande que todos ellos, la Libertad, con su

pabellón de listas, y su escudo de estrellas.

Sobre una pirámide de faisanes y pollos, dominaba el conjunto, extendida la cola, un pavo real.

José Martí



[OC, t. 11, pp. 391-398]

186

## Tema de actualidad

Los caminadores.-622 millas en 6 días.-Gran carrera pedestre en el circo Madison de Nueva York.-Carácter de la fiesta.-Las apuestas.-La concurrencia.-Escenas odiosas.-Novias y esposas.-La pista.

Nueva York,  
febrero 12 de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

«GUERRERO, Guerrero el mejicano<sup>a</sup> va a la cabeza!» No bien lo pregonan en su alcance los vendedores de periódicos, *La Nación*—que ama a su sangre—sale a averiguar si es cierto que en una prueba de resistencia física, en la carrera de seis días y noches por ver quién anda en los seis días seiscientas millas, vence al escocés, al irlandés, al inglés, al alemán, al austríaco, al árabe, el mozo esbelto que va sorbiendo leguas, a paso de indio como el gigante<sup>b</sup> de las botas, el mejicano Guerrero.

Acaba de terminarse la carrera. El vencedor<sup>c</sup> no es Guerrero, como lo fue un instante; pero en los seis días, aunque perdió por la nariz sangre a to-

rrentes, ha andado quinientas sesenta y cuatro millas, y de sesenta y siete competidores, el mexicano fue el tercero.

Sólo Albert el vencedor, ágil y membrudo como Peleo,<sup>d</sup> se le comparaba por el paso gallardo y la heroica resistencia. ¡Allí van los dos, hombro a hombro, momentos antes de cerrarse, entre banderas y vítores, el circo.

Albert, el philadelphiano, no lleva más ropas que un traje de punto, como el de los gimnastas, con la cintura de terciopelo negro: ha andado seiscientas veintidós millas, y pudiera volverlas a andar: el paso es breve, rápido, seguro: el color no revela cansancio: va muy peinado, por la mano de su esposa que lo cuida: empuña a modo de talismán una varilla de ébano, como Mercurio el caduceo.<sup>e</sup>

Y allá va Guerrero. No va, como Hércules cuando corría por conquistar la corona de

oliva, sin más ropaje que su propia piel: ni lleva como Hipómenes<sup>d</sup> una blusa de lona cuando competía con la mortal Atalanta por el premio de su mano; ni viste de camisa y calzoneras de piel de venado con pasamanería de wampunes de colores, y diadema de plumas de cisne, como el veloz Pan-Puk en las bodas de Haiwatha.<sup>e</sup> Guerrero es galán, aunque del Bowery, y tan celoso de su lindeza como de su velocidad: viste de cazadora de paño, polaina y calzón corto: la cachucha es de jockey: con la rapidez del andar le flotan a la espalda las puntas del rico pañuelo de seda azul que para regalárselo se desató del cuello una admiradora: aquel no es paso, es columpio: cada paso suyo cubre dos de Albert: no parece que pisa, sino que vuela: el bigote es negro, la cara fina y larga, el ojo atravesado: va mirando hacia atrás, como si lo persiguieran espías o serpientes.

a. En LN, siempre: «mejicano».

b. En LN: «gigante».

c. Coma en LN.

d. En LN: «Hippoméne»

e. En LN: «Hiawatha».



¡Estalla la música! ¿Quién de los dos dará primero la vuelta a la pista? Albert recuerda, por su belleza escultural, a los héroes de las Olimpiadas: Guerrero recuerda a los daneses que se deslizan por los campos de nieve, buques humanos, con una vela a la espalda. Ya se acercan: ya llegan: de Guerrero es el triunfo: ¡Guerrero es el que viene al trote que venció en otra contienda de seis días a un caballo de California, rebotando más que corriendo sobre el aserrín, con las dos banderas americanas a los hombros, como dos alas!

Sí: ¿pero los infelices que en lucha bestial por una parte del dinero de la boletería halan hora sobra hora,<sup>a</sup> legua tras legua, desencajados, expirantes, nauseabundos, cárdeno el blanco, ceniciento el negro, el mulato verde, uno royendo una costilla conforme anda; otro asiéndose del aire; otro plegado, babeando: casi lamiendo el aserrín; otro cayendo de bruces, desmayado, sobre la pista?

Los rufianes para apostar, las bribonas por que las vean, y por amor a cuanto excita su carne impura; y uno que otro curioso, atraído por el encanto de la tenacidad en cualquier especie de triunfo, son los que, con los ladrones y los policías, llenan día y noche el circo de Madison: Sólo ellos pudieran, por la curiosidad morbosa, o el ansia de que gane su favorecido, asistir sin ira a estos certá-

menes preparados por los jugadores que viven de apuestas, y a los que la tentación de la ganancia o el afán de la notoriedad, más necesaria aquí que en país alguno, atrae gente ruda, ridícula o enérgica a ejercicios odiosos que en nada aumentan la utilidad, gracia y ciencia del hombre: Guerrero era bello, sí: ¡como un venado! Albert era bello, sí: ¡como un caballo!

Desde las doce de la noche de un sábado hasta las doce de la noche del otro no se apagan en el circo las luces: por la tarde, o a prima noche, o al salir de los teatros o bailes, entran por pocos momentos los curiosos: tendidos sobre los bancos, o dormidos bajo el ala del sombrero, con las botas en la baranda y las manos en los bolsillos, pasan allí las madrugadas frías, mientras los míseros andarines dan vuelta a la pista, los apostadores, los tomadores del dos, los vagabundos, que no tienen mejor cama, los imbéciles, engolosinados con aquella competencia terrible y monótona.

A esa hora lívida es cuando se ve aquella escena desnuda. Ni las malas mujeres, vestidas con el lujo que debiera dejarse para ellas, ostentan en la delantera de la gradería su amante comprado, su abrigo de piel de foca y sus brillantes. Ni los carcamanes<sup>b</sup> del arte de jugar, lampiños y relucientes, rivalizan en la pompa de los sobretodos y el tamaño de sus joyas con las bel-

dades de alquiler. Ni la música aviva con estallidos y chispazos el paso mortecino de los descompuestos caminadores. Ni los que pusieron en ellos, como se pone en un caballo, el dinero requerido para la carrera, estimulan a su hombre con el regalo de un bastón o de un ramo de flores, o de un corazón de jacintos y claveles, o de un reloj de oro o de un billete de banco, o con lo que más de todo esto parece animarlos, con la carta de una mujer que, de veras o de mentiras, se interesa de amor por el que da en la contienda muestras de gracia viril o de tenacidad extraordinaria: el más infeliz, el que ni con la espuela de la música se aviva, el que sólo burlas arranca a la plebe por su paso rastrero o su figura bochormosa, rompe a correr sin cuidarse del vientre que le muerde ni de los pies que se les desmigajan, cuando recibe una carta de mujer o un ramo de flores.

¡Pero a la madrugada, lo que deja detrás de sí un perro indigesto es la única comparación propia de aquella fetidez y maldad! Los noticieros de los diarios, soñolientos, en su gran jaula, apuntan las veces que el austríaco de fealdad diabólica—que camina dormido—cae en la pista exhausto, y sin ayuda de una mano piadosa se levanta, o

a. Se añade coma.

b. En LN: «caimacanes».

cómo se llevan insensible a su casilla a uno de los andarines vencidos, o cómo el escofés –anunciando casi de rodillas–va anunciando su paso con el estertor de sus bascas, o cómo con los brazos cruzados por la espalda–por que no se les caiga al suelo–se llevan a un caminador moribundo dos parientes compasivos. Los anotadores, encaramados en su andamio, llevan la cuenta de las vueltas con grandes números móviles de loza blanca sobre un entablado negro, arrebujados en el gabán, o soplándose los dedos ateridos.

En las casillas, que alumbra con claridad de hospital la luz eléctrica, espera la mujer de Albert, con sus brillantes y su abrigo de foca, a que su marido al pasar le tome sin detenerse, de las manos una taza de gelatina o un vaso de té helado: la novia de Strokell, del austríaco, se asoma por entre las muselinas de su puerta a animar con la mirada al pobre feo que ha entrado en la contienda para ganar un poco de dinero con que empezar la casa; los cuidadores azuzados por el apostador, echan a puñetazos al infeliz andarín que viene, como un perro, con la boca llena de espuma y los huesos por encima de la camisa, a buscar el sueño que le niegan aquellos bárbaros: la policía, avisada a tiempo, cae sobre un pícaro que se desliza en una casilla desocupada para poner en la pócima del caminante unos polvos que

le trastornen la salud y le hagan perder la apuesta.

Lleno de cáscaras, de colillas, de cuñetes vacíos, de rufianes de camisa colorada, ¡el circo hiede! Las mujeres, velan como los hombres. Los andarines, con los ojos vidriados o a medio cerrar, dan vuelta sobre vuelta, encorvados, chupados, pegada la piel del vientre al esternón, con las medias blancas salidas por debajo del gabán, como dos huesos.

Veamos, en el último día, el circo, cuyo aire pudre el vapor del mal tabaco: a duras penas puede el concurrente abrirse paso por la muchedumbre que se agolpa en torno de la pista, interesante aún, porque–fuera de los tres vencedores que llevan ya andadas quinientas veinticinco millas–los que todavía no han caído por tierra, los diez que quedan en pie de los sesenta y siete, bregan por cubrir aquella distancia, que les dará derecho a una parte de los productos de la boletería. «No falta aquí uno solo–dice un policía–de la canalla de Nueva York: aquel de tabaco terciado y de cabello crespo es el buen mozo de más bribonas neoyorquinas: el caballero que va por allí, el que bebe ahora la sidra<sup>a</sup> que le da aquel vendedor vestido de payaso, es el fullero más grande de todo el país y el rey del timo: aquel otro, que parece un reverendo, es un ladrón de bancos, y la señora que lo acompaña otra ladrona». Petimetres, extranjeros, y algunas

damas curiosas pasean en aquel aire fétido y azul por el interior del circo, lleno de ventorrillos y puestos de anuncio, mientras que, ya al cerrarse la carrera, amortiguada la curiosidad principal, dan los andarines sus últimas vueltas, que en algunos parecen ser las de la vida.

¡Abrámonos paso, bien abrochada la levita! Ese es Albert, el primero de todos: lleva alta la cabeza: ni el sueño ni la fatiga se denuncian por el menor síntoma en su rostro triunfante: ha dormido tres horas al día: la gelatina ha sido su alimento, y su vino el champaña: el gamo salta así, como salta él: no bien desaparece por una cabeza de la pista, ya se le ve venir por la otra, ondeando la bandera, o leyendo un telegrama, o mirando el bastón que le regala un admirador, o repiqueteando un tango irlandés en el banjo que su mujer le cuelga al cuello, como las damas de antes ceñían la banda con sus colores al caballero vencedor.

El segundo, vestido de rojo, es el inglés Herty, hombre de caballeriza, pernicaído, peludo, sudoso, con los hombros en la cintura, y la mirada turbia de los bueyes.

Guerrero le sigue, a paso tan elástico y abierto que, para ir hablando con él, tienen que trotar sus dos socios capitalistas en la empresa, Brodie, el ven-

a. En LN: «cidra».

dedor de periódico que se echó al río desde lo más alto del puente de Brooklyn y Dillon, un pugilista de fama, que mató hace poco de un puñetazo a su contendiente.

Strokel, el austríaco, a quien ya sólo falta una milla, pasa muriéndose: la cabeza como la de un muñeco, le gira sobre los hombros: mueve las manos como los peces las aletas: las cuerdas del cuello, amotinadas, se le engrifan: se le han secado las piernas bajo los calzones: le van bailando los músculos del rostro: ison fatigas de horca las que sufre, pero en la puerta de su casilla, fiel durante seis días, lo espera su novia!

Noremac el escocés, notable por su vigor al final de las carreras, asombra a la concurrencia cambiando su paso cojo por trote tendido cuando, al verlo venir, rompe la banda en una marcha marcial, y en aplauso el público: el rostro muestra el rosado enfermo de aquellos a quienes no obedece ya su corazón: tiene el velo mortal que los imagineros pintan en los crucifijos: hala sus pies hinchados, como si los desclavase.

En pos viene Moore, el irlandés: de entre las mejillas sin carne, coronadas por ojeras rojizas le sale cubierta de gotas de sudor, la nariz enorme: se pasa la mano por el cráneo rapado, con el gesto de angustia de los monos.

Hart, el negro de Haití, gran andador, perdida la gallardía con que ganó su fama, pasa humillado, encogido, achicado, combo.

Stont, el árabe, va detrás de él, gigantesco y visible, muy bien envuelto en su gabán, los brazos como aspás, los ojos como ascuas, entrapados los pies colosales, que ni por la amenaza ni la burla animan al paso filosófico.

Yanqui<sup>a</sup> tiene que ser, y es, el que sigue a Stont; Tailor, el yanqui, viejo arrugado de cabeza celta: la barba gris le cae al pecho: no lleva zapatillas como los demás, sino medias; ni calzones, sino pantalón largo, sujeto de los hombros por tirantes azules, sobre la camisa de cotín, con letras rojas: pasa como la desgracia, como la noche, como el destino: no levanta los ojos del suelo: no retarda ni aligera su paso: desaparece por la curva de la pista, triste y anguloso.

¿Y ese infeliz que viene ahora, el último, el párroco Filly, cuya agonía, cuya cabeza hundida, cuyos brazos a medio caer, como las alas de un pollo sin plumas, saluda el público con silbidos y carcajadas? Le han dado la bandera, que se le cae de la mano: exprime el pañuelo empapado en sudor: la cabeza la lleva hacia atrás como si se le hubiera enroscado la médula: carga a la espalda un anuncio,

como la silla de<sup>b</sup> un caballo. Y va contoneando el cuerpo hue-sudo, como quien quiere parecer bien a las damas.

En las casillas, y en los hoteles de la vecindad, a la hora en que el vencedor aún tenía fuerza para despedirse de la concurrencia con un discurso, las esposas de los vencidos les bañaban los pies, negros y fétidos; o les acomodaba el médico la cadera enjuta; o interrogaba un periodista en vano la mente hueca del caminador, tendido exánime en un catre de campaña, entre flores marchitas, potes embadurnados de jalea, cascós de huevo con fondos de vino, huesos de cordero a medio mondar, cepillos, tabacos, trapos manchados de sangre, libras de té y botellas de champaña<sup>c</sup> descabezadas.

José Martí

**La Nación**  
Buenos Aires  
15 de abril de 1888

[Mf. en CEM]

a. En LN, siempre: «Yankee».

b. Se añade «de».

c. En LN: «champagne».

187

# La Presidencia de Estados Unidos

Blaine y Cleveland.-El sucesor de Blaine.-Alta política y política cesárea.

Nueva York,  
27 de febrero de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

ESTE ES MES de nidos para los pájaros; de «valentines», o envites de amor, para los jóvenes; de discursos de estreno en el Congreso en Washington; de toma de puestos entre los candidatos a la Presidencia de la República; de asombro, porque Blaine, previendo acaso la derrota, ha enviado en una carta desde Florencia su desistimiento de la candidatura. No se habla de los heroicos mineros de Reading, que en vano resisten, en meses de hambre y frío, la rebaja del salario que les paga una compañía cuyos dividendos crecen; ni del éxodo de los negros del Sur que, acorralados en todas partes y tostados vivos en alguna, vuelven los ojos como

a<sup>a</sup> un refugio hacia el Brasil; ni de las batallas feudales que ensangrientan la frontera de Illinois, donde familias impunes ventilan sus agravios en correrías armadas; ni de la muerte de Asa Gray, el gran botánico, y de Petroleum Nasby, el satírico de la guerra; ni de los acontecimientos de la ciudad, como el Club Eléctrico, las comidas fastuosas de una novia ilustre, la alemana que muere abrazada a su esposo por salvarlo de un balazo, el festín de periodistas menores a que asisten los más altos dignatarios del país, sujetos a las reglas que llaman acá del «Clover Club» que da a cada cual el derecho de interrumpir al orador, y obliga a éste a hablar a caletre corrido sobre lo que le mandan, y obedecer sin gruñir los caprichos de la juventud bulliciosa, que es lo que llaman en México<sup>b</sup> con mucha gracia «el mosquete».

De eso nadie habla, ni de que la esposa del Presidente mudó de peinado, ni de que va a ensayarse en las escuelas la educación industrial; sino de la retirada de Blaine,<sup>c</sup> sujeto del cisma del Partido Republicano; capitán seguro en la más recia corriente, y hombre rapaz, egoísta, majestuoso, osado como el águila.

Para él no hay cumbre inaccesible, ni distancia que no mida con el ojo avariento, ni ardid a que no acuda para asegurar su presa; mas su mente cesárea no es de aquellas que los pueblos deben nutrir, porque se ejercen en su bien, sin más ambición personal que la natural y deseable que asegura la energía, sino de las que se han de temer, porque usan de su pueblo como de instrumento para el adelanto propio, y de sus problemas como de piezas de ajedrez que combina para el triunfo el jugador interesado.

a. Se añade «a».

b. En LN, siempre: «Méjico».

c. Se añade coma.



Sin las cualidades del hombre, en quien la maldad debe existir como en el pan la levadura, nadie intente gobernar a los hombres, ni ejercer en ellos importante influjo; pero quien emplea su conocimiento del ser humano para reducirlo a su servicio, y no para servirle, más culpable es mientras más hábil sea, y debe ser mirado por la nación como un enemigo público.

Los partidos políticos, que suelen parar en meras asociaciones para el logro del poder, siguen sin escrúpulo al que les parece capaz de conquistarlo. El que más deslumbre, el que más prometa, el que más tino muestre en reducir a sus rivales, el que más indulgente se vea forzado a ser por sus propias faltas, ése es el que en todas partes eligen como su portabanderas los partidos, cuando, afeados por el mando, decaen del ideal glorioso que los trajo a la vida, en simples ligas de los intereses criados a su sombra. Y el hombre es casi siempre un político como Blaine, de estudio superficial, de modales,<sup>a</sup> según la ocasión, despóticos o sedosos, de tal cinismo que no le imponga respeto la virtud, de rapidez en percibir y bravura en atacar, de palabra servil y maravillosa y de brillantez en todo punto extraordinaria.

Mas estas condiciones no prosperan tanto por su propio alcance, y por el influjo de los intereses que se valen de ellas las tienen en alquiler, ya en la silla de un tribunal, ya en la presi-

dencia del Congreso, ya en la de la República, como por el recogimiento y esquivéz peculiares a la virtud, que sólo en las horas de peligro patrio inspira, a la par, por arreglo invariable de la naturaleza, el pueblo que debe seguirla y el hombre capaz de encarnarla. Y cuando un hombre enérgico dice la verdad a su hora, como decoraciones de cartón se vienen a tierra las intrigas políticas.

Ya *La Nación* dijo a su tiempo, cuando la elección de Cleveland, los síntomas de descomposición nacional que produjeron el advenimiento al poder de un hombre nuevo que probó desde la posición más humilde su perspicacia para adivinarlos, su valor para exponerlos y su capacidad para combatirlos.

La República, corrompida por el amor predominante a la riqueza, abandonaba el gobierno a los políticos de oficio, y veía en calma la liga de los que abusaban de los bienes públicos con los que habían de administrarlos. La desvergüenza de los ricos exasperaba la cólera de los pobres. El provecho excesivo de los empresarios privaba al obrero de su provecho natural. El Sur, tratado como a vencido por el Norte, daba a entender que no tenía olvidados sus agravios. Era necesario arrancar el gobierno a los intrigantes políticos; salvar la República de la indiferencia de sus hijos; templar con el estudio de los problemas del

país el ánimo embotado en la persecución de la riqueza; poner coto a los abusos de los ricos y a la cólera de los pobres; satisfacer al Sur con una política leal y generosa. Y si en la tarifa proteccionista estaba una de las raíces del mal público, si por ella provocaban los industriales la revolución de los obreros y pervertían las grandes empresas con el influjo de diputados venales la representación nacional, si por ella se mantenían en el poder con la ayuda agiotista los republicanos, dispuestos por razones de partido a desafiar al Sur, necesario era, en cuanto la fábrica económica lo permitiese, reformar la tarifa proteccionista. Cleveland llegó a ser, a pesar de la rabia de la gente podrida de su partido, el símbolo de todo lo que puede conservar la República, y Blaine el de cuanto puede amenazarla.

Y cuando Cleveland, con energía que a los republicanos mismos ha recordado la de Lincoln, señaló en su mensaje sobre la tarifa los orígenes del malestar del país, y la inmediata necesidad de remediarlos, los más esperanzados de entre sus enemigos demócratas, obedeciendo al aplauso popular, le mostraron el apego servil con que el aspirante sigue al triunfador; y Blaine comprendió que, aunque pudiese sofocar la hostilidad creciente

a. Se añade coma.

de los republicanos a su nueva candidatura, sólo a derrota final e irremediable se exponía, presentándose, cuando el país ha oído la verdad, como el campeón de todo lo que se la oculta.

Unos creen que el desistimiento ha sido obra de político previsor que conoce su poder sobre la mente nacional y, con el crédito de este aparente desinterés, se promete reaparecer a su hora; otros dicen que se vale de ese medio simpático para compeler a su partido, en virtud de la falta de un guía tan poderoso como él, a ofrecerle unánimemente la candidatura que no parece dispuesto a confiarle en la próxima campaña.

¡Qué animación enseguida en todos los grupos; en la prensa, en el Senado donde todos dan la mano, como sucesor nato de su rival Blaine, al astuto John Sherman; en el Congreso, donde reina, como en el país, la creencia de que, a pesar de su censura de la reelección presidencial, a pesar de la ambición tenaz de Hill, el gobernador de Nueva York, Cleveland será escogido de nuevo como el candidato de los demócratas y reelecto Presidente. Henry George mismo, desistiendo de su amigo McGlynn<sup>a</sup> y del partido de que venía siendo cabeza, se niega a aspirar a la Presidencia como candidato del partido y a fuer de librecambista, cree que el país va por esa vía, y es

deber del país, y suyo personal, ayudar con su voto a Cleveland, que con su mensaje los ayuda.

Pero la fuerza de Cleveland está en que, a la vez que la tendencia a un cambio más libre, muestra la decisión de acomodar toda reforma al estado actual de la mayor suma de intereses creados, que, por lo que se ve hasta hoy, admiran su honradez y comparten sus juicios.

Mas la reelección de Cleveland, cierta en una campaña contra Blaine, tendría obstáculos de cuenta si, como quieren en Massachusetts, los republicanos presentaran como candidato a Sheridan, el héroe legendario y amado de la guerra contra el Sur, o vencieran los republicanos de Nueva York, no ya con el rico Morton o con el elocuente Evarts, sino con Chauncey Depew, el abogado de los Vanderbilt, poderoso en el Estado de Nueva York, donde las elecciones se deciden y donde no tiene Cleveland entre los suyos el mismo arraigo que entre los demás demócratas de la Unión. Bien puede ser que Sheridan arrebatara los ánimos con el prestigio de las hazañas que no ha tenido aún la ocasión de deslucir, o que Chauncey Depew aumentase con la viveza de su ingenio y las simpatías de su persona el apoyo entusiasta que en las clases ricas le ha valido su actitud firme y hábil, decidida ante el

problema obrero, y con los jóvenes del Estado, el juego de su talento y su éxito en la vida. Pero con lo doloridos que están ahora los obreros, pudiera ser imprudente oponerles un candidato que es hechura y esperanza de las corporaciones que el obrero mira como la causa de sus males; y el hecho reciente de que varios republicanos del Senado contribuyeran a nombrar juez de la Corte Suprema al confederado Lamar, Secretario de Cleveland, no indica que el país, ni los republicanos mismos, viesan con favor la candidatura de un aspirante cuya única significación nacional es la que adquirió en la guerra contra el Sur. Sherman, en tanto, sabedor de lo que los intereses pesan en la política, los va poniendo de su parte con sagacidad singular, y él es sin duda quien, a tener más amigos en Nueva York, recogería la herencia presidencial de Blaine, cuyas tendencias funestas comparte. También él quiere política cesárea, república aristocrática, mano alta con los pobres, y tender las alas del águila hacia el Norte, -¡y hacia el Sur!

José Martí

**La Nación**  
Buenos Aires,  
22 de abril de 1888

[Fotocopia en CEM]

a. En LN: «Mc. Glynn».

188

# Nueva York bajo la nieve<sup>465</sup>

Paralización de tres días.-Peligros.-Escenas e incidentes.-Actos heroicos.-La gran ciudad en una hora de prueba.-Las calles.-Los trabajadores.-Resurrección.

Nueva York,  
15 de marzo de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

**Y**A SE HABÍA visto colgando su nido en una araucaria del Parque Central la primera oropéndola; ya cubría los álamos desnudos el vello primavera, y en el castaño tempranero, como vecinitas parlanchinas que sacan la cabeza arrebujada después de la tormenta, asomaban nas hojas; ya advertidos por el piar de los pájaros de la llegada del sol, salían los arroyos de su capa de hielo para verlo pasar; ya el invierno, vencido por las flores, huía bufando y desataba tras de sí, como para amparar su fuga, el mes de los vientos; ya se veían por las calles de Nueva York los primeros sombreros de paja y los trajes de Pascua, dichosos y alegres, cuando al

abrir los ojos la ciudad, sacudida por el fragor del huracán, se halló muda, desierta, amortajada, hundida bajo la nieve. Los bravos italianos, cara a cara con la ventisca, llenan ya de la nieve, coruscante y menuda, los carros que, entre relinchos, cantos, chistes y votos van a vaciar su carga al río. El ferrocarril aéreo, acampado dos días en vela siniestra junto al cadáver del maquinista que salió a desafiar el vendaval, recorre otra vez, chirriando y temblando, la vía atacada, que reluce y deslumbra. Los trineos campanilean; los vendedores de diarios vociferan: los limpianieves, arrastrados por percherones poderosos, escupen a ambos lados de la calle la nevada que alzan de los rieles: con la nieve al pecho se va abriendo paso la ciudad hasta los ferrocarriles, clavados en la llanura blanca, hasta los ríos, que son puentes ahora; hasta los muelles, mudos.

Vibra, por sobre la ciudad, como una bóveda, el alarido de los combatientes. Dos días ha podido tener la nieve vencida a Nueva York, acorralada, aterra-da como el púgil campeón que se ve echado a tierra de un puñetazo tundente por gladiador desconocido. Pero, en cuanto afloja el ataque el enemigo, en cuanto la ventisca desahoga la primera furia, Nueva York, como ofendida, decide sacarse de encima su sudario. Entre los montes blancos, hay leguas de hombres. En las calles de más tráfico, deshecha bajo los que la asaltan, huye ya en ríos turbios la nieve. Con botafangos, con palas, con el pecho de los caballos, con su propio pecho, van echando la nieve hacia atrás, que recula sobre los ríos.

Grande fue la derrota del hombre: grande es su victoria. La ciudad está aún blanca: blanca y helada toda la bahía. Ha habido muertes, crueldades, caridades, fatigas, rescates valerosos. El hombre, en esta catástrofe, se ha mostrado bueno.

En todo el siglo no ha visto Nueva York temporal semejante al del día trece de marzo. El

domingo anterior había sido de lluvia, y el escritor insomne, el vendedor de papeletas en las estaciones del ferrocarril, el lechero que a la madrugada visita las casas dormidas en su carro alado, pudieron oír enroscando el látigo furioso en las chimeneas, como sacudiéndolo con mano creciente contra techados y paredes, el viento que había bajado sobre la ciudad, y levantaba sus techos, derribaba a su paso persianas y balcones, envolvía y se llevaba los árboles, mugía, como cogido en emboscada, al despeñarse por las calles estrechas. Los hilos de luz eléctrica, quebrados a su paso, chisporroteaban y morían. Descogía de los postes del telégrafo los alambres que lo han igualado tantas veces. Y cuando debió subir el sol no se le pudo ver: porque, como si pasase un ejército en fuga, con sus escuadrones, con sus cureñas, con su infantería arrollada, con sus inolvidables gritos, con su pánico, así, ante los cristales turbios, la nieve arremolinada pasaba, pasaba sin cesar, pasó durante todo el día, pasó durante toda la noche. El hombre no se dejó domar por ella. Salíó a desafiarla.

Pero ya los tranvías vencidos yacían, sin caballos, bajo la tormenta; el ferrocarril aéreo, que pagó con sangre su primera tentativa, dejaba morir el vapor en sus máquinas inútiles; los trenes, que debieron llegar de los alrededores, echados de la vía por el ventarrón o deteni-

dos por las masas de copos, altas como cerros, bregaban en vano por abordar sus estaciones. Tentaban los tranvías un viaje, y los caballos se encabritaban, defendiéndose con las manos del torbellino sofocante. Tomaba una carga de pasajeros el ferrocarril, sujeto a la mitad del camino, y tras seis horas de esperar presos en el aire, bajaban hombres y mujeres de la armazón aérea en unas escaleras de albañil. Los ricos o los muy necesitados hallaban, por veinticinco o cincuenta pesos, coches de caballo recio que los llevaran paso a paso a cortas distancias. Azotándolos, tundiéndolos, volcándolos, pasaba por sobre ellos, cargado de copos, el viento revuelto.

Ya no se veían las aceras. Ya no se veían las esquinas. La calle Veintitrés es de las más concurridas: y un tendero compasivo tuvo que poner en su esquina un poste que decía: «Esta es la calle Veintitrés». A la rodilla llegaba la nieve, y del lado del viento, a la cintura. La ventisca rabiosa mordía las manos de los caminantes, se les entraba por el cuello, les helaba las orejas y la nariz, les metía puñados de nieve por los ojos, los echaba de espaldas sobre el nevado resbaladizo, los sujetaba sobre él con nuevas ráfagas, los lanzaba danzando y sin sombrero, contra la pared, o los dejaba dormidos, dormidos para siempre, isepultados! El uno, un comerciante, en la flor de la vida, había de aparecer hoy, hundido

en el turbión, sin más señal de su cuerpo que la mano alzada por sobre la nieve. El otro, un mandadero, azul como su traje, sale en brazos de sus compañeros piadosos de aquella tumba blanca y fresca, propia de su alma de niño. El otro, clavado hasta la cabeza, con dos manchas rojas en el rostro blanco, y los ojos violáceos, duerme.

¡Y por Broadway y las Avenidas, levantándose y cayendo bajaban al trabajo, ancianos, mozos, niños, mujeres!

Unos, exhaustos, se sentaban en un quicio, sin más voluntad que la de perecer; otros, generosos, se los llevaban del brazo, animándolos, voceando, cantando: una mujer de mucha edad, que se puso como máscara con dos agujeros para los ojos el pañuelo, se reclina contra la pared, y rompe a llorar; el presidente de un banco que va a su puesto a pie, lleva en brazos la carga a la botica vecina, que en el turbión, se puede distinguir por sus luces amarillas y verdes. «¡No sigo!», dice uno, «¿y si pierdo mi lugar?» «Yo también sigo», dice otra, «yo necesito mi jornal de hoy.» El dependiente toma de brazos a la trabajadora: la obrera joven lleva por la cintura a la amiga cansada. A la entrada del puente de Brooklyn, implora con tal angustia el secretario de un banco nuevo al inspector, que, aunque sólo la muerte puede pasar por el puente en aquel instante, lo deja pasar «¡porque si no per-



derá la secretaria que ha tardado tres años en conseguir!»: y el viento, en aquella altura formidable, de una bufada lo echa abajo sobre el piso, lo alza de otra, le quita el sombrero, le abre el gabán, le hace morder el suelo a cada paso; él se repliega, se ase a la barandilla, adelanta gateando: avisados por el telégrafo desde Brooklyn, los policías del puente lo recogen en brazos al llegar a Nueva York exánime.

Y ¿a qué tanta fatiga si no hay apenas tienda abierta, si se ha rendido la ciudad, arrinconada como un topo en su cueva, si al llegar a sus fábricas y oficinas encontrarán cerradas las puertas de hierro? Sólo la piedad del vecindario, o el poder del dinero, o la casualidad feliz de vivir en la vía del único tren que por un lado de la ciudad, bregando valeroso, se arrastra de hora en hora, ampararán en este día terrible a tanto empleado fiel, a tanto anciano magnífico, a tanta obrera heroica. De esquina a esquina avanzan, recalando en las puertas hasta que alguna se les abre, llamando con las manos ateridas, como con el pico llaman a los cristales los gorriones. Arrecia la ráfaga de pronto; como piedras echa contra el muro a la bandada que volaba buscando el abrigo: unas contra otras se aprietan en medio de la calle las pobres obreras, que la racha sacude y hostiga hasta ponerlas otra vez en fuga. Y mujeres

y hombres se van volviendo así ciudad arriba, braceando contra el vendaval, sacándose la nieve de los ojos, amparándose con las manos para buscar en la borrasca su camino. ¿Hoteles? ¡Las sillas están alquiladas para camas y los cuartos de baño para alcobas! ¿Bebidas?: ni los hombres hallan ya qué beber; en las cervcerías que consumieron ya su provisión: ni las mujeres, halando ciudad arriba sus pies muertos, tienen más bebida que sus lágrimas.

Ya a esa hora, repuestos de la sorpresa del amanecer, los hombres disponen sus vestidos de modo que no les lastime tanto la furia de la ventisca. A cada paso hay un vagón volcado; una persiana, que azota la pared suspendida del último gozne, como el ala de un pájaro moribundo; un toldo desgarrado; una cornisa a medio arrancar; un alero caído. Paredes, zaguanes, ventanas, todo es una masa de nieve. Y sin un minuto de tregua desde el amanecer, pasa, pasa cargado de copos el turbión blanco, arremolinando, devastando, zumbando, gruñendo. Y con la nevada a los brazos, los hombres y las mujeres caminan.

Uno ha hecho de la seda de su paraguas un tapacaras, con dos huecos para los ojos y otro para la boca, y así, con las manos a la espalda, va quebrando el viento: otros llevan los zapatos envueltos en medias, o

en sacos de sal, o en papel de estraza, o en retazos de caucho, atados con cordeles: otros van abrigados con polainas y gorros de velocipedistas: a otro, casi cadáver, se lo llevan cargado, envuelto en su sobretodo de piel de búfalo. Este, botas de caballería, aquél de actor, aquél de cazador. «¡Señor!» dice una voz de niño a quien la nieve impide ver, «¡sáqueme de aquí, que me muero!» Es un mensajero, que una empresa vil ha permitido salir con esta tormenta a llevar un recado. ¡Muchos van a caballo!: alguno, que saca un trineo, del primer vuelo del viento celoso rueda con él, y a poco muere. Una anciana tenaz vino a comprar una corona de azahares para su hija que se casa hoy, y se lleva la corona. Y cuando ya era Nueva York, como campo ártico, y la noche cerraba sin luces, y sólo para el pavor había espacio; cuando los carteros generosos caían de bruces, transidos y ciegos, defendiendo con su cuerpo la valija de las cartas; cuando de las casas sin techo buscaban en vano las familias, con miedo mortal, salida por las puertas tapiadas; cuando bajo cinco pies de nieve, con la ciudad entera, yacían, ocultas a la mano más fiel, las bocas de agua abiertas en las calles para apagar los incendios, estalla con furia, tiñendo de luces de aurora el paisaje nevado, un fuego que echa abajo tres casas de vecindad en pocas dentelladas. ¡Y llegó la bomba! ¡Y los bom-

beros cavaron con sus brazos, y hallaron las bocas de agua! ¡Y de color de rosa parecían las paredes y la calle nevada, y de un azul de ojos el cielo! ¡Y allí, aunque el agua con que las batían se les volviese por la fuerza del viento, en chispas punzantes contra el rostro, aunque más altas que la cruz de una torre serpeasen en el aire las lenguas de fuego carmesí, aunque azotadas por el vendaval les vinieran a morder las barbas las columnas de humo sembradas de chispas de oro, allí, sin poner pie atrás las fueron combatiendo, con la nieve al pecho, hasta que las circunscribieron y domaron! Y luego, con sus brazos, abrieron camino a la bomba en la masa de nieve.

Sin leche, sin carbón, sin cartas, sin periódicos, sin tranvías, sin teléfonos, sin telégrafos, se despertó hoy por la mañana la ciudad. ¡Qué ansia por leer, los de la parte alta, los diarios que a fuerza de bravura de los pobreillos vendedores, llegaban de las imprentas, que están en la parte baja! ¡Y hubo anoche, hasta cuatro teatros abiertos! ¡Y todos los negocios están suspendidos, y la falsa maravilla del ferrocarril aéreo puja en vano por llevar a su labor la muchedumbre que se agolpa colérica en las estaciones!

En los caminos están los trenes detenidos, con sus cargas

humanas. Del resto de la nación nada se sabe. Los ríos son hielo y los osados los están cruzando a pie; se rompe el hielo de pronto, y quedan flotando sus témpanos, con los hombres al lomo: un remolcador sale a salvarlos, costea el témpano, lo va empujando hacia los muelles, ya lo junta a muelle vecino, ya están salvados; de los dos lados del río se oye un enorme ¡hurra! ¡Hurra! gritan por las calles al bombero que pasa, al policía, al bravo cartero. ¿Qué será de los trenes que no llegan, y a donde las empresas del ferrocarril, con energía magnífica, envían víveres y carbón, a ras-tras de sus máquinas más poderosas? ¿Qué será de los de la mar? ¿Cuántos cadáveres habrá bajo la nieve?

Ella, como ejército ya en fuga que vuelve sobre el triunfador en inesperada arremetida, vino de noche, y cubrió de muerte la ciudad soberbia.

Más que a cualesquiera otros, convienen estas embestidas de lo desconocido a los pueblos utilitarios, en quienes como ayer se vio, las virtudes que el trabajo nutre, bastan a compensar en las horas solemnes la falta de aquellas que se debilitan con el egoísmo. ¡Qué bravos los niños, qué puntuales los trabajadores, que infelices y nobles las mujeres, qué generosos los hombres! La ciudad toda se habla en alta voz, como si tuviera miedo de quedarse

sola. Los que se codean en el resto del año brutalmente, hoy se sonríen, se cuentan sus riesgos mortales, se dan las señas de sus casas, acompañan largo trecho a sus nuevos amigos. Las plazas son montes de nieves, donde como recamo de plata lucen ya al primer sol los encajes de hielo prendidos a las ramas de los árboles.

Casas de nieve se levantan sobre los techos de las casas, donde el gorrión alegre cavatidos frágiles. Amedrenta y asombra, como si se abriese de súbito en flores de sangre un sudario, esta ciudad de nieve, con sus casas rojas. Publican y contemplan el estrago los postes del telégrafo, con sus alambres enroscados y caídos, como cabezas desgrenadas. La ciudad resucita, sepulta los cadáveres, y echa atrás la nieve, a pecho de caballo, a pecho de hombre, a pecho de locomotora, a bocanadas de agua hirviendo, con palas, con estribos, con fogatas. Pero se siente una humildad inmensa, y una bondad súbita, como si la mano del que se ha de temer se hubiera posado a la vez sobre todos los hombres.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
27 de abril de 1888

[Mf. en CEM]

189

# Caracteres norteamericanos

Dos muertos notables.-Un humanitario  
y un platoniano.-Protección a los animales.-  
Filosofía trascendentalista.

Nueva York,  
15 de marzo de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

CUANDO, MOVIDOS a bondad por el terror, compartían los cocheros con sus caballos el *brandy* que reparaba sus fuerzas idas en el temporal de nieve; cuando al caer exhausto su percherón sobre la nevada, salta un carrero del pescante, le afloja los arneses, le pone por almohada la collera, lo abriga con la manta que carga para protegerse los pies, y se quita el propio sobretodo para echárselo encima al animal, que le lame la mano; cuando los gorriones, desalojados por el vendaval de los aleros, eran tratados como huéspedes favoritos en las casas, y reanimados con mimo al fuego de las chimeneas; cuando un gato chispeante, loco de frío, hallaba refugio en los

brazos de un transeúnte hospitalario,-moría en Nueva York, pensando en las pobres bestias, un hombre alto y flaco, de mucho corazón y no poco saber, que pasó lo mejor de su vida predicando benevolencia para con los animales. Que no se fatigase a los caballos. Que no se diese de puntapiés a los perros. Que no se ejercitaran los niños en enfurecer a los gatos. Que no clavasen a los murciélagos en las cercas, y les diesen de fumar. Que puesto que el hombre no quiere convencerse de que no necesita de carne para vivir bravo y robusto, ya que ha de matar reses, las mate bien, sin dolor, pronto. Que el que trae tortugas vivas al mercado, no las tenga tres días sin comer como las tiene, sino aunque hayan de morir después, les dé algas y agua. Si las serpientes han de alimentarse con conejos vivos, que se mueran de hambre las serpientes.

Henry Bergh<sup>466</sup> no era hombre vanidoso, que quisiera, por el escabel de la virtud, subir a donde la gente lo viese y celebrase; ni pobretón disimulado, que so capa de filantropía buscara en el oficio de hacer bien, manera fácil de robustecer la bolsa; sino bonísima persona, y manchego de raza pura, que no podía ver abuso de fuerza sin oponerle el brazo. Dinero no le hacía falta porque nació rico. Por fama tampoco era, porque como su virtud no era útil a los hombres, no se veía agasajado sino lapidado por ellos.

Jamás se abría un diario sin encontrar una befa a este buen amigo de los animales; que en Inglaterra aprendió a servirse de la ley para amparar<sup>a</sup> los que no tienen manera de pagar a sus favorecedores, por lo que son estos pocos siendo el favor por lo común no tanto mano tendida como mano que se tiende, para que el favorecido deje caer en ella, en presencia del mundo,<sup>b</sup> como sus celebra-

a. Se añade esta palabra.

b. Se añade coma.

ciones y sus lágrimas. Volvió Bergh de su viaje a Inglaterra, con aquel cuerpo larguiruto a que quitaban ridiculez la ternura inefable de los ojos, y la crianza hidalga, y fundó, con poca ayuda que no fuese la propia, una «sociedad para la protección de los animales», que pronto tuvo poder legal; tanto, que Bergh mismo fungía de fiscal asesor, y podía, por serlo, parar en las calles el látigo levantado sobre un caballo infeliz, y perseguir ante el juez al castigador. Con ciento cincuenta mil pesos en oro que le dejó el francés Luis Bonard, pudo la sociedad levantar casa suya, cuyo portal arábigo corona un caballo dorado.

Mientras más se burlaban de él, más predicaba Bergh, con tal éxito que ya apenas hay Estado de la Unión que no tenga en sus leyes las que él propuso contra el maltrato a las bestias, por cuanto el maltratarlas, sobre ser inicuo, abestia al hombre. Él perseguía cuanto en el hombre nutre la ferocidad. Mientras más sangre coma y beba, decía Bergh, más necesitará el hombre verter sangre. Los pueblos tienen hombres feroces, como el cuerpo tiene gusanos. Se han de limpiar los pueblos, como el cuerpo. Se ha de disminuir la fiera. Él ahuyentó a los peleadores de perros. Él hizo multar y prender a los que concurrían a las peleas, y a los que de cerca o

de lejos apostaban. Él extinguió las riñas de gallos. Él acabó con los combates de ratas. Desde muy temprano salía a recorrer los lugares de la ciudad donde trabaja más el caballo, que era su animal favorecido, y con tan sincera bondad procuraba inspirarla a los carreros, que éstos llegaron a ver como amigo a aquel «caballero flaco» que salió llorando del juzgado el día en que un abogado alquilón lo llenó de injurias porque pidió el favor de la ley para que un carnicero no hiciese padecer a las tortugas el horror del hambre.

Y como la bondad no anda sola, sino que es precisamente lo que en el mundo necesita más estímulo, no se contentaba Bergh con decir que debía tratarse bien a las bestias, sino que imaginaba las novedades necesarias para su buen trato, y hoy inventaba el carro donde se eleva<sup>a</sup> sin sacudidas al caballo enfermo, y mañana el pescante para alzar de zanzas o cuevas al caballo desfallecido, y luego las palomas de barro, que por todas partes han sustituido ya a las vivas en el tiro de paloma. Los aficionados a la pesca le parecían gente harto fácil de entretener, y de poco más seso que los propios pescados. «No son los carreros, decía, los que me dan más quehacer, sino esos copiamodas majaderos de la Quinta Avenida, que quieren

traer a este pueblo humano la bárbara caza de la zorra. Pues lo que dice la hija de la Angot es verdad, porque si habíamos de hacer nuestra independencia para imitar ahora las cacerías en que los lores antiguos se enseñaban a cazar hombres, no valía la pena de cambiar de gobierno.»

Así vivió este hombre, consolando niños, fundando para su amparo una sociedad ya rica y fuerte, haciendo bien a aquellos que no podían agradecérselo, mejorando a sus semejantes. Su benevolencia fue más loable porque vivió siempre enfermo. Los versos eran su ocupación en las horas de ocio, y deseando hallar el sentimiento donde todavía impera, concurría asiduamente al teatro. Escribió dramas, y se los silbaron, sin que por eso se le agriara el alma noble contra el arte en que le fue negada la excelencia a que llegó sin esfuerzo en las más difíciles virtudes. Escribir es, en cierto modo, tarea de hembra. No se debiera escribir con letras, sino con actos.

Y en estos mismos días han muerto botónicos famosos como Asa Gray y William<sup>b</sup> Corcoran, tan célebre por sus empresas como por la<sup>c</sup> generosi-

a. Errata en LN: «elevan».

b. Errata en LN: «Willian».

c. Se añade esta palabra.



dad con que ha empleado en el bien público lo más de su fortuna; y David Locke, que con las célebres sátiras de *Petroleum V. Nasby*, saboreadas por Lincoln, dejó escrita una como historia moral de la guerra con el Sur, que es fuente de humanidad y modelo de burla útil, donde se ven los móviles secretos, y culpas y vanidades de la gloria.

Pero ¿quién de ellos vivió tan puramente como el viejecito soñador que se sentaba todas las mañanas tras los cristales de sus salas célebres de Concord, a saludar con un gesto la mano, semejante al de quien da la bendición, a todos los que pasaban por aquel camino? ¿Quién,<sup>a</sup> ni el más duro negociante, no devolvía el saludo con ternura al filósofo sin mancha, al amigo de los árboles, al que jamás puso carne en su mesa, al compañero de Thoreau<sup>b</sup> el cronista y del augusto Emerson,<sup>c</sup> a Amos Bronson Alcott?

Así como la poesía, de puro comprimida, estalla con más luz y música, allí donde, por no ser cualidad de todos, se acendra con la soledad y la indignación en quien posee su estro terrible, así la vida poética de este filósofo platónico, que salió a vender libros cuando mozo y volvió del viaje haciéndolos, llevó en su pueblo áspero y atareado al reposo celestial y la albur de la nieve. Mientras lo brutal fuese más; más claro era su

deber de no serlo. Para que lo blanco se pueda ver, que resplandezca. Si los hombres nutren con sus malas prácticas lo que tienen de fieras, yo haré con las mías por nutrirles lo que tienen de paloma. Puesto que hay tanto hombre-boca, debe haber de vez en cuando un hombre-ala.

El deber es feliz, aunque no lo parezca, y el cumplirlo puramente eleve el alma a una deleitosísima dulzura. El amor es el lazo de los hombres, el modo de enseñar, y el centro del mundo. Lo que dijo Platón, debe repetirse hasta que los hombres vivan conforme a su doctrina. Se debe enseñar conversando, como Sócrates. La inteligencia no es más que la mitad del hombre, y no la mujer.<sup>d</sup> ¿Qué escuelas son estas donde sólo se educa la inteligencia? Siéntese el maestro mano a mano con el discípulo, y el hombre mano a mano con el hombre y aprenda en los paseos por el campo el alma de la botánica que no difiere de lo universal, y en sus pájaros y animales caseros confirme la identidad de lo creado, y en este conocimiento, y en la dicha de la bondad, viva sin la brega pueril y los tormentos sin sentidos a que conduce aquel bestial estado del espíritu en que dominan la sensibilidad y la arrogancia.

¿No sabe de la delicia del mundo el que desconoce la realidad de la idea y la lumi-

nosidad espiritual que produce el constante ejercicio del amor? Prefiere el alma del corazón a la de la mente, y a la de la región de los deseos; pero la hegemonía no ha de ser de un alma sola, sino de la relación saludable de estas tres. Del espíritu vienen dichas que hacen innecesaria la muerte, porque contienen el desvanecimiento de gozo y descanso lumíneo que a la muerte, más por esperanza que por certidumbre, se supone; pero así como el juicio madura la sensibilidad, y por el sentimiento conocido sube al deleite el hombre, así ha de cuidarse el cuerpo, cuya armonía predispone a lo espiritual, porque en lo corpóreo, como en lo del espíritu, la salud es indispensable a la belleza, y esta, en el hombre como en el mundo de que es suma, depende del equilibrio. Así predicó Bronson Alcott, y así vivió. Su casa era un cenáculo; su familia, una guirnalda; su vida,<sup>e</sup> un lirio.

¿De dónde sino del trabajo y de la vida natural había de venir hombre tan puro?

No nació en la ciudad, que extravía el juicio, sino en el

a. Se añade coma.

b. Errata en LN: «Horean».

c. Se añade coma.

d. Al parecer, errata en LN por «mejor».

e. Se añade coma.

campo, que lo ordena y acrisola.

Su padre era un labrador. Él, y el perro y el caballo, fueron sus primeros amigos. Puso en los conciertos y enseñanzas del mundo el oído que traía preparado por la naturaleza, así que, cuando su padre, viéndolo inteligente, y locuaz, creyó—como los padres suelen—que debía ejercitar en los engaños provechosos del comercio estas dotes benditas, él no comerció con su baúl de libros, que en un caballejo le pusieron para que les buscara comprador por las aldeas, sino que fue libro vivo a quien los campesinos oían con gozo, y con asombro de que les hablase tan al corazón sobre la poesía de sus faenas y el modo de ser feliz aquel barbilampiño a quien de buena gana daban cama donde dormir, y pan y mantequilla.

El baúl de libros volvió poco menos que entero; y Bronson Alcott puso su primera escuela, y con ella el cimiente de su fama y de su renombre de innovador; porque si ahora castigan aquí corporalmente en las escuelas públicas, entonces era cosa de sacar la sangre de las manos y las posaderas, lo que indignó a Alcott tanto que, por no imponer torturas a sus discípulos, ni la del libro les impuso, prefiriendo inculcarles, con un amor no exento de la firmeza necesaria, la ciencia

que él enseñaba conversando al niño en sus resultados y conjunto, que es cómo a la niñez agrada y aprovecha, no en el estudio largo y descosido de los meros modos de conocer que ni le satisfacen su impaciencia natural, ni le disciplinan con tanta suavidad y eficacia la mente, ni le revelan con el ajuste y sentido de cuanto ve, la ley de su propia dicha y la del mundo.

Crecían a la vez su fama y sus censores. Da grima leer lo que sacerdotes y poetas y maestros escribieron, cuando Alcott fundó su célebre Temple School,—en defensa del castigo corporal y de la enseñanza rutinaria.

Desenvuélvase desde el, hombre entero, el moral y el intelectual y el físico, por medios suaves que lo obliguen a la suavidad, que en vez de rebajarlo ayuden a enaltecerlo, que no contradiga la ley universal y su destino, que o es un crimen de la naturaleza, o es el amor. Edúquese en el hábito de la inquisición, en el roce de los hombres, y en el ejercicio constante de la palabra a los ciudadanos de una república que vendrá a tierra cuando falten a sus hijos esas virtudes. ¡Lo que estamos haciendo son abogados, y médicos, y dérgigos, y comerciantes; pero ¿dónde están los hombres? ¡La misma cristianidad se va del mundo porque los ministros enseñan la letra con cuyo magisterio prospe-

ran, el espíritu que revela la pequeñez de ellos, y la grandeza de la creación, cuyo conocimiento, con la fe que viene de él, es indispensable a la felicidad del hombre!

«Tu sistema es justo», le dijo Emerson, que jamás temió abogar por la razón desamparada; «no te amendrenten los enemigos de la ley y la bondad: no abandones tu predicación un solo minuto.»

La escuela, tuvo que abandonarla: pero no su predicación, ni aquella superior finura de alma con que en el comercio diario de estas nobles ideas fue tomando su vida tal esplendor, tal fama su casa, magia tal su discurso, que de todas partes del país venían a oír al autor de los *Tablets*, que eran como los apotegmas de este nuevo platonismo, al que escribió ideas que parecían claridades en aquel célebre *Dial* donde la filosofía trascendental quedó más bella cuando él la dotó con sus «Versículos orfeicos»,<sup>a</sup> al filósofo ilustre entre los trascendentalistas, que quisieron conformar los accidentes del mundo a su esencia, el hombre al Universo y la vida a su fin. Iban a oírlo hablar, como sus discípulos a Sócrates, a quien se pareció en esto y en la lucidez con que explicaba la idea

a. Así en LN, en lugar de «órfeicos».

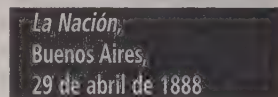
del mundo, pero no en la ironía, porque la de Alcott era más bien indignación, ni en Xantipa tampoco, porque le hacían la existencia muy llevadera en la pobreza constante una mujer que no le tuvo a mal su alma apostólica, y el coro de sus hijas.

Por fin hubo días fijos para aquellos discursos, cuyo tema se repartía escrito de antemano, y desenvolvía Alcott más en monólogos que en diálogos, tan sublimes a veces que un amigo le conoció a otro

que venía de uno de ellos «por el resplandor del rostro». Se retiró a Concord, como Plotino a su Campania, y como él, y no con mejor éxito, quiso fundar en medio de los hombres un modelo de la vida ideal, en una casa de campo rodeada de poca tierra labrantía; pero ya para entonces no tenía Alcott enemigos, como el de Licópolis, ni deslució, como Plotino deslució, con temas de escuela y verba sofisticadas,<sup>a</sup> la elevación y sencillez de aquella dichosa y

como fúlgida doctrina. Con ella en los labios ha muerto. Fue mal hombre de negocios.

José Martí



[Mf. en CEM]

a. Se añade coma.

190

# La República Argentina en el exterior

Una sesión en la Cámara de Comercio de Nueva York.-La palabra de un antiguo amigo.-Su influencia benéfica.-Línea de vapores al Plata.-Deberes de los Estados Unidos para con la República Argentina.-La lana «ad valorem». ¡Mejores diplomáticos!

Nueva York,  
mayo 3 de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

HACE HOY CIENTO veinte años que se reunieron en una hostería, a hablar de negocios, los mercaderes de pro de Nueva York, y alrededor de una mesa de nogal, con su poco de sidra y su más de cerveza, para rociar la ceremonia, declararon constituida la Cámara de Comercio, sin más retratos en las paredes que el del buen rey Arturo y su mal amigo Lancelote, el sin par caballero de la Tabla Redonda. Hoy, ciento veinte años después, los patriarcas de Nueva York, sentados en sus poltronas de caoba, oían en la sesión solemne de eleccio-

nes, presidida por los retratos de negociantes ilustres que cubren los muros de la Cámara, el discurso en que el caballero Edward Hopkins aboga elocuentemente por el establecimiento de una línea de vapores correos entre estos Estados y la Argentina. No sólo oyeron los patriarcas, sino que asintieron. Y la primera champaña de la fiesta con que celebra la Cámara su sesión electoral fue vertida en las copas de los representantes de la Argentina y sus amigos, por el caballero presidente.

La fiesta era bella, aunque le quitaba concurrencia la hora, que es acá la más ocupada del día; pero el carácter, pintado en los rostros, suplía de sobra el número.

Se notaba bien el diferente modo de vivir de las genera-

ciones, porque los ancianos, de espaldas anchas y cara rubicunda, parecían: más mozos que los comerciantes de estos días, de «más competencia, ambición y atareo, en quienes antes que las canas salen las arrugas. En un grupo, saboreando un Clos-Vongee, hablaban de la discusión de la tarifa, y de cómo la idea de la rebaja gana campo, y del brutal lenguaje con que se injuriaron ayer en el Senado, poniéndose uno al otro de «perros traidores», el republicano Ingalls, que preside a los senadores, y el demócrata Voorhees, pretendientes ambos a la Presidencia de la República. En otro grupo se hablaba de la lana; de que se la declararía libre; de que no se la declararía; de que quedará probablemente admitida *ad valorem*. Pero, aunque el *Herald* había publicado por la mañana la noticia de haber suspendido pagos quince casas bancarias de Buenos Aires, o no se hablaba de eso, o se decía que también acá tuvieron su «viernes negro»; «¡así se aprende!», decía un anciano, seco como una nuez y no más



alto que ella; «no hay mal en que un pueblo nuevo sepa pronto que debe atenerse al valor real de la propiedad, y no al valor imaginario». De lo que en todos los grupos se hablaba, aquí Thurber, allí Jesup, allá Bliss, acá Schultz, era de la «vergüenza de saber tan poco de un país que puede producirnos tanto»; de la necesidad de poblar el mar con barcos de hierro trabajados en los arsenales, hoy desiertos, de la República; de que «de veras será un crimen que por falta de una línea de vapores nos dejemos echar por el inglés de un país que nos tiene ese cariño». «Veremos, veremos lo que informa sobre el discurso la Comisión de Comercio Extranjero». «Mi señor: este buen Roederer seco, por el primer vapor de hierro de la línea». Y uno de los amigos de la Argentina hacía notar que de ella no puede decirse que padece de lo que el mismo Hopkins llama en su discurso el narcotismo de Hispanoamérica». «No; lo que es del opio—decía otro—no parece que padezca; tal vez esté en peligro de padecer de la cocaína». «Ella aprenderá con los golpes, como nosotros estamos aprendiendo, el error de negociar en los valores falsos que la especulación acumula sobre los valores reales; toda diferencia entre el valor real y el valor de especulación es una acción negativa, cuyo dividendo paga la catástrofe». «No sabíamos por acá que allá junto al otro polo hubiese un país que nos sigue

tan de cerca». Y esta observación trajo a la memoria una escena de hace pocos días, cuando la parada funeral de Páez.

Era en el cuartel, y el general Jacinto Pachano,<sup>467</sup> de Venezuela, presentaba al famoso Sherman, al héroe de la marcha de Atlanta, el cónsul de la Argentina, el cónsul del Uruguay. La edad, la gloria y la estatura dan al anciano cierta belleza homérica. Aguzó el rostro curioso y le lucieron los ojos de águila. «¡Ah, la Argentina, Uruguay!»—dijo—«Sí, sí, ya sé; eso está del otro lado del Ecuador!»

Y ese asunto de la Argentina fue el único de que se trató en la sesión solemne, fuera de las elecciones; lo cual revela la importancia que en lo privado de la Cámara se da al estudio serio de los medios que puedan asegurar a los Estados Unidos un comercio amplio con el Plata. Y si alguna duda cupiese de este interés, se habría desvanecido al observar la viva atención con que aquellos hombres, representantes estimados de la riqueza de Nueva York, escuchaban las estadísticas con que Hopkins, conocedor de su público, precedía sus consejos, recibidos más de una vez con un murmullo de aplauso.

Primero fue el orden del día, discursos de recuerdo de los muertos del año, voto de gracias a los funcionarios salientes, elecciones unánimes. La elección duró cinco minutos; un caballero vestido de negro, ul-

tradelgado y sobrelampiño, paseó por entre los cien millonarios, casi todos canosos, su sombrero de pelo, que volvió al estrado presidencial lleno de las candidaturas impresas; mientras él y el secretario abren las listas, la Cámara cuchichea; se está como en una casa amiga, sin necia ceremonia; «todas las listas tienen el nombre del presidente—dice el caballero,—menos una»; la Cámara se echa a reír, y recibe con palmadas al presidente reelecto, que no es el de más millones, ni el de más influjo en esta corporación que tan decisivo lo ejerce en los negocios del país, sino Charles Smith; comerciante en géneros, que tiene fama de presidir bien, comerciar con honor y medir los hombres de una ojeada. El presidente alude en un vuelo a sus deficiencias personales, a los servicios, de la Cámara durante el año anterior, al *lunch* que espera detrás de la puerta cerrada y al mérito de la memoria anual compuesta por el «muy celoso e inteligente secretario»; al secretario, que forcejea en aquel momento por abrir una gaveta, se le llena la cara de color; por fin llama el presidente a su izquierda al caballero Hopkins, que lleva, como Dilks, una corbata roja.

La hora que duró el discurso pareció a todos breve, y en especial a los que, a la vez que lo oían, observaban la curiosidad respetuosa de aquel senado de magnates; muchos escuchaban con avidez visible; to-

dos con buena voluntad; alguno con sorpresa; cuál pidió que le repitiesen un dato; cuál que ampliasen otro; entre éstos y aquéllos se cambiaban signos de satisfacción; el éxito del orador era patente cada vez que aludía al bochorno de que no se viera por las aguas argentinas un buque norteamericano; más de uno, al oír, acaso por primera vez, en cifras, las pruebas del desarrollo creciente de la República, adelantaba el cuerpo atento, como si se dispusiese ya a echar el capital hacia el nuevo mercado.

El caballero Hopkins hablaba de prisa; ponía de relieve la inferioridad del norteamericano en la Argentina; con su autoridad de yanqui flagelaba el descuido y la ingratitud del yanqui para una tierra donde se le han dado tantas muestras de afecto. Y lo notable y útil del discurso no fue sólo haber logrado repetir desde la primera tribuna comercial del país lo que en pura justicia se viene aquí publicando y diciendo en estos últimos años, sino que no dijo estas cosas como de menos a más, pidiendo como merced que el águila ampare con su águila un país de aldea, según torpemente hacen algunos políticos perniquebrados; o admiradores tan amigos de la tierra ajena, que pierden el respeto por la propia. Hopkins no basó sus demandas en que la Argentina las solicitase, sino en que por su riqueza es un mercado apetecible para el comer-

cio hipertrofiado de los Estados Unidos, y en que el progreso continuo de sus instituciones y su capacidad de desenvolverse por sí propia merece el respeto de Norteamérica, a quien por el empuje se compara, y vence en generosidad y cortesía. «Los argentinos no nos piden favor—decía Hopkins hablando de las lanas,—sino justicia. ¿Cómo se concibe que recarguemos con un derecho especial la lana de un país amigo que no puede dañar nuestra lana, por ser naturalmente distinta, sobre todo cuando es un país que, a despecho de nuestra incuria y desdén, no se ha cansado de darnos muestras de simpatía, muestras que ni siquiera hemos reconocido en nuestros documentos oficiales?»

Grande era la atención de la Cámara, y aun hubo un rumor de asombro cuando—después de agrupar hábilmente las cifras que demuestran el progreso argentino en todos los ramos nacionales, y la pobre figura que los americanos hacen en él,—enumeró las semejanzas entre la Argentina y los Estados Unidos, «cuya constitución va perfeccionándose allí de año en año, en medio de obstáculos que sólo su raza mixta, sólo los hijos de Felipe II y de la Inquisición conocen», y señaló las demostraciones más notables de buena voluntad y afecto del país y sus gobiernos hacia Norteamérica; cuando al comenzar la guerra del Sud se apresuró la Argentina a saldar reclamaciones americanas por cientos

de miles de pesos, que pendían de medio siglo atrás; cuando al recibir la noticia de la muerte de Lincoln el Congreso suspendió sus sesiones por tres días y la provincia de Buenos Aires dio el nombre del mártir a una nueva comarca; cuando en el espacio de una semana, a propuesta del vicepresidente Alsina, «decretó el Congreso favorecer con una subvención anual de veinte mil pesos, durante ocho años, la línea de vapores entre Norteamérica, Río y Buenos Aires; cuando el 4 de julio del año del centenario el Congreso en masa y el Tribunal Supremo, después de saludar por cable al Congreso de Washington, fueron a visitar la legación americana; cuando dieciséis mil almas pasearon la ciudad con insignias de luto en señal de duelo por la muerte de Garfield. Habló del primer tratado que firmó la Argentina con el ministro de Norteamérica, para la navegación libre de los ríos; de las muchas obras de los Estados Unidos sobre ley política, economía y hacienda que el Gobierno de allá lleva publicadas de la petición que los ciudadanos argentinos presentaron al Congreso, por vía de Schenk, para que extendiese al Plata la línea de correos que llegaba ya al Brasil; de los cien mil pesos anuales con que el gobierno argentino ofrece hoy favorecer los vapores correos, aún no establecidos.

Y en verdad, era extraño oír al orador, ante aquella Cámara de millonarios tenidos en el mundo

por gente de tanto ímpetu y empresa, dolerse de que el Congreso no concediera a la línea de vapores un «contrato por tiempo suficiente, que autorizara el gasto de construir los buques».

«Puesto que: protegemos el correo por tierra—decía Hopkins en su oración, marcadamente proteccionista,—¿por qué no hemos de proteger el correo por mar? Puesto que protegemos la producción de nuestras industrias, ¿por qué cometemos la locura de no proteger su transporte a los mercados donde sería posible su venta?»

«Nuestras fábricas se enmohecen, y nuestras minas se ciegan; nuestros trabajadores sin empleo se exasperan en su abandono y destitución; dadnos modo de llevar afuera nuestros productos, para que el trabajador pueda tener ocupación, y el comercio su curso natural, y nuestra marina vida, y nuestra industria puertos extranjeros para los artículos de que está ahora ahíta».

Pero en esta parte del discurso hubiera podido preguntar un observador desapasionado: «¿y de qué les vale a las industrias que el Congreso las provea de barcos que lleven afuera sus productos; si aun con los escandalosos descuentos de exportación resultan casi todos los productos norteamericanos más caros en los Estados Unidos que los artículos rivales puestos en los mercados extranjeros?» Por los sistemas cerrados a nada se llega.

En todo sistema hay su tanto de verdad.

La vida es relativa y no absoluta. Los pueblos pueden necesitar de la protección, como un niño necesita de andadores.

Puede ser útil proteger una industria genuina, mientras las restricciones necesarias para protegerla no impongan a la nación un sacrificio superior al beneficio que a toda luz haya de sacar de ella.

Las industrias crecidas necesitan salir de la protección, como de los andadores necesita salir el niño. Con el mucho auxilio sucede a las industrias lo que a la criatura a quien nunca saquen del andador: que no aprenderá a andar. No es prudente ligar una medida racional a un sistema fijo, sobre todo cuando el proteccionismo está recibiendo día sobre día en los Estados Unidos golpes mortales, y se le acusa con razón de haber creado tales antagonismos económicos que, si se les sigue extrayendo, la República puede parar en los mismos desastres, odios y despotismos que las monarquías.

Lo que sí puede ser es que, por la angustia del comercio y lo racional de la demanda, so capa de contrato de correos, se ayude por el Congreso, aunque no muy enseguida, a extender a la Argentina la línea de vapores; pero no como concesión al proteccionismo, que en este Congreso o en el próximo se verá inevitablemente sustituido por

una tarifa más viable y humana, sino porque es mucho el desasosiego de la gente de negocios que en todo el país, como en la Cámara hoy, atiende ávida a cuantos le hablan de abrir nuevos mercados a sus industrias afligidas.

Casa que hace diez años desdeñaba llenar una orden de Sudamérica, como se dice en jerga mercantil, porque se la pedían en envases especiales, ahora busca su más suave y verboso viajero para que vaya, sombrero en mano, por aquellas tierras, viendo qué envases quieren. Otra casa famosa estimula a un editor con lisonjeras ofertas a que publique un libro descriptivo de toda nuestra América. Y en la Cámara ha sido hoy evidente que por mayoría, si no por unanimidad, acordará ejercer su influjo en Washington para obtener el contrato de correos que sirva de base a la creación de la línea directa a la Argentina.

«Tres cosas—dijo Hopkins—necesitamos para abrir el comercio con aquella extraordinaria República, cuya estadística nos iguala, cuando no nos saca ventaja; cuyas leyes son semejanza de las nuestras; cuya metrópoli lo es de la América del Sud; como Nueva York de la del Norte; cuyo comercio con nosotros es la vigésima parte del comercio total del país; cuya cultura a la de nadie envidia; cuya prensa cuenta con periódicos como *La Nación*, *La Prensa* y *La Tribuna Nacional*, que serían



una honra para cualquier pueblo del globo. Tres cosas necesitamos: que el Congreso apruebe el contrato de correos que le tenemos presentado, a treinta centavos tonelada por cada mil millas; que se levante el derecho de diferencia sobre la lana argentina, que no sólo impide nuestro comercio, sino lo lleva a nuestros rivales; que reforme por completo nuestro sistema de representación consular y diplomática».

No cabía en el discurso proteccionista abogar por la entrada libre de la lana, como con éxito y denuedo abogó el Presidente en su mensaje, y el representante Milla en la oración fundamental en que explicó el proyecto que lleva su nombre ante la Casa, donde no levantan cabeza los proteccionistas republicanos, aturridos por la cohesión y brillantez de los argumentos de los demócratas reformistas, que cuentan las victorias por los discursos, y se aprietan cada día con más fervor en torno del estandarte que alzó con tanto esfuerzo Cleveland. Pero, en cambio, empleó cifras y razones para demostrar a los mismos proteccionistas, mantenedores del derecho diferencial, que el que hoy entraba las lanas argentinas puede suprimirse sin peligro de la lana, de Norteamérica, por ser, la naturaleza, rendimiento y empleos de ambas tan diversos, que la lana del Plata no puede dañar a la de Vermont, aplicada a distintos usos.

De lo que habló con más desembarazo, y aun con sus puntos de literatura, fue de la reforma que considera necesaria en el servicio consular y diplomático; y la grave concurrencia parecía estar de su parte, a pesar de no ser aquí tenido en gran cosa este servicio, cuando concretaba su consejo de este modo: «Muy pronto cambiaría nuestro influjo en toda Hispanoamérica, y sería igual por lo menos al de nuestros rivales, si nuestro Congreso decidiese comprar casas de legación en esos países, y enviar a ellos ministros plenipotenciarios con secretarios que supiesen hablar; o fueran capaces de aprender la lengua que se habla a su alrededor, bailar con las jóvenes bellas, llamar la atención en las ceremonias públicas y entrar de lleno en la sociedad de las capitales donde residen, con sueldos decentes para los empleados de las legaciones, y personas decentes para gozar de los sueldos, y permanecer por aquellas tierras mientras en ellas fueran útiles. Talleyrand fue quien dijo que el ministro que quiera salir con éxito de su misión debe conducirse de manera que lo acepte con gusto la gente culta del país donde esté acreditado. Y desenvolviendo de una vez su pensamiento y el que con alguna tardanza empiezan ya a abrigar, como la mora que llama a María en el instante de su angustia, los prohombres norteamericanos, el caballero Hopkins terminó su útil y dis-

creto discurso de este modo: «Entonces la América, nuestra América, consolidada en sus intereses por la unión comercial de los valles más vastos del mundo, los valles del Mississippi, el Amazonas y el Plata, será la parte más próspera del globo habitado, superior en riquezas al Oriente y guía verdadera de los hombres por los caminos de la libertad y de la paz».

Quien estudia la economía de las naciones; quien sabe que es mortal para un pueblo tener todo, su tráfico ligado a un solo pueblo; quien ve de cerca que las causas que aquí amedrentan el capital son tales que ya el dinero del Norte busca salida en las empresas no muy seguras de México, Honduras y Colombia; quien conoce el ansia con que los grandes acaudalados estudian el modo de colocar alguna parte de sus bienes donde el reino democrático, que ya se anuncia no investigue sus orígenes o ciegue las fuentes de sus rentas, comprenda cuán ventajoso es exponer con cuerda y eficaz insistencia ante este país, sobrado de capitales deseosos de exportación, otro país al que pudiera convenir importarlos.

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
22 de junio de 1888

[OC, t. 7, pp. 336-346]



191

# La religión en los Estados Unidos

El carácter moral en la República.-La religión oficial y la popular.-Las Hijas del Rey.-Historia extravagante.-Escenas extraordinarias.-Himnos.-Lágrimas.-Gritos.

Nueva York,  
abril 8 de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

DICE CLARK en su libro sobre el «Derecho original del hombre a una parte inalienable de dominio en los beneficios de la naturaleza», que a seguir como van los monopolios, acaparando la riqueza pública, concentrando en pocas manos la privada, acorralando a la nación trabajadora, como un pugilista a su rival, sobre la última esquina del circo «no aseguraría por un cincuenta por ciento los negocios de los Estados Unidos, y las vidas no las aseguraría por un noventa». Se ve ahora de cerca lo que *La Nación* ha visto desde hace años: que la república popular se va trocando en una repúbli-

ca de clases: que los privilegiados, fuertes con su caudal, desafían, exasperan, estrujan, echan de la plaza libre de la vida a los que vienen a ella sin más fueros que los brazos y la mente; que los ricos se ponen de un lado, y los pobres de otro; que los ricos se coligan, y los pobres también; que la inmigración, no bien destilada ni contenida, aporta más de sus vicios europeos que lo que adquiere de virtudes americanas; que el lujo, el lujo descompuesto y casi bestial, obliga la mente a tales agudezas y el honor de ambos sexos a tales sacrificios, que la virtud va por todas partes quedándose atrás, como poco remunerativa; que la libertad más amplia, la prensa más libre, el comercio más próspero, la naturaleza más variada y fértil no bastan a salvar las repúblicas que no cultivan el sentimiento, ni hallan

condición más estimable que la riqueza, ni<sup>a</sup> asimilan al carácter nacional las masas indiferentes u hostiles que se les unen.

Se ve que no bastan las instituciones pomposas, los sistemas refinados, las estadísticas deslumbrantes, las leyes benévolas, las escuelas vastas, la parafernalia exterior, para contrastar el empuje de una nación que pasa con desdén por junto a ellas, arrebatada por un concepto premioso y egoísta de la vida. Se ve que ese defecto público que en México comienza a llamarse el «dinerismo», el afán desmedido por las riquezas materiales, el desprecio de quien no las posee, el culto indigno a los que las logran, sea a costa de la honra, sea con el crimen, ibrutaliza y corrompe a las repúblicas!; debiera sin duda negarse consideración social, y mirarse como a solapados enemigos del país, como a la roña y como a Yagos, a los que practican o favorecen el culto a la riqueza: pues así como es gloria

a. Se añade «ni».

acumularla con un trabajo franco y brioso, así es prueba palpable de incapacidad y desvergüenza, y delito merecedor de pena escrita, el fomentarla por métodos violentos o escondidos, que deshonran al que los emplea, y corrompen la nación en que se practican. Debieran los ricos, como los caballos de raza, tener donde todo el mundo pudiese verlo, el abolengo de su fortuna.

Todo eso se ve aquí ahora; pero así como del estudio de la naturaleza, tenido por hostil al espiritualismo, surge este, podado de supersticiones y acorazado con hechos, más enérgico y resplandeciente: así como las grandes opresiones engendran los grandes rebeldes: así como las tierras de menos poesía natural producen, por la vehemencia con que la desean, los poetas más profundos y sensibles; así, por la falta general de las condiciones más finas del carácter, surgen aquí propagandistas fervorosos, entusiastas, ardientes, maniáticos santos, rendidores callejeros, apóstoles de salón, sacerdotisas intensas, toda suerte de trabajadores espirituales, con las variantes más caprichosas y risibles. Y puede decirse a boca llena que el clero oficial, que muestra hoy en servir a los ricos la rivalidad que mostró antes en la interpretación de la Escritura, es quien menos ayuda a esta obra de reconstruir el alma nacional caída. Es el clero improvisado el que remueve más ideas, ve más

de cerca la desdicha, y exhorta con más elocuencia a la caridad para con el hombre y la fe en Dios; es el sacerdote campesino, ayer vendedor de medicinas de patente, que llega a la ciudad, a «predicar el Evangelio» con botas de montar, levita a los talones, nariz y ojos de águila, labio de arriba raso, y barba al pecho: es el rufián arrepentido, que levanta una iglesia donde tuvo primero otra de vicios; es un peón de albañil, un botero inspirado, un dependiente de muelle, una buena mujer tan conocedora de la desventura que la gente infeliz acaba por hacer de su casa como un templo, donde entran a que les cure las llagas del corazón con su palabra balsámica y caritativa.

Así se fundan aquí las religiones, se levantan templos nuevos bajo la advocación cristiana, se renueva el carácter moral amenazado y a medio podrir, se escogen por una especie de sufragio no estricto los educadores religiosos. Siempre lo impuesto es vano, y lo libre es vivífico.

Y ésta es la ocasión propicia para notar lo numeroso, ya que no lo eficaz, de estos esfuerzos, que por esa misma descompuesta manera de nacer, y por el influjo insidioso de cultos más deslumbrantes y amañados, no vienen a ser más que ventarrones cargados de semillas, y como sacudimientos que sacan a los espíritus de su letargo, mas sin extinguir en las

almas, abiertas un instante a la piedad y la resignación, aquella falta de desinterés, aquel amor enconado de sí, aquella vida carnal y grosera que deslucе acá el trato y afea la vida de los más míseros como de los más elevados del país.

Ahora, con el sol que se acerca, con los frescos de marzo y abril, con la primavera pascual,<sup>a</sup> parecen renacer la elocuencia y la fe, y ser mayores y más lúcidas las potencias del alma. Ahora, con la cuaresma, las iglesias disponen fiestas memorables, los pastores repasan sus mejores discursos, los sacerdotes populares congregan a los transeúntes en las plazas y en los atrios, los evangelistas levantan tiendas de conversión en los rincones más fétidos e infelices.

El pastor famoso de la iglesia de la Trinidad castiga los vicios de la gente alta de Nueva York, de las jóvenes ricas que sólo procuran atraer a los hombres por los atractivos de su cuerpo, y asisten a almuerzos de doce platos y no menos de seis vinos, y van al teatro vergonzosamente vestidas, a que refocilen los ojos y contenten las manos los galanes jovenzuelos o calvos que les<sup>b</sup> pagan después la exhibición con cenas de Delmónico o de Brunswick, donde se sirven anguilas menos

a. En LN: «pascuas!».

b. En LN: «le».

resbaladizas que los cuentos, y salsas menos picantes que la conversación ordinaria.

Otro pastor, vecino de Sharp, de aquel sobornador que compró los votos de los regidores para su tranvía de Broadway,—cuando todavía está caliente en el ataúd el cadáver del infeliz, denuncia ante su iglesia, como tipo abominable de su especie, la vida de aquel hombre que de cocinero de una balsa de madeiras ascendió, sin más ayuda que la propia, a contratista afortunado, pero llegó a tener por el dinero tal pasión, y a ver junto a sí tan venales a los hombres, que se pasó treinta años comprando jueces, senadores, regidores, como compraba antes sus papas y sus carnicerías en el mercado.

Un sacerdote de pueblo, de ochenta y cuatro años, censura en una serie de sermones el apetito exagerado de las riquezas como raíz de todos los males de la nación, de los que el menor no es por cierto el miedo que van teniendo los hombres a decir la verdad, por temor de ofender a aquellos a quienes les conviene tener por amigos en los negocios y en la política. «Y el horror que tengo a la mentira es tal, que el domingo que viene voy a predicar en mi iglesia, delante del que será mi ataúd, mi propia oración fúnebre.» Y la predicó:<sup>a</sup> fueron a oírlo de todos los pueblos a la redonda.

El ataúd estaba al pie del estrado, y la familia en su banco,

vestida de luto como en las ceremonias funerales. Se cantaron los himnos mortuorios. Y el pastor Pidgeon flageló en un discurso de dos horas sus «groserías carnales», y encomió las «victorias de su espíritu». La multitud lloraba unas veces, y reía otras. He aquí una de sus frases: «Ningún hombre debe vivir soltero un solo instante, cuando hay tanta buena mujer deseosa de encontrar buenos maridos».

Uno predica sobre el influjo de la ciencia en la religión, y ve,<sup>b</sup> en Darwin mismo, como el albor de una religión científica, no sin razón, puesto que Darwin fue quien dijo que le era intolerable el pensamiento de que el ser humano tardase tanto en adquirir su condición actual para que de un soplo lo apagara el viento. Otro con un barril de harina que va distribuyendo entre los pobres de su barrio, da a las mujeres y a los niños durante todas las cuaremas unas lecciones pintorescas sobre la Biblia, que él les enseña de modo que ellos lo puedan entender, con su lenguaje sin gramática, y con ejemplos de su propia vida: los niños lo oyen con interés: a las madres suele ir a sacarlas de la clase el marido colérico, porque no ha hallado al volver la mesa puesta: el orador defiende a la culpable con un chiste, y el marido le contesta con un terno, y se lleva a empujones a aquella «pícaro holgazana». Otro con-

pedir, en nombre del obrero y del americanismo acorralado, que se restituya la santidad del domingo a su vigor antiguo, y no haya en domingo trabajo, ni teatro, ni ferrocarriles, ni correos: «¡que el trabajador no tenga un día suyo, es bueno para países de esclavos! ¡para que el domingo sea fiesta es necesario que para una gran parte de la población sea día de trabajo! ¡inos están envenenando la sangre nacional, y debemos empezar la cura por las raíces!»—Otros vienen del colegio de Yale,<sup>c</sup> donde hay escuela célebre de divinidad, y como tratan de convertir a los rufianes del Bowery, de cara lampiña y llena de costurones, sombrero a la oreja, y camisa sin cuello ni corbata, «recemos amigos» les dicen «porque el rezar es cosa buena: en Yale tenemos un gran tirador de pelota, que gana siempre, porque antes de entrar en el juego, reza»: en este templo, encaramado en el sotabanco de una cervecería, hasta el jarro de beber agua está sujeto por una cadena, y en los muros musgosos hay letreros así: «El Señor es mi pastor, y cuidará de su oveja», al lado de este otro: «Los concurrentes se servirán no mascar tabaco en este cuarto». Pocas calles más arriba rodean unas cincuenta señoras

a. En LN, coma.

b. En LN: «ven».

c. En LN: «lale».

a una anciana bella que les habla con sencillez patética del Nuevo Testamento, y les descubre con maternal destreza los consuelos que el alma tiene en el orgullo de su virtud contra las más grandes desdichas: «en el conocimiento y ejercicio de lo que hay de más noble en el alma hay tal fuerza para la vida y tal esplendor para el rostro, que no habrá belleza de aventurera que pueda competir con la de la esposa que ha descubierto el gozo inefable de domar el dolor, y convertirlo en caridad cristiana». Las damas más ricas de Nueva York favorecen estas conversaciones caseras de Margarita Bottome; se la disputan las ciudades; asiste a una de sus pláticas la mujer de Cleveland; once mil mujeres llevan ya la cruz de plata de su Orden, que es la de «Hijas del Rey», obligadas a tratarse con bondad y saludarse en público aunque pertenezcan a las clases sociales más opuestas, a prestarse ayuda mutua y consolar a los necesitados, a soportar en calma la desdicha y reprimir la cólera: ísuele una dama de la Quinta Avenida bajar de su carruaje a dar la mano a una vendedora de flores!

Pero para ver esta faena cuaremal en toda su pujanza, ha de irse a los bosques de los alrededores, donde con preces de siete días esperan el descenso del espíritu divino, ya golpeándose los muslos, como los hebreos cuando juraban, ya

desgarrándose los vestidos, ya orando largas horas con la cabeza baja; ha de irse a la plaza pública donde una cohorte de exbribones, a tambor batiente y con los estandartes en alto, cuenta a su público de vagos y tahúres cómo ellos lo fueron, hasta que vieron en sueños el estandarte, o pasó por delante de su madriguera el tambor y «como de trago de agua fresca cuando se acaba de dar una puñalada» se les entró por el alma la gracia de Dios: y los tahures y vagos los oyen sin burlarse, les compran el periódico que venden, y les echan centavos en las gorras: ha de irse a los caserones de los barrios bajos, dispuestos en pocas horas para templos donde a palmadas,<sup>a</sup> llores y gritos «se llama hacia Dios» a la multitud, desde que sale el sol hasta muy adelantada la noche: ha de irse a la bahía, donde los que creen en la fuerza de la fe para curar los males del cuerpo se bautizan el domingo, de brazo del pastor, en el río helado. Tienen su templo, que llaman del Monte Sión, y es una barca de canal, consagrada de antiguo, porque anduvo trayendo y llevando los misioneros suecos, que iban Hudson arriba condenando la impureza del amor escoriatorio<sup>b</sup> y describiendo, con la lengua de llamas de Swedenborg, la fusión de los sexos en los ángeles.

Salen del templo los catecúmenos, cambian en una barraca vecina sus vestidos por ropones

de franela, lo mismo que el pastor, y ya reunidos en la orilla ante el concurso de creyentes, caen de rodillas sobre la nieve, mientras que, sin cuidarse de que el viento le echa la barba por encima del hombro, pide el pastor a Dios que «caliente el agua que ha de recibir a los neófitos, y ahuyente el diablo del alma grosera de los mozos que se ríen, y de los periodistas que quieran contar con burlas el santo bautismo». Y a tiempo que el concurso entona un himno, uno tras otro va llevando el pastor consigo al agua a cada bautizante. El primero es un anciano: hasta el pecho lo tiene ya sumergido el pastor; cuando por fin le hunde en el agua la cabeza por pocos instantes. «¡Gloria a Dios!» dice, levanta al inmerso, le limpia la sal de los ojos, lo saca a la playa, y mientras vuelve el pastor a su río con una ponderosa sesentena, el anciano, dando diente con diente, echa a correr hacia la barraca, agitando los brazos en alto, y gritando: «¡Aleluya! ¡Aleluya!» Una tísica se desmaya en el agua. Un mocetón sale bufando, y voceando «¡gloria!» y dice que nunca se ha sentido «con tanto calor». Una irlandesa desvanecida sale del baño en brazos. Un concurrente, tocado de fe súbita, quiere bautizarse, y como no hay ropón para él,

a. En LN: «palmada».

b. En LN: «escortatorio».



entra en el baño con su vestido de domingo. «La Biblia lo dice!» Va repitiendo el pastor, a quien le cae el agua a chorros de la franela pegada a los huesos: «La Biblia en tal versículo dice que para curarte de los males del cuerpo te bastará tener fe en Dios!»

¿Y eso qué es, comparado con «conversiones», las mil conversiones que en una semana ha obtenido como si con sus propios brazos sacara a los conversos del infierno, el metodista Harrison? ¿Quién sabe de dónde viene ese niño predicador de treinta años, que desde que tenía ocho está en el oficio de salvar almas con el fervor de su elocuencia, ese hombre larguirucho,<sup>a</sup> perdido en su traje negro, lampiño, marmóreo, de cabellera selvosa, de mirada ya negra, ya verde, ya gris, ya chispeante y terrible, ya estática y anegada en lágrimas? Principia a convertir por la mañana; y a viva fuerza tiene la policía que cerrar el templo a la una de la noche. Los de afuera empujan a los de adelante.

El servicio, aquel servicio extravagante y titánico,<sup>b</sup> sólo termina para comenzar de nuevo. «¡Déjenlo venir, déjenlo venir!» Es un anciano que viene sin aliento, abriéndose paso por el gentío, para que el sacerdote «le imponga las manos». «¡Oh, uno más, uno más, una presa al demonio, una estrella para el cielo, una llama azul en el camino de la salvación!» «Eran

ochocientos, dice, y ya son ochocientos uno.»

Y el metodista rompe a llorar. Lloran las mujeres. Dan con los pies los hombres en el suelo. Se echan los unos en brazos de los otros. Se cuentan en voz alta sus pecados. Vuelve a empezar el servicio. «¡A orar!», y se van sofocando los gritos y sollozos. Silencio no hay jamás, porque ya no saben de él aquellas almas desencadenadas: sube al estrado un diácono de levita y pantalón negro. Oran tres, el diácono, arrodillado de espaldas a la concurrencia: el teniente del predicador, de espaldas también, pero de pie, con la frente apoyada en una columna: el predicador a medio caer de rodillas sobre el lectuario. El rezo es brevísimo. Ahora vienen los himnos. «Este himno», «aquél». Unos suben al estrado, otros bajan. Llevan recados. Del estrado invitan a voces a los de atrás a que se acerquen. El predicador y<sup>c</sup> su teniente, dando palmadas, diciendo chistes recios, mandando a brazo tendido, recorren el tablado de un cabo a otro: ¡ya cantan el himno! ¿Qué es, que Harrison, el predicador, se detiene, saca la pierna derecha, tiende el cuerpo adelante, se pone a oír como si lo que oyera viniese de lejos, se mesa la cabellera, se oprime la frente con las palmas hasta que parece que van a salirse de las órbitas los ojos?

Al fin da un paso, tiende los brazos, los sacude como arrebatado de un temblor, y levanta-

tándolos por sobre su cabeza, une al himno su voz, que es la más alta. El canto acabó, no los lloros y suspiros, y aleluyas, y amenes: Harrison, reclinado en la Biblia abierta sobre el lectuario, va a pronunciar el sermón. Elige un texto. Comienza en voz baja. Está hablando de las «cosas buenas de la mesa de Dios», y se interrumpe para decir que abran una ventana: «la luz a nadie hará daño». Sigue hablando, pero como para sí, y ya no se le entiende lo que dice, cuando apartándose de un salto del atril, como si fuera a caer sobre la concurrencia apiñada a sus pies: «¿No han oído lo que he dicho?», pregunta con gritos estridentes. «De Dios lo acabo de saber! ¿no han oído lo que he dicho?» Y el concurso solloza; con la cabeza baja, como cuando un amo le pega a su perro. Entonces se desata aquella elocuencia singular, no por lo que dice, que es la jerga teológica, sino por aquellos cambios súbitos de voz, aquellas anécdotas que interpola en el punto divino, aquel parecer que se saca de los ojos las lágrimas y las riega como perlas sobre sus adeptos convulsos, aquel volver misterioso sobre una frase insignificante que de puro repetida llega a parecer llena de sentido

a. En LN: «largirato».

b. En LN: «tistánico».

c. En LN, «a» por «y».

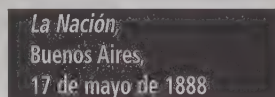
profético y pavoroso: aquel detenerse de pronto para decir una frase, como leería a su estado mayor el parte de un triunfo un general en campaña: «Ya somos mil: ¡ahora, al campamento, de rodillas todo el verano! y volveremos en otoño, a conquistar la ciudad». De grado en grado va levantando una pintura del sillón de luz donde se sienta el Eterno, que comenzó casi tendido sobre el estrado, como si poco a poco la fuera arrancando del suelo, y cuando está para terminarla, levantado sobre la punta de los pies, y con ambos brazos hacia

el cielo, los baja de repente, se adelanta sobre el público, hiere el tablado con el pie: «Me informan, dice, que hoy mismo cesarán de usar blasfemias los dependientes de tiendas.»

El estrado le vendrá estrecho. Se echará de él entre la multitud: «¡De pie los salvados!» «¡A mí los que se quieran convertir!» El llanto le corre a hilos. Su teniente anima los gritos. Él los abraza. Él se arrodilla junto a ellos. Le palpan los vestidos. Le besan la mano. Materialmente se ve crecer al hombre. Y cuando de un salto de tigre vuelve al

estrado lleno de conversos, va a hablar y no puede: el color se le va del rostro, y el cuerpo va ya a ceder: su teniente lo lleva hasta la silla, donde lo deja con la cabeza entre las manos; sollozando: ¡ha recibido «el choque de la gloria»!

José Martí



[Mf. en CEM]

192

# De José Martí

Estados Unidos.-Ojeada general.-Acontecimientos curiosos.-Espiritistas, árabes, comidas, afición a la heráldica.-Los trabajadores.-Henry George y el cura McGlynn.-<sup>a</sup>El Congreso y la Presidencia.-Randall y los proteccionistas.-La tarifa para las lanas.

Nueva York,  
abril 10 de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

**Q**UIEN VIERA AHORA, de alto, y con larga vista, lo que sucede en esta nación, notaría cómo,—a pesar de los paseos de Pascuas, que han sido animados, con mucho sombrero de trenza de oro y vestidos de verde y terracota,—a pesar del éxito constante de las piezas de Shakespeare en los teatros,—a pesar de los banquetes suntuosos con la vulgar novedad del regalo de una prenda de valor a cada asistente,—lo que se ve de veras es que los Estados Unidos han llegado a una hora de recuento,—que al flaquear la prosperidad que les vino de la guerra, examinan y condenan los vicios y falsos sistemas levantados a su som-

bra,—que la República, caída en manos de un partido conquistador, que ha parado en fundar una casta aristocrática, se decide a restablecer la base antigua de la igualdad y libre lucha que era en tiempos de menos lujos la garantía de la remuneración justa del trabajo del hombre, sacado hoy del combate, a no ser en clase de siervo, por las empresas privilegiadas, bien obren éstas por sí, bien se junten en ligas monstruosas.

El cura McGlynn, a quien echó a la política activa su indignación contra los abusos de la Iglesia Católica confabulada con el Partido Demócrata, riñe con Henry George, su ídolo de ayer, porque no creyendo éste bastante sano ni maduro el Partido de los Trabajadores, prefiere poner su atención principal en el problema de la reducción de la tarifa, donde está la raíz del malestar de los obreros como

del de toda la nación, antes que ir de pueblo en pueblo perorando sin fe como candidato apasionado y ambicioso a la Presidencia, por uno de los grupos, y no el más respetado y eficaz, en que se divide el partido futuro de los trabajadores;—Arthur, maquinista famoso por su cordura como cabeza del gremio de su oficio, con millares de adeptos y centenares de miles en sus arcas, se resiste a adoptar el lema de los Caballeros del Trabajo, que quieren lograr por la acción pacífica y unida de los trabajadores de todas las artes y empleos la reconstitución de la República sobre bases tales que no venga a ser, como con las de ahora va sucediendo, premio seguro del trabajo honrado la miseria;—la gran huelga del ferrocarril de Burlington, mantenida por Arthur, estuvo a punto de fracasar por la hostilidad meditada de Powderly, jefe de los Caballeros, no porque quisiera éste vengarse de la oposición, sino porque en la lucha vital que el trabajo va a empeñar por obtener consideración alta y defini-

a. En LN, siempre: «Mc. Glynn».

da en las costumbres y en las leyes, por dos caminos no se puede ir si se quiere triunfar, y era preciso, aun a costa de derrotado una vez, demostrar al representante del sistema de los gremios, bueno sólo para contiendas locales, que cada hecho de que un trabajador sufre es consecuencia ordenada de un sistema que los maltrata por igual a todos y que es traición de una parte de ellos negarse a cooperar a la obra pujante e idéntica de todos: hay divisiones entre los obreros, y en cada gran ciudad un partido que quiere ser cabeza del de todo el país, y en cada partido hombres de intriga y ambición, que todo lo ven por lo que conviene a su provecho o adelanto, y van poco a poco, con la mayor educación de la gente obrera, quedando fuera de las asambleas donde dominaban al principio.

Pero en la conservación y desarrollo de esas agrupaciones, a pesar de estas hostilidades y diferencias de procedimiento, en que se están revelando, graduados de la lezna y del delantal, verdaderos hombres de Estado; en la congregación cada día más descarada y alarmante de las grandes empresas e industrias en «Ligas» que aquí llaman *trusts*, para mantener altos los derechos sobre artículos de necesidad, y a su favor limitar la producción interior, alzar los precios, y repartirse a prorrata<sup>a</sup> el provecho entre los coligados;<sup>b</sup>—en la confesión expresa de este malestar y sus razones

en el mensaje último de Cleveland, y la probabilidad de que apruebe el proyecto de reformas, compuesto en su virtud, el Congreso que meses antes había desechado un proyecto semejante; en los incidentes de la acusación establecida ante el gran jurado contra el millonario Jay Gould, culpable de malversación de fondos en el manejo de un ferrocarril, desacreditado, como casi todos los de los Estados Unidos, por la estafa que en todos ellos se hace a los accionistas, so<sup>c</sup> capa de habilidad financiera, repartiendo entre los promotores y sus paniaguados, con fútiles pretextos, acciones cuyos dividendos ilegítimos disminuyen proporcionalmente, cuando no consumen totalmente por derecho de prioridad, la renta de los que de buena fe invirtieron en la empresa estafadora sus caudales;—en esas huelgas, que son ya batallas campales de pensamientos más que demandas de salarios; en esos ajustes de diferencias menores entre los caudillos de la masa obrera; en esas ligas agresivas de los industriales, privilegiados hasta ahora por la parcialidad de la ley; en esa prisa de los legisladores por acudir al remedio con una reforma que arranque de la raíz, y quite a la contienda inevitable la cólera que impediría a las fuerzas contendientes llegar a un avenimiento; en todos esos hechos, únicos que hoy de veras ocupan la atención, se ve cómo todo

un sistema está sentado en el banquillo, el sistema de los bolistas que estafan, de los empresarios que compran la legislación que les conviene, de los representantes que se alquilan, de los capataces de electores, que sobornan a éstos, o los defienden contra la ley, o los engañan; el sistema en que la magistratura, la representación nacional, la iglesia, la prensa misma, corrompidas por la codicia, habían llegado, en veinticinco años de consorcio, a crear en la democracia más libre del mundo la más injusta y desvergonzada de las oligarquías.

De mucha cosa menor pudiera hablarse:—del proyecto de Thordike Rice, el director de la *North American Review*, para reformar el sistema de elecciones, de modo que al pagar el Estado todos sus costos, prive a los partidos de la colecta y distribución de fondos electorales con que ahora los corrompen:—del número excesivo de ventas de cuadros, en que han salido al martillo colecciones de tales magnates, que se dice en alto por hoteles y clubs que esas ventas son síntoma claro de que los negocios se estrechan, y las ganancias no son lo que eran antes:—de la huelga de los obreros de Andrew Carne-

a. Errata en LN: «prorrata».

b. En LN: «coiligados».

c. Errata en LN: «su».



gie, el autor optimista de *Triumphant Democracy*, que es un libro superficial y hemipléjico,<sup>b</sup> donde se calla lo real porque no sale afuera,<sup>c</sup> y sólo se da por cierto lo lisonjero y aparente, lo cual con nada se prueba mejor que con los graves disturbios de Carnegie en sus magníficas ferrerías, cerradas algunas, o a medio trabajo desde hace años. Pudiera hablarse del descontento de los penados de Sing Sing cuando día atrás se quedaron en sus celdas por la suspensión temporal de sus talleres, a los cuales solicitaban todos volver como una gran merced, porque la ociosidad les era mucho mayor tormento:—de una apuesta en favor de quien más duerma de una sola vez, para la que ya hay cinco entradas, de soñolientos que dicen dormir de un hilo ciento cuarenta y dos horas:—de una comida dada aquí en honor de un cardenal sedoso y blandilocuo en la que el mantel era de tisú y los adornos y bombillas, y pantallas, y cuanto había en la sala de un discreto tinte rojo.

Pudiera hablarse de que Conkling, el arrogante rival de Blaine, se muere;—de que en la biblioteca de Astor crece de tal manera la demanda por obras de heráldicas y genealogías, que en los últimos ocho meses han sido consultadas en este departamento cerca de cinco mil volúmenes;—de que Vanderbilt se ha traído de París al «director gastronómico» de Paillard,

que le gana 6 000 \$, y desde el llegar censuró a los yanquis ricos por lo cargado de sus mesas, donde dice Dugnioll que la ostentación no ha de estar en una abundancia que ofenda al huésped, sino en la ciencia y mérito de los platos. Mas no es eso ciertamente lo que llama más la atención hoy; ni los árabes que ha traído Barnum a su circo enorme, y cada noche repiten en la arena los disparos y saltos frenéticos de su deslumbradora «fantasía»; ni los escándalos de una espiritista que dice ser hija de Luis de Baviera<sup>469</sup> y Lola Montes, y no lo es por supuesto, pero logra tan hábilmente hacer aparecer una pintura al óleo en el lienzo que el que lo sostiene en sus manos en alto, cree limpio de todo color, que un abogado ilustre ha caído en la trama, y afirma que la señora, que con el esposo pintor vive en casa del abogado, logra por su poder sobre el mundo espiritual que Rafael, y Miguel Ángel, y Lorenzo pinten para él sobre su propia cabeza, papas,<sup>d</sup> duques,<sup>e</sup> monjas, jerónimos y fornarinas, cuya bondad tiene premiada el abogado con la cesión de la bella casa en que vive, a un «templo de filosofía espiritual» de que será propietaria la señora.

Donde están ahora todos los ojos es en la Cámara de Representantes. Allí va a discutirse el ya famoso proyecto de Mills,

en que prudentemente, y con respeto a los intereses establecidos, se rebajan los derechos sobre ciertos artículos, y se declaran libres los indispensables para abaratar la vida y las manufacturas, y abrir a éstos mercados en el extranjero, y en el interior empleo a los trabajadores ya hoy desocupados. Allí va a plantearse el problema de la nación.

Allí va a librarse, con la discusión de este proyecto, la primera batalla para la lucha presidencial. Está llena Washington de los agentes de las empresas, comercios y cultivos interesados en mantener y aun en aumentar la tarifa proteccionista: Randall los defiende, y sus catorce demócratas, que eran cincuenta antes del mensaje: Randall ha respondido al proyecto de Mills con otro de poca monta, compuesto privadamente, según cuentan, de acuerdo con un conspicuo republicano: allí están los de Filadelfia, baluarte del proteccionismo; allí los luisianeses que no quieren que se rebaje el derecho sobre el azúcar; allí los fabricantes de tejidos de lana, que piden al Congreso el establecimiento de un derecho tal que haga imposible la importación de toda fábrica extranjera; allí

a. En LN: «*Frimphaut*».

b. En LN: «hemipléjico».

c. En LN: «a fuera».

d. Se añade coma.

e. En LN: «duque».

los criadores de merinos, que solicitan otro privilegio igual para sus lanas. ¿Y el malestar nacional?—les pregunta, al dar su informe favorable al proyecto, la comisión de medios y arbitrios?: ¿Y el malestar nacional, abocado ya a un conflicto temible, y que principalmente arranca de la escasez del trabajo, de lo caro de la vida, del exceso de la producción sobre el consumo, de la imposibilidad de sacar el exceso de producción a competir con la más barata del extranjero? ¿Y el país, que sufre de falta de numerario, tanto el pobre como el rico, cuando a fin de este año tendremos acumulados en el Tesoro ciento cincuenta millones por derechos excesivos? ¿Y el trabajador, que en virtud de los mismos derechos que lo dejan sin trabajo, o con trabajo inseguro, tiene que pagar un 180% más del valor de fábrica sobre la lana que lo viste?

Los derechos se imponen para levantar los fondos necesarios al mantenimiento de la nación: no para favorecer, y esto con favor sólo transitorio y aparente, a un puñado de privilegiados con daño de la nación entera, y con peligro de su misma paz. ¿Qué es todo lo que exportamos ahora? Fabricamos por valor de \$7 000 000 000, y exportamos \$136 000 000; menos de un dos por ciento. Con nuestros derechos altos sobre lana, y con ocupar segundo puesto en su producción, exportamos al año \$500 000 de

tejidos, y con la lana libre, Inglaterra exporta \$100 000 000. Necesitamos al año para vestir a nuestra población 600 000 000 de libras de lana, y no las declararemos libres de derechos, no le daremos vestido más barato al país, no proporcionaremos a los telares hoy cerrados ocasión de producir en precio bastante bajo para venderla en el extranjero, por favorecer a los que sólo producen 265 000 al año, 265 000 que no corren riesgo, pues con el desarrollo de la fabricación en virtud de la entrada libre de la materia prima, el fabricante necesitará de más lana doméstica que mezclar con extranjera? Sin tener en cuenta lo grave del problema nacional, sólo con declarar la lana libre, sacamos de los hombros del país, 12 382 211 pesos que le cobramos innecesariamente ahora y yacen ahí en el Tesoro, expuestos a la rapiña de los agiotistas, y a las tácticas de los proteccionistas que buscan toda especie de pretextos plausibles, aquellos para vaciar el Tesoro público en sus cajas privadas, éstos para distribuir el sobrante de manera que no se pueda hacer de su existencia un argumento en pro de la rebaja de la tarifa.

Eso era lo que el prudente preveía; eso fue el mensaje; ese es el proyecto de Mills, que será propuesto en discusión privada a los demócratas, para que vaya a la Casa como proyecto del partido, a despecho de Randall y los suyos, a des-

pecho de los que quieren con la derrota previa de su medida favorita, presentar a Cleveland como derrotado por sus propios sectarios antes de que se reúna la convención que ha de nombrar al candidato de los demócratas a la nueva presidencia. Eso informa la comisión del ramo sobre el proyecto notable que rebaja los derechos de todos los artículos de necesidad y declara libres aquellos indispensables para poner de nuevo sobre sus pies las fábricas sin empleo, las poblaciones enteras sin quehacer, las herrerías y telares cerrados, en un silencio lúgubre.

Con escaramuzas que revelan su impotencia, tratan los catorce de Randall de entorpecer los debates de la Casa, de manera que llegue la hora de clausura sin que se haya discutido el proyecto de tarifa. Pero fuera desafío demasiado insolente, para que lo llevase el país en calma! Obtener concesiones es lo que sin duda quieren estos trabucaires. Y echar a Cleveland de la Casa Blanca es lo que a diente y uña procuran los demócratas, que lo ven con miedo crecer entre sus garras, como si le aprovesen las mordidas. ¡Y le aprovechan!

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
26 de mayo de 1888

[Recorte de periódico en CEM]

193

# Muerte de Roscoe Conkling

Estudio íntimo de un político americano.-La oratoria famosa de Conkling.-Los bastidores de la política.-Querella célebre de Conkling y Garfield.-Carácter y grandeza de Conkling.

Nueva York,  
abril 25 de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

JAMÁS HUBO ejemplo tan patente de la esterilidad del genio egoísta como el orador magnífico que ha muerto ayer, el comisario imperial de Grant, el cismático en la presidencia de Garfield, enemigo implacable de Blaine, el más gallardo y literario de los oradores de los Estados Unidos, Roscoe Conkling.

Era majestoso de persona, y de andar tan arrogante, que, no pudiendo compararlo Blaine con exactitud a un pavo real, porque cuidaba de sus pies tanto como del resto de su atavío, le llamó pavo, «pavo olímpico, pechirredondo» y supereminente», en un debate pueril en que estalló con furia la rivalidad sorda de los dos caudillos

del Partido Republicano en la Casa de Representantes.

La rivalidad de estos dos hombres, más que los pretextos políticos con que la encubrían, mantuvo en división tan honda a los republicanos, que ni la muerte del uno será bastante tal vez para que se decidan a unirse a sus adversarios aquellos que, año tras año, han tenido por bandera cuanto pudiese ofender y desprestigiar al otro.

Pero ¿qué es, por desdicha, la política práctica, más que la lucha por el goce del poder?

¿No se vio Conkling mismo, después de treinta años de imperioso y absoluto caudillaje, abandonado por casi todos sus amigos, cuando, seguro de su triunfante reelección por la Legislatura, renunció el puesto de senador, en cuyo privilegio se creyó desdeñado por Garfield y por Blaine, que propusieron al Senado un colector de Aduana hostil a Conkling, prescindiendo de pedir la venia

al senador, como es aquí costumbre en todos los nombramientos de importancia en los Estados? No bien lo vieron reñido con el poder que da los puestos, los más cansados de su dominio, y los más serviles de naturaleza votaron contra su jefe y representante de treinta años, ¡votaron por el senador grato a la Casa Blanca!

Los rencores de Conkling están clavados, como penachos de batalla, en la historia de los Estados Unidos. Su apoyo solía salvar y su silencio derrotar. Su oratoria era fastuosa y rizada como su cabellera, ya resonante y con visos de carmín y oro, como aquellos clarines de pendón carmesí que paseaban en las fiestas feudales los heraldos de a caballo, ya incisiva y ligera como un puñal con alas.

Se opuso a Washburne,—y le cerró el camino a la Presidencia. Se opuso a Blaine, y con sus ataques derrotó su candidatura en dos convenciones, y con su retraimiento le impidió triunfar en la campaña contra Cleveland.

a. En LN: «pechiredondo».

Se opuso a Garfield, y murió Garfield. ¿Cómo surgió, cómo influyó en el poder, cómo dirigió la política, cómo salió limpio de un gobierno corrupto,<sup>a</sup> cómo muere, a pesar de sus faltas, rodeado de estimación, este hombre extraordinario? Su vida es una lección solemne y un capítulo interesantísimo de política práctica.

Desde la adolescencia, rodeado en la casa paterna de abogados, políticos y jueces, se revelaron a la vez en el hermoso niño de Utica las condiciones extraordinarias que habían de sacarlo por encima de la masa común y la determinación de mostrar a los hombres su capacidad y voluntad de dominarlos.

Él no buscaba para sí riqueza, sino preeminencia; mas si con la habilidad que disimulaba en vano no se hubiera puesto del lado de los que gozan del mando y distribuyen sus beneficios, ni la fuerza de su mente ni el prestigio de su oratoria hubieran bastado para que los hombres mantuviesen por tan largo tiempo en triunfo al que los ofendía con el alarde constante de la superioridad, crimen involuntario de quien la posee, que el hombre apenas perdona a los que saben emplearla en su bien sin enseñarla demasiado.

No están por fuerza excluidas de las regiones del gobierno las virtudes; por más que los espíritus briosos que persiguen en la tierra el bien ideal, se

complazcan y brillen con más luz donde las transacciones y silencios, que en el gobierno son esenciales, no entraben o amengüen la defensa de las ideas que salvan o de las criaturas que sufren. Pero a Conkling, que nació con los ojos puestos en la Presidencia, y vio en su espíritu claro y ambicioso la confirmación de aquella aristocracia de la Naturaleza que él creía violada por la constitución democrática de la República, a Conkling no lo sedujeron, como al generoso Wendell Phillips, las delicias secretas y premios ocultos de defender a los humildes, sino las pompas del combate ostentoso en las asambleas donde el poder es el premio de los que encuentran en ellas<sup>b</sup> séquito fácil, porque ocupan sus talentos en la defensa siempre socorrida de los intereses.

La historia salda estas cuentas consagrando a los que lidian por el hombre, y olvidando a los que lidian por el poder.

No era de los que recibía de la Naturaleza el don de pensar como un deber de emplearlo en el servicio de sus semejantes, sino como el título de su derecho, a hacerse servir de ellos. Cruzó por la República con paso imperial. No tomaba opinión de la masa, sino que le echaba su opinión. Su política tenía por objeto principal vencer, aun antes que a sus enemigos, a sus rivales.

No vivía en el mundo de las ideas, sino en el de los empleos.

Y fuera de aquellas ocasiones en que la importancia de los problemas nacionales levantaba naturalmente hasta la grandeza a los que tenían en sí algún grano de ella, la oratoria grandilocuente de Conkling empleó sus artes, desató sus rayos, desencadenó sus olas en asuntos de interés propio, o interés de partido, mezuquino y pasajero, tal como la quimera de Rabelais,<sup>c</sup> que en el vacío chispeaba y caracoleaba, o como quien echa manto bordado de exquisita púrpura sobre una estatua de paja de maíz.

El lenguaje es humo cuando no sirve de vestido al sentimiento generoso o a<sup>d</sup> la idea eterna.

Lo notable de este hombre es eso: el haber sobresalido en una democracia sin cortejarla. Él era orador confirmado por los aplausos a los diecinueve años; y fiscal a los veinte; y a los veintiuno abogado tan temible que los más hábiles de Utica aconsejaban a sus clientes que lo retuvieran de su parte para que no lo contratase la contraria.

Su amor al deber, su celo en el despacho de su empleo, su estudiar continuo, su maestría en los detalles, su oratoria imponente cuando meditada y cuando improvisada pintoresca

a. Se añade coma.

b. En LN: «ellos».

c. Se añade coma.

d. Se añade «a».



y viva, y su misma persona alta, atlética y hermosa, tenían en constante deslumbramiento a la ciudad, que no bien lo había elegido corregidor cuando lo sacó de este puesto para darle el de representante en el Congreso. Y lo fue todo: representante, senador, caudillo de su partido en el Estado, poder predominante en la nación durante el gobierno de Grant: y Presidente hubiera llegado a ser, porque los partidos, desdeñosos con quienes los solicitan, acaban por solicitar a quienes los desdennan. Pero ni esa carrera brillante fue en él lo más original, ni la majestad y limpieza personales con que dio apariencias de grandeza, y aun grandeza verdadera, a luchas ínfimas, sino aquella mezcla sabia de habilidad oculta y visible altanería, aquel modo nuevo de adular sin parecer que se adula, que sirviendo con los actos los intereses y aun los vicios de los mismos cuya compañía se rehuye, y la frenética y teatral arrogancia con que se hacía admirar y seguir de la opinión aquel hombre que sólo le era superior en las condiciones de integridad, y elocuencia con que manejaba las pasiones públicas para el logro de sus fines: ¡Como si no fuera cómplice del robo el que cuelga una cortina de tisú a la entrada de la madriguera de ladrones!

Creía en el aparato y la reserva, y guardaba su persona del contacto público en cuanto no le permitiese aparecer con

todos los arreos de la dignidad senatorial.

No manejaba a las masas directamente, sino por intermediarios, que le servían por sincera admiración y porque «el senador no es hombre que deje a un amigo suyo sin empleo». Servía a sus sectarios lo mismo en sus necesidades que en sus rencores. «Jamás, dijo una vez con razón, he pedido a nadie que vote por mí.»

¿Cómo votaban, pues,<sup>a</sup> por él?

Porque con su consejo les enseñaba el modo de vencer; porque, sirviendo a los demás continuamente,<sup>b</sup> se hizo de servidores; porque con el influjo que le daba el caudillaje de su partido en el Estado pudo éste beneficiarse del dominio que, gracias a él, obtuvo en el partido entero, y en el gobierno nacional; porque aquel arrogante que, sin más deseo cierto que la Presidencia rechazó los nombramientos de Presidente del Tribunal Supremo y Ministro en Inglaterra, «porque no quería más puestos que los que el pueblo le diese en las urnas», sabía amenazar tan eficazmente con su hostilidad a la Presidencia cuando esta dejaba el reparto de los empleos de su Estado al senador más antiguo, que la Presidencia se apresuró a violar la costumbre, y a poner en manos del rebelde todos los empleos.

A la soldadesca de su partido la tenía segura por ese cuidado de su interés, y por el

encanto que jamás deja de ejercer sobre los hombres el que los domina con su carácter, su palabra y su apariencia, sobre todo cuando, como Conkling, reunía en grado sumo todas estas dotes, porque en boxear era maestro, y en mandar no tenía rivales, como que sabía unir la fuerza de la pasión a la del juicio, y en perorar no era como los demás, sino como un Hércules de casaca y guante blanco, a quien la maza no se le veía sino cuando, con enorme floreo retórico ya la tenía el enemigo sobre la cabeza. Y a sus mercurios y centuriones, a los jefes de turba, a los edecanes a quienes dejaba lo menos limpio de la dirección de la política, y la autoridad que los complace, no los retenía a su lado tanto por esas dotes magnas que con la impertinente arrogancia deslucía, como por tenerlos provistos de empleos cómodos, gracias a su estrategia casi siempre feliz y a la influencia que por el fiel apoyo de ellos había llegado a adquirir en la política de la nación, que él ayudaba u oponía, según conviniera a su interés y al de sus partidarios en el Estado.

Y otro modo de domar tenía él, más seguro que el encanto de su conversación y el poder memorable de sus discursos, y era el conocimiento

a. Se añade coma.

b. Se añade coma.

superior de los asuntos y métodos políticos, de modo que nadie pudiera excederle en el debate sobre ellos, y aquellos que se resistieran a la soberanía de su carácter, tuviesen que ceder a la de su razón. Como todo fuerte, era paciente. El necio sólo confía en los meros poderes naturales.

Cuando lo eligieron fiscal no se mostró en público sino un año después, luego de conocer regla a regla y caso a caso su oficio. Cuando lo eligieron representante, no se enseñó, como hubiera podido, en una oración pomposa, sino se procuró un puesto en una de las comisiones, cuyos detalles estudió tan bien que al fin del término ya la presidía. Cuando por su soberbia perdió tantos amigos que no le reeligieron a la Casa, continuó estudiando con tal empeño las cuestiones públicas, la abolición de la esclavitud, la separación del Sur, la creación del Partido Republicano, que su reelección<sup>a</sup> fue al fin inevitable, y tan justo y continuo el favor de que por su ciencia política llegó a gozar en la Casa, que al fin tuvo la ocasión nacional que apetecía, cuando en un discurso famoso llevó la voz de la «Comisión de los treinta y tres» nombrada para aconsejar a los representantes la conducta que el Congreso había de seguir contra los Estados rebeldes.

Y aprendía a la vez literatura con que adornar sus encopeadas oraciones, y cuantas leyes,

datos e incidentes pudieran tener relación, por indirecta que fuese, con los asuntos entonces en debate,—por lo cual llegaron sus improvisaciones y réplicas a ser tan fáciles, sustanciosas y decisivas como los discursos de empeño, recamados de citas y vistosos como caballos caparazonados, que confiaba íntegros a su espléndida memoria.

Hasta el fin de su vida pudo recitar enteros todos sus discursos importantes; lo que revela tanto poder de recordar como excesivo amor de sí: ¿qué valen, en lo grande del mundo, unos cuantos racimos de palabras? Dramas completos sabía de memoria, y lo más notable de los oradores antiguos y modernos, lo cual se ve en el peso de su palabra hablada y escrita, y en que no emitía al hablar, aun cuando fuera de improviso, legiones desordenadas de imágenes quasimodescas o de vocablos sin concierto, sino que cada palabra envolvía idea, y era concepto, bofetón o lanzamiento. Solía entretener a sus amigos recitándoles composiciones de los maestros ingleses, y jamás viajaba sin un libro de versos: más, siempre había un libro de versos sobre su escritorio en el Senado.

Pero ese conocimiento del asunto y de la forma, de que cuidó él como un actor de sus entradas y salidas, quedaba a menudo deslucido por su soberbia propensión a creer errados y culpables a cuantos dife-

rían de él, aun cuando tuvieran en su abono una vida más limpia que la suya.

Un día, por ejemplo, dijo al honrado reformista George William Curtis, que habla oro fino y escribe plata pura: «Bien dijo Johnson que el patriotismo era el último refugio de los bribones»;<sup>b</sup> ipero él no sabía entonces todo lo que puede esconderse detrás de la palabra *reform*! Azuzado por la pasión personal, su sarcasmo llegaba a ser indigno del lenguaje admirable con que lo investía, y la arrogancia, la emulación y el odio quitaban a su oratoria frecuentemente aquel arte sumo que consiste en ajustar la forma al pensamiento, y aquella belleza gloriosa y trascendental que sólo da a las obras humanas la justicia.

Cada condición lleva consigo, como todo lo que existe en lo material o espiritual, una cantidad igual de vida y muerte. Así en Conkling, que tuvo su fuerza y ayuda principales, así como la causa de su debilidad y caída, en el espíritu aristocrático de que creía ser encarnación viva.

Él se reconocía con más deberes para consigo que para con el hombre, y tanto en lo mental como en lo corporal tuvo por su persona verdadero culto. Lo tuvo también por la

a. En LN, *scoma*.

b. Se añade comillas.

amistad, y quien se la había mostrado podía estar seguro de su apasionado agradecimiento— así como de su rencor; feroz a veces, el que hubiese querido ofenderlo en su gran vanidad o en su quisquilloso decoro. Si su amigo era pobre, por servirlo bajaría él hasta su pobreza; pero como quien hace merced, no como quien se da de igual a igual. Para él la República estaba equivocada, y lo de abajo no debía gobernar, y los de más mente y fuerza debían ejercer su derecho natural al gobierno. ¿No era él una prueba de las diferencias naturales, con las dotes eximias que la vida había puesto en su cuerpo robusto y hermoso?

Por eso, tanto como por mantener el encanto de la distancia, se negaba a codearse de cerca con las masas políticas; por eso, con independencia de artista, esquivó siempre esas vanas reuniones sociales donde se habla sin seso y se congregan gentes vulgares y desconocidas; por eso no pudo mucho cuando Lincoln, aquel hijo sublime de los «de abajo», y llegó a toda la fuerza de su poder<sup>a</sup> cuando Grant, que en el cariño ciego que le mostraba su pueblo sólo encontró razón para despreciarlo. Con Grant fue fuerte Conkling, y con él dejó de serlo. Se le mostró hostil cuando Grant daba al otro senador de Nueva York el derecho de repartir los empleos federales en el Estado; pero jamás lo abandonó, desde que accedió a

su demanda, el Presidente acobardado. El uno era el imperio sigiloso; y el otro era imperio elocuente. Grant necesitaba de aquella mente enérgica, que Conkling sabía fruncir ante sus inferiores, pero suavizaba y escurría de modo que recibiese su influjo el general espantadizo sin que pudiera darse cuenta de cómo ni con qué fin lo recibía. Los ambiciosos pasan estas vergüenzas. Al poder se sube casi siempre de rodillas. Los que suben de pie son los que tienen derecho natural a él.

No se veía la mano de Conkling donde se sabía que estaba su mano; salió sin mancha personal como Grant mismo, de aquellos años de descaro y rapiña, cuando el Secretario de Marina acaparó millones, y el de la Guerra vendía por dinero los empleos, y al de Gobernación lo echó del puesto<sup>b</sup> la indignación pública, y el secretario del Presidente cobraba los provechos del fraude al Tesoro, y la familia del Presidente fraguaba para su beneficio aquel pánico del «Viernes negro» que costó tanto al país: pero si sacó Conkling limpias las manos de entre aquellos robos, no pudo sacar limpia la lengua, constantemente empeñada en defensa del partido a que había ligado su fortuna, y del hombre a cuya sombra esperó llevarla a la cima.

Él fue el pujante defensor de la tercera candidatura de Grant a la Presidencia, en la convención misma en que no-

venta y tres delegados votaron por Conkling para Presidente; al amparo de Grant iría él creciendo; Grant quería como él gobierno fuerte: de Grant podía valerse él como de instrumento poderoso para derribar a Blaine, cuyo influjo se mostraba ya entonces con arraigos tales, que fue vano para vencerlo el discurso célebre, épico, llamante, tempestuoso, con que, precedido de cuatro versos y seguido de trescientos seis delegados leales, proclamó Conkling candidato a Grant contra la candidatura de Blaine, que sin las fuerzas que mostró en su favor en la convención siguiente, tuvo ya bastantes para lograr que el escogido no fuese Grant, sino Garfield,—Garfield, muerto a manos del idiota ambicioso que tomó consejo para su crimen en la venenosa querella con que culminó la rivalidad de Blaine y Conkling, cuando éste creyó mal pagados los servicios que él y Grant prestaron a Garfield hacia el fin de la campaña, servicios tales que, acaso, aseguraron a Garfield la elección dudosa, y no remuneró el Presidente electo dando a Conkling, como parece que le prometió, el derecho de distribuir los empleos en su Estado, sino que, aconsejado por el encono de Blaine, nombró precisamente para los empleos de

a. En LN, coma.

b. En LN, coma.

Nueva York, sin previo informe ni consulta, a los que en pro de Blaine habían movido en el Estado más guerra a Grant y a Conkling.

¡Tales miserias oculta la política en sus pompas!

Renunció airado Conkling, seguro de que la Legislatura de Nueva York lo reelegiría en son de protesta contra la violación de los derechos senatoriales; pero todo lo que no sea virtud pura es a la larga apoyo deleznable en política. Los que por su propio interés le habían servido, por su propio interés lo abandonaron.

Sus admiradores sinceros, y nadie ha tenido más en este país, lucharon inútilmente por impedir el triunfo del candidato protegido por Blaine, que defendía su interés y preparaba su candidatura posterior, cuando Garfield de buena fe creía estar riñendo su primera batalla honrosa para ir sacando la política nacional de la estrechez y descrédito en que la tenía el interés corruptor de los empleos públicos.

Murió Garfield; y Arthur, que sólo al influjo de Conkling debía la Vicepresidencia, no creyó al suceder a su rival muerto que era cuerdo invitar enseguida a Conkling a alardear de una victoria tan tristemente conquistada: porque no era el debate de dos sistemas políticos lo que había conmovido al país y parado en muerte, sino la ambición de dos pretendientes rivales: ni fue el nombramiento

de Garfield y Arthur acuerdo espontáneo de un partido que busca dignos portaestandartes, sino el compromiso precipitado entre los amigos de Blaine que, impotentes para triunfar en su nombre, levantaron el de Garfield,<sup>b</sup> y los amigos de Conkling, a quienes,<sup>c</sup> como medio de tenerlos de su lado en las elecciones, dejaron elegir el candidato a la Vicepresidencia, que fue Arthur.

¡Jamás aceptaría Conkling de su hechura un puesto inferior al que desde su juventud venía deseando! ¡Jamás solicitaría él de la Legislatura del Estado la elección que le habían negado aquellos amigos cobardes! Se cruzó de brazos, a ver cómo se desgranaba sin él el partido que había osado desdeñarlo. No ayudó a Arthur, y Arthur no fue reelecto, y murió de la pena más que de la enfermedad a los pocos meses. No ayudó a Blaine cuando su candidatura a la Presidencia, y por la fuerza invisible de aquella mano caída, Blaine fue derrotado.

Y entonces fue cuando, libre de su ambición política, mostró Conkling de lleno las virtudes que hacían de él un hombre típico y extraordinario. Con la tristeza de la derrota le había venido aquella sabiduría que sazona el genio. Su silencio era más elocuente que sus arengas más arrebatadas. La política, habituada a que los pretendientes la adulen, reconocía temple heroico en aquel

hombre que sabía desdeñarla. Como quien se saca una bala de la frente, se sacó,<sup>d</sup> seguro acaso de su victoria final, aquella ambición desengañada; pagó sin murmurar, con la grandeza de los amigos que pinta Eurípides,<sup>469</sup> todas las notas endosadas con su firma que por valor de cien mil pesos dejó en plaza un amigo desgraciado: y con aquella certeza de sí que le había puesto tan alto entre los hombres, volvió con un triunfo cada día a la ocupación de abogado de sus primeros años, a las pláticas del club donde era motivo constante de admiración lo pintoresco y magnífico de su lenguaje y su seguro juicio político, a la noble oscuridad de quien no cree que haya en el mundo corona que merezca bajarse hasta los pies de los hombres para recogerla.

La nación lo ha honrado como a un prócer, y la ciudad lo ha velado como a un hijo. Su derrota fue su gloria. Comenzó a ser grande cuando dejó de ser ambicioso.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
19 de junio de 1888

[Mf. en CEM]

- a. En LN: «el».
- b. Se añade coma.
- c. Se añade coma.
- d. Se añade coma.



194

# Ferrocarriles elevados

Malos resultados en la práctica.-Un paseo en el ferrocarril elevado, a través de Nueva York.-Las columnas.-El tráfico.-Historia.-Producidos.-Desventajas.-Influjo pernicioso del sistema en la cultura de la ciudad.

Nueva York,  
6 de mayo de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

**O**TRO MUERTO en el ferrocarril elevado! ¡Una pobre italiana cortada en dos por la máquina ciega! ¡La sangre de la infeliz chorreando de los rieles, los empleados del ferrocarril recogiendo de prisa en la calle la carne majada! Un día salta el tren del carril, a pesar del guardarriel, y el durmiente de seguridad, y no muere un millar de seres humanos, porque es alta la noche, y el tren va vacío. Otro día caen a la calle, echados por una portezuela abierta de la plataforma, catorce pasajeros, y<sup>a</sup> sólo seis se alan vivos.

Ayer rebotó un tren contra el que venía detrás, aplastó al maquinista, y desventró el carro

último y la máquina: Accidentes confesos, sin contar los ocultos, pasan de diez por mes, muchos mortales. El cuerpo entero vibra, ansioso y desasosegado, cuando se viaja por esa frágil armazón, sacudida incesantemente por un estremecimiento que afloja los resortes del cuerpo, como los del ferrocarril. En ninguna otra vía pública es más probable, ni será más terrible, la catástrofe. El primer consejo del médico a su paciente, en cuanto le nota los nervios posttrados o el corazón fuera de quicio, es éste: «No vaya Vd. por el elevado». Afea la ciudad; pone en riesgo la vida; abre y cierra el trabajo del día con un viaje entrecortado y estertoroso,<sup>b</sup> que prolonga la angustia de esta vida loca, en la hora en que un medio de transporte más seguro pudiera aliviarla con la distracción y el descanso. ¡No en vano saludan todos los diarios de hoy con júbilo la noticia

de que en menos de un mes se habrán comenzado por una compañía honrada los trabajos del ferrocarril subterráneo, con buen plan de aire y sin el temblor de la armazón ni el riesgo de la caída!

La prensa de Nueva York, que en nada se muestra unánime, es unánime en esto. «Importante acontecimiento» llama el *Sun* en el título de su primer editorial a la inauguración de la vía nueva, que por tierra firme y sin humo, ni ruido, ni sacudimiento, ni peligro mortal, llevará la población por una doble vía más rápida la una que la otra, desde el Parque de Castle Garden donde el caserón en que cantó Jenny Lind sirve ahora de apeadero a los inmigrantes, hasta los barrios populares, antes aldeas sueltas, que ya tiene Nueva York diez millas más arriba, del otro lado del río Harlem. El *Herald* dice: «Para su hora no estuvo mal el elevado, como la crisálida no está mal entre la larva y la mariposa. Pero nos echa a perder la ciudad, y es una insoportable mo-

a. Se añade «y».

b. En LN: «estertócoso».

lestia. Y luego no es cosa permanente, sino transitoria; y tan fácil de gastarse como fea». Lo más serio de Nueva York entra en la empresa: la compañía deposita cinco millones de pesos para atender a los perjuicios que pudieran sufrir los propietarios timoratos: dentro de pocos años habrán desaparecido de las calles las estructuras del peligroso ferrocarril aéreo, que por donde pasa destruye el sosiego y la hermosura.

Cuatro ferrocarriles, en continuo bufar, arrancan, como del mango de un abanico, del Parque de la Batería, entre cuyos árboles ahora en retoño pasean en grupos conmovedores los inmigrantes recién llegados: los griegos esbeltos, con su chaqueta bordada y sus aretes de oro; un rebaño de piamonteses, con plumas de pavo real en el sombrero de castor; los alemanes con cachucha de hule, pipa de barro y gabán blanco; un grupo de alsacianas, muy apretadas unas a otras; un algeriano<sup>a</sup> en su airosa gandura. Y por sobre sus cabezas retumban sobre el pavimento aéreo, entrando y saliendo, las 291 locomotoras que, con mil carros a la zaga, galopan día y noche arriba y abajo de las cuatro avenidas, arrebatando a un vuelo de cuarenta millas por hora su carga de medio millón de pasajeros diarios, sin más sostén que unas columnas de esqueleto de unas quince pulgadas cuadradas, a trece pies una de

otra, abiertas por arriba para sustentar la armazón hueca en que sobre durmientes de pino descansan los rieles de acero de Bessemer, con un peso de cincuenta libras por yarda, 11 640 toneladas pesan las locomotoras: 46 000 toneladas pesan los carros, y esa mole humeante de 57 460 000 libras sube y baja en carrera frenética, con su carga de medio millón de almas humanas, por sobre dos hilos de columnas que puede cerrar entre los brazos un niño.

Las columnas no son de una pieza, sino de celosía, como la armazón que soporta encima de ellas el riellaje: en las verticales de las cuatro esquinas van remachados los listones oblicuos que la fortalecen: a veces las columnas son dos, donde el suelo no es muy firme, o el ferrocarril desciende con fuerza de una altura: a veces, como en las cercanías de Harlem, ya no son columnas, sino mástiles de hierro, más delgados que los de los buques, remachados con pernos en las juntas, como si cercenándoles los penachos, se pusieran uno sobre otro, dos, tres,<sup>b</sup> cuatro troncos de palmas: por sobre aquel hilo pasa el tren, rasando en una esquina con el techo de un sexto piso, mirando abajo, como en un abismo, las copas de los árboles: las columnas que sujetan en el aire estos trenes que se despeñan, estas máquinas que corren a escape mordiendo los talones, estas serpientes de ojos blancos, verdes y rojos,

que doblan, caídas de un lado en la violencia del vuelco, el ángulo de noventa grados,—sólo reposan en la tierra por un cimiento de mampostería, donde encaja en una contera de hierro colado, sujeta por pernos de ancla, el pie de la columna; de los ocho millones que el abuso de las vías públicas permite recoger a los 725 accionistas, dueños de las 246 384 acciones, un millón se gasta en reponer la vía cada año.

Alguien dijo una vez que lo único maravilloso del ferrocarril aéreo era que hubiese hecho bajar a tipos ínfimos el valor y consideración de las propiedades urbanas en todo su trayecto y en los alrededores que aturde o afea, sin pagar ni alquiler a la ciudad ni compensación a los propietarios despojados. Esa es una maravilla: y el desdén del peligro es otra. Y ¿cuando caiga desde lo alto de las cuatro palmeras el tren henchido de gente, como ha caído ya una y otra vez, aunque sin pasajeros por fortuna, en la Novena y Tercera Avenida? En ingeniería no tuvo mucho el plan que inventar, ni es cosa que asombre, como asombra, con sus cabezas sepultas en las entrañas de la tierra, el puente aéreo de Brooklyn.

a. Por argelino.

b. Se añade coma.

La fuerza de tensión y compresión es mucha, ocho mil libras por pulgada cuadrada: la del sacudimiento es de seis mil: el desvío de los arcos que sujetan una a otra, arrancando de las columnas, las dos vías paralelas, es de un quinceavo de centésimo: la amazón rectangular de celosía, de treinta y tres pulgadas en las dos caras verticales, y como cinco pies de ancho en las horizontales, está hecho a trechos de columna a columna, con un hueco entre los dos trechos vecinos, para cuando con la temperatura se ensanchen o encojan: y para resistir la tensión longitudinal de la vía al detenerse de súbito en las estaciones el tren con todo su peso, no hubo más que clavar, a través de los durmientes transversales de pino, los dos durmientes guardarrieles a las dos barras laterales de la cara del tope de la amazón. Para doblar el ángulo de noventa grados fue la dificultad mayor, sobre todo donde una calle era de cuarenta pies de ancho, y la de la vuelta de a treinta: prolongaron perpendicularmente las dos amazones de la esquina hasta que toparon en el vértice, sustentado por una o más columnas, y llevaron los rieles por toda la vuelta al ras de afuera del ángulo.

Lo que en el elevado hay que admirar es el culebreo atrevido de las curvas en el arranque de la Batería, donde no va de frente sino acostado, encabritándose y caracoleando,

tanto que hay muchos neoyorquinos<sup>a</sup> que jamás se atreven a ir hasta el remate de la línea; y luego aquella entrada por la planicie del río Harlem, ya al fin del camino, cuando —dejando atrás las avenidas que llena de humo y fragor los barrios de trabajo con sus batallas de carros y montes de cajas, las iglesias antiguas por entre cuyos cipreses pasa ahuyentando las ramas con su resoplido la máquina bufante, el templo colosal que centavo a centavo han levantado, vasto y feo como un cuartel, los curas paulinos—va el tren ya sobre zancos, estentóreo y vertiginoso, por los barrios que se levantan en lo que ayer era lugar de cultivos o páramos desiertos, rodeados de los escombros de la naturaleza, de los troncos derribados para echar en el hueco boqueante de sus raíces los cimientos de la casa, de cerros de roca a medio caer, que miran, como ceñudos y entristecidos, los taladros y locomóviles que les van royendo las plantas.

El tren va ondeando. El ruido, más sonante en la soledad, aumenta el miedo. Los niños se aprietan a sus madres. Los mismos hombres fuertes apartan la cabeza del ventanillo, tocados del vértigo.

Allá lejos el Parque Central echa de la masa parda de árboles el vaho gris que nubla el cielo: una hilera de casas de bella arquitectura vigila solitaria el campo del contorno, lleno de sembrados, enclavado en el

trazo de una manzana sin edificar, pero ya limpia a cercén, cruza de borde a borde, como procesión de barbados viejos, entre sus cercas de piedra lo que queda de una que fue alameda noble, que caerá a tierra mañana.

Y vuela el tren, escupiendo y retremblando: a tragos enormes se sorbe las calles: siete pisos tiene esa casa que no llega con el tope al borde de los rieles: ya las estaciones no están a pocas varas de la calle, sino son torres verdaderas, como los elevadores de granos: al fin se llega al término de la vía, que es como un campamento en el aire: los rieles se cruzan, como los hilos de un encaje que hubiera bordado una loca: los cambiavías, con sus señales de colores, se levantan como atalayas entre las máquinas que van acostándose a sus pies, sudorosas y jadeantes: roja como sangre, y negra como muerte es la casa enorme y fea en cuyas entrañas reparan el fuego y el martillo las heridas del hierro fatigado. Las de sus víctimas, las de los que en la precipitación riesgosa de las estaciones aplastan las máquinas, las de los que resbalan sobre los rieles o perecen al embiste del tren que viene atrás,—ésas las paga la compañía, favorecida por los tribunales, con treinta y ocho mil pesos al año.

a. En LN: «mucho neoyorquino».

Pero no condenan aquí sólo el ferrocarril aéreo por este peligro personal, aunque sin duda es mayor en esta vía que en todas las demás;—ni por la razón local de ser ya insuficiente este tren diario de mil carros, con sus 4 616 empleados que ganan al año \$2 080 800 de sueldo; y sus \$8 016 887 de producto anual absoluto, y sus gastos de \$6 438 713, para transportar cómodamente la población neoyorquina de sus labores a sus hogares; ni por el estrago evidente que el temblor continuo aunque imperceptible del cuerpo en el viaje diario de ida y vuelta causa en la salud física y en la disposición del ánimo;—ni por el aumento engañoso del valor de las acciones, sobre el de la propiedad deleznable y cada día menor que representan, puesto que cada día valen menos los hierros cansados y remendados, tanto que aquí nadie calcula que el elevado quede en pie, a menos que no se le reedifique a nuevo costo, dentro de más de diez años;—ni por el caso increíble de que una compañía privada y solvente disfrute del uso de las vías principales de la ciudad, sin compensar, con capital contante, o en forma de dividiendo, o con un interés fijo sobre la merma de los valores, los daños causados a los dueños de casa en las vías por el demérito súbito e irremediable de sus propiedades.

Cierto es que esta ciudad larga y estrecha, y poblada a

tramos, ha podido extender sus fábricas en virtud del ferrocarril aéreo, cuando no se pensó, como no se pensaba en la electricidad, cuando se establecía el gas, en las ventajas superiores de un vehículo menos enemigo de la belleza y tranquilidad de las ciudades. Pero lo que alarma más a los neoyorquinos de juicio, y a toda la ciudad disgusta principalmente, es el ver cómo, con estos monstruos que turban su sueño, calientan su aire y llenan de humo sus entrañas,—va perdiendo Nueva York la nobleza y hermosura que convienen a una ciudad celosa de llamar con justicia la atención de los hombres.

La cultura quiere cierto reposo y limpieza, así como la vida doméstica; y no que cuando el orador levanta en la asamblea su voz cargada de razón, o el actor da cuerpo en las tablas a un tipo inmortal, o el abogado prepara en su despacho la peroración del día siguiente, o el padre cansado del trabajo cuenta historias de héroes al hijo que carga en sus rodillas,—les ahogue la voz el bufido de la máquina que pasa, o les perturbe el pensamiento el ruido sordo e insufrible que jamás cesa en la vía, o se les entre cargada de chispas por la ventana una bocanada de humo.

Lo más apreciable de la ciudad se va alejando de los centros<sup>a</sup> ruidosos, tanto porque el ruido, que tiene como cierta presencia y es como si

se viera lo que lo produce,—espanta a las almas artísticas y amigas de su decoro,—cuanto porque al favor de las estaciones se congrega, como los gusanos al pie de los árboles, mucha tienda menor y concurrencia poco deseable, que acaban por hacer la vecindad poco propia para casas de vivienda, y más parecida a bazar y campamento.

Donde las cuatro vías del ferrocarril son más apretadas, apenas hay ya más que fábricas, casas de huéspedes, y edificios de pisos para los que no pueden pagar más; y aun por donde es más ancha Nueva York, va quedando privada de sus mejores vecinos, que hasta en la Quinta Avenida y sus alrededores abandonan sus casas, o piensan en abandonarlas para buscar donde sólo de lejos bufa y galopa el ferrocarril, aquel descanso, intimidad y limpieza que hacen la ciudad gustosa a quien la vive y amable a los viajeros.

Pierde la vida íntima mucho de su pudor, y la de la ciudad mucho del recogimiento relativo que le conviene, con esa intrusión constante del ruido brutal en todos los actos y pensamientos.

Y con razón se alarman aquí, a pesar de no ser pueblo principalmente artístico, por el influjo pernicioso que la con-

a. Errata en LN: «centos».



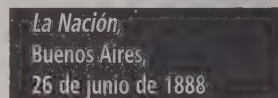
templación constante de una estructura fea en sí, y que lo afea todo a su alrededor, ejerce a la larga en una población que, mientras más numerosa sea, más necesita de vivir en comunicación constante de sentidos con todo lo que naturalmente la convida a la moderación y el orden.

Bien se entiende que están hoy todos los periódicos de fiesta, y no haya uno que no salude al nuevo ferrocarril, aun aque-

llos cuyos dueños poseen acciones en el ferrocarril elevado, cuyo valor cada día perece con el del material que sólo ha podido pagar buen dividendo por el abuso escandaloso<sup>a</sup> de la propiedad pública y la vía pública. Tal es la angustia en que el ir y venir del ferrocarril elevado pone a quien por desdicha haya de viajar mucho en él, o tenerlo de cerca, que no parece a veces, sobre todo en los meses de calor, que atraviesa el aire sobre

sus rieles suspendidos, sino que ha hecho túnel de la cabeza vacía, y atraviesa el cráneo.

José Martí



[Mf. en CEM]

---

a. Errata en LN: «escandaloso».

195<sup>a</sup>

# La campaña presidencial en los Estados Unidos

La reelección.-Cleveland y su partido.-La política de Cleveland.-Republicanos y Demócratas.-Nueva York por Cleveland.-El uso y el abuso del poder.-Las convenciones de los Estados.

Nueva York,  
17 de mayo de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

**Y**A HA EMPEZADO la gran contienda política, y con ella las sorpresas.

Ya están expresando los partidos rivales en cada Estado sus simpatías por este o aquel candidato prominente. Ya casi todas las convenciones de los Estados han declarado su voluntad y nombrado sus representantes para la convención nacional del partido. Ya están para reunirse, en los primeros días de junio, las dos convenciones nacionales, la de los republicanos y la de los demócratas, donde cada una acordará su programa y elegirá su candidato. Candidatos republicanos hay muchos:<sup>a</sup> Depew por

las grandes empresas, Gresham por los partidarios de los aranceles moderados, John Sherman por la masa de gente de negocios, y Allison, Alger, Foraker,<sup>b</sup> Ingalls, políticos menores y vociferantes, cuyo capital está en el recuerdo continuo de la «traición del Sur»; y por sobre todos está Blaine, que no renunció a la candidatura en su carta de Florencia sino para asegurar con este aparente desinterés su renomación, que parece inevitable.

Pero entre los demócratas, en cuyas filas tiene Cleveland tantos enemigos, no hay hoy enemigos visibles, no hay más que un candidato,—Cleveland.

Como quien sale de un espectáculo de domadores, se salía ayer de la convención democrática del Estado, reunida en Nueva York. Allí estaban en cóncave solemne los representantes de las asociaciones de-

mocráticas de todo el Estado,—de los condados, ciudades y aldeas,—para declarar su opinión sobre los asuntos públicos que han de servir de tema en la campaña presidencial, y la preferencia de los demócratas del Estado por uno u otro de los varios prohombres que el partido pudiera proponer como candidato para Presidente en las elecciones próximas. Se aguardaba en todo el país con ansiosa curiosidad el acuerdo de la convención de Nueva York.

Se creía que, como Cleveland no ha repartido a granel los destinos públicos entre los politicastros neoyorquinos, estos se vengarían ahora votando en favor del gobernador Hill, que da empleos a todos los que lo ayudan, y en contra de Cleveland, que no olvida a sus copartidarios, mas no los antepone al bien nacional, ni usa de los empleos que son propiedad de la nación, como medio vergonzoso de asegurarse en el poder para beneficio propio.

a. En LN, coma.

b. Errata en LN: «Toraker».

La ansiedad era mayor, porque el voto del Estado de Nueva York decide, con el número considerable de electores que corresponden a su población, las elecciones a la Presidencia, en que los partidos rivales tienen casi siempre equiparadas sus fuerzas: todo el Sur es demócrata: casi todo el Norte es republicano: Nueva York vota casi siempre con los demócratas: es cierto que el partido demócrata en todos los Estados lleva manifestada sus simpatías por Cleveland; pero si el Estado de Nueva York se le muestra hostil, como los mismos demócratas descontentos auguraban, ¿podrá Cleveland ganar las elecciones? Si la convención de Nueva York declaraba en pro de Cleveland ¿quién podría impedir que lo renominase triunfalmente la convención nacional del partido, como su candidato para la próxima Presidencia? Y si se le muestra adversa, ¿quién podría contener en la convención nacional el temor de que los demócratas perdieran con él las elecciones, y el desmayo con que emprenderían la campaña, aun cuando lo renominase la convención, por imponerle así la gran autoridad de Cleveland en el país, y la voluntad expresa de la mayoría de los Estados? Por eso era de tal importancia la reunión de los delegados en Nueva York; porque de su voto dependía probablemente la Presidencia venidera.

Y parecía en verdad, por la alharaca de la prensa enemiga,

la prensa defensora de los traficantes en votos y empleos con cuya ayuda se sostiene, que Cleveland sería maltratado por la convención compuesta de hombres comprometidos a votar por Hill, en paga de los contratos y puestos pingües que el gobernador ha repartido entre los demócratas cuyo apoyo deseaba o cuya enemistad temía. Y ahora se reúne la convención: delibera unas cuantas horas: ¡y ni un solo voto se levanta contra Cleveland! ¡Ni el puesto de delegado a la convención nacional conceden a Hill, que lo pretendía ansioso! No: ¡Sébase y dígase! ¡Cleveland quiere caer con la virtud, si para triunfar ha de ser cómplice, o parecerlo siquiera, de los que para su medro personal corrompen las libertades públicas! Y el Estado donde ha desafiado de frente la corrupción; donde todos los corruptores, dueños de empleos ricos y legiones de votos, están ligados contra él; donde durante su gobierno apenas ha tenido para él más que calumnias y ofensas la prensa de su partido, vendida a los exploradores de empleos y a las dignidades católicas; donde se le suponía, por la vociferación de los periódicos y el influjo de los políticos de oficio, sin arraigo bastante en la opinión,—se pone en pie con unánime reverencia al oír su nombre, y encarga a sus delegados a la convención nacional, sin un solo voto hostil, que declaren el Estado en pro de Cleveland.

¿Qué ha hecho Cleveland para tamaño resultado? No ha entrado en ajustes con los partidarios que se le ofrecían por interés, ni con los rebeldes prontos a dejarse comprar su adhesión, aunque tengan poderío local o lengua de oro: esos hombres, llagas de las repúblicas, se vienen abajo en cuanto se les pone el dedo encima, como los mantos podridos de las momias. No se ha avergonzado de dar la mano en público a sus amigos, ni de reconocerse deudor de ellos, como en su carta viril a Daniel Manning; pero no ha cedido a sus pretensiones injustas. Ha servido su interés, pero no contra el de la patria, sino del único modo en que es lícito servirlo, que es ajustando al de la patria el propio.

Ha echado escaleras abajo de un bufido a los emisarios de Hill, que fueron a ofrecerle sus servicios para la campaña presidencial a cambio de ciertos respetos aparentes y del apoyo de la Presidencia a la reelección de Hill para el gobierno de su Estado: «¡Bribón es una cosa, les dije, y Presidente es otra! ¿Es propiedad mía la nación, para que yo entre en estas infames compras y ventas?» Ha dicho la verdad sobre los asuntos nacionales, sin cuidarse de que la bravura con que la dice, pone en peligro su continuación en el gobierno.

Y él, sin embargo, desea continuar en el gobierno, ya porque debe haber en el mundo pocas cosas más gratas que ser

considerado por un pueblo de hombres libres como digno de representarlos; ya porque su reelección, espontánea y sin villanías, vendría a ser como un voto de confianza nacional, y prueba palpable de que la República apetece las mudanzas que le tiene propuestas para su mejora; ya porque es evidente que, aun en país de tanto adelanto político como los Estados Unidos, apenas le ha bastado su período presidencial para exponer y preparar las reformas cuyo establecimiento parece justo y prudente confiar al que ha mostrado valor para defenderlas, y brío y habilidad para realizarlas! Y este pueblo se paga tan poco de apariencias, y está tan habituado, por su conocimiento de lo real de la vida, a tener en más la consecuencia en el carácter y los actos que en las meras palabras, que sólo los enemigos personales, los servidores de Hill y los chalanés de empleos echan en cara a Cleveland la declaración precisa que durante su primera candidatura publicó en contra de la reelección presidencial, cuando por la política dañada del momento era más propio censurar el abuso de poder de la Presidencia de entonces para asegurarse la reelección, que calcular con acierto el tiempo que podría ser necesario para la realización de las reformas al que había venido a ser como programa vivo de ellas, por su denuesto para exigir las y su carácter para representarlas.

Los más celosos guardianes de la honra nacional aplauden la hombría con que obra en desacuerdo con sus propias declaraciones; porque el desacuerdo sólo es aparente, dado que la razón que dio Cleveland contra la reelección presidencial fue la práctica criminal de los gobernantes irrespetuosos que,—considerando las instituciones como un pretexto, y como un feudo la patria,—se valen indebidamente de los recursos y agentes de la nación, de los caudales del Tesoro y de los empleados públicos, para asegurar su continuación en el poder. Y de ese delito no es culpable Cleveland,—aunque amigo de sí, como todos los hombres, encamine sus actos y emplee su autoridad legítima de modo que le sea favorable antes que adversa. No toma para sí lo que le han dado en depósito. No sacrifica el interés público para ganarse un amigo electoral. No hurta el triunfo a sus adversarios en el partido opuesto, ni en el propio se vale de los medios que puso en sus manos el partido para hurtarlo a los mismos que se lo dieron<sup>a</sup> para defraudar a sus rivales.

Y es que no tiene rivales. Es que la verdad no es más que una, y quien la dice cuando los demás tienen miedo de decir-la, impera. Es que en esta suprema crisis de la República, no menos grave por ser poco visible, sólo había un camino por donde ir, y Cleveland ha

tomado ese camino. Es que contra su voluntad le siguen por él, porque la nación los vigila de cerca, sus émulos ambiciosos, sus partidarios descontentos, sus enemigos más audaces. Es que hace lo que hay que hacer, y por la unión secreta de las voluntades, más fuerte que el vocerío de los pedigueños insaciables y la torpeza de las preocupaciones, lo señala para su jefe la República agradecida.

Nunca hasta hoy, ni cuando Lincoln mismo, sucedió en los Estados Unidos, como va a suceder ahora, que un partido político, en nación tan vasta y de regiones con intereses tan encontrados como ésta, llevara a la convención nacional preparatoria de las elecciones un solo candidato a la Presidencia. Y no es que Cleveland se levante por entre lo común de sus compatriotas a sobrehumana altura; porque el deber actual aquí no es épico, ni son los sobrehumanos los más propios para gobernar con éxito a los hombres; sino que en el instante en que la nación veía a la vez casi comida del gusano su fábrica política, y amenazada de sangre y ruina la social, surgió, con los caracteres de crudeza, pujanza y astucia nacionales, el que supo ver con claridad la raíz de los males y demostrar su aptitud para llevar hasta ella el remedio. Vio claro, habló claro,

---

a. En LN, coma.



obró claro. Este país fuerte confió en este hombre fuerte. Este país libre aplaudió a este político libre. Este país determinado admiró a este gobernante determinado. Este país inquieto se encariñó con este enérgico moderador.

Y como ni en estos duros Estados Unidos deja el atrevimiento de tener su encanto, ni el romance de ser parte prominente de la vida, lo que asegura en el gobierno a Cleveland es el haber dado muestras de que sabe desdeñarlo.

La nación se prendó de aquel hombre corpulento, con la nariz de águila y la barba cuadrada que pedía Napoleón, cuando, convencido de que, más aún que la purificación de la política, era indispensable la reforma de los aranceles, no preguntó cuántos serían sus enemigos, sino cuál era el mejor modo de decir la verdad, y contra la voluntad expresa de la mayoría de los representantes de su partido, y contra las preocupaciones económicas de la mayoría de la nación, abogó con razones tan firmes por la reforma arancelaria, como único medio de dar circulación a la industria estancada y quitar cólera al problema social amenazante, que a los pocos meses la mayoría de los representantes está pronta a aprobar el proyecto de Mills, con las doctrinas del mensaje presiden-

cial, y por la voz de la prensa y de las convenciones de los Estados se muestra de su lado la mayoría de la nación. Que éste es el poder del bien decir. Cleveland, como Lincoln, sabe acuñar en frases invencibles las verdades patentes.

Manda el que dice a tiempo la verdad. La verdad bien dicha, dicha a tiempo, disipa, como si fuesen humo, a sus enemigos. Desde que el mensaje de Cleveland señaló las causas del mal público y propuso en la rebaja de los aranceles el remedio, la nación se pone junto a él, o se le pone enfrente. Los privilegios poderosos y los políticos hábiles que los amparan, recogen con energía desesperada sus últimas fuerzas. Pero los demócratas de Nueva York, a quienes ofendió negándose a premiarles sus servicios interesados de partido con los empleos federales, los demócratas de Nueva York, representantes de las ciudades y los campos donde languidecen las industrias en mal hora protegidas, votan unánimes por el que les negó los destinos, por el que propone al país, como modo verdadero de proteger las industrias, no protegerlas demasiado.

¡Los demócratas de Pennsylvania,<sup>a</sup> el Estado prominente entre todos los proteccionistas, el Estado del hierro y el carbón, el Estado de los obre-

ros republicanos y de los fabricantes favorecidos, se reúne en convención, bajo la presidencia de un fabricante millonario, y vota a una por Cleveland, por la rebaja de los derechos de arancel, por la entrada libre de las materias primas, por que no quede del sistema proteccionista más que lo necesario para que un país edificado conforme a él pueda elaborar sus productos en competencia con los de fábrica extranjera, y evitar la contienda social inminente con la vida barata y el empleo seguro de los trabajadores!

Diecinueve Estados llevan expresada su voluntad, y los diecinueve, sin una voz de disentimiento, han encargado a sus representantes que en la convención nacional de los demócratas apoyen a Cleveland.

Parece merecer ese unánime tributo el que, sin miedo a las disidencias interesadas ni abuso de su empleo, ha demostrado la virtud de la honradez y la soberanía de la razón.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
30 de junio de 1888

[Mf. en CEM]

a. En LN: «Pensylvania».

196

# El libre pensamiento en los Estados Unidos

Muerte de un millonario socialista.-Sus últimos momentos.-Su obra.-El Club del Siglo XIX.-El socialismo y los ricos.-Champaña y ateísmo.-Libertad y teocracia.-Funerales Privados.-Llamas Azules.

Nueva York,  
28 de julio de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

VEN, esposa! ¡Ven hijo! ¡Vengan, para que me vean salir de la vida sin miedo, y puedan decir al mundo cómo muere un librepensador!» Con estas palabras en los labios ha muerto Courtlandt Palmer, «el millonario socialista». Lo han traído a la ciudad. Le han hecho dobles funerales, filosófico el uno, y el otro religioso. En el horno del crematorio quemaron su cuerpo, en presencia de sus amigos, y con una cuchara de plata recogieron de la retorta sus cenizas. ¡Cuatro o cinco puñados de cenizas era a las ocho de la noche el que un día

antes fue el pensador ambicioso, el positivista ardiente, el rico benévolo, el amigo de los ateos, el mantenedor de la verdad demostrable, el abogado de la absoluta libertad de pensar, el fundador de la academia de debates donde cruzaban armas, delante de lo más escogido de Nueva York, los ortodoxos y los agnósticos, los anarquistas y los autoritarios, los reverendos y los rabíes, los agasicistas y los darwinianos, los estéticos y los filisteos, los siervos de la gleba industrial y los señores feudales del monopolio! Él,—el que no es ahora más que cuatro o cinco puñados de cenizas, presidía de casaca aquella lujosa concurrencia ordenando la discusión, afiliándose con los extremos, negando lo sobrehumano, proponiéndose de ejemplo a los ricos, repartiendo sorbetes a las damas.

«¡Ven, esposa! ¡ven, hijo! Ya he dicho quién debe hablar en mis funerales y qué música me han de tocar. Que hable Wakeman, librepensador como yo. Que hable Ingersoll, el pontífice de nuestros agnósticos. Que no hable más de quince minutos cada uno. Que no me toquen música cristiana. Que no me entierren de iglesia cristiana. Tú, esposa, eres libre como yo, y haces bien en ser episcopal, puesto que crees en el dogma de los episcopales. Respeta mi voluntad como yo respeto la tuya: no me impongas tu creencia en la inmortalidad, como yo no te impongo mi falta de creencia, que me toquen en mi funeral la marcha del *Sigfrido*.<sup>470</sup> Que no me entierren, para acabar en gusano o en podre; ni me embalsamen, para parar en piedra fea: que me quemen, que la ceniza es limpia, y de color de nácar!».

«¡Ven, esposa! ¡ven, hijo! Mira a este librepensador cómo llega al umbral de ultratumba, sonriendo, pensando en sus amigos y en *Tannhauser*! El hom-

bre no debe creer sino lo que puede demostrar. El mundo es bello, la humanidad adelanta. Comte<sup>471</sup> ha dicho la verdad. Le es lícito al hombre esperar lo todo; pero creer sólo en lo demostrable le es lícito. Yo no digo que no existe el cielo; pero no sé si existe.»—Y este hombre que no creía en la inmortalidad, preparaba su cama mortal como una escena de teatro. Los que no creen en la inmortalidad, creen en la historia.

Imperan después de la muerte estos hombres, concentrados que consagran a una idea única su vida. Durante su existencia se les nota como fuera de proporción y como tonos que disuenan en el concierto humano pero en cuanto entran en la muerte, y la fama los lleva de edades a pueblo, vese la armonía entre lo intenso de su carácter y lo extenso de su influjo; y se percibe el equilibrio. Es necesario elevarse como los montes para ser visto de lejos. La falta de proporción parece indispensable<sup>a</sup> a la grandeza. Como la montaña, la vida del hombre que perdura ha de ser selvática, enmarañada; acá una cripta, allí un roble, por allá una enredadera; incorrecta, abrupta, rugosa.

Los hombres que quedan son los que encarnan en sí una idea que combate o una aspiración destinada al triunfo,—los que pasan por el mundo voceando y luciendo, con velocidad extraordinaria—como los

astros. Mientras viven, se les señala con el dedo: en cuanto mueren, se ve que donde ellos caen se levanta una estatua. No importa que hayan defendido sus doctrinas con exceso: así han de defenderse las ideas justas, para que al retraerse, como todo se retrae, en la marea del universo, no quede la idea demasiado atrás.

Además, la pasión es una nobleza. Los apasionados son los<sup>b</sup> primogénitos del mundo. Los fuertes doman la pasión; pero en cuanto logran extinguirla, cesan de ser fuertes. Hasta para ser justo, se necesita ser un poco injusto. La grandeza consciente es más medrosa, y rehúye la batalla pública, por el decoro artístico que es compañero natural de los hombres verdaderamente grandes. Pero esa es la grandeza fundadora, que viene después de los caracteres de ímpetu, como la hermosura y esplendor de la tierra, que es toda luz y dicha y huele a simiente cuando acaba de pasar el huracán. Primero es la fuerza huracánica: la que obra por instinto cuando cree que obra por reflexión; primero es la grandeza invasora. Cuando va a aparecer una idea, echa por delante, como una avanzada incontrastable, a sus heraldos. El heraldo pasa, mirando hacia arriba, rasgando la tierra, abriendo el surco a la idea que viene detrás, sin ver si lo que deja a la espalda es humo o sangre. El pensador viene después de él, apagando el incendio, cerrando los bordes de la

herida, apilando la tierra recién abierta sobre la simiente, coronando de templos los montes nuevos. La fama es premio justo de quien tiene el valor de sacrificar el grato sigilo de su persona a la idea que defiende. Se debe saludar a los heraldos que pasan.

Courtlandt Palmer era uno de esos convencidos ardientes en cuyo pecho la raíz que llega a prender no se arranca sino con la vida. En su carácter entraban en conjunto, como en todos los tipos de esa gloriosa especie moral, la sumisión del juicio al instinto, la pasión por la justicia, y el ansia de la fama, superior como acicate de la grandeza a la misma virtud. Donde el virtuoso se recata, el ambicioso vence. La justicia manda reconocer que el mundo adelanta por la obra unida, hostil en la apariencia e idéntica en el fondo, de la ambición y la virtud. Cuando están tan ordenados en la naturaleza los agentes físicos, y hay flor silvestre que es una maravilla de labor, ¿por qué no han de estar dispuestas con igual orden, aunque no se las pueda probar de hecho ni ver con los ojos, las fuerzas morales?

Pero en Courtlandt Palmer no era lo original esa disposición belicosa y apasionada del

a. Errata en LN: «n indispensable».

b. En LN, salto de página; ilegible el microfilme. Se sigue la lección de OC, t. 13, pp. 350-355.

espíritu, común a todos los zapadores de ideas; sino la alianza de este tipo humano con el de su pueblo, y el ser ejemplo vivo de lo que en los caracteres constantes de la humanidad, que van por tipos como las especies físicas, influyen las condiciones accidentales de la sociedad en que funcionan. Porque Palmer no se señaló más que otros por su atrevimiento en pensar, sino por haber sido el primero en conciliarlo pacíficamente con las preocupaciones de su pueblo, y en llevar las prácticas liberales de éste al debate febril, descompuesto y tiránico de los temas fundamentales en la ciencia del hombre.

Al ateo Ingersoll le preguntaron una vez qué le había costado el publicar su libro sobre los dioses, en que, como novísimo Volney, señala a la luz del cielo de estrellas de la razón, el polvo, acurrucado en figura de ídolo, de las religiones muertas: «Me costó mi elección para gobernador del Estado de Michigan.» ¡Y esto lo dice con entera verdad un hombre joven en los Estados Unidos, ya al ir muriendo en brazos de la República el siglo XIX!

La teocracia es como el curare. Hincan el diente, y envenena el mundo. Muy cerca de la parrilla y el apedreo están aquí los que osan confesar su creencia en un mundo sin teología, o en una teología anticristiana. No se puede llamar a una puerta sin que salga con el rodillo encendido el reverendo. Es pas-

cual o anapascual, hiperdoxo o adoxo, satanista o antisatanista; pero lo que tiene la Iglesia en pro, ya cuenta con caudal, éxito, socios, bufetes, clientela; y lo que la tiene en contra muere. En cuanto se entra en las grandes corrientes de la existencia, en cuanto se aspira a abogar en lo hondo del país y con sus propias maderas, hay que pedir venia para vivir a la tirilla y al levitón negro.

Para que la libertad sea acatada ha de ser teológica. Se puede ir hasta el umbral del librepensamiento, y coquetear con él, y tenderle la mano como por limosna, para que suba un domingo a la tribuna. Pero al que se sienta a su lado le dan con los faldones en la nariz.

En Inglaterra festejan a Harrison<sup>472</sup> y aquí cierran las puertas al que lo baraja con Voltaire, con Thomas Payne, con Andrés Poey, con Büchner,—a Ingersoll. Oyen al apostólico Thomas Parker, al semicomtista Frothingham, al independiente Beecher, al rebelde Herber Newton, porque no niegan lo final de la Iglesia, sino la confirman y enriquecen como variantes, y reencarnaciones de ella, y son, en las cosas del pensamiento, liberales a lo Horacio Walpole,<sup>473</sup> para quien el asesinato de un rey «era el menor asesinato posible», cuando era un francés el muerto; pero cuando le iba llegando el regicidio a la casa propia, se colgó de la peluca real, y acabó la vida de turiferario de las majestades: iestos revolucio-

narios suaves son siempre bienquistos entre las clases privilegiadas, que se entretienen con ellos, como los niños con los lobos de papel, que se queman en cuanto suben por el aire, o como las damas de salón con los falderos llenos de tufos, pompones y cintajos!

«Como a fieras, dice el *Sun*, miraba hace cinco años nuestra sociedad elegante de Nueva York a los que osaban poner en duda, fuese en religión, política o filosofía, las creencias a cuyo amparo levantan y disfrutan, entre las sedas de esta vida y los ángeles de la otra, su riqueza.» Y Palmer, nacido de lo más amarillo de la crema aristocrática, en cama de millones; Palmer, hijo de uno que empezó el siglo de mozo de tienda, y murió dueño de grandes ferreterías, caminos y bancos; Palmer, que almorzaba con un nihilista y comía con un duque, igualándose a aquel por la aspiración, y al duque por la gracia; Palmer, que dormía con corbata blanca, logró fundar con lo más fino de la nobleza de Manhattan en hombres y mujeres, un club donde iban descotadas ellas y ellos de frac, a oír sin horror; y aun con aplauso los debates casi corporales por lo muy reñidos, de aquellos que hallan grato el mundo como es, con los que lo tachan de injusto y odioso, y creen que la vida está aún muy cruzada del látigo y muy metida en sotanas!

¡Por supuesto que no pierde nada la libertad con vestirse en



lo de un buen sastre y unir al mérito de la virtud el de la buena crianza! No basta saber llevar la levita para ser cómplice nato de los tiranos. La levita no es un pecado, ni la casa tampoco. Washington, Bolívar y Lafayette eran tres *dandys* perfectos. Una arruga en un pantalón ponía a Bolívar fuera de quicio; Lafayette era un espejo de caballería, y gran perito en galanteos y danzas; Washington le echaba los platos a su dispensero cuando le traía el vino picado. Courtlandt Palmer, en cuya casa tenía asiento propio todo el que pensaba con vehemencia y mejor asiento mientras la vehemencia, era más, supo traer a sus salas, sin mentir, hoy con una visita de Emerson, mañana con una plática del poeta Holmes, a los que, a las pocas veces de oír hablar la verdad, le hallaron cierto encanto, y fueron perdiendo el primer miedo.

Sin ser él tan rico como era, y tan pomposo y atufado de personas, no habría podido juntar para semejantes debates a los ricos; pero no hubiera bastado, en país de tan pocos miramientos como este, el caudal ni la cuna de Palmer para ganarse el apoyo de los que creían daño no el influjo que parecían tener sobre su espíritu levantisco los pensadores más exagerados. Fue su tacto lo que los fue atrayendo; el disponerles como un jardín la sala; el hablarles un día de novelas, para que oyesen con paciencia hablar del anarquismo el otro; el ponerles delante a

la vez el que atacaba con ardor pintoresco sus ideas, y el que las defendía con más aplauso. Fue la novedad de presentar, entre el «Canto a la Estrella de Wagner y una copa de champaña» un millonario que empezó de telegrafista, declarándose en un discurso ardiente sectario de la reconstrucción social, como Courtlandt Palmer. Fue la picante sorpresa de ver mano a mano en la misma tribuna a un judío y a un antisemita; a Depew, abogado de los ricos, y a Carnegie, que se acuerda a veces de cuando no lo era: a Field para quien toda la verdad está en la Biblia, y a Ingersoll, para quien la Biblia es libro contradictorio, cruel y deshonesto. Fue que allí, como en todas partes, alegraba los ojos ver a un varón fuerte, a Courtlandt Palmer, prefiriendo afrontar la burla y abandono de sus amigos y parientes a ser traidor a lo que, después de buscar la filosofía, llegó a tener por verdadero. Fue, sobre todo, este hábito de resignarse y de oír en calma, que en las cosas políticas ha mantenido en salvo a la nación, y con tal sutil y durable proceder se le ha entrado por las venas, que cuando por lo florido del camino se vio esta aristocracia de Nueva York como sin sentir frente al ágora llamante donde cruzaban espadas este siglo y el que viene, halló justo lo que Courtlandt Palmer decía, en su prosa insegura y verso tuerto: que lo verdadero lo es, aunque no se le quiera oír, y es mejor oírlo: que el mundo

no está tan firme que sea ocioso ir sabiendo cómo se le podrán sujetar las amarras con un poco de justicia: que el que se cree con derecho a dar una razón, tiene el deber de oír la que le dan a él en respuesta: que lo que ha de caer del cielo no se va a detener con pilares de leyes ni toldos de Biblias, sino mejorando la suerte de los desdichados del mundo, para que con sus lágrimas no se desborde la furia de la mar, ni con sus brazos tendidos a la bóveda celeste llamen la ira, como los árboles llaman a los rayos.

Sí,—decía Ingersoll, hablando en la sala de la casa que rebosaba de amigos, sin cruces de jazmín, ni áncora de siempreviva, frente al féretro cubierto de ramos y coronas:—¡así fuiste, amigo mío, y más amigo de la verdad, y de descubrirla con tu propia luz, y del modo libre de buscarla!—Lo oían los concurrentes con la cabeza baja; y el orador que no sabe del Dios que no le habla y de la inmortalidad que no da prueba patente de sí, celebraba en apotegmas felices o hinchados el mérito moral del que afrontó la muerte como el médico Beard, tomando notas del ahogo que le iba cerrando los pulmones, como el senador Carpenter, que llenó de perlas de oratoria un discurso de asunto menor, de un tribunal de cónsules en China, cuando llevaba en el bolsillo, en un frasco de sus propias excrecencias, su boleta de entierro. «Para tí tam-

poco tuvo temores la muerte, por lo mismo por que los tenía el obrar mal. El mundo era tu patria, y tu religión el obrar bien: ¿qué credo atrevido osa levantarse por sobre este credo? Tú practicaste la hospitalidad intelectual. Tú concedías a los demás los derechos que ejercitabas. Creíste en la moralidad de lo útil. Sobre las religiones caídas viste con Augusto Comte, erguirse, como árbol cargado de frutos, la religión, más bella que todas, de la humanidad. Lo verdadero no tiene miedo de la luz, y tú buscaste, con la guía de tu luz, lo verdadero: ¡tú protegiste a los hijos de la inteligencia del Herodes de la autoridad! ¿Cómo puede la muerte inspirar una frase tan violenta como esta última? ¡La retórica suena a careta de cómico en la oratoria funeraria! ¡Siempre suena a careta de cómico la retórica!

«¡Amigo!»—decía Ingersoll al acabar, resbalándole el llanto por la cara lampiña, de barba

redonda, de boca persuasiva, de ojos imperiosos, de frente como cúpula, con las cejas adoseladas: «¡Amigo: no hay en este mundo complaciente un espectáculo comparable al de un hombre de alma libre: la vida de un hombre sincero mejora al mundo, amigo! Adiós: te amábamos ayer, y te amamos ahora.»

Y un instante después, cuando el orador ateo y su mujer entraban en el carruaje que los aguardó a la puerta, celebraba el protestante Heber Newton, muy reñido también con la Biblia, el servicio religioso, que fue un tierno discurso, como el de Ingersoll, sólo que no lo precedió como a aquel, el canto de Wagner a la Estrella, sino «Luz muerta», que es un bello himno de la Iglesia Episcopal: «Luz muerta y bondadosa». «¡Demos gracias, dijo Newton, porque en esta metrópoli de Maurman haya vivido en pleno siglo XIX un hombre que, redimido por el azar feliz de los cuidados usuales de la existencia, hizo misión

suya de soñar y de realizar sus sueños.» Con una plegaria cerró el discurso, y bendijo el cadáver, juntas las dos manos.

En unos cuantos carruajes fueron los amigos privilegiados de Courtlandt Palmer al crematorio. Cargaron el cadáver hasta el cuarto de desvestir. Le quitaron las joyas. Lo envolvieron en una sábana blanca. Lo pusieron en una cuna de hierro. En un carro rodante llevaron la cuna a la retorta. Por el portillo de la retorta, al entrar la cuna, se vio un gran ojo rojo, de bordes negros. Cuando invitaron a los amigos, sentados silenciosamente en la sala de espera, a ver el cadáver por los postigos del horno, revoloteaban por sobre la sábana blanca muchas llamas azules.

José Martí

**La Nación,**  
Buenos Aires,  
9 de septiembre de 1888

[Mf. en CEM]

197

# Elecciones

Historia de una campaña presidencial en los Estados Unidos.-Acción de los partidos y del gobierno.-La empleomanía.-Libertad y deber.-El «caucus» y la taberna.-La opinión.-Interioridades.-Mecanismo de las convenciones.-La prensa.-Los políticos de oficio.-La Iglesia.-El vendedor de diarios.-Escenas pintorescas.-La proclamación.-Cleveland y su partido.

Nueva York,  
junio 1º de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

**T**ODO ES AHORA política. En los Estados se reúnen las convenciones de cada partido: del demócrata que está en el poder, del republicano que aspira a arrebatárselo, de los trabajadores que no llegan a unirse, de los «abstinentes» como pudiera llamarse a los enemigos de la venta de licores, de las mujeres, que han elegido por candidato a la Presidencia a una leguleya de Washington, a Belva Lockwood,<sup>474</sup> que anda en triciclo. En San Luis se preparan a festejar la reunión de los delegados demócratas en la convención nacional donde será de-

signado como candidato Cleveland, según todo lo que se ve, y como su compañero de candidatura el anciano Thurman, que usa pañuelos de algodón, y dice sus discursos al tenor de su pañuelo, humildes y sensatos, y muy gustados en la masa del partido, en la que Cleveland no tiene los amigos que pudiera, por haberse ocupado más en oír la opinión pública que en pagar a sus secuaces la solicitud interesada con canonjías, honras y empleo. En Chicago se disponen los republicanos a celebrar su convención, de la que no parece que saldrá Blaine triunfante. En todas partes, en las salas, en los teatros, en los carros, en la playa misma, entre una ola y otra, se habla de las candidaturas, de los programas, de si vencerán en el Partido Demócrata los librecambistas o los

proteccionistas, de si preponderarán en el Republicano los amigos de Blaine, o Sherman, o Depew, el amigo de los Vanderbilt, o de Gresham. Y en Nueva York no se habla más que de la convención de los demócratas.

Los hoteles rebosan. Los parques están llenos de sombreros blancos, símbolo del político rural. Todos los delegados del interior del Estado están en la ciudad. Hoy se hace en Nueva York lo que cada Estado ha hecho ya. Los republicanos van a reunirse en Syracuse, y los demócratas en Nueva York.

Veamos cómo es aquí una convención de Estado de un partido: cómo designan los representantes de un partido en el Estado la política que favorecen, el candidato que desean, y los delegados que han de declarar una y otra en la convención suprema del partido, donde los delegados de las de los Estados se reúnen,<sup>a</sup> y ajustan y proclaman la política con que han de batallar en la campaña

a. En LN: «reunan».

por la Presidencia, y el candidato a quien resuelven dar sus votos. Es estudio útil, por lo curioso de los métodos y de las personas. Veamos la política que sale afuera, y la de bastidores. Veamos, desde la raíz, cómo se elige en los Estados Unidos Presidente.

Allí están en los asientos privilegiados del teatro de la Academia, hermoseedo para la solemnidad, los ochocientos representantes del Partido Demócrata, de los condados varios en que el Estado se divide.

En los palcos, llena de ramos de rosas la baranda, susurran, inquietan, saludan, opinan las señoras que vienen a oír a los oradores ilustres, a ver a los políticos poderosos, a asistir a la proclamación de un nombre querido, el del esposo, el del padre, para algún puesto que indique su influjo creciente en los asuntos de su Estado. En la galería bulle el público común, el proscenio está adornado con banderas norteamericanas. Sobre la mesa presidencial, como un Espíritu Santo, abre las alas, entre un haz de pabellones plegados, un águila dorada. En el escenario apenas caben los prohombres, los invitados especiales, los caciques de distrito, prósperos, mostachudos, rubicundos, cranirredondos, ventripotentes. Delante de la escena, en los asientos de la música, tiene la prensa su campamento: cada periódico, una mesa de pino: en la mesa, acodados alre-

dedor de un aparato telegráfico, tres, cuatro,<sup>a</sup> cinco redactores: uno, calvo y de ojos ubicuos, dicta al telegrafista su crónica, que al otro extremo del alambre, en la oficina de redacción, va leyendo en alta voz el receptor, de quien la copia un taquígrafo, cuyas notas se reparten por párrafos entre los cajistas, que leen igualmente el manuscrito y la estenografía.

Pero ésa no es más que una parte de la crónica: cada redactor escribe a la vez la suya: éste describe la concurrencia: aquél comenta la doctrina: otro toma nota de los incidentes pintorescos: los mensajeros, muchos de ojos y pies veloces, vestidos de uniforme azul con vivo encarnado, esperan con la cachucha puesta a que el redactor les dé cinco, diez, veinte cuartillas: los pasillos del teatro están repletos, pero a la prensa nadie la detiene, a la prensa todo el mundo le cede el paso: para el mensajero se abren espontáneamente las filas, como para la ambulancia que lleva por las calles a escape a los heridos: atraviesa la multitud, a toda carrera llega a la estación del ferrocarril elevado, sube, vuela con el tren, baja de un tranco,<sup>b</sup> y como bala que entra en su agujero, desaparece por la puerta estrecha y oscura del periódico: al minuto, ya están poniendo en letra las cuartillas, en un salón donde chispea, como dando órdenes, la luz eléctrica. Y al pie del escenario, sobre cada mesa hay tres, cuatro,

cinco cabezas encorvadas, los lápices vuelan, se oye el chasquido de las hojas, repiquetea el telégrafo.

Así es, en la hora de abrir sus sesiones, la convención democrática del Estado de Nueva York.

¿Qué es la convención? ¿Quiénes la forman? ¿Con qué diversos objetos se reúne? ¿Cuáles son sus funciones en la campaña presidencial? ¿Cómo designan los partidos su candidato a la Presidencia? ¿Cómo es aquí la política práctica?

De arriba viene, tal vez, más influencia de la que debiera, a estas organizaciones de partido que parecen tan libres, y no lo son tanto, ni tan desinteresadas como parecen; pero aún se hace sentir en sus decisiones el influjo de abajo. De abajo arranca toda esta máquina pública, de la única raíz legítima del poder, de la junta popular, de la asamblea local, de la agrupación de los copartidarios políticos en cada caserío, en cada aldea, en cada barrio:—arranca de lo que aquí se llama «caucus».

*Caucus*<sup>475</sup> es la junta libre de los electores del partido en cada localidad. *Caucus* es la junta de los electores de un caserío, en su forma más simple. *Caucus* es la reunión de los copartidarios

a. En LN: «tramo».

b. Se añade coma.



en cualquier lugar y forma, para un asunto del partido. Se reúnen en una cervecería, o en un salón abandonado, o en un solar, o en la «casa de la ciudad» los copartidarios del barrio, o los de la calle, o los de la cuadra, a discutir y acordar sobre asuntos del partido, sea doctrina o persona, y eso es *caucus*. Se reúnen en la librería del Congreso, fuera de sesión oficial, los representantes de un partido, demócratas o republicanos, para ajustar diferencias y tomar acuerdos sobre un proyecto de ley en discusión, y eso es *caucus*.

La convención nacional es un *caucus* enorme, y como la perfección y corona del sistema. Cada vez que el partido tiene que declarar su parecer, discutir principios o candidaturas, disponerse para las elecciones, se reúne el *caucus*.

En algunos lugares están inscriptos los votantes de la demarcación electoral, y el que no está inscripto, no puede asistir: en los más no hay inscripción previa, y suelen poder más los que más vocean, o cuentan con más puños: todos se conocen: el intruso sale de cabeza, como un rapabolsas: cada facción hace de policía de la facción rival: y en todo *caucus* hay por lo menos dos facciones: en los *caucus* nadie sabe quién fue Heráclito,<sup>476</sup> pero todos creen como él que la contienda es la sal de la vida, que el combate es «el rey y el padre de todas las cosas».

Por eso al *caucus* no van todos los que deben ir, siendo como es la rueda que echa a andar las demás de la máquina política: no van los que aman el debate pacífico, la exposición doctrinaria, la política de cuello limpio. ¡Se viene tan cansado del trabajo! ¡Son tan sabrosas las pantuflas, la taza de té, la risa de los niños, la última novela,<sup>a</sup> las noticias del diario de la tarde! Y no concurre a estas juntas primarias el ciudadano que se verá luego obligado, en virtud de la designación del partido que las tiene por base, a votar por los candidatos en cuya elección pudo tomar parte, y debió tomarla, por su bien y el de la República; pero: ¡hacía tanto frío! ¡venía del trabajo tan extenuado! ¡eran tan sabrosas las pantuflas, la taza de té, las noticias de la tarde!

En tanto, los que tienen en la política un empeño personal, los que votan como quiere el cacique, para que los libre luego de los apremios de la contribución o el fallo de la justicia; los que auxilian al partido para que el partido les mantenga en sus empleos; los que a cambio de los votos que obtienen con promesas o dádivas en sus distritos, poseen, como nueva especie de capellanías, los más apetecibles puestos públicos, los que no ven en la política el interés patrio sino el propio, ni conocen la ley que puede salvar, sino el candi-

dato que los puede favorecer; los que más seguro tienen su empleo y adelanto mientras más contribuyan a tener disciplinada la milicia del sufragio, y más electores pueda llevar a las urnas o apartar de ellas, —cultivan sin desmayo, como jardín propio, el *caucus* que abandonan en sus manos impuras el desinterés culpable o la desidia del ciudadano virtuoso.

Ya casi nunca se reúne el *caucus*, fundamento y arranque de la fábrica política, sino cuando se necesita acorralar a los electores, cuando se acercan las elecciones del Estado o las presidencias. Ya no parte de abajo, como debiera en un país verdaderamente democrático, la expresión libre y sana de la voluntad pública. Ya la política no consiste tanto en ganarse la opinión con ideas loables, como en tener contentos a los caciques de distrito, e ir sorteando las ideas patrióticas de modo que no choquen, o choquen poco, con los intereses de los que, si les ponen su provecho en el menor peligro, cerrarán a las más nobles ideas el paso. Ya el lugar del *caucus* no es una especie de templo, como era antes, que hasta en el atrio tenía algo de griego, sino la taberna.

De mil dos juntas de *caucus* que hubo en Nueva York en las

a. Se añade coma.

elecciones últimas, setecientas diecinueve se celebraron en tabernas.

Se celebraron de veras, alrededor<sup>a</sup> del barril, y llenos de espuma los vasos.

Fuera del *caucus* quedan, como agentes políticos, el periódico, el hombre de Estado, el elector culto.

Pero como el *caucus* es el que designa todos los candidatos a los empleos de voto popular, el que constituye lo vivo del partido, el que acumula los fondos y los reparte, el que favorece a los diarios o los exco-mulga, resulta que ni los estadistas ni los periódicos que pudieran oponerse al *caucus* osan desafiarlo: ni el ciudadano culto, activo sólo en las crisis ocasionadas a la larga por su falta de vigilancia, halla a la hora de votar modo eficaz de combatir las candidaturas en cuya designación pudo intervenir precisamente en la hora propia, si no hubiera cedido en la noche fría al encanto de las pantuflas.

¡En la vida moderna no hay tiempo para quitarse los zapatos de trabajo! Cada hora de descanso, es una hora de peligro. No hay derecho para reposar, hasta que no recobre su imperio la justicia primitiva. Ni puede llamarse reposo a aquella dejadez del ejercicio de nuestros derechos, a cuyo favor adelanta la tiranía, como una araña en la sombra.

Al *caucus* deben ir todos los ciudadanos: codearse para

entenderse: combatirse para respetarse: precaver, para no tener que revolucionar: exponer los vicios, que es todo lo que se necesita para exterminarlos.

¿Con qué menos se ha de pagar la libertad augusta, fuente de los goces más durables de la vida, que con la asistencia puntual a las asambleas donde se regula su ejercicio? El que deje de vigilarla, merece perderla.

De ahí parte, concentrándose, hasta que culmina en la convención nacional, el *caucus*. Esas son las raíces de los partidos, las reuniones primarias, las juntas populares.

Cada barrio nombra sus delegados a la convención de la ciudad, cada ciudad a la del condado: cada condado a la del Estado: cada Estado a la convención nacional: y al fin escoge los candidatos y acuerda la doctrina por que han de batallar.

Y esto lo hace cada partido por sí. Todo eso es de fuera del gobierno, contra el que se alza la opinión en cuanto se le nota empeñado en poner su voluntad de un modo claro en estos arreglos, que aun cuando no lo sean, quieren parecer libres, y pierden mucho de su influjo sobre la masa pública apenas se trasluce que no lo son. Se permite el interés; pero no el descaro.

Se considera lícito el mirar por sí; pero criminal el querer forzar la opinión pública.

Todo eso es espontáneo, extraoficial, costeadado y dispuesto

por el partido, aparte del poder, sin su intervención directa. Cuando el gobernante, como Arthur, quiere intervenir demasiado, sus partidarios mismos, ofendidos, lo vuelcan.

La vida nacional, mientras tanto, no cesa. Los hechos se van cuajando. Los males van sugiriendo con el propio exceso su remedio. Cada interés vigila porque<sup>b</sup> no lo absorba el interés contrario. Así que al llegar las elecciones, que son como tahonas de ideas, hay siempre en el aire dos programas vivos, los dos programas perpetuos, el del poseedor y el del desposeído.

Los partidos contendientes inscriben en su bandera, aunque no sea con ánimo de servirlos, aquellos principios que parecen ser de más justicia y popularidad en la hora de la lucha, cuidando de ajustarlos, como el pabellón al asta, al cuerpo de doctrina que a cada uno sirve de sostén. Y como por mucha que sea la corrupción de la máquina política, y mucha la indiferencia de los electores cultos, nunca pueden los que se sirven de la opinión prescindir por completo de ella, no se reúnen sólo las convenciones para escoger de entre los aspirantes a la candidatura aquel que probablemente haya

a. En LN: «al rededor».

b. Errata en LN: «por que».

de obtener más votos, sino para dar al partido bandera de combate, para ofrecer al país las reformas que más apetece, para declarar los propósitos del partido y marcar las vías por donde, si triunfan, ha de llevar al país.

Las ideas esenciales no son nunca muchas. Ni cada idea se encarna con igual poder en más de un hombre. La prensa las debate. El Congreso las proclama. Los intereses locales las confirman u obstruyen. Y cuando, llegada la<sup>a</sup> época de elecciones, se reúne el *caucus*, no sólo se nombra el delegado, y lo provee de la credencial que lo acredita representante en la asamblea superior, de cierto número de electores del partido, sino acompaña el nombramiento con una declaración de principios, donde los generales que en aquel momento imperan van modificados conforme al interés de la localidad declarante.

Si estas modificaciones se toman en cuenta, la localidad batallará en las elecciones con un brío que suele disminuir, si no parar en abandono o traición, cuando las vencen en los altos consejos del partido los intereses contrarios.

De la suma de intereses dominantes, conciliados en cuanto es posible con las opiniones que parecen llevar mejor al triunfo, se elaboran las declaraciones sucesivas, las de los condados primero, las de los Estados después, por fin la de reunión nacio-

nal; cada convención va expresando a la vez el candidato que favorece, y los dogmas y reformas que aprueba. La proclamación de persona va basada en una promulgación de principios.

Vienen a ser, pues, en realidad, estas convenciones preparatorias, como una constante transacción entre los intereses públicos, que ejercen de afuera del partido su influjo inevitable, y los intereses particulares de la organización.

La organización, la máquina activa del partido, la pirámide de asambleas, el *caucus* graduado que empieza, como en base anchísima, en las aldeas y barrios, y acaba como en pico eminente, en la Presidencia de la República, tiene por sobre todo interés el de conservarse en el goce de los empleos de que derivan sus miembros un bienestar cómodo y un poder grato.

Constituida la organización con este fin, y abandonada por los ciudadanos desinteresados a los interesados, el principal empeño de éstos es que los asuntos públicos vayan de manera que el poder no se les escape de las manos. Cuanto tiende a devolver al país su acción directa, a colocar en los puestos públicos a personas probas, a rescatar las ideas y el tesoro de los traficantes, a poner a la cabeza del partido un hombre que lo guíe para el bien nacional, no para el de la camarilla de cómplices que lo

encumbran, halla naturalmente resistencia formidable en estas colosales organizaciones, mantenidas por el estímulo de la ganancia, como principal agente y costeadas con lo que es necesario apartar de ella para permanecer gozándola.

Pero como, a pesar de estos vicios visibles, los partidos sólo existen ante la opinión desinteresada, que al fin es la mayoría, como cuerpos de doctrinas y organismos compuestos para hacerlas triunfar; como, por mucho que la prensa vendida y los políticos maniáticos defiendan con hábiles embozos el interés impuro de estas ligas de cómplices, siempre halla la idea nacional, fruto de hechos notorios, modo de revelarse con imperio, viene a suceder que nunca es absolutamente libre la liga de los políticos de oficio, y que para mantenerse en el goce de sus provechos, o en la esperanza de recobrarlos, necesita, aunque de paso y con el puñal escondido, hacer como que acata la voluntad de la nación y sólo vive para obedecerla y servirla.

Y en esa presión exterior de las ideas, a que se encorva el traficante político como ante el fuego de Otelo la rabia de Yago, entra por mucho, a manera de constante levadura de verdad, el interés general de las localidades, que por supuesto

a. En LN: «en».



negarían sus votos a los caciques si éstos no tuvieran en cuenta las simpatías de los que los mantienen en influjo con el poder de sus sufragios.

En política no hay idea viva si no tiene debajo un interés. La virtud es estéril, en política, hasta que los negociantes no toman en ella acciones.

Así resulta que, aun cuando por el descuido con que los ciudadanos miran las asambleas primarias, no son ya éstas las que envían arriba su opinión, sino meros instrumentos de votar lo que de arriba se les impone y manda propuesto y declarado,—aun cuando el *caucus*, que designa en su última expresión de convención nacional el candidato a la Presidencia, no sea hoy más,—sobre todo en las ciudades,—que una reunión de logreros y ganapanes a los que el cacique del distrito hace declarar y nombrar, entre dos vasos de cerveza de convite,—lo que la junta del Estado del partido le ordena que se declare y nombre,—siempre ejerce la opinión exterior, la opinión libre, la opinión que por bochorno, miedo o incuria no asiste al *caucus*, un influjo real en las juntas superiores, y a veces, como ahora en esta elección de Cleveland, imperante y decisivo. Porque la opinión es como el león, y los políticos de oficio son como los perros. Sólo que no hay que dejarlos crecer tanto que pueda más que el rey del bosque la jauría.

Ahora asistamos a la convención. La música, que ocupa dos palcos, entretiene al público quieto con himnos populares y con coros.

Los delegados van ocupando por condados sus asientos. La galería, que conoce a sus dioses, aplaude a los demócratas más populares, al empleado que reparte más beneficio, al orador que les pone el genio a los pies, o les vende el honor en pago del empleo público, o halla fórmulas para encubrir los desmanes de los que viven del erario, y prosperan con los vicios que se van comiendo a la nación.

Ya están los delegados en sus sitios. Casi todos son empleados o pretendientes. No falta un solo político de oficio: el cacique de distrito se hace elegir delegado a la convención del condado: la junta de caciques del condado, hace elegir de sus miembros delegados a la convención del Estado. En el escenario repleto, tienen puesto de honor los que, sin haberlo hallado en las delegaciones que las dos organizaciones rivales del partido en la ciudad envían a la convención, son sin embargo hombres de temer y agasajar, porque con cada uno van unos cuantos cientos de votos.

Y son dignos de verse, todos ellos peinados con grandísimo esmero, generalmente altos y obesos, sacados de pechera, bovinos de ojo, de mucha sortija los dedos, de oro o de plata

el puño del bastón: muchos cultivan una semejanza remota a algún hombre ilustre, el mostacho a la Hancock, la barba a la Garfield; otros, que no son irlandeses, hacen bigote de la patilla para parecer fenianos, porque Irlanda da aquí pingües votos: a uno de ellos que quiere ponerse de pie le dice el acomodador: «¿Cree Vd. que es el único que tiene derechos en esta República?» Otro toma a mal lo que le dice al oído el que se sienta en la silla de atrás, y de un cabezazo le machuca en pleno escenario la nariz: nadie se mueve: el del cabezazo es un demócrata de fuerza en su barrio, donde puso taberna, con lo que ganó de peleador; es dentón, de ojos aviesos, barbiraso<sup>a</sup> y pelicolorado.

Van entrando por las alas del escenario generales, jueces, abogados, clérigos católicos, coroneles, gente de peso en la política local. Y entre un senador y un general, detrás mismo de la silla del Presidente, con la cachucha tan deshecha que ya no se ve qué es cachucha, o qué es pelo, descalzo, sujeto el pantalón con un cordel a la cintura, con una sola manga la chaqueta, mira absorto al teatro, sin que nadie lo estorbe, sin que nadie se escandalice, sin que nadie lo eche de allí como a perro con lepra, sin cuidarse de que aún lleva el paquete de diarios bajo el brazo, un niño pá-

a. En LN: «barbiraso».



lido de ojos azules, un vendedor de periódicos.

Empieza la sesión. La junta de Estado del partido, que quedó nombrada desde la convención anterior, propone un presidente temporal, un abogado menudo, pacificante y suave, un jesuita laico, a quien aplauden sin reserva—como si tal fuera su puesto y oficio!—los sacerdotes que llenan un palco: los sacerdotes lo ayudan con sus votos y poder, y él hace en el siglo lo que le dice el templo que haga: acapara bajo su administración las fortunas católicas, casa viudas de ricos con príncipes cristianos, pone en mal a los padres que le estorban para el libre manejo de la riqueza de los hijos, usa en beneficio y nombre de la Iglesia el poder de sufragio que por el dominio absoluto sobre los fanáticos irlandeses tiene aquí el arzobispo en sus manos.

Dice el presidente un discurso, en que alaba a Cleveland. Se pasa lista. Se reciben, y transmiten a la comisión de credenciales, las protestas de actas. Se adoptan para la convención las reglas de la asamblea de Estado. Se acuerda trasladar las resoluciones que se presenten, sin deliberación, a la comisión de resoluciones, después de leídas. Se eligen por aclamación, sobre listas de antemano compuestas, las comisiones de credenciales, de resoluciones, de organización permanente, de delegados y electores. Se propone, y

aprueba, que la junta de Estado conste de un miembro por cada uno de los treinta y cuatro distritos del<sup>a</sup> congreso. Y luego de oír dos resoluciones, una contra el proyecto de reforma del método electoral para impedir la venta del voto, y otra contra las ligas de los fabricantes, se suspende la sesión, hasta la noche.

Pero la sesión pública de los delegados, no las privadas de las comisiones. Mucho venía ya acordado; mas aún quedan grandes vanidades que vencer: —un condado no quiere que el condado vecino lleve dos delegados a la convención nacional, cuando él no lleva más que uno: Fulano cree que él, que dispone de diez distritos,<sup>b</sup> debe llevar la voz de Brooklyn, y no Zutano, hombre de mucha mente, que sólo dispone de uno: otros alegan que no debe darse a tal condado uno de los cuatro delegados generales, porque ya se le dio una presidencia honoraria; ¡mujeres necias no pelearían más por el asiento más visible en un palco! Más pelearon por estas preeminencias de localidad que por la única cuestión que causaba diferencias ante la comisión de resoluciones, sobre lo oportuno de declararse con más o menos calor en pro de la reforma de los aranceles por que aboga Cleveland, y sus adversarios suponen poco favorecida en el Estado.

Para las siete estaba anunciada la sesión nocturna, y co-

menzó a las nueve y media. ¿Fervor? No: no hubo fervor. Aquella era visiblemente una convención moldeada, preparada, domada. La presión de afuera había vencido el interés de adentro. Cleveland era adoptado como candidato, porque los demócratas del Estado de Nueva York, que no lo quieren bien por lo que tiene de virtud, no osan declararse enemigos de la voluntad de la nación. ¡Media hora apenas duró aquella sesión decisiva! El jesuita laico quedó de presidente de la comisión de organización: «daré muestras de mi agradecimiento,—dijo,—no haciendo un discurso». Risas. *Yankee doodle*. El presidente de la comisión de resoluciones lee el dictamen que propone a la convención; ésta aprueba sin entusiasmo pero sin tibieza, sobre todo cuando aludía a la reforma arancelaria, que arrancó un aplauso nutrido, aunque mucho menor que el único entusiasta que se oyó en la sesión, al acabar el dictamen con una ligera referencia honoraria al gobernador del Estado, David Hill, calvo y aguileño, demagogo hábil, servidor de la ocasión, hombre de gran destreza para repartir los empleos entre aquellos que se obliguen a remunerárselos ocupándose en servir su reelección de gobernador o su candidatura presidencial.—Hill no le niega un

a. En LN: «de».

b. Errata en LN: «disritos».

contrato a un amigo:—Hill tiene colocados a todos sus partidarios:—con Hill no se pasan hambres, como con Cleveland:—a Cleveland nos lo ponen otra vez de Presidente; ipero lo que es a Hill, nos lo ponemos otra vez de gobernador!

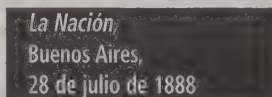
Eso se oía en los pasillos, en el escenario, mientras que por aclamación quedaban nombrados los cuatro delegados generales, con dos más por cada uno de los treinta y cuatro distritos del congreso, que han de declarar a Nueva York en la convención nacional en pro de Cleveland y la reforma de aranceles; —mientras, por aclamación también aprobaban, ya de pie,

la lista de candidatos del partido a electores del Estado, que son los que de hecho y por ley eligen el Presidente por quien ya se sabe que no se vota en las urnas, sino por los electores propuestos por las convenciones de cada Estado para la designación del candidato favorecido, cuya elección al Congreso, recuenta y proclama.

Y aquí acababa la sesión, recortada como una silueta negra en una hoja de papel, sin la gracia de los labios ni el brillo de los ojos, cuando la galería insistió a gritos en que le hablaran, en que hablara Fellows, el fiscal blandilocuo, o Bourne Cochran su rival, o el pompo-

so Dougherty, que fue por fin quien habló, floreando los brazos, ahuecando la voz, levantando las palabras por sobre su cabeza con los puños cerrados, lloroso de la voz cuando decía «Cleveland». Deja caer los brazos de repente, y se vuelve a su silla a trancos elásticos. El público aplaude.

José Martí



[Mf. en CEM]

198

# Un congreso antropológico en los Estados Unidos

La influencia espiritual en las cosas del cuerpo.-  
Predisposición orgánica para el crimen.-La herencia  
entre los ebrios.-Científicos y pedantes.-Antropología  
y darwinismo.-El hombre americano.

Nueva York,  
junio 18 de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

**Q**UÉDENSE ATRÁS por hoy las noticias políticas, - el proceso de ineptitud que la junta de educación tiene abierto contra el superintendente de las escuelas públicas, - el matrimonio de una maestra dominical con uno de sus catecúmenos chinos, - la publicación de un librejo infame donde se le suponen al Presidente Cleveland brutalidades domésticas. Vamos adonde hablan del hombre americano y sus orígenes: vamos al primer congreso antropológico celebrado en los Estados Unidos.

Los robles y cipreses seculares dan sombra al pórtico viejo del colegio de Columbia, que

ha abierto sus puertas a los sabios. Se pasa por entre grupos de estudiantes, que comentan alegres la mascarada estrepitosa con que enterraron ayer el año en procesión diablesca, unos vestidos de dómynes, otros de reverendos, otros de mujeres, parándose de pronto a oír un discurso disparatado, uniéndose todos en una salmodia escolar en latín tuerto, y luego, al concluir, tiros al aire, fuegos artificiales, cabriolas en el patio del colegio, «cañones» y «fragatas» de cerveza en las bebederías vecinas, una de las cuales es toda de caoba y terciopelo, costeadas - con su billar, casa de baños y sala de periódicos - por la cuota mensual de unos cuatrocientos estudiantes: y ¡qué acción, cuando se deciden a obrar juntos! ¡qué influjo, en las cosas de su colegio! ¡qué amistades, para el resto de la vida! ¡qué preparación, con los debates y

elecciones, para la vida pública! ¡qué garantía para la libertad! allí aprenden, más que en las clases, a decir lo que piensan, a enfrenar la soberbia y el orgullo, a sentir junto a sí y contra sí el derecho ajeno: aprenden a dirigir, y a resignarse. Usan de la cerveza, pero no vuelve a pisar la casa el que ha abusado una vez de ella. Por entre grupos de estudiantes alegres se llega al aula, gacha y triste, donde en presencia de unos treinta concurrentes, celebra sus sesiones el congreso antropológico.

Y no es la concurrencia tan escasa porque falte en el congreso gente ilustre, puesto que el que preside es Mann, el médico premiado por su enérgica obra sobre medicina psicológica, y de todas las universidades han venido maestros eminentes de la ciencia nueva, y ocupa puesto de honor el príncipe Rolando Bonaparte, junto a los que representan a Mantegazza y Nadaillac, a Pazzi, el antropólogo de París, a Garland, el etnógrafo de Estrasburgo. Ni es porque los

papeles que se leen sean de poco interés, porque ellos todos han sido luminosos, y escritos para enseñar más que para deslumbrar, que es en lo que los científicos verdaderos se distinguen de los de afición, y los sabios de los pedantes:—que con la erudición pasa como con la riqueza, que el que la adquiere de súbito gusta demasiado de enseñarla, mientras el que está hecho a ella la disfruta con moderación y sosiego. Pero la verdad es que en la sesión más animada no tenía el congreso más de cincuenta concurrentes, y mujeres las más, tomando notas con el lápiz ágil sobre la tableta que a modo de mesa está clavada al brazo derecho de la silla. De una ojeada se abarca el público: unas cuantas caras atentas, unos cuantos jóvenes con espejuelos, un desocupado, en traje gris perla, que chupa el puño de plata del bastón y se mira los zapatos de piel de cocodrilo, un alemán con casquete de seda tomando apuntes, un calvo de barba larga y ojos saltones y ambiciosos, un viejo dormido.

Y el reverendo, vestido de negro, que lee en aquel instante su estudio laureado sobre la «mente automática», en un diminuto cuaderno de cubierta azul, que por lo que dice y por la manera de decirlo es digno de más aplausos y público. Su discurso, por lo mismo que sale de labios médicos y trata sinceramente de los misterios de la vida, ¡es un cántico al alma! No

habla de ella; pero la prueba con cuanto va diciendo. Él sabe de mesmerismos e hipnotizaciones. Él ha curado dos veces en sujetos distintos las ansias del mareo durmiendo al paciente con el sopor hipnótico. Él cree en la obra involuntaria de la mente, en la atracción, unidad y fuerza de los espíritus, en un individuo vasto y apretado, hecho de la reunión placida e inevitable de los individuos morales, cuya asociación ennoblecce la vida y ensancha el mundo: ¿no está ahora mismo en Nueva York un médico californiano que cree que, reuniéndose en un mismo instante las voluntades de un gran número de hombres con el deseo de mejorar el universo, quedará el universo, más puro y habitable, por el influjo de las voluntades concentradas?

El antropólogo, el reverendo Turjug, no cree tanto; pero sí halla ridículo, y contra la ciencia verdadera, negarse a reconocer la existencia y acción, natural o solicitada, de las voluntades psíquicas, «sin cuyo conocimiento y uso oportuno, dijo, no puede decirse que haya hoy médico completo». Hay, añadió, base de certidumbre en todas esas ciencias vagas que andan hoy como andaba la alquimia antes de ser química. ¡Y es verdad! La ciencia confirma lo que el vulgo presiente; y así como antes de romper en luz el sol asoman por el horizonte claridades veladas, masas de nubes negruzcas, grietas de fuego vívido, que esplen-

den por un instante en la tiniebla como la luz verde en el vientre del cocuyo, así aparecen, antes de que se afirme una gran verdad natural, sea de lo incorpóreo o de lo físico, ciertos entes extraños, mujeres y hombres, de manos agitadas, de ojo de Edison, con una sobrehumana fuerza de fe, con una heroica indiferencia ante la persecución y el ridículo, con una autoridad extraña que les permite inculcar creencias y dogmas que no pueden demostrar con el raciocinio. Son entes misteriosos, y como hechos de entrañas.

El charlatán los copia y desacredita. Ellos desaparecen, y luego se viene a ver el reguero de luz.

«No hay que dudar de nada, decía Turjug. El cuerdo sabe que lo que él conoce no es límite de lo posible». La ciencia está ya en los umbrales de un mundo singular que empieza a ser científico. El médico y el cirujano deben contar con la influencia psíquica, como con sus bisturís y sus vendajes. Hablaba de perfil, y le daba la poca luz del aula sobre el rostro benévolo.

Parecían desdoblársele los ojos y salir como de una nueva órbita interior, cuando enunciaba alguna de sus verdades esenciales. Tenía la frente alta por el noroeste, como empujada por el pensamiento.

De la ciencia de la vida, más que del origen del hombre, era ese papel, como otros muchos



de los que en el congreso van leídos, lo cual es beneficio antes que defecto, porque con saber cómo es la vida humana, y a cuántos agentes obedece, se libra el antropólogo del riesgo de buscar en la historia de la naturaleza al mero hombre físico, y desdeñar toda prueba que no le parezca serlo, por no ser palpable, cuando cada paso de la ciencia novísima enseña que no sólo lo tangible es cierto, ni lo mental y moral del hombre dependen,—como se creyó en la infancia de la ciencia contemporánea y mantienen mientras les dure la puericia mental los estudiantes noveles,—de tal conformación o tal deformidad del cerebro o el hueso.

Mundsley es un inglés de tal sabiduría que no vale tomar de ligero lo que en su imparcialidad científica atestigua, y el papel que se leyó después del de Turjug fue de él, manteniendo que el crimen no depende de tal región del cráneo, ni se asienta en tal lóbulo, ni el cráneo de los criminales presenta más hondos y cuevas que el de la gente virtuosa, ya sean los criminales de ocasión, por arrebatado de la furia indómita o mal consejo del momento, ya de los predispuestos al crimen por su ignorancia o su flaqueza moral, ya de aquellos a quienes quita el juicio la epilepsia o la melancolía. Todos los crímenes, todas las brutalidades, todas las vilezas están en germen en el hombre más honrado. Lo más vil o

bestial ha aparecido en algún instante posible o deseable al alma más limpia.

La voluntad, las asociaciones, la cultura, sofocan, así como su falta favorece los gémenes malignos. «Y en eso de crímenes,—dijo Mundsley,—tengo una prueba patente de que el criminal no se distingue de la gente honrada, en el predominio que ahora tienen en el mundo los que prosperan, so nombre de negociantes, con estrategias de bolsa que traen a sus arcas la fortuna ajena, los cuales son los piratas modernos, tan alevosos y ladrones en sus cálculos y métodos contemporáneos como los que antes hacían encallar los barcos ricos en sus costas para apoderarse del botín. Y los fundadores de compañías falsas ¿qué son más que salteadores de caminos? Criminales son, como el más vil de los presidiarios, y no se les ve en ninguna región ni lóbulo: antes suelen tener muy plácida la faz, y, sobre el cráneo redondo, el cabello muy liso y bien peinado. No: no hay teoría antropológica bastante fidedigna para que pueda aducírsela como defensa ante los jueces del crimen. No: no hay constitución criminal general que predisponga al crimen o lo excuse.»

Muchos han sido los papeles leídos: De Erust, de Caracas, se presentó un trabajo sobre la etimología del «tabaco», que cree venir del uso que hacían de él los indígenas, al que llamaban *tat-ter-ku-ba*, y no del

nombre que tenía la planta entre ellos:—Darling habló sobre la antropofagia, que según él viene de tiempos remotos, del gigante Polifemo de la Odisea, de los chinos que para embravecerse comían la carne de sus enemigos, de muchas tribus de África, de los papúas, bantas y maoríes hasta los tapuyos y fueguenos de la América del Sur, y los algonquines, los ottawas, los iroqueses, los hurones de la del Norte:—Kerr, de Londres, aportó una valiosa estadística sobre la «herencia entre los ebrios», de los cuales parece que hasta más de la mitad lo son porque lo fueron sus padres, que les legan con la sangre envenenada la sed que sólo se aplaca con la bestialidad y se apaga con la muerte:—Bonaparte presentó en persona al congreso sus libros eruditos, sobre los negros fieros de Surinam, vueltos a la vida salvaje africana, y negados a trabajar para los que fueron sus dueños; sobre los negros braquicéfalos de Nueva Guinea, que son caníbales, al revés de los dolicocéfalos:—Drayton estudió el «chino moderno», en cuyos ojos almendrados y pómulos enhiestos no ve obstáculo alguno a los quehaceres y mejoras de la civilización, en la que las variedades de clima y aspecto corporal influyen menos de lo que propala la ciencia de segunda mano:—un Ingersoll, que no es el orador ateo de fama, demostró con ayuda de láminas que el tipo de Cristo es en cada país

diverso, y semejante al hombre de él, tanto que si al Jesús de Power lo visten a la norteamericana no quedará más que un yanqui vermontés, lo cual recuerda las enseñanzas de un joven profesor de historia de la filosofía en Guatemala, hará unos diez años, cuando paseando con sus discípulos por los pueblos antiguos, les enseñaba cómo los dioses no habían hecho el hombre a su semejanza, sino que el hombre había hecho los dioses a semejanza de él, y donde no había más que un dios, como entre los hebreos, éste mudaba de espíritu, aspecto y voz con cada cambio del pueblo hebreo. —Y más papeles hubo, como el de Thomas sobre los terrapleneros de Ohio, y el de Crothers sobre lo arraigado de las ideas en los pueblos por causa de herencia,<sup>a</sup> a tal punto que se requieren fatigas de sangre y montes de años para arrancar de cuajo una falsa creencia; pero sólo el estudio de Baxter sobre los descubridores de América merece comparación por su mérito e interés al del médico Mann sobre el estado de la ciencia antropológica, que no debe, según él, ir por aquella o esta imaginación científica, más sospechada que comprobada, como carro atado tras de caballo ciego, sino adelantar conforme a la ciencia real, dejando a un lado hipótesis mancas y metafísicas científicas. Ya va pasando el período pueril de la ciencia moderna, que fue

el buchnerismo. Ya no hay anatómico competente que ose mantener, hueso con hueso, que el hombre es, o puede ser, el vástago de cualquiera otra especie de animal, por lejano y recóndito que sea. Ya no se puede ser darwinista, de la izquierda Haeckel, como podría decirse en parlanza escolar, sino partidario honrado de lo que la naturaleza enseña en el desarrollo simultáneo y unido de lo corpóreo e incorpóreo del hombre, algo así como la derecha Schaafhausen.

«Darwin mismo, dijo Mann, no afirmó más sino que el hombre descendía de un tipo animal más bajo que él, muy antiguo y ya extinto. No vio Darwin en los tejidos ligados de la vida y en la ascendencia por la lucha, la demostración negativa del sentido religioso y espiritual del universo, sino prueba mayor y terminante de él. ¡No puedo creer sin angustia, dijo Darwin, que una fábrica tan lenta y laboriosa como la del mundo no tenga más objeto que la batalla de la vida, no pare en algo superior a ella!» No puede deducirse de lo conocido y probable sino lo que desde la infancia observadora nota el niño, y es el orden ascendente en la semejanza de lo creado.

Ni es verdad, añadía Mann, que los climas influyan en el hombre de modo bastante a torcer, o alterar la esencia de su naturaleza, en lo incorpóreo y en lo físico, porque una vez habituado el hombre a él, crece

tan varia y libremente en lo glacial como en lo tórrido, con gente alta y baja, mala y buena, obesa y larguiruta, tierna y áspera: hay kaffires enanos y esquimales gigantescos: los bushmanos, negros por el sol, aman con la misma pasión que los noruegos, blancos por la nieve. Y ¿cómo vino a América el hombre?: Mann, sin fijarse bastante en lo natural y posible de la coaparición aislada del hombre dondequiera y en cuanto que hubo condiciones para su viabilidad, opina que en los tiempos postglaciares, con sus cuatro grandes inviernos con intermedios de calor, pasó el hombre, contemporáneo de animales extintos, o vivos sólo hoy en los países cálidos, por el puente de tierra que en el cataclismo glacial, al entrar en más fuego el globo, se fue abajo, dejando mar abierto entre América y el sudoeste de Europa, que eran antes una misma.

Baxter habló de los descubridores de la América moderna. Para él es claro que Colón oyó en su viaje a Islandia, en 1477, las historias que en las épicas sagas se cuentan, como las del Cid en los romances españoles, de aquellos viajes a la Vinlandia de uvas rubias, que hicieron en sus dragones veleros, con las corazas blancas y rojas de los héroes colgadas a la borda como esca-

a. Se añade lo que sigue hasta «creencia».

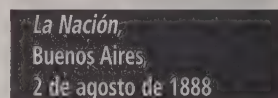
mas, no sólo Bjarni y Leif, normandos hermosos, y Gudrid, de cabellos de fuego, sino Naddo-ord, Gardar, Hoki, Erik, Jugoef, y tanto bravo del norte, sano y macizo como el roble en que tallaban sus vasos de beber, y aquellos cetros torneados y de mucha y menuda pintura, como el que al lado de un hueso de niño con un brazalet y un cráneo con largo pelo amarillo encontró Bradford en Plymouth, cuando gobernaba la colonia. Las sagas cuentan eso, en su poesía de ojos azules.

Y Bonaparte dijo, después de Baxter, sobre los sacerdotes chinos, que bien pudieron ser chinos sin ser sacerdotes, de

cuyo viaje a la maravillosa Fushang, que parece ser el México de ahora, hablan las crónicas asiáticas, con mucho asombro de la novedad, poder, industria y gracia poética del pueblo americano, como si fueran dotes propias de la serenidad, grandeza y fulgor de la tierra en que vivían: más «no sólo, decía Bonaparte, se puede empezar a probar por esos recuerdos que en lo antiguo se conocieron de cerca América y Asia, sino por el símbolo búdico del bien y el mal, que es uno como círculo<sup>a</sup> doble, a manera de letra ese, con el hemisferio del mediodía rojo, como el mal, y el del norte azul, como la vir-

tud: con las mismas líneas y semicírculos con que lo pintan los budistas, tal como el que en muchas piedras y edificios halló en sus viajes mexicanos Désiré Chamay, mi amigo». Y Bonaparte, el príncipe, decía esto de pie, olvidado de pompas, entusiasta como un estudiante, dibujando en la pizarra del aula con mano ejercitada el círculo búdico.

José Martí



a. Se añade lo que sigue hasta «letra ese».

199

# En los Estados Unidos

Sucesos y costumbres.-Los baños y los bañistas de Asburg.-La inmigración italiana.-Millonarios.-Fuegos artificiales.-Los niños judíos.-Huelgas.-La duquesa de Marlborough.-El beso del mayor.-Elecciones.-Gallos y escobas.-El «partido americano».-Los premios del 4 de Julio.-Guerra a la inmigración perniciosa.-Ideas avanzadas.

Nueva York,  
julio 15 de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

LO QUE SE prepara es mucho, y lo que se ve poco, en este mes estival. Los petimetres salen para las montañas con su guardarropa estético, con camisas de seda blanca para almorzar, y medias de seda bordadas de oro, donde las damas vean bien la marca. Narragansett Pier vuelve a ser famoso por la libertad con que allí se enseña la hermosura, tanto que el día no se pasa en las casas, vestido como manda la honradez, sino sobre la arena caliente, y a la verdad, aunque parezca crudeza, sin más disfraz de las formas que el que entra-

da la noche usan las pecadoras de alquiler en las tabernas de los barrios bajos, donde en un trono de cajones vacíos, con marineros y ladrones a los pies, impera, con túnica roja, una beldad carnuda. Son ya los baños aquí causa de tanta murmuración que el dueño de uno de ellos, donde no va por cierto sino gente conocida y dada al culto, ha tenido que proclamar por bando un reglamento según el cual prohíbe que en Asbury Park se lleve puesto el traje de baño más de una hora, porque se ha hecho ya costumbre entre señoras, y caballeros andar con él, a lo que quieran ver los ojos, la mayor parte del día, y no sólo perecear por la arena, conversando al amor del sol a carne limpia, sino que damas y galanes se iban con esas leves ropas de bracero por

las tiendas de la ciudad, y mendaban o comían en los hoteles de la playa sin más velos que una túnica de franela, hasta las rodillas para la gracia femenil, ni más manga ni medias entre los caballeros que la persona desnuda.

Que Could, el millonario, no puede dormir. Que Garret, aquel otro millonario cuya conversación fue acaso la que hizo morir de apoplejía al padre de los Vanderbilt, vuelve de Oriente loco. Que son vistosos los fuegos de Coney Island, donde se ha abierto en la playa un estanque, en que maniobran buques de pino y lienzo hechos a semejanza de los que al mando de Farragut<sup>477</sup> tomaron a Nueva Orleans, y se ve el bombardeo, y el incendio, y Farragut que manda, y el general Butler que entra por tierra a caballo. Que los chinos han tenido su jira campestre, con grandes cacerolas de col sin sal y arroz sin grasa, pero no quisieron ir con los chinos apóstatas, que han sentado plaza con la cristiandad, y van a las escuelas de domingo, si no solos, con una imagen de su dios, Joss, todo de oro, y una bandera verde. Que no se ha de pensar



tan mal de los judíos, aunque en lo hondo del más generoso se vea la angustia y miseria de la raza, porque hay entre los hebreos muchas nobleza natural, por más que el vivir sin patria los haga interesados y egoístas,—y eso se vio ayer, cuando iba una barca cargada de niños judíos pobres, a mecerse en los columpios que tiene preparados en una isla vecina una asociación generosa, y fue de notar la mansedumbre, independencia y gentileza de aquellos niños, que mostraban apetito sin codicia, y belleza sin vicio, y alegría sin brutalidad, a más de cierto donaire en los movimientos que hacían parecer como de casa de reyes a aquellas criaturas miserables, sin más caudal que la perspicacia que les viene acumulada de padres a hijos y la hermosura de sus ojos negros. Que la empresa del ferrocarril de Burlington pagó a dos bribones para que se afiliaran entre sus empleados huelguistas, e hiciesen de modo que pudiera parecer que la huelga había determinado lastimar con dinamita la propiedad de la empresa, que quiso acusar y resulta acusada.

Que se casó en Nueva York con una viuda rica el duque de Marlborough, el hermano de Randolph Churchill, y como no hubo reverendo metodista que les quisiera bendecir la unión, por tener el duque otra esposa viva de la que está separado por culpa notoria de él, fueron los novios ante el *mayor* de la ciu-

dad, que es de los ricos y amigos de la viuda, tanto que la ceremonia no acabó con las palabras austeras de la ley, sino con un beso que dio gustoso el *mayor* a la desposada, según privilegio de su empleo, y permiso que le pidió antes al marido.

Pero esas minuciosidades no distraen a lo más de la gente de la preocupación mayor, que es la de la campaña presidencial, para la que ya están organizadas las juntas de los dos partidos principales, y de los demás también, que entre todos son siete, y uno de ellos el de las Amigas del Sufragio Libre, que han nombrado candidato a Belva Lockwood, la elocuente doctora en leyes de Washington que anda en velocipédo, pero no sin que protesten otras «amigas del sufragio», acusando de trampa la designación, porque candidato debió ser la Anthony, o la Stanton, o la Phelps. Y en ese cálculo de los siete falta un partido, puesto que en el papel se ha de poner todo lo que sea cierto, y es el partido de los espiritistas, o de algunos de ellos, cuyo pretendiente a la Presidencia es un Flirtwood, que recibió de los espíritus comunicación directa y privada de que él debía ser, con la ayuda invisible, el candidato de este año, y no Harrison ni Cleveland ni el de los antilicoristas, ni el de los antimetalistas, ni el de los de la tierra libre, ni el de los obreros, sino él, Elías Flirtwood, conforme se lo ordenan, amigos ya en

la paz del cielo, aquellos dos que no lo fueron en la tierra, Douglass y Lincoln: y no se lo ordena también Harrison, el abuelo del candidato republicano que fue Presidente, porque su nieto es candidato ahora, y «no parece bien trabajar contra la familia».

Cuanto tenga que hacer con las elecciones preocupa principalmente: cómo van a recibir los republicanos a Blaine, con procesiones y arcos triunfales, para que los ayude en la campaña; —cómo Harrison no es mayormente rico, lo cual presenta su partido como una prueba de virtud, sin ver que, para su capacidad y ocupaciones, hartó rico es, y no ha de tener al fin de la vida mucho más de cien mil pesos un abogado mediano;—cómo son dignos rivales los caudillos de la junta democrática y republicana, hombres los dos de ojo redondo que le ven crecer la intención a su contrario;—cómo están llenas las vidrieras de las tiendas de insignias curiosas para la pelea electoral, ya un gallo dorado en forma de alfiler de corbata, con los retratos de Harrison y Morton,—ya un adorno de ojal, dorado también, que es una escoba, símbolo de triunfo como el gallo, con el retrato de Cleveland y su mujer, pomposo él, y risueña ella,—ya botones de seda, con el pabellón nacional por fondo, y bordadas sobre él las iniciales de uno u otro pretendiente,—ya pañuelos de seda o algodón,

bien con la bandera norteamericana, que son los que usan los republicanos como para tachar de enemigos de la nación a los demócratas,—ya el pañolón sin bordes casi siempre rojo, con cuadros al sesgo, que es la divisa de los demócratas y el genuino bandana de la India: no hay por las calles bolsillo sin uno u otro pañuelo, ni ojal sin su botón, ni alfiler sin gallo, ni solapa sin escoba.

Sólo una novedad distrajo algo la atención y ha sido causa de serios comentarios, por venir de un hombre de peso; y fue una fiesta de premios en que el *mayor* de la ciudad, el mismo del beso a la duquesa, acompañó de declaraciones importantes los cumplidos con que iba entregando las recompensas a los vencedores en un certamen que abrió un dueño de diario, para las niñas o niños que escribiesen en pocos párrafos las mejores celebraciones del día Cuatro de Julio.

Y esas palabras del *mayor* son de mayor importancia ahora, por haber venido viajando sin perder pie en el camino el «partido americano» que se fundó hace un año en California, y está celebrando su convención en Filadelfia, en los mismos días en que el primer médico de la Marina se duele de la mísera naturaleza de los inmigrantes anémicos y gibosos que están llegando este año, y el Congreso parece dispuesto a decretar una información sobre

la gente que llega de afuera, que es casi toda turca, o rusa, o de los reinos eslavos, o de lo más pobre de Italia, de donde se está viendo ahora que unos pícaros especuladores echan engañados a mucha familia infeliz, tomándoles una hipoteca, que casi siempre cede en favor de los bribones, sobre las pocas liras que adelantan por el pasaje a los italianos alucinados.

Y es verdad que hoy mismo se cuentan por miles los italianos recién venidos que están viviendo en Nueva York de la caridad de sus compatriotas o de su gobierno, pero también lo es que este suceso puede ser el pretexto de que se valen los enemigos de la inmigración excesiva para plantear el problema, omando insidiosamente como víctima, so capa de protección, a la gente italiana que es mal vista por la irlandesa, cuya inmigración cría más chicos barbones que empresas útiles, y saca del país más dinero que el que le produce, y favorece más las cervecerías que las libertades. Sin que esto quiera decir que no es real el peligro, porque lo es, y han de mirarse mucho los pueblos nuevos antes de negar los derechos de hombre al que los merezca por su lealtad e inteligencia, o de conceder la facultad de volcar o podrir la constitución nacional a quien no sabe leer la lengua en que está escrita.

«Yo no aceptaré,—dice el *mayor* Hewitt,—candidatura alguna del «partido americano», por-

que creo que esto de americano lo hemos de ser por igual en todos los partidos; pero sí creo que se nos va entrando mucho vicio en la sangre, y que es hora ya de ir sabiendo a quién sentamos a la mesa, así como de ir retirando de manos ignorantes y venales el derecho de minar una república con el voto que venden a quien primero se lo paga.»

«Jamás le daría yo derecho de votar, jamás, a quien no supiese leer y escribir! Y nadie tiene que llamarse a queja de que no sabe, porque aquí enseñamos a cuantos quieren aprender. Ni daría yo ese derecho del voto a quien no tuviera, por una larga residencia, cariño e interés real en el país, aunque no fuera el interés que da la hacienda; tanto que si en mi mano estuviera, tal como mantuve que en los edificios nacionales no debía ondear más bandera que la de la nación, así mantendría que no debe darse el derecho del voto al extranjero que no lleve de residencia en el país veintidós años.» Dijo el *mayor*, y dio un beso en las mejillas de una de las niñas premiadas, que era alemana.

José Martí

**La Nación,**  
Buenos Aires,  
23 de agosto de 1888

[OC, t. 12, pp. 15-19]

200

# Narraciones fantásticas<sup>a</sup>

Supuesta contienda electoral en los Estados Unidos.-Convenciones y candidatos.-Escenas interesantes.

Nueva York,  
28 de junio de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

EN ESTE MES de junio no ha sido, como en otros años, lo más interesante las fiestas conmovedoras con que entre besos y músicas se despiden de sus discípulas vestidas de blanco, las maestras, ni la inauguración de monumentos, que siempre es en los meses de sol, como si la gloria tuviera parentesco con la luz, ni las barcadas de niños pobres, harapientos y descalzos, que la gente compasiva envía a la orilla del mar, a que la salud se les entre por los poros con la alegría del verano y el aire salobre, ni la diversión de los baños de mar, que es más de la que debiera, con los mozos desocupados que se pasan el día al sol semidesnudos, cubriendo de arena con lentitud acariciadora, el cuerpo tendido

de sus compañeras de baño, felices y sonrientes.

Ni los juegos de pelota han interesado tanto este año, aunque hay peloteros que han dejado la universidad para pelotear como oficio, porque como abogados o médicos, los pesos serían pocos y les costarían mucho trabajo, mientras que por su firmeza para recibir la bola de lejos, o la habilidad para echarla de un macanazo a tal distancia que pueda,<sup>b</sup> mientras la devuelven,<sup>c</sup> dar la vuelta el macanero a las cuatro esquinas del cuadrado en que están los jugadores, no sólo gana fama en la nación, enamorada de los héroes de la pelota, y aplausos de las mujeres, muy entendidas en el juego, sino sueldos enormes, tanto que muchos peloteadores de éstos reciben por sus dos meses de trabajo, más paga que un director de banco, o regente de universidad, o secretario de un departamento en Washington.

Se tira a la pelota, como todos los junios: se calman los

negocios: se llenan de amores nuevos, maridos benignos y casadas solas los hoteles de las playas y de las montañas: salen embanderados, con su carga de bailadoras, los vapores que llevan por las costas vecinas, pobladas de árboles, a los novios juguetones, los comerciantes fatigados, las madres deseosas de un poco de aire puro para sus hijos recién nacidos, que se les van con los calores del verano, como el aroma de

- a. Esta crónica apareció publicada en el periódico *La Nación*, con la siguiente nota: «Martí ha querido darnos una prueba del poder creador de su privilegiada imaginación, enviándonos una fantasía, que por lo ingenioso del tema y lo animado y pintoresco del desarrollo escénico, se impone al interés del lector.

Solamente a José Martí, el escritor original y siempre nuevo, podía ocurrírsele pintar a un pueblo, en los días adelantados que alcanzamos, entregado a las ridículas funciones electorales, de incumbencia exclusiva de los gobiernos, en todo país paternalmente organizado.—*N. de la D.*».

- b. Se añade coma.  
c. Se añade coma.

las rosas: va el gentío incesante a ver la Estatua de la Libertad, que con su pedestal de luz parece de noche como alma encarnada de la bahía majestuosa,<sup>a</sup> con quien baja a conversar una estrella, que es la antorcha que esplende en lo alto de la estatua envuelta en sombra; van a Erastina, bajo los pinos, a ver a Buffalo Bill, con sus «tipis»<sup>b</sup> de indios pintarrajeados, y sus magníficos vaqueros, tiradores grandes y cazadores de ciervos y de búfalos; van a St. George, a la entrada de la bahía, donde con lujo imperial, y no menos de mil comparsas, entre bailarinas, coristas y portatuces, representan los Kiralfy, so pretexto de fuegos artificiales, las grandezas de la Roma de Nerón, sus danzas orgiásticas, sus combates marinos, sus procesiones de triunfo, su incendio final, precedido de un baile de antorchas, que caracolean, luchan, se besan, se apartan, se agrupan, se separan de súbito, en mil caprichos y sorpresas de la danza, hasta que cada una de ellas incendia un bastión, una columna, un toldo, un estandarte, y los diez mil espectadores ven ante sí consumirse en un fuego sonrosado a Roma, mientras huyen las bailarinas, apagando las antorchas en el suelo, asiéndose de las colas de los caballos espartados, lanzando alaridos.

Pero el mes no ha sido de esas cosas menores sino de lo que a todo el país ha tenido animado y suspenso, y es la

convención de los dos grandes partidos, el Republicano y el Demócrata, que en la ciudad de San Luis éste y en la de Chicago aquél, celebraron junta de delegados de las asociaciones del partido para declarar la doctrina sobre que ha de librarse la batalla de la elección, y elegir su candidato. Cleveland,<sup>c</sup> por el denuesto con que ha dicho la verdad, fue el candidato inevitable de los demócratas, que parecían murmurar de él hasta ayer, y acabaron por proclamar su nombre en una escena pasmosa, en que el vótor continuo de hombres y mujeres se sostuvo, con los más singulares incidentes, durante veintitrés minutos. Harrison fue el candidato de compromiso de los republicanos, con quienes no pudieron bastante para lograr la candidatura ni la estrategia de Sherman, ni la astucia de Blaine. ¡Al fin quien pelea de cara, vence!

¡Qué escena de veras la de la proclamación de Cleveland en la convención de los demócratas! Otras veces, como entre los republicanos mismos ahora, los candidatos son varios, y la competencia terca y ruin, viéndose claramente comprar y vender los votos, o traficarse a cambio de empleos y consideraciones si el partido triunfa.

Esta vez, por el predominio de su carácter y el éxito de su mensaje sobre la reforma de los aranceles, era uno solo el candidato del partido por primera

oportunidad en la historia norteamericana,—era Cleveland. ¿Quién no lo sabía desde antes?

Se decía en todo San Luis, colgada de pabellones y llena de luminarias y de arcos<sup>d</sup> para celebrar la reunión triunfante de los delegados demócratas. Se decía en hurra tendido por las calles, donde paseaban, con pañuelos colorados en los sombreros de pelo blanco, las delegaciones de los Estados, con sus maletas de viaje en la mano, y vestidos con luengos balandranes. Se decía en los hoteles, donde el pelarse costaba un peso, y un periódico costaba dos, ni había más camas ya que los peldaños de las escaleras o las bañaderas vacías, donde más de un político de pro pasó la noche, mientras los carpinteros y ornamentistas ponían las galas últimas a la sala de la convención, y de trecho en trecho, entre anchas fajas de pabellones nacionales, clavaban por la punta de las alas grandes águilas de cartón dorado.

Ya a medianoche tenían rematado el adorno. La sala era como un túnel de banderas, y ninguna extranjera, ni irlandesa o alemana, como en otras convenciones, sino todas del país, en muestra de la enemiga creciente contra el influjo excesivo de los naturalizados, en la cosa

a. Errata en LN: «maejstuosa».

b. En LN: «tepis».

c. Se añade una coma.

d. En LN, coma.



política. En el estrado se erguía, rodeada de los bancos de la prensa, la mesa presidencial, y a su espalda en los muros los retratos de los demócratas favorecidos con la candidatura en las convenciones anteriores. A la cabeza de la sala, del estrado al techo, un lienzo enorme, con una puerta en el centro no muy fija, donde a galope de brochetas habían pintado en pocas horas el Capitolio. Al otro extremo, en otro lienzo grande, Washington a caballo. Del techo colgaban las luces eléctricas, en grupos compuestos en forma de lirios.

Allí fue donde el 5 de junio se reunieron, entre delegados y visitantes, más de trece mil almas. Junto al presidente, los cronistas, dibujando con lápiz fácil o escribiendo con pluma pintoresca. El estrado, lleno de secretarios, de vicepresidentes honorarios, de prohombres. La sala, henchida de delegados, que por el estandarte que señalaba el lugar de cada delegación conocían su puesto,—el estandarte con el escudo del Estado, y el asta con los colores de la bandera, rematada con un globo de oro. Las galerías rebosan de mujeres vestidas de fiesta, de políticos de menor cuantía que no consiguieron venir como delegados, de asociaciones con uniformes de colores vivos, que clavan junto a su presidente la bandera.

Y no bien entran los delegados, ya se ve, por el gran número de pañuelos rojos, que el

anciano Thurman es el favorito para la candidatura vicepresidencial. ¿Qué importa que un partidario del general Black, que quiere decir «negro», corone el estandarte de su Estado, como símbolo de su candidatura, con un sombrero negro, ni que otro, amigo del gobernador Gray, que pudiera traducirse por «gris», ondee en la punta de su bastón un pañuelo gris? El pañuelo de yerbas de Thurman será la insignia de la campaña,—el pañuelo de yerbas, de algodón encarnado, con que antaño se guardaban en el bolsillo los senadores las inmundicias del rapé, cuando se tomaba en el Senado rapé en grande, y los senadores se vestían de pantalón color de romero y casaca azul.

Aún no había abierto el obispo la sesión con la plegaria de uso, en que con los ojos en el techo y las manos juntas implora el consejo divino para los que le oyen, como si quisieran salir de él; aún no había llamado a silencio el presidente con su mallette de roble, hecho como para hender rocas; aún no habían tomado asiento las delegaciones todas, y ya uno estaba atando al asta de un estandarte un pañuelo colorado, otro vitorea a un vicepresidente que lo trae muy visible en el bolsillo del pecho, otro junta en una mano diez de estos pañuelos—que aquí llaman «bandanas»—y los ondea a la vez, y a los pocos instantes todo el aire era rojo.

Pero, qué comparación cabe entre esa primera explosión, y la que saludó a Grover Cleveland cuando después de la plegaria del obispo habló de él en su discurso inaugural el presidente, con la que un día después acogió el nombre de Cleveland, cuando con ademán websteriano lo echó sobre la multitud dispuesta al frenesí un orador magniparlante, de habla pomposa, cabellos largos de plata, y gesto heroico.

Como por sobre enojos pasó la convención por las formalidades de usanza,—el discurso presidencial,—la elección de un miembro de cada delegación para cada una de las tres comisiones de actas, resoluciones y organización permanente,—la lectura de la lista de los secretarios, donde no todos están porque lo sean de veras, sino porque con ponerlos en ella queda complacida la vanidad de muchos, que son como mujeres, que gustan de estar donde las vean, y no sirven con placer si no las premian de antemano con una u otra distinción vacía: ¡hombres de tocador, de polvo de arroz y agua de Barcelona, aunque pesan toneladas y parecen buyes! Pero ya la convención iba mostrando desasosiego, hasta que a codo vivo se abrió paso entre aplausos hasta la presidencia un político de ánimo forzado y de mucha anca y pecho, con las manos como mazas y las voces como detonaciones, diciéndole, sin cuello de camisa y sin

sombrero, mientras el presidente bebía agua en el vaso de latón en que se la trajo un negro con delantal blanco, que «se acabasen aquellos proemios y aquellas listas y se procediese a lo que se venía, que era a nombrar el candidato».

«¡Eso! ¡eso!» gritaban los delegados, puestos de un salto en pie. ¡Atrás los que se opongan! Alabama, que por alfabeto debía hablar la primera, cede su derecho a Nueva York. En un cónclave de las asociaciones rivales del partido en Nueva York, se acordó que el honor de designar el candidato fuera del abogado irlandés, de Daniel Dougherty. Allá va Dougherty, a trancos imperiales, con la mano derecha en la pechera de la levita, y la izquierda a la espalda, donde llevan la llave de oro en la chupa los gentileshombres. Su oratoria no es la de las que desenvuelven, sino de las que recogen. Lleva las frases hechas, de modo que a la vez pesen y vuelen. No es orador de convencer, sino de entusiasmar. Remacha los cabos de frase con el puño cerrado, como para que se claven mejor en sus oyentes. Cuando quiere levantar una frase, levanta los dos puños. Se encorva de manera que parece que se va a arrodillar, y de pronto, con el fin del período, se yergue<sup>a</sup> hasta quedar parado sobre la punta de los pies. De Cleveland dice lo que todos saben: su honradez, su bravura, su energía de reformador, su previsión en las cosas económicas. De

una brazada recoge el discurso, detiénelo, se echa sobre los oyentes, como si fuera a lanzarse entre ellos, y haciendo de pronto el cuerpo atrás, de modo que la luz le diera bien sobre la frente, dice, tendiéndoles los dos brazos con el puño hacia abajo, que luego abre: «¡Os doy un nombre orlado de victoria! ¡Nombre a Grover Cleveland!».

Y entonces comenzó el gigante vitor. Ni aquel clamor de la convención republicana cuando Conkling propuso a Grant de candidato en 1866, ni la locura preparada con que la convención de 1884 saludó el nombre de Blaine, pudieran compararse con el imprevisto fragor con que los demócratas acogieron la designación de Cleveland. Los trece mil a la vez rompieron en las más desenfrenadas vociferaciones. Las mujeres aplaudían, ondeaban los abanicos, ondeaban los pañuelos, ondeaban los sombreros. Los sombreros de los hombres tampoco estaban en sus cabezas, sino por el aire. Unos lo echaban en alto sin pararse en dónde iría a caer. Otros lo recibían en la punta del bastón, y le daban vueltas como los juglares. Los del Norte iban alzando por el aire el hurra, cada vez más espeso; y entre los del Sur era cada vez más barbárico y penetrante el alarido. Se oían entre el estruendo chispazos de música: como de muy lejos se la oía, cual lámina de acero que retiembla. Ya no había hombre sentado, ni bastón o sombrilla que no tuvie-

se un pañuelo colorado por bandera.

Y cuando a los cinco minutos de aquel maravilloso vocerío parecía incapaz de mayor esfuerzo el pecho humano, se levantó de pronto como un redoble de él, y fue como furia de Wagner o jineteo<sup>b</sup> desesperado de las valquirias,<sup>c</sup> y era que habían corrido la puerta poco fija del lienzo del Capitolio, y acababa de aparecer el retrato de Cleveland. ¡Al aire otra vez los sombreros! Ya no ondean los quitasoles, sino que los abren, y así les dan vueltas. ¿De dónde han sacado las mujeres, colgadas sobre el antepecho, aquellos abanicos enormes? Muchas, en el frenesí, echan los abanicos a volar. Los hombres, de pie sobre las sillas, se quitan las levitas, y las ondean por una manga. El hurra y el alarido vibran, como abrazados. Cuando un brazo se cansa de moverse, ondean con el otro. Ya las músicas, que están a los pies, se oyen como un galope que se aleja.

Y ¿se sienta la delegación de Nueva York, ahora que va subiéndolo el vitor? ¡Arriba estos traidores! ¿No ven que ahora se está empezando a vitorear, ahora que el vocerío incesante, sin desmayo, creciente, lleva ya diez minutos? La voz es poco. Dan con los pies sobre las sillas. Arrastran a carrera tendida las

a. En LN: «iergue».

b. En LN: «gineteo».

c. En LN: «walkyres»

sillas por el pavimento de madera. Y de pronto se ve que están arrancando del suelo los estandartes de los Estados, que se los echan al hombro los más fuertes, que van en marcha, con los escudos colgantes y las astas de globo de oro a la cabeza, a ondear sus colores sobre los delegados de Nueva York, el Estado imperial, que recibe con abrazos las honras del triunfo. ¿Qué queda por hacer? Golpearse los pechos como desesperados, para sacarse más voz. Subirse unos sobre hombros de otros, para agitar desde más alto los pañuelos de Thurman. Rasgar los balandranes, y repartir las tiras, que ondean en mil manos a la vez, como oriflamas. Arrancar del antepecho de la galería los pabellones y las águilas doradas. Darle al águila impulso y echarla por el aire. ¿Qué es de la música, que ya no se la puede oír? Como masa densa flota pesadamente el grito. Por fin, exhaustos, van cediendo poco a poco al mallet de roble.

Luego, con otra oleada de vivas, designaron a Thurman, veterano de la democracia, de los de barba en halo y labios rasos, para la vicepresidencia. Oró el obispo. Quedó la convención agradecida, por voto expreso, a sus presidentes y secretarios. Se lamentó, por boca del orador Fellows, la muerte de algunos demócratas ilustres. Y no quedó rosa en Columbus, donde vive Thurman, porque como es la flor que

él prefiere, las cogieron todas sus vecinos para llenarle la casa de ramos de enhorabuena; ni en el jardín de Oak Views, donde vive Cleveland, quedó tampoco, porque con las mejores hizo un ramillete la joven dueña de la casa, y lo dejó con sus propias manos en la mesa de su esposo. Él se irguió más, y a ella le brillaron como nunca los ojos azules.

¡Cuán distinta de la de los demócratas la convención republicana! No duró dos días, sino siete. Desde el coche donde anda viajando por Escocia daba Blaine las órdenes a sus tenientes. Él, como quien finge desdenar para ser mejor querido, había renunciado la candidatura como el mejor medio de asegurársela. Que era ficción se ha demostrado con no haber ni aludido siquiera a la renuncia durante la semana de la convención, sino cuando ya fue evidente que le tenían cerrado el camino sus rivales avisados. Y la convención, con sus sesiones enojosas, con sus nueve candidatos por Estados diversos, con sus ocho votaciones sin que de los adversarios adelantase hasta la octava ninguno, no fue más que la lucha desesperada de los amigos de Blaine por arrollar a los candidatos rivales, y la determinación de éstos de reunirse bajo un candidato común si, valiéndose del cansancio o de la sorpresa, pretendían los blainistas sacar victorioso a quien a la larga no lo podrá ser, porque no se ha ido levantando por la leal-

tad y el amor, sino por el egoísmo y el odio.

Pero si el triunfo no pudo ser de Blaine, tampoco fue de sus contrarios, porque la estrategia de los blainistas<sup>b</sup> consistía por una parte en tener en pie muchos candidatos sin permitir que ninguno allegase suficiente fuerza, para que la convención fatigada, a la magia del nombre de Blaine, se fuese tras él en un ímpetu cuando se le presentase el nombre a una hora propicia—y por otra parte la estrategia era estar en tratos con uno de los rivales que, sin ser bastante poderoso para triunfar contra Blaine, lo fuera para salir vencedor con su ayuda.

De Harrison nadie hablaba, aunque su abuelo fue Presidente, y su bisabuelo uno de los padres de la independencia, y el fundador de la casa, allá en tiempos de Cromwell,<sup>478</sup> uno de los firmantes de la sentencia de muerte de Carlos I. Se hablaba de Sherman,<sup>c</sup> que fue el que de todos llevaba obtenidos más votos en la convención, hasta que Blaine, airado por verlo tan decidido a impedirle el triunfo, ordenó que sus amigos fuesen a fortalecer las filas de Harrison, que era el candidato con quien los de Blaine estaban en tratos.

Se hablaba de Gresham, que es hombre culto y caballeroso, pero malquistado entre los repu-

a. Se añada esta palabra.

b. En LN, coma.

c. En LN, punto y coma.

blicanos pudientes por ser más amigo de la justicia y de la equidad en las leyes, de lo que conviene al interés de los bolsistas y magnates, que quieren tener persona amiga en la silla de gobierno.

Se hablaba de Alger, senador todo de oro, no por el que tiene en sí, que no parece ser mucho, sino por el que posee en sus arcas, con el cual es fama que pagó bien esta vez a muchos de los delegados de la convención, que al presentarse al nombre de Alger echaron a volar pañuelos, pulmones y levitas, y devolvieron en vítores inútiles lo que habían recibido en billetes de banco.

Se hablaba de Depew, que desde el día de la inauguración de la Estatua de la Libertad, se presentó candidato, con aquella amenaza extemporánea<sup>a</sup> a los trabajadores que andaban por entonces descontentos y poco esperanzados: y todo Nueva York estuvo con Depew, por no estar con Blaine, quien por contentar a uno de los caudillos de su partido en Nueva York ofendió a otro, lo que le costó el Estado, que se fue a Depew, con cierta esperanza de que la apostura y elocuencia de éste le ganaran prosélitos en la convención, a no

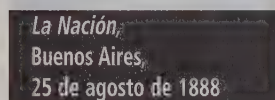
ser que por presidir los ferrocarriles de Vanderbilt se le opusieron mucho, como se le opusieron, los hombres de campo que aquí llaman *grangers*,<sup>b</sup> y ven con razón como a enemigos de su bienestar a la gente de ferrocarril que, so pretexto de darles vías de comunicación, les come la ganancia con lo alto de los fletes, y les priva de lo mejor de sus tierras.

Se hablaba de Allison, senador muy querido en su Estado de Iowa, y de Hawley, general de buen trato y alguna popularidad, que como Allison fundaba sus esperanzas en ser de Connecticut, que es Estado dudoso en las elecciones, como Iowa, por lo que suelen las convenciones decidirse a apadrinar un candidato que, sobre tener el voto usual de los Estados seguros, por la disciplina del partido, pueda, por el orgullo de la localidad lisonjeada, atraer los votos de un Estado vacilante.

Pero éstos eran todas personas de poca significación nacional, o de carácter propio muy marcado, o de bríos para sentarse por sí en la silla presidencial, sin ceder la mitad a otro, mientras que Harrison es de los que, porque le dejen estar en media silla, da el resto, y aun la parte

mayor, a quien le proporcione el asiento. Y por eso lo tomó de aliado Blaine entre sus rivales, sin mucho miedo de que, si corre el viento en pro, sea Harrison un candidato débil, porque entre los republicanos se precia mucho la ascendencia ilustre, como se preciaba entre los federalistas, que eran los republicanos de antes,—y porque como persona es amigable y de bastante partido, y grato a la vez a la izquierda, por uno que otro alarde de espíritu reformador, y a las corporaciones y monopolios, por ir acompañado del rico banquero Morton,—de Morton, Bliss and Co.,—como vicepresidente, y por estar él mismo interesado en una de estas empresas omnívoras. Al poder se va así: a calle ancha, como Cleveland,—o como Harrison, por callejuelas.

José Martí



[Mf. en CEM]

- a. En LN: «estemporánea».  
b. En inglés, granjeros.



201

# Correspondencia particular de *El Partido Liberal*

## Calores de agosto

Sumario.-La «bola de Harrison».-Llegada de Blaine.-Regata de vapores.-Los fidómanos: muerte de la hermana Wade.-«¡La fe lo cura todo!»-El mercader en el templo.-«El voto para las mujeres»: Belva Lockwood, propuesta por su partido para la presidencia.-Su empleo.-Lo que espera.-Treinta esqueletos prehistóricos.-El sorbete mexicano.

Nueva York,  
agosto 18 de 1888

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

ESTA HA SIDO semana de calores asesinos, entierros extraordinarios y llegadas triunfantes. Enorme era en la procesión con que se festejó la vuelta de Blaine, la «bola» de madera; embanderada y cubierta de dísticos y motes, con que los moradores de Cumberland han querido imitar lo que en el mismo pueblo hicieron los federalistas de hace cincuenta años, para ayu-

dar con aquella novedad la elección del abuelo de este Harrison, el hombre humilde de la «casa de madera, y la sidra a la hora de comer», que fue por cierto el mismo que en una carta famosa rogó a Bolívar que no se dejase nombrar Dictador, siendo Ministro norteamericano en Caracas.

Pero por muchas vueltas que diese «la bola de Harrison» en la procesión de treinta mil portaluces entre entusiastas y alquilones, que pasaron las calles en festejos de la llegada de Blaine, más vueltas da en un día la vida de la ciudad, ya deslumbrante, ya feliz, ya hedionda, ya enroje-

cida por el resplandor del incendio del Convento de los jesuitas, quemado de raíz, ya embullada, lo mismo que una aldea, para ver salir en gran regata los colosales vapores que van costado contra costado, a Francia y a Inglaterra, ya inclinada ante el féretro de Sheridan, que pasó con un crucifijo de bronce al pecho, y sobre el ataúd la espada y el tricordio, ya de rodillas junto al río, desmelenadas las mujeres y hundido el rostro en la arena los hombres, mientras sube al cielo «a los brazos de Jesús que esta vez no la dejará volver» la hermana Wade, la santa hermana Wade, que vio a Jesús en este mundo cada vez que quiso, y acaso lo vio de veras, y creyó sin duda recibir de él el mandato de creer en el poder de la oración para curar, por ser propio de la soberbia de nuestro natural tener por cierto aquello en que cree, y por aquel esfuerzo de la fantasía que hace al poeta considerar como vivos los seres que ha creado, o los

que por la virtud acumuladora del genio representan definitivamente una cualidad o pasión del alma humana.

Quién creyera que en esta tierra, llamada por sus mismos hijos la tierra del «peso todopoderoso», persistiese con tal fuerza, y prosperase en estos días heréticos con tal vigor; la secta que, cada verano con ímpetu nuevo, sostiene con la autoridad de cien versículos bíblicos que Dios manda al hombre creer para curarse, que para remendarse una pierna no hay más que pedirselo a Dios con fe, lo mismo que para sacar del pulmón las telas y tubérculos que lo entorpecen, o para echar de los tejidos envenenados la podredumbre del tífus; o para que no se le muera la esposa al varón justo o para que obtenga colocación el pobre obrero que la busca en vano, hasta que la santa hermana Wade le dice que se arroddille en un rinconcito de su casa a pedir solo de veras al Señor, y al día siguiente ¿quién niega que por debajo de la puerta le ha echado el cartero nada menos que cuatro cartas, ofreciéndole cuatro colocaciones?

Por cada diez fidómanos del año pasado hay este año cien: un tabernáculo había junto al río el otro agosto, y ya hay tres tabernáculos: los fidómanos se congregan en la orilla, para los bautizos, y luego en su templo, a leer juntos la Biblia, que es libro ancho, y como tienda abier-

ta, donde halla cada cual, fidómano o mormón, el versículo que conviene a su doctrina, y en la que el hermano Hancox toma pie para su plática amenísima, que acaba siempre anunciando que se va a pasar entre los concurrentes el plato eclesiástico, después de haber contado cómo, cuando unos treinta jayanes forzudos pretendían en vano mover de la arena un casco de buque, él puso el hombro, invocando al señor, y ¡hosanna! allá va el casco, ligero como un estudiante, sin pesarle sobre los hombros más que si fuese de pluma. «Y los hermanos pueden venir a verme el hombro, para que vean que no lo tengo lastimado! ¡Tened fe, hermanas y hermanos míos, en el poder del Señor!» En la puerta del templo, un fidómano de la congregación vende, por su tanto más cuanto, una botellas de «agua santa» que —como que está llena de *penny royal*!— no deja vivo un mosquito. Y la puerta del templo parece una feria, llena de mujeres que compran el menjurje. Y el gran hermano Hancox viene y va entre ellas, y se ve pasear por sobre los gorros de mujer la barba.

Dinero, nunca falta en esta tierra de las donaciones para cualquier empresa que, por tener raíz en las virtudes o defectos del hombre, o nacer de causa real aunque poco visible y transitoria, sea aquí sacada a luz por los truhanes o fanáticos enérgicos, que hallan siempre edecanes entre los desocupados y

ambiciosos, y arcas en los bolsillos de ricachos vanos o torpes, que son pródigos sobre todo en las cosas que llevan mezclado el nombre de Dios, por cuanto así pueden hallarse, en la hora temida de la sombra, con él perdón de haber hecho crecer de prisa su caudal con aguas turbias. Ahora mismo acaba de recibir el partido del sufragio femenino un regalo de veinticinco mil pesos de un entusiasta de Iowa, que ya se están gastando en retratos de la pretendiente al sillón presidencial, y en pagar viajes y sueldos de oradoras ambulantes, y en colgar de pared a pared en las ciudades grandes redes, con el nombre de Belva Lockwood, la predilecta del partido, en letras rojas, azules y blancas.

Seis partidos han entrado en liza, por más que de afuera no se vean más que dos, y pueda creerse, como por esta vez será aún, que el combate va a empeñarse sólo entre los demócratas de una parte, con Cleveland y la reforma de la tarifa, y los republicanos, con los derechos prohibitivos y con Blaine de otra: con Blaine, que no parece dispuesto a aceptar el debate oratorio sobre la tarifa a que lo reta el Presidente de la Casa, el reformista Carlisle, lampiño, de nariz y ojos aguileños, de frente alta por delante y chata por las sienes, de barba cuadrada. Además de los republicanos y demócratas, hay los «antilicoristas», poderosos en el Oeste, y

por lo común en el campo, donde el hogar levanta estandarte contra la taberna,—los obreros del Trabajo Unido, con su candidato Cowdrey, y los del partido rival de La Unión Obrera, con otro candidato,—los «antiinmigrantes», de allá de California, que creen bueno cerrar las puertas a la inmigración, aunque ellos mismos vinieron ayer de las casuchas de Irlanda o de las cumbres desvalidas de Escocia,—los «indígenas», como podría llamarse al partido americano, que viene a ser como el de los «antiinmigrantes» del Este,—y los de Derechos Iguales, con que dan a entender lo principal de su programa los que quieren que se dé voto y entrada en los empleos públicos a las mujeres, y trabajan porque sea electa a la Presidencia la anciana pura y elocuente que ha sabido mantener su familia numerosa y ganar fama de abogado en el mismo corazón del país, en Washington: ¿Quién no la ha visto, en las montañas de frío, yendo al tribunal, con su vestido negro y su gorra de mujer de años, sentada en su triciclo? Ella escribe en los diarios, perora en las reuniones, aboga ante los jueces, saca —ayudada de su hija y sobrina— pensiones y privilegios, admira de veras por la concisión y elocuencia de sus discursos, y cuando un corresponsal curioso la va a ver, en la casa amiga que la hospeda en Nueva York mientras propaga su candidatura, no sale a recibir al visitante

una maría—en—latines, con gafas de oro lustroso y chal de flecos fúnebres, sino una buena abuela, con un cerquillo que deja ver lo noble de la frente, a cuya luz natural añaden encanto la de la mirada y la sonrisa: lleva saya negra y jaique de muselina, prendido al cuello por seis brillantes, montados en cuadro. Habla de lo que quiere a su hija, que «prepara muy bien un caso», y gusta mucho de hacer cocina fina; habla de lo que gana, que es tres mil pesos al año, en comisiones y pleitos; habla del programa de su partido, que no sólo pide el voto para la mujer, sino la prohibición absoluta del tráfico en licores, la creación de un tribunal de arbitramento entre las naciones, la reforma del sistema de salarios, y la entrega de todos los ferrocarriles y telégrafos al gobierno, que los ha de dirigir en pro del pueblo, su único amo. Habla de su nieta, que ya camina, y de que no espera ser electa en toda la República; pero sí en el Estado de Iowa, donde no hay caserío, ¡qué, dónde no hay casa! que no tenga el retrato de Belva Lockwood en su bandera.

Y en Iowa tienen ahora, sin embargo, mucho que hacer, por ser allí tanto el fuego del sol que se encienden las mieses y caen los hombres sin sentido sobre los arados, y echan llamas los ojos de las bestias. «La tierra me quemaba» dice el antropólogo que anda por allí desenterrando esqueletos,<sup>a</sup> «cuando ayudé a mi

gente a sacar del montículo los treinta hombres viejos que encontró sepultados allí, con la cara al este»: «No había restos de carne, ni de ropas, ni de envolturas con plumas y cuentas, ni útiles de piedra o metal, como en las huacas del Perú; pero los esqueletos estaban sentados, con la barba en las rodillas, las manos sobre el suelo, los dos pies juntos: y la cabeza como en cono, echada la frente hacia atrás con el frontal muy grueso y astilloso, y la barba tan afuera que los dientes de abajo servían como de caja a los de arriba: los huesos tenían manchones negros, como si les hubieran secado al fuego unas cuantas jarras rotas, de burdo dibujo, eran su única compañía.—«Pero por poco me come a mí la carne el Sol» dijo el antropólogo.

Y es verdad que la semana ha sido de calores odiosos. Agosto es aquí rojo. Es de fuego de fragua el aire a medio día. Los hombres se van arrimando a las paredes como si las fuerzas les abandonasen. Mujeres, apenas se ven. Los negocios se mueren, como los caballos. Los trabajadores, cargados de bebida, pasan tambaleando. Los cocheros caen pescante abajo, perdido el sentido. Los más felices andan como soñolientos y tardíos, deshecha la corbata, con calzón

a. Las frases a continuación, sin comillas en EPL.

blanco y camisa de franela. ¡Que pasen estos días horribos, para ocuparse de la descarada defensa de los monopolios, que va haciendo Blaine, o de las propuestas de esparcirse por nuestra América, que en sus discursos insinúa, a modo de señuelo el candidato Harrison! ¡Felices los que se van en el *Bourgogne*, que ostenta en su mesa central, repleta de flores, un ramo que sobre todas ellas impera orgulloso, el ramo verde, blanco, y rojo que saluda en su partida a Italia al Ministro de México! ¡Felices los que se van a los hoteles del campo, con su traje leve y pintoresco de jugadores a la pelota de jardín, blanco el calzón largo, de lana la camisa, al

cinto una banda de lana o de seda, con los colores de su club, como las listas del Jevisac y la cachucha! ¡Más felices que los fruteros italianos, los cigarreros bohemios, los sastres rusos, que ven morir en los barrios bajos sus hijos a montones, sin más aire que el fétido de las casas de vecindad donde chorrea la miseria, y para sus hijos, una caja de jabón por cochecito y por cuna! Ya a las tres de la tarde, va quedándose Nueva York desierta. Hay angustia en las caras. Se avalanza la gente a los vapores, a pasar el río, a los pueblos de los alrededores, a donde quiera que haya un árbol. Y al pasar se detienen en fila como en los teatros de invierno, fren-

te a las boticas donde venden jarabes de soda: este año no es la boga, la vainilla o café, como antes, ni menjurjes de quina y de genciana, sino una gloria en vaso que parece hecha de esencia de frutas, de frutas de México. Lo llaman el *Mexican sherbet*. Bulle y aroma. Es de un rico carmín. No tienen manos para vender el «sorbete mexicano».

**El Partido Liberal,  
México,  
2 de septiembre de 1888**

[OCNY, pp. 117-121]



202

# Por la bahía de Nueva York

El verano de los pobres.-Las playas.-Una excursión de caridad.-Vapores de río.-La vida en los hoteles.-Regreso de Blaine.-Su influjo en las elecciones.-El telescopio de Lick.-Jubileo religioso.-Trescientos inmigrantes pordioseros devueltos a su patria.-El Presidente de la República en la bahía de Nueva York.

Nueva York,  
agosto 3 de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

NO ES EL ESTÍO de Nueva York odioso por lo que arde, que mientras dura el león por el cielo es mucho, sino por lo que atormenta a la gente infeliz que no tiene más parque que el techo de las casas, caldeado por el día, o el fresco de las baldosas, que con la luz de la luna parecen menos quebradas y miserables. De los techos de las casas de vecindad, que son las más en los barrios pobres, cuelgan racimos de piernas.

De abajo, de muy abajo, se ve allá, en las alturas de un séptimo piso, una camisa colorada que empuja un jarro blanco lleno de cerveza, como una gota de sangre en que ha caído otra

de leche. La luna da tintes de azufre a las cabelleras amarillas, y vetea de bilis las caras pálidas. De una chimenea a otra, buscando ladrillos menos ardientes donde reclinarse, pasan medio desnudos, como duendes, los trabajadores exhaustos, enmarañado el pelo, la boca caída, jurando y tambaleando, quitándose con las manos los hilos de sudor, como si se fuesen destejendo las entrañas. En la acera donde los niños consuelan el vientre sediento echándose de bruces sobre las baldosas tibias, se tienden al pie de un árbol canijo o en los peldaños de la escalinata, las madres exangües, desfallecidas por la rutina de la casa, mortal en el verano: las mejillas son cuevas; los ojos, ascuas o plegaria; de si se les ve el seno no se ocupan; apenas tienen fuerzas para acallar el alarido lúgubre de la criaturita que se les muere en la falda.

También eso se ha de venir a ver aquí, no sólo Saratogas y Long Branches, y los Tuxedos, donde los mozos sin quehacer, que rechupan el puño del bastón en el invierno, imitan, de casaquín y calzón de punto, la caza de la zorra en Inglaterra, y los Narragansetts, donde se bañan vestidas de turca, con un pañuelo colorado o azul a la cabeza, la linda Joy Lindsay, de Tennessee, con mucho cabello negro, boca de guinda y ojos de sed, realzados por el trigüño pálido del cutis, la hermana de Amelie Rives,<sup>479</sup> autora ya célebre de una novela meridional, por el ardor y el colorido, en que se trata el drama pavoroso de una viuda que contrae nuevos amores, la «hermosura cubana», como llama el *Herald* a Piedad Zenea, «La Golondrina» que escribe a los diarios cartas tan animadas y correctas, la hija del poeta que, al desnudarse el pecho para que se lo llenasen de balas los soldados españoles, iprometió a sus amigos salir del sepulcro a dar gracias a los que fuesen buenos para su mujer y «para la niña»!

Muy hermosas son esas playas y la de Atlantic City, donde va lo mejor de Filadelfia, y

tantas más; ipero ha de conocerse también lo triste!

El hombre acaba por envilecerse, y la mujer por afearse, cuando no temple de vez en cuando el amor exclusivo a su bienestar con el espectáculo de la desdicha ajena. Sólo es feliz el bueno. El mundo no es palacio. El mejor amigo de los hombres es el que los pone delante de su deber, y les dice: Mira. El deber se ha de cumplir en alguna parte,—aquí, o luego.

Suele haber compasión entre los pudientes, y es justo decir que hay muchas sociedades, de señoras sobre todo, que cuidan de enviar por días, y aun por semanas, a los niños pobres a la orilla del mar, donde les tienen campo libre, baños salados, tiovivos y columpios. Se quisiera ser lluvia de oro, y sol, y aire puro, y tienda de ropa, y zapatería, cuando se les ve llegar en fila, encogidos y medrosos, a los muelles de donde los llevan a las costas vecinas los vapores del río. Vienen a cientos, con un orden que aflige. Se hablan cuchicheando, como si estuvieran en la iglesia. Algunos, los más cuidados, traen un bulto, donde la madre puso juntos bajo una toalla desflecada un pastel de ruibarbo y una muda de ropa. Pero pocos cargan bultos. Casi ninguno lleva sombrero. De diez, uno tiene zapatos. Color, lo ostenta apenas, más como mancha de fiebre que como flor de la piel, algún hijo de italianos o de griegos. Las orejitas de las

niñas no tienen gota de sangre. Hay bocas que son llaga viva.

Muchos son tuertos y muchos tiñosos. Hay niña que no tiene más vestido que una camisa azul, atada con una cuerda a la cintura, y por sombrero, sus greñas. Un caballero de cinco años, que se come con los ojos la torta de maní de su vecino, lleva de pantalón uno de su padre, cortado por el muslo, con dos remiendos de cuero en las asentaderas.

Y mientras llega la hora de partir,—a Staten Island, donde Búfalo Bill campea, jinete en alazán, con sus indios medio desnudos y sus vaqueros atrevidos,—a West Brighton, donde en un vasto acuario se finge, entre luces de Bengala y estruendo de cohetería, el incendio del Londres viejo, o la toma de Nueva Orleans,—a Glew Island, por donde pasea en globo, meditando contratos con el arrogante Ericsson, el capitán Martínez,—a Rockaway, costa franca, donde el mar limpio se crece y encabrita, y rompen las olas en la playa abierta con la majestad de la furia, mientras el bote piafa y la multitud busca en él el mejor puesto, para gozar de la vista de la bahía, los chicuelos, que ya osan hablar al amparo del ruido del vapor, se señalan con asombro la gente que va entrando: ¡aquella, con chaleco de hombre, y sombrero de jugador de pelota! ¡aquel, aquel vestido todo de franela blanca, y la camisa también, también de franela! mira ése ¡oh, ése! que va a

jugar «lawn-tennis», a la pelota de jardín, con la chaqueta colorada y la cachucha amarilla: ¡oh, aquel señor, qué señorón que ha de ser, con tanto vientre, y esa leontina tan pesada, y ese chaleco tan planchado, y las patillas teñidas, y la calva! mírale la calva, ahora que se quita el sombrero de pelo blanco! ¡ay, Teresina, mira la madona! aquella que va por allí, con la cara como la madona de la madre, y la sombrilla azul, toda vestida de encaje! Teresina la mira, la mira. Lllaman a los niños a la verja, desamarra el vapor, las ruedas baten el agua muerta del muelle con las aspas poderosas. ¡Y todavía ni Teresina ni su compañero, cogidos de la mano, han apartado los ojos de la escalera por donde desapareció la madona!

En el viaje se chisteaba, se luce el conocimiento de los recodos de la bahía, se ven los muelles clavados, como los dientes en las encías, a ambas márgenes del río; se divisa a los lejos, veloz como una aparición, el *yacht* de Jay Gould, negro y afilado; las velas recién ancladas resplandecen a última luz del sol contra las torres rojas de los graneros.

Los huéspedes de los hoteles van hablando de los chismes de la casa; de los que salen a pasear juntos; de que ésta aparenta más de lo que tiene; de que aquél vino de Nueva York a caza de damas, y con toda su parafernalia veraniega, y sus pañuelos de colorín y sus calceti-

nes de seda con cifra de oro, se va a ir mohíno, sin haber logrado dama; de que no hay gasa tan transparente como la lanilla crema con vivos acarminados con que se baña la mujer del gobernador; de que no es su mujer, sino su amiga; de que perecen de hambre en el hotel, con tanto cordero pasado por agua y tanta sopa de lentejas; de que la temporada sería de no vivir, si no fuera por la gloria del baño del mar, y por los bailes de la noche, que son curiosísimos, donde se ve a un comerciante de peso y pro bailando lanceros frente a un pimpín de calzón a la rodilla, y a una de amazona y sombrero plumado cedaceando con otra de pródigo descote, y a un *dandy* de frac apurando cuadrillas con un garzón que carga con desembarazo su traje de pelotero.

Y en otros grupos se habla de negocios, o de letras, o de política: de que en Chicago van a levantar por fin un monumento a los policías muertos por la bomba anarquista hace dos años,—de que otra vez alzan cabeza, con el fuego del verano, los anarquistas, aunque la verdad es que, no la alzan ellos sino que les echan espías disimulados de fanáticos que los comprometen en planes locos, y luego los delatan. A la autora de «John Halifax, Gentleman»,<sup>480</sup> novela famosa, ya le están levantando por óbolo popular un monumento. Nueve piedras conmemorativas inauguraron ayer so-

lemnemente, reunidos los con-federados y los federales, en el campo de batalla de Gettysburg.

De eso, y de las mil cosas del día se habla, entre un vistazo a la playa y un cuento pecador. De que va a ser muy reñida la campaña electoral, porque los proteccionistas, que son todos los que a expensas de la masa de la nación tienen parte en las industrias privilegiadas, están prontos a gastarse en la campaña puños de dinero, y a Blaine lo van a recibir a su vuelta de Europa como a persona de casa real, con procesiones marciales y cívicas, y banquetes pantagruélicos y enormes luminarias. De que los demócratas lo ven venir a pie firme, y si los republicanos, con quienes está lo más de los proteccionistas, reparten láminas del traje de lana hecho en los Estados Unidos que cuesta diez pesos, para demostrar que con la tarifa alta para las lanas se puede producir trajes baratos, los demócratas reparten también láminas del traje, pero con una nota al pie en que se demuestra que, por la tarifa alta, y lo miserable del salario del sastre, el fabricante cobra diez pesos por tres piezas de vestir que a él no le cuestan más que cinco: y si llega a entrar sin derecho o con menos derechos el traje barato de Inglaterra, es claro que unos cuantos dueños de telares se quedarán sin poder cobrar al pobre el doble de lo que el traje vale, pero el pobre comprará dos con

lo que ahora compra uno, y el que ni uno podía comprar, si se aprueba el proyecto de Mills, puede.

Y el proyecto ya venció en la Casa, que hace seis meses, antes del mensaje de Cleveland y de ver lo que ha podido en la opinión, parecía dispuesta a volverle las espaldas; pero los republicanos del Senado no quieren acordarle el asentimiento que lo convertirá en ley, porque esperarán llevarse de un vuelo la elección presidencial a fuerza de pesos contantes, de músicas, de apelaciones sentimentales al interés del trabajador, a fuerza de paradas y arcos embanderados, de vocerío en la prensa, de halagos a la muchedumbre de cuna extranjera, de paseos y discursos de Blaine triunfante: ¡han ido hasta esperar el primer viaje del colosal vapor nuevo, del *City of New York*, para que Blaine venga en él y parezca que va a recibirlo y a vitorearlo el gentío que ha de acudir al muelle por la curiosidad del vapor! Y no hay que decir que no triunfarán; porque hay mucho interés privado bajo esta campaña emprendida so capa de política; y ya se sabe que la masa popular va donde hay plata y platillos: ¡todavía es héroe, y siempre lo será, un tricornio a caballo, o un retórico que perora desde el pescante de un coche, como los dentistas! Arlequín es como los jesuitas, que parece que muere, pero es porque, para seguir triunfando, se quita el traje viejo, y se pone el de la época. La

naturaleza descuidada en apariencia, agracia con las dotes que aseguran el prestigio a aquellos que son capaces de venderlas, y no las hermosen con el desinterés, raíz del carácter.

Y mientras de eso hablan los temporadistas, como está hablando todo el país, en la cubierta del vapor, se oye gran ruido, la gente se pone en pie, el brazo viril resbala del cuello que ceñía amoroso, caen por el tablado las sillas de tijera, se va de lado el barco con el peso, porque los pasajeros todos se agolpan a estribor.

¿Es el buque que lleva a Europa a descansar de sus faenas al astrónomo que ha descubierto en torno de la Constelación de Lira, con el potentísimo telescopio californiano de Lick, los halos de nubes y estrellas, puestos como corona unos dentro de otros, donde se ve cómo se transforma el mundo, y de vellón opaco y flotante va convirtiéndose en

la masa sólida y luminosa de los planetas?

¿Es algún vapor de río, donde pasea, arengando en la popa, el frenético Harrison, que intentó en vano coronar su jubileo religioso con una leva de almas entre los corredores y bolsistas, gente descreída y hereje, que no se paraba en la calle, donde era el templo, a oír a Harrison, sino a invitar a un corredor amigo a tomar en Delmónico un santo-domingo, que es un menjunje satánico de veras con todos los licores de aroma juntos en hielo picado, o a catar en lo de Savarin el melón de moda, empapado de vino de Marsala desde ocho horas antes de servirlo, o a comprar para su amante de alquiler un perro amarillo con el hocico negro?

¿O es el barco que se lleva de vuelta a Italia trescientos infelices, que echaron acá engañados, prometiéndoles mundos, los pícaros agentes de emigración que merodean por lo más ruin de

Europa husmeando comisiones sobre los pasajes, o adelantando el dinero del boleto al pobre húngaro o piamontés, que por la maravilla de las seis liras al día que le ofrecen de salario probable en Nueva York, deja en hipoteca que jamás redime su casuco nativo y su viñedo?

Barco es; pero ninguno de éstos, sino el *yacht*, relumbrante con su pintura fresca, que lleva a Cleveland, libre por unos días de los enojos del gobierno, atisbando de mancha en mancha con unos cuantos amigos, bien cargado de sábalo el anzuelo, las pozas turbias por donde pueda ir juntándose en greyes la macarela azul. El Presidente lleva un traje de hule amarillo.

José Martí

*La Nación*,  
Buenos Aires,  
19 de septiembre de 1888

[OC, t. 12, pp. 23-28]



203

# La inmigración en los Estados Unidos y en Hispanoamérica<sup>a</sup>

## Aviso a México

**C**ORRE POR ESTOS diarios norteamericanos desde hace un mes un consejo a nuestras tierras que faz a faz ha de llamarse insidioso, por la razón por que se da, y es la de que la inmigración italiana conviene singularmente a nuestros pueblos. Conviene, pero no de todas partes de Italia, ni de la clase que viene ahora a los Estados Unidos. A México sobre todo le dan el consejo, porque es el verdidero más cercano. ¡Oh, México sería muy feliz con los inmigrantes italianos! ¡Excelentes, los inmigrantes italianos! Y se hacen lenguas,—atiéndase a esto bien—de la ventaja que es para un país el allegar elementos de población que le sean afines, y puedan mezclarse con la masa común por el hábito del clima, las semejanzas mentales, y la analogía de los antecedentes. La caridad de estos diarios es mucha, mucha. Grande es el celo que están mostrando estos días porque nuestra tierras, y México sobre

todo, acojan con júbilo a los italianos que ellos desdeñan. Sépase, pues; porque, por el ansia de lo que se llama progreso, y suele no ser más que inconsiderada novedad, podría tomarse en serio por algún demógrafo novel este consejo torvo e interesado.

La tendencia a restringir la inmigración viene siendo mucha en los Estados Unidos, sobre todo desde que, con la ayuda de cierta parte de los inmigrantes, prosperan más de lo que conviene las ideas de violenta reforma social, ya porque los recién venidos, al amparo de una libertad mayor, dan expresión vehemente a sus largos rencores y esperanzas vanas, ya porque, espoleados a la vez por el ejemplo afuera y el malestar propio, meditan los obreros norteamericanos más de lo que place a una sociedad mantenida aún, por más que fuesen los injertos políticos, sobre tradiciones y privilegios. Y antes de cortar el mal, que es la inquietud

obrero, por la raíz de donde viene, por las causas que producen la escasez de trabajo y la injusticia en la distribución de sus rendimientos, se vuelven contra las masas con causas y razones aparentes. Por esto deciden que la inmigración es ya excesiva, y ha de irse reprimiendo: que está entrando en la República demasiada levadura anárquica: que el descontento y amenazas provenientes de ser el trabajo menos que los que vienen a buscarlo, aumentarán

a. Publicado sin firma, pero la indicación al pie de su procedencia de *El Economista americano*, de Nueva York, donde Martí colaboraba desde 1887, permite atribuirle la autoría, además de que el tema de la inmigración fue desarrollado por él desde la misma perspectiva en otros textos. El estilo y el encabezamiento «Aviso a México» refuerzan el criterio acerca de su autoría, en concordancia con Ernesto Mejía Sánchez en OCNy, p. 240.

mientras más vengan: que es preciso ir cerrando las puertas a los inmigrantes, y exigirles de catorce a veintún años de residencia, antes de darles voto en los asuntos públicos: que debe salvarse a tiempo lo que queda de esta república semipatricia y de genuinos americanos. Pero lo que crea esta nueva filosofía social no es el justo amor a la pureza de las instituciones patrias, sino el miedo de los ricos a que se les vengan encima las turbas desesperadas,—y el miedo de los pobres a verse sin trabajo. De esos dos elementos, y de unos cuantos *yankees* hoscos que ven lo extranjero con ojos torcidos, se compone el nuevo American Party, que era una nada ayer, y hoy tiene junta su Convención, con más de doscientos delegados de Estados diversos, en la misma ciudad de Washington.

Pero con ser los Estados treinta y ocho, y los delegados doscientos, setenta y ocho de ellos pertenecen a un solo Estado: el de Nueva York. Y es que a esas razones generales contra la inmigración se agrega en Nueva York una ley local, que es el predominio irlandés en las cosas políticas; y la necesidad que en virtud de él tiene la prensa, vendida a los partidos o medrosa de ofenderlos, de halagar hasta en sus ridículos y odios, a los que, en sí o en sus hijos dominan la ciudad, y aun el Estado.

Y como el irlandés es en su tierra muy mísero e infeliz, se

ase como un caracol al bienestar que encuentra aquí al venir, y con toda su pasión aborrece al italiano que viene a disputarle el jornal que le dan—por barrer calles, acotar rieles, empedrar caminos, y cavar acueductos—aquellos otros irlandeses o hijos de ellos ya endiosados, y hasta en la apariencia de su cuerpo semejantes a las divinidades primitivas, por lo pomposo de la persona, lo lleno de joyas y lo fanático del culto.

Este odio del irlandés al italiano es mayor por lo mismo que ambas inmigraciones, se parecen en lo ruin de sus empleos y en lo mezquino de sus hábitos, porque si el italiano vive por pobreza en cuartuchos fétidos, apilados, maridos y mujeres, hermanos y hermanas, padres e hijas; si de un cazolón comen veinte a la vez, encucillados en la sombra, los hombres febriles, las mujeres con los recién nacidos, como gusanos, colgándoles del pecho; si hay por Mulberry Bend y por Mott Street covachas de napolitanos que parecen haces de huesos vivos, con todo el fósforo en la calentura de los ojos,—el irlandés no le lleva mucha ventaja, metidos con su parentela en casucas hediondas, sin más flor que la col, bebiendo a tinas los fondos turbios de los cuñetes de cerveza, sin amistad más íntima que el chivo y el puerco. De ahí crecen, pero así son en la raíz.

Y como el irlandés, en virtud de lo muy oprimido que lo tie-

nen, es despótico, y ve aquí de señores a los suyos, que eran poco menos que siervos en su tierra, ya se cree señor él en cuanto llega de Irlanda, y ve todo este país como su patio, y a los que buscan trabajo acá, los ve como a los puercos del corral vecino, que se entran sin derecho a comerle sus coles. El número, que es el voto, es irlandés en Nueva York.

Sin el voto irlandés, nadie puede vencer en Nueva York.

Irlandeses son los policías, los alcaldes municipales, muchos representantes a la Asamblea y Senado del Estado: los empleos de cuenta de esos que rinden de diez a ochenta mil pesos al año, son de irlandeses o de hijos de ellos, que siguen creyéndose en el país como de conquistista, y tratando a la República como venida al mundo para mantener en principados y canongías a los emigrados de Irlanda.

Por los votos se obtienen los empleos. Desde los empleos se reparten los dineros públicos. Los dineros públicos van, en una forma u otra, a los que dan los votos. Esta es la máquina política de la ciudad, de Nueva York y de todo el Estado.

Y el italiano viene, con su bulto al hombro y un hijo en cada bolsillo; comen sol; beben aire; con una cebolla tienen para una semana: por un pedazo de pan trabajan un día entero, con amarse hasta secarse, y matarse por celos los domingos, tienen la vida hecha:

disminuyen los salarios, y las ocasiones de trabajar del irlandés: el irlandés grita entonces ¡abajo el italiano!: se pelean en las plazas públicas: se vienen a las manos en cada esquina, y el policía lleva siempre al italiano preso. Por eso, aprovechándose de la opinión desfavorable a la inmigración, han ido de Nueva York a la convención setenta y ocho delegados. Por eso la prensa de Nueva York, y la de los Estados que reciben su impulso u obra por las mismas causas, convida a nuestros países, y a México sobre todo, a que «se allegue razas de elementos afines», vendedores de fruta, limpiabotas barrecalles, —«a que robustezca su población con razas análogas», no los espaldudos agricultores de Piamonte, que esos vienen poco acá, sino los pescadores de arete y pulsera, los traficantes en limonadas y naranjas;—«a que dirijan sobre nuestros países, sobre México especialmente, la gran emigración italiana».

Y es cosa de pensarse, por lo mismo que está sucediendo en los Estados Unidos, qué especie de inmigración debe llevarse a nuestras tierras, y con qué privilegios, y hasta dónde deben gozar de los derechos públicos, y si va sobre seguro el pueblo que dé intervención en sus cosas a los extranjeros antes de

que críen familia en él y lo amen, cuando para traer la inmigración no es necesario ir a tanto, ni poner en peligro, como se han puesto aquí las instituciones nacionales, sino que basta con asegurar el bienestar, y el decoro de hombre libre por supuesto, a quien ni es hombre libre en su tierra, ni tiene allí esperanza de bienestar alguno.

Ya no es como antes, que la inmigración salía de Europa por el anhelo de la libertad, o lo insufrible de la tiranía: por hambre sale ahora: de la inmigración se ha hecho un negocio: se han creado con tráfico de inmigrantes, empresas de vapores enormes: se ha caído en el error de pagar prima por cada inmigrante embarcado: los vapores de inmigraciones, necesitados de pasaje para su sostén, tienen llenos los países más infelices de Europa de gentes que alucinan con promesas a los campesinos para cobrar de las compañías sobre sus boletos de pingüe comisión: los especuladores, como los cuervos han llovido a donde huele a muerte, y andan por Europa tomando viñas y labranzas en hipoteca por el precio del viaje que adelantan al campesino alucinado. Y a esto se junta el interés de los gobiernos europeos, de Inglaterra, de Alemania, de Rusia, que a escondidas, pero con mano

segura, van echando de su territorio a los criminales y páuperos sobre América, y les pagan de muy buen grado el poco precio de la travesía. De mendigos turcos, de húngaros viciosos, de judíos de Rusia, de ingleses viles, están llenando a los Estados Unidos las comisiones de moral pública de todas esas tierras: y de zambos, cojos, jorobados y tuertos. Sépanlo nuestras<sup>a</sup> tierras, y cuiden de sus agencias de inmigración, porque estos puertos americanos acabarán por cerrarse, y en esta parte con mucha razón, a esas turbas leprosas: los vapores enormes buscarán nuevo empleo: los gobiernos y las comisiones de moral volverán los ojos a otras tierras: y con la voz de *progreso*, y el anhelo de adelantar, los acogerán acaso con júbilo los que no saben que así se llena la patria de pus y de veneno. Urge vigilar mucho, y en seguida, porque nos van a querer poblar con criminales.

(*El Economista Americano*)



[OCNY, pp. 122-125]

a. Errata en EPL: «nuestra».

204

# El general Sheridan

## ¡Felipín!

Sus primeros años.-Aventuras de colegial.-Con los indios.-En la gran guerra.-Asalto de una montaña.-Mando en jefe.-La caballería antes y después de Sheridan.-La carrera del caballo Rienzi.-De la derrota a la victoria.-La campaña del Shenandoah.-Carácter de Sheridan.-El militar en la República.

Nueva York,  
agosto 18 de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

**H**A MUERTO Sheridan. La cabeza redonda, pelada al rape, pesa sobre el cojín, como una bala de cañón: la mujer, de rodillas, lo ase en vano del hombro que ya no cargará más que una vez, en la ceremonia funeral, la hombrera de oro: allá, dentro del pecho gigantesco, las válvulas de la aorta y de la arteria pulmonar barbullean, como el vapor que busca puerta, y al fin callan: la esposa rueda sin sentido a los pies de la cama en que acaba de morir el que a los quince años ganaba dos pesos al mes midiéndolo cintas en la tienda de

su pueblo y a los treinta y tres era general de caballería a la derecha de Grant, azote del ejército épico del Sur. No pensaba al morir en la tarde en que monte arriba cargó contra los confederados, seguros en las rocas de Missionary Ridge, y los echó casi riendo, de su nido de águilas: no pensaba en la batalla de Stone River, cuando resistió con su izquierda al empuje de los rebeldes, orgullosos de haber puesto en fuga de una pechada la derecha y el centro de Rosecrans,<sup>a</sup> perdido en tácticas: no pensaba en su arrogante Rienzi, su retinto de cañas blancas y de larga cola, que en un salto de catorce millas cayó de Winchester, donde se supo la derrota del ejército, en Cedar Creek, donde con el caballo negro apareció la gloria: no pensaba en los días en-

sangrentados en que en el cielo carmíneo del invierno reflejaba sus últimas luces en los montes de muertos donde azules y grises, roto el fusil y asiéndose la garganta, yacían entre mochilas y cureñas, con los pies en el aire, como las greñas de una loca, o hundidos cabeza abajo, con la nieve al pescuezo: no pensaba en sus fieras correrías por el valle asolado de Shenandoah, sin más luz en el aire frío y turbio que las llamaradas moribundas de los graneros y cortijos, ni más piedad que el meter los sables hasta el puño, ni más yerba que la ceniza. «¡Felipín!... ¡Felipín!...» decían aquellos labios que supieron en vida más de juramentos que de ternuras: y buscaba con la mano la cabeza de su hijo de siete años: «¿Me conoces? ¿me conoces?...», le preguntaba su mujer hermosa, hija de militares, solicitando con los ojos locos aquella mirada desvanecida: «¡Felipín!... ¡Feli-

a. En LN, siempre: «Rosecranz».



pín!...»<sup>a</sup> Y buscaba con la mano la cabecita rubia.

Ayer aún regía el ejército, con el grado sumo de general que sólo Washington, Grant y Sherman han tenido antes,—aquel hombre de cuerpo singular, coloso del cinto arriba y del cinto abajo enano, que en la guerra ganó fama de héroe por el ímpetu y brillo de sus ataques, y con su respeto a la República supo luego en la paz conservarla. Ayer aún lo saludaban al pasar los vítores entrañables de los soldados a quienes en los días de la guerra ayudó a sacar del fango los carros atascados, con la misma mano que de un latigazo echaba al recluta despavorido sobre las filas: las mujeres dejaban caer sus ramos de flores, en la fiesta con que Philadelphia celebró el centenario de la Constitución, al paso de su caudillo favorito: los niños, que leen en sus libros de escuela el cuento maravilloso de la carrera de Rienzi, entorpecían con banderas y coronas el andar de su caballo favorito: allá iba, cargado de honores, el creador de la caballería, el enemigo de verter sangre inútil, el verdadero vencedor de Lee, el jinete<sup>b</sup> pintoresco, el general romántico. Pero aquella cabeza no se inclinó para dar gracias, ni el caballo caracoleó, ni abatió la espada, sino al pasar junto al estrado del Presidente de la República: ¡traidor es el que recibe homenajes para sí, frente al que en su persona lleva encarnada la patria! te defendí ¡oh patria! en la hora

de la necesidad; pero no te perturbaré en la hora de la paz con mi ambición porque me diste vida para defenderte, y ocasión para ganar gloria, ¡haré yo de mi valor ¡oh patria! un látigo, y de ti haré mi caballo?—Así no habló Sheridan, que no era hombre de palabras finas; pero obró así, que es mucho mejor que hablar. Y cuando vino de saludar al Presidente, pareció como que venía de otra victoria.

Y hombre más militar jamás lo hubo, ni más resuelto en los combates, ni más amigo de las cosas de la milicia, con aquel tanto de desdén del militar por quienes no han puesto, como él, el pecho ante la muerte. El peligro es como una investidura: tienen como majestad los que se han visto en riesgo de morir: la hermandad de los que han afrontado el peligro, anuncia que en la muerte están de veras la concordia y reposo que en la existencia se anhelan en vano: de todos los camaradas los más amigos son los conmitones,<sup>c</sup> que se celan y aborrecen cuando disputan entre sí un premio apetecido, pero se ligan tácitamente, con una lealtad rayana a veces en crimen, en cuanto el país amenazado por su preponderancia se dispone a poner coto a los que quieren volver contra él la gloria y privilegios que le deben. ¡Pelear es una cosa, y gobernar otra! Subordinese, decía Sheridan, el empleo militar, que es el agente de la ley, al gobierno civil, que es la ley. La guerra no inhabilita para el go-

bierno; pero tampoco es la escuela propia del arte de gobernar. Yo sé aterrar de un terno a un escuadrón, y de una galopada entusiasmar a un ejército; pero de los elementos nacionales, de la mezcla sutil y lenta de las razas, de los celos y arterías que suscitan a los pueblos nuevos sus rivales, de las leyes de hacienda y de la gestación social, de los problemas de la industria y los caminos del comercio, ¿qué sé yo? ¡Yo no he leído nada de eso en mi sable! «Muchachos, con el brazo alzado digo que desea mi mal el que me quiere sacar de mi gloria tranquila para llevarme a dar tumbos de acróbata en la Presidencia de la República: ¡por la ley y por la paz, muchachos!».

Lo de acometedor se le veía en los ojos vehementes, y en la cabeza que parecía testuz.

El cuerpo se le iba del lado de la brida. Las piernas eran dos hilos, y sustentaban con dificultad el torso enorme. De hombro a hombro había una carrera de caballo, y del pecho a la espalda cabía un héroe. Del torso, como del carapacho de una tortuga, salía la cabeza esférica, movable e impaciente, como buscando por dónde arremeter. Dicen que en batalla era hermoso verlo, cuando tenía el pelo negro y

a. En LN, no cierra comillas.

b. En LN, siempre: «jinete».

c. En LN: «comilitones».

no pesaba más de ciento treinta libras, correr de uno a otro grupo tendido sobre el cuello del caballo, chasqueando el látigo de cabo de marfil, redimiendo con la gloria de los ojos lo corto de las piernas: «¡A ellos, muchachos, a ellos, hasta que les gastemos las botas!» «¡Vuelvan la cara, bribones, vuelvan la cara!» «¡Muchachos: aquellas tiendas son nuestras: hemos de dormir en ellas esta noche!» Y aquella menudencia de hombre iba y venía como una llama de un escuadrón a otro, volvía a todo galope a la altura donde era hábito suyo presidir el combate, y cuando con su ojo redondo veía de lejos un peligro inesperado, o un encuentro muy recio, de un espolazo caía en medio de la brega, y con el ejemplo de su bravura renovaba la de sus soldados. ¡A pelear hemos venido, y la guerra es del que pelea! ¡Atacar, atacar:<sup>a</sup> no hay más que atacar para vencer! ¡Retirarse, bueno, cuando ya no tengan fuerza los dientes para sujetar el sable! Y, como los salvajes, los soldados rompían en vítores, al ver chispear por entre el humo sus hombreras de oro.

De nacimiento vino peleador, como de padres irlandeses, que son cepa bravía; pero no era de esos gandules que se crían el brazo para que les alaben la robustez, sino de los bravos de verdad, que aguardan a tener razón para vencer con la fuerza de ella. ¿Tiene cinco años y se le resiste un potro cerrero? ¡pues a gatas lo monta, y echa a andar

con él, sin bocado ni silla: ¿son muy pobres sus padres, y ya le han dado la educación que podía, leer y escribir, en la escuela del lugar? ¡pues, por peso y medio al mes se acomodará de mozo de limpieza en una tienda, y el sol al salir lo verá barre que barre todas las mañanas! Todos hablan de «Felipín», de aquel industrioso Felipín que en nada se maravilla, ni parece que guste mucho de libros, pero da señas de hombre, ágil en sus quehaceres, cauto antes de soltar el puño, tremendo cuando lo suelta.

Toca al distrito nombrar cadete para una vacante del colegio de West Point, y el diputado, que era hombre de la llaneza, no propuso a hijos de rico, sino a Felipín. En lecciones, mal; en conducta, peor; en táctica, bueno; en genio, cuando un sargento de su clase lo reprende en filas, se va encima de él con la bayoneta calada: rompen líneas, echa el fusil en tierra, y la emprende a puñetazos con el sargento, que le lleva dos cabezas. Después de un año de castigo sale teniente entre cincuenta y tres con número treinta y cuatro; y lo envían a los Estados nuevos, al trato de los rufianes de la frontera, a la guerra con los indios. Lleva dotes felices: mide de un ojeo el campo en que ha de combatir: todo lo toma en cuenta, la vereda, el arroyo, el peñasco, el breñal,<sup>b</sup> el tronco de árbol, si es de arena el suelo, si es de tierra húmeda: olfatea a los «coquillos» y «yokimas»: duerme de bota puesta, pronto siem-

pre a rechazar al salvaje. Aprende a forrajear, a acampar, a retirarse en orden, a marchar de prisa sin fatigar las cabalgaduras, a informarse, a asomar cuando no se le espera, a nochejar en la silla: «El indio es como los ríos, que suelen correr por debajo de la tierra: se hundió allá atrás al pie de un olmo, ¡y surge, untado de bija fresca y con su cresta de plumas, entre los cascos del caballo!»: aprende el vuelo del indio, que lo aprende del águila. Y cuando el Sur arrogante provoca a guerra al Norte mercader, allí estaba, piafando como su caballo, el que a rienda tendida había de acorralar sobre Appomattox al Sur cadavérico, sin más oro que el de la espada de Lee, sin más caballos que los que ya habían aprendido a huir, sin más trigo que el que les había llevado de sus graneros el enemigo. Jamás fue tan bello el Sur como cuando se rindió en Appomattox, harapos, descalzo, vendada la cabeza, la barba ensangrentada, apoyado, para no caerse de hambre, en su caballo macilento. Sheridan deslució su triunfo tratando a los vencidos de Luisiana, no con el arte de paz, que en la guerra mal se aprende, sino a ordenanzas y a gritos. Lo que en el militar es virtud, en el gobernante es defecto. Un pueblo no es un campo de batalla.

a. En LN: «atacar».

b. En LN: «el peñasco lebreñal».

En la guerra, mandar es echar abajo; en la paz, echar arriba. No se sabe de ningún edificio construido sobre bayonetas.

Fue al principio de la guerra como aquellas aves mayores que no caen de una vez sobre la presa, sino dan vueltas ponderosas en el aire, como tomando impulso, y luego, abierto el pico y erizadas las garras, se abalanzan de un vuelo a la víctima, como una saeta. El que de una batalla se aseguraba las estrellas de coronel y al mes era brigadier y a la otra arremetida mayor general, se contentaba con salir capitán de esta pendencia. «¡Ira de Dios!» le oían decir, al montar de mala gana, lejos del campo donde tronaban los cañones de Grant,<sup>a</sup> su pobre caballo de teniente. Se despuntó a dentelladas el bigote. ¡Ellos allá, y yo aquí cuidando indios! Y sin la recomendación del general Halleck, que siempre puso el hombre en sus ascensos, allí se habría podrido aquel valor, llenando mochilas y contando raciones, de capitán de *détail*<sup>b</sup> en Michigan. También lo habían hecho juez de reclamos, cuando el Norte trataba aún al Sur con mano cortés, y pagaba a los neutrales lo que hubiesen habido mal las tropas; pero estas aguas blancas y modos de miel no parecían propios al juez para tiempos tales, y por manirrudo y áspero de palabras lo sacaron pronto de la silla del juzgado. ¡Él allí, con el sable dormido sobre los brazos del sillón, y allá

lejos el asalto de Fort Henry, la toma de Donelson, la carnicería de Shiloh! Por fin le dan el mando de una brigada de caballería: lo apura el contrario: abre sus fuerzas: cierra por retaguardia contra los rebeldes, que ya por el frente lo tenían ahogado: ¡y los que les estaban echando encima los belfos apenas tuvieron tiempo para volver las ancas!

En Stone River no manda sólo caballos, sino el ala izquierda del vacilante Rosecrans. Bragg lo aprieta por la derecha y va echando atrás a punta de rifle a los federales. A oleadas se repliega<sup>c</sup> el centro, picado por Clayborne.<sup>d</sup> Pero Sheridan, con su ojo de trilobites,<sup>e</sup> ve por el frente, por los flancos, por la espalda. Cambia sus líneas. Cierra su cuadro. Vuela de la colina donde manda, a los montones que flaquean. El aire está rojo, por el resplandor y por los ternos. ¡Para eso le enseñaron en West Point la táctica de todas las armas!: ¡Donde la infantería desfallece, allá va a sacarla del estrete la caballería! ¡Carga por retaguardia, contra aquel pelotón que corre a tomarle los cañones! La caballería es eso: lo inesperado. Donde pueda moverse y la sepan tender y replugar a tiempo, la caballería decidirá siempre las batallas... Y en las tres horas de pelea implacable, Rosecrans tuvo tiempo de poner su gente donde trató en vano de desalojarla el enemigo envalentonado: «¡Esto es, general, todo lo que queda de

nosotros!»—«¿Y los tres brigadieres?»—«¡Muertos!».

Por indeciso quitan el mando a Rosecrans. Por sostenido se lo dan a Thomas;<sup>f</sup> Grant es, por fin, nombrado jefe de las tropas que asaltan a Chattanooga, corazón de la guerra. En Chattanooga es la refriega. Los confederados repletos de municiones, coronan el monte: los de Grant, codo en rifle, aguardan la orden de escalar: en el día limpio estallan las descargas como bocanadas de carmín en florones de humo: como chasquidos de látigo baja de la cumbre el fuego graneado de la fusilería. De pronto ¡allá van los soldados, tragándose peñas! ¡Allá<sup>g</sup> van sin esperar órdenes, una división, otra, otra! ¡Sheridan ve el primero la arremetida que general alguno puede contener: se saca del bolsillo el frasco del whisky: saluda con él al enemigo que borda la eminencia: bebe el frasco de un trago: mete la espuela a su animal hasta la bota y a galope va entre hurras a la cabeza de su gente, y embiste a caballo breña arriba! El ejército acude a reforzar aquel ataque loco. Bragg ceja. Sheridan va delante de los suyos: parecen más altos, porque caminan sobre muertos:

- 
- a. Se añade coma.
  - b. En inglés, destacamento. Errata en LN: «détail».
  - c. En LN: «replega».
  - d. En LN: «Cleyburne».
  - e. En LN: «trilobitis».
  - f. En LN, coma.
  - g. En LN: «allá».



los confederados, roca abajo, huyen: erguido, como de piedra, enfrena su caballo sobre la cumbre más empinada un hombre de piernas cortas y torso gigantesco.

Grant y Sheridan habían tenido antes su enojo, al irse Sheridan contento del cuerpo que Grant mandaba, bien porque le turbasen el corazón aquellas punzadas de la envidia de que por lo flaco de la carne no están libres los caracteres más nobles, bien porque desconociese el valer de Grant, con aquella curiosa ceguera que los hombres eminentes suelen tener para los méritos análogos al suyo. Pero no hay grandeza verdadera sin sencillez y generosidad: y aquellos dos eran de veras grandes. «Sí, sí, lo haré jefe de caballería», dijo Grant en cuanto Halleck le propuso para el puesto a Sheridan. «Ahí le va», escribió Lincoln a Grant, «un hombre de pocas libras; pero es el que necesitamos.» La guerra es poética y se nutre de leyendas y asombros. La guerra no es serventesio<sup>a</sup> repulido con ribete de consonante y encaje de acentos. La guerra es oda. Quiere caballos a escape, cabezas desmeledadas, ataques imprevistos, mentiras gloriosas, muertes divinas. Quiere héroes que sepan echar la vida al aire, como el matador echa, al brindar el toro, la montera. Quiere asedios increíbles, y montevidéanas defensas. La muchedumbre humana es aún servil, y ama al que vence. El alma

humana es como una caja de colores que, al sol de la gloria, resplandece. Los cráneos están llenos de colores. El hombre ama lo centelleante y pinto-reoso.

Dice a las muchedumbres algo grande, sea elocuencia, sea embestida, sea resistencia, sea virtud, sea crimen. Grant aturdía: Sherman pasmaba: Sheridan sólo deslumbraba: no hubo más que un vitor cuando Grant lo hizo jefe de la caballería.

¡Y qué meses de angustia! Early, el jinete rebelde, era señor del valle de Shenandoah, y con los cascos de sus caballos echaba todas las mañanas polvo sobre Washington. Las Bolsas vendían a tipo de pánico el oro. Los bancos se cerraban. Cada mañana se creía ver a Early cogiendo flores en el jardín de la Casa Blanca para la mesa de Jefferson Davis. ¿Qué haría Sheridan con aquella caballería flaca y zancuda, policía trasnochada, sin más oficio que el de sereno y centinela, piquete aquí y escuadrón allá, cojeando tras un convoy o vigilando el rancho? «¡Con pencos, ira de Dios, no se puede perseguir águilas!» «¡Ahora voy yo a enseñar lo que se puede hacer con la caballería!» Y es verdad. La caballería es como el gerifalte de la guerra moderna, en caer cuando no se la espera, en venir con la presa en los dientes, en recogerse cuando lo quiere el cazador. El valor crece a caballo. En el caballo hay gloria. ¡Oh Dios! morir sin haber caído sobre los tiranos

con una buena carga de caballería... Sheridan sabe que para que un sable corte bien, hay que templarle la hoja. El general debe organizar primero y pelear después. Rehace su arma: reduce el servicio de piquetes: llama la reserva: ordena la remonta: quema los arreos viejos: hace bruñir la piel de los caballos: las chapas nuevas centellean: las esclavinas alegres flotan sobre los hombros: soldados, vean que los sables tengan filo! Mientras la nación asustada murmura, él reconoce el valle donde va a operar, lo que se tarda en subir esta cuesta, lo que se puede esconder en aquel recodo, los caminos por donde pudiera el rebelde sorprenderlo, la distancia a que se ha de soltar la rienda fresca para chocar con el rebelde exhausto cuando aún no se tenga fatigado el ímpetu.

Y parado en los estribos de bronce, mide la extensión cubierta por el ejército del Norte y lo ciñe y protege con la fuerza rehecha de caballería: ¡por donde avancen infantes y cañones, allá vayan jinetes con ellos! ¡cuando tengan la infantería los rebeldes al cuello, la caballería se los vendrá a sacar por el cogote!

Y entonces fue aquella carrera frenética del retinto «Rienzi». Sheridan había vencido a Early una vez, y fue a consejo

a. En LN: «serventesio».



a Washington. Venía a buen paso en el retinto, meditando, entre una y otra visita al frasco, mayores correrías, cuando husmeó de pronto la derrota: «General, ¿qué es?»—«Ira de Dios! ¿no lo sienten en el aire? ¡que nos han derrotado!» En Winchester le esperan los rumores del desastre: «¡Conmigo, veinte!» El camino está lleno de grupos de cobardes: ¡Crook queda atrás vencido! ¡Early lo está anonadando! «¡Vuelvan la cara, hijos!»—«¡Vamos, hijos! ¿quién ha dicho miedo?» Le tiembla al hombre la barba, y al caballo los flancos cubiertos de espuma, cuando acorta bridas en Cedar Creek frente a los cañones: «¿Y Crook?»—«¡Allí!»—A trote largo va a la tienda de Crook. Las granadas revientan junto a la tienda. Oye el parte de pie, descabezando con el látigo las yerbas que le quedan cerca. Balazos parecen las respuestas de Crook. Vuelan los edecanes cargados de órdenes. Se tiende en el suelo, y habla bajo con su teniente.—«¡Señor!» dice un ayudante que llega a escape; «¡el Diecinueve está cercado!» «¡Ira de Dios!» Se alza de un ímpetu, da un latigazo a la última yerba que queda con cabeza, salta al caballo moro que pidió de refresco, echa a tierra el capote, le abrochan las hombreras de general; y no enfrenó el caballo hasta que tuvo en hilera frente a su tienda las veinticuatro piezas que acababan de ganarle los confederados, hasta que en nubes de polvo se perdían por el

valle negruzco sus espantados enemigos.

«¡Valió por mil hombres!» dice uno. ¡Cómo iba a escape acostado sobre el caballo, de grupo en grupo! ¡Qué vivas, qué vivas los de los soldados!» ¡Viva<sup>a</sup> Sheridan!, y una arremetida.<sup>b</sup> Le lloraba la voz, le lloraba de veras: «¡Hijos, a ellos, que nos quitan la honra!»—«¡Duro, hijos! ¡ésta va a ser la buena!» Y así hasta que los echó en remolino por el valle, dispersos como cuando sorprende a la manada el pánico. «¡Ira de Dios!» dijo al echar pie a tierra, acariciando como si fuera la cabeza de un Felipín, una de las piezas de artillería: «este valle se los he de poner de modo que ni un cuervo me pase por aquí si no lleva al lomo las provisiones!».

Y así les puso el valle. Sin raciones para los hombres y sin forraje para los caballos. ¡No volverán por aquí a merodear! ¡Fuego al valle de Shenandoah, a las cosechas, a los establos, a los cortijos, dondequiera<sup>d</sup> que pueda asilarse un rebelde! No vaya a creerse que peleaba el Norte con guante blanco, o saludando hasta el estribo con el sombrero, como cuando se baila a caballo la cuadrilla. «Que no quede nada en pie, manda Grant, que pueda convidar a volver al enemigo: tome para sí el ejército cuanto grano y forraje y bestias necesite; y lo que no pueda tomar para sí, destrúyalo.»

Los edificios los mandó proteger Grant; pero Sheridan solió

quemarlos: ¡fuego<sup>e</sup> a todo lo que pueda servir de alimento o albergue al enemigo! Y por el valle, y por dondequiera<sup>f</sup> que había tropas, no quedó en pie un trigal que pudiera parir granos para los rebeldes, ni un cercado que pudiera darles sombra. «¡Inhumano me llaman, porque quiero privar al enemigo de recursos con que seguir la guerra; ¡inhumanos e hipócritas son los que so pretexto de humanidad, quieren prolongarla! Para hacernos la guerra necesitan dinero: ¿qué escrúpulo es ese que mata a los hombres y no quiere matar el dinero? El modo más generoso de pelear es destruir todos los recursos de guerra del enemigo, sus caballos, sus reses, sus cosechas, sus posadas, sus aperos de labranza. Conque<sup>g</sup> ¿a comer vienen al valle? ¡Pues que coman ceniza!

¡Y así, en un año, con Sherman partiéndolos en dos,<sup>h</sup> Oeste abajo; con Grant amartillándoles el frente; con Sheridan picándoles el riñón en Shenandoah, flacas las bestias hasta el hueso y los hombres hasta el esternón, se acabó la guerra!

Él era como el perro de pelear, que lo que ase no lo suelta, sino

a. En LN: «viva».

b. En LN, cierra admiración.

c. En LN: «no».

d. En LN: «adonde quiera».

e. En LN, coma.

f. En LN: «adonde quiera».

g. En LN siempre: «Con que».

h. Se añade coma.

con la encía: ¡a bailar se va al baile, y a pelear se viene a la guerra! el general ha de llevar el mapa en los ojos: batalla muy estudiada, es batalla medio perdida: se estudia la mitad, y la otra se improvisa: ¡mi plano es el campo del combate, y mi tintero el estribo! ¿desmaya la gente, que espera refuerzos, y pasa una locomotora? ¡pues a galope, a decirle al maquinista que pite recio, para que la gente crea que el refuerzo ha llegado! ¡ipie atrás, jamás, hasta que no esté el sable en el lomo, y no quede para bala ni el último diente del caballo! Del enemigo, siempre cerca, y de la base de operaciones. Dormir, una vez a la semana. Por las buenas si quiere, y si no quiere por el temor, se le saca el informe a la gente enemiga:—«conque ¿no sabe, mi amigo, dónde está el río?»—«No, señor.»—«¿Y cuánto hace que vive por aquí, mi amigo?»—«Pues toda la vida, señor.»—«¡Pues, llévenme a este amigo a pie hasta el agua, unas treinta millas de aquí no más, para que conozca bien el río!»

Era hábil en improvisar recursos, y afrontar con planes nuevos los cambios súbitos del enemigo: habituaba al soldado a poner atención en las mayores sencilleces, para que las sorpresas en el aprieto de la pelea le fueran más difíciles: ¡el soldado es mi hijo, decía, el soldado es el que gana las batallas! «¡llévenme con mucho mimo a la grupa a ese pobrecito herido!» Siempre, mientras duró la campaña, estuvo de bota y látigo, como si los rebeldes fueran a caer sobre su campamento: salía de un ataque, y ya estaba dando órdenes para precaverse de otros: por la comida de su gente era celosísimo, lo mismo que por la de los caballos; y aunque luego, con las fiestas de Washington, se hizo a caldos famosos y salsas superfinas, en la guerra era de tanta sencillez, que cambió un día, después de la embestida de Chattanooga, una codorniz con pan y miel que tenía para cenar, por unas cuantas ostras y galletas. Era tan mirado en preparar sus planes como veloz en acometerlos; y encontró el mejor modo

de hacerse adorar por los soldados, que es no sacrificarlos sin necesidad, y pelear a su cabeza. «¿Sin miedo?» le preguntó Dana, el director del *Sun*, después de Cedar Creek:—«¡Miente el que diga que no tiene miedo! Lo que es a mí me da un miedo del diablo, y si pudiera, me echaría a correr; eso del valor no es más que el poder de la voluntad sobre la mente.» ¡Pero bastaba mirar a aquellos ojos, ya bovinos por la vida regalada de sus últimos años, para saber que en aquel pecho, vasto como una caverna, no se apagó jamás la llama! Desvergüenzas, decía más que un español. Era brutal una vez que otra. Pero cuando offendía en las filas sin razón a un oficial valiente, él, el mayor general, en las filas le iba a pedir perdón, sombrero en mano.

José Martí

*La Nación*,  
Buenos Aires,  
3 de octubre de 1888

[Mf. en CEM]

205

# Agosto norteamericano

Quehaceres, bailes, juegos y bautizos.-Los ricos en verano.-El estreno de la casa Van Alen.-Porcelana y tapices.-¡Estos nobles nuevos!-La catástrofe de los suecos en el «Geyser».-Emigración sueca a los Estados Unidos.-El cumpleaños de Ericsson.-El festival de un poeta.-Suecia en tiempo de Bellman.-Los normandos en América.-Libro nuevo de Horsford.-Viaje de los normandos a Massachusetts.-Vinlandia y los indios.-El descubridor Leif Ericsen.-La novela famosa de Amelie Rives «¿El vivo o el muerto?»-El tipo nuevo del Sur.-Boceto de la novela.-Problema pavoroso.-Escándalo.

Nueva York,  
agosto 22 de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

DESDE QUE LA cigarra aparece, echándose en cara machos y hembras en incesante diálogo la culpa de traer tras sí los primeros fríos de otoño; desde que el sol rojo de agosto quema las hojas pesadas del manzano, manchado de oro y sangre, como la porcelana de Iga; desde que, con el humo de la hojarasca muerta, va cuajándose el cielo al fresco del

crepúsculo con el color melancólico del ónix,—nótase en todo mayor agitación, y en los bailes de campo más gente, y más arrebatos en las carreras de caballos, y más decisión en los amores, y en las fiestas más prisa: el sol se va: es preciso hacer acopio de sol para el invierno.

Los amoríos veraniegos maduran, y empiezan a anunciarse ceremoniosamente los compromisos: las esposas caseras caldean al baño de María los pomos de cristal donde guardan en almíbar, para los meses fríos, la pera y el durazno, que junto a la estufa reluciente

monda la familia, chisteando y engullendo, en gran algarazara: y mientras la ciudad sacude el polvo a los teatros, y refrescan los hoteles la pintura mortecina de sus comedores, por el campo no hay noche sin baile, a la luz de la luna o de las linternas chinescas, ya vestidos los hombres de langostas y de maíces las mujeres, ya ellos de frac, con el pelo empolvado, y ellas de petos y tontillo, con cofia y manteleta, como en los tiempos de Marta Washington. Las madres ricas de Newport, la ciudad de los palacios de verano, dan fiestas sonadas para sacar a sociedad sus hijas, o distraen, en banquetes donde las servilletas van ceñidas con anillos de oro que dicen «Mizpah» en piedras preciosas, la emoción del torneo de la tarde, entre hijos de millones, para ver quién lanzaba por el aire con mano más segura la pelota de jardín, coronada—como los siboneyes—con cresta de plumas; o bautizan su casa recién hecha, colgada a destajo por el artista decorador con tapices de hilo de plata, como los griegos, o con hebras de oro, como los del rey Attalus, o con asuntos de la invasión normanda, tan vivos de color

que parecen acabados de salir de las manos hacendosas de la reina Matilde, amiga de emplearse con sus damas en dejar en las telas de Bayán la historia hazañosa de su marido el conquistador.

Es rica la mansión de Van Alen en Newport, con frescos tomados cueradamente de la historia y poesía del país, y frisos de cuarzo chispeante, y cenefas de mármol mexicano, y en los rincones mesas menudas y aéreas, con ejemplares de loza de Satsuma, pero no de la falsa, hecha de arcilla gruesa, con ramazones de negruzco azul, sino botellas y urnas de Simkoroko, o tazas de piedra dura de Mishima, con embutidos de colores, como los que labran en sus platos y jícara de madera los indios de Michoacán, sólo que el dibujo es de greca y alfajoz, como el de los aztecas y egipcios, y no de rosas, guirnaldas y curvas de fantasía, como las de los indios michoacanos.

Pero el bautizo de Van Alen no acabó con los lanceros de Virginia, tan graciosos y cortes, que es uno de los pocos bailes que merece recomendación, sino con una especie de cotillón que llaman *german*,<sup>a</sup> donde fueron sorteando las parejas sus cintas amarillas y azules, que eran los colores coloniales. Porque estos «Van» de Holanda, y «O» de Irlanda, y «Mac» de Escocia, en cuanto a la sombra de la libertad moderna levantan fortuna, la emplean en murmu-

rar de estos tiempos en que va andando el hombre por sí, sin ir detrás, como la vacada en la dehesa, del cencerro del manso. A estos «nobles del bacalao», como les llaman por aquí, no les gusta ostentar en el escudo la artesa y mantequera con que vinieron al país sus progenitores cuando los hombres sabían defender su conciencia ultrajada con las mismas manos callosas de tanto darle al batidor para sacar buena mantequilla. Lo que les place bailar es la *merchianza*, como en los años de la revolución en Filadelfia, que vio el deshonor de que las señoras del país danzasen en gran descote, con mucho pie de punta y mucha sonrisa, con los chupascoloradas ingleses, cuando a las puertas estaba tiritando en su chupa azul Washington, con sus valientes en trizas, sin más botas que la nieve, ni más comida que unos cuantos boniatos. Lo que llevan en la portezuela, y en la cigarrera, y en el sello de la sortija, y en el mango del paraguas, y en el medallón del pecho no es el cepillo del abuelo que vino de ensamblador, o la pértiga del campesino, o el zurrón del peón de vacas, sino el día en que el ministro americano presentó la familia, hecha un cesto de joyas a la reina de Inglaterra, o la corona de globos y puntas que, a costa de su dicha y honradez, compra la americana presuntuosa de un marquesillo arruinado. ¡Este año han sido muchas estas indignas bodas! ¡Hay

hija de millonario pescador, y herrador, y vendedor de zapatos, que, con tal de casarse con noble, da su frescura americana, y sus ojos azules sedientos, a un barón endenque de la nobleza de santísimo pontífice! Y el barón se queda en Italia, y la baronesa vuelve sola a los Estados Unidos, con sus sedientos ojos azules.

Otros que fueron a Europa no vuelven, como esos pobres suecos que venían en el *Geyser* de ver a sus familias, y de recordar juntos las glorias de Bellman, su poeta, cuando en plena mañana topó por el costado con el *Thingralla*, que de la mordida lo partió en dos, y lo echó al fondo del mar, como sus pasajeros, muerto. Había mozos de barba rubia y espaldas anchas que enseñaban en escuela o poseían tierras de trigo en Minnesota. Había maestras, criadas y mineros. Había leñadores, poetas y curas. Había pilotos atrevidos, que le llevan al año a la madre lo que han ganado cargando maderas de Michigan y Wisconsin a los mares del sur, y swedenborgianos ardientes, que propagan la sabiduría del místico sueco, y sostienen que por ella se ha de limpiar la cristiandad de inmundicia, como a la luz radiante de la fragua se lo dijo el ángel de sexo perfecto, varón y hembra a la vez, en sus visiones

---

a. En inglés: «cotillón».



escatológicas. Había dos fornidos panaderos que con el país no mudaron de amor, y dedicaron parte de las ganancias del invierno a ir a ver en la primavera a sus novias. ¡Todo se fue al mar, porque el «Thingralla» no puso proa a la izquierda, como se lo mandaba desde el *Geyser* la luz verde!

Y acababa el sueco Ericsson,<sup>481</sup> el que inventó el *Monitor* cuando la guerra del Sur, de saludar, ahuecándose como acostumbra la melena poblada ante su tocador, la alborada de sus robustos ochenta y seis años.

Los suecos acababan de recibir para él un mensaje de su rey, y de cantar bajo su balcón el «¡Horr oss svea!», con acompañamiento de saxofón, y de hurras al compatriota que les invitaba a no cansarse de admirar «al viejo, al único hombre que ha puesto de veras en prisiones, para servicio de la humanidad, la luz del sol, al inventor del motor solar».

Y días no más hacía que los honradísimos suecos, venidos para la fiesta nacional de los bosques del Noroeste, de las minas de hierro de Michigan, de las carboneras de Iowa, de las aserraderos enormes de Wisconsin, de los trigales de Kansas y los maizales de Illinois, de las fábricas de aperos de labranza en cuya construcción, como en todo lo de metal, son obreros notables; de las selvas que están echando abajo; de los arsenales que dirigen; de la mesa del geógrafo, donde levantan mapas;

de los colegios donde enseñan,—días no más hacía que con júbilo sano celebraron en la libertad de la arboleda, la fiesta de Bellman, su poeta nacional, el poeta del tiempo de Gustavo Adolfo,—la fiesta que dejaban atrás los pobres del *Geyser*.

Fue en el campo, como al poeta gustó en vida, cuando dejaba palacio y terciopelos por irse, con el chambergo sobre los ojos y la pipa en la boca, a cantar con sus amigos y la gente natural del pueblo aquellos anacreónticos versos suyos, en encomio del vino blanco y el amor, en que cuenta cómo le cae a la bella Ula, dormida en el quicio de su ventana, a medianoche, la cabellera amarilla; o recomienda, como Hayyam en el *Rubaiyat*, que se beba el buen vino antes de morir, o convida a la «dulce Amarilis» a salir de su calle, donde el pesado Moritz vende chanclos de palo y el diácono de gorro picudo se le atreve con amores rastreros de sacristía, para ir mar arriba, en su barca pintada de blanco, a pescar truchas, cantando y amando a remo suelto, entre delfines y sirenas.

Para poner contento a un sueco, no hay más que hablarle de Bellman. ¿Quién no sabe cómo murió, rodeado de sus amigos, improvisando versos amorosos, apretando la copa vacía?: «¡muramos, amigos, como debemos vivir, y como deben decirse los versos; los versos son música: es música la vida; muramos cantando!» Aquí estaba él en el festi-

val de Nueva York, pintado en madera, en el respaldo del estrado, presidiendo, con el tricomio puesto y el laúd sobre la pierna cruzada, la procesión de los personajes que danzan y sonríen en sus propias obras, fiel pintura de aquellos tiempos de pueblo sencillo y rey grandioso—Christian el correo enamorado, Pedersen el marino trovador, Gustavo el sacerdote, que dice al día dos misas, una en el altar de su iglesia, y otra en el altar vedado de Emmanuel el herrador. Abogados felinos, curas ojeadores, notarios lívidos, usureros greñudos, zapateros mirones, cortesanos golosos, padres vigilantes, mozas lozanas, más de doscientos eran entre todos, de túnica unos y otros de mandil, unos de velvetina y otros de pana burda, cuáles en zuecos de cuero, cuáles calzados de piel de zorra con hebillas de plata, los hijos de aquella fantasía feliz que puso en canto la monarquía del que en su cama de muerte pidió la pluma para recomendar a sus súbditos de América, con tanto empeno, el buen trato de los indios, que cuando los bravos colorados se juntaron en solemne *powwow* para deliberar sobre la maldad del invasor, no juzgaron al sueco por tal, sino por amigo: y el orador de la junta dijo así, ante el tribunal del cielo, con las dos manos alzadas: «El indio dice que se debe querer al sueco, porque el sueco sabe ser amigo leal. El indio no guerreará con el sueco, ni lo exterminará. Esto se manda, y ha de ser así.

Cúmplase.» Y por toda la tierra se ha cumplido.

De antiguo vienen estas relaciones entre la gente del norte europeo y la América; porque si hay cosa averiguada es que los normandos estuvieron hace más de mil años en América, donde ya vivía el indio en casas que eran pueblos, como las ruinas de Casas Grandes en Chihuahua, en las que habita aún, donde le dejan vida los blancos rapaces, el laborioso y simpático zuñi, hábil en telas, jarcias y cerámica, como ya cuentan las sagas islandesas que lo eran los indios de entonces.

Y no cabe narración más fidedigna que la de aquellos viajes que a costa de la vida hizo, por donde está ahora Cabo Cod, el caballero de la virtud que se llamó Leif Ericson,<sup>482</sup> y salió huyendo de príncipes tiranos, allí como en todas partes ayudados por la clerecía, para fundar en costas más felices el imperio donde el gozo del pensamiento libre fuera la recompensa del valor cristiano. Pero los indios le salieron al paso al extranjero con unas como granadas azules, que estallaban causando gran estrago, y con lanzas que sabían hallar los huecos de la cota, o meter de un porrazo hasta el cogote la malla de la caperuza. Y luego, ya por la fama de la tierra donde crecía silvestre la uva, ya por el placer del mar, vinieron la ambiciosa Gudrid y Bjarme el corpulento, y aquel a quien se

le apareció el espantable monstruo Unípedo, aquel bello Thorvaldo, de quien habla la saga con la poesía islandesa, de plata y lapizlázuli.

Eso lo saben los americanistas, como saben de viajes de chinos y malayos por el oeste y de negros por el este; pero ahora se va a poner en boga este pintoresco conocimiento, con el libro que tendrá pronto fuera de las prensas Eben Horsford, de Boston, que fue por donde la Vinlandia de Ericson estuvo, según demuestra él con nuevos y curiosos datos.

Pero de fijo que no alcanza este libro, con sus reflejos de la epopeya cósmica de la Voluspá,<sup>483</sup> la boga de la noveleta de Amelie Rives, la osada y hermosa joven de Virginia que acaba de salir de su vida de amazona en la casa patriarcal, donde la mimaron abuelos y siervos, para ir de bodas a París, recién casada con el millonario Chandler.

El Sur está dando un tipo humano nuevo, donde con el atrevimiento del Norte, y la fuerza y color de la vegetación tropical, hierve la pasión latina. Es como un paganismo; pero paganismo a caballo, y con látigo y botas de montar, como anda por sus dominios, dibujando troncos y acariciando niños, la impaciente Amelie Rives. Es un color sin bridas, y un genio sin moderación. Ve al que ama, y tiembla. Se echa en sus brazos, y lo echa luego de sí. En esta vibrante novela, «¿El vivo o el muerto?», a cuyo título mismo

ha dado en inglés el sabor arcaico que señaló sus primeras noveletas hípicas, hay un drama brutal y magnífico, aunque sin armonía, grados, ni beldad literaria, entre la pasión carnal, la atracción física, el influjo del cuerpo, el trastorno causado por la aparición triunfante de la belleza,—y la pasión espiritual en su caso más bello y sutil, el caso de amor de una viuda joven y ardiente a su marido muerto.

Ya ella va a ceder. Ya va a casarse con el primo de su esposo ¡un primo que se le parece tanto! Ya lo ha despedido, lo ha acompañado en una noche de tempestad al ferrocarril, ha contado, con estertores de agonía unas veces y otras con alaridos de triunfo, sus desfallecimientos primeros, sus miserables dudas, el encanto de su alma y de su cuerpo, su victoria feroz y pasajera, su sumisión al amor nuevo, un amor imperioso, elegante y fuerte. Ya están cerca las bodas; una tarde en que él vuelve a la casa a buscar algo olvidado, ella se ampara de la tormenta en la iglesia donde se casó con Valentín, con su primer amor, con «Val». Y la sombra va creciendo, y su espanto. Ya ve a Val. Ya tiene delante a Val. ¡Oh Val, no me lastimes así el brazo; y aquel otro infame que le ha logrado manchar el alma, ¡va a venir! ¡No, perdónalo, Val! ¡Es tuya, Val! ¡Tuya no más, Val de mi vida! Se arroja, siente la mano fría, se retruece, cae en el suelo sin sentido. Y cuando al día siguiente ve

en su sala delante de sí al primo asombrado, no lo ve con rencor, puesto que triunfa de él, sino como con cierto frío cariño, por haber averiguado gracias a su inútil belleza de hombre, que puede más que las se-

ducciones de la carne la fidelidad del alma.

Y en esta tierra puritánica ha levantado gran escándalo, durable y terco escándalo, esta obra desordenada y vigorosa de una mujer de veintitrés años.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
6 de octubre de 1888

[OC, t. 12, pp. 31-37]

206

## La campaña electoral en los Estados Unidos

Blaine contra Cleveland.-La peregrinación de Blaine.-Los hombres pintorescos de estas elecciones.-El anciano Thurman, y su oratoria popular.-Protección y librecambio.-Departamento de oradores.-Oradores notables y lo que les pagan por sus discursos.-¿De dónde vienen los fondos?.-La disputa sobre las pesquerías de Canadá.-El sentimiento en política.-El mensaje de represalias de Cleveland.

Nueva York,  
agosto 30 de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

LEVANTAN LOS escoceses con gran ceremonia una estatua a su poeta Robert Burns,<sup>484</sup> que tuvo el verso musical, la

vida infeliz, y el alma brava. Los indios *sioux* oyen, encudillados en círculos, las propuestas del cura, el capitán y el juez, idos a su tierra feraz a convencerlos de que está en su provecho ceder lo mejor de ella a los ferrocarriles del «gran padre» de Washington. Los caucásicos de Luisiana, imitando a los terribles «Corros Blancos» del

Noroeste, asaltan, encubriendo su odio con pretextos de moral pública, los pueblos de negros donde vive algún matrimonio de las dos razas, y flagelan sin misericordia, contra un tronco de meple al hombre o a la mujer, desnudos, de cintura arriba, y por la noche caen, en numero de más de cien, sobre la aldea, intiman rendición a los negros dispuestos a resistir, y triunfan, cuando ya no queda un negro vivo.

Pero el país no se inquieta, ni habla mucho de Burns, ni celebra como debe los nobles discursos del médico de los *sioux*, el solemne «Fantasma Blanco», ni a los caucásicos nadie los castiga. Lo que se pregunta es ¿dónde tendrán los demócratas la próxima almeja-



da? ¿Qué dirá Blaine mañana? No perderá la salud con tanto discurso el candidato Harrison? ¿Cómo puede Thurman,<sup>485</sup> el Néstor de los demócratas,<sup>486</sup> soportar a su edad tantos viajes, peroratas y saluciones? ¿Dónde tendrán los republicanos su próxima barbacoa? Porque se entra por una calle, y hay que ceder el paso a los demócratas que vienen, en columna cerrada de trescientos, con sombrero hongo amarillo y bastón colorado como los pañuelos de Thurman, de comer a la orilla del mar, a cinco pesos por cabeza, un gran asado de almejas, con sus capas de ostras, maíz tierno, papas de marzo, pollos y langostas, todo cocido en pira colosal sobre un montón de piedras calientes. Y si buscando camino se toma la calle de al lado, por allí vienen los republicanos del barrio, con sus mujeres e hijos, de rematar, entre bailes y discursos, el buey de dos mil libras que llevarón al parque en un carro colgado de banderas y flores, y asaron luego en tierra viva, sobre una capa de carbón encendido, en la que a la hora ya no quedaba más que el costillar, porque todo se lo comieron humeando, ya en platos de madera, ya entre dos lajas de pan, mientras la música entona los himnos de campaña que cuarenta años ha ayudaron al abuelo de Harrison a obtener la Presidencia, y un orador, de pie sobre el carro del pan,

idemuestra que la gente pobre será más infeliz cuando pueda comprar de comer y de vestir libres de la carga de los derechos de importación, que ahora que paga por lo que compra no sólo su valor y la ganancia del fabricante monopolizador, sino un derecho que suele subir a un ochenta por ciento, como en las lanas! Y al doblar la calle se encuentran y se presentan armas, los republicanos y los demócratas. «¡Viva Harrison!» dice un republicano, enarbolando en su bastón de bambú un sombrero de pelo vuelto, como lo llevaba el abuelo de su candidato, cuando era político famoso: «¡Viva Thurman!» dicen los demócratas, poniendo en alto, todos a la vez, sus bastones colorados. Y siguen su camino, unos por la derecha, y otros por la izquierda.

Porque ya la campaña ha empezado de veras. Blaine vino, y con él el brillo y acometimiento que van con su persona; pero tan resuelto a llevarse tras sí, como testimonio de su triunfo, a sus rivales en el partido, tan visiblemente ligado con las empresas y monopolios, que los republicanos mismos, en vez de saludarlo como defensor, más parece que lo esquivan y le temen. Va en gloria, de brazos en brazos. Le llaman el rey Blaine, lord Blaine, nostramo Blaine, nuestro Blaine y señor. La muchedumbre se agolpa, como al paso de toda novedad, a oír la palabra fervida

de este hombre sagaz que no se deja abatir, y del porrazo enemigo que le ha hundido el cráneo se levanta magnífico y sonriente, inquieto el pelo, hinchada la sien, los ojos dominantes, los labios batallosos. No olvida una cara. Lleva cuenta de todos los apellidos que le importa recordar. Deleita a un campesino llamándole por su nombre, con lo que el campesino queda jurando fidelidad a quien lo deja seguro de que es gran persona. Tiene el arte de Catilina, y de los criados de hotel. Gusta aquí y en todas partes, este hombre acometedor e irreprochable, de espíritu felino, que cae sin lastimarse; tan decidido a triunfar, que casi triunfa aunque ha ofendido mucho para que triunfe por completo; y tan desembarazado de trabas morales, que aun cuando sabe que no habla verdad, no se le muere en los labios la elocuencia.

Él es el hombre pintoresco de los republicanos, que acá, como en lo demás del mundo, las causas públicas necesitan para vencer de la sazón del sentimiento y el romance. Este candidato testarudo, este imaginador fértil, este político elástico, esta palabra verbosa y siempre lista, este nadador que bracea con más brío cuando la ola se le mete por los ojos, inspira tanto odio a sus rivales desesperados de no poder vencerlo en descarro y astucia, como fe a los politicastros que reconocen en él mano mayor, y lo pasean como «el primer estadista de Améri-



ca», llenas las manos de falsas cifras, y los discursos de argumentos alevosos, entre las muchedumbres frenéticas y deslumbradas. Y no le echan en cara los obreros, de quienes se finge campeón, que viene de dar la vuelta a Escocia, en el coche de Carnegie, no viviendo hombre a hombre, como hubiera querido el poeta Burns, que con ser hijo de la tierra se sentía coronado, sino de guante rojo y gabán de esclavina, a lo príncipe de Gales, recibiendo favor del fabricante satisfecho de los aranceles de los Estados Unidos, porque gracias a ellos, aunque impide a la nación comprar barato el acero que le fabrica, guarda para sí solo la diferencia entre el costo real del acero y el precio a que le permite venderlo el derecho que grava los aceros de afuera: ¡él sí es el protegido, y la nación la abandonada!

Y a lo que hay que ver es a que el favor sea para la mayoría de la nación, y no para los capitalistas privilegiados, que hallan siempre representantes que aboguen por su interés en el Congreso, y candidatos a la Presidencia, como Blaine, que va con el viento de su fortuna, y aunque capaz de arranques grandiosos y de corazonadas populares, no pone su genio político del lado de los pobres, que no pagan bien, ni se combinan, ni tienen qué defender más que esperanzas vagas, sino se apega a los encumbrados para que le encumbren, y a cara abierta, so pretexto de valor

político, defiende las mayores agencias de tiranía de los que le ayudan la ambición y le han ido levantando la riqueza, sin ver que la mujer que vende su honor tiene su nombre, que es el mismo que el del que vende al interés su genio.

El talento, es el deber de emplearlo en beneficio de los desamparados. Por ahí se mide a los hombres. Sólo es dueño exclusivo de aquello que se crea. El talento viene hecho, y trae consigo la obligación de servir con él al mundo, y no a nosotros, que no nos lo dimos. De modo que emplear en nuestro beneficio exclusivo lo que no es nuestro, es un robo. La cultura, por lo que el talento brilla, tampoco es nuestra por entero, ni podemos disponer de ella para nuestro bien, sino es principalmente de nuestra patria, que nos la dio, y de la humanidad, a quien heredamos. Es un ladrón el hombre egoísta. Es un ladrón el político interesado.

«A la nación hemos de favorecer, y no al capitalista que acumule ganancias injustas a costa de la nación. Ganemos cuanto podamos, que a nadie le gusta más que a mí tener ahora que ando viejo su pilita en el banco; pero ganémoslo con honradez, y no esquilmando para nuestro provecho al prójimo. Hagamos aranceles bajos que protejan, permitiéndoles vivir cómodamente, a 60 millones de almas, en vez de proteger con aranceles altos a seis mil fabricantes.

Este es el caso, camaradas de Port Huron: ¿debemos proteger a los seis mil, empeñados en vendérselo todo caro, y en fabricar a precios que no nos dejan vender,—o a los sesenta millones? ¿es más respetable el derecho dudoso de los seis mil a vender caro que el derecho indudable de los sesenta millones a comprar barato? Este pañuelo colorado con que me enjugo el sudor que le está sacando a mis años viejos este discurso, me costaría, camaradas de Port Huron, menos de lo que me cuesta si no tuviera yo que pagarle al fabricante un sesenta por ciento más, por la diferencia puesta en el arancel para que no le vengan a quitar el mercado los pañuelos ingleses. Y cuando le compran del Brasil estas bandanas coloradas al fabricante, rebaja al brasileño el sesenta por ciento que nos hace pagar a nosotros. Luego este sistema proteccionista, camaradas de Port Huron, es una cueva de bandidos. Bien aprendido me lo tengo en los setenta y tres años que llevo encima y en los veinticinco que tengo de senador.»

El que hablaba así ayer era Thurman, el candidato a la Vicepresidencia con Cleveland, el hombre pintoresco de los demócratas. Él está con la gente menor, y aunque sabe de letras, y hace cuando quiere discursos superfinos, lo usual es que ponga en lengua llana sus razonamientos hondos, y responda a éste, y pregunte a aquél, y cuente un chiste de su vida en el

mismo párrafo en que va defendiendo el librecambio. «Mi partido no es librecambista; pero yo lo soy, y no le hago daño a mi partido aunque me tenga de candidato, porque no me elige por mis ideas, que el país puede acoger o rechazar, sino porque se sabe que digo la verdad, tal como es justo, con un lado del *sandwich* para el rico y otro para el pobre, y que de los dos perros de la pelea, yo estoy siempre con el perro de abajo.» Algo así es su lenguaje, y Thurman vive conforme a él, en su casa campestre, sin muchos caudales en el banco por cierto, pero con tal honradez que le llaman «el viejo romano», y se le veía este verano todas las tardes, antes de que empezase la excursión en que anda ahora, sentado en el porche de su casa de madera, con su mujer a la derecha, haciéndola reír con sus chistes, y un amigo a la izquierda, dándole consejo, y de vez en cuando el nieto, que venía a preguntarle por qué no lleva bigote como el amigo, sino la barba a lo mormón, o a quitarle para espantar las abejas el pañuelo colorado.

Ahora se le acabó esta paz, y el gusto de reírse de los curiosísimos simulacros bíblicos de sus negros de Indiana, que en esta época del año se visten como los personajes de la Escritura, y a Dios lo suelen representar en la persona del reverendo, con corbatín de seda negra en la camisa azul, y gabán de dril, y sombrero a la Harrison, de felpa virada.

Ya no puede ver esto Thurman, ni hablar como suele contra la brutalidad de los «Gorros Blancos», que andan disfrazados por el país, imponiendo castigos a los que los ofenden y destierros a los que los estorban, sin que les salga al encuentro más ley que el rifle de algún campesino valeroso.

Ahora Thurman va explicando de pueblo en pueblo por qué debe rebajarse el arancel, para abaratar la vida y la producción, y contener las iras que podrían parar en una guerra social. Blaine va defendiendo, so capa de amigo del obrero, el sistema económico por cuya virtud los monopolios crecen y los obreros ganan un sueldo alto que es meramente nominal, puesto que si el salario es de dos aquí y de uno en Inglaterra, en lo mismo quedan uno que dos, por cuanto necesitan para la vida dos, cuando el obrero inglés paga como uno.

Y eso es lo que va poniendo en claro Thurman, con vigor que asombra en persona de sus años, y enternece de veras, como todo hombre que defiende a los humildes, y toda cabeza blanca en la que no se ha apagado el entusiasmo. ¡Cansa tanto la vida! En la calle nos debíamos quitar el sombrero cuando pasan los ancianos.

Y así adelanta la campaña. La dirección de cada partido tiene ya designados los oradores y sus rutas. Se crean periódicos nuevos y se favorece el tesoro

de los que existen. Los interesados en el triunfo, republicanos o demócratas, envían su óbolo a la dirección, para los gastos de campaña. La campaña tiene gastos legítimos, y el mismo Cleveland ha mandado su cheque por diez mil pesos, y dicen que entre eso y lo suscripto por sus Secretarios, llega a ciento cincuenta mil, que se gastarán en recibir a Thurman en Nueva York con pompa, en distribuir impresos sobre los asuntos en disputa, en reuniones electorales, en paradas, en viajes, en banderas, en oradores.

En oradores no más gastará cada partido de aquí a noviembre como medio millón de pesos, lo que es fácil entender si se piensa en las muchas ciudades que desean oír a los hombres prominentes de su opinión, más por el prestigio de la oratoria y el gusto de la fiesta que por su manera de pensar, que leen hasta la minucia en los diarios; y esos oradores de los demócratas, Fellows, chiquitín de pelo rizado, Dougherty, ostentoso, de gestos a lo Webster, Boyle O'Reilly,<sup>487</sup> el poeta irlandés, favorito de los católicos, éstos, lo mismo que Cummings, el periodista que usa las frases del pueblo que le parecen sustanciosas, lo mismo que Cox, famoso por sus chistes y por su amor a los pueblos caídos, lo mismo que Carlisle, que con oratoria magistral, con oratoria lapidaria, preside la Casa de Representantes, no dejan sus quehaceres, su periódico, su fiscalía, sus pleitos

por ir de pura voluntad a apoyar con la elocuencia la razón de su partido, si no cobran de él, a más del viaje, su tanto por discurso, que en los oradores de poco, suelen no ser más de veinticinco pesos, pero en esos que van mentados es de trescientos a quinientos, porque tienen fama nacional, y tanto como la oratoria, les pagan la fama.

No está bien, pero es. ¿Qué libertad puede tener el orador pagado? ¡Que se les compensa el trabajo que abandonan! pues ¿no les viene el trabajo de la fama que ganan como oradores políticos?

Y entre los republicanos es lo mismo. El departamento de oradores es de los más ocupados y costosos; hay audiencias para los que solicitan en vano servir por la paga o por ganar reputación; hay agentes para atraer con argumentos muy íntimos a veces a los oradores reacios; hay perorantes a tanto por semana para ir adonde les digan, y decir lo que se les mande y nada más; hay abogados ilustres de a tanto por noche, como los cómicos que se alquilan para cantar en los conciertos. Los republicanos tienen a Douglass, el elocuentísimo mulato; a Sherman, vencido en la convención por las artes de Blaine, que viene a hablar en pro del vencedor, no sin que debajo de esta hermosura esté una buena paga; tienen a Evarts, notabilísimo como potente, y a Foraker, el

enemigo del Sur, y a Ingersoll, el gran perorador. ¡Ingersoll es de los de a quinientos pesos, desde que en un vuelo de la fantasía llamó a Blaine el «caballero de la pluma blanca».

Prosperan en los pueblos áridos los oradores de figuras.

Blaine mismo, para convenir a sus oyentes de que debían votar contra Cleveland por su tibieza en defender del Canadá a los pescadores de Maine, ¿no les pintaba con mucho floreo de frase la mañana turbulenta en que vio a los pescadores, ahora en su viaje último, cabalgando junto a su vapor en las olas negras, las olas caóticas, las olas pavorosas, las olas que parecían lanzar sus espumas contra los que dejaban caer por tierra, ante la avaricia del inglés, los derechos sacros, los derechos poéticos, los derechos heroicos de aquellos bravos, magníficos, impávidos, hermosos marinos?

Pues éste era su argumento, que parecía real por lo débil del tratado sobre las pesquerías en que el inglés Chamberlain sacó tanta ventaja del americano Bayard, que el Senado de Washington, gozoso de tener tan buena ocasión de censurar con su mayoría republicana a los demócratas que le propusieron aquel tratado infeliz, lo rechazaron con mucho alarde de virtud, como si Cleveland quisiese ceder la patria dos veces al inglés, una con la rebaja de los aranceles, y otra con la entrega de los derechos del yanqui a

pescar por mitad en las pesquerías del Canadá, ¡que son de los dos países! Y ya parecía que Cleveland iba a tener que padecer en la elección por la torpeza de su Secretario de Estado, cuando sin el menor anuncio previo despierta al Senado con el mensaje admirable en que pide al Congreso, puesto que el tratado ha perecido a manos de los senadores, autorización para ir mucho más allá de lo que Blaine pedía, para negar en represalias al comercio canadiense el tráfico libre de derechos de que viene gozando en los ferrocarriles de los Estados Unidos. Inglaterra lo injuria, el Canadá se le levanta, y su popularidad crece. Blaine, callado durante dos días, acusa ahora de excesivo a Cleveland a quien, describiendo los abusos y atrevimientos del Canadá, acusaba ayer de leniente, y va de pueblo en pueblo con la cabeza sobre las olas y con el dedo alzado. Es duelo de oso y tigre. La muchedumbre aplaude. El candidato Harrison descansa. Un coro de jóvenes cerca a Thurman, y no lo dejan ir hasta que a cada una no le da un beso. Van venciendo los demócratas.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
11 de octubre de 1888

[OC, t. 12, pp. 41-47]



## El abogado de los ricos

**H**AY EN LOS Estados Unidos un hombre notable, Chauncey Depew «el rey de los camaradas», el que sabe cómo dar una palmada en el hombro y cómo hablar cara a cara con los emperadores, el presidente de los ferrocarriles de Vanderbilt, aquel que dividía a los hombres en dos especies: la de los que hacían fortuna, y los imbéciles: no haber sabido hacerse rico era para Vanderbilt prueba patente de inferioridad: la urraca le parecía más bella que la paloma, y la zorra que roba, mejor, mucho mejor que la llama del Perú, que lleva al lomo por los Andes toda la carga de su indio, pero se muere si se le habla con dureza. Sin simpatías con la opinión de Vanderbilt no hubiera llegado Depew al alto puesto donde está, como defensor hábil y elocuente de los ricos, que por su llaneza de carácter y su justo gobierno sabe sin embargo hacerse amar y aplaudir de los que no lo son. Cuando la inauguración de la estatua de la Libertad, dijo él el discurso oratorio, porque los otros fueron de ceremonia o de política; y

por cierto que no parecía ciudadano de América, regocijado de ver en torno suyo a la humanidad libre, sino al hombre de casta que es, con el dedo alzado como quien amenaza, el cuello alto y cerrado por delante, al modo de los reverendos, las patillas a la oreja como los ingleses, y un casquete de seda, como el de los jueces y los catedráticos. Pero no ha de desdeñarse lo que dice, porque no sólo tienen los pobres derechos en el mundo, ni cabe negar mérito a quien acumula riqueza sin abusar del prójimo, ni es posible excomulgar al rico de nuestro altar, sino cuando lo es en virtud de la innoble capacidad de prescindir de las virtudes que se oponen a la acumulación de la fortuna. Por ahí anda escrito que el río que crece muy de pronto, con aguas turbias suele crecer: y es más apetecible la corriente serena, que va sola y callada por entre guijas en lo oscuro del monte, o el mismo arroyo que se seca por la fuerza del sol. De pocas cosas puede enorgullecerse con tanta razón un hombre como de haber labrado su fortuna peso a

peso, sin poner la mano en bolsa ajena, ni dejar que otros la pongan en la suya; porque en el arte de ser rico entran muchas virtudes, sin cuyo ejercicio constante se suele ir la riqueza por las hendijas. Pero no hay vergüenza mayor que la de alborotar el mundo, como alborota el hipopótamo el fango de los ríos, y ponerse en lo claro de la vida con la vergüenza a la espalda, llamando a la gente con el retintín del dinero que gana por darla en alquiler.

Y si hay quien diga con brío el respeto que merece la riqueza, y junta en su persona la astucia que la crea, la autoridad que la mantiene, la elocuencia que la explica, y la sencillez que la hace amable, este Chauncey Depew es sin duda. El hombre admira siempre a quien osa ponerse a su cabeza, y aunque se cansa al fin, como niño que es, de aplaudir en un mismo individuo el poder o la virtud, más celebra que censura el atrevimiento de quien demuestra con la energía constante su derecho a estar donde se puso merced a ella; así es que como Chauncey Depew lleva consigo la fuerza de su persona, y la del éxito, y no se



empina con este, sino procura que se lo olviden y perdonen por la bondad de su trato, sobre que sabe ser sumiso, que es talento indispensable a quien pretende subirse sobre los hombres, resulta que hay hoy en los Estados Unidos pocos hombres de más popularidad. Y los vapores salen a recibirlo, con gran *lonche* y a champaña tendida. Y el Club famoso de los republicanos, el Union League, lo recibió anoche en sesión solemne, a que él dio gala con un discurso de empeño, donde puso al gobierno norteamericano, por estable y liberal, encima del inglés, a cuyo trono le comen ya la raíz las ratas, y empleó esta frase justa, celebrando el sincero acatamiento del *yankee* a las decisiones del sufragio, después del ardor, y los golpes, y la pelea del voto: «Antes del veredicto somos partidarios», dijo «pero después del veredicto somos patriotas.» Pero la verdad es que la

libertad que él alaba en los Estados Unidos viene a ser como la griega o la inglesa, libertad de señores, con pan negro y angustia para los infortunados, y muy buena para los de arriba, que gobiernan y tienen las manos llenas de privilegios, pero desigual y molesta a la masa común, que se cansa de llevar a estos panzas-doradas sobre los hombros.

En los Estados Unidos es moda contar chistes y anécdotas en los discursos, y el orador más leído no es aquel cuyos párrafos van acotados con la palabra vanidosa «aplausos»; sino con la que aquí halaga más al orador, con «risas». No faltaron chistes en el discurso de Chauncey Depew, que es bueno, porque aunque calla lo incompleto y defectuoso de las instituciones norteamericanas, demuestra felizmente su ventaja sobre las inglesas, que gustan más de lo que deben por ciertas tierras hispa-

noamericanas. Pero lo que valió más que los chistes, y tanto como el discurso, fue la anécdota nueva que contó de Washington, y el mismo Depew le oyó el verano pasado en una comida al Duque de Aumale, que la supo de su propio padre, el rey Luis Felipe. Contaba Luis Felipe de cuando era huésped de Washington en Mount Vernon, donde se levantó una mañana muy temprano, y halló a Washington que ya volvía de pasear a caballo por su hacienda: «Es usted muy madrugador, General». —«Madrugo porque duermo bien», le respondió Washington. «Duermo bien, porque nunca he dicho nada de que haya tenido después que arrepentirme.»

**El Economista Americano,**  
Nueva York,  
octubre de 1888

208

## Una novedad en educación pública

**L**OS FRANCESES han entendido como nadie lo que quiere decir educación, porque al educar le dicen ellos elevar, que es el modo seguro de ir salvando a los pueblos, cuando la educación no es de esa nominal, retórica e incompleta, que no da a los hombres, junto con el apetito de cosas mejores, los medios de satisfacerlo y la fiera certidumbre de que no hay goce como el de ver de alto la vida, sin cederle al pan la honra, ni hacer objeto principal, o único, de la vanidad de la riqueza. A los hombres se les ha de dar a la vez a leer a Darwin<sup>488</sup> y a Plutarco.<sup>489</sup>

Y en estos tiempos revueltos urge sobre todo que aquellos que por su vida trabajosa están siempre cerca de la exaltación, conozcan de dónde les vienen sus males, y cuán lentamente se elaboran los pueblos, y cómo las justicias se han de hacer en seco, para que no caigan contra el justiciador por el modo violento de hacerlas. Se está en vis-

peras de un mundo nuevo. La ciencia se concilia con el espíritu. La religión natural va levantándose del mundo explorado, como un himno. Se llama a recuento, a jubileo social. El que no tiene más que derechos, se encara, decidido a vencer, con el que se burla de ello, y prospera con el ultraje. Pero esta edad por venir, en que quedará como vuelto a crear el mundo, con la justicia encima, está todavía en las fatigas de la noche, propicia al salteador, y expuesta a confusiones y caídas. Hay que ennoblecer las mentes, y aquietar las almas. Instruir es funesto, si no se enseña a la vez la sencillez, armonía y espiritualidad del mundo. —En algo como eso han debido pensar, más que en halagar a los trabajadores, los que propusieron en la Legislatura de Nueva York el establecimiento de pláticas nocturnas, a un tiempo ordenadas y amenas, con el objeto especialísimo de que los obreros acudiesen gratuitamente a ellas, a

enterarse de lo que les concierne en política e historia, del origen y suerte de las diversas reformas sociales, de los caracteres particulares de cada nación y la necesidad de acomodar a ellos sus reformas, de lo que valen los demás pueblos del mundo, para que no les lleve la ignorancia a desmedidos propósitos de conquista.

Todo eso se enseñará, o se deberá enseñar, en estas pláticas públicas, que comenzarán en octubre, cuando la estrechez y miseria del hogar y la displicencia y fatiga de la mujer infeliz más echan de la casa al obrero que lo atraen. Mucho orador ha ofrecido sus servicios, unos por paga, y otros por la paga mejor, que es el goce de ser útiles. Iremos a oír las pláticas, y las contaremos en *El Economista*.

*El Economista Americano,*  
Nueva York,  
octubre de 1888

# Escenas neoyorquinas.

## Los vendedores de diarios

HAY UN PADRE en Nueva York que suele llevar a su hijo de cinco años a que vea cómo batallan por la vida los niños pobres; y como nunca se ve esto mejor que a la hora de vender los diarios de la tarde, por allí suelen ir padre e hijo cogidos de la mano, por Park Row, a un costado de la Casa de Correos, que es donde están los más de los diarios,—el *Herald* en su palacio de mármol, ya raquítico junto a los edificios nuevos que lo rodean y apagan el *World* que en manos del judío Pulitzer,<sup>490</sup> y a fuerza de dinero del Oeste, va dejando atrás al *Herald* y el *Times*, con su clientela de gente sesuda, y su casa nueva de granito, que han levantado por entre la vieja sin mudar por un día sólo la imprenta ni la redacción; y el *Tribune*, en su monumento de ladrillo, rematado por la torre más alta de la ciudad, como en símbolo de su fundador Horacio Greeley, que mientras vivió fue entre los periodistas el más alto; y el *Sun*, acurrucado en su casuca vieja junto al *Tribune*, mordién-

dole las rodillas, picante como el champaña, apasionado como Aristófanes,<sup>491</sup> travieso y crudo—. Aquello está concurridísimo en el día, como que Park Row da por un extremo en el arranque del puente de Brooklyn, y por el otro en Broadway, donde se miran, como en las esquinas de un triángulo, la Casa de Correos, el *Herald* y la iglesia de San Pablo, enclavada, con la cruz en el tope y los sepulcros alrededor, en la región de los negocios: desde el muro del atrio, arropada en un manto funeral, asiste a la procesión de aurígenos, de los que corren, calvos y exaltados, detrás de la fortuna, una urna cineraria. Pero la muerte es natural, y la vida es hermosa. ¡Hasta mañana! se debe decir al morir, y no ¡adiós!—¡Lo que seduce los ojos en Park Row, lo que el padre quiere que vea el hijo, es la turba de niños huérfanos, de doce, de diez, de cinco años como él, que con su real en el puño esperan en la acera en fila a que se abra el sótano donde se ponen los diarios a la venta! ¡Qué ofenderse con la

palabra, y ayudarse con la buena acción! Dan deseos de vaciar sobre ellos los bolsillos. Esa es la Dánae nueva,<sup>492</sup> la desdicha. Se le enseña el puño al cielo, por no poder convertirse en lluvia de oro. ¡Padre, oh Dios, para todos los huérfanos! ¡Zapatos, oh Dios, para todos los descalzos! El padre le dice al hijo: «mira». Y al niño se le ablandan los ojos, y compra a montones los diarios que todavía no puede leer. Si falta un centavo en el cambio, «que se lo lleve ¿no, papá?» Así el hombre aprende a serlo: no como la gente necia y vil, que se avergüenza de ser contado entre los pobres, o de rozarse con ellos.

Y en lo alto de la ciudad, al caer la noche, la escena es la misma. Es la hora de los alcances, de las últimas noticias. La población está de vuelta en las casas. ¿Qué *yacht* triunfó en la regata?: ¿qué peloteros ganaron, los de Nueva York, que tienen el bateador que echa la pelota más lejos, o los de Chicago, cuyo campeador es el primero del país, encucillan-

do fuera del cuadro, mirando al cielo, para echarse con ímpetu de bailarín a coger en la punta de los dedos la pelota que viene como un rayo por el aire? ¿Y qué caballo sacó la carrera? ¿Y cómo estaba, que dicen que está moribundo, el pugilista John Sullivan, la bestia bípeda de cuerpo apolíneo, roído en lo interior de tanto beber, como roe el fuego la yesca? Aquí eso apasiona: pelotas, *yachts*, pugilistas, caballos. De pronto, al pie de la estación del ferrocarril aéreo, del «elevado» como acá dicen, se aglomera la conmovedora chiquillería. Acuden dos policías, con la porra alzada. Los muchachos, callados, se van ponien-

do en fila. El vendedor de los diarios deja caer su fardo de mil periódicos, al pie de un farol. Y arrodillado en el fango, va contando a la media luz. El compradorzuelo espera ansioso, con la mano tendida. Un real, veinte periódicos: Y echa a correr: «¡Extra, Extra!» Va descalzo, a medio pantalón, sin chaqueta, sin sombrero. Vende sus diarios a centavo.—Y allí se ve el caritativo, que fia al amigo más menesteroso la mitad de su compra. Y al piadoso, que regala dos números de sus diez a un angelito que lo mira triste, con su carita de color de concha, y la saya rota, y el pañolón a la cabeza, y sin zapatos. Y se ve al emprendedor, ya

con aire de rico, que compra un peso de diarios cuando se va a acabar el montón, y luego los revende a premio a los que no alcanzaron turno. Principia allí la vida. Y el capital triunfa. A veces, mientras esperan, se salen del borde de la acera. Va el policía sobre ellos, porra en mano. Y se desgranan. Los talones desnudos les relucen, con la luz verde del farol eléctrico, cuando se pierden gritando «¡Extra!» en la sombra.

*El Economista Americano,*  
Nueva York,  
octubre de 1888



# Curiosidades americanas. Egipto y América. La masonería en América

NO PIERDE EL tiempo quien, con la guía de buen sentido, repase de vez en cuando catálogos de librería: como uno que tenemos delante, donde se demuestra que no sólo en español hay títulos como aquel famoso de *Alfalfa para los borregos de Cristo; puesto que nos ofrecen, junto a las Musarum Deliciae* y unas *Memorias de la señora Ana de Osorio, Condesa de Chinchón y Virreina del Perú*, las *Píldoras* del jovial Tom d'Urfey,<sup>493</sup> con quien anduvo en tragos y cantos su majestad Carlos II de Inglaterra, las baladas y cantos de Tom d'Urfey, o sea *Píldoras para purgar la melancolía*.

Y tras este viene otro libro singular sobre *El culto de la serpiente*, que fue siempre grande, sobre todo entre aquellos rosicrúceos que por artes misteriosas y terribles creyeron llegar al poder de crear el oro y prolongar la vida. Esta misma obra de las serpientes, por Clarke y Wake,<sup>494</sup> habla de los mitos de

Centro América en los tiempos indígenas, que nadie conoce hoy mejor que el filadelfiano Daniel Brinton:<sup>495</sup> no hay mesa de americanista que esté cabal sin sus obras: hasta teatro les ha hallado a los indios centroamericanos: bien lo pudo tener el pueblo que levantó a Uxmal y Utatlán con tanta belleza y sabiduría.

Pero la obra más interesante del catálogo, para nosotros los de América, es la de John A. Weisse,<sup>496</sup> sobre el obelisco de Cleopatra y la francmasonería, no porque enseña el obelisco que hoy se alza en el Parque Central, sobre cuatro cangrejos de bronce, como estuvo miles de años en Alejandría, entre torres y palmas, junto al convento a cuyo pie pululan las casuchas de los mendigos, pegados a la pared divina como los gusanos al tronco de los árboles: No es por eso por lo que nos atrae el libro, ni porque nos descifra los jeroglíficos que mandaron tallar en su piedra calcárea, para contar su grandeza, Thotmén III,

«el toro poderoso», y Ramsés II, el de la momia de frente vasta y cuencas de hombre que miraba en lo hondo; ni porque trayendo la masonería desde el asesinato del hermoso Abel, diga que el delantal masónico nació de la hoja de higuera con que se cubrieron la desnudez los esposos primitivos del génesis hebreo, tan bello en el original, y tan vano e ininteligible en las traducciones de la Iglesia; —ni porque nos habla de aquel poema *Pentauro*, escrito con saetas y carros de pelear, donde tal vez halló Homero en las hazañas de Ramsés modelo para las de Aquiles; ni porque nos pinte como eximios francmasones a Salomón, y a su aliado Hiram, ni a Adomiram, el tesorero del Rey Sabio, y como ritos de masonería los misterios del brahmán hindú, y los eleusios, y los dionisios, y los druidicos, y los del *Nibelungen* y el *Edda* escandinavos; ni porque nos habla de los obeliscos famosos del Egipto, que adornan hoy plazas y par-

ques de la gente americana y europea, el de la Plaza de San Pedro, que vino a Roma cuando Calígula; el de Santa María la Mayor, guardián un tiempo del sepulcro de Augusto; el de San Juan de Letrán, mayor que todos, que narra las glorias de Thotmés en sienita rosada; el de la Puerta del Pópolo, del tiempo de Setí I, padre del gran Ramsés; el de la Plaza Navona, que adornó antes, como un siervo, el circo de Caracalla; el de la Plaza de Minerva, que Bernini montó después, con arte pésimo, sobre un elefante de mármol blanco. Los de Rotunda, Monte Cavallo y Monte Citorio, los del Monte Pincio, Circo de Flora y Villa Matte, el de Arlés, la Arlés franca que por rica celebra Estrabón, y el de la isla egipcia de Phila, y los dos de basalto verde y los de Crocodilópolis [*sic*] y Kamak, del tiempo de Thotmés I, y el de Berlín, el último, y el de Heiópolis, el más antiguo y mejor conservado, de piedra rosa, y el que la Plaza de la Concordia de París luce hoy, que lo fue de Luxor, morada de los reyes de Tebas.

Lo que del libro más nos importa es el capítulo que lo cierra, encabezado con estas palabras: «América, el asilo de todos los que desean trabajar y ser libres.» So pretexto de demostrar que desde antes de Colón había masones, o cosa parecida, en América, se dicen allí cosas de interés; se estudia el mito de la serpiente en los pueblos americanos; compara la serpiente que llevaban sobre el occipucio,

como símbolo real o divino, ciertos héroes y reyes de México, con la que le sale a Sesostris de la frente, o surge, erecta y silbante, de la raya del cabello de Ardanari-Iswara, el dios andrógino de los hindúes; se repite lo de Humboldt,<sup>497</sup> que en sus *Monumentos americanos* señaló la semejanza de los teocallis de México con los templos de Belus en Asiria y Fenicia; se alude, entre las semejanzas del Este y el Oeste, a la costumbre de descalzarse que los peruanos tenían en ciertas ceremonias, como los pitagóricos y los druidas, y «los masones de hoy», dice el libro, «en algunos de sus ritos»; se afirma que hay poco menos que identidad entre ciertos signos masónicos y las cruces de algunos monolitos e inscripciones de México, así como la escuadra del albañil azteca, que era a la vez escuadra y calendario, con los signos de las cuatro estaciones, y de los trece meses lunares del año de México: se anota la curiosidad de que entre peruanos y aztecas se tuviese por sagrada la piedra cúbica, como entre los druidas y los hindúes, y de que en muchas reliquias mexicanas aparezca el disco con cuernos, aunque no en la cabeza de la reina, como se ve en el obelisco de Cleopatra. Y no sólo entre los indios del Sur halla vestigios de masonería, o arte sagrado de construir, sino en los terraplenes de los aborígenes, contruidos en círculo o triángulo, que son, dice el libro, figuras masónicas, y en los

dibujos de ciertas lápidas funerarias, donde se ve entre animales y árboles, dos obeliscos que se miran de punta, con un triángulo, que son, dice el libro, figuras masónicas, y en los dibujos de ciertas lápidas funerarias, donde se ve entre animales y árboles, dos obeliscos que se miran de punta, con un triángulo en medio, o cuatro círculos concéntricos, con figuras que parecen zodiacales, o la escena de la cremación, con la pira humeando, y los indios danzando a un lado y otro, o la procesión de la serpiente, en que los aborígenes del Norte, como los egipcios, celebraban su victoria sobre la maldad de que la serpiente era acá como allá símbolo constante, cuando no lo era del misterio y la sabiduría. Y todo eso lo tiene el autor del libro, —sin pararse en lo idéntico de la naturaleza y la semejanza inevitable de la observación de hombres diversos sobre ella, —como prueba segura de que esos círculos, triángulos y serpientes demuestran que en América hubo antes de Colón, no sólo ritos secretos, que está probado que los hubo, sino las ceremonias propias de la masonería, que en su mente parece ser como la historia oculta de la edificación, y el establecimiento definitivo y creciente de lo creado, sobre la astucia y vicios que lo minan.

*El Economista Americano*,  
Nueva York,  
octubre de 1888

## 211

## De Yankeelandia

SUELE LEERSE en los diarios norteamericanos<sup>a</sup> noticias típicas, por lo que enseñan sobre la humanidad o sobre lo especial de este país, o porque con un detalle saliente ponen delante de los ojos una costumbre curiosa o un estado social. Un viajero echa los ojos sobre el diario que acaba de dejar en el asiento de al lado un campesino de Orange County, donde es pura la leche, y tiene el cubano Tomás Estrada el colegio en que educa a sus alumnos como a hijos. Y entre otras menos curiosas, trae el diario estas noticias:—El senador Ingalls, el Presidente del Senado, ha sido confundido muchas veces con el bandole-ro Frank James:<sup>498</sup>—Thurman, el anciano que han puesto de candidato los demócratas para la Vicepresidencia, lee hasta los dos o tres de la madrugada, y

duerme hasta el mediodía:—John X. Lewis, un sastre negro de Boston, cobra en su sastrería como un millón de pesos al año:—Y de tanto dar la mano a los que la van a saludar se le ha puesto la derecha a la esposa de Cleveland más larga que la izquierda: ¡a dos mil personas ha de dar la mano muchos días, a la hora de recepción pública, cuando tiene entrada libre el pueblo para pasar en hilera durante dos horas delante de su Presidente, unos asiéndole la diestra como si no se la quisieran soltar, otros cumplimentándole sobre su mujer, otros comiéndosela con los ojos, otro levantando en brazos a su hija, una linda negrita, para que se la bese, otro presentándole a su primogénito de tres años que se llama Grover Cleveland, como el Presidente: allí

los recién casados, que no creen completa a la boda si no ven a la dueña famosa de la casa Blanca, que a sus veinticuatro años vive feliz con el marido de cincuenta; allí el irlandés de rumbo, con corbatín, sombrero pulido de hace veinte modas, y corbata verde como su bandera: allí, apoyado en su báculo, un patriarca negro, de ojos benignos y cabeza como la nieve, que pasa echando bendiciones. Ha de fatigar a los presidentes; pero es hermoso.

*El Economista Americano,*  
Nueva York,  
octubre de 1888

a. Se añade «norte»

## 212

## Oratoria popular

**N**O ES MALA muestra de la oratoria popular norteamericana, y de la levadura agria que hace el pan bueno en la política, este discurso de un artesano que se levantó a oponerse a que una junta directiva salcochara a su placer ciertas resoluciones que comprometerían al Partido del Trabajo Unido, que es uno de los varios en que están divididos los obreros, a votar en pro de los republicanos. El artesano era hombre de edad y de poco cuerpo, pero de voz recia, y

ademán de quien no se deja llevar por la nariz. Dijo así, enseñando los puños:

¿Quién ha visto en reunión de hombres libres hacer cosa como esta? La reunión es la que ha de decidir, y no la Junta. Si se quiere tener fuerte y unido al Partido del Trabajo, hay que darle a la gente de abajo, a la masa del partido, cuanta autoridad se pueda. Nos ha de salir al paso la Junta para cerrarnos el camino por donde queremos ir. ¡No se ha de decir que ningún hombre,

ni media docena de hombres, tienen al Partido del Trabajo en sus bolsillos!

Y hubo dos horas de gritería, de manos por el aire y voces en las caras, sin que valieran listas de secretario ni malletes de presidente; pero aún no se ha salido con la suya la Junta.

*El Economista Americano*  
Nueva York,  
octubre de 1888

## 213

## Revista del mercado

**E**S VERDADERAMENTE notable la animación de los negocios en este mes. Años hacía que, fuera de una que otra especulación forzada por algún gran ferrocarrilero, no se notaba en la Bolsa de acciones,

por ejemplo, la animación casi continua que en estas últimas semanas se advierte. Y lo más notable es que esto sucede un mes antes de las elecciones presidenciales, que siempre causan aquí suspensión seria

en los ánimos, como que los especuladores dependen para mucho de sus cálculos en el sistema de hacienda que adopta el gobierno, cuando no están, de cerca o de lejos, relacionados con alguno de sus



prohombres. Más que nunca debiera esta vez haber esas dudas, porque toda la campaña presidencial versa este año sobre la reforma de la tarifa, que para unos es la puerta que abrirá al mundo las industrias pletóricas de productos caros que no saben dónde colocar, y para los fabricantes que se verán obligados a rebajar sus precios, hoy inicuos, es la caja mitológica de que han de salir todos los males. Pero lo cierto es que el país en conjunto sabe la verdad, que es que no hay razón de temor, porque la rebaja proyectada en la tarifa no es de tal importancia que pueda poner en peligro ninguna industria, aunque sí bastará a abaratar la producción, y asegurar de esta manera a los fabricantes, con la venta de sus productos donde hoy por lo caros no se los compran, ventajas más que suficientes para compensar la rebaja inmediata en los precios que pudiera ser consecuencia de la mayor importación de los artículos rivales extranjeros, aunque esto mismo es poco probable, por ser la rebaja que se proyecta muy poca, excepto en algunos artículos de suprema necesidad para el pobre, en que la rebaja

sí es considerable. Pero vale más, en un país estremecido ya por la ira de las muchedumbres necesitadas, calmarlas con un acto de simple justicia, aunque inquiete o haga desaparecer tres o cuatro grandes fábricas, que fomentar la cólera obrera, en un pueblo de obreros, por proteger, con daño de millones de menesterosos, el interés privado de una docena de industriales monopolizadores.

Lo que sucede es que, después de tres años de administración sobria, en que el Gobierno ha puesto en circulación con la compra de mucha parte de la deuda parte del sobrante, hay a la vez dinero sin empleo y más confianza en el bienestar nacional que la que había hasta el año pasado. Y la especulación es un contagio, que prende de unos en otros con rapidez excesiva, cuando se produce, como ahora, en condiciones favorables. Así sucede con el mercado de acciones, a tal punto que en un solo día de setiembre los negocios en bonos subieron a \$3 445 000, más que en ningún otro día desde hace seis años. Villard,<sup>499</sup> el gran ferrocarrilero del Noroeste, acaba de surgir de nuevo triunfante, como presidente de las compañías que

trató en vano de salvar, hasta con el último centavo de su fortuna, hace tres años. En un día se venden más de quinientas mil acciones.

Y esta fiebre de la especulación no se detiene en los valores ferrocarrileros; sino cunde a los demás mercados, y ya ha producido el alza culpable del trigo a dos pesos: de un viernes a un sábado ¡un peso de alza!, sin que<sup>a</sup> la demanda o la oferta sean mayores, sin que aumente en Europa el precio del grano. Y otro tanto parece que va a suceder con el carbón.

En relación con este movimiento de confianza, a más de las causas conocidas, continúan en buen precio nuestros artículos, especialmente el café. Y es de notar que crece de veras en los fabricantes el interés en nuestros países, y que cada día es más fácil comprar para Hispanoamérica en condiciones ventajosas. El dinero para préstamos, queda fácil, y los cambios más favorables.

*El Economista Americano,*  
Nueva York,  
octubre de 1888

a. Se añade esta palabra.

214

# En los Estados Unidos

Ocupaciones de septiembre.-La fiebre amarilla.-  
Cazadores y estudiantes.-La candidatura  
Cleveland.-Carta programa.

Nueva York,  
septiembre 24 de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

**V**UELVEN AL SUR las golondrinas, a su desnudez los árboles y a las ciudades los viajeros. Con septiembre vienen las hojas amarillas, los juegos de pelota, las regatas de *yachts*, las carreras de caballos, la fogata de leños en la chimenea, para echar del aire de la casa las primeras humedades, y la fiesta doméstica, la fiesta de las conservas, que pone a toda la casa en movimiento, unos escogiendo las mejores manzanas, otros mondando los duraznos, la criada preparando el fuego, la abuela casera aconsejando que para cuando se vaya a echar la fruta se tengan los pomos bien calientes, y el colegial explicando a la familia incrédula que el manzano, aunque no lo parece, es her-

mano del peral, como el durazno del ciruelo.

Y en medio de la mesa humea la fuente de mazorcas de maíz tierno.

Pero ya no sonríen en el vaso de flores los nardos de abril, ni la mostaza graciosa, ni los jacintos de julio: sino los colores violentos y las plantas tristes, el geranio rojo, el asterisco morado, y el espárrago, el lirio del pobre, con sus campanillas colgantes como en un templo chino y su corona de espigas plumadas. Las puertas se cierran y empiezan las bodas.

El coche de los recién casados, lleno de los granos de arroz que para la buena suerte les echan al salir de la casa paterna los amigos festivos, deja su carga, ágil y vergonzoso, en el estribo de los ferrocarriles, que los llevan jadeando a la soledad de las montañas. Esquivan los bailes suntuosos de Newport, donde es ya moda que vengan a cerrar el año duques casaderos y príncipes de Francia, bien sean

abeja o flor de lis; ni Lenox los incita, el opulento Lenox, con sus banquetes donde luce en ricos platos de ágata musgosa la primera uva, con sus noches de música mundana, adonde se va a oír al tenor «que canta bien y es hombre bello». Adonde los novios de septiembre van es a Catskill, a ver la roca de Rip Van Winkle, para que les dure tanto la dicha como le duró a él el sueño, a oír de los montañeses que el membrillo viene temprano, lo que anuncia para estos fríos mucho oso; a visitar el pueblo nuevo, con lindas casas de troncos de árboles, y una taberna al uso antiguo, con los muros pintados de regalo por los maestros del país; a asomarse admirados a la Casa del Monte, desde donde, como del tope de enorme anfiteatro, se divisa la maravilla del valle del Hudson, con su río como el mar, lleno de los vapores blancos veraniegos, y sus retazos de selva, y sus trigales ya cobrizos; a subir, pértiga en mano, a la cumbre de mirtos y laureles, de donde se precipita al solemne hemiciclo de basalto la cascada de Kaaterskill, que se pierde espumante por las rocas despeñadas entre robles musgosos y pinos

agustos. Él, creyéndola oro, levanta de entre el humus una rama seca de abedul. Ella, creyéndola gargantilla de brillantes, se inclina a ver una tela de araña donde cuelgan las gotas de rocío.

Conviene al amor nuevo la soledad de los hoteles abandonados de la montaña, y el magnífico fuego de que en el rojo otoño las laderas se revisten. Van persiguiendo los novios la mariposa azul, por entre las veredas del bosque de color de sangre, bajo el silencio del cielo.

Pero ¡qué pobres bodas las de los dos recién casados de Jacksonville, asolada ahora por la peste de la fiebre, sin casa apenas que no tenga a la puerta la bandera amarilla! «¿Qué tienes que estás pálida?», le preguntó el esposo al tomarle trémulo del talle la flor fresca del naranjo de la Florida. Y a la puerta llamaban a poco, para no ver más que un demente y una muerta, los hombres de la sanidad, embutidos en capotas de goma y capuchas de buzo.

La ciudad está como sitiada. Ni las cartas que vienen de paso salen de ella. Al que quiere huir del lugar no le permiten viaje libre, sino después de implacable cuarentena en los campamentos de refugio. Caen los médicos y sobran los donativos. Ayer abrieron la suscripción de socorro en Nueva York, y un solo donante, un desconocido, dejó en la mesa doce mil pesos.

¡Y este pueblo protestante improvisa una legión volunta-

ria de hermanas de la caridad! No las ligan votos, ni las mantiene en entusiasmo histórico un clero astuto; pero mueren sin cofia ni rosario, a los pies de sus enfermos. Desdeñan los cuidados con que el hombre, más cauto, se protege, para que no entre al pulmón el aire fétido; ellas limpian los labios cenicientos: ellas aquietan las manos afanosas: ellas enjugan la frente amarilla: ellas cierran los ojos vidriados: ¡y donde cae una, dos se levantan!

Las almas bien templadas se vengan de la desdicha en el ejercicio de la virtud. A todas esas heroínas se les ve en el rostro la beldad del dolor; que da una luz de estrella. Mueren al día cincuenta enfermos. Los menos cuidados son los que mueren. Un periodista se está burlando en la botica de la gente medrosa, de las comadres que traen aturrido a consejos al médico, de los negros que vienen, tiritando, lívidos, a que les vea el doctor si ya tienen morada la lengua; y deja el chiste incompleto, y el artículo de periódico que escribe sobre la rodilla, porque la muerte ha venido de pronto a alborotarle el pulso, a oscurecerle el sentido, a agujonearle las sienes.

Y mientras unos mueren otros pescan, porque este mes es bueno para la macarela y el pargo, y otros se van de caza por los montes cerrados del Adirondack, con sus botas de gamuza, su casquete de paño y su bote

de lona plegado bajo el brazo, como un libro: en el monte hay tantos lagos como becas: se pasa el lago, y se vuelve a doblar el bote, que es de lona de veras, y tan seguro como leve, capaz para el cazador y su perro, y aun para alguna amiga venatoria que haya perdido la ruta por los castaños de la montaña, que es por donde los enamorados suelen andar, porque la hoja larga y seca del castaño es buena para calcar, dibujadas en lazo íntimo, las letras de sus nombres, como que no hay más que fijar con goma a la hoja las letras recortadas en papel, y a punta de cepillo dar sobre la hoja suavemente, hasta que lo verde se va, y no queda más que uno como encaje, como encaje y como red, alrededor de las letras.

¿Qué estudiante de Princeton, o de Yale, o de Harvard, o de Columbia, que son aquí las universidades magnas, no pone hoy dentro de su Petronio, que es el latín que más le gusta, su hoja de castaño labrada, hoy que principian las clases, y se acaba el torpe recreo de salir a campo traviesa a hurtarles los melones a los campesinos? Sólo que este año los estudiantes están enojados, porque tanto había crecido entre ellos estos cursos pasados, so capa de ejercicio físico, la práctica de lo más animal del hombre, con detrimento de lo más bello, que las universidades acordaron prohibir las regatas de río y juego de pelota, que eran ya ocupación mayor de los colegios, y asunto

de apuestas y disputas, que los tenían sin sosiego todo el año. ¡Mírense los padres en mandar aquí a sus hijos! Los libros viajan sin podrirse; pero los hijos no.

Allá sabemos todo lo que aquí se enseña salvo una u otra especialidad que se puede venir a aprender cuando el carácter esté ya maduro, y no en peligro de podrirse. Aquí sabemos perder aquel ardiente estímulo y nobleza ideal que no estorban a la ciencia verdadera, sino que la completan y realzan.

Las leyes físicas son iguales, y los esqueletos, y los cálculos, y los cuarzos, bien se les estudie a la sombra doméstica del ombú, bien entre los melonares de Princetown, manteando brutalmente a sus compañeros, y acostumbrándose a mirar al maestro como domine alquilón, y a la dama como moza. Con la educación extranjera se ha de hacer lo que la Dorotea de Lope aconseja con la ensalada y la mujer ajena: «¡Dos bocados y dejalla!»

Pero ni el tenor hermoso que está cantando, con su coro de damas serviciales, en las salas ricas de Lenox; ni la vuelta de los estudiantes, a ver quién gana a pujo de brazo en la lucha entre los «frescos» y los «sofomoros» el derecho de llevar bastón durante el año; ni el paseo de los velocipedistas, que recorren de calzón corto y cachucha de terciopelo los caminos históricos de Massachusetts; ni *Herod and Mariamne*, el convulso libro

nuevo de Amelie Rives que ya vende su fama a treinta mil pesos por novela; ni los indios aún revueltos, porque no quieren ceder al hombre blanco, so pretexto de ferrocarriles, sus últimas tierras; ni el clamor de los penitenciarios desesperados en su celda perezosa, desde que se les quitó por ley el trabajo de oficios para que no compitiese la obra barata de las prisiones con la obra del artesano libre; ni la muerte de Wallack, actor caballero, grande en tipos de hidalgo y matadamas, único en los papeles de segundón de lord y capitán de caballería; ni las carreras, frecuentadas en este año por las que beben sin sed, y los figurines y rufianes que viven entre ellas; ni la noticia de que ya viene Chauncey Depew, el orador intrépido, a recibir la ovación que le preparan en señal de estima pública los muchos admiradores de su cordialidad, firmeza y talento; ni la Langtry que vuelve, la hermosa actriz inglesa, con su cuerpo musical que es ritmo vivo, y sus espaldas firmes y cerradas, como aquellas que invitaban al poeta de Grecia a un perpetuo beso; ni bailes, ni matrimonios, ni cacerías, ni torneos de pelota, ni el horror de la peste siquiera, que mató ayer al astrónomo ameno, a Richard Rector;—preocupa tanto como la carta admirable donde Cleveland acepta su candidatura a la Presidencia.

¡Grande es la lengua, cuando sirve para edificar, a golpes de

cuchara de albañil, como la cola del castor! Calla, decía el antiguo, o di algo mejor que callar. Las lenguas que destruyen debían ser clavadas al cielo de la boca, como las astillas con que cazan los negros a los cocodrilos: ini valen más esas que suelen salir, como las avellanas, huecas!

No se ha de hablar sin idea, y por el mero gusto de lucir el talle, como la coqueta y la meretriz; sino como quien pone en orden piedras de cantería; —como habla Cleveland. En las cosas del Estado, ni mariposas, ni fuegos de artificio. Lo del Estado se ha de decir con la piel a los hombros y la clava en la mano, como Hércules cuando salía a matar serpientes.

Porque no sólo es de notar lo cerrado del argumento de donde deriva Cleveland en esta carta la urgencia de rebajar los derechos innecesarios de exportación, para abaratar la vida, y la producción industrial con ella, a lo que seguirá naturalmente venta mayor en los mercados extranjeros; ni hay que loarle sólo la claridad con que demuestra cómo es un peligro público la acumulación en el Tesoro, en virtud de los derechos protectores, de una suma que por una parte tienta a los agiotistas y demagogos a empresas fútiles e inmorales, y por la otra produce escasez de dinero, aumento de rédito, dificultad de emprender, falta de empleo para el trabajador, rebaja de sueldos y cóleras sociales; sino que resalta en este docu-



mento sobrio una verdadera belleza literaria, no de aquella que viene de colgar abalorios y bisutería a la imagen, que va con su cargazón de adornos como enana vestida al gusto de los palurdos de la feria, sino esta otra y cabal hermosura del pensamiento, que consiste en la salud y arreglo de sus partes y en que la palabra lo ciña y realce, como la cota al gladiador.

En eso está la beldad, y en el calor de corazón con que desde las primeras palabras, como quien se descubre reverentemente ante la majestad de la naturaleza, se pone junto a su pueblo, y no por sobre él: «No hay espectáculo más sublime, dice, que el de una nación de sesenta millones de almas delegando libremente su poder en un hombre que la dirija con arreglo a la virtud.»

Lo que dice la carta de seis años atrás lo sabe *La Nación*, porque aquí se ha previsto que la hacienda pública no es crematística tenebrosa, donde sólo entra el sabihondo con las palabras de pase, sino el arte sencillo de atender con la menor suma posible al sostén y defensa de los intereses nacionales. Que cuando el gobierno, que es apoderado del pueblo, cobra de su poderdante más de lo que necesita para servirlo, no le sirve, sino que le roba; ni mira por su paz, cuando por estos cobros favorece, como sucede hoy, a la minoría pudiente contra la mayoría menesterosa, que empieza a exasperarse.

Que el gobierno que usa su poder para aumentar la cólera entre sus gobernados, y para privarles innecesariamente, so pretexto de servirles, de lo que requieren para su bienestar, engaña al pueblo y es caso de rebeldía del siervo contra su señor. A los gastos del gobierno hay que atender con la renta de aduanas, y el impuesto de consumos sobre tabaco y bebidas, y sobre la mantequilla falsa; pero una vez cubiertos los gastos del gobierno, ¿qué derecho hay para hacer pagar al país esos ciento treinta y tres millones de pesos que yacen sobrantes en el Tesoro, mientras afuera, en la angustia del mercado, los industriales pobres cierran sus talleres por falta de dinero y crédito, o sucumben a la tiranía de los monopolios, que, en virtud de esta misma tarifa que ocasiona tal sobrante, se combinan en ligas, reducen los gastos de producción, aumentan los precios, limitan los productos a la venta inevitable, remuneran con una parte de la ganancia general la inacción del productor pequeño, y dejan sin empleo a millares de obreros, forzados a comprar caro de estos monopolios los artículos vitales, a consecuencia del mismo sistema protector que los deja sin trabajo? ¿Qué derecho, hay una vez cubiertos los gastos del gobierno, para cobrar malamente al país, validos de que no lo siente por pagarlo en los precios de los artículos, no sólo el exceso que hoy se le cobra en forma

de derechos de importación, que al fin va al Tesoro, sino el aumento de precios que ese exceso de derechos permite al fabricante nacional poner sobre el producto doméstico, aumento enorme, repetido en cada uno de los artículos vitales, que no va al Tesoro, y en forma alguna puede ser devuelto al pueblo? ¿Qué ha de ser el gobierno? ¿Vigilante del bienestar de la nación, o cómplice de los que la explotan?

Y luego vienen, en raciocinio inexpugnable, las deducciones sabidas: la vida se abaratará con la materia prima libre y la vida barata, se producirá más, con menos salarios, sin que el obrero padezca, porque si cobra menos, paga menos, en virtud del sistema nuevo, que permitirá con los precios menores vender afuera, y le dará trabajo estable: con mayor competencia, con más dinero circulante, porque el Estado sólo cobrará lo preciso, y con las leyes que los castiguen, como enemigos públicos que son, estos monopolios combinados, estas tiránicas ligas que defiende Blaine, se extinguirán no bien les falte la complicidad tácita con que, en la forma de derechos altos, les favorece hoy el gobierno. Pero esa reducción de la tarifa no se ha de hacer a la loca, dice Cleveland, sino de modo que las industrias vayan poniéndose en salud sin venir de pronto a tierra, con la consideración que les debe la ley,

por haber establecido las bases falsas en cuya consecuencia se crearon.

El deber es absoluto; pero la política es relativa. El pensador propaga, y el gobernante acomoda. Política es eso: el arte de ir levantando hasta la justicia la humanidad injusta; de conciliar

la fiera egoísta con el ángel generoso: de favorecer y de armonizar para el bien general, y con miras a la virtud, los intereses.

Los caballos llevan el freno en la boca, y los hombres en el chaleco. El corazón empuja, y el chaleco guía. Y las leyes para

ser viables, se han de hacer a la medida del chaleco.

José Martí

*La Nación,*

Buenos Aires,

2 de noviembre de 1888

[Mf. en CEM]

215

## Nueva York en octubre

La política.-Coquelin.-Vereschagin.-La plutomanía.-Grandes robos.-Una boda china.

Nueva York,  
octubre 6 de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

**L**A POLÍTICA HIERVE, y apen-  
nas hay oídos más que  
para ella. Ya se entra en octu-  
bre, el mes decisivo. Ahora son  
los esfuerzos para allegar gran-  
des sumas y gastarlas en pom-  
pa y ceremonias, en idas y ve-  
nidas de oradores famosos, en

juntas colosales, a fin de mos-  
trar que se tiene más ejército y  
más probabilidad del triunfo  
que el contrario. ¿Se declarará  
el país deseoso del rebajar la  
tarifa en provecho de los más,  
como quiere Cleveland, o de  
mantenerla alta en provecho  
de los menos, como quiere  
Blaine? Ya no hay por las calles  
solapa sin insignia, los unos  
con «H» y «M», por Harrison y  
Morton, los candidatos de los  
republicanos; los otros con «C»  
y «T», por Cleveland y Thur-

man, o un lazo en el ojal, en  
vez del botón de seda, hecho  
como éstos de tela de pañuelo  
colorado, del histórico «banda-  
na», o un botón de metal con  
la efigie barbuda de Thur-  
man, o la de Cleveland, remo-  
zado con el matrimonio y la  
estimación de sus conciudada-  
nos. Envejece como una nuez,  
quien vive lejos de su patria.  
Prospera y se hermosea quien  
de buena fe y con utilidad vive  
en el servicio constante de  
ella. ¡Y luego, la dueña de la  
casa, con sus ojos profundos,  
su cuello de columna y su mata  
de cabellos castaño claro!

Acabado el quehacer presi-  
dencial, allá se va de prisa el Pre-  
sidente todas las tardes de la

Casa Blanca, llena de jardinillos podados y de pretendientes, a su quinta de Oak-View, en lo alto de una colina, idonde le espera la paz, el piano de su mujer, un convidado amable, y un ramo de rosas!

Pero de política se hablará mañana. Mañana es la gran fiesta. Están alquilados todos los uniformes de la ciudad para la gran parada de antorchas. Dicen que irán treinta mil almas al juego de pelota, en la majestad de la noche, a ver al «caballero plumado», a verlo más que oírlo, a ver a Blaine. Nunca se habrá visto en procesión política jaiques de más colorines, ni tanta bandera, ni tanto casco con asta de oro. Será cosa romana y estupenda; y cañonazos a la entrada, y fuegos artificiales a la salida, y mil policías para sujetar la muchedumbre. Pero eso será mañana.

En las columnas de los diarios, donde se hablaba ayer de la peste, se habla hoy de que no queda un asiento para el abono de Coquelin,<sup>500</sup> aunque aquí lo irán a ver como veían a Sarah Bernhard, con el libreto de *La dama de las camelias* cuando hacía de D<sup>a</sup> Sol, no con la voz ondulosa y trémula de la actriz que premia con lo verdadero de su fuego el entusiasmo del público que se lo inspira: sino fría y colérica, desafiando más que representando, dando la espalda al auditorio áspero e inculto, cayendo en sus posiciones famosas como un maniquí de modas, no con las curvas de

la pasión, sino con los ángulos de la ira. Lo mejor del actor, como lo mejor del orador, está en el público. Pero Coquelin viene de moda, con padrinos de influjo en la ciudad, y habrá que comprar zancos de oro para poderle ver el rostro maravilloso en *El Avaro*.

A lo que se junta el que llega en tiempo bueno cuando «los cuatrocientos», como llaman por burla, a lo más empinado de la ciudad, arden en deseos de enseñar las esclavinas y descotes, que el año pasado, a la verdad, eran más para ir de cena, hace dos siglos, en casa de aquella desenvuelta Sofía Lenox, adorada de París, que para mostrarlos sin reparo, como los muestran ahora, en los cotillones con que en el Lenox de aquí saluda esta aristocracia de máquina de coser y vara de medir, las brumas que pasan, arrebujadas y frías, llevándose en jirones el velo mágico que encubre las fiestas del invierno.

Ahora, de octubre a pascuas, será el paseo de coches de camino, todos de colores, y el más bello el de Jerome, que es amarillo naranjo con caballos blancos. Ahora, antes de las nieves, y del dejarse resbalar por el tobogán, y de los trineos de cencerro y penacho, será la exposición de Vereschagin,<sup>501</sup> el ruso que hace odiar la guerra por lo real de sus pinturas, y amar la nieve, por lo potente de su luz: serán los teatros, que se sostienen si son de farsa y baile, pero quiebran si son de ópera alemana o italiana:

serán los paseos de tarde por la Quinta Avenida luciendo el talle ellas y ellos, porque ya aquí hay mucho de esa mocedad vil que hace gala de lo que la debiera avergonzar, que es no ocuparse en el trabajo, y gasta sin vergüenza lo que ganó otro para ellos: sólo que estos petimetres no están aquí muy seguros de escaparse sin una buena silba, o una mirada de mofa, o el desdén manifiesto de una bella sensata, en cuanto se aventuran, con los guantes de terracota y el bastón asido a media caña, fuera de las dos o tres calles donde no está mal visto que los hombres dejen de serlo y renuncien a aquel aire de rey con que domina y enamora el hombre que trabaja.

En las calles se nota esa degeneración, y por dos grandes robos se ha visto otra, que es la de amar el dinero por sí, y no por ser testimonio vivo del esfuerzo con que se le acumula, lo cual, con el placer de darlo a quien lo necesite, es lo más bello que tiene el dinero. De ver impune al bribón, crece naturalmente la bribonería. Y como acá no se tiene a mal camino alguno, bien sea el de apóstata o traperero, con tal que lleve pronto a la fortuna, ha pasado esta en ser el único objeto apetecible de la vida, y no el respeto propio ni el goce moderado de un trabajo puro, en cuanto la maldad imperante aún en el hombre permite la pureza. En otras ciudades, el hogar puede mucho, sea en la católica Baltimore o en Filadelfia protestante.

Pero en Nueva York no hay más que ojos abiertos y gargantas secas y la pasión no es sólo poseer, sino superar las posesiones del vecino, lo cual es manifestar locura, puesto que por doquiera salta un vecino que posee algo más.

El mismo amor, que salva al hombre de otros excesos, por ser él el más grato y pleno de todos, y como oro de ley ante la bisutería, aquí es más estímulo que freno de esta pasión de poseer, que ni deseo ni respeto deja a la vanidosa sino para el que le permite satisfacer sus gustos a mano derramada, aunque el portamonedas le venga, ahito y regordete, de mano del crimen.

El hombre busca en la mujer física el contraste violento de su existencia sin elementos femeninos, que son en el hombre los ideales y nobleza por donde es la existencia soportable y digna, o paga a toda costa una beldad ostentosa, no porque la cabeza cargada de alcoholes cuide mucho, a la hora de caer, de que el hombro en que cae sea rosa o nieve, sino porque le sirva la hermosura como pregón de su poder para comprarla, y mostrarla llena de sederías y pedruscos.

Por eso sucede casi de diario el escándalo de hoy. ¿Quién creería que un abogado que pasaba por la misma honradez, y tenía entre sus clientes corporación tan poderosa como la bolsa de granos, le haya estafado unos doscientos mil pesos, declarando como buenas las hipotecas falsas que, sobre su

palabra de hombre de ley, tomaba la bolsa en garantía de préstamos?

Y en una sociedad de abogados, otro ladrón hacía lo mismo, y daba fe a la sociedad, que a su vez la daba a sus clientes, de que eran ciertas y limpias las hipotecas que no lo eran. Y el abogado de la bolsa ganaba miles con muy poca amargura: ¿a qué envilecerse por unos cuantos miles más? Y el agente de la firma de abogados tenía amplios proventos, y vivía a lo señor: ¿a qué caer sin necesidad en esta infamia? Es el vicio de la riqueza, contra el que han de pelear los pueblos prósperos. Ríndasele menos culto. Póngase por sobre ella el culto de las virtudes que la atenúan.

De un rico se ha hablado estos días mucho; y no es de Carnegie, que con una mano escribe, celebrando a la libertad, la «Democracia triunfante», y con otra se une con el sindicato francés, vendiendo al extranjero la nación que lo protege, para que en virtud de una liga de productores pueda venderse a diecisiete centavos la libra de cobre que cuesta de tres y medio a seis.

No es de Carnegie, el amigo de Blaine, sino de Ynet-Sing, el comerciante chino que se ha casado, sin dientes y sin espina dorsal, con un nomeolvides, una gentileza de dieciocho años que le ha venido de China.

Convidó a China entera, que por cuenta de Ynet calmará el hambre y la sed en las casas y

fondas de la calle de Mott en la fiesta de bodas, que es de cincuenta servicios, y dura quince días: allí el pollo cortado de este a oeste en pedazos menudos, cada uno con su tanto de hueso; allí la col sin sal, y el arroz sin grasa, y el pescado pardo en salsa dulce: allí los buñuelos, redondos como una naranja, manando el aceite, y el vino de arroz, rojizo y como ahumado, que no va en vasos, sino en tazas de juguete, donde cabe lo que en la cuenca de una uña. La calle entera es música. Ynet ríe, encucillado desde hace dos días, y los comensales se levantaron de las mesas de ocho asientos en el vigésimo quinto servicio, para asistir, con dos óbolos rojos en las manos, a la ceremonia de las bodas.

El gran Joss de oro, cerdoso por el bigote pendiente y por las cejas, presidía, sentado sobre finísimo papel, entre luminarias de colores. Entra la novia. La asamblea se pone en pie en silencio. Sobre la seda roja, tendida al pie del altar, se arrodilla, junto a su Ynet, la linda flor de la China, una gala, una menudez, una avellana envuelta en sedas: seda la túnica encarnada, con listas de oro y florería de seda azul: seda el manto de perlas, con grandes recamos de oro, y seda azul celeste las dos damas que aguardan de pie a los lados.

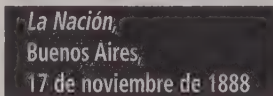
Le clavan en el manto los sacros cirios, y luego se los quitan, para ponerlos en una urna ante Joss: ¡Primero a Joss, luego a Ynet! ¡Joss se come las flores!



Flor de China saluda a Joss tres veces; y después a la asamblea, cubriéndose la cara con el abanico. Y ofrecen luego a los huéspedes en las tazas menudas té oriental, y por la taza que toma, deja el huésped, envuelta en papel fino, una moneda de oro, que es el óbolo rojo. Pasan luego tabacos de la Habana, que entre los chinos es gran riqueza; y otro óbolo. Y luego es lo más

bello de la boda, en que los chinos se parecen a los indios: la novia va a pedir la bendición al chino más anciano.

José Martí



[Recorte de periódico en CEM]

216

## Un día en Nueva York

La mañana.-El suicida de la bolsa.-Carreras, pugilato, política.-El palacio de maíz.-La procesión de los inválidos.-79 millones en pensiones.-Las tres guerras.-Gobernávoro y burómanos.

Nueva York,  
octubre 7 de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

UN DÍA EN Nueva York!  
Amanece y ya es fragor. Sacan chispas de las piedras los carros que van dejando a la puerta de cada sótano el pan y la leche. La campanilla anuncia que el repartidor ha dejado el diario en la caja de las cartas.

Bajan los ferrocarriles aéreos, llamando al trabajo. Los acomodados salen de la casa, después de recio almuerzo de carne roja, papas salcochadas y té turbio con mucha lonja de pan y mantequilla. Los pobres van en hileras, desde muy mañanita, al brazo del gabán viejo, por si enfría a la vuelta, y de la mano la tina del lunch: un panazo, de mano case-ra, con buen tajo de carne salada y un pepino en vinagre.

Y abajo de la ciudad la vida ruge: se atropella la gente: los

carros, como en las batallas épicas, se traban por las ruedas: sube por el aire seco un ruido de cascada. Unos pasan riendo como el niño que acaba de apresar una mariposa, y entran en la cantina de ónix y oro a celebrar su ganancia en la bolsa con champaña verde que llaman acá «leche de uva». Otro viene lentamente, con los ojos fuera de las órbitas y descolorido, con la barba al pecho: un vagabundo le ofrece en cien pesos un cachorro de terrier para su querida: y echa al vagabundo contra la pared de una puñada: ¡jugó a la baja del trigo y el trigo ha subido! ¿dónde acaba el negocio en las bolsas, y empieza el robo? ¿o todo es robo, y no hay negocio?

Llega el misero a su despacho luminoso, con las paredes de estuco y el piso de bronce; se sienta delante de la mesa nueva de arce, donde impera en marco de piedras falsas el retrato de una bella tragavidas; apura de un sorbo el whisky de la botella de cristal cuajado; se levanta el pelo de la sien; y se dispara un tiro.

Así mueren los pueblos, como los hombres, cuando por bajeza o brutalidad prefieren los goces violentos del dinero a los objetos más fáciles y nobles de la vida: el lujo pudre. ¡Ahí está el hombre, frío! ¡Ahora se ve lo que era, un tahúr! ¿Qué más es el azar de la bolsa, que cualquier otro azar? Ver venir la ruleta ¿dónde es oficio de hombre? La ruleta del trigo, que es lo mismo que la otra. Se ha de hacer lo que decía Mondragón el valenciano: «El que quiera pan, que lo cave, y mientras más blanco, más hondo.» Y se ha de sujetar el deseo a límites naturales. Dése obra de espíritu a los pueblos, el verso que enamora, el discurso que atrae, la pintura que deslumbra, el drama que interesa, el paseo que calma, para que la vanidad, que reina en todo, se modere por la virtud de los asuntos en que se emplea. Si no ¡ahí está el hombre, frío, rígido, ceniciento, con el brazo tendido, y el puño lleno de sangre, sobre el retrato de la mala mujer hecho pedazos!

La gente se encoge de hom-

bro: ¡una bestia menos! Y el día sigue su curso. Cada cual va a su interés. Hoy empiezan en Jerome Park las carreras de caballos. Kilrain, el púgil, va a pelear a puño seco con un inglés desconocido, por la gloria de mil pesos. ¿Peleará en Nueva York, o en Indiana, donde hay menos policía,—en Indiana, donde está enojado Harrison, el candidato republicano, porque Blaine quiere ir a lucirse en su propio Estado, como la cabeza magna y visible de su partido? ¿O peleará en la ciudad de Sioux, donde las peleas gustan mucho,—en Sioux, donde celebran ahora la feria del maíz, en un palacio que está todo hecho de él, con torres normandas, techos a la reina Ana y portales moriscos, y tan curioso por ser de la paja del maíz las paredes, y de la mazorca la cenefa, y de grano rojo o anaranjado los paneles y ornamentos, como por la desdicha del estilo, que es confuso y retacero; con fustes jónicos y chapiteles corintios, y un balcón a lo hindú bajo un alero holandés, y todo esto empotrado en una gran fábrica de picos, sotabancos, y escaleras revueltas, como en tiempo de Ana la reina. Porque aquí han estado imitando a los ingleses en arquitectura, como en modas y en poesía: por lo cual no ha de copiarse lo que va de aquí, que no es más, en lo artístico, que el desfiguro de lo inglés, con la mezcla violenta de todo lo llamativo y extravagante; cuando lo que de Inglaterra pudieron imitar, fue lo que el

inglés toma del griego, que es la moderación, y del latino, que es la elegancia. Pero está curiosísimo el palacio, donde sólo la armazón es de madera, y todo lo demás, de la planta que florece con pasmosa abundancia en Iowa y en Dakota, en Nebraska, la vencedora de las nevazones, y en Minneapolis, milagro de voluntad, que está llegando al cielo: ¿no es hoy comarca opulenta sin más ayuda que la que le dan los brazos puestos al cultivo, este que era ayer bosque enmarañado? Y lo más bello del palacio de maíz es que por fuera lo forraron con los pajones verdes o secos, abiertos a la larga o en cruz, como rosas de vientos, los carpinteros y decoradores; pero por dentro fueron las mismas señoras de Sioux las que lo adornaron, dividiéndose en grupos, cada uno de diez con una dama presidente, elegida por el voto en cada agrupación, y todas trabajando por deslucir a sus rivales, y decorar con novedad y bello efecto de color, sin más que maíz, cebada y trigo, éstas las escaleras, de maíz en rosas, asado en ceniza: aquí una esquina, con una semejanza de tela de araña, hecha de granos cosidos en alambre; unas el techo, con florones de hoja de millo, y el centro de espigas; otras las paredes, con figuras, curiosas, y hasta un gran paisaje de verdes distintos, donde se ve a la gente campesina en el afán de la cosecha.

Y nadie sale del palacio sin el recuerdo de la fiesta, que es

una muñeca de maíz, una miniatura de mujer, compuesta con mucho arte y a la moda francesa, con su gorra de canal, como cuando George Sand amaba a Jules Sandeau,<sup>502</sup> y el talle de avispa, caído en peto sobre la falda, hecha, como el talle, de pura hoja; y los mitones son de hebra de la paja; y de paja también, son la manteleta y el pañuelo, y el pelo suelto hasta la cintura, es de la cabellera del maíz.

Nonada es; pero todo el mundo va a verla, o la celebra, o compra muñecas, en que tienen vivísimo comercio. De estas muñecas se hacen los ferrocarriles. Y estas sencilleces alegran el carácter del viajero, y lo disponen a los negocios y las compras.

Por cierto que no ha habido peregrinos tan joviales, entre los muchos que han ido al palacio, como los inválidos de la guerra, que tienen sus sociedades por todo el país, y suelen disponer una vez al año de parte del tesoro, para ir de brazo, luciendo sus mangas colgantes, o su cojera, o la barba gris que les encubre el chirlo, por aquellas comarcas del Noroeste aventurero, de donde salieron los más de los americanos de la guerra,—porque de donde hay poco que perder o es más dura la vida sale siempre el soldado: ¿a qué entrar allá, vestido de cuero, cazando indios y búfalos, cuando sin más peligro que el de morir, tenían allá, cara al Sur, el vestido de paño, el ascenso posible, y la paga segura? Pero

ni con la muerte sagrada, ni con la justicia, se roza en vano el hombre. El sastre se hace elegante; y el cajista, literato y político; y el soldado de la idea justa deja de ser soldado, y es idea.

No hay hermosura mayor que el agradecimiento, ni paga más merecida que la que sirve una nación a los que se quedaron por defenderla sin piernas ni brazos. En los Estados Unidos el respeto a los inválidos raya en culto, y no se ve por las calles hombres más limpios y considerados que los mancos y cojos que llevan el traje de paño azul, y el chambergo de fieltro, con ese ojo acerado del que ha visto la muerte, y esa manse dumbre propia de los hombres valerosos.

A la otra banda de Nueva York, en Staten Island, hay una casa de inválidos—«Snug Sailor's Harbor»—donde no van más que las víctimas de la guerra de mar, que no tienen casa propia donde vivir; pero lo de víctima no se les conoce mucho, sobre todo los domingos, cuando salen por la alameda alta de la ribera a ostentar sus cicatrices, muy acicalados, con las barbas luengas, y la pipa henchida de tabaco virgín. ¡No es necesario mucha poesía para sonreír con ternura cuando pasan aquellos viejos, callados y azules!

La patria los viste de buen paño, los calza con buen becerro, les cubre la cabeza con buen sombrero de castor, les da cuarto abrigado y mesa plena, y aun les pone en el bolsillo su

dinero para pasear. 179 000 000 de pesos pagan al año los Estados Unidos en pensiones a sus inválidos de las tres guerras! Este sí que es ejemplo admirable y sentimiento real, en este pueblo a que se supone falto de sentimiento,—¡como si no fuera el sentir el mejor pergamino del hombre, y hubiera oposición entre ser práctico y ser honrado! El trabajo es romántico. La vida es romántica. Sólo la necesidad no lo es. El que seca el romance, seca la vida. El trabajo es piadoso. ¿Quién da más limosna, quién tiene el corazón más blando que los trabajadores?

267 924 801 pesos gastan al año en expensas nacionales los Estados Unidos, y de ellos, la tercera parte es para pagar la pensión de sus militares inválidos, o de sus viudas y parientes que dependen de ellos: 78 775 861 se han pagado por pensiones en 1887. De la guerra del año 1812 contra Inglaterra, que fue necesaria para confirmar la de emancipación, aún sobreviven ochocientos doce bravos, y 10 787 viudas. De la guerra rapaz e impía contra México en 1848, quedan unos 16 000 veteranos, y 5 104 viudas. De la guerra con el Sur 326 835 inválidos cobran pensiones, y 92 898 entre viudas y parientes. Y estas pensiones no son de miserias, como en otros países más olvidadizos o pobres, sino desde \$240 hasta 2000, que es lo que cobran las viudas de los generales, la de Hancock, la de Logan y ahora la de Sheridan.

Por supuesto, de la gratitud nacional se ha hecho negocio tan complicado y expuesto a asaltos y mentiras, que para no ser engañados por falsos solicitantes mantiene la junta de pensiones tal número de empleados que el distribuir los 79 000 000 cuesta cerca de cuatro, entre agentes, inspectores, y los que trabajan bajo ellos. Y el pedir ayuda al gobierno es ya tan frecuente, aun por los que gozan de cabal salud, que a menudo solicita pensión, porque diez años después de la guerra le atacó la malaria, un héroe desconocido que cargaba a una legua de la pelea la parrilla del capitán, y una vez que oyó fuego la dejó detrás para que se asara la carne el enemigo.

191 vetos contra pensiones injustas ha firmado el Presidente en 1887; y la junta ha pedido al Congreso cincuenta empleados más, para atender a tantas cartas. ¡Y luego nos acusamos los latinos de oficinescos, gobernvoros y burómanos!

Y todo eso se ve en un día. El hombre muerto, con la mano sobre el retrato aplastado de la tragavidas; la procesión de los

inválidos, que va con música al frente, a ver el palacio de maíz; las carrozas de a cuatro caballos con su carga de gente alegre, camino de Jerome Park, que so capa de carreras, no es más que cueva al aire libre, cueva de jugadores. Se ve al cura McGlynn, venerado como padre y seguido como ídolo por su gente de la sociedad famosa «Contra Pobreza», que celebra feria ahora, en el corazón de Nueva York, con bailes, ventas y rifas y todas las añagazas con que despueblan bolsas cien limosneras bellas, que tienen ganado renombre por su lealtad apasionada al bravo cura.

Se ve pasar caricada a la linda actriz Clayton, porque ni aun poniéndole coroneles ridículos y negros serviciales, agradó anoche en la prueba el drama sacado de la novela de Amelie Rives, ¿El vivo o el muerto?: como que el teatro no soporta aquellas vibraciones de la carne y llovizna de besos que dan a esta novela calor de cuerpo vivo, y como olor de rosa fuerte, tanto que parece persona apasionada, persona palpable, en vez de libro.

Y cuando los vendedores del diario de la tarde se desgran, como el puñado de arroz que echan los amigos al carruaje de la novia, voceando el alcance que da la noticia de haber confirmado Cleveland la ley que prohíbe con nueva energía la inmigración de chinos; cuando ya se juntan los politicones ansiosos, en la primera taberna o club a mano, para contar los votos que los demócratas ganarán de seguro con este agasajo a la gente del Oeste, que les anda quemando a los chinos las colas, y antes quiere ver sierpes que ver chinos,—cien niñas esperan, cuchicheando en la sombra del portal, a que se abra la escuela gratuita de artes.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
22 de noviembre de 1888

[Recorte de periódico en OAH]



217

# Noche de Blaine

Una asamblea popular en el juego de pelota.-  
El gentío neoyorquino.-Oratoria para las  
muchedumbres.-Escenas en los alrededores.-  
Blaine.-Llegada dramática.-Su aspecto.-Su  
desembarazo.-Su mirada.-Su oratoria.

Nueva York,  
octubre 20 de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

**E**RA COMO LA mar. Allá en el fondo, en la galería cubierta como un monte de granos de maíz negro, se apiñaba la gente sentada. De lejos, de las puertas, venía la muchedumbre lentamente, como asombrada ante el espacio y la noche. A los lados, vacíos, los asientos del enorme juego de pelota, donde va a hablar Blaine.

Frente a la galería, como en un foco de la elipse, han improvisado con tablas de pino la tribuna para los oradores y la concurrencia distinguida. De la gradería a la tribuna, la masa humana, como la oleada, ondea. Con las espaldas la echa atrás la policía. Una mujer se desmaya. A otra se la llevan en brazos, presa de dolores prematuros. Un ita-

liano embiste a un irlandés. De atrás empuja la ola que lanza de bruces a los policías sobre el tablado. A golpes de porra, sin ver donde dan, si en carne o en hueso, hacen los cascos blancos recluir al gentío. Cecean los carbonos de las luces.

Las luces eléctricas, de lo alto de sus postes, echan sobre la multitud de vez en cuando una claridad como de cola de cometa: y la recogen. Por sobre las cabezas flota una luz de nebulosa. Coronan lo alto de la gradería, como diadema de color que se destaca sobre el cielo gris, guirnaldas de banderas.

Blaine no llega. Los hilos de gente, como de pueblo que se vacía, siguen entrando por las puertas, atravesando la explanada, agrupándose al gentío. Afuera cuernos, pífanos, tambores, naranjeros, puestos de cacahuetes, carruajes que vienen y van, mensajeros de uniforme y gorra azul que le llenan las manos al transeúnte de discursos, diarios,

denuncias, programas, caricaturas, estadísticas, banderas de papel, epítomes de historia, citas, retratos, circulares.

Se anda cuerdas enteras por sobre papeles pisoteados. Cada tren, que para al pie de las nubes, echa millares de almas escaleras abajo: vienen en parejas, mondanando castañas; o en grupos, con bastones de un mismo color; o solos, que son los que van más de prisa. Envidiosos, se reclinan a verlos pasar, bebiéndose el llanto, los que no tienen patria.

¿Republicanos todos? ¡Oh no! Precisamente se nota que la asamblea es como descosida, y de menos peso que lo que se creyó. Falta allí de propósito mucho republicano notable. Dijeron cincuenta mil, y serán diez mil.

Se lo oye en los retazos de conversación de los que pasan: «¡Quiero ver al hombre!» «Para ver a este hombre vengo de cien millas». «Las mentiras que me dirá, ya me las sé, pero se las quiero oír.» «Por el Oeste lo quieren, pero aquí no mucho.» «¡Qué nos cuenta de que la tarifa nos está haciendo dichosos, cuando no me echo encima una pieza de ropa que no me cueste

cuarenta por ciento más de lo que me debe costar, y los chandlos con que me levanto 35 por ciento, y la toalla con que me seco 45, y 50 el plato en que como, y 82 el azúcar, y 40 la sal, y 104 la frazada con que duermo, y 60 el traje de mala lana de mi mujer, y 50 por ciento el mármol que me pondrán cuando me muera, si queda en casa con qué comprarlo, después de estos veinticinco años de engordar monopolizadores y agiotistas, e hinchar las industrias más allá de lo que pueden vender, y traer de afuera millones de gente ruin a competir con el buen obrero, a quien le pagan por su oficio menos de lo que le cuestan los productos de los oficios de los demás!»

«¡Con mi pan-pan y vino-<sup>a</sup> le quito yo el discurso de la boca!» «¡Tú te has de quitar, asno! en cuanto le veas sacarse el sombrero, mirarte como si despellejara, y echar adelante el hombro izquierdo, te quedas sin palabra». «No, gran orador no es: es orador fluido, sofista inverecundo, escamoteador de cifras, ponente hábil que enseña el lado que le conviene, y no los que lo niegan, y solemne cuando quiere, y cuando quiere sarcástico». «Corramos, corramos: ¿no oyen los cañonazos?» «¡Ya está hablando Blaine!»

Suena el cañón, rompen las bandas, surcan el aire los voladores, con las luces de Bengala es colorada una puerta y la otra verde. ¡Al estrado! ¡Al estrado! Vocerío, desvergüenzas, votos, empujones. Está llena la tribuna

de generales, de capitanes de elecciones, de ancianos de buen vestir, de extranjeros privilegiados, de mujeres. Pero no es Blaine el que gesticula, el que se vuelve a mandar que apaguen las luces de atrás porque el gentío vocea que quiere ver la cara al que habla, el que echa en aquella turbulencia, como guñapos infelices, retazos de palabras. Se le oye: ¡*Cleveland!* y silban; se le oye: ¡*proteccionismo!* y aplauden. Es Foraker, el enemigo del Sur, que no osa acusarle como suele, porque entre los méritos de Cleveland está el de haber probado que el Sur podía volver a los puestos públicos sin que la unión nacional se lastimase, antes quedara más firme; mientras que el tenerlo apartado del gobierno la habría tal vez comprometido, porque del desdén a la ira no hay más que un paso, y de la ira a la rebelión otro. No habla Foraker del Sur, ni dice cosa que valga la pena, ni inspira más que lástima aquella arenga sofocada, entrecortada, desoída, inútil, rota, echada a manotazos sobre la cabeza de la gente, y no menos revuelta e infeliz que las entrañas de un caballo desventrado<sup>b</sup> en la plaza de toros. ¿Esa es la oratoria, la oratoria sagrada, o la mujer de la Escritura, abierta de par en par a los transeúntes? Envíele la caza de la fama. El candidato inspira compasión. La palabra, para no caer en descrédito, ha de conservar su majestad, como conserva su honra la mujer.

De pronto, el gentío se encrespa. Los de la tribuna se suben sobre las sillas. Foraker, lívido, se muerde los labios. Hurras sueltos, voces roncadas, mil banderas de papel ondeando sobre las cabezas. Ya Blaine viene; para que sea triunfal su entrada por medio del gentío, la policía, en dos filas, le abre paso. Ya sube la escalerilla. Ya está en la tribuna.

No habla a un pueblo de hombres, sino de sombreros. De sombreros, de banderas, de manos, de brazos abiertos en cruz, como los de un periodista que parecía querer darle el alma: ¡un periodista demócrata, que hala editoriales por la paga, y vota luego, sin que la mano se le caiga, contra lo que escribe! ¡A la política se le han de levantar las sábanas! No vale celebrar a ciegas, ni censurar porque sí, sino estudiar con desinterés, y ver dónde están las llagas públicas, y dónde las del carácter. Un escritor ha de ser un salvador. Ese debía quedar clavado en la cruz, como estaba allí con su gabán y sombrero de pelo, aclamando a prima noche al que injuriara en la madrugada: «¡Al diablo mi periódico!», dice a uno que se lo echa en cara: ¡yo soy republicano!»

a. Errata en LN, a continuación: «vino».

b. En LN: «desventurado».

Pero el arrebató dura poco, como los fuegos de estera. La música cesa, que estaba tocando «¡Salve al jefe!» A un amigo da Blaine el sombrero castaño; de un gesto se saca el gabán amarillo; con las dos manos, pálidas y nudosas, ase la baranda; la bandera que la cubre se le pliega y encoge bajo los dedos. Echa el cuerpo hacia fuera, como para mandar que callen. Lo obedece. Se yergue.

Y habla lo que trae pensado con poco gesto, con una mano en la baranda, con la cabeza atrás, caída al hombro derecho, con el ojo que no mira, sino deja caer de alto la mirada. Cuando ataca a un enemigo personal, el cuerpo se le desembaraza, como si eso fuera lo mejor de su oratoria; y se le ve el perfil de lleno, la frente gruesa por lo alto, y redondeada sobre las orejas por el ejercicio de la palabra: la nariz, corva y robusta; la boca firme: la barba escurridiza, disimulando lo pobre del hueso por una barbilla blanca. El pelo es lacio, de seda natural; y suele con el calor del argumento caerle sobre la frente, como para ayudarle a combatir. Y el ojo es retador, agresivo, frío, viscoso, y más muro que puerta, hecho para citar al combate, y gozarse en él, y en ver postrado al enemigo, no—como otros ojos—para llamar a los hombres, y dejar que entren como en casa propia por el palacio del alma. Es ojo que espera a pie, que no se echa atrás, que no se cierra de noche, que ha vuelto cínico y duro

de su viaje por las almas: ojo de esmalte: un diamante negro embutido en marfil: ojo de corso.

Por el desdén de la mirada se le ve la soberbia del corazón. De rodillas pedirá él, como dicen que pidió, al contrario que las tuvo, las cartas que prueban su delito, su aprovechamiento del puesto de legislador para fines privados. Su ojo se hará de mieles como dicen que se hace, para los magnates que con él se ayudan a mantener, so capa de protección a las industrias, los monopolios que tienen al país como al rey Midas y van criando la guerra terrible, la guerra del hambriento que ya bate el tambor: ya se aprieta la cintura: ya ruge en<sup>a</sup> la sombra. Para los ricos es sombrero en mano, sonrisa, finezas, coquetería, elocuencia, cuentos. Pero para sus opositores y rivales, el ojo se le eriza, siembra el espanto con sus artes, sospecha en los otros hombres sus propios móviles y recursos, cierra de antemano los caminos por donde pudiera salirle el contrario, los trata como a vencidos y gente inferior, que no tienen su sagacidad, ni su frialdad, ni su agilidad, ni su palabra brillante y flexible, que no compone, como la de Webster, fábricas majestuosas, ni funda como la de Lincoln, ni expone en conjunto, con tejido y labor de torre hindú, como la de Evarts, sino que es palabra de batalla, que finge el trueno, y saca el golpe al contrario, y cae sobre él, por donde ve hendidu-

ra, sin darle tiempo a que se ajuste la coraza. Acá deslumbra, en sociedad como en política, este carácter versátil, dejado de escrúpulos, sin tanto apego a la virtud que ofenda a los pocos virtuosos, y lleno de estrategias y novedades cuando sus colaboradores desesperados no saben qué oponer al enemigo. ¿Mentir?: pues se miente. ¿Falsificar la estadística?: ¡pues la falsificamos, y decimos que los falsificadores son ellos! ¿Que nos lo echan en cara?: pues ¿para qué está la palabra asno en el mundo?: ¡haremos reír a la gente, con una linda anécdota, bien torneada y al gusto, en que les llamemos asnos! Pues en política para ser fuerte ¿qué se necesita más que participar de los defectos de los hombres? Los hombres se vengan de quien osa no parecerse a ellos.

Y Blaine conoce el arte de hablar a la muchedumbre. Llegar, deslumbrar, irse. ¿Quién se parará a razonar, en estas juntas de veinte mil hombres? ¿Quién los retiene atentos, cuando se han hecho, a la media hora, a la magia de la voz? ¿Qué ánimos tienen esos hombres estrujados, acalorados, cansados de la espera, adelantada ya la noche, más curiosos que amigos de pensar, para seguir por entre cumbres, donde el subir es siempre penoso, el vuelo dilatado y sereno del águila?—La vida entera es

a. Se añade «en».

este grito del mundo al hombre: «¡Baja! ¡baja! ¡sé como nosotros! ¡El subir nos fatiga!»

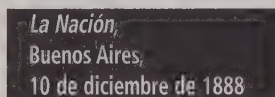
Así Blaine hará lo que hace esta noche. Habla veinte minutos. Ni una pausa, para que los oyentes no se le escapen. Toma un hecho por las apariencias que a la vista vulgar lo confirman, y aunque es de tal falsedad que hombre tan culto como él ha de verla patente, pone el hecho por sobre su cabeza,—el hecho de que en los ensayos de librecambio el país ha caído en catástrofe,—y agrupa, con ligereza de saetero, las generalidades engañosas. ¡Afirma que se va a la ruina porque los demócratas

quieren rebajar la tarifa a un 45%; y que el país vivió dichoso por el proteccionismo hace cincuenta años, cuando lo cierto es que el proteccionismo aquel era de un siete por ciento, cinco veces menos de lo que acusa el librecambio ahora! Y no lo dice con gesto imperioso y palabra tonante, sino como decreto superior, que viene de donde no se discute ni se apela.

Y es una gran oratoria teatral, donde no se ve el teatro. Su misma sencillez como que contrasta con la fuerza del personaje, realza su fuerza. En la oratoria, como en todo, el arte sumo está en ser tanto que no se le

vea. Llega tarde, como hoy, echa a un lado el abrigo, avanza sobre la barandilla, mira fijamente, habla sin un solo canso, recoge la tesis en una sentencia deslumbrante y súbita, y el auditorio queda suspendido, y casi sin aplaudir, mientras él vuelve a su gabán, y desaparece.

José Martí



[Recorte de periódico en OAH]



218

# ¡Elecciones!

La campaña presidencial en los Estados Unidos.-  
Causas, métodos y trascendencia de la derrota  
de Cleveland.-Cleveland en el gobierno.-La escena  
por dentro y fuera.-Día de elecciones.

Nueva York,  
Noviembre 2 de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

**A** CABA DE SER electo el Presidente. Unos pasean la ciudad con el sombrero a la nuca, la mano triunfante en la hombrera del chaleco, y colgado de la solapa, en plumas o en cartón, el gallo de la victoria. Otros van como si no quisieran que los viesen, con la insignia abatida en el ojal, cabizbajos y torvos, pagando a los vencedores el dinero de las apuestas. El asta desnuda publica el luto en los edificios de demócratas, y el pabellón vocinglero, como con nuevos colores y lustre, cuenta, abriéndose y plegándose, el triunfo de los republicanos. West Virginia, sometida al fin, contra su opinión y su historia, al interés de los ferrocarriles, vota contra la democracia, capitaneada por

el enemigo de la práctica culpable de dar a los ferrocarriles la tierra sin contar, y montes de privilegios. Delaware, donde la democracia enconada se rebela contra la familia que quiere gobernar el Estado como su mayordomía, forma con los republicanos por primera vez. El demócrata Cleveland es vencido en el Estado de Nueva York, donde triunfan los candidatos demócratas locales. Vence Harrison, el abogado del proteccionismo. Y detrás de Harrison, dejando caer sobre sus adversarios arrollados la mirada amarilla de su ojo de marfil, vence Blaine. ¡Al poder los amigos de los ricos, y la política que los sigue enriqueciendo! ¡Fuera del poder el que inauguró una política que calma al pobre airado, sin amenazar la riqueza justa, ni hostigar la injusta fuera de medida!

En la Casa Blanca, cuando se supo al amanecer, en torno de la mesa cubierta de té olvidado y de manjares vírgenes,

que la traición de sus partidarios, tanto como el soborno de sus enemigos, le negaba a Cleveland, al bravo Cleveland, la reelección, se calló el hombre bruscamente, y la esposa joven lo besó en las dos mejillas, sujetando mal las lágrimas. En la casa del triunfador, cuya cerca de madera se han ido llevando a astillas los republicanos fanáticos, salen de brazo al pórtico a recibir la enhorabuena loca de la multitud, el general electo, el «abuelo Benjamín», y una viejecita, de pañuelo a los hombros y cabeza blanca. Y después de haber visto en su grandeza y en su lepra el acto más bello de la libertad, después del fragor de la campana y el silencio del voto, después del combate de los bandos y su resignación magnífica, después del espectáculo solemne, las calles de ebrios dormidos, las plazas de cabezas frenéticas, el hurra que el sol cansado ponía en las alas de la hermosa noche, y devolvía la noche al sol, no sabe en su casa alquilada el extranjero, cuando todo lo convida a enmudecer, cómo conseguirá narrar.

Venga el uno o el otro, aunque no ha venido el que debía,

ilo que importa, por sobre todas las batallas de los héroes, es este ejercicio pacífico de la voluntad de la nación: el triunfo del espíritu público es lo que importa!

Ayer aún resonaban los cuernos y trompetas, llamando a la madrugada los ciudadanos al voto: luego hubo un gran silencio, un silencio penoso, como cuando se crea, y luego una majestad, como de quien pasa por bajo pórticos de luz. Han cambiado de asiento en el gobierno, después de la lucha vehemente de un año, dos partidos que agitan la pasión de veinticinco millones de hombres: han llenado las ciudades, codo a codo, los partidarios anhelosos loando juntos, juntos burlando a los candidatos enemigos, y no se ve al día siguiente más huellas de la lidia, en el ruido de los vapores que engullen su carga y de los ferrocarriles mugientes en las estaciones, que unos cuantos ojos deshechos y cabezas vinosas.

Hubo hombre que se vendió por cinco pesos, y por dos, y por un vaso de whisky: hubo el tráfico infame de boletos a que incita la concurrencia siempre peligrosa de las elecciones de la nación y las del Estado y la ciudad: hubo los fraudes y sobornos nacidos del mal modo de votar, no de la institución del voto; pero el corazón del hombre humano se conmovía dulcemente al ver esperando su vez en hilera ante las urnas de pino nuevo y cristal, para resolver

en concordia los asuntos de la nación, al magnate de sombrero de seda y al cargador de blusa y cachucha. ¡Vigílese al gusano; pero no, porque lo atrae con su belleza, se desespere o maldiga de la rosa!

Cleveland está vencido, vencido por el interés de sus adversarios y la codicia y alevosía de los propios. Pues si sirvió a su patria antes que a sí; si puso en riesgo su elección segura por poner a tiempo ante el país la verdad que puede evitar la enemistad y choque de sus elementos; si trajo consigo brío y bondad bastantes para sentar en el gobierno, con ira del Norte ambicioso y vengativo, al Sur que pudiera cansarse de verse, por pasión y avaricia, privado de administrar el tesoro a que contribuye, y las leyes de que padece; si espantó al partido de los monopolios por su capacidad para organizar una campaña nacional de resistencia a las ganancias impúdicas y prácticas liberticidas de los monopolizadores; si triunfó una vez por sí, contra el consejo y oposición de esos santones de partido que no quieren de portaestandarte persona viril con idea nueva y fuerza superior, sino hombre segundón, tímido y blando, que comparta el poder real con los que, en espera de provechos comunes, lo proponen y encumbran al poder nominal; si resistió en su propio partido a los traficantes que ven en la política un mercado de empleos, y a los que exigen, en pago de su apoyo,

concesiones desmedidas a sus vanidades y odios, o a sus delitos e intereses, ¿qué suerte había de caberle, sino la que, salvo en las horas de crisis, tiene en la política la virtud? Triunfa de lado la virtud en la política, pero nunca de un modo directo y absoluto; y no está su victoria en la conquista del poder, premio casi siempre del que baja a representar el interés o la pasión, sino en enseñarse con tal constancia y juicio que el gobernante interesado que la acusa y persigue no ose prescindir enteramente de ella. Acosarlo, colgar sobre su cabeza, aparecérselo en sus banquetes.—La virtud, más que bridas, es látigo. Cuando fustiga es útil, y casi impotente cuando guía. Como los hombres no son aún en su conjunto virtuosos, no puede representarlos naturalmente la virtud; a no ser de aquel grado menor y gubernativo, donde algunos políticos a la vez honrados y sagaces, que otorga a la codicia y preocupación lo que exige como premio de no salirle al paso.

Si era el demócrata único cuya novedad y fuerza personal pudo sacar de su silla desdeñosa y monárquica a los republicanos que llevaban en ella un cuarto de siglo, ¿qué esfuerzo no habían de hacer los republicanos ricos y atónitos, por derribar al que con su valor y desinterés, demostrado al encabezar por sobre amigos y enemigos el debate sobre la rebaja de la tarifa, mostraba los tamaños necesarios para realizarla?

Si los republicanos amigos, como Cleveland, de la reforma del arancel, veían que su realización por los demócratas mantendría al partido rival lejos del poder por largo tiempo, ¿cómo, con la ruin lógica del interés de partido, no habían de preferir vencer al portaestandarte de su propia víctima, a verla triunfar por los esfuerzos del contrario?

Si los monopolios todos, poseídos por los republicanos prominentes, han visto sus privilegios suspensos durante el gobierno de Cleveland, y las industrias favorecidas han hallado en él el adversario patriótico que procura el equilibrio y bienestar de la nación antes que el beneficio inmoderado y odioso de una minoría de industriales, ¿cómo no han de consagrar los monopolios y las industrias protegidas sus sobrantes mal ganados, a sacar del poder a quien manifiesta la decisión y capacidad de oponerse a que se perpetúen en ellos?

Si hay demócratas malamente interesados en mantener la tarifa alta a cuyo amparo venden a precio exorbitante sus fábricas privilegiadas, ¿cómo, poniendo su interés personal sobre el del demócrata que se los amenaza, y sobre el del país, no votarán con sus contrarios, que le prometen sustentarle su privilegio, antes que con el candidato de la democracia, que le aconseja subordinar al bien público, y a la paz de la nación, el exceso de su ganancia?

Si se negó a hacer de los puestos nacionales comedero de hambrones políticos, y a repartir los empleos públicos, pagados por toda la nación, como recompensa de los servicios dados a su partido en arriendo por oradores de alquiler y tratantes en votos, ¿a qué han de apoyar las «asociaciones» demócratas, mantenidas para la conquista y el goce en común de los empleos, a un Presidente atrevido que quiere «ganar fama de puro para sí, privando de los empleos a los que lo han puesto en la Presidencia?»

Si ha desatendido, con la fiereza de la honradez, las demandas de la minoría avarienta de Nueva York, cuya traición en las elecciones pasadas lo puso a punto de perder la Presidencia, en vez de ponerlo en ella; si prefirió, obedeciendo su mandato, encarnar en el partido que le debe la vuelta al gobierno nacional, las ideas de reforma que el país inquieto exige, a escuchar el consejo rencoroso de los neoyorquinos que no ven en los candidatos a altos puestos más que los agentes del poder político asociado que los eleva y mantiene para el provecho de la asociación, ¿cómo no habían de cebarse en él, según se han cebado, cómo no habían de cerrarle el paso al poder, según se lo han cerrado, so capa de ayudarle, las asociaciones de Nueva York, las asociaciones de demócratas que usan las ideas populares como pretexto y los candidatos de renombre como

disfraz, pero anteponen a todo el principio por que existen, que es el de la distribución de los empleos entre los miembros de la asociación que obtiene, con su ejército disciplinado de votantes, el poder que ha de distribuirlos?

¿Y si esta vez concurrían con la elección del Presidente enemigo del principio de la piratería en la política, la del gobernador Hill, ídolo y cabeza de los piratas, y la del corregidor de la ciudad y a quien tocará proveer el año entrante los más pingües empleos, ¿cómo no han de «mercarse», de «acuchillar», de «cocear», de «tratar», de dar sus votos de demócratas al candidato de los republicanos contra el demócrata a quien aborrecen por su virtud, en cambio de los votos de los republicanos,—más interesados en ganar la Presidencia que el Estado y el corregimiento,—por el gobernador demócrata que capitanea a las asociaciones, por el corregidor?

Porque en vano se oponía al razonamiento preciso del mensaje arancelario de Cleveland, base de la contienda de esta elección, el Partido Republicano cuyos prohombres, cuyos candidatos mismos a la Casa Blanca y la Vicepresidencia vienen pidiendo desde años atrás, y poniendo en ambas salas del Congreso, una reforma del arancel más enérgica aún que la que Cleveland propone, y ya ha adoptado la Casa de Representantes. En vano levantaba, con estadísticas falsas, la astucia de

Blaine, señalado ya como Primer Ministro del republicano en caso de victoria, la grito de librecombia contra una reforma que apenas toca al subido arancel existente, sino para introducir con menos costos los artículos y productos vitales, y quitar el impuesto de entrada sobre la materia prima cuyo tributo de aduana impide a la industria yanqui producir a precios de competencia con las fábricas europeas. En vano acusó Blaine de lenidad alevisa a Cleveland en la defensa de las pesquerías americanas en las aguas del Canadá, porque, basándose en la negativa del Senado republicano a aprobar el convenio pendiente con el inglés, pidió Cleveland a los senadores facultades inmediatas, que no le concedieron, para acudir en represalias, con energía mayor que la que nadie hubiese sugerido, contra el gobierno de Inglaterra, a quien Blaine tachaba de cómplice de Cleveland, porque este o aquel diario librecombista de Londres le celebraba su mensaje, como lo celebraban los de Norteamérica.

En vano provocaron los republicanos arteramente al ministro de Inglaterra en Washington a escribir, en respuesta a un inglés naturalizado, una carta en que le estimula a que vote por los demócratas, insinuando que no se les debe ver con enojo por lo del Canadá: porque cuando Blaine, en discursos untados de curare, ondeaba a puño alto la carta infeliz como prueba del in-

terés británico en la elección de Cleveland, éste aguardó en calma decorosa, aunque para él llena de peligros en las postrimerías de la campaña, a que Inglaterra reconviniere al ministro intruso, con menos energía acaso de la que bastase a desmentir el rumor, y cuando el silencio inglés y la voz pública lo autorizaron a obrar por sí, envió sus pasaportes al ministro con asombro de los republicanos, regocijo de los irlandeses, y aplauso unánime de la nación, ante la que Blaine acusaba enseguida a Cleveland de haber sacrificado el ministro al deseo de aligarse el voto tibio de los naturalizados de Irlanda.

De tal modo creció el prestigio, que del mismo Indiana, del Estado fiel a los republicanos donde residía su candidato a la Presidencia, llegaban anuncios de que pudieran ganarles la campaña los demócratas. La mayoría de las industrias se declaraba por la reforma. El abanderado de la rebaja aduanera era el dueño de una de estas maravillosas ferreterías.

Los negocios, en vez de languidecer o replegarse como en otras elecciones, se mostraban confiados y agresivos. ¡Materia prima libre, y tendremos comercio para nuestras industrias! ¡Madera libre, y tendremos barcos para nuestro comercio! ¡Trabajo para nuestros telares y ferreterías, cerrados o a medio cerrar ahora, y tendremos paces con los obreros! ¡Lana libre, vestiremos al mundo! Cuando

con estos lemas en sus estandartes pasó en revista ante el Presidente bajo la lluvia fiera de un sábado famoso, un pueblo de millonarios, de banqueros, de bolsistas, de industriales, de comerciantes importadores; cuando cuarenta mil hombres de negocios soportaron en fila, vitoreando sin cesar, la lluvia que daba mayor grandeza a aquella procesión de hombres libres, de ricos, de manufactureros, de ancianos, de tísicos, de cojos, ¡no era de derrota, por cierto, el rostro enérgico y austero del Presidente, que de pie y con la cabeza descubierta los veía pasar!

El amor de su esposa y la estimación pública han mudado el rostro áspero y feo del gobernador solterón de hace tres años, con fuerza y presteza, en este rostro benévolo y radiante, y el cuerpo lerdo y bovino, en este cuerpo erecto. ¡Estaba seguro de su reelección, él, que sabe de las «cuchilladas» de los amigos! Envuelta en pieles, y acariciando a dos niños, lo veía de enfrente, desde un balcón de hotel, la regocijada esposa. Y de un piso más arriba, miraba Blaine, solo.

Pero de Nueva York era la esperanza principal de los republicanos. ¡Agitemos todos los odios de la guerra, y todo el poder de los ferrocarriles, todo el influjo de las industrias favorecidas, sobre los obreros amenazados o ignorantes! ¡Pero a Nueva York sobre todo, con cuanto dinero los monopolios



puedan dar! Lo que importa, por si nos falla la elección en los Estados industriales y ferroviarios, es quitarle a Cleveland los treinta y seis electores de Nueva York.

En Nueva York están los ricos que pagan, y el voto que se vende. En Nueva York manda Hill, que tiene de su lado las cervecerías y quiere vengarse de Cleveland, que le ofende con su honradez, y le cierra el paso a la Presidencia con su candidatura. En Nueva York está la asociación de Tammany, decidida a apoderarse, a costa de la Presidencia que no le promete beneficios, del corregimiento de la ciudad, que tiene esta vez que distribuir canonjías tales, canonjías de ochenta mil, de cincuenta mil, de treinta mil pesos al año. En Nueva York está la asociación del Condado, de que es cabeza Hewitt, anciano hábil y vano, que ha vivido con más prosperidad que valor político, y quiere ahora, con arranques desordenados y tardíos, igualarse a Cleveland a quien abomina, aunque parece demócrata como él, y acaso permita que su gente trate el voto con el del Presidente republicano, para que no triunfe Cleveland, en quien ve al rival feliz, y para que no lo venza el joven rico que por ir adelantado en política se presta a ser el convidado de la otra asociación demócrata, de Tammany, para corregidor. ¡En Nueva York, donde se odia al Presidente bueno, y los demócratas están

disputándose el botín, y están de venta distritos enteros, a cinco pesos por cabeza!

Músicas, candeladas, vociferaciones nocturnas, procesiones de seis horas, ¡qué no se compra con el tesoro enorme de los monopolios! ¿Se necesita más el día antes de la elección? Pues a Filadelfia, hogar de las industrias protegidas. Y en pocas horas, cuando ya parecen cubiertos los gastos todos de la campaña, levanta el emisario medio millón de pesos. ¿Que Indiana está en riesgo? ¡Pues allá van trescientos mil pesos en un cheque, para comprar el voto flotante, que allí ¡oh ignominia! es de los mismos hombres del país, de los campesinos norteamericanos!

¿Qué importa que el Club de la Reforma, compuesto de abogados vigilantes, haya denunciado al juez los hoteles que la junta republicana soborna a oro puro, para que dejen en blanco páginas enteras de fecha atrasada, y que se llenan luego con gente de no se sabe dónde, con los colonos que vienen de lugares donde el voto republicano sobra, a fin de pasar como residentes de un mes atrás donde no residían, y tener derecho al voto? ¿Qué importa que los comerciantes demócratas, reunidos en junta de vigilancia permanente, determinen tener en cada una de las ochocientas veintiséis casillas un centinela que vea por que las «asociaciones» no vendan o cambien el voto, y un abogado que defien-

da a los demócratas a quienes con falso pretexto intimiden o acusen los republicanos? Todo se hará, y a mordidas se le quitará la carne al león.

En una casilla donde el sufragio les ha de ser hostil, se pondrán testigos que tachen el voto, para que, mientras se va y viene del juez, ya llegue el voto tarde a la casilla, que se cierra a las cuatro.

Donde un demócrata muestra deseos de vengarse del copartidario que lo venció en la candidatura, mil pesos a la callada, para que ponga mostrador libre de cerveza, y demuestre a sus amigos que a la democracia se la sirve mejor esta vez votando por los republicanos. Y en las casillas donde afluye de mañana el voto de los trabajadores, que quieren votar sin perder el jornal, se hará de modo que den las diez sin que aparezcan los inspectores de urnas que al fin llegan en brazos de amigos desconocidos, enseñando por el bolsillo del chaleco los billetes de banco manoseados, porque otros años los han dado nuevos, como los mandan del banco a los comerciantes, pero ahora han cambiado los verdes y sonantes, recién salidos de la caja, por otros que no denuncien el soborno, sobados y mugrientos.

En el resto del país se ayudará como se pueda el prestigio del sistema proteccionista, que no es poco, aunque ayudado de la bolsa de los fabricantes protegidos y del miedo de los obre-

ros a perder el trabajo si votan contra su patrón, será mucho más. Pero en Nueva York, donde hay tres candidatos a la Presidencia,—el demócrata, el republicano y el antilicor,—la pluralidad a todo costo! ¿Qué no darán las «ligas» de los fabricantes en las industrias protegidas para traer al poder al que mantiene que el alza de precio de los artículos vitales merced a la alianza de los que los producen al favor de la tarifa, no conviene al país, que paga la tarifa?: ¿qué no darán por echar del poder al que, en vez de defender su candidatura con el dinero acumulado por este fraude continuo a la nación, por el cobro garantido de un precio injusto, por el interés de los menos, protegidos por la nación contra el interés de los más, se presenta candidato contra los defraudadores? ¡Que la pasión o la opinión den noventa mil votos: los once mil que faltan se compran con cincuenta y cinco mil pesos!

Para eso son republicanos todos los miembros de las «ligas» de fabricantes, que abogan la competencia e imponen el precio forzoso de los productos; y los agiotistas, de que es cabeza Morton, el candidato millonario a la Vicepresidencia; y los ferrocarriles, que se están comiendo lo mejor de la tierra de los Estados nuevos, y tienen por abogado favorito en el Senado y en los tribunales al «abuelo Benjamín», el candidato para Presidente. Ya es de los ferrocarriles y millonarios el Senado.

Mucho de la Casa de Representantes es de ellos, bien por elección hecha con sus fondos, bien por compra parcial. Pues ahora a la silla presidencial, con un famoso especulador de la bolsa por Vicepresidente, y por ministro principal al que, reconociendo que con la tarifa alta no pueden las industrias producir a precios de venta, ni los obreros tener el trabajo que exigen, halla natural y cómodo imponer sus precios inicuos a la casa ajena antes que mermar la ganancia de la minoría rica que abusa de su pueblo en la propia, y propone, so capa de americanismo y hermosuras internacionales, congresos de repúblicas de Hispanoamérica, al amor de la Casa Blanca, como ocasión de ajustar, por entusiasmo frívolo o por intimidación, tratados rapaces de comercio que equilibren el desarreglo mantenido para provecho de la oligarquía industrial del Norte, con los precios impuestos en los países mínimos de América a los productos yanquis de compra forzosa.

Y nunca hubo contienda tan reñida en la ciudad, que fue en todo Octubre como morada de dos ejércitos en tregua; nunca más oratoria, cantos y estribillos, insignias y uniformes, riñas a palo y puño, paradas de a cien mil pesos, con cientos de bandadas y cincuenta mil antorchas; nunca fue tanto el decoro en la discusión, por la nobleza con que Cleveland expuso en su

mensaje el tema electoral, ni mayor el contraste entre el reposo de los demócratas, seguros del triunfo, y el ímpetu agresivo de los republicanos, aunque asombró el comedimiento de unos y otros, que se cruzaban en paz por las calles con sus estandartes y sus músicas, a la derecha los de la bandera colorada, a la izquierda los de la bandera del país, y sólo en las últimas noches se vinieron a las manos, cuando una caballería de negros, vestidos de blanco y azul, cargó sobre los demócratas de casaca roja que les cerraron el camino, no sin pagar la demasía con sangre, puesto que las hachas de latón hicieron de pronto oficio de hachas de armas, y el petróleo de las antorchas quemó más de un casco áureo,—como delante de las casas donde tenían los partidos su cuartel general, que eran lugar de cita noche sobre noche de los bandos contrarios, hasta que los estribillos mortificantes los sacaban de juicio, y se metían los puños por las barbas, a tiempo que la policía ubicua arremetió a palo limpio contra los abogados y estudiantes, que eran la masa del motín, y unos se curaban el hombro molido con coñac de Delmónico, y otros, entre soda y ajeno, descansaban las pantorrillas, aporreados, sobre las poltronas de Hoffman.

Seis horas tardó en pasar la última procesión de los republicanos: río de fuego fue de noche, y como fiesta persa por las luces, la última parada democrá-

tica: todo era pífano, tambor y corneta: por una calle iban los navieros con un vapor de madera tirado por ocho caballos de gran caparazón: por otro iban los del tabaco, con un abanico hecho de la hoja: topaban con los del algodón, que llevaban en la solapa motas de él: se detenían para abrir paso a los loceros, que cargaban en el ojal tazas de porcelana tricolores: por la otra bocacalle caían en la avenida los estudiantes de leyes con macanas por bastón y una escoba al hombro en signo de victoria: en andas traían los carpinteros un gran gallo: se oían arriba los ferrocarriles, y abajo, hornadas de música, y rachas de voces: todo era banderín, llamada, estruendo: el hombre se disponía a ejercerse, y so pretexto de pasión política, anunciaba su fuerza de rey con el bello arrebatado de un campamento victorioso. Las procesiones de alquiler pasaban mustias, con esclavinas de hule reluciente sobre las levitas de mugre, y las antorchas apagadas.

Pero a aquel vocerío, que parecía toldo, a aquel palco de fuego prendido de río a río por sobre la ciudad vibrante, sucedió con claridad serena, y sublime silencio, la mañana del voto. Las últimas cornetas fueron las que al aclarar llamaban, bajo las ventanas, a los votantes. ¡Arriba, que ya son las seis, para que todo el voto del partido esté antes de las cuatro en las urnas! Cada distrito tiene su capitán, cada

barrio sus tenientes, cada calle su vigilante republicano, que despierta a los de su comunión, y el demócrata, que levanta a los suyos. ¡Es día de fiesta! pero no para todos los obreros, que no pueden perder su jornal. Ya nadie carga insignias, para que el enemigo no lleve la cuenta. Ochocientos veintiséis son las casillas de la ciudad. A cien pies de la casilla están, junto a sus garitas de pino cubiertas de retratos y carteles, los repartidores de boletos de cada candidatura, hombres de alquiler, a cinco pesos por día, con la traición en los ojos, y los boletos en un saco blanco. ¡Por la mañana cuando el sol acaba de salir, aún no osan vender el interés que les han pagado para conservar!

A la puerta de la casilla dan guardia, porra en mano, dos policías de casco negro. La casilla es la barbería, la tabaquería, la florería, la papelería, adquiridas para casa de sufragio por el municipio y mientras en las urnas caen doblados los boletos de papel, después de que los inspectores compulsan la residencia y nombre del votante, y los secretarios uno por cada partido, los anotan, otro policía con la porra en las rodillas, lee su diario sentado a lo monarca en un sitial de limpiabotas, y al fondo de la tienda rapan barbas, venden diarios, y atan flores. La hilera silenciosa de la puerta, formada de uno en uno, da la vuelta a la cuadra.

El sol brilla y los niños corretean. Frente a la garita de

Tammany tiende a los transeúntes su haz de boletos un irlandés desdentado. El de la republicana espía a los que llegan con buen traje. El de la del Condado se echa sobre el que viene para que su rival de Tammany no le hable primero. Los vigilantes de cada partido, de buen sombrero y gabán de moda, de uno a otro en la hilera, cuchicheando. ¡Oh, la hilera! Un comerciante, de porte gigantesco, les lleva a todos la cabeza, de sombrero de copa y rostro grave: un miserable sin camisa, con el levitín a la barba y los ojos sanguinolentos, está detrás de él, el fajo de votos temblándole en la mano: le sigue un petimetre de vestido inglés, con bombín a la corona y botas de charol: un mozo de trabajo, sano de cara y de puños forzudos, le saca medio cuerpo por cada hombro: un italiano de pelo a lo Capoul y bigote retorcido, luce el sombrerito de castor gris y el alfiler falso en la corbata: ¿qué hace allí el italiano? «¿Cómo te va, Miguelón?» pregunta el policía al miserable sin camisa, que responde que va bien, y le presenta, con aires de caballero, a un viejo de cara picara y lampiña, que ostenta delante de él su bastón de plata. ¿Quién llega, que le abre paso todo el mundo? Un inválido, que viene a votar con sus dos hijos, en una silla de manos.

Y en las casillas de buena población el voto fue tan diligente, que a las diez se veían por los cristales de las urnas



los montones blancos. En otras casillas venían en manchas, con su padrón a la cabeza, napolitanos de pipa y calañés, de chaqueta y aretes, a votar en los asuntos de un país cuya lengua no hablan, a peso por oreja. ¡Merinos de lana turbia parecían, y gusanos de fango! ¿a qué viene a dar voto ese irlandés por el que le regaló el galón de *whisky*, que deja escondido en el portal de al lado? ¡judío ruso que no sabes leer!, ¿por qué por una chaqueta nueva o por un peso, vienes a influir, con un nombre que te es indiferente, en las cosas públicas de que sólo conoces la ganancia que sacas por venderlas?: ¿qué derecho tienes a ejercitar la libertad que odias, alemán barbudo e iracundo?: ¡zingaro raquíto!, ¿por qué roes la chupa de seda de Washington?: ¡extranjero!, ¿por qué perturbas con tu venalidad el pueblo que te da asilo?

«¡Aquí, aquí!» ¡a la garita del Condado, donde están vendiendo, por sacar de corregidor al demócrata Hewitt, la candidatura del Presidente demócrata! ¡Aquí! ¡al viejo Hewitt! ¡dos votos demócratas para Harrison por un voto de corregidor para el viejo! ¡a Tammany, a la garita de Tammany, donde ofrecen un voto demócrata para Harrison, a cambio de un voto republicano para Hill! ¡Que estamos «acuchillando» al Presidente! Y ¿qué ha hecho por «los muchachos» este Presidente Cleveland? «En la sopa, en la sopa!» pasan gritando unos chicuelos, que toman

por suyo este estribillo de la elección. «¡En la sopa!» está cayendo Cleveland, empujado por los partidarios que prefieren la derrota del Presidente virtuoso a la pérdida de Hill, el gobernador que reparte entre «los muchachos» contratos y empleos, a la pérdida del corregimiento, que dispone este año de puestos públicos por un período en que han de producir como ochenta millones de pesos. ¡El que guía, atrás: y el que se deja guiar, adelante! Todo el voto a Harrison, todo el voto que necesita para ser electo, con tal que queden en nuestras manos, en las manos de Tammany, los ochenta millones.

¡Nos vengamos de este presuntuoso, nos quedamos con el Estado y las ciudades! ¡Aquí tres votos para Harrison, por uno para Grant, el corregidor de Tammany! ¡Más votos para Harrison, por votos para Hewitt, el corregidor del Condado! ¡Un voto para Harrison, por un voto a Coogan, el corregidor del partido obrero del padre McGlynn, que ha bajado de evangelista a político! ¡Aquí, a las garitas de los demócratas, un voto para Harrison! Y en vano se opone al sufragio vendido de los demócratas la votación de los republicanos independientes, y la gente de idea libre, que vota donde ve razón. «¡Cuatro, cuatro, cuatro años más!» pasan cantando, a son de tamboril, los chicuelos frenéticos. «¡Cuatro, cuatro, cuatro meses más!» repiten riendo, tomados del brazo,

republicanos y demócratas frente a las garitas.

Y en un barrio bajo, repleto de italianos e irlandeses, la cacería es abierta, los gariteros acodian al sufragante medio ebrio en lo oscuro de un zaguán: «¡gracias a Hill, dice un garitero, que no nos han puesto para este año la ley de la reforma de los boletos que manda que el votante escriba en secreto el voto dentro de la casilla!» ¡Tomasín, un peso por tu voto al buen demócrata, al gordo Campbell, que ya está tan borracho como tú! ¡Dos pesos, Tomasín, dos pesos por tu voto al republicano MacCarthy, que te sacará de la cárcel cuando te caigas muerto del *whisky*! ¡Ahí va Pedrote, que quiere cinco pesos!

¡En el portal, Pedrote, donde el policía no te vea! ¡Que allá el policía, que anda por Campbell, buscándole irlandeses! ¡a un lado, bribones, yo voto por Harrison, porque peleé con él en la guerra! ¿Quién se atreve a ofenderme?: yo soy un tejedor que llevo ya seis meses sin trabajo, y pago un peso por el mal paño americano que vale una peseta: ¡yo voto por Cleveland! ¡Ahí vienen Tim Campbell, abierto el chaleco, al vientre los muchos dijes, un solitario en la pechera, cenizo el rostro y los ojos colorados, del brazo de dos pintos, hipando y riendo: «¡A beber, policía! ¡a beber, muchachos!»

¡Las cuatro por fin! A empujar el recuento, en las casillas



cerradas. A abrir las puertas del frente de las cervcerías, que han tenido abierta la del lado. A devorar la impaciencia, los partidarios fieles, los votantes puros. Al arroyo, ahitos de licor, los que han hecho fiesta con la paga del voto. Al sótano, los napolitanos, a guardarse en el borceguí los dos pesos del año. A recibir noticias, las juntas de los partidos. A prepararse los hoteles, para la muchedumbre de la noche. A un té ligero, los candidatos nerviosos.

Y calle arriba viene, cada cual con una raja de la garita al hombro, la procesión de los chicleos. A sangre y diente se disputan las bandas rivales el pino de las garitas. Delante va el capitán, con un cartel de Coogan por mandil, y por espada una bandera americana: su teniente lleva un cartel de Hewitt, atado con una correa a la cintura, a modo de enaguas: dos rinconetes van detrás, llena la cara de flemas y chirles, de seis años el uno, y el otro como cuatro, con los brazos al hombro, el de seis con un gabán que le arrastra, y los dos sin zapatos: luego viene en andén, sirviendo de tambora, un barril vacío: a guisa de pavés cargan por cuatro las paredes de garita que salieron enteras: los

de las rapas van tras ellos, a paso militar, unos frescos y bellos, otros tiñosos y ceñudos: los de chaqueta y más años van a la cola, feos y de cara cruel, con piedras en las manos.

Y a las seis empezó a crecer la ola, y eran como llanuras de cabezas a la medianoche las plazas, masa viva los hoteles, como tumba las asambleas de los vencidos, frenesí la sala de Tammany, la asociación vencedora, y grito, cuerno, caracol el aire frente a los edificios asediados de los diarios. A cada anuncio cóleras y vítores. Va triunfando Cleveland, que por sobre la traición se lleva la ciudad, y nadie quiere ver las caricaturas que para entretener el gentío echan en sus lienzos de anuncio las linternas rivales. Una novia se desprende del brazo de su compañero, y le da un beso. Un hombre de buen traje saluda a brazos abiertos, lleno el rostro de la agonía de la dicha. Un octogenario de noble frente se descubre, sin miedo al aire de la noche, y con el pañuelo de yerbas vitorea las cifras la amiga que lo acompaña, de cofia de seda y crespos blancos. Vacío se queda junto al *Sun*, que da el primero las noticias, el *Tribune*,

el diario de Blaine, que apoya a Harrison, vencido en apariencia. Patrullas de mozos roncós marchan a paso de redoble por la acera, la vía única libre. Por sobre el fragor, como colosal pajarería, vibran los gritos de los vendedores de diarios. Vuélvese cara de repente, y se ve, con ondeo de mar rojo, la pampa de bandanas. Mas la nueva decisiva llega pronto: un demócrata que ha perdido la apuesta, aparece vestido de tigre, a dar vuelta a todos los postes de telégrafo de la ciudad: cambian de mano en los hoteles, turbios de humo, millaradas de pesos: y de unánime empellón, cuando el lienzo del *Tribune* anunció la victoria del republicano, movió pies el gentío, dejó solo al demócrata, y con unción de iglesia entonó frente al diario victorioso un himno de triunfo. El octogenario, colérico, dijo a su amiga de los crespos blancos: «¡Vamos!»

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
diciembre 11 de 1888

[OC, t. 12, pp. 85-100]

219

# Un funeral chino

## Los chinos en Nueva York

Creencias.-Ceremonias.-Ofrendas.-Trajes.-Cantos.-  
Emblemas.-Escenas curiosas.-La procesión.-  
El entierro.

Nueva York,  
octubre 29 de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

POUR UN INSTANTE cesó el afán de la política, y abrió paso Nueva York a los chinos vestidos de colores que con magnas honras, a usanza asiática, seguían el féretro del general ilustre de los Pabellones Negros, de Li-In-Du, que les ha muerto en los brazos. Pasen lejos ahora las procesiones de los partidos, las carretas de oratoria transeúnte, las músicas electorales. Hoy hay música extraña, la música de los funerales de Li-In-Du. Vamos, con Nueva York curiosa, a oírla.

Li-In-Du fue persona valiente: derrotó a Francia en Tonquín: usó de su prestigio para favorecer a los amigos de la libertad: ni el prestigio le valió

contra la persecución de los autoritarios, que no quieren sacar a China de su orden de clases: con la vida escapó apenas, seguido hasta San Francisco de algunos tenientes fieles: no peregrinó en el ocio, como tanto espadón de nuestra raza, que cree que el haber sido hombre una vez, defendiendo a la patria, le autoriza a dejar de serlo, viviendo de ella. ¡La libertad tiene sus bandidos! Y Li-In-Du no quiso ser de ellos, sino se empleó en traficar en cosas de su tierra, que es, con lavar ropa y servir de comer, en lo que por acá permiten a los chinos ocuparse. Porque si se ocupan en minas o en ferrocarriles, como a fieras los persiguen, los echan de sus cabañas a balazos, y los queman vivos.

Mott es en Nueva York la calle de ellos, donde tienen sus bancos, su bolsa, sus sastres y peluquerías, sus fondas y sus vicios. Hay el chino abate, sabi-

choso y melifluo, de buenas carnes y rosas en el rostro, de poco pómulo y boca glotona, de ojo diestro y vivo. Hay el chino de tienda, terroso de color, de carnes fofas y bolsudas, remangados la blusa y los calzones, el pelo corto hirsuto, el ojo ensangrentado, la mano cebada y uñosa, la papada de tres pisos, caída al pecho como ubre; y por bigotes dos hilos. Hay el chino errante, acorralado, áspero y fosco, que cargó espada o pluma y vive de memorialista y hombre bueno, mudo y locuaz por turnos, sujeto a ración por el rico ignorante que halla gusto en vengarse así de quien tiene habitada la cabeza. Y hay el chino de las lavanderías, que suele ser mozo e ingenuo, alto y galán de cara, con brazaletes de ágata en los pulsos; pero más es canijo y desgarrado, sin nobleza en la boca o la mirada, manso y deforme; o rastrea en vez de andar, como y negruzco, con dos vidrios por ojos, y baboso del opio.

Pero hoy las tarimas del opio están vacías; los lavanderos tienen cerrada la tienda; no hay

puerta a las casas de comestibles, llevan banda de luto en los balcones las farolas con que se anuncian las fondas. Mott y sus alrededores están llenos de gente de Asia, congregada para llevar a la tumba con honor a su prohombre Li-In-Du; lleno de los irlandeses e italianos, que comparten con ellos aquel barrio lodoso y fétido; lleno de curiosos de todas partes del mundo, que a millas repletan las calles por donde va a pasar la procesión.—El hombre amarillo lleva el ojo de la fiera cazada: va mirando a su alrededor, como para precaverse de una ofensa: va blasfemando a media voz, lleno el ojo de fuego: va con la cabeza baja, como para que le perdonen la culpa de vivir. Van en grupos, hacia la casa funeral: van de dos en dos, chato el sombrero negro, veste y calzón de paño azul oscuro, las manos cruzadas al pecho, los pies en las zapatillas de cordón, sobre las que danzan, como enaguas, los calzones: van entrando en la sala mortuoria, que es una cabailleriza forrada hoy de negro, y en el techo dos fajas en cruz, negra una, y otra blanca; van, de dos en dos, postrándose ante el altar encendido, a los pies del cadáver, junto a dos mesas cargadas de la cabra, de los cordeiros, de las naranjas y pastelería cercadas de flores, que se servirán tres días después a los amigos del muerto en el banquete cinerario, que se celebra en silencio, y a la hora callada de la noche. De dos en dos van

tomando ante el altar de las siete luces las tazas de óleo y arroz santo que les dan por comunión los sacerdotes de la túnica blanca, con banda y casquete negros. Y vierten las tazas de dos en dos en la cuba que aguarda la ofrenda al pie del ataúd, junto al tiesto donde arden en tierra fresca las velas del alma.

Y el muerto está en su ataúd de paño rico y mucha argentería, descubierto de la cintura a la cabeza de hombre firme, ojos hondos y metidos hacia la nariz, nariz de fosas anchas, boca fina apretada, la trenza de atrás traída como corona por la frente; y una mano al pecho cubierto de papel moneda de Asia, para pagar el portazgo del cielo. En tazas de bronce humean en torno los perfumes sagrados: la vela del alma de humo espeso de cera: a la cabeza del ataúd, en un pendón, están, en círculos blancos, los pecados del difunto, que ha de domar para ascender al elíseo que los corona, representado por una mancha negra. Ya no caben en las mesas las pilas de frutas, los cestos de nuez, las fuentes de limones, las torres del pastel funeral. Ya no tienen espacio los que llegan para abrirse camino hasta el altar, y prosternarse tres veces seguidas, y dejar en la cuba los óleos, y en las mesas las flores.

Pero no se mesan el cabello, ni se desgarran los vestidos, ni se descubren la cabeza, ni cesan de fumar, ni muestran pena por el cambio de estado del que les

defendió tan bien la tierra, al pie de la gran bandera roja. El que ha hecho mil y trescientas obras buenas, ¿no es inmortal por la ley de Tao, en los cielos? ¡vencer al francés fue más que hacer trescientas obras buenas, que es lo que se necesita para ser como teniente de la inmortalidad, o inmortal en la tierra! La vida es como la pared de la jarra, que contiene el vacío útil, el vacío que se llena con leche, con vino, con miel, con perfume; pero más que la pared, vale en la jarra el vacío, como la eternidad, dichosa y sin límites, vale más que la existencia donde el hombre no puede hacer triunfar la libertad. Morir ¿no es volver a lo que se era en principio? La muerte es azul, es blanca, es color de perla, es la vuelta al gozo perdido, es un viaje. ¡Para eso lleva bastantes provisiones!

Y con las manos hundidas en sus blusas de invierno, hablan de que Li-In-Du era general terrible, que en la batalla parecía un pilar con alas, un pilar de los que el chino erige para espantar los demonios, de que mató mucho francés, aunque Tao dice que no se ha de pisar un insecto ni cortar un árbol, porque es destruir la vida; de que era gran comerciante en drogas y telas, y tés y comestibles, aunque la ley de Tao es que no se persigan los falsos honores de la vanidad ni las riquezas del mundo.

¡Ese era el Tao viejo, que ya tiene en el cielo la barba helada! ¿Li-In-Du?: 50 000 pesos. ¡Y el

hijo está en China, que lo hereda todo! Los diablos no se lo han de llevar porque lleva en la mano mucho oro, para irlo echando cuando le salgan al camino. Y por entre la humareda del incienso y los cigarros se ve venir a un doliente vestido de azul, que en lo alto de los brazos trae un cerdo relleno, rodeado de rosas.

Y los de la túnica blanca se echan a un lado, para que llegue al altar, por entre los masones de túnica gris y casquete rojo, un anciano que avanza a pasos solemnes, con manto canario de vueltas negras. No se ve, del mucho humo, ni se oye la salutación del viejo entre los alaridos y estruendo rabioso de la música: «Fom! iBang! iBatan-tán! iPiúi! iBon, son, son!» Y el aire despedazado chirría y cruje. Se echa el viejo sobre el cristal del ataúd, lo besa tres veces, y tres veces exhala un grito terrible, un grito que al fin pone miedo y silencio.

Vuelve al altar, empuña una bandera, y canta en verso las hazañas de Li, la falta que va a hacer al mundo, y la fiesta que habrá ahora en el monte de Tao. Y otros cantan después de él, el uno arrodillado y frente en tierra, el otro gesticulando, como quien describe una batalla, mientras arden a sus pies, en un tazón con dos sierpes por asas, las oraciones que el celestial quema de rodillas, en vez de entonarlas con los labios.

Ya el cuarto es bandera, y están formando la procesión. De

afuera, de afuera la veremos. Afuera se ve toda.

¿Es ejército o es funeral? Por entre el gentío pasean sobre las cabezas faroles y pendones. Se ven caballos blancos. Los jinetes van descubiertos, con la trenza envuelta en percal negro, traída a la frente como una diadema. La gran bandera roja, graciosa y soberbia, ondea por sobre todo. Arremete riendo sobre ella la gente agresiva.

¡Cómo mira, cual pronto a morir, el que empuña el pabellón con guante que tiembla! Se le agrupan al asta sumisos los oriflamos y estandartes, como hijuelos al tronco, amarillos y verdes, morados y zafiros, rojos y violetas, amarantos y rosas. Se ven los penachos del carro fúnebre, y las cabezas negras de los cuatro caballos. Centellea al sol el papel dorado de los emblemas. Pero no se ven ídolos, ni la imagen de Tai-Shin, el dios de la riqueza, que tiene ahora en China, como en todas partes, más templos que otro alguno; ni Kivan-Té va allí tampoco, el dios de las batallas, de cejas de culebra y de la gran manopla. Li-In-Du no cree en imágenes, ni en más dios que el puro Tao creador, que es todo y uno, y engendró los dos, y de los dos el tres, y de los tres el mundo, ni en más santos que las virtudes, sin las dominaciones y jerarquías con que los sacerdotes oscurecieron luego la religión, ni en Grandes Osos y Emperadores Perlados, ni en la madre del

rayo, el rey del mar y el señor de las corrientes, ni en la deidad que protege cada condición y empleo del hombre, ni en el dios del trueno, a quien le llevan y traen órdenes treinta y seis generales, negros y grises, mientras él mortifica con los pies inquietos el plumaje de nueve aves hermosas. —Li-In-Du es masón, es librepensador, es cabeza propia, es venerable en la masonería china, que usa el mandil con bordes verdes. Por todas partes hierve el mundo y padece el hombre, por asegurar la libertad de su albedrío. ¡De eso tenía Li-In-Du la frente chata y los pómulos aplastados, de dar topetazos, cara a cara, al imperio despótico! Era taoísta viejo, que cree en la población aérea, en el descanso del pelear, en el individuo perdurable, en la transfiguración y asiento final, luego de cumplido el deber, en la montaña de Tao: pero ¡aquí abajo, libre! Y con el malleto de masón le ha estado ablandando la cabeza al emperador chino. Conmueven estos rebeldes que fundan. Se ve salir a estos hombres como llamas de entre la maraña tupida. Se les ve como estaba Li-In-Du en el ataúd, vestidos de oro y fuego, con su túnica de seda amarilla.

Ya vienen en orden. La policía va delante, hombro con hombro, abriéndose paso, y tras ella una banda alemana, de casco y casaquín, tocando un himno fúnebre. Los generales siguen, los tres generales que en Nanking ayudaron a vencer: van



en caballos blancos, montados como quien sabe mejor echar el belfo al enemigo que volverle grupas: son secos de cuerpo y de estatura media, y en el rostro más músculos que masa: les ciñe el casco desnudo un lienzo rojo, y por delante la diadema negra: visten tunicela azul, bragas y calzones, y por luto una banda blanca al cinto: los caballos van enfrenados, sacando bien los pies a pasos lentos. Con grandes pendones, enclavados en la cuja del cinturón, pasan tres chinos jóvenes, de blusa y calzón malva —los pendones donde van escritos los hechos gloriosos del muerto, la náusea con que salió de San Francisco, donde vio al chino contento con su vileza, la agonía de sus días últimos, cuando la muerte iba viniendo a pie, como quien respeta a su víctima; pero votó el Congreso de Washington, por razones de política interior, la ley de expulsión del celestial, y la muerte no siguió como venía, considerada y despaciosa, sino montó a caballo, y lo mató con la noticia: ¡ay, Li-In-Du, de los que consagran su existencia a ver libre su pueblo, y sus conciudadanos dignos!

Y luego venía el estandarte amarillo, en figura de corazón floreado, de la logia que presidía él, de Lun-Gee-Tong; y sus miembros en túnica azul y casaca de seda negra, como los sacerdotes que iban detrás, rodeando al anciano del manto de vueltas negras, con el paso medido en sus túnicas blancas.

Un rumor, como un cacareo ahogado, saluda a los que pasan ahora, de blusa también, y bombacha y polaina, con grandes fajas blancas al cinto y a la frente: son los veinticinco soldados leales, que por todas partes han seguido a Li-In-Du, y vienen como más altos de lo que son, apretados y altivos, con un bosque de banderas sobre las cabezas: cada uno lleva bandera de un color y presidiéndolas va el palio redondo del mandarín, naranja y morado.

Tras dos farolas blancas siguen en tunicelas de colores varios, con banda al pecho y lazo al codo y al costado, los que traen en astiles rojos, recortadas en cartón con dibujos de oro y flores, las ocho insignias puras, los mandamientos de la ley de Tao, que Tao mismo dio al caudillo Gwin-Li-Du, en el monte luminoso de Tien-San, y la santa fruta que Tao comió en el monte, antes de su transfiguración, y la espada con que Gwin defendió la ley divina, y el hacha celeste que cae airada sobre el mundo cuando el malo impera, y la flauta apacible, y el vivaz *wooyin* con que acompañan su dicha los genios redimidos, y las flores celestes que dan olor de té y ni se secan ni se ajan, y la urna blanca de la vida eterna.

Y detrás, ante el féretro, de la mano de un palafrenero, va, sin jinete en la silla de cuero ribeteada de bronce, un caballo blanco. Luego el carro, con un limosnero de túnica ceniza en el pescante, dejando caer sobre la

multitud de trecho en trecho papel moneda del imperio, para que dejen al muerto el paso libre.

Luego el doliente, el sobrino Li-Yung, de manto blanco y banda negra, con la cabeza descubierta. Luego, en dos diligencias negras y amarillas, la música china, chillona y discorde, sin notas ni frases, sonando más que a duelo, a triunfo y alegría. Y luego el séquito de chinos masones, de gabán y sombrero de pelo, con el mandil de las tres letras, y mil chinos más de dos en dos, con los brazos cruzados.

Y ese gentío de colores, y los cuatro caballos blancos, y las banderas, y las insignias de Tao se agruparon en el cementerio junto a la fosa, donde los empujaban con risas y chistes crueles, millares de curiosos, de rufianes desocupados, de novios en flor, de madres nuevas, de damas en pelizos, de irlandesas fétidas. Los árboles, por hojas, tenían pilluelos. En el techo arruinado de un caserón vecino, unas actrices pelaban naranjas.

De pronto la muchedumbre se echa atrás; caen sobre el suelo las banderas; vuelan por el aire las túnicas y bandas; sube en onda turbia el humo de la fogata repentina donde se consumen todos los trajes y emblemas funerales, las tunicelas y mantos, el percal de las trenzas, el luto de los caballos, los oriflamos y pendones, las insignias de Tao, con la gran bandera roja, el baúl del muerto.

Y al dispersarse la gente apiñada, se vio el tûmulo compues-to al uso celestial: a la cabeza, como respaldo, clavado en tierra todo el astil, el corazón masónico: luego, enclavadas también, las dos farolas blancas: de allí a los pies, simulando urnas y cojines, rosas blancas y amarillas: a los pies, y al remate de los lados, las siete velas místicas: y junto a ellas tazas de arroz,

platos de col, bollos de pan, montones de tierra regada con vino, buñuelos y pasteles, y dos pollos asados, que es el banquete que disponen en cuchillas los amigos de Li-In-Du, para que no pase penas de hambre en su viaje difícil a la mansión de los genios, donde va a ser *djinn* venturoso e inmortal, viendo de cerca en su espíritu puro a los que amó en vida, intercediendo

porque el hombre sea bueno y China libre, y favoreciendo a sus conocidos y parientes con dádivas y milagros.

José Martí

*La Nación*,  
Buenos Aires,  
16 de diciembre de 1888

[OC, t. 12, pp. 75-83]

220

## Vida norteamericana

En busca de destino.-Las escuelas industriales.-El Día de Gracias.-La comida.-El obispo.-La conversación.-Historia del Día de Gracias.-Gracias<sup>a</sup> a Lincoln.-El discurso del abuelo.-¡A Lohengrin!

Nueva York,  
diciembre 6 de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

**D**ICIEMBRE empieza negro, como dijo alguien que era la nieve, y Poe dijo que podía ser. No ha habido en todo un mes un cielo azul. Y el gentío no cesa, ni se entristece, ni se ve invierno aún más que en

una u otra cara desolada: sólo que ahora la gente no se mueve a turbas, como cuando las elecciones, sino desgranada, y sin más fragor que el usual de la vida, como reposando del esfuerzo donde no se la vea mucho, y disponiéndose, cuál a reparar el desastre, cuál a recoger los frutos de la victoria. Porque los ferrocarriles van llenos a Indianápolis, donde ya han llenado a Harrison la casa de regalos; de bastones, de cas-

tores vivos, de guacamayos, de colchas bordadas, de jarrones de porcelana del país. No hay cuartos ya para los solicitantes.

Para cada puesto, cien. Hay siete ministerios, y siete aspirantes para cada uno. En los diarios, sólo eso se lee.

Esta ansia fea y desmedida es lo que se ve por sobre todo cuanto en estos días distrae e interesa:—por sobre el hombre que viene andando por las aguas del Hudson, como Jesús anduvo, y como los indios de Guatemala que cruzan a pie con un baúl a la cabeza, la corriente del río Tambor;—por sobre la

a. En LN: «Grecia».

novedad de la iglesia del biblioclasta Heber Newton, que ha puesto clases dominicales de economía política;—por sobre el nombramiento de una mujer más para la junta de educación, donde ya son dos las damas que han servido el puesto este año con mucho aplauso público;—por sobre la moda, no en todo loable, de enseñar en las escuelas las generales de los oficios, lo cual es cosa excelente, pero no si se añade a un modo de instruir ya rutinario y fatigoso, en que se enseña al niño de memoria y con palmeta, y no trayéndolo al corazón, con un gesto caballeresco, cuando su cabecita no entiende bien, o la niñez le retoza en el cuerpo tiránico, sino halándole de las orejas o poniéndolo en el burro porque no dice de coro las leguas que hay de Siracusa a Yucatán<sup>a</sup> o de Corinto de Dakota a Troya de Massachusetts.<sup>b</sup>

Cambiar este sistema, por supuesto que se debe, y enseñar con ternura y sabiduría, y no por maestras nombradas por favor político; y un oficio todo hombre ha de aprender, porque no hay mejor libro de moral, ni pie más firme para el carácter, ni disciplina más útil para la mente.

Pero no ha de ser, como aquí ahora, a expensas de la armonía mental, que quiere que todas las facultades se desarrollen por los mismos medios a la vez; ni de aquel sistema superior, aún no entendido, según el cual ha de enseñarse a los niños con orden y relación los resultados amenos

del estudio, y no las reglas áridas, sin vida interesante ni aplicación visible, que es como enviar un paquete de moldes a quien se ha mandado hacer una levita. En estos días se ha estado de entradas en esos cursos nuevos; y ya es un bienhechor que funda en Brooklyn una escuela industrial, como las de Leland en Filadelfia, ya son las clases de Auchmutz, que de obrero subió a millonario, y de su millón da lo mejor para proveer de maestros sus talleres gratuitos donde el escolar aprende a la vez, en buena compañía y entre paredes gratas a los ojos, las artes de la práctica y la de los libros.

De todo eso se habla. De un pintor, que a cincuenta varas sobre el agua pintaba un arco de puente, cayó dando vueltas desde lo alto, salió del río a buenas brazadas, y siguió pintando. Del centenario de las Misiones<sup>c</sup> del padre Junípero, el santo mallorquín, que celebran en estos días con pompa en las iglesias derruidas en los pueblos melancólicos de California. Del púgil Sullivan, que era torre ayer, y hoy es esqueleto después de un año de vino. Del novelista Gunter que se pasó dos inviernos buscando editor, hasta que cansado de que le devolviesen el libro infeliz, con las odiosas «muchas gracias», publicó el libro por sí, y lleva ganados cien mil pesos. De un ingeniero de nuestra raza que era ya persona magna en Nueva York, y ahora de un vuelo de pluma de ave ahorra un millón a Brooklyn en

su acueducto, y salta a la cabeza de cien competidores. De que la actriz Mary Anderson, que ha venido más bella con su éxito inglés, y con el remar mucho en el Támesis, muestra<sup>d</sup> enojo porque las damas neoyorquinas que suelen ir por donde no se las ve, se niegan a darle puesto en sus salones, a pesar de ser ella actriz de honradez notoria. Y ya le han bruído los jarretes a la estatua de Washington que adorna la escalinata del Tesoro, como primer anuncio del festival de abril, que va a ser grande, con mucho discurso de pro-hombre y paseo cívico, para celebrar el centenario de la primera Presidencia de aquel héroe benigno, que en bailar el minué era tan notable como en ganarles el día a los chupa-rojas ingleses, y con la misma pluma escribía cartas magnánimas, y miserables versos.

La fiesta va a ser ruidosa, con pasos y alegorías como aquellas de Holanda que cuenta en su libro hechicero el americano Motley, de quien publican estos días un retrato nuevo, tal como estaba ya, Apolo cincuentón, cuando en su carta famosa echó en cara a Bismarck su política de un pie itorre de viento!, con la misma bravura y elocuencia con que sacó de los archivos

a. En LN: «Incatán».

b. En LN: «Massachussetts».

c. En LN: «Misiones».

d. Errata en LN: «muestro».

españoles la verdad sobre el lívido Felipe.

Dicen que en las casas grandes no hablaron más que de los bailes de abril, las novicias hermosas que, en la comida del Día de Gracias del último jueves de noviembre, ensayaban a la luz hospitalaria de Vanderbilts y Rensselaers, que es gente de mucho comedor; los trajes atrevidos en que fueron, entre boas de armiño y pellizas de nutria, del teatro,<sup>a</sup> de la mesa, al de *Lohengrin*, a su estreno mundano. Porque este mes,—cuando se acercan los bailes de caridad y de los Patriarcas, que son para el gran mundo,—sale a luz, ya con derecho de mujer formal, la parvada de herederas. Y el Día de Gracias, que aquel épico Lincoln estableció para mostrar agradecimiento a Dios por las victorias de la guerra y «porque la cosecha había sido abundante», suele ser entre los poderosos ocasión de mesa regia, con antemesa rusa de quesos y caviares, y platos caros o innúmeros,—como si fueran Luiséis los invitados y los dueños fueran Enríques de Navarra.<sup>503</sup>

El pavo está en la mesa, en la fuente de plata,—y alrededor, sentados<sup>b</sup> en las sillas.<sup>c</sup> Las damas y damiselas van de gran descote. Las jóvenes, ichampañá! Las matronas, isidra! Los caballeros son gente «de arriba», magnates del banco y el ferrocarril, obispos presbiterianos, gamonales de la política. Un general lleva tres corales en la pechera. Un peligroso, como

en Caracas llaman a los *dandys*, lleva un solo botón; una perla.

Un director de diario, con la barba blanca, carga tres brillantes.<sup>d</sup> Las ostras vuelan. De las dos sopas, eligen el puré. La comida no es en mesa de Estado con mucho florero y argentería, sino en mesas pequeñas de seis, ocho o diez, para que no sea hielo el aire; y se converse con gusto y soltura.

Las mesas entradas en años no hablan de Lincoln, que nunca pudo sentarse en paz a dar gracias a Dios, porque se lo comían los celos de su mujer, que se volvió a casar, y las visitas de los pretendientes que entran confusos, como miopes, y salen cayéndose, como muñecos de fango. En las mesas de padres se habla de finanzas, sermones y política: las jóvenes no tienen al lado mozos lozanos, dignos de su beldad, sino cuarentones ricos, de vuelta de sus viajes europeos, o solteros poderosos, con silla delantera en el mundo, o lores rubios, de un rubio infeliz, con más mostacho que espaldas, y el lente más movable que los ojos. Ellas, agresivas. Los yanquis, algo volubles; y cuando viejos más urbanos. Los lores mudos, cejijuntos, vacuos.

Los vinos son miel, y uno tiene perfumes, como los de Grecia. Los criados los saben servir. Los señores no los saben beber. Sorben juntos sobre una lonja de oso, el Chambertin y el Lachryma. Ya a los postres, cuando traen Madera de un siglo, porque, si no, no es Made-

ra, y un Chipre que se corta, como el Pero Jiménez de Nochebuena, se habla de mesa en mesa sobre los asuntos en boga, —sobre el caminador Littlewood, en quien piensan mucho estas damas, y ha andado en seis días más que Albert sobre la yegua voladora que se vendió en seis mil pesos,—sobre la Langtry, que ha venido fea, que ya tiene la garganta arrugada, que nunca, nunca ha parecido bien a estas señoras, —sobre la novelita *Robert Elsmere*,<sup>504</sup> «un perfecto fastidio»,—sobre el graciosísimo perrito de la actriz Alice Hastings, una monada, lo mismo que su ama,—sobre ese cursi de millonario que ha ido a casarse con una campesina, —sobre el magnífico Chamberlain, el tráfuga inglés ya muy canoso, que se lleva de mujer, con mucha ropa blanca, como es costumbre en las familias viejas de Massachusetts,<sup>e</sup> a una bostonense de veinte años,—sobre la ira de esas pobretonas de Londres que no tienen ya título con quien casarse, porque no hay lord que no se case con americana,—sobre tal señora que era antes muy amiga, pero ¿cómo la habían de invitar si su marido se arruinó el mes pasado en la baja del trigo?,—sobre el traje de diez mil

a. Se añade coma.

b. Errata en LN: «sentado».

c. Así en LN.

d. Errata en LN, coma. A continuación, mayúscula.

e. En LN: «Massachussets».



pesos, un traje de seda de la China, con una figura de Leloir en el delantal, y en el corpiño un gato de Lambert, y por toda la seda bandadas de gorriones.

Y en esto se pone en pie el obispo, champaña en mano. En las casas católicas, es gala que el arzobispo vaya a bautizar, a casar, a comer, y le ponen comedor cardenalicio, todo rojo, y el helado de fresa, y la ensalada de tomates, y las luces con velos de seda colorada.

En las casas protestantes, el obispo es el lujo, un obispo cuadrado de espaldas con patillas de chuleta, frac de solapa redonda, un ramo de violetas en el ojal, chaleco de seda blanco, con ramazón de flores. Apura el champaña, que es del país, y como la casa es republicana, hace reír con el chiste inaugural: «¡Protección a las industrias patrias!» Cuenta enseguida, en un inglés suntuoso, con frases peinadas como la seda de un faldero, cómo fue Lincoln el primero que hizo el Día de Gracias fiesta de la nación, aunque desde los puritanos holandeses era costumbre celebrar hechos faustos, cosechas pingües, libertades nuevas, con cervezas y pavos, y danzas y fogatas. Pero la fiesta viene de más lejos, desde antes de la cristiandad, porque si se ve bien, siempre tuvo el hombre su poco de cristiano, y el cristianismo su poco de pagania, como estas gracias nuestras, que no vienen antes de coger la uva,

sino luego, a semejanza de Grecia que tenía en este mes ocho días festales en gloria del padre de la tierra, que engendraba la yerbabuena y la eruca, favorables al amor;—y la adormidera, la fruta del olvido,—y la dulce granada. De más allá vienen las gracias,—dice alzando ambos brazos el obispo, y dando como lejanía y unción a la voz: de Moisés vienen, de la danza de los tabernáculos, cuando festejaban los hebreos la vendimia con abundancia de comer y beber, y eran nueve días enteros de coros y de arpas, sin más techo que la enramada fresca que cada cual fabricaba con sus manos, como los indios de Los Angeles, que hacían hasta hace poco lo mismo que los hebreos de Moisés y nuestros padres rubicundos,—dice el obispo volviéndose graciosamente a los lores:—nuestros viejos padres sajones tenían también su fiesta de cosecha, luego que estaba ya todo el grano guardado, y se juntaban los vecinos noche sobre noche hasta que quedaba en el filo aquella luna, a comer al calor de las hogueras, sendos bueyes asados.

Y en esta parte de su discurso erudito iba el undifluso pastor, con sentencias como guirnaldas, colgadas de flores, cuando entre mucho aleteo de abanico de las nietas y mucho mohín de la hija, creyó llegada su ocasión el abuelo de la casa, que empezó de boyero la vida que se le va acabando como gran señor:

—«¡Pues no me pesa, mi querido obispo, recordar cómo era en mi tiempo, cuando tenía yo madre, el Día de Gracias! Yo cortaba los nabos como clavellinas para ponérselos al pavo en la pechuga; y por donde el faisán es más hermoso poníamos una zanahoria labrada como encaje: ¡y qué calabazas nos hacía la madre para dulce, mi querido obispo! ¡y qué lonjas de pastas de membrillo! y la pobre señora estrenaba aquel día su vestido del año. ¡Obispo, nuestra camisa es fina; pero es preciso dar gracias a Dios por aquella madre mía que me tejía mi camisa de lana!»

El lacayo, de casaca verde y calzón a la rodilla, apareció en el cancel, anunciando que los coches esperaban, para ir a *Lohengrin*. Por el pórtico, que es un ascua, pasan Ledas y cisnes, herederas y lores, presidentes y matronas. También va el abuelo a oír música alemana.<sup>b</sup> En el coche de la dueña, con su gabán de piel de foca, va el obispo.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
1º de febrero de 1889

[Recorte de periódico en OAH]

a. En LN: «la».

b. Errata en LN: coma. A continuación, mayúscula.

## 221

## Crónica norteamericana

Fiestas de invierno.-Los poetas populares.-  
La anexión del Canadá.-Decadencia religiosa.-  
«Las Hijas del Rey».-Un ejército piadoso.

Nueva York,  
diciembre 20 de 1888

Señor Director de  
*La Nación*

**D**E TIEMPO ACÁ no hay mes sin fiesta de extranjeros, como si, con los cariños del recuerdo patrio, fuera a ser menos el frío. Poco hace eran los suecos, que desde el Delaware vinieron, con sus orfeones y pastoras, a celebrar a aquel Bellman que cantó Amarilis.<sup>505</sup>

Luego fue el día festivo de los escoceses, congregados en torno al asta de cintas, que el escocés al danzar trenza y enreda, para bautizar, a la sombra de los árboles de otoño, y en día lluvioso por cierto, la estatua de su poeta, de su Robert Burns, a quien la buena Peggy, de crenchas amarillas y pies desnudos, era tan cara «como el otoño al labrador y la llovizna a las flores». Ricos y nobles se reunieron, con la cabeza descubierta,

para honrar al que, en vida, sólo por cortesía descubrió la suya ante ellos, al que vivió libre y soberbio, prefiriendo el ahogo a la limosna, y el potaje del aprendiz a la zozobra del poeta cortesano; al que no pisó salas de duque, sino cuando por la fama de su genio pudo entrar en ellas de corona a corona; al que no se vendió a la majestad por puestos ni pensiones, ni quiso grados de pedantería, ni latines inflados y griegos de imitación, sino el doctorado que aprendió en la virtud del alma, con una moza de la montaña por maestro, vagando juntos en los agostos ardorosos, por donde se baila, canta y ara; al que fue a la vez, con la mano en la pértiga honrada de Ayr,<sup>506</sup> Beranger<sup>507</sup> y Tíbulo.<sup>508</sup> Como hermano defendía arrogante a las «muchachas plebeyas» del desdén de las ricas, con sus estrofas por escudo, aunque de los versos de su abogado era de quien necesitaban defensa ellas, porque no tenían las aldeanas fuertes y amorosas de Arshire amigo más

exigente y tierno que el que en vez de «ir con los rebaños divinos a pastar en los yerbales ortodoxos», ni a escribir prosa venal o rimas palaciegas con el arte que le enseñaban el tordo enamorado y el alba húmeda, se iba, liga al jarrete y manta al hombro, inventando versos, a los fresales de Ballechmyle, donde Nannie lo espera, o a la orilla del río, a decir a la orgullosa Tibbie que no «le importa un pelo» que le mire mal por pobre, o a la vereda del maizal, donde no lo tendrán en menos porque ande despacio, al rumor del maíz, abrazando el tallo de Peggy, fino como un arco joven.

Y hay en todo lo de Burns majestad como de cumbre, y la tristeza de los grandes, que viene de vivir entre los hombres sin poder moderarles la fealdad, ni librarse de ellos.

Ahora la fiesta es de los alemanes que quieren celebrar al párroco Hebel,<sup>509</sup> poeta en dialecto como Burns, que se le pareció en lo sencillo y profundo, aunque no en la melancolía, que Hebel supo domar, como que era menor su genio, y acabó de prelado bien comido la vida que el escocés dejó ir temprano de su esbelto cuerpo.

Como él nació de pobre, como él halló el campo natural mejor que la ciudad dañina; como él cantó a Sebastián, que «suda y se atraganta», y le da vuelta al gorro negro, cuando Marinca, la Marinca de la fuente, lo mira con aquellos ojos, como amapolas azules, y sale luego de detrás del árbol a decirle que le ha oído el monólogo de amor, y quiere ser suya, aunque sea tan pobre él, porque «un corazón honrado es más que oro», y con manos para trabajar, y pecho para querer, y agua en la fuente ¿qué más se ha de pedir a Dios, Sebastián bellaco?

Goethe<sup>510</sup> y Richter,<sup>511</sup> y toda Alemania proclamaron al párroco gran poeta, Goethe con su prosa serena, y Juan Pablo con sus ramazones y floreos de frase, que unas veces eran coral puro, y otras, como arte de presos, que todo lo hacen con plumas, lentejuelas y abalorios. Pero Hebel fue como su «campesino contento», que entre el señorío de Baden se sentía mal, con la elocuencia seca y el alma en un zapato, y lo que le gustaba era sentarse por el campo a la hora de anochecer, llena la pipa y el corazón alegre, a ver, de vuelta a casa donde espera la sopa, cómo le hablan sin mortificarle, porque nació en domingo, los espíritus del bosque, cómo la prudencia aconseja la honradez al corazón y el sigilo de la naturaleza, cómo, traviesas y pizpiretas, se buscan y casan, con alborozo y espuma, la quebrada y el río. Ya Bellman y

Burns tienen estatua, y ahora la va a tener el humilde Hebel, el poeta ingenuo de la Selva Negra.

No van ahora los novios, que abundan en diciembre, a ostentar, como hacían en otoño, su ventura por los montes callados, a semejanza de Burns y su Peggy, ni como Hebel, en las tardes rojas, se sientan a ver cómo remedan sus diálogos las ramas y las espumas. Ni a Florida pueden ir, porque todavía anda allí la peste, aunque ya sus hoteles morunos bruñen el piso de mármol, las barandas de caoba, las fuentes que arrullan el sueño grato de las tierras donde aroman los azahares. No pueden ver este año aquel pueblo curioso, que, tras un siglo de dominación americana, tiene como a orgullo hablar mal el inglés, y cuando quiere obsequiar a los Presidentes que lo visitan, manda escribir una loa en castellano.

Al Canadá es adonde van, con la novela de Howells por guía, la novela de *Una amistad casual*, en que se cuenta una historia de amor de estos países, y de lucha de castas sociales, a la vez que el romance y aventura de aquel Quebec de fortaleza formidable, aquel Montreal suntuoso e inglés, aquella Francia terca, encajada entre Inglaterra que la sojuzga y los Estados Unidos que la codician, aquellos indios pintorescos, más libres y dichosos que los norteamericanos, aquellos valles pingües, donde la vacada pasea la ubre

recia a la sombra de los frutales abundosos, aquellos montes de álamos y pinos, coronados de túmulos y cruces, aquellos ríos, cuyas cataratas enemigas burlan espléndidos canales, donde las balsas gigantescas, ceñidas de cadenas, apresuran, empujadas por el hielo, su último viaje.

Van al Canadá, que está hoy en boca de todos, porque con las elecciones resucitó el proyecto de traer el Dominio a la confederación de Norteamérica, no tanto porque los que sacaron a lucir la idea piensen de veras que tal cosa es hoy posible, como porque el espíritu tácito de la elección era, por parte de los republicanos, esta promesa que en siglo le van haciendo al país de imperialismos y conquistas, y no hallaron cosa mejor que deslumbrar la mente pública con este plan descarado, con el objeto doble de ir ganando tiempo aquí y en Canadá para la tentativa de anexión, y quitar razón al argumento de Cleveland, en cuanto éste aboga por la reforma del arancel como medio de acabar con el sobrante corruptor con el cual dicen los republicanos en voz baja que no ha de acabarse, porque ¿y la guerra con Inglaterra? ¿y los gastos de extensión de territorio? ¿y la necesidad de fortificar nuestros puertos? ¿y la conveniencia de gastar en invadir, y someter, la frontera canadiense,<sup>a</sup> y lo que

a. En LN, siempre: «canadense».



hemos de gastar en fortalezas en ella? Pero los novios que andan de paseo se convencen de que por el San Lorenzo, ni franceses ni ingleses quieren más liga con el norteamericano que la que tienen ahora, aunque beban de la misma agua, y sus puentes se claven en el Canadá de un lado, y en Norteamérica del otro.

En vano, deseosos de distraer de los peligros interiores a la República, quieren preocupar a ciertos políticos y generales, agiotistas los más o defensores de los monopolios, con la idea de ir extendiendo el imperio yanqui por el dominio inglés del norte, y por otros dominios, como anuncia, con palabras que parecen garras, no menos persona que el presidente del Senado, el orador que a la sordina crece en influjo y fama entre los ricos, el senador Ingalls. En vano perora ardientemente en pro de la urgencia de la anexión, John Sherman nada menos, que está para ganarle a Blaine en estos mismos momentos el puesto de Secretario de Estado en el consejo de Harrison. En vano, contra la protesta rotunda del empresario canadiense que venía sirviéndole de acólito en la defensa de la unión comercial del Dominio y el Norte, presenta un republicano en las primeras sesiones del Congreso el proyecto en que demanda, más por satisfacer a los electores que por pensamiento verdadero, la autorización del Congreso al Ejecutivo para que invite a Inglaterra, a Inglaterra que en tres cuartos

de siglo ha levantado la colonia de doscientos cincuenta mil a cuatro millones de habitantes; a Inglaterra que a costa de su tesoro viene cubriendo de ferrocarriles las soledades nevadas, y corrigiendo con diques pasmosos el curso de los ríos; a Inglaterra, menos desamada por el canadiense francés, que la mira como su opresora, que la América del Norte, a quien pudiera mirar como su esperanza; a Inglaterra, que pone cada día una mano nueva sobre el territorio americano,—a que ceda a los Estados Unidos el Canadá por vías de paz. ¡Nunca! dice el inglés arrogante, que por serlo se tiene como el producto humano más fino y poderoso de cuantos pueblan el mundo. ¡Nunca! dice el francés, estrujado por los jesuitas o soberbio como sus abuelos hugonotes, nunca preferiremos al opresor que empieza a mirarnos como hermanos, el vecino que sólo nos codicia como su presa. Y el indio hurón, con su manto de pieles; el indio iroqués, con su pechera de wampunes; el indio ottawaño, feliz industrial o amable campesino; ¡nunca! dice también: ¡el inglés no nos mata! ¡el inglés nos paga la tierra! ¡el inglés no es bueno, pero el hijo del inglés es peor! ¡ya no hay indios, ya los indios no tienen tierras, donde manda el hijo del inglés! El médico lo dice: ¡ottawaño, ten cuidado con el águila! Y cuando los diarios de Norteamérica preguntaron a los magnates canadienses que tie-

nen de este lado del Niágara su fortuna: ¡Nunca! dijeron todos: ¡ni para alguacil puede salir electo en todo el Canadá, ni entre franceses ni entre ingleses, el que abogase por la entrega de nuestra colonia libre a un país que sólo nos apetece para obligarnos a consumir sus productos, para servirse de nosotros contra la nación que nos ha estado defendiendo de él! Comercio libre, sea; pero anexión, nunca, dice Golden Smith,<sup>512</sup> el maestro ilustre,—y Erastus Wyman, el rico, el proamericano, «anexión—dice—nunca».

La unión comercial sí se desea, porque tanto necesita el yanqui vender al canadiense sus fábricas sobradas, como el Dominio vender los frutos de sus llanuras y sus bosques; sólo que el Dominio, que vende a los Estados Unidos, no compra de ellos lo más que consume, sino de Inglaterra, y los Estados Unidos<sup>a</sup> quieren que el inglés consienta en perder el mercado de su casa propia, y en darlo como regalo de amistad a quien, no con confianza generosa y sacrificios previos, sino con palabras felinas y congresos aterciopelados, quiere tratar, so capa de unificaciones antihistóricas, el modo de echar de nuestra América el comercio inglés. Y porque el yanqui aquiete con un mercado nuevo las masas industriales que atrajo con exceso y

a. En LN, se omite «Estados».



educa para la cólera, porque el yanqui confirme su preponderancia en un continente que no le debe protección que no sea funesta y cariño que no haya sido interesado ¿hemos, dice el Canadá, de abjurar nuestros dioses, de vender nuestra primogenitura, de confundir nuestra persona con la extraña, de cambiar su naturaleza, de sacrificar el sentimiento supremo, el sentimiento de nación,—a la tarifa de un país extraño, a nuestra misma tarifa?

Ajústese el comercio fronterizo como manda el interés mutuo, y quede cada cual como sea, los ingleses satisfechos con su Montreal grandioso y artístico,—y los franceses con tal capacidad para vivir por sí que, codeándose día a día con el yanqui, y viéndolo ante sus ojos a la obra, y habitando a veces como desterrado voluntario sus ciudades donde el pensamiento es libre, no quieren rendir al extranjero hostil y burdo el carácter provincial tan potente e intenso que en su Pepican y su Riel<sup>513</sup> ha engendrado héroes, y en su Frechette<sup>514</sup> laureado un gran poeta.

Allí sí es, como en Polonia e Irlanda, poderosa la religión, porque es un símbolo de la patria,—de la patria que aquel Cartier<sup>515</sup> de barba fuerte trajo con la cruz que plantó en la ribera del San Lorenzo,—de la patria que fundó Champlain,<sup>516</sup> aquel Las Casas de los pobres hurones,<sup>517</sup>—de la patria que predicó Le Jeune,<sup>518</sup> su bravo jesuita; y

santificó Montcalm,<sup>519</sup> el que con fuerzas mermadas tuvo a raya al inglés, y murió en la batalla primera que no pudo cerrar con una victoria. ¡Por Acadia!<sup>520</sup> ¡reza por Acadia! dice en voz baja, en la casa y en el sillón de confesar, el cura del Canadá a su penitente: ¡por Acadia, que ha de volver! ¡reza por Pepican, reza por Riel, reza por Montcalm, reza por Francia! Desertar de la religión es para la masa católica del Canadá, como desertar de Francia; allí sí que no necesitan juntarse los clérigos de sectas diversas, como se han juntado acá, para preguntarse alarmados por qué se va la religión, y cómo podrán sujetarla. Allí no hay que revocar la religión caída con pinturas de moda, como telones viejos.

Desdeñan al pobre, crean iglesias de casta, quieren echar atrás el mundo, ¿cómo han de ver semejante iglesia concurrida? La riqueza que la misma religión triunfante, no bien pasa de rebelión a autoridad, codicia y fomenta,—cría la rudeza y sordidez que privan al hombre de la dicha real, que está, con un poco que se le ponga de champaña y pimienta, en los placeres soberanos del espíritu. Ayer iban por las calles, asombrando por su semejanza, un político de barrio muy pomposo y boyante, y un mulo de Texas: en el teatro nuevo de Broadway, cuyo cielo raso es como el cielo de veras, entró ayer, hozando como un cerdo, un orgiasta<sup>a</sup> famoso, que tiene

millones y harén,—un cerdo rosado, con frac y plastrón, y tres botones de oro ¡y la junta de clérigos se asombra de que el mundo vaya tan mal que estos prosperen y a los pastores, a los más celebrados y locuaces pastores, tienen que rebajarle las congregaciones el salario! No ven la Iglesia portentosa, la Iglesia natural, que se está levantando, como árbol que tendrá por copa el cielo, del pecho de todos los hombres a la vez. En la Iglesia única, inexpugnable y hermosa, pararán como zorras encadenadas, todas estas iglesias.

Los poderosos las ayudan e insisten en juntarlas en una catedral enorme construida en lo más alto de la ciudad, para que sus torres se vean por encima de las dos caperuzas de mármol, afiladas como gorro de hechicero, que han puesto, gracias a la bolsa de unas damas ricas, sobre las puertas de la catedral de San Patricio. El catolicismo tiene las masas, la irlandesa, y la húngara, y unos cuantos italianos y griegos, y los periodistas y políticos que de ellos viven, y las jóvenes celosas de que sus amigas de culto romano se casen—¡como esa hija del pintapapeles Howard, no más que por ser católicas!—con misa solemne y discurso del arzobispo vestido de seda, y el coro famoso de sesenta voces que echa por aquellos mármoles las boca-

a. En LN: «horgiasta».

nadas de notas del órgano dorado. Pero la verdad es que a no ser donde los creyentes ricos los llevan en sus hombros, por fe o por vanidad, —o en aquellas sectas más ligadas por su origen a la nación, que las defiende como entidades patrióticas, o en las que, como en la episcopal, se imita la pompa del culto romano,—puede decirse que, a pesar de sus músicas y anuncios y torres morunas y bancos de ébano, los templos están pobres y vacíos. Va la gente a oír a los pastores liberales, y más cuando se susurra que van para rebel-des; y aún tiene Brooklyn la tribuna teatral donde a trancos y gritos predica sobre las cosas del día, políticas o sociales, el destrísimo Talmage.<sup>a</sup> La Quinta Avenida llena de coches, los domingos a las diez, la cuadra de John Hall, pastor de espaldas catedralescas, consejo sutil y voz mugiente, que convida a la gente poderosa a unión en Dios, y a robustecer a los representantes divinos en la tierra, porque sólo el poder de Dios,—con la ayuda de la bolsa humana y de clérigos de cien mil pesos al año,—puede poner valla al mundo nuevo, al mundo anarquista, al mundo de cabello revuelto y rojo.

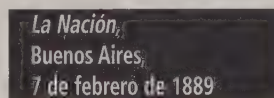
Pero los pastores reunidos en estos días, se han preguntado lo que todos ven: ¿por qué ni aún dando a los templos el bullicio y agrado del teatro se niega la gente a venir al templo?

¡Porque la enseñanza es falsa, el carácter duro, el rico soberbio, el pobre desconfiado, y la época de vuelco y reencarnación, que pide para guía del juicio y consuelo del alma algo más que Iglesias ligadas en pro de<sup>b</sup> los pudientes contra los míseros, y que<sup>c</sup> se rebajan al empleo de instrumentos de gobierno, y defensa de castas, y caen al suelo de una embestida de uñas! En cambio las iglesias de los negros están siempre llenas, porque la iglesia es, como para el Canadá francés, su única patria.

Lo que sí ha de celebrarse, si las sectas astutas no le caen encima, es el crecimiento por la fuerza de la caridad, de «las Hijas del Rey» que son ya cincuenta mil: y corren riesgo de que las use en su provecho exclusivo alguna de las sectas rivales. Nació este ejército piadoso de una conversación de sala: «¡Tanta pena escondida —dijo una— que podría aliviarse con un poco de bondad y de método!» Fueron diez las primeras que se reunieron para pensar en cómo se remediarían, sin costos ni pompas, tantas desdichas del cuerpo y el alma. Pues que cada una junte diez amigas. Que donde haya diez amigas, quede el grupo. Que cada grupo atienda a propagar el cariño entre los seres humanos, y a endulzar una especie de miseria. Estas diez a buscar empleos a ancianos. Otras<sup>d</sup> diez a confortar por las calles a las mujeres infelices. Otras<sup>e</sup> a pro-

curar<sup>f</sup> quehaceres a los inválidos. Otro a enseñar a las esposas pobres a tener sus casas bellas. Otro a que no se deje carta sin responder porque puede morir de no recibirla un alma ansiosa. Para todo lo que padece, para el embellecimiento y mejora de la vida, para el sostén del alma incrédula, para esas finas nonadas que hacen la existencia llevadera y dulce, para todo hay un diez en «Las Hijas del Rey», que llevan la cruz de plata al pecho, y sonríen al descalzo, y parten su asiento en los carros, los dulces de su cartucho, las flores de su ramillete, el dinero de su portamonedas con la costurera, la lavandera, la anciana pobre que no tiene flores. Un diez se llama «Non Ego». Otro «Artístico». Otro: «Jamás murmures». Otro: «Madres ancianas». Otro: «Rayo de sol».

José Martí



[Recorte de periódico en OAH]

- a. En LN: «Falmage».
- b. Se añade «de».
- c. Se añade «que».
- d. Errata en LN: «otro».
- e. Errata en LN: «otro».
- f. Desde aquí hasta el final, no aparece en el recorte de periódico.



---

1889







# Correspondencia particular de *El Partido Liberal*

## *Jonathan y su continente*

Los Estados Unidos en 1889 por el autor famoso de «John Bull y su isla».-Lo que falta en el libro.-«Los Estados Unidos en 1889, y el Americano de Ahora».-Ojeada sobre el carácter del norteamericano.-El yanqui y su mujer.-Max O'Rell, y su estilo.-El libro.-Jonathan y John Bull.-Las anécdotas.-El capítulo de «la joven americana».-La mujer del Norte, según Max O'Rell.-Los periódicos, y lo que les falta.-La política.-Los literatos, y la literatura.-«Id a vivir a Inglaterra!»

Nueva York,  
Febrero 7 de 1889

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

NO SABEN LOS diarios de acá cómo sacarse ventaja. El *Herald* anda levantando sucursales en Europa, y publica en Londres otra edición, con el escándalo de dar un número en domingo, porque oyó que Pulitzer, el de la nariz hocceante en que cabalgan inquietos los

anteojos, como saliéndose de la silla para ver de más lejos, estaba por Europa, so pretexto de ceguera, moviendo para alguna empresa oculta las amistades que se hizo con el pedestal de la estatua de Bartholdi, que su *World* levantó peso a peso, y después con el hacha de plata que los amigos del *World* regalaron a Gladstone. Charles Dana, que es el *Sun*, está en Roma, viendo cómo recobra, con el auxilio de la Iglesia, el poder que su diario ha perdido por ponerse del lado de los

pícaros en las cosas políticas. El *Times* supo que el *World* iba a levantar frente al *Sun*, que es su mortal enemigo, un edificio «de que hablen los tártaros en sus soledades, y sea famoso en la Tierra del Fuego y en Corea», —y en pocos meses ha echado al cielo una casa amarilla, con ventanas que llegan del tope al umbral, y una puerta como de cartón, indigna de casa tamaño, con entrada como para un hombre de lado, y montera de tres picos. Pero la regata de ahora es entre el *Sun* y el *World*. Compra el *Sun* el derecho de reproducir el mismo día que salió en Londres, el libro de Mackenzie sobre la enfermedad de Federico,<sup>521</sup> y el *World* imprime entera desde entonces, en su número del domingo, una novela renombrada, sin cobrar más de lo que cobraba por el número, que es cuatro centavos. Obtiene el *Sun* privilegio para publicar *Cleopatra*, la novela nueva de Rider Hag-

gard,<sup>522</sup> libro de desocupados, con más sorpresa que méritos, de esa invención que no dura; y el *World* aparece el domingo próximo con todo el libro esperado de Max O'Rell, que es Paul Blouet,<sup>523</sup> el maestro de escuela que ganó celebridad con *John Bull y su isla*. No se lee otra cosa, ni al amor de las pantallas, que se usan rojas ahora, en pedestales de bronce, y grandes como sombrillas, ni en el *lunch*, entre plato y plato, ni en el ferrocarril. Todo el mundo quiere saber lo que opina de *Jonathan y su Continente* ese Max O'Rell chispeante, a quien llevaron aquí en palmas durante su visita.—«¿Osará decir lo que ha visto, después de que le llenamos el teatro tantas veces, y le pagamos sus conferencias en plata pura?» Así pregunta un diario: y otro dice:—«¿Y qué ha visto él, caballero de plastrón y de escarpín, qué ha visto él, en seis meses, de nosotros, más que lo que se ve, que en los pueblos es menos verdadero que lo que se recata?»—Ello es que todos compran el libro. Y las mujeres más que los hombres:—porque de unas, de las de letras, de las bostonenses, dice que no hay deleite como el de hablar con estas damas hermosas y ricas a la media luz de los salones atestados de abanicos y jarras, sobre los cantos de Petofi, o las melodías inefables de Chaikovsky,<sup>524</sup> o los casos más recónditos de la psicofísica: y a las otras, a las aurívoras, a las

mujeres de presa, a las de Nueva York, las trata de gentes que usan el matrimonio como el abrigo o el manguito, que son cosa de quitar y poner,—las trata de cazadoras de fortuna, y de mostradores ambulantes.

Es libro de salón, de ferrocarril en carro de primera, de actor prudente que quiere volver al país que juzga, de galante francés que no muerde las manos que besa, de caballero agradecido que no paga cariños con acusaciones, de periodista franco y de buen vivir, alegre y leal, «muchacho» hasta el corazón, y feliz con tener mucha ropa blanca en el baúl, con que le mire de lleno en los ojos, con los suyos de ardilla insinuante, una kentunqueña de espaldas poderosas, y con recoger un chiste nuevo, o con que le aplaudan el suyo, entre un Tokay y un Chamberlín,<sup>525</sup> los «inteligentes», los «periodistas», los «muchachos». Es un libro de apuntes, lo cual no es un libro.—Ni el «American Commonwealth» de Bryce,<sup>526</sup> que estudia hondo el país, con ojos admirados de liberal inglés, y el reposo y energía de la mente judicial, ha pintado, en sus páginas recientes y con justicia celebradas, la amalgama y conflicto, en una comunidad súbita, del carácter autóctono, patriarcal y pastoral, con el carácter desenvuelto, y aun podrido, de los pobladores importados:—el esfuerzo insuficiente, y cada vez menos visible, de las almas religiosas, aturdidas y como debilitadas por el espectáculo halaga-

dor del triunfo, por el estruendo y rebose de la vida, para sujetar el desborde de fuerza material, sin el desarrollo simultáneo de la salud moral que libra de sus tentaciones y sostiene en sus fracasos:—la subordinación de los intereses supremos de las comunidades de hombres, que son los espirituales y los políticos, de las libertades públicas, de los reparos virtuosos, del carácter personal, al «apetito desmedido de la fortuna, corona y excusa de la negligencia y el crimen, y a los consejos del poder adementado»:—la conversión diaria del carácter nacional, por el abandono de los derechos que no le toquen al interés, y por la asimilación política de extranjeros egoístas e indiferentes, en un tipo ignorante y agresivo, criado en la esperanza sin límites y en el exceso sin penitencia ni estorbo, muy otro ya de aquel de hace veinticinco años, cívico por esencia, hijo de sus propias obras, desentendido del favor del gobierno, brusco y amable. Ni el «American Commonwealth» de Bryce, sagaz y sereno, ha señalado la distinción, indispensable para el juicio, entre las leyes y las costumbres, entre los antecedentes y las prácticas, entre el americano escrito y el americano vivo, entre la nación como se prepara y elabora, y la nación como se la publica y desea, entre el pueblo real que se palpa asustado el corazón, y el pueblo deslumbrador que está poniendo los giraldetes en el cielo.—Se ha de hacer con

los pueblos lo que los maliciosos hacían con los pianos públicos de los Estados Unidos en el tiempo en que les censuró Dickens<sup>527</sup> que les cubrieran las piernas a los pianos: levantarles las coberteras. De las raíces suben los pueblos; y hay que formarlos, que rehacerlos sin cesar, que estudiarlos en las raíces. Ni la gacilla es medida propia de pueblo como éste, ni la envidia gruñona, ni la antipatía raquítica, ni la admiración recién llegada.

No son los Estados Unidos de ahora como cuando Dickens; ni como cuando escribió su libro sobre ellos la mujer de Trollope,<sup>528</sup> que vio a los millonarios quitarse en palco pleno la levita, y oír la representación en mangas blancas, o de espaldas; ni como cuando estaba aún por crear, a poco de la guerra, una casta concupiscente y agresiva, que ama el ocio y se considera como con derecho natural a él y a la victoria. Ni a este gigante en cuyas venas corren por átomos, galopando como ferrocarriles que se dan caza, masas compactas, como de gusanos, ha de tomarse el pulso por las rarezas individuales que hallan mercado y ocasión en un público curioso, o por los pininos de un pueblo tendero y agricultor que en la primera mesa de ceremonia toma el azúcar con los dedos y devuelve al criado las tenazas, o por las crudezas propias del hombre rudimentario que vive sin ley, descansando del arado en el cuñete de *whisky*, con el

derecho regio del que despunta las astas a la selva, del que le pone el freno a la soledad.

No es el *lynch*<sup>529</sup> de los poblados primitivos: ni el *pílori*,<sup>530</sup> que aún dura: ni el revólver, que es el modo de hablar en el Oeste: ni la creencia en brujas, que es mucha todavía: ni la facilidad de descasarse, menos fea que la razón interesada de los matrimonios, lo que ha de echarse en cara a este pueblo que no cabe aún juzgar como nación definitiva, sino como casa de pueblos, donde se ve a la civilización fungiendo a la vez en todos sus estados, naciendo acá, a medio cuajar allí, más allá ostentando, como juguetes recién comprados, las ciencias y las artes; de donde viene, por los ferrocarriles y la política, que sujetan en uno de estos miembros diversos, el piano de Nueva York en la selva de Dakota, que el novicio admira, y como reverso natural, aunque el novicio no lo quiera ver, la selva de Dakota en el piano de Nueva York. Cabe, sí, comparar al americano de ahora con el de antes, y ver si el de hoy vale más, como debe valer, o si cumple con el deber de la grandeza, que es el de merecerla por algo que no sea la mera codicia y el tamaño. Cabe inquirir si este nuevo producto humano paga a la humanidad su derecho a existir, que consiste en exceder los males que puede causarle con las virtudes que le aporta, en retribuir, con un ente más feliz y perfecto, el capital de siglos que heredó al

nacer, el caudal de experiencia y de dolor humano acumulado. Cabe ver si los elementos que entran en la formación de este carácter nuevo son más firmes y generosos que los de los pueblos menos felices, como deberían y podrían ser; o son tales que hayan de censurarse o cambiarse, porque de desenvolverse como van, pudiera tener la humanidad causa para rehuir, más que para proclamar, el advenimiento de la raza que ha amasado con su mejor sangre. Cabe ver si este pueblo hijo de la libertad, se levanta para aumentarla, o para oprimirla. Pero no es de justicia achacar como culpas de la hornalla que los carbones quemen y chispeen, ni que el fuego dé llama de un lado y escoria de otro, ni que un país en estado de ajuste y crecimiento, en cuya naturaleza virgen entra incesantemente carne bárbara, se muestre con los humores y excrecencias con que la sangre nueva afea el cutis en los fuegos de la mocedad. Hay que sentarse sobre el universo, y verlo ir y venir, con sus fuerzas que se retuercen, abalanzan y rebotan, como las corrientes y los ríos, para dar juicio sobre este primer ensayo sincero de la libertad humana, que acaso fracase porque falte en el amasijo colosal la suma suficiente de las virtudes femeninas. ¡Pero es de poca monta, amable Max O'Rell, que los abogados de la Suprema Corte interrumpen sus arengas, a veces magistrales, para dar



con el mascullón de tabaco, como hábil tirador, en el centro mismo y boca espaciosa de la escupidera!

Puede opinarse acaso, sin mucho error, que el norteamericano de hoy no es ya, tal como se le ve, el hombre que sirviera de molde y tipo a los pueblos nacientes: porque cuando, curados los ojos de la primera admiración, y del vicio odioso de ver con ánimo de censurar, se comparan sin ignorancia ni pasión sus cualidades pujantes, pasmo del mundo, y sus hábitos y deficiencias, no resulta que aquéllas puedan a la larga salvarlo de éstas, ni que se esté criando aquí el hombre parejo... a la vez tolerante e impetuoso, ni excesivo ni tibio en el sentir, respetador del derecho ajeno y del propio, moderado en la imaginación y en el deseo, que debe y puede apeteerse en los países donde aún está por formarse el tipo nacional. Ni parece que las fuerzas de renovación del carácter, que aún son muchas, sean ya tantas como eran antes de que llegasen a tanto las de degradación: ni que esta especie de conciencia imperial, que el desconocimiento y desdén de los demás pueblos, y la educación soberbia y viciosa que siguió a la guerra, junto con la prosperidad que está ya en su primera crisis, han creado en los norteamericanos actuales, —pueda reducirse al estado que al país y al resto de los hombres conviene, hasta que una lección brusca, poco probable en pue-

blo tan aislado y poderoso, limite esta opinión anormal a términos sanos. Aunque pudiera ser que por aquel poder de concentración que cría, con la fuerza del contraste, los poetas más profundos en los países de menos ideal, surgiera en la hora de la prueba, y cundiera en el alma pública, con la rapidez con que otras veces cundió, aquel carácter súbito de virtud, mantenido como en depósito, durante la prosperidad engañosa, en algunas almas egregias, —por más que no pueda dejarse de ver la conveniencia de tener el alma pública, con las costumbres constantes, más preparada para recibirlo que para rechazarlo... De ese poder de renuevo y reserva de sensatez habla Bryce, y no con poco fundamento, al reseñar los abusos prolongados, y los remedios radicales y repentinos, de las Cámaras Legislativas: pero la verdad manda decir que cuando mano a mano, y en el abandono de las confesiones domésticas, se oye a los próceres del pensamiento concluir y augurar, nótase un miedo creciente de que, si sigue como va, con su comercio desenfrenado y su política vendida, con su lujo ciego y su egoísmo deforme, no pueda la República resistir, sin la energía de la libertad que desatien-de, las tentaciones, las angustias, los crímenes acaso, de una riqueza que pone incautamente por encima de la libertad.

Y esta mujer del Norte es en mucha parte esa barragana

legítima de la pintura de Max O'Rell, que busca el matrimonio como modo de burlarlo y prefiere a las luchas fortificantes del amor limpio, del amor joven y natural, el alquilar sus gracias, so capa de casamiento, al anciano postrado o al feo cuarentón, que no tiene derecho a ellas. Pero también es del Norte ese otro tipo de mujer, extraño y casi inefable, por quien dijo sin duda Tocqueville<sup>531</sup> que veía en la superioridad de la mujer la clave de la nación americana, y por quien, aunque confuso e indefinido todavía, acaso se equilibre, con la suma intensa de su desinterés y sentimiento, la carencia patente en el hombre, y en la mujer misma, de estos valores nacionales. Porque en las escuelas cosexuales no es la mujer lo que se dice: ni la satisfacción moderada de sus necesidades en el trabajo apaga en ella, antes incita, el deseo de pecar innecesariamente, por lo superfluo del lujo: ni en el hogar es con mucho la compañera decorosa y la amiga inteligente que pudiera ser; pero por lo que se ve en conjunto de esta masa de santas y de esclavas, de predicadoras y de favoritas, de andrófobas y de poetisas de pasión, de sacerdotisas del agua y familiares del vino, de mujeres bestiales y ángeles con espejuelos, de bocas rojas y frentes amarillas, sólo en la mujer reside aquí, con la inteligencia que ha de moderarla en un pueblo culto y libre, la virtud robusta que baste a compensar los

desórdenes de poder, y la sordidez y rudeza de la vida, a que parece el hombre americano encaminado. En esa vida apostólica de celibato, en la dignidad nueva de sus casamientos de razón, en la bravura con que afronta el ridículo, en el vigor físico y moral con que lleva adelante sus campañas políticas, artísticas y literarias, en la armonía y originalidad sorprendentes de sus trabajos mentales, en su desinterés relativo, pero siempre superior al del hombre, se ve el único retoño de aquella cristianidad, el único asomo de aquella levadura de pureza, que será dentro de poco indispensable para sujetar a esta nueva Roma, cuando empiece a degenerar en sí, y a querer, como la de los Césares, que toda la flora y la fauna del mundo le llene los manteles y le nutra los estanques. ¿Qué, se nace para no crecer? ¿Qué, un carácter que se crea, desaparece? ¿Qué, los elementos que han entrado a crear un carácter, no aparecerán en el carácter creado? Un pueblo obrará en lo futuro con arreglo a los elementos de su formación. Por eso es delito, no menos que delito, dejar de hacer cuanto la mente sugiera y pueda la mano, para impedir que la nación se forme mal. El libro de Max O'Rell empieza así: «La población de América—de los Estados Unidos, pues!—es de sesenta millones, en su mayor parte coroneles.» Y acaba con este consejo: «Si queréis gozar de perfecta libertad, vivid en Inglaterra.»

El libro está lleno de apotegmas, de cuentos rápidos, de diálogos cortos, de epigramas que apenas punzan, vuelan. Las frases están de punta, como lápices bien afilados: así que su herida marca pero no duele. Es un estilo de frac; pero después de que se han ido los convidados de etiqueta. Un lapidario no pule mejor: un prestidigitador no escamotea con más gracia el sentido. Apunta la verdad y enseguida la cubre con los cubiletes. Ve más de lo que dice que ve, y sabe de sobra que el americano, como casi todos los pueblos, lo perdona todo a quien sabe hacerle reír. Y en cuanto le levanta ampolla, le echa encima una anécdota. La anécdota es irresponsable, corta, gráfica. No hay orador americano que gane fama de tal, en el púlpito y en el juzgado, en el Congreso y en los banquetes si no comienza con un cuento, y remata con otro. La opinión la da el que habla, y la anécdota es la opinión ambiente. Beecher andaba con el bolsillo lleno de piedras preciosas, y de vez en cuando sacaba un puñado de ellas y las miraba y sacudía al sol como para ver si sus imágenes se les comparaban en color o para tomar el color de ellas, como los retóricos que llevaban al lado un flautista a que les diera el tono a los discursos. Y Max O'Rell lleva el bolsillo lleno de anécdotas, y a cada paso encaja una, no donde caiga y por lucir el chiste, sino para aligerar el tema o para hacerse perdonar

alguna crudeza de juicio. Quiere burlarse sin peligro del orgullo con que el yanqui celebra lo extenso de su territorio:

—¡Ah sí! un inglés le decía a un francés: «El sol, mi señor, jamás se pone en las posesiones inglesas.»

—«Entiendo, entiendo, dijo el buen francés, el sol tiene que tener el ojo sobre los bribones.»

Quiere burlarse de la calma, no siempre reprehensible, del yanqui ante la injuria:

—«V. es un mico, amigo: V. no es más que un mico», dice un gruñón a un hombre apremiado que sale codeando del tranvía. Y el hombre lo mira. «Nada más que un mico es V.: un mico nada más.» Y ya el hombre está en la acera. «Mico, mico, idigo que mico!» Y el otro desde la acera se saca su sombrero:

—«Sí, señor, yo soy un mico, y V. es un perfecto caballero.»

Pero cuando habla de este beatífico desdén del norteamericano por el resto del mundo se le olvida una anécdota:—«Niño: ¿quién fue el primer hombre?—Washington, señor.—Está bien, está muy bien: ¿pero no ha oído V. hablar de Adán?—Oh, sí, señor: pero Adán era extranjero.»

El estilo es lo que de veras hay que admirar en este libro de Max O'Rell, que chispea como su conversación. Es una conversación el libro entero, no un monólogo. Está hecho de chistes, de frases populares, de salidas felices, que arregla y dispone donde les dé mejor la luz, con gran ciencia de tonos, como

un artífice en mosaico: de lo que le viene esa gracia del diálogo de las grandes ciudades compuesto de retazos de la chispa de todos, que pasan a lugares comunes y hacen como una inteligencia flotante, como un genio local que parece talento exclusivo del que habla, cuando no es más que mariposa pública y flor del genio común, que va volando de labios en labios. Del pueblo y de la vida vienen las palabras que perduran. Con el lenguaje se ha de hacer como la aristocracia inglesa, que llama a sí todo lo nuevo y poderoso de la gente llana, para que no se quede la lengua hecha un Com-melerán, con peto de huesos y saya de moños.

Escribe como quien sonríe, como quien habla a media voz, como quien apaga un cigarrillo en el comedor y va a lanzarse a un vals, a un vals de joven con un abanico de plumas. Tiene las gavetas henchidas de frases agudas. Las ancianas se empeñan en los bailes en mostrar al mundo la garganta fugitiva: «Señoras, por favor, echen Vds. un velo sobre lo pasado.» Se le ve claque en mano, de espaldas a la chimenea, como si no hiciese más que hablar, sin adorno ni esfuerzo, lo cual está bien en temas como el suyo, que no salen del nivel común, por lo que la regla no es que se hable llano de todo, de modo que lo entienda el limpiabotas, sino que el lenguaje esté en relación

con el asunto. Con el estilo pasa como con la manera de vestir, que no se puede ir en traje de mañana a un baile de ceremonia. Hay mentes de mañana y mentes de ceremonia. O la mente, como la vida, está de ceremonia unas veces y de mañana otras.

La obra toda, cuya censura será acaso más eficaz porque no es excesiva, es como Max O'Rell, un maestro juguetero que reñaga riéndose, o a lo sumo tira al discípulo suavemente de una oreja: «¡perdón, amigo mío, pero es necesario!» El país, ¿qué le ha de parecer, sino inmenso? Inmenso e irregular: la vida perfecta unas veces, otras cruda: la Tierra del Peso le parece el país: el millonario poco feliz, la mujer encantadora u odiosa: las ciudades una maravilla: los hombres, flacos, egoístas, y en cuanto puede ser bueno un egoísta, buenos: los periódicos, pueriles y colosales: la política, venduta: el gusto en general, burdo: la literatura, de repetición y como en mantillas: la gente literaria, joyas, puras, joyas: el talento mucho, y genio verdadero en el humorismo: la hospitalidad, banquetes: las religiones, hipocresía: el matrimonio, venta o pacto de *retro*.<sup>a</sup> Ingersoll, el Anticristo, lo mejor del país: y la libertad, ¡bueno! «si queréis vivir con libertad perfecta, vivid en Inglaterra».

«Jonathan se pasa la vida admirándose: pero ¿quién no lo admira, quien no le perdona el patriotismo que le hace ver todo lo suyo con cristal de aumento?»

Y cada vez que quiere criticarle algo, su soberbia, su aristocracia, su hipocresía religiosa, no lo dice primero: lo que dice primero es que John Bull lo hace peor. Los pueblos son como los muchachos, se dice este maestro de escuela que ha pintado tan bien en «John Bull Jr.» la vida de colegio: el muchacho se bebe las lágrimas en cuanto ve que le dan un cocotazo a su compañero. Y Jonathan se ha bebido las lágrimas, y no toma a mal el libro de Max O'Rell. Aquí y allá se le echan encima, sobre todo por el capítulo de la «joven americana»: pero de todas partes lo saludan con mucha cortesía: «gracias, buen amigo, gracias»: ¡ha halagado con tanta habilidad a la prensa y a la mitad de las mujeres! Ni ¿qué les importa a las mujeres que haga saber que llevan brillantes en los zapatos, si lo que ellas quieren es que se sepa? Ya ellas saben lo que les dice él, que beben chocolate sobre el helado, y champaña sobre el chocolate, y caldo sobre el champaña: que no hay mujer que saque más provecho de sus dones naturales, ni los venda más caros: que cuando ya no tienen dientes suyos donde ponerse oro, orifican los dientes de su perro: que sacan a bailar, que convidan a pasear, que aceptan cenas epicuréas de los solteros temibles: que en un minuto se casan, y se descasan en otro. Lo

a. En latín: «hacia atrás».



que les importa es que diga que no ha visto nunca manos y pies más pequeños: que hasta la de Chicago, antes famosa por la firmeza de sus pies, los tiene como avellanas: que a los cuarenta años rejuvenece la mujer del Norte, y aún parece fresca a los cincuenta, como rosa de nieve: que no hay mujer que converse como la del Norte, ni siquiera la francesa: que es quien es, reina y señora, dueña de sí y del hombre, y francesa además. Ellas tienen sus casinos, sus empresas, sus asambleas, sus diarios. Ellas hacen hermosa la vida con sus salones ricos, ricos y artísticos, llenos de cuadros de maestros, de montes de baratijas, de tapices y luces de color, de confidentes de seda gris a la sombra de plantas tropicales. Y acaba la pintura con este soliloquio de la joven: «Un marido joven, por supuesto que sería muy agradable: pero ahí está muy<sup>a</sup> mi padre que hace todo lo que yo quiero: soy bonita, y tengo muchos amigos que me lo digan todos los días: soy libre para ir adonde quiero, y recibir a quien quiero: gasto todo lo que quiero. ¿Y cambiaré todo esto por un marido que me eche encima la fatiga de la casa y quién sabe cuántas criaturas, que me hable de acciones y de bonos, y tal vez me predique economía, que me fastidie con los precios del trigo o del aceite de algodón, y me dé dolor de cabeza oyéndole sus políticas, y quién sabe qué más? ¡No! ¡No! yo me casaré con quien no tenga más que hacer

que atender a mis caprichos.» —«Y tal vez,—dice Max O'Rell,—añade la joven americana en su sabiduría: con un hombre de setenta u ochenta años no tendré tal vez mucho que esperar.»

De los periódicos no dice lo que les falta; sino la empresa febril, la brutalidad e ingenio del reportér, la perspicacia de los «visitantes» el monte de páginas, los números de los domingos, que son repertorios verdaderos, con novela, con poesías, con páginas de chistes, con artículos para los niños, con críticas admirables, con cartas de todas partes del mundo, con títulos feroces: «De un salto a Jesús», es la noticia de un ahorcado: «Se murió la abuela», quiere decir que ha muerto la ancianita de la cofia, aquella a quien Garfield escribía todos los días, la madre de Garfield. Ha visto los periódicos por dentro. Lo de menos son las máquinas gigantes. Un publicista famoso escribe sobre una mesuca coja en mangas de camisa. Pasan cien redactores ante la mesa editorial. «¿Qué trae?—Una muerte.

—¡Una columna!—Un divorcio.—¡Dos columnas!—Un escándalo.—¡A ver: seis reporteros con Vd.: tráiganme entero el escándalo: una página!» Viveza es lo que se quiere, y novedad constante: el buen inglés no importa tanto. Aunque en esto yerra el libro: porque a los diarios americanos falta, por lo complejo y rápido de la vida que describen, aquel barniz de arte y como trazón de todas sus porciones,

que hacen al periódico grato de ver, como un mueble fino, y se agradecen como una caricia: pero son tan recientes y vivos los sucesos, tan vacíos sus asuntos, tan idóneo cada escritor por su tema, tan bien compuestos y jugosos los editoriales, las descripciones tan literarias, de puro fieles y concisas, y tan francas y pintorescas que hay días que no alcanza la mano para recortar y guardar.

«Este editorial, aristofánico: este paseo por el Bowery, modelo: esta noticia de policía, una acuarela de Deloir: del periodista callejero se toma la noticia como viene, y luego la proporciona y colorea el periodista literario: precisamente lo que asombra en estos diarios es el mérito artístico de los artículos de temas insignificantes.

No es eso lo que a este periódico falta, ni cordura, que es mucha en ellos, ni el genio que centellea a cada paso, sino el desinterés, que falta también a la nación,—el calor humano, que consiste en verse a la vez como persona suelta y como parte del mundo, y no por sobre él, y como si nada se le debiera, o se le mirase como mera fuente de noticias,—y la autoridad, el desembarazo, la fuerza, la fiereza, que en vano finge el escritor que disimula su opinión, o calla de ella lo que es cierto y no con-

---

a. Así en EPL. Obviamente se omitió un adjetivo.



viene al empresario que le paga. Se ve la garra en estos diarios, y suenan a hueco.

Dignidad falta a lo escrito, no en lo aparente, ni en el modo de defender las cosas públicas, sino en ese sutil poder que viene del brío y decoro del que escribe, y no excluye los respetos y transacciones necesarios a la vida, ni permite hacer de la mente lo que aquel abogado, que «no miraba si el que le pedía el artículo se lo pedía realista o liberal, con tal que se lo pagasen bien, como no miraba su zapatero de qué política era el parroquiano que le mandaba hacer un par de botas»: «¡pues es necesario, en cosas de pensamiento, ver quién se manda hacer el par de botas!

Va al vuelo de una ciudad a otra, y a todas celebra: a Nueva York por su actividad febril, a Filadelfia por lo reposada, a Washington por bella, a Chicago por culta ¡quién lo dijera! por culta y amigable, por literaria y artística, por inteligente y asombrosa.

De los teatros no dice lo que debe, aunque es persona de bastidores y amiga de comedias; ni ve la comedia enérgica, que es la que va creando el pueblo con sus tipos; ni nota cómo estas ciudades atareadas llenan noche tras noche, con arrobo y recogimiento, los teatros donde representan a Shakespeare; ni discierne lo que salta a los ojos, y es el genio de este pueblo, crítico como naciente, para la caricatura y la parodia.

No ve fábricas, sino salones: ni comerciantes, sino gentes de letras: ni los pobres que gruñen, ni los manufactureros, entre ahitos y ansiosos. Lo que dice del aparato que saca en salchichón, con cintas y marca, el puerco que entró vivo, lo dijo ya Oscar Comettant,<sup>532</sup> hace como cuarenta años, en su libro excelente *Tres años en los Estados Unidos*. Pero por todas partes va levantando apariencias, tirando de la oreja, afilando aforismos. En un hotel se asombra de ver entrar al criado en el cuarto del lord con las bandejas llenas de tarjetas, de las tarjetas de los nobles neoyorquinos; porque Nueva York, tiene sus hijos de holandeses y sus plutócratas, que vienen en procesión a «hacerse presentes», con su patilla de imitación y sus cuellos despuntados, en cuanto llega un lord de monóculo y pantalón de cuadros al país. En una iglesia escribe: «Los yanquis son cristianos, esto es, van a la iglesia los domingos.» Habla de política y dice: «La América contemporánea está gobernada por Irlanda.» De los clubs, el Grover Club le parece el mejor de Filadelfia, porque allí se reúne la gente de letras, a comer de órdago con mucha jicotea y pato marino, que son acá manjares de fama; y luego es un tiroteo de ingenio, brillante y cruel, en que todos se echan a la cara, junto con los migajones y las aceitunas, sus defectos literarios y aun los del alma y cuerpo. Habla uno en tono nasal como aquí suelen: «¡Abajo el orador!

a un hombre sin nariz no se le puede permitir que hable por la nariz.» Un anciano cansado de escribir crónicas se pone en pie vacilante: «¡Siéntese, amigo, siéntese, que sus piernas están ya como sus revistas.» Y si tienen a la mesa un personaje, como suele suceder, y les está aderezando, entre meloso y lleno de susto, una arenga saluatoria, que es casi una súplica: «No nos adule, pues, no nos adule: aquí les decimos a todos la verdad, y a Vd. le decimos que tiene la nariz gorda.» A los escritores de Nueva York, que se juntan en el Century Club, los describe así, con mano leal y cariñosa: «No creo que sea posible ver una reunión de hombres más interesante. El rostro es pálido y severo, pero se ilumina con una sonrisa amable: se adivina que la resolución y la dulzura viven en armonía en el carácter del americano. Las facciones son huesosas, la frente recta, la nariz angular, y a veces afilada como hoja de navaja. No es la hermosura varonil como la comprendían los griegos: es la hermosura varonil en toda su fuerza intelectual.» Y después de pintarlos tan bien en su producto más bello, aunque no sea el más frecuente, dice lo que no es verdad: «Americanos hay muchos, pero el americano no existe todavía: ¡siempre el que no ha visto el monte dice que no hay monte! En otra parte dice: «En América, más que en ningún otro país, el talento sin dinero es un instrumento inú-

til.» Sobre Ingersoll, a quien llama «coloso, intelectual y físico», tiene esta frase encantadora, que parece de mano femenina: «Con pecho de león para las batallas de la vida, y pecho de mujer para las miserias humanas.»

Y así, haciendo la maleta, escribe el libro, un libro de apuntes. Ni se ve lo que truena, ni lo que se repone, ni lo que se desgaja... Es un amigo vivaz, que saludó de guante al país, y escribe de él sin quitarse el guante. La miseria no lo convida a remediarla, sino a echarse atrás. Le gusta más una noche en el teatro que un día en el muelle. Toma la rosa por los pétalos, y dice al de al lado: «¿Me hace Vd. el favor de quitarle las espinas?» Le place el calor de la chimeña, aunque no le hizo temblar en la Francia de su corazón el calor de las batallas. Escribe así, para volver, calzado de escarpines y no de suela fuerte, sin entrarse por lo oscuro tomando a los hombres por el rostro, y a

las cosas por las alas.—Y en nada se ve tan bien esa deficiencia y ligereza como en lo que dice de la literatura, que es una lista cortés de nombres, sin grados ni departamentos, ni esas frases de paso por donde se entiende que la modestia del crítico calla lo mucho que sabe. Con poner «Whitman», cree que ha dicho bastante: sin saber quién fue Thoreau, dice que Norteamérica no tiene escritores que pinten la naturaleza: y como que desconoce a Emerson a punto que omite su nombre, el nombre del primer poeta americano, en la lista de los poetas, asegura que los Estados Unidos no han dado aún un genio trascendental, como si cada época pudiera dar de sí más ni menos de lo que en sí lleva, y hubiera hoy, como antes, ignorancia y pasión suficientes para aquellas acumulaciones de la mente en hombres sumos del tiempo en que los montes, por el poco subir de los valles, no habían rebajado aún su estatura! Hoy no hay espacio para eso. La

trascendencia está ahora en los laboratorios: no en el laboratorio de uno, sino en los laboratorios todos. Es época de ordenación y de bajar la cabeza para reconocer, no de alzarla para profetizar. ¡Ahora las profecías vienen de abajo! ¡Ni Lang, el inglés elegante; ni Dollinger, el que ha querido dar voto sobre la literatura de Norteamérica y se para en Irving; ni Max O'Rell que no sintió al leer la Esfinge el frío de la aurora, han conocido que la vida libre, en un continente donde bregan a la par, con todas las beldades y cambios de la naturaleza, todas las razas del hombre, ha de crear una expresión digna del combate intenso, en que batallan juntos los gusanos y las águilas!

José Martí

**El Partido Liberal**  
México,  
7 de marzo de 1889

[OC, t. 12, pp. 149-163]

223

# En los Estados Unidos

Invierno primaveral.-Ponche de leche y té de violetas.-La linda Brown Potter.-Año nuevo en Washington.-La discreta Mrs. Cleveland.-Abuso de hospitalidad.-La comida al gabinete.-Castigo público al presidente del Senado.-La campaña de calumnia contra el hogar de Cleveland.-Las «lloronas».-Cómo empieza el año en Nueva York.-Los Astor y los Vanderbilt.-La vida de alta sociedad.-Un invierno entre los ricos.-Las locas.

Nueva York,  
Enero 9 de 1889

Señor Director de  
*La Nación*

EL OBSERVADOR cansado, que fue a curar, en el silencio de la naturaleza, las contusiones y magulladuras de un año de lidia con los hombres, no halla—al volver del retiro sabroso de Hollywood, con aquellas ardillas confianzudas que clavan en el rusticante los ojos cargados de cosas del otro mundo, y aquellos colgadizos de cristales que dan al lago, y aquellos mozos beneméritos que sirven sin desahacerse en mieles,—el Nueva York nevado, lleno de plumeros y

campanillas, y pieles de trineos, y patines y toboganes, y ventiscas y remolinos, que saludan aquí, chirriando y danzando, al año nuevo. Lo que no es augurio feliz para la gente friolera, porque ya dice el refrán que «enero blando, mayo nefando».

Ni el azul de los celajes de Vereschagin lo es más que la primavera de este enero burlón, cuyo primer día no se celebró tanto en las casas, con ponche de leche, según manda la costumbre, más sobrado que falto de brandy y canela, sino con los sorbetes de aroma que están ahora de moda, y con té de violetas. Da como pena ver tanta mujer llena de sedas pesadas y ofensivas, mascarullar en teatros y reuniones, con sus dientes picudos, las violetas azucaradas,

—las violetas presas. Porque son caras están en boga; más que porque son finas; y porque es la esencia que prefiere la famosa Brown Potter para sus vestidos y cabellos.

¡Por donde va la Brown Potter, con su cuerpo menudo y su cabeza triunfante, va Cachemira! No pudo triunfar hasta ahora esta mujer osada, que teniendo marido trabajador y niños lindos, se echó a las tablas para lucir la beldad y comprarse lujos, que al fin ha ablandado para ella, que viene del Sur, a esta gente del Norte provincial y recelosa, mas siempre indulgente para quien muestra alguna condición en grado sumo, aun cuando sea el descaro que necesita, la que pudo ser madre feliz, para pintar a Cleopatra tan a lo vivo en la escena de la agonía, lo que debió ser pasto privado de la culebra.

Mucho abanico a los ojos; pero el teatro lleno. Vence el que insiste. Y la mujer de las violetas, que propaga con su ejemplo los trajes que repitan las líneas naturales, es la moda primera del año nuevo, como su perfume. De violeta es la pastilla que en su caja de plata ofrece la novicia de salón, excesiva

en la coquetería, al galán feo y calvo. Las almohadas del ropero, de violeta pura. El agua para el cabello, de violetas.

Y el día de Año Nuevo, en las pocas casas hospitalarias que no colgaron del botón de la campanilla la cesta descortés, la flor muerta nadaba en la ponchera, o crujía, en su cárcel de azúcar, entre los dientes de las petimetras voraces. Daba pena de veras: como si se viese sacudir con el látigo unas espaldas blancas.

Washington era todo galones el día primero de año, y fila continua en las aceras, y mariposeo de una casa a otra, y coches presurosos, uno con el ministro chino y sus sedas, otro con el austriaco y su dolman blanco; y la Casa Blanca era un jardín, con más azaleas y palmas que nunca, y más gente, como que Washington ponía, por cierto, empeño en demostrar lo mucho en que tiene la discreción de la linda vencida, que en vez de enseñar el dolor que en mujer tan joven pudo causar la derrota que la saca de la Presidencia, se despidió de ella con una hermosa sencillez, que no es prisa inmoderada por disfrutar de lo que le queda de lucimiento, ni desdén falso por una vida espléndida y amable. Nunca hubo tantos lirios en su antesala, ni en su mesa tantos huéspedes. Sólo que a su mesa no ha sentado, fiel al honor antes que a la ceremonia, al actual presidente de los senadores, al áspero Ingalls, que no teme entrar

en disputas malignas y feas con el Senado que preside, ni cree, como debía creer, que la lengua de un hombre ha de caerse en pedazos, y ser polvo y ceniza, antes que esparcir por odio o ambición, cuentos que ofendan en la vida privada a su enemigo, o echen por el viento, atada a un poste de cama o con una mano bestial en la mejilla, a la mujer del que le ha dado un cojín de su diván y la sal de su mesa. El Presidente se ha despedido con un banquete cordial de sus Secretarios, y a todas las dignidades de la República invitó, menos al que aceptó el año pasado un cubierto en sus manteles, para clavar la lengua más afilada que el cuchillo, en la fama del que le daba de comer a la misma hora en que se enjugaba los labios venenosos con la servilleta de la casa que ofendía; al que, en privado y por los diarios confirma, sin asomos de razón por todo lo que aparece, las historias ruines de crueldad doméstica, y brutalidades de jayán, que durante la campaña de elecciones fueron contando de Cleveland, no en lugares en que de un revés se las pudiera echar a tierra, sino en visitas, en clubs, en las reuniones de los pueblos de campo, donde con sus labios barbados los propaló no menos persona que Depew, candidato constante de los republicanos a la Presidencia: ¡a la espalda debían llevar la lengua los oradores, colgando donde se la viese bien, antes que emplear cosa de tanta majestad como la mente, y

de tanta hermosura como la palabra, en empresas de tamaña villanía!

Y se ha descubierto y probado que la maldad llegó a más: porque no sólo repartían en privado durante la elección, en los Estados lejanos sobre todo, folletos donde se narraban a lo vivo escenas tales, entre los esposos de la Casa Blanca, que sólo cabe entre rufianes y perdidas, sino que lo mismo en California que en Nueva York, pagaban los republicanos mujeres que fuesen llorando de casa en casa, como las endechaderas de los entierros de antes, sobre las desdichas de la esposa mártir, y la necesidad cristiana de sacar de la Presidencia a tal marido, para que se pudiera ver libre de él esposa tal. Esposa de general célebre ha habido, que encabezó esta campaña, y fue con ella, sin tener de su bolsa dinero para viajes, de Estado en Estado, allá donde impera la nobleza campesina, y no había quien sintiese los rumores, ni contuviese la indignación a título de que no influyera, como influyó, en el voto presidencial.

Ayer mismo se lo decía en pleno juzgado un dependiente iracundo a la presidenta de un club de la liga de mujeres, a quien demandó por resto de salario:—«¡Ud. estaba pagada por la junta republicana!—¡No es verdad!—¿No? Yo mismo le traje a Ud. un cheque, un cheque de trescientos pesos, del tesorero de la junta. Y le traje los impresos con las cuentas de Cleve-



land, y le pagaban a Ud. para contarlos y repartirlos.» ¡Y la pécora se clavó los dientes en los labios!—No: el presidente del Senado no se sentó a la mesa de la mujer a quien no ha sabido respetar. El público ha aplaudido el castigo, el mismo público republicano. Fue el banquete suntuoso, y el Chambertin, especialmente bueno, y se brindó con champaña de Ohio;—pero no había copa de vino frente a la dueña de la casa.

En Nueva York son los primeros de año animadísimos entre los cuatrocientos de la fama, los cuatrocientos nobles de MacAllister que por esa cuenta de las personas de la sociedad se ha hecho de nombre. El día de Año Nuevo, apenas se visita ya, sino entre los patriarcas de la cortesía, o la gente de poco; ni las señoras de la casa, con trajes de París, aguardan a sus amigos, ahítos de uva, al pie de una mesa con montes de pasteles y arroyos de vino; ni las hermosas rivales se reúnen, con ojos como venenos, a comparar las listas de sus visitantes; ni exigen las señoritas la felicitación, en tarjetas que recuerdan al amigo que recibirán en esta o aquella casa.

Ahora lo de boga es irse al soto de Tuxedo, a celebrar con bailes de casaca colorada, la caza del conejo o el tiro de pichón, o dar banquetes de campo, con cabezas de oso y salmones de Kennebec; o dejarse correr por

las pendientes heladas, metida cada pareja en el veloz tobogán, que suele llegar hecho trizas al pie del cerro de nieve, o con la pareja en violento abrazo. Y después vienen las recepciones solicitadas de los Astor, que dan patente de nobleza, y son como besamanos de rey, en que la gente, apenas entra, por una puerta para saludar, gusta de lo de la ponchera y se vuelve a su coche, sin más hospitalidades;—o las comidas de Estado de los Vanderbilt, más finos que su padre rudo, y más dados a libros y discursos que a vinos y caballos; o los bailes en la sala alta del Delmónico, que costea un hermano rico para que su hermana salga a luz, o una tía benévola para sacar a sociedad a su sobrina, entre un cotillón con los «favores» de plata, y los sorbetes servidos en cuencas de hielo;—o los tés de presentación, que con poco se dan, y valen como de bautizo a los «capullos» de la estación, a quienes luchan por vencer ante los galanes las recién casadas, celosas del influjo de las bellezas nuevas;—o las comidas de baile, que son la boga este invierno, porque con varias de ellas se cumple mejor con los amigos de la casa, llamándoles de grupo en grupo a comer y bailar, en vez de traerlos en montón a la fatiga y groserías de un baile ostentoso, que acaba sin cortinas, como en tal y tal palacio, y

con los caballeros debajo de las mesas.

No hay vida para más entre los cuatrocientos de la lista.

Todo es tés, conciertos, festines, danzas, bodas, teatro de aficionados, partidas en diligencia, en las diligencias lujosas de la Quinta Avenida, a oír a la sombra de los abanicos de pluma «Rheingold» de Wagner.

Pero otra partida hubo mejor, la de los actores generosos de «La casa vieja», que fueron, con su canto alegre y música nativa, a divertir, en la isla árida, a las locas. Dicen que no parecían locas las pobres de Blackwell; que adornaron con orden y buen gusto la sala del teatro; que oyeron el melodrama casero con inteligencia y decoro; que lo triste pareció agradecerles menos que lo travieso, y lo hablado menos que lo cantado; que una, que tenía perdida la belleza deslumbrante, volvió a parecer bella; que la anciana de la casa, al salir del salón en sus trajes de teatro los actores, jamás tan aplaudidos, corrió a su encuentro, se descubrió la punta de los pies, con una cortesía de minué, y a la que había hecho de madre, le besó el borde de la manta.

José Martí

**La Nación,**  
Buenos Aires,  
24 de febrero de 1889

[OC, t. 12, pp. 121-125]

# En los Estados Unidos

## Variedades:

El crucero de dinamita.-Los «Hijos de Holanda».-Millonarios.-Oradores.-Un corregidor agro.-La anexión en el Canadá.-Cómo ha de educarse a los indios.-Los huesos de Colón.-La guerra en Haití.-Un cerebro de 12 000 000.-Edison.

## Política:

La batalla de los empleos.-Los peregrinos de Indianápolis.-Gacetilla de las elecciones.-Harrison y su mujer.-La disputa por los ministerios.-Política invisible.-Los empleos y no el país.-Cómo nombra un Presidente su gabinete.-Política cesárea.-Lucha de Estados y de ambiciones.-Blaine, Sherman, Allison, Alger.-Blaine, «Premier».

Nueva York,  
enero 9 de 1889

Señor Director de  
*La Nación*

EL *VESUVIUS*, el crucero nuevo para dinamita, anda veintiséis millas por hora, que es más que el *Sharpshooter* y el *Speedwell* de los ingleses: y el cañón neumático de Zalinski envía la dinamita a punto fijo y a más distancia que antes, según las pruebas de ayer, sin más empuje que el del aire comprimido, en vez de pólvora: «¡América-dicen sobre esto los

diarios entusiastas-América impera en el mar!»-Ha habido en Washington congreso de negros católicos, y fiestas de negros en Nueva York para conmemorar, con discursos de blancos y negros, el día en que «aquel zancudo de Kentucky» se apretó los tirantes, como el profeta de Israel, y los dio libres. En el banquete de los «Hijos de Holanda», que son aquí la nobleza más antigua, aunque lo que vino acá de Holanda fue lo humilde del país, sin más aristocracia que la de la conciencia, no dijo el mejor discurso uno de esos oradores postprandiales, como

acá dicen, y con más razón, puesto que viene del latín, pudiéramos decir nosotros a los que alegran los postres con cuentos oportunos y salidas especiosas, sino un millonario joven, William Astor, que no cree que el poseer más medios para educarse que los demás sea un título para educarse peor que ellos, sino la obligación de ser algo más en el mundo que adorno de pescante y eje de damas.

Y el mismo día que Astor recordaba, entre Vandanis,<sup>a</sup> y Van Metereus,<sup>b</sup> la mañana celestial en que Hendrick Hudson,<sup>533</sup> con su tripulación revuelta de *La Media Luna* de ochenta toneladas ancló, yéndoseles las rodillas de la admiración a la entrada del Nueva York de hoy que llamaban los indios Manna-hatta; otro joven de millones que quiere ser algo más que ebrio de oficio y sostén de bailarinas, otro de los magnates del mundo, el mayor de los Vanderbilt, hablaba a sus empleados en la casa que les regaló para estudio y recreo, del gozo leal; no

a. En LN: «Van-dans».

b. En LN: «Meterens».

como otros, traidor y transitorio, del arte y de los libros, y les recomendaba leer y ver cuadros, y ejercitarse en contar por escrito lo que viesen y sintiesen, todo en lengua tan fina y con tanto seso como en *Los placeres de la vida* lo aconseja John Lubbock,<sup>534</sup> o en sustanciosa elección de lecturas lo habla el cultísimo inglés Harrison; no en balde se le ve en la cara algo de príncipe, de príncipe de adentro, a este Cornelio Vanderbilt!

Y muchas cosas más hay estos días. Hewitt, el buen *mayor*, vencido en las elecciones por un maniquí<sup>a</sup> de los políticos de profesión, que no dan los votos de sus corrales, puesto que en corrales tienen de veras los votos, sino a quien se obliga de antemano a servirlos; Hewitt, el que osó negar a los irlandeses, adueñados del Ayuntamiento, el derecho de enarbolar la bandera del santo arpista, la bandera verde de su San Patricio, en la casa municipal de Nueva York; Hewitt, más airado de lo que a la modestia conviene, por no haber con ese y otros alardes de americanismo—creado partido presidencial alrededor de su persona,—rehusó de mal humor el banquete que le ofrecía la ciudad, de cuyo bien cuidó de veras, por boca de sus mejores demócratas y republicanos, porque «el bien público, decía la invitación, no tiene partido».

En el Canadá ha habido elecciones, con la anexión por tema, y en una disputa de cuatro para el corregimiento de la ciu-

dad de Windsor, el candidato anexionista estuvo tan cerca de vencer, que con veinte votos más queda de corregidor. Un senador ha recibido de una recién casada un convite para ir a comer un «pastel de honor» en la casa que la novia ha alquilado con los rendimientos acumulados de dos corderos que el senador le regaló, cuando no era más que abogado campestre, de paso en el lugar, que quiso satisfacer con corazón de padre, el deseo de una pequeña que pedía «los dos corderos, los dos, para ella sola». Del Departamento Indio recomiendan lo que de viejo se sabe,—que sólo por la educación general, benévola, tenaz, puede convertirse la gente roja, viciosa o rebelde, en pueblos de mozos activos y mujeres finas, como los indios que se educan en los campos y talleres de las escuelas prácticas, donde aprenden a la vez libros y oficios, y redactan su periódico, *La estrella matutina*, en un inglés raizal e imaginoso, lleno de apólogos ingeniosos y de palabras que parecen colores, y suelen quedarse clavadas en el corazón, como sus flechas.

De Santo Domingo ha vuelto depuesto el cónsul norteamericano, que osó recomendar al gobierno de la fiera Quisqueya<sup>535</sup> la petición donde un saltimbanqui ofrecía al gobierno cierta suma, en pago del privilegio de exhibir en los Estados Unidos los huesos de Colón: Santo Domingo contestó con fuego, y de

Washington han llamado al atrevido. De Haití ha vuelto, cargado de historias de los curas papalois que beben sangre, y del frenesí de los bailadores de la bambula, el buque de guerra que fue a demandar satisfacción del Presidente nuevo Legitime, por haber puesto manos, con razón a lo que parece, sobre una barca yanqui, acusada de llevar armas a su contendiente del norte, Hypolite, candidato armado a la Presidencia que el Congreso, reunido en el sur, otorgó al vencedor Salomon,<sup>b 536</sup> el mulato gigantesco, que regía como papa y como rey.

Y los periódicos saludan a Edison como un «cerebro de doce millones de pesos»; con que las diversas compañías que explotan los inventos del electricista lampiño, se han creado un total con esa suma, sin que por eso se muestre el «brujo» de hoy menos Tom que antes, ni más amigo de champaña que de sidra, ni más dado a dormir en su casa que en su laboratorio, ni más contento cuando está entre señores que cuando puede bailar con un amigo viejo, de levita negra y sombrero alto, un buen jig irlandés:—¡atrás el sombrero, lo mismo que un pilluelo! ¡a la espalda los faldones! «¡ahora, Miguelón!», «¡ándate, Tomás!» ¡Arena al suelo de madera, para que restalle la pisada!; zapatean,

a. En LN: «manequí».

b. En LN: «Solomón».

rastrean, bailan con un pie, bailan de punta, y de pies en cruz, y de talones. Y el ritmo monótono, lento o precipitado, se va entrando por el corazón, como todo lo que el hombre, sacado de su raíz, adorna con el sentimiento de la patria. Después del jig, se cala el sombrero, arranca un bocado a su tabaco de Virginia, y va a ver cómo puede abaratar, poniéndole un tornillo de hierro en vez de cobre, la muñeca-fonógrafo.

¿Pero quién piensa en eso ahora, sino el observador curioso? De la elección a acá,—más que de los fraudes, que fueron como la tercera parte de los votos,—más que de la confesión de los contribuyentes, de haber empleado, en comprar para Harrison el voto de su propio Estado de Indiana, un millón de pesos,—más que de la declaración del republicano Gresham, hombre íntegro que acusa a los ricos de «fariseos», y cómplices de los «politicastos inmundos», en el crimen de comprar votos,—más que de Michigan, donde dice un representante que no pudieron vencer los demócratas porque «los ahogaron en oro»; —más que de la certidumbre, por todas partes confirmada, de que la derrota de Cleveland se debió al odio de su mismo partido, por su resistencia a distribuir los empleos públicos entre los «muchachos», los «trabajadores» demócratas como botín electoral,—más que de los asomos de que pueda formarse, con degregaciones de los repu-

blicanos y demócratas deshechos entre sí, un partido económico nuevo, para la reforma de la tarifa, como se formó casi de improviso, sin más comienzo visible que el voto mezquino de Fremont, el Partido Republicano para oponerse a la extensión del poder del Sur, y por tanto a la de la esclavitud en los Estados existentes, y a la creación de Estados nuevos con esclavos; —más que del rumor de que de semejante partido viniese a ser el jefe nato Cleveland,—de lo que se habla ahora es de Harrison, que ya no es el general improvisado, ni el relator vulgar, ni el senador silencioso que cita en pocas líneas la Enciclopedia, sino «hombre que habla con su silencio», «esfinge que lleva en su cerebro el porvenir», «hijo de estirpe real», como en su abuelo ya le han descubierto, entre otras cosas por la mucha semejanza de ambas narices, a la misma princesa Pocahontas,<sup>537</sup> la Malinche del Norte, que a los trece años tenía tan tierno el corazón que arrancó al bravo Powhatan el perdón del revoltoso rubio Smith.

Y la esposa de Harrison, a quien en tiempos de Garfield trató poco menos que como a criada la mujer de Blaine, hoy no abre un diario en que no le quiten años, y la describan como en la flor de la edad, y la declaren, porque pintó un plato, gran pintora, y porque recibe cortésmente en casa, espejo de cortesía, y porque escribe cartas a la esposa de Cleveland, infor-

mándose a ruego de ésta de los quehaceres de la Casa Blanca, fácil, ejemplar, admirable escritora. Con un traje de seda colorada recibió días pasados a sus muchos amigos, como que la Casa es una procesión, y es de amigos el aire, y no se puede andar de los presentes, y ha bajado como medio dedo la piedra del umbral. ¡Y los que más visitan, son los enviados anhelosos del marido de aquella que trató poco menos que como a criada a la dueña de casa!

Porque la batalla de influjos comenzó sin decoro el día mismo en que fue proclamada la elección. Bien es que cada cual piense por sí, y tenga derecho, si le dan voz, a mostrar preferencia por tal o cual persona para el puesto en que a su juicio puede servir bien al país.

Pero del país, conmovido ya hasta la misma superficie visible por el odio del blanco al negro, por el recelo del Norte para con el Sur, por la podredumbre de la empleomanía, por la liga de los capitalistas, por el malestar activo de la masa obrera, sólo se escribe para empujarlo al gobierno imperial, a la casa ajena, a la conquista. Que eche un brazo de mar a mar. Que tienda la zarpa por el norte. Que tenga las alas abiertas, para cuando caigan las islas del golfo. Eso Ingalls, el presidente del Senado; eso Sherman, Secretario de Estado posible; eso el otro Sherman, que sabe «¡ah, sí, ya sé!», que La Plata está al sur del Ecuador; eso Blaine, curador



leonino de los países que en sus días de gobierno vio acurrucados a sus pies. De sobra siente el país lo que no se ve de afuera: de sobra siente el ciudadano común, que ha vencido la liga de los ricos y de los logreros; de sobra siente el Sur que la nación no es la que ha subido al poder, sino el Norte; de sobra se ve que el partido de la victoria, incapaz de extirpar sus defectos, pretende perpetuar dentro y fuera de la República, la fuerza que el país, viciado en el triunfo, confunde con el derecho que la produce.

Pero aun ésas, con ser cuestiones magnas, y tales que es culpable quien las vea y nos las diga como las ve, parecen hoy asunto menor<sup>a</sup> y como de segunda mano; porque, aunque los que toman los pueblos por sus leyes escritas y aparentes, repiten unánimes que acá los ministros del Presidente son meros secretarios de despacho; aunque ni en el consejo tienen voto reconocido, ni en el consejo está ordenado por la ley, ni el ministro aparece en los cuerpos legisladores; aunque viene a ser el gabinete presidencial, por lo que dice la Constitución, junta casual de jefes de secciones, a quienes no ve la ley escrita como entes políticos reunidos en corporación, sino como funcionarios sin poder propio, como funcionarios aislados,—es lo cierto que el gabinete viene a ser aquí, no el cuerpo fuerte<sup>b</sup> que pudiera, compuesto con hombres de pensamiento seme-

jante, y con igual mira política y escogidos de entre los candidatos útiles para gobernar con el mayor acuerdo posible la nación—sino un ajuste de influencias hostiles dentro del mismo partido presidencial, arregladas como mejor convenga para el gobierno del partido.

De noviembre hasta hoy, nada ha hecho Harrison más que recibir empeños, ni los diarios más que encomiar y deprimir los candidatos, ni en los clubs se habla más, ni en los pasillos de los teatros. Los republicanos de Nueva York tienen dos jefes, y los dos quieren la Secretaría de Hacienda. Nueva York se encrespa, y le llena la casa a Harrison de diputaciones, en cuanto se oye decir que pudiera ser que Harrison decidiese favorecer a otro Estado con la Secretaría: «¡Los treinta y seis votos de los electores de Nueva York lo han hecho Presidente, dicen, y no ha de haber Presidente que se atreva a quitar a Nueva York, a la bolsa del país, al Estado que da o quita presidencias, la dirección del Tesoro!» Uno de los aspirantes alega que sin su habilidad para halagar el voto fijo y hurtar a los demócratas el «flotante», Harrison no habría vencido; por lo cual él, y no su rival, ha de ser el Secretario: el rival tiene consigo, aunque vencido en las urnas como candidato al gobierno del Estado, la opinión de los magnates ferrocarrileros y bancarios del club de «Union League» que fueron los que aprontaron

el dinero para la compra del voto y para lo más de la campaña en todo el país.

De los industriales favorecidos de Pensilvania, y de las empresas privilegiadas de Nueva York, salió<sup>c</sup> lo recio del dinero electoral y de Pensilvania vino además, con sus artes oscuras, el director de la campaña: de modo que Pensilvania se cree también con derecho mayor, y pide un puesto en el gabinete para un tendero famoso, un Barnum del comercio de lencería, sin más títulos al gobierno que el haber llenado las arcas del partido en momento apurado de las elecciones. El Este, no quiere que el Oeste predomine. El Oeste determina pesar, por lo menos, tanto como el Este en el Consejo. Los republicanos del Sur quieren tener un Secretario del Estado donde el partido suele vencer, y que con este estímulo quedaría en tren de victoria.

«Los mestizos», que quieren política más pura y de menos acometimiento en lo propio y extraño, denuncian a los «imperiales» que quieren gobierno de mano alta, sin más componendas que con la gente de arriba. Unos Estados se oponen a los otros: las facciones rivales de cada Estado se oponen entre sí: opónense las secciones de la República con más ira de la que

a. En LN: «menos».

b. En LN: «faerte».

c. En LN: «salvó».

sale a los discursos y papeles: opónense con verdadero encarnizamiento, los criterios diversos de cada ala del partido: y sobre todo, batalla por predominar, sobre Harrison mismo, sobre sus contendientes enconados, sobre la mayoría real de su partido, el que sólo tiene la de los políticos de oficio, y la de la masa que va detrás de los conquistadores, el arrogante Blaine.

Esa es la contienda más recia: la de la Secretaría de Estado. Van y vienen a Harrison mensajes y corporaciones. Unos le llevan el interés de Blaine, y otros el de Sherman, y el de Alger el rico otros, y otros el de Allison. Que sin Blaine no se puede gobernar el partido, alegan unos. Que con Blaine se pierde el asentimiento de lo mejor del partido, alegan otros.

Que si Blaine entra en el<sup>a</sup> gabinete, se dirá lo que ya se dice, que no es Harrison el Presidente libre que lo emplea, sino el nonente tímido a quién llevará Blaine por sus pasiones, que son muchas, a la política sin escrúpulos, de fogatas y cohetes, con que se ha allegado,—y con su arte de pagar servicios personales con los fondos públicos,—la admiración de los osados y la fidelidad de los políticos. Que con Blaine está el aparato electoral; los «muchachos», los «trabajadores», la gente de manga al codo del partido, que lo sirve por la paga; pero no su gente de peso, que no quiere ir detrás de un cesarista cínico, pronto a repartir entre los suyos

el país, sino tener por cabeza visible un delegado de honra, que no use como propiedad suya, para aporrear enemigos y levantar fama y caudal, el poder que, para que lo administre en beneficio público, le entrega en depósito la nación. Y con Blaine a la zaga, con Blaine en todas partes, está que no se ven las piedras, de la gente, el camino de Indianápolis.

¿Será Blaine, a quien Harrison teme, porque parecerá, con él en la Secretaría, como la vela debajo del apagador? ¿Será Sherman, de agresión más temible, de planes más firmes, y no menos osados, de más arraigo, por su política de invasión lenta y su ciencia del Tesoro, entre la prohombría del partido? ¿Será Sherman, a quien Blaine odia, contra quien Blaine levantaría todo su poder, en castigo de que Sherman le impidió ser escogido por la convención para la candidatura, y dio pie para que el nombrado fuera Harrison? ¿Será, como parece más probable, un hombre de menos fama y obligaciones, que no obligue al Presidente a tomar partido con un ala contra la otra, y permita apaciguar a ambas con el reparto proporcional de los empleos, y del favor y beneficios del gobierno? ¿O será, como después de todo pudiera ser, una persona grata a Blaine, por quien Blaine impera a hurtadillas, sin lastimar con su presencia propia, con su cabeza alzada a un lado, con aquel ojo que besa a los que necesita y se

clava en el que aborrece, a los que le tienen jurada, por su soberbia y su rencor, perpetua enemiga? ¡Tú eres Mazarino,<sup>538</sup> le grita la gente honrada, que educa para bestia al hijo del rey tu amo! ¡Tú no serás, como debes ser, el ejecutor de la voluntad conocida de tu pueblo; ni el ajustador a la vez benévolo y enérgico de las diversas voluntades; sino un demagogo de arriba, capaz de originar enormes trastornos, porque las pasiones que mueves, por el número de los apasionados y por sus recursos, son enormes!

Y lo que se ve es que va cambiando en lo real la esencia del gobierno norteamericano, y que, bajo los nombres viejos de republicanos y demócratas, sin más novedad que la de los accidentes de lugar y carácter, la República se hace cesárea e invasora, y sus métodos de gobierno vuelven, con el espíritu de clases de las monarquías, a las formas monárquicas. «Premier» dice Blaine que quiere ser; dice que Bayard, quejoso también, aunque demócrata, de que Cleveland lo haya tenido de verdadero Secretario, no ha sido buen «Premier», esto es, no ha dirigido con su espíritu al Presidente y a sus colegas de Consejo, no ha imperado, por medio de dóciles mayorías, en la Casa y el Senado, no ha llevado en sigilo al país por una política oculta y misteriosa, como la que urdían

a. Se añade «el».

cuando las luchas de las casas reales, los favoritos de los reyes. ¡Eso fue Blaine cuando Garfield, eso quiso ser Seward cuando Lincoln, eso ha pretendido Bayard bajo Cleveland; eso declara Blaine que será bajo Harrison si el nuevo Presidente lo llama a un puesto que por la ley no es más que de cabeza del despa-

cho, a las órdenes presidenciales, en la mesa de Relaciones Exteriores. De discreto consejo como la ley manda, -a príncipe imperante, -a boyero de la nación, que lo siga como buey, -a cabeza de úteres. A lo que se niega lo decoroso del partido, y le opone, contra la costumbre que invade con ímpetu, la Repú-

blica llana y castiza: -¡que no resiste, en verdad, con la buena fortuna que debiera!

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
28 de febrero de 1889

[Recorte de periódico en OAH]

225

## La exhibición de pinturas del ruso Vereschagin

Alma, arte y tiranía.-La protesta en los colores.-El color natural: cuadros al sol.-La procesión de los elefantes.-Cuadros sagrados, militares, de arquitectura, de costumbres, de naturaleza.-El cielo azul.

Nueva York,  
enero 13 de 1889

Señor Director de  
*La Nación*

**D**E AFUERA se oía, como invitando a comparecer, la música suave. A la puerta llegaba, del cuchicheo de adentro, como un ruido de iglesia. Ar-

tistas, ricos, novios, cuáqueros, desocupados, artesanos, todos han ido, han ido dos veces, a la exhibición de los cuadros del ruso Vereschagin. Por su color lo saludó París; por su María, madre de Jesús, lo maltrataron los austríacos. Por su intensidad, por su abundancia, por su candor épico, se reconoce en él su patria.

El ruso renovará. Es niño patriarcal, piedra con sangre, inge-

nuo, sublime. Trae alas de sangre y garras de piedra. Sabe amar y matar. Es un castillo, con barbas en las almenas y sierpes en los tajos, que tiene adentro una paloma. Debajo del frac, lleva la armadura. Si come, es banquete; si bebe, cuba; si baila, torbellino; si monta, avalancha; si goza, frenesí; si manda, sátrapa; si sirve, perro; si ama, puñal y alfombra. La creación animal se refleja en el ojo ruso con limpidez matutina, como si acabase de tallar la naturaleza al hombre en el lobo y en el león, y a la mujer en la zorra y la gacela. Da luces al ojo ruso, un ojo que tiene algo de llama y de oriente,

tierno como la codorniz, cambiante como el gato, turbio como la hiena. Es el hombre con pasión y color, con gruñidos y arrullos, con sinceridad y fuerza. Se mueve con pesadez, bajo su capa francesa, como Hércules barbudo con ropas de niño. Se sienta de guante blanco a la mesa donde humea un oso.

Artistas, ricos, novios, cuáqueros, desocupados, artesanos, clérigos, todos han ido a ver dos veces la exhibición de Vereschagin. Y dicen que esos cuadros sombríos, fúlgidos, crudos, lívidos, amarillos, pintados con leche, pintados con sangre, se destacan, radiantes y enormes, de entre tapices blandos y discretos, por entre cuyos profundos pliegues, como pájaros que buscan asilo, se extinguen, trinando querrellosas, las notas de la música. ¡Como un telón que se descorre, un telón del color silencioso del anochecer, que revela con sus grietas de nieve deslumbradora, los antros del Cáucaso! «La exhibición, dice uno, de un caballo cosaco con freno de seda.»

Cede el gentío a la puerta. Un grupo de ancianas ricas se echa sobre un tapiz, y lo palpa, y lo huele, y dice que es mejor que el suyo, que era el mejor hasta que vio éste. Otros compran el retrato del pintor, frente honda y bruñida, ojo aguileño, nariz de presa, fuertes las quijadas, la barba de hilos negros, un pueblo de barba. Otros entran primero a ver las curiosidades: el

cuarto donde dos mujiks, de bota y blusa, sirven té, pasado por el samovar de bronce, con azúcar y un gajo de limón; la copa labrada en un cráneo; la plata como encaje, de allá de Cachemira; la lana del Tíbet, donde los sacerdotes, con gorros de payasos, hieden, y los santos llevan máscaras, y hacen flauta de los huesos de las piernas, como el indio enamorado del Perú, y las ovejas son sedosas; la raíz, abierta como en flor de un cedro de Jerusalén; un rincón de la celosía de mármol del mausoleo de Tamerlán<sup>539</sup> terrible; el sombrero picudo del derviche;<sup>540</sup> la fuente donde los héroes de Bujara<sup>a</sup> presentaron las cabezas de los rusos vencidos al emir de Samarcanda.<sup>541</sup> Y marfiles y encajes, y cruces y tisús, y casullas y paramentos.

Se alza el tapiz de entrada, de ramas de azul y humo, y allí está la ciudad de Jaipur,<sup>b</sup> 542 Jaipur suntuoso, en todo el fuego del mediodía. Las flores a los pies, arriba el cielo ardiente, el gentío en las ventanas, los palacios, de color de rosa, la comitiva de elefantes que en el *howdah* de oro y marfil cargan al príncipe de la tierra y a sus conquistadores. ¡Esa es la pintura deseada, la pintura al sol, sin ardidés de sombra y de barniz! ¡Eso son los tonos francos y firmes de la naturaleza, sostenida con aliento épico, con mano de domador, en una tela que va de pared a pared, y nos hace saludar y pestañear! ¡Es el color fresco, el color sin brillo de la ver-

dad, el color seco de los objetos al aire libre, y no eso de academias, retórico y meloso! Tal sorpresa causa aquel poder de expresión, aquellos claros superpuestos sin dañarse ni unirse, aquellos oscuros suavizados, y como aclarados, por el conjunto esplendente, aquel como rescaldo de la mucha luz, y el vaho del sol por sobre la masa de cabezas, que se tarda en hallar el defecto del lienzo, y acaso de todo el arte de Vereschagin, procesional y frío. El alma ha de quemar, para que la mano pinte bien. Del corazón no ha de sacarse el fuego, y poner donde él un libro. El pensamiento dirige, escoge y aconseja; pero el arte viene, soberbio y asolador, de las regiones indómitas donde se siente. Grande es asir la luz, pero de modo que encienda la del alma.

Allá, en el *howdah* de oro y marfil, van en paz iparece increíble que vayan en paz! el rajá de Jaipur, con barbas inútiles, y el príncipe de Gales, de casco y cota roja; pero van sobre el *howdah*, confusos y menudos, sin que se adivine que aquel triunfo es la procesión funeral de la India.

Y así fue la procesión, por de contado; pero el arte no ha de dar la apariencia de las cosas, sino su sentido. Cuando da la apariencia, como aquí, aunque como aquí la pinte con sol, falla.

a. En LN: «Bókhara».

b. En LN: «Jeypore».



Allá va el séquito pomposo con los infantes por héroes, y los recamos de los paños de oro y las mazas de plata cincelada. Primero van abanderados y clarines, con las banderas de cuatro colores, y el clarín de caño largo. El elefante todo es joyería: la gualdrapa, al peso de las piedras, le cuelga de los lados; la testera es de realce, con rosas de amatistas y zafiros, y laberintos de perlas, y sarts de perla mayor por las orejas; bajo la testera está el frontil, con sus dibujos de terciopelo rojo y verde; y los colmillos con argollas de oro, y la trompa pintada hasta la mitad de colorado. Cinco elefantes se ven, y el de delante se va a salir del lienzo. Al pie de cada uno marcha el macero rojo, y los de blanco, que llevan abanicos de plumas; y el caballo a todo jaez, de frenos de colores y copete de plumas; enjoyado el peral verde y plata la manta, al pecho y los costados plumajes azules, con su caballero de coselete y manopla, rodela al ijar y lanza en la cuja, al cinto el montante y el casco de florón, la pierna de tibial y de quijote, y el estribo de mano de joyero, de esmeraldas y fina argentería. Marchan al sol. Esplende el polvo.

Y ese cuadro iba a ser el último de una tragedia en colores. Porque Vereschagin, como toda mente de verdadero poder, tiende ya en la madurez a lo vasto y simbólico. Le riza, le para, le desata la sangre en las venas una ejecución; y pintará, como

los ve o como serían si los hubiese visto, los varios modos de matar, la crucifixión romana, el cañoneo del Indostán, la horca de Rusia. Asiste a la campaña de Plevna,<sup>543</sup>—y la pintará en páginas copiosas, desde la primera trinchera de nieve hasta el hospital verdinegro donde muere cara a tierra el turco.

Va a Palestina en busca de color;—y pintará en cuadros que parecen joyeros desde las tumbas de Hebrón, cuyo populacho le tira piedras, para que no profane el reposo de Abraham, hasta los ermitaños trogloditas que entre sapos y áspides viven tallando cruces como harapos y liendres de la religión vencida en las cuevas del Jordán avieso. Copia un edificio de fama; y arrostrará peligros, obstáculos, largas travesías para copiar los mausoleos, los palacios, las mequetritas rivales.

Como con alambre más que con pincel, retrata un fondo carnoso a plena luz, un rabino de espejuelos y casquete, un rabino típico; y se va por breñas y profundidades, buscando los tipos que interesan y rodean al ruso,—el magiar mostachudo, el sirio narigón, el armenio togado, el circasiano de fez en pico, el de Mingrelia, con su aire principal, el kurdo de perfil de oveja, el turco enjuto, el búlgaro, bello y triste, el valaco abotinado, el moldavo ostentoso. Es un arte en capítulos, ¡ay! pero no en cantos.

Porque salta a la vista en este pintor, como en todos los de su

raza, aquel pecado universal del arte contemporáneo, que en Rusia aparece más de bulto por el contraste de su niñez enérgica con su cultura traída de pueblos viejos, y es el exceso, constante en el hombre, de la facultad de expresar sobre la de crear, del poder de esparcir colores sobre el de concebir asuntos dignos de ello, de la habilidad del artesano sobre el arrebato y condensación del artista, de la pintura de lo exterior, que sólo exige ojo para observar, juicio para elegir, gracia para agrupar color, para reproducir, sobre aquella otra pintura en que lo exterior se usa verazmente en estado y formas que produzcan aquella caricia íntima, mezcla de sumisión y orgullo, con que el hombre en presencia de la belleza, animada o inerte, se reconoce y estima como porción viva y hermana de las demás del universo.

Y en Rusia se agrava esta desazón del hombre moderno, porque de los tipos bárbaros y conquistadores que se han fundido en el eslavo hercúleo, originan a la vez esta fuerza de mano, pujo de carácter, necesidad de extensión que heredan de sus padres feudales y batalladores, fieros como las cumbres, melancólicos como la llanura, y este asombro terrible con que se ven, podridos por una civilización extraña, antes de condensarse en otra propia. El príncipe como el mujik, el *kaiáz* como el *ivotchik*, el palacio que bebe champaña como la isba

que bebe vodka, sienten que la barba les cae sobre un pecho desesperado porque en él vive el corazón sin libertad.

No creen en nada, porque no creen en sí, pero el *knout* está perennemente suspendido, con sus garras picudas, sobre la espalda del labriego, roca que anda, y del *barina* que la posee y desdeña: padecen del peso de la vida sin el decoro del albedrío, mayor que el peso del amor ultrajado, mayor que el de la soledad del alma del poeta; padecen, roscados del regocijo de la emancipación universal, del dolor del hombre esclavo, comparable sólo al dolor de los eunucos; y con el frenesí de la mutilación irremediable, y el ímpetu de su raza de jinetes, vierten sobre los que les parecen más infelices, con rabia y encarnizamiento, la compasión que sienten por sí propios.

¿Y qué arte hay sin sinceridad ni qué hombre sincero empleará su fuerza, sea de fantasía o de razón, sea de hermosura o de combate, en meros escauceos, adornos e imaginaciones, cuando está enfrente, sobre templos que parecen montes, sobre las cárceles de donde no se vuelve, sobre palacios que son pueblos de palacios, sobre la pared que se levanta en hombres de cien razas unidas, la hecatombe de donde saldrá, cuando la podredumbre llegue a luz, el esplendor que pase al mundo, cuando está enfrente «la pirámide del mal» de Herzen?<sup>2544</sup>

¡La justicia primero, y el arte después! ¡Hembra es el que en tiempos sin decoro se entretiene en las finezas de la imaginación, y en las elegancias de la mente! Cuando no se disfruta de la libertad, la única excusa del arte y su único derecho para existir es ponerse al servicio de ella. ¡Todo al fuego, hasta el arte, para alimentar la hoguera!

¿Ni de qué vive el artista sino de los sentimientos de la patria? ¡Empléese, por lo mismo que invade y conmueve, en la conquista del derecho! Y como la defensa directa de la justicia, el comentario dramático, la composición elocuente, están vedadas al ruso, por su propio terror, tanto como por la ley, ¡el medio único, la osadía única, la protesta única, la defensa única e indirecta, la plegaria, sin alas y sin voz, del ruso desolado, es la pintura, fea si puede, fétida si puede, de las miserias que contempla, de la verdad desgarradora! «Yo espero,—dice Vereschagin con los versos de Pushkin,<sup>545</sup>—yo espero que los hombres me amen, porque mi arte sirve a la verdad, y ruega por los vencidos!» Después, para reposar, para recobrar bríos, pintará, libre y grande, por primera vez, la majestad de la naturaleza.

En Rusia ¡ay del que ruega por el vencido en alta voz! Y el cuadro, no va de casa en casa como los manuscritos veraces de Tolstoi, que necesita del modelo vivo, el cuadro ruso, a lo que más se atreve, con la sanción acaso del monarca, afligido,

es a implorar la gracia de los hombres, por el horror de la pintura, para los centinelas muertos de frío, para los mujiks cercenados en masa de un vuelo del alfánje, para los miles de muertos de Plevna, desangrándose en las charcas de lluvia.

¿Cómo, con ese carácter nacional contemplativo, del objeto, con ese hábito de la observación y de la copia, refleja este pintor, con el drama elevado a sacerdocio por la santidad de los franceses y el ímpetu de los españoles, el movimiento del combate, la rabia de la caballería, el encuentro de la trinchera, barba a barba? Si pinta una batalla, la velará en humo espeso ¡acaso para decir que es toda humo! como cuando su zar, desde la colina en que lo rodean, sentado en la silla de campaña, sus generales de banda lila al cinto, ve a lo lejos, por la humareda que les va detrás, que huye Rusia del turco, que Alá les va cortando las colas a los potros cosacos. O pintará la batalla antes, con los soldados tendidos en el trigal, mano al gatillo, a las espaldas la manta amarillosa, como el cielo, y a un lado los jefes, en pie, de galón rojo en la gorra. O luego que de los turcos enemigos ya no queda en Shipka<sup>546</sup> más que los montones de cadáveres, apilados en la nieve por el villorrio mudo, pasea a Skobelev, seguido del pabellón, a escape en caballos blancos frente a las tropas que al pie del monte que brilla como seda, echan al aire frenéticos los

gorros. O después del combate, pintará, con sangre acabada de derramar, los heridos de bruces, encucillados, enroscados, moribundos. El centinela de capote gris, tiene la cara deshecha. Un general, con la cabeza baja, como quien va a recibir la hostia de la muerte, está, casaca al hombro, a los pies del que acaba de expirar, con el rostro como barro. Otro muerto también, encogidas las piernas, y los brazos abiertos, se ríe, con la cara verde. Este alza con cuidado, como a un amigo, la pierna en tablillas. Ese se sujeta el brazo que le pende. Aquél aprieta los labios, al tratar en vano de levantarse entre mochilas, cantinas y fusiles rotos. Entre los muertos y heridos otros fuman.

Un oficial, como para animar el cuadro frío, habla al paso con una cantinera. En la tienda repleta, un herido pide en vano entrada. Uno vuelve hacia atrás la cara sin ojos. La serranía, amarilla; el cielo, lanudo. Y el corazón no se conmueve ante aquella pintura de pensamiento compuesta como para aleccionar, porque la calma visible del artista, la madera de aquellos cuerpos, la mudez de aquel cuadro, donde falta la agitación de la agonía y la dignidad de la muerte, contrastan con un tema que pide miradas que desgarran, cuerpos que se hundan al abandonar el espíritu, líneas rotas y crespas, escorzos fugaces y violentos, y un aparente desorden de método que realce y contribuya al del asunto.

Mas donde impera la muerte solitaria, y el hombre ha cesado de padecer, halla Vereschagin la sublimidad que falta siempre, acaso porque desprecia a los hombres que conoce en los lienzos, donde se quiere algo más de grupo y color de las figuras: tal el camino solemne del Danubio, sembrado acá y allá, como único color en la nevada maravillosa, de los cadáveres de turcos que el ejército triunfante fue abandonando por la ruta, sin más vigías que los postes de telégrafo, elocuentes en tanta soledad, ni más amigos que los pájaros que picotean sus mantas, o se posan en sus botas: tal aquel otro tiempo, lleno de majestad y de ternura, en que, de pie en el yerbal cubierto de muertos blanquecinos, bajo el cielo que sube por el Este sombrío y lluvioso, los dos amigos postreros, el jefe en traje de batalla, y el sacerdote con su casulla sepulcral, entierran, con un dolor que entra en los huesos, murmurando la oración al compás del incensario, al escudrón que de una arremetida segó el turco. La música, allá de entre los tapices, llega tenue, como con manos, doliente, desesperada. El gentío quiere luz y contento. El gentío va ver los cuadros sagrados.

Son rayos de color, patios musgosos, muros sin cáscara, pozos y puertas negras, y mares fosforescentes, a cuyas orillas, con su túnica blanca y su cabellera rubia, vaga Jesús, o conversa con

Juan, o maldice a las ciudades impuras, o llora desconsolado. ¿Qué es la religión, más que historia? ¡a nuestro lado anda Jesús, y se muere de angustia porque no le ayudan a hacer bien! ¡a nuestro lado predica Juan, con el sayo de piel de camello y la palabra terrible, y los buenos lo saludan de lejos, y los mercaderes se ríen de él, entre sus hogazas, y sus ánforas! Como hombres los entiende Vereschagin y como hombres los pinta, o como figuras de paisajes, donde más tiene de divino el azul del agua que la congoja del «cordero de Dios», o a la fiera del apóstol, o a la mansedumbre de aquellos almuerzos del Jordán, a la sombra de los tamarindos, con langostas y mieles.

Y acaso sería, a no haberse quedado como en boceto, uno de los cuadros más notables de nuestra época, por lo franco de la concepción, y la habilidad con que por el contraste natural con lo que le rodea resalta en Jesús el alma sublime, aquel de Vereschagin en que pinta la familia de José, en un patio pobre, con el padre y su aprendiz ensamblando por un lado, y María saciando a sus pechos el hambre de su recién nacido, con otro hijo al pie, y uno que viene deshecho en lágrimas, el brazo a los ojos, en tanto que de codos en tierra, dos más, ya en sus diez años, hablan de cosas no más graves que trompos y boliches; sobre la cabeza de María se seca, al aire, el lavado de la casa; con el gallo a la cola comen al



pie de la escalera de piedra las gallinas, y en los peldaños de abajo, de modo que parece más alto que todos los demás, Jesús lee.

Tienen matices de amatista, y flores como sangre, y sombras como de violetas, y paredones como la carne desollada, y verdes corno de orín, los lienzos, menudos todos, donde, como quien toma el pulso en la vena abierta, copió a pleno color aquel mar muerto, con sus árboles que dan fruta de ceniza; aquel monte, ya a media flor, donde murió Moisés<sup>547</sup> frente a la tierra prometida; aquel valle de Jericó, que era ayer de jardines, y hoy es marañas de escorpiones y culebras; aquella tumba de Samuel, donde citaba a guerra contra los filisteos aquel pozo donde probó Gedeón a sus soldados, y dejó por flojos a los que metieron la boca en el agua para beber. Allí está en lienzos que pueden llevarse de medallón en las sortijas, el pozo de Jacob, donde Jesús habló con la samaritana de los tiempos olvidados; Beisán la fuerte, que jamás se abrió a Israel; Cafarnaum famosa, toda hoy maleza y ruinas, donde vivió Jesús en casa suya, y curó a tantos; Bethsaida ingrata, donde multiplicó el pan y los peces, y dio la vista al ciego; los campos de betún inflamable donde perecieron, a la furia de las llamas, Sodoma y Gomorra; y una llanura desde donde se ve el Tabor, con el castillo que lo coronaba cuando cuentan que desapareció por él Jesús; y el

monte de la Tentación, en cuya gruta, antes rica y cubierta de frescos, viven hoy, haciendo caridad de su pobreza a los pájaros y a los beduinos, los buenos monjes que no tienen para comer más que judías y aceitunas, con su cebolla y su ajo, y un poco de pan negro.

Y en un lienzo como sin fondo, donde las figuras del calvario, raquíticas y a estilo de panorama, dan cara a un muro de cantos rojos y musgosos, está la gente de Galilea, como quien va de fiesta, mirando a las cruces. Un caballo da el anca. Un árabe, con el bordón atravesado, mira desde su burro. Por el fondo vienen, en cabalgaduras de mucho paramento, unos moros ricos. Falta corno lazo a aquella sencillez fingida. A un lado del cuadro, no por tierra deshecha, como madre que ve a su hijo en la cruz, sino de pie, cubriéndose el rostro con las palmas, está María. Una moza robusta, de manto blanco como ella, la implora, con bello dolor. A otra mujer, por el entrecejo que se distingue, se le ve clara la pena. A un judío que parece inglés le está hurtando la bolsa un ratero de barbaza rubia, con blusa de listas.

Y allí los curiosos se detienen, no para ver una pintura de admirable trabajo, un portón de piedra bermeja, con césped y florecillas a la entrada, donde al pie de dos bellos brutos, blanco uno y negro otro, esperan, de jaique y brial, los árabes palafreneros;<sup>548</sup> ni para celebrar como

lo merecen, los retratos del butanés greñudo y rosicobrizo, con ojos como de hiel y esmeraldas en los lóbulos, y su butanesa belfuda, con el hijo a la espalda.

Lo que los curiosos ven, tomando por arte el mero tamaño, es una lámina de diario coloreada con vigor, que representa, sin más cosa de poder que el cuerpo vivo de un soldado, el suplicio del cañoneo en el Indostán, donde el hindú culpable, atado a mi poste a la boca del cañón, muere en pedazos. Ni es de arte, ni mueve al horror sollicitado, por faltarle en fuerza de realidad, el grado intenso que constituye, en lo bello como en lo feo, lo artístico, otro lienzo donde la muchedumbre, como en rueda blanco con costura de colores, se agolpa en plena nevada que salpica de copos caftanes y pellizas;<sup>549</sup> a ver, colgando de la horca dos sentenciados como dos gusanos.

Pero iqué modo el de Vereschagin, en esos lienzos infeliz, de sacar, con masas de color, blanco sobre blanco; de pintar, de manera que se ve de veras el mármol transparente, la forma ventana que levantó Akbar, el gran Mogol,<sup>550</sup> en honra de su santo consejero Selim-Shirí!; y acurrucados en el poyo,<sup>551</sup> al fuego del cenit, conversan, en togas y turbantes albos como la celosía los guardianes del templete, de rostros cobrizos.

Luego es el Taj, puro como la leche, que refleja sus cúpu-



las ligeras, labradas como con aguja, en el lago cercado de cipreses y ramas otoñales, a cuyo arrullo en su soberbia tumba blanca, duerme bajo follaje de mármol aéreo, aquella favorita que amó el sha Jehan.<sup>552</sup> Y ya es la mezquita de la Perla, que invita a entrar por sus nobles arquerías,—más que de perla de marfil tallado, con sus hileras de musulmanes reverentes que evocan al creador invisible, de pie, hombro a hombro, con las cabezas bajas. Ya es, con su aljibe de doble boca y las babuchas a la puerta, el vestíbulo, fresco como las mañanas, de la mezquita donde el otomano en traje verde o amarillo, pide el amparo de Alá contra el judío, que llora y comercia. Ya es, con sus domos dorados y verdes; con su palacio de *orujinaia*, lleno de tesoros; con la soberana torre de Iván que preside la vasta maravilla; con la puerta del Salvador, por donde nadie pasa cubierto; con el panteón de los zares, erizado de espiras; con su masa de pisos superpuestos, como el palacio babilónico; con sus bastiones por valladar y su Moskova al pie, —el Kremlin<sup>553</sup> colosal, el Kremlin rosado.

¿Y qué importan ahora, ya al salir con el gentío, ni el tigre que al pie de una palma ve venir

sobre el cadáver en que se apresata a regalarse el buitre que se lo disputa; ni un lienzo como velo, que es un amanecer en Cache-mira; ni aquella palma sola, centinela negro de las ruinas de Delhi, que se mira en el lago Amarillo, a la puesta del sol?

Bien hace ahora la música, de allá de entre los tapices, en enviar, como gargantillas de diamantes, notas sueltas de himno. Jamás en tan vasto lienzo creó el hombre con más verdad y poder el cielo luminoso. ¿A qué pintarlo? ¿Quién no ha visto el cielo? Abajo, donde el buitre negro, habitante único de aquella pureza, se cierne, anchas las alas, en busca del soldado insepulto, las peñas terrosas, como gigantescos búcaros, levantan en las cumbres sus flores de nieve. Las nubes dormidas despiertan al sol; y vagan ligeras, cual si las moviesen, con dulce pereza, como cendales de la mañana, doncellas invisibles. Con tajos de sombra se empinan por lo alto los picos nevados. La nube aérea flota, afloja sus vapores, se mece y deshace, el cielo arriba triunfa sereno y azul.

Así corona la luz a los artistas fieles, adoloridos por la carencia de ideal amable en estos tiempos de muda, que, a despecho de escuelas y gramáticas, ponen

su caballete al sol, y hallan en la naturaleza, consoladora como los claros del amanecer, la paz y la epopeya que parecen perdidas para el alma. Como con puñales pinta Vereschagin sus retratos: como con zafiro desleído basta dar deseos de morir en él, pinta el mar samaritano; reproduce lo que ve como si le hubiera levantado la corteza, para poseerlo mejor; sus mármoles relucen, y su aire indio irradia; hijo fuerte de un pueblo espantado y deforme, no sabe usar del hombre en sus lienzos, sino cuando, lejos de su país sombrío, lo halla ágil y gracioso; cuando pinta al hombre, es para servirle; ni compone ni condensa, ni crea: su espíritu no parece haberse abierto al arte sumo, que es el que sabe sacar el alma de las cosas, producir con el detalle la emoción de la armonía, inundar las entrañas de deleite, sino en aquellos lienzos vastos y solitarios, con montes. Rusia, como tu dolor; con valles, Rusia, helados como tus esperanzas.

José Martí

**La Nación,**  
Buenos Aires,  
3 de marzo de 1889

[OC, t. 15, pp. 427-438]

## 226

## En los Estados Unidos

Bailes, política y huelgas.-La Guardia Vieja.-  
El conflicto de Samoa.-La doctrina de Monroe.-  
El canal de Nicaragua.-La huelga de los tranvías.

Nueva York,  
enero 31 de 1881

Señor Director de  
*La Nación*

SIQUE EL INVIERNO azul con manchas rojas. De un lado la alegría, el baile de trajes de los pintores, el baile suntuoso de la Guardia Vieja, las comidas de enero, con pompa de oratoria, los cotillones y bazares, la comedia antigua de Daly<sup>554</sup> con sus actores que parecen franceses, la comedia nueva, «Little Lord Faunteroy» que es un gusto del alma, una dedada de miel, un criavirtud, en que una actriz de doce años, una niña de crespos rubios, hace de duquecito, de duquecito liberal y de buen hijo, en tres actos de mucho parlamento, con gracia y perfección que en vano emulan los actores encanecidos en las tablas; y de otro lado es la huelga de los tranvías, la puñalada,

el motín, la barricada, los pistoletazos. Todo Nueva York, sin pensar en que tal vez no haya carros para la vuelta, va de gala, al gran baile de la Guardia Vieja, en el teatro de la ópera alemana, en el «Metropolitan». Ya está el toldo a la puerta, para las damas que bajan de los coches, en escarpines y sin gorras. Ya desembocan de calles y avenidas los milicianos petimetres de ha treinta años, con el abrigo abierto, a pesar del aire lloviznoso, para que se les vea la casaca blanca. Ya hay en el baile como seis mil personas, y los clarines, escondidos en los palcos, llaman a la marcha.

Los palcos están repletos, y las galerías;—porque de los tres bailes del año, el de los patriarcas es para la gente mayor que tiene nombre de rica y ha entrado ya en canas; y el de caridad es famosísimo, por ir a él lo mejor de la gente social, ya matronas o jóvenes, ya caballeros en agraz o en sazón, sin que falte una de las hermosas en

boga, ni familia pudiente, ni nombre conocido, como que esta vez fue de verse al principio del baile, cuando desfilaron en parejas, a paso solemne, en hilera que llegó a tocar la cabeza con el fin, como la serpiente de la Medicina, todos los que aquí guían el mundo de las comidas y los bailes, una con todo el peto de brillantes, como una coraza, otra con un vestido de tisú, con rosetones, grandes como rosas de veras, de perlas, margaritas y zafiros,—las cabezas altas, las gargantas en todo el lujo de la naturaleza, las colas majestuosas; y los caballeros como moscas, sin palabras y desvanecidos, pisando a compás, como sin persona ante la mucha de las damas, muy peinados y bordada la pechera, los altos escondiéndose para que no los vieses, los enanos sacándose la estatura.

Pero al baile de la Guardia Vieja van los nobles, y los que lo quieren ser, las de carruaje y las que traen al brazo, en la bolsa de terciopelo, las zapatillas de bailar, la gente soberbia, descendiente de los holandeses, y la riqueza de ahora, alemana y judía.

Porque, ¿quién querrá perder, sobre todo si alcanza buen asiento en lo alto del teatro, la

marcha de medianoche, la marcha militar, cuando al son de las dos bandas vienen del fondo, en fila de parejas, las casacas blancas, las chupas coloradas, los vestones grises, los jaiques azules? Dan vuelta al teatro de dos en dos, de cuatro en cuatro luego, luego bajan de a ocho, suben de a dieciséis, y a la voz de mando desaparecen entre aplausos; son las cabezas de «sal y pimienta», como le dicen aquí al pelo cuando está saliendo ya de la mocedad; el coronel hace reír, con las canas más blancas que su casaquilla, porque brazo para mandar todavía le queda, pero no piernas con que seguir a los soldados; luego el tambor mayor, floreando ante sus cajas y bronce la cachiporra, luego dos guardias de estatura eminente, con los morriones de pelo de ante.

Acabada la marcha—¿qué es la vida, sino champaña?—Champaña es el vino único; unos rociaban con él la cena discreta, bien servida en el salón de blanco y oro, otros lo toman a botella tendida, en mesas sin mantel, rodeadas de mujeres, que no parecen que llevasen brillantes, ni que bebiesen Mumm y Pommery;<sup>555</sup> sino vino peleón; los pies en los travesaños de las sillas, las conversaciones a voces, los codos en las mesas. Abajo, de entre los cestos de rosas de valor que cubren el antepecho de los palcos, miran el baile, como si lo presidiesen, las señoras de alcurnia, viudas millonarias, esposas de magnates, de generales y

contratistas, de gobernadores y banqueros.

Todo lo bailan con brío igual las parejas resplandecientes, el *boston* y el *york*, que quieren espacio y permiten la conversación, la marcha y el vals, la varsoviana y la marsellesa; o el baile no les parece bastante, y corean a voz en cuello la música, con cierto aire de iglesia.

Con menos desenvoltura parecerían más bellas las que lo son; hay más hombros redondos que muñecas finas iqué orgulloso, el cuarentón que lleva del brazo izquierdo a una californiana de cutis como de Sevres, y mirada que se cuelga en falda negra lisa y peto rojo! Del brazo de un joven fornido va como el aguinaldo que se sube por el tronco, una bostonense de cabello castaño cogido sobre el cuello con un pasador de plata; de tul blanco, sin más joya que una guirnalda de capullos amarillos, pasa como luz, con su abogado joven, la señora del baile. Ya han cerrado los comedores, por demasiado concurridos.

Se buscan los amigos para saludarse; ¡y aquí es el millonario, con su cara apunhalada y sus patillas compuestas hebra a hebra, su cara de dogo y de Jesús! Una dama se sienta, fatigada por la pedrería; y el compañero llama a sí los pantalones, cuidadoso, para que no se le hagan rodilleras. Va encendiendo la alegría por donde pasa, un orador famoso, frente bruñida, ojos grises escrutadores, nariz mon-

tada, boca fina, caída por los lados; le hacen coro para oírle el sarcasmo; él deja el coro para saludar, con ternura de padre, a una jorobada. Son muchas las cabezas de artistas, revueltas y melencuadas, casi todas de gente cana. Ya las músicas tocan el «hogar, dulce hogar», que da la despedida, y corean las pocas parejas del salón.

Se sale a la calle fría por una alfombra de tarjetas de baile pisoteadas.

El día empieza, y no hay tiempo de dormir; ni puede resistirse al olor a tinta fresca de los diarios, que ofrecen en la puerta, lozanos y revoltosos, no todos con el sombrero entero ni con dos mangas en el gabán, los chicuelos vendedores: ¿quién no dará cinco centavos a un trabajador de cinco años, que tiembla de frío, y mete su periódico, con el bracito enano por entre los hombros de sus rivales? Todos los diarios del día se le comprarán, para entretener la aurora, y esperar, junto a una mala taza de café, con sus bollos de maíz, a que esté abierta, allá en la ciudad baja, la oficina.

El *World*, que vive de exageraciones, da como cierto que los alemanes pisotearon, desgarraron, quemaron la bandera americana en Samoa. El *Times* dice que en eso de la doctrina de Monroe,<sup>556</sup> no se ha de ir demasiado lejos, porque una cosa es que un Presidente yanqui declarase temible para la República la creación de una monarquía

européa en América, y otra que las naciones libres de raza española en América sean como los cachifos, como los pepitos de gorra y calzón corto, sobre quienes preside vara en puño su majestad americana. El *Star* da por cierto que la gente del canal de Nicaragua será bastante poderosa para vencer, en la comisión unida de la Casa y el Senado, a los que quieren oponerse al endose nacional de la empresa, más por vía de no haber podido sacar de ella alguna utilidad, que por respetar a la libertad ajena, que se muestra deseosa de llevar a casa esta empresa, reconocida en público como política por el gobierno americano. El *Tribune* zahiere a los republicanos que se oponen, con argumentos y con medidas, a la elección de Blaine para Secretario de Estado, y va tan lejos que tacha de ladrón al presidente de la junta de elecciones, al famoso Quay, y de cómplice sin vergüenza a su teniente Dudley, que no ha querido repudiar la carta en que aconsejaba al por menor cómo debían comprarse este y aquel voto dudoso, en el Estado de Indiana. El *Sun* le muerde los calcañales a Cleveland, que no quiso tomar de consejero para la República al amigo encubierto de Blaine y de Gould, al nuncio laico que recibe en Roma ahora mismo la bendición del pontífice por el éxito de su campaña autoritaria: ¡cuándo no fueron los enemigos peores de la libertad los que se valen, para mejor

herirla, de su nombre! El *Press* dice que ya no habrá más de esos tendujos inmundos, de esas casas de juego autorizadas donde, so capa de juego de bolsa, están arrellanados en su silla de pino, con la escupidera al pie, desde el almuerzo a la comida, una cincuentena de rufianes con sombrero de pelo, que ponen de cinco a diez pesos, en apuestas combinadas o simples, al alza o baja de las acciones que, como números de lotería, van apareciendo en la pizarra; el que ha estado en cárceles, sabe quiénes son esos «bolsistas» mugrientos y panzudos, esos caballeretes de sortija de diamante, bigote de alacrán, y sombrero sedoso, esos coroneles de mostacho amarillo y nariz colorada. El *Herald* dice que Harrison irá por fin al baile de inauguración, aunque su Iglesia Metodista, de que él es gran pilar, prohíbe el baile como pecado mayor y prostitución disimulada, pero ¡París bien vale una misa!; eso sí, la señora de Harrison irá también, más no con descote, con descote no, sino de vestido alto; «a lo María Estuardo será bien,—dice un pastor burlón de una secta rival,—porque ¡es el vestido más alto que se conoce!»: lo cual tiene de mal humor a la compañera del Presidente, que no quiere que los noticieros des-corteses la persigan, lápiz en mano, por los corredores del hotel, a la puerta de su coche, en la visita a la amiga, por los mostradores de las tiendas, ni que

publiquen las docenas de piezas privadas que está comprando estos días, «una docena con tres vuelos y dos con seis vuelos, entredós y encaje» ni que la comparen con Catalina de Alejandría,<sup>557</sup> de ojos de almendra, ni con la de ojos de nuez, que aun muertos enamoran, con María Estuardo.<sup>558</sup>

El *Herald* dice, y aún se queda corto, que no hay caballero más amable y diligente, ni más erecto garzón, que el octogenario David Field, el codificador famoso, sumo jurista y orador vivaz, amigo de la paz de los pueblos y del influjo sin violencia, no como estos republicanos de cartón que niegan el derecho divino al rey inglés, y alegan ahora la fuerza y el tamaño como derecho divino nuevo, y destino manifiesto e imperio natural e irresistible que les autorice a salir de bandidos por el mundo, embolsándose pueblos como se embolsaban castillos los condes feudales. En una comida de los cuatro Field, que son todos hombres célebres, Cyrus el millonario, que no es más que sesentón, parecía como momia, todo huesos y pergamino al lado del octogenario menos ambicioso que se anda a pie sus dos leguas cada día, y no deja pasar tarde sin visitar alguna dama, ni cede a nadie en la fuerza con que aboga porque sean una las leyes de la República, ni en los grandes golpes en los faldones de su levita de paño del país, con que acentúa sus argumentos, ágiles como floretes



y recios como porras, en defensa del buen gobierno de la ciudad, «de la ciudad que anda ahora, exclama,—ientre gentes a quienes no se puede uno acercar, sino con las manos en los bolsillos!» El *Herald* dice que no puede ser que a Wanamaker, el tendero filadelfiano, sin más ejercicio público que el de contratista de informes, ni más práctica de la política que la que ha podido enseñarle la iglesia, donde es persona magna, lo tenga escogido Harrison para Secretario del Tesoro, como dicen los que deben saber, —todo porque la Iglesia, con sus voces de sombra, lo ha pedido así, y porque Wanamaker dio de su bolsa diez mil pesos y sacó de la de los demás hasta quinientos mil, que en la última hora de las elecciones desaparecieron, cuando ya no había procesiones que vestir de cota de latón con antorcha de petróleo, y casco de papel dorado, ni faltaban circulares que imprimir, sino votos que comprar.

Dice el *Herald* que va a haber en Georgia otra exposición de la industria de los negros, que en los veinte años que llevan de libres, han puesto en los bancos más de cien millones; que son muchas las reliquias recogidas,—las sillas aéreas, de verde y de oro, las cómodas con asas de bronce, las cornucopias y vajilla azul,—para la exposición con que Nueva York celebrará, entre otras fiestas pintorescas, el centenario del día en que, de chupa gris y calzón corto, juró la Presi-

dencia Washington: que el cañón de Zalinski, el cañón neumático de dinamita, lanzó ayer a milla y media un proyectil de quinientas libras, que a poco de caer en el mar levantó por el aire, como una tromba rota, una columna formidable de agua: que la nuera de Blaine, abandonada, con su niño en los brazos, por el hijo del «caballero de la pluma blanca», firmó ya su contrato de actriz, e irá por los teatros con el nieto, y la nodriza y secretario pagados por las compañías, mientras que el abuelo acaso asesore con sus consejos de altivez y violencia al Presidente a quien sólo se le ha visto agua en los ojos en un banquete de sus antiguos soldados.

Y dice el *Herald* que al que armó a Blaine «caballero de la pluma», a Ingersoll, el Anticristo elocuente, le ha negado el club de los cómicos un asiento en su mesa, porque es poca persona, para el respeto y moralidad de la casa de las comedias, este orador magnífico que no tiene, como aquel virtuoso Suñer<sup>559</sup> español, una mancha en su casa.

Pero ya entrado el día, no son esas cosas menores las que distraen del trabajo; ni el buhonero que llega vendiendo el libro de Max O'Rell, alado y picante sobre los Estados Unidos; ni la dama de coche a la puerta, que entra a pedir la firma para la petición en que se ruega a la legislatura que vea modo de impedir que el trabajo de la mujer sea tan mal visto que haya de coser, en este emporio

donde los mármoles llegan al sol, ciento diez ojales para ganar seis centavos; ni la tarjeta atrevida que invita a ir de amenidades al «baile francés» que acaba sin capa y de cabello suelto, con malla de bailarinas y un solo botón, llamando a la muerte desde los albañales. Lo que saca de la silla es el «¡extra!» vibrante de los vendedores de diarios, el «¡extra!» lúgubre con timbre de somatén, que cuenta antes que el diario las verdaderas desgracias. La huelga ha estallado, huelga de miles de hombres, en Nueva York, y en Brooklyn; imucho ha de ser la mar de abajo para que le abra paso, un instante siquiera, esta ciudad afanada!

A lo largo de todas las avenidas y calles de tranvías hay grupos, masas, muros de gente: las cervecerías escupen carreros ebrios; de los barrios que no se ven han venido los hombres de camisa sin cuello, los niños sin zapatos, las mujeres de manta: las compañías de carros se niegan a tratar, para sus arreglos con los empleados, con los representantes que éstos nombran en su gremio: los empleados abandonan en masa los establos no por más sueldo, ni por menos horas, sino porque les quieren quitar el derecho de la asociación; las compañías, que no son más que asociaciones, y están ligadas entre sí, para defenderse de los obreros, quieren que cada obrero se les encare sólo con sus dos manos y su hambre, sin asociarse ni ligarse; ¡así les rebajan el salario impu-

nemente, y con la mantequilla que le quitan del pan a tres mil casas, le compran otro caballo a su coche, otro abrigo de foca a su hija, que ya tiene uno, otro perro de hocico negro a su querida!

La Prensa en que los ricos tienen puesta toda la mano, con raras excepciones, defiende a los ricos. El pobre, que tiene hambre, no tiene paciencia. ¿Qué menos hemos de necesitar contra la liga de todos los ricos,—se pregunta,—que la liga de todos los pobres? ¿Qué castigo no merecerá—se dice—el pobre que se presta a servir a los ricos en su guerra contra los pobres? ¡A ladrillazos, a punta-piés, a balazos si es preciso, perseguiremos a los traidores que vengan a ofrecerse de cocheros y conductores a las compañías! ¿Que no tenemos derecho para impedir que ejercite su derecho cada cual? ¡Pero eso es un argumento de la ley ordinaria, y éste es un caso de guerra, de guerra en que no se ven las armas, pero en que se combate y se muere, un caso de guerra extraordinario! ¿Y cuántos derechos nuestros, cuántos derechos públicos, cuántos derechos humanos no violan las compañías que usan la propiedad común sin compensación, para su beneficio particular; que sobornan a los representantes de la asamblea para que los den en hipoteca, y en señorío a veces, los dominios nacionales; que roban a los conductores legítimos de la empresa, a los accionistas que pusieron

en ella dinero bueno, los dividendos que se reparten por acciones nominales, so pretexto de dirección o iniciativa o ayuda, los accionistas ilegítimos, los abogados que obtuvieron la concesión criminal de los representantes, y los más criminales de todos, los representantes de la asamblea? ¡Ladrillazo puro a la compañía que se atreva a echar un carro sobre los rieles, al traidor que ofrezca sus servicios a las compañías que quieren tener de rodillas a los pobres, y privarles del derecho de representación que ellos usan, del derecho de coalición con que aumentan ellas indebidamente sus ganancias! ¡al policía que los defienda, al carro que corra, al pasajero que entre en él, al fratricida que lleve las riendas, ladrillazo puro!

Y aunque la ciudad que va y viene intranquila por los ferrocarriles aéreos, temiendo que ellos también se unan a la huelga,—sigue comprando y vendiendo,—sigue hablando de quién entrará, o quién no, en el consejo de Harrison;—sigue comentando, con cierto tibio entusiasmo, el discurso del alemán naturalizado que en la Casa de Washington acaba de decir que a haber conflicto por causa de Samoa entre Alemania y los Estados Unidos, estará contra Alemania, alabando el proyecto de ley que ha empezado a cerrar las puertas a los inmigrantes,—se nota esa alarma, ese como aire frío y atmósfera de renuevo, ese susto de guerra de los pueblos

en sus horas de muda: en las plazas, grupos: frente a los establos, masas: cónclaves en las esquinas: patrullas por las aceras, de hombres torvos: pronto, sangre.

Los huelguistas se proponen que las compañías no puedan sacar un solo carro. Si no da un carro un viaje redondo al día, pierden las compañías la concesión. ¡Que no dé, pues, el viaje! Pronto se ve que las compañías tienen hombres de sobra; ¡hay tanto hombre en Nueva York, en este Nueva York fastuoso, sin carbón y sin pan! ¡pan y carbón para hoy, aunque sea a costa de la esclavitud para mañana! «Si, es traición a los hermanos, pero en casa se necesita pan y carbón.» «¡Qué traición ni qué fraternidad! ¡que cada cual se salve como pueda!» Otro, perseguido a pedradas por las mujeres, entra a ofrecerse de cochero a la compañía. «¡Bribón, que no tienes hijos, y les vas a quitar el pan a los que los tienen!» Una huelguista de la fábrica de alfombras, donde están maltratando a las obreras, le clava en plenos bigotes un pelotazo de lodo.

Porque todo lo llevan en paz, y oyen sin ira a la gente moderada de sus gremios, que van de grupo en grupo explicándoles cómo la policía tiene el deber de ir armada según va a pie y a caballo o en carros de a veinte, pronta a volar donde la llaman, para impedir que las compañías se echen sobre los obreros, y les saquen sangre y les violen las casas, como para que el obrero

no se eche sobre la compañía, ni vuelque los carros, ni estorbe que éstos corran, ni les rompa los vidrios, ni apedree a los que montan en ellos, todo lo cual empieza en cuanto sale de los establos un tranvía con el cochero nuevo en el pescante.

Primero lo increpan, le echan encima cestos de versos donde le llaman «lepra», «lepra del mundo»: tratan de espantarlo a voces, luego con papas y coles, con ladrillos luego, al fin con tiros. La policía padece de la locura del uniforme, y dispara antes de que la conviden. «¡Disparen para matar!» les dijo por la mañana el jefe. Ellos se conocen, la muchedumbre, cargada de rabia y de licor, puede ir mucho más lejos de donde le permita su derecho, como va más lejos la policía de lo que le manda su deber. Y han matado. Motín por todas las avenidas, asaltos ciegos, muertes injustas, fugas precipitadas, hombres que caen de rodillas, con la bala del policía en el pecho, y desaparecen. Los carros corren. Los bultos quedan en los muelles. Los joyeros venden violetas de esmalte. Las damas ricas van a una «comida de violetas», viola el mantel, como de Parma la luz, azuloso el helado. Los teatros están llenos para ver la comedia famosa de «El inconstante», donde la Rehan<sup>560</sup> hace de «media azul» llena de amor a los clásicos y al hombre, o las bufonadas de «Nadjy», donde hace de

princesa húngara, en traje blanco de oficial de Viena, la beldad fría de Lillian Russell,<sup>561</sup> acusada de poliandria; o al Edén, donde están las figuras de cera, y cantan y bailan como en sus fiestas campesinas las muchachas rusas; o a la Quinta Avenida, a ver a la Langtry de hombre en la Rosalinda de «Como usted guste»; o a oír a Lilli Lehman, la alemana famosa, mientras se habla, en los palcos sobre todo, de que de veras no habrá descotes en el baile de inauguración de Harrison,—de que no se ha visto cuadro como esa «mujer española» de Fortuny, que va a venderse con los Meissoniers y los Gerosomes de la galería del rico Stebbins; de que estuvo «grande» el baile de los sordomudos, y llenas de gracia sus escenas cómicas, aunque las del drama fueron mejor, por el mucho sentimiento;—de que «esta Sallie Hargous» que es la hermosa del año, viene de un francés que hace como medio siglo levantó fortuna en «las tierras de la otra América»,—de que a la salida han de ir por casualidad al barrio chino, donde celebran con mucha coherencia a Pan-Ko-Won, el dios del año nuevo;—de que ya está cubierto el número de amigos que se juntan para propagar en las conversaciones de la gente alta la religión nueva de Tolstói.<sup>562</sup>

Y al salir, la policía montada carga en la esquina, revólver en mano, contra los huelguistas que,

en pocos instantes han cerrado, con los ladrillos de un montón vecino, la ruta del tranvía.

Tuercen los coches, buscando paso libre, y el gentío se lo cierra: ¡allá van, persiguiendo a un «nuevo traidor», los cocheros en huelga con piedras en el puño! La policía les corre atrás, y ase del cuello a un bravo que se le encara: acuden a salvarlo sus amigos; y el bravo, a un balazo de mano oculta, cae de bruces en tierra: «¡de la policía, de la policía fue esa bala!», saca otro un revólver, y dan sobre él, dos, cuatro, diez, los uniformes: le aporrean la cabeza; amartillan con la cabeza los adoquines, de un porrazo le quiebran la pierna con que se defiende: con las rodillas sobre el pecho sujetan al suelo al obrero rabioso; llega chispeando el carro de la policía: a los que vocean les dan de puñadas en la boca.

Los uniformes van triunfantes a la estación, seguidos de la gente, que los alaba o los maldice: dos cargan al moribundo, por las corvas uno y otro por los brazos: los demás, con las mujeres a los lados silenciosas, custodian la hilera de los presos boquisangrientos.

José Martí

**La Nación,**  
Buenos Aires,  
30 de marzo de 1889

[Mf. en CEM]



227

# Inauguración

Cómo entra y cómo sale un Presidente en los Estados Unidos.-Fiestas y ceremonias.-Fiestas populares, actos oficiales, en sociedad.-Cleveland.-Harrison.

Nueva York,  
5 de marzo de 1889

Señor Director de  
*La Nación*

VAYA, SECRETARIO, déme su paraguas que éste no alcanza para dos Presidentes, y vea que se lo devolveremos, que los que vamos en este coche somos gente honrada.» Arrancan los cuatro alazanes, mete el látigo en su estribo el cochero negro, y del empuje de la salida llega el carruaje, chorreando la lluvia, al Capitolio. Baja Harrison primero, y luego Cleveland.

¡Así cambian de gobierno los Estados Unidos! Aquí contamos la enorme muchedumbre, calada hasta los huesos, con el ala del sombrero en los hombros, porque en seis días no ha cesado de llover; la noche inhumana, por la inclemencia del tiempo y de los hombres, que precedió al día insigne; las cortesías, usos y ceremonias de la inauguración presidencial, cuando un Presidente se despide y

entra el otro la política del nuevo, que quiere industrias protegidas, vapores subvencionados, freno a la inmigración, y más poder continental; la Casa Blanca triste, porque se le va su linda dueña; la procesión, grandiosa y ridícula, con héroes y con payasos; y el baile, en el salón de las columnas que cuatro hombres no ciñen con los brazos abiertos, y donde a cinco pesos por cabeza, bajo el techo embanderado, pasean juntos, ansiosos de ver a la nueva presidenta en su traje de seda albaricoque, los blancos y los negros.

¿Quién habla de Samoa ni de los alemanes naturalizados que toman partido en el Congreso y en la prensa con su país adoptivo contra el natural; ni de la conferencia pendiente sobre las peleas de los americanos y alemanes en la isla; ni del medio millón de pesos que para su estación de Samoa ha votado la Casa? ¿Quién se ocupa en censurar o en aplaudir el endose de la empresa del canal de Nicaragua, que ha sido procedimiento singular en los días mismos en

que el senador Edmunds pide que se declare oficialmente el disgusto con que el gobierno de los Estados Unidos vería que Francia endose la empresa del canal de Panamá? ¿Quién medita siquiera en el proyecto ya público de la compra de Cuba, donde no se ha secado todavía la sangre que el vecino astuto vio derramar, por la misma carta de principios con que se rebeló él contra sus dueños, sin tender un manojo de hilas, sin tender los brazos? ¿Quién piensa en el aniversario de Lincoln, que fue ayer; ni en el de Washington, que se celebró con teatros y paseos, —ni en los cuatro Estados nuevos, que eran palacio del bisonte, y pradería virgen con el gamo por señor, cuando vinieron hace medio siglo cuatro mil federalistas a ver cómo entraba de Presidente, con su bastón de puño de oro, el abuelo de Harrison, y hoy son Dakota, la del norte y la del sur, Montana,<sup>a</sup> Washington, con catedrales hechas de la madera petrificada de sus bosques, con un pueblo ávido y rico que envía millares de sus ciudadanos, con una rama de trigo en el ojal, a pasear en la procesión

a. En LN: «Martana».



de cincuenta mil hombres con que la nación, casa de cuarenta y dos naciones libres, celebra la subida al poder de Harrison el nieto, con la levita cruzada y los zapatos de suela doble?

Doscientos mil forasteros han llegado a Washington para las ceremonias de la inauguración. Para mañana los cuentos de Blaine y sus rivales; los problemas del Sur, con sus negros empeñados en vivir;<sup>a</sup> la revisión de la demanda de Nuevo México, que también quiere ser Estado en vez de territorio, aunque apenas hay allí quien sepa leer la lengua en que han de hacer sus leyes. Los trenes llegan, con una bandera en cada ventanilla; con su carga de californianos, que vienen de sombrero felpudo desde el Pacífico: con la gente de Sioux, que trae los carros forrados con hojas de maíz; con los vaqueros de Texas, que vienen de cuero, con calzoneras flecudas, blusón y jarano; con los monteros de Arkansas, sobretodo de calicó y una cola de ciervo en el sombrero. ¿Adónde hallará albergue este gentío<sup>b</sup> de fanáticos, de pugilistas, de políticos, de pretendientes, de curiosos, de baratilleros, de vagabundos, de ladrones? En sillas, porque ya no hay camas; en tablas cojas, tendidas sobre las bañaderas; de codos en el mostrador, durmiéndose sobre el whisky con leche; de visita por las casas feas, donde tienen las mozas en exhibición los trajes que estrenan<sup>c</sup> cuando entra un Presidente nuevo; o andando,

andando, por el asfalto pegajoso, con el fango al tobillo, con el agua en el corazón, transida la maleta<sup>d</sup> de los puños y los cuellos, deshechos los memoriales.

Un pan, un peso: una banqueta en la cocina, cinco: «mi cuarto, dice un cómico jorobado,—lo estoy partiendo con veintidós amigos íntimos». <sup>e</sup> ¡Y el champaña que bebe, y la ensalada de pollo que come, el príncipe Harry, el hijo del periodista New, con sus amigos de sombrero a la nuca, en el cuarto de al lado! ¡Y Armour, el gran porquero de Chicago, que tiene él sólo un piso del hotel, a una mina por día! <sup>f</sup> Allí fuera, por entre líos de negros, acurrucados en los quicios, halla el cuerpo la procesión de míseros, con los paraguas inútiles a rastras. Uno duerme de espaldas a un pedestal y muda de lado cuando cambia el viento. Otro, al favor de la <sup>g</sup> noche, se encucilla<sup>h</sup> contra las patas traseiras del caballo de una estatua.

Pero en la Casa Blanca no se han apagado las luces. ¡Por allá arriba hay mujeres despiertas, que no pueden dormir! En su cuarto de trabajo, con el secretario fiel en una mesa cercana, está, como si no oyese los cantos insultantes de la muchedumbre afuera, el Presidente laborioso, estudiando las leyes que esperan su firma, aprobándolas, o razonando su veto. Se quita los espejuelos, se frota los ojos, y vuelve a calzarse los cristales.

La madrugada<sup>i</sup> es fría, y parece<sup>k</sup> que hablan, y que dicen adiós, los leños de la chimenea.

«Apruebo con toda el alma la pensión a la viuda de Sheridan» «Lo que quieren con este proyecto de devolución del tributo directo a los Estados, es que desaparezca artificiosamente el sobrante,<sup>l</sup> cuando lo necesario es que desaparezca la fuente de él, que es el exceso de derechos de importación, que nos tiene sin comercio exterior, y con un levantamiento social a la puerta: ¡veto, aunque me coman a críticas, el proyecto de devolución!» Los gritos crecen: «¡En la sopa! ¡En la sopa!»<sup>m</sup> vociferan al pie de las ventanas los grupos: «¡Adiós,<sup>n</sup> Grover, dulce Grover!» Y se oyen las carcajadas, los gruñidos y los pitos. Bailan en el pórtico. Le<sup>n</sup> vienen a tocar en las ventanas. Se<sup>n</sup> quita los espejuelos, los pone sobre el papel, que restalla como si algo le temblara encima, y alza la cabeza. «¡Señor! ¡Señor!» dice el secretario, como levantándose de su asiento, y consolándole la pena. «¡Nada, amigo Lamont, nada! ¡Si esos hombres pueden ofenderme de ese modo, yo puedo sufrirlo!»

a. En LN, coma.

b. En LN, coma.

c. En LN: «extrenan».

d. En LN, coma.

e. En LN, no cierra comillas.

f. En LN: «la».

g. En LN, cierre de comillas.

h. En LN, se omite «la».

i. En LN: «encucuchilla».

j. En LN: «madrugá».

k. En LN: «parecen».

l. En LN, punto y coma.

ll. Se añade coma.

m. Se añade coma.

n. En LN: «Se».

ñ. En LN: «Le».

Y se vuelve a poner los espejuelos.

«Veto este proyecto que concede diez mil pesos del erario público para construir un puente donde no se sabe que haya río». «Veto esta pensión injusta al tío segundo de un soldado que no llegó a pelear en nuestras batallas». A las cuatro de la mañana se levantó de la mesa: «Lamont, hasta luego; estaré aquí a las ocho».

Ya a las ocho era Washington como una masa viva. Desde el amanecer se llenaban las calles; voceaban los vendedores de butifarras y café; pasaba a escape un edecán, envuelto en un pañuelo el sombrero de plumas; asomaban la cara, por entre las cortinas recogidas, las mujeres curiosas; los magnates salían a los cristales, en camisola y gorro de dormir; para ver pasar los bomberos, con su blusa colorada;—el séptimo regimiento de Nueva York, vestido de gris de perla,—la delegación de Marilandia, que trae al pecho como coraza, una piel de racún, del oso-mono,—<sup>a</sup> los republicanos de Indianápolis, de la ciudad de Harrison, con paraguas de los tres colores,—la gente de Omaha, detrás de una escoba gigantesca,<sup>b</sup> con el esparto verde, y el mango azul y rojo. Por la gran avenida no se puede cruzar, porque han corrido dos alambres a lo largo de las aceras, para que el gentío no se eche sobre la procesión. Pero la muchedumbre, con el agua corriéndole por el cuello, invade los peldaños en la avenida, vaga

alrededor<sup>c</sup> de los estrados vacíos, se ampara del viento helado bajo los paraguas relucientes, que brillan como conchas en el vaho húmedo, donde los edificios se dibujan, enormes y confusos, como monstruos. Estallan por el aire chocando y volando, las ráfagas de música.

*¡Mi Marilandia!* tocan los pífanos: *¡A través de Georgia!* toca, a la cabeza de los inválidos de la guerra, una banda de clarines y tambores: una banda de levita azul y casco negro toca: *¡América!* «¡Aquí, aquí, a comprarme estas salchichas, que en un día como éste todo pasa!» «¡Quién me compra estas ruelas, del tamaño de un peso, que son como la que tenía en su cuarto para hilar Martha Washington!» «¡El hombre, el hombre por un real, en este bastón de puño de plata pura, con su frente saltona y la barba que le llega al pecho!» «¡Lo que le quepa a Ud.<sup>d</sup> de pastel por diez centavos!» «¡Oh, no son más que las ocho!» dice un pobre ciego que cae rendido de fatiga: «no me saquen de aquí, no me toquen: aquí me quiero morir, pero he de ver antes al Presidente Harrison!»

—«¡Tres hurras por Cleveland!» grita en aquel gentío republicano un hombre de espaldas dobles, que les lleva a todos la cabeza. «¡Que le vamos a cobrar caro por los hurras!» dice un pitirre, asomando por debajo de la manga de su vecino: «¡Pues vengan a cobrármelos!» «¡Beaver, ese que va ahí es el general Beaver, con una pierna menos!»

«Ahí va preso un cochero que le cobró a una señora veinte pesos por un viaje.»

«Sí, Harrison visitó ayer a Cleveland, que lo recibió muy bien, y hablaron del tiempo.» «Y Cleveland le pagó a las cuatro la visita.» «¿Y hablaron...?» «¡Del tiempo!»

Y así van las aceras hinchándose, los estrados poblándose, la milicia entrando en filas, los fotógrafos sacando grupos, los negros ágiles llevando y trayendo a los forasteros ricos, o recibiendo capirotaños, o regando ocurrencias felices; los amigos en camarillas, con insignias al pecho, gordos los del Norte, flacos los del Sur; las actrices de campaña, con capuchones y sobretodos de goma.

Un pugilista, oliendo a violetas, pasea con el cigarro al sesgo, del brazo del elegante de Nueva York, de capa de esclavina y pantalones de sayuela: pasa en un coche un prohombre de Filadelfia, que dio diez mil pesos para la elección, y ya tiene a la cola un pretendiente por cada peso: sonriendo y apretando manos va, con el gozo en los ojos, el general Tracy<sup>e</sup> el rico abogado de Brooklyn, el nuevo Secretario de Marina: pasan otros sombríos, que son los candidatos desconsolados, y uno de ellos como si acabara de llorar,

a. En LN: «oso-monos»..

b. En LN: «gigantesca».

c. En LN: «al rededor».

d. En LN: «V» por «Ud.».

e. En LN: «Fracy».

con penas de niño en aquella barbazza blanca: otros, vinosos, van fuertes y alegres, porque «iestos, confunda Dios a los demócratas, estos, nos van a dar subvenciones para los vapores! ¡A Joe Chamberlin, muchachos, al buen champaña!»<sup>a</sup> Con los talones en la cintura, y el fusil como porra, corren, con el capote al viento, unos milicianos retrasados.

Un padre, con un hijo en cada hombro, habla con un veterano, sentado en el armazón de un farol: que él conoce a Harrison. El otro más, como que «peleó con el Presidente». Que su hijo, el que lleva al hombro derecho es más alto que Harrison: «¡A caballo es como se ven los hombres!» Que Harrison masca tabaco: «¡De Virginia!» Que Harrison tiene miedo de morir en la Casa Blanca.

«Como su abuelo, el pobre viejo, que no pudo lucir el felpudo más que seis semanas!» Que del Arlington, el hotel donde para Harrison, salieron graznando esta mañana tres cuervos:

«¡Para eso está el whisky, para hacerlo vivir!» Y perseguidos por la policía novicia, arremeten para abrirse paso, a culatazos y juramentos, los voluntarios de Pennsylvania, con sangre en los ojos, cayéndose de ebrios. Uno recoge la lluvia en el chacó, y quiere darle de beber a un campesino<sup>b</sup> de paraguas de algodón. Otro se vuelve de cara al cielo, porque «tiene mucha sed», y abre de par en par la boca. La avenida vocea, se

oyen clarines y caballería: la lluvia furiosa redobla en los tambores. Un caballero peripuesto salta de su cupé, y entra en el Arlington con tres ramos de rosas.

«¡Vitor!» «¡Hurra!» Se abren de pronto cien paraguas. Vienen las hijas del que va a ser Presidente. Vienen sus maridos, con los niños en brazos, los famosos «bebés del gobierno». Viene la esposa con un ramo en la mano y los ojos chispeantes. «¡Hurra otra vez!» «¡Dios lo guíe, general!» «¡Dios me bendiga a mi generalito!» dice una anciana negra, con la barba en las rodillas, que sale de pronto de entre los tricornos y los sables. Pálido, con el ansia en la cara, corto de piernas y recio de cintura arriba, viene, sin sonreír, Benjamín Harrison. «¡A Willard!» a encontrarse con el Presidente Cleveland, para ir juntos al Capitolio. Hubo error en la cita, y Harrison almorzó demasiado temprano, almorzó de pie, porque «¡no puede sentarse!» No: esperar no, aunque no sea la hora: ¡A la Casa Blanca!

En la Casa Blanca no aguardaban la visita para tan pronto, aunque ya olía a flor el Cuarto Azul, lleno de palmas y helechos, y ardían a toda luz las arañas de cristal; los criados, en silencio, iban y venían; la esposa, ya en traje de salir, estaba sentada, en su cuarto desnudo, más cerca de su madre que otras veces: se iban llevando, por la puerta del fondo, los cestos y baúles: de un cesto se cae, comi-

do del uso, un ejemplar de la Constitución: un paje negro da al cochero, para que lo lleve con cuidado, un vaso de lirios. Cleveland, firmaba, con su mano estudiosa, las últimas leyes, frente al retrato de cuerpo entero del abuelo de Harrison. «¡Ya están ahí? Voy en seguida, en seguida». Se levantó despacio, puestas las manos en aquella cartera que ha visto tanta labor: se cruzó bien sobre el pecho la levita: y a los criados que entraban en tropel les dijo adiós, adiós de amigo, cariñoso, y largo: «¡bien se puede hacer esperar a un Presidente para decir adiós a un buen criado!» ¡Al Capitolio, en ese landó abierto! A latigazos los saluda la lluvia, y entran, riendo, Harrison el primero, en el carruaje, lleno de pieles de castor. De los dos senadores que van con ellos, uno quiere abrir el paraguas y le rompe una varilla. «¡El paraguas, secretario!» Todos los sombreros se levantan a la vez, porque en la ventana, apoyada en el hombro de su madre, está la esposa de Cleveland, despidiéndolo con la sonrisa. Volvió a la ventana ya con el sombrero puesto, cuando iba lejos el carruaje. Y al arrancarse del pórtico su coche, llegaba, preguntando por los nietos del nuevo Presidente, una carretada de regalos.

a. En LN: «a la buena champaña».

Dos puntos y seguido, minúscula.

b. Errata en LN: «campecino».

c. En LN: «Cunarto».



Apenas se oye un susurro, como un suave abejeo, en la sala henchida de los senadores, donde sólo para que entren los Presidentes queda paso; resaltan en la masa negra, las caras rojas y las cabezas calvas; con un abanico de palma se orea el rostro impávido en el senador Ingalls, el de las calumnias, con su mata de canas revueltas, y sus ojos redondos detrás de los cristales: a la derecha de togas negras, están los magistrados de la Corte Suprema, con su jefe marcial el poeta Fuller: a la izquierda están los ministros extranjeros, el de Alemania, con tanto oro que no se le ve el paño, y su séquito de coraza y plumero; el de Siam,<sup>a</sup> con túnica de colorines, y gorro de pico; los chinos de amarillo y casquete de botón,<sup>b</sup> que es para grandes ceremonias; el turco con su fez; el del Japón, de casaca.

¿A quién aplauden? A Aníbal Haulin, que hizo de Vicepresidente con Lincoln, y entra a paso de joven, con su corbatín de seda, y su frac de faldones cuadrados. ¿Y ahora? A Blaine, blanco de todos los ojos, a quien unos se precipitan, y otros, el senador Edmunds, el senador Sherman, le vuelven la espalda. ¿Y ahora, a quién es? Al ujier<sup>c</sup> mayor, que entra con un puntero, para volver atrás las manos del reloj, porque la ley manda que el juramento sea a las doce,<sup>d</sup> y el ujier viene a echar el horario atrás, para que la ceremonia caiga en la hora.

Las galerías son las que aplauden, repletas de represen-

tantes, que a puño vivo han tenido que forzar el paso en la casa hermana, y de las esposas y amigas de los senadores. Allí está la de Harrison, con sombrero oro y negro y traje verde oscuro; su hija, de verde y blanco y una gorra luminosa; su nuera,<sup>e</sup> de rojo cardenal, con adorno de piel rusa; la mujer del Vicepresidente entrante con sus cinco bijas, de plata y verde claro. Allí tiene Blaine su esposa, y el hijo preferido, que le va a servir de secretario. Ingalls tiene a sus hijas que se ven en el padre y le leen y extractan con juicio, que es mucha ayuda para un hombre de debates.

Ni hermosura de nota ni dama política falta en la galería. «¿Por qué no habrá venido la de Cleveland?» «¡Pues<sup>f</sup> yo sé que esta mañana dispuso ella misma el *lunch*<sup>g</sup> para los de Harrison!» «¡Oh,<sup>h</sup> qué pieles; qué magníficas pieles trae la de Morton!» «¡Lai<sup>i</sup> gorra de ésa no le ha podido costar menos de cien pesos!» «¡Dei<sup>j</sup> veras que está hermoso el secretario alemán!»

Resuena el mallette, y hombres y mujeres se ponen de pie, porque entra Cleveland, del brazo de un senador, entre grandes aplausos; los demócratas lo hallan rozagante, y los republicanos,<sup>k</sup> enfermizo. El mallette llama otra vez, para recibir, de pie también, al Presidente electo:<sup>l</sup> al verlo llegar, del brazo del senador Hoar, los aplausos rompen: trae pálida la cara pero el paso firme: es pequeño, es famoso por su pequeñez, pero

parece alto por la ocasión, y porque mucho de la estatura está en los ojos con que se la mira. La nariz se le hunde hacia el entrecejo, del que arranca, con cierta forma de pera, la frente alta y como de globo: los ojos son claros y fríos, y lleva los labios apretados: la barba es larga, pero de hilos sueltos: se sienta al lado de Cleveland, que con lo que dice le hace reír: busca con los ojos, que se calman en cuanto los ve, a su mujer y a sus<sup>ll</sup> hijos.

Al tercer golpe del mallette, entra con otro senador, Levi Morton, el Vicepresidente banquero, hecho a pisar alfombras, muy peinado y lampiño, con el ojo risueño y los labios sin pulpa, que va al sitial como a lo suyo. Jura lo que le pide, con su voz oratoria, el elástico Ingalls, que da gracias al Senado, de quien recibió ayer cumplimientos por su buen modo de presidir, y declara extinto el Congreso quincuagésimo, y pone en mano del Vicepresidente el mallette. Morton saluda, con esas

a. En LN: «Cirea».

b. En LN, punto y coma.

c. En LN: siempre, «ugier».

d. Errata en LN: «doee».

e. Se añade coma.

f. En LN: «pues»

g. En LN: «lonche».

h. En LN, sin coma.

i. En LN: «la»

j. En LN: «de».

k. En LN, sin coma.

l. En LN: «presidente electo» entre comillas.

ll. Errata en LN: «su».



frases cortas y mal cosidas del que está habituado a pagarlas, y abre la sesión extraordinaria, convocada para que el poder cambie de manos. Miran a la puerta los concurrentes, buscando ya salida. La galería se echa los abrigos, como en la última escena de la pieza. Juran de cuatro en cuatro los senadores nuevos, menos un cuáquero, que promete.—La hora ha llegado, la hora de que el Presidente nuevo jure al pueblo, al pueblo apiñado, al pueblo que se aprieta alrededor<sup>a</sup> del Capitolio, como si fuera a levantarlo de raíz, que usará en beneficio de él la autotiridad que de él recibe. El Senado entero, con sus justicias de toga, con sus diplomáticos multicolores, con sus damas ilustres, va a la lluvia, que cae sin merced, al estrado desierto. Y cuando el cañón lo anuncia, cuando el gentío ve aparecer a su héroe, pudo creerse que la lluvia cesó, porque el tremendo vótor fue como un dosel que ondeaba y crecía, como si lo fuese tendiendo sobre la ciudad una tropa de águilas. Cesa el gran hurra, y a cada movimiento del que va a ser Presidente, cuando conversa un instante con el patriarca Haulin, que está allí con sus ochenta años, cuando desdeña de un gesto la bufanda que le ofrece un admirador ansioso, cuando adelanta hacia el justicia mayor, que le tiende la Biblia para que sobre ella jure gobernar por Dios y por el pueblo, cuando besa la Biblia con su beso úmido de protestante fer-

voroso, estallan de bajo aquel «océano de paraguas», «de la gente de afuera, a quienes no se puede desconsolar» rueda tras rueda de aplausos, como descarga de fusilería. Los pabellones cuelgan miseros, pegados por el agua a las columnas: las banderas se han vuelto gallardetes, y se lamen el asta; los senadores se asoman por el pórtico, con el cuello de los abrigos a las cejas y no osan ir hasta el grupo presidencial, como la esposa de Harrison, como la esposa de Morton, que van ligeras y alegres, como si el agua fuera sol. Las sillas son pozos y casi todos están de pie, los justicias, con toga y birrete: un japonés hurgando con la pluma del sombrero de gala el cuello de un general airado, que le encara el tricornio: las señoras, que quieren oír mejor: la hija mayor de Morton, con el brazo de su padre por el talle: un virginiano, de mostacho y chambergo, que va a saber «lo que Harrison dice de su Sur». Bebe Harrison lo que, para que parezca caldo, le traen en una taza honda: se calza los quevedos de aro de acero: y sin que de la muchedumbre, que se pierde a lo largo en la bruma, se oiga un grito de impaciencia, sin que ceda el lugar un hombre solo en el gentío aterido, lee a saltos el Presidente<sup>b</sup> su discurso inaugural, debajo del paraguas que le tiene abierto sobre la cabeza un hombre hermoso, subido en una silla.

Empieza reverente, para con Dios y para con el pueblo. «Cien años

hace hoy», dice con soberano y modesto júbilo, «que comenzó a fungir el Poder Ejecutivo de los Estados Unidos, que juró este puesto de Presidente Jorge Washington: ya celebramos, antes que todo poder, el centenario del Legislativo», en el que todos nacen; «nuestro segundo siglo no empezará de veras hasta que solemnicemos los cien años primeros del Poder Judicial» que a todos los corona. ¡Un territorio de hoy es mayor que cinco Estados de entonces! demos gracias a Dios por este auge; «porque nuestro pueblo está mejor vestido, come mejor y tiene mejores casas; porque tenemos más modos de enseñar, y enseñamos más que antes; porque los dulces oficios de la caridad han aumentado a la vez que las desdichas; porque la religión se multiplica y fortalece». Hay figuras, como ésta: «Lo que era hace un siglo el cuerpo de la nación ha venido a ser la fimbria rica de la túnica nacional»: ifrase para el Oeste! Hay ideas que pueden esculpirse.

«El único modo de defender la independencia de un país es que cada uno de sus hijos sepa hacerse independiente»: c ifrase contra los buscaempleos! Hay retóricas de novicio: «¿Continuarán las preocupaciones y la parálisis de la esclavitud colgando del manto del progreso?» No da

a. En LN: «al rededor».

b. En LN, coma.

c. En LN, se omiten los dos puntos.

vueltas, ni esconde la espada. Por debajo del chaleco se le ve el cinturón. Se vuelve a la derecha, y dice a los ricos: ¡ciudadado! Se vuelve a la izquierda, y dice «¡ciudadado!» a los pobres: «¡ciudadado!»: dice claramente su política extranjera. No venga el Sur a buscar en el Norte ayuda contra los negros, porque el que contrajo «obligaciones justas», la obligación de ser paciente con el hombre que envileció y abusó, no debe pedir que otro le pague las deudas por él, «ni tiene derecho a solicitar el amparo de la ley el que le niega el uso de la ley a los demás» frase de doble dentadura para los demás demócratas blancos del Sur, acusados de escamotear y sofocar el voto republicano del negro! A los monopolios, que piden protección oficial contra el obrero coligado, les huela los huesos con esta pregunta, admirable pregunta!: «Si las clases influyentes y educadas de una comunidad practican o favorecen la violación sistemática de las leyes que creen opuestas a su interés, ¿qué podrán esperar cuando las clases ignorantes aprendan la lección de que la conveniencia o el interés supuesto de una clase es causa suficiente para violar las leyes?» Es de oro todo ese párrafo; como el que aconseja que se mire bien la inmigración que viene al país, y «se atienda al carácter de las personas, antes de dar aun a los hombres de las mejores razas, el derecho de pesar sobre el erario o

turbar el orden social con la carta de ciudadanía»: «tan grandes son los derechos del ciudadano americano, y tan solemnes sus deberes, que antes de dar naturaleza<sup>a</sup> al extranjero, hemos de saber bien quién es, y estar seguros de que conoce y respeta los derechos que nos pide!» A Europa dice así: «Tenemos razón para esperar que la política americana en Europa», de no mezclarnos en la casa ajena,<sup>b</sup> «será la política europea en América»: «que ningún gobierno que nos sea amigo intente dominar el canal que acorte la distancia entre nuestros Estados del Atlántico y del Pacífico»: «que ningún gobierno europeo pretenda establecer en los países libres de América las colonias que por un sentido de justicia no pretende el gobierno americano». «Ni ofenderemos las banderas amigas, ni soportaremos que sea ofendida la nuestra, o los derechos de nuestros ciudadanos, en las tierras continentales, o en las islas del mar»: ¡frase para Alemania, por Samoa! «La bravura y habilidad de nuestros marinos ha dado muchas veces en nuestra historia extraordinario poder a barcos flojos y a piezas de poco alcance: que se lo volverían a dar, de eso no dudo, ¡pero no es justo exponerlos, por impremeditación o negligencia, a desigual combate!» «Y hemos de ayudar al establecimiento de nuevas líneas de vapores, porque mientras no las haya, el aumento de nuestro comercio con los

países que tenemos al sur es imposible» A los buscaempleos, lacra de la nación,—y peste de la vida, a la vez que fuente de poder, de los presidentes,—los trata así: «Los servicios honrados al partido no serán ciertamente vistos por mí como un obstáculo para pretender los empleos públicos»: y añade, ya con el miedo al cuello, porque en la misma puerta de su cuarto lo asaltó esta mañana un pretendiente: «Pero la inoportuna insistencia no será en mi administración el mejor modo de obtener empleos». Del Tesoro habla de este modo: «La prodigalidad, el descuido y el favoritismo en los gastos públicos son criminales: hay que reducir el sobrante, sin invertirlo en empresas innecesarias, ni quitar un átomo a nuestra tarifa prohibitiva, un artículo a la protección de nuestras industrias.» Y así adelanta el mensaje, viendo los males en su manifestación más que en las causas, opinando para los altos, y otorgando a los bajos sus derechos, más que reconociéndoselos. Cree en clases el Presidente: las ve en la vida, y las trata en su discurso: fomentarlas le parece menos peligroso que impedir las.

Del discurso lo saliente es esto:—el demócrata del Sur habrá de permitir que vote libremente el negro, el negro republicano: es necesario restringir la inmigración, que nos pone en

a. Errata en LN: «natuaaleza».

b. En LN: «agena».

peligro y nos trae ideas ajenas: ha de impedirse que se vendan las fabricaciones extranjeras en los Estados Unidos más baratas que las americanas, y de llevarse el comercio americano por el mundo; cuanto puesto permita la ley dar libremente se dará a los republicanos; auméntese la marina con tanta rapidez como permita la perfección del trabajo, y sépase que estamos dispuestos a poner nuestro pabellón donde pretenda ponerse otro. Le angustia lo que ve de su partido, y del partido opuesto, las enemistades mortales, los odios de mujer, los celos ciegos, que todo lo prefieren a la victoria del rival el interés frenético; y el general temeroso de la política asoma en esta frase: «¡Que aquellos que sabrían morir en el campo de batalla den prueba mejor de su patriotismo y gloria más alta a su país, promoviendo en su seno la fraternidad y la justicia!» El político asoma en esta.

«El triunfo de un partido por medios ilegítimos o prácticas revolucionarias<sup>a</sup> es funesto y transitorio, aun visto sin considerar más que el interés del partido.» Y el discurso acabó de esta manera, saludado por hurras, por una afectuosa sonrisa de Cleveland, por cien manos tendidas debajo de los paraguas que pugnaban por acercársele primero, por los sombreros que agitaba, al desbandarse,<sup>b</sup> la multitud ansiosa de tomar parte en la procesión, por las músicas y los cañonazos.—«No tiene pueblo alguno de la tierra un go-

bierno más digno de respeto y amor, ni dominios tan vastos y magníficos, ni tan bellos de ver, ni tan repletos de empresa y trabajo. Dios puso en la cabeza de nuestro pueblo una diadema, y a nuestros pies puso poder y fortuna que van más allá de la descripción, y más allá del cálculo. ¡Pero no hemos de olvidar que recibimos estos dones a condición de que la justicia y la misericordia tengan las riendas del poder, y de que a todo el pueblo le estén abiertas las avenidas de la esperanza!»

Por entre muros humanos, que no sabe la policía cómo sujetar con las espaldas, suben a los landós, con cuatro alazanes uno, y cuatro bayos el otro, Harrison y Cleveland, Morton y sus acompañantes. Los guardias de a caballo se echan a galope limpiando el paso. Aceras, ventanas, pretiles, todo está cubierto de hombres, de niños, de mujeres, que saludan con los paraguas y los pañuelos, con «¡Dios lo bendiga!», con los calañeses<sup>c</sup> rotos de los negros del Sur, con los hongos nuevos de los republicanos del Norte, con el vocerío continuo. Un hombre, colgado de una ventana por las dos manos, pide «¡tres hurras, tres hurras y el tigre!» Un pretendiente, que lleva el memorial en la manga del gabán, lucha, con algo de fiera, con la policía, que no le deja asirse del coche. Un sandwich, un poco más de caldo en la Casa Blanca, y Cleveland, en su cupé de hombre libre, va a comer con su

esposa a la residencia<sup>d</sup> mejor, que es la casa de un amigo: Harrison,<sup>e</sup> de sombrero de seda y sobretodo de pieles, sale con su séquito al estrado descubierto, a ver pasar, en tres horas de vendaval<sup>f</sup> y de vítores, los regimientos de línea, los «patriotas» que habían pedido su puesto, las milicias de los Estados, los cincuenta mil hombres que por su deseo y a su costo, o al de su partido político, han venido a dar realce, con la ingenuidad y el abandono del pueblo verdadero, del pueblo que yerra y acierta, del pueblo que puede y que ama, a un acto que levanta a cuantos lo presencian, en su propia estimación, por la que se concibe por el hombre. ¡No va sobre los estribos la caballería que pasa: el que la ve pasar es el que va sobre sus estribos! Pocos más que su misma familia rodean al Presidente: en el estrado fangoso, frío, con las hileras de sillas sin huéspedes, sin más grupo que el que quiere abrigar con su cuerpo al general ufano. Y con él su mujer, en traje como el suyo de paño yanqui;<sup>g</sup> su mujer y sus hijas, sentadas impacientes, o sirviéndole el té, sirviéndolo con sus manos a los generales. ¡Oh, la lluvia tenaz, que les azota la cara, que les traspasa el abrigo, que desluzca la gran procesión!

a. En LN, coma.

b. Se añade coma.

c. En LN: «calañés».

d. En LN: «presidencia».

e. Se añade coma.

f. En LN: «vendaval».

g. En LN: «yankee».



iBeaver<sup>a</sup> la manda, con su pierna de menos.<sup>b</sup> A los edecanes, con las plumas mustias, siguen las baterías. Aquel coronel saluda a Harrison con el muñón, y Harrison, como cuando pasan las banderas, se quita el sombrero. No son tantos los vivas que apaguen el ruido del agua que cae, del viento que silba y se enrosca en los pabellones, de los pies fatigosos que aplastan el fango. Los cientos, los miles, pasan con estandartes, águilas, oriflamas, barcos de flores. Ahora la milicia, con capa de ordenanza y marcha recia: enseguida los jóvenes, alegres y desordenados, con el paraguas cerrado bajo el brazo y los sombreros al corazón; o con un formidable mastín, de collar de bronce, que dice: «Protección!», o deteniéndose ante el estrado, para hacer el ejercicio de fusil con sus paraguas blancos, azules y rojos; o cantando sus tonos de colegio, con un gallo por escarapela, y una escoba al ojal. Los negros de Marilandia van de gabán claro. Los irlandeses de Jersey abren filas por el medio, se juntan por las cabezas, giran como la hélice, siguen marchando en cruz. Los «jóvenes» de Newark van de blanco y rojo, con casco de lanceros y espuelas de plata. Buffalo Bill se lleva los corazones, con su mekena flotante, montado a lo vaquero, de pañuelo al pecho y traje de cuero amarillo, en el caballo moro, redondo, pequeño, vivo, que regaló a Grant el sultán; el caballo corcovea,<sup>c</sup> muerde el

freno, se resiste, se arrodiña, y con el héroe aplaudido, arranca al galope. Luego va Jonathan, a la cabeza de su club, floreando una gran gorra, flaco y cetrino como un arenque, con el felpudo metido hasta los ojos, en los pómulos las puntas del cuello, a las corvas la cola del frac azul, el chaleco de estrellas muy a lo alto del cinto, los calzones con bolsa en las rodillas y escapándose del suelo, y las botas de lengua, agresivas, fruncidas, pontificales.—Ya lo que queda va pasando en la sombra.

A lo lejos, como por sobre un horno enorme, se ilumina con vago resplandor el cielo húmedo. Las tropas se dispersan. Los coches van y vienen. Cruzan los mensajeros a caballo, y se ve, al relámpago del farol, que llevan ramos de flores. Es que el colosal edificio de Pensiones, con sus tres hileras de anchas ventanas, y la chimenea que echa en las mismas nubes el vapor, y las ocho columnas que sostienen con la doble galería a los pies, la bóveda gigante,<sup>d</sup> abre a los diez mil concurrentes ansiosos, venidos de todas partes del país a ver la maravilla, su sala de bailar, que cubre un acre largo, llena de banderolas, escudos y laureles; su cuarto presidencial, que es una masa de palmas y de rosas; su música de cientos a cuyo compás danzan cuadrillas, alegres como en la nueva juventud, los senadores calvos; su comedor, sin más vino que leche pura, ni más champaña<sup>e</sup> que

el agua; su paseo triunfal del Presidente, con su esposa al brazo, vestida de sedas nacionales, por entre el gentío en que le abren paso a fuerza de hombros dos atletas, porque «no quiere el Presidente, para andar entre su pueblo, policía». Del techo, en listones miles, bajan a recogerse en torno a los escudos de los pueblos amigos, con un águila en el tope, los colores de la nación, que cubren los antepechos que flotan en mástiles sueltos, que lucen en un sitio de siemprevivas, que llevan los hombres a la solapa, en cintas de raso, y las mujeres al pecho en ramos de clavel blanco, rosas encarnadas y violetas. Y por encima de todo, sosteniendo la bóveda, las ocho columnas. A esa misma hora recogía sus enseres el dorador de Nueva York, que trabajó toda la noche, grabando en la puerta de cristal del despacho de Bangs, Tracy y Mac Veagh<sup>f</sup> un nombre nuevo: *Grover Cleveland, abogado*.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
16 de abril de 1889

[Mf. en CEM]

- a. En LN, abre signo de interrogación antes de esta palabra.
- b. Se añade la admiración.
- c. En LN: «corcovea».
- d. En LN: «gigante».
- e. En LN: «champagne».
- f. En LN: «Veagh».



# En los Estados Unidos

## El gabinete de Harrison

### Bocetos ministeriales

Nueva York,  
7 de marzo de 1889

Señor Director de  
*La Nación*

NI LAS FIESTAS locas, con bailes a caballo y noches como días con que los territorios están ya celebrando su ascenso a Estados; ni el retinto de Bonner, que debe la vida a la silla de montar, y en agradecimiento al animal generoso afina la raza, y levanta tipos que vende a cincuenta mil pesos; ni las noticias de los peloteros que andan jugando la pelota yanqui, con su cuadro de bases y sus dieciocho jugadores por el Trocadero, por el Coliseo, por las Pirámides; ni la pena de que el hijo de un anciano, del general encargado de las pensiones, haya estafado a la nación y al padre, que lo veía todo en la oficina por sus ojos; ni el solterón de Filadelfia, que murió sin testar, de

miedo que la firma le trajese la muerte, y regaló en vida, para escuelas y caridades, los millones de que jamás sacaba un peso para un sombrero nuevo, o para mudar el paraguas que llevó quince años; ni las ovaciones que acogen a Cleveland en su viaje a Nueva York, y la historia fidedigna, minuciosamente narrada en los periódicos, de su almuerzo en el hotel, copioso como a él le gusta; y su primera visita a la oficina, seguido de la muchedumbre; ni los azotes que en pleno día ha dado contra un poste una banda de enmascarados de Connecticut a un pícaro que se entretenía, cuando se lo pedía el *whisky*, en sacarle sangre a las espaldas de su mujer; ni novedad alguna, ya sea la del teatro, que es ciclo de Wagner, cantado en la escena oscura, con religioso efecto, ya la de los periodistas, que van a ir de ministros a Europa,—preocupan tanto como el nombramiento de los ocho Secretarios de la

Presidencia,—Blaine para Estado,—su amigo y socio Windom para el Tesoro,—Proctor, general y rico, para Guerra,—para Marina, Tracy, el general abogado,—Noble «el superlativo» de San Luis, el general «superlativo de medias de seda», para lo Interior,—Wanamaker, el tendero de genio, para Correos,—para Justicia Miller, el amigo del alma y compañero de trabajo del Presidente,—para Agricultura Jeremiah Rusk, general hacendado. ¡Pues no es de políticos de oficio, como quería el partido que fuese, el gabinete de este Presidente nuevo, amigo de la Iglesia, de los veteranos, y de los hombres naturales del Oeste, que es de donde son casi todos estos consejeros! Eso es lo primero que se ve, y el secreto de la elección de Harrison, y la derrota de todos los candidatos del Atlántico. De donde se produce la riqueza prima, con la energía de la vida verdadera: de donde en la batalla con lo

natural se cría el hombre sano y recio: de donde, con la victoria diaria sobre la fortuna, se fomenta el carácter intrépido y decisivo que de sí propio se alista en el partido republicano, que es el partido de la victoria, surgen las fuerzas mayores y dominantes que ya el Este mira con temor, puesto que no puede como antes vencerlas, ni presidirlas, sino tiene que ir «de fimbria rica», de provincia valiosa de la nación, como Harrison dijo en su discurso, y a pesar de amenazas y de ruegos, de banquetes de aviso entre los magnates del «Union League», de viajes en caterva a la casa presidencial, ni al favorito de los ricos de Nueva York consigue colocar, ni a su émulo el favorito de los «trabajadores» y muchachos, de los «patriotas» a cinco pesos por día, y ve caer en manos imparciales la única cartera que de las ocho toca a un neoyorquino. Por la preeminencia de Blaine, que era pago inevitable de la deuda del nombramiento, acusan al gabinete de peligroso los mismos republicanos, y creen que Windom ha entrado allí por ser su amigo, e ir con él al infierno o al cielo, como fue cuando los dos juntos eran Secretarios de Garfield. Wana-maker viene acusado de comprar el puesto con el medio millón que levantó entre sus compadres de Filadelfia para las elecciones.

Pero lo que se ve, midiendo y descontando, es que éste es un

gabinete de hombres elegidos por un jefe firme y sagaz, que cree en el mando y la representación, y escoge de contrapeso a los compañeros terribles que le impone la fortuna, de contrapeso a Blaine, aventurero y personal, un grupo de asesores que han de gustar al país, porque son gente de éxito, que es acá condición esencial para inspirar respeto, y a los veteranos, en quienes Harrison parece ver tanto una esperanza como una memoria, y a la Iglesia, a la Iglesia de levita y corbata blanca, que a Harrison le parece gobierno invisible, que ha de bendecir y guiar los gobiernos terrenos, y a aquella mayoría que vuelve los ojos descontenta de la pelea nauseabunda de los políticos, y ama al que sabe desembarazarse de ellos, y se encara contra los ambiciosos, del brazo de los honrados.

Sí, hay muchos generales en el gabinete, en lo que se ve también sinceridad, porque el general ha ido a buscar amigos entre los que conoció más de veras, en la fatiga de vencer, en los sustos de la cautela, en las tentaciones de la gloria; pero no son generales de oficio, de los que se ponen la nación como plato debajo de la barba, a comer de ella, o la tienen aterrada, con el sable al cuello, en cuanto les niegan el tributo, como el chulo de Madrid, a la querida; sino de aquellos que de la mesa de enseñar, del banco cómodo del legislador, del asiento pingüe del juez, salieron, con el patriotismo

y con el genio, a defender la patria en peligro, y cuando enviaron a los enemigos vencidos «a atender sus cosechas», se volvieron, ungidos y vigilantes, a la mesa, al asiento, al banco. ¿Qué mucho que se les suba el vino de la guerra a la frente gloriosa, en cuanto creen, con el miedo excesivo de los padres, que no está firme la Unión que crearon, que el Sur entero les mina el poder, que tiene razón el republicano que niega «el derecho de participar en el gobierno a la generación que pretendió echarlo abajo»?

Ese es otro color de este gabinete, y no es color de paz, como se nota en la ausencia absoluta en las fiestas inaugurales de las tropas y políticos del Sur, que hace cuatro años, cuando Cleveland, vinieron a gustar del pan y la sal bajo la bandera de los vencedores.

¡No ven los generales que el que insiste en la victoria, la compromete, y sólo el que la olvida la asegura! Otra condición de estos consejeros ha de gustar más, fuera de que son, con las excepciones que marca la crítica, gente de moderación en los cismas de su partido, y caballeros sin tacha; y es el ser gente que ha vencido en la vida, en lo que consiste acá la autoridad mayor; y personas como Wana-maker, que es el romance del gabinete, por donde se tendrá siempre segura la simpatía del país; que tiene bellacos que se burlan del genio, cuando no se emplea en pintar mosqueteros o

inflar odas, pero cuya masa cuerda celebra el empuje y la originalidad donde los ve, y aun la condición menor, como es menos la sal que las comidas, pero sin cuya sazón no se adelanta en el mundo, y es la astucia. La de Harrison se ve en la decisión con que, sin pararse en la novedad, ha puesto entre las aristocracias de su gabinete, esta aristocracia del trabajo, que es el grano de poesía sin la que la virtud misma no puede a veces regir a los pueblos. ¡La vida es novela!

A Blaine se le conoce más que a todos. A ímpetu y a desembarazo, y a poder político, ningún rival lo gana. Lleva la cabeza, ya se sabe, con aquella altivez con que la lleva desde niño, cuando a los nueve años repetía las «Vidas» de memoria; y era mimado en su casa, por padres y maestros, como príncipe. Su ambición, su resolución de servirla, su pasión constante, su gracia y destreza, su conocimiento íntimo de la vida pública, en que se anunció como maestro; su aplomo casi increíble en las horas amargas de la acusación, que ha hecho olvidar, pero que no ha podido desvanecer; su uso oportuno de las preocupaciones nacionales, que atiza y aprovecha; su fiera convicción de que llegó para él la hora del triunfo y para su patria la de la extensión y el dominio, le habrían acaso asegurado, con la firmeza de una admiración unánime y afectuosa, la supremacía que debe principalmente

a la intriga desbordada y a la habilidad, si fuera su inteligencia de esas caritativas, en quienes cabe, aun con el deseo insano del brillo, el gusto de alzar los demás a sí; pero es de los desdeñosos que permite a los demás vivir con tal que no le lleguen más arriba de la cintura. Los que le admiran hablan de su natural arrogancia, de su juicio rápido, de su enemistad inclemente, de sus debates memorables, cuando con una réplica súbita, y de persona casi siempre, abrumaba al oponente y entusiasmaba la Casa, que presidió con fuerza elegante, y más que con el mallet con sonrisas; siempre a su hora en el sitio, con un favor para cuantos se lo pedían, sobrado de tiempo siempre, porque era águila, y no buey, para el trabajo. Hablan los que le admiran de sus veinte años de caudillaje en su Estado nativo, donde viven un soplo los caudillos que aparecen; de sus veinte años de Congreso; y el libro, notable por su lucidez y su falta de grandeza, en que narra aquellas luchas en que comenzó él por las comisiones, sin levantarse a grandes temas ni discursos voluminosos, aquellos días ardientes de la fundación del Partido Republicano, en que se oponía, ya dueño de la palabra improvisada, a la conscripción forzosa cuando la guerra del Sur,—a la deuda perpetua en papel irredimible,—al soberbio derecho inglés, que cree que un inglés no puede dejar de serlo, y peca por traición cuando se am-

para de otra ciudadanía,—a la retirada de las tropas del Norte de las campañas electorales del Sur, que se quejaba de violencia en las urnas,—a que se incluyese en el decreto de amnistía a Jefferson Davis,—«el asesino abominable de los republicanos prisioneros en Andersonville!» Y los que no le admiran dicen que el fuego de aquel discurso: al que se le veía el estudio de atrás, no era el del patriotismo honesto, que perdona en vez de ensañarse, sino el del candidato que quiso encabezar la pasión pública, entonces mal extinta,—que no se ha de hablar tanto del desembarazo con que presidía, de la agilidad de su palabra, de su desenvoltura de seductor, de su brillantez suprema, sino de las tres acusaciones de soborno a que respondió—con bravura sólo comparable a su angustia, con pruebas incompletas, o negadas, de que no hubiese él recibido dineros, durante su presidencia, para favorecer, a cambio de acciones en el ferrocarril, los intereses ilegítimos de estas y aquellas compañías. Unos celebran, como prueba de su humanidad, su intervención apasionada en los asuntos del Perú, y otros ahogan la celebración con el proceso que le levantó Belmont, el millonario representante, en que quedó punto menos que probada la complicidad de la Secretaría de Estado,—de Treccott, el ministro agente,—y de los capitalistas que querían hacer del Perú, so capa de garantía, una como intendencia nortea-



mericana. Los amigos le celebran el proyecto de juntar en congreso a los pueblos de la otra América, y llevar de mano alta, a modo de Luis XIV, pero con artes de Richelieu, «las relaciones con las tierras débiles»: sus enemigos, que son lo más granado del pensamiento yanqui, censuran en público, y en privado mucho más, una empresa a la que acusan de llevar un espíritu menos cordial y respetuoso que su forma. Él oye de lado, con el ojo amarillo a medio levantar, y planes confesos, como el de obtener «el señorío indirecto del canal de Panamá», el de negar al Canadá la unión aduanera, para que tenga que caer en la anexión. Él conoce sus tiempos, que son de fuerza plena en su país, y de debilidad y descomposición en Europa: él ha visto de la otra América cosas que no debía ver, gente de rodilla caída y boca de súplica, que mueve más a verla con desdén que a respetarla: él une a su natural altivez la que en esta hora de salud se desborda de su pueblo. Y en lo interior, no tiene su partido personaje que se le oponga con fortuna ni que acepte su compañía sino a la fuerza, y aun negándole, fuera de la política, el saludo. Él lleva en la memoria cuanto han hecho, y en la adivinación cuanto pueden hacer, todos los que tiene enfrente, y en sus filis: él sabe cómo viven, qué amigos tienen, por dónde flaquean, qué quieren, por qué caminos se va a ellos; él recibe, a la misma hora

de jurar su puesto, una esquila blanca con un ramo de rosas.

Windom, el Secretario del Tesoro, viene al puesto por la amistad de Blaine, que es mayor desde que andan juntos en las empresas de ferrocarriles que, con los intereses que crean, con los pueblos que resucitan, con los empleos a la nobleza pobre y desocupada, van minando con diente seguro la lealtad a la idea muerta que, hasta que le trajo las lentejas el conquistador, fue culto entre la gente confederada de Virginia. Pero Windom no es hombre menor, sino tenido en estima por los que saben juzgar de los tesoreros nacionales, que son los barcos que pueden ser salvados con su prudencia, o muertos con sus teorías o cambios súbitos, y el público rentista, que no gusta de Secretario que le prive de pronto del interés firme del papel público. Windom juntó las deudas, cuando estuvo en el gabinete de Garfield, y con el ahorro moderado de la conversión, ganó el aplauso del país, que se ganaba ese tanto en los tributos, sin desagradar a los tenedores del papel, que son personas a quienes el Tesoro trata aquí con pinzas, porque «Wall Street» tiene fama de hablar de vez en cuando en las elecciones. Windom es abogado académico, de frente vasta y labios volubles: empezó de fiscal: llegó a representante: estuvo en la Casa diez años, en la Comisión de Dominios Públicos, en la de Gastos, en la de los Estados Rebeldes.

De senador lo llamó Garfield a su consejo. En Nueva York es persona de mucha pro, muy saludable y buscada: lo mismo que Tracy, el Secretario de Marina.

Tracy es de lo alto de Brooklyn, aunque allí no lo puso nadie, sino su fama de general, su asiduidad de abogado, su palabra pronta y comedida, sus hábitos caballerescos. Es de los de antes, que no se sienta cuando habla a una mujer. No se le imagina con el sombrero por las cejas, sino, como casi siempre se le ve, en teatros y tribunales, —con el sombrero en la mano. Su oratoria elegante suele, como cuando defendía a Beecher, mover a las lágrimas: iera de ver aquel duelo: el marido robusto que le pedía dinero a su bienhechor en pago de la honra de la esposa que le echó en brazos; el párroco infeliz, con las canas por los hombros, y los ojos fuera de las órbitas; el abogado piadoso e ilustre, con su mano pequeña, pidiendo justicia, y sus patillas blancas. Aquella mano había regido un buen caballo en la guerra, y organizado tres regimientos, y empujado un cañón en la noche bárbara, en la noche de los quince mil muertos de la batalla del «Wilderness».

Él creyó que lo llamaban para Secretario de Justicia, porque es caballero de ley, y gusta de provisos y considerandos; pero en los ajustes de gabinete quedó decidido que fuese la Marina su departamento, porque en él tienen mucho quehacer las industrias del Este, que



pusieron el hombro para esta elección, y hay puestos pingües con que contentar, sin lastimar la ley, a los «patriotas» de a cinco pesos, que en Nueva York son muchos, y andaban alarmados.

Proctor viene a Guerra con fama de general, que ganó, pelea a pelea, cuando le pareció, en la hora del honor, más ligera la espada que el libro. Sólo el campo, enérgico y libre, le pareció empleo propio del que acaba de servir a su patria. El respeto de aquel hombre alto y enfermo, con la barba al pecho y el labio raso, con un ojo que parecía oír antes de mirar, con el empuje de los hombres callados, le ganó pronto amigos firmes, y ayuda para ir subiendo, hasta que llegó a dueño de las grandes canteras de Vermont, a representante, a gobernador. Sabía mandar. Era honrado. Le crecía la riqueza. Y cuando el partido quiso arrebatar a Blaine, como le arrebató, la candidatura que tuvo como cierta, Proctor, que hoy se sienta con Blaine en el gabinete, fue el que le cerró primero el camino, el que por ningún candidato votó, con los de Vermont, en la convención, sino por su amigo Harrison.

En la caballería sirvió Noble, el Secretario de lo Interior, el que después de la guerra se ha señalado por igual en el amor con que la recuerda, y en la honradez con que rehusó valerse de la fama de ella para su beneficio. Cree él que las armas deben tenerse siempre donde se las pueda asir al primer toque; que

«el pecador castigado no es muy buen devoto»; que no se eleva un monumento hasta las nubes para ver en paz que le zapan las raíces. Cree que el que llevó las estrellas de la guerra no es general de veras hasta que con sus propias manos no se ponga en el hombro las estrellas del trabajo.

Él atacó, monte arriba, por aquellas piedras de Pea Ridge; él cayó sobre Vicksburg, que fue como ver nacer la victoria; él se quedó con su regimiento, de vela y capote, cuando lo quisieron poner de ayudante de general, con dorados y botas. Después de la guerra, desdénando empleos, se sentó a amasar oro, a su mesa de abogado. Ni ríe mucho ni sufre que le pongan la mano en el hombro. Tiene romántico el pelo, y la barba maciza. Ni en la vida ni en el traje le han hallado nunca manchas.

Gobernador y general también, y persona que atrae las miradas por su cara poderosa, es el Secretario de Agricultura, el bueno y el temido, el popular Jeremiah Rusk. Ese estudió a la vez, de noche en la casa, con su padre labriego, de día al sol y a la nieve, levantando maíz o buscando la vaca perdida, o conversando de libros y amores con Garfield, que era mozo de bote, e iba arriando el caballo, al paso de su amigo, por lo largo del canal. En la casa era poco el dinero, y allegaba Jeremiah cuanto era dable, hoy trabajando a jornal, mañana llevando la diligencia por aquellas selvas inse-

guras, lo que no es empleo ruin en estos campos donde baila en la sala la que sirve a la mesa, y se ve ordeñando su Jersey, y vendiendo los quesos de puerta en puerta, al consejero del pueblo, que predica cuando no hay cura, y enseña en el colegio matemáticas. Ya era alcaide de su condado cuando la guerra, y entró a pelear de mayor. No había que buscar su caballo, si era recio el encuentro, en las últimas filas.

Ni de vuelta a su casa vino con el hambre de otros, «¡que no es más que pereza!», y sólo se sacia con empleos; sino que con sus empresas libres fue ganando fortuna y estimación, hasta que no hubo para Wisconsin más gobernador que Jeremiah Rusk. «¡Sin esa barba blanca no sabemos qué hacernos!» Ganó fama cuando los anarquistas, porque dio orden a los milicianos de disparar sobre las turbas: otra vez había huelga, y no les mandó balas, sino cestas de panes. Hay mucho alemán en su Estado y lo celebran porque en tiempo de elecciones dijo sin miedo: «¡Yo bebo cerveza!»

Pero no es el mismo Rusk, sino Wanamaker, raso como un canónigo, peinado como un dependiente en día de fiesta, con los ojos grandes, benignos y astutos, el modelo de este hombre del Norte, que acaba de misionero el día que empezó de cajista y se levanta orador, y se hace seguir de las multitudes, y clava su nombre en todas las esquinas, y llama al mundo a

que venga a su tienda de ropas; y sale del cónclave de dignatarios del protestantismo, del tratado secreto con los pontífices de la política, de la mesa del cable donde estremece los mercados con sus órdenes, para ir a ver cómo adelanta la iglesia que le fabrica a su pastor; con los cipreses seculares que acaban de llegar por el ferrocarril, o a perorar a los ladrones, entre los que anda sin custodia, probándoles con chistes, con argumentos que les hacen caer el cigarro de los labios, con un peso piadoso dado a escondidas, que «es bueno amar a Dios»,—o a su tienda famosa, su tienda donde compra «toda la gente cristiana»; su tienda que vienen a ver

los forasteros como una maravilla del país, su tienda amplia, colosal, fresca, sonriente, con susurro de cintas y ventas de veinticinco millones, a ver si ya está a la firma la «cuenta de partes», porque da a sus dependientes una porción de sus ganancias cada año—o si los que han visitado la casa en el día son mil tres o mil cuatro,—o si está en punto de servirse al público la sopa. Cien pesos fue su primera ganancia, en unos trajes que tomó en contrata para la policía: y los gastó en un solo anuncio. Ese es el Secretario de Correos.

¿Y Miller, el de Justicia?

Así fue su nombramiento: «Vea, Miller: no me diga que no: ya sé lo que deja: ya sé que lo

quito de su casa: pero nosotros nos conocemos, nosotros hemos trabajado juntos, nosotros nos leemos el alma en los ojos; y cuando todo se vuelva contra mí, cuando los ambiciosos quieran llevarme por mal, cuando yo no sepa, en lo que me dicen, qué es verdad y qué es intriga, —Miller, iyo quiero tener un amigo a mi lado!».

José Martí

**La Nación,**  
Buenos Aires,  
17 de abril de 1889

[OC, t. 13, pp. 346-355]

229

# El centenario de Washington

Primera fiesta.-Inauguración de la «Exhibición de Retratos y Reliquias».-De lo que se habla en Nueva York.-Los provincianos.-La crónica del gran baile.-Cisma en la alta sociedad.-Los aristócratas de la sangre contra los aristócratas del dinero.- Despachos e injurias.-La exhibición.-La mascarilla de Washington.-Las espadas.-La espada de la inauguración.-La plata de mesa: cinceladuras y relieves.-Los autógrafos: Washington y Lafayette.- Los periódicos de aquella época.-El traje de seda con que Washington juró.-El traje de Martha Washington.-La vajilla de campaña y la de la Presidencia.-El baúl de la guerra.-Los retratos.- Hamilton y Franklin.-El Washington militar de Peale mejor que el Washington pomposo de Stuart.- Mrs. Cleveland.

New York,  
abril 18 de 1889

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

ESTA NOCHE ha comenzado el centenario suntuoso de la primera jura de Washington. De eso sólo se ocupa la ciudad. Ya no cabe en los hoteles la gente que llega. Las calles están llenas de campesinos endominados, de novias de aldea que se pasean por Broadway con

los guantes de bodas, de ancianas satisfechas, de esas de quitasol y ridículo, que sonríen a la multitud, para que les admiren el vestido escocés, o dorado y azul, o verdepino con adornos de plata. En las escuelas no se da clase, sino de patriotismo, y cada niño recita un arranque de Patrick Henry, el primer abogado de la guerra, o de Rutledge, el orador ardiente del Congreso filadelfiano, que el inglés Chatham proclamó el primer Congreso del mundo, o de Henry Clay, el que halló

bien que en los días de amargura los hombres amen a su patria hasta el sacrificio: a las niñas les enseñan versos de Emerson, de Lowell, de Whittier, en que se celebra «el cañonazo que dio la vuelta al mundo», «el aire que respiraron De Kalb y Sumter», «el suelo que nos dio este hombre imperial»; o cesa la enseñanza, y salen a la calle con los maestros a ensayar el paso con que han de ir estos soldados de mañana en la procesión a que le están levantando arcos más altos que la cruz de las iglesias. Se piensa en Roma cuando se pasea estos días por las calles principales, llenas de travesaños y virutas, de escaleras y puntales, de los estrados donde, a tanto por cabeza, van a ver la procesión el señorío y el pueblo. El señorío quiso hacer suya la fiesta, como cosa de herencia personal, y ocasión de lucir la sangre, que los que vienen de los próceres de la revolución crean tener más fina que los que han comprado libreas para sus lacayos con el dinero del comercio y los ferrocarriles. Ni de las procesiones siquiera se habla tanto como del baile que trae a capirotaos a toda la

gente linajuda, aunque una procesión va a ser de buques, como la que salió a recibir a Washington cuando vino a Nueva York a jurar la Presidencia, y en otra van a marchar juntos, como pocas veces se les vio, los federales azules, que celebran el centenario como la confirmación de su poder, y los confederados grises, que tienen a Washington por suyo propio, porque él fue la flor y la gloria del Estado materno, de la romántica Virginia: y la parada mayor será la cívica, la parada popular, con muchas maravillas, pasos y alegorías, y Washington y su mujer de cera en su coche, como cuando iban los domingos a la iglesia, o venían da bailar el minué en casa del embajador español, hombre de buenos vinos y espada de ceremonia, muy mentado por sus bailes de tono, en que se servían nueces, helados y manzanas.

Los eruditos y los curiosos son los que hablan de estas cosas, y saben si Washington delectaba bien el inglés en sus cartas sesudas, o si escribió o no con asesor lo que pasa por suyo, o si fue de verdad tan pomposo como lo pintan, y tan amigo del clarete y del Madera, o si amó o no fuera de casa. Los libreros dicen que no han vendido estos días más literatura de Washington, más «Vidas» de Irving o Hale, más «Escritos» de Sparks, más «Mount Vernon» de Lossing, que los que venden usualmente, que nunca son muchos.

De lo que no se cansan de hablar pobres y ricos es del baile famoso; de la fatiga de los linajudos porque el baile no se les fuera de las manos, y parase en cosa pública; de las escaleras que hay que subir, y los pesos que hay que pagar, para obtener de los ceñudos caballeros una papeleta de entrada, impresa en letras de oro, con el medallón del prohombre en el centro; de que por fin vendrán al baile los representantes y senadores del Estado de Nueva York, entre quienes resulta que anda un encubridor de bandoleros, que no hace malos discursos, y cobra barato a las cuadrillas de jugadores y asesinos; de que ha habido entre los «cuatrocientos», entre lo de arriba de la nata y lo fino de la flor, peleas mortales de hombres y mujeres, porque la junta no quiere dar puesto en el cotillón de honor a quien no venga en línea recta, sin escapadas ni menjurjes, de las familias que bailaron en casa del francés Moustier la contradanza célebre de la primera inauguración, cuando salió Washington de traje de terciopelo y sin espada, a hacer paso y cadena, al son de los violines, con aquella desdeñosa, aquella coqueta Sally Carry, que lo dejó cuando joven para casarse con un Lord Fairfax. Se cuchicheó mucho entonces, y ahora más; porque por mucho que estiran la genealogía los ricos, no les llega a cien años, o le quiebra una rama un tendero como As-tor, o un botero como Vander-

bilt, o un especiero como Peter Cooper, por lo que ha habido millonario despechado que está ya en viaje para sus castillos de Inglaterra, antes de morderse los labios en el baile, viendo desde su palco piruetear entre Adamses y Jays, entre Hamiltons y Fishes, entre Lewises y Gerrys, entre Morrisés y Kings, a «unas pobretas mal vestidas», con «pedrotes montados en plata», como si el venir de los fundadores de un pueblo fuera más mérito que el de aprovecharse de él para hacerse bañaderas de marfil, alcobas de ónix y comedores de oro.

Pero cuando, desde el mismo escritorio de caoba que usó Washington en sus tiempos de Presidente, declaró hoy un delegado del Corregidor de la ciudad, abiertas, con la «Exhibición de Retratos y Reliquias», las fiestas del centenario de la jura, no faltaba en los salones, en los cinco salones repletos, una cara conocida: allí las damas mentoras, que amparan beneficencias y dan banquetes; allí las herederas principales, con trajes de seda parda y talle suelto, como en los tiempos de «la hija adoptiva», la lindísima Nelly, a quien le compró Washington un clavicordio de mil pesos; allí, como mendigos de estas reinas, los pobres galanes, con franja en el pantalón y solapa de raso; allí los que se llevan el corazón con su cabeza blanca, con aquel modo de inclinarse ante las mujeres que ya se va olvidando, con aquellas corbatas de tres



vueltas y casacas de ala de pollo,—los viejos con su sonrisa de resucitados. De memoria conocen los viejos los retratos de Washington: los jóvenes pasan sin mirar, alisándose el capuz, tentándose el corsé, codeando.

Y no se sabe lo que ver primero. Hay trajes de la revolución, armas de las que vencieron al inglés Cornwallis, periódicos de la época en que contendían «Pacificus» y «Helvius», óleos y miniaturas, muebles y libros, loza y argentería. Junto a la mascarilla de Washington, donde se le ve el rostro noble y fuerte, ancho por los ojos, de boca reflexiva y nariz de poder, con el labio de arriba embebido, está un tocador donde se besan dos palomas, un cubierto de mango de piedra verde, un encaje del que se ponía el prohombre de puño, y la pierna de palo del embajador que encantó y aconsejó a París, de Gouverneur Morris. Todo el mundo quiere ver a la vez las espadas: la corta, de cabo de hierro, que llevaba Washington, el único oficial que quedó con caballo, en la derrota cuando la guerra india del Monongahela; la de puño de plata, de guarda hecha a cincel, con vaina blanca y cordón de plata pura, que cargaba al cinto cuando puso la mano en la Biblia de los masones, y prometió servir a su país como caballero honrado; la de puño de oro que le regaló Lafayette, fina y esbelta como su donante. Entre las espadas enseñan los pistoleros el cabo marroquí, y la chispa

mordida por las tenazas del gatlillo, que es toda una ferretería. Al lado están las platas de aquel tiempo, las cafeteras lisas, con mucho cuerpo del mango al pico, y el mango de ébano; las cestas cinceladas, para que se viera bien la fruta; los candelabros estriados, con su base de escalinata, y su capitel corintio; las salseras capaces, con el asa imitando una paloma; los jarros altos y delgados como columnas, con el ángel arrodillado ante la corona de la tapa, y los relieves de guerras y de Biblias.

¿Qué autógrafo se verá primero? ¿El de Lafayette, franco y firme, no sin sus adornos y vueltas, o el de Washington, que peca por la ortografía, sólido y preciso como su carácter, con muchos puntos y comas y guiones, de letra corrida y de tamaño común, que no cambia jamás, bien apunte las libras que adelanta a sus hijastros del dinero que les administra, bien escribía a su mujer que ha arrodillado a Inglaterra en Saratoga, y no tienen ya qué hacer las águilas republicanas?

¿A los periódicos se irá primero, o a los trajes? Los periódicos de entonces eran muchos, de tres o cuatro columnas, y más sustancia que páginas. Todo era el *Federal*, el *Americano*, el *Colombiano*. Había mentores, monitores, censores, anunciadores, crónicas, gacetas, centinelas, heraldos. Uno era *Argus*, otro *Estrella*, y otro *Paladín*. Allí se publicaba la historia de «Eugenio y Florinda», o «el largo y

detallado encuentro de nuestro buque Hampden con un barco de guerra inglés de las Antillas», o «pensamientos sobre la guerra», o cartas de polémica y consejo, con firmas bucólicas o romanas. Y al fin los anuncios, de un jardinero que vende semillas, de un tendero que acaba de traer sedas francesas y botones con el retrato de Franklin, de un librero que ofrece libros de salmos, de un buey y un negro que se han perdido, el buey, bermejo, y el negro, cojo. Aquí está el baúl de Washington, el baúl de campaña, no mayor que una maleta de ahora, de cuero claveteado, con la tapa de haldas. Esos son los platos de estafío de Su Excelencia, en los que daba de comer con mucha ceremonia a su familia de ayudantes, o a los marqueses del rey francés, a quienes asombraba aquel poner y quitar mesas, y servir la cena cuando estaban cascando las nueces del festín de por la tarde, donde todos comían como héroes, menos «el hombre más grande y virtuoso del mundo», que se contentaba con una sencillez, y su madera para los brindis, que eran de uso entonces,—unos cuatro o cinco brindis.

De los trajes, el más lujoso es el del munífico John Adams, caballero de peluca y bastón, y de chupa de terciopelo y chaleco enflorado: pero el que se viene a ver es el vestido de seda castaña que llevó Washington el día de la jura, y no estuvo mal, según cuentan, en aquel cuerpo

formidable, que tenía de las corvas a la coletilla la altura de una persona de buen tamaño: es de tapa el calzón, abotonado y abrochado a la rodilla: y el chaleco tiene sobre los bolsillos tres botones de seda, como en la hilera del pecho y en las bocamangas: allá, solitario, en un maniquí con el seno de papel, cuelga un traje de mujer, de la misma seda, el traje vacío de Martha Washington,—la de familia ilustre,—«era de Dwindidge»,—la que «nunca fue bonita»,—la celosa,—la viuda rica,—la que en los años de la guerra iba a vivir con su señor en el campamento cuando se aquietaba la campaña. ¡Entonces no era como cuando se comía en la vajilla de porcelana de lo mejor, con una orla de mirto y otra de laurel, y la «G. & M. W.» en medio del plato, en un cerco de rosas, y arriba un águila de oro, con las estrellas a la cabeza y los rayos a los pies! Debajo de un cristal están juntos un traje verde de mujer, de mangas muy floridas y una capa de miliciano.

Washington, Hamilton y Franklin se llevan los ojos en la galería de retratos. Ni Washington oscurece a Hamilton, el chiquitín isleño, el tesoro de la guerra y de la primera Presidencia, el que se sacó de la cabeza casi divina la república armada; el de los ojos azules como el mar de sus Antillas, de boca fina que va a romper a hablar, de frente alta por las cejas y echada muy atrás hacia el pelo de espaciosa entrada: la levita le hace plie-

gues sobre el pecho, como si sobrase lo de abajo: la cara fea resplandece con gracia de Apolo.

Franklin no quiso que lo vieran poco galán, y regaló él mismo su retrato al pastel, con los ojos azules y pómulos rosados de su carne sana: la frente se le levanta como en doble cúpula sobre ambas cejas, y tiene el ceño arrugado, como del mucho pensar: los ojos de párpados claros dicen: «no me mientas»: la boca es como de quien se ríe a sus horas y sabe callar, con el labio de abajo como burlándose del de arriba, y de los que se lo ven: el cabello gris, fino como seda, le cae por los hombros: es de un paño de perla el traje; y el abdomen voluminoso.

Washington está mejor, con su perfil aguileño, su nariz caída por la edad, su labio encogido, su barba firme, así cuando le saca a hurtadillas el retrato un curioso en la iglesia, que cuando se sienta con polvos y pompas a que le copien a la vez la cara presidencial tres pintores a quienes el respeto de su persona les hace temblar la mano. De muchos pintores se dejó retratar, y aun sacar en vida la mascarilla donde se le ve la magnanimidad y entereza. Él se retrató cuando volvía de su primera gloria, de haber ido sin guardia, por entre indios asesinos y guías traidores, a decirle al francés que echara atrás los fuertes que estaban plantando en tierra inglesa; cuando de guerra en guerra ganó la coronela, la mano

de la viuda y el respeto de sus americanos; cuando el arrebatado Patrick Henry declaraba que no había en el Congreso de Filadelfia, el que echó los cimientos de la nación, militar más apuesto ni consejero más sesudo, que aquel que años antes se quedó sin palabras con que responder, cuando el presidente de la Asamblea de Virginia le alabó en un discurso improvisado el valor: «¡A ése, dijo un jefe indio, lo creó el Padre del mundo para que pecase vivo por las balas!». «¡A ése, dijo un sacerdote inspirado, le ha permitido la Providencia salir salvo de manos de los indios para que preste algún inestimable servicio a su patria!»

Se retrató cuando vivía, ya coronel famoso, en su hacienda de Mount Vernon, cazando y sembrando, con mesa abierta y cuarto libre para los amigos del señorío; cuando supo los agravios de Boston contra los ingleses, y salió de su prudencia, con aquel fuego que guardaba él entre ceniza, para levantar a su costa dos mil hombres en defensa de la libertad americana; cuando peleó en tanta estrechez a la cabeza de las tropas, que quinientos pesos le hubieran parecido «la salvación», y un pan fresco, un festín; cuando, echado el inglés, vino entre arcos de flores a Nueva York a jurar su cargo de Presidente primero de la República, que rigió con mano de padre; pero sin quitarse los encajes ni el terciopelo: y acababa de retratarse cuando, llegada la hora

de morir, acaso por haberse detenido en la mañana lluviosa a acariciar a su caballo de guerra, se sentó en la cama, se compuso la ropa, cruzó los brazos sobre el pecho, y acabó sereno. Pero tal vez su retrato mejor es aquel de cara enjuta, sin bellezas postizas ni adulaciones del pincel, en que clava los ojos inquisidores en el que atenta a su respeto o le compromete su República; tal vez está mejor en el cuadro de Peale, de militar arrogante con cara traviesa, en traje mahón de casaca azul, con bota negra y acero desenvainado, entre heridos y pabellones, venciendo en Monmouth, que cuando Stuart lo pinta de Presidente después de la hora de tocador; cuando los dientes recién hechos le afeaban la encía, y los retoques de colorín le

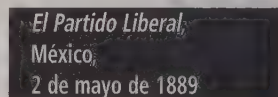
daban a la cara mortecina cierto aire de máscara

¡No es a ese anciano repintado y frío a quien Federico el Grande llamó el primer general del mundo! Ni el que en una reunión amenazadora de los militares descontentos del poder civil, les pidió permiso para leer con espejuelos el discurso en que les aconseja respetarlo: «se me han puesto los ojos débiles en el servicio de mi patria!». Pero no era la caja de espejuelos lo que se agolpaba a ver el gentío favorecido, el gentío rico e ilustre de esta primera noche de la exhibición, el gentío de caballeros y de damas: no era la Biblia sobre que juró: no era el tomo de máximas de Hale en que aprendió la virtud: no eran los platos de estaño: lo que se agolpaban a ver era la espada.

Pero de pronto se vuelven unánimes todas las cabezas. De reliquias, de retratos, de la argentería, de la vajilla, de todo se olvidan:—«¡Encantadora!». «¡Una reina!». «¡Oh, qué sencillez!». «¡Pero qué alta!». «¡Qué bien le está la frente desnuda!». «¡Nadie como ella pudiera llevar sin deslucirse ese traje de casimir amarillo!». «¡Traje suelto, y saya casi lisa!». «¿Quién la olvida que la ve sonreír y mirar una vez?». «¡Oh, qué delicada criatura!». «¡Oh, Mrs. Cleveland!».

Y pasa, graciosa como una niña, del brazo de un anciano.

José Martí



[OC, t. 13, pp. 502-508]

## 230

# Cómo se crea un pueblo nuevo en los Estados Unidos

Una ciudad de diez mil almas en seis horas.-  
Un incendio en Nueva York, y un domingo  
de Pascuas.-El paseo de los ricos.-El paseo de los  
negros.-Colonización súbita de las tierras libres.-  
La invasión de los colonos en Oklahoma.-Cuarenta  
mil colonos invaden Oklahoma a la vez.-La tierra de  
la leche y la miel.-El seminola Osseola.-Rivalidad de  
los ganaderos y los agricultores.-Vencen los  
agricultores.-La peregrinación y la entrada.-  
Miles de carros.-Cuadrillas de jinetes.-Los pueblos  
vecinos.-La noche en el camino.-Muertos.-  
Tempestad.-El domingo de las vísperas.-Cuadrillas  
de mujeres.-Mujeres solas.-Los veteranos.-  
El sacerdote improvisado.-El combate con los  
intrusos.-Ella Blackburne, la bonita.-La periodista,  
Nanitta Daisy.-La hora de la invasión.-Desborde  
por las cuatro fronteras.-Carros a escape y caballos  
en masa.-Pie a tierra y posesión.-El espectáculo  
magnífico.-Cómo se creó la ciudad.-La oficina  
de Registro.-El primer tren que llega.-Traición  
y desconsuelo.-¿Quién trazó la ciudad?-Tiendas,  
hoteles, anuncios.-El banco.-El primer periódico.-  
La primera elección.-La noche en el desierto.

Nueva York,  
25 de abril de 1889

Señor Director de  
*La Opinión Pública*

Montevideo

TODO LO OLVIDÓ Nueva York en un instante. ¿Muere el Administrador de Correos tanto de enfermedad como de pena, porque su propio Partido Republicano le quita el empleo que ganó palmo a palmo, desde la cachucha hasta la poltrona, para dárselo a un buscavotos de barba larga, que se pasa la vida convidando a cerveza y allegándose los padres de barrio? ¿Se niega el Ayuntamiento a extender las vías del ferrocarril aéreo, que afean la ciudad, y la tienen llena de humo y susto? ¿Se ha puesto de moda una corbata nacional, con los tres colores del pabellón, y con las puntas tiesas a los hombros? ¿Están las calles que no se puede andar por ellas, de tanta viga por tierra y



estrado a medio hacer, y el aire azul, blanco y rojo, y de calicó y muselina, porque las banderas del centenario no dejan ver el cielo? ¿Se pagan a diez pesos los asientos para ver pasar la procesión, a ciento cincuenta una ventana, a mil un palco en el teatro del gran baile? ¿Se ha trabajado el Viernes Santo como todos los demás días, sin que la santidad se viera más que en la hermosura primaveral, que se bebe en el aire, y les centellea a las mujeres en los ojos?

Todo lo olvida Nueva York en un instante. Un fuego digno del centenario consume los graneros del Ferrocarril Central. El río, inútil, corre a sus pies. Las bombas, vencidas, bufan, echan chispas. Seis manzanas arden, y las llamas negruzcas, carmesíes, amarillas, rojas, se muerden, se abrazan, se alzan en trombas y remolinos dentro de la cáscara de las paredes, como una tempestad en el sol. Por millas cunde la luz, y platea las torres de las iglesias, calca las sombras sobre el pavimento con limpieza de encaje, cae en la fachada de una escuela sobre el letrero que dice: «Niñas». Muda la multitud, la multitud de cincuenta mil espectadores, ve hervir el mar de fuego con emociones romanas. —De la refinería de manteca, con sus millares de barriles en el sótano, y sus tanques de vil aceite de algodón, sale el humo negro. Del granero mayor, que tocaba a las nubes, chorrean las llamas, derrúmbase mugien-

do el techo roído, cae el asbesto en ascuas, y el hierro en virutas, flamea, entre los cuatro muros, la manzana de fuego. De los muelles salta al río el petróleo encendido, que circunda al vapor que huye, seguido por las llamas. El atrevido que se acerca, del brazo de un bombero, no tiene oídos para los comentarios,—la imprudencia de permitir semejante foco de peligro en el corazón de la ciudad, la pérdida que llega a tres millones, la magnificencia del espectáculo, más bello que el del incendio de Chicago, la majestad del anfiteatro humano, con caras como de marfil, que lo contempla;—el susurro del fuego es lo que se oye, un susurro como de vendaval; y el corazón se aprieta con el dolor solemne del hombre ante lo que se destruye. Un monte está en ruinas, ya negras, con grietas centelleantes, de las que sale el humo en rizos. Otro monte está en llamas, y se tiende por sobre la ciudad un humo dorado. A la mañana siguiente contemplaba en silencio el cascajo encendido la muchedumbre tenebrosa que acude siempre a ver lo que perece,—mozos fétidos, con los labios manchados de tabaco; obreras jóvenes, vestidas de seda mugrienta y terciopelo; muchachos descalzos, con el gabán del padre; vagabundos de nariz negra, con el sombrero sin ala, y los zapatos sujetos con cordeles. Se abre paso el gerente de una compañía de seguros, con las manos quemadas.

De trajes vistosos era el río un día después y masa humana la Quinta Avenida, en el paseo de Domingo de Pascuas. El millonario se deja en calma pisar los talones por el tendero judío: leguas cubre la gente, que va toda de estreno, los hombres de corbata lila y clavel rojo, de gabán claro y sombrero que chispea, las mujeres con toda la gloria y pasamanería, vestidas con la chaqueta graciosa del Directorio, de botones como ruedas y adornos de Cachemira, cuando no de oro y plata. Perla y verde son los colores en boga, con gorros como de húsar, o sombreros a que sólo las conchas hacen falta, para ir bien con la capa peregrina. A la una se junta con el de las aceras, el gentío de seda y flores que cantaba los himnos en las iglesias protestantes, y oía en la catedral la misa de Cherubini.<sup>563</sup> Ya es ahogo el paseo, y los coches se llevan a las jóvenes desmayadas. Los vestidos cargados van levantando envidias, saludando a medias a los trajes lisos, ostentando su precio. Sobre los guantes llevan brazaletes, y a la cintura cadenas de plata, con muchos pomos y dijes. Se ve que va desapareciendo el ojo azul, y que el ojo hebreo invade. Abunda la mujer gruesa. Hay pocas altas.

Pero en la avenida de al lado es donde se alegra el corazón, en la Sexta Avenida: ¿qué importa que los galanes lleven un poco exagerada la elegancia, los botines de charol con polaina amarilla, los cuadros del panta-

lón como para jugar al ajedrez, el chaqué muy ceñido por la cintura y con las solapas como hojas de flor, y el guante sacando los dedos colorados por entre la solapa y el chaleco? ¿Qué importa que a sus mujeres les parezca poco toda la riqueza de la tienda, y carguen túnica morada sobre saya roja, o traje violeta y mantón negro y amarillo? Los padres de estos petimetres y maravillosos, de estos mozos que se dan con el sombrero en la cintura para saludar y de estas beldades de labios gruesos, de cara negra, de pelo lanudo, eran los que hace veinticinco años, con la contonada tinta en sangre y la piel cebreada por los latigazos, sembraban a la vez en la tierra el arroz y las lágrimas, y llenaban temblando los cestos de algodón. Miles de negros prósperos viven en los alrededores de la Sexta Avenida. Aman sin miedo; levantan familias y fortunas; debaten y publican; cambian su tipo físico con el cambio del alma: da gusto ver cómo saludan a sus viejos, cómo llevan los viejos la barba y la levita, con qué extremos de cortesía se despiden en las esquinas las enamoradas y los galanes: comentan el sermón de su pastor, los sucesos de la logia, las ganancias de sus abogados, el triunfo del estudiante negro, a quien acaba de dar primer premio la Escuela de Medicina: todos los sombreros se levantan a la vez, al aparecer un coche rico, para saludar a uno de sus médicos que pasa.

Y a esa misma hora, en las llanuras desiertas, los colonos ávidos de la tierra india, esperando el mediodía del lunes para invadir la nueva Canaán, la morada antigua del pobre seminola, el país de la leche y de la miel, limpian sus rifles, oran o alborotan, y no se oye en aquella frontera viva, sujeta sólo por la tropa vigilante, más que el grito de saludo del miserable que empieza a ser dueño, del especulador que ve espumas de oro, del pícaro que saca su ganancia del vicio y de la muerte. ¿Quién llegará primero? ¿Quién pondrá la primera estaca en los solares de la calle principal? ¿Quién tomará posesión con los tacones de su bota de los rincones fértiles? Leguas de carros; turbas de jinetes; descargas a cielo abierto; cantos y rogativas; tabernas y casas de poliandria; un ataúd, y detrás una mujer y un niño; por los cuatro confines rodean la tierra libre los colonos; se oye como un alarido: «¡Oklahoma! ¡Oklahoma!».

Ya campea por fin el blanco invasor en la tierra que se quedó como sin alma cuando murió en su traje de pelear y con el cuchillo sobre el pecho el que «no tuvo corazón para matar como a oso o como a lobo al blanco que como oso y lobo se le vino encima, con amistad en una mano, y una culebra en la otra», el Osseola del cinturón de cuentas y el gorro de tres plumas, que se los puso por su mano en la hora de morir, después de pintarse me-

dia cara de rojo y de desenvainar el cuchillo. Los seminolas vendieron la tierra al «Padre Grande» de Washington, para que la vinieran otros indios a vivir o negros libres. Ni indios ni negros la vivieron nunca, sino los ganaderos que tendían cercas por ella, como si la tierra fuese suya, y los colonos que la querían para sembrados y habitación, y no «para que engorden con oro puro esos reyes del mundo que tienen amigos en Washington». La sangre de las disputas corrió muchas veces donde había corrido antes la de las cacerías; desalojó la tropa federal a los intrusos ganaderos o colonos: al fin proclamó pública la tierra el Presidente y señaló el 22 de abril para su ocupación: ¡entren todos a la vez! ¡el que clave primero la estaca, ese posea el campo! ¡cientos sesenta acres por la ley al que primero llegue! Y después de diez años de fatiga, los ferrocarriles, los especuladores, los que quieren «crecer con el país», los que han hallado ingrata la tierra de Kansas o Kentucky, los que anhelan echar al fin el andar en la vida, para no tener que vivir en el carro ambulante, de miseria un día y de limosna otro, se han venido juntando en los alrededores de esta comarca en que muchos habían vivido ya, y levantado a escondidas crías y siembras, donde ya tenía escogida la ambición el mejor sitio para las ciudades, donde no había más huellas de hombre que las cenizas de las cabañas

de los pobladores intrusos, los rieles del ferrocarril, y la estación roja.

Se llenaron los pueblos solitarios de las cercanías; caballos y carretas comenzaron a subir de precio; caras bronceadas, de ojo turbio y dañino, aparecieron donde jamás se las vio antes; había juntas en la sombra, para jurarse ayuda, para jurar muerte al rival; por los cuatro confines fue bajando la gente, apretada, callada, con los caballos, con las carretas, con las tiendas, con el rifle al hombro y la mujer detrás, sobre el millón de acres libres que guardaba de los invasores la caballería. Sólo podían entrar en la comarca los delegados del Juez de Paz nombrado por el Presidente, o aquellos a quienes la tropa diera permiso: gente del ferrocarril para trabajos de la línea, un periodista para ir echando la planta de su imprenta, un posadero para tener preparado el lugar, o los empleados del Registro, adonde la muchedumbre ansiosa ha de inscribir por turno riguroso su intención de ocupar una sección de los terrenos libres. Pero dicen por las Cercanías que entran muchos delegados, que el ferrocarril está escondiendo gente en los matorrales, que la tropa ha dado permisos a posaderos que no tienen posada, que los ferrocarrileros se han entendido con la gente oficial, y no va a quedar en Guthrie, en la estación roja, una manzana sin amo cuando se abra la tierra a la hora de la ley.

Bajan de los caminos más remotos, pueblos de inmigrantes, en montones, en hileras, en cabalgatas, en nubes. De entre cuatro masas vivas, sin más valía que las ancas de la tropa montada, se levanta la tierra silenciosa, nueva, verde, con sus yerbales y sus cerros. Por entre las ancas miran ojos que arden. Así se ha poblado acá la soledad, y se ha levantado la maravilla de los Estados Unidos.

Y en los días cercanos al de la entrada libre, como cuando se muda una nación, eran campamento en marcha las leguas del contorno, sin miedo al sol ni a la noche, ni a la muerte, ni a la lluvia. De los bordes de la tierra famosa han ido echando sobre ella ferrocarriles, y se han erguido en sus fronteras poblaciones rivales, última estación de las caravanas que vienen de lejos; de las cuadrillas de jinetes que traen en los dientes la baraja, la pistola al disparar, y la bribona a la grupa; de las romerías de soldados licenciados, de campesinos, de viejos, de viudas.

Arkansas City ha arrancado los toldos de sus casas para hacer literas a los inmigrantes, tiene mellados los serruchos de tanto cortar bancos y mesas de primera hora, no encuentra leche que vender a las peregrinas que salen a buscarla del carro donde el marido cuida los enseres de la felicidad,—la tienda, la estufa, el arado, las estacas que han de decir que ellos llegaron primero, y nadie les toque su terruño; setenta y cinco vagones

tiene Arkansas City entre cercas para llevar a Guthrie el genúo que bulle en las calles, pide limosna, echa el licor por los ojos, hace compras para revender, calcula la ganancia en los cambios de mano de la tierra. En otra población, en Oklahoma City, se vende ya a dos pesos el acre que aún no se tiene, contando con que va por delante el jinete que lo ha de ocupar, el jinete ágil y asesino. En Purcell la noche es día, no hay hombre sin mujer, andan sueltos mil vaqueros tejanos, se oyen pistoletazos y carcajadas roncadas: ¡ah, si esos casadotes de las carretas se les ponen en el camino! ¡para el que tenga el mejor rifle ha de ser la mejor tierra! «Si me ponen un niño delante, Enriqueta, te lo traigo de bistec!» y duermen sobre sus náuseas.

Y van pasando, pasando para las fronteras, los pueblos en muda, los pueblos de carros. Se les cansa el caballo, y empujan la rueda. No puede el hombre solo, y la mujer se pone a la otra. Se le dobla la rodilla al animal, y el hijo hombrón, con el cinto lleno de cuchillos, lo acaricia y lo besa. Los días acaban, y no la romería. Ahora son mil veteranos sin mujeres, que van con carros buenos, «a buscar tierra». Cien hombres ahora, con un negro a la cabeza, que va a pie, solo. Ahora un grupo de jinetes alquilones, de bota y camisa azul, con cuatro revólveres a la cintura y en el arzón el rifle de Winchester, escupiendo en la divinidad y pasándose el



frasco. Por allí vienen cien más, y una mujer a caballo que los guía. Ahí pasa el carro de la pobre Dickinson, que trae dentro sus tres hijas, y dos rifles. Muchos carros llevan en el toldo este letrero: «Tierra o muerte». Uno, del que por todas partes salen botas, como de hombres tendidos en el interior, lleva éste: «Hay muchos imbéciles como nosotros».

Va cubierta de polvo, con azadas al hombro, una cuadrilla que obedece a un hombre alto y chupado, que está en todas partes a la vez, y anda a saltos y a voces, con el sombrero a la nuca, tres pelos en la barba y dos llamas en los ojos, sin color seguro la blusa, y los calzones hechos de una bandera americana, metidos en las botas. Otros vienen a escape, con dos muertos en el arzón, dos hermanos que se han matado a cuchilladas, en disputa sobre quién tenía mejor derecho al «título» que han escogido ya, «donde nadie lo sabe». Allá baja la gran romería, la de los «colonos viejos» que se han estado metiendo por el país estos diez años, y traen por jefe al que les sacó en Washington la ley, con su voz de capitán, sus espaldas de mundo, y sus seis pies de alto: la tropa marcha delante, porque son mil, decididos a sacar de la garganta a quien se les oponga, la tierra que miran como suya, adonde han vuelto cuando los echó la caballería, adonde tienen ya clavadas las estacas. Se cierra de pronto el cielo, la lluvia cae a

torrentes, el vendaval vuelca los carros y les arranca los toldos, los caballos espantados echan a los jinetes por tierra. Cuando el temporal se serena, pasa un hotel entero, de tiendas y sillas plegadizas; pasa la prensa para el periódico; pasa un carro, cargado de ataúdes.

¡Un día nada más, ya sólo un día falta! De Purcell y de Arkansas llegan noticias de la mala gente; de que un vaquero amaneció clavado con un cuchillo a la mesa de la taberna; de que se venden a precios locos los *ponies* de correr; para la hora de la entrada; de que son muchas las ligas de los especuladores con los pícaros, o de los pícaros entre sí, para defender juntos la tierra que les quiten a los que lleguen primero, que no tendrán más defensa que la que quepa en una canana; de que unos treinta intrusos vadearon el río, se entraron por el bosque, se rindieron, uno sin brazo, otro sin quijada, otros arrastrándose con el vientre roto, al escuadrón que fue a echarlos de su parapeito, donde salió con el pañuelo de paz un mozo al que no se le veía de la sangre, la cara. Pero los caballos pastan tranquilos por esta parte de la frontera, donde está lo mejor de la invasión y la gente anda en grupos de domingo, grupos de millas, grupos de leguas, por donde un anciano de barba como leche, llama con un cencerro a los oficios, desde la caja de jabón de que ha hecho púlpito; o donde los veteranos cuentan cómo ayer,

al ver la tierra, se echaron a llorar y se abrazaron, y cantaron, y dispararon sus rifles; o en el corro que oye en cucullas, con la barba en las palmas, lo que les dice la negra vieja, la tía Cloc, que ya tuvo gallinas y perro en Oklahoma, antes de que los soldados la echaran, y ahora vuelve a aquel «país del Señor, a ver si encuentra sus gallinas o en el corro de mujeres, que han venido solas, como los hombres, a «tomar tierra» para sí, o a especular con las que compren a otros, como Polly Young, la viuda bonita, que lo hizo ya en Kansas, o a repartirse en compañía las que, ayudándose del caballo y del rifle, logren alcanzar, como las nueve juramentadas de Kentucky; o a vivir en su monte, como Nellie Bruce, que se quedó sola con sus pollos entre los árboles, cuando le echaron al padre los soldados, y le quemaron la casa que el padre le hizo para que enseñara escuela; o a ver quién le ha quitado «la bandera que dejó allí con un letrero que dice: Esto es de Nanitta Daisy, que sabe latín, y tiene dos medallas como tiradora de rifle: ¡cuidado!» Y cuando Nanitta saca las medallas, monta en pelo sin freno ni jáquima, se baja por la cabeza lo mismo que por la grupa, enseña su revólver de cabo de marfil, recuerda cuando le dio las bofetadas al juez que le quiso dar un beso, cuenta de cuando fue maestra, candidato al puesto de bibliotecario de Kansas, y periodista en Washington, óyense



a la vez, por un recodo del camino, un chasquido de látigo y una voz fina y virgen: «¡Ehoe! ¡Hurra!». «¡Aquí venimos nosotros, con túnica de calicó y gorro de teja!». «¡Ehoe! ¡Hurra!». «¡Tommy Barny se llevó a la mujer de Judas Silo!». «¡Aquí está Ella Blackburne, la bonita, sin más hombre que estos dos de gatillo y cañón, y sus tres hermanas!»

Y a las doce, al otro día, todo el mundo en pie, todo el mundo en silencio, cuarenta mil seres humanos en silencio. Los de a caballo, tendidos sobre el cuello. Los de carro, de pie en el pescante, cogidas las riendas. Los de animales infelices, atrás, para que no los atropellen. Se oye el latigazo con que el caballo espanta la mariposa que le molesta. Suenan el clarín, se pliega la caballería, y por los cuatro confines a la vez se derrama, estribo a estribo, rueda a rueda, sin injuriarse, sin hablarse, con los ojos fijos en el cielo seco, aquel torrente de hombres. Por Tejas, los jinetes desbocados, disparando los rifles, de pie sobre los estribos, vitoreando con frenesí, azotando el caballo con los sombreros. De enfrente los *ponies*, los *ponies* de Purcell, pegados anca a anca, sin ceder uno el puesto, sin sacarse una cabeza. De Kansas, a escape, los carros poderosos, rebotados y tronando, mordiéndole la cola a los jinetes. Páranse, desuncen los caballos, dejan el carro con la mujer, ensillan, y de un salto le sacan a los jinetes la delantera. Riéganse por el valle.

Se pierden detrás de los cerros, reaparecen, se vuelven a perder, echan pie a tierra tres a un tiempo sobre el mismo acre, y se encaran, con muerte en los ojos. Otro enfrena de súbito su animal, se apea, y clava en el suelo su cuchillo. Los carros van parándose, y vaciando en la pradera, donde el padre pone las estacas, la carga escondida, la mujer y los hijos. No bajan, se descuelgan. Se revuelcan los hijos en el yerbal, los caballos relinchan y enroscan la cola, la madre da voces de un lado para otro, con los brazos en alto. No se quiere ir de un acre el que vino después; y el rival le descarga en la cara el fusil, sigue estacando, da con el pie al muerto que cae en la línea. No se ven los de a caballo, dispersos por el horizonte. Sigue entrando el torrente.

En Guthrie está la estación del ferrocarril, las tiendas de la tropa, la Oficina de Registro, con la bandera en el tope. Guthrie va a ser la ciudad principal. A Guthrie va todo Arkansas y todo Purcell. Los hombres, como adementados, se echaron sobre los vagones, se disputaron puestos a puñetazos y mordidas, tiraban las mochilas y maletas para llegar primero, hicieron en el tedio el viaje. Sale entre vítores el primer tren: y el carro primero es el de los periódicos. Pocos hablan. Los ojos crecen. Pasa un venado, y los del tren lo acribillan a tiros. «En Oklahoma!» dice una voz, y salen a la plata-forma a disparar, disparan por las ventanillas, descargan las

pistolas a sus pies, vociferan, de pie en los asientos.

Llegan: se echan por las ventanas: ruedan unos sobre los otros: caen juntos hombres y mujeres: ¡a la oficina, a tomar turno! ¡al campo, a tomar posesión! Pero los primeros en llegar hallan con asombro la ciudad medida, trazada, ocupada, cien inscripciones en la oficina, hombres que desbrozan la tierra, con el rifle a la espalda y el puñal al cinto. Corre el grito de traición. ¡La tropa ha engañado! ¡La tropa ha permitido que se escondiesen sus amigos en los matorrales! ¡Estos son los delegados del juez, que no pueden tomar tierra, y la han tomado! «De debajo de la tierra empezó a salir la gente a las doce en punto», dicen en la oficina. ¡A lo que queda! ¡Unos traen un letreiro que dice: «Banco de Guthrie», y lo clavan a dos millas de la estación, cuando venían a clavarlo enfrente. Otro se echa de bruces sobre un lote, para ocuparlo con mejor derecho que el que sólo está de pie sobre él. Uno vende en cinco pesos un lote de esquina. ¿Pero cómo, en veinticinco minutos, hay esquinas, hay avenidas, hay calles, hay plazas? Se susurra, se sabe: hubo traición. Los favorecidos, los del matorral, los que «salieron de debajo de la tierra», los que entraron so capa de delegados del juez y empleados del ferrocarril, celebraron su junta a las diez, cuando no había por la ley tierra donde juntarse, y demarcaron la ciudad, trazaron

las calles y solares, se repartieron las primicias de los lotes, cubrieron a las dos en punto el libro de Registros con sus inscripciones privilegiadas. Los abogados de levita y revólver, andan solicitando pleitos. «¿Para qué, para que se queden los abogados con la tierra?»

Los banqueros van ofreciendo anticipos a los ocupantes con hipoteca de su posesión. Vienen los de la pradera, en el caballo que se cae de rodillas, a declarar su título. En hilera, de dos en dos, se apiñan a la puerta los que se inscriben, antes de salir, para que conste su demanda y sea suya una de las secciones libres. Ese es un modo de obtener la tierra, y otro, el más seguro y expuesto, es ocuparla, dar

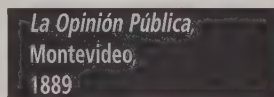
prenda de ocupación, estacar, desbrozar, cercar, plantar el carro y la tienda. «¡Al banco de Oklahoma!» dice en una tienda grande. «¡Al primer hotel de Guthrie!» «¡Aquí se venden rifles!» «¡Agua, a real el vaso!» «¡Pan, a peso la libra!» Tiendas por todas partes, con banderolas, con letreros, con mesas de jugar, con banjos y violines a la puerta. «¡El *Herald de Oklahoma* con la cita para las elecciones del Ayuntamiento!» A las cuatro es la junta, y asisten diez mil hombres. A las cinco, el *Herald de Oklahoma* da un alcance, con la lista de los electos.

Pasean por la multitud los hombres-anuncios, con nombres de carpinteros, de ferreteros, de agrimensores a la espal-

da. En el piso no se ve la tierra, de las tarjetas de anuncios. Cuando cierra la noche, la estación roja del ferrocarril es una ciudad viva. Cuarenta mil criaturas duermen en el desierto. Un rumor, como de oleaje, viene de la pradera.

Las sombras negras de los que pasan se dibujan, al resplandor de los fuegos, en las tiendas. En la oficina de registrar, no se apaga la luz. Resuena toda la noche el golpe del martillo.

José Martí



[OC, t. 12, pp. 201-212]

231

# El centenario americano

Washington y la Constitución.-La mano del héroe.-  
En la paz y en la guerra.-¡Aquellos tiempos, aquellos  
hombres!-El principio de la fiesta.

Nueva York,  
mayo 11 de 1889

Señor Director de  
*La Nación*

**S**ALEN LAS MANOS como consagradas de revolver las páginas viejas, donde están, como con su voz y sus vestidos de paño y encaje, los hombres que se pusieron por columnas, sin temer el peso ni contar la fatiga, a la casa más amplia que se ha sabido labrar aún el decoro humano. Quedan ante ellos como enanas y sin sentido, como procesiones de anca y luminarias de feria, las fiestas con que Nueva York ha celebrado el primer centenario de su obra, los arcos de triunfo, las paradas marciales, el baile desordenado, el gentío ejemplar, el banquete magnífico, la oración fulminea y profética del obispo de los protestantes en el templo, rodeado de hue-

sos de héroes, donde después de jurar la Presidencia vino a postrarse ante el padre Benigno, temblando de miedo, aquel ante quien a menudo temblaban los hombres, y pedía perdón al ofendido con la misma mano colosal donde se aplastaron las balas del indio, tropezó el caballo triunfante del inglés, y saltó en pedazos la corona que quiso darle su tropa descontenta; aquella mano de Washington, «que era una curiosidad», tan grande que le tenían que hacer el guante a la medida, torpe en los versos de amor, cuando en las penas del desdén de Betsy pide al sueño refugio contra sus inveterados enemigos, y más firme y certera que mano alguna de hombre cuando guía en salvo a su patria naciente por entre los celos del mundo y las propias pasiones; aquella mano huesuda de jinete de más de seis pies, que aprendió, domando todos los caballos

del contorno, a sujetar sus iras, y dominó con el desinterés, en la hora revuelta de la constitución del país, las envidias locales que se habían comido, con dientes de fiera, el lazo flojo que ligó a los trece Estados, y los ímpetus despóticos con que quiere encadenar la libertad la tropa que había ayudado a conquistarla. Para Washington ha sido, al cabo de un siglo, la apoteosis destinada a la Constitución que ató con más firmeza a los trece Estados deshechos, y dio un gobierno equitativo y fuerte a las colonias celosas, cuya ruina acechaban, con el veneno en la sonrisa, los pueblos tiránicos donde se erguía ya, mirando a América, el hombre oprimido. Por Washington llegó a su término la guerra con toda la fuerza de la ley, sin que la milicia, sólo enfrenada por aquella mano, se echase sobre el Congreso flaco y mandarín, que pagaba los sueldos con reprimendas y decretos, y andaba con la silla al hombro, sin que los Estados reunidos en él le reconocieran más que una autoridad aparente, que hiciese de gobierno ante el mundo, sin cobrarles tributos, ni mermarles en un

ápice la autoridad local, que cada Estado ponía por sobre la de la República, a que no querían dar ente ni fuerza. Por Washington volvió a sus faenas de hombre trabajador el ejército colérico y clamoroso que aprendió en él a deponer ante la ley la espada que pudo emplear en asesinarla. Por Washington llegaron a juntarse en la Convención de Filadelfia los representantes encargados de imaginar una nueva manera de gobierno en que el pueblo quedase como uno según lo quiso y dijo la Declaración de Independencia, sin que perdiesen los Estados aquella soberanía, ya a medio desmoronar, que siempre defendieron con frenesí, ni delegasen de ella más que lo indispensable para no caer en nueva esclavitud. Por Washington, que sabía balbucear, se salvó en la hora sublime en que dijo sus frases de padre, el proyecto de Constitución que la furia de los convencionales tenía ya echado abajo. Por Washington, que juntó sobre su corazón a los partidos hostiles, salió triunfante de sus primeras pruebas la Constitución, que sólo a regañadientes aprobaban los Estados recelosos. «Por eso la aprobamos, como experimento, porque el Presidente va a ser Washington.» Entre cañones y campanas nació por fin el Congreso que mandó a Thomson a sacar de su paz de Mount Vernon al que vino a Nueva York a jurar en la Biblia ser

buen Presidente, por entre arcos de laurel y sobre hojas de rosa. Le sacaban los hijos, a que los bendijese con la mirada. Le escondían en un arco al niño que le puso al pasar una corona en la frente. Salían a recibirlo con pompa marcial, y con coros de vírgenes. En la punta de Elizabeth se embarcó para Nueva York, toda llena de júbilo y banderas, en un bote donde iban de remeros trece capitanes. A media bahía vino cantándole una oda una barca enflorada. Se le fueron detrás, cañoneando y vitoreando, las carboneras ponderosas, las barcas de tres velas, las corbetas galanas. El aire era oro, un grito la bahía, las caras rosas.

Él iba «como un reo va al suplicio, pensando en la amargura de la vuelta, si no le da buen éxito tanta fatiga y deseo de hacer bien». Las tortugas seguían el bote, sacando la cabeza, como para ver «la razón de aquella felicidad». ¡Al cabo de cien años, la milicia que formó para celebrar la Constitución, era en número doble que la ciudad toda que vio las fiestas de la primera jura, cuando el que había vencido al inglés, no pudo, al sentir sobre sus hombros la nación, vencer sus propias lágrimas. Y por espontáneo acuerdo declara la ciudad que debe levantarse, en memoria de este primer siglo, un arco de mármol.—«¡Temed, dijo el obispo, que de tanto adorar la riqueza, y de comerciar con la políti-

ca, seamos de aquí a un siglo más un pueblo de gusanos!

«¿De qué está hecho el hombre, Dios bondadoso, que al día siguiente de derramar su sangre por el gobierno en que vive, por un gobierno que él mismo imagina y establece, se dispone a desenvainar el acero para volverlo?» Así exclamaba Washington, poco después del día famoso en que devolvió su espada vencedora al Congreso, en carta a aquel Humphreys que tenía a su jefe por persona más divina que humana, y lo puso en trabajos cuando lo sirvió luego de edecán en la Presidencia, porque al pueblo no le parecía bien que diera el coronel tantas voces, como si viniera Dios mismo, cuando pedía paso para la carroza de color de crema con lindas pinturas en que iba Washington a sus paseos, o a un té de señoras, con las que usó siempre cortesía que llegó a parecer mucha, por buenas razones, a su austera esposa, o al teatro, donde lo recibió siempre con vítores aquel pueblo que lo quería tan bien que ni al cocinero Hércules dejaba pasar sin saludarlo con cariño, cuando iba a la plaza a ver si le traía el primer lenguado al amo, sin que él lo supiera, porque no quería su excelencia dar en su mesa ejemplo de lujo, sino de un buen comer, con moderada abundancia, y un Madera de bríos, con que brindar cinco veces a lo menos por «todos nuestros amigos», que era en aquellos tiem-



pos de brindis el que él prefería: aunque cuando escribió la carta a Humphreys no era ése el brindis en boga, sino el que pedía «un aro para el barril», o fuerza para el gobierno, sólo que los militares querían ser el aro y Washington quería que fuese un gobierno civil, acordado en vista de la necesidad por toda la nación.

Porque con los míseros artículos de la Confederación, que habían provocado por su impotencia y desorden la cólera y atrevimiento de los militares, era el país una batalla de Estados, que no querían obedecer las leyes del Congreso, ni tomar su papel como moneda, ni autorizarlo a levantar con impuestos el dinero necesario para los gastos federales, para pagar los atrasos de la tropa, que se había ido a sus casas sin paga, para devolver a Francia los millones que adelantó a la Confederación por mano del poeta Beaumarchais.<sup>564</sup> A boca de fusil obligaba un Estado a su legislatura a derogar el acuerdo que aceptaba como moneda el papel federal. Los Estados no pagaban las cuotas atrasadas a la Confederación. Los campesinos se resistían a pagar al Congreso por cabeza doscientos pesos, que era más de lo que ganaban al año. Se imponían los Estados contribuciones entre sí, se iban a las armas por cuestión de límites, se cobraban portazgo, derechos de entrada, tonelaje. El Sur, por celos del Este, daba su carga a los buques ingleses, a los

buques enemigos, antes que a los de la Confederación. Ni el tratado de paz con Inglaterra podía cumplir el Congreso ni rescatar a sus ciudadanos cautivos de los piratas de Argel, ni levantar en toda Europa más de unos trescientos mil pesos. Estado había en que el *whisky* servía de moneda, y en otro el puerco salado. Ya seguían a balazos por las calles al juez federal— celebraban congresos rebeldes, se alzaban contra el Congreso en armas. Washington, que se levantó siempre dos horas antes de salir el sol, nunca escribió tantas cartas. Ama su paz, pero ¿cómo va a ver aquella anarquía con ojos indiferentes? ¡Está loco su ayudante Knox, que quiere que se reserve para alguna emergencia, para juntar por la fuerza en la hora de la catástrofe, para juntar para su persona de dictador, los Estados que no quieren ligarse por la buena voluntad!

Y el único que podía ser el tirano, rogaba, casi con lágrimas, que la nación se pusiera a tiempo en condiciones de no ser presa de tirano alguno. De entre las luchas, las escaramuzas, las peleas rabiosas de los defensores del imperio absoluto de los Estados y los partidarios de un gobierno federal vigoroso, surgió por fin, a fuerza de concesiones mutuas, la Constitución en que actúan sin choque los gobiernos libres de los Estados, que tienen en los senadores su cuerpo de veto y defensa, el poder unificador de la Confederación, regido por el Ejecutivo, y la Judicatura

que resuelve en los casos de contienda de uno y otro.

Jamás asamblea de latinos apasionados debatió, injurió, es-torbó, amenazó tanto. Estos convencionales se iban, alegando que sus Estados no les habían dado poder para acordar constituciones nuevas, sino para reformar la que se deshacía.

Los Estados pequeños acusaban a los grandes de absorbentes, y le negaban todo poder al Ejecutivo federal. Los Estados esclavistas sólo le concedían poder a cambio de garantías para su privilegio inmundito. De allí nació la batalla entre los esclavistas y los abolicionistas, las transacciones durante ochenta años, los magníficos duelos de Clay y Calhoun, de Webster y Hayne, de Lincoln y Douglass, la guerra horrenda que paró en la casa de ladrillo de Appomattox. Allí se peleó la batalla del Sur agrícola, que quería navegación libre, y el Norte manufacturero, que quería llevar las cosechas del Sur en sus barcos. Allí en cien formas en las elecciones de representantes, en los derechos del Senado, en el carácter y duración de la Presidencia, en enmiendas mezquinas y obstáculos descabellados, en denuestos y acusaciones a que sólo pudieron poner coto la bondad de Franklin, que pedía como abuelo lo que no le concedían como convencional, la habilidad de Madison, que fue tanta para modificar su proyecto como para imaginarlo, la súplica de Washington, que enmudeció en-

cogido cuando lo recibió con honores de coronel triunfante la Casa de Burgueses de Virginia, y halló en la Convención acentos de esos que ablandan las entrañas; allí estalló aquella brega continua entre los partidarios del poder central, que lo tienen como cimiento, garantía y fuente de la vida de la nación; y los del poder local, que nada le quisieran conceder al centro, por parecerles vorágine donde va a morir la libertad, y con el mismo dolor que la carne propia se arrancan cualquier cesión del poder del Estado; allí estalló el combate que, a raíz mismo de la Constitución triunfante, produjo la hostilidad de Jefferson, columna de los Estados, que supo escribir en una mesa tan pequeña aquella Declaración tan grande, y Hamilton, el creador, que tenía prisa por abrir a la libertad una casa segura, con paredes que no se pudieran echar a la espalda los Estados celosos, como los niños cuando se enojan, que se ponen a dar y quitar, y con la hacienda unida, porque siendo uno el interés, será una la casa; produjo el dogma de la modificación, que un Estado tras otro proclamó luego, por donde cada Estado podía dejar sin valor la ley federal que no le pareciese bien; produjo la teoría de la separación, que dio fundamento a la guerra terrible. Pero allí, con todas sus manchas, nació el sol que le pareció aurora a Benjamín Franklin: «Ahora sé que es un sol que nace ese que brilla

en el dosel, y no un sol que se pone!»

Y la nueva República volvió los ojos a Washington, quien junta y equilibra en sí todas las fuerzas que produjeron la revolución; que lleva en su persona, como las dos pesas de la balanza de la Justicia, el ímpetu que lucha y desconfía y la prudencia que lo dirige y mantiene; que tiene cóleras como de tempestad, en que mete la pistola por la cara a los soldados cobardes, y a votos y blasfemias los vuelve a poner en línea de pelear, y calmas de mundo superior, como cuando ve perdida la batalla, y se clava a caballo, en medio de su gente que huye, a esperar de frente la derrota que el valor renovado de sus milicias convierte en victorioso frenesí; que con la mano izquierda le levanta chichones al negro que le limpió mal las botas, y con la derecha escribía a modo de hombre ungido, aquellas cartas de consejo y comunicación, de letra clara y macizo pensamiento, donde fluía como de cabeza de monte la idea alta y serena, con fuerza de miope y présbita a la vez, y esa elocuencia judicial que viene a las almas fundadoras de la ternura del amor y la dignidad de la virtud. Él era como sus tiempos, y como las cintas con que se adornaron para recibirlo las mujeres de Boston, que llevaban de un lado la flor de lis, y el águila de América del otro.

Era aquel santo impecable de las historias, como un monte

sin zarzas ni cuevas, de virtudes más limpias que el cielo, sentado de ceremonia con el pelo en polvos y el espadín «asomando por la casaca de paño, a la diestra y a la siniestra de Dios Padre, repartiendo sonrisas sobre el mundo, con labios que no humedeció nunca el vino, ni besó más que el matrimonio casto, ni tuvieron más que palabras de monumento,—o era «el padraastro de la patria», y no el padre,—«disimulado inglés», «tonto de cuna», tan «ladrón» y tan «César», debajo de sus renunciaciones falsas y virtudes de bastidores, que había que «llorar con sangre, y no celebrar con bailes y odas», el día en que vino al mundo este «Fabio de juego» que quiere que le llamen al Presidente «su alto poderío», este sacacastañas, a quien Jefferson, Jay, Madison, Hamilton, le ponían en los labios la sabiduría y el oro, este general de fortuna, que tenía como en tutela a la libertad, una libertad de zapatillas de seda, con manga de pompón y ojos de pupila tímora, una libertad de minué y manguito,—o era el hijo de aquella austera viuda que corría todas las mañanas su hacienda a caballo; el que por derecho natural era capitán y árbitro en la escuela, el primero en la carrera, en la pista, en la barra, en el salto y en la lucha, el mocetón de nariz colorada que se gastaba los dineros en papel de flores, y las noches en sonetos y suspiros, el que a los dieciséis años, más amigo de la silla de montar que

de la de gabinete, andaba entre indios y nieves midiendo tierras por cinco pesos al día, y a los diecinueve era mayor, masón, jefe de casa, y a los veintiuno el emisario, el coronel, el héroe de Virginia, el primer militar criollo, aplaudido por su valor en la guerra, por su hermosura en las paradas, por su tesón en los debates con los oficiales ingleses, por su energía y capacidad de improvisar y mandar en las elecciones, el prohombre sagaz que casó con viuda rica y de abolengo, y tuvo veinte años casa abierta, con vino para todas las gentes de pro, maíz para los pobres, zorras para la cacería, bailes para la juventud, oídos para las ideas nuevas, calma para examinar, presteza para resolver, coraje para «levantar a mi costa contra los ingleses que tiranizan a Boston mil hombres de batalla»; el que venció a los ingleses con tal arte de guerra, que el gran Federico le dedicó su retrato «al primer general del mundo», con tal fuego de hombre que saltaba en Monmouth de contento las cercas a caballo, porque la batalla era «magnífica, magnífica, una caza de zorras», con tal piedad que en medio del combate enfrenaba su *Nelson*, blanco de la espuma, para admirar el valor de «esos nobles muchachos», de sus enemigos; el que sujetó la ambición del ejército que condujo a la gloria, y se descinó ante el Congreso débil la espada con que hubiera podido derribarlo; el que antes de montar su caballo de señor,

para ver si la castaña de Mount Vernon venía bien o cortaban los pinos como tenía mandado, escribía, a la hora de salir el sol, a sus amigos de batalla, a los cincinatos de quienes era presidente, a los masones, entre los que nunca fue completo su poder; a los gobernadores y políticos de influjo que siempre lo veneraron como a padre, o lo temieron como a Júpiter; para que no se echasen sobre la ley que habían creado, para que levantaran con los Estados raquíticos una nación fuerte; el que fue llamado por los corazones a presidir el gobierno que se creó por sus opiniones, entre vajilla de oro y audiencias semimonárquicas guió, con un partido de cada mano, las pasiones públicas con tanta pureza que lloraba de dolor ante sus consejeros cuando la gaceta vil que uno de ellos inspiraba lo acusó de impuro, en tal acuerdo con los antecedentes de raza y la naturaleza, secreto del éxito en los gobiernos, que aunque pareciese, y fuera ingratitud, no quiso ayudar a los franceses, a los que le ayudaron a libertar su país contra sus padres, contra los ingleses que se lo oprimieron con tal calma que cuando le censuraba la opinión esta neutralidad, y su apoyo al primer banco nacional, y su intención de imponer derechos a las cosas de afuera, escribía a su mayor-domo que cuidase de este negro, que es «remolón» y de aquello «que empieza temprano», y de que no le anden los

negritos por la cocina, ni con los árboles del jardín, y de que lo que quede del puerco se sale, y se dé a los negros lo que necesitan de comer, «pero no más»; el que con furia de huracán, lo mismo que sacude el viento árboles, increpaba al amigo que no quería servir a la nación por preocupaciones locales, y al otro día lo llevaba del brazo, como si no lo hubiera vapuleado ayer, a que viese sus establos, con tanto caballo bueno, la negrada que iba a quedar libre a su muerte, las tierras que iba a dar a los nietos de su mujer, a aquel Lawrence a quien trataba en sus cartas de «estimado señor», a aquella Nellie, linda y astuta, que lo celebraba por galán cuando iba de señoras, con la pechera de rizos y la cara de tocador, mientras la esposa hacía compotas y daba de beber a los soldados, en traje de muselina blanca, o quitaba el polvo del salón de recibir, con un estrado como trono, donde venía a saludar la gentileza del país, que tachaba de alegres, y de muy amigas de Su Excelencia, a más de una dama; el que, con retoques de la mano suprema de Hamilton, dio a su patria y al mundo, antes de salir por su deseo del poder, aquella carta de adiós donde pudieron ir peregrinando, a buscar juicio las edades, y después de haber vencido con el desinterés y la cordura, y con el arte de ajustar el gobierno a la realidad, a los que en todo le sobrepujaban, menos en arranque heroico, sagacidad y virtud, vol-



vió a sus campos «a saber cómo iba el castañar», y a recibir a lo mejor del universo que venía a ver en sus ojos al hombre ceremonioso y magnánimo, que en la hora de morir, pidió que lo enterrasen decorosamente, no antes de tres días, se arregló las ropas con su propia mano alrededor del cuerpo, y murió sin dolor con los brazos en cruz. «¡Oh, qué haremos, qué haremos!» decían las gentes desoladas por las calles. «¡Lágrimas de cocodrilo!» le dijo la viuda a Jefferson, que vino con los ojos húmedos a darle el pésame. En las tabernas se quedaron los vasos vacíos. ¡El cielo está más claro como si hubiese entrado luz en él! «¡Ha muerto el padre!»

Pero cuando en la ceremonia oratoria, bañado por el sol, con júbilo de triunfo en el rostro aguileño, enumeraba Depew, como quien pone monte sobre monte, las conquistas, los crecimientos, los resultados, las adiciones de los cien años, al pie de la estatua de bronce, afeada con una coronilla de oro, del que allí mismo, sobre aquella misma piedra, de Wall Street, juró un siglo antes servir bien a la patria, con voz que hacía insegura el noble miedo de errar; cuando entraban en un mismo carruaje, hablándose corteses, el que fue Presidente republicano, el Hoyos, de poca fortuna, y el que acababa de ser Presidente demócrata, el vitoreado Cleveland; cuando en las calles, negras del gentío, le abre paso el del Sur,

de pera en punta y ojos negros, al veterano del Norte, de los azules y bigotes caídos y el de Connecticut parte su pan con el de Filadelfia, y los niños llevan la bandera al hombro, y todos corean, a tiempo que pasa una bandada de palomas, el hurra que saluda a un viejo que repite el arranque de Webster: «¡Gracias a Dios que soy americano!»; cuando delante del caballo de un gobernador del Norte marcha, en la parada de la milicia, con ciertos sonos a que no está habituado el clarín, la caballería de penacho amarillo que le salió al frente en la guerra, y lo echó atrás; cuando en la mesa que preside su rival triunfante, el caudillo de los amigos del poder fuerte, del poder de los de arriba, del Presidente Harrison, habla, entre aplausos que no han cesado todavía, el candidato vencido, el caudillo de los amigos del poder justo, del poder igual de todos, Cleveland el demócrata; cuando en el templo, morada usual de la preocupación y el interés, se levanta, como una llama abrasadora, el obispo honrado, y entre yerro y verdad, le echa en cara a la nación su vida ruda y a medio podrir, sin más mira que la de llenarse los arcones; y encomia ante el Presidente que da puestos pingües a su propio hermano, o aquel que pidió allí, es aquel mismo asiento de cerezo, al Padre Benigno fuerzas para rechazar a los que lo invitasen al robo y al deshonor, a la estafa y la villanía, de repartir entre sec-

tarios y favorecidos los empleos y bienes públicos cuando el Presidente lo oye, con la cabeza baja; aún se puede decir, como dijo el canciller Livingston en el balcón de la casa federal cuando juró en sus manos Washington: «¡Está hecho! ¡Vive el padre!»

No vino, coma debía, cuanto tiene pies y bolsa en la nación a pasear bajo los arcos, a ver los bancos y hoteles decorados con lujo de banderas, a ver la calle por Wall, por donde Washington desembarcó del *Elizabeth*, llena de rojos y azules, a asistir a las fiestas arregladas de manera que fuesen como el simulacro de las de hace un siglo, del viaje del *Elizabeth* a Nueva York, cuando el héroe venía temeroso entre cantos y cañonazos; de la entrada de Wall, cuando no quiso la carroza de loja, y siguió a pie, entre la gente frenética; de la jura en la Casa Federal, donde está ahora en su templo de granito el Tesoro; de la oración en la iglesia de San Pablo, donde fue él a ponerse en manos de Dios» después de la jura; del baile de ceremonia, cuando bailó sin espada con la esposa de uno de sus contendientes, que le era menos enemiga que el esposo; no vinieron todos los hijos ufanos, cuanta escuela aprende, cuanto taller humea, cuanta ciudad se ha levantado en el desierto, a poner una corona de bronce en la pirámide de gratitud y fortaleza que hubiera dado la medida de este pueblo al mundo; a ver conciliados a los



enemigos en la procesión militar; a formar en maravilloso cortejo, vario como el universo, en la parada cívica; a ver el simulacro naval la mañana sublime. Vino la gente de los alrededores. Vinieron las milicias de los Estados. Vinieron unas cuantas comisiones. Vinieron los del Sur a la fiesta de su héroe. Seiscientas personas acomodó una junta de hoteleros que había preparado casa para miles. A cinco pesos se vendían los asientos para las procesiones cuando se creyó ver venir el mundo. La mañana de la procesión asientos de sobra había por poco menos de centavos. Pero nadie lo dijera que viese lo que se vio en Nueva York el día naval. Las paredes se volvieron hombres, y los techos cabezas, y los mástiles tenían jarcia humana.

¡A los muelles todo lo vivo! ¡A los mil buques de la bahía, los invitados, los ricos, los jóvenes, las mujeres, cuantos hallaron dónde poner el pie en los barcos de la parada! Asomarse a la calle llenaba de júbilo; los niños paseaban la acera de gorro militar; con las manos en los bolsillos; los viejos llevaban la barba fresca; las mujeres van de oros y grises, que es la gala de moda; los jóvenes salen de las casas perseguidos hasta la puerta por la madre amante, con el gabán al brazo y los anteojos en bandolera; los ferrocarriles, como que andan más de prisa. A la puerta de los vapores privilegiados, que ya vienen llenos de más favor, se desmayan las mu-

jeres en la muchedumbre ruda de obispos y de generales, de tricornios y gorras de flores polílicones y banqueros.

Ya se alcanza el vapor, y los viejos se apiñan en la proa descubierta, aunque amenaza lluvia: el del Oeste, con paraguas de mucho puño y guante de costurón, va junto el marino impasible, el miliciano muy peinado, el padre de cuatro hijas, el sacerdote de pastillas blancas; tan preparado se viene a lo grande, que parece salón la bahía, visitas tempraneras los buques que la han poblado, amigo íntimo el sol, lenguaje natural la música. ¡Qué emoción entre las mujeres al ver aparecer el primer «hombre de guerra», uno de los muchachos de la guerra civil, un bancón negro, con hadas como de monte!

Tanta bandera se ha visto que al acercarse a los cerros de la isla vecina parecen embanderados los árboles. Van viéndose los pueblos de la costa en esqueleto, como nidos vacíos, esperando el verano.

Los trenes, mudos, reposan en las orillas.

La playa, de legua en legua, es un hilo de gente que aguarda. Y el que alzó allí los ojos de repente, al clamoreo repentino, vio al Presidente, que venía como Washington de la punta del *Elizabeth*, subir al *Dispatch*, el barco de honor, lindo como un potro, blanca la chimenea y los botes blancos, enmoñado y en flor, todo gallardetes, pendenes y cintas. ¡Oh, muchachos

curiosos, aquellos vapores cargados de humanidad, los amarillos de tres puentes, los blancos de música y festín, los de remolque, con seis yates<sup>a</sup> a la zaga! Entre cañonazos empieza la procesión y cuernos, chimeneas y campanas. Nueva York la veía de lejos, y dicen que oyeron que fue como si en el corazón se les levantasen dos alas. Allá era el cuchicheo, el espumeo, el susurro de tanto vapor rompiendo la ola. Ni hay orden, ni quien lo pida, ni necesidad de él porque el cariño es de ordenada locura, y con la mucha regla se le quita gracia. Los vapores pequeños le van detrás al *Dispatch*, acercándosele, codeándose, cambiando de puesto, sacándose la voz, saludándolo con las banderas, que se mueven más.

Se va como cuando se sueña, fuerte y ligero como un novio, inundado de orgullo. El buque debe llevar alas. Los jóvenes saludan a una carbonera llena de estudiantes roncós: «¡Oh, me muero por ellos!» Las banderas rojas se destacan sobre un girón de cielo negro y sobre el mar verdusco. De pronto los mismos que van de pie sienten como si se pusiesen de pie ahora: rompen los cañones de los barcos de guerra, suenan las músicas, cesan las hélices sujetas, exhalan las chimeneas potentes alaridos, pasa en una nube, derramando fuego, el *Dispatch* veloz: por sobre el humo entre las músicas

a. En LN: «yachts».

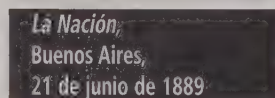
que vuelan, con el pueblo de barcos a los pies, bañado de sol el pedestal, se alza la Estatua de la Libertad, levantando el brazo.

Calló el estruendo de las chimeneas, y no se oyó más que el ceceo de los vapores y el estampido de los disparos con sus bocas rojas. Hubo como un silencio de almas, como silencio

de miedo y de iglesia, y cuando al descorrerse la humareda apareció brillante y lleno de luz el cielo, gozó el hombre lo que ha de volver a gozar cuando, lavado de la fealdad del mundo, ponga el pie en los umbrales divinos. Entró la flota en Nueva York por entre montes de hombres. Roma no lo vio nunca ni conocieron antes los ojos huma-

nos en grado igual el placer de las lágrimas viriles.

José Martí



[Mf. en CEM]

232

## Cartas de Martí

Empleos y pretendientes.-Cómo se distribuyen puestos.-Rivalidades, celos y venganzas.-Las legaciones.-Conflictos.-Tacto de Harrison.

Nueva York,  
29 de marzo de 1889

Señor Director de  
*La Nación*

**A**BRIL SERÁ de Nueva York, adonde toda la nación quiere venir, para que sea magna la fiesta del centenario de la primera jura presidencial, cuando el balcón de la casa de gobierno estaba donde está ahora la estatua de Washington, con la espada al cinto y la mano tendi-

da, como la tendió aquel día famoso ante el pueblo que llenaba las calles, se salía en los balcones, colgaba de las azoteas. Sólo de eso se habla ahora, y de la distribución de los empleos.

Abril será de Nueva York, pero marzo ha sido de la ciudad de la Casa Blanca, de las muchedumbres que asaltan al Presidente, de las rivalidades y venganzas de los prohombres del partido vencedor, de las composiciones y sabidurías de Harrison para calmar a los airados y

zurrir, a fuerza de empleos menores, los cismas que levanta en el partido la concesión de las «ciruelas gruesas», de las Secretarías y embajadas, de las Subsecretarías y Direcciones, a aquellos con quienes Harrison se cree más obligado, o a personas que sean a la vez eminentes en el partido y en la opinión pública.

Todo son comentarios: si Blaine va a salir del gabinete porque Harrison no accede a nombrarle su amigo y favorito, el director del *Tribune*, de enviado a Inglaterra; si Wanamaker, el tendero-ministro, muestra más médula de la que se suponía, y le disputa a Blaine el puesto de enviado a Constantinopla, que Blaine quiere para un amigo, y Wanamaker para otro: si hay

mucho periodista, y mucho de hijos y sobrinos, en los nombramientos que lleva hechos el Presidente, muy cuerdos, a la verdad, y muy aplaudidos por gente de diversa opinión.

En Washington están todos los ojos; allá han ido todos los que tienen algo que pedir: no hay en los hoteles una cama libre; los trenes entran llenos, y salen vacíos. «Los puestos públicos,—dicen los republicanos,—deben repartirse por el partido triunfante entre los que han trabajado por traerlo al poder.» «Ni moralidad, ni inteligencia, ni pureza en la política puede esperarse,—dicen los reformadores,—de hombres que trabajan por un partido para lanzarse sobre los empleos públicos en la hora de la victoria, como fieras famélicas.» «Este es país individual,—dice un *Herald* de los del interior,—y cada cual tiene que mirar por sí.»

«Si no hay deshonra en el empleo público,—dice el *Sun*—no la hay en solicitarlo.» «Joven redactor»,—dice en la puerta de un hotel un capitán del Sur, de ojos ardientes y perilla larga, con levitón y chambergo: «joven redactor: yo vengo a ser alcaide de los Estados Unidos, y aquí me estaré hasta que lo sea, o hasta que la barba se me ponga tan larga que me la pueda pisar sin doblarme.» Alemanes, irlandeses y negros se topan por las calles con el bostonés de labio raso o el nebrasqueño de sombrero alón y hombros picudos.

Cada cual trae su memorial, cubierto de firmas, o viene a buscarlas. «¿Y Ud. qué memorial trae?»—Mi pierna rota.

Veamos, pues, cómo reparte acá un Presidente nuevo los empleos: cómo vive un Presidente en estos primeros días de asaltos, de amenazas, de condiciones, de súplicas.

—¿Y no se ha ido toda esa gente? ¿No venían a ver la inauguración?—Primero, señor, a ver la inauguración: luego, a asegurarse lugar. Cada pueblo, cada ciudad, cada Estado tiene aquí sus delegaciones.

La ley de ascensos por mérito cubre un número escaso de empleados. Puesto que los empleos restantes se reparten entre los partidarios al principio de la nueva Presidencia, a Washington afluyen, a la casa del Presidente, todos los que se creen con derecho a un empleo. Los demócratas renuncian, y los republicanos aspiran a sus puestos. Unos envían sus peticiones al representante del Estado: otros al senador; otros vienen en persona, y van de puerta en puerta recogiendo firmas de políticos de influjo; otros obtienen el apoyo de la delegación de su Estado, mantenida en Washington para alcanzar los nombramientos que el Estado desea.

Dentro del partido hay émulos, y en cada sección del país hay dos caudillos rivales, cada cual con su séquito: entonces la lucha es más: cada grupo tiene un candidato para el puesto federal que cree debe tocarle en

el reparto a su Estado: para cada puesto local hay dos candidatos del partido: a uno lo endosa un senador, y a su contendiente el otro: la mitad de la diputación va a encomiar los méritos del uno al Presidente, y se da en la escalera con la mitad restante, que viene a exponer los derechos del otro.

Los senadores, electos por las legislaturas, tienen sus amistades y compromisos; los representantes electos por el pueblo, con ayuda de los «trabajadores», de los «muchachos», tienen que oír, so pena de decapitación en las elecciones próximas, las demandas de los que los ayudaron. Los meros representantes se quejan de que los senadores toman para sí todos los empleos, y los dejan sin con qué contentar a sus amigos. Cada Estado reclama para sí los puestos federales más pingües. En cada Estado, los representantes presentan candidatos opuestos a los de los senadores, las facciones apoyan solicitantes distintos para el mismo puesto. El Sur, vencido, nada puede pedir. De Nueva York sólo, contó Depew como diez mil peticionarios. Indiana, el Estado del Presidente, quisiera todos los empleos. Ohio, tierra de políticos, Illinois, comarca de oradores caseros, lo piden todo, con arrogancia amenazante. Michigan, para llegar más pronto, acuerda su lista de solicitudes, y la pone en mano de sus dos senadores.

«Pero no les puedo dar todo el país» dice Harrison a los de Illinois: «díganme los puestos

que desean, y yo veré cómo los lleno!» «No, le responde la delegación: díganos las sobras que nos van a tocar, y nosotros veremos con quién las llenamos.» Tan reñida es la lucha por la legación a Inglaterra como por la portería de la imprenta nacional. La portería se la lleva el mejor recomendado; pero la legación a Inglaterra no es para Reid, el director del *Tribune*, que gasta una fortuna en pantuflas y chalecos, ni para Sheffchard, el cuñado de los Vanderbilt, que encabeza su periódico con un versículo de la Biblia,—ni para Evarts, el «senador siemprevivo», famoso por su ciencia de leyes y sus verbosos discursos,—sino para el que no la pidió, y la sabrá honrar con su mérito, para el hijo de Lincoln. Nació cuando su padre no tenía aún casa propia, y posaba la familia en una hostería, sin más alfombra que el aserrín, ni más asientos que sillas de madera; estudió abogacía; peleó de capitán cuando era Presidente el padre, y coronel cualquier amigo; anunció a Lincoln el primero, desde su caballo de edecán, la rendición de los confederados; no vivió de hijo de Presidente, ni de sombra de mártir, sino de su trabajo de abogado, en que ganó tal fama de ingenio y energía, que nadie tuvo a mal que Garfield le diese la Secretaría de Guerra, donde brilló por su entereza, unida en él, como en su padre, a una humildad real que se gana los corazones; ni nadie extraña ahora que desembara-

zándose de vanidosos pedigüños, y de su propio Secretario de Estado, dé Harrison prueba de respeto al país, e independencia, sacando de su retiro para el primer puesto de la diplomacia al noble joven. El de los chalecos, para satisfacer a Blaine, y pagar la campaña ciega del *Tribune* cuando las elecciones, va de enviado a Francia.

Pero los políticos de Illinois sí han censurado el nombramiento. Es de oír lo que dicen por los corredores de los hoteles. ¿Cómo? ¡Carr perdió la garganta cuando las elecciones hablando por Harrison, y se desvivió por elegirlo, y ahí está Carr sin nada, y el puesto mejor se lo lleva Roberto Lincoln, que andaba cuando las elecciones paseando por Europa!»

«Para otra vez la promesa en cartera y firmada por el Presidente candidato; si quiere Presidencia, vengan empleos!» «No; que no nos pongan al haber de Illinois la legación de Inglaterra, aunque Lincoln sea de Illinois, porque ese nombramiento no lo hemos pedido y no nos lo han de descontar de nuestra porción.» «Este gobierno, es de “descendientes ilustres”; ahí está Blaine, que ha puesto a su hijo Walker, un bailarín, en la silla de asesor de Estado, donde se sentaba Wharton; ahí está el hijo de Grant, acusado de felón, que va de enviado a Austria y no sabe ni el camino.» «Este es un gobierno de la gente de papel! Un periodista, el del *Tribune*, a Francia; otro, Rice, el dueño de la

*North American Review* y *Le Matin* de París, a Rusia; otro, de un periodiquín de Okstosk, *Hicks de Okstosk*, va al Perú; otro, New, el amigo del Presidente, el dueño del *Journal*, va de cónsul general a Londres: ¡y los que sudamos la sangre para llevar a las urnas los votos perezosos, nos quedamos para adorno de puerta de hotel o para oírle decir al Presidente, como nos dijo ayer, que no le dejamos tiempo para atender a los asuntos nacionales!» pero a eso responde Harrison, prudente, con una entrevista en su coche, que hace que al otro día publiquen los diarios, iban él y New, al paso largo del tronco de alazanes. New, el amigo, iba hosco, porque el Presidente nombró enviado en Italia a Porter, el rival de New, el hombre a quien odia:—«John: te quiero dar un puesto.»—«Bueno: que no sea donde tenga que pasar la vida metido en la casaca.»—«El puesto que quieras.» «Pues el de cónsul general en Londres: hay trabajo, y me viene bien el salario de 12,500 pesos.» «Eres cónsul general.» «Pero lo que yo quiero no es nada para mí; sino para los “muchachos”, que nos han puesto donde estamos.»—«Se atenderá a los “muchachos”.»

Esos son los enviados principales: Lincoln, a Inglaterra; Reid a Francia; Rice, a Rusia; Porter, a Italia; y a España, Palmer, que fue el primero en la lista de los nombramientos, como en muestra de especial honor, o de que la legación de España es consi-



derada esta vez de importancia singular; Palmer que ha dicho esto: «Mi idea de la diplomacia es tener el delantal tendido hasta que caiga la ciruela.»

A México va Ryan, que lleva siete elecciones al Congreso, hombre callado. A Chile va Patrick Egan, el irlandés famoso, que salvó con su viaje a Francia el tesoro de la Liga de Parnell, y a los ocho años de vivir por Nebraska, entre agricultor y político, ya tiene séquito que le empuje a un puesto de honor, que es más cuando recae en un extranjero. Es hombre sagaz, cortés y verboso.

Pero un periodista no ha logrado ver confirmada por los senadores de su propio partido su nombramiento de enviado a Alemania. A los demás propuestos, los ha aplaudido el país contento de que recaigan las recompensas de partido en hombres hábiles, y, salvo a Reid, acusado de defraudador de una compañía ante los senadores por uno de los accionistas, los confirmó el Senado sin debate. Reid se salvó por un voto. Pero el arrogante Murat Halstead,<sup>565</sup> el periodista violento, el que cesarea en Ohio, y les ha puesto más de una vez las espaldas coloradas a los senadores, ha visto ahora que «el que se pasa media vida rompiendo vidrios, se pasa la otra mitad recogiendo los».

En vano apoyó el Presidente su nombramiento de enviado a Alemania, en los servicios notorios del periodista a su partido; en vano pareció que le perdonar-

ba Blaine, a cuyas órdenes venía a servir; la acusación de simonía<sup>566</sup> con que le estuvo flagelando sin misericordia en su periódico año sobre año; en vano alegó el senador Sherman, por quien Halstead ha roto en la prensa y en las convenciones muchas lanzas, que el «hombre de Cincinnati» es republicano ardiente y caballero gentil, de talentos y maneras, de franqueza brusca que deben perdonar los hombres francos. «¡Jamás, dijo un senador demócrata, daré mi voto al que ha pedido que se me encause por haber comprado mi elección a senador!; y si mis colegas de mi partido no me apoyan unánimemente, renunciaré mi puesto de senador, y vendrá en lugar mío un republicano.»

Cinco senadores republicanos se levantaron contra el periodista que los ha llamado «vendidos», «ineptos», «cubiertos de lodo», «deshonor del país». «¡Aquella fue la suya, y ésta es la nuestra!» dice el senador Teller. «La política, mi querido senador Sherman, no tiene que hacer con el Sermón de la Montaña.» ¿Y es ardid, o coincidencia cruel?; al cerrarse la sesión, con una demanda de reconsiderar, los senadores compran a la puerta el diario donde se anuncia que Murat Halstead, el periodista fiero de la cabellera blanca, está mortalmente enfermo en su casa de mármol y oro de Cincinnati.

Esa es la batalla, la ocupación, la cólera de Washington. Apenas puede reunirse el gabi-

nete dos veces por semana. Llenas las Secretarías, y la de Blaine sobre todo; llena de pretendientes la Casa Blanca. Los desconsolados no quieren reconocer, como el público, que, dada la ley funesta que permite estos carnavales de empleos, muestra Harrison poder raro para elegir de entre sus amigos hombres sin tacha, y conciliar las facciones ambiciosas que se comen el corazón dentro del propio partido. Quiere desenojar al rico Alger, que aspiró contra él a la Presidencia, y le invita a que le recomiende al amigo a quien quiera ver de fiscal público, que es empleo valioso.

Insiste Nueva York, contra la voluntad del Secretario, en que sea de los neoyorquinos la Subsecretaría del Tesoro, ya que la Secretaría no lo pudo ser; y el Presidente le notifica que nombrará al candidato que elijan de acuerdo las dos facciones hostiles de Nueva York. Teme que la mala fama de la política de conquista de Blaine le enajene la simpatía con que los republicanos moderados ven en la Presidencia a un hombre que tienen como suyo, y nombra Subsecretario de Estado a un republicano que llevó la moderación hasta celebrar la política respetuosa de Cleveland; sólo que tuvo que retirar el nombramiento, porque Schuyler, que es nombre que se debe recordar, censuró agriamente en su libro sobre diplomacia al senador republicano Washburne: «¡Recogerás los vidrios!» pero a cada ahora corren rumores de cisma,

y de que este Estado o aquél se rebelará contra Harrison, sin que se dé razón de política, ni se le acuse de falta al programa de gobierno, sino de yerro y preferencia en la distribución de empleos, que no alcanzan donde el afán de los solicitantes. A las diez se abre la Casa Blanca, y ya está llena de senadores, que tienen entrada preferida; de representantes, que los ven de reojo; de delegaciones que vienen con un general a la cabeza, a pedir para un favorito de su Estado tal empleo; de juntas de negros, presididos por el canoso mulato Douglass, que piden que un negro notable sea miembro del gobierno de Washington, y otro síndico, o que no se dé puesto alguno a un Pinchback<sup>567</sup> a quien apoya medio Senado. Sale una diputación de Kansas, entra una de Filadelfia, espera otra de Indianápolis, llega

otra de Chicago. Unos vienen con el senador Ingalls, con el mismísimo Presidente del Senado, que enumera en un discurso altivo los méritos del candidato que presenta la diputación. Otros vienen con un coronel cojo, a quien Harrison recibe con el ceño duro.

«¿Cómo me proponen para una legación a un hombre de mucho valer, sí, y republicano bueno, pero que Uds. que me lo recomiendan, saben que es incapaz para este empleo?» A otra delegación le dice: «Así han de ser los candidatos, como Olcolm para China que sabe leer y escribir chino.» «Preséntenme una lista de los puestos que desea el Estado, y de los hombres a quienes me recomiendan.» «Yo partiré en justicia, de modo que haya para todos, y no tenga causa de queja la nación.» Una comisión de señoras, que

entra a decirle que ayer domingo estuvieron en plegaria continua todas las iglesias, «rogando al Hacedor Supremo que iluminase al Presidente en la elección de magistrados del distrito», se detiene en la antesala, cuchicheando ligeras, a ver el traje de lujo que unas «buenas americanas» de San Luis, le traen de regalo a la presidencia, junto con una Biblia en su almohadón de raso de oro. Harrison sale al pórtico a saludar con la cabeza a los curiosos que van desfilando ante él con el sombrero puesto.

José Martí

**La Nación**  
Buenos Aires,  
24 de mayo de 1889

[Mf. en CEM]

## 233

## Cartas de Martí

En los Estados Unidos.-Miscelánea noticiosa.-  
Primavera.-Música.-Sport.-Millonarios.-  
Prestidigitadores y espiritistas.-Concierto  
al pie de la horca.-La pena de muerte y la  
penitenciaria.-Un rey de la bolsa encarcelado.-  
30 000 pesos por un caballo para Buenos Aires.-  
Caballos famosos.-Bebidas de moda.-¡A las  
minas!-Muerte de un millonario.-Ericsson.

Nueva York,  
1º de abril de 1889

Señor Director de  
*La Nación*

CON LA BOINA de Wagner sobre la cabeza de nieve se ha ido este invierno, famoso en Nueva York por el frenesí con que los alemanes han aclamado en la Ópera al tenor de la Tetralogía de *Los Nibelungos*, y la primavera entra detrás de la batuta del que le cedió a Wagner su frau Cosima, del famoso von Bülow,<sup>568</sup> que no lleva la música por notas, como un maestro de baile, sino por ondas y volúmenes. La adelgaza, como una franja de luz al amanecer, la levanta de un ímpetu, y la des- hace en polvo al caer, como el

agua de una fuente; le saca el freno y la echa peña abajo, como el caballo de Brunilda;<sup>a</sup> la desvanece, como el sol a la puesta, en nubes esplendorosas. Es una romería el teatro de la Ópera. ¡Eso es Brahms, eso es Wagner, eso es Berlioz, no es hacer hablar, llorar y reír a la Octava Sinfonía de Beethoven! Von Bülow llama a sus músicos, como un hechicero a sus palomas: ya no cesa un momento aquel cuerpo arrebatado: se mece de un lado a otro: cambia de mano la batuta; se echa sobre el atril y se vuelve de pronto de cara a los músicos; engarza las notas con la batuta, moviéndola a grandes círculos, como quien recoge cintas: se encorva, se achica, se baja hasta el suelo, cuando quiere que la música se postre, como él. El público, loco,

lo llama a la escena, y él sale a dar gracias con el primer violín.

Abril es aquí mes de música: Thomas, el maestro elegante, lee a los maestros ante una concurrencia escogida. Seidl, el fanático wagnerista, repite sin cansarse, ante un público absorto, aquella música plena de Bayreuth,<sup>569</sup> hecha para el canto, que sólo es grata y revela su pasmoso poder cuando se la oye sin cantar. Del circo de Madison, donde campea Barnum, con sus elefantes payasos, sus torneos japoneses y sus caravanas de cabilas,<sup>b</sup> van a hacer un auditorio colosal, con dos salas de música, en que ricos y pobres tengan donde oír en verano e invierno las obras maestras. Y en la ópera alemana, ¿no llegó el exceso de las aficionadas fuera de toda relación con el efecto de la ópera y el mérito del tenor a besar en la calle a Alváry,<sup>570</sup> el creador del bello Sigfrido,<sup>c</sup> a la salida de *El crepúsculo de los Dioses*?<sup>571</sup>

La música, es verdad, está ahora en el aire, que es oro y

a. En LN: «Brunhilda».

b. En LN: «kabilas».

c. En LN: «Sigfrido».

azul, y parece que acaricia y saluda, que calienta y que vibra: los húngaros sacan de las fundas sus clarinetes, y divierten desde la acera la hora de comer de las casas de dinero; los italianos, con la mujer a rastras, clavan en las esquinas, junto al amigo frutero, el organillo. En el museo de cera hay a la vez *czardas* y *troikas*,<sup>572</sup> y salen del tablado los tímpanos y violines, con sus zarabandas rabiosas y quejas de delirante amor; para que bailen y canten los rusos de aldea, imitando las danzas y cortejos del *mir* patrio, que tiene mucho del zapateo que conocemos los hijos de andaluces, aunque una novedad hay en los aldeanos, y son sus cantos populares, donde se ve la estepa, vasta y triste, y se confunden con melancólico poder la imitación de los ruidos naturales, del pavor de la tormenta, de las campanillas de la *troika* que llega, con el quejido del siervo y el alarido de esperanza.

Por los balcones abiertos invita otro pianista ruso, tocando melodías de Chaikovsky,<sup>a</sup> a que suban los transeúntes al torneo de ajedrez, presidido por el retrato de Paul Morphy,<sup>573</sup> donde el célebre Chigorin,<sup>b</sup> 574 maestro en el gambito de Evans,<sup>575</sup> derrota con trabajo a McLeod,<sup>c</sup> un muchacho de Quebec, que en un relámpago de genio inventa lo que años de talento no le pueden destruir.

Un tamboril que suena por electricidad, invita a los desocupados de Broadway a entrar a

ver en el teatro de los *minstrels*<sup>576</sup> cómo el prestidigitador Kellar, el rival de Herman,<sup>d</sup> repite y explica todos los ruidos, escrituras y apariciones con que los espiritistas de profesión, como cierto doctor Slade, engañan a las almas tristes y finas a quienes saca de nivel el desconsuelo de lo terrestre y la necesidad de lo maravilloso.

Hasta en la capilla del ahorcado ha habido música, porque Virgil Jackson, sentenciado a morir en el nudo por haber dado muerte al esposo de la mujer con quien llevaba amores, se pasó tocando la flauta el día de las vísperas de su ejecución, y tuvo por la noche concierto de cantos con algunos aficionados de Utica,<sup>e</sup> a los que acompañó con voz segura en sus refranes y coros. Murió sonriendo. Lo cual hace pensar en el negro Green de Washington, tan bien hallado ya con la idea de morir, que ha querido negarse a aceptar la conmutación de la pena de muerte, que se lleva al hombre de una vez, por la de penitenciaría, que lo deja arrastrando la vida en el remordimiento y el dolor. ¡Luego, dicen triunfantes los enemigos de la pena capital, la pena de penitenciaría, que es menos odiosa, es más eficaz, más temible para el criminal que la pena de muerte!

Y el que haya subido por aquellos cerros lúgubres de pinos empolvados que llevan a la penitenciaría de Sing-Sing; el que haya visto aquellos ojos caver-

nosos, aquellas manos inquietas, aquel moverse como fiera enjaulada en la celda de piedra, aquellos rostros fosfóricos clavados como pidiendo morir, entre los balaustres de la reja; el que haya visitado estas prisiones desde que, para contentar a los gremios de los obreros, les quitaron a los presos los trabajos que hacían,—las estufas, los sombreros, los zapatos, el lavado,—para que los productos baratos de las contratas de prisión no contribuyeran a rebajar afuera el jornal del obrero libre; el que haya visto salir atados, para que no se devoraran en su furia, a dos presos jóvenes cuya alma nueva no ha podido resistir la tortura del silencio ocioso, y han perdido la razón, entiende bien por qué teme el criminal más que a la muerte a aquellos sepulcros vivos, donde sólo entran, a preparar el arrepentimiento, los libros que presta al preso la biblioteca de la casa, y los domingos, cuando viene la madre, algún ramo de flores; entiende bien por qué tiembla, caído de su falsa grandeza, el bolsista Ives, el Napoleón joven de la bolsa, que es de los que creen que en negocio todo robo es lícito, con tal que no se vea, y de tanto dinero depositado usó

a. En LN: «Tchevskovsky».

b. En LN: «Tchigorinbe».

c. En LN: «Mtr Leod».

d. En LN: «Herrmann».

e. En LN: «Ultiea».



para fines distintos de los del depósito, y rehipotecó tantas veces, para saltos y vueltas en la Bolsa de acciones, los ferrocarriles que ya estaban sin valor por hipotecas previas, que los amigos poderosos no le han valido al fin; y con su cara lampiña y su traje de Londres está en las Tumbas, perseguido por fraude mayor, y en gran riesgo de subir pronto los cerros de pinos empolvados. ¡Negociar, no quiere decir robar!

En todo se ve la actividad en este mes luminoso: en el juez que persigue a Ives; en el corregidor, que quiere poner coto al crecimiento dañoso del ferrocarril elevado; en las casas de vapores, que aprovechan los fuegos de la primavera, para promover, con raíces en Washington, una asociación de negociantes hispanoamericanos, que no puede dañar a los que piensan en hacernos comprar a la fuerza los productos yanquis,<sup>a</sup> ni a los que tienen subvenciones que pedir, de este y aquellos gobiernos: en todo se ve que la tierra ha empezado a sonreír; las regatas a animar los ríos, las ferias de ganado a atraer concurrencia, las carreras a llenar el hipódromo de Monmouth, los caballos castizos a venderse a precios fabulosos.

Ayer la gente vitoreó en el Parque Central, a la yegua Maud S., que cumplía quince años, la yegua célebre que trotó la milla en dos minutos y ocho segundos y medio, y a otro caballo<sup>b</sup> padre, de los establos de Ge-

nessee Valley, en Elmira: es un Hambletonian, hijo de Electrioneer y de Beautiful Bells: Tracy, el abogado que es ahora Secretario de Marina, lo quiso comprar para su casta de trotones; porque no hay potro de cuatro años como él que trote la milla en su cifra famosa de «2.16». Y hoy traen los diarios de Lexington la noticia de que un argentino ha dado 30 000 pesos por Prince Wilkes, castaño de patas blancas, con un poder que se le sale de los músculos, tan recio de miembros, que parece más alto de lo que es, pero con tal arranque en los remos traseros, que con ciento cincuenta libras, podrá trotar la milla en dos minutos y once segundos: de veintiuna carreras, ha perdido tres: va a Buenos Aires con el caballerizo negro que lo mima.

Son de ver en estos días de carreras y ventas extraordinarias las cervecerías, de caobas y espejos, de mármoles y cuadros, de bronce y tapices, donde, tragando de un vuelo la ostra que le da el criado en el tenedor o engullendo sin preguntar una de las bebidas sabias de esta primavera, discuten precios, cazan apuestas, y esperan noticias, sin sacar los ojos del pizarrón de marco de ónix, los pícaros que viven y triunfan con este y otros juegos; no hay cervecerías más ricas que las que ellos protegen, porque allí tienen los cuadros de asunto pecador en que estos rufianes se complacen, y los artífices más notables en el oficio de mezclar licores, y

teléfono y telégrafo, y el pizarrón donde van apareciendo como por magia, entre juramentos de ira y vociferaciones de regocijo, las noticias de la carrera del día, a que apuestan al pie del mostrador como si estuvieran en la pista, o la cifra de la venta, a que apuestan también, tanto que uno que supo noticias de bastidores «tiene dinero de alfileres» para dos años con lo que ganó por la venta de Prince Wilkes.

Con pinzas hay que tratar a estos chalanes, y a toda la gente de su cofradía; porque a verbosos, ni un gitano los gana; ni a rodear con artes desconocidas, finas y traidoras como una red, a un comprador apetecible, a un «Barnum» de Sudamérica; a un «nabab»<sup>577</sup> argentino. A ellos no les desquicia la cabeza el «da la vida», que es una mezcla de jerez, oporto, vainilla, huevo y leche, más enérgica que el «Santo Domingo», como llaman por mal nombre y burla de las revoluciones dominicanas a un vaso de hielo picado con una mezcla de todos los cordiales, y el ajeno por corona. Kimmel,<sup>c</sup> vermuth, ajeno, anisete, amargo, jarabe: todo va junto, con mucho hielo roto, en lo que beben por la mañana, mientras sacan cuentas y calculan las apuestas del día, gustando sor-

a. En LN: «yankees».

b. Se sigue lección de OC, t. 12, p. 196.

c. En LN: «Qüimmel».

bo a sorbo la «gloria matutina». Las cervecerías tienen fama de un mar a otro, ésta por la «ostra en tenedor», que es una *blue-point* menuda, que frien de modo que le dejan todo su aroma natural; aquélla, por un bodegón donde la pintura parece de relieve, con unas barajas que se caen de la mesa, y unas galletas de soda que admiran al gentío artístico, otra por el cuadro de Constante,<sup>578</sup> con las esclavas culpables que ha mandado degollar el jerife.

Entra y sale la gente, mientras la ruina y la fortuna viene y va, delante de los pizarrones; ya es un grupo de comerciantes amigos, que vienen a remojar una buena venta en el «vino de Mayo», que es Mosela con yerbabuena y fresas: ya es un tropel de aduaneros, pomposos y rechonchos, que quieren *whisky* limpio: ya son dos recios caballeros, que acaban de recibir sus credenciales para puestos pingües, y entran a rematar la comida de gracias con el famoso *Brahmaputra*, que es la moda para después de comer: dos huevos, tres cucharadas de azúcar, una ración de brandy, media de crema de rosas y media de moka, unas gotas de vainilla y su poco de jugo de limón, un vaso de crema fresca: «¡sacúdase!»: sírvase en dos vasos de colores.

No viven con estas comodidades los que, sin miedo a los feudos de familia que traen ensangrentados los alrededores, han salido este mes con calzones de

cuero y camisa de franela, a ver si es verdad que apareció<sup>a</sup> en la Baja California, por la parte de México, la mina de Don Pedro, muerto dicen que de placer, sin revelar dónde había encontrado el oro. No se puede creer lo que se lee,—de jóvenes que dejan a sus enamoradas, de maridos que ponen los caballos de arar en manos de su mujer y se juntan a la romería de diligencias que van llenas de viejos trémulos, de irlandeses chistosos, de suecos expertos, de veteranos remozados.

Ni la mina aparece,<sup>b</sup> ni la procesión cesa. Es como el año cuarenta y nueve, cuando de carpintero saltó a millonario, con sus compadres, Mackay y Fair, el Jaime Flood<sup>579</sup> que acaba de morir en París, más que de enfermedad, de la zozobra de ver su gran riqueza puesta en especulaciones, en peligro de ruina. Se muere de estos afanes del dinero, como de los del poder. ¡Mejor es la «medianeza comida» de Boscán!

Flood fue, como aquellos años, hombre de magia. Mostró el genio desde joven, ahorrando con ahínco de su jornal lo que no necesitaba para el pan y el vestido. Oyó lo del oro, y se fue a verlo. No lo encontró pronto, y puso tienda de *whisky*, «a real fuerte» el vaso.

En su tienda se oían chistes, y tiros. No servía el *whisky* de la botella, sino del barril. California era entonces campamento; vereda de vacas la que es hoy calle imperial: casucas hechas

de tablas de cajones, los que son hoy palacios.

El socio O'Brien estaba a la puerta, vestido de señor, para atraer gente. Flood, a medio casar ya con su irlandesa, iba y venía con los vasos, oyendo cuentos de mineros que desaparecían o triunfaban, hasta que una mañana tomó como los demás el pico y la gamella, y terrón a terrón sacó de una veta tres mil pesos de mineral, con los que compró unos acres de siembra donde gozar de su fortuna, hasta que, mordido por el amor de la ciudad, volvió a California, y a sus minas: supo de un calavera que vendía barato un buen derecho; levantó de un modo aún misterioso los miles de pesos necesarios para las excavaciones, y a los pocos meses sólo los Astor de Nueva York eran más ricos que los tres amigos Flood, Fair, y Mackay, que compraron a poco más de «un real fuerte» las acciones que vendieron a quinientos cincuenta pesos. Puso bancos, y los arruinó. Por acá y por allá hay una gota de sangre en su fortuna. Tomó tanto *whisky* como había vendido. Levantó un palacio donde no se ve del oro. Murió triste.

No nació en cuna más rica otro millonario que acaba de morir, el avaro Isaac Williamson,<sup>580</sup> que

a. En LN: «pareció».

b. En LN: «parece».

daba diez mil pesos para una caridad el mismo día que peleaba con su lavandera por cuello de más o de menos, o se sentaba a zurcir sobre lo ya zurcido su par de medias. Su nombre no morirá porque de dádiva en dádiva dio dos millones y medio de pesos para una escuela de oficios en su ciudad de Filadelfia, escuela libre, con un cepillo y un delantal para todo el que llame a sus puertas, sin preguntarle años, ni color, ni nombre.

Empezó de mozo de tienda: con los sueldos que ganó midiendo yardas puso casa propia: era de joven muy divertido y bailarín, pero no dejaba a otro el cuidar de contar la gaveta del día, ni el de abrir por la mañana la tienda: estudió los ferrocarriles y sus hombres, y luego que los conoció puso dinero en los que le parecieron seguros: como veía desde los bastidores las empresas, ni fió mucho, ni se dejó engañar de pánicos fingidos, y ganó tanto, que su fortuna, su arte de esperar, su modo extraño de vivir, su paraguas que le duró quince años, su ropa blanca que llevaba a lavar hasta que ya no tenía pedazo vivo, fueron tan famosos como el cheque de \$100 000 que dio a un hospital, y los de \$50 000 que dio a otros dos, y \$100 000 más para los que padecen del dolor del comerciante, para los

que han caído del poder de los negocios a la angustia de mendigar un pan para la vida. «I.W.» era la única firma de mucha carta anónima, recibida en la hora de la necesidad por gente pobre y decorosa. Pero si le subían un peso el alquiler, se mudaba de cuarto.

Otro ha muerto también, grande por los servicios, por el carácter, por la fama, por el ejemplo, por los años, por la mente: el que inventó la hélice, el que fabricó la locomotora más ligera; el que con la torre de su *Monitor* echó abajo la esclavitud, el que ha puesto a trabajar al sol: Ericsson. Fue brusco, como suelen ser los que descubren. Vivió ochenta y cinco años, y desde los diez estaba inventando.

Venía de suecos nobles, de la nobleza de la minería. Comía poco: pan moreno al levantarse, para conservarle toda la fuerza al trigo: a las cuatro, legumbres, té y pan, y de carne, una onza sola, bien pesada: ni tabaco, que es humo, ni más vino que el del alma. Se le murió la mujer, y no quiso más compañía que sus ruedas, su torpedero, su motor solar: «No tengo tiempo para hablar: quiero hacer un servicio al mundo.» A nadie veía, sino para negocios: «cada minuto mío es un tornillo útil, una verdad que ahorra trabajo, un des-

cubrimiento necesario a la felicidad del hombre». Y por la calle iba así, en su paseo de medianoche. La noche es amiga del genio. Iba recto, rápido, formidable, moviendo los labios gruesos, mirando como quien quiere tener el camino limpio, buscando las calles más solas y oscuras, a la hora en que apenas asoma por una u otra ventana un ojo de fuego. Y al volver ponía al vuelo en el papel las cifras que al día siguiente aprovechaban para reformar, para limar, para robustecer su obra los trabajadores del *Monitor*, que quedó hecho en cien días, y le sacó las entrañas a la *Merri-mac*, del *Ericsson*, el buque de calórico que se llevó el premio Rumford; del *Princeton*, el primer barco de guerra que tuvo la maquinaria de hélice fuera de tiro del enemigo; del *Destroyer*, con su cañón tremendo, que echa a pique los acorazados de mejor armadura; de su máquina solar, donde la luz presa obedece y sirve al hombre. Al morir dijo: «Descanso!».

José Martí

La Nación,  
Buenos Aires,  
30 de mayo de 1889

[Mf. en CEM]

## 234

Un viaje a México<sup>a</sup>

Excursión<sup>b</sup> de un pintor yanqui.<sup>c</sup>-Interesante reseña.-A través del país y de las costumbres.

Nueva York,  
25 de abril de 1889

Señor Director de  
*La Nación*

HAY LIBROS en que parece que va acuñado el corazón, y hecho páginas y letras, donde se ve agonizar la esperanza y sangrar la vida. Hay libros semejantes a los pantalones que suele usar el pueblo español, en que están compuestos con retazos de pantalones que fueron, zurcidos en la hora de la necesidad, para que hagan oficio de tela corrida. Hay libros que es un dolor el verlos; donde las ideas francesas o alemanas andan vestidas de castellano de Comte, con la concordancia muy enmoñada y el régimen lleno de pingajos y abalorios,<sup>e</sup> y la gorra de Francia haciendo piruetas debajo de la mantilla. Hay libros de gala, escritos con el corazón,<sup>f</sup> que excusan con su sinceridad las ligerezas del jui-

cio; libros como acuarelas,<sup>g</sup> con un color que<sup>h</sup> tiene algo de rosa y de miel, y una gracia como de pluma de ave blanca; libros de perla, leche y oro, como la cubierta<sup>i</sup> del *Quitasol blanco en México*, del pintor elegante F. Hopkinson Smith.<sup>582</sup> Es un americano de bigotes de punta, que calza guante cuando pinta como cuando escribe, y no deja salir de su estudio un cuadro que no tenga reflejos de moaré,<sup>j</sup> ni de su pluma una frase sin ala de pájaro, y elegancia de jardín, ni de sus prensas un libro que no lleve papel de rey y cubierta caprichosa. Este libro no es mucho: lo que cabe debajo de un *quitasol*,<sup>k</sup> unas cuantas jarras, un sarape,<sup>l</sup> una cruz de filigrana, una mantilla, un retazo de tisú, un ramo de flores. Calla lo que no debe, y juzga a medias lo que no ha logrado entender bien: pero ¿quién se enoja con un extranjero bien criado porque al empezar a hacer pininos en la lengua les cambie los acentos a las palabras?

Lo que importa es que el floretista tenga alma leal, aunque yerre en un quite o ponga demasiada<sup>ll</sup> mano en un pase. Lo que encanta es la ternura con que este fino caballero, criado entre sedas y joyas, compadece a la raza india como si fuera una hermana en desgracia, y llega de puro generoso a ser injusto, de puro lamentar la desdicha de Juan Diego a no ver el triunfo de Juárez.<sup>583</sup> Lo que agrada es que este caminante, que ha andado, con su *quitasol* abierto, copiando cielos y visitando palacios, por toda Holanda, España e Italia, por la Selva Negra, Suiza y Palestina; este artista mimado que vende sus libros de papel japonés a cincuenta pesos, y es árbitro del gusto a

- a. En LN: «Méjico».
- b. En LN: «escursión».
- c. En LN: «yankee».
- d. En LN: «comeleran».
- e. En LN: «avalorios».
- f. En LN, dos puntos.
- g. En LN: «acuareles».
- h. En LN, coma.
- i. En LN: «cubierto».
- j. En LN: «mearé».
- k. Se añade coma.
- l. En LN, siempre: «zarape».
- ll. En LN: «demasiado».



quien la ciudad pide consejo para sus festivales y adornos; este entusiasta que ha dado la vuelta al mundo en busca de la gracia y el carácter, de la energía y los colores, escribe sobre México un libro que es un ramo de rosas, de rosas plenas que se salen del vaso, y donde dice que «México es la tierra más maravillosamente pintoresca de cuantas ilumina el sol». «Hay dos paisajes que evoca siempre mi memoria cuando me veo de súbito ante un cuadro grandioso de la naturaleza: uno es el pico de la Sierra Nevada granadina, donde Boabdil se volvió llorando a mirar por última vez el valle de la Vega; otro es la soberbia llanura de México y la lejana serrañía; con toda su opulencia de palmeras, naranjales y olivos; la línea de plata de los lagos distantes, y la hermosa ciudad, la Tenochtitlán de los antiguos. El Eldorado de Cortés, centelleando como una joya en medio de aquella vasta extensión de verde y oro.»

Jamás podrá olvidar «esta tierra» de bondadosos saludos, de esmerada cortesía, de hospitalidad franca y abierta.

No fue Hopkinson Smith a México a ver lo que se levanta, sino lo que muere; no visitó las escuelas, sino las sacristías, ni estudió instituciones, sino cuadros. España le selló la mente, y a Venecia, como todo el que la ha visto, la tiene, sonrosada y perezosa,<sup>a</sup> delante de los ojos; de modo que, sin ver que en el maíz molido del indio oaxaque-

ño hay médula para una nación, sin notar como una juventud entre francesa y griega, hecha por igual a<sup>b</sup> la plomada y al toro, sucede a la generación de patriarcas que sacó de entre las serpientes el arca de la libertad, y desaparece en la vejez, por la virtud del heroísmo, con la gracia y el fuego de los jóvenes; sin reparar cómo, mordida de adentro y acechada de afuera, va levantándose, con sus venas de hierro y sus palacios de porcelanas, la nación a quien no ha dado aún bastante sosiego la fortuna para convertir el veneno heredado en savia trabajadora, y despertar de su espanto a la gran raza dormida,—dice que México es «como una Venecia tropical, y España semibárbara». Pero eso es lunar del juicio, y no de la voluntad, en quien no es de aquella especie fea de hombres que no tienen ojos para las rosas, sino para los gusanos, y van al rosal para ver dónde es la mancha, y pregonarla con clarines, en vez de aquietarse calladamente el alma con su aroma. Él fue a México para ver hermosuras y vejees pintorescas, la calle donde crece la yerba, el muro donde se aloja el lagarto místico, el indio hiératico<sup>c</sup> y cortés, la iglesia polvorienta, descascarada,<sup>d</sup> dormida, el celaje carmesí y el suntuoso<sup>e</sup> horizonte.

En México no visita los talleres, donde el mexicano inventa máquinas, sino los paseos, donde un caballero de mano de mujer para de una lazada el

caballo huido. Va al canal de Santa Anita, a pintar, cómo vienen de las chinampas,<sup>584</sup> cantando y charlando, en sus canoas de frutas, las indias coronadas de flores; pero no a las escuelas donde el blanco aprende, porque ya llegó la hora tranquila de enseñar con amor, la lengua en que ha de invitar a vivir al hombre estancado, al indio: no ve que hay otros conventos ahora, que son los de los profesores.

Lo nuevo no tiene encanto para este artista curioso, que se enoja cuando un plumero irreverente sacude el polvo de la sacristía; cuando deslucen con mozigangas de teatro, y cales y cortinones, una iglesia mohosa; cuando blanquean una cerca vieja, y le quitan con tijera brutal sus amapolas y sus lianas.

Los indios se le entran por el corazón, o los que él llama peones, en lo que van juntos indios y mestizos, que le parecen «raza desinteresada,<sup>f</sup> paciente<sup>g</sup> y sensible, de gran belleza personal, valor y refinamiento, capaz de la mayor cultura y digna del estudio más profundo».<sup>h</sup> Les halla «habilidad y gusto innatos», y «una etiqueta y cortesanía<sup>i</sup> en

a. Errata en LN: «perozosa».

b. En LN, se omite: «a».

c. En LN: «herático».

d. Errata en LN: «descacadrada».

e. Errata en LN: «suntuoso».

f. Errata en LN: «desinterada».

g. En LN errata: «pasiente».

h. En LN, no se cierran las comillas.

i. En LN errata: «corte, sanía».

sus costumbres que sorprende en una raza tiranizada». No ve el indio médico, el indio pintor, el indio comerciante, el indio juez, el indio presidente,<sup>a</sup> el indio triunfante, el indio libre: no ve más que «la pobreza desesperada y la miseria y sufrimientos diarios de esta gente infeliz, y la injusticia y la crueldad de todo»: lo dice como si se le oprimiera el corazón, y cerrara los ojos para no ver aquella «pobre raza mansa, sentada inmóvil durante horas enteras; arrebujada en el sarape, mirando enfrente de sí, humillada, degradada, esclavizada, desde Cortés hasta ahora, por una casta social tan rígida como las castas hindús». Cita lo del cónsul Strother: «que los trabajadores de México se pasan la vida buscando el pan y la diversión, sin esperanza alguna, ni deseo de mejorar el futuro»; cita lo de Wells, el del *Estudio de México*,<sup>585</sup> cuando contrasta «el ocio de los ricos que abandonan a manos mercenarias el cuidado y adelanto de sus haciendas, con la industria y habilidad de los indígenas que todo lo saben hacer con una tira de cuero».

No busca compañeros de saca y ponche este artista trabajador, amigo de la naturaleza y de la gente humilde. El peón, el jardinero, el soldado, es su amigo. Sus amigos son Matías, «el pobre Matías» que no tiene nada que hacer, «ni de día ni de noche», la viejecita que vende rosarios a la puerta de la iglesia; la niña india, de pelo de cascada que cose en la ventana, con su

collar de cinta roja al cuello, el viejo de la plaza, que le regala un ramo de azaleas. Él sabe cómo hacerse de amigos en las tierras donde se habla castilla: «un poco de cortesía y unas gotas de ceremonia».

Le falla el castellano, como cuando traduce el «beso a Ud.<sup>b</sup> la mano» de una india cortés, por «bese Ud. mis manos», y «la ley fuga» por «la ley fuego»; pero habla bien en pueblo extraño quien sabe sentarse en la plaza con un muchacho pobre a comer «naranjas, pan y café». Y no es el pintor vagabundo, despeinado, con el pantalón comido y los becerros sin embetunar, sino bien criado y bien puesto, como parece que debe ser el que anda con el arte: viaja de calzón corto, según es moda ahora para las excursiones campestres entre los yanquis jóvenes, y en el saco suelto le asoma un pañuelo de seda de color: el sombrero lo tiene más a menudo en la mano que en la cabeza, como conviene en país extraño: ni se le ve más bohemia que la que le retoza debajo de la mirada cortés, como niña traviesa que espera permiso para escaparse de la sala a saltar cercos y cazar mariposas.

Su estilo no va colgado de metáforas y adjetivos antepuestos, con cien cuentas de vidrio para un hilo de seda; sino suelto como un traje de viajar, sin que sobre palabra ni falte color, y tan notable, por su limpieza como por su desembarazo. La frase no tropieza, ni lleva al cuello tres

collares, ni es como el Luis XIV, de Thackeray,<sup>c</sup> todo peluca y bastón, que se quedaba en maniquí<sup>d</sup> en cuanto le quitaban la pompa del adorno. Viene de adentro la hermosura del estilo, que llega a menudo a la elocuencia y solemnidad, como cuando, penetrado de involuntaria veneración, saluda en Chapultepec, los restos melancólicos de la civilización azteca; o cuando describe el interior de la catedral zacatecana, con las baldosas a medio arrancar, las paredes desnudas de su antigua riqueza, las mujeres sentadas por tierra, con el rebozo a los lados: uno que se confiesa con la cara clavada a los agujeros; un indio que se prosterna ante el altar mayor y toca con la frente el último peldaño; una anciana que sale moviendo los labios y pasando las cuentas; otra que se arrodilla reverente ante «las imágenes rudas de los santos». Y todo eso lo cuenta a la vez con la pluma y el lápiz, y repite en los finos dibujos del libro sus acuarelas mexicanas, su *Patio de mi bienhechor*, su *Parque y Jardín* de Guanajuato, su predilecta *Alameda* de Morelia, su fogoso estudio de la *Tierra Caliente*, sus *Ahuehuetes* augustos, su *Orizaba* magnífico, arrebujado en nubes, su *Playa de Pátzcuaro*, donde se

a. En LN, errata, sin coma.

b. En LN, siempre: «V.»

c. En LN: «Thackeray».

d. En LN: «manequí».

yerguen en la arena resplandeciente dos palmas solitarias. Dibuja con esmero el pulcro magüey, los cántaros queretanos, las azalcas del jardín, el sitial de la sacristía, el banco del paseo, el quitasol con que hace el viaje por esta tierra «de sol italiano» «que no ha sondeado mucho», por esta «nueva tierra santa».

Por Guanajuato empieza el viaje que acaba en Tzintzuntzan.<sup>a</sup> Guanajuato le parece «abigarrada y singular», sin nada tan bello como la iglesia de la parroquia, y la bondad de sus habitantes: ¡con qué nobleza le permite el «caballero rico, minero, agricultor, bienhechor», que pinte desde su portal la verja de la iglesia, le ofrece su casa, le insta a que comparta su almuerzo, le lleva a ver la pajarera, el jardín, la vista de la azotea, todo lo que imagina que puede ser grato al extranjero curioso!

La madre y la hija se asoman a ver el cuadro, y le mandan una taza de café al «señor pintor, que debe estar muy fatigado»: «todo esto,—dice Hopkinson Smith,—ia un vagabundo, descubierto en el portal algunas horas antes!». Hay algo de clavellina en el aire, y es que es Jueves Santo. Matías, «el pobre Matías», lo lleva a la Alhóndiga de Granaditas,<sup>b</sup> el gran edificio donde está la pica en que colgaron la cabeza de Hidalgo; a la iglesia de San Diego, llena de señores y peones, porque «hoy ningún señor anda a caballo, y en las minas no se trabaja»: a la «lindísima» pla-

za de Mejía Mora, donde oye música «excelente», entre palmas y flores, y señoritas de belleza mucho más viva que la de las españolas»; la que pasa riéndose de él es la misma que en la sombra de la iglesia envía luego mensajes a un caballero medio oculto detrás de una columna: pasa por entre las luces y las procesiones, entra en la sacristía mientras cantan afuera los oficios, y allí ve a cuatro padres felices, charlando y comiendo, cada cual con su botella al lado: «Cada santo padre, dice, tenía a su plato una botella de vino tinto, y llevaban larga y alegre la conversación, sin cuidarse de nada, ni bajar las voces más que cuando cesaba el canto afuera». Se despiden de Matías, sin querer pensar, cuando le llena la mano de centavos y reales, en lo que «su raza ha sufrido por siglos, aunque bien sé que bajo este encanto del aire, del color y de la cortesía, acecha, como el miasma mortífero del pantano, adormecido mientras luce el sol, mucho de degradación, injusticia y crimen».

Al salir de Guanajuato, «no ve más que la ciudad de púrpura nadando en la luz de oro».

Llega a Silao de noche, Silao de casa bajas, muros de adobe, calles vetustas, peones errantes, ancianos arrodillados vigilando las ollas, campo seco cubierto de cruces. Un amigo inglés no lo deja ir sin armas desde la estación del ferrocarril hasta la catedral que centellea en la sombra, porque «salen del suelo esos

demonios de ladrones». «Y la culpa no es del gobierno» dice el inglés; «hace cuanto puede por limpiar el país»: «idos días en capilla, para ejemplo, y adiós al mundo!» Es un ascua la catedral, con sus millares de bujías colgando del techo, y sus papeles de oro en hilos de seda, y en los estantes corridos de la pared hileras de vasos, cristales de botellas, por donde pasan las luces de detrás con mil caprichos y juegos de colores: flotan con el aire de la puerta las bujías y los papelillos: los peones besan las llagas del Señor, y dejan caer unos cuantos centavos en la fuente: «Esa puerta, dice el inglés al salir, se traga todo el dinero suelto de México». En la plaza no se puede andar, de tanta gente que compra en los puestos, velas, y dulces, santos y flores: las antorchas clavadas en tierra, humean por sobre el gentío: pasan los novios aparejados, los ancianos diciéndose urbanidades, los muchachos corriendo por entre las piernas: dos novios, que eran dos y parecían uno, fumaban el mismo cigarro en un banco muy estrecho.

Querétaro se le aparece en vuelta en polvo: todo se lo lleva el remolino del vendaval,<sup>d</sup> los

a. En LN: «Tzinúntsan»

b. En LN: «Alhóndiga de Gromaditas».

c. En LN: «del» por «el».

d. En LN: «vendabal».



hombres como las hojas, aunque en seguida se serena el cielo, y queda el aire balsámico, las flores como con barniz, y como luz líquida el agua de las fuentes. ¡No quiere comprar ópalos! «¡No quiere ir a ver el cerro de las Campanas!». ¡No hay quien no lleve una carga de ópalos en el bolsillo! Gran iglesia la de Santa Cruz. «El acueducto es el mejor de México», con su agua fresca de la montaña. Le gustan de Querétaro<sup>a</sup> las calles de plátanos y palmas, las plazas llenas de árboles y fuentes, las vendedoras de agua de las esquinas, que con el gusto delicado de estos indios en todo lo que tocan llenan de amapolas y yerba menuda los bordes de la jarra por donde el agua sabrosa corre a hilos.

Chispean por detrás de las persianas los ojos negros; se asoman a los balcones muy peinadas las niñas; se ven por entre las rejas de la puerta los patios enjardinados, con sillones y hamacas; por el parque pasean en grupos, damiselas de blanco y rosa y tacón rojo, que el viajero torna por nobles «señoritas»: conversa con uno de esos caballeros de la alpargata, de lengua lista y sarape de seda, de estos sabelotodo y convidame a pulque; ¡pero este sarape no se vende, señor; este era de mi padre, y es para mi hijo!»

Lo que de todo le parece más bello es la iglesia de Santa Clara,<sup>b</sup> sombría y húmeda, comidas las cortinas y gastados los suelos, con una puerta coronada

de estrías, volutas y encastres que llevan al techo sus canales y rosetas de oro: como sin orden, pero con otro orden superior, cuelgan de una pared lienzos de maestros y banderas: rodean el altar de candelabros gigantes: dos hileras de sillas talladas, como centinela con el terciopelo en el hilo. Son «exquisitas» las arañas, y pulidos del uso aquellos bancos cojos: en un rincón, amontonados, santos viejos y arcones: «¡no hay en el mundo entero interior de iglesia más deliciosamente pintoresco que el de Santa Clara!»

Lo que no quiere el pintor es que deje «un don viejo una pila de plata» para que la hermoseen, como a la catedral, con tapices verdes y rojos, y lámparas de kerosene, en vez de arañas.

Sale de la ciudad, cuyas cúpulas resaltan en el cielo de la noche, por entre hileras de peones dormidos.

Quema el suelo cuando entra en Aguas Calientes. La sombra retorcida de los troncos de árboles se pega a la tierra humeante, como culebras: el aire es rosado, violeta y verde azul: a lo lejos se destaca en el cielo la torre de la iglesia, señora de aquella ciudad que parece un joyero, con sus techos rojos y amarillos, sus naranjales y sus patios. Por entre el polvo pasan los burros, cargados de pasto: las indias, de sombrero y trenzas, con el hijo a la espalda; los indios, con el huacal lleno de pollos o vasijas: en las termas se bañan al sol centenares de hom-

bres, mujeres y niños, sin que se vea deshonestidad, ni haya más pared que el aire puro. Del sarape hacen tienda: bajo él desaparecen los vestidos, y, ¡al agua caliente!

Allí se pone a pintar Hopkinson Smith, y cree ver dioses aztecas, mudos e infelices, en tres mozos de sarape que se encucillan a verle poner en colores el cuadro del baño, por más que, salvo lo del encucillarse es lícito creer que no tendría menos público si abriese el caballete en una plaza de Nueva York. Les conversa: les da cigarrillos: cree que se asombran de su cortesía, que se dicen entre sí con los ojos: «¡es un blanco, es un blanco y no nos desprecia!». Dos jinetes<sup>c</sup> de silla alta se bajaron a tomar un pulque. Unos muchachos juegan al toro. ¡Qué hermoso el jardín de San Marcos! ¡Qué afable el jardinero, que le llena la mano de azaleas, y lo acompaña hasta la esquina para que no pierda el camino de la catedral!

En los mercados abundantísimos, lo más notable son los trabajos de alfarería, los cántaros, las botellas, las ollas, los tiestos de flores: dicen que son «muy despreciados» los alfareros, los plateros, los talabarteros, los artífices en madera y en pluma.

a. Errata en LN: «Querétano».

b. En LN, punto y coma.

c. En LN siempre: «jinetes».



Celebra la variedad y belleza de la cerámica mexicana; la loza de Guadalajara, blanda y gris, bruñida y decorada con grecas y gargantillas de plata y oro; la dura y bañada de Zacatecas, que parece caoba de piano reluciente; la laca japonesa de Uruapan; la loza de iris de Pátzcuaro, que tiene el secreto de la loza mora; la de Puebla que es casi porcelana; y el cristal de Venecia que hacen en Puebla, que «no se diferencia de un *Salviati*». ¿Cómo se ha de ir de Aguas Calientes sin ver la iglesia de San Diego, con su pavimento de mosaico y su puerta labrada? A la espalda de la iglesia tocan el arpa, triángulo y tamboril, rodeados de gente, unos indios que le parecen de «independencia y dignidad», con un cantor «esbelto y de ojos grandes, hermoso como un dios griego, con dientes como carreras de maíz».<sup>a</sup>

En Zacatecas ve la escena admirable del mercado: no existe escena igual en cuanto ha visto del mundo este pintor: la luz que ciega; los grupos de colores, ellos de jarano y sarape bermellón, ellas de rebozo azul y pañoleta roja; los mineros con calzoneras de botón de plata; los burros cargados de mineral; los jinetes con espuelas de «estrellas asesinas»; los rebaños empolvados, que van de un pastal a otro; los presidiarios que pasan en hilera, con sacos a la espalda, guardados por soldados de a caballo. Ve el «patio de los Arcades», con sus perezosos

y sus ventorrillos. Ve la capilla de Guadalupe, una «exquisita capilla moderna», con un jardín del que se quieren salir las flores, y unas pinturas de santos que parecen «bistecs<sup>b</sup> requemados en las parrillas».

Ve el gentío que viene detrás de dos indias penitentes, que van descalzas, hasta la capilla de los Remedios, cantando con dulcísima voz, pisando los sarapes que les tienden delante, para que no se lastimen los pies, tres peones generosos, recién salidos de la pulquería. Sin acordarse de que una cuchara de plata *christofle* cuesta en Nueva York setenta y cinco por ciento más que en Europa, por proteger la plata americana, se asombra de que una botella de cerveza *Bass* cueste caro en «El Zacatecano» por proteger la cerveza de México.

Pero lo que le importa más en Zacatecas es una silla de la catedral, con el forro en la hilaza, y dos brazos como para obispo, tallada desde los dos portaluces dorados del espaldar hasta los cuatro globos en que clavan las garras «grotescas» los cuatro pies combos.

Da unos pesos, y el pretexto de llevar la reliquia a un tío devoto de Nueva York, y compra la silla al «padre Ignacio», con la ayuda de un sacristán que tiene el doble oficio de atender al vestuario y dar a las niñas que frecuentan la iglesia cartas amorosas aparte, dejar doble espacio y sin sangría.

La vida de las calles y la hermosura del paseo<sup>c</sup> es lo que de la ciudad de México le llamó más la atención. No entra en políticas ni sociologías; pero ve un síntoma feliz en que en lo que fue monasterio de San Hipólito haya ahora una imprenta, una escuela en lo que fue convento de la Concepción, una biblioteca en la iglesia de San Agustín, y avenidas llenas de gente laboriosa en los que eran ayer jardines secretos o claustros emparedados.<sup>d</sup> En San Francisco, donde oyó misa Cortés y se cantó el primer tedéum por la independencia, tienen ahora los protestantes su templo, «un horror de soledad y de cal»; en la enfermería está un hotel, y en el refectorio un estable. Por la cúpula de San Antonio echa humo el tubo de una chimenea de cocina.

A la iglesia de San Hipólito «va tan poca gente que la yerba crece entre las baldosas» del vestíbulo; pero «es muy bueno» el padre que viene a saludarle con dos niños de la mano, que lo lleva a casa de su hermana viuda, a enseñarle una tela rica de las que usaba antes la Iglesia, que «no pensaba más que en pompa, en el esplendor, en el bien que solía hacer la religión, sin ver la degradación de los tiempos que lamentaba».

a. En LN: «maís».

b. En LN: «beefsteaks».

c. Errata en LN: «paeso».

d. Errata en LN, como en lugar de puntos.

Le han informado mal, como que dice que el *dogcart* inglés y la gorra francesa acaban de invadir la mejor sociedad mexicana con los ferrocarriles: ¡y qué lástima, que corran peligro de desaparecer por las modas yanquis o parisienses los vestidos de la gente del país, el de la hermosa que realza el negro de sus ojos con el de la mantilla, el del galán que sin salir de la silla levanta del polvo del paseo el pañuelo que se le cae del coche a su novia, el del elegante, ágil como el jinete campesino, que de una vuelta de la muñeca, sin dejar de sonreír, enlaza y para el caballo desbocado!<sup>a</sup>

Le parecen en Puebla muy bien las calles anchas y limpias, los mercados brillantes y bulliciosos, los dos centinelas coronados de nieve, la leyenda de los dos ángeles que vio el padre Julián Garcés<sup>586</sup> cuando quiso fundar un asilo para los caminantes, y soñó que bajaban del cielo, al lugar mismo donde hoy se levanta Puebla, dos agrimensores alados. Llegó el pintor en Domingo de Ramos, cuando la ciudad parecía iglesia en triunfo, los niños y las madres adornando con palmas los balcones, la gente por las calles, con palmas en las manos, los asnos sesteando, con el belfo<sup>b</sup> de uno en las ancas de otro, el sol claro y contento.

Va, como en todas las iglesias, a la magnífica sacristía, con sus gavetas henchidas de casullas de oro, y sobrepellices como espumas, y albas como la flor de la mostaza, que la deshace el

viento: con sus mesas de ónix, sus pinturas con patina, con sus vasos de Imari: el obispo escucha un cuento: los padres se sacan la sotana por la cabeza: los acólitos se visten de blanco y de rojo: un cuadro de Vibert: ¿a qué se va a Padua o a Verona, cuando se tiene tan cerca la capítular de Puebla, con las sillas que le regaló Carlos V, su mesa colosal de ónix, sus tapices flamencos? Un sacerdote le hace un cumplimiento tan fino que no se atreve a proponerle la compra de una de las sillas del emperador.

El confesionario<sup>c</sup> lo fascina, el confesor,<sup>d</sup> «pletórico», la dama rica que viene a contarle el pecado, la vieja descalza que se va golpeándose el pecho, el criminal rechoncho que con el sarape a los ojos, arrastrándose como un caracol, se pega a la reja y cuenta su crimen: tiembla el padre y se cubre la cara con la manga: impone su mano en la cabeza del pecador,<sup>e</sup> el pecador, fuera de sí, le acaba la confesión en el oído.

Y así pasa los días, pereceando por el mercado, lleno de grupos pintorescos, quitasoles de estera, cerros de fruta y alfarería, ventorrillos de colores alegres, colgados de rebozos y pañuelos; o en la plazuela, donde no se ve el cielo por lo tupido del ramaje, y vuelve el infeliz a saber lo que es dicha; o en la «deliciosa» iglesia vieja de San Francisco, con la fachada de azulejos, estatuas y torres; o pintando al sol, rodeado de mi-

litares cortesés, que no le dejan moverse para llenar la taza, y mandan al soldado, al asistente de «aquel comandante con ojos de acero».

De allí vuelve por México a Toluca, y el camino le parecía tan grandioso como Toluca limpia y bella, con sus casas como rosadas, sus tejados rojos, su cielo azul ardiente.

Se mofa de que la iglesia de San Francisco esté sin acabar: «para el fin del siglo que viene le estarán echando el techo!» «Mercados deliciosos», «Gran» plaza de toros, dos teatros «ricos»: Toluca «muy digna de verse».

En Toluca se entra por sus queridas sacristías, y halla en una, rodeado de Quijotes y Alarcones con cubierta de pergamino, a un sacerdote joven que se sube en una silla para enseñarle mejor un Murillo<sup>587</sup> de veras, una *Fuga a Egipto*, y vuelve a poner con cuidado una rosa marchita que se cae de un vaso de agua clara: «Le gustan a Ud. las flores viejas, como los libros»: «Hay flores que no son viejas nunca».

A la puerta de la iglesia le habla del sacerdote a un amigo neorleanés que se le ha aparecido, como una providencia sin corbata, en el viaje; y tiene pronta siempre la limosna y el chiste, la mano y el buen consejo, la extravagancia y la cesta de

a. Se añade la admiración.

b. En LN: «bello».

c. Errata en LN: «confesonario».

d. Errata en LN: «confeosr».

e. Se añade coma.

sandwiches; que anda por el medio de la calle y es «el amigo de todos», que trata a desvergüenzas a los que más quiere, y se esconde para dar dinero a un indio ciego, que no lleva equipaje consigo porque en todas partes lo conocen, y a él le está bien la ropa de «todo el mundo».

El está hoy en Aguas Calientes y en Michoacán mañana. Ha padecido y es bueno. Lo sabe todo.—«¿Su sacerdote, su sacerdote de Ud.?» Ese es Gerónimo: de seguro que es Gerónimo. La historia de siempre. El amanecer. Gente embozada. Criada cómplice. Fuga en diligencia. El padre a caballo. La muchacha al encierro. El estudiante, a padre cura. Cosas raras suceden en México, amigo pintor,—raras y crueles!».

Y ahora, a Morelia, con «este amigo pirata»; a Morelia, en el ferrocarril, por entre haciendas ricas, por junto a los lagos repletos donde «el que sale a buscar el desayuno vuelve con un pelicano y media docena de flamencos, bien lleve escopeta, bien cace como los indios, con la cuchilla que atan al extremo de una vara, para lanzar el pájaro al levantarse: lo mismo que cuando pescan, que engañan al pez aficionado a la sombra tendiéndole ramajes sobre un recodo de la orilla, donde con una red de hojas de maguey lo recogen a montones. Llegan a Morelia, y el amigo pide «una buena comida, magnífica!»: pescado asado en paja de maíz, pimientos rellenos con tomate y chile,

higos y una taza de café de Uruapan, el mejor del mundo». A la alameda.

¡Oh, la Alameda de Morelia! Las enredaderas en flor se arrastran por la tierra, se abrazan a los bancos, se encaraman por los troncos, se hombrean con los álamos los rosales: los arbutos, como Romeos, miran de abajo a las amapolas y los lirios que se asoman por sobre la cerca, cual si tuvieran alma, mirando al que pasa como si se lo quisiesen llevar a su retiro, a su retrete, donde se elabora el color de los pétalos, con nácar fundido y una gota de sangre: «sobre todo, dice Hopkinson Smith, derramaba el sol de la tarde sus torrentes de oro». Bella es la noche, llena de amor y de misterio, en la plaza de La Paz, con sus parejas de novios y su música; curiosa la misa de catedral después de desayunarse en el mercado con frutas y café; venerable San Nicolás, el seminario donde estudió Gerónimo el de Toluca; hospitalaria la casa del gobernador, que invita a un concierto al artista vagabundo: mil y una las delicias de Morelia; «la más encantadora de todas las ciudades mexicanas»; pero ¡la Alameda es lo más bello!

Allí «se pasaría el pintor la vida» si no tuviera que ir a Pátzcuaro, la ciudad dormida, la del lago a los pies y su cinta de colinas de verdor espeso, y sus islas de indios pescadores. De la estación de Pátzcuaro lo lleva al hotel una diligencia fragorosa

con rodaje de artillería y barandas y sendas en el interior, como una biblioteca. Café, tortilla de pimientos, fruta. Las casas, como árabes; los colgadizos, con tollos y flores; los faroles colgando de cadenas, de un lado a otro de las calles; las puertas y ventanas con arcos como en las tierras de encaje de la morería.

Al pie del muro, el plátano, la caña, el jazmín de malabar: en la iglesia de la Compañía, debajo del altar, «los huesos del obispo, envueltos en seda». Compra café, loza laqueada, trabajos de pluma, y se embarca con el amigo en la más curiosa nave que vio el lago de Pátzcuaro, que era a la vez balsa y canoa, con la proa en punta y la popa cuadrada, y un timón que tendía por el puente a los remeros cada vez que se le escapaba al timonel, y una vela que no quería andar, pegada al mástil tambaleante. Durante el viaje divisan a Xamicho,<sup>a</sup> con sus ruinas de los jesuitas, ya mohosas; a Xarácuaro, con su convento mudo, señor de la aldea de adobe de los pescadores; a Ignatzí,<sup>b</sup> con su teocalli santo, que se levanta, vigilado por los cerros verdes, de entre su cerco de muros, ceñida de peldaños la pirámide de piedra, y allá en lo alto el templo en un rincón cubierto por las lianas compasivas: ¡se le acariciaría como a un anciano! Hasta que a caballo en dos indios

a. En LN: «Xanicho».

b. En LN: «Ignátzio».



desembarcan en Tzintzuntzan,<sup>a</sup> la del convento sin puertas, las tiendas sin vendedores, el campanario sin campanas, las calles sin más transeúntes que las indias que van a sus rezos o los indios que bajan a la pesca: en el borde de los muros agrietados duermen al sol, entre sus flores amarillas, los melones.

Pero en aquel pueblo desierto, en aquella aldea que tiene el «padre» por rey, en aquel convento, donde el pintor ve al pasar,<sup>b</sup> arrastrándose de rodillas o mesándose el cabello, los grupos de penitentes, chupadas del hambre, con los ojos vidriosos, asiendo en vano la sotana del padre ceñudo; en aquella sacristía, encajado de pared a pared sobre la hilera de gavetas, resplandece «tan fresco, puro y rico de color como si estuviera pintado de ayer!» el cuadro famoso, motivo y objeto del viaje del pintor, *El Santo Entierro* del Tiziano.

Mucho costó al viajero y a su amigo llegar a la sacristía. Al padre se le pusieron como lanzas las cerdas de las cejas. Que es día santo, y no se puede entrar en la alcoba del Señor.—«Justo, padre, muy justo: aquí le hemos traído estas finezas de comer; para que las goce cuando se acabe el ayuno».

Que si el pintor da cinco pesos para los pobres, se le puede dejar ver el cuadro:—«Aquí están, padre, aquí están en plata pura: bien puede hincarles el diente, que son buenos». Que el otro sacristán, que tiene la llave, se fue en el único burro del pue-

blo, y no hay quien abra la sacristía:—«¡Oh! padre; nosotros abriremos, nosotros pagaremos por el cerrajero!» Que la puerta es sagrada, y no se puede romper: pero si el pintor da otros cinco pesos para los pobres...:—«Aquí están, padre, aquí están». Y al fin se abre la puerta, «que no tenía cerrojo, ni llave, ni lo ha tenido en siglos».

¿Quién, sino el Tiziano,<sup>588</sup> pudo componer ese grupo inefable con su Cristo amortajado del que parece salir una claridad celeste con aquella luz sabia que cae sobre el brazo realzado de Jesús y la cabeza de María, con las túnicas pardas y azules que se destacan sin crudeza, calladas y vivas, de la sombra armoniosa del fondo, en aquel aire de oro, como flotante y musical, en que el Tiziano envuelve sus pinturas? Ni ¿qué menos que un Tiziano le había de regalar para su iglesia al obispo Quiroga, al que se atrajo por el afecto los indios que Nuño<sup>c</sup> de Guzmán espantó con su crueldad, el fanático Felipe que contaba con la misma mano seca, mano fría de garduña, el sueldo del traidor que espía a su hijo hereje, y la pensión que desde los tiempos de Carlos V se pagaba a aquel otro rey, al gran Tziano?

El pintor se llena de júbilo; arma su caballete; copia las manchas de color; el rincón de cielo azul que era en Tiziano como marca personal, el grupo elocuente, las líneas finas; salta sobre la mesa de las gavetas para ver mejor aquel barniz, en

que parece estar presa la luz; se le va la mano hasta palpar la figura del Cristo.

Y entonces oye detrás de sí un grito que le hiela los huesos: «¡Cuidado, extranjero, que eso es muerte!»: un indio sale de la sombra llamando al padre a voces: otro se le viene encima: se llena de los indios, del padre, del vigilante amigo la sacristía:—«¡Ah, zopenco!» le dice el amigo: «¡arrodíllate y saluda tres veces la pintura!».<sup>d</sup> «Padre»,—sigue diciendo el amigo, sombrero en mano: «este pintor es un cristiano fiel que perdió la habilidad, y no pudo pintar; pero oyó en sueño que debía venir en peregrinación hasta ver el Señor de Tzintzuntzan,<sup>e</sup> tocarle la mano y que le volviera el poder. ¡Y aquí está, padre, la prueba del milagro!». Y levanta entre las manos el boceto triunfante. El pintor sale, con el amigo detrás, entre los indios que cuchichean, llenos de asombro.

Y aquí se cierra el *Quitásol Blanco* de Hopkinson<sup>f</sup> Smith. Del México moderno sabe poco, como que vio «hidalgos» y oyó «castañuelas», y en<sup>g</sup> Toluca fue a ver la iglesia en vez del instituto, y en México prefirió el patio de

a. En LN: «Tzintzimzan».

b. Se añade coma.

c. En LN: «Niño».

d. En LN, cierran dos signos de admiración.

e. En LN: «Tzintzimzan».

f. Errata en LN: «Hopkinson».

g. Errata en LN: «en y».

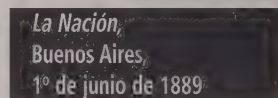


San Hipólito a la escuela de minas, el Sagrario a la preparatoria, el canal al museo. No se paró a ver lo que México ha vencido, ni a medir el esfuerzo por los obstáculos que se le ponían,<sup>a</sup> ni a calcular lo que va a vencer con el empuje acumulado. No vio el trabajo titánico de sus hombres nuevos para sacar los brazos con la libertad en salvo, por encima de las torres de las iglesias; ni la fatiga heroica de la generación liberal que lleva a cuestras el país resucitado, sin detenerse más que para apartar de sí las manos: que se le asen

desde la sombra a la chaqueta de cuero. Ese es el pecado del libro: pero ¿qué pecado no puede perdonarse al que, aún después de haber estado en México, de haber visto de cerca los ojos negros de la mujer española, los ojos caritativos de la india, empieza su libro con esta dedicatoria?: «Dedico este libro a la más encantadora de todas las señoritas que conozco; a aquella cuyo rostro veo con más claridad cuando estoy lejos, y cuyos brazos se me abren más anchos a mi vuelta; a la que me oye con más paciencia, y me cri-

tica con más generosidad, a mi hijita Marion».

José Martí



[Mf. en CEM]

---

a. En LN: «oponían»

# El centenario americano

La llegada al muelle.-Oratoria y banquete.-Al pie de la estatua de Washington.-Milicia y ciudadanos.-La lección del siglo.

Nueva York,  
mayo 11 de 1889

Señor Director de  
*La Nación*

**P**IAFABAN YA, bajo la mano fuerte de<sup>a</sup> un cochero de chaqué y sombrero alto, los cuatro caballos que habían de llevar al Presidente del muelle de Wall al club de los abogados, para la recepción solemne y el refrigerio suntuoso. Ayudados de brazos jóvenes hacen como que reman en la barca que lo trae del *Dispatch* los capitanes viejos, en su traje de lujo, que es pantalón claro, levita cruzada, y sombrero de pelo. Baja por una balsa forrada de paño carmesí el Presidente, que trae el rostro mortecino, que cruza saludando con mesura por entre los huéspedes que han de seguir a pie el carruaje: que va, con otros coches de los Secretarios y gen-

te mayor, por toda<sup>b</sup> la calle por donde Washington fue, hoy como entonces henchida de curiosos, y al pasar bajo el arco pobre de los comerciantes la comitiva, no parece que aquél sea el arco natural de aquella procesión, sino el que hace por sobre las cabezas, desapareciendo rápido, el ferrocarril aéreo. Al fondo, entre los bancos, y las bolsas, se levanta cerada de los sepulcros de los años gloriosos, la iglesia de la Trinidad, con su espira soberbia. Arrolla el gentío a la policía, y dispersa las filas de huéspedes. Están cantando ya en la casa de granito y mármol de la Equitativa, donde tienen los abogados su club rico, el himno con que saluda al gobernante del país el coro de la Trinidad. Déjese el refrigerio a los que en aquellos salones, estrechos para la multitud, se quitan el puesto a codazos, o vigilan con ojo hambriento las mesas. El Presidente, de pie en

el estrado, saluda con la cabeza a los prohombres que pasan ante él, en hilera continua.

Come en mesa especial, con todo el mantel de rosas finas, y las luces eléctricas ocultas en seda rosada. Va, paso a paso por la mucha gente, a la casa municipal, donde, como cuando Washington, las niñas favoritas de las escuelas públicas, vestidas de blanco, le leen un discurso, le prenden un ramo en la solapa, le riegan el camino de rosas. Ya vuelve de recibir bajo el dosel de banderas del salón a la Ibernia y Germania de la ciudad, traídas a la fiesta por los cervecedores y muñidores que imperan en el municipio. Cuando arrancan los caballos pujantes, se echa la multitud de los barrios humildes sobre las rosas pisadas. Por la noche, al abrirse para el baile famoso la puerta del teatro, se oyeron los gritos de las mujeres heridas en la carne por sus propias joyas, apretadas, en la rabia de entrar primero, por caballeros de plastrón y casaca.

Ni dama conocida ni hombre de pro faltaba al baile co-

a. Se añade esta palabra.

b. Errata en LN: «todo»

mentado, causa de tantos celos y riñas entre las ricas vanidosas y los monarcas de salón, y poco menos que cerrado al público común, porque no podía estar en él quien no fuera abonado por dos de los cien caballeros ilustres de la comisión de las fiestas, que era requisito difícil de llenar para quien, aun sobrándole los diez pesos de entrada, no viva en la nata del mundo; así que cuando por entre una gruta de palmas y azaleas se llegaba a la sala, vestida de carmesí y oro, con escudos a trechos, y guirnalda de flores de papel, y un cesto colgante de verde, y de ellas, donde suele estar la araña, y anchos listones de lanilla tricolor del techo, con su corona de luces, al balcón de la galería, eran caras familiares las que encontraban los ojos:<sup>a</sup> generales y gobernadores, el Senado y las bolsas, abogados millonarios y políticos eminentes, damas afligidas aunque no lo querían parecer, con el peso de tanta joya, y rubíes como nueces por pendientes, ceñidos de tres brillantes como avellanas, más otros tres gruesos de broche en cada hombro, tres carreras de ellos en la gargantilla, a ambos lados del busto, mirando a los hombros, dos grandes hojas de los más finos, como cerrando una flor: que este era el traje de una señora Neilson, y el de la de Astor un jardín de piedras, lo mismo que la mantilla de un caballo del shah. De eso se susurra, de que las descontentas han vuelto del

mar a tiempo de ver desde los palcos la cuadrilla donde solicitaron en vano puesto; de que es raro de veras que no estén en la cuadrilla la esposa de Harrison ni de Cleveland: un poeta curioso recuerda en un rincón cómo cuchicheaban los abanicos en el baile de hace cien años, y cómo temblaron los ambiciosos corazones, cuando entró Washington de traje negro con las hebillas relucientes, y no se sabía si iba a sacar de pareja a la cancillera, que era señora muy principal en Nueva York, o a la del ministro de España, que había gastado tanto en las iluminaciones, o a alguna amiga del corazón, como sucedió al fin, aunque decía un abanico que no la sacó por esto, sino por ganarse la voluntad del esposo, que en política no miraba a Washington bien; y otro abanico viejo decía que Washington era así, sin buscar su provecho en las cosas públicas, pero sin desdeñar las oportunidades lícitas, ni dejar que volase sin su razón una sola hoja. Entra la artillería, de bota y cascos, para abrir camino en el gentío al Presidente y a<sup>b</sup> las parejas que han de bailar, ante los palcos improvisados en el escenario en una como tienda de campaña, la cuadrilla de honor. Sólo el escenario está libre, pero el patio repleto, los palcos centelleantes, henchido el balcón. Ya entran, entre aplausos. Ya saludan al Presidente las parejas magníficas. Se escapa el bastonero, dando saltitos. La esposa del Vicepresi-

dente, dama de mucho estado, de seda blanca y lila, con ramos de fresas, y un abanico del tiempo de la jura, baila con el teniente gobernador del Estado, de barba blanca. La<sup>c</sup> esposa del teniente, de seda rosa y un collar del otro siglo, de ámbar y oro, es la pareja del Vicepresidente Morton, con la casaca que se le quiere ir al cuello.

Con la de Astor hace arcos un teniente galán, ayudante de la Presidencia. Una Washington, de muaré carmelita y joyas de herencia, lleva de compañero a un almirante danzarín, y no delgado. Una Webb, descendiente de un edecán de Washington, que lleva al cuello un medallón, danza el paso con un general ágil. Una Livingston, nieta del que le recibió a Washington el juramento, no se olvida de lucir, en sus figuras con un caballero del buen tono, su traje rosado del tiempo de Barras y el collar de perlas viejas. Una Weir, azul, lleva en el robustísimo hombro un broche de brillantes de Washington, y su coronel baila bien con el uniforme de mucho oro. Una Lee Schuyler lleva brocado de un siglo, con flores de relieve y encajes de cuando sus abuelos holandeses eran patrones de la ciudad. La Morris, que viene del hacendista famoso, guarda cuanto puede de su compañero el marino, su vestido adornado con encajes de flores de Venecia, una

a. En LN, coma.

b. Se añade esta palabra.

c. En LN: «Con».

maravilla de hace trescientos años. La Remesclaer,<sup>a</sup> anciana en terciopelo morado, saca bien la figura con un descendiente de los primeros colonos.

Un senador es el caballero de otra Remesclaer,<sup>b</sup> de amarillo, con oro en el pelo y cordón de oro a la cintura. Una señorita King, de casa famosa, acompaña bien a otro general, que no sabe de cotillones. Una Cooper, de traje malva, es la dama de un capitán de nombre holandés. Una Peyster, de mucha seda blanca, tiene diestro en un pintor elegante, que es persona en los salones. La Gerry, brillante vivo sobre brocado de plata, baila con un uniforme oro y azul: dos figuras nada más danzan, para que no se confirme eso que dicen de que la gente noble quiere todo el baile para sí; y apenas acaban, despuéblanse los palcos y el balcón, se echa sobre los palcos presidenciales, a codo vivo, la concurrencia entera. Y ojean al Presidente que le oye cuentos a Depew; a la esposa de Morton, con su aire de casa real; a la de Harrison, de rostro astuto y señor, pero con mucha seda encima. Ya se van a la cena, seguidos por palmadas cortesés. ¿Y para quién, para quién es este aplauso cerrado, continuo, ardiente, estruendoso? ¿Al paso de quién echan de los palcos las grandes damas, los ramos de flores que se quitan del pecho? Al paso de una mujer joven vestida de blanco, de la esposa de Cleveland. Al entrar en el comedor se recogieron las

damas el traje, para pasar por los charcos de champña, y había que echar a un lado a los jóvenes ebrios. Daba desde la entrada el hedor del vino bebido. Junto a las damas, sentadas entre un coro de galanes animosos, había a las puertas cascotes rotos y platos a medio comer. La champña era libre, y había, si se iba con señora de veras, que sacarla pronto de aquel comedor, el comedor de las mil botellas y de la mesa de greca.

¡Oh! ¡qué pena, esa niña ebria llena de brillantes! Cruza el salón uno de los trescientos criados, en brazos de dos compañeros. Se sale del palco, conversando con un caballero inquieto, una señora de rostro encendido. Otra de brocado de realce, se duerme al pie de la Presidencia vacía.

A golpes de porra y a juramentos echa la policía del comedor al presidente mismo del baile. En la escalera, un histrión deforme cuenta historias de risa, rodeado de damas de prosapia, medio acostadas en los peldaños. En el vestuario de hombres, unos se caen de brucos, otros van apoyados sobre el que llevan delante; uno pregunta: ¿quién va bien? y le responden que Harrison, otro grita Cleveland y le ahogan el nombre con gruñidos.

Va como la muerte un militar de pluma blanca.

De la iglesia de San Pablo, donde aquel «magnífico anglosajón» se arrodilló a pedir a Dios fuerza y acierto, salieron a la

mañana siguiente los concurrentes atónitos, no de que por raro agradecimiento y alarde de aristocracia estuvieran mezcladas en los adornos, como entre la gente hidalga de hace un siglo, las estrellas de América y la flor de lis, sino de que con la vieja palabra de la Iglesia, y en un inglés flexible como un látigo, hubiera censurado el obispo Potter «la política mercantil de estos días», la política culpable de venta y compra, tan distinta de aquella del que nunca dio empleos por parentesco ni mala obligación, y acusase de la fealdad moral de la República y del culto al dinero que le va comiendo las raíces, al exceso de inmigración, «que nos va a poner como Pan, el hijo de todos, que era el más feo de los dioses». Y fue la comitiva al estrado del Tesoro, lleno de huéspedes de honor especial, donde a los pies de la estatua, esperando a los oradores del día, estaban una silla y mesa de antaño, y aquella Biblia misma de los masones, en que juró Washington «servir fielmente el empleo de Presidente de los Estados Unidos»: y como antaño, bullía el gentío al pie, miraban caras bellas desde las ventanas, flotaban en los techos sobre el cielo azul las banderas nuevas, pasaban a lo lejos las cureñas, los carruajes, los jinetes, la caballería de penacho colorado. El protestante an-

a. En LN: «Renusclaer».

b. En LN: «Remselaer».



ciano, de casquete y toga de seda negra, pidió al Dios misericordioso, en la retórica del altar, que nazca flor dondequiera que nace hoy ortiga.

El Secretario elegante, con el ojo animado del que trae algo en sí, leyó los versos del cuáquero octogenario, del fácil Whittier, que manda poner de pie a los hombres todos para celebrar el siglo feliz «desde las palmas ardientes hasta la fría Alaska». Chauncey Depew leyó, puntuando con el dedo los párrafos mayores, no una oración miliaria que clavase en la mente, como términos de luz, las verdades que el genio descubre en el análisis de lo actual para guiarse en lo futuro, sino de un discurso retroactivo, donde se recalientan los manjares servidos en los libros de historia, en MacMaster y von Holst, en Lossing y en Bancroft, y se entretiene la vanidad con enumeraciones y estadísticas, que suenan hondo como los tambores, y suelen andar huecos como ellos. Y habló luego, atacándole con modestia seductora el mérito al orador, un hombre pequeño, de nariz machucada entre las cejas, que arrancó aplausos cordiales a los menos dispuestos a reconocer el mérito de la oración breve y ferviente en que, como si fuesen a clavarse en la puerta del Secretario que no lo quiso acompañar, describió Harrison con palabras que vibraban y lucían, que parecían promesa encubierta al espíritu de Washington, la suerte envidiable del

gobernante que no quiere en política más guía que el deber, la suerte odiosa del que por adelantar su ambición sirve y adula con riesgo nacional a los que celebran con él en la sombra el contrato de ayudársela. Y un masón, de sombrero de pelo y mandil, vertió agua en el vaso de cristal viejo, a tiempo de que con blanda sonrisa se adelantó en su túnica de púrpura el arzobispo católico, y bendijo la ceremonia con su mano enojada.

Al fondo atisban, esperando a verlos montar para el paseo triunfal por Broadway, que es todo una cabeza, los fotógrafos, con la máquina en un maletín, los noticieros, lápiz en mano. Se pelean a la puerta por el derecho de mandar dos coroneles de la comitiva. Sale Harrison con un lirio del valle en la solapa; Sherman, pensando en sí; Cleveland, con la felpa del sombrero al revés; Hayes, como un muerto en un vivo; el mulato Douglass, con su melena leonina y sus guantes viejos: generales, senadores, tres obispos protestantes que se disputan, con palabras como puñales, el asiento principal del coche. Allí comienza, seguida de cincuenta mil soldados, la parada que marcha sin cesar por entre dos ríos continuos de criaturas humanas, en filas, en masas, en ondas de acero, con las rodillas de los de atrás en las corvas de los de delante; con las bayonetas juntas como un vapor sobre los cascos, los kepis, los gorros, los sombreros, los tricornios, los

morrones. Azules, los diez mil milicianos de Pensilvania; los zuavos, amarillos, rojos y azules; blanca y azul, la milicia de Boston; Virginia de cascos blancos; de cascos negros Vermont, con gajos de pino; Texas, blanca. La caballería, las ambulancias, las cureñas. Apenas se detienen, les tiran de los estrados manzanas y naranjas, que reciben los infantes en la bayoneta, y en los sables los jinetes. ¡Con qué cariño se despiden el gentío de la milicia que ha tenido enfrente unos momentos, sentada en los tambores, tomando la fruta de sus manos! Vienen de batalla los de Pensilvania y los de Ohio, y la gente que se levanta como los cerros de las aceras a las ventanillas, sobre ladrillos, sobre cajas, sobre barriles, sobre carretones, que llena milla sobre milla los estrados puestos en pocas horas delante de las casas, celebra loca a los que marchan bien, con matracas, pañuelos y silbidos: un tambor mayor de trece años, pasa entre aplausos vigorosos, tirando al aire, volteando, echándose por el cuello, despidiéndose tan alto que no se le ve, la gran cachiporra: rompen las palmas, cuando asoma el cañón viejo, tirado por cuerdas, en una cureña como de jugar o la infantería de Hampshire, de guante blanco y casco de púa de oro: ipero sólo los gobernadores de los Estados vencidos, sólo los caballerescos jinetes del Sur obtienen del pueblo magnánimo, tanto aplauso como las banderas rotas! Los del Norte van de

sombrero puesto, o a medio quitar, delante de sus tropas: los del Sur van descubiertos, un anciano tirando besos a las mujeres que le aclaman la vejez patriótica, otro bailando en el caballo, como si se le quisiera salir del pecho preso el corazón, otro, firme en la parada como en la guerra, el sobrino de Lee, con el decoro de quien lleva en sí un pueblo, con la mano cargada de rosas: «¡Oh, cómo monta ese hombre!» dicen las mujeres, y echan los pañuelos a volar, como bandadas de palomas. Y cada hombre, mujer, niño, saben quién es el gobernador, qué pecados lleva, qué batallas ganó, qué méritos luce. Pasa al pie de Virginia, donde cada hombre ha venido a su costa, el séptimo regimiento de los jóvenes ricos, que fueron a pelear contra Virginia, cada uno a su costa. Viendo a otros soldados, dan deseos de que se nos claven en el corazón todas sus armas, para que no se claven en la libertad: viendo a estos hombres de labor, soldados sólo para defenderse de la invasión y de la tiranía, se ama por primera vez el uniforme odioso.—Dos millones de seres humanos se volvieron en paz a sus casas.

Todo el que vale fue a gustar en las mesas, de a quince pesos el cubierto, o a ver desde los palcos ocupados por la flor del país, el banquete admirable del Teatro de la Ópera, no porque fuera verde la tortuga de la sopa, ni nadara en su grasa la becaci-

na fragante, ni mereciese el diente del hombre la ensalada rusa, ni fuera miel el vino, vida el café y el humo aroma; ni por el caso extraño de ver, como desvalidos por los corredores, buscando entradas y guardando sombreros a este Depew que siempre tiene un cuento con qué reír, al gran alemán Schurz, que funda cuando habla, al senador Ingalls, con la oratoria bailándole en los espejuelos, al juez Daly, que da fiestas de príncipe y dibuja de corrido todos los pictógrafos de América, a la idea, la acción y la bolsa de la república, que viene a oír, sin fea champaña ni fiesta de meninos, lo que con acentos durables, y aquella belleza que viene al discurso de decir sin molduras, arbescos ni frondas el pensamiento varón, dirán de la vida nacional, y de sus fuentes de mal o de bien, los que tienen puestas en las raíces las<sup>a</sup> manos. Trece debieron ser los brindis, por ser trece los Estados fundadores. Da la palabra el corregidor. El gobernador Hill no muestra miedo de que vuelvan la máxima contra él cuando declara a Washington con las frases del austero Thoreau, «héroe puritano, que no fue en verdad el favorito de la muchedumbre, como no lo será jamás ningún hombre íntegro»: con citas, versos y apóstrofes llena su brindis este personaje de habilidad, sastre de votos, no artista de pueblo. La mesa entera, como si asistiese a una revelación, oye pasmada la autoridad y belleza

del brindis de Cleveland, «por el pueblo de los Estados Unidos», que estima él por aquellos hijos suyos que lo tienen en poco, y lleva adentro la zarpa que echa a un lado a los que quieren sentarse sobre la libertad y la razón: pero ésta es la fuerza del discurso, que le oye ron de pie los oradores consumados: «Si absortos en el adelanto material, o distraídos por el torbellino de los negocios, se ha debilitado ya en nuestros conciudadanos aquel amor a la patria, y aquella fe sencilla en la ilustración y la virtud, que fueron la confianza y el anhelo de nuestros padres, todo lo que hemos edificado, ferrocarriles, bancos, comunidades, industrias portentosas, todo descansa sobre cimientos flojos y enfermos.» De un palco vecino pareció mandarle un beso con el abanico una mujer joven vestida de blanco. Aquel hombre sincero, que señala el vicio nacional sin arrogancia ni cólera, halló oratoria más feliz que el pulido obispo, el abogado ambicioso, el poeta damasquino Russell Lowell, que acabó así su brindis por la «literatura»: «Admiro nuestra energía, nuestra empresa, nuestra invención fértil y nuestra abundancia de recursos; pero persisto en creer que las naciones viven principalmente por virtudes menos remunerativas. Horda es, y no nación, mera horda que le da cifras al censo,

---

a. En LN: «en las».

aquel pueblo que no halle su principal prosperidad y su contento mejor en las cosas del espíritu.» Ni el discurso del rebelde Lee, cabeza hoy de los Estados que querían la separación cuando declaró entre los vótores de los hombres y las palmadas de las mujeres, que «el poder federal es el sol y las estrellas los cuarenta y dos Estados»; ni los períodos substanciosos, del justicia Fuller, que ve en la Constitución norteamericana la prueba feliz de la capacidad del hombre para acatar las trabas que decide imponerse; ni la ardiente defensa del civismo del ejército, que remató Sherman, voceando como quien manda en batalla, con el canto que pide «tres hurras para el pabellón blanco, rojo y azul», ni el párrafo robusto de Elliot, rector del colegio secular de Harvard, donde intima que se respete a los trescientos sesenta mil maestros humildes de los Estados Unidos, porque son ellos, más que armas ni fábricas, los que están construyendo un monumento perenne a Washington,—quedó tan fijo en las mentes, ni movió a la aprobación tantas manos como cuando, en la vena de Potter, de Lowell, y de Cleveland, espantado sin duda de lo que afea y exige ya en la nación el interés predominante, prorrumpió Harrison en estas palabras que pudieran escribir en el fondo de su plato de comer los

que tienen por política y gobierno el arte de enriquecerse sin honor y ahogar en los pueblos las poesías del alma: «¿Pues no hemos aprendido aún que nuestra patria no está en las acciones, ni los bonos, ni las casas suntuosas, ni las tierras, ni los productos del campo y el molino? Nuestra patria es un sentimiento que mora en los corazones; en la bandera, y lo que la bandera quiere decir, es la leyenda gloriosa que se cuenta junto a la chimenea del hogar; es la suma de pensamientos esforzados inspirada en los mártires, los padres y los héroes; es el sepulcro sacrosanto donde el país agradecido guarda el polvo de los que viven ya sin cuerpo. ¡En eso está lo que amamos y lo que llamamos nuestro país más que en toda otra riqueza que muda de manos y se toca!»

Y cuando ya fatigada la ciudad de los prolongados festejos, vio al día siguiente, apiñada desde el alba en las calles, la procesión cívica con sus escuadrones sin orden, su caballería de carniceros, de sombrero de seda y delantal, sus columnas de revocadores, que iban poniéndole techo a un templete, sus alemanes con siete carros en honor del vino y la cerveza, y del carnaval, y de Wagner; sus italianos de uniformes vistosos, sus franceses de cascos y banderines, sus irlandeses con el trébol en el sombrero, sus escoce-

ses de gorra y pierna al aire, sus bomberos con las bombas viejas llenas de flores y campanas, sus alegorías pobres con Washington y Franklin de alquiler, que iban en el cuadro de la Declaración o en el de la Renuncia del Mando con la peluca sobre la mesa o cogiendo como pelotas las manzanas, no era la exhibición desconcertada lo que le llegó al corazón a la multitud, ni los batallones de obreros que mandaron como anuncio las fábricas ricas, ni el plantío de cacao que envió con sus negros y su cacaotal, un chocolatero, ni el Washington de cera que iba en una carroza como las de hace un siglo; sino el paso firme, apretado, unánime de los alumnos de las escuelas públicas. «Presenten armas!», les dijo un maestro. Y presentaron las banderas. Al volver meditando, después de las fiestas, al trabajo interrumpido, alzó los ojos un hombre que venera por su ímpetu, su desinterés y su sinceridad al héroe feliz a quien fue innecesaria la ambición, propicia la época y natural la virtud, y vio que a los pies de la estatua, descalzo y fuerte, leía un diario un niño.

José Martí

*La Nación*,  
Buenos Aires,  
22 de junio de 1889

[Mf. en CEM]



## 236

## Cartas de Martí

Las elecciones en Pensilvania contra la fabricación y uso de bebidas.-Escenas de la elección en Filadelfia.-El voto en Johnstown, sobre las ruinas.-La reforma en el modo de votar.-Se quiere el voto libre y secreto.-Casillas privadas y boletos bajo sobre.-Los ricos sociales.-Boston y la libertad.-Grupos de ricos para estudiar la reforma social.

Nueva York,  
30 de junio de 1889

Señor Director de  
*La Opinión Pública*

**S**OBRE SUS muertos se está levantando Johnstown: diez mil dicen los médicos que han sido los cadáveres; ya hay mil casas nuevas en la cuesta que arrasó el lago desbordado; las madres postradas, no se levantan aún de su silla mortal, secos de súbito los senos, las manos sobre la falda, la mirada fija; pero en las casas a medio levantar, con el cementerio a un lado y los montones de escombros a otro, entran en hilera los padres sin hijos a cumplir su deber de hombres, el deber de que no puede desertar, so pena de deshonra y esclavitud, ningún ciudadano de república, el deber de votar: a la casa de los mori-

bundos debía ir la ley el día de elecciones, a buscar el voto; el hombre que no vota en una república, es traidor a la república, traidor al hombre: donde no es ley aún el voto, porque no lo puede ser, es freno, es semilla; el voto, aun violado, es útil, porque el que lo viola, queda tachado de ladrón. Con una tacha encima. En las repúblicas es un deber ejercitar todos los derechos.

Silencioso fue el voto de Johnstown; pero en las cajas de cristal cayeron tantos boletos como tiene hombres la villa. En Johnstown, como en toda Pensilvania, se votaba la enmienda famosa a la Constitución del Estado,—la enmienda que prohíbe la fabricación y venta de licores. Ni cerveza, ni sidra, ni *whisky*. ¡Pan blanco, que no sube a la cabeza, ni cría apaleadores de mujeres, ni asesinos! ¡pan blanco, que no se ha visto nunca concertar crímenes en el mostrador de una

panadería, ni hay gente más honrada que los panaderos! pan blanco y agua del Schuylkill, que cuestan poco, y no traen al marido de noche tambaleándose de la taberna, babeando, en cuatro pies, quitándose las arañas de los ojos, hediendo, lleno el chaqué de mugre, halándose de los faldones de la casaca, como un mono de la cola.

Ni vino siquiera admiten los temperantes en Pensilvania que se beba, aunque el vino es vida líquida, y sangre de la tierra, que trae espíritu al hombre. Ni en Pensilvania se puede pensar en vinos, porque con los derechos de protección venden tan caros los mostos agricrudos, el borgoña pegajoso, el champaña verde de Ohio y California, que el pobre no los puede comprar, y el rico prefiere pagar un poco más por los caldos finos de Francia y de Hungría. ¿Qué lonja de carne vale, después de una noche de trabajo, lo que un sorbo de chambertin, en vaso de baccarat, o unas gotas de budacrema, que es miel pura, como el mejor pontet-cadet? Criar la vida es ennoblecer la tierra. Pero en Pensilvania no ven eso, sino que las ciudades se les van envileciendo a toda prisa, y no hay sermones ni bibliotecas que saquen a la gente de las bebederías.



No dan con el remedio mejor, que es hacer a la mujer amable, para que el hombre no vaya afuera a buscar la amistad que no halla en la visita de soltero adonde lo esperan con redes, ni en el matrimonio en que la esposa entró por el interés de verse dueña de casa, de un traepeso, y de su persona. La mujer culta y atractiva es el único enemigo eficaz del alcohol. La casa amigable es la rival cierta de la cervecería. Los de Pensilvania se han ido por exageraciones, y llenaron las ciudades, el día del voto, de tanques de agua de hielo. En Filadelfia, donde fue la batalla mayor, perdieron por cien mil, como en todo el Estado.

A Filadelfia no se va usualmente a ver inquietudes; porque es ciudad de paz, donde las calles son como alamedas, y se entra a las casas por unos escaloncillos bajos de mármol, que no parecen darse aires y tonos, como las escalinatas de piedra obscura de Nueva York, sino convidar al transeúnte a una taza de té, servida por una cuáquera de delantal y gorro blancos con la cabeza de plata pura, los anteojos en la punta de la nariz, y las mejillas como leche y fresas, de un rosado suave.

Se va a Filadelfia a comprar locomotoras, a pasear por el parque, que es bosque, a comer ostras fritas en casa del francés; a ver la imprenta del *Ledger*, donde el amo regala a los visitantes un tazón de porcelana fina; a contemplar desde la torre

de los edificios públicos, aquella ciudad roja, con el valle verde al fondo, y el cielo azul arriba, sin arrugas ni nubes. Pero a las diez de la noche, ya no hay por la calle más que una que otra pareja de enamorados, que van ala con ala, como las cogujadas por el monte, y los calaveras de la ciudad, los «disipados», con su tabacón de a cuarto de peso; su caña amarilla, con la pata de gallo por puño, y sus polainas de dril blanco, para que no les profane los bajos claros el betún de los zapatos de ariete, el pelo en banda por la poca frente, un brillante en la corbata de dril, como al descuido, y las patillas de chuleta, cortadas a navaja del lóbullo de la oreja a la comisura del labio; y eso es en Filadelfia el calavera de estío, colorado del *whisky*, practicando el tiro en las casas de poliandria, floreado el revólver sobre la cabeza de los criados negros de los hoteles, batiéndose a mordidas con la policía de casco blanco y porra de ácana: ino en vano quiere la gente buena segar los manantiales del *whisky*! ino en vano estaba Filadelfia el día de la votación como un vasto oratorio; con los sacerdotes por las calles, cantando en las esquinas, libro en mano, los himnos en que se pide a Dios el exterminio del alcohol satánico; con las mujeres de casa en casa, rogando a los hombres que voten contra el licor, para que los hogares sean dichosos y se purifique la República; con los «arrepentidos» de cara macilenta y ropa nueva que

peroraban a la puerta de las casillas, contando las bascas y negruras de la embriaguez, y ofreciendo boletos de «agua pura» a los votantes! Y por donde suelen ser más los ebrios, pusieron una colosal nevera, de donde se servían agua helada a su gusto los pilluelos del barrio, que fueron los únicos consumidores, hasta que se notó que venían y volvían con sed singular los espaldudos caballeros de botín sin tacón y camisa sin cuello, con la pechera chorreada de mascones; y fue que un «licorista» había vaciado, sin que lo viesen, botella sobre botella en el agua de hielo, y lo que salía por las llaves era *whisky* puro. Pasaban los coros de «voluntarios», en que iban del brazo hombres de barba y mujeres bien vestidas, cantando a voz en cuello las poesías religiosas.

Desde una ventana declamaba contra el *whisky*, con gestos como del arcángel Miguel, un orador en mangas de camisa, con la barba gris como colgada de las orejas, y el labio de arriba raso. Los negros, que en Filadelfia gustan mucho de reír, daban como de «agua pura» los boletos del partido del licor, que les pagaba el engaño en buenos pesos. En un carro peroró todo el día un joven lampiño, con un cuerpo que cabe en una uva y una voz que restallaba y se llevaba la piel, cuando les decía a los republicanos «pícaros y bribones, que ofrecieron a los antilicoristas votarles su enmienda si los del antilicor les votaban a

Harrison; y ahora que tienen a Harrison en la Casa Blanca, dejan la enmienda sola, y están hechos unos toneles de pecado, con la lengua espesa y los ojos saliéndoseles de las cuencas, muertos de risa por el chasco que le juegan a la gente honrada. Y el joven llora y le da puñetazos al aire. Lo que dice remueve las entrañas.

Otra reforma está en mejores vías, y es la del modo de votar, que ya ha llegado a su abuso mayor, y tiene con susto legítimo a los que miran lejos en los tiempos. Republicanos y demócratas se juntan en los Estados más distantes para promover un cambio que asegure por la ley el voto libre y secreto, de manera que el que lo quiera comprar no pueda impedir que en el sigilo del cuarto de los boletos ponga el elector sobornado a los que le aconseja su opinión, y no a los que quiere el que lo soborna. Ni podrá ver el sobornador si el votante le cumple lo ofrecido; ni podrá averiguar después que no se lo cumplió. Los métodos propuestos son muchos; pero todos concuerdan en que sea secreto el voto, y en que no reciba el elector como ahora, los boletos de mano del sobornador que entra con él a las urnas, so pretexto de que «su amigo no sabe leer», sino que entre solo en un cuarto donde haya boletos de las diversas candidaturas, impresos sin máculas ni traiciones por cuenta del Estado, y de allí salga con los boletos bajo sobre

de modo que nadie pueda ver por quién sufraga; «así», dicen los reformistas: «se les quitará la tentación a los compradores de elecciones», porque de seguro pagarían en vano su dinero; la elección les saldría en contra, porque el mismo hombre vil no tiene gusto mayor que el de burlarse de quien lo envilece.

La reforma cunde sobre todo por los Estados de Nueva Inglaterra, que son como el arca de la libertad, donde está aún lo mejor de la República, y lo más fino y bien criado del país.

Acaso es Boston, fuera de París, la ciudad donde se acatan con más respeto las opiniones nuevas, y está vivo, como en la cubierta de *La Flor de Mayo*, aquel derecho magnífico del hombre a pensar con honradez lo que le parezca bien sobre las cosas del mundo.

En Nueva York cazan a los socialistas por las calles o poco menos; pero en Boston se juntan los pensadores a meditar sobre los males públicos, y una reunión de gente rica y aristocrática declara que las relaciones actuales entre los hombres son bárbaras y terribles, y que es preciso que los ricos de Boston estudien el modo de distribuir mejor la riqueza nacional, porque sobre pilas de votos comprados va mal la República, y no se ha de acabar por levantar aquí los dos montes que se han ido haciendo en todos los pueblos, uno de oro, y otro de cólera. Es necesario, dicen de Boston, que lo que

es de todos por la naturaleza no pase a ser propiedad particular de unos cuantos.

Las riquezas injustas; las riquezas que se arman contra la libertad, y la corrompen; las riquezas que excitan la ira de los necesitados, de los defraudados, vienen siempre del goce de un privilegio sobre las propiedades naturales, sobre los elementos, sobre el agua y la tierra, que sólo pueden pertenecer, a modo de depósito, al que saque mayor provecho de ellos para el bienestar común. Con el trabajo honrado jamás se acumulan esas fortunas insolentes.

El robo, el abuso, la inmoralidad están debajo de esas fortunas enormes. «Hay que ordenar mejor el mundo, dicen de Boston, si no queremos que el mundo se nos venga encima.» Y se están creando grupos para el estudio de la reforma social, no donde el cambio es apetecido con rabia y exceso, como sucede entre los obreros pobres, sino entre aquella gente de arriba que tiene llenos a la vez los sesos y las arcas. Refórmese de arriba, decía el pobre zar Alejandro, antes que la reforma venga de abajo. Atienda a lo justo en tiempo el que no quiera que lo justo lo devore.

José Martí

*La Opinión Pública,*  
Montevideo,  
1889

## Cartas de Martí

El verano en Nueva York.-La playa y los bañistas.-  
Una familia en Coney Island.-Días penosos.-  
Pescadores y refrescos.-Un proceso célebre.-  
El jurado de negros.-La silla de ajusticiar.-Una  
envenenadora en la horca.-Un suicidio.-Estudio  
de carácter.-Simón Cameron, político americano.-  
De la aldea al Senado.-Cómo se levanta un político.-  
La amistad de Lincoln.-Los méritos y las faltas  
de Cameron.-Un hombre hábil.-Los literatos  
revocadores.

Nueva York,  
8 de julio de 1889

Señor Director de  
*La Opinión Pública*

**L**AS ORILLAS del mar están llenas de bañistas, y las playas de paraguas colorados, por cuyos bordes salen dos botas fuertes de un lado y dos zapatitos bajos de otro, como las bocas del carapacho del cangrejo: es una hilera de cangrejos la playa. Otras veces los paraguas van andando, como hongos de vacaciones que se hubieran salido de sus maderos húmedos a ver si están buenas las salchichas del alemán, o si los cacahuets de Virginia vienen secos este año, o si el hombre del maíz da por

un níquel una buena «bola de rosas»: los granos de maíz restallan y saltan en la sartén: el humo de la salchichería se rompe en jirones, despedazado por el viento sur, y se enroscan y apartan los harapos de humo por el aire, como dos perros en pelea: el italiano vende plátanos: de un bote han hecho mesa, y alrededor come almejas indigestas, la muchedumbre burda: envuelta en sus cabellos pasa una niña vestida de encaje, con los pies de flor desnudos, y la pala y el balde, para hacer panes de arena: los bañistas, de hopalanda ellos, ellas en traje como de dormir, se persiguen, maridean por el agua, se meten la espuma por los ojos, o ella se acuesta en la playa, en una fosa que le abre él con las manos, y él la va

cubriendo de arena caliente, bien, bien apretada al cuerpo, y se olvidan del tiempo con la diversión, y ella se ríe, hasta que no le queda fuera más que la cabeza: él la conoció anoche, y se dieron cita para el baño de hoy: ella es la hija del fabricante, del abogado, del regidor; la madre está por allí, comiendo plátanos de los del italiano, o no está la madre, o está de baños también: el padre anda de pesca con los amigos, porque ya dice el refrán que «Junio caña en puño», y si van de amistad en un bote de a diez llevan una caja de cerveza, que da idea de pecado, o un balde mayor; con la mitad de agua Apolinaris que está muy de moda, y la mitad de champaña, y en las estaciones, como que eso del bote no es beber, piden un *whisky* agrio, que hacen poniéndole al *whisky* limón y azúcar.

Luego vuelven en triunfo, con la ristra de peces, riendo gordo, contando las picardías del animal, enjugándose las lágrimas de la risa, calvos y sin chaleco, con la nariz llameante. ¡Otros son menos felices, como el pobre policía de hoy, que, adementado por el calor, se clava un tiro en la sien derecha! ¡Antes morir, amigo Cleary, que pasear un día entero en esa



acera hirviente! Y tendido de la cabeza a los pies, apenas cabía el pobre hércules en el cuarto. Como que han vuelto los tiempos olímpicos, y el Dios de pelo rojo diezma a saetazos a los hombres, que rechazan su asalto con vasos de limonada, con sendos pañuelos de algodón, con baños en el mar de las cercanías, o con un tiro en la sien.

Estos han sido días de muertes. En Charleston, estuvo para acabar en la horca el médico que en su propia casa mató de un pistoletazo al políticón celoso que vino, de guante y gabán cerrado, a pedirle cuentas de sus amores con la linda criada de sus hijos; el médico le hundió la bala en el vientre, arrastró el cadáver hasta una alacena para esconderlo debajo del tablado, y cuando vio que no lo podía esconder se entregó a la policía, con el cuento de que había matado en defensa propia. Pero en el jurado había mayoría de negros, y dicen que por eso ha salido el médico libre, porque el muerto fue un caimán insolente, que hacía de amo y señor de todo el mundo, y miraba a los negros como presa natural, tanto que una vez escribió en su diario que no era igual el delito cuando se le quitaba la virtud a una negra que cuando se le quitaba a una blanca. ¡Puesto que para eso son las negras apetitosas, para que el blanco se regale en ellas y les quite la virtud!—y los negros danzaban en las calles, cuando supieron que el jurado declaró libre al asesino.

En los diarios no se habla más que del aparato nuevo de ajusticiar, que es una silla eléctrica horrible de ver, con los pies del reo sujetos por delante, como en un cepo alto, y la cabeza reclinada como en un sillón de barbería. En Pensilvania ha muerto sonriendo una mujer de cierta literatura que envenenó a su marido y a sus cuatro hijos para cobrar unos cuatrocientos pesos, a que llegaba el seguro entre todos; recibió a los amigos en la celda como en un salón,—porque la enfermedad humana es mucha y todo lo singular encuentra amigos: consoló a los defensores, que la venían a consolar: subió sin ayuda la escalera de la horca: y cayó por la trampa del tablado dando vueltas al cabo del cordel, como un badajo después de la campanada: por debajo de la falda, atada por las rodillas, se encogían y estiraban los pies: luego, cesaron. Un necio, que no sabe que todo mar tiene orillas, se disparó una pistola en la barba por los desdenes de una Nellie, que se echó a reír cuando lo supo, y se fue de paseo con otro: «¡Yo no voy a perder mi diversión por ese mentecato!»: y los vieron en Coney Island debajo de un paraguas colorado comiendo salchichas.

Pero en Pensilvania, el Estado del hierro y el carbón, el Estado que más manda hoy en esta república manufacturera, el que sojuzga y maltrata a la república agrícola, hay duelo por otro muerto, por el políticón famoso

Simón Cameron,<sup>589</sup> que no se cansaba de vivir, ni de imperar en la política privada de su Estado donde conocía bien a cada cual, que siempre le salía al camino con los dones que podían tentarle, si lo aceptaba por jefe, o con la intriga que le quitaba la tierra de debajo de los pies si le rehusaba la amistad.

No se le puede dejar morir así, sin decir quién fue, porque acá ha sido Cameron persona tan ilustre que, cuando cumplió los noventa y tres años, la Legislatura de su Estado fue en masa a saludarlo «en prueba del influjo e importancia de la vida política del venerable anciano», que era hombre que llevaba como sobre la nariz a los legisladores, según lleva un jugador en la vara los platos, y cuando arrugaba la nariz echaba un legislador abajo. Ese era el arte en que fue maestro Simón Cameron y por eso le tenía la Legislatura «veneración». Lincoln lo ayudó, en la época en que se le vieron a Cameron más sus pecados y abusos. Lincoln era hombre, y sabía ser indulgente con los hombres. Perdonar es el modo más leve de pecar.

Lincoln lo salvó cuando la opinión pública, escandalizada al fin, echó a Cameron de la Secretaría de la Guerra: la opinión lo tachaba de estafador del erario, pero Lincoln veía con los dos ojos, y entendió que el que por la estafa e intriga política había llegado a candidato posible para la presidencia del país, no sería sacado de su poder porque se le descubriese intriga más o menos. Y en época de guerra y



creación importa sujetar con la bondad a los amigos peligrosos a quienes no se puede vencer. Ese es el hombre de Estado: sagacidad e indulgencia.

Pero en Cameron había mucho más mérito natural, porque sin él no se llega de pimpín de pueblo, de hijo descalzo de sastre de lugar, a periodista, a contratista, a amigo de potentados políticos, a potentado. Y parte de su mérito fue la largueza con que daba de lo suyo, que es cosa rara entre los que han empezado a vivir en la estrechez, y se quedan para toda la vida como con un miedo infantil de gastar, que debe verse con compasión más que con censura, porque ahí se adivina la agonía del que se ha ido levantando por el mundo sin más apoyo que el aire, ni más escalera que sus brazos. Sólo que Cameron tentaba con los pies la tierra antes de andar, y ponía los regalos donde le crecieran. Conoció la verdad: que de los dadivosos es el mundo.

No se olvidaba de sus años de novicio, ni de la fatiga de necesitar más de lo que se tiene, y solía sacar de apuros al que bregaba por subir o dar a la llamada una limosna que salvaba una honra. Por sus defectos se maneja a los hombres más fácilmente que por sus virtudes. Esa fue ciencia mayor en Cameron: tenía el balcón abierto sobre la vida secreta de cuantos se agitaban a su alrededor, y podían disputarle los panes del éxito, o acompañarle a conquistarlo. En cincuenta años no se ha movido

nadie en Pensilvania sin ver por dónde venía el brazo de Cameron. Puso en sus intereses a los que pudieron haber sido sus enemigos.

La alemana es tenaz y parca, y el escocés se anda a pie el mundo: de un sastre escocés y de una hija de alemán nació, en cuna de pino rústico, el que pronto había de apeteecer más ciencia del mundo que la que le enseñaba la madre en los libros domésticos. Vendía Cameron los trapos de la casa para comprarse libros en lo del ropavejero del país, que lo vio llorar un día porque le faltaban veintisiete centavos para un libro de a peso, y le dio el libro, el cual Cameron pagó luego de sobra, porque todos los negocios le parecían pocos en la época de su prosperidad para dar algo a ganar a Mr. Evans, el de la ropa vieja. No hay nada como sembrar en la tierra y en las almas. El sastre se vio tan pobre que tuvo que repartir los hijos, y Simón cayó en la casa de un médico viejo, que bebía *whisky* como si fuera aire, y tenía una copiosa biblioteca.

*Don Quijote* fue el primer libro que leyó el aprendiz. Un italiano de valer se lo llevó una vez consigo, a que aquel lector voraz viese el universo de Filadelfia: con zapatones y ropa de risa entró en la ciudad por primera vez el que había de ser rey de ella: el italiano no perdió lo del viaje, porque Cameron, años después, le dio a su hijo en recuerdo del favor un empleo pin-

güe. Se pasaba horas, después de su vuelta, viendo rodar las píldoras. Una mañana se echó el morral al hombro, y entró de cajista con un impresor que le daba comida y enseñanza, y el beneficio de tratar hombres de influjo en la política local, de la que a poco supo tanto el recién venido que un senador lo encargó de defenderle la candidatura en un pueblo donde lo veían con malos ojos, y puso en paz, y a favor del senador las facciones rivales.

Hacia Washington se le iba el alma al mozo decidido a hacerse de poder, y allí acabó de aprender el oficio de impresor, a peseta el mil de emes. En Washington triunfaba, por su habilidad tanto como por sus otros talentos, el proteccionista Calhoun que adivinó un discípulo ávido en el cajista de ojos tenaces y quijada fuerte. De vuelta en Pensilvania compró un diario a crédito, y ya se sabe lo que es un diario en manos de un ambicioso.

Allí no había cuartel, ni se defendían los derechos de los que no pueden pagar defensores. Lo mejor era estar en paz con «ese diablo» del *Intelligencer*; amigo de los proteccionistas, del temible Calhoun, de las empresas de ferrocarriles, de todos los que quieren acorralar para su provecho el país. A los pocos años ¿quién era el impresor oficial, sino Cameron? «¡Mejor es darle la imprenta que nos saque del gobierno!» Hubo un canal que abrir, y Cameron fue uno de los contratistas, por supuesto.

Para empleados usaba de los políticos de esquina, y con el periódico y los destinos fue echando atrás a los rivales y tendiendo la red por el Estado. Con el influjo que tenía en él ganó amigos en la política nacional, y por ellos otra contrata en un canal del Sur, de donde vino a pelear por la primacía en las elecciones, que eran de mucho interés, por ser la prueba del primer concurso de delegados especiales del partido para escoger el candidato a la Presidencia, que hasta entonces habían nombrado en convención los representantes de la Casa en Washington. Fue triunfante a la convención de Baltimore, y de allí vino tan seguro de que iba a haber gran guerra, que cuando Lincoln, después de pesar y medir, lo tomó de Secretario del departamento en prueba del respeto al Estado que propuso a Cameron de Vicepresidente, quiso, desde el principio, acuartelar y armar a los esclavos fugitivos que se acogían a los Estados libres, y movió grandes compras de pertrechos y armas, lo cual hubiera acaso parecido bien, aunque no estaba el Norte tímido para provocaciones; pero los contratistas eran los paniaguados de Cameron, los ferrocarriles que se querían comer la República, y lo mantenían en Pensilvania donde se sirvieron ellos y él del erario a manos llenas. En lo de armar a los negros veía bien, y era honrado.

Su poder en Pensilvania era

mucho, y no había que pensar, en años de guerra, en tener a Pensilvania de enemigo, o de amigo descontento. Cameron había sido el senador del Estado, el que sacaba y ponía senadores, el que a los demócratas mismos les quitaba de debajo de la barba los votos más fieles.

Para azuzar preocupaciones, encender esperanzas y dar de comer y beber, no había como Cameron. Y luego Cameron dio en la convención presidencial el voto de Pensilvania a la candidatura de Lincoln. Sobre las manos enlazadas de los hombres se levanta el mundo. El mundo no se cae en el vacío, porque lo sostiene un coro de hombres unidos por las manos. ¿Abandonaría Lincoln a quien lo ayudó? ¿Pondría en peligro, en la hora crucial de la nación, la amistad del Estado más rico e influyente, la unión del Norte frente al Sur unido? Vacó la embajada de Rusia; y a Rusia mandó Lincoln a Cameron. Lo de los contratos podía ser: pero no era verdad lo que Cameron decía, que la guerra había abierto las alas, que debía armarse al Norte hasta los dientes, que estaba a estallar la gran guerra.

Así lo dijo en frases magistrales, que no eran suyas, porque él de escritor entendía poco, como no fuera para dejar caer una amenaza o disimular una tentación, en lo que, hablando y con la pluma, fue su arte muy grande. Su fuerza esta-

ba en la claridad con que veía en las intenciones de los hombres, y la certeza con que deducía de ellas los tiempos. Pero las frases las mandaba hacer. Tenía siempre al lado uno de esos literatos revocadores que visten de ideas finas las ambiciones y maldades de sus dueños, lo cual es uno de los delitos más vergonzosos y negros con que se pueda un hombre deshonorar. Todas las tiranías tienen a mano uno de esos cultos, para que piense y escriba, para que justifique, atenué y disface: o muchos de ellos, porque con la literatura suele ir de pareja el apetito del lujo, y con éste, viene el afán de venderse a quien pueda satisfacerlo. Por casa con coche y bolsa para queridas vende la lengua o la pluma mucho bribón inteligente. Y ¿por qué se le ha de negar lo que es suyo? Nadie le escribió el discurso al zar en que, en aquellos días en que un político abolicionista tenía poco segura la posición, congratuló a Alejandro por haber dado libertad a los siervos. Su veta de oro había en aquel carácter, cuando Lincoln lo quiso. Pero en la fosa le pueden poner esta frase terrible: Este, de la política hizo negocio. ¡De la política, que es la patria!

José Martí

*La Opinión Pública,*  
Montevideo,  
1889

[OC, t. 12, pp. 269-276]

238

# Johnstown

El valle, el torrente.-Espectáculos de la calamidad.-  
La reconstrucción.

Nueva York,  
9 de junio de 1889

Señor Director de  
*La Nación*

ESCONDIDA ENTRE las colinas fértiles, al pie del lago que recoge las aguas de la montaña, vivía feliz la ciudad de Johnstown, con sus casas limpias en lo llano del valle, y la riqueza de sus ferrerías famosas. Trepaban por los cerros, como huyendo del martilleo, las casas más ricas. En la falda de las colinas, donde se las viera mejor, competían en altura las torres de las iglesias, la católica con la episcopal, la presbiteriana con la anabaptista. No era la iglesia el edificio mejor, sino la biblioteca de los artesanos, con sus salones cómodos y apetecibles, la escalera ancha, y los muros de piedra. Como 5 000 trabajadores moraban en la ciudad con sus familias de gente feliz, familias de diez hijos. Por cada hijo que

les nacía sembraban un árbol. El domingo era el día de las controversias, de los comentarios, de los paseos por el valle de Conemaugh,<sup>a</sup> sembrado de aldeas. En los días de trabajo, de sol a sol, bufaban los fueles, voceaban las chimeneas,<sup>b</sup> hervían los hornos, salían cargados de hierro y acero los ferrocarriles, como que en toda Pensilvania no había ciudad que echase más carga a los caminos que Johnstown; ni hierro más famoso que el de la ferrería de Cambria, dueña del valle entero.

Mientras los hombres horneaban el metal, las mujeres atendían a sus hogares primorosos, o cosían en los portales, a eso de las dos de la tarde, esperando a que los hijos volvieran de la escuela, muertos del hambre que da la salud, pidiendo las cerezas de la tarde, o el pan con mermelada. Llovió la semana entera, se hincharon los ríos y salieron de madre; en Johnstown y en todo el valle estaba la inundación por encima de las

aceras; con la fuerza de los torrentes del monte,<sup>c</sup> cedió el dique de tierra que sujetaba las aguas del lago; lamió, en dos horas de furia, la catástrofe el valle; y hoy no quedan de los ocho pueblos de Conemaugh más que 5 000 muertos enterrados en el lodo, a la luz de las piras, de ruinas humeantes. Se baja la cabeza, como si pasase la cólera invisible. ¿Qué son los afanes del hombre ante las fuerzas animadas<sup>d</sup> del mundo? Se va arrodillado aunque parezca que se va de pie. Las hormigas parecen gigantes. Un orgulloso es un imbécil. ¡Barrido, barrido, en dos horas de inundación, el pueblo de treinta mil hombres que fabricaba el hierro y el acero!

Ha subido, como una marea, el espíritu público, y los hombres se han mirado con amor, y se han dado las manos.

Se han puesto mesas de caridad en las casas municipales, y las manos que recogían los donativos se quedaban atrás de las manos que los daban. Una

a. Errata en LN: «Connemaugh».

b. Se añade coma.

c. En LN: «montón».

d. En LN: «animales».



modestia súbita hace a los hombres visiblemente mejores.

Los fanfarrones ilustres, los moradores de los palacios, los reyes del comercio ven que, con que crezca la mar y se les junten los ríos por sobre la cabeza, morirán vomitando el agua, espantosos y lívidos, contra sus paredes doradas. En los pobres es la piedad, y en los ricos el acatamiento. En dos días 500 000 pesos. Dos millones en ocho días. La trompa de un tren de socorros pica el talón del tren que va adelante. El socorro va en trenes repletos de víveres, de utensilios, de ropa, de ataúdes.

Ocho mil hombres están hurgando la tierra, y sacan a punta de pico, los muertos fétidos, chorreando lodo. Las casas rojas del club de magnates que mantenían el lago para su placer de pescar, y le cerraron las compuertas para que no se escapasen los peces, miran de entre la fronda espesa, turbados como criminales, el dique roto y el lago vacío. Saltó el torrente, levantó el valle de raíz y lo estrelló contra un puente encendido. Casas, iglesias, locomotoras, masas de criaturas, danzando en el agua furiosa, se deshacían contra el puente en llamas, despedazadas y revueltas. Los que vieron y oyeron dicen que aún llevan en los huesos los gritos.

Las ruinas del puente cubren sesenta acres. Envueltos en frazadas, y con los ojos inmóviles, buscan los padres, encorvados en un día, el cuerpo de sus

esposas. Los bueyes de arar llevan a carretadas los cadáveres.

El aire hiede. Las sepulturas se alzan como cerros. En los tablones dice con letras negras: «Muertos desconocidos». De un árbol que quedó en pie cuelga un ladrón.

Con la bayoneta al pecho cierran el paso a los curiosos, los militares. Johnstown es un ataúd.

Se lo tragó el torrente, que vino del lago como un murallón que se movía, un murallón ciclópeo de doscientos pies por la cabeza, de setenta de alto. Rompió el dique flojo y desatendido: se llevó, como una hoz, los bosques que tenía al pie; peló la tierra hasta la roca viva; arrancó ocho pueblos y los deshizo contra el puente; tropezó con un río, y lo echó de lado; aventó en la ferrería, como granos de arena, los cubos de hierro de a quince toneladas; inundó la casa de máquinas, y la<sup>a</sup> clavó en tierra; volcó, despedazó treinta locomotoras, halló un tren en su camino, desató los vagones como quien rompe una cinta, y echó a la locomotora valle abajo. Se erguía como monte, se bajaba como para segar mejor, se levantaba con las casas en la cumbre, se venía encima, negro y rugiente, con el pueblo, con los árboles, con los moribundos, bailando en el tope de las olas. De un empuje se llevó de cuajo a Johnstown: las casas de ladrillo bamboleaban y se hundían; arrolló las iglesias, que venían dando tumbos, una con

un funeral, otra con unas bodas; las casas de madera, chocando con estruendo, saltaban hechas trizas; volaban por el aire puertas, vigas, torres, pórticos; como conchas nadaban los edificios, y como cáscaras se rompían; aplastaban las olas contra los árboles los cuerpos humanos; como de golondrinas que cruzan volando se oían los gritos en el rugir del torrente; los agonizantes, asiendo del aire, pasaban como los relámpagos. Se ponía el muro de filo, y avanzaba, delgado como una hoja. O se encrespaba por detrás, como si quisiera echarse encima de las olas del frente. Giraba en remolinos, con el círculo de casas y criaturas a medio morir. Se abría por los lados y metía los puñados de muertos, los troncos de árboles, los pianos, las estufas, por los recodos del camino. ¡Y al puente todo, muertos y moribundos, máquinas, muebles, árboles, animales, casas!

Pocos, muy pocos habían huido a los cerros. Las mujeres estaban en sus casas, que son su vida. Los hombres lejos, ganando con su sudor el pan que no podía quedar a medio cocer. En vano voló al pueblo más cercano un ingeniero a avisar que el dique empezaba a ceder. En vano un jinete heroico recorría el valle, con el torrente a las ancas, voceando a las gentes que se refugiaban en las colinas. En vano, con el agua a la puerta, estuvieron enviando telegramas

---

a. Se añade esta palabra.



de anuncio, hasta la hora de morir, las dos telegrafistas, la madre Ogle y su hija: «Todavía, hija, todavía hay tiempo para otro telegrama!» hasta que el torrente les paró las manos.

Y de pronto, las aguas echaron a la gente a los techos. Unos, locos, bajaban a los sótanos: otros, sin tiempo para más, quedaban presos en los cuartos: oscilan las casas, como un bote al arrancar; a lo hondo van unos con ellas: otros flotan en el techo, asidos del borde, a horcajadas, pegados de las manos, y del vientre, cogidos de mano en mano, la madre de rodillas, rodeada de sus hijos. ¡Al fondo, una casa que choca con otra que le queda encima! ¡arriba, pidiendo la muerte, dos esposos que se abrazan! Corre, corre veloz el agua con su carga, deslizándose, saltando, encabritándose. Una de una ventana, quiere asirse de un árbol. «¡Jesús, amante de mi alma!» va cantando, medio desnuda, una mujer en un tablón. Atada a una mesa, con las lágrimas que se le ven de una torre vecina, va una niña de rizos rubios, juntas las dos manos. Una madre, al hundirse, porque la balsa no es bastante fuerte para las dos, besa a su hija la mano. «¿Y cuidará ahora Dios de mí?» pregunta a su madre el quinto hijo que pone en la balsa, en que no cabe ella; ¡no! ¡Dios no cuidó! Una hija se prende del alero de una casa de la colina que el torrente deja medio en pie, sin desatar a su madre. Un hermano deja ir la cuerda que le

echan, porque su hermana va agua adelante a morir, como él, contra un árbol terrible.

A un padre que llega con su hija al balcón de la torre, se le muere en los brazos al llegar: «¡Adiós mi padre!».

Pero, para los de la cresta del torrente no hay salvación: corren los techos, las balsas, las tablas, los troncos: se enredan y deshacen: vuélcense, con la familia entera: pasan los mutilados, en hilos de sangre: los muertos van en grupos, cinco en un montón: va ahogándose una madre, levantando a su hijo por sobre la cabeza. Las casas sólo de las colinas quedan fuera de los bordes arrolladores del torrente invasor. Al dorso lleva el lago encabritado el pueblo que cruje y bambolea: calles enteras, barrios enteros: recházalo un cerro, que le quiebra la furia; echa vencido la carga de ruinas sobre el puente, donde arden con fuego de causa invisible, los despojos primeros: el agua ahoga a las víctimas y el fuego las quema: por el puente les llegan en vano socorros heroicos: una mujer quiere que le corten las dos piernas que le pisa la locomotora: un hombre pide un cuchillo para cortarse el brazo preso: otra avalancha de ruinas les sofoca los gritos: arden debajo con llama negruzca los cuerpos y los maderos: pelean rabiosos sobre la hoguera seis perros de presa: el torrente se escapa mugiendo por entre los arcos. Y en la noche espantosa, cuando el agua corría más sere-

na, los que tiritaban desnudos en los cerros, los que desde las torres y casas del lomerío brindaban los brazos valientes a los techos y balsas, oían de la sombra gritos que para siempre los han dejado pálidos, veían en la tiniebla rostros como fosfóricos, contemplaban, mudos de rabia, el puente que crecía y el monte encendido.

Cuando el sol volvió a salir, lo que fue ciudad era llano de lodo. El puente humeaba. A cercén había rasado la inundación la parte central de Johnstown, y los pueblos del valle. De cuatro calles, dos casas quedaron en pie. El agua se había filtrado por la tierra. De los cerros y de las casas salvadas venían en hilos los vivos, a buscar sus cadáveres. Ni del telégrafo roto ni del ferrocarril podían recibir ayuda: no había un poste en pie: el agua había levantado, retorcido, abierto, metido en la tierra, enderezado en el aire los rieles del ferrocarril. Se miraban aterrados. Les corría el llanto por las barbas. No se conocían unos a otros. Uno se echó a reír, y ríe todavía. Otro, el abogado mejor, al verse sin hijos y sin mujer, se clavó en la sien un balazo.

Una mujer viene ojeando de cara en cara: «¡Oh, lo que yo lo quería! ¡oh, mi buen marido! ¡cura que me engañaste, dónde está Dios ahora! ¿conque<sup>a</sup> tu iglesia está asegurada? ¿Si crees

a. En LN: «con que».

tanto en Dios, por qué aseguras tu iglesia? ¡Yo te pago lo que quieras, cura, por una póliza del cielo para el alma de mi marido!» y de rodillas, tomaba el lodo en las manos abiertas y lo veía caer, como si hubiera sido un puñado de joyas. De pie en el lodo eligieron los habitantes su jefe, y mientras de todo el país se les iban acercando para remediar el horror, ellos, con el pico y la pala, empezaron a desenterrar sus muertos: uno, cinco; otro, diez; otro, catorce; un Guffney perdió catorce parientes, y cavó con sus brazos la fosa para su mujer y sus cinco hijos. Los arroyos llevaban agua abajo los cuerpos hinchados. En el lodo no se hundía un pie sin encontrar un cadáver. De una iglesia salen cincuenta; cincuenta de un hotel. ¡Ay! a una madre la descubren con sus tres niños en brazos, como asidos en el instante de jugar: la niña con la muñeca muy apretada al pecho, un niño con tres bolas en la mano.

Los dos que se estaban casando, casados aparecen, uno en brazos del otro. Con cinco hijos encuentran a una mujer, con seis a otra. ¿Quién puede conocer a tanta criatura sacada del lodo, con los rizos apelmazados con el cieno, los ojos y la nariz llenos de arena? Un padre y una madre halan del fango un pedazo de la cuna.

Un anciano ruega a los bomberos que castiguen las ruinas de la que fue su casa, hasta que se vean sus hijos. «Eso es un pan quemado!» dice un bombe-

ro: «¡Este es mi hijo!». Un niño se acerca a un cuerpo magullado, de mujer, manco y deforme, tan feo y sin figura que nadie lo pudiera conocer: ¡el niño se le echa al cadáver en los brazos! Cada hombre viene con un ataúd de pino. Unos vienen y otros van, todos con ataúdes. Ya los muertos están en montones, y se los llevan a bañar y a enseñar: bajo la llave de agua los ponen a desenlodarse: por el brazo los llenan de bálsamo: los tienden en el mostrador de la estación, en las tarimas y los bancos, en los escritorios de la escuela.

Y los hombres desfilan, erizados los vellos, temblándoles las manos: «¡Esa es Emma!» «¡Esa es mi mujer!» Uno da una vuelta en redondo, y cae como sin huesos al pie del ataúd. Una mujer levanta el papel que cubre un rostro ayer muy bello, y hoy con manchas negras, y las trenzas pegadas con el fango y las raíces: «¡Oh, mi hermana!» Un joven, con la cara como el marfil, besa en los labios deshechos a su novia, y le pone en el dedo su sortija. Una madre ruega que la esperen unos minutos, y vuelve con un ataúd de seda blanca. Niños y mujeres son los más de los muertos. Pocos lloran al ver sus parientes, sus esposas, sus hermanos: «¿Cómo he de llorar, si este es el quinto?» Afuera, ya no hay quien cave ni quien cargue; ¡los que están debajo del lodo son más que los que les buscan! Los cavadores a cada instante tienen

que parar la tarea, y quitarse el sombrero, porque pasa, en hombros de seis, un muerto recién hallado.

Ya han hecho surco en el fango los pasos continuos. Ya bostezan de cansados, sajando e inyectando, los embalsamadores. Ni ellos pueden ya sufrir el hedor.

Al otro día, en la bruma gris de la mañana, iban camino del cementerio cien carretas de muertos, tiradas por bueyes.

Nadie llama a otro de modo que se le oiga. Nadie habla alto.

Pero ya llegan de afuera, echando rieles nuevos, los trenes de socorro, con la prensa y sus fotógrafos, con víveres y vestidos, con trabajadores que vienen a buscar jornal en la catástrofe, con destacamentos de la milicia del Estado. Traen tiendas para dormir, estufas para cocinar; picos y dinamita para sacar del puente los escombros fétidos. Vienen en el ferrocarril los primeros curiosos, y los ladrones.

Con todo carga el curioso: con un hueso chamuscado, con la Biblia de una pobre misionera que iba en el tren con rumbo al Brasil, con un gato sin ojos que sale vivo de un montón, y le lame la mano al que lo salva. ¡Abajo, abajo! grita la gente ofendida cuando ven a un turista de calzón corto, con una flor en el ojal, componiendo el foco de su máquina de zancos amarillos, para llevarse en el cristal indiferente los árboles caídos de sus patios, y las ruinas que les

cobijan a sus muertos. Y el turista tiene que irse de prisa, con señales de botas en las posaderas, y los zancos brincándole en el hombro. O le dan un pico y una pala y lo ponen a sacar muertos. Los ladrones se meten por donde no los ven: con las manos cavan, despojan al cadáver, hincados en el lodo, acurrucados, tirados por tierra: si el anillo les resiste, le cortan el dedo: se llevan el reloj con el retazo del chaleco: con los dientes saca uno que no tiene cuchillo una sortija de brillantes: un negro le llena el delantal a su amiga de relojes: un húngaro, metido en el bosque, con las botas al muslo y la barba a las rodillas, cuida encucillado y sin luz, en lo alto de la noche, un tendido de ropas húmedas, de chaqués, de chalecos, de camisas, de medias. A pistoletazos lo echan al río; muere ahogado.

Los trabajadores derriban o queman los escombros, tan altos que por uno de ellos se entran a un segundo piso: tajan a hachazos los árboles caídos: ponen sobre sus ruedas las locomotoras volcadas: masas informes son las que sacan ya, más que cadáveres: asoma un pie en el lodo, calzado con un zapato fino: remueven con cuidado el ramaje, y descubren, con las manos en cruz y el sombrero de paja en la cabeza, a la hija del pueblo, la gracia del valle, a Catalina la obrera, que iba por las casas comiéndose los dulces y alegrando los corazones; no la quieren poner, no, en la litera,

sino en un ataúd nuevo, y se la llevan en hombros. Vuelven y sacan de las ruinas un espejo de marco dorado, sin una lastimadura.

Llega la noche para el Conemaugh antes que para el resto del mundo porque la anticipan los vahos espesos de la tierra y el corazón horrorizado de los moradores. Chispean por los cerros las luces de las casas salvadas. En lo hondo del valle la negrura silente mueve al más bravo a pavor. Pujan a lo lejos, al pie de las ruinas macizas del puente las máquinas inútiles. De hora en hora estalla, horadando la masa de escombros, una carga de dinamita, que echa por el aire vigas, chimeneas, camas, ventanas, caballos sin cabeza, agigantados sobre el cielo nuboso<sup>a</sup> por la luz eléctrica. Cruza de cuando en cuando por lo hondo del valle una luz verde.

Ocho mil hombres trabajaban en las ruinas a la mañana siguiente, y alegraban los cerros con sus banderas; de compasión muchas tiendas blancas. El estupor, como palio, detiene los rayos del sol. Las locas van riendo, y una muy bella se pone flores para que la vea su marido: viene frente a lo que queda de lo que fue su casita linda, y canta. Con los labios caídos, con miradas que inculpan y repelen, pasan, solos, los obreros del valle. Cuando ven venir un ataúd, cierran los ojos, o vuelven la cabeza. No dicen que uno murió, sino que «cayó». «Cayó mi mujer: este trabajar es inútil.»

«Johnstown no se levanta»: y sigue andando, con las manos atrás, y como echando a todo lo vivo del valle con los ojos: él quiere estar solo allí, con su mujer que «cayó». Pero allí están ya, buscando huérfanos, las sociedades de ayuda para los niños; allí, amparando a sus hermanos, los masones y los «Odd Fellows»; allí, repartiendo de comer y de vestir, el gran ejército de la República. Ya nadie está allí sin harina ni azúcar, porque por la mañana las dan en abundancia las estaciones de alivio; y café, té, galletas, carne salada; y medias, ropa interior, mantas de abrigo, trajes enteros para las criaturas. Primero lo tiraban sobre las cercas a la multitud, y los hombres bárbaros se hacían de lo mejor, derribando a las mujeres y pisoteando a los niños: luego fueron las trabas tantas, los boletos, los talones, que la caridad era como si no la hiciesen, por lo que costaba lograrla, y por ser lo más dulce del favor que sea hecho con sencillez y ternura: ahora van por las casas las mujeres, viendo quién necesita y cuánto; y se emplea gente de ojo disciplinado que conozca pronto al que pide dos veces, y castigue de modo que no le dé deseo de pecar: las mujeres son ahora primero; y las más débiles, las privilegiadas.—Clara Barton está en su campamento de la Cruz Roja, con la cruz al brazo, el gorro de enfermera, y sobre el

a. En LN: «nubloso».

traje gris el delantal resplandeciente. Allí está con sus médicos y sus ayudantes, con sus tiendas claras y su corazón benigno, viva, elocuente, fea, muy hermosa. Está allí para morir, si es menester, cuando con el fuego del sol cunda la peste de los cadáveres insepultos. Está allí Clara Barton cosiendo, cosiendo cortinas de muselina blanca para la tienda de las mujeres.

Allí está la noticia de que el Estado de Pensilvania viene a ocuparse por sí de la limpieza del valle, y da un millón de pesos para reconstruir a Johnstown; de que ya tiene Johnstown dos millones más, de otras ciudades que le piden sus huérfanos, que llaman a los que se han quedado sin ocupación; de que en Nueva York no había manos con que recoger en la oficina del corregimiento los cheques,<sup>a</sup> los billetes de banco, las ropas, los centavos de los magnates, de los ricos, de los niños compasivos, de los obreros pobres, que dejaban al entrar junto a la puerta su tina de latón, y no se iban sino cuando habían vaciado sus bolsillos hondos.

Allí está, como con alma, la hilera de trenes de socorro, que no apagan el vapor, y recorren triunfantes la línea, por delante de todos los trenes de viaje y de comercio, que se hacen a un lado para abrirles camino, y parece que los saludan a su paso, como a un tren real. Ya está en Johnstown la milicia. Ya han limpiado de escombros la biblioteca de los obreros, que no se vino abajo.

El domingo, a la hora del culto, los padres sin hijos, las mujeres sin compañero, la parroquia mermada, la voz triste y gangosa del anciano de casulla morada que, con el cielo por nave y la yerba por asientos, pregonaba desde las ruinas de una casa amiga la voluntad de su obispo, que quiere que le manden para criar a todos los huérfanos de católicos. Más lejos, por donde el río centellea y corre claro, en un púlpito natural de tierra removida, hablaron los hombres que la ciudad tiene por buenos, en los servicios del pastor protestante. La gente oía de pie, con la cabeza baja cuando le hablaban del horror, irguiendo la cabeza, como el ca-

ballo de pelear, cuando le hablaban de repararlo: «¡Hombres!», decía un trabajador, «la vida es un deber y en otra parte se entenderá lo que no se puede entender aquí: la tierra renace, y el hombre renace: cuando un sol se apaga en el cielo, se enciende otro sol: nada muere sino para el que olvida, y el que puede olvidar, merece ver a los suyos morir. Un hombre que tiene un muerto debajo de la tierra, ha de ser bueno, para no avergonzar al muerto. Los que no podemos explicar el mundo, debemos acatarlo.

Mi hijo se me murió en la inundación: mi hijo de mi alma. Mi hijo subió volando de la inundación, y está vivo en mi alma. Lo que hay que hacer aquí es preguntar si vamos a reconstruir la ferrería de Cambria. ¡Y vamos!»

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
26 de julio de 1889

[Mf. en CEM]

a. En LN: «checks».



## De Nueva York

La política extranjera de Uncle Sam.-  
Universidades prácticas y retóricas.-Cómo debe  
educarse a la americana.-Complots irlandeses.-  
Postdata.

Nueva York  
Junio 13 de 1889

Señor Director de  
*La Nación*

**H**AITÍ, Santo Domingo, Samoa,<sup>590</sup> Behring,<sup>591</sup> ocupan ahora, después del horror de las inundaciones, más espacio en los diarios noticieros que las peleas de púgiles, las carreras de Jerome Park, los exámenes y grados de los colegios, los preparativos de la regata con el *yacht* inglés: como si por varias avenidas quisiera el personaje inquieto de Washington, tentar el reconocimiento de su curiosa teoría de que cuanta tierra hay en América y cuantos mares la rodean son natural dominio de esta América del Norte, a quien el suelo y el agua del continente han de acatar como pupilos perdurables. No sería lo de Samoa de tanto interés si el principio sentado en la

conferencia pudiera olvidarse en los casos futuros en que choquen, en los países de América o en sus alrededores, los intereses europeos y los yanquis.

Por la supremacía en Samoa contendrían los Estados Unidos, que en esto no son demócratas ni republicanos, y apetecen por igual, los de un partido y los de otro, privilegios internacionales que están fuera de relación con los servicios prestados al país de quien los exigen, y con el respeto que un pueblo libre ha de tener por las libertades de otros, máxime cuando debe parte de su influjo y poder a la admiración que la especie humana le tributa sin examen suficiente, como patrón, asilo y pavés de la justicia política y los fueros naturales del hombre. Así dice Curtis, el escritor caballeroso del *Harper's Weekly*: así dice Howell, el novelista sutil que pinta con igual felicidad el amor de un pobre cura italiano y los recovecos mentales de una le-

guleya de Boston: así dicen de sobremesa en sus mansiones honradas de pórtico y jardín los americanos puros que no creen que el brazo que ha crecido con la salud de la libertad deba, matricida, volverse contra ella. Ni hemos de ir de barateros por el mundo, cobrando el tanto del comercio universal, porque tenemos el brazo más fuerte; ni es menos sagrada la libertad política en un enano que en un gigante; ni tenemos derecho para ir a sacar de la casa ajena al que ha ganado su lugar en ella por servicios vitales que otros le prestaron y hoy queremos que olvide por nosotros, cuando fuimos los únicos que no los prestamos, aunque nuestro puesto de nación republicana nos obligaba a ayudar al triunfo a las repúblicas, en vez de autorizarlos a volverles la espalda. Ni han de correr los siglos en vano, ni han de mudar las razas de continente, para que nuestra libertad, pregonada por el águila como la libertad definitiva, no sea más que la libertad aristocrática de Grecia o la libertad hipócrita del pueblo inglés, con un tacón clavado en la boca de Irlanda y una rodilla metida en el corazón de los cipayos.

Por ahí va la opinión genuina, que no desdén los adelantos legítimos de un pueblo culto entre los que modelan y crecen con su ejemplo y beneficio, pero rechazan como culpable toda ventaja obtenida por la intimidación, el abuso de la fuerza, y la amistad falsa. También la fuerza tiene su deber, que es el respeto a la debilidad. Lo que queda de la conferencia de Samoa no es el reconocimiento, imposible de parte de los grandes pueblos mercantiles de Europa, del derecho preeminente de los Estados Unidos a la tutela y goce, cuando no a la adquisición final, de los pueblos débiles que habitan las tierras y mares americanos, sino el principio de que, caso que lo pudieran justificar, no serán los Estados Unidos los únicos en intervenir, sino que compartirán el influjo y disfrute de las tierras amenazadas con los pueblos mayores que tengan en ellas intereses comparables a los suyos. Los dos países influirán por igual en Samoa: si permite Alemania que vuelva la corona al protegido americano, el protegido ha de pagar a los alemanes una indemnización de respeto: la bandera de las estrellas protegerá una estación de carbón y la otra, la bandera de las columnas: Samoa no será ni alemana ni americana: sobre el tratado vigilará Inglaterra.

Ni Inglaterra ha de consentir, ni Rusia, que porque los Estados Unidos le compraron al zar hace diecinueve años sus

derechos en el norte de América, vayan éstos a ser tales que cierren a las naves del mundo, como se empezó aquí a decir, la entrada al polo por el mar de Behring. Si la idea se echó a volar, como lo de Francia y Haití, para ver por dónde venía la opinión pública, se ha visto pronto que en lo de Haití, que es tierra por la que Francia preocupada no ha de entrar en pelea, parecía natural, salvo a la gente de honor, enviar barcos a uno de los dos partidos en lucha y tratar con el pretendiente rebelde o la autoridad reconocida por los pueblos que saben más de la historia y constitución de aquellos países; pero en lo de Behring nadie muestra prisa porque se muevan cuestiones prematuras con el inglés, y se celebra que no resulte cierto el conflicto que los inquietos parecían apetecer, para bienes de política interior, con la enemiga de Irlanda. «No ha de jugar siempre Inglaterra, dice un diario del Canadá, con las cartas de los candidatos frustrados a la Presidencia de la República.»

¿Ni qué pudo explicar la súbita ternura y cuidado exquisito con que, por el pretexto falso de un tratado de curatela entre Francia y Haití, miró la Secretaría de Washington los asuntos haitianos, fomentó su querrela doméstica, permitió el embarque continuo de armas para el rebelde Hypolite con quien estaba en tratos, llegó a nombrar una comisión de próceres para que interviniese en la

guerra civil de un país libre, propaló a sabiendas la especie inexacta de que Francia tenía tratados secretos de preponderancia con Legitime, Presidente reconocido, y perturbó a Santo Domingo, en venganza de la amistad de los quisqueyos y el gobierno haitiano, con la resurrección súbita de derecho de una empresa caduca a la bahía de Samaná?

Ni se puede dejar de pensar, al ver lo que sucede entre los Estados Unidos y Nicaragua, en el plato de lentejas de Esaú:<sup>592</sup> ni se puede, al estudiar la benevolencia de los colombianos imperantes para con los Estados Unidos, olvidar a los caudillos indios que dieron a Cortés, creyendo valerse de él para dominar a sus rivales, el triunfo sobre su propia raza.

En la Universidad de Cornell, modelo de escuela en estos tiempos de hombres: en el instituto de Cooper, de donde sale el alumno con la gratitud en el alma, y el escoplo bajo el brazo; en la escuela completa de Félix Adler, donde se ensaya el niño, sin perder la imaginación y el sentimiento, en las cualidades de hábito y agilidad necesarias para la vida; en la escuela práctica de enseñanza industrial, donde los alumnos se pelean por ir, y se les ve crecer la inteligencia y el carácter; en un rincón del condado de Orange, donde en el colegio sano y humilde de un hombre de nuestros países explica aritmética

maravillosa el propietario barbado que al salir el sol le saca lustre a su caballo y ordeña sus vacas; en esas escuelas vivas, donde enseñan los maestros que han batallado en el mundo lo que se necesita para brillar con decoro en él, para ganarse el pan sin esclavizar el talento y el honor a intereses injustos de casta o a culpables connivencias políticas; en esos talleres de honradez es donde va naciendo el americano que pueda en lo futuro oponerse al influjo creciente del yanqui de Secretaría, del yanqui empleómano, del yanqui alquilón, del yanqui pródigo y canijo que gasta en convites prematuros en su cuarto de las universidades retóricas, las espaldas que cría en el juego excesivo del polo o la pelota.

Para todos esos colegios es fiesta ahora: éste es el mes de los grados y de las vacaciones: los cadetes salen de tenientes; los abogados y los médicos reciben sus diplomas en fiestas públicas: al decir el maestro «¡Peter Cooper!» se ponen en pie, y cantan «¡Gloria al jefe!», al jefe muerto, los quinientos alumnos, los hombres, que le van a deber su felicidad, las mujeres, a quienes hablaba él siempre de pie, sombrero en mano; para que vieran bien que puede serse hombre rico y de industria, y persona versada en la noble galantería. Porque él entendía el modo verdadero de educar a las mujeres, que es habilitarlas para vivir con honradez, de labores naturales a su sexo hermoso, sin quitarles

la gracia de reinas y el encanto, y la fuerza pública, de sus cualidades femeninas: y quien quiera matar a un pueblo, eduque a las mujeres como a hombres: la animalidad y el egoísmo son los enemigos del mundo: se necesita crear en los pueblos el ala y el desinterés: ¡ay de Zoraida, que echó la perla al mar, y luego se pasó la vida en la orilla llorando por la perla!

Pero la novedad ha sido este año la escuela práctica de niñas, o escuela manual, como la llaman aquí, y se la pudiera llamar en español, porque lo que en ella se educa más es la mano, ya en la buena cocina, que aquietta al marido pobre y entretiene a la mujer del rico, ya en los dibujos y ornamentos de que le enseñan a la niña las líneas esenciales, para que ella componga ingenuamente sus patrones, según lo que ve en la naturaleza y en los buenos modelos. La sorpresa es grande, porque se nota que a esta niñez ya adelantada no le cansa el trabajo físico, sino que lo busca como recreo, ni le turba la mente para la instrucción de letras, sino se la fortifica y aclara. Deducen mejor; combinan más pronto; relacionan; crean. Producir satisface, aunque sea un pobre buñuelo: «¡Mira el buñuelo que he hecho!» le dice la hija a la madre, enseñándole con los ojos brillantes de alegría un producto venerable: «¡Mira el encaje que planché!» dice la Cenicienta sudorosa, muy oronda con haberle chamuscado al encaje lo mejor de los

hilos. Pero el trabajo de las manos ha de hacerse con pulcritud y precisión, para que el arte disimule la fatiga, y no sea demasiado costoso el placer de hacer más llevadera con los dulces servicios domésticos la vida de los trabajadores de la casa: ¡ayuda tanto a mantener el amor el agradecimiento! ¡Es tan grato, cuando la vida abofetea, poder besar en la casa propia una mano servicial, una manecita blanca! Quien le da esos encantos a la mujer, le da ventura. El mundo no es una jaula dorada de amos que holgazanean y criados que odian. A solas, cuando nadie lo vea, cuando el hombre se limpie cansado la sangre del corazón, la mujer ha de ponerle la mano en la frente, ha de llevarle una taza de agua y azúcar, bien hervida, a los labios. Y a estas niñas les empiezan a enseñar aquí esto, a hervir bien el azúcar, a mezclar la harina para el pan; a hacer salsas sabrosas con legumbres sencillas; a asar la carne de manera que no tenga que salir a la calle, en busca de los digestivos de la cervecería, el marido maltratado. La que ha de ser dueña aprende a ver; y la que se ha de servir a sí propia, a ser menos infeliz.

En los dibujos y ornamentos es donde se palpa más el beneficio de la libertad, en la educación, del trabajo espontáneo. Hay rincones y caprichos en aquellas líneas inseguras, que revelan la impresión vivaz de los paseos de verano por los ríos,

con las colinas dormidas sobre el cielo, o de las pláticas a la luna, cuando siguen los ojos curiosos el bordado exquisito con que dibuja la luz en la acera el follaje de los árboles. Y el arte nace de eso: de la impresión directa. El estudio es el carril; pero el carácter, la individualidad del niño, esa es la máquina. Y se ve que la libertad de la invención y el placer de crear por sí, estimulan, aun en las niñas que son de menos acontecimiento, el ingenio propio y la fuerza del carácter.

Y ¿qué será después lo más interesante de estos días? ¿El asesinato ya famoso de un médico irlandés, a manos, según dicen, de la sociedad secreta Clan-na-Gael, que manda obedecer, sin saber a quién, aunque sea para matar, si es en el servicio de Irlanda, aunque sea para ahogar con la vida del médico, como dicen que ha sido esta vez, las pruebas del extravío de cien mil pesos que el caudillo de los rebeldes repartió aquí, según dicen, entre su bolsa y la de sus paniaguados;—en vez de ponerlos, como manda la Clan-na-Gael al servicio de la inde-

pendencia de Irlanda? ¿Será que Patrick Egan, el irlandés que Blaine ha mandado de ministro a Chile, sea uno de los acusados de la malversación de estos fondos, y de amistad íntima con los que parecen culpables del asesinato de Cronin,<sup>593</sup> sentenciado a morir por uno de los «campes» de la Clan-na-Gael? ¿Será que Hill, el gobernador de Nueva York cuya famosa fortuna política estriba en el voto de la Irlanda neoyorquina, se niega a entregar a la justicia de Chicago a Mahoney y McDonauld, los asesinos presuntos, aunque los testigos han reconocido una y otra vez sus retratos como los de quienes habitaron la casa del crimen, y sacaron a Cronin so pretexto de visita médica, para la celada del asesinato?

¿O será que la justicia de Chicago, sin encogerse por el miedo de perder el voto irlandés, pone preso a Sullivan, el hombre prominente, y gran patriarca de los irlandeses norteamericanos?

Eso llena ya la prensa. Y la pelea, que está al ser, del otro Sullivan, el púgil bestial de Boston, con el inglés Kilrain,<sup>594</sup> por

cinco mil pesos, más el cinto de brillantes de «campeón de los púgiles del mundo».

Y Newport, que tiene este año más palacios, y espera ver en julio reunida en grandes fiestas la riqueza de los Astor, los Vanderbilt, los Lorillard y los Leiter. Y el cumpleaños de Jefferson Davis que cumple ochenta y uno, y aún no ha perdido, allá en la casa histórica que debe a la piedad de una mujer, ni su cutis, fino como el de su leal hija Winnie, ni su cabello blanco y sedoso, ni su porte entre romántico y real. Pero la noticia de esta tarde es la más curiosa; porque van a hacer el ejercicio del rifle, en compañía disciplinada, con marchas y simulacro de pelear, vestidas de gorra militar y sayacalzón, las jóvenes de más nombre de un pueblo elegante: de Staten Island. El año pasado, dejaban ir el tiro a la voz de «¡apunten!»

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
2 de agosto de 1889

[OC, t. 12, pp. 237-244]



240

# En los Estados Unidos

El 4 de Julio.-La política.-Los nuevos Estados.-  
Transformación y progreso.

Nueva York,  
Julio 6 de 1889

Señor Director de  
*La Nación*

CON DISCURSOS, con ceremonias, con cohetes, con regatas, con procesiones, con estrenos, con simulacros, con rogativas, con bailes, se celebra siempre el día en que el rico John Hancock puso su firma como Presidente del Congreso al pie de la Declaración de Independencia que le llevó escrita Jefferson; a Hancock le pareció poco el papel para poner su nombre, y se pintó en la firma, porque él fue como ella, ostentoso y vano; Jefferson escribió en borrador con la letra pequeña, como cuando el espíritu se recoge y elabora, y hay palabras que puso y quitó como diez veces, y renglones que escribió y volvió a escribir sin que llegaran a parecerle bien, porque una cosa es echar al aire frases de colores para

que se las lleve el viento, como las bombas de jabón, y otra clavar en los corazones de los hombres, como el asta de bandera en la cuja, las ideas con que se han de levantar los pueblos.

La fiesta del Cuatro de Julio es animada acá todos los años, y no hay más que unos cuantos todomehiede que se van de paseo por donde sólo se ve a ricos, para que el polvo de la muchedumbre no les manche las polainas blancas. ¡Les debían atar de los botones dorados del uniforme de cocheros de afición, una lata vieja, para que se conociera por el ruido a los que se avergüenzan de celebrar el día del nacimiento de la patria que los sustenta y los cobija! Pero este año la fiesta ha sido cosa de más peso de lo que suele ser. Hay algo debajo. No se ha recalentado la historia vieja, sino que se ha querido encaminar la futura. Los partidos contendientes han hecho del Cuatro de Julio como un certamen de ideas. Los republicanos, aleccio-

nados por su derrota de cuatro años, quieren que el país entre en su barca, y vaya con ellos adonde lo quieren llevar que es cosa que no tiene límites, y ha de observarse con juicio. Los demócratas están peleándose entre sí, porque los menos de Randall no quieren ceder el paso en lo de la rebaja de los aranceles a los más de Cleveland, tanto que los pocos diarios de Randall más parecen republicanos que demócratas. Los republicanos traen un programa vivo, que concuerda con las ambiciones de los pudientes del país y con el espíritu agresivo que cría, en un país plétórico, la predicación continua de que hay por aquí y por allá donde vaciar la plétora y que es de destino manifiesto que el fuerte tome lo que necesita donde lo halle, aunque sea de otro.

Los demócratas de Randall los acompañan, pidiendo a voz en cuello la anexión del Canadá y el sostén de los aranceles altos, que lleva a la fuerza a procurar tratados injustos con los países débiles, porque a los poderosos no se atreven a ir con la demanda loca de que les costeen el viaje a sus vapores yanquis para llevarles más caros los produc-

tos que en otros pueblos pueden comprar más barato: que es eso, en una nuez,<sup>595</sup> todo lo que se procura so capa de misiones amigables y de fraternidades republicanas. Los demócratas de Cleveland, como se puede llamar a los que tienen por buenas sus doctrinas, quieren ante todo que el país viva con dicha más igual, y el pobre con más ocupación y abundancia, sin desdeñar los acrecimientos que por fatalidad geográfica o histórica le vengan a la República, ni las ventajas de comercio que pueda asegurarse moralmente, pero sin caer en el delito de burlar la simpatía, sorprender la sencillez o aprovechar el miedo de los pueblos menores, para mantener por medio de un comercio abusivo el sobrante artificial de industrias que cría en el país la pobreza, la desigualdad y la cólera. «Menos palacios, y más respeto» quieren unos.

Los otros dicen: «el mundo entero es nuestro palacio». Un diario dice: «el que no quiera ser aplastado por el carro de Jugernaut, que se monte en él». Reed, el caudillo de los republicanos en el Congreso, dijo que era hora de crecer, de hacer algo nuevo, de prever, de adelantar.

Los periódicos demócratas han hablado del día como de fiesta usual, sin más que las banderas y paradas de otros años, y los cien ebrios a quienes el juez de policía dejó ir sin multa, «porque en día como el Cuatro, bien se le puede perdonar a un patriota que se le suba el licor a la cabeza!»

Pero los periódicos republicanos han puesto el día sobre sus cabezas, y lo han celebrado con gran pompa, como fiesta y propiedad de su partido: ha paseado el partido a sus prohombres: ha echado al viento la «camisa colorada», ha explicado sus intenciones de vuelo y crecimiento: ha ido el Presidente Harrison, como huésped de honor, a dar crédito con su persona al Evangelio, predicado, en presencia de veteranos de sombrero puesto, desde la tribuna religiosa de un pastor rico que publica un diario en que van juntas, como detrás de clarines de batalla, las cosas del águila del cielo, y las del águila de la tierra. Los demócratas hablaron acá y allá, a medio discurso, como para que no se vea que están en desacuerdo de muerte sobre lo que debieran decir. Pero los republicanos han llevado el empuje hasta procurarle más gente a la orden hereditaria de los Cincinatos, que no es más que un padrón de nobleza, que publica que sus miembros descienden de los padres de entonces, de los españoles malcontentos con el gobierno civil, que quisieron, cuando aún tenían el sable por el puño, ponerle encima a la nación una aristocracia militar: y si Washington hubiera querido, queda hecho este país una mesa de generales.

Contra ellos, contra los que llamaban demagogo al desinteresado Samuel Adams; contra los que le mordían los talones de acero al autor de la Declara-

ción, a Thomas Jefferson; contra los que querían república de censo, de ilustres y prosopopeya, de espadín y casaca, se fundó hace cien años, con el nombre de un indio sabio e indómito, la sociedad de Tammany, que vino a defender de regímanos y teólatras al hombre libre y llano, a la hormiga de pecho de luz, al «hombre del pueblo».

De esa tradición vienen haciendo bandera los demócratas, que tienen el cuartel general de Nueva York en las salas de Tammany, donde se oyó este Cuatro de Julio la voz de la democracia, convidando al pueblo a ver con disgusto la acumulación del poder político en los que con su favor se han hecho de la parte privilegiada de la riqueza pública: «la masa del pueblo inteligente», les dijo el orador Bowne Cochran, «es el mejor hombre de Estado!» «¡cuidad, si queréis ser libres, del pedazo de papel que echáis en la urna cada cuatro años!» «¡ved que a los hombres justos les llaman en la historia “descamisados” los pícaros que les han quitado a los desvalidos la camisa!» «¡Levantemos bandera nueva del Cuatro de Julio contra los aristócratas y los plutócratas!»

Pero esto era como arenga muerta o comediente que se pone vestido de rey, puesto que la democracia de Tammany es toda de aristos de barrio, y como red tendida sobre la ciudad para ver cuántos empleos pingües caen en la redada o para que tropiecen los que vie-

nen a disputarle los puestos. No valen antifaces en los países de prensa libre, que sale cada mañana por la ciudad, como un viento duende, levantando caretas.

Acá hay dos cuestiones vivas, que se disputan la opinión.

Una es la del desarrollo inmediato y tutelar, por derecho de tamaño y de fuerza, del poder exterior de la República, porque «es la hora» y porque así se salvan los manufactureros proteccionistas, y el Partido Republicano queda en el mando con ellos.

Otra es la reorganización interior del país, que tiene en sí cuanto ha menester, sin necesitar salir de bravo y de ladrón por el mundo, con tal que se reparta entre todos en justicia la propiedad nacional, que es de todos, y se cese de cobrar, para el gobierno que tiene sobrado, una suma que es necesario poner en circulación para que las industrias se mantengan con moralidad y el comercio aumente sin artes de baladrón o de bandido.

En este Cuatro de Julio, como que los demócratas no se han puesto de acuerdo, ni pueden acaso ponerse, sobre la voluntad de la mayoría, quedó en el certamen de ideas ese programa por decir, porque con voz de partido, que es como hubiera pesado, no podía apadrinarlo nadie; lo cual es funesto, porque el partido, como el hombre político, que no pone pronto en palabras la verdad que está en el aire, queda como el soldado que

deja caer el arma delante del enemigo. La vida es un asalto. Y se puede dormir; pero sobre la trinchera. Volver la cabeza atrás, siquiera para recordar, es empezar a morir. Verdad que entre los demócratas se libra en silencio la batalla que no se ve de afuera; que tal vez los «puros» de entre los republicanos sólo aguarden a que salgan de la democracia los proteccionistas, para ocupar sus puestos en un partido de reforma, que vendría a ser en lo económico lo que en el conflicto del Sur fue al principio el republicano. Mucho allegado les ha traído a los republicanos el triunfo, y el espíritu de aventura que levantan en este pueblo ávido, donde se ve la vida como lotería, y se juega el honor contra los premios grandes; pero son muchos también los que traen en la sangre la libertad honrada, y en los brazos hechos a trabajar el ímpetu viril con que poner de lado, cuando llegue a ser mucha la insensatez, a los que por quedarse con los beneficios del gobierno, ocultan al país el mal que lo roe, y le quieren cubrir los ojos, para que no se lo vea, con monedas de oro ajeno.

Eso se está elaborando, y puede de veras, en esta república de domadores, el sentido de los que han sacado la fortuna, raíz a raíz, de la tierra áspera. El trabajo cría justicia. La capa de arriba va siendo en los Estados Unidos levantisca, y dada al éxito fácil y al abuso de la vida y del derecho ajeno; pero en lo

hondo, como lastre y esperanza, está el granito del honor; están los calzones de pana que no llegan al talón, está la gente a lo Lincoln: aunque Lincoln mismo, tallado en piedra luminosa, dio oídos a la idea cruel de convertir un pueblo infeliz de raza española, una isla amasada con cenizas de héroes, en vertedero de los soldados negros que le pesaban al Norte.

Hacerse oír de esa gente sana es preciso, en todo lo que sea de derecho, porque en ellos está el freno natural, el único freno tal vez, de esa otra casta codiciosa que fomenta la política agresiva en un país de lujo donde se comienza a ver con desdén el bienestar modesto y despacioso que viene al hombre asiduo del trabajo.

No todas las fiestas del Cuatro tuvieron la intención de estos concursos de ideas, y tribunas puestas sobre lo porvenir. El Cuatro es acá siempre un día del corazón, que los carteros eligen para ir de pasada a regalar una pluma a su jefe; y los novios para llevar de pesca o de playa a su compañera vestida de nuevo; y los dos veteranos de la guerra del doce, para comer en la taberna del francés, vestidos de amarillo y azul, con sus amigos viejos; y los pueblos de campo para sus juegos de pelota, sus regatas en el río con faroles de color, sus procesiones y cucañas, sus alegorías españolas e indias, sus premios de a medio peso al que saca con los dientes una



manzana de la tina de agua, o ase por la cola a un puerco ensogado.

Para el Cuatro se guarda lo nuevo del pueblo, el teatro que acaban de hacer, el mirador que no ha lucido aún bandera, el uniforme que se mandó comprar la compañía, porque «desde la primera Presidencia de Grant vienen gastando el otro, que está ya sin color». El Cuatro de Julio, en un pueblo de campo es donde hay que verlo.

Los árboles, los amigos, están de fiesta con la última lluvia. Los cohetes estallan sin ruido en la yerba húmeda, o en el aire como un latigazo. Desde muy temprano andan por las calles los bomberos de gala, luciendo la blusa azul. Los muchachos les van detrás a los músicos, que andan orondos, con su chupa roja, y todos muy ventrudos, con un cinturón de charol donde dice: «Liberty»; de veras lucen como soles, en el aire limpio de la mañana, las siete letras santas.

El pueblo entero, a eso de las ocho, está a la puerta de la casa de bomberos: las ricas del lugar lucen su seda negra, con aire de «nadie tiene más que yo» y sus hijitas de la mano, con los tres colores al pecho; carros y carruajes se cruzan, y saludan, como vecinos; el carnicero, con su delantal blanco, va en un tálburi de lujo, con su chiquitín vestido como cuando Bunker Hill; el original del pueblo, el amigo de los niños pobres, pasea en su coche de volandas

como un padre Nilo, rodeado de caballeros menores, de ropa a mal traer: los caballos, asustados por la cohetería, paran las orejas y se encabritan; van llegando muy enguantados los procesionarios, con los bigotes de gala, el cutis como después de mucha fríega, y el pañuelo de seda de color en el bolsillo de la pistola, de modo que se vea bien.

A nadie le importa la llovizna tenaz. Suenan orgullosa la campana nueva: «¡A la campana, muchachos!» dice un bombero mayor; y por encima de la cerca, por debajo, por entre las patas de los caballos, se lanza a la cuerda la muchachería, y halan de ella en racimo: ¡es la novia del pueblo, la campana nueva! Pero llega, bandera al hombro, el mequetefre que va a hacer de Washington en la procesión, y la campana se queda sola: «¡bravo, el tricorno!» «¿dónde halló el sombrero, amigo?» y le palpan la chupa, reverentes; y todos hallan modo de poner la mano en el asta. Adentro, es todo grata confusión, manotazos en la espalda, risas: «¡A formar, caballeros!» «¡A pasar lista, caballeros!» Y se ve que la lista es de los prohombres: ese manco, ese tuerto, perdió el brazo, perdió el ojo, en el incendio de la iglesia: éstos no son bomberos pagados, sino voluntarios, que a deshoras de la noche dejan su reposo recio de trabajadores para sofocar las llamas que se comen la casa de un amigo: la bomba, que está embanderada a la puerta, ellos

la compraron; sus uniformes, ellos; la casa, ellos; ellos compraron ahora la campana nueva. Y se escapan de las filas para venir a ver, allá arriba del mirador, campaneando orgullosa; ¿no es el pregón de su generosidad? ¿no es el arma del pueblo? «¡En fila, caballeros, para la procesión!» Los carruajes se hacen atrás: las ruedas se traban: los caballos, espantados, se crispan: la campana toca a vuelo: los músicos colorados, en sus clarines de plata, entonan el himno a «América». ¡La bandera, se ha olvidado la bandera! Todos mandan. Los hombres se detienen al correr, para abrazar a los muchachos. Una niña de dos años saluda con los bracitos desde un pórtico. Los muchachos, de gusto, se echan a rodar por la yerba. Caracolean los dos corceles, con dos soldados de veras, que van a abrirle paso a la procesión. Montan, como quien ya no puede, en el coche de honor los dos magnates del pueblo, sesentones y barbudos, de camisa azul y pantalones negros, con el cinturón de «Liberty». La música les sigue, como si llevara coturnos. Después viene lo que enturbia los ojos, lo que hincha el pecho; los niños del pueblo vestidos de gris; los jugadores de pelota, con su porra al hombro, firme el paso y la cara resplandeciente; luego, halando de la bomba empavesada, los bomberos voluntarios, el manco y el tuerto en la barra cabezal, y la ciudadanía del pueblo, los dos médicos, los



tres especieros, el notario y el abogado, el que alquila los coches y el herrador, todos, con dicha y uniforme iguales, asidos a las cuerdas. Las mujeres tiran ahora de la campana. Una negrita les trae dos ramos a los del coche.

Por cada hoja de los árboles suena un cohete. La procesión da diez vueltas en redondo al pueblo. El sol sale.

«¡Hurra por el 4 de Julio!»

¡Hurra tres veces este año, porque ya la bandera no tiene treinta y ocho, sino cuarenta y dos estrellas!

Cuarenta y dos Estados tiene ya Norteamérica. En este 4 de Julio quisieron hacer los cuatro Estados nuevos, que eran selva tupida hace veinte años: Washington, el de los bosques, Montana, el de las minas, las dos Dakotas, Dakota del Norte y Dakota del Sur, con sus llanos de yerba jugosa, en que nace un trigo de alma que con una espiga da para un buen pan.

En este Cuatro abrieron sus asambleas constitucionales los Estados recién nacidos. Fue por la gloria del día, y no hubo más en la primera sesión que el nombramiento de presidente de la asamblea, que en tres Estados salió republicano, y en uno demócrata, aunque los demócratas reclaman otro más y acaso un tercero: donde manda el ferrocarril, los republicanos vencen; donde pueden más los agricultores, se llevan los demócratas la ventaja.

Pero es hermoso ver cómo en estas comunidades nuevas,

donde los hombres que fundan juntos se aman como los soldados, no hay aún, a pesar de los que vienen a azuzarlos de afuera, aquel reajo que quita belleza a las luchas de los pueblos de más años, donde el interés afea la pasión. Allí un vecino ve que su nombre es causa de empate en el recuento, lo retira de la competencia por el honor apetecible de presidir en sus horas de cuna el Estado que ayudó a crear, y escolta hasta el sitial, gozoso como un niño, al candidato opuesto que le debe el triunfo: ¡aquellas fueron palmadas! Ceder es mandar.

Y otro mérito de estos hombres es el discurso nuevo y eficaz que les viene de su vida viril y sincera, y no es como esa elocuencia de floripondio, de tocador, de quincallería, que saca a lucir, con el manto pintado de rayos y rosetones, las ideas que salen prensadas y secas de los libros, como las hojas de un herbario; sino otro modo de hablar vivo y directo, que dice en palabras contadas, con el nervio de quien está detrás de lo que dice, lo que nace en la vida virgen y dolorosa de la experiencia de un corazón sencillo. Orador no quiere decir pintor de decoraciones ni artista buhonero que va cargado de cintas y de carretes, sino hombre en quien se hace lava, que brota y chispea al fuego, la adivinación, el juicio, la verdad que busca en vano la salida por los labios más tímidos o torpes.

Ni cabe otro lenguaje en estos hombres reales, tan otros

en todo, del hombre de ciudad, cortado en paño y relleno de libros, o de pus y de alfeñique.

Ya no es la horda hambrienta que cae sobre el país nuevo en cuanto se corre que tiene mineral o que la tierra es agradecida. Los desechos del mundo van llegando a caballo con los pies casi por tierra; o de viandantes, con el bulto en el bordón; o en la carreta de tapa, codo a codo, acurrucados.

Uno es pastor sin iglesia; otro ruso barbón; otro griego con aretes; otro, colono de desgracia, que donde va, seca el país; otro, un francés que da un rodeo, mascándose las palabras, cuando tiene que pasar por un camposanto; otro de espaldas jóvenes, saca en brazos de la carreta a una moza fornida, que baja alegremente, y se dan riendo el primer beso del desierto. De esos aventureros levantan casa pocos; son las sombras de la vida, que van y que vienen: los bravos se quedan, los que le abren un claro al bosque, los que cortan en dos los troncos derribados, los que sin clavos ni martillo hacen su casa de troncos, los que sin cepillo ni sierra sacan los tablones para el techo, los que siembran en el claro el maíz de primavera con que han de comer en el invierno. Y cada año el grano es más, el mercado está más cerca, el ferrocarril echa abajo más montañas. Sastre no hay: la que cose la ropa, esa es la misma que la teje: el lino que lleva encima el hombre lo ha cosechado en su propia

tierra, y se lo hiló su mujer. Las mujeres atienden a lo de la casa y dan una mano en lo del campo. Si hay pozo que abrir, o silla que hacer, o puerta que engoznar, o que remendar la mantequera, el hombre lo trabaja, a ratos perdidos: y lo que no sabe, lo crea. En un rincón, el órgano: en la mesa, la balada de Carleton y la Biblia.

¡Fiesta, fiesta! es que el hombre vuelve de vender la primera cosecha que le ha dado sobrante, y le trae una cinta azul a la hija, un sombrero al varón, y a la madre un vestido de la tienda.

O hay poco monte, como en Dakota, y la casa es de terrones, cocidos en el horno del sol, con el techo del cascajo de las cercanías, cuando no es una covacha en un tajo del suelo natural, techada con la poca madera que se le puede sacar a los árboles chaparros, y con las paredes llenas de agujeros, por donde entran y salen las culebras: y allí se discuten los plantíos; allí se comentan los denuncios de minas; allí se lee en coro el periódico; allí se baila con el polvo a la boca, y las paredes tapizadas de calicó, por mayor lujo; allí se reúne una vez al mes la sociedad literaria de la colonia, con su presidente, y su secretario, y el libro de actas, de papel de estraza, en que hay versos al primer niño de la comunidad, a los casados de la covacha grande, a la última nevissa, que llenó la cueva de nieve, que le sacó la sangre a los animales como si los hubiesen azotado, que se

llevó los hombres por el aire como si fuesen papalinas, que le aventó a un hombre los sesos contra un tronco. ¡Pero en la mina de plata, se ha encontrado la veta de estaño! ¡Inglaterra paga caro el trigo de Aberdeen! ¡No hay en el mundo vetas de oro más ricas que las de Homestead, en el condado de Lawrence! ¡Donde encendió la fogata el primer colono, se levanta treinta años después el capitolio! Y los más de los colonos son jóvenes, de veinte a treinta y cinco. Por el camino que han abierto con sus manos, manos hechas a hojear los libros de la universidad, estos hombres vivos van a los premios de la vida, que se han de merecer para gozarse en paz, van a tomar sus puestos de representantes, de senadores, de gobernadores, en el palacio levantando con el granito que ellos mismos sacaron de la tierra.

La juventud ha de ir a lo que nace, a crear, a levantar, a los pueblos vírgenes, y no estarse pegada a las faldas de la ciudad como niños que no quieren dejarle a la madre el seno.

A los cuarenta años se empezará a reposar. Reposar antes es un robo. Allí, trabajando juntos, aprenden los hombres el valor de la libertad y la ciencia del gobierno. Por eso rigen los hombres naturales, y se quedan de lacayos alquileres los hombres de libros. Se ha de tener el arado a la puerta, y la sociedad literaria en la covacha.

Así se nutre de savia la nación y le entra vida sana a la

poesía, que es de lo más bello del mundo, pero está infeliz por nuestras tierras, como criada a biberón, con el suero alemán de Becquer,<sup>596</sup> y la leche multicolora de Campoamor.<sup>597</sup> Se ha de beber la leche como en Dakota, al pie de la vaca de Holstein, criada con las yerbas del país. Cada cual es su Moisés, y lleva en el pecho la roca que da agua.

Así, a manos de jóvenes, se han levantado las dos Dakotas, Montana y Washington. Washington es el menos poblado, y el de menos fama, porque está lejos, y no tiene tantas minas, pero ya andan por el mundo las celebraciones de su sonda de Puget, del lado del Pacífico, que es el brazo de mar más somero, pintoresco y azul de cuantos bordan costas, y es sabido que no hay tierra más forestal que el oeste del territorio, ni más fértil en granos que la del este, donde se crían al aire fragante, con una avena que va toda a los músculos, los caballos que les ganan la carrera de Sheepshead Bay, en las puertas de Nueva York, a los establos más famosos. Spokane es el nombre del gran caballo, y el de su ciudad principal.

Montana es país minero, y de muy buenos pastos. Cinco millones de acres son de mineral, dieciséis de cultivos, doce de bosques, veintidós de montañas, treinta y ocho de pastos. Los picos se meten por las nubes. Los ríos caen con ruido que se oye a millas y se retuercen espumantes. Los celajes son de azafrán y azul turquí. Butte

es la ciudad del trabajo, la ciudad triste, enfermiza, pálida, de los mineros. Los hombres llevan en los ojos resplandores de fornalla. La casa negruzca y desatendida, no es hogar. Los hijos son como de padres infelices: greñudos y exangües.

Las calles siempre llenas. De día y de noche echan al cielo negro, las chimeneas, el humo y las llamas. En Helena es donde está la «gente de colegio», con sus esposas en trajes de París.

Sobre plata pura se levanta con sus avenidas anchas y sus estaciones de ferrocarril, con sus casas suntuosas y su juzgado de mármol, con su calle central y su oficina de ensayos, con su muchedumbre pintoresca y pródiga, la linda ciudad de Helena, que va alta como los pinos de las cercanías, y se les sienta coqueta a los montes vecinos en la falda. Veinte millones de mineral han dado en pocos años los alrededores. Veintiséis millones dan al año las minas del Estado. Eran cabañas el año sesenta y nueve los que son monumentos ahora, y los mineros de bota a la rodilla y blusa colorada se reunían con las pistolas sobre la mesa, a leer el periódico, que se imprimía en papel de envolver, en una prensa traída por los montes a lomo de mula; y ahora las calles son como un mercado del mundo, con los chinos que vienen de su barrio infeliz, como era antes toda Helena, de casucas sin puertas y perros listos, que le comen el hueso al que se aven-

tura por aquella miseria; con los irlandeses de pipa y bombín, que acuden adonde se vive con poca faena, y hay esquinas libres donde vender el veneno del *whisky* a los que trabajan; con los mineros de paseo, frenéticos y dadvosos, con las botas al muslo, y, al cuello, sobre la blusa, el pañolón de seda; con los rancheros que vienen de compras, y van luciendo en el pescante de la carreta la mujer y los hijos; con los jinetes del Sur, de bigote y perilla, caballeando veloces, con el sombrero por el aire; con el señorío del pueblo, enlevitado y de mucha finura, como que es la gente de la ciencia, que les «saca los pleitos», y viene del Este a la casa de ensayar, donde le pesan al oro hasta la sombra, en esas pesas de a pelo, que no dejan escapar ni el suspiro del oro. Wickes es otro pueblo donde están los hornos de la fundición, y no cesa nunca el ruido del martillo.

Pero Dakota es lo maravilloso, y lleva su nombre con derecho natural, porque Dakota quiere decir algo como «ligados», como «unidos», en indio, por haber vivido allí en paz las tribus que se peleaban antes; y el Estado se ha ido alzando como su nombre dice, en brazos de rusos y alemanes, de turcos y de judíos, de polacos y gente irlandesa, de los magníficos suecos y noruegos, que trabajan y aman como pocos, y saben tanto de siembras como de misas: con baile el domingo, un tiesto de flores, y una novia de pelo

colorado, tiene un sueco fuerza de corazón para echarse un roble a las espaldas, o meter una locomotora en los rieles. Cinco mil colonos tenía Dakota el año setenta en sus yerbales matizados de flores silvestres, con las manchas verdes del trigo a medio crecer, sin más arrugas que los Cerros Negros, cosidos con oro, y sus colinas de plata, de estaño, de plomo, de cobre, de carbón y sus montes de pórfido y de mármol. Las compañías de préstamos adelantaron, con su doble hipoteca de siete y tres por ciento, el dinero preciso para que los cultivos floreciesen; los ferrocarriles, a cuál llegaba más pronto, se entraron por los cuatro confines: los capitales del Este abrieron canteras, sacaron el agua del suelo granítico con pozos artesianos de a ciento ochenta y siete libras de presión por pulgada: fundaron, bajo el cielo de refulgente azul, cruzado a rachas por el *chinook* asolador, las obras del Homestake, con los seiscientos morteros, que desbaratan veinte mil pies cúbicos de cuarzo de oro al día, y llevan ya deshechos unos veinticinco millones en diez años: donde el mineral no se amalgama porque es refractario, lo hierven en la lejía que saca el oro puro a poco costo: los agricultores fueron redimiendo, con la buena venta del trigo, su propiedad gravada, a interés del 10%, a las compañías: con las cosechas mixtas ha ido la tierra enseñándose, y el cosechero, viendo que es mejor levantar



varios frutos con un promedio cierto anual, que criar un grano solo, que lo arruina si no se vende bien: la vacada fina anda en manchas tupidas por los gramales y la yerba azul, y da leche para cincuenta cremerías, y queso para unas doce fábricas: con el buen maíz ha aumentado la cerdada, y se cuentan por dieces los mataderos y casas de empaacar: el territorio gozó pronto de tal crédito, que le tomaron con premio un millón en bonos al cuatro y medio anual, y con el producto construyó escuela agrícola, escuela de minas, dos escuelas normales, dos universidades, casa de sordomudos, dos casas de locos, un reformatorio y una penitenciaría. Y hoy el Estado de las casucas de terrores, el Estado de las covachas, tiene como 4 500 millas de ferrocarril; alimenta con holgura a seiscientos cuarenta mil colonos; rinde al año sesenta millones de *bushels* de trigo, cuarenta de avena, y venticuatro de maíz; nutre en su buen aire seco, sin humedad ni epidemias, a seiscientos mil cabezas mayores, a doscientas mil vacas lecheras, a cuatrocientos mil puercos, a doscientas cincuenta mil ovejas, a doscientos treinta mil caballos, acero para andar y ala

para correr, que valen ellos solos dieciocho millones de pesos: en cinco millones aumenta cada año el valor del ganado. El oro da de 25 a 200 pesos puros por tonelada, y el estaño es tan generoso, que le sacan del dos al cuatro por ciento. No hay legua sin ciudad, porque fundan con sabiduría, como gente que quiere mantener el país en libertad y riquezas; así que no ven con favor el crecimiento de ciudades centrales, que estimulan el vicio, aumentan las ocupaciones sedentarias y seniles, dificultan el ejercicio de los derechos públicos y ocasionan el abuso del poder,—sino que levantan pueblos de mil o dos mil almas, donde al mes ya tiene su iglesia cada religión, y al municipio le han prestado fondos los vecinos con que levantar, como templos nuevos, las escuelas. ¡Y ésta es la torre de la escuela, la más alta! Trescientos bancos mueven el dinero del país. Cincuenta compañías hipotecarias tienen llenos los campos de agentes buscando agricultores que quieran emplearles la finca al diez. Bismarck, la ciudad mayor de Dakota del Norte, ve desde sus colinas los sembradíos alegres de que es lonja y corona, adonde viene la Germania y

Escandinavia de la vecindad a ver la penitenciaría, las tres escuelas, el molino, el colosal capitolio. Sioux Falls es la metrópoli en Dakota del Sur, con sus once mil habitantes, y las cascadas voluminosas del río, que le mueven sus canteras y marmolerías, de donde sale liso y brillante como la seda aquel recio granito. Deadwood es como un nido feliz, en un valle donde se juntan, en la sombra amena, dos montañas; todo son carros, martillos poderosos, cuarzos de oro en Deadwood. Aberdeen, centro de los trigales, tiene ópera. De Haron salen veintidós trenes diarios de harina y de piedra. Fargo es la ciudad de los edificios, y como el banco mayor de Dakota del Norte, con mucha vida en el río. Yankton, metida entre los árboles, es la universidad de la comarca. Con este presente han celebrado los cinco mil héroes fundadores, el 4 de Julio de este año.

José Martí

*La Nación*,  
Buenos Aires,  
16 de agosto de 1889

[OC, t. 12, pp. 253-267]



241

# En los Estados Unidos

Pugilato.-Sullivan contra Kilrain.-El teatro chino.-  
Asamblea de los nuevos Estados.-Batalla de  
huelguistas.-Negros y blancos.

Nueva York,  
9 de julio de 1889

Señor Director de  
*La Nación*

ESTÁ DE BÁRBAROS el país. No se habla más que de la pelea de los dos púgiles Kilrain y Sullivan. De San Francisco a Nueva York, lo primero que trae el diario, escrito con maravilla de color y arte como de novela, es el recuento de lo que hicieron ayer los púgiles, de lo que come Sullivan, para rebajarse la carne, de lo que anda Kilrain, para fortalecerse las piernas. Se ha escrito de ellos, es la verdad, más que de la catástrofe de Johnstown, que todavía está pidiendo ataúdes.

No se ha hablado tanto de la muerte de María Mitchell,<sup>598</sup> la cuáquera varonil, amiga de Herschell y de Humboldt, que a los once años ya media y computaba con su padre las órbitas del cielo, y no halló en sus seten-

ta años hombre que preferir a las estrellas, ni fue nunca expresiva en sus adioses, sino muda y profunda como la bóveda celeste, tanto, que no hay alumna de astronomía en Vassar, que le oyese decir «adiós», porque su modo de decirlo era llevar las discípulas a su jardín, y dar a cada una un capullo. Como cosa menor han pasado, a pesar de que fueron a verlas miles de hermanas y de novias, las regatas de los estudiantes, de azul unos y de amarillo otros, y otros de rojo<sup>a</sup> y de violeta, hasta que ganaron los azules de una universidad del campo, mientras que los de Nueva York, vencidos, no los pudieron vitorear como es así de costumbre, porque de los ocho que iban en el bote, seis cayeron desmayados sobre los remos.

Apenas se ha comentado la habilidad con que va cundiendo entre los ricos la Iglesia romana, que puso ayer como de oro la catedral de la Quinta Avenida, y sacó las casullas de más

recamo y los más preciosos turbulos, para entrarse con la sutileza del incienso por los sentidos del señorío filadelfiano, que vino a ver casar a la hija del millonario Drexel. La misma novedad del teatro chino ha parecido poca, y los más han ido a ver de burla las suntuosas cortinas, los trajes legendarios<sup>b</sup> de plata y seda carmesí, los músicos que tímblean frenéticos sus tonos de guerra, de amor o de funeral, los tramoyistas, vestidos como de calle, que entran a poner en los respaldos de las sillas las decoraciones, mientras el general con la túnica de alas al cinto y el casquete de seda negra, se trae de atrás a la cadera, en señal de ira, la pluma larguísima, de las dos del casco, o simula con el emperador de barba blanca y cabezal de oro una batalla de mucha mortandad, dándose como de lanzazos con dos varillas encintadas en la punta, con gran acompañamiento de vueltas aéreas, veloces y precisas, hasta que uno de los dos tiende la varilla para que pase debajo el otro, que es el

a. Errata en LN: «roje».

b. En LN: «legendarios».

ejército vencido, o levanta la pierna, lo cual significa que monta a caballo o cae por tierra dando tres zapatetas, o tres vueltas en redondo, con lo que indica que está muerto: y el tramoyista viene a ponerle un banquillo debajo de la cabeza, para que no se le quiebren las plumas durante la larga conversación del vencedor con su mujer, que llega de ganar otra batalla a lanzazo limpio, y lo cuenta con un falsete ansioso, levantando sobre apoyaturas, con coro de platillos, timbales, flautín y violinete, que celebran o lamentan, según lo que va cantando la princesa tártara, con modales tan acompasados y propios como es violenta y monótona la voz; de pronto se levantan todos, dan tres vueltas rápidas al escenario, y desaparecen, como escolares de asueto, por la puerta de la izquierda, porque las tres vueltas quieren decir que la escena ha cambiado: como cuando figura uno que tropieza, y es que va de novio a aspirar el aroma de la flor del naranjo, y quiere significar que está entrando en el cuarto de la desposada, cuyo papel, como todos los de mujer, no los hacen una Kung de pies como nueces o una Yung de pies mayores de criada, sino un hombre que ha de ser de muchas letras, porque a los actores como a los músicos no les dan la parte escrita, sino el asunto de su parte, tal como lo compuso el historiador Koong-Ming hace dos mil años; y cómico y músico ornamentan

e imaginan su papel, con gran cuidado de que no digan los personajes cosa que no sea de su tiempo y dignidad, ni salga de los timbales, del violinete, del flautín, de los platillos, acorde alguno impropio para que lo oiga y presida el Joss dorado, que desde su palco divino asiste a la función.

Del Oeste vienen noticias de cómo los Estados nuevos no desean entrar en su edad mayor con mucha deuda, ni imitar al Noroeste, que se cegó con las primeras prosperidades, e infló los valores hasta el cielo, que cayeron a poco deshechos, como agua que eran, por lo cual no quieren los cuatro Estados, y las<sup>a</sup> dos Dakotas sobre todo, más préstamos que los que se pueden pagar seguramente con el desarrollo legítimo de la riqueza cierta del país: porque los globos, de un alfilerazo se vienen a tierra, y nadie echa a navegar una tonelada sobre una hoja. No quieren esos adelantos de locura, sin base en el valor real de la propiedad.<sup>b</sup> Unos quieren Casa y Senado, y otros Casa sola. Casi todos, como que han visto a la mujer arar, montar a caballo, defender su hacienda a boca de rifle, matar y morir como un hombre, opinan por que se dé, o se prometa con solemnidad, el voto<sup>c</sup> a la mujer.

Lo que quieren todos, y parece ya logrado, es que el voto sea secreto, como en Australia, y que no pueda el votante vender la patria por un par de botas, ni el tabernero ganarse, con el

adelanto del whisky, a los bebedores, para que voten como quiere el ferrocarril, que le paga el influjo llenándole de barriles la tienda. Pero no todo es concordia en el Oeste, ni va la buena semilla sin gusano, porque de Duluth, la ciudad precoz de Minnesota, con los graneros que se vacían a cientos en las barcas del canal, y los muelles de su lago hermoso, vastos como llanuras, llegan noticias de sangre.

La huelga ha sido, que también tienen reales por aquellas lejanías. De sobra hay siempre quien tome acá el trabajo que otros dejan, puesto que por mucho que sea lo nuevo, más son los que vienen a sacar tajada de él. Los peones alzados no querían dejar en paz a los que seguían abriendo la acequia. Murmuraban. Iban armados. Venían con mala intención sobre los trabajadores.

La policía cambió balazos con la huelga y mató a uno. La huelga arremetió contra la policía, tocaron los elevadores a somatén, soltaron las campanas las iglesias, la batalla duró una hora, hubo horror y carnicería; se cambiaron en la hora cuatro mil tiros. La huelga se llevó sus muertos, desbandada.

Pero ni de eso, que es boca humeante por donde se le pueden ver las entrañas al país, se

a. Errata en LN: «los».

b. Errata en LN, coma.

c. Errata en LN: «vota».

comenta, se telegrafía, se escribe tanto como del suceso, que a todos preocupa, puesto que se nota que los mismos que lo condenan, más hacen para tener ocasión de hablar de él. «Sullivan tiene siete pies». «De los pies es flojo, y tiene el brazo roto». «Un barril de whisky, no es quién contra un herrero que juega con los quintales». «Sullivan rompió ayer en el aire una bola de cuero de un puñetazo». «Kilrain tiene cables en las piernas». «Con avena hemos estado criándole los músculos a Sullivan». «Cien por Sullivan». «Diez por Kilrain». Y salen llenos de rufianes, de jóvenes de la prohombria, de representantes y jueces que llevan nombre supuesto, los trenes anunciados de público, en cartelones y periódicos, para el lugar de la pelea, para el circo que a quince por hombre tiene ya recogidos treinta mil pesos.

Allá va toda la gente de cabeza rapada, y tabaco con el aro de papel, para que se le vea lo bueno. Van de sillón con cama y mesa de champaña, en el carro-palacio. Van con sus mozas, que saben como ellos dónde ha de ir una buena «derecha», o cómo se ha de meter el brazo para llevarle al otro la ventaja en la «cruz».

Y ellas mismas saben «crucear» y «derechar», como la que, en pleno Long Branch sacó a latigazos al marido sumiso de una casa donde había entrado a convidar a una damisela a que pasease en su coche. «En este

coche no entra nadie más que yo!» Y el marido iba luego a su lado por el paseo, muy satisfecho, saludando a derecha e izquierda con el sombrero blanco.

Pero por el Sur, donde va a ser la pelea, no se habla de ella tanto como del proceso del médico Mc. Dow, el buscacriadas dulcilingüe, que en la ausencia del dueño, entraba a enamorarle, en el regazo de la biblioteca, a la suiza hermosa que servía de aya a los niños. El dueño era político baratero, de los que cobran la meca<sup>a</sup> porque tiene más puño; y como la prosperidad está más con las preocupaciones que contra ellas, y en el mundo bebe más champaña el que lisonjea las pasiones de los ricos que el que las contraría, él se puso tan del lado de la prosperidad, que los infelices de Charleston, los negros, tuvieron pronto justa causa de odio contra el capitán Dawson, que vino de tierra extraña, a maltratar a las víctimas del país en que no tenía la excusa de la tradición ni el derecho de sus dueños naturales. En la tierra ajena se ha de ser siempre comedido como un huésped, y sentarse donde lo manden sentar a uno, y recibir el aire mismo como un favor.

Pero Dawson era baladrón, y se valía de sus letras, que no eran pocas, para imperar por la amenaza o la denuncia con el poder de su periódico, que llegó a ser el que los negros miraban con ojos peores, porque no les concedía alma ni luz, y una vez que los negros ahorcaron a un

blanco que le llevó la flor a una de las hijas del pueblo, dijo el capitán Dawson que no tenían los negros que excusarse con que los blancos linchaban por una guiñada al etiope que pusiera en una de sus mujeres el deseo, porque una cosa era la flor de la blanca, y otra la flor de la negra. Fue en política lancero libre, o como mesnadero suelto, que en cuanto no se la pagaban bien, amenazaba con llevarse la mesnada. Sabía griego y latín, y calzaba guantes.

Con guantes iba y con un junquillo el día en que entró en el estudio del médico amoroso a pedirle cuentas, con cólera como de celos, de aquel modo de ir a escondidas por su casa a sonsacar el aya de los niños. Lo que pasó nadie lo sabe. El capitán era un tronco de árbol, y el médico un colibrí. Un coche-ro oyó de afuera el tiro, y que el médico decía: «Ud. me amenazó con quitarme la vida, y yo le he quitado a Ud. la suya.» El cadáver estaba allí, con su junquillo y sus guantes. Sobre el doctor no había señas de golpes, sino como un arañazo en la cabeza, que pudo hacerse él mismo, cuando anduvo por la alacena a oscuras levantando el tablado, y viendo cómo escondía debajo el cuerpo del atleta, que no le cupo en la prisión; hasta que el médico sacó entrañas de la dificultad, y se dio a la policía como mata-

a. Errata en LN: «meeaa».

dor en defensa propia. El crimen tomó al punto tamaños nacionales, porque las durezas de Dawson con los negros tenían a estos tan iracundos que el médico con no ser más que un picafaldas, les pareció un vengador; y como en las listas del jurado había negros y blancos, unos decían que los negros condenarían al homicida a ciegas, por el gusto de mandar un blanco a la horca, y otros que lo darían libre a pesar de la culpa, en venganza del capitán Dawson. Y un jurado de negros y blancos, un jurado donde los esclavos y los señores iban a decidir juntos con igual derecho, sentados hombro a hombro, de la vida de un señor! El día de la saca de los doce jueces estaba repleta la sala; el juez se echaba aire con un abanico de palma; a derecha e izquierda del estrado sostenían, mudos, los candelabros apagados, dos guerreros de bronce; detrás de cada abogado, de pie pequeño y quevedos de oro, entraba un negrito, halando de un saco verde, lleno de los libros de consulta; el homicida es pelinegro y trigueño,

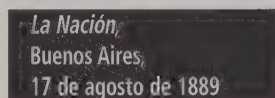
con bigotes de escribiente y ojos fogosos, y traje como de quien ha visto París. Empezó la saca de los jueces, y se vio que el médico los quería mejor negros que blancos. «Jurado,—decía el juez,—encárate con el acusado: acusado, encárate con el jurado: ¿qué dices de él?» «Lo acepto», decía Mc. Dow. El fiscal lo tachaba, sin más razón que la de la prisa con que lo acataba el preso. Antes de una hora, eran los jueces del médico elegante cinco blancos y siete negros. De los blancos, uno era corredor, otro empleado en negocios, otro agente de seguros.

De los negros, uno cargaba paraguas de puño de plata, y la mano izquierda fúlgida con las sortijas; otro es hombre elocuente, y todo un Chesterfield por los modales; otro tiene los crespos grises, y lleva quitasol de algodón; uno es comerciante rico, con una pescadería de fama, que se le ve en lo brillante del vestido, y en la recia leontina de oro. Los blancos van al asientto con la cabeza caída. Los negros, con la cabeza alta.—A los tres días, el médico salía absuel-

to, en un coche de triunfo. Estaba el tribunal rodeado del gentío negro de los suburbios, que recibió el perdón con sus danzas frenéticas y sus alaridos de gozo.

Lo encofetado de Charleston habla de reunirse en junta pública para condenar al jurado como traidor a la comunidad y encubridor de un asesino. Lo de la raza está debajo; el señor humillado quiere que se proclame que la justicia en la casa del señor no está segura en manos de los siervos. Y el médico, con su hijita a los pies, con la hija que tiene de la mujer con quien dijo haberse casado por la riqueza, recibe, cortés y blandilocuo, a sus visitas, en la misma sala del asesinato. Y apuesta cien pesos contra siete con un visitante a que ha ganado Sullivan.

José Martí



[Recorte de periódico en CEM]



242

# Cartas de Martí

Nueva York,  
agosto 19 de 1889

Señor Director de  
*La Opinión Pública*

Montevideo

**N**O HAY MESES, si se les mira por el alma, más hermosos que estos de verano, porque en mayo son los rosales los que florecen; pero ahora es la juventud que sale de los colegios graduada para la vida. El mundo está lleno de Boabdiles,<sup>599</sup> que en cuanto tienen una pena de agua y azúcar, proclaman en discurso verboso o en verso lacrimante que el mundo está vacío, y se sientan a llorar por la vega de Granada, con grandes quejas a la primavera, que no vuelve al corazón cuando vuelve a los árboles. ¿Pero qué pecho bien nacido no da flores cuando ve salir por el mundo, como ejército vencedor, a estos cientos de hombres fuertes, hechos a la vez al arado y al libro; estas parvas de mujeres nuevas, criadas como para que no tengan que comprarse el pan con la honra, ni sean para el esposo en cuanto pierden la flor, más que despen-

sera y nodriza? Cada hombre que nace es una razón para vivir. El desesperado ponga escuela. Son frutos podridos y flores de papel esas penas retóricas. No hay pena de que no pueda consolar, ni crimen de que no pueda redimir, el gusto de ser útil.

A la prosa y al verso no se tiene derecho, sino para dar con ellas fuerza y fe. Mucho hay que temer, mucho que rehuir, mucho que flagelar en la civilización egoísta y áspera de Norteamérica, y fuera de la ventaja de los conocimientos especiales y el indudable beneficio de venir a estudiar en su propia artesana esta leche hercúlea, es la verdad que no tiene por qué mirarse como comparsa del mundo el que cría la mente en los pueblos del Sur, sin la soledad de corazón y codicia excesiva que quitan aquí gracia a la juventud y belleza al carácter.

Pero es vasta la ciencia, mucha la generosidad, grande el influjo, conmovedor el espectáculo, decisivo acaso el poder en la vida nacional de este gentío estudiantil que surge cada año de las universidades, los menos a perecer vergonzosamente como malos hijos de rico; los más, con la mano dispuesta a

asir y el corazón preparado a batallar: se les ve el ojo inquieto, y el semblante a medio contraer, como el jinete que sale a explorar el llano virgen refrena el caballo, y se pone la mano de visera, para ver más de lejos.

Esos son los que de veras traen caudal al país, los que no van a los colegios a ponerse sobre la frente una carrera, como se le pone a un buey un yugo, ni a sacar patente de sabiduría con que dar barniz de cultura a la riqueza, sino a hacerse de armas para el combate de los hombres, o a ejercitar el alma, que pide luz y vuelo.

La vida nacional es acá ruda, y puede en ella el interés más de lo que conviene, para la armonía de la dicha, a las dotes de humanidad y sentimiento, porque es hermoso y casi divino el hombre. En muchas universidades es más la pompa que la ciencia, y el pelotear que el leer, tanto que se ha dado el deshonor de que un mozo de prendas abandonase, ya al acabar, la abogacía, porque «como abogado, habiendo tantos, me espera mucha fatiga y poca paga; y de pelotero, como que nadie coge la pelota del aire mejor que yo, me dan diez mil pesos al año». Allegarse una for-

tuna es un deber, siempre que sea por medios lícitos; pero no es menos que crimen, sobre ser gran fealdad, este de apagarse con las propias manos la luz con que se viene al mundo, o que se debe al mundo. Cada hombre es un colaborador. El que pudo ser antorcha, y desciende a ser mandíbula, deserta.

Esas universidades, que son las más favorecidas entre los ricos, le consumen al estudiante los pesos por miles en fruslerías perniciosas; y se ve claro allí, en Harvard, en Yale, en Princeton mismo, que acá hay como un censo tácito en la nación, que da o quita derechos según se tenga más o menos, por lo que el estudiante que puede llevar a sus amigas en coche de a cuatro, con bocina y champaña, trata como a lacayo al que no tiene más oro que el de sus espejuelos de bachiller asiduo. El bachiller, por supuesto, suele llegar a Presidente, y el del coche para en conato de lord, o en rey de palo de la empresa de su padre, o en héroe de un divorcio escandaloso, o en abastecedor y tapaamores de una actriz.

En estos días se ha hablado mucho acá sobre el modo de educar a la mujer. Porque es cierto que en un país afanoso, donde no tiene el hombre a gloria, como ha de tenerse, el llevar a cuestras por el mundo a una compañera joven, se ha de preparar a la mujer para que no tenga que salir a vender besos si quiere comprar panes, y pueda en el mar revuelto remar sola; pero no es una desdicha na-

cional, de la que debe deducirse que a la mujer se deba dar crianza de varón, y hacer de una paloma un saltamontes, puesto que los pueblos necesitan de los dos sexos, como la familia, y un pueblo sin alma de mujer, o con cantineras por esposas, viviría como una horda de mercenarios o como un barrio chino.

Acaso de esa misma educación varonil venga la necesidad de continuar enseñando como a hombre a la mujer; porque con ella no le queda de la femenil más que el apego sensual, que no basta a cautivar y rendir al hombre, por lo que la mujer queda sola en el mundo, sin el cariño y la fidelidad con que doma e impera, en cuanto pasa con la fantasía del verano la llamada del beso.

Y la solución está,—dicen de los colegios de Smith, de Wellesley, de Wells,—en educar a la mujer de modo que pueda vivir de sí con honor, si le toca la desgracia de la soledad, pero con hábitos y lecciones que con vengan a la belleza y finura de su sexo. Para casada debe educársela ante todo,—dice el rector de Smith:—sólo que no ha de ser como las de antes, que sabían coser y bordar y hacer la guardia en el campanar, como dice el romance valenciano, sino casada por la mente como por el sexo, y capaz de entender y premiar los móviles y sacrificios de la faena del esposo, y de sentarse de noche a su lado, a pensar juntos, a enjugarle la hiel de la frente, a levantar la casa.

La mujer debe aprender, en lo esencial al menos, cuanto aprende el hombre, para que no se haga por incompetencia de la mente, en el frío de la casa, el divorcio que a pesar de su realidad no acepta, acaso con sabiduría, la ley. Y como el hombre más ruin vive, sin saberlo, enamorado de la belleza, y sujeto a su influjo como el mastín al cazador; como no hay alivio para la vida ni pie para el carácter, mejores que la hermosura, sabe la mujer, lo mismo que el hombre, cuidar de que su tez sea lisa y bruñida como la concha; que es para lo que pasean tanto aquí al aire libre las alumnas de los colegios: y reman tanto y tan bien, en el río campesino, que el colegio de Wellesley acabó este año sus fiestas con una regata en que había nueve botes, tripulados por la clase de Filosofía, de Matemática, de Ciencia Natural, de Historia, de otros temas, cada una con colores diversos, y el birrete de bachiller y los brazos al aire: se llevó la bandera del triunfo, por supuesto, la clase que más ha andado por los caminos recogiendo yerbas y flores: la clase madre: la de Ciencia Natural. No hay novela más linda, más llena de episodios y noviazgos, más conmovedora, más picaresca, más interesante, que el estudio de la simpatía, abrazo y separación de las fuerzas del mundo.

Vencidas y vencedoras se tendieron debajo de los árboles, mientras los botes piafaban en las amarras, y con voces de gratitud entonaron en coro, vibrando

tes y sentidos, los cantos del colegio. «Es notable,—dicen los rectores de Wells, de Wellesley, de Smith,—el número de nuestras alumnas que nos vienen antes del año a hacer su visita de casadas.»

De los colegios de hombres, siempre fueron los más famosos los de Harvard y Yale, que cuentan siglos; el Columbia, de Nueva York, que no tiene más tacha que estar en la ciudad; el de Princeton, de Pensilvania, que enseña más metafísica que ciencia; el de Brown, que «espera en Dios» como dice su sello; el de Cornell, que es un pueblo de universidades, donde «todo el que quiera puede instruirse en cuanto sabe el hombre, desde sembrar maíz hasta medir estrellas»: pero juntos, cambiando ideas, paseando por las alamedas con sus amigos, los que estudian puentes y los que se preparan para la ley, los que descomponen el hueso en el laboratorio y los que anotan en la torre la marcha de la luz, los que cursan sánscrito y los de Economía Política, los que dialogan en la Academia y reman, corren, pelotean, saltan, los que entran fuertes de cuerpo y de mente en el mundo nuevo, con toda la savia y enseñanza de las sociedades viejas. Progreso no quiere decir más que acumulación: «Toma», se le dice al recién nacido salvaje, y se le da el mundo.

Lo pasado es la raíz de lo presente. Ha de saberse lo que fue, porque lo que fue está en lo

que es. Pero no ha de salirse por las calles con toga de inquisidor, ni con los casos del jesuita Sánchez, a tratar mano a mano con el mundo, que nos viene a buscar para seguir viaje montado en ferrocarriles. Ya no se habla en latín; ni es Justiniano<sup>600</sup> quien decide en los pleitos de la luz eléctrica.

Todos los colegios han tenido su gala, y en casi todos las ceremonias son iguales.

Unos enclavan en la pared mayor del aula el retrato del viejo rector, de toga y casquillo, como cuando explicaba filosofía kantiana<sup>601</sup> a sus discípulos traviesos de Princeton, más amigos de ir a robar melones por la vecindad, y burlarse de los rústicos, que de oírle al anciano la explicación de los imperativos y los entes. Otros, los de Rutgers, dicen sus discursos en toga de seda, y responden por su nombre latino, que es vejez muy usada acá en las universidades preadamitas, donde a un John Smith, hijo del carretero de ayer, le llaman Johannes, y a un Laurence, Laurentius, como si no estuviera aprendiendo en inglés a beneficiar el carbón, sino estudiando a los griegos como hace dos mil años, bajo la férula del liberto pedagogo. En el colegio de Colgate, que va a llamarse así en homenaje a la familia que lo protege, plantan con mucho discurso y cohetes, la yedra del portón, regalada por una amiga del colegio, que le dio cincuenta mil pesos para educar con la renta a seis estudiantes pobres.

Otro colegio bautiza su sala nueva de electricidad, y a la de ingeniería civil le pone por nombre Lincoln, en memoria de aquel que cumplió los treinta años levantando mapas. Cada universidad tiene sus huéspedes ilustres, que les peroran a los discípulos, y reparten los premios que han ganado en competencia en la clase de Debates y de Recitación, cuál porque dijo bien el elogio de Lincoln por Beecher o el de Conkling por Ingersoll, cuál porque habló con naturalidad y sentido en la discusión sobre la conveniencia del Senado en las repúblicas, o la función del gusano en el desarrollo de la tierra. Suelen los prohombres invitados valerse de la ocasión para poner en curso sus ideas políticas, como el demagogo Butler, que se ha deslucido el talento con la ambición excesiva; y pronunció desde el estrado de exámenes una arenga en que favorece la anexión del Canadá a los Estados Unidos.

En otra escuela se despiden los condiscípulos con una asamblea de burlas, en que presenta su historia de la clase el cronista, y su vida cómica el poeta, y arenga a los bachilleres el orador, y predice los destinos el encargado de la profecía, todo con chiste burdo y alusiones recias a los pecados de los compañeros y a los hábitos y ridiculeces de los profesores. La ceremonia solemne es en el parainfo, donde hay perorata en latín, y otra en inglés, y la oda



sería, que se escoge de entre los poetas de cada clase que compiten por el honor.

Afuera, por los jardines y corredores, van de brazo los escolares con sus amigas que han venido a verlos, y cantan, alrededor de la mesa del banquete, el canto del triunfo que les ha compuesto el bardo de su curso, y suele ser como voz de hijo, que va a salir al mar de tempestad y le dice adiós con las entrañas a su tierra madre.

En el colegio de sordomudos es más hermosa la fiesta, porque también tienen allí sus poetas y oradores, pero además se ve en pleno trabajo a los talleres, unos con la lezna, otros enrejillando, aquéllos puliendo ébano, éstos montando mangas, éstos parando tipos para el periódico del colegio, que habla de los empleos de los sordomudos, de sus congresos, de sus libros, de sus matrimonios, de sus amores: como el marfil le brilla la frente, y como hilos de luz los dedos, al que saluda en nombre de la escuela al concurso, con frases de hermosura natural y épica sencillez, que el rector traduce en palabras, y la concurrencia aplaude, acometida de amor, de pie sobre los asientos: unos dibujan con mano ágil perfiles, casas y útiles de trabajo en los pizarrones, otros suben al estrado, a recibir el premio por su tesis sobre «El poder del amor», o «Los adelantos de la Química», o «La esencia de la Libertad», o «El rayo y la agricultura», o «El error del

Socialismo», o «La composición del cielo»: otro, ciego, sordo y mudo, se sienta a una máquina de escribir, y sin que le falle una tecla escribe una carta a los que «lo han venido a ver», donde cuenta cómo llegó al colegio hace dos años con la inteligencia como cuando es de día y empieza a ser de noche», y cómo ahora puede conversar, y leer en los libros de relieve, y «preguntar lo que no sabe», y gozar del delirio de pensar y entender.

De mano en mano andan en cada colegio los libros suntuosos que publican a escote, con mucho lujo de papel y de láminas, las cuatro clases de cada curso: los «mayores», que son los que se van ya con el grado; los «jóvenes» que les siguen; los «sofomoros» a quienes empieza a salir el bigote de la sabiduría, y los míseros «frescos», los del primer año, que no pueden llevar, so pena de pelotera y azotaina, ni sombrero alto ni bastón. Pero en el libro se ve que viven con más hermandad de lo que aparece; porque aunque a la primera ojeada no se le halla texto sano a aquella zarabanda de nombres, sellos, caricaturas, alegorías y grifos, enseguida se ve que el libro está compuesto con orden por las sociedades todas que crearon, de su propio ímpetu, los estudiantes, y que cada uno publica allí como un fascículo, con su sello a la cabeza, y los nombres de los afiliados, y sus reglamentos, y sus victorias, y sus anales, y su oda Cómica,

con chistes de palabras, y de dibujos, que en verdad acusan afición por lo grosero, ostentoso y extravagante. En el libro están las «Fraternidades», que son lo que el nombre dice, hermandades de unión para llevar a cabo juntos lo que como colegiales les interese, y para valerse unos a otros en lo que quede de vida, puesto que estas amistades de colegio son a veces más tiernas y durables que los mismos amores; están las sociedades de juegos, de billar, de gimnasia, de carreras, de remar, de pelota, de velocípedos; están las sociedades de debate, que suelen ser dos en cada colegio, y ejercitarse en recitar, discutir y leer para ver quién se lleva el premio en el concurso, si los de la «Clio» o los de la «Frenosconiza»; están las sociedades que publican la revista mensual, la quincena literaria, el semanario cómico del colegio. Y estas asociaciones ni las protege ni las paga ni las dirige nadie, sino los mismos alumnos; y en cada una de ellas hay cada año la elección, la candidatura, el voto, «la oposición que es la gran cosa»: y en las juntas el «fresco» se encara con el «mayor», y defiende su juicio en un discurso improvisado.

Cuando salen al mundo, estos estudiantes han aprendido a enfrenar sus pasiones y moverse por entre las ajenas, a ejercitar la libertad y ponerle coloradas las espaldas al que se la viole.

Ser ciudadano de república es cosa difícil, y es precioso ensa-



yarse en ella desde la niñez. Ni la teoría de los héroes vale en el mundo lo que la de la asociación. Una fruta verde no se madura de un porrazo. Un quintal le pesa a uno mucho; pero entre cien sale a libra por cabeza.

Acá cada uno lleva su libra, y elige y es electo, desde que anda de pantalón a la rodilla, y se hacen las elecciones en un portal, para ver quién va a mandar la partida de pelota de la cuadra, y quién va a recoger los fondos; y es curioso que en las cuadras donde hay venezolano, o cubano, o niño de otras tierras nuestras, él suele ser capitán por voto unánime: y el tesorero, un galán de diez años. Se compran su insignia de lata o de oro: se la ponen en la solapa: y celebran sus juntas, donde deponen al capitán incompetente o al tesorero descuidado.

Si no la pierde por sus vicios, si no la mancilla saliendo por el mundo a conquistar de ambición, si no la descuida y deja en malas manos por el apetito violento e infeliz de la fortuna, ¿quién le robará, le ofenderá, le mermará la libertad a un pueblo semejante? ¿a un pueblo de discusión? ¿a un pueblo de votos? ¿a un pueblo de actos? La libertad palabrera, la que pide derechos y no los prepara y asegura con las prácticas, es como salir por un espinar a tirar piedras a las plumas.

En su libro como en todo, sobresale el colegio vivo, el de Cornell. Allí no van los primogénitos, a calzarse un título, para

salir por el mundo de pollino burlado, con los cascos de oro: ni los jóvenes mansos, a ponerse paredes junto a los ojos, para ir como los caballos del coche alquilón, que no andan sino por donde quiere el cochero: allí van cuantos de veras quieren aprender a estudiar a la vez filosofía y talleres, y política y maquinaria, a conocer lo universo del mundo, a prepararse para la vida con un trabajo ordenado y ameno. Van mujeres y hombres, pero no hombres de papel ni mujeres de adorno, sino lo más noble y enérgico del país, que en el ahorro de la aldea, o en las primeras luchas de la ciudad, oyeron la voz de adentro, que les pedía ciencia y ala, y vienen a hacerse de utensilios con que tallarse el paso en la roca de la vida. Con el producto de las tierras que regaló la nación a estos colegios industriales se mantiene Cornell, y con la renta de las donaciones de sus amigos ricos, de la hermana que da al colegio la fortuna del hermano que murió poderoso por lo que aprendió en Cornell, del millonario que recuerda con orgullo los años que pasó allí, aprendiendo de favor, cuando todavía no tenían los alumnos el palacio de ahora, ni estaban los oficios con el lujo y plenitud de los talleres de Sibley, ni se levantaban por aquel campo majestuoso, con su rumor de fuentes, y su grandeza de calzadas, los diez edificios de enseñanza y vivienda; los ocho laboratorios, donde se estudian todos los en-

tes y las fuerzas; los doce museos, desde el de Arqueología hasta el de Veterinaria; las bibliotecas famosas, una de cuanto se sabe, y otra especial, e indispensable en las repúblicas, de historia y de política; y el campo del Colegio, donde el que quiere siembra, y el que no, ve sembrar; y el campamento donde, por condición del Estado, aprende a cargar el fusil todo el que carga un libro.

Porque el único modo de vencer el imperialismo en los pueblos mayores, y el militarismo en los menores, es ser todos soldados.

Y están llenas de árboles las cercanías; porque una de las noblezas de Cornell, una de las hermosuras de aquella vida natural, es el conocimiento y cariño de los árboles, que los alumnos estudian y cuidan como personas que son, y ayuda de la riqueza, a la vez que consuelo del espíritu. Como a hermanos ven a los árboles que traen de las nubes la lluvia que fecunda y enriquece, que les dan sombra y silencio cuando salen desconfiados e impacientes a sus estudios y sus cálculos, que les apagan con sus frutos la sed cuando vienen del paseo con la amiga querida, los dos de espejuelos, ella con un tomo de Bryant<sup>602</sup> y él con un Walt Whitman, defendiendo ella las razones de Kant, y él alegando con empeño que ya esas son vejeces y granos de maíz en nubes de humo; que la filosofía no es más que relación, como de la botella que se quie-

bra con el licor que se evapora; que lo bueno es la «lógica de las ciencias» que leen en su clase, y es como ver el mundo en un mapa de relieve, y la «psicología fisiológica», donde se explica, desde su raíz en el cuerpo hasta sus vuelos por la locura, la constitución y el movimiento de la mente humana; lo que hay que oír es la clase nueva donde se enseña a hacer bien un periódico, o la otra en que se aprende que las religiones son todas una, y el mundo es religioso; o la historia del arte del gobierno, donde se estudia a Cromwell más que a Alcibíades,<sup>603</sup> y a Gladstone más que a Alejandro Magno.

De pronto hablan más bajo, como si Gladstone les hubiese hecho pensar en lo que escribió Homero, y en la hermosura de París, y en lo que se querían Héctor y Andrómaca.<sup>604</sup> Al doblar la vereda van hablando de que el profesor es muy difuso; de que es difícil ganarse hoy la vida; de que a los albaricoques se les quitan los gusanos con llamaradas de estopa; de que de las sociedades del colegio, la mejor es siempre, por lo que hace reír y por lo que enseña, el «Congreso en Parodia», donde los estudiantes tienen de veras un Congreso en miniatura, con su presidente y sus reglas y sus

comisiones, y debaten los asuntos de la nación, según van saliendo al voto en la Casa de Representantes en Washington. ¡La república, en el juego! ¡La república, en los bancos del colegio!

José Martí

*La Opinión Pública,*  
Montevideo,  
1889

[OC, t. 12, pp. 297-307]

# Cartas de Martí

Nueva York  
agosto 26 de 1889

Señor Director de  
*La Opinión Pública*

Montevideo

**T**RAE EL VERANO acá como un frenesí, que en los felices extrema el gozo, cual si quisieran en estos meses de árboles poner la vida del año entero; y en los de alma turbia o inquieta aviva el odio y la pasión, hasta parar en crimen.

Agosto está siendo rojo, en la tierra como en el cielo. La bóveda parece de hierro encendido, y da calores mortales: entre los hombres y aun entre las mujeres, han hecho de héroes estos días el revólver, el puñal y la sogá.

Y es lástima que desluzca esta fealdad el júbilo que se ve por dondequiera que caen los ojos: los pintores andan a trancos por las montañas, con el caballete de morral, buscando puestas vívidas y albas curiosas; los trenes vienen henchidos de parejas ahítas de amor, que se duermen a la pastora, hombre con hombre, en la media luz de

los carros; los niños florecen y pían por las playas y las alamedas, y ostentan orgullosos las ronchas que les levanta el sol; bajan de las islas vecinas, al morir de la tarde, los vapores de caridad que se llevaron a vivir un día en la luz a esos otros niños, los niños pobres, y es su canto al desembarcar cosa extraña!—la misma canturía, desordenada y melancólica, del indio salvaje, en que hay a un tiempo mismo crepúsculo y batalla.

Pero quita el gusto para estos cuadros de placer lo que se lee de todas partes: aquí un linchado, allí un juez que intenta matar a otro, acá cuatro uxoricidas que mueren juntos en la horca. Lo del linchamiento<sup>a</sup> es de toda seriedad, porque muestra la llaga que llevan en el corazón los que se lo alimentaron de sangre esclava, y hoy viven como sobre carbones ardientes, rechazando con furia el aire negro, el amor negro, la ambición negra: no hay día sin asesinato en los Estados del Sur: ya está donde no puede ser más la agonía del negro vencido: el negro que embruteció, que azotó, que crió en ira, se reproduce con la fecundidad de los infeli-

ces, que buscan en su mujer el goce y compañía que el hombre venturoso halla en más de una fuente, y no sólo en la alcoba: el blanco del Sur, en cuanto ve que el negro se le iguala en lo real de la vida, lincha al negro.

Eso es de todos los años, pero ahora está siendo más, desde que los demócratas cayeron, porque los negros están más erguidos, y los blancos más alarmados, con el anuncio de que los republicanos, para adueñarse de los Estados demócratas del Sur, fungirán de protectores del voto de color, que dicen que está oprimido por el señorío, lo que quiere decir, si se acuerda la ley por que los republicanos abogan, que los blancos del Norte protegerán, con las leyes y con las armas, a los negros del Sur, para que echen del gobierno de los Estados a los que fueron sus señores, y queden «presidiendo la civilización», como dice un diario, «el belfo y la lana»; otros negros van por donde es más cierto el camino, que es por la cultura, puesto que mientras sean menos que los

a. En LOP: «lynch».

blancos en carácter y saber, nadie se parará en las causas de que sean así, sino en que lo son, el cual es argumento que no se les hará cuando puedan luchar de mente a mente, y calcen ambos con igual maestría el discurso y el guante: con la cultura del negro no se acabará el conflicto, pero tendrá menos causas y pretextos que ahora, y menos horrores. Porque el mundo se echará sobre los que quieran desposeer a sus iguales.

En el Oeste, un juez ha caído muerto de un pistoletazo a los pies de un magistrado del Tribunal Supremo. Este es anciano, y hombre valeroso, que sentenciamos como cree justo, aunque el defensor o su cliente lo esté mirando en los ojos, desenvainado el cuchillo. En un pleito de divorcio, falló que era falso el certificado de casamiento con que quería probar su unión a un millonario una aventurera de ojos cándidos, como aquel césped que ponen sobre los fangales los muchachos traviesos, para que se hunda en el fango el que pase al descuido, sin ver que hay lodo debajo de lo que parece yerba. Tenía el pleito a medio ganar, y con él los millones del imbécil Sharon, que era de estos millonarios de casualidad, que no saben que la riqueza tiene su obligación y su decoro, y que la vejez es corona que no se ha de echar por tierra en sacudidas de cerdo. El abogado de la mujer era un rufián, con la lengua y el revólver volubles, temible por el poder que le ve-

nía de su fama de matón y tan de su tiempo y lugar que llegó a juez supremo de California por estas vías, y aun fue hace ocho años candidato de los demócratas para elector presidencial, aunque ya entonces se le contaban cuatro muertes, y una a mansalva, so cubierta de duelo con otro prohombre californiano, no lerdos con el plomo ni con la elocuencia, allí donde llevan los oradores la canana a la cintura, pero hartos leales para ver que lo ponían, con la bala muerta en el cañón, delante de la pistola amaestrada de su asesino.

Sacó el cuchillo para herir en el tribunal a un secretario, y el juez Field lo echó a la cárcel, que fue ofensa de que juró vengarse el Ferry, sobre todo cuando le estimuló la rabia la mujer, con quien casó poco después del pleito, y era para él tan apropiada compañera que cuando Ferry llegó a encontrarse con Field en la estación del ferrocarril, se le echó encima a golpes, corrió ella al vagón, y allí la encontraron sacando del neceser un cuchillo y una pistola. Ya era tarde. El guarda que acompañaba a Field, para protegerlo del ataque previsto, había tendido a Ferry de un balazo. Unos piden la horca para el guarda: porque el muerto era hombre típico en California, y de muchos amigos, y el caso ha parecido como una violación de derecho a los baladrones que no tienen más poder que el que les dan jueces cobardes. ¡A los jueces cobardes les debían hacer lo que los ger-

manos a los que pecaban de amor antes de los veinte años cumplidos!

En Nueva York no hubiera sido novedad lo de los cuatro ahorcados, porque todos los viernes hay horca, y suele ser más de uno el muerto; pero esta vez los cuatro perecían por el mismo crimen, que fue el de matar a sus esposas o mancebas, uno porque no le daba la mujer para bebida, y los otros dos porque ya no los querían tener de alfonso la amante cansada: el otro alemán Carolin, no la mató por crimen sino por caridad, o por locura, porque estuvo sin trabajo tanto tiempo que se le ensangrentó el juicio, y el día de la muerte le llegó de Alemania una carta en que su madre le pedía socorros, cuando en la casa de Carolin no tenían pan: «¡Mi Brígida me pidió de rodillas que la matara!»

A los más ásperos se les encogió el corazón el día de estas cuatro justicias. Todos compraron ansiosos los periódicos, a la luz o a hurtadillas. No era compasión, sino horror. ¿Y de veras cegarán la fuente de los crímenes estos cuatro cuerpos de ahorcados? Ayer mismo, cuando estaban los diarios llenos de las descripciones de la horca, que no es de trampa ahora, sino de pesas, y sube en vez de bajar; ayer mismo, cuando no salió un diario sin la historia de lo que han de padecer los ajusticiados por la pena nueva de la electricidad, ¿no entró por una ventana un mozo



que gana su salario de trabajador, y mató a un buen hombre que se resistía a que le robase la caja? ¿Y no está el asesino cantando y bebiendo de lo que le regalan sus compadres, porque dice que «ya la fiesta se acabó, y bien puede emplear lo que le queda en divertirse»? En la misma noche de la vela, cuando los recaderos salían por la lóbrega puerta egipcia de las tumbas a ver cuál llegaba a su diario más pronto con las cuartillas que en la humedad de la madrugada habían escrito los cronistas, cara a cara de los reos en sus mesas de pino a medio parar, no fueron trenos los que oyeron ni letanías, sino el adiós de una ópera bufa, el adiós de «Pinafore», que enviaban a voz en cuello a sus cuatro amigos los ladrones del barrio, desde una cervecería vecina, copa en mano. Los cronistas no estaban en la vela como tales, sino como jueces de la ejecución, que el alcaide nombra de entre los de la prensa, para que ésta vea las muertes sin violar la ley, que manda que en el patio fúnebre no haya hombre sin oficio. Al amanecer, apareció en el umbral del patio el testigo de los crímenes: el gato siniestro. El verdugo, a la luz de un fósforo, ve si la cuerda está donde debe para que el hacha la corte. El verdugo no tiene más que dos ideas, de donde los de los periódicos no lo pueden sacar: las dos ideas le dan vueltas en el cráneo, como las mulas en una noria: que él hace su trabajo

bien, que no le debían maltratar a sus hijos, porque ellos no tienen la culpa de que él sea lo que es.

Los cuatro reos son católicos, y salen de sus celdas a oír la última misa. Entra el alcaide con sus cuarenta hombres, vestido de negro, de sombrero alto y de bastón.

Pasa por entre los veinticuatro jueces, que le aguardan en fila. De allá, de las otras jaulas vienen ruidos como de fieras: de las de la muerte salen, dos a dos, los sentenciados: todos en el patio húmedo se quitan los sombreros: uno trae la hopa sobre la cabeza, otro caída a la espalda: al encapuchado se le saltan los ojos, y tiene las mejillas como cosidas por dentro de la boca: el viejo, el que quería dinero para beber, muere rezando. De los otros dos, el alemán sale maldiciendo, revolviéndose, con la sangre en los ojos: el negro le dice: «muere como un hombre!»

Suenan dos golpes de nudillos en el tabique: el hacha cae: suben por el aire los cuerpos; y se abalanza, sobre el cigarro que escupió Carolin, el verdugo.

Pero no se habló sólo de esta horca, por ser tan vil el crimen, salvo en el caso del alemán hambriento, como porque el alcaide mayor, que presidió la ejecución, está acusado y convicto de haberle hecho dar por el tribunal a su mujer una sentencia de divorcio, por adulterio del alcaide, cuando lo cierto es que ni la esposa lo pidió, ni

firmó la acusación que está firmada por ella, ni estuvo ante el ponente del caso, ni llevó de abogado al que aparece como consejero suyo: lo único que hay de real en el legajo es la firma del juez, y el engaño de la esposa que a los treinta y ocho años de consorcio le pesa al marido, sacado del honor por una de estas voraces de oficio, que le fingía amor mortal por sus bigotes teñidos y su abdomen, cuando lo que buscaba en él era el portamonedas repleto del alcaide, hombre aquí de muchos emolumentos, por más que tenga que partirlos con la sociedad demócrata de Tammany, que es quien con su máquina de votos pone en los empleos a sus hechuras, y luego les cobra el alquiler.

Es sencilla, curiosa esta máquina de Tammany. Todos trabajan para encumbrar a uno, pero éste reparte luego entre todos las ganancias del encumbramiento. Y quien vio a uno, vio a toda la legión: espaldudos, ventrudos, camazos, de sombrero de pelo, con la mano en el chaleco público, el palillo entre los dientes, las mozas en montón, y la nuca de tres buches, fofa y rapada. Se sacan a puñados los billetes, y son vanos y topes, sin más arte que el que les viene de conocer la desvergüenza por ser de ella, y buscarles el precio a los pícaros a la hora del voto.

Con eso, y con servir a ciegas a su Tammany, que convierte en cómplice a cada servidor, ha lle-

gado Tammany a ser dueño de la ciudad, y estos polifemos, a prohombres. Para un alcaide mayor todo son acá zamelés, y su poder es tal que puede sacarle a un juez el divorcio de una mujer buena que hasta que vio el decreto no supo que estaba divorciada. Como que Tammany pone jueces lo mismo que alcaides, a Tammany acusaron de tener la ciudad envenenada, hasta en el reparto de la justicia, así que los colegas, aunque en la sombra irán sacando al amigo, en público no perdieron tiempo, y le quitaron el nombre de las listas, en sesión de mucha virtud y solemnidad. Pero él, de alcaide sigue, sin que haya por dónde probarle que instigó el divorcio falso, para traer luego a términos a su mujer. Los jueces le ponen hecho un mal apellido, y acuerdan someter el legajo espurio al Gran Jurado, para que se vea que puede presentarse ante el tribunal un abogado fraudulento, que no traía la persona que dijo traer, y pudo el juez nombrar de vista a quien lo es de uso en estos pleitos; y era cómplice del consorte cansado, pero no ha vendido el juez, por dinero ni influjo, una sentencia que echaba un hogar de treinta y ocho años a los pies de una poliandra melosa que le ha recalentado las primaveras a un barbón obeso.

Ya están ocupadísimos estos últimos días de Agosto. Demócratas y republicanos han decidido poner en Nueva York sus

cuarteles generales, porque ya se ve que acá es donde está la fuerza del país, acá la cabeza de las industrias, acá el término de los ferrocarriles, acá la mayor población. Los republicanos abren, en el corazón de los negocios, un casino rico, donde se come a la francesa, y ruedan las monedas de a diez: los demócratas le ponen al pie una casa de recibo, que va a ser como lonja de ideas, donde irán cuantos demócratas de pro viven en Nueva York, o vengan de viaje por ella, y habrá cuantos libros y datos son menester para enterarse al dedillo de todos los puntos en debate, así como de la vida y hechos de los que han de debatir: allí se tratarán amistades nuevas, las viejas se removerán con la conversación íntima, se instruirán todos, y ocurrirán ideas vivaces y fecundas. Los grandes intereses del país están de congreso, como todos los años por estos días; pero como las quiebras de las empresas protegidas, de telares de lana, de fábricas de papel, de ferrierías han sido muchas a pesar del advenimiento de los republicanos, que se ofrecieron al país de panacea, nótase una inquietud desusada y un ansia mayor de unirse en grandes gremios, para resistir a los que tienen la mano sobre el gobierno, y están sentados, con nombres de Harrison y de Blaine, en las sillas presidenciales: Blaine fue uno, está ahí por los manufactureros, porque les ha ofrecido buscarles por la política modos

de que vendan afuera sus productos, imperfectos y caros como son, sin tener que rebajar las tarifas, ni perder el mercado doméstico, en el que mandan solos.

«Harrison, dice otro, está ahí por los ferrocarriles que se tienen cogida la mejor tierra del país, y se ligan para imponer en forma de fletes una contribución insoportable a los verdaderos sostenedores de la nación, a los que levantamos las cosechas que dan de retorno esos caudales puestos en las industrias con que nos ahogan: nosotros somos los primeros, los agricultores», y se ha concertado una liga poderosa de todas las asociaciones agrícolas.

En Milwaukee, se trata de ponerle la primera piedra a un monumento; se juntan, con el general Sherman a la cabeza, cincuenta mil veteranos, que ayer pelearon por la paga, aun antes de aprender a hablar inglés a derechas, contra los rebeldes del Sur; y ahora se mueven como una falange, con sus cincuenta mil votos, y quieren que en la política no se les mire como ciudadanos sueltos, y hombres como los demás, sino como clase privilegiada, que tiene derecho a vivir del país, y a tener representante en el gabinete, y a ser consultada fuera de cátedra, como las demás agencias nacionales: lo cual levanta la ira de la buena gente de Boston donde están celebrando hoy los ochenta años de su poeta Wendell Holmes, que no quiere, «ni

él ni nadie de su amistad, una república que baile al son de unos cuantos holgazanes de chambergo, como le baila al saltimbanqui el oso». «Es traidor a la república, dice otro poeta, el que se quiere poner sobre ella.»

Pero a los veteranos no les importa la pedrea; y votan juntos por el candidato que les ofrece verlos como a clase ungida, que tiene derecho a que la razón le remoje la barba y le lleve la sopa a la boca: hasta a las botas que llevaron a la campaña se les ha de dar pensión, y al zapatero que se las hizo, y a la lezna con que las cosió, porque han tomado estos barateros a miedo y a obligación el cariño excesivo con que ve el país a los que, por salvarlo los más, iban a meter la bayoneta en el pecho de los que defendían del Norte celoso sus solares nativos, y ahora estos mercenarios se revuelven contra el que les pagó el valor y toman la poesía de la guerra, los himnos, las músicas, el respeto a los muertos, la consideración con que se ve a los que estuvieron a riesgo de morir, como una patente de pontífices y certificado de dominio, ¡y le ponen el acero al pecho a la república que se lo puso en las manos para que la defendiesen de sus enemigos!

Es mucho el poder de estos cincuenta mil hombres, que están en todas partes, desde las gobernaciones hasta las porterías: pero es más el de los que los desdennan como merecen. Porque hay bandidos en ejercicio, y bandidos mansos.

En Milwan Pool se juntan los cincuenta mil: en Saratoga, que está este año de media fiesta, pasean por las avenidas calladas los enamorados: al Niágara afluye el gentío, a ver el barril en que el terco Graham, por hacerse de la fama productiva de héroe, se dejó caer, preso entre los hierros de adentro del barrilete, desde lo alto de las cataratas, que pasó en salvo: el *Sun*, que es el diario de los Tammany, pone gran empeño en lo de la Exposición del 92, para que el público agradecido a la actividad del *mayor*, que es de Tammany también, haga como que no ve lo del divorcio de Flack: a Allen, el presidente de una compañía de tranvías lo echan a la penitenciaría, — porque se averiguó que tanto caballo y coche y pedrería de la mujer y lujo de las barraganas, venían de que por cada bono válido daba otro falso en prenda a los bancos con el mismo número, así que levantaba un empréstito sobre los bonos buenos, y otro sobre los repetidos, y con este robo vivía de filete a la bordalesa, y no ponía más que Tokay sobre los manteles, y las amigas iban por las calles como joyerías vivas rizadas como un faldero, y con tapa de oro en el pomo de las sales: ahora el presidente de la compañía no tiene pelo, porque lo han rapado en la penitenciaría y su traje es de listas, una amarilla y otra negra: en la casa de campo de su familia, han bajado las persianas.

Pero no ha sido ése el pueblo de verano más mentado estos días, sino la playa suntuosa de Atlantic City, lujo de Filadelfia. Allí, como si las paredes cayesen de repente a tierra, se ha visto por dentro una casa de imbécil. Lo que se ha visto tiene en la punta de los pies a todo este pueblo numeroso. Desde los jardines californianos de San Diego, donde es tanta la flor que no se ve lo verde a los rosales, no se habla sino del matrimonio del nieto de Hamilton, de Alejandro Hamilton el fundador, con una flor de calle, que llegó a sus manos magullada por los pies de los transeúntes.

¿Qué han de saber del amor de esposa, del «cable hecho de mil kilos», del remanso, donde anda en lo oscuro la harca cansada, de la hermosura en que se ampara el hombre de lo brutal y horrendo de la vida, del bien de cambiar de almas, estos hijos de invernadero, concebidos a medias, criados para que no molesten, ni le quiten a las horas, ni le deslustren el frescor a la madre, madre de pascos, madre de meriendas, madre de teatros, madre de sala?

De las entrañas sale el hijo voraz y sensual, sin aquel gusto y conciencia de lo femenino que hace la vida amable y airosa. La mujer no es su objeto, ni su espuela, sino el enriquecimiento deslumbrador y súbito. ¿Qué ha de querer en él, la mujer que se siente desconocida y postergada por él? En la mujer busca este hombre un buen figurín,

que publique la riqueza de su proveedor, y le sirva de halago y de anuncio; o busca, en su vida de frenesí y de vaivenes, un placer violento que adormezca la agonía de la ambición desenfrenada; o busca, como carne que es, por su crianza áspera y egoísta, los apegos de la carne. Y la mujer ve en el hombre un proveedor a quien paga con lo que él desea, y va bebiendo donde las encuentra las copas de amor, que no gusta con ternura y deleite, como cosa del espíritu, sino como un bombón que se cata y se deja, con la marca del diente.

Lo de Hamilton levanta la atención, porque se ve en el caso el tipo. Al obeso Flack, le llamaba «amor mío» una de estas venenosas, de brazos llenos de tentáculos, como los del pulpo. Al calvo Allen, el presidente ladrón, le llamaba «pasión mía» una alquilona de lengua fina, y de ojos de agua de mar, criada a Biblia pura; a Hamilton, hijo de millonario, le «adoraba»

los cuarenta años y la nariz colorada, una ojiazul, de cutis como de Sevres, y manos finas de punta que arregló con su marido vicioso y la suegra, el modo de darse por madre a los ojos de este amante rico, y entre amenazas y besos obligarlo al matrimonio, para hacerse de las joyas y la plata que por el testamento materno vendrían a la esposa del hijo. En diez pesos compró una recién nacida que murió por falta de leche de madre, como otra que compró en cinco después: cinco pesos dio para que le tomasen la tercera, porque era muy alemana y Hamilton podía recordar que la que él vio tenía el pelo negro; por unos pesos más compró la cuarta niña. Se casó Hamilton, el nieto de Alejandro Hamilton, que está aquí en la flor de la elegancia y la riqueza. Y con el marido de su mujer y con la semisuegra entraba de brazo al baño.

Pero le echó en cara las picardías, al verse mal despedi-

da, una escocesa que le cuidaba a la criatura; y la ojiazul de manos de punta y cutis de Sevres, la que habla como letrada y escribe firme y tendido, le clavó un puñal a la escocesa en un costado. Todo salió a luz: el Hamilton, con esta policía que sirve bien a los ricos, está persiguiendo a su mujer: la mujer, presa en una casa de campo, llora copiosamente, llora como si echase en tarimas el corazón, cuando le traen a la niña, vestida de encajes, con una pulsera de oro en cada manecita blanca, y en el dedo meñique, sujeta por un cordón de oro a la muñeca, una sortija de brillantes.

José Martí

*La Opinión Pública,*  
Montevideo,  
1889

[OC, t. 12, pp. 321-331]



## Cartas norteamericanas

Monumento de los peregrinos.-Los últimos indios.-  
Los Cristos del Sur.

Nueva York,  
15 de agosto de 1889

Señor Director de  
*La Nación*

NI DE LAS INTRUSIONES de la política norteamericana en Haití; ni de las tres viudas del prestidigitador Irving Bishop; ni de la pelea de los electricistas contra el Brown que ha puesto a la electricidad de verdugo; ni de lo que adelantan el iracundo Foraker entre los republicanos, y el pensamiento de Cleveland en la masa del país, iban hablando el primero de agosto los descendientes de los peregrinos de la «Flor de Mayo», sino de la lástima de que les tocara mañana tan lluviosa para dedicar, con la oratoria de Breckinridge<sup>605</sup> y la poesía de Boyle O'Reilly, el monumento de granito que al cabo de veinticinco años de fatigas, de peticiones, de regatos, de colectas, de limosnas, ha logrado levantar la sociedad de

los peregrinos en memoria de aquellos bravos de bota y alabarda que se arrodillaron en la limpieza de la nieve a dar gracias a Dios, el 22 de diciembre de 1620, porque en la catedral azul del cielo podían orar como les dictaba la conciencia, con el amparo del mar de Plymouth, a la música de los pinos.

De todos los Estados fue gente de honor a la ciudad, que tiene lejos, por donde no se las sospeche, sus fábricas y factorías, para que no vea el visitante más que las casas señoriales, cercadas de olmos, donde viven, en arrogante soledad, los que aún llevan en los ojos aguileños, en la espalda cuadrada, en la mano poderosa, en el pie fuerte, marcas de aquellos a quienes no les fue obstáculo el saber de los libros ni la elegancia de las costumbres para echarse, mujeres y hombres, a la mar revuelta, en busca de una playa donde tuviera asilo seguro, so capa de libertad religiosa, la que bajo ellas les daba alientos para arrostrar la

muerte: la libertad política. Bien lo dijo el poeta de la fiesta: «¡Aquí empezó el reinado de los hombres!»

Ya no es Plymouth el caserón de troncos donde se albergaron los peregrinos, con sus Priscillas y sus pequeñuelos, que eran cien por todos, y tan bravos que no se les encogió el corazón cuando los fríos los dejaron en la mitad, sino que los cincuenta siguieron derribando pinos y defendiendo el pueblo hasta que tuvieron la tierra de los alrededores repartida, y los solteros viviendo como de la casa con los matrimonios, que eran diecinueve con su casa de tablonés para cada uno, en dos calles que hacían cruz, y en el mismo crucero la mansión del gobernador, que desde allí veía bien el entarimado de los seis cañones. Plymouth es hoy población de monumentos, y éste de ahora es de lo más alto en su especie, aunque no de lo más hermoso, con sus ochenta y un pies de alto, en la cumbre del cerro que impera sobre la bahía, y las cuatro figuras de la libertad, la moralidad, la educación y la ley puestas como baluartes y esquinas a la base cuadrada donde se yergue, con el brazo a

medio alzar, la estatua de roca de la Fe, que por el cuello mide nueve pies en redondo, y trece por la frente, y treinta y seis de la fimbria del manto a la estrella que la corona. Y bajo cada figura de la base hay un relieve de mármol, que por su ejecución vale menos que por su asunto, como que en uno están los peregrinos embarcándose, rumbo a la libertad, en la rada de Delft, y en otro se les ve en el camarín de la «Flor», firmando el convenio de gobierno civil con que había de regirse la nueva comunidad: otro relieve pinta el desembarque, cuando el pastor se arrodilló sobre la nevada, para agradecer al cielo el arribo a una playa libre: en el otro mármol están los peregrinos de chambergo y vestón, tratando de paz con el indio, de plumas y pieles, el indio Massassoti.

¡Pero en este monumento tan trabajado, tan traído y vuelto a traer, con un relieve regalado por Massachusetts, y la estatua de la Libertad regalada por el Congreso federal; en este monumento de corte áspero y artes escolares, sin el sople vivo de la magnífica rebelión que conmemora, no hay figura ni adorno donde se celebre la verdad y trascendencia de aquella peregrinación, que no estuvo tanto en la fe, sino en la independencia religiosa, por la cual se establece el derecho del hombre a pensar por sí en los asuntos que le atañen, y no acatar más rey en el mundo que el que le ha dado la conciencia por

monarca! Y aun eso era cosa espiritual, que por su dignidad y altura estaba fuera y por encima de la intervención del hombre, sin que el arte menor de gobernar los intereses terrenos de la comunidad, lleve la arrogancia hasta tomar bajo su ala de criatura a la casa del creador, ni su usurpación hasta presumir de alimentar y cuidar a la Iglesia, que no debe estar a sueldo de nadie, porque es como poner a Dios a pesebre y darle un pienso por la tarde, y otro por la mañana.

No eran aquellos peregrinos los puritanos de quijada fuerte y de mosquete al hombro que quemaban brujas y acribillaban a balazos a los cuáqueros, sino los que recibían a los cuáqueros prófugos con amor, porque con que el hombre fuese sincero, y con que padeciese por la libertad, ya era para los peregrinos religioso. En busca de puerto para ese derecho de creer fueron del norte de Inglaterra a Leyden y a Amsterdam: en busca de ese puerto virgen se fiaron a la mar en Delft, con su carga de arados, de escopetas y de Biblias: en busca de ese puerto venían cuando a bordo de la «Flor» reconocieron y firmaron que en las cosas del alma no hay más guía ni autoridad que la razón, y que sobre esa base de felicidad había de levantarse, sin ingerencia alguna en el gobierno ni especie de templo, la asociación que los peregrinos formaban para vivir y prosperar juntos donde el hombre pudiese vivir conforme

a su naturaleza. Y en el camarín de la «Flor» quedó establecida para siempre la práctica sin la cual no puede haber pueblo dichoso, y aseguró a la vez la dignidad y la paz al hombre y a la religión: la separación de la Iglesia y el Estado.

Pero lo que no está en el monumento con la claridad y preeminencia que debía, en la ceremonia estuvo, porque el discurso lo dijo un protestante de los que pone la razón por sobre su cabeza, y no ve salud sin el albedrío de la opinión; y la poesía fue de un católico famoso que no se mesaba los cabellos, ni invocaba el fuego celeste cuando los masones dedicaron el monumento, antes de los versos y de la oratoria, con ritos en que fue parte principal el ungir la piedra con jugo de maíz, y con aceite y vino. Oraron los grandes maestros, y cantaron himnos los grandes capellanes. Uno invocó, y otro proclamó. Y masones, protestantes y católicos corearon juntos, al pie del monumento de la razón libre, el himno «América».

Ya cuando empezó su discurso el kentuckiano Breckinridge, que es orador famoso, que le pone riendas al fuego, y alas al juicio, habían vuelto de su primera curiosidad los que del ferrocarril se fueron a ver las memorias preciosas del lugar, —la roca de Plymouth, donde pusieron el pie los peregrinos, y ahora está bajo un dosel de piedra,—el cerro de Cole, adonde llevaron en procesión los hue-

son de aquellos cincuenta que en el primer invierno murieron de frío,—la calle Leyden, como se llama ahora la de las diecinueve casas, con su «mansísimo arroyo», al que vienen alborotando, como chicuelos desnudos que se echan al baño de cabeza, «muchos alegres manantiales»,—la columna de Bradford, puesta sobre el sepulcro del gobernador sagaz, que atría con las palabras y mantenía con los cañones; el templete, donde están en pinturas los sucesos de los peregrinos, y se ve en una mesa de roble la Biblia de John Robinson,<sup>606</sup> y entre cristales la alabarda de Alden, y en su estuche gastado la hoja damasquina de Miles Standish,<sup>607</sup> el soldado intrépido de la peregrinación: y a la puerta de todo, como si el mundo hubiera de parar en verso, el manuscrito de la oda de Felicia Hemans: «¡Se empinaban las olas rompientes!...» Otros venían empapados de la lluvia, del lago cercano de Billington, por cuyas orillas frondosas enarcan la cola, paran las orejas finas y saltan con las pezuñas de punta, como cuando quieren matar a la serpiente al caer, los venados que la ley del pueblo ampara de los cazadores, y crecen cada día: cerca están, huraños y miserables, los últimos indios.

¡Ni un indio quiso ir a oírle el discurso a Breckinridge, que ponía a los peregrinos como zapadores de esta idea de la conciencia libre, y de la Iglesia independiente en el Estado! Ni

un indio fue a oírle las estrofas repulidas al irlandés Boyle O'Reilly, que es hombre de genio y cuerpo hermoso, amigo y capaz de lo épico, y gran mantenedor de la poesía vieja de Irlanda, y de la gracia y salud del boxear, en que es tan perito como en sacarle punta a las antifonas, y ponerle refrán a los épicos.<sup>608</sup> Ama a la religión católica con la fuerza de quien ve en ella el símbolo de la patria oprimida, y tiene para condolerse de los vencidos, del negro, del indio, del hombre de corazón sensible, acentos de esencia y música, que suelen llegar a la beldad estatuaría por la limpieza de la idea y la composición de la armonía, que es arte a que no pudo llegar con los versos oratorios de la ceremonia de Plymouth, los cuales, con ser hermosos, no fueron más que poesía de monumento, que perdura por la ocasión más que por su valer, y a lo sumo es como aquí, un rosario de enumeraciones, o un párrafo que da vueltas y va subiendo como un caracol, para ponerle en el tope un verso que le salió al poeta feliz.

Pero esto es la albañilería de la literatura, y no su aroma, como la poesía debiera ser. La flor del pensamiento es la poesía, y lo nuevo del mundo; o la flor del sentir, que en los pueblos viejos, por la cultura o por la edad, acaso sólo es dable en los jóvenes, si es que el atiborramiento de las escuelas deja a la juventud de hoy la frescura e individualidad propicias e in-

dispensables a la creación poética, como a toda especie de creación. Educar no debiera ser eso, ni echarle al hombre el mundo encima, de modo que no le quede por donde asomar los ojos propios; sino dar al hombre las llaves del mundo, que son la independencia y el amor, y prepararle las fuerzas para que lo recorra por sí, con el paso alegre de los hombres naturales y libres.

Más poesía, tremenda e ingenua, hay en el discurso en que Nube Roja<sup>609</sup> sacó el dolor de su alma de indio ante la concurrencia que había venido al pueblo de Chaldron, en sus ropas de fiesta y sus músicas de vencedor, a ver cómo danzan los últimos *síoux*, los que ya no tienen «ni lo que cubre una piel de venado», para oír lo que dice del cielo el hombre de la medicina, el que enseña cómo se curan las heridas, y cómo se pone a los enemigos en paz: el hombre de la medicina, con su crestón de plumas tendido a los pies, oía encucillado el discurso de Nube Roja, encucillado, con la cabeza hundida en las rodillas: ¡dícen que les dejan la mitad de su tierra, de lo único que les queda ya de su tierra! ¡pero les quitarán esa mitad, como les han quitado esta otra! ¡Para qué quieren ellos los catorce millones de pesos que les dan! «¡La pluma del águila que vuela libre por el aire, dice Nube Roja, vale más que tus catorce millones de pesos!» «¡Si esto es convenio, corazones



de lobo; si esto es convenio, corazones de zorra, ¿qué será asesinato? ¡A mí también se me ha metido la culebra en el corazón, porque no tengo valor para arrancármelo con las manos, y echártelo a los pies, para que se lo lleves al gran padre de Washington, a que reparta entre los blancos lo último que queda de nosotros!» Los militares lo oyen, con la mano al revólver: las mujeres y los músicos se han metido en los carros: los indios todos en cucullas, con la cabeza baja, atienden al discurso de Nube Roja. Tiene alta la cabeza: las palabras le salen como apretadas, martirizadas, rotas de los labios: con la mano izquierda se arranca los flecos de la calzonera de cuero: con la mano derecha hace gestos violentos, como de quien echa lejos de sí lo que le causa horror. «Me han mandado venir aquí para que vean los blancos cómo bailan los indios; esto está bien, está bien, porque los indios de ahora no saben más que bailar. ¡Ya los indios se han muerto!: estos indios de ahora son como la sombra de los árboles que de noche da miedo y hace reír de día: ¡estos indios de ahora son huesos de pájaros! Pero yo he querido venir, porque todavía creo lo que mi padre me dijo, que la sangre enojaba la tierra, y que los blancos y los indios son todos hermanos, como nacidos de una misma mujer. El gran padre me manda decir que le venda mis tierras porque si no se las vendo, va a ser como en el

agua del estanque, que el pez grande se come al pez chico, y no vale que yo le ponga una cerca a mi tierra, porque los blancos saltarán por encima del cercado, y me quitarán la tierra. El gran padre me ha engañado como a un niño, me ha robado como a un niño: yo no quiero firmar más tratos, porque el gran padre manda luego sus soldados a quitarme lo que en el trato me dijo que era mío. Ya no nos queda ni corazón. Ya en el pueblo de los *síoux* no hay más que mujeres. Déjenme morir en paz, déjenme morir en mi tierra, como se muere en el aire el humo de los troncos quemados!» Y el hombre de la medicina levantó del suelo el crestón y hundió la cara en él.

Nube Roja se cubrió el rostro con el brazo, y echó a andar, a un macizo de árboles. Los guerreros se quedaron en cucullas, con el rifle a traviesa en la falda, y la rienda del *pony* de una mano. Pero todos han tenido que firmar, porque se lo han mandado a boca de fusil, y ya cercan los cuatro confines, esperando la voz de entrar, los colonos blancos que hace años vienen cerrando el cerco sobre la tierra *síoux*, como estrecha sus anillos la serpiente alrededor de la presa vencida. Once millones de acres de Montana y Wyoming les han hecho vender por catorce millones de pesos, a aquellos a quienes el general Crook,<sup>610</sup> que los ve trabajar y morir, les decía «por su fe de hombre honrado»: «Sois iguales

al blanco por la inteligencia y por el corazón: sois fuertes y juiciosos como el blanco, y no tenéis más culpa que la de defender vuestra tierra con los rifles, que nosotros mismos os hemos dado para que os extingáis en la guerra contra nuestro poder mayor: sois nuestros hermanos por la naturaleza; y nosotros superiores por vuestra bravura en la desdicha: ¿por qué os niegan un puesto de hermano en la nación los malos corazones?» Tú eres bueno, Crook; ¡pero tu pueblo roba y mata! Y todos los que habían venido al *pow-wow* apagaron en el suelo la pipa de la paz, en señal de desconfianza.

No andan por el Sur más tranquilos los negros; ni menos perseguidos, puesto que en ciudad de tanto influjo como Atlanta, la población ha quemado en la horca la efígie del director de correos, porque osó dar un puesto a un negro inteligente y cortés, que hubiera tenido a sus órdenes a una joven blanca. «¿Yo cambiar papeles mano a mano, yo recibir mandatos, yo tener frente a frente todo el día a un negro que no es mi igual, y viene a ser mi superior?» La joven renunció: hubo juntas de indignación, en que le alabaron la renuncia; levantaron en frente del correo una horca, con la efígie colgante del general Lewis, y al entrar la noche le prendieron fuego: seis policías de la ciudad abrieron paso entre la multitud, a los que llevaban



las antorchas; en el club, todos los miembros decidieron dar la espalda en la calle al general, y negarle el saludo: uno de sus fiadores le ha retirado la firma: el periódico del lugar le dice:

«¿Cómo acepta Lewis un puesto público para ofender la opinión decidida de aquellos cuya ayuda aceptó para encumbrarse al puesto de donde los ofende?» Lewis responde que él es empleado federal, que no sabe, en cuanto lo es, que haya blancos ni negros, sino ciudadanos con derecho a los empleos y recompensas de la República: «no he de nombrar, dice, a un negro para un empleo inferior, y de mero amanuense, cuando la nación nombra a un mulato, a Federico Douglass, como su representante, representante de los Estados Unidos, en otra república, en Haití.» «¡Haití es tierra de negros!» le responde el diario: «no necesitarán ustedes, los republicanos, del voto de los negros para tenernos en jaque a los demócratas del Sur, y ya veríamos si tenían tanto empeño en sentarnos a la mesa de comer a estas hordas africanas.»

Lo de hordas lo repiten ahora más, porque con los calores, que pueden en la sangre negra más que en la blanca, se les ha encendido la fe a las negradas de Georgia, que es donde fue la quema de la efigie. Y no quieren ver los negrófobos las otras hordas de los seminarios, donde se preparan a cientos los negros y mulatos, para

sacerdotes; ni las listas que los diarios están publicando estos días de negros ricos, que han hecho fortunas sin contratos de ayuntamiento ni concesiones de ferrocarriles, y negros actores, que los ha habido famosos, y tan buenos en la tragedia como en la caricatura, y negros autores, que van siendo ya muchos, y se distinguen en el periódico y en la teología, acaso porque en ésta hallen un tanto de la piedad y el consuelo que les niega el mundo. Lo que los diarios cuentan con encono, como si entre los blancos de España y los mestizos de México no hubiera habido locura igual, es que en cuarenta millas a la redonda de Savannah los negros están abandonando sus melonares, dejando ir por los troncos la trementina, abriendo al ganado las siembras, echando al río, en sacos, su dinero, para seguir por los campos besándolo las manos, y arrojándose a su voz, a un blanco de unos treinta años y cabellera rizada, que les dice que en su cuerpo magro y casi transparente del ayuno, está encarnado Cristo. Duermen en las selvas. Rezan con la aurora. Van detrás de Cristóbal Orth, que se sabe de memoria la Biblia, y les promete llevarlos a la tierra donde todos los hombres son iguales, a la tierra de Canaán. En vano se le oponen los sacerdotes negros, cuyas plegarias flojas no pueden sacar de su miseria al negro acorralado, «que se queda sin cabeza en cuanto la quiere sacar más

alta que sus melones». ¡Ese es Cristo, el que no les pide dinero a los negros para llevarlos a la tierra de Canaán! ¡Ese es Cristo, el que da, el que no pide! ¿No se están cumpliendo todas sus profecías? ¿No lo han acusado de vagabundo, como dijo él que lo acusarían? ¿No lo han llevado preso ante el juez, como dijo él que lo iban a llevar? ¿No le disputó el juez su divinidad, como él lo dijo? ¿No dijo que lo pondrían otra vez libre, como lo han puesto, para seguir viaje, como está siguiéndolo, a la tierra de los canaanitas? Trescientos negros, y muchos con armas, fueron detrás de él, en plena fuerza del sol, al pueblo del juzgado. Los jurados eran doce, y el juez un coronel que sabe Biblia; pero Orth sabe más, y se defiende de pie, abriendo las manos sobre los jueces, como si les echara encima los versículos.

Por vagabundo no lo pueden condenar; y enseña las manos llenas de dinero. El milagro del vino le piden, pero él no lo quiere hacer, porque no digan que anda con cerrre, y se valgan de eso para cerrarle con la ley el paso a Canaán. No detendrá la mano al coronel que se va a llevar a la boca un mascollón de tabaco, porque a quien tiene preocupado la salvación del hombre no le importa que el coronel masque, ni quiere dejarlo manco de por vida. El espíritu de Cristo está en él, y estuvo en Abraham Lincoln, y en Jefferson Davis. Lo que él quiere es que el hombre

viva donde no lo maltraten los demás hombres, y todos coman y beban, y no digan que la rosa colorada no es rosa, porque no hay más rosa verdadera que la blanca. El dinero es la mancha del mundo. Canaán es la tierra de la justicia, donde el que más ama es el más rico, porque todo se lo pagan en amor. Por todo lo cual, el jurado declaró a Orth lunático y enemigo de la paz pública; pero por aquellos campos no había cárcel que quisiera dentro de sus puertas a quien tiene por sí a cientos de negros armados, así es que lo dieron libre, en lo que vio su gente la prueba de la divinidad que les tenía anunciada el sagaz Orth, a quien con más fuerza se llevaron preso pocos días después. Sólo que ya no se podía apagar el ansia despierta de la reden-

ción, y por allí cerca salió de entre los negros un James, que se declaró también Jesús, e iba a la cabeza de sus secuaces, desnudo por los campos, con éxtasis religiosos que paraban en el abrazo y confusión pública de los sexos, según la práctica de la secta africana de los *woodoos*,<sup>611</sup> que ponen en la tierra los delirios conyugales que los swedenborgianos de Suecia ponen, como corona de todos los gustos, en el unisexo y conjunción definitiva de los ángeles del cielo. Pero James no hizo armas cuando le cayó encima la ley, como había hecho puños contra un negro sensato que lo quiso sacar de su demencia, y a quien atacó con ferocidad el gentío de los conversos: a la ley se rindió James, e intimó a los que la querían resistir que se rindieran, lo

cual hizo como quien sabe que le van a obedecer, y no tiene más que ondear la mano: besaban la tierra por donde se llevaban a James desnudo: también ellos habían echado al río todos sus ahorros: «¿a qué el dinero, decía James, si por el amor de los hombres al dinero hemos venido a esta infelicidad?» «¿quién nos llevará ahora, se preguntaba un viejo, adonde están el placer y la justicia?»

A James, que era alcalde de su caserío, lo han encerrado por loco.

José Martí

*La Nación*,  
Buenos Aires,  
6 de octubre de 1889

[OC, t. 12, pp. 285-295]

245

# La exposición de Nueva York de 1892

Cómo nació la idea.-La ciudad imperial triunfante.-Preparativos entusiastas.

Nueva York,  
agosto 20 de 1889

Señor Director de  
*La Nación*

NUNCA LOS INTERESES particulares, azuzados a tiempos, han puesto en forma con más rapidez una idea atrevida, que ayer era ocurrencia de un diario, ayer no más, y hoy tiene comisiones, subcomisiones, ímpetu nacional, y centenares de miles a su crédito. En vano se pone en pie Chicago, y le dice injurias a Nueva York; Baltimore, con sus modos clericales, no quiere para sí la feria, no, sino para Washington, que está a la puerta de Baltimore, y le manda los huéspedes que no puede acomodar; Filadelfia hace de generosa, porque sabe que por lo de la campana del Cuatro de Julio, le permitieron tener allí la exposición del 76,

pero no le han de permitir dos: Washington, que lo tenía todo preparado, y se ha pasado dos años papeleando, grita «¡al ladrón!», e insiste en que allí se ha de hacer el 92 la feria, y no en Nueva York, que se estuvo callada cuando le pidieron su ayuda, y ahora se alza con la idea, por la insolencia de que no necesita, como Washington, de los dineros federales, sino que con su bolsa tiene «para levantar una torre más alta que la de Eiffel», o para echar abajo<sup>a</sup> el Parque Central, ponerle encima la exposición, y luego rehacer el parque, «o para hacer una ciudad fluvial, con palacios flotantes, y luminarias como en Persia, que sea lo mejor del mundo, y tal que no se la haya visto nunca».

Pero Nueva York oyó al *Sun*, que fue el que sacó a luz la idea. Dana, el hombre del *Sun*, palpa en lo vivo al país, y sabe por dónde peca y por dónde se le

puede llevar del ronزال: sabe el del *Sun* lo que se apetece entre la gente acaudalada, en que entra él y cree, como diarista, que el buen diario ha de ser como el juglar, que siempre tiene una pelota por el aire. Y toma siempre la pelota del cesto de las preocupaciones populares. Por el del *Sun* se puede ver por dónde viene aquí el juicio público, porque fuera de lo político, en que el odio personal le enturbia los espejuelos, es hombre que ve con singular claridad por dónde se va hinchando la opinión, y no se le pone enfrente, aunque crea que viene mal, sino se le monta en la cresta, para llegar con ella: ¡ésa es gente que va y que viene, y su comida no es más que sueño, y su vida es asir el vacío!: el honor de luego, que es la forma mejor de la vida, no es para los que cortejan la injusticia del vulgo, sino para los que osan decirle la verdad.

No hay provecho privado, ni progreso público, si no se basa

a. Errata en LN: «abajee».

en el honor. El del *Sun* vio que la marea venía de hondo; que los prohombres vuelven de París como si trajeran<sup>a</sup> la bofetada en el rostro, que su porción entre los pueblos expositores parece de mendigo junto a los palacios de los pueblos que están habituados a desdeñar; que no es hora ésta para los Estados Unidos de perder el crédito, y quedar como menores, ante los pueblos americanos.

¡Y en París los habían dejado atrás aquellos pueblos de quienes se proclaman naturales superiores! ¡Es preciso que vean que eso ha sido casualidad, y que acá en los Estados Unidos de un estirón de cintura, se mete la cabeza por el cielo! ¡Nueva York es la primera ciudad del mundo: no es París! ¿Tiene mil pies la torre de Eiffel? ¡pues en Nueva York haremos una que tenga mil quinientos!

Y cuando un diario de Panamá dijo que el primer pueblo de la América del Sur tenía pensado, sin que fuera locura, celebrar una exposición en el mismo año 92, el *Sun* que se ha puesto a la vanguardia de esta empresa, estampó este atrevimiento: «¡Exposiciones allá abajo! Déjense de eso. ¡Allá para 1992 podrán pensar esos amigos en tener su exposición!» Lo que no quita que aparte del empuje del *Sun* sean concausas del proyecto del 92 la ira de verse tan míseros en la exposición de París, la conveniencia urgente de sujetar<sup>b</sup> cuanto se pueda la admiración de la Amé-

rica a que se ofrecen de tutores, y el aliciente de la gran ganancia que, a los tres años de anuncio universal, se prometen cosechar las tiendas, los hoteles, los teatros, los ferrocarriles.

Porque no bien se vio que no caía en la arena la idea del diario, y que en los clubs y en las sobremesas de gente mayor le daban asilo, se reunieron los hoteleros a decir que les convenía; los periodistas a comprometerse a atizarla; los ferrocarriles a calcular que a la exposición pueden venir veinte millones. De mañana y tarde restallaban en la primera columna del *Sun* los editoriales escritos como con látigo, y como si tuviesen el caballo entre las espuelas. Corrían los noticieros buscando opiniones.

Se decía, allá en donde se piensa, lo que no se puede publicar: que Europa es la enemiga, que el que tiene fuerza ha de aprovecharla: que de América hay que echar a Europa, que el comercio ha de rebajarse a competir con Europa con industria inferior o de buscarle mercados exclusivos en América: que la «América es de los norteamericanos», por rubios, por espaldudos, por ingleses, por fuertes.

Y lo que más le dio pies al pensamiento, fue que se le echaron encima las ciudades que se hombrean con Nueva York, y le pusieron a Nueva York motes, llamándola ambiciosa, espuria, traidora, extranjera, híbrida: Chicago dijo: Nueva York no es

ciudad norteamericana, sino un pote revuelto,<sup>612</sup> donde se guisan juntos italianos e irlandeses. «¡Calle la recién nacida!» le dijo Nueva York: «En los Estados Unidos no hay más ciudad que Nueva York! ¿Qué habla de extranjeros un pueblo que es el huevo del anarquismo, y tiene la dinamita debajo de la almohada? ¿No ve que Nueva York es el corazón de la República, por donde todo sale y entra, y donde se elabora la sangre?»

¿Para qué van a molestarse los europeos? ¿Para verle a Chicago la estatua de Lincoln, con la mano a la espada, y la carga-zón de flores del parque de Lincoln, y los elevadores? ¡Lo que importa sobre todo es que sea de la América entera la exposición, «panamericana», y aquí hay hispanoamericanos, o pueden venir aquí por los vapores, a ver el milagro del mundo, la lonja del universo, donde el pueblo de setenta millones compra y vende, donde paran todos los canales y ferrocarriles, como las varillas de un abanico en el mango; donde arriban los vapores de todos los puertos del mundo, como los dientes en la encía; donde los 215 hoteles, con poco que se estrechen, pueden darle cama y mesa a setenta y cinco mil visitantes y buscarles acomodo a cincuenta mil en las casas vecinas; donde hay teatros a granel, que bailan en ruso, y

a. En LN: «trajeran».

b. En LN: «sujetar».



tocan en zúngaro, y gruñen en alemán, y se descotan en francés; donde con salir a la puerta se está ya en Long Branch, con su calzada de playa de más de doce millas, o en Coney Island, con sus hoteles babilónicos y su oleada pujante, o en Saratoga, que arde y centellea, como un diamante vivo; donde están mano a mano las fábricas y las escuelas, los grandes periódicos<sup>a</sup> y las turbas alegres, los monstruos de Bowery y los óleos del Museo, la estatua de la Libertad y la aguja de Cleopatra, los policías famosos y el servicio de incendios; donde en la primavera de la exposición estarán floreciendo los parques, celebrará Brooklyn su fiesta de niños, en que marchan cincuenta mil de traje blanco, e irán y vendrán por las calles, como nuncios de un nuevo mundo, ilos tranvías eléctricos! Por todo eso debe ser en Nueva York la exposición; porque la majestad de la arquitectura comercial está dando a la ciudad una hermosura sorprendente y nueva; porque no hay calle que no esté echando al cielo un palacio, rojo o amarillo, con más pisos que la pagoda de Lahore, y el barro tallado, entretejido, punteado, como puntean la madera los ebanistas del Nepal; porque con pasear una mañana de domingo por el imperio silencioso de los edificios de la banca, por la calle de mármol y granito de Wall con la estatua de Washington en el corazón, y el cementerio de los patriotas a la cabeza, basta

para que en el alma lleve el visitante una impresión de amanecer divino; porque para el 92 estará Nueva York como la flor del universo, con coliseos que le sacarán medio cuerpo al de Roma, con el arco de mármol que van a levantar en recuerdo del centenario de la jura, con las conchas de música que están fabricando para que oigan el concierto decenas de miles, con las pistas grandiosas donde correrán, entre millares de mujeres enloquecidas, los caballos de caña aérea de los establos de Dwiger, de Lorillard y de la Langtry. Todo eso se enumera, punto por punto, con bufadas de gigantes y alardes infantiles, y ya parecen fuera de la liza Chicago, con su grandeza a medio hacer; San Luis, con su muchedumbre alemana; Washington, con sus oficinistas pedigüños; Baltimore, con sus hospederías y sus iglesias. Nueva York se llama a sí misma «la metrópoli del mundo», ¿y han de venir a quitarle las ciudaditas de provincia, ni Washington misma, ciudad de empleados, de semihombres, de hombres-hembras, el puesto a que le dan derecho eminente sus dos millones de almas, su ir y venir universal, su poder de ciudad madre que echa los brazos por sobre los dos ríos, y se trae una ciudad en cada brazo? Este orgullo le puso ruedas a la idea del *Sun*, por los noticieros, continuó publicándose el favor con que la veían los que derriban o levantan, los grandes de la for-

tuna; en lo privado determinaban ayudar el plan los políticos de ambos partidos, por no parecer más morosos en las obras de progreso que sus rivales; y apenas se vio que los gremios empollaban el proyecto, y que ayudarlo de su bolsa, entre los artesanos, más desocupados de lo que quisieran, se acogía con calor, no esperó el *mayor* de la ciudad a más, ni anduvo con preguntas y respuestas, ni le pidió pareceres al Estado o a la Federación, que en las cosas de la ciudad nada tienen que hacer, sino que, con su poder de cabeza municipal, convocó una reunión que no será, cuando se escriban las crónicas, la menor maravilla y hermosura del certamen, porque allí se dieron la mano menestrales y cuelliparados; el presidente de los obreros y el de la bolsa; los maestros de los gremios y los directores del ferrocarril; zapateros y arquitectos; sociedades históricas y cuerpos científicos; las cabezas de los comercios, las de la banca, las de la política, las de los salones, las de los hoteles, las de los oficios; Jay Gould, el millonario; John Bogart, el cajista. Hervía la sangre contenta viendo aquella beldad. Ni encojidos ni atufados.

El obrero se enjugaba con un pañuelo el sudor, y el millonario también. El que entraba allí, en aquella alegría, en aquel entusiasmo, en aquel abejero, no

a. Errata en LN: «periódicos».

podía decir: «éste es obrero», «éste es millonario»: antes se notó que los millonarios se parecían a los obreros en la barba fuerte, en la espalda encorvada, en el ojo sagaz, en la mano nervuda.

El *mayor* no tenía planes cubiertos; ni amigos perdidos entre la concurrencia, que le propusiesen como cosa suya lo que deseaba, según suelen hacer los chalanes y rematadores: allí se iba a la luz a trabajar por la ciudad, y cada cual se puso en sus pies de artesano o de palatino, a decir lo que se le ocurría para el bien común. «Esto es cosa de la ciudad, y la ciudad la ha de llevar a cabo». «A la nación se le ha de mostrar respeto, pidiéndole su ayuda; pero puesto que acá nos interesa, con dinero de acá lo hemos de hacer». «Sin autoridad del Congreso no podemos invitar al mundo en nombre de la nación; pero nada más que autoridad, y lo poco que nos haga falta sobre lo que logremos reunir; porque si le pedimos el dinero a la gente de Washington, de seguro que a Washington escogen para hacer la exposición». «¡Esto no es cosa de empleados, ni de compadres, ni de robos partidos por mitad entre el gobierno y sus homúnculos: esto no se hace para deshorrar a la nación, ni para que la echen los pícaros por delante, para ponerse a la bolsa nueve pesos por cada uno que a la nación le den: necesitamos demostrar al mundo que en este país hay algo más que

esos políticos de penitenciaría, que crean empresas, acueductos, alumbrados, electricidades, para repartirse entre sí, como los ladrones en las cuevas, el dinero que le sacan a la población para el bien público: éstos son los mercenarios de esta época, que sirven a quien los paga, hasta que el fango les tapa la boca, y luego van por el mundo, con una querida de cada brazo, y la casaca hediendo a lodo; de todas partes les gritarán al pasar: ¡lodo! ¡lodo! ¡En esta exposición, mérito limpio, y un *pílori* a la puerta, para poner donde cuelgue al que le venga a sacar con los caminos un bocado a la bolsa pública!»

Descanse el amigo: el que so pretexto de que la ciudad iba creciendo se hizo dar por sus paniaguados la concesión del acueducto, para repartírsela con ellos, se ha muerto la semana pasada de la vergüenza, porque desde que se puso en claro el robo, ni los otros ladrones querían darle la mano, y los otros «negociantes listos» del ayuntamiento, porque ahora les llaman a los ladrones afortunados «negociantes listos», están con el pelo al rape, donde no se ve la luz, en presidio, para que no vuelvan a recibir dinero de particulares en premio de adjudicarles las propiedades públicas. Y quedó en pocos instantes decidido lo que se había de hacer:—que si Nueva York quiere la exposición, Nueva York ha de levantar los fondos para realizarla: que la ciudad es reina y

señora en lo que le atañe, y ni ha de pedir limosna al gobierno, ni soportar que por componendas políticas, o por venganzas, le quiten lo que es suyo, o le den a otros lo que le pertenece por preeminencia natural:—que no han de entrar, ni de soslayo, en esta empresa, los que la opinión pública tiene tachados de celestinos gubernamentales, porque donde hay contrata que repartir andan como esos galanes de dulcineas de alquiler, rondándoles las puertas para sacarle a la amiga la cuenta justa, y ver que no se les vaya con algún otro amante:—que en la exposición no ha de entrar un solo contratista de oficio, un solo concesionario de profesión, un solo cómplice del delito de distraer los fondos municipales para provecho privado; sino que han de escogerse personas de todo honor, y de fama nacional y universal donde se pueda, para que no sea albañal la grande obra del país, ni plato de perros, sino crédito de la nación, que al menos ha de ser decorosa en lo que tiene que verse de afuera:—que el trabajo se ha de distribuir, para que salga mejor hecho, y ha de haber como una junta permanente, que lo vigile todo, y otra junta de fondos, que proponga el modo de reunir los diez millones que son menester, y los reúna;—y la junta del lugar y edificios, que estudie dónde éstos se han de levantar, sin comprometer cosa tan grande como ésta, porque le quede cerca el sitio a un Tom, o salga

favorecida la propiedad de un Miguel;—y la junta de legislación, que ha de ver por que el Congreso declare nacional la exposición de Nueva York, y suspenda en su beneficio aquella parte de los aranceles que la coartaría; y ponga su tanto de dinero en la empresa, como en la de Filadelfia puso, porque si Nueva York, entre chicos y grandes, junta ocho millones, dos millones es lo menos que puede darle a Nueva York la República, para los costos de un concurso que ha de traer provecho y honor a la nación entera. En eso se quedó. Todos se daban las manos. No hubo champaña, y pareció que lo había habido. El gusto, ¿no es un vino, vino puro? Que el *mayor* nombre las cuatro comisiones. Que cada comisión sea de veinticinco prohombres. Que no entre en ninguna de las comisiones, porque con un bastaría para podrla, un solo negociante político.

Y el *mayor* para no pecar, pidió a las cien industrias prominentes del país, un representante, que los industriales de cada ramo eligieron en unos casos sin disturbio, y en otros no eligieron, porque hubo los celos y rivalidades de costumbre. A todos los trabajadores les pidió un representante, para que no se pudiera decir que llenaba las comisiones de amigos, porque si ve el público compadrazgo en estas cosas, deja a los compadres solos, saludándose con la nariz y sin exposición de qué sacar tajada: como hay mu-

cha industria menor, reunió las afines en un grupo genérico, para que no hubiese más de cien. A los abogados, con ser ocho mil, y con no haber uno que rehuyese la representación, les pidió un representante: y uno nombraron, sin envidias pueriles: nombraron a Evarts. Los de la electricidad, que entre luces y motores son como doscientas empresas, con un capital como de setecientos millones, un representante no más tienen. Los pianistas escogieron a Steinway. Los ferrocarriles a Chauncey Depew. Los del comercio de lana a E. H. Ammidown. Los del comercio de cueros a Jackson S. Schultz. Los del tráfico con Sudamérica son clase aparte, que es distinción en que se ha de meditar, pues de los que comercian con Europa no han hecho clase, ni de los del comercio asiático, lo cual quiere decir que a Sudamérica es adonde se vuelven los ojos: William H. Grace fue elegido, el que quiere acabar la obra de Meiggs en el Perú.

Los editores designaron a John Foor. Los de material de imprenta a Little. Las asociaciones de obreros allí tienen su diputado, que es Samuel Gompers, junto a Vanderbilt, el representante de los *tramways*; junto a Jay Gould el de los ferrocarriles aéreos; junto a Morton, el Vicepresidente, que representa a los bancos. Los teatros tienen su diputado; y los ganaderos y los fabricantes de juguetes. Hewitt, el *mayor* que

no quiso más bandera que la nacional en el ayuntamiento, cuando la fiesta de los irlandeses, viene asombrado de París: ¡si el universo va a ser todo de acero! ¡Si Bessemer,<sup>613</sup> el del descubrimiento de 1867, es el creador del nuevo mundo! ¡De acero la armazón de las locomotoras y la de los vagones, sin que el poder del agua lo rompa como el cristal según sucedía veinte años antes! ¡y tan barato que en poco tiempo no va a haber madera ni cantería, sino acero y aluminio! Hewitt es, por supuesto, el de las industrias de metales. Pero como los pimpines de las industrias mínimas, como plumas y cosas así, no hallaron persona bastante magna para representarlos con la debida dignidad, y se están peleando el puesto con estruendo, sucedió que a la hora de nombrar las comisiones no habían respondido más que cincuenta y siete de los cien oficios. En las cosas grandes no se puede esperar. De entre lo más granado de la ciudad escogió el *mayor* cuarenta y tres hombres notables: —banqueros, periodistas, hombres de espíritu público, abogados, propietarios;—a los directores del *Sun*, del *World* y del *Herald*;—a los industriales que tienen obreros a miles, como Cooper;—a los miembros de más nota de la población extranjera, como Atendorffer y Kelly;—a todo lo que puede, piensa y guía. Y repartió a estos cien entre las cuatro juntas. «¡No puedo andar, dijo el *mayor*, porque la ciudad



entera me cierra el paso a cartas: todos quieren verse el nombre en alguna de las juntas: lo del centenario se hizo a regañadientes, y quedó mísero, con tanto nombre de trapo, y tanta nobleza de reír: ¡ahora sí que no cuesta trabajo, y estos nobles sí que nadie los niega! Son padres de sí mismos, y los que han peleado son ellos. Hay hombres, y hay grajos: los hombres son los que a codo honrado se abren paso por sí propios en el mundo, y sazonan su pan con la levadura de la vida: los que viven, sin vergüenza y sin remordimiento, del dinero o de la gloria ganada por sus padres, son los grajos. En las entrañas de la tierra, cuando cae un muerto, le preguntan: «¿Qué hiciste? ¡Enseña lo que hiciste!» Y si no lleva nada hecho, hecho con sus manos, lo echan otra vez al mundo, a que sude, a que pene, a que cumpla con la ley humana, ¡a hacer!

De esos galanes de la pluma teñida no hay uno solo en las cuatro juntas. En cada una están los que la pueden de veras servir, y no esos hombres de adorno, que son como el mucho paramento para los caballos, que no los dejan andar con la carga del bordado y la argentería. La de fondos es la junta madre, y allí han puesto a los grandes que se han creado de la nada: a Huntington, el del ferrocarril del Pacífico y las líneas mexicanas, que a los treinta años pagó con su trabajo de marinero el pasaje a Sacramento, y a los

sesenta y ocho tiene treinta millones, y una hija hueca que se quiere casar con un fullero alemán, que tiene título de príncipe; a Brice, que sabe cómo se salvan de la ruina los ferrocarriles del Sur; y nació para ordenar y mandar; a Belmont, el alemán que hace crecer el dinero de los Rotschild; a Vanderbilt, el que le pone a su casa balcones de oro; a Mills, que ahora tiene palacios y bancos y ferrocarriles, pero empezó de buhonero, cambiando collares y portamonedas por pepitas de oro en California; al banquero Seligman; al bolsista Simons; al naviero Ochrichs; al príncipe del café, O'Donohue; a Smith, el presidente invulnerable de la Cámara de Comercio; a Samuel Babcock, el Néstor de los potentados; a Havemayer, el gargantúa del azúcar, que se quiere poner sobre el dulce del mundo; a Gould, el del gabán raído y los pantalones cortos, que juega a ojos vendados con los ferrocarriles, como el autómata del ajedrez, y de cada peón que mueve, se come un ferrocarril. Eso es la junta de fondos: para la de lugar y edificios, los periodistas, que llevan sobre la cabeza el ojo redondo del trilobites, que veía a la vez a todo el rededor, los propietarios urbanos, los de los ferrocarriles, y líneas de vapores. Para la de legislación, abogados de los que no pierden pleito, como Evarts, y Fish, y los senadores del Estado, y aquellos representantes que no lo son porque los irlandeses los levantan o los sacan a

flor por un interés poderoso, sino porque el Estado ha ido creciendo con ellos, en el trabajo lícito y común, así que se vuelve, cuando necesita defensa, al que abogará bien por él, como que se defiende a sí mismo. Y en la junta permanente, que ha de tenerlo todo andando, que ha de estar con el hacha afilada para cuando asome alguna mano de bribón, los miembros se llaman Grover Cleveland, el que crece en la derrota; Marquand, el enamorado de Rembrandt, que ha levantado en sus hombros el museo de artes; Stanton, que salvó de la ruina la empresa de la ópera, todos los que saben ponerle cuerpo a las grandes osadías, y sacar de la sombra las fuentes de oro.

En los diarios, mientras tanto, todo son ideas, y nadie se pone de pontífice, ni se le hincha el cuello a los de las juntas, ni se mandan hacer chalecos nuevos desde que son comisionados, sino que los periódicos publican cuanto idea se les da, y el que tiene algo que decir, aunque sea un vendepapeles, lo pone en carta con su firma, y lo manda a la junta que lo ha de discutir. ¡A pensar! la pensar!

¡A ver quién imagina algo que no se haya visto jamás, y que no se pueda volver a ver! ¡Pues yo imagino, dice uno, hacer un cielo sobre la exposición, de luces eléctricas, de modo que se vean, como están en el cielo, todos los astros de la bóveda, y



las masas de estrellas, y cuanto encierra el orbe planetario! ¡Yo imagino, dice otro, una flotilla de palacios, de palacios de pórfidos y columnas de cabeza de oro, como las mansiones bizantinas, y todo fabricado sobre el río y ligado con calzadas, como las ciudades lacustres! ¡Yo pido la contrata de los refrescos! ¡Yo, el primero, pido puesto para mis pastillas de chocolate! Yo tengo, dice un *crimmi*, doscientos mil pesos que darle a la exposición entre veinte amigos. Hay 5 000 hombres en Nueva York, dice Brice, que para esto, para sacar a Nueva York un codo por encima del mundo, dan cada uno mil pesos.

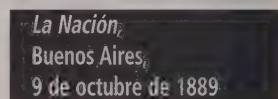
Una tienda de ropa hecha se suscribe con diez mil pesos.

A docenas hay ofertas de miles. Por acciones, escribe otro: sáquense a la venta diez millones en acciones de a diez pesos, que unos comprarán mil y otros una, y entre todos se levantarán los diez millones. Otro quiere que se emitan bonos de \$5000, con cien cupones de cincuenta

centavos cada uno, que servirán de entradas a la feria; véndanse los bonos a \$4000, no se vendan a la puerta de la feria entradas, y no habrá tienda, café, hotel, tabaquería, que no compre los bonos que cubren su costo con los cupones, y dejan \$1000 de ganancia. De otro viene la idea de emitir certificados a dos pesos, con el nombre del donante, y dice que no habrá varón digno que no quiera tener uno en la cabecera de su sala: «¡hay, por lo menos, 5 000 000 de varones dignos!» Un experto aconseja que se haga como en París, que emitió bonos por el total, redimibles a los setenta años, con cupones por el valor del bono, y éste sin devengar intereses, pero seguro de la redención, porque de lo recaudado, se pone en lo seguro una porción suficiente a que con sus rendimientos cubra a los setenta años el principal. Y bullen así las ideas de los ciudadanos fuertes y libres, que no tienen la nariz hecha para el narigón, sino piensan en lo que incumbe a todos, con el dere-

cho de ser uno de los todos, y lo dicen en voz alta. Se reúne la junta de fondos, nombra una mesa ejecutiva que estudie el mejor modo de levantar el tesoro de la exposición, y cuando uno propone que, para plumas y papel cada cual de los veinticinco dé cien pesos, el presidente, a quien no dejan hablar los aplausos, dice que no es menester, porque tiene bajo su mano derecha el cheque de un periódico, el cheque del *Sun*, a la orden del *mayor* de la ciudad, por \$10 000. Así, del pueblo libre, del pueblo fuerte, del pueblo activo, del pueblo arrogante, nace, sin manchas ni sombras, la exposición del pueblo.

José Martí



[Recorte de periódico en OAH]

# El Congreso de Washington<sup>a614</sup>

Llegada de los delegados argentinos.-Preliminares.-  
Notas e insinuaciones.-Los miembros del congreso.-  
Banquete a los delegados argentinos y uruguayos.

Nueva York,  
28 de setiembre de 1889

Señor Director de  
*La Nación*

ESTOS DÍAS han sido de recepciones y visitas para los hispanoamericanos. Unos venían de Europa a presentar sus credenciales al congreso que llaman aquí de Panamérica, aunque ya no será de toda, porque Haití, como que el gobierno de Washington exige que le den en dominio la península estratégica de San Nicolás, no muestra deseos de enviar sus negros elocuentes a la conferencia de naciones; ni Santo Domingo ha aceptado el convite, porque dice que no puede venir a sentarse a la mesa de los que le piden a mano armada su bahía de Samaná, y en castigo de su resistencia le imponen derechos subidos a la caoba.

Del Paraguay nadie ha llegado, aunque se publicó que venía

con poderes de él Alberto Nin, el caballero juicioso que mandan de Montevideo. En los hoteles hay va y viene, y muchos cumplidos a la hora de pasar por las puertas, que es cosa que denuncia por estos pueblos la gente castellana. En el teatro del Casino, de yeso dorado, que parece con las luces morería de mucha riqueza, todas las cabezas se vuelven a la vez, descuidando las arias del *Tambor Mayor*, para ver entrar en su palco, con un ramo de rosas rojas, y majestad de casa real a una sudamericana de ojos negros. Para luego el estudio, y el examen del congreso de Panamérica y sus hilos. Ahora la tarjeta de visita, la llegada de los argentinos, el vapor que entra y el tren que se va: la crónica.

El programa ya está, y hasta mediados de noviembre no empezarán las sesiones. El dos de octubre será el día de zalameos<sup>b</sup> en la Casa Blanca, donde la Secretaría de Estado presen-

tará los huéspedes panamericanos al Presidente. El cinco saldrán de viaje de más de un mes los delegados, aunque no todos, porque México<sup>c</sup> ya conoce el país, y de Chile, dicen que no va a la gira, ni está, por lo que se sabe hasta ahora, la Argentina en el paseo, que no es para decidir, sino para mostrar a los huéspedes la grandeza y esplendidez de las ciudades, y aquella parte de las industrias que se puede enseñar, a fin de que se les arraigue la convicción de que es de la conveniencia de sus pueblos comprar lo de éste y no de otros, aunque lo de éste sea más caro, sin ser en todo mejor, y aunque para comprar de él hayan de obligarse a no recibir ayuda ni aceptar tratos de ningún otro pueblo del mundo. En el paseo irán con los representantes

a. Esta es la primera de un grupo de 11 crónicas publicadas en *La Nación* y *El Partido Liberal* acerca de esta conferencia. Véanse las del 8 y 14 de noviembre y 19 de diciembre de 1889, y las de enero 24, marzo 13 y 20, mayo 9 y 31, junio 15 y 19 y agosto 31 de 1890.

b. En LN: «salamalecs».

c. En LN, siempre: «Méjico».

de la otra América, algunos de los diez delegados que ha puesto en el congreso la secretaría por los Estados Unidos, y dos militares que hablan español, y acaso vaya de guía principal el autor de *Las Capitales de Hispanoamérica*, que es aquel caballero Curtis de cuyo artículo sobre la Argentina habló a su hora *La Nación*, aunque el saber la lengua y el haber sido secretario de la comisión que por encargo del Congreso de Washington visitó hace unos tres años las tierras de la otra América, no sean tal vez cosas de más peso que el desagrado con que los caballeros de Colombia han visto que el que les ha de acompañar como representante de la Secretaría de Estado y el secretario probable del congreso sea quien publicó hace un mes en el *Cosmopolitan* un artículo en que tacha de tráfuga y de maniquí impotente y quién sabe de qué más a Núñez,<sup>615</sup> el Presidente colombiano; y hay quien ve en este ataque el interés de los que quieren abrir el canal por Nicaragua y temen que Núñez arregle con Washington, a pesar de la grito de su país, la venta, a costo de la primogenitura, de los derechos sobre el canal de Panamá, con lo que se quedarían del lado del Presidente que tales maravillas puede hacer, los burócratas beneficiados: y cuentan que los delegados de Colombia harán saber que no les place ir de bracerío por toda esa gira con quien hace en público mofa y censura de su Presiden-

te. En la gira va, con el consentimiento y amistad de la secretaría, irá un delegado de los navieros de Nueva York, y de algunos de sus comerciantes, que han levantado aquí, con raíces en Washington, la unión comercial hispanoamericana. Habrá al paso del tren de la delegación banquetes y recepciones numerosas, y más en Boston, Chicago y San Luis, donde el interés con México es ya cosa mayor. Filadelfia prepara fiestas y Pittsburg un número de diario en español. Luego, a la vuelta, serán los debates sobre las ocho proposiciones, en que política y comercio andan unidos: cuando se encienda el árbol de Christmas, el día 24<sup>a</sup> de diciembre, vendrán los delegados a los festejos que les<sup>b</sup> disponen en Nueva York; y acaso para cuando termine en Washington la sesión de enero, vayan, de fin de viaje, a ver los naranjos de la Florida y admirar la riqueza del hotel moruno de Ponce de León.

Ya al acercarse el fin de este mes era frecuente leer y oír sobre el proyecto y los detalles del congreso panamericano.

Las entrañas del congreso están como todas las entrañas, donde no se las ve. Los periódicos del país hablan conforme a su política. Cada grupo de Hispanoamérica comenta lo de su república, e inquiera por qué vino este delegado y no otro, y desaprueba el congreso, si espera de él más disturbios que felicidades,—o lo ve con gusto, si está entre los que creen que los

Estados Unidos son un gigante de azúcar, con un brazo de Wendell Phillips y otro de Lincoln, que va a poner en la riqueza y en la libertad a los pueblos que no la saben conquistar por sí propios, o es de los que han mudado ya para siempre de domicilio e interés, y dice «mi país» cuando habla de los Estados Unidos, con dos labios fríos como dos monedas de oro,—dos labios de que se enjuga a escondidas, para que no se las conozcan sus nuevos compatriotas, las últimas gotas de leche materna. Esto no es un estudio ahora: esto es crónica.

Se habla de las primeras noticias que llegan de cada país: de que en Honduras hay mucha empresa norteamericana, y una de ellas tiene el museo de ruinas del país de que el comercio no es pecado, pero ha de venir por sí, libre y natural, para provecho mutuo; de que no sería bien que Centroamérica se dejase unir con cemento de espinas, por la mano extranjera, que quiere echarle por el sud un enemigo fuerte a México; de que hay en los Estados Unidos mucha opinión sensata, que no quiere perder, con atentados que las alarmen justamente, el comercio legítimo de las repúblicas del sur, «donde el porvenir está ya preparando su asiento». «Ellos, dice un diario, tienen sus divi-

a. En LN: «21».

b. En LN: «que le»

siones, de que nuestra "gente lista" se quiere aprovechar; pero también tienen ojos y no se dejarán aturdir por lo que quiera hacerles ver esta alianza de los barateros de nuestra política y de nuestro comercio. Ellos nos conocen y piensan de nosotros mejor de lo que merecemos. Nosotros, necesitamos de ellos hoy, y debemos estudiarlos y respetarlos». Y mientras unos se preparan para deslumbrar, para dividir, para intrigar, para llevarse el tajo con el pico del<sup>a</sup> águila ladrona, otros se disponen a merecer el comercio apetecido con la honradez del trato y el respeto a la libertad ajena.<sup>b</sup>

Ya para el 25, cuando llegaron las delegaciones de Plata, estaban en Nueva York los representantes de muchas repúblicas. Entraban en amistad los unos: los otros no ponían empeño en conocerse.

Los de alma americana, los veían a todos con placer igual. En algún momento, padecían. ¡Qué! ¿que volverán para América los tiempos en que entró Alvarado el Rubio<sup>616</sup> en Guatemala, porque lo dejaron entrar los odios entre los quichés y los zutujiles<sup>617</sup> Se hablaba más de los países de la vecindad que de los que andan lejos. Se preguntaba, con curiosidad mezclada a cierto asombro, por los delegados de la Argentina. En la memoria se llevaban las listas. Sólo faltaba ya Ameral Valente, del Brasil, Bolet Peraza, el de Venezuela, que estaba al llegar de su paseo francés; Romero,

que no vuelve aún de París; y el del Uruguay, y los de la Argentina. Y se cambiaban datos breves de los delegados.

Matías Romero, el de México, es ministro residente en Washington de años atrás: cuando Grant cayó en miseria, él fue el que llevó a la casa el primer cheque:<sup>c</sup> casó con norteamericana: escribe sin cesar, y no habla casi nunca: cree acaso que México está más seguro en la amistad vigilante con los Estados Unidos que en la hostilidad manifiesta: en su patria, nadie duda de él: en Washington, todos le tienen por amigo cordial, como que fue quien empujó el brazo de Grant en lo de los ferrocarriles: ahora lleva uniforme galoneado, y calzones hasta el tacón: hace quince años, cuando levantaba en México su casa piedra a piedra, venía todas las mañanitas de su quinta jinete<sup>d</sup> en una mula, con sombrero alto de pelo, levitón castaño, cartera al brazo izquierdo, y pantalones que tenían más que hacer con las rodillas que con los calcañales: pues en política, el que no es brillante, ¿no ha de ser singular?: no se ha olvidado la gente de México, ni el señorío ni la chinaca, del sombrero alto de Matías Romero; el que andaba en mula, llevó los ferrocarriles. Dos más vienen por México: el uno es José Limantour, hijo de rico, que no desmigajó a los pies de las bailarinas la fortuna que allegó su padre con el trabajo, ni la empleó en deshonorarse, sino en mostrarse capaz y digno de

ella: el otro es uno de los patriarcas mexicanos, el caballero indio Juan Navarro, compañero de Prieto, de Ramírez, de Payno, de los Lerdo, de todos los fundadores: es el cónsul de México en Nueva York: perdió su gran fortuna, y vive feliz con otra mayor, que es la de no lamentarla.

En Centro América ison tan encontrados los intereses, y tan vivos! De ahí, y de Colombia, pueden venir las dificultades. A Guatemala le representa Fernando Cruz, que es el ministro en Washington, hombre de idiomas y de leyes, autor de *Las instituciones de derecho* y de versos reales y sentidos, y mente tan poblada y capaz que no ha de errar sino en lo que quiera.

En El Salvador no es nombre nuevo el del delegado Jacinto Castellanos. Nicaragua manda a su ministro en Washington, Horacio Guzmán, amigo apasionado, según dicen, de estos canales de ahora. Costa Rica, que está en celos por lo del canal con los nicaragüenses, envía a un hombre de los nuevos y liberales del país, Manuel Aragón, que en su Congreso llegó a presidente y lleva en el rostro el poder y la luz del trabajo. Por Honduras viene Jerónimo Zelaya, que guía ahora el pensamiento del país, y tiene tiempo,

a. En LN: «de».

b. En LN: «agena».

c. En LN: «check».

d. En LN: «ginete».



con todas sus labores de ministro de la presidencia, para celebrar con elocuente pasión cuanto le parece adelanto y beladad o fuerza que vaya poniendo a su patria centroamericana en el camino del mundo. Porque es de los que quieren resucitar de la tumba de Morazán a Centroamérica.

De Colombia son tres los delegados, José María Hurtado, comerciante de paños<sup>a</sup> en Nueva York, y hombre de resolución y consejo: Clímaco Calderón, el cónsul en Nueva York, perito en hacienda: Carlos Martínez Silva, literato laborioso: «asistió ayer a misa el Sr. Martínez Silva con el presidente», dice un diario de Cartagena: redactaba el *Repertorio Colombiano*: acaba de publicar la biografía del prócer de la independencia Fernández Madrid. Venezuela escogió, en estos tiempos de abierta rebelión contra Guzmán Blanco,<sup>618</sup> al que de las filas de éste salió para combatirlas, y reveló a tiempo el interés e iniquidad del poderoso: a Nicanor Bolet Peraza, poeta en prosa, que escribe la *Revista Ilustrada de New York* con pluma de colores. Por el Ecuador, cuyo Presidente Flores se ha visto en batallas cerradas con Washington, viene, como para dar prueba viva de que aun allí van ya a menos las revoluciones porque en el norte desdeñan a la otra América, el Presidente a quien Flores acaba de sustituir, incisivo con la pluma y poderoso en la costa liberal: José María Camaño.

Chile dio su representación en el congreso al que la tenía ya como ministro residente: a Emilio C. Varas, que tiene la diplomacia como oficio familiar y ganó en él la Gran Cruz de la Rosa Blanca del Brasil. José Alfonso es el otro delegado chileno: «su opinión era ley<sup>b</sup> entre nosotros los jueces», dice quien lo conoce: «es de los que no se deslumbran, y ve debajo de lo que le enseñan, y sabe decidir: es de los de canas útiles». Zegarra, el ministro del Perú en Washington,<sup>c</sup> representa a su país en la conferencia: quien lea de cosas americanas conoce su nombre: el haber estado en Washington en la juventud no le ha ofuscó el juicio, ni entibió su entusiasmo y fe en la patria. De Bolivia viene con sus dos hijos, criados en Buenos Aires, José Velarde, el padre de *El Heraldo de Cochabamba*, que habla de la Argentina con afecto y placer: es hombre de ojos claros y de franqueza que se entra por los corazones. Por el Brasil tienen asiento en el congreso Lafayette Rodríguez, el presidente de la junta de arbitramento en los reclamos de aquella guerra en que no se puede pensar sin dolor: y Amaral Valente, que no era en Nueva York desconocido para los que saben de derecho internacional: y Salvador Mendonça, el culto cónsul, amigo de cuadros y de libros, que dice en palabras breves lo que tiene que decir, y sabe allegar amigos a su patria y a su emperador.

Estos delegados estaban ya en Nueva York, o casi todos, cuando venía por la costa, con la mayor suma de pasajeros de salón de que hay recuerdo, con setecientos once, el vapor en que es lujo ahora venir, porque lo tienen como palacio de la mar y ciudad que anda: El *City of Paris*: allí venía Alberto Nin, el delegado del Uruguay. Y eran las cinco y media de la mañana, mañana fría y de lluvia, cuando del parque de la batería, de los carruajes, de la estación del ferrocarril aéreo, que tiene su tronco al pie del parque antiguo, fueron apareciendo, camino al guardacostas que los esperaba piafando en el agua turbia, los que iban a recibir, de media ceremonia, a los huéspedes de los dos pueblos invitados. Las seis sería cuando entre los remolcadores, las goletas italianas de casco verde y rojo, los vapores del río, las carboneras desmanteladas, las barcas graneras, salió con su banderola del águila al aire, el guardacostas de la aduana. Y fue, y vino y volvió a ir. El *City of Paris* no debía entrar hasta las once. Pereció el guardacostas por la bahía. El buen cocinero pudo hallar a bordo unas galletas, y un tanto de café. Uno de los comisionados, hecho a campañas, se trajo de la despensa doméstica un par de codornices. Y

a. En LN: «años».

b. En LN, coma.

c. En LN, sin coma.

hablando de las leyes, y del crecimiento, y de las costumbres de las tierras del sur, entretuvieron la mañana, con el tanto de codorniz y de café, los caballeros que iban de recepción: Charles Flint, comerciante neoyorkino, y uno de los delegados del gobierno en el congreso: William Hughes, jefe de la casa de vapores de Ward y de la Unión Comercial Hispanoamericana, que iba en nombre de los comerciantes de Nueva York: Adolfo G. Calvo, el cónsul argentino que ostenta su ciudadanía como una medalla de honor; el vicecónsul, Félix L. de Castro, comerciante de los de honra y cabeza respetada de la casa de Carranza y C<sup>a</sup>; la casa argentina Ernesto Bosch, el secretario de la legación, que parece de mas años por el peso de cuanto hace y dice: Fidel Pierra, persona de comercio y de letras, y secretario de la Unión Comercial; Charles Sawyer, caballero de Boston que venía en nombre de su ciudad, y el cónsul de Uruguay en Nueva York.

A una se pusieron todos en pie; el vapor estaba a la vista, cerca, al doblar del fuerte, al lado del guardacostas. El pasaje entero está viendo llegar al guardacostas. Otro llegó antes, cargado de amigos de los pasajeros, que lograron el privilegio de la aduana. ¿Y así se había de subir al vapor por esa escalera de manos? No llega a la borda la escalera; pero por ella se ha de subir. Delegados, comerciantes y cónsules suben por la escaleri-

lla, y entran a la baranda del vapor. De abajo les alcanzan los paraguas y los abrigos.

Por el gentío del puente se van abriendo paso hasta la biblioteca. Allí espera de pie un anciano noble, y entra a pocos instantes, con paso como de batalla, un joven vigoroso, Sr. D. Manuel Quintana y Roque Sáenz Peña: Pinedo, el secretario activo, presenta y acerca: Hughes y Flint ofrecen a los delegados trasbordarse al guardacostas: «aunque tal vez estén más cómodos si no se trasbordan». No se trasbordan. Se tienden todas las manos para dar la bienvenida a un hombre de rostro abierto y de sonrisa franca: Alberto Nin, el delegado del Uruguay. Un cónsul busca en vano flores que ofrecer a la dama argentina, la esposa de Sáenz Peña. La llegada está prevista; la aduana no abrirá el equipaje; los comisionados del gobierno y el comercio han preparado coches; se puede ir en calma al puente, a ver cómo se entra en Nueva York, en día de lluvia fina.

Rodea la comisión a los viajeros. Uno va de éste a aquél, hablando ya de negocios. Otros dejan ver en el rostro la alegría: «Es un duque bonaerense». «En esa cabeza joven hay una mente de poder». «Es un Chesterfield».<sup>a</sup> «El joven ha debido ser militar».

En la lluvia fina ancla el vapor, bajan los huéspedes distinguidos y se van con sus cónsules al Hotel Brunswick.

¿A qué contar los primeros

festejos? Uno fue a todos los delegados, pero no todos fueron: no fueron los de la Argentina; una casa de seguros quería enseñarles su palacio y les dio un *lunch* suntuoso en el comedor de los abogados: «mucho lo agradecemos, mucho», dijo Mendonça el del Brasil, «aunque no venimos aquí como personas oficiales»; y los llevaron a ver la arcada sombría, con el techo de cristal de colores y la escalera de pórvido: y el mirador desde donde se ve toda la ciudad. A los brasileños les dio banquete Flint, que en el Brasil tiene comercio valioso. Hughes, el que representaba en la comisión a los comerciantes, invitó a los delegados de la Argentina y el Uruguay a una comida de próceres: estaba Flint, que funge<sup>b</sup> como de comisionado especial del gobierno, y figura aquí en lo alto del comercio y de la vida ostentosa: padre notable, esposa bella, verano en Tuxedo,<sup>c</sup> invierno en Florida: estaba Cornelius Bliss, otro de los delegados del gobierno, persona presidencial, magnate proteccionista de Nueva York: estaba Plummer, príncipe del comercio de géneros, que bregó mucho y puso más, por que el club de comerciantes que preside sacase electo a Harrison: estaba Ivins, demócrata a lo Cleveland, socio hasta ayer de

a. Errata en LN: «Chosterfield».

b. En LN: «finge».

c. Errata en LN: «Fuxedo».

los Grace<sup>619</sup> que hacen el comercio con el Perú.

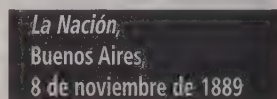
Estaba Adams, presidente del banco; el español Ceballos, que quiere llevar a la Argentina los vapores de la Compañía Transatlántica, y preside, más de nombre que de hecho, la Unión Comercial Hispanoamericana; Bosch, el secretario de la legación argentina; Pierra, el de la Unión Comercial; Calvo, el cónsul argentino, y el cónsul del Uruguay. Por la Argentina asistió Sáenz Peña, y el secretario Pinedo; por el Uruguay, Alberto Nin. ¿A qué contar en detalles el banquete de negocios? Ante los delegados cruzaron argumentos, como chispas unos y como mandobles otros, los convidados principales. El anfitrión de-

fendía sus vapores, «que han de llevar a esta gente en dieciséis días a Buenos Aires».

Plummer quería que hubieran dos grandes pueblos en América, que dominaran el universo, uno del istmo al norte, otro del istmo al sur. Ivins opinó que con vapores vacíos y leyes violentas no se podía crear el comercio, sino abriendo créditos como los europeos, y conociéndose más los del norte y del sur, y respetándose. A lo que dijo Ivins de que el sistema de créditos era inseguro, contestó Pierra que no se podía tener por tales a pueblos como Buenos Aires, donde «no le queda al quebrado más recurso que arreglar sus baúles». Cruzado de brazos, oía Sáenz Peña: «Levanto mi copa»,

dijo a su hora, «por la gran nación americana». Nin, convidado a hablar, dijo cómo su pueblo era próspero, dichoso y libre, y brindó «por todos los pueblos americanos».—Al día siguiente, en carro especial, salieron, con pocas excepciones, los delegados para Washington. Como un patriarca, con la barba al pecho, iba del brazo de Mendonça, Lafayette Rodríguez. Todo el mundo quería saber quién era, en el grupo de los argentinos, «el anciano noble».

José Martí



[Mf. en CEM]

247

# En los Estados Unidos

El problema negro.-La religión contemporánea.-  
Asamblea protestante.-Convención de banqueros.-  
El papel moneda.-El peso de plata.-Compras  
colosales de los ingleses.-El alemán en las  
escuelas.-Matrimonio suntuoso.-La exposición  
de 1892.

Nueva York,  
30 de septiembre de 1889

Señor Director de  
*La Nación*

**E**STÁ DE MUDANZA la ciudad, y el país entero. Se quita el hongo café con leche del verano, y se pone el hongo chocolate del otoño. Se despiden del campo la gente urbana a escopetazos, matando por el monte venados y conejos. Descuelgan la hamaca perezosa, embiste el mar contra los muelles de baño y las casillas; entran en la ciudad los rusticantes armados de sangre y luz para las batallas del invierno. Con septiembre se cierran las asambleas de uso: la de los veteranos, la de los clérigos, la de los banqueros, la de los reformadores que quieren sufragio puro y nacional, sistema de

empleos fijos, y erario que no le tome al país más que lo que sea menester para honrarlo y defenderlo. A la reunión que celebran cada septiembre los amigos del negro, en memoria de la proclama de emancipación de Lincoln, dio este año desusado interés y fervor la zozobra con que se ha de ver la caza de negros que va de creces en el Sur. No hay día sin choque de armas.

Merodean de canana al cinto, por los caseríos de la negrada, los vigilantes de mostacho y perilla, «echando abajo a estas sombras del demonio». Se entran por sus aldeas, como por plaza conquistada, voceando a caballo, y descargando los rifles por las puertas abiertas de las casas. En las ciudades, dicen los finos caballeros del pie pequeño y la barba sedosa, que la negrada toda es una ingratitud, que en veinte años de ese trato ama-

ble no quiere tener amor por sus dueños antiguos, ni aprender las artes y ciencias que no tienen donde lucir ni cultivar, ni venir a las escuelas donde les enseñan los maestros pagados por aquellos mismos que aplauden y favorecen y aconsejan la persecución y la carnicería. El negro crece, con la fecundidad de los matrimonios pobres, que en la casa tienen el único placer, y ponen en la esposa todo el amor y compañía que les niega el mundo. El hombre ha de crear: ideas o hijos. Crece el negro en el Sur, y el blanco indígena no crece como él ni van al Sur, que sólo por donde toca al Norte resucita, las arribadas de inmigrantes blancos. Y el blanco del país, antes que verse dominado por el negro o mezclarse con él de hembra o varón, decide exterminarlo, espantarlo, echarlo de la comarca como al zorro.

¿A qué la escuela donde le enseñan que nació para siervo por el castigo del color, y que jamás podrá gozar en su suelo nativo de los derechos plenos del hombre? ¿A qué el seminario donde enseñan que Dios sentará a todos los hombres a su lado por igual, si los ministros



blancos de Dios son más que Dios mismo y van contra su ley, y no quieren sentarse al lado de los ministros negros? De una parte se agrupan los negros, ya más cultos, con el amparo de los republicanos del Norte, que so capa de defenderlos, se valen de esta justicia para abogar ante el Congreso por una ley que les asegure el voto de los Estados del Sur, hasta hoy demócratas. Surge de nuevo, aunque no se la quisiera ver, la cólera del Sur contra el Norte. Entra por mucho en esta ira contra los negros el que el Sur blanco ve en ellos el instrumento de que el Norte se vale para quitarle, con la cubierta de la ley federal en amparo del voto de los emancipados, la libertad política. Sin este veneno del Norte, sin este miedo de los republicanos a perder el poder de que usan en lo interior y exterior como vencedores en tierra de conquista, vendrían a arreglar por la fuerza natural, por el poder de la vida común, por la labor de la conciencia, facilitada por la cultura creciente del emancipado, lo que hoy se está disponiendo como para campaña mortal. Eso dice Lee, el gobernador soberbio de Virginia, que de los negros todos haría una llamarada. Esto dicen los negros de las iglesias, juntas ahora en convención.

Eso dijeron con el fuego de Harrison, las mujeres y sacerdotes de Boston que celebraron este septiembre el aniversario de la proclamación de Lincoln. La leyó un negro joven, con voz

que vibraba en el aire como el eco de un martillazo sobre acero.

La asamblea, al acabarse la lectura, sollozaba y oraba. Una mujer blanca, de lo mejor de la ciudad, entonó el canto de los esclavos a su amo bueno, y los oyentes cayeron de rodillas. Whittier, el cuáquero, el poeta de la abolición, mandó versos como antes. Butler, ejemplo de la ineficacia del genio inmoral, habló asuntos viriles en memoria de Wendell Phillips, «el gran orador y héroe moral del país». Douglass, el mulato elocuente que enloqueció hace veinte años las asambleas abolicionistas, envió una carta donde se ven correr las lágrimas por el rostro de bronce, y mesarse con las manos frías de espanto la cabellera leonina.

Curtis les escribió, el que pronunció el elogio fúnebre de Wendell Phillips. Y abrió la ceremonia el mismo sacerdote que ofició en el entierro de John Brown.

Menos turbulenta ha sido en Nueva York la convención de los clérigos protestantes, y en ella se ha visto que los pastores de hoy ya no son aquellos levitas de rostro nacarino que iban de casa en casa tomando té y budín, y poniendo un versículo de Job sobre las heridas matrimoniales; sino hombres nuevos que saben de Haeckel<sup>1620</sup> y Faraday, y ven la religión como freno social más que como dogma. «Ocupemos la imaginación», dicen, en las cosas nobles; por-

que de ocuparse ha, y más que en nadie, en la mujer rica, expuesta a la tentación de la pereza. La beldad moral hay que enseñarla, y hay que hacerla amable, porque no está tan a los ojos, ni da placeres tan inmediatos como la beldad física.

Hay que ponerle sangre de conciertos, de bazares, de honores públicos, de autoridad ostentosa, a la beldad moral, de modo que las vanidades de las criaturas hallen satisfacción y empleo en los trabajos nobles del espíritu. A la vanidad hay que emplearla porque no se la puede destruir.

A la imaginación hay que tenerla entretenida, porque en la soledad se enferma y agiganta. «¡Levántate, tú que tienes pena, y visita a los pobres! ¡Niña que ya quieres amar, pon en el canto, en la caridad elegante y visible, la pasión desocupada que se echará, si no, a los brazos del primer ojimeleso o salteador de salas! ¡Matrona perezosa, ten junta de beneficencia o escuela de costura, a la hora tórrida del mediodía propicia a los amantes!»

Y los sacerdotes hablan de eso más que de los artículos de la fe. Creen que la Iglesia ha de adelantar y de cambiar de forma.

No la administran ya como panacea divina, sino como gobierno de las fuerzas espirituales.

Hasta en el vestir, y el andar se les conoce el concepto nuevo de la Iglesia. Ya no van dos a dos, hablándose en el cuello vo-

lante de la camisa de corbatín, y secándose los sudores con la bandana colorada. Ya salen de la asamblea en grupos, discutiendo y riendo. El perfil es fino, porque el pensar en cosas altas y bellas da elegancia al cuerpo y al rostro hermosa. El rostro tiene, porque aún llevan el alma en claustro, la palidez claustral. Pero son vivos los pasos y los ademanes; despachan de pie a los recaderos que les traen cartas, recibos, circulares, citas; son como empresarios de parroquia, con escuelas y talleres, y clubs de visita a los menesterosos, y parejas de la policía del amor, que van por las calles y casas viendo donde hay desdicha de esa más cruel, que se esconde para morir, como los indios, a oscuras y callada.

Otra convención notable ha sido la de los banqueros, no porque en ella hubo el cambio usual de prácticas y casos nuevos, ni porque añadieron modos de precaverse de los fraudes y del abuso de los que viven escalonando cheques, que paran en que alguien pierda el cheque final, sin utilidad alguna para el banco, sino porque el presidente de uno de los bancos de Nueva York propuso un modo de asegurar a la plata el mercado del gobierno, que ahora compra por valor de dos millones de pesos al mes, los cuales va echando sobre el Tesoro henchido, y con la proposición podría comprar hasta cuatro millones, sin que en el Tesoro se acumulasen tan-

to, porque cada año debería el gobierno cancelar tantos pesos de papel moneda cuanto excediese el valor corriente de la plata acuñada en el año al del papel que en el año hubiese entrado en el Tesoro. Lo de la plata es cuestión viva; y para la América más, porque los Estados Unidos quieren venderle por un peso de oro el peso de plata que les cuesta setenta y cinco centavos.

Pero es de saber que, fuera de los Estados mineros, no ha hallado amigos la propuesta, porque la plata es incómoda y fluctuante, aunque la escasez del oro y la inseguridad del papel la hagan necesaria para el depósito de reserva y los cambios menores. Y como no hay razón para temer que el gobierno se quede sin metales con que cubrir su papel moneda, o sin el crédito que sin reserva de metal bastaría hoy a sostener el papel; a éste se prefiere, por útil y fácil, y aun por más fijo en su mismo valor convencional, puesto que se tiene por más constante el crédito del gobierno que el valor de la plata. ¡Luego se verá, cuando el gobierno se venga abajo, como estuvo para venirse cuando la guerra con el Sur, y no tenga el papel metales en que descansar! Eso dice el comerciante del día, que no ve más que su seguridad de hoy. Pero el estadista prevé,—y si se nos enturbia el agua de rosas, ¿no será mejor tener la moneda de plata, que siempre ha de valer sus tres cuartos de lo que

representa, y lo vale en todas partes más o menos, que la moneda de papel, que puede quedarse sin valor, y no hallar curso más que en el país? Las estrellas se vienen abajo, y el crédito del gobierno puede caer también. Ni demasiada plata, ni papel excesivo. El papel es como el crédito, que ayuda a los negocios; pero no se puede hacer negocios a crédito puro. ¡Mejor es no fabricar, que fabricar sobre viento, porque se viene la fábrica a tierra, y nos cae encima!»

De otra cosa hablaron en la convención de los banqueros, y habla mucho el país. Hablaron del jurado del Yves, aquel que con la complicidad de un banco amigo, compraba acciones de un ferrocarril con un cheque certificado de mera confianza por el banco, y con el producto de la hipoteca de las acciones cubría el cheque, hasta que con estas y otras habilidades quebró por quince millones de pesos: el jurado, por dos votos de los doce, no pudo llegar a avenimiento; e Yves vuelve a las tumbas a que lo olviden: «dos jurados, dice un diario, le han sido útiles a Yves como los doce». Hablaron de la plata que viene de México, y el derecho que le cobran contra lo que manda la ley, aunque la voluntad de los mineros es que se le cobre, lo mismo que por el plomo, que está entrando sin pagar; aunque a eso se oponen los que no tienen plomo, ni plata, y ven que por proteger la minería padecen todas las demás industrias del

país, porque México ha tomado su desquite enseguida, poniendo impuesto especial a todo lo que entre de los Estados Unidos: «buena manera de atraerse a México», dice el *Evening Post*, «ahora que trata el Congreso de Panamérica de hacerle comprar todo lo que producimos!»

Pero de lo que habló más la convención fue de la compra mayor que hasta ahora hayan hecho los ingleses en los Estados Unidos. «¡Queremos echar a los ingleses de la América española; y se nos están entrando de cuerpo entero por nuestra propia casa!»: «¡esto tiene algo, dice uno, de pantomima de Reveles! siempre sale el payaso de debajo de la mesa». Ya habían comprado los ingleses las cervecerías mayores de Nueva York; y ahora, con un capital de 50 000 000 de pesos, han comprado casi todas las que quedaban en Nueva York y el resto del país, y los famosos graneros de Minneapolis, y los molinos. Hay otra compañía que anda comprando con 37 500 000 pesos. Para que no les echen encima una ley contra ligas de capital, o ligas de industria, a cada empresa la manejan por sí, bajo ente legal distinto.

De Chicago y de Nueva York son los abogados que les aconsejan el modo de evadir la ley presente y la futura. La compañía de los cincuenta millones, es la «City Contract Company», de Londres, y la de los treinta y siete es la «Trustees and Executors Company». De la de los cincuenta es presidente el corregi-

dor de Londres. Vienen sin que se les sienta venir. Primero piden a sus agentes listas de las empresas apetecibles. Luego ajustan con los poseedores un contrato que llaman opcional, aunque no lo es, porque por él se obliga el dueño a vender a tal fecha en una suma fija, y con el contrato va una historia de la empresa en los últimos diez años, y una suma que el dueño pone aparte para cubrir los gastos de investigación que haga la compañía compradora. Después vienen de Inglaterra contadores peritos, a ver por sí las cuentas de la empresa, y con lo que ellos dicen da su parecer la comisión de informes sobre compras. La compañía decide, allá en Londres. Y siguen comprando por donde el país crece; molinos en Dakota, minas de hierro en Michigan, cervecerías en Nueva York, graneros en Illinois, en Texas ranchos repletos de ganado.

En lo más de aquellos Estados del Noroeste se habla alemán con tanto exceso, que es caso ya de pena enseñar en las escuelas alemán, como se hacía antes, porque se notó que no entraban en el alma del país los Estados nuevos, sino eran como naciones distintas dentro de la nación, que de ella vivían e influían en ella, sin pagar el influjo con lo que se ha de dar en pago, que es el interés de hijo por el pueblo de quien se recibe la vida: ¿qué ha de hacer un país que ha echado a andar, si una de las ruedas se va de otra parte, y

todas no están hechas de manera que salgan andando a la misma voz?: nadie tiene el derecho de vivir en un país para perturbarlo; ni porque se recibe de un pueblo la libertad y el bienestar, la corona de hombre y la herencia acumulada de los siglos, hay razón para clavarle en el costado, como puñales, los odios de cuya ira se han hallado en él abrigo. ¡Es como envenenar el agua del que nos sienta a su mesa!

En Nueva York se venía notando cosa igual, a punto que en las escuelas se enseñaba el alemán como de obligación, y en política y arte y comercio se vio que venía muy deprimida el germanismo, echando por sobre la borda cuanto no era *vergiss-mein-nicht*<sup>621</sup> lo cual puso en miedo a los que comercian con el voto de las masas extranjeras de la ciudad, a la gente irlandesa, que entró en celos, y a los de alma de raíz, que quisieran no ver caer de los hombros de la República la capa de peregrino del capitán Miles Standish. De éstos y del influjo irlandés parece venir el voto de los informadores que nombró la junta de educación para ver si se debía estudiar en las escuelas lo que se estudia ahora, y si era juicioso, cuando con el inglés se va tan lejos, enseñar tanto alemán en tierra que no ha de ser alemana: y los informadores dicen que en las escuelas públicas de primeras letras no se debe enseñar más alemán, sobre que en realidad no se le enseña, como tantas otras cosas que en esto de



escuelas parecen ser y no son, puesto que en todo el año dan sesenta y seis horas a la clase alemana, y no hay modo de que con este engaño aprendan la lengua: «como disciplina mental», dice el informe, «nuestro inglés es mejor, porque no piensa en volutas, ni baja sobre el pensamiento como Júpiter sobre Ío, envuelto en humo». Sobre eso ha habido debate.

Y han dado novedad a la prensa las noticias menores. Que en Boston hay un colegio de medicina, dispuesto en la apariencia como lo manda la ley, aunque no tiene más maestros que los que venden diplomas a sesenta pesos, ni más discípulos que los que se los compran, sin más formalidad que la de mandarles, por vía de examen, una tesis escrita.

Que está ya casi perfecto el cañón de dinamita de Haskell, que recibe varias cargas a la vez. Que prospera en los salones de Cooper la institución nueva de los debates sobre asuntos de la nación, en que hablan mujeres y hombres de mente liberal, como el abolicionista Redpath y la fisiócrata Leonard.<sup>622</sup> y puede hablar libremente todo el que traiga algo que decir, sin más que pagar, como los que entran de oyentes, cinco centavos por debate al portero del salón. Que en Mobile, tres mocetones, de pañuelo colorado por la barba, robaron a boca de pistola un tren. El maquinista paró el tren donde quisieron: el correo les dio los bultos certificados: el de la carga les dejó llevar tres mil

pesos: y huyeron libres, a caballo. Pero de esas noticias, lo más comentado ha sido el matrimonio de uno de los hijos de Blaine, el Secretario de Estado, con la hija de McCormick, el millonario de Chicago. Fue en Richfield Springs el matrimonio, y el pueblo estaba de guirnaldas y banderas, porque los McCormick tienen allí mucho poder, y no los ve mal la gente de trabajo. La iglesia estaba colmada de enredaderas, prendidas con flores: de plátanos el presbiterio: de lirios el altar: y por entre todo, con luz como de ojos, las luces eléctricas. El público era de millones. Los ujieres de la boda llevaban del brazo a su asiento a los huéspedes distinguidos. La novia entró del brazo de un hermano del novio: iba de seda y *valenciennes*, con una cruz de brillantes al pecho; el órgano tocaba la marcha de *Lo-hengrin*.

En la mesa pusieron de adorno, en una esquina, un salmón «a la Emmons», en medio de un estanque donde nadaban peces vivos: en el otro había uno como árbol de pavos, y en las ramas codornices con las alas abiertas «a la Anita».

Los regalos fueron de plata y oro. A esa misma hora salía de una casa de salud, tendida sin conocimiento en una ambulancia negra, la esposa pobre de otro hijo de Blaine.

Pero lo primero que ahora se busca en los diarios, aun por los menos curiosos, es la columna donde están las cartas libres de

los que dan «ideas nuevas» para la exposición. Ya está el sitio escogido por donde cierra el Parque Central. Si es en Nueva York la exposición de 1892, allí se hará. Cuentan que hay pecado, y que la elección del sitio ha sido para dar valor a las tierras desocupadas de las cercanías: pero no parece en verdad que haya para la «gran feria» lugar más ventajoso que aquel donde paran las vías todas y se juntan, al pie de una región de bosques y collados, los dos ríos.

Para seguir en las labores de preparación, un banquero que cuando peón iba de cuadrilla con la tina de lata al brazo, ha dado veinticinco mil pesos: es el demócrata Flower, que quiere ser gobernador del Estado. Los caballeros de coche están de enojos, y los diarios de a tres centavos no quieren que sea en el Parque la exposición; pero la ciudad está con los diarios de a dos centavos, que dicen que el Parque no ha de desmerecer porque lo pisen los pobres que lo pagan. Y los diarios de a tres vienen despacio a la idea, y hablan de ella poco. Los de a dos sólo hablan de eso y son los que publican las «ideas nuevas». Uno quiere que se levante una torre más alta que la de Eiffel, de acero y cristal; otro que a la torre le pongan alrededor, como una guirnalda, un camino resbaladizo, por donde el tobogán baje suavemente entre la frontera de hierro que ha de imitar las plantas de todos los climas con la fruta y la flor de luces eléctricas.



cas y colores como los naturales; otro dice que no ha de haber torre, sino que los mil pies han de ser hacia lo hondo y no hacia el cielo, con estaciones según se vaya bajando en la cueva húmeda, hasta palpar lo que tiene la tierra en las entrañas.

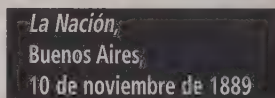
Cuál aconseja que se manden hacer, sin que les falte obenque ni cofa, las tres carabelas de Colón, y entren el día de la feria por el río Norte arriba y detrás con los marineros en las vergas, todos los barcos del mundo: cuál dice que se han de

hacer las carabelas, pero en miniatura, y como grupo central de la primera taza de una enorme fuente central, por donde en los ascensores se baje de noche y suba, viendo cómo cae de lo alto el agua de mil colores.

Otros quieren puentes aéreos, o una esfera de cristal, girando en lo alto entre cuatro soportes colosales: o un edificio de forma de huevo, en memoria de la anécdota de Colón: o un jardín aéreo que flote sobre globos. Quiere otro un puente colgante, que arranque del este de uno de

los ríos y muerda en la otra banda del río opuesto pasando por encima de Nueva York. Y uno propone que se levante un asta de bandera de hierro, hueco en lo interior, para bajar y subir, y se enarbole la bandera en las nubes.

José Martí



[OC, t. 12, pp. 333-343]

248

## El Congreso de Washington

La excursión en el tren palacio.-Batalla preliminar.-  
Actitud de los delegados argentinos.-Blaine,  
presidente.-Bastidores y detalles de la elección.-  
La sesión inaugural.-Las comidas oficiales.-  
El tren palacio.

Nueva York,  
octubre 4 de 1889

Señor Director de  
*La Nación*

SE ABRE el *Mail and Express*, el diario vespertino de los republicanos de Nueva York, y se lee: los «huéspedes que vie-

nen a seguir nuestra guía; la alianza que hemos solicitado y que vienen a ajustar nuestros huéspedes».

Se abre el *Herald*, y se lee: «Es un tanto curiosa la idea de echar a andar en ferrocarril, para que vean cómo machacamos el hierro y hacemos zapatos, a veintisiete diplomáticos, y hombres de marca, de países

donde no se acaba de nacer». Se abre el *Post*, y se lee: «el discurso de Blaine, lleno de evasivas sonoras». El *Tribune* dice: «ha llegado la hora de hacer sentir nuestra influencia en América: el aplauso de los delegados al discurso de Blaine fue una ovación». Dice el *Star*: «el congreso americano de Blaine». Y el *Sun* dice: «Están vendidos a los ingleses estos sudamericanos que se le oponen a Blaine». El tren palacio ha empezado, en tanto, a rodar en su camino de cinco mil cuatrocientas seis millas. De Washington a West Point, a ver lo militar, lo grave de los centine-

las, lo austero de la disciplina: a Boston, a ver letrados y monumentos; a Portland, a ver cosas de mar: por las fábricas de New Haven y Hartford y Springfield, por la ciudad política de Albany; al Niágara, a templar para la grandeza el espíritu: en Buffalo verán las ferrierías y las balsas de madera, y el comercio del lago; en Cleveland los pozos de petróleo; en Detroit los molinos y los hornos de cobre, y los talleres en Grand Rapids: pasarán por South-Sout, centro de los caminos, en Indiana: en Chicago visitarán los graneros; en Milwaukee y St. Paul y Minneapolis, todo lo del trigo y lo de la cerveza; en Omaha verán la capital del comercio de ríos; en San Luis «el jardín del mundo», la primera ciudad harinera, término de veinte días: en Indianápolis, la cruz de los ferrocarriles, semillero de industrias, y de políticos, y de abogados: en Louisville, el tabaco; los corrales y mataderos en Cécinnati;<sup>a</sup> en Pittsburgh el hierro bruto y el carbón, leguas de hierro, montes de carbón: y en Filadelfia, donde la excursión acaba, las fábricas de cuero y los tejidos y el hierro, y la Casa Pública, con los corredores sombríos y las razas del mundo en las cariátides de mármol. Del cinco de octubre al once de noviembre habrán vivido los delegados en ferrocarril,<sup>b</sup> en ferias, en convivialidades. Filadelfia, la de las manufacturas, les prepara festejos suntuosos. «Los huéspedes de esta excursión», dice el itine-

rio oficial, «estarán libres de todo gasto».

Pero antes de empezar la gira quedó el congreso ceremoniosamente abierto en Washington. Ya ha habido esgrima, intriga, calumnia. Ya tiene el presidente el congreso. Ya tuvo un día de quehaceres oficiales. En los corredores del Arlington no se oía más que español: se quejaba uno del hotel: despedía otro con decoro a un negociante intruso: se buscaban otros con los ojos, como hermanos; otros,<sup>c</sup> recelosos, creían ver un compromiso en el saludo: entraba Curtis, que de secretario se queda, aunque no place a Colombia: salía Trescott, cerebro de la Secretaría de Estado, delegado al congreso por los Estados Unidos, señalado de antemano para la presidencia. Los negros van y vienen, diez para cada huésped, cepillo en mano.

En la casa cercana de Wal-lach, donde se va el congreso a reunir, se juntaron los delegados<sup>d</sup> para irse conociendo.

A solas a esa hora, daba la ley Blaine en la secretaría a los diez delegados de los Estados Unidos que han de votar como uno. Pero ya entre los delegados de la otra América se sabía que Trescott no iba a ser el presidente.

¿Presidente nuestro, decían los diez, el que vendió a los confederados los papeles de la Secretaría cuando era Subsecretario de Estado? Blaine, que no es delegado, fue el propuesto. ¿Qué pasó en la sesión secreta de los delegados del Centro y

del Sur? Toda la tarde estuvieron en debate; comieron agitados y de prisa: en el debate les sorprendió la medianoche. Al otro día, a las doce, fue la delegación en masa a la Secretaría de Estado. En la sala diplomática los esperaba, de pie, un hombre pálido, de ojo incisivo y cabello a la frente, de sonrisa imperial y mano suave. Y en el primer fulgor empezó su discurso, el discurso de la sentencia maravillosa, del *Mail and Express*, el discurso de las sonoras evasivas del *Evening Post*, «Poder, comunicaciones mas rápidas»: esto se oye dos veces, dicho en forma distinta, como para que quede en los que oyen, como queda en los que entran en un cielo nuevo la imagen de la primer ave que ven volar por él. Hay arte así: arte de ave. Lo que del discurso maravilla no es la grandeza, que no la hay, sino la prudencia, y el modo sutil de responder a las objeciones previstas contra la persona del que habla, que no es el de salirles al frente, sino el de decir lo opuesto de lo que se espera,<sup>e</sup> que a nadie se ha de engañar en el congreso. Que no ha de haber con nadie secreta inteligencia. Que en paz y sinceridad se juntan las diez y siete repúblicas. Y todo firme, insinuante, abierto, con cierto aire de fiera

a. En LN: «Cincinnati».

b. Se añade coma.

c. Se añade coma.

d. En LN, coma.

e. Se añade coma.

contenida, que es un modo de conquistar<sup>a</sup> con las palabras, y de quedar como rey y alma mayor ante las gentes débiles.

Cuanto podía hacerlo amable dijo. Rebanó del discurso cuanto confirmase lo que se pudiera temer de él. Del encanto de su persona fue de lo que quiso dejar impresión duradera. Con un gesto magnánimo de la mano derecha ofreció el país, en la última frase de su discurso, como «bienvenida de americanos a americanos». Y desapareció por una puerta a la espalda, en el eco de su voz: El *Tribune* es quien dice que el aplauso fue espontáneo, largo, nutrido. De Blaine es el *Tribune*.

Y comenzó entonces la sesión oficial. Elige el congreso por presidente temporal a Henderson, el que preside por nombramiento de la Secretaría de Estado, la delegación de los Estados Unidos. Dice Henderson las suavidades naturales. Habla con empeño sobre las hermosuras de la excursión.

En todas partes les van a recibir con los brazos abiertos. Nombra a la junta de organización:—Romero, el ministro de México;<sup>b</sup> Lafayette Rodríguez,<sup>c</sup> del Brasil; Nin, del Uruguay; Guzmán, de Nicaragua; Hurtado, de Colombia. A los pocos instantes, volvió la junta con los resultados de su deliberación: de la deliberación secreta de ayer: a Blaine propone para presidente del congreso. Nombra Henderson una comisión que traiga a la silla al presidente.

Bliss, de Nueva York; Hurtado, de Colombia; Aragón, de Costa Rica; Zegarra, del Perú; Velarde, de Bolivia. Mientras vienen, se acuerda nombrar una comisión que reparta en subcomisiones los trabajos del congreso: se acuerda que, en la ausencia del presidente, presida en turno las sesiones, elegido por suerte, uno de los delegados: se acuerda dar las gracias al Presidente de los Estados Unidos por la excursión con que obsequia al congreso. Entra Blaine, y desde la silla presidencial, marcando con los ojos el influjo que no quiere poner en la voz, declara la sesión en receso hasta el diez y ocho de noviembre. Los carruajes esperan a la puerta. El *lunch*<sup>d</sup> está servido en la Casa Blanca. Y fue *lunch* cortés.

El gabinete estaba con sus damas. Vestía traje salmón la esposa del presidente. Eran jardines del trópico los tres salones, con palmas, con magueyes, con cactus de México; el salón azul era una gruta de palmas: en la mesa, la América, de flores rojas. Y las ostras del país, y el guayabate dulce de México. Champaña en una bandeja y en la otra vino de Parras. El Brasil, de uniforme.

Por la noche fue la comida suntuosa, en el hotel donde Blaine vive, en espera de que le acaben la casa.

La mesa en cuadro, y en el centro un jardín tropical: la magnolia en botón, la begonia de pintada hoja, el jazmín doble de Malabar, el florón lila de las

azaleas.<sup>e</sup> Y por la mesa, piñas de luces eléctricas, con pantallas de colores. De afuera, con dulce música, los himnos de las repúblicas americanas. De pie Blaine, cerró la comida con este único brindis: «¡A la amistad perpetua y a la prosperidad de todos los Estados americanos!»

Ya andaba en las calles impresa, a la salida de los huéspedes, la relación excesiva del debate secreto. Eran, pues, ciertos los rumores del día. No habían pasado<sup>f</sup> inadvertidos los movimientos y las ansias de los anfitriones para los huéspedes recién llegados. Lo que de privado se dice en los círculos del país, parecían saberlo ellos. Que Blaine toma por suya, como su idea y creación, la conferencia, y para sí quiere, y no quiere para los demás, el triunfo que espera de ella. Que por dentro tiene servidores, y por fuera látigos. Que Harrison no ve con malos ojos la extensión del poder del norte, pero no quiere que Blaine use como instrumento suyo y derecho mayor a la presidencia que viene, el congreso en que el interés de la nación ha de estar por encima del de Blaine. Que Blaine puso a Trescott<sup>g</sup> de candidato para la presidencia del congreso, porque de seguro el

a. En LN: «coquetear».

b. En LN siempre: «Méjico».

c. Se añade coma.

d. Errata en LN: «azalses».

e. Errata en LN: «lonche».

f. En LN, coma.

g. En LN: «Trescott».

país no lo había de permitir, como no lo permitió, así que la candidatura vacante a última hora, había de caer en Blaine, que parecía no apetecerla. Que el afán de Blaine estaba patente en el empeño con que de días atrás venía la prensa que lo favorece insistiendo en que la presidencia de todos los congresos internacionales, del de Panamá en 1826, del de Lima en 1827, del de 1856 en París, de los de Berlín y Constantinopla en 1878, había sido del Secretario de<sup>a</sup> Estado del país que convocó al congreso. Que a Henderson, el candidato de Harrison, lo sacó hábilmente Blaine con la competencia con la candidatura de Trescott, superior a Henderson en lenguas y diplomacia. Que tenía los lebreles preparados el secretario para que cayesen sobre cuantos, del país o de afuera, le estorbasen la candidatura.

Y en la relación del periódico se daba por cierta la versión del día. «El congreso de M. Blaine», decía, se ha inaugurado con una tormenta. En enérgico castellano protestó Chile, por boca del ministro Varas, contra el conato de poner de presidente a Blaine, en un congreso de que Blaine no es miembro: Chile cree indecoroso y ridículo que se dé semejante carácter, de coro de persona, a un concierto de naciones». «Roque Sáenz

Peña y Manuel Quintana», de la Argentina, dice el diario, «y Varas y Alfonso,<sup>b</sup> de Chile,<sup>c</sup> capitanearon el ataque contra Blaine, con la simpatía y ayuda de muchos otros delegados». «Momento hubo», continúa el relato, «en que se vio cerca el peligro de que las delegaciones hostiles a Blaine se retirasen, desde aquella sesión previa, del congreso». Asomaron, dicen, obligaciones disimuladas. Callaron, cuentan, por temor los que por la mucha cercanía o la esperanza de caudales, no tienen las manos libres en las deliberaciones. Un diario publica que, al salir del debate agitado, muchos miembros del congreso proclamaban<sup>d</sup> que no asistirían al día siguiente a la sesión inaugural. Otro periódico, casi todos, anunciaron que la Argentina y Chile se separaban del congreso. «No es cierto, dice el *Post*, que se separen sino que Chile no ve con ojos serenos que presida donde él se sienta el que le quiso privar, con su política de negocios, del bien que tiene Chile por suyo: y la Argentina creyó que debía pensar como él; pero cedieron ambos cortésmente a la mayoría del congreso». Son acá levadura viva los celos de Inglaterra, y el *Sun* maligno, aliado demócrata de Blaine, denuncia a los que se le opusieron en la sesión como

«empleados e instrumentos de Inglaterra». El tren palacio está rodando ya de vuelta de West Point: lleva siete coches, y uno con baño y barbería y biblioteca y salón de beber, y otro con comedor de cocina francesa y cinco criados, y otro con la prensa y la electricidad y cinco para habitación de los viajeros, con el criado al pie, y el colchón de plumas, y la luz eléctrica a la cabecera: la máquina es maravilla, por ligera y segura, y da el calor, y mueve los frenos: no mudaron de carros en las cinco mil cuatrocientas seis millas los viajeros, ni hubo tren palacio más cómodo y ostentoso. En él no van ni la Argentina, ni México, ni Chile, ni Lafayette Rodríguez, ni Bolivia. Era largo el viaje para los delegados. Se han quedado en Washington.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
14 de noviembre de 1889

[Mf. en CEM]

- a. En LN: «del».
- b. Se añade coma.
- c. Se añade coma.
- d. En LN dos puntos.



# En los Estados Unidos

Universidad sin metafísica.-Las mujeres electoras.-  
Empleos y tarifas.-Política yanqui<sup>a</sup> en Haití.-  
Relaciones con México.-Intereses privados y  
política internacional.-La convención de las lanas.-  
El discurso de Blaine.

Nueva York,  
30 de octubre de 1889

Señor Director de  
*La Nación*

**Y**A ES LA UNIVERSIDAD de Clark que se abre, en el corazón puritano de Massachusetts, para enseñar como lo manda el mundo nuevo, sin poner unas metafísicas en vez de otras, ni sustituir la infalibilidad de la secta con la infalibilidad científica, ni enfajar el espíritu del estudiante con las preocupaciones y odios de la secta religiosa: «hombres que-remos, que conozcan las fuerzas de la tierra y las sepan mover: no queremos momias vivas: profesores de a cuatro mil pesos queremos, que no anden de canónigos por las aulas, haciendo el trabajo de cuatrocientos pesos, sino que transmitan con el sudor de su frente lo que saben, y den resultados en

vez de métodos, y enseñanza real que merezca los cuatro mil pesos».

«Esto no es una chulpa,<sup>623</sup> decía otro orador, donde se ande de puntillas para que no se despierten las ideas: ésta ha de ser una excursión ordenada por la tierra, transformable y trabajadora; nadie que tenga ojos en la mente nos acusará de inmorales ni de irreligiosos: se ha mudado de templo, y el de ahora es la naturaleza, donde los árboles cantan y hacen de turíbulo con su vapor y sus aromas, cuando la luz oficia de sacerdote en el cielo: se ha ensanchado el templo, porque la religión nueva, que a todas las comprende y reúne, no cabe en el templo de una religión sola: la religión es ahora más que un credo, porque es un himno: ¿y la moral qué es más que el orden en la vida, impuesto dulcemente al hombre libre por el gusto que deja el obrar bien, y por el conocimiento del orden del mundo?

Un sabio llora, si medita media hora, en una flor, los picaflores del saber, el rebaño, los ecos son de los que andan de descreídos por el mundo, con togas recortadas de las últimas novedades de la librería, asomando la cabeza liliputiense entre un Müller sin abrir y un Dollíngar a medio hojear, como entre dos vísceras: no hay que estar a lo que dice el sabio cuando anda, absorto entre la maravilla, por las oscuridades del detalle, sino cuando con las llaves que saca de él sale al sol claro y religioso a abrir la vida: se ha echado abajo un mundo escolástico, ¿y vamos a fundar otro?: la primera libertad, base de todas, es la de la mente: el profesor no ha de ser un molde donde los alumnos echan la inteligencia y el carácter, para salir con sus lobanillos y jorobas, sino un guía honrado, que enseña de buena fe lo que hay que ver, y explica su pro lo mismo que el de sus enemigos, para que se le fortalezca el carácter de hombre al alumno, que es la flor que no se ha de secar en el herbario de las uni-

a. En LN: «yankee».

versidades. «El mundo en su orden, la vida en su plenitud, y la ciencia en sus aplicaciones.» Y estas cosas y otras se decían en el corazón de Massachusetts, donde van cayendo los colegios de secta; y los jóvenes se resisten a creer que el cielo baje de noche, como en tiempos de Troya, a azuzar a la pelea a episcopales y presbiterianos. «Tanto como sabemos, decía un graduado, y no podemos decir a nuestros hijos por qué anda una máquina de vapor! ¡Nos han estado enseñando, para vivir de la tierra, el gas y la espuma!» Gente canosa, y de las universidades viejas, estaba en la fiesta de la de Clark, la universidad física, en la que ninguna metafísica se ha de enseñar, ni la de la ideología, ni la de la ciencia.

Ya es, allá por Dakota, la primera elección, de Estado nuevo, para elegir capital, y ver qué partido manda, y si se debe vender licor en el Estado, o se le han de cerrar las puertas al veneno. Eso era la novedad.

Los votos, como que estos Estados nacen en hombros de corporaciones poderosas, estaban de compra y venta, según los intereses de las corporaciones rivales, y el influjo de las que tienen por la garganta a los votantes, con lo que les han adelantado sobre sus empresas y tierras. Lo real en el voto fue la pelea por la ciudad capital, y el empeño de la mujer en que se levante el Estado sobre el hogar, y no sobre la taberna. Desde los claros del día, arrebujadas en

sus mantones, fueron llegando a las casillas las matronas. No eran, como cuando la pelea religiosa de Boston, damas de rizos canos y gorra de seda; que iban en coche, con sus hijas sabidillas y de elocuente sonreír, a sacar «la tiranía católica» de las escuelas; sino mujeres de labor, de mano recia, viudas y esposas, que padecen del ebrio, y ven venir de noche, babeando y en cuatro pies, al padre de sus hijos, y detrás, lleno de cerveza, al hijo hediondo. En grupo, las infelices cercaban las casas de votar. Una llevaba un estandarte: «¡Votad por Dios, por el hogar y por la salvación de la tierra en que nacimos!» Otro estandarte decía: «¡Votad por las criaturas!» Otras salían al paso del que llegaba, le enseñaban sus hijos mal vestidos, le agarraban de la solapa, como para que no se les escapase, le prendían al pecho un letrero, impreso en calicó: «¡Yo no quiero ver entrar en mi casa ebrio a un hijo!» Y por las calles iba cantando un canto, «Contra el *rum*», una procesión de niños. Vencieron los del licor.

Ya es el clarín de la reforma que llena el aire de Boston, y con el discurso elegante y cincelado del «orador de plata», de George William Curtis, echa en cara al Partido Republicano, que nació para preservar la Unión, para ponerla sobre cimientos de humanidad, el estarla ahora pudriendo con el sistema de repartir como premio político los empleos. «Lo mismo son los demó-

cratas granjeros, y los republicanos granjeros: los empleos han de darse a quien lo merezca, y los que los tengan han de servirlos hasta que los dejen de merecer: el ascenso se ha de dar al que lo gane en el servicio: mejor es que haya una casta experta de oficinistas, que tener inquieta y demoralizada a la nación con la esperanza de «sacarse un empleo», como se saca un premio en la lotería.»

La lotería política empobrece el carácter, como la de los billetes. Y destruye en sus raíces la nación. El empleo es la lepra. El que vive en espera del empleo, va y viene sin trabajar, y es una carga social, como el vagabundo. Esos son los empleómanos, «los cobardes de la vida, los zánganos de la colmena, los mendigos de camisa limpia, los gusanos de la libertad». Y repitió Curtis el anatema del obispo Potter cuando las ceremonias del centenario de la jura:

«¿Qué nos vale el sistema de gobierno más libre del mundo, si con él no hemos levantado más que la riqueza material, a costa de la honradez y la virtud, que son el alma verdadera de la riqueza?»

Curtis es aquel mismo orador, entre apostólico y señorial, de los tiempos de la abolición. Paseó en sus hombros a Lincoln. Fue uno de los padres del Partido Republicano. Y se apartó, no sólo de su partido, cuando la convención republicana nombró de candidato a la presidencia a Blaine: «Me voy—dijo

en su discurso, y en su *Harper's Weekly*,—me voy con los que no precipitan a la guerra a los pueblos amigos para favorecer allá en la América del Sur, sus empresas personales: me voy con quien no tiene empañada su hoja de hombre; soy padre de los republicanos, pero no he de sentarme de codos en la mesa de la picardía, aunque se siente en ella mi hijo: antes con el honor, que con mi hijo.» Le han llamado hongo y fariseo.

Pero lo que él dice, queda clavado en el aire, luciendo como las estrellas. Y en los Estados todos crece el partido de la reforma: De Fremont, con el «suelo libre» que obtuvo unos cuantos votos, ¿no fuimos a Lincoln, que creó de nuevo la nación?

Así iremos de los filisteos de ahora, al partido nuevo, hecho de demócratas y republicanos de honradez, que purifique a tiempo la política corrompida, que imagine un modo de salvar las industrias de su plétora sin echarse sobre las repúblicas, porque me llamo león, a quitarles la libertad, so capa de llevarles el comercio. ¡Mejor una lección merecida, y un poco de pobreza pasajera, que el título de ladrones! Ese es el lenguaje, y no menos. En Missouri y en Arkansas emplean en «paseos de reforma» estas tardes de oro cálido del otoño. Los sábados descansan, y se van a caballo, en vagones, a pie alegre, a oír en Lamonte, a oír en Cassville, a los que mantienen que la salvación,

en esta hora grave en que falta el trabajo, está en traer baratas de afuera las materias necesarias para trabajar, en vivir a menos costo, con leyes que permitan vender lo que se produzca, sin ahuyentar con tentativas de violencia a los compradores,—en reformar la tarifa. Se ensancha el corazón leyendo de esas giras. Un canto ¡y lo acompañan cinco mil voces! La reforma está en himnos, y todos los saben a coro. ¡Quietas, las escopetas que se trajeron los muchachos para cazar las ardillas, mientras habla el orador!

«¡Por el hombre bravo», dicen los oradores, «por el hombre firme que vio en los tiempos, y aconsejó el modo de vivir sin castas, ni odios, en paz con nuestra conciencia y con el mundo!» «¡Por Cleveland, nuestro Presidente para 1892!»—dice, entre ¡hurras! A Cleveland, el senador de Arkansas.<sup>a</sup>

«También Cleveland»—dicen los edecanes del Presidente después de Haití, de Legitime, «también Cleveland permitió esa maldad de entrarse por la tierra ajena a intrigar, a azuzar la discordia, a poner a precio la traición de los rebeldes contra el derecho santo, que ha de comover y detener la ambición a todo hombre justo, el derecho de un pueblo a vivir en la independencia que conquistó con su sangre, y mantiene sin daño del mundo.» Y a eso responden los amigos de Cleveland a media voz; porque está muerto acá en política el que ose decir que no debe cubrir el mundo la sombra

del águila. «¡Al norte, por el Canadá, y al sur por México!» decía un prohombre en un banquete a Grant. Y a lo sumo se puede ir desviando esa ambición; pero el que osase hacerle frente de lleno, se quedaría sin fuerzas para desviarla. Las mejillas son ahora de bronce, y se llora poco en el mundo; pero lo que dijo Legitime al pasar, no podía dejar secos los ojos. Como lo dijo un negro, un oprimido, un vencido, ahí lo echaron, en un rincón del diario, donde no lo viera nadie; pero de labios de hombre salen pocas veces palabras de tanto dolor y hermosura como esas en que echó en cara Legitime a los Estados Unidos el delito de haberle trastornado el país, fomentado la rebelión, ayudado con buques de armas y con armas cuantiosas al general rebelde, porque el gobierno de Haití se negaba a ceder a los Estados Unidos la península de San Nicolás, llave y señora del paso a las Antillas. ¡En las cartillas se debieran poner a América las palabras del negro! Y nadie osó contradecirlo, porque ese mismo día publicaba el diario que habla más de cerca con Blaine estas palabras textuales: «Ahora se nos echa atrás Hipolite, y se niega a darnos la península de San Nicolás, cuando nosotros lo hemos

a. Los tres párrafos a continuación no aparecen en el microfilme. Se sigue la lección de OC, t. 12, pp. 350-351.



puesto en el poder, con nuestras armas y nuestro influjo, para que nos la diera; queremos la península, porque la necesitamos; y si Hipolite no nos la da, los mismos que lo pusieron en el poder, lo echarán de él.»

La península no la ha dado Hipolite, porque dicen sus negros, bien los guerreros del norte, bien los educados en Francia, ya los de lanza, ya los de frac, que todavía les quedan dientes en las encías y en los bosques ramas de árbol. Pero no hace un mes que está de Presidente y ya ha dado concesiones por valor de dieciocho millones de pesos a comerciantes norteamericanos.

Sobre Haití ha habido un escándalo estos días, porque el ministro que manda los Estados Unidos es el mulato Douglass, con las canas al hombro, ex senador, casado con blanca; y va allá a decirles que a los Estados Unidos se les ha de querer y a los republicanos que mandan ahora sobre todo, porque ellos son como los padres del negro, y en sus manos se han de poner los negros de América e ir detrás de ellos si se quieren salvar.

Los oficiales republicanos del buque de guerra en que iba Douglass, se negaron a ir de viaje con él, porque «no podían sentarse a la mesa con un mulato». De los negros necesita ahora mucho el partido republicano, y de parecer que los defiende, para entrarse en las elecciones de los Estados demócratas del Sur, y anularlas

aquí o perturbarlas allá, de modo que impere en pro de los republicanos el voto negro. Ya muchos negros se les van, porque con la cultura aprenden que, en cuanto aspiran a su puesto entero de hombres, los echan atrás los que se sirven de ellos. Lo de Douglass vino a mala hora, cuando los republicanos se preparan, como campeones del negro, a solicitar del Congreso la ley de intervención en el voto blanco del Sur, el voto demócrata. Hubo cambio de comandante en el buque, y cartas que nunca se publicarán, y peticiones de licencia de los oficiales, y Douglass, que ha alquilado la vejez, dice que no hay mayor fineza, ni amigos más tiernos, que aquellos caballeros del buque: que no han ido con él. Para Douglass, no son desconocidas aquellas aguas, porque anduvo ya en ellas hace años, como comisionado de Grant, cuando el plan de la anexión de Santo Domingo.

A aquellos tiempos ha vuelto Santo Domingo ahora, porque está en el asombro de que los Estados Unidos, donde no hay un solo caobo, hayan impuesto derechos de entrada a la caoba, que con cueros, azúcar, y madera de tinte, es todo lo que mandan al Norte los dominicanos. Entienden en Santo Domingo que no se cumple el tratado inútil que los Estados Unidos celebraron con él sobre el azúcar, como que es tanto lo que pueden los azucareros de Luisiana, que el Congreso ha dado como

no hecho el tratado de reciprocidad con México, porque por él hubiera entrado el azúcar libre. La diplomacia ajusta el tratado, y el Congreso lo desobedece. Eso lo entienden; porque hay azúcar en el país, aunque por mantener a precio alto la poca que hay, tenga que pagar el país entero a igual precio toda la que consume. Pero ¿a qué prohibir, como queda prohibida, con un derecho alto, la importación de un fruto peculiar de un pueblo amigo, de un fruto que no se cría en el país donde se importa? Por pura doctrina no puede ser, puesto que en el Norte entran libres los cueros, y el café y otros productos de la otra América que no se crían en los Estados Unidos. ¿Será, dicen en Santo Domingo, por castigarnos en el alimento la viveza con que hemos rechazado la intención de Washington de reabrir el proceso, cerrado por nosotros para siempre, de la bahía de Samaná? «Acaso» dicen, «como aquél es nuestro mercado único, puede ser que nos quieran reducir a la concesión, cerrándonos el mercado.»

O bahía, o hambre.

Pero eso es menos de lo que tiene a México en estos instantes alarmado. Se ha abierto México, con valor templado por la discreción, a las empresas norteamericanas: a ellas, ferrocarriles, minas, carreteras, puentes, comarcas para colonias.

«Creceremos para resistirles», se dijo acaso México, «con la misma fuerza que nos den.»



Obra de arte, de arte triunfante, ha venido siendo la política mexicana por el dar tanto que haya derecho a negar algo, por el dar con franqueza para poder negar sin miedo.

Que ceder tenía el comercio, para no tener que cederles tal vez la libertad. Y como hidalgos les abrió las puertas. Estados enteros ha puesto en sus manos. Sin querer acordarse de Texas, abre a colonos del Norte la Baja California. Una compañía del Norte va a explotar a Chiapas. Tan sincero en el trato ha sido México, y tan claramente postergó el gobierno su interés político al general del país, a la esperanza de salvarlo de una guerra de invasión con un sistema de concesiones prudentes, que renunció el gobierno a gran parte de las rentas aduaneras que lo mantienen en el tratado de reciprocidad que en los Estados Unidos llaman Grant-Trescott. Por él mandaba México al Norte sin derechos sus frutos primos, y el Norte enviaba a México libres aún los productos de aquellas industrias que ya están en México muy adelantadas. «Pero no ha de tenerse pretexto—se dijo acaso México—para justificar una invasión por nuestra resistencia a abrimos al comercio de los Estados Unidos.» El azúcar de Luisiana derrotó en el Congreso el tratado, que no se ha podido cumplir, porque no quiere Luisiana que venga a hacerle competencia el azúcar de México. Ni eso desvió a México de su política,

ni le detuvo la mano en las concesiones al Norte, que de entonces acá han sido de mucho valor. Venía de México sin derechos la plata mineral, mezclada con el plomo. Norteamericanos la traían en sus ferrocarriles: norteamericanos levantaron en la frontera los hornos de derretir: y norteamericanos compraban el plomo abaratado, que antes costaba más de cinco centavos la libra, y llegó a costar poco más de tres. De pronto, manda la Secretaría de Estado que se cobre un derecho de centavo y medio en libra al plomo que venga de México en el mineral de plata. La ley es que cuando haya mezcla en el mineral, pague el metal de que haya más. La plata es más que el plomo en el de México; pero ha mantenido su orden la Secretaría. «Y esto—dicen de México—en los días del congreso panamericano!» Cuando a todos los productos del Norte abren su país, aun en aquellos que le dañan, sorpréndense de que el Norte se les cierre a un producto que le beneficia sus industrias. México impone, en respuesta, un derecho especial a lo que entre en sus puertos bajo bandera de los Estados Unidos, que es mucho más de lo que entra en los Estados Unidos bajo bandera de México. Los Estados Unidos imponen, en respuesta al quite, un derecho de diferencia sobre todo lo que entre en cascos mexicanos.

La querella pública de los intereses diversos ha puesto en

claro, del lado de los Estados Unidos, la razón. Las industrias protegidas pusieron en el poder, con su influjo y sus caudales, al bando proteccionista del Partido Republicano. La industria del plomo ha dicho en la prensa que ella sola, los mineros solos de Dakota y Oregón, de Washington y Colorado, de Idaho y Montana, levantaron de una vez doscientos cincuenta mil pesos para ayudar a la elección de Harrison en el este, y en su noroeste lograron rebajar o vencer a peso vivo las mayorías de Cleveland, en venganza del silencio con que Cleveland contestó la petición que los del plomo le hacían para que perturbase por su interés el comercio creciente, y provechoso para los demás intereses de Norteamérica con una nación amiga. Y en el contrato con los republicanos, de dinero para la elección en cambio de derecho prohibitivo contra el plomo de México, dicen los mineros que los republicanos han dejado sus ofertas sin cumplir, porque el Secretario de Hacienda, Windom,<sup>624</sup> que es ala y criatura de Blaine, no quería ofender al gobierno de México hasta no tener de él segura la prórroga de la concesión; y la subvención que tiene de México solicitada el ferrocarril de Topolobambo,<sup>625</sup> que será famoso, y del que es Windom alma y presidente. De eso acusan a Windom sus copartidarios, y de estar en convenio íntimo con el norteamericano poderoso que trae de México el plomo

en su ferrocarril, con que el de Topolobambo ha de entroncar. Y Windom dice que es inmerecida la acusación, y en lo visible lo es, porque no ha impuesto el derecho de centavo y medio sobre el plomo, pero ha prohibido por decreto de la Secretaría que entren los minerales mezclados, así que el plomo, pero ha prohibido por decreto de la Secretaría que entren los minerales mezclados, así que el plomo de México paga derecho aparte, la plata que entraba por el plomo que venía en ella, no entra, y en un mes es ya la importación la mitad de lo que era. Blaine, el Secretario de Estado, es condeño de las minas de plomo. Y Henry Davis, uno de los diez delegados de los Estados Unidos al congreso panamericano.

De otra industria ha habido ahora convención, que toca de cerca a los países laneros, porque en ella intentaron llegar a acuerdo los tejedores proteccionistas, que quieren lana barata y ley que les proteja de las telas de Europa, con los criadores de ovejas, que con las razones de la protección, piden que no venga de afuera un vellón de lana. De esta pelea no han sabido en años salir, ni son ya todos los tejedores los que insisten en el sistema de la protección, porque

por él se ven sin la lana que necesitan y tienen que comprarla a tal precio, que ni telas ni alfombras pueden hacer de modo que se las compren fuera del país, ni lo que el país les compra les basta ya para mantener su industria.

A nada llegó la convención, so pretexto de que no va a reunirse ahora el Congreso, mas con la causa real de ser pocos, y no los de más influjo, los que se congregaron a debatir sobre el interés del gremio. Pero de diario en diario corre la protesta del que lleva la voz de los manufactureros principales, y aboga por la entrada libre de la lana ruda: «Debe y puede permitirse», dice Wharton Baxter, «la entrada sin derechos de la lana ruda, la lana de alfombras.»

La lana de alfombra es el producto natural de los países bárbaros o semibárbaros: y acá no podemos atender a la cría de las ovejas de la barbarie.

Y ya a la hora de cerrar el correo, llega húmedo a la mesa el periódico que publica el discurso con que saludó Blaine a los delegados al congreso panamericano. Hubo antes almuerzos, con una América de adorno, hecha de rosas. Y en el discurso resplandece este párrafo.

«Nos reunimos aquí en la creencia firme de que las nacio-

nes de América deben y pueden servirse más de lo que hasta hoy se han servido, y que cada una de ellas hallará ventajas en el aumento de sus relaciones con las otras. Creemos que un espíritu de justicia, y de intereses iguales y comunes, entre los pueblos americanos, no dejará espacio para esos equilibrios artificiales de poder que han llevado a tantas guerras, y han empapado a Europa en sangre. Creemos que la cooperación cordial, basada en la confianza cordial, salvará a todos los pueblos de América de<sup>a</sup> las cargas y males que han afligido hasta hoy a las naciones del viejo mundo.» Y en otro párrafo decía: «Aquí podemos mostrar al mundo una conferencia respetable y pacífica de diecisiete poderes americanos independientes, que se reúnen en términos de absoluta igualdad, y en la que nada se ha de proponer que no sea en el concepto general de los delegados, oportuno, y juicioso, y pacífico.»

José Martí

**La Nación,**  
Buenos Aires,  
22 de noviembre de 1889

[Mf. en CEM]

a. Se añade esta palabra.

# El proyecto de Zollverein<sup>a626</sup>

NADA TAN CONCRETO se había publicado hasta ahora sobre lo real de la Conferencia de Repúblicas en Washington, como el extracto del plan de Unión aduanera que intenta presentar a la Conferencia la Secretaría de Estado, como base de los debates sobre la Unión. Y para México es más de interés este plan, fuera de las razones generales, por haberlo confiado el gobierno norteamericano a Warner P. Sutton, cónsul del gobierno vecino en nuestra frontera.

Quien sigue de cerca lo que dice la prensa del Norte sobre el Congreso de Repúblicas, tiene ocasión de notar que los que en ella defienden el Congreso no aluden sino de pasada a los proyectos de unión mercantil mientras que la prensa observadora de la oposición, sin censurar de frente al Congreso en sí, demuestra que no puede haber con las obligaciones proteccionistas de la actual Administración republicana, acercamiento alguno verdadero entre los países ocupados hoy en conferenciar. Todos los periódicos que estudian en detalle las cuestiones económicas, proclaman la imposibilidad de ofrecer siquie-

ra a las repúblicas de origen español el cambio libre y absoluto de productos que hubiera podido tentar a las repúblicas a suspender de hecho sus tratos con las naciones que las ayudan, las solicitan y las respetan; porque el simple temor de una oferta que llevaría aparejada la introducción libre en los Estados Unidos de los artículos que en esa nación se producen, ha levantado el clamor de los propietarios protegidos, que notifican ostensiblemente al partido gobernante su determinación de desampararlo, «si se vale del poder adonde lo restablecieron con sus tributos y su influencia, para arruinar, con la contrata libre de los productos extranjeros, a los que pagaron sus cuotas y pelearon como tigres para colocar en el poder a los que les ofrecían, en pago de sus esfuerzos, cerrar los mercados a los productos rivales de afuera». Otro periódico dice así: «A la verdad que estando según estamos con nuestra protección, de tal modo que ni siquiera podemos plantear el problema que hemos llamado a los pueblos a recobrar, no vemos cómo pueda hacerse lo que le pedía el impe-

tuoso republicano Chancey Depew al genio mercantil del Norte en la enérgica comida de la Cámara de Comercio de Nueva York, cuando decía que «era tiempo que el genio mercantil viese la manera de atar la América del Sur a la del Norte».

Los comentarios mejores son los que caen de las cosas, y se hacen por sí mismos. Y de esa especie son los que publica el *Evening Post* de Nueva York, —que es hoy, con el *Times*, el diario de más peso e influjo de nuestros vecinos en estos estudios de economía política,—al analizar de primera intención la sincera, por no decir tímida, proposición que la Secretaría de Estado vecina presentará a la Conferencia, sobre este asunto que parece ser, en lo visible al menos, el fundamental y domi-

---

a. Aunque sin firma, no hay duda acerca de la autoría, pues Martí afirmó en carta a su amigo mexicano, Manuel Mercado, que enviaba la traducción del proyecto acabado de publicar en Nueva York. El escrito presenta el texto del proyecto con los comentarios martianos.

nante en este Congreso de naciones. «La primera impresión», dice el *Evening Post*, «es que la Secretaría de Estado se chancea. ¿Será posible que ese portentoso espectro, nuestro Zollverein Americano, que ha puesto en tamaños miedos a los economistas y potentados de Europa, venga a quedar reducido a esta mitad de media botella, a uno o dos o tres artículos libres (si pueden ustedes declararlos libres), y a media docena más de artículos con derechos uniformes (si pueden ustedes llegar a avenimiento sobre cuáles sean, y cuál haya de ser el derecho)? Si esto es lo mejor que los americanos podíamos sugerir, más hubiera valido no sugerir nada, y dejar caer el caso al agua profunda. Aunque, a valer verdades, ¿no será esta una manera de dejar caer el caso al agua? Injusticia completa sería inferirlo así; porque el proyecto es obra de un perito competente. Si sus proposiciones resultan poco menos que ridículas, de puro insignificantes, débese sólo a que el estudio cuidadoso de la cuestión ha convencido a Mr. Sutton de que hasta esas mismas poquedades que propone son casi imposibles de lograr, y que un plan más vasto hubiera sido positiva locura».

Y la verdad que a eso se reduce todo el proyecto del Zollverein que, por comisión de la Secretaría de Estado, ha compuesto Sutton. «¿Pues para qué es el Congreso»,—se pregunta un dia-

rio—«si no es para ajustar la Unión Aduanera, si apenas puede tratarse de la Unión Aduanera en el Congreso?» «De dos modos», dice Sutton, «se puede considerar este tema de una Liga de Aduanas. El primero, comparativamente simple y de fácil logro si la lista es corta, sería convenir en establecer un derecho de importación fijo sobre un número limitado de artículos de comercio, sobre un artículo o dos, o hasta una docena. A algunos artículos, como el carbón de piedra, y todos los utensilios científicos y agrícolas, se les podría declarar libres de entrada en todas las naciones. A los granos y harinas de toda especie pudiera señalarse un derecho específico según clase, y basado en el peso en kilogramos. Por el peso también se podría fijar los derechos sobre otros pocos artículos, por ejemplo: animales vivos; carnes preparadas y frescas; semillas, frutas y peces; cueros, pieles y colas, preparadas o no; carros y carruajes; mármoles y otras piedras, en bruto o trabajadas; grasa, cuernos, huesos, y abonos animales; metales de toda especie; trementina y cenizas; maderas, elaboradas o no; casas de hierro o de madera; hielo, plantas, arroz, y cortezas taninas; aceites de luz; lino, cáñamo, henequén, ixtle, u otras sustancias de sus mismos empleos, no manufacturadas; azúcar, por clases, y mieles; tabaco en rama y torcido; barcos, grandes y pequeños: todo esto», dice Sutton,

«pudiera entrar en todos los países bajo derecho igual establecido sobre el peso. O tal vez», añade, «es muy larga la lista, y bastaría para la prueba con una media docena de artículos. Cada nación cobraría los derechos de entrada en sus puertos, y los uniría a su Tesoro. No habrían de alterar su sistema de ingresos. Ni habría de llevar cuentas y pasarse saldos entre los diferentes países. Eso podría intentarse si llegaran las naciones a considerarlo útil».

«Otro modo»—continúa Sutton—«de ajustar la Liga Aduanera, sería el de convenir una vasta escala de derechos comunes sobre todas las importaciones, de cualquier clase que fueran, y que cada país cobrase los derechos de lo que entrase por sus puertos. Esto es hoy completamente irrealizable. Hay demasiados intereses hostiles, locales y nacionales, que hacen esto imposible por ahora. No se puede pensar en establecer en las condiciones actuales, una tarifa uniforme para todos los países.» Y concluye así: «Mientras más se estudien los detalles de esa Liga Aduanera, más difícil me parece intentar más que lo que al principio sugerí, esto es: declarar libres de entrada en todas las naciones de la Liga a ciertos artículos, y fijar en cierto número de otros un derecho uniforme basado en el peso. Y de tiempo en tiempo se podía ir ampliando o reduciendo estas listas, según pareciese que lo requerían las necesidades comer-



ciales de cada nación.»—Ahora se comprende por qué pregunta el diario vecino: «¿pues para qué es entonces el Congreso?»

El *Evening Post* cierra su artículo así: «El informe de Mr. Sutton es una prueba clara de la imposibilidad de realizar nada en este pomposo tema de Zollverein Americano. Pueden volver a la tranquilidad los europeos alarmados. El paso más atrevido

que osa recomendar el perito nombrado para presentar la proposición, no llega a diez pulgadas, y aún así viene con tantos síes y peros que ni ese paso siquiera cree el proponente que pueda darse, cortísimo como es. Supóngase lo imposible, y dése por hecho que la Conferencia llegue a convenir en algo por ese tenor: todavía habría que aguardar a que lo ratificasen veinte Congresos y Ejecutivos,

ya que se deroguen o modifiquen otras tantas tarifas. Tan visionario es el plan, que probablemente no llegará a tratarse en serio en la Conferencia de Naciones.»

*El Partido Liberal,*  
México,  
3 de diciembre de 1889

## 251

# Correspondencia particular de *El Partido Liberal*

## La cuestión social y el remedio del voto

Policías letrados.-Reforma social en los Estados Unidos.-Las doctrinas de George en los tribunales.-Nacionalización de la tierra.- Los «Clubes de Bellamy».-La reforma pacífica.- Peligros visibles.-Las últimas elecciones.- Los amigos de Cleveland.-La reforma del voto.- Foraker vencido.-Importancia y prueba triunfante del modo nuevo de votar.-El voto australiano.- Los «taloneros».

Nueva York,  
noviembre 21 de 1889

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

UNA MILLONARIA compra, con el contrato de matrimonio, un título roído de princesa, y otra se queda en las puertas de la boda, porque su príncipe sesentón quiere más de diez mil pesos al año por su título napoleónico y su dolmán de húsar: otra entra, coronada de perlas, en el monasterio católico, y anuncia que va a levantar una orden americana de

monjas caritativas, a ver si salva de la suerte del búfalo a lo que poco queda de los indios. Muere un policía heroico, que al expirar halla aún fuerzas para levantarse de entre las ropas que van a ser su mortaja: «¡los tres golpes!» dijo, «¡los tres golpes! me llama el inspector», y los comentarios son numerosos, luego que se averigua que el policía era hombre de pensamiento libre, sin fe en la divinidad providencial, ni respeto a más ley que la que ha de venir de la distribución equitativa de las fuerzas naturales entre los hombres. Otro policía de la misma mente dijo

el discurso funerario, y aseguró después a la prensa curiosa que como el muerto y él pensaban mucho entre los de levita azul de botón de oro: «de cada cinco policías, uno es secretario de Henry George, y quiere que la tierra sea devuelta a la nación, que es su única dueña, que la alquilará a quien la haga producir o le pague alquiler por el derecho de fabricar su casa en ella, y así no habrá hambres de un lado y millones de otro, sino la paz que viene a los pueblos donde la masa famélica no se ve privada de la ocasión de emplear sus fuerzas sobre los elementos acaparados, al amparo de la ley, por una casta favorecida»: y cuando los periódicos alegan que la custodia de la propiedad no debe estar en manos de quien niega el derecho a ella, el sargento Tims responde que la poca propiedad que él se ha ganado con la labor de sus sesos o de sus manos, la defenderá como a su vida, y la de los demás ciudadanos, por-

que el único señorío que cree él injusto y peligroso es el que saca los elementos naturales de su cualidad esencial de bien común, y da los rendimientos de ellos, a un grupo que goza con exceso, codo a codo con la masa que padece con exceso por la falta de equidad en la administración de los dominios públicos. «Ni a mí se me paga el salario», dice el sargento Tims, «para que le caiga encima con los dientes de punta a los que desnudan juntos y de viva voz, como la ley lo permite, una reforma que con el mejor orden<sup>a</sup> económico asegure el orden social; sino para que ayude a limpiar la ciudad de pícaros, y a tener a raya a los asesinos y ladrones». Nunca hubiera semejante opinión visto la luz sin que se clamase contra ella; pero el debate ha sido más prolongado y abierto por la novedad pintoresca, y ya aquí frecuente, de ver oficiar de sacerdote junto a un ataúd, que por crucifijo tenía un lirio, a un lego de bigotes militares, con su uniforme azul:—ayer se casó la hija de Ingersoll, el que a puesto a hervir juntos a Shakespeare y a Voltaire, y el sacerdote fue un juez de respeto, que proclamó cónyuges a Eva y al banquero Brown, en un discurso que hizo llorar, y oyeron todos con la cabeza baja.

Y otros sucesos, que por lo principal que es cada uno no pueden llamarse incidentes, vinieron a mover las ideas suscita-

das por la oración fúnebre de Tims; porque en vano se cierran los ojos a los que de todas partes, y por los caminos más opuestos, vienen<sup>b</sup> a la vez. ¿A qué le reprochan al sargento sus ideas sobre la «tierra nacional», cuando el Tribunal de Apelación revoca la sentencia que privó a G. Henry George, el príncipe de la doctrina, del legado que le dejó un amigo entusiasta para ayudarle a propagar sus obras? cuando el Tribunal, al fundar la revocación, celebra, con el desinterés de quien no las comparte, la franqueza y honradez de estas doctrinas, y alaba a su autor? ¿Y el mismo George, que de su primer esfuerzo en política llega por poco a corregidor de Nueva York, no trabaja en amistad, respetado y mimado, con los reformadores republicanos y demócratas que quieren poner en boga, y han puesto ya por ley, el nuevo modo de votar a la australiana, que popularizó George en su libro, nunca más leído que ahora, sobre *El progreso y la pobreza*? ¿Y va George a recorrer, con su dogma al hombro, la Australia entera, como huésped de honor, bajo los auspicios del Partido Liberal de la isla? Un diario dice: «No es posible dejar de notar que aumenta en las masas el culto por los anarquistas ahorcados en Chicago: a la sombra de la horca, en Chicago mismo, han ido en procesión los obreros a visitar las sepulturas, y llevaba la bandera roja la mulata elocuente, la viuda del america-

no Parsons: en el museo de figuras de cera, en Nueva York, ¿quién no observa el silencio y la tristeza de los que rodean el grupo, y aun las lágrimas? Rusos, alemanes, y americanos han conmemorado juntos, en salones henchidos, los méritos que adornaban a sus ojos a «las cuatro víctimas del terror de los privilegiados a los que osan exponer la injusticia de sus privilegios». Jueces y banqueros han vuelto a decir en Chicago, con motivo de la conmemoración, que se anduvo sin duda de prisa en quitar la vida ignominiosamente a cuatro hombres que acaso sólo eran culpables de la vehemencia con que afincan en las almas infelices las esperanzas de justicia y regeneración». Los libros del conde Tolstoi, que son una plegaria para los pobres, su *Vida*, su *Confesión*, su *Escuela de Yasnaya Poliana*, no andan de mano en mano y los celebra la revista de Harper, que es de lo más sesudo y granado del país? ¿No se leen con favor creciente los estudios en que aboga desde la otra revista, *The Cosmopolitan*, en pro de la reforma social,<sup>c</sup> un pastor venerado, Everett Heale? ¿Y el libro del elegante Bellamy,<sup>627</sup> *Mirando atrás*, no está ya cerca de los doscientos mil ejemplares, y no se juntan en clubes de Bellamy, pensadores, artistas y

a. Errata en EPL, coma.

b. Errata en EPL: «viene».

c. En EPL, dos puntos.

ricos, a leer y comentar reunidos la hábil pintura de las desigualdades peligrosas de la nación de hoy, y las propuestas de reforma que deja inferir la pintura hábil, so pretexto de contar cómo es el mundo de ahora, en una familia de mil años adelante? ¿Y no da a todo eso carácter de urgencia y testimonio intachable, la prueba plena con que un millonario respetado demuestra que, en medio siglo a lo más, a seguir como van las leyes y las fortunas, estará la propiedad total de los Estados Unidos en manos de doscientas cincuenta familias? Nace el partido de la reforma social de aquel mismo Boston, llamado Atenas del Norte, donde nació, con el sublime Phillips y con Garrison, el partido de la abolición de la esclavitud. Nace de los altos del pensamiento, cuyo fervor apostólico inspira menos desconfianza que el clamor que viene de abajo, donde la justicia puede traer mano ignorante, y espuelas de odios. Se ha puesto casaca la reforma social, está a la moda, y ha comenzado a triunfar, en Boston mismo, con el establecimiento del voto australiano. Los comprados vienen de afuera. Ya no se compra a la cara de las casillas con uno, con dos, con cinco pesos, con una promesa, el voto.

Porque en el afán y ruidos de esta existencia del norte, tienden unos, con brutalidad y desafío, a llegar junto a sí, por codicia y por vicio, los caudales del orbe; y otros viven de celestinos y mercurios, so pretexto

de política y abogacía, sacando los caudales de donde están por la ley o la naturaleza, llevándoselos, por la propina de habanos y champaña, a sus señores; y otros creen que la corona del universo les ha caído en la cabeza, y han tocado a salir por el mundo, a traerse los pueblos bajo el brazo; y otros se quitan de las sienes las adormideras, miran al fondo de la copa de oro, y se levantan en medio del festín a decir sin miedo que ir a turbar la casa ajena no es remedio para que con los haces encendidos no se queme la propia. «Ya pasaron», dicen, «los tiempos de la libertad nominal y de la ilusión política: sólo la felicidad contentará a los hombres. La política no está en buscar colocación falsa a los productos de una minoría privilegiada, que sólo puede mantener sus privilegios a costa de la mayoría desposeída, ociosa y descontenta; ni en buscar climas tórridos donde vayan de peones de los magnates concesionarios, de los encomenderos de la República, los hombres de bota fuerte que han leído dos veces el libro de George sobre la propiedad de la tierra; y no quieren ir de patrulla por tierras extrañas, sino ser felices junto a la cuna de sus hijos, y la losa de sus abuelos en la tierra propia. La política está, y no hay otra política, en administrar los bienes nacionales con la equidad que por sí sola, sin más sistemas ni panaceas, hace a los pueblos libres y felices. Por la posesión, so capa de creencias y

de doctrinas, son todas las batallas del hombre. Se conoce el hombre, independiente y pensador, y todo lo ataca y derriba de un codazo hoy y de otro mañana, hasta que tiene campo libre donde mover los codos: y esa es la lucha por la posesión de sí. Unos luchan, con la complicidad de todos los fuertes, por retener en sus manos, en una forma u otra, los dominios públicos: y el hombre no ha de parar hasta poner a los sistemas y a los credos en nombre verdadero de disfraces, y equilibrar las posesiones de naturaleza nacional, de modo que no haya causa para vivir en zozobra y acecho, como fieras, arremetiéndolo los unos con la rabia del desheredado, y escudando los otros con nombres complacientes, y en la red de las clases, la propiedad mal hallada.

La paz es condición normal del hombre. Es brutal e inmoral el precepto de la lucha por la vida. Convienen pues, los que aquí piensan sobre el porvenir, en que el único modo de atajar los males que vienen de la administración parcial de los bienes públicos, es administrarlos con equidad. Y el problema está, a sus ojos, en venir a esta administración, no con la bandera roja y el cuchillo en los dientes, como aconsejan los apóstoles desesperados, sino con el sombrero puesto y una cuartilla de papel, donde en el siglo de la alcoba, sin el tentador al pie, marca una cruz junto al nombre de su candidato preferido el votante de-



vuelto a la libertad por la ley nueva del voto australiano.

Entre bastidores es donde se ve la verdad, más que en lo que sale al público, y el que cuida de andar por ellos asiste a la pelea mortal empeñada de un lado entre los politicones e intereses que sacan por ellos las leyes benévolas, y de otro por todos los hombres de juicio, que desde un bando u otro, ven la urgencia de dar un arma pacífica a la reforma, para privarla del derecho de blandir otras armas. Hay que sacar el voto de las manos de los que han hecho comercio de él. Hay que echar sobre el tesoro público los gastos de las elecciones, para que, so pretexto de estos gastos, no levanten las sociedades políticas sobre los candidatos un impuesto que el candidato ha de procurarse a su vez de quienes se lo anticipan a cambio de los servicios que se obliga él a hacerles de los fondos, de las leyes, de los derechos públicos. Hay que impedir que, en la hora misma de la elección, de nueva y justa causa de ira a los pacientes descontentos la venta abierta al poderoso y al bribón del único recurso que concede la ley para sacar de su imperio continuo a la liga de los bribones y los poderosos. Es, pues, una cuestión social, y acaso una solución social, en este país donde el voto es el poder del voto australiano.

Grande fue la importancia, y la lección, de las elecciones de este

otoño. La opinión, sofocada a fuerza de paga, en las elecciones presidenciales, se enseñó como es, sin el enemigo del soborno, o con la fuerza magna de la indignación, a tal punto que, un año después de ser derrotado en la candidatura a la presidencia, es Cleveland reconocido, por impulso unánime, como el candidato victorioso: sus amigos han vencido: han vencido, los reformadores de la tarifa: Campbell, el abogado de la lana libre, ha sido electo gobernador, contra el gobernador que estaba en el poder, contra Foraker, tan comefuegos y azuzaguerras que ya se dice «forakear» a hablar de fanfarrón, y hombre de mucha amistad con las empresas protegidas, que ven en él su campeón extremo, y el mejor abogado que pudieran sentar en la Presidencia de la República.—Porque este fenómeno hay acá en la política: «pagamos al abogado donde nos pueda servir mejor, en el corregimiento, en el gobierno del Estado, en la Suprema Corte, en la Presidencia de la República: y las empresas que tienen los mismos intereses, se juntan para poner en la Presidencia al candidato que le promete servirlos,—y al candidato de reserva, a Foraker, echó de la silla el amigo de Cleveland, el reformista Campbell. Iowa, republicana ardiente hace un año, por los amigos de Cleveland vota por gran mayoría. Virginia se revuelve contra su voto de hace un año.<sup>a</sup> A Cleveland van dirigidos los telegra-

mas todos de la victoria. Cleveland, que estaba en Washington de visita, y se pasó sus horas con Harrison en la Casa Blanca, sólo tiene una frase que decir, al periodista que se la arranca en el estribo del coche: «Como que la levadura de la reforma de la tarifa se ha entrado por toda la masa!». Solemne y completa ha sido la victoria, y bienvenida para los que no quisieran ver deslucida la libertad en su casa mayor con tentativas indignas de ella, y de la especie humana. Pero la lucha misma de los partidos, quiera al fin combate común, levantó curiosidad menor que la prueba del voto australiano, becado por los que le temen y resisten, defendido por los que le saludan como la garantía de la paz, y la alborada de la purificación.

En Massachusetts y en Connecticut se votaba así por la primera vez. Con ligeras variantes, la ley era la misma. Que el Estado imprima las papeletas, y las reparta donde nadie las pueda cambiar ni falsificar, y las vea llenar en secreto por el votante libre. Fueron a Boston, sobre todo, emisarios de las sociedades que abogan por el método, y de las que lo acusan de confuso, de lento, de abusivo, de atentatorio a la libertad del votante. Y era de ver Boston, en verdad, el día de las elecciones; porque no fue la casa de zaguán

a. Se añade el punto.

y esquina que la elección hasta ahora es, con el votante perezoso que viene sobre las casillas a paso de quien busca, y la jauría de «talonereros» como les llaman acá por ir sobre el talón, saliéndole al camino con el mazo de papeletas del partido en una mano, y los billetes de a dos pesos en la otra; ni fue el cambio inicuo de papeletas que mandan hacer los caciques de las sociedades, dando como propias a los votantes las papeletas del candidato enemigo a la judicatura, o al corregimiento, o al Gobierno del Estado, a cambio de que el enemigo, que quiere estos puestos, vote, a dos por uno o uno por dos, en pro del candidato rival a la Presidencia, en que tienen interés mayor los sacrificadores, que fue como salió electo de gobernador el demócrata Hill en el mismo Estado y elecciones en que salió derrotado para la Presidencia el demócrata Cleveland. Ni las bebederías estaban con el costado abierto, como suelen en estos días en que las ordenanzas les mandan cerrar la puerta principal; porque el mostrador les vale a los «talonereros» para mantenerse el valor, o para aturdir a un votante desconfiado, o para llevarlo donde no vean que le da el billete de dos pesos, o para

echarse en alcoholes los cinco pesos que gana por cazar votos, y con el sistema nuevo, como que el votante entra sin papeletas en la casilla, y vota sin consejo, y sin que nadie lo vea, no hay talones que pisar, ni mostradores donde comprar honras baratas, ni oficio en que ganar los cinco pesos. Por el amor del tablado vagaban, con el tabaco caído, y la nariz con menos color, los «esquineros», «talonereros» y «muchachos», merodeando sin ocupación por la acera, desnuda de garitas. Jubilosas iban y venían, de distrito en distrito, con permiso del ayuntamiento las comisiones inspeccionadoras de las sociedades que propagaban la reforma. En un mismo carruaje, detrás de Henry George, entraron un demócrata y un republicano. En la casilla, entra el votante por una de las puertas de la baranda que separa el recinto público del de sufragar dos vigilantes, de diversos partidos tiene la mesa donde el votante toma la lista en que están, debajo de cada candidatura, los candidatos de los partidos, diferentes, entre el votante en una de las particiones de madera, sin puerta, que han levantado al fondo: marca allí, solo, con una cruz en cada candidatura el nombre que prefie-

ra: va, por el lado opuesto al de la entrada, a la mesa de registro, donde llevan los libros, como en la de las listas, vigilantes de los partidos hostiles: tachan el nombre en el registro, y el votante echa, antes de salir por otra puerta, su lista en la urna. Si no sabe leer, lleva consigo, a la partición, autoridad de la ley, a uno de los vigilantes que le lea los nombres y marque los que le dicta:—Al contarse en Boston los votos, libres de compra y de bebida, se vio que en aquellas elecciones, más rápidas y serenas que las de antes, había acuerdo real entre las fuerzas que los partidos se calculaban; y las que probaron en las urnas. Ni el «talonerero» tendría cómo saber que el votante comprado le cumplió la palabra; ni el que debe a otro su sustento votará, por miedo de perder el pan de sus hijos, como se lo manda aquel cuyo interés está en negarle el suyo. Empieza a asegurar la paz amenazada, el voto blanco.

**El Partido Liberal,  
México,  
11 de diciembre de 1889**

[Mf. en CEM]

252

# Congreso Internacional de Washington

## Su historia, sus elementos y sus tendencias

I

Nueva York,  
noviembre 2 de 1889

Señor Director de  
*La Nación*

LOS PANAMERICANOS», dice un diario. «El sueño de Clay», dice otro. Otro: «La justa influencia». Otro: «Todavía no». Otro: «Vapores a Sudamérica». Otro: «El destino manifiesto». Otro: «Ya es nuestro el golfo». Y otros: «¡Ese congreso!», «Los cazadores de subvenciones», «Hechos contra candidaturas», «El congreso de Blaine», «El paseo de los panes», «El mito de Blaine». Termina ya el paseo de los delegados, y están al abrirse las sesiones del congreso internacional. Jamás hubo en América, de la independencia a acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el con-

te que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.

En cosas de tanto interés, la alarma falsa fuera tan culpable como el disimulo. Ni se ha de exagerar lo que se ve, ni de torcerlo, ni de callarlo. Los peligros no se han de ver cuando se les tiene encima, sino cuando se los puede evitar. Lo primero en po-

lítica, es aclarar y prever. Sólo una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede liberrar de una vez a los pueblos españoles de América de la inquietud y perturbación, fatales en su hora de desarrollo, en que les tendría sin cesar, con la complicidad posible de las repúblicas venales o débiles, la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México,<sup>a</sup> Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del universo, como en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no pue-

a. En LN, siempre: «Méjico».

de vender, y confederarse para su provecho y bajo su dominio.

De raíz hay que ver a los pueblos, que llevan sus raíces donde no se las ve, para no tener a maravilla estas mudanzas en apariencia súbitas, y esta cohabitación de las virtudes eminentes y las dotes rapaces. No fue nunca la de Norteamérica, ni aun en los descuidos generosos de la juventud, aquella libertad humana y comunicativa que echa a los pueblos, por sobre montes de nieve, a redimir un pueblo hermano, o los induce a morir en haces, sonriendo bajo la cuchilla, hasta que la especie se pueda guiar por los caminos de la redención con la luz de la hecatombe. Del holandés mercader, del alemán egoísta, y del inglés dominador se amasó con la levadura del ayuntamiento señorial, el pueblo que no vio crimen en dejar a una masa de hombres, so pretexto<sup>a</sup> de la ignorancia en que la mantenían, bajo la esclavitud de los que se resistían a ser esclavos.

No se le había secado la espuma al caballo francés de Yorktown cuando con excusas<sup>b</sup> de neutralidad continental se negaba a ayudar contra sus opresores a los que acudieron a libertarlo de ellos, el pueblo que después, en el siglo más equitativo<sup>c</sup> de la historia, había de disputar a sus auxiliares de ayer, con la razón de su predominio geográfico, el derecho de amparar en el continente de la libertad, una obra neutral de beneficio humano. Sin tenderles los

brazos, sino cuando ya no necesitaban de ellos, vio a sus puertas la guerra conmovedora de una raza épica que combatía, cuando estaba aún viva la mano que los escribió, por los principios de albedrío y decoro que el norte levantó de pabellón contra el inglés: y cuando el sud, libre por sí, lo convidó a la mesa de la amistad, no le puso los reparos que le hubiera podido poner, sino que con los labios que acababan de proclamar que en América no debía tener siervos ningún monarca de Europa, exigió que los ejércitos del Sur abandonasen su proyecto de ir a redimir las islas americanas del golfo de la servidumbre de una monarquía europea. Acababan de unirse, con no menor dificultad que las colonias híbridas del Sur, los trece Estados del Norte, y ya prohibían que se fortaleciese, como se hubiera fortalecido y puede fortalecerse aún, la unión necesaria de los pueblos meridionales, la unión posible de objeto y espíritu, con la independencia de las islas que la naturaleza les ha puesto de pórtico y guarda. Y cuando de la verdad de la vida, surgió, con el candor de las selvas y la sagacidad y fuerza de las criaturas que por tener más territorio para esclavos, se entraron de guerra por un pueblo vecino, y le sajaron de la carne viva una comarca codiciada, aprovechándose del trastorno en que tenía al país amigo la lucha empeñada por una cohorte de evangelistas para hacer imperar sobre los res-

tos envenenados de la colonia europea, los dogmas de libertad de los vecinos que los atacaban. Y cuando de la verdad de la pobreza, con el candor del bosque y la sagacidad y poder de las criaturas que lo habitan, surgió,<sup>d</sup> en la hora del reajuste nacional, el guía bueno y triste, el leñador Lincoln, pudo oír sin ira que un demagogo le aconsejara comprar, para vertedero de los negros armados que le ayudaron a asegurar la unión, el pueblo de niños fervientes y de entusiastas vírgenes que, en su pasión por la libertad, había de ostentar poco después, sin miedo a los tenientes madrileños, el luto de Lincoln; pudo oír, y proveer de salvoconducto, al mediador que iba a proponerle al Sur torcer sus armas sobre México, donde estaba el francés amenazante, y volver con crédito insigne a la República, con el botín de toda la tierra, desde el Bravo<sup>e</sup> hasta el Istmo. Desde la cuna soñó en estos dominios el pueblo del Norte, con el «nada sería más conveniente de Jefferson»; con «los trece gobiernos destinados» de Adams; con «la visión profética» de Clay; con «la gran luz del Norte» de Webster; con «el fin es cierto, y el comercio tributario» de

a. En LN: «pretesto».

b. En LN: «excusas».

c. En LN, coma. A continuación: «y de la historia».

d. Se añade coma.

e. En LN: «Braw».



Sumner;<sup>a</sup> con el verso de Sewall, que va de boca en boca, «vuestro es el continente entero y sin límites»; con «la unificación continental» de Everett; con la «unión comercial» de Douglass; con «el resultado inevitable» de Ingalls, «hasta el istmo y el polo»; con la «necesidad de extirpar en Cuba», de Blaine, «el foco de la fiebre amarilla». Y cuando un pueblo rapaz de raíz, criado en la esperanza y certidumbre de la posesión del continente, llega a serlo,<sup>b</sup> con la espuela de los celos de Europa y de su ambición de pueblo universal, como la garantía indispensable de su poder futuro, y el mercado obligatorio y único de la producción falsa que cree necesario mantener, y aumentar para que no decaigan su influjo y su fausto, urge ponerle cuantos frenos se puedan fraguar, con el pudor de las ideas, el aumento rápido y hábil de los intereses opuestos, el ajuste franco y pronto de cuantos tengan la misma razón de temer, y la declaración de la verdad. La simpatía por los pueblos libres dura hasta que hacen traición a la libertad, o ponen en riesgo la de nuestra patria.

Pero si con esas conclusiones a que se llega, a pesar de hechos individuales y episodios felices, luego de estudiar la relación de las dos nacionalidades de América en su historia y elementos presentes, y en el carácter constante y renovado de los Estados Unidos, no se ha de afirmar por

eso que no hay en ellos sobre estas cosas más opinión que la agresiva y temible, ni el caso concreto del congreso, en que entran agentes contradictorios, se ha de ver como encarnación y prueba de ella, sino como resultado de la acción conjunta de factores domésticos afines, personales y públicos, en que han de influir resistiendo o sometiendo los elementos hispano-americanos de nacionalidad e interés; los privilegios locales y la opinión de la prensa, que según su bando o necesidad es atrevida en el deseo, o felina y cauta, o abyecta e incondicional, o censoria y burlona. No hubo cuando el discurso inaugural de Blaine quien dijese, por el decoro con que conviene enseñarse al extranjero, que fue el discurso como un pisto imperial, hecho de retazos de arengas, del marqués de Landowne,<sup>c</sup> y de Henry Clay; pero, vencida esta tregua de cortesía, mostró la prensa su variedad saludable, y en ella se descubre que la resistencia que el pudor y el interés imponen, frente a la tentativa extemporánea y violenta de fusión, tiene como aliados naturales los privilegios de la industria local que la fusión lastimaría y los diarios de más concepto, y pensamiento del país. Así que yerra quien hable en redondo, al tratar del congreso, de estas o aquellas ideas, de los Estados Unidos, donde impera, sin duda, la idea continental y particularmente entre los que disponen hoy del mando, pero no sin

la flagelación continua de los que ven en el congreso, desde su asiento de los bastidores, el empuje marcado de las compañías que solicitan subvención para sus buques, o el instrumento de que se vale un político hábil y conocedor de sus huestes, para triunfar sobre sus rivales por el agasajo doble a las industrias ricas, ofreciéndoles, sin el trabajo lento de la preparación comercial, los mercados que apetecen, y a la preocupación nacional, que ve en Inglaterra su enemigo nato, y se regocija con lo mismo que complace a la masa irlandesa, potente en las urnas. Hay que ver, pues, cómo nació el congreso, en qué manos ha caído, cuáles son sus relaciones ocasionales de actualidad con las condiciones del país, y qué puede venir a ser en virtud de ellas,<sup>d</sup> y de los que influyen en el congreso y lo administran.

Nació en días culpables, cuando la política del secretario Blaine en Chile y el Perú salía tachada del banco del reo donde la sentó Belmont, por la prueba patente de haber hecho de baratero para con Chile en las cosas del Perú, cuya gestión libre impedía con ofrecimientos que el juicio y el honor mandaban rechazar, como que en for-

a. En LN: «Sumner».

b. En LN: «verlo».

c. En LN: «Landowne». Seguido, sin coma.

d. En LN: «ella».

ma eran la dependencia del extraño, más temible siempre que la querella con los propios, y por base tuvo el interés privado de los negocios de Landreau a que servía de agente confeso el ministro de los Estados Unidos, que de raíz deshicieron, por manos del republicano Frelinghuysen, lo que «sin derecho ni prudencia» había mandado hacer, entrándose de voceador en la casa ajena,<sup>a</sup> el republicano Blaine, quien perturbaba y debilitaba a los vencidos, con promesas que no les había de cumplir, o traían el veneno del interés, y a los vencedores les daba derecho a desconocer una intervención que no tenía las defensas de la suya, y a la tacha de mercenaria unía la de invasora de los derechos americanos. Los políticos puros viven de la fama continua de su virtud y utilidad, que los excusa de escarceos deslumbrantes o atrevimientos innecesarios,—pero los que no tienen ante el país esta autoridad y mérito recurren, para su preponderancia y brillo, a complicidades ocultas, con los pudientes, y a novedades osadas y halagadoras. A esos cortejos del vulgo hay que vigilar, porque por lo que les ve hacer se adivina lo que desea el vulgo. Las industrias estaban ya protegidas en los apuros de la plétora, y pedían política que les ayudase a vender, y barcos donde llevar sus mercancías a costa de la nación. Las compañías de vapores, que a condición de reembozo anticipan a los partidos

en las horas de aprieto sumas recias, exigían, seguras de su presa, las subvenciones en lo privado otorgadas. El canal de Panamá, daba ocasión para que los que no habían sido capaces de abrirlo quisiesen impedir que «la caduca Europa» lo abriese, o remedar la política de «la caduca Europa» en Suez, y esperar a que otros lo rematasen para rodearlo. Los del guano de Landreau vieron que era posible convertir en su agencia particular la Secretaría de Estado de la nación. Se unieron el interés privado y político de un candidato sagaz, la necesidad exigente de los proveedores del partido, la tradición de dominio continental perpetuada en la República, y el caso de ponerla a prueba en un país revuelto y débil.

Surgió de la Secretaría de Blaine el proyecto del congreso americano, con el crédito de la leyenda, el estímulo oculto de los intereses<sup>b</sup> y la magia que a los ojos del vulgo tienen siempre la novedad y la osadía.

Y eran tan claras sus únicas razones que el país, que hubiera debido agradecerlo, lo tachó de atentatorio<sup>c</sup> e innecesario. Por la herida de Guiteau salió Blaine de la Secretaría. Su mismo partido, luego de repudiarle la intervención en el Perú, nombró, no sin que pasasen tres años, una comisión de paz que fuera para la América, sin muchos aires políticos, a estudiar las causas de que fuera tan desigual el comercio, y tan poco animada la

amistad entre las dos nacionalidades del continente. Hablaron del congreso en el camino, y lo recomendaron a la Casa y al Senado a su vuelta. Las causas de la poca amistad eran, según la comisión, la ignorancia y soberbia de los industriales del Norte, que no estudiaban ni complacían a los mercados del Sur; la poca confianza que les mostraban en los créditos en que es Europa pródiga;<sup>d</sup> la falsificación europea de las marcas de los Estados Unidos;<sup>e</sup> la falta de bancos y de tipos comunes de pesas y medidas;<sup>f</sup> los «derechos enormes» de importación que «podrían removerse con concesiones recíprocas»;<sup>g</sup> las muchas multas y trabas de aduana, y «sobre todo, la falta de comunicación por vapores».

Estas causas, y ninguna otra más. Estaba en el gobierno, a la vuelta de la comisión, el Partido Demócrata, que apenas podía mantener contra la mayoría de sus parciales, gracias a la bravura de su jefe, la tendencia a favorecer al comercio por el medio natural de la rebaja del costo de producción; y es de creer, por cuanto los de esta fe dijeron entonces y hoy escriben, que no hubiera arrancado de los demó-

a. En LN: «agena».

b. Coma en LN.

c. Errata en LN: «atentorio».

d. Coma en LN.

e. Coma en LN.

f. Coma en LN.

g. Coma en LN.

cratas este plan del congreso, nunca muy grato a sus ojos, por tener ellos en la mente, con la reducción racional del costo de la vida y de la manufactura, el modo franco y legítimo de estrechar la amistad con los pueblos libres de América. Pero no puede oponerse impunemente un partido político a los proyectos que tienden, en todo lo que se ve, a robustecer el influjo y el tráfico del país; ni hubiera valido a los demócratas poner en claro los intereses censurables que originaron el proyecto, porque en sus mismas filas, ya muy trabajadas por la división de opiniones económicas, encontraban apoyo decisivo los industriales necesitados de consumidores, y las compañías de buques, que pagan con largueza en uno u otro partido, a quienes las ayudan. La autoridad creciente de Cleveland, caudillo de las reformas, apretaba la unión de los proteccionistas de ambos partidos, y preparaba la liga formidable de intereses que derrotó en un esfuerzo postrero su candidatura. La angustia de los industriales había crecido tanto desde 1881, cuando se tachó la idea del Congreso de osadía censurable que en 1888, cuando aprobaron la convocatoria las dos Casas, fue recibida por la mucha necesidad de vender, más natural y provechosa que antes. Y de este modo vino a parecer unánime, y como acordado por los dos bandos del país, el proyecto nacido de la conjunción de los intereses pro-

teccionistas con la necesidad política de un candidato astuto. Cabe preguntar si, despejados estos dos elementos del interés político del candidato, y el pecuniario de las empresas que lo mantienen, hubiera surgido la idea del congreso, traída luego, por razones de un nuevo interés, y por sucesos favorables a la ampliación del plan, a un extremo político en que culminan, con la vehemencia de una candidatura desesperada, las leyendas de expansión y predominio a que han comenzado a dar cuerpo y fuerza de plan político, la guerra civil de un pueblo rudimentario, y los celos de repúblicas que debieran saber recatarse de quien muestra la intención y la capacidad de aprovecharse de ellos.

Los caudales proteccionistas echaron a Cleveland de la Presidencia. Los magnates republicanos tienen parte confesa en las industrias amparadas por la protección. Los de la lana contribuyeron a las elecciones con sumas cuantiosas, porque los republicanos se obligaban a no rebajar los derechos de la lana. Los del plomo contribuyeron para que los republicanos cerrasen la frontera al plomo de México. Y los del azúcar. Y los del cobre. Y los de los cueros, que hicieron ofrecer la creación de un derecho de entrada. El congreso estaba lejos. Se prometía a los manufactureros el mercado de las Américas: se hablaba, como con antifaz, de derechos misteriosos<sup>a</sup> y de «resul-

tados inevitables»: a los criadores y extractores se les prometió tener cerrado a los productos de afuera el mercado doméstico: no se decía que la compra de las manufacturas por los pueblos españoles habría de recompensarse comprándoles sus productos primos, o se decía que habría otro modo de hacérselos comprar; «el resultado inevitable», «el sueño de Clay», «el destino manifiesto», «el verso de Sewall,<sup>b</sup> corría de diario en diario, como lema del canal de Nicaragua: «o por Panamá,<sup>c</sup> o por Nicaragua, o por los dos, porque los dos serán nuestros»: «ya es nuestra la península de San Nicolás, en Haití, que es la llave del golfo»: triunfó con la fuerza oculta de la leyenda, redoblada con la necesidad inmediata del poder, el partido que venía uniendo en sus promesas la una a la otra.

Y al realizarse el congreso, y chocar los intereses de los manufactureros con los de los criadores y extractores, se ve de realce la imposibilidad de asegurar la venta al fabricante proteccionista sin cerrar en cambio el mercado de la nación, por la entrada libre de los frutos primos, a los extractores y criadores proteccionistas; y la necesidad de salir del dilema de perder el poder en las elecciones próximas por falta de su apoyo,

a. Errata en LN: «misteriosos».

b. En LN: «Paraná».

c. En LN: «Shwall».



o conservar su apoyo por el prestigio de convenios artificiales, obtenidos a fuerza de poder, viene a juntarse, reuniendo el interés general del partido, al constante y creciente del candidato que busca programa a la ocasión de influjo excepcional que ofrece al pueblo que lo espera y prepara desde sus albores, el período de mudanza en que, por desesperación de su esclavitud unos, y por el empuje de la vida los otros, entran los pueblos más débiles e infelices de América, que son, fuera de México, tierra de fuerza original,—los pueblos más cercanos a los Estados Unidos. Así el que comenzó por ser ardid prematuro de un aspirante diestro, viene a ser,—por la conjunción de los cambios, y aspiraciones a la vida de los pueblos del golfo, de la necesidad urgente de los proteccionistas, y del interés de un candidato ágil que pone a su servicio la leyenda,—el planteamiento desembozado de la era del predominio de los Estados Unidos sobre los pueblos de la América.

Y es lícito afirmar esto, a pesar de la aparente masedumbre de la convocatoria, porque a ésta, que versa sobre las relaciones de los Estados Unidos con los demás pueblos americanos, no se la puede ver como desligada de las relaciones, y tentativas, y atentados confesos, de los Estados Unidos en la América, en los instantes mismos de la reunión de sus pueblos sino que por lo que son estas relacio-

nes presentes se ha de entender cómo serán, y para qué, las venideras; y luego de inducir la naturaleza y objeto de las amistades proyectadas, habrá de estudiarse a cuál de las dos Américas convienen, y si son absolutamente necesarias para su paz y vida común, o si estarán mejor como amigas naturales sobre bases libres, que como coro sujeto a un pueblo de intereses distintos, composición híbrida y problemas pavorosos, resuelto a entrar, antes de tener arreglada su casa, en desafío arrogante, y acaso pueril, con el mundo. Y cuando se determine si los pueblos que han sabido fundarse por sí, y mejor mientras más lejos, deben abdicar su soberanía en favor del que con más obligación de ayudarlos no les ayudó jamás, o si conviene poner clara, y donde el universo la vea, la determinación de vivir en la salud de la verdad, sin alianzas innecesarias con un pueblo agresivo de otra composición y fin, antes de que la demanda de alianza forzosa se enconce y haga caso de vanidad y punto de honra nacional,—lo que habrá de estudiarse serán los elementos del congreso, en sí y en lo que de afuera influye él, para augurar si son más las probabilidades de que se reconozcan, si quiera sea para recomendación, los títulos de patrocinio y prominencia en el continente, de un pueblo que comienza a mirar como privilegio suyo la libertad, que es aspiración universal y perenne del hombre, y a invocarla

para privar a los pueblos de ella,—o de que en esta primera tentativa de dominio, declarada en el exceso impropio de sus pretensiones, y en los trabajos coetáneos de expansión territorial e influencia desmedida, sean más, si no todos, como debieran ser, los pueblos que, con la entereza de la razón y la seguridad en que están aún, den noticia decisiva de su renuncia a tomar señor, que los que por un miedo a que sólo habrá causa cuando hayan empezado a ceder y reconocido la supremacía, se postren, en vez de esquivarlo con habilidad, al paso del Juggernaut<sup>a</sup> desdenoso, que adelanta en triunfo entre turiferarios aquilones de la tierra invasora aplastando cabezas de siervos. El *Sun* de Nueva York lo dijo ayer: «El que no quiera que lo aplaste el Juggernaut, súbase en su carro!». Mejor será cerrarle al carro el camino.

Para eso es el genio: para vencer la fuerza con la habilidad. Al carro se subieron los tejanos, y con el incendio a la espalda, como zorros rabiosos, o con los muertos de la casa a la grupa, tuvieron que salir, descalzos y hambrientos, de su tierra de Texas.

José Martí

**La Nación,**  
Buenos Aires,  
19 de diciembre de 1889

[Mf. en CEM]

a. En LN: «Juggernaut».



253

# Congreso Internacional de Washington

## Su historia, sus elementos y sus tendencias<sup>a</sup>

### II

Nueva York,  
noviembre 2 de 1889

Señor Director de  
*La Nación*

**Y**A VER LAS COSAS en la superficie, no habría causa para estas precauciones, porque de las ocho proposiciones de la convocatoria, la primera y última manda tratar de todo lo que en general sea para el bien de los pueblos de América, que es cosa que cada pueblo nuestro ha buscado por sí, en cuanto se quitó el polvo de las ruinas en que vino al mundo; y de las seis restantes, una es para criar vapores, que no han necesitado en nuestra América de empolladura de congresos, porque Venezuela dio sueldo a los cascos de los Estados Unidos en cuanto tuvo que mandar, y como pagar; y Centroamérica, con estar en pañales,

lo mismo; y México<sup>b</sup> ha puesto sobre sus pies con sus pesos mestizos a dos compañías rubias de vapores, cuando no pensaba en su prole necesitada la superioridad rubia: y es patente que no hay por qué hacer con guía de otros aquello de que se le ha dado al guía lección adelantada. Otra proposición es recomendable; porque entre pueblos llanos y amigos no debe haber fórmulas nimias ni diversas, y conviene a todos que sean unas las de los documentos mercantiles, y las de despachos de aduana, así como lo de la propuesta que sigue, sobre uniformidad de pesas y medidas, y leyes sobre marcas y privilegios y sobre extradición de criminales.

Ni la idea de la moneda común es de temer, porque cuanto ayude al trato de los pueblos es un favor para su paz, y una causa menos de encono y recelo, y si se puede acordar, con un

sistema de descuentos fijos o con el reconocimiento de un valor convencional, el valor relativo y constante de la plata de diversos cuños, no hay por qué estorbar el comercio sano y apetecible con la fluctuación de la moneda, ni de negar en un tanto al peso de menos plata, el crédito que entre pueblos amigos se concede al peso nominal de papel.

Ni sería menos que excelente la proposición del arbitraje, caso de que no fuera con la reserva mental del *Herald* de Nueva York, que no es diario que habla sin saber, y dice que todavía no es hora de pensar en el protectorado sobre la América: sino que eso se ha de dejar para cuando estén las costas

a. En LN, a continuación: «(2ª y última parte.—Véase el número anterior)».

b. En LN, siempre: «Méjico».

bien fortificadas; y sea tanta la marina que vuelva vencedora de una guerra europea, y entonces, con el crédito del triunfo, será la ocasión de intentar «lo que ha de ser, pero que por falta de fuerzas no se ha de intentar ahora». Excelente cosa sería el arbitraje, si en estos mismos meses hubiesen dado pruebas de quererlo realmente los Estados Unidos en su vecindad, proponiéndolo a los dos bandos de Haití, en vez de proveer de armas al bando que le ha ofrecido cederle la península de San Nicolás, para echar del país al gobierno legítimo, que no se la quiso ceder. El arbitraje sería cosa excelente, si no hubieran de estar sometidas las cuestiones principales de América, que han de ser dentro de poco, si a tiempo no se ordenan, las de las relaciones con el pueblo de Estados Unidos, de intereses distintos en el universo, y contrarios en el continente, a los de los pueblos americanos, a un tribunal en que, por aquellas maravillas que dieron en México el triunfo a Cortés, y en Guatemala a Alvarado, no fuera de temer, y aun de asegurar que, con el poder de la bolsa, o el del deslumbramiento, tuviera el león más votos que los que pudieran oponer al coro de ovejas, el potro valeroso o el gamo<sup>a</sup> infeliz. Cosa excelente sería el arbitraje, si fuera de esperar que en la plenitud de su pujanza<sup>b</sup> sometiera a él sus apetitos la república que, aún adolescente, mandaba a los hermanos generosos que

dejasen al hermano sin libartar, y que le respetasen su presa.

De una parte hay en América un pueblo que proclama su derecho de propia coronación a regir, por moralidad geográfica, en el continente, y anuncia, por boca de sus estadistas, en la prensa y en el púlpito, en el banquete y en el congreso, mientras pone la mano sobre una isla y trata de comprar otra, que todo el norte de América ha de ser suyo, y se le ha de reconocer derecho imperial del Istmo abajo, y de otra están los pueblos de origen y fines diversos, cada día más ocupados y menos recelosos, que no tienen más enemigo real que su propia ambición, y la del vecino que los convida a ahorrarle el trabajo de quitarles mañana por la fuerza lo que le pueden dar de grado ahora.<sup>c</sup> ¿Y han de poner sus negocios los pueblos de América en manos de su único enemigo, o de ganarle tiempo, y poblarse, y unirse, y merecer definitivamente el crédito y respeto de naciones, antes de que ose demandarles la sumisión el vecino a quien, por las lecciones de adentro o las de afuera, se le puede moderar la voluntad, o educar la moral política, antes de que se determine a incurrir en el riesgo y oprobio de echarse, por la razón de estar en un mismo continente, sobre pueblos decorosos, capaces, justos, y como él, prósperos y libres?

Ni fuera para alarmar la propuesta de la unión aduanera,

que permitiría la entrada libre de lo de cada país en todos los de la unión; porque con enunciarla se viene abajo, pues valdría tanto como ponerse a modelar de nuevo y aprisa quince pueblos para buscar acomodo a los sobrantes de un amigo a quien le ha entrado con apremio la necesidad, y quiere que en beneficio de él los vecinos se priven de todo, o de<sup>d</sup> casi todo, lo que tienen compuesto en una fábrica de años para los gastos de la casa: porque tomar sin derechos lo de los Estados Unidos, que elaboran, en sus talleres cosmopolitas, cuanto conoce y da el mundo, fuera como echar al mar de un puñado la renta principal de las aduanas, mientras que los Estados Unidos seguirían cobrando poco menos que todas las suyas, como de lo que les viene de América no pasan de cinco los artículos valiosos y gravados al entrar: sobre qué sería inmoral e ingrato, caso de ser posible por las obligaciones previas, despojar del derecho de vender en los países de América sus productos baratos a los pueblos que sin pedirles sumisión política les adelantan caudales y les conceden créditos, para poner en condición de vender sus productos caros e inferiores a un pueblo

a. En LN: «gama».

b. En LN, coma.

c. En LN, dos puntos.

d. Se añade «de».

que no abre créditos ni adelanta caudales sino donde hay minas abiertas y provechos visibles, y exige además la sumisión.

¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que los Estados Unidos se preparan a librar con el resto del mundo? ¿por qué han de pelear sobre las repúblicas de América sus batallas con Europa, y ensayar en pueblos libres su sistema de colonización? ¿por qué tan deseosos de entrar en la casa ajena, mientras los que quieren echar de ella se les están entrando en la propia? ¿por qué ajustar en la sala del congreso proyectos de reciprocidad con todos los pueblos americanos cuando un proyecto de reciprocidad, el de México, ajustado entre los dos gobiernos con ventajas mutuas, espera en vano de años atrás la sanción del Congreso, porque se oponen a él, con detrimento del interés general de la nación, los intereses especiales heridos en el tratado?

En 1883, mientras iba la comisión convidando al congreso internacional ¿no se cerraron las puertas, para contentar a los criadores nativos, a las lanas sudamericanas? ¿no quiere el Senado aumentar hoy mismo, cara a cara del congreso internacional, el gravamen de la lana de alfombras de los pueblos a quienes se invita a recibir sin derechos, y a consumir de preferencia los productos de un país que le excluye los suyos? ¿no acaba la Secretaría de Hacienda,

mientras andan de convivialidades los panamericanos en Kentucky, de confirmar el derecho prohibitivo del plomo de México, a quien llama a tratar sobre la entrada libre de los productos del norte en la república mexicana, que ya les tiene acordada la entrada libre, y sólo espera a que la permita por su parte el Congreso de los Estados Unidos? ¿no están levantando protestas los estancieros del Oeste contra las compañías de vapores, que quieren valerse del partido que los estancieros ayudarían a vencer, para traer de venta de Sudamérica al Este, con el dinero nacional, reses vivas y carnes frescas más baratas que las que pueden mandar del Oeste por los ferrocarriles los estancieros de la nación? ¿Y a qué se convida a Chile, que exporta cobre, si el cobre del país, que ayudó tanto a los republicanos, les exige la condición, que fue cerrar la entrada al cobre? ¿y los azucareros, para qué trajeron<sup>a</sup> a los republicanos al poder, sino para que les cerraran las puertas al azúcar?

O se priva el gobierno republicano del apoyo de los protectionistas que lo eligieron para que lo mantuviese en su granjería,—lo que fuera sacrificio inútil, porque el Congreso federal, que es de las empresas, reprobaría la desertión del gobierno. O se convida a los pueblos americanos a sabiendas, con la esperanza vaga de recabar confesiones que los entraben para el porvenir, a formular tratados

que de antemano desechan los poderes a quienes cumpliría ejecutarlos, y los intereses que los encumbraron al gobierno. O se espera reducir al congreso internacional, por artificios de política, y componendas con los pueblos deslumbrados y temerosos, a recomendaciones que funden el derecho eminente que se arrojan sobre América los Estados Unidos. O se les usa con suave discreción, en esperanzas de tiempos más propicios, de manera que sus acuerdos generales y admisiones corteses pasen ante los protectionistas ansiosos y ante el país engolosinado con la idea de crecer, como premio de la obra mayor del protectorado decisivo sobre América, que no debe realizar el estadista mágico desde su cárcel de la secretaría, sino en el poder y autoridad de la presidencia. Eso dice el *Herald*. «Como que nos parece que este congreso no viene a ser más que una jugada política, una exhibición pirotécnica del estadista magnético, un movimiento brillante de estrategia anticipada para las próximas elecciones a la Presidencia.» «A las compañías de vapores que ayudaron a ponerlo donde está es a quienes quiere contentar Blaine dice el *Evening Post*: si ese congreso acuerda algunas recomendaciones vagas sobre la conveniencia de subvencionar líneas de vapores, y

a. En LN: «trajeran».

junta su tanto correspondiente de luz de luna sobre la fraternidad de los pueblos y las bellezas del arbitraje, a la hora se puede ir el congreso, que ya ha hecho lo que las compañías querían que hiciese». «Por cuanto se ve, va a parar este congreso en una gran caza de subvenciones para vapores», dice el *Times*. Toda esta fábrica pomposa levantada por los Estados Unidos es una divertidísima paradoja nacional: «¿no pone en riesgo», dice el *Herald* de Filadelfia, «nuestra fama de pueblo sensato e inteligente?» Y el *Herald* de Nueva York comenta así: «Magnífico anuncio para Blaine.» Pero el congreso comprenderá la propiedad de desvanecerse en cuanto le sea posible. En tanto, el gobierno de Washington se prepara a declarar su posesión de la península de San Nicolás, y acaso, si el ministro Douglass negocia con éxito, su protectorado sobre Haití: Douglass lleva, según rumor no desmentido, el encargo de ver cómo inclina a Santo Domingo al protectorado: el ministro Palmer negocia a la callada en Madrid la adquisición de Cuba: el ministro Migner,<sup>a</sup> con escándalo de México, azuza a Costa Rica contra México de un lado y Colombia de otro: las empresas norteamericanas se han adueñado de Honduras; y fuera de saber si los hondureños tienen en la riqueza del país más parte que la necesaria para amparar a sus consorcios y si está bien a la cabeza de un diario del gobier-

no un anexionista reconocido: por los provechos del canal, las visiones del progreso, están con las dos manos en Washington, Nicaragua y Costa Rica: un pretendiente a la presidencia hay en Costa Rica, que prefiere a la unión de Centroamérica la anexión a los Estados Unidos: no hay amistad más ostensible que la del presidente de Colombia para el congreso y sus planes: Venezuela aguarda entusiasta a que Washington saque de la Guayana a Inglaterra, que Washington no se puede sacar del Canadá: a que confirme gratuitamente en la posesión de un territorio a un pueblo de América, el país que en ese mismo instante fomenta una guerra para quitarle la joya de su comarca y la llave del golfo de México a otro pueblo americano; el país que rompe en aplausos en la Casa de Representantes cuando un Chipman declara que es ya tiempo de que ondee la bandera de las estrellas en Nicaragua como un Estado más del Norte.

Y el *Sun* dice así: «Compramos a Alaska isépanse de una vez! para notificar al mundo que es nuestra determinación formar una unión de todo el norte del continente con la bandera de las estrellas flotando desde los hielos hasta el Istmo, y de océano a océano». Y el *Herald* dice: «La visión de un protectorado sobre las repúblicas del sur llegó a ser idea principal y constante de Henry Clay». El *Mail and Express*, amigo íntimo de Harrison, por una razón, y de Blaine por otra,

llama a Blaine «el sucesor de Henry Clay, del gran campeón de las ideas americanas». «No queremos más que ayudar a la prosperidad de esos pueblos», dice el *Tribune*. Y en otra parte dice, hablando de otro querer: «Esos pueden ser resultados definitivos y remotos de la política general que deliberadamente adoptaron ambos partidos en el Congreso». «No estamos listos todavía para ese movimiento», dice el *Herald*: «Blaine se adelanta a los sucesos como unos cincuenta años». ¡A crecer, pues, pueblos de América, antes de los cincuenta años!

Nótase, pues, en la opinión escrita, mirando a lo hondo, una como idea tácita e imperante, visible en el mismo cuidado que ponen los más justos en no herirla de frente, como que nadie tacha de inmoral, ni de trabajo de salteador, aunque lo sería, la intentona de llevar por América en los tiempos modernos la civilización ferrocarrilera como Pizarro llevó la fe de la cruz; y la censura está a lo más en no hablar de las agresiones<sup>b</sup> por venir, ya porque,<sup>c</sup> en lo real del caso de Haití, iniciaron los demócratas, a pesar de su moderación, la misma política de conquista de los republicanos, y fueron los demócratas en verdad los que con la compra de

a. En LN: «Mizner».

b. En LN: «acrecciones».

c. Errata en LN: «por que».



la Luisiana la inauguraron bajo Jefferson, ya porque la prensa vive de oír, y de obedecer la opinión más que de guiarla, por lo cual no osa condenar las alegaciones con que pudiera enriquecerse el país, aunque luego de hechas no haya de faltar quien las tache de crimen, como a la de Texas, que llaman crimen a secas Dana, y Janvier, y los biógrafos de Lincoln, por más que fuera mejor impedir las antes de ser, que lamentarlas cuando han sido. Pero sí ha de notarse, porque es, que en lo más estimable de la prensa se pone de realce la imposibilidad de que el congreso venga a fines reales de comercio, por la oposición de soberanía de cada país con el rendimiento de ella que el congreso exige, y la de la política de las concesiones recíprocas que la convocatoria apunta, con la de resistencia a la reciprocidad, a que de raíz están obligados los que reúnen a los pueblos de América para fingir, por aparato electoral o fin oculto, que la violan. El *Times*, el *Post*, el *Puck*, el *Harper*, el *Advertiser*, el *Herald*, tienen a bomba de jabón y a escenografía ridícula, la junta de naciones congregadas para que entren en liga contra el universo, en favor de un partido que no puede entrar en la liga a que conviva, ni hacer, sin morir, lo que insta a sus asociados que hagan.

Blaine mismo, conoce que para el triunfo del mito en las elecciones, basta con que una semejanza de éxito, excusada de no ir a más por estarse al prin-

cipio de la obra, alimente la fe que viene de Adams a Cutting, y estima que con el hecho del congreso, por el poder de la luz sobre los ojos débiles, ha de quedar realmente favorecida; pero muestra el temor de que se espere del congreso, por la mucha necesidad de las industrias, más de lo que ha de dar, que nada puede ser en esto del comercio sobre las bases proteccionistas de ahora, por lo que a tiempo hace saber, por un hijo hoy, y por un diario mañana, que no espera de la junta, en lo que se vea, sino preliminares de la fusión que ha de venir, y más resistencia que allegamiento, o allegamientos preparatorios. La política de la dignidad tiene, pues, por aliados voluntarios y valiosos, en el mismo país hostil, a los que por llevar la dignidad en sí, no conciben que pueda faltar en aquellos en quienes se ataca. Ni el que sacaría más provecho de la falta de ella, osa esperar que falta.

Y es voz unánime que el congreso no ha de ser más que junta nula, o bandera de la campaña presidencial, o pretexto de una cacería de subvenciones. Esto aguardan de los pueblos independientes de América los que, conocedores del bien de la independencia, no conciben que se pueda, sin necesidad mortal, abdicar de él. ¿Se entrarán, de rodillas, ante el amo nuevo, las islas del golfo? ¿Consentirá Centroamérica en partirse en dos, con la cuchillada del canal en el corazón, o en unirse por el sur,

como enemiga de México, apoyada por el extranjero que pesa sobre México en el norte, sobre un pueblo de los mismos intereses de Centroamérica, del mismo destino, de la misma raza? ¿Empeñará, venderá Colombia su soberanía? ¿Le limpiarán el istmo de obstáculos a Juggernaut<sup>a</sup> los pueblos libres que moran en él, y se subirán en su carro, como se subieron los mexicanos<sup>b</sup> de Texas? ¿Por la esperanza de apoyo contra el extranjero de Europa, que por un espejismo de progreso, excusable sólo en mente aldeana, favorecerá Venezuela el predominio del extranjero más temible, por más interesado y cercano, que anuncia que se ha de clavar, y se clava a sus ojos, por toda la casa de América? ¿O debe llegar la admiración por los Estados Unidos hasta prestar la mano al novillo apurado, como la campesina de *La Terre*?<sup>c28</sup>

Esa de la admiración ciega, por pasión de novicio o por falta de estudio, es la fuerza mayor con que cuenta en América la política que invoca, para dominar en ella,<sup>c</sup> un dogma que no necesita en los pueblos americanos de ajena<sup>d</sup> invocación, porque de siglos atrás, aún antes de entrar en la niñez libre, supieron rechazar con sus pechos al

a. En LN: «Juggernaut».

b. En LN: «mejicanos».

c. Se añada coma.

d. En LN: «ajena».

pueblo más tenaz y poderoso de la tierra: y luego le han obligado al respeto por su poder natural, y la prueba de su capacidad,—solos. ¿A qué invocar, para extender el dominio en América, la doctrina que nació tanto de Monroe como de Canning,<sup>629</sup> para impedir en América el dominio extranjero, para asegurar a la libertad un continente? ¿O se ha de invocar el dogma contra un extranjero para traer a otro? ¿O se quita la extranjería, que está en el carácter distinto, en los distintos intereses, en los propósitos distintos, por vestirse de libertad, y privar de ella con los hechos,—o porque viene con el extranjero el veneno de los empréstitos, de los canales, de los ferrocarriles? ¿O se ha de pujar la doctrina en toda su fuerza sobre los pueblos débiles de América, el que tiene al Canadá por el norte, y a las Guayanas y a Belice<sup>a</sup> por el sur, y mandó mantener, y mantuvo a España y le permitió volver, a sus propias puertas, al pueblo americano de donde había salido?

¿A qué fingir miedos de España, que para todo lo que no sea exterminar a sus hijos en las Antillas está fuera de América, y no la puede recobrar por el espíritu, porque la hija se le adelanta a par del mundo nuevo, ni por el comercio, porque no vive la América de pasas y aceitunas, ni tiene España en los pueblos americanos más influjo que el que pudiera volver a darle, por causas de raza y de sentimientos, el temor o la antipatía o la

agresión norteamericana? ¿O los pueblos mayores de América, que tienen la capacidad y la voluntad de resistirla, se verían abandonados y comprometidos por las repúblicas de su propia familia que se les debían allegar, para detener, con la fuerza del espíritu unificado, al adversario común, que pudo mostrar su pasión por la libertad ayudando a Cuba a conquistarla de España, en vez de ayudar contra la libertad a España, que le profanó sus barcos, y le tasó a doscientos pesos las cabezas que quitó a balazos a sus hijos? ¿O son los pueblos de América estatuas de ceguedad, y pasmos de inmundicia?

La admiración justa por la prosperidad de los hombres liberales y enérgicos de todos los pueblos, reunidos a gozar de la libertad, obra común del mundo, en una extensión segura, varia y virgen, no ha de ir hasta excusar los crímenes que atentan<sup>b</sup> contra la libertad el pueblo que se sirve de su poder y de su crédito para crear en forma nueva el despotismo. Ni necesitan ir de pajes de un pueblo los que en condiciones inferiores a las suyas han sabido igualarlo y sobrepujarlo. Ni tienen los pueblos libres de América razón para esperar que les quite de encima al extranjero molesto el pueblo que acudió con su influjo a echar de México al francés, traído acaso por el deseo de levantarle valla al poder sajón en el equilibrio descompuesto del mundo, cuando el francés

de México le amenazaba por el sur con la alianza de los Estados rebeldes, de alma aún latina; el pueblo que por su interés echó al extranjero europeo de la república libre a que arrancó en una guerra criminal una comarca que no le ha restituido. Walker fue a Nicaragua por los Estados Unidos; por los Estados Unidos fue López a Cuba. Y ahora cuando ya no hay esclavitud con qué excusarse, está en pie la Liga de Anexión; habla Allen de ayudar a la de Cuba; va Douglass a procurar la de Haití y Santo Domingo; tantea Palmer la venta de Cuba en Madrid; fomentan en las Antillas la anexión con raíces en Washington, los diarios vendidos de Centroamérica; y en las Antillas menores dan cuenta incesante los diarios del norte del progreso de la idea anexionista; insiste Washington en compeler a Colombia a reconocerle en el Istmo derecho dominante, y privarle de la facultad de tratar con los pueblos sobre su territorio; y adquieren los Estados Unidos, en virtud de la guerra civil que fomentaron, la península de San Nicolás en Haití. Unos dan «el sueño de Clay» por cumplido. Otros creen que se debe esperar medio siglo más: otros,<sup>c</sup> nacidos en la América española, creen que se debe ayudarlo.

a. En LN: «Beline».

b. En LN: «atente».

c. Se añade coma.

El congreso internacional será el recuento<sup>a</sup> del honor, en que se vea quiénes defienden con energía y mesura la independencia de la América española, donde está el equilibrio del mundo; o si hay naciones capaces, por el miedo, o el deslumbramiento, o el hábito de servidumbre, o el interés de consentir, sobre el continente ocupado por dos pueblos de naturaleza y objeto distintos, en mermar con su deserción las fuerzas indispensables, y ya pocas, con que podrá a la familia

de una nacionalidad contener con el respeto que imponga y la cordura que demuestre, la tentativa de predominio, confirmada por los hechos coetáneos, de un pueblo criado en la esperanza de la dominación continental, a la hora en que se pintan, en apogeo común, el ansia de mercados de sus industrias pleróricas, la ocasión de imponer a naciones lejanas y a vecinos débiles el protectorado ofrecido en las profecías, la fuerza material necesaria para el acometimiento,

to, y la ambición de un político rapaz y atrevido.

José Martí

*La Nación*,  
Buenos Aires,  
20 de diciembre de 1889

[Mf. en CEM]

a. En LN: «recuerdo».

254

## En los Estados Unidos

El primer mensaje de Harrison.-Política del Partido Republicano.-Proteccionismo.-Marina.-Fortificaciones.-Relaciones exteriores.-Tierras públicas.-La Conferencia Americana.

Nueva York,  
diciembre 6 de 1889

Señor Director de  
*La Nación*

**J**UEGA EL Presidente con un cortaplumas: un senador escribe cartas: tres conversan afanosos, y se cambian papeles: en un sofá distante, uno, en traje gris, habla con un recién

llegado: otro, al descuido, se riza la barba: éstos abren su correspondencia, y aquéllos van de asiento a asiento, y los otros responden las cartas que les traen los pajes: entran los pajes con ramilletes de flores y los ponen sobre los escritorios: un senador inexperto abre el pupitre, y cae al suelo un ramo de rosas de té: el Secretario, de pie, lee página sobre página: así oye el Senado, con las gale-

rias desiertas, el primer mensaje del Presidente de los Estados Unidos.

En la Casa, siempre más apasionada, la galería rebulle; ora el capellán, al abrirse la sesión, por las familias de los representantes muertos; entra, con mucho zalamalé<sup>a</sup> el secretario privado del Presidente Harrison; trae en sobre lacrado el mensaje, que la Presidencia abre, y da a leer: un lector se fatiga, y lo reemplaza otro: la Casa, impaciente, merece, y escucha, uno que otro malletazo presidencial: «¡silencio!»

a. En LN: «zalamalee».

cio, señores representantes!»: Rien, conversan, dan la espalda al lector, salen de brazo bromeando, se oyen chispazos de conversación: un demócrata —«¡buena manera de arregalar la casa propia, irse a meter a cañonazos por la ajena!»: un republicano:—«¡el continente es nuestro, y a buenas o a malas nos ha de comprar lo que le tenemos que vender!»: sobresale esta frase del lector, en medio de la algazara: «el Congreso anterior acordó la fabricación de los cañones, y éste debe acordar la de las fortalezas en que descansan»: el bullicio es tal que ya no se alcanzan del mensaje más que palabras sueltas: «buques de guerra», «pensiones», «protección», «subvenciones». Así oye la Casa de Representantes el primer mensaje del Presidente de los Estados Unidos.

¿No se sabe todo lo que ha de decir? ¿De qué le ha valido guardarlo bajo las siete llaves, como si el mundo fuera a quedar absorto ante sus revelaciones? ¿Qué es él, sino una transacción entre los intereses opuestos del Partido Republicano, ni qué puede ser su mensaje, sino un acopio de transacciones, inútiles en estos tiempos críticos? En lo general irá por donde va su partido; más «poder continental», más soldados, más pensiones, puerta cerrada a la materia prima libre, menos inmigración, subvención recia a los vapores correos, el sobrante a fortificaciones y defensas. De las relaciones con los países extranjeros no hablará,

porque las de Europa, como están van bien, y no hay nada que decir, y en las de América, no se puede decir lo que se quiere: ¿cómo no presenta informe la Secretaría de Estado? ¿qué sucede, o qué intenta, que no lo puede decir? ¿no se sabe de sobra cuál es la idea americana del Secretario, y su juego cubierto y la promesa secreta de acometer lo<sup>a</sup> que le da fuerza con la masa del país,—educada en la soberbia,—viciada por la victoria, espoleada por la necesidad, por la angustia en que la tiene el sistema de protección, por el miedo a los desórdenes sociales,—y dispuesta a acometer? ¿qué otra grandeza mostró nunca el Secretario, fuera de la de la intriga, si no es ésa, sorda y temible? ¿adónde está, aparte de la energía brillante en defender el interés de su persona, ese poder de creación, esa virtud majestuosa, esa chispa caritativa que revela el genio amable y humano? ¡Adquirir, eso lo sabe el gavián, y lo sabe el buitre! Y luego no están de astas cruzadas, aunque no lo parece, Harrison y Blaine? ¡De seguro que hay algún zurriagazo a la política de intriga en el mensaje del Presidente! Él sabrá por qué: ¡él sabrá por qué, que anda dentro de casa!» Eso es lo que oye, en la Casa y en el Senado, el que va y viene.

La Secretaría de Estado no dio informe. La de Marina sí: quiere, y pronto, veintiún acorazados, veinte costeros, sesenta cruceros, torpedos suficientes,

escuadra de reserva, no trece millones, como acordó el Congreso pasado, sino veinticinco y medio. También informó la Secretaría de Guerra: treinta y cuatro millones le dio el Congreso anterior, y quiere diez millones más: ¡para tanto territorio, hay muy pocos soldados! Informó la Secretaría de lo Interior, que quiere noventa y siete millones para los veteranos, y no ochenta y ocho, porque según el Secretario, no sólo se ha de pensionar a los que de la guerra salieron sin poderse valer, sino a los que sirvieron en la campaña y caen enfermos o inválidos en su trabajo cotidiano.—La Secretaría de Hacienda quiere tarifa más alta para que no entre nada de afuera, y el sobrante, «empléese en extender el mercado extranjero, en buques de guerra y en fortificaciones en la costa»: la plata recibase en bruto al precio de plaza y páguese en certificados de papel, abonables en plata bruta o en oro.—La Secretaría de Correos, que tiene a la cabeza el primer tendero del país, quiere que el correo lleve los paquetes de tienda como lleva ahora los paquetes privados.—¡Pues eso dirá Harrison!, y con más miedo; porque en lo de la plata no sabrá qué hacerse; entre los mineros que la quieren vender toda al gobierno a precio alto y los banqueros y comerciantes, temerosos de que llegue a ser mucha y a depreciarse por el

---

a. Se añade esta palabra.



exceso la moneda de plata. Y en lo de la tarifa, ¿qué ha de decir, si de una parte le exigen el pago de sus promesas las industrias protegidas que pusieron caudales para su elección, los del hierro, los del cuero, los de la lana, y de otra se le sublevan, convencidos de la falacia de la protección, los republicanos de Massachusetts, y Ohio se pasa a los demócratas, y se salen del partido los de Iowa? Sobre subvenciones hablará, porque las compañías de vapores lo rodean de cerca, y fue mucho lo que gastaron cuando la campaña, para que el Presidente les dé el mal pago de no recomendar «la pobreza» que quiere concederles el partido, necesitado de dar pruebas a los industriales de su deseo de «extenderles el comercio». «Lo demás, ya se ha de ver, será el mensaje de un Presidente monótono y cristiano!» Así, repasando los informes, y contándose sus cuentos, hablaban antes de la lectura del mensaje los representantes. «Esta Presidencia», decía uno, «no es más que para que vean nuestros republicanos tímidos que con política de corbata de algodón, y de estira y encaje, no vamos adonde nos va llevar Blaine,—a toda el ala el águila,—a que la América tutoreada nos pague caro lo que le queramos vender,—a que el europeo muerda el polvo delante de la nueva Roma!» De «aquí a tres años, —seguía en el corro el orador, —los candidatos de media voz se habrán quedado sin figura, y

Blaine les sacará a todos tres cabezas, y tendremos al fin la república imperial, sin rebajarnos las ganancias con esa tarifa de pobres que quieren los reformistas. Somos los amos, y que nos pague el mundo!» «¡De aquí a tres años, amigo,—le dijo un viejo al pasar,—el país, alarmado y convencido, devolverá el poder, con el programa de la reforma de la tarifa, a los demócratas triunfantes!» Y cada cual apostó a su opinión cien pesos, a tiempo que el macero encajaba en el pie de caoba la gran maza de plata.

Lo de política exterior, que es lo primero del mensaje, se oyó con un tanto de atención. ¡Esta es la frase anunciada!: «Los tratos de este gobierno con las demás naciones han sido y serán siempre francos y sinceros; nuestros propósitos abiertos, y nuestros recursos exentos de intriga.» Sobre las tierras de América habla como de arriba abajo y las da por aliadas forzosas y por pueblos de intereses idénticos: acaso corre por entre las palabras como una intimación velada; así dice: «Es de alta significación y de no menos plácemes que el primer año del segundo siglo de nuestra existencia constitucional halle de huéspedes notables en nuestra república a los representantes de todos los Estados independientes de la América del Norte y del Sur, reunidos en seria conferencia para tratar de los medios que mejor conduzcan a perpetuar y extender las relaciones de interés mutuo y amistad que existen entre ellas.

«No puedo permitirme dudar de que la oportunidad de esta manera ofrecida para promover relaciones internacionales más estrechas y la mayor prosperidad de los pueblos representados, deje de aprovecharse para el bien común de todos. Nuestro país esperará con interés y confianza los resultados que ha de dar esta feliz reunión de intereses aliados y en gran parte idénticos.» De China no quiere más inmigrantes; sino que se trate con humanidad a los que ya han venido. De Samoa, está contento con el arreglo ajustado en Berlín, en la conferencia con Alemania e Inglaterra para el reparto del influjo en la isla, con Inglaterra de veedor. Haití, parece que al fin tiene un gobierno estable. Con Inglaterra paces y extradición. —Sobre el canal de Nicaragua, «este gobierno ha estado siempre pronto a promover por cuantos modos sean lícitos, el arreglo de todas las cuestiones que pudiesen ser obstáculo a la terminación de una obra de tan trascendental importancia para el comercio de este país y los intereses comerciales del mundo».

—Han aceptado los Estados Unidos, «bajo las reservas propias de su política en el territorio extranjero», la invitación de Bélgica para deliberar en el Congreso internacional antiesclavista. De Venezuela, esta frase poco costosa, ¡que no se debe pagar demasiado cara!: «Este gobierno no ha vacilado en expresar su vivo deseo de que la cues-

ción de límites pendiente entre Inglaterra y Venezuela tenga un fin amistoso, y en estricto acuerdo con el derecho histórico de ambas partes»: con lo que queda salva de obligación mayor, ni de más intervención que la verbal, «este gobierno», que no ha de poner mano en lo que, de la primera nota, trata de «cuestión de límites». Al ministro en el Brasil, se le ha encargado que reconozca la república tan luego como sea patente que el país la acata.—Con Cuba y Puerto Rico, «han de removerse las fórmulas de navegación que impiden, y de aumentarse las facilidades que promuevan, las relaciones» que parecen destinadas a crecer.—Con España «no adelantan tanto como sería de desear las negociaciones sobre el arreglo de los reclamos de ciudadanos del norte».—«El escándalo de lo de Mora!», dice un representante. Y Trescot, el alma de la Secretaría de Estado, ¿no es el abogado, con parte de interés notorio, de los reclamantes?

A lo de Hacienda nadie atendía. Ya lo ha dicho todo Windom, el secretario. Si se cesa de acuñar la plata y se dan certificados cobrables en plata bruta o en oro a cambio de los depósitos en plata bruta, ya lo dirá el Congreso. El mensaje no quiere que se acuñe demasiada plata: se acuñan ahora 2 000 000 de pesos al mes, pero ningún Secretario ha osado acuñar los 4 000 000 de pesos que le permite la ley: hoy, por común consentimiento y por el equilibrio

de los cambios, corren los certificados de plata a par del oro, aunque la plata acuñada, que responde por los certificados, se acumula sin salida en los sótanos del Tesoro por incómoda; pero cuando la plata fuera mucha, ¿consentiría el comercio en dejar flotante y aceptar como válido del exceso sin valor del tipo nominal del peso de plata sobre el tipo del metal en el mercado? El mejor modo de mantener el crédito de la plata es no acuñar mucha. A lo que hay que tender es a que corran a la par la moneda de plata y la de oro. La moneda de plata es necesaria, porque no hay oro bastante en el mundo, y el país que la produce es el más interesado en conservarle su valor, sin comprometerse con el abuso del cuño, que no tiene valor fijo ni igual en los mercados, y tiende a descender el tipo fluctuante del metal bruto.

Sobre el sobrante es más explícito el Presidente: en 57 470 129 pesos ha excedido este año la entrada a los gastos,—«los 57 470 129»,<sup>a</sup> dicen los economistas «que encogen y dificultan la circulación natural, que aceleran las quiebras,—la inquietud de la masa desocupada,—el peligro de la política violenta, decidida a hallar, en arreglar impuestos reales y artificiales con las naciones extranjeras, la cura de los desarreglos propios,—y la flaqueza de los caracteres individuales, que se corrompen con la esperanza delincuente, esperanza de eunuco, de salvarse de

la sentencia del trabajo con una tajada del sobrante del Tesoro». El mensaje aboga por la reducción del sobrante; pero sin que la doctrina de la protección se merme en un ápice. «Entre libre todo aquello que no produzcamos nosotros. Cerremos las puertas a todos los artículos que vengan a competir en nuestra casa propia con nuestra producción, con lo que ésta se asegura la venta, y el sobrante se reduce. Protejamos los productos del agricultor y del minero, lo mismo que los de las manufacturas.» «Para eso vino aquí Ammidown,<sup>b</sup> el de las lanas»,—dijo al oír esto un republicano libre-cambista: «¡para que el Presidente le pagara con esa frase el dinero con que lo ayudó en las elecciones!» El mensaje recomienda que se suprima el impuesto interno sobre el tabaco, y el de entrada sobre el alcohol empleado en las artes. Y a esto se ha de atender pronto, porque el país ve con malos ojos la acumulación del sobrante excesivo, que no tiene ahora más modo de volver a la circulación que el de redimir los bonos, lo cual disminuye el caudal de los bancos nacionales, cuyo papel circulante no puede ser más que los bonos que el banco dé al gobierno en depósito: «¿Y por qué no dice la verdad entera?» exclama, suspendiendo la carta que escribe, un representante

a. Errata en LN: «51 470129».

b. En LN: «Amidown».

que queda cerca del lector: «la verdad es que con la angustia del país, el dinero acumulado en este período de engaño, anda sin saber dónde ponerse; y los capitalistas, que son republicanos en gran parte, ven mal que el gobierno les compela a venderle los bonos, que es hoy una de las pocas propiedades que rinden interés seguro.»

Sobre fortificaciones habla el mensaje así: «Estamos sin fortificaciones. Tenemos las costas a la merced de los países amigos. Esa defensa no basta y hay que constituir otra de fuertes. Apruebo el proyecto de la Secretaría de Guerra: ejercítese por cierto tiempo cada año la Guardia Nacional en el manejo de la artillería en las costas: aumentense las fuerzas regulares de la artillería.» «Nuestra marina de guerra crece muy despacio: constrúyanse, como quiere la Secretaría, ocho acorazados de pelea, tres cañoneros, cinco torpederos...»

Flagela a los monopolios industriales, a las «ligas» de fabricantes de una misma industria. «¡A Blaine es a quien flagela!», dice un representante: «Blaine, cuando las “ligas” eran asunto de acuerdo privado, sobre el que nadie tenía poder, y que se había de dejar quieto. ¡Y ahora el Presidente del gobierno de que Blaine es secretario dice que cuando están organizadas como lo están frecuentemente, para burlar la competencia saludable y monopolizar la producción o la venta de un artículo de

comercio o de necesidad general, son las “ligas” conspiraciones peligrosas contra el bien público, y se las debe prohibir por ley y aun castigar.» De la inmigración trata enseguida, y eso sí lo oyó la Casa con curiosidad: los representantes alemanes, que ya están de esta parte del océano, aprobaban con la cabeza; los irlandeses se halaban del bigote, amostazados; un irlandés dijo: «ieso no es contra nosotros, sino contra los anarquistas, contra los alemanes del Oeste, contra los rusos, contra los húngaros!» El mensaje aconseja que se inquiere sobre el carácter del inmigrante, y su buena voluntad hacia el gobierno de los Estados Unidos,<sup>a</sup> antes de darle pasaporte para ellos: «No sólo la ciudadanía, sino el domicilio, le hemos de negar a los enemigos confesos del orden social, o a los que vienen a nuestras playas a fortalecer el influjo y aumentar las filas de las asociaciones que desafían nuestras leyes.» Se pudo oír aquí la voz de un representante que debatía con dos más. Al anarquista, que es la hoja del árbol, no hay que extirparlo, porque las hojas vuelven a salir, sino a la raíz del anarquismo, que es el abuso insoportable de los privilegios injustos. ¿No sabe su Biblia este Presidente cristiano, y no ha leído en la Biblia que cosechará tempestad el que siembre vientos? ¿Y el partido nacionalista, que se está formando aquí con lo más sesudo del país, con reverendos, con nove-

listas, con filántropos, y aboga, sin más diferencia que la que va del obrero hambriento al apóstol acomodado, por la reforma plena, y de raíz, del orden industrial. ¿Lo que pide el ruso Schevith es ilícito, y lícito cuando lo piden Bellamy, Hale y Howells? ¿La verdad es crimen cuando se publica en el *Volkszeitung*, y es moda impune cuando sale de las prensas aristocráticas de Houghton o de Harper?

A lo que nadie tiene que objetar es a lo que dice de los indios. «Tiempo hace, dice, que se debió comprender la ventaja de entenderse con el indio por persona, estimulándole el interés, y no por tribu, que era dejarlo sin objeto y sin responsabilidad. Se ha adelantado mucho en la educación del indio, y en el reparto de la tierra a los adultos. La reserva, donde se les da de comer y vestir sin trabajar, es la holganza forzosa y la corrupción que viene de ella. Las reservas indias están ya rodeadas de colonias blancas. La educación, el ejemplo del blanco próspero, y el placer y deberes de la propiedad, pondrán pronto al indio, envilecido por su condición del páuero en las reservas, al nivel intelectual y político del hombre blanco.» Los cherokees, por un tratado, ceden su última tierra. Oklahoma, india hasta ayer, es ya país blanco, y el Congreso debe darle, dice el mensaje, el

a. En LN, se omite: «Unidos».



gobierno de los territorios. «La tierra de Alaska<sup>a</sup> también se ha de distribuir, y de dejar a los indígenas una parte que los satisfaga de sus bosques y sus pesquerías: repártanse, pero con atención bondadosa a sus intereses.» Y en general, en esto de las tierras, impídanse las grandes acumulaciones, deséchese la pretensión del que obre por otro y no por sí, promuévase lo que la ley quiere promover, la mayor suma posible de pequeños propietarios: resístase a los ardides de las compañías de tierras o de maderas, que tienen comprado de antemano el derecho que reclama como para su persona el alto ocupante; sea la tierra del que la ocupó y trabajó, y no de otro. «Buena doctrina, apunta el que escribe al pie del lector, si hubiera modo de aplicarla a los ferrocarriles, que se han comido el país, y han puesto en la Presidencia a Harrison!» El apoderado cómo puede decir de veras, sino por cortejo y disimulo, lo contrario de lo que interesa a sus poderdantes?

En donde muestra entusiasmo, y aun elocuencia, es en lo que dice sobre pensiones. Ya se sabe que no hay mejor recomendación para Harrison que la de haber cargado el fusil.

Por lo que se estima él, hombre de leyes, es por haber lidiado a caballo, a la cabeza de sus hombres. Allí, se vengó de su cuerpo pequeño. No quiere que se dé sólo pensión a los que salieron de la guerra enfermos o inválidos. Para los veteranos que viven de su

trabajo, y en él se incapacitan por accidente o enfermedad, pide pensión igual a la de los demás. ¿Quién sabe si la enfermedad de hoy empezó en el vivac, en la avanzada, en las trincheras de Gettysburg, en los pantanos de Wilderness? Este hombre se transformó, y se vio como consagrado cuando pisó sus estribos de batallador. Para él la guerra es sacra, y todos los de la guerra.

Pide estímulo para los cuatro Estados nuevos; frenos automáticos para los ferrocarriles; un asesor jurídico para la Secretaría de Agricultura; apoyo para la idea de la exposición universal de 1892; más empleados para la comisión de reforma del servicio civil, que examina y gradúa a los aspirantes a empleos. Ya el Congreso ha ayudado a la educación pública con concesiones de tierra nacional para colegios, así es que bien puede ayudar, con el mismo espíritu, con sumas destinadas al establecimiento de un sistema que generalice y unifique la educación nacional: los libertos del sur, que influyen en la nación, necesitan recibir de la nación cultura suficiente para no influir en daño de ella: fíjese una suma anual por el Congreso para escuelas federales de la raza de color: los trajimos de África, les otorgamos la ciudadanía, y los debemos poner para su bien, y el de la nación, en capacidad de ser buenos ciudadanos. «En muchos pueblos del sur la mayoría blanca»:—que es demócrata,—priva al negro de sus derechos políti-

cos:—urge ponerles escuela y protegerles el voto: dígase la palabra—voto libre para el negro del Sur!—que se supone dará voto a los republicanos: al Sur hay que volver, a libertar el voto del negro. «Dícte el Congreso una ley que ampare el voto republicano del negro del Sur.»

Y vuelve de pronto el mensaje a hablar de la pobreza de la marina mercante: No dice, ¿cómo ha de decir?, que los buques fabricados en los Estados Unidos son más caros que los fabricados afuera, y habrá más buques cuando puedan fabricarse más baratos. «Los vapores europeos están ayudados por sus gobiernos, y los vapores americanos no pueden competir con ellos sin ayuda.» «La situación es tal que los viajeros y mercancías de Sudamérica tienen a menudo que pasar por Liverpool para venir a Nueva York. El hecho de que algunos de los delegados de Sudamérica a la conferencia de naciones americanas arribasen a nuestras playas, desviándose del camino natural, demuestra de sobra la necesidad de la conferencia, y sugiere con imperio la medida principal y más necesaria para promover relaciones más frecuentes y útiles con las naciones que son nuestras vecinas por las líneas de latitud, pero no por las de un comercio fijo.» Pide subvenciones para los

a. Errata en LN: «Alacka».



vapores correos que navegan de los Estados Unidos a Centro y Sudamérica, a las islas de los dos océanos y a China y el Japón. «No dudo, añade, de que las naciones americanas que tenemos al sur ayuden cordialmente a establecer y mantener estas líneas de vapores a sus principales puertos.»

Y quiere que estos vapores correos sean subvencionados, para que, en pago de la subvención, se les construya de manera que, a la voz del gobierno, le sir-

van de armada suplementaria. «No hay que ahorrar gastos en esto. El aumento y mejora de nuestra marina mercante, la creación de un cuerpo suficiente de marinos americanos prácticos, el establecimiento de líneas rápidas y regulares de correos entre los puertos de otros países y los nuestros, y la aplicación de los vapores mercantes americanos, grandes y veloces, a los usos navales en tiempo de guerra, son necesidades públicas de la más alta importancia. Todo es

ahora sumamente propicio para la inauguración de una política avanzada y amplia en estas vías, y debemos entrar en ella con decisión y prontitud.» Así acaba, en tiempo de paz, el mensaje del Presidente de los Estados Unidos.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
23 de enero de 1890

[Mf. en CEM]

255

# La conferencia americana

Sucesos varios.-Noticias de América.-La Argentina en la conferencia.-Reconocimiento del Brasil.-Crónica de la conferencia.

Nueva York,  
11 de diciembre de 1889

Señor Director de  
*La Nación*

**D**ICIEMBRE ESTÁ en sus últimos días hábiles, porque el fin del mes es aquí de Pascuas todo, y no hay quien piense en más que en regalar o en recibir, ni mes del año en que las esquelas de amiga traigan más perfume, ni en que esquiven los galanes la presencia más, ni en que sean los niños tan obsequiosos y obedientes: luego, desconsolada, la esposa ligera dice a su amiga del corazón: «¡Y yo que hice tanto por tenerlo contento, y vea lo que me ha dado de Pascuas, una lámpara!» Todos están en Washington de viaje, porque no hay representante ni senador, por cansa que tenga el alma, que no quiera ir a ver a quién le toca en el salón de su casa, a la campanada de la media noche, el beso a que da título el

encuentro debajo de la rama del muérdago amoroso. El Sur entierra, con las ciudades vestidas de crespón a su guía y símbolo, al herido célebre de Buena Vista, al que a caballo, deshecha la cabellera, flotándole a la espalda la esclavina, hambriento y exangüe a sus pies la confederación, más parecía espíritu que hombre, semejante a un árbol acuchillado por el rayo, y rondaba, ahora a escape, luego a paso de quien muere, por las calles lúgubres de Richmond; al que solo arrió el pabellón de su causa vencida para morir envuelto en él: a Jefferson Davis. El Norte entierra, a tiempo que se levantan los «nuevos abolicionistas», los que quieren abolir la propiedad privada en los bienes de naturaleza pública, a uno de aquellos doce famosos, que sin más tesoro que su idea, ni más ejército que su voluntad, fundaron en Boston, befaos y lapidados, la primera sociedad abolicionista de la esclavitud que fue el fundamento de la

nueva nación. ¡Malhaya el que teme verse solo, o acompañado de los humildes, cuando tiene una idea noble que defender, y los de cuenta de banco y botín de charol están del lado de los que la sofocan o abandonan!: los que huían como de la peste, de Oliver Johnson, y le murmuraban la levita verde y el pelo revuelto, ahora, con epicidios y antífonas, han ido, sombrero en mano, a acompañarlo a la tumba. Los diarios hablan mucho de las víctimas de la luz eléctrica, que lleva en los alambres más poder que el que resiste la vida humana, o tiene gastada la cubierta aisladora, y abrasa y mata en segundos, a los pobres obreros, que mueren sobre los alambres, con un hilo ceñido a una pierna, y el opuesto en la mano, chirriándoles la carne, echando chispas la muñeca, comiéndoles la boca: un trabajador clava al poste en que murió su amigo, una alcancía, y a la mañana siguiente le echa en la falda a la viuda, que llora rodeada de sus tres hijos, ochocientos pesos: ipero muere un obrero cada día, y la caridad se cansa!

De la rapidez con que el presidente de la Casa ha nombrado

las comisiones, se habla mucho; de la agonía de la mujer que le cobró la honra a balazos al banquero, y ahora, deshecho el pulmón, cuentan que acaba en su celda; del padre que creía en lo que la Biblia dice sobre el poder de curar de la oración, y oró, y se le murieron sin medicina los dos hijos; de los discursos nobiliarios y aguileños del oráculo de la gente bolsuda; de Chauncey Depew, el que quiere «atar la América del Sur a la del Norte»; y para eso quiere «que sea aquí la Exposición»; del frenesí con que Chicago, anheloso de ganarse la voluntad del presidente, lo cercó y estrujó de manera, en su visita a la ciudad para el estreno del Auditorio, que las damas mismas del cortejo presidencial salieron de la muchedumbre sin plumas ni lazos.

Pero en Nueva York, como que ya están al llegar, lo de moda por la semana que entra, va a ser la excursión de los panamericanos. Tampoco parece que venga en masa a la gira la conferencia de naciones; aunque ya ondea desde ayer en la casa de las sesiones la bandera panamericana al fondo del campo azul, limpio de las estrellas usuales, la cruz de mayo: delante, cubriendo con las dos alas tendidas el norte y sur del continente, el águila; y el continente tiene alrededor un anillo de boda.

De los países de América se lee aquí en estos días mucho. En Haití, como que no halla fácil el camino el mulato Douglass para

que Hyppolite, que ya es el dueño, cumpla lo que parece que ofreció, a los poderes del norte que lo proveyeron de ánimo, y de armas: y han ido, a estrenarse por aquellos mares, cuatro buques de guerra. El *Tribune*, de Nueva York, que en estas cosas sale hecho de la Secretaría de Estado, dice, a propósito de un artículo donde se celebra la política de la Secretaría, «una política osada, original, definida, popular en la nación, que le asegure resultados de valor permanente»,—que «hay sus señales de la disposición del Departamento de Estado a tomar en cuenta la importancia de obtener estaciones de carbón en la punta norte de Haití, y en otras partes».

Hawai<sup>630</sup> tiene aquí a un ministro Carter, que viene a pedir el protectorado. «Del canal de Nicaragua», dice el *Tribune*, «parece que está dispuesto a cuidar-se el Departamento de Estado». Todo lo de Nicaragua y Costa Rica, y de la Unión de Centroamérica, se publica aquí día a día, con los detalles más minuciosos y razones por las que Nicaragua, que va a tener canal, no debía unirse a Guatemala, «que se le va a echar encima»;—y notas de las opiniones anexionistas de un Jiménez costarricense, que «prefiere ver a su patria anexada a los Estados Unidos, que convertida en Estado de Centroamérica». Se publica mucho lo de la ciudad nueva del canal, que se va a llamar «América». «Este gobierno a la verdad», dice el

*Times*, «habría de ver con mucho desagrado la entrada de Nicaragua en unión alguna, a menos que no quedase libre el canal de toda intervención del nuevo gobierno federal». ¿En qué dirección se ha de mover nuestra bandera?, dice el *San* en un artículo odioso, «¿sobre el norte, o sobre el sur, o sobre alguna de las Antillas?»

El senador Tall presenta en el congreso una proposición para que los Estados Unidos procuren, mediante una garantía «de la remuneración, que España consienta en permitir que sea la isla de Cuba una república libre e independiente»—«porque en la forma clara de venta», dice un comentador, «pudiera España verse obligada a no entrar por decoro, a pesar de la venta antigua de la Florida, en una senda que con esta forma se le allana». ¿Y a qué ir a buscar lo real de la proposición, cuando el *Post* de Washington, que es diario de buenos informes, la titula, al dar cuenta de ella, «una proposición para adquirir la isla de Cuba», y es sabido que van a presentarse otras en otras partes, con ese mismo disfraz, y el mismo objeto?

Y el *Tribune*, al fin de su artículo sobre «posibilidades diplomáticas», «no sabe si la administración está preparándose o no a una serie de golpes brillantes en las Antillas, Nicaragua, Hawai o los mares del sur».

Los delegados de la conferencia de Panamérica vienen en

esta semana que entra a las fiestas de Nueva York, a ver la escuela normal, a visitar los paseos y los asilos y una joyería, a presenciar el ejercicio de un regimiento de milicias y de la policía, a la recepción del Club republicano «Union League», al banquete de la Unión Comercial Hispanoamericana, a oír el *Trovador*<sup>631</sup> en alemán en el Metropolitan, y la parodia de Robert Macaire<sup>632</sup> en el Casino; —en una de las noches, fiel, en la nieve, los recibirá en sesión de honor, la Sociedad Literaria Hispanoamericana.

Y éstas son las primeras vacaciones de la conferencia, después de su sesión preparatoria. Entra en las fiestas con las comisiones nombradas. Del 18 de noviembre acá no ha habido más en la conferencia que los primeros codeos y reconocimientos; la prisa marcada, y puesta a raya pronto, de los que creían que la conferencia con «esa gente del sur» era paseo libre; la resistencia tenaz y comedida a toda pretensión de inconformidad o predominio; y la labor regular de las comisiones de credenciales, de reglamento y de comisiones.

En la de credenciales presidió el ministro de México. En la de reglamento, México estuvo también, con D. Manuel Quintana, de la Argentina, y el juez Alfonso, de Chile, y el expresidente Caamaño, del Ecuador, y Jacinto Castellanos, salvadoreño, y Trescott, delegado a la con-

ferencia ahora, y en otro tiempo agente de Estado en la época de Blaine, cuando su sucesor revocó por el cable las instrucciones que llevaba al Perú, de intervención y guerra. La de comisiones propuso las juntas de estudio en que la conferencia se ha de dividir: una es sobre la unión aduanera, y otra sobre vías de comunicación de tierra y mar: sobre la uniformidad de los derechos de puerto es una y otra sobre la de las pesas y medidas, y otra sobre disposiciones sanitarias: para privilegios y propiedad literaria hay comisión aparte, y para la extradición y para bancos. Otra es sobre la unificación de la moneda: otra sobre leyes internacionales: y sobre arbitraje y asuntos afines otra. Una comisión ejecutiva de cinco miembros cuidará de todo lo disciplinario y formal de la conferencia y de sus publicaciones. ¿Y quién nombrará las comisiones?

En los debates sobre el sorteo de los vicepresidentes; de los secretarios; sobre el quórum; sobre la firma de las actas, había defendido su parecer con minuciosidad y tesón D. Manuel Quintana, delegado de la Argentina, que a Henderson, que con inoportuna chanza quiso como censurarle su ausencia del paseo, le respondió, seco y erguido: «yo he estado donde me mandaba mi deber y donde me pareció mejor estar», —que a uno de los delegados colombianos, en disputa sobre si debían llamarse acuerdos o decisiones, los dictá-

menes de la conferencia, contestó así: «lo mismo es que se llamen acuerdos o decisiones u opiniones o pareceres, puesto que en nada pueden obligar a las delegaciones que disientan de ellos, ni a sus gobiernos»; —que a Blaine, cuando le dijo, según cuentan: «en Boston dirían de usted por su figura, señor delegado, que era un rector de universidad», repuso inclinándose, «en mi país, señor secretario, todos tenemos la misma figura». Unos tenían a puntillo excesivo el del delegado argentino, que en lo de menos importancia aparente hacía hincapié, sin ceder cuando creía estar en las prácticas y en la previsión, ni insistir cuando el aviso de la vigilancia continua había sido acaso su único propósito. Y otros creían que en una reunión de hombres de pueblos cordiales y caballerescos, y en quienes pudiera ser mayor, por la predicción hiperbólica y el ansia ciega de progreso, el entusiasmo por lo ejemplar del norte que el conocimiento de lo temible de él, era de necesidad urgente que, por algunos al menos, se extremase la cautela, visto el peligro de que por otros se extremase la confianza, sobre todo cuando parece que se pudo notar en los primeros días una como impaciencia de todo freno, y mal humor por toda demora, de parte de la delegación norteamericana, que en su más sutil expresión debió sujetarse desde el nacer, por el decoro de los pueblos que es acá



uso desdeñar, si era descortés, y por el cumplimento de sus deberes, si se trataba de llevar asuntos de tal monta, a la loca, y como quien no ve. Y hay razón para sospechar que éste fue el caso, y que el remedio fue bien puesto, porque los diarios que están cerca del secretario intentaron sofocar el «orador del congreso», como le llama el *Export and Finance*, con una campaña de ridículo, y acusaciones de venir vendido a los ingleses, y pinturas de cuando sacaba el sorteo «serio como una lechuga», a todo lo que se ha sobrepuesto él manteniendo, sin atender a la invectiva, los puntos de práctica y de dogma en que es maestro sagaz, recabando con su elocuencia acerada y sencilla el asentimiento de sus colegas, abatiéndole la soberbia a algún norteño menos conocedor de cosas internacionales, y levantándose a proponer que se dejara el nombramiento de las comisiones al Secretario de Estado.

Acaso quedan apuntados ya los temas y caracteres salientes de los debates en esta sesión preparatoria. Se trató de los vicepresidentes, y quedó acordado que presidieran los delegados por sorteo, aunque luego se vio que ser experto en un ramo u otro es una cosa, y otra presidir donde hay tanto interés variado y opuesto, a pesar del águila de las dos alas y el anillo: y más cuando entre los delegados son muchos los que desconocen el inglés, por Jo que se volvió sobre el acuerdo del sor-

teo, y por elección quedaron nombrados vicepresidentes, dándoles por suerte los títulos de primero y segundo, D. Juan Francisco Zegarra, el delegado del Perú, educado acá en el colegio de Georgetown, y aquel que goza ya en la conferencia fama de cauto y de letrado inglés: D. Matías Romero. Sobre los secretarios hubo debate, porque Quintana quería uno latino-inglés, y otro anglo-latino, que es lo que vino a ser al cabo, y Horacio Guzmán, el delegado de Nicaragua, que los del sur nombrasen el suyo, y los del norte otro: Guzmán y Zegarra fungieron de secretarios pero sólo mientras se decidía nombrar como permanente a Reinisen Whitehouse, de México, tenido aquí por muy perito en diplomacia y letras españolas, y al cubano Fidel Pierra, joven aún, hombre de mucho estudio y viveza natural, que en sus desahogos de comerciante próspero ha acaudalado práctica y saber en ambas lenguas. Sobre el quórum hubo debate largo, hasta que se convino en dar a cada delegación un voto, separado y nominal, sobre los asuntos expresos en la convocatoria, y en fijar como quórum las dos terceras partes de las delegaciones. Sobre la firma de las actas, la diferencia de ideas fue mayor, porque Estec, que tiene nombre de jurista, daba por bastante las actas firmadas por el presidente de la sesión y los secretarios, y Quintana decía: «¿Cómo ha de tener mi gobierno por buena un

acta que no le va firmada por sus representantes?» y los representantes las firman.

Pero la sesión memorable de la conferencia, porque revela tal vez su pensamiento cardinal y el afán de los del norte de sacar pronto triunfante un fin oculto y concreto, fue sin duda aquella en que, en una junta de delegados reunidos para objetos especiales y fuera de la órbita usual, y aparte de la diplomacia, propuso uno de los delegados norteamericanos el acto diplomático, y extraño a la conferencia, por más que grato a toda mente liberal, de reconocer, en forma de saludo de la conferencia, a los Estados Unidos del Brasil, la república acelerada por la decisión del general Fonseca en los dominios, amenazados por la clerecía, del magnánimo D. Pedro.

Decía, con arranque juvenil, el vehemente Henderson: «¡Todos los lugares son propios y todos los tiempos convenientes, para expresar el deseo de ver a todos los pueblos convertidos en repúblicas!» Porque D. José Hurtado, colombiano, le puso la razón de que los delegados allí reunidos no tenían poder para declarar ni por sí, ni en junta, un reconocimiento de gobierno que pudiera, por una causa u otra, contrariar la voluntad desconocida de sus naciones. Dos delegados votaron por Henderson. ¡Pero todos, todos, al entrar con sus credenciales renovadas por la república los delegados del Brasil, rompieron, una vez y otra, en aplausos!

Lo demás, ha sido detalles de forma. El reglamento, ya se ha publicado. Por ahora habrá actas, y luego, tal vez, diario de sesiones. El castellano de las actas era mísero al principio, y ahora dicen que es suelto y elegante. Las sesiones son secretas, y sólo pueden asistir a ellas los delegados y sus secretarios oficiales, y los secretarios y taquígrafos. Guatemala ha dado gracias fervientes al Secretario de Estado por el favor, y la hermosura, y el lujo del paseo. Se reciben invitaciones numerosas; pero la conferencia ha decidido no tomarlas en cuenta como corporación, sino individualmente, y contestarlas por los secretarios, no sea que de los delegados se haga lo mismo que hizo Wanamaker; el secretario de correos, que por los respetos de su puesto logró que le visitasen su tienda, y ya allí, usó de ellos como tendero, y tuvo anuncio magno y singular, y venta grande el día de la visita.

Muchas proposiciones reciben también, y muchas más re-

cibirán, y algunas embozadas, sin versos de donde vienen, y algunas inicuas. Y otras, como ésta: un Folson propone que se constituya un gobierno federal de toda la América, con el asiento en los Estados Unidos, y un sueldo de \$500,000 anuales para el jefe. Y al que le dijo que eso sería imposible le señaló Folson el anillo de la bandera: «¿Qué más da, si está en seda, que esté en papel?»

Otra vez son tres reverendos los que llegan, y vienen, de levita larga y corbata blanca, a demostrar a los delegados la justicia de procurar la paz entre los hombres con la cordura del arbitramiento.

Y en la Casa de Representantes, cuando ya estaban en sus puestos los huéspedes ilustres y el Vicepresidente de la República en la silla, y el Capitolio todo atento al elogio con que el Presidente de la Suprema Corte, por encargo del Congreso, conmemoraba la inauguración presidencial y el valor, y el desinterés, y los tiempos de Washington,

rompió de pronto el aire un aplauso nutrido. ¿Fue al consejo de moderación o a la esperanza de mayor poder? Fue cuando dijo esas palabras el juez Fuller: «Es motivo de plácemes que el primer año de nuestro segundo siglo halle a los representantes de las tres Américas ocupados en aumentar las facilidades de las relaciones mercantiles consultando el curso natural de las cosas, difundiendo y diversificando por medios suaves las corrientes del trato, sin forzar, nada, con lo cual vendrán a ser más estrechos los lazos de amistad paternal y quedarán los pueblos de los dos continentes americanos con el dominio armonioso de todo el hemisferio».

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
24 de enero de 1890

[OC, t. 12, pp. 63-70]



---

1890







## Edison

DESDE QUE estuvo Edison en París, se habla más de él. El hombre, misterioso y natural, admira tanto como el inventor. Vive con las manos en lo desconocido, y tiene visiones como las del místico Swedenborg, y fantasías como las de Poe o de Quincey.<sup>633</sup> Para este físico, todo átomo tiene alma. Le preguntan por Dios, y dice que casi lo ha visto, «casi puede probar la existencia de Dios con la química». Tiene este mecánico, una poesía matemática y formidable. Un día, de sobremesa, rompe a hablar así, desde la nube de humo: «¡Qué gran cosa sería que el hombre pudiese mandar en sus átomos a voluntad, y que cada átomo fuese de quitar y poner! Así podría yo, por ejemplo, decir a mi átomo número 4520: Ve, y sé parte de una rosa por un poco de tiempo: y a cada uno de los átomos lo mandaría a que se hiciese parte de los minerales, de las plantas, de las sustancias todas. Luego, tocando un botón, los átomos volverían a mi cuerpo, con todo lo que hubieran aprendido, y yo sabría el misterio de la piedra, del gusano de luz y de la rosa». ¿No es el hombre de las «tres mil» teorías sobre la luz incandescente? ¿No

hizo viajar a docenas de hombres por las florestas vírgenes, para encontrar la fibra de la luz? Los átomos, para él, se condensan y coronan en el hombre, que representa la inteligencia total, «porque los átomos, todos son inteligentes». ¿Sin inteligencia, producirían con sus conjuntos el color, la forma, el aroma? La vida es aroma. Lo que decae, hiede. Los pícaros parece que hieden. Se limpian las botas y usan brillantes en el plastrón, pero hieden. La inteligencia está en nosotros; pero no nos viene de nosotros mismos. La materia no es inerte, ni recibe su fuerza de afuera.—Y estas son las cosas de que habla de sobremesa el inventor del tasímetro, envuelta la cara pálida en la nube de humo.

Porque Edison fuma sin cesar: fuma quince, veinte tabacos al día: cuando no fuma, masca: recostado en una silla, con los pies sobre el respaldo de otra, a la nuca el sombrero de pelo, por el suelo los faldones de la levita negra, cambiándole de color los ojos chispeantes, va dibujando con los mascullones de tabaco en la pared la máquina que inventa. De pronto echa por tierra las sillas, y se sienta, sin qui-

tarse el sombrero, a tocar el órgano, en las horas profundas de la noche. Se levanta del órgano, a anotar, con dibujos, la máquina en que piensa. Cientos, miles de máquinas. Los cálculos los hace pronto, por métodos suyos. Cuando un novelista lo va a<sup>a</sup> ver, le saca el libro de los dibujos: «¡Aquí tiene mi novela!» Y le deja el libro en las manos: se<sup>b</sup> le ha ocurrido una idea, ha recordado la página de un libro, y va a su cuarto de leer, donde mesas, sillas, alfombra, están llenas de libros abiertos. Salta de uno a otro. Lee en todos a la vez. Estudia un asunto, y manda comprar cuanto hay escrito sobre lo que estudia. Resuelve, y olvida. Si algún amigo entra a hora propicia, de levita y sombrero alto se pone a picar chistes, a canturrear, a hablar *yankee* por lo fino: o a bailar el zapateo, sombrero en mano y faldones por el aire, como cuando lo fue a ver Sarah Bernhardt. ¡Siempre el muchacho errante, siempre el telegrafista aprendiz, siempre el que aprendió la vida en lo duro! Se las da ahora de

a. Se añade «a».

b. Se añade «se».

prohombre, desde que vino de París; hace que lo retraten en su biblioteca, de gorro y bata de señor; se sienta, de mucha casa, en el banquete de los descendientes, de holandeses, porque él también desciende de ellos, y la nobleza lo quiere ir levantando como persona nacional: pero de los ojos inquisidores no se le cae nunca la burla: ¿acaso ven los hombres lo que él ve? ¿qué saben esos, que peroran y que beben? ¡la hora de fumar es la que en los banquetes le place a Edison! Del tabaco negro, negro como la sombra, saca a bocanadas el humo azul.

Sus amigos hablan de su grandeza en las réplicas; de sus juicios breves y originales sobre los hombres; de cuando fue por primera vez a Washington, a pedir privilegio de invención para un aparato de marcar sin demora en los congresos los síes y los nóes: de cuando lo despidió por celos el jefe de su oficina, y entró en San Luis, en una mañana de nieve, con el gabán de dril con que venía del Sur: de cuando llegó de telegrafista a Boston, se sentó a recibir mensajes, y cansó al empleado más hábil del telégrafo de Nueva York: de la celeridad con que concibe, el orden con que trabaja, y la infalibilidad con que calcula. No le den «sociedades ni músicas», ni le traigan de «esos conversadores asesinos» a quitarle el tiempo: el día es claro, pero es más clara la noche: en-

caramado en la banqueta, o arrellanado en el sofá a la turca, es su placer mayor ver asomar al alba, como si la hubiera citado a duelo, y aguardase, en una hora de descuido, a arrebatarse el secreto de su luz. ¡Y si hay gusto de rey, luego de una buena noche de trabajo, en ver salir el sol! A las siete tocan a la puerta, y el inventor se echa famélico sobre el almuerzo: tira el sombrero por el aire: se frota contento las manos. ¡Ahora, desde que es persona de París y anda en comidas de holandeses, ya no pasa tantas noches en vela como antes!

A veces, después de almorzar, lee un libro de filósofo o de poeta. Los poetas de la esfinge son los que lee él: Emerson, el adivinador: Whitman, el verdadero: ¿no fue Emerson el que dijo, cuarenta años antes del fonógrafo, que ya vendría «quien organizase de los ecos?» ¿no dice Tyndall que la poesía de Emerson le sugirió muchas de las leyes, y le ayudó a descubrir? ¿y no está todo Darwin en un verso de Emerson, publicado veinte años antes del *Origen de las especies*? ¿Y la poetisa Jean Ingelow<sup>634</sup> no pintó, mucho tiempo hace, en un cuento de hadas, el «acústígrafo» que reproducía la música? ¿Y en otro libro de imaginaciones, *Helionda, o aventuras en el sol*,<sup>635</sup> no dice el personaje Alutedon, en 1855, que ya los autores no tenían que padecer con la escritura, y sujetar el águila del pensamiento a la hor-

miga de sus manos, «porque las vibraciones del aire, puestas en movimiento por la voz, movían una delicadísima máquina, que iba recogiendo las palabras»? Todos esos precursores tuvo el fonógrafo; y el Teniente Maury,<sup>636</sup> que se lamentaba de que Daguerre<sup>637</sup> no hubiese inventado un modo de escribir, sin más que hablar, por un tubo, sobre una hoja de papel; y Tom Hood, en el *Annual cómic*<sup>638</sup> de 1839, cuando augura que ha de venir quien invente «un papel de escribir que repita lo que oiga». Lee poetas ahora Edison, de cuando en cuando, de esos que ven con ojos nuevos, y escriben música extraña y poco oída, —como la que oyó él cuando su primer prueba en el fonógrafo. ¡Entonces no leía poetas Edison, ni sabía de Alutedon!

Trabajaba de telegrafista; inventó un aparato para repetir, por las marcas del papel, los golpes del receptor, pensaba ya en el telégrafo, y en las vibraciones del sonido: pues «¿por qué, si las marcas del papel vuelven a hacer sonar el martillo del receptor, no han de quedar recogidas, y de sonar otra vez, las vibraciones del diafragma?». Anhelante, con un compañero descreído, armó un instrumento rudo y habló sobre una tira del papel: «¡Hello!» dijo: ¡y repitió el saludo, como si viniera de muy lejos, la hoja de papel! A su mecánico se fue enseguida Edison con su dibujo de la máquina de hablar. Cuatro pesos le puso de precio,

y se burló el mecánico de él. Edison acababa de contar la primera prueba, estaban él, el compañero Bachelor y el mecánico Kruesi. Un barril de manzanas aportó Bachelor «a que no andaba la cosa». ¡Se reía el mecánico! Puso Edison en la máquina una hoja de lata, y habló sobre ella. ¡Se reía el mecánico! Volvió Edison a poner la hoja de lata, a que repitiese los sonidos. Echó a andar: ¡y no se rió, el mecánico! Palideció y dio un paso atrás. «También yo me asusté», dice Edison: «también yo me asusté un poco». Y Bachelor perdió el barril de manzanas.

Aquel inventor, no había ido más que dos meses a la escuela. El padre vive y se anda hoy mismo diez millas diarias, con sus ochenta y cuatro años: pero era hombre de más fuerzas que medios. La madre era maestra, y le enseñó en la casa cuanto sabía. A los doce años, estaba Edison leyendo los *Principios* de Newton. A los doce años, «Madre», dijo, «soy un *bushel* de trigo: peso ochenta libras:» y se fue por el mundo, como un *bushel* de trigo. ¿A qué? A lo primero en que se pudiese trabajar!: A vender diarios en el ferrocarril. Pero de vender diarios se sacaba poco: ¡a aprender a impresor, en el vagón mismo, durante el viaje! ¡a publicar, impreso por sus manos, el *Grand Trunk Herald*! y se vendía el periodiquín entre la gente de los trenes, porque Edison andaba como hormiga loca levantando noticias, y

ponía en su papel todo lo que podía interesarles: para los del tren escribía, y escribía sobre el tren: que «John Robinson se cayó del tren, y los muchachos lo sienten mucho:» «que la máquina núm. 3 entró a patio, para remiendos».—Y esa imprenta la compró Edison con lo que le dio una idea feliz. Para no comprar más ejemplares del diario que los que podía vender, se escurría por la imprenta del *Free Press*, a ver, por la novedad de las noticias que veía en pruebas, si debía comprar más o menos: ¡y un día, vio que iba a salir el parte de la batalla de Shiloh, la batalla carnicera, que peleó Grant sobre los cadáveres de sus propios soldados! ¡ah, si el telegrafista amigo quisiese, a cambio de un mes de los periódicos de Harper, y de un mes del *Free Press*, mandar la noticia de la batalla a todas las estaciones! Quiere el telegrafista. Logra que le den a crédito mil quinientos ejemplares. Y los vende en el camino, a cinco, a diez, a veinte, a cincuenta centavos. Pasa por una iglesia, que estaba en oraciones: pregona el periódico: y sale la congregación a arrebatarse los números que le quedan: las americanas vienen anudándose la cofia: el pastor viene sin sombrero, dando trancos.

De ahí subió a «caballero de la llave», como se llamaban los telegrafistas. Noches enteras pasaba con un compañero, sirviendo de balde el puesto de un operario que dormía largo la cerveza.

Años tardó, practicando e inventando. Imaginó un aparato; con dos registros de Morse y una taza de papel, para recibir de prisa y repetir despacio. De ahí paso a paso, llegó «por deducción lógica», por la idea de las marcas del papel que daban el sonido, a la invención del repetidor automático, que ahorra los operarios y yerros de la transmisión en cada oficina —llegó a la invención del fonógrafo. Hoy, de privilegios originales, tiene lleno un libro. ¿Qué no ha inventado él? Desde los alambres de seis mensajes a la vez, desde los aparatos de telegrafía privada desde el motógrafo del teléfono, hasta la subdivisión de la luz eléctrica, que los expertos ingleses habían declarado «imposible» ante la Cámara de los Comunes. Y cuando volvía de Francia, notó que no tenían los marinos modo seguro de tomar el sol en días nublados, calculó unas pocas horas, e inventó un aparato para tomar el sol, haya o no nubes. Y tiene palacio, riqueza, procesos, fama, mujer, y aquel inefable honor con que se empieza a ver el hombre cuando se enorgullece de él su patria. Pero deja su alcoba tranquila, para ir a oír ansioso a media noche la voz que lo llama, la voz que en *La Obra* de Zola<sup>639</sup> llama al pobre Claudio.

**El Partido Liberal,  
México,  
5 de febrero de 1890**

[OCNY, pp. 136-147]



257

## Desde el Hudson

Las lanas.-La Exposición en Nueva York.-Asuntos notables.-El banquete de los puritanos.-Autoritarios y reformistas.

Nueva York,  
enero 9 de 1890

Señor Director de  
*La Nación*

**D**E LAS LANAS, y de si se aumentan o no sus derechos, se ocupan mucho en Washington pero no tanto como de la arremetida triunfal de los millonarios de Nueva York, que en fuerza de noventa fueron con Depew a la cabeza, diciendo chistes y ensayando su discurso, que es de lo mejor que en su especie pudiera decir el lógico más hábil, porque daba por logrado lo que iba a solicitar, y expuso los argumentos de sus contrarios de manera que con la misma exposición quedaban vencidos, por más que San Luis había abogado con empuje ante la comisión de senadores en pro de su mayor derecho, por la mucha población que tiene en qui-

nientas millas a la redonda, y el verano seco y suave, a celebrar en su recinto la Exposición de 1892; y Washington de años atrás viene trabajando por que el centenario se celebre al amparo del Capitolio; y Chicago tenía lleno de sus representantes entusiastas el salón donde el republicano Depew, y el demócrata Cochran, defendieron la ostensible superioridad de Nueva York para la fiesta universal, que no es para contentar nuestro orgullo, ni el de las ciudades más jóvenes que nos disputan en vano la importancia de metrópoli, sino para levantarnos de donde estamos después de la Exposición de París, en que expusimos unas magníficas maderas petrificadas de Arizona, y no había pueblo que no nos llevara del codo a la cabeza, por lo que es preciso que se vea que tenemos todo cuanto el mundo nos quiera comprar, y un lugar tan bien dispuesto para la Ex-

posición, y con tales vías de agua y de tierra, que a la media hora de cerrarse las puertas ya pueden estar los doscientos mil visitantes en sus casas: y diez millones de pesos tenemos, que nos va a dar el Estado de Nueva York para edificios y gastos, sobre que ya hay suscritos, por contrato válido ante la ley, más de cinco millones. Y aplaudían a Depew los mismos rivales encarnizados de Chicago, porque no los lastimaba con lo que los vencía, tanto que cuando acabó el día de triunfo que aquella procesión de magnates tuvo en Washington, ellos fueron, los de Chicago, los que en pleno banquete, donde estaba lo granado de los Estados Unidos, hicieron a Depew padre de la cena, y de pie sobre una silla les tuvo que decir unos cuantos chistes más, que ellos le contestaron con otros, hasta que brazo en brazo, volvieron al tren los invasores, acompañados de sus enemigos.

En la comisión de medios y arbitrios no era la lucha menos reñida, ni tan amistosa, porque se daba audiencia y careo a los manufactureros que quieren lana libre, o derecho de entrada

que no aumente el de hoy, y a los criadores, que quieren que se cierren los puertos a las lanas de afuera. Cada asociación tenía ante los comisionados su representante.

El prominente entre los criadores era un político de oficio, a quien arrolló con la respuesta un fabricante de alfombras. Allí hablaron por turno, y en diálogo a veces, la «Asociación Americana de Manufactureros», la «Asociación Nacional», el «Club de Manufactureros de Filadelfia», los fabricantes de alfombras, y la «Asociación Nacional de Criadores», los criadores de Texas, y los de Montana.

Los de Montana quieren protección, aunque confesaron que sin el derecho a la lana de afuera no habría lana que proteger, porque con los pastores a cincuenta pesos al mes, y lo más que cuesta la cría, aun en las tierras comunales no deja provecho la venta, por más que llegue de diecinueve a veintitrés centavos la libra: y el mismo *Boletín de la Liga de la Tarifa* dice que en cuanto a lanas burdas, sólo con una protección que monte de quinientos a mil por ciento pueden criarse con ganancia las ovejas que la dan en el país. Los de Texas dijeron que la lana les sale de doce a quince centavos por libra, y que les toma cinco acres de la mejor tierra tejana para cada oveja, a pesar de lo cual piden para industria tan precaria, un derecho que iguale el precio de venta de la lana burda con la lana fina, para esti-

mular la producción de la burda, «que ningún criador querrá luego producir», decía luego un fabricante de alfombras, «porque cuando reciben peso y medio por cada esquila de lana noble no han de contentarse con criar burdas, a veinticinco centavos por esquila». El de los merinos tampoco quiere que los derechos se levanten.

Ni lo querían, al parecer, los manufactureros, porque en octubre del año pasado tuvieron su cóncave, de donde salió la opinión de sostener los derechos de la lana, y compensarlos con los correspondientes sobre toda fábrica lanera del extranjero.

Pero eran aquellos manufactureros apócrifos; porque de las dos peticiones que se presentaron, cara a cara de los criadores, a la comisión, una era de doscientos fabricantes que quieren un derecho de valor sobre la lana, menos que los derechos compuestos de hoy, y otra era de quinientos más, que piden lana libre, porque con ella «tendrían más ovejas, más telares y ropa barata para todo el mundo». El Club de Manufactureros de Filadelfia, que está todo sobre los puntales de la protección, aspira a que se graven los hilos y lanas tejidas de afuera con un derecho cuatro veces mayor que el de la lana sin lavar, que es de diez centavos por libra, y de cuarenta a cincuenta por ciento adicional según valor.

Y los fabricantes de alfombras no quieren que sus fábricas se les arruinen, y que las alfom-

bras vengan a costar como si fueran casimires<sup>a</sup> y brocados, para que unos cuantos caballeros de Texas puedan criar, a costa de la nación, unas ovejas que darían a cuarenta centavos la lana burda que el país puede comprar por seis. Pero salían todos descontentos, criador y fabricante, por la poca esperanza de que este año se trate del cambio de derechos, a causa del miedo de que se dé en él una batalla prematura, que ha de empezar por el tema de prueba de las lanas.

Washington comenta eso; hace como que desecha la propuesta de Call en el Senado para la adquisición de Cuba, so color de la garantía de su independencia; pide a Colombia explicaciones, porque no deja el mar libre a los barcos yanquis<sup>b</sup> que comercian sin los documentos de ley con los cocalos de la playa de San Blas; discute la política de centralización, de intervención en el Sur, de universidad nacional, de reglamento restrictivo en el Congreso, de proteccionismo abierto que lleva adelante, en la Casa y en el Senado, el Partido Republicano; trata de apoyar el plan del senador Morgan que otros tienen por pueril o inicuo, de echar sobre África a los negros del Sur, en los barcos que les ponga el gobierno, o sobre las Antillas;

a. En LN: «cachimires».

b. En LN, siempre: «yankees».

c. Se añade «la».

se pregunta si, en el combate democrático del Estado de Nueva York, triunfará Hill sobre Cleveland, que es ahora abogado mayor del voto secreto; si el Estado de Nueva York acordará el voto secreto; si no es hora ya de ir poniendo coto a la inmigración, y negar la ciudadanía<sup>a</sup> a los que la usen para perturbar el país que se la da, o que<sup>b</sup> por su deber de católicos tengan que ejercerla contra la nación protestante y republicana a que se afilian. Y no se tratan principalmente esos problemas en los diarios, que los esbozan o los relegan a las revistas de mes, ni en el Congreso, que está ahora de preliminares, sino en los banquetes, que son muchos estos días,—el de los «hijos de holandeses», donde se va, luego de abrir el apetito con un «medio y medio» a uso de Orange a «comer lo que está bien guisado, a fumar en pipa, y a decir la verdad»,—el de la toma de Nueva Orleans por Jackson, donde una lanza libre de la democracia invitó al gobernador Hill a salir del partido que acuchilla para bien personal con sus componendas con los republicanos y sus traiciones,—el del desembarco de los puritanos en la playa de nieve.

Y cuando se reúnen los prohombres en torno de la mesa festual,<sup>c</sup> para conmemorar el día del desembarco de los puritanos, no es la fiesta sólo de pavos y de ponches, ni de memoranzas del contrato del camarín de «La Flor» y las proezas del duro

Miles Standish, que era liberal de arriba, como muchos pueblos liberales de hoy, que quieren paz sin justicia y seguridad sin equidad, y pedía el cielo y la tierra para sí, y «el infierno para esos indios perros»,—sino simposio de ideas, donde los magistrates de las clases poderosas dicen con su mejor oratoria lo que piensan los de su convento sobre los asuntos del país.

A estas mesas viene el del Oeste, a alegar que la tierra falta, y el poder desocupado está ya siendo mucho, y la gente sin tierra necesita ocupación, y no ha de haber límite para el poder. Viene el del Sur, retórico e impetuoso, a rogar al Norte que deje al Sur ir resolviendo en paz su problema de los negros, y no ponga al pan público la levadura de rebelión contra el señor, sino que se entiendan todos los señores y se ayuden.

Viene el clérigo, juntando chistes y escrituras, a augurar tiempos satánicos e irreverentes, en que el Sansón de abajo, que ya tiene el cabello crecido, va a asirse de las «columnas de la sociedad», por lo que los ricos, y el ejército, y el clero, y el gobierno deben hablarse y auxiliarse, y cortar el cabello de Sansón antes de que le crezca.

Viene el rico, a la vez satisfecho y temeroso, gruesa la mano y corva la nariz, a decir que de los puritanos de «La Flor de Mayo» nació el mundo, y la república del Brasil; que la vida es buena, puesto que los ferrocarriles pagan buen dividendo, y están en

paz con sus cien mil empleados; que el puritano, lo cual es gran verdad, «nunca padeció de la sed insaciable y ardiente de hacer bien a los demás pueblos del orbe». Viene, mal encasacado, el general que desciende de los de «La Flor» y echa su discurso de bayonetas y puñales, donde todo es hablar de anarquismo y extranjería, y hay un párrafo en que dice que «bien pueden los anarquistas, armados o sin armas, organizados o sin organización, ir sacando las garras del cuello de la República, porque el gigante, la fuerza, está tranquilo, aguardando, y moviendo su cuerpo y sus miembros con cautela amistosa: pero recordad ¡oh malignos odiadores del hombre! que el gigante respira y goza de salud, y tiene poder tremendo, y os desmigajará sin un ápice de duda, en cuanto el acicate del deber se lo demande». Guardaron en el bolsillo de las casacas la lista del banquete, donde hacía de cabeza, en un fino grabado, el mesón burdo de los peregrinos, con el cántaro al lado de la Biblia, y el devocionario junto al cuerno: se embozaron,<sup>d</sup> entre saludos que parecían jura de fe, los gabanes de pieles: y salieron por el portón embanderado a la calle, torva y silenciosa, donde un vento-

a. En LN: «o».

b. Se añade «que».

c. En LN: «festival».

d. En LN: «embenaron».

rrillero vendía los últimos números de *El Nacionalista* en que los pensadores precavidos del país, que no encienden su cigarro con bonos de a mil pesos, ni pasean sobre espaldas de hombres, piden «en nombre de antepasados puritanos», con voces que no vienen de Europa ni de otras afueras sino de iglesias protestantes y salas ricas, «que este orden inhumano de castas soberbias, este feudalismo nuevo de los terratenientes, se cambie, sin métodos rudos, en otro orden menos vano y más sereno, donde las industrias, y los bienes perennes y comunes de la naturaleza, no estén concentrados en manos de monopolios privados, para el beneficio de los monopolios, sino en manos de la nación, para el beneficio nacional». «¿De qué anarquistas extranjeros nos hablan?»—dice la revista nueva de Boston, *La Arena*. ¿Es de afuera nuestro Mark Twain, que levanta la piel con la pintura de las baronías de antes, que resulta ser la de las minas de carbón y covachas de ferrocarril de las baronías de ahora, de los dominios del sonriente y pizpireto Carnegie, el que a fuerza de tijeras optimistas, quitándole el borde de luto a los datos estadísticos, compuso o dio a componer a un autor alquilón, *La Democracia Triunfante*, donde todo es felicidad y torres de oro, y paz de bodas? ¿Y Horacio Greeley, a quien le vamos a poner estatua, y los asociacionistas yanquis de los falansterios de 1840? ¿Y la granja

del noroeste, que se levantó contra la tiranía de los ferrocarriles? ¿Y los Caballeros del Trabajo, gente toda de barboquejo y labio mondo, cuáquera y peregrina, que del primer braceo levantó medio millón de obreros contra los monopolios, contra el uso exclusivo de los bienes comunes por corporaciones privilegiadas, contra las ligas de industrias mantenidas, para el provecho enorme de los menos, con el tributo innecesario impuesto a los más? ¿Y en el partido del papel moneda, que fue la rebelión de la mayoría pechada injustamente, contra los grandes banqueros del Este, que estancan el oro, para venderlo luego a precio de león? ¿Y el partido industrial de California, con sus libros de cubierta colorada? ¿Y la federación de obreros que está agregándose la de agricultores, y es toda de norteamericanos socialistas? ¿Y la misión del rico Huntington, el monje episcopal, que vive entre los pobres, como el ruso Tolstoi, y les ha abierto club, donde vayan a hablar, en conversación absolutamente libre, sobre los modos de sacarle los cimientos al orden social de hoy, y ponerle otros más seguros, sin que se venga abajo la casa? Lo que queremos, dicen, es resolver nuestros problemas con remedios nuestros. Cada pueblo se cura conforme a su naturaleza, que pide diversos grados de la medicina, según falte este u otro factor en el mal, o medicina diferente. Ni Saint-Simon, ni

Karl Marx, ni Marlo, ni Bakunin. Las reformas que nos vengan al cuerpo.

Asimilarse lo útil es tan juicioso, como insensato imitar a ciegas. El dinerismo nos pudre, y guerreamos contra el dinerismo. Antes teníamos más hombres felices: ahora tenemos más fieras y más bestias. ¿O se vive para probar que se es más bribón que el vecino, so pretexto de ser más inteligente, y será el mejor de la sociedad, el «aristo» nuevo, el que más dinero mal ganado acumule y pague más Pommard, o más Liebfrauenmilch, a los alfonso de las bailarinas? ¿No son odiosos estos viejos carnudos, con ojos como lentejuelas, y estos jóvenes vendidos, fríos y envenenados? Otros viejos queremos, que no cambien, por unas cuantas trufas más, la corona de la vejez: otros jóvenes queremos, que no vivan de limosna, sino de sí, ni vayan de pajes secretos de la política, abriendo y cerrando la puerta de las mancebías, ni vayan de insolentes por la calle, con coche y plastrón, y tiemblen, como el caballo ante el látigo, en las antesalas del poderoso o del vulgo.—Y van estos bostonianos y socialistas de salón, hasta pedir que se nacionalicen las industrias, para que no haya estos magnates tentadores y estos políticos venales, y no se trabaje para tener más que el vecino, ni para cultivar lo grosero y feroz del hombre, sino para vivir a poco costo, en albedrío individual, y con tiempo y gusto para



las cosas del corazón y de la mente. «Ya vendrá», dice un comentarista, «quien dé con el modo,—puesto que no es más que cuestión de modo,—de echar abajo sin violencia este orden de acumulaciones inmorales, sin contrariar la naturaleza individual, y aun los defectos inevitables, y por tanto necesarios, del carácter del hombre.»

Y vienen a ser estas mesas de fin de año como una tribuna de la

nación, donde se oye con igual gusto al adinerado henchido y al reformador fogoso, porque con ambos se prueba el hábito de pensar en alta voz, y de tener al aire libre las ideas, que a menos que no resulte hecho de miasma el hombre, ha de bastar, en lucha igual, para irlo poniendo, de peldaño en peldaño, donde no tenga, para vivir en casa limpia, que salir por el mundo alquilando el lomo o devorando semejantes. Trabajar

es lo verdadero, y decir sin miedo lo que se piensa: he ahí las dos raíces.

José Martí

**La Nación,  
Buenos Aires,  
20 de febrero de 1890**

[Mf. en CEM]

**258**

## Desde el Hudson

El problema del Sur.-Los negros.-La soberanía de los Estados Unidos.-Henry Grady.-El carácter y la influencia de un orador.

**Nueva York,  
enero 1º de 1890**

Señor Director de  
*La Nación*

**P**OR QUÉ SINO por este decir ¿sin miedo su pensamiento, fue famoso ese noble Henry Grady que acaba de morir, al pie de su último discurso, como el

abanderado al pie de su bandera? Hay batallas sin sangre,—batallas en que la sangre corre donde no se ve.

«Dile al Sur, madre, que muero por él.» ¿Qué más hubiera podido decir, con la mano sobre la herida, su propio padre, que cayó, como todos los caballeros de Georgia, defendiendo, más que la esclavitud, la independencia de su suelo y su

emancipación de la casta imperante del Norte? Ese es el problema, que después de la esclavitud subsiste. La guerra no lo ha resuelto, sino que lo ha encontrado. Ni los pueblos vecinos, ya islas o fronteras, están hoy más libres de la amenaza de agresión, porque entonces se excusaba el Norte con que era el Sur el de las conquistas, para tener más Estados de esclavos y más voto en el Congreso, y ahora, o no es el Belford Magazine del Oeste el que dice, subrayando la frase, para que sea más enfática: «Queremos el continente, y la

política de nuestros estadistas debe ser la de procurar la extensión de nuestra área por todos los medios legales, hasta que nuestra bandera ondee desde el Polo Norte hasta el Istmo», lo mismo que dijo Ingalls, el presidente del Senado; lo mismo que dijo en Faneuil Hall, sin que los muros sacros cayeran sobre él, el famoso Edward Everett.<sup>640</sup> ¿No es el general puritano el que, en el banquete de las autoridades del país, de la banca, del clero, de los ferrocarriles, de la milicia, celebra al ejército por lo que rapiñó, por el Norte inglés, y por lo español de México.

En uno de esos banquetes se enseñó Grady triunfante a la nación. Entre los prohombres victoriosos del Norte se levantó aquel orador lampiño de treinta y cinco años, que es edad tenida aquí por extrema juventud. De él sabía el Sur, que lo había visto brillar en la universidad—trabajar para la madre pobre que lo educó con el bordado de sus manos, caer con su primer periódico, casarse a los veinte años, con su mujer del brazo ir de humilde cronista del *Herald*, fundar y levantar, con su energía bondadosa y ágil, y con cimiento de corazones, *La Constitución de Atlanta*, el periódico que leen hoy cien mil suscriptores impacientes.

Pero en Nueva York, ¿qué hacía aquel mozo sin pelos en la cara, aquel amigo de los pocos banqueros del Sur que asistían al banquete,—frente a Depew, el abogado de los Vanderbilt, y de

la arrogante, incompleta, egoísta, temible, canina libertad puritánica? ¿Frente a Talmage, el orador que habla sobre la punta de los pies, con los brazos en el techo, y es capellán lisonjero de uno de los regimientos que derribaran al Sur? Frente a Sherman, el general que les arrasó a los del Sur los cortijos, y atravesó Georgia, el Estado de Grady, sobre caminos de cenizas,—el general que sabe—«¡oh sí, ya sé!»—que Montevideo está del lado allá del Ecuador?<sup>a</sup> ¿Le temblarán las piernas como al costarricense, delegado de los panameños, cuando habló ante los millonarios de la Cámara de Comercio de Nueva York? ¡Oh no! a éste no le tiemblan las piernas, porque pide justicia para su tierra, para su Sur maltratado y ofendido sin razón, y es de aquellas almas por donde el dolor del país, condensado, impreca y truena.

Hay eso, que no se ve y existe, y está en el aire, y se hace voz en el orador, y brazo en el militar, y genio en el financiero. De los muertos se hace, de las ideas invisibles, de las virtudes silenciosas. Con eso, se vence: sin eso, no vence nadie. El conquistador más poderoso triunfa si lo guía, y es bronce vivo; o desaparece si lo desdeña, como el humo, como la paja. Hay el alma de la patria.

Y en Grady habló prudente y valerosa.

Hombres del Norte, vuestro Lincoln fue tipo conmovedor de humanidad y timbre de hon-

ra de su especie; pero yo amo el hogar de mi niñez y amo sus tradiciones. «Él, el primer hombre del Sur que peroraba en la casa del Norte, en el banquete de los puritanos, después de la guerra, no venía, servil y blandilocuo, a postrarse ante los vencedores, ni a cantarles, con elocuencia de lacayo, sus tamaños y grandezas; sino a pedirles, con decorosa habilidad, su respeto, necesario y justo, para la tierra vencida, con cuyo pabellón cayó su propio padre en la sepultura. Y lo respetaron,—a aquel que les ofrecía, en nombre del Sur, la paz, a cambio del trato decoroso. Y lo aclamaron—la banca y el clero, y los ferrocarriles, y ejército del Norte. Y lo oyeron reverentes,—cuando con fuerza de hijo pintó aquella bravura de las huestes rendidas en Appomattox, andrajosas, descalzas y hambrientas, y aquel soldado que se fue a besar a su mujer, y a levantar una cosecha», y a aquel Bill Ary que dijo que ya había matado a tantos del Norte como le habían matado a él, y «¡ahora, a trabajar!» ¿Conservaréis, hombres del Norte, en vuestras almas el rencor del vencedor cuando ya hemos borrado de las nuestras el rencor del vencido?» ¡No! dijeron en un grito, de pie ante el orador imberbe, los millonarios, los entorchados, las sotanas de rodilla, todas las autoridades.

a. En LN: «ecuador».

Con el silencio respetuoso lo aplaudieron, y luego con hurras graneados.

Esa era su fuerza: la dignidad sin rencor. El Sur es una entidad independiente, con su espíritu y sus problemas; el Sur es una nacionalidad abatida que se aliara con el Norte, si el Norte le deja los brazos libres y la casa libre, y no le echa encima sus leyes conquistadoras; y si no, si no le deja en paz resolver sus problemas, si no admira, como debe admirar, el ímpetu de un pueblo que sin hábitos de trabajo manual, sin dinero, sin inmigración, sin crédito, construye sobre sus ruinas ensangrentadas una familia de Estados laboriosos y prósperos;—si los que están creando en el Norte una aristocracia voluntaria se niegan, por asegurar su poder sobre el Sur, a permitir con su cordial respeto, y por su mismo interés de señores, el desarrollo gradual, hacia tiempos más iguales, de la aristocracia forzosamente inevitable aún, de los Estados rebeldes;—entonces, allá está entero el hogar de nuestra niñez, calientes las cenizas, el viejo Davis en la hacienda que le regaló el amor del Sur, con todo su color el pabellón en que cayó envuelto mi padre.

Pero la amenaza no salía de sus labios, sino de la conciencia inquieta de los que la merecían, porque la habilidad de su oratoria estaba en acumular las pruebas sobre la cabeza del culpable, pero de modo que no le ofendiera, y que viese por sí

mismo el camino para salir de la culpa. Los adjetivos eran muchos, pero de los que ahorran y concentran; y él los ponía donde convenciesen y brillasen.

No enumeraba a secas las estadísticas, sino las daba con su consecuencia y lección, y mucho arte de matices y colores, de modo que fuesen los pedestales de su argumento, y no los apagavelas. ¿Qué es el arte, sino el modo más corto de llegar al triunfo de la verdad, y de ponerla a la vez, de manera que perdure y centellee en las mentes, y en los corazones? Los que desdeñan el arte son hombres de Estado a medias. Este orador, con sus párrafos triunfales, con sus epítetos bruñidos, con sus descripciones resplandecientes, logró más en una hora, para el acercamiento del Norte y el Sur, que elecciones, y leyes, y negocios y politiqueros de veinticinco años. Al amanecer era famoso. Que, como la paz es el deseo secreto de los corazones y el estado natural del hombre, ya vieron en él resuelto el problema terrible, y lo proponían los diarios de California a Nueva Orleans, para Vicepresidente de la República.

De lo que Grady se rió; y volvió a su casita de Atlanta, vestida toda de enredaderas. ¿Verlo por la calle y no detenerse a sonreírle, a decirle una buena palabra, a saludarlo? «¡Allá viene Henry Grady!» decían los conductores del tranvía; «¡allá viene con uno de sus ataques de pensamiento!» y detenían desde lejos el

carro, lleno de pasajeros, que no gruñían, hasta que Grady subía de un salto a la plataforma, sin poner pie en el estribo, y empezaba a dictar a chorros las ideas enérgicas y esenciales, al taquígrafo que solía ir con él en sus peregrinaciones. Todo lo nuevo y pintoresco le parecía digno de su pluma; «todo se iguala en la verdad», diría él. Ver con los ojos propios, y contar de modo que se vea e interese: ¡lo de Juan Soldado, y el cuento de la piedra con salsa de tomates! Sus crónicas del terremoto de Charleston, escritas sobre las ruinas, entre las carretas y tiendas de la plaza, a la puerta del baile frenético, tienen notas durables de sociólogo, rasgos de naturalista, páginas de poema.

Era hombre vibrante, que penetraba y compadecía. A veces, en las temporadas de barbecho, la inteligencia se le iba como de huelga, y se estaba semanas enteras sin abrazarse con la mesa de escribir, ni ir de avanzada con el taquígrafo.

De pronto, unas tras otras, echaba sobre el periódico sus columnas de pensamientos. A los negros les decía: la puerta es estrecha; pero hay una puerta: ¡edúquense!—y cuando demuestran su igualdad mental, como tienen demostrada la moral, ya la social estará más cerca, en estos tiempos en que las coronas se hacen con el oro de la frente. A los blancos, a los jóvenes soberbios, que se remiendan la última ropa con los papeles de la familia; a los señores

cruzados de brazos en sus pórticos rotos, descascarados, agujereados por las balas, les decía: no hay más que una puerta para la libertad, y es el trabajo. A la libertad segura sólo se va por el trabajo de las manos, puro y creador, por los trabajos reales de la mente, no por los de alquilar y ornamento. O trabajadores o lacayos.

El dinero fácil quebranta la espina; ¡atrás el dinero fácil!—Y fomentaba sociedades, abría tierras, creaba industrias, organizaba exposiciones. Como que era grande de veras, no era vano. Se entraba por las almas, porque no vivía sólo para sí! Le quedaba alma de amo, y vivía más para el blanco que para el negro; ¡pero nadie le tocara al negro sin razón, ni viniese del Norte a exigir al blanco del Sur que conceda al negro los derechos que él le niega en su casa del Norte! Y luego, ¿con qué cautela no ha andar entre los hombres, apasionados y recelosos, el que de ellos mismos tiene que valerse para hacerles bien? Cederles a veces, ¿no es vencerlos, y ganar autoridad con que hacerles ceder luego? A más de que hay enfermedades sociales que el buen médico no ha de irritar, si les busca la cura, sino conllevar, y tratar con sabio engaño, como a los locos. Y así iba él, con el amor, aquietando al negro, ablandando al blanco reacio, conmoviendo y atrayendo al Norte, encendiendo en los jóvenes el amor al trabajo personal, raíz del decoro privado y la liber-

tad pública; cautivando a los viejos por su lealtad a las tradiciones, y por su prudencia superior. Y todo el Sur le decía: hijo. Ni representante quería ser él, ni senador, ni gobernador: ¿para qué, si era orador y periodista?

Hasta que le llegó la hermosa hora de morir. Alocado con el éxito, y corrompido con el uso mercenario del poder, manda en la nación el partido de la victoria. Ve el partido arrogante que se le vienen encima las industrias pequeñas, y todas las sensatas; que no tiene empleo para la muchedumbre que amenaza inquieta sus ganancias ilegítimas; que, puesto que venció, puede seguir venciendo. Se echa sobre cuanto desea; y como los votos demócratas del Sur, ayudando al buen sentido del país y al malestar industrial, pueden sacarlo del poder, toma pie de la indudable opresión en que los blancos del Sur tienen a los negros en todo lo político para no caer bajo el gobierno de los que fueron sus esclavos,—y con este pretexto, desleal en quienes aborrecen y maltratan más aún al negro en el Norte que en el Sur, intentan sacar del Congreso una ley de elecciones federales que quite de manos de los blancos la supremacía que aún conservan en los Estados rebeldes y asegure con el aumento del voto negro republicano el imperio del Norte en los asuntos nacionales. Porque éste fue el problema, antes de la guerra; y éste es ahora. Hay tregua; pero acaso no ha habido resolución. El Sur

está vencido, pero no desbandado. Con cariño y respeto, y con la cortesía que el vencido tiene el derecho de esperar del vencedor, pudieran, por los lances de los partidos y las amistades de los negocios, irse fundiendo las secciones hostiles, como quería Grady; pero ¿consentirá el Norte en que recobre el poder el Sur, que fue ayer entero a llorar, llorar de veras, sobre la tumba de Jefferson Davis? ¿Y el Sur, patriótico y caballeresco, a seguir siendo maltratado, se resignará a ser echado de casa por un invasor grosero e hipócrita? O sale del poder en los Estados Unidos la política codiciosa y violenta de la victoria, o al problema continental, tan adelantado ya, que más vale vigilarlo que negarlo, se unirá el problema local de la discordia con el Sur.

El de los negros se resolverá, allí donde aflige, como se resuelve siempre lo necesario; el continental, acaso viniese a ser menos grave con lo mismo que resolverá el problema del Sur, que no ha de ser menos que el camino de estas políticas de mayoral por otras en que no necesitara un partido viciado y dominante mantener por la fuerza el influjo que ha perdido por sus yerros, y en que tuviera modo el Sur, por la vuelta gradual a los consejos de la nación, de defender a manos iguales sus derechos de Estado, e ir contentando su orgullo. Los defectos nacionales, como las virtudes, son elementos políticos.



Y en esa campaña cayó Grady. Cayó no sin haberle sacado al Sur los primeros golpes de la cabeza con un magnífico quite. No todo en el Norte, se dijo él, ha de ser rapacidad e injusticia. En Nueva York defendí al Sur y en Boston volveré a defenderlo. Los que me oigan en la mesa del banquete no me importan, sino que me oiga el país.

Los demagogos son malos, pero los pueblos son buenos. Por la soberanía de los Estados del Sur peleamos, y volveríamos a pelear. Davis no la abjuró, ni el Sur abjuró de Davis. Si, so pretexto de nuestras relaciones con los negros, quieren arrebatarnos, para asegurar el predominio constante del Norte, nuestra soberanía de Estados libres, nuestro derecho a resolver a nuestro modo los problemas locales de que más que nadie hemos de sufrir, y en que tenemos, por tanto, más autoridad que nadie,—yo voy! Aunque ten-

go ardiendo el pulmón y la frente se me niega; aunque el médico me dice que dejaré la vida en el viaje, a decir en el banquete de Boston que de este sombrío problema, el más difícil que hubo de resolver pueblo alguno, vamos saliendo, por entre escaramuzas y crímenes inevitables, de manera que el negro no odia al blanco, sino lo prefiere para juez y señor; y trabajan ya juntos en el campo los blancos y los negros; y un ferrocarril se niega a poner vagón de primera separado, para los pasajeros negros, porque «bien se puede ir con los caballeros negros que viajan en primera»; y en un solo Estado, en veintidós años de libertad, los negros han acumulado posesiones por valor de veinte millones de pesos.

Y otra vez, como en Nueva York, se levantó a hablar el orador sin barba, un tanto bizco, bien peinado y carirredondo; a hablar, con su oratoria del Sur,

coloreada y fervida, más sectaria que apostólica, y señorial que egoísta; a hablar, sin la piedad que la condición del negro impone, pero con todo el amor de quien defiende, en el seno de sus enemigos, a su tierra nativa. ¿Qué es caer, con ella en los brazos? El discurso fue tan grande como el peligro que lo provocó. Pero para que sus argumentos resplandeciesen y libertaran al Sur de la injuria que pudiera llevarlo a la desesperación, era preciso tal vez que los consagrara con la muerte, a fin de causar mayor piedad y remordimiento a los invasores. Y Henry Grady, rodeado de su pueblo, ha muerto.

José Martí

**La Nación**  
Buenos Aires,  
23 de febrero de 1890

[Mf. en CEM]

259

# Política internacional y religión

## Haití y los Estados Unidos

Cleveland.-Mrs. Cleveland.-Los kindergartens de pobres.-La sociedad de Nueva York.-El problema religioso en los Estados Unidos.-El cristianismo y la libertad.-El famoso predicador Brooks.-Un sermón de mediodía en la iglesia de la Trinidad.

Nueva York,  
marzo 4 de 1890

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

DE HAITÍ cuentan que vuelve el Almirante norteamericano con sus buques, sin haber logrado que los hijos de Toussaint Louverture,<sup>641</sup> que tienen los ojos abiertos, cedan de hecho a la compañía de vapores de Clyde la Punta de San Nicolás que los Estados Unidos francamente desean, y la Constitución haitiana prohíbe ceder, ni a los Estados Unidos ni a potencia alguna—por lo cual propuso el Almirante el medio disimulado de adquirir la Punta, que era darla en cesión por cierto número de años a la Compañía de Clyde, con la

cláusula de que los Clyde permitirían su uso, como estación carbonera, a los Estados Unidos, y a ninguna otra potencia más: y Haití hizo como que cedía, y empezó a tratar con los Clyde, pero con tan hábiles trastiendas y cortapisas, que la compañía solicitante ha tenido que negarse a recibir lo mismo que solicitó, sin que Haití quede en compromiso alguno, puesto que el Presidente Hyppolite mantiene que no es de su derecho conceder privilegio alguno por un plazo mayor que el que la Constitución señala a su Presidencia, ni puede él compeler a su sucesor, en un asunto de esta monta, a aceptar una medida que acaso rechace. Ya dicen, por supuesto, los partidarios de Legitime, el Presidente vencido, que de Nueva York saldrá el dinero que eche

a Hyppolite abajo. Hyppolite anda de paseo por el interior del país para que vean sus súbditos supersticiosos que él no es «mulato liberal», como propalan sus malquerientes, a fin de quitarle la simpatía de los de color entero, sino «negro nacional», y de los más previsores, puesto que para que los comerciantes descontentos de Nueva York no le muevan guerra con los generales de Legitime, se ha llevado a todos estos de comitiva, y va enseñándolos como trofeo de paz y prueba de concordia, cuando en verdad los lleva consigo como prisioneros. La prensa norteamericana levanta de vez en cuando el grito, y un día dice que Francia quiere quedarse con la isla, y otro que va a ser necesario habérselas con Francia, y otro que Sesmaisons, que era el ministro francés ante el gobierno haitiano, volvía de ministro a pesar de su hostilidad reconocida al influjo del Norte en Haití, o acaso en virtud de ella. Pero Roustan no está en Washington en vano, ni sus consejos son desoídos en

París, ni es nuevo en el arte de seguir con los ojos los del vecino, para pararle la estocada antes que le eche encima el florete; así es que Sesmaisons no vuelve para que no pueda tomarse pretexto en Washington de su elección, ni se quebrante con una querella inoportuna el poder supremo de espíritu de que Francia goza en la isla, donde todo se quiere de Francia, y aun se piensa en volverse a poner a la sombra de ella.

De Cleveland, no se ha hablado estos días poco. Un día es la noticia cierta de que vendió en ciento treinta y seis mil pesos la casa de bodas que apenas le costó treinta mil, la casa célebre de *Red Top*, que era una pobreza antes de que los Cleveland la renovaran y vivieran, y se pudiese de moda aquella vecindad. Otro día cuenta otro diario que la joven esposa es persona mayor en la empresa de crear en los barrios pobres kindergartens gratuitos, donde en vez de andar descalzas por las calles las criaturas, o viendo fealdades por las escaleras fétidas, o formando fila para abrir paso al cadáver de una mujer que con hijo al pecho seco se murió de hambre en su cuarto frío, tengan donde bañarse las manos, so pretexto de jugar en el agua con botes de papel, y donde habituarse al trabajo, orden y belleza, con el entretenimiento de los dibujos y tejidos, y donde elevar el espíritu con la música,

y ennoblecerlo desde la raíz, con los tonos sentidos compuestos para los coros y la danza; ino es lo mismo criarse en un kindergarten que en un barril de cerveza! Pan no se puede dar a todos los que lo han menester, pero los pueblos que quieren salvarse han de preparar a sus hijos contra el crimen: en cada calle, un kindergarten: el hombre es noble, y tiende a lo mejor: el que conoce lo bello, y la moral que viene de él, no puede vivir luego sin moral y belleza: la infancia salva: una ciudad es culpable mientras no es toda ella una escuela: la calle que no lo es, es una mancha en la frente de la ciudad: ¿a qué ir con la frente coronada de palacios, y los gusanos hasta las rodillas?: al patriotismo literario, hay que oponer el patriotismo activo: de salmos y chocolates eran las Misiones de antes, las de ahora han de ser de kindergartens y zapatos: se han de reclutar soldados para el ejército y maestros para los pobres: debe ser obligatorio el servicio de maestros, como el de soldados: el que no haya enseñado un año, que no tenga el derecho de votar: preparar un pueblo para defenderse, y para vivir con honor, es el mejor modo de defenderlo. Otro día se susurra que la esposa de Cleveland halla penosa en Nueva York la vida de sociedad, porque todo es hablar unos de otros, y hablar mal, y con juicios tan indulgentes sobre los mayores pecados, que sólo el que peca recio gana

nombre de caballero de buen tono, y la que no tiene picante en la lengua, ni da qué decir, es dama incompleta y descolorida, que viene a estorbar, con su cara de mimos, la amable soltura y mutuo perdón en que vive, mudando de brazos, la gente de comodidad; como en la cuadrilla virginiana—en que cada dama, en un paso del baile, da el brazo, uno tras otro, a los caballeros todos de la cuadrilla, y cada caballero, en el paso que sigue, a todas las damas. Da un banquete el club de próceres del Sur, donde tenía Cleveland cubierto de prominencia; y un amigo indiscreto, de esos que no saben que no se ha de encajar la piedra hasta que no esté dispuesta la montura, lo propuso de candidato, en nombre de los Estados del Noroeste, para las elecciones de 1892. Al día siguiente iba Cleveland, a la hora de negocios por Wall Street, con cara que echaba atrás, a paso de quien va aplastando, con un andar como de babor a estribor, pobre el gabán, despeinado el sombrero, bombacho el paraguas.

Eran muchos los que se detenían a verlo pasar; pero más eran los que iban a oír en la iglesia de la Trinidad, en la cabeza de la calle, la iglesia de la alta espira y las campanas de orquesta, el último sermón de los que predicó a los hombres de negocios, con casa llena y fama grande, el sacerdote Phillip Brooks, hombre gigantesco, que habla como si derramase las

palabras sobre el corazón, con un arte que a la vez manda y suplica, y abundancia de voces que parece descargar de catapulta, y el único gesto llevarse la mano a la frente, y echarse atrás el cabello plateado, como para dar más campo y luz a las ideas fogosas.

Y había sido semana de escándalos en Nueva York: la Legislatura levanta sumaria sobre la administración culpable del municipio metropolitano: el juez que firmó en un expediente fraudulento el divorcio inicuo que libraba de su esposa indefensa al alcaide mayor de la ciudad, está en el banquillo, alegando que lo engañaron, por no confesar que cedía al miedo de que el poder del alcaide, que es mucho entre los votantes, lo sacase de su sitial de juez: el millonario que vendió a precio excesivo sus acciones, y su puesto de presidente en un banco nacional, a una camarilla de saltadores financieros, es tachado por el tribunal sin respeto a los millones, de cómplice de esta nueva especie de bandidos, que le han hallado al comercio los caminos oscuros, y van alzándose sobre la ruina ajena, sin más trabajo que el de llamar especulación a lo que es robo:—Ward, el socio del general Grant; Yves, que de mozo de limpieza llegó a hacerse dueño de un ferrocarril: Claassen, que antes de comprar el banco nacional al millonario Leland, tenía la mano sobre dos bancos menores, y sobre el mismo Western National Bank,—son

tipos de esos criminales del comercio. Claassen, está preso: Ward, está planchando camisas en la penitenciaría: Yves, está bebiendo champaña en la cárcel de Ludlow donde el *Herald* tuvo preso a uno de sus empleados, para contar luego, con la prueba al calce, el regalo en que viven en la prisión todos los que tienen con qué pagar el beneficio al carcelero.

Pero de Phillip Brooks se habló durante la semana tanto como de todo eso. A las doce, en el corazón del día, eran los sermones, y ya a las once no había asiento en la iglesia. El diario, por la mañana, traía el elogio del sermón del día anterior. Moody, otro evangelista, está en una iglesia menor, poniendo la Biblia en chistes, y convirtiendo con anécdotas a los reacios: los convida con la llaneza, los retiene con la amenidad, los conmueve de súbito con una exhortación vehemente y desesperada: les enjuga con un cuento las lágrimas de los ojos:—Talmage, mientras le levantan su iglesia nueva sobre la piedra que fue a buscar a Palestina, proclama a grandes voces, con gestos de titiritero e imágenes dantescas, la necesidad de abrir al aire la religión, de modo que cuantos crean en Cristo quepan en ella, aunque no crean en este dogma o en el otro; porque los tiempos no están para meticulosidades, y el cristianismo cede, o muere.—Y eso mismo es lo que con más fuego y dignidad predica y hace Phillip

Brooks. No alarma, no castiga, no exige credos, hace la Iglesia cómoda: ¡hay lugar para todos! ¡con creer un poco, basta, hermanos! ¡isi acá somos muy tolerantes, como que se nos está yendo de las manos el poder!—y de debajo de la estola negra, por sobre la cruz de oro del púlpito, saca, en forma de manos, las garras aterciopeladas.

¿Qué es lo que lleva a la multitud a la iglesia rica de la Trinidad, a la hora en que la Bolsa grita y los corredores se tropiezan por las calles, y los banqueros calculan el tipo del oro, y se responden los cablegramas de la mañana? Ningún teatro se llena más aprisa. Por todas las puertas a la vez, entran, disputándose los puestos con los ojos, los clérigos de boca cerrada, los jóvenes de espejuelos, los abogados de un año de título, los creyentes, ásperos y ceñudos, los oradores famosos, los ricos calvos, de gabán de piel, los dependientes, pálidos y barbones. Los trae la fe, la curiosidad, la emulación. Por cada joven, diez viejos. Los jóvenes de ojos místicos o centelleantes vienen a oír al orador. Los viejos, muy apretados en su gabán, hablan, susurrando, de los grandes predicadores: ¡oh Channing! ¡oh Eduardo! ¡oh el padre de Beecher! ¡oh Beecher! Ya la iglesia está henchida; y los periodistas afilando los lápices, de codos en sus mesas. Las mesas de los periodistas están de cara al púlpito, en el camino de la puerta al altar. La luz, como una música, se filtra



por las ventanas de colores. Al fondo, sobre el altar mayor, se levanta, de la cornisa al techo, la ventana de los doce apóstoles. Ni en los pasillos hay puesto ya para los que se quedan de pie. Los sentados, leen su diario, o escriben en su libro de notas o conversan sin desorden ni disimulo. Entra un caballerete de abrigo de esclavina y barba enriqueña. Entran tres viejos, uno detrás de otro, el de delante mesándose la barba, el de atrás encorvado sobre su bastón; el otro alisándose el cráneo. Y a los viejos, como a personas consagradas, les ceden el asiento en Nueva York antes que a las mujeres: pero hoy, dan la vuelta a la iglesia, sin que se lo ceda nadie. Sobre el púlpito vacío, en la concha gris, baja, en un halo de luz, una paloma blanca.

La iglesia se pone en pie, porque Phillip Brooks está entrando. En el altar han tenido que colocar la gente. Rebosa la concurrencia por las puertas. Por sobre el gentío se ve venir, con la cabeza más alta que la de los más altos,—la cabeza gacha. Trae al pecho el devocionario, el alba le da en la punta de los pies, la estola negra le cuelga por ambos lados, pisa sin ruido, va a paso rápido. Un suspiro, y aparece en el púlpito. Ase con ambas manos la banderilla, se inclina hacia adelante, como para romper a hablar, y anuncia el himno. Con las dos manos, crasas y fuertes, aprieta el libro de himnos, de pasta roja. Le da en la cara un rayo de luz: es lampiño,

de ojos ardientes, de cabello plateado y lacio, desdentado. ¿Cómo van juntas aquella manera felina de andar, y aquella cabeza napoleónica? De pie entona el himno la iglesia: de pie recita el padrenuestro: ricos, oradores, curiosos, dependientes, jóvenes, ancianos, clérigos, periodistas, todos recitan el padrenuestro, con un fervor como el de la niñez: ¿qué no dan los hombres por una hora de pureza? ¿por el instante en que vuelven a ser como cuando corrían detrás de las mariposas?: el padrenuestro es la niñez. Al fin se sientan todos. Brooks no es hombre de fórmulas, y lee su texto de corrido, sin decir antes, como es uso, que lo va a leer. Pero no es ese su texto verdadero.

Él sabe que la ciudad toda ha estado hablando de él; que los potentados de lo alto de la ciudad, en la humareda azul de las cabañas de los clubs, le han quitado al *Whist* unos cuantos minutos para comentar su sermón, y hubo un potentado que se negó a jugar, por una noche; que los periódicos han estado celebrando su oratoria veloz, su cristianismo sagaz, sus metáforas amplias y felices, su voz trémula que se entra, aleteando como un pájaro herido, por los corazones: un curioso que llegó tarde el día antes para oírlo, le oyó la voz de lejos, desde donde no lo podía ver, ni le entendía las palabras,—y, al volver a su oficina, se echó en un sillón llorando: él sabe que, de Beecher a él, nadie ha sacudido así las almas, ni ha puesto menos teatro apa-

rente y tema mundano en sus sermones, ni ha hablado de cosas religiosas con más semejanza de libertad y de razón.

Porque el cristianismo se siente como al morir, en los umbrales de la Iglesia nueva donde, con el cielo por techo, se sentará el Cristo católico, junto al Cristo hindú, con Confucio de un lado y Wotan<sup>642</sup> de otro, sin más clérigo que el sentimiento del deber, ni más candelabros que los rayos del sol, ni más incensarios que los cálices de las flores: y en esta agonía del dogma de la cristiandad, que en lo que tiene de moral y universal persiste, y en lo que tiene de credo ya no vive más que en las alas de las lechuzas, unos cristianos quieren entrarse de mano alta por el mundo, llamando con tambor de pelea a la fe, y marcando con el hierro del infierno a los que no creen, o pregunten antes de creer, como en los tiempos de Torquemada y Calvino,<sup>643</sup> y otros sostienen, como Brooks, que si se quiere salvar lo esencial, que es para ellos la autoridad religiosa, no ha de exigirse a los cristianos que crean en lo que condena su razón, sino presentarles la cristiandad, para que no puedan negarla, como aquella dulce y temerosa dependencia en que toda criatura se siente para con el desconocido creador, y aquella paz que resulta de obrar con el desinterés y amor con que obró Cristo: «pintemos», dicen los cristianos liberales,—«el sentimiento religioso que jamás muere en el hombre,

y llamémosle cristianismo; que así el hombre no nos negará lo que tiene en sí, no se nos vaciarán, como se nos están vaciando, las iglesias: O hacemos causa de infierno la menor falta de fe en el dogma,—dicen los autoritarios,—o por la menor puerta que le abramos al raciocinio, se nos va el hombre al librepensamiento. O conciliamos —replican los liberales—la razón del hombre con su sentimiento religioso, sin exigirle creer en más divinidad que la que lleva en sí, ni en más revelación, fuera de la inevitable de Cristo, que aquella constante por donde la vida futura y perfecta se exhibe como tipo en la conciencia del hombre; o, a pesar de los rezos de la madre, y de la poesía de la infancia crédula, y del temor de todos los nacidos al poder de la creación, y del perenne sentimiento religioso, buscará el hombre, fuera de los dogmas históricos y puramente humanos, aquella armonía del espíritu de religión con el juicio libre, que es la forma religiosa del mundo moderno, adonde ha de venir a parar, como el río al mar; la idea cristiana».

Y ése es el poder, y ése fue el texto del sermón de Brooks, que no habla «como sacerdote de oficio», sino «como hombre hermano», que no quiere saber de este dogma ni aquél; sino de «lo esencial de la fe en Dios, que es la claridad que nos conduce y alegra: así como cuando va a Europa en el vapor de ijares an-

chos y de puente fuerte, con los botes salvavidas colgando a la banda, no navega en los botes, frágiles y pequeños, que son los dogmas, sino en el vapor de puente e ijares, que es la creencia en la comunicación constante y benéfica con lo divino. Y da permiso a los agentes desde el púlpito, con su voz trémula, igual en el himno ajeno que en el sermón propio, en las retóricas del exordio que en las alturas del simulado éxtasis; en las frases de enganche que en los párrafos esenciales y tallados, para creer en esto o en aquello, y aun para creer en el error, con tal que crean. ¡Eso sí, creer! ¡En la manzana de la iglesia pueden jugar los niños, pero no se han de ir de la manzana! ¡Vuelen como el gerifalte; pero de la mano del halconero! Y luego que les ha ganado el ánimo con la voz vibrante, plañidera y meliflua; luego que les mete por el corazón con frases de hombre, en que les manda, haciendo atrás la cabeza, y como quien les echa encima carbones encendidos, que no opriman a sus inferiores, que no vivan para la mera bestialidad, que sean humanos antes que negociantes, o no sean negociantes si no pueden ser humanos; luego que ya tiene sobre su auditorio la simpatía de la llaneza, y la autoridad de la sensatez,—dice que hay cuatro modos de salvarse, y no hay salvación fuera de los cuatro modos, que consisten en sacarse

los pecados del pecho, rezar de rodillas a Dios Todopoderoso, leer la Biblia, y asistir puntualmente a la Iglesia de Cristo, «el único cuerpo organizado para proclamar al mundo la verdad de Dios».

La palabra vaga, se va desvaneciendo: el discurso, como para vengarse, se le pierde. Puja en vano por sacar lustre, al fin del sermón, a las palabras moribundas. Se muerde los labios, y suena como collera de cascabeles que se viene al suelo, la inútil voz trémula. El que lloró un día antes, de oírlo de lejos, está ahora cansado, y como indignado, como avergonzado, como apenado, de oírlo de cerca. Cierra con la plegaria de uso vulgar y premioso. La iglesia, de pie otra vez, entona el himno de adiós. Los viejos lo balbucean, con la cabeza baja, como quien pide merced a un acreedor. Por sobre todas las voces descuella la de un mocetón de patillas de chuleta, cabeza de pico y anteojos de oro: empuña en una mano el libro de himnos y un bastón de hueso: echa la voz ronca por entre los labios, belfudos y colorados. En la puerta, al salir, dice un joven: —¡Magnífica la metáfora!

José Martí

*El Partido Liberal*  
México,  
19 de marzo de 1890

[Mf. en CEM]

## 260

## En los Estados Unidos

Clubs y libros.-El Club de los Trece.-El Senado de los ricos.-Por las lenguas modernas y por Browning.-Los *Dramas en prosa* de Ibsen.-El *Yanqui*<sup>a</sup> en la corte de Mark Twain.-Los «caballeros» del Sur.-Un club de mujeres.

Nueva York,  
enero 13 de 1890

Señor Director de  
*La Nación*

DE LO OSADO del Club de los Trece escriben hoy más los diarios que de la muerte del proteccionista Kelly, el «padre de la Casa» de Representantes, que tenía tiempo para contestar a cuantos le preguntaban sobre datos y argumentos en pro de la protección. De los trece ataúdes y de las trece velas del club se habla más que de la tardanza de los Estados Unidos en reconocer el gobierno nuevo del Brasil, so pretexto de que no es república firme ni gobierno popular de veras, sino una napoleonada, y Fonseca<sup>644</sup> un militar usurpador, un rebelde victorioso, un ave de rapiña. De los trece platos, de los trece vinos, de los trece brindis, de los trece

asientos, de las trece mesas, andan tantas anécdotas en los periódicos, y las reuniones, estos días como de la vergüenza de que un candidato a la Presidencia haya defendido en el Senado al amigo de Harrison que en una carta dio orden de comprar por cinco los votos «flotantes» de Indiana, los votos de los campesinos socarrones que esperan, mirándose las botas, que éste les ofrezca más que aquél, y votan por el que más les ofrezca, como dicen que han hecho los representantes demócratas de la legislatura de Ohio que han vendido el nombramiento de senador, por dinero contante, a un magnate ferrocarrilero que sólo a medias vive en el Estado, y quiere ir de compañero de los millonarios que hacen las leyes de ferrocarriles; porque antes el Senado era como lo quisieran los fundadores, y dice el libro de Story, que debía ser «premio del mérito, y casa del ta-

lento»; pero ahora los que están son los abogados de la gente de empresa, y los empresarios mismos, que saben que los políticos de oficio son criaturas de compra y venta, que practican la profesión porque de cómplice se saca más provecho que de trabajador, y se suben sobre las masas para vender al postor interesado la autoridad que les viene de ellas, siendo ya tal la opinión contra este exceso de millonarios entre los senadores, que un hombre de valer que pretendía entrar en él ha desistido de la candidatura, porque es rico, además de hombre de mérito, y teme que se diga que anda «en el crimen de comprar votos» y de sacarle la raíz a la República, que no tiene más cimiento ni más válvula que el voto libre.

Ayer todavía se hablaba de que no hay pianista como D'Alberty,<sup>645</sup> que nació en Escocia y quiere que lo tengan por alemán, ni español que lo sea menos que Sarasate<sup>646</sup> el violinista, que es el ídolo de las damiselas

a. En LN, siempre: «yankee».



locas este mes, y les pone cara de violín; ni cantante menos dádovoso que Tamagno,<sup>647</sup> que está cantando con la Patti en el Auditorio enorme de Chicago, y da de propina un centavo en vez de los cinco que manda la ley, y no compra vino, o convida a la prensa a almorzar, o va en coche; ni poeta como Browning,<sup>648</sup> el inglés profundo y confuso que acaba de morir, y cuyos versos van a oír por las tardes al teatro las damas, como a un templo con el *Asolando* o *La Mancha del escudo* en el ridículo, y un poeta de compañero, que les vaya explicando las líneas, mientras que la lectora, en el estrado lleno de lirios, gime o truena, o lee aquella poesía de pensamiento, desconcertada y ruidosa, como si le viniera silbando de lo alto, y la tribuna fuera trípode. Todavía ayer hablaban de ese versátil Depew, que en diciembre y enero está en todas partes, y no hay banquete donde no vaya levantando la bandera de las aristocracias, que en su persona brillante se miran, y unen, a tal punto que ya es el candidato natural de todas ellas para la Presidencia, y no lo hay más diestro, ni activo, ni elocuente, ni desenvuelto, ni mimado.

Hablaban del discurso iconoclasta del poeta Lowell, el que lee griego de corrido, y ha dicho en verso que la literatura griega es «lo único acabado en este mundo de prisas» y ahora predica que lo que se ha de estudiar en las letras es lo que se

ha dicho en ellas, y «la autobiografía del hombre», más que el modo de decirlo, que con ser sincero y directo ya es literario, sea de este siglo de calzones o de los de calzas, y vaya el hombre de manto y sandalias, o chistera y levita. Los del oficio literario, apréndanlo todo, porque no hay goce como el de leer a Homero<sup>649</sup> en el original, que es como abrir los ojos a la mañana del mundo, ni lectura que beneficie más que la de Catulo<sup>650</sup> elegante, por lo ordenado y preciso, o la de Horacio, el maestro del reposo. Pero para vivir, apréndase lo vivo en las lenguas vivas, donde se contiene hoy lo nuevo y lo viejo, y no en las muertas, donde sólo lo viejo está, que es menos de lo que se debe aprender, y lo que menos importa, puesto que fuera de las curiosidades de aquellos tiempos de Lesbias y Falemos,<sup>651</sup> y la certeza de que siempre fue igual a sí propio el hombre y no valemos hoy menos, ni mucho más que los romanos, ¿qué se aprende de veras, con aprenderse todo Plinio,<sup>652</sup> y todo Ennio?<sup>653</sup> A comparar con imparcialidad, a observar por sí, y a decir con orden, vigor y música, es lo que se ha de aprender; y eso no viene de una literatura sola, o de ella y sus ramajes y renacimientos, sino de ponerse fuera de ellas, y estudiarlas con mente judicial a todas. ¿Precisión, dónde se aprende mejor que en lo inglés? ¿En gracia y limpieza, lo francés no es lo mejor? Y si se dice lo que se piensa con

verdad, y sin churruqueras<sup>654</sup> ni floriantes, sin cascabeles ni pasamanerías,<sup>655</sup> ¿qué lengua enseña más ni disciplina mejor que la propia?

Y del dramaturgo de moda han hablado mucho, que es el noruego Ibsen<sup>656</sup> que empezó con tragedias de castellanías, al uso del romántico Oehlenschläger,<sup>a 657</sup> y con comedias en rima, que es lo absurdo de pintar lo verdadero con una lengua falsa, hasta que conoció lo hipócrita del mundo, la virtud que suele haber en lo que pasa por pecado, los esqueletos que las casas tienen debajo de la mesa, la bondad de la vida sincera y libre, y puso en sus «dramas en prosa», ya en Europa y América célebres, su doctrina de la necesidad de fundar las relaciones humanas sobre bases más francas y justas, de modo que la mujer no sea la muñeca o la hembra, ni el hombre la cabalgadura de los que nacen a caballo.

Las damas de moda ostentan en los carros, en las tiendas, en el costurero, su libro de Ibsen; un teatro pone en escena *Una casa de muñecas* de donde sale la mujer por su voluntad, abandonando al marido egoísta y autocrático, y a los hijos que en sus «ocho años de sueño» tuvo de él, cuando se convence de que en lo del alma no la ha tenido su esposo de compañera, y la mueve el espíritu rebelado a buscarse por sí puesto en el

a. En LN: «Oehlenschläger».



mundo: y en otro teatro representan *Los pilares de la sociedad*, que es en comedia de lo poco nuevo y durable, desde que escribieron los griegos y latinos, y no parece invención, ni es salsa nueva de sustancia vieja, sino la pintura irrepachable de la vida hipócrita, con la virtud que la hermosea, y la vence; el realismo pleno y verdadero, que es útil y encanta, no como el que sólo pinta el mal, que es falso.

Pero del Club de los Trece, por el gran banquete del año, es de lo que se habla hoy; de que la lista de la comida estará impresa en un dibujo de lápida funeral y la de los vinos en un ataúd; de que a los trece minutos después de la hora se sentarán a comer; de que el club se alumbra con tantas bujías como miembros tiene, que son muchos y famosos, y eso no fue por lo más sereno de la luz, sino porque el club se creó para disipar preocupaciones y pelear contra el miedo insensato, y como la primera<sup>a</sup> casa del club se vino a tierra, y en la segunda la caída de un muro apagó el gas, encendieron<sup>b</sup> «las bujías de la vida», a ver si se apagaban, y las dejaron de luces. El soberbio Conkling, que murió de verse vencido en su política personal e inútil, fue de los trece fundadores. Barnum, el octogenario travieso, otro; otro, Ingersoll, el que cree en la honradez y en la poesía por única religión. Y desenterrarán las leyendas curiosas: ¿no era el bardo, en los tiempos de los primeros monarcas de Ingla-

terra, el que en los convites de los veinticuatro se sentaba, al lado de las dignidades, en el sitial número trece? Las caballerías están ahora en boga, porque de ellas, fuera del *Quijote*, nada se dijo mejor, ni que las batanee y tunda con más eficacia y novedad, que el libro que, con su fuerza de hombre natural, ha escrito, previsor e indignado, el humorista Mark Twain. En su castillo vive él, porque su casa del pueblo de Hartford, rodeada de robles y calzada por un lago, castillo parece; pero lo ganó con sus sesos, pintando en *A la Dura* los caracteres selvosos que había visto con sus ojos primarios en hospitales, y peleas, y minas y ríos, y en sus *Inocentes por el Mundo*, y su *Vagabundo en viaje* lo que, con su chiste de blusón y bota, halló de reír de Londres al Cairo. Tenía la mano aldeana, y su tabaco era de pipa; pero ya se vislumbraba en aquellos libros un hombre capaz de ver por sí, con el juicio acendrado por la pena larga y severa, y aquel amor por el triste que, con arte más culto y descansado, creó al fin, movido por el desorden que ve, por la injusticia que lo exaspera, por las castas que se van levantando sobre el lomo de los pobres, este libro del *Yanqui de Connecticut en la Corte del Rey Arturo*,<sup>658</sup> donde con la sencilla máquina del contraste entre el yanqui libre y los castellanos de la Tabla Redonda, pone de bulto, con cólera que raya a veces en sublime, la vileza de que unos hombres se quieran

alzar sobre otros, y comer de su miseria y beber de su desdicha; y con tal habilidad mueve su asunto, que sin más que copiar lo saliente de aquella edad de rey y obispo, y de villanos y siervos, resulta la pintura de lo que en los Estados Unidos se comienza a ver, y flagelan con látigo de apóstoles los hombres de virtud, armados en la naturaleza, a soledad y a hambre, para salir, con la pluma de lanza y el libro de escudo, a derribar los castillos de pesos de la nueva caballería. Hay párrafos en el libro de Mark Twain que dan deseos de ponerse en camino para Hartford, a darle la mano. Por los hombres ha levantado bandera, y se lo agradecerán los hombres. En las bibliotecas, el *Quijote* estará bien, y el *Yanqui* junto. Hay adargas y viseras en los dos, y se parecen en la burla magnífica; pero el *Quijote* es lo que es, pintura sabia y dolorosa de la vida del hombre, y el *Yanqui*, esforzado por la indignación, es una batalla a lo vaquero, con lazo y revólver como la de su héroe contra sir Lagramor;<sup>c</sup> en pro de la majestad y corona del hombre llano y libre. El argumento cabe en un dedal: un capataz de fábrica en un encuentro con un trabajador rebelde, recibe un barretazo en la cabeza y despierta, con sus ar-

a. En LN: «primer».

b. En LN: «incendiaron».

c. En LN siempre: «Sagramor».

tes de yanqui de estos tiempos, eléctrico y buscavidas, en la corte donde toda la ciencia estaba en Merlín, y la bóveda del cielo era la mitra, y la moral del reino los amoríos de Lancelote y Guinever,<sup>a</sup> y el gobierno la voluntad del poderoso rey Arturo; aquel paseo del rey disfrazado, y el yanqui que ha vencido a Merlín y ya es el primer ministro, por las aldeas de los villanos y los campos de los labradores,—por las faldas, sembradas de horcas, del castillo infame, —en la casa de la peste, maldita por la Iglesia, con la cadena de los siervos, vendidos a remate! ¡Aquel torneo de «Jin», vestido de gimnasta sobre su caballo de la pradera, sin más armas que la pistola al cinto y el lazo por el aire, contra la torre de hierro que le viene encima, y es el gran Lagramor, ahijado de Merlín, que cae de espaldas, chorreando ferralla, con los extremos al cielo, al pescuezo el lazo, y las posaderas en la arena! ¡Aquel sitio de la electricidad, en que Jin y sus cincuenta y dos mancebos, cincuenta y dos corazones de alba, vencen con lances nunca vistos y de veras maravillosos, a los veinticinco mil defensores de casco y coraza de la caballería! Y el lenguaje la flor del yanquismo.<sup>b</sup>

Del vocabulario popular tomó todo lo típico y expresivo, y habla con Tía<sup>c</sup> en yanqui, y con Merlín y Arturo en parla de las crónicas.

Es literario el lenguaje, por supuesto, como que es enérgi-

co y natural, y se ve cómo prefirió la palabra corta a la larga, y la aborigen<sup>d</sup> a la latina, y cómo se afanó por poner los vocablos a modo de hueso, más que vestido, de la idea. Los efectos están afilados, como lápicos. Algo de araña hay en el estilo, que es de seda firme, por donde huye la araña, entre riendo y temiendo, luego que hirió con los tentáculos a la sabandija.

El autor está detrás del libro, y no le quita encanto asomando en él a deshora, ni parando la acción para que el auditorio le oiga los comentarios y lindezas. Es libro útil, porque con ser de risa, como dicen que es, se ha escrito después de haber llorado.

De otros caballeros se habla mucho también, si es que lo son, porque por criminal han puesto a uno donde no es bien estar, a no ser por defender a los que padecen en su derecho, o por castigar a los enemigos públicos, con los que se ha de hablar siempre a latigazos. Estos se hablaban a balas, y eran unos próceres del Sur, que, porque en su casa se bebió Madera hace cien años, o el fundador de la mansión les picó las ancas a los ingleses en la gran guerra, creen que tienen derecho a vivir robándose el dinero, con nombre de jugar, alrededor de las mesas del club: hasta que, en la vergüenza de una pelea de barajas, salió un caballero huyendo y otro caballero disparándole encima el revólver. De lo que to-

man pie los diarios para hablar de los clubs de la ciudad, que no son todos para esas deshonras, sino que tienen, entre sus amenidades y fiestas, sus juntas de estudios, y una sobre todo, que es escudo y raíz, y es la de «vigilancia política», obligada a velar por toda violación de la ley, y a decir la sin exageración ni temor, de modo que la misma moderación sea<sup>e</sup> la que la ayude a triunfar, y no haya sorpresas ni rodeos en las malas artes del sufragio que no salgan a luz, ni problema de política, o sociedad, o hacienda, sobre que la junta no inquiera e informe, para que el club cumpla a sabiendas con este deber de la moderna caballería. Porque pasarse la noche mojando barajas en champaña, como esos hidalgos del Sur, es quehacer que merece lo que ha dicho de él, citando una frase de Ibsen, el último club que se ha fundado en Nueva York, que no es el del baño turco, donde, cansadas de la hoja de coca y la morfina, van las bellezas, sedientas e incultas, a remendarse el color, o lucir la vanidad, o calmar el corazón sombrío, sino el club de las mujeres de colegio, donde una junta de siete acepta o rechaza

a. En LN: «Juinever».

b. En LN: «yankismo».

c. En LN: «Jin».

d. En LN: «aborigene».

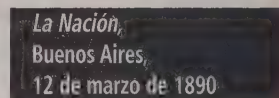
e. En LN: «de».

las aspirantas,<sup>a</sup> que son muchas, porque no hay allí celos ni pompa, ni se aboga por raras novedades, sino que, a la sombra apacible de las cortinas amarillas, con una acuarela de menta donde se le ve la miniatura, y por todos los rincones grabados finos en marco de plata, las damas amigas que han de venir de alguno de los siete colegios

clásicos, leen, y escriben, y comentan la visita de la mujer de Cleveland al club de Browning, y proclaman al Jin humanitario de Mark Twain, con su vestido de punto y su caballo sin cola, mejor caballero que los que manchan con su vida ociosa y vil el nombre de que usan como ladrones, porque «si no cumplen con sus deberes,

no tienen derecho a sus ventajas».

José Martí



[Mf. en CEM]

a. En LN: «aspirantes».

261

## Boletín de *El Partido Liberal*

*Ciencia loca y sabia locura.*-Libro curioso y usos prácticos del fonógrafo.

DEL FONÓGRAFO se burlaban hasta hace poco tiempo los críticos de oficio, que todo lo que no hacen ellos lo hallan mal: lo llamaban «pura poesía», e «invento ocioso», como el del yanqui que inventó un caballo mecánico, que andaba una cuadra en diez días, y costaba diez mil pesos. Pero por las circulares que nos llegan de los Estados Unidos, y por lo que de allá nos cuentan los que lo ven, el fonógrafo está ya en su período útil, y ha comenzado a hacer seria competencia a los taquígrafos. Hasta los poetas han empezado a mirarlo con favor; porque en las altas horas de la noche, cuando las ideas echan alas, y se tiñe la sombra de colores, y pasa una virgen llorando sobre su corazón roto, o una bayadera bebiendo champán, el poeta, que no puede perder tiempo en buscar fósforos, sacude las sábanas fogosas, palpa en la oscuridad el

fonógrafo que tiene a su cabecera, habla por la trompeta al rollo que recoge sus imágenes: y a la mañana siguiente, con poner en el fonógrafo el rollo, los versos salen cantando. El comerciante hace lo mismo: tiene en su casa un fonógrafo, y en su oficina otro: dicta sus cartas de noche, lleva al otro día los rollos a su despacho, y el fonógrafo va lentamente dictando las cartas al amanuense sentado a la máquina de escribir. El taquígrafo se cansa o se equivoca, o se come las palabras, o se enferma, o no está en la oficina a la hora que se quiere: el fonógrafo siempre está allí, obediente, seguro, pronto a toda hora, rápido. Hay veces en que la mente está como encendida, y manda andar: la mano está para espada, más que para pluma: sentarse en la silla, es como sentarse en un potro: la cabeza, alta, padece de inclinarse: las ideas chispean: no

se puede soportar presencia humana: se echarían abajo las paredes de la casa, y se le diría al sol, «¡aquí estoy!»-el fonógrafo, manso y veloz, recibe entonces la palabra impaciente del militar, del ministro, del abogado, del orador: el amanuense, allá donde no molesta su tecleo en la máquina de escribir, vierte al papel la frase vigorosa y fresca, sin los rasguños y torturas de la palabra escrita: se escribe menos y mejor, porque la idea sale como se la concibe. Un dueño de fábrica, que tiene muchas órdenes que dar a sus diversos capataces, las da como si las hablara, con el detalle, claridad y energía que en una carta no se pueden poner, y el fonógrafo de la fábrica repite las órdenes. El que quiere escribir una carta y no tiene tiempo, la dicta de pie al fonógrafo, pone el rollo en su caja ligera, y lo echa al correo. Y la familia reunida en la noche, que desea oír la música viva, la voz mística del tenor, la melodía delicada del piano, el acento del poeta favorito, pone en el fonógrafo los rollos, y los oye to-



car, declamar, cantar: el misterio aumenta el goce.

El ciego, que ni escribir ni leer puede, tiene consigo el fonógrafo, y habla y escribe.—Y si en nuestro despacho nos promete esto o aquello el que contrata con nosotros, después no se puede volver atrás, porque el fonógrafo le tomó al hablar la promesa; y es testigo intachable, que probará al juez quién miente: y se conocerá al que nos quiere engañar, si se resiste a poner su oferta en el fonógrafo.

En los periódicos, donde se debe vivir al minuto, el escritor dicta su editorial, en el instante en que recibe la impresión que se lo inspira, y emplea en preparar otro, o en otros trabajos, el tiempo que el cajista tarda en tomar del fonógrafo el primero, y parar las letras sobre la caja, según la trompeta se las va echando al oído: y si oyó mal o anduvo lento, vuelve a poner el rollo, y se corrige. Allá, en los Estados Unidos, ya es costumbre ver llegar a un negociante atareado a su oficina con sus rollos que escribió la noche antes a ratos perdidos. Y esta comodidad no cuesta allá mucho: los fonógrafos no se venden, sino se alquilan, por cuarenta pesos al año: un rollo, en que caben dos cartas, vale unos centavos, y puede usarse muchas veces: el fonógrafo mismo borra lo escrito y queda el rollo

como nuevo; pero ¿quién borrará la frase de la madre, la canción de la novia, la voz de la cantatriz, la palabra del buen amigo, el baluceo del hijo muerto? En las horas de tristeza, en las noches de lluvia, el fonógrafo consolará la agonía del alma.

Mas yerra quien crea que ésta es novedad de nuestro tiempo; porque, por un libro viejo que se acaba de descubrir en Alemania, se ha venido a saber que ya hubo algo como fonografía hace doscientos años. El libro se llama *Ciencia loca y sabiduría locura*, y es de un Beecher<sup>a</sup> que anduvo por el mundo hablando con sabios. Del teléfono también cuenta, que se llamaba entonces «stentrophonicon», y estaba tan adelantado que se podían hablar por él dos personas, sin que los oyese nadie, a distancia de una milla. Y de la taquigrafía se hablaba también, y copiaban con ella sermones en Alemania, y en Inglaterra discursos. Ni el mismo «volapuk» es novedad, porque Beecher inventó un lenguaje que en todos los pueblos le servía, sin más que doce letras, quinientas palabras y seis reglas de sintaxis; y muy claro de entender, porque «se basaba en las cualidades y empleo de los objetos». Tampoco parece maravilla el famoso motor de Kelley, de aire comprimido, porque Beecher dice que

vio una escopeta de aire, que descargaba tres balas seguidas, sin ruido ni pólvora. Beecher vio el buque icíneo de Cornelius Trebbel, que navegó bajo el agua en el Támesis. Vio otro barco en el aire, sostenido por globos más ligeros que la atmósfera.—Y en Nuremberg conoció al óptico Gründler, que embotellaba, en una botella de su invención, la voz del hombre, y «después de una hora salía la voz, hablando palabra por palabra». ¿Pero quién se sorprende de todo eso, si ha leído uno de los libros más útiles y amenos que se pueden leer, que dice cosas aún más extrañas y mejor comprobadas que éstas, el libro de *Lo Viejo Nuevo*, donde prueba en elegantísimo francés Eduardo Fournier la vejez de lo que pasa por nuevo hoy, y la identidad continua del hombre, y la vanidad de la soberbia?

**El Partido Liberal,  
México,  
12 de marzo de 1890**

[Mf. en CEM]

a. En EPL, siempre: «Becher». Seguido, coma.

# El ferrocarril interamericano y la conferencia panamericana

**P**OR EL TELÉGRAFO hemos sabido que las Comisiones de la Conferencia de Repúblicas en Washington han comenzado a presentar sus informes, y a estas horas acaso estarán ya todos prontos para el debate, que no parece haya de ser mucho más empeñado que el que ha habido en el reposo de las sesiones preparatorias de cada Comisión: la más animada tal vez de todas ellas, fue, según cuentan los dicéres, la de la Comisión de Comunicaciones en el Atlántico, cuando uno de los diez delegados de nuestros vecinos, que conoce poco al Paraguay, sugirió que, como era país pequeño, y muy dentro de tierra, y pobre, no quería entrar en gastos para subvencionar los vapores del Atlántico, que, en opinión de la Comisión, han de navegar, en relación a la cantidad que cada nación afronte, con las banderas, sobre esa base distribuidas, de las naciones que los paguen.

Y dicen que se levantó, imponente de figura, el delegado del Paraguay, uno de los padres del Paraguay moderno, el

generoso y sensato, señor José Decoud,<sup>659</sup> y en párrafos que resplandecían como oro, dijo que al Paraguay le sobraban a la vez el decoro y el dinero, y que «no se podría prescindir del Paraguay impunemente».

Los dicéres cuentan que el discurso fue oído y comentado con respeto.

Se ha estado diciendo que era difícil obtener que los delegados norteamericanos asistiesen a las sesiones de las comisiones, o diesen votos terminantes en ellas;—que entre ciertos países de la América Central no había más divisiones, aunque hay más de las necesarias y prudentes, que entre los diez delegados norteamericanos en el asunto de la plata, donde son tres los dictámenes, y todos opuestos;—que en la cuestión de las banderas de los vapores, hubo seriedad entre los delegados de las dos hablas, porque los argentinos insistían en que los buques de la línea subvencionada no llevaran por única bandera la del Norte, como quería el norteamericano, sino las

de todas las naciones contribuyentes, repartidas según la suma que aportasen a la subvención total. Y se ha dicho que hubo buenos pases de armas, centelleantes y cortesés entre el puntilloso y capaz delegado Quintana, que sabe de leyes internacionales cuanto hay que saber, y un delegado de la otra habla que se resistía a dar voto sobre ellas, con el pretexto de que la ley defectuosa de los Estados Unidos se oponía a las justicias mutuas que iban envueltas en las opiniones de Quintana: «Pero no se ha de pedir»—dicen que dijo Quintana—«que los países que están más adelantados en leyes internacionales ajusten y rebajen las suyas al nivel de la legislación defectuosa de los menos adelantados».

Ya van saliendo a luz, como decimos, los informes de las Comisiones diversas. Hoy nos trae el correo la noticia detallada del de la Comisión de Ferrocarriles, que fue unánimemente adoptado por la Conferencia. No recomienda la Comisión en particular una u otra de las tres

vías que se disputan el porvenir: la que arranca de los Estados Unidos, por México y la América Central, para ladear la del Sur por el Este,—la que llevaría, por el Oeste, de Maracaibo en Venezuela a la Villa de la Concepción en la Argentina,—y la que quiere ir de Cartagena a Cuzco, a entroncar con los ferrocarriles que van briscando, como en justificación de una raza mal comprendida, la metrópoli inca.—Aprueba la Comisión la idea de un ferrocarril interoceánico, y propone los medios con que se pudiera llevar a cabo.

Lo primero sería, a juicio de los informantes, nombrar una Comisión Internacional de Ingenieros, a tres miembros por cada nación, divisible en subcomisiones, con poder de emplear cuantos ingenieros y ayudantes considerase necesarios, para estudiar las vías posibles, determinar su extensión verdadera, estimar su costo respectivo, y comparar sus ventajas recíprocas. A ser posible, el ferrocarril debe pasar por las ciudades principales cercanas a la vía, o construir ramales que lleven a ellas.

En cuanto se pueda, deben utilizarse las vías ya construidas. Luego se solicitarán propuestas de construcción, de la vía ente-

ra, o de las secciones separadas. La construcción, administración y explotación de la línea será del costo de los concesionarios, o de las personas a quienes éstos encarguen la obra o transfieran sus derechos, con autorización del gobierno respectivo. Los materiales entrarán libres de derechos, pero con sujeción a las disposiciones que se dicten para impedir el abuso de este privilegio. Toda la propiedad real y personal del ferrocarril usada en su construcción y explotación, estará exenta de toda especie de contribuciones. Debe subvencionarse, y ayudarse con concesiones de terrenos y garantías de un mínimo de interés, la construcción de una obra de tal magnitud. Los gastos de la Comisión de Ingenieros serán cubiertos por los gobiernos que determinen tomar parte en ella, en proporción a su población según resulte del último censo, o del acuerdo de los gobiernos, donde no haya censo oficial. El ferrocarril será declarado neutral, para siempre. Serán materia de acuerdos especiales entre los gobiernos participantes, los sueldos de la Comisión, las condiciones de las propuestas, la protección de los concesionarios, la inspección del trabajo, la

reglamentación de la línea, la neutralidad del ferrocarril, y el paso libre de las mercancías en tránsito.—Y el último artículo del informe aprobado es este:—«Tan pronto como el Gobierno de los Estados Unidos reciba noticia de la aceptación de estas recomendaciones por los demás gobiernos, los invitará a nombrar a los ingenieros comisionados, a fin de que se reúnan sin demora».

Firman el informe nuestro delegado Mexía, Cruz por Guatemala, Zelaya de Honduras, Castellanos del Salvador, Cuzmán de Nicaragua, Martínez Silva de Colombia, Andrade de Venezuela, Caamaño del Ecuador, Zegarra del Perú, Varas de Chile, Quintana de la Argentina, Valente del Brasil, Decoud del Paraguay,—y por los Estados Unidos, Davis, el ferrocarrilero virginiano, y Carnegie, el dueño de las minas de hierro, que obsequió a la Conferencia hace pocos días con un banquete suntuoso.

**El Partido Liberal,**  
México,  
13 de marzo de 1890

263

# La política internacional de los Estados Unidos

La Exposición de 1892.-Venta escandalosa de un banco nacional.

Nueva York,  
3 de febrero de 1890

Señor Director de  
*La Nación*

ESTABA EL TEATRO de la Ópera en Nueva York colgado de pabellones con los escudos de los cuarenta y dos Estados por broches, para recibir en la fiesta magna a los nueve jueces de la Suprema Corte y celebrar con ellos el centenario de la primera reunión del tribunal eminente, que fue el primer martes de febrero de 1790: hoy, a los tres años de puesto en el boletín, ven el caso, porque el tiempo no les alcanzó para verlo antes, los nueve jueces: aquel martes, los cuatro magistrados que recibieron de presidente del tribunal al autor famoso y elegante de la «Alocución al pueblo inglés» levantaron la sesión

«por falta de asuntos». De festones y guirnaldas estaba adornado el teatro; la música iba a ser de arte y de pompa; no había persona de viso que no estuviese convidada; se tenía para el banquete de la noche el mejor Madera, que es más para cortar que para beber: venía de Washington el presidente con sus secretarios. Y de pronto se le muere a Blaine una hija, a Blaine, que no hace un mes vio morir de un capricho del invierno, a su apoyo, a su confidente, a su primogénito Walker. Y un día después, cuando tenían sobrecogido a Washington las dos muertes súbitas y se decía de salón a salón que la casa en que viven los Blaine es casa fúnebre, húmeda, embrujada, donde un asesino quiso matar a Seward, al secretario de Lincoln en la guerra civil; pasan volando las bombas; sientan con las mangueras inútiles una casa suntuosa; se echa una

mujer por la ventana y muere al caer, se ve orando, rodeada de llamas, a la hija del palacio, en su traje de alcoba; bajan los bomberos por la escala a un anciano sin sentido. Es la casa del Secretario de Marina: la que murió al caer, era la madre: la hija, en sus ropas de noche murió quemada: «¿Y mi mujer?», preguntó el anciano, en el cuarto de la Casa Blanca, a Harrison que lo velaba a la cabecera. Harrison calló. «¡Muerta mi mujer!» «¿Y mi hija?» Harrison le dijo: «¡Muerta!»

Las cóleras mayores se aplacaron ante aquel viento de muerte. ¡El padre trémulo, que se veía en su hijo mayor, y en su hija hermosa, y se ve solo, solo en la casa oscura, de pie entre sus ambiciones indomables, sin la que le traía flores a la mesa, sin el que le leía la voluntad en los ojos! ¡Y el rico de Brooklyn, el honrado Tracy, levantóse de su sueño de poderoso, entre dos cadáveres, magullada la mujer, la hija en cenizas! Se habló menos en Washington, se habló en voz más baja, de los temas que en estos días lo ocupan: del



baile espléndido del ministro de México a sus colegas de la conferencia de naciones, donde el peruano Zegarra, el primer vicepresidente, llevó del brazo al comedor a la señora del argentino Sáenz Peña;—de la sorpresa con que los delegados norteamericanos a la conferencia, celosos entre sí, han visto a los argentinos y brasileños presentar, brazo en brazo, el certero plan de arbitraje con que Sáenz Peña prepara la paz de los pueblos del sur, por el acuerdo de los que pudieran ver su interés en enconar sus luchas, y burlar, sin ofensa, a los que pretendían darse a la América por únicos árbitros;—del punto de decoro diplomático que ha levantado, con los textos y el derecho y la cortesía a su favor, el argentino D. Manuel Quintana, a quien recibió el Presidente de la República como enviado diplomático que es, con los discursos y ceremonia de uso, sin que eso le valiera para que se le invitara el día de Año Nuevo a la Casa Blanca, por no ser,—según mantiene el decano del cuerpo, el ministro italiano Fava,—miembro del cuerpo diplomático;—de la fervorosa demanda que interpuso ante la comisión de comunicaciones marítimas de la conferencia, el naviero Hughes, cabeza actual de la casa de vapores de Ward, que afirma que sin vapores rápidos no puede haber comercio, y va y viene de Washington sin cesar. explicando la necesidad de las subvenciones, y «lo imposible de ponerse a

construir barcos de a setecientos mil pesos sin ayuda del gobierno», y su idea de construir, con la ayuda del gobierno, que es de hecho el dinero de la nación, tres vapores para la propiedad privada, tres vapores de a 16 millas por hora, que saliesen de Nueva York, a lo menos cada 20 días, «aunque para el comercio que se puede levantar, con ayuda del gobierno, cada diez días debería salir el vapor o cada siete»; y en un párrafo de su peroración, al augurar el éxito del ferrocarril interamericano de Helper,<sup>660</sup> que es distinto del que por Cartagena y Cuzco proyecta el virginiano Parson, ahora, dijo así el naviero: «Y si se ha de ver como al fin se verá, la maravilla de entrar en el tren palacio de Nueva York y bajarse del tren en los de antorchas cuando la elección,—o la línea del Brasil, que tiene los amigos más cerca de Harrison y de los demócratas,—o si la llamada no les gana la mano por aquellos países, con su paso de Rodil,<sup>661</sup> que abre y cierra las puertas con llave de oro, esa compañía que con los recursos modernos del comercio, ya que les va faltando el dominio sobre las conciencias, quiere restablecer en América, a modo de red, el poder clerical y la influencia española. O habrá «quien se eche al agua sin muletas»,—dice el diario,—y pruebe que si hay comercio de verdad él bastará para mantener los vapores».—Se habla menos de la «napoleonada de ese felino Fonseca», y se

comenta la demora que los republicanos opusieron, por prudencia según ellos, y por amores monárquicos según sus enemigos, al reconocimiento «de una república que venía echando raíces de lejos y en nada se desacreditará con tropezar en sus primeros años con las mismas dificultades de celos de provincia, y espíritu centralizador, y de intereses esclavistas con que acá en el norte tropezamos nosotros». Se habla menos del debate de los senadores sobre el proyecto de ley que convida a los norteamericanos negros a expatriarse, a salir de su patria para siempre, para que no tengan que tratarlos como hombres, y sentarse a su lado en los carros, los norteamericanos blancos.

Ni se habla mucho del plan de la Exposición de 1892, que más parece rehuida que deseada, porque los que la piden en el salón en alta voz, la minan en voz baja, en los corredores, y están republicanos y demócratas viendo cómo la ahogan antes de nacer, porque ambos tienen para 1892 el quehacer de la elección de Presidente, y en cuanto a los republicanos del Estado de Nueva York, que tienen el poder en la legislatura, «antes matarán la feria que consentir en que el alcalde de Nueva York y sus demócratas se alcen con su crédito», «antes que Depew, el político urbano, el republicano de las aristocracias, venga a ser el director general de la Exposición, con

detrimento de su rival Platt, el republicano de oficio, que en la legislatura es quien maneja los titeres».

Menos se ha hablado en estos días de desgracias, del influjo de los franceses en Haití, de la desestimación del proyecto de Call para la independencia cubana por vía de los Estados Unidos, del tratado de extradición con Inglaterra, del convenio tripartito de Samoa.

Samoa, sin embargo, ha sido ocasión de agrios debates, de burlas de los demócratas, de cisma entre los republicanos. ¿Se aprobaría el tratado de Berlín, que en tiempo de los demócratas no se pudo concertar con Alemania, por negar ésta lo que el Secretario Bayard le pedía y se ha concertado ahora por fin, entre los Estados Unidos, Alemania e Inglaterra, para mantener en Samoa un rey nominal aborigen,<sup>a</sup> y sobre él un juez supremo, dirigido por la mayoría de los tres poderes contratantes? ¿Pero no envuelve ese convenio la pérdida de la bahía de Pagopago, que los naturales cedieron hace once años a los Estados Unidos como propiedad exclusiva, y no aparece en estos tratos peligrosos, los primeros que contra el consejo de Washington se han ajustado con pueblos europeos?

Edmunds, uno de los magnates del Senado, y miembro principal de la comisión de relaciones exteriores, llevó su descontento hasta pedir que se le

exima de los trabajos de la comisión. Para Edmunds, el convenio abandona la estación naval de Pagopago y trueca el derecho exclusivo y superior de los Estados Unidos sobre Samoa en un derecho de mero nombre, puesto que deja el gobierno de la isla en manos de la mayoría de los poderes contratantes, cuando es notorio que de estos tres, será lo natural que Inglaterra y Alemania se unan siempre en el propósito común de impedir el adelanto de los Estados Unidos, cuando en la alta diplomacia se tiene hoy por seguro que Inglaterra y Alemania se han dado de mano en la sombra para repartirse las comarcas nuevas que vayan apareciendo por el mundo e impedir que Italia, que Francia, que España, que los Estados Unidos extiendan por África y por el Pacífico sus posesiones coloniales. Para Edmunds, Alemania habrá cedido, o cederá, alguna pretensión suya a Inglaterra, a cambio de que ésta le deje el camino libre para dominar, con el consentimiento de los Estados Unidos burlados e impotentes, en la isla de Samoa. «Y este Secretario, dicen los amigos de Edmunds, es el que nos acaba de pintar *La Revue des Deux Mondes*, por la mano mal disimulada del ministro Whitlaw Reed, como el osado soñador en quien se ha hecho carne, en la hora propicia, la voluntad de crecer, y de extenderse por la tierra, que rebosa ya de la población conquistadora y pujante de

los Estados Unidos?» ¿Estamos para complacer a las monarquías, o para evitarnos guerras previsoras y necesarias, o para fundar con una guerra a tiempo, aunque sea con Alemania, el derecho de los Estados Unidos a extender sus dominios?

En Berlín se han visitado, y se han dado las manos, el hijo de Bismarck y el ministro Phelps, y hubo té, y música de Wagner, el día en que aprobó el convenio el Senado de los Estados Unidos: pero aquí ¿qué té tomaremos cuando en castigo de nuestra desobediencia a aquel consejo que Washington nos dio de no entrar en alianzas embarazosas, en castigo a nuestra torpeza en desobedecerlo sin provecho nuestro, suceda que Inglaterra y Alemania están obrando de acuerdo en Samoa contra los Estados Unidos,—que eligen el juez supremo que nosotros mismos creamos, para que decidiese contra nosotros,—que nos disputan la posesión de Pagopago, porque el hecho de no citarla en el convenio expresamente, demuestra que dejamos prescribir nuestro derecho a ella o lo juzgamos tan dichoso que no osamos demandar que se nos reconociese? Un nombramiento de cónsul contribuyó a que el caso de Samoa no haya salido estos días de las prensas. Había de nombrarse cónsul general en México, que es puesto de im-

a. En LN: «aborigene».

portancia, y demoraba Harrison, mes sobre mes, la elección. Los candidatos eran muchos y Blaine tenía el suyo, o aparentaba tenerlo: «¿Acaso, preguntó un curioso,—no explica la prisa de ese convenio de Samoa, el deseo de congraciarse con el voto alemán, menos republicano de lo que se pudiera desear para las elecciones de 1892?

Y el curioso tenía razón tal vez, y el candidato de Blaine al consulado no era más que aparente, para que no digan sus amigos que no mira por ellos, cuando lo que resulta es que mira antes por sí: porque es un alemán el cónsul nombrado; el alemán Richard Guenther, que ya ha unido su nombre a la historia de los Estados Unidos, con la declaración de la lealtad incondicional que deben los extranjeros nacionalizados al país que, si son honrados, aceptan para siempre como suyo, y en vez del suyo,—o sólo aceptan para aprovecharse mejor de él, sin amarlo y sin agradecerle, si no son honrados. Esta es, dijo Guenther, una cuestión de honradez. Un país no es montón de tierra, porque todos los montones de tierra son iguales, sino el conjunto de instituciones domésticas y públicas que hacen en él decorosa y próspera la vida. Si en la tierra en que no nacimos hallamos la libertad y la felicidad para que nacimos, ésa es nuestra tierra,—y no aquella donde no la hallamos, aunque hayamos nacido en ella.

¿Es más madre la que maltrata al hijo que echó de su seno, o la que acoge y hace feliz al hijo ajeno que su propia madre maltrata? Allí somos soldados, somos plebe, somos contera del sable imperial: aquí nos sentamos como ministros, como se sentó Karl<sup>a</sup> Schurz,<sup>662</sup> en el consejo presidencial de un pueblo de sesenta millones<sup>b</sup> de almas libres. Yo nací en Alemania; pero mi patria es ésta, mi patria son los Estados Unidos, y si no los amaba bastante, si no les estaba bastante agradecido, para pelear por ellos contra la misma tierra en que nací, no debí entrar-me en su casa como un traidor, y fortalecer con su ayuda el brazo que después había de levantar contra ellos.

Las palabras textuales de Guenther en la Casa de Representantes de Washington el año pasado, no fueron menos que éstas: «Se dice que Alemania, la tierra en que nacimos los alemanes naturalizados, va a mover guerra, por el predominio en Samoa, contra el país en que nos hemos naturalizado: se dice que el almirante alemán ha tratado con insolencia al norteamericano en las aguas de la isla: se pregunta de qué lado estarán, en caso de guerra, los alemanes de los Estados Unidos».

«Sabemos tan bien como cualquiera otra clase de ciudadanos norteamericanos de qué lado está nuestro deber: ¡Del lado de nuestro país! ¡Del lado de los Estados Unidos! Después de pasar por el crisol de la na-

turalización, ya no somos alemanes, somos norteamericanos. Nuestro afecto por Norteamérica no puede medirse por nuestra residencia corta o larga en el país: norteamericanos somos desde que pusimos el pie en Norteamérica hasta que en el suelo de Norteamérica nos acostemos a descansar en la tumba. Por los Estados Unidos pelearemos siempre que sea necesario. Los Estados Unidos primero, después, siempre: los Estados Unidos contra Alemania: los Estados Unidos contra el universo entero: con razón o sin razón, siempre los Estados Unidos. Somos norteamericanos». Unos lo celebraron como arranque de gran valor: otros lo oyeron en silencio.

Otro tratado ha tenido menos censores, acaso porque en los mismos instantes de su aprobación se demostró la necesidad de él.

De pronto, se supo en Nueva York que un banco nacional había hipotecado en la plaza sus garantías: el cajero honrado sorprendió la trama, y frustró su éxito: a tiempo, antes que huyeran al Canadá, se detuvo a los cómplices, a los que se habían ido adueñando de dos bancos menores, de esos bancos que sobran, y no ganan lo que gastan, para comprar, con cheques certificados en falso por ellos, la

a. En LN: «Cavel».

b. En LN: «mil». A continuación se añade «de».



mayoría de las acciones del millonario Leland en el sexto banco nacional: ¿cómo vendió este príncipe de los negocios a un prusiano de mala fama la mayoría de un banco nacional, a un precio mayor por acción del precio de plaza, a 642 cuando la acción estaba a 400? ¿cómo no se<sup>a</sup> le ocurrió investigar quién era el prusiano, inquirir con qué objeto le compraba el banco, averiguar si tenían fondos los bancos menores con que pagar los cheques certificados, participar la venta a sus consocios, a los demás accionistas, pensar que la dirección de un banco no es una simple propiedad privada, aunque en la ley desnuda lo sea, sino un puesto de honor, en que el director, que por el favor del público prospera, debe mirar por los intereses públicos? ¿o todo honor y reparo se han de poner de lado, cuando la ley asegura una escapatória, y un comprador ofrece por la propiedad más de lo que vale, ofrece 642 por 400? En el tiempo que va el juego de cheques, y la venta de ser los cheques sobre los bancos menores en que presidía el mismo prusiano que giró en falso contra ellos, pudo, sin convocatoria de los accionistas, escurrirse el comprador en la silla de Leland, sacar de la caja las seguridades del banco, y enviar a hipotecarlas en la plaza, para pagar con el producto de ellas las acciones a Leland. No se hubiera sabido de pronto. El banco hubiera seguido negociando sin el depósito de

garantías en caja que la ley exige.

Tal vez hubieran sido tales las garantías, o tan hábiles los manejos, que en la hora de inspección del examinador, las garantías aparecieran en la caja. Tal vez fue el plan del prusiano, por medio de sus cómplices en los dos bancos menores, y por la singular confianza, o la codicia ciega, de Leland, apoderarse de las garantías del sexto banco nacional, venderlas en la plaza, y alzarse con el fruto del robo. El cajero, sin pensar en que le iba el pan, se levantó de la silla desde donde lo había entrevistado todo, y antes que parte en los provechos, quiso el honor de sus canas. Llegó el examinador. Prendieron al prusiano y al corredor que hipotecó las garantías. Leland, aturdido, se pone en manos de sus amigos a que le aconsejen, presta \$ 500 000 pesos al Banco nacional, ofrece devolver la suma en que vendió las acciones, y ponerse de nuevo a la cabeza del banco, si las acciones, volviendo atrás paso por paso lo hecho, pueden volver a sus bancos. El prusiano sólo tuvo tiempo para disponer de las garantías con que pagó a Leland.

Ha de haber medio, devolviendo Leland lo que cobró para recobrar, con poca pérdida, las garantías que sacó el prusiano de la caja. Pero no aparecen los tenedores de las garantías. ¿Era, pues, un gigantesco fraude? ¿Todos, pues, a no ser por la bravura del cajero, se hubie-

ran ido con la maleta llena al Canadá?—como Enos, el que echó abajo otro banco por medios semejantes,—como Silcott, el que se ha alzado, del brazo de una poliandra rubia, con setenta y cinco mil pesos de la caja de la Casa de Representantes de Washington?

Por eso se aprueba, sin más censura que la de los demócratas celosos, el tratado de extradición entre Inglaterra y los Estados Unidos, que excluye sólo, para contentar a la vez a la justicia y a los irlandeses, los que en el Canadá o en los Estados Unidos, se asilen por delitos políticos; y para que no haya disputas cada país decidirá en su ocasión si el delito que alega el gobierno reclamante es de los comunes, o es delito político.

Ya no podrán los cajeros irse de paseo, como quien va al Niágara, a gozar en los carnavales de Montreal, arrebujados en las frazadas de Colorín, la fortuna robada a la caja del banco; ni los corregidores de Nueva York podrán ir de gira, con sus irlandesas cargadas de brillantes, a poner tienda y casa de lujo, del lado allá del río, con lo que les dio por su voto una compañía interesada en sacar del municipio una concesión fraudulenta. «Así»—dice el censor Curtis, el intachable y elegante consejero del *Harper's*<sup>b</sup> *Weekly*,—«así nos place, y place a todos, ver tratar

a. Se añade «se».

b. En LN: «*Harper's*».



las cosas internacionales, como se las ha de tratar, con sencillez y franqueza, y no con miras ulteriores». Y como Curtis, el amigo de Lincoln, el patriarca republicano, no dice palabra sin porqué, le pregunta así otro diario: «¿Y qué cosas internacionales son éstas, que se están tratando

sin franqueza y sencillez y con miras ulteriores?»

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
20 de marzo de 1890

[Mf. en CEM]

264

## En los Estados Unidos

La vida parlamentaria.-Elección de presidente de la Casa de Representantes.-Detalles íntimos.-Origen de un gran conflicto.

Nueva York,  
febrero 5 de 1890

Señor Director de  
*La Nación*

DE TODO se desvió la atención en estos días: del cumpleaños del general Sherman, que recibe a sus amigos en su sala de campaña, llena de tambores y ropa de pelear, con la cantina siempre llena, para que se vaya vaciando entre un cuen-

to de hospital y otro de cuartel; del viaje de Stevens, el corresponsal del *World* que habló en Egipto con Stanley, y no lo halla muy amable persona; del nombramiento del joven Seth Low, rico de honor, y con más ideas que pesos, para presidir, entre doctores octogenarios, la Universidad de Columbia, que «nos ha de sacar de estos dineros que nos sofocan, y de este peligro de ser gigantes a medias». La atención toda ha estado en Washington, en el deba-

te reñido de los demócratas y republicanos, en los medios y agentes a que debió su elección de presidente de la Casa el republicano Reed, en los factores y tendencias con que en este Congreso de prueba entra, como a batalla decisiva, cada partido. Desde las escenas del nombramiento de presidente es necesario estudiar, porque en ellas nació el conflicto singular y ruidoso en que ha puesto a la Casa el uso nuevo, tachado de dictadura, de su autocracia de presidente.

Todo lo que puede se da cita en Washington cuando va a elegir presidente de la Casa el partido triunfador. Allí todos los que aspiran; allí, en la persona

de sus mejores abogados, los intereses rivales. Siempre es así, pero esta vez fue más, porque en este Congreso tienen por fin mayoría los republicanos, y es el primero después de la elección proteccionista, es el Congreso de Harrison. Los demócratas están divididos, y los republicanos también. Así se va, por supuesto, al descrédito y a la inacción, a menos que no impere definitivamente en el partido una opinión que le dé causa y programa, o se busque, a falta de programa natural, otro precipitado y violento. Por las juntas previas, por los «caucus» privados de cada partido, se había de saber si los demócratas están con Cleveland, que encarna la idea de reformar la tarifa, o con Randall, el brazo mayor de los que no quieren que se toque a los privilegios; si los republicanos están con el Oeste, que pide reconocimiento especial, y plata sin fin, o con las empresas del Este y los bancos, que quieren menos moneda de plata, y tipo de oro. En los «caucus» del partido dominante quede electo para presidente de la Casa, el presidente es, y el partido vota en la Casa como se acordó a puerta cerrada en la junta.

De los demócratas, se supo pronto el resultado. En vano se hizo Hill, el gobernador de Nueva York, invitar a las fiestas del Sur por los amigos que allá se ha hecho con su política de componendas y complicidades, de compadrazgos y concesiones, de descarada liga con los

«listos» y «poco escrupulosos» del partido, de remunerar con empleos pingües y sujetar con la amenaza de quitarles el favor, a los que, por encumbrarse a sí propios, lo ayudan a irse encumbrando: ¡comen y beben, y tienen amantes y coches, pero no pone el pie en su palacio de viento la gente honrada! Andan entre los corredores de caballos, y los apostadores de oficio, que es su natural compañía, y no se les concede otro puesto y dignidad: aun aquí, donde reina el dinero, y está sobre él edificada la nación, niegan los hombres la mano a los que se la han enriquecido con el tráfico de los derechos y de los caudales públicos: las celestinas y los admiradores de café, acogen con palmas, y saludan como a héroe, a estos lince de media hora, que pagan y convidan: los limpios o los que siquiera lo desean parecer, les vuelven la espalda.—En vano Hill, con ligereza increíble en hombre de su puesto, aludió de burlas en sus discursos a los que Cleveland hizo en otro viaje suyo, hace tres años, cuando hubo chistes sobre la mucha estadística y enciclopedia de sus peroraciones; que han crecido por cierto desde entonces acá, porque de lo más remoto vienen nuevas del entusiasmo de la juventud del partido por el ex Presidente obeso, cuyo mensaje reformista es como una religión, que los clubs demócratas celebran con banquetes y ceremonias a cada aniversario de él. En vano los demócratas, que deben

su poder a la tradición o a la alianza con el clero católico, o a la práctica de la política como oficio remunerativo, asestan puñaladas diarias a aquellos otros demócratas de Cleveland que quieren ideas vivas, industria natural, producción barata, escuela libre de la influencia religiosa, política libre de los especuladores del sufragio y de las cervecerías. No bien se reunieron en «caucus» los representantes demócratas, no eligieron a Randall como su candidato de cortesía a la presidencia, según es uso aunque el partido haya de perder la elección, sino a Carlisle, el presidente del Congreso anterior, y reformista puro. De pie, por unanimidad, declaró el partido que estaba entero con las ideas del último mensaje de Cleveland. ¡No siempre han de ser inútiles la honradez y el valor!

Ni ha de ser perdido el ejemplo de decoro que da en Nueva York el ex Presidente obeso a quien no se ve cortejando la popularidad, porque ésta es tarea odiosa para quien se estima y lleva el respeto de la patria en sí; sobre ser afán inútil, porque la muchedumbre, a no sentir el látigo en las corvas o el botón debajo de la nariz, desdén a los que la solicitan.

Vive en noble abundancia el ex Presidente en Nueva York, pero no con pompa, y las amigas de su mujer, que no esquivo las fiestas cordiales, son las que en su soltería lo fueron, gente llana en los gustos y alta en el pensar,

que vive como lo ordena el protestantismo puntilloso, y prefiere un té claro con la conversación sobre la «Nora» de Ibsen o la teoría del gesto de Delsarte,<sup>663</sup> a los duelos de la «obscena pecunia» que libran, con cota de diamantes y curare<sup>664</sup> en la lengua, las damas del champaña pecador. Con su cabello rico partido a la izquierda, y su porte de palma real, pasea intachable su belleza entre las amigas fieles que se la escudan, la que no quiere que venda su marido la casa de campo de Washington, la casa de bodas por que le ofrecen ciento cincuenta mil pesos!; «¡Vale más!» dijo.

En el «caucus» republicano la pelea era reñida porque no iba en ella la mera distinción cortés, como en la minoría demócrata, sino el triunfo, con sus gajes y autoridad, y el provecho que un presidente hábil saca de la buena distribución de los beneficios que reparte según le place, o promete, o le conviene.

Es fama aquí que por la presidencia de la Casa no se va a la de la República, porque ésta suele caer con más frecuencia en personas que no se han puesto mucho donde las vean y las codeen, que es peligro que a los más maravillosos les hace perder algo de la maravilla, puesto que de tenerla los hombres delante llegan a verla como cosa familiar, y menor, a desear lo diverso y lo nuevo; sin contar con que los hombres, y en especial los de cierta mente e influjo, guardan como rencor secreto

al que por su superioridad involuntaria y continua, los tiene como humillados ante sí propios,—de modo que en cambiar de dueño, o en cerrar el paso al carácter superior, ejercitan una venganza dulce y sutil.

La bondad sólo, la bondad infatigable y sincera, puede salvar a la larga de esta enemistad sorda y feroz a los políticos eminentes. Tanto como los intereses, que todo lo perturban y deciden, pueden en los lances de la vida política estas agencias recónditas del carácter humano. Se ve, sin embargo, por la prueba de aquí, que los hombres aman a quien les dirige con firmeza y justicia, y desdennan a quien los complace sin razón.

Con ser así la presidencia de la Casa, se la tiene acá por gran honor, segundo sólo al de presidir la República, y fueron cinco esta vez los candidatos republicanos que la apetecían, con tanto empeño y pasión como si se tratase de una lucha con el partido hostil. Cada cual tenía su hueste en el «caucus», y la había preparado de meses atrás voto por voto. Es de ver uno de esos combates, y el de esta vez fue típico. Unos periódicos apoyaban a uno, y los del Oeste celoso apoyaban a su rival.

Se ponen tachas severas, éste, de que «las industrias» favorecen de entre bastidores a su adversario, y van a quedarse sin defensa los agricultores y los ganaderos;—aquél, de que su rival está apoyado por «los ferrocarriles» o por el «poder oculto»

de los bancos de Wall Street. Se ve por dentro el andamiaje del partido, y los factores que lo pagan y objetos para que lo mantienen: los «hombres de la plata», que quieren que el gobierno les tome para pesos todo su mineral, tienen un candidato opuesto al de los «del oro» que quieren que cese, o se reduzca, la acuñación de la moneda de plata: el Oeste, que cría y vende, echa en cara sus patrones interesados al candidato del Este, que compra y acarrea: cada sección, de territorio o de intereses, pone su candidato, que se apoya por sí con su crédito personal, el derecho acumulado en los años de la derrota laboriosa, y los amigos que se procura con sus arreglos y promesas.

Grande es el afán de los representantes por estar en las comisiones donde tienen su interés o donde quieren ponerlos sus electores, para que les saquen la ley que necesitan, o el edificio, o la exención, o la pensión, o el puente. El presidente de la Casa nombra por sí, y sin más consejo que el de sus compromisos, todas las comisiones. El tráfico se abre, descarado y continuo. El representante ofrece su voto al candidato a la presidencia, si el candidato ofrece un puesto a él, o le reserva el puesto a su Estado, o al candidato que los de su Estado prefieren. Y como el «caucus» no nombra sólo presidente sino secretario, y portero, y cartero mayor, y macero, el Estado que quiere tal macero, o cartero, o

portero, o secretario, da su voto para presidente al candidato que le ofrezca votar con su hueste en pro de su favorecido para esos empleos menores.

Reed, el candidato privilegiado para la presidencia, ofrece votar por el aspirante de Wisconsin para la portería, si Wisconsin le da el voto para la presidencia.

En los corredores de los hoteles, en las antecámaras de las Secretarías, en los salones de beber, se recuentan los votos, se disputa, se calculan las amistades, se publican sus razones, se apuesta sobre el resultado de la votación.

Los dos candidatos principales, Reed y McKinley,<sup>665</sup> se encuentran frente a una copa de champaña. A uñazos se están quitando votos el uno al otro, con artes a la verdad impropias de la política de esas alturas: pero chocan los vasos y se echan a reír, a bromear, a desafiarse, a decirse que de su mismo Estado le va a quitar McKinley un voto a Reed. «¡Quisiera verlo!» «¡En esta carta está! Moore me ofrece su voto, y me dice que yo desearé, por supuesto, saber las comisiones en que quisiera él servir.» «¡Ah vileza humana!»—dice Reed: «en esta carta me ofrece Moore que votará por mí, y me dice que yo, naturalmente, querré saber las comisiones en que él desea servir!»

Llega la noche de voto y el «caucus» hierve. Allí están los cinco candidatos rivales, solapando, secreteando, prometien-

do, repartiendo los viajes de sus tenientes,<sup>a</sup> que van de grupo en grupo a propalar méritos de su caudillo. A Reed es al que encomian más. Los ferrocarriles y los bancos lo protegen. Filadelfia, que salvó con su dinero las elecciones, quiere que sea Reed. Es imposible desafiar la voluntad de los que sostienen con su dinero al partido. Nos cederán en otra cosa: en esto les tenemos que ceder. Sí: Reed es muy feo; pero a inventar recursos, a obstruir, a sacar la tierra de los pies a los demócratas con un expediente o un sarcasmo súbito, no le gana McKinley mismo, con toda su lógica y gravedad. McKinley, el proteccionista extremo, expone mejor, no ofende tanto, tiene de Napoleón la cara y la estrategia, pero es del Oeste ambicioso: no se le ha de dar todo a esa gente voraz del Oeste: la malicia es más necesaria que la moderación: estamos en tiempos agresivos: para Reed los Estados Unidos no tienen donde acabar; Reed ha venido siendo el caudillo de los republicanos en la casa; Reed se parece a Shakespeare. A la hora de votar se da un voto a cada candidato que se supone ha de ser por sí. «Me opongo a eso», dice el candidato Cannon, entre las carcajadas del «caucus», «porque mis cuatro rivales me han prometido votar por mí, y esto me hace perder cuatro votos.» Cuentan, y Reed resulta vencedor. McKinley, su rival, se pone en pie, y pide que el nombramiento se declare unánime. Así que-

da electo, en el «caucus» previo del partido de la mayoría, el presidente de la Casa de Representantes de los Estados Unidos.

Luego, con grandes contiendas, eligen el secretario, el portero, el cartero mayor, el macero, el capellán. «¿Cómo?», dice un republicano: «¿y porque los demócratas lo eligieron, vamos a quitarle el pan de la boca al pobre capellán ciego de la casa, al capellán Milburn?» «Somos republicanos, amigo sentimental», le responde otro: «y aquí nos pide este puesto de novecientos pesos al año el pastor republicano Repwath, que escribió folletos cuando las elecciones en contra de los demócratas.» Y sale electo el que escribió los folletos contra el capellán viejo, el capellán eloquente, el capellán ciego.

Al día siguiente, la escena es en la Casa. En las tribunas, gentío. El anfiteatro, florería. Entran los pajes cargados de ofrendas florales, de arpas, de estrellas: de medias lunas, que la amiga, o el pretendiente, o el admirador, mandan poner en el escritorio del representante. Confuso, entra en el anfiteatro un delegado del congreso de Panamérica, porque le dieron papeleta de entrada, y no halla donde sentarse: «los echan de allí,—dice el diario,—perentoriamente». El resultado es conocido, y se va allí

a. En LN: «senientes».



como a fiesta. Los nuevos andan tímidos, los caimacanes, celebran besamanos. Hubo momento en que conversaban en un grupo los cinco candidatos a la presidencia. Un general pide que la Casa proceda a elegir presidente y propone a Reed: los republicanos aplauden. Un demócrata pide que se elija presidente a Carlisle, y la Casa entera vitorea. Cuatro representantes, dos de cada partido, recogen los votos. Reed, electo, entra del brazo de Carlisle, y de McKinley.

Su discurso es una nonada: «Será fiel a sus deberes políticos, e imparcial en sus deberes parlamentarios.» Ahora, a los puestos menores. La Casa confirma a los candidatos elegidos en el «caucus». ¿Y el pobre cape-

llán?... «¡Ah, señor presidente, quiebra la disciplina el que la exagera: ni los deberes del partido están, republicanos, por sobre los deberes de humanidad. Se dirá que en la primera votación se salieron los republicanos de las filas; pero ese anciano que nos ha sabido mover el corazón, no ha de irse así a la intemperie, porque le codicie el puesto un patilludo sin entrañas!» Votan; y es capellán Milburn: ¡Repwath sale adonde no lo vean, a meditar sobre la oportunidad de que un clérigo se entretenga en escribir folletos políticos! Después es el sorteo de los asientos; de una urna sacan los nombres, y los asientos de otra, que los cortesces ceden a los representantes de fama: sólo a los que han fungi-

do de presidente les reservan los puestos de un Congreso a otro. Ni a O'Neill, que ha servido en trece Congresos, se lo reservan; pero un «nuevo», desgarrado y de ojos profundos, se le acerca con timidez y cede su asiento excelente al viejo, que llora agradecido. Acaba la sesión, y el capellán ciego sale, apretando manos, del brazo de su hija. El presidente republicano Reed va a visitar en su cama de enfermo a Randall, el caudillo demócrata.

José Martí

**La Nación,**  
Buenos Aires,  
26 de marzo de 1890

[Mf. en CEM]

265

# En los Estados Unidos

Presidencia de la Cámara de Representantes.-  
La elección de Reed.-Sesiones borrascosas.-  
«Caucus» republicano.-Actitud de los demócratas.

Nueva York,  
febrero 7 de 1890

Señor Director de  
*La Nación*

**L**A ELECCIÓN de Reed fue considerada como objeto siniestro: que era como una notificación de violencia a la minoría democrática: que Reed, a pesar de su discurso de paz, regiría a la Casa sin más miramientos que los que le consintiese el interés de su partido: que tenía un plan dictatorial y oculto para aumentar, contra todo precedente y decoro, la mayoría escasa de los republicanos. Se abrió la Casa: comenzaron las escaramuzas: enseñó la mano el presidente electo: y el primer choque de los partidos ha sido una batalla estruendosa.

Nunca, desde la guerra, hubo querella tan agitada y continua, ni cuando los republicanos quisieron imponer al Sur

por primera vez la ley de elecciones federales que quieren imponerle ahora, ni cuando los demócratas mantuvieron que su candidato Tilden\* había sido defraudado de la Presidencia por el recuento de votos falsos en favor de Hayes. Cuatro días ha durado la pelea, cuatro días de puños por el aire, de anatemas, de rabia desatada o comprimida, de rodeos parlamentarios de parte de los unos, de reto imposible de parte de los otros. ¡A los dos meses de abierta la Casa de Representantes, no ha presentado la comisión de reglamento, como manda la costumbre, el reglamento de debates! ¡Quiere el presidente, para tener una mayoría menos precaria que la actual de seis, que la Casa discuta, sin reglas, las actas dobles! ¡Decide la presidencia, contra las prácticas, contra la letra y el espíritu de la Constitución, contra el dictamen de los caudillos de su propio partido, que el voto de una minoría de la Casa basta para tomar un acuerdo,

cuando aunque no hay quórum de votos haya quórum de miembros presentes, que no quieran votar! Los demócratas mantienen que lo que la Constitución ordenó y lo que para la salvaguardia de las minorías urge repetir, es que no se tenga por presente para los efectos de la votación, al miembro que no vota. Los republicanos, que tienen la mayoría en la Casa; que en dos meses pudieron de sobra presentar el reglamento de debates; que acordaron en su «caucus» retener el reglamento ante la comisión hasta que estuvieran aprobadas, sin más ley que «la general parlamentaria», las actas dudosas; que confiesan su necesidad de establecer un precedente que les permita sacar luego triunfantes, contra los mismos rebeldes del partido, las leyes de fuerza que los demócratas pueden derrotar, ayudados por más de un republicano,—apoyan la decisión del presidente con el argumento de que es justo y útil privar a la minoría del poder de obscurir ilimitadamente los debates. «¡Contra la tiranía de la mi-

a. En LN: «Fildem».

noría nos levantamos!» dicen los republicanos. «¡Entre dos tiranías, la de una minoría vencida, y la de un presidente que pueda declarar presentes, por malignidad o error, a los que no lo están, ha de estarse por el tirano que no puede causar estado, y no por el que puede hacer su tiranía efectiva!: contra la Constitución, que quiere quórum de votos; contra el espíritu de los padres, según los debates de Elliot; contra los comentarios de Story; contra la costumbre de un siglo, y la opinión de los republicanos Garfield y Blaine; contra el derecho de las minorías y la moral parlamentaria, se levantan para salvar sus leyes desesperadas, los republicanos.» Esa es la sustancia de la pelea de estos cuatro días, en que se ha visto llorar de rabia a los demócratas canosos, interrumpir los discursos con amenazas y gruñidos, salir de los asientos a los oradores, y venir sobre el presidente con el puño levantado.

Ya se oían rumores inquietos, desde que empezaron las sesiones del mes. ¿Por qué se había elegido de presidente a Reed, «hombre de servicios menores, autoritario y sin escrúpulos»? ¿Por qué propuso Reed a la comisión un reglamento tal que sus compañeros, citados de tarde en tarde y a última hora, tenían que rechazarlo por inusitado y despótico? ¿Por qué, si los republicanos mismos acordaron un voto de gracias en la Casa anterior al presidente de-

mócrata, a Carlisle, no decidían, según costumbre, continuar con sus reglas, mientras se acordase el reglamento nuevo? ¿Por qué, teniendo los republicanos de su lado la mayoría y estando para tratarse asunto de tanta gravedad como las actas dobles, tiene a la Casa el presidente sin las reglas a que se ha de ajustar al tratarlo? Celebraron su «caucus» los republicanos, y se declaró sin embozo la razón: porque los republicanos quieren dar asiento a los discutidos antes de que se adopten las reglas, antes de que en su discusión hallen los demócratas recursos con que fatigar a la mayoría, antes de que la escasa mayoría republicana, por la ausencia forzosa o el descuido de unos pocos miembros, dé a los demócratas vigilantes la victoria en alguna de las actas pendientes. Hilo a hilo están los dos partidos en la Casa. No todos los republicanos creen que es para bien, cuando el partido está a la defensiva, con unos miembros verdes y azules, esta política de fusil y mordaza que lleva adelante la gente conquistadora del partido. Pudiera ser que, a la hora de votar la ley de elecciones federales contra el Sur, algún republicano, timorato o justiciero, votara del lado de los demócratas. Hay que quitar a los demócratas toda ventaja, toda ocasión de una posible mayoría. Hay que poner cuanto antes en sus puestos, para que la mayoría sea más, y sea constante y segura, a los republicanos de acta doble. Como la mayoría

republicana es tan corta, y pudiera desaparecer, por el cansancio de los miembros en un debate tedioso, hay que privar a los demócratas del poder de causar, de demorar, de prolongar los debates, de «filibustear». La ley de federales es, en el concepto acaso errado de los republicanos, la salvación, la única salvación del partido, y los demócratas la han de pelear de mampuesto en mampuesto: es necesario, por la suerte de esa ley más que por todo, quitarles los medios de impedir la discusión, o de alargarla hábilmente con las moratorias de uso.

Si el Estado de Ohio, que ha dado ahora un gobernador demócrata, reforma sus distritos, como los reformará, de modo que los demócratas saquen algunos representantes de ganancia, ¿dónde, sino en el Sur, por la ayuda de los negros favorecidos con la ley de intervención federal en las elecciones, podrán los republicanos reponer los representantes que en Ohio pierdan, y los más que, según confesión propia, están en vía de perder, por el descontento ya público de los intereses que contribuyeron a su victoria, y por su incapacidad de conciliar los candidatos diversos a los favores del partido? Hay que sujetar por el artificio el poder que no se sustenta en la opinión.

De partido redentor que fue en su cuna; de levantamiento admirable—dice un republicano disidente—ha parado el Partido Republicano en mera máquina

de gobierno. Con las preocupaciones gobernará, si no puede gobernar con las opiniones. Gobernará con los ricos y con los ignorantes. Verá dónde hay deseos, y los halagará; dónde hay rencores, y les prometerá satisfacción. El negro liberto que no odia a su amo de ayer, quiere, una vez al año al menos, igualarse con él en las urnas.

El Partido Republicano, que en el Norte tiene a los ricos criados a su sombra, fomenta en el Sur el descontento de los negros, y les ofrece ponerlos en el gobierno del Estado, sobre sus amos blancos, si los negros les dan representantes suficientes para mantener su mayoría. Los demócratas, que en el Sur compacto tienen su fuerza mayor, ni por interés, ni por prudencia, han de aventar las cenizas que tienen sofocado el fuego rebelde; han de consentir en la ley que los republicanos juzgan urgente y vital.

Los demócratas se disponen, hombro con hombro, a cerrar el paso, de día y de noche, a la ley que destruiría su predominio intacto en el Sur, neutralizaría las ventajas que van obteniendo en el Norte, y avivaría las cóleras inextintas de la guerra civil. Los republicanos están decididos, por su parte, a forzar la ley sobre las filas cerradas de los demócratas. Esa es la batalla de este Congreso. La pelea de los cuatro días sobre las reglas fue la primera escaramuza.

Y otra hubo antes en lo privado del «caucus» republicano,

donde no todos favorecían la novedad propuesta por el presidente, ni creían que hubiera excusa para obligar a debatir sin reglas, sobre el asunto esencial de las actas dobles, a la Casa a que se tenía, de pura mano alta y con propósito confeso de interés de partido, privada de las reglas de debate. A tal extremo llegó la oposición, que hubo quien la proclamó indignado por razones de decoro del partido y de moral política: pero «¿no va a haber pronto elecciones nuevas?» «¿no quiere votar con sus amigos el representante Atkinson?» «¿cree Atkinson que podrá ser reelecto en un distrito republicano, si todo el poder del partido se opone a que sea reelecto?»: y se somete Atkinson. Pero en esa misma lucha interior se vio la de los elementos que, en las ganancias rápidas de esta generación vencedora, se han trocado, de rapaces que eran por su natural, en agresivos, con lo poco que en este partido de triunfo queda de aquella libertad, ni tímida ni codiciosa, que en Lincoln tuvo su cabeza representante. Con las avalanchas que de año en año caen del mundo todo sobre esta caldera, y con lo vivo del fuego en este país afanado y libre, este país de hombres recién llegados e impacientes, en este país de esfuerzo propio y vida sola, mudan con increíble rapidez, de acuerdo con los factores nativos y sus acreciones y la época, los caracteres nacionales y la política por donde se expresan e influyen;

de lo que sucede que haya hoy en los Estados del Norte tales factores y deseos, en virtud de las condiciones creadas en los últimos veinte años, que sólo con ojos de sociólogo pudieran hallarse en los años anteriores, de condición diversa, sus precedentes y raíces. Bajo la tierra estaba el árbol que, con el abono de la sangre y el sol del triunfo, tiene ya tronco fuerte donde vive, hecha a la ración del vencedor, el águila antes parca y hacendosa. Cuando las condiciones nacionales cambian, y los componentes de la vida nacional se alteran, cambia el carácter de la nación, que con lo disímil se prueba y contiene, y con lo semejante se determina y precipita. La victoria, siempre inmoral, daña más y más pronto, al pueblo que tiene de sí las condiciones que con ella se acendran. De acá y de allá asoman en Norteamérica los elementos de recomposición y renuevo que aseguren la libertad amenazada, y humanicen la vida, hoy violenta y dolorosa, pero en la política dominante imperan, quizá para expirar a causa de su exceso, aquellas condiciones, ajenas a las repúblicas, que nacieron del estado de guerra, y la subsiguiente posición marcial, funestos a la paz de los pueblos y a la honradez del hombre. De afuera no se ve, como se ve aquí, que los compañeros de Lincoln, y los que con él trabajaron más, abandonan, desconsolados, el partido que le ayudaron a fundar; ni se oye decir, como se



dice acá todos los días, que a vivir Lincoln hoy, no estaría con los que le sucedieron, ni con los que, preparando cosa mejor, oyen con alarma y asombro que un partido político, el partido de la mayoría, proclame en su junta, e imprima en su diario principal, y lleve a la Casa como lema de su primer combate, esta frase típica y temible: «El país quiere resultados, y se cuida poco del modo con que se consigan.» ¡«Para eso», dicen los demócratas, «nos dieron de presidente a Reed; para que lo hollara todo, y pusiera la mano en lo más santo; para que declarase, sin cambiar de color, que una minoría de votos puede dictar la ley de la República, porque los representantes usan de los derechos esenciales de los parlamentos, de las estratagemas lícitas y reconocidas, a fin de impedir que en el debate que más les importa, puesto que le puede dar o quitar más de seis miembros en una Cámara donde la mayoría es sólo de seis, se los lleve de prisa, con la voluntad expresa de burlarlos, sin reglas que los amparen del interés de partido de un presidente que se niega a cumplir con su deber de presentar las reglas de debate antes de los debates, y anuncia que su objeto, como presidente de los representantes de la nación, es asegurar, contra la previsión constitucional y el dictamen continuo y el precedente unánime, la mayoría de su partido!»

Se llenó la Casa, el día del debate, en pocos momentos.

Los porteros, más cuidadosos que otras veces, echaban atrás a los que no eran miembros, o ex miembros, o gobernadores. Las galerías hervían. Los representantes republicanos, sentados en orden, saboreaban la victoria. De la mesa presidencial salían con recados los tenientes. Los demócratas, inquietos, cambiaban asientos, hablaban en grupos, rodeaban a Carlisle, pidiendo órdenes. Reed, a los suyos: «¡adelante, sin flaquear!» Carlisle, a los suyos: «¡compostura! ¡compostura!» Sobre el acta del republicano Smith contra el demócrata Jackson iba a darse la batalla: y un hombre menudo y firme, el republicano Dalzell, miembro de la comisión de actas, pidió que se aprobase la de Smith. «¡Podemos, debemos,—decía un demócrata impaciente—levantar ahora la excepción de la falta de reglas! ¿cómo vamos a discutir, con el capricho del presidente por única regla para la discusión?» «Calma, señor representante»,—le dijo un parlamentario viejo al oído:—«cuando el enemigo va a cometer alguna falta, es indispensable no darle excusa para que la cometa. Quieren fundar su decisión, la decisión de contar como votantes a los que no votan, en nuestro abuso de la facultad de obstruir el debate: no los provoquemos nosotros obstruyéndolo: esperemos para obstruirle, a que nos provoquen. La mejor justicia, señor representante, se pierde por inoportuna.» Y el recurso que inter-

pusieron los demócratas para que no los acusasen de «filibusteros», fue el de la toma de consideración. Faltaban seis republicanos, y hubieran perdido el voto, si de sus adversarios no hubiesen faltado once. «¡Es necesario poner al presidente en ocasión de que cometa pronto la falta!», exclama entre los suyos un demócrata inquieto, y pide, con cien más, la votación nominal. «¡Ah, Mr. Abbott!» «¡Ah, Mr. Adams!»,—va diciendo el secretario. Los Adams, los republicanos, votan «sí». Los Abbotts, los demócratas, no responden. Acaba el recuento, y el presidente ordena al secretario que llame de nuevo a los que no han respondido en la primera votación. «¡Llámelo otra vez el secretario!» En vano lo llama. El presidente va marcando al margen de una lista, con un lápiz azul, los nombres de los representantes presentes que no votan. Quiere un demócrata, que dio el sí por error, retirar su voto, y el presidente, entre los murmullos que crecen, se lo niega. Otro equivocado, más hábil, pide cambiar su «no» y se lo conceden. Vuelve a llamarlo el secretario, y se sienta entre risas y aplausos: «¡Votaré luego!» El presidente se puso en pie, lista en mano, y ordenó al secretario que incluyese en el acta los nombres de los miembros presentes que se habían negado a votar. Y el anciano Breckinridge,<sup>a</sup> de lar-

a. En LN: «Breskinridge».

gos bigotes y caballera cana, asido de las dos manos a su escritorio, dijo, con la voz que le temblaba de la indignación: «Niego la autoridad de este presidente para hacer lo que en cien años no se han atrevido a hacer nuestros padres: tachado el dictamen de este presidente de revolucionario». Y las palabras ya no se oyen por los gritos. Hurra sobre hurra responde del lado de los demócratas a Breckinridge. «El alarido de los rebeldes!» dice un republicano, uno de los defensores de la ley de elecciones en el Sur. Se echan de sus asientos unos y otros: tropiezan en el área: se injurian al pasar. Un representante le pone los puños en la cara al secretario: «¡Quíteme Ud. el nombre de la lista!». Otro se abalanza, una y otra vez, sobre el presidente, que mira y sonríe, y juega con el mallet, y echa firmas con el lápiz azul.

En los cuatro días, sólo para oír los discursos principales—los del presidente, fundando su decisión,—el de McKinley, el consejero de los republicanos, defendiéndola,—el de Carlisle, el de Crisp, el de Bymun, atacándola;—han<sup>a</sup> cesado las voces, la confusión, los arrebatos, los denuestos, «¡Tirano!» dice Bland: «¡no ha presidido jamás esta Casa, esta Casa de hombres libres, un tirano más ruin!»; otro le llama «izar!»;<sup>b</sup> otro «¡baratero!»; otro «¡bufón!». Reed dice: «Hill, el gobernador de Nueva York, y la legislatura de Tennessee, han hecho antes,

cada uno una vez, lo que yo estoy haciendo: porque la Casa es para dictar leyes, y no para oponerse a que se dicten: cuando los miembros están, están, y hay quórum.»

«Hay quórum de personas», le dice Carlisle, «pero no quórum de votos: hay quórum de personas, que en la votación no lo son mientras no voten. Lo que la Constitución manda, y la sensatez y la práctica confirman, no es sólo que haya una mayoría presente a la hora de votar, sino que tome parte una mayoría en las votaciones.» Y Crisp se levanta con este arsenal: «¿quién dijo, cuando el demagogo Butler quiso en 1875 imponer al Sur las elecciones federales, y sacar la ley por un quórum de presencia como el de ahora, que «el presidente no conoce en las votaciones a más representantes que a los que votan», y que «desde que se invista al presidente», que será siempre hombre de partido, «con el poder de salirse de la votación nominal, y asumir por sí que hay quórum en la Casa, estarían la Casa y la República como en el borde de un volcán!» ¡Lo dijo el republicano Blaine! ¿Quién dijo, «y quién nos asegura que el presidente, hombre de partido, no verá cuarenta representantes donde haya cuatro, y declare quórum cuando no lo hay, y abra la puerta a toda especie de desórdenes!» ¡Lo dijo el republicano Garfield! ¿Quién, cuando el demócrata Tucker propuso que el presidente pudiera de-

clarar el quórum, dijo estas palabras: «La idea constitucional del quórum no es la presencia de una mayoría de los miembros de la Casa, sino una mayoría de los miembros presentes, que participen en los trabajos de la Casa: no es la presencia visible de los miembros lo que pide la Constitución, sino su dictamen y sus votos?»; pues lo dijo Reed, el presidente Reed, el mismo que declara ahora, porque así lo declaró una vez Hill en Nueva York y Tennessee otra, que el quórum de la Constitución no consiste en los votos, sino en la presencia visible!» Se aplaude, se vocifera, se silba, se ríe, se jura, se gruñe. Vuelven a sus asientos para oír las réplicas de los jefes. Bajan, desaforados, dando voces: «¡Dictador!» «¡Paya-so!» «¡Idolo chino!» El presidente, en los intervalos, habla con blandura, desliza una acusación, clava un chiste: «¿Pues qué hago yo sino registrar en el acta que el miembro que me interpela está presente? ¿o quiere el miembro que me interpela hacer constar que no está presente?»

Y a cada cuestión previa, a cada cuestión personal, a cada votación nominal, a cada apelación del fallo de la presidencia, a cada moción de suspensión por falta de reglas, a cada recurso dilatorio, los demócratas, resueltos a no votar, compelen al presidente a sostener su dicta-

a. Errata en LN: «ha».

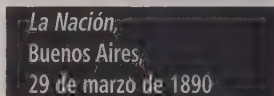
b. En LN: «czar».

men con la misma votación ilegal que le recusan. No pueden, sin daño de sus representantes, abandonar los intereses de la representación, ni salir en masa del Congreso violado; no pueden,—dicen,—dejar sin defensa, aunque no tengan reglas para defenderlo, a un miembro de su opinión que viene con tachas en el acta; pero ante quien deban, y ante la Casa hoy, protestan contra el abuso voluntario e interesado del poder del presidente de la Casa, «por anticonstitucional y revolucionario, por insensato y despótico»; protestan sin fallar una sola vez; y se someten. Así, todos los acuerdos tomados por una minoría de votos sobre la decisión que establece que la «presencia» de una mayoría, sea considerada como el «quórum

de votos» que se deduce de la Constitución, quedan invalidados, en concepto de los demócratas por la falta continua de quórum de votos, sin que se pueda culpar a la minoría de abandonar la vigilancia de los asuntos nacionales ni de prolongar indefinidamente la querrela, por un punto de debate levantado, entre los unos por entero, y en parte entre los otros, por el interés de partido. «Por la Constitución, por las garantías parlamentarias y por el partido resistimos», proclaman los demócratas. «Resisten—dicen los republicanos,—por poner moratorias a las leyes.» «¡Cara de bronce!» le dice un demócrata, al salir, al presidente Reed. Y un republicano dice: «¡mano de hierro!» Pero al abrirse al día

siguiente la sesión, anuncia Reed, porque así se lo mandan anunciar su partido alarmado y la opinión, que se suspenden los debates de las actas dudosas hasta que la Casa haya aprobado sus reglas. ¿Y sacarán la ley de elecciones federales en el Sur? pregunta un periodista a un demócrata. Cuando hay yerba en el campo, está cerrada la Casa de Representantes.—Sí, responde el demócrata, cuando llegue a las rodillas la yerba.

José Martí



[Mf. en CEM]

# La conferencia de Washington

El Proyecto de Arbitraje.-La Argentina abre el debate.-Actitud de Chile.-Discurso dramático de Blaine.-Quintana y Blaine.-La Argentina protesta.-El Tratado y sus firmas.

Washington,  
18 de<sup>a</sup> abril de 1890

Señor Director de  
*La Nación*

¿QUÉ ES LO QUE se va a tratar en la conferencia de naciones americanas, que la casa de piedra parda, de ancha escalinata, tiene como aspecto solemne? Unos entran con paso recogido, otros con paso batallador. Los delegados yanquis<sup>b</sup> llegan de brazo, cuchicheando, inquietos. Los grupos no son los de todos los días, lánguidos y como compuestos al azar. Los pocos que se hablan, se hablan de veras. El curioso, poniendo atención, puede oír, como centellas que vuelan, los nombres del combate. «Perú», «arbitramento», «Estados Unidos», «Argentina», «conquista»; «Bolivia», «Chile». Un delegado de ojos flameantes y perilla militar, se levanta de su sillón, estrujando

el número del *New York Herald* de 12 de abril:—«¿Y para esto me han traído aquí? ¿para convidarme a la paz, y decirme luego que a la sombra del proyecto de paz, del proyecto de arbitramento, se me van a entrar a cañonazos por mi país bueno, por mi país trabajador, por mi país libre? ¿No dice el *Herald*, sabedor de lo que pasa entre los suyos, que a ir el arbitraje por donde en Washington se quiere que vaya, tendrá el Congreso que dar pronto al ministro de marina los ocho buques que pide, porque «van a necesitar más de ocho buques para mantener la paz entre esos nuestros vecinos del sur, de sesos algo calientes?» ¿No dice el *Herald*, al acabar el artículo, comentando a media burla lo que se quiere en Washington, que «es un gusto saber que al fin y al cabo los vecinos de sesos calientes del sur nos han de pagar las costas?». En un grupo de secretarios congregados en un diván

amarillo, leen la entrevista del *World*, donde el senador Ingalls, el presidente posible de la República, el presidente temporal del Senado, vuelve a decir que es su opinión que «dentro de poco todo el continente será nuestro, y luego todo el hemisferio». «¡Arreglemos—dice—nuestras diferencias de casa; juntemonos de mano el oeste y el sud; y trataremos a esos apéndices del Atlántico y el Pacífico con más justicia que la que gastan ellos para nosotros!» Un delegado norteamericano saca de su cartera, de grandes iniciales de plata, el recorte del *Sun* donde está lo que la *Annual<sup>c</sup> Cyclopædia* dice de Blaine: «que no fue juicioso lo de mezclarse en la contienda de Chile y el Perú; que el republicano Arthur,<sup>d</sup> el presidente que desautorizó a Blaine, y quitó los poderes a sus enviados intrusos, tenía tanto derecho a mantener la política de abstención como Blaine la de entrometimiento;

a. Se añade «de».

b. En LN, siempre: «yankees».

c. En LN: «*Anual*».

d. En LN: «Artaur».



que Blaine quería, desde 1881, echar a los Estados Unidos de "hermano grande" sobre todos los demás gobiernos del hemisferio».

En esto se iban sentando los delegados a lo largo de la mesa de la conferencia. Zegarra, el peruano, preside, un poco nervioso. De un lado tiene al cubano José Ignacio Rodríguez, experto en ambas lenguas, en el arte de despuntar con la traducción hábil las arengas hostiles, y en desenvolver los casos más intrincados del derecho. De otro está Fergusson, el secretario norteamericano, de bigote pomposo y voz marcial, que toma al vuelo el castellano que oye, y lo vierte al inglés como le suena, sin azucararlo ni ponerle hiel. Por los rincones, la gente menor de la conferencia fuma, se estira el chaleco, se alisa el capuz, habla de damas. Silenciosos, los delegados de habla latina: Henderson, rubicundo, con los labios apretados, preside, al cabo de la mesa, a sus diez delegados que se hablan al oído.

Un niño de calzón corto, que funge de paje, distribuye ejemplares de las resoluciones de la «Unión de Paz Universal» donde Matías Romero, el ministro de México, el vicepresidente de la conferencia, es vicepresidente. Se abre la sesión, en el silencio súbito.

Es el día dramático de la conferencia. Va a discutirse el proyecto de arbitraje. La conferencia ha sido como esas cajas chinas que tienen muchas ca-

juelas, unas dentro de otras, y a cada una que se quita queda otra cajuela, hasta que de la última sale el misterio de la caja, que era el arbitraje. Será lo que el *Herald* dice: que el proyecto va a hacer de los Estados Unidos «el alcaide ejecutor de todos los pueblos de Centro y Sud América»,—o lo que el delegado argentino Quintana, alma y voz de la comisión del arbitramento, ha dicho en la comisión, de pie, con la voz ardiente, con la mirada decidida:—«ni naciones presas, ni alcaides criminales».

Están vacías las sillas de la comisión. La comisión está en junta. Dicen que traen una adición al proyecto presentado; una adición valiente, que condena a los pueblos conquistadores: dicen que no ha querido firmar la adición el delegado de los Estados Unidos. De entre los norteamericanos, que por primera vez han venido todos y a la hora, se levanta Trescott, el vocero de Blaine; el que fue a amenazar a Chile, cuando salieron de misión él y el hijo de Blaine: el perito de los negocios extranjeros, que no pudo ser presidente de la delegación, porque su pericia, que será lo que sea, «no nos hace olvidar que entregó al sur los secretos del Departamento de Estado que lo empleaba». Lo emplean, en lo que sirve, porque conoce su parlamento; porque tiene la lengua hábil y voluble; porque sabe, cuando es menester, ponerle trabas y barras a las discusiones. Se levanta Trescott: «¿Por

qué tenemos que esperar a esos señores? ¿Qué tienen esos señores que hacer, que se meten ahora a juntas, y fuerzan a la conferencia a esperarlos cuando lo que ha de hacerse no es respetar el derecho de que están abusando, sino emprender la discusión sin ellos?» ¡Y los señores a quienes no se quiere esperar, y que están en junta en negocios de su cargo, son los miembros de la comisión más importante de la conferencia, de la comisión del proyecto de arbitraje, que Trescott a lanza y tambor, quiere discutir a sus espaldas! Sáenz Peña, el otro delegado argentino, pide, cortés, que la conferencia se ajuste «a los precedentes constantes de esta especie de cuerpos, y aguarde a la comisión ausente en cumplimiento de su deber». Trescott, descompuesto, echándose sobre las sillas que tiene delante, insiste en «que no se les espere»,<sup>a</sup> en que «harto se les ha esperado ya»,<sup>b</sup> en que «allá estén, si tienen gusto en estar» y echa el índice por el aire, y las guedejas blancas le bailan coléricas, como enaguas alzadas por el viento, alrededor de la coronilla monda. Sáenz Peña, perentorio, demanda que la conferencia espere a la comisión para discutir el proyecto, que «se cumpla con la costumbre invariable con que manda cumplir la cortesía».

a. Se añada coma.

b. Se añada coma.

Al Perú, que preside, se le monta la voz; y con palabra que tenía su timbre de acero, y sagaz a la vez que airada, decide que se aguarde a la comisión,—a tiempo que entra, a paso vivo, uno de sus miembros, el venezolano Bolet Peraza; y otro, con los bigotes de combate, el portugués Amaral Valente; y Cruz, el guatemalteco, que ha venido enfermo; y Velarde, el caballero de Bolivia, con la batalla en los ojos, y en las mejillas el fuego de la patria vejada; y Hurtado, uno de los colombianos; y Quintana, el abogado militar, el que le limó los dientes al arbitramento, el que «no soporta alcaldes». Quintana, Velarde, Amaral, se sientan como para ponerse pronto en pie. Amaral pide que se lea el proyecto complementario que la comisión acaba de traer a secretaría. Y Trescott deja su puesto al cabo de la mesa; cruza la sala, y empieza a hablar, de dedo alto, bajo la barba del presidente: «¡Por eso quería que empezásemos el debate! ¡Ese proyecto no puede leerse, ni la comisión puede presentarlo ahora! ¡Está el arbitraje en discusión, y hasta que no se discuta el arbitraje, nada más se puede discutir!» Amaral alega que el proyecto adicional completa y explica, a juicio de los comisionados, el dictamen primitivo, y es indispensable su lectura, para que se vote a sabiendas. Trescott, floreando las gafas, confirma la objeción. El Perú, con la voz montada de antes, se la desatiende: «¿No ha de tener la

comisión informante, en asunto de esta trascendencia, el privilegio de leer un documento explicatorio, que en buena ley de parlamentos se otorga a los simples contendores?» «¡Pero como parte de los discursos!» exclama Trescott desde su asiento. El Perú manda que se lea el proyecto adicional, el proyecto contra la conquista. Trescott renuncia al derecho de apelar a la conferencia, que le brinda el presidente. La secretaria lee entonces, y la conferencia atiende, en silencio profundo.

Del cabo de los del norte, abejean las voces. El Brasil clava la barba en las dos palmas: Bolivia aprieta, alta la cabeza, los brazos del sillón: el Paraguay echa atrás la melena revuelta. Ni en Centroamérica, que no tiene allí al salvadoreño Castellanos; ni en Colombia, cuya política infortunada y artificiosa se revela en su delegación, descompuerta y estéril; ni en el Ecuador que tiene poco que temer, se ven muestras mayores de desasosiego; Venezuela, inquieta, piensa visiblemente en la Guayana que le quiere arrebatar el inglés. México presencia, pálido e inescrutable.

De los dos argentinos uno escucha inmóvil; otro, el de más años, como si tuviera menos. Un chileno, apoyada la mejilla en una mano, mira a la alfombra roja. Y el secretario lee el proyecto de los cuatro artículos. «En América no hay territorios *res nullius*»... ¿Res qué? dice volviéndose a los suyos, el nor-

teamericano Estee; el juez Estee, y los suyos, se sonríen. «Las guerras de conquista entre naciones americanas serían actos injustificables de violencia y despojo». «La inseguridad del territorio nacional conduciría fatalmente al sistema ruinoso de la paz armada». «La conferencia tiene el deber de consolidar los vínculos nacionales de todos los Estados del continente». «La conferencia acuerda resolver: Que la conquista quede eliminada para siempre del derecho público americano: Que las cesiones territoriales serán insanablemente nulas si fuesen hechas bajo la amenaza de la guerra o<sup>a</sup> la presión de la fuerza armada: Que la nación que las hiciere, podrá siempre recurrir al arbitraje para invalidarlas: Que la renuncia del derecho de recurrir al arbitraje carecerá de valor y eficacia, cualesquiera que fuesen la época, circunstancias y condiciones en que hubiere sido hecha». Hablaban en alta voz, ya al acabar la lectura, los diez delegados del norte. Henderson se levanta, a anunciar que a su hora explicará a la conferencia las razones de los Estados Unidos para negar su firma al proyecto. Y cuando todos los ojos se volvieron sobre Chile, allí estaba el chileno, mirando a la alfombra roja, con la mejilla apoyada en la mano.

---

a. En LN: «a».

Relee en ese instante uno que otro delegado el proyecto de arbitraje, que va a ponerse a discusión. Los más, lo conocen muy de cerca. La batalla previa, en el silencio de las juntas, ha sido mucha. ¿No llamó Blaine a junta secreta, e infructuosa, a México, la Argentina, Chile y Brasil? ¿No quiso luego, en vano, congraciarse, con los pueblos de número, los de menos poder, que en esto han mostrado la unidad y entereza de su corazón? ¿No echó Henderson sobre la mesa, como quien manda, sin soñar en que se le nieguen, sus demandas del tribunal continuo—de la exclusión de árbitros, que no fuesen de América—de la omisión de la cláusula que redime del arbitraje obligatorio los casos de independencia? «Ni tribunales permanentes, dijo Quintana, ni arbitraje compulsorio, ni forma alguna de arbitraje que por sí o lo que se derive de ella acarree el predominio de una nación fuerte de América sobre los débiles—o no hay arbitraje». Y comenzaron del lado del norte los trabajos de bastidores. «Concederemos, puesto que no podemos vencer: ofrecimos al país el arbitraje y los tratados de comercio; y puesto que saldremos de la conferencia sin los tratados, no podemos salir sin alguna especie de arbitraje»; «ya veremos cómo a última hora, azuzando de aquí y aturdiendo de allá, sacamos un proyecto que no nos ate las manos»: «lo que quieren estos del sur no es tanto obligar-

se al arbitraje ellos, como obligarnos a los Estados Unidos a un arbitraje en que renunciemos a nuestra supremacía»: «a ver si con México, que tiene sus razones, y Chile que tiene las suyas, y nosotros que tenemos las nuestras, y algunos países de Centroamérica, que van por donde queremos, y Colombia que nos quiere vender el canal de Panamá, les quitamos a los argentinos y a los brasileños, que se<sup>a</sup> la están dando de evangelistas, este plan que componen con el Perú y Bolivia, mordidos por Chile y Venezuela, que no pueden<sup>b</sup> declararse en América contra el precepto que invocan<sup>c</sup> a su favor en Europa, y el Paraguay, que es pueblo romántico, y El Salvador, que es el que en Centroamérica cabecea, y Haití que nos tiene miedo a los Estados Unidos».

Pero cuando el proyecto del tratado de Quintana salió de manos de la comisión, esto y no venta de primogenitur, era lo que proponía:—Que las disputas de los pueblos de América deben resolverse por el arbitraje: Que el arbitraje ha de ser obligatorio en todas las cuestiones sobre privilegios diplomáticos, límites, territorios, que no sean los de indemnizaciones, derechos de navegación y validez, inteligencia y cumplimiento de tratados, o sea todos los casos que no atañan a la independencia de una de las naciones contendientes, en lo que será obligatorio para la que la amenace y voluntario para la nación com-

prometida: Que deben someterse al arbitraje las cuestiones hoy pendientes, y cuantas se susciten en adelante, aun cuando provengan de hechos anteriores al tratado, siempre que no sean para renovar cuestiones arregladas en definitiva, sino sobre la inteligencia y validez de los arreglos: Que no ha de haber preferencias ni límites para la elección de árbitros, sino que puede ser árbitro unipersonal o colectivo, cualquier gobierno amigo o tribunal de justicia, o corporación científica, o funcionario público, o simples particulares sean o no ciudadanos del estado que los nombre: Que el tercero en discordia cuando sea por el número de árbitros, ha de nombrarse antes de conocer del caso, y no ha de formar parte del tribunal, sino decidir en los puntos en que haya desacuerdo: Que los árbitros se reunirán en el lugar acordado por las naciones contendientes, o si no lo acordasen éstas o disintiesen sobre el lugar, donde los árbitros elijan: Que cuando fuese colegiado el tribunal, no cesará de fungir la mayoría porque la minoría se retire: Que las decisiones de la mayoría absoluta constituirán sentencia, en los incidentes como en lo principal, a menos que en el compromiso arbitral no se exigiera que el

a. Se añade «se».

b. En LN: «puede».

c. En LN: «invoca».



laudo fuera unánime: Que los gastos del arbitraje se pagarán a prorrata<sup>a</sup> entre los pueblos contendientes, y cada uno pagará los de su defensa y representación: Que para separar de esas reglas, ha de preceder el consentimiento mutuo y libre de las naciones interesadas: Que el tratado de arbitraje durará veinte años: Que lo han de ratificar las naciones que lo aprueben, y se han de cambiar en Washington las ratificaciones el primero de mayo de 1891, o antes si fuere posible: Que cualquiera otra nación puede adherirse a este tratado, sin más que firmar un ejemplar de él, y ponerlo en manos del gobierno de los Estados Unidos.

Y sin ira, y sin desafío, y sin imprudencia, la unión de los pueblos cautos y decorosos de Hispanoamérica, derrotó el plan norteamericano de arbitraje continental y compulsorio sobre las repúblicas de América, con tribunal continuo e inapelable residente en Washington.

—«¡A esos sueños, señor secretario, hay que renunciar!», dicen que dijo, en conversación privada, Quintana a Blaine.

Y el *Evening Post* de Nueva York, que estudia y sabe, declara «que las proposiciones de Blaine han sido todas derrotadas», que el arbitraje de la conferencia no es, como dice el *Tribune* blainista, «el triunfo de la diplomacia americana», ofrecido a las comarcas agresivas del Oeste, y a los manufactureros menesterosos, que quieren atar

por la espalda, con lazos políticos, las manos de los pueblos compradores para llenarles los bolsillos indefensos de cotones a medio pintar y jabones de Colgate, sino «la victoria patente y completa del pensamiento hispanoamericano sobre arbitraje, marcadamente opuesto al pensamiento de los Estados Unidos».

«El arbitraje acordado», dice el *Evening Post*—«es, con poca diferencia, aquel proyecto de alcance y raíz que presentaron juntos, en un día inolvidable ya en la historia de América, el Brasil y la Argentina».

La Argentina, por su delegado Quintana, se puso en pie, a explicar el proyecto. La voz mandaba, alta y aguda. Los generales en batalla, no fundan sus órdenes. Mientras escribiesen un considerando, el enemigo les llevaría la trinchera. Se le veía el caballo al orador, los cascos nobles e impacientes, la crin revuelta. A sus espaldas, en un gran mapa del océano, le hacía como marco a la cabeza blanca el mar azul. Fulminaba y contendía. No era lo que decía ataque, sino respuesta; ni verba, sino sentido; ni fanfarronada perniciosa, sino indispensable altivez. El que muestra rodillas flacas, ya está en tierra. Ni hay que traer sobre sí a un enemigo a quien no se puede derribar, ni que invitarlo a que se eche encima, con lo flojo de la oposición. Ni mayordomos de raza ajena,<sup>b</sup> ni mayordomos de nuestra raza. No es cuestión de razas, sino de

independencia o servidumbre. Ni pueblos fuertes rubios, para su beneficio inmoral, sobre los pueblos meritorios y capaces de América; ni pueblos fuertes trigueños, para su poder injusto, sobre las naciones afligidas de la América del Sur. Y vertía, a modo de tajantes, sus palabras, como si tuviese agrupadas al pie, defendiéndolas y guiándolas a las naciones afligidas. Las palabras, pocas. Los discursos, están en el timbre en el espíritu. Ni flores de yeso, ni universidades. La elocuencia era de aquella nacida del pensamiento vivo y claro; y del ajuste, como de espada a vaina, de la idea a la forma. Oían, de codos en la mesa, los delegados hispanoamericanos. Los del norte, no abejaban:—«Ante el derecho internacional americano», dice al romper, «no existen en América naciones grandes ni pequeñas: todas son igualmente soberanas e independientes: todas son igualmente dignas de consideración y de respeto».

«El arbitraje propuesto no es un pacto de abdicación, de vasallaje, ni de sometimiento: antes como después de celebrarlo, todas y cada una de las naciones americanas conservarán la dirección exclusiva de sus destinos políticos con absoluta prescindencia de las demás».

Y enseguida: «Ese proyecto no crea un congreso de anfitrión-

a. En LN: «prorata».

b. En LN: «ajena».



nes, ni un pacto de confederación americana, en que la mayoría de los areopagitas<sup>a</sup> pueda compeler moralmente, y mucho menos materialmente, al cumplimiento de los compromisos contraídos; sino un pacto de justicia y concordia que no reposa sobre la fuerza del número ni sobre el poder, sino sobre la fe internacional de las naciones que lo apoyan, sobre el sentimiento de dignidad de cada una de ellas; que intentar esta grande obra de la civilización y el derecho es empeño de la fe, del sentimiento y de la responsabilidad del corazón americano, más nobles y eficaces que el poder material de nación alguna por grande y fuerte que sea». «El arbitraje será obligatorio, jamás compulsorio: y si contra todas las previsiones, esperanzas y deseos, el arbitraje fuese indebidamente declinado en algún caso y sobreviniera la guerra entre los pueblos disidentes, a los demás, grandes o pequeños de hecho, pero iguales todos ante el derecho, sólo competiría<sup>b</sup> la triste misión de deplorar el fracaso de las más nobles aspiraciones humanas, sin más autoridad que la de interponer conforme a la ley de gentes sus buenos oficios».

«Con ese espíritu intergiver-sable suscribe el tratado la Argentina: sin él no vacilaría en retirar su firma del proyecto. Servirán acaso estas ideas para evitar en lo futuro interpretaciones tan arbitrarias como depresivas de la sinceridad de unos,

de la dignidad de otros, y de la cordialidad de todos». Y quedaron en el blanco las últimas palabras.

México habló luego. ¡Cuánto se había hablado de México! Unos «¡no entienden a México!» Otros: «México hace todo lo que puede hacer». Otros: «México sabe más que nosotros». México, amable y blandilocuo, va de un sillón a otro sillón, juntando, investigando, callando, y más mientras más dice. Unos no se explican «la prolijidad de Romero». Otro dijo esta frase: «La astucia es de cristal, y necesita ir envuelta en paja». Dice otro: «Pero en la conferencia, ni México se ha quedado atrás, ni se ha ganado un enemigo». «Por los resultados hay que ver a los estadistas; por los métodos». «¿Se irá México con Chile, como dicen, y votará contra el arbitraje?» «Dicen que Chile está enojado, porque México ya no va con él». «¿Vota, pues, o no vota?» «¡A saber!» Y cuando Romero desenvuelve su «tiposcrito» como llaman a las copias de la máquina de escribir, el observador<sup>c</sup> présbita ve que está lleno de notas menudas, continuas, copiosas, dobles. Lee como quien desliza. La voz suena a candor.

Debajo de aquella sencillez ¿qué puede haber de oculto? Ni pendenciero, ni temerón. Es caso de derecho el arbitraje, y habla tendido y minucioso, como de un caso de derecho. En el preámbulo, como por sobre erizos, pasa por sobre la política. Se complace en que siete nacio-

nes de América, entre ellas los Estados Unidos, presenten un proyecto de abolición de la guerra. «Como hombre de paz, y como representante de una nación que no es agresiva» se regocija de que para terminar las diferencias que se susciten entre las naciones americanas se reemplace «el medio salvaje de la fuerza» por arbitrios semejantes a los que usan los particulares en casos análogos, «aunque con las modificaciones que requiere su carácter de naciones independientes». Pero lamenta no poder ir con los demás delegados, que tal vez van demasiado lejos. No es que México rechace el arbitraje, no, ni es que en las instrucciones de México le digan esto o aquello, aunque él tiene sus instrucciones, «sino que en asunto tan delicado es más prudente dar pasos que si son menos avanzados tendrán la probabilidad de ser más seguros». Deja caer la noticia de que los Estados Unidos han propuesto directamente a México un tratado de arbitraje. El principio, México lo acepta: «la dificultad está en establecer las excepciones». Y se ve el plan del discurso. Ni se dirá que México se opone, ni quedará obligado México. Ciertos artículos le parecen bien, y ciertos no. Y no hay que buscar razones calladas a lo que no acepta, porque él da

a. En LN: «areopagotas».

b. Errata en LN errata: «compiteria».

c. En LN: «observando».

las que tiene, aunque parezcan nimias. Parezca lo que parezca, con tal que quede servida la patria. El discurso adelanta, artículo por artículo. A las excepciones del arbitraje obligatorio quiere que se añada la de los casos, aunque sean de límites «que afecten de una manera directa el honor y la dignidad de las naciones contendientes». «Sin esa adición, no pueden votar el artículo los delegados de México». No le parece de mucha prudencia incluir en los casos arbitrables las cuestiones pendientes: ¿caso para contentar a Chile? No cree necesario decir con tanto detalle quiénes pueden ser árbitros: ¿caso para contentar a los Estados Unidos? Sobre el número de árbitros que según el proyecto será uno por nación, opina que «el caso es nuevo», y puede acarrear injusticia a una de las partes, cuando sean más de dos las naciones que contiendan, y haya muchas de un parecer, con tantos votos como naciones, y otra del otro parecer con un solo voto. Aplauda que el tercero sea nombrado antes de que los árbitros comiencen a conocer del asunto; pero no que se excluya al tercero del tribunal. Sobre lugar, mayoría de votos y reparto de gastos, está con el proyecto. Tacha de superfluo<sup>a</sup> el artículo que deja al convenio libre de las naciones contendoras el derecho de conformar a otras reglas el arbitraje que acuerden. Están bien los veinte años. Podría estar mejor lo que se pro-

vee sobre la ratificación. En suma, aprobará los artículos «que tenga instrucciones de aprobar», y los que por su sentido general se ajusten a ellas: y sobre los demás, «tal vez le lleguen a tiempo las instrucciones».

Entero, y con voz que iba subrayando, leyó su discurso Chile. No leyó el anciano Alfonso, de palabra abundosa y sutil, sino Varas, el joven de voz insinuante y precisa. Se puso en pie, y el silencio fue súbito. Va a hablar del proyecto contra la guerra, el pueblo de guerra. El senador que pidió la muerte de un prisionero, cuando el conflicto con el Perú, está de delegado en la conferencia; y otro de los delegados es el prisionero, el prisionero argentino que enciende su cigarro y fuma. En la conferencia está el Perú, presidiendo. Está Bolivia, apretándole al sillón los brazos. Está, con los ojos abiertos, el coro de pueblos. Lo que Chile lee es como defensa; habla a manera de quien se siente solo, como que es el único pueblo de América que se niega a votar el arbitraje; no provoca, no flaquea, no ofende. El mérito del discurso está en que, sin cejar de su posición de pueblo ocupante, no da caso a los pueblos ocupados para que le muevan querella, o se den por desdeñados o resentidos. Insinúa que el proyecto de arbitraje, so capa de paz, parece un ataque concertado contra Chile; Chile es el que se da por resentido; con moderación enér-

gica, con la que convida a que por lo cortés lo respeten, y por lo viril lo tengan en cuenta, y por la ofensa lo satisfagan.

«Tal vez se retarda con ese proyecto—dice, acentuando la voz—la paz que con él se intenta conseguir». «Los pueblos—dice,—no someten a arbitraje los casos en que va envuelta su dignidad o decoro, y son los jueces propios y únicos sobre los conflictos necesarios para mantener su independencia». Se refiere acá y allá a «actos de agresión», de modo que parece como explicación disimulada de la guerra de Chile, y como si Chile los hubiera padecido, y no impuesto a otros.

Notifica, volviéndose de pronto hacia los argentinos, la determinación de Chile de seguir como va, y hacer lo que hace. Ni sobre límites, ni sobre cuestiones pendientes, acepta el arbitraje. No se funda en su derecho de guerra, ni alude a él; sino a la convocatoria de la conferencia, que a su juicio excluye del arbitramento todo caso estante o de procedencia anterior; en que cada pueblo debe resolver por sí, en lo que cree de su decoro o dignidad; los casos que al entender de la nación la ofendan; en que el incluir en los casos arbitrables las disputas pendientes, sin tener en cuenta «los intereses y pasiones humanas», compromete y aleja, en vez de

a. Errata en LN: «supérfluo».

preparar, el arbitramento, que ha de dejarse, conforme a la convocatoria, para los casos futuros. Chile no sale de sus posiciones. Chile no somete a arbitraje sus disputas pendientes. Chile no vota.

«¿Y para qué es el arbitraje entonces?»—dijo en su discurso del día siguiente, escrito de fuerza de corazón, entre dos fiebres, el guatemalteco Cruz. La palabra, suave, iba como regando luces. Hacía como que informaba, ya que Quintana, más atento, por ser lo más grave, a lo político del proyecto, quiso poner el arbitraje donde lo puso, fuera de gavilanes y contrabandistas;—y Henderson, que debió ser el ponente de oficio, andaba de mal humor, mordiéndose los labios, recadeándose con Blaine, poco ganoso de defender el proyecto en que todas sus peticiones habían sido, de un revés de guante, desechadas. Pero Cruz respondía a México, a Chile, a los Estados Unidos, y resonaba más su voz, y fue más de atender lo que decía; porque Guatemala, que con ese discurso tomaba filas con las repúblicas de alma meridional, es el pueblo que, por los celos que le azuzan de afuera,—o por pasión ciega de progreso, que no está en la sumisión insensata a un país voraz y hostil,—o por obligaciones ocultas de cancillería, que tienen cosas que darían ganas de morir si se las viera,—pasaba en los bastidores de Washington, como toda Centroamérica, «corrompida con las

esperanzas de riqueza que les fomentamos con los canales», como el cachetero de la otra América, como la mano servil que, cuando el espada lo mande, le ha de dar al toro la última puñalada. ¡Y el cachetero se puso en pie, de sombrero de pluma y espadín al cinto, y brindó, ante la familia de los pueblos, por su América!

¡El cachete, que lo clave el espada! ¡A la madre, no le ha de dar la cachetada el hijo! El ímpetu del pensamiento parecía mayor por lo tranquilo, aun adormado, de la voz: ¿conque saben rebelarse estas voces de dama? ¿conque estos guantes de cabrito, son de oso por dentro? ¿conque sacando a Chile, que va con su conquista al hombro, solo por el mundo, no hay modo de poner cizaña<sup>a</sup> en esta familia de hermanos? Y el discurso de Cruz adelanta: los norteamericanos, lo oyen sorprendidos: los del habla, atentos y cariñosos. El guante de cabrito es esto: «Sustituir al medio cruel de la guerra el humano y civilizador del arbitraje, es sin duda un título de eterno honor para la nación que con ese fin, y con otros importantes, convocó a las naciones de América a que se reuniesen en la ciudad de Washington». Y el oso del guante es esto: «Quitar al arbitraje el carácter de obligatorio, equivaldría a no haber hecho nada; pero por ningún concepto se ha de entender que se establezcan medios directos de compeler a las naciones a cumplir esa obligación.

Libremente se han reunido aquí las naciones de América: libremente rechazarán el arbitraje obligatorio, en todas o alguna de sus partes, las naciones que así lo crean conveniente. Si se duda de la eficacia y sinceridad de la palabra de una nación, hay que prescindir de tratar con ella. La soberanía de las naciones no se compadece con sanciones de otra naturaleza, ni habría a quien concederle el derecho de hacerlas efectivas». Luego entra en los quites a los reparos de Chile y de México. El proyecto enumera los casos arbitrables, y no dice en junto que lo serán todos los que no afecten la independencia de un país, porque con el pretexto de que el caso afectaba la independencia, las naciones podrían esquivar el arbitraje». La comisión que acepta que las cuestiones que ponen en peligro la independencia nacional, quedan exceptuadas del arbitraje, porque una nación no puede poner en tela de juicio su existencia, y su concepto de nación, ni admitir que se revoque a duda,—no incluyó entre las excepciones las que «comprometan el honor o dignidad nacional», porque de otra suerte se habría borrado con una mano lo que con la otra acababa de escribirse, por no haber cuestión, sea la que fuere, de la que no se pueda decir que afecta el honor y dignidad nacional.—Y

a. En LN: «zizaña».



sobre las cuestiones pendientes, dice a Chile: «Pues si todas las cuestiones de América están entre las pendientes, y son de hoy, y de orígenes anteriores ¿qué guerra vamos a evitar, ni qué casos vamos a resolver, si no son los que están pendientes hoy, aun cuando provengan de hechos anteriores? No sería prueba de verdaderas intenciones de amistad admitir el arbitraje para todo lo que ocurra en adelante, y darse en ese concepto el abrazo de hermanos, pueblos que al mismo tiempo se están preparando a sostener con los cañones sus pretensiones respecto de los hechos ocurridos con anterioridad». «Y eso es lo que dice la convocatoria, que expresa que las naciones se reunirán para ver de convenir un plan de arbitraje sobre todas las cuestiones que existan ahora, o existan después: todas las cuestiones».—«No se trata, no, de reabrir cuestiones cerradas, ni recomenzar lo que ya está concluido; sino de sujetar a arbitramento los detalles futuros que pudiesen surgir, y no puede evitarse que surjan, de la interpretación de las cuestiones cerradas». «Lo de los árbitros se enumeró para mayor claridad». «La comisión creyó, con la ley romana, que cada nación que tenga un interés distinto debe nombrar su árbitro». «La mayoría de árbitros tiene, por supuesto, el derecho de deliberar y sentenciar aunque se retire la minoría». «El proyecto fija en veinte años el plazo para la

duración del tratado; por mi parte no habría inconveniente en que fuese perpetuo». «Mi gobierno me ha autorizado a ir en este asunto tan lejos como se pueda ir; a firmar desde luego un tratado que comprenda los artículos del proyecto: a rogar, a todas las delegaciones que lo puedan, que firmen el tratado desde luego, en asunto que honra tanto al gobierno de los Estados Unidos, que invitó a las repúblicas latinoamericanas, y a las que respondieron a la invitación». —iPero ha de ser el tratado libre, sin compulsión y sin alcaldes ejecutores, hecho de mano honrada para el bien de «nuestros países respectivos y para la causa de la humanidad!» Y si no, no.

Enseguida, tomadas las posiciones, comenzaron las escaramuzas. Tres días de escaramuzas. ¡Conque Chile se niega, y México se va de lado, y Centroamérica alza la cabeza, y la Argentina lleva la voz de rebelión! ¡Conque los periódicos arremeten contra Blaine, desnudan el proyecto, prueban que vence en él «la familia del sur», celebran «la amplia diplomacia y sereno juicio» de los miembros latinos de la conferencia, y reconocen, «por la voz del *Herald*, que el mérito de la conferencia ha sido suyo, y la habilidad, y el triunfo! ¡Conque el *Evening Post* insiste en que en lo del arbitraje Blaine ha sido vencido palmo a palmo,—que Quintana, vigilante y tenaz, lo ha vencido,—que «si la

delegación de Norteamérica hubiera tenido un miembro del tesón y la talla de Quintana, se habría gloriado en él, como su país debe gloriarse!» ¡Conque al desconsuelo de la delegación yanqui,<sup>a</sup> que quería el tribunal permanente, el arbitraje continental y compulsorio, se une el de Blaine, que levantó la campaña de elecciones con la promesa de uncir al carro del norte la América entera, y sacar el arbitraje como el reconocimiento voluntario del predominio del norte por la América, y ahora ve que se le va de las manos, con un arbitraje que no es el suyo, sino que le echa el suyo por tierra, esta arma mayor de su candidatura!

¡Pues la delegación del norte no ha de parecer burlada por «esa gente del sur»! ¡Por arte, o por intimidación, hay que sacar los tratados de arbitraje; o se viene encima la silba, y Harrison se regocijará del escarnio de Blaine, y la candidatura de Blaine se viene abajo, y la de Harrison se liberta del rival más poderoso!

Ya no es Zegarra quien preside, sino Blaine mismo. Ya no hay discursos largos. Zegarra dice: «Votaré el arbitraje si se vota el proyecto contra la conquista». Entre los delegados se susurra que es mucha la cólera de Blaine, que se va a salir pronto de sus modos blandos, que

---

a. En LN: «yankee».



en las conferencias privadas llegó hasta inquirir si de veras se creía que cuando dos naciones de América se negasen a arbitrar, no impondrían los Estados Unidos por la fuerza el arbitramento. «¡No!» «¡no!» «¡no!», se oye de todas partes; y las caras no lo disimulan. ¿Cómo vendrá el ataque? ¿O vendrá, después de la derrota plena en las juntas y comisiones? El ataque será por la mera forma, para que no parezca derrota lo que lo es. La resistencia, si se trata de lo esencial, está, como al mando de una sola voz, de una misma voz, en todos los corazones. Los del norte, ávidos, se consultan. Los del sur ídesde la cuna se han consultado! Mueve Quintana un punto de orden, que Blaine no abarca de pronto, por la traducción confusa; ¿con qué objeto secreto, con su tanto de látego en la voz, dice Blaine, al acatar el punto, que «espera que se reconozca que él ha sido imparcial, y magnánimo, en la dirección de los debates?» Quintana le replica erguido, con palabras que no se piden licencia unas a otras: «Si que ha sido imparcial el presidente: pero ha de entenderse, porque importa al decoro de todos que se entienda así, que con esta imparcialidad que nos complacemos en reconocerle, no ha hecho más que cumplir con su deber: y si no lo hubiera cumplido, y hubiera sido parcial, la conferencia habría mantenido y habría recabado sus derechos». ¿Lo dijo? Lo dijo. ¡Y se sentó como quien lo va a vol-

ver a decir! Sáenz Peña, el otro argentino, piafa. Van y vienen mociones.

Y al fin se llega al último artículo: se le aprueba: se levanta Henderson a preguntar con qué fecha se llenarían los blancos de fecha del tratado—porque el proyecto no llevaba forma de mera recomendación, como todos los demás, sino de tratado ya compuesto escrito. Esta fue la batalla: ahí quiso entrar el arte del norte. De que la forma del borrador de tratado era distinta, quiso sacar los tratados en forma. «Pues la fecha, dijo Blaine, en que firmen acá los delegados los pergaminos; porque las otras son simples recomendaciones, pero esto, según la convocatoria, es un asunto especial, y ha de quedar firmado aquí por las delegaciones y en pergamino».

«Eso no haré yo», dice saltando sobre sus pies el delegado de Haití, mulato hermoso y firme y de palabra fina. Blaine, convulso, deja su sitio, llama al Perú a presidir, se viene al asiento del Perú, junto a Quintana. Echa sobre la mesa los papeles, como quien algo más que papeles quisiese echar. Uno cae sobre Quintana, que lo toma de una esquina entre el pulgar y el índice, y de un gesto del revés lo echa a la mesa. Blaine está hablando: «¡Pues será falta de fe a un pacto solemne, volverse atrás de sus compromisos, falsear el propósito de la convocatoria! Esto es sacro, esto es singular, esto es urgente. No ha de recomendarse, se ha de firmar. To-

das las delegaciones, todas, han de firmar. A eso han venido aquí: a firmar». Echa atrás la cabeza, hace como que le tiemblan los labios, tiende el brazo imperante, se da con el dorso de una mano en la palma de la otra, se vuelve a su asiento a pasos teatrales.

Calla un momento la conferencia. El Salvador propone que el tratado se firme *ad referendum*. Carnegie, el escocés astuto y conciliador, sugiere que al pie del proyecto se ponga una recomendación de aprobar, suscrita como delegados, por todas las delegaciones. Trescott pide que el tratado se deje como está y lo firmen todos. Una moción desaloja a la otra. Tres mociones están discutiéndose a la vez. Del desorden, y por sobre él, se levanta Quintana: «Nunca supo la Argentina, señor presidente, nunca supo, porque la convocatoria no se lo decía, que la cuestión del arbitraje era diferente o superior a las demás que hubiesen de recomendarse. No se le alcanza a la Argentina, ni a ninguna otra de las repúblicas se le alcanzará, que el arbitraje, que es la más ardua de las cuestiones de la conferencia, se trate con más ligereza que todas las demás cuestiones; ni que en una conferencia de delegados reunida para discutir y recomendar diferentes asuntos, y entre ellos el del arbitraje, se traten unos asuntos como delegados para discutir y recomendar, y otros como delegados para tratar, y se envíe a los gobiernos para estu-

dio los asuntos más simples, a que los acepte o no, y el más grave de todos sea el único que se les envíe como aceptado, y con la obligación moral de aceptarlo, puesto que lo está por su delegación. Ni los poderes de muchos de los delegados los autorizan para firmar tratado alguno, ni las delegaciones tienen la facultad de obligar a sus gobiernos, ni usurpar los privilegios de las cancillerías. Ni este asunto del arbitraje difiere, o tiene por qué diferir, de los demás asuntos. La Argentina recomienda el proyecto: no firma el tratado». Blaine alega. Quintana alega. Impone Blaine. Impone Quintana. Traducen, confusos, los intérpretes. Blaine entiende que Quintana se opone a que se considere de nuevo el artículo último; Quintana entiende que Blaine reabre la discusión del artículo, para que se vote no de nuevo y en todo, como se debe votar si se reabre, sino en particular, sobre la moción de Trescott, que quiere poner delegados donde dice plenipotenciarios, para que como delegados firmen, con tal que firmen, y así vaya el tratado en pergamino y con sellos vistosos, y el compromiso moral de las delegaciones. Blaine, de sobre los estribos, hace que le traduzcan a Quintana, párrafo a párrafo, el discurso que le va pronunciando. Quintana de sobre los estribos le hace traducir a Blaine el discurso con que le responde párrafo a párrafo. Y las confusiones paran en que Blaine manda rogar a

Quintana que insista en su moción de que el caso del artículo pase a comisión y vuelva informado al día siguiente. Quintana insiste amable, sonriendo.

Pero no sonreía al día siguiente, cuando, después de haber acordado Henderson con la comisión el medio conciliatorio de que las delegaciones recomendasen con sus firmas todos los proyectos, para que así quedase recomendado el arbitraje como se quería, pero como todo lo demás, y sin carácter especial ni solemne, surge Trescott, con voz de quien trae órdenes de alto, y se opone al acuerdo de la comisión. ¡Henderson, el presidente de la delegación norteamericana, aceptó el compromiso, y ahora Trescott, el portavoz de los norteamericanos lo rechaza! Blaine concede a los delegados del norte derecho para expresar opiniones diversas antes del voto de la delegación que ha de ser uno. Quintana, rápido, objeta: «Acaso puede hacer eso el delegado; pero no romper el compromiso formal contraído en comisión por el presidente de la comisión misma, que es a la vez presidente de la delegación norteamericana. Puesto que rompe el compromiso la delegación norteamericana, rompe el suyo, y queda en libertad, la delegación argentina». Henderson, que saca la cabeza en estatura a sus presididos, dice que firmó por coacción; que no está conforme con cierta parte del proyecto, la única que redactaron manos

meridionales; que el arbitraje no es la tradición del mundo, como se dice allí, sino la guerra, y no ha de quitarse mérito por los enemigos a la panacea del arbitraje, que le parece novedad del país, y artificio novísimo, nunca intentado, y no recurso añejo y universal. Quintana, de pie, les saca luz a los quevedos,<sup>666</sup> y se los ciñe: «¿Acaso cree el delegado del norte que ha sido él el inventor del arbitraje? ¿No sabe de los pueblos primitivos, de Grecia, de Roma, de China, de Inglaterra, de Italia, de Holanda, de Suecia, de Bélgica, de Francia? ¿O saber de lo que se discute, es ser enemigo de lo que se discute? ¿O es el deber, y el mérito, de los delegados de una conferencia, desconocer los asuntos sobre que han de tratar? ¿O es tan desmayada persona el culto caballero de la delegación del norte que la apacible comisión haya podido sembrar en su fuerte pecho el espanto, y arrancarle la firma a mano saltadora? A taponazos, sorpresas y discordias, no se puede imponer en una junta de dieciocho pueblos libres, un arbitrio tan antiguo como la guerra que quiere remediar, tan natural como la justicia y la benevolencia entre los hombres, extendido, sin marca de fábrica, por todo el universo. La delegación argentina, puesto que la de los Estados Unidos rompe su compromiso, rompe el suyo. O firma el arbitraje como todos los demás asuntos de la conferencia, o no firma el arbitraje». Reti-

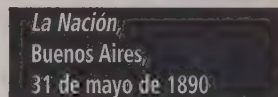
ran su compromiso, en pos de la Argentina, las delegaciones de la comisión: Bolivia, Venezuela, Colombia, Brasil, Guatemala. Se abre voto sobre la forma en que se<sup>a</sup> ha de firmar el arbitraje. La emoción es intensa. México, Chile y el Brasil se abstienen. Ni la Argentina, ni el Paraguay, ni Haití, firmarán tratados. Y votan por firmar el tratado las repúblicas de Centroamérica, Colombia, Ecuador, Bolivia, apurados<sup>b</sup> por los chilenos. Pero el tratado no llevará la firma de la Argentina, ni la de México, ni la de Chile, etc. ¡Sale, pues, más pobre que todos los demás, el proyecto a que se quería dar más pompa y énfasis! En vez de la alcaidía continental del senador

Fry,<sup>c</sup> el autor de la convocatoria de la conferencia, que pidió tutor perpetuo para los pueblos de sesos calientes del sur, la conferencia aprueba un proyecto de los pueblos del sur contra toda alcaidía y tutela, que mira en su casa propia cara a cara: y el proyecto no lleva la firma de los pueblos que la Secretaría de Estado llamó a junta de amigos magnos, teniéndoles por cabezas de América.

Les pusieron el aro para saltar, y unos se llevaron el aro en los pies, y otros saltaron sin pararse a verlo. Y cuando Blaine, con frases de artística emoción, compuestas de modo que a los delegados pareciesen arranque de amor fraterno y al norte pro-

mesa disimulada, pronunció la clausura de la conferencia de naciones, llamó «mi amigo muy distinguido, mi amigo altamente apreciado»,—al argentino Quintana.

José Martí



[Mf. en CEM]

- 
- a. Se añade esta palabra.
  - b. En LN: «apurado».
  - c. En LN: «Frye».

# Congreso de Washington

La última sesión.-El Dr. Quintana contra la conquista.-Sucesos imprevistos y dramáticos.- Los Estados Unidos y Chile.

Nueva York,  
3 de mayo de 1890

Señor Director de  
*La Nación*

YA SE VAN, aleccionados y silenciosos, los delegados que vinieron de los pueblos de América a tratar, por el convite de Washington, sobre las cosas americanas. Ya vuelven a Centroamérica los de los cinco países, más centroamericanos de los que vinieron, porque al venir se veían de soslayo unos a otros, y ahora se van juntos como si comprendieran que este modo de andar les va mejor. Ya salen en las conversaciones poco a poco, sin la cautela de los días oficiales, las notas curiosas, los desengaños y asombros.<sup>a</sup> «¡Y este era el gran estadista!».<sup>b</sup> «¡Y llamaron a toda la América, y se la están arrebatando unos a otros los candidatos rivales, y no cáímos en que esto era ni más ni me-

nos que un ardid electoral!». «Ahora me convezco,—dijo en la mesa de adiós un yanquimano<sup>c</sup> convertido—de que me he pasado los años cazando mariposas». Casi todas las repúblicas, como jadeantes de la última pelea, estaban dándose la mano<sup>d</sup> en torno de una mesa del Shoreham. Se hablaba de prisa, con júbilo, en voz baja, como cuando hay nacimiento, como cuando hay boda. Velarde, el de Bolivia, radiante de gratitud, brindó, entre un coro de copas levantadas «¡por el héroe del día, por el Bayardo de la conferencia, por el mantenedor inquebrantable de los derechos de los oprimidos y de los débiles, por el autor y el abogado triunfante del proyecto contra la conquista!». Y de todos los labios brotaron, como de hijos a padre, palabras de ternura y agradecimiento. Quintana, vencido por primera vez, sólo acierta a decir: «¡Para mi patria acepto estos cariños! ¡Nada más que un

pueblo somos todos nosotros en América! ¡Yo he cumplido, y todos hemos cumplido con nuestro deber!». Un americano sin patria, hijo infeliz de una tierra que no ha sabido aún inspirar compasión a las repúblicas de que es centinela natural, y parte indispensable, veía, acaso con lágrimas, aquel arrebato de nobleza. Las repúblicas, compadecidas se volvieron al rincón del hombre infeliz, y brindaron por el americano sin patria. Lo que tomaron unos a piedad y otros a profecía.

La batalla del día fue de veras muy recia. El Zollverein había sido el campo de combate en lo económico, y la Argentina lo ganó, de cara al sol. El proyecto de conquista, suma y término natural del arbitraje, era el campo de combate en lo político; ¿lo ganaría la Argentina también, cuando tenía al sol en contra? Porque, entre los de habla

a. En LN, dos puntos; a continuación, minúscula.

b. En LN, a continuación, minúscula.

c. En LN: «yanquimano».

d. En LN, coma.



castellana, el entusiasmo con que se acogió el proyecto de honradez y humanidad que a todos la asegura y garantiza, y no se puede rechazar sin confesarse reo voluntario y descarado contra la humanidad y la honradez, fue tan loable como la moderación con que en la casa extranjera, refrenó los impulsos a que lo pudo llevar el interés amenazado o la ira, el único pueblo de nuestra América que por sus pecados de guerra, pudo creer que le iba al pecho el proyecto levantado en masa por todas las repúblicas del continente, como un coro de hermanos. Quien vio aquel espectáculo, jamás lo olvidará. Los pecadores se arrepentirán; y lo que se tomó por mal consejo se devolverá noblemente a su hora. En nuestra América no puede haber Caínes. ¡Nuestra América es una! Pero la otra América se negó a firmar el proyecto que declara «eliminada para siempre la conquista del derecho público americano». Luego, sofocada, consintió en declarar eliminada la conquista «por veinte años».

Quintana redactó el proyecto en la comisión de bienestar general, el proyecto de los cuatro artículos, en<sup>a</sup> que se elimina la conquista para siempre,—que las cesiones territoriales en virtud de coacción serán nulas,—que los pueblos forzados a ceder sus tierras pueden recurrir al arbitraje,—que será nula la renuncia del derecho de llamarse a arbitramento. En lo privado se contaban todas las escaramu-

zas de la comisión: ¿por qué Henderson, el presidente de los delegados del norte, se oponía al proyecto contra la conquista, o dejaba a la conquista una puerta abierta, con su enmienda sobre la ofensa, que reservaba el derecho de conquista, al pueblo que cayera sobre otro por creerse ofendido?: la comisión entera aceptaba el proyecto, argentinos, bolivianos, venezolanos, guatemaltecos, colombianos, brasileños; ¿por qué los Estados Unidos son los únicos que no aceptan? Blaine llamó a conferencias a la comisión, y dijo que aceptaba el proyecto, a los pocos pases con Quintana, que con explicaciones oportunas y concesiones de lenguaje le aquietó el miedo visible de que el proyecto intentase poner en tela de juicio los derechos de los Estados Unidos sobre la tierra que le quitaron a México, a los que les pudiesen caber en lo futuro por la ocupación violenta del Canadá: ¿cómo Blaine, que aceptó el proyecto, se volvió atrás, después de sus entrevistas con Henderson, el que intimó a Sáenz Peña cuando el Zollverein, que «aceptase ahora lo que los Estados Unidos le ofrecían, porque la fortuna tiene alas a los pies, y esa oportunidad podría no volver a presentársele nunca?». A lo que Sáenz Peña contestó demostrando que a la fortuna de alas le importaba más ir a la Argentina, que a la Argentina venir a la fortuna de alas, lo mismo que Quintana que no se movió de su silla por la posición

de Henderson,<sup>b</sup> ni la postura<sup>c</sup> de Blaine, y no mudó el proyecto.—Toda la comisión lo firmó menos Henderson: Colombia firmó el preámbulo y la declaración contra la conquista.

Y eran los últimos instantes de la conferencia: era la tarde última. Ya esperaba, encendido, el vapor que había de llevar a los delegados a la visita de Mount<sup>d</sup> Vernon: ya estaba dispuesto, con los enseres de oro, el tren que debía llevar a los delegados al paseo del sur, y volvió del paseo interrumpido, porque sólo dos delegados curiosos fueron en él, uno de Venezuela y otro de Colombia.

Que los delegados no iban, que su negativa tenía a Blaine airado. Que Henderson no cejaba un ápice en su oposición a que se condenase la conquista. Que Blaine cedió primero al plan, de temor de que le fallase el arbitraje: y cuando sacó el arbitraje que pudo, volvió a sacar el águila, y no hallaba modo de sofocar el «americanismo intenso» que le celebran a su enemigo Henderson. Que Chile podía tener a México por amigo, puesto que a México le suponen, los que no lo conocen, apetitos centroamericanos. Que por el miedo de descontentar a

a. Se añade «en».

b. En LN, dos puntos.

c. En LN: «postuma».

d. Errata en LN: «Monut».

los Estados Unidos, que iba a tener a su lado a México y Chile, pudieran otros países de poca espina irse con ellos, y dejar el proyecto del honor sin suficiente amparo. Al lado de Chile, inmutable, Bolivia, crispada. El Paraguay, cosido a Bolivia. El Perú, pálido.—Y empieza la votación. ¿Cuál, cuál será el pueblo de América que se niegue a declarar que es un crimen la ocupación de la propiedad de un pueblo hermano, que se reserve a sabiendas, el derecho de arrebatar por la fuerza su propiedad a un pueblo de su propia familia? ¿Chile acaso? No: Chile no vota contra la conquista; pero es quien es, y se abstiene de votar, no vota por ella. ¿México tal vez? México no: México es tierra de Juárez, y no de Taylors.<sup>667</sup>

Y uno tras otro, los pueblos de América votan en pro del proyecto contra la conquista. «Sí», dice cada uno, y cada uno lo dice más alto. Un solo «no» resuena: el «no» de los Estados Unidos.

Blaine, con la cabeza baja, cruza solo el salón. Los diez delegados del norte le siguen, en tumulto, a la secretaria. En el salón se oye a Quintana, defendiendo el proyecto, en la discusión de artículos, de la tacha de ineficaz y redundante que le pone el delegado de Colombia, el gramático Martínez Silva: «El proyecto no quiere, decía Quintana, reabrir el proceso de culpas pasadas, sino impedir que los pueblos de América se manchen la honra con nuevas cul-

pas, y conquistándose entre sí, conviden, y acaso justifiquen, la conquista ajena».<sup>a</sup> «¡Eficacia! ¿pues qué fuerza es a la larga mayor en el mundo que la de la condenación moral, que es la sombra del crimen, y acaba con él, y no hay fuerza material que le resista?». Y se oía de lejos la voz: «Yo no quiero recordar las guerras fratricidas de América sino para deplorarlas».

Viene Flint, el sonriente delegado del norte y le habla a Quintana muy quedo. Blaine desea que Quintana conferencie con los del norte,<sup>b</sup> bajo su presidencia desea enmendar el voto. Quintana está en pie defendiendo su proyecto: «siente mucho no poder complacer al Secretario de Estado»: «está ante la conferencia, está en pie, defendiendo el proyecto». Ni en su colega Sáenz Peña puede delegar: Sáenz Peña, que ha recibido ese mismo día su nombramiento de Ministro de Relaciones Exteriores, no asiste a aquella inquieta sesión. Flint vuelve, con un recado aún más apremiante. Quintana, «está en pie ante la conferencia». Flint pide que se suspenda la sesión, y se suspende. La comisión del proyecto, con Quintana a la cabeza, se reúne en secretaría con los del norte, presididos por Blaine. Crúzanse enmiendas. Desvirtúan todas el pensamiento, todas recházanse. Insiste Blaine en que no se condene la conquista para siempre, sino por el mismo término por que<sup>c</sup> se ha acordado el arbitraje, por veinte

años,—en que se prescinda de la cláusula que declara nula la renuncia de llamarse a arbitramento para recobrar los territorios cedidos por la fuerza. Quintana alega: «pues si no se puede acudir al arbitraje en el caso más grave, más claro, y más justo,<sup>d</sup> ¿de qué sirve el arbitraje, ni qué recurso queda contra el abuso de la fuerza?» ¿Y si la conquista es un crimen, se la declara tal por veinte años, y a los veinte años de tenerla por crimen, se la absuelve?<sup>e</sup> ¿Y tendremos entonces este artículo: «se declara inhumana la conquista, por veinte años?» Blaine arruga el papel que tiene bajo la mano. Observa que algunos de los de la comisión, deseosos de obtener para el proyecto la sanción del norte, por un celo patriótico que nadie les ha de censurar, hablan entre sí, miran a Quintana, le ruegan acaso que ceda. «¿Y qué sanción le queda entonces al proyecto, y qué paz de papel es esta que sólo ha de durar, con la conquista a la puerta, veinte años?». Se pone Blaine en pie, saca de sí más cuerpo que el usual, clava en Quintana los ojos penetrantes,

a. En LN: «ajena».

b. En LN, sin coma.

c. En LN: «porque»

d. En LN, sin coma.

e. En LN, a continuación, minúscula.

f. En LN, a continuación, minúscula.

le ofrece «por última vez», las bases de la transacción en nombre del gobierno de los Estados Unidos». La comisión mira a Quintana, inquieta.

Un relámpago le pasa a Quintana por los ojos: «Declino el ofrecimiento. Creo justo y necesario el proyecto primitivo». Echa Blaine su sillón atrás, y sale, a paso recio, a reanudar la sesión. Rodean a Quintana sus compañeros: Bolivia, conmueve, el Brasil, cree que se debe ceder. «El principio es lo que importa». «Lo que importa es que la sentencia sea unánime. Y estaba Quintana demostrándoles, con suave entereza que la cláusula de arbitraje sobre las cesiones forzosas era el amparo más seguro contra la conquista, cuando aparece ante ellos Blaine, cambiado ya el rostro:—«¿Espero, señor Quintana, que seguiremos siendo amigos?». «Nunca he creído, señor secretario, que

habíamos dejado de serlo». Y le dio Blaine la mano.

No había aún dejado Blaine la secretaria, y entró Carnegie, el escocés astuto y cordial, buscando a Quintana. Pequeñín, chato, ojirredondo, risueño, ágil. «¡Es un pecado pelearse, buen amigo Quintana, con el buen amigo Blaine!». «¡Estas son cosas de palabras, y con palabras se arreglan!». «¡Propóngame, que yo veré que acepte el otro buen amigo!». Conviene Quintana en «la mutilación de los veinte años, con tal de que se conserve la cláusula del arbitraje en los casos de renunciaciones territoriales forzosas!».

De un paso va Carnegie, y de otro vuelve. «¡Pues aceptado! Es<sup>a</sup> claro que aceptado!». Vuelven los comisionados a la sala; baja Blaine de su asiento; propone<sup>b</sup> con acentos paternos el proyecto reformado a la conferencia. Quintana, sencillo, lee la

congratulación en los ojos de todos. Había promesa en el aire, y como fiesta futura. Carnegie iba de un lado a otro, dando a todos las manos. La conferencia vota.

¿Por qué era un pueblo de nuestra América, de nuestra familia de pueblos, el único que salió de la conferencia con la cabeza baja?

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
15 de junio de 1890

[Mf. en CEM]

- 
- a. En LN, minúscula.  
b. En LN, coma.

268

# Los delegados argentinos en Nueva York

El paseo por el Sur.-La opinión y los delegados.-  
Obsequios a los delegados argentinos.- Banquete de  
Vanderbilt al doctor Sáenz Peña

Nueva York,  
5 de mayo de 1890

Señor Director de  
*La Nación*

**H**A VUELTO el tren de Richmond, el tren extraordinario donde habían de recorrer los delegados benévolos las comarcas celosas del Oeste y del Sur, que no quieren que los meridionales se vayan del país sin haberles visto sus pueblos e industrias, y mantienen su derecho «a los beneficios comerciales que resulten de las excursiones de los delegados, puesto que de los fondos de todos ha pagado el erario los gastos de su hospitalidad, y han de llevar a sus pueblos noticias de todos»; ha vuelto el tren, porque de las dieciocho delegados intrépidos, con mucho agregado segundón y gen-

te menor, que no era lo que quería ver la rica Atlanta, la patria laboriosa del pobre Grady: ni Richmond, la ciudad leal que le va a levantar un monumento a Lee; ni Nueva Orleans, que ha recibido con fiestas la bandera confederada que la ciudad de Richmond le manda a la viuda de Jefferson Davis, el caballero de alma marcial que no había leído, en lo mucho que leyó, «nada más grande que *Pablo y Virginia*».<sup>668</sup> Por un instante parecían decididas a deponer sus lutos, más por cortesía de su natural que por deseo verdadero, las ciudades señoriales y desvencijadas que no quieren oír el ruido del mundo, ni dar licencia para que los visitantes indiferentes maltraten la yerba que crece sobre las tumbas: ¿no dice un poeta de Richmond, que de noche, cuando las estrellas se ocultan entre las nubes, la yer-

ba canta?—¿que se oye como un susurro,—que brillan ojos de fuego entre la yerba,—que por la mañana, sobre la yerba húmeda, aparece un sombrero confederado? Pero para «los meridionales» iba a haber, por la simpatía de los cabellos negros, exhibición de industrias en Atlanta, y en Richmond cuadrillas de honor, y en Orleans fiestas como las de los carnavales. La grito fue grande, cuando el gobierno, con razón de que «el número de los delegados en viaje no justificaba el gasto que se iba a hacer por ellos», ordenó que el tren de los enseres de oro interrumpiese el viaje. Los dos delegados solitarios y los agregados y gente menor se negaron, coléricos, a volver a Washington en el tren de los enseres de oro; sino que volvieron, cuál con el gabán por las orejas, cuál con la barba de tres días, a su propia cosa. ¿Ni cómo podían los delegados ir decorosamente a este viaje, cuando aparte del ansia natural por volver a sus tierras a dar cuenta de su mandato, era público y confeso que la gira se



hacía para acallar los clamores de las comarcas a quienes se quiere tener complacidas para las elecciones venideras y ha entrado ya en la leyenda y la caricatura el viaje primero de los delegados por el Este y el Noroeste, que los diarios pintan como ocasión nunca vista y hartó aprovechada por «las familias de nuestros amigos del Sur que andan viajando a costa de los Estados Unidos, que son ricos y pueden pagar, aunque en verdad eran los agregados muchos, y los cigarros demasiado buenos, y se gastó mucha champaña?»

Volvió de Richmond el tren vacío; y en el mismo diario donde estaba la noticia, se leía sin más extrañeza que la de los incautos, la novedad de que el Secretario de Estado había sacado de los anaqueles la reclamación de un ciudadano del Norte, y castigaba con ella al ministro delegado de Guatemala, a Fernando Cruz. ¿Pero no tuvo dormida durante la conferencia esta reclamación la Secretaría de Estado, mientras sé creyó que Guatemala iría por donde se le dijese que fuera, y con ella el Salvador y Honduras? ¿No sabe de sobra la Secretaría que esta declamación es inicua si no burlesca, puesto que el individuo reclama contra el gobierno guatemalteco, en su calidad de ciudadano norteamericano porque el gobierno lo puso preso en atención a la solicitud del ministro de los Estados Unidos en Guatemala, por haber atentado al honor de su

nación en la persona del ministro? ¿Y cómo al día después de erguirse Cruz, junto con toda su América; y tomar filas en lo del arbitraje, con los argentinos, con los brasileiros, con la familia del Sur, con los pueblos de su habla, le resucitan la reclamación que tenían como escondida, y dan al público a sabiendas informes falsos, calculados para que el país se le eche encima a Cruz, y vean en su tierra, que ha cesado de ser persona grata? Cruz abrió a la prensa su libro de telegramas, donde estaba la historia del caso, y paró con discreta bravura el golpe. ¿O no fue eso, sino el temor del Secretario de que le viniese encima, por las ruidosas victorias de los argentinos, la censura de flaqueza para con «esos pueblos del mediodía», y el deseo de quitarle virtud a la acusación mostrándose vigilante y enérgico en lo menos comprometido que halló a mano?

Y es la primera ventaja del decoro de los pueblos latinos en la conferencia el visible respeto, y mayor conocimiento, con que hablan de ellos, como asombrados y confusos, los que paran en ver que mucho de lo que tenían por incapacidad ajena era ignorancia suya. Ya buscan correspondencias fijas en los países del sur, y cuentan en detalle los sucesos de su hacienda y su política. Ya tachan a las empresas de noticias porque no son tan amplias y frecuentes las del sur como el público desea. Ya comentan los cambios de gabinetes, y lle-

van cuenta de los factores políticos y de las personas. Los comerciantes lisonjeros sujetan el estribo de los magnates del sur, sombrero en mano. Los poderosos de la República, halagados, como hombres que son, de ver hombres ante sí, como a tales los tratan; y aun parecen tener gusto en mostrarles con especial aprecio su sorpresa.

¡No hay como volverse de frente para echar atrás a los que nos pican las espaldas!

Cierto es que el día de la revista militar, que fue a las puertas de la Casa Blanca, en la hora del sol, ni ofrecieron entrada a las señoras, que estaban al fuego del sol en los carruajes descubiertos, ni les llevaron a los coches la limonada republicana, ni salió a recibir a sus huéspedes la esposa del Presidente, que miraba de detrás de una cortina, ni saludo el Presidente a las señoras.

Pero con los últimos días vino mayor respeto, y acaso ninguna otra delegación ha recibido más muestras de él que la Argentina. Carnegie propalaba entre los delegados la satisfacción con que Blaine recibió el nombramiento de ministro de Sáenz Peña,—el que, sin mudar de voz, «porque no había para qué», dijo, como miembro de la comisión de comunicaciones del Atlántico, que «si el Congreso votaba el proyecto de tarifa de MacKinley, que aumentara fuera de toda prudencia y justicia el derecho sobre las lanas argentinas, la delegación argen-

tina contestará a esta falta de respeto retirando su recomendación al proyecto de subvencionar los vapores, recomendación que hemos hecho más que por necesidad por cortesía»: el que sacó de sus asientos a la delegación del norte cuando preguntó, como cosa natural, sin apagar el cigarro, en qué proporción llevarían los buques subvencionados las banderas de sus países, cuando los del norte tenían por seguro que, aunque los demás países entrasen a pagar los vapores, la del norte era la bandera única que habían de llevar,—el que cuando en la comisión de Zollverein dejó Henderson, airado y descompuesto, un proyecto sobre la mesa, «y que lo llamasen cuando fueran a votar, porque tenía otros quehaceres», formuló al punto su voto contra los tratados de reciprocidad, y dejó sobre la mesa, sin acceder a volver a la sala, como se lo pedía Henderson contrito, «porque el delegado argentino tenía otros quehaceres»,—el que puso sin ambages ante la conferencia el caso económico, trató al norte arrogante de hombro a hombro, y le descoyuntó las estadísticas. En su sitio de delegado estaba Sáenz Peña cuando recibió la nota autógrafa y espontánea de Blaine: «Será para mí motivo de gran satisfacción corresponderme con Ud. acerca de los intereses indisolubles de las dos repúblicas».

Y al paso de los argentinos por Nueva York, los poderes del país

los han tenido de una mesa en otra; la bandeja iba y venía con tarjetas de navieros tenaces, de comerciantes pudientes, de capitalistas investigadores, de enviados oficiosos. Unos hablaban de Quintana, de ferrocarriles, de tierras nuevas, de la riqueza firme de la República, de su poder de recuperación y empuje, de la constitución nacional que se asimila lo homogéneo y elevado, y rechaza lo burdo y ruin; era la sala, dicen, registro abierto de ciudadanía: «No ha sido vana, señor, esta conversación», le dijo un millonario: «sepa Ud. que también los millones emigran». Y Carnegie, que tiene en la presidencia de su comedor el sillón en que se sentó en la conferencia,—llevó a su mesa a Quintana, y se le mostró locuaz, abierto, hombre a la manera de su paisano Burns «que para eso es hombre, para ser uno con los hombres de todos los países.

Otras veces había coro de comerciantes en la sala del hotel. Sáenz Peña les demuestra la vanidad de pretender henchir de artefactos del norte el mercado argentino, cuando el norte le cierra las puertas a los productos argentinos, los invita, más con su altiva tranquilidad que con su solicitud, a tratar con el país sobre bases de conocimiento y de respeto; los induce a llevar a la Argentina la manufactura de las lanas.

Será para el provecho de la Argentina, pero también para el de ellos. Allí pueden fabricar sus

lanas y venderlas; mientras que aquí, con su tarifa prohibitiva, no las pueden vender, y tienen que ir moviendo política, y pujando paternidades, y levantando una unión comercial hispanoamericana que se cae, como monumentos de copas de champagne, al suelo, para echar sobre el continente las lanas pordioseras. Allí hay gran campo para la venta: pongan capitales, que el país, a pesar de sus cuitas, tiene fondo de tierras permanente que, al cabo de cuentas, ha de responder por cuanto se ponga en él; lleven máquinas, y útiles, y materiales de fabricación, que ya se hará por que entren, puestos que es para bien de la República, libres de derechos. ¿Ganancias? ¡Por supuesto que las hay! ¿No paga la Argentina flete y seguro sobre cada cien libras de lana sucia, que sólo le dan treinta limpias?

¿No ha de sacar su utilidad el manufacturero europeo, y ponerla en el precio? ¿No paga la lana argentina al volver manufacturada al país, un cuarenta y cinco por ciento de derechos de importación? Pues manufactúresela allá, y el manufacturero tendrá amplio mercado para un producto de consumo indispensable, que no tendría que pagar ni flete, y seguro por tres tantos de su material real, ni flete de vuelta, ni cuarenta y cinco por derechos de importación. La Argentina, es cierto, ganaría con el establecimiento de la nueva industria y su pueblo se vestiría más barato y mejor, y ¿por qué

no con su empuje, y su mucha lana, y sus facilidades para exportar, no se haría en poco tiempo país exportador,—no proveería, por lo menos, a los mercados cercanos? La Argentina ganaría, sí; pero los que llevasen la industria harían un negocio pingüe. Por las noches, en el Club de los Lenceros, en el comedor del *Union League*, en cierta mesa de la cantina célebre de Hoffman, se oían frases como estas: «¿Y esta clase de hombres, de dónde han Salido?» «Saben de nuestras cosas más que nosotros mismos». «Ese ministro joven me dejó hoy convencido». «Los amigos creen que hay asunto en lo que nos dijo hoy y que vale la pena de llevar allá los telares que se nos están quedando aquí sin quehacer». «¡Smith, este Pomery por el primer telar yanqui que pongamos en la Argentina!» «¡no, —dijo de brillantón en la pechera, traje de pana nacional, y botas de becerro: por esas

cosas no se brinda con Pomery sino con champaña de nuestras uvas, con champaña de Ohio!» Que no fue como la que sirvió Sheppard, el agresivo republicano casado con la Vanderbilt, en la comida de honor, con que en la casa monumental, copia de la de Francisco I, obsequió el matrimonio millonario a los esposos Sáenz Peña.

Allí estaba Chauncey Depew, el abogado de la casa, y el presidente posible: allí el general Sherman, con su cara rugosa, que se llenó de luz, como cuando da un rayo de sol sobre los riscos, cuando Sáenz Peña recibió, con sincera gratitud, un suntuoso ejemplar de sus «Memorias»: allí Flint, que el día antes tuvo a su mesa, entre gente de pro, a los dos delegados bonaerenses: allí Lawford, cuñado del juez supremo de Inglaterra y el presidente de la Cámara de Comercio de Nueva York, y navieros y capitalistas. La hija de la casa tenía a su derecha a Quin-

tana, y a su izquierda al cónsul argentino. Estaba Zegarra, el vicepresidente del congreso, y Hurtado, el delegado colombiano, y Guzmán, el ministro nicaragüense. Con sus señoras habían ido muchos: estaba la señora de Pitkins. Y en la mesa fue rara la cordialidad, de oro la vajilla de los postres, y entusiasta la admiración a la esposa argentina.

El periódico de Sheppard, el *Mail and Express*, describía con pluma complacida el banquete memorable;—y celebraba, en las columnas editoriales, el aniversario de la batalla de Palo Alto, «donde Taylor con dos mil norteamericanos, derrotó a seis mil mexicanos y perdió sólo cuatro soldados y tres oficiales».

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
19 de junio de 1890

[OC, t. 6, pp. 106-111]

# Carta de los Estados Unidos

## La organización municipal en Nueva York

Sumario.-Sus escándalos y remedios.-

La universidad industrial.-El regalo de una casa.-

Los regalos, la política y la justicia.-El poder político en el municipio de Nueva York.- Bastidores y análisis de los poderes municipales.-Venta y compra de empleos.-Los cohechos y las gratificaciones.-Los ciudadanos en política.

Nueva York,  
8 de junio de 1890

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

**J**UNIO SE ANUNCIA pródigo. Por novedades no se quejan los diarios. El Banco Universal, provisto con la bendición del Papa para recibir dinero católico, con sucursales en todo el universo, sofocado en Nueva York reapareció en Kentucky. Los campesinos aliados, que son como dos millones de votantes, notifican a los próceres republicanos, que si les niegan el anticipo que quieren, de fondos del Tesoro, sobre sus fincas, ya que tienen que pagar a los manufactureros del parti-

do los precios altos e innecesarios de la tarifa manufacturera que devenga los fondos, -no habrá votos de campesinos para otro presidente republicano. De Cleveland, que perdió la serenidad al hablar del editor del *Sun*, porque el *Sun* implacable, amén de otras malicias, lo pinta todos los días ridículo y obeso, a la vez que celebra y corteja la juventud y gracia de la esposa,-dice el telégrafo que llegó al pueblo veraniego de Marion, donde por estar ella allá, han doblado de renta las casas, y que «ella salió a recibirlo y le dio un beso». Por el Canadá ha habido elecciones, y «los expansionistas» se dan la enhorabuena, porque ha salido electo al parlamento, con ruidosa mayoría, un par-

tidario de la anexión a los Estados Unidos;-y, su gente india y mestiza,-ávida de vengarse del conquistador, su gente de alpargatas y poncho, lo paseó en hombros, y tuvo grandes fiestas, que los defensores de la Unión Comercial entre norteamericanos y canadienses tienen como anuncio del libre cambio cercano, sin contar con que los Estados Unidos no quieren conceder el libre cambio al Canadá, por ser este el cebo con que quieren traer a la anexión al dominio, que luego del cambio libre ya no tendría por qué anexionarse, puesto que por todo lo demás cree que con sus costumbres inglesas le va bien, y está mejor, en lo nacional y propio, de lo que estaría cuando le llevara el *yan-kee* su «población desigual y utilitaria».

Otra novedad hubo sobre anexionaciones, que fue la declaración del Ministro a España, aquel Palmer cuya política es «tener el delantal tendido para que caigan las ciruelas maduras» y hoy escribe en el *Herald* que lo de



anexar a Cuba es idea de «unos cuantos especuladores de oficio» y que no es cierto que haya mediado correspondencia alguna sobre la anexión entre los Estados Unidos y Madrid, lo cual, dicho a esta hora y sin necesidad aparente, tienen los políticos de entre bastidores como ardid sagaz de política interior, para quitar fuerza a los que la pudieran sacar de propalar estas cosas. Pero algo mejor que criar para políticos de oficio se funda ahora en Filadelfia<sup>a</sup> la Universidad Industrial donde no irán los adolescentes de hoy, los ciudadanos de mañana,<sup>b</sup> a aprender latín inútil y ciencias en andaderas, que ya desde los pininos fungen de pontífice, y desalojan de sus trincheras de polvo la vieja metafísica, para ponerle en el puesto otra, sino que aprenderán la real del mundo, que desde el silabario se debe enseñar, en máximas ordenadas y fáciles, que se expliquen unas a otras,—y aquellos principios de todas las artes y manejo de las herramientas de crear y transformar, que son los dos oficios naturales del hombre. A valerse de sí, y a emplearse de trabajos de que haya demanda, deben aprender, para su bien y el de su patria, los hombres todos; y lo demás es sabiduría de índice y nomenclatura, que no levanta una paja del suelo, ni produce más que pedantes científicos, como la de antes produjo pedantes teólogos. En cada escuela, patio para sembrar, y taller donde se ma-

neje la escuadra y el escoplo; no porque es novedad,—que hay muchas vanas y perniciosas,—sino porque el que no prepara al hombre para vivir de sí, sin alquilarse de cargacolas o de lavacuentas, o nutrirse, almorzando de humillación y comiendo intriga, del erario público,—el que no dispone la educación de modo que la escuela sea como el pórtico de la vida, de donde se salga, franco y fuerte, con el conocimiento de ella y el modo de subsistir con dicha y decoro,—hará suicidas, pero no hombres.

En Nueva York hay que ver los alumnos de Cooper, robustos y felices, y alegres en sus clases de noche, a pesar del cansancio del día; porque allí aprenden hechos, y la novela de la naturaleza, y saben que el diploma es de hombre vivo, que sabe construir y embellecer, y en el mundo creciente halla empleo fácil. A Filadelfia le ha salido otro Cooper en el banquero Drexel,<sup>669</sup> que es quien regala la Universidad Industrial, que con sus veinticuatro talleres y biblioteca y gimnasio le cuesta unos quinientos mil pesos, sin contar un millón más que le va a dejar para que con la renta se vaya sosteniendo, y agregándose mejoras, hasta que sea lo que toda Universidad ha de ser; no madre arcaica, que de un pecho da griego y protoplasma de otro, sino seno moral, que críe, a leche fresca, hombres felices.

Más que de la Universidad se habla en Filadelfia de la visita

de la esposa de Harrison, alojada ahora en Cape May, que es uno de los desahogos de Filadelfia en el calor. Y el viaje no ha sido sin comentario, porque va a una casa que le han regalado «unos amigos», que es suceso que no a todos ha parecido bien. Y así lo que dicen, con sus velos de respeto, por tratarse de dama, los críticos de este regalo curioso, como que a los «amigos» no los conoce nadie, y el que ofrendó la casa fue Wanamaker, el tendero filadelfiano que entró de Ministro de Correos, y ahora está entre los manufactureros de la protección, que proclaman a Harrison por suyo; aparte del interés que el Wanamaker tiene en que su esposa e hija entren por puerta de honor, a pujo de millones en la sociedad de rango.

Y el clamor contra toda especie de regalos o gratificaciones a los empleados públicos es vehemente ahora, porque se ha acabado por ver que con el sistema de gratificar se tenía vendida la ley, y el empleado cobraba sueldo más que por guardarla, por violarla. Hoy era el regalo del caballo, y mañana el carruaje, y al día siguiente el de la casa donde ponerlos, hasta que el donante lograba del juez obsequiado un decreto de divorcio sobre papeles fingidos, porque el juez no quería tener

a. En EPL, siempre: «Philadelphia».

b. Errata en EPL, punto y seguido.

ojos para aquel buen amigo suyo que le había regalado de tan buena fe, y con tan fina amistad, el caballo y el carruaje, y la casa:—lo que pareció tan mal a la gente honrada, y al Gran Jurado, que el Sheriff de la ciudad, que fue el que sacó con fraude su divorcio, ha tenido que caer del sheriffato; porque la opinión no quiere que esté de ejecutor supremo de la ley un pícaro que la burla,—y al Juez que «acomodó al amigo», por poco le sirve el carruaje para ir a la Penitenciaría, que es donde va a parar el Sheriff, junto con el hijo que vivía de él, y por el interés del padre proveedor falsificó firmas y entrevistas, donde apareció la madre consintiendo, y le guió en falso la mano a su propia madre, etcétera. ¿A quién tenemos por Sheriff? se dijo entonces la sociedad; y por jueces, ¿a quiénes tenemos, si ni lo sagrado del matrimonio está libre, y un político de esquina que llegó al sheriffato por su desenfado pomposo y su poder sobre los taberneros, en Nueva York omnipotente, haya sido un juez, elegido por los votos de las tabernas, que lo declara viudo, y libre para volver a casarse, sobre papeles y diligencias supuestas que un ponente acomodaticio y sospechoso, nombrado el Juez, dio como firmadas, o hizo firmar, con el hijo del cómplice, por la esposa ejemplar de veinte años? La alarma fue grande. Los diarios se asomaron a la oficina del Sheriff! ¡Gran hombre ha de ser este Sheriff, que tiene casa

doble, y dinero con que envilecer a su propio hijo, y regalos con qué ablandar a la justicia!<sup>a</sup> ¿Y cómo son jueces estos criminales, y cómo son sheriffes?

Será verdad lo que se dice, que esa sociedad de Tammany es una madriguera, una asociación de lo más vil de la ciudad,—que tiene con su peste espantados de las urnas a los hombres buenos,—que ha hecho presa otra vez, como en tiempo de Tweed, del Corregimiento, que reparte los empleos del municipio, de la Junta de Obras Públicas, que otorga las contrataciones de la Fiscalía Municipal, que es la que puede descubrir o encubrir los robos? ¿De qué sirve el Sheriff? ¿Qué tiene Tammany que hacer con los funcionarios que elige? ¿Quiénes mandan en Tammany?

Los diarios, que un clérigo protestante acaba de llamar «los sacerdotes verdaderos», tomaron sobre sí la defensa de la ciudad, y volvieron del revés las gavetas del Sheriffato. El Senado del Estado, movido por las acusaciones, mandó una Comisión a Nueva York, y eligió de asesor a un joven intrépido y ambicioso, que ha hecho tema de cazar bribones, y ponerles donde se les vean las manchas. Otro periódico, *The Evening Post*, hizo con Tammany lo que el *Herald* había hecho con la oficina del Sheriff: ¿qué es un diario, si no es un vigilante incorruptible de los intereses públicos? Y en el banquillo de la culpa se ha sentado el Sheriff,

ahíto de ganancias ilícitas,—el Corregidor, que da la mitad de su sueldo a la sociedad de taberneros que lo elige,—y Tammany, señor de las elecciones, donde, de los «cuatro grandes» que mandan, uno es Corregidor, aliado del «gran jefe», a quien los tammanitas le criaron fama falsa de honradez, para encumbrarlo por ella a la autoridad que dispone de «los puestos gordos»,—y otro es el «gran jefe» rufián reconocido, que de una mordida le sacó una oreja a un contendiente, ganó a puñetazos las elecciones cuando se alquilaba de «trabajador electoral», y cuando a puños no podía, a boca de pistola, hasta que por su atrevimiento y descaro imperó entre los que admiran y necesitan estas dotes, y es hoy «sachem mayor», que levanta, de un paseo del carruaje, ciento ochenta mil pesos entre los que viven del favor de Tammany y de sus empleos, y sale a comprar con ellos a los municipios, para que le pongan de Comisionados de Trabajos Públicos al aliado, a fin de guardarle a Tammany todas las contrataciones, y darle la del cemento al fabricante que le paga una cuota de diez centavos por barril: o hace al aliado Sheriff antes de hacerlo Corregidor, y luego le alza la casa en que vive la hipoteca con los veinticinco mil pesos que regala el Sheriff a la niña del gran jefe, de

---

a. Errata en EPL: «justicia».

quien es padrino amoroso, que da a su ahijada la mitad justa de lo que produce el empleo donde lo puso su compadre, quien de la champaña que bebe ya no tiene riñones, aunque no se le conoce empleo que mane vino. —De los otros dos «grandes», uno es «Cara de Jicori», porque dicen que la tiene dura, y es galán que empezó de recadero de Tweed y del «príncipe» Génnet que era persona gastadora, como que al ladrón le es fácil ser príncipe,—hasta que ahora el principado es de él, puesto que de habilidad en habilidad ha subido hasta Comisionado de las Obras Públicas de Nueva York, donde tiene de Subcomisionado a «Bernardito», que empezó su carrera de conductor de tranvías, la cual dejó por poco lucrativa, para poner una taberna con Leary «el Colorado», ladrón famoso, y «Catalinota» su mujer, ratera célebre en Europa y acá, de cuya taberna era el renombre tal que no osaba el dueño entrar a cobrarle a «Bernardito» el alquiler,—a Bernardito, el Subcomisionado de Obras Públicas,—y el cuarto de los «Grandes», que guía y salva con sus luces legales a la asociación, y con su verba de Crisóstomo, es un abogado que tiene muchos pleitos, y de mucha cuantía, de estos pleitos que se hacen de viento, contra los funcionarios tammanitas de la ciudad, que la defienden mal, o que no la defienden, para que la ciudad pague la demanda y los costos y repartirse luego con el

abogado contrario las utilidades; la cual no basta al letrado verboso, sino que cada empleo de Tammany le paga su tributo, para que con sus artes los saque de dificultad, tanto, que del Sheriffato sólo, que tiene muchos alguaciles, recibía por cada alguacil, so color de consulta, treinta y cinco pesos mensuales: él defendió a los munícipes que tomaron dinero en pago del voto que dio el tranvía de Broadway al contratista Sharp,—y a Sharon:—Pues de los cuatro «grandes», dice un diario,—de los caudillos supremos de la asociación que dispone a su antojo de las elecciones de Nueva York,—que saca a remate los puestos públicos y provee de ellos a quienes gratifican a la asociación,—que entre los veinte y ocho miembros de su junta ejecutiva, electas por voto las tres mil y quinientas cabezas de distrito, cuenta, según prueba irrefutable, dos homicidas, cuatro jugadores de oficio, cinco celestinos, tres púgiles, tres bravos de barrios, seis miembros de la camarilla del presidiario Tweed, con uno que otro excarpintero o excalafate, y de ellos diez y siete en empleos públicos,—de «los cuatro grandes», el abogado Cochran que sobre esos hombres llegó a ir al Congreso, es el único que sabe a derechas escribir!»

Del banquillo de la culpa se levantaban cabizbajos, los testigos, el corregidor, caído el cuello de los sudores, y convicto de dar los empleos a los criminales de Tammany, y de partir con

ellos, en favores o al contado, la influencia y productos de los puestos en que lo colocaron sus votos;—el Sheriff, que cobra tales sumas por llevar y traer los presos, por rematar las quiebras, por permitir a los presos orgías y comodidades, que el Gran Jurado declaró al Sheriffato de Nueva York «mercenario e indecente», «deshonrado por las gratificaciones abusivas», «degradante», «despreciable»;—la policía, confesa de permitir el juego en casas públicas, por el tanto que la casa le paga al capitán, y el comercio de carne, y la violación continua de la ley de licores, y de recomendar al Departamento de Bebidas a hombres viles y lugares de abominación, para que les dé licencia de venta, por el regalo que la vileza hace a la policía, y esta parte con el departamento,—y con Tammany, que es quien da las levitas azules, a cambio de las ganancias que los de la policía dividirán luego con él, en pago del influjo que les logra el puesto, y los defiende cuando sale una queja de la ciudad ultrajada.

Pero ya la impunidad no podrá ser tanta, porque gracias a la prensa valiente, ayudada por el rencor de los tammanitas despechados y el celo de los políticos rivales, ni el capitán de policía osará recomendar a un asesino para que le permitan tener casa de licor, porque al capitán lo van a echar del servicio, y a quitarle en público la levita azul, —ni el Corregidor podrá vender el interés de la ciudad tan a las

claras, porque el público avisado le pisa los talones, y le vela el sueño, y se prepara a elegir un corregidor honrado,—ni el Sheriff cobrará más de lo que debe, ni se pasará por las malas casas de brazo de los presos, como solía, trincando y pecando su sabrosa amistad, porque ahora se le ha puesto al empleo un sueldo, y honorarios fijos por cada servicio, que se pagan a la ciudad;—ni podrá el Sheriff recibir por sus favores gratificación alguna, o regalo directo, ni indirecto, o recompensa de dinero o lo que lo valga, o donativo de quien pudiese necesitar después de su favor,—porque «el pueblo del Estado de Nueva York, reunido en el Senado y la Asamblea» ha decretado la ley nueva de cohecho, por lo cual todo funcionario que acepte remuneración alguna, directa o indirecta, por hacer o dejar de hacer lo que es de su función hacer o no, todo el que de una

manera u otra reciba cantidades, u objetos de valor, o servicio de valor, que de algún modo se relacione con el cumplimiento de los deberes de su empleo, para acelerarlos, u omitirlos, o cumplirlos en bien de sus parciales,—todo el que se obligue por la aceptación de un favor, en dinero o en su equivalente, para con quien, por razón de su tráfico e interés, pueda exigirle el pago en concesiones u omisiones de carácter público,—comete delito, penable con diez años de prisión, o cuatro mil pesos de multa, o ambas.

¡Y la ley no la mandó hacer el gobernador, que es criatura de Tammany, y pide permiso para todas sus leyes a los taberneros, de quienes depende su elección;—ni la acordaron de sí propio el Senado y la Asamblea, que son en su mayoría de hijos de Tammany, y votan o niegan leyes, según les paguen los interesados, o no les quieran pagar,

—sino que se pusieron en pie unos cuantos ciudadanos ofendidos, crearon un Club de Reforma, con el dinero de sus bolsillos investigaron y publicaron las fechorías de Tammany, respaldaron con su influjo las declaraciones de unos tres o cuatro periódicos limpios,—y sin más que echar la luz encima de los pecadores, sin más que la fuerza de la indignación y el arte de no acusar donde no había prueba,—vencieron, en esta batalla rabiosa, a un ejército de ladrones, un puñado de buenos ciudadanos.

**El Partido Liberal,**  
México,  
20 y 21 de junio de 1890

[Mf. en CEM]



270

# En los Estados Unidos

Variedades de julio.-La casa nueva de Vanderbilt.-  
La República Argentina en los Estados Unidos.-  
Helgoland y la política yankee.-Un orador negro.-  
Un indio ingeniero.-El «Curso voluntad».-  
La educación de la mujer.-Carmencita.

Nueva York,  
julio 1<sup>o</sup> de 1890

Señor Director de  
*La Nación*

POCOS JULIOS empiezan con tanta cosa pública como este, porque, de razón en razón han venido a dejarse para los calores los proyectos de fuerza en que ha de dar voto el Congreso; así que se pone escasa atención a la escuadra de mineros filadelfianos, de los de a noventa centavos de jornal, que parece aplastada, sin aire ni socorro,<sup>a</sup> con la familia loca a la puerta de la mina, o a la orquesta de Strauss, que ha venido con sus músicos bullangueros a estrenar el auditorio enorme de la plaza Madison, donde entre vals y vals, sale Columbia, en un baile frondoso, a sacar del jardín la flor nacional, que es el amarillo, o

el calor de Chicago, que es tal, que el Municipio ha dictado ordenanzas sobre la manera de vestir;—o a la comedia *yankee* de *Beau Brummel*,<sup>670</sup> muy fina y hecha a tono, donde se ve cómo era en corte al petimetre amigo del obeso Jorge IV;—o a la casa que los Vanderbilt, a quienes los Astor celosos les están llenando de hoteles los alrededores de su palacio de Nueva York, levantan a costo persa allá en la Carolina del Sud, junto al Swannanoa ruidoso, en la cúspide de un monte de pinos;—y no sólo para pasear, como los ricos inútiles, que pasan por la vida caballeros en una bomba de jabón y con la bomba se vienen abajo, sino para las labores de la tierra, que es donde está la riqueza real, y conforta y perdura cuando la catástrofe útil de la especulación, limpiando como el rayo el cielo, echa a temblar y a maldecir a

los cobardes. A sembrar animales y árboles va el más rico de los Vanderbilt al Sur, porque por el Norte, con sus ciudades ahítas de emigrantes coléricos, se ven más peligros que seguridad, y puede, con la rapidez que llevan aquí las cosas, subir más alto de lo deseable la novedad social, que en mil formas se muestra y va imponiendo, como si se estuviese en vísperas de una revisión de título, y hubiera riesgo de que retornen al Estado, para uso y provecho de todos, aquellas empresas que tienen como capital indispensable los bienes de la naturaleza, que no se han de ceder por favor, ni de darse por desidia al más honrado, sino que a lo sumo se han de dar afuera en administración, en tanto que se les administre bien, aunque lo mejor es que los trabaje y dirija la comunidad, que de derecho natural e inalienable los posee.

Dicen los que dicen, que por ahí van las ideas de este Vanderbilt previsor, que ve insegura la propiedad privada de los ferrocarriles, con tanta propaganda

a. Se añade «sin aire ni socorro».

nacionalista como hay ahora, y con gente de tanto seso en ella:—*El Tribunal Abierto* se llama un periódico de Chicago, y uno de Nueva York *El Siglo Veinte*.

De la Argentina se ocupó la prensa en estos días, cuando se dijo, por un desocupado de hotel, que la Argentina se había aliado al Brasil y al Perú para caer contra Chile, lo que desmintió con razones prudentes, el ministro brasileiro; y cuando la Asociación de Consumidores de Lana, que es numerosa y pujante y toda de manufactureros y criadores, protestó en una circular de mucho argumento contra los derechos de la lana, y fue hasta pedirla libre, para bien del pobre y salvación de la industria, y «para que los Estados Unidos no sean el único país del mundo donde se echa a la entrada la fibra con que se han de amparar del frío sus hijos». De México se escribe aún, con el intento de echar sobre los ingleses el oprobio de la intentona de la Baja California que dicen que fue toda «obra inglesa, para poner en mal a dos países vecinos». De las Bermudas se habla también mucho, desde que publicó Inglaterra el convenio en que cede a Alemania la isla costera de Heligoland, la cual se pone aquí de precedente y razón para demandar de Inglaterra cosa igual, ya que está de carños, que en nada puede mostrar mejor que cediendo a los Estados Unidos las Antillas inglesas «que están a nuestras puertas y que necesitamos».

Y esto sí se junta con lo que preocupa hoy más, que es lo del Congreso, porque fue poco menos que el debate del Senado sobre la plata ilimitada, y el que en la Casa ya se espera sobre la ley de intendencia de los jueces federales en las elecciones, el muy reñido y elocuente en que unos Senadores estuvieron por más buques de guerra, y más fortificaciones, hasta hacer buenos, con 261 000 000 de gastos en quince años, todos los castillos fijos y navegantes que quiere el Secretario de Marina, porque si se ha de mantener la doctrina de Monroe, se necesita darse prisa con eso para mantenerla,—y otros, como los demócratas Voorhees y Cockrell, dijeron que, «no había en todo el valle del Mississippi cinco hombres que de veras quisiesen dar, en estos tiempos del mundo, los doce millones para los tres barcos nuevos»,—que «el poder de los Estados Unidos estaba en el respeto que inspira como país de paz, a quien ningún otro poder le negaría lo que pidiese, porque sólo pediría lo justo»,—que «en vez de dar el ejemplo del arbitramento pacífico, los Estados Unidos, luz de la humanidad, iban a parar en los mismos recursos de las monarquías, a quienes copia en sus vicios la república». Sobre lo cual votó el Senado que se dieran los doce millones para los tres buques nuevos:—«Nuestro *Filadelfia*», dijo un Senador, «es el crucero más veloz del mundo».

De eso, y de los exámenes y

sus fiestas, es toda la crónica: Unos colegios tienen comedia latina, y otros ponen en verso inglés el libro de Job, y para otro escribe la discípula sobresaliente una *Antígona*<sup>671</sup> de poco trabajo, que representa con sus compañeras, de *peplo y chyton*. Lo más ruidoso de estos exámenes ha sido lo de los bellacos de la Universidad de Harvard, que porque ganaron una regata se pusieron a pintar de rojo cuanto hallaron, para que todo flamease como su alegría, y la estatua misma del reverendo fundador la pintaron de rojo; pero la otra novedad de Harvard fue mayor, porque, de todos los alumnos, el escogido para orador de la clase, en las ceremonias de fin de curso, fue un negro de enérgica dicción y frente ilustre, aunque cuentan que no fue todo magnanimidad, por más que tuvo que haber mucho de ella, sino disputas entre las facciones de los graduandos que eligen por voto el que de entre ellos ha de llevar la palabra de la clase, y esta vez no quisieron nombrar al candidato de más sesos, por no ser paniaguado de estos estudiantes príncipes, que viven con pocas reglas, en sus cuartos llenos de pompa y de tapicería, humeando la cafetera en la mesa de ónix, o el samovar de bronce rojo en el pie de madera petrificada de Arizona: y allí van de Boston sabio, con licencia de la Facultad, las señoritas urbanas, que no dejan pasar día sin tomar té de estudiante, y en el de las elecciones pelearon con

tanto brío, cada cual por su héroe, que ni el de los ojos garzos pudo ganar, el mejor remador,—ni el que fuma con más gracia la pipa; por lo que hubo que acordar a última hora un candidato nuevo, y fue el negro de buena palabra el favorecido por estos hijos de abolicionista.—Y el Morgan habló de modo que no se le podía ver a las ideas si eran negras o blancas; lo mismo que en un colegio de ingeniería, donde se llevó todos los premios y peroró por la clase un indio Sioux, que dicen que habla en apotegmas, como su gente sentenciosa, cuyo discurso brusco y esencial, de una poesía que es como flor de sangre, se clava en el que lo oye, como una flecha.

De otra escuela de Massachusetts viene otro caso curioso,—la escuela de mujeres de Auburnsdale,—donde hay un «curso de voluntad», ni más ni menos, cuya maestra Annie Call, experta en hipnotismo, enseña a sus ciento veinte alumnas «a usar y economizar la fuerza nerviosa», a dejarse estar como muerto, para que los nervios descansen, a no poner en juego para cada acción sino el nervio que se necesita en ellas,—lo cual es tan sano y racional que dos alumnas de la clase han muerto.

De lo ambicioso e intenso de esta mujer del Norte, que con la prolongada soltería llega, en las ciudades universitarias, al frenesí apostólico, no hay prueba mejor que esta aplicación regular y osada de la última novele-

ría, que satisface el afán de la mujer por lo sutil y maravilloso,—y el de la maestra por enseñar en su colegio lo que no se enseña en otro alguno. El pueblo entero visitó en su caja fúnebre a las dos niñas muertas, que tenían de color violeta las dos manos, sorbidas las sienes, y los ojos en lo hondo de la cuenca, como dos gotas de cera.

—«¡Mejor»,—dice la escuela rival de Wellesley—«es enseñar como nosotras a ser bella y feliz, criando en el remo y la carrera los músculos firmes y la fibra apretada de la legítima hermosura y el orden y bondad que del cuerpo sano viene a la vida!»

—«¡Mejor»,—dice el feminista Curtis—«es educar a la mujer como se la educa en Vassar, con los ojos profundos y la frente de domo, capaz de bregar por sí, sin vender ni alquilar el honor, en estas ciudades revueltas y afanosas, donde la hija tiene que amasar el pan que come en el hogar, e ir a buscar en la nieve el leño con que ha de calentarse en la casa!»—y un crítico comenta desde un diario:—«Lo que dudo yo, no es que la mujer pueda hacer, en cosas de inteligencia, lo que el hombre, sino que esto prueba cosa mayor: porque también he visto hombres que cosen y bordan, y que hacen calceta para la casa. Ya sé que Margarita Fuller fue mujer plena, con la pasión viva y la inteligencia alta y de pie, y que Phillipa Fawcett se ha llevado el premio egregio en las matemáticas de Cambridge; y que la ame-

ricana Anna Merritt ha pintado su cuadro delicioso, que no puede olvidar el que lo vea, porque al niño Amor, que está de espaldas y desnudo, se le ve la muerte en la cabecita hundida, y la terquedad en el brazo que hace el marco de la puerta cerrada, y la última esperanza en el otro brazo flojo que la empuja; y a sus plantas el mirto deshojado, y la antorcha vacía. Pero lo que hay que inquirir es la función de la mujer en el mundo, y educarla de modo que, sin que el hombre tenga que desdeñarla por nula o ignorante, viva feliz, y en digna libertad, en su función sublime,—que es la madre.—Hay azadas, y aromas».

Ni puede decirse que la capacidad de trabajar por sí ha curado gran cosa el pecado de honor, puesto que se ve que las que no pecan por lo necesario, dan en pecar por lo superfluo, o por aquellas necesidades de elegancia y figura nacidas de la educación que las capacitó para el trabajo,—que es precisamente lo que le tachan a Vassar los que ven infelices a muchas de sus hijas. Ni se ha de decir tampoco que por estudiar a Laplace,<sup>672</sup> como lo estudian, y leer a Tolstoi y a Mona Caird,<sup>673</sup> que han salido a tronar contra el matrimonio, se les quita el gusto por curiosear en los pecados de la tierra; puesto que bien se vio en días pasados a un ramillete de vassareñas con casaquín y cuello de hombre, ojeando de detrás de las cortinillas verdes, en un palco culpable de Koster-

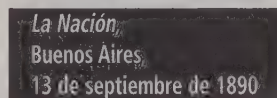
and-Bial,<sup>674</sup> los fandangos y cachuchas<sup>675</sup> con que alborota a Nueva York la sevillana Carmencita. Los franceses aplauden, y sus españoles, y los alemanes, y los *yankees* frenéticos. Va para un año de este entusiasmo, y no hay manera de dejar de hablar de él, porque hoy es Sarony<sup>676</sup> que la fotografía y mañana Sargent<sup>677</sup> que la pinta, con su saya amarilla y su chaqueta roja; o es la aristocracia de Tuxedo quien se la lleva a bailar, allá al club de su soto, y le llena el tablado de flores y sombreros; o son trenes de lujo, que vienen a Koster-and-Bial de tapadillo, con el esposo o el hermano, o con quien no es hermano ni esposo, a ver desde el seguro del palco aquel salón pecador, a que va la germanía de la ciudad, habituada a los cantos y franquezas de la escena alegre donde baila hoy, ante un coro deslucido, la «Perla la Sevilla».

¡A un rincón las coristas generosas, la bayadera verde, vestida de aire y punto; la bayadera francesa, arropada en un banderín; la del Japón, que lleva de traje un abanico! Suizas de cofia, suecas de corpiño, moras de jaique, rusas de tiara, romanas

de pañoleta, ¡a un rincón, confusas y místicas! que baja por la escalera del fondo, sacudiéndose las enaguas y con la cabeza mirándose en ellas, la de Triana y la de la calle de Sta. Isabel, la de jazmín al pelo que llaman la Carmencita. Párase brazo en jaras, y a la oreja la gorra torera. Saluda de lado, como quien cita al toro. El guiño travieso centellea y convida. De un «señor, música!» empieza el escarceo. Ya es el paso en redondo, de maliciosa a quien cortejan; el paso atrás, menudo, que va huyendo del novio; el taconeo de costado, que se corre por donde no hay luz; la carrera de puntillas, a taparle al cortejo los ojos; y el revoloteo y la cumbre del beso: y luego el ir despacio, como quien vuelve a la vida poco a poco. El teatro, árido, aplaude: las mujeres se muerden los labios: los hombres se echan sobre el espaldar del vecino: se oye el taloneo, el barrido, el punteo de aquel pie de cisne que borda en las tablas. Y cuando se va, desganada y perezosa, parece que se ha ido un rayo de sol.

Siempre hay, por supuesto, quien va de plática a su mesa,

allá en el cuarto a media luz de la champaña, que por los que tiene de adorno en techo y paredes, llaman el cuarto de los corchos. Ella está allí, jocosando con un dejo de pena, ya en traje formal, la mesa por delante, los dos pies cruzados:—»Cuando bailo triste, ¡vaya que no me entienden estos gringos! Lo punteado y lo de acá, es lo que los vuelve locos. ¡Alegría! ¡Alegría! Y de acordarme de la Catedral, lo que les bailo es la pura entraña. ¡Oiga, señor, que la champaña no me está bien, y me gusta muchísimo más la manzanilla!» Y vuelve a casa la pobre criatura, a guitarrear y dar de sí, arrebujaada en una manta roja, con los ojos como ascuas, y la nariz de muerta: y el talle abierto, para poderse palpar, del lado izquierdo, «el bulto por donde, de las puras contorsiones, se le está saliendo el corazón».



[Mf. en CEM]



271

# Desde Nueva York

Graves preocupaciones del Este.-Los grandes contrastes.-La insolencia de los ferrocarriles.- Bodas famosas.

Nueva York,  
30 de junio de 1890

Señor Director de  
*La Nación*

EL ESTE anda hoy muy ocupado. Pelean en el Senado, poco dispuesto a innovar la ley de la plata, los que quieren que la plata sea la moneda del mundo, para vaciar toda la de Colorado y Nevada, toda la de Washington, Montana y Dakota, con los que no ven seguridad más que en el oro, o desean base de oro, con plata para el cambio menor, o abogan por la moneda de papel, sin más base que el crédito, ni más plata ni oro. Rechazan los mismos senadores republicanos la tarifa de McKinley, votada en la Casa, porque dicen que no es tarifa republicana de veras, que proteja por igual a las industrias, sino favor de unos republicanos contra otros, de modo que los manufactureros pue-

dan cobrar caro a los agricultores, y los agricultores que quedan sin proteger, salgan vendiendo el grano a poco y comprando las manufacturas a mucho, por lo cual acuden al gobierno, con pismo y escándalo de los individualistas, a pedir que el gobierno los proteja, y que del dinero que cobre de toda la nación, los beneficie a ellos, que no son más que parte del país, dándoles fondos para conllevar los malos tiempos, con hipoteca de sus fincas, lo cual se tacha de «socialismo incipiente», y de «vergonzosa dependencia», y de «descrédito de las instituciones republicanas, la fama de prosperidad y el carácter viril que le supone el mundo al yanqui»:—«¿Adónde vamos»—preguntan los periódicos,—«con esta Unión de Trabajadores de Missouri, que quiere, como los hacendados, que el gobierno les dé dinero, sobre las casas; con estos mil seiscientos ciudadanos de San Francisco que

piden al gobierno modos de subsistencia, porque ellos, y sus familias, y miles de ciudadanos más, han llamado ya en vano a todas las puertas, sin encontrar trabajo ni ayuda»; con esta «Alianza de Obreros», de Washington, que solicita que el gobierno compre para ellos las casas donde viven, dando cada obrero al gobierno su nota, reembolsable en treinta años, por una suma doscientas veces mayor que la renta actual de un mes, cuya nota validará el gobierno como suya, y hará aceptar al propietario en pago pleno y definitivo de la casa, so pena de ir a la cárcel por vida?

¡Y el senador Ingalls es quien presenta esta petición al Senado! ¡Y el senador Cockrell apadrina la de los Trabajadores de Missouri! ¡Y el senador Stanford, con su barba blanca y sus cincuenta millones, con su influjo y simpatías de campesino viejo, defiende en nombre de California, arenga sobre arenga, el plan de prestar el dinero del gobierno, con hipoteca de la finca, a los hacendados!

Muy ocupado está el Este, con la pelea sorda de Harrison y Blaine, con las dificultades del censo, que son más de las que

debían ser, por haberse hecho el censo muy preguntón, y pedir más respuestas que las que los jueces opinan que se han de dar; con la reforma de las votaciones, que ya no serán, en la mayoría de los Estados, por cuenta de los partidos, ni a la puerta de la calle, comprando y vendiendo votos, sino con papeleta que el Estado paga, que adentro de la casilla le dan al votante, y adentro llena y deposita, donde lo vigilan el de su partido y el contrario.

La legislatura de Nueva York acuerda abolir la pena capital, más por el interés de las compañías eléctricas que por cariño al hombre, porque éste no se le vio a la legislatura sino luego que pasó la ley de ejecución por la electricidad, en vez de la horca; la cual, con los muchos muertos de los alambres que ha habido estos días, daba a la electricidad una fama asesina que pudiera ser mortal a las empresas, muy opuestas entre sí, pero unidas en defender el proyecto de abolición de la pena de muerte, con agentes por todas partes y cohechos a granel, antes de que por la muerte súbita del reo en la silla horrible, y los cuentos de los diarios, llegue la gente a ver con horror la nueva luz, y vuelva al gas, que sólo mata a los de la dehesa, cuando vienen al hotel hechos una nube de licor, soplan la llama, y mueren del gas escapado. Del proyecto de ayudar a la marina vuelve a hablarse, porque la comisión del Senado quiere que a cada buque de

mar de quinientas toneladas se le dé una prima de treinta centavos por cada mil millas, y el senador Frye, el abogado de los barcos, propone que se pague a los correos a razón de ochenta centavos por milla en los viajes de ida, «¡y a ver si no ponemos en tres años, en el mar, palacios de Babilonia que corran a los de los ingleses!»

En Filadelfia hay luminarias, porque han hallado sucesor al proteccionista Randall, al demócrata pobre, que por convicción defendía, y por amor terco y estrecho a su Estado natal, las tarifas que aseguraban a Pensilvania manufacturera la venta alta a costa de toda la nación; pero de una mirada hacía temblar al fabricante que le venía a ofrecer dinero, con los pretextos y disimulos con que se encubren estas desvergüenzas, por defenderles en el Congreso lo que mantenía él de balde: «Llémele Ud. acciones, o crédito preferido, o como le quiera llamar, que yo le llamo robo, y lo que Ud. está haciendo es un delito que merece la penitenciaría. La República me paga mi sueldo de representante para que le aconseje lo que le conviene a ella, y no lo que le conviene a Ud. ¡Si lo que le conviene a Ud. no es lo que le conviene a la República, lo siento mucho! Se habla mucho del puerco americano en el Congreso en estos días; yo no conozco más que un puerco en América: ¡el hombre que quiere degradar a otro! Yo no tengo criado, señor, ni quiero acompa-

ñar a Ud. a la puerta. ¡Esa es la pared, señor: por allí, por allí es la puerta!». A hombre tal no era fácil hallarle sucesor, sobre todo cuando por Filadelfia se van más los demócratas a la reforma que a la protección, y sólo por el respeto a su honradez, y por su mucho arte parlamentario, tenían a Randall de representante continuo, allá en su casita de ladrillo de Washington, con su hija por escribiente, y su esposa por único amigo, como que al morir se volvió a ella, la miró tiernamente, le dijo: «¡madre!». Y cuando andaban a la loca, sin que los reformistas pudiesen elegir su candidato, ni los proteccionistas el suyo, se acordaron de un anciano apaciguador y cortés, que conoce harto el mundo para ponerse a penar de solicitante, y pasa por la vida muy vestido de limpio, calmando y sonriendo, contento con su barba de seda y sus libros franceses, y famoso porque en su mocedad bailó un cojillón con la reina Victoria.

Hoy es un negro que se lleva en la Universidad de Harvard el premio de oratoria; y mañana un cadete del Sur, que saca diez puntos en la academia de West Point a los yanquis más hábiles, y se vuelve a la mansión de sus padres rebeldes cargado de premios.

O son las carreras de caballos, que por cierto tienen ahora mucho nombre español; o la procesión de las escuelas dominicales de Brooklyn, en que salen a paseo sesenta y cinco mil niños, con músicas y motes,<sup>678</sup> y

alegran, como si dieran luz, las calles de álamos. O aplauden a Strauss.<sup>679</sup> O se reúnen las mujeres sabias de «Sorosis»<sup>680</sup> a declarar que no conviene al arte del teatro la costumbre de ahora, de agrupar junto a una actriz envanecida, que va de sol de la empresa, una compañía ética. O le levantan una estatua a Seth Boyden,<sup>681</sup> obrero famoso, que está en el bronce como andaba en vida, con delantal de cuero y con martillo,—y a los pies del obrero cantaron ocho mil almas.

Pero del otro lado de la República, por el corazón y por el Oeste, no andan desocupados. Un día es el monumento de Garfield, que consagraron como a la llamada sin que lo recordase mucho el país. Otro día es el jubileo de Tacoma, allá en los Estados nuevos, adonde fue la gente osada y novelera, a ver llegar a George Frances Frain, un entendido que se las da de loco, y se llama «el gran psíquico», y pasa meses enteros sin hablar, y de pronto alquila un teatro para defender a los anarquistas, y en verano anda por los parques repartiendo dulces a las niñas, y no da la mano a los hombres sino que se la da a sí mismo, a la usanza china. Y ahora el Frain, de fez colorado y bandolera de charol, ha dado la vuelta al mundo, para gloria de Tacoma, donde tiene muchas tierras,—en 67 días, 13 horas, 3 minutos y 3 segundos. Cuando los «negocios» municipales de Tweed, cuando una trailla de publica-

nos comía y bebía de la ciudad de Nueva York, y tenía harenas a su costa, Frain anduvo con ellos, y tuvo las manos en las arcas, por lo que lo pusieron ante el tribunal, que fue cuando le empezaron las manías: y Tacoma ahora se embandera para recibirlo,—el mismo día que el *Harper's Monthly* publica, antes que en Francia, las últimas hazñas del gran *Tartarín*, de Daudet,<sup>682</sup> que fue víctima de un duque blandilocuo, a buscar tierras, con sus tarasconeses imaginativos, a la playa seca de Port-Tarascon:—y se habla mucho acá de *Tartarín*, como si todo el mundo le hubiese puesto la mano en el hombro.

En Nuevo México están las indias repintando de amarillo y verde sus cabezales de madera, y los indios desplumando a los loros para empenacharse el día de la danza de las tabletas, que es allá en agosto, en las «estufas» del pueblo, como llaman a las plazas cavadas en redondo en medio del poblado, y a cuyos bordes va de paseo el señorío, a ver aquellos bailarines adornados con ramos de cedro, y orlada la blusa con conchas y pezuñas de oveja, y las mujeres de túnica azul y cinto rojo, ya enlazándose en grupos elegantes, ya danzando frenéticas, como si se quisiesen sacar del cuerpo la memoria, al compás de las maracas y del tamborín mientras va y viene el payaso, dando voces, coronado de paja de maíz, y pintado de blanco y de negro, que por los ojos se le

despinta, porque está tan alegre que llora: y luego van a ofrendar bujías, y mazorcas, y melones, y pan, y paño bueno, del que usan los curas, a la imagen milagrosa de Santo Domingo.

En Texas no están para fiestas, porque la insolencia de los ferrocarriles tiene al Estado sin saber qué hacer, tanto que quieren poner por ley una comisión ferrocarrilera que fije las reglas y precios de flete y pasaje, puesto que las compañías, que serían viento y espuma sin la tierra y los privilegios que el Estado les da, se creen señor de su señor, y mandan a su antojo, sirviendo mal y cobrando por lo alto, sin ver que el pueblo las hizo para que lo sirviesen a cambio de lo que les concedía, y que el pueblo si se le cansan los hombros, puede deshacerlas: «¿Qué autoridad privada es ésta, en cosas que son de naturaleza pública?». «¿O estos parásitos del estado, que no viven sin él, se quieren comer al Estado?». «¿O los criamos a nuestros pechos para que luego nos echen a comer a la cocina, como la ricota que pinta un anónimo en su novela picante de *Los angliomaníacos* que come con su perro de Chihuahua, beso a beso, en platos de Worcester y tazones de Bristol, y a su padre, el especiero jubilado, lo manda allá abajo, a que lo entretengan con juegos de delantales, Tomasa y Dionisia?». «¿O sirven los ferrocarriles como deben, con respeto y baratura, con celeridad y honradez, o les quitamos de debajo



de los rieles la tierra, a ver si siguen andando por el aire!» Y todo Texas anda con el libro de Bellamy bajo el brazo, leyendo el capítulo donde cuenta cómo serán los ferrocarriles de aquí a cien años, cuando los hombres estén ya a la mitad del alfabeto, y bajen y suban del ferrocarril sin pagar, como entran y salen ahora por las calles: «¿pues no manda el Estado en las calles de la ciudad y las rige y compone cuando se encharcan y agujerean? ¿Por qué no ha de regir y componer, y tener a su cargo, las calles que andan?». A lo que las compañías responden que «nadie ha de mandar en lo de ellas, y que el que no quiera, que deje de usar su ferrocarril». «Lo que no es razón—según un diario nacionalista—porque en ferrocarriles no puede haber la competencia libre que en otros vehículos, sino que son poco menos que inmunes por su costo excesivo, sobre todo en las comarcas nuevas, donde no hay quehacer suficiente para ponerles vías rivales»: «lo que se dio para un uso,—dice un orador tejano,—o se usa en la forma y objetos del convenio, o vuelve a su amo, sobre todo cuando se usa en daño del amo. ¡Que les ponemos casaca a los criados para que se sienten a presidir en nuestra mesa!». En las plazas, en las cantinas, en los corrillos de los pueblos, en las cabalgatas de los caminos, la gente de bota alta y pañolón al cuello habla, con los ojos chispeantes, de poner bajo el Estado los ferrocarriles.

En California hubo tan gran boda, que ya no se comenta: la de la hija de Blaine, casada por amor, a gusto de los padres, con el primogénito del músico Damosch, wagneriano insigne lo mismo que su hijo, que tiene las espaldas fuertes de Wotan, y la cara amorosa de Sigfrido, y el cabello radiante de Loke. De los ferrocarrileros e industriales de nota recibió la novia magníficos presentes, del padre la casa en que va a vivir, con su marido animoso y trabajador, de la suegra los muebles, de los amigos íntimos la plata de la mesa, de la madre la ropa blanca, como es costumbre en la limpia Massachusetts. Entonces los periódicos contaron el regalo de Carnegie y de Davis, el hombre del acero y el de los ferrocarriles, y tantas joyas que no se sabía dónde ponerlas, y canastas de enseres de tocador, y cucharas por cientos. El Presidente Harrison llevó a la novia al *lunch*, que era de mariscos y champaña, y el padre de la novia fue de caballero de la Presidencia. Pero aquella suntuosidad viene a oscurecerla esta de hoy, porque la que se ha casado en San Francisco, con la mansión puesta para la boda como una catedral, y el arzobispo con todos los colores, y en el jardín un coro de doscientas voces, y por el aire la marcha de *Lohengrin*, es la hija de Fair, aquel de la bonanza de las minas, que con Mackay y Hood se alzó de un bote con más millones que años; de Fair, el irlandés, que con lo poco que

sabía de negocios, y de ciencias, se fue a buscar el oro, y mostró el carácter en que le gustaba más exprimir el metal del cuarzo que recogerlo a cucharadas del placer, y ahora es el Astor de San Francisco: de cada tres casas, dos son suyas: noventa acres de casas tiene en San Francisco. La cara es de zapador: cejas frondosas, ojos traviosos, nariz buscona, barba a la cintura. Es senador: tiene veinte millones.

De una costa a otra,—desde las aguas de Delmonte y Santa Cruz donde se bañan con guantes las hermosuras, hasta las de Newport, majestuosas y serenas, como conviene a aguas de ricos,—hablaron a un tiempo del matrimonio los diarios todos, lo mismo el periodiquejo de Sitton, donde la bella es cantinera del lugar, hasta el *Herald* de Nueva York, que publica los retratos de los novios; él, hombre segundón, de estos que gastan lo que otros acumulan, y despilfarran en pijamas y cinturones de pelota lo que el padre ganó bregando brazo a brazo con el mar, y poblándolo de buques,—ella, por de contado, una maravilla. Enciclopedia es ella; y arte andante; y Victoria sin alas, y aun con alas; y esplendor humano; y filosofía. Los diarios dicen que no hay que hablarle de música, porque a los veinte años que tiene, «toca el piano tan bien como la guitarra, y el banjo mucho mejor que la mandolina». Pinta ¿cómo no? —mejor que María Artkischeff:



pinta platos y panderetas; y un jarrón pintó el año pasado, con un girasol. En trabajos de aguja es industriosísima, y muy inventora, como que ni los «soles» de las indias maracaíberas son más finos que los encajes de Teresa Fair. «Su educación—dice su madre—es completa: nada, baila, monta, guía, juega a los bolos y al *lawn tennis*. No hay cabellos más oscuros, ni más sedosos, ni más opulentos, ni ojos de más largas pestañas. La sonrisa, un pecado. El cutis, un beso. Y narran toda su historia, de cuando fue a Europa a tomar credenciales, y volvió pizpireta y bruñida, con casaquín de hombre y cuello de puntas altas, y el sombrero de paja caído a la oreja izquierda; y de cuando salió al mundo en rica ceremonia, vestida la madre de esmeraldas y rubíes, y ella de heliotropos, con la cena de veinte caldos firmes, y los manteles de tisú, y el sorbete de violeta en canastillos dorados. Llena estaba la avenida de los palacios en San Francisco la noche de la boda. La muchedumbre, peleando por ver, llenaba las bocacalles. Pasaban coches: setecientos coches. «Ni cuando se casó Sharon, el que se pone brillantes en los calzoncillos, hubo tanta riqueza! ¡Estos Fair han querido que todo el mundo hable de ellos!». «Pues más de lo que hablan: que el dinero sabe Satanás

cómo les creció: que la madre no deja entrar al senador a la casa, y ha puesto por caso que entre el día de la boda, a dar la hija a Olrichs, pero que luego no esté en el mismo salón donde esté ella!». «¡Y Mrs. Mackay, la hija del barbero, esa que anda ahora ribeteándose el abrigo con plumón de cóndor, le ha mandado un brillante como un huevo!». «¡Este mundo lacayo, como dice mi hombre!». «La mujer de Flood, el tabernero, el que le vendía a mi marido el *whisky* a chorro de barril, le ha regalado una flor de diamantes!». «¡Y la madre le regala una diadema de rosas de brillantes!». «¡Aquí, a la luz del farol: vea como dice el papel que está vestida esta noche la madre: túnica princesa ipor supuesto! de color perla gris, con realces de plata, y la saya de perlas, desde la cintura a los falsos, y a lo largo, mucho encaje, dice aquí que mucho, y de lo más caro de Venecia!». «Gracias al sastre de París, que la novia no va a ir cargada de pedrería, como el turco que vende los rosarios, sino que lleva vestido de seda crema, todo cubierto de punta de Alençon,<sup>683</sup> con velo de la punta, más fino que el aire»; «¡el traje lindo, madre, es el que le han hecho para navegar, de una lana blanca, que dicen del Tíbet, con casaquita y gorra de marino, y muchos

botones de nácar!». «¡Sí, tienen un barrio suyo; y van a pasar la boda de palacio en palacio, allá en el otro mar!»

«¡Con los cinco millones que le da Fair se pasea largog!». «¡Pero si dicen que no le da nada!». Los carruajes, enredados, ya no pueden andar. Aso-man por las portezuelas caras impacientes, guantes blancos, abanicos de pluma. Los amos de solitario al pecho y bota de becerro quieren bajar a ver quién les estorba el paso. Juran y votan, de vuelta al Carruaje. «¡Oh, papá!» dicen las hijas, en traje francés, escondiendo la cara en el abanico redondo del Japón, o de encaje nuevo de Burano, o del plumaje del pájaro amarillo de Tahití.

A un carruaje, que lleva el servicio de librea, le han pegado a la espalda un cartel que dice: «Soy quien soy» y debajo, como escudo de armas, un peón que levanta una caja de azúcar. El señorío va entrando a la casa poco a poco, bajo un toldo de rosas.

José Martí

**La Nación,**  
Buenos Aires,  
16 de agosto de 1890

[Mf. en CEM]

272

# Los asuntos hispanoamericanos en Washington

El ferrocarril internacional.- Política interior y exterior.- Blaine y los Tratados de Reciprocidad.

Nueva York,  
junio 28 de 1890

Señor Director de  
*La Nación*

**H**ISPANOAMÉRICA está en todas las bocas. Ni de podredumbre de Tammany, ni de regalo escandaloso a la mujer del presidente, se ha hablado tanto como de Hispanoamérica en estos días, aunque del regalo se han dicho tales cosas y tan a punto, que los más cercanos a la Casa Blanca no osan defenderla de lo que llama uno «sencillez increíble», y otro «hipoteca de los caudales públicos», «mortificante ignominia». Ni la plata preocupa tanto como Hispanoamérica a los que hablan y leen, por más que ande el proyecto en volante de la Casa de los Senadores, los cuales no quieren como la Casa, que el gobierno compre toda la plata que se saque de

la República, y dé por ella certificados de papel, que han de fluctuar con el valor de la plata representada, sino que compre el gobierno la plata toda del país, y aun toda del mundo y acuñe en pago pesos de a cien centavos, que en oro no valen en realidad más que setenta y la ley obliga al país a tomar por cien de oro; y cuando el presidente anuncia, por no alarmar al Este de los banqueros, que su deseo de complacer al Oeste no va hasta forzar a los bancos a recibir como cien un peso que sólo pueden vender por setenta,—se levanta un senador republicano, de allá de los estados nuevos, y dice con citas de Shakespeare y del latín, «que si su gente hubiera sabido que no le iba a dar Harrison la plata libre, se habrían guardado de ponerse al codo camisas, como se las pusieron, para sacar de presidente al que les iba a comprar toda la plata: ¡y ya sabe lo que tiene que

hacer el que quiera los votos de Colorado!» Dos grandes gremios por sobre todos los demás, pelean con ministerio abierto en Washington, por regir el partido imperante de modo que convenga al interés agrícola, aunque las manufacturas ganen menos de lo que ganan a su costa,—o al interés manufacturero, que quiere que los del campo se le sometan, y avengan a mantener con su asentimiento una tarifa que les pone lo de vestir y de comer más alto de lo que por culpa de ella pueden vender los frutos con que lo han de comprar. El público sabe poco de estas querellas de los manufactureros, con Quay y MacKinley de capitanes, y los campesinos aliados, que tienen a Allison y Battenworth por principales cabezas; y hay que hocear por lo oscuro, y verle los móviles a cada cual, para saber que toda la pelea sobre el proyecto de MacKinley está en concertar,<sup>a</sup> dentro del Partido Republica-

a. Se añade coma.

no, estos dos intereses, que se han puesto tan aparte, según lo están de hecho, que Blaine ha visto modo de alzarse de nuevo<sup>a</sup> como tirano pacificador y dar otro sombrero en la mesa, a fin de ver si detrás de él se van, ligados los manufactureros y los campesinos, aclamándole por jefe:—para lo cual se presenta de campeón del libre cambio, o poco menos, con las naciones de América.

¡Se ha de estar a los saltos y mudanzas de los que se ocupan de nosotros! Arañarles el faldón, no es necesario; sobre todo cuando se lo hemos besado antes: sino ver de dónde nace, y a dónde va, lo que nos interesa, y cuál nos quiere bien, y cuál no es nuestro amigo: o si se nos toma de tamboril, y debemos echar el tambor al aire.

El rencor mezquino no nos es tan útil como la atención sensata.

Lo primero, por supuesto, que recomendó la Secretaría de Estado al Congreso, de todo lo que acordó la Conferencia, fue el proyecto de ferrocarriles, donde están Carnegie y Davis, y fue al Congreso con su nota de Blaine, que alude sin ira al desarrollo de los ferrocarriles argentinos, como al de los de México y Chile, y un mensaje presidencial, en que se apoya la idea, aunque no le faltó modo de poner, entre razón y razón, esta frase amorosa sobre los vapores:—«La creación de líneas nuevas y mejoradas e induda-

blemente el medio más rápido de desenvolver un tráfico mayor con las naciones de la América Latina».—Y luego con vivo empeño y nuevo mensaje y nota, se propuso la incorporación del Banco Panamericano, cuya comisión está en sesiones desde que conoció el proyecto el Congreso, donde hablan día a día el comerciante Thut, príncipe del caucho, que es en la empresa cabeza mayor, y el agudo abogado Ivins, que tiene en Brasil buenos negocios, y en Nueva York la mejor biblioteca castellana, y Hughes, el de los vapores de Ward, que era en la conferencia como delegado sin diploma, y Bliss, el que ha hecho millones en los géneros: tanto que la malicia llega a insinuar que por ahí se empiezan<sup>b</sup> a ver las causas del interés de aquél, y del comedimiento del otro, en los asuntos de las Conferencias, sobre todo cuando los diez comisionados propuestos para organizar el banco de negocios son los mismos diez a quienes los Estados Unidos nombraron de delegados al congreso de naciones de América. De un banco no hay que decir mal, si viene con honradez; ni están hoy los pueblos para atufarse, tejado contra tejado, y enseñarse los dientes uno a otro, sino para vivir en vigilante paz, que con nada se asegura tanto como el interés natural y libre, ni se compromete más que con convenios artificiales y forzosos.

A las corrientes calladas hay que ver, y estas van sin duda

con la idea; puesto que puede decirse con verdad que nunca se ha hecho acá menos objeción a cosa de esa monta, y aún hay que reparar en lo cauto de la aprobación, que es tácita y continua como si por ahí fuese la idea nacional, y se tuviera a pecado ponerle vallas. En nada se ve más esta disposición pública que en el temor que los demás bancos muestran de ir contra ella, por más que dé el proyecto tal poder al Panamericano, que con su mínimo de diez millones y máximo de veinticinco, y sus cinco sucursales en la Unión y sus ramas favorecidas en México, las Antillas, Centro y Sudamérica, y su facultad singular de emprestar, a más de las de girar, agenciar, representar, garantizar por contratos y tomar en depósito,—que los bancos nacionales tachan de monopolio a este rival que podrá más que ellos, en los veinte años de su concesión, y va a ser a la vez, con la nación a la espalda, banco<sup>c</sup> de descuentos y garantías, y casa de colocaciones y caja fiduciaria. Emitir, no podrá; ni comprar raíces por más del veinte por ciento del capital pago; ni servir de agente a gobierno, corporación o funcionario alguno, aunque esta última cláusula es de burladero, puesto que el banco puede negociar en rentas públicas. Las acciones

a. Coma en LN.

b. En LN: «empieza».

c. En LN: «bancos».

serán de a cien pesos; y habrá veinticinco directores, que han de tener cada uno doscientas<sup>a</sup> cincuenta. Y en la comisión hizo mucho pie este argumento: «En caso de guerra con el inglés, por quien pasa hoy todo el valor del caucho que entra en los Estados Unidos, ¿qué hacemos, sino tenemos banco propio, para que no padezcan los cincuenta mil que nos trabajan acá el caucho?».

En eso se estaba, «de las cosas latinas». El senador Hale pedía sesenta y cinco mil pesos para «los primeros gastos de la unión aduanera» y 250 000, que es lo que recomiendan el Secretario de Estado y el Presidente, para levantar en Washington el edificio de los papeles americanos. La golosina de la unión iba ya hasta el proyecto de Frye, el senador del estado de Blaine, que quiere que los Estados Unidos se ligen con Hispanoamérica «para suprimir el tráfico del licor».

Cuando de repente, la prensa sacudida<sup>b</sup> da, una tras otra, las noticias inesperadas: Un telegrama de Blaine. Una carta de Blaine. Un mensaje conjunto de Blaine y de Harrison al Congreso. Un discurso, y un sombrero, de Blaine, en la comisión de presupuestos del Senado. Blaine, el que levantó la campaña electoral con el grito de protección extrema, se vuelve de frente, con Harrison que huele a derrota, contra el proyecto de MacKinley, que pone en la tari-

fa, uno a uno, los dogmas de la protección extrema. «¿Qué proyecto es éste,—dice Blaine al Congreso— que cuando se convida a los argentinos a abrir las puertas a nuestros productos, a nuestra lencería, a nuestra ferretería, a nuestros muebles, a nuestras conservas, le cierra las puertas a lo único que nos quieren vender, que son sus lanas?» Y enseguida, como a que le vean la cabeza imperiosa, dice esto del azúcar libre que quiere MacKinley:

«¿Qué proyecto es ese que da entrada libre al azúcar, y nos deja sin condición que imponer a los pueblos latinos azucareños, para que por el azúcar a que nosotros demos entrada, nos la den a nuestras manufacturas y a nuestras harinas? ¡Harto les hemos dado ya, sin que nos den, y basta de concesiones unilaterales con el ochenta y siete por ciento de sus frutos que les recibimos ahora libres!» —sin contar con que estas franquicias han sido impuestas a los Estados Unidos por sus propios habitantes, para abaratar lo esencial o tener materia prima con que competir con el mundo:—¡y ahora salen de perdonadores los necesitados, y de quijanos los tacaños, tapándose la mendicidad con la capa rota, y haciendo con la mano de delante como que nos dan un revés, y por entre los faldones sacando la otra mano pedigüeña! Para hacer tema del azúcar libre, y ganarles<sup>c</sup> el corazón a los campesinos que la

favorecen, corrió la noticia de que España quiere cerrar los puertos de Cuba a la harina de Norteamérica; y al telegrama que le viene en respuesta contestó Blaine así: «Si quieren vender azúcar libre, que compren harina». De un amigo de su pueblo, recibe Blaine una carta oportuna preguntándole si se opone al azúcar libre.

—«¡Oh, no! a lo que me opongo es a que se me quite el instrumento con que puedo obligar a los pueblos latinos a entrar en tratados de reciprocidad. —¡Me parece que es tiempo ya para asegurar ventajas recíprocas!» —Y en la misma tarde, opina Blaine ante la comisión secreta de los senadores:—<sup>d</sup> «¿A cuánto se espera para que los Estados Unidos sean lo que deben ser? Si nos quedamos sin instrumentos, ¿de qué instrumentos nos valemos luego?»

¡Esta es la hora de los tratados de reciprocidad; o no es la hora nunca! Y dio con el sombrero sobre la mesa:—«¡Ese proyecto de MacKinley es un oprobio;—diera dos años de mi vida por dos horas para combatir ante el Senado el azúcar libre:—si se declara el azúcar libre, los mayores resultados que se buscaron, y se esperan, de la conferencia, se habrán perdido:—antes me torcerían el bra-

a. En LN: «doscientos».

b. Coma en LN.

c. En LN: «ganarle».

d. Se añaden las comillas.



zo del hombro que firmar el proyecto de MacKinley».

Y afuera, con amistad, a los manufactureros:—«¿Pero a qué quieren los manufactureros republicanos la protección inútil, si esos son los únicos pueblos a que, por los precios altos de la protección, podemos vender, y no les venderemos si no los ligamos con tratados recíprocos? Ni podremos conservar la protección aquí, si no halagamos la opinión con este aumento de comercio, y todo lo que se entien- de por tratados de reciprocidad».

Y a los campesinos, como quien los protege sin merecerlo, y no necesita de ellos.—«También yo quiero el azúcar libre; pero después de haber asegurado a los republicanos del campo la venta en las Américas de las harinas y a los Estados Unidos lo que les conviene». Y a sus parciales: «Yo sé lo que hago, y voy con la opinión. A MacKinley lo

echamos de antena; ¡que se quede donde está! Harrison ve que el proteccionismo no le ayuda, y se declarará conmigo, para amparar mejor a los manufactureros con la fama de proteccionista moderado y ponerse con la mayoría, hostil a MacKinley; e irme atrás cojeando, a que digan que son suyas mis ideas sobre las Antillas y la América».

«Reúno en mí, con la panacea de los tratados de reciprocidad, a los manufactureros apurados, que no le ven a Harrison poder, y a los campesinos hostiles a Harrison, que siguen al que los mira de arriba, y les promete venta. Los rivales me están dejando atrás, y de este salto me les pongo delante. Yo ofrezco, yo hablo de lo desconocido, yo guío. Y con esta esperanza concreta en mí, contra todos los demás, que no llevan oferta concreta, vamos a las elecciones de la nueva presidencia,

sin haber alzado el avispero de la tarifa. La bandera: Hispanoamérica». Y de esta bandera dice así el *Sun*, de Nueva York, de 26 de junio:—«El programa que Blaine propone, o insinúa, es fascinador, y no pierde nada a los ojos públicos porque lo recomiende su personalidad brillante. La esperanza, o el sueño, de la unión comercial, si no política, de este continente, está en la mente de todos los americanos. Puede ser que se tomen pronto las primeras medidas para realizarla. La opinión pública está madurándose para ella».

José Martí

*La Nación*,  
Buenos Aires,  
31 de agosto de 1890

[Mf. en CEM]

273

# Cartas de verano<sup>a</sup>

## En los pueblos de baños

I

Nueva York,  
20 de agosto de 1890

Señor Director de  
*La Nación*

Y A LAS HOJAS amarillean, y vuelven de la montaña los peregrinos, con el bordón de maple coronado de helechos y de siemprevivas; ya, con el novio a la zaga, vuelve de la costa, en casaquín blanco y gorra de marino, la «muchacha de verano», premiada en el torneo del volante, o en el certamen del boliche; y vuelven ya, con la cáscara compuesta, los que fueron a buscar verdad y asilo a las grutas de las Mil Islas, o los picos de Adirondack o de Castkill, o allá lejos, en lo alto de California, donde tiene la naturaleza como un sublime oratorio, con las paredes de granito, y el cielo de techo, y de alfombra las caléndulas de oro puro, y de coristas las cascadas. Los clérigos, los políticos, los periodistas, vuelven

rubicundos, dándose con las manos en los hombros, rociando con champaña y apolinarias los cuentos nuevos, ponderando la habilidad de las anguilas y las truchas. Vuelven, de faja de seda y botín amarillo, los «bravos» veraniegos, puntales de mesa y trompos de danza, que enseñan a nadar a sus señoritas ingenuas, y les sujetan el estribo durante la temporada; y ahora cambian por el saco de media etiqueta y el hongo de septiembre, para las primeras fiestas de la ciudad, el traje de franela y sombrero de paja del hotel de baños, o el chupetín de rayas amarillas y negras, con la gorra como él, azul y roja, o verde y habano. Los «juancitos», como llaman aquí a estos inútiles, a estas verrugas del mundo, a estos hijos de otro, se echan sobre Delmónico y Sherry, a graduarse de varones, cenando queso fuerte y cerveza pesada; o van de teatro, a ver al judío Manfield en «Beaubrummel», que fue el petimetre de antaño, con los calzones enjutos y los

dijes a la rodilla, y una chupa que le ajustaba como un corsé y la corbata de encajes y vuelos, y la chistera acanalada y peluda, sin más caudal que el bastón de puño gordo, la caja de rapé, y la desvergüenza.

Los clérigos en sus gabinetes de cristales de colores ponen en fila las imágenes, y con un arco iris aquí y un cuento de ardilla allá, retocan el sermón de saludo del año pasado, donde sin querer, como el aire y la luz, va entrando la religión nueva, que surge de todas partes a la vez, y enseña la esperanza y la resignación, y la utilidad y belleza del mal, en el orden libre y ascendente del mundo.

¿A qué van, si no, tantos clérigos en estos últimos años a la montaña? «En las rocas de

a. Esta crónica fue publicada, con variantes, en *El Partido Liberal*, de México, el 26 de septiembre de 1890, bajo el título «Cartas de verano II. La Universidad de los pobres».

Dios», osó decir uno de ellos, «hallo el texto más claro que en los libros del hombre». Y no se podía echar por una senda del monte, aun por la más escondida, sin darse con un clérigo, de barba a medio tórax, con el chaleco hasta la tirilla, y la levita por los carcañales. O iban, como el monje Ignacio, a hablar de pan de centeno, y de la necesidad de entregarse a Dios por la persona de sus ministros, en pleno mes de baile y caza, y cotillones y jiras, a la capilla desierta de Newport, teatro ahora de grandes sucesos, como la pelea, poco menos que a puños de las dos damas que cargan el apellido de Astor, y cada cual pretende ser «la señora de Astor», y cabeza del nombre; o la otra pelea a puños de veras, de una señorita robusta, con millones en caja, y otra señorita, más linda que ella, que habló mal del origen del millón; o el paseo victorioso en el hotel del chalán ebrio que le sacó manchas a los ojos de una esposa de Washington; dama ilustre y columna de la sociedad, que andaba de chalana por un pueblo de baños, mientras pescaba lenguados el marido en las Mil Islas; o la hazaña del millonario Astor, que jugaba al polo, con calzón de cuero y gorro azul de iniciales doradas, y apuntó tan bien a la bola con mallette, que dio en la frente a su caballo, y el animal, de la coz, dio a la bola, la cual fue al campo donde del malletazo hubiera debido ir: y las damas aplaudieron con palmadas,

y ondeo de pañuelos, al héroe de la gorra con las iniciales de oro. Y otro día iba Astor de jinete,<sup>a</sup> y se le enredaron las piernas en el botafango de un carruaje, de lo cual cayó a tierra sin sentido, lo que resintieron los nobles del pueblo en una enérgica solicitud, donde piden al municipio que «en lo venidero tenga pista aparte para los jinetes», no sea cosa que vuelva a caer por tierra el millonario Astor.

A Long Branch van—fuera de los pocos a quienes lleva la fama del nombre—los políticos de brillante al pecho y el genúo de ruleta, que pasean brazo en brazo, como que son todos unos; y lo mejor de los judíos va allí, porque en otros lugares ricos; y aun en los pobres, les es difícil y aun imposible la entrada. El paseo se llena de trenes, que vienen a toda librea por la orilla del mar, o van a Monmouth, a las carreras de caballos, con las judías robustas en la imperial de la carroza,—y el guía de calzón de dril y chistera blanca,—y el guardacoche sanando el cuerpo: y luego vuelven de las carreras, a champañear y ruletear, con los cuernos caídos o roncós, según ganen o pierdan y los arneses chischemeando al trote largo, mientras el sol, de una llamarada, incendia el cielo, y se hunde en las olas negras.

A Saratoga ya no va «lo mejor», aunque<sup>b</sup> aún le quedan, por compromiso o por hábito patrones poderosos,<sup>c</sup> o colonias extranjeras que tienen allí casa, y gustan de aquel espacio y lujo.

Pero lo más que va allí es gente que quiere que la vean, o abogados que se ponen donde les suene el nombre, o damas que están en el período rudimentario de los diamantes:—porque una gota de agua, fina y sencilla está bien en el lóbuló de una oreja coqueta o en un dedo de nácar; como está bien en una anémona o en un lirio, ipero salir echa una gualdrapa de elefante hindú, con un parche de esmeraldas y un rosetón de zafiros, como estas damas saratogueñas! Por la mañana van a las aguas, y es hermoso aquel aire, todo de oro y limpieza, cual si no hubiese pobres en el mundo, con los tiburis diestros, del novio y la novia, como flores en vacantes, de pétalos negros: y a lo lejos la música. De noche, luego de la comida ceremoniosa, en descote o casaca, es el baile del hotel, o la visita en cuerpo de un hotel a otro, o la conferencia sobre Shakespeare, o sobre la virtud de la hermosura, que pronuncia un alma buena, para entretenimiento de los trasnochados. En la estación, montes de baúles.

A Narraganset no fue este año tanta<sup>d</sup> gente, porque no estaban allí, como otros, las «poetisas de pasión», como Amelie Rives<sup>684</sup> y Ella Wheeler, que an-

a. En LN siempre: «ginete».

b. Errata en LN: «auque».

c. En LN, se omite el espacio entre «patrones» y «poderosos».

d. Errata en LN: «tauta».

tes del matrimonio ensalzaban en versos y apetecían todos los deleites y licencias de él; ni había esta vez permiso, según rumor previo, para aquellos trajes de bailarina, con el descote de corazón y la saya de poca tela, con que entraban al baño las matronas de coturno y las hijas frondosas, ni para entretenimiento como el de «bañarlas», que era alzar, cara a cara, por los codos a la compañera, que, de puro miedo, se caía sobre su bañista: ni el otro juego se había de permitir, que era el de abrir hueco para el cuerpo en la arena caliente, y ponerle una almohada de arena, y luego poco a poco —como quien saborea una aceituna— ir cubriendo los miembros tendidos, hasta que de ella o de él no quedaba visible más que la cabeza, lo que debía ser amable ocupación, porque la dama enarenada devolvía siempre al compañero el servicio: y así pasaban en la playa las horas.

A Cape May fueron más veraneadores que los de uso, porque por el escándalo unos y otros por la novelería, porque allí está la casa que los protectionistas de Filadelfia regalaron a la esposa del Presidente, que con la casa queda atado a los que se la regalan, —lo que ha parecido a la opinión tal flaqueza que de soslayo y a última hora tuvo Harrison que dar la casa como comprada, o como que la había tomado a prueba: y da pena de veras ver cómo silba y vocea el público, cada vez que el bufo Wilson, que hace de

sotana amarilla el *Rey Alegre*, alude, sacudiéndose la sotana, al regalo de la casa. Ni es Cape May pueblo de muchas tentaciones, porque la mar da en la arena continua, sin la alegría y salud de los árboles y las casas, calientes y monótonas, se están allí, sin verde que las agracie, como una hilera de dispépticos, o como quejidos.

New London empieza ahora, lo mismo que Bar Harbor, que son cosa de la nobleza, y no menos que Lenox, tan bello que «convida a morir», con sus jardines salvajes, puestos de intento para contraste y naturalidad, y sus rocas amenas, coronadas de verde, a donde viene caracoleando, la espuma, y su césped peinado y caminos de álamos.

En New York está aún el señorío de los que en verano van al mar, y allí es, del lado de las casas ricas, donde a toda hora hay concurso y festejo, porque mientras dura agosto andan de almuerzo en baño, y de baño en lonche, y de lonche en parada a cacería, y de la caza o la parada al banquete, y del banquete al baile, y del baile al almuerzo. Los ricos todos se juntan allí, y el mes entero es un afán, —por ver quién queda por encima de quién, si los Goelet, o los Whitney, o los de Astor, o la Paran Stevens. Uno trae de Boston los zingaros de un teatro, a que le toquen durante la comida sus *czardas*<sup>685</sup> frenéticas. Otro saca, de lo más hondo de Nueva York, un flamenco de Madrid, de los

que dan la hora y el opio, honra y estribo de la calle de la Comadre, que taconeá con arte en el tablado y echa los brazos al aire y revuelve las caderas, hasta que los mismos «juancitos», por no verlo, dejan, avergonzado y solo, al anfitrión.

Otra levanta una clase de baile aéreo, entre las jóvenes de «lo mejor» y van, a donde Madama Malvina, huésped de un hotel del pueblo, a que les enseñe el paso de entre dos, y el paso batido, y el otro paso animado, que acaba echando por tierra con la punta del pie los sombreros. Otra, la Paran Stevens, convida a hipnotizar; y unas se dejan pinchar el brazo, y este hace como que se duerme, y a aquella la quieren en vano tender, por la nuca y los talones, sobre el espaldar de dos sillas.

Un día se va de *yacht*, a navegar por la costa, con baile y Ayala seco a bordo; y otro se va, con la luz de la luna, a la diversión nueva, que es vadear el arroyo, lo cual hacen descaldas las señoritas, porque parece ser cosa muy bella verse a la luna los pies en el agua, mientras que los señores aplauden de cerca, en una el grito, y en otra el pie, y en otra el valor.

O es una gira por suscripción,<sup>a</sup> en la hacienda de un caballero de oficio, que pone la gloria en bastonear estas fiestas de los grandes, y hoy imagina un baile de Año Nuevo, amarillo

a. En LN: «suscripción».



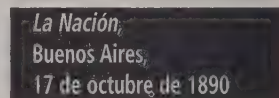
y carmesí, y mañana su lonche campestre, con la tortilla de huevos de faisán, y el ponche romano de veras, de la piña pura y la champaña mejor, como el famoso de los papas: y la fiesta es alegre, con los carruajes que llegan, piafando y sonando, y en la mesa los cestos de rosas, y de las ramas los parasoles chinoscos, y por entre los árboles las risas, los vestidos blancos, las sombrillas de colores.

O es la carrera al otro día, como ensayo para la caza donde los cazadores, de chupa negra y bota negra, corren, con la guía del maestrecampo, saltando cercas y zanjás detrás de los mastines: y si la cerca es muy alta, se vuelven atrás, a que el maestre-

campo salte solo. O es el gran juego del «polo», que se juega montando, donde cuatro caballeros, con su mallet cada uno, pelean, al mando de su capitán, por echar la bola del juego al campo de sus cuatro contrarios: y uno embiste y cae sentado sobre la bola, con el caballo riéndose; y otro, de un ancazo de su competidor suelta las bridas, y se ampara de las orejas. Cuatro de ellos se llaman los «Ridemouts», y los otros cuatro se llaman «Backemups».

El capitán de los Ridemouts carga botas de cuero, blusa de seda y cardenal y cachucha amarilla; y el de los Backemups va sin birrete, con la blusa de lana gris, calzón curado y perneras. Los Backemups y los Ride-

mouts, mallet por tierra y a galope, se echan sobre la bola, a empujarla estos y a resistirla aquellos; y van de pareja a veces, con los bigotes al viento, uno a darle a la bola y el otro a quitársela. Y a veces los dos jinetes, de un salto de los caballos, caen sentados en tierra cachucha, con la bola en medio. Alrededor,<sup>a</sup> en carruajes magníficos, la nobleza ve el torneo, ansiosa y atenta.



[Mf. en CEM]

a. En LN: «Al rededor».

274

# En los Estados Unidos

Rivalidad de Blaine.-La Cámara de Representantes contra la Secretaría de Estado.-Triunfo de Reed.-Tratados de reciprocidad.

Nueva York,  
septiembre 9 de 1890

Señor Director de  
*La Nación*

MURIÓ FREMONT,<sup>686</sup> el general de aventuras, que con su cohorte de abogados malos y leñadores voraces, echó a los mexicanos de California, y de «la vida pastoral» que un yanqui proclama «tan bella como su clima»; y de bota y revólver se echó del caballo negro, a plantar en la tierra ajena el estandarte conquistador. Murió O'Reilly, el poeta irlandés, fiel a Erín, hombre de puños, católico áspero, tallador del verso: y en las ciudades todas de los Estados Unidos le coronan el nombre, y le tributan honras.

Salvador, el gran caballo, corrió la milla en un minuto y treinta y cinco segundos y medio, la milla de Monmouth, que es la pista donde va ahora el gentío,—los generales sin suel-

do, los semihombres de monóculo, los jugadores de oficio, los rateros del alto mundo, las mujeres pintadas: y uno que otro curioso. Los presos de Massachusetts se rebelaron contra el antropómetro, porque no quieren que los midan tan de cerca que no tengan escape, como mide el sistema de Bertillon,<sup>687</sup> con el que no hay criminal que pueda cambiarse el nombre, ni cambiar las medidas.

Iowa, el Estado amigo de echar lo que le sobra sobre las tierras de América, abre su Palacio de Carbón, que es de carbón de veras, con los cantos juntos por cimientro rojo, y en el suelo una mina, a que sirve de techo, alta de ciento cincuenta pies, la torre del palacio. Los bávaros han estado de gran fiesta, para que se vea que no olvidan a Bavaria, ni a su romántico rey Luis, que por rey murió y vive por poeta, e iba en uno de los cuadros, sentado tristemente, a la sombra de una roca azul, en un bote de oro.

—El Día del Trabajo, que es el primer lunes de septiembre, las dos procesiones rivales de trabajadores, los «Caballeros» y los de la Federación, pasearon por las calles ricas, con sus mariscales a la cabeza, el zapatero en un potro alazán, el carnicero en un bayo, el sastre de banda verde, en una yegua mora: y al encontrarse las dos procesiones rivales, se saludaron.

—Aquella Oklahoma, que se abrió a los colonos con tal pompa y promesa, está en tal angustia que las familias, en esqueleto, huyen de día y de noche, y el Presidente pide para ellas al Congreso una limosna. Doscientas treinta mil solicitudes nuevas se han presentado de junio acá en el departamento de pensiones.

¿Pero se ocuparán los políticos de eso,—o de los clérigos que quieren entrar de lleno en la política en que andan por los rincones,—o de los partidos nuevos que, como síntoma del descontento álgido, surgen de los «reformadores» de San Luis, de los «patronos de la industria» de Michigan, «de la comunidad» de Nueva York—o del grito de «¡mueran los yanquis!» con que los guatemaltecos han rodeado,

por su intervención funesta en los asuntos públicos, la casa del ministro Mizner,—o del telegrama de ayer, donde se dice que «el ministro Mizner ha estado animando a Guatemala a que rompa guerra contra México, porque la ayudarán los Estados Unidos»,—o del voto del Senado contra la lana libre, como lo quería el demócrata Carlisle, contra la opinión del Presidente Harrison, que a tiempo hizo saber que él estaba por los derechos de la lana, contra la opinión del senador Mitchell, que en su proyecto de reciprocidad pidió que todo entrase libre de los pueblos de América en el Norte, todo, menos las lanas y los cueros?

Que Henry George vuelva entre palmas de su paseo por Australia, y a la cabeza de los seiscientos diputados de su Congreso declare que todas las contribuciones han de cesar, menos una sola, con la que se pagarán todos los gastos, y es el alquiler de la tierra;—que los «Caballeros del Trabajo», vencidos en la huelga contra el ferrocarril de los Vanderbilt, que por «Caballeros» les quitó los oficios, revelen que para dentro de un año tenían imaginada una huelga en todos los ferrocarriles del país; y «han de acabar por sacar la Presidencia de manos de los alquilones de los ricos»,—que la correspondencia entre las cancillerías en el asunto del mar de Behring llegase a tal dificultad que el *Herald* llamó a Blaine, por apurarla fuera de

razón, «nuestro Jorge Tercero americano, pronto a echarnos a una guerra de perder iel viejo fósil! Para que el siglo que viene lo ponga de patriota, por esto de la guerra, junto a Washington y Lincoln, ya que se le ha vuelto agua en el aire su proyecto de la santa alianza americana»;—que el senador Sherman, sentado a la derecha de los magnates del país, le saque el viento de una embestida al proyecto de reciprocidad, donde Hale puso en forma el programa de Blaine, y haga velas hacia la Presidencia con su plan de reciprocidad «de veras» con el Canadá,—son cosas que a los políticos importan menos que la batalla por la primacía en el partido entre Reed, el presidente de la Casa, y Blaine. Y hoy, cuando el Estado de Blaine, en las elecciones en que Blaine no quiso votar, le da a su rival Reed una mayoría más numerosa que la de candidato alguno en el Estado; cuando, unos días después del discurso en que Blaine expuso a la larga su plan de reciprocidad, le da el Estado la mayoría al que en ninguno de sus discursos ha hablado del plan, sino que conmemoró los propósitos todos del Partido Republicano, y no habló del plan, como si no fuese uno de ellos; cuando los amigos del «zar», del «Buda» desvergonzado, como llaman a Reed ciertos blainistas, hablan, como si los tuviesen ya en el puño, del «Intrigante», del «Mete discordia», de «Jaime el falsificador»—como por el título de una comedia

célebre llaman los de Reed a Blaine,—no hay diario que no publique la vida de Reed, le dé más estatura, describa de nuevo su traje famoso, recuerde en conjunto sus hazañas en la presidencia, proclame que ya son dos «los hombres de Maine»,—y que «este nuevo trae más arena que el otro».—«¡Como todas las suyas ha ganado Reed esta victoria!» dice un diario entusiasta:—«Blaine lo abandonó, lo que no es mucho decir, porque Reed y él no se saludan sino por ceremonia, y Blaine abandona en cuanto le andan en las pisadas, a los mismos que lo han traído donde está: pero Reed, que no anda tuteando a la gente, que no les da terrones de azúcar por la calle a los muchachos, que no les pasa a los hombres la mano por la cabeza, que tenía enfrente todo el poder de Blaine en la región de sus triunfos,—isale electo, en estas elecciones locales, con una mayoría que es endose elocuente de esa dictadura del partido que le echan en cara!»—Reed se esconde, como buen vencedor, aunque no antes de dejar caer un haz de flechas al paso de un noticiero, que transcribe sus palabras con reverencia, y cuenta que «el grande hombre iba vestido con su traje histórico de lana gris, camisa de franela y ceñidor de seda azul». Blaine, silencioso, recibe en su retiro de Bar Harbor,

---

a. En LN: «Buhda».

el parte en que le afirman que el Senado, conforme a su deseo, ha impuesto al azúcar el derecho de uno a tres centavos libra, «para que haya base con que obligar a España a tomarnos nuestros productos y a todos esos países»,—el parte en que le dicen de Nueva York que la bolsa de granos, en sesión directiva, aprueba y recomienda su proyecto de reciprocidad,—el parte de Iowa cuya legislatura está por esos tratados que nos «han de asegurar toda la América».

Volúmenes crecidos tendría de los recortes quien hubiese conservado, cuanto de tres meses acá va escrito sobre «las fatigas de estos hombres» para cerrarles el camino a sus émulos, —sobre el «desesperado esfuerzo de Blaine para ponerse, con un programa tentador, a la cabeza de su partido»,—sobre la determinación de Harrison, de Reed, de Sherman, de McKinley de «decir claro al país las razones personales de toda esa política de continente, que ha de dejarse, itoda esa política!, donde Harrison dejó aquel primer acto de ella, el Congreso de las repúblicas, cuando hizo lo que el Secretario Windom le aconsejaba: «ídeje Ud. que Blaine baraje como pueda a sus panamericanos!» Volúmenes tendría el que adelantándose a los tiempos, hubiese conservado, de años atrás, esta resurrección de la profecía de Seward»,—sobre el drama, palpitante y triste, de la disputa del poder entre los

prohombres | republicanos. Y cuanto se previó sobre la razón privada y fin oculto de los panamericanismos, se confirma.

Apenas, por lo rápidos, pueden contarse los sucesos, las encrucijadas, las entrevistas de exploración, los manifiestos, las denuncias, las mordidas, los mandobles. Por el proyecto de McKinley, cuando la oposición al azúcar libre, se reveló al público lo que llama un diario el juego cubierto de Blaine. «¡Ahora le vemos el objeto a todos aquellos patriotismos continentales! El objeto es desacreditar, valiéndose de las preocupaciones del vulgo, en cosas en que acá todos somos vulgo, cualquier remedio al malestar económico que no fuese esta panacea recíproca, que requiere a Blaine por árbitro.»

—«¡Pues no faltaba más sino que creyésemos lo que el Secretario de Estado nos dice, que no podemos vivir, en este pueblo de cuarenta y dos naciones, sino por la gracia y merced de los caballeros biliosos que nos mandan las pieles de chivo y la pimienta cayena.»—Se recuerda aquella primera escaramuza:—la carta de Frye a Blaine, preguntándole lo que se podría hacer con «esos países, si se le pone derecho al azúcar»,—la respuesta de Blaine, a Frye, y a otra carta, donde dice que en el arancel de McKinley «no hay una sección, no hay una línea, que abra un mercado más a un *bushel* de trigo o a un barril de puerco»; —se recuerda la escena del som-

brero, en la junta de medios y arbitrios donde Blaine habló de la reciprocidad como modo único de asegurar «ahora que es tiempo» la supremacía de los Estados Unidos en América:—la viveza con que la prensa blainista, a una, habló de «la nueva doctrina», de «la grandiosa idea», del guía único e indiscutible», de «la luz para todos».—Y comenzó sin misericordia la lucha en que Reed ha ganado esta primera batalla.

Blaine, y los suyos, querían sacar todo el interés de la campaña deslumbrante que a puño valeroso guiaba su rival y enemigo Reed en el Congreso: «si está madura o no la reciprocidad, no se puede decir», pero «esa gente joven no nos deja tiempo que perder».

Reed llevaba sin reglas la Casa de Representantes: arrollaba a los demócratas; pasaba por sobre ellos un reglamento que deja atada a la minoría; desatendía las protestas democráticas; daba por visto—cuando estaba a medio ver—un caso de asiento dudoso; a los suyos lo perdonaba todo, y nada a los contrarios; sacaba en triunfo, contra disidentes poderosos, el arancel de McKinley; a látigo vivo acorrallaba a los republicanos, a votar la ley de intervención en las elecciones del Sur, para ganarse el voto negro; para darse más votos, admitía de prisa dos Estados nacientes, republicanos los dos; en favor del soldado arreglaba la ley de pensiones; en favor de los mineros, la ley de la



plata; en favor del puerco del Oeste, la ley contra el aceite del Sur. ¡A ese, decía todo el partido! ¡Ese no da puñetazos en el aire, sino entre ceja y ceja!» Los demócratas querían impedir el voto de todas esas leyes, y él los barre de un codazo, y nos saca las leyes. Los demócratas nos iban a ganar las próximas elecciones, y él contenta a los ricos del partido que nos dan los fondos, a los soldados que nos dan los votos, al Oeste que anda rebelde: ¡él nos da dos Estados y el voto del Sur! ¡Este hace! ¡Este es el caudillo!

Y los de Blaine, desdenosos primero y luego inquietos, veían aquella arremetida con asombro. ¿Se viene encima, ese que ayer no más, con artes vergonzosas, subió de orador atrevido e incompleto de guerrillero de la Casa, a la presidencia de la Casa de Representantes?; ¿qué ha hecho ése más que lo que otros cien pudieran, abogado agresivo, legislador casero, representante que pasó callado el primer año, polemista que sabe hablar de pie, parlamentario que les buscaba a los demócratas las junturas, politicote sin guante y sin chaleco? ¿Y ése se nos pone de guía, ese que no halaga a la gente con saludos, ni habla con miel, ni conoce a los «Tomasetes» y a los «Juanazos», ni ha viajado por Europa, ni tiene «magnetismo personal», ese que hizo lo de la anécdota del pelo, cuando el abogado vencedor le pasó al taquígrafo la mano melosa por el pelo revuelto, y él, bufan-

do, se levantó de la silla, se fue derecho al taquígrafo, y volvió a ponerle el pelo del revés? ¿No es a Harrison, escaso y testarudo, a quien tenemos que ir llevando, sin más trabajo que el de dejarle creer que es él quien lleva, o ponerlo, por su afán de pasar por pacificador, donde no pueda salir? ¿No es a Sherman astuto, que tiene en la mano el juego del Canadá, y cada año gana entre los ricos más amigos, y pasa por católico, como nuestro Blaine pasa, que es cosa excelente para llevarse el voto de la religión?

¿No es a McKinley, que está medio muerto, porque tiene encima al Sur, y a los pobres que empiezan a ver, y a los mismos campesinos republicanos? ¿Es a ese gigantón, de la cara aniñada, que cuando sus elecciones en Portland están cerca, procura, contra la ley, que se dé qué hacer, en un arsenal del puerto, so pretexto de remiendos, a cinco mil trabajadores, que a la hora del voto serán cinco mil agradecidos? ¡A ése es a quien hay que echar abajo, poniéndole delante, para que ni él pase, ni los que se ligan con él, «esta idea grandiosa» de los tratados de reciprocidad, «la idea política de más trascendencia en muchos años»! ¡A quien hay que derrotar es a ése, porque lo que con la preocupación y el soborno ganamos de poder, y perdimos de opinión sería en las elecciones pasadas, él lo recobra en la opinión, por la autoridad misteriosa del éxito!

¡A ése hay que sacar de donde estorba, porque, con su mayoría del Congreso, tiene a Harrison aturdido, y se lo lleva a lo que quiere, en cuanto le pone el argumento de que con eso se desjarreta a Blaine;—porque nos va a argüir con el tratado de reciprocidad de Hawaii, que no nos compra más porque hayamos tratado con él, sino que nos quiere menos desde que nos conoce de cerca, y ya quiere echar a los yanquis de las islas;—porque no pretende, en venganza de lo del «barril de puerco», cosa menor que forzar a la comisión de medios y arbitrios, a que informe contra la idea de reciprocidad, y a la Casa republicana a que vote con el informe, frente a frente del secretario del partido.

Pero a esto acudió Harrison, que le ve a Blaine el poder, y no osa gobernar sin el apoyo de su bando, ni desacreditarle la idea continental, que él quisiera para sí, porque la llevan de espuela los republicanos, y crece y es de temer, aunque no puede tanto en la mente común como en los políticos que la zarandean y explotan. Un día estaba Harrison con Reed más que con Blaine, y con Blaine más al día siguiente. Se fue a Cabo Mayo, a la casa regalada, con todos los proyectos de reciprocidad, el de Mitchell, el de Pierce, el de Hale, el de Aldrich, que es el que acabarán por aprobar. Blaine fue a verlo, y por sus bocas se dijo que Harrison estaba de su lado de una vez, que el Presidente se

declaraba contra el azúcar libre de McKinley, contra la ley de vigilancia electoral de Reed, contra cuantos saliesen al paso de los tratados de reciprocidad, que eran «el programa de la administración». Y la administración de Harrison, que por su arte de poner paces se cree con derecho a ser reelecto por su partido, irá de segundo en un programa cuyo crédito caerá todo sobre Blaine, rival de Harrison en la

candidatura? Las bocas de Harrison desmienten lo que las de su Secretario dijeron.

Ni se declarará Harrison por los tratados, sino en lo que quepan, cediendo de aquí y empujando de allá, en el arancel de McKinley, ni permitirá, en cuanto lo pueda evitar, que Reed le levante a Blaine la Casa en contra, y denuncia la «idea continental», que es «de todos, de todos», y será mejor cuanto esté

ya más madura,—«será» mejor, luego».

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
20 de octubre de 1890

[Mf. en CEM]

a. Se añaden las comillas.

275

## Cartas de verano<sup>a</sup>

### La universidad de los pobres

Nueva York,  
agosto 19 de 1890

Señor Director de  
*La Nación*

EL PATRIOTA, si quiere bien a su patria, no empezará a leer el periódico por el editorial, que dice lo que se opina, sino por los anuncios, que dicen lo que se hace. Ver trabajar a todos es más bello que ver pensar a uno. Sólo hay un espectáculo más imponente

que el de las cabezas de los hombres barridas por la palabra del orador justo y bueno: y es la tarde en la ciudad cuando vuelven a su casa los trabajadores.—«¿Qué es lo más bello que has visto en la montaña?» le preguntaron a un pobre montañés de pega, que fue a poner la mente donde volviera a echar flor, y a tender los brazos donde tocan con el cielo. «Pues ni la tempestad, ni las cataratas, ni el pico de los pinos se me han quedado en el alma como el carro en que a la cola del

tren volvía el trabajador, de cara al teatro de montes, sentado a la última luz entre sus herramientas y las provisiones que llevaba a la casa; hasta que ya a la claridad de las estrellas, llegó a su valle, con la casita blanca en lo hondo, y de un

a. Esta crónica fue publicada, con variantes, en *El Partido Liberal*, de México, el 24 de septiembre de 1890, bajo el título «Cartas de verano I. En los pueblos de baños».

iadiós! desató el carro». Por los anuncios se ve la vida pública, y el bien y la persona de todos, que es base y sostén de cada uno, porque no hay gusto sino donde todos lo tienen, y cada cual es creador y condueño de sí, y ve crecer sus frutos en abundancia y orden. Del trabajo continuo y numeroso nace la única dicha, porque es la sal de las demás venturas, sin la que todas las demás cansan o no lo parecen: ni tiene la libertad de todos más que una raíz, y es el trabajo de todos.

Acá las revistas de mes son en verano una verdadera fiesta porque a los anuncios de uso, —de aguadas para las casas, en vez de óleos,—de lana mineral, para amparar del fuego y del frío los agujeros y hendidias,—de las cámaras repentinas, que toman al vuelo, sin ningún preparativo, paisajes y retratos,—de botes, calentadores, perfumes y velocípedos,—se juntan los anuncios de las escuelas, que en estos meses van de monte o de orilla de mar, aprendiendo la verdad natural al aire libre. Una página es para libros, y para escuelas la del frente. «La que vaya al campo lleve la novela nueva de Howells,<sup>688</sup> *La sombra de un sueño*, donde se enseña mansamente que no es bueno que con los casados viva un amigo de fuera a toda hora, que es lo que dice un bonaerense que anda por Alemania, en un ramillete de *Pensamientos*. «Lleve los libros de Thoreau<sup>689</sup> el que vaya al campo, si va donde hay ardimas;

los de Thomson, si va donde hay ríos; los de Burroughs, si va donde hay flores; los de Lubbock, si quiere saber de *micro-psiquia*,<sup>a</sup> y estudiar en los escarabajos y las arañas lo universal de lo pequeño». «El que tenga hijos, y los saque a orearse al monte, cómpreles la novela mejor, que es el libro de Arabella Buckley, donde la ciencia nueva centellea y entretiene, y se aprende cuanto de veras se sabe, en la *Historia corta de la ciencia natural*, o en los *Cuentos de magia de la ciencia*.—Y en la página del frente se convida a los estudiosos a ir a la escuela de «Curtis», «porque la formación del carácter es lo primero»; a la «casa y escuela», que es «hogar seguro y genuino»; al «instituto de amigos», donde «cada cual puede adorar a Dios como le plazca», a la «escuela de niños escasos», que «fortalece la inteligencia a los que la tienen floja de su natural»; al «colegio de Cayuga», que viste a sus alumnos de «uniforme gris y botones dorados»; a la «academia de Greenwich», con «calorífero de vapor y luz eléctrica».

Pero hay una escuela que no se anuncia en los diarios, ni gasta botones, ni tiene cerca y muros, ni enseña a los yanquis<sup>b</sup> contemporáneos—y a las mujeres de los yanquis—a vivir como cuando los médicos de cucurucho y los abogados de pelucón; sino que, a la orilla del lago y en la falda del cerro, desde que florea el laurel en junio hasta que se

secan las bellotas en octubre, explica en pleno sol cómo el rayo de luz vuela y ondea, y pinta o retrata; y estudia el cielo en las estrellas mismas, y en la piedra que cayó hace un mes de una estrella apagada; y cuenta de las nubes al pie de ellas.

Cocinando enseña a cocinar. Andando enseña a andar. Retratando enseña a retratar. Enseña a asar papas, y a medir las ondas de la luz. Es la escuela libre de Chantanqua, que en verano abre sus alamedas, su templo de filosofía, sus cátedras ambulantes, su lago y su anfiteatro silvestre a cuantos, por los centavos que caben en un puño de mujer, quieren ir a vivir en aquellas casas pintorescas, y a estudiar artes, o letras, o ciencias, o arte de hablar, recordar y enseñar, o gimnasia, o comercio, o habilidades caseras, o pintura y música. Allí no hay más matrícula que la voluntad, ni más lista que el afán de saber, ni más obligación que las de la buena crianza. Es la universidad del pueblo, abierta en el seno de la naturaleza. Mucho hombre, y mucha mujer, cuando quieren decir «madre», dicen «Chantanqua».

Chantanqua es un pueblo de campo, con sus diez mil vecinos en estos meses de calor, y el colegio está por todo el pueblo, porque los que no asisten a los cursos los leen en sus casas, y los

a. En LN: «micro phychia».

b. En LN, siempre: «yankees».

mil transeúntes diarios van adonde sus aficiones, a ver los edificios, al vapor del lago, donde se pasea la clase de meteorología, a la avenida de Palestina, donde juntan y describen hojas los cien alumnos de botánica: la maestra va al retiro de profesoras, a aprender cómo se doma a los alumnos fieros, el aficionado va a la clase de declamación que tiene un maestro para los cómicos, y otro para los oradores políticos: todos al caer la tarde, van al anfiteatro, clavado en el abra natural, donde habla del origen de las lenguas un filólogo que no cree en Müller, o explica un evolucionista a lo Mivart las especies como obra preconcebida del plan divino del universo, o un entomólogo demuestra con su persona que es cierto aquello de Emerson, de que el que vive embotellando animales acaba por embotellarse él mismo: porque de lo que habla no se saca luz, ni idea general de la fábrica de globo, ni dato propio sobre la formación de las especies nuevas, aunque lleva el entomólogo conocidos como sus ciento cincuenta mil insectos. Pero lo que cuenta de la astucia de ellos interesa, por la misma sequedad, como la historia más entretenida, y los oyentes paran el lápiz y las oyentes paran la calceta, porque el profesor «¿está hablando de insectos, o de mujeres y de hombres?»

«Gracias, señor», -dice un hombre, pelón y huesudo, de lo alto de la galería: «yo siempre he dicho en mi pueblo que los

poetas ven la verdad antes que nadie, y esta conversación lo prueba, porque los hombres no somos más que gusanos crecidos, que es lo que dijo Emerson antes que Darwin, cuando dice que en su brega por ser hombre, el gusano sube, de figura en figura, hasta que es huesudo y pelón como yo, o se pasa la vida como usted, embotellando a otros gusanos». Y aquí se pone en pie otro, y recita, entre el alboroto de los pájaros a la puerta, la poesía entera de Emerson. Luego el coro voluntario de la plataforma, rompe en un himno<sup>a</sup> que cantan descubiertos, los cinco mil oyentes. El anfiteatro, con sus bancos de cedro, puestos a lo redondo en la garganta de tierra dura, va fila a fila quedándose vacío. Y al que los ve salir escondido en el portal, icómo se le nublan los ojos! Novios y novias son, de los honrados, que trabajan antes de poner casa juntos, y juntos aprenden lo que no saben, para que no se les acabe el amor por la ignorancia o la miseria. Son los hijos de los campesinos, de espejuelos y espaldas redondas, que vienen a aprender de Horacio y Virgilio y de cuando los tenían por magos en Italia, antes de que salga la luna doble, la luna que se junta con el sol en la semana de la cosecha. Son hombrones de poca ropa, y ojos metidos dentro de la cabeza, que vienen con unas pocas monedas de a medio peso, a estudiar mecánica, teneduría de libros, política, declamación, estilo, fotografía.

Son criados de hotel, que van leyendo a Goethe, o con el tomo amarillo de Ibsen, o con la gramática hebrea. Es el gentío de mujeres de toda edad, madres de asueto, tías continuas, profesoras en descanso, elegantes de pueblo, coquetas naturales, feas de anteojos. Llevan cuadernos de notas, bolsas de bordar, novelas de verano, cajas de acuarela. Se oye un proverbio alemán, una palabra francesa, un verso de Homero, una cita latina.

Un marido, de pleno contento, besa, en la mejilla, a la mujer, que lleva los ojos felices: «¡mujer, valemos más de lo que valíamos!». Los trajes son de percal o de lana pobre. Las manos, curtidas.

Al lago van después de comer, porque con setenta y cinco centavos que pagan al venir al pueblo, ya pueden pasear en el lindo vapor por los recodos, ceñidos de verde, del Chantancha sereno. O está abierto, para unos cuadros plásticos de la vida griega, el templo de la filosofía, por donde anda el pasante de arquitectura enseñando a unos discípulos canosos las columnas dóricas. O van, aprovechando la luna llena, a ver el colegio, de artes liberales, que es cosa mayor, con más cúpulas bizantinas de las que cuadran al techo flamenco, y un colgadizo de claustrero sobre otro de kiosko. Pasa

a. En LN, a continuación: «de»



acaso, de la mano de su mujer, el hijo del obispo Vincent, que preside como jugando toda aquella labor, desde que su padre anda de obispado; y da gusto verle ir de acá para allá, con su esposa al pie, entrando en lo de este vecino, saludando al profesor que acaba de llegar, levantando una margarita del suelo, metiendo hondo, de un pujo del brazo, el palo de una cerca. La calle es como familia, y se cuchichea y cambia de grupos. Ni cantinas, ni billares. Los hombres, lo son; y las mujeres, lo son más. Unas hablan de chismes; otras de Tolstoi, negándolo una de ellas, que «no quiere, ni necesita intimidades con el varón grosero y despótico»; otra habla bajo con su compañero, habla de física; otra da en un corrillo una receta para hacer pasteles. Vocean los muchachos, a carrera tendida, el alcance al diario del pueblo: «Compren, compren la llegada de los profesores de filosofía natural, compren la fiesta del templo de los niños, en el alcance del *Assembly Herald*».

Y el periódico lo paga de su bolsa cada cual, como todo lo que consume para su uso y placer; aunque para gastar hay allí pocas tentaciones, porque la comunidad que posee y administra el pueblo no quiere «competencias saludables», que crean rencillas entre los tenderos y bandos entre los compradores, ni admite más tiendas que las de lo preciso y una de cada especie. Dinero se ve que lo tiene la co-

munidad, porque el vapor anda, y los caminos no tienen hoja muerta, y las calles son como las de la ciudad, ni corren de balde el agua y el gas, ni es gratuita toda la música, ni cuestan poco los maestros de curso, y los famosos que vienen de lejos a conferenciar. Pero lo que puede el corazón, sólo lo sabe quien lo pone a la obra. Una corazonada, vale una millonada. Para el bien de todos está hecha Chantanqua, y la ayudan todos. El que tiene allí casa por el verano, paga el alquiler. El que toma clases, paga una pequeñez por cada una. Lo que falte, hasta cubrir los gastos todos, viene de los alumnos que no se ven,—de la universidad ubicua, que tiene cátedra en la cabecera del enfermo y en la mesa nocturna del trabajador,—de los «cincuenta mil» afiliados al círculo literario y científico de Chantanqua, al círculo doméstico. Se escribe a John Vincent, a Buffalo, en Nueva York a la casilla 194 del correo. Se toma puesto, como uno más, entre los matriculados del círculo. El círculo, desde Buffalo, dirige los estudios, que cada cual hace en su casa, y duran cuatro años: ciencias, historia, matemáticas, literatura. Los libros que el círculo indica, cada uno los compra donde quiere. Al fin del curso, el círculo manda su boleta de examen, con preguntas que el matriculado responde a que se las aprueben o no. Por la mano lleva al estudiante el círculo, que le aconseja lo que ha de leer, le

manda opinión sobre los libros nuevos, le contesta sin demora sus consultas y dudas, le envía el repertorio de la universidad, el «Chantanqua», donde lo que se publica al mes va en acuerdo con las lecturas generales que para el mes tiene el círculo recomendadas. Y la matrícula de la universidad del pueblo, de la universidad doméstica, cuesta al año 50 centavos.

Un interés hay detrás de esta obra buena, que quita a los cursos, con el poder incisivo y sutil del dogma, el mayor beneficio que vendría a los educandos de estudiar de la mano de aquellos que no tuvieran «hacha que afilar», ni escalera que subir en el palacio del mundo, sino que enseñasen desinteresadamente, ni poniendo, ni quitando, cuanto se sabe de la sustancia de él, sin caer en la necesidad de la hormiga, que se declarase curadora del monte, que es lo que hacen los hombres empeñados en cuidar de Dios sobre la tierra. La Iglesia Metodista, que por otras partes cae, en Chantanqua florece, porque allí tomó fila con los humildes, y abrió sus flancos a los tiempos, que no quieren férula dominical ni puerta cerrada, ni están por guerras de topo, por credo más o credo menos, sino que piden a la naturaleza el secreto de ella; y hallan en la comunión inteligente y libre un placer más digno y penetrante, más humano y religioso que el que, porque la iglesia tenga un pico o tenga tres, echa a aborre-

cerse y destruirse a los hombres. Las iglesias acá, para no perecer en el mundo, andan con él. Antes prosperaba la más intolerante, y ahora sólo la tolerante prospera. Cada una, a la sordina, echa sus vanguardias y procura ganar a los rivales el pueblo nuevo, la cátedra vacante, o el millonario moribundo; pero en su corazón saben que morirán si no se unen, y son como los abogados, que se disputan en el tribunal, y luego, en el comedor del hotel, se sientan a los mismos manteles, y salen de campaña juntos. Así que en Chantantqua no se pide a los que van que sean metodistas, como el obispo Vincent, sino que cada Iglesia tiene su templo, unidos todos en la creencia común de la revelación; y el domingo, que es en el pueblo día cerrado, sin más tienda que la divina, ni más tea-

tro que los religiosos, con sus cantos y cónclaves, con oratorios públicos y domésticos, no predica en el anfiteatro repleto, de techo rústico y abierto al aire, un clérigo estricto, apegado a la letra de su parecer, sino un orador notorio, de espíritu desentumido y sagaz, que mueva al concurso por la simpatía de su palabra, y no lo ofenda, en estos tiempos en que alborea la religión natural, con lo que sea menos libre y bello que la naturaleza, y la deforme, rebaje o contradiga. Pero el día de Chantantqua, que de lo más apartado viene gente a ver, el día de la religión suprema, en que los hombres parecen hijos naturales de las montañas del contorno, es el del «reconocimiento» de los diplomas, cuando de todos los ámbitos de la República vienen los alumnos domésti-

cos a poner sus manos en la de aquellos que, desde la santa laguna, les llevaron la luz del libro, en grados que no les lastimasen los ojos, a su silla de inválidos, a su mesa de aldea, a su pálpito de clérigo pobre, a su costurero de trabajadora, a su banco de herrador, a su choza de negro del Sur, a su celda de presidiario. Y el día del reconocimiento, en el anfiteatro abierto al aire, todos, llorando, reciben sus diplomas.

José Martí

*La Nación*  
Buenos Aires  
22 de octubre de 1890

[Mf. en CEM]

# Los Estados Unidos<sup>a</sup>

Cartas de verano.-En las montañas.

Nueva York,  
agosto 29 de 1890

Señor Director de  
*La Nación*

VAN LOS ALEGRES a las playas, buscando aventuras; pero el mar no acomoda, con sus palacios bullangueros, a la gente tranquila, ni es el aire de la costa como el de la montaña, para criar hijos ágiles y resueltos, para leer a la luz blanda los libros sobre la naturaleza, para calafatear los pulmones agujereados, para calmar, con la salud del mundo, el espíritu doliente. Allá donde no pueden subir las alas de los pájaros, crecen las del hombre. El espíritu sube con el aire que sube. A las montañas de Shawangunk va la nobleza religiosa: a las de Adirondack, esos otros nobles, los moribundos; a las de Catskill, los que tienen sed de lo natural, y quieren agua de cascada, y techo de hojas; a las de Yosemite, los que han oído hablar de sus nubes

cermesíes, de sus cañones de verde esmeralda, de sus rocas, erguidas como guerreros, ya mano al cinto, ya pie adelante, para arremeter, ya pie atrás, para morir, en la falda de la montaña maternal, como murió Yosemite, el de manto de plumas amarillas, como murió, con su corona de plumas de águila, el cacique Tenaya. Y «de lo alto del cielo» caen las cascadas, como polvo o encaje, en el valle de flores.

Los montones de Shawangunk tienen ahora más fama que antes, porque desde que el pecado entró en Asbury Park, que era el asilo divino, desde que un clérigo trajo, escondido en la barba, un frasco de *whisky*, desde que un domingo le timaron todo su caudal a un reverendo, desde que un patrón de la iglesia anduvo por tales rincones que cuando lo sacaron a la vergüenza no supo qué decir, y dijo que lo habían hipnotizado, —lo más puro y lo más ceremonioso de la cristiandad se va al lago de Mohawk,<sup>b</sup> donde no se juega la baraja ni siquiera en

familia, ni se sale a la calle en domingo, ni se enciende luz después de las diez de la noche, ni se baila, ni se bebe. Y dicen que no es por eso el lugar menos apetecido, porque los hoteles de Shawangunk están entre el bosque, con grandes techos rojos. Y pululan las parejas por los trillos del monte, recogiendo hojas del castaño español, para comerles la carne a golpe de cepillo, sin dejarles más verde que lo cubierto al medio por las iniciales recortadas en papel; que son siempre dos, y siempre juntas.

Y el lago, por las mañanas, es como los de Cachemira, cargado de botes, que se topan riendo, y se visitan, y se meten por lo sombrío de la orilla, y se cambian rosas; y aun se oyen chasquidos de debajo de las grutas, que dicen que son las piñas del pinar, nada más que las piñas

a. Esta crónica fue publicada con variantes, en *El Partido Liberal*, de México, el 26 de septiembre de 1890, bajo el título «Cartas de verano III. En las montañas».

b. En LN: «Mohouk». Probablemente Martí transliteró Mohawk del inglés.

que revientan con el calor del sol. Por la noche, en la asamblea de los colgadizos, de verdad es como una pajarera: los colibríes hablan del juego de volante; las tórtolas, con su arrullo de madre, hablan de los vicios de los cristianos, que es lástima que sean tantos en el pueblo vecino, en la casa vecina, en el otro extremo del colgadizo: el gavilán habla de la revisión del credo, de que a las nueve se ha de apagar la luz, porque a las diez es mucha licencia, de que lo del converso Sam Jones es lo justo, «que a la gente hay que traerla a la iglesia, aunque para hacerla ir se tenga que anunciar una pelea de perros, y uno de los perros sea el clérigo mismo»: los ruiseñores, con su ceñidor de seda colorada, se pavonean entre las rosas.

A los Adirondacks, que el pujante San Lorenzo lame respetuoso, va el ético desvanecido que cree en el milagro, desde que fue allí como una hoja de yerba el escocés Stevenson,<sup>690</sup> que es de los pocos que escriben en este mundo de hoy, y salió con alientos para componer la invectiva admirable e injusta contra los reverendos panzudos de Honolulu, para quienes el leproso Damien era hombre de más púas que méritos y desaseo que abnegación, terco y maligno como un rucio, y algo así como un sargento de sotana.

A los pinares, buenos para la voz, se van los generales cansados de mandar, los oradores de sobremesa, a que les vuelva a la

garganta la melodía, los clérigos, los cómicos, los abogados. Se meten por donde anda el oso. Comen pan de centeno. Beben, en el cazo de madera, la leche espumante.

Catskill es una gloria, bien se vaya adonde el bullicio, allá en los hoteles que dan, colosales balcones, sobre el valle del Hudson, bien busque casa juiciosa el veraneador en los pueblos amenos de las cuchillas, o en los caseríos que blanquean la floresta tupida de las cañadas. De bordón y morral se puede ir, orillando los arroyos de truchas, por aquellos poblados limpios y humildes, de donde en frondosas laderas, rotas allá y acá hasta la tierra viva por un zarpazo del vendaval, se levantan los montes, aspados o redondos, con su plumero de nubes. Jadeando cuesta arriba, y como si se seca-se el sudor, viene, con el tren a la zaga, la locomotora, que se para un instante a beber en el lago, y luego, con el empuje de su peso, rueda veloz sobre el valle vecino. Atrás, como tierra conquistada, durmiendo en la sombra, quedan los montes menores tendidos sobre el brazo o arrebujados en su arboleda, o sentados en cucullas, junto al pueblo encendido. Se pone la tempestad, azota al carricoche el viento, lo apedrea la lluvia. Y cuando el viajero, en el cielo claro, pone el pie en la casita blanca del pinar, las señoras, en sus trajes de seda, le traen, orlado de hojas de álamo, un cesto de frutas.

En la cresta del monte, sujeto a tierra con cables de alambre para que no lo eche roca abajo, el viento, se empina el Kaaterskill, que más que hotel es ciudad, donde acude, con trenes y caballos, lo pomposo de la gente judía. De dosel tiene el cielo, y de panorama el valle sublime, ya fino y coloreado, allá en la estupenda hondura, con los cuadros de bosque espeso y las listas del maíz, corriendo al río brumoso por entre amarillos y púrpuras, ya en súbita cerrazón, revuelto y negro, como un mar de nubes. Los vientos, ligeros, arrojan la niebla, la empujan de un lado, la echan, despedazada, sobre la falda del monte, la dejan, colgando, de las ramas de los pinos; y brilla por entre las grietas de la nubazón el valle azul y rosa.

Allí, a ver el Hudson, que baja, gigante, por su cauce de leguas, barbudo y braceador, vienen de sol a sol, en carruajes y a pie, los veraneadores de los hoteles y pueblos de la montaña. De Tannersville viene allí la muchedumbre hebrea, que ama la ostentación y el ruido, y no conoce la dicha de vivir ignorada, sino que sale de paseo con cuerno y charanga, y va como codeando al aire, y echándolo del camino.

De la casa de la cascada vienen allí, la casa de los laureles, con la herradura de granito al pie, por donde, hinchada con la tormenta del amanecer, baja, plateando el follaje, prendido a los muros, el agua fragorosa del



Kaaterskill, que en polvo y espuma se pierde en pedregales del barranco, entre árboles y puentes rústicos: y en el aire, como alfanjes, los arcos del iris. De Edgewood, el retiro amable, vienen de gorra y polaina, los poetas de Onteora, el pueblo privado, donde no se entra sin licencia, y vive mucho músico y escritor, en casa de troncos, metida en los pinos: de Twilight Park, que es un sueño de hermoso, con su pórtico de ramas de abedul, sobre la boca de las cataratas mismas; su rebaño de casas rojas, agrupadas, aquí y allá, alrededor de la casa del club; sus sendas de piedra natural, que culebrean por la ladera, sobre arroyos y céspedes, de una casa a otra.

Familia de casas parece el parque, que es todo de amigos, donde las visitas entran y salen, a gozar en libertad de la hermosura del bosque, pero no vive sino quien tiene casa suya, o va con quien la tiene. Tres años hace, era selva firme la falda del pico, hasta que la compró, a diez pesos el acre, un periodista que abogaba contra la propiedad de la tierra. Con lo que le puso un hermano, y lo que le dieron de hipoteca, pagó la compra, y empezó el clareo. El pórtico, con sus manos lo hizo, y las de un montañés, con los abetos que iban derribando. A hachazos en la espesura iban marcando el camino.

Lo primero fue levantar la casa del club, de madera amarilla, con sus torreones y su colga-

dizo. Los que comprasen tierra alrededor, y alzaran casa, harían fuego en su estufa, o vendrían a comer, por siete pesos semanales, a la mesa del club. Diez vinieron de primera visita, generales, banqueros, reverendos, médicos, litógrafos, y los diez compraron. Con lo que pagaban de renta en cualquier pueblo veraniego, pagarían allí mes a mes la casita nueva, entre flamenca y japonesa, a la compañía edificadora.

El cuarto de acre, se gana en un buen día. ¡Allí tendrán los hijos donde correr, donde respirar, donde meterse de bravos por el bosque nuevo, donde perderse, a pasar hambre y sed, donde abrir, a mano viva, caminos en la selva, donde amar, como hermanos, a los árboles, donde dormir al aire libre, en la corona del monte! Poseer ¿no es crecer? ¡Y la mujer vendrá allí, sin celos ni rasos, a vivir en la verdad mientras hay verde en el mundo, a esperar todos los sábados, con el coro de hijos, al marido trabajador, a recoger, como el diamante, para cuando el invierno, los rayos de luz. En quince días, lista la casa.

Con lo mucho que se fue vendiendo, se apresó y encañó el agua, se tajaron alamedas en la selva virgen, se levantaron, de cara al valle, las casitas de troncos.

Y a los tres años, cincuenta casas se juntan alegres, a la hora de comer, en los corredores del club; corren las criaturas voceando e inventando: uno cabal-

ga en el mulo, y se descuelga por las orejas; otro encamina un arroyuelo, y con el agua hace andar una rueda; otro va a la clase de botánica, cargado de helechos y de campanillas. O es la hora del dibujo, y las que toman lecciones del pintor, salen al puente, o al molino viejo, a copiar de la naturaleza con lápiz o con aguadas. O hay gira para subir el monte, y va el pueblo entero, con el *lonche* en las cestas, fiando el agua a lo que den los manantiales. O la tarde es de oro, y se va, con la yerba a la rodilla, cogiendo moras maduras, a ver morir la luz, desde la roca de la puesta. O en camas de hojas secas, al calor de un fuego de leños, se duerme en la cumbre, después de la cena campestre, para ver, sobre los picos y lagos de la altura, la primera llamarada de la aurora.

Y si llueve, ¡qué gusto, y qué algazara en el club, cuando todos van viniendo, los hombres como hoja nueva, las madres encapuchadas en el impermeable, las criaturas aleutando y riendo, el matrimonio de los abuelitos de brazo bajo el paraguas, ayudándose uno al otro como por toda la vida! El hermano, porque su hermana no tiene firme el pie, la trae en brazos. El general viene de botas, con el calzón metido por los bordes, y la lluvia cayéndole del casquete. La madre de la cachucha entra, echando el agua atrás con la visera, con sus dos cachuchitas de la mano. Los del boliche llegan corriendo: los del

volante traen al brazo la chaqueta de colores: el médico, de chaleco negro y botín de charol, echa cuentos de un corrillo a otro: un cónsul habla de indios: al reverendo le corre el agua por la calva: el tirolés, que trae el arpa para el baile, endereza la pluma verde del sombrero: el

cómico petimetre, que vino a declamar en la fiesta del sábado, se sacude el levitón de paño perla; una nuera de ojos negros trae arropada a su suegra paralítica; el pintor, de barba marcial, viene fumando en su pipa, sin abrigo ni paraguas. Y cuando acaba la risueña comida, sobre

las barrandas rústicas brilla, limpio, el sol.

José Martí

*La Nación*,  
Buenos Aires,  
2 de noviembre de 1890

[Mf. en CEM]

277

## En los Estados Unidos

Viaje del conde de París.-El general Sickles.-La República Francesa y la Secretaría de Estado americana.-Excursión oratoria.-Resultados políticos de un arancel.-Las elecciones de noviembre.

Nueva York,  
11 de octubre de 1890

Señor Director de  
*La Nación*

CON EL OTOÑO le vienen a la floresta los colores damasquinos, y no hay hermosura más fantástica y rara que la del Parque al entrar en la noche, porque la masa negruzca del follaje, con los amarillos

y oro de octubre, es como el hierro de Eibar, con el fondo como la pez, y el oro, o fogoso, o tierno, en flores y manchones. Con el otoño se han vuelto a abrir no sin lucha con sus adversarios antes del triunfo, las escuelas de noche, donde el educando que salió de las de día para ganarse el pan o el que no ha tenido tiempo ni lugar de educarse de día, va, después del trabajo a aprender lo más fino y complicado del

entendimiento a las primeras letras, que estudian los hombres barbados con la emoción del creyente ante el altar, o cosas como las lenguas y el dibujo, que le puedan ayudar a echarse por el mundo en las aventuras del comercio, y a entrar en alguna de las artes creadoras. Con el otoño vienen los condes italianos y franceses, que toman alojamiento donde se les vea bien, aunque es la verdad que acá va a ser pronto necesario callar el título, en vez de hacer de él ostensión, porque decir conde es como decir vagabundo y hombre a medias, y a las mismas damas les está dando por mostrarse ofendidas cuando un caballero de corona en la cigarrera viene a ponerles,

por el tanto de mesada conyugal, los pergaminos a los pies. Esto se ve ahora con el conde de París, a quien en mala hora saludó en nombre del Presidente Harrison el colector de la aduana de Nueva York a su llegada de Francia, porque el ministro francés no perdió tiempo en ponerle a la Secretaría de Estado la reclamación. ¿Qué es esto de recibir a un perturbador del orden en un país amigo con saludos reales? Si es porque el conde anduvo de ayudante de McClellan, ¿manda el Presidente al colector de aduanas a saludar a los demás ayudantes de McClellan? Por ejemplo a la humanidad no ha de ser, a menos que sea buen ejemplo el de aconsejarle a un soldado barbón que se levante en nombre de la república para entregar después a un monarca indigno y bufo que confiesa haber empleado voluntariamente la traición como modo de llegar al trono: ¿y por qué saluda entonces al enemigo declarado de la república de Francia?—«de todo lo cual se ha puesto en salvo con tacto elegante la Secretaría»—¡y esa pícaro prensa que lo exagera todo! El Presidente nada hizo, sino lo que con los extranjeros de distinción se suele hacer, sobre todo si el extranjero se ha puesto en peligro de morir bajo la enseña de la república, por más que lo probable sea que lo que el conde buscaba no era morir de veras, sino adquirir renombre militar, y

cierto aire de republicano, que son enseres de primera necesidad en el equipo de un pretendiente a la corona de Francia; no, el Presidente no lo mandó saludar, sino que fue el colector quien le saludó, con un tantito de vehemencia,—quien le ofreció «las cortesías de la aduana».

De militar en militar van el conde y su hijo, y de club en club, siendo curioso que el anfitrión es casi siempre persona, como Sickles, de bigote teñido: y Sickles es de lo mejor, perito en la guerra, caballero con medias finas, orador de empuje y sinceridad en las fiestas de los italianos, general pintoresco que galantea y que bufa. Los españoles lo recuerdan mucho, porque paseó con brillo la muleta por Madrid, cuando hablaban Manuel de la Revilla y Gabriel Rodríguez contra la esclavitud en los teatros donde se baila ahora, a cadera pura, lo más hondo y menudo del jaleo; y en vez de los períodos centelleantes suenan, envilecedoras, las castañuelas y las palmas. Aún recuerdan en Madrid el día famoso, cuando los oradores de la Alhambra convidaron a hablar en la reunión abolicionista a Sickles, que estaba entonces en la corte de Ministro, y vestía de centro negro, con los ojos de Otelo en la cara marcial, y la pierna colgando.

Se puso en pie, entre aplausos atronadores, y emitió este expresivo discurso: «Tuve dos piernas en un tiempo, y perdí

una corriéndoles detrás a los mantenedores de la esclavitud en mi país; hoy no me queda más que mi muleta, y la pongo a la disposición de la Sociedad Abolicionista Española».

Este es el guía y amigo del conde y de su hijo, y el que al día siguiente de la llegada los llevó, con gran pompa, a ver *La Fille de Mme. Angot*, que dan en el teatro moruno del Casino, todo de oro y de yeso, con un Larivaudière italiano y un Pomponet inglés, y una Lange que es francesa de Francia, con la máscara trágica de la Hading, donde no hay, como en el ciervo, músculo que no esté criado para su oficio, sin carne que sobre ni líneas amuñecadas, lo que da beldad suprema al rostro. Ver a la Hading entrar a la escena en Gringoire, es como ir por el bosque, y ver de repente, de lo sombrío a la claridad, saltar al ciervo, atento y enarcado.

Y así, o poco menos, es la francesa que cantaba con decoro la pelea del mercado, mientras el duque de Orleans, caballero lampiño y de barba resbaladiza, y de un rubio a la sueca, enseñaba la hora a una amiga del palco, en el brazalete de cuero en que lleva el reloj el pretendiente a la corona de Francia, un brazalete de cuero color de rosa muy apretado a la muñeca. Lo que no obsta para que por el Sur, donde se venera lo francés, anden el duque y su padre de gira en gira, en tren especial y en banquetes de honor, viendo, con el general Sic-



kles al pie, los campos de batalla de los confederados, donde con Sickles estuvo de ayudante, el conde de París, y vio las peleas que luego ha contado, no sin fidelidad y mérito, en su *Historia de la guerra civil en América*, porque en ser príncipe no hay pecado, y se puede ser príncipe y hombre útil, que es lo que alega en defensa propia el general Keyss, cuando los veteranos le censuran porque le habló al príncipe de sombrero quitado, y le llamó «monseigneur».

¿Y qué menos se le había de llamar, dice el general, a un hombre delante de quien se quería arrodillar, con su ramillete de lirios reales en la mano, toda una vizcondesa de Francia, la vizcondesa de Montarcole, que vino al buque en traje de Corte, de terciopelo granate, y se le echó al conde a los pies, y le habló en el discurso de «Montjoie y Saint-Denis», y le quiso besar la mano? Mejor es saludar como príncipe al que lo es, que salir al encuentro del Presidente de la República con el sombrero puesto, como ese *mayor* del Noroeste, que a tener tú el inglés, le habla de tú en el discurso de ceremonia.

Por el Noroeste ha andado el Presidente ahora, visitando los lugares donde pasó la niñez y la mocedad; y dicen que no fue a nada, porque en sus arengas no habló de la tarifa de McKinley ni de la reciprocidad de Blaine, sino del gusto que le daba volver a ver la escuela donde aprendió lectura, o la escri-

banía donde estuvo de pasante. Pero los que le conocen los métodos dicen que por lo callado va este Presidente a lo seguro, como llegó por lo callado a la Presidencia, y que a lo que ha ido es a pacificar los bandos hostiles del Partido Republicano, y ganarles la vanguardia, poniéndose de árbitro compenedor, a los candidatos agresivos que, con banderas diferentes y séquito ineficaz, se disputan Reed con el programa de política doméstica y Blaine con el de políticas continentales, Gresham con el de protección moderada y Alger con el de predominio de la clase militar, Depew con el de las clases altas y Sherman con el de accesión del Canadá,—el favor de la convención republicana que ha de escoger de entre estos pretendientes al que más votos y fondos demuestre traer consigo, o a un inesperado de los que se presentan de súbito, con la fuerza de su insignificancia relativa, en los momentos de duda,—o a Harrison. A esto es a lo que dicen que ha ido el Presidente,—a ponerle al partido los puntales donde se va cayendo,—a predicar en sus conversaciones que lo que importa es salvar el partido, conciliando la diferencia de sus intereses y sus jefes, a excusarse de no poder hacer echar los hierros del partido sobre sus rivales, y presentarse de conciliador: «El conciliador es lo que se necesita»; y él lo es. La persona entera, con su sagacidad, está en esta frase de su último discurso,

el único en que, al rematar el viaje, puso algo de política: «Atiéndase a que el Presidente puede vetar una ley, pero no puede presentarla.» Y su buena fe, su fe y su política práctica, están, enteras, en esta otra: «Pensamos en el término medio.» En otra frase, al pregonar la dicha hipotética del obrero norteamericano «sobre la miseria servil» del europeo, se ve el interés que fomenta al Partido Republicano, la clase que lo sostiene. «En Europa no hay esperanzas de acumulación»,—de capitalizar, de atrincherarse en la fortuna, y de imperar con los recursos sutiles y eficaces de ella.

Por eso dijo Bayard, hace pocos días, en un discurso muy celebrado en el Sur: «En los ricos está nuestra plaga, en los ricos que lo son contra la naturaleza y la justicia. Lo que dicen es la verdad: debemos temer por nuestra república, en lo político y en lo moral: debemos temer, y decir la verdad, aunque los ignorantes y los fanáticos nos tengan en más de lo que valemos y no quieran ver lo que nos devora: debemos temer por el porvenir de nuestra nación, porque nuestra nación es una plutocracia.»

Con miras a la Presidencia, podrá haber sido el viaje de Harrison por aquellos Estados republicanos revueltos, donde andan tan crespos los ánimos, que una asociación de veteranos, enojada tal vez porque el Presi-



dente no le dio todas las canonjías del servicio civil, tomó pie del descontento con que los republicanos pobres comienzan a ver lo que llaman «el gobierno de los republicanos ricos», y prohibió a sus miembros, y a los hijos de sus miembros, que le fueran detrás al Presidente en la procesión. Pero a lo que inmediatamente sirve la excursión presidencial es a las elecciones de noviembre, que para el partido son de interés supremo, porque con ellas va a ratificar el voto público los actos del Congreso de McKinley, o a censurarlos. Si está o no contento el país con el partido que ofrece a los obreros mejores salarios que los que nunca tuvo, y cuyo primer acto es sacar triunfante una ley de aranceles que encarece enseguida los artículos necesarios a la subsistencia, sin compensar siquiera la disminución consiguiente del salario con un aumento relativo en el jornal de los obreros, que les habilite para comprar al precio mayor los artículos que compraban antes más baratos:—«El que se aprovecha, pues, como dicen los librecambistas, es el manufacturero que nos vende ahora a los pobres al precio que quiere, porque con el derecho alto no puede entrar de afuera a competir con el producto extranjero! ¡por eso dieron los manufactureros tanto dinero al Partido Republicano cuando las elecciones! ¡para otro será bueno esto de la protección y de cerrarle la puerta al mundo, por-

que para los obreros no es bueno!» «¡Verdad que dicen que hay que esperar un poco, hasta que el país se acostumbre a la novedad; y que entonces va a haber más talleres de todo, y más fábricas, y como todo se ha de vender más caro al público, al obrero le podrán dar más jornal que el que le dan ahora!»

—«Pero a la verdad, si el que ha de comprar tiene menos dinero que antes, porque le cuesta más cuanto compra, ¿quién es el que va a comprar, si el dinero va a ser menos, ese exceso de artículos que producirán los talleres y fábricas nuevos?»

—«¿Quién? ¡pues la América española! ¿para qué está ahí la América española, sino para comprar lo que le queramos vender? ¡para eso vamos a dejarle entrar libres sus frutos naturales, para que nos compre en cambio los productos de nuestra industria!»

—«Pero ¿por qué va a comprarnos la América española los productos de nuestra industria,—de la industria cara y al contado de un país que no tiene fe en ella ni le adelanta capitales para su desarrollo,—sólo porque le abramos los puertos a sus frutos naturales? ¡lo natural es que siga comprando a los países que abrieron los puertos a sus frutos antes que nosotros y tienen fe en ella, y se la demuestran adelantándole caudales para su desarrollo!»

«¡Verdad, verdad: pero ya se encontrará manera política de forzar a esos pueblos a que cierran sus puertos a los que los

han fomentado, y se obliguen a comprarnos a nosotros exclusivamente, a nosotros, que no los fomentamos antes, ni los queremos fomentar ahora, ni podemos celebrar tratos con ellos sin hacérselos romper, contra todos los tratos anteriores «y toda obligación de prudencia y conciencia, con el resto del mundo»! ¡Pues si ése es el remedio, ni es honrado ni claro!»

En el Partido Republicano es eso lo que se dice, y así arguyen los proteccionistas a secas, y los que quieren crear una novelería política distrayendo al país de los errores patentes de la protección estricta, útil sólo a los manufactureros privilegiados, y combinando en el novísimo plan de reciprocidad la urgencia de vender los productos sobrantes y cierta disposición pública, sustentada por la ignorancia y la leyenda, a ver como provincias naturales del Norte las demás naciones y colonias europeas de América. ¡Ideas que no están tan caídas como parecen, ni son tan peligrosas que no haya remedio ya para ellas! Un remedio cierto hay, y es enseñar a tiempo el cuerpo.

Lo de McKinley es lo más real e inmediato, por la alarma que con el alza de precio de lo necesario ha cundido entre las masas votantes; y andan corriendo el país los oradores de más talla del partido, hablando por la mañana aquí, y allá por la noche, de feria en teatros, y de patios

en circos, sin fiar la tarea de estas elecciones a los elocuentes de menor cuantía, sino pujando a todo brazo con lo mejor y más famoso de la retórica republicana: con Reed, que habla por sí y por McKinley; con McKinley, que es persona de oratoria y flexible y pegadiza; con Cabot Lodge, un caballero de escuela, que es todo griego y latín, y por lisonja a los votantes incultos, de los políticos habla con burla de los «políticos de escuela»; con Harrison mismo, porque sólo él, con su mano de terciopelo, suerte de abuelo compenedor, puede impedir que estallen a causa de las elecciones de noviembre las cóleras mal llamadas entre los que quieren llevar, con Reed, el Partido Republicano a extremos inconsiderados de desafío y dominio,—y los que, como Allison y Gresham, mantienen que en la verdadera política sólo perdura el que concilia, y cae el que se pone al lado de un solo interés, y más pronto si, en un pueblo de trabajadores, se pone del lado del que oprime. Política manufacturera quieren unos, y desafío al Sur: los otros quieren política más nacional, tanto para los manufactureros como para los que no lo sean; y en cuanto al Sur, una prudente vigilancia. Y los de-

mócratas poco pueden hacer esta vez a lo que parece, por más que haya quien les prediga un triunfo sonado, porque Reed va pregonando contra ellos aquel hecho que desde hace un siglo se pregonaba, como que las raíces de los pueblos son de tal duración que no bastan siglos a unir de veras dos pueblos de diferentes raíces,—el hecho de que suprimiendo el Sur el voto negro por el fraude como lo suprimió hace un siglo por la Constitución, pretende el Sur, y logra, tener más representación que el Norte:—de eso es de lo que Reed hace su bandera: de que es preciso arrancar al Sur, emancipando el voto del negro, la representación fraudulenta con que sofoca, y suele vencer, al Norte, defraudado: de que ahí está la fuerza mayor de la democracia, en el Sur, que defrauda al Norte. Y por otra razón podrán poco esta vez los demócratas, que en vano pretenderán,—como lo entiende, guardándose para lance más limpio, el sagaz Cleveland,—levantar la bandera de los aranceles moderados cuando su fracción, triunfante en Nueva York, mantiene los aranceles prohibitorios,—ni pueden negar eficazmente la tacha de enemistad al negro; porque, so pretexto de ser falsa la elección,

los demócratas abandonaron en masa la sala de sesiones cuando Reed declaró electo a Lagdon, un negro notable,—ni se podrían presentar con mucha autoridad ante el país, cuando, en las elecciones municipales de Nueva York, se yergue insolente, defendiendo su posesión de los empleos pingües de la ciudad, aquella asociación de Tammany que decidió con su apoyo el triunfo del gobernador Hill, el amigo de las cervecerías, en la misma contienda en que cayó Cleveland vencido. Para abatir a Tammany, se han juntado, en la Liga Municipal del pueblo, los partidos todos: hermoso era ver, en el mismo estrado, al orador de los obreros, al irlandés Archibald, junto al orador del foro, el brillante americano Choate. Y esperan sacar electo a su corregidor, esta vez o la que viene—porque el empuje de un pueblo irritado sólo lo detienen sus propios errores,—porque los malos sólo se abren camino por entre las divisiones de los buenos.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
2 de diciembre de 1890

[Mf. en CEM]

278

# De los Estados Unidos

Las elecciones.-Extraordinaria mayoría demócrata.-  
El *bill* McKinley.-Primera ojeada electoral.-Los  
republicanos.-La alianza de los agricultores.-  
Los demócratas.-Los hombres nuevos.

Nueva York,  
11 de noviembre de 1890

Señor Director de  
*La Nación*

BAJO LA FÁBRICA proteccionista! ¡Proteger es bueno, pero ha de ser a los más, y no a los menos que oprimen a sus conciudadanos en provecho propio! ¿Hemos de pagar cinco centavos más en cada envase de latón, para que unos cuantos mineros que dieron dinero para las elecciones, puedan vender su mineral más caro de lo que lo venden? ¿Ni qué necesidad tiene la nación de abrir minas caras en su suelo, cuando puede comprar de afuera el producto de minas baratas? ¡Ese dinero, y esa fuerza, empléense en industrias naturales! ¡Pónganles andadores a todos los hombres; y se vendrán al suelo, como estatuas de algodón, en cuanto se los quiten! ¿Proteger el tabaco?

pero ¿es mejor proteger el tabaco, o a los que lo fuman? La hoja de Virginia es lustrosa, sí, pero flojona y sin color: la hoja está en la tierra, y en el sol, y en la mano orgullosa del veguero, que la limpia y rocía con un mimo tropical: ¿va a ser mejor la hoja de Virginia, esa sosera, esa amarillez, porque una factura de cigarrillos habaneros que cueste nueve pesos, cueste setenta y cinco isetenta y cinco pesos! Por fas y por nefas, en los Estados Unidos? ¡A ver las tarifas comparadas! ¡Claro como la luz resulta que se han subido el derecho de todos los artículos manufacturados, de todos los productos explotados por los contribuyentes notorios a las últimas elecciones! ¡Abajo McKinley, aunque vengan a hablar por él Harrison, y Reed y Blaine! ¡Abajo, en Pensilvania, el Estado de los manufactureros, la tiranía de los proteccionistas de oficio, de los que convidan al obrero americano para que los ponga en el

poder a fin de protegerle, y lo que hacen en cuanto en hombros del obrero están en el poder, es subir los precios a todos los artículos necesarios a la vida del obrero! ¡Abajo de un revólver de urnas, la fábrica proteccionista!»

En detalle se ha de estudiar toda esta pelea eleccionaria; la tarifa de McKinley; la revuelta de los republicanos campesinos; la reacción de los fabricantes escarmentados; el influjo continuo de la propaganda de la reforma arancelaria, en clubs permanentes, y en discursos diarios, en periódicos, en cartas, en impresos sueltos; la alarma creada por la dictadura del republicano Reed, que daba «gracias a Dios» desde la presidencia de la Casa, porque ya la Casa no era un cuerpo deliberante: en detalle han de verse las facciones con que entró en la lucha el Partido Republicano, de persona unas, y otras de miedo, tardío e ineficaz, de ir hasta el fin con los que, de puro abuso e insolencia, iban a caer. Sólo una fuerza necesita un pueblo: no desconfiar de su fuerza. Y para que sea más eficaz, no ha de emplearla con abuso, ni envanecerse de ella; sino acumular tal suma de



derecho que su simple aparición eche rodando al enemigo. La fuerza de los pueblos ha de ser como la de los oradores, que no se dan todos en viento y alharaca; ni dicen con palabras enormes y zurríbombantes lo que tienen que decir; sino que lo dicen a su hora, y como a medias, con un calor de hierro al blanco, que es como leche afuera, y dentro quema. Así ha sido acá con la tarifa. Sube por el cohecho al poder, y por la complicidad con los políticos, la casta de los monopolios: el país que se dejó llevar de nombres, recibe en premio de su ciega sumisión una tarifa que le impide producir, por lo alto de la materia prima, que le impide comprar, por el precio alto de lo necesario: los campesinos republicanos, sacrificados por la tarifa a los republicanos manufactureros, líganse formidables, juntan manos con los demócratas, que van nutriéndose de sangre nueva, de sangre nortea y juvenil, y de una sacudida vuelcan la Casa, echan por el viento la mayoría republicana de la elección anterior, ponen en su lugar una mayoría demócrata inaudita. De veinticuatro era la mayoría republicana en la Casa de McKinley: de ciento veinticinco es hoy la mayoría demócrata.

Los cuatro condados de Ohio, que hace dos años sacaron triunfante a McKinley con una mayoría de dos mil, derriban a McKinley.

Indiana, el Estado del presidente, da a los demócratas la

mayoría con que eligió a Harrison. Por siete mil votos fue republicano el año pasado el Estado de Massachusetts, el Estado de Sumner, cuna y huevo del republicanismo; y este año Massachusetts es demócrata por nueve mil votos. Y Pensilvania, el semillero de los proteccionistas, el estado de las industrias, la región del hierro y del cuero, es demócrata por considerable exceso.—Pensilvania, que dio a Harrison hace dos años una mayoría de 80 000 votos. En detalle se ha de ver todo esto, cuando estén las noticias bien redactadas, de modo que lo que se diga sea el hecho cierto, que es lo único que la pluma ha de escribir, aunque vaya contra la simpatía propia u opinión. Pero lo que se ve ya patente es que Blaine mismo no estuvo fuera de razón cuando en el discurso extraordinario en que exhortó a los republicanos de Pensilvania a «poner de lado todas esas acusaciones de malversación, todas esas tachas de inmoralidad de nuestros candidatos, que no son más que la máscara farisaica del librecambismo», dijo con énfasis sumo, dando un paso adelante y tremolando el dedo pálido sobre la cabeza: «No he venido aquí para elogiar al gobierno, sino para atestiguar que como Pensilvania vote este martes, así votará la nación de aquí a dos años.» Y Pensilvania votó por los demócratas.

Pero si la inusitada mayoría demócrata, si la conversión de los

tres Estados magnipotentes del republicanismo, si la derrota del mismo McKinley en el distrito donde lo fueron a amparar el Secretario de Estado y el Presidente de la Casa, no probasen de sobra la revuelta colérica y fundamental de la opinión, nada lo probaría mejor que la reaparición en la vida política de aquellos hombres genuinos y enteros que sólo vienen a la superficie en las grandes crisis.

Como el cuerpo humano es el de las naciones, que tienen el corazón donde no se le ve; pero cuando la imprudencia lo lastima, o la indignación lo levanta, por la sangre inflamada se revela en la piel, y mientras dura el peligro, allí está el corazón, presintiendo y guiando. La política es bella, aunque parezca fea por lo que se le entra del interés inevitable; y su beldad está en la fauga difícil y dolorosa de los hombres de virtud por tener la república a salvo de los que negocian con la santidad de sus oficios.

En la calumnia misma hay cierta hermosura, y es la del martirio del patricio dispuesto, por el bien de su patria, a desafiarla. Lo de Webster es lo continuo y verdadero. Bebía Webster más Madera del que un hombre de Estado debe beber: pero nadie dijo tan felizmente como él que «la vigilancia continua es el precio de la libertad».—Y entonces es la libertad hermosa; y el pueblo bello con la arrogancia de la dignidad, cuando le salen a la libertad los vigilantes. Los hom-



bres sinceros: los hombres pujantes y autónomos: los hombres de las entrañas.

Lo que ha de hacerse es tener incesantemente la libertad en ejercicio; por donde el bueno se fatiga, el malo entra: la república no puede dormir: el tirano o el bribón sólo se levantan sobre los pueblos viciosos o indiferentes.

Jóvenes y viejos han de estar perpetuamente en la faena nacional: crece de este modo lo mejor del alma, y el desdén de los apetitos vulgares que la tientan y afean, y se ahorran a la patria, con la labor suave y gloriosa, con la labor llana y útil de todos los momentos, -los partos de sangre.

La república, como las casas de Pompeya,<sup>691</sup> ha de tener el perro a la puerta. Así surgen ahora, del peligro nacional, los que han de salvar a la nación de él; de la política negociante surgen, por el escarmiento y vergüenza de ella, los que la conminan y derriban; de la camaradería impura de la política y los negocios, surgen, imponentes, el férvido universitario, el abogado indómito, el obrero sesudo, el comerciante verdadero, el periodista fustigador. De la podredumbre misma sale la luz: el cerdo corrompido echa llamas azules. Como la Fresa es el espíritu del hombre, en que es más fina la que se cría entre las ásperas y agrias; o como los poetas ingleses, que por la misma negrura de su cielo, buscan en su fantasía púrpuras de puesta

de sol y tintes celestes; o como el monte de carbón, que da el diamante. Ahora empieza a ser aquí como cuando los abolicionistas: ilátigo y oratoria! La oratoria con el hombre detrás. Un gran militar, un militar de pelea, dijo que un gran escrito, o un discurso de los de veras, era más grande que una gran batalla. ¿Quién derriba a McKinley, economista artificial en pro de las fortunas ajenas, sino un comerciante irlandés, economista natural y rico propio, que empezó de mozo de tienda y ahora es lencero famoso que vive en el palacio de sus obras? Los «pies tiernos», como llaman en el campo de acá a la gente urbana, -a la gente de mero libro, que pasa por la vida con el pañuelo en la nariz, -no son los favorecidos en estas elecciones. Hombres reales son los más de los electos; acá un botero, que pasó años de noches heladas, comerciando y peleando, en su bote de río: allá un cajista: otro cajista allá. El sastre es petimetre, y gusta de vivir en cuartos recortados, de adornos menudos y regulares como su costura. El cajista, que trabaja con las ideas, se penetra de ellas. Y hay colegiales entre los candidatos vencedores; pero no de aquellos de alma muda, que aprenden lo que está escrito en los textos, y no lo que está escrito en los hombres, sino jóvenes briosos, como Hoar, el diputado de Massachusetts, que en el club de debates de la universidad no discutía sobre Plinio y Calí-

maco,<sup>692</sup> sino sobre lo palpitante y necesario de su propio país, -como Russell, el gobernador de Massachusetts, que era en su mocedad tan elocuente en los discursos como en las regatas, y conoció temprano que el arte tentador y supremo de guiar<sup>a</sup> a los hombres no se adquiere apartándose de ellos, sino poniendo con el que sufre y goza el corazón apasionado.

Russell, con Harward detrás, entró de pecho entero en los asuntos públicos: oyó a Cleveland, y le pareció bien: vio que las leyes estaban en manos de los que las habían de violar por su interés, y decidió, con todos los jóvenes de Massachusetts, sacar de manos tales a las leyes. Se puso del lado de la justicia, del lado del pueblo, la universidad; y el pueblo ha dado a la universidad el triunfo. ¿Cómo ha de ser la libertad menos bella, porque la adorna la elocuencia y la cultura?

De lo que los pueblos se indignan, no es de ver el poder en manos hábiles, sino de que la inteligencia se ponga al servicio de los que les hacen traición, o se emplee en el provecho egoísta de los que la poseen, con daño evidente de aquellos de menos poder intelectual, que son como menores naturales, puestos por la justicia de lo creado, bajo la curatela de los que vienen al mundo con la fuerza y

a. En LN: «gírar».

la responsabilidad consiguiendo del talento superior. La ley del talento, como la de la dicha verdadera, es el desinterés. Por su utilidad para los demás, se mide a los hombres.

En Massachusetts fue esa la revuelta y vino la democracia joven al triunfo, con métodos y propósitos distintos de los de la democracia viciosa de Nueva York, para mostrar que en el Estado impera la voluntad de reducir las contribuciones de afuera y de adentro, a la suma necesaria para los gastos legítimos del gobierno, a fin de que no tengan las camarillas del Congreso sobrante que roer, y pueda la nación buscarse un comercio natural, y no fantástico y violento como el que se busca por otros caminos, por el trabajo seguro de una población libre y desahogada. En Indiana no le quisieron oír al Presidente las pacificaciones; y está tan alta la democracia clevelandista, que, porque no quede como del gobernador Hill, el émulo de Cleveland, la victoria de las elecciones, por los discursos que en busca de popularidad se fue allá a hacer, van a celebrar una fiesta sonada, una como coronación, de aquel demócrata canoso y sabio que fue candidato infausto con Cleveland a la vicepresidencia, —de Allen Thurman, «el perro del pueblo», que no usa más corona que su pañuelo co-

lorado,—su célebre «bandana». En Ohio la batalla no se mezcló con intereses locales, como en otros de los Estados, sino que fue toda de ira contra McKinley, que en su persona es popular, porque tiene el cuerpo robusto y la palabra resonante, pero no pudo sofocar la oposición que le hacían los campesinos de su propio partido, los de la alianza de agricultores, que se ha alzado terrible; y del primer esfuerzo, en Ohio y fuera de él, dio a los demócratas,—lastimados por sus disensiones y por la política venal de los de Nueva York,—treinta y ocho representantes. Y en Pensilvania fue el fracaso más conspicuo, por lo mismo que es tenido el Estado como el mam puesto del partido, y de su gobierno, y del sistema de protección. Allí es rey Wanamaker, el tendero famoso, a quien Harrison puso de Secretario de Correos por simpatías de iglesia y carácter, según opinión de los benévolos, o por paga del auxilio que en la última hora de fondos escasos de las elecciones prestó Wanamaker, según cuentan los malos. Allí, en Pensilvania, está la casa veraniega que los ricos proteccionistas regalaron a la esposa del Presidente. Allí va Harrison, de paseo preferido, a casa de Wanamaker. Allí era Delamater, proteccionista álgido, el candidato a la gobernación, con apoyo de Quay,

acusado con pruebas incontestadas, como Delamater, de haber desviado para usos personales los dineros públicos. Allí fue Blaine, a decir su discurso mayor, el de que «esas acusaciones de inmoralidad», hechas por cierto por los republicanos, por un representante republicano proteccionista y pensilvanense en el Congreso «eran la máscara del librecambismo», el discurso donde atestiguó que «como Pensilvania votase el martes, votará la nación de aquí a dos años». Con presión semejante, y tradiciones tales, se hizo la elección en el Estado que dio a Harrison, dos años hace, una mayoría de ochenta mil: y fue electo Pattison, el candidato demócrata, por mayoría de diecisiete mil votos. Así el espíritu público, tomando por vehículo lo más puro de la democracia, que se purga y renueva, y la cólera de los agricultores, ha censurado, con una revolución pacífica, la tarifa de McKinley, preñada de abusos domésticos en provecho de los monopolios—y de compromisos internacionales injustos.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
24 de diciembre de 1890

[Mf. en CEM]

# En los Estados Unidos

Variedades de otoño.-El Parque.-El conde de París.-La «Feria de caballos».-El ayunador Succì.-La recepción de Stanley.

Nueva York,  
13 de noviembre de 1890

Señor Director de  
*La Nación*

**E**STÁ NUEVA YORK en el verano indio, y aún verdea el arbolado, en pleno noviembre; el Parque, por la entrada de la Quinta Avenida, es a media tarde, como una fantasmagoría: desde los bancos del paseo de a pie ven los irlandeses retirados, los patriarcas hebreos, los tenedores de libros en asueto forzoso, los mocetones alemanes que están de paso para la tierra nueva del Noroeste, aquel brillante y revuelto séquito de los carruajes, la dama de pelliza blanca, que guía cuatro *ponies*, el secretario ruso, que luce la troika, el landó de blancos muelles, donde triunfa la Otero, la española de cara de virgen, la que cuentan que vivió en amores con el rey Alfonso, la que seduce con el

poder de los ojos más que con el de su canto, y baile, al público enamorado del museo del Edén. Va Cyrus Field, envuelto en pieles. Pasa Jay Gould, en un coche veloz, que culebrea y se desliza por entre los coches, y como que curioseas y ríe como él, y desaparece. Los jinetes vienen y van, unos solos y apuestos, caballeros de damas calípias, otros en montón, hombres y mujeres, que pasean de aprendizaje, capacitados por un conde francés, que está de caballerizo a veinte pesos por semana, o un príncipe en disponibilidad, de a veinte pesos, o un «von», bello como Jesús, que cree, y dice en los papeles, que a maestro como él se le deben dar, por la hermosura, cinco pesos más.

¿No tienen en la ventana de una confitería de Broadway a un irlandés hermoso, haciendo que hace dulces, y en otra más abajo, en la de la tapicería, a un turco de ojos aterciopelados, haciendo tapices, para que las

mujeres vayan a verlos, al pasar por la calle, o entren a comprar dulces y alfombras, para verlos mejor? Y allá va el «von», con la barba en pico y los ojos de cielo, pastoreando su cabalgata de judíos. Los de los bancos, a la última luz, leen las noticias de la tarde—en el Sur hubo un combate mortal, a caballo y pistola, entre negros y blancos:—en Kansas han elegido de juez a un ciudadano que no puede escribir su nombre:—en el Sur han inventado, con gran alarma de los negros del campo, una máquina de recoger el algodón:—el Secretario del Interior, que mandó hacer con sus empleados federales republicanos el censo de Nueva York, replica al gobernador de Nueva York, deseoso de que se apruebe el censo corregido por los empleados demócratas de la policía, que «nadie que conozca a Tammany puede creer que es más honrada la cuenta de los demócratas de Tammany que la de los empleados federales republicanos». La casa de Harper, que antes le negaba al novelista nuevo Rudyard Kipling<sup>693</sup> cincuenta pesos por una historieta de dos columnas, ahora, porque Kipling echó fama, le paga quinientos, y



le pide lo que le desdeñó: Peck, el autor del libro ilustre de las travesuras, *El Muchacho Travieso de Peck*, ha sido electo gobernador de Wisconsin, que es una mala elección, donde el asiento le ha de quemar como brasa viva, porque promete al gentío extranjero del Estado, a la escoria católica de húngaros y rusos, que les enseñará en las escuelas en la lengua de cada uno, criando así naciones diversas dentro de su nación, y a los católicos les hará dotar, de los fondos públicos, las escuelas de su religión. —Nótase de pronto que los carruajes se revuelven y precipitan sobre la entrada. La noche cierra. Unos paran a los pocos pasos, a comer en el hotel nuevo, el hotel «Plaza», donde los militares filomonárquicos dieron de comer tortuga y pato al conde de París, sentado en la presidencia de los cien cubiertos, con la mesa toda de verde y flores, figurando la margen del Potomac, donde el conde anduvo de servicio; y a la espalda del Sillón condal, una panoplia de terciopelo rojo, con tres flores de lis. Otros, de paso para Delmónico, que saca ahora su Johannisberg de lujo para rociar el pavo suave de noviembre, entran a ver los percherones y los Shetland, los trotadores de anca recia, y los caballos de servicio, los árabes, señores del establo como de la llanura, y las jacas de ojos vigilantes de la policía; no está completo el «día de tono» de la dama de Nueva York, si no va a ver correr, trotar,

saltar, competir a la policía montada, a las bombas de incendio, a los coches de correo, a los carruajes de imperial, en la «Feria de caballos», «que ha costado cuarenta mil pesos». Un meditado, arrebujado en su coche de mimbre, va a ver al italiano Succì, que acaba de entrar, en su cuarto del teatro pecaminoso de Koster-and-Bial, en su ayuno de cuatro semanas y media; y comió en la sentada preparatoria del ayuno, sobre anchoas y aceitunas y apio abundantes, con magnas lonjas de pan de centeno y manteca, tres truchas, un plato de *risotto*, un guiso de riñones, un pollo, una coliflor, y una perdiz: desde entonces, se atusa el bigote negro, mira fosco a la poca gente que lo va a ver, y vive a pura agua y tabaco, con uno que otro sorbo del líquido que dice haber descubierto en África, y es éter según unos, o haschisch, o coca. Es hombre de grandes espaldas y se entretiene en quitar y poner en las paredes sus fotografías.

Pero dos horas después, todo lo que en Nueva York tiene coche se apeaba a la puerta del teatro de la ópera, del Metropolitan. Abanicos de pluma, guantes de lavanda, esclavinas de armiño, un zapato con hebilla de brillantes. Por el vestíbulo de oro se entraba a la sala henchida. En un palco de escena, sentada entre flores, estaba la enérgica esposa que quiere ir con Stanley<sup>694</sup> a África. Era la fiesta de Nueva York a Stanley. Cuando

entró en el escenario el hombre recio, el noticiero de hace veinte años, y hoy imperioso, rotundo y de frac, con el bigote de cepillo y la melena de nieve, iban detrás de él los trescientos magnates. Se vino el teatro abajo.

Depew lo presentó, el Depew de las frases felices. Por la sencillez de su exposición, realza los méritos de Stanley. Él sabe que se ha de ser moderado en el lenguaje como en la virtud. Sí: «Los grandes acontecimientos del mundo son las conquistas de Alejandro, los viajes de Marco Polo, los descubrimientos de Colón y las exploraciones de Stanley.» Sí: «Stanley halló a Livingstone, fundó un Estado libre en el corazón de la esclavitud, cruzó el África, puso en mapa sus aguas misteriosas, sus lagos y sus ríos, descubrió las fuentes del Nilo, el problema de las edades, salvó a Emin, amenazado de la muerte.» Pero si un inglés linajado le pregunta en Londres qué hazaña de Stanley le parece mayor, al inglés contestará Depew que «lo más notable de toda la vida de Stanley es que un noticiero de un periódico americano se levante a una situación tal, que con una simple declaración de que Alemania le sacó ventaja a Inglaterra en la demarcación de las tierras de África, conmueva la opinión inglesa, obligue al gabinete a corregir su error, y cambie el mapa».

Y el discurso, meloso e intencional, viril unas veces y cándido otras, enseñaba como toda



la fiesta, el codicioso deseo de recabar para Norteamérica la fama que Stanley ha conseguido, en el servicio de las potencias de Europa, y con sus medios. ¡Pero debajo del deseo, aguileño y excusable, había el pecho franco del trabajador, que goza divinamente cuando muestra al mundo un trabajador triunfante! El decoro da horas sublimes.

Y Stanley habló luego con una voz que no se oía, rápida y opaca; que no se oía desde lejos. Pero de cerca, era como ir de la mano, sangrando, tajando, voleando, cayendo, por aquella floresta abrumadora de parásitas y de lianas, donde los ojos no ven nunca el cielo ni hallan los pies la tierra firme; por aquellas barrancas erizadas de flechas barbudas, y lanzas de veneno; por aquel país de enanos mentirosos, apasionados y vivaces; por aquellas planicies florecidas desde donde se ven, arre-

bujadas en las nubes, las montañas solemnes de la Luna. Y como la montaña era el estilo, con luz de nieve al sol, y formidables estribos y espolones. ¿Se está oyendo a un noticiero de periódicos, a un aventurero despotico y feliz, a un fatalista fanático, o a un poeta épico? ¿Cómo no ha de encantar, si cuenta sencillamente lo que ha visto? ¡Hay quien se empeña en pintar el cielo de azul! ¡Esos son los modelos de lenguaje, las narraciones sinceras! Con lo mejor de la mano del hombre pueden ponerse las líneas, intensas y terribles, en que cuenta Stanley la muerte violenta de su cruel teniente Barthelot. Cuenta en presente, como quien vuelve a ver; y eso redobra el interés de la narración, y su hermosura literaria.

Ni le mueve el corazón la desdicha del salvaje sorprendido en el imperio, batallador y venturoso, de su naturaleza, la

desdicha nativa que arrancaba lágrimas a Gordon; ni piensa en los diversos estados de los pueblos, salvajes todos, y todos nómadas y feroces, a su venida al mundo; ni ve más en el Africa que la tierra que le pertenece, a él, hombre divino, por su derecho de conquista y la fortuna fatal de su persona, que viene hecha del cielo, y ha de llegarle al hombre, bien la espere cobarde, bien le salga al paso. Pero se ve, cuando habla, la agonía de la marcha, el abejo del campamento, el tronco secular que cae envuelto en sus festones. El cielo húmedo y pavoroso. Y el hombre duro y egoísta.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
26 de diciembre de 1890

[Mf. en CEM]

280

# La exhibición de flores

Orquídeas y crisantemos.-Las palmas.-Las plantas humildes.-Una casa de bodas.-El Día de Gracias.

Nueva York,  
28 de noviembre de 1890

Señor Director de  
*La Nación*

NI EN EL MISTERIO de las últimas elecciones pensaban ayer los neoyorquinos, ocupados en celebrar al sol el Día de Gracias; ni en las quiebras, que han sido muchas, porque los negocios artificiales, como la política de intriga, son palacios de barajas, que con una que cae como decían que iba a caer Baring, se vienen al suelo las demás; ni piensan en la guerra temida de los indios *síoux*, que están bailando sin cesar la danza de guerra, con alaridos y éxtasis de fanático pavor, cuando creen ver que baja del cielo, en el lomo de un águila, armado con la flecha invencible, al Mesías, que como un soplo que corte como la hoz, ha de echar de sus valles, de sus florestas, de sus colinas, al blanco que les compró la tie-

rra de sus abuelos por pan y por ropa, y ahora los echa de su último rincón, y les pone a los pechos la artillería negra, cuando los indios, hambrientos y desnudos, van, con la ley de la venta en la mano, a pedir pan y ropa. Ni en la parada del Día de Evacuación se piensa, la parada en memoria del día en que salieron los ingleses de Nueva York, que es cosa de viejos, que halan la pierna de palo, calle sobre calle, con el fieltro a los ojos, detrás de la bandera que ondea en silencio entre la multitud indiferente, y despedazada. Es el día de «mostrar agradecimiento al Ser Supremo», según dicen las proclamas del Presidente de la nación y los gobernadores de los Estados, «por los beneficios de que disfruta por su merced el pueblo más próspero y libre de la Tierra, y por el crecimiento y las grandezas futuras que en sus designios misteriosos le tiene el Ser Supremo a este gran pueblo reservados».

¿Y va el país a las iglesias, a «dar gracias a Dios», por lo que

fue y por lo que dicen que va a ser, con la cabeza mansa del que oye en las alturas el trueno prepotente, y en la mano el devocionario o el salterio? ¡Oh no! El día está hermoso, y la iglesia es el mundo. El cazador sale de mañanita con su perro, a ejercitarse en matar, que es sin duda oficio de hombres. Con el blanco al frente, que es amarillo y rojo, van a los suburbios, donde no dañen las balas perdidas, los clubs de tiradores, unos de blusa y casquete, y calzones a la rodilla, otros de máscara, vestidos de irlandés, en chaleco y sombrero de pelo, con la pipa caída por la barbaza roja, o de chinos y mexicanos, con trajes de seda y alamares de oro, o de sacerdote negro, de espejuelos y levitón, montado en un burro; y otro burro a la cola, con el barril de cerveza. Los pilluelos perorarán en las esquinas, con los diarios bajo el brazo, la colilla pegada al rincón de la boca, y la nariz al viento, mientras abra las puertas algún caserón hospitalario, donde habrá pavo y pastel hasta morir, y «¿quién sabe, Jim, si nos dan para este frío terrible algún chaquetón viejo?» «¡Brrr, Jim, que se me hiela este pie descalzo!» Y niñas y damiselas

pasean la ciudad, con los colores del bando de pelota que van a favorecer en el juego famoso de la tarde, colores que lucen en cinta alegre al brazo de la damisela y en un moño galán al cuello del perro que lleva de la mano. Allá van, y allá iremos por la tarde, a ver cómo juegan la pelota de pie, a rodillazos y cabezadas, ante un circo de veinte mil vociferadores, los once estudiantes de Princeton, amarillos y negros, contra los estudiantes de Yale, los once azules. Allá va todo Nueva York, en coche de campo, con trompetas y mujerío en la imperial;—en los vapores de música y bandera;—en los trenes, que bufan por el aire, ahitos y rezagados. Ahora, entre lo más fino de la ciudad, vamos a Madison Square, con sus torrecillas que parecen banderolas, y la torre mayor que como un asta echa el edificio enorme al cielo, vamos en la mañanita fría a ver la piña triste y la palma a medio helar, y las orquídeas venezolanas y la sensitiva, que dicen que es lo que ha de verse en la exhibición de flores. Y la dionea, la ostra de las plantas, que se abre traidora, enseñando a la mosca incauta el seno de carmín, y sobre la mosca presa cierra los dos pétalos verdes, con pestañas que se montan y aprietan como los dedos de las manos. La «trampa de Venus» llama la gente a la dionea, que es friolenta y menuda, y crece una con otra como chismeando y en rebaño. Al fondo, caídas por el tronco las hojas peludas, como

cabezas de toro colgadas de trofeo alrededor del mástil, domina el jardín, cercado el pie de dátiles enanos y livistonas hojirredondas, la palma del desierto, de abanicos erguidos y vigilantes; la *Seaforthia elegans*. De un tallo quebrado pende un abanico, seco.

Rosas, apenas hay, sino las que componen en ramos, con sus manos ágiles, las doce floristas judías del mostrador redondo, sentadas, con sus ojos negros, y con un clavel rojo en el delantal, entre florones de crisantemos blancos. Y estas ramilleteras de dedos vivaces, con uñas pulidas de corte de almendra, no ganarían los diez privilegios que otorga sabio sumo en el arte fino de las hojas y las flores, a quien las pone de manera, en el vaso de bronce o de bambú, que por el ramo se sepa si el huésped agasajado es hombre o mujer, o si la casa de la boda es del novio, lo cual se dice con las flores rojas, o de la novia, que se dice con blancas. Ni el derecho de tutearse con la majestad, ni la soltura en casa de los príncipes, ni el consuelo de distraer las horas solas, ni el gusto de conversar en familia con la naturaleza, ni la salud de la carne y de la mente, ni el poder de olvidarse de los pesares, ni la bendición del carácter amable y cortés, ni la abnegación y señorío de sí propio, ni el espíritu religioso y respeto de la humanidad, merecen,—a los ojos del vizconde de Tokio que del brazo de su novia

cuáquiera visita la exhibición,—estas floristas culpables que ponen hojas de otoño con flores de mayo, o sofocan un lirio que ha de esplender solo, entre claveles o violetas, o ponen sin respeto, las flores amarillas, que son damas, con las rosadas o púrpureas, que son flores viriles, o ponen a un lado y otro del ramo la misma flor, sin esparcir el color de una parte, con matices afines, de modo que se esquivé la monotonía, o ciñen el ramillete con un redondel de hojas, como la corona de un calvo. La flor es alma, según el vizconde japonés, y ha de hablar a ella. ¿Quién habla en voz alta, en las casas del Japón, cuando están juntando flores? De estos cuidados finos tienen los japoneses el corazón cortés y las manos pequeñas. Y sin ese mimo de siglos, y ese esmero y orgullo de todos, ¿habrían llegado los crisantemos de aquellas mesas, los hijos mayores de la humilde margarita, al esplendor amarillo del kioto, que es una majestad, altiva y crespa, o al candor de la *shasta* erizada, o al rosa blando de la siringa melenuda, o a ese plumón de nieve, el fúlgido *hardy*, o al sol rojo de los rayos blancos, el crisantemo de la maravilla? Mil quinientos pesos vale un *hardy*, en los invernaderos de Short Hill. El vizconde japonés arrebatado, pide allí mismo, en una hoja de su cartera, una maceta de *hardy*, para la casa nueva de la cuáquiera. Lejos, detrás de las orquídeas colgantes, o prendidas de

las ramas de naranjos y de jazmines, brillan en masas, en tres canteros enormes, los crisantemos rojos, los amarillos y los blancos.

El jardín de las orquídeas, por marco arrogante, tiene a ambos lados, con su florón cardenal de erecta y larga espiga, al más bello de los anturios, el *Andrea-num* colombiano: como un asta de lanza sale de la gran flor, redonda y unipétala, el pistilo de granos verdes, recio y apañado como una mazorca. En terrones fibrosos, o en cáscaras blandas, crecen, erguidas o pendientes, las parásitas encantadoras; cuelga el racimo de flor alba de un adontogloso: el oncidio está allí, el de las dos alas, y el que da en otoño su cáliz de más aroma, el cigopétalo lanza al aire, como de una aljaba, sus flechas florecidas, habanas y violetas: el epidendro naranjado, de tallo esbelto, no deslucen el dendrobio tricolor, ni al catleya rosa y lila, con el labio de oro puro: ni puede ninguna de las lelias, frondosas y leves, vencer en finura, ni en el vago rosado, a la armoldiana llorosa. Reina en su especie, y en el jardín, con su manojo de flores refulgentes, como mariposas heladas, la vanda cerúlea. A sus pies, en su tiesto de hilaza natural, se yergue, con las fauces abiertas, el odontogloso tigrado, con la cabeza de unicornio.

Pero los cipripedios, grandes y generosos, son los que se llevan todas las miradas. Los niños

no quieren creer que sean flores de veras, sino pantuflas, pantuflas que han echado tres altas por el talón. Hay pie de mujer que cabe, por supuesto, en el labio colgante con que el cipripedio lustroso ampara de los insectos ladrones su columna hermafrodita, con las antenas machos, como dos orejas, pegadas a la lengua blanda<sup>a</sup> del estigma, que echa tubos abajo, hasta que se juntan con el huevo, los granos de polen que le trae en el lomo la abeja buscamielos, enamorada de la fragancia y el color. ¡Qué insectos, en aquella soledad divina, para estas flores enormes! ¡Qué ir y venir, de la vida del mundo, por el aire tórrido, entre las alas vibrantes, de la abeja fecundadora!

¡Y el pensamiento del cipripedio de poca miel, que echa listas de carmín a lo largo de sus tres pétalos blancos, y bruñe hasta que da luz su zapatilla redonda, para que la visite por la hermosura la abeja que lo desdeñaría, por su exterioridad! ¡Y la estrategia de esas otras flores, que crían crines por el borde interior de su zapatín, para que se le traben las patas al mosco hambrón que viene a beberse la miel sin tamaños para llevarse con el roce el polen de la antera, o a roer, sin dar nada en pago, la piña dulce del polen! ¡Y el tallo peludo, y el barniz de la flor, para que no se le suba la hormiga de veneno, la hormiga colorada! La flor, ¿es alma en cieme, que sabe menos

que el hombre, o es alma en pena, ya a punto de vuelo, que purga en la pelea, -hermoseando, como todo lo que padece, -sus últimas culpas? ¡Si está como que vuela, preso por la cintura en su talle alto, el cipripedio *lenchordum*, con las alas colgantes y picudas, lo mismo que las de una golondrina! Unos llaman pantuflas de señora al cipripedio, de labio afilado como la proa de un bongo, y otros le llaman mocasín, porque en algunas flores es como el zapato indio, redondo por la punta con manchas como cuentas. El cipripedio barbado da flor blanca y carmín; la superciliosa es la de la bota roja, con los tres pétalos listados, al modo del jacinto; la cardenal tiene el botín de sangre, y agudas las tres alas de leche; la *expansum* es de púrpura, con fajas de cebrá; la grande es de brazos alunarados, color de rosa y carne; la insigne, que dura tres meses en el tallo, es de un blanco amarillo.

Apenas visitan los curiosos el cantero de las hojas, donde las begonias no son tantas y triunfa, en su menudez, la más bella de las *campylobrotis*, la *campylobrotis* refulgente, de anverso negruzco y ondeado: es como de terciopelo a la luz de la luna aquel extraño esplendor.

---

a. Ilegible esta palabra en el microfilme.



Las mejores marantas, con sus hojazzas blancas y verdes, bordan el cantero, y sobre ellas impera, entre los crotones lanceolados, de pintas rojas y amarillas, y la *Dieffenbachia* de hoja colosal, entre dratemas matizadas y fandanus estrechos, mananguetas y vriscias, como lenguas retorcidas de cuchillo, entre la hoja de corazón de la alocaasia cebrina y la bicornuda y hocicosa del philoteno de los paseos, la hoja triunfal, veteadas de blanco, del anturio de cristal, que es la felpa más suave, de área gigantesca, y de un brillo fantástico.

Por la calle de los helechos, donde campea en su trono velludo la cythea, alta y finísima, y la asophila de Australia, empina sus abanicos en el tallo de ojos donde rodean el gran asplenio de los nidos, con sus hojas en círculo como una corona de plumas, los adiantos espesos y rampantes, donde, como un vapor se mece, entre pteris y aspidios, el espárrago aéreo; por la venida que bordan, macilentas, la piña enjuta y amarilla, el cactus senil, envuelto en canas despeinadas, y el plátano canijo, con la hoja en guiñapos y el racimo limosnero, se va al oasis de las palmeras, cercado de arena; donde crece, oprimida, la caryota frondosa y el coco de la mar pliega sobre el tronco los abanicos mustios, y la erica de anillos verdes puja la hoja difícil, y no circunda al dátíl, como aroma cuajado, el globo de polen de bermellón radiante. En las es-

quinas, como erizos, abren las púas de su tallo rechoncho tres encefalartos de Lehman.

¡Cómo que no tiene qué decir la gente a las palmas tristes y magníficas! De la caryota hablan más, por su hoja espesa de helecho; de la cucúrligo, de hoja oblonga y de pliegues; de la de Panamá, la palma de los sombreros, que es fina como la seda, de hoja larga y venosa. Las damas de moda, con el traje a rastras, y el talle dorado entreabierto bajo la pelliza de armiño, no tienen ojos más que para los crisantemos y las orquídeas, las flores extrañas y caras. Los pocos hombres andan como perdidos, paseando por donde venden las judías. Los niños van, como sin querer, allá con la flor campestre, a un cantero lejano. Las señoras de edad, los maestros de espejuelos, y algún extranjero, desolado como las palmas, rodean la mesa de las plantas curiosas, donde por sobre el místico papiro, de pie luengo y gentil, sobre la noche ravenala, que da el agua de su tronco al viajero sediento, sobre la sensitiva mimosa, que se cierra al ver venir la mano del hombre, sobre la sarracenia verde, erecta como un cetro, con el remate de casco africano, sobre el arbusto del pino colosal, de la araucaria excelsa, brilla en lo alto el follaje del café como un cesto en una lanza.

¡Qué hay allá, en lo que es de lejos como tienda de campaña,

que no parece que la gente pueda entrar, de tanta que quiere ver a un tiempo? A los niños no se les puede arrancar de las flores caseras. ¿Qué tienen los tiempos, que en la exhibición de flores de hoy se ve el empeño del jardín en mejorar la flor humilde, la flor del campo y de la huerta, como ayer, en la exhibición de caballos, enseñaban con orgullo los criadores las muestras de los caballeros de fatiga? ¿O qué religión viene, que crece la democracia del mundo, y el hombre que se levanta, acrisolado por la pesadumbre, llama a su seno la bestia y la flor? De dalias hay un mundo, y de claveles, y de anémonas. Sin la abeja visitadora están las flores pálidas con las hojas a medio abrir, y manchas por donde rebosa la miel inútil.

La madre selva caída no da su aroma tentador, que es para la noche, al aireabierto, cuando viene el insecto a la golosina del perfume. Allí está la ipomea, con la campanilla a tierra porque no quiere la enredadera sabichosa que le arrasen el almíbar de su cáliz frágil la lluvia y el rocío. Un niño encucillado abre sobre su rodilla una violeta, para que vea el concurso de colegiales aquel arreglo de espuelas y compuertas con que la flor divina cierra y defiende el polen seco, hasta que la abeja, guiada en el viaje entre los pétalos por las venas que llevan a la miel, empuja sedienta la vara de las semillas, que sacude y entreabre las antenas celosas, por donde cae el

lomo visitante el polen. O viene corriendo de donde las judías vendedoras un colegial vano, que no quiere que el de la violeta le gane a saber, y explica afanoso su geranio azul, y las listas rojas que guían a la abeja a donde está la miel. La flor de salvia es el asombro de un grupo de niñas, porque tiene una abeja de cera que parece de verdad para que los niños vean cómo se mete la abeja con las alas polvoreadas de amarillo, por entre el estrado que le pone la flor para que no se canse la visita al posarse, y la caperuza que guarda del viento las varas, cargadas de la semilla.

¿Por qué es pegajoso el tallo de esas flores, sino para que no se la coman las hormigas? ¡Y esas flores de noche, que no tienen colores! ¡Qué tristeza; ver tanto y saber tan poco! Menuda, como riéndose, está en su arbusto retorcido de granos colorados, pimienta cayena.

Y ya se ve, por sobre las cabezas del gentío, el cartelón de la que parece tienda de campaña. Las que entran, están allí largo tiempo. Las que salen, como sin voluntad, salen cuchicheando. Es una sala enflorada como para bodas: «¡Boda en la casa!» dice el cartel: y está el salón con todo el lujo del país, y

los adornos florales como el florista quiere que estén, no con su gracia natural, de modo que cada flor tenga sentido y cuente el cuento, y con su misterio y delicadeza realce la santa función, con uno que otro penetrante clavel, que haga en la fiesta el oficio del bufón catedrático en las bodas chinas, sino en masa ostentosa, a ver quién gasta más, sin cuidar de que los colores sean reservados y elocuentes, y de que la flor toda de la casa dé la idea de un beso en la mano. Se echa la muchedumbre, de seda y terciopelo, sobre la cinta blanca que hace de barrera. De tapicería pintada a mano con los muebles, de espalda cuadrada y pies retorcidos, con el maderamen de oro. La alfombra no es de una pieza, sino de muchas alfombrillas, del color rico del bosque en otoño, y por entre ellas se ve el barniz del pavimento. A un lado, ahogada entre palmas y helechos, está la chimenea, grande y de caoba rica; la chimenea del frente es toda de palmas, en el hueco de los leños, y la repisa es monte de espárragos, y adiantos; con un golpe de rosas blancas a occidente, cuando a oriente es donde está la flor en los matrimonios, y sobre el conjunto, las centifolias fofas, rosadas y blancas.

Los espejos son bellos, con la luna redonda ceñida de la obra fina de oro que remata en el candelabro de dos bujías, y a un lado, al descuido, las rosas de té, o blancas con una que otra rosada. En las esquinas, al entrar, hay dos palmas suntuosas, en tibores azules; y al fondo una esquina tiene un gran vaso mandarín, azul también, con la guirnalda alrededor, lleno de blancos crisantemos; y en la otra, sobre un juguetero de cristal y oro, una urna de ónix. ¿Y por qué habla bajo, cabeza contra cabeza, como si se dijese un secreto, la muchedumbre de terciopelo y seda? Allí, frente a la ventana volada del fondo, que imita el altar, está el reclinatorio, con la guirnalda de colorín, que le arrastra a un lado; y en la ventana como de un dosel, cuelgan, sobre donde hubieran de estar los novios al cambiar de anillos, hilos de rosas blancas, rosadas y amarillas. En un rincón, porque está de moda en Inglaterra, una flor amarilla menuda en tiborettes azules.

José Martí

**La Nación**  
Buenos Aires,  
11 de enero de 1891

[Mf. en CEM]

281

# En los Estados Unidos

Congresos.-La convención de los campesinos.-  
Judíos y cristianos.-Las «Hijas del rey».-Las  
mujeres de Sorosis.-Buques.-Los del Brasil.-  
El Congreso en Washington.-Resumen y ojeada  
política.-Actualidad y probabilidades.

Nueva York,  
2 de diciembre de 1890

Señor Director de  
*La Nación*

**N**O HAY MANO en estos días fuera del bolsillo, porque el aire transparente y azul las hiela en cuanto osan salir de él. Los hombres se saludan a espaldazos, so pretexto de amistad. Las mujeres, metidas en el manguito, corren de cara al viento. Y así, como el día, está la nación: todo son manotadas, encontrones y carreras;—los indios del Noroeste, remoli-neando por sobre la cabeza los rifles, se entran al escape del *pony* por las barrancas de Dakota, derribándole al yanqui en el camino las casas de madera, sacándole las butifarras y el jamón de las covachas, donde vive el dakoteño troglo-

rita:—del Noroeste bajan los campesinos, envalentonados con su triunfo en las elecciones, a tratar en la convención de Ocala de la defensa del interés agrícola y el modo mejor de ir sacando el país, poniéndose todos los pobres pecho a pecho, de la burla en que lo tienen ahora los monopolios, y los políticos hambrientos que los sirven:—del Este y Oeste viajan a Chicago, para reunirse en junta nunca vista, los rabís más notables de la religión hebraica y reverendos cristianos de mucha nota, a fin de ver cómo se van ligando, sin el recelo feroz que el de Cristo le muestra al de Moisés, los que hasta hoy, en la casa mayor del pensamiento libre, se niegan el saludo, con una mirada que no está lejos del gatillo:—de la república entera acuden a Nueva York, a declarar que tra-bajan «en el servicio de Dios

que ama por igual a todas sus sectas», las afamadas «Hijas del rey», que empiezan a ser como las hermanas de caridad de los protestantes, y tienen por empleo, para mayor gloria de las iglesias unidas contra el infiel, visitar a los enfermos, y alegrarles las casas, regalar medicinas y flores y libros, enviar bombones, envueltos en páginas del Evangelio, a los niños de las iglesias remotas, levantar casas de reunión para las mujeres, con su convivialidad y su té de vez en cuando, en lo más fétido y tupido de los barrios pobres:—del Este más que del Oeste, son las representantes congregadas, sin miedo al hielo, en la asamblea de las Sorosis, que van cayendo en cuenta de que la mujer pierde, más que gana, dedicándose a labores que rebajan su inefable ministerio natural, y es preciso prepararse, en esta nación de huérfanas y de viudas, para la batalla, diente a diente, con el lodo a la rodilla y la agonía en el corazón, pero de modo que no acabe en veneno lo que la naturaleza destinó para perfume, ni pare la mujer del Norte en ver el matrimonio como un

hospedaje, que se deja cuando la comida y la cama no son buenas, y la maternidad como un cebo la primera vez, que sujete en la trampa al marido transeúnte, y los demás hijos como molestia y aborrecimiento: pues «sin el freno de seda de la mujer, y un alma desinteresada ante quien ruborizarse, ¿qué va de bestia a hombre?»

Los buques mismos de la armada han venido de paseo, el *Vesubio* y el *Delfín*, y el *Filadelfia* y el *Yorktown*, para saludar con burlas a la *Guanabara*, de madera, y con respeto al *Aquidaban* de hierro, donde vienen, con la tripulación moribunda de frío, el almirante y el capitán que traen del Brasil la medalla de oro, de rica labor, con que «la república más joven de América, saluda a la de más edad». «¡Estoy seguro—dijo el almirante en su conversación de llegada,—de que esos cañones no se volverán nunca contra la República del Brasil». Y habló el almirante, en las primeras copas de la amistad, de que el Brasil no será república de viento, que de un soplo de iglesia puede venirse abajo,—de que veía sin miedo, y con admiración, el crecimiento de la marina de los Estados Unidos, que para el noventa y tres quiere tener llena la mar,—de que no tiene a mérito suyo, el almirante Silveyra, la fortuna que lo ha traído a mandar «ese querido *Aquidaban*». Como barajas, en el buque mal dispuesto para este hielo traidor, iban cayendo los marineros mientras brindaba el

almirante,—heridos en el costado por la pulmonía:—del recibimiento salió un prócer para llevar una cinta en el funeral del alemán Augusto Belmont, el banquero de los demócratas, quien fue negociante de verdad, que no contrajo deudas sobre provechos por venir, ni creó compromisos presentes, en vista de ganancias futuras, ni levantó palacios sobre pompas de jabón, sino que sobre la fortuna segura prestaba con moderación, y no compró caballos finos hasta que no los pudo pagar con lo sobrante de su renta, aunque el caballo era tal pasión en él, que ha muerto del frío crudo de la exhibición de ellos, donde estuvo de la mañana a la medianoche el entusiasta caballero, midiéndoles el paso a los trotones y el anca a los de tiro, y la hoz del lomo a los de arnés; en el funeral, cinta contra cinta, iban silenciosos los dos candidatos demócratas a la Presidencia,—Cleveland y Hill.

Pero de Washington es de donde todos quieren saber. Ni la pelea magnífica de Parnell con sus segundos hipócritas y envidiosos; ni la de Stanley, que aún no sale de banquetes, con los cómplices en la conquista, brutal y mercenaria, de la floresta negra; ni el estreno del Club de Gimnasia de Manhattan, que tiene de capellán al primer obispo protestante del país, y acabó debajo de las mesas, con los socios de frac bailando en coro alrededor del monte de bote-

llas, y la presidencia besando a los criados,—distraen un instante apenas la atención de la reapertura solemne de las sesiones del Congreso de Washington. Allí, de días antes, con la tenacidad del náufrago, los que quieren que el Congreso les cumpla las promesas que le pagaron, cuando las elecciones, de antemano,—allí el subvencionista, clavándole al Presidente una cláusula en el mensaje,—allí el abogado de pensiones, bregando por sacar triunfante, con el interés de los poderes nuevos que le habrían de caer, la ley que funda una pensión vitalicia, de a centavo por cada mes de guerra, a todos los que, de pinches o de generales, estaban en el ejército cuando la pelea del Sur.

¿De qué han de hablar en el Arlington los diplomáticos recién llegados, sino de las revelaciones que una mano oportuna, como para pulsar el país, ha echado a luz en las columnas del *Herald*, que esconde mal su fe en la campaña agresiva que le crece en la sangre al Norte, y se prepara a arremeter al son de ella? ¿De qué han de hablar sino de la nota famosa del difunto Schuyler, el teniente íntimo de Blaine, donde exhorta al Norte a acaparar cuanto puede ser suyo, antes de que echen cuerpo los que están hoy como desmigajados, y no sea tan fácil como ahora «valerse de la oportunidad feliz»?

De todo hablan a un tiempo en los corredores de los hoteles, en las juntas misteriosas de esta



casa y de aquélla, en la Sala de los Ecos del Capitolio. «Harrison ¿qué ha de decir en su mensaje, si nada puede decir, porque a lo de McKinley le ha contestado el país desensillando al partido de la tarifa, y en lo de la plata, que pudiera conciliarle a esos campesinos terribles, no le deja el Oeste declararse por el bimetal, ni el Este tomar fila con los de la plata única y libre?». «Ya sabemos que va a decir que la reciprocidad es buena, y que con ella nos vamos a salvar los republicanos en el noventa y dos; pero en esto de la reciprocidad no hablará con mucho énfasis, porque el juego lo guía el otro para su interés, y a él no le agrada poner ases en la mano de otro: ni esto de reciprocidad es mano cierta; porque entre el proyecto y la realización está un manajo de repúblicas, que en el comercio legítimo sí nos aceptarán, pero no han de sacrificarnos su comercio con el mundo, y su independencia, para poner una pluma de triunfo en el crestón de este o aquel gallo de nuestra política». «¿Qué va a hacer el partido republicano en las semanas de victoria que le quedan, antes de que venga a sus puestos el Congreso democrata? ¡Pues sacar, por sobre todas las cabezas, la ley de vigilancia en las elecciones del Sur, para compensar con el voto fanático de los negros la pérdida segura del voto campesino y obrero del Norte! ¡Y más pensiones, para que no haya soldado, o pariente de soldado, que vote con la

democracia! ¡Y defender una a una la tarifa nueva, para que se crea que de veras está con ella, y tiene fe en ella, el corazón del partido! ¡Y “no andarse con juegos”, como dice el presidente Reed, “con los demócratas”, que ya se disponen a pedir la revisión del arancel; para que no les digan que perdieron un solo momento en cumplir el mandato de revisión, de reducción de la tarifa, con que fueron elegidos!». «¡Saldremos, pero antes nos hemos de forjar las armas que nos servirán para volver!». «¡Y esa alianza indomable de los campesinos, que no nos quiere a demócratas ni a republicanos, y elige del primer ímpetu tres gobernadores y treinta y ocho representantes, y dicen que se va a ligar con el partido de los obreros, con los “Caballeros del Trabajo” de Powderly, para demandar, como tercer partido en la política, arrancando de la plata libre y del préstamo del dinero público a los propietarios rurales, nada menos que la nacionalización de la tierra, y la de todos aquellos servicios que por la naturaleza pertenecen a la nación, como telégrafos y ferrocarriles, porque la sustancia de ellos es la tierra pública, y su fin, y la razón de su ser, el beneficio público! ¿Pues no dice la alianza que los hombres son aún esclavos disimulados, muy sabihondos ya para contentarse con el mero nombre de libres, y servir a los contratistas de ahora, por la traición del Congreso mismo que eligen para defenderlos,

como los siervos de la tierra servían, antes de la Revolución Francesa, a los contratistas de entonces, ayudados por la camarilla del rey?»

«Estos discursos no tendrían nada de particular, porque del año cincuenta y nueve acá, venimos teniendo estos partidos “agrícolas”, u “obreros”, o “industriales”; pero lo de ahora no es sombra, porque nada menos que Ingalls, el más brillante de los senadores, tiene que salir del Senado que preside, porque la legislatura de su estado, que es toda de la alianza, se niega a reelegirlo; y ahí están los demócratas temblando, lo mismo que nosotros, puesto que a los republicanos no nos quieren porque preferimos los banqueros y los fabricantes del Este, que piden oro y protección, a los campesinos del Oeste y el Sur, que desean precios bajos y plata sin límites, y a Cleveland, que parece el candidato inevitable de la democracia para la Presidencia, no lo quieren tampoco, porque su tarifa baja les gusta, pero no lo que hizo con la plata en la Presidencia de antes, que fue enemigo de un peso blanco que es un engaño nacional, porque se obliga a la nación a comprar como dieciséis lo que sólo puede vender como quince y medio al mundo».

No hay más que poner el oído, según la opinión de un viejo, para entender que se está en vísperas de un reacomodo más justo, o de un empleo extraño, de los factores nacionales.

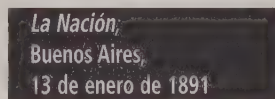
¿Vencerá algún capitán astuto de los republicanos, componiendo, con ofertas ocultas y sombrías, las diferencias del oro del Este y la plata de los campesinos, y creando, so capa de oportunidad inminente, un partido de política continental, que tenga por base la reciprocidad forzosa, grata a un tiempo al país que tiene el gusto y la idea de la expansión, y al partido deshecho y rico que se va a salvar con ella,—grata a la vez al manufacturero del Este, que no puede vender, y al campesino del Oeste, que no vende tampoco y tiene casi toda la tierra hipotecada? ¡Por la bolsa se va al crimen! ¡Y las naciones suelen disfrazar el robo de grandeza!

¿O podrán más, en el consejo de la alianza de los campesinos, los abogados de la tarifa baja que los de la plata libre,—y vencerán con su apoyo, y el

ímpetu moral que les vendría de él, los demócratas reformistas de Cleveland? ¿O se ligará con los amigos de la plata libre en la alianza el gobernador Hill, el demócrata rival de Cleveland, e irá a una derrota merecida y cierta, con un programa de componendas inútiles y fatal en una época de decisión, lo más bajo y desacreditado del partido democrático? ¿O pondrá la alianza de campesinos, con prisa imprudente antes de la madurez, un candidato inútil para la Presidencia, dejando frente a frente, con sus huestes trastornadas, al republicano que imagine el programa más acometedor y pintoresco, y al demócrata que encabece y represente la política de justicia y moderación con que acaba de vencer el partido? ¿O si se quita a tiempo el viento de las velas a la política continental con que pudiera triunfar el

republicano, y por lo local y estrecho de su programa no puede subir la alianza a partido de la nación, vencerá, sin más enemigos que los republicanos descompuestos y los demócratas alevosos, y con la ayuda de lo mejor de la alianza y el crédito de las reformas del año entrante, la misma masa moral que ha dado ahora su victoria estruendosa a los demócratas? ¡No en vano, al inaugurarse las sesiones, vino Reed a su puesto de presidente sin la famosa faja azul, y McKinley llevaba una gran corbata negra!

José Martí



[Mf. en CEM]



---

1891







# Carta de los Estados Unidos

Muerte de Bancroft y de Windom.-

El general Sherman.-El cumpleaños de Lincoln y el centenario de Cooper.-Universidad viva, y ricos inútiles.-Los cuadros de Seney.-La carta famosa de Cleveland contra la plata libre.

Nueva York,  
febrero 11 de 1891

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

**A**YER CAÍA Bancroft, el último de los historiadores retóricos, frívolo e injusto, amigo de Bismarck contra los franceses: el que puso la mano en Texas y en California. Cayó en seguida Windom, el Secretario de Hacienda, con la espuma del discurso en los labios, su discurso contra la amonedaación libre de la plata, y en pro de ir echando el poder, so capa de reciprocidad, por donde quiera que se pueda: hombre robusto Windom, hijo de sí, pensador sereno y fuerte, moderador a la vez que agente de los ricos, padre dichoso, en cuya casa, por el cariño con que todos se veían, no parecía que se apagase nunca la luz; cayó, ya se sabe, de la silla del

banquete al suelo: lo llevaron en brazos sus amigos: expiró, en el cuarto de al lado, entre cuchicheos lúgubres: iba de frac y corbata de seda: le echaron sobre la cara un paño blanco.

Ahora está Sherman para caer, el general acre y rugoso, el último de los tres grandes generales de la guerra, que todavía no se había apeado del caballo, ni del mundo sabía más que lo que quedaba en él por conquistar. Danzarín, el bravo viejo y de lengua dura. Al que le negase que su fama llegaba al cielo, lo latigueaba con la lengua. Y lo acorralaba; o volvía a casa rugiendo. Lo veía el Norte como al tiempo vivo, e imperaba, desde que murieron Grant y Sheridan. Un mérito tuvo siempre, aunque deslucido a veces por el encono personal, y fue el de decir lisamente lo que pensaba. Para él el ejército era la casta suprema de la República, y por los rincones se daba la mano

con la religión. No era, no, de los que se bajan del caballo, a partir la capa con el triste sino de los que se montan en la locomotora rubia y aplastan a la pobre «Niñita»,—la enamorada de la novela, la que se enamoró del galán de otro país. ¡El amor en casa! No era de los que gozan en ver crecer al hombre, sino en arrollarlo.—Pero de una cabalgata, cuando la guerra, atravesó Georgia, arrasó el campo enemigo, y salvó el ala federal amenazada. Y en Shiloh, cuando Grant aturdido volvía atrás, se echó a las balas sin sombrero, blasfemando y relampagueando, y ganó Shiloh, la primer batalla decisiva de la guerra. Sólo que estos hombres son como los martillos, muy buenos a la hora de machacar; pero cuando se han de juntar las piedras, que es en lo que está el arte del gobierno, el martillo ha de guardarse, con doble llave y con mucho honor, porque el gobierno quiere mano sutil y delicada.

A Sherman no le parecía bien Cincinato,<sup>695</sup> sino Wellington.<sup>696</sup> El que defendió al país es santo, hasta que emplea en turbarlo el crédito que ganó con defenderlo. Lo hermoso en Sherman no es la lengua áspera, ni la ambición celosa, ni el genio

militar, ni su independencia gruñona, sino el no querer morir, el resistirse a morir, el echar la muerte atrás, hasta que llegue de Europa su hijo: «Cuando venga Tom, bueno». «He vivido como lo entendí, y no le tengo miedo a nadie».

«¡Atrás, hasta que venga Tom! le he prometido que nos volveremos a ver!»—Y en su camisola de enfermo, salta de la cama, y pasea febril el cuarto.—De toda la nación envían a saber de él. Un policía guarda la puerta de la casa. Tom se embarcó en Europa antier: Tom es jesuita.

A esa misma hora, donde quiera que había hombres, celebraban en todos los Estados Unidos el cumpleaños de Lincoln—ya en convivialidades políticas donde era Lincoln el pretexto, y la política del Partido Republicano lo real—ya en sociedades de letras, de estas que hay acá a miles, y donde el hombre aprende a pensar en pie, a conocer al hombre, a pararle las estocadas, a respetar a los demás y a usar de sí,—ya en las iglesias, que son acá como el ágora y el foro, por donde sube el pastor a perorar sobre el asiento vivo del país, y se habla del Dios nuevo, que es aquel mismo de Abraham, cuando el patriarca echó a la noche oscura al peregrino hereje y Dios piadoso bajó del cielo a reñirlo, y a decirle que saliera a la noche, si de verdad amaba a Dios, y trajera al peregrino a la tienda: «¿pues he soportado yo durante trescientos años que me niegue, y tú no

lo soportarás bajo tu techo una noche, cuando en nada te ofendía?» Con las palabras de un francés sagaz, de Jean Honcey, un francés nuevo, acababa uno de estos pastores el discurso en que alabó la cristiandad de Lincoln y su religión sin sotana: —«Hacer al cristianismo laico sería, después de todo, al devolverle su forma original, el modo único de devolverle su fuerza y su verdad primeras».

En una de las sociedades de letras; de esas en que se juntan a la callada unos cuantos amigos, que han jurado en su corazón servir a la patria bien, a estudiar sin embozo y sin pompa los asuntos políticos, a leerse los juicios de los libros que cada uno lee, a repartirse el estudio de cada tema vivo, para abarcarlo luego juntos, mejor y en menos tiempo,—a hacer, libro en mano, el ejercicio de la razón; —en una de las sociedades, el orador celebraba en Lincoln aquel perdón continuo, aquel llamar a sí a los enemigos tenaces, aquel reducir a la abnegación a los amigos impacientes, aquel hablar desde la Presidencia con el fuego y las figuras del pueblo en mocedad, aquel salir regocijado; sin más ceremonia que la camisa de dormir, a abrir la puerta, bujía en mano, al Secretario de la Guerra que le llevaba, a media noche, la noticia de que se había ganado la pelea trascendental de Gettysburg. «Ese es el *yankee* típico», decía entusiasta el orador; «y no el ceremonioso, el frío, el monárquico, el encasacado Washington!»

Pero no fue en esa asamblea; ni en la de los templos; ni en la de Legión Leal de Washington, en que habló por México, sobre el tema de «Nuestra República Hermana», don Matías Romero, y dio a la idea universal menos parte de la que tiene, por sobre el influjo indirecto y tardío de Norte América, en el advenimiento de la «Última República», el brasileño Mendonça, —donde se dijo o vio lo más notable de esta noche conmemorativa,—sino en el banquete que dio en el salón blanco y oro de Delmónico, donde cayó muerto Windom, el Club republicano de Nueva York. Generales había allí; y senadores y gobernadores; pero todos, como hijos, saludaron frenéticos a un anciano amulatado, de ojo saltón y labios gruesos, y el cabello de plata y la ceja cerdosa,—a Hannibal Hamlin, el que fue con Lincoln vicepresidente, en la primera presidencia:—«Lo que veo», decía el anciano, «no es para hablar mucho. Mejor es no hablar. Yo viví cuando aquello era vivir. Yo soy joven, joven en republicanismo, aunque muy viejo en años. Aflígeme, aflígeme mucho la conducta de algunos de nuestros Representantes. Eso llena de sombra mis últimos días. Padezco, padezco hondamente de ver el deshonor, y la degradación de algunos de nuestros Senadores».—Y se sentó, sombrío, y temblando.

Esa noche era de centenario en el Instituto de Peter Cooper, aquel sublime varón, que empe-

zó a vivir de mancebo de pulpería, y empleó su riqueza en edificar, donde vendió sal y pimienta, una Universidad práctica para los pobres: y no de latinos inútiles, que el mismo Amunátegui,<sup>697</sup> peritísimo latino, reemplazaba en dos colegios chilenos, hace poco, por las lenguas modernas; no de «gramáticas vacías», como decía Milton, gramático sumo; no de esas semiciencias de pelear, que hoy son y mañana no son, y dan por novísimo y de Darwin, lo que es de Diderot, o de Aristóteles: sino de aquellas artes amenas y serviles con que hombre y mujer pueden a un tiempo ganar el pan y levantar el corazón,—de aquel saber del cuerpo humano, que nos mantiene ágiles y generosos, y felices,—de aquel estudio de la política real, que preserva en el pueblo educado la dirección de los negocios públicos, y resiste la colaboración excesiva de la persona autoritaria o brillante,—de aquel conocimiento amable y original que el trabajador, cansado del día, recibe sin esfuerzo, en clases orales, y sala cómoda y de mucha luz, con la lección pintoresca que se le pone delante de los ojos.—Aquel gran práctico, cuyo corazón era un salterio, basó la enseñanza de su Universidad —¡qué oportuno ejemplo!— sobre el poder asimilador y originario de la imaginación.—¡Enseñase con poesía!

Y el centenario era de él, del día en que nació, en una miseria del Nueva York de entonces, el

que, en su propia casa de gloria, en su propia Universidad de los pobres, jamás habló a un discípulo con la cabeza cubierta, jamás habló a una mujer, discípula o maestra, sino en pie. ¡Lo quieren!: tiernísimamente lo quieren Rebosaba, en hombres de veras, la sala de la ceremonia: en mujeres, que le deben el pan que comen, el arte que las consuela, el marido culto, que hace feliz la casa. Más de una pareja absorta, salía al frío de la calle sin haberse puesto los sombreros. En mucha casa, mucha, había un florero con lirios al pie de un retrato de viejo, de espejuelos, de melena, narigón y amoroso, de patilla en barboquejo. Y el orador fue un hombre joven, el rico Seth Low, que ama y goza la vida, y anda en coche, y aun lleva su violeta o su rosa en el ojal de la levita; pero dice que «echarse a dormir sobre la fortuna, y descuidarse el estudio de los negocios públicos, y la elevación de los desheredados, es delito pleno y punible, de traición a la patria». «Poco me falta», dijo un día, «para pedir, desde mi silla de rector de la Universidad, una ley contra los ricos inútiles».

Esa noche era de centenario en el Instituto de Peter Cooper, y de remate en la colección de Seney, donde hay un Millet,<sup>698</sup> *El Ciego Tobías*, que vale más que el *Angelus*,—y una iglesia magnífica, encendida y olorosa, del español Benlliure;—y Díaz sin número, aquel Díaz que pintó como con joyas amasadas;—y un

Cázin que hace llorar: una familia campesina, la madre sobre la yerba, con el manto por los hombros; el niño en sus brazos,—el hombre, a sus pies dormido, rendido: cerca el bordón; cerrado el cielo; lejos, la casa. Mucho Corot místico; mucho Daubigny recio; mucho Dupré resplandeciente; Delacroix, un león que huela y un tigre que salta.

Pero de todo se hablaba menos que de la carta famosa de Cleveland, a la reunión antiplatista que hubo en Cooper, declarándose denodadamente, —contra la opinión y el reto mucho prohombre de su partido,—hostil, hoy como antes, a la amonedación ilimitada de la plata. Ya lo azuzaban. Ya lo burlaban. Ya su enemigo mayor, el *Sun* poderoso, le decía «hombre sin cintura» y «valiente de medio pelo». Ya lo tachaban de candidato astuto, que calla en lo que les pudiera comprometer; o se vuelve atrás de lo que dijo, para no poner en riesgo su candidatura. Ya parecía su candidatura inevitable y asegurada, porque Hill, el gobernador de Nueva York; que mueve a Nueva York como a una perinola, y era el rival temible de Cleveland para la Presidencia, consintió en comer, y en brindar por Cleveland, en la mesa de paces que, con un gallo de azúcar en el centro y muchos próceres alrededor,<sup>a</sup> hizo servir en el Club

a. En EPL, punto y coma.



de los Demócratas, iluminado a toda luz, un coronel Brown. Pero lo convidan los antiplatistas a su asamblea, y él, que cree que la idea de «la plata libre» fomenta el espíritu demagógico del país con esperanzas falsas, y arriesga los negocios de la mayoría de la nación para el provecho, transitorio y culpable, de algunos miembros de ella, de un grupo escaso de dueños de minas;—él, que sabe que con esta opinión se granjea la enemistad, acaso invencible, de los platistas demócratas del Noroeste, donde por lo demás lo proclaman y miman,—él declara, en la carta de hoy como en el mensaje de hace tres años, que

el dinero, que es el medio de comercio entre los pueblos del mundo, ha de ajustarse al concepto que tengan de él los pueblos del mundo,—que el modo de un metal no es, por supuesto, sacar a la circulación una suma mayor de él que aquella que se demanda, —que el oro, antes de cambiarse por una moneda ficticia, despreciada y rechazada, se esconderá hasta mejores tiempos, y el comercio se quedará sin la moneda precisa para los cambios;—que el oro, en que hay que pagar al mundo, se pondrá inmediatamente a premio en el país, que tendrá que pagar, y no tendrá oro.—Y otras cosas graves, que la carta no dice; pero

parecen aconsejar prudencia urgente a los caballeros del águila.—«¿O quieren los platistas», parece decir la carta, «subirse en el lomo del ave nacional, y declarar esclavo al mundo?» —No se habla más que de esta carta viril, de Colorado a Washington.—«Por esta carta», dice uno, «dejará de ser Cleveland presidente».—«¡Lo será», dice otro, «por esa carta!».

**El Partido Liberal,  
México,  
25 de febrero de 1891**

[Mf. en CEM]

# De Washington

## La comedia de *El senador*

Nueva York,  
18 de febrero de 1891<sup>a</sup>

**D**IJO ALGUIEN que es un delito la cortesía, y se ha de predicar la brutalidad como virtud, y el odio a los hombres cortesés? ¿Dijo alguien que debe tomarse a mofa el tráfico en los negocios públicos, y dar un voto por una reclamación a cambio de otro voto por un ferrocarril, o negar, si no se recibe otro en pago, el voto justo? ¿Dijo alguien que toda la honestidad es *yankee*, de Portland a California, y todo lo vil es extranjero? ¿Dijo alguien, en una comedia cosida con hilo de afuera, y tomada del Palais Royal o el Odeon,<sup>699</sup> que lo de afuera se ha de abominar, abominarlo todo, por satánico e hipócrita? ¿Dijo alguien que un comediador honrado ha de ganar aplauso para sus comedias halagando, en vez de corregir, las preocupaciones populares? Pues esa es la comedia famosa de *El senador* de un remendero Sidney Rosenfeldt, que hace comedias norteamericanas con retazos de su ídolo Sardou.

En Washington hay que ver la comedia, porque la escena y los caracteres son de Washington. El patio se llena de las hermosuras ostentosas de la ciudad federal, que es plaza a que concurren, en rara abundancia, las mujeres de belleza opulenta. Los palcos, repletos, están llenos de Senadores. Aquí y allí, sin saber a lo que van,—porque si lo supieran no irían,—están los ministros de esta o aquella república, el ministro de Austria, el ministro de Portugal. Mientras se alza el telón, un anciano meliloco, un senador retirado, cuenta a un ministro de lengua española lo que ya él sabe: que la acción de *El senador* está basada en el caso real del barco que defendió de los ingleses, en 1821, el *yankee* Armstrong, cuyo barco acabó quemado en la pelea, y pasaron años antes de que el Congreso resarciese el importe al capitán patriota,—que *El senador*, tal como sale a tablas, es copia verídica, en su brusca virilidad, de un Senador Ciruela, que lo fue todo en el mundo antes de venir, en premio de una corazonada, al Senado. Y el

anciano meliloco, de ojos tierrosos y nariz rapante, habla, como para hacer boca, de «lo inquieto que está el pueblo de verse rodeado de fortalezas extranjeras, el Canadá, las Bermudas, Cuba»,—de que «por los tratados de reciprocidad va a empezar a suceder, para dentro de poco, algo notable en Cuba»,—de que «con los negocios más estrechos, se espera y se prepara una unión más estrecha, con Cuba». Se levanta el telón: una hija fiel, una hija del Sur, está dando de comer, lo de la propia cecina de sus manos, al octogenario que sólo vive para ganarle a la niña el pleito que le tiene puesto al gobierno, el pleito del barco que quemó—su padre en la defensa contra el inglés. El corazón se va al instante a este padre Patético. Entra la hija con la sopera, la hija Mable, y dan ganas de besarle la mano.

Y enseguida empieza la trama a enredarse, una trama cuádruple, que va toda en hombros

a. Se añade «de 1891».

de *El senador*; prendado de Mable.—Mable, sola con la vejez, está a punto de amar a un Conde barberil, un Satanás de ensayos, un seductor de perfume y corsé, un ministro austro-húngaro. «El autro-húngaro propone, con éxito, la fuga a la esposa, inexperta y desatendida, del secretario de Estado,—la esposa de *Nos Intimes*,<sup>700</sup> que ya al caer saca a salvo la virtud, porque se la vela *El senador* amigo.—La hija del Secretario, la hijastra de la amada del Conde, es como, las francesitas ingenuas, mona y pura a la vez, y quiere al que la quiere, que es un mozo elegante y acometedor, secretario del senador Rivers. Con el senador Rivers, brioso e indómito oesteño, ajusta «alianza mental» una viuda amigable que quiere a Mable, la niña del pleito,—a la mujer del Secretario de Estado, a Jossie la hijastra,—a cuantos hombres ve, adora, y olvida, hasta que da con el marino enamorado de Jossie, copia, en carne *yankee*, de cachazudo de todas las comedias, de *Divorçons* y de *La sombra de Torquemada*, que en los casos más difíciles «*va volando*». Y para hacer reír, una viuda cómoda, que a cuantos conoce pretende, y cuenta al Senador cómo es «la tumba del difunto», y está en la trama para llevarse a los personajes que estorban. Para la risa burda está un chino, el secretario de la embajada celeste que va como el inglés de *Pepe Hillo*,<sup>701</sup> o el de aquella comedia de Scribe,<sup>702</sup> tomando notas de absurda sátira,

de cuanto husmea y ve. ¡Ah! y un pícaro, un pícaro redomado, agente de malas causas, que pretende, como en las operetas de hace cuarenta años, la Legación de Bolivia.

Mable se salva, porque el Senador gana su pleito, en una campaña, simpática y vertiginosa,—y desenmascara al Conde, a quien le oye la declaración de amor a Mable la esposa del Secretario, a quien el Senador, que la oculta tras una cortina de su casa, salvó, por un arreglo de carruajes con su secretario y la viuda joven, de la fuga que le había aceptado al Conde: Mable se salva, y se casa con el Senador.—Se salva, desde el segundo acto, la esposa del secretario, que cae en brazos de su esposo, lo mismo que la arrepentida de *Nos Intimes*. Jossie, la hijastra se casa con el secretario del Senador, a quien este, amigo de los mozos intrépidos, «que no pierden tiempo, y sacan el golpe del hombro», hace director de uno de sus ferrocarriles.—Con su marino despacioso se queda la viuda volátil, que está allí para que se vea cómo pueden ligarse, por el talismán del amable comediador, la virtud real y la liviandad aparente, la liviandad fría y continua que los observadores suelen tachar a las viudas de la república rubia.—La viuda anciana se queda sentada en un sillón.—Y el Secretario chino, abanicándose.—Por el cuello y los faldones echa el Senador escaleira abajo, al viejo mañoso que quiere ir a esa tierra de nombre

cómico,—a Bolivia. El Conde... ya se verá cómo acaba el Conde.

Por sobre todo, entrando y saliendo, salvando, a sus amigos, deshaciéndose por la viuda amable, de un colega importuno, arrancando de su pasión compasiva una elocuencia, que, mueve, a los senadores y tartamudea ante Mable, encarnando en las tablas la vida veloz, pujante y brusca de la nación ferrocarrilera,—por sobre todo, abonando con su persona llana y cordial los vicios de crudeza y tráfico que afean a la república; y acabarán por hacerla, para cuantos tengan ojos y oídos, más temible que amable,—por sobre todo, como el amigo providencial de los comediones de teatros suburbanos, perora el Senador, cano y de pera rural, en pantalones grises y levita negra. Le ríen como chistes, y como ardides, le aplauden, los manejos, pueriles o punibles, de que se valen para mantener su influjo en el Estado, y por el de éste en el gobierno, y por los dos entre los senadores: ¿no fue maestro de escuela, médico hindú, panadero, tinterillo, cura? ¿no es senador, porque los que lo vieron salvar seis niños en un incendio no sabían qué hacer con él, y senador lo hicieron. ¿No se ocupa tanto en las peleas de Tomasón, el de los tres ferrocarriles, con Jaimote el de los dos,—de las peleas caseras e interesadas de su Estado,—que «no ha tenido tiempo» para ir al Senado en dos años? ¿no va al Senado, por primera vez, a em-

pezar su voto a los que a él se lo empeñen, para sacar a salvo el pleito de la mujer de quien se enamora? Pero ¿quién va a echarle en cara estas menudencias al amigote del secretario de Estado, a un hombre que hace a su Secretario director de ferrocarriles, a un sanguíneo que va y viene, burla a sus enemigos, salva de la vergüenza a una mujer y del extranjero a otra; zarandeo y befa a un chino, echa a rodar por las escaleras a un rufián que quiere ir a esa tierra de nombre cómico,—a Bolivia? Bien ofrezca, en el primer acto, ganar, a puño prieto, el pleito del pobre ochentón; bien, en el acto segundo, descubra la trama fea del Conde y se la tuerza, mientras prepara, ojo al Senador, la sesión inminente en que se ha de votar el pleito; bien, en el acto que sigue, de relieve de arte, en escenas ágiles, animadas de amor, a la prisa de intriga de un cuarto del Senado, en que se completa, entre los que salen y entran, el voto inseguro, con el Senador está el público todo, el de los

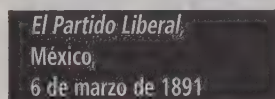
palcos como el de las galerías; y se ve que en él se reconocen y se aman, y que por boca de él habla su pueblo.

Pero en el cuarto acto es el triunfo: No quiere el Conde ruin, el Conde extranjero, el Conde cortés, una explicación del recado falso con que el Senador lo echó al coche donde estaba la viuda, en vez de la mujer del Secretario, que debía fugarse, al ir de la Secretaría al baile con él? ¿No está allí el Conde finchado, entallado, condecorado, remilgado, rizado levantándole la voz, la voz villana que vino a llevarse la castidad del país, la voz pérfida y extranjera, al Senador que ampara la virtud federal, la virtud indígena? Pues *El senador* le ofrece un *cocktail*, antes de entrar en las explicaciones; le cuenta una fábula, donde le llama serpiente; le llama a la cortesía afeminamiento y traición; le pone el puño entre los ojos; le arranca la declaración de su falso amor a la secretaria, que sale, digna e incólume matrona, de detrás de la cortina; le fuerza a renunciar su

puesto, con la amenaza de pedir a unos banqueros omnipotentes de Viena que impongan al gabinete austriaco su retiro. Y el Conde, llamándole «mi querido Senador», toma el *cocktail* con el Senador triunfante, y sale arrastrándose como un perro.—La cortesía, perfidia; y los cortesces, pérfidos. La virtud, nacional toda; y Satán, extranjero. Y los dos payasos, el chino y el bribón que se quiere ir a asilar a la tierra de nombre cómico,—a Bolivia.

Se venía el teatro abajo. Doscientas veintisiete noches una sobre otra, se ha representado *El senador* en Nueva York. «Es la pieza más perfecta del teatro americano», dice el *Washington Post*. A la puerta, en el gentío de la salida, iban codo con codo dos ministros extranjeros, silenciosos y pálidos.

El amigo



[OCNY, pp. 167-170]



284

# Estados Unidos de América

El asesinato de los italianos.-Las escenas de Nueva Orleans.-Los antecedentes y el proceso.-La Maffia y la política local.-El asalto a la cárcel.-La reunión, la marcha, los muertos.

Nueva York,  
26 de marzo de 1891

Señor Director de  
*La Nación*

Y DESDE HOY, nadie que ... sepa de piedad pondrá el pie en Nueva Orleans, sin horror. Por acá y por allá, como últimas bocanadas, asoma y desaparece un grupo de homicidas, con el fusil al hombro. Por allí va otro grupo, de abogados y de comerciantes, de hombres fomidos y de ojos azules, con el revólver a la cadera, y una hoja en la solapa, una hoja del árbol donde han ahorcado a un muerto, a un italiano muerto, a uno de los diecinueve italianos que tenían en la cárcel como reos presuntos del asesinato del jefe de policía Hennessy. De los diecinueve, el jurado de norteamericanos<sup>a</sup> absolvió a cuatro; el proceso<sup>b</sup> de otros falló por errores: otros no habían sido aún procesados.

Y pocas horas después de que el jurado de norteamericanos los absolvió, la junta de notables nombrada por el alcalde para ayudar al castigo del asesinato, la junta capitaneada por el cabecilla de uno de los bandos políticos de la ciudad, convoca a motín a los ciudadanos, por llamamiento impreso y público, con un día de aviso, los reúne y preside al pie de la estatua de Henry Clay, ataca la cárcel de la parroquia, sin que le salga al paso la policía, salvo por nimia apariencia, ni la milicia, ni el alcalde, ni el gobernador, derriba las puertas dóciles de la prisión, se derrama, vitioreando, en los corredores, por donde huyen los italianos perseguidos, machaca a culatazos la cabeza del caudillo político de los italianos, del banquero cómplice en una banda de asesinos, en una banda secreta de la Maffia, y a los otros tres, absueltos como el banquero, y a siete más, los asesina contra la

pared, por los rincones, sobre el suelo, a quemarropa.<sup>c</sup> Al volver de la faena, los ciudadanos vitiorean al abogado que presidió la matanza, y lo pasean en hombros.

¿Y ésas son las calles de casas floridas, con las enredaderas de ipomeas trepando por entre las persianas blancas, y las mulatas de turbante y delantal sacando la cesta india de colores al balcón calado, y la novia criolla, que va al lago de almuerzo, a almorzar peces de nácar y de oro, con un capullo al pecho, y en la crencha negra una flor de azahar? ¿Es la ciudad del roble donde crece, como filigrana de planta, el musgo español, y del dátil que chorrea la miel, y de los sauces lamentosos, que se retratan en el río? ¿Es la Orleans del carnaval alegre, antorcha toda y toda castañuelas, que saca en un paso de la procesión de Momo el romance de México, festoneada la carroza de lirio y cavellín, y en otro, con sus trajes de pedrería, a los héroes amables del poema de

a. En LN, siempre: «norte-americanos».

b. En LN: «folleto».

c. En LN: «quema-tropa».

*Lalla Rookh*, y en otro al príncipe, de raso naranja, despertando, en su túnica de tisú, a la Belleza Dormida?

¿Es la Orleans de la pesca en piraguas, de los alrededores hechiceros, del mercado radiante y alborotoso, de los petimetres de fieltro a las cejas y perilla gris que se juntan, a hablar de dueños y de novias, en el café de la Poesía?... Resuenan las descargas; izan sobre una rama a Bagnetto, al italiano muerto; le picotean a balazos la cara; un policía echa al aire su sombrero: de los balcones y las azoteas miran la escena con anteojos de teatro. Al gobernador «no se le puede ver». La milicia, «nadie ha ido a buscarla». El alcalde «no va a prender a toda la ciudad». Sierran una rama; cortan otra a hachazos; sacuden las hojas, que caen sobre la multitud, apretada—para llevarse un recuerdo, una astilla de la madera, una hoja fresca de hoy,—al pie del roble de donde cuelga, dando vueltas, el italiano ensangrentado.

La ciudad de Nueva Orleans satisfecha o cobarde, marchó con sus primeros letrados y negociantes al frente, sobre la cárcel de donde iban a salir los presos que el jurado acababa de absolver; asaltó, con asentimiento y ayuda de las autoridades del municipio, la prisión municipal; majó en los rincones,—la ciudad capitaneada por abogados y periodistas, por banqueros y jueces,—majó en los rincones, y

«baleó hasta hacerlos trizas» a los italianos absueltos,—a un neorleanés oriundo de Italia, hombre de mundo, y rico, dueño del voto de la colonia italiana,—a un padre de seis hijos, socio acaudalado de una buena firma,—a un siciliano brioso a quien meses atrás dio un tiro un irlandés,—a un zapatero de influjo en la opinión del barrio,—a un remendón tachado de haber muerto en riña a un paisano suyo,—a unos vendedores de fruta.

Los acusaban de «Dagos», que es mote que enciende la sangre de Sicilia. El que caía de resueltas de estas rivalidades decían que caía «por la sentencia de la Maffia». Contaban como de ahora, y como de puro crimen, las terribles ejecuciones políticas de la Maffia, que se conjuró contra los Borbones hace un siglo. El Hennessy de hoy declaró a los italianos guerra sin cuartel, por más que hubo un tiempo en que no tenía mejor amigo «para una vuelta por la mesa verde de los clubs o para un buen guiso de quimbombó», que Macheca, el de la cabeza majada a culatazos, el italiano elegante y rico. Hubo muertes en el barrio de Italia. Y el policía apuró la persecución hasta conseguir un denunciante italiano, que amaneció cadáver, y proclamar que sabía ya cuanto había que saber de una sociedad de asesinos, llamada del *Striletto*,<sup>a</sup> y otra de los *Stopaliagieri*, y que tenía a mano «la prueba plena de la Maffia espantosa, de

sus sentencias de muerte, de sus millares de sicarios». Una noche, a la puerta de su casa, una casa que tiene en el vestíbulo dos rosales, cayó Hennessy, luchando contra una banda de asesinos, con la mano en el revólver.

Once balas le hallaron en el cuerpo. Se declaró que era su muerte «la venganza de la Maffia». Se prometieron las pruebas más patentes. Se nombró, por el alcalde mismo, una junta suelta de cincuenta ciudadanos,—políticos y comerciantes, y abogados y periodistas,—para ayudar a la justicia ordinaria en sus indagaciones. Se escogió un jurado sin tacha, de entre ciudadanos de apellido inglés. Se encarceló a unos cuantos reñidores de oficio de entre la gente de Sicilia, y a los dos hombres de más riqueza e influjo sobre el voto de los italianos.

Del Golfo al Pacífico se alzó en su favor la población italiana: negó su prensa, y negaron sus hombres prominentes, que hubiese Maffia, ni sociedad del *Striletto*,<sup>b</sup> ni *Stopaliagieri*,<sup>c</sup> ni prueba posible de tal iniquidad, ni sentido en poner presos por asesinato a hombres de la posición del banquero Macheca y el comerciante Caruso: mantuvo que el veneno de la persecución, y la causa de ella, estaba en la pelea política, en el designio de aterrar y sacar de Nueva Orleans y de las urnas, a los italianos re-

a. En LN, sin cursiva.

b. En LN, sin cursiva.

c. En LN, sin cursiva.

beldes a la voluntad de los perseguidores: declaró que se fraguaba una conspiración tenebrosa para un fin político. El jurado, después de meses de proceso abierto al público, de acusaciones que iban y venían, de testigos que enloquecían y perjuraban, de murmuraciones de soborno y de escándalo,—absolvió a los presos.—Ciertamente que había bandos hostiles entre los sicilianos de Nueva Orleans; que los matrangas y los italianos ensangrentaban a menudo las calles con sangre italiana. Pero de que se querellasén entre sí, de que provenzanos o matrangas, para satisfacer su rencor, declaren en falso contra sus enemigos; de que los sicilianos no tengan empacho en seguir sus contiendas en la ciudad donde no hay transeúnte que no lleve al cinto un revólver, ni familia que no haya cruzado por las calles a otra familia; de que el bando vencido decidiese poner fin a la vida del jefe de policía, que tomaba pabellón con el bando rival, no puede deducirse que la Maffia, que fue la rebeldía contra Borbón, reine en Nueva Orleans, donde no hay Borbones,—que los anónimos supuestos por los políticos de intriga, para avivar el odio contra los italianos, fuesen de mano italiana,—que los «Dagos» todos, que viven como les manda el fiero sol, amándose y odiándose, dando la vida por un beso y quitándola por una mala palabra, «sean una escuela organizada de asesinos».

Moore, teniente un tiempo de la policía de Nueva Orleans, el irlandés Moore, dijo «que el asesinato de Hennessy vino, como el de su padre, de las peleas sobre los votos,—que esta muerte de Hennessy no fue más que uno de los actos de la disputa del botín político, más pingüe ahora que nunca».

Nueva Orleans recibía con amenazas e ira el veredicto: alegaba Nueva Orleans «que hubo fraude en el proceso», «que el polizonte Malley pagó a un testigo», «que consta de una tentativa de soborno de un jurado». Pero en Chicago encendió luces el barrio de las camisetas coloradas; en los suburbios de Providencia cesó el trabajo, para bailar y festejar; la Italia de Nueva York, acampada por junto al Bowery, puso papeles nuevos en los puestos de frutas, clavó la bandera en la bota bruñida con que se anuncia el ilustrador, sacó a la puerta el moño peinado y los pendientes de corales,—hasta que anunció el telégrafo la novedad aterrador,—que Nueva Orleans se amotinaba,—que rodeaba la cárcel,—que ahorcaba al Bagnetto,—que mataba al Macheca! De sus covachas y callejuelas salían, dando gritos, las mujeres. Dejaban a las crías en las aceras, y se sentaban a llorar. Se destrenzaban los cabellos y se los mesaban. Llamaban a los hombres, a que despertaran. Los injuriaban, porque no despertaban pronto. Corrían, con las manos en la cabeza. Se llenó de muje-

res y hombres la plaza de los periódicos. Sus periodistas, siempre desunidos, les hablan, juntos por primera vez, desde un mismo pórtico: «¡Seamos uno, italianos, en este dolor!» «¡Venganza, italianos, venganza!» Y leían sollozando, los horribles telegramas. Las mujeres se echaban en la calle de rodillas. Los hombres, con la mano dura, se lavaban las lágrimas.

Era verdad que Nueva Orleans, con la ley en sus manos,<sup>703</sup> se volvía contra su ley. El gobernador del Estado, dueño de la milicia, abandonaba la capital del Estado al motín. Los cabecillas del motín contra el tribunal, eran hombres de tribunales, eran magistrados, fiscales defensores. Los capitanes de la matanza eran los delegados del alcalde, que no mandó salir sus fuerzas contra los matadores. Ni una voz de piedad, ni una súplica de mujer, ni un ruego de sacerdote, ni una protesta de la prensa: «¡A matar a los dagos!» «¡A las armas, ciudadanos buenos!» «¡A la una de la tarde, al pie de la estatua de Clay, a remediar la incapacidad de la justicia en el caso Hennessy! ¡Id preparados a la acción!» Cundió el convite impreso,<sup>704</sup> firmado por los guías de ideas y gente de pro de la ciudad. «¿Qué se nos ha de oponer el alcalde, si los que nos convocan son los mismos que él designó para la junta auxiliar de la pesquiza?» «Parkerson es nuestro jefe, el hombre de alma velluda que ganó a la cabeza de los demócratas sueltos, las elecciones



nes de la ciudad.» «Firma Liche, el comisionado de las obras públicas, que es puesto de tanto poder.» A la una estaba henchida la vertiente de las calles viejas donde se levanta la estatua de Clay. Dicen que la milicia está con ellos; que los milicianos están allí sin uniforme; que hay una casa llena de picos y hachas; que ayer vació un carro al respaldo de la cárcel una carga de vigas para atacar las puertas; que en la junta de ayer, en la junta de los cincuenta, se dispuso el plan, se nombraron los jefes, se repartieron las armas. Vitorean unos a Wyckliffe, y a Parkerson todos: «¡Discurso! ¡Salten la reja, y denos un discurso!» El orador surge, al pie de la estatua. Parkerson es el orador, hombre de leyes, jefe de partido, joven: la levita le ajusta: tiene redonda la cabeza: no se le cae la lengua, ni se le cae la mano: acciona, acciona bien, echa el pie adelante y levanta por sobre la cabeza el brazo izquierdo: «¡A las armas, ciudadanos! ¡Los crímenes deben ser castigados con prontitud; pero donde y cuando quiera que los tribunales fallen, que los jurados violen su juramento, que asomen los sobornadores, es ocasión para que el pueblo haga lo que el tribunal y el jurado dejaron de hacer!» «¡Estamos contigo, Parkerson!» «¿Qué resolución tomaremos, ciudadanos? ¿Será la acción?» «¡La acción! ¡Guía! ¡Estamos contigo!» «¿Listos?» «¡Listos!»

Salta al puesto un Denegre, abogado y propietario. Soy de la

junta de los cincuenta: me nombró el alcalde, y doy cuenta al pueblo. Estamos con el muerto: vamos a buscar a los asesinos. La junta es impotente: el tribunal es impotente: ¡puedan los ciudadanos!

Y habla Wyckliffe, abogado y dueño de un periódico. Se ve en la masa el vaivén. Con los brazos va empujando Wyckliffe las palabras: «¡Al pie de esta estatua se viene a hechos! ¡Abajo la Maffia!» «¿Nos quedaremos con las manos en los bolsillos, o echaremos de la ciudad a esa peste de herejes?» «¡Vamos!...» «¡Llévennos!...» «¡A buscar los fusiles!» responde Parkerson: «¡y a la plaza enseguida, a la plaza del Congo!»

¡A la plaza! ¡a la prisión! La columna va en marcha, a paso ligero. Va Parkerson al mando, el capataz, demócrata. Va Hons-ton, otro capataz, que dio muerte hace veinte años al matador del primer Hennessy. El subteniente es Wyckliffe, que fue fiscal de la ciudad. Delante van tres carros, con cuerdas y escaleras, y en el astil de uno el nudo de la horca.

Detrás van los rifleros, a paso militar, con los doscientos rifles al hombro. El gentío los sigue y los rodea; unos llevan escopeta, revólver los demás. Se oye el rastro de los pies. «Van sonriendo, como a un picnic.» Y cuando llegan a la prisión, que es de canto y balcones, un piquete, como por orden conocida, se echa sobre cada puerta: el alcaide, entre los gritos y silbi-

dos, les niega las llaves. Con las vigas de punta embisten al portón. Las hojas bambolean, y un negro las derriba de un hachazo. Entran cincuenta: ¡quisieran entrar todos! «Aquí está la llave de la reja», dice el segundo alcaide. Y los llaveros abren paso.

Se juntan los cincuenta hombres. Se oye temblar a los presos de una celda abierta. Por la reja de otra se ve una cara moribunda. No son éstos; los llaveros, obsequiosos dicen que no son éstos,—que están arriba en el departamento de las mujeres,—que allí está la otra llave. «¡Espacio, caballeros, espacio», dice Parkerson: «¿quién lo conoce? ¡Nada más que a los dagos!» Se precipitan por el corredor vacío: una mano escamosa y blancuzca, una mano de africana, ochentona, les señala el rincón, por donde sube la escalerilla, por donde se oyen pisadas que vuelan. «¡Hurra, tres hurras!»—dice uno de los cazadores; y los demás, ondeando el sombrero, dan tres hurras con él y se echan escalera arriba. «¡La medicina!» dice uno: suena el disparo graneado: da en el aire una vuelta, muerto de un tiro en el cerebro, el último de los que huían. Sofoca el ruido de los disparos el viva y vocerío que llegan de afuera: «¡Viva Parkerson!» «¡Viva Wyckliffe!» Los presos no tienen tiempo para pedir misericordia. ¡A tierra, agujereados como un jibe, Gerachi y Caruso! A Romero lo matan de rodillas, con la frente postrada



en las baldosas: como una red de cintas era luego el sombrero de Romero: ¡la levita, por la espalda, piltrafas de paño! Vuelan las balas. Macheca, acorralado, cae de un golpe en la cabeza: acabó allí entre los pies de los hombres, de los abogados, de los comerciantes, acabó allí, sin un solo tiro, a culatazos. De afuera ya venía la ira temible: «¡Que nos los traigan! ¡Que nos los maten aquí afuera!» Y estaba llena la plaza, las calles todas de los alrededores llenas. Había mujeres y niños. «¡Que nos los traigan!» «¡Aquí afuera!»

Por una parte apareció una escuadra echando por delante, como a un ebrio, a Polozzi, el testigo loco. Se les caía de entre los brazos al suelo. Dos se pegan e injurian, porque los dos quieren apretar mejor el nudo. Un racimo de hombres se cuelga de la cuerda. Y cuantos están alrededor vacían sobre ella sus revólveres. Les caen sobre el pecho los chorros de sangre.

A Bagnetto lo sacan en brazos: no se le ve la cara, de la herida: le echan al cuello, tibio de la muerte, el nudo de cuerda nueva: lo dejan colgando de una

rama de árbol: ¡podarán luego las ramas vecinas; y las mujeres en el sombrero, y los hombres en el ojal, llevarán como emblema las hojas! Uno saca el reloj: «Hemos andado de prisa: cuarenta y ocho minutos.» De las azoteas y balcones miraba la gente, con anteojos de teatro.

José Martí

*La Nación,*  
Buenos Aires,  
20 de mayo de 1891

[Mf. en CEM]

285

# Carta de José Martí

Sumario.-Las elecciones en Nueva York.-Qué significan y cómo se hicieron.-Las vísperas.-Cuadros electorales.-La noche y los boletines.-Importancia de estas elecciones en la elección presidencial.-Cleveland y Hill.-La torre de luz.

Nueva York,  
4 de noviembre de 1891

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

De lo alto de la torre nueva del circo de Madison, de la torre agiraldada, surca, como una cola de corneta, el cielo negro, la luz que anuncia al colosal gentío si los votos de esta reñidísima elección favorecen a Fassett, el candidato republicano, que viene de casa rica, y es de letras oratorias, o a Flower, el demócrata, que es banquero hoy, y dadivoso, y hombre de parques y carruajes, pero cargó antes, cuando baja la masa humilde al oscurecer, la cantina en que trae el obrero su lonja de pan y su té. De la cumbre lanzaba la giralda, como barriendo, el aspa luminosa: si caía al Este, era que Fassett ganaba; si al Sur, duda; si al Oeste, que era Flower el gobernador. Y subía la luz por el Oeste al cielo, subía hasta

que pareció surtidor de plata que se erguía de los hombres a las estrellas: Flower era gobernador: Flower el demócrata. En él compusieron sus diferencias, los bandos del partido que vienen disputándose la supremacía en la contienda presidencial del año entrante; y con él triunfaron. Vitoreaban por las calles doscientas mil almas.

Fue la noche antes, la de las vísperas del voto, toda parada y músicas y discursos y cerveza Nueva York. Allá cincuenta juntas, y el orador de pie en un carro, los ojos llameantes, la cara abotagada, la palabra ronca: allá bandas de pífano y tambores, por donde vive la gente pintoresca, por los chinos, por los italianos, por los irlandeses: allá, en los grandes hoteles, los buscapiestos en cóncave y bullicio, parlanchines, de ojo hambriento, veloces, obsequiosos; allá donde los negros apasionados; un Fassett que se empina sobre un barril, asido de la farola, a contar por qué el republicano es el mejor, y un Flower que le

saca el barril de debajo de los pies, y deja al orador colgando. Las músicas pasan: las calles vocean: los oradores: las luces, a la madrugada, velan en los transparentes: los candidatos aguardan febriles, cuál con su madre que no quiere acostarse, cuál ahito de vino, acodado en el mostrador, cuál sentado en su taberna, en lo más alto de la pila de cuñetes vacíos;—la hora en que el Sol, amigo de la libertad rompe radiante. Y con toda su humana desvergüenza, algo de divino y conmovedor, y de impalpablemente hermoso, tiene la hora callada del sufragio.

Con la luz, sale el voto. «Carruajejan» los trabajadores y van de puerta en escalera, no sea que se les huya, a la oficina o al licor, el votante dudoso: con las cintas a la solapa, danzando del frío, acuden a las casillas, cubiertas de carteles, los «pisa carcañales»,<sup>a</sup> que hay de irles a las gentes detrás, proponiéndoles el manojito de boletos; los policías soñolientos se encajan a la puerta de las urnas, porra en mano. ¿Qué todo es lo que cree el rebaño cándido, el rebaño de meras letras, el rebaño de políti-

a. Errata en EPL: paréntesis detrás de «carcañales».

cos artificiales, el rebaño pedantesco y autófono, sobre la nitidez y maravilla de esta manera de votar del Norte, de este modelo fino e incólume, de todas las garantías, y patriotismo, y libertades? Pues allí van John Brodsky, con los diez votantes que acaba de comprar, a tres pesos por cabeza; allí manda Jim Sullivan que le aporreen a «aquel bergante», aquel bergante que se atreve a insistir en votar por sí, cuando ya un falsificador votó con su nombre, por cinco pesos que le ha dado Jim, la candidatura que aborrece el defraudado, allí el púgil Smith, el «Peso de Plata», sombrero a la nariz,<sup>a</sup> tabaco a la barba, dijes al vientre, está a la puerta de las urnas, contra la ley que le manda estar a ciento cincuenta pasos de allí, dando a los que entran la paga de su voto, y el boletín donde está el de candidato para regidor; allí las hijas de Morris, que quiere silla en el Ayuntamiento, reparten de una bolsa de seda carmesí los boletines de su padre: allí, de un puñetazo, sienta un obrero al pisa carcañal que quiere darle la candidatura que él no vota: allí un padre indignado, un padre sin cuello ni puños en la camisa limpia, arranca de la mano a su criatura el billete que le ha puesto «el trabajador» para que «su padre vote como se le dice»: allí en la fila de las urnas, el guitón<sup>705</sup> hediondo, con las rodillas a la claridad, —el artesano afeitado, como para día de fiesta,—el primerizo ansioso, que viene al

primer voto de gabán nuevo y flor en el ojal, el banquero Seligman, el abogado Conder, el presidente Cleveland. Y en cuanto cae el sol, con garfios y garrochas se llevan los pilluelos las casillas de pino, échanlas a la foragada, en medio de la calle, con los cajones, y los barriles, y rajadas de cercas de la vecindad: el cielo, a la hora de salir los alcan- ces de las prensas, es un rojo.

Y el indiferente que a la caída de la noche venía del barrio de las oficinas mudo un día al fin; o del museo, de ver al Rubens nuevo; o de la avenida judía, donde levanta el cimborrio de oro la pomposa sinagoga; o del Parque Central, de recoger las hojas de colores del otoño; o de un fondín francés, de la cena de a medio peso, con vino californiano, veía ya, apiñados en las plazas y calles mayores, los curiosos, los fanáticos, los apostadores: porque apuestan a los candidatos como a los caballos, y en las cervecerías, unas de ónix y piso de mosaico, y de cedrote y aserrín otras, los apostantes estudian afanosos la cinta donde va el telégrafo poniendo los candidatos que ganan: unos maldicen: convidan otros a beber: un representante del Congreso, rojo como la langosta hervida, se abre camino, ofreciendo apuestas, con un rollo de billetes en la mano. Afuera, por toda la ciudad, aparecen, donde hay torre alta o pared vacía, las «lunas» famosas en que va echando números, y chistes, y versos, y retratos, y caricaturas, la

linterna mágica. Desertó este año la muchedumbre los puntos de cita usuales: la torre del circo nuevo, con sus guirnalda y sus rosetones de luz eléctrica, iba a decir, con aspas de claridad, cómo iba triunfando la elección: del *Herald* era el invento, del *Herald* invencible.

La torre es lo más nuevo de Nueva York, toda de alegre amarillo, con mucha pompa y mucho recoveco: así como una torrecilla de crocante: en lo alto gira Diana cazadora.<sup>706</sup> De allí, adonde llegaba como de mar el ruido de la multitud, salía, por sobre la furia y azote del viento, la ráfaga de luz tajante. Paseaba el aspa dócil, bajando por Fasset o por Flower subiendo, el cielo sin estrellas.

Y tuvo este año la pelea local, la pelea por el gobierno del Estado, un brío parecido al de los años presidenciales; porque no estaba principalmente el interés en que atacara el candidato republicano, como atacó, la asociación demócrata de Tammany Hall, «el tigre de Tammany Hall», como le llaman por el poder de su voto disciplinado, que la mantiene en el goce de los más pingües puestos públicos,—ni en que los demócratas, esquivando en una elección de Estado este cargo de mero municipio, del municipio de Nueva York, diesen batalla a los republicanos sobre la Exposición de 1893, que

a. Errata en EPL: «nariz».

en Nueva York hubiera sido, como los demócratas querían, si no se la hubiesen llevado a Chicago los republicanos temerosos del auge que en un año presidencial cobraría forzosamente, con el éxito de la reposición, un Estado demócrata: y por vilezas así, convirtieron la que pudo ser, a pesar de la ley McKinley, fiesta universal, sobre isla y río y mar dignos de ella, en el certamen violento y fatigoso que reunirá apenas, por cortesía más que por deseo, a las repúblicas continentales: isentado se está, semana sobre semana, el buen secretario de la Exposición en Nueva York, sin que se llegue más que uno u otro curioso, extranjero casi siempre, por aquella oficina solitaria! ¡Y en Nueva York pudo estar la Exposición, en la bahía que ella sola convida al viaje, con los vapores del mundo a los pies, y la ciudad coronada de luz, y los ríos con sus broches de brillantes, y la diosa enseñando el camino! De Chemung, en lo alto del Estado, al Bowery rufianesco, en el riñón de Nueva York, no había esquina o árbol sin un letrado que recordara al Estado «el robo». «Al Oeste no se ha de ir el poder» decía un transparente rojo: ¡A Nueva York no se le quita la corona!»

Pero estas fueron como viseras de la campaña real, que no se libró por este año de gobernadores, sino por el que viene, que es la ocasión mayor, en que acaso se venga a tierra, por más de un gobierno, la presidencia

republicana; en que, con fuerza sorda, expulse la nación despierta a los representantes, confesos y convictos, de los monopolios coaligados,—al partido donde sólo palpitan con vida el interés que los protege, so capa de industria y la política de señoría, disimulado y agresión encubierta con que se halagan los defectos de arrogancia y codicia, en el nuevo carácter nacional.

De la masa sube confusamente la marea arrolladora, y en ella se alistan, con el fervor de las horas de crisis, los políticos sagaces y viriles y los talentos jóvenes. McKinley vence, en Ohio; pero Russell vence en Massachusetts. A Depew lo ponen sus amigos ricos donde todos lo vean, y en la cabecera de los banquetes, y en el mango de las cucharas de plata y oro: pero le nace a Cleveland la hija, la sencillez de una «hija robusta y perfecta», y se la miman, de California a Nueva Orleans, y se la cantan, y se la festejan y se la saludan, como si hubiera nacido hija de rey. Era sólo dudoso que el Estado demócrata de Nueva York, el Estado de los treinta y seis votos presidenciales, pudiera acomodar los intereses opuestos de sus caudillos, a fin de poner en la candidatura a persona de tal fuerza en la nación que llevara la marea creciente a donde no podría llevarla de seguro un político de lugar, crecido en los menurjes, ni un candidato segundón. ¿Podrían ponerse de acuerdo los demócratas del menudeo, los de la

pitanza y la racha, que siguen al buen proveedor Hill, al hombre «que no deja solos a sus amigos», con los demócratas más amplios y nacionales que, con la mayoría del partido en los demás Estados, se va detrás de Cleveland, «un soberbio que no se para en amigos cuando tiene que cumplir con su deber»? ¿Se unirían este año para la pelea del Estado, para esta especie de reconocimiento de la pelea presidencial, los bandos sin cuya unión no puede entrar Nueva York con autoridad, ni la democracia sin el voto fiel y unido de Nueva York, en la campaña de la presidencia? ¿O mostraría el Estado de Nueva York su incapacidad para ajustar estas diferencias de persona, y sería este como aviso al país de la continuación de los republicanos en el poder, por la insania y la mezquindad del partido a que vuelven los ojos la nación?—Y se unieron los bandos: y han peleado los demócratas con más pujanza que nunca: y han hablado, noche tras noche, desde los mismos estrados Cleveland y Hill. Que aplauden más a Cleveland: que a Hill lo aplauden menos... Cuando los hombres doman su pasión, es bien que se levante al cielo una torre nueva, desde donde Diana, cazadora de astros, envíe al mundo torrentes de luz.

**El Partido Liberal,**

**México,**

**17 de noviembre de 1891**

[Mf. en CEM]



286

## Carta de José Martí

Un gran pianista, Paderewsky.-La oradora humanitaria, Annie Besant.-El poeta de Asia, Edwin Arnold.- Sucesos: el drama nuevo de Sarah Bernhardt.-Paulus en Nueva York.-La Exposición de Chicago.-El bautizo del crucero «New York».- Los millonarios.-Los hijos de ricos.-Desgracia del millonario Cyrus Field.

Nueva York,  
diciembre 7 de 1891

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

**P**ADERESWSKY<sup>707</sup> es polaco, polaco soñador; la cara, pálida y fina, le luce bajo la maraña del cabello bermejo: por cuello usa un pañuelo de seda, prendido con un alfiler humilde: no lleva la casaca de etiqueta, sino levita cruzada: se pone al piano, y es delicia y ensueño lo que toca, una bruma que se va levantando, un encaje que se va tejiendo, estrellas que se alborotan, coquetean y cuchichean, una música leve y sin ruidos, donde no queda la poesía sofocada, ni el sueño abatido y estropeado por la tierra, de puro tamborear del tocador sobre el mar-

fil; sino que la honrada ejecución deja ver en toda su pieza el pensamiento del artista, y es como flores que vuelan, o besos que se encienden, o montes que salen de lo fondo del mundo, o corazones que se desgajan:—Nueva York entero quiere oír a la vez al famoso Paderewsky, que no trae corona de aires, ni mal humor de genio, sino una amable buena crianza, y un gusto en dar gozo, por lo que el público se le apegas y encariña. Luego bebe Johannisberg, y besa manos lindas: alrededor bromean y viven: él deja ir las manos serenas sobre el teclado, manos que evocan más que tocan, y su arte libre es todo de luna y melancolía.

Annie Besant<sup>708</sup> ha venido de Inglaterra, con su elocuencia ardiente y sus canas jóvenes, a

mantener los dogmas teosóficos: el espíritu es una mina de hechos: hay que descubrir y clasificar los hechos del espíritu: hechos del espíritu, científicos como cualesquiera otros, son todos los del hipnotismo y el mesmerismo, los sueños y la clarividencia, el genio y el poder de transferir el pensamiento, todo lo que está en los libros de Sinnett y en *La Doctrina Secreta* de la gran sacerdotisa que se les acaba de morir, la rusa Blavatsky. Al hombre se le ha de criar la divinidad que trae en sí: lo animal del hombre, que nos es lo más conocido de él, no triunfará al fin sobre lo divino del hombre, menos conocido: la mente puede entrar en lo espiritual más allá de lo que ha entrado. Otros caen en lo material y representable de estas doctrinas, que es por donde flaquean; en milagrosos que parecen cosas de prestidigitador; en poner cosa tan noble como el espíritu ambiente al ejercicio de duplicar las tazas de una mesa, o hacer sonar «las campanillas astrales»: Annie Besant lo que quiere es que se piense con libertad, que el hombre conozca y fomenta lo puro de sí, que se vea el mundo como una vía de

deberes purificadores, que se ame al hombre y se le sirva, que a la verdad se la quiera más que al padre y a la madre y a los hijos, que la vida del hombre se emplee en redimir la raza humana.

De impura han acusado a esta mujer incólume,—porque al ver en este mundo la pobreza irremediable, abogó por los modos de traer menos animales humanos al mundo. De irreligiosa la han acusado,—porque no quiso credos de odio y cartón, como el de su marido, sino religión de ciencia y piedad, que no contradiga la naturaleza que se ve, ni la afee con la desigualdad y la hipocresía y el egoísmo. De mala esposa la han acusado,—porque su esposo le dio a escoger entre comulgar sin fe, puesto que ella no creía en la comunión, o salir del hogar: y salió del hogar. De perturbadora la han acusado,—porque bajó a los pobres, porque les predicó sus derechos, porque les visitó sus escuelas, porque curó a los huelguistas heridos, porque fundó la Liga de la Ley y de la Libertad, que daba defensa gratis a los presos sociales o políticos, porque era el más tenaz representante del racionalista Bradlaugh. Y ella, en su determinación de pensar libremente, del credo áspero de la niñez pasó a un deísmo abierto; de éste al ateísmo franco, sin dios inventor, ni más divinidades que los órdenes fecundos de la naturaleza; y del ateísmo, que no era en ella más que la insurrección del juicio contra la divi-

nidad pueril y carnavalesca, ha subido a estas teosofías de ahora, que buscan la ley del universo en los hechos del alma recónditos y ocultos.—Todo va acrisolándose por el ejercicio del bien, y convirtiéndose en esencia espiritual, presente aunque invisible. Todo es orden en las almas ya libres, cuya acción superior, e influjo directo, sienten confusamente en esta vida las almas irredentas. Edúquese lo superior del hombre, para que pueda, con ojos de más luz, entrar en el consuelo, adelantar en el misterio, explorar en la excelsitud del orbe espiritual. —A eso viene Annie Besant de Inglaterra: a echar sobre los corazones su palabra piadosa y encendida, a tantear de buena fe, con oratoria a la vez sensata y mística, por los caminos de la religión venidera.

Edwin Arnold es el otro inglés que anda por el Norte hoy, el poeta de Inglaterra que mejor quiebra acaso e instrumenta el verso. Peca su prosa de falta de conjunto, y no agrupa el color ni lo gradúa, por lo que suele parecer lo suyo como mantón de cachemira, donde la menudez de la flor causa los ojos. O peca por singularidad, con una que otra elegancia de muletila, y ridiculez con pasaporte, que han de dejarse para los que tienen que disimular con el pergamino de la vestidura el pensamiento huero. La originalidad del lenguaje ha de venir de la originalidad de la idea, y la elegancia está en el ajuste de

la palabra a lo que se quiere decir, sin retacos, ni calces, ni zancos, ni cuñas, no en salir por los mundos de ahora con la corbata del tatarabuelo, y el ramo de brillantes en el alfiler de plata. Pero en el verso está la novedad de Arnold, no sólo porque no hay inglés que lo mueva con más soltura y música, ni Swinburne, ni Morris, ni Wilde; ni porque su poesía tiene más talla y volumen que la gentil de los dos escoceses, el elegante Lang<sup>709</sup> y el puro Stevenson; sino porque dio por ahito al mundo de las antigüedades mediterráneas, y les ha puesto de rival *La Luz de Asia*, donde cuenta en metros fastuosos la opulenta fábula hindú, y *La Luz del Mundo*, que es como un cristianismo del Oriente, con la cruz tachonada de pedrería, y los altares repletos de nenúfares. Por el Norte anda Arnold ahora, leyendo de sus versos, y oyendo cómo le alaban su poder de periodista, su enérgica ayuda cuando la expedición que fue a buscar a Livingstone, sus viajes de reposo y poesía por el Indostán y el Japón. Y habla su inglés punteado: y adora las flores.

Está lleno Nueva York de sucesos. Sarah Bernhardt ha estrenado un drama de espavientos, la historia de una amadora infatigable y vengativa, hoy beso y mañana puñal, que le escribió el italiano Giaccosa, de retazos de un cuento florentino. Paulus, el colaborador de Boulanger, encanta a las damas fáciles del tea-

trejo de Koster y Bial con la elocuencia pícaro de aquella cara suya, que vale en él más que la voz fañosa, y dice cuanto hay que decir de los anhelos, y encuentros, y pecados, y cenas, y dúos de los bulevares. Sin hablar lo cuenta todo: halla a la dama, le guiña el ojo; se le pone al lado; entran juntos a comer, comen juntos, y solos: está él solo al despertar, turbio el juicio, y el bolsillo robado. Los alemanes tuvieron su festival artístico, su «Kundersfest», que es un baile con cuadros de historia y poesía, que luego se riegan por el salón hermoso, colgado aquí y allá de guirnalda de pino, para que el mucho adorno no quite vista a la viveza de las caras y los trajes. Velázquez iba de brazo con el rey Gambriño.—Depew, el consejero de los ricos, vuelve de Chicago con las manos en el cielo, porque «va a ser grandiosa aquella exposición», y tiene milla y media de frente al agua, y doce edificios colosales, y tres veces más campo que la de París, y un palacio por cada Estado de la República, menos este Nueva York renoroso, que es preciso que se deje deshelar el corazón, y mande su palacio como los demás; el Oeste se está poniendo muy enojado con Nueva York. Y en el bautizo del crucero nuevo, el «New York», de dieciséis mil caballos de poder, lo florido de los republicanos se juntó a dar vivas: «¡Más barcos!» decía uno. «¡A barco por mes—decía otro,—que es lo que se necesi-

ta!»: «éste quedará listo para enero»: había veinticinco mil pañuelos por el aire cuando la hermosa hija de Page, de traje azul y abrigo de pieles, rompió contra la proa el champaña envuelto en seda, pero ¿y Cleveland, el ciudadano patriarcal de la metrópoli? ¿y Whitney, su ministro, que es de la flor aristocrática? ¿y Hill, el gobernador que va al Senado, y quiere ir a la Presidencia? ¿y Flower, que va a entrar a gobernar, y tiene millones hasta la cintura? No había demócratas en el bautizo del «New York».

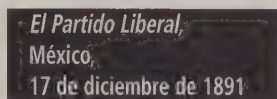
Y otros millonarios hubo que no pudieron enseñarse en la fiesta, un millonario sobre todo, vencido, arruinado acaso, por la deshonor del hijo que prefería. Pudre al hombre quien no le pone, junto a la pasión inevitable de las pompas del mundo, el conocimiento y hábito de la verdad definitiva de él, que está en la casa amable, con su rincón de amigos, y en la paz interior que viene de desdeñar cuanto no sea la honra de la conducta y la terneza del cariño: pudren a los hijos estos padres de ahora, que los crían en cantinas y ambiciones, con coñac por juicio y sífilis por sangre, de pura venganza y vanidad de pobre, que quiere enseñar en el mozo desocupado la riqueza y privilegio que el padre no tuvo: el borracho, a la vergüenza, aunque sea hijo del necio inteligente,—a la vergüenza el que empobrece en los fórnices venenosos la sangre

nacional: la novia ha de pedirle al pretendiente, con la carta de declaración, su cédula de trabajo.—Y otros padres fomentan en el hijo la pasión de la riqueza, sin ver que sólo dura aquella que se cría sudor a sudor, y le espolean la ansiedad de acaudalar, sin ver que las agonías de la fortuna intrigante son de más náuseas, y de fin más cruento, que el de la riqueza natural o la plaza decorosa. ¿A qué vencer a los viles, en la pelea falsa del mundo, si para vencerlos es preciso ser más vil que ellos? En ser vencido es en lo que está el honor: en verlos pálidos de miedo, colorados de champaña, espantosos de odio, muertos de frenesí. El rincón de la casa es lo mejor, con la majestad del pensar libre, y el tesoro moderado de la honradez astuta, y un coro amigo junto a la taza de café. Lo mejor no es el vicio del millón, con el crimen de salero y la prostituta de mostaza. Ahí está Cyrus Field, el de la gloria del cable transatlántico, el que tuvo a su mesa a los prelados y los reyes, el que movió y cuajó millones, y sacó oro del agua y el papel, el que crió a su hijo en el presidio de la bolsa. Y ahora gime en su cama de viejo, y muerde la almohada sin sueño, y se mesa las canas inútiles, porque el hijo, que era cabeza de una firma magna, dispuso de lo ajeno para aumentar innecesariamente la fortuna propia, vendió lo que no era suyo para cubrir el primer robo, alzó dinero sobre cargamentos que

nunca vieron la mar, y cuando de manos del padre lloroso, del padre adementado con la agonia de su compañera moribunda, tomó para socorrerse la llave de la caja, la vació como un ladrón, y dejó al padre «tan pobre como el día en que había nacido». Los pueblos nue-

vos han de librarse de la lepra de los negocios inútiles.

José Martí



[Mf. en CEM]

287

## El mensaje del presidente Harrison

Extracto minucioso del mensaje.-  
Demócratas y republicanos.-Contra la plata libre  
en pro del bimetalismo.-Defensa de la tarifa  
de McKinley.-La nueva marina de los Estados  
Unidos.-El arbitramento en América.-«La influencia,  
pacífica que debemos ejercer en este hemisferio.»-  
El ferrocarril internacional y el Canal de Nicaragua.-  
La reclamación a Chile.-Los límites de México.

LAS ÁSPERAS relaciones de Washington con Chile, la hostilidad mal encubierta de las banderías del Partido Republicano, y la relativa firmeza que ha venido a darle la elección equivocada de los demócratas, para presidente de la Casa, en la persona de un sudista ligado a los elementos impuros del partido,

dieron al mensaje de Harrison importancia no común en la apertura del Capitolio el día 8. ¿Qué diría Harrison de la plata libre, que parece resucitar con la elección del platista Crisp a la presidencia; qué diría del desagrado con Chile; de la marina nueva; de los tratados de reciprocidad; qué diría de la tarifa

de McKinley? Por la elección de Crisp parece triunfar entre los demócratas la tarifa proteccionista: ¿no se aprovecharía Harrison de esto para oficiar de amigo de la tarifa moderada, con protección incidental, que satisfaga a los grandes manufactureros republicanos y atraiga a los demócratas mantenedores de una tarifa menos estrecha? Con Crisp parecen venir a la superficie los amigos de la plata libre: ¿estaría Harrison con ella, o contra ella?

Contra ella está Harrison en su mensaje. Los que quieran acreditar la plata, dice, no echen tanto al mercado que el exceso innecesario de ella la atraiga a



tanto el mercado que el exceso innecesario de ella la atraiga a menos valor. El oro no se va a cambiar, a valor limpio, por la plata que se cotizará, por su abundancia creciente, en menos que el oro. Espérese a que Europa confiese, como que tiene menos oro del que necesita, la necesidad de emplear más plata. A Europa habrá que pagarle en oro, y para continuar pagándole en oro habrá que comprarlo, en un mercado en que cada día escaseará más, con una plata, que cada día valdrá menos. El cuño no le da a la plata más valor del que tiene por sí como mercancía, que será menos mientras más sea la producción que la demanda. No está el camino franco para una conferencia internacional. Hay que sujetar en el país, todo el oro que se pueda, para que la escasez de él ponga a Europa en la necesidad de usar más plata. «El bimetalismo es el fin deseado.» Oro y plata a la vez.

No se detiene el mensaje a considerar la significación de la enorme mayoría con que el país echó de la Casa de Representantes a los mantenedores de la tarifa de McKinley, ni a estudiar en cuanto puede explicar el aumento innegable de las importaciones la cosecha opulenta e inesperada de este último año; sino que pone al crédito de la tarifa lo que al de la naturaleza se debía poner. «Nunca se ha visto pueblo más próspero, ni más bien pagado, ni más contento.» Los fabricantes de al-

fombras andan rematando sus ahogos de yardas, de yardas que no pueden vender: «¿a qué», se preguntan, «una tarifa que nos permite vender caro, que nos obliga a vender caro, si el país, que tiene que comprarlo caro todo, no tiene dinero con que comprarnos?» Pero el mensaje afirma que «la tarifa de McKinley ha creado varias industrias que «de aquí a algunos años» darán empleo a centenares de miles de norteamericanos». Con la tarifa hágase como con la ley de plata, que manda a comprar más plata de la que consume el país, y la paga con notas que tienen detrás su peso en barras: si la plata no ha subido, a pesar de ir sacando el gobierno del mercado con la compra continua que marca la ley, ya subirá: dice a la ley tiempo de prueba. Y así con la tarifa de McKinley: «No se la condene hasta que funcione un poco más: manténgasela y pruébesela.»

De la nueva marina tiene el mensaje un párrafo largo: «Es grato el aumento»: «11 000 toneladas han entrado en la Marina de Guerra con el *Newark* y el *Concord*, y el *Bennington* y el *Miantonomah*»: «Veinticuatro barcos nuevos se están construyendo en los arsenales privados y públicos; pero no estarán listos hasta dentro de un año»: «La fábrica de cañones navales de Washington es ejemplar por su economía y sus buenos productos.» «No ha de vacilarse en la obra de tener pronto construida del mejor tipo moderno, bas-

tante poderosa para que la nación despliegue por todos los mares su bandera, y ampare a sus ciudadanos, y fomenté el comercio. El mundo no necesita que se le garanticen los propósitos pacíficos de los Estados Unidos; pero es probable que en lo futuro entre el Norte a competir más seriamente con el comercio del mundo, y es esencial a la dignidad de la nación y a la pacífica influencia que debe ejercer en este hemisferio, la posesión de una armada suficiente, en el Atlántico tanto como en el Pacífico.»

Del tratado de arbitramento que propuso la Conferencia Internacional Americana, dice así: «Caducó el tratado por no haberse cambiado las ratificaciones en el período prescrito, pero varios de los gobiernos han expresado el deseo de que se extienda el plazo. Deben a mi juicio, los Estados Unidos conservar la influencia iniciadora que ejerció en esta medida, ratificando a este fin el tratado propuesto, y abogando por la prórroga del plazo.»

De Ferrocarril Interoceánico trae párrafo exclusivo, donde afirma que continúan las labores de exploración, «no sólo en México», sino en otras varias comarcas de la ruta. «Ya hay 1 000 millas exploradas, y entre ellas lo del Ecuador, que es de lo más difícil.» «No se han encontrado obstáculos insuperables.»

Sobre el canal de Nicaragua, estas son las palabras textuales: «Creo asunto de la más alta im-

portancia para los Estados Unidos que este canal, que reúne las aguas del Atlántico y el Pacífico, y nos proporciona una ruta marítima breve entre nuestros puertos de los dos grandes mares, se construya tan pronto como se pueda, y al menor costo que se pueda.» «El senador Morgan dijo la verdad al decir que el canal es, de todas las empresas de esta época, la más importante al comercio y el progreso de los Estados Unidos.» «El ahorro de fletes de los comerciantes, y el del gobierno en los barcos de guerra, cubriría en pocos años los gastos de construcción del canal.» Y entra en detalles sobre los gastos de la construcción. «Garanticense los bonos de la Compañía por el gobierno de los Estados Unidos»: «De todas veras recomiendo la intervención del gobierno en una empresa de trascendencia tal que se debiera asegurarla con asignaciones directas del Tesoro público.»

Habla de Navassa, la isla del guano en las Antillas que ha entrado en poder de los Estados Unidos, y necesita funcionarios idóneos. Habla de los chinos, que entran, a pesar de la ley, por el Canadá y por México, y no deben entrar. De los indios habla largo, y de la necesidad de ir educando a los que quedan en las escuelas mixtas; de la conveniencia de darle ciudadanía, y representación en el Capitolio; de la utilidad de nombrar comisionados que traten amigablemente con las tribus sobre

su deseo de estas mejoras; de la bondad del plan de ir repartiendo a los indios un tanto de su tierra por cabeza,—y abrir toda la demás al blanco. De los 676 160 ciudadanos que reciben del Tesoro \$118 530 793 por pensiones militares, dice que el «Comisionado»,—acusado de estafa mayor—«lleva adelante sus trabajos complicados sin dificultad, y ha expedido en los últimos cuatro meses 113 175 certificados. Recomienda la uniformidad en el modo de nombrar en los varios Estados los electores de la Presidencia de la República. Llama «robo político» a los esfuerzos con que se supone que el Sur estorba el voto libre de los negros, y aboga por el nombramiento de una comisión, exenta de intrigas políticas, que estudie los detalles todos de este problema del voto de color y aconseja el medio pacífico de redimirlo. Insiste en la conveniencia de ir eligiendo por concurso a los empleados del gobierno, e irlos ascendiendo por orden de mérito en casos de vacante. Alaba entusiasta las mejoras del ejército: menos desertiones, más fábricas de proyectiles, buenas defensas costeras, determinación de adoptar próximamente la pólvora sin humo y la infantería de a tres batallones, el alistamiento de indios. Aboga por la extensión de los correos, y por las subvenciones de correo a los vapores del país.

A Chile dedica lo más voluminoso del documento. Cuenta

lo del *Itala*. Dice que «durante la guerra civil ofreció el gobierno de los Estados Unidos sus buenos servicios para procurar un arreglo amigable, que se llegó a creer cercano; pero la esperanza fue frustrada. Está seguro de que Montt,<sup>710</sup> ahora que es gobierno, desearía que el Norte obrase con él, contra un bando insurgente, como obró respecto a los insurgentes, del lado de Balmaceda.<sup>711</sup> No han venido de Chile quejas oficiales contra el ministro Egan.<sup>712</sup> Y habla así: —«La caída del gobierno de Balmaceda creó una situación que es infortunadamente demasiado común en la historia de los pueblos de Centro y Sud América. Muchos de los vencidos buscaron asilo en los barcos y en las legaciones extranjeras. No he deseado autorizar la entrega de los refugiados en la legación norteamericana sin condiciones convenientes.» No dice el mensaje que, por todo lo que se sabe, la mayoría de los asilados en la legación son aventureros de Norte América que se pusieron del lado balmacedista: dice que «es satisfactorio observar que cesaron de un todo, o se suavizaron, las medidas hostiles al ministro del Norte, que dieron ocasión a una formal protesta».

Llama «salvaje y brutal» al ataque a los marineros del Baltimore, «ataque no provocado», y lo recuenta como de allí lo pinta el almirante del Norte. Se llamó la atención del gobierno de Chile inmediatamente, y se le sometió el sumario levantado por la

marina del Norte «rogándole que adujese cualesquiera otras pruebas que tendiesen a quitar a este acontecimiento el carácter de un insulto al gobierno de los Estados Unidos». Y así termina—«Es de lamentarse que el ministro de Relaciones Extranjeras del Gobierno Provisional diese a su respuesta un tono ofensivo. A esto no se ha contestado. Este gobierno está ahora aguardando el resultado de la investigación ante el tribunal del crimen en Valparaíso. Dícese que la investigación está al concluir, y espérase que con ella se comunique a este gobierno una respuesta propia y satisfactoria a la nota en que se llamó su atención sobre este incidente. Si estas justas esperanzas fuesen defraudadas, o se incurriese en innecesaria demora, acudiré con nuevo mensaje ante el Congreso, a fin de que tome las resoluciones que puedan ser necesarias».

Para México hay un párrafo especial, el párrafo sobre el tra-

tado de límites:—«En 12 de noviembre de 1884, se ajustó con México el tratado que confirmaba los límites entre ambos países, conforme a los convenios de 2 de febrero de 1848 y 30 de diciembre de 1853. El 1º de marzo de 89 se negoció un tratado nuevo para facilitar la aplicación de los principios del de 1884, y evitar las dificultades ocasionadas en virtud de los cambios y alteraciones de cambio natural en los ríos Grande y Colorado, por donde constituyen la línea divisoria entre las dos Repúblicas. El gobierno mexicano ha nombrado la Comisión Internacional de Límites que proveía el tratado de 1889, con jurisdicción exclusiva en las dificultades que pudiesen surgir. El gobierno de los Estados Unidos necesita que se acuerde la asignación respectiva para proceder a cumplir con su parte de obligación en este convenio.»

El mensaje acaba así:—«Me regocijo en gran manera ante los muchos testimonios de la

unificación creciente de nuestro pueblo y la resurrección de nuestro espíritu nacional. La “vista” que se abre ahora ante nosotros es más vasta y gloriosa de lo que fue jamás. Vacílese entre el asombro y el júbilo al contemplar la población, la riqueza, la fuerza moral, de nuestro país. Por tiempo breve se nos ha hecho guardadores de un depósito, trascendental en su influencia sobre nuestro pueblo y sobre el mundo, y no debemos faltar a su primera condición,—el mantenimiento del influjo libre e igual del pueblo en la elección de los empleados públicos y en la dirección de los asuntos nacionales.»

**El Partido Liberal,**  
México,  
18 de diciembre de 1891

---

1892







# Carta de José Martí

Política.-Religiones.-Inmigración.-  
Un incendio en la avenida.-Hill contra Cleveland.-  
Renuncia de Blaine.-La inmigración y el egoísmo.-  
Crímenes.-Un millonario habla en un púlpito,  
y censura el sistema de herencias.-Los púlpitos, y  
el volteriano Ingersoll.

Nueva York,  
9 de febrero de 1892

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

**R**EBOSA LA VIDA en los Estados Unidos con los primeros soles de febrero, y no hay pueblo acaso donde se pueda ver más de cerca que en este ahora la regata de los hombres y los frenos que le son menester, y el barco en que van a la vez el capitán y el motín, y el amasijo de cadáveres y joyas que es este mundo en que vivimos,—de brillantes montados en carne fétida, —como esas ruinas del Hotel Royal, el de los lindos cuadros y los vinos buenos de la Sexta Avenida, donde el incendio súbito de la madrugada sacó de los retretes de alquiler a las parejas transeúntes: las mujeres

son más entre los diecisiete muertos de las ruinas;—isolas en la muerte, las mujeres que entraron con la compañía del amor! una, de sedas interiores, murió del humo, con solitarios y pulseras: otra apareció bajo unas vigas, desnuda toda la beldad con un escapulario al cuello.—Es romería la avenida del hotel. Han puesto en los alrededores ventorrillos de cahuate y limonada.

Pero por sobre las ostentosas poliandras que acuden con mágica prisa, recamadas de joyas, adonde quiera que hay destrucción y muerte,—por sobre los estudiantes de casaca y birrete que salían de un baile vecino a pasos inseguros,—por sobre los fulleros que, so capa de club, merodean a esas horas, con similor en la corbata y pantalones desdentados, por las casas dudosas del gran distrito del Filete, donde la pared es de escarpines

y baratijas metidas en la masa, y la cenefa es de dibujos hemipléjicos, con un sexo en vestido de etiqueta, y el otro sin ninguna,—por sobre los políticos de pelo al rape y medias coloradas, que andan por los cafés, con rollos de billete nuevo en los bolsillos, calentándole la candidatura a la Presidencia al rival de Cleveland, al demócrata Hill, —Hill era quien llamaba, arrebujado en su abrigo de pieles, la atención del gentío; del gentío que lo tiene por su cabeza natural y criatura, y como que se consagra y enaltece al poner por sobre las virtudes que desdenea o envidia, a un capataz acusado de triunfar sin ellas.—Esa es la pelea interesante y venenosa de estos días. Para los republicanos, la duda está en creerle de veras la carta de renuncia a Blaine, que dice que su nombre no será presentado a la Convención nominadora de la candidatura a la Presidencia; pero lo dicen en carta délfica, sin que se sepa lo que de veras quiere decir; ni cómo puede ser que desista de la pretensión a que sacrifica, en el empleo de Secretario malvisto de su contendiente, la arrogancia del carácter y la poca sangre que sube ya apenas a su rostro pálido.

Para los demócratas está el empeño en allegarle fuerzas al triunfante Hill, que con sus concesiones y llanezas se ha ganado el servicio de los políticos a quienes sirve, y con el ejército sufragante de la asociación de Tammany, adueñado de Nueva York, logró componer para sí una convención amiga que pondrá su candidatura, con el peso de los treinta y seis votos presidenciales del «Estado imperial», a la convención democrática de junio, o en mantener y aumentar las fuerzas de Cleveland, que en Nueva York mismo tiene por sí lo más granado y limpio de la democracia, pero va cediéndole en el Sur a Hill, que les halaga astutamente el odio al Norte republicano, y en el Oeste dispuesto, contra el parecer de Cleveland, a abogar por la acuñación libre. Los de Hill convocaron al partido, con prisa desusada, para acordar en este febrero el candidato que el Estado recomiende, cuando lo usual ha sido dejar la recomendación allá para abril, luego que ya han pasado por el tamiz los trigos varios, y puede verse más de cerca quién es el candidato de la opinión: y los de Cleveland se alzan, y ponen tienda suya, donde proclaman que la razón de este concurso tempranero está en procurar el nombramiento de Hill, para que con la autoridad oficial de la elección, y el poder de unos trescientos mil pesos que los de Tammany han juntado, a treinta y cinco por cabeza, caigan los setenta y

dos delegados de la Convención sobre los Estados a que han de convencer de la necesidad de elegir al candidato que gobernará en favor de Tammany:—que es lo que mucha gente del país, que le conoce los intestinos a la asociación tacha de oprobioso para la democracia, «que con Cleveland quiere volver a ser partido de ideas», y de «amenazante para la paz y el honor de la República». Y a Hill lo elegirá su convención, porque con dádivas de ayer y promesas de mañana, tiene por sí a todos los delegados, pero con su candidatura, aflojada por la violencia de la proclamación, irá la protesta, numerosa y briosa, de su propio Estado. De lo cual deducen los demócratas del Oeste que el candidato no ha de ser de Nueva York, porque a Hill no lo desean, aunque lleve los treinta y seis votos de Nueva York con él, ni Cleveland puede, porque es débil en su Estado y en las mismas regiones plateras que están con él en la tarifa; «de modo que debe ser del Oeste, que está siendo la fuerza y el aumento del país, y tiene derecho de región a ponerle su presidente al partido, o a escogérselo». Y como Hill goza fama de organizador, que es cosa fácil cuando se le paga su precio del dinero público, directo o indirecto, a cada organizado, Cleveland celebra de este modo al cívico Tilden, en la carta con que excusó su ausencia del banquete: era Tilden, famoso «por su espléndida facultad de orga-

nización, animada por su amor al país, y limpia de puros motivos».

Banquetes y púlpitos son aquí estos meses como ágora y foro, donde con más verdad y autoridad que en el Congreso se muestran y razonan las fuerzas de empuje y represión del país: porque al Congreso van los hombres como empleados y representantes del interés político que los nombra, y es a lo sumo una componenda entre los elementos sociales que por la lealtad o beneficio de sus dogmas mayores se afilian en él, mientras que en púlpitos y banquetes hablan de lleno las fuerzas sociales, sin los reparos a que la cautela política obliga, ni aquella elocuencia delegada que nunca tiene la frescura y el brío de quien habla, del fuego de la pasión en su propio interés.

En gremios andará siempre la vida social, y más agremiada habrá de ser mientras más compleja, como que de eso sacan argumentos los socialistas juiciosos para su doctrina, sin ver que esa comunidad no es más que acumulación y forma nueva de las individualidades, que se asocian entre sí para diferenciar de los demás mejor. Pero en lo que ha habido estos días poco disenso, con el estudio ávido de las masas naturalizadas de Tammany, y con la frecuencia ominosa de los crímenes que precipita o engendra el egoísmo, es en denunciar el apocamiento que a juicio de muchos

ha de traer al país, y ya le ha traído, la transfusión ciega de la sangre inmigrante, que no viene al suelo extraño con aquellos apegos y memorias natales que ablandan y refrenan los apetitos de la vida, sino que los estimula fatalmente, por lo ligera y postiza que en ellos ha de ser la sutil y eficaz consideración patriótica, en que se afinan y equilibran los actos del hombre. Y el mal mayor no está en la intervención municipal, que es sobre cosas de hecho y presencia donde no suena mal la voz de los que contribuyan al bien del municipio ni siquiera en el poder político injusto a que puede llegar, y llega el extranjero indiferente, cuyo título al voto municipal está en el interés directo que él tiene; sino que con el sordo y enfermizo empleo de cada hombre en sí, como que sólo y por sí se ha de defender de un pueblo impávido en que no tiene raíces, no ve la nueva generación, ni en su casa ya picada del egoísmo de los tiempos, ni en la vida áspera de fuera de la casa, aquella dádiva impalpable y mutua del suelo nativo que hace amable la vida y robustece para la adversidad los corazones. ¡La vida es una copa, y mientras más vino se le eche, y mejor vino, mejor! Sin ver que la vida es obra de todos, quiere apurar por sí la vida entera cada uno. Y lo animal del hombre crece odioso, y la patria decae.

¿Pues por qué—dice un obispo—hay que crear reformatorios

para las mujeres, si no porque el amor desenfrenado al goce, que les crece con el uso libre del sobrante a que tienen derecho por dar a la casa lo demás, del trabajo, no extraviase a un número enorme de mujeres que no llegan a los veinticinco años? ¿Por qué en una semana, han matado tres hijos por cosas de intereses a sus padres? ¿Por qué el hijo de Field que sacó fama y millones de la idea del cable, el hijo de una casa de gobernadores y magistrados y reverendos y banqueros, roba a su propio padre para cubrir, soltero y ya mayor, los engaños con que hizo quebrar, en dos millones de deuda, a su firma de treinta mil pesos? ¿Por qué ese estudiante, mimado y ambicioso mata a escondidas a morfina pura a su mujer joven y bella, y de padres de cierto bienestar, a la mujer que le va a dar su primer hijo? ¿Y ese otro que muere humeando en la silla mortal de la electricidad, con un bozal de cuero y las manos en agua y el descargador en la pierna desnudada? ¿por qué salió a matar a los diez y nueve años «al primero que tuviera con qué comprarle un traje nuevo»? Y esa cómica ¿por qué mandó en su testamento que la quemaran como la han quemado, con el vestido que le costó siete mil pesos?

De padres de la Flor de Mayo, barbirrasos y nasales, es el obispo censor de la inmigración y aduce el caso ahora del nihilista Padlewski, que con nombre

falso andaba escondiendo por el Oeste la pistola con que mató en París a aquel policía ruso, al general Slevenoff, y al fin se puso él mismo la pistola a la sien, cuando el pecado no le remordía porque quiso oficiar de vengador en la huelga última de los filadelfianos, y en las ciencias que dominaba pudo hallar gusto y empleo, y de sus amigos leales recibía óbolos y libros.

Polaco es otro sacerdote que no quiere cejar sobre los enemigos<sup>a</sup> de Padlewski: ¿y tanto médico, y profesor y óptico y joyero que han venido de Polonia? ¿y la Modjeska, vieja y fea, que es hoy tal vez la primera actriz del mundo? ¿y Kraszewski,<sup>713</sup> el buen novelista, el autor de *Termola* y *El judío*? ¿y el pianista Paderewski, que tiene a los músicos atónitos, y arrodilladas a las damas? Alemán es el converso que predica ante buen auditorio por cierto, la necesidad de que todos los incrédulos se reúnan, en lo que tengan de común por la razón, en una sociedad para reformas de raíz, en lo social y en lo religioso, como quiere Stead el inglés que se junten en Newmarket, en un «centro cívico» de moral y cultura, las iglesias impotentes de las varias denominaciones: y la so-

a. En LN: «dejar sobre los emigrados». Se acepta la lección de *Nuestras cartas de Nueva York*, México, siglo XII Editores, 1980.



ciudad del alemán tendrá «fe en el hombre, fe en las leyes de la naturaleza, fe en la energía penetrante e insistente del universo, fe en la felicidad definitiva de la especie humana y en la armonía de todas las cosas».

Ayer subió al púlpito unitario, de los que propagan el culto de divinidad sin dogmas, un millonario escocés, el pequeño escocés Carnegie, que se sienta a comer todos los días en la silla en que se sentó en el Congreso Panamericano; y allí le oyó su público curioso, que a otro rico irá a oír el domingo, cómo «la riqueza acumulada ya no es, en esta edad de democracia triunfante, esclava de uno, sino esclava de todos»,—cómo «la riqueza sobrante es un fideicomiso que el rico ha de administrar para el bien público»,—cómo «el hombre que muere dueño de millones que pudo distribuir durante su vida, muere deshonorado»,—cómo es cierto que «el enemigo mayor de la sociedad, y de sus hijos propios, es el padre que lega a sus hijos

más caudal que el indispensable para andar por sus pies sobre la vida, y lo demás al Estado!»

Y el famoso Ingersoll se revuelve contra los púlpitos todos que le censuraran el sermón pascual donde tachó al cristianismo «por haber traído al mundo un mensaje de eterno pesar y la doctrina del dolor sin fin», por «afligir a los hombres con el miedo del infierno, eficaz sólo para sujetar el desarrollo de la razón»: y a un reverendo le dice: «suprimase de la moral el cristianismo y quedará lo útil de la moral; sáquese del cristianismo la moral y sólo le quedará lo inútil»: y dice a otro, que le alega artes y ciencias,—«sólo de la poetisa Browning<sup>714</sup> es la verdad, los moros fueron los que llevaron la ciencia con la punta de la lanza al cerebro de Europa!» y al que presume de historia, le replica: «que la civilización de hoy sea cristiana, no quiere decir que la religión cristiana sea verdadera, porque la civilización del mundo fue hindú en su tiempo, y en otro egipcia, latina en otro, y

los mismos cristianos proclaman que no es verdadera la religión hindú, ni la egipcia, ni la latina!»

Y les apedrea los púlpitos, en réplica mejor zurcida que otras suyas, con todo Voltaire, y todo Volney, y todo Draper: y si un teólogo le toca la barba muy de cerca, porque llamó al whisky, «aroma de junio y trino del jilguero», vuélvele el argumento con esta arrogancia: «el whisky regocija el corazón del hombre, y todo lo bueno del cristianismo viene del corazón humano. Todas las virtudes existían en la tierra antes del Advenimiento de Cristo.»—A la puerta de la casa que ha ganado con su abogacía elocuente espera a Ingersoll todas las tardes el coro de sus hijas.

**El Partido Liberal,  
México,  
20 de febrero de 1892**

# Carta de José Martí

El negro en los Estados Unidos.-El paseo del pastel.-  
Los cultos y los ignorantes.-Los peregrinos a Liberia.-  
Un pueblo quema a un negro.

Nueva York,  
febrero 23 de 1892

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

**D**ÓNDE SE REÚNEN diez mil almas, hombres de paño y mujeres de seda, a ver envilecerse a veinte parejas humanas, veinte parejas negras? ¿De dónde huyen, limosneros y deshechos, doscientos negros sin agua y sin pan? ¿Dónde se juntan cinco mil almas, y una mujer prende las ropas de un negro atado, y queman vivo al negro? En Nueva York, en el circo de pórfido y cristal y ladrillo crema, se reunieron los diez mil, a ver bailar y andar a las parejas que competían por el pastel del premio, el pastel que va cada año al andador más elegante. Del territorio indio, donde se asentó el blanco celoso, huyen a Liberia los doscientos míseros, buscando «la leche y la miel». En Arkansas se unieron texanos y ar-

kansenses, y mujeres y hombres, y quemaron contra un pino a un negro untado de petróleo:—«¡A Liberia!» «¡A Liberia!» gritaban en coro por las calles, con su capitán barbudo a la cabeza, los doscientos que vienen del territorio: y en vano los detienen los hombres de su raza que cargan levitones y espejuelos: ni al abogado, ni al reverendo, ni al representante, ni al senador quieren atender;—sino ir «adonde no nos quemem los hombres.»

Ni las parejas pizpiretas quisieron escuchar los consejos, las súplicas, la protesta de aquellos negros, ya redimidos, que ven en esta befa anual del paseo del pastel un obstáculo al respecto que con el ejemplo de su virtud e inteligencia pudieran merecer para su raza. ¿A qué iría anoche la familia del pastor de Brooklyn, él con la barba blanca, ella en su traje rico, matriarcal y canosa, de rasos y de encajes las hermanas, a oírle al primogénito, en la escuela de leyes, el dis-

curso de grado? ¿A qué escriben sus historiadores, y sus poetas ganan los certámenes, sus banqueros embellecen el hogar, y ruedan coche sus médicos? ¡Esos judas sin honor, por un tanto en las ganancias de la payasada, se pondrán de perfiles y charoles, con escarpines ellas y ellos de gran pechera, a que los befén y escarnezan, a que los silben y vocean, a que les echen monedas a la cabeza, los jugadores de los garitos, frenéticos y ensortijados, los jugadores de las bolsas, que pasan con el nombre de corredores, y los estudiantes de los dos grandes colegios, que se abrazan y trompean del gusto, y no hallan piedad en su juventud, ni hallan hombría, para padecer, con el hombre que va naciendo en ellos, de aquella degradación del hombre! ¡Esas parejas criminales, por una botella de vino agrio y unos cuantos pesos, se vestirán de etiqueta rígida, convidarán al público al gran circo, darán vueltas<sup>a</sup> pavoneándose al pastel, fomentarán con su vileza el desprecio de su propia raza!... «Pero eran cien

a. Errata en EPL: «vuletas».

hace dos años las parejas»,—dice en la puerta un negro elocuente y hermoso, a quien refrenan en vano sus amigos—«y este año los desvergonzados no son más que diecisiete! ¡Por sobre la torre de esta mala casa he de decir que los negros honrados sangramos en el corazón de la ignominia de estos negros viles,—que en nuestras casas el piano toca a Tchikowsky y en la librería está Draper y está Littré,<sup>715</sup>—que aborrecemos a esos limpiaplatos y a esas besabocas que quieren comprarse gustos con el dinero que cobra a la puerta este garitero por la burla que le vienen a hacer al color negro de su cara!» Se le saltaba el llanto al negro hermoso, y el garitero rebosante, de casaca y clac, levantaba la cortina de terciopelo carmesí, para abrir paso, llena la carona de sonrisas, a un mozo rubio y brusco, y a la amiga sonante, toda seda y pulseras, que le iba a los faldones.—Por la cortina se veía la multitud en la humareda, cargándose a la valla; la pista reluciente, alisada para la procesión; las parejas del brazo, andando en punta, meciéndose, midiéndose, a ver cuál saca el pie con más fineza; el tambor mayor, al frente de la cohorte, de chupa y casquete, voleando la porra.—Y luego se desborda y revuelve en el circo todo aquel gentío.

En el sótano de una misión, «picanimis» y madres y abuelos comen ávidos la sopa de caridad, que lo mejor de la familia negra de Nueva York envía a los

que vienen, de allá del territorio indio, buscando el barco que les ofreció el agente de una compañía de Liberia. ¿Y se esparcirá la raza infeliz? Los que ya tienen raíces y alfombra no ven la patria en el color, ni abjurán de la tierra en que nacieron; ni favorecen la peregrinación que quitaría a su raza el peso que en la justicia de la ley pueda darle el número. Pero a la Liberia se quieren ir los que no tienen alfombra: «Jorge Washington» los quiere llevar, con su barba lanuda amarillenta, y sus ojos que mandan y acarician, y una mano que arruga el sombrero cuando está saludando: usa fieltro, lleva levita, carga botas: peleó en la guerra, y desde entonces anda «vagando, vagando»: él no es «hombre de mujeres», como esos indios del territorio; él quiere «ser jefe, ser jefe en alguna parte antes de morir»: de su bolsa ha pagado él como la mitad del viaje de «todos estos hijos»: y con los brazos en alto da la señal del coro, que cantan de pie, los abuelos echados sobre el bastón, las madres con el pañuelo a la cabeza, los mocetones en su ropa de limosna; los «picanimis» con los brazos por los hombros.

Y todos se columpian y van coreando todos:

*Conversen que conversen,  
Nos quieren asustar;  
Mientras tengamos piernas  
Nos hemos de embarcar;  
¡De embarcar!  
¡A Liberia, a Liberia!  
¡Nos hemos de embarcar!*


Y a la puerta, de camisa colorada, bota a las rodillas, y la cara fina, orlada de barbuja, perora un luisianés ante los mocetones que le oyen riendo, codeándose, zapateando, hundidas las dos manos en los bolsillos:—«¿Conque somos cobardes porque no nos quedamos aquí, donde el agua tiene fango, aquí, basta que venga el Mesías?» pues «los cobardes viven mucho». ¿Conque a Luisiana otra vez, y a Texas y Arkansas?: «¡gato quemado tiene miedo al fuego!» ¿Y que no sabemos adónde vamos a ir?: «¡el puerco sabe en qué árbol se frota!» ¿Y para qué nos hemos de quedar aquí, para ser como esos, que no son más que medio caballeros? «el cortarles las orejas a un mulo, no lo hace caballo». ¿Y a quién le importa que no tengamos qué comer? «¡el mono dice que si su lomo es pelón no es cuenta de nadie!» Dicen que allá vamos a esperar mucho para tener casa: «¡poco a poco hace el pájaro su nido!» Y firmes, agradecidos, apretados unos a otros, esperan, alrededor de la sopa de caridad, el barco que los lleve a «la miel y la leche» de la Biblia.

Allá en Texarkana, en la frontera de Arkansas y de Texas, allá donde el luisianés no quiere ir, el pueblo entero y los pueblos del contorno vaciaban los carrioches y carretas a la puerta de un establo. Los hombres iban de rifles y pistolas, en pelotones, a carreras, saltando—para llevar el recado más de prisa—al pri-

mer caballo que encontraban; las mujeres iban de sombrero, quitasol y pañoleta. Una hablaba y la aplaudía su grupo. Las mozas paseaban con sus novios. Se saludaban por las calles los desconocidos. «¡Allí viene! ¡Allí viene!» Es el negro que sale amarrado de la caballeriza: uno lo empuja, otro le da en la cara: él marcha a pie seguro: «¡No ofendí a la señora Jewell! ¡me van a matar; pero no la ofendí!» «¡Te vamos a matar, perro Coy, a matar como un perro que eres, antes de que este alcalde nos eche las tropas que le pidió al Gobernador!» Y lo llevan calle arriba, cercado de rifles, y detrás las carretas, y los carricoches, y los hombres y las mujeres, y las

cinco mil almas. La plaza del pueblo va a parecerles bien, la plaza, en que empiezan dos vecinos a reclamar la ley: «¡atrás, esos oradores que quieren ley ahora!» Y al trote va el negro amarrado, «afuera, al campo limpio, donde vean bien todos»: y van corriendo, detrás de él, al trote, las cinco mil almas. Quiso un piadoso subir con la cuerda, pidiendo aún que lo ahorcaran, y le bajaron a boca de rifle la piedad. Apretaron a Coy contra el tronco con cinchos de hierro. Le echaron por la cabeza baldes de petróleo, hasta que se le empaparon los vestidos. «¡A un lado la gente, a un lado, para que las señoras me vean bien!» Y cuando la señora Jewell, de

pañoleta y sombrero salió de entre el gentío, al brazo de dos parientes suyos, rompió en vivas el pueblo: «¡Viva la señora Jewell!» las mujeres ondeaban los pañuelos: los hombres ondeaban los sombreros. La señora Jewel llegó al árbol, encendió un fósforo, puso dos veces el fósforo encendido a la levita del negro, que no habló, y ardió el negro, en presencia de cinco mil almas.



El Partido Liberal,  
México,  
5 de marzo de 1892

[OCNY, pp. 186-189]



# Carta de José Martí

La inmigración y los estudiantes de las universidades.-Debates de elocuencia.-¿Conviene la inmigración?-¿Por qué no conviene?-¿Qué inmigración conviene?-El circo del descubrimiento de América.-Barnum y Colón.-Colón.-Marchena.-Las joyas.-Procesiones y bailes.-La muerte del «buen poeta viejo»: de Walt Whitman.

Nueva York,  
25 de marzo de 1892

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

ESTOS HAN SIDO días de caer. En su tumba heroica, hecha como con dólmenes, está ya el cuerpo del poeta Walt Whitman: de una cuchillada, por denunciador, cayó en tierra un mozo elegante, que se alquiló de policía privado contra una larga huelga: por amigo de damas derribaron del púlpito a balazos, allá en Georgia, a cierto obispo negro: en sus mismas mañas se está enredando, por lo mismo que son muchas, el candidato Hill: cae, sin el llanto usual, la Oficina de Repúblicas

de América, que tenía a los diarios nutridos de noticias constantes y desdeñosas sobre los países americanos: cae, después de batalla vehemente, el proyecto agraz de la acuñación libre de la plata. Por sí, y desde su raíz, ha de verse, en campo aparte, la batalla de la plata, y por ella la probabilidad de que la candidatura de Cleveland no padezca en un partido cuya mayoría en la Casa votó, de acuerdo con su carta famosa, contra el cuño libre. Ahora se ha de ver lo del día: cómo discuten sobre inmigración los estudiantes, cómo principian en circo las fiestas del descubrimiento de América, cómo muere Whitman.

De todo el Norte, más famosa que otras de más utilidad, son

las universidades de Harvard y de Yale, que en todo creen deber estar de punta, desde regatas hasta certámenes públicos, cuando lo que se ha de ver en los colegios no es el modo de alzar a unos contra otros, ni perder la actividad en competencias entre hermanos, ni aguzar en la carne propia las armas que sólo se han de esgrimir en caso de gran necesidad contra la ajena, ni avivar el espíritu de secta y bandería que quiere freno más que espuela en el hombre. Criar amor debiera ser la función de los colegios, y no robustecerse el pie para zanzanearle a Harvard en su propio campo la pelota victoriosa de Yale, o poner el nervio en hombros para sacarle a Harvard los remos invencibles. Y este es punto grave, sobre si debe la educación afilarle el diente al hombre, por la teoría que ve la vida como una mesa puesta, donde gana el mejor puesto quien sabe dar más dentelladas; o si ha de tender la educación, reconociendo la suma de competencia que funge en el mundo junto con el poder de unión, a buscar la defensa contra la agresión en el aminoramiento de

esta por los hábitos fraternales de la cultura: sobre si se le fomenta la bestia al hombre, o se le reduce.

Pero si es dañina la competencia sistemática, y de pura localidad, entre unos colegios y otros, porque el uno tiene pinos alrededor de la casa y el otro tiene cipreses, la otra competencia, que sigue a lo natural, es de gran beneficio, porque se han de ensayar de antemano las armas que deben esgrimirse luego, y porque el caballo más fino saca más paso y gallardía cuando siente los cascos de otro al pie. Ni es posible, en el ajuste del mundo mental, que los que se entran por las nubes dejen de tener quien les tire del faldón, para que se les vaya el calce de la tierra, ni que los que se meten de covachuelistas, y ven la vida por su mostrador, estén sin quien los saque de vez en cuando a la verdad y hermosura de las nubes. Porque es verdad la cueva, y las nubes también. —Sobre que en una república no hay más paz ni prosperidad que la que viene del ejercicio serio y oportuno de la lengua, y es mal republicano, y desertor de su país, quien no piensa en todo lo de él, y se acostumbra, como deber militar, a poner en palabras lo que piensa. Al desgobierno no hay que temer por esta abundancia de opiniones, porque los intereses, en cualquier sistema se abren paso, lo mismo que el amor del hombre a toda la realidad de su persona, y en lo real de la política, como

en lo de la naturaleza, se agupan de una parte los dichosos, siempre abocados a la parcialidad, y los que desean serlo: y todo está en que unos no lo sean mucho, y otros demasiado poco. En la pelea humana hay ejércitos sueltos, o guerrillas que salen a anunciar por dónde viene la gran guerra, pero, con palabra o sin ella, quienes carecen de felicidad se pondrán de una parte, y los desinteresados con ellos, y de la otra los que gozan de ventura, con la legión de mandones y serviles. Y con la resistencia de los unos y la aspiración de los otros, se van componiendo, en vuelcos y accidentes, las justicias humanas.

A veces, como en lo de la inmigración, la pelea no es de humanidad, sino de conveniencia. ¿El respeto al derecho del hombre ha de llegar hasta permitirle podrir con su compañía impura a los demás hombres? ¿El pueblo que admitió inmigrantes buenos, debe continuar admitiendo inmigrantes malos? ¿El pueblo que aceptó la inmigración cuando la necesitaba, debe continuar fomentándola, o debe contenerla, cuando no la necesita?

¿El pueblo que ya ha producido de sí, con toda la República, los males monárquicos, la división de clases y la desigualdad excesiva de fortunas, debe continuar recibiendo inmigrantes que vienen buscando, tácita o confesamente, un país sin desigualdad excesiva y sin división de clases? ¿El pueblo que

no tiene ya, a pesar de su cáscara de oro qué repartir entre los que viven mal contentos en él, traerán más inmigrantes mal contentos? Unos, como Harvard, que es colegio de humanidades más caliente, creen que las puertas se han de tener de par en par, para que el hombre infeliz del mundo llene el campo vacante, cuya labor, heroica y primaria, le dará médula de ciudadano: y otros, como Yale, a donde van más hijos de magnate, hijos almidonados de los jayanes<sup>716</sup> que inmigraron ayer, mantienen, con muchos tantos de razón, que estas turbas que caen ahora sobre los pueblos, azuzadas por la policía que quiere librarse de pícaros o por los gobiernos que quieren echar afuera el gentío rebelde, son más veneno para la ciudad que sangre para el campo; que el hormiguero mendicante, y tifoideo o tiñoso, que viene, roído hasta el corazón de la miseria, en los vapores que buscan la ganancia en el golpe de cabezas que acarrear, no es ya la inmigración creadora que en los días de un viaje peligroso arrostraba el espanto de lo desconocido para levantarle casa propia al pensamiento libre: —«¡Aquellos eran los caracteres, y esto es la hez!»—«Entonces venían los osados y los fuertes, los valientes venían que se arrancaban como en raíz del suelo de su corazón, y ahora vienen las hordas estupefactas, con el marchamo del hombre en la frente, o la idea de justicia reducida, por la priva-

ción de ella en lo de más necesidad, al apetito frenético del bienestar que lleva a la codicia violenta de lo ajeno!»—«¿Y qué ciudadanos para la República son estos hombres que votan en ella por el consejo de ideas y odios no nacidos en ella; que desconocen los rudimentos de la ley que pueden alterar con su voto, que no leen ni entienden la lengua del país que gobiernan, que buscan en la tierra americana,—si algo más que el pan buscan,—el triunfo de sus ideales europeos?» Y así van los juiciosos temiendo, con la lección de lo que ven, la caída del carácter del *yankee* nativo; que con el padre de afuera ama la selva que taló y la ciudad que armó con ella, en este otro carácter nuevo del país, sin fe, patria ni orgullo de fundador, que en el anhelo de la fortuna rápida y desordenada, deja por ruín el trabajo del campo al inmigrante que sólo de peón va a él, a hacer bolsa con que volverse a la familia y el terruño, o vive de tronchos de col, arrodillado delante de las botas de la ciudad.

Los que ven sobrantes las fábricas y largas las huelgas, no observan sin miedo la arribada continua de más trabajadores para las fábricas, y de más huelguistas. Los que piensan en que cada ruso que desembarca, con la rabia histórica en el pecho y en el carácter la miseria, trae en la bota la papeleta de gobernar a un pueblo nuevo y libre, creen, como los estudiantes de

Yale, como los gremios de trabajadores, como la Secretaría de Hacienda en Washington, que la inmigración ha de ser sana, y no lo puede ser si no se la restringe,—que la inmigración no ha de ser como los setecientos mil del año pasado, que eran páuperos y bribones en su mayoría; o gente sin realidad y sin poder,—que no se ha de permitir desembarcar cuadrillas pordioseras, como desembarcan hoy, bajo la garantía nominal de las sociedades que por compasión de raza o por inmoral beneficio protege y atrae la horda inútil,—que afuera, y antes del embarque, ha de ver la República por sus agentes qué sangre le va a entrar, y castigar, como envenenador, al que por sus convenios y menurjes de pase a sangre mala,—que el inmigrante venga de la casa y el campo y el taller, no de las traperías y los hospitales y las cárceles,—y que no puede votar sobre la Constitución quien no sepa leer en ella.

De los hijos que cría en los barrios bajos la inmigración de la ciudad, puede hacerse idea quien vaya en estos días a la pompa y bambolla del descubrimiento de América en el circo,—en el circo triple y colosal de Barnum. Allí, mientras los concurrentes aturridos no saben a cuál ver de las tres pistas, donde a la vez, por aire y tierra, trabajan gimnastas y jirafas, bailarinas y prestidigitadores, elefantes y payasos, mientras un

hombre jinetea en una rueda y la catapulta, echa a una mujer, de tierra al techo; se visten de soldados o monjes o caballeros o pajes los petimetres del suburbio, que tienen a honra dormir de día, y pasear la oscuridad sin bigote y sin cuello. Estos de malla y coraza, con casco de pluma; aquellos de manto y sombrero, con zapatilla judicial y cruz al cuello; uno, de negro y gris, como el rencoroso Talavera; otro, de oro resplandeciente, como un Diego de Arana. Y moras de a cinco por peso, vestidas de lila y amarillo, y caribes con todo el plumero y joyel de un rico azteca, y los maestros de baile disfrazados de sayal y capuchón, y señoritas con abanicos: hasta que se alza el cartón de los muros de Granada y aparece el flaco Boabdil, orlado de lo más fino y recumbente de aquella morería, a quien pronto asusta el clamor del pueblo que entra al encaje de la Alhambra, a pedir de comer al rey, porque parece la ciudad hermosa con la privación del sitio; y las seiscientas bailarinas, en nubes y en estrellas y en coronas de color, danzan en los tres circos, mientras la guerra afuera suena, y el heraldo carmesí de Aragón y Castilla pone en fuga a los músicos moros con su caballo blanco. Isabel viene de armiño en su hacanea, con el paje encarnado, y Fernando con aquella corona suya que era, como su carácter, mitad corona y mitad gorro: y a los pies del trono de Boabdil viene a enseñarles las cartas,



entre soñadas y aprendidas, un Colón<sup>717</sup> que del de la leyenda no tiene más que el águila de la nariz y lo abundante y rebelde de las canas, más el Colón de Giovio capuchino o el que le suponen a Cristophano Altissimo, con la rica frente y el ojo hondo, y el ancho entrecejo que el marcial y romántico de Capriolo, o aquel barbudo de Montanus, donde está como cabecilla de la mar. Y alrededor, amigos y enemigos, y en uno, como los quiere Geraldino, el Juan Pérez y el Antonio de Marchena. En Pantomima, como si el del libreto no hubiese leído a Pedro Mártir, ni a Bernáldez, ni los papeles de Estado de Bergenroth,<sup>718</sup> la reina ofrece aquellas joyas suyas que ya andaban en prenda por los grandes apuros de la guerra contra el moro.

Luego es Palos, con las tres carabelas, y el motín en la capitana, y el alboroto cuando se va acercando la isla verde. Luego es el desembarco, acero en mano, con el cura al pie, y la naturaleza confiada. Luego es la vuelta triunfal a Barcelona, con todo lo de Cortés<sup>719</sup> y de Pizarro<sup>720</sup> metido entre la piña y el mamey de Guanahani; y el paso de los indios cautivos, con tobilleras y brazaletes de colores, en sus sillas talladas, a la sombra del plátano; y tras el golpe de estandartes, el paso de los reyes, en los sitiales de terciopelo, bajo el dosel de damasco amarillo; luego, ceñido de capitanes, entra Colón, de armiño como un

rey, y la cabeza hecha un vellón, y alrededor bailan y ondean las mozas sus banderolas azules y blancas. Acaba todo en fuegos artificiales.

Allá, como una luz, en la casita blanca de Camden, se fue la vida dolorosa de aquel cuerpo que pareció a Lincoln el de mejor equipo de toda la casta americana. Walt Whitman iba entonces, después de la guerra donde estuvo de enfermero a llevar a los «camaradas» de los hospitales el placer de que les podía comprar con los ahorros de su cuarto de soltero: iba robusto, de fieltro militar, con el bigote y la perilla del Sur, y el cuello entero al aire. Ahora vivía en la silla de la enfermedad, del consuelo de las cartas de Inglaterra, que lo proclama poeta grandioso, y de la caridad de sus amigos: en las manos tenía el báculo siempre: la melena de los setenta y tres años, marco imponente de la cara leonina, le caía rizada por los hombros: allí estaba, viendo venir «el cercano, curioso, sombrío, incierto espectro: ¡y volveré a quedarme en esta vida, viejo, lento, cotorrón, con la voz cascada que chilla y parlea, o se abrirán los cielos y los soles?» Allí estaba, poniendo en su ritmo extraño, entre hebraico y aborigen, su pensamiento desnudo y como descoyuntado, sin miedo a palabra de hombre ni a visión femenina: tal un águila, en un cuarto de mujer, ahora clava y desgarran un pañuelo de seda,—ahora

rompe de un picotazo el vaso de cristal y sube al aire la potente esencia,—ahora alza la cortina, y le ve a la hermosa el sueño.

De padre de Inglaterra y madre de Holanda nació el niño que besó Lafayette; que vio campo y trabajo desde que abrió los ojos grises; que entró en el pensamiento por el plomo de las cajas de imprimir, que fortaleció la adolescencia con su empleo de maestro ambulante de casas campesinas, que en las ciudades prefería a la amistad de los magnates la de los guías de los ómnibus, que al caérsele de enfermedad las riendas a un cochero amigo se las alzó por todo Broadway para ganarle el jornal a la familia, que de la dignidad de cabecera de un gran diario bajó a ganapán por la culpa de poner en verso rugoso su admiración libre del génesis, perenne y amor vívido de la naturaleza; que en la guerra escogió el oficio de dar ternura y medicina a los heridos; que del puesto rehecho de periodista mayor salió para acompañar al hermano pobre y moribundo por las montañas y los prados donde el aire fragante renueva la vida; que al volver de la peregrinación por los lagos y árboles gigantescos, se anunció de maestro de obras y cepilló madera con sus manos; que del oficio mezquino de la gobernación, de que lo echó una vez por la culpa de su poesía un secretario paviculto, salió a la limosna de su casa de familia, donde le llevó el pan de enfermo la admiración inglesa;



que en los últimos días de sol de su vida natural iba hilando los metros abruptos donde hierven desnudos el hombre y la mujer, a ver cómo encajaban las piedras colosales de las sepulturas de puertas de granito donde dice, con letras acuchilladas, «Walt Whitman».

**El Partido Liberal**  
México,  
8 de abril de 1892

[OCNY, pp. 190-195]

**291**

## Carta de José Martí

Sumario.-Un banquete típico.-Obsequio extraordinario de la Cámara de Comercio de Nueva York a un periodista.-Whitelaw Reid, del *Tribune*, candidato posible a la vicepresidencia.-La oratoria de sobremesa en el norte.-Detalles y prácticas de un banquete extraordinario en Nueva York.-Política, comercio, diplomacia y chiste.

**Nueva York,**  
abril 28 de 1892

Señor Director de  
*El Partido Liberal*

**P**OR FRENTE a la estatua del almirante Farragut, que desde su pedestal de olas de granito ve con los ojos que abatieron a Nueva Orleáns en la guerra civil, la puerta afable de

Delmónico, la puerta de los convites, del cuchicheo de las parejas, de los pajes y las casacas y los sombreros de cintas, pasaban hace pocos días, disputándose las ruedas, los coches de los hombres mayores de la ciudad de Nueva York; entraban generales, banqueros, ganaderos, roperos, ferreteros, abogados famosos, patriarcas del periodismo. Los de cincuenta años venían todos en

coche, traían zapatos de charol, no hablaban al cochero al bajar. Los de setenta venían a pie: dos venían del brazo, lo mismo que dos novios, y uno, antes de entrar, dio a su manzana la última mordida, se sacudió de la barba que le daba por los corales de la pechera, las migajas de la manzana.

Por las salas de espera, antes de entrar en el comedor de crema y oro, el comercio todo y los poderes reales de la ciudad, se agolpaban a saludar a un hombre aún joven, de porte caballeresco, el bigote entre cortesano y marcial, la mirada aguileña por sobre la nariz, como quien dispara flechas al amparo de un dosel, y el cabello como rebelde bajo el manso peinado. Es Whitelaw Reid, el

ministro de los Estados Unidos en París, a quien la Cámara de Comercio de Nueva York ha nombrado, como a veintitrés notables más en todo un siglo, y no a más de veintitrés, miembro honorario de la Cámara. Lo nombró miembro por sus servicios al comercio de su país, y le congrega a lo más rico de la ciudad en el salón de crema y oro. Las listas de la comida llevan su retrato con las dos banderas de Francia y el Norte enlazadas por la corona de laurel, y un caduceo al pie; por el balcón del banquete, que se entrevé desde las salas, caen, abrazados, los colores de las dos repúblicas.

En las salas de espera, afeitándose en chiste a sus partidos, reían juntos republicanos y demócratas. En un rincón, que por lo concurrido parece el del huésped, dice cosas de París, cosas de pantufla y descote, un caballero de barbas nevadas. Allá, bajo la araña resplandeciente, parece grande, por lo que buscan y oyen, un abogado chiquitín. Mira inquieto, como quien va midiendo hombres, un periodista famoso, el que ha puesto a presidir su cuarto una lechuga.

Se habla de Reid, de su lujo parisiense, de su afabilidad señorial, de la comida que ya le dio su Estado nativo de Ohio, de lo mucho que se escribe sobre su candidatura a la Vicepresidencia, con Harrison, si no ha podido sacar Blaine al Presidente de las astucias con que trabaja su renominación, con Blaine

de quien Reid es aún más temiente que rival.

Cuentan los comienzos de Reid cuando empezó de periodista desde los pañales de la Universidad, cuando brotó de orador de Fremont, aquel codicioso de la tierra ajena, cuando peleó como ayudante las batallas que contaba como correspondiente, cuando echó raíz en su Estado con el libro laudatorio de *Ohio en la guerra*, cuando vino del Oeste por convite de aquel genuino adivinador, de Horace Greeley, a que lo acompañara en los editoriales, pugnares y fustigantes, de su diario el *Tribune*, cuando casó, ya dueño del *Tribune*, con la hija de Mills, el banquero invicto de California, que empezó de plumero y escoba por los escritorios.

«Es *yankee* de casaca este Whitelaw Reid.» «Es todo un Jonathan, con calzones de moda y de plastrón.» «Almuerza águila este mozo, y se pasa la vida mirando por sobre las fronteras.» «Tiene empaque de presidente y una mano que siempre se reserva cuando se da.» «Pega y recibe como todo un pugilista, cuando un pillo como Tweed se hace dueño de la ciudad, pero se calla como todo un señor, la verdad más clara, si no conviene a su partido.» «Pues el partido le debe gratitud, porque él le gana amigos con la independencia de su fortuna, sus arranques de llaneza y el señorío de su persona.»

«Y este banquete por qué se lo damos, si no porque con sus modos y respetos y con su música

y su defensa, les ha sabido sacar a los franceses un tratado de extradición, que pondrá en la mano la maleta a mucho *yankee* cuco de París; y otro de reciprocidad que por el valor de los cueros, pieles, mieles y azúcar que Francia envía libres al Norte, admite en los puertos franceses, con derechos mínimos, las maderas, duelas, conservas y lúpulo que manda el Norte a las Antillas; y la respuesta favorable, que tardaba en venir, sobre la concurrencia de Francia a la columbiada de Chicago; y el milagro de que Francia le abriese las puertas a la trichina de los Estados Unidos?»

«La verdad es que el decoro personal y la cultura universitaria no estorban para la vida política, y que los partidos creen en la necesidad de ir poniendo a su frente algo más que devotos dominicales, u horteras consuetudinarios, o capataces de votos.»

«Y este va a caballo en el águila. Dicen que tiene un águila, con las alas abiertas, en su cuarto de escribir. Y que atendió con mucha amabilidad a dos estudiantes que le recomendó un colegio de Francia.» Cuando los doscientos convidados entraron a tomar puesto en las cinco mesas que como las fajas del pabellón bajaban de la más alta de la presidencia, ya estaban en sus sitios los huéspedes mayores, a la derecha e izquierda del presidente de la Cámara de Comercio: y por sobre ellos, entre las banderas de Francia y del Norte, un águila negra tendiendo las alas. En la

mesa, con su cresta de banderines *yankees* y franceses, había dos pirámides de azúcar.

Pero la lista con ser suculenta, y las mesas adornadas con cestas de rosas blancas y rojas; y su salpique de violentas azules, y las pantallas de papel de china con los colores de ambos pabellones, y el pámpano exquisito, el pescado que Washington prefería, y el borgoña que mandó saludar con los cañones de batalla un mariscal de Napoleón, no eran tan de observar como aquella mesa alta de la Presidencia, donde a la derecha, tenía la Cámara de Comercio al Ministro empinado y puntilloso del Partido Republicano en Francia, al periodista más influyente y agresivo de los republicanos en todo el Norte, al director del *Tribune*, Whitelaw Reid, y a la izquierda tenía al enemigo, implacable en apariencia, de la centralización y arrogancia del Partido Republicano, al periodista más agresivo e influyente en todo el Norte entre los demócratas, al director del *Sun*, Charles A. Dana. De lado de Reid estaba un senador junto a un gobernador, un rector de universidad junto a un teólogo, el suegro millonario y a la cola un reverendo; y del lado de Dana, rábido y principal mantenedor de la candidatura de Hill a la Presidencia, el abogado Condert, cabeza de los demócratas que se rebelan contra la candidatura de Hill, y el alemán Carl Schurz, amigo poderoso de

Cleveland, y Hewitt, demócrata rico y dispéptico, que ve en Cleveland el intruso que le salió al camino cuando tenía por suya la candidatura y la Presidencia, y Halstead, fundador famoso de diarios republicanos; y el senador Bryce, presidente de la junta nacional de los demócratas. Y cuando el presidente de la Cámara hubo hablado, y tocó la orquesta *El pabellón salpicado de estrellas*,<sup>721</sup> levantaron la copa a la vez Dana y Reid, Hewitt y Schurz, Halstead y Bryce: «¡Por el pabellón salpicado de estrellas.»

Es caballero vivo el presidente de la Cámara de Comercio, a quien año sobre año eligen, por no hallar la Cámara presidente mejor, ni parecerles que la idoneidad especial de un hombre sea pecado que deban las sociedades castigar por la razón de que sirve bien, privándose de sus servicios. Y no hay como él para encaminar una sesión confusa, para recibir un huésped de nota en el salón de los retratos, para poner sobre ruedas un banquete. Emite y omite. Habla, de modo que fija, y no pone a hablar a quien no sabe. Tiene la palabra insinuante y la sangre obediente. Y como rico que es, ríe entre ricos. Él, celebra a Reid por haber merecido el nombramiento de miembro honorario de la Cámara, que es la patente de la nobleza del comerciante norteamericano; por haber congregado, a premiarle los méritos, semejante legión de hombres; por haber fortalecido la amistad históri-

ca del Norte y de Francia; por haber llevado en marcha de victoria, bajo el arco de triunfo, el cerdo norteamericano a los mercados de Francia! «Esperamos», decía el presidente Smith, «que los productos de Chicago y Cincinnati nutran los estómagos de los franceses, y respeten los bolsillos de los norteamericanos, y esta sí será una verdadera reciprocidad...» «Llenemos los vasos, y bebamos por el huésped.» Y se bebe y toca la música un himno patriótico, y lo corea en alta voz aquella masa de banqueros, de ganaderos, de ferreteros, de abogados, de periodistas, de generales. Uno quita al castillo de azúcar una bandera *yankee* y se la pone en la solapa.

El silencio acoge, como primer aplauso, las primeras palabras del abogado menudísimo que lleva el poder de los jesuitas en Nueva York, y el de Francia, por ser de padre francés, y el de los demócratas de la prohombria, a quienes preside en el Club Manhattan, ahora inquilino orgulloso del palacio de Mármol del áspero ropero Stewart. Condert es el que habla, pequeñín como Hamilton. Empieza con una mano en el bolsillo del pantalón y la otra bordeando el cristal de la copa: al fin del párrafo, ya se le ve la mano por el techo.

Admira el *yankee* el período continuo, creciente y fogoso. La oratoria usual, de puñetazos y guiños, oye pasmada esos párrafos de volumen, los de Urk-

ter, los de Wendell Phillips, los de Condert, aunque estos sean de clave menor. Estos edificadores aman, porque les conocen la dificultad, estos edificios de pensamientos. Condert, que sabe que el deber primero es hacerse perdonar, rompe con un chiste en aquel salón de crema y oro: «que antes, cuando Francia tenía catarro, todo el mundo estornudaba». Y en seguida: «Ah, ¿no era Francia la madre de la civilización, la reina de las artes, el campeón de toda causa grande y generosa? ¿no sembró la semilla de una democracia gloriosa mientras que sus filósofos, sus científicos y sus literatos preparaban el camino para la hermandad de las naciones?» En honor del presidente de Francia es su brindis, del Presidente, «que debe ser el guía del pueblo en la emancipación del pensamiento y el desarrollo de la libertad», del Presidente, que lleva el nombre de aquel en quien el amor de la patria fue superior al mero amor de partido, de aquel que organizó la victoria! «Y si aún se ve una sombra en la muralla, y pudiera Francia otra vez acudir a la cita cruel de la guerra ¿no decían los mismos romanos que los galos no tenían miedo a los funerales?» Y luego este buen párrafo que de memoria se han de aprender en América los iberófilos y los yanquifilos y los galófilos, que se mandan a hacer el alma en el extranjero, y le ponen faltas a la semilla del país: «El experimento del gobierno libre se está ha-

ciendo en Francia por una nación bajo cuyo suelo duermen cincuenta generaciones de hombres nacidos y creados en un sistema que, por el accidente del nacimiento, hacía a un hombre mejor que todos los demás: ¡qué maravilla que no haya de un salto entrado de lleno en las excelencias de un sistema del todo diferente! No se sacude una nación sus hábitos de cincuenta generaciones en un día: ni se ha de olvidar que no son términos convertibles los de democracia y republicanismo.» «Francia se sabe de memoria aquello que dijo uno de nuestros próceres: "la verdadera democracia no consiste en decir: "Tú eres tan bueno como yo." ¡Brindemos por el presidente de la tierra que perdona, para instruir y encantar el mundo!»

¡Y lo primero que dice Whitelaw Reid, al levantarse entre palmas y hurras, entre las servilletas por el aire y las aclamaciones, lo primero que dice este belicoso periodista republicano; y candidato posible de los republicanos a la Vicepresidencia, son más palabras sentidas y respetuosas, en que celebra una carta modesta que hace pocos días escribió Cleveland, la carta en que dijo su miedo de no merecer mucho de lo que ahora se anda publicando de sus méritos! Reid lleva el lenguaje con elegancia y firmeza, como lleva el frac, y sabe insinuarse en los oyentes por el arte de ponerles delante en forma llana sus pen-

samientos, y luego se les va poniendo encima, como sin querer, con un giro difícil y torneado, con un consejo súbito que parece ascender de los hechos que le acaban de aplaudir, con una gradería de frases amplias y crecientes que remata en un corte brillante y marcial. Luego vuelve a sus hechos, a los intereses de los que le oyen, a la conversación entre franca y distinguida, a la oratoria que deja ver el ribete colorado de la blusa del Oeste. La autoridad, ha de ser comedia. Y de pronto se engracia con los oyentes, por si se le ponen mohinos de verlo superior, con un cuento de la niñez, o de la humildad de los principios de su vida, en el que todos, por la emoción, se igualan. Cuando se sienta, impera y no ha ofendido. Queda el pensamiento, y el deseo de solicitar su consejo fuerte y moderado. Influye, sobre todo, por su serenidad magnánima sobre sus contendientes. A cierta altura, es fácil y grato perdonar.

El discurso va y viene, corrigiendo altanerías y evidenciando autoridad. «Grande es para un representante de la patria el incentivo al cumplimiento del deber, porque entra en él la patria entera, como inspiración de su empleo, y no es ya el mero representante de un partido: ientran en sus venas el poder, la dignidad, el honor de los sesenta y cinco millones de almas del continente magnífico que habita, y de la historia sin rival que hereda!» En París, vivía como en



Nueva York, entre norteamericanos. Muy generosos y espontáneos han sido con él afuera sus compatriotas, y mucho le han ayudado a mantener el respeto de la nación. Se respeta lo que se ve unido, y a lo que no se ve unido no se le respeta. A Harrison y a Blaine, que lo dejaron con las manos libres para obrar, se debe el éxito de su misión en París. Hay que andarse con tiento en eso de cantar victorias diplomáticas sobre otra nación, porque el cacareo puede deshacer lo que ha logrado hacer la diplomacia. Jules Simón le dijo al salir: «Derramemos la libertad con la luz: derramemos la justicia con la libertad.» «El puerco americano no entró con mucha facilidad por el Arco de Triunfo; pero entró, después de once años de destierro, contra la oposición de los criadores franceses, de los empacadores y de los proteccionistas»: «y en justicia se ha de decir que Francia, en cuanto se convenció, cedió». A aquella asamblea de negociantes explicaba por menor sus tratados de negocios: el de extradición, para que no viva tan seguro en Francia, tanto ladrón cajero, tanto defraudador osado; el de reciprocidad, de derechos mínimos al artículo *yankee* por la suma de cueros y mieles franceses que entran libres en el Norte; el de reciprocidad completa entre las dos repúblicas, que está ya en vías de estudio, «con la aprobación de Meline, el McKinley de Francia.» «Deja entretener dudas de que el protec-

cionismo sea tan útil a Francia, que comercia con el extranjero sin gran tráfico interior, como a los Estados Unidos que con las ganancias e independencia del gran comercio libre entre los Estados pueden en cierto modo imponer afuera su proteccionismo. Pero con Francia el comercio ha de crecer, porque cada país da lo que necesita el otro: «¿quién priva a la mujer norteamericana del grato privilegio de comprar sus vestidos en París, y al hombre norteamericano de comprar allá su champaña y su borgoña?» «allá compraremos hasta que Francia pierda su secreto, el secreto de hacer las cosas más bellas un poco mejor que todos los demás pueblos del mundo.» «El arte es el secreto de la prosperidad y superioridad de Francia. La difusión del arte no es sólo un lujo, sino una necesidad comercial. El arte libre es vital, como el aire libre. El país que no protege, que no anima, que no difunde el arte, está condenado a marchar perennemente, en la procesión de las naciones, como nación de segunda clase.» «Sí creo, y todos creemos, que dentro de esta generación, Nueva York llegará a ser el centro financiero, y acaso el centro comercial del mundo; pero no debemos caer en el error estúpido de despreciar a nuestros rivales, y acaso es necesario guardarnos de la tendencia natural de un pueblo próspero y joven a tener por sus fuerzas un aprecio excesivo. Sean cualesquiera nuestros recursos

naturales, sea cualquiera el genio de nuestro pueblo, siempre habrá peligro en cerrar nuestros ojos a la experiencia del mundo.» Y en seguida: «Francia es la nación más próspera de Europa; pero cuando veo yo aquellos ferrocarriles y los comparo con los nuestros, y lo que allá cuesta vivir, por lo menos a un ministro americano, digo que nuestras quejas vienen más de nuestro exceso de política que de exceso de verdadero sufrimiento»: «¡Dígame alto, desde la Cámara de Comercio, el deseo de nuestro país de que el Gobierno de la república, el más duradero y fuerte que Francia ha tenido en lo que va de siglo, perdure por las generaciones de los hombres, y signifique siempre, como significa ahora, el orden y prosperidad de Francia y la paz europea!»

Y el que habla ahora, con la barba al pecho, con los ojos chispeantes, con la cabeza alta y magnífica; el que fustiga y aristofanea, desde las primeras palabras, y no dice las cosas por la vera, como Whitelaw Reid, sino entre los dos ojos, como una puñada, el que celebra, en nombre de la prensa, al periodista republicano de Nueva York, «tan experto, tan probado, tan triunfante»; el que declara la necesidad y conveniencia de tener ante los demás pueblos como urbanidad internacional representación diplomática, ¿quién es, sino el que aprendió a periodista en la misma escuela de

Horace Greeley donde aprendió Reid, el que funge de pontífice entre los diarios demócratas con más autoridad que la de Reid entre los republicanos, el que atacó hasta hace poco tiempo la representación diplomática permanente, porque el ministro ha de ir, y levantar la voz, y llevarse la tajada, y volver a su tierra? Es Dana el que habla, es el creador del periódico más vivo, más literario, y más capaz que se publica acaso donde hay hombres, es el alma del *Sun* de Nueva York, amigo de las novedades medulosas, ágil y hábil, más dispuesto a sortear la muchedumbre que a ofenderla, implacable hasta el arte, por los recursos finos y súbitos, con sus enemigos. Da gozo ver aquellos anteojos, que parecen lentejuelas; aquella boca, a la vez paternal y desdeñosa; aquella barba cana sobre el robusto pecho, aquellos brazos fornidos y hospitalarios. De la vida habla aquel hombre, y se sienten los años, y los combates, y las corrientes humanas, en sus palabras. Habla de Benton, de aquel que puso los ojos y las manos sobre la tierra ajena más de lo que era de justicia; pero sirvió a la suya bien, y escribió la *Ojeada de treinta años*, que ha de leer todo el que aspire al conocimiento real de la política; habla de Greeley, el periodista tundente y generoso, que como Benton, creyó que no habían de tenerse ministros inútiles y desocupados en los países extranjeros, sino enviarlos de propósito cuando hu-

biera que tratar; hablar del discípulo aprovechado que le salió a los dos patriarcas, de él mismo, del regañón Dana. Pero ahora está arrepentido: «¿no ha de haber empleados públicos que sean, en cierto modo, de pompa y ornamentación? ¿no ha de haber puestos para los hombres públicos que tienen derecho a que se recompensen sus servicios con pingües empleos? ¿no ha de haber puestos donde el presidente pueda colocar a los hombres distinguidos de su partido, que no pueden ser todos diputados, ni jueces, ni colectores de rentas?» «Y del partido han de ser los ministros, porque las colocaciones, como dice el *Sun*, se han de repartir escrupulosamente entre los partidarios del presidente triunfante!» Y las mesas ríen y adaman, porque cada frase es un latigazo sobre lo podrido de la carne nacional, una burla de algún pecado público. «¡Brinde la prensa, demócrata o republicana, por el periodista republicano o demócrata que la honra!»

Y luego vino, de remate, el orador de chiste. En este discurso de banquete ha de haber en el Norte su cuento, y mejor mientras más haya; pero el discurso último ha de ser de cuentos todo, y gozan fama grande los pocos que traen su anécdota nueva en idioma feliz, o imaginan algún suceso oportuno. Y así es Chauncey Depew que venía ya por lo alto como candidato republicano, y ahora, a saber por qué, «tuvo que hacer en

el campo» la noche misma de la comida al candidato naciente. Y así es el general Horace Porter, que manda en expresos y bancos y ferrocarriles, y es además hombre de casaca fácil, y de corbata colorada al Mediodía. Empieza Porter, cano, y rubicundo, a hablar en francés, entre las risas generales, para sacar el chiste de que, galicando entre *yankees*, «le criticarán menos el acento». «Esta comida no es como otras que dan a los ministros al partir, como para que se vayan dentro de las veinticuatro horas.» Los *yankees* gustan mucho de cruzar el mar, desde que vieron que Washington ganó tanta fama en cruzar un simple río. Cuando Porter fue a Europa, en seguida vio la diferencia entre un inglés y un francés: el último hombre que vio en Inglaterra fue un soldado con la blusa colorada y los pantalones azules: el primer hombre que vio en Francia fue un soldado con la blusa azul y los pantalones colorados: «¡pues eso es, me dije: vuélvase un francés al revés, y es un inglés!» En París entendió un convite que le hicieron en francés a un FIVE-O'CLOCK, pero lo que no entendió fue la hora: «¿a qué hora?» La Cámara de Diputados le pareció vocífera, los diputados se levantaban, aullaban, derribaban montones de libros, arrancaban los bancos: «¡oh, no era nada: estaban solamente coincidiendo en la proposición!» Vio del otro lado del río la Plaza de la Concordia, «la más bella de

las escenas de ciudad». Y un caballero filosófico le dijo: «Vea Vd. la Plaza de la Concordia frente a la Plaza de la Discordia.» «El puerco americano estaba en la mente de todo el mundo; pero eso no satisfacía a los exportadores *yankees*, sino que estuviese en el estómago de todo el mundo.» «En cuanto oía un parisiense que tal *yankee* era de Chicago, ya quería ver si tenía cerdas en el lomo.» ¡Y qué bien se comía, con puerco y todo, en casa del ministro Whitelaw Reid: «más larga era la

lista de platos que la que hizo Leporello de los amores de Don Juan.» «¡Ah: no sabe el ministro cuanto no-me-olvides ha sembrado en el corazón de sus compatriotas!» Y con un párrafo de negociante agradecido, y en caperuza de oratoria artificial remata el discurso chistoso.

Las mesas se vacían. Los maridos fieles no esperan a los discursos menores. Cuál se lleva un mazo de banderines en el pañuelo de seda negra. Cuál, de las cestas, se hace un ramo de violetas y rosas. Porter, ensan-

chado, derrama cuentos. Condert, fisgón, le pone una palabra a Cleveland. Con uno habla Dana español, y con otro francés, y con otro italiano. «¡Adiós, señor presidente, le ha salido bien la comida!» A la puerta, envuelto en pieles, entra Whitelaw Reid en su coche, tirado por dos magníficos caballos.

**El Partido Liberal,  
México,  
12 de mayo de 1892**

[OCNY, pp. 196-204]

**292**

## De Washington

### El baile de nuestro ministro

NUESTROS BAILES en Washington son famosos y parece, según cuentan los que viven por allá, que la estación festiva no se acaba de veras hasta que la Legación Mexicana no da su último baile, en la casa hecha un vergel, y lo mejor de la ciudad hormigueando en ella, con ese ruido de alas que en las casas de corazón se suele oír, y no es como el de esas otras fiestas de cartón o de tisú, en que no pasa

la conversación de la punta del guante. Eso dicen que se oía allá la noche del baile desde la misma puerta: «Va a venir todo Washington.» «Aquí viene siempre todo Washington.» «No sé qué es, pero aquí se siente uno como en su casa.» «¿Y esta noche, sabe, van a bailar la danza de México? Son ocho parejas, y la han ensayado muy bien: La señora de Romero la baila y la señora Thompson, y las señori-

tas Reynolds y Miss Grer y Miss Seanton, y las hijas del ministro del Brasil. Los secretarios van a bailar con ellas.» «Dicen que es un baile muy señor.» «Todo México es señor, si se va a ver: la verdad es que es un pueblo muy digno.» «Y tendrán ustedes ponche de tequila, servido vivo, en una tina de maderas de olor.» «Una carta de allá cuenta que esos eran chispazos de la conversación del corredor.

Por entre flores se bajaba al salón principal, por entre las palmas y rosas de las escaleras, a saludar a los dueños de la casa, que recibían en la puerta del primer salón, ella de brocado blanco, de cuello alto y real, y dos chapines como dos azucenas,—él, manso y contento, acomodando parejas, allanándole la entrada a los novicios, devolviéndole las cortesías a los mag-nates. En las salas bullía la gente: senadores y embajadores, centroamericanos y peruanos; el ministro argentino en un grupo de caballeros de letras; un traje verde y negro y otro rojo; mucha gasa y más seda; la embajadora coreana, de túnica carmesí, con el cinturón de seda rosa por debajo de los hombros cubiertos, y la carita atónita, con dos puntos por ojos, ceñida por las dos bandas lisas del cabello negro: el coreano, de calzón largo y blusa negra, y un casquete como de una red de alambre, puesto a modo de torre en lo alto de la cabeza. Pero nadie es más cortés, ni más saludado, que los coreanos: él sonríe, pasa impalpable, cabe en una hoja verde, se desliza: ella mueve, como un pájaro asustado, la pluma del abanico.

A un salvadoreño, un niño casi, le echa relámpagos la simpática cara de indio. Por la cara

sería; pero se pensaba al verlo en Juárez. El retrato de Juárez, está allí, en el cuarto de entrada: y en las esquinas, los de Grant y Lincoln.—No se puede ya andar por los salones. ¿Aquella, de terciopelo y moaré? la esposa del Senador Foye. ¿La otra, de traje griego? La hija de Bigelow, que fue ministro de España. ¿La de gasa rosa, ojeras sevillanas, busto de flor? la de Sagrario, de la embajada española. ¿La de negro, con la arrogante cabeza rubia? es la esposa de Guzmán, el ministro nicaragüense. ¿La de viveza señorial, elegantísima y benévola? la peruana, la señora de Zegarra. ¿La de seda rosa, que habla de su México sin cesar? la esposa de Vicente Morales, el Secretario. ¿Y la niña azul, a quien todos miman, y sonríen? la recién casada, la novia del nicaragüense poeta, de Mayorga Rivas.<sup>722</sup> De Nueva York vino al baile mucho prohombre. «A los otros bailes no voy; pero sí voy al de Romero». «La verdad es que la señora de Romero ha contribuido mucho a hacer a México popular en Washington.»

No se cabía en el salón de los espejos, colgado de tulipanes y floripondios, cuando las ocho parejas bailaban, a una música de violines, la danza mexicana. Salió como minuet, muy despacioso y señorial. «Noble baile!»

«¡Cosa de corte!» «¡Hemos de bailar eso el año que viene!» «¡Qué baile tan decoroso!»—Y un instante después, en el comedor, fresco como una gruta, Washington bebía el Cliquot seco, que le gusta más que el dulce; y el Senado y el Ejército llevaban dulces a las damas; y la cena fina acababa con un fragante café. Las dos eran, y no se oían más que elogios. «No ha habido»,—decían a la puerta —«un baile más concurrido ni más agradable en todo este invierno.» Y el redactor del *Washington Post*, el primer diario de Washington, ponía esta nota en su cartera, para el artículo del día siguiente: «El baile anual de la Legación Mexicana fue anoche el éxito social y artístico de la estación: el resultado de las invitaciones para este acontecimiento fue reunir, bajo flores más ricas y abundantes que nunca, el más noble concurso de huéspedes distinguidos que pueda juntarse en Washington.»

José Martí

**El Partido Liberal,  
México,  
18 de febrero de 1892**

[OCNY, pp. 205-206]





---

# Pedro Araya

## Notas explicativas

1881

[1]

1. Leo Hartmann (1850-1890), anarquista ruso. Fue miembro del Comité Ejecutivo del grupo Narodnaya Volya que intentó varias veces dar muerte al zar Alejandro II. Según el crítico Carlos Ripoll, Hartmann fue un joven electricista que participó en la explosión de un tren cerca de Moscú en 1879. El sabotaje iba dirigido contra el zar Alejandro II, pero el empeño fracasó pues volaron un vagón donde no se encontraba el zar. El tren imperial iba desde Crimea hasta San Petersburgo, y pusieron tres bombas en el camino: en Odesa, Alexandrovsk y en Moscú. Un cambio en el itinerario del tren hizo inútil la bomba en Odesa; la otra, que hubiera precipitado el tren en un abismo, no funcionó; y la de Moscú, preparada por Hartmann, explotó el 1º de diciembre de 1879, bajo el vagón que seguía al del zar, por lo que éste salió ileso. Hartmann logró escapar, y después de un tiempo en Francia e Inglaterra, llegó a Nueva York a principios de agosto de 1881. A los pocos días comenzó a discutirse si el gobierno estadounidense procedería a su extradición si se lo pedía el gobierno ruso. Como había numerosos nihilistas en los Estados Unidos, se inició una campaña en su defensa, pero en Washington se dio a entender que iban a extraditarlo. Ante la amenaza, Hartmann optó por refugiarse en el Canadá. El abogado de Hartmann le escribió una carta al secretario de Estado, James G. Blaine, para que le dijera si su cliente sería o no deportado, y éste se negó a responder alegando que la pregunta era hipotética.

Un artículo de la *Pall Mall Gazette* en favor de Hartmann se tituló «Freedom for Revolutionists. Moderation and Humanity Taught by Past and by Present History», mientras el *New York Times* del 13 de agosto reseñó una reunión de los socialistas en Boston, condenando el paralelo que se hacía entre Guiteau, el asesino del presidente Garfield, y Hartmann. Unos decían: «[Hartmann] is a self sacrificing man, fighting for the liberty of his country»; el otro: «[Guiteau] is a self seeking man who made a murderous attack on the President in revenge for the latter's refusal to appoint him in an office [...]»; y un

orador acusó a la prensa de ser «sycophantic and sympathetic toward the tyranny of Russia and unfriendly to the liberty loving people of that country [...]». Y termina la reseña del acto con este juicio: «Resolutions were adopted declaring that the principles and methods of the revolutionists of 1776 and those of Russia today were identical, and that our government should be the ally and protector of the Nihilists who come here».

Al día siguiente, también en defensa de Hartmann, se reunieron los socialistas de Nueva York, y sale la reseña del acto en el mismo periódico; dice: «About 600 persons were present, of whom possibly a half dozen were Americans... Political liberty was the only aim of the Nihilists there [en Rusia], and the government had forced them to use the dagger and the knife [...]». Y concluye otro orador: «If ever there was a just execution of a criminal it was the killing of the Czar».

Wendell Phillips, el gran orador humanitario, rechazó con indignación, como Victor Hugo en Francia, la idea de la entrega. La prensa norteamericana decidió que sería una ignominia para la nación la entrega de un refugiado que, si es un criminal, es un criminal político. Cítanse a esto grandes autoridades de derecho; y Hartmann, tranquilo, vuelve del Canadá, prepara la publicación de un libro sobre Rusia, habla en ruso a los reporteros que le hablan inglés, señalándose sus respuestas por su habilidad en esquivar las preguntas importunas.

2. James Abram Garfield (1831-1881), vigésimo presidente de los Estados Unidos (4 de marzo-19 de septiembre de 1881), con el segundo mandato más corto en la historia presidencial. Durante su breve presidencia, hizo valer las prerrogativas del cargo en perjuicio del Congreso.

Profesor y abogado, llegó a mayor general durante la Guerra de Secesión al frente de los voluntarios de Ohio, su estado natal. Su éxito militar y su posición antiesclavista le hicieron ganar un escaño en la Cámara de Representantes (Congreso) en 1863. Sustituyó como portavoz del Partido Republicano en el Congreso a James G. Blaine cuando éste fue elegido senador. En 1880, cuando las facciones Republicanas se enfrentaron en la convención nacional del partido para decidir su candidato electoral, la nominación presidencial de Garfield se convirtió en una elección de compromiso. Las diferencias entre las distintas facciones del Partido Republicano caracterizaron la campaña electoral de 1880. Con la colaboración en última instancia de las distintas corrientes Republicanas, y con el neoyorquino Chester Arthur como candidato a la vicepresidencia, Garfield resultó elegido presidente por un escaso margen de 10.000 votos.

El breve mandato de Garfield estuvo dominado en gran medida por el debate con el senador por Nueva York, Roscoe Conkling, sobre el reparto de cargos. Garfield había nombrado secretario de Estado a James Blaine, gran enemigo de Conkling, y, más tarde, designó a un partidario de Blaine recaudador del puerto de Nueva York, cargo de gran importancia política. Conkling cuestionó el derecho presidencial a nombrar cargos en Nueva York. Tras un encarnizado enfrentamiento en el cual quedó claro que el Senado confirmaría los nombramientos de Garfield, Conkling y Thomas Platt (también senador por Nueva York) abandonaron sus escaños e intentaron justificarse mediante la reelección para la asamblea legislativa de Nueva York. Conkling no obtuvo los resultados esperados mediante esta maniobra: la asamblea neoyorquina envió dos nuevos senadores a Washington, lo que supuso el fin de la carrera política de Conkling y dio el triunfo

final a Garfield. Su mandato, que inició la persecución de fraudes en los contratos del servicio postal, fue especialmente importante por el fortalecimiento del poder presidencial, en perjuicio del Congreso, y por su lucha contra la corrupción en la administración.

El 2 de julio de 1881, Charles Jules Guiteau (1840-1882), un abogado en busca de trabajo, disparó contra el presidente Garfield en el salón de espera de la estación del ferrocarril de Baltimore y Potomac Railroad, en Washington. El 19 de septiembre, Garfield muere a consecuencia de las heridas. Durante su lenta agonía, serias preguntas constitucionales surgieron acerca de a quién le correspondía llevar a cabo las funciones presidenciales. Guiteau fue condenado y ahorcado el 30 de junio de 1882.

Martí dedicó numerosas crónicas al juicio de su asesino y una a su muerte, titulada «Garfield ha muerto», publicada en *La Opinión Nacional* el 14 de octubre de 1881 (véase la crónica n° 4).

3. Chester A. Arthur (1829-1886), vigésimo primer presidente de los Estados Unidos, entre 1881 y 1885. Abolicionista moderado, pronto participó de forma activa en el Partido Republicano de Nueva York. Al comenzar la guerra, Arthur fue nombrado intendente general (responsable de suministros) de Nueva York. Su eficacia en tal destino le otorgó un importante lugar en la estructura local del Partido Republicano, dominado por la llamada facción Stalwart. En 1871 ocupó el cargo de recaudador del puerto de Nueva York.

Su posición se hizo difícil cuando el gobierno federal investigó su gestión y prohibió que los funcionarios civiles a su cargo realizaran actividades en favor del Partido Republicano y de su líder en Nueva York, Roscoe Conkling, tal y como estaba sucediendo. Al ignorar la orden a petición de Conkling, el presidente Rutherford B. Hayes cesó de sus cargos a Arthur. No obstante, conservó el apoyo del partido en Nueva York y cuando James A. Garfield resultó nominado para la presidencia en 1880, Arthur fue elegido candidato a la vicepresidencia para aplacar la facción de Conkling. Garfield murió, víctima de un atentado, el 19 de septiembre de 1881 y Arthur ocupó la presidencia de Estados Unidos.

Una vez presidente, Arthur se apoyó en la facción Stalwart. Se comprometió a realizar reformas moderadas y reafirmó la dignidad presidencial. Sufragó la renovación de la Casa Blanca con su considerable fortuna personal. Sustituyó gradualmente a los miembros del gabinete de Garfield, pero el suyo nunca adoptó un tono distinto. Apoyó el proyecto de reforma de la administración pública, que se transformó en ley en 1883, aunque la opinión pública jamás llegó a identificarse con ella por completo. Intentó conseguir la primera reducción de los aranceles desde la Guerra Civil, pero el proyecto de ley de 1883 apenas modificó la estructura proteccionista existente. La administración de Arthur además decretó la primera Ley Federal General de Inmigración. El Congreso suspendió la inmigración china por diez años, haciendo más tarde la restricción permanente. Arthur intentó demostrar como presidente que estaba sobre las facciones del Partido Republicano, enfrentándose en variadas ocasiones con ellos. Quizás esto fue en parte debido a lo que se consideró el secreto mejor guardado, secreto que sólo él conocía desde un año después de que llegara a la presidencia: sufría de una enfermedad fatal del riñón. Cesó en su cargo en 1885, y falleció al año siguiente.

4. Roscoe Conkling (1829-1888), político y abogado estadounidense. Prominente líder del partido Republicano en el período posterior a la Guerra Civil, fue conocido por



su apoyo a la severas medidas de la Reconstrucción y por su insistencia en el control del padrino político en su Estado natal de Nueva York. Tras cumplir tres períodos como representante en el Congreso norteamericano (1859-1863 y 1865-1867), Conkling fue elegido al Senado de Estados Unidos, en 1867. Fue senador hasta 1881 y líder del Partido Republicano en el estado de Nueva York por su influencia en la base del partido republicano lograda mediante prácticas políticas corruptas, como la organización de un grupo de inescrupulosos activistas del Partido Republicano que se llamaban a sí mismos los stalwarts, uno de los cuales, Charles J. Guiteau, fue el asesino del Presidente Garfield.

Martí lo consideraba como uno de los políticos más cultos y elocuentes de la época. Pero utilizaba sus talentos para fines propios y no para servir al pueblo. Favorecía una república plutocrática conducida por la clase alta y próspera. Martí le dedicó una crónica a su muerte, titulada *Muerte de Roscoe Conkling*, publicada en *La Nación* de Buenos Aires, el 19 de junio de 1888 (véase la crónica nº 193).

5. James Gillespie Blaine (1830-1893), destacado político y diplomático estadounidense, miembro del Partido Republicano, especialmente influyente en la creación del Movimiento Pan-Americano junto a los países de América Latina. Fue presidente del Congreso entre 1869 y 1875. Nombrado senador en 1877, luego de haber sido el candidato de la facción moderada del Partido Republicano a la presidencia de la República en 1876, vuelve a ser designado candidato en 1880. Sin embargo, sólo en 1884 alcanza los sufragios de todo el partido para la primera magistratura del país.

Anteriormente, en 1881, renuncia a su cargo de senador para ocupar la Secretaría de Estado que le ofrece el presidente Garfield. Después del asesinato de Garfield, y al sucederle Arthur, Blaine se retira del gobierno. Al llegar las elecciones presidenciales de 1884, Blaine es derrotado por el candidato demócrata Cleveland. Se retira entonces de la vida política. En 1888 declinó la oferta de una nueva candidatura, y en 1889, cuando Harrison, su correligionario, llega a presidente, acepta nuevamente la Secretaría de Estado.

En 1889 Blaine convocó y organizó la Primera Conferencia Americana, celebrada en Washington, para organizar la Unión Panamericana, una suerte de liga aduanera continental, antecesora inmediata de la OEA.

Martí, como se verá, dedicó a lo largo de sus artículos más párrafos a Blaine que a cualquier otro ciudadano de Estados Unidos, con una mezcla de respeto, temor y odio.

6. Ulysses S. Grant (1822-1885), general estadounidense, comandante de las fuerzas armadas de la Unión durante los últimos años de la Guerra Civil de Estados Unidos (1864-1865). Decimotercer presidente de los Estados Unidos (1869-1877).

Enfrentado a los graves problemas de la Reconstrucción, la reforma del funcionariado y el ajuste económico, no supo elegir a los asesores apropiados y evitar los casos de corrupción. Animado por la incorporación final de todos los Estados a la Unión, intentó llevar a cabo la reforma del Congreso, pero a la larga no supo mantenerla. Defendió los derechos de los esclavos libres, pero no pudo evitar la reaparición del racismo, a través de la organización del Ku Klux Klan en casi todos los Estados sureños. Apoyándose cada vez más en la corrupta maquinaria republicana, no pudo acabar con el sistema que otorgaba los cargos federales como recompensa a la lealtad política. Además, su inexpe-

riencia en asuntos económicos y su ambición le convirtieron en fácil presa de aventureros sin escrúpulos. En 1872, los disidentes reformistas de su partido organizaron el Partido Republicano Liberal y eligieron a Horace Greeley como candidato presidencial. Aunque Grant fue reelegido, su segunda administración se vio afectada por diversos casos de soborno y corrupción, en los que se vieron involucrados el vicepresidente Schuyler Colfax y el secretario de Guerra, William W. Belknap, entre otros. Todo esto contribuyó al fracaso de su gobierno, a lo que se unió la depresión económica de 1873, que dio como resultado una enorme cantidad de desempleados y la pérdida de la mayoría en la Cámara de Representantes, que pasó a estar presidida por los demócratas. Grant sólo tuvo algunos éxitos en política exterior. Sufrió un revés inicial en el Senado, que no aprobó su plan de comprar la isla de Santo Domingo. Sin embargo, el secretario de Estado (ministro de Asuntos Exteriores), Hamilton Fish zanjó las dificultades existentes con Gran Bretaña tras la firma del Tratado de Washington (1871) y mantuvo la neutralidad de Estados Unidos durante la Guerra de los Diez Años que enfrentó a España y Cuba por la independencia de esta última.

Tras abandonar la presidencia, Grant hizo un largo viaje alrededor del mundo. En 1879 trató infructuosamente de ser elegido nuevamente candidato a la presidencia, pero fue derrotado por Garfield. En 1881 se trasladó a Nueva York y se hizo socio de la firma Grant y Ward en Wall Street. La quiebra de la compañía en 1884 le llevó a la ruina. Para mantener a su familia escribió sus memorias mientras luchaba contra un cáncer de laringe: *Personal memories* (*Memorias*, 1885) es de vital interés para el estudio de la Guerra Mexicano-estadounidense, que Grant calificó como «la guerra más injusta jamás habida».

La agonía y muerte de Grant fueron descritas en dos formidables textos martianos publicado en *La Nación* de Buenos Aires: uno, el 2 y 13 de junio (crónicas n<sup>os</sup> 79 y 81), y otro el 20 de septiembre de 1885 (crónica n<sup>o</sup> 87). El 27 de septiembre, el mismo periódico argentino publicó otro artículo de Martí, titulado «El general Grant» (crónica n<sup>o</sup> 88), sobre el general y su país. Todos estos textos son considerados piezas maestras de sus análisis sobre los hombres y las épocas.

7. Winfield Scott Hancock (1824-1886), militar y político estadounidense. General unionista durante la Guerra de Secesión (1861-1865), se destacó en numerosas batallas y encuentros. En la crucial batalla de Gettysburg se le atribuye el mérito de la victoria. La batalla de Wilderness le ganó el ascenso a brigadier general y en 1866 fue ascendido a mayor general. Sus políticas durante la Reconstrucción le valieron el reconocimiento del Partido Demócrata, convirtiéndose en su candidato presidencial en las elecciones de 1880, siendo derrotado por el candidato republicano, James Garfield.

8. Samuel Jones Tilden (1814-1886), abogado, gobernador de Nueva York y candidato presidencial demócrata en las disputadas elecciones de 1876, que dieron lugar al llamado caso Tilden-Hayes. Tras un confuso escrutinio que otorgó en un principio la victoria a Tilden, el Partido Republicano impugnó las votaciones en cuatro Estados, y finalmente la comisión electoral de 1877 revocó el primer recuento y otorgó el triunfo al candidato republicano Rutherford B. Hayes (1822-1893) en marzo de ese año, convirtiéndolo en el decimonoveno presidente de los Estados Unidos. En 1880 y 1884, el

Partido Demócrata deseó nominarlo nuevamente para la presidencia, pero en cada oportunidad Tilden declinó. Al morir, donó casi toda su fortuna para crear la New York Public Library.

9. M. de Z. Martí utilizará este seudónimo para firmar sus artículos enviados a *La Opinión Nacional*, siguiendo la fuerte tendencia de la época en la que escritores como Rubén Darío, Emilio Castelar y otros no firmaban con nombre propio sus notas. Posteriormente, Fausto Teodoro Aldrey, director del diario, a la hora de revelarle al público la identidad del exitoso colaborador oculto tras las siglas «M. de Z.», lo presentó como un escritor cuyo estilo «tiene la limpieza, el brillo y las irradiaciones del diamante».

A pesar de admitir no haber logrado descifrar la enigmática firma «M. de Z.», Mercedes Rivas adelanta una sugerente interpretación, en su artículo «De la noticia a la crónica en las *Escenas españolas* de J. Martí» (en: *En un domingo de mucha luz: cultura, historia y literatura españolas en la obra de José Martí*, Salamanca, Universidad, 1995, pp. 277-286). La firma quizás remita al apellido de la mujer de Martí, Carmen Zayas. Se trataría entonces, dice Rivas, de una inversión de la tradicional fórmula «señora de»; así la firma que el autor utilizó en más de la mitad de las crónicas que envió a *La Opinión Nacional* podría entenderse como «Martí de Zayas».

## [2]

10. James Russell Lowell (1819-1891), poeta y crítico estadounidense, unionista y abolicionista. Es, sobre todo, conocido por sus *Biglow Papers* (2 vols., 1848 y 1868), obras patrióticas, satíricas, en las cuales hace uso del rústico dialecto *yanqui*. Se mostró un crítico muy influyente y perspicaz (*A Fable for Critics*, 1848).

Lowell mostró una personalidad poética de múltiples cualidades en su primer libro *A Year's life* (1841); en sus *Conversations on some of the old Poets* (1844), se mostró un buen crítico. Siguió un segundo volumen de poesías (*Poems*, 1848), que contiene algunos poemas extensos, como «Rhaecus» y «A Legend of Brittany». En 1855, fue sucesor de Longfellow en Harvard. Dos años después se encargó de dirigir la redacción del *Atlantic Monthly*, y de 1863 a 1872 redactó la *North American Review*. Sus posteriores escritos en prosa: *Fireside Travels* (1864), *Among my Books* (1870), y *My Study Window* (1871), y los volúmenes de poesías *Under the Willows* (1868), *The Cathedral* (1870), y *Three Memorial Poems* (1875-1876), así como un extenso tomo de ensayos histórico-literarios (*Among my books*, 1876), afirmaron su fama. Lowell fue sucesivamente nombrado embajador de su país en Madrid y en Londres, donde, permaneció hasta 1885. Después todavía publicó un tomo de sus discursos, *Democracy and Other Addresses* (1886), *Political Essays* (1888), y el volumen de poesías *Heart's Ease and Rue* (1888). A su muerte se editaron: *Literary Essays and Adresses* (1891), *The Old English Dramatists* (1892), y *Letters, por Nostra* (1893). En Boston (1896) apareció una colección de sus obras en 13 volúmenes, con biografía de H. E. Scudder.

## [3]

11. El restaurante Delmonico's fue fundado por los suizos Giovanni y Pietro Delmónico en 1827, que fue uno de los primeros en introducir a los habitantes de Estados Unidos, la fina gastronomía europea a través de su restaurante ubicado originalmente en William Street 21-25, Nueva York. El restaurante fue destruido por un primer incendio en 1835 y, desde entonces, fue trasladado en varias ocasiones. El Delmonico's se convirtió en el restaurante más conocido de la ciudad en el siglo XIX, debido a que la presentación de sus platos o cocidos fue bien popularizada por su asidua clientela.

12. Jenny Lind. Nombre artístico de Johanna Maria Lind (1820-1887), la admirada soprano de ópera y oratorio, de origen sueco. Debutó en 1838 en el Teatro de la Ópera de Estocolmo representando a Agathe en *Der Freischütz* de Carl Maria Von Weber. A partir de entonces, tuvo un éxito notable y realizó innumerables giras por Europa y en particular una de dos años por Estados Unidos en la que llegó a la cumbre de su fama.

13. Señora Edson. Se refiere a Emily Pomona Edson Briggs (1830-1910), periodista estadounidense. Durante más de 20 años escribió una columna diaria, firmadas con el seudónimo «Olivia», en el *Chronicle* y el *Philadelphia Press*. Sus comentarios sobre asuntos públicos fueron siempre incisivos y su columna fue considerada poco usual para una mujer periodista en aquellos días. Durante la administración de Lincoln, Edson Briggs se transformó en la primera mujer en informar directamente desde la Casa Blanca y, posteriormente, fue la primera mujer en ser admitida a la galería de la prensa del Congreso. Una de las primeras mujeres periodistas en adquirir reputación nacional, fue la primera presidenta de la Woman's National Press Association en 1882. En 1906 una colección de sus columnas fue publicada en forma de libro, con el título de *The Olivia Letters*.

## [4]

14. «El cuadro alegórico de Brumidi». Se refiere al cuadro *La Apoteosis de George Washington*, del pintor italo-norteamericano Constantino Brumidi (1805-1880), pintado en 1865, sobre el domo central del Capitolio. Cuadro ampliamente conocido y admirado por los estadounidenses, por su alta carga simbólica. En él Washington aparece sentado y secundado, a su derecha, por la Diosa de la Libertad y, a su izquierda, por la alada figura de la Fama. Trece mujeres lo rodean en un semicírculo, representando los trece Estados de la nación.

## [6]

15. John Kelly (1821-1886), líder del Partido Demócrata, radicado en Nueva York, conocido como «Honest John». Kelly contó con el apoyo de la comunidad de inmigrantes, especialmente los de la clase media irlandesa.



Tras terminar su educación en la Escuela Pública, fue aprendiz de albañil. En 1845 estableció su propio negocio, fue electo concejal en 1854, entre 1855 y 1859 fue representante demócrata de Nueva York en los trigésimo quinto y trigésimo sexto congresos, y entre 1859-1862 y 1865-1867 se desempeñó como sheriff de esa ciudad. En 1868 fue el candidato por la Unión Demócrata, pero fue superado por su oponente. Fue Administrador de Nueva York en 1876. En 1878 hizo que los delegados de la ciudad rivalizaran la convención del estado Demócrata de ese año, y fue nominado por los dirigentes para gobernar mediante una nominación independiente en oposición al candidato regular. En 1885 y 1886 fue el primer secretario del Comité General de Tammany Hall.

## [8]

16. Daniel Wolsey Voorhees (1827-1897), representante y senador por el Estado de Indiana. Miembro del Partido Demócrata, durante la Guerra Civil se opuso a la política de la administración de Lincoln respecto a la suspensión del habeas corpus, la emancipación, la planificación militar y el financiamiento de la guerra. Posteriormente, se opuso en forma tenaz a las políticas radicales republicanas de Reconstrucción. Senador durante veinte años (1877-1897), se opuso a la reforma de la administración pública y promovió una legislación que trató favorablemente a los granjeros, con bajos aranceles.

17. Horacio Greeley (1811-1872), periodista, escritor y político estadounidense. Comenzó su labor de periodista, en 1831, en el periódico *Morning Post*. En 1832 fundó el *New-Yorker*, semanario puramente literario. Se dedicó después a la política y redactó el *Jeffersonian*, órgano del Partido Liberal. En 1841 funda el *New York Daily Tribune*, uno de los periódicos más influyentes y populares de los Estados Unidos, famoso por sus editoriales en apoyo de los derechos de los trabajadores y de las mujeres, en contra de la esclavitud y en defensa de la Unión en la Guerra Civil.

Greeley contribuyó eficazmente a la organización del Partido Republicano, y en 1872 fue candidato a la presidencia de la República, siendo derrotado por Grant.

## [9]

18. El marqués de Lafayette (1757-1834), militar y político francés que colaboró activamente en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos, y tomó parte en la batalla de Yorktown. Participó después en la Revolución Francesa.

19. Se refiere a la batalla sostenida en Yorktown (Estado de Virginia) el 19 de octubre de 1781, contra el ejército del militar británico Charles Cornwallis (1738-1805). La independencia de las 13 colonias del norte de América quedó consolidada con la inobjetable derrota inglesa en Yorktown, una pequeña aldea y puerto de la Unión, en Virginia, a orillas del , tal como narra Martí en esta crónica. Al propio tiempo Washington vino a marchas forzadas desde el Hudson hasta Delaware con 6.000 soldados, y se unió

al pequeño ejército del marqués de Lafayette, que como voluntario ayudaba a la Unión. El jefe inglés se rindió con sus 7.000 hombres y todo su armamento. Así quedó terminada la guerra por la independencia de lo que luego serían los Estados Unidos de América. Inglaterra reconoció entonces la independencia de sus excolonias por un tratado de paz firmado en París el 3 de septiembre de 1783.

20. El conde de Grasse (1722-1807), marino francés que, al frente de su escuadra, interceptó el avance de las tropas inglesas hacia Yorktown, facilitando así el triunfo de los estadounidenses en esa batalla.

21. El conde de Rochambeau (1725-1807) fue un general francés que llevó 6.000 hombres de su país a los Estados Unidos en apoyo a la Guerra de Independencia, contribuyendo asimismo a la victoria de Yorktown.

22. Friedrich Wilhelm August Henrich Steuben (1730-1794), militar prusiano y general norteamericano. Llegó a teniente general del ejército prusiano en la guerra de los Siete Años. Fue reclamado para participar en la guerra de independencia de los Estados Unidos. Asignado a George Washington en 1777 en Valley Forge. Se le encomendó el cargo de inspector-general de todo el ejército. Recibió la primera oferta de capitulación de Lord Cornwallis, jefe de las tropas inglesas en Yorktown. Rehusó una remuneración pecuniosa al final de la guerra, pero, habiendo perdido su fortuna, se le otorgaron algunas tierras en el noreste de Nueva York.

23. Antoine Charles du Houx, Barón de Vioménil (1728-1792). A los 12 años ingresó al Ejército francés. Sirvió en Holanda y Hannover. En 1762 fue Brigadier General con solo 34 años de edad. Comandó un Regimiento en la campaña de Córcega (1768-1769). En 1770 fue promovido a mayor general. Sirvió en Polonia. Fue designado segundo al mando de Rochambeau. Desde su llegada a territorio norteamericano la guerra se inclinó decididamente a favor de los independentistas norteamericanos. Al finalizar la contienda, Vioménil fue promovido a teniente general. Durante 1783-1789 fue gobernador de La Rochelle (Francia) y mientras defendía a Luis XVI durante el ataque a las Tullerías, en 1792, recibió heridas que le ocasionaron la muerte.

24. Mathieu Jean Félicité, Duque de Montmorency (1766-1826), político y militar francés de origen aristocrático. Formó parte del Cuerpo Expedicionario francés que fue en ayuda de los revolucionarios norteamericanos durante la Guerra de Independencia de Estados Unidos. Abrazó los principios de la reforma de la monarquía antes de la Revolución Francesa. Se declaró partidario de la abolición de los privilegios de la aristocracia. Fue ayudante de campo del Conde de Artois. En 1822 fue nombrado Ministro de Negocios Extranjeros y representante de su país en el Congreso de Verona.

25. Charles Malo François, Conde de Lameth (1757-1832), militar y político de la aristocracia francesa. Acompañó a su hermano, Alejandro Teodoro Víctor, en la expedición de las fuerzas regulares del ejército francés que apoyaron a los revolucionarios nor-

teamericanos en su guerra de independencia, sobresaliendo en la toma de Yorktown, que fue decisiva para el triunfo final de las armas revolucionarias. En 1792 fue nombrado mariscal de campo.

26. Louis Marie, Vizconde de Noailles (1756-1804), político y general francés. Fue miembro del cuerpo expedicionario francés que luchó por la independencia de Estados Unidos. Se identificó con los principios de la Revolución Francesa. Fue él quien propuso la abolición de los privilegios nobiliarios y de los derechos feudales. A medida que el proceso revolucionario se radicalizó, su vida en Francia se hizo muy difícil y decidió emigrar a Inglaterra y Estados Unidos. Cuando volvió durante el período imperial fue nombrado general de brigada del Ejército francés. Murió en el abordaje de una corbeta inglesa frente al puerto de La Habana, cuando combatía contra la Revolución haitiana.

27. La casa de Moore. Se refiere a Alfred Moore (1755-1810), jurista norteamericano. A los 20 años fue capitán de un regimiento de tropas de Carolina del Norte. Cuando Gran Bretaña tomó a Washington (1781) levantó una tropa de voluntarios con la que rindió gran servicio a la causa americana. Nombrado procurador general en 1782. Fue juez del Tribunal Supremo de los Estados Unidos en 1799. Renunció en 1804.

## [10]

28. Seth Low (1850-1916), filántropo y reformador municipal, alcalde de Brooklyn entre 1881 y 1885, su mandato destacó por las reformas a la administración pública, la eficiencia administrativa, la reorganización de las escuelas públicas y la defensa de la autonomía municipal. Gran responsable en la creación de la Universidad de Columbia. En 1901 es elegido alcalde de Nueva York.

Martí se refiere en esta crónica a las elecciones municipales en que se enfrentaron Seth Low y el ministro protestante de tendencia liberal Henry Ward Beecher, tema que volverá a tocar en la siguiente crónica (nº 11).

29. *Stalwartismo*. Se refiere a los *Stalwarts*, sobrenombre con que se designó en aquellos años a la facción del Partido Republicano que explotaba desmesuradamente la derrota de los sudistas y los demócratas. Sus jefes principales fueron Conkling, Cameron y Logan. Se oponían a las políticas de reforma de la administración pública del presidente Hayes. Los *Stalwarts*, o republicanos medios, se disputaron con la facción más liberal, los *Halfbreeds*, el control del partido en la década de los 70 y 80. En 1889 dieron su última batalla, en la que salieron derrotados, al querer que el general Grant fuese elegido, por tercera vez, presidente de la República.

## [12]

30. Coney Island, isla perteneciente al Estado de Nueva York. Estación balnearia, con numerosos hoteles, villas y centros de diversión. Con este artículo Martí inicia una larga

serie sobre la vida popular en Nueva York, poniendo especial énfasis en los barrios bajos, donde se hacinaban los obreros y sus familias, inmigrantes y pobres como él.

31. La Exposición de Filadelfia fue inaugurada en 1876. Se dividió en 7 departamentos: minería y metalurgia, manufacturas, educación y ciencias, Bellas Artes, maquinaria, agricultura y horticultura.

32. Martí se refiere a Antonio García Gutiérrez (1813-1884), poeta y dramaturgo español. Inició estudios de medicina que no concluyó. Colaborador y redactor de la *Revista Española*, luego de varios intentos logró que fuera representada su obra *El trovador* (1836), que obtuvo gran éxito. Entre sus piezas se hallan *El tesorero del rey*, *Zaida* y *Las bodas de doña Sandra*.

### [15]

33. Oneida. Colonia «bíblico-comunista», ubicada en el condado de Madison, Estado de Nueva York. Fundada en 1847 por John Humphrey Noyes, con fines religiosos, desde 1857 comienza a llevar una vida próspera. En ella el matrimonio no era permanente, la comunidad se encargaba del sustento y la educación de los hijos, no se elegía jefe y se practicaba el comunismo de la propiedad. Pero en 1879 se prescindió de todo ello, principalmente a causa de la oposición religiosa exterior, y se conservaron el comedor, la biblioteca y otras cosas comunes. Posteriormente lo que fue ya una sociedad civil se desarrolló mercantilmente.

34. *Bereano*, especie de Biblia de la comunidad de Oneida.

## 1882

### [19]

35. El escritor irlandés Oscar Wilde (1854-1900), el representante más destacado del llamado esteticismo inglés de fines del siglo XIX, realizó una gira de conferencias por Canadá y los Estados Unidos entre 1881 y 1882. A una de ellas, ofrecida en Nueva York, asistió Martí, y le dio tema para un artículo publicado originalmente en *El Almendares* (La Habana), en enero de 1882, y reproducida después en *La Nación* (Buenos Aires) el 10 de diciembre del mismo año, además del presente artículo.

Martí utiliza el término *esteticismo* para designar la tendencia general de los artistas ingleses de fines del siglo XIX que trataban de elevar la belleza a la categoría de supremo bien, por encima aun de la moral. El propio Wilde y Walter Pater figuraban entre los más destacados defensores de esta actitud.



36. Se refiere a George Louis Palmella Busson du Maurier (1834-1896), dibujante y escritor satírico inglés, nacido en París. Publicó sus dibujos en la célebre revista londinense *Punch* durante treinta y seis años. Su fama aumentó al publicar las novelas *Peter Ibbetson*, *Trilby* y *The Martian*.

37. John Keats (1795-1821), poeta inglés, uno de los grandes, con Byron y Shelley, de la segunda generación de románticos ingleses. Desde muy joven, en la Escuela de John Clarke en Enfield, se destacó por su celo por los estudios literarios, particularmente en el área de la mitología. Recibió la influencia de la poesía isabelina; especialmente The Falrie Quene despertó su genio poético. Su primer poema conocido, «Spencer's Imitation», data probablemente de 1813, el que se considera su mejor poema de juventud, «On First Looking into Chapmann's Homer», parece datar del verano de 1815. Su primer volumen *Poems by John Keats*, vio la luz en marzo de 1817, y fue recibido con reserva por la mayoría de los lectores. Enfermo de tuberculosis, parte para Nápoles en septiembre de 1820. Durante la travesía escribe su último poema, el soneto «Bright Star, World I were Stendfast as Thon art». Muere en Roma en la mañana del 23 de febrero.

38. Algernon Charles Swinburne (1837-1909), poeta, dramaturgo y crítico inglés que se destacó por sus innovaciones y experimentos en el metro y la rima.

39. John William Draper (1811-1882), naturalista inglés que emigró a los Estados Unidos. Profesor de química y filosofía en Nueva York, en 1874 contribuyó a la creación de la facultad de medicina, de la que fue nombrado presidente.

## [20]

40. Reynolds. General considerado en 1881 amigo de Charles Julius Guiteau, asesino del presidente James Abrams Garfield, y por ello, sirviéndose de sus frecuentes contactos con el acusado, fue utilizado por la fiscalía como confidente, violando así las regulaciones jurídicas de Estados Unidos.

## [21]

41. Susana Anthony. Se refiere a Susan B. Anthony, escritora estadounidense y ardiente defensora de los derechos de la mujer. Fue por espacio de muchos años presidenta de la Woman's Suffrage Association, luchando para obtener en las leyes el reconocimiento de los derechos de la mujer. Además de sus discursos en los *meetings* y artículos en la prensa, escribió, en colaboración con otras escritoras como Elizabeth Stanton, la obra *The History of Woman's Suffrage* (Nueva York, 1881-1888, 3 tomos).

## [22]

42. Martí se refiere a la pelea de boxeo, a puño desnudo, por el campeonato de los peso pesados, entre John Lawrence Sullivan y Paddy Ryan, llevada a cabo el 7 de febrero de 1882 en la ciudad de Mississippi. La pelea se definió en el noveno asalto, cuando Sullivan noqueó a Ryan. Interesa en esta crónica la forma en que Martí vincula esta velada a la clase obrera inmigrante. Recordemos que Sullivan era hijo de inmigrantes irlandeses.

Junto con Paddy Ryan y el francés James J. Corbett, John Lawrence Sullivan fue considerado entre 1880 y 1897 uno de los mejores boxeadores de Estados Unidos.

## [23]

43. Henry Clay (1772-1852), estadista estadounidense. En 1811 fue elegido diputado y poco después presidente del Congreso, puesto que llegó a desempeñar durante cuatro períodos consecutivos. Promovió con energía la conveniencia de una guerra con Inglaterra, y una vez provocada, sostenerla con todo el rigor posible. Terminada la guerra, en 1814, fue nombrado miembro de la comisión enviada a Gante (Suiza) para concluir el tratado de paz.

44. Daniel Webster (1782-1852), estadista estadounidense. En 1813 fue nombrado representante del Partido Federalista ante el Congreso. En 1836 y 1848 fue candidato a la presidencia de la República. Webster es considerado el primer orador estadounidense de su tiempo. Con el título *Obras de Daniel Webster*, se publicaron en Boston, en seis volúmenes, sus discursos.

45. Henry Richard Lee (1732-1794), político norteamericano. Fue educado en Inglaterra, pero en 1752 retorna a Virginia, donde rápidamente adquiere prominencia en los asuntos públicos. En 1774 fue elegido como delegado de Virginia al Primer Congreso Continental. En un importante documento aboga por la «total libertad e independencia» de las colonias frente a Gran Bretaña. Fue legislador en Virginia entre 1780-1884, y elegido presidente del Congreso en 1784, en 1786 fue nuevamente miembro de la legislatura del Estado, y en 1787 obtuvo un asiento en el Congreso. Con la adopción de la Constitución Federal, a la que se oponía, fue elegido uno de los primeros dos senadores de Virginia, permaneciendo como un antifederalista hasta su resignación en 1792. Fue uno de los más notables oradores de su tiempo.

## [24]

46. El mayor André. Se refiere a John André (1751-1780), militar inglés. Entró en el ejército a los 20 años. En 1777 fue ascendido a capitán y, más tarde, ayudante y secretario del general Clinton en América. Se destacó por sus cualidades literarias, particular-

mente en la poesía. Fue ejecutado como espía bajo la orden de George Washington al descubrirse los planos de la Fortaleza de West Point entregados a él por el general Benedict Arnold. Fue erigido un monumento a su memoria en la abadía de Westminster, Londres, Inglaterra.

47. Se refiere a Benedict Arnold (1741-1801), general estadounidense, tristemente célebre por sus traiciones llevadas a cabo durante la Guerra de Independencia, a las que Martí alude en esta crónica.

Muy joven participa en la guerra francesa y de los indios. Fue farmacéutico en New Haven. Durante un tiempo comerció con Canadá y las Indias Occidentales. Resultó de los primeros en levantarse en Armas contra Inglaterra. Como coronel de la milicia se unió a las fuerzas de Ethan Allen, un excéntrico especulador de tierras a quien seguía un grupo guerrillero que se nombraba a sí mismo *The green Mountain Boys* (Los muchachos de la Montaña Verde), al objeto de conquistar Ticonderoga de manos de los colonialistas ingleses en 1775. la acción permitió el envío de suministro a las tropas de George Washington que asediaban Boston. En los días que siguieron el grupo integrado por Arnold-Allen y las guerrillas de Los Muchachos de la montaña Verde se apoderaron de numerosos fuertes militares pequeños. Estos éxitos iniciales determinaron el ascenso de Arnold a General y poco después a General de Brigada. En 1780, mientras fungía como comandante Jefe del fuerte militar de West Point, mantuvo una correspondencia desleal con el Comandante General a arreglos para entregar West Point. A los ingleses a cambio de cierta cantidad de dinero y la misma graduación que ostentaba en el Ejército independentista. Arnold cometió numerosos crímenes contra sus antiguos compañeros de armas. En diciembre de 1780 con su familia se marchó a Londres. Finalizada la guerra, Arnold fue despreciado y expulsado del servicio activo en el Ejército Británico. Falleció en Londres el 14 de junio de 1801.

48. Creemos que Martí se refiere a la compañía marítima W. R. Grace & Co. Véase nota 80.

49. William Tecumseh Sherman (1820-1891), militar norteamericano. Recibió su formación militar en la Academia Militar de Estados Unidos. Al inicio de la Guerra Civil fue puesto al mando de un regimiento de infantería de voluntarios. Posteriormente fue nombrado Brigadier General. En 1862 fue ascendido a Mayor General de Voluntarios. En 1863 recibió el mando del Ejército de Tennessee. En 1864 fue ascendido a Comandante Supremo de los ejércitos de Occidente y se le ordenó capturar a Atlanta, capital del estado de Georgia, misión en la que empleó tres meses. Ordenó la quema de todos los recursos militares en esa ciudad y después realizó su más conocida acción militar, que pasó a la historia como «la marcha hacia el mar», desde Atlanta hasta Savannah en la costa atlántica de dicho estado. Después, con 60.000 hombres escogidos avanzó desde Georgia hacia Virginia, con el propósito de unir sus fuerzas a las de Grant, siguiendo siempre su política de destruir todos los recursos militares y económicos de los territorios por donde avanzaba. En esa empresa lo sorprendió el fin de la guerra. Posteriormente, fue designado Teniente General del Ejército, ascendido a general en 1869 y a comandante del Ejército de Estados Unidos.

50. Henry Highland Garnet (1815-1882), líder abolicionista negro y religioso estadounidense. Nacido esclavo, Garnet escapa en 1824 y llega a Nueva York, donde cursa estudios y con el tiempo se convierte en ministro de la iglesia presbiteriana. Se asocia a la American Anti-Slavery Society, aunando prédica y agitación de las masas. En 1843 sorprende a la Convención Nacional de Hombres Libres de Color al hacer un llamamiento a los esclavos a asesinar a sus señores. La convención se niega a apoyar el radicalismo de Garnet, por lo que se torna hacia la religión, sirviendo como pastor. En 1881 es nombrado ministro en Liberia, país donde muere a los dos meses de llegar.

[25]

51. Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882), poeta estadounidense que figura entre los más populares y celebrados de su época. Longfellow obtuvo un amplio éxito de público con su primer volumen de poesías, *Voces de la noche* (1839), que incluía el poema «Un salmo a la vida». Entre su obra poética posterior destaca *Baladas* (1841), donde figuran algunos de sus mejores poemas, como «El naufragio del Hésperos», «El guerrero del pueblo», «El esqueleto en el armario» y «Excelsior»; y tres largos poemas narrativos sobre temas americanos: *Evangeline* (1847), *Hiawatha* (1855) y *Miles Standish* (1858). Otras obras dignas de mención son *Junto al mar y junto al fuego* (1849); *Cuentos de la taberna Wayside* (1863), basada en los *Cuentos de Canterbury* de Chaucer, y *Última Thule* (1880). La obra poética de Longfellow se caracteriza por el tratamiento de temas familiares, la presentación asequible de las ideas y un lenguaje claro, sencillo y melodioso. La mayoría de los críticos modernos no comparten la elevada opinión que de Longfellow tenían sus contemporáneos. De acuerdo con los criterios actuales, su obra es tópica en su temática, didáctica en su estilo y carente de fuerza lírica. Su reacción ante la naturaleza y las emociones básicas de la vida hoy parece superficial. Pese a todo, sigue siendo uno de los poetas estadounidenses más populares, principalmente por su sencillez estilística y temática y su maestría técnica.

Martí le profesó mucha admiración. Tradujo los poemas *No siempre es mayo* y *La canción de Hiawatha* (inconclusa) al castellano.

52. Oliver Wendell Holmes (1809-1894), escritor y médico estadounidense. Su reputación de poeta data de 1836, año en que publicó su primera colección, *Poems*. En 1858 publica el más popular de sus libros, *Autocrat of the Breakfast Table*.

53. Martí se refiere a George Ticknor Curtis (1812-1894), jurisconsulto y escritor estadounidense, autor de una extensa obra, orador popularísimo, en aquella época, y notable conferencista sobre temas de política y derecho.

54. William Dean Howells (1837-1920), poeta, novelista y crítico estadounidense, a quien se considera uno de los escritores realistas más sobresalientes de los Estados Unidos. Aunque nacido en Ohio, su prolífica carrera literaria se inició en Boston y llegó a tener tanta influencia en su tiempo que se le llamó «el Decano de las letras norteameri-



canas». Sus obras últimas, de denuncia social, ponían de relieve las condiciones de la situación obrera de fines del siglo XIX en aquel país.

55. Louis Agassiz (1807-1873), ilustre naturalista suizo. Entre 1832 y 1846 desarrolló una vasta actividad investigadora en Alemania. En 1846 Agassiz parte a Estados Unidos. La acogida que tuvieron las lecciones que dio en el Instituto Lowel, en Boston, le decidieron a fijar su residencia en Estados Unidos. Encargado de las cátedras de zoología y geología en la escuela científica agregada a la universidad de Nueva Cambridge, logró un prestigio inmenso. En 1873 funda una escuela de historia natural en la isla de Penikese (Estado de Nueva York) luego de que uno de los comerciantes más ricos de la época, John Anderson, le obsequiara la isla con sus barcos y 50.000 dólares para tales fines.

56. John Greenleaf Whittier (1807-1892), poeta estadounidense, llamado el poeta cuáquero de América. En 1833 publicó el escrito abolicionista *Justice and Exdiency*. Posteriormente, fue durante algunos años secretario de la American Anti-Slavery Society y dirigió el periódico *Pennsylvania Freeman*.

Martí dedicará una crónica, titulada «Whittier. Un poeta de 80 años» (crónica nº 175), al poeta.

57. Emerson. Notable poeta y pensador estadounidense. Véase nota 59.

## [26]

58. La crónica se refiere a la muerte del célebre bandido estadounidense que causó conmoción debido al rango de héroe viviente que Jesse James había alcanzado. Conviene destacar que los periódicos *The Sun* y *New York Times* publicaron en su primera plana el 4 de abril de 1882, un relato sobre el modo en que murió James. Tal como lo indica Susana Rotker,

luego del título, sumario y un primer párrafo noticioso, se sucede una puesta en escena ficcionalizada y realista sobre el asesinato. En general, en todas las noticias que siguieron publicando durante el mes, ambos periódicos acentuaron la noble y gallarda fisonomía del delincuente, la relación de amor con su esposa, lo obtuso de los amigos que lo mataron (*La invención de la crónica*, p. 206).

De aquellos artículos y de la reacción del público estadounidense, Martí extrae el material con que construirá esta suerte de épica que deja de lado los nombres y detalles, creando lo que ha sido considerado, posteriormente, «un cuento de hálito renacentista en el *Deep South* de los Estados Unidos».

## [27]

59. Ralph Waldo Emerson (1803-1882), notable poeta y pensador estadounidense, principal exponente del trascendentalismo norteamericano, escuela filosófica enraizada en el idealismo alemán, las teorías de Platón y los neoplatónicos, y las doctrinas de los libros sagrados de Oriente. El día de Navidad de 1832 inició una gira por Europa; en Inglaterra conoció a personalidades literarias como Samuel Taylor Coleridge, Thomas Carlyle y William Wordsworth. Su encuentro con Carlyle fue el comienzo de una larga amistad. Regresó en 1833 y se estableció en Concord (Massachusetts). Empezó a dar clases en la Universidad de Boston.

Sus discursos, sobre temas como la filosofía de la historia, la cultura, la vida humana y la época actual, están basados en material de sus *Diarios* (publicados póstumamente de 1909 a 1914), observaciones y notas que empezó a escribir cuando era estudiante en Harvard. Su declaración de creyente más detallada la reservó para su primer libro publicado, *Naturaleza* (1836), que aunque lo publicó anónimamente enseguida se supo quién los había escrito. En su momento el libro no llamó mucho la atención, pero está considerado como su obra más original e importante, en la que brinda la esencia de su poética del trascendentalismo, que es una síntesis entre la religiosidad puritana y el idealismo romántico.

En su primer libro de *Ensayos* (1841) reunió sus conferencias más famosas, entre las que destaca «Autoconfianza», que se convirtió en la base teórica del individualismo democrático. En esa época escribió para *The Dial*, el periódico del trascendentalismo de Nueva Inglaterra, que se fundó en 1840 y se cerró en 1844.

En 1846 se publicó su primer libro de poemas, *Poems*. Volvió a salir del país en 1847 para dar conferencias en Inglaterra, donde Carlyle le recibió calurosamente.

Conviene además destacar que Martí tradujo el poema *Adiós* y el texto en prosa *La montaña y la ardilla*, de Emerson, al castellano.

Para mayor información respecto a la relación entre los dos autores, referimos al lector al libro de José Carlos Ballón, *Autonomía cultural americana: Emerson y Martí*, Madrid, Ed. Pliegos, 1986.

60. Thomas Carlyle (1795-1881), crítico e historiador escocés, considerado el gran pensador británico de la era victoriana y el prosista más influyente de su tiempo en la lengua inglesa. Se educó en la Universidad de Edimburgo, fue profesor de matemáticas, y se estableció en Londres desde 1834 hasta su muerte. Escribió para numerosas publicaciones periódicas escocesas e inglesas. Tradujo del alemán ensayos críticos acerca de esa literatura.

Escribió *Life of Schiller* (1824), *French Revolution* (1837), *Sartor Resartus* (*The Taylor Retaloiored*) (1834) –sátira sobre las convenciones–, *On Heroes and Hero Worship* (1841), grupo de conferencias, y *History of Frederick the Great* (1858-1865).

Una de sus obras más conocidas, *Sartor Resartus*, fue publicada como volumen en Boston, en 1836, gracias al interés y cuidado de Emerson, que fue un gran admirador suyo.

61. Walt Whitman (1819-1892) fue uno de los mayores poetas de los Estados Unidos en el siglo XIX, ejerciendo una gran influencia en la renovación del verso español que se

inicia en Hispanoamérica a través del modernismo. En sus *Espanoles de tres mundos* escribe Juan Ramón Jiménez: «Whitman, más americano que Poe, creo yo que vino a nosotros, los españoles todos, por Martí», refiriéndose a una crónica que Martí enviara a *La Nación*, fechada en Nueva York el 23 de abril de 1887 (nº 156) y publicada ese mismo año en *El Partido Liberal* de México. Posteriormente, el 8 de abril de 1892, el mismo periódico publicará una crónica que Martí escribiera con motivo de la muerte de Whitman (véase crónica nº 290).

62. Estedman. Se refiere a Edmund Clarence Stedman (1833-1908), poeta y crítico de los Estados Unidos, conocido también por sus importantes antologías de literatura inglesa y estadounidense de la época. Las palabras de Susana Rotker nos parecen esclarecedoras respecto a las tensiones dentro del campo literario neoyorquino que Martí presencia y de las que, de algún modo, participa:

En Nueva York no había unanimidad siquiera ante el valor de los autores ensalzados por Martí –Emerson, Whitman, Longfellow, Whittier–; también allí el acelerado y cambiante ritmo de finales de siglo traía otra impronta. En la tendencia idealista de la vida, emparentada con esos autores, se ubicaba como figura central el crítico literario Edmund Clarence Stedman, al que se consideraba representante del *viejo orden*; el nuevo orden, en cambio, halló vocero en William Dean Howells, realista y socialista incipiente. A Stedman –o «Estedman», como lo nombra en la crónica sobre Emerson– lo califica Martí de buen crítico; a Howells lo ataca porque su código literario le parece falso y burdo [...]. El dilema de Martí no es sólo resolver lo viejo y lo nuevo que se supone representen ambas posturas, sino sus contradicciones; el idealismo de Stedman se enclava en la indiferencia del esteticismo, mientras que su repudiado Howells protesta –al igual que Martí– ante problemas sociales como la ejecución de los anarquistas de Chicago.

63. Amos Bronson Alcott (1799-1888), escritor, pedagogo y filósofo estadounidense que colaboró con Emerson en el *Dial*, órgano de divulgación de los trascendentalistas. Emerson declaró no conocer a nadie como Alcott para el ejercicio del puro intelecto.

64. «Phrineas de la pena son esos poetillas jeremíacos». Martí se refiere a Friné, famosa cortesana ateniense del siglo IV a. C. de quien se dice fue la modelo de Praxiteles para sus más conocidas estatuas de Venus; *jeremíacos*, por su parte, se refiere a Jeremías, uno de los cuatro profetas mayores del Antiguo Testamento, célebre por sus libros de *Profecías* y *Lamentaciones*.

65. Concord. Ciudad estadounidense del Estado de Massachusetts, en Nueva Inglaterra. Fue la sede del grupo de los trascendentalistas. Allí también había comenzado, el 19 de abril de 1775, la lucha que precipitó la Guerra de Independencia de los Estados Unidos.

66. Túscolo. Ciudad de la antigua Italia que se convirtió en lugar de retiro y descanso de muchos romanos ilustres tales como Cicerón, Catón, César, etc.

67. Michel Eyquem de Montaigne (1533-1592), escritor francés durante el reinado de Carlos IX y autor de los *Essais (Ensayos)*, que establecieron una nueva forma literaria. Los ensayos reflejan el espíritu del escepticismo y una educación latina clásica, y abordan temas relativos a las vidas y los ideales de las figuras líderes de su tiempo.

68. Emmanuel Swedenborg (1688-1772), teósofo, hombre de ciencia y místico sueco. Su doctrina religiosa inspiró a la iglesia Nueva Jerusalén, creada poco después de su muerte. Se dio a conocer primero como ingeniero y científico, pero en 1743 declaró hallarse en relación con el mundo espiritual, cuyos ángeles y demonios, en su opinión, obran sobre el hombre. Estudiaba el sentido de la Biblia mediante revelaciones. Entre sus obras se destacan: *Principia, Arcana Caelestia, Cielo e infierno, Amor divino y sabiduría y La verdadera religión cristiana*. Sus ideas tuvieron particular influencia en Inglaterra y en los Estados Unidos.

69. Plotino (205-270), antiguo filósofo, centro de un influyente círculo de intelectuales y hombres de letras en la Roma del siglo III. Es considerado el fundador de la escuela filosófica neoplatónica.

70. Brahma. Genéricamente, designa una de las principales divinidades de los hindúes. Sin embargo, Martí parece emplearla aquí en el sentido de lo absoluto, el ser o el alma del mundo.

71. John Tyndall (1820-1893), físico y matemático inglés, autor de importantísimos trabajos sobre los más recientes temas y hallazgos de la ciencia en su siglo. Fue ingeniero ferroviario antes que profesor de Física en Queenswood College, en Hampshire. Sus descubrimientos en torno al magnetismo lo llevaron a ser electo miembro de la Royal Society en 1852. Profesor de Filosofía Natural en la Royal Institution. En 1856 estudió los glaciares suizos, cuyos resultados expuso en *Glaciers of the Alps, Mountaineering in 1861 y Hours of Exercises in the Alps*. También estudió el calor y las propiedades acústicas de la atmósfera, y descubrió cómo determinar la presencia del polvo en el aire. En 1872 visitó Estados Unidos y alcanzó gran éxito con sus conferencias científicas.

72. Baobab, sabino, samán. El baobab es un árbol muy robusto que crece esencialmente en el África tropical; el sabino, de la familia del pino y también muy corpulento, crece particularmente en la altiplanicie de México; el samán, de la América del Sur, es de iguales características y muy semejante al cedro del Líbano.

73. Leónidas. Rey de la antigua Esparta, muerto heroicamente en lucha contra los ejército persas de Jerjes el año 480 a. C. Su nombre ha devenido símbolo de entereza y estocismo.

## [28]

74. George Washington De Long (1844-1881), explorador estadounidense. Murió durante una expedición para alcanzar el Polo Norte. Gracias a sus diarios se pudo



constatar la existencia de corrientes transárticas, que facilitaron el éxito de posteriores expediciones. Martí dedicará una crónica posterior («Los héroes del Polo») a tal expedición, publicada el 17 de abril de 1884 en *La Nación* de Buenos Aires (crónica nº 59).

75. Frederick Theodore Frelinghuysen (1817-1885), uno de los fundadores del Partido Republicano en Nueva Jersey. Abogado y senador (1866-1869, 1871-1876). Secretario de Estado bajo la presidencia de Chester Arthur.

76. George Bancroft (1800-1891), historiador estadounidense considerado el padre de la historia de Estados Unidos, con una extensa obra en 10 volúmenes (*History of the United States*), en la que indaga en los orígenes y el desarrollo del país desde un punto de vista histórico-filosófico. Promovió la tesis de que el sistema político y social estadounidense representaba el punto más alto alcanzado por la humanidad en su búsqueda por el Estado perfecto. Fue, asimismo, ministro ante Inglaterra (1846-1849), Prusia (1867-1871) y el Imperio Alemán (1871-1874).

77. Charles Stewart Parnell (1846-1891), dirigente nacionalista irlandés y miembro del Parlamento británico (1875-1891). Líder en la lucha por la *Home Rule* irlandesa, y dirigente de la *Irish Land League*, liga de terratenientes nacionalistas irlandeses.

En 1880 Parnell arriba a Nueva York para recolectar fondos y organizar las sucursales en Estados Unidos de la *Irish Land League*. El éxito fue inmediato, y ya en septiembre de 1881 la recién creada *American Land League* contaba con más de 1.500 sucursales, con gran aceptación en el movimiento obrero y sindical de la época, principalmente la de aquellos vinculados al mundo de inmigrantes católico-irlandeses.

Para conocer más detalles de aquellos movimientos, le recomendamos al lector el cap. 62 del muy interesante libro de Edwin G. Burrows y Mike Wallace, *Gotham. A History of New York City to 1898* (Nueva York, Oxford University Press, 1999).

78. Jeremiah O'Donovan Rossa (1831-1915), activista irlandés, cuyo verdadero nombre era Jerry Donovan. Fue considerado uno de los líderes del movimiento independentista irlandés del siglo XIX. En su tierra natal perteneció a la Hermandad Republicana Irlandesa y por ello se le encarceló en 1859 y 1865. En 1871, luego de haber cumplido 6 años de prisión acusado de haber planificado algunos levantamientos, se le conmutó la pena por la de deportación y emigra a los Estados Unidos, asentándose en Nueva York y dedicándose al negocio hotelero. Funda el periódico *United Irishmen*, que pronto fue reconocido como el órgano oficial del Partido Irlandés en los Estados Unidos. Su nombre fue también vinculado a los asesinatos del parque Phoenix en Dublín.

79. Spencer Compton Cavendish (1833-1908), político inglés, octavo duque de Devonshire. Miembro, siguiendo las tradiciones de su familia, del Partido Liberal, al que prestó excelentes servicios, llegó a ser jefe del mismo en 1875, durante el alejamiento temporal de Lord Gladstone de la política. Siendo contrario a la *Home Rule* (autonomía) de Irlanda, se separó de Gladstone en 1886 y pasó a convertirse en el jefe de los liberales unionistas.

80. William Russell Grace (1832-1904), empresario y político estadounidense nacido en Irlanda. Viajó a Perú en 1851 para entrar en el comercio del guano, en representación de la firma Bryce Brothers, de la que fue socio en 1854. Dueño de astilleros y fundador, en 1866, de la W. R. Grace & Co., la compañía marítima que por muchos años ejerció una influencia dominante en la economía de los países de la costa este de América del Sur (en especial Perú y Chile), hoy en día convertido en un conglomerado multibillonario. Fue uno de los líderes del partido Demócrata que lograron romper el control de la maquinaria de ese Partido organizada en Nueva York, en la Sociedad Tammany Hall. Fue el primer alcalde católico irlandés de la ciudad, electo en 1880 y reelecto en 1884.

81. William Ewart Gladstone (1809-1898), hombre de Estado y político inglés que profesó, hacia el final de su vida, ideas pacifistas y liberales. Cuatro veces Primer Ministro de Inglaterra (1868-1874, 1880-1885, 1886, 1892-1894), Gladstone dio muestras de simpatía para con el movimiento nacionalista irlandés. Al promoverse la cuestión de Irlanda, se inclinó decididamente por la separación del Estado y la Iglesia de aquel país. En abril de 1868, se aprobaron los proyectos relativos a ello.

82. Thomas Henry Burke (1829-1882), político inglés. Fue secretario de Robert Peel y de Lord Darlington, y subsecretario permanente del ministerio de Irlanda desde 1869. En 1882, paseando un día por el Phoenix Park de Dublín con el ministro Lord Cavendish, fueron ambos asesinados por algunos individuos de la sociedad irlandesa *Los Invencibles*. De este hecho, y de sus repercusiones en la comunidad irlandesa de Nueva York da cuenta la presente crónica de Martí.

## [29]

83. Caballeros del Trabajo. Su nombre completo era Noble Orden de los Caballeros del Trabajo. Organización obrera fundada por Uriah Stevens en Filadelfia en 1869, el *Knights of Labor* fue la primera organización obrera creada en los Estados Unidos. Fue una organización secreta hasta 1878. Durante la década de los ochenta su membresía creció notablemente y en 1886 ya contaba con más de 600.000 afiliados. Abogaba por el establecimiento de cooperativas y asociaciones de ayuda mutua, pero se oponía de hecho a la participación de los obreros en las luchas políticas y practicaba la colaboración de clase. Sus afiliados ignoraron la prohibición de sus dirigentes de secundar la huelga de 1886 y esto le hizo perder influencia a la organización. En 1890 ya había sido opacada por la American Federation of Labor y se desintegró a fines de esa década.

En enero de 1882 Robert Blissert, un activista del *Knights of Labor and the Tailors Union*, dirigió una manifestación en la Cooper Union que llevó a la creación de la *Central Labor Union* (CLU), producto de la unión de diversos sindicatos de Nueva York, Brooklyn y Nueva Jersey. El 8 de mayo de 1882 Peter J. McGuire propuso a la central obrera neoyorquina su celebración el primer lunes de septiembre de cada año. El primer desfile tuvo lugar en New York el 5 de septiembre de 1882, en la Union Square. El 28 de junio de 1894 el presidente Cleveland firmó la correspondiente ley.

El 20 de marzo de 1883, la CLU auspició una gran manifestación en la Cooper Union para conmemorar la reciente muerte de Karl Marx. La mayor parte de los oradores fueron socialistas, mas el público estaba compuesto por obreros de diversas ideologías, nacionalidades y sindicatos, quienes recolectaron fondos para publicar una edición en inglés del *Manifiesto Comunista*. Martí le dedicará otros artículos a esta conmemoración (véanse las crónicas n<sup>os</sup> 69, 92 y 170).

## 1883

### [30]

84. Aristos, nombre de una divinidad de Grecia que simbolizaba la acción benéfica del sol de primavera y de verano. Se le considera esencialmente un dios benévolo, introductor de la apicultura, la viticultura y el cultivo de los olivos. Protector de los pastores y cazadores, se le asocia a dioses como Zeus, Apolo y Dionisios. Según la versión más popularizada, Aristos es hijo de Apolo y de la ninfa Cirene. Nació en Libia para luego trasladarse a Tebas, donde recibió la enseñanza de las Musas en el arte de la medicina y el don de vaticinar. Se convirtió en yerno de Cafnos, al casarse con Autonea, y fue padre de Acteón. Después de mucho viajar, llegó a Tracia, donde persiguió a Eurídice «la bella aurora». Ésta, al huir, murió mordida por una serpiente. Durante la persecución, Aristos desaparece en el monte de Hemo. La leyenda de Aristos (o Aristeo) y Eurídice es probablemente posterior, tal vez inventada por Virgilio (*Las Geórgicas*). Martí utiliza esta versión.

85. Lúculo. Familia plebeya romana entre cuyos miembros se distinguieron Licinio Lúculo, cónsul romano en el año 151 a. C., y su hijo, de igual nombre. Martí se refiere aquí al segundo de ellos, quien luego de comandar numerosas campañas militares en Asia es obligado a regresar a Roma. Allí llevó una vida llena de opulencia, gozando de las riquezas que trajera de Asia, y disfrutando de proverbiales banquetes. Hizo de su casa centro de reunión de los hombres de letras, especialmente de los filósofos. Su biografía se halla en los *Paralelos* de Plutarco.

86. *Flor de Mayo*. Martí se refiere al «Mayflower», el barco que en 1620 transportó desde Southampton (Inglaterra) a Plymouth (Estados Unidos) a los 102 *peregrinos* que fundaron la primera colonia en Nueva Inglaterra.

87. Tíos Samueles. Referencia al *Uncle Sam*, figura caricaturizada de hombre enjuto y alto, de barbas blancas, devenido símbolo del gobierno de los Estados Unidos. Se popularizó en Estados Unidos a partir de la Guerra de 1812 contra Inglaterra, cuando se representaba en cajas y paquetes de suministros para las fuerzas armadas. Posteriormente, a partir de 1832, las imágenes del *Uncle Sam*, vestido con barras y estrellas, comenzaron a aparecer en publicaciones. Los antecedentes de esta figura emblemática lo

hallan los críticos en el personaje de Brother Tyler en la obra *The contrast* (1787), de Royall Tyler. En 1961 el Congreso de Estados Unidos aceptó el personaje como símbolo nacional.

88. Luis L. Domínguez (1819-1898), diplomático, poeta e historiador argentino. Fue ministro de Hacienda en la presidencia de Sarmiento. Representó a su patria en Perú, Brasil, España e Inglaterra. Fue embajador en los Estados Unidos entre 1882 y 1885.

89. D. Matías Romero Rubio (1837-1898), abogado y diplomático mexicano. En diciembre de 1859 fue nombrado secretario de la legación mexicana en Washington. Posteriormente fue nombrado encargado de negocios en la misma legación, puesto que ocupó hasta abril de 1863. Durante aquel período, quizás uno de los más difíciles en los anales de la diplomacia mexicana, debió enfrentar difíciles asuntos tales como la captura de la nave española «María Concepción» y la intervención de Francia en México. Entre 1863 y 1868, fue nombrado ministro ante los Estados Unidos. Luego regresó a México como ministro del Tesoro del gobierno de Juárez, cargo que ocupó por cinco años. En 1876 es nombrado senador, y luego, durante la presidencia del general Porfirio Díaz, vuelve a su cargo en el departamento del Tesoro, hasta abril de 1879. Durante la primavera de 1881 se interesa en la Mexican Southern Railway Company y acompaña al general Grant por México, en su visita de inspección.

Entre mayo de 1881 y febrero de 1882 fue superintendente de la compañía en México. Durante la presidencia de Garfield la cuestión limítrofe entre Estados Unidos y México se transformó en un asunto público. Romero es nuevamente enviado a Washington en calidad de ministro para tratar el tema, acerca del cual se discutió un tratado de reciprocidad que nunca fue firmado.

Todos estos asuntos serán tratados por Martí en crónicas posteriores, en especial aquella publicada en *La Nación* de Buenos Aires, el 1° de abril de 1883 (n° 32).

90. Simón Camacho Clemente (1824-1883), escritor y diplomático venezolano, sobrino nieto de Simón Bolívar. Publicó en Caracas el opúsculo *Recuerdos de Santa Marta* (1842), donde recoge la labor realizada por la comisión que viajó a Colombia con la misión de repatriar las cenizas del Libertador. En este mismo año publicó su poema *Cayaurima. Canto Indiano*. Fue Secretario de la Cámara de Representantes hasta 1848. Luego vivió algún tiempo en Puerto Rico y en Nueva York durante la década de 1850, dedicado a las traducciones y el periodismo. Escribió para el periódico *Diario de la Marina* bajo el seudónimo *Peter Hicks*. Fue cónsul de Venezuela en Nueva York. Publicó el libro *Cosas de los Estados Unidos*, en 1864, el cual puede considerarse como uno de los primeros en que un venezolano analiza el problema del imperialismo norteamericano, particularmente en relación a las pretensiones expansionistas de los Estados Unidos hacia Cuba. En 1880 vuelve a Estados Unidos con el nombramiento expedido por el presidente Antonio Guzmán Blanco, de Ministro de Venezuela en ese país. En 1883, ya enfermo vuelve a Venezuela y publica el libro *Los cuentos de mi abuela*.

91. El ministro Allen. Se refiere a Elisha Hunt Allen (1804-1883), político y diplomático norteamericano. Fue cónsul de los Estados Unidos en Honolulu entre 1850 y 1856.



Desde este último año y hasta 1876 fue canciller, ministro de finanzas y de justicia del Reino de Hawai. En diferentes ocasiones también fue su representante diplomático en Washington, donde falleció.

92. Balum-Votan. Martí se refiere al mítico príncipe y legislador del reino de Xibalbay, en la actual región de Chiapas. Reconocido como el autor del código nacional de los Quichés, el *Popol Vuh*, el original del *Teomaxtli*, o libro divino de los toltecas. Según arqueólogos decimonónicos, supuestamente partió de Cuba para colonizar Yucatán en la etapa prehispánica. Aunque no se ha identificado ninguna deidad maya con dicho nombre, en época de Martí era citado por los partidarios de ese hipotético movimiento migratorio aborigen. Martí, por su parte, lo fusiona con otro personaje mítico, el sacerdote Zamma, a quien se atribuye una labor legislativa y fundacional en la península yucateca.

93. Léon Gambetta (1838-1882), abogado y político francés. Fue uno de los políticos opuestos al bonapartismo. En 1869 formuló el «programa de Belleville», adoptado posteriormente por el radicalismo francés, que propugnaba libertades de prensa, individuales, de reunión y de asociación; instrucción laica, gratuita y obligatoria, separación de la Iglesia y el Estado; elección de todos los funcionarios y su responsabilidad directa; reformas económicas, justicia e igualdad social. Ese año fue elegido diputado al parlamento por Marsella y París, y nombrado jefe de la minoría republicana en el cuerpo legislativo.

Organizó la resistencia de Francia contra la invasión alemana en 1870. Se negó a firmar el tratado de paz y más tarde abandonó la Cámara. Reelegido en las elecciones complementarias de 1871, dirigió la Unión Republicana y apoyó a Thiers contra los monárquicos. De hecho, su participación en el poder fue casi siempre oculta, y hasta se le acusó de ejercer la dictadura por mano interpuesta.

Orador elocuente, propugnó la expansión colonial francesa y fue uno de los artífices del establecimiento del protectorado francés en Túnez (1882).

94. John Lothrop Motley (1814-1877), diplomático e historiador estadounidense, recordado por su libro *The Rise of the Dutch Republic*, una obra remarcable de erudición no académica que familiariza a los lectores con los dramáticos eventos de la revuelta en los Países Bajos contra el dominio español en el siglo XVI.

95. George Noël Gordon, Lord Byron (1788-1824), célebre poeta inglés, reconocido universalmente como el primer poeta de su patria en el siglo XIX. Integró, junto a Keats y Shelley, la gran trilogía romántica de su país. Alcanzó un éxito casi inmediato con sus obras, entre las cuales descuellan sus poemas dramáticos y narraciones en verso. En 1816 abandonó Inglaterra por contradicciones con la clase dominante. Establecido en Italia, participó en la conspiración de los carbonarios (1819). Fue nombrado miembro del comité para la independencia griega, formado en Londres en 1823. Decidido a participar activamente en la dirección de la lucha, se trasladó a Grecia y pocos meses después murió enfermo en Missolonghi. Entre 1832 y 1833 aparecieron *The Works of Lord Byron with his Letters and Journals and his Life*, por Thomas Moore, primera edición importante de sus obras completas.

A pesar de no conservarse la traducción, se sabe que Martí tradujo el poema *A Myster* de Lord Byron al castellano.

96. Benjamin Butler (1818-1863), general, abogado y político norteamericano. Afiliado al Partido Demócrata, fue elegido representante a la cámara estatal de Massachusetts en 1867-1875 y 1877-1879. Participó en la Guerra de Secesión, en el ejército unionista, donde alcanzó el grado de Brigadier General. Concluida la lucha se mostró partidario decidido de las más enconadas medidas de represión, y apareció muy comprometido en la corrupción política y administrativa que señaló la presidencia de Grant. En 1882 el Partido Demócrata lo llevó al gobierno del Estado de Massachusetts y desde entonces, si bien continuó afiliado al partido, no quiso nunca someterse a ningún jefe ni disciplina, combatiendo a los presidentes Johnson y Hayes, y haciendo gala de teorías demagógicas. En 1884 aspiró a la presidencia como candidato de los Partidos Nacional y Antimonopolista, pero fue derrotado.

97. Los republicanos de «media raza». Martí se refiere a los *Halfbreeds*, la facción más liberal del Partido Republicano.

98. Los «mejores». Martí se refiere a los *Stalwarts*, la facción del Partido Republicano que se oponía a las políticas de reforma de la Administración Pública del presidente Hayes.

### [31]

99. Dante, en los cantos XXXII y XXXIII del *Infierno*, narra la historia del conde gibelino Ugolino della Gherardesca. Vencido por la familia rival de los Visconti en las luchas por el gobierno de la ciudad de Pisa, Ugolino concluyó su vida encerrado en una torre con sus hijos y sus nietos, donde murieron todos de hambre. Dante, en su versión, deja presumir que Ugolino devoró a sus hijos o, al menos, royó sus huesos.

100. Jacob Dolson Cox (1828-1900), abogado y político estadounidense. Sirvió como general durante la Guerra de Secesión. Activo participante en la fundación del nuevo Partido Republicano, al postularse como gobernador, se opuso al derecho a voto de los afroamericanos. Llegó incluso a promover la separación de razas en el Sur, proponiendo establecer «reservaciones de negros». Aquello resulta curioso, pues antes de la guerra se le adscribían ideas más bien abolicionistas. Gobernador del Estado de Ohio (1866-1868), fue posteriormente nombrado secretario del Interior por el presidente Grant. Sin embargo, contrario a él, Cox abogará por las reformas a la administración pública y se opondrá a la anexión de Santo Domingo. Cox renunció en 1870 al gabinete, siendo considerado un republicano liberal. Luego sirvió durante un período en el Congreso (1877-1879) para, posteriormente, dedicarse a la enseñanza universitaria y a la historia militar, publicando varios volúmenes sobre la Guerra Civil.

101. Samuel Jackson Randall (1828-1890), político estadounidense y líder del ala proteccionista del Partido Demócrata. Desde 1863 hasta su muerte fue senador y presidente de la cámara, desde 1876 hasta 1881.

102. El semanario *Puck*. Martí se refiere al primer semanario humorístico estadounidense, de gran popularidad, fundado por Joseph Keppler (1838-1894), caricaturista estadounidense, hijo de inmigrantes austriacos.

[32]

103. Martí se refiere a la Mexican Southern Railway Company y a la visita de inspección del general Grant.

104. William Maxwell Evarts (1818-1901), destacada figura del Partido Republicano. En 1851 fue elegido para la conducción del proceso contra los cubanos de la expedición del *Cleopatra*. Fue retenido en 1857 y 1860 por argumentar el caso Lemmon de esclavitud en nombre del Estado de New York, contra Charles O'Connor consejero de Virginia. Prominente republicano, pronunció el discurso para nominar a William Henry Senard a la presidencia de la Convención Nacional Republicana en Chicago en 1860. En 1861 él y Horacio Greeley fueron candidatos rivales ante la legislatura estatal por el nombramiento a la senaduría dejada por Senard. Fue consejero principal de Andrew Johnson en el juicio presidencial por acusación de alta traición y su argumento judicial contribuyó mucho a un resultado afortunado. Entonces entró en el gabinete de Johnson como procurador general. Fue miembro del Senado, por el estado de Nueva York (1885-1891).

105. Creso. Rey de Lidia (561-546 a. C.), que debió sus riquezas a las arenas auríferas de Pactole. Srades, su capital, atrajo a intelectuales tales como Esopo y Solón. Este último, dicen, al ver la opulencia de su anfitrión, le dijo: «No digas que alguien es feliz antes de su fin». Sin embargo, Creso, vencido por Ciro el Grande y condenado a morir en la hoguera, recordó y pronunció las palabras de Solón. Ciro, informado sobre la causa de esta evocación, aprecia la advertencia, decide liberar a Creso y se convierte en su amigo.

106. William Earl Dodge (1805-1883), magnate estadounidense con inversiones en ferrocarriles, compañías de seguros, negocios madereros y minas de carbón y hierro. Fue elegido Representante por el Partido Republicano en 1866 y presidente de la Cámara de Comercio de New York en tres ocasiones sucesivas. Participó en las directivas de asociaciones teológicas, bíblicas y de templanza. Co-fundador de la Phelps, Dodge & Company, durante un siglo, considerada una de las más grandes compañías mineras de los Estados Unidos.

107. Edwin Denison Morgan (1811-1883), miembro del Partido Republicano. Entre 1858 y 1862 fue gobernador de Nueva York, para luego ser nombrado senador, cargo que ocupó entre 1863 y 1869. En 1875 fue candidato a la presidencia de los Estados

Unidos y, en 1876, candidato a gobernador por el Estado de Nueva York. En 1881, el presidente Arthur le ofreció la secretaría del Tesoro, cargo que declinó debido a su deteriorado estado de salud.

108. John Brown (1800-1859), líder abolicionista estadounidense. Con sólo cinco de sus hijos y un pequeño grupo armado, se apoderó en el Estado de Virginia del arsenal de Harper's Ferry el 16 de octubre de 1859 (es decir, antes de la Guerra de Secesión) con la intención de conseguir armas para los esclavos negros. Sometido a un juicio sumario, fue ahorcado el 2 de diciembre de ese mismo año. Es figura que se conserva en una marcha-canción aún popular hoy en este país.

109. John Swinton (1829-1901), periodista estadounidense, colaborador del *New York Times*, luego editor del *New York Sun*. Fue uno de los líderes del movimiento en pro de las reformas laborales en Estados Unidos. En 1883 rompe relaciones con el *Sun* para expandir sus visiones políticas y sociales a través de un periódico semanal llamado *John Swinton's Paper*, que se editó hasta 1887.

110. La Perricholi. Protagonista de la opereta *La Perrichole*, de Jacques Offenbach, estrenada en París el 25 de abril de 1874, basada en el personaje histórico, Micaela Villegas.

111. Carlos Carranza, hombre de negocios argentino radicado en New York. Martí desempeñó durante dos años el cargo de corresponsal en su oficina comercial –Carranza & Co.–, ubicada en Wall Street número 60, departamento 20, que a la vez era sede del Consulado General de la República Argentina en New York, representación que ostentaba Carranza. Fue éste quien gestionó –durante una visita suya a Buenos Aires, en 1882– con su amigo Bartolomé Mitre y Vedia el inicio de la colaboración de Martí con el diario *La Nación*. Martí mencionó elogiosamente a Carranza en artículos suyos para *La Nación* y *La América* de 1883, y en 1884, con motivo de un viaje de éste a México, le entregó una afectuosa carta de presentación para su amigo Manuel Mercado. En agosto de 1884 Martí dejó de trabajar en su oficina. No obstante, las relaciones se mantuvieron, pues en 1888 Carranza le compró mil ejemplares de su traducción de *Ramona* para enviarlos a Buenos Aires.

### [33]

112. Karl Marx (1818-1883), filósofo, economista y político alemán. Proveniente de una familia burguesa, realiza estudios de derecho, historia y filosofía, descubre el pensamiento de Hegel (su dialéctica) y Feuerbach, y frecuenta los «jóvenes hegelianos». En 1843 se instala en París con su esposa Jenny von Westphalen. En 1845, a petición del gobierno prusiano es expulsado de Francia como revolucionario peligroso. Junto a Engels, en Bruselas, escribe sus trabajos de crítica al idealismo y al materialismo mecanicista, formulando las bases del materialismo histórico y afirmando la necesidad de sobre-



pasar la filosofía teórica y de una transformación radical de la sociedad (*La Santa Familia*, 1845; *La filosofía alemana*, 1846), y formula las tesis sobre Feuerbach. Marx posteriormente, publica *Miseria de la filosofía* (1847), donde cuestiona el socialismo «pequeño burgués» de Proudhon. Para la Liga de los Justos (posteriormente, Liga de los Comunistas) a la cual habían adherido, Marx y Engels redactan el *Manifiesto del partido comunista* (1848). Luego de una breve estadía en París y Colonia, Marx fija su residencia definitiva en Londres (1849), donde continúa sus trabajos sobre economía (*Trabajo asalariado y capital*, 1849; *Contribución a la crítica de la economía política*, 1859; el primer tomo de *El Capital*, 1867) e historia (*La lucha de clases en Francia*, 1849-1850; *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, 1852). A la cabeza de la Primera Internacional (creada en 1864), jugará un rol eminente en el movimiento obrero, oponiéndose a las tendencias anarquistas y reformistas (partisanos de Bakunin y de Proudhon), al realizar un análisis de la Comuna de París en *La guerra civil en Francia* en 1871, y al redactar la *Crítica del programa de Gotha y de Erfurt* de la socialdemocracia alemana, con Engels, en 1875. En 1872 consigue que la Internacional se traslade a Nueva York. Marx, abatido y aquejado de una grave enfermedad pulmonar, muere en Londres el 14 de marzo de 1883. Su cuerpo recibe sepultura en el cementerio de Highgate.

113. John Howard Payne (1792-1852), dramaturgo y poeta estadounidense. El 8 de mayo de 1823 estrenó en Londres su obra *Clari o la doncella de Milán*, en la cual figuraba su famosa canción *Home, Sweet Home* (Hogar, dulce hogar). El compositor británico Henry Rowley Bishop escribió la música de la obra, pero no se ha podido establecer con certeza si la melodía de la canción es original suya o la tomó del folclore. En 1832 Payne regresó a los Estados Unidos, y en 1842 fue designado cónsul en Túnez, donde falleció.

114. Bowery. Barrio popular de Nueva York. Martí se refiere, más adelante, al Bowery, como «el barrio de la cofradía de gente torva».

115. Martí se refiere a Sergius E. Shevitsch, Théophile Millot y Patrick McGuire. Shevitsch, socialista rusionorteamericano, fue líder del Partido Obrero Socialista y director de su órgano, el *New Yorker Volkszeitung*, que comenzó a publicar en 1878. Millot, obrero encuadernador francés, fue miembro del Comité Central de las secciones norteamericanas de la Primera Internacional y secretario de la Sección Dos (francesa) en New York. Adoptó el punto de vista del radicalismo burgués. McGuire (1852-1906), fue un líder obrero norteamericano, hijo de inmigrantes irlandeses. En 1876 organizó la rama de habla inglesa del Partido Obrero Socialista. En agosto de 1881 fundó la United Brotherhood of Carpenters and Joiners. También contribuyó a establecer el Día del Trabajo como fiesta nacional (1882) y a fundar la American Federation of Labor, de la cual fue su primer secretario (1886). Su lema era «Organizar, Agitar, Educar».

116. Mikhail Aleksandrovich Bakunin (1814-1876), uno de los líderes indiscutidos, junto a Proudhon, del movimiento anarquista europeo del siglo XIX, prominente líder revolucionario ruso y prolífico escritor político. Participó en la revolución de 1848 en Alemania. Fundó en 1868 la Alianza Internacional de la Democracia Socialista y al año siguiente la integró en la Primera Internacional, en el seno de la cual encabezó la línea

de los «federalistas», opuestos a los partidarios de Marx y Engels, a quienes llamaban los «centralistas». Fue expulsado de la Internacional en el Congreso de La Haya, Holanda (1872). Sus diferencias con Karl Marx dividieron el movimiento revolucionario europeo por muchos años.

117. Johann Most (1846-1906), activista alemán extremo en favor de las causas del socialismo y el anarquismo. Fundó varios periódicos de propaganda revolucionaria en Berlín, Viena, Londres y Nueva York. Sufrió numerosos encarcelamientos por la expresión de sus violentas ideas radicales; entre éstas, la de que el asesinato de un gobernante no podía considerarse un crimen (tal como sostuvo en un editorial publicado en Nueva York tras la muerte del presidente McKinley, lo que le valió otra más en la larga serie de sus habituales condenas a presidio).

118. Henry George (1839-1896), economista y político estadounidense, de origen humilde y formación autodidacta. Como escritor alcanzó una gran popularidad a partir de su obra principal, *Progress and Poverty*, aparecida en 1879 (que Martí aquí menciona). Algunas de las propuestas económicas de George –principalmente la del «single tax» (impuesto único) sobre la tierra, que presuponía la desaparición de los demás– fueron muy difundidas en Inglaterra e Irlanda, llegando incluso a contar con adeptos en España, al punto de que se llegó a hablar de un «georgismo» en aquel tiempo. Sus ideas económicas y sociales, muy avanzadas para la época, partían de la premisa de que la renta derivada de la propiedad privada del suelo aumenta la injusticia social; y fueron condenadas por León XIII en su encíclica *Rerum Novarum* (1891). Henry George no ganó el cargo de alcalde de Nueva York por un estrecho margen.

119. Mary Carpenter (1807-1877), educadora inglesa quien dedicó su vida al establecimiento de escuelas e institutos, y a la promoción de la reformas educativas. En 1835 organizó la Working and Visiting Society, en 1846 abrió una escuela para niños pobres y, en 1852, fundó un reformatorio juvenil. A partir de 1866, realizó cuatro visitas a la India, interesándose en su sistema educacional, y dictó algunas cátedras en los Estados Unidos.

120. Universidad de Yale. La tercera universidad más antigua de Estados Unidos y una de las más prestigiosas. Situada en New Haven, Connecticut, fue fundada en 1701. En 1718 recibió el nombre de un rico comerciante de Boston, Elihu Yale, su benefactor.

121. De acuerdo con Ángel Rama, lo primero que Martí percibe, al llegar a los Estados Unidos, es el movimiento y a la mujer dentro de él: era su primer contacto con la modernidad, quizás el origen de la dual relación que mantendrá con ella. Martí dedicará numerosos párrafos a observaciones respecto a las mujeres en Nueva York, a los movimientos por los derechos de las mujeres, y a sus logros. Según Rama,

habría que remitirse a la novela que en ese mismo año está escribiendo Henry James, *Portrait of a Lady*. Esas mujeres son ya las de las sociedades modernas, las que han pasado a integrar activamente la sociedad trabajadora a la par de los hombres, enfrentándolos en la

vida cotidiana con autonomía y aun con aspereza, peleando su puesto en el mundo, aliándose como ellos en un medio espurio. Son las Noras ibsenianas, que despaciosamente Martí aprenderá, si no a querer, sí a respetar, las que estudian, trabajan, reclaman sus derechos civiles y aspiran a ser, en el amor, sujetos («Indagación de la ideología en la poesía», en: *La crítica de la cultura en América Latina*, p. 151).

122. Universidad de Columbia. Una de las más antiguas y prestigiosas universidades de los Estados Unidos, fundada en Nueva York en 1754, situada principalmente sobre un terreno de 36 acres en Morningside Heights en Manhattan. Abrió sus puertas el 31 de octubre de 1754, con el nombre de King's College, con ocho estudiantes en el vestíbulo de la iglesia de Trinidad, hasta que tuvieron su propio edificio en 1760. Su primer Presidente fue Samuel Jonson, de la iglesia anglicana y el primero en una línea de presidentes anglicanos y episcopales por cerca de 200 años.

### [34]

123. Vanderbilt. Una de las familias más ricas y prominentes de los Estados Unidos. Cornelius Vanderbilt (1794-1877), constructor de barcos de vapor y ferrocarriles, ejecutivo, financiero y promotor, fue el miembro más conocido, y quien edificó tal imperio, legando a sus herederos una fortuna calculada en 100 millones de dólares. Sus descendientes continuaron haciendo prosperar la fortuna, participando a la vez de la vida pública neoyorquina y norteamericana.

124. El apellido Madrazo corresponde a toda una dinastía de pintores españoles del siglo XIX, cuyos máximos representantes fueron José Madrazo y su hijo Federico. Entre los otros miembros de la familia sobresalen los dos hijos de este último, Raimundo y Ricardo Madrazo.

125. Se refiere a los afamados pintores flamencos: Antoon Van Dyck (1599-1641) y Petrus Paulus Rubens (1577-1640), y al pintor alemán Hans Holbein, el joven (1497-1543). Van Dyck fue uno de los retratistas más importantes y prolíficos del siglo XVII, y uno de los más brillantes en el manejo del color. Nació en Amberes, hijo de un rico comerciante en sedas. A la edad de 11 años después de mostrar un talento artístico precoz, empezó a trabajar como discípulo del pintor flamenco de temas históricos Hendrik van Balen. En 1618, sin haber cumplido los 19 años, fue admitido en el gremio de pintores de Amberes. Durante los dos años siguientes trabajó en el taller de Rubens en esa misma ciudad, siguiendo su estilo dinámico y exuberante. De 1620 a 1627 residió en Italia, donde fue un retratista muy solicitado y alcanzó su madurez artística. La fuerza de la pintura flamenca de su primera época se fue suavizando hasta dar paso a un estilo más elegante y solemne. En sus retratos de aristócratas italianos creó figuras idealizadas, famosas por su expresividad. Influenciado por los grandes maestros venecianos Veronese y Tiziano, empleó colores brillantes y de gran riqueza. Alcanzó especial fama en Génova, donde demostró una gran capacidad para plasmar a sus personajes con un parecido notable y desarrolló un repertorio de retratos que posteriormente le serían de gran utili-

dad en la corte de Carlos I de Inglaterra. Entre 1627 y 1632 regresó a Amberes, donde realizó retratos y cuadros religiosos. En 1632, se instaló en Londres, como pintor de corte de Carlos I, que le nombró caballero poco después de su llegada. Retrató a gran parte de la aristocracia inglesa de la época y su estilo se tornó más suave y luminoso, con una pincelada menos cargada y mayor cantidad de toques de luz dorados y plateados. En 1635 pintó su obra maestra, *Carlos I como cazador*, en donde el monarca aparece de pie en una postura que realza su altiva elegancia. Se destacan, entre sus obras más logradas, los retratos de *Sir Endimión Porter y Van Dyck*, el del pintor *Martin Ryckaert* y un retrato ecuestre de *Carlos I*. Renovó el estilo flamenco y fundó la escuela inglesa de pintura: Joshua Reynolds y Thomas Gainsborough, retratistas pertenecientes a dicha escuela, fueron sus herederos artísticos.

Rubens es considerado el maestro ilustre del barroco. Desempeñó misiones diplomáticas en España, y pintó para Felipe IV. Influyó grandemente en la pintura flamenca epocal. Desplegó una amplia gama temática desde paisajes naturales, escenas de caza, temas religiosos hasta retratos. Se destacan célebres obras suyas como: *El descendimiento de la cruz*, *Las tres gracias*, *El sombrero de paja*, *La huida de Egipto*, *Felipe IV a caballo*, entre otras muchas.

Holbein, por su parte, se destacó como retratista de la aristocracia europea y de intelectuales como Erasmo y Tomás Moro. En 1536 fue nombrado pintor de cámara de Enrique VIII.

126. Martí hace aquí alusión a diversos personajes populares, entre los que logramos identificar a: Ange Louis Pitou (1767-1846), periodista satírico francés y compositor de canciones, y Adriana Angot, ambos personajes de la opereta *La fille de Madame Angot*, de Alexandre-Charles Lecocq, estrenada en Bruselas en 1872, un clásico entre las operetas; así como los personajes de su ópera-cómica *Le Petit Duc* (1878).

127. Pierre Lescot (1515-1578), arquitecto y pintor francés, famoso en gran parte por haber concebido el «nuevo» Louvre.

128. Gian Lorenzo Bernini (1598-1680), escultor, arquitecto, decorador, pintor, dramaturgo y poeta italiano, considerado como el iniciador de la escultura barroca.

129. Jean Goujon (1510-1566), escultor, dibujante y arquitecto francés. Colabora con Pierre Lescot en diversas obras arquitectónicas, como las alegorías de la fachada del patio central del Louvre.

130. Paul Baudry (1828-1886), pintor francés. Entre sus obras destacan *Zénobie retrouvée par des bergers sur les bords de l'Araxe* (1850), *Les tourments d'une vestale* (1857) y *Toilette de Vénus* (1859).

131. Eugène-Stanislas Oudinot (1827-1889), pintor francés. En 1854 estableció una manufactura de vidrios y construyó los vitrales de la catedral de Notre Dame, en París, y de otros importantes templos de Francia y Bélgica.



132. Chauncey Depew (1834-1928), abogado, legislador y orador norteamericano. Terminó la carrera de leyes en 1858 en la Universidad de Yale. Se vinculó a la política, desempeñándose en importantes cargos como los de miembro de la legislatura del estado de Nueva York (1861); ministro de Estados Unidos en Japón (1866); regente de la Universidad de Nueva York (1874); senador del estado (1885); candidato a la presidencia de la república (1888); secretario de Estado (1892); senador de Estados Unidos (1905-1911), y director y consejero de varias compañías de ferrocarriles que poseía la acaudalada familia de los Vanderbilt.

Martí, en distintas ocasiones, se referirá a su reconocida rapacidad y su amor al poder, cuestión que nuestro autor nunca disculpará. Véase, a modo de ejemplo, la crónica «El abogado de los ricos» (nº 207), publicada por *El Economista Americano* de Nueva York, en octubre de 1888, que Martí le dedica.

133. Se refiere a Abram Stevens Hewitt (1822-1903), abogado, político, industrial y filántropo estadounidense. En 1855 se casó con Amelia, la hija de Peter Cooper. Co-propietario de la fundición Cooper, Hewitt and County, de gran actividad, que introduce un nuevo proceso de manufacturación del acero. Desde la fundación del Instituto Cooper estuvo prácticamente al frente de él. Fue congresista por Nueva York en 1874-1879 y 1881-1886, y candidato demócrata a la alcaldía de Nueva York en 1886, año en que derrotó a Henry George y Theodore Roosevelt en unas reñidas elecciones. Ocupó el cargo hasta 1888.

### [35-36]

134. Pedro Cooper (1791-1883), empresario y filántropo estadounidense, uno de los primeros en desarrollar la industria acerera en los Estados Unidos. En 1830 diseña y construye la primera locomotora de vapor del continente. Gran promotor de la educación pública en Nueva York, fue además fundador de *The Cooper Union for the Advancement of Science and Art*.

### [37]

135. Kobold. En la mitología germánica, tipo de duende de aspecto similar al humano, que gustaba habitar en las casas y sus alrededores. Los kobolds, según la tradición, eran enanos de caras avejentadas y barbas rojizas, que llevaban gorros puntiagudos rojos y abrigo con campanillas. Frecuentaban la cocina, el granero y el establo; ayudaban a los criados en las faenas domésticas, y en ocasiones ellos mismos realizaban algunas, en secreto. A cambio de sus servicios solo exigían un poco de leche, cerveza o potaje, o sencillamente los restos de la comida; pero si, por olvido, esto no les era dado, se mostraban vengativos y provocaban pequeños accidentes, de los cuales se reían. Gracias a las botas que acostumbraban ponerse, eran capaces de recorrer grandes distancias y de transitar caminos difíciles, a velocidades notables, y podían hacerse invisibles o visibles a voluntad.

136. Washington Irving (1783-1859), autor y diplomático estadounidense. Oriundo de la ciudad de Nueva York, Irving fue uno de los primeros estadounidenses en ser reconocido en el extranjero como hombre de letras, siendo un ídolo literario en su patria. Frecuentemente llamado «el primer hombre de letras norteamericano», sus obras más famosas son el libro *Cuentos de la Alhambra* (1832) y el relato «Rip Van Winkle» (1819-1820).

137. «Una perpetua Margarita, que no ha matado nunca a su hijo». Referencia al *Fausto* de Goethe.

### [38]

138. Daniel O'Connell (1775-1847), político irlandés. Dedicó su fogosidad oratoria y sus vastos conocimientos jurídicos al servicio de su país. Fundó en 1823 una asociación católica y democrática que fue prohibida y por cuya causa fue sometido a juicio. Elegido diputado, prosiguió su lucha por la libertad de Irlanda hasta ser encarcelado en 1843. Murió en Génova cuando viajaba hacia Roma para entrevistarse con el Papa. Se le ha llamado *El Libertador* de Irlanda.

139. Clan-na-Gael. Organización secreta republicana irlandesa-estadounidense, activa en los años de lucha proindependencia. Fundada en New York en 1867 por Jerome C. Collins, también se conocía por el nombre de «United Brotherhood» (Hermandad Unida). Bajo el liderazgo de John Devoy llegó a ser la más poderosa organización de su tipo. A fines de la década de 1870 ya contaba con alrededor de 10.000 miembros. Sus objetivos cardinales fueron establecer en Irlanda una República irlandesa, reforzar los sentimientos de fraternidad entre los irlandeses en Estados Unidos y «ayudar a elevar la raza irlandesa». Fue acusada de algunos graves crímenes, supuestamente cometidos con el propósito de intimidar al gobierno británico.

140. Tommaso Salvini (1829-1915), actor dramático italiano de gran reputación. Entre 1873 y 1874 realizó una gira por los Estados Unidos, haciendo 128 representaciones, además de 28 representaciones en La Habana. En 1881 visitó nuevamente los Estados Unidos.

141. Martí se refiere a la cantante italiana Adelina Patti (1843-1919), a la actriz inglesa Lillie Langtry (1852-1929) y a la cantante sueca Christine Nilsson (1843-1921), todas ellas mundialmente famosas en aquellos años. La Patti hizo su debut en Nueva York como Lucía, en 1859, y en Londres como Amina 1861; viajó a París al año siguiente, donde permaneció hasta 1870 cantando en diversos escenarios europeos. Ocasionalmente interpretó piezas de Wagner en sus conciertos. Su gran éxito se debió en parte a su gracia y carisma personal, pero fue sobre todo el resultado del impacto causado por su estilo puro y su diapasón considerablemente amplio.

Lillie o Lily Langtry (Emilie Charlotte Le Breton) debutó en 1881 y al año siguiente

organizó su propia compañía. En noviembre de 1882 inició la primera de sus muchas giras por los Estados Unidos. Una ciudad de Texas fue nombrada Langtry en su honor.

142. Liga Agraria Irlandesa o Irish Land League. Organización fundada en 1879 por Michael Davitt con fines de agitación agraria en Irlanda y disuelta en 1881 a causa de la prisión de sus principales líderes. La rama norteamericana fue organizada por Patrick Ford. La sucedió la Liga Nacional Irlandesa, fundada en el otoño de 1882. Su objetivo fundamental era la obtención del *home-rule*, es decir, la autonomía limitada de Irlanda dentro del Imperio Británico. Se disolvió en los años noventa.

### [39]

143. Tom Ling-Cho. Se refiere a Wong Ching Foo (1851-1892), líder y periodista chino. Llegó a Nueva York en 1874. Dictó conferencias en Steinway Hall y publicó artículos en importantes revistas en defensa de la reputación de la colonia china de la ciudad. En 1882 comenzó a publicar allí el periódico semanal *Mei hua shin pao* (*Chinese American*), de corta vida, que fue el primer periódico en idioma chino de la ciudad.

144. Marta Lamb. Se refiere a Martha Joan Reade Nash Lamb (1820-1893), historiadora norteamericana. Se estableció en New York en 1866 y desde 1883 fue editora del *Magazine of American History* hasta su muerte. Entre sus obras figuran: *History of the City of New York* (1877-1881) y *Wall Street in History* (1883).

145. Un caballero Shea. Se refiere a John Dawson Gilmory Shea (1824-1892), historiador norteamericano. Fue el primer presidente de la *Catholic News*. Entre sus obras figura *History of the Catholic Church in the United States*, en cuatro volúmenes.

146. William Cullen Bryant (1794-1878), poeta y periodista norteamericano. A los 17 años escribió su poema *Thanatopsis* (Visión de la muerte), que fue publicado en la *North American Review* en 1817 y lo hizo famoso. Se inspiró en el paisaje de su país y se le considera el primer poeta genuinamente norteamericano. Durante más de 50 años, dirigió el periódico *The Evening Post* de New York. Tradujo en verso libre la *Ilíada* y la *Odisea*. Otros poemas suyos conocidos son *A un ave acuática* y *La muerte de las flores*.

147. Washington Augustus Roebling (1837-1926), ingeniero civil norteamericano. Hijo del también ingeniero John Augustus Roebling. Trabajó como asistente de su padre en la construcción de varios puentes de suspensión, el último de los cuales fue el de Brooklyn. Tras la muerte de su padre (1869) asumió la dirección de la obra. El intenso trabajo quebrantó su salud, pero continuó supervisando las labores desde la cama, hasta su terminación en 1883. John Augustus Roebling (1806-1869), su padre, nació en Mülhausen, Prusia. Después de graduarse en la Escuela Politécnica de Berlín se trasladó a los Estados Unidos y en 1831 comenzó a ejercer su profesión. Se especializó en puen-

tes de suspensión y los construyó sobre el río Monongahela (Pittsburgh), las cataratas del Niágara y en Cincinnati, sobre el río Ohio. Su diseño para el puente entre Manhattan y Brooklyn fue aprobado e inició las obras, mas durante la construcción de las bases del puente sufrió un accidente, a consecuencia del cual falleció de tétanos, el 22 de julio de 1869.

### [43]

148. Acumulador de Faure. Se refiere a Camille A. Faure, inventor de un sistema de iluminación eléctrica usado en el siglo XIX.

149. Thomas Alva Edison (1847-1931), inventor estadounidense. Autodidacta, inventor del telégrafo *duplex* en 1864. Trabajó como ingeniero en varias sociedades telegráficas y fundó un taller en 1876, donde llevó a cabo diversos inventos entre los que destacan el fonógrafo (1877) y la lámpara eléctrica incandescente (1878). Redacta sus observaciones acerca de la emisión termoiónica (1881). Con la invención del kinetoscopio (1893), se le considera el precursor del cinematógrafo. En 1882 Edison inventa e instala la primera estación de luz eléctrica en el bajo Manhattan. Nueva York fue la primera ciudad del mundo en contar con alumbrado eléctrico en la vía pública, y la *Edison Electric Light Company* fue la primera compañía de electricidad en proveer luz eléctrica a los hogares.

El rasgo de ingenio de Edison data del año 1879, y fue presentado al público por primera vez en una muestra de electricidad en París en 1881. La primera casa particular de Nueva York que tuvo luz eléctrica en 1882 fue la del banquero John Pierpont Morgan, a la que siguió la de los Vanderbilt.

El 5 de febrero de 1890, *El Partido Liberal* de México publica la crónica titulada «Edison» (nº 256), en la que Martí nos da una acabada semblanza del inventor estadounidense.

### [44]

150. El rey Amasis. Se refiere a Ahmés II, quinto y penúltimo faraón egipcio de la dinastía XXVI (*Saita*), que comprende del 665 al 527 a. C. Es el *Amasis* de Herodoto, que ocupó el trono hacia el 569 a. C., un general que tomó el poder durante una insurrección en el Bajo Egipto contra del rey Apries. Herodoto lo retrata como un gobernante agudo y oportunista, quien, mientras promovió el libre comercio entre Grecia y Egipto, lo reguló en forma estricta. Durante su reinado se aumentaron y repararon la red de canales de riego, se emprendieron grandes construcciones, se protegieron las industrias y el comercio hasta un punto que, según Herodoto, nunca el Egipto había alcanzado mayor prosperidad. El historiador griego, a la vez, relata su amistad con Polícrates, tirano de Samos, y menciona la donación que hizo para la reconstrucción del templo de Delfos.



## [45]

151. Río Monongahela. El río que baña Pittsburgh. En 1846 John August Roebling construye un puente colgante sobre tal río.

152. Trianón. Nombre de los dos castillos construidos en el parque del palacio de Versalles. El gran Trianón, construido en 1670, fue reemplazado por el Trianón de mármol, en 1687.

## [46]

153. Aubusson. Pueblo francés, ubicado al noreste de Limoges, famoso por sus tapices y alfombras. Los talleres fueron establecidos en 1743 a fin de fabricar alfombras para la nobleza, y posteriormente para las residencias reales. Muy pronto la técnica empleada fue adoptada por otros talleres, de modo que la palabra Aubusson, se transformó rápidamente en sinónimo de cualquier alfombra francesa de calidad excepcional.

154. Arminio o Arminius, forma castellana y latina del alemán Hermann (17 a.n.e.-21 d.n.e.), héroe nacional germano. En el año 9 d.n.e. dirigió una sublevación de la tribu de los queruscos contra el gobernador romano Quintilio Varo, a quien derrotó en la selva de Teutoburgo. En el año 16 fue vencido por Germánico, pero los romanos se vieron obligados a retroceder.

## [49]

155. Los galos de Velleda. Referencia a la profetisa germánica Velleda que contribuyó a la revuelta de los galos contra los romanos en los años 69-70. Su figura inspiró uno de los capítulos del *Martyrs* de Chateaubriand.

156. Robert Green Ingersoll (1833-1899), abogado, miembro primero del partido Demócrata y luego del Partido Conservador, mayormente conocido por sus libros, panfletos y discursos dirigidos contra la religión cristiana.

157. Thomas Payne. Se refiere a Thomas Paine (1737-1809), escritor y periodista. Activo promotor de la independencia de los Estados Unidos, es reconocido por algunos como el autor del primer borrador de la Declaración de Independencia. Sin embargo, no existe evidencia concluyente que permita corroborar tal tesis. Arribó a Francia, durante los años de la Revolución y publicó, bajo seudónimo, un panfleto abogando por la abolición de la realeza. En 1794 publicó *Age of Reason*, un ataque a la Biblia, libro de gran popularidad en aquellos años, del que se vendieron un millón y medio de ejemplares.

158. Thomas Jefferson (1743-1826), tercer presidente de los Estados Unidos (1801-1809), considerado uno de los autores de la Declaración de Independencia. Estudiante

de Leyes (1762-1767). Fue de los primeros que se unió al grupo independentista. Hizo suya la consigna «Resistencia al Tirano es obediencia a Dios». Participó en la convención de Virginia de 1774. Reelecto en 1775, defendió sus ideas de que se exigiera la independencia de las 13 colonias de Inglaterra y que estas tuvieran el derecho de gobernarse por sí mismas. Se convirtió en miembro del Congreso Continental. Miembro del Comité que redactó la Declaración de Independencia. Gobernador de Virginia de junio de 1779 a junio de 1781, tuvo que resistir la invasión inglesa a su territorio. Lograda la independencia, en mayo de 1784, el Congreso lo eligió para el cargo de ministro Plenipotenciario ante el gobierno de Francia, junto con Benjamín Franklin. A su regreso, en 1789, Washington lo nombró secretario de Estado, cargo que ocupó hasta 1793, cuando dimitió. En 1797 fue elegido vicepresidente de la República y Presidente en 1800. Fue acusado de no ser un hombre práctico, sino un doctrinario puro. Sin embargo, estableció una doctrina del expansionismo que influyó sobre los gobernantes que lo siguieron. Obtuvo la Louisiana de Francia por 15.000.000 dólares. Posteriormente, obtuvo Florida para los Estados Unidos, pero no pudo obtener Cuba ni Canadá.

159. Martí se refiere a Courtlandt Palmer (1843-1888), abogado estadounidense, de ideas liberales e interesado en el desarrollo de la educación técnica. Autor de diversas obras y discursos propios de los librepensadores. En 1880 fundó y fue presidente del Nineteenth Century Club de New York, donde se discutía libremente sobre arte, literatura y ciencias sociales.

Martí le dedicó una crónica completa a su muerte, publicada en *La Nación* el 9 de septiembre de 1888 (crónica nº 196).

160. Se refiere a los ingleses George William Foote y W. J. Ramsey, editores del *Freethinker*, un periódico ateo que mezclaba sátira y caricaturas con ataques serios al pensamiento judeo-cristiano y la Biblia. Ambos fueron juzgados en 1883 bajo cargos de blasfemia y hallados culpables. Foote, en tanto que editor, fue sentenciado a 12 meses de prisión; Ramsay, en tanto que dueño del periódico, a 9 meses.

161. Krapotkine. El príncipe Piotr Alexeievich Kropotkine (1842-1921), geógrafo e ideólogo anarquista ruso, autor de diversos tratados, discursos, artículos y libros, entre los que destacamos su *Éticas*, en el que desarrolla una visión anarco-comunista de la sociedad. Pasó la mayor parte de su vida en el exilio. En 1917 regresó a Rusia, pero pronto entró en conflicto con el poder soviético. Sus obras más famosas fueron *La conquista del pan* (1888), *El anarquismo: su filosofía, su ideal* (1896) y *Memorias de un revolucionario* (1900).

162. Big Bill Haywood (1869-1928), uno de los más activos y radicales líderes del movimiento sindical y laboral en los Estados Unidos.

[50]

163. Mariano Fortuny (1838-1874), pintor, acuarelista, grabador y diseñador catalán. En un primer momento, se dedica a los temas históricos y religiosos, para luego especia-

lizarse en las escenas orientales, inspiradas por un viaje a Marruecos. Heredero de los pequeños maestros románticos, adquirió cierta fama durante su vida.

164. Philip Henry Sheridan (1831-1888), militar estadounidense que se distinguió en la Guerra de Secesión. En 1861 sirvió como capitán del ejército de la Unión, al principio de la contienda, y un año más tarde, era general de brigada de los voluntarios. Su actuación en las campañas de Tennessee, hizo que el general Grant le nombrara en 1864 comandante de la caballería del ejército de Potomac. Durante el mes de mayo de 1864, la caballería de Sheridan cortó las vías férreas de la capital confederada, Richmond (Virginia), y posteriormente expulsó a las fuerzas confederadas de Virginia del valle de Shenandoah, y devastó la región para impedir que los confederados consiguieran allí alimentos. Durante esta campaña derrotó a las fuerzas del general Jubal Anderson Early en las batallas de Winchester, Fisher's Mill y Cedar Creek.

Sheridan se convirtió en general de brigada del Ejército regular en 1864, y tomó parte en la invasión de Richmond a las órdenes de Grant en 1865. Su victoria en la batalla de Five Forks obligó al general confederado Robert E. Lee a evacuar la capital y retirarse a Appomattox. Sheridan cortó la retirada a los confederados y el 9 de abril Lee se rendía a Grant en Appomattox.

Después de la guerra, Sheridan comandó desde 1865 hasta 1867 las fuerzas estadounidenses en la frontera con México, y fue nombrado gobernador militar de Texas y Luisiana (1867). La firmeza de su administración, durante la época de la Reconstrucción, en el último de estos cargos, hizo que el presidente Andrew Johnson le encomendara el mando del departamento de Missouri. En 1884 Sheridan se convirtió en comandante en jefe del Ejército y poco antes de su muerte alcanzó el grado de general. En 1888 publicó sus memorias.

Martí dedicó una crónica a su muerte, publicada en *La Nación* de Buenos Aires el 3 de octubre de 1888 (véase la crónica nº 204).

165. «Bucéfalo tuvo Alejandro». Se refiere al mítico caballo de Alejandro Magno (356-323 a. de C.), el afamado rey de Macedonia, señor de Grecia, y fundador de un vasto imperio.

166. Guillermo Penn. William Penn (1644-1718), cuáquero británico, colono y fundador de Pennsylvania. En 1681 Penn obtuvo de la Corona, en pago por una deuda debida a su padre, una concesión de tierras en Norteamérica, hacia donde zarpó en compañía de algunos correligionarios en septiembre de 1682. En octubre mantuvo su primer encuentro con las tribus indias. Fundó Filadelfia y durante dos años gobernó la colonia. Hacia finales del reinado de Carlos II, Penn regresó a Inglaterra con el fin de ayudar a los perseguidos cuáqueros. Tras el ascenso al trono de Guillermo III de Orange, Penn fue acusado en dos ocasiones de traición y de mantener correspondencia con el exiliado Jacobo II, pero fue absuelto. En 1699 Penn realizó una segunda visita a Pennsylvania (que había recibido tal nombre en su honor), donde se requirió su presencia para restablecer la paz y el orden tras el arbitrario comportamiento de su sustituto. Durante esta visita erradicó la piratería, promulgó sus cuatro *Frames of Government* (base constitucional de Pennsylvania) y una Carta de Privilegios, garantía de libertad religiosa. Partió hacia Inglaterra a finales de 1701 y murió el 30 de julio de 1718 en Buckinghamshire.

167. Barney Williams (1823-1876), actor irlandés y empresario teatral, radicado en Nueva York, de gran reputación en la época. Su nombre real era Bernard Flaherty Williams. También actuó en Gran Bretaña y Canadá.

168. John Frederick William Herschel (1792-1871), astrónomo y químico británico. Hijo del también astrónomo William Herschel. En 1833 hizo una expedición al Cabo de Buena Esperanza para hacer observaciones astronómicas del Hemisferio Sur. Allí permaneció hasta 1837 y los resultados de su labor fueron publicados en 1847. Fue presidente de la Sociedad Real Astronómica en 1848, y fue nombrado *sir* en 1831 y en 1850 *barón*.

169. Jay Gould (1836-1892), empresario y especulador estadounidense. Llegó a controlar la mitad de las líneas ferroviarias del Sudoeste del país, los trenes elevados de la ciudad de Nueva York y la *Western Union Telegraph Company*. Durante muchos años su nombre fue símbolo de la práctica empresarial autocrática, siendo ampliamente rechazado.

A fines de 1852 comenzó a adquirir bonos de los ferrocarriles y pronto asumió el control de la línea Rensselaer y Saratoga. En 1859 se hizo accionista en la ciudad de Nueva York e inició una sociedad con los especuladores James Fisk y Daniel Drew. Mediante la manipulación de la compra y venta de acciones llegaron a controlar el ferrocarril *Erie*, antes propiedad del famoso financiero Cornelius Vanderbilt. En 1868 ascendió a la presidencia de dicha línea, operación de la que obtuvo ganancias de unos 11 millones de dólares. En una audaz acción, en 1869, intentó controlar el mercado del oro, lo que trajo como consecuencia el descenso de su precio y uno de los peores pánicos en la historia financiera de los Estados Unidos. En 1872 fue acusado de vender acciones sin valor del ferrocarril Erie y obligado a abandonar la presidencia de la empresa. Posteriormente, invirtió legalmente en ferrocarriles al este del país y ya a fines de la década del ochenta y principios de la del noventa controlaba más de 20 000 kms cuadrados de ferrovías, incluyendo el sistema Missouri Pacific. También fue, de 1879 a 1883, propietario del periódico *The World*.

## [51]

170. Wendell Phillips (1811-1884), abogado, reformador y orador estadounidense, dedicó su vida a la lucha por la abolición de la esclavitud. Su elocuente discurso de protesta, pronunciado en el Faneuil Hall, a raíz del asesinato del editor abolicionista Elijah P. Lovejoy, marcó el inicio de su larga y distinguida carrera como conferencista. Fue delegado ante la convención mundial anti-esclavitud en Londres (1840), se opuso a la guerra con México y a la anexión de Texas, criticando, asimismo, la administración de Lincoln y oponiéndose a su reelección. Fue Presidente de la Sociedad Antiesclavista Norteamericana, dando, a través de la misma, un decidido apoyo a la causa independentista cubana, iniciada en 1868, y aplaudiendo la medida de abolición de la esclavitud dictada por los insurrectos criollos. Disuelta dicha sociedad en 1870, se convirtió en un pionero combatiente por las causas laborales, viendo en estos problemas las mismas razones económicas que nutrieron la esclavitud.



En 1870 fue candidato a gobernador del Estado de Massachussets por el Partido Laboral Reformista. Un año después presidió la Convención de dicho Partido, donde adoptó una plataforma de carácter progresista en cuestiones laborales, capitalistas y financieras. Fue por largo tiempo defensor del sufragio femenino, de las reformas penitenciarias, de derechos de los indios y de otras causas. Fue considerado el orador más destacado de su época. Se negó a jurar la Constitución de su país por considerarla tolerante con la segregación racial. Martí lo llamó «vocero ilustre de los pobres, magnánimo y bello caballero de la justicia y la palabra», cuya limpieza de proceder, combatividad y energía inagotables siempre admiró y respetó.

Las doctrinas progresistas de Phillips apenas se distinguieron del socialismo marxista. Defendió la Comuna de 1871 y el nihilismo ruso. A pesar de ser considerado un gran orador, su estilo era sencillo y coloquial.

171. Elijah Parish Lovejoy (1802-1837), abolicionista estadounidense. En 1833 se convirtió en editor del *Observer*, un periódico semanal presbiteriano. Sus opiniones anti-esclavistas (abogaba por una gradual emancipación) lo hicieron extremadamente impopular. El 7 de noviembre de 1837, mientras custodiaba la imprenta, fue asesinado, hecho que lo convirtió en mártir de la causa abolicionista.

172. William Lloyd Garrison (1805-1879), abolicionista estadounidense. Fundador del periódico *Liberator*, en el cual abogó por la causa anti-esclavista durante 35 años, lo que le valió ser vapuleado por una turba en Boston, en 1835. Además, luchó por otras causas tales como el derecho de las mujeres al sufragio. En 1833 ayudó a fundar la Sociedad Antiesclavista. Oponiéndose a los que propugnaban la salvación de la Unión por encima de todo, proclamó su lema: «Ninguna Unión con los esclavistas».

173. John Brown de Ossawatomie (1800-1859), abolicionista estadounidense, quien tomó las armas en favor de la causa anti-esclavista, enfrentándose al ejército y el gobierno, y siendo finalmente ejecutado. El 16 de octubre de 1859 tomó un arsenal federal en Harper's Ferry, Virginia Occidental. La mayoría de los 22 hombres que lo acompañaban –entre ellos dos hijos de Brown– fueron aniquilados por las tropas gubernamentales. Brown y cinco de sus compañeros fueron condenados a muerte y ahorcados. Su acción tuvo gran repercusión nacional y Brown se convirtió en un mártir de la causa abolicionista.

## [54]

174. El bravo Martel, el heroico municipio de París. Se refiere a Charles Martel (676-741), municipio del palacio de Autrasie y del palacio de Neustrie, duque de Francia (737-741). Derrotó a los árabes en Poitiers en el año 732.

## [55]

175. *Pot-Bouille*. Se refiere a la novela de Émile Zola. Martí declarará, en la «Sección Constante» de *La Opinión Nacional* del 28 de marzo de 1882, su aversión hacia la concepción narrativa que defiende Zola. A propósito de esta novela, Martí dirá:

El primer capítulo del libro ha causado curiosidad y escándalo, porque desde él comienza ya Zola a sacar a luz, sin cuidado del decoro de los ojos, inmundicias que deben ser puestas en vergüenza si son regla, porque el mal terrible requiere el remedio terrible, pero que deben ser calladas si no son más que excepciones, por estar éstas, y haber de estar inevitablemente, sin que su publicidad baste a corregirlas, en la compleja e imperfecta naturaleza humana.

176. John Griffin Carlisle (1835-1910), abogado, legislador y miembro del Partido Demócrata. Fue orador en la Casa de Representantes (1883-1889) y secretario del Tesoro (1893-1897).

177. Alusión al cuento, que relata Cervantes (*Don Quijote*, Parte II, Prólogo), del loco de Sevilla, quien dio por coger «algún perro en la calle» y le soplabla por un canuto hasta «que le ponía redondo como una pelota» y después lo soltaba.

178. Mathew Arnold (1822-1888), poeta, crítico, literato y preceptor inglés. Fue profesor de filosofía en la universidad de Oxford, inspector laico de instrucción pública e hizo algunos viajes por Europa, publicando sus impresiones sobre la enseñanza. La lista de sus obras es larguísima; entre ellas se cuentan: *Cromwell* (1843), *A Strayed Reveller and other poems* (1849), *Empedocles on Etna and other poems* (1852) y *Merope* (1858). En 1869, publica la que se considera su obra central en prosa, *Culture and Anarchy*.

## 1884

### [56]

179. Martí se refiere a William Keith Brooks (1848-1908), biólogo y profesor universitario estadounidense, y a su libro *The Laws of Heredity* (1883).

### [57]

180. John Bright (1811-1889), político reformista y orador británico, miembro del Parlamento y de discurso antibélico. Durante la Guerra de Secesión en Estados Unidos, apoyó al Norte.

181. William Elery Channing (1780-1842), presbítero de la Iglesia Unitaria, conocido en su época por sus sermones sobre cuestiones sociales, sus ensayos literarios, sobre todo respecto a Milton y a Napoleón, y su postura anti-esclavista. Se le identificó con el movimiento intelectual que dio vida a algunas revistas como la *North American Review* y el *Christian Examiner*. El evento que públicamente asoció su nombre e influencia al parti-

do antiesclavista fue una reunión llevada a cabo en el Faneuil Hall, el 8 de diciembre de 1837, después del asesinato de Elijah P. Lovejoy.

182. Elijah Lovejoy. Véase nota 171.

183. Martí se refiere a James Trechotic Austin (1784-1870), abogado y destacado orador de su época, hijo de Jonathan L. Austin (1748-1826), primer alcalde de Boston.

184. John Caldwell Calhoun (1782-1850), hombre de Estado y abogado estadounidense, miembro del Partido Demócrata. Persona de gran influencia en la vida política de su época, como miembro del Congreso, encargado del departamento de Guerra y senador. Defensor de los Estados del Sur y de su soberanía independiente sobre el problema de la esclavitud.

185. Carlos Sumner. Se refiere a Charles Sumner (1811-1874), hombre de Estado y abogado estadounidense, miembro del Partido Republicano. Fue una de las figuras del movimiento abolicionista, siendo su pensamiento influenciado por Channing. En abril de 1842 escribió: «El problema de la esclavitud se está transformando en aquel que más nos absorbe, y de éste surge aquel otro, el de la Unión». En 1851 fue elegido senador, siendo considerado el representante de la libertad y del Norte, de la misma manera que Calhoun lo era de la esclavitud y del Sur.

186. «Un hereje que había acostado a su cabeza en las rodillas de la Dalila de la esclavitud». Martí, en esta imagen, se refiere a la historia bíblica de Sansón y Dalila (*Jueces 16: 4-31*).

187. Se refiere a Formoso (816-896), obispo de Porto (864), nuncio apostólico ante Nicolás I en Bulgaria (866) y, posteriormente, 111º papa (891-896) de la Iglesia Católica-Romana. Un año después de su muerte, sus enemigos exhumaron su cadáver y lo arrojaron al Tíber.

188. Martí hace aquí referencia a Benjamin Franklin (1706-1790), filósofo, político y científico estadounidense, cuya contribución a la causa de la Guerra de la Independencia estadounidense y el gobierno federal instaurado tras la misma le situaron entre los más grandes estadistas del país. En 1729 adquirió la *Gazette de Pennsylvania* y publicó, bajo el seudónimo de Richard Saunders, su célebre almanaque «Poor Richard's Almanach», en 1732. Este modesto almanaque se ganó rápidamente a un gran público y con su saber práctico y sencillo ejerció una influencia persuasiva en el carácter de la población colonial.

[58]

189. Otto von Bismarck (1815-1898), hombre de Estado prusiano. Llamado por Guillermo I (1862) a presidir el Consejo de Prusia, llevó a cabo la unificación de Alemania entre 1864 y 1871. Después de haber derrotado a Austria (1866), creó la Confederación

de la Alemania del Norte. Luego, terminada la guerra franco-prusiana (1870-1871), proclamó el Imperio Alemán en Versalles, el 18 de enero de 1871. Convertido en canciller del Reich, llevó a cabo una política autoritaria, iniciando la *Kulturkampf* (1871-1878) contra los católicos, e instaurando medidas de represión en contra de los socialdemócratas. Dejó el poder poco antes de la llegada de Guillermo II (1890).

190. Victorien Sardou (1831-1908), dramaturgo francés, autor de comedias y piezas históricas tales como *La Tosca* (1887) y *Madame Sans-Gêne* (1893).

191. Eduard Lasker (1829-1884), político alemán, fundador del Partido Nacional Liberal, uno de los hombres claves durante el período de la unificación alemana bajo Bismarck. Su trabajo más importante consistió en colaborar con la reforma judicial (1867-1877). Después de 1878, se negó a apoyar la política económica y financiera de Bismarck, y se enemistó con el canciller.

En 1883 visitó los Estados Unidos y murió sorpresivamente en Nueva York.

Su muerte dio lugar a un curioso episodio que causó una gran discusión en su época. La Casa de Representantes decidió adoptar una moción de pésame, agregando las siguientes palabras:

That his loss is not alone to be mourned by the people of his native land, where his firm and constant exposition of, and devotion to, free and liberal ideas have materially advanced the social, political and economic conditions of these people, but by the lovers of liberty throughout the world.

La moción fue enviada a través del ministro estadounidense en Berlín a la secretaría de Estado (asuntos exteriores), con la petición de que ella fuese comunicada al presidente del Reichstag. Esto implicaba pedir oficialmente a Bismarck que comunicara una resolución en la que un parlamento extranjero expresaba una opinión concerniente a los asuntos alemanes, algo que el emperador se negaba a aceptar. Bismarck, por lo tanto, se negó a comunicar la resolución y la devolvió a través de su ministro en Washington.

192. Thomas Peck Ochiltree (1837-1902), militar y político estadounidense, miembro del Partido Demócrata y de la Casa de Representantes (1883-1885). Participó en las campañas contra los indios apaches y comanches y en la Guerra de Secesión, donde alcanzó el grado de Mayor. Editor del *Houston Daily Telegraph* (1866-1867).

193. Charles Bradlaugh (1833-1891), librepensador radical y ateo británico en la tradición de Voltaire y Thomas Paine, prominente durante la segunda mitad del siglo XIX debido a su lucha en favor de las libertades individuales.

194. El ministro Sargent. Se refiere a Aaron A. Sargent (1827-1887), político y diplomático norteamericano. Representante republicano por California en 1861-1863 y 1869-1873. Senador entre 1873 y 1879. Ministro en Alemania de 1882 a 1884.



195. En 1882, un joven aristocrático francés de 24 años de edad, el Marqués de Mores, se casó con Medora von Hoffman, la hija de un acaudalado banquero de Nueva York. En abril de 1883, el marqués fundó una ciudad, a orillas del río Little Missouri (Estado de Dakota del Norte), a la que llamó Medora en honor a su esposa. Con el respaldo económico de su suegro, construyó una planta de embalaje de carne, una fábrica de ladrillos, un hotel, varios negocios y un inmenso castillo, creyendo en un futuro próspero. Sin embargo, a pesar de la energía y visión del marqués, todos sus negocios fracasaron y, para el otoño de 1886, decidió llevarse a su familia de regreso a Francia.

## [59]

196. «los expedicionarios de la *Jeannette*». Martí se refiere a la expedición polar de la *Jeannette* (1879-1881), auspiciada por James Gordon Bennett –propietario del *New York Herald*– y comandada por el teniente G. W. De Long. Partió de San Francisco el 8 de julio de 1879 con el objetivo de alcanzar el Polo Norte por la vía del Estrecho de Bering. Atrapados en los hielos, los integrantes de la expedición murieron de frío e inanición.

Entre los integrantes de la expedición destacamos a Charles W. Chipp, teniente de la Marina norteamericana; el botánico Collins; y George Wallace Melville (1841-1912), ingeniero naval estadounidense. Fue uno de los pocos sobrevivientes. Posteriormente, comandó la expedición para recobrar los archivos del barco y el cuerpo del capitán De Long. En 1887 fue nombrado Ingeniero Jefe de la armada de Estados Unidos. En 1899 ocupó el cargo de Contralmirante. Se retiró en agosto de 1903. Escribió el libro *In the Lena Delta* donde describe sus experiencias en el Ártico.

## [60]

197. «el actor Booth que hace de Yago». Martí se refiere al afamado actor estadounidense Edwin Thomas Booth (1833-1893), hijo del actor británico Junius Brutus Booth. Trabajó principalmente en Boston, Londres y Nueva York, donde construyó en 1869 el teatro de su nombre. Sus representaciones de las obras de Shakespeare causaron profunda impresión. Fue el más grande actor trágico norteamericano de su época. Iago es uno de los personajes principales de *Othello*, la conocida obra de teatro de Shakespeare.

198. «el senador Blair». Henry William Blair (1834-1920), conocido por haber prestado atención a las cuestiones sociales y por ser un ardiente reformista. Fue el autor de la Blair Common School Bill destinada a combatir el analfabetismo. Además introdujo reformas a la Constitución concernientes al derecho a voto de las mujeres y otros asuntos sociales.

199. Jesús T. Alamilla (1847-1881), caricaturista político y escultor mexicano. Colaboró en *El Padre Cobos*, *El Ahuizote*, *Mefistófeles*, *Fra Diávolo* y *La Tertulia*.

200. John Randolph of Roanoke (1773-1833), político y orador norteamericano. Representante a la Cámara (1799-1829). Fue un apasionado defensor de la soberanía de

los estados, por lo que se opuso a cualquier intervención federal contra la esclavitud. Sin embargo, en lo personal era contrario a la esclavitud y liberó a sus esclavos.

[62]

201. *Semíramis*. Ópera de Gioacchino Antonio Rossini, estrenada en Venecia el 3 de febrero de 1823.

202. Julián Gayarre (1844-1890), tenor español, considerado uno de los mejores cantantes de todos los tiempos. Llegó a cantar algo más de medio centenar de óperas y su breve pero fulgurante carrera finalizó en diciembre de 1889 cuando se sintió indispuesto durante una representación de *Los pescadores de perlas*, de Bizet. Murió días después, sin reponerse de una dolencia de origen desconocido. Fue aclamado en los principales teatros de Italia, Rusia, Gran Bretaña y Austria. Entre sus mayores éxitos se encuentran *Los pescadores de perlas*, *La favorita*, *Lohengrin* y *La africana*. Reunió una considerable fortuna, gran parte de la cual legó a su pueblo. En su villa natal del Roncal se le erigió un monumento en 1890.

203. «la Materna y Scaria, [...] cantaban a pocos pasos el Tannhauser». Amalie Materna (1844-1918), excepcional cantante austríaca descubierta por Richard Wagner, quien se encargó personalmente de reeducar su voz en la línea que le interesaba, que se convirtió en la soprano wagneriana por excelencia. Estrenó el personaje de Brunilda en 1876, y también fue la primera Kundry del *Parsifal* (Bayreuth, 1882). Se retiró en 1894.

Emil Scaria (1838-1886), bajo austríaco de la Ópera de Viena, conocido por sus interpretaciones en las obras de Wagner. Murió loco. Tannhäuser fue un legendario poeta lírico alemán del siglo XIII. Richard Wagner lo hizo protagonista de su ópera (1845), de gran fama. En 1884 hizo una gira de conciertos por los Estados Unidos, con Amalie Materna y Hermann Winkelmann, como parte de los festivales wagnerianos organizados por Theodore Thomas. Después de la gira, Amalie Materna debutó en el Metropolitan Opera House, de New York, el 5 de enero de 1885.

204. Phineas Taylor Barnum (1810-1891), conocido empresario de espectáculos estadounidense. En 1841, adquirió el *Scudder's American Museum*, donde exhibió algunas rarezas humanas. Como empresario operístico contrató a la gran soprano sueca Jenny Lind, lo que le significó ganancias importantes. En 1871 organizó su mayor empresa, el circo móvil de Barnum, que en 1881 se fusionó con el de James Anthony Bailey, conocido hasta el día de hoy como el circo de Barnum y Bailey, «el más grande espectáculo del mundo». Barnum escribió varias obras, entre ellas su *Autobiography* (1859); *The humbugs of the world* (1865); y *Moneygetting* (1881).

205. Adolphe William Bouguereau (1825-1905), pintor francés, figura dominante de la pintura académica en Francia durante la segunda mitad del siglo XIX. Ampliamente conocido en los Estados Unidos, fue hecho miembro de la Academy of Fine Arts en 1876.

206. Édouard Manet (1832-1883), afamado pintor francés, considerado uno de los padres del impresionismo y del arte moderno. Entre sus obras destacan *Déjeuner sur l'herbe* (1862), *Olympia* (1863), *le Fifre* (1866), *l'Exécution de Maximilien* (1867), *le Balcon* (1868), el retrato de *Mallarmé* (1876) y *Un bar aux Folies-Bergère* (1882).

207. Gustave Courbet (1819-1877), afamado pintor francés de tendencia realista. En 1844, presentó la primera obra al público: un autorretrato llamado *El Courbet del perro negro*. Entre sus cuadros más admirados están *Entierro en Ornans*, *Los Acantilados de Etretat*, *Los machacadores de piedra* y *El origen del mundo*.

208. Augustus Le Plongeon (1827-1908), arqueólogo y escritor británico, de ascendencia francesa. Establecido en Estados Unidos desde 1849, se dedicó primero al estudio de la iconografía de los antiguos habitantes del continente. El 29 de julio de 1873 salió en unión de su esposa, Alice Dixson, para explorar las ruinas de Yucatán. Llegó a Progreso el 6 de agosto y trabajó en los restos de Uxmal, Izamal, Motzue y otras poblaciones mayas. Adquirió gran reputación al descubrir Chichen Itzá en 1875, en cuyas ruinas se hallaba la estatua de Chac Mool, que al ser trasladado de Mérida al Museo Nacional de México provocó su protesta ante el presidente Sebastián Lerdo de Tejada, quien rechazó sus pretensiones. Vivió hasta su muerte en Brooklyn, atendiendo sus investigaciones acerca de las antigüedades mayas. Escribió: *Archeological Communication in Yucatán* (1878); *Ensayo sobre la antigüedad de la lengua maya* (1880); *Vestiges of the Mayas* (1881), y *Mayapan and Maya Description* (1881). Su esposa publicó *Notes on Yucatán* (1878), con fotos y detalles relativos a su estancia en aquella península. Martí se refirió a él en términos poco encomiásticos al calificarlo como hombre de «indiscreto lenguaje y exagerada ambición que acompaña a sus descubrimientos».

209. «el señorío de Mayapán». Martí se refiere a la ciudad maya del Yucatán, México, fundada cerca del año 1000 por el soberano tolteca, de Tula, llamado Kukulcán. Mayapán fue la cabeza de la liga que dominó «el nuevo imperio» maya hasta el año 1200 aproximadamente.

### [63]

210. William Frederick Cody (1846-1917), más conocido como Búfalo Bill debido a su oficio de cazador de búfalos, fue guía del ejército estadounidense y cazador de indígenas. Cody posteriormente se dedicó a dramatizar los hechos del Oeste norteamericano a través de la ficción y el melodrama en su colorido espectáculo *Wild West Exhibition*, que se convirtió en toda una institución de la época.

### [64]

211. «Júpiter, que besa en la boca a Io desvanecida». Se refiere a Ío, sacerdotisa de la

diosa griega Hera, esposa de Zeus. Ío, a la vez amante de Zeus (Júpiter), fue convertida por éste en ternera, para lograr así alejarla de los celos de Hera.

212. Fernando Ward. Martí se refiere a Ferdinand Ward, empresario norteamericano asociado al expresidente Ulysses S. Grant en la compañía de corredores de bolsa que llevaba los apellidos de ambos, la *Grant and Ward*. La empresa quebró en mayo de 1884 a causa de los fraudes cometidos por Ward, y arrastró en su caída al Marine National Bank. Fuertemente endeudada la empresa, el escándalo dio lugar a un pánico bancario en Wall Street y a la condena de Ward a 10 años de prisión, no obstante los esfuerzos realizados por el ex-presidente Grant por impedir el proceso.

213. Brougham. Tipo de carruaje ligero de cuatro ruedas, tirado por un solo caballo. Llamado así por Lord Brougham, por cuyo diseño se construyó en 1838.

214. «Tílburi», «cuatro-en-mano», «carrillo-de-perro», «cupé», «cab». Martí se refiere a los distintos tipos de carruajes de tiro disponibles en la época. Llamábase «cuatro en mano» a cualquier coche tirado por cuatro caballos. El cab (de *cabriolet*), era un carruaje cerrado, especie de birlocho, y usualmente de alquiler. Tirado por un caballo, tenía dos ruedas y dos asientos. El *carrillo de perro* (dog-cart) era un coche para niños. El *cupé* era un carruaje cerrado de cuatro ruedas para dos pasajeros y asiento exterior para el cochero.

215. «un Beaconsfield desenvuelto y temible». Benjamin Disraeli (1804-1881), primer Earl de Beaconsfield, hombre de Estado y autor británico, considerado el fundador del Partido Conservador moderno.

## [66]

216. «Tammany Hall». También llamado Tammany, el comité ejecutivo del Partido Demócrata en la ciudad de Nueva York, ejerció históricamente un control político a través de la típica mezcla autoritaria de caridad y patronazgo. Su nombre provino de una asociación pre-Independencia, llamada así por Tammanend, un sabio y benévolo jefe de la tribu de los Delaware. Cuando Tammany fue organizado en Nueva York, en 1789, representaba a la oposición, de clase media, al Partido Federalista, de tendencia aristócrata. En 1817, los inmigrantes irlandeses forzaron su entrada a la sociedad. Más adelante, debido a diversos escándalos, Tammany Hall fue considerado sinónimo de la corrupción política urbana.

## [69]

217. «Día festivo para todos los trabajadores de la Nación». Martí describe las manifestaciones del Día del Trabajo (véase nota 83) en Nueva York.



218. Abraham Lincoln (1809-1865), decimosexto presidente de Estados Unidos. Hijo de una familia de cuáqueros de humilde condición, tuvo una infancia difícil y ejerció en su mocedad diversos oficios manuales. En 1836, previo los estudios de leyes, abrió un bufete en Springfield. Fue diputado por Illinois (1834-1840) y miembro del Congreso Federal (1844-1848). Se opuso a la guerra contra México, y apoyó a los abolicionistas del Distrito Federal (1844). Después de un fracaso en el senado (1849), abandonó la vida pública. Entró en el Partido Republicano (1856) y dirigió una amplia campaña antiesclavista contra el demócrata Stephen Douglas, quien, sin embargo, fue elegido. Contribuyó a la consolidación de su partido frente a los demócratas vacilantes. Elegido por la convención Republicana (Chicago, 1860) como candidato a la presidencia, su elección provocó la insurrección de los esclavos, y la constitución de los estados del Sur en estados independientes incluso antes de haber entrado en funciones (4 de marzo de 1861). Intentó en vano evitar la guerra civil. Reelegido en 1864, estableció, después de la capitulación del Sur el primer programa de reconstrucción. Fue asesinado en el teatro de Washington por el actor fanático, John Wilkes Booth.

En sus referencias a Lincoln a lo largo de su obra, Martí destacó reiteradamente su origen humilde y su actuación abolicionista; lo consideró paradigma del político de la república democrática en Estados Unidos.

Su hijo, Robert Todd Lincoln (1843-1926), estudió leyes en la Universidad de Harvard, sirvió en el ejército de la Unión durante la Guerra Civil, fue secretario de la guerra en el gabinete del presidente James Garfield, embajador en Gran Bretaña y consejero de un presidente de la Pullman Palace Car Company.

[70]

219. Se refiere a Robert Edward Lee (1807-1870), militar norteamericano. Ampliamente conocido como el General Lee, fue comandante en Jefe del Ejército Confederado durante la Guerra Civil norteamericana. Antes había sido jefe del destacamento que aplastó el movimiento de John Brown en Harper's Ferry (1859).

[72]

220. Rafael María Merchán (1844-1905), escritor y periodista cubano, importante activista de la independencia de Cuba, pasa 31 años de su vida exiliado en Colombia.

221. Antonio Pérez Bonalde (1846-1893), poeta romántico venezolano. Exiliado de su país por la dictadura de Antonio Guzmán Blanco, vivió en Nueva York, donde coincidió con Martí, a quien había conocido cuando éste residió en Caracas. En 1882, Pérez Bonalde publicó, en Nueva York, su *Poema del Niágara*, con el ya conocido prólogo de José Martí. Dicho prólogo será considerado por muchos, debido a la aguda mirada sobre la época que esboza y la novedad de sus ideas estéticas, como el manifiesto del modernismo hispanoamericano.

222. «las funciones de la Theo». Se refiere a Louise Théo, cantante francesa. Su verdadero nombre era Cécile Picolo.

223. *Greenbacks*. En inglés: «espaldas verdes». Movimiento estadounidense (1868-1888) dirigido, principalmente, por personas con intereses agrarios, para mantener o incrementar la cantidad de papel moneda en circulación.

### [73]

224. Quesada. Se refiere a Cristóbal Quezada, escultor guatemalteco. Martí se refiere a «los escuálidos Cristos de Quesada [*sic*]», a quien también menciona, elogiosamente, en su trabajo «L'Amérique Centrale».

225. Fernando Barbedienne (1810-1892), francés, fundidor de bronce artísticos. En 1838 creó su fundición y se dedicó a la reproducción en bronce de las obras maestras de la escultura antigua y moderna, así como a la creación de obras decorativas. Algunos lo consideran la cumbre del arte industrial.

### [74]

226. La batalla sostenida en Yorktown, una pequeña aldea y puerto de la Unión, en el Estado de Virginia, a orillas del río York, consolidó la independencia de las 13 colonias del norte de América. En este lugar, el 19 de octubre de 1781, Washington hizo prisionero, con todo el ejército inglés en campaña, a Lord Cornwallis. Inglaterra reconoció entonces la independencia de sus ex-colonias por un tratado de paz firmado en París el 3 de septiembre de 1783.

227. Martí se refiere a la batalla de Tetuán, durante la Guerra de Marruecos (1859-1860), ocasionada por un conflicto fronterizo entre Marruecos y la posesión española de Ceuta, y al general Juan Prim, quien dirigió a los soldados españoles. El 4 de febrero de 1860 la expedición militar española, al mando del general Leopoldo O'Donnell, derrotó a las tropas marroquíes de Muley-el-Abbas, obteniendo así la rendición de la plaza de Tetuán.

228. Tony Pastor. Anthony Pastor (1834-1908), actor de variedades y empresario teatral norteamericano. Operó varios salones, el último de los cuales abrió sus puertas en 1881, en la calle 14 de Nueva York.

229. William Makepeace Thackeray (1811-1863), escritor británico, periodista y caricaturista, autor de ensayos y de novelas satíricas que retratan la hipocresía y lo ridículo de la sociedad británica. Estudió en Cambridge y viajó por Francia y Alemania, haciendo vida bohemia. En Inglaterra colaboró con la revista *Punch* a través de diversos seudóni-

mos. *Vanity Fair* (1848), novela por entregas, humorística, considerada la primera verdaderamente realista de Inglaterra, fue la que lo lanzó a la fama.

230. *Lucía*. Se refiere a *Lucia di Lammermoor*, ópera de Gaetano Donizetti, estrenada en Nápoles en 1835.

231. *Marta*. Se refiere a *Martha*, ópera con letra de Frederick y música de Flotow, estrenada en Viena en 1847. Muchas de sus melodías han sido muy populares.

232. Ernesto Rossi (1829-1896), notable actor italiano, alumno del célebre maestro Módena. Además de los clásicos italianos, interpretó a los clásicos ingleses, entre ellos *Hamlet* y *Othello*. Escribió varias comedias para el teatro y, como director de su propia compañía, realizó numerosas giras por Europa y Estados Unidos, en particular la ciudad de Nueva York, donde Martí presenció sus representaciones.

233. Mark Twain. Seudónimo de Samuel Langhorne Clemens (1835-1910). Escritor y periodista estadounidense de amplia fama, mayormente conocido por sus obras *Las aventuras de Tom Sawyer* (1876) y *Las aventuras de Huckleberry Finn* (1885). La obra de Twain se caracteriza por una aguda e irreverente sátira social, y su condena al odio y la hipocresía, obra que José Martí aprendió a respetar y amar, desde sus primeros libros hasta el último que conoció: *A Connecticut Yankee in King Arthur's Court*, que él consideró a la altura de *El Quijote*. Junto a Charles Dudley Warner, Twain escribe *The Gilded Age* (1873), una sátira de la corrupción durante la presidencia de Ulysses Grant.

234. George Washington Cable (1844-1925), novelista y abolicionista estadounidense, conocido por su ficción que retrata la vida de Nueva Orleans. Introdujo en la literatura el tema de la vida en el Sur de los Estados Unidos, en novelas en las que supo manejar con efectividad el dialecto de los negros.

235. «más tiene de Kock que de Chamfort». Se refiere a Paul de Kock (1793-1871), escritor francés, autor de dramas, operetas, vodeviles, cuentos y canciones; disfrutó de un éxito prodigioso a través de sus relatos que se emparentan con las novelas por entregas populares, mezclando temas románticos con escenas realistas; y a Nicolás de Chamfort (1740-1794), escritor francés, frecuentador de los salones y autor de unas *Maximes, pensées et anecdotes*.

## 1885

[75]

236. *Teatro de Harrigan y Hart*. Compañía de teatro de los comediantes Ned Harrigan y Tony Hart, que tuvo éxito al montar revistas musicales con diálogos que conectaban y daban continuidad a los personajes.

237. *Peinados a la Capoul*. Referencia al tenor francés Victor Capoul (1839-1924), de gran renombre en aquella época. Joseph Amédée Victor Capoul fue director del Conservatorio de Nueva York. Se dedicó a la ópera italiana y alcanzó grandes éxitos. Escribió, en colaboración con Armand Silvestre, el libreto de la ópera *Jocelyn*, con música de Benjamin Godard.

238. Se refiere a Adelaide Ristori (1822-1906), famosa actriz italiana de la época. A partir de 1866 visitó cuatro veces los Estados Unidos, donde fue ampliamente celebrada, particularmente por su papel en la obra de Giacometti *Elizabeth*, un estudio italiano de la soberana británica.

239. Se refiere a Jean Louis Ernest Meissonier (1815-1891), pintor y dibujante francés, conocido por sus retratos de batallas militares, que reproduce con un realismo minucioso. De esta manera adquirió celebridad y fue colmado de honores por Napoleón III.

240. Jules Bastien-Lepage (1848-1884), pintor naturalista francés; entre sus obras destaca su *Joan d'Arc* (1880).

241. Jean-François Millet (1814-1875), pintor, grabador y dibujante francés, conocido sobre todo por haber retratado las ocupaciones cotidianas de los campesinos.

242. Justo Rufino Barrios (1835-1885), «el tirano de Guatemala» según Martí, militar y político guatemalteco, presidente de la República (1873-1885). Su ambición era integrar a los cinco Estados independientes de América Central en una federación centroamericana, pero su plan fue rechazado por El Salvador, por lo que en 1885 se produjo la guerra entre ambos países. Barrios murió cuando trataba de invadir con sus tropas el pueblo salvadoreño de Chalchuapa.

243. *El Jedive*. Título hereditario concedido en 1867 al virrey de Egipto, Ismail Bajá (1830-1895), por el sultán otomano.

244. Andrés Quintana Roo (1787-1851), político, abogado, poeta y escritor mexicano, que intervino mucho en el periodismo y la vida pública de su tiempo.

[76]

245. *Graco(s)*. Nombre de familia de una rama plebeya de las gentes de Sempronia. Tiberio Sempronio Graco (163-133 a. C.), político romano. En el 137 a. C. fue cuestor (administrador financiero) del ejército del cónsul Cayo Hostilio Mancino en Hispania. Al regresar a Roma se convirtió en defensor del pueblo y de los granjeros empobrecidos. Fue elegido tribuno de la plebe en el 134 a. C., y a pesar de la oposición de la aristocracia introdujo un programa para una distribución justa de las tierras públicas entre los granjeros necesitados. Se nombró un comité, formado por él, su hermano Cayo y su suegro Apio Claudio Pulcro (cónsul en el 143 a. C.), para aplicar la nueva ley.



Al final de su mandato como tribuno, Graco se presentó a la reelección. Desató al Senado, que consideraba que mantener el cargo de tribuno durante dos años sucesivos era ilegal. El rumor de que Graco buscaba el poder dictatorial impulsó a sus oponentes a exigir su muerte inmediata. Estalló un disturbio en el que Graco fue asesinado, junto con trescientos de sus seguidores, y su cuerpo arrojado al río Tíber.

Cayo Sempronio Graco (153-121 a. C.), hermano de Tiberio Sempronio Graco, trató de vengar su asesinato. Cuando éste murió, Cayo servía en el ejército romano en Hispania. Regresó a Roma un año o dos más tarde, pero sin tomar parte en los asuntos públicos. Al convertirse en cuestor en el 126 a. C., acompañó al ejército mandado por el cónsul Lucio Aurelio Orestes a Cerdeña, entonces en estado de rebelión. Aunque el Senado romano procuró que Cayo no regresara a Roma, prolongando su período como cuestor, éste, desasosegado por la muerte de su hermano Tiberio, se sintió obligado a vengar su muerte y regresó a la capital sin autorización. Fue elegido tribuno de la plebe en el 123 a. C., cargo desde el cual intentó que las leyes agrarias de su hermano entraran en vigor, ya que habían caído en el olvido, al tiempo que pretendió introducir una legislación que favoreciera al pueblo mientras refrenaba el poder del Senado y de la aristocracia. Cayo Sempronio Graco introdujo un programa de reparación y construcción de carreteras en toda la península Itálica que fomentaría el desarrollo de los recursos del país y también proporcionaría trabajo a los pobres. Dictó una ley que permitía a los ciudadanos de Roma comprar grano a mitad de precio. Cayo fue reelegido tribuno en el 122 a. C. Los miembros del partido aristocrático, incapaces de detener sus reformas mediante la oposición pública, recurrieron a la estratagema de ofrecerle, a través de Marco Livio Druso (quien era tribuno junto con Cayo), aún mayores beneficios; sin embargo, no tenían intención de cumplir sus promesas y los desacuerdos entre ellos y Cayo se intensificaron.

Lucio Opimio, un enemigo implacable de Cayo, fue elegido cónsul en el 121 a. C., mientras éste no consiguió su tercer nombramiento como tribuno. Tras una batalla en la colina del Aventino, en la que perecieron miles de personas y obtuvo la victoria el cónsul Opimio, se vio obligado a huir cruzando el río Tíber. Al día siguiente, se descubrió su cuerpo en el Janículo, una colina situada en la ribera oeste del río.

246. Se refiere a Charlotte Corday d'Armont (1768-1793), ferviente adepta a la Revolución Francesa. Luego de la proscripción de los girondinos (2 de junio de 1793), sin embargo, decide asesinar a Marat, a quien considera el principal responsable de la eliminación de los girondinos y de la instauración del régimen del Terror. El 13 de julio de 1793 apuñala a Marat en su baño, para ser posteriormente juzgada y ejecutada.

[77]

247. Thomas Francis Bayard (1828-1898), político y diplomático estadounidense. Miembro del Partido Demócrata, fue senador por el Estado de Delaware (1869-??), oponiéndose a programa de Reconstrucción de los republicanos, a los subsidios a las empresas de ferrocarriles y navieras, y a las tarifas proteccionistas; en 1877 fue uno de los

representantes demócratas en la Comisión Electoral que decidió la elección de 1876 (Hayes-Tilden). Secretario de Estado bajo la presidencia de Cleveland (1885-1888), enfrentó la demanda de indemnización del gobierno chino, debido al asesinato de 28 trabajadores en Rock Springs, Wyoming, en 1885. Bayard negó la responsabilidad legal del gobierno federal por actos cometidos por los ciudadanos, pero concedió que el presidente presentara una demanda al Congreso, como un acto de generosidad. El gobierno estadounidense indemnizó al gobierno chino y Bayard negoció un tratado que prohibió el ingreso de trabajadores chinos durante 20 años. El gobierno chino se negó a ratificar el tratado, por lo que el Congreso promulgó la *Scott Act* de 1888, la cual promulgó unilateralmente los términos del tratado (y extendió los términos de la *Chinese Exclusion Act* de 1882). Posteriormente, durante la segunda presidencia de Cleveland, en 1892, fue nombrado embajador en Gran Bretaña (el primero en ostentar tal cargo, los anteriores eran en calidad de ministros).

248. William F. Vilas (1840-1908), político estadounidense, miembro del Partido Demócrata y jefe del Servicio Nacional de Correos (1885-1888).

249. William Crowninshield Endicott (1826-1900), político y abogado, miembro del Partido Demócrata. Candidato a gobernador de Massachusetts (1884), secretario de Guerra (1885-1889).

## [79]

250. Se refiere a Antonio López de Santa Anna (1794-1876), político y militar mexicano. Hombre de grandes ambiciones, lleva al poder a diversos presidentes mexicanos, y los derroca, para posteriormente hacerse elegir presidente de la República en 1833. Su violenta política centralista lo conduce a la guerra por Texas, donde combatirá y será encarcelado. Los Estados Unidos utilizaron su impopularidad para anexarse Texas.

## [80]

251. *El tratado Clayton-Bulwer*. Acuerdo entre Estados Unidos y Gran Bretaña, firmado el 19 de abril de 1850 por John Middleton Clayton, secretario de Estado (ministro de Asuntos Exteriores) de Estados Unidos y su homónimo británico sir William Bulwer, posteriormente barón Dalling y Bulwer. El Tratado supuso la renuncia a la construcción de un canal a lo largo del istmo de Panamá; en él se indicaba que ninguna nación podría «obtener o mantener ningún tipo de control exclusivo sobre dicho canal», y que, a partir de entonces, aquellas zonas de Centroamérica que no estuvieran ocupadas por potencias europeas ya no podrían ser colonizadas. El Tratado provocó frecuentes discusiones, y en 1881 el secretario de Estado estadounidense, James Blaine, afirmó que ningún canal construido en Centroamérica debía estar bajo el control político de Estados Unidos. A partir de esa fecha, el Tratado Clayton-Bulwer perdió su efectividad y final-

mente fue anulado por otro acuerdo anglo-estadounidense, el Tratado Hay-Pauncefote de 1901, que prácticamente otorgó a Estados Unidos derechos exclusivos sobre el canal.

252. Andrew Jackson (1767-1845), presidente de Estados Unidos (1829-1837). Su elección en 1828 fue considerada durante mucho tiempo como una gran victoria del pueblo, debido a sus humildes orígenes. El movimiento político que encabezó fue denominado «democracia jacksoniana».

253. Rafael Zaldívar (1843-1903), político y médico salvadoreño, presidente de la República (1876-1885).

## [81]

254. Marco Aurelio Soto (1846-1908), político hondureño, presidente de la República (1876-1883).

255. Ezra Cornell (1807-1874), financista estadounidense, fundador de la universidad de Cornell, prestigiosa institución de enseñanza superior situada en Ithaca, Nueva York.

Participó en la construcción (1844) de la línea telegráfica entre Baltimore y Washington, D. C., sobre la que Samuel F. B. Morse envió su primer mensaje de prueba. Fue el fundador, director y, por un tiempo, el mayor accionista de la Western Union Telegraph Company (1855).

256. A partir de esta referencia, Martí pasa revista a diversos pintores de la época, entre los que destacamos a los mexicanos Santiago Rebull (1829-1902), José Salomé Pina (1830-1909), Juan Cordero (1824-1884), Joaquín Ramírez (1834-1866), Ramón Sagredo (1834-1872), José Obregón (1832-1902), Manuel Ocaranza (1841-1882), Félix Parra (1845-1919), José María Velazco (1840-1912); los catalanes Pelegrín Clavé (1811-1880) y Mariano Fortuny (1838-1874); los ingleses Lawrence Alma-Tadema (1836-1912), Albert Moore (1841-1893) y Ford Madox Brown (1821-1893); los estadounidenses William Merritt Chase (1849-1916), Robert Swain Gifford (1840-1905), John Sargent (1856-1925), Arthur Quartley (1839-1886); y el francés Léon Bonnat (1833-1922).

Ocaranza vivió y tuvo su estudio en la casa de Manuel Antonio Mercado, donde conoció a la familia de Martí. Fue novio de su hermana, Mariana Matilde (*Ana*). Becado por el gobierno de su país, viajó a Europa en ampliación de estudios. Regresó a México en 1877 y se estableció de nuevo en la casa de Mercado. Fue testigo del matrimonio de Martí con Carmen Zayas-Bazán. Fue un pintor de orientación clasicista que infundió a sus obras el espíritu romántico de la época. Martí, quien fue su amigo personal, escribió sobre él una entusiasta página, guardada entre sus apuntes fragmentarios. Al conocer la muerte del pintor, ocurrida en la Ciudad de México, compuso el poema «Flor de hielo», perteneciente a sus *Versos libres*.

257. François Coppée. Se refiere al poeta francés (1842-1908), el «niño pálido del viejo París», quien escribió acerca de «las cosas más comunes [que] tienen una gracia de novedad para quien sabe mirarlas». Fue considerado por la crítica oficial de fines del siglo XIX como uno de los grandes poetas franceses y el versificador más popular en su época. Luego de publicar varios poemarios, escribió para el teatro y estrenó la comedia *El pasajero* (1869) que alcanzó destacado éxito y a la cual siguieron otras muchas, también con buena acogida.

258. Fray Bartolomé de las Casas (1474-1566), sacerdote dominicano español que emprende la defensa de los indígenas americanos y lucha contra la injusticia de las *encomiendas*. En 1502 estaba en La Española, donde cantó su primera misa. Luego pasó a Cuba como capellán de Pánfilo Narváez, tuvo a su servicio un centenar de indios, y presencié el suplicio de Hatuey. Poco después fue testigo de la matanza en Caonao, en la que los españoles pasaron a cuchillo, «sin motivo ni causa [...] tres mil ánimas, hombres, mujeres y niños». Por aquel acto de terror oficial, Las Casas renunció a sus privilegios para dedicar su vida a los indígenas y a denunciar la conquista y la colonización española en América. En 1542 logra la promulgación de las llamadas Leyes Nuevas, que no llegaban hasta donde quería el buen sacerdote ni se cumplieron como era debido. Fue autor de la *Brevisima relación de la destrucción de las Indias* (1542), donde denuncia las atrocidades cometidas por los españoles, y la *Historia de las Indias*, publicada en 1875.

259. «La Española en tiempos de Enriquillo». Se refiere a la isla que, en la actualidad, comprende a Haití y la República Dominicana, descubierta por Cristóbal Colón en 1492; y la novela *Enriquillo* (1879-1882), de Manuel de Jesús Galván (1834-1910), que reconstruyó la vida de la isla en la primera mitad del siglo XVI.

260. Tiepolo. Se refiere a Giovanni Battista Tiepolo (1696-1770), pintor italiano considerado como el principal maestro de la escuela veneciana y el mejor muralista del estilo rococó.

El arte de Tiepolo se centró principalmente en la creación de grandes frescos y pinturas sobre techos y paredes diseñados en armonía y consonancia con el ornato y decoración de la arquitectura rococó imperante en aquel momento. En ellos representó convincentes escenas de la vida cotidiana así como místicos temas bíblicos y mitológicos.

## [82]

261. Frederick Augustus Washington Bailey Douglass (1817-1895), periodista y reformador estadounidense. Mestizo, hijo de una mujer esclava y un blanco, esclavo él mismo, logra fugarse y se convierte en uno de los más grandes oradores de color y uno de los más activos partidarios de la abolición de la esclavitud. En 1847 funda su propio periódico, el *North Star*, en Rochester (Nueva York). Su actividad militante se expandió a la lucha por los derechos de las mujeres.



## [83]

262. «la hermana del Presidente». Se refiere a Rose Elizabeth Cleveland (1846-1918), educadora y autora de algunos libros.

263. Se refiere al filósofo inglés David Hume (1711-1776), autor de numerosos tratados de filosofía, donde critica el racionalismo dogmático de los metafísicos del siglo XVII. Es considerado, junto con Bacon, Locke y Berkeley, uno de los principales exponentes de la llamada Escuela inglesa. Se destaca por su enfrentamiento crítico a los planteamientos de la metafísica tradicional especialmente a la noción de «sustancia», la que trata de sustituir por la de «percepción». Sus obras más relevantes son: *Tratado sobre la naturaleza humana* y *Sobre la moral*.

264. «Las Capitulares de Carlomagno». Carlomagno (742-814), en latín, *Carolus Magnus*, «Carlos el Grande», rey de los francos (768-814) y emperador de los romanos (800-814), condujo a sus ejércitos francos a la victoria sobre otros numerosos pueblos, y estableció su dominio en la mayor parte de Europa central y occidental. Fue el rey más influyente de Europa durante la edad media. Carlomagno emitió cientos de decretos, llamados capitulares, tratando un amplio abanico de asuntos, desde cuestiones jurídicas y militares hasta cuestiones relativas a monasterios, a la educación y a la gestión de los dominios imperiales.

## [84]

265. Jules-Amédée Barbey d'Aureville (1808-1889), escritor francés dueño de una obra novelística cautivante, en donde desarrolla la alianza de un realismo detallado y lo sobrenatural, especialmente lo demoníaco. Esta literatura de lo insólito, en la que un estilo brillante y preciso da cuenta de una violencia contenida, suscitará la admiración de otros jóvenes escritores de la época.

266. John Hampden (1594-1693), político inglés, primo de Cromwell, uno de los diputados más influyentes de su época. Su arresto desencadenará la guerra civil en Inglaterra.

267. John Milton (1608-1674), poeta y ensayista inglés. Autor de gran renombre, su obra maestra, *El Paraíso perdido* (*Paradise Lost*, 1667), es un poema bíblico en doce cantos, una «tragedia cósmica» donde el personaje central ya no es Adán sino Satanás. Su *Paraíso reconquistado* (*Paradise Regained*, 1671), relata en cuatro libros los episodios de la Tentación de Cristo tal como aparecen en el Evangelio de San Lucas (IV, 1-13).

## [85]

268. «Pílates de este Orestes que se muere». Referencia a Pílates, hijo de Anaxibia y Entrofio, rey de Fócida. Era primo de Orestes, de quien fue amigo íntimo, y al cual acogió en la corte de su padre. Ayudó a este a dar muerte a Egisto y a Clitemnestra. Acompañó a

Orestes al peligroso pueblo de los Tauros, en cumplimiento de la expiación que debía este hacer por el crimen cometido. Cuando el rey Thoas, a pesar de haberlos recibido tan amistosamente, decide aplicar en ellos la ley que exigía el sacrificio de uno de los dos a la sombría diosa, se produjo el hecho que ha dado celebridad a la amistad de Pilades y Orestes: uno y otro pretendían salvar al amigo, muriendo en su lugar. La suerte decidió que fuese Orestes el inmolado, aunque tal como aparece en la *Ifigenia* de Eurípides fue salvado por su propia hermana Ifigenia.

269. José Antonio Páez (1790-1873), uno de los más destacados lugartenientes venezolanos de Bolívar, llegó a ser presidente de su país al obtener éste la independencia.

270. *El cubano Mantilla*. Se refiere a Manuel de la Caridad Mantilla y Sorzano (?-1885). Nació en Santiago de Cuba, hijo de Feliciano y Felisa, colombianos ambos. Se casó con la cubana Carmen Miyares el 23 de mayo de 1869, con quien además de Manuel, Carmen, Ernesto y María, tuvo tres hijos más que murieron antes de llegar al año de edad: Mary of Carmel (1873), Isabel Felicia (1874) y Ernesto Charles (1878). Se cree tuvo negocios en los almacenes de la calle Marina, en Santiago de Cuba. Posiblemente la familia se trasladó en 1869 a Santo Domingo y a Estados Unidos alrededor o después de 1870. Mantilla tuvo allí un negocio de tabaco, cerca de los muelles del río Hudson. Terminó paralítico en una silla de ruedas, aunque no hay evidencias de que en 1880 estuviera inválido.

271. Eduard P. Vining. Se refiere al libro del autor Edward P. Vining *An Inglorious Columbus, or Evidence that Hwi Shan and a Party of Buddhist Monks from Afghanistan Discovered America in the Fifth Century, A. D.*, Nueva York, Appleton, 1885.

272. Se refiere al abate Brasseur de Bourbourg, traductor al francés del *Popol Vuh*, texto escrito en lengua quiché (grupo étnico de la familia maya) a mediados del siglo XVI por algún miembro de la citada etnia que ya había sido instruido por los españoles, en tanto que compuso la obra con caracteres del alfabeto latino. El *Popol Vuh* (cuya traducción aproximada sería *Libro del Consejo* o *Libro de la Comunidad*) supone un auténtico compendio de la cosmogonía y pensamiento quichés (y, por extensión, de la mitología) que posiblemente sólo habían perdurado por tradición oral.

El texto manuscrito del *Popol Vuh* fue descubierto a principios del siglo XVIII por el religioso dominico español Francisco Jiménez mientras predicaba en la actual población guatemalteca de Santo Tomás Chichicastenango. El hallazgo se produjo en un convento franciscano adyacente a la iglesia de Santo Tomás de dicha localidad.

Jiménez lo estudió, transcribió y tradujo al castellano bajo el título *Libro del común*. Posteriormente, el ejemplar fue localizado en España por el abate Brasseur de Bourbourg, quien lo tradujo al francés y publicó en 1861 en París. Con anterioridad había sido traducido al alemán por Carl Scherzer (1857). En la actualidad, el manuscrito del *Popol Vuh* se encuentra, incluido en la Colección Ayer, en la Biblioteca Newberry de Chicago (Estados Unidos).

273. «las notas de Castelar sobre Víctor Hugo». Se refiere a Emilio Castelar (1832-1899), político y orador español, presidente de la I República (1873-1874). Militó dentro de un republicanismo moderado y demócrata próximo al liberalismo individualista. Catedrático de Historia Filosófica y Crítica de España en la Universidad Central de Madrid desde 1857, ejerció como periodista en diversas publicaciones republicanas, tales como *La Tribuna*, *La Soberanía Nacional* o *La Discusión*, en las que trabajó como redactor, o *La Democracia*, que él mismo fundó en 1864. Miembro de la Real Academia Española, fue un brillante orador cuyos discursos parlamentarios adquirieron gran fama por su brillantez tanto durante el Sexenio Democrático (1868-1874) como durante la Restauración.

274. Henry Brewster Stanton (1805-1887), reconocido periodista, abogado y orador antiesclavista.

275. Erastus Brooks (1840-1909), político estadounidense, miembro del Senado del Estado de Nueva York (1854-1857), candidato a gobernador de Nueva York en 1856. Fue editor del *New York Daily* y el *Daily Advertiser*, dos importantes periódicos de Nueva York.

276. Jaume Ferrán i Clúa (1852-1929), médico y bacteriólogo español que descubrió la primera vacuna contra el cólera.

277. «Utatlán de los cachiqueles que a botes de lanza exterminó Alvarado». Utatlán (hoy Santa Cruz de Quiché) era una ciudad fortificada y la capital del pueblo quiché, grupo maya muy antiguo que ya era preeminente en Guatemala antes del siglo XVI. Los cakchiquel, junto con los quiché, son el grupo más numeroso dentro de los maya. Su documento histórico más conocido es el llamado *Memorial de Sololá. Anales de los cakchiqueles*, una genealogía de sus héroes. Guerrearón contra los españoles entre 1524 y 1530, en concreto contra Pedro de Alvarado, quien intentó fundar la ciudad de Santiago de Guatemala.

## [86]

278. «El gobierno del presidente González». Manuel González (1833-1893), militar y político mexicano, presidente de la República (1880-1884). Porfirio Díaz gobernó México como un autócrata desde 1876 hasta 1911, exceptuando el período de 1880 a 1884, cuando nominalmente el poder estuvo en manos de uno de sus colaboradores.

279. Se refiere a Porfirio Díaz (1830-1915), político y general mexicano. Participó en la guerra contra Estados Unidos (1847), se opuso a Antonio López de Santa-Anna, fue uno de los generales de Juárez en la guerra contra Maximiliano y los franceses, distinguiéndose en la defensa de la ciudad de Puebla. Dirigió el sitio de Ciudad de México, cuya toma dio fin al gobierno del Imperio.

Luego se sublevó contra Juárez (1871) y, vencido, se exilió en los Estados Unidos. Opuesto a la reelección de Sebastián Lerdo de Tejada en 1876, firmó el Plan de Tuxtepec y encabezó la rebelión contra el presidente. Triunfantes sus armas, instauró su mandato, conocido como el porfiriato. La revolución de 1910 le hizo abandonar. El 21 de mayo de 1911 renuncia y el 26 de mayo partió a Veracruz para embarcarse rumbo a la Habana y posteriormente a Europa. El 2 de julio de 1915 a la edad de 84 años el Díaz falleció en París. Sus restos descansan en el cementerio de Montparnasse en París.

Porfirio Díaz es sin duda una de las figuras más polémicas de la historia de México. Bajo su dictadura México consiguió un importante progreso económico. Aumentaron las inversiones de capital extranjero, lo que favoreció la construcción y expansión de la red de ferrocarriles, se elevó el desarrollo de la minería de plata, se instaló la primera línea telefónica, inauguró la comunicación vía telégrafo en Oaxaca, se exhibió el fonógrafo, entre otras cosas. Cabe mencionar que en varios compañeros surgió cierta admiración hacia Porfirio Díaz, porque de ser un hombre humilde, logró ser un personaje ilustre de México. Su mandato, por otro lado, se caracterizó también por el uso de la fuerza para doblegar a la oposición y una muy desigual distribución de la riqueza. La Revolución acabaría con el gobierno de Díaz e inauguraría una nueva etapa para la historia de México.

Martí apoyó, como colaborador de la *Revista Universal* (1875-1876), en sus líneas generales la política del periódico y su defensa del gobierno de Lerdo. La caída de Lerdo decidió su despedida de México.

## [87]

280. Se refiere a un aristócrata húngaro, el conde Paul Oscar Esterhazy, quien se transformó en agente de inmigración para el Canadá, llevando a numerosas familias hacia ese país.

## [88]

281. James Knox Polk (1795-1849), político estadounidense, presidente de Estados Unidos (1845-1849). Bajo su gobierno el país aumentó considerablemente sus fronteras con la anexión de los antiguos territorios mexicanos de Texas y de los correspondientes a toda la zona situada al oeste de las montañas rocosas.

282. David Wilmot (1814-1868), abogado y político estadounidense, miembro del Partido Demócrata. Representante por el Estado de Pennsylvania (1845-1851), fue candidato a gobernador en 1857 y, posteriormente, senador (1861-1863).

283. Thurlow Weed (1792-1882), editor y político estadounidense, de importante poder en el mundo político, al mezclar periodismo y política. En 1825 adquiere el *Rochester Telegraph*, y cuando estalla el movimiento antimasónico en Nueva York, Weed lucha en forma activa por la causa. Weed intentó a la vez aunar la política antimasónica y



la Organización Nacional Republicana, apoyando a John Quincy Adams en 1828. En 1829 estableció el *Albany Evening Journal*, desde donde apoyó el Sistema Americano de Henry Clay y la candidatura presidencial de William Henry Harrison en 1840.

## [90]

284. John Roach (1815-1887), constructor de barcos estadounidense de origen irlandés. Llegó a poseer uno de los astilleros más importantes de los Estados Unidos, proveyendo barcos al gobierno federal y a diversas compañías.

## [91]

285. La copa «América» (America's Cup). Nombre de una competencia tradicional de yates, conocida inicialmente como la Copa de la Reina, patrocinada por el Escuadrón Real de Yates. Se celebró por vez primera en Gran Bretaña, como parte de una exposición internacional celebrada en Londres, en 1851. Miembros del Club de Yates de Nueva York participaron con la goleta *América*. El velero compitió contra 14 naves del escuadrón británico y ganó una gran copa de plata. En 1857 la copa fue donada al Club de Yates de Nueva York que la convirtió en trofeo internacional, conocido a partir de entonces como la Copa América. Entre 1870 y 1895 dos yates canadienses y siete británicos perdieron contra sus oponentes norteamericanos, incluyendo el *Genesta*, mencionado por Martí en una de sus crónicas a *La Nación* de Buenos Aires.

## [93]

286. John McCloskey (1810-1885), sacerdote católico estadounidense de origen irlandés. Consagrado arzobispo de Nueva York en 1864, se convirtió posteriormente (1875) en el primer cardenal católico estadounidense.

287. Mary Anderson (1859-1940), actriz estadounidense. Famosa por su belleza y su estilo clásico, viajaba entre Inglaterra y Estados Unidos, interpretando varios papeles de obras de Shakespeare y de W. S. Gilbert.

## [94]

288. Harriet Beecher-Stowe (1811-1896), novelista estadounidense, autora de la novela *La cabaña del Tío Tom* (1852), que popularizó el movimiento anti-esclavista en los Estados Unidos. *La cabaña del Tío Tom* se convirtió en una de las novelas más leídas de la historia. Su autora la publicó por entregas durante más de un año en el periódico abolicionista *The National Era*. El último capítulo salió el 1 de abril de 1852. Una semana antes, un editor de Boston, John P. Jewet, llevó la obra al formato de libro. En su primer

año de circulación se vendieron en Estados Unidos 350.000 ejemplares. Al año siguiente llegó al medio millón. En 1862, en plena Guerra de Secesión, la Señora Stowe fue presentada a Abraham Lincoln. Las palabras que le dirigió el presidente han sido repetidas una y otra vez cuando se habla de *La cabaña del Tío Tom*: «De modo que usted es la mujercita que originó esta gran guerra».

289. Helen Hunt Jackson (1830-1885), poetisa y novelista estadounidense, conocida por su novela *Ramona* (1884), que Martí tradujo al español. A partir de 1879 se interesó activamente por la forma en que el gobierno de los Estados Unidos trataba a los indígenas, y luchó por mejorar sus condiciones de vida. En 1883 fue nombrada alta comisionada para estudiar las condiciones de las misiones indígenas en California, lo que la llevó asimismo a interesarse en la historia de las primeras misiones españolas.

290. Alice Cunningham Fletcher (1845-1923), antropóloga estadounidense activista por los derechos de los indios norteamericanos. Por la ley de 7 de agosto de 1882, promovida personalmente en gestión humanitaria, logró la distribución de tierras para la tribu Omaha. Ideó el sistema mediante el cual los bancos otorgaron créditos a los indios para que construyeran sus hogares en sus tierras. Estuvo vinculada al Departamento de Antropología de la Exposición de Chicago de 1893. Presidió numerosas asociaciones científicas antropológicas en Estados Unidos, y escribió varias obras de su especialidad sobre los indios norteamericanos.

## [96]

291. George Brinton McClellan (1826-1885), político estadounidense y héroe militar de la Guerra de Secesión. Llegó a ser comandante en jefe del ejército (1861-1862). Fue candidato del Partido Demócrata a la presidencia de la República, en 1864; posteriormente, fue gobernador del Estado de Nueva Jersey en (1878-1881).

292. John Edward McCullough (1837-1885), actor estadounidense de origen irlandés.

293. «Josh Billings». Se refiere al nombre de pluma del escritor satírico estadounidense Henry Wheeler Shaw (1818-1885), de gran fama y aprecio. Su primera colección fue *Josh Billings: His Sayings* (1869), mas su humor de mejor calidad fue publicado en su *Farmer's Almanax* (1869-80), publicado una vez al año.

## [97]

294. David Hill Bennett (1843-1910), político estadounidense, uno de los líderes del Partido Demócrata de la época. Fue elegido gobernador por el Estado de Nueva York en 1885, y posteriormente reelecto (1888). Fue también senador por el Estado de Nueva York (1892-1897).

295. Ira Davenport (1841-1904), político estadounidense, miembro del Partido Republicano. Miembro de la Casa de Representantes por el Estado de Nueva York (1885-1889) y candidato a gobernador de Nueva York en 1885.

296. Joseph Benson Foraker (1846-1917), conocido como Joseph B. Foraker, político estadounidense, miembro del Partido Republicano y gobernador de Ohio (1886-1890). Posteriormente fue senador (1897-1909) y candidato interno del partido para las elecciones presidenciales (1908).

297. William Mahone (1826-1895), militar y político estadounidense. Presidente de la Norfolk and Petersburg Railroad Company (1861) y senador por Virginia (1881-1887), lo que le valió el control virtual de la política estatal de Virginia de aquellos años.

### [99]

298. Thomas Andrews Hendricks (1819-1885), político norteamericano. Se graduó de jurisprudencia y se le admitió a la profesión en 1843. Militó en las filas del Partido Demócrata y fue elegido miembro de la legislación estadual de Indiana en 1848. Fue miembro de la Cámara de Representantes de Estados Unidos (1851-1855), y del Senado (1863-1869). En 1872 y hasta 1877 fue Gobernador del estado de Indiana. Fue candidato a la vicepresidencia en 1876, pero no fue electo. En 1884 fue elegido vicepresidente en el gobierno de Grover Cleveland, pero falleció a los ocho meses de tomar posesión de su cargo.

299. J. A. Gibson. Se refiere a Albert M. Gibson, autor del libro titulado *A Political Crime; The History of The Great Fraud* (Nueva York, W. S. Gottsberger, 1885), dedicado al fraude electoral mediante el cual Rutherford Hayes asumió la presidencia de Estados Unidos frente a Samuel Tilden.

## 1886

### [101]

300. Agustín Moreto y Cabaña (1618-1669), poeta y dramaturgo español, considerado el continuador de Calderón. Es autor de algunas piezas históricas y de comedias, entre las que destaca *El desdén con el desdén*, a la que Martí hace aquí referencia.

301. Helena Modjeska (1840-1909), actriz polaca, considerada una de las más importantes de Polonia. Vivió junto a su marido y un pequeño número de amigos en el sur de California. Su carrera de actriz duró cerca de treinta años y aun sin perder su acento polaco, se transformó en la actriz de Shakespeare más célebre. En 1883 hizo su debut profesional en los Estados Unidos, en la obra *Una casa de muñecas* de Ibsen.

302. Alusión a Peggy Eaton, la esposa del secretario de Guerra, John Eaton, durante la presidencia de Andrew Jackson, que le significó una serie de escándalos a la administración.

303. James Madison (1751-1836), político estadounidense, uno de los fundadores del Partido Republicano y presidente de los Estados Unidos (1809-1817).

304. Creemos que Martí se refiere a John Adams (1735-1826), uno de los redactores de la Constitución y segundo presidente de los Estados Unidos (1797-1801); aunque, debido a la ambigüedad de la frase, bien podría tratarse de John Quincy Adams (1767-1848), sexto presidente de los Estados Unidos (1825-1829).

### [103]

305. Quinto Horacio Flaco (65-8 a. C.), poeta lírico y satírico romano, autor de obras maestras de la edad de oro de la literatura latina. Horacio, uno de los grandes poetas de Roma, escribió obras de cuatro tipos: sátiras, epodos, odas y epístolas. Sus *Sátiras* abordan cuestiones éticas, como el poder destructor de la ambición, la estupidez de los extremismos y la codicia por la riqueza o la posición social. El Libro I (35 a. C.) y el Libro II (30 a. C.) de las *Sátiras*, ambos escritos en hexámetros, eran una imitación del satírico Lucilio. Las diez sátiras del Libro I y las ocho del Libro II están atemperadas por la tolerancia. Aunque los *Epodos* aparecieron también el 30 a. C., se escribieron con anterioridad, ya que reclaman con pasión el fin de la guerra civil, que terminó con la victoria de Octavio sobre Antonio en Actium en el año 31 a. C., y critican mordazmente los abusos sociales. Los 17 poemas cortos en dísticos yámbicos de los *Epodos* constituyen adaptaciones del estilo lírico griego creado por el poeta Arquíloco. La poesía más importante de Horacio se encuentra en las *Odas*, Libros I, II y III (23 a. C.), adaptadas –y algunas, imitaciones directas– de los poetas Anacreonte, Alceo y Safo. En ellas pone de manifiesto su herencia de la poesía lírica griega y predica la paz, el patriotismo, el amor, la amistad, el vino, los placeres del campo y la sencillez. Fueron muy imitadas por poetas renacentistas europeos. *Ars poetica*, su obra más larga, ensalza a los maestros griegos, explica la dificultad y seriedad del arte de la poesía y proporciona consejos técnicos a los poetas aspirantes. Leuconoe es un amigo a quien Horacio dedicó una oda.

### [104]

306. «la compañía de Bell». Se refiere a la compañía de Alexander Graham Bell (1847-1922), inventor de origen inglés. Debe su fama al invento del teléfono y a sus estudios para limitar los efectos de la sordera. Sus experimentos con su ayudante Thomas Watson los probó definitivamente con éxito el 10 de marzo de 1876. Especialmente una demostración, en 1876 durante la Exposición del Centenario en Filadelfia (Pensilvania), lanzó su invento a todo el mundo y le llevó a organizar en 1877 la Compañía de Teléfonos Bell.



## [105]

307. Referencia a la famosa abadía de Westminster, en Londres, donde se hallan las tumbas de los reyes y de los grandes hombres de Gran Bretaña. Está dedicada a San Pedro y su construcción finalizó en 1245, aunque se le hicieron modificaciones ulteriores. Se efectúan aquí las ceremonias de coronación de los reyes desde los tiempos de Guillermo el conquistador. En su nave central se encuentra la Tumba al Soldado Desconocido.

308. Walhalla. En la mitología germana, la morada de los dioses. Valhala (del antiguo escandinavo *Valhöll*, significa «sala de los muertos»); en la mitología escandinava, sala de los héroes muertos, regidos por Odín, en el reino de los dioses, llamado Asgard. Las almas de los soldados heroicos muertos en batalla eran llevadas a Valhala por jóvenes guerreras llamadas valquirias.

309. Francis Ellingwood Abbot (1836-1903), escritor, librepensador estadounidense y promotor del trascendentalismo. Entre 1870 y 1880 es editor del periódico de librepensamiento *The Index*. Escribió un sinnúmero de artículos sobre temas metafísicos y, publicado en forma de libro, *El teísmo científico* (*Scientific Theism*, 1886).

## [106]

310. Martí nombra aquí a diversos pintores de renombre en aquella época, de los que destacamos a los franceses Jules Breton (1827-1906), Jean Léon Gérôme (1824-1904), Jean-François Millet (1814-1875), Eugène Delacroix (1798-1863), Eugène Fromentin (1820-1876), Édouard Detaille (1848-1912), Jean Georges Vibert (1840-1902); el catalán Mariano Fortuny (1838-1874); el vasco Eduardo Zamacois y Zabala (1842-1871).

311. Ching-te (1004-1007), emperador de la dinastía Sung. En su tiempo la porcelana alcanzó un considerable desarrollo. El poblado de Fou-liang se convirtió en un gran centro de producción de porcelana, que existe hasta nuestros días.

La dinastía de los Tching dominó la China durante tres siglos (1644-1911). En aquellos tres siglos, sobresalió el reino del monarca Khang-hy (o Khang-hsi) (1662-1722), hombre cultivado.

## [108]

312. «Los sucesos tremendos han sido en Chicago». Los sucesos de la plaza Haymarket que aquí se narran, ocurrieron el 4 de mayo de 1886. Para cuatro días antes, la Federación de Trabajadores había señalado la fecha límite para la concesión de la jornada diaria de ocho horas de trabajo a los obreros.

313. Uriah Smith Stephens (1821-1882), reformador estadounidense instrumental en la fundación de «Los Caballeros del Trabajo» (*Knights of Labor*), en 1869, la primera organización obrera de los Estados Unidos.

314. Terence Vincent Powderly (1849-1924), líder obrero estadounidense quien dirigió «Los Caballeros del Trabajo» entre 1879 y 1893. De familia de origen irlandés, fue nombrado segundo vicepresidente del *Irish Land League* (la Liga Agraria Irlandesa) en Estados Unidos, al momento de su fundación.

### [109]

315. Banquo. Gobernador durante el reinado de Duncan, rey de Escocia (siglo XI), y uno de los personajes de *Macbeth*, la conocida obra de Shakespeare.

### [111]

316. John A. Logan (1826-1886), militar y político estadounidense, héroe de la Guerra Civil y senador republicano por el Estado de Illinois (1871-1877, 1879-1886). Fue candidato a la vicepresidencia de la República en 1884.

### [112]

317. Paul Durand-Ruel (1831-1922), comerciante de obras de arte francés, conocido por haber apoyado el movimiento impresionista.

318. Martí hace aquí referencia a diversos pintores y escultores: los pintores franceses Édouard Manet (1832-1883), Jean-Paul Laurens (1838-1921), Alfred Philippe Roll (1846-1919), Henry Lerolle (1848-1929) y Auguste Renoir (1841-1919); los españoles Jaume Hugué (1415-1492), Diego de Silva Velázquez (1599-1660) y Francisco de Goya y Lucientes (1746-1828).

### [113]

319. Jefferson Davis (1808-1889), militar y político estadounidense. Miembro de la Cámara de Representantes y luego del Senado, fue uno de los responsables de la Guerra de Secesión. Dirigió la Confederación (1861) y fue arrestado por los nordistas (1865), permaneciendo posteriormente dos años en prisión, en el fuerte Monroe, sin jamás llegar a ser juzgado.

## [116]

320. Lupericio Leonardo de Argensola (1559-1613), escritor español. Teofrasto (372-287 a. C.), filósofo griego peripatético, consagrado principalmente a la filosofía botánica.

## [119]

321. Acanto, del latín «acanthus», espina. Se les da el mismo nombre a las hojas de cardo empleadas como motivo ornamental, por ejemplo en los capiteles corintios.

## [121]

322. Tal como lo relata el crítico Carlos Ripoll, según un despacho enviado desde El Paso, Texas, al *Baltimore Sun*, el 23 de julio de 1886, Augustus K. Cutting era un hombre de 40 años, que editaba en El Paso del Norte (hoy Ciudad Juárez), México, un periódico titulado *El Centinela*. A principios de ese año un tal Emilio Medina concibió la idea de publicar otro periódico que haría la competencia al de Cutting, y en un panfleto Medina dio a conocer su proyecto entre los comerciantes de la localidad. No demoró Cutting en denunciarlo alegando que el plan era un fraude para perjudicar *El Centinela*. El ataque era un libelo infamatorio, y, a petición del ofendido, el juez mexicano le ordenó a Cutting que realizara un acto de «reconciliación» y que se retractara públicamente de cuanto había dicho de Medina. Cutting accedió, pero se fue a Texas e hizo publicar en el *Sunday Herald*, de El Paso, el 20 de junio de ese año, un aviso, en español y en inglés, en el que de nuevo atacaba a Medina diciendo que era un cobarde y que tenía muy mala reputación (un «fraud» y un «deadbeat») y que el juez de México lo había forzado a retractarse de lo que había dicho de él, a quien retaba arrogante con estas palabras: «I will be pleased to grant him all he may desire at any time in any manner...».

No conforme con el nuevo libelo, Cutting cruzó otra vez la frontera y repartió entre los comerciantes de El Paso del Norte lo publicado en el *Sunday Herald*. Esta vez lo arrestaron por difamación: Medina reclamaba daños y prejuicios alegando que no podría seguir en negocios por las calumnias de Cutting. Por su parte, Cutting no prestó fianza, se negó a nombrar un abogado defensor y a hacer declaraciones ante el juez: aseguraba que si no lo ponían en libertad lo harían las tropas estadounidenses establecidas en Texas; dijo: «I am now in the hands of my Government and ignore your court altogether».

Con instrucciones de Washington, el cónsul americano en el lugar, J. Harvey Brigham, demandaba que soltaran de inmediato al preso, pero las autoridades mexicanas insistían en juzgarlo. Envalentonado Medina al ver en la cárcel a su enemigo, armado con un revólver trató de forzar su entrada en la residencia del cónsul, y entonces también lo arrestaron, y fue a dar a la celda contigua a Cutting. Para humillar al mexicano trató Cutting de sobornar al jefe del penal para que trasladaran a Medina a su celda y así poder castigarlo con sus manos. Las protestas en Washington, del secretario de Estado, Thomas F. Bayard, y las respuestas de México, caldeadas por viejas enemistades y ren-

cores, acercaron a los dos países a la guerra. Primero se llegó a temer que el pueblo asaltara la cárcel para linchar al americano; luego, que el gobierno de Grover Cleveland ordenara invadir México. El 6 de agosto el juzgado de El Paso del Norte condenó a Cutting a un año de cárcel y 600 dólares de multa, pero dos semanas más tarde el Tribunal Supremo de Chihuahua, lo puso en libertad al retirar su demanda el ofendido Medina. Pero por el caso de Cutting se siguió discutiendo, con similar pasión, la extraterritorialidad de la ley mexicana: si un acto punible por su Código Penal, aunque fuera del territorio, era de la competencia de los tribunales mexicanos.

En sus días el incidente de Cutting tuvo una gran resonancia. Los legisladores de Washington, el presidente Cleveland y su Secretario de Estado, y la prensa, recibían demandas en favor de declarar la guerra a México. Por su parte el presidente Porfirio Díaz y sus consejeros respondían al clamor popular de los mexicanos pidiendo no ceder ante las amenazas de los «gringos».

El 18 de agosto publicó el *Daily News*, de Nueva York, la carta de una figura prominente de Texas, visitante de la ciudad, quien aseguraba tener 12.000 hombres armados para invadir México; había ido a Nueva York, aclaró, para levantar fondos que costearan la empresa. En ese mes, sobre el caso de Cutting, le confiesa Martí en carta a Manuel A. Mercado, su amigo mexicano: «Sufro tanto de esto como si viera en peligro de muerte a mi propia tierra...».

Para entender la inquietud de Martí corresponde también examinar la prensa estadounidense de esos días. *The New York Times* del 23 de julio hablaba de la guerra inminente por la antigua enemistad entre mexicanos (a los que en forma peyorativa llaman «greasers») y los americanos; éstos, decía, acababan de emplazar cañones al borde del Río Grande amenazando bombardear El Paso del Norte si no ponían en libertad a Cutting; y añadía este comentario sobre la mala voluntad de los americanos hacia sus vecinos del sur:

All the native hatred of the Mexicans is aroused and the veterans who fought against Santa Anna under Houston, and those younger ones who went to Monterrey, Buena Vista and the city of Mexico with Scott and Taylor find interested audiences when telling of the campaigns and the treachery of the «greasers».

Al día siguiente, en un despacho desde Fort Worth, se lee en los titulares del mismo periódico: «Texans Ready for War; Anxious to Avenge Insults and the Defiance of the Mexicans»; y el 28 de julio, por un informe llegado de El Paso, dicen: «Texans Anxious for War. Texans Itching for War»: es que, para excitar los ánimos, reproducían el rumor de que Cutting había sido asesinado. El día 29 John Ireland, gobernador del Estado de Texas, ante la indecisión de Washington, amenazaba actuar por cuenta propia; el titular del *Times* decía: «Fire-Eating Texans mad because war isn't declared». El 9 de agosto reprodujeron en Nueva York la noticia, llegada de la frontera, de que una alta autoridad de México había asegurado que si los texanos cruzaban el río se le cortaría la cabeza a Cutting con el fin de «deliver it to the Americans».

La experiencia de Cutting en El Paso del Norte lo consagró como un ferviente imperialista: tres meses después de ponerlo en libertad, el 27 de noviembre *The New York Times* reprodujo un despacho desde Fort Worth en el que hablaba de su propaganda en



contra de México; dice el titular: «Cutting still talking. How He and Others Propose to Civilize a Part of Mexico». Cutting organizó, con otros tres sujetos, una gira por varias ciudades del norte de los Estados Unidos con el propósito de levantar fondos para invadir México: «When I can show certain parties in the North that I can get 8,000 men, I can get all the capital needed», declaró a la prensa. En su campaña para lograr el capital necesario iba a aprovecharse del sentimiento antiesclavista que aún se mantenía vivo en aquellas regiones y así librar de su «esclavitud» a los peones mexicanos. Comentaba el periodista: «They [Cutting y sus amigos] believe that the old abolition feeling is as strong as ever against any kind of slavery, and say that peonage in Mexico is many times more galling than slavery in the United States ever was».

No había pasado un año del incidente mexicano de Cutting, cuando este personaje entró de nuevo en la preocupación de Martí. Para *El Partido Liberal*, de México, Martí escribió sobre cierta «Liga de Anexión Americana», reunida en Nueva York, en junio de 1887, y dijo: «Era de noche, como conviene a estas cosas, cuando en los salones de un buen hotel de New York se reunieron en junta solemne los directores de la Liga de Anexión Americana, para tributar honores al Presidente de la Compañía de Ocupación y Desarrollo del Norte de México, al coronel Cutting...». Cutting –a quien entonces Martí llama «coronel», y no «editor», como siempre lo llamó la prensa en inglés– hizo en aquella oportunidad «una aleva pintura de su prisión en México», y afirmó que el objeto de su Compañía era «desposeer a México de los Estados del Norte» con la ayuda de sus habitantes, «dispuestos a acogerse a los Estados Unidos...».

### [132]

323. El terremoto que destrozó la ciudad de Charleston ocurrió el 31 de agosto de 1886. Según Allen W. Phillips, la fuente más inmediata de información de que se valió Martí fueron las narraciones del suceso publicadas por Henry Grady en el diario *New York Herald* del 1 al 9 de septiembre.

324. Ciudad de Charleston. Una de las más antiguas ciudades del Sudeste de los Estados Unidos. Situada en el Estado de Carolina del Sur, cuenta con un importante puerto en el Atlántico. Fue, en un primer tiempo, uno de los mayores centros de la guerra de Secesión (1861-1865). Todas las referencias bélicas que hay en esta crónica aluden a esta guerra.

325. El fuerte Sumter. Una de las fortificaciones situadas en la entrada a la bahía de Charleston. El ataque a este fuerte, el 12 de abril de 1861, rompió el fuego entre los dos grupos de estados.

326. La barca Puig. El puerto de Charleston mantenía en el siglo XIX un activo comercio con varias naciones europeas; y las embarcaciones de bandera española superaban con creces el tonelaje de las de los otros países. Según José Olivio Jiménez, es posible que Martí aludiera aquí a algún naufragio de una nave pequeña («barca»),

probablemente de la Compañía Naviera Puig, de origen catalán, pues los registros del puerto documentan muchos sucesos de esta índole.

327. Martí aquí alude a importantes personajes de la política y la diplomacia, nacidos todos en Charleston: John C. Calhoun (1782-1850), congresista norteamericano. Fue Secretario de Guerra con el gobierno de Monroe y vicepresidente en los gobiernos John Quincy Adams y el general Jackson. Apoyó la esclavitud en el Sur y la anexión de Texas; James Caddens (1788-1858); Edward Rutledge (1794-1800); y Tomas Pickney (1746-1828).

328. Salón hiberniano. Relativo a Hibernia, nombre latino de Irlanda; por tanto, irlandés.

329. Se refiere a Andrew Gordon Magrath (1813-1893), juez federal del Estado de Carolina del Sur, quien se convirtió en líder del movimiento secesionista sureño. Aquí, Martí alude al episodio en que Magrath pronunció un combativo discurso llamando a la acción, al final del cual renunció a su cargo (que lo ligaba a la Unión) y se quitó la toga. A pesar de lo que pueda dar a entender el texto, Magrath no murió durante la Guerra de Secesión.

### [133]

330. Sodoma y Gomorra. Las antiguas ciudades destruidas por una lluvia de fuego, según la Biblia, como castigo divino a los pecados de sus habitantes.

331. El monte Horeb. Uno de los picos del monte Sinaí, donde Moisés recibió de Dios la Ley de su pueblo.

332. Alleghany. Cadena montañosa del Este de América del Norte, también llamada de los Apalaches, que corre paralela a la costa del Atlántico.

### [134]

333. Albert R. Parsons, periodista y político nacido en Alabama. Fue director y propietario de varias publicaciones periódicas. Abogó intensamente por los derechos civiles de los negros y la jornada de ocho horas de trabajo para todos los obreros.

334. Spies. Nacido en Alemania, había emigrado en 1872 a Nueva York donde se dedicó a la tapicería de muebles. Bajo su dirección, el *Arbeiter Zeitung* (Diario del Trabajador) se convirtió en el diario en alemán de mayor circulación en los Estados Unidos.

335. Michael Schwab, alemán nacido en 1853, encuadernador de libros y gran lector de Goethe, Schiller y otros románticos alemanes. Fue colaborador de Spies en el *Arbeiter Zeitung* y publicó su autobiografía en el periódico laboral *Knights of Labor* (Los Caballeros del Trabajo).

## [136]

336. La «mulata» Lucy Parsons, esposa de Albert Parsons, recorrió los Estados Unidos hablando en defensa de su marido.

337. Adolph Fischer, alemán, sin fecha de nacimiento conocida. Cooperaba como tipógrafo en el periódico de Spies.

338. Sarah Bernhardt. Se refiere a Henriette Rosine Bernard, llamada Sarah Bernhardt (1844-1923), actriz francesa cuyas interpretaciones y belleza le rindieron fama mundial. Recordadas son sus interpretaciones de *Fedra* y *La dama de las camelias*. En 1862 ingresó en la Comedia Francesa, pasando luego al Odeón (1869), para volver a la Comedia en 1872. En 1880 emprendió largas giras por el extranjero. Dirigió el Teatro Renaissance desde 1893. En 1898 alquiló el Teatro de las Naciones, al que dio su nombre. En 1915 se le amputó una pierna, a pesar de lo cual siguió representando. Escribió obras teatrales como, por ejemplo *La Confesión* y *Adrienne Lecouvreur* de la cual fue protagonista, además de unas memorias. Desde 1907 fue profesora del Conservatorio de París y en 1914 se le concedió la Cruz de la Legión de Honor.

## [139]

339. Bob y Alf Taylor. Luego de derrotar a Alf en la llamada campaña de la «Guerra de las Rosas» en 1886, Bob, el demócrata, asumió como gobernador (durante tres períodos) y luego como senador, hasta el momento de su muerte, en 1912. Alf asumió como gobernador más tarde: en 1921.

## [140]

340. Su nombre oficial es «La libertad iluminando al mundo». Colosal estatua metálica erigida en la isla de Bedloe ærebautizada en 1956 como Isla de la Libertadæ, en la bahía de New York. Fue un obsequio del pueblo francés al pueblo norteamericano. El escultor fue Frédéric Auguste Bartholdi; el ingeniero, Alexandre Gustave Eiffel, y el arquitecto de la base, Richard Morris Hunt. La antorcha de la estatua se eleva a 395 pies sobre las aguas de la bahía, y en el momento de su inauguración era la mayor altura sobre la ciudad de New York.

El 28 de octubre de 1886 fue inaugurada oficialmente la Estatua de la Libertad en la ciudad de Nueva York. Al conocer la crónica que Martí escribió relatando tal suceso, Domingo F. Sarmiento recomendó al escritor argentino Paul Groussac que la tradujese al francés, diciéndole: «En español nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí, y después de Victor Hugo, nada presenta Francia de esta resonancia de metal».

Como parte de las actividades por el centenario de la Estatua de la Libertad, se creó una organización encargada de grabar en una pared, cerca de ella, en Ellis Island, nom-

bres de inmigrantes que entraron en este país por la bahía de Nueva York, cuyos descendientes quisieran perpetuar su memoria. Tres años después de escribir este trabajo se incluyó el nombre de «José Julián Martí y Pérez» entre los miles que aparecen en la pared inmensa (en la letra «P», por su segundo apellido). En el certificado que acredita el recuerdo, expedido el 14 de abril de 1989, se lee lo siguiente:

The Statue of Liberty-Ellis Island Foundation, Inc., proudly presents this Official Certificate of Registration in The American Immigrant Wall of Honor to officially certify that JOSE JULIAN MARTI Y PEREZ who came to America from CUBA, is among the courageous men and women who came to this country in search of personal freedom, economic opportunity and a future of hope for their families.

341. Isla de Bedloe. Pequeña isla en la bahía de Nueva York donde fue colocada la Estatua de la Libertad, nombrada *Liberty Island* desde 1956.

342. Frédéric A. Bartholdi (1834-1904), escultor francés, nacido en Alsacia, quien construyó la Estatua.

343. Édouard René Laboulaye (1811-1883), literato y político francés, a quien se atribuye la idea de la Estatua. No llegó a verla instalada pues murió pocos años antes de su inauguración.

344. Henri Martin (1810-1883), historiador y político francés, autor de una difundida *Historia de Francia*.

345. Ferdinand de Lesseps (1805-1894), diplomático francés, promotor y realizador del canal de Suez, que pudo concluir en 1869. Suya también fue la iniciativa de la construcción del canal de Panamá.

346. Eugène Spuller (1835-1896), político y escritor francés, gran amigo, secretario y colaborador de Léon Gambetta. Martí, en este párrafo, menciona numerosas personalidades francesas, políticas y militares, que asistieron como invitados a los actos de inauguración de la Estatua. La mayor parte de los actos heroicos a los que se aluden fueron episodios de la guerra franco-prusiana (1870-1871).

347. «A pedir la Alsacia para Francia». A consecuencia de la guerra franco-prusiana, que terminó catastróficamente para Francia en 1871, este país perdió los territorios de Alsacia y de Lorena, tradicionalmente suyos.

348. *Monitor*. Barco fluvial de guerra usado con éxito por los federales o nortños en la Guerra Civil o de Secesión (1861-1865).

349. «Ni el Apolo de Rodas». Los periódicos neoyorquinos de la época publicaron por aquellos días continuas menciones de las numerosas estatuas colosales del mundo moderno y de la antigüedad, a las cuales la Estatua de la Libertad venía a superar en



proporciones. Martí debió de tomar de tales artículos las referencias que cita en este párrafo.

350. Richard S. Storrs, pastor protestante estadounidense del siglo XIX, orador sagrado y escritor que intervino notablemente en la vida religiosa y pública del condado de Brooklyn (Estado de Nueva York) y de todo el país.

351. Mount Vernon. Lugar del Estado de Virginia, hogar de George Washington, donde yace enterrado.

352. Alusión a la novela de ese título de Víctor Hugo, referida al año 1793, o del Terror, el más cruel y violento de toda la Revolución Francesa, iniciada en 1789.

353. Olmütz. Ciudad de Moravia en Europa Central, famosa por sus murallas, fortificaciones y prisiones. Allí estuvo preso Lafayette en 1792.

354. Doxología. Canto de gloria y oración en gratitud por alguna victoria.

355. ¡Adiós, mi único amor! Posible referencia a «Good-bye, My Love, Good-bye», canción de origen inglés (atribuida a T. H. Allen, compuesta en 1882), muy popular en la época.

## [142]

356. Nathaniel Hawthorne (1804-1864), novelista y cuentista estadounidense, considerado un maestro del relato simbólico y alegórico. Uno de los grandes escritores de los Estados Unidos, entre sus obras más conocidas destacan *La Letra Escarlata* (*The Scarlet Letter*, 1850) y *La Casa de los Siete Tejados* (*The House of the Seven Gables*, 1851).

## [144]

357. Mihály (von) Munkácsy (1844-1900), pintor húngaro. Su verdadero nombre fue Mihály Lieb. El sobrenombre se debe a su hogar de nacimiento, el pueblo de Munkacsy. Debió su primera fama al dibujo. Sus obras hacen gala de un acendrado sentimiento religioso y una patente caracterización; figuran entre ellas: *El último día de un condenado a muerte*, su primer cuadro de importancia que le valió una medalla en París (1870); *Milton y sus hijos* (1878); *Cristo ante Pilato* (1881) y *La Crucifixión* (1884).

358. Franz Liszt (1811-1886), célebre compositor y pianista húngaro, de incontestable influencia sobre la música europea. Conocidas son sus obras para piano, en especial sus *Doce estudios de ejecución trascendental* (1838), además de sus dos *Conciertos para piano y orquesta* (1849) y las diecinueve *Rapsodias húngaras* (1860), entre otras.

359. Sándor Petőfi (1823-1849), poeta húngaro y héroe nacional. Representante del romanticismo, fue el inspirador de la revolución húngara de 1848 con su himno «¡En pie, magiares!». Murió en el campo de la batalla de Segesvar, defendiendo la independencia de su país. Entre sus obras destacan *El herrero* (1844), *El héroe Janos* (1844) y *El Apóstol* (1848), novela en verso.

360. Lajos Kossuth (1802-1894), político húngaro, gran orador y jefe del partido de oposición que tuvo un papel importante en la revolución de 1848. Al lograr la independencia húngara de Austria, se convierte en el presidente de la Comisión de Defensa de la Patria. Posteriormente, se transforma en gobernador del país, mas, ante las innumerables presiones internas y de Austria, demite en 1849, para exiliarse en Turquía, Inglaterra e Italia.

361. Ludwig Knaus (1829-1910), pintor alemán. Retratista y pintor de género, entre 1845 y 1852 trabajó en Düsseldorf en el taller de Schadow; después fue a París donde permaneció desde 1852 hasta 1860. Durante 1857 vivió en Italia. Regresó luego a Alemania y se estableció sucesivamente en Berlín y en Düsseldorf. Recibió medallas en Múnich, Berlín y París. De sus cuadros, se encuentran en Colonia: *La jattevide*, y en Berlín, *Fête d'enfants*.

## 1887

### [148]

362. Humphrey Dhabí (1778-1829), químico y físico inglés. Logra aislar los metales alcalinos por electrólisis y descubre el arco eléctrico, entre otras aportaciones a la ciencia.

363. Michael Faraday (1791-1867), físico y químico inglés, conocido principalmente por sus aportes respecto a las propiedades magnéticas de la corriente eléctrica y las leyes de la electrólisis. Concibió el primer motor electromagnético.

364. Justus von Liebig (1803-1873), químico alemán. Formula un método de aplicación general para el análisis de compuestos orgánicos. Autor de la clasificación de las tres grandes clases de alimentos.

### [149]

365. Henry Ward Beecher (1813-1887), ministro presbiteriano. Hermano de la escritora Harriet Beecher Stowe, fue de aquellos ciudadanos que apoyaron de modo beligerante el sufragio femenino y el abolicionismo.

366. Theodore Tilton (1835-1907), escritor y periodista estadounidense, conocido por sus artículos políticos y reformistas, así como orador en favor de los derechos de la mujer y, antes de la Guerra Civil, en favor de la abolición de la esclavitud.

[150]

367. «Sogarth Aroon». En irlandés (gaélico), nombre dado a los sacerdotes católicos irlandeses, que connotaba una serie de características morales y de defensa de la religión católica y de los pobres. El sacerdote jesuita Michael O'Connor publica en 1869 una conferencia, titulada *Sogarth Aroon: or, the Irish priest* (Baltimore, John Murphy, 1869), en la cual indica tales características y virtudes.

368. Edward McGlynn (1837-1900), sacerdote católico que rompió con la jerarquía de la Iglesia, debido a sus ideas progresistas respecto a la educación laica y demandas sociales, lo que finalmente le valió la excomunión. En 1887, funda la Sociedad Antipobreza, destacándose como orador y articulista en defensa de los pobres y apoyando a Henry George como candidato a alcalde de Nueva York, en 1886. Martí se referirá en otras crónicas al padre McGlynn.

[152]

369. «El conde de Chatham». Se refiere a William Pitt (1708-1778), primer conde de Chatham, político inglés, uno de los más populares de la historia de Inglaterra.

[153]

370. Catharine Wolfe (1828-1887), filántropa estadounidense, conocida por fundar hospitales y escuelas en Nueva York, así como por el establecimiento de capillas en Roma y París.

371. Andrew Carnegie (1835-1919), industrial y filántropo estadounidense de origen escocés. Carnegie dedicó el final de su vida a repartir su enorme fortuna ganada con la industria del acero. Siguiendo los principios desarrollados en su ensayo *Gospel of Wealth* (*Evangelio de riqueza*, 1889), Carnegie devolvió 300 millones de dólares a la sociedad, principalmente a través de fundaciones y *trusts*. En 1886 publica *Triumphant Democracy* (*La Democracia Triunfante*, ed. rev. 1893).

372. John Sherman (1823-1900), político estadounidense, miembro del Partido Republicano. Miembro de la Casa de Representantes (1855-1861) y del Senado (1861-1877, 1881-1897), apoyó la candidatura de Rutherford B. Hayes a la presidencia en 1876. Fue varias veces propuesto como candidato para representar al Partido Republicano en

las elecciones presidenciales, sin poder llegar a contar con los votos necesarios para serlo.

### [154]

373. Martí hace referencia al poema oriental *Lalla Rookh* del poeta irlandés Thomas Moore (1779-1852). El extenso poema narrativo, publicado por primera vez en Londres, en 1817, lo forman cuatro cuentos, de fuerte sabor romántico, en verso con pasajes en prosa. Son la invención del joven trovador que acompañó a Lalla Rookh cuando ésta se dirigía desde Delhi, en la India, hasta Cachemira, para allí casarse con el joven rey de Bujara, a quien nunca había visto. Feramorz, el trovador, se presentó a Lalla Rookh como enviado del prometido para entretenerla durante el viaje, pero ella se enamoró de él y sufría pensando en su compromiso. Al llegar a su destino, sin embargo, la bella Lalla Rookh, que según Moore significa «mejillas de tulipán», descubre que el apuesto trovador era el propio rey con quien se iba a casar.

Martí llevó a cabo una traducción al español del *Lalla Rookh* de Moore; sin embargo, el manuscrito se encuentra desaparecido.

### [155]

374. Martí menciona aquí a diversos pintores, entre los que mencionaremos a los españoles José Jiménez Aranda (1837-1903), Vicente Palmaroli González (1834-1896), Eduardo Zamacois y Zavala (1842-1871) y el neoclásico José Madrazo y Agudo (1781-1859); los italianos Giuseppe de Nittis (1846-1884), Francesco Paolo Michetti (1851-1929), Giovanni Boldini (1842-1931); el pintor croata Ivan Simonetti (1817-1880); los franceses Jean-Louis-Ernest Meissonier (1815-1891), Rosa Bonheur (1822-1899), Jean-Léon Gérôme (1824-1904), Charles-François Daubigny (1817-1878), Édouard Dubufe (1820-1883), Louis-Eugène Lambert (1825-1900), Constant Troyon (1810-1865), William Adolphe Bouguereau (1825-1905), Adrian Moreau (1843-1906); el veneciano Tiziano (c. 1477-1576); el alemán Adolf Schreyer (1838-1899); el estadounidense Albert Bierstadt (1830-1902); y el flamenco Rembrandt (1606-1669).

### [156]

375. Alfred J. Tennyson (1809-1892), poeta inglés considerado como una de las figuras más importantes en la lírica de la época victoriana.

376. Robert Buchanan (1841-1901), poeta y dramaturgo escocés que se opuso en su tiempo a los refinados principios estéticos de los prerrafaelistas.

377. Edgar Allan Poe (1809-1849) es considerado, junto a Whitman, una de las dos grandes figuras de la literatura estadounidense del siglo XIX. Además del poema «El



cuervo» (traducido al castellano por J. R. Pérez Bonalde), sus narraciones, llenas de fantasía y misterio, adquirieron pronta fama. Sus ideas sobre la composición poética, de inmediata repercusión en Europa a través de Baudelaire (traductor al francés de Poe), lo convierten en uno de los iniciadores del espíritu moderno en poesía.

378. Safo. Poetisa griega (siglo VI a. C.) conocida por los fragmentos de su poesía erótica, de intensidad pasional.

379. «Virgilio por Cebetes». El literato Tiberio Claudio Donato escribió una *Vida* de Virgilio que llegó a ser muy conocida y a usarse posteriormente y con frecuencia como prólogo a las ediciones y traducciones del autor clásico. Allí escribe Donato: «Virgilio tuvo una afección particular por dos jóvenes esclavos. Uno se llamaba Cebes y el otro Alejandro. Este último, que fue el tema de una égloga (la Bucólica II, cuyo asunto es el amor desgraciado del pastor Corydon por el joven Alexis), le había sido regalado a Virgilio por su amigo Asinio Pollion. Los cuidados que aquél puso por formar el espíritu de ambos no fueron inútiles. Él hizo un poeta de Cebes y un gramático de Alejandro». Martí, según José Olivio Jiménez, hace derivar la forma *Cebetes* del acusativo, y no del nominativo *Cebes*, que hubiera sido más correcta.

380. Giges (o Gyges) y Licisco son personajes literarios masculinos de Horacio. El primero da tema a una de sus *Odas* (Libro II, 5); el segundo aparece ocasionalmente mencionado en el *Epodo* 11, verso 24. En algunas traducciones castellanas de Horacio, observa José Olivio Jiménez, el joven Licisco aparece extrañamente metamorfoseado en la cortesana Licisca.

381. Palabras francesas que significan, respectivamente, amigo; exaltado; comadrón o partero; negligente o perezoso; unión, conjunto o armonía.

### [157]

382. Se refiere al río Bravo del Norte, que nace en Colorado (EE.UU.), atraviesa Nuevo México y Texas, y desemboca en el Golfo de México.

383. Martí se refiere a Benito Juárez (1806-1872), el gran estadista liberal mexicano, considerado el más progresista e insigne presidente de la república de México en el siglo XIX. Tal como lo esboza Martí, Juárez era de origen humilde e indígena.

384. Se refiere al periodista estadounidense A. K. Cutting, quien protagonizó el conocido incidente que casi llevó a la guerra a los Estados Unidos y México, descrito por Martí en una crónica anterior (nº 121).

385. Charles Dudley Warner. Escritor estadounidense, coautor, junto a Mark Twain, del libro *The Gilded Age* (1873).

386. John Burroughs (1837-1921), ensayista y naturalista estadounidense quien vivió y escribió a la manera de Henry David Thoreau, estudiando y celebrando la naturaleza.

[159]

387. «El arpa de Erin». Alusión a la antigua tradición celta de Irlanda.

388. Michael Davitt (1846-1906), activista irlandés, fundador del *Irish Land League* (1879).

389. Mujik: campesino ruso; kumis: licor hecho en base a leche de yegua fermentada.

390. Se refiere al poema *Lalla Rookh* de Thomas Moore (véase nota 373).

[160]

391. Francis Richard Stockton (1834-1902), cuentista y novelista estadounidense de veta humorística, conocido por su obra *The Lady, or the Tiger?* (1884).

392. Ella Wheeler Wilcox (1850-1919), periodista y poetisa estadounidense, recordada por sus versos impregnados de un erotismo, aunque un tanto oblicuo, bastante poco convencional para aquellos tiempos, quizás debido a su interés por la mística rosacruziana.

393. Robert Bonner (1824-1900), editor estadounidense, dueño del periódico *Ledger*, en donde se publicaron un sinnúmero de cuentos, lo que le dio una cierta popularidad.

394. Arsène Houssaye. También conocido como Arsène Housset (1815-1896), escritor francés. Mayormente conocido como crítico de arte, fue director de la revista *L'Artiste*, y administrador de la Comédie Française (1849-1856).

395. Sophie Arnould (1740-1802), actriz francesa y soprano de ópera, personaje casi mítico del teatro del siglo XVIII.

396. Henry James (1843-1916), escritor estadounidense, posteriormente naturalizado inglés, reconocido como uno de los autores importantes del siglo XIX. Con James, la novela se transforma en una obra de cultura que exige una participación del lector que va más allá de la simple identificación con los personajes. Entre sus obras, destacamos *Portrait of a Lady* (1881), *The Bostonians* (1885), *The Turn of the Screw* (1898) y *The Wings of the Dove* (1902).

397. Paul-Charles-Joseph Bourget (1852-1935), novelista y crítico francés, de gran importancia entre los intelectuales conservadores franceses del período anterior a la

Primera Guerra Mundial. Bourget comenzó su carrera como poeta, siendo varios de sus poemas musicalizados por Claude Debussy.

398. Landsdowne. Se refiere a Henry Charles Keith Petty-Fitzmaurice, quinto marqués de Landsdowne (1845-1927), aristócrata inglés. Hombre político, participa en la administración de William Gladstone en 1869. En 1880 se enemista con Gladstone debido a desacuerdos en torno a la política inglesa para con Irlanda, apoyando la entrega de tierras a los propios irlandeses. En 1883 es nombrado gobernador general de Canadá, país que visita regularmente a partir de 1884, para conocer de primera mano aquellas tierras.

### [161]

399. James Redpath (1833-1891), escritor y abolicionista estadounidense, de origen escocés. Fundador de la oficina de inmigración de Haití en Boston y Nueva York, y nombrado cónsul de Haití en Filadelfia, jugó un papel decisivo en el reconocimiento de la independencia de Haití por parte de los Estados Unidos. Luego de un viaje por Irlanda, funda a su regreso el *Redpath's Weekly*, periódico en el cual abogará por la causa irlandesa. En 1886 es nombrado editor de la *North American Review*.

### [162]

400. Lewis Masquerier (1802-1888), abogado francés. Publicó, entre otras obras, *A scientific division and nomenclature of the earth, and particularly the territory of the United States into states, counties, townships, farms and lots, for promoting the equality, individuality and inalienableness of man's right to sovereignty, life, labor and domain, while at the same time it constitutes a scientific geography of the earth. Also a constitution for Nebraska or any other state. For the consideration of national reformers and others statesmen* (1847) y *Sociology: or, The Reconstruction of Society, Government, and Property, upon the principles of the equality, the perpetuity, and the individuality of the private ownership of life, person, government, homestead, and the whole product of labor, by organizing all nations into townships of self-governed homestead democracies-self-employed in farming and mechanism, giving all the liberty and happiness to be found on earth* (1877).

### [164]

401. *Yankee Doodle*. Melodía popular de los Estados Unidos que data de la época de los colonos en Nueva Inglaterra.

### [165]

402. Se refiere a Ulrich von Hutten (1488-1523), poeta y humanista alemán; y Ulrich Zwinglio (1484-1531), pastor protestante suizo, quien afirma que la Iglesia no debe ser

administradora de la Gracia divina y contradice la afirmación católica según la cual la misa supone la renovación del sacrificio de Cristo en la cruz. Dando un paso más adelante, encabeza una rebelión iconoclasta que pretende unificar la sociedad civil con la eclesial. En la batalla, tras ser abandonado por muchos de sus partidarios es derrotado y ejecutado.

403. *Juggernaut*. En inglés: gigante.

404. «aquel que se pronunció en la ruta de Worms, bajo el tilo de Moera». En este pasaje se hace referencia a Martín Lutero (1483-1546), reformador religioso alemán, iniciador de la Reforma. En 1517 clava sobre la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg sus «95 tesis» en las que denuncia la venta de indulgencias, y que marcarán el inicio del movimiento reformista. En 1521, Lutero es llamado a comparecer ante la Dieta de Worms convocada por Carlos V. Allí, se niega a retractarse de su doctrina. El Edicto de Worms, en consecuencia, lo exiliará del Imperio, ordenará la destrucción de sus obras, así como exigirá el retorno al catolicismo y la restitución de los bienes eclesiásticos confiscados. Aplicación que se hará muy difícil de llevar a cabo.

405. León XIII. Gioacchino Pecci (1810-1903), 254º papa de la Iglesia Católica (1878-1903). Conocido como «el papa obrero» debido a sus iniciativas y preocupaciones en torno a los problemas sociales existentes y, sobre todo, a su encíclica *Rerum Novarum* (1891), que aborda la cuestión obrera, rechaza el socialismo y sienta las bases de un catolicismo social.

## [166]

406. *Maples*. En inglés: arces.

407. Ada Matilde Cole Bittenbender, abogado y activista por los derechos de la mujer, fue una de las primeras mujeres en ejercer como abogado en el Estado de Nebraska (1883) y en formar parte de la Corte Suprema (1888).

408. Vera Zazutlich. Martí se refiere a Vera Zasulich (1849-1919), destacada dirigente rusa de los narodniki y fundadora de Emancipación del Trabajo. El 24 de enero de 1878 asesinó al general Trepov, jefe de la policía zarista en San Petersburgo, por cuya orden el dirigente revolucionario Bogaloikov había sido arrestado y sometido a castigos corporales. En 1880 fundó, junto a Deutsch, Axelrod y Plejánov, el Partido Socialdemócrata Ruso, embrión del futuro Partido Comunista. Perteneció a la dirección del Partido Socialdemócrata Ruso hasta 1903, en que éste se dividió en mencheviques y bolcheviques. Pasó entonces a la dirección de la fracción menchevique.

409. Sofia Bardina. Miembro del partido socialista, activista por los derechos de las trabajadoras en Rusia.



410. Nina Stuart Van Zandt Spies (1862-1936), esposa de August Spies, uno de los huelguistas de Haymarket.

### [167]

411. *Know-nothing*. (En inglés: ignorantes.) Movimiento anticatólico y xenófobo vinculado con una fracción del Partido Whig.

### [168]

412. Daniel De Leon (1852-1914), teórico político marxista y activista estadounidense. Fue editor de los periódicos *The People* and *The Daily People*, ambos pertenecientes al Socialist Labor Party of America (SLP). En 1886, De Leon dictaba cátedra de derecho constitucional y derecho internacional en la universidad de Columbia, Nueva York. En 1889 ingresa al SLP.

413. Columbia. Martí nombra a los asistentes a la asamblea. De ellos, distinguimos a: la historiadora Martha Lamb (1867-1945); el historiador John Lothrop Motley (1814-1877), embajador de Estados Unidos en Australia (1861-1867) y en Inglaterra (1869-1870), autor de *The Rise of the Dutch Republic*, *The United Netherlands*, entre otros textos; el físico Samuel F. B. Morse (1791-1919), famoso como inventor del telégrafo que lleva su nombre. Desempeñó un papel importante como organizador de la Academia Nacional de Dibujo de Estados Unidos (1852), de la que fue primer presidente. Su interés por el electromagnetismo, le sugirió la idea del telégrafo en el que comenzó a trabajar en 1832. Consiguió tender una línea de cerca de un kilómetro de extensión en 1836. Rechazado y combatido, hubo de esperar hasta 1843, cuando el Congreso donó 30.000 dólares para el tendido de una línea entre Washington y Baltimore. Se envió por ella el primer telegrama el 24 de mayo de 1844. Colocó el primer cable eléctrico submarino en la bahía de Nueva York. A partir de aquel momento llovieron sobre él riquezas, cargos y distinciones; la botánica Elizabeth Britton (1857-1934), fundadora del jardín botánico de Nueva York; Miss Winifred Edgeton, la primera mujer estadounidense en recibir un Ph.D. en matemáticas (1886); el científico Samuel Pierpont Langley (1834-1906), experto en aerodinámica; y Henry Elija Alvord (1844-1904), experto en agricultura, entre otros.

414. François Rabelais (1494-1593), escritor satírico francés de renombre, filósofo escéptico y médico. Autor de *Pantagruel* (1532) y *Gargantúa* (1534), relatos cómico-heroicos, inspirados en una narración popular, en el que sobresalen la invención verbal, donde se alían realismo, un simbolismo profundamente humanista, ciencia erudita y descabellado humor. En su juventud se dedicó a la vida monástica pero la abandonó por la medicina. Al fijar su domicilio en Lijón fue nombrado médico del hospital de Notre-Dame-de Pitré (1532). Publicó entonces los dos primeros libros de su famosa serie

*Pantagrúel y Gargantúa*. En 1535, con motivo del escándalo provocado por sus novelas, se alejó de Lijón, y con la protección del cardenal que le llevó consigo a Roma consiguió que el Papa le absolviese de su apostasía. En 1546, 1552 y 1564 publicó los otros tres libros de la obra.

415. Se refiere al Hudson, río que nace en las montañas Adirondack, en el Estado de Nueva York y desemboca en la bahía de Nueva York, separando la isla de Manhattan de Nueva Jersey; y al río Chubut, que da nombre a una provincia de Argentina, en la Patagonia.

416. «el cuvierista Agassiz». Se refiere a Alexander Agassiz (1835-?), científico norteamericano, nacido en Suiza. Fue asistente en el Museo de Zoología Comparada entre 1860 y 1865. Descubrió dos de las más ricas minas de cobre del mundo: la Calumet y la Hecla, en las riberas del lago Superior. Sucedió a su padre, el profesor Louis Agassiz, como curador del Museo en 1885. Luego se involucró en expediciones marinas en el Sur del Pacífico y escribió mucho acerca de la vida en las profundidades marinas.

### [169]

417. Se refiere a Alexander Graham Bell (1847-1922), inventor y físico estadounidense de origen escocés. Después de haber enseñado el lenguaje de los signos a los sordomudos, sus investigaciones lo llevaron a inventar un oído artificial que registraba los sonidos y que, en 1876, lo llevaron a la creación del teléfono, equipado con un micrófono líquido.

418. Thomas Hopkins Gallaudet (1787-1851), impulsor de la primera escuela de sordos mudos en Estados Unidos. Viaja al Institut Royal des Sourds-Muets en París, y aprende el método de enseñanza usando comunicación manual y el lenguaje de signos.

419. Carroll Davidson Wright (1840-1909), estadística estadounidense. Creó la Oficina Nacional de Estadística Laboral, estimulando la investigación objetiva en el campo de los problemas laborales.

### [172]

420. Creemos se refiere a Richard Howe (1726-1799), almirante inglés que comandó la flota inglesa en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos (1776-1778).

421. Alexander Hamilton (1757-1804), hombre de Estado norteamericano que participó en la Guerra de Independencia. Fue uno de los redactores de la Constitución de los Estados Unidos y fundador del Partido Federalista. Como Secretario del Tesoro (1789-1795), organizó el Banco Nacional.

422. James Madison (1751-1836), político norteamericano. Formó parte de la comisión redactora de la Constitución *Le Virginia* y fue miembro del Congreso de los Estados Unidos. Desempeñó el cargo de secretario de Relaciones Exteriores durante el mandato de Thomas Jefferson, y sucedió a éste en la presidencia (1809-1813 y 1813-1817). El episodio más sobresaliente de su gobierno fue la guerra contra Gran Bretaña por cuestiones comerciales. Fundó la Universidad de Virginia.

423. Se refiere a Charles de Secondat, Baron de la Brède et de Montesquieu (1689-1755), escritor filósofo francés. Se interesa en la historia y la filosofía política, considerándosele un pensador liberal. Sus ideas acerca de las libertades individuales y las garantías institucionales, en especial la separación de los poderes, se basan en un profundo respeto por el hombre y en un aprecio por las reformas equitativas. Sus ideas influenciarán profundamente a los legisladores de las asambleas revolucionarias. Conocidas son sus *Cartas persas* (*Lettres persanes*, 1721, anónimas).

### [173]

424. Se refiere a José de San Martín (1778-1850), general y hombre político argentino que dirige el ejército de Liberación, primero asegurando la independencia de Argentina (1816), y luego la de Chile (1818), junto a Bernardo O'Higgins. En 1821 proclama la independencia de Perú y es nombrado «protector».

425. Simón José Antonio Bolívar (1783-1830), general y hombre de Estado sudamericano, figura legendaria en las guerras de independencia de los países de América del Sur. Después de haber dirigido el movimiento de independencia de Venezuela (1810), organiza un ejército de liberación y recibe el título de «Libertador». En 1819 logra la victoria decisiva sobre los españoles en Boyacá. Presidente y dictador, proclama la república de la Gran Colombia. En 1821, la victoria de Carabobo le abre las puertas de Caracas. Emprende la liberación de Ecuador, con la ayuda del teniente Sucre. Luego de la derrota de Quito (1822), se encuentra con San Martín. Las batallas de Junín y Ayacucho llevarán a los españoles del Bajo Perú a capitular (1824) y la victoria de Sucre en el Alto Perú llevará a la creación de Bolivia (1825) en su honor. En 1826 convoca a un congreso pan-americano en Panamá, pero no logra evitar la guerra entre Colombia y Perú ni la secesión de Venezuela (1829). Decide abdicar en mayo de 1830, muriendo algunos meses después.

426. Martí se refiere al sacerdote y revolucionario mexicano Miguel Hidalgo (1753-1811), que en el pequeño pueblo de Dolores dio el 15 de septiembre de 1810 el grito de rebelión que inició la guerra de liberación de México. Posteriormente, el 30 de julio de 1811 es ejecutado por los españoles.

427. William Eleroy Curtis (1871-1911), periodista y diplomático estadounidense. Fue comisionado especial para las Repúblicas de América Central y Sur; oficial ejecutivo de la Conferencia Interamericana, celebrada en Washington (1889-1890); director de la

Oficina para las Repúblicas Americanas (1890-93), entre otros cargos. Autor de *Tibbalses Folks*, *A Summer Scamper*, *The Life of Zachariah Chandler*, *Children of the Sun*, *Capitals of Spanish America*, *The Land of the Nihilist*, *Trade and Transportation*, *Handbook to the American Republics*, *Guatemala*, *Costa Rica*, *Ecuador*, *Venezuela: a Land Where it's Always Summer*, *The United States and Foreign Powers*, *The Existing Autographs of Columbus*, 1893 (American Historical Association); *Relics of Columbus*, *Recent Discoveries Concerning the Early Settlement of America in the Archives of the Vatican*, *The Yankees of the East*, *Today in France and Germany*, *Between the Andes and the Ocean*, *The True Thomas Jefferson*, *The Turk and His Lost Provinces*, *Denmark*, *Sweden*, and *Norway*, etc.

428. Se refiere a Marco Porcio Catón, noble político y militar romano, opuesto a Julio César. Estoico de ideas, al ser vencido en un episodio de las guerras civiles de la República, se dejó morir desangrado.

429. William Wheelwright (1798-1873), empresario estadounidense. Alrededor de 1825 llegó a Valparaíso, donde tomó el mando de un buque de comercio con el cual recorrió las costas del Océano Pacífico entre Panamá y el puerto chileno. Se estableció en Guayaquil y fue nombrado cónsul por el gobierno de los Estados Unidos. Cuando la ciudad de Guayaquil comenzó a decaer comercialmente debido a problemas políticos, regresó a Valparaíso en 1829, estableciendo una línea de vapores entre este puerto y Cobija. En 1840 creó en Chile la Pacific Steam Navigation Company, empresa gracias a la que consolidó una próspera actividad en el negocio de los transportes. Las acciones empresariales y el apellido de Wheelwright en Chile y Argentina están también asociados a la construcción de los primeros ferrocarriles. Wheelwright extendió y unió sus negocios navieros con el proyecto de una línea férrea, que era el nuevo símbolo del progreso material en los transportes. En octubre de 1840, en una visita al puerto de Caldera, no pudo evitar comentar con algunos mineros que se podía importar una máquina a vapor, para unir los aproximadamente 70 kilómetros que separaban Copiapó de Caldera. Su idea era disminuir así los costos de producción de los minerales, pensando en que sus vapores se verían beneficiados. Wheelwright materializó el proyecto por concesión del gobierno el 20 de noviembre de 1849. Se formó la Compañía del Camino Ferrocarril de Copiapó. La construcción se inició en marzo de 1851 y finalizó el 25 de diciembre del mismo año, al entrar el primer ferrocarril en Copiapó, la capital de la plata. Éste fue el primer ferrocarril de Chile y el tercero de Sudamérica, después de uno en Guayana Británica en 1848, y otro entre El Callao y Lima en mayo de 1851.

Las líneas férreas bioceánicas eran el gran proyecto de Wheelwright. Soñaba con llevar lana australiana en sus vapores, hasta Caldera, seguir en ferrocarril hasta Buenos Aires, y de allí a Liverpool. Para ello, impulsó la construcción de una línea entre Copiapó y Puquios en 1852. Ya en la década de 1860, Wheelwright estaba en Argentina, donde formó la sociedad Ferrocarril Central Argentino en 1863 para construir los ferrocarriles entre Rosario y Córdoba, y entre esta ciudad y el puerto de La Ensenada. Todo esto estuvo terminado en 1872.

El empresario estuvo en Londres en 1861 y 1863, con el fin de convencer a sus financieristas de que el proyecto de los ferrocarriles bioceánicos podía ser tan rentable como los



anteriores. Con su salud deteriorada por la edad, dejó Sudamérica con su iniciativa inconclusa a mediados de 1873, regresando a Londres a la casa familiar, donde falleció el mismo año.

[176]

430. *Vida de George Sand*. Se refiere a la obra del escritor y filósofo francés Elme-Marie Caro (1826-1887) simplemente intitulada *George Sand* (1887).

[178]

431. De acuerdo con José Olivio Jiménez, esta crónica fue escrita por Martí sólo dos días después del desenlace de los acontecimientos narrados. «El proceso de los siete anarquistas de Chicago», otra crónica anterior, contenía, de acuerdo con la corriente general de la opinión pública dominante entonces, juicios muy duros y violentos contra los procesados. En ésta, la actitud de Martí es muy diferente. Ahondando desde su aguda sensibilidad moral en la penosísima situación económica de la clase obrera en los Estados Unidos y en las injusticias sociales que la condicionaban; advertido ya de que una parte de la misma opinión pública había cambiado sensiblemente, y conocedor de «la torpeza y crueldad» del proceso, Martí trata aquí, si no de disculpar, sí de comprender y explicar las circunstancias del «drama terrible» que motiva esta crónica. Un hecho posterior ratificará el correcto y justiciero giro, en Martí, respecto a su valoración de estos sucesos. Seis años después de la ejecución de los cuatro anarquistas, en 1893, el gobernador de Illinois, John Peter Atgeld, al conceder la amnistía y el perdón a los que no habían sido ajusticiados, declaró que todos los condenados, aun los cuatro ahorcados, eran inocentes del crimen por el que se les había juzgado y que fueron víctimas de la histeria y de jurados manipulados y prejuiciados.

432. Felix Adler (1851-1933), educador y reformador estadounidense nacido en Alemania. Instalado en Nueva York desde 1870, fundó allí la Sociedad de Cultura Ética (1876), con el propósito de promover la religiosidad, sin sujeción a credos o sectas, y de mejorar la vida moral de los niños. Autor de varias obras de intención moralizante y reformista, en 1902 pasó a ser profesor de ética política y social en la Universidad de Columbia.

433. Se refiere al poeta Heinrich Heine (1797-1856). De ascendencia judía, fue uno de los llamados poetas del romanticismo alemán. En poesía se destacó por haber practicado, con frecuencia en grados extremos, la llamada ironía romántica. En prosa tienen gran interés sus impresiones de viaje, consideradas notables ascendentes de la crónica moderna, donde dio entrada a esbozos sobre la democracia en Europa y a polémicas agresivas y diatribas sociales. Las «tres maldiciones terribles de Heine», a que aquí se hace referencia, constituyen el asunto del conocido poema de Heine que más adelante Martí transcribe en esta crónica.

434. Louis Antoine Léon Saint-Just (1767-1794), político francés, considerado uno de los ideólogos más destacados de la Revolución Francesa, además de haber participado activamente en ella. En 1791 publicó *Esprit de la Révolution et de la Constitution de la France*. Habiendo colaborado con Robespierre, fue guillotinado junto a éste el 27 de julio de 1794.

435. Camille Desmoulins (1760-1794), figura prominente de la Revolución Francesa. Al oponerse a la radicalidad del Terror, y haberse puesto del lado de Danton, fue juzgado por el Comité de Salud Pública, encabezado por Robespierre, y guillotinado el 5 de abril de 1794.

436. Al descender Jehová al monte Sinaí, para entregar a Moisés las Tablas de la Ley (que contenían los Diez Mandamientos), «aconteció que al tercer día, cuando aclaró la mañana, vinieron truenos y relámpagos, y espesa nube sobre el monte, y sonido de bocina muy fuerte; y se estremeció todo el pueblo que estaba en el campamento» (*Éxodo*, 19, 16).

437. «un joven bello». Referencia anticipada a Louis Lingg, en quien luego se detendrá más específicamente Martí.

438. George Engel (Alemania, 1836). Se inició como zapatero en Alemania, antes de emigrar en 1873 a los Estados Unidos. Se estableció en Chicago, donde abrió con su esposa una tienda de juguetes. Perteneció a la organización laboral «Black International» (la «Internacional Negra») que publicó un manifiesto donde recomendaba el uso de la fuerza en la lucha contra el capitalismo.

439. «Lehr und Wehr Verein». Organización clandestina armada, fundada en 1875 por un grupo de socialistas alemanes con el fin de protegerse.

440. Louis Lingg, alemán establecido en Chicago, dividía su tiempo entre el oficio de carpintero y su lucha por los derechos laborales. Tuvo, voluntariamente, como se verá, un final distinto al de los otros tres anarquistas, Parsons, Spies y Engel, descritos sumariamente por Martí.

441. Tannhäuser fue un legendario poeta lírico alemán del siglo XIII. Lohengrin, otro personaje tradicional alemán de la Edad Media, relacionado con la leyenda del Santo Grial. El romanticismo retomó e idealizó estas figuras; Wagner los hizo protagonistas de dos de sus óperas: *Tannhäuser* (1845) y *Lohengrin* (1847). De esa idealización debe proceder, dice José Olivio Jiménez, la hermosura juvenil que aquí les atribuye Martí.

442. Martí procede aquí a identificar brevemente a los otros cuatro procesados: Michael Schwab; Samuel Fielden, el único inglés de los procesados (nacido en 1847), llegó a ser el orador y difundidor de las ideas y postulados de la Asociación Internacional de los Trabajadores, a la que pertenecía; Adolph Fischer; y Oscar Neebe (Nueva York, 1850) fue trasladado por sus padres a Alemania para que recibiera una

«buena educación», y a su regreso se estableció en Chicago, donde trabajaba como camarero en una posada frecuentada por los obreros de la fábrica McCormick.

443. Referencia a la McCormick Harvesty Co., fábrica de maquinaria agrícola, en las cercanías de Chicago, cuya larga historia de conflictos laborales culminó con la muerte de los obreros que precipitó el desenlace del «drama terrible».

444. Robespierre, Marat, Danton. Las tres figuras mayores y más radicales de la Revolución Francesa. Georges Danton (1759-1794) y Maximilien Robespierre (1758-1794) murieron en la guillotina que ellos mismos levantaron como instrumento indispensable para castigar los desviacionismos políticos y asegurar así el triunfo de la Revolución. Paul Marat (1743-1793) murió apuñalado por la fanática Charlotte Corday.

445. Tinville, Hanriots, Chaumettes. Alusión a Antoine Fouquier-Tinville (1764-1795), François Hanriots (1759-1794) y Pierre Chaumette (1763-1794), tres figuras menores de la Revolución Francesa que ganaron, sin embargo, triste notoriedad por sus actitudes extremadamente radicales y sus acciones volentas. Los tres murieron guillotina-dos, víctimas del «Terror» que ellos mismos habían contribuido a mantener.

446. *Colchydium*. Producto derivado del cólquico, droga alcaloide y estimulante. El cólquico crece en los prados húmedos de la Europa Central y Meridional.

447. Se refiere a Lyman Trumbull, juez de la Corte Suprema del Estado de Illinois y senador federal durante 18 años. Fue uno de los más prominentes ciudadanos que protestaron contra el veredicto en el caso Haymarket, y pidió que se conmutara la sentencia.

448. «*El Tejedor* de Henry Heine». Martí se refiere a Heinrich Heine (1792-1856), poeta alemán de origen hebreo, figura destacada del movimiento romántico en Europa, y su poema, que luego transcribe, más conocido por el título de «Los tejedores silesianos» («Die schlesischen weber»).

De acuerdo con José Olivio Jiménez, el poema fue escrito por Heine en ocasión de la trágica y malograda revuelta de los tejedores de Silesia, y publicado en la revista *Vorwärts* (Adelante) el 10 de junio de 1844, durante la residencia de su autor en París. Los obreros reimprimieron el poema en pliegos sueltos que distribuían en las posadas alemanas, donde se declamaba y se aplaudía. Fue considerado un manifiesto revolucionario que Heine no incluyó en ninguno de sus libros.

449. Referencia a la historia de Elías, profeta de Israel (siglo IX a. C.). «Y acaeció que mientras ellos [Elías y Eliseo] iban caminando y conversando, un carro de fuego, con caballos de fuego, pasó entre los dos, y Elías fue arrebatado en un torbellino hacia el cielo» (*Libro de los Reyes*, II, 2, 11).

450. Corchete. Funcionario menor del sistema judicial, que seguía órdenes de un juez o un magistrado.

451. *Vereins*. En alemán: uniones, sindicatos.

## [181]

452. William Wilson Corcoran (1798-1888), filántropo y banquero estadounidense. La colección de arte de la Corcoran Art Gallery, donada a la ciudad de Washington, contiene pinturas de los primeros norteamericanos destacados, los bronce de Borye y la muy conocida *Esclavos Griegos* de Hiram Powers. En la actualidad, una escuela libre de arte está relacionada con esta institución y organiza exhibiciones de pintores norteamericanos contemporáneos.

453. Se refiere a Felicia Dorothea Browne Hemans (1793-1835), poeta romántica inglesa.

## 1888

## [182]

454. Referencia a la célebre novela *Los Viajes de Gulliver* (1726) del escritor irlandés Jonathan Swift (1667-1745). Novela que, a pesar de ser catalogada como libro infantil, también es leída como una gran sátira de las costumbres y los problemas sociales de aquellos tiempos. Liliput es la isla imaginaria adonde se traslada el protagonista de la novela. La talla diminuta atribuida a los habitantes del país –no miden más de seis pulgadas de altura–, ha dado a su gentilicio –liliputienses– la denotación de «enanos».

455. Se refiere a Lucius Sergius Catilina (108-62 a. C.), político romano de familia patricia. Sicario del partido popular, intenta con algunos otros jóvenes nobles, de asesinar a dos cónsules designados en África, y de llevar a cabo intrigas en el mismo consulado. Cicerón, cónsul en aquel entonces, lo interpela en el Senado. Catilina debe dejar Roma. Personaje misterioso, Catilina, es dado a conocer a través de sus adversarios, Cicerón (*Catilinarias*) y Salusto (*Conjuración de Catilina*), quienes lo describen como el representante de una juventud depravada y sin moral, dispuesta a todo para satisfacer sus propias ambiciones.

Demóstenes (c. 385-322 a. C.), político ateniense, el orador más grande de la antigua Grecia, dirigió la oposición de Atenas frente a Macedonia. Según sus biógrafos sufría un impedimento del habla y sus intentos de expresar sus propios discursos fueron tan infructuosos que recurrió a medios poco frecuentes para superar su defecto, incluida la práctica de hablar con guijarros en la boca. Después de la conquista de Grecia por Macedonia, Demóstenes continuó hablando a favor de la liberación. Después de la muerte de Alejandro Magno en el 323 a. C. Demóstenes exigió de nuevo a los griegos liberarse del control macedónico, pero el sucesor de Alejandro, Antípatro, sofocó toda resistencia y exigió que los atenienses le entregaran a Demóstenes y a otros líderes patriotas. Cuando la asamblea ateniense aprobó una sentencia condenando a muerte a los patriotas, Demóstenes huyó a un santuario en la isla de Calauria, donde se suicidó.



## [183]

456. Martí se refiere al pintor y escritor francés Eugène Fromentin (1820-1876), quien luego de un viaje por Bélgica y Holanda publica *Los maestros de antaño* (*Les Maîtres d'autrefois*, 1876), un estudio crítico sobre los pintores de aquellos países; a Charles Blanc (1813-1882), crítico de arte francés, director de la Academia de Bellas Artes de Francia (1848-1850), autor de una *Historia de pintores franceses del siglo XIX* (*Histoire des peintres français du XIX<sup>e</sup> siècle*, 1845) y una *Historia de los pintores de todas las escuelas* (*Histoire des peintres de toutes les écoles*, en 14 volúmenes, 1876); y al crítico de arte y sociólogo inglés John Ruskin (1819-1900), autor, de *Los pintores modernos* (*Modern Painters*, en 6 volúmenes, 1888), considerado un verdadero tratado de estética; *Las siete lámparas de la arquitectura* (*The Seven Lamps of Architecture*, 1849), donde evoca los siete principios a los cuales todo artista debe someterse y que deben «iluminarlo»; unas *Conferencias sobre arquitectura y pintura* (*Conferences on Architecture and Painting*, 1853), entre otros.

457. En variadas ocasiones Martí nos ofrece una lista de diversos pintores. Esta vez, destacamos al francés Carolus-Duran (1837-1917); los estadounidenses Frederic Edwin Church (1826-1900), Theodore Robinson (1852-1896), Winslow Homer (1836-1910) y John La Farge (1835-1910); y el alemán Adolph Menzel (1815-1905).

458. Fray Junípero Serra (1713-1784), religioso español que desarrolló una importante labor misionera en los territorios de California (que comprenden en la actualidad el estado de California, en Estados Unidos, y los Estados mexicanos de Baja California y Baja California Sur), durante cuya actividad en esa zona se fundaron los núcleos de población que darían lugar a las ciudades de San Diego (con el nombre de San Diego de Alcalá) y San Francisco (que recibió la denominación de San Francisco de Asís), ambas pertenecientes hoy a Estados Unidos.

## [184]

459. Louisa May Alcott (1823-1888), novelista afamada, hija de Amos Bronson Alcott. Luego de trabajar como enfermera durante la Guerra Civil, se dedicó a la literatura, alcanzando gran fama con su libro *Mujercitas* (*Little Women*, 1868-1869).

## [185]

460. Carlos II *el Hechizado*. Hijo de Felipe IV y Mariana de Austria, Carlos II (1661-1700) fue rey de España entre 1665 y 1700.

## [186]

461. Peleo. Personaje mitológico griego, rey de los mirmidones de Tesalia, esposo de Antígona, padre de Aquiles. Uno de los argonautas que acompañaron a Jasón en sus aventuras.

462. Mercurio el caduceo. Se refiere al dios romano protector de los comerciantes y los viajeros, asimilado al Hermes griego, conocido como veloz mensajero de los dioses. Uno de los atributos de Hermes es el caduceo, formado por una varilla a la que se arroscan dos serpientes y con dos alas en su extremo; las serpientes representan la prudencia y las alas la actividad. Símbolos del comercio y la medicina.

463. Hipómenes. Personaje mitológico griego que compite con la mortal Atalanta por su mano, vencéndola mediante la artimaña de dejar tres manzanas de oro en la pista de carreras, obligándola a detenerse para recogerlas.

464. «El veloz Pan-Puk en las bodas de Hiawatha». Se refiere a los personajes de la novela *Hiawatha* de Longfellow.

### [188]

465. La tormenta de nieve que Martí describe en esta crónica fue considerada la mayor de Nueva York en el siglo XIX. Curiosa es la coincidencia de que la que hasta el presente ostenta análogo rango en el XX ocurrió en la misma fecha: el 13 de marzo, ésta en 1993. Los medios de comunicación pusieron mucho énfasis en tal coincidencia cuando se produjo esta última tormenta.

### [189]

466. Henry Bergh (1811-1888), filántropo norteamericano, pionero de las sociedades de bienestar animal en Estados Unidos. En 1866, tras trabajar en un cargo diplomático en Rusia, y una breve estancia en Inglaterra, funda en Nueva York la Sociedad Nacional para la Prevención de la Crueldad hacia los Animales (American Society for the Prevention of Cruelty to Animals). A partir de 1874, Bergh se aboca a la creación de nuevas leyes para prevenir la crueldad hacia los niños. En aquella época no existían leyes que defendieran a los niños de abusos cometidos al interior de sus hogares. En un famoso caso, Bergh lleva a juicio a los padres adoptivos de Mary Ellen MacCormack y logra que la corte les quite su tutoría. En diciembre de 1874, junto con su abogado Elbridge Gerry, funda la *Sociedad Nacional para la Prevención de la Crueldad hacia los Niños* de Nueva York (Society for the Prevention of Cruelty to Children).

### [190]

467. Jacinto Regino Pachano (1835-1903), militar, escritor y político venezolano.

### [192]

468. Luis de Baviera. Se refiere a Luis I de Wittelsbach (1786-1868), rey de Baviera.

Hijo de Maximiliano I, sirve en el ejército napoleónico, mas su patriotismo romántico lo hace oponerse a la dominación francesa y le vale una gran popularidad. Luego, al arribar al trono, intenta llevar a cabo medidas de acuerdo a sus ideas liberales, mas, a partir de 1831, conducirá una política autoritaria. Cultivado, amante de las artes y helenófilo, se convierte en un mecenas fastuoso e intenta hacer de Múnich, que cubre de monumentos neoclásicos, la capital cultural europea. Los gastos que conllevan una tal actitud y su ferviente catolicismo provocarán una fuerte oposición que llega a su clímax con el *affaire* Lola Montes, la bailarina y aventurera irlandesa. María Dolores Gilbert (1820-1861), su verdadero nombre, casada con un oficial inglés en Calcuta, abandona a su esposo y se traslada a Europa, haciéndose pasar por bailarina sevillana. Contactó con Luis I de Baviera y se convirtió en su amante, consiguiendo el título de condesa de Landsfeld. Los revolucionarios de 1848 la expulsaron de Múnich debido a su participación en las intrigas políticas. Se trasladó en primer lugar a Inglaterra y después se embarcó hacia Estados Unidos para instalarse allí definitivamente. Se dedicó a la escritura y publicó *Aventuras de una célebre bailarina contadas por ella misma* y *Las artes de la belleza*.

Obligado a abdicar en favor de su hijo Maximiliano II, Luis I pasa el resto de su vida en el extranjero. A pesar de sus ambiciones y su deseo de independencia, debió ceder ante las presiones para que Baviera pasara a formar parte de la Zollverein, la Unión Aduanera de los Estados Alemanes, bajo la conducción de Prusia, en 1833.

### [193]

469. Referencia al poeta trágico griego Eurípides (480-406 a. C.), recordado por las 18 piezas de teatro que le han sobrevivido (se dice que escribió alrededor de 92). Su obra se destaca por la atención dedicada a la descripción de las pasiones humanas más que a la celebración de la grandeza trágica de los héroes.

### [196]

470. La marcha del *Sigfrido*. Parte de la ópera *El anillo de los Nibelungos* de Wagner.

471. Auguste Comte (1798-1857), filósofo y sociólogo francés, fundador del positivismo. Secretario y colaborador de Saint Simón de 1818 a 1824. Expuso por primera vez su sistema en su obra *Curso de filosofía positiva* (1830-1842) de gran influencia en la segunda mitad del siglo XIX. Para Comte, el estado superior del conocimiento humano positivo consiste en limitar el conocimiento a la organización y constatación de los hechos y fenómenos, renunciando a la posibilidad de desentrañar las causas que los producen. Al final de su vida, su pensamiento fue tomando cada vez más un matiz religioso.

472. Martí en estos párrafos hace alusión a diversos pensadores y escritores, entre los que destacamos, François Marie Arouet, conocido como Voltaire (1694-1778), escritor francés, moralista práctico y humanista, conocido por su *Cándido* (1759) y sus *Cuentos*

filosóficos; Georg Büchner (1813-1837), escritor alemán conocido por sus obras de teatro *La muerte de Danton* (1835) y *Woyzeck* (1836).

473. Horacio Walpole, cuarto Conde de Orford (1717-1797), escritor inglés y político. Luego de un rápido paso por el Parlamento, se retira de la vida política para dedicarse a la literatura. Amigo de Diderot y del resto de los enciclopedistas, con *El castillo de Otranto* (1764) inaugura la llamada «novela negra» en Inglaterra.

### [197]

474. Belva Ann Lockwood (1830-1917), abogada estadounidense, reformista y defensora de los derechos de las mujeres. Fue admitida al colegio de abogados, en Washington, D. C., en 1873. En 1879 redactó la ley, promulgada por el Congreso aquel mismo año, que permitía a las mujeres ejercer funciones ante la Corte Suprema, y fue la primera mujer en hacerlo. En 1884 y 1888 Lockwood fue la candidata del Equal Rights Party a la presidencia de la República. En 1903, fue la autora de la promulgación congresista que garantizaba a las mujeres el derecho al voto en Oklahoma, Arizona y Nuevo México. El caso más importante en el que tuvo participación fue un juicio contra los Estados Unidos a favor del pueblo Cherokee por concepto de daños y prejuicios provenientes de la usurpación de parte de sus territorios. Gracias, en parte, a sus esfuerzos, los Cherokee fueron indemnizados en 1906 por un total de 5 millones de dólares.

475. *Caucus*. Se refiere a cualquier grupo político o reunión organizada para promover un interés especial o una causa. La palabra *caucus*, al parecer, tuvo su origen en Boston durante las primeras décadas del siglo XVIII, siendo utilizada para referirse a un club político, el *Caucus*, o el *Caucus Club*. El club albergaba discusiones públicas y la elección de candidatos a cargos públicos.

476. Heráclito (576-480 a. C.), filósofo griego presocrático, llamado «El Oscuro», debido a lo enigmático de su pensamiento. Filósofo del eterno devenir, en el que los contrarios se oponen y se unen de tiempo en tiempo, y cuyo principio primero es el fuego.

### [199]

477. David Glascoe Farragut (1801-1870), almirante estadounidense. Se distingue en la Guerra de Secesión, apoyando al Norte, al llevar a cabo la toma de Nueva Orleans (1862) y la victoria decisiva de Mobile (1864). El grado de almirante fue creado en Estados Unidos como manera de recompensarlo.

### [200]

478. Oliver Cromwell (1599-1658), político inglés, conocido por alzarse contra el rey Carlos I e instaurar la *Commonwealth*, luego de haber conseguido que el Parlamento,



reducido a un grupo de sus seguidores, mandase a la Corte de Justicia juzgar al rey y condenarlo a muerte. Luego de que diversas tentativas de reestablecer un Parlamento según sus deseos terminarían en fracasos, se hace conferir poderes dictatoriales con el título de Protector.

## [202]

479. Amélie Rives (1863-1945), novelista y dramaturga estadounidense. Comenzó escribiendo cuentos y obras de teatro desde muy temprano. A la edad de 23 años, su primer cuento apareció en el *Atlantic Monthly*. Dos años más tarde, en 1888, su primera novela, *The Quick or the Dead?*, causó gran impacto en la opinión pública cuando le fueron adscritas acusaciones de inmoralidad a la trama de la novela, en la que una joven viuda reflexiona acerca de volver a casarse o no, poco tiempo después de la muerte de quien había sido su esposo. Amélie Rives se hizo célebre con la aparición de este novela «escandalosa», que posteriormente convirtió en una obra teatral. Aquel mismo año también publicó su primera obra de teatro, el drama romántico *Herod and Marianne*, escrito en verso blanco.

480. La novela *John Halifax, Gentleman*, de la escritora inglesa Dinah Maria Mulock Craik (1826-1887), fue publicada en 1856 y tuvo un éxito inmediato. Sus otras novelas incluyen *The Head of the Family* (1852), dedicada a Elizabeth Barrett Browning, y *A Life for a Life* (1859).

## [205]

481. Se refiere a John Ericsson (1803-1889), ingeniero sueco, inventor de los barcos a propulsión a hélice (1836), permitiendo a los Estados Unidos contar con lo primeros barcos de guerra de este tipo en el mundo. El *Monitor* fue un barco de este tipo usado con éxito por los federales en la Guerra de Secesión (1861-1865).

482. Se refiere a Leif Erikson, hijo del legendario explorador noruego Erik el Rojo (940-1010). Leiv (o Leif) Erikson partió a evangelizar a los esquimales de Groenlandia y, según algunos, habría llegado a América alrededor del año 999 d. C.

483. Se refiere a la *Völuspá*, el primer poema de la *Edda poética* –una de las dos colecciones de poesía islandesa, fuentes de la mitología escandinava–, en el que a petición del dios Odín, un vidente (*volva*) describe la creación del mundo, el árbol Yggdrasil, el crepúsculo de los dioses y el recommienzo de los tiempos.

## [206]

484. Robert Burns (1759-1796), poeta escocés, considerado uno de los escritores nacionales de Escocia. El empleo de regionalismos populares, el tono vivaz y simple, el

humor y un sentimiento espontáneo por la naturaleza le otorgan a la poesía de Burns un tono único.

485. Allen G. Thurman (1813-1895), político estadounidense, miembro del Partido Demócrata. Fue miembro de la Casa de Representantes (1845-1847), senador por Ohio (1869-1881), candidato en las elecciones internas del partido para elegir el candidato presidencial (1884) y candidato a la vicepresidencia de la república en 1888. En 1877 formó parte de la Comisión Electoral que dirimió las elecciones Tilden-Hayes de 1876. En el momento de la crónica Thurman tenía 75 años.

486. «Néstor de los demócratas». Referencia al rey de Pilos que participó en la Guerra de Troya. En la mitología griega, Néstor aparecía como el más viejo y sabio de los jefes, acepción que Martí aquí recupera.

487. John Boyle O'Reilly (1844-1890), poeta y periodista irlandés-norteamericano.

## [208]

488. Se refiere a Charles Darwin (1809-1882), célebre naturalista inglés, fundador de los principios formuladores del evolucionismo. Concibe una teoría de selección natural de las especies, conocida como darwinismo, que fue durante mucho tiempo combatida por los medios conservadores y religiosos, sin fundamento científico alguno. En 1831 por recomendación como naturalista participó en la expedición del Beagle que durante cinco años visitó América del Sur y las islas del Pacífico, experiencia que sirvió de base a su obra posterior. Al regreso coordinó los resultados obtenidos. Fue nombrado secretario de la Sociedad de Geología (1838) y en 1839 de la Real Sociedad de Londres. En 1849 publicó en Londres su diario *Viaje de un naturalista alrededor del mundo* y, en 1859, su revolucionaria obra *El origen de las especies*. La importancia de Darwin en la biología no radica solo en haber dado una explicación de la evolución biológica, sino también en sus métodos de trabajo, que constituyeron un verdadero modelo para la investigación científica. Publicó además varios trabajos sobre geología y ciencias biológicas.

489. Plutarco (46/49-125), biógrafo y moralista griego conocido por sus *Vidas paralelas* y sus *Obras morales*.

## [209]

490. Joseph Pulitzer (1847-1911), periodista estadounidense de origen húngaro. Durante la Guerra de Secesión combate por el Norte. En 1878 funda su propio periódico en San Louis, y luego compra el *New York World* (1833), que convertirá en vehículo de la prensa sensacionalista de la época y el principal diario demócrata del país. Funda, posteriormente, una escuela de periodismo en Nueva York (universidad de Columbia), que actualmente confiere en forma anual los premios Pulitzer de periodismo y literatura.

491. Aristófanes (450-386 a. C.), dramaturgo griego conocido por sus diversas obras, entre las que destacan *Las avispas*, *Los pájaros*, *Lisístrata*, *Las nubes* y *La paz*, entre otras.

492. Referencia a Dánae, princesa legendaria de Argos, que vive encerrada por su padre en una torre de bronce debido a la profecía del oráculo, de ser asesinado por su nieto. Zeus, enamorado de ella, penetra en la torre, metamorfoseado en lluvia de oro y la convierte en la madre de Perseo.

## [210]

493. Tom d'Urfey (1653-1723), dramaturgo inglés, escritor satírico y compositor de canciones ligeramente satíricas, cuyas obras de teatro fueron muy populares en su tiempo. Sus comedias, con argumentos complicados y diálogos animados, en cierta medida, señalaron el camino a la comedia sentimental del siglo XVIII. Amigo de los reyes Carlos II y Jacobo II, fue una de las figuras más populares de aquella época, dado al canto de sus propias canciones en público.

494. Clarke y Wake. Martí se refiere al libro *Serpent and Siva Worship and Mythology in Central America, Africa, and Asia and the Origin of Serpent Worship* (1877), de Hyde Clarke and C. Staniland Wake.

495. Daniel C. Brinton (1837-1899) fue uno de los fundadores de la llamada antropología moderna en Estados Unidos. Fue el primero en tener una cátedra de antropología en el país. Publicó, entre otros libros, *Myths of the New World* (1868), *The Religious Sentiment: its Sources and Aim: A Contribution to the Science and Philosophy of Religion* (1876), *American Hero Myths* (1882), *Essays of an Americanist* (1890), *Races and Peoples* (1890), *The American Race* (1891), *The Pursuit of Happiness* (1893) y *Religions of Primitive People* (1897). Además «editó» y publicó una *Library of American Aboriginal Literature* (8 vols. 1882-1890), una significativa contribución a la antropología en Estados Unidos. De los ocho volúmenes, seis fueron editados por el mismo Brinton, uno por Horatio Hale y otro por A. S. Gatschet.

496. John A. Weisse. Martí se refiere al libro *The Obelisk and Freemasonry According to the Discoveries of Belzoni and Commander Gorringe: Also, Egyptian Symbols Compared with those Discovered in American Mounds* (1880), de John Adam Weisse (1810-1888).

497. Se refiere a Alexander von Humboldt (1769-1859), naturalista y explorador alemán, hermano del filólogo y filósofo del lenguaje Wilhelm von Humboldt. Explora América entre 1799 y 1804 y luego Asia, en 1832, y contribuye posteriormente, a través de sus escritos, al progreso de la climatología, la oceanografía y la geología.

## [211]

498. Frank James (Alexander Franklin James, 1843-1915), fue el hermano mayor del bandido Jesse James. Luego del asesinato de Jesse James en 1882, Frank James se en-

tregó al gobernador Crittenden de Missouri. En julio de 1883, fue declarado inocente del asesinato de un pasajero durante un robo de tren ocurrido en 1881. Los últimos 30 años de su vida, Frank James se hizo granjero, vendedor de zapatos, jinete de carreras y hombre de circo.

### [213]

499. Henry Villard (1835-1900), periodista y financiero estadounidense de origen alemán. Su nombre original era Henry Hilgard. Realizó sus estudios universitarios en Alemania y, luego de emigrar a los Estados Unidos (1853), comenzó a trabajar como reportero. Alcanzó cierta fama al informar sobre los debates entre Lincoln y Douglas, y durante la Guerra Civil fue enviado como reportero para los periódicos neoyorquinos. En 1873 comenzó a actuar como agente para los accionistas de ciertas compañías de ferrocarriles del Oeste y muy pronto comenzó a introducirse en el financiamiento de las empresas. Organizó (1879) la Oregon Railway and Navigation Company, lo que le permitió contar con una excelente base para cubrir el área del Noroeste y del Pacífico. Luego obtuvo el control de la Northern Pacific RR y se transformó en su presidente (1881), mas los trabajos de construcción de las vías a través de las montañas lo llevaron a la quiebra (1883). Con nuevo capital Villard volvió a tomar el control de la Northern Pacific y en 1889 se transformó en el presidente del directorio. Por otro lado, aglomeró una cierta cantidad de pequeñas compañías (1890) para formar la Edison General Electric Company (luego conocida como la General Electric Company) y fue su presidente hasta 1893. Villard obtuvo el control (1881) del *New York Evening Post*, que posteriormente (1897) pasó a ser manejado por su hijo, Oswald Garrison Villard. Contribuyó generosamente con la universidad de Oregon.

### [215]

500. Constant Coquelin (1841-1909), actor francés, conocido intérprete del *Fígaro* de Beaumarchais, el *Cyrano de Bergerac* de Rostand y de Molière. Numerosos giras por los escenarios de Europa y Estados Unidos aumentaron su fama.

501. Vasily Vereschagin (1842-1904), pintor ruso, político, viajero. Maestro en el arte pictórico de retratar escenas de batallas o en la composición de paisajes sobrecogedores, es considerado un fiel representante de la llamada escuela social crítica del romanticismo ruso.

### [216]

502. George Sand (1804-1876), seudónimo de Amandine Aurore Lucie Dupin, baronesa Dudevant, novelista francesa del movimiento romántico cuyo estilo de vida anticonvencional y sus numerosos romances escandalizaron a la sociedad parisina.



En 1822 se casó con Casimir Dudevant, un rico hacendado, pero no tardó en aburrirse y abandonarlo. En 1831 se trasladó a París y se unió a un grupo de distinguidos artistas, entre los que figuraban el novelista francés Honoré de Balzac y el compositor húngaro Franz Liszt. Se hizo famosa tanto por sus escritos como por sus romances, especialmente por su relación con el poeta francés Alfred de Musset y con el compositor polaco Frédéric Chopin. Con este último realizó un viaje a la isla española de Mallorca, a la fría Pollensa que narró en *Un invierno en Mallorca* (1841). Sand fue una escritora prolífica que expresaba en sus obras una honda preocupación por los problemas humanos y la situación de las mujeres en su época. Escribió sus dos primeras novelas en colaboración con el novelista francés Jules Sandeau, publicadas bajo el nombre de Jules Sand. Su siguiente obra, *Indiana* (1832), es la primera que firma como George Sand. Entre sus obras destacan *Valentine* (1832) y *Lélia* (1833), que exaltaban el amor libre frente al matrimonio convencional; *Un invierno en Mallorca* (1841), donde narra su viaje con Chopin a la isla española; *Consuelo* (1842), expresión de sus ideales socialistas y humanitarios; *François el Champi* (1848) y *La pequeña Fadette* (1849), basadas en la vida campesina; *El Marqués de Villemer* (1861) y *Jean de la Roche* (1860), que abordan problemáticas sociales; y su biografía, *Histoire de ma vie* (1854).

## [220]

503. Referencia a algunos de los reyes de Francia de nombre Luis y a Enrique, rey de Navarra (1572-1610) y también rey de Francia (1589-1610), uno de los reyes más populares de Francia.

504. *Robert Elsmere*. La novela en cuestión, publicada en Inglaterra, en 1888, fue escrita por la señora de Humphry Ward (1851-1920), Mary Augusta Arnold, sobrina de Matthew Arnold. Sin embargo, fue con su nombre de casada como decidió publicar su obra, una novela de tres volúmenes que narra la pérdida de la fe de un sacerdote frente al movimiento de Oxford. La novela estremeció de inmediato el mundo literario de habla inglesa, y fue traducida a un sinnúmero de idiomas. En total, vendió más de un millón de copias y llevó a Tolstoi a llamar a su autora «la novelista más importante de su época».

## [221]

505. Se refiere a Carl Michael Bellman (1740-1795), cantante y compositor sueco de gran fama en su país, considerado una suerte de trovador nacional. «Arriba, Amarilis» («Opp Amaryllis»), es una de sus composiciones más conocidas.

506. Ayr: puerto de Escocia sobre el canal del Norte, capital del antiguo condado de Ayrshire. El poeta Robert Burns, al que se alude en esta crónica, nació en Alloway, cerca de Ayr.

507. Pierre Jean de Béranger (1780-1857), poeta y compositor de canciones satíricas, anticlericales y de panfletos políticos.

508. Tíbulo. Se refiere a Albius Tibullus (50-19 a. C.), poeta elegíaco latino, amigo de Ovidio y Propertio. Poeta de la vida rural, escribe dos libros de *Elegías*, donde los temas se entremezclan siguiendo un principio de composición musical.

509. Johann Peter Hebel (1760-1826), destacado poeta alemán, considerado uno de los máximos exponentes de la literatura popular alemana. Ordenado ministro de la Iglesia Luterana en 1780, fue maestro de escuela. Entre sus obras destacan *Allemanische Gedichte* (1801), uno de los libros más famosos de poesía dialectal en Alemania, y *Biblische Geschichten* (1824), una serie de historias bíblicas para niños. Entre los admiradores de la obra de Hebel se encuentran Goethe y Tolstoi.

510. Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832), poeta, novelista, dramaturgo y científico alemán y una de las figuras señeras de la literatura alemana. La importancia de la obra de Goethe puede ser juzgada por la influencia que sus escritos críticos, su amplia correspondencia, su poesía, sus dramas y sus novelas ejercieron sobre los escritores de su época y sobre los movimientos literarios que él inauguró y de los que fue la figura principal. Según el crítico inglés Matthew Arnold, Goethe debe ser considerado no sólo «el centro indiscutible de la literatura alemana, sino una de las figuras más versátiles de la literatura universal». Entre estas obras destacan: su drama poético *Fausto* (cuya primera parte fue publicada en 1808 y la segunda, póstumamente, en 1832), las novelas *Las desventuras del joven Werther* (1774) y *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* (1796), el drama en prosa *Ifigenia en Tauris* (1787), los dramas *Egmont* (1788) y *Torquato Tasso* (1790) y una colección de magníficos poemas, *Diván de Oriente y Occidente* (1819).

511. Johann Paul Friedrich Richter, también conocido como Jean-Paul Richter (1763-1825), novelista alemán, considerado un «romántico de la novela», en donde el idealismo conduce al lector a «la patria de la imaginación».

512. Goldwin Smith (1823-1910), periodista, historiador, educador y político canadiense de origen inglés. Realizó sus estudios universitarios en Inglaterra (Oxford), convirtiéndose en profesor de historia moderna, y participando de la vida pública inglesa, haciendo numerosas contribuciones en el campo de la educación. En muchos de sus escritos vertió su mirada fuertemente anti-imperialista y anti-militar. Comenzó a apoyar activamente las gestiones del gobierno estadounidense durante la Guerra Civil. En 1864 visitó los Estados Unidos y dio una serie de conferencias, recibiendo una entusiasta bienvenida y atenta recepción. Vuelve a los Estados Unidos en 1868 y es nombrado profesor de inglés e historia constitucional en la Universidad de Cornell, en la que residirá hasta 1871. En aquel año decide trasladarse a vivir a Toronto, Canadá, llevando una vida ligada a las universidades canadienses. Allí editó el *Canadian Monthly* entre 1872-1874, creó el periódico *The Nation* en 1874, el *Bystander* en 1880, y el *Week* de Toronto, el principal periódico de literatura y política, en 1884. En sus escritos y conferencias abogó por la anexión del país a los Estados Unidos, pues consideraba que era ése su destino.

También favoreció el proyecto de unión comercial, o de reciprocidad sin límites. Entre sus libros destacamos: *Lectures on Modern History* (1861), *Rational Religion and the Rationalistic Objections of the Hampton Lectures for 1858* (1861), *The Empire* (1863), *The Civil War in America* (1866).

513. Louis David Riel (1844-1885), revolucionario y político canadiense, nacido en Manitoba. Los criollos canadienses, encabezados por Riel, se sublevaron contra el gobierno de sir John Alexander Macdonald, elegido Primer Ministro en 1867; el gobierno negoció el fin de la primera de estas rebeliones del Noroeste mediante el acuerdo de crear la provincia de Manitoba en 1870. Sin embargo, al escalar las hostilidades, las tropas federales intervienen y Riel debe buscar refugio en los Estados Unidos. Con la revuelta de Saskatchewan (1884-1885) Riel volvió a Canadá para liderar la resistencia y formó un nuevo gobierno. Éste finalmente no tendrá éxito y Riel será colgado.

514. Louis Honoré Fréchet (1839-1908), escritor canadiense. Admitido al colegio de abogados de Quebec, comenzó a involucrarse en las luchas políticas, ocupando un escaño en la oposición liberal en el Parlamento de Ottawa (1874-1878) y creando algunos periódicos de tendencia liberal. Comenzó a manifestar un talento panfletario a través de su poesía, por ejemplo en *La voix d'un exilé* (1868), donde fustiga a sus adversarios políticos (los conservadores) y literarios (los tradicionalistas). Luego de publicar diversos libros de poemas, publicó *La légende d'un peuple* (1887), un libro lleno de descripciones de la naturaleza norteamericana junto a evocaciones épicas de la historia de Canadá. Prosista lleno de humor, publicó una colección de cuentos muy popular, *Originaux et détraqués* (1892).

515. Durante las décadas de 1530 y 1540 el explorador francés Jacques Cartier (1491-1557) remontó el río San Lorenzo y reclamó la tierra para Francia. El rey Francisco I de Francia lo había puesto al mando de una expedición cuyo cometido era encontrar la ruta a China por el noroeste. Partió de su ciudad natal, con dos barcos, en abril de 1534, y veinte días después avistó Terranova. Cruzó el estrecho de Belle-Isle, entre Terranova y Labrador, y continuó en dirección sur a lo largo de la costa occidental de Terranova, para finalmente bordear el golfo de San Lorenzo. En este viaje descubrió la isla del Príncipe Eduardo y las tierras de New Brunswick, navegó por la bahía de Chaleur, bautizada por el mismo Cartier con este nombre, desembarcó en la península de Gaspé y atravesó el estuario del río San Lorenzo. Para la mayoría de los franceses, Canadá debe su origen a las exploraciones de Cartier.

516. La creación de la colonia de Quebec en 1608 debe mucho a la obra de Samuel de Champlain, quien se convertiría en el más destacado personaje de la colonización francesa. Más tarde Champlain convencería a Armand Jean du Plessis, cardenal de Richelieu, principal consejero de Luis XIII y auténtico dueño del gobierno francés, de la importancia de Norteamérica para su sistema mercantilista de apoyo estatal al desarrollo económico. En 1627 Richelieu organizó la Compañía de los Cien Asociados, para fundar un poderoso núcleo de civilización francesa en el Nuevo Mundo.

En 1608 Champlain se había aliado con los algonquinos y los hurones; pero esta alianza enfrentaba a los iroqueses con sus enemigos tradicionales, los hurones, que abas-

tecían de pieles a los holandeses de Nueva Amsterdam. Tras los brutales asaltos de los iroqueses a los campamentos hurones del norte del San Lorenzo en 1648 y 1649, se volvieron contra Francia.

517. Referencia al padre Las Casas. Los hurones son una de las tribus de lengua iroquesa –hurones e iroqueses– que vivían en asentamientos agrarios permanentes y tenían una organización tribal muy desarrollada en el valle del río San Lorenzo y alrededor de los lagos Ontario y Erie, en el Canadá.

518. Paul Le Jeune (1591-1664), misionero jesuita, superior de Quebec. Nombrado superior de los jesuitas en Quebec en 1632, comenzó a publicar el tradicional informe anual, inaugurando las series de *Jesuit Relations*. Es también autor de quince de las *Relations* y de dos libros devotos.

519. Montcalm. En 1758 una expedición británica reconquistó Louisbourg. Una fracción del ejército británico bajo el mando del joven e impulsivo James Wolfe ganó la decisiva batalla de las llanuras de Abraham contra los franceses, dirigidos por el experto Louis Joseph, marqués de Montcalm de Saint-Veran (1712-1759), y tomó Quebec; otros ejércitos británicos controlaron el oeste y la llegada de la flota británica supuso la rendición de Montreal en 1760. El resultado, confirmado por el Tratado de París (1763), fue que Nueva Francia pasó a ser dominada por los británicos.

520. Acadia, región de Canadá que hoy en día corresponde a las provincias de Nova Scotia y New Brunswick. La Acadia fue motivo de innumerables conflictos entre Inglaterra y Francia, que perdió Nova Scotia por el tratado de Utrecht (1713).

## 1889

### [222]

521. Se refiere a sir Morell Mackenzie (1837-1892), médico inglés y laringólogo. Experto cirujano, fue llamado a Alemania para tratar al príncipe heredero (posteriormente, Federico III, emperador de Alemania), quien tiempo después murió de cáncer de la laringe. La crítica política y profesional lo incitó a escribir el libro *La enfermedad fatal de Federico el Noble* (1888), que en esta crónica se menciona.

522. Henry Rider Haggard (1856-1925), novelista inglés, conocido por su novela de aventuras *Las minas del rey Salomón* (1885).

523. Se refiere a Paul Blouet (Max O'Rell), periodista y crítico francés (1848-1903), de gran fama en su época, debido principalmente a sus novelas *John Bull y su isla* (1884),



que retoma a un personaje satírico inglés, *Jonathan y su continente* y *Un francés en América*.

524. Piotr Ilich Chaikovski (1840-1893), compositor ruso, uno de los músicos más destacados del siglo XIX. Entre sus numerosas composiciones destacan, entre otras, los ballets «Cascanueces», «La Bella Durmiente», y «El lago de los cisnes», su Sexta Sinfonía «Patética», el poema sinfónico «Eugenio Oneguín» y la obertura «1812».

525. El tokay es un vino célebre de la provincia de Hungría del mismo nombre; el chambertin es un vino francés proveniente de la región de Borgoña.

526. James Bryce (1838-1922), hombre de Estado inglés, de origen irlandés, y científico de la política, del derecho y de la historia. La primera vez que ingresó a la Cámara de los Comunes fue en 1870 y desempeñó varios cargos de importancia en los gobiernos del Partido Liberal: secretario de Asuntos Exteriores (1886-1892), canciller del Ducado de Lancaster (1892), presidente del Consejo de Comercio (1894) y secretario jefe para Irlanda (1905 a 1907). En 1913 se le otorgó la dignidad de par en la nobleza británica. Bryce visitó por primera vez los Estados Unidos de América en 1870 y viajó también por América del Sur, Europa continental y los dominios británicos, lo que constituyó un factor básico en la formación de su perspectiva de los sucesos humanos y de su método comparativo y descriptivo. Fue embajador de su país en los Estados Unidos de 1907 a 1913, cargo que desempeñó en forma brillante y positiva al establecer vías de comunicación diplomática de extrema utilidad entre ambas naciones, labor que extendió también al Canadá.

En 1921 publicó su *Modern Democracies*, obra en la que se realiza uno de los mejores estudios sobre las principales democracias de inicios del siglo XX. *The American Commonwealth*, escrita en 1888, es, sin lugar a dudas, el trabajo más importante de Bryce y uno de los mayores aportes intelectuales para la comprensión de la sociedad democrática moderna y de su espíritu y acción; utiliza para ello el proceso de construcción del gran sistema político, social y jurídico de los Estados Unidos, producto de la llamada Revolución Americana, una de las más importantes e influyentes en la historia de la humanidad.

En uno de los apuntes de Martí se lee:

Bryce y Noailles, un inglés y un francés, piensan como yo, piensan como yo sobre el estado pujante, embrionario, no satisfactorio de los Estados Unidos.

Pero, según el crítico Carlos Ripoll, esta opinión demuestra que no leyó bien el libro de Bryce, pues en realidad este inglés elogia en casi todo a los Estados Unidos. Es posible que él haya leído solamente los comentarios del duque de Noailles, en *Cent ans de république aux États-Unis* (en el tomo segundo, publicado en 1889), donde cita algunos juicios levemente negativos de Bryce. Noailles sí es más severo en su crítica de los Estados Unidos, pero nunca como Martí.

527. Charles Dickens (1812-1870), novelista inglés y uno de los escritores más conocidos de la literatura universal. En su extensa obra, combinó con maestría narración,

humor, sentimiento trágico e ironía con una ácida crítica social y una aguda descripción de gentes y lugares, tanto reales como imaginarios. Entre sus obras, destacan sus novelas *David Copperfield* (1849-1850), *Oliver Twist* (1837-1839), *Tiempos difíciles* (1854), e *Historia de dos ciudades* (1859), los *Papeles póstumos del club Pickwick* (1836-1837), una obra en un estilo muy próximo al de los cómics, sus libros de viajes *Notas americanas* (1842) e *Imágenes de Italia* (1846), y *Canción de Navidad* (1843), un clásico de la narrativa infantil.

528. Se refiere a Frances Trollope (1780-1863), novelista inglesa y autora de libros de viajes.

529. *Lynch*: creemos que se refiere a una marca de rifle, muy común entre los colonizadores del Oeste de Estados Unidos.

530. *Pílori*: rollo o picota en que cabeza y manos quedaban sujetas y la víctima colocada de pie.

531. Charles Alexis Clérel de Tocqueville (1805-1859), historiador y político francés. Magistrado en tiempos de la Restauración. El gobierno de Juillet le encomendó llevar a cabo una investigación acerca del sistema penitenciario de los Estados Unidos. Entonces, decide ampliar su proyecto y escribe *De la democracia en América* (1835-1840), una obra considerada hasta el día de hoy como uno de los análisis más penetrantes y proféticos de los Estados Unidos.

532. Oscar Comettant (1819-1898), periodista francés especializado en la crítica de ópera. Creemos que el libro del que se habla en la presente crónica es el siguiente: *Voyage pittoresque et anecdotique dans le Nord et le Sud des Etats-Unis d'Amérique* (París, Laplace, 1866).

## [224]

533. Se refiere a Henry Hudson –a veces llamado Hendrik Hudson–, navegante inglés, nacido en la segunda mitad del siglo XVI. Contratado por la holandesa Compañía de las Indias Orientales, Hudson se hace a la mar «para descubrir un Paso por el Polo Norte a Japón y China». El viaje acabó llevándoles a la bahía de Delaware y el río Hudson (Estados Unidos). Hudson partió de Amsterdam el 4 de abril de 1609, en el navío *La Media Luna*, de unas ochenta toneladas, junto a una tripulación variopinta de dieciséis marineros ingleses y holandeses, entre los que se encontraban los aquí citados Van Meteren y Van Dam. En un viaje posterior, ahora bajo los auspicios del gobierno inglés, en el verano de 1611, cerca de la costa Este de los Estados Unidos, su tripulación lo arroja a un barco frágil, con su hijo John y cinco marineros enfermos y ciegos por el escorbuto, dejándolo a la deriva. Fallece, pues, en la bahía que actualmente lleva su nombre, «su tumba y su monumento».

534. Sir John Lubbock (1834-1913), arqueólogo, biólogo y político inglés de gran renombre. Parlamentario desde 1870, introdujo muchas reformas, como el establecimiento de los días festivos conocidos como *bank holidays*, pero también como *St. Lubbock Days*. Sus contribuciones científicas fueron mayoritariamente en el campo de la entomología y la antropología. Sus trabajos antropológicos se centraron en la prehistoria del hombre en Europa y sus intereses entomológicos, en insectos sociables. Escribió tres libros: *Prehistoric Times* (1865) –libro ampliamente difundido y utilizado como texto de estudio en diferentes países–, *Ants, Bees, and Wasps* (1882), y *The Pleasures of Life* (1887-1889), libro a que Martí se refiere en esta crónica.

535. Quisqueya, quisqueyano, dicese de los habitantes de República Dominicana.

536. Legitime, Hypolite, Salomón. El 10 de agosto de 1888, el presidente haitiano Lysius Salomon es destituido de su cargo. La Asamblea Constituyente instala un gobierno provisional y, posteriormente, elige a François Denys Legitime como presidente.

El presidente Legitime alcanzó a ocupar el cargo ocho meses (16 de diciembre de 1888-22 de agosto de 1889) y fue destituido y reemplazado por un gobierno provisional. La Asamblea Constituyente elige a Florvil Hyppolite para el cargo de presidente de Haití, quien lo ocupó por 7 años (22 de octubre de 1889-24 de marzo de 1896).

537. *La princesa Pocahontas*. Se refiere a la mítica Pocahontas (c. 1595-1617), princesa indígena, hija del jefe indio Powatan. Martí en este párrafo la compara a la Malinche (fallecida c. 1527), célebre indígena mesoamericana, intérprete y compañera de Hernán Cortés, cuya labor fue fundamental en el proceso de conquista de México. La Malinche se convirtió en la amante de Cortés así como en su intérprete. En un principio contó con la colaboración en la traducción de Jerónimo de Aguilar, pero pronto habló la lengua de los españoles. En 1523, tuvo un hijo de Cortés, Martín, el primogénito aunque ilegítimo del conquistador. Fue posteriormente repudiada por Cortés y se casó con uno de sus hombres de confianza, Juan Jaramillo, de quien dio a luz una hija, llamada María, poco antes de fallecer.

538. Jules Mazarino (1602-1661), político y cardenal francés que controló el gobierno de Francia durante la minoría de edad de Luis XIV y ayudó a transformar su país en la potencia predominante de Europa.

## [225]

539. Tamerlán (1336-1405), conquistador mongol turcomano que creó un imperio que se extendía desde la India hasta el mar Mediterráneo. Se le llamaba Tamerlán, versión europea de Timur Lang (Timur el Cojo), porque padecía una discapacidad en el lado izquierdo de su cuerpo. Luego de liderar numerosas conquistas, forjando un mítico imperio, Tamerlán murió el 18 de febrero de 1405, cerca de Shinkent (hoy en día en Kazajistán), cuando encabezaba una expedición contra China, y fue enterrado en Samarcanda, su capital. Su mausoleo, el Gur-i Mir, es uno de los grandes monumentos arquitectónicos de Samarcanda.

Aunque fue muy célebre por su crueldad en combate y por las numerosas atrocidades cometidas por sus ejércitos, Tamerlán también fue un gran amante de las letras y las artes. Su dinastía, la Timurí, que gobernó Transoxiana e Irán hasta principios del siglo xvi, fue famosa por su mecenazgo de la literatura turca y persa.

540. Derviches (en turco, procedente del persa *darvesh*, «mendigo»), una de las formas de sufis. Agrupación de musulmanes devotos, en algunos aspectos próximos a los monjes cristianos. Existen muchas hermandades de derviches, y cada una tiene sus propias reglas, vestimentas, ritos y métodos para recibir a sus novicios e iniciarlos. No todas las órdenes cumplen en forma estricta con las ceremonias y leyes rituales musulmanas, como también varían las ocupaciones que requiere cada hermandad. Algunos derviches son vagabundos y dependen de la buena voluntad y las limosnas de la gente para sobrevivir. No faltan los que están establecidos en monasterios, llamados *tekkes* o *khanagahs*, donde practican la observancia de algunos ritos especiales o se dedican a la meditación y a la penitencia. Otros derviches son simples comerciantes o trabajadores, que celebran ceremonias de sus órdenes sólo en ocasiones especiales. Existen otros que forman una especie de grupo de artistas y animadores religiosos; éstos son contratados para que canten su *dirge* o *zikr*, en festivales privados y públicos. Por lo general, los devotos se sumen en estados de delirio, siendo capaces de realizar actos de fuerza y resistencia increíbles, para caer luego, presos de convulsiones.

Dentro de los grupos de derviches, el más conocido y probablemente el más antiguo es el de los kadiris, orden fundada en 1165 y que son conocidos en Europa como derviches aulladores, debido a sus peculiares cantos. Otro grupo muy conocido es el de los rifais (1182), famosos por sus proezas de comer vidrio y brasas calientes, y por tragar espadas. También está la orden de los mawlaw o mevlevi, los derviches bailarines o que giran, fundada en 1273 por los seguidores del poeta y místico persa Jalal ad-Din Muhammad Din ar-Rumi. Otro grupo es el de los qaladaríes, mendicantes místicos que hacen votos para viajar toda la vida.

541. Bujara (o Bókhara) y Samarcanda: ciudades de Uzbekistán, que formaban parte de la antigua «Ruta de la Seda». Samarcanda, por otro lado, fue la capital del Reino de Tamerlán (véase nota 539).

542. Ciudad de Jaipur (o Jeypore). Actualmente conocida como Jaipur, la ciudad se encuentra en el oeste de la India, siendo la capital de Rajastán. Fundada en 1725 por Sawai Jai Singh II, maharajá de la casa Kacchwaha Rajputs, quien la trazó de acuerdo con los preceptos hindúes, cuenta con magníficos edificios; entre ellos el Palacio de los Vientos (Hawa Mahal), el observatorio, que data del siglo xviii (Jantar Mantar), y el palacio de la ciudad. Notables son sus alfombras y su artesanía, incluyendo la orfebrería y la joyería.

543. Plevén (también Plevna), ciudad al norte de Bulgaria, capital de la provincia del mismo nombre. Escenario de una importante batalla entre el Imperio Otomano y el Imperio Ruso en 1877.



544. Alexander Ivánovitch Herzen (1812-1870), escritor, filósofo, crítico literario y prominente pensador social ruso, conocido como el «padre del socialismo ruso». Sus obras más conocidas son *Desde la otra orilla* (1850), sus comentarios sobre las fallidas revoluciones europeas, y *Mi pasado y pensamientos* (1867), mezcla de autobiografía y análisis de los acontecimientos sociales, políticos e ideológicos sucedidos durante su vida.

545. Alexander Serguéievich Pushkin (1799-1837), poeta y autor teatral ruso, iniciador de la literatura rusa a través de sus poemas líricos y épicos, obras de teatro, novelas y relatos breves. Entre sus obras destacan: sus poemas *El prisionero del Cáucaso* (1822), *La fuente de Bajchisarai* (1823) y *Los cingaros* (1824); el relato breve *La dama de picas*; la tragedia *Boris Godunov* (1831); y *Eugene Onegin* (1823-1831), que ha sido considerada como la primera de las grandes novelas en lengua rusa (a pesar de estar escrita en verso).

546. Shipka. Importante paso a través de las montañas de los Balcanes, que cortan Bulgaria de este a oeste.

547. A partir de este párrafo, Martí hace alusión a diversos personajes y lugares del Antiguo Testamento: Moisés, profeta, legislador y guía religioso del pueblo de Israel; el valle de Jericó, cerca de Jerusalén, lugar donde se encontraba la ciudad del mismo nombre, sitiada por los israelitas, cuyas murallas fueron derribadas por siete sacerdotes tocando unas trompetas (Jos. 6); Samuel, el último juez de Israel y el primer profeta después de Moisés; Gedeón, uno de los grandes héroes de Israel; el pozo de Jacob; Cafarnaúm, ciudad donde Jesús comenzó a predicar y, según los sinópticos, nombró a sus primeros discípulos; Bethsaida, la ciudad de los apóstoles y de la multiplicación de los panes y los peces; Sodoma y Gomorra, las dos antiguas ciudades castigadas por Yahvé; el monte de las Tentaciones, donde Jesús fue tentado por el demonio, antes de iniciar su ministerio.

548. Jaique: especie de almalafa (vestidura talar) de los moros, que emplean para abrigarse echándosela por encima mientras duermen, y como vestido por el día; brial: especie de faldón que se usaba debajo de la coraza; palafrenero: criado que cuida los caballos, que lleva del freno el caballo del señor o que le acompaña montado en el palafreñ.

549. Caftán: especie de túnica usada por los moros; pelliza: chaqueta hecha o forrada de piel, o de tela muy gruesa, que se usa como abrigo.

550. Akbar (1542-1605), tercer emperador mogol de la India (1556-1605), considerado el verdadero fundador del Imperio Mogol. Hijo del emperador Humayun y descendiente de Tamerlán y Gengis Kan.

551. Poyo: banco de obra de albañilería o de piedra que se construye junto a la pared (en el interior o exterior) de las casas o templos.

552. Martí se refiere al Taj Mahal, situado en Agra, el más famoso de todos los edificios antiguos de la India, y uno de los monumentos más emblemáticos del arte mogol. Se construyó como mausoleo para Arjumand Banu Begam, esposa favorita de Sha Jahan conocida con el sobrenombre de Mumtaz Mahal (la elegida del palacio), que murió en 1631, al dar a luz.

553. El Kremlin (del ruso *kremľ*, «fortaleza»), ubicado en la Plaza Roja de Moscú, se construyó en el siglo XII como fortín en el interior de la ciudad. En la actualidad engloba los edificios más importantes del gobierno, palacios y catedrales, todos ellos dentro de un recinto amurallado que data del siglo XV y cuyo perímetro mide unos 2,5 km. Entre las construcciones civiles más importantes se encuentran el Palacio de las Armaduras, un edificio del siglo XIX que guarda uno de los museos históricos más antiguos y ricos de Rusia, y el Gran Palacio del Kremlin, que acogió el primer soviét supremo de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Entre los numerosos edificios religiosos sobresalen las cúpulas bulbiformes de la catedral de la Asunción, iglesia de coronación de los zares y mausoleo de los patriarcas de la Iglesia ortodoxa rusa.

## [226]

554. Se refiere al conocido dramaturgo y empresario teatral estadounidense Augustin Daly (1838-1899). A partir de 1859 hizo crítica de teatro para varios diarios neoyorquinos y adaptó diversas del alemán y el francés. En 1867 hizo su debut como productor con su melodrama *Under the Gaslight*, y en 1869 abrió su primer teatro. En su famoso Daly's Theatre de Broadway, presentó notables producciones de comedias de Shakespeare. Fue alabado por su meticulosidad en cuanto a los detalles y odiado por lo que los críticos consideraban paternalismo en el manejo de la compañía.

555. Se refiere a la Mumm y a la Pommery, dos marcas de champaña francés.

556. Se refiere a la declaración que recoge los principios de la política exterior de Estados Unidos con respecto a los derechos y actividades de las potencias europeas en el continente americano, expuesta por el presidente James Monroe en su comparecencia anual ante el Congreso de Estados Unidos, el 2 de diciembre de 1823, y que llegó a ser la base de la política aplicada por ese país respecto a Latinoamérica. No fue respaldada por ninguna legislación aprobada por el Congreso ni ratificada en el Derecho internacional, por lo que inicialmente se la consideró tan sólo como una declaración política. Cuando su aplicación y popularidad aumentaron en Estados Unidos, a partir de 1845, fue elevada a la categoría de principio, siendo específicamente denominada Doctrina Monroe.

Monroe afirmó, en sus dos discursos más relevantes, que las potencias europeas no podían colonizar por más tiempo América, y señaló que éstas no deberían intervenir en los asuntos de las recientemente emancipadas repúblicas latinoamericanas. Previno a los Estados europeos contra cualquier intento de imponer monarquías en las naciones americanas independientes, pero añadió que Estados Unidos no emprendería ninguna acción

en las colonias europeas existentes ni en la propia Europa. Este último punto confirmaba las ideas expuestas por George Washington en su discurso de despedida presidencial de 1796, en el que recomendaba encarecidamente que Estados Unidos no entablara complicadas alianzas en política exterior.

Al marcar de este modo la diferencia entre Europa y América, Monroe subrayaba la existencia de unos intereses americanos y, más concretamente, estadounidenses. Rechazaba las monarquías europeas como sistema político, consideraba que ninguna nación americana lo adoptaría y que su presencia en el continente americano pondría en peligro la paz y seguridad de su joven nación. Asimismo, exponía que únicamente Estados Unidos estaba destinado a completar la colonización de los territorios vírgenes de Norteamérica.

A pesar de la determinación que se desprende de estas afirmaciones, Monroe no disponía de medios que aseguraran la aplicación de sus ideas, aunque sabía que Gran Bretaña, con su poderosa Armada, también se opondría a que Europa interviniera en la lucha a favor de España, que deseaba recuperar sus dominios americanos.

La Doctrina Monroe no tuvo gran repercusión en Estados Unidos sino hasta la década de 1840, cuando el presidente James Knox Polk la aplicó para justificar la expansión territorial estadounidense. Recurrió a ella en 1845 como respuesta a las amenazas británicas en California y Oregón, y a los intentos de Francia y Gran Bretaña para impedir que Estados Unidos se anexara Texas. Polk advirtió en 1848 que si Europa intervenía en la zona mexicana de la península de Yucatán, Estados Unidos conquistaría esta región. A pesar de que Polk aplicó la doctrina, cuya popularidad aumentó durante la década de 1850, la Guerra Civil estadounidense hizo disminuir enormemente su eficacia en la década siguiente; por este motivo, la reconquista de la República Dominicana por parte de España (1861) y la intervención de Francia en México (1862-1867) apenas encontraron resistencia.

Esta política adquirió un nuevo significado durante las décadas de 1870 y 1880. Amparándose en ella, Estados Unidos prohibió la cesión de territorio americano entre potencias europeas y se arrogó el derecho a controlar con exclusividad cualquier canal que comunicara el océano Atlántico con el Pacífico a través de Centroamérica. Esta última reivindicación fue reconocida por Gran Bretaña mediante el Tratado Hay-Pauncefote (1901). El gobierno estadounidense interpretó esta doctrina en un sentido más amplio cuando el presidente Grover Cleveland presionó con éxito a Gran Bretaña en 1895 para que sometiera a arbitraje la disputa sobre límites fronterizos entre la Guayana Británica (la actual Guyana) y Venezuela.

La Doctrina Monroe ha tenido una considerable repercusión como elemento característico de la política exterior de Estados Unidos y ha encontrado un gran respaldo en ese país, debido a que favorecía sus intereses. Sin embargo, Estados Unidos la ha enarbolado en ocasiones para justificar su injerencia en los asuntos internos de otras naciones americanas, al no establecerse en la formulación original una distinción clara entre los intereses de Estados Unidos y los de las naciones vecinas. La creciente intranquilidad que ha generado en este país la inestabilidad de los regímenes latinoamericanos motivó que estas intervenciones hayan sido frecuentes y polémicas a lo largo del siglo xx.

Desde la misma época de su manifestación, la Doctrina Monroe fue ampliamente rechazada, tanto por los gobiernos como por las fuerzas políticas de la mayoría de los

países latinoamericanos, que entendieron los intereses que se escondían tras su formulación. A mediados del siglo XIX, el presidente mexicano Benito Juárez expresó su famoso apotegma, que todavía se enseña en muchas escuelas de México y Latinoamérica, enunciado como respuesta a Monroe: «El respeto al derecho ajeno es la paz».

557. Catalina de Alejandría. Virgen y mártir cristiana fallecida a principios del siglo IV. Hija del rey siciliano Costo, nacida en Alejandría a fines del siglo III. El año 307 gobernaba en Egipto el emperador Majencio, que tenía su capital temporalmente en Alejandría. Éste celebró unas grandes fiestas en honor de los dioses del Imperio, sacrificando en ellas multitud de toros y carneros. Catalina, que tenía a la sazón dieciocho años, tuvo la valentía de hacer campaña contra estas fiestas públicamente, e incluso se presentó ante el emperador. Era Catalina bella y elocuente, por lo que el emperador la escuchó desconcertado. Al no tener argumentos para replicarle, la retuvo como prisionera en su palacio, e hizo acudir a su presencia cincuenta doctores de Egipto para que discutiesen con ella. No sólo no la convencieron, sino que incluso algunos de ellos se convirtieron. Hasta a la reina convirtió y al jefe de las tropas, Porfirio. El emperador mandó decapitar a Catalina y a los sabios que se habían dejado vencer por ella. El martirologio cuenta que su cuerpo fue trasladado por los ángeles al Sinaí, donde se le construyó una iglesia y un monasterio. Es santa Catalina la patrona de los filósofos y considerada como uno de los 14 santos de más poderosa intercesión en el cielo. Su iconografía es muy abundante.

558. Creemos se refiere a María I Estuardo (1542-1587), reina de Escocia entre 1542 y 1567, de religión católica. Despertó los recelos protestantes y fue el inicio de una insurrección de los nobles escoceses. En 1567 se vio obligada a firmar un acta de abdicación en favor de su hijo, quien, cinco días más tarde, fue coronado con el nombre de Jacobo VI (el futuro rey inglés Jacobo I Estuardo). María Estuardo escapó de su isla-prisión de Lochleven el 2 de mayo de 1568 y en pocos días logró reunir un ejército de 6.000 hombres, que fue posteriormente derrotado. María solicitó refugio en la corte de su prima, la reina de Inglaterra Isabel I, quien la encarceló al considerarla una posible competidora legítima a la corona inglesa.

La más famosa de las intrigas posteriores para conseguir la liberación de María y su acceso al trono de Inglaterra fue la planeada por su paje, Anthony Babington, quien intentó asesinar a Isabel. La conspiración fue descubierta y María fue llevada a juicio en octubre de 1586. Condenada a muerte el 25 de octubre, hasta el 1 de febrero de 1587 la reina Isabel I no firmó la orden de ejecución, que fue llevada a cabo una semana más tarde.

559. Francisco Suñer y Capdevila (1826-1898), político catalán. Aunque llegó a adquirir renombre en toda Europa como fisiólogo, su intervención en la historia de España se caracteriza por su exaltado espíritu republicano y ateo; proclamó su ateísmo solemnemente en una sesión de Cortes en 1869 y resumió su doctrina en el folleto *Dios* (Barcelona, 1869), que fue refutado por prelados y otras personalidades eclesiásticas. Opuesto a la monarquía, organizó en 1869 una partida que se refugió en los montes catalanes; derrotada, huyó su jefe a Francia, para volver a España a ocupar un escaño en



las Cortes. Pi y Margall le nombró, durante la República, ministro de Ultramar. Después de la Restauración, Suñer vivió alejado de toda actuación pública.

560. Ada Rehan (1860-1916), actriz estadounidense de origen irlandés. Entre 1879 y 1899 fue miembro de la compañía de Augustin Daly, sobresaliendo en las adaptaciones que Daly hizo de las comedias alemanas y francesas, así como en las comedias de Shakespeare. Gran fama, por ejemplo, le dio su actuación en *La fierecilla domada* (*The Taming of the Shrew*).

561. Lillian Russell (1861-1922), cantante y actriz estadounidense de gran fama. Su nombre original era Helen Louise Leonard. Conocida como la Cantante de Balada inglesa, hizo su primera aparición en Broadway en noviembre de 1880. Hacia 1891 esta mujer hermosa y talentosa era la estrella de la Lillian Russell Opera Company. A pesar de retirarse en 1912, la Sra. Russell continuó participando de la vida pública, vendiendo obligaciones de guerra de la Primera Guerra Mundial, y reclutando para la Infantería de Marina. Además de su carrera escénica, Lillian Russell es también recordada por su relación con el ostentoso «Diamond Jim» Brady.

562. Liev Nikoláievich Tolstói (1828-1910), novelista ruso, profundo pensador social y moral, y uno de los más eminentes autores del realismo de todos los tiempos. Entre sus obras destacan su novelas cortas *Los cosacos* (1863), *Ana Karénina* (1873-1877) y *La muerte de Iván Ilich* (1886); sus relatos *Sebastopol* (1855-1856), tres historias basadas en la guerra de Crimea; el cuento *La sonata a Kreutzer* (1889); y *Guerra y Paz* (1863-1869), considerada una de las novelas más importantes de la historia de la literatura universal.

### [230]

563. Luigi Cherubini (1760-1842), afamado compositor italiano. Nació en Florencia y compuso música religiosa y varias óperas, ejerciendo una clara influencia en la música de su tiempo. Creemos que Martí aquí alude a la *Misa en fa mayor* (1808), su más importante obra religiosa. Otras composiciones religiosas incluyen la *Misa en do mayor* (1816) y las misas de requiem en do menor (1817) y en re mayor (1836). Compuso unas 30 óperas, entre ellas *Medea* (1797) y *Las dos jornadas* (1800, que con su libreto sobre un rescate fue la precursora del *Fidelio* de Beethoven), así como numerosos motetes, cantatas, obras corales y cuartetos para cuerda. Su tratado sobre contrapunto y fuga, *Cours de contrepoint et de la fugue*, fue publicado por el compositor francés Jacques Halévy en 1835.

### [231]

564. Pierre Augustin Caron de Beaumarchais (1732-1799), dramaturgo francés. Entre sus obras más conocidas destacan *El barbero de Sevilla* (1775) y *Las bodas de Fígaro* (1784), posteriormente transformadas en óperas por Rossini y Mozart, respectivamente.

## [232]

565. Murat Halstead (1829-1908), periodista estadounidense. Después de trabajar durante algunos años como reportero, comenzó a trabajar en el *Commercial*, periódico del que pronto se convertirá en editor. En 1854 el *Commercial* fue reorganizado, y Halstead compró acciones del diario. En 1867 el control pasó a sus manos. Luego de haber intentado una línea de periodismo independiente, se alió con el Partido Republicano. La *Gazette* de Cincinnati se consolidó en 1883, transformándose en una sola compañía que publicaba los dos periódicos combinados bajo un solo nombre, la *Commercial Gazette*.

566. *Simonía* (de Simón el Mago, que ofreció dinero a los apóstoles para obtener el don del Espíritu Santo): pecado o delito que constituye la acción de negociar con cosas espirituales, religiosas; por ejemplo, con los sacramentos o los cargos eclesiásticos.

567. Pinekney Benton Stewart Pinchback (1837-1921), abogado y político estadounidense, descendiente de africanos. Miembro del Partido Republicano, fue senador por el Estado de Nueva Orleans (1868), gobernador de Luisiana (1872-1873). En 1873 fue elegido senador, mas luego de una larga discusión en el Senado, se le impidió, por 32 votos contra 29, ejercer su función.

## [233]

568. Hans Guido von Bülow (1830-1894), compositor, pianista y director de orquesta alemán. Pionero en establecer el papel de director como artista interpretativo. Nació en Dresde y estudió derecho en Leipzig y Berlín, aunque más tarde se decantó por la música. Tras estudiar dirección con el compositor alemán Richard Wagner y piano con el compositor y pianista húngaro Franz Liszt, se convirtió en un prestigioso concertista. En 1857 contrajo matrimonio con la hija de Liszt, Cósima, quien lo abandonó en 1869 para casarse con Richard Wagner. En 1864 Bülow fue nombrado director de la ópera real de Múnich, donde dirigió el estreno de la ópera de Wagner *Tristán* (1865) y *Los maestros cantores de Nuremberg* (1868). Entre 1880 y 1885 fue director en la corte ducal de Meiningen, cuya orquesta se convirtió en una de las más prestigiosas de Europa.

569. Bayreuth: ciudad situada en la zona meridional del centro de Alemania, en Baviera, a orillas del río Main (en alemán Roter Main). Desde el siglo XIII hasta finales del siglo XVIII, fue una posesión de la familia Hohenzollern. Entre las edificaciones históricas de la ciudad destacan un antiguo palacio, el nuevo palacio, el ayuntamiento y el Festspielhaus, un auditorio diseñado por Wagner y completado en 1876, que resultó revolucionario en su momento por tener asientos distribuidos en forma de abanico y con gradas inclinadas, con lo que todos los espectadores podían ver el escenario por igual. También pueden encontrarse la Villa Wahnfried, hogar del compositor alemán Richard Wagner, que está enterrado allí, y cuyo recuerdo perdura en los festivales anuales que se celebran en el Festspielhaus, que actualmente es el lugar en donde se celebra el festival

anual de las óperas de Wagner. El compositor húngaro Franz Liszt está enterrado en el cementerio central de la localidad.

570. Se refiere a Max Alvary (1858-1898), cantante de ópera alemán. Dueño de una fina voz de tenor y una bella presencia, rápidamente logró fama en Alemania, interpretando diferentes roles de la ópera wagneriana. A partir de 1885, comenzó a realizar presentaciones en Inglaterra y los Estados Unidos. Alcanzó la cima de su carrera en 1892, cuando sus interpretaciones de Tristán y Sigfrido en el Covent Garden (Londres), le dieron fama mundial.

571. *El crepúsculo de los Dioses*: se refiere a la ópera de Wagner (1874), obra final de la famosa tetralogía de dramas musicales conocida como *El anillo de los nibelungos* basada en *Das Nibelungenlied*, poema épico alemán del siglo XIII.

572. *Czardas y troikas*. Czarda: danza de Hungría que utiliza música en compás binario. Troika: tipo de danza rusa.

573. Se refiere a Paul Charles Morphy (1837-1884), destacado jugador de ajedrez estadounidense; considerado por algunos como el más grande que haya existido.

574. Mikhail Ivánovich Chigorin (1850-1908), célebre jugador de ajedrez ruso, considerado el fundador de la llamada Escuela Rusa.

575. El gambito Evans: una de las conocidas aperturas utilizadas en el ajedrez.

576. El teatro de los *minstrels*. La presencia de los africanos en los Estados Unidos llegó a la música popular de la mano de los juglares de caras pintadas del *minstrel show*. Por lo general se trataba de un grupo de cuatro hombres blancos. Esta formación la establecieron los *minstrels* de Virginia en los años 40 del siglo XIX. Tocaban el banjo, la pandereta, las castañuelas de huesos y el violín. El virtuoso del banjo Daniel Decatur Emmett fue el compositor más destacado de este género. Su obra más conocida es *Dixie* (1859). A mediados de siglo aparecieron los primeros hombres de raza negra que actuaban en *minstrel shows*.

577. Nabab: en la India musulmana, gobernador de una provincia. También se utiliza para designar a un hombre extraordinariamente rico.

578. Constante. Se refiere al pintor francés Benjamin Constant (1845-1902). A partir de 1869, al exponer su cuadro *Hamlet et le Roi*, fue reconocido como uno de los maestros modernos de Francia. Además de un sinnúmero de cuadro temáticos, tales como *Trop Tard* (1870), y *Samson et Delilah* (1871), y otros tomados de sus estudios marroquíes (a los que Martí hace aquí alusión), fue un eminente retratista. Muchos de los hombres y mujeres prominentes de la época se hicieron retratar por Constant, siendo uno de sus últimos el realizado para la reina Victoria (1900). Fue miembro del Institut de France y recibió numerosas condecoraciones en Francia y otros países.

579. James Clair Flood (1825-1889), empresario estadounidense nacido en Irlanda. Junto a William O'Brien (otro irlandés) y a los entonces mineros James G. Fair y John W. Mackay formaron una sociedad minera. El descubrimiento de la veta de Cornstock los convirtió en los cuatro hombres más ricos del mundo. Posteriormente establecieron el banco de Nevada en San Francisco, y la sociedad continuó hasta 1881, cuando Fair fue elegido senador de los Estados Unidos. Pronto después Flood se retiró del negocio activo.

580. Isaac Williamson (1816-1881), político estadounidense, miembro del Partido Republicano y de la Casa de Representantes (1873-1875).

### [234]

581. Referencia al *Diccionario etimológico latino-español* de Commeleran, un coloso en octavo de 4.500 páginas impresas a tres columnas con entradas en latín, acepciones en castellano, ejemplos de uso tomados de los clásicos latinos de la Antigüedad, y rastreo del origen de las palabras por el griego, el árabe, el hebreo, el arameo y el sánscrito, en caracteres vernáculos.

582. Francis Hopkinson Smith (1838-1915), ingeniero, artista y escritor estadounidense, tataranieto de Francis Hopkinson, uno de los signatarios de la Declaración de Independencia. Dueño de una firma de ingeniería durante treinta años, trabajó en numerosos proyectos para el gobierno federal, incluyendo las fundaciones de la Estatua de la Libertad. En su tiempo libre Smith se dedicó a la pintura y escribió algunos libros, entre los que se cuenta su novela *Caleb West: Master Diver* (1898). Luego se retiró, para dedicarse a viajar, pintar y escribir sobre España, México, Italia y Constantinopla.

583. Se refiere a Juan Diego (c. 1474-1548), indígena mexicano, cuyo nombre en lengua náhuatl era Cuauhtlatoatzin. En los años 1524 o 1525 se produce su conversión al cristianismo y fue bautizado, así como su esposa, recibiendo el nombre cristiano de Juan Diego y su esposa el nombre de María Lucía. Fueron quizás bautizados por el misionero franciscano Fray Toribio de Benavente, llamado por los indios «Motolinia» o «El Pobre» por su extrema gentileza y piedad y las ropas raídas que vestía.

584. Chinampas: especie de jardín y huerto flotante de poca extensión situado sobre una de las lagunas próximas a la ciudad de México, en que los antiguos mexicanos cultivaban flores y verduras.

585. Se refiere al libro *A Study of Mexico* (Nueva York, D. Appleton & Co., 1887), escrito por David Ames Wells (1828-1898), economista y escritor prolífico en cuestiones legales y económicas.

586. Se refiere al sacerdote dominicano Julián Garcés, primer obispo (1527) de la llamada diócesis Carolina (en honor de Carlos V), con sede en Tlaxcala, la primera dió-



cesis creada por el papa León X en Nueva España, el nombre que Hernán Cortés dio a las tierras que conquistó.

587. Bartolomé Esteban Murillo (1617-1682), pintor español nacido en Sevilla, cultivador de una temática preferentemente religiosa. Sus representaciones de santos, auténticos retratos de personajes españoles de la época, corresponden al realismo imperante en el arte religioso del siglo XVII. En el siglo XIX las obras de Murillo alcanzaron gran popularidad e influyeron en algunos artistas de ese período.

588. Se refiere al pintor Tiziano Vecellio, conocido como Tiziano (c. 1477-1576), figura principal de la escuela veneciana del siglo XVI y configurador de su tradición colorística y pictórica. Su obra, que afectó de manera decisiva a la evolución de la pintura europea, proporcionó una alternativa igualmente poderosa y atractiva que la lineal y plástica tradición florentina seguida por Miguel Ángel y Rafael. Esta alternativa, que sería tomada por Rubens, Velázquez, Rembrandt, Delacroix y los impresionistas, sigue viva en la actualidad. Por derecho propio, la obra de Tiziano se considera en la cima de los logros y éxitos en el campo de las artes visuales.

### [237]

589. Simón Cameron (1799-1889), político estadounidense, miembro del Partido Republicano, senador durante varios períodos (1845-1849, 1857-1862) y secretario de Guerra (1860-1862) durante la presidencia de Lincoln.

### [239]

590. Desde finales del siglo XIX la posesión de las Samoa fue disputada por ingleses, americanos y alemanes. En 1890 entró en vigor el Tratado de Berlín negociado y firmado el año anterior, el cual otorgaba a Alemania la Samoa Occidental y a los Estados Unidos de América la Samoa Oriental. Al mismo tiempo, los británicos recibían las Tonga y parte de las Solomon (archipiélago de la Melanesia). Capital y puerto principal de Samoa Oriental, Pago Pago, fue base naval de Estados Unidos desde 1872 hasta 1951.

591. Estrecho de Bering, extensión de agua que separa Asia de América del Norte. Conecta el mar de Bering (un brazo del norte del océano Pacífico) con el océano Glacial Ártico.

592. Se refiere al conocido episodio del Antiguo Testamento (*Génesis*, XXV, 27-34) en el que Jacob, hermano mellizo de Esaú, le compra su primogenitura a cambio de un plato de lentejas.

593. Al parecer el asesinato del doctor Patrick Cronin, miembro de Clan-na-Gael, se debió a conflictos internos entre Cronin y Alexander Sullivan, periodista y abogado, que

dirigía la sección estadounidense de la organización. Sullivan fue acusado de asesinato, junto a los mencionados Mahoney y McDonald. Luego de un lento y publicitado juicio, sus cómplices fueron declarados culpables y Sullivan se marchó, no sin haber manchado su reputación. La cobertura que el *Times* le otorgó al juicio y al affaire Cronin expuso en forma clara al movimiento feniano y causó su posterior colapso.

594. El último campeón de los pesos pesados con los puños desnudos fue el estadounidense John L. Sullivan, que peleó y ganó el último combate autorizado de este tipo en 1889 contra Jake Kilrain.

#### [240]

595. «En una nuez», anglicismo («in a nutshell») por «en pocas palabras».

596. Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870), poeta español. Es una de las figuras más importantes del romanticismo y sus *Rimas* supusieron el punto de partida de la poesía moderna española.

597. Ramón de Campoamor (1817-1901), poeta español. Uno de los poetas más populares de su tiempo. En sus composiciones cortas recurre al proverbio popular y recupera la tradición del epigrama. Sus famosas *Doloras* son sentencias en verso en las que se transmite un mensaje moral didáctico, mezcla de humor y sentimentalismo, cuyos temas narran pequeños dramas cotidianos y encierran un pensamiento filosófico escéptico. La poesía de Campoamor incluye las obras *Ayes de Alma* (1842), *Doloras* (1846), *Pequeños poemas* (1872-1894) y *Humoradas* (1886-1888).

#### [241]

598. María Mitchell (1810-1889), astrónoma estadounidense. En 1847, una precoz observadora de escasos 29 años, se convirtió en la primer persona en identificar un cometa (Mitchell 1847VI), utilizando un telescopio. Fue una gran mentora de la siguiente generación de científicos y científicas.

#### [242]

599. Referencia a Boabdil (c.1459-1528), último rey Nazarí de Granada (1482-1492). La ciudad, sitiada desde la primavera de 1491, cayó en enero de 1492, a pesar de la defensa que de ella hicieron los musulmanes. Granada estaba profundamente dividida sobre si debía o no rendirse, por lo que antes de la capitulación entraron en la ciudad tropas castellanas para evitar revueltas de los irredentistas. Se permitió que Abu Abd Allah (su nombre en árabe) se retirase a la comarca granadina de las Alpujarras, pero más tarde se trasladó a Fez (Marruecos), donde murió. Cuenta la famosa leyenda que,

ante las lágrimas vertidas por Boabdil al abandonar Granada, su madre, Fátima, le dijo airada: «Llora como mujer lo que no supiste defender como hombre».

600. Justiniano I (482-565), emperador bizantino (527-565) que extendió el dominio de Bizancio en Occidente, embelleció Constantinopla (hoy Estambul, Turquía) y completó la codificación del Derecho romano.

601. Se refiere a la filosofía de Immanuel Kant (1724-1804), filósofo alemán, considerado por muchos como el pensador más influyente de la era moderna. La piedra angular de la filosofía kantiana (en ocasiones denominada «filosofía crítica») está recogida en una de sus principales obras, *Crítica de la razón pura* (1781), en la que examinó las bases del conocimiento humano y creó una epistemología individual. La filosofía kantiana, y en especial tal y como fue desarrollada por el filósofo alemán Hegel, estableció los cimientos sobre los que se edificó la estructura básica del pensamiento de Karl Marx. El método dialéctico, utilizado tanto por Hegel como por Marx, no fue sino el desarrollo del método de razonamiento articulado por antinomias aplicado por Kant.

602. William Cullen Bryant (1794-1878), poeta y escritor estadounidense de gran fama en su época. Uno de los primeros creadores importantes de una literatura estadounidense nacional, pero al mismo tiempo cosmopolita.

603. Alcibíades (c. 450-404 a. C.), político y general ateniense, sus actos oportunistas y su influencia negativa contribuyeron a la derrota de Atenas en la guerra del Peloponeso (431-404 a. C.).

604. París, Héctor y Andrómaca: se refiere a los personajes mitológicos griegos, descritos en *La Ilíada* de Homero.

## [244]

605. John Cabell Breckinridge (1821-1875), senador, vicepresidente de los Estados Unidos (1857-1860) bajo la presidencia de Buchanan.

606. John Robinson (1575-1625), ministro protestante inglés. Debido a sus ideas puritanas sufrió persecuciones y debió emigrar junto a un grupo de fieles hacia Leyden, Holanda. Leyden fue reconocido como un gran defensor del calvinismo. A partir de 1617, cuando surgen los planes para emigrar a los Estados Unidos, Robinson toma parte activa de las negociaciones y alienta a su congregación a partir.

607. Alden, Miles Standish. El *Mayflower* zarpó del puerto de Plymouth (Inglaterra) el 16 de septiembre de 1620 con destino a Virginia, donde los colonos habían obtenido licencia para su asentamiento. Debido al mal tiempo y a errores de navegación, el *Mayflower* ancló el 21 de noviembre en las costas de lo que hoy en día es Provincetown (Massachusetts). El 21 de diciembre, una vez elegido el emplazamiento donde asentarse,

los peregrinos desembarcaron del *Mayflower* y fundaron Plymouth, la primera colonia permanente en Nueva Inglaterra.

Los peregrinos se hallaban a más de 800 km al noreste de su destino inicial en Virginia. La licencia para su establecimiento en el Nuevo Mundo, expedida por la Compañía de Londres, ya no era vinculante y algunos de los pasajeros querían independizarse totalmente de sus compañeros de viaje. Para evitarlo, 41 pasajeros adultos (entre ellos John Alden, William Bradford, William Brewster, John Carver, Miles Standish y Edward Winslow) se reunieron para redactar y firmar el Pacto del Mayflower, considerado por algunos como la primera constitución escrita de América, que sometía a los pasajeros a un «cuerpo político civil» y que tenía la facultad de elaborar y promulgar leyes, a las que se someterían todos los colonos. Este pacto estableció el principio básico del gobierno de la mayoría, que perduró en la colonia de Plymouth hasta su absorción en 1691 por la Compañía de la Bahía de Massachusetts.

Miles Standish (1584-1656) fue capitán militar del grupo de peregrinos, y llevó a cabo las primeras matanzas de indígenas en los Estados Unidos.

608. Antífona: versículo que se canta o reza en las horas canónicas antes y después de un salmo. Epodo: en la versificación clásica, segundo verso del dístico, más corto que el primero; por extensión, dístico formado por un verso largo y otro corto, o también, composición en dísticos. En la lírica coral griega, tercera parte de las tres de que constaba el canto (antístrofa, estrofa). También se le llama así al último verso de la estancia, repetido muchas veces.

609. Nube Roja (1822-1909), jefe de los sioux oglala que se opuso a la ocupación estadounidense de Wyoming. La guerra de la Nube Roja (1866-1867), bautizada así en honor al jefe sioux, finalizó con la firma de un tratado que les concedía las Black Hills (Colinas Negras) de Dakota del Sur de forma perpetua. Sin embargo, el tratado no fue respetado, ya que los buscadores de oro y los mineros invadieron las montañas en la década de 1870.

610. Se refiere al general estadounidense George Crook, conocido por su participación en las guerras contra los indígenas en Estados Unidos. Crook posteriormente luchó por los derechos de los indígenas y la devolución de las tierras usurpadas por los buscadores de oro y mineros.

611. *Woodoos*: el vudú (o *voudou*) es un fenómeno religioso primitivo que se considera proveniente de la Costa de Oro, en África. En algunos lugares de América, especialmente en Haití, aparece organizado como secta, con sus ritos, sacerdotes, ceremonias y sacrificios.

[245]

612. «Un pote revuelto»: anglicismo proveniente de *melting pot*.



613. Henry Bessemer (1817-1898), inventor e ingeniero británico, inventor de un proceso para la producción barata de grandes lingotes de acero, libres de escoria, conocido como *El proceso de Bessemer* (1856).

[246]

614. Martí, en esta primera crónica que le dedica al Primer Congreso Panamericano (1889-1890), celebrado en Washington, al que asistió como Cónsul de Uruguay, pasa lista a los representantes. De ellos destacamos al uruguayo Alberto Nin; el embajador brasileño en Washington José Gurgel do Amaral Valente; el embajador mexicano Matías Romero (1837-1898); José Ives Limantour (1854-1935), representante de México en las relaciones bilaterales de carácter comercial con Estados Unidos (1891); Juan Navarro (compañero de Prieto, Ramírez, Payno, Lerdo, de todos los fundadores), cónsul de México en Nueva York; Fernando Cruz (Guatemala), ministro en Washington; Jacinto Castellanos (El Salvador); Horacio Guzmán (Nicaragua), ministro en Washington; Manuel Aragón (Costa Rica); Jerónimo Zelaya (Honduras), ministro de la Presidencia; los colombianos José María Hurtado, comerciante de paños, Clímaco Calderón (1852-1913), cónsul en Nueva York, y Carlos Martínez Silva, literato; Nicanor Bolet Peraza (venezolano, representante de Nicaragua); el político ecuatoriano José María Plácido Caamaño (1838-1901), presidente de la República (1884-1888); los chilenos Emilio C. Varas, ministro en Washington, y José Alonso; Zegarra (Perú), ministro en Washington; José Velarde (Bolivia); los brasileños Lafayette Rodrigues Pereira (1834-1917), y Salvador Furtado de Mendonça Drummond, cónsul; Charles Flint; Adolfo G. Calvo (cónsul argentino); Félix L. de Castro (de la casa Carranza y Cía.); Ernesto Bosch, secretario de la legación argentina; Fidel Pierra (secretario de la Union Comercial); Charles Sawyer; los argentinos Manuel Quintana (1836-1906), político, presidente de la República (1904-1906), y Roque Sáenz Piedra (1851-1914), político y abogado, presidente de la República (1910-1914); Pinedo; Cornelius Bliss.

615. Rafael Núñez (1825-1894), político colombiano, presidente de la República (1880-1882; 1884-1888).

616. Se refiere a Pedro de Alvarado (1485-1541), conquistador español, compañero de Hernán Cortés. Acompañado por varios hermanos suyos, viajó al Nuevo Mundo en 1510. Primero se estableció en La Española. De ahí pasó a la isla de Cuba, donde en 1518 participó en la expedición que, enviada por Diego Velázquez, exploró la península de Yucatán y las costas del golfo de México. Consumada la conquista de México, Alvarado fue encargado por Cortés de llevar a cabo la sujeción de otros pueblos situados al sureste de México. En cumplimiento de tales órdenes, conquistó lo que hoy se conoce como Guatemala, en 1523.

617. Los quichés y los zutujiles: pueblos indígenas que forman parte de la civilización maya en Yucatán y Centroamérica.

618. Antonio Guzmán Blanco (1829-1899), militar y político venezolano, presidente de la República (1870-1877; 1879-1884; 1886-1887).

619. William Grace (1832-1904), empresario estadounidense de origen irlandés. En 1846 emigró a los Estados Unidos. Se instaló en Nueva York, antes de trasladarse al Callao, Perú, donde trabajó en una empresa naviera. En 1854 estableció la Bryce, Grace and Company, y en unos pocos años controlaba la mayoría de los barcos que navegaban por las costas de Chile y Perú. Grace regresó a Nueva York y creó, en 1868, la compañía naviera W. R. Grace and Company. Durante la Guerra del Pacífico, Grace ayudó financieramente al Perú a cambio de los derechos de explotación de las minas de plata y otras materias primas, tales como petróleo y guano, lo que lo llevó a ser conocido como el «Pirata del Perú». Alcalde de Nueva York (1880-1888), Grace fue considerado un generoso contribuyente a las obras de caridad irlandesas.

[247]

620. Ernst Heinrich Haeckel (1834-1919), filósofo y biólogo alemán que, a través de conferencias y escritos, popularizó en el mundo de habla germana la obra de Charles Darwin.

621. *Vergiss-mein-nicht*: en alemán, «no me olvides»; también el nombre de una flor.

622. Leonard: fisiocracia, escuela de pensamiento económico surgida en Francia en el siglo XVIII y la primera que aplicó el método científico a la economía. El principal exponente de la fisiocracia fue François Quesnay, cuyo *Tableau économique* (*Cuadro económico*, 1758) supuso el punto de partida de esta doctrina económica; otros fisiócratas destacados fueron Pierre Samuel du Pont de Nemours y Victor Riqueti, marqués de Mirabeau. Los fisiócratas se oponían a la doctrina económica imperante hasta entonces, el mercantilismo, que postulaba que la riqueza y poder de un país dependían de la cantidad de metales preciosos que hubiera acumulado, por lo que regularon el comercio internacional para evitar la salida del país de las reservas de oro y plata. Los fisiócratas, que creían en la existencia de una ley natural, defendían una política económica de *laissez-faire* (o de no intervención pública en la economía), que según ellos produciría de forma natural una sociedad próspera y virtuosa, y que por tanto era favorable al libre comercio. También defendían que la agricultura era el único sector productivo capaz de crear riqueza, mientras que el comercio y la industria tan sólo permitían la distribución de esta riqueza; los fisiócratas estaban en contra de las políticas de comercio internacional mercantilistas, favorecedoras del proteccionismo. Una cuestión que estaba en plena discusión, produciendo serios antagonismos, durante los años en que Martí escribe sus crónicas.

[249]

623. Chulpa: tumba en forma de torre, típica de las regiones andinas.

624. William Windom (1827-1891), político estadounidense de claras ideas expansionistas. Miembro del partido Republicano, fue senador (1871-1883), secretario del Tesoro durante el gobierno de Garfield (marzo-noviembre de 1881), y durante el gobierno de Harrison (1889-1891).

625. En 1871, Albert Kinsey Owen llegó a México desde Indiana y seleccionó un sitio en la costa del Pacífico para la llamada Colonia Socialista Utópica de New Harmony. Era en la Bahía de Ohuira.

En 1880, el General Manuel González –Presidente de México– le otorgó a Owen una concesión para construir un ferrocarril entre Piedras Negras y Topolobampo, con conexiones a Mazatlán, Álamos y Ojinaga. El contrato especificaba que el ferrocarril se concluiría en diez años. En 1886, Owen estableció una nueva colonia en Topolobampo con unas 600 personas que llegaron desde New Harmony, pero las enfermedades, la pobreza y la falta de organización pronto redujeron este número a 150.

En 1890, la disensión dividió a este grupo en tres colonias. Ese año, Owen consiguió un contrato más favorable con el gobierno y organizó una nueva compañía, pero fracasó. En 1894, los colonos regresaron a Indiana y Owen aceptó su derrota. Su contrato fue cancelado en 1899. Para ese tiempo, ninguna vía se había construido aún.

### [250]

626. *Zollverein*, en alemán: Liga de Aduanas o Liga Aduanera.

### [251]

627. Se refiere al periodista estadounidense Edward Bellamy (1850-1898), autor de la que es considerada la mayor novela utópica del siglo XIX, *Looking Backwards from 2000 to 1887* (1888). En ella, Julian West, el protagonista cae en un sueño hipnótico para despertar en el Boston del año 2000, en medio de una utopía socialista donde las personas cooperan unas con otras en lugar de competir. La novela tuvo gran éxito y llegaron a venderse más de un millón de copias. Gran defensor de la nacionalización de los servicios públicos, las ideas de Bellamy impulsaron la creación de los llamados Clubes Nacionales.

### [253]

628. Referencia a la novela *La Terre* (1887) de Émile Zola, que forma parte de su ciclo de novelas *Les Rougon-Macquart* (1871-1893).

629. Referencia a George Monroe, promotor de la doctrina que lleva su nombre; y George Canning (1770-1827), político conservador británico, miembro del Parlamento. Secretario de Relaciones Exteriores (1807-1810, 1822-1827) y Primer Ministro

(1822-1827), es recordado por la captura de la armada danesa durante las guerras napoleónicas y las excursiones militares británicas en la península ibérica. Su apoyo a los movimientos independentistas de las naciones de América Latina, a quienes inmediatamente les reconoció su independencia, llevaron a la promulgación de la doctrina Monroe, como medida de contrarrestar la ingerencia europea en América.

[255]

630. Constantemente amenazados por otras naciones europeas, interesadas en poder anexar Hawai a sus imperios, los empresarios y explotadores de azúcar estadounidenses comenzaron a pedir la anexión a los Estados Unidos. Esto también les traería las ventajas de un mercado azucarero libre de tarifas aduaneras. Un tratado de reciprocidad fue negociado en 1875 lo cual trajo inversiones estadounidenses al archipiélago. En 1889 hubo un alzamiento de los nativos en contra de la constitución impuesta sobre el rey Kalakaua en 1887. La revuelta fue controlada, mas las ideas anexionistas cobraron nuevo vuelo. En 1893, estando la reina Liliuokalani en el trono, los estadounidenses formaron un Comité de Seguridad y declararon el fin de la monarquía. En 1894, se estableció la República de Hawai. El 1° de agosto de 1898 un tratado de anexión fue negociado con los Estados Unidos y se llevó a cabo la transferencia formal de soberanía. Hawai se transformó en territorio de los Estados Unidos en 1900.

631. Se refiere a la ópera *Il Trovatore* (1853), del compositor italiano Giuseppe Verdi, a partir de la obra de teatro de Antonio García Gutiérrez (1813-1884), autor teatral español.

632. Roberto Macaire: personaje del *Hostal de los Adrets* (*L'Auberge des Adrets*, 1823) y de *Robert Macaire* (1834). Una suerte de pirata que se disimula, en el seno de las sociedades modernas, bajo las rayas de un banquero o de un periodista.

## 1890

[256]

633. Thomas De Quincey (1785-1859), escritor inglés. En 1820, de nuevo en Londres, escribió *Confesiones de un comedor de opio inglés* (1821), una apasionante descripción de su propia experiencia como opiómano, lo cual le haría famoso. Vivió en Edimburgo durante doce años (1828-1840). Además de sus numerosas colaboraciones en varias revistas y periódicos, escribió algunos ensayos como *Leyendo a las puertas de Macbeth*, una brillante pieza de crítica shakesperiana; *El asesinato considerado como una de las bellas artes* (1827), *Suspira de Profundis* (1845), *Juana de Arco* (1847), *El coche correo inglés* (1849) y *Apuntes autobiográficos* (1853).



634. Jean Ingelow (1820-1897), poeta y novelista inglesa. Sus poemas se caracterizan por la introspección religiosa y un íntimo conocimiento de la naturaleza. Entre sus poemas más conocidos se mencionan *High Tide on the Coast of Lincolnshire, 1571* y *Seven Times One*. De sus novelas destacamos *Off the Skelligs* (1872) y *Sarah de Berenger* (1879).

Interesa detenerse en un detalle al cual Martí indirectamente alude en esta crónica: en 1875, Jean Ingelow escribió una fábula infantil en la que aparece descrito un extraño instrumento llamado «acustígrafo» (*acoustigraph*), el cual grababa músicas de todo tipo y las reproducía de forma extraña y maravillosa.

635. Se refiere a la novela *Heliondé; or, Adventures in the Sun* (Londres, Chapman & Hall, 1855) de Sydney Whiting. El personaje principal se llama Aleutedon. En una parte de la novela se lee:

Aleutedon here informed me that authors had no occasion to employ manual labor in their publications, for they had only to repeat their ideas aloud, and the vibrations of the air differing accordingly to the words used, set in motion a very delicate machinery, which stamped indelibly the language expressed. Copies could be afterward be taken in any number.

636. Se refiere al capitán Matthew F. Maury (1806-1873), famoso hidrógrafo estadounidense, fundador de la actual Oficina de Meteorología de los Estados Unidos. En sus *Memorias*, publicadas en 1888, aparece una carta que le dirigió a un amigo, que dice:

What a pity it is that M. Daguerre, instead of Photography, had not invented a process of writing by merely speaking through a trumpet at a piece of paper. Instead of saying 'I wrote you a letter' the phrase would be 'I spoke you a dream'.

637. Louis Jacques Mandé Daguerre (1789-1851), pintor y fotógrafo francés, inventor del daguerrotipo. Trabajó como pintor de decorados para la ópera. Después de colaborar en la ejecución de varios panoramas, desarrolló finalmente en 1822 lo que se conoce por diorama, que consiste en un decorado de varios planos recortados que gracias a determinados juegos de luces produce un efecto de perspectiva. Este descubrimiento provocó un gran interés por su obra. En 1829 colaboró con el físico francés Nicéphore Niépce, con el que produjo en 1827 lo que pueden considerarse las primeras fotografías. Al morir Niépce, Daguerre refinó y modificó el proceso en el que habían estado trabajando juntos. En 1837 perfeccionó el daguerrotipo. Durante este proceso, como en el de Niépce, la imagen se conseguía a partir de una capa sensible de nitrato de plata extendida sobre una base caliente de sal común y revelada con vapor de mercurio. La innovación de Daguerre fue sumergir la plancha en una solución que hacía que la imagen quedara fijada. Éste fue el primer procedimiento fotográfico.

638. Martí se refiere al *Comic Annual* (que apareció en entregas anuales, entre 1830 y 1839, y luego en 1842), del escritor inglés Thomas Hood (1799-1845), conocido en su época por su obra humorística y algunos poemas.

El *Comic Annual* fue ampliamente conocido, llegando también a ser imitado en otros países. Respecto a la referencia que hace Martí, ésta se refiere al *Comic Annual* de 1839, en el cual se lee:

In this century of inventions, when a self-acting drawing paper has been discovered for copying visible subjects [aludiendo a los adelantos aportados por Daguerre a la fotografía] who knows but that some future discoverer may find some sort of writing paper to repeat what it hears.

639. Se refiere a la novela *La Obra o L'Œuvre* de Émile Zola que el escritor publicó en 1886. El protagonista de ese texto es un pintor que se suicida, porque no logra terminar su obra. Algunos críticos sostienen que el pintor Paul Cézanne creyó ver en esta novela referencias, apenas disimuladas, a sus fracasos y rompió sus relaciones con Zola, a pesar de que había sido su apoyo durante mucho tiempo.

### [258]

640. Edward Everett (1794-1865), orador y político estadounidense. Miembro de la Casa de Representantes por Massachusetts (1825-1835), gobernador de Massachusetts (1836-1840), ministro ante Gran Bretaña (1841-1845), secretario de Estado (1852-1853), senador por Massachusetts (1853-1854) y candidato por la Unión Constitucional para el cargo de vicepresidente de la República (1860).

### [259]

641. Toussaint Louverture (François-Dominique Toussaint, 1743-1803), militar y líder del movimiento de independencia de Haití, apodado «el Precursor». Hijo de esclavos, nació en Cabo Francés, Santo Domingo (ahora Cap-Haïtien, Haití). Toussaint fue autodidacto y ejerció como médico en el ejército insurgente durante la sublevación de la población negra de 1791 contra los plantadores franceses de Santo Domingo. Se le apodó *Louverture* («Apertura») en 1793 tras una serie de campañas relámpago que hicieron que Francia aboliera la esclavitud en este territorio (1794). Toussaint apoyó a las autoridades francesas de la isla contra la invasión anglo-española de 1793 y fue nombrado general en 1795. Cinco años más tarde se autoproclamó gobernador general vitalicio de Santo Domingo y en 1801 logró la independencia respecto de Francia. Procedió a reorganizar el gobierno de la isla y a mejorar las instituciones civiles. En 1802 el emperador francés Napoleón I Bonaparte envió tropas al mando del general Charles Victor Emmanuel Leclerc para reafirmar el control de Francia sobre la isla. Toussaint fue derrotado, capturado, acusado de conspiración y conducido a Francia, donde estuvo encarcelado y murió al año siguiente. Está considerado como uno de los fundadores y héroes nacionales de Haití.

642. Confucio (c. 551-479 a. C.), filósofo chino, creador del confucionismo y una de las figuras más determinantes en la historia de China; Odín (o Wotan), principal dios escandinavo; dios de la guerra, la escritura rúnica y la poesía, Odín es también mago y astuto.

643. Tomás de Torquemada (1420-1498), religioso español (castellano), inquisidor general de las coronas de Castilla y Aragón, famoso por convertir a la Inquisición en un implacable organismo de persecución religiosa. Juan Calvino (1509-1564), teólogo, reformador religioso y humanista francés. Su teología (denominada de forma genérica calvinismo) le convirtió en el principal exponente de las doctrinas cristianas al amparo de las cuales surgieron buen número de las Iglesias reformadas protestantes.

[260]

644. Manuel Deodoro da Fonseca (1827-1892), general y político brasileño, primer presidente de la República (primero como presidente del gobierno provisional, 1889-1891; y posteriormente como presidente electo, 1891). Nació en Alagoas (hoy Marechal Deodoro) y recibió una educación militar. Desde 1864 hasta 1870 fue general de división durante la guerra de la Triple Alianza, que enfrentó a Brasil, Argentina y Uruguay contra Paraguay. La guerra incrementó la actividad política de los oficiales brasileños, que vieron en Fonseca la figura de un líder que, a pesar de su conservadurismo y su vinculación personal al emperador Pedro II, era contrario a algunos aspectos de su gobierno. Tras ser castigado por insubordinación, Fonseca dirigió una revolución incruenta que dio lugar a la abdicación del emperador y a la creación de la República de Brasil el 15 de noviembre de 1889. Fonseca fue presidente del gobierno provisional hasta febrero de 1891, mes en el que fue formalmente elegido por la Asamblea presidente de la República. Su falta de experiencia en la administración democrática de un país que también carecía de una tradición de gobierno constitucional, hicieron que Fonseca se enfrentara con el Congreso, disolviéndolo y estableciendo una dictadura personal. Tras tener que enfrentarse a la disidencia del Ejército y a la rebelión de la Armada, y no queriendo arriesgarse a la posibilidad de una guerra civil, dimitió en noviembre de 1891. A pesar de todo, el breve mandato de Fonseca fue notable. La República adquirió el reconocimiento oficial internacional, se aprobó una nueva Constitución que garantizaba la autonomía de sus Estados, y se logró la separación entre la Iglesia y el Estado.

645. Eugene d'Albert (1864-1932), pianista y compositor nacido en Escocia. D'Albert es considerado uno de los más finos músicos del siglo XIX. Su profesor, Liszt, lo llamaba «El increíble d'Albert» y «El segundo Tausig». Su estilo de interpretación poseía ardor, fuerza intelectual y una intensidad romántica. Beethoven fue su especialidad y grabó una edición de sus *Sonatas* la cual aún hoy en día es valiosa por su lucidez en el fraseo y la tesitura. D'Albert compuso una importante cantidad de obras, incluyendo una docena de óperas, de las cuales *Tiefland* gozó alguna vez de popularidad.

646. Pablo de Sarasate (1844-1908), violinista y compositor español. Su verdadero nombre era Pablo Martín Melitón Sarasate y Navascués. Sarasate dedicó la mayor parte de su vida a realizar giras por Europa, América y Oriente. Su nombre se hizo famoso en las principales cortes europeas, la de Napoleón III, la de la reina Victoria de Inglaterra y la de Isabel II de España. Algunos compositores le dedicaron obras como la *Introduction et rondo capriccioso* (1870) del compositor francés Camille Saint-Saëns y el *Concierto en fa*

menor, y la *Symphonie espagnole* (estrenada en 1875) del compositor francés Edouard Lalo. Max Bruch le dedicó su segundo *Concierto para violín* y la *Fantasia escocesa*, Joseph Joachim compuso para él las *Variaciones para violín y orquesta* y Antonín Dvorák su *Narurek, opus 49 para violín y orquesta en mi menor*. Entre las obras escritas por el propio Sarasate destacan los *Aires bohemios* (1863) y *Danzas españolas*.

647. Francesco Tamagno (1850-1905), tenor italiano de voz firme y brillante, de acuerdo con las crónicas de la época. De gran fama, Tamagno cantó en todos los teatros importantes de Italia y realizó diversas visitas a Madrid, Lisboa y Buenos Aires.

Tamagno fue elegido para estrenar mundialmente *Otello*, la ópera de Verdi (a pesar de no contar con la total aprobación del compositor italiano), lo que le abrió las puertas de todos los grandes teatros del mundo. En 1889, viajó a Chicago y en 1890 se presentó en el *Metropolitan Opera House* de Nueva York.

648. Robert Browning (1812-1889), poeta inglés, célebre por haber perfeccionado el monólogo dramático (composición literaria en que el personaje revela su carácter). Su primer libro de poesía, *Pauline*, se publicó de forma anónima en 1833. Fue reseñado en algunos periódicos, especialmente por John Stuart Mill, quien señaló la «profunda y morbosa timidez» de Browning. Su siguiente obra fue *Paracelso* (1835), un poema dramático que lo dio a conocer entre las figuras literarias de la época.

En 1846 Browning se casó con la poetisa Elizabeth Barrett después de que la correspondencia en la que alababa la poesía de ésta diera paso a su encuentro y posterior noviazgo. Debido a la mala salud de su mujer, agravada por el clima británico, decidieron establecerse en Florencia, en el palacio que luego haría famoso el poema de Elizabeth *Las ventanas de la Casa Guidi*. Allí escribió *La Nochebuena y la Pascua* (1850) y una serie de monólogos dramáticos publicados bajo el título de *Hombres y mujeres* (1855), en la que se incluyen «Fra Lippo Lippi» y «Andrea del Sarto», estudios de artistas del Renacimiento.

Tras la muerte de su mujer en 1861, Browning regresó a Londres, donde escribió *Dramatis Personae* (1864), y la que se considera su obra maestra, *El anillo y el libro* (4 volúmenes, 1868-1869), obra que utiliza un juego de puntos de vista como se desarrollará después en la narrativa del siglo XX. Centrado en torno a un juicio por asesinato celebrado en Italia en el siglo XVII, el *Anillo* es un extenso monólogo dramático entre diversos personajes y ha sido ensalzado por su profundidad psicológica.

Si bien durante su vida la fama poética de su mujer fue mayor que la suya propia, Robert Browning está considerado actualmente como uno de los mejores poetas de la época victoriana. Sus experimentos con la forma y el contenido, así como su habilidad técnica, influyeron de manera considerable en algunos poetas modernos, especialmente en T. S. Eliot y Ezra Pound. Miguel de Unamuno y Luis Cernuda se ocuparon de la obra de Browning.

649. Homero, nombre tradicionalmente asignado al famoso autor de la *Ilíada* y la *Odisea*, las dos grandes epopeyas de la antigüedad griega. Nada se sabe de su persona.

650. Cayo Valerio Catulo (c. 87-c. 54 a. C.), poeta romano, muchas veces considerado el mejor escritor latino de poesía lírica. Se cree que Catulo nació en Verona y se estable-



ció en Roma hacia el 62 a. C., donde fue el miembro más destacado de los poetas jóvenes que emulaban las formas métricas de los poetas griegos de Alejandría (Egipto). Entre las obras más famosas de Catulo están sus llamados poemas a Lesbia, que expresan profunda pasión, devoción, desprecio y odio hacia una dama misteriosa, identificada únicamente como Lesbia.

651. Lesbias y Falernos. Los eruditos conjeturan que Lesbia en realidad era Clodia, una mujer hermosa pero sin escrúpulos que habría sido infiel al joven poeta Catulo, quien le dedica sus famosos poemas. Apparently el falerno era el vino más apreciado y más costoso en la antigüedad.

652. Plinio el Viejo (c. 23 d. C.-79), escritor y enciclopedista romano, máxima autoridad científica de la Europa antigua. La gran enciclopedia de Plinio, *Historia Natural*, consta de 37 volúmenes y es la única de sus obras que se conserva en la actualidad. Contiene, como afirma el autor en su epístola dedicatoria al emperador romano Tito, 20.000 hechos importantes, extraídos de unos 2.000 volúmenes escritos por cerca de cien autores diferentes. Los diez primeros libros se publicaron en el año 77, mientras que los demás fueron publicados tras la muerte del autor, probablemente por Plinio el Joven. La enciclopedia habla de Astronomía, Geografía, Etnología, Antropología, Anatomía humana, Zoología, Botánica, Horticultura, Medicina y medicamentos elaborados con sustancias animales y vegetales, Mineralogía y Metalurgia, y Bellas Artes, además de contener una valiosa digresión sobre la Historia del Arte. La importancia de esta enciclopedia reside en la enorme cantidad de información que ofrece sobre el arte, la ciencia y la civilización de la época de Plinio, así como en sus curiosas anécdotas sobre diversos aspectos de la vida cotidiana en Roma.

653. Quinto Ennio (239-169 a. C.), poeta y dramaturgo romano, considerado el fundador de la literatura latina. Se atribuye a Ennio la introducción de la escritura latina y la invención de las *Sátiras*, que incluían ensayos sobre temas muy diversos. La palabra *satyra* designaba originalmente, en efecto, un plato lleno con gran variedad de frutas, el cual servía como ofrenda a los dioses. Adaptó en su poesía el hexámetro (empleado por Homero) al verso romano. Lo más destacado de su producción son las tragedias y la poesía épica. Escribió cerca de veinte tragedias, basadas principalmente en temas del ciclo troyano, que expresan la pasión y el *pathos* en forma de diálogos poéticos. Su poema épico más famoso es *Annales*, una vasta obra en 18 volúmenes que influyó en Virgilio al escribir su *Eneida*.

654. Referencia a José Benito Churriguera (1665-1725), arquitecto y escultor español miembro de una familia de artistas que destacaron en el campo de la arquitectura y del retablo. Su apellido, asociado a algunas de sus obras más características, sirvió para acuñar el término «churrigueresco», calificativo extendido al Barroco español del siglo XVIII.

655. Pasamanerías: género de cosas consistente en cordones, galones, borlas y trabajos hechos trenzando o entretejiendo cordones o forrando alambres u hormillas.

656. Henrik Johan Ibsen (1828-1906), dramaturgo noruego reconocido como creador del drama moderno por sus obras realistas que abordan problemas psicológicos y sociales. Entre las primeras obras de Ibsen se encuentran dos dramas en verso. La primera, *Brand* (1866, estrenada en 1885), dramatiza la tragedia de una devoción ciega en una falsa idea del deber; la segunda, *Peer Gynt* (1867), narra en términos alegóricos las aventuras de un oportunista encantador; en ella los elementos del mal están representados por los trolls, los genios malévolos de la mitología escandinava. A este drama le puso música Edvard Grieg en 1875 y pronto se convirtió en la obra más representativa del nacionalismo noruego.

Con *Los pilares de la sociedad* (1877), un ataque a la hipocresía y elogio al individualismo en la historia de un hombre de negocios sin escrúpulos, Ibsen daría comienzo a una serie de obras que le reportarían fama mundial: *Casa de muñecas* (1879), *Los espectros* (1881) y *Hedda Gabler* (1890) son quizá sus obras más representadas. La primera, que provocó una importante controversia literaria, cuenta el rechazo de una mujer a seguir siendo para su marido una fútil muñeca sin autonomía; la segunda trata de la locura hereditaria y el conflicto generacional; la tercera retrata las relaciones de una mujer voluntariosa con los que la rodean y las consecuencias que siguen a su renuncia del deseo de vivir. También escribió *Un enemigo del pueblo* (1882), *El pato salvaje* (1884), *Rosmersholm* (1886), *La dama del mar* (1888), *El maestro contratista* (1892) y *Al despertar de nuestra muerte* (1900). En casi todas, la acción dramática gira alrededor de un personaje en conflicto con su sociedad y estalla al irse conociendo los acontecimientos del pasado.

El teatro de Ibsen ha sido plenamente aceptado en Europa y es un clásico que se sigue representado con asiduidad.

657. Adam Gottlob Oehlenschläger (1779-1850), poeta y autor teatral danés, principal representante del romanticismo en la literatura danesa y considerado como uno de los grandes poetas de ese país. En sus obras se puede rastrear la influencia del romanticismo alemán y de las antiguas sagas nórdicas. Su primer trabajo publicado fue un volumen de poesía, *Poemas* (1802). Entre sus obras teatrales destacan el drama lírico *El drama de la Noche de San Juan* (1803) y las tragedias históricas *El duque Hakon* (1807), *Baldur el bueno* (1808) y *Axel y Valborg* (1809). Otras obras también importantes son la tragedia *Correggio* (1811) y la fantasía en verso *Aladino y la lámpara maravillosa* (1820).

658. *A la Dura y Un yanqui de Connecticut en la corte del rey Arturo*. Se refiere a Mark Twain y a sus obras *Una vida dura* (1872), donde rememora sus experiencias como periodista y buscador de oro; y *Un yanqui en la corte del Rey Arturo* (1889), en que satiriza la opresión en la Inglaterra feudal.

Los personajes Merlín, Lancelot y Guinever, el rey Arturo, Lagamor, Jin, a los que Martí hace mención, forman parte de la llamada leyenda del rey Arturo, un grupo de relatos en varias lenguas que se desarrollan en la Edad Media y tratan sobre Arturo, rey semihistórico de los britanos, y sus caballeros de la tabla redonda, llamados así porque se reunían en torno a una mesa redonda ya que no había diferencia de rango entre ellos, sólo el rey era *primus inter pares*. La leyenda es un tejido complejo de la antigua mitología celta con incorporaciones posteriores sobre un posible núcleo histórico.

## [262]

659. José Segundo Decoud (1849-1909), político, jurista y escritor paraguayo.

## [263]

660. Se refiere a Hinton Rowan Helper (1829-1909), escritor estadounidense. En 1857 publica *The Impending Crisis of the South*, un ataque a la esclavitud enraizada en el sur de los Estados Unidos. En 1857 y 1861 el partido Republicano distribuyó 140.000 copias del libro. Helper condenaba la esclavitud no por cuestiones humanitarias ni morales, sino por considerarla una amenaza económica para los blancos del Sur. Entre 1861 y 1867 fue nombrado cónsul en Buenos Aires. En 1867 publica *Nojoque, a Question for a Continent*, en el que ataca viciosamente a los negros de América por su supuesta inferioridad. En 1881 publica *The Three Americas Railway*, libro en el que expone su proyecto de unir por vía férrea el estrecho de Bering y el estrecho de Magallanes.

661. José Ramón Rodil (1789-1853), militar y político español, presidente del gobierno (1842-1843). Nació en la localidad gallega de Santa María de Trobo (Lugo). En 1817 marchó destinado al Ejército realista del virreinato del Perú. Era gobernador del Callao cuando el 1 de octubre de 1824 dio comienzo el sitio de dicho puerto a cargo de las fuerzas independentistas peruanas. Desde ese día dirigió la defensa del Callao, que se convertiría en el último bastión español en la América continental, y se negó a rendirse incluso después de la derrota realista en Ayacucho (diciembre de 1824). El asedio a la ciudad se prolongó hasta el 23 de enero de 1826 cuando, carente de recursos para continuar la defensa, firmó la capitulación. Regresó a España a bordo de una fragata británica. Se comprometió desde 1833 con la causa de la reina Isabel II después de estallar la primera Guerra Carlista. En 1834 fue enviado a Portugal al mando de una fuerza expedicionaria para lograr la expulsión de aquel reino del pretendiente carlista español Carlos María Isidro de Bróbón, quien habría de abandonar finalmente ese país con destino a Gran Bretaña en mayo de ese año. Poco después se le confió el mando del Ejército del Norte, pero no pudo ver coronada con éxito su misión al ser vencido en 1835 por el general carlista Tomás de Zumalacárregui.

Durante la presidencia interina del gobierno de Juan Álvarez Mendizábal desempeñó el cargo de ministro de la Guerra entre abril y mayo de 1836, función que ejerció de nuevo en el gabinete encabezado por José María Calatrava desde agosto hasta noviembre de ese mismo año. Después ocupó diversas capitanías generales y, cuando tenía lugar la regencia de Baldomero Fernández Espartero, fue nombrado presidente del gobierno el 17 de junio de 1842, puesto que compatibilizó con el de ministro de la Guerra y del que se vio obligado a dimitir el 9 de mayo de 1843, en medio de una fuerte oposición parlamentaria. Su carrera política inició su declive con motivo de su posterior enfrentamiento con Espartero, quien le sometió a un consejo de guerra, tras el cual fue privado de sus cargos, títulos (entre los que se hallaba el marquesado de Rodil), honores y condecoraciones. Amnistiado tras la caída de Espartero, se retiró de la vida pública.

662. Karl Schurz (1829-1906), político y periodista estadounidense de origen alemán. Mientras estudiaba en la universidad de Bonn, tomó parte en la revolución de 1848. En 1852 emigró a los Estados Unidos. En 1856 su esposa, Margarethe Schurz, creó el primer *kindergarten* en América. Gran promotor del sufragio universal, Schurz una vez escribió:

Our ideals resemble the stars, which illuminate the night. No one will ever be able to touch them. But the men who, like the sailors on the ocean, take them for guides, will undoubtedly reach their goal.

Miembro y uno de los líderes del Partido Republicano, en 1860 Schurz dirige la campaña presidencial de Abraham Lincoln en los Estados de Illinois, Indiana, Misuri, Ohio, Pensilvania y Wisconsin. Luego de la elección, el presidente Lincoln lo nombra enviado en España.

Schurz fue un activo abolicionista y, al declararse la Guerra de Secesión se unió a las fuerzas unionistas. Después de la guerra, Schurz trabajó como corresponsal en Washington para el *New York Tribune*. Luego le siguió un período como editor en jefe del *Detroit Post*, y en 1867 se convirtió en el editor del periódico en lengua alemana *Westliche Post*. En 1869 fue elegido senador. En 1877 el presidente Rutherford Hayes lo nombró secretario del Interior, durante los 4 siguientes años Schurz introdujo reformas en el servicio público y mejorías en la Oficina de Asuntos Indígenas. En 1881 retomó el periodismo, como editor del *New York Evening Post*. Escribió también para el *Harper's Weekly* y *The Nation*, y publicó algunos libros, como *The Life of Henry Clay* (1887) y *Abraham Lincoln* (1891).

## [264]

663. François Delsarte (1811-1871), cantante, filósofo y profesor francés cuyos análisis de los gestos y expresiones lo llevaron a formular ciertos principios estéticos que aplicó a la enseñanza de la expresión teatral y a concebir reglas de coordinación de la voz con los gestos corporales. En 1839 abrió su primer *Cours d'esthétique appliqué*, y su consejo fue requerido por numerosos artistas de fama, como Rachel, Henriette Sontag, y W. C. Macready. Steele MacKaye estudió con él en sus últimos años y llevó a los Estados Unidos el sistema Delsarte, al que añadió sus propias ideas, incluyendo elementos de la gimnasia. Algunos de los escritos de Delsarte se incluyen en la compilación *Delsarte System of Oratory* (1893).

664. *Curare*: veneno muy activo que los indios de América Meridional extraen de la raíz del bejuco «maracurare» y de la corteza de diversas plantas loganiáceas del género «Strychnos», con el cual envenenan sus flechas.

665. William McKinley (1843-1901), político estadounidense, miembro del Partido Republicano. Elegido miembro de la Cámara de Representantes (Congreso, 1877), creció su influencia en el seno del Partido Republicano. También resultó nombrado gobernador de Ohio (1892-1896). Hacia 1896 se había convertido en el más seguro candidato republicano a la presidencia, gracias a su liderazgo en Ohio, a sus conexiones dentro del parti-



do y a su apoyo a determinadas cuestiones económicas, en especial los aranceles proteccionistas. Fue elegido 25° presidente de Estados Unidos (1897-1901). Con su mandato comenzó un período de dominio del Partido Republicano durante el cual se fomentó la actividad mercantil y Estados Unidos se convirtió en una potencia mundial tras su victoria en la Guerra Hispano-estadounidense.

[266]

666. Quevedos: nombre dado antiguamente a los anteojos, derivado del nombre del escritor Quevedo, que aparece con ellos en los retratos.

[267]

667. Referencia a Benito Juárez y Zachary Taylor (1784-1850), general estadounidense presidente de Estados Unidos (1849-1850). A comienzos de la década de 1840 había crecido en Estados Unidos el deseo y la necesidad de su expansión hacia el oeste. Taylor fue destinado por el presidente James K. Polk a la frontera suroccidental con el fin de provocar un conflicto que le permitiera declarar la guerra y anexarse no sólo Texas, sino el resto de territorios pertenecientes a México.

Taylor penetró en un territorio situado entre el río Nueces y el río Grande y derrotó a las fuerzas mexicanas que defendían Palo Alto y Resaca de la Palma (8 y 9 de mayo de 1846). Éste era el pretexto que Polk esperaba para declarar la guerra, y ordenó a Taylor que atacara al Ejército mexicano.

[268]

668. Se refiere a *Paul et Virginie*, la novela idílica de Jacques Henri Bernardin de Saint-Pierre (1737-1814), escritor francés y precursor del movimiento romántico; amigo de Rousseau, quien lo influenció fuertemente.

[269]

669. Se refiere a Anthony Joseph Drexel (1826-1893), banquero y filántropo estadounidense. Ingresó a temprana edad (1838) en la conocida firma bancaria *Drexel and Company*, fundada por su padre Francis Martin Drexel, un inmigrante austríaco. Anthony Drexel se convirtió en socio de la firma y, luego, bajo su mandato, el banco logró crecer en forma notoria. El Drexel Institute (actualmente, Drexel University), una de sus obras filantrópicas más importantes, abrió en 1892.

## [270]

670. Se refiere a la obra de Bertram P. Matthews, basada en el personaje de George Bryan Brummell (Beau Brummell) (1778-1840), dandi británico, amigo íntimo del príncipe regente (más tarde, Jorge IV). Habiendo peleado con el príncipe, y con grandes deudas de juego, Brummell huyó a Francia, donde irónicamente vivió durante 14 años en la pobreza y murió loco en el hospital de Caen.

671. *Antígona*. Se refiere a la tragedia griega de Sófocles, cuya protagonista es la hija de Edipo, enfrentada a la ley terrenal del rey Creonte.

672. Pierre Simon Laplace (1749-1827), astrónomo y matemático francés, conocido por haber aplicado con éxito la teoría de la gravitación de Newton a los movimientos planetarios en el Sistema Solar.

673. Alice Mona Caird (1854-1932), ensayista y novelista británica.

674. Koster-and-Bial: uno de los más conocidos music halls de Nueva York. Posteriormente, el 23 de abril de 1896, el «vitascopio» de Edison realizó su primera exhibición en esta sala.

675. Fandango: danza española cantada, de ritmo ternario al compás de 3/4 o de 6/8 y movimiento vivo, que se ejecuta en pareja acompañada de guitarras y castañuelas; cachucha: cierta danza andaluza de compás ternario.

676. Napoleon Sarony (1821-1896), litógrafo y fotógrafo canadiense, quien creó en 1866, en Broadway, Nueva York, uno de los estudios fotográficos más importantes de su época. Durante los siguientes 30 años fotografió virtualmente a todas y cada una de las estrellas de los escenarios de Nueva York. Al momento de su muerte, se calcula que estaba en posesión de más de 40.000 negativos de fotografías tomadas a personalidades del espectáculo.

677. John Sargent (1856-1925), pintor estadounidense conocido por sus atractivos retratos de eminentes personalidades del momento.

## [271]

678. Mote: frase sobre la que versaba cierto pasatiempo de salón de los siglos XVI y XVII, que consistía en glosar o emplear con ingenio las damas y los caballeros esa frase, llamada también «cabeza de mote».

679. Los Strauss fueron una familia de compositores austríacos, entre cuyos miembros destacan el padre y uno de sus hijos, conocidos como los «reyes del vals vienés». El

padre, Johann Strauss (1804-1849), compuso 152 valsos y numerosas polcas, *galops*, cuadrillas y marchas. Entre sus piezas más conocidas están la *Marcha de Radetzky* y el vals *Lorelei-Voces del Rin*. Johann Strauss hijo (1825-1899), fue consagrado como el «rey del vals». Entre los más famosos se encuentran *El Danubio azul* (1867), *Cuentos de los bosques de Viena* (1868), *Rosas del sur* (1878) y *Voces de primavera* (1881).

680. Referencia al club de mujeres «Sorosis», creado en 1868 por Jane Cunningham Croly, periodista que bajo elk seudónimo de «Jennie June», contribuyó con artículos para diversos diarios como el *New York Tribune* y el *New York Sunday Times*. Fue una de las primera mujeres en tener una columna permanente y la primera en impartir clases de periodismo en la universidad. Fundó el club «Sorosis» para mujeres y la *Women's Press Club* de Nueva York en 1889. Posteriormente organizó la Federación General de Clubes de Mujeres.

681. Seth Boyden (1788-1870), inventor estadounidense. Creador de máquinas para la mejor manufactura de clavos y para la curtiembre, Boyden también realizó mejoras a la producción del acero, y de piezas para los motores de vapor. Se dedicó, además, a la agricultura, y creó un método para producir una nueva variedad de frutillas, llamadas Hilton.

682. Se refiere a Alphonse Daudet (1840-1897), escritor francés, conocido ante todo por sus evocaciones naturalistas y humorísticas de la vida provenzal, recogidas en *Cartas desde mi molino* (1869), que apareció por primera vez en *Le Figaro* en 1866, y por sus relatos sobre Tartarín, un divertido pícaro de Provenza. Entre estos últimos figuran *Tartarín de Tarascón* (1872), *Tartarín en los Alpes* (1885) y *Port Tarascón* (1890). También escribió los *Cuentos del lunes* (1873), una serie de relatos breves sobre la Guerra franco-prusiana. Cabe destacar asimismo la obra de teatro *La arlesiana* (1872), con música del compositor francés Georges Bizet, las novelas *Jack* (1876), *El Nabab* (1877) y *Safó* (1884), y la novela semiautobiográfica *El poquita cosa* (1868). Este relato de la vida estudiantil se compara en ocasiones con la novela de Charles Dickens, también de corte autobiográfico, *David Copperfield* (1850). Los dos volúmenes de memorias escritos por Daudet, *Recuerdos de un hombre de letras* y *Treinta años de París*, se publicaron en 1888.

683. Punto de Alençon: referencia a un tipo de encaje de gran delicadeza, hecho a la aguja, desarrollado a partir del punto francés del siglo XVII.

## [273]

684. Seudónimo de la princesa Amélie (Rives) Troubetzkoy (1863-1945).

685. Czarda: cierta danza húngara de compás binario, de movimiento animado.

## [274]

686. John Charles Frémont (1813-90), soldado, expolorador y político estadounidense. Dirigió diversas expediciones hacia el oeste de los Estados Unidos, en especial desde la Sierra Nevada hasta California. Sus informes entusiastas crearon un gran interés por el llamado Oeste. Fue senador por California (1850-1851) y candidato Republicano a la presidencia de la República (1856). Posteriormente fue nombrado gobernador del territorio de Arizona (1878-1883). El Pionero, como a veces le llamaron, es considerada una de las figuras más polémicas de la historia de los Estados Unidos. Sus críticos le llaman jactancioso y charlatán; sus partidarios indican su coraje, su manejo de los hombres, y su determinación para abrir el Oeste.

687. Se refiere a Alphonse Bertillon (1853-1914), jefe del servicio de identificación de la policía de París, quien creó en 1882 el antropómetro, un nuevo sistema para medir el cuerpo, especialmente diseñado para los criminales. El sistema, básicamente implica fotografiar al sujeto de frente, mirando a la cámara, y de perfil, centrando la cámara en la oreja derecha. Junto a las dos fotografías se indicaba la estatura del sujeto, junto con la medida de un pie, un brazo y un dedo índice.

## [275]

688. Se refiere al novelista, crítico y editor estadounidense William Dean Howells (1837-1920), y su novela *The Shadow of a Dream* (1890).

689. Henry David Thoreau (1817-1862), escritor, filósofo y naturalista estadounidense, cuya obra demuestra cómo los ideales abstractos de libertad e individualismo pueden realizarse en el ámbito de nuestras vidas. Entre 1841 y 1843 vivió en la casa del ensayista y filósofo transcendentalista, también estadounidense, Ralph Waldo Emerson, y allí conoció a numerosos transcendentalistas, como el educador y filósofo Amos Bronson Alcott, y a los críticos literarios de mentalidad reformista Margaret Fuller y George Ripley. Dos años más tarde se trasladó a una cabaña a orillas del Walden Pond, un pequeño lago situado en las afueras de su ciudad natal. Su estancia en la cabaña se prolongó hasta 1847. Regresó de nuevo a la casa de Emerson, en la que vivió entre 1847 y 1848, y finalmente, en 1849 se mudó a Concord, con sus padres y su hermana.

Sólo dos de los numerosos volúmenes que ocupan sus obras completas fueron publicados en vida del autor: *Una semana en los ríos Concord y Merrimack* (1849) y *Walden, o la vida en los bosques* (1854). Los materiales que componen el resto de los volúmenes fueron publicados póstumamente por los amigos del escritor, basándose en sus diarios, manuscritos y cartas. *Una semana en los ríos Concord y Merrimack* es la descripción de un viaje en barca que Thoreau llevó a cabo en agosto de 1839; se trata de una combinación de estudio de la naturaleza y especulación metafísica, y transmite claramente la comprometida personalidad de su creador. *Walden*, quizá su obra más conocida, expresa de un modo más concluyente las buenas razones que existen para adoptar una vida contemplativa, y contiene una nítida descripción de los principales detalles de su experiencia. Sus



diarios y ensayos, de un gran valor literario, reflejan un talento especial a la hora de conseguir un estilo fresco y cuidado.

Thoreau eligió ir a la cárcel, aunque sólo por una noche, en lugar de pagar los impuestos a un gobierno que admitía la esclavitud y estaba envuelto en una guerra con México. Su postura en este aspecto quedó mucho más clara en su ensayo más célebre, *Desobediencia civil* (1849). En él, sentó las bases teóricas de la resistencia pasiva, un método de protesta que, más adelante, adoptaría el político indio Mahatma Gandhi como táctica contra los británicos.

### [276]

690. Robert Louis Balfour Stevenson (1850-1894), novelista, ensayista y poeta escocés, algunas de cuyas obras se han convertido en clásicos de la literatura infantil y juvenil. Entre ellas destacan *La isla del tesoro* (1883), una trepidante historia acerca de la búsqueda de un tesoro enterrado que presenta el bien bajo la forma evidente de un chico, Jim, que debe descubrir por sí mismo la cara del bien y del mal entre sus bondadosos amigos, el mal aparentemente personificado en los piratas Pew y Long John Silver; *El extraño caso del doctor Jeckyll y mister Hyde* (1886), una alegoría moral en forma de historia de misterio, donde los dos extremos, el bien y el mal, se unen en una sola persona, el médico Henry Jeckyll, que descubre una sustancia química capaz de transformarlo, primero a voluntad y después incontroladamente, en el monstruo Hyde; sus novelas de aventuras *La flecha negra* (1888) y *El señor de Ballantrae* (1889); sus colecciones de cuentos *Narraciones maravillosas* (1882) y *El diablo de la botella y otros cuentos* (1893); y la inconclusa *Weir of Herminston* (1896), considerada como su obra maestra, pues los fragmentos que se conservan contienen algunos de los más bellos pasajes de la prosa escocesa moderna.

### [278]

691. Pompeya: ciudad de Campania, en el sur de Italia, situada a pocos kilómetros al sur del monte Vesubio, entre Herculano y Stabias (actual Castellammare di Stabia). Fue el lugar favorito de los romanos acaudalados, alcanzando una población de aproximadamente 20.000 habitantes a principios de la era cristiana. Un terremoto causó graves daños a la ciudad en el 63 d. C., y una erupción del Vesubio la destruyó en su totalidad en el 79 d. C. sepultándola junto con las ciudades de Herculano y Stabias.

692. Calímaco de Cirene (siglo III a. C.), poeta y gramático griego, y director de la famosa biblioteca de Alejandría. Se afirma que escribió más de 800 libros. De sus obras en prosa una de las más importantes es *Pinakes*, un enorme catálogo de las obras contenidas en la biblioteca de Alejandría. Gracias a este catálogo, Calímaco se convirtió en el fundador de los estudios críticos de literatura griega.

## [279]

693. Rudyard Kipling (1865-1936), novelista inglés. Su fama literaria se consolidó con seis historias sobre la vida de los ingleses en la India, publicadas entre 1888 y 1889, que revelaban su profunda identificación con las gentes y el paisaje del país. Posteriormente viajó por Asia y Estados Unidos, donde contrajo matrimonio con Caroline Balestier en 1892 y vivió durante un breve período en Vermont. En 1903, se estableció en Inglaterra. Kipling fue un escritor prolífico y popular. En 1907 obtuvo el Premio Nobel de Literatura, convirtiéndose en el primer autor inglés merecedor de este galardón.

De sus principales obras de ficción breve cabe destacar *Muchas fantasías* (1893), *El libro de las tierras vírgenes* (1894) y *El segundo libro de las tierras vírgenes* (1895), colecciones de historias de animales que constituyen en opinión de muchos lo mejor de su literatura y que están ambientadas en el Parque Nacional de Kanha; además de *Precisamente así* (1902) y *Puck, el de la colina* (1906). Entre sus novelas o relatos largos más populares figuran *La luz que se apaga* (1891), sobre un artista ciego; *Capitanes intrépidos* (1897), un relato de iniciación en el ambiente de la pesca del bacalao; *Stalky & Cía.* (1899), basada en sus experiencias infantiles en el United Services College y *Kim de la India* (1901), un relato picaresco de la vida en aquel país. Una parte de sus relatos escritos para la prensa fueron recopilados en *Cuentos de las colinas* (1887). Lo más destacable de su poesía es quizá *Baladas del cuartel* (1892) y *Las cinco naciones* (1903). *Algo de mí mismo*, publicada póstumamente en 1937, es un relato inacabado sobre su triste infancia.

694. Henry Morton Stanley (1841-1904), periodista y explorador angloamericano, es una de las más destacadas figuras de la exploración y colonización de África. Cuando contaba dieciocho años de edad viajó como grumete a Nueva Orleans, Luisiana, donde consiguió trabajo con el comerciante estadounidense Henry Morton Stanley, de quien adoptó el nombre. En 1867, se hizo corresponsal de guerra del *New York Herald*, y como tal, en 1868, acompañó a la expedición británica de castigo contra el rey etíope Teodoro II, que mandó al oficial del ejército británico Robert Cornelis Napier. Stanley fue el primero en anunciar la caída de Magdala, que era entonces la capital de Etiopía. En 1869, el estadounidense James Gordon Bennett, editor del *Herald*, mandó a Stanley en busca del misionero escocés y explorador David Livingstone (1813-1873), de quien apenas se había tenido noticia alguna desde que partió en busca del nacimiento del Nilo. Después de sufrir algún retraso debido a otros asuntos, Stanley llegó a la isla de Zanzíbar, en la costa oriental de África, el 6 de enero de 1871. Desde allí pasó al continente, y el 21 de marzo se adentró en las tierras interiores con unos dos mil hombres. El 10 de noviembre se encontró con un deteriorado Livingstone en Ujiji, una aldea en el lago Tanganika, y según se cuenta lo saludó diciendo: «El doctor Livingstone, supongo». Stanley cuidó de Livingstone hasta que se recuperó y después exploraron juntos la zona norte del lago Tanganika. En 1872, Stanley regresó a Europa, y un año después el *New York Herald* lo envió a África occidental para cubrir el reportaje de la ofensiva británica contra los ashanti, en lo que actualmente es Ghana.

El *New York Herald* y el *London Daily Telegraph* costearon la siguiente expedición de Stanley, que tenía como objetivo principal continuar la labor de Livingstone, que había

fallecido en 1873. En noviembre de 1874, Stanley partió nuevamente desde Zanzíbar a las tierras del interior, acompañado de otras 359 personas. En primer lugar visitó al rey Mutesa, de Buganda, para posteriormente circunnavegar el lago Victoria, viéndose envuelto, mientras lo hacía, en varias peleas con los pobladores de las proximidades del lago.

Después continuó hacia el sur, circunnavegó el lago Tanganika, y siguió al oeste, hacia el río Lualaba, un afluente del río Congo. En un viaje lleno de descubrimientos, descendió los ríos Lualaba y Congo hasta las cataratas Livingstone, que él bautizó con este nombre. Después continuó por tierra la corta distancia que lo separaba del océano Atlántico, a donde llegó en agosto de 1877. Casi la mitad de los miembros de la expedición habían fallecido durante el tiempo que duró el difícil recorrido.

En enero de 1878 regresó a Londres, y al año siguiente, bajo el patrocinio de Leopoldo II, rey de Bélgica, realizó una nueva expedición al Congo que se prolongó durante cinco años. En este tiempo construyó un camino desde el bajo Congo a Stanley Pool (en la actualidad conocida como Pool Malebo) y sentó las bases para la fundación del Estado Libre del Congo. En enero de 1887, condujo una expedición para ayudar al explorador alemán Emín Bajá, gobernador de la Provincia Ecuatorial del Sudán egipcio, que estaba rodeado por las fuerzas rebeldes de los mahdistas. En 1888, Stanley llegó hasta Emín Bajá, pero éste se negó a volver a Egipto. En el transcurso de la expedición descubrió la cadena montañosa del Ruwenzori, también llamada «montañas de la luna», y que el río Semliki comunica el lago Alberto con el lago Eduardo. En 1889, Stanley consiguió por fin llevar a Emín Bajá de regreso a la costa.

En 1890 Stanley se casó con Dorothy Tennant, quien posteriormente (1909) publicó la autobiografía del explorador. Stanley se había nacionalizado ciudadano de los Estados Unidos en 1885, pero en 1892 se volvió a nacionalizar ciudadano británico. Entre 1895 y 1900 fue miembro del Parlamento como diputado del Partido Liberal por North Lambeth. Su último viaje a África lo hizo en 1897, y en 1899 recibió el título de *sir*. Falleció en la ciudad de Londres el 10 de mayo de 1904. Entre sus obras destacan *Cómo encontré a Livingstone* (1872), *El continente misterioso* (2 volúmenes, 1878), *El África tenebrosa* (2 vol., 1890) y *Emín bajá y la rebelión en el ecuador* (1890).

## 1891

[282]

695. Lucio Quincio Cincinato (c. 519-430 a. C.), general y político romano. Fue cónsul en 460 a. C, y en 458 los lictores majestuosamente lo vinieron a buscar al pie mismo del arado que empujaba; se lo llamaba a ejercer la dictadura para salvar a su patria, amenazada por los ecuos. Después de derrotar rápidamente a los enemigos y de arreglar el Estado, renunció a sus investiduras y volvió a sus tareas rurales.

Se lo volvió a llamar para una segunda dictadura en 439 a. C. y su gestión fue reconocida como excepcional. Nuevamente restableció el orden en la sociedad y otorgó trans-

parencia y confianza a la actividad pública; luego regresó inmediatamente a empujar su arado, sin ambicionar otra cosa que la satisfacción silenciosa de haber cumplido servicialmente con éxito la carga pública que él, indudablemente había honrado con su sencillez.

696. Arthur Colley Wellesley, duque de Wellington (1769-1852), militar y político británico, Primer Ministro (1828-1830; 1834), derrotó definitivamente a Napoleón I Bonaparte en la batalla de Waterloo. Permaneció en Francia durante tres años como jefe del Ejército aliado de ocupación. Regresó a Gran Bretaña en 1818 y se le concedió un cargo en el gabinete *tory* presidido por Roberts Banks Jenkinson, segundo conde de Liverpool. En esta época, ayudó a los exiliados españoles refugiados en Inglaterra, al considerarlos excombatientes de las guerras contra Napoleón. Abandonó su puesto gubernamental en 1827, cuando pasó a ser comandante en jefe del Ejército británico. El rey Jorge IV insistió en su nombramiento como Primer Ministro, en 1828. Durante su mandato, Wellington se granjeó la enemistad de los elementos más conservadores del partido *tory* debido a la promulgación de la Ley de Emancipación Católica en 1829. Poco después, provocó la irritación del electorado británico por oponerse a la reforma parlamentaria, lo que le obligó a dimitir y provocó la formación de un gabinete *whig* en 1830. Mantuvo su escaño de diputado y volvió a ocupar brevemente el cargo de Primer Ministro en 1834; cuando los *torios* regresaron al poder, pasó a ser ministro de Asuntos Exteriores (1834-1835) dentro del gabinete de Robert Peel. Resultó de nuevo nombrado comandante en jefe del Ejército británico en 1842, función que desempeñó hasta su fallecimiento, que tuvo lugar en Walmer Castle (Kent), el 14 de septiembre de 1852. Fue enterrado en la catedral de San Pablo de Londres.

697. Miguel Luis Amunátegui (1863-1949), abogado y escritor chileno. En 1885, publicó su primer libro, titulado *Don Andrés Bello y el Código civil*. Más tarde, escribió *Don Enrique Cood* (1889), *La Codificación de las Leyes Civiles* (1890), *Imperfecciones y erratas del Código civil chileno* (1894), *Borriones gramaticales y observaciones y enmiendas a un diccionario aplicables a otros* (1927). Fue elegido diputado suplente por Pisagua (1888-1891). En 1894, fue nombrado profesor de Código civil en la Universidad de Chile. Además, como miembro de la Sociedad de Historia y Geografía, ejerció su presidencia por varios años. Dedicó el último tiempo de su vida a la Academia Chilena de la Lengua.

698. Martí en este pasaje hace referencia a diversos pintores, entre los que destacamos al francés Jean François Millet (1814-1875), el español José Benlliure y Gil (1855-1937); los pintores realistas franceses Jean-Charles Cazin (1841-1901), Jean-Baptiste-Camille Corot (1796-1875); Charles-Francois Daubigny (1817-1878), de la escuela francesa de Barbizon; Julien Dupré (1851-1910), pintor naturalista; y Ferdinand-Victor-Eugène Delacroix (1798-1863), considerado el más grande pintor romántico francés.

### [283]

699. Palais Royal, Odeon. Dos de los más importantes teatros de París.



700. *Nos intimes*, obra de teatro del dramaturgo francés Victorien Sardou (1831-1908). Lo mismo la obra *Divorçons*, que se nombra en esta misma crónica.

701. Se refiere a José Delgado y Gálvez (1754-1801), conocido como «Pepe Hillo», un célebre torero español. Autor de la *Tauromaquia o arte de torear a caballo y a pie*, murió trágicamente en Madrid, el 11 de mayo de 1801, al ser corneado por el toro «Barbudo» de la ganadería de don José Gabriel Rodríguez.

El crítico José Sánchez de Neira dijo de José Delgado que «ningún torero en ninguna época ha tenido como éste tuvo en su tiempo tanta aceptación, tanta popularidad ni tanto prestigio en todas las clases de la sociedad, que le consideraban, atendían y obedecían sólo por tenerle contento y oírle, y cambiar con él sus palabras».

702. Se refiere al dramaturgo y libretista francés Augustin Eugène Scribe (1791-1861). Scribe fue enormemente popular en su época y produjo cerca de 350 obras, entre las que destaca su famosa *Bataille des dames* (1851).

## [284]

703. Luego del asesinato de los italianos, el juez Luzenberg soltó al resto de los acusados. Un Gran Jurado, posteriormente, absolvió a los líderes del linchamiento, arguyendo que «los mejores y primeros ciudadanos» de Nueva Orleans fueron llevados a cometer tal acto puesto que los sobornadores de jurados habían subvertido la justicia. Luego del incidente el gobierno italiano rompió relaciones diplomáticas con el gobierno de los Estados Unidos y solicitaron castigo para el grupo que linchó a los italianos. Posteriormente, el gobierno estadounidense hizo pago de 20.000 dólares a Italia como indemnización de lo acontecido y las relaciones diplomáticas fueron reanudadas.

El resto del país pareció aceptar el asesinato de los italianos. Casi ningún periódico informó de lo sucedido, ni publicó comentario alguno, y el 50% de los más importantes periódicos estadounidenses aprobó el acto. Comenzaron, asimismo, a surgir historias acerca de la crueldad y discriminación de los italianos por todo Estados Unidos. Por ejemplo, algunos jueces de Nueva York dejaron de entregar ciudadanía a inmigrantes italianos.

704. La siguiente fue la nota que apareció en los periódicos matinales de Nueva Orleans 14 de marzo de 1891:

### MASS MEETING!

All good citizens are invited to attend a mass meeting on SATURDAY, March 14, at 10 o'clock a.m., at Clay Statue, to take steps to remedy the failure of justice in the HENNESSY CASE. Come prepared for action.

## [285]

705. Guitón: pícaro holgazán que va de pueblo en pueblo mendigando.

706. Referencia a la diosa de la mitología romana, Diana, diosa de la luna y de la caza. Equivalente latina de la virginal diosa griega Artemisa, Diana era la guardiana de las corrientes y los manantiales y protectora de los animales salvajes. Además, era especialmente venerada por las mujeres, y se creía que aseguraba un parto apacible a sus favoritas. En la iconografía artística se la representa habitualmente como una joven cazadora, a menudo armada de arco y flechas. El santuario más famoso consagrado a Diana estaba sobre el lago Nemi, cerca de Aricia.

[286]

707. Ignacy Jan Paderewski (1860-1941), pianista, compositor y político polaco. Intérprete virtuoso, de fama mundial, Paderewski benefició a la causa independentista polonesa con su prestigio. Patriota intransigente, después de la Primera Guerra Mundial fue nombrado presidente del Consejo y ministro de Relaciones Exteriores. Ocupando tal cargo, participó en la firma del Tratado de Versalles (1919). Sus actividades políticas, junto con una espléndida carrera como intérprete, las siguió desarrollando, incluso después de 1939. En aquel año se transforma en el jefe del gobierno en el exilio, ejerciendo las prerrogativas de un presidente de la República. Murió en los Estados Unidos en el transcurso de una nueva visita. Compositor, además de intérprete, dejó como legado algunas óperas (*Manru*, *Sanqutala*), una sinfonía, música para piano y algunas melodías, todo en un estilo muy tradicional.

708. Annie Besant (1847-1933), escritora y activista política inglesa, conoció a Charles Bradlaugh, editor del periódico radical *National Reformer* y líder del movimiento secular en Gran Bretaña. Durante los siguientes años escribió artículos en defensa de los derechos de la mujer y trató otros temas afines.

En 1877 Annie Besant y Charles Bradlaugh deciden publicar *The Fruits of Philosophy*, el libro de Charles Knowlton's defendiendo el control de natalidad. Besant y Bradlaugh fueron acusados de publicar material que atentaba contra la moral. Fueron hallados culpables y condenados a seis meses de prisión, aunque finalmente ésta fue conmutada.

Después de aquel incidente Besant escribió su propio libro que abogaba por el control de natalidad, *The Laws of Population*. Los periódicos, como el *Times*, acusaron a Besant de presentar un libro indecente, irresponsable y obsceno.

En los siguientes años se transformó en una luchadora incansable por los derechos de las mujeres. Besant también se unió a la Fabian Society y, en 1889, contribuyó con un artículo para el influyente libro *Fabian Essays*.

En la década de 1890 Annie Besant se convirtió a la Teosofía, un movimiento religioso creado por Madame Blavatsky en 1875, basado en las ideas hindúes de karma y reencarnación con el nirvana como la eventual meta. Annie Besant se fue a vivir a la India, sin dejar de participar por medio de artículos y cartas del movimiento por las mujeres. Mientras tanto, en India se unió a los movimientos independentistas y durante la Primera Guerra Mundial fue internada por las autoridades británicas.

709. Andrew Lang (1844-1912), escritor escocés. Destacó su columna en el *Long-*

*man's magazine* que hizo mucho por formar la opinión literaria británica de fines del siglo XIX. Sus contemporáneos incluyeron a Stevenson, a quien apoyó y con quien casi colaboró. Entre sus obras destacan: *Adventures among books*; sus versiones de la *Odisea* (1879), y la *Iliada* (1882); su primer libro de poemas *Ballads and Lyrics of Old France* (1872); su poema narrativo *Helen of Troy* (1882); sus dos novelas *The Mark of Cain* (1886) and *The Disentangleds* (1902). También llevó a cabo una amplia investigación antropológica, publicada en libros tales como *Custom and Myth* (1884), *Myth, Literature, and Religion* (1887), y *The Making of Religion* (1898). Al final de su vida, comenzó su *Highways and Byways of the Border*, libro completado por su esposa y su hijo.

## [287]

710. Jorge Montt (1846-1922), político y militar chileno, presidente de la República (1891-1896), hijo del que fuera presidente Manuel Montt. Eligió la carrera militar en la Marina. En 1891 participó en la sublevación del Congreso contra José Manuel Balmaceda: a Montt le fue confiado el mando de la escuadra que tomó los puertos más importantes. Fue designado presidente del gobierno provisional establecido en Iquique en abril de ese mismo año. Consiguió la victoria definitiva sobre Balmaceda en agosto de 1891 y fue elegido presidente de la República. El quinquenio de su gobierno (1891-1896) representó un período de control de la oligarquía parlamentaria que se mantuvo gracias a la bonanza económica resultante del monopolio del salitre. El gobierno de Montt fue respetuoso con las libertades públicas y mantuvo la libertad de prensa. Después de su período presidencial se le nombró director general de la Armada en 1898.

711. José Manuel Balmaceda (1840-1891), político chileno, presidente de la República (1886-1891). Fue miembro del Congreso chileno, desde 1870 hasta 1878. Embajador en Argentina (1878-1881) y ministro de Relaciones Exteriores durante el mandato presidencial de Domingo Santa María, su intervención fue decisiva a la hora de convencer a los argentinos para que no se produjera la alianza con Perú y Bolivia contra Chile en la guerra del Pacífico (1879-1883). Siendo ministro del Interior (1882-1886), consiguió gran fama como liberal, presentando un extenso programa de obras públicas y tratando de limitar el poder de la Iglesia católica. Fue elegido presidente en 1886 y siguió realizando mejoras en los campos de la enseñanza y las comunicaciones, además de concretar la liberalización de las leyes sobre el matrimonio. En 1891 perdió la confianza del Congreso, gran parte de cuyos miembros se sublevaron con la ayuda de la Armada, por lo que Balmaceda intentó reprimir los desórdenes con gran fuerza y autoritarismo. Estalló la guerra civil y, tras una encarnizada lucha, sus tropas fueron derrotadas. Balmaceda se refugió en la embajada argentina, donde se suicidó el 18 de septiembre de 1891, dejando un importante testamento político.

712. En la edición del 14 de noviembre de 1891 del *Harper's Weekly* apareció una caricatura titulada «A Very Mischievous Boy» de Herbert Merill Wilder. La caricatura culpa al entonces ministro ante Chile, Patrick Egan, de la crisis diplomática suscitada,

retratándolo como un niño malicioso que ha hecho saltar una caja de sorpresa con un siniestro muñeco que blande una espada en la cual se lee «Chilian War Scare».

El 16 de octubre de 1891, en las afueras del bar «Azul profundo» en Valparaíso, Chile, una gresca entre marinos estadounidenses y ciudadanos chilenos dio como resultado dos marinos estadounidenses muertos, 17 heridos (cinco en forma seria) y varios arrestados. Aquel incidente desencadenó una crisis diplomática que duró varios meses, amenazando ocasionalmente con hacer estallar la guerra entre los dos países, hasta finalmente llegar a un acuerdo en los primeros meses de 1892.

Las tensiones en las relaciones entre Estados Unidos y Chile databan de al menos una década atrás, cuando James G. Blaine era secretario de Estado con los Presidentes James A. Garfield y Chester Arthur (marzo a diciembre de 1881). Blaine había apoyado al Perú contra Chile durante la Guerra del Pacífico (1879-1884), aduciendo que la agresión militar chilena había sido alentada por Gran Bretaña. Esperando poder aumentar el comercio de Estados Unidos, en América Latina, Blaine criticaba los intereses económicos británicos en Chile. Los nacionalistas chilenos compartían el sentimiento anti-británico de Blaine, mas desconfiaban de los motivos del secretario estadounidense. Chile y los Estados Unidos además, estaban destinados a colisionar, debido a que en ambos países existían círculos influyentes que esperaban convertir a sus respectivas naciones en el poder dominante de América del Sur.

En marzo de 1889, el presidente Benjamin Harrison (1889-1893) nombró a Blaine secretario de Estado. Blaine se complació en saber que el nuevo presidente chileno, José Manuel Balmaceda, buscaba minar la influencia británica a través de una campaña nacionalista: «Chile para los chilenos». Para «torcer la cola del león [británico]», aun más, el secretario de Estado nombró a Patrick Egan ministro ante Chile. Egan había dejado Irlanda en 1882, cuando el gobierno británico dictó una orden de arresto en su contra por supuestos crímenes cometidos al servicio de la independencia de Irlanda. En los Estados Unidos Egan obtuvo la ciudadanía estadounidense y apoyó las aspiraciones políticas de Blaine (quien fue candidato presidencial republicano en 1884).

A principios de 1891, al estallar la Guerra Civil en Chile, los Estados Unidos le entregaron su apoyo al gobierno de Balmaceda, mientras que el británico apoyó la facción rebelde llamada los «Congresistas». En mayo de 1891, el gobierno estadounidense respondió a una petición del gobierno de Balmaceda de capturar el barco rebelde «Itata», el cual transportaba un cargamento de armas desde San Diego, California. Los congresistas ganaron la Guerra Civil y el gobierno de Harrison liberó el barco en julio, y reconoció el nuevo gobierno chileno en agosto de 1891.

Las tensiones se mantuvieron, sin embargo, y el departamento de la Marina estadounidense consideró ciertos planes de contingencia en caso de guerra. Parte de los roces surgieron del asilo que Egan otorgó a varios de los líderes de la facción balmacedista derrotada. En octubre, sólo 15 de los 80 refugiados originales quedaban en la misión, pero Egan se negó ante una orden del gobierno chileno de entregar a los asilados. En respuesta, la policía secreta chilena rodeó el edificio para prevenir que los refugiados escaparan. El 16 de octubre, el capitán de la *U.S.S. Baltimore* dio permiso para desembarcar a 117 marinos estadounidenses en el puerto de Valparaíso. Durante la tarde, una altercado entre un marino estadounidense y uno chileno se transformó en una gran pelea, involucrando a numerosos marinos, pescadores, boteros y habitantes del puerto.



Ambos bandos culparon a los otros de iniciar la gresca, pero fuentes estadounidenses sospecharon que todo había sido una emboscada. El presidente Harrison, ya molesto por la disputa en torno a los refugiados, se enfureció y el gobierno estadounidense exigió una «pronta y completa reparación», a lo que el ministro de Asuntos Exteriores, Manuel Matta, accedió una vez que el proceso judicial fuera completado. El secretario de Estado Blaine, quien había estado ausente en mayo debido a una enfermedad, regresó a su cargo el 26 de octubre de 1891 y, ante la sorpresa de sus críticos, pidió cautela y paciencia durante la crisis diplomática. La situación posteriormente se enfrió durante algunas semanas hasta que surgieron voces de guerra a principios de diciembre. En su mensaje anual al Congreso (al cual Martí alude en esta crónica), el presidente Harrison culpó a Chile por el tono asumido respecto del Baltimore y criticó el «tono ofensivo» del ministro de Relaciones Exteriores Matta. El secretario Naval, Benjamin Tracy, se hizo eco de los sentimientos del presidente. Matta respondió públicamente el 11 de diciembre, al declarar que el gobierno estadounidense estaba equivocado, era poco sincero y belicoso. Aquello enojó aún más a Harrison y Egan rompió la comunicación con el gobierno chileno, el cual intensificó su vigilancia sobre la misión estadounidense. Harrison echó marcha atrás de quedar al borde de la guerra, cuando Blaine insistió en no hacerle nuevas peticiones a Chile, hasta el momento en que una nueva administración reemplazó a Matta el 1° de enero de 1892, con un ministro de Relaciones Exteriores más conciliador, Luis Pereira. Pereira se reunió en forma cordial con Egan, la policía secreta fue removida de la misión estadounidense y a los refugiados se les permitió salir del país. El 8 de enero la corte chilena acusó formalmente a 3 chilenos y un estadounidense por su rol en el asunto Baltimore.

El 20 de enero, viendo que el final a los problemas diplomáticos ya se vislumbraba, el nuevo gobierno, torpemente, pidió la remoción de Egan como ministro. Harrison, esta vez con la aprobación de Blaine, envió un fuerte mensaje a Chile, rechazando los resultados de la corte, considerando el incidente del Baltimore como un ataque deliberado en contra de uniformados estadounidenses en servicio activo, rechazando discutir el cargo de Egan, y exigiendo «una apropiada disculpa [...] y la adecuada reparación por el daño causado a este gobierno». El 25 de enero, la administración chilena, alertada por los ministros europeos que los estadounidenses se encontraban listos para entrar en guerra, concedieron lo pedido. En febrero de 1892, una corte chilena condenó a los 3 chilenos acusados y en julio el gobierno chileno ofreció pagar a los Estados Unidos US \$ 75.000 de indemnización, lo que Harrison aceptó. Egan permaneció como ministro, hasta que fue despedido por el presidente Grover Cleveland en 1893.

## 1892

[288]

713. Józef Ignacy Kraszewski (1812-1887), escritor polaco. Fue encarcelado a raíz de sus actividades políticas en Lituania y Alemania. Vagando en exilio por Europa, murió en

Ginebra. Una gran parte de sus 600 volúmenes (mucho de traducción) consiste en novelas históricas a la manera de Gogol. Su obra más importante es la épica *Anafielas* (1839-1843).

714. Elizabeth Barrett Browning (1806-1861), poetisa inglesa. Nació en Coxhoe Hall, Durham, debido a su salud precaria pasó su infancia y juventud aislada en el castillo familiar dedicado al estudio de los clásicos. En 1826 se publicó de forma anónima su *Ensayo sobre la mente y otros poemas*. Su traducción del *Prometeo encadenado*, de Esquilo, se imprimió en 1833 y fue muy alabada, pero ella la consideró demasiado fría y monótona y realizó una nueva versión que se publicó en 1850. Cinco años más tarde, en *El Serafín y otros poemas*, expresó sus sentimientos cristianos en forma de tragedia clásica. A partir de 1838 estuvo incapacitada durante casi una década como consecuencia de una lesión de columna y una enfermedad pulmonar. Continuó escribiendo, no obstante, y en 1844 publicó un volumen de poesías que incluía «El lamento de los niños» y «El galanteo de Lady Geraldine»; su edición estadounidense contó con una introducción a cargo de Edgar Allan Poe. Estos poemas fueron tan aplaudidos que, en 1850, a la muerte de William Wordsworth, se la mencionó para sucederlo como poetisa laureada de Inglaterra.

En 1845 el poeta Robert Browning comenzó a escribir a Elizabeth para alabar su poesía. Su noviazgo fue enérgicamente rechazado por su padre, quien siempre se había mostrado muy poco dispuesto a conceder la independencia a sus hijos. En 1846, no obstante, la pareja huyó a Florencia, donde Elizabeth recobró la salud y tuvo un hijo a los 43 años. Sus *Sonetos del portugués*, dedicados a su marido y escritos en secreto antes de su matrimonio, se publicaron en 1850. La crítica suele coincidir en que los *Sonetos* —una de las antologías de poemas de amor más conocidas en Inglaterra— constituye su obra más importante. Browning expresó su simpatía por la causa de la unificación de Italia en *Las ventanas de la Casa Guidi* (1848-1851) y *Poemas antes del Congreso* (1860), obra considerada «irracional y poco femenina». Su obra más extensa y ambiciosa es el poema didáctico en verso libre *Aurora Leigh* (1856), en el que defiende el derecho de las mujeres a la libertad intelectual y expone las preocupaciones de las artistas. Cayó enferma y murió en Casa Guidi, y fue enterrada en el cementerio protestante de Florencia. Robert Browning preparó sus *Últimos poemas* (1861) para la imprenta.

## [289]

715. Se refiere a Henry Draper (1837-1882), astrónomo estadounidense, el primero en estudiar los espectros estelares de las estrellas sobre una placa fotográfica (1877), por lo que el catálogo fundamental de espectros estelares lleva su nombre (el primer *Draper Catalogue*, con 10.351 estrellas; el nuevo *Henry Draper Catalogue*, con 240.000 estrellas); y Maximilien Paul Émile Littré (1801-1881), filósofo, filólogo y político francés, cuyos innumerables trabajos filológico y lexicográficos, entre otros, lo llevarán a publicar su principal obra, el *Dictionnaire de la langue française* (1863-1872).

## [290]

716. Jayán: persona tosca y grosera; gañán: persona robusta y forzada.

717. Martí hace, en este párrafo, referencia a los preparativos del viaje de Colón. El 20 de enero de 1486, los Reyes Católicos (la reina castellana Isabel I y el monarca aragonés Fernando II) recibieron por primera vez a Colón en la ciudad castellana de Alcalá de Henares (en la actualidad perteneciente a la Comunidad de Madrid), y a continuación nombraron una junta de expertos para valorar el proyecto colombino. La voz de la ciencia, al igual que en Portugal, le fue contraria.

A pesar de que muchos no daban crédito a lo que prometía, nunca le faltaron a Colón protectores. Algunos de los más constantes fueron frailes con influencia ante los Reyes, como el incondicional, buen astrólogo y entendido en navegación fray Antonio de Marchena. Otro religioso influyente, maestro del príncipe don Juan, y siempre favorable a Colón fue fray Diego de Deza. Es posible que el futuro descubridor revelase a ambos sus conocimientos en secreto de confesión. Un tercer religioso, decisivo en 1491 y 1492, fue el fraile de La Rábida Juan Pérez. En la última fase de la negociación, además de eclesiásticos, el genovés contó con el apoyo de algunos cortesanos distinguidos, como fue el caso de Luis de Santángel, Juan Cabrero o Gabriel Sánchez.

Después de muchas tentativas y para que intercediera favorablemente de nuevo el monasterio de La Rábida, especialmente fray Juan Pérez, los Reyes Católicos, en un acto personal, no científico, decidieron respaldar el plan colombino. El 17 de abril de 1492 se firmaron las Capitulaciones de Santa Fe o documento-contrato que estipulaba las condiciones en que Cristóbal Colón haría el viaje descubridor. El documento tiene dos partes, un preámbulo sorprendente que dice así: «Vuestras Altezas dan e otorgan a don Cristóbal Colón en alguna satisfacción de la que ha descubierto en las Mares Océanas y del viaje que agora, con el ayuda de Dios ha de fazer por ellas en servicio de Vuestras Altezas, son las que se siguen». Ese «ha descubierto» es, para los partidarios de la teoría del predescubrimiento, la prueba documental decisiva, ya que Colón se atribuye, antes de 1492, descubrimientos en el océano que ahora transfiere a los Reyes Católicos, en virtud de lo cual éstos le corresponden dándole una serie de privilegios, que forman la segunda parte del documento.

Con este documento capital y otras mercedes, se dirigió a la villa de Palos de la Frontera a preparar la flota descubridora. Tres embarcaciones, *Pinta*, *Niña* y *Santa María*; un presupuesto de unos dos millones de maravedises; y alrededor de 90 hombres, reclutados con la ayuda inestimable de los hermanos Martín Alonso y Vicente Yáñez Pinzón, formaron la flota descubridora más trascendental de la historia. El 2 de agosto de 1492, Cristóbal Colón mandó embarcar a toda su gente, y al día siguiente, antes de salir el sol, dejaba el puerto de Palos de la Frontera.

718. Referencia a Gustave Adolph Bergenroth (1813-1869), historiador prusiano. Tras trabajar en Colonia y Berlín, embarcó en 1850 rumbo a California y, tiempo después, en septiembre de 1860, recaló en Simancas, España. El motivo era simple: allí se encontraba (y se encuentra) el famosísimo Archivo General. Bergenroth recibió el encar-

go desde Inglaterra de que encontrara, listara y resumiera los documentos de Simancas que estuvieran relacionados con la historia inglesa. Este historiador, que legó al mundo su monumental *Calendarios de cartas, despachos y papeles de Estado relacionados con las negociaciones entre España e Inglaterra*. Murió en 1869, nueve años después de su llegada a Simancas, de una fiebre que contrajo allí.

719. Hernán Cortés (1845-1547), conquistador español. Junto a Diego Velázquez intervino en la conquista de Cuba (1511), de aquí partió hacia México (1518). Luego de azarosas y cruentas batallas logró someter al imperio azteca en 1521. Nombrado por Carlos I gobernador y capitán general de la Nueva España, organizó nuevas expediciones hacia Honduras y California.

720. Francisco Pizarro (1475-1541), conquistador español. Su vida de conquistador empieza a raíz de la muerte de Vasco Núñez de Balboa. Sus primeras expediciones, junto con Diego de Almagro, resultaron infructuosas. De Panamá enrumbo hacia el sur descubriendo el Golfo de Guayaquil y otras ciudades y puertos. Consiguió, con el emperador Carlos V una autorización para conquistar al Cuzco en 1533, ciudad principal de los incas, hizo prisionero y condenó a muerte al Inca Atahualpa. Pizarro organizó el país, fundando Lima en 1535. Se le nombró gobernador de los dominios de nueva Castilla. Al estallar la guerra civil entre los españoles por rivalidades existentes entre Pizarro y Almagro, este último fue ejecutado en 1538, y el primero fue condenado a muerte por los almagristas en su palacio de Lima el 26 de junio de 1541.

### [291]

721. Se refiere a la letra del «Star-bangled Banner», himno nacional de Estados Unidos, escrita por Francis Scott Key (1814). El compositor del himno es desconocido. John Stafford Smith utilizó esta música para un arreglo de «To Anacreon in Heaven» y por ello suele atribuírsele de forma errónea la autoría de la melodía. El himno fue oficialmente adoptado en 1931.

### [292]

722. Román Mayorga Rivas (1864-1925), poeta romántico. Nació en Nicaragua y murió en San Salvador. Periodista y director del *Diario del Salvador*, uno de los periódicos más importantes en su época.





---

## Índice onomástico

### A

- \* Abadía de Westminster (Londres), 170, 591. Ver nota 307.
- Abbeville (EE.UU.), 718.
- \* ABBOT, Francis Ellingwood, 591, 1396. Ver nota 309.
- ABEL (personaje bíblico), 1112.
- ABELARDO, Pedro, 614.
- Aberdeen (Dakota, EE.UU.), 1269, 1271.
- ABRAHAM (personaje bíblico), 1176, 1478.
- Academia de Música de Nueva York, 21, 48, 67, 68, 149, 150, 159, 847, 906.
- \* Acadia (Canadá), 167, 1152. Ver nota 520.
- Acapulco (México), 776, 868, 947.
- ADAMS, los, 356, 1203, 1306, 1331, 1340, 1396.
- \* ADAMS, John, 579, 583, 1204, 1396. Ver nota 304.
- ADAMS, Samuel, 1265.
- \* ADLER, Felix, 39, 960, 970, 1261. Ver nota 432.
- ADOLFO, Gustavo (rey de Suecia, Gustavo Adolfo II), 1100.
- Admiran (EE.UU.), 1112.
- Afganistán, 494, 809.
- África, 127, 181, 197, 718, 826, 923, 941, 943, 1068, 1347, 1361, 1385, 1463, 1464.
- \* ACASSIZ, Alexander, 923. Ver nota 416.
- \* ACASSIZ, Louis, 177, 916, 918. Ver nota 55.
- Aguán (Honduras), 711, 712.
- Aguas Calientes (México), 1235, 1236, 1238.
- Águila, fonda del, 901.
- Ahuehuetes* (dibujo del libro de Smith), 1233.
- \* AKBAR, 1179. Ver nota 550.
- Alabama (Estado, EE.UU.), 514, 1077.

---

\* Los asteriscos indican la existencia de una nota explicativa.

*Alameda de Morelia* (dibujo del libro de Smith), 1233, 1238.

\* ALAMILLA, Jesús, T., 343. Ver nota 199.

Alaska (Estado, EE.UU.), 1244, 1339, 1347.

ALBA, duque de, 184, 216, 300.

Albany (EE.UU.), 48, 153, 215, 350, 368, 436, 897, 898, 939, 1313.

\* ALBERT, Eugene d', 1374. Ver nota 645.

Alcázar, 847.

\* ALCIBÍADES, 1281. Ver nota 603.

\* ALCOTT, Amos Bronson, 187, 999, 1020, 1021, 1022. Ver nota 63.

\* ALCOTT, Louisa May, 999, 1000. Ver nota 459.

\* ALDEN, John, 1290. Ver nota 607.

ALDRICH, 1444.

Alejandría (Egipto), 1112.

\* ALEJANDRO III, El Magno, 173, 280, 301, 421, 1281, 1463. Ver nota 165.

Alemania, 31, 45, 64, 77, 130, 138, 264, 287, 288, 301, 302, 333, 334, 335, 374, 400, 410, 450, 467, 483, 486, 487, 488, 579, 605, 606, 630, 631, 639, 667, 722, 750, 777, 805, 892, 908, 964, 968, 1090, 1150, 1185, 1191, 1193, 1224, 1261, 1283, 1344, 1345, 1380, 1385, 1386, 1425, 1446, 1463.

\* ALEUTEDON, 1358. Ver nota 635.

*Alfalfa para los borregos de Cristo* (libro), 1112.

ALFONSO, rey, 11, 1462.

ALFREDO el Grande, 41.

ALGER, Roger, 1049, 1079, 1173, 1224, 1455.

Alhambra, 257, 1454, 1510.

Alhóndiga de Granaditas (México), 1234.

Alianza de Obreros (Washington), 1428.

\* Alleghanys (EE.UU.), 597, 721. Ver nota 332.

\* ALLEN, Elisha Hunt, 157, 215, 1286, 1287, 1341. Ver nota 91.

\* ALMA-TADENA, Lawrence, 474, 625. Ver nota 256.

\* ALONSO, José, 1304, 1315, 1351, 1405. Ver nota 614.

\* Alsacia (Francia), 763, 764. Ver nota 347.

\* ALVARADO, Pedro de, 497, 517, 1303, 1337. Ver nota 616.

\* ALVARY, Max, 1226. Ver nota 570.

\* ALVORD, Henry Elija, 921. Ver nota 413.

Amarillo (lago, India), 373, 1180.

AMASIS o AHMÉS II, 280. Ver nota 150.

Amazonas (río), 860, 1027.

América, 12, 14, 15, 46, 60, 101, 129, 130, 138, 139, 146, 156, 157, 167, 170, 176, 182, 197, 198, 204, 210, 214, 219, 233, 237, 249, 251, 253, 257, 260, 261, 268, 276, 283, 284, 293, 298, 299, 300, 301, 302, 352, 368, 373, 374, 384, 386, 413, 426, 430, 438, 440, 441, 442, 468, 470, 486, 487, 494, 512, 529, 540, 628, 671, 672, 682, 684, 719, 722, 734, 756, 760, 764, 767, 768, 775, 821, 848, 869, 878, 904, 909, 917, 918, 922, 923, 927, 962, 966, 973, 976, 995, 996, 999, 1003, 1027, 1069, 1070, 1083, 1090, 1100, 1101, 1103-1004, 1107, 1112, 1113, 1137, 1161, 1164, 1169, 1183, 1186, 1193, 1199, 1214, 1243, 1260, 1261, 1267, 1295, 1301, 1303, 1303, 1304, 1309,

1312, 1313, 1314, 1319, 1321, 1330, 1331, 1332, 1333, 1334, 1335, 1336, 1337, 1338, 1339, 1340, 1341, 1342, 1343, 1344, 1350, 1353, 1375, 1384, 1401, 1402, 1403, 1404, 1405, 1406, 1407, 1408, 1410, 1411, 1413, 1416, 1429, 1434, 1436, 1441, 1442, 1443, 1456, 1471, 1508, 1510, 1515.

*La América*, 269, 272, 310, 312, 372.

*¡América!* (canción), 1189.

América (himno), 1267, 1289.

América, la otra, 703, 767, 1302, 1304, 1312, 1412.

América, nuestra, 214, 227, 236, 268, 424, 438, 671, 921, 925, 1026, 1027, 1151, 1336, 1412, 1414.

América, Nueva, 767.

América Británica, 303.

América Central, 424, 500, 1381, 1382.

América del Centro, 926.

América del Norte, 12, 58-59, 278, 424, 764, 767, 833, 1026, 1068, 1151, 1260, 1261, 1322, 1344, 1350.

América del Sur 18, 129, 210, 277, 767, 1026, 1068, 1295, 1318, 1322, 1344, 1350, 1403.

América Española, 422, 482, 639, 1310, 1330, 1342, 1456.

América Latina, 58, 200, 202, 506, 1434.

América Sajona, 268.

Américas, las, 1436.

Américas, las dos, 1334.

Américas, las tres, 1353.

\* *American Commonwealth* (libro de James Bryce), 1158. Ver nota 526.

*American Magazine*, 864, 866.

Amherst, 642, 920.

Amigas del Sufragio Libre (sociedad femenina, EE.UU.), 1072.

AMMIDOWN, E. H., 1298, 1345.

Ámsterdam, 1289.

\* AMUNÁTEGUI, Miguel Luis, 1479. Ver nota 697.

ANA, reina, 1125.

\* ANDERSON, Mary Antoinette, 545, 1146. Ver nota 287.

Andersonville (EE.UU.), 1198.

Andes, 373, 556, 703, 1107.

Andirondack o Adirondack, 549, 552, 1118, 1437, 1450, 1451.

\* ANDRÉ, John, 170, 171, 558. Ver nota 46.

\* ANDRÓMACA, 1281. Ver nota 604.

\* ANGOT, Adriana, 246, 1019. Ver nota 126.

\* ANTHONY, Susan Brownell, 153, 1072. Ver nota 41.

ANTHONY, 921, 922.

\* *Antígona*, 1425. Ver nota 671.

Antillas, las, 233, 424, 425, 467, 1204, 1205, 1318, 1319, 1341, 1350, 1361, 1425, 1434, 1436, 1497, 1513.

\* *Anual cómico* o *Comic Annual*, 1358. Ver nota 638.



- \* Apolo de Rodas, 765, 1146, 1203. Ver nota 349.  
APPLETON, 873.  
Appomattox (EE.UU.), 421, 462, 507, 519, 882, 1093, 1216, 1365.  
AQUILES (personaje de la *Iliada*), 1112.  
Arabia, 256, 776.
- \* ARAGÓN, Manuel, 1303, 1314. Ver nota 614.  
ARANA, Diego de, 1510.  
*Arbeiter Zeitung* (ver también *Diario de los obreros*), 603, 632, 963, 967, 968, 972, 974.  
ARCHIBALD (irlandés), 1457.  
ARCHIDUC, Madame I<sup>a</sup>, 236.  
ARDANARI-ISWARA (deidad hindú), 1113.  
ARENAL, Concepción, 928.  
Argel (Argelia), 994, 1216.
- \* ARGENSOLA, Lupericio Leonardo de, 643. Ver nota 320.  
Argentina, República de, 214, 279, 775, 950, 1023, 1024, 1025, 1026, 1027, 1301, 1302, 1303, 1304, 1305, 1306, 1315, 1351, 1382, 1399, 1402, 1403, 1404, 1407, 1408, 1409, 1410, 1411, 1412, 1416, 1417, 1418, 1425.  
*Argus* (periódico, EE.UU.), 440, 1204.
- \* ARISTÓFANES, 22, 1110. Ver nota 491.
- \* ARISTOS, 213. Ver nota 84.  
ARISTÓTELES, 280, 1478.  
Arizona (Estado, EE.UU.), 578, 581, 984, 1360, 1425.  
Arkansas (Estado, EE.UU.), 1188, 1211, 1212, 1318, 1505, 1506, 1506.  
Arkansas City (EE.UU.), 1210.  
Arlington (EE.UU.), 1313, 1471.  
Armenia, 11.
- \* ARMINIO o ARMINIUS, 284, 287, 303, 336. Ver nota 154.  
*Arminio de los Cheruskos*, 765.
- \* ARNOLD, Benedict, 170, 558. Ver nota 47.
- \* ARNOLD, Mathew, 321, 750. Ver nota 178.
- \* ARNOULD, Sophie, 881. Ver nota 395.  
ARQUÍMEDES, 140.
- \* ARTHUR, Chester Alan, 9, 13, 33, 40, 44, 49, 50, 55, 64, 65, 69, 70, 77, 92, 113, 115, 122, 123, 124, 130, 143, 146, 184, 198, 202, 207, 214, 215, 224, 300, 301, 337, 344, 355, 356, 367, 399, 405, 423, 436, 437, 438, 440, 474, 568, 569, 781, 790, 791, 792, 793, 794, 795, 796, 917, 1034, 1043, 1061, 1399. Ver nota 3.  
ARY, Bill, 1365.  
Asia, 172, 301, 494, 540, 637, 809, 923, 1070, 1142.  
Asiria, 57, 1113.  
ASTOR, 73, 74, 75, 76, 147, 986, 1168, 1169, 1203, 1229, 1242, 1263, 1424, 1431, 1438, 1439.  
ATALANTA (figura mitológica), 163, 297, 1007.  
ATENDORFFER, 1298.  
Atlanta (EE.UU.), 11, 46, 58, 166, 167, 236, 507, 518, 519, 647, 648, 979, 1024, 1084, 1286, 1291, 1366, 1415.

- Atlantic City (EE.UU.), 1084, 1286.  
 Atlántico (océano), 63, 137, 301, 401, 491, 514, 681, 713, 720, 721, 843, 869, 889, 1196, 1381, 1399, 1416, 1496, 1497.  
 ATLAS (mitología griega), 834.  
 ATTALUS, rey, 1098.  
 ATWATER, 922.  
 \* AUBUSSON (Francia), 286, 294, 352, 419. Ver nota 153.  
 AUCHMULTY, R. F., 315.  
 \* AUSTIN, James Trechotic, 328, 329. Ver nota 183.  
 Australia, 478, 540, 1273, 1326, 1442, 1468.  
 Austria, 55, 90, 113, 288, 293, 1223, 1481.  
*Autócrata de la Mesa de Almuerzo* (de Oliver Wendell Holmes), 976.  
 \* Ayr (puerto escocés), 1149. Ver nota 506.  
 Ayrshire (Escocia), 847, 877, 878, 1149.  
*Los aztecas* (de Lucien Biart), 774.

## B

- Babel, 311, 379, 834.  
 BABCOCK, Samuel, 1299.  
 Babilonia, 1429.  
 BACH, Johann Sebastián, 203.  
 BACON, Francis, 777, 805.  
 Baden (Alemania), 1150.  
 BAGNETTO, 1485, 1486, 1488.  
 \* BAJÁ, Ismail, el Jedive, 420. Ver nota 243.  
 Baja California (Estado, México), 998, 1229, 1320, 1425.  
 \* BAKUNIN, Mijaíl Alexandrovich, 240, 1363. Ver nota 116.  
 Ballechmyle (EE.UU.), 1149.  
 \* BALMACEDA, José Manuel, 1497. Ver nota 711.  
 Báltico, 139.  
 Baltimore (EE.UU.), 27, 35, 160, 326, 429, 543, 869, 1005, 1122, 1253, 1294, 1296, 1497.  
 \* BALUM-VOTAM, 215. Ver nota 92.  
 Banco Nacional de la Marina o Marine National Bank, 363, 365, 366, 367, 460, 498, 651.  
 Banco Metropolitan o Metropolitan Bank, 367.  
 Banco Panamericano, 1434.  
 Banco Universal, 1419.  
 \* BANCROFT, George, 165, 198, 199, 200, 487, 488, 774, 777, 778, 805, 806, 939, 1244, 1477. Ver nota 76.  
 BANLEY, Hiram, 754.  
 \* BANQUO, 609. Ver nota 315.  
 Bar Harbor (EE.UU.), 887, 925, 1439, 1442.  
 \* BARBEDIENNE, Fernando, 402. Ver nota 225.  
 \* BARBEY d'AUREVILLY, Jules-Amédée, 490. Ver nota 265.

- Barcelona (España), 1076, 1511.
- \* BARDINA, Sofia, 913. Ver nota 409.
  - \* BARNUM, Phineas Taylor, 352, 618, 872, 1036, 1172, 1226, 1228, 1376, 1510. Ver nota 204.
  - \* BARRIOS, Justo Rufino, 420, 434, 435, 467, 468, 470, 501, 656. Ver nota 242.
  - \* BARTHOLDI, Frédéric A., 761, 762, 763, 764, 767, 1157. Ver nota 342.
  - BARTON, Clara, 1258, 1259.
  - Bass* (marca de cerveza), 1236.
  - \* BASTIEN-LEPAGE, Jules, 419. Ver nota 240.
  - Bastilla (Francia), 241.
  - BAUDELAIRE, Charles, 808, 996.
  - \* BAUDRY, Paul, 246. Ver nota 130.
  - BAXTER, Wharton, 1069, 1070, 1321.
  - Bay Harbor (EE.UU.), 749.
  - \* BAYARD, Thomas Francis, 50, 423, 440, 468, 591, 665, 667, 685, 688, 690, 691, 692, 696, 697, 756, 1106, 1173, 1385, 1455. Ver nota 247.
  - BAYARDO, Pierre du Terrail, Señor de Bayard, 589, 1411.
  - \* Bayreuth (Alemania), 1226. Ver nota 569.
  - BEALE, Edward Fitzgerald, 33.
  - \* *Beau Brummel*, 1424, 1437. Ver nota 670.
  - \* BEAUMARCHAIS, Pierre Augustin Caron de, 1216. Ver nota 564.
  - Beautiful Bells (nombre de caballo), 1228.
  - El bebedor de Ajenjo* (pintura de Édouard Manet), 625.
  - \* BÉCQUER, Gustavo Adolfo, 1269. Ver nota 596.
  - \* Bedloe Island (EE.UU.), 682, 761. Ver nota 341.
  - \* BEECHER, Henry Ward, 39, 68, 72, 76, 135, 386, 485, 811, 812, 813, 814, 815, 816, 817, 818, 884, 1161, 1199, 1278, 1371, 1372, 1380. Ver nota 365.
  - BEECHER, Lyman, 1054.
  - \* BEECHER-STOWE, Harriet, 549, 804, 814. Ver nota 288.
  - BEETHOVEN, Ludwig von, 203, 656, 1226.
  - \* Behring, 494, 1260, 1261, 1442. Ver nota 591.
  - BELCHER, Sir Edward, 197.
  - Bélgica, 288, 875, 1344, 1409.
  - \* BELL, Alexander Graham, 588, 589, 926. Ver notas 306 y 417.
  - \* BELLAMY, Edward, 1326, 1346, 1431. Ver nota 627.
  - BELLINI, 496.
  - \* BELLMAN, Carl Michael, 1099, 1100, 1149, 1150. Ver nota 505.
  - BELMONT, Augusto, 98, 686, 1198, 1299, 1332, 1471.
  - Bengala (India), 659, 1085, 1129.
  - \* BENLIURE Y GIL, José, 1479. Ver nota 698.
  - \* BÉRANGER, Pierre Jean de, 150, 1149. Ver nota 507.
  - \* *Bereano*, 111. Ver nota 34.
  - \* BERGENROTH, Gustave Adolph, 1511. Ver nota 718.
  - \* BERGH, Henry, 1018, 1019. Ver nota 466.
  - Berlín (Alemania), 40, 283, 284, 287, 577, 1113, 1315, 1344, 1385.
  - BERLIOZ, Luis Hector, 202, 1226.

- Bermudas, islas, 655, 1425, 1481.  
 Berna (Suiza), 783.  
 BERNÁLDEZ, 1511.  
 BERNARD, Simón, 261.  
 \* BERNHARDT, Sarah, 59, 742, 840, 1122, 1357, 1493. Ver nota 338.  
 \* BERNINI, Gian Lorenzo, 246, 1113. Ver nota 128.  
 \* BERTILLON, Alphonse, 1441. Ver nota 687.  
 \* BESANT, Annie, 1492, 1493. Ver nota 708.  
 \* BESSEMER, Henry, 839, 1045, 1298. Ver nota 613.  
 Bethania, 31.  
 \* Bethsaida (ciudad), 1179. Ver nota 547.  
 BIART, Lucien, 774, 775.  
 Biblia, 33, 35, 36, 102, 103, 109, 111, 119, 217, 235, 263, 279, 299, 361, 387, 407, 428, 438, 589, 627, 719, 807, 814, 824, 958, 1030, 1032, 1056, 1057, 1081, 1192, 1194, 1206, 1215, 1223, 1225, 1243, 1257, 1269, 1287, 1290, 1292, 1346, 1350, 1362, 1371, 1373, 1506.  
 Biblias, 813, 1056, 1204, 1289.  
 Biblioteca de Alejandría, 128, 180.  
 Biblioteca de Astor (Nueva York), 1036.  
 Biblioteca de Atenas (Boston), 113.  
 \* BIERSTADT, Albert, 853, 1005. Ver nota 374.  
 BIGELOW, John, 957, 1519.  
*Biglow Papers* (periódico, EE.UU.), 976.  
 BIGOT, Charles, 763.  
 BISHOP, Irving, 1288.  
 BISHOP, N. H., 312, 313, 808.  
 \* BISMARCK, Otto von, 333, 334, 335, 336, 346, 487, 488, 1146, 1270, 1385, 1477. Ver nota 189.  
 Bismark (Dakota del Norte, EE.UU.), 1271.  
 \* BITTENBENDER, Alda Matilde Cole, 913. Ver nota 407.  
 BLACKBURNE, Ella, 1212.  
 Blackwell (EE.UU.), 1168.  
 \* BLAINE, James Gillepsie, 9, 13, 14, 18, 33, 35, 36, 40, 49, 50, 55, 64, 65, 95, 96, 97, 98, 101, 113, 116, 117, 118, 119, 130, 165, 166, 355, 356, 367, 370, 371, 378, 399, 401, 403, 404, 405, 406, 409, 423, 424, 425, 445, 447, 450, 453, 456, 458, 459, 488, 489, 533, 535, 560, 561, 562, 570, 587, 588, 589, 622, 638, 690, 691, 692, 696, 755, 756, 781, 791, 794, 795, 796, 802, 843, 886, 889, 916, 918, 921, 951, 952, 1011, 1012, 1013, 1036, 1038, 1042, 1043, 1049, 1058, 1072, 1075, 1077, 1078, 1079, 1080, 1081, 1083, 1086, 1103, 1104, 1105, 1106, 1120, 1121, 1122, 1123, 1125, 1128, 1129, 1130, 1131, 1132, 1135, 1140, 1151, 1171, 1173, 1174, 1183, 1184, 1188, 1191, 1196, 1197, 1198, 1199, 1200, 1221, 1223, 1224, 1263, 1285, 1311, 1312, 1313, 1314, 1315, 1317, 1318, 1320, 1321, 1330, 1332, 1333, 1338, 1339, 1340, 1343, 1344, 1346, 1351, 1383, 1386, 1394, 1397, 1399, 1400, 1402, 1403, 1406, 1407, 1408, 1409, 1410, 1412, 1413, 1414, 1416, 1417, 1428, 1431, 1434, 1435, 1436, 1442, 1443, 1444, 1445, 1455, 1458, 1459, 1461, 1471, 1501, 1513, 1516.  
 Ver nota 5.



- BLAINE, Walker, 921, 1223, 1383.
- \* BLAIR, Henry William, 342, 593, 757. Ver nota 198.
- \* BLANC, Charles, 995. Ver nota 456.
- \* BLISS, Cornelius, 1024, 1305, 1314, 1434. Ver nota 614.
- \* BLOUET, Paul (Max O'Rell), 1158, 1159, 1161, 1162, 1163, 1165, 1184. Ver nota 523.
- \* BOADBIL, 133, 166, 1232, 1276, 1510. Ver nota 599.
- BOCART, John, 1296.
- \* BOLDINI, Giovanni, 850, 851. Ver nota 374.
- \* BOLET PERAZA, Nicanor, 1303, 1304, 1401. Ver nota 614.
- \* BOLÍVAR, Simón José Antonio, 70, 159, 312, 868, 947, 1056, 1080. Ver nota 425.
- Bolivia, 1304, 1314, 1315, 1399, 1401, 1402, 1405, 1410, 1411, 1413, 1414, 1483, 1484.
- BONAPARTE, Rolando, 1066, 1068, 1070.
- BONARD, Luis, 1019.
- \* BONHEUR, Rosa, 744, 850, 852, 1005. Ver nota 374.
- \* BONNAT, Léon, 474. Ver nota 256.
- \* BONNER, Robert, 881, 1196. Ver nota 393.
- \* BOOTH, Edwin Thomas, 22, 70, 77, 78, 79, 80, 342, 410, 600, 882. Ver nota 197.
- \* BOSCH, Ernesto, 1305, 1306. Ver nota 614.
- Boston (EE.UU.), 28, 29, 80, 105, 110, 113, 123, 134, 147, 154, 155, 156, 158, 166, 173, 177, 216, 217, 281, 286, 287, 305, 308, 312, 317, 328, 343, 386, 412, 473, 521, 577, 741, 749, 840, 846, 886, 887, 888, 912, 916, 921, 975, 984, 1101, 1114, 1205, 1217, 1218, 1244, 1249, 1260, 1263, 1285, 1302, 1305, 1308, 1311, 1313, 1317, 1327, 1328, 1329, 1349, 1351, 1358, 1363, 1368, 1425, 1439.
- BOTTOME, Margarita, 1031.
- \* BOUGUEREAU, William-Adolphe, 352, 401, 403, 852. Ver notas 205 y 374.
- \* BOURGET, Paul-Charles-Joseph, 881. Ver nota 397.
- Bourgogne* (tren o barco), 1083.
- \* BOYDEN, Seth, 1430. Ver nota 681.
- \* Bowery (Nueva York, EE.UU.), 28, 239, 353, 595, 790, 953, 1007, 1030, 1163, 1296, 1486, 1491. Ver nota 114.
- \* BRADFORD, William, 1070, 1290. Ver nota 607.
- \* BRADLAUGH, Charles, 335, 1492. Ver nota 193.
- BRADY, James Topham, 20, 28.
- BRAHMS, 1226.
- Brasil, 288, 950, 1011, 1025, 1104, 1257, 1303, 1304, 1305, 1314, 1345, 1352, 1362, 1374, 1382, 1384, 1401, 1402, 1403, 1410, 1414, 1425, 1434, 1471, 1518.
- \* BRASSEUR, Charles-Étienne conocido por Brasseur de Bourbourg, 494. Ver nota 272.
- \* Bravo, río (México-EE.UU.), 27, 864, 1331. Ver nota 382.
- \* BRECKINRIDGE, John Cabell, 1288, 1289, 1290, 1396, 1397. Ver nota 605.
- Bremen, 287.
- Bretaña, 214.
- \* BRETON, Jules, 593, 594. Ver nota 310.
- BRICE, 1299, 1300.
- BRIEN, Johnny, 347, 348, 350.
- BRIGHAM, J. Harvey, 667.

- \* BRIGHT, John, 327. Ver nota 180.  
Brighton, 83, 85.
- \* BRINTON, Daniel, 921, 922, 1112. Ver nota 495.  
Bristol (Gran Bretaña), 24, 1430.
- \* BRITTON, Elizabeth, 921. Ver nota 413.  
Broadway (Nueva York, EE.UU.), 21, 28, 40, 42, 59, 162, 316, 339, 362, 367, 377, 409, 418, 479, 544, 591, 595, 649, 650, 672, 744, 861, 869, 874, 895, 896, 897, 931, 1015, 1030, 1110, 1152, 1202, 1227, 1244, 1422, 1462, 1511.
- BRODSKY, John, 1490.
- Brooklyn (EE.UU.), 22, 27, 59, 65, 67, 68, 69, 72, 73, 75, 76, 135, 164, 265, 266, 267, 268, 269, 270, 271, 274, 279, 283, 284, 288, 289, 310, 316, 339, 400, 403, 406, 456, 466, 616, 624, 654, 682, 813, 815, 881, 891, 912, 1015, 1016, 1045, 1064, 1146, 1153, 1184, 1189, 1199, 1296, 1383, 1429, 1505; (Puente de) 265, 268, 269, 270, 271, 272, 273, 275, 279, 283, 284, 288, 289, 290, 310, 701, 760, 1010, 1110; (Torre de) 269, 270, 271, 274, 289.
- \* BROOKS, Erastus, 495, 551, 552. Ver nota 275.
- \* BROOKS, William Keith, 325, 326. Ver nota 179.
- BROWN, colegio de, 1278.
- \* BROWN, Ford Madox, 472, 474. Ver nota 256.
- \* BROWN de OSSAWATOMIE, John, 235, 306, 447, 512, 606, 627, 662, 701, 846, 959, 993, 1005, 1278, 1288, 1308, 1326. Ver notas 108 y 173.
- \* BROWNING, Elizabeth Barrett, 1504. Ver nota 714.
- \* BROWNING, Robert, 954, 1375, 1378. Ver nota 648.
- \* BRUMIDI, Constantino, 33. Ver nota 14.
- BRUNILDA (personaje de *Los Nibelungos*), 1226.
- BRUSH, Charles Francis, 279.
- \* BRYCE, James, 1158, 1160, 1514. Ver nota 526.
- \* BRYANT, William Cullen, 18, 54, 140, 167, 263, 304, 386, 954, 1280. Ver notas 146 y 602.
- \* Bucéfalo (caballo de Alejandro Magno), 301, 544. Ver nota 165.
- \* BUCHANAN, Robert, 388, 512, 522, 856. Ver nota 376.
- \* BÜCHNER, Georg, 1055. Ver nota 472.
- BUCKINGHAM, duque(s) de, 159, 246.
- BUCKNER, 507, 515, 530, 815.
- BUDA, 494, 790, 1442.
- BUDEAU, Adam, 494.
- Buenos Aires (Argentina), 279, 578, 1023, 1025, 1228, 1304, 1306.
- Buffalo (Nueva York, EE.UU.), 433, 442, 458, 568, 891, 1313, 1448.
- Bufo*nes (pintura de Zamacois), 852.
- \* Bujara o Bókhara (Usbekistán), 1176. Ver nota 541.
- \* BÜLOW, Hans Guido von, 1226. Ver nota 568.
- Bunker Hill (EE.UU.), 61, 167, 385, 976, 1267.
- \* BURKE, Thomas Henry, 140, 201. Ver nota 82.
- \* BURNS, Robert, 817, 1102, 1104, 1149, 1150, 1417. Ver nota 484.
- BURNSIDE, Ambrosio Everett, 24.
- \* BURROUGHS, John, 866, 1446. Ver nota 386.

- \* BUTLER, Benjamin Franklin, 216, 217, 241, 281, 317, 368, 378, 396, 459, 1071, 1278, 1308, 1397. Ver nota 96.  
Butte (Montana, EE.UU.), 1269.  
BYRNE (ingeniero, EE.UU.), 672.
- \* BYRON, Lord; George Nöell GORDON, 216, 238, 549, 777, 806, 864. Ver nota 95.

## C

- \* CAAMAÑO, José María Plácido, 1304, 1351, 1382. Ver nota 614.
- \* Caballeros del Trabajo o *Knights of Labor*, 208, 430, 542, 543, 577, 592, 595, 596, 598, 606, 611, 613, 614, 615, 616, 617, 623, 629, 675, 676, 738, 809, 842, 843, 917, 953, 966, 987, 994, 1034, 1363, 1441, 1442, 1472. Ver nota 83.  
*La cabaña del Tío Tom* (novela de Harriet Beecher-Stowe), 552, 804, 814.
- \* CABLE, George Washington, 83, 85, 411, 412, 976, 977. Ver nota 234.  
Cabo Cod, 129, 1101.  
Cabo Mayo, 1444.  
Cachemira (India), 1166, 1175, 1180, 1208, 1450.  
Cádiz (España), 80.  
Caen (Francia), 246.
- \* Cafarnaúm (Palestina), 1179. Ver nota 547.  
CAIFÁS (personaje bíblico), 788.  
CAILLEBOTTE, Gustave, 680.  
CAÍN (personaje bíblico), 23, 155, 156.
- \* CAIRD, Alice Mona, 1426. Ver nota 673.  
Cairo (Egipto), 516, 1376.
- \* CALDERÓN, Clímaco, 1304. Ver nota 614.  
CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro, 195.
- \* CALHOUN, John Caldwell, 308, 330, 345, 513, 582, 715, 1216, 1252. Ver nota 327.
- \* CALÍMACO DE CIRENE, 1460. Ver nota 692.  
California (Estado, EE.UU.), 139, 165, 173, 202, 279, 493, 510, 512, 513, 559, 593, 656, 731, 778, 806, 823, 864, 865, 976, 996, 998, 1008, 1073, 1082, 1146, 1167, 1229, 1247, 1283, 1283, 1299, 1363, 1366, 1428, 1431, 1437, 1441, 1477, 1481, 1491, 1513.  
CALÍCULA (emperador romano), 1113.  
CALL, 1361, 1385.  
CALL, Annie (maestra), 1425.
- \* CALVINO, Juan, 101, 1372. Ver nota 643.
- \* CALVO, Adolfo G., 1305, 1306. Ver nota 614.  
CAMACHO, Juan Vicente, 215.
- \* CAMACHO CLEMENTE, Simón, 96, 99, 215. Ver nota 90.  
Cámara de Comercio, 1023, 1299.  
Cámara de Comercio de Nueva York, 1322, 1365, 1418, 1513, 1514, 1516.  
Cámara de Representantes, 130, 319, 334, 335, 336, 337, 374, 461, 569, 572, 636, 638, 639, 685, 686, 980, 1036.  
Cambria, ferrería de (Johnstown, EE.UU.), 1254, 1259.

- Cambridge, 166, 178, 216, 411, 1426.
- \* CAMERON, Simón, 1251, 1252, 1253. Ver nota 589.
- CAMPBELL, Tim, 1139, 1328.
- \* CAMPOAMOR, Ramón de, 204, 1269. Ver nota 597.
- Canaán, 174, 279, 1209, 1292, 1293.
- Canadá, 10, 64, 129, 130, 312, 493, 506, 666, 687, 808, 821, 826, 827, 828, 829, 845, 864, 865, 884, 918, 1106, 1135, 1150, 1151, 1152, 1153, 1170, 1199, 1261, 1264, 1278, 1318, 1339, 1341, 1386, 1387, 1419, 1442, 1444, 1445, 1455, 1481, 1497.
- CANMACK (corredor), 402.
- \* CANNING, George, 1341. Ver nota 629.
- Canto a la Estrella* (de Richard Wagner), 1056, 1057.
- Canto de mí mismo* (de Walt Whitman), 859.
- Cañón de Sicomoros* (de Louis Tiffany), 997, 998.
- Capitolio (EE.UU.), 25, 32, 33, 34, 36, 173, 174, 214, 345, 386, 436, 437, 438, 440, 647, 890, 1076, 1077, 1187, 1190, 1192, 1353, 1360, 1472, 1495, 1497.
- \* Capoul (peinado), 418, 917, 1138. Ver nota 237.
- Capua (Italia), 809.
- Caracalla, circo de (Roma, Italia), 1113.
- Caracas (Venezuela), 22, 70, 1068, 1080, 1147.
- Carleton, balada de, 1269.
- \* CARLISLE, John Griffin, 319, 344, 346, 423, 483, 980, 1081, 1105, 1389, 1392, 1394, 1396, 1397, 1442. Ver nota 176.
- \* CARLOMAGNO, 485, 557, 577, 847. Ver nota 264.
- CARLOS I, 1078.
- \* CARLOS II, *El Hechizado*, 1004. Ver nota 460.
- CARLOS II de Inglaterra, 1112.
- CARLOS V, 777, 1237, 1239.
- CARLSTON, William, 976.
- Carlyle (EE.UU.), 804.
- \* CARLYLE, Thomas, 187, 264, 579, 804, 828, 867, 962. Ver nota 60.
- \* CARNEGIE, Andrew, 839, 978, 1035-1036, 1056, 1104, 1123, 1363, 1382, 1414, 1416, 1417, 1431, 1434, 1504. Ver nota 371.
- Carolina del Norte (Estado, EE.UU.), 65, 943.
- Carolina del Sur (Estado, EE.UU.), 512, 514, 943, 1424.
- CAROLUS-DURAN, 997. Ver nota 457.
- CARÓN o CARONTE (personaje mitológico), 181.
- \* CARPENTER, Mary, 242. Ver nota 119.
- CARPENTER (senador), 422, 1056.
- CARR, 1223.
- \* CARRANZA, Carlos, 236, 279, 1305. Ver nota 111.
- Carrera* (pintura de Jean Léon Gérôme), 850, 852.
- Carrera de caballos* (pintura de Édouard Manet), 625.
- CARRY, Sally, 1203.
- Cartagena (Colombia), 1304, 1382, 1384.
- Cartago, 130, 264, 386, 440, 536.



CARTER, 1350.

- \* CARTIER, Jacques, 1152. Ver nota 515.

Casa Blanca (Washington, D. C., EE.UU.), 16, 91, 93, 118, 224, 388, 435, 438, 445, 459, 462, 463, 465, 477, 480, 482, 485, 510, 513, 523, 537, 577, 653, 656, 657, 658, 676, 677, 682, 774, 777, 790, 797, 805, 843, 846, 864, 890, 980, 1037, 1038, 1095, 1114, 1121, 1132, 1134, 1137, 1167, 1171, 1187, 1188, 1190, 1194, 1221, 1224, 1225, 1249, 1301, 1314, 1328, 1383, 1384, 1416, 1433.

*Casa de Locos* (pintura de Goya), 679.

Casa de Representantes, 165, 289, 342, 343, 344, 345, 346, 421, 423, 425, 453, 477, 483, 527, 620, 666, 667, 673, 674, 676, 684, 695, 756, 780, 802, 810, 837, 882, 942, 980, 1038, 1105, 1134, 1137, 1281, 1339, 1343, 1353, 1374, 1386, 1387, 1391, 1393, 1398, 1443, 1444, 1496.

Casa Pública (Filadelfia), 557, 937, 1313.

Casas Grandes, ruinas de (México), 1101.

CASANDRA (mitología griega), 202.

CASANOVA, 851.

Caspio (mar), 373.

CASSIO, Michael, 79.

Cassville (EE.UU.), 1318.

- \* CASTELAR, Emilio, 495. Ver nota 273.

- \* CASTELLANOS, Jacinto, 1303, 1351, 1382, 1401. Ver nota 614.

Castle Garden (Nueva York, EE.UU.), 179, 204, 375, 1044.

- \* CASTRO, Félix L. de, 1305. Ver nota 614.

- \* CATALINA DE ALEJANDRÍA, 1183. Ver nota 557.

Catamarca (Argentina), 279.

- \* CATILINA, Lucius Sergius, 991, 1103. Ver nota 455.

- \* CATÓN, Marco Porcio, 948. Ver nota 428.

Catskill (EE.UU.), 493, 1117, 1437, 1450, 1451.

- \* CATULO, Cayo Valerio, 1375. Ver nota 650.

CAUBERT, 763.

Cáucaso (cordillera, Rusia), 373, 1175.

*Caucus*, 1059, 1060, 1061, 1062, 1063. Ver nota 475.

- \* CAVENDISH, Spencer Comptom, 200, 201. Ver nota 79.

- \* CAZIN, Jean-Charles, 1479. Ver nota 698.

- \* Cebetes, 860. Ver nota 379.

Cedar Creek (EE.UU.), 1091, 1096, 1097.

Centro (región norteamericana), 730, 1313.

Centroamérica, 434, 440, 467, 468, 494, 501, 682, 711, 712, 1112, 1302, 1303, 1304, 1336, 1339, 1340, 1341, 1348, 1350, 1400, 1401, 1402, 1406, 1407, 1410, 1434, 1497.

*The Century* (revista, EE.UU.), 790.

Century Club (EE.UU.), 1164.

Cerros Negros (Dakota, EE.UU.), 1270.

- \* CERVANTES, Miguel de, 320, 422. Ver nota 177.

CÉSAR, Cayo Julio, 44, 130, 155, 656, 951, 1161, 1217.

- CICERÓN, Marco Tulio, 142.
- \* CINCINATO, Lucio Quincio, 1477. Ver nota 695.
- Cincinnatti (EE.UU.), 226, 284, 604, 632, 835, 842, 890, 892, 1224, 1313, 1514.
- Circo de Flora, obelisco del, 1113.
- Círculo francés de la Armonía, 764.
- City Contract Company (Londres, Inglaterra), 1310.
- City of New York* (nombre de un buque), 1086.
- City of Paris* (nombre de un buque), 1304.
- CLAASSEN, 1371.
- \* Clan-na-Gael, 260, 1263. Ver nota 139.
- \* CLARKE, Hyde, 1112. Ver nota 494.
- \* CLAVÉ, Pelegrín, 474. Ver nota 256.
- \* CLAY, Henry, 76, 164, 330, 345, 487, 513, 1202, 1216, 1330, 1331, 1334, 1339, 1341, 1484, 1486, 1487. Ver nota 43.
- CLEOPATRA (reina de Egipto), 1112, 1113, 1166, 1296.
- Cleopatra* (novela de Rider Haggard), 1157.
- Cleveland (EE.UU.), 30, 31, 36, 37, 41, 58, 205, 1313.
- CLEVELAND, Frances, 579, 658, 600, 619, 653, 656, 658, 677, 890, 891, 892, 1011, 1031, 1206, 1242, 1243.
- CLEVELAND, Grover, 355, 368, 369, 370, 371, 378, 395, 399, 401, 402, 403, 404, 406, 409, 412, 423, 433, 434, 435, 436, 437, 438, 439, 440, 441, 444, 445, 454, 458, 459, 465, 466, 467, 476, 477, 480, 482, 483, 486, 488, 489, 492, 493, 496, 499, 500, 529, 530, 531, 532, 533, 534, 545, 546, 547, 549, 552, 555, 560, 561, 562, 563, 564, 565, 566, 567, 570, 572, 573, 578, 584, 587, 588, 589, 590, 593, 600, 619, 620, 640, 653, 654, 655, 656, 657, 658, 674, 676, 692, 699, 755, 756, 764, 767, 780, 781, 782, 783, 784, 804, 805, 821, 830, 837, 840, 843, 845, 846, 869, 881, 882, 883, 886, 889, 890, 899, 900, 916, 933, 935, 936, 944, 949, 950, 951, 952, 975, 980, 981, 982, 984, 992, 1012, 1013, 1027, 1031, 1035, 1037, 1038, 1049, 1050, 1051, 1052, 1058, 1063, 1064, 1065, 1066, 1072, 1075, 1076, 1077, 1078, 1079, 1081, 1086, 1087, 1104, 1105, 1106, 1114, 1119, 1120, 1121, 1127, 1129, 1132, 1133, 1134, 1135, 1136, 1137, 1138, 1139, 1140, 1150, 1167, 1167-1168, 1171, 1173, 1174, 1183, 1187, 1189, 1190, 1188, 1191, 1194, 1196, 1197, 1219, 1224, 1242, 1243, 1244, 1245, 1246, 1264, 1265, 1288, 1299, 1305, 1318, 1320, 1328, 1329, 1334, 1362, 1370, 1378, 1389, 1419, 1457, 1460, 1461, 1471, 1472, 1473, 1479, 1480, 1490, 1491, 1494, 1501, 1502, 1508, 1514, 1515, 1518.
- \* CLEVELAND, Rosa Elizabeth, 485, 486, 619, 682, 847. Ver nota 262.
- CLINCH, Cornelia, 744.
- CLINTON, Henry, 61.
- Clover Club, 1011.
- Club de la Esmeralda, 261.
- Club de la Reforma, 1136, 1423.
- Club Eléctrico, 1011.
- CLYDE, 1369.
- Coahuila (Estado, México), 865.
- COCHRAN, Burne, 1065, 1360, 1422.
- COCKRELL, 1425, 1428.

- \* CODY, William Frederick, conocido como Búfalo Bill, 358, 359, 360, 702, 703, 707, 1075, 1075, 1085, 1195. Ver nota 210.  
 Cole, cerro de, 1289.  
 Colgate (EE.UU.), 1278, 1403.  
 Coliseo (Roma, Italia), 1196.
- \* COLLINS, 340. Ver nota 196.  
 COLLYER, Robert, 39.  
 Colmar (Alsacia, Francia), 763.  
 Colombia, 391, 468, 485, 692, 718, 764, 1027, 1302, 1303, 1304, 1313, 1314, 1330, 1339, 1340, 1341, 1361, 1382, 1401, 1402, 1410, 1412, 1413.  
*Colombiano* (periódico, EE.UU.), 1204.  
 Colón (Honduras), 468, 711.
- \* COLÓN, Cristobal, 263, 352, 436, 1069, 1113, 1170, 1312, 1463, 1511. Ver nota 717.  
 Colorado (Estado, EE.UU.), 1320, 1428, 1433, 1480, 1498.  
 COLOROW, 915, 925.  
 Colton (Cía Editorial de Mapas), 672.  
 Columbia (Distrito, EE.UU.), 178, 639, 718, 1424.  
 Columbia (río, México), 776.  
 Columbus (EE.UU.), 1078.
- \* COMETTANT, Oscar, 1164. Ver nota 532.  
 Compañía, iglesia de la (Pátzcuaro, México), 1238.  
 Compañía de Mejora y Navegación (Honduras), 710.  
 Compañía de Navegación del Aguán (Honduras), 672, 711, 712.  
 Compañía de Ocupación y Desarrollo del Norte de México, 864, 865.  
 Compañía Trasatlántica de vapores, 1306.
- \* COMTE, Auguste, 1054, 1057. Ver nota 471.
- \* Concord (Brooklyn, EE.UU.), 61, 189, 216, 701, 866, 1000, 1020, 1022, 1496. Ver nota 65.  
 Condado, asociación del (Nueva York, EE.UU.), 1136, 1138, 1139.
- \* Coney Island (Nueva York, EE.UU.), 12, 82, 83, 294, 295, 661, 894, 1071, 1251, 1296. Ver nota 30.
- \* CONFUCIO, 1372. Ver nota 642.  
 Congreso, 41, 42, 44, 62, 74, 75, 76, 124, 125, 165, 169, 172, 173, 177, 208, 209, 210, 214, 219, 222, 224, 226, 263, 299, 327, 387, 419, 421, 422, 424, 426, 434, 436, 461, 465, 477, 484, 496, 497, 502, 513, 519, 522, 529, 533, 535, 537, 552, 555, 564, 567, 571, 577, 578, 580, 587, 592, 593, 600, 608, 612, 613, 616, 620, 635, 636, 638, 639, 641, 644, 657, 663, 665, 666, 669, 673, 674, 675, 676, 682, 683, 684, 685, 686, 688, 692, 693, 695, 696, 697, 699, 746, 768, 770, 779, 780, 782, 801, 803, 829, 834, 836, 837, 838, 874, 883, 884, 915, 934, 935, 938, 939, 942, 943, 944, 965, 975, 979, 980, 1011, 1012, 1013, 1025, 1026, 1027, 1035, 1036, 1040, 1041, 1060, 1062, 1065, 1073, 1104, 1106, 1127, 1134, 1144, 1151, 1161, 1170, 1187, 1191, 1198, 1214, 1215, 1216, 1218, 1224, 1264, 1289, 1297, 1298, 1302, 1303, 1308, 1319, 1320, 1321, 1322, 1323, 1324, 1334, 1338, 1339, 1343, 1344, 1345, 1346, 1347, 1361, 1362, 1364, 1367, 1388, 1389, 1392, 1395, 1397, 1399, 1416, 1422, 1424, 1425, 1429, 1434, 1435, 1441, 1442, 1443, 1444, 1456, 1461, 1471, 1472, 1481, 1490, 1498, 1502.  
 Congreso Internacional Literario en Viena, 44.

- \* Congreso de Panamérica o Panamericano, 1301, 1310, 1350, 1391, 1504. Ver nota 614.
- \* CONKLING, Roscoe, 9, 40, 46, 47, 48, 50, 68, 69, 73, 98, 118, 143, 146, 198, 423, 489, 565, 794, 795, 796, 1036, 1038, 1039, 1040, 1041, 1042, 1043, 1077, 1278, 1376.  
Ver nota 4.
- Connecticut (Estado, EE.UU.), 755, 756, 1079, 1196, 1219, 1328.
- \* CONSTANT, Benjamin (Constante), 1229. Ver nota 578.
- Constantinopla, 10, 319, 1315 1221.
- Constitución, 9, 33, 47, 172, 199, 218, 221, 222, 306, 330, 385, 386, 387, 437, 438, 442, 454, 463, 464, 480, 487, 512, 513, 572, 590, 639, 729, 766, 826, 926, 927, 936, 937, 938, 940, 943, 944, 986, 1092, 1172, 1190, 1214, 1215, 1216, 1217, 1247, 1393, 1394, 1397, 1398, 1457, 1510; (de los Estados Unidos) 44, 569, 925, 926; (norteamericana) 1246.
- Constelación de Lira, 1087.
- Convención de delegados del Partido Republicano, 367; (republicana) 458.
- Convención de delegados del Partido Demócrata, 369, 370, 463; (de los Demócratas) 370, 667; (democrática) 459.
- Convención de los Librepensadores, 297.
- Convención Nacional, 463, 939.
- Convenciones parciales del Estado de Nueva York, 46.
- COOGAN, 1139, 1140.
- \* COOPER, Peter, 69, 147, 159, 160, 164, 165, 233, 248, 251, 252, 253, 254, 255, 313, 362, 403, 472, 636, 743, 753, 820, 933, 1203, 1243, 1261, 1262, 1298, 1311, 1420, 1478, 1479. Ver nota 134.
- Cooper Union o Instituto de Cooper, 69, 159, 250, 472, 820, 1261, 1420, 1478, 1479.
- \* Copa «América» o America's Cup, 538. Ver nota 285.
- COPPÉE, François, 474. Ver nota 256.
- \* COQUELIN, Constant, 1122. Ver nota 500.
- \* CORCORAN, William Wilson, 145, 984, 1019. Ver nota 452.
- \* CORDAY D'ARMONT, Charlotte de, 145, 431. Ver nota 246.
- \* CORDERO, Juan, 474. Ver nota 256.
- Córdoba (Argentina), 231, 247.
- Corea, 287, 1157.
- CORKHILL, George B., 88, 95, 96, 103, 142.
- \* CORNELL, Ezra, 472. Ver nota 255.
- \* CORNWALLIS, Charles, 59, 60, 61, 62, 65, 761, 1204. Ver nota 19.
- Coro de la catedral de Ávila* (pintura de Gonzalvo), 998.
- \* COROT, Jean Baptiste Camille, 236, 679, 1479. Ver nota 698.
- CORTÉS, Donoso, 204.
- \* CORTÉS, Hernán, 711, 777, 867, 1232, 1261, 1337, 1511. Ver nota 719.
- Cosmopolitan* (revista, EE.UU.), 1302, 1326.
- COSSA, Pietro, 80.
- Costa Rica, 434, 467, 1303, 1314, 1339, 1350.
- COUDERT, 992.
- \* COURBET, Gustave, 352, 679. Ver nota 207.
- COWDREY, 1082.



- \* COX, Jacob Dolson, 88, 141, 144, 227, 319, 346, 423, 455, 1105. Ver nota 100.
- \* CRESO, 62, 233. Ver nota 105.
- CRISP, 1397, 1495.
- CRISTINA, Reina, 164.
- CRISTO, 55, 101, 102, 104, 105, 109, 110, 111, 112, 299, 393, 628, 719, 785, 787, 788, 789, 812, 909, 910, 1068, 1239, 1292, 1371, 1372, 1373, 1470, 1504.
- Cristo ante Pilatos* (obra de Michael Munkácsy), 789.
- Cristo en el Calvario* (obra de Michael Munkácsy), 979.
- Crocodilópolis, obelisco de, 1113.
- \* CROMWELL, Oliver, 814, 1078, 1281. Ver nota 478.
- \* CRONIN, Patrick, 1263. Ver nota 593.
- \* CROOK, George, 1096, 1291. Ver nota 610.
- \* CRUZ, Fernando, 1303, 1382, 1401, 1406, 1416. Ver nota 614.
- Cruz Roja, 1258.
- Cuatro de julio (fiesta nacional, EE.UU.), 282, 644, 659, 661, 760, 900, 1073, 1264, 1265, 1266, 1267, 1268, 1271, 1294.
- Cuba, 11, 174, 236, 288, 424, 425, 424, 485, 489, 528, 783, 864, 975, 1187, 1330, 1332, 1339, 1341, 1345, 1350, 1361, 1420, 1435, 1481.
- El Cuervo* (obra de Edgar Allan Poe), 846, 857.
- Culebra (río, México), 776.
- Cumberland (EE.UU.), 171, 515, 516, 1080.
- CUNNINGS, Olmos, 464.
- CURTÉ, George, 68.
- \* CURTIS, George Ticknor, 177, 306, 307, 958, 976, 1041, 1260, 1302, 1308, 1313, 1317, 1387, 1388, 1425, 1446. Ver nota 53.
- \* CURTIS, William Eleroy, 947. Ver nota 427.
- \* CUTTING, Augustus K., 663, 665, 666, 667, 668, 669, 682, 683, 684, 685, 686, 687, 688, 690, 692, 694, 696, 697, 864, 865, 1340. Ver notas 322 y 384.
- Cuzco (Perú), 1382, 1384.

## CH

- \* CHAIKOVSKI, Piotr Ilich, 1158, 1227, 1506. Ver nota 524.
- Chaldron (EE.UU.), 1290.
- CHAMAY, Désiré, 1070.
- CHAMBERLAIN, Joseph, 979, 1106, 1147.
- \* Chambertin (vino), 1147, 1158, 1168. Ver nota 525.
- \* CHAMFORT, Nicolás de, 413. Ver nota 235.
- \* CHAMING, William Elery, 328, 386, 1371. Ver nota 181.
- \* CHAMPLAIN, Samuel de, 1152. Ver nota 516.
- CHANDLER, 1101.
- CHAPIN, Chester William, 19.
- Chapultepec (México), 510, 1233.

- \* Charleston (EE.UU.), 514, 515, 713, 714, 717, 718, 721, 1251, 1274, 1275, 1366. Ver notas 323 y 324.
- \* CHASE, William Merritt, 474. Ver nota 256.
- Chatannooga o Chattanooga (EE.UU.), 509, 514, 515, 516, 518, 523, 871, 1094, 1097.
- Château d'Iquem (vino), 134, 808.
- \* CHAUMETTE, Pierre, 968. Ver nota 445.
- \* CHERUBINI, Luigi, 1208. Ver nota 563.
- Chesterfield (tipo de barco), 1275, 1305.
- Chiapas (Estado, México), 1320.
- \* Chicago (EE.UU.), 102, 105, 112, 122, 123, 171, 173, 202, 216, 337, 351, 355, 368, 375, 504, 540, 546, 600, 601, 604, 627, 628, 629, 631, 632, 676, 677, 682, 690, 701, 710, 722, 723, 724, 729, 737, 738, 740, 842, 843, 913, 914, 934, 935, 936, 956, 958, 960, 961, 962, 963, 965, 966, 968, 969, 973, 974, 979, 999, 1058, 1075, 1086, 1110, 1163, 1164, 1188, 1208, 1225, 1263, 1294, 1295, 1296, 1302, 1310, 1311, 1313, 1326, 1350, 1360, 1375, 1424, 1425, 1470, 1486, 1491, 1494, 1513, 1514, 1518. Ver nota 312.
- Chickering, salón de, 850, 975, 976.
- \* CHICORIN, Mikhail Ivánovich, 1227. Ver nota 574.
- Chihuahua (Estado, México), 667, 669, 682, 683, 684, 694, 697, 865, 1101, 1430.
- CHILDS, George, 640.
- Chile, 287, 467, 692, 950, 1224, 1263, 1301, 1304, 1314, 1315, 1332, 1338, 1351, 1382, 1399, 1400, 1401, 1402, 1404, 1405, 1406, 1407, 1410, 1412, 1413, 1425, 1434, 1495, 1497.
- China, 11, 167, 172, 202, 594, 687, 809, 1003, 1056, 1123, 1141, 1143, 1145, 1148, 1225, 1344, 1348, 1409.
- \* CHING-TE o TCHING-TE, 594. Ver nota 311.
- \* CHIPP, Charles W., 339. Ver nota 196.
- Chipre, vino de, 1147.
- CHOATE, Joseph Hodges, 68, 1457.
- Christmas (festividad navideña), 125, 126, 130, 133, 318, 571, 805, 985, 986, 1302.
- Chuao, crema de, 993.
- \* Chubut (río, Argentina), 923. Ver nota 415.
- \* CHURCH, Frederic Edwin, 996. Ver nota 457.
- CHURCHILL, Randolph, 493, 1072.

## D

- D'AGUESSEAU, 940.
- D'AVENANT, 939.
- D'HAUSSONVILLE, Joseph-Louis-Bernard de Cleron, 59.
- \* DACUERRE, Louis Jacques Mandé, 140, 1358. Ver nota 637.
- Dakota (Estado, EE.UU.), 1125, 1146, 1159, 1187, 1269, 1270, 1310, 1317, 1320, 1428, 1470.

- Dakota del Norte (Estado, EE.UU.), 1268, 1269, 1271, 1273.  
 Dakota del Sur (Estado, EE.UU.), 1268, 1269, 1271, 1273.  
*Dalias* (pintura de Catalina Greatorrex), 997.
- \* DALILA, 330, 410. Ver nota 186.
  - Dallas (EE.UU.), 665, 667.
  - \* DALY, Augustin, 1181, 1245. Ver nota 554.
  - DANA, Charles Anderson, 150, 279, 304, 518, 839, 992, 1097, 1157, 1294, 1340, 1514, 1516, 1517, 1518.
  - \* DÁNAE, 818, 1110. Ver nota 492.
  - \* DANTE ALIGHIERI, 307, 701, 777, 805. Ver nota 99.
  - \* DANTON, Georges, 968. Ver nota 444.
  - Danubio (río), 22, 1178.
  - \* DARWIN, Charles Robert, 140, 325, 824, 918, 923, 1030, 1069, 1109, 1358, 1447, 1479. Ver nota 488.
  - \* DAUBIGNY, Charles-François, 851, 1479. Ver notas 374 y 698.
  - DAUBRAY, Helen, 742.
  - \* DAUDET, Alphonse, 1430. Ver nota 682.
  - \* DAVENPORT, Ira, 565, 566, 567. Ver nota 295.
  - DAVIDGE, Walter Dorsey, 88, 108, 121, 141, 142, 143, 144, 145.
  - DAVIS, David, 50, 677.
  - DAVIS, Henry, 1321.
  - \* DAVIS, Jefferson, 439, 513, 520, 626, 647, 648, 1095, 1198, 1263, 1292, 1349, 1366, 1367, 1368, 1382, 1415, 1431, 1434. Ver nota 319.
  - \* DAVITT, Michael, 872. Ver nota 388.
  - DAWSON, 918, 923, 1274, 1275.
  - DE ERUST, 1068.
  - DE KALB, 1202.
  - DE LAUZAN, Jean, 61.
  - \* DE LONG, George Washington, 196, 197, 340, 423. Ver notas 74 y 196.
  - \* DE QUINCEY, Thomas, 1357. Ver nota 633.
  - Deadwood (EE.UU.), 1271.
  - Declaración de Independencia, 385, 659, 939, 940, 1215, 1217, 1264, 1265.
  - Deckertown (EE.UU.), 917, 918.
  - \* DECOUD, José Segundo, 1381, 1382. Ver nota 659.
  - Defensa de Champigny* (pintura de Édouard Detaille), 911.
  - DEGAS, Edgard, 678, 680.
  - \* DELACROIX, Ferdinand-Victor-Eugène, 593, 1003, 1479. Ver notas 310 y 698.
  - Delaware (Estado, EE.UU.), 1132, 1149.
  - Delfos (Grecia), 353, 904.
  - \* DELGADO Y GÁLVEZ, José conocido como *Pepe Hillo*, 1482. Ver nota 701.
  - Delhi (India), 1180.
  - \* DELMÓNICO, 19, 20, 977, 986, 992, 1029, 1087, 1137, 1168, 1437, 1463, 1478, 1512. Ver nota 11.
  - Delmonte, aguas de, 1431.
  - \* DELSARTE, François, 1390. Ver nota 663.

- La Democracia Triunfante* o *Triunfant Democracy* (de Andrew Carnegie), 839, 976, 978, 1036, 1123, 1363.
- \* DEMÓSTENES, 991. Ver nota 455.
- \* DEPEW, Chauncey Mitchell, 39, 68, 247, 768, 810, 811, 843, 880, 918, 933, 934, 935, 977, 992, 1003, 1013, 1049, 1056, 1058, 1079, 1107, 1108, 1119, 1167, 1219, 1222, 1243, 1244, 1245, 1298, 1322, 1350, 1360, 1365, 1375, 1384, 1418, 1455, 1463, 1491, 1494, 1517. Ver nota 132.
- Derechos Iguales, partido de los (EE.UU.), 1082.
- DESCHAMPS, 763.
- DESMONS, 763.
- \* DESMOULINS, Camille, 962. Ver nota 435.
- Destroyer* (tipo de barco), 1230.
- \* DETAILLE, Édouard, 593, 911, 1003, 1005. Ver nota 310.
- Detroit (EE.UU.), 102, 1313.
- \* DHABI, Humphrey, 808. Ver nota 362.
- \* Día del Trabajo o Labor Day, 376, 384, 543, 926, 1441, 1442. Ver nota 217.
- Dial* (periódico), 1021.
- \* DIANA, 1004, 1490, 1491. Ver nota 706.
- Diario de los obreros* (periódico, EE.UU.), 632.
- DÍAZ (pintor), 1005, 1479.
- \* DÍAZ, Porfirio, 502, 667. Ver nota 279.
- \* *Diccionario etimológico latino-español* de Commeleran, 1162, 1231. Ver nota 581.
- \* DICKENS, Charles, 20, 1159. Ver nota 527.
- DICKENSON, 833.
- DICKINSON, 1211.
- DIDEROT, Denis, 1478.
- \* DIEGO, Juan, 866, 1231. Ver nota 583.
- DILKS, 1024.
- DILLON, 1010.
- Dinamarca, 288, 874, 928.
- Dios, 17, 18, 19, 21, 27, 29, 30, 31, 32, 33, 35, 37, 38, 42, 55, 56, 59, 61, 64, 65, 66, 77, 82, 90, 91, 94, 96, 100, 104, 105, 108, 109, 110, 111, 113, 114, 115, 117, 118, 119, 120, 121, 137, 144, 145, 146, 188, 189, 193, 205, 235, 252, 263, 278, 280, 286, 292, 337, 362, 371, 387, 388, 390, 391, 392, 407, 422, 438, 476, 491, 514, 518, 519, 658, 671, 672, 693, 715, 718, 760, 769, 785, 815, 816, 817, 818, 825, 826, 834, 844, 859, 881, 884, 902, 904, 905, 906, 907, 908, 909, 910, 912, 913, 919, 921, 940, 963, 971, 974, 1002, 1029, 1031, 1032, 1056, 1081, 1094, 1095, 1096, 1105, 1110, 1147, 1148, 1150, 1153, 1178, 1190, 1192, 1201, 1215, 1217, 1219, 1243, 1244, 1248, 1251, 1255, 1278, 1288, 1289, 1307, 1308, 1317, 1357, 1373, 1438, 1446, 1448, 1458, 1465, 1470, 1478.
- Dispatch* (tipo de barco), 1220, 1241.
- Disputa de límites* (pintura de William Nicoll), 853.
- \* DISRAELI, Benjamín, primer Earl de Beaconsfield, 367. Ver nota 215.
- \* DODGE, William Earl, 233, 234, 264. Ver nota 106.
- \* DOMÍNGUEZ, Luis L., 214. Ver nota 88.



- Don Quijote*, 1252.
- Doña Sol (personaje de *La Dama de las Camelias*), 1122.
- Dorotea (personaje de una obra de Lope de Vega), 1119.
- DORSHEIMER, William Edward, 571.
- DOUGHERTY, Daniel, 1065, 1077, 1105.
- \* DOUGLASS, Frederic Augustus Washington Bailey, 470, 477, 495, 873, 934, 1072, 1106, 1216, 1225, 1244, 1292, 1308, 1319, 1332, 1339, 1341, 1350. Ver nota 261.
- \* DRAPER, Henry, 1504, 1506. Ver nota 715.
- \* DRAPER, John William, 140, 923. Ver nota 39.
- DRAYTON, 1068.
- DREW, Daniel, 934.
- \* DREXEL, Anthony Joseph, 1272, 1420. Ver nota 669.
- \* DU MAURIER, Georges Louis Palmella Busson, 137. Ver nota 36.
- DUBARRY, Marie Jeanne Bécu, condesa, 851.
- \* DUBUFE, Édouard, 853. Ver nota 374.
- DUCEY, obispo, 826.
- DUDLEY, Iseult, 431, 432, 494, 1183.
- DUGNIOLL, 1036.
- Duluth (EE.UU.), 1273.
- DURAN, Carolus, 997.
- DURAND, John, 916.
- \* DURAND-RUEL, Paul, 624. Ver nota 317.
- DUQUE DE ORLEANS, 1454.
- Düsseldorf (Alemania), 287.

## E

- EARLY, Jubal Anderson (general), 173, 1095, 1096.
- \* EATON, Peggy, 579. Ver nota 302.
- El Economista*, 1109.
- Ecuador, 1024, 1171, 1304, 1351, 1365, 1382, 1401, 1410, 1496.
- La Edad de la Razón* (de Thomas Paine), 813.
- Edda*, 1112.
- \* EDISON, Thomas Alva, 277, 279, 282, 711, 808, 809, 923, 1067, 1170, 1357, 1358, 1359. Ver nota 149.
- EDMUNDS, George Franklin, 356, 367, 421, 437, 468, 756, 781, 1187, 1191, 1385.
- \* EDSON BRIGGS, Emily Pomona, 22. Ver nota 13.
- \* EGAN, Patrick, 1224, 1263, 1497. Ver nota 712.
- EGGLESTON, Edward, 976.
- Egipto, 31, 64, 128, 202, 267, 400, 413, 763, 860, 878, 1112, 1388.
- Eibar (España), 976, 1453.
- \* *El crepúsculo de los Dioses* (ópera de Richard Wagner), 1226. Ver nota 571.
- El Salvador, 434, 467, 468, 1303, 1382, 1402, 1408, 1416.
- Electrioneer (nombre de un caballo), 1228.

- \* ELÍAS, 972. Ver nota 449.  
*Elizabeth* (nombre de un barco), 1219.  
 ELLACHIE, Craig, 509.  
 ELLIOT, Jorge, 239, 1246, 1394.  
 ELLSWORTH, 940.
- \* EMERSON, Ralph Waldo, 18, 177, 186, 187, 190, 191, 194, 195, 216, 264, 305, 364, 540, 673, 817, 856, 867, 887, 916, 954, 1000, 1020, 1056, 1165, 1202, 1358, 1447. Ver notas 57 y 59.  
*El encantador de serpientes* (pintura de Mariano Fortuny), 745, 853.  
*Enciclopedia Británica*, 712.
- \* ENDICOTT, William Crowninshield, 441. Ver nota 249.  
 ENEAS, 202.
- \* ENGEL, George, 964, 965, 966, 967, 968, 969, 970, 971, 972, 973. Ver nota 438.  
*The Engineering and Mining Journal* (EE.UU.), 710.
- \* ENNIO, Quinto, 1375. Ver nota 653.  
 ENRIQUE III, 624.  
 ENRIQUE VIII, 246.
- \* ENRIQUE DE NAVARRA, 1147. Ver nota 503.
- \* *Enriquillo*, 474. Ver nota 259.  
 Erastina (EE.UU.), 1075.  
*Ericsson* (nombre de un barco), 1230.
- \* ERICSSON, John, 1084, 1100, 1230. Ver nota 481.
- \* ERIKSON, Leif, 1101. Ver nota 482.
- \* Erín, 198, 262, 872, 1441. Ver nota 387.
- \* ESAÚ, 317, 1261. Ver nota 592.  
 Escandinavia, 139, 168, 1271.  
 ESCOBAR, Eloy, 22.  
 Escocia, 84, 170, 509, 1078, 1082, 1099, 1104, 1374.  
*Escritos* (obra de Sparks), 1203.  
 Escuela Normal (Nueva York, EE.UU.), 642.  
 Escuelas Técnicas (EE.UU.), 642.
- España, 87, 126, 133, 147, 164, 167, 185, 204, 242, 257, 287, 349, 408, 424, 425, 467, 468, 666, 687, 776, 777, 783, 968, 998, 1005, 1223, 1231, 1232, 1292, 1330, 1341, 1345, 1350, 1385, 1419, 1435, 1443, 1519.
- \* Española, 474. Ver nota 259.  
 ESQUILO, 279.  
 ESQUIVEL, Antonio, 702.
- Estados Unidos, 10, 14, 18, 28, 31, 33, 44, 45, 51, 54, 55, 56, 60, 63, 64, 65, 81, 82, 86, 92, 94, 102, 112, 116, 129, 137, 138, 140, 164, 174, 197, 198, 199, 202, 215, 218, 229, 231, 232, 233, 240, 244, 259, 260, 261, 262, 276, 278, 282, 283, 284, 287, 298, 306, 310, 312, 314, 315, 320, 330, 332, 333, 334, 335, 336, 359, 365, 368, 369, 370, 378, 381, 385, 389, 395, 411, 422, 423, 424, 425, 428, 432, 434, 440, 442, 444, 449, 451, 452, 455, 460, 464, 467, 468, 470, 472, 474, 477, 478, 479, 480, 484, 486, 487, 495, 496, 497, 500, 501, 502, 508, 509, 514, 519, 522, 535, 536, 538, 540, 542, 545, 546, 547, 548, 549, 552, 554, 559, 562, 566, 567, 569, 570, 573, 578, 579, 581, 584, 588, 589,

591, 592, 601, 602, 604, 606, 609, 610, 618, 619, 626, 631, 636, 637, 639, 640, 642, 645, 653, 657, 658, 664, 665, 666, 667, 668, 669, 672, 675, 681, 682, 684, 685, 686, 687, 688, 689, 693, 694, 695, 696, 697, 712, 732, 733, 734, 735, 736, 740, 741, 750, 755, 760, 761, 762, 767, 769, 774, 775, 776, 779, 781, 783, 790, 792, 796, 808, 817, 819, 821, 822, 823, 828, 829, 833, 834, 835, 836, 837, 839, 841, 842, 844, 852, 864, 865, 867, 868, 873, 881, 888, 897, 908, 913, 918, 925, 926, 928, 934, 937, 941, 950, 959, 960, 966, 969, 975, 976, 986, 996, 1024, 1025, 1026, 1028, 1034, 1035, 1038, 1051, 1052, 1055, 1059, 1066, 1086, 1088, 1090, 1099, 1104, 1106, 1107, 1108, 1126, 1150, 1151, 1159, 1161, 1165, 1170, 1184, 1186, 1187, 1190, 1194, 1210, 1222, 1243, 1245, 1246, 1260, 1261, 1266, 1278, 1292, 1295, 1302, 1303, 1309, 1310, 1313, 1314, 1318, 1319, 1320, 1321, 1322, 1327, 1330, 1331, 1332, 1333, 1336, 1337, 1338, 1339, 1340, 1341, 1342, 1343, 1344, 1346, 1347, 1348, 1350, 1352, 1353, 1360, 1367, 1369, 1374, 1376, 1379, 1380, 1381, 1382, 1385, 1386, 1387, 1390, 1391, 1399, 1400, 1401, 1402, 1403, 1404, 1405, 1406, 1407, 1408, 1409, 1412, 1413, 1414, 1416, 1419, 1420, 1425, 1434, 1435, 1436, 1441, 1442, 1443, 1458, 1471, 1478, 1496, 1497, 1498, 1501, 1513, 1516.

\* Estatua de la Libertad, 33, 34, 138, 418, 434, 493, 682, 733, 743, 759, 760, 762, 767, 783, 810, 1075, 1079, 1107, 1221, 1289, 1296. Ver nota 340.

\* ESTERHAZY, Paul Oscar, 506. Ver nota 280.

ESTRADA, Tomás, 1114.

Estrasburgo, 126, 246, 1066.

*Estudio* (pintura de Alfred Philippe Roll), 624, 680.

EUCLIDES, 811.

\* EURÍPIDES, 1043. Ver nota 469.

Europa, 87, 97, 101, 127, 130, 138, 167, 169, 170, 177, 184, 198, 208, 219, 232, 240, 257, 261, 262, 276, 285, 300, 301, 302, 303, 304, 336, 351, 374, 378, 388, 413, 426, 427, 429, 430, 431, 470, 477, 479, 490, 493, 505, 513, 540, 542, 543, 545, 576, 602, 619, 627, 628, 631, 637, 638, 656, 675, 677, 693, 713, 732, 734, 789, 809, 881, 899, 923, 925, 935, 938, 941, 1069, 1086, 1087, 1090, 1099, 1116, 1157, 1193, 1196, 1199, 1216, 1223, 1236, 1261, 1295, 1298, 1301, 1321, 1323, 1330, 1331, 1332, 1333, 1338, 1340, 1343, 1363, 1373, 1375, 1402, 1422, 1432, 1444, 1455, 1464, 1478, 1496, 1504, 1516, 1517.

Europa Central, 776.

Europa Oriental, 776.

\* EVARTS, William Maxwell, 153, 233, 301, 302, 767, 1013, 1106, 1130, 1223, 1298, 1299. Ver nota 104.

*The Evening Post* (periódico, EE.UU.), 615, 1310, 1313, 1322, 1323, 1324, 1338, 1403, 1407, 1421.

*Evening Standard*, 44.

*The Evening Sun* (periódico, Nueva York), 839, 880, 881, 894.

*Evening Telegram*, 504.

\* EVERETT, Edward, 1332, 1365. Ver nota 640.

Exposición de Atlanta, 11, 58.

Exposición de Boston, 286, 287.

\* Exposición de Filadelfia, 58, 83. Ver nota 31.

Exposición de Louisville, 300, 301.  
Exposición de 1892, 1286, 1311, 1360, 1384.  
Exposición de 1893, 1490, 1491.  
Exposición de París, 1360.

## F

- \* FAIR, James G., 1229, 1431, 1432. Ver nota 579.  
FAIR, Teresa, 1431.  
FAIRCHILD, Lucius, 164, 881, 164.  
*Familia de gatos* (pintura de Louis-Eugène Lambert), 851-852.  
FALIERO, Marino, 246.  
Faneuil Hall, 329, 887, 916, 1365.
- \* FARADAY, Michael, 808, 1308. Ver nota 363.
- \* FARRACUT, David Glascoe, 1071, 1512. Ver nota 477.  
FASSETT, 1489, 1490.  
*Fatty Walsh*, 772, 773.
- \* FAURE, Camille A., 279. Ver nota 148.  
FAX, Lord, 1203.  
FEDERICO III, 1157.  
FEDERICO el Grande, 1206, 1218.  
*Fedora* (obra de Victorien Sardou), 742.  
FELIPE II, 216, 264, 286, 1025.  
FENN, 998.
- \* FERAMORZ, 877. Ver nota 373.  
FERCUSSON, 1400.  
*Feria de caballos* (pintura de Rosa Bonheur), 850, 852, 1463.
- \* FERNANDO II, 1510. Ver nota 717.
- \* FERRÁN i CLÚA, Jaume, 495. Ver nota 276.  
Ferrocarril Central de Nueva York, 897, 925, 1208.  
Ferrocarril de Burlington, 1034, 1072.  
Ferrocarril de Colón (Panamá), 87.  
Ferrocarril de Illinois, 712.  
Ferrocarril de la Costa Norte de Honduras, 712.
- \* Ferrocarril de Topolobambo (México), 1320. Ver nota 625.  
Ferrocarril del Pacífico, 1299.  
Ferrocarril del Sudoeste, 611, 617.  
Ferrocarril Interoceánico, 1496.  
Ferrocarril Missouri-Pacific, 611.  
Ferrocarriles de Vanderbilt, 1079, 1107.  
Ferrocarrilera del Baltimore and Ohio, 925.  
Ferrocarriles del Sur, 1299.  
*Fibre de la Garde* (pintura de Édouard Manet), 625.



- FIELD, Cyrus o Cyrus, 86, 171, 558, 1056, 1183, 1462, 1494, 1503.
- \* FIELDEN, Samuel, 965, 966, 968, 970. Ver nota 442.
- La fiesta de niños* (pintura de Krauss), 852.
- \* Filadelfia (EE. UU.), 17, 29, 32, 62, 58, 83, 133, 134, 154, 216, 221, 262, 318, 499, 506, 522, 596, 606, 607, 608, 614, 804, 832, 614, 926, 937, 938, 944, 975, 1036, 1073, 1084, 1099, 1122, 1136, 1146, 1164, 1189, 1197, 1205, 1215, 1219, 1225, 1230, 1248, 1252, 1286, 1294, 1298, 1302, 1313, 1339, 1361, 1391, 1420, 1425, 1429, 1439. Ver nota 31.
- Filósofo* (pintura de Édouard Manet), 625.
- El fin de Mayo* (pintura de Charles-François Daubigny), 851.
- \* FISCHER, Adolph, 740, 965, 968, 972, 973. Ver notas 337 y 442.
- FISH, Hamilton, 40, 460, 461, 462, 498, 499, 651, 1203, 1299.
- FLACK, 1286, 1287.
- Flandes, 127, 184.
- FLEMING o FLEMMING, Charles Elphinstone, 665, 668.
- \* FLETCHER, Alice Cunningham, 552, 555. Ver nota 290.
- \* FLINT, Charles, 1305, 1413, 1418. Ver nota 614.
- \* FLOOD, James Clair, 1229, 1432. Ver nota 579.
- \* *Flor de Mayo* o *Mayflower*, 214, 385, 486, 813, 1249, 1288, 1362, 1503. Ver nota 86.
- Florencia (Italia), 28, 195, 213, 996, 1002, 1011, 1049.
- FLORES JIJÓN, Antonio, 1304.
- Florida (Estado, EE.UU.), 268, 404, 567, 570, 581, 639, 675, 996, 998, 1118, 1150, 1302, 1305, 1350.
- FLOWER, Roswell Pettabone, 73, 74, 75, 76, 1311, 1489, 1490, 1494.
- FOLGER, Charles James, 70, 489.
- \* FONSECA, Manuel Deodoro da, 1352, 1374, 1384. Ver nota 644.
- \* FOOTE, George William, 299. Ver nota 160.
- \* FOUQUIER-TINVILLE, Antoine, 968. Ver nota 445.
- \* FORAKER, Joseph Benson, 566, 1049, 1106, 1129, 1288, 1328. Ver nota 296.
- FORBES, Archibald, 63.
- Fordham (EE.UU.), 846.
- \* FORMOSO, 330. Ver nota 187.
- Fort Donelson (EE.UU.), 508, 514, 515, 516, 531, 1094.
- Fort Henry (EE.UU.), 515, 516, 1094.
- \* Fort o Fuerte Sumter (Charleston, EE.UU.), 512, 713, 716, 817, 1202. Ver nota 325.
- \* FORTUNY, Mariano, 301, 474, 593, 679, 745, 849, 850, 853, 866, 996, 998, 1186. Ver notas 163, 256 y 310.
- FOSTER, 467, 691.
- FOURNIER, Eduardo, 1380.
- \* Francia, 10, 31, 58, 59, 61, 62, 64, 77, 131, 139, 140, 164, 235, 238, 241, 242, 246, 265, 284, 287, 288, 299, 333, 410, 424, 429, 434, 456, 467, 483, 577, 579, 593, 639, 667, 677, 730, 760, 761, 762, 763, 764, 767, 768, 783, 809, 812, 828, 938, 939, 957, 1080, 1117, 1141, 1150, 1152, 1165, 1187, 1216, 1223, 1224, 1231, 1247, 1261, 1319, 1359, 1369, 1370, 1385, 1409, 1430, 1454, 1455, 1513, 1514, 1515, 1516, 1517. Ver nota 347.
- FRANCISCO I, 246, 1418.

- \* FRANKLIN, Benjamin, 16, 61, 150, 195, 197, 221, 288, 331, 380, 385, 452, 846, 928, 938, 939, 940, 942, 944, 957, 1204, 1205, 1216, 1217, 1246. Ver nota 188.
- \* FRÉCHETTE, Louis Honoré, 1152. Ver nota 514.
- \* FRELINGHUYSEN, Frederick Theodore, 130, 197, 198, 1333. Ver nota 754.
- \* FRÉMONT, John Charles, 1171, 1318, 1441, 1513. Ver nota 686.  
*Friedland* (pintura de Jean Louis Ernest Meissonier), 850, 852, 853.
- \* FRINÉ o PHRINEAS, 188. Ver nota 64.
- \* FROMENTIN, Eugène, 593, 995. Ver notas 310 y 456.  
FROTHINGHAM, 1055.
- FROU FROU, 159.
- FRYE, 1410, 1429, 1435, 1443.
- FULLER, 1191, 1246, 1353.
- FULLERTON, 711.
- FU-SANG, 1070.

## G

- \* GADDENS, James, 715. Ver nota 327.  
Galena (EE.UU.), 504, 510, 511, 512, 513, 515, 520.  
Gales, 492.  
Galilea, 386, 1179.
- \* GALLAUDET, Thomas Hopkins, 927. Ver nota 418.
- \* GAMBETTA, Léon, 215, 763, 764. Ver nota 93.  
GARAY, 845.  
Garden City (EE.UU.), 842.
- \* GARCÉS, Julián, 1237. Ver nota 586.
- \* GARCÍA GUTIÉRREZ, Antonio, 83. Ver nota 32.
- \* GARFIELD, James Abram, 8, 9, 11, 12, 13, 15, 24, 26, 27, 29, 33, 34, 35, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 60, 62, 64, 66, 69, 70, 76, 77, 90, 92, 94, 95, 96, 97, 99, 101, 103, 105, 106, 113, 115, 117, 118, 119, 144, 146, 164, 165, 203, 204, 205, 215, 221, 339, 355, 399, 422, 434, 445, 449, 450, 489, 524, 535, 571, 572, 584, 587, 588, 692, 724, 792, 795, 796, 801, 1025, 1038, 1039, 1042, 1043, 1063, 1163, 1171, 1174, 1197, 1199, 1200, 1223, 1394, 1397, 1430. Ver nota 2.  
GARLAND, 436, 439, 441, 588, 589, 638, 657.  
GARLAND (etnólogo de Estrasburgo), 1066.
- \* GARNET, Henry Highland, 173, 174. Ver nota 50.
- \* GARRISON, William Lloyd, 306, 329, 386, 387, 512, 1327. Ver nota 172.  
GATLIN, 888, 916.
- \* GAYARRE, Julián, 351. Ver nota 202.
- \* GEDEÓN, 1179. Ver nota 547.
- \* GEORGE, Henry, 241, 623, 638, 662, 675, 676, 729, 736, 738, 743, 745, 746, 747, 758, 782, 823, 824, 826, 835, 842, 843, 847, 847-848, 848, 886, 908, 909, 912, 918, 919, 932, 933, 934, 935, 951, 952, 953, 975, 978, 1013, 1034, 1325, 1326, 1327, 1329, 1442. Ver nota 118.  
Georgetown, colegio de (EE.UU.), 1352.

- Georgia (Estado, EE.UU.), 236, 272, 515, 519, 520, 687, 925, 943, 1184, 1292, 1364, 1365, 1477, 1508.
- Germania de Niederwald*, 765.
- \* GÉRÔME, Jean Léon, 593, 850, 852, 1005, 1186. Ver notas 310 y 374.
- Gettysburg, 386, 514, 585, 586, 648, 871, 900, 1086, 1347, 1478.
- \* GHERARDESCA, Ugolino della, 227. Ver nota 99.
- GIBBONS, W., 864, 869.
- \* GIBSON, J. A., 570. Ver nota 299.
- \* GIFFORD, Robert Swain, 474. Ver nota 256.
- GIROUD, 763.
- Girton, colegio de (EE.UU.), 242, 243.
- \* GLADSTONE, William Ewart, 201, 856, 943, 979, 1156, 1281. Ver nota 81.
- GLEASON, 618.
- Gobierno, 9, 12, 15, 23, 33, 52, 57, 59, 65, 69, 70, 77, 87, 99, 103, 114, 146, 182, 183, 185, 219, 220, 229, 232, 235, 242, 283, 298, 344, 365, 399, 405, 420, 421, 424, 425, 427, 433, 434, 435, 436, 437, 438, 439, 441, 445, 450, 451, 452, 454, 455, 456, 457, 458, 459, 460, 461, 464, 465, 466, 477, 478, 480, 482, 489, 513, 514, 548, 665, 666, 667, 668, 683, 684, 688, 712, 909, 1025, 1116, 1301, 1329, 1382.
- \* GOETHE, Johann Wolfgang von, 601, 777, 806, 997, 1000, 1150, 1447. Ver nota 510.
- Colconda (EE.UU.), 268.
- Golfo de México, 312, 313, 514, 1339.
- Golfo del Pacífico, 1485.
- GOMPERS, Samuel, 1298.
- GONGAR, Helen, 840, 841.
- \* GONZÁLEZ, Manuel, 502. Ver nota 278.
- GONZALVO, 998.
- Gorham (EE.UU.), 939, 940, 943.
- Gotham (EE.UU.), 160.
- \* GOUJON, Jean, 246. Ver nota 129.
- \* GOULD, Jay, 86, 305, 380, 381, 419, 597, 598, 617, 850, 895, 1035, 1071, 1085, 1183, 1296, 1298, 1299, 1462. Ver nota 169.
- GOYA Y LUCIENTES, Francisco José de, 419, 625, 679. Ver nota 318.
- \* GRACE, William Russell, 200, 1298, 1306. Ver notas 80 y 619.
- \* GRACO(S), 430. Ver nota 245.
- GRADY, Henry, 830, 1364, 1365, 1366, 1367, 1368, 1415.
- Gran Bretaña, 65, 260, 828.
- \* GRANT, Ulysses Simpson, 9, 14, 20, 33, 40, 47, 69, 73, 91, 113, 118, 146, 147, 164, 173, 184, 210, 221, 231, 232, 352, 356, 363, 365, 366, 367, 420, 421, 424, 434, 436, 460, 461, 462, 463, 469, 470, 486, 491, 492, 494, 498, 499, 502, 504, 505, 506, 507, 508, 509, 510, 511, 512, 513, 514, 515, 516, 517, 518, 519, 520, 522, 523, 524, 525, 526, 527, 528, 530, 531, 532, 535, 536, 541, 545, 564, 567, 584, 585, 586, 622, 646, 655, 656, 657, 791, 795, 796, 801, 802, 811, 830, 843, 844, 882, 890, 952, 1006, 1038, 1040, 1042, 1043, 1077, 1091, 1092, 1094, 1095, 1096, 1139, 1195, 1223, 1267, 1303, 1319, 1320, 1359, 1371, 1477, 1519. Ver nota 6.
- GRANDVILLE, George Leveson-Gower, conde de, 197.

- GRANVILLE, Antoine Perrenot de, cardenal de, 216.
- \* GRASSE, François Joseph Paul, conde de, 61, 761. Ver nota 20.
- GRAY, Asa, 1011, 1019, 1076.
- GREATOREX, Catalina, 997.
- Grecia, 79, 248, 253, 287, 423, 645, 772, 777, 938, 1119, 1147, 1148, 1260, 1409.
- \* GREELEY, Horace, 55, 112, 150, 304, 380, 386, 495, 584, 790, 1110, 1363, 1513, 1517.  
Ver nota 17.
- GREEN, Joshua, 94.
- \* *Greenbacks*, 392. Ver nota 223.
- Greenwich (EE.UU.), 472, 1446.
- Greenwood (barrio de Nueva York), 12, 654, 869.
- GRESHAM, 1049, 1058, 1078, 1171, 1455, 1457.
- Guatemala, 181, 374, 420, 467, 468, 492, 501, 1069, 1145, 1303, 1337, 1350, 1353, 1382, 1406, 1410, 1416, 1442.
- Guayana, 1339, 1401.
- Guayanas, las, 1341.
- GUENTHER, Richard, 1386.
- Guernesey (lugar donde se obtiene una raza de ganado vacuno), 847, 877.
- Guerrero (Estado, México), 776.
- GUITEAU, Charles Jules, 23, 40, 46, 55, 56, 57, 66, 77, 87, 88, 89, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 129, 135, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 196, 202, 203, 204, 205, 206, 207, 221, 355, 431, 432, 603, 631, 701, 796, 1333.  
Ver nota 2.
- \* GUZMÁN, Horacio, 1303, 1352, 1382, 1418, 1519. Ver nota 614.
- \* GUZMÁN BLANCO, Antonio, 1304. Ver nota 614.
- \* GYGES o GIGES, 860. Ver nota 380.

## H

- HADFIELD, James, 145.
- \* HAECKEL, Ernst Heinrich, 1069, 1308. Ver nota 620.
- HAENDEL, Georg Friedrich, 202.
- \* HACCARD, Henry Rider, 1157, 1158. Ver nota 522.
- Haití, 1010, 1170, 1260, 1261, 1288, 1292, 1301, 1318, 1319, 1330, 1334, 1337, 1339, 1341, 1344, 1350, 1369, 1385, 1402, 1408, 1410.
- \* HAIWATHA (personaje de Longfellow), 1007. Ver nota 464.
- Halifax, tratado de, 828.
- \* HALSTEAD, Murat, 1224, 1224, 1514. Ver nota 565.
- \* HAMILTON, Alexander, 61, 200, 221, 385, 846, 938, 939, 1203, 1205, 1217, 1218, 1286, 1514, 1287. Ver nota 421.
- Hamlet* (pintura de Édouard Manet), 625.
- \* HAMPDEN, John, 491. Ver nota 266.



- \* HANCOCK, Winfield Scott, 10, 24, 37, 47, 49, 65, 92, 103, 399, 445, 530, 568, 571, 584, 585, 586, 790, 1063, 1126, 1264. Ver nota 7.
- \* HANRIOTS, François, 968. Ver nota 445.  
HARGAN, 201, 202.  
HARGOUS, Sallie, 1186.  
Harlem (EE.UU.), 160, 660, 1045.  
Harlem (río, Nueva York), 1044, 1046.  
Harper, revista de, 1326, 1346, 1359.  
*Harper*, 1340.  
*Harper's Magazine*, 864.  
*Harper's Monthly*, 1430.  
*Harper's Weekly*, 1260, 1318, 1387.
- \* HARRIGAN, Ned, 417, 418. Ver nota 236.  
HARRISON, William Henry, 44, 997, 1032, 1055, 1072, 1075, 1078, 1079, 1080, 1082, 1087, 1103, 1105, 1106, 1121, 1125, 1132, 1138, 1139, 1140, 1145, 1151, 1170, 1171, 1172, 1173, 1174, 1183, 1184, 1185, 1186, 1187, 1188, 1189, 1190, 1191, 1192, 1195, 1194, 1196, 1197, 1198, 1200, 1219, 1121, 1222, 1223, 1224, 1225, 1242, 1243, 1244, 1246, 1249, 1265, 1285, 1305, 1308, 1314, 1315, 1320, 1328, 1339, 1342, 1343, 1347, 1374, 1383, 1384, 1386, 1389, 1407, 1420, 1428, 1431, 1433, 1435, 1436, 1439, 1442, 1443, 1444, 1445, 1454, 1455, 1457, 1458, 1459, 1461, 1472, 1495, 1513, 1516.
- \* HART, Tony, 417, 418. Ver nota 236.
- \* HARTMANN, Leo, 7, 10, 14, 23. Ver nota 1.  
Harvard (EE.UU.), 278, 412, 475, 476, 1460.  
HASTING, Alice, 1147.  
HATZFELDT, Pablo Melchor Gustavo, conde de, 335.  
HAULIN, Aníbal, 1191, 1192.
- \* Hawai o Hawaii (EE.UU.), 215, 846, 1350, 1444. Ver nota 630.  
HAWLEY, Joseph Roswell, 130, 1079.
- \* HAWTHORNE, Nathaniel, 777, 806, 817, 1000. Ver nota 356.  
HAY, John, 790, 976.  
HAYES, Rutheford Birchard, 10, 37, 337, 355, 460, 570, 572, 693, 791, 795, 796, 869, 1244, 1393.  
HAYNE, Paul Hamilton, 58, 65, 958, 1216.
- \* HAYWOOD, Big Bill, 299. Ver nota 162.  
HEALE, Everett, 1326.
- \* HEBEL, Johann Peter, 1149, 1150. Ver nota 509.  
Hebrón (EE.UU.), 1176.
- \* HÉCTOR, 176, 1281. Ver nota 604.  
HEENAN, John C., 157.  
HEEREN, Armand Armiño Luis, 777, 805.  
HEGEL, Friedrich, 777, 805.  
Heidelberg, 198.  
HEILBUTH, 998.
- \* HEINE, Heinrich, 961, 971. Ver notas 433 y 448.

- \* *Helionda, o aventuras en el sol* o *Heliondé; or, Adventures in the Sun*, 1358. Ver nota 635.
- \* HELPER, Hinton Rowan, 1384. Ver nota 660.
- \* HEMANS, Felicia Dorothea Browne, 986, 1290. Ver nota 453.
- HENDERSON, 1314, 1315, 1351, 1352, 1400, 1401, 1402, 1406, 1408, 1409, 1412, 1417.
- \* HENDRICKS, Thomas Andrews, 437, 438, 500, 561, 564, 569, 570, 571, 572, 584. Ver nota 298.
- HENRY, Patrick, 1202, 1205.
- \* HERÁCLITO, 1060. ver nota 476.
- Herald*, 7, 8, 13, 41, 55, 63, 87, 112, 146, 197, 204, 242, 336, 338, 339, 354, 380, 401, 403, 404, 484, 495, 504, 668, 688, 845, 1023, 1044, 1084, 1110, 1157, 1183, 1184, 1222, 1298, 1312, 1336, 1338, 1339, 1340, 1365, 1371, 1399, 1400, 1407, 1419, 1421, 1431, 1442, 1471, 1490.
- Hermanita bondadosa* (pintura de Van Bremen), 853.
- \* HERSCHEL, John Frederick William, 304. Ver nota 168.
- \* HERZEN, Alexander Ivánovich, 1177. Ver nota 544.
- \* HEWITT, Abram Stevens, 247, 301, 346, 403, 423, 636, 638, 455, 743, 843, 977, 992, 1073, 1136, 1338, 1139, 1140, 1170, 1298, 1362, 1389, 1514. Ver nota 133.
- \* HIDALGO, Miguel, 868, 947, 1234. Ver nota 426.
- El Hijo pródigo* (pintura de Édouard Dubufe), 853.
- \* HILL, David Bennett, 564, 565, 566, 567, 844, 875, 912, 992, 1013, 1049, 1050, 1051, 1064, 1065, 1134, 1136, 1138, 1139, 1245, 1263, 1267, 1329, 1362, 1389, 1397, 1457, 1461, 1471, 1473, 1479, 1491, 1494, 1501, 1502, 1508, 1514. Ver nota 294.
- \* HIPÓMENES, 163, 1007. Ver nota 463.
- \* HIPPOLITE, Florvil (o Hypolite), 1170, 1261, 1318, 1319, 1350, 1369. Ver nota 536.
- Historia de la Constitución* (de George Bancroft), 777.
- Historia de los Estados Unidos* (de George Bancroft), 777, 805.
- HOAR, George Frisbie, 173, 1191, 1460.
- \* HOFFMAN, Medora von, 337. Ver nota 195.
- HOGARTH, William, 137.
- Holanda, 182, 200, 288, 407, 456, 926, 1099, 1146, 1161, 1231, 1409, 1511.
- \* HOLBEIN, Hans, 245. Ver nota 125.
- HOLLAND, Josiah, 30, 54, 55, 56.
- Hollywood (EE.UU.), 1166.
- \* HOLMES, Oliver Wendell, 177, 954, 976, 1056, 1285. Ver nota 52.
- \* HOMER, Winslow, 996. Ver nota 457.
- \* HOMERO, 167, 279, 878, 1112, 1281, 1375, 1477. Ver nota 649.
- HONCEY, Jean, 1478.
- Hondo (río, EE.UU.), 232.
- Honduras, 181, 435, 467, 470, 501, 667, 670, 671, 672, 709, 710, 711, 712, 864, 1027, 1302, 1303, 1339, 1382, 1416.
- Honduras*, 712.
- Honolulu (Hawai, EE.UU.), 215, 1451.
- \* HOOD, Thomas, 1358, 1431. Ver nota 638.
- \* HOPKINSON SMITH, Francis, 998, 1231, 1232, 1234, 1235, 1238, 1239. Ver nota 582.
- \* HORACIO FLACO, Quinto, 38, 375, 584, 860, 1375, 1447. Ver notas 305 y 380.
- \* Horeb (monte), 719. Ver nota 331.

- \* HOUSSAYE o HOUSSET, Arsène, 881. Ver nota 394.  
HOWARD, Joseph, 881, 1152.
- \* HOWE, Richard, 937. Ver nota 420.
- \* HOWELLS, William Dean, 177, 960, 975, 977, 1150, 1260, 1346, 1446. Ver notas 54 y 688.
- \* HUDSON, Henry o Hendrick, 1169. Ver nota 533.
- \* HUDSON (río, EE.UU.), 27, 61, 170, 171, 312, 408, 476, 477, 655, 693, 694, 923, 1031, 1117, 1145, 1451. Ver nota 415.
- \* HUGO, Víctor, 10, 495, 856, 1000. Ver nota 352.
- HUGHES, William, 1305, 1384, 1434.
- \* HUGUET, Jaume, 624, 625, 680. Ver nota 318.
- HUMBERTO II, 80, 477.
- \* HUMBOLDT, Alexander von, 852, 923, 1113, 1272. Ver nota 497.
- \* HUME, David, 41, 485. Ver nota 263.  
Hungria, 506, 785, 786, 1247.
- \* HURTADO, José María, 1304, 1314, 1352, 1401, 1418. Ver nota 614.
- HURTADO DE MENDOZA, Diego, 39.
- \* HUTTEN, Ulrich von, 903. Ver nota 402.

# I

- \* IBSEN, Henrik Joahn, 1375, 1377, 1390, 1447. Ver nota 656.
- Idaho (EE.UU.), 1320.
- Iglesia, 31, 35, 39, 79, 284, 303, 317, 428, 429, 446, 455, 562, 815, 819, 820, 821, 822, 823, 825, 826, 829, 869, 903, 905, 906, 907, 909, 910, 929, 1034, 1055, 1057, 1064, 1112, 1152, 1153, 1157, 1183, 1184, 1196, 1197, 1236, 1243, 1272, 1289, 1290, 1308, 1369, 1371, 1372, 1373, 1377, 1449.
- Illinois (Estado, EE.UU.), 111, 514, 515, 712, 718, 915, 991, 1011, 1100, 1222, 1223, 1310.
- India, 78, 276, 373, 478, 508, 713, 936, 1073, 1175.
- Indiana (Estado, EE.UU.), 404, 534, 567, 570, 976, 1105, 1125, 1135, 1136, 1171, 1183, 1222, 1313, 1374, 1459, 1461.
- Indianápolis (EE.UU.), 534, 1145, 1173, 1189, 1225, 1313.
- Indias, las, 147, 478, 713, 936.
- Indostán, 1176, 1493.
- INCALLS, 497, 1023, 1049, 1114, 1151, 1167, 1171, 1191, 1225, 1245, 1332, 1365, 1399, 1428, 1472.
- \* INGELOW, Jean, 1358. Ver nota 634.
- \* INGERSOLL, Robert Green, 68, 113, 298, 351, 404, 884, 1053, 1055, 1056, 1057, 1068, 1106, 1162, 1165, 1184, 1278, 1326, 1376, 1504. Ver nota 156.
- Inglaterra, 10, 12, 31, 41, 54, 58, 61, 62, 64, 74, 78, 79, 87, 101, 130, 137, 140, 145, 158, 165, 170, 174, 178, 181, 194, 197, 198, 200, 201, 210, 216, 241, 242, 246, 257, 259, 260, 261, 264, 267, 287, 293, 299, 301, 302, 305, 310, 315, 328, 333, 375, 378, 389, 401, 410, 411, 429, 424, 431, 432, 453, 456, 467, 477, 483, 485, 486, 502, 538, 540, 547, 579, 591, 621, 639, 660, 666, 667, 687, 760, 761, 762, 775, 777, 806, 813, 817,

821, 822, 826, 829, 846, 853, 856, 873, 886, 908, 925, 939, 975, 976, 995, 996, 998, 1018, 1019, 1037, 1040, 1055, 1080, 1084, 1086, 1090, 1099, 1105, 1106, 1112, 1125, 1126, 1135, 1150, 1151, 1161, 1162, 1203, 1204, 1216, 1221, 1223, 1261, 1269, 1289, 1310, 1315, 1332, 1339, 1344, 1345, 1376, 1380, 1385, 1387, 1409, 1418, 1425, 1463, 1469, 1492, 1493, 1511, 1517.

\* *Nos Íntimos* o *El peligro de una esposa*, 333, 337, 742, 1482. Ver nota 700.

\* Ío, 362, 1311. Ver nota 211.

Iowa (Estado, EE.UU.), 1079, 1081, 1082, 1100, 1125, 1328, 1376, 1344, 1441, 1443.

Irlanda, 87, 138, 139, 140, 155, 170, 181, 196, 198, 200, 201, 223, 259, 260, 261, 262, 267, 287, 340, 374, 378, 397, 398, 401, 430, 450, 453, 459, 467, 639, 662, 663, 690, 820, 821, 825, 826, 844, 856, 872, 876, 884, 888, 898, 905, 908, 979, 1063, 1082, 1089, 1099, 1135, 1152, 1164, 1260, 1261, 1263, 1290.

IRVING, Henry, 79, 352, 392, 410.

\* IRVING, Washington, 256, 257, 258, 1165. Ver nota 136.

Irving Hall, 47, 48, 439.

\* ISABEL I, 263, 1510. Ver nota 717.

Islandia, 885, 1069.

Israel, 202, 1169, 1179.

Italia, 130, 137, 139, 286, 287, 305, 333, 374, 397, 398, 477, 852, 998, 1073, 1083, 1087, 1088, 1099, 1223, 1231, 1385, 1409, 1447, 1485, 1486.

Ithaca (EE.UU.), 487.

## J

\* JACKSON, Andrew, 44, 101, 145, 222, 467, 512, 516, 579, 667, 944, 1362, 1396. Ver nota 252.

\* JACKSON, Helen Hunt, 552, 804, 864, 867, 955. Ver nota 289.

\* JACOB, 167, 720, 1179. Ver nota 547.

James (río, EE.UU.), 514, 515, 518.

\* JAMES, Franck (Alexander Franklin James), 1114. Ver nota 498.

\* JAMES, Henry, 881. Ver nota 396.

\* JAMES, Jesse Woodson, 180, 182, 184, 185. Ver nota 58.

JANVIER, 1340.

Japón, 233, 287, 305, 1191, 1348, 1427, 1432, 1466, 1493.

\* Jeannette (expedición polar), 196, 338, 339. Ver nota 196.

\* JEFFERSON, Thomas, 10, 69, 200, 221, 222, 298, 385, 438, 452, 464, 583, 762, 890, 917, 939, 1216, 1217, 1218, 1264, 1265, 1331, 1340. Ver nota 158.

\* Jericó (valle de), 1179. Ver nota 547.

JESÚS, 32, 35, 62, 101, 145, 181, 207, 210, 447, 571, 614, 677, 715, 719, 735, 738, 785, 787, 788, 789, 820, 827, 909, 912, 964, 1069, 1080, 1145, 1163, 1174, 1178, 1179, 1182, 1239, 1256, 1293, 1462.

\* JIMÉNEZ ARANDA, José, 850, 1005, 1350. Ver nota 374.

\* *John Halifax, Gentleman* (novela de Dinah Maria Mulock Craik), 1086. Ver nota 480.

JOHNSON, Elizabeth Bryant, 54.



- JOHNSON, John Warfield, 64, 508, 519, 520, 521, 532, 1041.  
 JOHNSON, Oliver, 1349.  
 Johnstown (EE.UU.), 1247, 1254, 1255, 1256, 1258, 1259, 1272.  
 JORGE III, 60, 62, 145, 821.  
 JORGE IV, 1424.  
 JOUNG, Russell, 886.  
*La joven del palco* (pintura de Auguste Renoir), 680.  
 JUANA DE ARCO (santa francesa), 78, 247, 847.  
 \* JUÁREZ, Benito, 864, 867, 1231, 1413, 1519. Ver nota 383.  
 JUGO RAMÍREZ, Diego, 22.  
*Juicio de la Inquisición* (pintura de Goya), 679.  
 \* JUNÍPERO SERRA, fray, 998, 1146. Ver nota 458.  
 \* JÚPITER, 286, 361, 418, 446, 745, 765, 877, 1218, 1311. Ver nota 211.  
 \* JUSTINIANO I, 1278. Ver nota 600.

## K

- KALAKAWA (rey de Islas Hawaíi), 11, 846.  
 Kansas (Estado, EE.UU.), 184, 597, 840, 841, 886, 887, 991, 1100, 1209, 1211, 1212, 1225, 1462.  
 Kansas City (EE.UU.), 506.  
 \* KANT, Immanuel, 777, 805, 1278, 1280. Ver nota 601.  
 KAPIOLANI (reina de Islas Hawaíi), 846, 886, 887.  
 \* KEATS, John, 138. Ver nota 37.  
 \* KELLY, John, 47, 48, 49, 67, 347, 348, 350, 793, 1298, 1374. Ver nota 15.  
 Kentucky (Estado, EE.UU.), 134, 515, 516, 718, 984, 1169, 1209, 1211, 1338, 1419.  
 Khang-hy (o Khang-hsi), 594. Ver nota 311.  
 KHEYYÁM, Omar, 475.  
 \* KILRAIN, Jake, 1124, 1263, 1272, 1274. Ver nota 594.  
 King (calle de Charleston), 713.  
 KING, Rufus, 677, 939, 943, 1203.  
 \* KIPLING, Rudyard, 1462. Ver nota 693.  
 \* KNAUS, Ludwig, 786, 1005. Ver nota 361.  
 KNOBB, Silvestre, 292.  
 \* *Know-Nothing*, 917. Ver nota 411.  
 \* KOBOLD, 256. Ver nota 135.  
 \* KOCK, Paul de, 413. Ver nota 235.  
 \* Koster-and-Bial, 1426-1427, 1427, 1463, 1494. Ver nota 674.  
 \* KOSSUTH, Lajos, 786. Ver nota 360.  
 \* KRAPOTKINE o KROPOTKINE, Piotr Alexeievich, 299. Ver nota 161.  
 \* KRASZEWSKI, Józef Ignacy, 1503. Ver nota 713.  
 \* Kremlin, 1180. Ver nota 553.

## L

- \* LA FARGE, John, 997. Ver nota 457.
- \* LA FAYETTE, marqués de, 13, 58, 59, 60, 61, 64, 164, 246, 760, 761, 762, 763, 768, 957, 1056, 1204, 1511. Ver nota 18.  
La Habana (Cuba), 87, 1124.
- \* LAS CASAS, Fray Bartolomé de, 474, 1152. Ver notas 256 y 517.
- \* LABOULAYE, Édouard René, 762. Ver nota 343.
- \* *Lalla Rookh*, 847, 877, 1485. Ver notas 373 y 390.
- \* LAMAR, Quincy, 436, 439, 440, 580, 581, 582, 583, 589, 591, 1013.
- \* LAMARCK, 918.
- \* LAMB, Martha Joan Reade Nash, 263, 847, 921. Ver notas 144 y 413.
- \* LAMBERT, Louis-Eugène, 852, 1148. Ver nota 374.
- \* LAMETH, conde de; Charles Malo François, 61. Ver nota 25.
- \* LANDSDOWNE, marqués de (Henry Charles Keith Petty-Fitzmaurice), 884, 1332. Ver nota 398.
- \* LANG, Andrew, 1165, 1493. Ver nota 709.
- \* LANGLEY, Samuel Pierpont, 921. Ver nota 413.
- \* LANGTRY, Lillie o Lily, 261, 333, 410, 742, 840, 843, 911, 916, 1119, 1147, 1186, 1296. Ver nota 141.
- \* LAPLACE, Pierre Simon, 1426. Ver nota 672.
- \* LARIVAUDIERE, 1454.
- \* LASKER, Eduard, 334, 335, 336, 346. Ver nota 191.
- \* LAURENS, Jean-Paul, 624, 1005. Ver nota 318.  
*Las Lavanderas* (pintura de Giovanni Boldini), 851.
- \* LAVINIUM (mitología romana), 854.
- \* LAW, George, 87, 934.
- \* LAWRENCE, Guillermo, 145, 171.
- \* LE JEUNE, Paul, 1152. Ver nota 518.
- \* LE PLONGEON, Augustus, 352. Ver nota 208.  
*Ledger* (periódico, Filadelfia), 640, 1248.
- \* LEE, Henry Richard, 165, 199, 834. Ver nota 45.
- \* LEE, Robert Edward, 388, 439, 462, 463, 469, 504, 508, 513, 518, 520, 521, 532, 547, 550, 566, 648, 882, 884, 1092, 1093, 1415. Ver nota 219.
- \* LEGITIME, François Denis, 1170, 1261, 1318, 1369. Ver nota 536.
- \* LEHMAN, Lilli, 1186, 1468.
- \* Lehr und Wehr Verein, 964. Ver nota 439.
- \* LELAND, 1146, 1371, 1387.
- \* LELOIR, 996, 1148, 1163.
- \* LEON, Daniel de, 921. Ver nota 412.
- \* LEÓN XIII (Gioacchino Pecci), 908. Ver nota 405.
- \* LEONARD, 1311. Ver nota 622.
- \* LEÓNIDAS, 195, 938. Ver nota 73.
- \* LEPORELLO, 1518.
- \* LERDO, 1303. Ver nota 614.

- \* LEROLLE, Henry, 624, 625, 680. Ver nota 318.
- \* Lesbias y Falernos, 1375. Ver nota 651.
- \* LESCOT, Pierre, 246. Ver nota 127.
- \* LESSEPS, Ferdinand de, 763, 764, 766, 767, 768. Ver nota 345.  
*La Letra Encarnada* (de Nathaniel Hawthorne), 777, 806.  
LEUCONOE, 584.  
Leyden, 491, 1289, 1290.  
Liberia (república de), 174, 783, 1505, 1506.
- \* LIEBIG, Justus von, 808. Ver nota 364.
- \* Liga Agraria de Irlandesa o Irish Land League, 87, 261. Ver nota 142.  
Liga de Anexión Americana, 864, 865, 1341.
- \* Liga Nacional Irlandesa o Irish National League, 261, 262. Ver nota 142.
- \* Liliput, 409, 991. Ver nota 454.  
Lima, 80, 215, 1315.
- \* LIMANTOUR, José Ives, 1303. Ver nota 614.
- \* LINCOLN, Abraham, 13, 24, 33, 41, 43, 44, 76, 165, 234, 235, 301, 316, 346, 382, 386, 387, 388, 421, 422, 445, 448, 472, 484, 495, 510, 513, 517, 518, 519, 521, 522, 523, 524, 540, 548, 568, 586, 646, 648, 677, 790, 791, 802, 807, 810, 817, 841, 857, 866, 901, 934, 953, 957, 958, 1006, 1012, 1020, 1025, 1042, 1051, 1052, 1072, 1095, 1130, 1147, 1148, 1174, 1187, 1191, 1216, 1223, 1251, 1253, 1266, 1278, 1292, 1295, 1300, 1307, 1308, 1317, 1318, 1331, 1340, 1365, 1383, 1388, 1395, 1396, 1442, 1478, 1511, 1519. Ver nota 218.
- \* LINCOLN, Robert Todd, 37, 301, 882, 1223. Ver nota 218.
- \* LINGG, Louis, 964, 965, 966, 967, 968, 969, 970, 971, 972. Ver nota 440.
- \* LIND, Jenny, 20, 1044. Ver nota 12.  
LINDSAY, Joy, 1084.  
LIPPICOTT, 996.  
LISZT, Cósima, 1226.
- \* LISZT, Franz, 786. Ver nota 358.
- \* LITTRÉ, Paul Émile, 1506. Ver nota 715.
- \* LIVINGSTONE, David, 939, 1219, 1463, 1493. Ver nota 694.  
LOCKE, David, 1020.
- \* LOCKWOOD, Belta Ann, 1058, 1072, 1081, 1082. Ver nota 747.
- \* LOGAN, John Alexander, 69, 98, 113, 115, 120, 368, 570, 622, 655, 656, 756, 801, 802, 803. Ver nota 316.
- \* LOHENGRIN, 295, 662, 790, 964, 1126, 1147, 1148, 1311, 1431. Ver nota 441.  
Londres (Inglaterra), 13, 40, 44, 112, 137, 138, 171, 178, 242, 260, 292, 417, 429, 430, 432, 540, 639, 662, 835, 966, 1068, 1085, 1135, 1147, 1157, 1223, 1228, 1310, 1376, 1463.
- \* LONGFELLOW, Henry Wadsworth, 147, 159, 166, 167, 168, 175, 177, 216, 305, 887, 954, 976. Ver nota 51.
- \* LOVEJOY, Elijah Parish, 306, 328. Ver notas 171 y 182.
- \* LOW, Seth, 68, 72, 73, 75, 76, 77, 1388, 1479. Ver nota 28.
- \* LOWELL, James Russell, 13, 137, 138, 197, 198, 200, 954, 976, 977, 1202, 1245, 1246, 1375. Ver nota 10.
- \* LUBBOCK, John, 1170, 1446. Ver nota 534.

- \* *Lucia di Lammermoor*, 78, 321, 409, 894. Ver nota 230.
- Luck* (periódico), 1340.
- \* LÚCULO, 213. Ver nota 85.
- LUIS FELIPE, 1108.
- \* LUIS I DE WITTELSBACH o LUIS DE BAVIERA, 1036, 1441. Ver nota 468.
- LUIS XIV, 245, 957, 1199, 1233.
- LUIS XV, 247.
- Luisiana (Estado, EE.UU.), 156, 226, 330, 570, 1093, 1102, 1319, 1320, 1340, 1506.
- \* LUTERO, Martín, 101, 336, 401, 614, 907. Ver nota 404.
- LUZBEL, 207, 678.
- \* LYCISCO o LICISCO, 860. Ver nota 380.

## M

- \* MACAIRE, Robert, 1351. Ver nota 632.
- MACAULAY, 777, 806.
- \* MACKAY, John W., 1229, 1431, 1432. Ver nota 579.
- \* MACKENZIE, Sir Morell, 1157. Ver nota 521.
- MACMASTER, Jaime, 826, 921, 1244.
- Madison, Hipódromo de, 161, 162, 353, 829, 872.
- \* MADISON, James, 23, 199, 221, 222, 579, 583, 938, 939, 940, 1216, 1217. Ver notas 303 y 422.
- Madison Square (plaza de Nueva York), 351, 400, 654, 762, 847, 872, 873, 936, 1008, 1226, 1424, 1466, 1489.
- Madrás, 295.
- \* MADRAZO Y AGUDO, José, 245, 744, 850, 852. Ver notas 124 y 374.
- Madrid (España), 277, 417, 776, 996, 998, 1197, 1339, 1341, 1420, 1439, 1454.
- MADRID, Fernández, 1304.
- Magazine of American History* (periódico, Nueva York), 847, 263.
- \* MACRATH, Andrew Gordon, 716. Ver nota 329.
- MAHOMA, 886, 915.
- \* MAHONE, William, 566. Ver nota 297.
- Mail and Express*, 976, 1312, 1313, 1339, 1418.
- Maine (Estado, EE.UU.), 756, 794, 1106, 1442.
- \* MANET, Édouard, 352, 624, 625, 678, 679, 680, 853. Ver notas 206 y 318.
- Manhattan (Nueva York, EE.UU.), 85, 856, 857, 860, 887, 1055, 1471.
- Manhattan Beach (California, EE.UU.), 83.
- MANNAHATA, 977, 1169.
- MANNING, Daniel, 440, 984, 1050.
- MANRIQUE, Jorge, 167.
- MANTEGAZZA, 1066.
- \* MANTILLA Y SORZANO, Manuel de la Caridad, 494. Ver nota 270.
- Mañana de bruma* (pintura de Francesco Paolo Michetti), 851.
- \* MARAT, Paul, 145, 968. Ver nota 444.



- Marceau* (pintura de Jean-Paul Laurens), 264.  
 MARCHENA, Antonio de, 1511.  
 MARCO POLO, 1463.
- \* MARÍA I ESTUARDO, 246, 1183. Ver nota 558.  
 MARLBOROUGH, duque de, 1072.  
 Marsella (Francia), 11.  
*La Marsellesa*, 59, 740, 764, 972.
- \* MARTEL, Charles, 314. Ver nota 174.
- \* *Martha o Marta*, 409. Ver nota 231.
- \* MARTIN, Henry, 762, 939. Ver nota 344.
- \* MARTÍNEZ SILVA, Carlos, 1382, 1413. Ver nota 614.
- \* MARX, Karl, 237, 240, 241, 1363. Ver nota 112.
- \* MASQUERIER, Lewis, 889. Ver nota 400.  
 Massachusetts (Estado, EE.UU.), 97, 173, 177, 217, 241, 242, 278, 305, 317, 357, 441, 597, 771, 873, 927, 955, 1013, 1119, 1146, 1147, 1289, 1316, 1317, 1328, 1344, 1426, 1431, 1441, 1459, 1460, 1461, 1491.
- \* MATERNA, Amalie, 352. Ver nota 203.
- \* MAURY, Matthew F., 1358. Ver nota 636.
- \* Mayapán (México), 352. Ver nota 209.
- \* MAYORGA RIVAS, Román, 1519. Ver nota 722.
- \* MAZARINO, Jules, 1173. Ver nota 538.
- \* McCLELLAN, George Brinton, 514, 524, 559, 567, 568, 1454. Ver nota 291.
- \* McCLOSKEY, John, 545. Ver nota 286.
- \* McCormick Harvesty Co., 966, 967. Ver nota 443.
- \* McCULLOUGH, John Edouard, 559, 568. Ver nota 292.
- \* McGLYNN, Edward, 820, 821, 822, 824, 825, 826, 827, 829, 843, 844, 847, 884, 886, 892, 903, 905, 907, 908, 910, 917, 919, 933, 936, 951, 1013, 1034, 1127, 1139. Ver nota 368.
- \* McGUIRE, Patrick, 241. Ver nota 115.
- \* McKINLEY, William, 1391, 1392, 1397, 1416, 1428, 1433, 1435, 1436, 1443, 1444, 1445, 1455, 1456, 1457, 1458, 1459, 1460, 1461, 1472, 1473, 1491, 1495, 1496, 1516. Ver nota 665.  
 MÉDICIS, 401.
- \* MEISSONIER, Jean Louis Ernest, 419, 679, 744, 850, 852, 853, 1003, 1186. Ver notas 239 y 374.  
 MELHADO, W., 712.
- \* MELVILLE, George Wallace, 197. Ver nota 196.  
*Mendigo* (pintura de Édouard Manet), 625.
- \* MENDOÇA DRUMMOND, Savaldor Furtado de, 1305, 1306, 1478. Ver nota 614.
- \* MENZEL, Adolph, 998. Ver nota 457.
- \* MERCHÁN, Rafael María, 391. Ver nota 220.
- \* MERCURIO, 577, 897, 1007. Ver nota 462.  
 Metropolitan (Nueva York), 1181, 1351, 1463.  
 México, 14, 44, 58, 72, 87, 128, 129, 130, 129, 130, 164, 165, 214, 228, 231, 232, 233, 281, 287, 288, 312, 365, 409, 424, 434, 457, 461, 467, 468, 474, 485, 489, 494, 500,

501, 502, 503, 506, 508, 511, 516, 526, 535, 564, 585, 636, 655, 664, 665, 666, 667, 668, 669, 682, 683, 684, 685, 686, 687, 688, 689, 690, 691, 692, 693, 694, 695, 696, 697, 698, 706, 756, 762, 774, 775, 776, 778, 783, 806, 837, 845, 864, 865, 867, 868, 923, 934, 996, 998, 999, 1011, 1027, 1028, 1070, 1083, 1088, 1090, 1113, 1126, 1224, 1229, 1232, 1233, 1234, 1235, 1236, 1237, 1238, 1239, 1240, 1292, 1301, 1302, 1303, 1309, 1310, 1314, 1315, 1318, 1319, 1320, 1321, 1322, 1330, 1331, 1334, 1335, 1336, 1337, 1338, 1339, 1340, 1341, 1351, 1352, 1365, 1382, 1384, 1385, 1400, 1401, 1402, 1404, 1405, 1406, 1407, 1410, 1412, 1413, 1425, 1434, 1442, 1478, 1484, 1496, 1497, 1498, 1519.

*México de hoy* (libro), 774-775.

MICHETTI, Francesco Paolo, 850, 851. Ver nota 374.

Michigan (Estado, EE.UU.), 19, 38, 1055, 1094, 1099, 1100, 1171, 1222, 1310, 1441.

Michoacán (Estado, México), 232, 776, 1099, 1238.

MIDAS, 62, 177, 479, 637, 1130.

MIGUEL ÁNGEL (Michelangelo Buonarroti), 1036.

*1814* (pintura de Jean Louis Ernest Meissonier), 852.

Milán, 245.

MILES, Nelson Appleton, 183.

MILL, John Stuart, 140.

MILLER, Joaquín, 976.

\* MILLET, Jean François, 419, 593, 851, 996, 1479. Ver notas 241, 310 y 698.

\* MILLOT, Théophile, 240, 241. Ver nota 115.

MILLS, D. O., 311, 1036, 1037, 1052, 1086, 1299, 1513.

\* MILTON, John, 46, 491, 777, 787, 805, 814, 958, 1000, 1479. Ver nota 267.

Milwaukee (EE.UU.), 604, 631, 632, 723, 724, 729, 843, 1285, 1313.

Minneapolis (EE.UU.), 1125, 1310, 1313.

Minnesota (Estado, EE.UU.), 1099, 1273.

\* *Minstrels* (teatro), 22, 84, 1227. Ver nota 576.

Mississippi (Estado, EE.UU.), 157, 158, 169, 413, 504, 513, 514, 516, 518, 639, 675, 1027, 1425.

Missouri (Estado, EE.UU.), 184, 185, 500, 514, 597, 718, 976, 1318, 1428.

MITCHELL (senador), 1442, 1444.

\* MITCHELL, María, 1272. Ver nota 598.

\* MODJESKA, Helena, 577, 1503. Ver nota 301.

\* MOISÉS, 52, 139, 142, 153, 174, 298, 765, 1148, 1179, 1269, 1470. Ver nota 547.

MOLIÈRE, 333.

MONDRACÓN, 1125.

MONET, 678, 680.

\* *Monitor* (barco fluvial), 764, 830, 1100, 1230. Ver nota 348.

Monmouth (EE.UU.), 64, 1206, 1218, 1228, 1438, 1441.

\* Monongahela (río, EE.UU.), 284, 538, 596, 1204. Ver nota 151.

\* MONROE, George, 438, 1182, 1341, 1425. Ver notas 556 y 629.

\* MONTAIGNE, Michel Eyquem de, 189. Ver nota 67.

Montana (EE.UU.), 1187, 1268, 1269, 1291, 1320, 1361, 1428.

\* MONTCALM DE SAINT-VERAN, Louis Joseph, marqués de, 1152. Ver nota 519.

- \* MONTES, Lola, 1036. Ver nota 468.
- \* MONTESQUIEU, Baron de la Brède et de (Charles de Secondat), 940. Ver nota 423.  
Montevideo (Uruguay), 1301, 1365.
- MONTEPIN, Xavier Aymon, conde de, 150.
- \* MONTMORENCY, duque de; Mathieu Jean Félicité, 61. Ver nota 24.  
Montreal (Canadá), 1150, 1152, 1387.
- \* MONTT, Jorge, 1497. Ver nota 710.
- MOODY, Dwight Lyman, 112, 1371.
- \* MOORE, Albert, 474. Ver nota 256.
- \* MOORE, Alfred, 62, 63. Ver nota 27.
- MORALES, Vicente, 1519.
- MORAN, 997.
- MORATÍN, 997.
- \* MOREAU, Adrien, 853. Ver nota 374.
- MOREAU, León, 996.  
Morelia (Estado, México), 864, 866, 867, 1233, 1238.
- \* MORES, Marqués de, 337. Ver nota 195.
- \* MORETO y CABAÑA, Agustín, 577. Ver nota 300.
- \* MORCAN, Edwin Denison, 70, 234, 241, 1361, 1497. Ver nota 107.
- MORCAN, John Pierpont, 873.
- MORÍN, Edmond, 365.
- MORNY, Duque de; Charles Auguste, Louis Joseph, 247.
- MORO, Tomás, 475.
- \* MORPHY, Paul Charles, 1227. Ver nota 574.
- MORRIS, 939, 943, 944, 1203, 1204, 1242, 1490, 1493.
- \* MORSE, Samuel Finley Bresse, 140, 339, 921, 922, 923, 1359. Ver nota 413.
- MORTON, Levi, 917, 1013, 1072, 1079, 1121, 1137, 1191, 1192, 1194, 1242, 1243, 1298.
- Morton, Bliss and Co., 1079.
- \* MOST, Johann, 240, 241, 603, 629, 631, 911, 965, 968, 979. Ver nota 117.
- \* MOTLEY, John Lothrop, 147, 200, 216, 232, 328, 777, 921, 1146. Ver notas 94 y 413.
- \* Mount Vernon (EE.UU.), 64, 164-165, 768, 958, 1108, 1205, 1215, 1218, 1412. Ver nota 351.
- MOUSTIER, 1203.
- MÜLLER, 1316, 1447.
- \* Mumm (champaña), 1182. Ver nota 555.
- Munich (Alemania), 287, 765.
- \* MUNKÁCSY, Mihály von, 744, 785, 786, 787, 789, 852, 979, 1005. Ver nota 357.
- \* MURILLO, Bartolomé Esteban, 1237. Ver nota 587.

## N

Naboth, viñedos de, 688.  
NABUCODONOSOR II, 51.

- La Nación* (periódico, Argentina), 225, 351, 420, 434, 494, 505, 543, 560, 850, 895, 980, 1002, 1007, 1012, 1026, 1028, 1120, 1302.
- El Nacionalista* (periódico), 1363.
- NADAILLAC, Jean François Albert du Pouget, 1066.
- Nadji* (ópera cómica), 1186.
- Napoleón* (pintura de Jean Louis Ernest Meissonier), 745.
- NAPOLÉON, Luis, 20, 119, 495, 527, 679, 768, 852, 853, 1052, 1227, 1391, 1514.
- Nápoles (Italia), 130, 168, 201.
- Narragansett Pier (Rhode Island, EE.UU.), 749, 887, 1071, 1084, 1438.
- \* NAVARRO, Juan, 1303. Ver nota 614.
- Nebraska (Estado, EE.UU.), 913, 1125, 1224.
- \* NEEBE, Oscar, 965, 968, 969. Ver nota 442.
- Nenburg (EE.UU.), 911.
- Nepal, 1296.
- NEPTUNO, 389.
- NERÓN (emperador romano), 1075.
- \* NÉSTOR, 1103, 1299. Ver nota 486.
- Netzahualcoyotl (México), 156.
- NEUVILLE, 763, 1005.
- Nevada (Estado, EE.UU.), 1428.
- NEW (periodista), 1188, 1223.
- NEW, Harry (hijo del periodista New), 1188.
- New Brunswick (Provincia, Canadá), 865.
- New Haven (EE.UU.), 1313.
- New Jersey (EE.UU.), 236, 400, 404, 406, 616, 624, 808, 911, 939, 942.
- New London o Nueva London (EE.UU.), 492, 493, 1439.
- New Orleans o Nueva Orleans (EE.UU.), 154, 157, 159, 214, 301, 514, 710, 865, 1071, 1085, 1362, 1366, 1415, 1484, 1485, 1486, 1491, 1512.
- Newark (EE.UU.), 1195, 1496.
- Newburgh, 257, 258.
- Newport (EE.UU.), 57, 293, 384, 887, 1098, 1099, 1117, 1263, 1431, 1438.
- NEWTON (general), 555.
- NEWTON, Herbert, 808, 1055, 1057, 1146, 1359.
- Niágara Falls o Cataratas de Niágara, 234, 865.
- Niágara (río, Canadá-EE.UU.), 284, 682, 701, 790, 916, 1151, 1286, 1313, 1387.
- Los Nibelungos* (obra de Richard Wagner), 1112, 1226.
- Nicaragua, 424, 425, 434, 435, 440, 467, 774, 837, 922, 975, 1183, 1187, 1261, 1302, 1303, 1314, 1330, 1334, 1339, 1341, 1344, 1350, 1352, 1382, 1496.
- NICHOLS, L., 790.
- NICOLINI, Ernest Nicolas, llamado, 78, 352.
- NICOLL, William, 853, 952, 953.
- Nilo (río, Egipto), 272, 866, 1267, 1463.
- \* NILSSON, Christine, 78, 246, 261, 262, 321, 352. Ver nota 141.
- \* NIN, Alberto, 1301, 1304, 1305, 1306, 1314. Ver nota 614.
- Niñita*, 695, 1477.



- \* NITTIS, Giuseppe de, 850, 851. Ver nota 374.
- \* NOAILLES, vizconde de; Louis Marie, 59, 61. Ver nota 26.
- NOBLE, John W., 1196, 1200.
- NOÉ (personaje bíblico), 719, 986.
- NOLL, Arthur Howard, 866.
- NORA (personaje de *Casa de Muñecas* de Ibsen), 1390.
- Noroeste (región norteamericana), 1100, 1102, 1116, 1126, 1273, 1310, 1370, 1416, 1455, 1462, 1470, 1480.
- Norte (región norteamericana), 29, 58, 138, 155, 184, 276, 279, 285, 300, 301, 330, 382, 384, 385, 386, 387, 424, 436, 439, 440, 445, 447, 448, 449, 454, 457, 462, 479, 505, 508, 511, 512, 513, 514, 515, 516, 517, 520, 525, 545, 546, 547, 548, 562, 564, 645, 647, 648, 683, 688, 713, 775, 791, 817, 829, 830, 866, 881, 882, 883, 884, 885, 899, 901, 902, 941, 1012, 1013, 1027, 1050, 1068, 1077, 1093, 1094, 1095, 1096, 1101, 1113, 1133, 1137, 1151, 1160, 1163, 1166, 1171, 1172, 1189, 1193, 1194, 1198, 1200, 1216, 1219, 1244, 1253, 1260, 1266, 1282, 1286, 1307, 1308, 1319, 1320, 1322, 1327, 1331, 1333, 1339, 1349, 1362, 1364, 1365, 1366, 1367, 1368, 1369, 1381, 1395, 1416, 1424, 1426, 1442, 1451, 1456, 1457, 1470, 1471, 1472, 1477, 1490, 1493, 1496, 1497, 1498, 1502, 1508, 1513, 1514, 1516, 1517.
- Norte (río, EE.UU.), 1312.
- Norteamérica, 58, 155, 164, 172, 198, 208, 232, 233, 299, 337, 421, 675, 828, 996, 997, 1004, 1025, 1027, 1135, 1151, 1165, 1268, 1276, 1320, 1331, 1386, 1395, 1407, 1435, 1464, 1478, 1497.
- North American Review* (revista, EE.UU.), 428, 1035, 1223.
- Noruega, 288, 631.
- Norwich, 207.
- Notas sobre Centroamérica* (libro de Squier), 712.
- Novena Avenida (Nueva York, EE.UU.), 1045.
- \* NOYES, John Humphrey, 111. Ver nota 33.
- \* NUBE ROJA, 496, 1290, 1291. Ver nota 609.
- Nueva Guinea (Oceania), 1068.
- Nueva Inglaterra (Estado, EE.UU.), 328, 491, 582, 596, 619, 681, 938, 1249.
- Nueva York o New York (EE.UU.), 7, 9, 10, 13, 19, 20, 21, 23, 24, 28, 31, 33, 39, 41, 43, 45, 48, 50, 57, 58, 59, 64, 67, 68, 69, 71, 73, 83, 86, 87, 92, 98, 100, 105, 111, 112, 117, 122, 123, 125, 126, 134, 135, 138, 139, 147, 149, 150, 154, 155, 160, 161, 174, 177, 178, 180, 184, 196, 201, 202, 204, 208, 216, 222, 224, 226, 227, 230, 233, 234, 237, 240, 242, 245, 246, 247, 248, 249, 252, 256, 261, 267, 269, 270, 271, 274, 277, 278, 283, 285, 288, 289, 290, 294, 295, 301, 303-304, 310, 316, 317, 334, 336, 342, 347, 349, 351, 355, 357, 362, 363, 365, 367, 368, 369, 370, 374, 376, 379, 380, 389, 394, 399, 400, 401, 402, 403, 404, 407, 408, 409, 410, 411, 412, 418, 419, 420, 421, 423, 426, 431, 433, 439, 441, 445, 456, 457, 458, 459, 466, 473, 479, 480, 484, 485, 486, 488, 489, 490, 493, 494, 495, 498, 504, 505, 507, 516, 521, 527, 530, 536, 537, 538, 539, 543, 544, 545, 555, 558, 560, 561, 563, 571, 572, 585, 591, 595, 596, 603, 613, 615, 616, 617, 623, 624, 626, 627, 631, 644, 649, 651, 654, 656, 659, 660, 671, 672, 673, 677, 678, 682, 691, 700, 701, 702, 723, 724, 728, 729, 736, 737, 738, 741, 742, 744, 745, 750, 754, 758, 760, 764, 765, 770, 772, 785, 792, 794, 795, 796, 807, 809,

817, 819, 821, 822, 823, 824, 825, 826, 829, 830, 835, 839, 842, 843, 844, 845, 846, 847, 849, 850, 852, 856, 857, 864, 872, 879, 880, 884, 887, 889, 891, 893, 894, 895, 896, 897, 898, 905, 909, 910, 911, 912, 917, 918, 920, 921, 928, 930, 931, 933, 935, 936, 939, 940, 950, 958, 963, 969, 971, 975, 977, 991, 992, 993, 995, 1001, 1002, 1003, 1009, 1013, 1014, 1016, 1018, 1023, 1024, 1026, 1029, 1031, 1042, 1043, 1044, 1045, 1047, 1049, 1050, 1052, 1053, 1055, 1056, 1058, 1060, 1067, 1072, 1073, 1077, 1079, 1082, 1083, 1084, 1085, 1087, 1089, 1090, 1100, 1105, 1109, 1110, 1118, 1122, 1124, 1125, 1126, 1127, 1134, 1135, 1136, 1137, 1141, 1146, 1158, 1159, 1164, 1166, 1167, 1168, 1169, 1170, 1172, 1181, 1184, 1185, 1189, 1195, 1196, 1197, 1199, 1200, 1203, 1205, 1207, 1208, 1214, 1215, 1219, 1220, 1221, 1222, 1224, 1226, 1229, 1235, 1236, 1242, 1248, 1249, 1259, 1263, 1265, 1269, 1272, 1278, 1283, 1285, 1294, 1295, 1296, 1297, 1298, 1300, 1302, 1303, 1304, 1305, 1308, 1309, 1310, 1312, 1312, 1314, 1322, 1326, 1335, 1336, 1339, 1347, 1350, 1351, 1358, 1360, 1363, 1365, 1368, 1369, 1370, 1371, 1372, 1377, 1383, 1384, 1386, 1387, 1389, 1397, 1403, 1417, 1418, 1419, 1420, 1421, 1422, 1424, 1425, 1427, 1429, 1430, 1431, 1434, 1436, 1439, 1441, 1442, 1448, 1454, 1457, 1461, 1462, 1463, 1465, 1466, 1470, 1478, 1479, 1483, 1486, 1489, 1490, 1491, 1492, 1493, 1494, 1502, 1505, 1506, 1512, 1513, 1514, 1516, 1517, 1519.

Nueva York (Estado, EE.UU.), 18, 46, 47, 48, 355, 399, 445, 458, 488, 499, 549, 561, 562, 570, 650, 723, 724, 795, 796, 805, 844, 912, 928, 934, 1013, 1050, 1059, 1064, 1065, 1078, 1089, 1132, 1167, 1203, 1360, 1362, 1384, 1423, 1461, 1491.

Nuevo Laredo (EE.UU.), 695.

Nuevo León (Estado, México), 865.

Nuevo México (Estado, EE.UU.), 512, 639, 675, 1188, 1430.

Nuevo Testamento (Biblia), 120, 1031.

\* NÚÑEZ, Rafael, 1302. Ver nota 614.

NÚÑEZ DE ARCE, 468.

NUÑO DE GUZMÁN, Pedro, 1239.

Nuremberg (Alemania), 1380.

## O

Oak Ridge (EE.UU.), 902.

Oak Views (EE.UU.), 1078, 1121.

Oaxaca (Estado, México), 181, 231.

\* O'BRIEN, William, 884, 1229. Ver nota 579.

\* OBREGÓN, José, 474. Ver nota 256.

Ocala (EE.UU.), 1470.

\* OCARANZA, Manuel, 474. Ver nota 256.

\* OCHILTREE, Thomas Peck, 334, 336. Ver nota 192.

\* O'CONNELL, Daniel, 259. Ver nota 138.

\* O'DONOVAN ROSSA, Jeremiah, 200, 260, 261, 430, 431, 432, 494. Ver nota 78.

Odd fellows (logia masónica), 1258.

\* Odeón (Francia), 1481. Ver nota 699.

- \* OEHLENSCHLÄGER, Adam Gottlob, 1375. Ver nota 657.
- Oeste (región norteamericana), 172, 264, 296, 300, 302, 304, 310, 326, 356, 357, 358, 359, 360, 375, 381, 429, 434, 441, 473, 505, 506, 513, 514, 517, 518, 529, 535, 543, 585, 592, 596, 597, 607, 611, 666, 681, 687, 693, 702, 703, 704, 707, 718, 730, 731, 812, 815, 816, 843, 881, 886, 887, 915, 916, 917, 925, 928, 929, 931, 933, 935, 941, 951, 960, 961, 976, 993, 1081, 1096, 1110, 1113, 1127, 1128, 1159, 1172, 1192, 1196, 1220, 1273, 1282, 1338, 1346, 1362, 1364, 1382, 1389, 1390, 1391, 1403, 1415, 1430, 1433, 1444, 1470, 1472, 1473, 1489, 1491, 1494, 1502, 1503, 1513, 1515.
- Oeste (río, EE.UU.), 682, 952.
- \* *L'Œuvre* o *La Obra*, 853, 1359. Ver nota 639.
- OFELIA (personaje de *Hamlet* de Shakespeare), 81, 970.
- Ohio (Estado, EE.UU.), 13, 51, 87, 242, 276, 368, 375, 388, 597, 507, 545, 557, 560, 718, 754, 755, 756, 886, 1069, 1168, 1222, 1224, 1244, 1247, 1344, 1374, 1394, 1418, 1459, 1461, 1491, 1513.
- Ohio (río, EE.UU.), 226, 495, 513, 514.
- Ohio en la guerra* (libro de Whitelaw Reid), 1513.
- Oklahoma (Estado, EE.UU.), 1209, 1211, 1212, 1213, 1346, 1441.
- Oklahoma City (EE.UU.), 1210.
- Okstock (EE.UU.), 1223.
- Olancho (Honduras), 711.
- \* Olmütz (República Checa), 768. Ver nota 353.
- Omaha (EE.UU.), 171, 173, 1189, 1313.
- \* Oneida, 101, 109, 110, 111, 113, 114, 119, 120, 123. Ver nota 33.
- Ópera, Teatro de la (Nueva York), 149, 808, 844, 1226, 1245, 1383, 1463.
- Ópera Alemana, 392, 571, 1122, 1180, 1226.
- Ópera Bufa, 245, 467, 1284.
- Oporto, 80, 992.
- ORANGE, Frederico Guillermo Carlos de, 216, 456.
- Orange Judd Co., 874.
- \* O'REILLY, John Boyle, 1105, 1288, 1290, 1441. Ver nota 487.
- Orden de «Hijas del Rey», 1031, 1153, 1470.
- Oregon (Estado, EE.UU.), 1320.
- \* ORESTES, 494. Ver nota 268.
- Órgano* (pintura de Henry Lerolle), 625, 680.
- El origen de las especies* (obra de Charles Darwin), 1358.
- Orizaba (México), 231.
- Orizaba* (dibujo del libro de Smith), 1233.
- ORTH, Cristóbal, 1292, 1293.
- Ostende (Bélgica), 390.
- Otoño* (pintura de Albert Bierdstadt), 853.
- \* OUDINOT, Eugène-Stanislás, 246. Ver nota 131.
- The Outing* (periódico, Nueva York), 809.
- OVIDIO, Nasón Publio, 881.
- Oxford, 216, 278, 411.
- OXFORD, Edward, 145.

## P

- \* *Pablo y Virginia*, 1415. Ver nota 668.
- Pacífico, 21, 291, 301, 401, 491, 494, 581, 596, 782, 1188, 1193, 1269, 1385, 1399, 1485, 1496, 1497.
- \* PACHANO, Jacinto Regino, 1024. Ver nota 467.
- Packard (EE.UU.), 881, 986.
- \* PADEREWSKI, Ignacy Jan, 1492, 1503. Ver nota 707.
- Padua (Italia), 1237.
- Paestum (Grecia), 167.
- \* PÁEZ, Juan Antonio, 494. Ver nota 269.
- \* PAINE, Thomas, 298, 813, 1055. Ver nota 157.
- Palacio del Carbón (Iowa, EE.UU.), 1441.
- Palacios, Barrios de los (Nueva York, EE.UU.), 822.
- \* Palais Royal (Francia), 1481. Ver nota 699.
- \* PALMAROLI GONZÁLEZ, Vicente, 850. Ver nota 374.
- \* PALMER, Courtlandt, 298, 978, 1053, 1054, 1055, 1056, 1057, 1223, 1224, 1339, 1341, 1419. Ver nota 159.
- Palo Alto, batalla de, 1418.
- PALTHRE, Joseph, 94.
- Panamá, 87, 281, 468, 482, 499, 501, 767, 922, 1295, 1315, 1330, 1334, 1468.
- Panamá, canal de, 210, 644, 677, 693, 762, 1187, 1199, 1302, 1333, 1402.
- Panamá, istmo de, 424, 468, 500, 501.
- \* PAN-PUK (personaje de Longfellow), 1077. Ver nota 464.
- Paraguay, 1301, 1381, 1382, 1401, 1402, 1410, 1413.
- \* PARÍS (mitología), 176, 1281. Ver nota 604.
- París (Francia), 41, 55, 90, 97, 113, 140, 206, 223, 238, 241, 247, 277, 314, 410, 414, 417, 429, 485, 557, 577, 600, 619, 742, 763, 785, 786, 789, 805, 851, 957, 968, 1036, 1066, 1101, 1113, 1122, 1168, 1174, 1183, 1204, 1223, 1229, 1249, 1270, 1275, 1295, 1296, 1300, 1303, 1315, 1357, 1358, 1360, 1370, 1432, 1455, 1494, 1503, 1513, 1515, 1516, 1517.
- Park Row (Nueva York, EE.UU.), 157, 1110.
- Parker (EE.UU.), 881.
- Parma (Italia), 130.
- \* PARNELL, Charles Stewart, 200, 201, 259, 260, 261, 262, 662, 872, 1224, 1471. Ver nota 77.
- Parque Central (Nueva York, EE.UU.), 64, 148, 353, 372, 470, 480, 486, 491, 504, 644, 673, 764, 868, 912, 993, 1014, 1046, 1112, 1228, 1294, 1311, 1490.
- Parque de la Batería (Nueva York, EE.UU.), 660, 881, 1045, 1046.
- \* PARRA, Félix, 474. Ver nota 256.
- \* PARSONS, Albert R., 631, 725, 726, 963, 964, 965, 966, 968, 969, 970, 971, 972, 973, 1326, 1384. Ver nota 333.
- \* PARSONS, Lucy, 726, 738, 739, 743, 913, 969, 970, 1326. Ver nota 336.
- Partido del Trabajo, 747, 918, 928, 1034.
- Partido del Trabajo Unido (United Labor Party), 782, 835, 1115.
- Partido Demócrata y Partido Democrático (EE.UU.), 7, 10, 46, 48, 218, 221, 222, 337,



343, 344, 345, 346, 368, 369, 370, 444, 448, 449, 450, 453, 454, 455, 458, 532, 546, 690, 692, 698, 743, 779, 780, 783, 1058, 1059, 1075, 1333.

*El Partido Liberal* (periódico, México), 691.

Partido Republicano (EE.UU.), 9, 10, 12, 33, 46, 49, 55, 67, 70, 90, 91, 95, 96, 97, 98, 108, 114, 116, 117, 118, 209, 210, 218, 219, 221, 222, 228, 229, 231, 264, 343, 344, 351, 355, 367, 385, 387, 388, 396, 409, 448, 449, 450, 453, 454, 455, 457, 480, 512, 546, 547, 562, 647, 691, 692, 756, 779, 781, 782, 791, 794, 810, 1011, 1038, 1041, 1058, 1075, 1134, 1171, 1197, 1198, 1207, 1266, 1317, 1319, 1320, 1343, 1361, 1395, 1433-1434, 1442, 1455, 1456, 1457, 1458, 1478, 1495, 1514.

PASINI, 505, 998, 1005.

PASTEUR, 475, 808, 815.

\* PASTOR, Tony, 408. Ver nota 228.

Patagonia (Argentina), 408, 682, 923.

*El patio de mi bienhechor* (dibujo del libro de F. Hopkinson Smith), 1233.

\* PATTI, Adelina María, 70, 77, 78, 170, 261, 262, 321, 352, 392, 409, 1375. Ver nota 141.

PATTISON, Robert Emory, 1461.

Pátzcuaro (México), 864, 866, 1236, 1238.

PAULUS, Jean Paul Habans, llamado, 1493.

\* PAYNE, John Howard, 238. Ver nota 113.

\* PAYNO, 1303. Ver nota 614.

PAZZI, 1066.

Pea Ridge (EE.UU.), 1200.

PECK, George Wilbur, 1463.

Peekskill (EE.UU.), 493, 916.

\* PELEO, 1007. Ver nota 461.

PELISSIER, 763.

\* PENN, William o Guillermo, 302, 939. Ver nota 166.

PENTECOST, George Frederick, 886.

*Pensamientos* (libro de un autor argentino), 1446.

*Pensamientos sobre la política civil de América* (obra de Draper), 140.

Pensilvania o Pennsylvania (Estado, EE.UU.), 292, 597, 636, 1052, 1172, 1190, 1244, 1247, 1248, 1251, 1252, 1253, 1254, 1259, 1278, 1429, 1458, 1459, 1461.

\* PEREIRA RODRIGUES, Lafayette, 1304, 1314, 1315. Ver nota 614.

\* PÉREZ BONALDE, Antonio, 209, 391, 846. Ver nota 221.

PÉREZ GALDÓS, Benito, 411.

Périgord (Francia), 126.

\* PERRICHOLI, 236, 246. Ver nota 110.

Persia, 190, 257, 287, 294, 809, 1294.

Perú, 129, 130, 214, 453, 467, 535, 950, 1083, 1107, 1175, 1198, 1223, 1298, 1304, 1306, 1314, 1332, 1333, 1351, 1352, 1382, 1399, 1401, 1402, 1405, 1408, 1413, 1425.

PETERSON, hermana, 912, 913.

PETIT DUC (personaje de la opereta *Le Petit Duc* de Lecocq), 246. Ver nota 126.

\* PETÖFI, Sándor, 786, 1158. Ver nota 359.

Petroleum V. Nasby (satírico de la guerra), 1011, 1020.

Phila (isla, Egipto), 1113.

- Philadelphia (EE.UU.), 67, 259, 261, 302, 421, 439, 640, 1092.
- \* PHILLIPS, Wendell, 10, 51, 305, 306, 307, 308, 309, 327, 328, 329, 330, 331, 332, 385, 386, 387, 421, 448, 511, 724, 810, 816, 817, 887, 1039, 1302, 1308, 1327, 1515. Ver nota 170.
- Piamonte (Italia), 1090.
- Piatnas (EE.UU.), 904.
- PICKETT, George E., 901.
- \* PICKNEY, Tomas, 715. Ver nota 327.
- PIERCE, Rice A., 1444.
- \* PIERRA, Fidel, 1305, 1306, 1352. Ver nota 614.
- \* PÍLADES, 33, 494. Ver nota 268.
- \* *Los pilares de la sociedad* (obra de Henrik Joahn Ibsen), 1376. Ver nota 657.
- PILATOS, Poncio, 787, 788.
- Píldoras para purgar la melancolía*, 1112.
- \* PINA, José Salomé, 474. Ver nota 256.
- Pinafore* (ópera), 1284.
- \* PINCHBACK, Pinckney Benton Stewart, 1225. Ver nota 567.
- PÍNDARO, 195.
- \* PINEDO, Federico, 1305, 1306. Ver nota 614.
- Pío VII, Papa, 820, 821, 825, 826, 827, 829, 903, 905, 906, 908, 910, 1419.
- PISSARRO, Camille, 678, 680.
- \* PITOU, Ange Louis, 246. Ver nota 126.
- \* PITT, William, conde de Chatham, 833, 1202. Ver nota 369.
- Pittsburg (EE.UU.), 171, 204, 469, 519, 596, 1302, 1313.
- \* PIZARRO, Francisco, 184, 1339, 1511. Ver nota 720.
- \* *Los placeres de la vida* (o *The Pleasures of Life* de John Lubbock), 1170. Ver nota 534.
- Plata, La (Argentina), 731, 783, 837, 1024, 1025, 1027, 1171, 1303.
- PLATÓN, 189, 195, 280, 1020.
- PLATT, Thomas Collier, 50, 69, 1385.
- Playa de Pátzcuaro* (dibujo del libro de F. Hopkinson Smith), 1233.
- La Playa de Pórtici* (pintura de Mariano Fortuny), 679, 745, 853, 854.
- Plaza de la Concordia (París, Francia), 1113, 1517, 1518.
- Plaza de Méjía Mora (Guanajuato, México), 1234.
- Plaza de Minerva (Roma, Italia), 1113.
- Plaza de San Pedro (Roma, Italia), 1113.
- Plaza Mayor (Madrid, España), 126, 286.
- Plaza Navona (Roma, Italia), 1113.
- \* Plevna o Pleven (Bulgaria), 1176. Ver nota 543.
- \* PLINIO, 1375, 1460. Ver nota 652.
- \* PLOTINO, 189, 1022. Ver nota 69.
- PLUMMER, 1305, 1306.
- \* PLUTARCO, 938, 1109. Ver nota 489.
- Plymouth (EE.UU.), 68, 385, 491, 817, 1070, 1288, 1289, 1290.
- \* POCAHONTAS, 1171. Ver nota 537.
- \* POE, Edgar Allan, 474, 808, 846, 857, 957, 1145, 1357. Ver nota 377.
- POEY, Andrés, 1055.

- \* POLK, James Knox, 165, 508. Ver nota 281.  
 Polo, 196, 197, 339, 340, 354.  
 Polo Norte, 1006, 1365.  
 Polonia, 631, 1152, 1503.  
 Pommard (vino), 1363.
- \* Pommery (champaña), 1182, 1418. Ver nota 555.  
 Pomona, 278, 301.
- \* Pompeya (Italia), 286, 350, 643, 994, 1460. Ver nota 691.  
 POMPONET (actor), 1454.  
 PONCE DE LEÓN, Nestor, 1302.  
 PORTER (juez), 108, 114, 115, 116, 117, 119, 122, 141, 142, 143, 147.  
 PORTER, Horace, 977, 1223, 1517, 1518.  
 Portland (EE.UU.), 159, 1313, 1444, 1481.  
 Portugal, 11, 287, 1481.  
 POSTLETHWAITE, 137, 138.
- \* *Pot-Bouille*, 317. Ver nota 175.  
 Potomac (río, EE.UU.), 16, 513, 514, 518, 519, 519, 530, 1463.  
 POTTER, Horatio, 362, 921, 977, 1243, 1246, 1317.
- \* POWDERLY, Terence Vincent, 608, 617, 675, 676, 842, 1034, 1472. Ver nota 314.  
 POWHATAN (padre de Pocahontas), 1171.  
*La Prensa* (periódico, Argentina), 1026.  
 PRIDCEON (pastor protestante), 1030.
- \* PRIETO, Joaquín, 1303. Ver nota 614.  
 PRIM Y PRATS, Juan, 408.  
 Princeton (EE.UU.), 32, 928, 1276, 1278, 1466.  
 PRÍNCIPE DE DINAMARCA, 80.  
 PRÍNCIPE DE GALES, 44, 1104, 1175.  
 PRÍNCIPE DE SUECIA, 45.  
 PROCTOR, Redfield, 1196, 1200.  
*El progreso y la pobreza* (obra de Henry George), 729, 746, 823-824, 978, 1326.  
 Prusia, 283, 487, 763.
- \* *The Puck* (periódico británico), 230, 881, 1340. Ver nota 102.  
 Puebla (México), 1236, 1237.  
 Puente Alto, 59, 87, 361.  
 Puente de Gard (Francia), 267.  
 Puerta del Pópolo (Italia), 1113.  
 Puerto Cortés (Honduras), 710.  
 Puerto Rico, 424, 425, 1345.  
 Puget Sound (EE.UU.), 1269.
- \* Puig (barca), 713. Ver nota 326.  
 PULITZER, Joseph, 1110, 1157.  
*The Punch* (semanario humorístico de Londres), 137, 138.  
 Purcell (EE.UU.), 1210, 1211, 1212.
- \* PUSHKIN, Alexander Serguéievich, 1177. Ver nota 545.  
 PUTNAM, George Palmer, 917.

## Q

- \* QUARTLEY, Arthur, 474. Ver nota 256.
- QUAY, Mathew Stanley, 1183, 1433, 1461.
- Québec (Estado, Canadá), 13, 312, 1150, 1226.
- Querétaro (México), 1234, 1235.
- \* QUEZADA, Cristóbal, 401. Ver nota 224.
- Quinta Avenida (Nueva York), 28, 58, 59, 122, 244, 337, 365, 384, 401, 419, 421, 470, 545, 654, 742, 839, 1002, 1019, 1031, 1047, 1122, 1153, 1168, 1186, 1208, 1272, 1462.
- \* QUINTANA, Manuel, 1305, 1315, 1351, 1352, 1381, 1382, 1384, 1400, 1401, 1402, 1403, 1406, 1407, 1408, 1409, 1410, 1411, 1412, 1413, 1414, 1417, 1418. Ver nota 614.
- \* QUINTANA ROO, Andrés, 424. Ver nota 244.
- QUIROGA, Juan Facundo, 1239.
- \* Quisqueya (Santo Domingo), 1170. Ver nota 535.
- Quitao sol blanco en México* (libro de Hopkinson Smith), 1231, 1239.

## R

- \* RABELAIS, François, 319, 922, 1039. Ver nota 414.
- RAFAEL, 679, 1036.
- Rafflesia Arnoldis* (especie de flor), 246.
- \* RAMÍREZ, 1303. Ver nota 614.
- \* RAMÍREZ, Joaquín, 474. Ver nota 256.
- Ramona (nombre de una escuela de indios), 804.
- Ramona* (novela de Helen Hunt Jackson), 804, 864, 955.
- RAMSÉS II, 1112, 1113.
- \* RAMSEY, W. J., 299. Ver nota 160.
- \* RANDALL, Samuel Jackson, 227, 319, 337, 346, 483, 770, 980, 1036, 1037, 1264, 1389, 1392, 1429. Ver nota 101.
- \* RANDOLPH OF ROANOKE, John, 345, 939, 940. Ver nota 200.
- Rasgos ingleses* (libro de Ralph Waldo Emerson), 194.
- \* REBULL, Santiago, 474. Ver nota 256.
- RECAMIER, 1005.
- Red Top, casa de (E.E.UU.), 1370.
- \* REDPATH, James, 886, 1311. Ver nota 399.
- REED (abogado), 105, 120, 141, 143, 144, 145, 202.
- REED, Joseph Rea, 1264, 1388, 1391, 1392, 1393, 1394, 1396, 1397, 1398, 1442, 1443, 1444, 1445, 1455, 1457, 1458, 1472, 1473.
- \* REHAN, Ada, 1186. Ver nota 560.
- Reichstag (Alemania), 335, 336.
- Remadores del Sena* (pintura de Auguste Renoir), 680.
- \* REMBRANDT, Harmenszoon van Rijn, 828, 853, 1299. Ver nota 374.
- Remedios, capilla de los (México), 866, 1236.



- \* RENOIR, Auguste, 625, 678, 680. Ver nota 318.  
*El Repertorio Colombiano* (periódico, Colombia), 1304.  
*La República* (periódico, Honduras), 670.  
 REPWARTH, 1391, 1392.  
 RESURES, 665, 668.  
 REVILLA, Manuel de la, 204, 1454.  
*Revista Ilustrada de New York* (EE.UU.), 1304.  
 Revolución Francesa, 614, 729, 1472.
- REYD o REID, Whitelaw, 150, 1222, 1223, 1224, 1385, 1512, 1513, 1514, 1515, 1516, 1517, 1518.
- \* REYNOLDS, 146. Ver nota 40.  
 Rhode Island (Estado, EE.UU.), 938.  
 RICARDO III, 70.  
 RICE, Thorndike (director de la *North American Review*), 1035, 1223.  
 RICHELIEU, 70, 1199.  
 Richfield (EE.UU.), 887, 925.  
 Richfield Springs (EE.UU.), 493, 1311.  
 Richmond (EE.UU.), 469, 513, 514, 516, 518, 519, 738, 1349, 1415, 1416.
- \* RICHTER, Johann Paul Friedrich, 1150. Ver nota 511.
- \* RIEL, Louis David, 1152. Ver nota 513.  
 Río de Janeiro (Brasil), 1025.  
 Río Dulce (Guatemala), 374.  
 Río Grande, 663, 666, 682, 683, 688, 694, 777, 1498.
- \* RISTORI, Adelaide, 419. Ver nota 238.
- \* RITCHER, Johann Paul Friedrich, 1150. Ver nota 511.  
 RIVERS (senador, personaje de la comedia *El Senador*), 1482.
- \* RIVES, Amélie, 1084, 1101, 1119, 1127, 1438. Ver notas 479 y 684.
- \* ROACH, John, 533, 534. Ver nota 284.
- \* *Robert Elsmer*, 1147. Ver nota 504.  
 ROBESON, George Maxwell, 210.  
 ROBESPIERRE, Maximilien, 968. Ver nota 444.  
 ROBINSON (abogado defensor de Charles Guiteau), 89, 93, 96.
- \* ROBINSON, John, 1290, 1359. Ver nota 606.
- \* ROBINSON, Theodore, 996. Ver nota 457.  
 Rocallosas (montañas, EE.UU.), 302.
- \* ROCHAMBEAU, Jean Baptiste Donatien de Vimeur, conde de, 58, 59, 61, 62, 65, 761.  
 Ver nota 21.  
 Rochester (EE.UU.), 297.  
 Rockaway (EE.UU.), 83, 1085.  
 ROCKWELL, 33, 42, 43.  
 ROCTOR, Richard, 1119.
- \* RODIL, José Ramón, 1384. Ver nota 661.  
 RODRÍGUEZ, Gabriel, 1454.  
 RODRÍGUEZ, José Ignacio, 1400.
- \* ROEBLING, John Augustus, 283, 284, 285. Ver nota 147.

- \* ROEBLING, Washington Augustus, 266, 267, 268, 289, 284, 285, 286, 289. Ver nota 147.
- ROJAS, Arístides, 22.
- \* ROLL, Alfred Philippe, 624, 680. Ver nota 318.
- Roma (Italia), 79, 128, 137, 150, 168, 181, 233, 244, 252, 284, 319, 360, 377, 390, 411, 429, 440, 477, 643, 772, 821, 822, 825, 829, 869, 908, 938, 994, 1075, 1113, 1157, 1161, 1183, 1202, 1221, 1296, 1344, 1409.
- \* ROMERO RUBIO, Matías, 214, 231, 461, 502, 656, 667, 686, 687, 1303, 1314, 1352, 1400, 1404, 1478, 1487, 1488, 1518. Ver nota 89.
- ROOSEVELT, Theodore, 743, 986, 1003.
- ROSECRANZ, William Starke, 44, 522, 1091, 1094.
- ROSENFELDT, Sidney, 1481.
- Rosh Kashanah (fiesta judía de Año Nuevo), 911.
- \* ROSSI, Ernesto, 70, 77, 78, 80, 81, 143, 144, 410. Ver nota 232.
- ROSSINI, Gioachino Antonio, 78.
- ROTHSCHILD, 237, 1299.
- ROUSSEAU, 1005.
- ROUSTAN, Théodore Justin Dominique, 1369.
- ROWELL, 162, 354.
- \* RUBENS, Petrus Paulus, 245, 785, 1490. Ver nota 125.
- Rumford, premio, 1230.
- The Rural New-Yorker*, 874.
- Rusia, 10, 11, 12, 128, 139, 153, 179, 197, 208, 276, 333, 436, 477, 577, 639, 679, 850, 968, 1090, 1176, 1177, 1180, 1223, 1253, 1261.
- RUSK, Jeremiah, 1196, 1200.
- \* RUSKIN, John, 995. Ver nota 456.
- \* RUSSELL, Lillian, 1186, 1460, 1491. Ver nota 561.
- Rutger, colegio de (EE.UU.), 1278.
- \* RUTLEDGE, Edward, 715, 940, 1202. Ver nota 327.
- \* RYAN, Paddy, 157, 158. Ver nota 42.

## S

- \* SAFO, 859. Ver nota 378.
- \* SÁENZ PEÑA, Roque, 1305, 1306, 1315, 1384, 1400, 1408, 1412, 1413, 1416, 1417, 1418. Ver nota 614.
- \* SAGREDO, Ramón, 474. Ver nota 256.
- SAINT DENIS (escritor francés), 1455.
- \* SAINT-JUST, Louis Antoine Léon, 961. Ver nota 434.
- Saint Michael, Catedral de (EE.UU.), 716.
- Saint Phillips, Catedral de (EE.UU.), 716.
- SAINT-SIMON, Claude Henri, conde de, 1363.
- SALOMÓN, 129.
- \* SALOMON, Lysius, 1170. Ver nota 536.
- \* Salón hiberniano, 716. Ver nota 328.

- Salvador, Puerta del (Kremlin, Moscú), 1180.  
*Salve Columbia* (himno patriótico norteamericano), 59.
- \* SALVINI, Tommaso, 80, 261, 262, 600. Ver nota 140.  
 Samaná, bahía de (Santo Domingo), 525, 1301, 1319.  
 Samarcanda (Uzbekistán), 1175. Ver nota 541.  
 \* Samoa, 1182, 1185, 1187, 1193, 1260, 1261, 1344, 1385, 1386. Ver nota 590.  
 \* SAMUEL, 1179. Ver nota 547.  
 San Agustín, iglesia de (Zacatecas, México), 1236.  
 San Blas, playa de, 1361  
*San Carlos Borromes* (obra escultórica, Arona, Italia), 765.  
 San Diego (California, EE.UU.), 998, 1286.  
 San Diego, iglesia de (Aguas Calientes, México), 1234, 1236.  
 San Francisco (EE.UU.), 27, 172, 173, 196, 339, 542, 729, 809, 917, 969, 1141, 1144, 1272, 1428, 1431, 1432.  
 San Francisco, iglesia de (Toluca, México), 1236, 1237.  
 San Hipólito, monasterio de (Zacatecas, México), 999, 1236, 1240.  
 San Juan de Letrán, obelisco de, 1113.  
 San Lorenzo (río, EE.UU.), 1151, 1152, 1451.  
 San Luis (EE.UU.), 276, 473, 487, 556, 599, 615, 729, 741, 753, 842, 843, 900, 916, 933, 935, 1058, 1075, 1196, 1225, 1296, 1302, 1313, 1358, 1360, 1441.  
 San Marcos, jardín de (Aguas Calientes, México), 998, 1235.  
 San Nicolás, península de (Haití), 1301, 1318, 1334, 1337, 1339, 1341, 1369.  
 \* SAN MARTÍN, José de, 947. Ver nota 424.  
 San Pablo, iglesia de (Nueva York, EE.UU.), 1110, 1219, 1243.  
 San Patricio, Catedral de (Nueva York, EE.UU.), 543, 654, 887, 1152.  
 San Petersburg (Rusia), 390.  
 \* SAND, George (seudónimo de Amandine Aurore Lucie DUPIN), 1126. Ver nota 502.  
 \* SANDEAU, Jules, 1126. Ver nota 502.  
 Sándwich, Islas, 11, 215, 288, 413, 783.  
 \* SANTA ANNA, Antonio López de, 421, 461, 668, 866. Ver nota 250.  
 Santa Clara, iglesia de (Querétaro, México), 1235.  
 SANTA CLAUS, 126, 128, 571, 985.  
 Santa Cruz (EE.UU.), 1431.  
 Santa Cruz, iglesia de (Querétaro, México), 1235.  
 Santa Fe (EE.UU.), 864.  
 Santa María la Mayor, obelisco de, 1113.  
 Santo Domingo, 424, 425, 525, 999, 1170, 1260, 1261, 1301, 1319, 1330, 1339, 1341, 1430.  
 SANTO TOMÁS DE AQUINO, 747.  
 \* SARASATE, Pablo de, 1374. Ver nota 646.  
 Saratoga (EE.UU.), 29, 493, 887, 917, 925, 927, 1084, 1204, 1286, 1296, 1438.  
 \* SARDOU, Victorien, 333, 742, 805, 1481. Ver notas 190 y 700.  
 \* SARGENT, Aaron A., 335. Ver nota 194.  
 \* SARGENT, John, 474, 997, 1427. Ver notas 256 y 677.  
 \* SARONY, Napoleon, 1427. Ver nota 676.  
 Satán o Satanás, 103, 110, 187, 253, 977, 1432, 1482, 1483.

- Satsuma (Japón), 1099.  
Savannah (EE.UU.), 718, 1292.
- \* SAUNDERS, Richard (seudónimo de Benjamin Franklin), 331. Ver nota 188.
- \* SAWYER, Charles, 1305. Ver nota 614.
- SCAMMELL, barón, 59.
- \* SCARIA, Emil, 352. Ver nota 203.
- \* SCHREYER, Adolf, 852, 1005. Ver nota 374.
- SCHULTZ, Jackson S., 1024, 1298.
- \* SCHURZ, Karl, 1245, 1386, 1514. Ver nota 662.
- Schuylkill (río, EE.UU.), 1247.
- SCHWAB, Justus H., 603, 604, 631, 632.
- \* SCHWAB, Michael, 725, 726, 964, 968, 970. Ver notas 335 y 442.
- The Scientific American* (periódico, EE.UU.), 352.
- SCOTT, Winfield, 162, 164, 586, 668.
- SCOVILLE, George, 56, 88, 89, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 107, 108, 110, 111, 112, 113, 119, 120, 121, 122, 123, 141, 142, 143, 144, 146, 147, 202.
- \* SCRIBE, Augustin Eugène, 333, 1482. Ver nota 702.
- SEGISMUNDO (personaje de *La vida es sueño* de Calderón de la Barca), 278.
- SEIDL, Antón, 1226.
- Seltz (Francia), 75.
- Selva Negra (Alemania), 1150, 1231.
- \* *Semíramis*, 351. Ver nota 201.
- Sena (río, Francia), 150.
- Senado, 36, 37, 40, 50, 54, 70, 75, 159, 165, 214, 219, 228, 255, 301, 304, 345, 357, 370, 421, 423, 425, 436, 437, 439, 440, 477, 497, 511, 525, 552, 562, 569, 570, 571, 578, 590, 593, 622, 636, 638, 639, 657, 663, 673, 674, 675, 676, 677, 682, 774, 796, 817, 829, 836, 837, 980, 1013, 1023, 1038, 1041, 1076, 1086, 1089, 1106, 1114, 1137, 1151, 1167, 1171, 1173, 1183, 1191, 1192, 1216, 1224, 1225, 1242, 1273, 1278, 1333, 1342, 1343, 1361, 1365, 1374, 1385, 1399, 1421, 1423, 1425, 1428, 1429, 1435, 1442, 1443, 1472, 1481, 1482, 1483, 1494, 1519.
- El senador* (comedia escrita por Sidney Rosenfelott), 1481, 1482, 1483.
- SESOSTRIS (faraón de Egipto), 1113.
- SEURAT, Georges Pierre, 680.
- SÉVIGNÉ, Marie de Rabutin Chantal, marquesa de, 65.
- Sèvres (Francia), 401, 557, 1287.
- Sexta Avenida (Nueva York, EE.UU.), 1208, 1209, 1501.
- \* SHA JEHAN, 1180. Ver nota 552.
- SHAKESPEARE, William, 44, 70, 78, 79, 80, 227, 279, 410, 814, 956, 958, 1034, 1164, 1326, 1391, 1433, 1438.
- SHALER, Alexander, 572, 573, 650.
- SHARP, Jacob, 895, 896, 897, 898, 916, 1030, 1422.
- \* SHAW, Henry Wheeler («Josh Billings»), 556. Ver nota 293.
- \* SHEA, John Dawson Gilmary, 263. Ver nota 145.
- Sheepshead Bay (EE.UU.), 1269.
- Shenandoah (EE.UU.), 173, 1091, 1095, 1096.



- \* SHERIDAN, Philip Henry, 37, 173, 184, 301, 462, 1006, 1013, 1080, 1091, 1092, 1093, 1094, 1095, 1096, 1126, 1186, 1477. Ver nota 164.
- \* SHERMAN, John, 200, 636, 756, 795, 844, 886, 912, 918, 1013, 1049, 1058, 1075, 1078, 1092, 1094, 1096, 1106, 1151, 1171, 1173, 1191, 1224, 1244, 1442, 1443, 1444, 1455. Ver nota 372.
- \* SHERMAN, William Tecumseh, 37, 173, 505, 507, 509, 516, 517, 518, 519, 522, 1006, 1024, 1246, 1285, 1365, 1388, 1477. Ver nota 49.
- \* SHEVITSCH, Sergius E., 240, 968, 1346. Ver nota 115.
- Shiloh (EE.UU.), 504, 513, 515, 516, 1094, 1359, 1477.
- SHINN, Luther, 711.
- \* Shipka (Rusia), 1177. Ver nota 546.
- Short Hill (EE.UU.), 1466.
- Siam (EE.UU.), 305, 352, 1191.
- Sicilia (Italia), 239, 1485.
- SICKLES o SIKIES, Daniel Edgard, 164, 1454, 1454-1455.
- Sierra Nevada (España), 1232.
- \* *Sigfrido* (de Richard Wagner), 1053, 1226, 1431. Ver nota 470.
- Simkoroko (Japón), 1099.
- SIMON, Jules, 1516.
- \* SIMONETTI, Ivan, 850, 851. Ver nota 374.
- \* Sinaí (Siria), 760, 962. Ver nota 436.
- Sing-Sing (cárcel, EE.UU.), 649, 985, 1036, 1227.
- Sioux Falls (Dakota del Sur, EE.UU.), 1125, 1188, 1271.
- Siracusa (EE.UU.), 280, 886, 918, 926, 928, 1058, 1146.
- SÍSIFO (rey de Corinto), 38, 46, 166.
- Smith, colegio de (EE.UU.), 1277, 1278.
- \* SMITH, Goldwin, 1151, 1396, 1418, 1490, 1514. Ver nota 512.
- Snug Sailor's Harbor (casa de inválidos), 1126.
- Sociedad Abolicionista Española, 1454.
- Sociedad Antiesclavista de Nueva York, 173.
- Sociedad Antropológica de Señoras (Washington), 892.
- Sociedades Corales Alemanas, 38.
- Sociedad de Cincinnati, 164.
- Sociedad Literaria de Washington, 54.
- Sociedad Literaria Hispanoamericana (Nueva York), 1351.
- Sociedad para el Adelanto de la Agricultura, 915.
- Soconusco (México), 809.
- SÓCRATES, 240, 490, 1021.
- \* Sodoma y Gomorra, 719, 1179. Ver notas 330 y 547.
- \* Sogarth Aroon, 820, 821, 822, 825, 826. Ver nota 367.
- \* Sorosis (Club de mujeres), 1430, 1470. Ver nota 680.
- \* SOTO, Marco Aurelio, 470. Ver nota 254.
- South-South (EE.UU.), 1313.
- \* SPIES, August, 603, 604, 631, 632, 725, 726, 740, 913, 963, 964, 965, 966, 967, 968, 969, 970, 971, 972, 973. Ver nota 334.

- Springfield (EE.UU.), 771, 839, 964, 1313.
- \* SPULLER, Eugène, 763, 764. Ver nota 345.
- St. George (Staten Island, EE.UU.), 894, 1075.
- St. JOHN, John Pierce, 399.
- St. Stephens, barrio de (EE.UU.), 892.
- \* *Stalwarts* o *Stalwartismo*, 47, 70, 91, 488. Ver nota 29.
- \* STANDISH, Miles, 1290, 1310, 1362. Ver nota 607.
- \* STANLEY, Henry Morton, 1388, 1463, 1464, 1471. Ver nota 694.
- \* STANTON, Henry Brewster, 495, 1299. Ver nota 274.
- \* Star-Bangled Banner (*El pabellón salpicado de estrellas*), 1514. Ver nota 721.
- Staten Island (EE.UU.), 894, 1085, 1126.
- \* STEDMAN, Edmund Clarence, 187. Ver nota 62.
- Steinway, sala de, 77, 1298.
- \* STEPHENS o STEVENS, Uriah Smith, 606, 607, 608, 808, 809, 1388, 1439. Ver nota 313.
- \* STEVENSON, Robert Louis Balfour, 1451, 1493. Ver nota 690.
- \* STEUBEN, Friedrich Wilhelm August Henrich, 58, 59, 61, 62, 64, 77. Ver nota 22.
- Stiletto, sociedad de asesinos, 1485.
- \* STOCKTON, Francis Richard, 881, 976, 977. Ver nota 391.
- STODDARD, R. K., 874, 976.
- Stone River (EE.UU.), 1091, 1094.
- Stopaliagieri, sociedad de asesinos, 1485.
- \* STORRS, Richard S., 766. Ver nota 350.
- \* STRAUSS, Johann, 1424, 1430. Ver nota 679.
- STUART, 851.
- STUART, Frances Theresa, 158.
- \* *A Study of Mexico* o *Estudio de México* (de D. A. Wells), 775, 1233. Ver nota 585.
- Stuttgart (Alemania), 287.
- Sudamérica, 1026, 1228, 1298, 1330, 1338, 1347, 1348, 1400, 1434, 1497.
- Suecia, 44, 288, 631, 874, 1293, 1409.
- Suevia* (nombre de un buque), 892.
- Suez (Egipto), 1333.
- Suiza, 139, 374, 375, 1231.
- \* SULLIVAN, John Lawrence, 154, 157, 158, 162, 412, 644, 673, 888, 916, 1111, 1146, 1263, 1272, 1274, 1275. Ver nota 42.
- Summerville (EE.UU.), 718.
- \* SUMNER, Charles, 330, 386, 421, 525, 816, 882, 1332, 1459. Ver nota 330.
- Sun* (periódico, Nueva York), 45, 150, 232, 268, 277, 279, 303, 304, 379, 380, 404, 516, 656, 657, 845, 865, 952, 953, 971, 1044, 1055, 1097, 1110, 1140, 1157, 1183, 1222, 1286, 1294, 1295, 1296, 1298, 1300, 1312, 1315, 1335, 1339, 1350, 1399, 1419, 1436, 1479, 1514, 1517.
- Sunday Herald*, 500.
- \* SUÑER Y CAPDEVILA, Francisco, 1184. Ver nota 559.
- Sur (región norteamericana), 12, 13, 14, 22, 29, 34, 58, 65, 129, 138, 155, 165, 174, 184, 219, 277, 281, 285, 300, 301, 304, 332, 356, 386, 387, 388, 409, 412, 418, 421, 424, 435, 436, 440, 445, 447, 449, 450, 454, 457, 460, 464, 467, 473, 477, 508, 510, 511,

512, 513, 514, 515, 516, 518, 519, 525, 526, 527, 528, 530, 544, 546, 547, 548, 562, 582, 585, 589, 626, 645, 646, 647, 648, 666, 684, 692, 693, 756, 775, 791, 792, 799, 816, 827, 829, 830, 840, 866, 881, 882, 886, 890, 899, 901, 902, 915, 916, 928, 935, 938, 942, 943, 951, 969, 976, 979, 1001, 1002, 1011, 1012, 1013, 1041, 1049, 1050, 1076, 1091, 1093, 1094, 1100, 1101, 1106, 1112, 1126, 1129, 1133, 1166, 1171, 1172, 1188, 1189, 1192, 1193, 1194, 1197, 1198, 1216, 1219, 1220, 1222, 1244, 1253, 1270, 1274, 1276, 1282, 1285, 1291, 1292, 1282, 1285, 1291, 1292, 1307, 1308, 1313, 1319, 1331, 1333, 1347, 1349, 1358, 1361, 1362, 1364, 1365, 1366, 1367, 1368, 1370, 1377, 1382, 1389, 1393, 1394, 1395, 1397, 1398, 1415, 1416, 1424, 1425, 1429, 1443, 1444, 1449, 1454, 1455, 1457, 1462, 1471, 1472, 1481, 1489, 1497, 1502, 1511.

Sur, canal del, 1253.

Sur, Guerra del, 171, 172, 802, 834, 959, 1000, 1006, 1013, 1020, 1025, 1100, 1126, 1198, 1266.

Surinam, 1068.

SUTTON, Warner P., 1322, 1323, 1324.

SWAIN, 33, 434.

\* SWEDENBORG, Emmanuel, 189, 902, 1030, 1357. Ver nota 68.

\* SWINBURNE, Algernon Charles, 138, 1493. Ver nota 38.

\* SWINTON, John, 235, 662, 675, 676, 845. Ver nota 109.

## T

Tabla Redonda, Caballeros de la, 1023, 1376.

TÁCITO, Cornelio, 142.

Tahití, 1432.

TALLEYRAND, Charles Maurice, 1027.

TALMAGE, Thomas de Witt, 39, 1153, 1365, 1371.

\* TAMAGNO, Francesco, 1375. Ver nota 647.

Tambor (río, Guatemala), 1145.

Tambor Mayor, arias del, 1301.

\* TAMERLÁN, 1175. Ver nota 539.

Támesis (río, Inglaterra), 1146, 1380.

\* Tammany o Tammany Hall, 47, 48, 370, 396, 403, 439, 456, 458, 459, 499, 561, 661, 743, 1136, 1137, 1138, 1139, 1140, 1265, 1284, 1285, 1286, 1421, 1422, 1423, 1433, 1457, 1462, 1490, 1502. Ver nota 216.

\* TANNHAÜSER, 352, 790, 964, 1053. Ver notas 203 y 441.

\* *Tartarín* (de Alphonse Daudet), 1430. Ver nota 682.

\* TAYLOR, Alf, 757, 758. Ver nota 339.

\* TAYLOR, Bob, 757, 758. Ver nota 339.

\* TAYLOR, Zacarías, 44, 164, 508, 922, 1413, 1418. Ver nota 667.

\* Teatro de Harrison y Hart, 417, 418. Ver nota 236.

Tebas (Egipto), 271, 765, 1113.

Tennessee (Estado, EE.UU.), 513, 514, 516, 518, 756, 757, 758, 980, 1084, 1397.

- \* TENNYSON, Alfred J., 41, 856. Ver nota 375.  
Tenochtitlán (México), 156, 1232.  
*Tentación* (pintura de José Vallés), 851.
- \* Tentación, monte de la, 1179. Ver nota 547.  
*El Teócrata Diario*, 101, 111, 114.  
TEÓCRITO, 280.  
*Teodora* (obra de Victorien Sardou), 805.
- \* TEOFRASTO, 643. Ver nota 320.  
Tercera Avenida (Nueva York, EE.UU.), 28, 1045.  
*Teresa Itasca* (novela de Alpine), 774.
- \* *La Terre* (de Émile Zola), 1340. Ver nota 628.
- \* Tetuán (Marruecos), 408. Ver nota 227.  
Texas o Tejas (Estado, EE.UU.), 334, 508, 512, 577, 596, 568, 639, 664, 665, 666, 667, 668, 669, 675, 682, 683, 684, 686, 688, 694, 696, 697, 792, 873, 886, 1152, 1188, 1212, 1244, 1310, 1320, 1335, 1340, 1361, 1430, 1431, 1477, 1506.
- \* THACKERAY, William Makepeace, 408, 957, 1233. Ver nota 229.
- \* THÉO, Louise, 392. Ver nota 222.
- \* THOREAU, Henry David, 147, 817, 866, 1000, 1020, 1165, 1245, 1446. Ver nota 689.  
*Thingralla* (nombre de un barco), 1099, 1100.
- \* THURMAN, Allen G., 1058, 1076, 1078, 1103, 1104, 1105, 1106, 1114, 1121, 1461. Ver nota 485.  
Tíbet, 1175, 1432.
- \* TIBULLUS, Abilius (Tíbulo), 1149. Ver nota 508.
- \* TIEPOLO, Giovanni Batista, 474. Ver nota 260.
- \* TIFFANY, Charles Lewis, 39, 127, 343, 365.  
TIFFANY, Luis, 997, 998.
- \* TILDEN, Samuel Jones, 10, 301, 337, 344, 355, 368, 399, 440, 460, 477, 567, 568, 569, 584, 682, 690, 693, 694, 700, 755, 837, 1393, 1502. Ver nota 8.
- \* TILTON, Theodore, 818. Ver nota 366.
- \* TÍOS SAMUELES, 214, 310, 311, 610. Ver nota 87.
- \* TOCQUEVILLE, Charles Alexis Clérel de, 1160. Ver nota 531.
- \* Tokay (vino), 19, 1158, 1286. Ver nota 525.  
Toledo (España), 127, 233, 241, 246, 247, 276, 429.
- \* TOLSTÓI, Liev Nikoláievich, 1176, 1186, 1326, 1363, 1426, 1448. Ver nota 562.  
Tonquín (China), 1141.  
TORAKER, 754, 755.
- \* TORQUEMADA, Tomás de, 1372. Ver nota 643.  
Torre Eiffel (Francia), 1294, 1295, 1311.
- \* TOUSSAINT LOUVERTURE (François-Dominique Toussaint), 1369. Ver nota 641.
- TRACY, Benjamín Franklin, 68, 1189, 1195, 1196, 1199, 1228, 1383.
- \* Tratado de Clayton-Bulwer, 130, 467. Ver nota 251.  
Tratado de reciprocidad Grant-Trescott, 1320.
- TREBBEL, Cornelius, 1380.
- \* *Tres años en los Estados Unidos* (de Comettant), 1164. Ver nota 532.
- TRESCOTT, 1198, 1313, 1314, 1315, 1345, 1351, 1400, 1401, 1408, 1409.
- Triánón (Versalles, Francia), 284. Ver nota 152.



- La Tribuna*, 112.  
*La Tribuna Nacional*, 1026.  
*The Tribune* (periódico, Nueva York), 150, 379, 380, 404, 405, 691, 1110, 1140, 1183, 1121, 1123, 1312, 1314, 1339, 1350, 1403, 1513, 1514.  
 Trinidad, iglesia de la (Nueva York, E.E.UU.), 339, 1029, 1241, 1370, 1371.  
 Trocadero, Palacio del (París), 1196.  
 \* *Il Trovatore* (*Trovador*), 1351. Ver nota 631.  
 \* TROLLOPE, Frances, 1159. Ver nota 528.  
 Troy (E.E.UU.), 312.  
 Troya (E.E.UU.), 1146.  
 Troya (antigüedad), 1317.  
 \* TROYON, Constant, 852, 1003, 1005. Ver nota 374.  
 \* TRUMBULL, Lyman, 970. Ver nota 447.  
 Trustees and Executors Company (Londres), 1310.  
 TU-SANG (nombre dado por un monje budista, a lo que hoy es México), 494.  
 TUCÍDIDES, 52.  
 Tumbas, cárcel de las (Nueva York), 772, 1228.  
 Túnez, 238.  
 TURNER, 996.  
 Turquía, 253, 809, 936.  
 \* Túsculo (antigua Italia), 189. Ver nota 66.  
 \* TWAIN, Mark (seudónimo de Samuel Langhorne Clemens), 411, 412, 413, 414, 591, 976, 977, 1363, 1376, 1378. Ver nota 233.  
 \* TYNDALL, John, 194, 1358. Ver nota 71.  
 Tzintzuntzan (México), 1234, 1239.

## U

- ULLMAN, Ida, 124.  
 Ulster (Irlanda), 136.  
*El último día de un condenado* (pintura de Mihály Munkácsy), 786.  
 UNDA (cónsul mexicano), 668.  
 Unión, 19, 26, 28, 32, 33, 58, 64, 71, 73, 91, 154, 173, 177, 202, 206, 217, 308, 310, 319, 329, 356, 385, 386, 387, 395, 400, 401, 436, 439, 448, 450, 453, 454, 461, 508, 510, 511, 512, 513, 518, 519, 521, 522, 547, 627, 655, 659, 684, 782, 810, 817, 818, 830, 882, 883, 884, 886, 938, 939, 940, 941, 942, 1001, 1013, 1019, 1197, 1317, 1322, 1434.  
 Unión Aduanera, 1322, 1323.  
 Unión Americana, 83, 130, 308, 317, 817, 818.  
 Unión Comercial Hispanoamericana, 1305, 1306, 1351.  
 Unión de Centroamérica, 1350.  
 Unión de Trabajadores de Missouri, 1428.  
 Universidad de Cambridge (E.E.UU.), 178, 242, 243.  
 Universidad de Clark (E.E.UU.), 1316, 1317.

- \* Universidad de Columbia (EE.UU.), 178, 242, 243, 281, 642, 677, 764, 844, 920, 921, 1066, 1118, 1278, 1388. Ver nota 122.
- Universidad de Cornell (EE.UU.), 178, 487, 1261, 1278, 1280.
- Universidad de Dowham (Inglaterra), 178.
- Universidad de Harvard (EE.UU.), 178, 278, 281, 328, 351, 352, 473, 476, 487, 493, 642, 643, 677, 1118, 1246, 1277, 1278, 1425, 1429, 1508, 1509.
- Universidad de Londres (Inglaterra), 178.
- Universidad de Oxford (Inglaterra), 178, 278, 472.
- Universidad de Princeton (EE.UU.), 411, 642, 1118, 1277, 1278, 1466.
- \* Universidad de Yale (EE.UU.), 242, 278, 411, 642, 643, 472, 476, 487, 493, 497, 1030, 1118, 1277, 1278, 1466, 1508, 1509, 1510. Ver nota 120.
- Universidad Industrial de Filadelfia (EE.UU.), 1420.
- El Universo* (periódico), 150.
- \* URFEY, Tom d', 1112. Ver nota 493.
- Uruapan (México), 1236, 1238.
- Uruguay, 1024, 1303, 1304, 1305, 1306, 1314.
- Utah (EE.UU.), 512.
- \* Utatlán (hoy Santa Cruz de Quiché), 497, 1112. Ver nota 277.
- Utica (EE.UU.), 1039, 1227.
- Uxmal (México), 1112.

## V

- Vacas* (pintura de Constant Troyon), 852.
- \* VALENTE, José Gurgel do Ameral, 1303, 1304, 1382, 1401. Ver nota 614.
- VALLÉS, José, 851.
- Valparaíso (Chile), 1498.
- VAN ALLEN, Garret Adam, 1099.
- VAN BREMEN, 853, 1005.
- \* VAN DYCK, Antoon, 245. Ver nota 125.
- \* VANDERBILT, 237, 245, 277, 402, 419, 420, 421, 461, 768, 810, 852, 873, 933, 934, 935, 986, 994, 1003, 1005, 1013, 1036, 1058, 1071, 1107, 1147, 1168, 1169, 1170, 1203, 1223, 1263, 1298, 1299, 1365, 1418, 1424, 1442. Ver nota 123.
- \* VARAS, Emilio C., 1304, 1315, 1382, 1405. Ver nota 614.
- Vassar, colegio de (EE.UU.), 487, 893, 1272, 1426.
- Vaticano, 907.
- \* VECELLIO, Tiziano (conocido como Tiziano), 850, 1239. Ver notas 374 y 588.
- Vega, valle de la, 1232, 1236.
- VEGA y CARPIO, LOPE FÉLIX (o Lope de Vega), 167, 557, 1119.
- \* VELARDE, José, 1304, 1314, 1401, 1411. Ver nota 614.
- \* VELAZCO, José María, 474. Ver nota 256.
- \* VELÁZQUEZ, Diego de Silva, 625, 679, 997, 1494. Ver nota 318.
- \* VELLEDA, 130, 297. Ver nota 155.
- Venecia (Italia), 244, 246, 277, 789, 996, 998, 1002, 1232, 1236, 1242, 1432.

- Venezuela, 14, 96, 99, 214, 312, 485, 619, 875, 1024, 1303, 1336, 1339, 1340, 1344, 1345, 1382, 1401, 1402, 1410, 1412.
- Veracruz (México), 231.
- La Verdad, o el compañero de la Biblia* (libro de Charles Guiteau), 55, 90, 113.
- \* VERESCHAGIN, Vasily, 1122, 1166, 1174, 1175, 1176, 1177, 1178, 1179, 1180. Ver nota 501.
- Vermont (Estado, EE.UU.), 177, 1026, 1200, 1244.
- Verona (Italia), 1237.
- Versalles (Francia), 761.
- Versos de Pasión* (obra de Ella Wheeler Wilcox), 881.
- VIADA, Eduardo, 712.
- Viaje de la canoa de papel* (libro de N. H. Bishop), 312.
- \* VIBERT, Jean George, 593, 1237. Ver nota 310.
- Vicksburg (EE.UU.), 440, 504, 507, 514, 515, 516, 830, 1200.
- VÍCTOR MANUEL, 80, 477.
- VICTORIA I, 11, 34, 40, 145, 267, 846, 1429.
- VICTORIA DE BADEN, 45.
- Vida* (libro de Liev Nikoláievich Tolstoi), 1326.
- La Vida de Cristóbal Colón*, 257.
- \* *Una Vida dura o A la Dura* (obra de Mark Twain), 1376. Ver nota 658.
- La Vida Literaria* (revista dirigida por la hermana de Cleveland), 682.
- La vida es sueño* (obra teatral de Calderón de la Barca), 278.
- Lo Viejo Mundo* (obra de Eduardo Fournier), 1380.
- Viena (Austria), 44, 417, 1186, 1483.
- Viernes Negro, 1042.
- Viernes Santo, 297, 1208.
- \* VILAS, William F., 440, 441. Ver nota 248.
- Villa de Guadalupe (México), 864, 866.
- Villa de la Concepción (Argentina), 1382.
- \* VILLARD, Henry, 1116. Ver nota 499.
- VINCENT, John Heyl, 1448, 1449.
- VINCI, Leonardo da, 210.
- \* VINING, Eduard P., 494. Ver nota 271.
- \* VIOMÉNIL, barón de; Antoine Charles du Houx, 59, 61. Ver nota 23.
- \* VIRGLIO, 860, 1447. Ver nota 379.
- Virginia (Estado, EE.UU.), 65, 385, 514, 516, 518, 527, 545, 546, 547, 548, 562, 564, 585, 656, 657, 792, 883, 938, 939, 942, 958, 1099, 1101, 1171, 1190, 1199, 1203, 1205, 1217, 1218, 1244, 1245, 1250, 1308, 1328, 1458.
- La visita del recién nacido* (pintura de Mihály Munkácsy), 852.
- \* VOLTAIRE (François Marie AROUET), 298, 319, 1055, 1326, 1504. Ver nota 471.
- \* *Voluspá*, 1101. Ver nota 483.
- \* VOORHEES, Daniel Wolsey, 54, 58, 1023, 1425. Ver nota 16.
- La vuelta de la Vendimia* (pintura de William-Adolphe Bouguereau), 852.
- La vuelta del Bosque* (pintura de Giuseppe de Nittis), 851.

## W

- WADE, hermana, 1080, 1081.
- \* WAGNER, Wilhelm Richard, 203, 352, 392, 410, 496, 591, 808, 1056, 1057, 1077, 1168, 1196, 1226, 1246, 1385. Ver nota 203.
- \* WAKE, C. Staniland, 1112. Ver nota 494.
- WAKEMAN, Thaddeus Burr, 1053.
- \* Walhalla, 591. Ver nota 308.
- WALKER, Francis Amasa, 164, 864, 1341.
- \* WALPOLE, Horacio, 1055. Ver nota 473.
- Wall Street (Nueva York, EE.UU.), 44, 318, 367, 461, 498, 503, 1199, 1219, 1241, 1296, 1370, 1390.
- WALLACK, 410, 1119, 1313.
- \* WARD, Ferdinand, 363, 365, 366, 367, 420, 460, 461, 462, 498, 573, 651, 986, 1305, 1371, 1384, 1434. Ver nota 212.
- \* WARNER, Charles Dudley, 864, 866, 867, 868, 976. Ver nota 385.
- Washington, D.C. (EE.UU.), 13, 15, 17, 23, 24, 25, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 51, 52, 864, 54, 60, 69, 70, 91, 99, 100, 112, 113, 122, 123, 135, 153, 170, 174, 202, 204, 214, 227, 228, 232, 238, 335, 336, 338, 347, 367, 408, 409, 434, 435, 436, 441, 449, 459, 461, 463, 492, 500, 502, 504, 507, 513, 515, 516, 518, 519, 520, 522, 523, 524, 525, 545, 546, 572, 617, 657, 663, 667, 668, 674, 677, 682, 683, 691, 740, 760, 761, 774, 779, 785, 791, 828, 829, 830, 837, 845, 846, 864, 882, 890, 891, 892, 900, 909, 926, 975, 979, 984, 1005, 1011, 1025, 1026, 1036, 1072, 1074, 1082, 1089, 1097, 1102, 1106, 1135, 1144, 1164, 1167, 1169, 1170, 1187, 1189, 1202, 1222, 1252, 1253, 1269, 1281, 1294, 1296, 1297, 1301, 1302, 1303, 1304, 1306, 1312, 1313, 1315, 1320, 1322, 1328, 1339, 1341, 1349, 1350, 1358, 1360, 1369, 1370, 1381, 1383, 1384, 1385, 1386, 1387, 1388, 1390, 1399, 1403, 1406, 1411, 1415, 1425, 1428, 1429, 1433, 1435, 1438, 1480, 1481, 1495, 1496, 1518, 1519.
- Washington (Estado, EE.UU.), 1268.
- Washington (río, EE.UU.), 15.
- WASHINGTON, George, 13, 41, 44, 833, 851, 56, 57, 60, 61, 62, 64, 70, 77, 87, 91, 146, 153, 159, 162, 164, 165, 167, 170, 173, 199, 200, 202, 221, 256, 258, 262, 264, 297, 298, 316, 317, 318, 330, 367, 385, 386, 435, 436, 437, 438, 439, 452, 461, 463, 469, 478, 516, 517, 521, 522, 523, 558, 570, 583, 659, 768, 833, 850, 882, 890, 917, 938, 939, 940, 943, 944, 945, 957, 958, 1006, 1056, 1058, 1076, 1092, 1095, 1096, 1099, 1108, 1121, 1124, 1125, 1139, 1146, 1161, 1167, 1184, 1185, 1187, 1192, 1202, 1203, 1204, 1206, 1214, 1215, 1216, 1217, 1219, 1220, 1227, 1228, 1241, 1242, 1243, 1245, 1246, 1260, 1261, 1265, 1296, 1264, 1319, 1353, 1361, 1442, 1471, 1478, 1506, 1514, 1517.
- WASHINGTON, Martha, 1098, 1189, 1203, 1205, 1242.
- WASHINGTON, Nelly, 1203, 1218, 1250.
- The Washington Post* (periódico, EE.UU.), 1483, 1519.
- WATERS, George, 312.
- WEBB, Alexander Stewart, 901.
- WEBB, Mrs, 1242.



- \* WEBSTER, Daniel, 23, 147, 164, 198, 221, 330, 345, 387, 421, 423, 464, 957, 958, 1005, 1105, 1130, 1216, 1219, 1331, 1459. Ver nota 44.
- \* WEED, Thurlow, 86, 521. Ver nota 283.
- \* WEISSE, John A., 1112. Ver nota 496.  
Wellesley, colegio de (EE.UU.), 1277, 1278, 1426.  
Wellesley, escuela de (EE.UU.), 1426.
- \* WELLINGTON, duque de (Arthur Colley Wellesley), 1477. Ver nota 696.  
Wells, colegio de (EE.UU.), 893, 1277, 1278.  
WELLS, David Ames, 775, 776, 1233. Ver nota 585.  
West Brighton (EE.UU.), 1085.  
West Point (EE.UU.), 170, 508, 558, 1093, 1094, 1312, 1315, 1429.  
West Virginia (EE.UU.), 1132.  
Western Nacional Bank, 1371.  
Wexford, valle de (EE.UU.), 201.
- WHARTON, Francis, 1223.
- WHEELER, Ella, 1438.
- WHEELER, William, 869, 889.
- \* WHEELWRIGHT, William, 948. Ver nota 429.
- WHINTHROP, Robert Charles, 65.
- Whist, club de los, 1372.
- \* WHITMAN, Walt, 87, 187, 352, 855, 856, 857, 858, 859, 860, 861, 862, 863, 1165, 1280, 1358, 1508, 1511, 1512. Ver nota 61.  
WHITNEY, William C., 441, 534, 1439, 1494.
- \* WHITTIER, John Greenleaf, 177, 386, 387, 954, 955, 976, 1202, 1244, 1308. Ver nota 56.  
Willard (hotel de Washington), 1190.
- \* WILCOX, Ella Wheeler, 881, 1438. Ver nota 392.
- \* WILDE, Oscar, 137, 138, 1493. Ver nota 35.  
Wilderness, 513, 518, 871, 1199, 1347.
- \* WILLIAMS, Barney, 303, 524. Ver nota 167.
- \* WILLIAMSON, Isaac, 1229. Ver nota 580.  
Wilmington (EE.UU.), 32.
- \* WILMOT, David, 511. Ver nota 282.
- WILSON, James, 200, 940, 1439.
- WILSON, Lewis Ida, 57.  
Winchester (EE.UU.), 609, 611, 1091, 1096, 1210.
- \* WINDOM, William, 18, 33, 70, 1196, 1197, 1199, 1320, 1321, 1345, 1443, 1477, 1478.  
Ver nota 624.  
Windsor (Hotel de Nueva York), 28.  
Windsor (Canadá), 1170.
- \* WINIFRED EDGETON, Miss, 921. Ver nota 413.  
Wisconsin (Estado, EE.UU.), 1099, 1100, 1200, 1391, 1463.  
Wittenberg (Alemania), 907.
- \* WOLFE, Catherine, 839. Ver nota 370.
- \* WONG CHING FOO, 263, 911. Ver nota 143.
- \* *Woodoos*, 1293. Ver nota 611.

- WOODSWORTH, William, 263.  
WOODTL, María, 375.  
Worcester (Inglaterra), 1430.  
\* Worms (Alemania) 907. Ver nota 404.  
WORMSLEY, Ralph, 94.  
WOTAM (o Odín), 1372, 1431. Ver nota 642.  
\* WRIGHT, Carroll Davidson, 927. Ver nota 419.  
WYCKLIFFE (abogado y periodista de Nueva Orleans), 1487.  
WYMAN, Erastus, 1151.  
Wyoming (Estado, EE.UU.), 153, 201, 1291.

## X

- Xamicho (México), 1238.  
Xarácuaro (México), 1238.

## Y

- \* *Yankee Doodle*, 901, 1064. Ver nota 401.  
\* *Un yanqui en la corte del Rey Arturo* o *Yanqui de Connecticut en la Corte de rey Arturo* (obra de Mark Twain), 1376. Ver nota 658.  
YNET-SING (comerciante chino), 1123.  
YORK, Duque de, 158.  
\* Yorktown, 15, 58, 59, 60, 61, 63, 64, 65, 66, 77, 385, 408, 761, 1331. Ver notas 19 y 226.  
Yoro (Honduras), 711.  
Yosemite, montañas (EE.UU.), 1450.  
YOUNG, Polly, 1211.  
Yucatán (México), 1146.  
YVES (banquero), 1309, 1371.

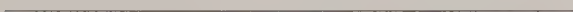
## Z

- Zacatecas (México), 1236.  
*Zaira* (tragedia de Molière), 80.  
\* ZALDÍVAR, Rafael, 467. Ver nota 253.  
\* ZAMACOIS Y ZABALA, Eduardo, 593, 850, 852. Ver notas 310 y 374.  
\* ZANDT SPIES, Nina Stuart Van, 913, 969, 970, 971. Ver nota 410.  
Zaragoza (España), 246.  
ZASULICH, Vera, 913. Ver nota 408.  
\* ZEGARRA, 1304, 1314, 1352, 1382, 1384, 1400, 1407, 1418, 1519. Ver nota 614.

- \* ZELAYA, Jerónimo. 1303, 1382. Ver nota 614.  
ZENEÁ, Piedad. 1084.
- \* ZOLA, Émile. 495, 853, 1359. Ver nota 639.
- \* Zollverein, 1323, 1324, 1411, 1412, 1417. Ver nota 626.  
ZORRILLA, 205.
- ZUÑIGA, Adolfo. 711.
- \* ZWINGLIO, Ulrich. 903. Ver nota 402.

---

# *Apéndices*







---

# APÉNDICE I\*



---

\* Este serial de tres textos fue publicado por Martí en el diario neoyorquino *The Hour*, y son sus primeros escritos acerca de la sociedad estadounidense.



# IMPRESSIONS OF AMERICA (BY A VERY FRESH SPANIARD)

## I

I am, at last, in a country where every one looks like his own master. One can breathe freely, freedom being here the foundation, the shield, the essence of life. One can be proud of his species here. Every one works; every one reads. Only does every one feel in the same degree that they read and work? Man, as a strong creature—made to support on his shoulders the burden of misfortune, never bent, never tired, never dismaying,—is unrivalled here. Are women, those beings that we, the Southern people, like,—feeble and supple, tender and voluptuous,—as perfect, in their way, as men are in theirs? Activity, devoted to trade, is truly immense. I was never surprised in any country of the world I have visited. Here, I was surprised. As I arrived, in one of this summer days, when the face of hasty business men are at the same moment fountains and volcanoes; when, bag in hand, the vest open, the neck tie detached, I saw the diligent New Yorkers running up and down, buying here, selling there, transpiring, working, going ahead; when I remarked that no one stood quietly in the corners, no door was shut an instant, no man was quiet, I stopped myself, I looked respectfully on this people, and I said goodbye for ever to that lazy life and poetical inutility of our European countries. I remembered a sentence of an old Spaniard, a healthy countryman, father of thirty-six sons: «Only those who dig their bread, have a right to eat it; and as if they dig most deeply, they will eat it whiter.» But is this activity devoted in the same extent to the development of these high and noble anxieties of soul, that cannot be forgotten by a people who want to escape from unavoidable ruin, and strepitous definitive crumbling? When the days of poverty may arrive—what richness, if not that of spiritual strength and intellectual comfort, will help this people in its colossal misfortune? Material power, as that of Carthage, if it rapidly increases, rapidly falls down. If this love of richness is not tempered and dignified by the ardent love of intellectual pleasures,—if kindness toward men, passion for all what is great, devotion to all what means sacrifice and glory, are not as developed as fervorous and absorbent passion for money, where shall



they go? Where shall they find sufficient cause to excuse this hard burden of life and feel relief to their sorrow? Life wants permanent roots; life is unpleasant without the comforts of intelligence, the pleasures of art and the internal gratification that the goodness of the soul and the exquisiteness of taste produce to us.

I am deeply obliged to this country, where the friendless find always a friend and a kind hand is always found by those who look honestly for work. A good idea finds always here a suitable, soft, grateful ground. You must be intelligent; that is all. Give something useful. You will have all what you want. Doors are shut for those who are dull and lazy; life is sure to those who are faithful to the law of work. When I was a child, I read with admiration,—born as I am in a country where there is no field for individual activity, a series of biographies of those who are called here with a magnificent simplicity—self-made men. My childhood was not entirely gone out when I admired again, in British Honduras, a wealthy Southern family brought by misfortune to painful scantiness,—and raising by their hands, in the thick bosom of forest, a clean, elegant, prosperous sugar plantation. The father, an ancient governor of a powerful State, was the engineer; the charming mother, very simply dressed, with a perpetual smile on her lips,—the smile of those who are courageous enough to support human sufferings,—was the most skillful housekeeper I have ever seen. Hot cakes, fine pastry, fresh milk, sweet jelly, were always on hand. When she came to me, the noble face illuminated by the most pure look, the curled silver hair carefully dressed, a waiter with exquisite dishes in her wrinkled hands—the sweetest feelings filled my heart, and tears of pleasure came to my eyes. The sons helped the father in all kinds of labors; they ploughed the field,—saw the sugar-cane, burn the woods, build a new «sweet home»—and as slightly dressed as miserable countrymen in those far forests do,—very early in the morning, merrily singing, they drove the oxen to the hardest work of the plantation. And they were elegant, gentle, learned young men. I will study a most original country at its birth—in the school; at its development—in the family; at its pleasures—in the theatre, in the club, in Fourteenth Street, in large and small family party. I will go, in a brilliant Sunday, walking down the fashionable Fifth Avenue, to the crowded church to hear a preacher—the word of peace—speaking about politics or the field of war. I will see many nonsenses, many high deeds; the politicians, who save the country, when they could—without any effort go back to the days of arrogant militarism, violation of the public will, corruption of the political morality; I will see benevolent faces of men, defiant faces of women, the most capricious and uncommendable fancies, all the greatness of freedom and all the miseries of prejudices; here, a powerful originality, there a vulgar imitation of transatlantic extravagances. Liberty in politics, in customs, in enterprises; humble slavery in taste. Frenchmen give the sacred word; great names, and not great works are looked for. As there is not a fixed mind on art, the most striking is the most loved. There is no taste

for the sweet beauty of *Hélène* or *Galathea*—the taste being all devoted to old imperfect works of China and Japan. If a scientific object would have been intended by the owners of these bibelots, it would be a matter of praise. But it is only for the censurable pleasure of indiscreetly holding foreign goods bought at a high price.

At a first glance what else can I tell? I have all my impressions vividly awaken. The crowds of Broadway; the quietness of the evenings; the character of men; the most curious and noteworthy character of women; the life in the hotel, that will never be understood for us; that young lady, physically and mentally stronger than the young man who courts her; that old gentleman, full of wisdom and capacity who writes in a sobrius language for a hundred newspapers; this feverish life; this astonishing movement; this splendid sick people, in one side wonderfully extended, in other side—that of intellectual pleasures—childish and poor; this colossal giant, candorous and credulous; these women, too richly dressed to be happy; these men, too devoted to business of pocket, with remarkable neglectness of the spiritual business,—all is, at the same time, coming to my lips, and begging to be prepared in this brief account of my impressions.

Size and number: these are here the elements of greatness. Nothing is absolutely neglected, however. If the common people, increased every day by a thirsty foreign population, that must not be confounded with the true American people, shows that anxious desire for money, and fights frightfully in this way,—the true Americans preserve national greatness, constitutional rights, old and honorable names, from the vulgar storm of immigration, that brings in strength and possibilities of wealth, what they lack of intellectual height, and moral deepness. In the columns of a newspaper, in the page of a magazine, in the familiar chit-chat, the most pure feelings, noble aspirations, and generous ideas bravely fight for the rapid improvement of the country, in the sense of moral development.

It will be reached. It has not yet been reached, because many strangers bring here their odiums, their wounds, their moral ulcers. What a terrible enemy the desperate want of money is for the achievement of virtues! How great a nation must be, to conduct in a quiet way, these bands of wolves, hungry and thirsty, these excrescences of old poor countries, ferocious or unuseful there,—and here, under the influence of work, good, kind and tame!

And, for the *mot de la fin*, let me tell you what it happened to me, as I came, a week ago, from Cape May, a charming watering-place, to Philadelphia. The train near to the station jumped off the tracks; the car where I was, fell side-way. The accident was without consequences; but, as everybody was compelled by the shaking and pulling of the car to abandon violently their seats, the moment was a solemn one. Women became deady «pales». Men forgot women, looking for their own salvation. I thought, first, what must occur to a man under such a case, and, in the same instant, I saw rolling a poor eighty years' woman on the floor.

I ran to her, offering her my hands. The old lady, very elegant indeed, notwithstanding her large amount of years, looked at me gratefully, tended her hands toward me;—but, as she touched the extreme of my fingers with their own, she told me, with expressive frightened grimaces:

By the hands, no! Go away! Go away!

Was she an old Puritan?

*The Hour*, Nueva York, 10 de julio de 1880

# IMPRESIONES DE AMÉRICA (POR UN ESPAÑOL MUY FRESCO)

## I (Traducción)

Estoy, al fin, en un país donde cada uno parece ser su propio dueño. Se puede respirar libremente, por ser aquí la libertad fundamento, escudo, esencia de la vida. Aquí uno puede estar orgulloso de su especie. Todos trabajan, todos leen. ¿Pero siente cada uno, en igual medida que lee y trabaja? El hombre, como criatura fuerte –hecho a soportar sobre sus hombros la carga del infortunio, nunca doblegado, jamás fatigado, sin desmayar nunca–, es aquí incomparable. ¿Son las mujeres, esos seres que a nosotros, gentes del Sur, nos gustan –débiles y flexibles, tiernas y voluptuosas– tan perfectas a su manera, como los hombres lo son a la suya? La actividad, dedicada a los negocios, es ciertamente inmensa. Nunca sentí sorpresa en ningún país del mundo que visité. Aquí quedé sorprendido. A mi llegada, en uno de estos días de verano, cuando las caras de los apresurados hombres de negocios eran a la vez fuentes y volcanes; cuando, maleta en mano, abierto el chaleco, la corbata deshecha, vi a los diligentes neoyorquinos corriendo de aquí para allá, ora comprando, ora vendiendo, sudando, trabajando, medrando; cuando noté que nadie permanecía estacionado en las esquinas, ninguna puerta se mantenía cerrada un momento, ningún hombre estaba quieto, me detuve, miré respetuosamente a este pueblo, y dije adiós para siempre a aquella perezosa vida y poética inutilidad de nuestros países europeos. Recordaba una sentencia de un antiguo español, un robusto paisano, padre de treinta y seis hijos: «Sólo los que cavan su pan, tienen derecho a comerlo; y cuanto más profundamente lo caven, más blanco lo comerán». ¿Pero esta actividad se dedica en la misma medida al desenvolvimiento de esas altas y nobles ansiedades del alma, que no pueden ser olvidadas por un pueblo que necesita salvarse de inevitable ruina, y estrepitoso y definitivo desmoronamiento? Y si llegaran los días de pobreza, ¿qué riqueza, sino la de la fuerza del espíritu y el consuelo intelectual, ayudará a este pueblo en su colosal infortunio? El poder material, como el de Cartago, si crece rápidamente, rápidamente declina. Si este amor de riqueza no está moderado y dignificado por el ardiente amor de los placeres intelectuales



tuales-, si la benevolencia hacia los hombres, la pasión por cuanto es grande, la devoción por todo lo que signifique sacrificio y gloria, no alcanza desenvolvimiento parejo al de la fervorosa y absorbente pasión del dinero, ¿adónde irán? ¿dónde encontrarán suficiente razón para excusar esta difícil carga de vida, y sentir alivio a su aflicción? La vida necesita raíces permanentes: la vida es desagradable sin los consuelos de la inteligencia, los placeres del arte y la íntima recompensa que la bondad del alma y los primores del gusto nos proporcionan.

Estoy hondamente reconocido a este país, donde los que carecen de amigos encuentran siempre uno, y los que buscan honestamente trabajo encuentran siempre una mano generosa. Una buena idea siempre halla aquí terreno propicio, benigno, agradecido. Hay que ser inteligente; eso es todo. Dese algo útil y se tendrá todo lo que se quiera. Las puertas están cerradas para los torpes y perezosos; la vida está asegurada para los fieles a la ley del trabajo. Cuando era muchacho, leía con admiración -nacido como soy en un país donde no hay campo para la actividad individual- una serie de biografías de los llamados aquí con magnífica simplicidad *self-made men*. No había transcurrido aún mi infancia cuando admiré de nuevo, en Honduras Británica, una rica familia sureña, traída por el infortunio a penosa estrechez,-que levantaba con sus propias manos, en el espeso seno de la selva, una limpia, elegante, próspera hacienda azucarera. El padre, antiguo gobernador de un poderoso Estado, era el ingeniero; la madre encantadora, sencillamente vestida, con una perpetua sonrisa en los labios -la sonrisa de los suficientemente valerosos para soportar los sufrimientos humanos, era la más diestra ama de casa que jamás haya visto. Tortas calientes, pasteles deliciosos, leche fresca, jalea, estaban siempre a la mano. Cuando, iluminado el noble rostro por la más pura mirada, el ondulado cabello de plata cuidadosamente peinado, se acercó a mí con una bandeja llena de exquisitos platos en las arrugadas manos, los más dulces sentimientos llenaron mi corazón, y lágrimas de alegría acudieron a mis ojos. Los hijos ayudaban al padre en toda clase de labores: labraban la tierra, cortaban la caña, quemaban las maderas, construían un nuevo «dulce hogar»,-y tan sencillamente vestidos como los pobres campesinos de aquella selva lejana,-por las mañanas temprano, cantando alegremente, conducían los bueyes a las labores más duras de la hacienda. Y eran jóvenes elegantes, gentiles, instruidos. Estudiaré al más original de los pueblos a partir de sus orígenes: la escuela; de su desenvolvimiento: la familia; de sus placeres: el teatro, los clubes, la Calle Catorce, las reuniones familiares, grandes o pequeñas. Caminaré por la elegante Quinta Avenida en un domingo radiante hasta llegar a la iglesia repleta para escuchar al predicador -palabra de paz- hablar sobre política, o sobre el campo de batalla. Veré muchos desatinos, muchas hazañas; verá a los políticos, que son los que salvan al país, aunque podrían -sin esfuerzo alguno- retornar a los días del militarismo arrogante, de la violación de la voluntad del pueblo, de la corrupción de la moralidad política; observaré los rostros bene-

volentes de los hombres, los rostros desafiante de las mujeres, las fantasías más caprichosas y menos recomendables, toda la grandeza de la libertad y todas las miserias de los prejuicios; aquí, una poderosa originalidad, allá la vulgar imitación de las extravagancias trasatlánticas. Libertad en la política, en las costumbres, en las iniciativas; esclavitud humilde en los gustos. Los franceses pronuncian la palabra sagrada; lo que se busca es grandes nombres, no grandes obras. Como no existe una opinión determinada con respecto al arte, lo más llamativo es lo que más gusta. No existe gusto por la dulce belleza de Helena o de Galatea —todo el gusto está dedicado a las imperfectas obras antiguas de China y de Japón. Si los poseedores de estos bibelots hubiesen tenido un propósito científico, entonces serían objeto de alabanzas. Pero es sólo por el placer censurable de la indiscreción de poseer objetos extranjeros obtenidos por el pago de un elevado precio.

¿Qué más puedo decir a la primera mirada? Guardo todas mis impresiones vívidamente despiertas. El tropel de Broadway; la quietud de las noches; el carácter de los hombres; el más curioso y digno de destacar de las mujeres, la vida del hotel, que nunca será comprendida por nosotros; aquella joven, más fuerte física y mentalmente que el joven que la corteja, aquel anciano caballero, lleno de prudencia y capacidad que escribe en un sobrio lenguaje para un ciento de periódicos; esta vida enfebrecida; este asombroso movimiento; este espléndido pueblo enfermo, de un lado maravillosamente extendido, del otro —el de los placeres intelectuales— pueril y pobre; este colosal gigante candoroso y crédulo; estas mujeres, demasiado ricamente vestidas para ser felices; estos hombres demasiado entregados a los asuntos de bolsillo, con notable dejación de los asuntos espirituales, todo viene al mismo tiempo a mis labios y comienza a organizarse en este relato de mis impresiones.

Medida y número; éstos son aquí los elementos de la grandeza. Sin embargo, nada se descuida por completo. Si la gente común va en aumento cada día por una sedienta población extranjera, que no hay que confundir con el verdadero pueblo americano, muestra aquella ansiedad por el dinero y lucha terriblemente en este sentido, el verdadero americano resguarda del vulgar asedio de la inmigración, que trae en vigor y posibilidades de riqueza, lo que le falta de elevación intelectual y profundidad moral, la grandeza nacional, los derechos constitucionales, los antiguos y honorables apellidos. En las columnas de un periódico, en las páginas de un *magazine*, en la charla familiar, los más puros sentimientos, nobles aspiraciones y generosas ideas luchan bravamente por el rápido progreso del país, en el sentido del desenvolvimiento moral.

Se alcanzará. No se ha logrado aún porque muchos extranjeros traen sus odios, sus heridas, sus úlceras morales. ¡Qué terrible enemigo para el logro de la virtud es la desesperada necesidad de dinero! ¡Qué grande ha de ser una nación, para conducir por vía tranquila, esas bandadas de lobos hambrientos y sedientos, esas

excrecencias de países viejos y pobres, feroces e inútiles allá,—y aquí, bajo el influjo del trabajo, buenas, cordiales y mansas!

Y, para la *mot de la fin*, permítaseme contar lo que me sucedió hace una semana, viniendo desde Cape May, un balneario encantador, hacia Filadelfia. Cerca de la estación, el tren descarriló, yéndose de lado el carro en que iba. El accidente no tuvo mayores consecuencias; pero el momento fue solemne, forzados todos, por la sacudida y tirón del carro, a abandonar violentamente los asientos. Las mujeres palidecieron mortalmente. Los hombres, en busca de su propia salvación, olvidaban a las mujeres. Me vino a la idea lo que debía ocurrir a un hombre en tal caso, y, en el mismo instante, vi rodar por el suelo a una pobre señora de ochenta años. Corrí hacia ella ofreciéndole las manos. La anciana señora, muy elegante por cierto, no obstante su gran carga de años, me miró agradecidamente, tendiendo sus manos hacia mí; pero, al tocar las puntas de mis dedos con los suyos, me dijo, con expresivos y asustados visajes:

¡Por las manos, no! ¡Váyase! ¡Váyase!

¿Sería una vieja puritana?

*The Hour*, Nueva York, 10 de julio de 1880

# IMPRESSIONS OF AMERICA (BY A VERY FRESH SPANIARD)

## II

Let us begin this time by a curious confession. This is the only country, of all those I have visited, where I have remained a week without becoming particularly devoted and deeply attached to some woman. Even in Southampton. Where in a brilliant half an hour, I saw a sweet girl, we loved ourselves, and we bid good-bye for ever; even while crossing a magnificent country, the Atlantic coast of Guatemala, where—like a Crown Venus, emerging from the spring of a clear river—a supple, slender but voluptuous Indian woman, showed herself to the thirsty traveler with all the majestic power of a new kind of impressive and suggestive beauty, I loved and was beloved. Everywhere, a woman's soul has come to bless and sweeten my exhausted life.

But I have not found in New York my two lovely eyes! That is a curious case, because I feel rapidly beauty of the body or the soul, and I pay both sudden and fervently vehement admiration. I attach myself most vigorously to a clear mind, a generous heart, a deep and tender eye. I have spent many a sunny afternoon between Fourteenth and 23rd Street; I have visited, I have talked, I have dined with American women. I have been acquainted with serious ladies, with most gay young ladies; they have translated my verses; they have decorated the button-hole of my evening dress; they even have, in a noisy cordial party, crowned me with a bonbonnière, representing a chicken's head. But I am still as an inconsolable widow, awaiting the first powerful emotion. Education and politeness, although not of kind we like in Europe, is quite common here; beauty is the general endowment; culture is spreading, but French tastes invade and penetrate the elegant world. But where are the chaste abandon, the savory languor, the Haydée-like looks, the tender sweetness and gentle grace of our Southern women?

Man here is both strong-minded and strong-bodied; if he usually drowns in the stormy business tide, the intellectual and refined pleasures which charm us and occupy us in old romantic Europe,—he remains kind, because he is prosperous; he has the strength of gladness; he gains it by his vigorous efforts, he has



an athletic development secured by his continual work in the red-hot forge of life. But why should women look so manly? Their fast going up and down stairs, up and down the streets, the resolute, well-defined object of all their too virile existence, deprive them of the calm beauty, the antique grace, the exquisite sensitiveness which make of women those superior beings—of whom Calderon said that they were «a brief world.»

A friend of mine told me once, while we were paying a visit to an always-smiling, always-talking, never-resting «Andalouse» lady, «If your tired veins need a new, powerful blood, and you want to see a land less obstructed by the ruins of feudal castles, old heavy churches, go to that marvelous land, America. But if you want, as I want, a woman's smile to live upon, take with you this gentlewoman—there women never smile!»

The great heart of America cannot be judged by the distorted, morbid passion, ardent desires and anguishes of New York life. In this turbulent stream, natural currents of life cannot appear. All is darkened, unhinged, dusty; virtues and vices cannot be at a first glance properly analyzed. They run away tumultuously mingled. Prejudice, vanity, ambition, every poison of the soul, effaces or stains the American nature. It is necessary to look for it—not in the crowded street, but in the sweet home quietness; not in the convulsive life of the city, but in the open-hearted existence of the country.

Young women in America are remarkable by their excessive gaiety or excessive seriousness. Their control over themselves, their surety of being respected, their calculated coldness, their contempt of passions, their dry, practical notions of life, give them a singular boldness and a very peculiar frankness in their relations with men. What I have seen and heard is, indeed, painfully suggestive. The love of riches moves and generally guides feminine actions in this country. American women seem to have only one necessary thought when they see a new man: «How much is that man worth?» Such thoughts deform and harden the most handsome faces, made by the Almighty to be the consolation of misfortune, the home of grace, tenderness, nobleness.

A conversation I have heard, sharp and cold as the end of a weapon, deserves to be remembered. God has never intended the young woman to speak in such a way. It was in a literary party. Arrogant New York ladies cruelly sneered at a Western wealthy family, whose recent prosperity and humble beginnings were denounced by the heavy luxury of the dresses, the striking colors of the silks and a certain provincial candor which inexperienced parvenus bring always to their first excursions into society. But mockery of this kind is especially unreasonable in this country, where nobody has a right to disdain the modest cradle of others, all being born in a similar poor cradle. The New Yorkers who now mock at the showy, vulgar, amusing Western family, must not forget that the same natural pride and social inexperience marked undoubtedly the first business triumphs and prosperous years of their equally modest ancestors.

A plough or an engine are, gloriously indeed, the only blazons of American families. No gold fields, no plumed helmet, no fierce dragon in their «coat of arms». Hard work and self-made prosperity are their only armorial ensigns. Sons of toil, they ought to be all brothers. And old rich man must not sneer at a new rich man, for they came, in one or two degrees, from the same mother—poverty; from the same father—work. An old plough has no reason for disdaining a new one; the time that distances the one from the other is not a reason for mockery. For my own part, I like better the man who has just used the plough than another who has forgotten the manner of using it.

*The Hour*, Nueva York, 21 de agosto de 1880

# IMPRESIONES DE AMÉRICA (POR UN ESPAÑOL MUY FRESCO)

## II (Traducción)

Empecemos esta vez por una curiosa confesión. Este es el único país, de todos los que he visitado, donde he permanecido una semana sin sentirme especialmente atraído y profundamente prendado de alguna mujer. Hasta en Southampton, durante una luminosa media hora, vi una dulce muchacha, nos quisimos, y nos dijimos adiós para siempre; hasta que cruzando una magnífica tierra, la costa atlántica de Guatemala, donde —como una Venus coronada, saliendo de la *frente* de el *manantial* de el *veneno* de un río cristalino— una flexible, esbelta, pero voluptuosa mujer india, se mostraba al viajero sediento en todo el encanto majestuoso de una nueva clase de impresionante y sugestiva belleza, amé y fui amado. En todas partes, un alma de mujer ha venido a bendecir y endulzar mi vida exhausta.

¡Pero no he hallado en Nueva York mis dos ojos hermosos! Eso es una cosa rara, porque yo percibo rápidamente la belleza del cuerpo o del alma, y les rindo a ambas repentina y vehemente admiración. Me prendo muy vigorosamente de una mente clara, de un generoso corazón, de ojos de honda y tierna mirada. He pasado muchas tardes radiantes de sol entre las calles Catorce y Veintitrés; he visitado, he conversado, he comido con mujeres americanas. He conocido damas serias, jóvenes muy alegres; ellas han traducido mis versos; ellas han adornado el ojal de mi traje de etiqueta; hasta en una bulliciosa fiesta cordial, me coronaron con una bombonera, en forma de cabeza de pollo. Pero todavía estoy como un viudo inconsolable, en espera de la primera fuerte emoción. Educación y cortesía, aunque no de la clase que gustamos en Europa, es bastante común aquí; la belleza es un dote generalizado; la cultura se está extendiendo, pero los gustos franceses invaden y penetran el mundo elegante. ¿Pero dónde está la casta franqueza, la sabrosa languidez, las cariñosas miradas, la tierna dulzura y la suave gracia de nuestras mujeres del sur?

El hombre aquí es fuerte tanto de mente como de cuerpo: y aunque generalmente se ahogan en la tempestuosa marea de los negocios los placeres intelec-

tuales y refinados que nos encantan y nos ocupan en la vieja Europa romántica, el hombre se conserva bueno, porque está próspero; tiene la fuerza de la alegría; la gana por sus esfuerzos vigorosos; posee un desarrollo atlético obtenido por el trabajo constante en la fragua candente de la vida. ¿Pero por qué han de verse las mujeres tan varoniles? Su rápido andar al subir y bajar las escaleras, en el trajín callejero, el gesto resuelto y bien definido en todos sus actos, su presencia demasiado viril, las despoja de la belleza serena, de la antigua gracia, de la exquisita sensibilidad que convierte a las mujeres en aquellos seres superiores –de los cuales dijo Calderón que eran «un pequeño mundo».

Un amigo mío me dijo una vez, mientras estábamos haciéndole una visita a una siempre sonriente, siempre conversadora, nunca ociosa, dama andaluza: «Sí tus cansadas venas necesitan una nueva poderosa sangre, y deseas ver una tierra menos obstruida por las ruinas de castillos feudales, por pesadas iglesias antiguas, ve a aquella tierra maravillosa llamada América. Pero si tú quieres, como yo quiero, una sonrisa de mujer para poder vivir, lleva contigo a esta señora –¡allá las mujeres nunca sonríen!».

El gran corazón de América no puede ser juzgado por la vida desdibujada, la pasión morbosa, los deseos ardientes y angustiosos de la vida neoyorquina. En esta marejada turbulenta, no aparecen las corrientes naturales de la vida. Todo está oscurecido, desarticulado, polvoriento; no se pueden analizar a primera vista las virtudes y los vicios. Se esfuman tumultuosamente mezclados. Los prejuicios, la vanidad, la ambición, todos los venenos del alma, borran o manchan la naturaleza americana. Es necesario buscarla –no en la calle abarrotada, sino en la tranquilidad del dulce hogar; no en la vida convulsa de la ciudad, sino en la existencia de abierto corazón en el campo.

Las jóvenes norteamericanas son notables por su alegría o su seriedad excesiva. El dominio de sí mismas, la seguridad de ser respetadas, su frialdad estudiada, su desdén por las pasiones, sus secas y prácticas nociones de la vida, les dan un extraño atrevimiento y una franqueza muy peculiar en su trato con los hombres. Lo que yo he visto y he oído, es verdaderamente bien penoso. El amor a la riqueza mueve y generalmente inspira los actos de las mujeres en este país. Las mujeres americanas parecen sólo tener un pensamiento fijo cuando conocen a un hombre: «¿Cuánto tiene ese hombre?». Semejantes pensamientos desfiguran y endurecen las caras más hermosas hechas por el Todopoderoso para bálsamo del infortunio, y seno de gracia, ternura y nobleza.

Una conversación que oí, cortante y fría como la punta de un arma blanca, merece ser recordada. Dios nunca pensó que una joven debía hablar de ese modo. Fue en una reunión literaria. Arrogantes damas de Nueva York se mofaron cruelmente de una opulenta familia del Oeste, que revelaba su reciente prosperidad y humildes comienzos en el exagerado lujo de sus vestidos, los colores llamativos de sus sedas y ese candor provincial que los inexpertos *parvenus* siempre pre-



sentan en sus primeras salidas en sociedad. Pero tales burlas son especialmente irrazonables en este país, donde nadie tiene el derecho de desdeñar la modesta cuna de los demás, habiendo todos nacido en cunas parecidas. Los habitantes de Nueva York, que se mofan ahora de la ostentosa, vulgar, divertida familia del Oeste, no deben olvidar que el mismo natural orgullo e inexperiencia social, indudablemente señalaron los primeros éxitos comerciales y los años prósperos de sus igualmente modestos antepasados.

Un arado o una locomotora son, con verdadera gloria, los únicos blasones de las familias americanas. Ni campos de oro, ni cascos penachudos, ni feroces dragones caben en sus escudos de armas. Duras faenas y prosperidad por el propio esfuerzo son los únicos adornos de sus armas. Hijos del trabajo, todos debían ser hermanos. Un viejo rico no debe mofarse de un nuevo rico, porque todos vinieron, en uno o dos grados, de la misma madre—de la pobreza; del mismo padre—el trabajo. Un arado viejo no tiene razón de desdeñar a uno nuevo: el tiempo que separa al uno del otro no es motivo para burlas. Por mi parte, a mí me agrada más el hombre que acaba de usar el arado que otro que se ha olvidado de la manera de usarlo.

*The Hour*, Nueva York, 21 de agosto de 1880

# IMPRESSIONS OF AMERICA (BY A VERY FRESH SPANIARD)

## III

We read in Europe many wonderful statements about this country. The splendor of life, the abundance of money, the violent struggles for its possession, the golden currents, that dazzle and blind the vulgar people, the excellencies of instruction, the habit of working, the vision of that new country arising above the ruins of old nations, excite the attention of thoughtful men, who are anxiously looking for the definitive settlement of all the destructive forces that began during the last century to lay the foundations of a new era of mankind. This could be, and ought to be, the transcendental significance of the United States. But have the States the elements they are supposed to have? Can they do what they are expected to do? Do they impose their own character, or do they suffer the imposition of the character of others? Is America going to Europe or Europe coming to America? Error, both in politics and religion, has been worshipped in the Old World. Truth, liberty and dignity are supposed to have reached, at last, a sure hearth in the New World. We must ask for a response to these secrets of the home life from the benches of the schoolrooms, the daily newspaper and conversation in society. Eloquent answers to all mystifications strike the observer as he goes through the streets. We must ask women for the natural end of their unextinguishable thirst for pleasure and amusement. We must ask them if a being so exclusively devoted to the possession of silk dresses, dazzling diamonds and all kinds of costly fancies could afterwards carry into their homes those solid virtues, those sweet feelings, that kind resignation, that evangelic power of consolation which can only keep up a hearth shaken by misfortune, and inspire children with contempt for regular pleasures and the love of internal satisfactions that make men happy and strong, as they did Ismael, against the days of poverty. We must ask a boy of fourteen what he knows and what he is taught. We must observe in the newspapers what they place before the public—news or ideas. We must look at what people read, what they applaud, and what they love. And, as these problems cannot be answered in a page, or unders-

tood and remembered by a new-comer, I have taken here and there some memoranda. Here, from my notebook, are some:

«What do I see? A girl seven years old goes to school. She talks with unusual care to other girls; this miniature of a woman has all the selfcontrol of a married woman; she looks and smiles at me as if she could know all the mysteries of mankind. Her ears are adorned with heavy earrings; her little fingers with rings. Where can this wonderful volubility come from? What will this little girl, so fond of jewelry at seven years, do for it at sixteen? Slavery would be better than this kind of liberty; ignorance would be better than this dangerous science.»

«I went down town by the elevated railroad. As I traveled by this perilous but seductive way, I lost all hope of understanding Americans when I heard the name of a street, "Chamber Street!" always pronounced in an indistinct way by the conductors. Is it Cham, Chem, Chamber or Chember? Is it Houston, House or Hous? Is it Franklin, Frank or Frenk? It is curious to observe that I can always understand an Englishman when he speaks to me; but among the Americans a word is a whisper; a sentence is an electric commotion. And if somebody asks me how can I know if a language that I so badly write, is badly spoken, I will tell frankly that it is very frequent that critics speak about what they absolutely ignore. There is, among the Americans, an excellent writer, the humorist Mark Twain— and has he not presented the gifted king of Bavaria, a poet, an enthusiast, a knight of old times, as a savage who obliged the singers of his theatre to play the same opera twice in a night, under the most terrible rain that could fall over the poor Bavarians? He astonishes himself with the mastodontic composition of German words. All conversation is here in a single word: no breathe, no pause; not a distinct sound. We see that we are in the land of railroads. «That's all»—«didn't»—«won't»—«ain't»—«indeed»—«Nice weather»—«Very pleasant»— «Coney Island»—«Excursion». That is all that I can seize, when I listen with anxious attention, to the average American. When I listened to men and women of culture I have been able to appreciate how the correctness of Addison can be mingled with the acuteness of Swift, and the strength of Carlyle with the charming melody of Longfellow.

«Among women, as their usual kindness inclines them to soften the asperity of their language, in order to be easily understood by the foreigner, the English tongue appears exceptionally harmonious. Everything could be pardoned to these indefatigable talkers, if they would speak in such a way, in order to employ the time that seems to be always short for them; but if—by a marvel—you can fathom the sense of those whirling words, you will remark that a vulgar subject is, commonly, too extensively developed.»

«I love silence and quietness. Poor Chatterton was right when he desperately longed for the delights of solitude. The pleasures of cities begin for me when the motives which make pleasures for others are fading away. The true day for my

soul dawns in the midst of the night. As I took yesterday evening my usual nocturne walk, many pitiful sights made a painful impression upon me. One old man, dressed in that style which reveals at the same time that good fortune we have had and the bad times that begin for us, steps silently under a street-lamp. His eyes, fixed upon the passers by, were full of tears; his hand held a poor handkerchief. He could not articulate a single word. His sighs, not his words, begged for assistance. A little farther on, in Fourteenth Street, a periodic sound, as a distant lamentation sprang from the shadow. A poor woman knelt on the sidewalk, as if looking for her grave, or for strength to lift on her shoulders the hoarse organ whose crank her dying hand was turning. I passed through Madison Square, and I saw a hundred robust men, evidently suffering from the pangs of misery. They moved painfully, as if they wished to blot out of their minds their sorrowful thoughts—and were all lying down on the grass or seated on the benches, shoeless, foodless, concealing their anguish under their dilapidated hats.»

*The Hour*, Nueva York, 23 de octubre de 1880



# IMPRESIONES DE AMÉRICA

## (POR UN ESPAÑOL MUY FRESCO)

### III

#### (Traducción)

En Europa leemos muchas afirmaciones maravillosas sobre este país. El esplendor de la vida, la abundancia de dinero, las luchas violentas por obtenerlo, las corrientes áureas que deslumbran y ciegan a la gente vulgar, las excelencias de la instrucción, el hábito de trabajar, la visión de este nuevo país levantándose sobre las ruinas de las viejas naciones despiertan la atención de los hombres pensadores, que buscan ansiosamente una eliminación definitiva de todas las fuerzas destructivas que comenzaron, durante el siglo pasado, a poner los cimientos para una nueva era de la humanidad. Esto pudiera ser, y debe ser, la significación trascendental de los Estados Unidos. ¿Pero tienen los Estados Unidos los elementos que se supone que poseen? ¿Imponen ellos su propio carácter, o aceptan ellos la imposición del carácter de otros? ¿Va América hacia Europa o viene Europa hacia América? El error, tanto en la política como en la religión, se ha adorado en el Viejo Mundo. Se supone que la verdad, la libertad y la dignidad han alcanzado, al fin, un hogar seguro en el Nuevo Mundo. Debemos pedir una respuesta a estos secretos de la vida hogareña, desde los bancos de las escuelas, del periódico diario y de las conversaciones en sociedad. El observador encuentra contestaciones elocuentes a todas estas mistificaciones mientras va por las calles. Debemos preguntarles a las mujeres cuál es el fin natural de su sed inextinguible por el placer y la distracción. Debemos preguntarles si un ser tan exclusivamente dedicado a la posesión de vestidos de seda, de diamantes resplandecientes y de toda clase de caprichos costosos, puede luego llevar a su hogar esas sólidas virtudes, esos dulces sentimientos, la bondadosa resignación, aquel evangélico poder de consuelo que sólo puede conservar en alto un hogar sacudido por la desventura, e inspirar a los hijos el desprecio de los placeres naturales y el amor por las satisfacciones internas que hacen a los hombres felices y fuertes, como hicieron a Ismael, para afrontar los días de pobreza. Debemos preguntarle a un muchacho de catorce años lo que sabe y lo que se le enseña. Debemos observar en los periódicos lo que ofrecen al público —noticias o ideas. Debemos fijarnos en lo que lee la gente,

lo que aplaude y lo que ama. Y, como estos problemas no pueden ser contestados en una página o ser comprendidos o recordados por un recién llegado, he tomado algunas notas aquí y allá. He aquí, de mi libro de apuntes, algunas.

«¿Qué veo? Una niña de siete años va a la escuela. Habla con cuidado inusitado con otras niñas; esta miniatura de mujer tiene tanto dominio de sí misma como una mujer casada: me mira y sonríe como si pudiese conocer todos los misterios de la humanidad. Sus orejas están adornadas de pesados aretes; sus pequeños dedos, de sortijas. ¿De dónde proviene esta maravillosa volubilidad? ¿Qué hará esta pequeña niña, tan aficionada a la pedrería a los siete años, por obtenerla cuando tenga dieciséis? La esclavitud sería mejor que esta clase de libertad; la ignorancia mejor que esta ciencia peligrosa.»

«Fui a la parte baja de la ciudad en el tren elevado. Mientras viajaba por este medio peligroso pero seductor perdí toda esperanza de entender a los americanos, cuando oí el nombre de la calle, "iChamber Street!" siempre pronunciado de una manera distinta por los conductores. ¿Es Cham, Chem, Chamber o Chamber? ¿Es Houston, House o Hous? ¿Es Franklin, Frank o Frenk? Es curioso observar que siempre puedo entender a un inglés cuando me habla; pero entre los americanos una palabra es un susurro; una frase, una conmoción eléctrica. Y si alguien me pregunta cómo puedo saber si un idioma que escribo tan mal, se habla mal, le diré francamente que es muy frecuente que los críticos hablen de lo que desconocen por completo. Entre los americanos hay un escritor excelente, el humorista Mark Twain —¿y no ha presentado él al talentoso rey de Baviera, un poeta, un entusiasta, un caballero de los tiempos antiguos, como un salvaje que obligaba a los cantores de su teatro a representar la misma ópera dos veces en una misma noche, y bajo la lluvia más terrible que pudiese caer sobre los pobres bávaros? El se asombra de la composición mastodóntica de las palabras alemanas. Aquí toda conversación es en una sola palabra: no hay respiro, no hay pausa; no hay sonido preciso. Se ve que estamos en la tierra de los ferrocarriles. "That's all"—"didn't"—"won't"—"ain't"—"indeed"—"Nice weather"—"Very pleasant"—"Coney Island"—"Excursion". Esto es lo único que puedo alcanzar cuando escucho, con atención ansiosa, al americano corriente. Cuando he escuchado a hombres y mujeres de cultura, he podido apreciar cómo la corrección de Addison puede mezclarse con la agudeza de Swift, y el vigor de Carlyle con la melodía encantadora de Longfellow.»

«Entre mujeres, como su bondad usual las inclina a suavizar la aspereza de su idioma, a fin de poder ser más fácilmente entendido por el extranjero, la lengua inglesa aparece excepcionalmente armoniosa. Todo se les podría perdonar a estos conversadores incansables si hablasen de esa manera, que utilizaran el tiempo que siempre parece que les falta: pero si por una maravilla se llega a comprender el sentido de esas palabras vertiginosas, se observará que generalmente un asunto vulgar se desarrolla demasiado extensamente.»

«Amo el silencio y la quietud. El pobre Chatterton tenía razón cuando añoraba desesperadamente las delicias de la soledad. Los placeres de las ciudades comienzan para mí cuando los motivos que les producen placer a los demás se van desvaneciendo. El verdadero día para mi alma amanece en medio de la noche. Mientras hacía anoche mi paseo nocturno usual muchas escenas lastimosas me causaron impresión penosa. Un anciano vestido en aquel estilo que revela al propio tiempo la buena fortuna que hemos tenido y los tiempos malos que comienzan para nosotros, se pasea silenciosamente debajo de un farol callejero. Sus ojos, fijos sobre las personas que pasaban, estaban cuajados de lágrimas; tenía en la mano un mísero pañuelo. No podía articular una sola palabra. Sus suspiros, no sus palabras, imploraban auxilio. Un poco más allá, en la calle Catorce un sonido periódico, como un lamento distante, se levantaba desde la sombra. Una pobre mujer estaba arrodillada sobre la acera, como si buscara su tumba, o fuerzas para levantar sus hombros del órgano ronco, cuya manigueta era movida por su mano desfallecida. Pasé por Madison Square, y vi a cien hombres robustos padeciendo evidentemente las angustias de la miseria. Se movían penosamente, como si desearan borrar de su mente sus pensamientos dolorosos —y todos se encontraban tirados sobre la yerba o sentados en los bancos, descalzos, hambrientos, ocultando su angustia bajo sus sombreros raídos.»

*The Hour*, Nueva York, 23 de octubre de 1880

---

## APÉNDICE II







## LA VERDAD SOBRE LOS ESTADOS UNIDOS\*

Es preciso que se sepa en nuestra América la verdad de los Estados Unidos. Ni se debe exagerar sus faltas de propósito, por el prurito de negarles toda virtud, ni se ha de esconder sus faltas, o pregonarlas como virtudes. No hay razas: no hay más que modificaciones diversas del hombre, en los detalles de hábito y forma que no les cambian lo idéntico y esencial, según las condiciones de clima e historia en que viva. Es de hombres de prólogo y superficie –que no hayan hundido los brazos en las entrañas humanas, que no vean desde la altura imparcial hervir en igual horno las naciones, que en el huevo y tejido de todas ellas no hallen el mismo permanente duelo del desinterés constructor y el odio inicuoc,–el entretenimiento de hallar variedad sustancial entre el egoísta sajón y el egoísta latino, el sajón generoso o el latino generoso, el latino burómano o el burómano sajón: de virtudes y defectos son capaces por igual latinos y sajones. Lo que varía es la consecuencia peculiar de la distinta agrupación histórica: en un pueblo de ingleses, y holandeses y alemanes afines, cualesquiera que sean los disturbios, mortales tal vez, que le acarree el divorcio original del señorío, y la llaneza que a un tiempo lo fundaron, y la hostilidad inevitable, y en la especie humana indígena, de la codicia y vanidad que crean las aristocracias contra el derecho y la abnegación que se les revelan, no puede producirse la confusión de hábitos políticos, y la revuelta hornalla, de los pueblos en que la necesidad del conquistador dejó viva la población natural, espantada y diversa, a que aún cierra el paso con parricida ceguedad la casta privilegiada que engendró en ella el europeo. Una nación de mocetones del Norte, hechos de siglos atrás al mar y a la nieve, y a la hombría favorecida por la perenne defensa de las libertades locales, no puede ser como una isla del trópico, fácil y son-

---

\* Este artículo es el último examen aparecido acerca de la sociedad estadounidense publicado por Martí justamente cuando se hallaba inmerso en los preparativos de la guerra para la independencia de Cuba.

riente, donde trabajan por su ajuste, bajo un gobierno que es como piratería política, la excrecencia famélica de un pueblo europeo, soldadesco y retrasado, los descendientes de esta tribu áspera e inculta, divididos por el odio de la docilidad acomodaticia a la virtud rebelde, y los africanos pujantes y sencillos, o envilecidos y rencorosos, que de una espantable esclavitud y una sublime guerra han entrado a la concidadanía con los que los compraron y los vendieron, y, gracias a los muertos de la guerra sublime, saludan hoy como a igual al que hacían ayer bailar a latigazos. En lo que se ha de ver si sajones y latinos son distintos, y en lo que únicamente se les puede comparar, es en aquello en que se les hayan rodeado condiciones comunes: y es un hecho que en los Estados del Sur de la Unión Americana, donde hubo esclavos negros, el carácter dominante es tan soberbio, tan perezoso, tan inclemente, tan desvalido, como pudiera ser, en consecuencia de la esclavitud, el de los hijos de Cuba. Es de supina ignorancia, y de ligereza infantil y punible, hablar de los Estados Unidos, y de las conquistas reales o aparentes de una comarca suya o grupo de ellas, como de una nación total e igual, de libertad unánime y de conquistas definitivas: semejantes Estados Unidos son una ilusión, o una superchería. De las covachas de Dakota, y la nación que por allá va alzándose, bárbara y viril, hay todo un mundo a las ciudades del Este, arrellanadas, privilegiadas, encastadas, sensuales, injustas. Hay un mundo, con sus casas de cantería y libertad señorial, del Norte de Schenectady a la estación zancuda y lúgubre del Sur de Petersburg,—del pueblo limpio e interesado del Norte, a la tienda de holgazanes, sentados en el coro de barriles, de los pueblos coléricos, paupérrimos, descascarados, agrios, grises, del Sur. Lo que ha de observar el hombre honrado es, precisamente, que no sólo no han podido fundirse, en tres siglos de vida común, o uno de ocupación política, los elementos de origen y tendencia diversos con que se crearon los Estados Unidos, sino que la comunidad forzosa exacerba y acentúa sus diferencias primarias, y convierte la federación innatural en un estado, áspero, de violenta conquista. Es de gente menor, y de la envidia incapaz y roedora, el picar puntos a la grandeza patente, y negarla en redondo, por uno u otro lunar, o empinársele de agorero, como quien quita una mota al sol. Pero no augura, sino certifica, el que observaba cómo en los Estados Unidos, en vez de apretarse las causas de unión, se aflojan; en vez de resolverse los problemas de la humanidad, se reproducen; en vez de amalgamarse en la política nacional las localidades, la dividen y la enconan; en vez de robustecerse la democracia, y salvarse del odio y miseria de las monarquías, se corrompe y aminora la democracia, y renacen, amenazantes, el odio y la miseria. Y no cumple con su deber quien lo calla, sino quien lo dice. Ni con el deber de hombre cumple, de conocer la verdad y esparcirla; ni con el deber de buen americano, que sólo ve seguras la gloria y la paz del continente en el desarrollo franco y libre de sus distintas entidades naturales; ni con su deber de hijo de nuestra América, para que por ignorancia, o deslumbramiento, o im-

paciencia, no caigan los pueblos de casta española, al consejo de la toga remilgada y el interés asustadizo, en la servidumbre inmoral y enervante de una civilización dañada y ajena. Es preciso que se sepa en nuestra América la verdad de los Estados Unidos.

Lo malo se ha de aborrecer, aunque sea nuestro;—y aun cuando no lo sea. Lo bueno no se ha de desamar, sólo porque no sea nuestro. Pero es aspiración irracional y nula, cobarde aspiración de gente segundona e ineficaz, la de llegar a la firmeza de un pueblo extraño por vías distintas de las que llevaron a la seguridad y al orden al pueblo envidiado:—por el esfuerzo propio, y por la adaptación de la libertad humana a las formas requeridas por la constitución peculiar del país. En unos es el excesivo amor al Norte la expresión, explicable e imprudente, de un deseo de progreso tan vivaz y fogoso que no ve que las ideas, como los árboles, han de venir de larga raíz, y ser de suelo afín, para que prendan y prosperen, y que al recién nacido no se le da la razón de la madurez porque se le cuelguen al rostro blando los bigotes y patillas de la edad mayor: monstruos se crean así, y no pueblos: hay que vivir de sí, y sudar la calentura. En otros, la yanquimanía es inocente fruto de uno u otro saltito de placer, como quien juzga de las entrañas de una casa, y de las almas que en ella rugen o fallecen, por la sonrisa y lujo del salón de recibir, o por la champaña y el clavel de la mesa del convite:—padézcase; carézcase; trabájese; ámese, y, en vano; estúdiense, con el valor y libertad de sí; vélese, con los pobres; llórese, con los miserables; ódiense, la brutalidad de la riqueza; vívase, en el palacio y en la ciudadela, en el salón de la escuela y en los zaguanes, en el palco del teatro, de jaspes y oro, y en los bastidores, fríos y desnudos: y así se podrá opinar, con asomos de razón, sobre la república autoritaria y codiciosa, y la sensualidad creciente, de los Estados Unidos. En otros, póstumos enclenques del dandismo literario del Segundo Imperio, o escépticos postizos bajo cuya máscara de indiferencia suele latir un corazón de oro, la moda es el desdén,—y más, de lo nativo; y no les parece que haya elegancia mayor que la de beberle al extranjero los pantalones y las ideas, e ir por el mundo erguidos, como en el faldero acariciando el pompón de la cola. En otros es como sutil aristocracia, con la que, amando en público lo rubio como propio y natural, intentan encubrir el origen que tienen por mestizo y humilde, sin ver que fue siempre entre hombres señal de bastardía el andar tilando de ella a los demás, y no hay denuncia más segura del pecado de una mujer que el alardear de desprecio a las pecadoras. Sea la causa cualquiera,—impaciencia de la libertad o miedo de ella, pereza moral o aristocracia risible, idealismo político o ingenuidad recién llegada,—es cierto que conviene, y aun urge, poner delante de nuestra América la verdad toda americana, de lo sajón como de lo latino, a fin de que la fe excesiva de la virtud ajena no nos debilite, en nuestra época de fundación, con la desconfianza inmotivada y funesta de lo propio. En una sola guerra, en la de Secesión, que fue más para disputarse entre



Norte y Sur el predominio en la república que para abolir la esclavitud, perdieron los Estados Unidos, hijos de la práctica republicana de tres siglos en un país de elementos menos hostiles que otro alguno, más hombres que los que en tiempo igual, y con igual número de habitantes, han perdido juntas todas las repúblicas españolas de América, en la obra naturalmente lenta, y de México a Chile vencedora, de poner a flor del mundo nuevo, sin más empuje que el apostolado retórico de una gloriosa minoría y el instinto popular, los pueblos remotos, de núcleos distantes y de razas adversas, donde dejó el mando de España toda la rabia e hipocresía de la teocracia, y la desidia y el recelo de una prolongada servidumbre. Y es de justicia, y de legítima ciencia social, reconocer que, en relación con las facilidades del uno y los obstáculos del otro, el carácter norteamericano ha descendido desde la independencia, y es hoy menos humano y viril, mientras que el hispanoamericano, a todas luces, es superior hoy, a pesar de sus confusiones y fatigas, a lo que era cuando empezó a surgir de la masa revuelta de clérigos logreros, imperitos ideólogos, e ignorantes o silvestres indios.—Y para ayudar al conocimiento de la realidad política de América, y acompañar o corregir, con la fuerza serena del hecho, el encomio inconsulto,—y, en lo excesivo, pernicioso— de la vida política y el carácter norteamericanos, *Patria* inaugura, en el número de hoy, una sección permanente de «Apuntes sobre los Estados Unidos», donde, estrictamente traducidos de los primeros diarios del país, y sin comentario ni mudanza de la redacción, se publiquen aquellos sucesos por donde se revelen, no el crimen o la falta accidental —y en todos los pueblos posibles— en que sólo el espíritu mezquino halla cebo y contento, sino aquellas calidades de constitución que, por su constancia y autoridad, demuestran las dos verdades útiles a nuestra América:—el carácter crudo, desigual y decadente de los Estados Unidos —y la existencia, en ellos continua, de todas las violencias, discordias, inmoralidades y desórdenes de que se culpa a los pueblos hispanoamericanos.

*Patria*, Nueva York, 23 de marzo de 1894

---

## APÉNDICE III\*



---

\* En varias cartas, Martí explicó cómo escribía y cuáles eran los propósitos de sus «Escenas norteamericanas».



## CARTA A BARTOLOMÉ MITRE Y VEDIA

New York 19 de<sup>a</sup> diciembre de 1882

Sr. Bartolomé Mitre y Vedia

Señor y amigo.

Contesto ahora, en medio de verdaderas premuras su carta, sólo en lo cuerda igual a lo generosa, de 26 de setiembre último. Me pareció un rayo de mi propio sol, y palabra del alma;—ni me parece ahora que escribo a amistad nueva, sino a amigo antiguo, de corazón caliente y mente alta. No hay bien como el de estimar,—y acaso sea este hoy mi único placer: Queda, pues, dicho que leí con verdadero gozo sus observaciones acerca de la naturaleza de las cartas en que su buena voluntad permite que me empeñe, y que el gozo fue tanto porque vi mis pensamientos en los suyos, cuanto porque penetró V. en los míos. No hay cosa que yo abomine tanto como la pasión. Cierto que no me parece que sea buena raíz de pueblo, este amor exclusivo, vehemente y desasosegado de la fortuna material que malogra aquí, o—pule sólo de un lado, las gentes,—y les da a la par aires de colosos y de niños. Cierto que en un cúmulo de pensadores avariciosos hierven ansias que no son para agradar, ni tranquilizar, a las tierras más jóvenes, y más generosamente inquietas de nuestra América. Cierto que me parecería cosa dolorosísima ver morir una tórtola a manos de un ogro. Pero ni la naturaleza humana es de ley tan ruin que la oscurezcan y encobren malas ligas meramente accidentales; ni lo que piense un cenáculo de ultraaguilistas es el pensar de todo un pueblo heterogéneo, trabajador, conservador, entretenido en sí, y por sus mismas fuerzas varias, equilibrado, ni cabe de unas cuantas plumadas pretenciosas dar juicio cabal de una nación en que se han dado cita, al reclamo de la libertad, como todos los hombres, todos los problemas.—Ni ante espectáculos magníficos,

---

a. Se añade «de».



y contrapeso saludable de influencias libres, y resurrecciones del derecho humano—aquí mismo a veces—aletargado,—cumple a un veedor fiel cerrar los ojos, ni a un decidor leal decir menos de las maravillas que está viendo. Hoy, sobre todo, en que en ciertas comarcas de nuestra América, en que arraigó España más hondamente que en otras, se capitanea, bajo bandera literaria y amor poético de la tradición, una mala empresa de vuelta a los estancados tiempos viejos,—urge sacar a luz con todas sus magnificencias, y poner en relieve con todas sus fuerzas, esta espléndida lidia de los hombres.—

Siendo esa mi manera de pensar, bien hizo V., pues, en mermar de mi primera carta,—por cuya publicación y afectuoso anuncio le quedo agradecido,—lo que pudiera darle —por ser primera e ir descosida de otras, aire de prevenida y acometedora. Es mal mío no poder concebir nada en retazos, y querer cargar de esencia los pequeños moldes, y hacer los artículos de diario como si fueran libros,—por lo cual no escribo con sosiego, ni con mi verdadero modo de escribir, sino cuando siento que escribo para gentes que han de amarme, y cuando puedo, en pequeñas obras sucesivas, ir contorneando insensiblemente en lo exterior la obra previa hecha ya en mí. Y esto creo que se lo dije en carta, al enviarle mi correspondencia, a nuestro amigo benevolentísimo el Sr. Carranza, y le rogué que pidiera a V. perdón por ello.—Ahora ya sé que ando entre gentes de alma noble, y que me siento a buen festín, y no tengo sino dejar salir el alma, en la que tengo fe.—Y fío en que la he de hacer sentir, por cariñosa y por humilde.—No me parecen definitivas sino las conquistas de la mansedumbre.

Me dice V. que me deja en libertad para censurar lo que, al escribir sobre las cosas de esta tierra, halle la pluma digno de censuras.—Y esta es para mí la faena más penosa. Para mí la crítica no ha sido nunca más que el mero ejercicio del criterio. Cuando escribía juicios de dramas, callar sobre los malos era mi única manera de decir que lo eran.—Puesto que el aplauso es la forma de la aprobación, me parece que el silencio es forma de desaprobación sobrada. No tema V. la abundancia de mis censuras, que se desvanecen delante de mi pluma, como los diablos delante de la cruz. Yo sé que es flaqueza mía; pero no puedo remediarlo. Suelo ser caluroso en la alabanza, y no hay cosa que me guste como tener que alabar;—pero en las censuras, de puro sobrio, peco por nulo. Cuando haya cosas censurables, ellas se censurarán por sí mismas;—que yo no haré en mis cartas—pues va dicho sin decirlo que acepto el honor de escribirlas para *La Nación*,—sino presentar las cosas como sean, que es sistema cuerdo de quien, por no ser de la tierra, tiene miedo de pensar desacertadamente, o amar demasiado, o demasiado poco. Mi método para las cartas de New York que durante un año he venido escribiendo, hasta tres meses hace que cesé en ellas, ha sido poner los ojos limpios de prejuicios en todos los campos, y el oído a los diversos vientos, y luego de bien henchido el juicio de pareceres distintos e impresiones, dejarlos hervir, y dar de sí la esencia;—cuidando no adelantar juicio enemigo sin

que haya sido antes pronunciado por boca de la tierra,—porque no parezca mi boca temeraria;—y de no adelantar suposición que los diarios, debates del Congreso, y conversaciones corrientes no hayan de antemano adelantado. De mí, no pongo más que mi amor a la expansión—y mi horror al encarcelamiento—del espíritu humano. Sobre este eje, todo aquello gira.—¿No le place esta manera de zurcir mis cartas?—Ya las verá sinceras,—con lo que V.—que lo es tanto —no me las tendrá a mal.

Dicho ya, tan a la ligera que va a parecerle acaso violento y confuso, mi modo general de ver;—y puesta por delante mi alegría de hallar a tanta distancia un corazón vecino;—le pediré perdón por no haber aprovechado el correo anterior para responder a su carta; y por no comenzar con mi correspondencia hoy la serie definitiva de las mías para el periódico.—Pero después de dos años de no ver a mi mujer e hijo, me han venido en estos mismos días, en medio de este crudísimo diciembre, a alegrar mi casita recién hecha, que es toda de V.—Y primero las ansias de aguardarlos, y los miedos de que no viniesen, y luego las faenas del establecimiento, y las enfermedades de aclimatación,—me han quitado el sosiego de espíritu y claridad de mente necesarios para escribir con honradez y serenidad cosas que han de leer gentes sensatas. No lo achaque, por Dios, a informalidades de gentes letradas, que en esto no fui nunca, ni quiero yo ser, gente de letras.—Sino a calor del espíritu, que me deja sin fuerzas para obras menores cuando me lo solicita y concentra todo obra mayor. Ahora mismo le escribo, sin papel apenas en que dejar caer estos renglones, y muy entrada ya la noche fría, fatigado de un día muy laborioso, de todo lo cual le pido excusa.—Pero ya con buena parte de los míos a mi lado, y calmado el afán de verlos venir, me doy sin tardanza a mi nueva sabrosa tarea.—Y cada mes, como Vds. bondadosamente me lo piden, comenzando por el próximo de enero, y por el vapor directo, o el primero que en el mes salga,—le enviaré en mi carta noticia, que procuraré hacer varia, honda y animada, de cuanto de importante por su carácter general, o especialmente interesante para su país, sucede en este. Lo pintoresco aligerará lo grave; y lo literario—alegrará lo político. Cuando hablo de literatura, no hablo de alardear de imaginación, ni de literatura mía, sino de dar cuenta fiel de los productos de la ajena. Aunque ya han muerto Emerson y Longfellow, y Whittier y Holmes están para morir. De prosistas, hay muchedumbre, pero ninguno hereda a Motley. Hay un joven novelista que se afrancesa, Henry James. Pero queda un grandísimo poeta rebelde y pujante, Walt Whitman, y apunta un crítico bueno, Clarence Stedman.—Esta noticia se me ha salido de la pluma, como a un buen gustador se va derechamente, y como por instinto, una golosina.

Restame sólo, por ser contra mi voluntad, tiempo de poner punto a esta carta, darme los parabienes de haber hallado en mi camino a un caballero bueno de las letras, que de fijo lo es bueno en todas las cosas de la vida. Escribiré para

*La Nación* fuera de todos los respetos y discreciones necesarias en quien sale al público—como si escribiera a mi propia familia. No hay tormento mayor que escribir contra el alma o sin ella.—Por lo generosa,—y bien sé cuán valiosa es la hospitalidad que en *La Nación* venerable me brinda,—tengo las manos llenas de gracias. La estimo vivamente, y haré por pagarla.—¡Ojalá sienta Vd. en esta carta el cariño y efusión con que se la escribe su amigo y servidor afectuoso

JOSÉ MARTÍ

## FRAGMENTO DE LA CARTA A MANUEL MERCADO, DEL 13 DE NOVIEMBRE DE 1884

Dos cosas se me ocurren, y una la tenía pensada mucho tiempo ha: ¿vendría bien, para el *Diario Oficial* de México, con una remuneración que sin ser excesiva, compensase en algo la labor, de 50 a 100, según el tiempo empleado, una especie de redacción constante de asuntos norteamericanos, estudiados, sin comentarios comprometedores, en cuanto, y ahora es mucho e importantísimo, hiciesen relación a todos los pueblos de nuestra raza, y en especial al mexicano? Alerta se ha de estar allí a todo esto, sin que por eso se parezca alarmista. Ese sería el mejor modo de ir haciendo opinión y previsión, sin alarmarlas. Cada semana saldrían de aquí las cartas y documentos que fueren del caso. O cada semana una carta. O una noticia especial de cada asunto que se refiriese a las relaciones de este país con los nuestros, por actos directos o indirectos. Ya sé que no es de amenidades ni literaturas el *Diario Oficial*: ni sienta bien como lugar de expresión de opiniones extremas, que yo cercenaría, y haría de modo que los lectores las dedujesen por sí, sin ir en esto a más de lo que el *Diario*, desease.—Un centinela de la casa propia, con todo el cuidado de quien sabe el peso y alcance de toda palabra oficial: esto sería yo en esto.



## FRAGMENTO DE LA CARTA A MANUEL MERCADO, DEL 22 DE MARZO DE 1986

Ya V. sabe que yo tengo la mano muy hecha a escribir sobre cosas de este país para diarios de afuera; que en la América del Sur me han hecho casi popular, en cinco años de esta labor, mis estudios y análisis sobre las cosas de esta tierra, y su carácter, elementos y tendencias; y que con tan buena fortuna he andado en esto que, no sólo he puesto en su lugar ciertas aficiones excesivas que en nuestros países se sienten por este, sin entrar jamás en denuncias ni censuras concretas, sino que—y esto me halaga más—mis simples correspondencias me han atraído el cariño y la comunicación espontánea de los hombres de mente más alta y mejor corazón en la América que habla castellano.—México necesita irremisiblemente un origen de información constante y sereno sobre los elementos, acontecimientos y tendencias de los E. Unidos.

# III

---

## CRONOLOGÍA





## 1853

---

*28 de enero.* Nace José Julián Martí y Pérez en la ciudad de La Habana. Sus padres, Mariano y Leonor, son españoles: valenciano él, canaria ella. (El matrimonio tuvo otros siete descendientes, todas hembras, de las cuales cuatro sobrevivieron al varón.)

*12 de febrero.* Es bautizado en la Iglesia del Santo Ángel Custodio.

## 1854

---

*8 de abril.* Su padre, hasta entonces sargento primero de la cuarta batería de la primera brigada del Regimiento de Artillería destacado en el castillo de La Caña, es promovido al cargo de sargento de brigada.

## 1855

---

*22 de diciembre.* Mariano Martí obtiene licencia absoluta de su cargo.

## 1857-1859

---

La familia reside en Valencia, España, desde mediados de 1857 hasta la primavera de 1859.

## 1860

---

(*m.d.?*).<sup>1</sup> Comienza a estudiar en el Colegio de San Anacleto, donde conocerá a Fermín Valdés Domínguez, quien llegará a ser su mejor amigo.

---

<sup>1</sup> Las letras *m.* y *d.* seguidas de interrogación significan que aún no hemos podido precisar con exactitud el mes y/o el día que corresponden al dato consignado.



## 1862

*Abril-diciembre.* Acompaña a su padre, quien ha sido nombrado Capitán Juez Pedáneo del partido territorial de Hanábana, en la provincia de Matanzas. Durante su estancia conoce los horrores de la esclavitud.

## 1863

(*m.?*). Acompaña a don Mariano en un viaje a Honduras Británica (actualmente Belice).

## 1865-1867

Realiza sus estudios de primaria superior y comienza los de bachiller bajo la guía de Rafael María de Mendive, maestro que contribuye a su formación patriótica.

## 1868

(*10 de octubre.* Inicio de la Guerra de los Diez Años contra el poder colonial español en Cuba.)

## 1869

*19 de enero.* Publica su primer escrito político en la única edición del periódico *El Diablo Cojuelo*.

*23 de enero.* Aparece su poema dramático «Abdala» en el periódico *La Patria Libre*, del que sólo se publicó un número.

*28 de enero.* Es detenido su maestro Rafael María de Mendive. (Será condenado a deportación, y embarcará hacia España, desde donde se fuga hacia los Estados Unidos.)

*21 de octubre.* Ingresa en la Cárcel Nacional, acusado de infidencia. (Días antes, en un registro efectuado por un grupo de «voluntarios» en la casa de un amigo de Martí, había sido encontrada una carta dirigida a un excondiscípulo que se había alistado en el ejército español, a quien se llamaba apóstata y se incitaba a la desertión.)

## 1870

*4 de marzo.* Es condenado a seis años de prisión.

*4 abril.* Se le destina a trabajar en las canteras de San Lázaro.

*Mayo-diciembre.* Sus padres logran que se conmute la pena de prisión por la de destierro –que iniciará en la Isla de Pinos–, y más tarde obtienen la anuencia para que la residencia forzosa sea en España.

## 1871

*16 de febrero.* Se encuentra en Madrid, después de pasar breves días en Cádiz.

*25 de marzo.* El periódico *La Soberanía Nacional*, de Cádiz, publica su artículo «Castillo».

*12 de abril.* Este texto es reproducido por *La Cuestión Cubana*, de Sevilla.

*Abril (m.?).* Se halla enfermo, aquejado por una enfermedad llamada sarcoidosis. (Durante toda su vida padecerá las secuelas de su paso por las canteras.)

*31 de mayo.* Matricula varias asignaturas en la Facultad de Derecho de la Universidad Central madrileña.

*Julio o agosto (m.?).* Publica *El presidio político en Cuba*.

## 1873

*15 de febrero.* Lleva esta fecha un nuevo opúsculo suyo: *La República española ante la Revolución cubana*, que se edita en Madrid.

*Abril y mayo.* Publica dos artículos políticos en periódicos de Sevilla.

*28 de mayo.* Reside en Zaragoza. Matricula en la Universidad Literaria. (Realizará, paralelamente, los estudios de bachillerato.)

## 1874

*Febrero.* Termina de escribir la primera versión de su drama *Adúltera*.

*22 de abril.* Sus padres y cuatro hermanas embarcan hacia Veracruz, para fijar residencia en la capital de México.

30 de junio. Aprueba el ejercicio correspondiente, y obtiene el grado de Licenciado en Derecho Civil y Canónico.

31 de agosto. Matricula en la Facultad de Filosofía y Letras.

24 de octubre. Obtiene sobresaliente en su tema de exposición, con lo que alcanza el grado de Licenciado en Filosofía y Letras.

Diciembre (1874)-febrero (1875). De España viaja a México haciendo escalas en París (donde conoce a Victor Hugo), Le Havre, Liverpool, Nueva York (donde permanece doce días), La Habana, Progreso, Campeche y Veracruz.

## 1875

10 de febrero (d.?). Arriba a la capital de México, donde se reúne con sus padres y hermanas, y conoce a Manuel A. Mercado.

Marzo. Colabora en la *Revista Universal*, diario de política, literatura y comercio.

12 de marzo. Comienza a editar, en esta publicación, en forma de folletín encuadernable, su traducción al español de *Mel fils*, de Victor Hugo. (La última sección aparecerá el día 21.)

Mayo. Forma parte del cuerpo de redactores de la *Revista*.

29 de diciembre. Se estrena su obra teatral breve *Amor con amor se paga*.

## 1876

20 de febrero. Comienza a colaborar en el periódico *El Socialista*, órgano del Gran Círculo Obrero de México.

Junio. La sociedad Esperanza de Empleados, que radica en el Distrito Federal de la capital, lo designa como representante en el primer congreso de trabajadores del país. (No consta documentalmente su participación.)

29 de diciembre. Abandona la capital mexicana, poco tiempo después de que el general Porfirio Díaz alcanzara el poder mediante una cruenta guerra civil.

## 1877

Enero-abril. Permanece clandestinamente en La Habana, viaja a Progreso, México, y de allí se dirige a Guatemala.

*2 de abril (d.?).* Llega a la capital de Guatemala.

*Abril.* Comienza a trabajar como profesor de la Escuela Normal.

*29 de mayo.* Es nombrado catedrático de Literaturas francesa, inglesa, italiana y alemana y de Historia de la Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad.

*20 de diciembre.* Contrae matrimonio con Carmen Zayas Bazán, en la capital de México, adonde ha viajado.

## 1878

*(10 de febrero.* En Cuba se acuerda el Pacto del Zanjón. Finaliza la guerra.)

*21 de febrero.* Publica en *El Porvenir* su ensayo «Poesía dramática americana», en el que insta a buscar en la historia de nuestra América la fuente de inspiración para nuevas obras que se integren en un teatro nacional.

*Marzo.* Aparece en México su trabajo *Guatemala* en un pequeño volumen.

*8 de marzo.* Expresa su decisión de marcharse del país debido al ambiente hostil que ha encontrado en las esferas oficiales desde su regreso.

*8 de abril.* Le es admitida su renuncia a sus clases en la Escuela Normal, que presenta como protesta ante la arbitraria deposición del director de ésta, José María Izaguirre. Es su último enfrentamiento público a la política del presidente Justo Rufino Barrios.

*Julio-agosto.* Viaja, en compañía de su esposa, a Honduras, y de allí se dirigirá a La Habana.

*31 de agosto.* Llega a La Habana.

*Octubre.* Se encuentra inmerso en las labores conspirativas de los clubes adscritos al Comité Revolucionario Cubano, que radica en Nueva York.

*22 de noviembre.* Nace su único hijo, José Francisco.

## 1879

*15 de enero.* Es elegido secretario de la Sección de Literatura del Liceo de Guanabacoa.



8 de febrero. Participa, junto a otros oradores, en la sesión inaugural del Liceo Artístico y Literario de Regla.

18 de marzo. Es elegido vicepresidente del Club Central Revolucionario, creado en una reunión de conspiradores.

Junio (m.?). Posiblemente desde esta fecha realiza las funciones de subdelegado del Comité Revolucionario Cubano de Nueva York.

(24-25 de agosto. Comienza la llamada Guerra Chiquita.)

17 de septiembre. Lo detienen. Se le acusa –sin formación de causa– de estar vinculado con el movimiento insurreccional.

25 de septiembre. Es deportado a España.

Octubre-diciembre. Permanece en la Península, desde donde se traslada furtivamente a Francia.

20 de diciembre. Parte hacia los Estados Unidos.

## 1880

9 de enero. Pocos días después de su llegada a Nueva York, el Comité Revolucionario acuerda incluirlo entre sus miembros como vocal.

Febrero. Colabora en el periódico *The Hour*.

26 de marzo. Asume interinamente la presidencia del Comité, al partir hacia Cuba el general Calixto García, quien lo encabeza.

Julio. Comienza a colaborar en el diario *The Sun*.

(1 de agosto. Cae prisionero el general García. La guerra finaliza sin éxito.)

## 1881

8-20 de enero. De Nueva York viaja a Caracas, Venezuela.

Febrero (m.?). Trabaja como profesor de Gramática francesa y de Literatura en el Colegio Santa María, dirigido por Agustín Avelo.

Marzo (m.?). Imparte clases de Literatura en el Colegio Villegas, de Guillermo Tell Villegas, en el que establece una Cátedra de Oratoria.

*15 de junio.* Comienza a colaborar en el periódico *La Opinión Nacional*, de Caracas.

*1 de julio.* Se edita el primer número de la *Revista Venezolana*, que funda y dirige.

*21 de julio.* Comienza a distribuirse el segundo número de dicha publicación.

*27 de julio (d.?).* Recibe la orden de retirarse de Venezuela, dictada por el general-presidente Antonio Guzmán Blanco, quien lo acusa de inmiscuirse en los asuntos internos del país.

*20 de agosto.* Redacta en Nueva York su primera crónica enviada desde allí para *La Opinión Nacional*, periódico de Caracas.

## 1882

*Marzo o abril.* Se encuentra impreso en Nueva York su libro de poemas *Ismaelillo*.

*10 de junio.* Decide suspender sus envíos a *La Opinión Nacional* caraqueña, pues los propietarios de ésta le ponían como condición que alabara a Guzmán Blanco.

*15 de junio.* Escribe su primera crónica para *La Nación*, periódico de Buenos Aires.

*20 de julio.* Pide colaboración a los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo para los trabajos emprendidos con el fin de organizar a los independentistas, y oponerse a quienes promueven la anexión de Cuba a los Estados Unidos. (Recibe respuestas positivas, pero sus gestiones no se consolidan.)

## 1883

*26 de febrero.* Termina la traducción del libro *Nociones de Lógica*, de William Stanley Jevons, para la editorial D. Appleton y Compañía.

*Marzo (m.?).* Inicia sus colaboraciones en *La América*, de Nueva York, revista de agricultura, industria y comercio.

*Junio.* Mediante un aviso a los lectores da a conocer que se encarga, como redactor, de la sección literaria de *La América*.

*(m.?).* La editorial D. Appleton y Compañía edita su traducción de *Antigüedades romanas*, de A. S. Wilkins.

## 1884

*Enero.* Ocupa el cargo de director de la revista *La América*.

*22 de mayo.* Una comunicación al Departamento de Estado norteamericano expresa que desempeña las funciones de cónsul general interino de la República de Uruguay durante la ausencia de Enrique Estrázulas, a quien sustituye.

*20 de octubre.* Se separa de las actividades revolucionarias emprendidas por los generales Gómez y Maceo –a quienes se había unido desde la llegada a Nueva York–, por estar en desacuerdo con los métodos empleados por la dirección del movimiento que se organiza.

*(m.?).* La empresa D. Appleton y Compañía publica su traducción de *Antigüedades griegas*, de I. P. Mahafy.

## 1885

*15 de mayo.* Inicia la publicación de su novela *Amistad funesta*, en forma de folletín por entregas, en la revista quincenal *El Latino Americano*, de Nueva York. Aparece bajo el seudónimo de Adelaida Ral.

*15 de septiembre.* Es publicada la última parte de esta novela, aparecida en nueve números consecutivos del quincenario. (Posteriormente concibe la posibilidad de editarla, en forma de libro, con el título de *Lucía Jerez*.)

## 1886

*15 de mayo.* Envía su primera correspondencia a México para el periódico *El Partido Liberal*.

*8 de julio.* Escribe su colaboración inicial para el diario hondureño *La República*.

## 1887

*Febrero.* Colabora –posiblemente desde fines del año anterior– con *El Economista Americano*, revista que se edita en Nueva York.

*16 de abril.* Es nombrado cónsul general de la República Oriental del Uruguay en Nueva York.

8 de agosto. En una carta expresa que recibe unos cien pesos oro por sus colaboraciones en *La Nación* y *El Partido Liberal*, pero que pasan de veinte los diarios que publican sus crónicas, sin gratificación alguna.

10 de octubre. Pronuncia un discurso ante los emigrados independentistas, lo que hará, en años siguientes, en cada homenaje a esta fecha.

30 de noviembre. Es elegido presidente de la Cámara Ejecutiva que se constituye para emprender actividades revolucionarias en la emigración y en la Isla. (Cinco meses después reconoce que no se han logrado avances significativos.)

3 de diciembre. Es elegido segundo vocal de la junta directiva de la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York, constituida el 5 de noviembre.

## 1888

Julio. Termina de imprimirse en Nueva York su traducción al español de la novela de Helen Hunt Jackson, que publica con el título *Ramona. Novela Americana*.

12 de octubre. Es designado socio corresponsal de la Asociación de la Prensa de Argentina, con las atribuciones de representarla en los Estados Unidos y Canadá, y para concertar acuerdos con instituciones similares sobre la base de la reciprocidad.

27 de octubre. Le comunican que la Academia de Ciencias y Bellas Artes de San Salvador, en junta general del día 21 del mes anterior, lo ha nombrado corresponsal.

## 1889

25 de marzo. Publica en *The Evening Post*, de Nueva York, bajo el título «Vindicación de Cuba», su carta respuesta a dos artículos anticubanos aparecidos en la prensa yanqui.

Abril (m.?). Publica el folleto *Cuba y los Estados Unidos*, que recoge los artículos mencionados y su contundente respuesta.

Julio. Aparece el primer número de *La Edad de Oro*, revista dedicada a los niños de América, la que escribe y dirige. (En los meses sucesivos editará otras tres entregas.)

28 de septiembre. Escribe su primera crónica acerca de la Conferencia Internacional Americana, que comenzará en Washington el 2 de octubre. En éste y en



escritos subsecuentes revela y denuncia objetivos ocultos del cónclave, contrarios a los intereses de nuestra América.

*19 de diciembre.* Pronuncia el discurso conocido como «Madre América» en la velada artística que la Sociedad Literaria Hispano-Americana de Nueva York ofrece a los delegados al cónclave internacional.

*Diciembre (m.?).* Aparece la segunda edición de su traducción de *Ramona*.

## 1890

*24 de julio.* Es nombrado cónsul de la República Argentina en Nueva York.

*30 de julio.* El presidente de la República del Paraguay lo nombra cónsul de su país en Nueva York.

*Agosto.* Se encuentra en las montañas de Catskill, adonde ha ido a recuperar su salud afectada. Escribe la mayor parte de los poemas de su libro *Versos sencillos*.

## 1891

*1 de enero.* Aparece publicado su ensayo «Nuestra América» en *La Revista Ilustrada de Nueva York*.

*30 de enero.* El importante texto es reproducido por *El Partido Liberal*, de México.

*Febrero-abril.* Como delegado de Uruguay, asiste a las sesiones de la Comisión Monetaria Internacional Americana, y mantiene una activa participación en defensa de la dignidad de nuestra América.

*Agosto.* Es publicado su libro *Versos sencillos*.

*17 de octubre.* Ante las quejas presentadas por el cónsul de España contra sus pronunciamientos en el acto conmemorativo del día anterior, renuncia a su cargo de representante consular de Argentina. Lo hará también con los de Uruguay y Paraguay.

*30 de octubre.* Comunica al secretario de la Sociedad Literaria Hispano-americana su renuncia a la presidencia de la misma.

*Octubre (m.?).* Aparece publicado su libro *Versos sencillos*.

*26 y 27 de noviembre.* Pronuncia dos importantes discursos en Tampa.

*28 de noviembre.* En la despedida que en esa localidad le brindan los emigrados, se dan a conocer las *Resoluciones*, documento escrito por él y aprobado por los dirigentes de los clubes revolucionarios tampeños, y que la multitud ratifica con sus aplausos.

*25 de diciembre.* Se halla en Cayo Hueso, invitado por un comité patriótico.

## 1892

*5 de enero.* Preside la reunión de los presidentes de las agrupaciones políticas y personalidades representativas de Cayo Hueso, en la cual son aprobados las *Bases del Partido Revolucionario Cubano* y sus *Estatutos secretos*, concebidos y redactados por él. (Previamente, había presentado ambos textos a los dirigentes de las principales organizaciones locales.)

*Enero-abril.* Los clubes de las diferentes localidades de emigrados discuten y acatan los documentos.

*14 de marzo.* Aparece el primer número del periódico *Patria*, que funda y dirige.

*8 de abril.* Es elegido Delegado del Partido Revolucionario Cubano. (En los tres años siguientes, será renovado en su cargo.)

*10 de abril.* El Partido es proclamado en Cayo Hueso, Tampa y Nueva York.

*3 de julio.* Inicia el primero de múltiples viajes de intenso trabajo organizativo por localidades donde residen emigrados.

*11 de septiembre.* Se entrevista en la finca La Reforma, República Dominicana, con el general Máximo Gómez, quien asumirá el mando supremo de la guerra.

## 1893

*24 de marzo.* Se encuentra en Nueva York con el poeta nicaragüense Rubén Darío, al que llama «hijo», y por quien sería considerado «Maestro».

*3 de junio.* Llega a Montecristi, República Dominicana, donde lo espera el general Gómez. Comienzan las conversaciones acerca de la situación en Cuba y trazan los planes expedicionarios, que deberán coordinarse con el alzamiento simultáneo de la Isla.

*1 de julio.* Se halla en San José, Costa Rica, (Durante la estancia en la capital se entrevista varias veces con el general Antonio Maceo, quien manifiesta la aceptación de los planes trazados en Montecristi.)

## 1894

*27 de enero.* Publica en *Patria* el artículo «¡A Cuba!», en que analiza la huelga provocada en Cayo Hueso y expone como sus causas directas el contubernio entre intereses españoles y estadounidenses. Edita una versión en inglés de este artículo, que se distribuye como suplemento del periódico.

*8-21 de abril.* Se entrevista con Gómez en varias ocasiones, durante la estancia de éste en Nueva York.

*17 de abril.* Publica en *Patria* el trabajo de carácter programático «El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la Revolución y el deber de Cuba en América».

*5-18 de junio.* Visita Costa Rica en compañía de Francisco Gómez Toro, hijo del general Máximo Gómez. Intercambia opiniones sobre preparativos bélicos con los generales Antonio y José Maceo y Flor Crombet.

*18 de julio-10 de agosto (d.?).* Se halla en México.

*8 de diciembre.* Redacta, y firma conjuntamente con el comandante Enrique Collazo –quien asume la representación de los conspiradores de la Isla– y el coronel José María Rodríguez –a nombre del general Gómez– el plan de alzamiento, que envía a la Isla.

## 1895

*12 de enero.* La delación de un traidor alerta a las autoridades estadounidenses, que detienen en el puerto floridano de Fernandina uno de los barcos que llevaría las expediciones a Cuba, ocupan pertrechos y equipos, y ordenan apresar los buques sospechosos, todo lo cual hace fracasar el llamado Plan de Fernandina.

*13 de enero.* Convoca a varios de sus colaboradores para el Hotel Travellers, de Jacksonville, donde se oculta. Analizan la situación y deciden continuar la tarea emprendida.

*29 de enero.* Remite a la Isla la orden de alzamiento, firmada conjuntamente con Enrique Collazo y José María Rodríguez.

*7 de febrero.* Llega a Montecristi, donde se reúne con el general Gómez.

*24 de febrero.* Comienza la Guerra de Independencia de Cuba.

*26 de febrero.* Recibe la noticia del alzamiento.

*25 de marzo.* Junto con Gómez firma el *Manifiesto de Montecristi*.

*1 de abril.* El general Antonio Maceo llega a Cuba en compañía de otros oficiales.

*11 de abril.* Después de múltiples vicisitudes, logra desembarcar en La Playita de Cajobabo, en la zona oriental de la Isla, junto con los generales Máximo Gómez y Francisco Borrero, el coronel Ángel Guerra, César Salas y Marcos del Rosario.

*15 de abril.* El general Gómez le informa que en Consejo de Jefes se ha acordado, a la vez que reconocerlo en la guerra como Delegado del Partido Revolucionario Cubano, nombrarlo mayor general del Ejército Libertador.

*3 de mayo.* Redacta, dirigida al director del periódico *The New York Herald*, una carta-manifiesto que lleva su firma y la del experimentado general dominicano-cubano.

*5 de mayo.* Se entrevista con Gómez y Maceo en el ingenio La Mejorana.

*19 de mayo.* Cae herido de muerte en su primer combate armado contra las tropas enemigas.





# IV

---

## HISTORIA DEL TEXTO





---

# Pedro Araya

## Itinerario de un pensamiento

¿Cómo poner en junto escenas tan varias?

JOSÉ MARTÍ (1882)

A la edad de 27 años desembarca Martí en Nueva York, donde establecerá su residencia «permanente» hasta poco antes de su muerte. Desde esta ciudad comenzará a enviar sus crónicas periodísticas a diversos medios latinoamericanos, crónicas que llegarán a constituir parte importantísima de su obra escrita. Tal como la mayoría de los escritores modernistas, Martí se vuelca no sólo en el poema (en 1882 publica *Ismaelillo*; en 1891, *Versos sencillos*), sino en el ensayo, la crónica, la novela (en 1885 publica la novela *Amistad funesta*, bajo el seudónimo de Lucía Jerez), y el relato, denotando la estrecha relación que concebía entre las diversas formas de escritura.

Sin subestimar la calidad anticipatoria de su poesía, nuestro escritor es, sin duda, el genial prosista del modernismo hispanoamericano. Tal como señala Susana Rotker, Martí es el escritor a quien debemos, principalmente a través de su trabajo periodístico, la fundación de una nueva escritura.<sup>1</sup> Escritura que se expande hacia otra orilla.<sup>2</sup>

Así, por ejemplo, entre las líneas del diario íntimo de Gabriela Mistral, encontramos estas notas fechadas en 1920 que obvian todo comentario:

Hoy hablé de Martí en mi clase de castellano del sexto año de humanidades. Hablando a mis alumnas de los grandes prosistas americanos, les decía: «Yo estimo mucho al uruguayo Rodó y al ecuatoriano Montalvo; pero al cubano Martí lo

---

<sup>1</sup> Susana Rotker, *Fundación de una nueva escritura: las crónicas de José Martí*, La Habana, Casa de las Américas, 1992.

<sup>2</sup> «La perplejidad que producen los cambios de la prosa de José Martí, por ejemplo, se resume en la famosa anécdota que describe a los correctores de los periódicos en que colaboraba corrigiendo sus artículos con mucha prolijidad porque creen que su prosa es mala o está equivocada, a tal punto les parece *extraña*, es decir, fuera de la convención. Y de hecho, su prosa es *ilegible*, porque desarticula las convenciones de lectura más arraigadas» (Graciela Montaldo, *La sensibilidad amenazada. Fin de siglo y Modernismo*, Rosario [Argentina], Beatriz Viterbo, 1994, p. 43).



venero, le tengo una admiración penetrada de ternura, y cuando lo nombro, es algo más que cuatro sílabas lo que digo.» Esta fue alma hermosa por excelencia y el verdadero iniciador del modernismo, de la renovación de espíritu y forma, en nuestra literatura americana.<sup>3</sup>

Es Martí quien dota a la prosa en lengua castellana del modernismo de una riqueza estilística y de un peso ideológico —una multiplicidad temática y una futuridad de visión de mundo— impares entre los prosistas de sus años. Martí logró captar la esencia de la renovación modernista con una clarividencia tan acertada que aún hoy nos asombran sus reflexiones.

¿Cómo enfrentar, entonces, un pensamiento que a través de los años se nos ha presentado como monolítico, definido, invariable —como la carne de una estatua demasiado portentosa—, cuna inamovible no sólo de un *ser latinoamericano*, sino de toda una *ética*, de un *hacer*?

Creemos que la presente edición, al publicar por primera vez en forma cronológica su trabajo periodístico, ofrece al lector a un Martí pocas veces considerado: aquel que se hace público en una escritura que acompaña de otra manera, y desborda, su figura biográfica. Son estas notas un primer intento de aproximación a lo que llamamos su itinerario: al captar el movimiento de su mirada, y ver cuajar un pensamiento, creemos llegar a una apreciación más cabal de su esfuerzo, su valor y su logro. Pues, adelantemos que nos encontramos frente a un proyecto deliberado, enmarcado por un recorrido que se irá articulando en una búsqueda personal, no sólo identitaria sino también de un destino.

## Del espacio (mental) como tiempo articulado

Desde las primeras páginas nos damos inmediata cuenta de que estos escritos suyos conforman indudablemente un libro enorme, variado, profundo y complejo. Tal visión se ve corroborada en una carta que Martí le dirige a Bartolomé Mitre y Veledía, el director del diario *La Nación*, de Buenos Aires, al iniciar sus correspondencias para este medio. En aquella carta le declara: «Es mal mío no poder concebir nada en retazos, y hacer los artículos de diario como si fueran libros...». La realización fragmentaria de aquel libro, pues, se llevará a cabo en las crónicas que a la prensa enviaba.

Aquel carácter fragmentario, en tanto repaso de la realidad e incidencia en la escritura, no supone por cierto una dispersión incontrolada, un discurso asistémico ni aprehensible. Si bien, como se ha señalado en numerosas ocasiones, uno de los valores cimeros de la prosa de Martí es la carga ideológica sobre la que des-

---

<sup>3</sup> Jaime Quezada, *Bendita mi lengua sea. Diario íntimo de Gabriela Mistral (1905-1956)*, Santiago de Chile, Planeta/Ariel, 2002, p. 78.

cansa, corresponderá al lector aproximarse a los ejes que recorren el pensamiento y la escritura martiana; tarea que, aunque bien pudiera parecer un tanto ardua, lo deja divagando en esas secretas correspondencias que todo gran texto propone. Pues, en tanto que tal, es éste un texto que nace de la necesidad de responder a aquella pregunta profunda que hila, y que nos hila, apenas sabiéndose decible.

Examinemos ahora este *opus* que finalmente ha visto la luz en tanto que unidad cronológicamente establecida. Se trata de 292 crónicas que giran en torno a la actualidad norteamericana, a los acontecimientos sociales y políticos, a las novedades en el arte y la literatura de aquel país, a la actualidad. Algunas veces calan en la anécdota, la reseña, la descripción de paisajes, la cuenta de sucesos dramáticos, aunando circunstancia personal y colectiva. Martí escribe desde lo que en esos años es una de las pocas metrópolis existentes en el mundo, una de las urbes más activas y modernas del planeta. Son años para mirar y reflexionar en torno a la ciudad que lo recibe y le es materia; años de un arte de la palabra que pulsa en acorde a la andanza por Nueva York y, por lo tanto, años de un pensar y un escribir que se hacen a la marcha de los acontecimientos.

Mas Martí no sólo se alimenta de la llamada realidad (la suma de hechos y actualidad) sino también de su interpretación. Experimenta a ras de piel la modernidad<sup>4</sup> y la tematiza. Lee los diarios neoyorquinos, recolecta las opiniones y las visiones de los distintos estamentos sociales respecto a tal o cual suceso, de manera que su concepción de la actualidad aúna, en su retrato de ella, los hechos y la lectura que de ellos se hace. La ciudad moderna deviene así productora, protagonista y receptora de hechos y acontecimientos que vuelven a ella convertidos en noticias. El acontecer es un acontecer «leído» que ofrece un contrapunto a la evocación fáctica del acontecer, pero que, sin embargo, se enlaza en forma natural con su relato. Cualquier variación puesta en palabras por el autor engarza de tal forma con los temas abordados que mirada y escritura se hacen cuerpo, en un imbricado discurrir —he ahí la ilusión literaria— que fulge y pareciera no dar lugar ni al tartajeo ni a la gratuidad.

Junto a esto, y adquiriendo desde el inicio un relieve que irá en aumento con el correr de los años, Martí envía a sus lectores crónicas relacionadas con la realidad sociopolítica estadounidense y su relación con, o su efecto sobre, el resto del continente. Crónicas escritas con una cuota de escepticismo mucho mayor, que dan

---

<sup>4</sup> Recordemos que el teórico Marshall Berman ha definido la modernidad, precisamente, como una *experiencia*: «There is a mode of vital experience —experience of space and time, of the self and others, of life's possibilities and perils— that is shared by men and women all over the world today. I will call this body of experience "modernity". To be modern is to find ourselves in an environment that promises us adventure, power, joy, growth, transformation of ourselves and the world —and, at the same time, that threatens to destroy everything we have, everything we know, everything we are» [Marshall Berman, *All that is solid melts into the air. The experience of modernity* (1982), Londres, Verso, 1997, 2ª ed., 9ª reimp., p.15].

pie a reflexiones de largo alcance, llenas de una futuridad y una intuición sorprendentes, en las cuales Martí irá cimentando su pensamiento político y social.

A partir de las primeras crónicas, Martí muestra, tanto en la diversidad temática como en la riqueza estilística, las características que conforman la piedra angular de su escritura. Desde el tratamiento de la actualidad estadounidense hasta las reflexiones en torno al juego político interno y sus repercusiones sobre el resto del continente, desde sus preocupaciones de ciudadano hasta sus ambiciones propias de escritor, todo aquello se encuentra ya plasmado, desde el inicio, con una claridad y una riqueza estilística que no podemos pasar por alto.

Volviendo al étimo, para definir la crónica en tanto género, coincidimos en el viaje filológico a la voz griega *cronos*, tiempo. Es el orden temporal que organiza lo narrado. Mas lo narrado, en este caso, en esta escritura, aúna interpretación y valoración. Se narra al tiempo que se juzga lo narrado. En la crónica martiana *testimoniar* no es igual a *reflejar* la realidad, sino discurrir, pensar literariamente.

Con una retórica calibrada y un estilo personalísimo, Martí aúna las exigencias del periodismo —la novedad, la atracción, la velocidad, la intensidad— con la estética personal modernista: la búsqueda de lo insólito, la conjugación de elementos disímiles, la renovación (y apertura) permanente, el registro de matices, el interés hacia distintas disciplinas, en un desesperado afán de originalidad. En definitiva, aquella aleación entre conciencia y escritura, su marca resistente.

Un examen de la repartición temática de las crónicas año por año nos permitirá un primer acercamiento al corpus periodístico martiano de aquellos años. Así, nuestra clasificación de las crónicas nos permite dar cuenta de algunas categorías que creemos no exentas de interés:

1) crónicas vinculadas a eventos de la sociedad estadounidense y a la vida en la metrópoli: inauguraciones, exposiciones, bailes, en las que Martí da cuenta de la modernidad y de la vida moderna (113 crónicas);

2) crónicas dedicadas a la vida política estadounidense (82 crónicas), en las que Martí no sólo da cuenta de la actualidad política, las rencillas internas y las elecciones, tanto a nivel local como nacional, sino también de un pasado político (la Guerra Civil y la Independencia) que, a sus ojos, sirve para entender el actual estado del ser y el quehacer político. Desde esta mirada a la fundación política de los Estados Unidos (y los ideales en que se basa y que ella promueve), Martí cimentará las bases de un juicio ponderado del presente que describe, ofreciéndonos una idea de virtud, acaso una ética, respecto a la conducción de un país, lo que constituye uno de los aspectos claves de su ideario;

3) crónicas en las que las cuestiones sociales surgen como tema de actualidad y motivo de reflexión: los movimientos abolicionistas, el sufragio de las mujeres, los movimientos obreros, el problema de la inmigración, la situación de los indios y los negros (42 crónicas);

4) crónicas relativas a la política exterior estadounidense (31 crónicas), las cuales principalmente serán escritas entre 1886 y 1890, en las que Martí, con una intuición y una previsión admirables, establece acaso la primera crítica a la política expansionista estadounidense, previniendo al público lector latinoamericano de lo que, años más tarde, habrá de convertirse en una triste realidad;

5) crónicas relativas al arte y la literatura (24 crónicas), entre las que se encuentran varias de las más conocidas de nuestro escritor: las dedicadas a Emerson, Longfellow y Whitman.

1881		1882		1883	
Actualidad	5	Actualidad	6	Actualidad	14
Vida política	12	Vida política	2	Vida política	3
Cuestiones sociales	0	Cuestiones sociales	1	Cuestiones sociales	6
Política exterior	0	Política exterior	0	Política exterior	2
Arte y literatura	0	Arte y literatura	3	Arte y literatura	1
Total	17	Total	12	Total	26

1884		1885		1886	
Actualidad	9	Actualidad	6	Actualidad	18
Vida política	7	Vida política	13	Vida política	7
Cuestiones sociales	1	Cuestiones sociales	5	Cuestiones sociales	12
Política exterior	1	Política exterior	2	Política exterior	7
Arte y literatura	1	Arte y literatura	0	Arte y literatura	1
Total	19	Total	26	Total	45

1887		1888		1889	
Actualidad	12	Actualidad	20	Actualidad	10
Vida política	8	Vida política	13	Vida política	9
Cuestiones sociales	7	Cuestiones sociales	3	Cuestiones sociales	3
Política exterior	3	Política exterior	1	Política exterior	8
Arte y literatura	6	Arte y literatura	3	Arte y literatura	4
Total	36	Total	40	Total	34

1890		1891		1892	
Actualidad	10	Actualidad	1	Actualidad	2
Vida política	5	Vida política	2	Vida política	1
Cuestiones sociales	1	Cuestiones sociales	1	Cuestiones sociales	2
Política exterior	7	Política exterior	0	Política exterior	0
Arte y literatura	3	Arte y literatura	2	Arte y literatura	0
Total	26	Total	6	Total	5



1881-1891	
Actualidad	113
Vida política	82
Cuestiones sociales	42
Política exterior	31
Arte y literatura	24
Total	292

Observamos que el período 1886-1889 es el de mayor producción de la escritura martiana. Más de la mitad (155 crónicas) del total de artículos de nuestro corpus fueron enviados en aquellos años. Aquella escritura *in crescendo* verá su cúspide –en términos de fertilidad productiva– en 1886, año coincidente con los disturbios sociales que, como veremos más adelante, tendrán evidente efecto en la mirada de nuestro cronista.

En una gran cantidad de crónicas, y debido a la naturaleza misma del género empleado, Martí propone al lector un número variable no sólo de temas que se van entrelazando a medida que ésta transcurre, sino también de reflexiones personales que van haciendo de ella un testimonio actualizado y un comentario *in situ* de la realidad. El hecho, al no constituir por sí mismo un significado, necesita de su puesta en discurso, de su puesta en relación. De allí tal entreveramiento de diferentes realidades y verdades.

Constatamos, por otra parte, que tal forma de tratar la actualidad –tanto como objeto, ofreciéndonos una visión pormenorizada de la vida neoyorquina y estadounidense (cuya atracción es, a todas luces, evidente), que como pretexto, para hablar a sus lectores, aconsejarlos, amonestarlos, presentándose ante ellos como un observador privilegiado y ético–, se centran en ciertos ejes temáticos identificables a través de los años.

En una de sus primeras crónicas nos encontramos con una frase que constituirá uno de los ejes temáticos de la escritura martiana (poética y periodística): «El último siglo fue el del derrumbe del mundo antiguo: éste es el de la elaboración del mundo nuevo». Martí escribe en un momento clave de la construcción del Estado-nación estadounidense<sup>5</sup> (y del resto de los países del continente americano). No ha mucho la Guerra Civil ha llegado a su término, dando paso a la era de la llamada reconstrucción nacional; surgen las grandes urbes y se puebla el territorio nacional (es la época de los inmigrantes y los colonos); se estructuran los partidos políticos que dirigirán la vida pública y el destino de la nación; se conforma una política interna y una política externa, donde entran en

<sup>5</sup> Remitimos al lector al excelente libro de Edwin G. Burrows y Mike Wallace, *Gotham. A History of New York City to 1898*, Nueva York, Oxford University Press, 1999.

tensión miradas divergentes acerca de la economía y la política (proteccionismo frente a librecambismo; tratados de libre comercio frente a expansionismo); se establece una infraestructura a nivel nacional: ferrocarriles, telégrafo, teléfonos, periódicos de gran tiraje, puentes, etc.; y surge una literatura y un arte nacional. La nación, aquella comunidad política imaginada, e imaginada inherentemente como limitada y soberana, se encuentra en plena concretización en el momento en que Martí desembarca y deambula por ella.

Todos los temas que abordan las crónicas martianas están relacionados con algunos de estos aspectos. Sin embargo, observamos que, desde el punto de vista de la recurrencia temática, son los temas sociopolíticos (la vida política, las cuestiones sociales y la política exterior, como conjunto) los que más aparecen. En algunos casos, esto se debe a la importancia que ciertos sucesos tuvieron, tales como el proceso a los anarquistas en Chicago y el Congreso Panamericano en Washington. Sin embargo, creemos que las razones de aquella recurrencia apuntan a cuestiones de fondo, y de forma, de la mirada escrituraria martiana. Puesto que, por otro lado, una parte importante de crónicas serán dedicadas a la sociedad estadounidense, a la modernidad que ella encarna, al evidente atractivo que ella posee y a las preguntas que ella plantea. En este sentido, creemos que Martí –conciente o inconscientemente, poco importa– a través de este ir y venir (estadísticamente casi balanceado) entre sociedad y política, nos muestra un aspecto clave que irá surgiendo, no ya en forma estadística, sino en su reflexión misma: el lugar del hombre en una comunidad política (una nación) y la relación entre el pueblo (la comunidad de hombres) y la política que la rige, es decir, que imagina y concretiza.<sup>6</sup>

En este sentido, si bien el número de crónicas dedicadas al arte y la literatura es reducido, serán ellas de extrema importancia. Como escritor y pensador, Martí verá en los artistas y escritores la clave para resolver esta pregunta que recorre su obra periodística. Así, muchas de las crónicas respecto a los autores estadounidenses (pienso sobre todo en las dedicadas a Emerson y a Whitman) cumplen una doble función; por un lado, dar a conocer al público latinoamericano la vida y obra de estos importantes autores (y artistas) y, por otro, profundizar el diálogo que estos autores llevaron con la realidad, con su comunidad (imaginada e imaginándose) y, así, adentrarse en las trazas de sus recorridos, los cuales le dan al propio Martí la articulación necesaria para decodificar el tráfago multitudinario y, en definitiva, ir cimentando escritura y pensamiento.

---

<sup>6</sup> Se trata de captar los entresijos de «una comunidad política imaginada», tal como ha definido la nación el teórico Benedict Anderson. A este respecto, recordemos que uno de los elementos esenciales en la definición de las comunidades nacionales es la lengua escrita o la lengua hablada con propósito público. La definición de una lengua nacional genera los principales sistemas de identificación en una comunidad, tanto para integrar como para excluir. Es, en último término, aquello que define el *estilo* con que una comunidad se imagina a sí misma. Benedict Anderson, *Imagined communities. Reflections on the origin and spread of nationalism* (1983, ed. rev. y ext. 1991), Londres, Verso, 1996 (6ª reimp.).

## Del tiempo (mental) como espacio en construcción

Además de ofrecer al lector un inventario y un breve análisis de las frecuencias temáticas, creemos necesario describir el itinerario del pensamiento martiano, trazar la evolución de algunos de sus temas a lo largo de aquellos doce años de escritura. Se trata no de definir en forma exhaustiva su posición frente a tal o cual tema, sino de captar su movimiento, llegar a hacernos del tiempo mental y el espacio reflexivo martiano, aproximarnos a su cronotopía.

Con ello no pretendemos resumir año tras año este proceso, sino vislumbrar brevemente los recorridos y la profundización de algunos de sus asuntos, su metamorfosis, su diálogo con la realidad, la manera de calibrar, y afinar, escritura y conciencia.

Como ya hemos indicado, desde las primeras crónicas encontramos a un Martí asombrado, extasiado, acaso turbado, frente al espectáculo que representa la ciudad de Nueva York a fines del siglo XIX. «Los poetas, como dijo el cubano Julián del Casal, son poseídos del «impuro amor de las ciudades» y contribuyen al arborescente *corpus* en que ellas son exaltadas».<sup>7</sup>

La modernidad le trepa por el hombro, le entra por la vista y el oído, para susurrarle, mejor dicho gritarle, su arribo. La bienvenida no puede ser menos excitante. La ciudad bulle y abre sus secretos al ciudadano que descubre otra cotidianeidad. Los sucesos se amontonan. «Se abren ferrocarriles, exposiciones, selvas» (1883). El hombre «ahora ha hallado esta nueva espada para el combate, —la electricidad—» (1881). Son los años de los primeros alumbrados públicos, la luz eléctrica, el teléfono y las grandes obras, como el puente de Brooklyn, reflejo del progreso y la promesa de un porvenir amable. «Regocija lo inmenso», dirá Martí en 1883. «Los puentes son las fortalezas del mundo moderno.— Mejor que abrir pechos es juntar ciudades: —Esto son llamados ahora a ser todos los hombres: soldados del puente.»

Aquel entusiasmo que Martí demuestra por los grandes avances modernos no disminuirá con el correr de los años. Lo que sucede es otra cosa. A fuerza de vivir la experiencia cotidiana, la mirada se hace poliédrica: comienzan a surgir pronto los aspectos menos superficiales, más profundos, respecto a la ciudad. Aquellos ligados al ritmo moderno y al andamiaje que lo sustenta. «¡Un día en Nueva York! Amanece y ya es fragor», escribe en 1888. La ciudad y su ritmo pueden ser un peligro para el diálogo del hombre con el hombre. «Todo lo olvida Nueva York en un instante» (1889). Pero, peor aún, aquel ritmo se hace a costa del hombre.

Nuestro cronista asiste a la incomunicación tanto del sujeto como de los grupos de hombres (inmigrantes) sin lazos sociales que los integren, que los comuni-

<sup>7</sup> Ángel Rama, *La ciudad letrada* (1984), Montevideo, Arca, 1998, p. 80.

quen. Signo de anonimía social, la soledad surge como uno de los productos de la «civilización».

Martí, dando cuenta de ello, se obliga a un diálogo incesante con las múltiples *facies* de aquel ritmo: recorre la ciudad, y con ella recorre su propia experiencia; mira, lee, asiste a exposiciones, a manifestaciones, congresos, deambula por las barriadas, traduce libros. La escritura cronística martiana ha sido marcada por el troquel de la experiencia moderna. En aquel deambular se va su propio proyecto de escritura y de pensamiento, al requerir de esa savia para hacer(se) dialogar.

De uno de aquellos diálogos, acaso uno de los más fecundos, surgirá lo que el crítico Ángel Rama define como una paradoja constante en la escritura y el pensamiento martiano, aquel de Naturaleza frente a Cultura.<sup>8</sup> De su encuentro con el pensamiento de Emerson surgirá un principio clave para entender a Martí. «Las contradicciones no están en la Naturaleza, sino en que los hombres no saben descubrir sus analogías», escribe en 1882, con motivo de la muerte de Emerson; lo que vale como una remisión de todo juicio valorativo al exclusivo campo restringido de la cultura.

Esta proposición intelectual de transmutación austera de los elementos naturales, situándolos por fuera de los sistemas valorativos culturales, haciendo de ellos simples objetos de la realidad, ni bellos ni feos, nos dan una clave para aproximarnos a la relación que Martí tendrá con la otra cara de la modernidad, aquella de la pobreza, la desventura, la degradación de una parte importante de la población trabajadora.

De acuerdo con Rama,

si la concepción del equilibrio armónico de la Naturaleza en Martí puede admitir la influencia junto a la propia tradición religiosa y la propia formación filosófica, de los trascendentalistas norteamericanos y en especial de Emerson [...], en cambio la dignificación neutralizadora del «feísmo» puede filiarse en Whitman, así como en la escuela realista de literatura y arte, con la cual Martí tuvo un trato más amplio y fecundo de lo que se le ha reconocido por haberlo encasillado alternativamente en el posromanticismo o en el modernismo [...]. Pero aún más que en tales fuentes artísticas, esa dignificación deriva de la experiencia de José Martí en tanto sacrificado trabajador en el Nueva York de las masas de pobres inmigrantes que se acumularon después de la Guerra de Secesión y confirieron su peculiar nota «populista» a la ciudad.<sup>9</sup>

Más que una experiencia directa de la naturaleza, vemos que esta concepción martiana nace de la lección proporcionada por el arte —de Millet, por ejemplo,

<sup>8</sup> Ángel Rama, «Indagación de la ideología en la poesía», en: *La crítica de la cultura en América Latina*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985, pp. 129-167.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 143.



dice «que halló lo hermoso de la fealdad y la tristeza»; de los pintores impresionistas, en una crónica dedicada a ellos en 1886, señala que pretenden «poner en el lienzo las cosas con el mismo esplendor y realce con que aparecen en la vida», destacando su tendencia «a pintar con ternura fraternal y con brutal y soberano enojo la miseria en que viven los humildes. ¡Ésas son las bailarinas hambrientas! ¡Ésos son los obreros alcoholizados! ¡Ésas son las madres secas de los campesinos! ¡Ésos son los hijos pervertidos de los infelices! ¡Ésas son las mujeres del gozo! ¡Así son: descaradas, hinchadas, odiosas y brutales!»— y de la experiencia de convivir en una sociedad aluvional, así descrita en sus crónicas respecto a *Coney Island* (1881) y las dedicadas a la vida popular en los barrios bajos de Nueva York, donde se hacinaban los obreros y sus familias, inmigrantes y pobres como él, y tal como puede seguirse en los poemas con que, en esas mismas fechas, va componiendo sus *Versos sencillos*.

Así, Martí se enfrenta a la emergencia de una clase social que en ningún punto de Latinoamérica podía registrarse con mayor nitidez que en el Nueva York de los años ochenta: el proletariado urbano.<sup>10</sup> Una clase social, en su mayoría, hecha de inmigrantes que han respondido a la inicial apertura de los Estados Unidos. Martí, ya en 1882, cree reconocer los gérmenes del enfrentamiento social, tomando conciencia de su propia vida: es la experiencia de la frustración, del modo en que la estructura social inhibe el libre desarrollo de los talentos y las vocaciones: «De Europa viene a este país la savia y el veneno. El trabajador que viene aquí ya odia. Si prospera, como su rencor era alimentado por su infortunio, acalla su rencor».

En una «época de tumultos y de dolores» aquella experiencia de la frustración será el germen para la elaboración del nuevo estado social. Por un lado, se trata a todas luces de reivindicaciones que hoy consideramos básicas: «El obrero pide salario que le dé modo de vestir y comer. El capitalista se lo niega». Por otro lado, se trata de asegurar la libertad espiritual (base, para Martí, de la originalidad literaria y la libertad política) y permitir al hombre «reconquistarse».

Frente a tal problema, como veremos, Martí descarta la vía del enfrentamiento, que vincula a una suerte de odio social y que identifica con la tradición europea. Si existe una vía para enfrentar y solucionar tal problema, éste se encuentra en manos de las asociaciones obreras, que se fundan en aquellos años.

«Las asociaciones obreras», escribe Martí, «infructuosas en Europa y desfiguradas a manos de sus mismos creadores, por haberse propuesto, a la vez que remedios sociales justos, remedios políticos violentos e injustos, son fructuosas en Norteamérica, porque sólo se han propuesto remediar por modos pacíficos y legales los males visibles y remediables de los obreros».

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 145

He aquí la característica pragmática, racionalista acaso, de la mirada martiana. La resolución de los problemas profundos de la sociedad nacerá de las experiencias únicas de cada país. Y en este caso, el actuar de las asociaciones parece corresponder exactamente al ideario martiano, como lo escribe ya en 1885, «porque nacen directamente de sus propios problemas. No es el socialismo europeo que se trasplanta. No es siquiera un socialismo americano que nace».

Martí divisa las líneas futuras, las que darán «el espectáculo hermoso de la victoria de la razón».

El espectáculo, *el epos*, de la reivindicación social se celebra en tanto que posibilidad de comunión, comunión razonada, puesto que se basa en el respeto humano. El profundo humanismo de Martí concibe este rasgo como base de toda comunidad política. El espectáculo es dinámico, pues la movilización, si hecha en esos términos, es concebida como el germen de un pacto social nuevo. «Hoy, todo es huelga», escribe en 1886, «huelga formidable».

Es precisamente en 1886 cuando Martí da cuenta de las razones de tales movilizaciones. Ellas, a su entender, son las mismas que en Europa, «la concentración rápida y visible de la riqueza pública, de tierras, de vías de comunicación, de empresas, en una casta acaudalada que legisla y gobierna», lo que «ha provocado la concentración rápida de los trabajadores, quienes sólo apretándose en liga formidable» podrán «oponer con éxito sus derechos a la altivez y descuido con que los miran los que derivan toda su riqueza de los productos del trabajo que maltratan».

Es ésta una visión que se contrapone a la mirada más psicologizante que Martí presentaba frente al mismo tema dos años antes. Las razones dadas entonces se vinculaban al efecto nocivo sobre la integridad humana de la acumulación de dinero. Los Estados Unidos eran «este pueblo que parece, a pesar de todos los riesgos de la grandeza y de la acumulación de masas incultas, destinado a salvarse.— ¡En la médula, en la médula está el vicio, en que la vida no va teniendo en esta tierra más objeto que el amontonamiento de la fortuna, en que el poder de votar reside en los que no tienen la capacidad de votar!».

Y, sin embargo, son aquellos los dos polos entre los que itineira, una vez más, el pensamiento martiano. Por cierto, dos polos necesarios para hacer de la mirada un poliedro móvil, que busca tomar en cuenta tanto la experiencia social directa como la lectura que de ella se hace.

## De la inquietud y la mordedura

Cuando la inquietud de un espíritu sensible, cuando el desasosiego, lo obliga a otear al fondo del pozo humano, las marcas de aquel mirar se dejan sentir. Martí, en aquella ráfaga urbana, habrá de trazar aquella mordedura.

La emergencia a la historia humana del rostro del proletariado no sólo altera múltiples concepciones políticas y sociales aceptadas hasta entonces como absolutos, sino también la concepción de lo bello.<sup>11</sup> Retomemos la línea de reflexión de Ángel Rama:

Es el recibido juicio sobre lo bello el que se suspende, dentro de este generalizado emparejamiento objetivo de los datos de la realidad. Lo singular en Martí es su transposición a la Naturaleza, donde puede detectarse la búsqueda del absoluto, del «término universal» que permite redimensionar íntegramente la experiencia cumplida [...] de tal modo que la injusticia, el desorden y la fealdad de la Sociedad humana sólo pueden ser medidos (y, por ende, rescatados) gracias al término universal que proporciona la Naturaleza, y ya no Dios.<sup>12</sup>

El lazo que Martí mantiene con el racionalismo interpretativo del siglo XVIII y, por tanto, con la concepción liberal romántica, es perceptible en la utilización de esta «ilusión» que lo lleva a proyectar sobre la naturaleza lo que ha descubierto en la historia, en la realidad de una sociedad civil como la estadounidense, de la cual participó como trabajador, haciendo suya la misma paradoja que habían cultivado los trascendentalistas.

La transposición de la sociedad civil a la naturaleza, mas bien la lectura cultural de la naturaleza que hace Martí, incorpora un principismo ético que se hace patente en sus crónicas. Puesto que de lo que se trata es de «recuperar» al hombre, en tanto que ciudadano natural; remontar, así, las «masas de intereses» que se oponen «al desenvolvimiento tranquilo y luminoso del hombre».

Frente a este destino, a esta meta, la ciudad puede llegar a ser el obstáculo, no sólo por «esa intrusión constante del ruido brutal en todos los actos y pensamientos» (1888), ejerciendo, a la larga, «un influjo pernicioso» en una población que, «mientras más numerosa sea, más necesita de vivir en comunicación constante de sentidos con todo lo que naturalmente la convida a la moderación y el orden. No sólo, decíamos, debido a esto, sino también por ser en ella donde la grieta se hace más profunda entre los hombres. El progreso es urbano, el dinero es urbano, la modernidad es urbana, mas también el sufrimiento, la pobreza y la degradación de los hombres: «Se pudren en las ciudades; se agrupan sus

<sup>11</sup> Tal como lo señala el teórico Raymond Williams, «the key cultural factor of the modernist shift is the character of the metropolis [...] but then, even more decisively, in its direct effects on form [...]. Thus language was perceived quite differently. It was no longer, in the old sense, customary and naturalized, but in many ways arbitrary and conventional. To the immigrants especially, with their new second common language, language was more evident as a medium – a medium that could be shaped and reshaped – than as a social custom» [Raymond Williams, *The politics of modernism* (1989), Londres, Verso, 1996, 2ª ed., pp. 45-46].

<sup>12</sup> Ángel Rama, «Indigación de la ideología en la poesía», *op. cit.*, pp. 145-146.

habitantes en castas endurecidas», y en la morada misma de la libertad «se amontonan de un lado los palacios de balcones de oro, con sus aéreas mujeres y sus caballeros mofletudos y ahitos, y quedan de otro en el albañal, como las sanguijuelas en su greda pegajosa, los hijos enclenques y deformes de los trabajadores [...]. Esta construcción inicua engendra odios que ondean bajo nuestras plantas como la fuerza misteriosa de los terremotos» (1886).

Mas, cuando la ojeada y el razonamiento martiano no se apoyan en el dilema de Cultura y Naturaleza, sino que descansan en la órbita del primero, los asuntos se vuelven sociales y más arduos. Martí habrá de dignificar tanto el dolor como la fealdad: se da sangre para obtener libertad, se recibe sufrimiento a cambio de belleza. Ello, de acuerdo con Rama, responde a la perspectiva de clase baja que Martí vive dentro de un modelo social que padece y en el que procura introducir los valores que le son propios, aunque sin alcanzar con eso a modificar su global funcionamiento, que en definitiva acepta o al cual se rinde por la dificultad martiana para aceptar un tercer valor propio de la clase: la violencia.<sup>13</sup>

Martí, al decir de José Olivio Jiménez, fue «un pensador enérgicamente moral, pero dentro de una tesitura que sólo aceptaba el sentimiento y la práctica del amor como única ley impostergable».<sup>14</sup> El amor, como elemento moral, se opondrá, en un primer momento, al odio social. «A barcadas viene el odio de Europa: a barcadas hay que echar sobre él el amor balsámico», escribe en 1884.

La resistencia martiana a la violencia queda consignada en sus crónicas cuando la muerte de Marx (1883) y mayormente en aquellas dedicadas a la agitación social de 1886, que culmina con el proceso a los anarquistas, en 1887. Respecto al primer caso, Martí se refiere a Karl Marx como quien merece honor por ponerse del lado de los débiles. Sin embargo, continúa, «no hace bien el que señala el daño, y arde en ansias generosas de ponerle remedio, sino el que enseña remedio blando al daño. Espanta la tarea de echar a los hombres sobre los hombres». Habiendo estudiado los modos de asentar al mundo sobre bases nuevas, Marx «despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntales rotos. Pero anduvo deprisa, y un tanto en la sombra, sin ver que no nacen viables, ni de seno de pueblo en la historia, ni de seno de mujer en el hogar, los hijos que no han tenido gestación natural y laboriosa».

El caso de los anarquistas de Chicago merece nuestra atención más detenida. La mordedura, como veremos, se hace evidencia.

Las primeras crónicas, escritas de acuerdo con la opinión general que imperaba entonces, contienen juicios duros contra los procesados. Se trata, en definitiva, de hombres movilizados por el odio y el desorden. Los anarquistas son

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 167.

<sup>14</sup> José Olivio Jiménez, «José Martí, pionero de la prosa modernista hispanoamericana», en: José Martí, *Ensayos y crónicas*, ed. de J. O. Jiménez, Madrid, Anaya & Muchnik, 1995, p. 315.



aquellos «que no quieren ley, ni saben qué quieren, ni hacen más que propalar el incendio y muerte de cuanto vive y está en pie». El juicio, en este caso, debe ser taxativo. A pesar de que Martí, de primeras, sólo se remite a describir los detalles del juicio, a través de sus crónicas desliza un tácito acuerdo respecto al veredicto del jurado y la opinión pública. «No quieren merced», escribe «para los que no merecen gozar de su libertad, puesto que atentan sin provocación contra la ajena». No hay duda. «Todo eso se ha probado en el proceso [...]. El silencio amparó la obra siniestra [...]. Anonadaba tanta prueba. Estremecía lo que se había oído y visto. Trascendía al tribunal el espanto público». Y los trabajadores, aquellos dignos depositarios de las razones profundas de lucha y, por tanto, investidos de la misma moral estricta con que Martí se identifica, «los trabajadores se apaciguan. Los prudentes van venciendo a los fanáticos».

Sin embargo, al año siguiente, al escribir acerca de la ejecución de los anarquistas, la mirada martiana, y su pluma, revelarán una nueva arista. Ya desde el título de la crónica, «Un drama terrible», Martí anuncia un giro. Profundizando desde su sensibilidad moral en la penosa situación de los obreros (aquella experiencia social que conoce de primera mano) y en las injusticias sociales que la condicionan; teniendo la distancia crítica respecto a la falta de parcialidad del proceso, a la histeria pública que lo guió, Martí habrá de abordar de una manera completamente diferente el caso de los anarquistas. Sin intentar disculpar la violencia, Martí comprende y explica, y toma posición. «Ni el miedo a las justicias sociales, ni la simpatía ciega por los que las intentan, debe guiar a los pueblos en sus crisis, ni al que las narra», dice el inicio de la crónica.

Sólo sirve dignamente a la libertad el que, a riesgo de ser tomado por su enemigo, la preserva sin temblar de los que la comprometen con sus errores. No merece el dictado de defensor de la libertad quien excusa sus vicios y crímenes por el temor mujeril de parecer tibios en su defensa. Ni merecen perdón los que, incapaces de domar el odio y la antipatía que el crimen inspira, juzgan los delitos sociales sin conocer y pesar las causas históricas de que nacieron, ni los impulsos de generosidad que los producen.

Pareciera Martí escribir plenamente consciente de lo que ha dicho un año antes, en el fragor de los sucesos. La honestidad, en esta crónica, se conjuga con un juicio ponderado. La descripción de los anarquistas y su ejecución bordea el melodrama, el lirismo y la epopeya.

Respecto al proceso, Martí da a conocer la duda que surge acerca de la culpabilidad de los acusados. No duda en acusar a la opinión pública que ha reaccionado en forma precipitada y, más aún, a los periódicos que han falseado el proceso, retratando a los condenados como «bestias dañinas». Y al reproducir las palabras del defensor, el capitán Black, las hace suyas: «¡Éstos no son felones

abominables, sedientos de desorden, sangre y violencia», escribe, «sino hombres que quisieron la paz, y corazones llenos de ternura, amados por cuantos los conocieron y vieron de cerca el poder y la gloria de sus vidas: su anarquía era el reinado del orden sin la fuerza: su sueño, un mundo nuevo sin miseria y sin esclavitud: su dolor, el de creer que el egoísmo no cederá nunca por la paz a la justicia».

A pesar de comprender los móviles de la lucha de los anarquistas y, en cierto sentido, saberse partícipe de la misma partida, concibe la lucha social sólo posible dentro de un marco político democrático y, acaso, liberal. «Crece este sistema», reconoce Martí. «Acaso sea el que predomine, como único medio justo de dar en la producción de la obra su porción correspondiente al dueño y a los operarios.»

Martí, por otro lado, se muestra completamente escéptico (y a ratos irónico) respecto al acontecer político del país. La vida política estadounidense se encuentra «distribuida entre dos partidos gastados, descompuestos en bandos sostenidos por celos personales y diferencia de ideas, y un partido naciente demasiado nuevo y radical para que su advenimiento al poder pueda ser contado como factor inmediato».

En uno de sus primeros artículos, Martí cita la carta de un lector dirigida al editor de uno de los más prestigiosos periódicos de la época:

Un americano pregunta al *Sun* de Nueva York: «Al señor editor del *Sun*—Señor.— Éste es un gran país, y sin embargo, es un hecho que dentro de los últimos 16 años dos Presidentes han muerto asesinados; otro Presidente fue procesado, y a poco se le echa indignamente de su puesto; y otro Presidente ocupó su puesto por abominable fraude. ¿No es éste un interesante estado de cosas? ¿Qué viene ahora?».

Aquella carta parece resumir no sólo el estado de cosas, sino la pregunta inicial, el punto de partida con que Martí sopesará la vida política estadounidense y con la que indagará en su pasado histórico-político, para desenterrar y rescatar los valores que aquella *comunitas* proclamaba encarnar, en tanto que nación fundada en una visión concreta.

La vida política de un país, de acuerdo con nuestro autor, se jugará en la virtud y la ambición de sus figuras políticas y sus partidos. «La política tiene sus púgiles», escribe en 1885. «Las costumbres físicas de un pueblo se entran en su espíritu y lo forman a su semejanza.»

Un ejemplo notable de aquella concepción se refiere a la relación que Martí «mantendrá» —en tanto que escritor, pensador y ciudadano— con la figura de James Gillespie Blaine, político influyente al que Martí le dedicó más líneas que a cualquier otro ciudadano de Estados Unidos, con una mezcla de temor, respeto (admiración acaso) y odio.

La primera vez que aparece nombrado, en 1881, Blaine es caracterizado como un «brillante hombre, capaz de una política sana, intrépida y gloriosa, y amigo de la América del Sur». Sin embargo, ya al cabo de poco tiempo, en 1884, Blaine pasará a ser «Blaine el acometedor, Blaine ambicioso, brillante y turbulento, Blaine, un Beaconsfield desenvuelto y temible». Alguien nefasto.

Luto sería, para este país y para la justicia, luto para algunas tierras de nuestra América que tienen las rodillas flojas, luto para la misma libertad humana que viniese a la Presidencia de los Estados Unidos este hombre intrépido, agudo y desembarazado, que de las grandezas de su patria sólo tiene las grandes preocupaciones.

A sus ojos, Blaine encarna lo mejor y lo peor de la política estadounidense. Es el hombre «testarudo, este imaginador fértil, este político elástico, esta palabra verbosa y siempre lista [...] va con el viento de su fortuna [...] y a cara abierta, so pretexto de valor político, defiende las mayores agencias de tiranía de los que le ayudan la ambición y le han ido levantando la riqueza, sin ver que la mujer que vende su honor tiene su nombre, que es el mismo que el del que vende al interés su genio», escribe en 1888. Y en cuanto es nombrado Secretario de Estado, representa un inminente peligro para el resto de América; pues, como escribe Martí en 1889, destaca «su fiera convicción de que llegó para él la hora del triunfo y para su patria la de la extensión y el dominio».

A través del seguimiento que hace a la vida política estadounidense y a sus figuras, Martí llega rápidamente a la convicción de estar «en el momento de un grave cambio histórico, de trascendencia suma para los pueblos de América Latina», como escribe en 1885. Y sin embargo, no todo se juega en la política interna y exterior estadounidense. La política de Blaine y los Estados Unidos respecto al resto de América no sólo la explica Martí en términos de un afán de expansionismo estadounidense. La otra cara del asunto tiene que ver con los propios países latinoamericanos. Los Estados Unidos, y Blaine en especial, «ha visto de la otra América cosas que no debía ver, gente de rodilla caída y boca de súplica, que mueve más a verla con desdén que a respetarla», escribe en 1889.

El problema interno de los países latinoamericanos es una cuestión urgente para Martí y un problema que los propios países deben solucionar. «Nuestro problema es nuestro, y no podemos conformar sus soluciones a las de los problemas de nadie», escribe en 1885. Recordemos la cercanía de este argumento respecto al esgrimido al referirse a las asociaciones obreras. En 1890, declara que «ni Saint-Simon, ni Karl Marx, ni Marlo, ni Bakunin. Las reformas que nos vengán al cuerpo. Asimilarse lo útil es tan juicioso, como insensato imitar a ciegas»; ideas que desarrollará con mayor detalle en sus ya conocidos ensayos *Madre América* (1889) y *Nuestra América* (1891).

Un importante capítulo será asimismo el referido a la Primera Conferencia Americana, convocada por Blaine, a fin de organizar la Unión Panamericana, una suerte de Liga aduanera continental. Es aquel congreso la oportunidad para poner a prueba la virtud de los políticos latinoamericanos:

unos se preparan para deslumbrar, para dividir, para intrigar, para llevarse el tajo con el pico del águila ladrona, otros se disponen a merecer el comercio apetecido con la honradez del trato y el respeto a la libertad ajena.

El congreso internacional será, a los ojos de Martí, «el recuento del honor», para «contener con el respeto que imponga y la cordura que demuestre, la tentativa de predominio [...] y la ambición de un político rapaz y atrevido».

Como ya hemos observado, Martí, al concebir a las figuras políticas como encarnación de los valores de sus pueblos y como portadores de esa responsabilidad, les otorga una estatura especial. Sus decisiones rigen los destinos de millones de seres humanos. El congreso, en este sentido, descrito como un encuentro de titanes, se jugó finalmente entre las dos posiciones antagónicas representadas por el ministro de Argentina, Quintana, y Blaine.

El destino de los pueblos, pues, se dirime en la arena política, que es la arena de lo humano. Martí, a través de sus crónicas respecto a la política interna y exterior estadounidense, a los problemas sociales y las huelgas de los obreros, llega así a la proposición de aquel espacio, un espacio siempre en construcción. «La política es bella», escribe en 1890,

aunque parezca fea por lo que se le entra del interés inevitable; y su beldad está en la fatiga difícil y dolorosa de los hombres de virtud por tener la república a salvo de los que negocian con la santidad de sus oficios [...]. En la calumnia misma hay cierta hermosura, y es la del martirio del patricio dispuesto, por el bien de su patria, a desafiarla.

## Un pensamiento escrito en elencos

Como vemos, Martí así recorre un camino en zigzag, un ida y vuelta de detestación y adoración —a veces haciéndolo incluso en una misma frase, una misma idea— entre la realidad y su lectura de ella. Es ello un ejercicio emocional e intelectual básico, de asombrosa actualidad.

Martí llega a entender la necesidad de separar al pueblo (estadounidense) de la política de su gobierno; que el juicio sobre un pueblo, sobre su gobierno, se hace en base a sus propios ideales de libertad y tolerancia. Mas aquello, en este caso, sin evitar la crítica a las faltas y deficiencias de las propias sociedades latinoamericanas. De allí sus constantes alusiones a la fundación de los Estados



Unidos, a la declaración de la Independencia, a los ideales suscritos por aquella nación. De allí una ética estricta, viril, segura.

Más aun, nuestro escritor tendrá que crear en su lengua un nuevo referente: los problemas políticos y culturales de América Latina en la modernidad.<sup>15</sup>

Lejos estamos de la figura granítica de un Martí iluminado, exento de tensiones. Acaso más humano, complejo y honesto, Martí, a través de estas crónicas nos da a conocer una tesitura, un poliedro fino, con el que va mirando y construyendo un pensamiento, un ideario, una conciencia. Su fuerte carga ideológica, sus juicios, su posición, bien pueden ser relativos al momento histórico que vivió; no así su arte, su oficio, su honestidad, su humanismo profundo. Estas palabras, aquellas con las que retrata a Emerson en 1882, bien pueden aplicarse a nuestro propio escritor:

Toda su prosa era verso. Y su verso es prosa, son como ecos [...]. Él se veía como pupila transparente que lo veía todo, lo reflejaba todo, y sólo era pupila [...]. No escribe en períodos, sino en elencos. Sus libros son sumas, no demostraciones. Sus pensamientos parecen aislados, y es que ve, mucho de una vez, y quiere de una vez decirlo todo, y lo dice como lo ve, a modo de lo que se lee a la luz de un rayo [...]. Y deja a los demás que desenvuelvan: él no puede perder tiempo; él anuncia.

A través de estas crónicas, fragmentos acaso de ese libro-pensamiento, complejo y lleno de resonancias, que constituye el libro martiano, Martí recorre su propia experiencia en tanto que escritor, pensador y ciudadano, al tiempo que recorre la experiencia social moderna y sus desafíos.

El ojo martiano, un poliedro y una pálebra de ritmo propio, trae consigo un cierto *polemos* –aquel que se encuentra en el origen de todo pensamiento– que va inculcando a su escritura un pulso que no declina la instigación de lo que no puede quedar escondido, de lo presente. Se podría decir que es aquel ojo poliédrico, polémico, el que se irá conformando y cimentando durante estos años. Un ojo que es a la vez un libro-pensamiento, una lectura escrituraria de y desde los diversos flancos de la realidad política y cultural de entonces.

Lo fragmentario, aquellas «pequeñas obras fúlgidas»<sup>16</sup> que son sus crónicas, no sólo representan un nuevo modo de escribir, sino también de pensar la realidad (sociopolítica, histórica) y el hombre.

La labor del escritor, del periodista, será, por un lado, guardar la casa patria: «*Cave canem*, estaba escrito para guarda de los visitantes en las casas de Pom-

<sup>15</sup> Graciela Montaldo, *op. cit.*, p. 44.

<sup>16</sup> «Prólogo al Poema Niágara», *Obras completas*, VII, p. 227.

peya», escribe en 1884. «La prensa es el can guardador de la casa patria; y en todos los oídos debe resonar siempre el grito saludable: *Cave canem.*»

La casa patria, para Martí, es la «América nuestra». La labor, la acción, el destino acaso cimentado en aquellos años, de Martí, en tanto que escritor, es el de *hacer* con y desde la escritura, *morder*: influir, remodelar, cuestionar. Responder a esa otra mordedura que es la experiencia.

Ya se sabe, el escritor es aquel para quien la escritura no es un medio de expresión, ni un instrumento, sino el *lugar* mismo de su pensamiento.

La labor del ciudadano, tal como la del lector, es la de poner ojo y oído a todo aquello, recorrer aquel *lugar*, asir aquellos ecos y resonancias, los elencos y sumas, para *desenvolver* y extraer las propias conclusiones, hacerse de un propio punto de referencia y un *tempo*.

Martí recorrió ambos trazados. La decisión que posteriormente tomó, en tanto que ciudadano, ya es por todos bien conocida.

---

# Gail Martin y Gerald Martin

## Los Estados Unidos en que vivió Martí

### Prólogo

Este siglo prepara la filosofía que ha de establecer el siglo que viene. Éste es el siglo del detalle; el que viene será el siglo de síntesis.

JOSÉ MARTÍ, *La Opinión Nacional*, Caracas, 21-1-1882

José Martí se radicó en Nueva York a comienzos de 1880, a la edad de veintiséis años, y se marchó de la ciudad en enero de 1895.<sup>1</sup> Fue su destino presenciar la transición más dramática en la historia de los Estados Unidos y la más decisiva. Entre 1865 y 1900 aquel inmenso país se transformó en una sociedad urbana, industrial y multicultural cuya población creció de 31 millones en 1860 a 50 millones en 1880, a 63 millones en 1890 y a 76 millones en 1900.<sup>2</sup> Fueron dos causas sobre todo las que impulsaron estos cambios radicales: una pujante revolución industrial basada en el uso del vapor (fábricas, ferrocarriles, buques transatlánticos) y el dinamismo de las masas de inmigrantes que llegaron de Europa.

---

<sup>1</sup> El presente ensayo, a pesar de emplear citas de Martí como epígrafes, no es una visión de los Estados Unidos de la época a través de las palabras o los ojos del pensador cubano. Al contrario, nuestro propósito, al escribirlo, fue ofrecer una síntesis histórica de la época como contextualización objetiva –por decirlo así– de su estancia y sus escritos, o sea, sin tomar en cuenta los temas y los puntos de vista escogidos por el mismo Martí. Si el lector descubre que casi todas nuestras referencias a personas, instituciones y acontecimientos encuentran ecos en los ensayos y crónicas de Martí que lean en estos volúmenes, dicho paralelismo no tiene que ver con una derivación deliberada y tautológica, sino con el hecho de que Martí parece haber abarcado casi todo lo que había que ver en los Estados Unidos y, particularmente, en la Nueva York de la época.

<sup>2</sup> En vista de los propósitos del ensayo, no nos pareció útil justificar con una nota todas y cada una de las estadísticas registradas en él. Nuestras referencias cuantitativas y estadísticas remiten mayoritariamente a tres fuentes básicas: Samuel P. Hays, *The Response to Industrialism, 1885-1914* (Chicago, University of Chicago Press, 2ª edición, 1995); Hugh Brogan, *Longman History of the United States of America* (Londres, Longman Group Ltd., 1985); y James A. Henretta, David Brody, Susan Ware y Marilyn Johnson, *America's History. Volume 2: Since 1865* (Boston, Bedford/St Martin's, 2000).

Cuando Martí desembarcó, los Estados Unidos seguían siendo un país rural y agrícola; el gran avance al Oeste aún no se había completado y la producción industrial era todavía inferior a la de Gran Bretaña. También seguía siendo una nación deudora que no atraía un alto nivel de inversiones extranjeras.

En la década de 1880, una nueva ola de inmigración traería centenares de miles de personas cada año, la materia prima humana que facilitaría la transformación de todos los aspectos de la vida diaria. En los últimos veinte años del siglo XIX, millones de nuevos inmigrantes entrarían al país, la agricultura sería mecanizada y las ciudades crecerían vertiginosamente, revolucionadas por la luz eléctrica y por los nuevos sistemas de transporte suburbano. La vida social también sería revolucionada: por la invención del telégrafo y el teléfono, el fonógrafo y las primeras películas cinematográficas. En 1890 el continente tendría 167.000 millas de ferrocarril. Los ferrocarriles serían el motor de la transformación económica total: nacerían nuevas industrias productoras de acero, nuevas ciudades y pueblos seguirían la trayectoria de los ferrocarriles, y los ferrocarriles posibilitarían una economía integrada y autosuficiente de dimensiones inauditas. La producción y la riqueza de los Estados Unidos rebasarían las de Europa antes de acabar el siglo.

Éste era el país que conocería Martí, el «país billionario» donde el capital privado barrería con todo. El capital, cuyo centro de irradiación era la misma Nueva York donde residió Martí, lograría cambiar o ignorar las leyes, pisotear los intereses de la clase obrera e inaugurar una época de codicia y corrupción. Al final del siglo XIX, los Estados Unidos se habían convertido en una nación industrial que producía más carbón, hierro y algodón que la Gran Bretaña, más productos siderúrgicos que Alemania, más oro que Australia, casi tanta plata como México, más algodón y tabaco que la India y más trigo que Rusia. Aunque seguiría siendo –no por mucho tiempo más– una nación deudora, sus excedentes de capital empezaban a fluir hacia el extranjero, y la política extranjera del país se moldearía de acuerdo con nuevas apreciaciones económicas y estratégicas. En la última década del siglo, finalmente, los Estados Unidos se convertirían en poder imperialista, negando el espíritu de su propia Constitución, en un momento en que políticos y capitalistas coincidían en la búsqueda de nuevos mercados en el extranjero. La Doctrina Monroe (1823), neutralizada por largas décadas de hegemonía británica, y las ambiciones inmensas del igualmente inmenso país del Norte, darían el golpe de gracia a los restos del poder colonial español en el Caribe y en el Pacífico.

Veinte años antes del segundo arribo de nuestro inmigrante cubano, la Guerra Civil había fortalecido el poder del capital con la aprobación de decretos como la *Homestead Act* de 1862. Su objetivo ostensible era abrir el Oeste a los colonizadores (*settlers*), pero al mismo tiempo se cedían inmensas concesiones de tierras para animar las inversiones en los grandes proyectos de construc-



ción de los ferrocarriles: en 1862 se fundaron el *Central Pacific Railroad* y el *Union Railroad*, y en 1864 el *Northern Pacific Railroad*. Las *National Currency Acts* de 1863 y 1864, concebidas para financiar la guerra con el Sur, dieron mucho más poder a los bancos del Este. Las tropas desmovilizadas al final de la guerra recibieron pagos que, indirectamente, invirtieron \$700 millones en la economía.

El pujante desarrollo capitalista fue caracterizado por una acentuada, por no decir brutal, ideología individualista que dominaba la vida política, comercial y laboral. El país estaba embarcado, bajo el signo del capitalismo, en el experimento político-social más ambicioso de todos los tiempos. Y Nueva York, el monstruo desde cuyas entrañas José Martí contemplaba y sufría semejante convulsión histórica, era, a la vez, el centro del poder financiero y el centro industrial más productivo del país. Allí se vivió con más intensidad el impacto de una filosofía basada en el positivismo y el darwinismo social y económico que toleraba y hasta exaltaba la supervivencia del fuerte y la explotación del débil. Y fue precisamente en la década de 1880 cuando una nueva clase proletaria surgió para combatir el poder arrollador de la clase capitalista.

José Martí, inmigrante a regañadientes, patriota exiliado de un minúsculo país colonial y de un continente económica y políticamente atrasado, tendría el temible privilegio de interpretar, para sus lectores hispanoamericanos, los años más convulsivos y más decisivos del surgimiento del nuevo gigante planetario.

## Las secuelas de la Guerra Civil y el fracaso de la Reconstrucción, 1865-1877

El carácter en la paz es más difícil que la fortuna de la guerra... Y iqué país entraba Grant a gobernar...! Un país en peligro, ciertamente, donde la conciencia de la fuerza y el apetito de la fortuna tienen en riesgo el decoro nacional, la independencia de los pueblos vecinos y la independencia del mismo espíritu humano acaso; pero grandioso país, a pesar de eso, donde el hombre se elabora y ejerce sin más trato ni límite que los naturales que le impone la vecindad de los demás hombres, donde acababa de darse el espectáculo sublime de una nación pacífica exaltada hasta la guerra tremenda por su conciencia del decoro humano...

JOSÉ MARTÍ, *La Nación*, Buenos Aires, 27-9-1885

Si los años 80 serían la década decisiva en la transformación económica y social de los Estados Unidos, los cinco años de la Guerra Civil (1861-1865) representaron el evento formativo del siglo. Terminada la guerra, y muerto Lincoln, el

gobierno de Andrew Johnson se enfrentaba con el desafío de la reincorporación de los estados sureños a la Unión y la garantía de los derechos de los esclavos liberados. En 1865, la 13ª Enmienda a la Constitución aseguró la emancipación de los esclavos. Cuando los estados empezaron a aprobar «Códigos negros» para acorralar a los recién liberados en las plantaciones, el Congreso en Washington extendió los poderes de la Oficina de Hombres Liberados (*Freedmen's Bureau*) y se proponía aprobar un decreto de Derechos Civiles que daría a todos los hombres nacidos en los Estados Unidos, sin consideración a su origen racial, los mismos derechos en materia de leyes, de sufragio y de propiedad. Mientras se discutían estas cuestiones en el Congreso y el Senado, miles de exesclavos eran asesinados al intentar negociar nuevos contratos laborales con los terratenientes regresados a la ex-Confederación después de la guerra. Contra la resistencia del mismo Presidente, el Partido Republicano impuso las Enmiendas 14 (sobre los derechos civiles de los negros) y 15 (sobre su igualdad ante la ley) en 1866 y 1867; sin embargo, todos los estados del Sur, con la excepción de Tennessee, se negaron a ratificar la 14ª Enmienda, lo que provocó el Acta de Reconstrucción de 1867, por la cual se dividió el Sur en cinco unidades militares. En 1868, el héroe unionista Ulysses S. Grant fue elegido presidente por mayoría abrumadora y se ratificó la 15ª Enmienda, aunque sin abolir los requisitos relacionados con el pago de impuestos y el analfabetismo, ya que éstos servían para controlar la integración de los inmigrantes en el Norte. La exclusión de las mujeres, blancas y negras, de la 15ª Enmienda dividió el movimiento de mujeres en una sección moderada encabezada por Lucy Stone y Julia Ward Howard y una sección radical encabezada por Elizabeth Cady Stanton, posponiendo el sufragio femenino durante más de medio siglo.

Entre 1868 y 1871, uno tras otro, los estados sureños se fueron adhiriendo a las nuevas condiciones y eran reincorporados a la Unión. En Alabama, Florida, Carolina del Sur, Luisiana y Misisipí, los exesclavos constituían la mayoría de los votantes, y en Georgia, Virginia y Carolina del Norte llegaban casi a la mitad. Numerosos representantes negros fueron elegidos al Congreso y al Senado, y 600 de ellos participaron en las legislaturas estatales durante la época de la Reconstrucción.

Más allá de las reformas políticas, los Republicanos intentaron la reestructuración de la economía sureña de algodónera en manufacturera. Se introdujeron impuestos sobre la riqueza en vez de la propiedad y se financiaron obras públicas en caminos, ferrocarriles y edificios públicos. Este proceso fue saboteado rápidamente por la corrupción de las burocracias estatales. Por otra parte, sólo en Carolina del Sur se registró una redistribución sustancial de tierras públicas a los exesclavos; en su lugar se instituyó un sistema de aparcería en el cual la mitad o las dos terceras partes de la cosecha se devolvían al terrateniente inva-

riablemente blanco. La ausencia de capitales de puesta en marcha significó que muchos aparceros negros se adeudaron desde el comienzo, pero el nuevo sistema, si bien injusto, representaba una ligera mejoría en su situación laboral; en cambio, para la economía sureña en su totalidad, el predominio de la aparcería fue un desastre económico que condenaba la economía y la sociedad sureñas al estancamiento.

La resaca blanca, que no se hizo esperar, significaba la negación absoluta de los exconfederados a tolerar las reformas. En 1868 el Klu Klux Klan apareció en Tennessee, y en dos años se había extendido a muchas regiones del Sur. El Congreso empezó reprimiéndolo, pero pronto se hizo evidente que el Norte se había desanimado. Ya para 1877 sólo sobrevivían tres gobiernos republicanos en el Sur: en Luisiana, Carolina del Sur y Florida. Como secuela de la guerra, el gobierno central se había visto obligado a tomar un papel más intervencionista en muchos aspectos de la vida nacional. Entre 1865 y 1873 hubo un *boom* económico gracias al cual la producción industrial creció en un 75%, y tres millones de inmigrantes entraron al país; pero en 1873 se inició una profunda recesión. Grant, haciendo caso omiso de la degradación moral y la corrupción de su partido, fue reelegido en 1872; pero en 1874 los Demócratas ganaron el control del Congreso por primera vez desde 1861, y aunque los Republicanos volvieron a ganar las elecciones nacionales con Rutherford B. Hayes en 1876, era evidente que la Reconstrucción había llegado a su fin. En 1877 terminó la ocupación militar del Sur; y en 1883 la Corte Suprema declaró que el Acta de Derechos Civiles era inconstitucional. Según Morton Keller, los dos grandes legados de la Guerra Civil, «un Estado nacional fortalecido y más activo y una definición expandida de la igualdad civil», fueron viciados por la supervivencia, en las actitudes sociales y culturales norteamericanas, no solamente en el Sur sino también en el Norte, «del racismo, del localismo y del *laissez-faire*».<sup>3</sup>

De entonces en adelante, la situación de los negros empeoró. Nuevos requisitos relacionados con el alfabetismo y un impuesto de capitación excluyeron a la mayoría de ellos del proceso político, y en los años 90 se volvió a distintas formas de segregación legal, sin mencionar la práctica inaudita que se instituyó en el Sur de alquilar los prisioneros convictos a propietarios de empresas privadas, lo cual representa, sin duda, «uno de los auténticos cuentos de horror de la historia [norte]americana».<sup>4</sup> Después de más de un siglo de independencia nacional, ser negro en los Estados Unidos, para la inmensa mayoría, significaba vivir en el Sur y dentro de la más abyecta pobreza. La migración masiva hacia el Norte no empezaría sino hasta después de comienzos del nuevo siglo. Chicago,

<sup>3</sup> Morton Keller, *Affairs of State: Public Life in Late Nineteenth Century America*, Cambridge, Mass., The Belknap Press, Harvard University, 1977, pp. 35 y 42.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 236.

Filadelfia y Nueva York eran ciudades casi exclusivamente blancas en la época de Martí.

## La expansión hacia el Oeste

Medida y número; éstos son aquí los elementos de la grandeza. Sin embargo, nada se descuida por completo. Si la gente común va en aumento cada día por una sedienta población extranjera, que no hay que confundir con el verdadero pueblo [norte]americano, muestra aquella ansiedad por el dinero y lucha terriblemente en este sentido...

JOSÉ MARTÍ, *The Hour*, Nueva York, 10-7-1880

En el período entre el final de la Guerra Civil, en 1865, y la expropiación *de facto* de Cuba en 1898, el concepto de la «frontera», casi idéntico con el del «Oeste», llegó a ser elemento central de la conciencia nacional. Quizá no fue casualidad que en 1890, cuando la Oficina de Censos declaró que la «frontera» de colonización particular ya no existía, la producción de los Estados Unidos hubiera rebasado la de Gran Bretaña en productos siderúrgicos. La transformación vertiginosa del país fue simbolizada por dos eventos contrastados: en diciembre de 1890, la *U.S. Cavalry* cometió una infame masacre de indígenas en Wounded Knee, poniendo fin a la última resistencia; y dieciocho meses más tarde, el magnate Andrew Carnegie logró una victoria aplastante sobre los trabajadores siderúrgicos en Pittsburgh con la masacre de Homestead.

Todo había acontecido con una rapidez asombrosa. En 1834, el Congreso había decretado que las Grandes Llanuras (*Great Plains*) eran territorio permanente de los indios. Todavía en 1850, treinta tribus divididas en seis grupos lingüísticos eran dueños de una región que se consideraba inhóspita y poco interesante. Pero el acceso a nuevos territorios después de la Guerra Mexicano-Norteamericana de 1846-1848, junto con el desarrollo de California y Oregón después de 1849, significaba el comienzo del fenómeno ya mítico de las caravanas de carretas que llevaban a los inmigrantes pobres a quitarles sus tierras a los primeros pobladores del país. Los hilos del telégrafo se extendían desde el Este a San Francisco en 1861, y en 1862 el gobierno central auspició el proyecto de un ferrocarril transcontinental. En la primera década que pasó Martí en los Estados Unidos, se tendieron 40.000 millas de vía férrea al oeste del Misisipí, de Nueva Orleans a California, de Kansas a Sante Fe y de Minnesota a Seattle.

La ganadería representaba un primer incentivo en el viaje nacional hacia el Oeste; pero para que el ganado prosperara era necesario exterminar el bisonte. Lo hicieron William F. Cody, el legendario *Buffalo Bill*, y sus colegas en una



década, «hazaña» completada ya a mediados de los 80. Como augurio del siglo por venir, Cody convirtió su propia vida en espectáculo y en negocio con su mundialmente famoso *Wild West Show*. En los 80 llegó a cinco millones el número de reses en el sur de Texas, y a 7,5 millones el de las que erraban por las llanuras.

No tardaron los cercos y el alambre; y los colonos migrantes. Las compañías ferrocarrileras los necesitaban, y la *Homestead Act* de 1862 había sentado las bases de la inmensa epopeya. Es bien conocido el artículo de Martí sobre la fundación de un nuevo pueblo en Oklahoma («Cómo se crea un pueblo nuevo en los Estados Unidos», *La Opinión Pública*, Montevideo, 1889, pp. 1207-1213). No sólo eran extranjeros (más de un 30% de los agricultores en Minnesota y las Dakotas eran de origen extranjero en 1882) sino negros: en 1880, Kansas tenía una población negra de 40.000, y muchos miles emigraban a Texas entre 1870 y 1890. A finales del siglo, las llanuras y el Oeste proveían la mitad de la producción ganadera, la tercera parte de los cereales y el 60% del trigo. Chicago, con su situación estratégica entre el Oeste y la costa oriental, llegó a ser el centro económico que recogía estos productos y los distribuía al mundo entero y, por ende, la clásica ciudad comercial e industrial de la nueva época.<sup>5</sup> La colonización y el desarrollo de las llanuras y el lejano Oeste siguieron un proceso inevitable: trigo en las llanuras centrales, maíz en el Oeste medio, productos lecheros en el norte del Oeste medio, frutas y legumbres en California y algodón en el Sur. Pese a la amplia tenencia independiente de la tierra (con excepción de la aparcería en el Sur y las grandes corporaciones en California), los granjeros solitarios se vieron obligados a producir cultivos comerciales, pedir préstamos, especular e invertir en nuevas tecnologías. Entre 1860 y 1890, la producción agrícola creció en un 300% y en 1900 el 20% se vendía al extranjero.

El granjero solitario de los llanos, consagrado en el mito de la frontera, fue inserto en realidad en un engranaje complejo de ferrocarriles, capitales con origen en el Este, tecnología manufacturada y mercancías distribuidas por compañías como Sears Roebuck. Fueron los ferrocarriles, sobre todo, los que «convirtieron la naturaleza norteamericana en “recursos naturales”». <sup>6</sup> El *yeoman* (granjero independiente) mitológico de Jefferson vivía en trasfondo industrial y capitalista. La agricultura se convirtió rápidamente en industria y, en el caso de los productos elaborados como la carne o el tabaco, el proceso de incorporación se llevó a cabo muy temprano, desde la producción hasta la distribución al consumidor. La tierra y sus recursos fueron privatizados rápidamente por las grandes corporaciones, y, a pesar del desdén manifestado por los políticos con respecto

<sup>5</sup> Hays, *op. cit.*, p. 20.

<sup>6</sup> Alan Trachtenberg, *The Incorporation of America: Culture and Society in the Gilded Age*, Nueva York, Hill and Wang, 1982, p. 19.

a la planificación estatal, en realidad el nuevo desarrollo económico fue impulsado gracias a subsidios públicos. Este hecho no impidió la evolución del mito del *Wild West*, mito que con sus vaqueros, pistoleros, indios y *pathfinders* (baquianos), gracias a las *dime novels* (novelas de cinco duros) y a espectáculos como los de Buffalo Bill, iba creciendo como contrapartida de los valores conservadores en la misma época en que la incorporación económica se extendía por todo el país.

A diferencia de los negros y los chinos, minorías difíciles de asimilar en aquella sociedad racista pero aceptables por la economía en situaciones extremas, la cultura del indio representaba el rechazo total del nuevo sistema. Para la mayoría de los blancos, la cuestión del derecho del indio a sus tierras se iba convirtiendo en la cuestión de su derecho a existir. Entre 1870 y 1900 hubo doscientas batallas entre indios y blancos. El Ejército Federal de 27.000 veteranos armados con rifles de repetición y ametralladoras iba extinguiendo poco a poco la resistencia de los indígenas. Los Sioux, vencedores de Custer en la famosa batalla de Little Big Horn en 1876, se rindieron formalmente en 1881, sólo cinco años después. Ya para 1900 su población de 20.000 habitantes estaba rodeada por 400.000 blancos llegados a ocupar sus antiguas tierras. A ellos mismos les fueron ofrecidos terrenos de 65 hectáreas cada uno con tal de que renunciaran a sus prácticas de cultivo comunales y adoptaran prácticas de tenencia y trabajo individualistas y privados. En 1889, el futuro presidente Theodore Roosevelt había explicado que «los que no quieren trabajar desaparecerán de la tierra que obstruyen».<sup>7</sup>

Algunas voces se oían en defensa de los valores de la cultura indígena, como la de Lewis Henry Morgan, autor de *Ancient Society, or Researches into the Lines of Human Progress from Savagery through Barbarism to Civilization* (1877). No obstante, la inmensa mayoría se sentía acorde con el concepto de Frederick Turner de que el Oeste era un «regalo» a la Norteamérica blanca. El indio era la antítesis de la exaltación de la santa trinidad representada por la Producción, la Plusvalía y la Propiedad Privada. Turner expuso su tesis sobre la «frontera» en Chicago durante la Exposición Columbiana de 1893. Turner contradecía implícitamente el tema central de la exposición, la «Ciudad Blanca» como ideal nacional, insistiendo en que la experiencia de la colonización épica del Oeste había sido fundamental en el desarrollo de los valores y las prácticas nacionales: las instituciones democráticas, la unidad nacional y el individualismo robusto.<sup>8</sup>

---

<sup>7</sup> Trachtenberg, *op. cit.*, p. 34. Hasta un observador menos frío como era el presidente James A. Garfield comentó que era mejor «dejar a las razas indígenas caer lo más suave y fácilmente posible en la desaparición y en el olvido, porque allí terminarán, hagamos lo que hagamos» (citado en Keller, *op. cit.*, p. 156).

<sup>8</sup> Véase Martin Ridge, ed., *Frederick Jackson Turner: Wisconsin's Historian of the Frontier*, Madison, The State Historical Society of Wisconsin, 1986.

Era momento propicio para una síntesis conceptual, ya que Turner hablaba en medio de una depresión económica profunda, una época en que los trabajadores pobres urbanos y rurales, casi todos recién inmigrados, estaban en lucha con una élite económica y social de origen predominantemente anglosajón y protestante. El ensayo de Turner, de una extraordinaria elegancia, era más literario que histórico, más mitológico que científico. Esquivaba la realidad multicultural del Oeste y la contribución del Gobierno Federal; omitía la explotación despiadada de los recursos naturales y humanos, la violencia y el proceso, no muy romántico, de incorporación. Sin embargo, la historia real era aún más dramática que el mito. Cuando México cedió California y otros territorios a los Estados Unidos en 1848, el Oeste estaba habitado por menos de 100.000 personas de origen europeo, de las cuales 75.000 eran de raíces hispánicas. Pero en 1860, bajo la atracción mágica del oro, en la misma California vivían 300.000. La prospección individual dio lugar, rápidamente, a la invasión de grandes corporaciones, como la *American Smelting and Refining Company* (1890) y la *Amalgamated Copper Company* (1899). Se sucedieron una serie de conflictos brutales entre mineros –muchos de ellos campesinos desplazados por nuevos terratenientes angloamericanos– y la aristocracia hispánica tradicional. El centro comercial de la industria minera era San Francisco, pero los estados de Oregón y Wáshington también vieron una expansión entre 1870 y 1890 de 100.000 a 750.000 habitantes.

Entre 1850 y 1880, 200.000 trabajadores chinos inmigraron al país y llegaron a constituir hasta el 25% de la mano de obra en California. La ola migratoria china inspiró reacciones virulentas entre la población blanca cuyo clímax fue la *Federal Chinese Exclusion Act* de 1882, que puso fin a la inmigración china.<sup>9</sup> Fue el único grupo racial excluido de esta manera hasta 1908, cuando los japoneses también quedaron excluidos y reemplazados por mano de obra mexicana. Con todo, California, en 1900, con sus dos grandes ciudades, San Francisco y Los Ángeles, su alto nivel de vida y sus parques nacionales limpiados de indios, representaba en la mente de los ciudadanos de los Estados Unidos una tierra dorada, el final feliz de la colonización del Lejano Oeste.

---

<sup>9</sup> Ver Claudia Goldin, «The Political Economy of Immigration Restriction in the United States, 1890 to 1920», en: Claudia Goldin y Gary D. Libecap, eds., *The Regulated Economy: A Historical Approach to Political Economy*, Chicago, University of Chicago Press, 1994, pp. 223-257.

## La inmigración y la expansión de las ciudades

Qué grande ha de ser una nación, para conducir por vía tranquila esas bandas de lobos hambrientos y sedientos, esas excrecencias de países viejos y pobres, feroces e inútiles allá –y aquí, bajo el influjo del trabajo, buenas, cordiales y mansas.

JOSÉ MARTÍ, *The Hour*, Nueva York, 10-7-1880

La inmigración europea en gran escala comenzó en las primeras décadas del siglo XIX. Entre 1815 y 1914, aproximadamente 35 millones de personas ingresaron al país –5 millones entre 1820 y 1860, 13,5 millones entre 1860 y 1890, 19 millones entre 1900 y 1939– y los Estados Unidos fueron transformados de sociedad rural en sociedad urbana. En la primera mitad del siglo XIX la inmensa mayoría venía de las Islas Británicas, Alemania y Escandinavia; más tarde, de Italia, Polonia y Rusia. Inmigración, urbanización e industrialización eran fenómenos estrictamente interrelacionados. Si en 1820 sólo el 5% de los estadounidenses vivía en ciudades con más de 5.000 habitantes, en 1900, el 20% vivía en ciudades con más de 100.000. Sólo entre 1880 y 1900 se duplicó el número de habitantes de las ciudades. En 1900, el 40% de la población de las doce ciudades más grandes eran inmigrantes; el 20%, hijos de inmigrantes; el resto eran inmigrantes de otros pueblos más pequeños e hijos ellos mismos de inmigrantes. El 10% de la población residía en tres regiones: Nueva York, donde la población creció de 1,2 a 3,4 millones; Chicago, que creció de 0,5 a 1,7 millones; y Filadelfia. Las ciudades más importantes eran Boston, Nueva York, Filadelfia y Baltimore; Buffalo, Pittsburgh, Cleveland, Cincinnati, St. Louis y Chicago. Pero de todas ellas, en el momento del desembarco de Martí en 1880, era preeminente Nueva York en población, en manufacturas, en finanzas, en comercio y en cultura, a pesar de no ser la ciudad capital.<sup>10</sup>

Las ciudades llenas de nuevos inmigrantes vieron una revolución asombrosa en sus sistemas de transporte masivo. La invención del tranvía en 1882 expandió los límites del crecimiento urbano. En 1879 Nueva York instaló su primer ferrocarril elevado entre la Sexta y la Novena Avenidas. En 1883, la inauguración del Puente de Brooklyn, junto con la invención del vidrio industrial, los ascensores eléctricos y las vigas de hierro, presagiaría la época del rascacielos. En 1876 Edison patentó su teléfono; en 1878 la luz eléctrica se empleó con fines comerciales en Filadelfia. Mientras tanto, el nuevo concepto ambiental de la *Ciudad Bella* (*City Beautiful*) acuñado por el arquitecto del Central Park,

<sup>10</sup> Hays, *op. cit.*, pp. 57-58.



Frederick Law Olmstead, tuvo algún impacto en la atenuación de la inevitable degradación y contaminación de las nuevas ciudades en expansión.<sup>11</sup>

El único país entre los principales europeos que no contribuyó al proceso migratorio fue Francia. La mayoría de los inmigrantes huían, irónicamente, de los efectos de la transformación capitalista en sus países de origen. En la primera mitad del siglo eran preponderantemente artesanos y pequeños agricultores que buscaban situaciones más estables que en Europa. Pero después de 1880 los inmigrantes eran pobres y no especializados, impulsados por sus necesidades y su desesperación.

Antes de 1890, muchos trabajadores calificados huyeron de Europa para escapar de la discriminación antisindical. Dos grupos europeos lograron transplantar sus sindicatos: la Sociedad Amalgamada de Ingenieros y la Sociedad Amalgamada de Carpinteros; y los mineros ingleses fueron una influencia decisiva en la creación del Sindicato Unido de Mineros [Norte]Americanos. Los irlandeses concibieron su lucha con los dueños del capital norteamericano como una continuación de la lucha contra los terratenientes ingleses en Irlanda, desarrollando un nacionalismo irlandés-norteamericano muy peculiar y muy fuerte que aceleraría su integración y su eventual influencia en la política urbana del país.<sup>12</sup>

Sin embargo, en las últimas décadas del siglo, hubo una rápida sustitución de mano de obra calificada por obreros descalificados, entre ellos mujeres y niños. Parece evidente que la llegada al país de tantos inmigrantes pobres socavaba los esfuerzos de organización de los sindicatos, lo cual fomentó conflictos entre diferentes grupos de trabajadores y diversos grupos étnicos. Por otra parte, también se manifestaban conflictos culturales. Muchos católicos, primero, y judíos, después, iban llegando en grandes oleadas a un país mayoritaria y espiritualmente protestante. El «domingo continental» alemán (*Biergarten*, bailes y canciones) escandalizaba a los habitantes ya instalados en la nación. A los habitantes de los pueblos rurales les horrorizaban las nuevas formas de diversión que se cultivaban en las grandes ciudades: teatro, ópera, bares, tabernas, parques de atracciones, deportes (la Liga Nacional de Beisbol se fundó en 1876), *nickelodeons* y, finalmente, poco después de la desaparición de Martí, el cinematógrafo. La llegada del cubano coincidió con una época de fuertes sentimientos antiinmigrantes, fortalecidos por el impacto político y económico de los recién llegados. Muchas tensiones sociales derivadas del desarrollo capitalista eran atribuidas a la inmigración, especialmente después del *Haymarket Affair* de

---

<sup>11</sup> Véase la reciente historia de Edwin G. Burrows y Mike Wallace, *A History of New York City to 1898*, Nueva York, Oxford University Press, 1999, capítulo 47.

<sup>12</sup> John Bodnar, *The Transplanted: A History of Immigrants in Urban America*, Bloomington, Indiana University Press, 1985, p. 95.

Chicago en 1886, la huelga de Homestead en Pittsburgh en 1892, y la de la Compañía Pullman en Illinois en 1894. Emblemática fue la fundación en 1889 de los Hijos de la Revolución [Norte]Americana y la de las Hijas de la Revolución [Norte]Americana en 1890, sociedades concebidas para restaurar las distinciones sociales y étnicas contra las cuales habían luchado sus antecesores.<sup>13</sup> A comienzos de los 90 apareció la Asociación Pro-Protección de América, organización anticatólica con 500.000 miembros. Las legislaturas de Wisconsin e Illinois prohibieron la enseñanza de las lenguas extranjeras en las escuelas públicas, y en 1894 el senador Henry Cabot Lodge formó la Liga Pro-Restricción de la Inmigración, cuya legislación fue vetada por tres presidentes sucesivos hasta que en 1921, finalmente, el Congreso aprobó los primeros decretos para limitar la inmigración en general. Pero la ola «nativista» de la cual Martí fue testigo disminuyó después de 1896 con el retorno a la prosperidad económica.

Aunque es cierto que la inmigración masiva traía consigo nuevas doctrinas como el socialismo, el anarquismo, el comunismo y el nihilismo, sería erróneo pensar que eran ideologías sostenidas por la mayoría. El Partido Socialista de América, por ejemplo, era mucho más activo entre la clase media y los trabajadores calificados que hablaban inglés o alemán, o entre la pequeña burguesía judía. Nunca llegó a las grandes masas de trabajadores debido en gran parte a las enormes diferencias nacionales, étnicas, culturales y de clase que existían entre los diversos grupos. Los conceptos de austeridad, ahorro, independencia e individualismo tenían raíces muy profundas no solamente entre los capitalistas, sino entre los mismos trabajadores.<sup>14</sup> Las Iglesias predicaban en contra del socialismo, y dos movimientos reformistas importados de Inglaterra –la YMCA y el Ejército de Salvación– trataban de atenuar los efectos sociales de la expansión económica. Por otra parte, el *show business* ofrecía nuevas atracciones y distracciones a las grandes masas heterogéneas de las ciudades, y Martí nos ha dejado un fresco inolvidable de aquel fenómeno que fue Coney Island en Nueva York hacia finales del siglo XIX, además de sus diversos artículos sobre las fiestas nacionales que señalaban el calendario estadounidense.

Para la mayoría de los inmigrantes, la gran prioridad era, desde luego, la supervivencia de la familia: «La decisión de tratar con el capitalismo, si bien en los términos más favorables, y de hacer lo que fuera para perdurar, era tomado *antes* de viajar a América por personas que no creían con demasiado fervor en la

<sup>13</sup> Hays, *op. cit.*, pp. 138-140.

<sup>14</sup> Véase Richard Oestreicher, «The Two Souls of American Democracy», en: George Reid Andrews y Herrick Chapman, eds., *The Social Construction of Democracy, 1870-1990*, Nueva York, New York University Press, 1995; también, Richard Oestreicher, *Solidarity and Fragmentation: Working People and Class Consciousness in Detroit, 1875-1900*, Urbana, University of Illinois Press, 1986.

vaga promesa de una vida mejor en algún futuro distante». <sup>15</sup> Con el tiempo, las comunidades inmigrantes llegaron a estar tan estratificadas como las sociedades que habían abandonado. La total ausencia de asistencia estatal para las necesidades cotidianas –el desempleo, la enfermedad, los entierros, la viudez– significaba que los inmigrantes mismos tenían que crear organizaciones fraternales para dar un mínimo de seguridad a su existencia. Estas organizaciones, a su vez, servían para mantener la identidad cultural original, pero también para obviar la posibilidad de tener que regresar al país de origen.

Indudablemente, la gran mayoría de los inmigrantes viajaron a los Estados Unidos para mejorar su condición económica. Casi todos empezaron desde cero y en el primer peldaño, pero existían variaciones. Los banqueros más importantes eran judíos alemanes –los Guggenheim, los Wertheim y los Bach– que habían llegado a mediados de siglo. En todas partes los irlandeses estaban menos calificados que otros grupos sociales, a pesar de que hablaban inglés. Los judíos eran más afines a los negocios que los italianos. Muchos inmigrantes dependían en parte del trabajo de sus hijos, los cuales eran educados con frecuencia en escuelas parroquiales, evitando así la secularización y americanización inherentes al sistema de educación pública. En palabras de Bodnar: «La adaptación de los inmigrantes a la realidad de los Estados Unidos era el producto de una dinámica entre los imperativos económicos y culturales del capitalismo en expansión y las estrategias vitales de la gente común». <sup>16</sup> La desigualdad social de la América urbana provenía no solamente de la fábrica o del mercado de trabajo, sino de las estructuras sociales de los países de origen. En cuanto a los negros, el 85% se quedó en el Sur hasta fines del siglo y constituían sólo el 2% de la población de las ciudades más importantes. Su experiencia en aquellas ciudades fue la de ser desplazados por nuevos inmigrantes y obligados a recurrir a los oficios más bajos y denigrantes, refugiándose inevitablemente en guetos introvertidos organizados alrededor de sus iglesias. En contraste, los irlandeses, también despreciados, consiguieron la integración a través de la política organizada en barrios y distritos urbanos, especialmente en Nueva York, donde el inefable *Tammany Hall* (central político-social del Partido Demócrata) distribuía licencias, contratos, caridad pública y puestos de trabajo.

La Norteamérica protestante y rural se sentía sitiada por inmigrantes católicos y judíos portadores de creencias peligrosas y corruptas. Hasta el momento de la Guerra Civil, el libro más popular del país había sido *El viaje del peregrino*, del místico protestante inglés John Bunyan, que contrastaba las ciudades rojas y pecaminosas del hombre con la celeste Ciudad Blanca de Dios. Las clases medias y altas contemplaban con ansiedad y a veces con pánico la revolución

<sup>15</sup> Bodnar, *op. cit.*, p. 116.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 207.

urbana que iba transformando al país, aunque se hizo muy poco en cuestiones de reforma social hasta la última década del siglo. Según Trachtenberg, el arquitecto del *Central Park*, Frank Law Olmstead, se basaba de alguna manera en Bunyan para justificar su visión de la transformación de la ciudad: «Era una ciudad situada en una colina dentro de una ciudad de perdición, un lugar celestial dentro de la Feria de las Vanidades; el parque suponía un escenario de equilibrio recuperado, por una parte, pero de rigurosa supervisión elitista gracias a formas corporativas, por otra».<sup>17</sup>

En la década del 80, el 40% de la población de los pueblos pequeños desapareció, absorbido por las grandes ciudades. El campo, semillero de los valores distintivos de la República norteamericana, fue recolonizado por comerciantes urbanos, casas de ventas por correo y tiendas de mercadería barata como las de Sears Roebuck, Montgomery Ward y Woolworth. Las fachadas monumentales de los nuevos edificios, sobre todo las estaciones de ferrocarriles, recordaban las glorias de Grecia y Roma, pero contrastaban con el funcionalismo de sus interiores, los cuales reflejaban directamente la modernidad de sus propietarios. La estación terminal del ferrocarril era un símbolo apropiado de las ciudades florecientes, «lugar de movilidad, de transacciones llevadas a cabo bajo un reloj infalible».<sup>18</sup>

En esas mismas ciudades, muchas familias obreras mantuvieron sus lazos con el campo por medio de la crianza de cerdos y gallinas hasta finales del siglo; pero todo las empujaba hacia el mercado universal y la dependencia total de sueldos y compras. Los barrios permitían a los pobres resistir la invasión del mercado, pero la experiencia cotidiana se hacía cada vez más circunscrita, más administrada, más cronométrica. Este proceso se ve reflejado en la prosa de la época, en los anuncios comerciales, en la organización y distribución del consumo. En los 80 se hizo una revolución en el periodismo, no solamente nuevas publicaciones –*Cosmopolitan*, *Ladies Home Journal*, *McClure's* y *Munsey's Magazine*– sino la revolución técnica de las fotos, el color, los titulares llamativos y sensacionales. El *New York Sun* de Joseph Pulitzer estimulaba el apetito de escándalos, chismes, dramas y «sensaciones» de sus lectores. Al mismo tiempo, las agencias telegráficas como *Associated Press* iban estandarizando la recopilación de la información. La prensa formaba una falsa impresión de familiarización de sus lectores con sus semejantes, pero camuflaba la realidad de una creciente soledad y enajenación de los ciudadanos.<sup>19</sup> El famoso e influyente libro de Jacob Riis, *How the Other Half Lives* (1890), convirtió en espectáculo melodramático y salaz la desesperante miseria humana del *Lower East Side* de

---

<sup>17</sup> Trachtenberg, *op. cit.*, p. 112.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 121.

<sup>19</sup> Véase, en Trachtenberg, una evocación brillante del impacto social y cultural del periodismo popular de la época, *op. cit.*, pp. 124-125.



Nueva York, y reforzó así el sentimiento de superioridad moral y material de las clases medias privilegiadas.<sup>20</sup> El historiador Samuel Hays señala, sin embargo, que con toda su crueldad las condiciones urbanas ofrecían a los recién venidos algunas opciones, por mínimas que fueran, y la posibilidad de ascender. Para muchos de ellos, pese a todo, fue una especie de liberación.<sup>21</sup>

Contrastada con esta pobreza, la riqueza de las densas ciudades norteamericanas de la época producía ostentosos alardes de opulencia y mecenazgo entre las élites económicas y sociales. En 1880, el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York se instaló en Central Park; más tarde, su presidente sería John Pierpoint Morgan, el financiero más exitoso y más dominante de la época. El Museo de Bellas Artes de Boston fue fundado en 1876, y el Instituto de Arte de Chicago siguió en 1879. Las tres ciudades tenían orquestas sinfónicas de rango internacional. En 1881 Andrew Carnegie inició sus 25 años de construcciones filantrópicas, entre ellas más de mil bibliotecas a un costo de \$33 millones. Los millonarios del país entero emigraban a Nueva York, donde comían juntos en restaurantes como Delmonico's y Sherry's. Ward McAllister publicó una lista de las cuatrocientas familias más importantes («las 400») que competían unas con otras en alardes exhibicionistas de magnificencia y vulgaridad consumidora.

Los gigantescos almacenes de las grandes ciudades simbolizaban el impulso organizativo, canalizador del capitalismo de la época. Su impacto sobre la vida diaria fue incalculable —A. T. Stewart y Macy en Nueva York; Marshall Field en Chicago; Wanamaker en Filadelfia y Jordan Marsh en Boston. Templos del consumo, también funcionaban como universidades donde se aprendía cómo había que vivir en la nueva época; exaltaban lo mercantil y lo oficinesco y denigraban implícitamente la labor manual, oscureciendo así el trabajo que había producido las mercancías que ofrecían. Y la publicidad, dinámica, competitiva, omnipresente, estimulaba el deseo de consumo de una manera inaudita en la historia del planeta (entre 1870 y 1900, el costo de la publicidad comercial subió de \$50 millones a \$542 millones).<sup>22</sup> Los anuncios también camuflaban no solamente las realidades de la producción de las mercancías anunciadas, sino las del mismo consumidor, a quien ayudaban a olvidar quién era y qué hacía en la vida real: «El consumo emergió como el propósito escondido de la ciudad; el consumo se cristalizó en la publicidad comercial como perpetuación de la forma corporativa de la propiedad privada de la producción».<sup>23</sup>

---

<sup>20</sup> Jacob A. Riis, *How the Other Half Lives*, ed. David Leviatin, Boston y Nueva York, Bedford Books of St Martin's Press, 1996.

<sup>21</sup> Hays explica que los inmigrantes aceptaron las condiciones muchas veces atroces en las nuevas ciudades porque ofrecían, a pesar de todo, mejores oportunidades económicas que sus pueblos de origen (*op. cit.*, p. 61).

<sup>22</sup> Trachtenberg, *op. cit.*, p. 136.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 139.

## El capital y el trabajo en el mundo industrial

[e]n este pueblo revuelto, suntuoso y enorme, la vida no es más que la conquista de la fortuna: ésta es la enfermedad de su grandeza. La lleva sobre el hígado; se le ha entrado por todas las entrañas; lo está trastornando, afeando y deformando todo. Los que imiten a este pueblo grandioso, cuiden de no caer en ella. Sin razonable prosperidad, la vida, para el común de las gentes, es amarga; pero es un cáncer sin los goces del espíritu.

JOSÉ MARTÍ, *La Nación*, Buenos Aires, 16-7-1884

La relación entre el Capital y el Trabajo en los Estados Unidos en las últimas décadas del siglo XIX sólo puede comprenderse en el contexto de la progresiva mecanización del ambiente. Pero poco a poco se percibía que las máquinas, entendidas positivamente como instrumentos de los valores norteamericanos antes de la Guerra Civil, también eran medios de destrucción y portadoras de nuevas formas de pobreza. El obrero común siempre ha sido seguidor involuntario y sirviente suyo. Las huelgas ferrocarrileras de 1876 y la huelga contra la Compañía Pullman de 1894 concentraron estas percepciones contradictorias, y el espectáculo de la rebelión, solidaridad y potencia de los obreros en 1877 –el primer ejemplo de violencia de clase a escala nacional– trajo consigo la perspectiva de una revolución social. El conflicto se resolvió con el uso de las tropas federales en contra de los trabajadores, demostrando así que los intereses de los capitalistas eran, de alguna manera, los de la nación.

En aquella época, aún más que en la nuestra, el hombre de la calle vivía deslumbrado por los cambios que registraba diariamente en su lugar de trabajo, en su casa, en su barrio: las máquinas empezaban a dominar el mundo, haciéndolo manejable, contable, previsible. Pero también estaban deshumanizando el trabajo, descalificando a los obreros y separando, definitivamente, el trabajo y el capital. Como el mismo mercado entonces, las máquinas se estaban convirtiendo en fuerzas omnipotentes, autónomas, incalculables. Fetichizadas o satanizadas, sus imágenes se difundían por las páginas de los periódicos y en las palabras de uso cotidiano. En 1896 un agricultor mecanizado producía más que dieciocho hombres trabajando con caballos. Ya para 1850 era un tipo nacionalmente celebrado el inventor-empresario yanqui, independiente y práctico. Pero poco a poco estos individuos iban siendo absorbidos por las grandes empresas, e incluso la figura paradigmática de Thomas A. Edison fue financiada en sus experimentos y empresas por capitalistas como J. P. Morgan.

En artículos escritos en enero de 1882, Martí admiraba abiertamente a un país que había resuelto, aparentemente, sus problemas fundamentales, mientras la América Latina debía confrontar décadas o siglos de angustia y violencia

antes de lograrlo. Sin embargo, el escritor e intelectual cubano había llegado poco después de una década de recesión y pobreza acrecentada en los Estados Unidos. Entre 1873 y 1878, 47.000 empresas se declararon en bancarota, la construcción de los ferrocarriles fue detenida y cientos de miles de trabajadores fueron cesados. En 1877, en cambio, se inició una mejora económica que duró hasta 1893, y con ella se inauguró la gran época del industrialismo triunfante en la cual la producción manufacturera subió en un 150%. La primera década de la estancia de Martí vio la transformación de una sociedad de bienes de consumo en una sociedad de bienes de capital: ferrocarriles, tranvías, tareas de salubridad y obras públicas, casi todo ello basado directa o indirectamente en la proliferación de productos siderúrgicos revolucionados por Andrew Carnegie y su aplicación de los hornos Bessemer para convertir hierro crudo en acero. En 1872, su gran taller Edward Thomson en Pittsburgh fue la primera fábrica integrada de acero en los Estados Unidos y se convirtió en el modelo nacional. Si la historia de Cuba puede ser reducida, esquemáticamente, a la del tabaco y el azúcar, la historia nacional de los Estados Unidos después de la Guerra Civil fue, en cierto sentido, la del carbón, el hierro y el acero, todos convertidos en ferrocarriles, en movilidad, en colonización y reproducción de la naturaleza aparentemente infinita.

La locomotora es, sin duda, el mejor símbolo de la época, el «pionero» más importante, emblema del proceso de mecanización, estandarización e incorporación de la época. Creó nuevas invenciones tecnológicas, nuevas estructuras empresariales, nuevas corporaciones. La incorporación significaba que los inversionistas eran realmente «anónimos» y casi irresponsables, podían atraer capitales por medio de bonos con interés y, en vista de que muchas veces los inversionistas eran los mismos constructores, existían infinitas posibilidades de saqueo comercial. A diferencia del modelo europeo, en los Estados Unidos fue exclusivamente el capital privado el que desarrolló los ferrocarriles. Fueron las compañías ferrocarrileras las que concibieron en 1883 los husos horarios continentales que aún existen. Los grandes barones ferrocarrileros –John Murray Forbes con la *Chicago, Burlington & Quincey*; Cornelius Vanderbilt con la *New York Central*; James H. Hill con la *Great Northern*; Jay Gould con la *Erie, Wabash, Union Pacific, & Missouri Pacific*– consiguieron préstamos de \$10 billones (\$2,5 desde Europa) y construyeron más kilómetros de vía ferroviaria en estas décadas de los que se construyeron en el resto del mundo. La Compañía Westinghouse de Pittsburgh mejoró la tecnología (engranajes y frenos); los gastos de transporte disminuyeron en un 50% entre 1870 y 1890; fue tal la competencia entre las distintas corporaciones, que en el pánico financiero de 1893 el 33% de las compañías se declararon en bancarota y dos gigantes –J. P. Morgan y Compañía, y Kuhn, Loeb y Compañía– se impusieron y lograron consolidar todos los ferrocarriles preexistentes en seis grandes compañías.

Este vasto proceso de incorporación y monopolización fue posible gracias a la emergencia de un mercado masivo a escala nacional después de la Guerra Civil. Entre 1870 y 1890 la población creció de 40 a 60 millones de personas vinculadas por una red nacional de hilos telegráficos y telefónicos y líneas de ferrocarril. La aplicación de sistemas sofisticados de refrigeración de la carne en Chicago, en 1877, revolucionó la distribución de los productos del Oeste y el Oeste medio al Nordeste y otras partes del país. El inventor Gustavus F. Swift procedió rápidamente a integrar la matanza, el procesamiento, la refrigeración, el transporte y la distribución de la carne en una sola empresa. Ya para los 90, cinco compañías producían el 90% de la carne en el comercio interestatal. En los 70, John D. Rockefeller había edificado su famosa *Standard Oil* a partir del proyecto rudimentario de surtir de queroseno a los hogares. La Compañía Singer facilitaba no solamente las ventas de sus máquinas de coser, sino créditos, revisiones, reparaciones, asesoría técnica y distribución. Montgomery Ward y Sears Roebuck instalaron sus servicios de ventas por correo a escala continental. Comerciantes al por menor como F. W. Woolworth fueron pioneros en el desarrollo del concepto de la tienda en cadena. Los bienes estandarizados y el mercado masivo exigían la publicidad y la propaganda también a escala masiva. El mercado continental había llegado.

El desarrollo vertiginoso y el significado real de este proceso de incorporación sobrepasaban la capacidad de comprensión del hombre de la calle. De ello fue testigo Martí. En 1889, el Estado de Nueva Jersey aprobó un Acta General de Incorporación, atrayendo en seguida a una plétora de grandes empresas industriales. En 1888, una compañía ferrocarrilera instalada en Nueva Jersey empleaba 18.000 personas, recibía \$40 millones al año y pagaba \$35.000 a su director; en comparación, el Estado de Massachusetts empleaba a 6.000 personas, recibía ingresos de \$7 millones, y pagaba \$6.500 al jefe de su ejecutivo.<sup>24</sup> Fue un país en el que la economía iba amenazando e incluso dominando a la política. Después del crac de 1893, el «pirata» capitalista J. P. Morgan consiguió fusionar docenas de negocios y empresas: ferrocarriles, compañías navieras, eléctricas, telegráficas y telefónicas. Cuando murió, en 1913, era director de 741 compañías organizadas en 112 corporaciones, llegando a dominar, junto con Rockefeller, el capital norteamericano. Y la época de los grandes monopolios significó, inevitablemente, una época y un sistema de grandes sobornos y cohechos, de todo tipo de corrupción comercial e industrial y de condiciones infrahumanas para muchos trabajadores.

Mientras tanto, el estancamiento del Sur persistía. A fines de siglo, el 66% de la mano de obra sureña seguía dedicada a la agricultura, y las manufacturas que

---

<sup>24</sup> Hays, *op. cit.*, p. 112.



existían se limitaban generalmente al procesamiento rudimentario de las materias primas. Los sureños atribuían su condición a una conspiración nortea para mantenerlos en la pobreza, pero la explicación verdadera descansa en un sistema con bajos sueldos y niveles inferiores de educación y tecnología. Entre 1870 y 1890, unos 80.000 negros emigraron al Norte, pero sólo el 7% de los negros que trabajaban allí en 1890 lo hacía en fábricas o empresas industriales. Las industrias estadounidenses empleaban a 12,9 millones de personas en 1870 y a 29,7 en 1890, y casi toda la nueva demanda era atendida por los inmigrantes, que se quedaban en tiempos de prosperidad y –hecho menos conocido– volvían al país de origen (el 50% de ellos) en tiempos de recesión. Menos del 5% de las mujeres trabajaban fuera de la casa, aunque seguían realizando las tareas domésticas, aún peor «pagadas».

Fue especialmente dura la experiencia de los trabajadores industriales calificados –mineros, hilanderos, pudeladeros, lamineros, maquinistas, sopladores de vidrio–, quienes habían logrado cierto grado de independencia brutal como jefes de brigada en la época anterior; pero la época transicional de 1880 a 1890, con su proceso imparable de mecanización de la industria y descalificación de los seres humanos, puso fin a la autonomía relativa de aquellos hombres. Una primera reacción fue la de Uriah Stephens, sastre de Filadelfia, que en 1868 formó la asociación de los *Knights of Labor* (Caballeros del Trabajo), organizada a nivel nacional en 1878 por Terence V. Powderly. Sus miembros crecieron de 104.000 a 702.000 entre 1885 y 1886 gracias a una huelga victoriosa contra Jay Gould, el notorio ferrocarrilero y especulador.<sup>25</sup> El concepto de los *Knights* era el de una sociedad fraternal cuyo objetivo era una mancomunidad de cooperación y colaboración entre capitalistas y trabajadores. Pero Samuel Gompers, un cigarrero inglés radicado en Nueva York, emprendió una lucha para conseguir «el sindicalismo puro y sencillo». El conflicto entre *Knights* y sindicatos culminó en mayo de 1886 cuando ambos pretendían el día laboral de ocho horas. El escenario fue la huelga de los obreros de la fábrica McCormick Harvester, productora de maquinaria agrícola en Chicago. Cuatro huelguistas murieron a manos de la policía y al día siguiente se lanzó una bomba y la policía respondió con un tiroteo indiscriminado. Cuatro organizadores anarquistas, algunos de los cuales no habían participado siquiera en la manifestación, fueron ejecutados, y otros recibieron largas sentencias en la cárcel. En diciembre de 1886, Gompers fundó la Federación [Norte]Americana del Trabajo (AFL) que implícitamente rechazaba no sólo la filosofía colaboracionista de los *Knights*, sino también el modelo europeo de un partido obrero.

---

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 86.

Los artículos de Martí registran la amarga y violenta lucha de la época entre capital y trabajo. El capital, con una soberbia crecida monstruosamente durante la época de Grant (1869-1877), estaba resuelto a disciplinar a los trabajadores, resistir las negociaciones colectivas y derrumbar los sindicatos, todo ello con la colusión del Gobierno Federal. La brutal supresión de la huelga de los obreros siderúrgicos en Homestead, Pittsburgh, en 1892, por una coalición malsana de capitalistas, esquirols, policías privados y tropas federales,<sup>26</sup> fue seguida en 1894 por la huelga de los obreros de la Compañía Pullman en Illinois, quienes solicitaron la ayuda del político y sindicalista Eugene V. Debs. La huelga fue reprimida nuevamente por tropas federales, y Debs encarcelado por desacato. Debs, tras esta experiencia, se convirtió en socialista, y fundaría el Partido Socialista de [Norte]América en 1901.<sup>27</sup> Pero los efectos de la recesión habían contribuido al fortalecimiento de los capitalistas, y los acontecimientos de la época de 1865 a 1900 establecieron su predominio en forma definitiva, a pesar de la resistencia de muchos grupos de trabajadores, como los mineros de Idaho en 1892, de Colorado en 1894 y 1896, y de Idaho nuevamente en 1898. En todos estos casos el resultado negativo para los trabajadores fue conseguido gracias a la alianza implícita entre el capital y el Gobierno Federal.

Esta lucha por de la libertad y la dignidad del trabajo fue en parte una lucha acerca del significado de «América». Pocos trabajadores exigían la abolición del capital, limitándose a consignas relacionadas con la justicia y con la idea del sueldo decente y justo. Se sentían traicionados por todo lo que pasaba, porque no solamente los propietarios de empresas sino los mismos trabajadores, adictos en general al Partido Republicano antes de la guerra, también ostentaban una ideología individualista que los hacía creer en la remuneración equitativa y en la posibilidad de mejorarse y convertirse de obrero en empresario, «al estilo [norte]americano». Pero la corrupción de los 70 y el abandono total de los ideales de la Reconstrucción después de 1877 demostraron que la concepción del «trabajador libre» había sido reinterpretada y favorecía plenamente ahora los intereses del capitalismo y del *Big Business*. A finales de los 80, la separación entre empresarios y obreros se había materializado topográficamente en la separación de sus zonas residenciales, sus iglesias, sus escuelas y sus lugares de entretenimiento y diversión. Las élites, identificadas en la conciencia popular con el protestantismo anglosajón, se habían distanciado de sus empleados extranjeros y preponderantemente católicos.

Los grandes empresarios que caracterizaban la época, como Leyland Stan-

---

<sup>26</sup> Sobre la gran huelga de Homestead en 1892, véase Paul Krause, *The Battle for Homestead 1880-1892: Politics, Culture and Steel*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1992.

<sup>27</sup> Nick Salvatore, *Eugene V. Debs. Citizen and Socialist*, Urbana, University of Illinois Press, 1982.

ford, Andrew Carnegie y John D. Rockefeller, eran ensalzados como ejemplos cívicos y morales por predicadores como Henry Ward Beecher y Russell Conway, si bien en la literatura popular aparecían regularmente como personajes malvados y crueles. Sin embargo, también eran admirados y respetados por las mismas características que los hacían repulsivos. Lo más irónico de todo era el hecho de que se exaltaban como paradigmas del individualismo cuando la realidad era que no podrían haber conseguido sus fines sin el proceso de incorporación que transfería el poder del individuo al poder colectivo del capital protegido por las nuevas leyes comerciales. A pesar de las huelgas –10.000 entre 1880 y 1890– y del número de participantes –700.000 solamente en 1886–, muchos trabajadores ganaban menos de lo necesario para sobrevivir. El 40% vivía por debajo del mínimo vital oficial de la época, y el 10% vivía en plena indigencia. Para la inmensa mayoría no existían ni seguros de trabajo ni sistemas de compensación si se lesionaban durante sus labores.<sup>28</sup>

La incorporación de la industria estadounidense era la clave del intenso desarrollo económico de esta época. Nacida del deseo de controlar la competencia y facilitar el acceso a capitales, dentro de la más absoluta irresponsabilidad hacia accionistas y empleados, permitía la acumulación de inmensas fortunas que iban creando un estrato social de riqueza heredada, estatus social y poder. Las clases medias, contemplando desde abajo semejante espectáculo, se avenían poco a poco a la idea de que se llegaría a la verdadera América por medio de la competencia empresarial, y se iban separando de los trabajadores cada vez más descalificados y menos norteamericanos. Los obreros eran pobres porque eran extranjeros e ignorantes; el capital era «norteamericano».

No es que no haya existido una contracultura laborista colectivista durante estas décadas; pero el poder material y legal de los capitalistas fue fortalecido de manera involuntaria por una fuerza laboral inherentemente más dividida que cualquier otra en la historia del planeta –dividida por filosofías e ideologías diferentes, inevitablemente, pero también por etnia, raza, género, lengua, religión y país de origen, aparte de las diferencias de oficio y de calificación. El país era inmenso, y el capital, como siempre, se organizaba más rápidamente que los trabajadores y con la connivencia de los gobiernos estatales y federales. La participación obrera en los sindicatos nunca superó el 10%. En 1890, la mayoría de las familias vivía por debajo del mínimo vital: el primer 1% de la población ganaba más que el último 50%, y la mitad de los habitantes del país no tenía propiedad alguna. Al ir a nacer el nuevo siglo en 1900, el capital había resistido exitosamente el día de ocho horas, y la capacidad de los obreros de controlar

---

<sup>28</sup> Según Trachtenberg (*op. cit.*, p. 91), entre 1890 y 1917 dos millones de obreros ferroviarios se lesionaron y 130.000 murieron en las vías, en los talleres y en los cocherones.

sus condiciones de trabajo había sido reducida. La victoria del capital, a escala nacional, sería innegable y abrunadora.

## Política e identidad nacional entre 1880 y 1900

Y pensar que cuando todas esas maravillas, y las nuevas que sucedan, sean sabidas, se sentará el hombre, triste, desconocedor de sí como en los primeros días, a preguntarse por sí mismo.

JOSÉ MARTÍ, *La Opinión Nacional*, Caracas, 1-10-1881

No obstante, los recién llegados, entre ellos José Martí, también fueron fuertemente impactados por el dinamismo y la libertad política y filosófica que caracterizaban el modo de vida norteamericano en la década de los 80. Martí reconoció que se trataba del más grande experimento político en la historia de la democracia, y admiraba –no sin reservas– las virtudes cívicas de los grandes estadistas revolucionarios del siglo XVIII y el sistema de gobierno que habían diseñado. No podía no respetar una sociedad que había producido hombres como Washington Irving, William Prescott, Ralph Waldo Emerson (m. en 1882), Henry W. Longfellow (m. en 1882), Walt Whitman (m. en 1892), George Bancroft (m. en 1891) y Mark Twain (*The Adventures of Tom Sawyer* había sido publicado en 1876; *The Adventures of Huckleberry Finn* saldría en 1884).<sup>29</sup> Sin embargo, en aquella sociedad no sorprendió a nadie que el barón del acero Andrew Carnegie pudiera escribir su libro *Triumphant Democracy* en 1886, porque la mayoría de sus lectores también aceptaba como verdad fundamental que cada individuo podía avanzar hasta los límites de la propia capacidad y talento, y que el éxito individual enriquecía, de alguna manera, la colectividad. Las mismas iglesias predicaban un evangelio cuyo hilo central suponía que Dios aprobaba la prosperidad material y las fortunas individuales. Carnegie ejemplificaba el sistema con sus fundaciones filantrópicas, y otro autor, Horatio Alger, escribió 135 libros populares en los que se narraba el progreso de los pobres de la miseria a la prosperidad gracias al esfuerzo independiente y a las virtudes cristianas. Sin embargo, poca gente habría anticipado que la 14ª Enmienda a la Constitución sería utilizada por la Corte Suprema para defender la libertad «individual» de los grandes consorcios y sus directores de la reglamentación colectiva por los ciudadanos.

<sup>29</sup> El gran intelectual caribeño C. L. R. James, en su ensayo *American Civilization* (ed. A. Grimshaw y K. Hart, Cambridge, Mass. y Oxford, Blackwell, 1993), escrito en 1950, precisa que Twain, «el escritor más popular de la época industrial que avanzaba, logró su expresión más acabada al escribir sobre la vieja América democrática –en este caso la América de la frontera» (p. 105).



La época ha sido llamada por los historiadores, no la Época de Oro (*Golden Age*) sino la Época Dorada (*Gilded Age*: la frase fue acuñada por Mark Twain como título de su primera novela, escrita con Charles D. Warner, 1873). Detrás de la ideología y el hechizo que ensalzaba a los nuevos gigantes se escondía una realidad más sombría: «Sus virtudes –el coraje, la ingeniosidad, la férrea voluntad y en muchos casos una tenebrosa rectitud personal– eran poco atractivas en sí, y sus vicios –su codicia, su egoísmo, su filisteísmo, su inescrupulosidad en los negocios– eran positivamente repulsivos».<sup>30</sup> Carnegie, Frick, Morgan, Rockefeller y, sobre todo, Gould (condenado numerosas veces por Martí) eran los barones de los *trusts* y monopolios, dueños del ferrocarril, del petróleo, el acero y la electricidad, corruptores de la política y sus representantes. A Martí le daban asco los vilipendios y la mala fe de las campañas presidenciales, así como la alianza entre el mundo de los negocios y los políticos profesionales, pero también reconocía los esfuerzos de abolicionistas como Wendell Phillips, el aristócrata bostoniano que dedicó su vida a la causa (m. en 1884), y Henry Ward Beecher, ministro protestante y militante en contra de la esclavitud; o de filántropos como Peter Cooper (m. en 1883) y Courtlandt Palmer, el «millonario socialista», que murió en 1888. Martí admitía la posibilidad de enriquecerse honestamente, pero rechazaba la elevación de la adquisición de la riqueza al estatuto de un ideal moral. También advirtió, en 1889, que la ausencia de una división ideológica y política verdadera entre Republicanos y Demócratas amenazaba el bienestar fundamental de la República y estaba convirtiendo a los Estados Unidos en una nación plutocrática e imperialista.

Es indudable que el país visitado por el escritor cubano en 1880 ya no era el que conoció Tocqueville entre 1831 y 1835 (*Democracy in America*, 1833) sino el que descubrió el inglés James Bryce en su libro *The American Commonwealth* en 1888.<sup>31</sup> Bryce, como todos los visitantes extranjeros, admiró la vitalidad y la fuerza de la nación, pero lamentó la naturaleza sórdida y denigrante de su maquinaria política –antítesis del supuesto individualismo– e hizo resaltar el contraste entre la virtud privada y la corrupción política. La época de Martí era

<sup>30</sup> Brogan, *op. cit.*, p. 398.

<sup>31</sup> Sin embargo, Martí comenta: «Ni el “American Commonwealth” de Bryce, que estudia hondo el país, con ojos admirados de liberal inglés, y el reposo y energía de la mente judicial, ha pintado, en sus páginas recientes y con justicia celebradas, [...] la conversión diaria del carácter nacional, por el abandono de los derechos que no le toquen al interés, y por la asimilación política de extranjeros egoístas e indiferentes, en un tipo ignorante y agresivo, criado en la esperanza sin límites y en el exceso sin penitencia ni estorbo, muy otro ya de aquel de hace veinticinco años, cívico por esencia, hijo de sus propias obras, desentendido del favor del gobierno, brusco y amable. Ni [...] ha señalado la distinción, indispensable para el juicio, entre las leyes y las costumbres, entre los antecedentes y las prácticas, entre el [norte]americano escrito y el [norte]americano vivo, entre la nación como se prepara y elabora, y la nación como se la publica y desea, entre el pueblo real que se palpa asustado el corazón, y el pueblo deslumbrador que está poniendo los giraldetes en el cielo» (p. 1158).

la de los magnates y monopolistas; los grandes políticos del período eran mediocres, casi sin excepción, pues el Estado limitaba al máximo sus actividades en aras del progreso y la expansión económica. De ahí, sin duda, que Martí haya recordado tan frecuentemente las grandes figuras morales del pasado como Paine, Jefferson, Washington y Lincoln. En los casi quince años en que Martí comentaba la escena política, cinco hombres ocuparon la Casa Blanca: Rutherford B. Hayes, 1877-1881 (Republicano); James Garfield, 1881 (Republicano); Chester A. Arthur, 1881-1885 (Republicano); Grover Cleveland, 1885-1889 (Demócrata); y Benjamin Harrison, 1889-1893 (Republicano). Todos eran hombres con sólidos antecedentes guerreros o civiles, pero sin carisma; hoy casi todos están olvidados. Su actividad más importante era la distribución de fondos a los activistas de sus partidos. El asesinato de Garfield, acontecido poco después del regreso de Martí de Venezuela a Nueva York en 1881, estimuló algunas modestas reformas en la burocracia pública –en lo adelante el 10% de los puestos serían competitivos– pero la caza de despojos (el *spoils system*) continuaba. El personal de la Casa Blanca seguía siendo minimalista, pues era tarea del Congreso y no del Presidente generar legislación. La mayor parte de los ingresos federales llegaba gracias al tabaco y al alcohol, y todos los años había superávit en el presupuesto gubernamental.

Tradicionalmente, el Partido Republicano había favorecido un mayor centralismo, y el Partido Demócrata había favorecido los derechos de los Estados, el libre comercio y un papel muy limitado del gobierno en las actividades económicas de la nación. Estas diferencias se iban atenuando después del período de la Reconstrucción, y la única pendiente era la cuestión de las tarifas y el proteccionismo. Para esas fechas, los Demócratas habían recuperado el terreno que perdieron al apoyar la causa sureña en la guerra, y el escenario político observado por Martí era un mundo casi indiferenciado en que, como dijo Bryce en 1888, «[n]inguno de los dos partidos tiene principios ni creencias distintivas. Todo se ha perdido, menos la persecución del poder o la esperanza de ello». El ejemplo más deprimente fue el abandono por los Republicanos de los exesclavos indefensos en el Sur. Roscoe Conkling, senador Republicano de Nueva York, un gran orador mencionado repetidas veces por Martí, resumió la época al escribir que la función del Estado «es la de limpiar el camino de obstáculos y peligros para facilitar a toda clase y a todo individuo la libertad y la seguridad en los ejercicios y los afanes de la vida».<sup>32</sup>

En vista de este panorama, es notable constatar que la participación popular en los partidos, las convenciones y las elecciones era bastante alta, organizada alrededor de los emblemas satíricos del burro Demócrata y el elefante Re-

---

<sup>32</sup> Citado por Keller, *op. cit.*, p.183.

publicano (símbolos concebidos por el caricaturista Thomas Nast, de *Harpers Weekly*), con los invariables desfiles, carteles y presentaciones públicas. En el Norte, los Demócratas eran mayoritariamente católicos y de origen extranjero, asociados con un cierto libertarianismo; los Republicanos eran protestantes y de origen nativo, asociados con el deseo de regular el comportamiento social de sus compatriotas. Bloqueaban el financiamiento público de las escuelas católicas y de la instrucción en lenguas extranjeras en las escuelas públicas; también trataban de mantener el domingo puritano y de controlar el consumo de alcohol. Las mujeres quedaban excluidas del robusto mundo masculino de la lucha política, pero fundaron instituciones como la *Women's Christian Temperance Union* (1874), la cual, después de 1889, y bajo la dirección de Frances Willard, se movilizó más radicalmente alrededor de temas como la prostitución, el derecho de las mujeres al trabajo, la paz internacional y, desde luego, el sufragio femenino.

A pesar de las pocas diferencias entre ellos, existía un sorprendente equilibrio entre los dos partidos con respecto al número de sus miembros y partidarios. La lealtad personal predominaba sobre la ideología política. Los políticos estadounidenses se profesionalizaron muchas décadas antes que sus colegas en países como la Gran Bretaña, y pronto aprendieron a cultivar a los hombres antes que a las cuestiones políticas, y a sus intereses antes que a sus ideas. La competencia en el escenario político era muy intensa, y los partidos, democráticos en apariencia, fueron dominados muy tempranamente por las maquinarias políticas y el poder de los *bosses*. La política ideológica y apasionada del período de la Guerra Civil y de la Reconstrucción cedió lugar a una política de organización masiva y mecánica asociada con objetivos sociales y culturales muy vagos. Era un mundo despreciado y temido por las clases medias respetables y satirizada en la década de los 70 por Nast en *Harpers*. Su blanco favorito había sido el llamado *Boss Tweed* de *Tammany Hall*, con su supuesta red malsana de inmigrantes irlandeses ignorantes y degenerados, a quien había logrado derribar y hacer encarcelar.<sup>33</sup> La visión expresada por Nast en sus dibujos era la de muchos Republicanos en relación con el Partido Demócrata, aliado irredento de «los Estados Confederados empedernidos y los capitalistas mansos de la Quinta Avenida, quienes se estrechaban las manos por encima del cuerpo exánime del exesclavo, alianza de maldad y egoísmo que mantenía el estereotipo republicano de los Demócratas entre 1865 y 1890».<sup>34</sup>

A pesar de que la industrialización era el tema dominante de la vida pública estadounidense después de 1880, ambos partidos hicieron todo lo posible para impedir que los conflictos de clase se reflejaran en la política nacional o regio-

---

<sup>33</sup> Según Keller, *op. cit.*, p. 240, Tweed gastó \$13 millones en la construcción de la New York County Court House entre 1869 y 1871 —cuatro veces lo que se invirtió en la construcción del Parlamento británico—.

<sup>34</sup> Trachtenberg, *op. cit.*, p. 162.

nal. En 1886, los sindicatos neoyorquinos adoptaron al reformador Henry George como candidato a alcalde. Los Demócratas, conscientes del peligro, llegaron a un acuerdo con los Republicanos, y el candidato de éstos, Theodore Roosevelt, de veintiocho años de edad, logró dividir los votos, provocando la derrota de George por el candidato demócrata oficial Abram Hewitt.

Ha dicho Samuel Hays: «El contraste agudo entre las tensiones sociales de una sociedad sin clases dio lugar a una variedad sorprendente de reacciones ideológicas en los 80 y los 90. Muchos observadores se inclinaban a reducir complejos problemas económicos y sociales a cuestiones de moralidad privada y pública».<sup>35</sup> El resultado fue una gran confusión y un creciente faccionalismo. Martí fue testigo de la división entre los Republicanos partidarios del neoyorquino Roscoe Conkling y los del representante de Maine, James G. Blaine. Conkling era el político más culto y elocuente de la época, pero utilizaba sus talentos para fines propios y no para servir al pueblo. Favorecía una república plutocrática conducida por la clase alta y próspera. El obituario que le escribiera Martí en 1888 es un modelo de perspectiva equilibrada. Los Republicanos liberales, muchos de ellos herederos de familias tradicionales y ricas, se iban retirando de la política, y por eso fueron llamados los *Mugwumps* (independientes altaneros pero confusos). Su abstención en 1884 facilitó la derrota de Blaine y el triunfo del único candidato presidencial Demócrata elegido durante estas décadas en la persona de Cleveland.

Los patricios como E. L. Godkin, director de *The Nation*, y Henry Adams, exigían que la reforma de la burocracia del Estado, las tarifas y la política monetaria fueran quitadas de manos de los políticos. Despotricaban contra el materialismo, la barbarie y la inmoralidad que percibían por todas partes. ¿Qué quedaba del valor individual tan exaltado en la República? Según Godkin, la raíz del problema era la alianza malsana entre políticos y hombres de negocios, tan profunda y estrecha que en los 80 el Senado fue tildado de «Club de Millonarios». Se realizaron algunos cambios verdaderos: la *Pendleton Act* de 1883 para regular la burocracia del Estado; la *Inter-State Commerce Act* de 1887 y la *Sherman Anti-Trust Act* de 1890. También se crearon nuevos departamentos gubernamentales: Agricultura, Justicia, Correos, Estadísticas, Educación, Meteorología, Inmigración y el Departamento de Estado. Pero, aunque el Gobierno iba fortaleciendo sus poderes, no los utilizaba para moldear la sociedad sino para consolidar la economía y los intereses de los capitalistas. Hasta los *Mugwumps*, cuyo logro más importante fue conseguir el voto secreto después de 1890, estaban en contra de la expansión del papel del Gobierno en la sociedad nacional.

---

<sup>35</sup> Hays, *op. cit.*, p. 107.



Al mismo tiempo, toda una generación de líderes forjados por la Guerra Civil iba desapareciendo de la escena, y los obituarios que Martí escribía no solamente medían y enjuiciaban sus logros y fracasos, sino que comentaban sobre los cambios que sucedían en la época. El más famoso de los obituarios es el de Grant, muerto en 1885; pero también son notables los de Judah Benjamin, Secretario de Estado y Procurador Federal de la Confederación; Winfield S. Hancock, candidato Demócrata en 1880; Sheridan, el héroe militar unionista; George McClellan, candidato contra Lincoln; John A. Logan, candidato a la vicepresidencia con Blaine en 1884; y Benjamin Harrison, elegido Presidente en 1888.

Cuando este último derrotó a Grover Cleveland en 1888, la marea histórica corría a favor de los Demócratas, pero la caída vertiginosa de Wall Street en mayo de 1893 y el consiguiente «pánico» provocó la bancarrota de 16.000 compañías y centenares de bancos, con el 20% de la mano de obra desempleada. Fue por entonces cuando Martí renunció al periodismo para dedicarse de lleno a sus actividades políticas y a la organización del Partido Revolucionario Cubano, que fundó el mismo año en que Cleveland regresó a la Casa Blanca. No sobreviviría para verlo salir de ella en 1896.

Después de 1890, aproximadamente, se hizo ver alguna crítica del concepto dominante de la cultura que subyacía en la política de la *Gilded Age*. El predominio de una cultura de élites basada en el conformismo social y el buen tono había enajenado a hombres como Roosevelt, Owen Wister y Frederick Remington que se exiliaron *de facto* al Oeste; Henry Adams se retiró a la Francia medieval y los mares del Sur; y los intelectuales en general se dedicaron a pasatiempos como el culto de las artesanías, el orientalismo o el militarismo. Las visiones idealizadas producidas por la Norteamérica de las clases altas y medias tenían poco que ver con la realidad alborotada y brutal de la vida económica y comercial de la nación. Su transformación lograba también la domesticación del arte: olvidando la mecanización de la vida diaria, la condición desesperada de los inmigrantes y otros obreros, la dominación del campo por la ciudad, la mercantilización de todas las relaciones humanas, y la corrupción y los escándalos omnipresentes, la incorporación fomentaba una comprensión normativa de la cultura que evitaba ciertas realidades y excluía elementos indeseables. Se iba creando una percepción de la alta cultura como fuerza redentora, femenina, como contrapunto al materialismo agresivo y masculino que dominaba la sociedad. La cultura, basada de alguna manera en la mujer de clase media y su mundo doméstico, podía suavizar y apaciguar el mundo brutal de la política y quizá de los grupos sociales revoltosos e ingobernables: «La conjunción de la cultura con, por un lado, la riqueza y la propiedad y, por otro, con la entrega abnegada a algo más trascendente, le aseguraba un lugar especial entre los instrumentos de control y de las reformas sociales, como alterna-

tiva a la lucha de clases». <sup>36</sup> Era cuestión de compensar la mecanización y la descalificación de la mano de obra con satisfacciones culturales, pues como dijo Ira Steward, arquitecto de la campaña por el día laboral de ocho horas: «En América todo hombre es un rey en teoría y lo será eventualmente; y en los buenos tiempos por venir todo hombre también será capitalista». <sup>37</sup>

De hecho, muchos patricios se sentían excluidos del nuevo mundo. Una buena ilustración es Henry Adams, cuyo libro *The Education of Henry Adams* (publicado en 1907) expresa el sentimiento de alienación experimentado en la época anterior por los anglófilos influidos, por ejemplo, por los gurús culturales ingleses de la época, John Ruskin, William Morris y Matthew Arnold. Este último, autor de *Culture and Anarchy*, visitó Nueva York en 1883 y escribió *A Word About America* en que recomendó que en vez de cruzar el Atlántico como peregrinos, los estadounidenses debieran quedarse en su país como apóstoles para mejorar la educación pública y la cultura en general. Emerson pensaba lo mismo: en los Estados Unidos hacía falta una «Hidalguía de la Virtud», una minoría intelectual guiada por el espíritu y por los valores éticos.

Walt Whitman, en cambio, atacaba este concepto aristocrático de la cultura, pues ésta, en los Estados Unidos, había de ser, ineludiblemente, democrática. Whitman exigía nuevas formas revolucionarias del arte y de la poesía. Él también, sin embargo, compartía el desprecio elitista de la política y los políticos («estos partidos salvajes, como manadas de lobos»), pensaba que [Norte] América era un «desierto cultural» poblado únicamente por «la frivolidad, la vulgaridad, la astucia taimada y la deslealtad». Pero la solución para Whitman no era menos democracia sino más. Ni él ni sus contemporáneos patricios llegaron a comprender la profundidad de los cambios sociales que se estaban llevando a cabo: los patricios pensaban que la cultura estaba «más allá» de las cuestiones de clase; y Whitman, el poeta del pluralismo, no lo era de aquella estratificación social que se imponía ahora en el país. Escritores más realistas o posteriores como Jacob Riis, Stephen Crane, Frank Norris, Theodore Dreiser, Upton Sinclair, Walter Wyckoff y Jack London investigarían «cómo vivía la otra mitad», pero para la literatura de la *Gilded Age* «el reino de la cultura popular seguía siendo el reino del misterio, de costumbres foráneas y conciencias inimaginables». <sup>38</sup>

Parece ser que la sociedad estadounidense de la época tuvo que confrontar cambios tan radicales, tan rápidos y tan imprevisibles que las únicas reacciones posibles eran las de la admiración permanente, la confusión y el desconcierto. ¿Cómo era posible celebrar, en la realidad y en las narrativas de la época, el

<sup>36</sup> Trachtenberg, *op. cit.*, p. 147.

<sup>37</sup> Citado por Trachtenberg, *op. cit.*, p. 153.

<sup>38</sup> Trachtenberg, *op. cit.*, p. 161

triunfo de los nuevos barones industriales? ¿Cómo aceptar condiciones urbanas infrahumanas en una época en que la riqueza nacional crecía a un ritmo casi inconcebible? ¿Cómo iba a sobrevivir el individualismo inherente en la Constitución y en la sociedad norteamericanas frente a la incorporación arrolladora de la economía y, en efecto, de la política también?<sup>39</sup>

Una de las pocas respuestas concretas fue la creación del partido alternativo más influyente de la época, el Partido Populista, que, en los primeros años de los 90, parecía ofrecer un reto serio a los dos partidos históricos. Nació en los 80, cuando los pequeños agricultores de Texas se habían unido en un gran movimiento cooperativista llamado la Alianza Texana, ante la negación del Partido Demócrata a apoyar la provisión de subsidios federales para contrarrestar la caída de los precios del algodón, el trigo y el maíz. El resultado directo fue el Partido del Pueblo o Partido Populista, y en las elecciones de 1892 su candidato, James B. Weaver, ganó un millón de votos y fue mayoritario en cuatro Estados occidentales. Los Populistas hicieron alianzas con los obreros en contra del «dinero del capital», y en 1892 su plataforma en Omaha exigía, entre otras cosas, la nacionalización de los ferrocarriles y de las comunicaciones, la supresión de la propiedad monopólica de la tierra, un impuesto graduado sobre la renta y la libre acuñación de la plata. El Populismo citaba a los Padres de la Patria en su crítica del capitalismo industrial. Aunque no tenía ingredientes socialistas, sí favorecía el control colectivo de los puntos críticos de la economía nacional. Tenía más en común con los Caballeros del Trabajo que con la creciente Federación [Norte]Americana del Trabajo (AFL), pues protestaba por la pérdida de los valores culturales tradicionales y la emergencia del nuevo país incorporado. No podía superar sus propias contradicciones internas –la distancia entre el campo y la ciudad, los agricultores y los obreros, los negros y los blancos– y su vitalidad fue minada por el retorno de la prosperidad económica en los últimos años del siglo.

Los orígenes de los Estados Unidos habían convencido a sus ciudadanos de que todos ellos compartían la «nación» y formaban parte del «pueblo». En el siglo XIX sostenían la opinión de que el suyo era el mejor país del mundo, superior a Europa y superior al mundo antiguo, un país donde la igualdad era un

---

<sup>39</sup> Véanse la discusión en Hays, *op. cit.*, pp. 92-93, y la obra de Henry Steele Commager, *The American Mind: An Interpretation of American Thought and Character Since the 1880s* (New Haven, Yale University Press, 1950). Véase lo que dijo C. L. R. James en su ensayo ya citado, también escrito en 1950: «La Civilización [Norte]Americana se identifica en la conciencia del mundo con dos fases del desarrollo de la historia del mundo. La primera es la Declaración de Independencia. La segunda es la producción masiva. Washington y Henry Ford son los símbolos de la civilización [norte]americana. Y es correcto, a fin de cuentas, este juicio intuitivo. Los corolarios a estas dos encarnaciones de la civilización [norte]americana expresan el pasado y el futuro del país» (p. 27).

objetivo y un derecho de todos.<sup>40</sup> En los últimos años del siglo, sin embargo, dichas concepciones de nación y pueblo se volvieron más polémicas, no por haber sido rechazadas sino porque fueron reclamadas por grupos aparentemente antitéticos, las élites y las masas trabajadoras. En ese sentido, parecía que los Estados Unidos se acercaban, a pesar de todo, a la experiencia de otros países. Muchos de sus ciudadanos sufrieron, atónitos y por primera vez en la historia, el efecto del poder del Estado –su Estado– cuando las leyes y las tropas federales se utilizaron en su contra para defender a los monopolios. Sin embargo, no obstante los esfuerzos de algunos políticos socialistas o anarquistas, con sus pequeños partidos y sus sindicatos relativamente débiles, las élites y las masas no se convirtieron en «burguesía» y «proletariado». La mayoría de la población se sentía desconcertada por los cambios y por los mecanismos impersonales del mercado; sus líderes religiosos y sus activistas espirituales condenaban el materialismo desenfrenado de la época; los migrantes de las regiones rurales se sentían desamparados, rodeados de inmigrantes europeos todavía más desesperados. Y aun así, en ese país inmenso, de fronteras lejanas y perspectivas inacabables, la revolución política no se hacía; la «vía [norte]americana» sería otra.

## Nueva York: el crisol

El gran corazón de América no puede ser juzgado por la vida desdibujada, la pasión morbosa, los deseos ardientes y angustiados de la vida neoyorkina. En esta marejada turbulenta, no aparecen las corrientes naturales de la vida. Todo está oscurecido, desarticulado, polvoriento. No se pueden analizar a primera vista las virtudes y los vicios. Su verdad es preciso buscarla, no en la calle abarrotada, sino en la tranquilidad del dulce hogar; no en la vida convulsa y disolvente de la ciudad, sino en la existencia de abierto corazón que es el campo en los Estados Unidos. Aquí es donde viven los verdaderos Estados Unidos.

JOSÉ MARTÍ, *The Hour*, Nueva York, 23-10-1880

Nueva York era la ciudad principal, aunque no la capital, del joven país, y también era el principal puente de acceso a la pujante república. Allí se radicó Martí en 1880 y desde allí, en sus calles e instituciones, a través de sus diarios y revis-

---

<sup>40</sup> Cf. Commager, *op. cit.*, p. 5: «En toda la historia conocida no existía ningún éxito como el de los Estados Unidos y todo [norte]americano lo sabía... El [norte]americano tenía ideas llenas de espacio y su imaginación erraba por todo un continente».



tas, observó y descifró las realidades y los secretos de este gran fenómeno histórico, tan diferente en todo del pequeño país colonial donde él había nacido.<sup>41</sup> A pesar de su unicidad, o a causa de ella, Nueva York es el símbolo del país. Su importancia se debía no solamente a su situación geográfica, sino al desarrollo de sistemas de transporte, especialmente después de la inauguración en 1825 del Canal de Erie que conectó la gran ciudad del Atlántico con los grandes lagos, con Chicago y, así, con el Oeste medio y el lejano Oeste. Como la construcción del Puente de Brooklyn casi cincuenta años más tarde, el canal simbolizaba el *Yankee knowhow*, la filosofía práctica del *can do*.

Como el país, la ciudad no sólo evolucionaba: se planeaba de antemano.<sup>42</sup> Su sistema de manzanas formadas por el cruce de calles y avenidas se trazó, exactamente como se ve ahora, muchas décadas antes de que pudiera realizarse. El Central Park, cuyo terreno fue separado a la fuerza del resto de la ciudad y reelaborado, como si fuera arcilla entre 1857 y 1859, es otro ejemplo de la extraordinaria voluntad de ser y de hacer característica de la nueva metrópoli. La conquista de Manhattan era un microcosmos de la de Norteamérica en su totalidad, con sus espacios tan colosales que se sentía que era posible derrocharlos sin angustiarse porque siempre quedarían más y los errores podrían corregirse. En Nueva York, el desierto se haría mucho más conciso y completo, para que un desierto humano pudiera ocupar su lugar. Emancipada de las preocupaciones de una ciudad capital, Nueva York quedaba libre para constituirse en centro comercial e industrial a escala gigantesca, el mercado capitalista por excelencia, la «bolsa» que financiaría la Guerra Civil y la Reconstrucción, la expansión hacia el Oeste y la industrialización consiguiente del país.

---

<sup>41</sup> Martí conoció bien la ciudad de Nueva York. Al llegar por segunda vez, en enero de 1880, se hospedó en la pensión de Manuel Mantilla y Carmita Miyares en el número 51 de la calle 29 en el East Side. Cuando su esposa Carmen y su hijo Pepito llegaron a fines de marzo, Martí alquiló una pequeña casa en Brooklyn, antes de la construcción del famoso puente, y sus viajes en vapor a Manhattan le demostraban diariamente la extraordinaria extensión, expansión y dinamismo de la gran ciudad. Cuando madre e hijo partieron nuevamente en noviembre, él volvió a la pensión de la calle 29. Después de su estancia en Venezuela en 1881, vivió nuevamente en Brooklyn, y en agosto de 1882 consiguió trabajo en Lyons y Cía. en la calle 33 Este de Manhattan, en la zona de Broadway. Cuando su esposa e hijo volvieron a la ciudad en diciembre de 1882, Martí alquiló otra «casita» propia en Brooklyn. En 1887 fue designado cónsul de Uruguay con despacho en el cuarto piso de 120 *Front Street*, oficina número 13, a unos pasos del puerto y no muy lejos de Wall Street. En 1890 fue contratado como profesor de español en el Central High School, situado en la calle 64 número 74 Este. Ya para aquella época estaba dedicado de lleno a sus actividades revolucionarias, y por razones de seguridad vivía en una serie de casas diferentes en la calle 61, la calle 57, la calle 64 y otras.

Además de Nueva York, también conoció personalmente Boston, Wáshington, Filadelfia, Chicago, Florida, Nueva Orleans y Texas.

<sup>42</sup> Véanse Burrows y Wallace, *op. cit.*, capítulos 38 y 39, sobre los orígenes de la planificación de la futura ciudad en las primeras décadas del siglo XIX.

Durante la Guerra Civil, más de 150.000 neoyorquinos se alistaron en el ejército de la Unión; miles de inmigrantes irlandeses se negaron a seguirlos y, provocados por las Leyes de Emancipación y de Conscripción en 1863, participaron en tres días de motines tumultuosos en que centenares de edificios fueron incendiados y decenas de negros inocentes linchados. Estos disturbios, los llamados *Draft Riots*, cicatrizaron la conciencia de la ciudad y aseguraron que en el futuro se procedería con especial frialdad en el caso de cualquier alboroto social. Después del motín, la población negra de la ciudad iba disminuyendo; en 1900 había bajado a menos de 60.000.<sup>43</sup>

La Guerra Civil confirmó la dominación económica de la ciudad. El comercio en la Bolsa de Wall Street, sólo uno de los mercados de capital en la ciudad, llegó a \$3 billones en 1870; ya para entonces la apariencia de las levitas y chisteras de los bolsistas desmentía la realidad brutal de sus actividades. Nueva York se convirtió rápidamente en dos ciudades distintas, la de los capitalistas y la de los obreros, estos últimos casi todos pobres y desesperados. Se suponía, con convicción victoriana, que la pobreza, en general, se debía a las fallas de los mismos pobres. La ciudad palpitante pero democrática de *Leaves of Grass* (Walt Whitman, 1855) se iba transformando vertiginosamente, pero en el último tercio del siglo ningún narrador logró captar sus ritmos y sus realidades. En 1869 se emprendió la erección del Puente de Brooklyn para facilitar el ensanchamiento de la ciudad hacia Brooklyn y Long Island; fue un proyecto colosal que conjugaba la ambición, la imaginación y la confianza de la metrópoli y sus constructores.

Este poder épico, con sus apetitos colosales, encontró su réplica al nivel político local en el fenómeno del caciquismo municipal o *bossism*. El paradigma fue el *Boss* William Tweed, ya mencionado, jefe omnipotente de *Tammany Hall*, político demagogo y corrupto pero sumamente hábil y, a su manera, ingenioso y creador. Terminó en la cárcel en 1873 y allí murió en 1878, venerado aún por los pobres que se veían reflejados en su desprecio de las élites altaneras y en su desparpajo populista. Tweed, bisnieto de inmigrantes escoceses, fue reemplazado por el irlandés Richard Croker, que mantuvo su control de *Tammany Hall* hasta 1902 y promovió los intereses de personajes aún más pintorescos como Big Jim Sullivan, el «Rey del Bowery», que amasó una fortuna gracias a la prostitución y los *protection rackets* (chantajes a comerciantes) y gastó una parte de ella en alardes ostentosos de generosidad hacia los pobres. Eran hombres

---

<sup>43</sup> Ver la narración de estos disturbios en Luc Sante, *Low Life. Lures and Snares of Old New York* (Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1991), quien ofrece una evocación brillante de la vida popular y la pobreza en la Nueva York del siglo XIX. Sante calcula que cien ciudadanos negros fueron asesinados por la turba y que también murieron unos dos mil alborotadores, tres policías y cincuenta soldados y milicianos (pp. 352-354).

corruptos, pero eran hombres que habían sobrevivido y que demostraban que en este nuevo mundo todo era posible y que aquí, a diferencia de Europa, cualquier hombre podría llegar a ser «rey».

Sin embargo, poco antes de la llegada de Martí, Nueva York fue sacudida por la Gran Depresión de 1873 a 1878, anunciada por la bancarrota en septiembre de 1873 de la *North Pacific Railroad*. La Bolsa de Wall Street clausuró sus actividades y los pobres de la ciudad quedaron sin protección alguna, durmiendo en las calles o en los sótanos de los comisariatos. En 1877, cuando la nación francesa envió como regalo la primera sección de la Estatua de la Libertad, la ciudad era tan pobre que no podía financiar el pedestal para erigirla. Sin embargo, la experiencia brutal de la depresión facilitó la transformación del capitalismo norteamericano. El empresario John Pierpoint Morgan, un magnate de caricatura obsesionado con el orden y la disciplina, se puso a construir un colosal imperio financiero al imponer su visión controladora sobre la profusión caótica de compañías ferrocarrileras. Muy pronto otros magnates –Rockefeller, de Cleveland; Carnegie y Frick, de Pittsburgh– se trasladaron a Manhattan. Ya para 1890 la mitad de los 3.600 millonarios del país residía en la isla fabulosa y dinámica (con preferencia en la Quinta Avenida). Allí estaba la Bolsa; allí estaban las agencias de publicidad (42 en 1870; 400 en 1890); allí estaban los nuevos museos y las nuevas galerías.<sup>44</sup>

Cuando Martí volvió expulsado de Venezuela en 1881, Nueva York rebosaba nuevamente de dinero y opulencias de todo tipo. En 1883 se inauguró el Puente de Brooklyn, después de catorce años de labores por 5.000 hombres a quienes se pagaban \$2 diarios. El día de su inauguración fue llamado el «Día del Pueblo». Símbolo inevitable del crecimiento y poderío de la ciudad, el puente también presagiaba el nacimiento de otra ciudad, la «ciudad vertical» del futuro, fusión inimaginable del acero y la electricidad, ciudad de edificios a la vez fugaces y monumentales, los rascacielos, que serían emblema planetario de la modernidad y de la llegada del siglo XX. Los magnates construirían más de 300 rascacielos enanos de más de nueve pisos antes del año 1900; pero cuando aquel regalo francés, la Estatua de la Libertad, fue develada en octubre de 1886, el pedestal había sido financiado por el pueblo neoyorquino gracias a una suscripción organizada por el *New York World* de Joseph Pulitzer.

Mientras más densa era la ciudad, y más altas las oficinas y fábricas, más necesario era un sistema de transporte eficaz para llevar a los obreros a sus lugares de trabajo. Los ferrocarriles elevados corrían cada quince minutos durante toda la noche, transportando a los obreros, a una altura de veinte metros, a sus casas en las afueras de la ciudad, en Brooklyn o en otras partes. Ya

<sup>44</sup> Burrows y Wallace, *op. cit.*, p. 1049.

para 1891 el sistema transportaba a más de un millón de neoyorquinos cada día. Igualmente importante era la electricidad. J. P. Morgan financió los experimentos de Thomas A. Edison y fueron sus oficinas en Wall Street las primeras del país en ser iluminadas en 1882. Las luces de Morgan brillaban sobre Manhattan como un anuncio colosal del éxito de su compañía. Su casa en Madison Avenue también fue la primera del país en ser iluminada. Los grandes almacenes siguieron el ejemplo y después los teatros, hoteles y cafés. En 1894 la «Gran Vía Blanca» se extendía por Broadway de la calle 23 a la 34. Gigantescos anuncios iluminados predicaban los encantos de Coney Island o las «57 Variedades» de Heinz. Antes de 1890, elevadores eléctricos subían por las nuevas torres públicas y privadas y en ese año un asesino sentenciado a muerte fue ejecutado gracias a la nueva invención.<sup>45</sup> Edison, mientras tanto, extendió su trabajo con el desarrollo del teléfono y la invención del fonógrafo.

Una bombilla eléctrica costaba la mitad del sueldo diario de un obrero, así que los pobres seguían alumbrándose con gas. Los ricos tenían otras preocupaciones. En marzo de 1883 la esposa de William Kissam Vanderbilt organizó una fiesta para estrenar su nueva mansión, cuyo costo de construcción era \$3 millones y cuyo propósito era el de eclipsar la casa de la señora Caroline Astor, la diosa reinante de la alta sociedad neoyorkina. Al humilde obrero que construyó el Puente de Brooklyn le habría llevado 4.000 años ganar semejante cantidad de dinero. Los 1.200 invitados a la fiesta iban vestidos de aristócratas franceses, y la señora de Vanderbilt se convirtió en institución nacional. Cultivó su grupo de 400 personas –las que cabían en su salón de baile– que era una especie de *trust* social. Su monopolio fue roto en 1887 con el lanzamiento del Registro Social, que contenía listas de más de 2.000 nombres de personas socialmente aceptables. Muy pronto todos los financieros de Wall Street empezaron a perseguir el «chic» de la Quinta Avenida. Cuando en 1880 William Vanderbilt ofreció \$30.000 para comprar un palco en el teatro de la Academia de Música, su oferta fue rechazada. Procedió a organizar la construcción de la Metropolitan Opera House, que fue inaugurada en octubre de 1883. Pocos años después la Academia de Música fue clausurada. El antiguo Union Club fue dinamitado metafóricamente por el nuevo Metropolitan Club fundado por J. P. Morgan especialmente para los ricos. El restaurante *Delmonico's* se mudó seis veces para mantener su ventaja competitiva. La iglesia de moda era la de Santo Tomás en la Quinta Avenida, donde el alquiler de bancos valía entre \$500 y \$700 al año.<sup>46</sup> Pero aun en este ambiente de locura, el dinero no era suficiente. En 1879, el banquero judío Joseph Seligman fue rechazado como cliente del Hotel *Grand*

<sup>45</sup> Burrows y Wallace, *op. cit.*, pp. 1066-1068.

<sup>46</sup> Sobre los excesos y frivolidades de la época, véanse Burrows y Wallace, *op. cit.*, pp. 1047 y 1074, y Sante, *op. cit.*, p. 55.



*Union* en Saratoga Springs. Los judíos, como los negros y la mayoría de los católicos, eran excluidos del Registro Social y de las fiestas de los «400». Poco a poco los capitalistas judíos se conformaban concentrándose en sus funciones tradicionales relacionadas con las mercancías y ciertas actividades bancarias, hasta que se les abrieron las nuevas formas de comunicaciones y diversiones masivas en el siglo XX, por medio de las cuales acabarían dando empleo también a los negros.

En cuanto a los peligrosamente pobres, entre 1865 y 1895 Nueva York se convirtió de una ciudad de casas pequeñas en una ciudad de grandes edificios de pisos lúgubres y sombríos, especialmente en los barrios industriales del *East Side* y del *West Side*. Los nuevos sindicatos organizados por radicales como Samuel Gompers entraron en conflicto con los Caballeros del Trabajo. En 1882 se fundó la Central Labor Union, que el 5 de septiembre logró imponer la primera celebración del día del Trabajo. En marzo de 1883 organizó una manifestación masiva para conmemorar la muerte de Karl Marx y fue admitido el pensador Henry George en los Caballeros del Trabajo. George era autor de *Progress and Poverty: An Inquiry into the Cause of Industrial Depressions and of Increase of Want with Increase of Wealth* (1880) y se había identificado con la causa de la American Land League y del nacionalismo irlandés. Uno de sus defensores fue un sacerdote rebelde, el padre Edward McGlynn, llamado «sacerdote del Pueblo», nacido en Nueva York de padres inmigrantes irlandeses. Un 40% de la población de Manhattan era católico y la militancia de McGlynn chocó con el conservadurismo del nuevo arzobispo de Nueva York, Michael Corrigan, él mismo hijo de un inmigrante irlandés. A José Martí le interesaban especialmente las trayectorias y los dilemas de George y McGlynn.

La mezcla de inmigración multicultural, militancia obrera, radicalismo católico y nacionalismo irlandés fue un cóctel explosivo, y en la década del 80 la violencia social iba en aumento. Se utilizó a la policía y a los agentes privados de la Compañía Pinkerton (los mismos que espionaron a Martí, contratados por el gobierno de España) para suprimir las huelgas. Jay Gould se jactaba de que «podría contratar a la mitad de la clase obrera para matar a la otra mitad».<sup>47</sup> La prensa sensacionalista condenaba el movimiento sindicalista y las actividades de los anarquistas, sobre todo después de las bombas en Chicago en 1886. La Central Labor Union (CLU) fue obligada a cambiar de postura, y en 1886 formó el United Labor Party (ULP), el cual, animado por el padre McGlynn, apoyó la candidatura de Henry George para alcalde de Nueva York. George predicaba la reforma de las leyes relacionadas con la propiedad y abogaba por sistemas de transporte y educación gratuitos. Su campaña fue apoyada también

<sup>47</sup> Burrows y Wallace, *op. cit.*, p. 1096.

por los socialistas alemanes y los sindicatos cigarreros de Gompers, y parecía que se iba a acabar, finalmente, con la hegemonía malsana de *Tammany Hall* y que los pobres utilizarían el proceso electoral para hacer avanzar sus propios intereses. Fue entonces cuando entró en escena Theodore Roosevelt para dividir el voto Demócrata, el padre McGlynn fue silenciado por la jerarquía católica, y otro irlandés, Abram Hewitt, yerno del respetado filántropo Peter Cooper, ganó la elección.<sup>48</sup> Los electores más pobres de los barrios del *East Side* habían seguido las indicaciones de *Tammany Hall* y de la Iglesia Católica. El padre McGlynn fue expulsado de su parroquia en enero de 1887 y excomulgado en junio, y el arzobispo Corrigan trató de conseguir que los escritos de George fueran incluidos en el Índice de libros prohibidos. Fue la última oportunidad real para la formación de partidos socialistas o laboristas al estilo europeo. *Tammany Hall* había triunfado.

Mientras tanto, los inmigrantes seguían llegando. Antes de enero de 1892 ingresaban por la facilidad estatal de *Castle Garden*, y después por los servicios federales de *Ellis Island*, donde pasaban los trámites de admisión los pasajeros de tercera clase. Los de primera y segunda los pasaban a bordo y entraban directamente a Manhattan. En aquellos años, la población alemana de Nueva York subió de 163.000 en 1880 a 211.000 en 1890. La población irlandesa subió a 275.000 en 1890, y formaba un 40% de los habitantes de la ciudad. Los irlandeses se concentraban en el barrio de *Hell's Kitchen* (entre las calles 34 y 57 y las avenidas 9 y 12) y en los distritos del *Navy Yard* y del *Red Hook* en Brooklyn. La población negra era de unos 60.000, la mayoría de ellos en el *Tenderloin* y *San Juan Hill*. Entre 1880 y 1900 casi 500.000 judíos entraron al país por Nueva York, y el 70% se quedó, de manera que la población judía de la ciudad se incrementó de 170.000 en 1890 a casi 400.000 en 1900. No solamente hubo un marcado aumento de antisemitismo, sino que se registraron divisiones acentuadas entre la población judía ya aclimatada, liberal y progresista, y los recién llegados de la Europa Oriental, más ortodoxos y con costumbres y vestimenta inaceptables para sus correligionarios de la Europa Occidental y Central. En la década del 90 existían 6.000 talleres textiles (*sweatshops*) en Manhattan y otros 900 en Brooklyn. En ellos trabajaban 80.000 mujeres que sudaban 16 horas al día y ganaban menos de \$7 a la semana. En muchos casos los dueños de estos talleres eran judíos.<sup>49</sup>

Los judíos se aglomeraron en el *Lower East Side*, pero los mismos guetos eran móviles, y los inmigrantes exitosos se iban desplazando paulatinamente hacia el norte, por una parte, y hacia el centro –la Quinta Avenida–, por otra.

<sup>48</sup> Burrows y Wallace, *op. cit.*, p. 1106. Keller, *op. cit.*, p. 524, declara que la elección fue obviamente fraudulenta.

<sup>49</sup> Burrows y Wallace, *op. cit.*, pp. 111 y 1116-1117.

Las condiciones de vida eran espantosas. En 1890 el décimo distrito tenía una densidad poblacional de 1.294 personas por hectárea, la cual subió al nivel de Bombay, 1.729, en 1900. Los judíos venían casi siempre en familia. La población italiana subió de 20.000 en 1880 a 250.000 en 1900, pero casi todos ellos eran jóvenes solteros y católicos de origen rural, con una fortuna media ahorrada de \$11 en el momento de desembarcar.<sup>50</sup> En 1890, el 90% de los obreros contratados por el Departamento de Obras Públicas eran italianos, muchos de los cuales vivían en condiciones realmente infrahumanas, porque trataban desesperadamente de ahorrar para traer al resto de la familia. Eran católicos aún más pobres que los irlandeses, a quienes reemplazaron en los oficios más bajos. Se diseminaron por Harlem, Brooklyn y Long Island, en una serie de comunidades en cadena donde se hablaba italiano y se vestía como campesino, y donde las relaciones con «América» eran manejadas por *padroni* y *banchiere*. Los irlandeses consideraban que los italianos demostraban una falta de respeto escandalosa a la Iglesia y sus sacerdotes.

Pero los más discriminados de todos eran los chinos. Eran solamente 2.000 en 1880, la mayoría llegados vía Cuba, y también migraban otros que habían sido expulsados de San Francisco. En 1888 había llegado a 2.000 el número de lavanderías chinas en Manhattan; otras 900 se habían instalado en Brooklyn, y había un gueto chino alrededor de Chatham Square. En Mott Street, establecimientos chinos ofrecían opio a sus clientes, y muy pronto los chinos eran percibidos como consumidores de drogas, de mujeres blancas y de puestos de trabajo norteamericanos. La *Exclusion Act* de 1882 resolvió el problema, aunque en 1890 Nueva York ya tenía una población china de 10.000 personas.

El libro más conocido de la época es, sin duda, *How the Other Half Lives* (1890), ya mencionado, obra del inmigrante danés Jacob Riis, una crónica dramática y espeluznante de las condiciones de vida en el *Lower East Side*. La invención del disparador de *flash* en 1887 le permitió catalogar visualmente –y con sorprendente crueldad– el acinamiento en los barrios bajos y los atroces sufrimientos de los inmigrantes. Ninguna ley regulaba la construcción de viviendas, no se imponía ningún reglamento sanitario, y la tuberculosis, la disentería y el cólera eran endémicos. El mismo Riis había vivido como vagabundo en los 80, y sabía muy bien de lo que hablaba. Él también había dormido en comisariatos y luchado para sobrevivir en barrios llenos de crimen y corrupción, un mundo de *sweatshops*, trabajo de menores, prostitución, ladroneras y tabernas sórdidas y peligrosas. Su libro fue un hito importante en el proceso de reforma social, al que se había opuesto larga resistencia en esa dinámica económica que también era, de manera secundaria y distraída, un inmenso laboratorio social.

---

<sup>50</sup> Burrows y Wallace, *op. cit.*, p. 1122.

No todo era trabajo y sufrimiento en aquel mundo de cambios incessantes, de novedades inacabables. Los vodeviles a 5 y 10 céntimos de dólar, más tarde los nuevos salones cinematográficos, las tabernas, los burdeles, lugares que temporalmente ayudaban a los obreros –masculinos: las mujeres no tenían válvulas de escape– a olvidar sus nostalgias y perseguir nuevos «sueños». Y por 25 céntimos se podía llegar a Coney Island, con sus playas, sus bandas, sus parques de atracciones, montañas rusas y embarcaderos. Llamada por algunos «Sodoma sobre el Mar», fue el paraíso proletario por excelencia, pintado por Martí en una de sus crónicas más extraordinarias. No muy lejos estaba Brighton Beach, el mundo elegante de las clases profesionales, con sus hoteles vigilados por agentes de la Compañía Pinkerton. La «isla», que quedaba fuera de la jurisdicción de Manhattan y Brooklyn, respiraba un aire de energía indomada y de provocación social.

El crisol multiétnico y multicultural que fue Nueva York iba produciendo a la vez una exuberancia y una comercialización culturales sin precedentes, en el Bowery, en Union Square, en los Madison Square Gardens y en Broadway. En una época inocente de derechos humanos y sensibilidades sociales, los vodeviles y los teatros de variedades lograban, simultáneamente, reunir y dividir a los diversos grupos étnicos de la ciudad, fomentando estereotipos como el judío mañoso, el escocés avaro, el irlandés tonto y grosero. El sexo era comercializado de mil maneras: desde las revistas primitivas del *burlesque*, el llamado «negocio de la pierna» (*striptease*), hasta la prostitución femenina y masculina (los *nancy boys*) y la de travestidos. La Sexta Avenida veía desfiles de prostitutas todas las noches, y el tramo entre las calles 23 y 40 se llamaba la «Broadway africana» por la cantidad de prostitutas negras. En la calle 5 del Bowery coexistían burdeles homosexuales y bares donde mujeres blancas atendían a clientes negros, chinos y malayos. También allí estaban los «museos» donde se exhibían la «Vera Cruz» de Jesucristo, la cabeza de Guiteau, asesino del presidente Garfield (en salmuera), y tres ejemplos diferentes de la porra con que se había matado al capitán Cook, el famoso explorador inglés.<sup>51</sup>

El Teatro Vaudeville de Union Square era más respetable; sus clientes hacían sus compras en Macy's, en la calle 14, y era posible llevar a toda la familia. No se permitían ni el alcohol, ni el consumo de cacahuètes, ni las malas palabras. En este tipo de establecimiento se estrenaban las nuevas canciones que daban celebridad nacional a compositores como Charles K. Harris, cuya *After the Ball* tuvo ventas de 20 millones en los años siguientes a 1892. Otras canciones como *The Bowery* (1892) y *The Sidewalks of New York* (1894) difundían la imagen, la vitalidad y el mito de la metrópoli por todo el país, por no decir el mundo occidental. Por otra parte, la cultura negra, con todas sus desventajas, también con-

<sup>51</sup> Ver Sante, *op. cit.*, caps. 1 y 2.



tribuía fuertemente a la nueva civilización norteamericana, sobre todo a través del *ragtime*, muy popular a partir de 1890 aproximadamente. Una canción lanzada exitosamente hoy en Nueva York estaría ya en San Francisco la próxima semana. La música también se había vuelto mercancía móvil y ultramoderna.

Las dos tradiciones culturales –la respetable y la popular– entraron en competencia y en conflicto en Madison Square. En los 70 había sido escenario del circo de P. T. Barnum y de torneos de boxeo y maratones. En 1885 su propietario, William Kissam Vanderbilt, vendió la plaza a un consorcio financiado por J. P. Morgan, Andrew Carnegie y W. W. Astor, entre otros. En once meses, mil hombres construyeron un nuevo centro que satisfacía los gustos burgueses en materia de conciertos, comedias y operetas; sin embargo, a pesar de sus pretensiones, los altos costos de la operación obligaban a los propietarios a permitir una tácita popularización de sus entretenimientos. Semejantes tensiones culturales, escenificadas en Nueva York, entre una alta cultura «desinteresada» y una cultura «popular» comercializada seguirían manifestándose y confrontándose en las décadas venideras.

La prensa popular alentaba diariamente el apetito de las masas por la nueva industria de los espectáculos. El *New York World* de Pulitzer, comprado a Jay Gould, aumentó su circulación de 15.000 a 150.000 ejemplares en dos años, y fue pionero de un nuevo periodismo caracterizado por frases breves, ilustraciones gráficas, reportajes sensacionales a la vez salaces y moralizantes, y una representación de la experiencia cotidiana de los hombres y las mujeres obreras de la ciudad. Las páginas rojas de la prensa sensacionalista aterrorizaban a los burgueses, y las revelaciones de los pecados legales y criminales de las clases respetables satisfacían las expectativas de las clases pobres y resentidas. *El Mundo* despotricaba contra los excesos del capitalismo y la arrogancia de Gould, Rockefeller y Carnegie, y denunció las condiciones miserables de los *tenements*.

Rodeados por los «peligrosamente ricos» y los «peligrosamente pobres», las clases medias, perplejas y desorientadas, empezaban a apoyar las iniciativas de reforma, la regulación del poder de las corporaciones y la condición de los pobres. El Ejército de Salvación llegó en 1882. La edad núbil fue elevada de 10 a 16 años en 1889, y de 16 a 18 en 1895. El reverendo Charles Parkhurst, de la Iglesia Presbiteriana de Madison Square, disfrazado de matón local, emprendía repetidas expediciones nocturnas por bares, burdeles y otros templos de vicio, gritando ante cada nuevo ultraje: «¡Algo peor, muéstrenme algo peor!». En marzo de 1892, desde su púlpito, fulminaba contra los pecaminosos, y logró galvanizar la opinión pública, pero no consiguió aflojar el poder de *Tammany Hall* en las elecciones municipales.<sup>52</sup> Mientras tanto, los millonarios invertían sus

<sup>52</sup> Burrows y Wallace, *op. cit.*, p. 1169.

millones en símbolos de su propia generosidad filantrópica, como el Carnegie Hall, el Museo de Historia Natural, el Museo Metropolitano de Arte y la Biblioteca Pública de Nueva York.

En los últimos tiempos de la estancia de Martí en Nueva York, cuando él estaba dedicado de lleno a sus actividades revolucionarias y sus viajes, estalló una depresión que duraría cinco años. Una encuesta del alcalde Thomas F. Gilroy, llevada a cabo en enero de 1894, descubrió que 70.000 desempleados y negros morían de hambre en la ciudad.<sup>53</sup> Dos años después de la muerte del cubano, se celebró la anexión de Brooklyn y 38 pueblos de Staten Island, Queens y el Bronx para crear la *Greater New York*, una metrópoli de 320 millas cuadradas y 3,5 millones de habitantes, dos veces más grande que Chicago, mayor que París, Berlín y Moscú. Era un augurio: otras anexiones estaban en el aire y pronto estarían en el horizonte; y Nueva York, bajo el signo de Theodore Roosevelt, sería la más aventurera de las ciudades estadounidenses.

## El imperialismo

Crean en la necesidad, en el derecho bárbaro, como único derecho: «esto será nuestro, porque lo necesitamos». Crean en la superioridad incontrastable de «la raza anglosajona contra la raza latina». Crean en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy, y de la india, que exterminan. Crean que los pueblos de Hispanoamérica están formados, principalmente, de indios y de negros. Mientras no sepan más de Hispanoamérica los Estados Unidos y la respeten más..., ¿pueden los Estados Unidos convidar a Hispanoamérica a una unión sincera y útil para Hispanoamérica?

JOSÉ MARTÍ, *La Revista Ilustrada de Nueva York*,  
mayo de 1891

En la década de los 90, lo doméstico y lo internacional se confundieron, y los Estados Unidos se vieron enredados en su primera guerra internacional desde la Guerra Mexicana de los 40. Pero el primer problema de la década fue la cuestión de la moneda, una de las más difíciles y divisionistas de la *Gilded Age*, y llevó al mismo Martí a una confrontación directa con el Departamento de

---

<sup>53</sup> La depresión económica de 1893 impactó directamente a Cuba, puesto que la terminación de la reciprocidad en la *Tariff Act* de 1894 causó una ola de desempleo en las plantaciones azucareras de la Isla y condujo a la reactivación de la lucha por la independencia en 1895. A pesar de esto, las inversiones estadounidenses en la Isla seguían siendo sustanciales. Véase Peter H. Smith, *Talons of the Eagle: Dynamics of US-Latin American Relations*, Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 1996, p. 34.

Estado. La perspectiva de los comentaristas dependía, como siempre, de sus intereses. Los deudores y los que producían y vendían mercancías favorecían el «dinero fácil» y las fuerzas inflacionarias, mientras que los acreedores, los que vivían de ingresos fijos o de sectores económicos menos dinámicos favorecían el «dinero sólido» y una política prudente y antiinflacionaria. Después de la Guerra Civil, el *lobby* de estos últimos exigía persistentemente un regreso a una política «bimetálica» en que se mantendría una relación fija entre el oro y la plata, y la provisión de dinero sería determinada por la cantidad de oro y plata conservada por la Tesorería de la Nación.

La lucha seguía siendo muy reñida cuando Martí apareció en escena y se encontró en conflicto abierto con James G. Blaine, político destacado del Partido Republicano asociado con las grandes empresas financieras y monopolísticas y portavoz de los proimperialistas del país. Blaine fue dos veces secretario de Estado, con Garfield y con Harrison. Martí lo juzgó un hombre brillante pero que anteponía la ambición a la moralidad. Ya lo había censurado en 1884, cuando fue candidato a la presidencia.<sup>54</sup> Cuando funcionaba como secretario de Estado (1888-1892), convocó a dos grandes congresos panamericanos, el que fundó la Unión Panamericana en 1889 y el de la Comisión Monetaria Internacional Americana celebrada en Washington entre el 7 de enero y el 3 de abril de 1891. Martí, delegado y ministro plenipotenciario de la República Oriental del Uruguay, de la que era cónsul general, desempeñó un papel protagónico, frustrando las ambiciones estadounidenses de forzar la adopción del bimetalismo. (Proyecto que ya había fracasado ante la oposición de británicos y alemanes, preocupados por el poder de los Estados Unidos como productor de plata.) Martí hablaba español, portugués, francés e inglés, y fue el delegado más activo. Presidió el comité que estudió las propuestas de los honorables delegados de los Estados Unidos, y redactó personalmente el informe final, que rechazaba la propuesta por prematura y favorable únicamente a los intereses de los Estados Unidos y tres países más. También denunció las tácticas ejercidas por los Estados Unidos para conseguir sus fines. La propuesta fue rechazada y Blaine fue derrotado. Martí, David, había derrotado, por ahora, a Goliat.

Sin embargo, los Republicanos persistían en su política de control riguroso de la moneda, y en 1896, momento decisivo, hubo otra victoria de los Republicanos con la elección de McKinley en un momento en que la producción de plata y oro volvía a subir y las presiones hacia la recesión disminuían.

---

<sup>54</sup> Martí dedicó más párrafos a Blaine que a cualquier otro ciudadano de los Estados Unidos. Lo temía y lo detestaba. Condenó su selección como candidato presidencial en los siguientes términos: «Blaine fue el electo. Por debajo de las banderas alquiladas, y de entre los delegados vendidos que habían ayudado al triunfo, salieron llenos de amargura y de ira, los que con una generosa esperanza habían acudido a la Convención para ver nombrar a un hombre honrado».

McKinley derrotó a William Jennings Bryan, político Demócrata apoyado también por los Populistas y abogado apasionado del libre comercio de la plata. McKinley logró convencer no solamente a las clases medias y altas, siempre sobrias en asuntos de política monetaria, sino a un porcentaje significativo de los inmigrantes y las clases trabajadoras. Nueva York, Boston, Chicago y Minneapolis votaron por McKinley, y los intereses de los pequeños agricultores partidarios del Populismo fueron negados.

Mientras tanto, la discriminación racial crecía en todo el país, pero especialmente en el Sur. En todas las esferas de la vida social –la educación, el mercado de trabajo, el acceso a la seguridad social y la justicia– la segregación racial seguía en pie e incluso había empeorado. La Corte Suprema había suprimido la *Civil Rights Act* de 1875 con el argumento de que los hombres de negocios privados no estaban sujetos a los reglamentos de la 14ª Enmienda. En 1890, el requisito de alfabetismo impuesto en Misisipí excluyó *de facto* a los negros de la participación en el proceso electoral. En 1887, Florida se convirtió en el primer estado sureño en segregar oficialmente sus ferrocarriles, y en poco tiempo otros siguieron el ejemplo. Las llamadas leyes *Jim Crow* se extendieron a los restaurantes, hoteles, tranvías y cementerios. En el decenio del 90, pues, el Sur llegó a ser, por primera vez, una sociedad racialmente segregada *por ley*. En 1896, un año después de la muerte en batalla de José Martí, supremo propagandista a favor de la igualdad racial, la Corte Suprema falló que la segregación racial no era discriminatoria. Al mismo tiempo, los linchamientos iban en aumento –2.500 entre 1884 y 1900– y el Partido Demócrata profundizaba su alianza mal sana con el racismo sureño. En 1900, el último congresista negro, George G. White, presentó un proyecto de ley para hacer del linchamiento un delito federal. No fue aprobado, y ningún político negro regresó al Congreso hasta 1928. Ya en 1895 había emergido un líder acomodaticio y conciliador, Booker T. Washington, cuyo lema era que «hay poca discriminación racial en el dólar [norte]americano». Se equivocaba; pero dominó el movimiento negro hasta su muerte en 1915.

La gran Exposición Columbiiana de Chicago inaugurada en octubre de 1893, con 400 edificios en un parque de 1.750 hectáreas, recibió 30 millones de visitantes y celebró el paraíso en el cual se había convertido la joven República. La feria fue celebrada incluso por dirigentes obreros como Eugene Debs por sus «altos ideales». Pero Henry Adams vio en su mensaje el triunfo del capitalista, de sus máquinas y del proceso de incorporación que lo había enaltecido. Algunos representantes negros pidieron permiso para participar en la feria y fueron rechazados rotundamente. Frederick Douglas, exesclavo, autor y senador, visitó la exposición como representante de Haití; los indígenas norteamericanos aparecieron como espectáculo en la sección de Etnología. Como comenta Trachtenberg:



La «Ciudad Blanca» pareció haber resuelto la cuestión del significado verdadero y real de América. Parecía marcar la victoria de las élites en los negocios, la política y la cultura sobre las voces disidentes y divididas del trabajo, de los agricultores, los negros y las mujeres. Retrospectivamente nos parece no solamente la culminación de los esfuerzos de los grupos dirigentes para establecer su hegemonía sobre la cultura nacional emergente después de la Guerra Civil sino símbolo profético de la derrota venidera del Populismo y su cultura alternativa, la «América» alternativa que proponía.<sup>55</sup>

Muchas cosas iban a mejorar en las próximas décadas –la situación de la mujer, la condición de los pobres, por ejemplo–, pero en los últimos años de Martí el panorama social y político era sombrío; y la situación de indios y negros, angustiosa.

Este país, cuyo Destino Manifiesto fue simbolizado y materializado en la gran Ciudad Blanca de Chicago, se acercaba casi inevitablemente al imperialismo aventurero. La experiencia de los indios y los negros, excluidos de la democracia formal norteamericana por un colonialismo racista interno, presagiaba la de ciertos pueblos extranjeros. En 1880, la nación dedicaba menos del 1% del PNB a las fuerzas armadas, y el Departamento de Estado era débil; pero en 1889 Blaine empezó a desarrollar otra concepción de los intereses no solamente económicos sino estratégicos y militares del país. En 1891 obligó a Chile a pedir disculpas y a pagar \$75.000 en compensación después de protestas en Valparaíso contra la presencia de marineros de los Estados Unidos. Este país, cuyo PNB había aumentado en un 40% entre 1870 y 1900, exportaba en este último año el 80% de su producción de algodón, 57% del petróleo, 50% del cobre, 20% del trigo y 15% del oro. Después de 1880, las grandes corporaciones como Standard Oil y Kodak se expandieron en Europa y Asia. La creciente importancia de las exportaciones fue subrayada por una balanza de pagos persistentemente desfavorable y la percepción de que las recesiones internas podrían ser compensadas por las ganancias en mercados extranjeros. Las exportaciones crecieron entre 1850 y 1890 de \$166 a \$1.686 millones.<sup>56</sup>

En 1890, el almirante Alfred T. Mahan publicó su *Influence of Sea Power on History*, en el que argumentaba que la prosperidad y el destino nacionales dependían de la expansión comercial y su protección naval. Recomendó la construcción de un canal centroamericano y la instalación de bases estratégicas en las islas caribeñas. En 1895, a consecuencia de una disputa sobre la frontera entre la Guayana Británica y Venezuela, los Estados Unidos obligaron a la Gran Bretaña a aceptar su arbitraje. El Destino Manifiesto interno se estaba convir-

---

<sup>55</sup> Trachtenberg, *op. cit.*, pp. 218-231.

<sup>56</sup> Hays, *op. cit.*, p. 208.

tiendo en un Destino Manifiesto externo, implícito quizá en la Doctrina Monroe. Como ya se ha mencionado, en 1893 la Oficina de Censos declaró terminada la época de la frontera, y el ensayo de Turner, leído precisamente en la Exposición de Chicago, reconoció que en adelante la frontera sería una visión interior, una perspectiva mental. Pero en 1896 Theodore Roosevelt publicó su *The Winning of the West*, en el que insistía a sus compatriotas sobre la permanencia del concepto cuya visión de la superioridad racial anglosajona llevaría a la mayoría a apoyar una política extranjera expansionista.

El momento crítico se relacionó, fatalmente, con Cuba. José Martí vivía en los Estados Unidos precisamente a causa de su identificación con la lucha por la emancipación de su país. Al comienzo había combinado sus crónicas literarias y sus reportajes periodísticos con sus actividades políticas, pero después de 1890 se dedicó plenamente a la organización del Partido Revolucionario Cubano, y en 1895 participó en una expedición invasora reclutada y financiada desde los Estados Unidos. Martí conocía al monstruo porque había vivido en sus entrañas (a diferencia de Tocqueville, Bryce y otros visitantes temporales), y había comprendido de sobra que estaba embarcado en una carrera contra el tiempo: si Cuba no se liberaba pronto, sería anexada por los Estados Unidos.

No era nueva la idea de la anexión de Cuba. Hasta el mismo Jefferson había hablado de la «paciente espera».<sup>57</sup> Su utilidad estratégica era evidente, y los vínculos entre las dos economías se iban estrechando. Las inversiones estadounidenses en Cuba habían llegado a \$50 millones a comienzos de los 90. (Sería a Cuba adonde se haría la primera llamada telefónica internacional, en 1900.) Existían 3.000 fábricas de cigarros en Nueva York, de las cuales 500 pertenecían a propietarios hispanoamericanos.<sup>58</sup> Los Estados Unidos habían enviado varias ofertas de compra que España había rechazado. Los empresarios de los Estados Unidos estaban divididos sobre la cuestión. Los productores de azúcar, algodón y tabaco se oponían desde una posición proteccionista. Otras voces afirmaban que las diferencias raciales y culturales significaban que el pueblo cubano era incapaz de adaptarse a la democracia. Los expansionistas vieron en la Isla un posible baluarte estratégico y un mercado prometedor. Casi nadie discutía los intereses o los derechos de los habitantes de la Isla. En 1889, el gobierno del presidente Harrison volvió al tópico de la posible compra de la isla. El 21 de marzo, el *New York Evening Post* reprodujo un editorial publicado cinco días antes en *The Manufacturer*, de Filadelfia, donde los cubanos eran denunciados como perezosos, afeminados y políticamente incapaces. Martí respondió el día 25 de marzo. Ya se había sentido alarmado cuando Blaine fue

<sup>57</sup> Smith, *op. cit.*, p. 20.

<sup>58</sup> Burrows y Wallace, *op. cit.*, p. 1212.

nombrado secretario de Estado en el gobierno de Harrison. Era evidente que la Gran Bretaña estaba a punto de retirarse en términos relativos del Caribe: por otra parte, ciertos elementos dentro de Cuba favorecían la anexión. Martí se dedicó a tiempo completo a los asuntos cubanos entre 1891 y 1895, en un contexto político en que los líderes estadounidenses consideraban que los asuntos cubanos eran también asuntos de los Estados Unidos. Se sabía perfectamente que más de 200.000 cubanos habían muerto como resultado de la política española de concentrar y disciplinar la población de la isla, y España era presionada por Cleveland y después por McKinley para cambiar de política y restaurar la estabilidad. En 1897 España ofreció un estatuto autonómico, oferta rechazada por los rebeldes a favor de la independencia total. En 1898, finalmente, la explosión del Maine dejó en manos de los Estados Unidos el destino de la Isla por la cual había muerto Martí. Los Estados Unidos se apoderaron también de Puerto Rico, las Filipinas y Guam, con el pago por las Filipinas de \$20 millones en compensación. Un nuevo imperio norteamericano estaba en pie.

No todos estaban de acuerdo. El Tratado de París detalló los términos del alto el fuego, y los resultados de la guerra fueron aprobados por el Congreso por un solo voto. Hasta Andrew Carnegie, epítome de los valores norteamericanos, ofreció dar \$20 millones de su fortuna personal para comprar la libertad de los filipinos. Las opiniones se dividieron en gran medida según líneas generacionales: los que frisaban los sesenta años y habían experimentado la Guerra Civil, como el expresidente Harrison y Mark Twain, estaban en contra, mientras que los de la generación que tenía cuarenta años, como el mismo Roosevelt, estaban a favor. En julio de 1898, el destacado político Alfred J. Beveridge, de Indiana, habló de la manera en que las aventuras imperiales podrían unificar el país: «Ya no más secciones sino una nación... No, tampoco una nación sino el pueblo elegido de Dios».<sup>59</sup> Poco después se inició la guerra brutal contra los defensores del país asiático. La alianza entre la mayoría de los capitalistas y los políticos patrióticos y aventureros estaba hecha y era fuerte. A pesar de la oposición resuelta y sincera de muchos ciudadanos, Theodore Roosevelt, el héroe de la guerra, heredó la presidencia en 1901 tras el asesinato de McKinley, y procedió a decretar, en efecto, la creación de Panamá y resucitar así el proyecto del canal istmeño, inaugurado finalmente en 1914.

Al final del siglo, muerto Martí, expropiada Cuba, los Estados Unidos, con una población de 76 millones, habían logrado la producción industrial y agrícola más alta del mundo; y el ingreso per cápita más alto, sin impuestos sobre la renta. En vez de seis meses en carretera, el viaje de Nueva York a San Francisco se hacía en seis días. Esta última, una aldea de 82 casas en 1850, era ahora una

---

<sup>59</sup> Keller, *op. cit.*, p. 594.

ciudad cosmopolita de 350.000 habitantes. En ningún país del mundo, antes o después, se había transformado tan rápida y tan radicalmente la experiencia cotidiana del hombre de la calle. El telégrafo y el ferrocarril eran cosas ya asimiladas; ahora existían la electricidad doméstica, el teléfono, el automóvil, el cinematógrafo y el fonógrafo. En cuanto al campo, la mitad de los bosques habían sido talados, y sólo quedaban 400 bisontes en las llanuras. La desestabilización de todo producía, por igual, una profunda ansiedad moral y cultural y un extraordinario optimismo en el futuro y confianza en su América. Marx se había equivocado: cambió la economía, cambiaron muchos conceptos superficiales, pero persistía la fe en el mercado, en el capitalismo y en el Destino Manifiesto de su América. El próximo siglo sería, de hecho, el Siglo de Norteamérica. Y los Estados Unidos seguirían decretando el destino de Cuba.



---

# David Lagmanovich

## Los Estados Unidos vistos con ojos de nuestra América

### Del periódico al ensayo

Como bien se sabe, José Martí vive en los Estados Unidos, específicamente en Nueva York, un período fundamental de su vida. Con algunos intervalos demandados por su actividad política, reside allí desde 1880 (su segunda llegada, el 3 de enero) hasta comienzos de ese mismo 1895 que sería el de su muerte en Dos Ríos.

Durante esos años escribe sin pausa; la cantidad de sus escritos es prodigiosa. Lo hace en publicaciones neoyorquinas en inglés (*The Hour, The Sun*), aunque no domine totalmente esa lengua; en órganos publicados en la misma ciudad pero en español (*La América, El Latino Americano, Patria*), a veces vinculados con el exilio cubano; y en revistas fundadas por intelectuales de otros países de América, entre ellas *La Revista Ilustrada de Nueva York*.<sup>1</sup> Y lo hace, muy especialmente, en periódicos de varios países hispanoamericanos, entre los cuales son de particular importancia *La Opinión Nacional*, de Caracas (desde agosto de 1881); *La Nación*, de Buenos Aires (desde julio de 1882), y *El Partido Liberal*, de México (desde mayo de 1886).

En esos órganos de prensa, y de manera especial en los grandes periódicos mencionados, Martí desarrolla un género tan nuevo y novedoso que aún no tiene nombre. «Correspondencia de José Martí» es la forma más frecuentemente usada por los periódicos mismos: «mis cartas», «esta carta», «la carta anterior»,

---

<sup>1</sup> Cf. Vernon A. Chamberlin e Ivan A. Schulman, *La Revista Ilustrada de Nueva York: History, anthology, and index of literary selections*, Columbia, University of Missouri Press, 1976. No son muchas las colaboraciones de Martí en esta revista (dirigida por el venezolano Nicanor Bolet Peraza, 1838-1906), pero es significativo que ellas incluyan dos de sus textos fundamentales, como son «Nuestra América» (enero de 1891) y «La conferencia monetaria de las repúblicas de América» (mayo del mismo año). Señalan Chamberlin y Schulman (pp. 24-25) que la publicación neoyorquina de «Nuestra América» es anterior (por cuestión de días, agregamos) a la de *El Partido Liberal* (30 de enero de 1891), considerada tradicionalmente la primera. En la reciente edición crítica de *Textos martianos* (La Habana, Editora Política, 1995), nota 47, p. 30, Cintio Vitier deja constancia de estas circunstancias de publicación.

son expresiones habituales del propio autor. Las referencias contextuales implican tanto el tradicional género epistolar cuanto la función del «corresponsal» en el periodismo moderno. Y por una parte está bien que sea así, porque tal es el honrado oficio al que se dedica: es un periodista o, como también se decía en el siglo XIX, un «publicista».

Martí es uno de los protagonistas del proceso de creación de un periodismo moderno en nuestros países. Se trata de un renacimiento del diarismo que coincide con el inicio del último tercio del siglo XIX y que ostenta, tanto en punto a criterios editoriales como en lo que se refiere a la materialidad de sus máquinas, la marca del gran periodismo europeo, especialmente francés. En ese movimiento, como lo señala Pedro Henríquez Ureña,<sup>2</sup> figuran en forma prominente dos periódicos argentinos, *La Prensa* (fundado por José C. Paz en octubre de 1869) y *La Nación* (fundado por Bartolomé Mitre en enero de 1870): en este último periódico, ya dirigido por Bartolomé Mitre y Vedia, hijo del fundador, habría de colaborar activamente Martí.<sup>3</sup> A ellos se agrega, en el panorama general del periodismo de nuestra América, el afianzamiento y modernización de periódicos como *El Comercio*, de Lima (fundado en 1839 por Manuel Ascencio Segura) y *El Mercurio*, de Valparaíso (1827) y luego también de Santiago de Chile, en el que años antes había publicado Domingo Faustino Sarmiento *Civilización y barbarie* (1845). Los periódicos de este tipo son un hecho importante en la cultura latinoamericana de la época. No siempre perduraron, pero por lo general desempeñaron un papel valioso en la consolidación de un nuevo orden de vida en nuestras repúblicas: son los tiempos de la «organización nacional» (Argentina), de la «Reforma» (México) y de la marcha del Brasil hacia la superación de su experiencia monárquica y esclavista.

En este contexto hay que situar a Martí; a la vez, es preciso advertir su condición de profundo renovador –de la prosa, de los géneros, de las ideas– y su capacidad proteica para elaborar alta literatura, como si dijéramos, cada vez que apoya la pluma en el papel. Esas «cartas», esas «correspondencias», son la realización de un género nuevo, que hoy llamamos la *crónica modernista*. Son muestras de un género que pertenece al mismo tiempo a la historia de nuestra literatura y a la de nuestro periodismo. Mejor dicho (para evitar todo dogmatismo en materia de clases discursivas), son textos que se pueden leer desde ambas ver-

---

<sup>2</sup> *Historia de la cultura en la América Hispánica*, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1947, p. 111.

<sup>3</sup> La notable carta de Martí a Bartolomé Mitre y Vedia, fechada en Nueva York el 19 de diciembre de 1882 (pp. 1759-1762 de esta edición), debe leerse para comprender la disposición de ánimo con que Martí acomete esta serie de «cartas» –como él las llama– dirigidas a *La Nación*.

tientes: textos generados por la actividad de un escritor que se comunica con sus lectores a través del vehículo de la prensa.

De alguna manera esos textos son también un libro. No es ocioso recordar que algunos de lo que ahora nos ocupan recibieron del propio Martí el título general de *Escenas norteamericanas*. En su mente formaban un todo, respondían a un plan, aunque fuera tácito, de reproducción artística de una realidad: ilástima que el libro, o los libros, debieron ser armados por la posteridad! Y a este respecto siempre convendrá recordar las palabras justísimas con que Martí habla de sus escritos en la carta a Bartolomé Mitre y Vedia: «Es mal mío no poder concebir nada en retazos, y querer cargar de esencia los pequeños moldes, y hacer los artículos de diario como si fueran libros, por lo cual no escribo con sosiego, ni con mi verdadero modo de escribir, sino cuando siento que escribo para gentes que han de amarme, y cuando puedo, en pequeñas obras sucesivas, ir contorneando insensiblemente en lo exterior la obra previa hecha ya en mí» (p. 1760). «Hacer los artículos de diario como si fueran libros»: hay toda una poética en estas líneas, y un consejo posible para futuros escritores.

Tanto las palabras de Martí como cualquier lectura de los textos muestra que en su vasta producción hay mucho más que «diarismo»: si en efecto es un periodista, lo es de lujo. Martí jamás deja de ser un pensador. Estas tribunas –*La Opinión Nacional*, *La Nación*, *El Partido Liberal*– son las cátedras donde desarrolla su pensamiento, lo expone y perfecciona. Y lo hace –es una primera aproximación– en el papel del observador.

La realización de esta tarea establece una conexión clara entre el periodismo y el ensayismo. En nuestra realidad decimonónica, el ensayo está íntimamente ligado al desarrollo del periodismo, y muchas veces sería imposible intentar un corte minucioso entre ambas realidades. Como antes que él en Sarmiento, y como después de él en Martínez Estrada, en Martí la actitud predominante es la del ensayista. No importa que no haya llegado a escribir ensayos de extensión de libros. Martí no escribió ni *Facundo*, como Sarmiento, ni *Radiografía de la pampa*, como Martínez Estrada; pero, como he sugerido, trabajó con un admirable sentido orgánico, de tal forma que algunos de sus libros póstumos, ordenados por ajena mano, están al mismo nivel que aquéllos en cuanto a la coherencia y perdurabilidad de su mensaje.

La más accesible materia prima del ensayista es la realidad inmediata. Ortega y Gasset llamó, a algunos de sus textos de este tipo, «notas de andar y ver». La denominación es apropiada, en la medida en que el contacto con determinados aspectos de la realidad pone en marcha un proceso mental que pronto se transferirá a la escritura, y que implica tanto la descripción de esos hechos reales como la meditación sobre ellos y la formulación de conclusiones o la elaboración de una construcción teórica. Todo esto no se hace dentro de los carriles de una estructura disciplinaria sino fuera de ella, de acuerdo con el esquema de

tipo discursivo «desenmarcado» o «descentrado» a que se ha referido Walter Mignolo.<sup>4</sup>

En lo que sigue trataremos de discernir lo que pudiéramos llamar las «formas de la mirada» martiana en sus textos norteamericanos. Esta retícula, desde luego provisional y tentativa, reconoce tres grados: el de la observación de lo distinto, el del contraste, el de la generalización.

## La diferencia

En el periodista-ensayista ubicado frente a una realidad geográfica, social y humana que no es la suya propia, y sobre la cual ha de reportar a lectores de su país de origen o de otros estrechamente relacionados, es inevitable que se establezca un enfrentamiento automático entre el «aquí» y el «allá». Lo primero que se nota es lo distinto, y escribir sobre ello implica, sobre todo, acentuar sus caracteres diferenciales. Aquello que es distinto abarca los fenómenos naturales (la nieve, la inundación, el terremoto) y también las costumbres (la vestimenta, la crianza de los hijos, las actitudes ante la riqueza y el dinero). El escritor está diciendo: «esto, que ustedes aceptan como un principio universal porque así lo conocen en nuestros países, se da aquí de otra manera, y he de mostrarles puntualmente esa diferencia». En este nivel de observación apenas si se insinúan elementos de comparación: en todo caso, ésta es tácita, y se supone que ocurrirá en la mente del lector como resultado de la presentación de esta realidad extraña, la de la vida norteamericana. Martí, que tiene bien definido para sí mismo el concepto que llamará «nuestra América», está aquí iniciando un mosaico de escenas de «la otra América». Lo cotidiano, lo de todos los días, es lo que ante todo le preocupa. Como cuando envía a *La Nación* las páginas que conocemos como «Un día en Nueva York», crónica de la cual citamos el comienzo:

¡Un día en Nueva York!

Amanece y ya es fragor. Sacan chispas de las piedras los carros que van dejando a la puerta de cada sótano el pan y la leche. La campanilla anuncia que el repartidor ha dejado el diario en la caja de las cartas. Bajan los ferrocarriles aéreos, llamando al trabajo. Los acomodados salen de la casa, después de recio almuerzo de carne roja, papas salcochadas y té turbio con mucha lonja de pan y mantequilla. Los pobres van en hilera, desde muy mañanita, al brazo el gabán viejo, por si enfría a la vuelta, y de la mano la tina del lunch: -un panazo,

---

<sup>4</sup> «Discurso ensayístico y tipología textual», en: *Textos, modelos y metáforas*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1984, pp. 209-222.



de mano casera, con buen tajo de carne salada y un pepino en vinagre (nº 216, p. 1124).

La crónica se encaminará en otras direcciones: las fortunas que se hacen y se pierden en la Bolsa, el suicidio de un financista, las carreras de caballos y otros entretenimientos colectivos, la feria del maíz en Sioux,<sup>5</sup> una procesión de inválidos de guerra y el trato preferencial que éstos reciben... «Y todo eso se ve en un día» (nº 216, p. 1127). La crónica, tan fácil de leer, está artísticamente estructurada. En efecto: como todo lo que se muestra cabe desde la mañana hasta el atardecer en el país descomunal que Martí está retratando, el párrafo final incluirá, con excelente visión de las proporciones y la simetría, también imágenes crepusculares. Pero no todas ellas, sin embargo, son sombrías: en las últimas líneas surge un rayo de luz. Éste es el final de ese breve texto:

Y cuando los vendedores del diario de la tarde se desgranán, como un puñado de arroz que echan los amigos al carruaje de la novia, voceando el alcance que da la noticia de haber confirmado Cleveland la ley que prohíbe con nueva energía la inmigración de chinos; cuando ya se juntan los politicones ansiosos, en la primera taberna o club a mano, para contar los votos que los demócratas ganarán de seguro con este agasajo a la gente del Oeste, que les anda quemando a los chinos las colas, y antes quiere ver sierpes que ver chinos,—cien niñas esperan, cuchicheando en la sombra del portal, a que se abra la escuela gratuita de artes (nº 216, p. 1127)

Aun en la brevedad de esta crónica —poco más de cinco páginas de la edición moderna: las hay que duplican o triplican esa extensión— se pueden estudiar los rasgos esenciales del escritor, entregado a la tarea de descubrir la realidad de la otra América. Como decíamos, un aspecto constructivo, o de buena retórica, que inmediatamente resalta es el sentido de la simetría. A las menciones de modestas actividades mañaneras (el reparto del pan y la leche, la llegada del periódico matutino) corresponde una escena similar en el cierre (la venta callejera del periódico vespertino), de modo que ambos juegos de referencias adquieren valor simbólico. En medio, el vivir y desvivir de la gran ciudad, que de pronto se extiende a otros ámbitos del país. Allí, el drama humano de quienes sólo procuran la riqueza: «¡jugó a la baja del trigo y el trigo ha subido! ¿dónde acaba el negocio en las bolsas, y empieza el robo? ¿o todo es robo, y no hay negocio?» (nº 216, p. 1124). Irrumpe la historia, con todo su peso, en el desfile de los veteranos de la última guerra, que es la de Secesión; y Martí saca la cuenta de los veteranos que quedan vivos, y a los que el Estado atiende, que son de tres gue-

<sup>5</sup> Seguramente Sioux City, Iowa, población establecida en 1848 en la confluencia de los ríos Big Sioux y Floyd con el Misuri, y desde entonces centro agrícola de importancia.

rras: todavía algunos de la guerra de 1812 con los ingleses, muchos más de «la guerra rapaz e impía contra México en 1848» (nº 216, p. 1126), y centenares de miles de veteranos de la guerra del Norte contra el Sur.

Todo lo que se ve, a través de la crónica de Martí, aparece como en una película de ahora, dramatizado por el movimiento, por la captación del instante justo, y por la simbolización. El suicida queda con «la mano sobre el retrato aplastado de la tragavidas»; el cura McGlynn, para sus labores a favor de los humildes, es secundado por «cien limosneras bellas» que «despueblan bolsas» y le son apasionadamente leales;<sup>6</sup> pasa la actriz desairada por el público la noche de un estreno, porque «el teatro no soporta» cosas que se aceptan en la novela (nº 216, p. 1127)... Hasta el delinquir, siempre que no sea el terrible derramamiento de la sangre del hermano, es visto en forma plástica y cinética, como cuando relata los pedidos de pensión de falsos inválidos de guerra: «a menudo solicita pensión, porque diez años después de la guerra le atacó la malaria, un héroe desconocido que cargaba a una legua de la pelea la parrilla del capitán, y una vez que oyó fuego la dejó detrás para que se asara la carne el enemigo» (nº 216, p. 1127).

Todo es movimiento, imagen: pero no la imagen vana del calidoscopio (que puede ser uno de los motivos recurrentes del Modernismo), sino la que va anunciando conceptos. Tras el disparo del suicida dice Martí: «Así mueren los pueblos, como los hombres, cuando por bajeza o brutalidad prefieren los goces violentos del dinero a los objetos más fáciles y nobles de la vida: el lujo pudre» (nº 216, p. 1125). El sentimiento ético no puede andar lejos de la mirada de Martí.

Muchas otras crónicas martianas muestran similares características: por ejemplo, «Nueva York bajo la nieve» (nº 188, pp. 1014-1017), «Cartas de Martí» (nº 74, pp. 407-414), o la muy conocida «Coney Island» (nº 12, pp. 82-86). Están llenas de bellezas, y no difieren sustancialmente, en su enfoque, de la que acabamos de comentar. Son las crónicas del testigo que percibe la incisión de lo distinto; las «notas de andar y ver» de José Martí.

## El contraste

En otros casos, sin embargo, la comparación se hace explícita, y el contrapunto entre «nosotros» y «ellos» deja los tonos asordinaados para constituirse en mecanismo retórico fundamental. Se nota también lo distinto, pero la actitud es mucho más opinante; se levanta la mirada de Martí casi hasta el nivel de la mirada de un juez.

---

<sup>6</sup> Martí dedicará el espacio en otras crónicas a este sacerdote católico, perseguido por las autoridades eclesiásticas debido a sus ideas de reforma social. Véase en especial «La excomunión del padre McGlynn» (nº 165, pp. 903-910).

En la experiencia de quienes han vivido fuera de su tierra, como exiliados o por otros motivos, hay una zona de fractura o fricción que es la de los usos sociales, desde los más simples y cotidianos hasta los más imbuidos de significados trascendentes: desde la forma de reaccionar cuando se es presentado a alguien, pasando por ritos sociales como la invitación a salir que un hombre formula a una mujer, hasta qué hacer frente a la muerte, el trato con la policía y la justicia, y otras calamidades. Cuesta acostumbrarse a esas zonas de tránsito. Al comienzo, las convenciones son misteriosas, inexplicables; más adelante, su comprensión y manejo pueden llegar hasta el nivel del biculturalismo. Pero los primeros años de contacto con una civilización ajena traen sorpresa tras sorpresa. De ahí el valor que tradicionalmente han asignado los escritores a tales características diferenciales en los relatos de viajes, desde los de Marco Polo hasta los contemporáneos. El inculto, el hombre inseguro de su propia cultura, adopta los usos extraños –sin lograrlo nunca del todo, por lo general– y deja desvanecerse los propios. En cambio, quien conoce bien el mundo cultural del cual procede, o tiene un nivel de intelección mayor, puede manejar más o menos simultáneamente dos registros, considerando el uno y el otro desde una perspectiva crítica.

Esto último es precisamente lo que hace Martí en un grupo importante de escritos, en donde se desarrolla con mayor acuidad la oposición entre «nuestra América» y «la otra América». Basta tomar un ejemplo: la «Carta de Nueva York» dirigida a *La Opinión Nacional* y fechada el 24 de diciembre de 1881 –en plena temporada navideña–, aparecida en Caracas el 7 de enero de 1882 (nº 17, pp. 125-130). El tema es, precisamente, el de las Pascuas navideñas.

La mirada se tiende primero alrededor, observando el panorama, planeando sobre las calles, casas y tiendas de la ciudad; ya habrá tiempo para explicar de manera más minuciosa el tema puntual. Se trata de las Pascuas, pero esto no se menciona desde el comienzo, sino que se ofrece un vistazo vertiginoso a la ciudad en los días decembrinos en que la crónica se escribe:

Ciérranse el Congreso, las casas de gobierno, los colegios; parecen las calles calzadas de romería; las tiendas rebosan; los hogares se conmueven; los hombres graves se animan; las madres se afanan; hay rostros muy tristes, y rostros muy alegres; se venden por la calle coronas y arbolillos; gozosos, como pájaros libres, dejan su pluma el escritor, su lápiz de apuntes el mercader, su arado el campesino; la alegría tiene algo de fiebre–¡y la tristeza!–Los desterrados vuelven con desesperación los ojos a la patria; los pequeñuelos los ponen con avaricia en los mercados llenos de juguetes: todo es flor, gala y gozo; todo es pascuas (nº 17, p. 125).

Observemos este comienzo. Se trata de un párrafo de algo más de cien palabras, que en la edición que seguimos ocupa diez líneas. En su textura interna se pueden distinguir dos momentos o fases. La primera de ellas, unas siete líneas,

está formada por diez oraciones yuxtapuestas, que van dando de manera vivaz la descripción del estado de la ciudad. En su mayor parte, los verbos implican movimiento o actividad, o bien el resultado de emociones (cerrarse, rebosar, conmovirse, animarse, afanarse). Cuando esa carga semántica no es soportada por el verbo, transmiten similares valores algunos sintagmas nominales («calzadas de romería», «pájaros libres»). Los ámbitos a los que se refieren estas acciones cubren casi la totalidad de la ciudad: instituciones públicas, hogares, calles, comercios. La actividad es signo de alegría, y ésta predomina, pero también se menciona la tristeza: el mundo es vario, multánime, contradictorio.

Faltan tres líneas, ocupadas por cuatro oraciones –cuatro pinceladas– más, que en verdad se ordenan de dos en dos. Las dos primeras contraponen la pena del desterrado, en quien estos momentos de gozo general avivan la nostalgia por la patria, y la inocente alegría de los niños pequeños, centrada en los juguetes. Las dos últimas oraciones, ambas con el mismo sujeto genérico, «todo», son como una síntesis definitoria del párrafo: «todo es flor, gala y gozo» resume las impresiones apuntadas en las líneas anteriores; la oración final, «todo es pascuas», ubica en forma definitiva las circunstancias que motivan la observación.

El segundo párrafo, aun mucho más extenso (treinta y siete líneas), continúa con la descripción de escenas características de la temporada (definida en la última palabra del párrafo anterior como «pascuas», en plural, o sea el tiempo que va desde la Natividad hasta el día de Reyes, y no como «Navidad», que es específicamente el 25 de diciembre). Al comienzo no hay una mención del nombre de la fiesta: se habla de «estos días», «fiesta de ricos y de pobres», «días de fineza»... Transcurridos ya dos tercios del párrafo, aparece por primera vez la palabra inglesa que designa esta fiesta: «cuelgan los padres en las horas de la noche, por no ser vistos de los hijos candorosos, de bujías de colores y bolsillos de dulces y brillantes juguetes, el árbol de *Christmas*» (nº 17, p. 125). Y nuevamente, en el final mismo del largo párrafo, se entrelazan los motivos de la alegría y la tristeza: «Y dispónense a baile suntuoso los magnates de la metrópoli, –y los alegres, que son otros magnates. La alegría es collar de joyas, manto de rica púrpura, manojo de cascabeles. Y la tristeza –ipálida viuda! Así son en Nueva York las pascuas de diciembre» (nº 17, p. 126). En unas cuarenta líneas, que son las que ocupan estos dos primeros párrafos, se ha dado una descripción completa de la modalidad con que los norteamericanos se comportan en este momento del año: en sí, es una viñeta que podría recortarse, dejando de lado el resto de la crónica, para coleccionarla por sí sola bajo el marbete de «Escenas norteamericanas».

El tercer párrafo comienza con una negativa: «No son, como aquellas de España, fiestas de pavo y lechoncillo, ni días de siega de lechugas y aderezo de atunes y besugos» (nº 17, p. 126). Todo este párrafo está destinado a describir la celebración de las Pascuas en España. Así como en Nueva York la mayor



parte de las imágenes son de agitación y de movimiento, en Madrid la fiesta tiene características propias: muchos sonidos musicales (chirimías, dulzainas, tambor, zampoña), niños disfrazados para la ocasión, los nacimientos o retablos y, sobre todo, comida ¡mucha comida! A transposición literaria de bodegón flamenco suena el deleite con que Martí va enumerando los manjares:

Vense debajo de las espaciosas capas descomunales prominencias, y son pavos; y asoman por la cesta repleta, como diablillos retozones, los rábanos frondosos. El duque y el teniente cenan a la vez y la costurera y la chulilla, y con igual afán se acicalan en la taberna de Botino los conejos famosos; como se salpican de rojo pimentón en la tienda de pasteles y chorizos que está junto al teatro del Príncipe, cual la vieja España bajo el ala de la nueva, los embutidos extremeños y las farinetas salmantinas; como el suntuoso Fornos saca de su bodega los añejos vinos, y deja en las botellas señales del polvo nobiliario, a que luego la viertan manos blancas sobre trufas de Perigord, gustosas y aromadas, y el hígado de ganso de Estrasburgo. La fiesta es la escena que remata en misa (nº 17, p. 126).

Estas últimas palabras, «La fiesta es la escena que remata en misa», son prácticamente la única referencia de tipo propiamente religioso en este texto (excepción hecha, más adelante, de las descripciones del Januká judío y de la celebración de los puritanos). Lo que se comenta y compara son dos modalidades de celebración vinculadas con un período específico del año; y el énfasis está puesto no sólo en la descripción de la escena neoyorquina, sino muy especialmente en el contraste entre la modalidad norteamericana y la hispánica. Los encabezamientos de los párrafos tercero y cuarto son harto elocuentes: el uno, como se ha dicho, comienza «No son, como aquellas de España, fiestas de pavo y lechoncillo (nº 17, p. 126); el otro, aún más rotundamente, «No son las *Christmas* del yanqui como las Pascuas del hidalgo» (nº 17, p. 126). Y de aquí en adelante, toda vez que es preciso nombrar la festividad estadounidense usará la palabra inglesa, «*Christmas*»: porque parece decirnos, «*Christmas*» y «Pascuas» no son una única realidad nombrada de dos maneras, sino dos realidades distintas.

La contraposición, sin embargo, no trasunta animosidad, sino simplemente registro de peculiaridades. Para Martí, éstas son «las fiestas del dar y del recibir» y «de hacer donativos al pariente pobre»; «las fiestas de niñas casaderas», «las fiestas de los padres» que gozan con la alegría de sus hijos; y, sobre todo, «la fiesta amada de los pequeñuelos» (nº 17, p. 126). En ningún momento del año se regalan tantas joyas como en estos días. Pero no sólo joyas se dan entre amigos, familiares y amantes, sino todo género de objetos: «De todo se hace regalo en estos días: de lo de lujo y de lo de uso» (nº 17, p. 128); y «Todo el día es comprar y vender» (nº 17, p. 128).

Martí ha trazado una descripción maestra de la modalidad navideña en los Estados Unidos, pero lo ha hecho desde un punto preciso de referencia, que es

su posición de extranjero, su pertenencia a «nuestra América». La visión implica necesariamente un contraste, una cierta distancia entre enunciador y enunciado; es, en consecuencia, más personal que una crónica que intentara solamente «reportar».

Esta personalización del despacho periodístico en manos de Martí, para llevarlo al nivel del ensayo personal, se puede observar bien si se advierten sus gestos de apertura y clausura del texto. Las primeras líneas de la crónica mencionan el Congreso, las oficinas públicas, los colegios; es decir, el mundo «oficial». Las últimas, en un giro que hoy percibimos como típicamente martiano, se van a referir a las flores, es decir, al mundo «natural». Conviene leer este párrafo final:

¡Ved! Aquí pasa un árbol de *Christmas*: es de bálsamo, porque son tenidos por vulgares, y se dejan para gente modesta, los de pino y los de cedro. ¡Ved, cuánta corona de flores y hojas secas que vienen de Alemania! ¡Cuánta estrella, hecha de mirtos y siemprevivas! ¡Cuánta guirnalda, hecha de laurel y acebo! ¡Cuánto adorno valioso, que se colgará luego en las paredes del comedor engalanado, y en puertas y ventanas! ¡Ved el muérdago, la rama sagrada de los galos, ante la cual juraban las sacerdotisas y los druidas eterno odio a César, y cuyas palmas verdes, a los acentos bélicos de la magnífica Velleda, postraban en el bosque misterioso, en la pálida luz de noches tibias, frente a los mudos y divinos dólmenes! ¡Ved estas violetas, que son de Nápoles y Parma! ¡Ved esos cestos de rosas, grandes rosas de Francia; de claveles encarnados; de inmortales amarilis, que vienen de Italia; de jacintos romanos; de camelias japónicas! ¡Y tomadlas y ponedlas junto a la cuna de vuestro último hijo, que es mi don de Pascuas! (nº 17, p. 130)

De la aparente impersonalidad del periodista a la intimidad del escritor que se expresa a través de una carta, va este ensayo; y también del Congreso solemne a la maravilla de las flores, es decir, de las imperfectas instituciones humanas a la permanente vigencia del mundo natural, traspasado por igual de humanidad y de historia. Ahí está Martí de cuerpo entero, escribiendo a finales de 1881 una «crónica» (nombre quizá inadecuado, pues sugiere lo transitorio) que hoy seguimos leyendo con admiración y placer.

## La idea

Muchos son los temas que abordan estas cartas de Martí: casi podría decirse que son una enciclopedia de la vida norteamericana de aquellos años. Un aspecto notable es la oscilación o equilibrio permanente entre lo rigurosamente cotidiano y lo más amplio o intemporal, entre lo puntual y lo vasto. A veces el episodio del día conduce a una teorización de mayor alcance; otras el camino es inverso. Pero siempre hay una búsqueda de compensación y equilibrio; por eso

los textos no se agotan en su lectura inmediata, sino que siguen viviendo entre las páginas del libro.

Entre los muchos temas que se tratan, hay algo así como una sección especial de artículos centrados en personas eminentes por distintos conceptos, evidentemente vistas por Martí como representativas de la cultura norteamericana. Son escritores, políticos, reformadores sociales; a veces personajes pintorescos, como los bandidos de Jesse James o *Buffalo Bill*. Hoy reconoceremos sobre todo los nombres de Emerson (nº 27, pp. 186-195), Whitman (nº 156, pp. 855-863), Louisa May Alcott (nº 184, pp. 999-1001), Longfellow (nº 25, pp. 175-179) y, por otro lado, Edison (nº 256, pp. 1357-1359). Estos textos, desde luego, son mucho más que una galería de retratos: el criterio de selección, y lo que de ellos dice Martí, merecen ser estudiados cuidadosamente; pero quizá no sea oportuno hacerlo aquí mismo, pues eso nos apartaría de la línea central que hemos venido siguiendo.

La observación de lo distinto, la formulación de la diferencia, dan paso al establecimiento de contrastes; simultáneamente, la consideración de lo vario lleva, en la mente del intelectual, a las tentativas de síntesis. Lo sintético, muchas veces revestido de fuerza apodíctica, está presente en muchos –o en prácticamente todos– los textos de Martí. Ahora bien: en lo que se refiere al contraste entre «nuestra América» y «la otra América», que resume la meditación norteamericana de José Martí, hay dos textos ineludibles. Son, creemos que sin discusión posible, «Nuestra América», de 1891, y «La verdad sobre los Estados Unidos», de 1894.

En 1891, en «Nuestra América»,<sup>7</sup> había advertido Martí: «El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe».<sup>8</sup> Pero, como «no hay odio de razas, porque no hay razas»,<sup>9</sup> Martí previene también que no debe suponerse, «por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente, porque no habla nuestro idioma, ni ve la casa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras».<sup>10</sup> Los años de contacto con la realidad norteamericana lo han puesto muy al tanto de las «lacras políticas» de ese país, permanentemente mencionadas en sus crónicas; al mismo tiempo, confía en la posibilidad de un entendimiento entre las dos Américas.

El texto de 1894, «La verdad sobre los Estados Unidos»,<sup>11</sup> publicado originalmente en *Patria* (23 de enero de 1894), es más rotundo; pero es que el ante-

---

<sup>7</sup> José Martí, *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba y otras, 1963-1973, VI, pp. 15-23.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 22.

<sup>9</sup> *Ibid.*

<sup>10</sup> *Ibid.*

<sup>11</sup> Apéndice II, pp. 1753-1756.

rior está centrado en el autoanálisis de la realidad norteamericana, y este segundo, en la percepción que de los Estados Unidos tenemos en nuestros países. Una percepción muchas veces basada en el desconocimiento del país real, que no es totalmente uniforme, de manera que las tendencias observables en una región o Estado pueden no aplicarse a los demás. «Es de supina ignorancia, y de ligereza infantil y punible, hablar de los Estados Unidos y de las conquistas reales o aparentes de una comarca suya o grupo de ellas, como de una nación total e igual, de libertad unánime y de conquistas definitivas: semejantes Estados Unidos son una ilusión o una superchería».<sup>12</sup> Y, por otra parte, hay que huir de las actitudes irreflexivas, tanto de encomio como de crítica, si ellas conducen a juicios lapidarios y totalizadores: «Ni se debe exagerar sus faltas de propósito, por el prurito de negarles toda virtud, ni se ha de esconder sus faltas, o pregonarlas como virtudes».<sup>13</sup> En el fragmento que transcribimos a continuación, ofrece Martí una síntesis magnífica de los problemas que los latinoamericanos tenemos o podemos tener con los Estados Unidos; la peculiar mezcla de adhesiones y rechazos que nos han provocado a lo largo de nuestra historia:

Es de gente menor, y de la envidia incapaz y roedora, el picar puntos a la grandeza patente y negarla en redondo, por uno u otro lunar, o empinársele de agorero, como quien quita una mota al Sol. Pero no augura, sino certifica, el que observa cómo en los Estados Unidos, en vez de apretarse las causas de unión, se aflojan; en vez de resolverse los problemas de la humanidad, se reproducen; en vez de amalgamarse en la política nacional las localidades, la dividen y la enconan; en vez de robustecerse la democracia y salvarse del odio y miseria de las monarquías, se corrompe y aminora la democracia, y renacen, amenazantes, el odio y la miseria. Y no cumple con su deber quien lo calla, sino quien lo dice.<sup>14</sup>

La franqueza en el conocimiento y reconocimiento de la verdad es esencial. «Lo malo se ha de aborrecer, aunque sea nuestro; y aun cuando no lo sea. Lo bueno no se ha de desamar sólo porque no sea nuestro».<sup>15</sup> Pero ¿a qué se debe el deslumbramiento con los Estados Unidos, la adhesión acrítica, la pleitesía que le rinden muchos latinoamericanos? Martí enumera no menos de cuatro causas, que glosamos libremente: 1) la impaciencia por llegar al nivel de progreso alcanzado por los vecinos del Norte, sin tener en cuenta la necesaria evolución de nuestras propias instituciones; 2) una experiencia insuficiente, que debería compensarse con mayor contacto vital, hasta llegar a estar en condiciones de opinar, «con asomos de razón, sobre la república autoritaria y codi-

---

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 1754.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 1753.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 1754.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 1756.



ciosa, y la sensualidad creciente, de los Estados Unidos»;<sup>16</sup> 3) la moda del desdén de lo nativo, de que ya había hablado elocuentemente en «Nuestra América»; 4) el deseo de encubrir los propios orígenes mestizos, como si hubiera motivo para avergonzarse de ellos. Como siempre, los mejores resúmenes de los textos martianos están dentro de los textos mismos: «Sea la causa cualquiera –impaciencia de la libertad o miedo de ella, pereza moral o aristocracia risible, idealismo político o ingenuidad recién llegada–, es cierto que conviene, y aun urge, poner delante de nuestra América la verdad toda americana, de lo sajón como de lo latino».<sup>17</sup> Y por eso es que, como dos veces se dice con la mismas palabras en este texto, «es preciso que se sepa en nuestra América la verdad de los Estados Unidos».<sup>18</sup>

Esa verdad es –en un Martí que está casi al cabo de su experiencia norteamericana, poco más de un año antes de su muerte– un concepto que resume sus años de vivir, trabajar, pensar, soñar y escribir bajo el cielo de Manhattan. Él conoce a Estados Unidos por dentro. Ama en el gran país todo lo que es digno de ser amado, como el amor a la libertad en los mejores de sus hijos, o como la labor creadora de sus artesanos, sus escritores y sus artistas. Rechaza, por otra parte, cuanto en la vida interna del país trasunte decadencia moral y vicios políticos, así como, en lo exterior, el anexionismo y las intenciones hegemónicas que con frecuencia ha manifestado la Unión Americana, en su tiempo como en el nuestro.

En el contexto general de la obra martiana, este análisis de los Estados Unidos es la otra mitad de la tarea iniciada con sus textos sobre «nuestra América», porque ni ésta ni «la América sajona» son conceptos unilaterales, colgados en el vacío. El amor a una América y a la otra requieren de la crítica, aunque ésta parezca incisiva y hasta impiadosa; a Martí se le podrían aplicar aquellas palabras que gustaba de repetir Paul Groussac, según las cuales «vale más la espada del que ama que el ósculo del que aborrece».

Las últimas palabras del ensayo formulan este concepto con toda crudeza. Allí se dice que es necesario difundir «las dos verdades útiles a nuestra América: el carácter crudo, desigual y decadente de los Estados Unidos, y la existencia, en ellos continua, de todas las violencias, discordias, inmoralidades y desórdenes de que se culpa a los pueblos hispanoamericanos».<sup>19</sup> Ni la crítica cerril a lo ajeno, ni la tolerancia desmañada con respecto a lo propio, es el mensaje martiano. Y, ante todo, justipreciar el talante moral, la búsqueda de la justicia, el deseo de servir a los demás: pues ésta es la auténtica esencia de la política.

---

<sup>16</sup> *Ibid.*

<sup>17</sup> *Ibid.*

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 1753 y 1755.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 1756.

## Palabras finales

Martí es el testigo, el observador, el que ve y registra la diferencia. No es un testigo hostil, pero podría definírselo como un testigo externo, a pesar de su década y media de residencia en Nueva York: externo, porque llega a esa ciudad ya formado, fogueado en la luchas por la libertad de su patria, y poseedor de un sistema de pensamiento basado en la meditación sobre el pasado, el presente y el futuro de nuestra América. No es el viajero ocasional, de modo que sus observaciones no serán apresuradas. No está escribiendo su autobiografía ni su retrato, a pesar de lo mucho que en ese sentido dicen sus páginas, y por ello escapa a los riesgos de una subjetividad excesiva. Está impresionado por los Estados Unidos, pero no deslumbrado. Es, en suma, un testigo ideal para darnos una imagen de la vida estadounidense, apreciada desde nuestra propia tesitura vital, en las décadas de 1880 y 1890.

Si frente a esa tarea enorme la primera reacción es la del establecimiento de la diferencia, la filiación de lo distinto, bien pronto eso no basta. No todos los lectores pueden elaborar mentalmente todo lo que va implícito en las observaciones de Martí. De ahí que se note también en las crónicas norteamericanas una búsqueda del paralelismo, del contrapunto: una percepción del contraste. Hay un «acá», que es el de los Estados Unidos, y un «allá» hispánico; un «acá» sajón (aunque Martí tiene siempre presente la mezcla de elementos étnicos distintos, y no pocas veces contrapuestos, que se dan cita en el país del Norte) y un «allá» latino; un «allá» que es el de nuestra América (lejana en la geografía, inmediata en el pensamiento y los afectos) y un «acá» que es el de la América de los otros. Esa comparación está latente siempre, ya sea que se exprese en párrafos íntegros que van estructurando el texto, ya sea que aparezca en el giro de una frase o en el uso de una palabra. Porque Martí, el testigo, no es un visitante sino un desterrado: como tal sigue viviendo su patria en el exterior, que es una de las formas más dolorosas de vivir la patria propia.

Estos dos pasos llevan inevitablemente, casi en la culminación de la vida de Martí, a la formulación de ideas capaces de abarcar las observaciones parciales dentro de un sistema homogéneo. Así surgen algunos textos definitorios y definitivos, textos verdaderamente cardinales, suma y resumen de conocimientos y experiencia, que siguen iluminando el camino de nuestros pueblos.

El testigo, el analista, el pensador: eso es Martí en sus escritos desde y sobre los Estados Unidos. Y sus textos norteamericanos, destilación de vida y escritura, creados en su mayor parte como crónicas de lo cotidiano, hoy merecen ser cotidianos en otro sentido, que es el de nuestra admirada frecuentación.

---

## Susana Rotker

### Intérprete de dos mundos. Las crónicas de José Martí y la prensa norteamericana

Las *Escenas norteamericanas* de Martí invierten el modo de mirar: *él es el Otro*, el pequeño sujeto colonial, inmerso «en las entrañas del monstruo», escribiendo desde su marginalidad de cubano en relación con el centro metropolitano –y de exiliado en ciudad y lengua ajenas–. El lugar del Poder está desplazado en sus crónicas: la mirada se posa en Nueva York (modelo relativo y, a la vez, amenaza), no en la instancia de la inmediatez colonial que era España para Cuba.

Admirador y crítico de la sociedad sobre la que escribe, maniobra para reformular el sentido del «nosotros» y los «otros» o, más bien, para construirse un incluyente «nosotros-latinoamericano». En el poema «Amor de ciudad grande», que empieza con el verso «¡Me espanta la ciudad!», dice: «Tengo sed –mas de un vino que en la tierra / No se ha de beber! [...] ¡Tomad vosotros, catadores ruines / De vinillos humanos [...] Tomad! Yo soy honrado, y tengo miedo!». Espanto y amor, sed de sentido y armonía, decepción ante los valores mercantiles en una sociedad cada vez más darwiniana, el miedo, la honradez, el desprecio: vértices de la modernidad, pero también de la posición de la mirada del que escribe *desde* (al lado) y *sobre* la metrópoli.

El emplazamiento de la mirada del que escribe no es un detalle. Define no sólo el exilio y la escritura, sino también el contexto de la mirada que produce esa escritura. Producto de una sociedad aún sujeta al colonialismo y agente de un proyecto nacional, así como testigo directo de la *Gilded Age* y el imperialismo norteamericano, las *Escenas norteamericanas* de Martí permiten, entre otras cosas, elaborar la relación entre *la mirada y el discurso poscolonial*, que se suele concebir desde el lugar de enunciación del colonizador. Homi Bhabha<sup>1</sup> describe la mirada que se proyecta en el Otro desde el punto que define *la carencia del otro* colonizado o bárbaro de acuerdo con las referencias de la cultura hegemónica.

---

<sup>1</sup> Homi K. Bhabha, «The Other Question – the Stereotype and Colonial Discourse», *Screen*, vol. 24, n° 6, noviembre-diciembre de 1983, pp. 18-36.

Pero en el caso de las crónicas de José Martí, la mirada no racionaliza al marginal o al colonizado, sino que se posa en el lugar del Poder. Invertidos los términos del juego, surgen varios problemas por resolver. Las crónicas de Martí –vistas como una escritura del exilio– son textos que padecen de desplazamiento, de urgencia de construir un lugar. En general, este tipo de escritura traduce la experiencia del nuevo lugar, identificable hasta en sus características físicas, y tiende a demandar un lenguaje que traduzca la propia otredad.<sup>2</sup> La confrontación con el Otro –en este caso, no el marginal ni el colonizado, sino el lugar del Poder– permite, como en el estadio del espejo lacaniano, una redefinición de la propia identidad por diferenciación (al reconocer la imagen reflejada de lo diferente se reencuentra «el propio vino»).

## Construir un lugar propio

El exilio es, como se sabe, la pérdida del hogar, es decir, del mito ontológico de reconciliación del tiempo y el espacio, ese lugar de residencia saturada de cualidades metafóricas, como bien lo vio Bachelard. Una estrategia para recomponerlo en las *Escenas norteamericanas* consiste en usar un lenguaje nacional, un español para la América Latina como si fuera un todo coherente, agenciar o poner en práctica una inteligibilidad comunitaria: recrear el nosotros, la América Latina, a través del periodismo. Se mantiene el hogar y la identidad creando una metáfora del «nosotros» y el «ellos»: la escritura es, a la vez, una alegoría de la propia otredad. En su cuaderno de notas, tan temprano como 1871 y en el mismo estreno de su condición de desterrado, ya escribía sobre la dicotomía: los Estados Unidos («ellos», pero, a la vez, «aquí») como el imperio de lo práctico, lo calculador, la prosperidad y la corrupción *versus* «nosotros» o el territorio del corazón, de la imaginación y lo nuevo (XXI, pp. 15-16).<sup>3</sup> Esa globalidad de pertenencia e identidad hace caso omiso, en general, de las marcadas diferencias entre las naciones y políticas latinoamericanas. La dicotomía se irá refinando hasta llegar al tejido de uno de sus textos más conocidos, «Nuestra América» (1891), donde ya puede alertar sobre la amenaza del expansionismo norteamericano (representado en la conocida imagen del «gigante de siete leguas»), proclamar la existencia individual de las dos Américas y, sobre todo, sentarse en la mesa continental con la actitud de iguales.

<sup>2</sup> Cf. Bill Ashcroft, Gareth Griffiths y Helen Tiffin, *The Empire Writes Back. Theory and Practice in Post-Colonial Literatures*, Londres-Nueva York, Routledge, 1989.

<sup>3</sup> Las citas que señalan entre paréntesis con números romanos el volumen y luego la página provienen de las *Obras completas* de José Martí (La Habana, Editorial Nacional de Cuba y otras, 1963-1973). Cuando se trata de textos reproducidos en nuestra edición, señalamos entre paréntesis el número de la carta y luego la página.



## Identidad y lengua

Como lo admitía el propio Domingo F. Sarmiento, sólo Martí lograba extraer tales «resonancias de metal» en la escritura.<sup>4</sup> Ahora bien, si se puede afirmar que en el exilio el lenguaje adquiere el poder del territorio, de la localización, esta escritura –mucho más que en ningún otro autor modernista– recupera significativamente su origen en el conceptismo del Siglo de Oro, reviviendo arcaísmos, el hipérbaton gongorino, el barroquismo calderoniano, la agudeza conceptual y léxica de Baltasar Gracián, la tendencia a las sentencias aforísticas o iniciadas con el impersonal «se», el gusto por crear vocablos nuevos a partir de otros ya existentes.<sup>5</sup> Es un acto deliberado de definición estética, que afirma una identidad cultural común para el hemisferio:<sup>6</sup> reconciliación con la herencia española, por un lado, y por otro, como ya lo estableció en su «Prólogo al *Poema del Niágara*» de Pérez Bonalde (1882), construcción de una escritura que sea como «nuestro tiempo, enfrente de nuestra Naturaleza» (VII, p. 233) o la elaboración de un sistema literario capaz de aprehender con autenticidad el presente.

En las crónicas están también presentes algunos vocablos en inglés. Esto no es sólo un recurso de verosimilitud y cosmopolitismo modernista; es también una suerte de *co-lenguaje*: el uso de palabras no traducidas sirve como signo de intersección y modo de reafirmar las diferencias culturales.<sup>7</sup> El inglés aparece sobre todo como una marca: nombres de calles y ciudades, productos, personas, títulos de revistas. Las pocas veces que sustantiva en inglés lo enfatiza, enmarcando la palabra entre comillas o variando la tipografía (ejemplos: «ponie» o *lunch*).

Martí juega con el efecto de lectura del *co-lenguaje*: para reproducir la exuberancia productiva de la «Gran exposición de ganado» (1887), mezcla nombres de millonarios famosos como Vanderbilt, Pierpont Morgan, Le Grand B. Cannon,

<sup>4</sup> Gonzalo de Quesada y Miranda, *Martí periodista*, La Habana, Imprenta y Papelería de Rambla, Bouzo y Cía., 1929, p. 113. [El texto de Sarmiento se reproduce en el «Dossier» de esta obra, pp. 1995-1997. (Nota del Coord.)]

<sup>5</sup> Para un estudio detallado de la escritura de Martí, ver los trabajos de Manuel Pedro González, «José Martí: Jerarca del modernismo», en: *Miscelánea de estudios dedicados al Doctor Fernando Ortiz por sus discípulos, colegas y amigos*, La Habana, 1956, pp. 740-741, y Juan Marinello, «Sobre Martí escritor. La españolidad literaria de José Martí», en: *Vida y pensamiento de Martí*, La Habana, Municipio de La Habana, 1942, pp. 159-252.

<sup>6</sup> «The possibility of formal equality before the law, according to official state ideology, requires uniformity of language and culture among all members of national community. The national community thus derives from shared identity, common values and uniform consensus, rather than from the solidarity born of diverse identities, a social division of labour and a sense of shared fate» (Renato Rosaldo, «Social justice and the crisis of national communities», en: *Colonial Discourse/Postcolonial Theory*, Francis Bakers, Peter Hulme, Margaret Iversen, eds., Manchester, Manchester University Press, 1994, pp. 252-259. Sobre las dificultades de conseguir consenso y una identidad compartida se hablará más adelante.

<sup>7</sup> Ashcroft *et al.*, *op. cit.*, p. 66.

Appleton, Sloan, Tselin, Douglas, con los de razas vacunas como Jersey, Devon, Holstein, Hereford, Lancashire, con inventos para hacer manteca, airear la leche o curar tipo «Stoddard», «Soper», «Vet», «Lion».<sup>8</sup> Entre tanto entusiasmo, como suele hacerlo, introduce comentarios que parecen salidos del conflicto planteado entre hombres artificiales y hombres naturales en «Nuestra América» (1891). Así, al final de aquella crónica sostiene que la gente habla con entusiasmo «de cómo en estos quehaceres de la lechería crece el hombre natural y bueno, y mejor que en cualquier otra faena» (VII, p. 196).

En textos como «Coney Island» (1881) remarca los nombres de las playas, como en un rosario mágico que detalla y a la vez aleja: *Manhattan Beach, Rockaway, Brighton, Gable* (nº 12, p. 83) o el «Agricultural building» (nº 12, p. 83). En este texto ya casi clásico de exaltación de la prosperidad de los Estados Unidos y de asombro ante el ritmo febril de sus multitudes, talla a la vez una de sus frases lapidarias: «[a]quellas gentes comen cantidad; nosotros clase» (nº 12, p. 85). Es el comienzo del exilio en Nueva York y la ola de su escritura verbaliza la territorialización y el borde. Nosotros, ellos y no Yo-como-el-Otro. Y aun entre el entusiasmo general de la crónica, se adivina el poema (citado ya en fragmento) «Amor de ciudad grande»; así, dice:

mas es fama que una melancólica tristeza se apodera de los hombres de nuestros pueblos hispanoamericanos que allá viven [...]; que por mucho que las primeras impresiones hayan halagado sus sentidos, enamorado sus ojos, deslumbrado y ofuscado su razón [...]; se sienten como corderos sin madre y sin pastor [...], porque aquella gran tierra está vacía de espíritu (nº 12, p. 84).

En su «Carta a Bartolomé Mitre y Vedia» (19 de diciembre de 1882, [Apéndice III, pp. 1759-1762]), escrita al comienzo de su colaboración como corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires, califica una carta previa del editor como un «rayo de mi propio sob» (énfasis mío): «ni me parece que escribo a amistad nueva, sino a amigo antiguo, de corazón caliente y mente alta», haciendo claras diferencias entre «nuestra América» (la América Latina) y el «aquí» (los Estados Unidos); ese «aquí» donde hay «amor exclusivo, vehemente y desasosegado de la fortuna material», *versus* «las tierras más jóvenes y más generosamente inquietas de nuestra América». Erige de ese modo su patria: el diálogo de tú a tú con la América Latina, con la metrópoli como tema. El «aquí» es temporal y es otro: se lo mira con la curiosidad del descubrimiento de la modernidad: la reificación de los bienes, la creación de un nuevo espacio público, la confrontación con

---

<sup>8</sup> Uso aquí mi propia antología crítica de *Crónicas* de José Martí, Madrid, Alianza Editorial, 1993. Cada vez que vuelva a citar de esta edición, se señalará dentro del texto sólo con el número de página entre paréntesis.

múltiples seres extraños, el desplazamiento y la des-unidad; todas características también de la experiencia del exilio. Escribir crónicas era, así, la forma de ganarse el pan –como se quejaban los modernistas–, pero también de dar forma a esa experiencia, ser testigo, tratar de producir ante el lector latinoamericano una suerte de revelación y re/crear el país natal (o la América Latina como totalidad de pertenencia) por medio del recuerdo y de la escritura.

## Las crónicas de Martí *vis-à-vis* la prensa norteamericana

Comparar las crónicas escritas por José Martí como corresponsal en Nueva York entre 1881 y 1892 con los textos que, sobre temas similares, aparecían en la prensa norteamericana de la época, abre un espacio privilegiado para entender su escritura.

Hacia 1890, el objetivo de la mejor prensa de Nueva York era –como exigía Pulitzer– investigar hasta el fondo, usar recursos narrativos para llamar la atención y hacer vívida la noticia, dedicar enormes extensiones a una información que podía parecer menor pero que interesaba al hombre de la calle. Los periodistas norteamericanos se consideraban a sí mismos como científicos o artistas del realismo: entendían por tal, no sólo la función mimética de los textos, sino la identificación de la «realidad» con los fenómenos externos. En cambio, José Martí, admirador confeso de *The Herald*, colaborador de *The Sun* y *The Hour*, se distanció en sus crónicas periodísticas de la «externidad» de las descripciones, defendiendo el Yo del sujeto literario y el derecho a la subjetividad. Valga aclarar que, si bien el mejor periodismo norteamericano no destacó –como las crónicas modernistas– la marca del sujeto literario, durante el siglo XIX la «objetividad» no fue una reivindicación de la especificidad de su discurso. El periodismo debía tomar partido, no ser neutral ni siquiera en la elección de las noticias: lo que primaba era el interés de los lectores locales.

El tema de la «objetividad» fue esgrimido más tarde por la agencia Associated Press que, como quería vender noticias a lo largo del país, trataba de elaborarlas del modo más «objetivo» (distante) para interesar a un público más vasto. Recién hacia fines de siglo, *The New York Times* comenzó a tener éxito al imponer un modelo más «informativo» que el que se usaba hasta entonces.

Otro recurso es incorporar elementos del siglo XVII a un texto que se escribe cerca del XX, como en el caso de la crónica «Jesse James, gran bandido» (1882), donde la referencialidad pierde toda importancia aunque la información periodística esté incluida: noticia de su asesinato a manos mercenarias. Los diarios *The Sun* y *The New York Times* ofrecieron, en su primera plana el 4 de abril de 1882, un relato con énfasis en lo narrativo sobre el modo en que murió James; luego del título, sumario y un primer párrafo noticioso, se sucede una puesta en

escena ficcionalizada y realista sobre el asesinato. En general, en todas las noticias que siguieron publicando durante el mes, ambos periódicos acentuaron la noble y gallarda fisonomía del delincuente, la relación de amor con su esposa, lo obtuso de los amigos que lo mataron. De la excitación e incredulidad de las masas ante la novedad, de la medianía de unos asesinos a sueldo, José Martí extrae una saga que deja de lado tanta precisión de nombres, apellidos y minutos exactos, haciendo de «Jesse James, gran bandido» un cuento de hálito renacentista en el *Deep South* de los Estados Unidos. James termina siendo caballero manchego cual un don Quijote épico: el autor no deja de reiterar su rechazo a la violencia del bandido, aunque convierta al episodio en una oda a la hermosura de los valientes, abatidos por mediocres que se mueven a la sombra y cuya comparación implícita con Judas es inevitable.

Si bien el texto de Martí comienza aludiendo a Nueva York y Misuri, y luego acudirá a algunos nombres como modo de localizar el relato y darle verosimilitud (Sheridan, Grant, Kansas), otra realidad empieza a invadir el texto hasta que se apodera de él por completo: se invoca al Duque de Alba, a Pizarro, a Flandes, y de allí va creciendo hacia la «bravura» que deja atrás a los jueces inhábiles, hacia el caballero del robo, los toros, el circo enrojecido, las damas de España que lanzan al aire los abanicos, el matador, la mantilla. Este tipo de asociaciones culturales extrapola una simple noticia local y efímera a una esfera de épica literaria; ayudan a este salto entre esferas comparaciones insólitas como la de la serenidad para romper el cráneo de los hombres con una bala y la de una ardilla quebrando una avellana (XIII, p. 241). El resultado es una crónica que no saca al lector de la dimensión de la realidad de los hechos –como lo podría hacer la literatura fantástica–, sino que *introduce en ese plano de realidad un modo de percepción que lo mitologiza o trascendentaliza sin perder el equilibrio de lo referencial*. Es un ejemplo perfecto de la crónica como literatura: perdido el aspecto de la actualidad informativa, un siglo después el texto es una obra con valor independiente; ni siquiera es realmente imprescindible que Jesse James haya existido en la historia para tener sentido como personaje. He allí una de las claves para desentrañar la confusión que tiende a descalificar como tal a la literatura referencial, como *si el hecho real y el sistema de representación fueran dos esferas que jamás pueden tocarse*.

Otro de los dilemas de la época de José Martí era la unidad entre materia y espíritu. La escritura revela ese ir y venir entre el afuera y el adentro, ese enfrentamiento que quiere armonizar y que, para ello, violenta. En «El puente de Brooklyn» (1883), la primera palabra es «palpita» (nº 41, p. 269): con ese vocablo que remite al corazón, al centro mismo de la vida humana, intentará describir la construcción (la fábrica, la razón) de un puente de piedras y alambres. La descripción incorpora varias dimensiones: la del preciso lenguaje tecnológico del cemento hidráulico y la de la cultura; allí se habla de pirámide egipcia, de torres pelági-



cas, de guión de hierro del Nuevo Evangelio, de Tebas y la Acrópolis, de Venus, del cíclope, de la Biblia, del Nilo, de Troya, del pasado épico de almenadas fortalezas. También se incorpora la analogía con la Naturaleza de tal modo que el puente es un animal feroz: sierpe, mamut, boa, serpiente, pulpo, cuerpo monstruoso, zapador del universo, araña.

Martí busca desesperadamente conciliar la tecnología con el ser y llega a contemplar al puente con franca religiosidad, como si fuera un arco, una cumbre, una iglesia que unirá a los hombres. Para ver el dolor de los antagonismos irresueltos basta observar tan sólo la sucesión de verbos de los cuatro primeros párrafos, sucesión que habla por sí sola: palpar, caer, sentir, afluir, llevar el paso, levantarse, alcanzar, limpiar, alzar, sustentar, abrir, parecer, precipitar, ver, hormiguar, imaginar, entrar, ser, alborear, parecer, levantar, tomar, traer, destacar, morder, resguardar, amparar, desquiciar, apiñar, quemar, estrujar, revolcar, tallar, mantener, parecer, roer, arrancar, caer, salir, entrar, colgar, cruzar, encumbrar, juntar, bajar, descender, remontar, reentrar, sajar, sujetar, sepultar, morir, salvar. De esta lista de 53 verbos, que dan cuenta de una actividad incesante, apenas limpiar, alborear, encumbrar, juntar, remontar y salvar pueden sugerir algo de paz, contra la fuerza casi adjetival de verbos como precipitar, hormiguar, morder, desquiciar, apiñar, quemar, estrujar, revolcar, roer, arrancar, sajar, sepultar, morir.

Alguna violencia está cometiendo este puente que parece unificador, porque se habla de un diente de mamut que hubiera podido de una hozada desquiciar un monte y de tajos en el corazón de un monte, se habla del puente como de una lengua de hormiguero monstruoso –la multitud ha sido descrita como una hormiga–, se habla de tonantes rugidos y mortíferas rebeldías del agua vencida, se habla de torres gigantes que apenas se mueven señorialmente frente al amontonamiento de «millares de mujeres que sollozan, niños que gritan, policías que vocean, forcejeando por abrirse paso» (nº 41, p. 275).

Martí quiere unir e insiste en definir al puente «como brazo ponderoso de la mente humana» (nº 41, p. 275); a través de él une también pasado y presente, además de ciudades:

–Ya no se abren fosos hondos en torno de almenadas fortalezas; sino se abrazan con brazos de acero, las ciudades; ya no guardan casillas de soldados las poblaciones, sino casillas de empleados sin lanza ni fusil, que cobran el centavo de la paz, al trabajo que pasa:–los puentes son las fortalezas del mundo moderno. –Mejor que abrir pechos es juntar ciudades. ¡Esto son llamados ahora a ser todos los hombres: soldados del puente! (nº 41, p. 275)

Martí pelea por construir una nueva épica con el hombre moderno como protagonista, por conciliar los opuestos. El mismo ánimo estaba en sus contemporáneos norteamericanos: cómo unir la tecnología con las necesidades del

espíritu. Revisando las publicaciones periodísticas de Nueva York en torno a la inauguración del puente, se encuentran en un intertítulo relegado a la segunda página del *New York Daily Tribune*, «The Brooklyn Bridge as a Text» (21 de mayo de 1883), términos que recuerdan por momentos a los de Martí: se invoca al dios romano Terminus, el que unía, para afirmar que las torres del puente son como templos de Dios, como altares. Allí se afirma que el puente es la mayor tarea civil jamás emprendida porque ha roto la insularidad: «The art of man has joined together what God had put asunder, and there is no more sea».

Ahora bien, el hecho de que el *New York Daily Tribune* haya publicado tales reflexiones y más bajo un subtítulo como «The Brooklyn Bridge as a Text», no significa exactamente que la prensa norteamericana coincidiera con el forcejeo martiano por hablar de encajes para describir a la gigantesca mole. Porque ese diario lo que hacía era reproducir, en un lugar secundario, el sermón del reverendo John W. Chadwick en la Second Unitarian Church de Brooklyn. Aunque no deja de ser significativo que le hayan dado un espacio a esas palabras, se les da valor porque son las de un sacerdote; el periódico mismo hará su labor informativa con una estructura completa y coherente: comienza contando la historia mítica de los puentes en general, luego cuenta por qué la necesidad de unir Brooklyn y Nueva York, los celos entre ambas ciudades, los antecedentes de los ingenieros Roebling y la muerte de uno de ellos (el padre), la compañía constructora, los problemas de ingeniería, los detalles de la fabricación, los rumores de fraude, la capacidad de transporte, los opositores, los preparativos para la inauguración. Y las palabras del sacerdote.

*The Sun*, por su parte, dedica toda la primera plana del 25 de mayo de 1883 a la inauguración del puente. Su verdadera preocupación fue en verdad la de contar quién es quién, es decir, quién asistió, cómo se portaron las autoridades y/o celebridades, cómo se organizaron los actos de celebración. Su «humanización» del puente no es exactamente tal, sino que en una cita de las palabras en la inauguración se compara el logro de la inteligencia organizada en la suspensión del puente con la política:

Now, if our political system were guided by organized intelligence, it would not seek to repress the free play fears, but would make provision for their development and exercise, in accordance with the higher law of liberty and morality.

Instead of attempting to restrict suffrage, let us try to educate the voters, instead of disbanding parties, let each citizen within the party always vote, but never for a man who is unfit to hold office. Thus parties as well as voters, will be organized on the basis of intelligence.

La inteligencia vence, domina, equilibra. Los oradores del acto de inauguración coinciden en esa opinión y en asegurar que el puente es «a durable monument to democracy itself»: sus beneficios son para todos y su verdadero cons-

structor ha sido el pueblo. Con este tranquilizador marco, el redactor de *The Sun* se permite el placer de unas líneas que describen los colores de los fuegos artificiales sobre la noche de las dos ciudades, unidas gracias a la inteligencia humana. Contrasta, así, elegíaco, las sombras negras como tinta de los edificios de Nueva York con el atardecer dorado de Brooklyn; y separa la plata, el oro, el rosa, el azul profundo como el mar de uno y otro lado, de pronto unido en la noche de la celebración por los fuegos en el cielo, por las series de luces eléctricas, por el concierto de ventanas iluminadas y hasta de lámparas rojas y verdes en los puertos que se terminan reflejando en la espuma blanca del agua, como plata liviana.

José Martí desea ese discurso tranquilizador. Terminando apenas el segundo párrafo de «El puente de Brooklyn», escribe:

[I]magínase ver sentada en mitad del cielo, con la cabeza radiante entrándose por su cumbre, y con las manos blancas, grandes como águilas, abiertas, en signo de paz sobre la tierra,—a la Libertad, que en esta ciudad ha dado tal hija. La Libertad es la madre del mundo nuevo,—que alborea. Y parece como que un sol se levanta por sobre estas dos torres (nº 41, p. 269).

Leer este párrafo hoy puede parecer tan tranquilizador como las descripciones norteamericanas que comparan al puente con el progreso y con la democracia: a fin de cuentas, no luce incongruente que él aluda a la Estatua de la Libertad. Basta verificar algunas fechas para que la imagen de Martí comience a producir hoy una cierta incomodidad: «El Puente de Brooklyn» fue publicado en 1883 y la mencionada Estatua no sólo no tiene las manos abiertas, como se sabe, sino que llegó a Nueva York en 1887. Se podrá aducir que comparar esa ciudad con la libertad estaba en el ánimo de los tiempos y que por eso mismo los franceses donaron tal estatua a la ciudad; no obstante, la «visión» es apenas la primera de una serie bastante surreal o supra-real que poco a poco invade el texto.

Por un lado, Martí toma el discurso de la tecnología: la cuantificación. La cantidad de números, pesos, detalles y medidas que da en «El puente de Brooklyn» es notable y concienzuda, pero algo ha ocurrido en el interior de ese lenguaje referencial. Porque si el sentido de la cuantificación es que reduce y homogeneiza, Martí se expresa a través de la imagen única creada por cada quien, a través de la excepción, de la desviación de toda norma, de lo heterogéneo, de lo subjetivo. Hay entonces un choque entre discursos que no puede sino ser violento y terminar, al menos, en alucinaciones expresionistas. Es obvio que el lenguaje convencional no podía servir a esta sensibilidad, puesto que no hay nada tranquilizador en esos mágicos cables o cañas ligeras de un puente invasor y monstruoso. La admiración por los logros de la tecnología, la conciencia de los beneficios de la comunicación y el trabajo, no logran la simetría, la

armonía requerida. Las alucinaciones suelen ser precedidas por un «parece»: así habla de soldados no nacidos, de cuadros de granito, del puente como un hombre que concentra la vida; así cambia de punto de vista: habla desde la muchedumbre –«la turba que nos venía empujando»–, luego como si él observara desde el cielo hacia abajo –«a los pies queda el puente»–, luego desde el frente y desde los mitos de la Cultura: Tebas, Acrópolis, la Biblia –pasado y presente–, para seguir con sus descripciones extrañas del puente mismo: «ojos en vez de astas».

*The Sun*, cuando intenta el 25 de mayo de 1883 una descripción del puente como visto desde arriba, da la explicación racional y condicionada de lo que vería un reportero si subiera a un *balloon*. Dice:

From a balloon, if a reporter could have inhabited the tiny one that was floating in the sky over the structure, the general picture would have shown, not only the graceful outlines of the massive span with its live roadways, but the river beneath, with trails of foam following the turtle-like ferryboats, and the beetle-like tugboats, and the rippling wake of the mosquito-like small craft that moved beneath. The East River seemed to be for the time an aqueous Broadway. The President ran his eye around the horizon with the air of one appreciating the happy combination of the works of God and man. He filled his insides from the refreshing breeze [...] calculating the fishing advantages afforded the \$ 15.000.000 highway.

Hay coincidencias en la animalización de los botes con los vapores, que en el texto de Martí parecen «mensajeros parlantes, y hormigas blancas que se tropiezan en el río, cruzan sus antenas, se comunican su mensaje y se separan» (nº 41, p. 275). Las coincidencias se desbaratan sólo con la explicación previa del *balloon*; mucho peor es la brecha que se abre con el comentario cuantificador de *The Sun* sobre la satisfacción y los cálculos del Presidente.

José Martí, cronista, intenta conciliar el lenguaje periodístico de la razón, de la geometría homogeneizadora con su propio discurso: el de la búsqueda, inquisitiva. Para entender la mole de piedra y acero que se yergue frente a él y de paso justificar que la describa con médula y nervios, dice en «El puente de Brooklyn» que es ley «que anuncia lo uno en lo alto, y lo Eterno en lo análogo, que todo organismo que invente el hombre, y avasalle o fecunde la tierra, esté dispuesto a semejanza del hombre» (nº 41, p. 272).

El problema es que, si bien se trata de un invento del hombre, el puente no es un organismo. Así, el extremo de la alucinación llega cuando Martí describe el modo en que fueron construidas las bases del puente, la *Caisson* o caja de planchas de pino, con «tornillos gruesos como árboles, y retorcidos y agigantados, como debe ver, en su cerebro encendido, sus ideas un loco» (nº 41, p. 273).

La construcción de la *Caisson* admiró también a la prensa norteamericana de la época, pero para Martí es tal la violencia que infringe a la Naturaleza que ini-



cia con ella un viaje hacia el infierno. Así, habla de luchas, de rugidos, de luces que no se pueden apagar, de un pozo de hierro donde, cual limbo, «los hombres pasan, graves y silenciosos a su entrada, fríos, ansiosos, blancos y lúgubres como fantasmas a su salida, *por una como antesala, o cerrojo de aire, con dos puertas, una al pozo alto, otra a la cueva, que nunca se abren a la par*» (nº 41, p. 273). Allí se habla de un bravo ejército, de cóncavas mandíbulas, de fauces abiertas, de una draga que traga, de maxilares poderosos, de lodo, arena, trozos de roca, de ruido de cadenas, de extraña fábrica. Muchos obreros murieron, en efecto, trabajando en la *Caisson*, ese cajón «con su entraña de hombres» (nº 41, p. 273). Y aquí llega casi al paroxismo de la alucinación:

Y los albañiles encajaron en aquella altura, como niños sus cantos de madera en torre de juguete de Crandall, piedras a cuyo choque ligerísimo, como alas de mariposa a choque humano, se despedazaban los cuerpos de los trabajadores, o se destapaba su cráneo. ¡Oh, trabajadores desconocidos, oh mártires hermosos, entrañas de la grandeza, cimiento de la fábrica eterna, *gusanos de la gloria!* (nº 41, p. 274)

El símbolo ha sido llevado también a su extremo. Las palabras ya no simbolizan lo señalado por las tradiciones: si en «El Puente de Brooklyn» las águilas no son más aves de rapiña –como no lo son tampoco en «Emerson»–, la cadena de significaciones hace crisis incluso dentro del lenguaje martiano. En todas sus crónicas, «gusano» es un vocablo que suele ser empleado para referirse a los mediocres, a los mercaderes, a los que venden su alma, es decir, a lo que Martí considera más bajo de la creación; en este texto se ha producido la condensación y el estallido, la expresión misma de la crisis, del enfrentamiento entre un deseo de armonización y el discurso referencial y cuantificador de la razón: los gusanos *son* la gloria. No es un simple efecto estetizante: Martí ha cuidado con tal conciencia sus vocablos que la comparación de la labor de los albañiles con la «torre de juguete de Crandall», suavizado en el contexto de un juego infantil, es tan escalofriante como los cráneos que se destapan o los cuerpos que se despedazan. Porque Prudence Crandall –de acuerdo con la *Enciclopedia Británica*– fue una maestra arrestada en 1833 en Connecticut por haber aceptado en su escuela una alumna negra; quedó condenada al ostracismo durante cinco años.

## Los modos de construcción del sujeto: hacia la des-identificación

Volviendo al eje de la escritura colonizadora/colonizada, vale observar que la mirada que observa ejerce poder sobre lo observado (el objeto), imponiéndole las reglas de su juego ideológico. No obstante, cuando el sujeto de la mirada es «periférico», lo que se revela no es sólo el objeto de la mirada, sino las reglas del juego en sí. De hecho, Martí es el exiliado que mira y comenta lo que ha

visto en la estructura del poder; en el acto de mirar/escribir, recrea (y altera, como se ha visto) no sólo los mecanismos de representación, sino también los de apropiación de esa estructura desde un lugar diferente, impregnándola con sus propios significados.

Michel Pêcheux explica tres modos de construcción del sujeto frente al poder colonial (o neocolonial, habría que decir con respecto a Martí y los Estados Unidos). El primero es la identificación con el Poder, el segundo es la «contra-identificación» (reproducción de lo «malo», énfasis en el acto de distanciamiento); la tercera es la «des-identificación» o producto de prácticas políticas y discursivas que trabajan dentro y en contra de la ideología dominante.<sup>9</sup> Esta tercera modalidad cree en la transformación; así, «La des-identificación constituye un *trabajo* (de transformación y desplazamiento) en la forma del sujeto y no sólo su abolición».<sup>10</sup> Según Pêcheux, «el significado lingüístico tiene un carácter material producido por la posición del lenguaje como significante dentro de la batalla cultural».<sup>11</sup>

Un ejemplo superlativo de este cambio de sentido es el citado en «Coney Island» (prosperidad=vacío espiritual). Otro está en «El puente de Brooklyn» (1883), cuando traslada el eje semántico convirtiendo a los «trabajadores desconocidos» que construyeron el puente en el oxímoron «gusanos de la gloria» (nº 41, p. 274). Las palabras ya no simbolizan lo señalado por las tradiciones: ni en «El Puente de Brooklyn» ni en «Emerson» (1882) las águilas significan aves de rapiña; en «El poeta Walt Whitman» (1887) el entozoario, un parásito que se alimenta de las entrañas, es santo (nº 156, p. 857). Los desplazamientos son múltiples, aunque sigan cubriendo la función de describir para sus lectores el paisaje social norteamericano: las ciudades son hornos, las islas cestos y los vapores hormigas blancas que se hablan cruzándose las antenas (nº 41, p. 275), el río Ohio es una manada de potros que *velocean* con cascos alados, y la tierra entera rueda con el dado sobre las mesas de juego en Nueva York (nº 31, p. 226), un discurso antiesclavista se convierte en imágenes vengadoras que se salen de los retratos en las paredes y en lluvia de piedras encendidas (nº 57, p. 328), las multitudes urbanas son ejércitos bárbaros, guerreros de piedra con coraza y casco de oro y lanzas rojas (nº 27, pp. 186-187).

Las crónicas de Martí revelan cambios en los modos de construcción del sujeto, puesto que su propia experiencia en Nueva York va cambiando con los años. Se puede ver su exilio norteamericano en tres etapas claramente diferenciadas: la del comienzo, entre 1881 y 1884, de la que he citado ya varios textos y en la que se destacan obras maestras del deslumbramiento, del enigma del

<sup>9</sup> Michel Pêcheux, *Language. Semantics and Ideology*, Harbans Nappal, trad., Nueva York, St. Martin's, 1982, p. 157.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 169.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 111, mi traducción.

espacio y la visión (también vértices del exilio), de la búsqueda de armonías y conciliaciones de contrarios como su retrato de «Emerson» y su crónica sobre la inauguración de «El puente de Brooklyn». Hay una segunda etapa, entre 1884 y 1892, marcada por la radicalización crítica de Martí y la lenta ruptura con los cánones que aún hoy usamos para pensar la escritura del exilio: extrañamiento, nostalgia, marginación. Este período se inicia luego de sus protestas ante las desventajas del tratado comercial entre México y los Estados Unidos (demasiado favorable a los Estados Unidos) y se define en 1887, cuando vislumbra la posibilidad de que los expansionistas norteamericanos terminen comprando a Cuba; es el año en que estrecha lazos con los trabajadores cubanos del tabaco en la Florida, el del desaliento ante las huelgas de los trabajadores y la condena a muerte de los anarquistas de Chicago. La radicalización avanza: en 1889 escribe sobre la rapacidad norteamericana; es el momento de «El Congreso de Washington», «Madre América» y *La Edad de Oro*. 1891: la Conferencia Monetaria Internacional y la publicación de «Nuestra América». La radicalización marca el cambio hacia la tercera y última etapa del exilio y que ya no viene al caso para la lectura de sus *Escenas norteamericanas*, puesto que renuncia a sus colaboraciones en los periódicos hispanoamericanos. En 1892 funda el Partido Revolucionario Cubano, en abril de 1895 hace su regreso final a Cuba.

En la segunda etapa, el texto sobre el general Grant (1885) marca una diferencia de tono con las anteriores, pero aún trata de mantener el equilibrio: «Culpable pudo ser; mas su pecado será siempre menor que su grandeza» (XIII, p. 43). En su maravillosa crónica de 1886 sobre el terremoto de Charleston, el orden perfecto del comienzo –el de las casitas blancas y la prosperidad brindada por el triunfo de los blancos sobre los negros– va a ser destruido por la Naturaleza desatada. A Martí no le interesan los daños materiales como a los diarios norteamericanos *The Sun*, *The New York Times*, *The Baltimore Sun* o *The Tribune* (septiembre de 1886). Lo que le interesa es la explosión de las entrañas de la tierra sobre esa civilización tan bien podada y el «tambor espantoso [que] llama en las entrañas de la tierra a la batalla» (nº 132, p. 715). Establece en la escritura una relación con la Naturaleza que sólo puede existir en el espacio de la página, violentando el sistema de representación realista, costumbrista, romántico y hasta liberal. En *The Sun* (2, 3 y 4 de septiembre de 1886), como en el texto de Martí, se habla de la gente que salió desnuda gritando a la calle, de la ondulación de un tren que galopaba subiendo y bajando en sus partes de modo alternativo, de rieles como serpientes, de que los relojes quedaron detenidos cuando empezó el temblor cuyo sonido era como el de un cuerpo arrastrado; se habla de dos personas que, del susto, se lanzaron por el balcón, de las orgías religiosas de los negros, de las posibles razones científicas del terremoto. Pero cuando *The Sun* habla de una estatua caída, Martí amplifica a «las estatuas han descendido de sus pedestales» (nº 132, p. 716); y al dato de *The Sun* sobre

los muchos nacimientos ocurridos desde el primer temblor (4 de septiembre), Martí lo convierte en la imagen de dos gemelos rientes naciendo en una tienda azul a la misma hora del terremoto.

*The New York Times*, *The Baltimore Sun*, *The Tribune* cuentan la catástrofe acumulando datos y nombres, en una sucesión de cables que comienzan con la ciudad y la fecha de su procedencia. Cada cable actúa como un capítulo de un conjunto que es la primera plana y al mismo tiempo es absolutamente independiente. Se dan las cifras de las pérdidas materiales, el número que se conoce de heridos, los nombres de los muertos, se reproducen testimonios y algunas puestas en escena de la catástrofe. *The Sun*, en cambio, se preocupa por articular la narración de un modo detallado y realista.

El pasado y el presente se van alternando en los párrafos, las frases se alargan o acortan de acuerdo con el ritmo que quiere imprimir a la narración. Aunque cada detalle descrito tiene su fuente en un periódico, el criterio mimético de la representación se violenta y quiebra con imágenes como la de los hombres desalados que corren o la de la ciudad asida por su cinto, sacudida en el aire por una «mano terrible» y gigantesca. Las «r» abundan, las frases se cortan, el ritmo parece retumbar como el de una locomotora. Se dislocan los tiempos, la sintaxis, los signos de puntuación. La fonética invoca el sentido, el texto da cuenta de una actualidad referencial y al mismo tiempo reflexiona sobre su propia escritura –concretamente cuando analiza el ritmo de las plegarias de los negros–, remite a otro orden que nada tiene que ver y que tal vez se pueda llamar el equilibrio de la creación.

Una lógica distinta descompone la representación: los «blancos arrogantes» unen «su voz humildemente» a los himnos de los negros (nº 133, p. 717). Martí ha comenzado a trazar otro tipo de alianzas en el seno de la sociedad. Advierte en esta etapa, como se intuye en el «Terremoto de Charleston», que ha llegado el momento de que el continente que se declaraba mestizo, sincrético, acrisolado, empiece a fluir con su propia voz: una voz cuya identidad se alimenta naturalmente de la apropiación de todas las culturas, de todos los pasados, y que se legitima –como el mestizaje– al pasar esos lenguajes por el tamiz de la propia experiencia, de la propia Historia y de la naturaleza originaria.

En 1886, en la primera nota que escribió sobre los anarquistas de Chicago, los condena. Esto llama la atención porque representa a los anarquistas como una versión del Otro que irrumpe en el orden establecido con su barbarie irracional: el énfasis está puesto en la extranjería de estos sujetos que no comprenden la mecánica democrática.<sup>12</sup> Los anarquistas vienen de un «allá» europeo:

---

<sup>12</sup> Para comprender la reacción frente al proceso de los anarquistas de Chicago que, a su vez, tuvieron los intelectuales norteamericanos en la prensa de Nueva York, ver la historia de Thomas Bender, especialmente el capítulo 5.



«Tres de ellos ni entendían siquiera la lengua en que los condenaban» –escribe desde el desprecio de un exiliado a otro que no ha sabido reconformar los códigos (nº 134, p. 722). Estos recién llegados no comprenden el «aquí» y por eso «[a]consejaban los bárbaros remedios imaginados en los países donde los que padecen no tienen palabra ni voto», aquí, «donde el más infeliz tiene en la boca la palabra libre [...] y en la mano el voto que hace la ley[...]» (nº 134, p. 723). No es que Martí idealice el «aquí –los Estados Unidos», definido por el egoísmo y por la agonía de la gente pobre en el mismo texto. Pero sí le espanta la violencia y el desdén o la incompreensión de un sistema que para él (desde su experiencia colonial cubana y aun desde la deseada familia extendida latinoamericana) es un valor admirable: el proceso electoral y la libertad legal que hay en los Estados Unidos.

Unos meses después de su deslumbrante canto a Walt Whitman, al referirse en una nueva crónica a los anarquistas, el punto de vista ha invertido su lugar: el anarquista, si bien es claramente un europeo, no es un ser ajeno que debe ser apartado incluso a través del lenguaje, sino una víctima de un sistema social injusto y cruel con los pobres. Martí no llega nunca a avalar el terrorismo, pero ahora se ha colocado definitivamente del lado de la masa trabajadora, y el Otro ha pasado a ser el Sistema mismo. Corre el año 1888 y su mirada está con «la masa fatigada, que sufre cada día dolores crecientes»; su posición no es más la del transeúnte deslumbrado, sino la de la identificación solidaria y crítica. Así, dice que «*para medir todo lo profundo de la desesperación del hombre [...] es necesario vivir desterrado de la patria o de la humanidad*» (énfasis mío).

Se lee aquí la empatía como marca del exilio. Hay un proceso de identificación lento con ciertas zonas de lo abyecto. Como explica Judith Butler, lo abyecto designa las zonas «inhabitables» de la vida social que son, sin embargo, habitadas por aquellos que no disfrutan del estatus de sujeto. Inclusión/exclusión, desplazamientos del adentro y del afuera: otra forma de aproximarse a esta escritura que invierte los términos de la escritura colonial.

## En busca de una identidad compartida

Para construirse como sujeto, Martí debe articular al Otro (los Estados Unidos) como diferente al Nosotros (la América Latina) a través de repeticiones y desplazamientos de significado. Doble dificultad: el emplazamiento del cronista frente a la metrópoli pero también frente a su propia periferia o mundo de referencia, es decir, su público receptor. Es decir, que Martí debía encontrar su propio discurso frente al hiperactivismo del «gigante de siete leguas»; sin embargo, pese a su ánimo de insertar el dominio del «nosotros» en sus textos, ese «nosotros» representado tenía intereses divergentes en el mundo de lo real.

De hecho, es discutible cualquier definición de una cultura vernácula o comunitaria. La cuestión de la identidad aparece, vista de este modo, no sólo como una ficción colectiva, sino como una arena de negociación y conflicto. La identidad nacional y la relación con los Estados Unidos estaban, además, en flagrante disputa en la época en que Martí escribió sus crónicas, como se adivina ya en los conflictos que a veces suscitaban entre sus editores. El modelo norteamericano representado, pese a que Martí también admiraba el progreso y la noción de libertad social, no siempre se adecuaba al modelo que el grupo de letrados liberales quería imponer.

Su mirada transformadora –siguiendo la definición de los tres estados de construcción del sujeto–, no era, entonces, siempre compartida por los otros letrados en la América Latina, más deseosos de vivir la identificación con los Estados Unidos que de distanciarse. Así, no había pasado un año de las colaboraciones martianas a *La Opinión Nacional*, de Caracas, cuando el director, Fausto Teodoro de Aldrey, le pide más noticias y menos literatura. Es más, solicita que Martí modifique sus juicios políticos sobre los Estados Unidos.<sup>13</sup> Martí se niega a hacerlo y termina renunciando a ese periódico. Luego, ocurre algo similar en *La Nación*, de Buenos Aires: Bartolomé Mitre y Vedia le suprime párrafos completos.<sup>14</sup> Y el propio Sarmiento, pese a admirarlo como escritor, le exige como corresponsal en Nueva York ser «un ojo nuestro que contemple el movimiento humano donde es más acelerado, más intelectual, más libre... para señalarnos el buen camino»; y agrega: «Quisiera que Martí nos diera menos de Martí, menos latino, menos español de raza y menos americano del Sur, por un poco más del yankee». <sup>15</sup> José Martí, no obstante, persiste y logra seguir publicando sus crónicas sin traicionarse, insertándolas en el campo discursivo latinoamericano.

## La verdad es sólo un consenso

Siempre está allí, observador, tratando de reproducir para sus lectores latinoamericanos las palpitaciones de los Estados Unidos; recurriendo una y otra vez a la estrategia narrativa del testigo inmediato. En «El centenario americano» (1889), pese a que Martí reconoce que a las celebraciones no se admitía más que a «dama conocida» y «hombres de pro», hace descripciones tan minuciosas como las de un invitado de primera fila: el ramo en la solapa, el medallón en el cuello, el brocado de una falda, la avidez ante la mesa de comida, la joven vestida de blanco que de lejos envía un beso, el hombre con el sombrero de felpa al

<sup>13</sup> Gonzalo de Quesada y Miranda, *op. cit.*, pp. 97-99.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 105.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 113.

revés. Su autoridad es la del conocedor, la del *que ha estado allí*; no importa si es absolutamente obvio que se trata sólo de una estrategia: el gesto se repite en «El terremoto de Charleston» (1886) o en «Cómo se crea un pueblo nuevo en los Estados Unidos» (1889), pese a que es imposible que haya estado presente en Charleston en el momento de la catástrofe o entre la alucinante avanzada de colonos para apoderarse de tierras en Oklahoma.

Es curioso que este modo de narrar no chocara con la sensibilidad de sus lectores, restándole credibilidad a las crónicas. Lo que le quitaba credibilidad, cuando tal cosa ocurría, era más bien el contenido en sí, lo contado y no tanto cómo es contado. Es decir: el cortocircuito es reproducir una imagen de los Estados Unidos que no es la que los editores querían leer o que no coincidía con el *a priori* que ellos podían tener. (La verdad no es más que un consenso.) La diferencia de emplazamiento receptor/productor (no sólo en el mapa geográfico, sino en el ideológico) se revela en «Narraciones fantásticas». El texto comienza con una celebración del verano, para explayarse con asombro ante el hecho de que haya

peloteros que han dejado la universidad para pelotear como oficio, porque como abogados o como médicos, los pesos serían pocos y les costarían mucho trabajo, mientras que por su firmeza para recibir la bola de lejos, o [...] dar la vuelta el macanero a las cuatro esquinas del cuadrado en que están los jugadores, no sólo gana fama en la nación [...] y aplausos de las mujeres, muy entendidas en el juego, sino sueldos enormes, tanto que muchos peloteadores de éstos reciben por sus dos meses de trabajo, más paga que un director de banco, o regente de universidad, o secretario de un departamento en Washington (nº 200, p. 1074).

El asombro deja de ser la tónica del resto de la crónica, dedicada en su noventa por ciento a describir las elecciones internas de 1888 para elegir candidato presidencial del partido demócrata y del republicano. Es innegable que Martí dramatiza el entusiasmo que produce la elección de Cleveland entre los asistentes, pero el lector de hoy encontrará inusitada la descripción de los juegos de béisbol, y casi aburrida la de las elecciones. No ocurrió lo mismo con el lector de la época. El editor de *La Nación* le cambió el título al reportaje de Martí –sustituyéndolo por el de «Narraciones fantásticas»–:

Martí ha querido darnos una prueba del poder creador de su privilegiada imaginación, enviándonos una fantasía [...].

Solamente al [...] escritor original y siempre nuevo, podría ocurrírsele pintar a un pueblo, en los días adelantados que alcanzamos, entregado a las ridículas funciones electorales (nº 200, p. 1074, nota a).

## Entre la transparencia y la diferencia

Al cambiar el lugar de la enunciación o el emplazamiento de la mirada, como ocurre con las *Escenas norteamericanas*, cambian los términos de relación Poder/Dominado, Centro/Periferia o Nosotros/Ellos. Si en las crónicas de Martí se encuentra también, efectivamente, el cuadro de costumbres, no puede hablarse de normalización: el cuadro no pretende universalizarse, el sujeto lo narra desde su propio presente, involucrando al testigo que mira (un tanto distanciado) como desde una torre de espanto y amor. En cuanto a la domesticabilidad y la fuerza laboral: es el espejo invertido. La mirada cubana calibra las ventajas y desventajas que se tratan de imponer en la América Latina, midiendo al revés; ve, sí, e incluso admira la capacidad de producción de *su Otro*, pero toma distancia. No se proyecta ni se identifica: él, el «salvaje», el colonizado, calibra el proyecto «civilizador» que se está imponiendo y advierte sobre el materialismo vacío que acarrea.

En cuanto al paisaje y al «Ellos» homogeneizado: en la defensa de su *lugar*, de su mirada, Martí hace lo contrario a lo que harían los sujetos en una posición de Poder: lo que Lefebvre llamaría «ilusión de transparencia». El espacio transparente asume que el mundo es un espacio de representación mimética que tiende hacia la homogeneidad y hacia la negación de la diferencia.<sup>16</sup> La mimesis es una forma imperial de representar la realidad y, a la vez, tenía una carga política/estética muy específica en la época de escritura de las *Escenas norteamericanas*. No sólo estaba la discusión europea en torno a Zola, sino que el propio campo intelectual de Nueva York, concretamente, estaba dividido entre idealistas y realistas, como queda registrado en las crónicas de Martí. Defensor del subjetivismo, su tendencia era, por ejemplo, la de calificar bien a Edmund Clarence Stedman, crítico literario idealista, y la de rechazar a William Dean Howells, vocero del realismo y del incipiente socialismo, por falso y burdo, ya que «reproducir no es crear» (XI, pp. 360-361). El problema es que Stedman se amparaba en la indiferencia del esteticismo, mientras que Howells asumía causas sociales parecidas a las del propio Martí, como la crítica a la ejecución de los anarquistas de Chicago.<sup>17</sup> Martí, desde «las entrañas del monstruo», no quiere ni la evasión ni la mimesis o la falsa transparencia: su escritura es un espacio de condensación que intenta conciliar el trascendentalismo de la vida social, insitiendo en una escritura útil para el mejoramiento del ser humano.

---

<sup>16</sup> Henri Lefebvre, *The Production of Space*, Donald Nicholson-Smith, trad., Oxford (Inglaterra)-Cambridge (Mass.), Basil Blackwell, 1991, p. 28.

<sup>17</sup> Sobre el campo intelectual norteamericano, ver *Literary History of the United States*, de Spiller (1948).



No hay, entonces, una verdad que se pretende homogénea y universalizante. Siempre hay interrupción, siempre hay un «pero». En «El centenario americano» (1889) hace de este desfile elitescos un recurso de estilo: toda persona es su atributo, sea el uniforme, la ropa o la «marca» de un apellido ilustre. En medio del fasto, Martí introduce líneas que desorganizan el orden: hay «una niña ebria llena de brillantes» (nº 235, p. 1243), la policía debe sacar del comedor a porrazos al presidente del baile, un «histrión deforme cuenta historias de risa» y hay hombres que en el vestuario «se caen de bruces» de tanto beber (nº 235, p. 1243). En el conjunto textual, se transparentan los valores martianos: el uniforme militar es odioso salvo cuando sirve para defenderse contra la tiranía (nº 235, pp. 1243-1244), y la gloria de la patria no reside «en las acciones, ni los bonos, ni las casas suntuosas» sino en los héroes, la bandera y los sentimientos (nº 235, p. 1246).

Siempre la heterogeneidad de la mirada, el balance en la representación. En «Cómo se crea un pueblo nuevo en los Estados Unidos» (1889), el comienzo cuenta lo que «El centenario americano» deja afuera como relato del mismo día: los buscavotos, la corrupción electoral, el afeamiento de la ciudad por las vías del ferrocarril que llenan a Nueva York «de humo y susto», el atiborramiento de banderas y vigas levantadas para la celebración, la muchedumbre tenebrosa que acude a ver los restos del incendio terrible de los graneros del Ferrocarril Central: «mozos fétidos, con los labios manchados de tabaco; obreras jóvenes, vestidas de seda mugrienta y terciopelo; muchachos descalsos, con el gabán del padre; vagabundos de nariz negra [...]» (nº 230, p. 1208).

El gesto de re-locación de las *Escenas norteamericanas* es múltiple. Va desde la dificultad de construir un lugar desde el margen hasta la de construir un discurso que pueda ser comprendido por la América Latina y, a su vez, la modifique como campo de pertenencia. José Martí está no sólo renovando la estética, junto a otros escritores modernistas, sino que quiere hacer cambiar los modos de pensar la realidad. Escribe desde los márgenes de la mirada, pero no con la supuesta posición de inferioridad del sujeto ante el imperio, sino con un aliento transformador. No quiere someter ni someterse, sino *crear*, como dice en «Darwin y el Talmud»: «El viaje humano consiste en llegar al país que llevamos descrito en nuestro interior» (XV, p. 403). Su mirada se carga de voluntarismo, de una forma distinta de Poder; como si reprodujera una y otra vez la frase de Fouillée, quien a su vez parafraseaba a Boileau: «No pienso en las cosas venideras únicamente porque serán, sino que en parte serán porque yo las pienso».<sup>18</sup> Así, la obra de José Martí, aun sus crónicas referidas a Norteamérica, es una perpetua reflexión sobre el ser, o el deber ser latinoamericano.

---

<sup>18</sup> Alfred Fouillée, *Libertad y determinismo*, Luis Alcalá-Zamora y Castillo, trad., Buenos Aires, Atalaya, 1947, p. 377.

---

# Ivan A. Schulman

## Textualizaciones sociales y culturales del proyecto moderno martiano:<sup>1</sup> las crónicas norteamericanas

### PRIMERA PARTE

#### Insertando el concepto de la modernidad en el espacio americano

En las crónicas que enviaba a *El Partido Liberal* de México o a *La Nación* de Buenos Aires, José Martí escribió la nación moderna recalcando la narración de sucesos diarios de su experiencia norteamericana, o sea, fijando la visión en los detalles de la nacionalidad con «disclosures of [...] everyday life»,<sup>2</sup> pero, al mismo tiempo, omitiendo aquello<sup>3</sup> cuya introducción juzgaba nocivo para los países hispanoamericanos. No obstante estas supresiones, en su labor cronística se evidencia la construcción consciente de la modernidad (y, a la vez, una contramodernidad o modernidad alternativa) en escritos que delimitan el territorio político, social y cultural de los Estados Unidos hacia fines del XIX.

Su narración de la nacionalidad apropia y resemantiza los códigos de la modernidad observada en los Estados Unidos; en sus registros, interiorizados y a menudo encubiertos, se revela la voz de un narrador de actitud ambivalente frente al proceso de la modernización económica: el cubano cuestiona la cultura del incipiente capitalismo; pone en tela de juicio la idoneidad de su proyecto; censura sus consecuencias sociales (pensando en el futuro de los pueblos his-

---

<sup>1</sup> En la preparación de este ensayo hemos utilizado varias ediciones de las obras martianas. Dentro del texto indicamos la procedencia de las citas con siglas que corresponden a las siguientes ediciones: E: Epistolario; T: Trópico; N: Nacional; EMS: *Nuevas cartas de Nueva York*; LJ: *Lucía Jerez*.

<sup>2</sup> Homi K. Bhabha, «Dissemination: time, narrative, and the margins of the modern nation», en: *Nation and Narration*, Homi K. Bhabha, ed., Londres, Routledge, 1990, p. 294. Todas las citas de Bhabha son de este ensayo, a menos que se indique otra fuente en las notas.

<sup>3</sup> En una carta a Manuel Mercado le advierte que «en el mundo he aprendido... la justicia, y la belleza de la moderación ni abiertamente, ni con disimulos hábiles, dejaré que esta pena mía afee mis comentarios [en *El Partido Liberal*] sobre los sucesos de esta tierra [Estados Unidos], que en lo que hace a nuestros países no presentará mi boca, ni para atizar odios, sino tales como ellos mismos se vayan presentando, y aun *omitiendo muchos*, porque habría razón para justa alarma si se dijese todos» (énfasis nuestro; E, II, p. 73).

panoamericanos); y somete a un examen ético los valores de una nación cuya operación observó durante los años críticos y dinámicos de la última etapa de su vida en los Estados Unidos (1880-1895).<sup>4</sup> En fin, Martí cultiva un discurso ambivalente y hasta contradictorio –el discurso característico de las modernidades burguesa y estética–;<sup>5</sup> narra los actos de progresión y de regresión que observa en los Estados Unidos; incorpora los códigos de lo irracional y lo racional de la sociedad capitalista, y explora las dimensiones del «difícil engranaje de una moral crítica del capitalismo con el proyecto de la modernidad...».<sup>6</sup>

En los textos martianos que estudiamos, *narrar* y *nación* son fenómenos que se funden y se fertilizan mutuamente; la dinámica estructuración conceptual que resulta de la simbiosis enriquece el diálogo sobre la modernidad (y su contrapartida), la nacionalidad y la identidad cultural cubanas –y americanas– del siglo XIX. La tarea de construir la nación produce un desplazamiento espacial de carácter engañoso a primera vista. Nos referimos al hecho de que en estas narraciones hay una «dualidad escritural» («doubleness of writing»)<sup>7</sup> referida a la captación de los procesos de la formación de la nación moderna a base del modelo norteamericano, operación que produce una bifurcación o fragmentación espacial (o geográfica) que descentra, desvía y, al mismo tiempo, amplía el foco de la escritura. Como consecuencia, la narración de la experiencia diaria de

<sup>4</sup> Sobre la modernidad en relación con el discurso nacional, además del ensayo de Bhabha, véanse Evelyn P. Garfield e Ivan A. Schulman, *Las entrañas del vacío: ensayos sobre la modernidad hispanoamericana*, México, Cuadernos Americanos, 1984, Primera Parte; Francine Masiello, *Between Civilization and Barbarism: Women, Nation and Literary Culture in Modern Argentina*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1992, pp. 5-6; Julio Ramos, *Descuentros de la modernidad en América Latina: Literatura y política en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989; y Rafael Rojas, «Viaje a la semilla. Instituciones de la antimodernidad cubana», en: *Apuntes Posmodernos. Postmodern Notes*, otoño de 1993, pp. 3-20.

<sup>5</sup> Seguimos el esquema elaborado por Matei Calinescu, sobre las dos modernidades. Véase en particular la sección titulada «The Two Modernities», en: *Five Faces of Modernity*, Durham, Duke University Press, 1987, pp. 41-46. Calinescu define la modernidad burguesa de la manera siguiente: «The doctrine of progress, the confidence in the beneficial possibilities of science and technology, the concern with time..., the cult of reason, and the ideal of freedom defined within the framework of an abstract humanism, but also the orientation toward pragmatism and the cult of action and success». La estética: «[...] from its romantic beginnings [it was] inclined toward radical antibourgeois attitudes. It was disgusted with the middle-class scare of values and expressed its disgust through diverse means, ranging from rebellion, anarchy, and apocalypticism, such as the loosely defined *l'art pour l'art*, or the later *décadentisme* and *symbolisme*, [...] reactions against the expanding modernity of the middle-class, with its *terre-à-terre* outlook, utilitarian preconceptions, mediocre conformity, and baseness of taste».

<sup>6</sup> Rafael Rojas, *op. cit.*, p. 12.

<sup>7</sup> Sobre este proceso antiesencialista Bhabha comenta: «the space of the modern nation-people is never simply horizontal [no historicista]. Their metaphoric movement requires a kind of “doubleness” in writing; a temporality of representation that moves between cultural formations and social processes without a “centered” causal logic» (*op. cit.*, p. 293).

la emergente modernidad burguesa<sup>8</sup> cobra una categoría disyuntiva: en un nivel, Martí narra en forma alegórica una visualización personal del espacio nacional norteamericano, pero, en otro, más profundo y velado, inserta el subtexto de una narración aleccionadora y ética, destinada a los lectores hispanoamericanos, sobre el presente político hispanoamericano –caótico, deficiente y alarmador a su juicio– contrapesado por un discurso «liberal», enraizado en el de los fundadores de la ideología nacional hispanoamericana,<sup>9</sup> el cual, en la variante martiana, expresa el deseo de un futuro halagador de vida (trans)nacional, independiente y descolonizada.

## La inscripción de la nación moderna

Los signos de la nación norteamericana enunciados en el discurso de las crónicas martianas son múltiples y heterogéneos; en ellos sondeamos el inmanente concepto de identificación social del cronista y leemos los objetos de una narración cultural.<sup>10</sup> Para Martí, el proceso de narrativizar las dimensiones y fronteras de la cultura de los Estados Unidos involucra lo que Bhabha designa como una visión repleta de «gatherings of exiles and emigrés and refugees, gathering on the edge of “foreign” cultures... [Pero implica asimismo la construcción de] memories of underdevelopment, of other worlds lived retroactively»<sup>11</sup> –mundos del sujeto moderno inscritos en un subtexto americano, interiorizados en forma simbiótica junto con la apropiación de la cultura norteamericana. En otras instancias, los espacios –los de «other worlds»– se insertan en una representación simbólica de consistencia especular. En la escritura martiana suele primar una dinámica movible, la que Bhabha encierra en su concepto de *temporalidad de la representación*,<sup>12</sup> que en el discurso martiano perfila una sociedad en que el hombre asume una nueva función «mudable» e «imprevista» de valor introspectivo y de autoconstrucción: «Ése es el maravilloso ejército moderno» –nos dice–. «Ésa la nueva casta sacerdotal. Ésos, en *el nuevo estado humano*, lo[s] que suceden y reemplazan a los héroes» (énfasis nuestro; T, 40, p. 101). En la insistencia de Martí sobre la novedad, sobre un nuevo comienzo, queda sentado el fundamento del proyecto martiano que luego se elabora en oposición a la modernidad burguesa norteamericana.

<sup>8</sup> Matei Calinescu, *op. cit.*, pp. 41-46.

<sup>9</sup> Pensamos en el discurso liberal de ensayistas como Esteban Echeverría, Domingo F. Sarmiento o Juan Bautista Alberdi.

<sup>10</sup> Véanse los comentarios de Bhabha sobre el tema de la construcción cultural (*op. cit.*, p. 292).

<sup>11</sup> Homi K. Bhabha, *op. cit.*, p. 291.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 293.



La piedra angular de nuestra lectura es la exploración de las fuentes de autoridad de la sociedad y la cultura de los Estados Unidos en su doble fase de modernidad burguesa y modernidad estética, tomando en cuenta el hecho de que la que refracta Martí es una representatividad multiforme y vacilante en lugar de una visión homogénea sin diferenciación social ni económica.<sup>13</sup> Es, al mismo tiempo, el discurso del sujeto moderno que proyecta la imagen, en primer término, de la cultura de los Estados Unidos –*el discurso informativo*–,<sup>14</sup> y, simultáneamente, un concepto ideal de la cultura hispanoamericana –*el discurso del deseo*–.<sup>15</sup>

El discurso del deseo, término que derivamos del comentario martiano sobre la vida y los escritos del historiador norteamericano George Bancroft, expresa la aspiración de un revolucionario en busca constante, entre los espacios empíreos, del principio transformador de la experiencia humana: «Lo que a los hombre de letras» –léase «lo que a Martí»– «suele suceder es que su amor y hábito mental de lo relativamente perfecto, les produce el dolor de no hallarlo en todo...» (T, 17, pp. 24-25). Este pensamiento encierra dos caras de la conceptualización de la cultura norteamericana. Por un lado, los códigos morales y estéticos pertenecientes a una concepción ideológica contramoderna. Por otro, el imaginario social del creador modernista, o sea, «el enunciado vivo aparecido conscientemente como una proyección colectiva para crear nuevas narrativas y destinos históricos»<sup>16</sup> de intención novadora y emancipadora. La base de estas formulaciones ideológicas y estéticas la desarrolla Martí en su ensayo sobre Walt Whitman, en el cual aboga por el concepto moderno de escribir la realidad de la nación y articular sus objetos culturales guiado por el principio de la inestabilidad y el movimiento, el cual es para él un signo del espíritu creador moderno: «Cada estado social trae su expresión a la literatura, de tal modo, que por las diversas fases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos, con más verdad que por sus cricones y sus décadas» (T, 15, p. 195).

En sus escenas norteamericanas, Martí articula una dialéctica de *amo* y *esclavo*.<sup>17</sup> es decir, una visión homocéntrica cuyo eje es la captación de la inte-

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 300.

<sup>14</sup> Ramos acude al término «exteriores» para describir este aspecto de la crónica martiana: «[Martí] tematiza los exteriores, ligados a la ciudad» (*op. cit.*, p. 91).

<sup>15</sup> Hayden White utiliza el término *discourse of desire*, pero no en el sentido lacaniano, sino con el fin de distinguir entre el discurso de lo real y el discurso de lo imaginario. El histórico lo identifica con lo real; el imaginario o el del deseo, con el discurso literario «The Value of Narrativity in the Representation of Reality», *Critical Inquiry*, vol. 7, n° 1. El sentido martiano del término refracta los registros éticos y morales de su discurso entre la modernidad y la construcción de la nación.

<sup>16</sup> Iris M. Zavala, «Lo imaginario social dialógico», en: *Sociocríticas: prácticas textuales, cultura de fronteras*, M.-Pierrette Malcuzyński, ed., Amsterdam, Rodopi, 1991, p. 114.

<sup>17</sup> Homi K. Bhabha, *op. cit.*, p. 295. El punto de vista de Bhabha es el siguiente: «Two brilliant accounts of the emergence of national narratives support my suggestion. They represent the diame-

racción de poderosos y subalternos. De modo dramático, sus narraciones sitúan en primer término al ser humano desempeñando su papel social contra el trasfondo del medio social y cultural de los espacios hegemónicos. Concebidos de esta manera, sus escritos constituyen radiografías de una sociedad emergente vista desde la perspectiva del esclavo (en especial, la de los recién llegados inmigrantes –obreros hambrientos, anarquistas violentos, exiliados políticos– y los conflictos étnicos, religiosos<sup>18</sup> y raciales creados con su presencia), es decir, los individuos o las colectividades manipulados y/o victimizados por un nuevo y metamórfico sistema socioeconómico cuyo poder los limitaba o los ahogaba.<sup>19</sup> Pero hay un doble foco de interés antagónico: el de los poderosos y con frecuencia corruptos políticos –«politicastros» los llamaba–, y el de los ciudadanos norteamericanos que en sus escritos o en su actuación pública revelaban un proyecto de inconformidad: figuras como Henry George, Walt Whitman o Bronson Alcott. En el caso de ambas perspectivas, se trata de textos concebidos con una intencionalidad programática; dirigidos al presente, captan el futuro<sup>20</sup> de una sociedad percibida como problemática e inestable. Pero, pese a su carácter precario, y al mismo tiempo borroso, el cronista logra visualizar el futuro de esta sociedad en ciernes y concibe –reflejo de su imaginario social– la necesidad de *salvarla* mediante la lucha en contra de la «cultura de pobreza» que tiraniza a los «esclavos» del sistema. Es la de Martí, por lo tanto, una curiosa pero acuciosa resemantización del presente –el cual sirve para la contemplación del futuro: desde él se descubre el presente de los lectores del siglo XIX–, ejemplo de la vuelta a los orígenes característica de la escritura modernista y, a la vez, el presente nuestro, el de la actualidad, visualizado desde los parámetros del todavía inconcluso debate sobre la privatización de los derechos de los pobres y marginados.

---

trically opposed world views of master and slave which between them account for the major historical and philosophical dialectic of modern times». Compárese el siguiente pensamiento martiano: «La Sociedad Literaria [...] no existe para promover intereses personales, ni para perpetuar los únicos rincones esclavos de América [...]» (énfasis nuestro; T, 66, p. 82).

<sup>18</sup> Véase sobre este tema el apasionado e iluminador ensayo sobre el cisma de los católicos en Nueva York, del 16 de enero de 1887 (N, 11, pp. 138-150).

<sup>19</sup> Véase el capítulo IV, «Narrando la sociedad multicultural», de nuestro libro *Relecturas martianas: narración y nación*, Amsterdam-Atlanta (Georgia), Rodopi, 1994, para un estudio sobre las minorías étnicas y raciales en los Estados Unidos.

<sup>20</sup> Pensamos en el valor futuro de los escritores martianos según el planteamiento de Cintio Vitier en «Martí futuro», *Temas martianos* (en colaboración con Fina García Marruz), La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, 1969, pp. 121-140.

## Conflictos de la modernidad

Tiempos nuevos, tiempos «desquiciados», «desequilibrio, casi universal» (LJ, p. 110) son los términos que se le ocurren a Martí para describir este desfase. Con enunciaciones antinómicas engloba las tensiones y contradicciones de la sociedad moderna. Entendió la dinámica de las múltiples facetas de la modernización en sus contextos históricos –diacrónicos y sincrónicos–: la experiencia prolongada de la Colonia, y las disfunciones socioeconómicas creadas en países periféricos por las aspiraciones eurocéntricas referidas a los modelos culturales y las estructuras socioeconómicas de las clases dominantes del distante centro del poder. Además, en el siglo XIX comprendió Martí el impacto de las homologías:<sup>21</sup> «somos» –apuntó– «en nuestros propios países», «cabezas hispanoamericanas, cargadas de ideas de Europa y Norteamérica» (LJ, p. 70).

En el ideario martiano campean las dos modernidades ya aludidas, distintas, antitéticas, y, sin embargo, relacionadas entre sí, *la burguesa* y *la estética*, cuya interacción describe Calinescu:

[...] en algún momento durante la primera mitad del XIX [anota] se produjo una escisión irreversible entre la modernidad vista como una etapa de la historia de la civilización occidental –un producto del progreso científico y tecnológico, de la revolución industrial, de las profundas transformaciones económicas y sociales creadas por el capitalismo [o sea, la modernidad burguesa]– y la modernidad como un concepto estético [la práctica de los experimentos estilísticos que van en contra de la rutina de la tradición literaria y el mercantilismo de la modernización burguesa]. Desde entonces, las relaciones entre las dos modernidades han sido terminantemente hostiles, pero sin que esto impida que se estimulen y se influyan mientras que con encono han buscado destruirse una a la otra.<sup>22</sup>

En los textos martianos y en los de otros modernistas, la doctrina del progreso, los beneficios de la ciencia, la tecnología, el ideal de la libertad y el culto a la razón señalan la presencia de un discurso «liberal» y del proyecto de la modernidad burguesa. Pero en algunas de las crónicas de *El Partido Liberal* la injusticia social que observa en torno suyo le hace rever «escenas de horror fecundo de la revolución francesa» (EMS, p. 67). ¿Habrà una guerra social en el país?, se pregunta el cronista. Decepcionado por las fallas de las instituciones sociales y culturales creadas por la modernización burguesa, duda del destino futuro de la libertad y la razón:

<sup>21</sup> Cf. Rafael Gutiérrez Girardot, *Modernismo*, Barcelona, Montesinos, 1983, pp. 33-71.

<sup>22</sup> Matei Calinescu, *op. cit.*, p. 41, traducción nuestra.

¿Será la libertad inútil? ¿No hay virtud de paz, fuerza de amor, adelanto del hombre en la libertad? ¿Produce la libertad los mismos resultados que el despotismo? ¿Un siglo entero de ejercicio pleno de la razón no labra siquiera alguna mejora en los métodos de progreso de nuestra naturaleza? ¿No hacen menos feroz y más inteligente al hombre los hábitos republicanos? (EMS, p. 72)

Aunque está fascinado por el progreso material y la praxis de algunas instituciones políticas de la sociedad moderna, Martí vislumbra la necesidad de un proyecto moderno alternativo, el de una contramodernidad regida por la virtud y el amor. Y de acuerdo con este imperativo elabora una narración contracultural que modifica los componentes del discurso liberal y el del proyecto de la modernidad burguesa. La otra modernidad, la estética, también se transparenta en sus crónicas, y en ella campea una intencionalidad negativa frente a la burguesa. Su discurso de la (contra)modernidad patentiza una actitud crítica, ideológica y ética frente a los valores materialistas y espirituales degradados de la sociedad burguesa y, a la vez, la exaltación del idealismo humanístico, los códigos morales, el culto a la belleza, un sentido trascendente de la evolución histórica, y la presencia de la tradición del pasado en la formación de nuevos patrones del presente, o sea, las «vueltas» históricas –conscientes o semiconscientes– de las formulaciones estéticas e ideológicas de un modernismo concebido como la primera etapa de la modernidad hispanoamericana. Ésta es la dualidad que encierra Rafael Rojas en las coordenadas de una exégesis que expresa las «tensiones diacrónicas entre un principio instrumental de asimilación de las instituciones modernas y un principio moral de rechazos a las mismas, que se dieron a lo largo de la historia política y discursiva de Cuba»,<sup>23</sup> y en las cuales se inserta el proyecto moderno/antimoderno de Martí.

## Contextualizaciones dialógicas

En la elaboración de este proyecto, la contextualización de los parámetros culturales es de mayor significación que el perfil sistemático de la «disciplina del *cuero político* social» («social polity»).<sup>24</sup> Es decir, el espacio nacional se define en términos de actuaciones, presencias o asociaciones humanas, en la representación de las cuales las reglas morales del discurso del deseo y las convenciones del comportamiento alternan con una visión contestataria. El cronista se fija en las «masas compactas» y quisiera retratarlas como «unidad» –*e pluribus unum*–. Pero, en un discurso caracterizado por las antítesis y las contradicciones del

<sup>23</sup> Rafael Rojas, *op. cit.*, p. 4.

<sup>24</sup> Homi K. Bhabha, *op. cit.*, p. 2.



proyecto moderno, revé el concepto de la homogeneidad del imaginario social generado por las ideas de la Ilustración y por la cultura dominante, y opta por organizar las tensiones generadas por el pasado, el presente y el futuro, en forma de un *continuum* de rupturas y metamorfosis socioculturales. Mediante retextualizaciones de esta índole, las voces colectivas se insertan en forma dialógica en escritos que construyen una heterogénea nacionalidad. La narración del discurso informativo es bifurcada, pero no el del deseo. Así es en su crónica inspirada por la celebración de las fiestas patrias de los Estados Unidos (6 de julio de 1886), en la cual observa primero «los reflejos carmesíes y violetas de las últimas luces de Bengala», contra las cuales, luego, «pasaban cual fantásticas figuras los paseantes cansados de las playas y pueblos vecinos...» (EMS, p. 44). Se trata de figuras humanas que pertenecen a un cuadro moral que Martí elabora con motivo de una celebración patriótica, festejo que considera necesario, pues «los días patrios no han de ser descuidados. Están en ellos las artes y las letras, que levantan a los pueblos por sobre las sombras cuando se han podrido los huesos de sus hijos...» (EMS, p. 45). Pero, si por un lado predominan los registros del discurso del deseo al comienzo de la crónica, pues puntualiza la urgencia de la colectividad de «respirar juntos, al ruido marcial de los tambores y al reflejo de las banderas...» (EMS, p. 45), por otro, se evidencia el anverso del medallón. Irrumpen sentencias presididas por un principio moral que concretizan la disconformidad del sujeto: «en esta vida... el hombre no vive feliz ni cumple su deber sino en un altar...» (EMS, p. 45). Y, casi a continuación, la nota dislocadora asociada con la fragmentación e incoherencia de las sociedades modernas: «Aquí da miedo ver cómo se disgrega el espíritu público. La brega es muy grande por el pan de cada día. Es enorme el trabajo de abrirse paso por entre esta masa arrebatada, desbordante, ciega, que sólo en sí se ocupa, y en quitar su puesto al de adelante, y en cerrar el camino al que llega. Por cada hombre del país, cincuenta extranjeros» (EMS, p. 45). La raíz destructiva de esta sociedad —la de la modernidad económica— la relaciona con la migración irracional, y el énfasis exagerado sobre la adquisición de los bienes materiales, propensión que el cronista ejemplifica en un metarrelato antietiológico que preside sus observaciones sombrías: «Acuestan sobre la almohada por la noche la cabeza cargada de ambiciones y cifras» (EMS, p. 46); «en él [el ser humano] continúa la preocupación abominable del bien de cada cual, sin que el hijo llegue a ser un perfume, porque jamás se unen bien el céfiro y la rosa... «en esta regata impía y nauseabunda» (EMS, p. 46).

En un ambiente tan degradado, la salvación moral se cifra en una ética alternativa frente al proyecto desarrollista. Propone el narrador la salida de lo moral por lo bello. Lo enuncia en el sintagma citado arriba, el que junta y contrapone dos metáforas, *rosa* y *céfiro*, en una construcción simbólica de intención elevado-ra, patrón discursivo que luego se repite vía la incorporación de la naturaleza al

proyecto moral subjetivo: «se tiende la playa, matizada de grupos de familias...la vida se sale de algunos ojos apenados, que van allí a hablar con el mar de la honestidad y la grandeza que no se hallan en los hombres» (EMS, p. 47), envilecidos éstos por la cultura de la modernidad burguesa.

A manera de contraste, confirmando el antagonismo entre el espíritu mercantil y la vida creadora, en ese mismo día patrio que ocupa la atención del crítico social se retrata a los inmigrantes irlandeses consagrados a la lucha por la libertad de su patria frente al poder hegemónico de la Gran Bretaña. La escritura incorpora los registros de inconformidad de figuras en la lucha con el poder del centro; en lugar de las sentencias apotégmicas de intención moral («los días patrios no han de ser descuidados», EMS, p. 45), la voz contranarrativa de la modernidad estética se fracciona, y a nivel estilístico crea una escena de lirismo de valor fundamentalmente contramoderno: «dice [la madre de Parnell] cosas que abofetean y que queman: parecen sus palabras, deliberadas, profundas, centelleantes, breves, manojos de guantes que echa al rostro inglés. Se eleva el espíritu, y se humedecen los ojos...» (EMS, p. 48). Son éstas las palabras de oradores que se concentran en países «lentos o duros» y cuyo discurso revela, informa el cronista, «*las condiciones de poesía y palabra*» (énfasis nuestro; EMS, p. 49) carentes de las comunidades en que viven. Es ésta una formulación que propone el ya aludido principio de la salida por lo bello. En ella se encierra una re-definición de la cultura y la relación del individuo con la naturaleza cuya presencia coexistencial –y emancipatoria– en el mundo y en el sujeto se contextualiza con signos revisionistas –estilísticos y estéticos– del discurso modernista. Lenguaje e imaginario social se funden para narrar la liberación del ser y su re-constituida identidad con la sociedad de «los tiempos nuevos».<sup>25</sup> *Poesía y palabra*.

## SEGUNDA PARTE

### Escritura de la cultura nacional

Martí fue el cronista hispanoamericano mejor informado sobre la vida y la cultura de los Estados Unidos de los últimos decenios del siglo XIX. A diferencia de Rodó, por ejemplo, su conocimiento no era libresco; ni, como en el caso de Sarmiento, el producto de una estancia de corta duración. Entre 1880 y 1895

<sup>25</sup> Véase sobre la cuestión del nuevo papel de la naturaleza en el discurso moderno de Martí, Iris M. Zavala, *Colonialism and Culture: Hispanic Modernism and the Social Imaginary*, Bloomington, Indiana University Press, 1992, p. 54. Hablando de la poesía lírica del cubano observa al respecto: «Lyrical poetry addresses the fears, the subjectivities, the family life, the cultural life in order to invite the reader to participate in the national life and the collective project» (p. 55).

vivió y trabajó en la ciudad de Nueva York; viajó a otras ciudades de la costa este del país, sobre todo a las de la Florida; leía y escribía inglés; y en los quince años de su residencia norteamericana adquirió un conocimiento envidiable de las costumbres, la idiosincrasia, la política, la tecnología, las artes plásticas, la música y la literatura de los Estados Unidos.

Para escribir la historia y la cultura de la nación, el cronista asume una doble labor: representar los hechos leídos u observados<sup>26</sup> con el fin de presentarlos transculturalmente a sus lectores hispanoamericanos, lo cual implicaba la necesidad autoimpuesta de reformularlos para que respondieran a su deseo de acelerar la construcción de una nueva realidad moral<sup>27</sup> en la «otra cultura» (el discurso del deseo) vía la receptividad (deseada) de sus lectores en los muchos países donde sus escritos, enviados desde Nueva York, se editaban en revistas y periódicos nacionales o locales. «Al informar *sobre-escribe*: escribe *sobre* el periódico, que continuamente lee, en un acto de palimpsesto, digamos, que a la vez proyecta un trabajo verbal sumamente enfático, que la noticia –el objeto leído– no tenía»,<sup>28</sup> No cultivaba el discurso narrativizante («the narrativizing discourse»)<sup>29</sup> de Hayden White, o sea, una escritura en que los hechos están presentados cronológicamente, en que no hay narrador, y en que los eventos se narran sin intermediarios o sin la presencia de la voz del cronista o de un criterio subjetivo que pasa los hechos por el tamiz de la subjetividad.<sup>30</sup> Todo lo contrario. Al resemantizar la realidad, redefine sus fronteras, y construye un discurso que rebasa los límites de la objetividad (el discurso metonímico e informativo). Si aceptamos la distinción que establece White entre *anales*, *crónicas* e *historias*, se disuelve la debatida problemática de definir el género literario de la escritura martiana, sobre todo la de sus «crónicas» (¿son ensayos o crónicas?; ¿las cartas son crónicas?), pues obviamente los textos agrupados bajo el rótulo de «escenas norteamericanas», más otros escritos dispersos de la misma temática, pertenecen genéricamente a la *crónica*, entendida ésta como una narración que «...starts out to tell a story but breaks off *in medias res*, in the chronicler's own present; it lea-

<sup>26</sup> Sobre el proceso de la escritura martiana ha habido mucho comentario. Véase, por ejemplo, las obras de Susana Rotker (*Fundación de una escritura: Las Crónicas de José Martí*, La Habana, Casa de las Américas, 1992) y Ramos (*op. cit.*). Martí obviamente no observó personalmente todo lo que incluyó en sus escritos norteamericanos. Utilizó fuentes muy varias, pero, tratándose de acontecimientos del momento, se servía de las crónicas de los periódicos y revistas de mayor relieve del país. Sin embargo, el proceso de la producción cronística siempre incluía una desconstrucción subjetiva y la reorganización de los hechos para crear una nueva narración de la nación.

<sup>27</sup> White reflexiona sobre la cuestión de la objetividad y concluye: «Could we ever narrativize without moralizing?» («The Value of Narrativity in the Representation of Reality», *op. cit.*, p. 27).

<sup>28</sup> Julio Ramos, *op. cit.*, pp. 110-111.

<sup>29</sup> White cita a Émile Benveniste, citado a su vez por Gérard Genette, «Boundaries of Narrative», *New Literary History*, 8, 1976, p. 11.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 7.

ves things unresolved or, rather, leaves them unresolved in a story-like way».<sup>31</sup> Pero al narrativizar conforme a este modelo privilegia el proceso de re-escribir el presente con el fin de inspirar la creación de un futuro mejor. En el proceso, el cronista se aproxima a sus lectores mediante un discurso de registros críticos, adjetivo éste que entendemos en un sentido positivo –exteriorizar, explicar– porque en la creación de la imagen martiana de la vida norteamericana el concepto de la crítica no estaba reñido con la armonización de los dos discursos de su escritura ya señalados –el real o informativo y el del deseo–. «Criticar» –insistió– «no es censurar, sino ejercitar el criterio» (T, 40, p. 125).

### Cultura inferior/cultura de dependencia

El imaginario social martiano encierra el carácter ambivalente del discurso minoritario frente al hegemónico. «The minority does not simply confront the pedagogical, or powerful master-discourse with a contradictory or negating referent. It interrogates its object...[it insinuates] itself into the terms of reference of the dominant discourse...».<sup>32</sup> Sus crónicas, condicionadas por el signo negativo de la cultura mercantil que crece en torno suyo, encierran un subtexto que cuestiona el valor del modelo. En la cultura del Norte descubre que

[...] a la par que [hay] un ansia ávida de mejoramiento artístico, [hay] un espíritu de mofa que se place en escarnecer, como en venganza de su actual inferioridad, a toda persona o acontecimiento que demande su juicio, y dé en sus manos, y pasa en eso lo que en las ciudades de segundo orden con los dramas aplaudidos en las capitales, que sólo por venir sancionados de la gran ciudad son recibidos en la provincia con mohínes y desdenes, como para denotar mayor cultura y más exquisito gusto que el de los críticos metropolitanos. En esta dependencia de Europa viven los Estados Unidos en letras y artes [...] (T, 28, p. 68).

Al cronista le decepciona la carencia de identidad cultural, signo de la creación nacional cuyos códigos sólo descubría en forma sostenida en la obra individual de figuras excepcionales como Walt Whitman o Ralph Waldo Emerson. El carácter «disidente» o contracultural de su producción literaria vicia el dis-

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 9. Sobre esta cuestión v. asimismo el libro de Aníbal González, *La crónica modernista hispanoamericana*, Madrid, José Porrúa, 1983.

<sup>32</sup> Homi K. Bhabha, *op. cit.*, p. 306.



curso hegemónico y nos remite al minoritario martiano de la otra cultura cuya formación le asedia al cubano. El escenario cultural cuyos componentes «criticaba» refractaba una defectuosa idiosincrasia:

[...] ni que se esté criando aquí el hombre parejo... a la vez tolerante e impetuoso, ni excesivo ni tibio en el sentir, respetador del derecho ajeno y del propio... que debe apetecerse en los países donde aún está por formarse el tipo nacional (T, 67, p. 163).

La ausencia de un tipo nacional se evidenciaba en la cultura de dependencia foránea, nota fundamental de la vida norteamericana finisecular. «Apenas hay una tentativa de crear ópera americana, con partitura de Goetz, sopranos de Berlín, tenor de Rusia, bajo inglés, y bailarina de Boston...» (T, 32, p. 52). El cronista percibía una red de relaciones: carencia del tipo nacional = cultura de dependencia = cultura de valores materiales. En ausencia de una originalidad artística y de la existencia de escuelas o movimientos nacionales en la plástica, se importaba la obra de artistas extranjeros: Corot, Gérôme, Manet, Fortuny, Díaz, Delacroix, Degas, Durero, Millet. El espíritu mercantil –el arte como artículo de mercado, práctica institucionalizada con el advenimiento de la modernización socioeconómica– regía sin la existencia de una sensibilidad artística:

Al olor de la riqueza se está vaciando sobre New York el arte del mundo. Los ricos para alardear de lujo; los municipios para fomentar la cultura; las casas de bebida para atraer a los curiosos, compran en grandes sumas lo que los artistas europeos producen de más fino y atrevido (T, 53, p. 180).

El cronista centra su atención sobre la «diferencia» cultural de una nación que no ha descubierto su centro. La lectura de la producción artística del país suele ser negativa, sobre todo al principio de su estancia; pero en todas las etapas cronológicas de su cronística se percibe el sentido de la diferencia leída desde la orilla del deseo, desde el de la cultura hispanoamericana. Se trata de un planteamiento metafórico cuya faz real constituye una meditación especular en cuya superficie el moralista desarrolla una interpretación cultural cuya intencionalidad es guiar e inspirar. El relato de la cultura artística norteamericana en-cubre y des-cubre el deseo de contribuir a esa labor.

Todo lo que el hombre hace en una época contribuye a este proyecto, obra humana que prepara la cultura de la siguiente. De ahí, en el ensayo sobre el profesor Draper, el discurso del deseo se estructura en torno a la siguiente enunciación apotégmica: «Este siglo prepara la filosofía que ha de establecer el siglo que viene. Éste es el siglo del detalle: el que viene será el siglo de síntesis» (T, 28, p. 74). La «nación definitiva» se inscribe en un proceso metamórfico que privilegia la deseada perfectibilidad del futuro en lugar del presente imperfecto.

## Cultura de la modernidad

La cultura de la modernidad burguesa se filtra en el discurso crítico de las escenas norteamericanas en torno a las figuras cumbres de la cultura, o las visitas foráneas que en el siglo XIX la marcan de modo potente. La presencia, por ejemplo, de Oscar Wilde da origen a una serie de meditaciones sobre el materialismo reinante; en el repudio de los valores espirituales se abre un espacio suplementario en el cual se inserta, con intención aleccionadora, la otra cultura (T, 28, pp. 67-68). Los preceptos esteticistas de Wilde, que no encuentran eco en el país y no siempre son del gusto del cronista, están en conflicto con la base de la modernidad burguesa, pues el inglés quiere «que vaya la vida encaminada, más a hacer oro para la mente, que para las arcas» (T, 28, p. 68). «El dinerismo nos pudre» –insiste el cubano– «y guerreamos contra el dinerismo. Antes teníamos más hombres felices: ahora tenemos más fieras y más bestias» (T, 38, p. 187). Y, aunque Martí aplaude los esfuerzos de hombres recios, como el rico Huntington, de modificar las nocivas instituciones sociales creadas por la modernidad burguesa, de «sacarle los cimientos al orden social de hoy, y ponerle otros más seguros», en ton de advertencia, desde el subtexto de su discurso reflexiona que «cada pueblo se cura conforme a su naturaleza... Ni Saint-Simon, ni Karl Marx, ni Marlo, ni Bakunin» (T, 38, p. 187).

La nación que construye el cronista vibra con un ritmo acelerado, neurótico: «Apenas se tiene tiempo para vivir. El cráneo es circo, y los pensamientos son caballos azotados» (T, 32, p. 51). El movimiento perpetuo de la «neurosis» de la modernización norteamericana conforma una escritura de prosa surrealista cuyos fragmentos refractan la rapidez de la existencia en su sintaxis sincopada, fragmentada, sin conectivos: «Nadie se duerme, nadie se despierta, nadie está sentado: todo es galope, escape, asalto, estrepitosa caída, eminente triunfo. Es una procesión de ojos sedientos, montados sobre piernas aladas, –las piernas de Mercurio» (T, 32, p. 51). El cuestionamiento materialista subvierte los valores de la modernidad burguesa; el discurso martiano privilegia el que funde «lo racional y lo poético». Para el cronista era cuestión de ver desde la cima para poder abarcar lo que pasaba en el llano (T, 28, p. 194), estrategia que encierra la exploración de los espacios múltiples de la realidad y de la imaginación, de puntualizar nexos, y en un plano temporal, enjuiciar el presente pensando en el futuro. En la recursividad temporal de su escritura descubrimos las primicias del nuevo historicismo que como crítico literario percibió en la obra del novelista Mark Twain: «[...] levanta la piel con la pintura de las baronías de antes, que resulta ser la de las minas de carbón y covachas de ferrocarril de las baronías de ahora, de los dominios del sonriente y pizpireto Carnegie [...]» (T, 38, p. 186).

Lo moderno se cifra en la cultura citadina de Nueva York. Su metaforización emana de los recesos subjetivos de un proyecto de renarrativización que sobre-

pasa las fronteras de las amonestaciones críticas. Frente a los códigos de la modernidad burguesa, el cronista orchestra los discursos de información y deseo para penetrar los espacios de la existencia libre y de la creación artística exenta de las trabas impuestas por una sociedad dominada por el afán de sobrevalorar los bienes materiales. De ahí las dilatadas y líricas evocaciones de figuras contraculturales del arte –pintores, músicos, poetas, novelistas y oradores–. Los intersticios de esta re-escritura nacional ofrecen una visión de la modernidad basada en los mecanismos de la subjetividad que suelen interiorizar y concretizar la realidad sociocultural en imágenes positivas. Son crónicas cuyo discurso in-forma, de-forma y re-forma los códigos del discurso informativo, a veces mediante una sucesión de tenebrosas sinécdoques: «Es [la realidad norteamericana] una procesión de ojos sedientos, montados sobre piernas aladas [...]» (T, 32, p. 51).

Y, marcando la correspondencia en esta «procesión» entre historia y creación, proyecta nuestra atención hacia el hecho –simbólico para el cronista– de que la mujer norteamericana no figura en la pintura moderna por razones que son objeto de una especulación determinista ligada a la cultura mercantilista:

[...] es curioso de ver cómo la mujer norte-americana no ha podido aún lograr una expresión durable<sup>33</sup> en la pintura; ya porque los artistas, educados en el estudio de tipos europeos más armoniosos y flexibles, las hallen, como en verdad están, faltas de femineidad y delicadeza, ya porque con aquellas ductilidad y porosidad mayores que son propias de su sexo, se amoldan con tal rapidez a las facies de civilización por que precipitadamente su pueblo atraviesa, que en ninguna de ellas persisten por tiempo suficiente para constituir un tipo fijo (T, 31, p. 82).<sup>34</sup>

La velocidad intensa de esta cultura aísla y ahoga al ciudadano; confrontado con ella el homocentrismo del imaginario social martiano crea narraciones cuya base noética va a contrapelo de la cultura moderna, indiferente ésta a la victimización socioeconómica del individuo y de la marginalización del artista. Esta lectura refleja una decisión estratégica y racional por parte del cronista; al plasmarse en la práctica de su escritura, traduce una recomendación al «patriota» (enmascaramiento del narrador), que signa un proceder personal, una preferencia ideológica, y la priorización del individuo en el proyecto colectivo:

<sup>33</sup> La metamorfosis (de la modernidad) informa la meditación martiana en torno a la idiosincrasia femenina: «Escurridiza como un reptil, vacía como una vejiga, *la mujer americana va de una forma a otra*, sufriendo rápidamente influencias extranjeras diversas con todos los hábitos y servidumbres del harem en medio de una sociedad libre, que no ha alcanzado caracterizarla y dignificarla» (énfasis nuestro; T, 31, p. 82).

<sup>34</sup> La dedicación martiana a la *narración de la nacionalidad* se manifiesta en el lenguaje de sus crónicas, en especial en formulaciones lingüísticas como las siguientes: «tipo fijo», «asuntos nacionales», «espíritu nacional» (T, 31, pp. 82-83).

El patriota, si quiere bien a su patria, no empezará a leer el periódico por el editorial, que dice lo que se opina, sino por los anuncios, que dicen lo que se hace [...]. Por los anuncios se ve la vida pública, y el bien y la persona de todos, que es base de cada uno, porque *no hay gusto sino donde todos lo tienen, y cada cual es creador y condueño de sí* [...] (énfasis nuestro; T, 39, p. 71).

La voz creadora individual articula registros de disconformidad social –posición antihegemónica frente a la modernidad. Se inserta en la lectura de *todas* las instituciones humanas, inclusive la de la religión, afectada por la metamorfosis de la sociedad moderna. Las modificaciones de la Iglesia y la necesidad de efectuarlas emanan del deseo de cultivar la semilla de creatividad y de energía de los seres humanos; en el fondo, transparenta un rechazo de los moldes sociales prehechos y constrictivos.

O conciliamos [observa] ...la razón del hombre con su sentimiento religioso, sin exigirle creer en más divinidad que la que lleva en sí, ni en más revelación, fuera de la inevitable de Cristo, que aquella constante por donde la vida futura y perfecta se exhibe como tipo en la conciencia del hombre, o [...] *buscará el hombre fuera de los dogmas históricos y puramente humanos, aquella armonía del espíritu de religión con el juicio libre, que es la forma religiosa del mundo moderno, adonde ha de venir a parar...la idea cristiana* (énfasis nuestro; T, 39, pp. 48-49).

Armonía y libertad, dos palabras claves, dos iconos de la modernidad estética y social que maneja un veedor de la cultura; son signos del deseo de otredad en la narración de la nacionalidad moderna, signos que conforman sus evocaciones de figuras nobles e ideales como la del escritor Longfellow. De él, con motivo de su muerte, anota que «tanta era su luz propia, que no pudieron cegarla reflejos de otras luces. Fue de los que dan de sí, y no de los que toman de otros... No incitaba a los humanos a cóleras estériles, sino al bravo cultivo de sí mismos» (T, 16, pp. 112-114). En la presentación de estas figuras son varias las formas de resemantizar las transformaciones de la realidad observada: queda la de la modernidad burguesa marginalizada; ocupa el trasfondo; o figura en función de una fuerza contra la cual batalla el hombre inspirado por el discurso del deseo.

En una observación autorreflexiva expresada en carta escrita a Bartolomé Mitre y Vedia (citada a menudo en la literatura crítica), Martí explica el criterio que manejará en la composición de las crónicas norteamericanas destinadas a *La Nación*. Le advierte a Mitre: «Cuando hablo de literatura, no hablo de alardear la imaginación, ni de literatura mía, sino de dar cuenta fiel de los productos de la ajena» (T, 65, p. 103). Pero los registros del discurso del subtexto suelen desdeñar su insistencia sobre la transcripción fiel, proceso selectivo que se manifiesta en las «escenas» al escoger y privilegiar el narrador a sus autores



predilectos –Emerson, Longfellow, Whittier, Holmes, James, Whitman y el crítico Stedman–. De éstos, el que más elogio abierto mereció fue Whitman «rebelde y pujante», el hombre que narra la experiencia de la nación moderna, el individuo que significativamente batalla en pro del humilde, en defensa de la libertad y en contra de muchas prácticas de la modernidad burguesa que limitaban al ser humano. La combatividad individual en contra del proyecto hegemónico asedia al cronista. De ahí su preferencia por el James Russell Lowell que «flageló [en su juventud] a los avariciosos y a los hipócritas...» (T, 35, p. 107),<sup>35</sup> al Lowell anciano, entregado a la autoridad y al poder. La presencia de las dos caras del destacado escritor sirven para formular el pensamiento apotégmico: «El pudor del hombre está en la mente, y se ha de llegar con él incólume a los ochenta años» (T, 35, p. 107).

## El discurso especular

La historia de las naciones es especular; su evolución entraña un proceso de representación simbólica, recursiva, y a menudo analógica:

[...] como prueba de la semejanza del hombre a sí propio, en estados por todas sus condiciones o por alguna análogos, que lo más genuino que lleva producido la arquitectura norteamericana...recuerda, aunque con menos gracia y novedad, las fábricas sin curvas de los indígenas de América (T, 35, p. 137).

Son múltiples las estrategias de que se sirve el cronista para saltar del discurso informativo al discurso del deseo y, de este modo, presentar lo que está más allá de los límites de la óptica metonímica de su narración. En ocasiones, la inserción de la cultura dominante y la contracultural es abierta: «Como en sermones, malos romances y reales pragmáticos aprendíamos a leer [en los escritos de Washington Irving] los colonos de la tierra hispana, los de ésta soltaban los ojos enamorados siempre de las maravillas, detrás de los pasmosos caballeros del Rey Arturo, o los melosos madrigales, o los amadores de la novela que entretenían el ocio inglés» (T, 29, pp. 108-109). Insiste sobre la necesidad de hacer respetar a la América Hispánica en los Estados Unidos, «un pueblo ante el cual es indispensable enseñarse con todas las cualidades de fuerza mental y cultura visible y organización decorosa que pueda inclinarlo al respeto» (T, 66, p. 82). Otras

---

<sup>35</sup> En apoyo del «shift», o sea del vaivén constante, del discurso martiano –no es monolítico, no es constante ni consistente, como todo discurso de la modernidad– compárese la declaración siguiente sobre el otro Lowell: «vendido a la prosperidad, ya se le ha helado el genio [...] preside por la autoridad que le viene de la vanagloria de haberla adulado» (T, 35, p. 107).

veces se transparenta la voz magistral que desborda los límites del discurso literario e informativo: «Y conociendo los orígenes de esas instituciones deslumbrantes, podremos acercarnos a ellas, o apartarnos de ellas, o alterarlas en la acomodación a nuestros países, o no acomodarlas [...]» (T, 28, p. 195). Se trata de un procedimiento narrativo (contradiscursivo) basado en el cuestionamiento de la cultura dominante; el narrador se insinúa en los códigos del discurso hegemónico, amplía las fronteras de su narración y crea un universo alternativo: el del discurso del deseo.<sup>36</sup>

Una estrategia comparativa, expuesta sin disimulación, informa la práctica discursiva cuando el cronista ofrece información sobre la vida cultural norteamericana, y simultáneamente evoca cuadros de la otra cultura:

¿Cómo no acordarse, teniendo sangre leal de hispano-americano en las venas, de estas glorias sofocadas y desconocidas de nuestro arte latino [el de Hispanoamérica], enfrente de estos paisajes violentos de Chase, no como los de Velasco el mexicano poderoso; de estas marinas, acabadas, mas sin brío, de Swain Gifford, que sigue a Tieppolo; de estos retratos de Sargent, que tiene genio suyo y copia con soltura la figura humana [...] (T, 31, p. 66).

En su afán de valorar debidamente los objetos culturales de la América Hispánica, se inclina al elogio desmesurado. Frente a las carencias de los pintores norteamericanos, cuyos cuadros contemplaba en sus periódicas visitas a las galerías neoyorquinas, formula un concepto determinista –«tierra»/«sol»– para afirmar la superioridad plástica hispanoamericana:

Carece el pintor yankee de aquella paleta luminosa que en nuestros artistas, como en los españoles e italianos, no es mérito personal sino de sus tierras y su sol... ¡cuánto hay de profundo y no enseñado en los cánones del arte, que América sabe, y que no pudieron saber ni Fromentin, ni Blanc, ni Ruskin [...] (T, 40, pp. 153-154).

El anverso del medallón consiste en un proceso de denigración que expone la anatomía de la nueva nación formada por las masas hambrientas de una sociedad materialista cuyas normas, tradiciones, prácticas culturales y sociales desconocen los recién llegados inmigrantes metaforizados en una visión colectiva aterradora –las «colosales hileras de dientes»:

Vienen generaciones hambrientas de hombres abandonados a sí propios, que emplean con ansia la segunda mitad de la vida en librarse de la miseria en

---

<sup>36</sup> Cf. Homi K. Bhabha, *op. cit.*, p. 306.

que han pasado la primera. *No tienen aquí la patria propia*, que nutre con su tradición y calienta con sus pasiones el espíritu del más miserable de sus hijos [...] no tienen aquí *el pueblo nativo*, cuya estimación ayuda a vivir, y cuya censura es temida (énfasis nuestro; T, 33, p. 108).

Los códigos del subtexto –patria, nación, cultura auténtica– se intercalan en el discurso informativo, el cual, en este caso, gradúa los códigos en torno al concepto falso de la educación en un país con una población creciente que la nación pretende «dirigir por la cultura y por el sentido religioso» mientras que esta masa pujante «...busca sin freno la satisfacción rápida y amplia de sus apetitos» (T, 33, p. 109). El eje del discurso especular gira alrededor de los conceptos fallidos de autoridad y de la homogeneidad de naciones en el proceso de modernizarse. De ahí el *caveat* dirigido a las sociedades hispanoamericanas: importa considerar con cautela los medios y fines de los proyectos nacionales de transformación social y de estímulo cultural.<sup>37</sup>

## Cultura americana, cultura naciente

Es un «pueblo naciente en cosas de arte» (T, 30, p. 153); también es «una civilización egoísta y áspera» (T, 38, p. 74) en la cual «se come agonía y se bebe angustia» (EMS, p. 39). Sus producciones, derivativas, o inestables, confrontan el discurso dominante con una voz crítica emitida desde los márgenes de una cultura minoritaria, pero con un conocimiento profundo de información sobre la dominante. El narrador, al urdir un relato fragmentado y subjetivo, se fija en los detalles simbólicos de la cultura homogénea, y al resemantizarla establece una distancia entre el discurso de la realidad y el del sujeto creador, espacio que le permite contemplar en función de la otra cultura –la hispanoamericana– el sentido y la calidad del arte de los Estados Unidos. Excepciones a este proceso apropiador y perspectivista abundan, principalmente entre las descripciones de los artistas representativos cuya producción artística el cronista identifica con un nivel desarrollado del tipo nacional o la cultura de la nación en sus manifestaciones más auténticas –escritores como Whitman, Longfellow y Emerson, con quienes el nexo del cronista es tan estrecho que con dificultad distinguimos entre el discurso de uno y de otro.<sup>38</sup> Pero, en la mayoría de los casos, prima el

<sup>37</sup> Véase sobre la cuestión de «alertar», el estudio de Hebert Pérez Concepción, «José Martí, historiador de los Estados Unidos, previsor de su desborde imperialista. El alerta a nuestra América», *Universidad de la Habana*, n° 238, mayo-agosto de 1990, pp. 121-134, especialmente, p. 134. [Se reproduce en el «Dossier» de esta obra, pp. 2098-2108. (Nota del Coord.)]

<sup>38</sup> Sobre Emerson, v. el extenso estudio de José Ballón, *Autonomía cultural americana: Emerson y Martí*, Madrid, Editorial Pliegos, 1986.

recurso de separación sicológica en el proceso de reapropiación, signo de la voz crítica y del repudio de los objetos culturales de la modernidad burguesa. Traducen y simbolizan este proceso las representaciones del teatro popular de Harrigan y Hart, dramaturgos que captan las notas peculiares y los fallos sociales de la nación. Lo que mueve al cronista a recurrir al lenguaje de los registros sombríos es la percepción de que en «este teatro de comedia neoyorquina, no se pinta, como que *no la hay*, una sociedad [...]» (énfasis nuestro; T, 30, p. 153). Y, sin embargo, en otros instantes descubre imágenes alternativas de la cultura nacional, objetos de la cultura democrática que aprecia, la cultura de los «genuinos americanos» que «no creen que el brazo que ha crecido con la salud de la libertad deba, matricida, volverse contra ella...[que] rechazan como culpable toda ventaja obtenida por la intimidación, el abuso de la fuerza, y la amistad falsa. También la fuerza tiene su deber, que es el respeto a la debilidad» (T, 37, pp. 186-187).

Pero esta sociedad, asediada por una modernidad peligrosa de rasgos viriles, carece de femineidad, código cuya inscripción considera indispensable para la formación de una fructífera cultura nacional:

¿Ni cómo, aun en lo que balbucea e imita, podrá enseñarse con lo que tiene de propio un pueblo en quien el influjo del suelo e instituciones nuevas sobre el carácter heredado ha producido una originalidad briosa? El norteamericano, que apenas empieza a dar en los hijos de sus ricos muestras de *afeminamiento*, refleja en su arquitectura el predominio de *sus hábitos viriles*, y no revela hasta hoy en sus edificios aquella *gracia femenil*, nivel y gusto de vida, que todavía no ha ejercido su influjo regulador; ni lo ejercerá nunca acaso, sobre la *existencia nacional* (énfasis nuestro; T, 35, p. 136).

Falta en ella asimismo el discurso armónico: «Se mira aquí la vida, no como el consorcio discreto entre las necesidades que tien[d]en a rebajarla y las aspiraciones que la elevan, sino como un mandato de goce, como una boca abierta, como un juego de azar donde sólo triunfa el rico» (T, 33, p. 107). Cultura de ruido,<sup>39</sup> cultura contraproducente para la creación artística:

La cultura quiere cierto reposo y limpieza, así como la vida doméstica; y no que [...] les ahogue la voz el bufido de la máquina que pasa, o les perturbe el pensamiento el ruido sordo e insufrible que jamás cesa en la vía, o se les entre cargada de chispas por la ventana una bocanada de humo (T, 36, p. 29).

---

<sup>39</sup> Sobre la cuestión del ruido de las sociedades industriales agrega, pensando en forma especular: «[...] el ruido [...] espanta a las almas artísticas y amigas del decoro» (T, 36, p. 29).



Pero, entre los intersticios del discurso moderno martiano, también se evidencia la presencia de registros positivos en la lectura de la cultura norteamericana, los cuales marcan momentos de optimismo respecto al futuro, momentos que el cronista identifica con la salvación implícita para esta cultura debida a la acción del pueblo «llano»: «...la gente llana de todos los pueblos de la tierra es buena, y al olor del mercado vienen, suavizando y bruñendo, la literatura y la música» (T, 30, p. 141).

## Las dimensiones discursivas de la modernidad

En la lectura de la nación norteamericana el cronista puntualiza los nexos entre la ideología moderna, el estilo de la modernidad y el cultivo de un discurso revolucionario. Martí alude a la existencia de una palabra «nueva» (T, 17, p. 178), consciente de un futuro diseñado en el espacio del deseo. El sentido de una diferenciación en la representividad de la cultura de la nación puede rastrearse vía la exploración de la función de los registros del estilo metonímico, por un lado, y los registros de la expresión metafórica, por otro. Se capta el proceso de la modernización de la cultura citadina *in medias res* en rápidas pinceladas como un proyecto inacabado y en el borde de la hecatombe –signos de las contradicciones inherentes de la Edad Moderna. Por consiguiente, los registros del discurso son ambivalentes. Las acumulaciones metonímicas, signo del estilo «realista» de la modernidad de algunos textos, ceden en otros a las creaciones metafóricas e impresionistas, principalmente en la evocación de los artistas o en aquellos espacios del discurso que expresan la fe del cronista en la reconstrucción y metamorfosis humanas. Cuando parece que todo está perdido en la nación del norte,

¡he aquí que surge [¿discurso informativo o discurso del deseo?], por la virtud de permanencia y triunfo del espíritu humano, y por la magia de la razón, una fuerza reconstructora, un ejército de creadores, que avienta a los cuatro rumbos los hombres, los métodos y las ideas podridas, y con la luz de la piedad... sacuden las paredes viejas, limpian de escombros el suelo eternamente bello, y levantan en los umbrales de la edad futura las tiendas de la justicia! (EMS, p. 65)

Por medio del reajuste y remolde de la información leída y observada desde su sitio de atalaya, el cronista describe las acciones y/o la producción artística de aquel «ejército de creadores» –el de las figuras montañosas– en la evocación de las cuales se transparenta el discurso modernista,<sup>40</sup> el anverso del medallón

---

<sup>40</sup> Lodge distingue entre los dos discursos de la manera siguiente: «Realistic writing is metonymic, and Romantic and Symbolist writing metaphorical. Hence the traditional novel –which is both

del lenguaje metonímico de la modernidad burguesa, o sea, el estilo de la modernidad estética. Ilustra la alternancia de estos procesos discursivos el ensayo sobre Henry Ward Beecher. En este texto irrumpe el lenguaje expresionista de la modernidad estética: «Cuando se ahondaba el camino, cuando enardecía aquel estilo la pasión, despeñábanse sus múltiples aguas, y allá iban, reunidas y potentes, con sus hojas de flores y sus guijas; mas luego que el camino se serenaba, volvía aquella agua, que no tenía fuerza de río, a esparcirse en cañadas juguetonas» (T, 17, p. 178). En cambio, otro ensayo sobre la vida, obra y acción de Roscoe Conkling presenta el estilo metonímico con sintagmas eficaces y económicos de la escritura moderna burguesa:

No era de los que recibía de la Naturaleza el don de pensar como un deber de emplearlo en el servicio de sus semejantes, sino como el título de su derecho a hacerse servir de ellos. Cruzó por la República con paso imperial. No tomaba opinión de la masa, sino que le echaba su opinión. Su política tenía por objeto principal vencer, aun antes que a sus enemigos, a sus rivales (T, 16, p. 42).

Es esta «existencia arrebatada...y directamente individual» (T, 23, p. 34), reflejo de la vida egoísta y angustiada de la modernización económica...

Para abarcar y, al mismo tiempo, contrarrestar el poderoso influjo de la modernidad burguesa, el cronista recomienda la lectura de dos textos fundamentales, uno de Andrew Carnegie, otro de Henry George: «Es Andrew Carnegie, el autor de *Democracia triunfante*, libro agradecido que el observador estudioso no debe leer sin *El progreso y la pobreza* de George al lado» (T, 35, p. 99).

Una sociedad nueva demanda una literatura nueva. De ahí la preocupación martiana por la originalidad de la cultura literaria, título que le da a su ensayo sobre Louisa May Alcott:<sup>41</sup> «La originalidad literaria en los Estados Unidos». La muerte de esta escritora crea una oportunidad para reflexionar sobre los límites del discurso moderno cuyas normas y fronteras no pueden ser las de las expre-

---

realistic and written in prose— is essentially metonymic...the realistic author metonymically digresses from the plot to the atmosphere and from the characters to the setting in space and time. He is fond of synecdochic details. Now, since modern fiction is generally regarded as having a Symbolist bias and as being in reaction *against* traditional realism, we should expect to find it tending toward the metaphoric pole» («The Language of Modernist Fiction: Metaphor and Metonymy», en: Malcolm Bradbury y James McFarlane, eds., *Modernism 1890-1930*, Harmondsworth, Inglaterra, Penguin, 1976, pp. 483-484). Finalmente agrega, con el fin de perfilar los nexos y las diferencias entre los dos discursos: «if the initial trigger-mechanism of memory is metaphoric, the expansion and exploration of any given memory is essentially metonymic» (*ibid.*, p. 493).

<sup>41</sup> La voz martiana, emitida desde el otro discurso —especular—, se manifiesta en este ensayo también: «De seguro que su nombre no es conocido en nuestros países, como no lo era el de su padre, el filósofo Bronson Alcott» (T, 16, p. 63).

siones anteriores: «No hay que andar buscando en los pueblos nuevos aquellas literaturas de copia y alfileres que enseñan catedráticos momias en las escuelas clásicas» (T, 16, p. 63). El discurso ejemplar de Alcott, iluminado «por la ternura», no «se valió de la imaginación para inventar, sino para componer, que es su verdadero oficio». Por eso, la destacada escritora no construyó «edificios de cartón pintarrajeados de leyenda y mitología, con un puntal griego, otro hindú, otro alemán» (T, 16, p. 65). Compuso de lo que pertenecía a su experiencia de la vida, la del sufrimiento que presencié en la Guerra Civil y la de su existencia juvenil. Reunió lo racional y lo experiencial con lo poético, creando un discurso artístico con base en la vida real.

Pero la nota más elevada del discurso poético del cronista, donde mejor surgen a la superficie las presencias subjetivas de su imaginario, es en el ensayo sobre Emerson, deslinde de las vivencias y la ideología del escritor trascendentalista. En el bardo de Concord encontró la encarnación del hombre rebelde, el que «se sacudió de los hombros todos esos mantos y de los ojos todas esas vendas, que los tiempos pasados echan sobre los hombres» (T, 15, p. 12). Hombre natural, cultivó un discurso poético que se inserta en el modernista martiano de tal modo que constituye una representación simbólica de la modernidad escritural:

Robledales en flor semejan algunos poemas suyos. Suyos son los únicos versos poémicos que consagran la lucha magna de esta tierra... Son [sus versos] unas veces como anciano barbado, de barba serpentina, cabellera tortuosa y mirada llameante, que canta, apoyado en un vástago de encina, desde una cueva de piedra blanca, y otras veces, como ángel gigantesco de alas de oro, que se despeña desde alto monte verde en el abismo (T, 15, p. 33).

La modernidad burguesa y la estética se filtran y se enriquecen mutuamente en el imaginario social martiano: «Pues ¿quién dice que la poesía ya se ha acabado? Está en las fundiciones y en las fábricas de máquinas de vapor; está en las noches rojizas y dantescas de las modernas babilónicas fábricas; está en los talleres» (T, 40, p. 16). ¿Qué es, en el fondo, el relato de la vida moderna para este representante de otra cultura que lee la de los Estados Unidos? Es, al decir suyo, apropiando su caracterización de las páginas de *The Century Illustrated Magazine*, «artes de ayer, con criterio de ahora; galas, fiestas y miserias de las grandes ciudades; domesticidades y hábitos de la gente ilustre; sesudo examen de la obra actual de artistas, poetas, magistrados, oradores, guiadores de estado y del pensamiento» (T, 40, pp. 42-43).

El escritor que se identifica con las masas inmigrantes –reflejo del sujeto alienado y exiliado durante quince años en los Estados Unidos– con un visión centrada en la cultura modernista –la del deseo–, presenta y re/presenta la vida a

su alrededor. Narra la historia de la *disemiNación*,<sup>42</sup> pero sueña con el proyecto de la *resemiNación*. Inscribe su visión retextualizada de la cultura norteamericana guiado por dos acepciones de la noción de la crítica –la martiana (T, 40, p. 125), o sea, la del observador que prefiere no censurar, posición sujeta a modificaciones de índole varia consistente con las ambigüedades y las contradicciones de la escritura moderna–, y la del discurso del deseo que el imaginario social del cronista procesa, re-escribe, proyecta y convierte en un anhelado e inspirado perfeccionamiento de una metamorfosis raigal y legítima para los países «azules».<sup>43</sup>

## Reconstruyendo el universo: una modernidad alternativa

En el paradigmático ensayo «Prólogo al *Poema del Niágara*» (1882), el cronista define la operación de la modernidad burguesa y explica el proceso de socialización interna de la naturaleza. Y a partir de las primeras líneas presenta los valores poéticos de un desengañado discurso del deseo construido en forma sintética y metafórica:

Se pudren las ciudades; se agrupan sus habitantes en castas endurecidas; se oponen con la continuación del tiempo masas de intereses al desenvolvimiento tranquilo y luminoso del hombre; en la morada misma de la libertad, se amontonan de un lado los palacios de balcones de oro, con sus aéreas mujeres y sus caballeros mofletudos y ahitos, y ruedan de otro en el albañal, como las sanguijuelas en su greda pegajosa, los hijos enclenques y deformes de los trabajadores, en quienes por la prisa y el enojo de la hora violenta de la concepción, *aparece sin dignidad ni hermosura la naturaleza* (énfasis nuestro; EMS, p. 64).

Si en este y otros pasajes de sus crónicas el narrador fragmenta el universo, es con el propósito sugerido por Zavala (en su análisis de la cultura modernista y el colonialismo) de desmitificar las percepciones tradicionales del ser en su papel de víctima social, o con el deseo de establecer nuevas estructuras que marcan y legitiman la diferencia entre las situaciones del pasado y las proyectadas posibilidades de un futuro transformado. La subjetividad moderna, aclara Zavala, «seeks to master both inner and outer nature, a mastery which is not a repetition of the traditional liberal vision of individual freedom».<sup>44</sup> En el proceso, se visualizan mundos internos y externos cuya plasmación conexa –vertida

<sup>42</sup> Utilizamos el término de Bhabha, quien se refiere a las migraciones de los pueblos y su encuentro con otras culturas, nuevas, foráneas. El término *resemiNación* es nuestro y se refiere a la unidad nacional, o sea, a la creación de una colectividad unificada.

<sup>43</sup> Utilizamos el adjetivo que Martí empleó para referirse a los países hispanoamericanos.

<sup>44</sup> Iris M. Zavala, *Colonialism and Culture...*, *op. cit.*, p. 41.



en el estilo de la modernidad estética— responde al estímulo del ritmo energético y hasta sincopado de la modernidad. El desmoronamiento de «la fábrica más limpia y ostentosa que ha levantado el hombre» (EMS, p. 65) inspira la reestructuración del universo que Martí y otros modernistas proponen con confianza;<sup>45</sup> es una visión «futura» cuyas características puntualiza Vitier: «Viviendo y participando como trágico agonista en un mundo cargado de contradicciones,...ofrece [Martí] la visión...profética, de un mundo basado en el equilibrio y la reconciliación de todas las fuerzas del hombre».<sup>46</sup> El proceso de rever las fronteras de los espacios nacionales y creadores no se limita a la contextualización del ciclismo material propuesto en los *Versos sencillos* (I): «Y salir de los escombros / Volando las mariposas», sino que involucra la convicción de lo factible de una modernidad *diferente*, opuesta al discurso utilitario, mercantilista y tecnológico, o concebida como complemento que modifica los códigos de la modernidad socioeconómica. La república del futuro, moral y bella, se impondrá por medio de la obra redentora del hombre, la racionalidad instrumental y la fuerza moral:

¡he aquí que surge, por la virtud de la permanencia y triunfo del espíritu humano, y por la magia de la razón, una fuerza reconstructora, un ejército de creadores, que avienta a los cuatro rumbos los hombres, los métodos y las ideas podridas, y con la luz de la piedad en el corazón y el empuje de la fe en las manos, sacuden las paredes viejas, limpian de escombros el suelo eternamente bello y levantan en los umbrales de la edad futura las tiendas de la justicia! (EMS, p. 65)

La naturaleza, interiorizada, participa de este proceso: «¡Oh, el hombre es bueno, el hombre es bello, el hombre es eterno! Está en el corazón de la naturaleza, como está la fuerza en el seno de la luz» (EMS, p. 65). Las transiciones sociales son inherentes; las producen las fuerzas naturales socializadas, apropiadas e interiorizadas por el artista del modernismo, atento al ritmo energético y metamórfico del proceso emancipatorio.

---

<sup>45</sup> El optimismo martiano constituye una contranarración de época, pues la mayoría de los escritores modernistas expresan el sentimiento desarraigado de la existencia sin percibir las posibles «reconstrucciones» de su universo. Véanse las páginas 51-55 de Garfiel y Schulman, «*Las entrañas del vacío: ensayos sobre la modernidad hispanoamericana*» (México, Cuadernos Americanos, 1984) sobre el enajenamiento del escritor moderno ante el subjetivismo económico, la división del trabajo, los principios de la racionalidad de la producción, y las leyes del mercado. En su crónica del 15 de octubre de 1886, observa Martí con respecto a los Estados Unidos: «No: no parece que haya sido en vano en los Estados Unidos el siglo de la República: parece al contrario que será posible, combinando lo interesado de nuestra naturaleza y lo benéfico de las prácticas de la libertad, ir acomodando sobre quicios nuevos sin amalgama de sangre los elementos desiguales y hostiles creados por un sistema que no resulta, después de la prueba, armonioso ni grato a los hombres» (EMS, p. 73).

<sup>46</sup> Cintio Vitier, *op. cit.*, pp. 122-123.

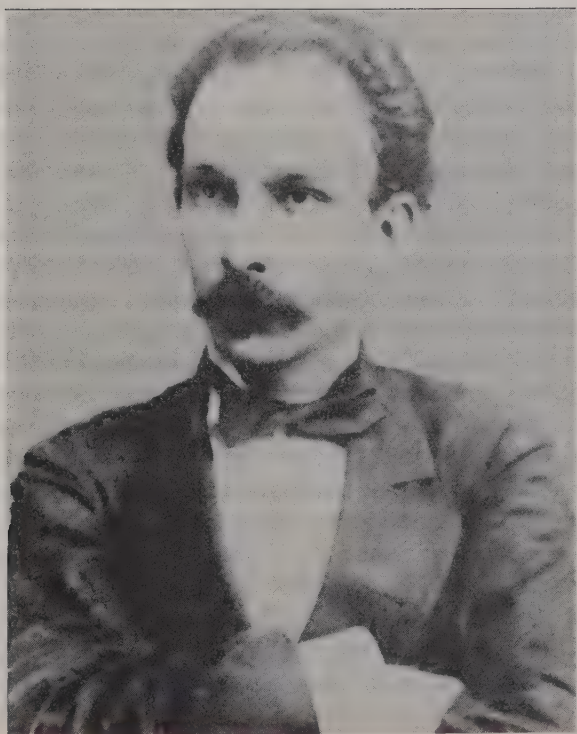
La inscripción de la modernidad al comienzo de este proceso está contrapesado, quizá sería mejor decir condicionado, por un sistema normativo en que el optimismo ocupa un lugar central, pues el principio de la «salvación» del país le hace pensar al cronista en un futuro armónico: «Sí, de esta tierra misma donde el exceso del cuidado propio sofoca en los hombres el cuidado público, donde el combate febril por la subsistencia y la fortuna exige como contrapeso y estímulo el placer acre, violento y ostentoso [...] se está levantando con una fuerza y armonía de himno uno de los movimientos más santos y vivos en que ha empeñado jamás su energía el hombre» (EMS, p. 65). Es, escribe Martí, «el nacimiento, con tamaños bíblicos, de una nueva era humana» (EMS, p. 66). Es, por ejemplo, la palabra de Henry George, figura redentora, metáfora de la contramodernidad, que potencia el imaginario social martiano y perpetúa el «sublime demonio interior» que nos devora y «nos empuja a la persecución infatigable de un ideal» (N, 9, p. 126).



# V

---

## LECTURAS DEL TEXTO







---

# Anne Fountain

## Autores estadounidenses asumidos por Martí

Durante los casi quince años que Martí vivió en los Estados Unidos, logró pintar con un pincel veraz, tajante y descriptor un verdadero panorama de autores de la inmensa nación del Norte, y los hizo desfilar por toda su obra, testimonio de su afán por las letras, su interés en los valores humanos que representaban y su criterio de que un país se conoce tanto por sus autores como por sus políticos. En los ensayos escritos con destino a los periódicos de varios países hispanoamericanos, en los poemas que compuso y tradujo para *La Edad de Oro*, en las cartas dirigidas a sus íntimos amigos, y en las observaciones de sus cuadernos de apuntes, Martí manifestó un conocimiento y una comprensión profundos de una plétora de nombres del mundo literario de los Estados Unidos y de los rasgos esenciales de sus obras. Martí fue un forjador incansable que descubrió en las entrañas del «monstruo», como describió los Estados Unidos de aquella época, un aspecto cultural que contrastaba con la arrogancia de su política. El autor antillano se interesó profundamente en la literatura producida por los norteamericanos y perfiló magistralmente las grandes figuras de esa producción. Emerson, Whitman, Longfellow, los Alcott, Harriet Beecher Stowe, Helen Hunt Jackson, Mark Twain y Poe fueron todos asumidos por la pluma de Martí, quien también dedicó apuntes y comentarios breves a muchos otros autores de rango menor. En verdad, lo que representa el conjunto de comentarios de Martí sobre los escritores de Norteamérica es nada menos que la mejor introducción al tema hecha por un autor hispanoamericano. Apreciar el valor de esa obra inmensa ha sido difícil, puesto que el comentario de Martí anda disperso entre los veintiocho volúmenes de las *Obras completas*. Será el intento de este capítulo presentar el marco en que caben los comentarios de Martí, y a la vez anotar aspectos de la interpretación martiana que facilitarán la comprensión de los artículos que asumen a autores de los Estados Unidos.

Primeramente hay que aclarar que Martí, con el afán de cumplir fielmente la tarea de entregar artículos a los más distinguidos periódicos de Hispanoamérica (*La Nación*, de Buenos Aires, *La Opinión Nacional*, de Caracas, *El Partido Liberal*, de México, y otros), escribía sobre múltiples facetas de la vida norteamericana

de la década de los 80 y los primeros años de los 90. Justamente son estos ensayos nuestra fuente principal para conocer el criterio de Martí sobre la vida literaria estadounidense; y, por haberse publicado algunos de ellos en varias antologías, tras los años han llegado a tener una difusión bastante extensa.

La época en que Martí vivía en los Estados Unidos coincide con dos movimientos literarios de mayor importancia: el romanticismo y el realismo. El criterio de Martí abarca las dos corrientes, pero se enfoca sobre todo en los de la primera mitad del siglo XIX y en los escritores asociados con el romanticismo: Ralph Waldo Emerson, Walt Whitman, Henry Wadsworth Longfellow, John Greenleaf Whittier, Amos Bronson Alcott y su hija Louisa May Alcott, Edgar Allan Poe, Henry David Thoreau, Washington Irving, William Cullen Bryant, James Russell Lowell, John Howard Payne, Nathaniel Hawthorne y Harriet Beecher Stowe. Entre los autores del «realismo» que más figuran en sus obras se destacan Mark Twain y Helen Hunt Jackson. Claro está, Martí no clasificaba a los autores según un marco creado por los críticos literarios, sino que los iba viendo y valorando según el aporte que traía cada autor a los grandes ideales humanitarios, el mundo de ideas y la elevación de los sentimientos.

## Martí y Emerson

Sin duda alguna, el autor de imprescindible importancia para Martí fue Ralph Waldo Emerson, destacado transcendentalista de Concord, que cultivó ensayo y poesía, estudió para pastor protestante, se distinguió como filósofo, y cuyo ensayo «The American Scholar» («El intelectual [norte]americano») lanzó un grito de independencia para las letras de los Estados Unidos. Cuando Emerson murió a fines de abril de 1882, Martí le dedicó un comentario publicado el 23 de mayo en la «Sección constante» de *La Opinión Nacional*, y un ensayo que apareció el 19 de mayo en el mismo periódico venezolano. Aunque Martí ya había mencionado al poeta de Concord en 1881, refiriéndose en un artículo de *La Opinión Nacional* a la «filosofía natural» de Emerson (nº 3, p. 18),<sup>1</sup> las obras dedicadas a Emerson en mayo de 1882 son el verdadero inicio del aporte que ofrecía el transcendentalista a la vida del antillano. El ensayo sobre Emerson es la piedra angular de toda la obra martiana dedicada a ese autor, y no cabe duda de que su difusión ha hecho conocer el nombre de Emerson en toda la América Hispánica. De aquí, lógicamente, parte cualquier estudio serio sobre Emerson y Martí.

---

<sup>1</sup> En nuestra edición. Cuando se trata de citas ajenas a nuestra edición, éstas provienen de las *Obras completas*, 28 tomos, La Habana, Editorial Nacional de Cuba y otras, 1963-1973. Los números romanos remiten a los tomos y los arábigos a las páginas.

El ensayo sobre Emerson comienza con una verdadera sensación de emoción por parte del autor; a Martí le temblaba la mano al pensar que abarcaba el tema de hombre tan grande y tan estimado. Tal como afirma Ivan A. Schulman en su obra *Símbolo y color en la obra de José Martí*, muchas veces el estado de ánimo influía en la obra de Martí y sus mejores obras tendían a salir después de momentos de mayor emoción –comprobación que vemos claramente en el caso del ensayo sobre Emerson–. En tales momentos surgían también un alto idealismo y un chorro de imágenes inspiradas y fervorosas.<sup>2</sup> El ensayo sobre Emerson visto desde esta perspectiva se entiende como lo que es: una cálida y entusiasta introducción al autor norteamericano y no una distante y cautelosa crítica de su obra. Más que nada, el ensayo que Martí escribió sobre Emerson es una extensión de su propio ser, un caso en que un escritor se conoce a sí mismo por medio de las páginas de su alma gemela. El ensayo es un manantial de alabanzas que deja al lector casi volando con las alas de inspiración que nacen desde el primer instante del ensayo.

Los símbolos y colores evidentes en el ensayo sobre Emerson siguen la clasificación de símbolos martianos hecha por Schulman. Para Martí, Emerson se identificaba siempre con los símbolos de más alto valor y de más noble rango. Para Martí Emerson era «pino», «águila», «monte» y «estrella», y su obra volaba como «mariposa de fuego» y con «alas de oro». La muerte de Emerson fue descrita como un gran triunfo, y el autor fue visto como guerrero victorioso que merecía la corona del campeón: espadas en alto y laureles de palma, alabanza que ya anticipa la muerte heroica del propio Apóstol.

Muchos han comentado la autoidentificación que caracteriza el ensayo martiano sobre Emerson. Es tan arraigada esa cercanía, que a veces resulta difícil separar lo que es de Emerson y lo que hay de Martí. Tanto en Emerson como en Martí se valora la repetición, el enfoque ilustrativo, el uso de ejemplos y el empleo de citas bien justificadas para el tema. Cuando Martí comentó, respecto a Emerson, el regocijo y el orgullo que siente un padre cuando le nace su hijo, el comentario era sin duda reflejo de sus propios sentimientos; y cuando citó uno que otro verso o frase de Emerson –que eran muchísimos–, solía elaborar e incorporar la idea hasta tal punto que resulta difícil separar lo de Martí de lo de Emerson.<sup>3</sup> Leer el ensayo de Martí sobre Emerson es ver un contexto de ideas y conceptos que se entrelazan para crear un diseño único.

En la primera parte de su ensayo, Martí ofrece una presentación inicial sobre la fama del autor norteamericano, su formación, su familia, su manera de pensar

<sup>2</sup> Ivan A. Schulman, *Símbolo y color en la obra de José Martí*, 2ª ed., Madrid, Gredos, 1970, p. 58.

<sup>3</sup> José Ballón, *Autonomía cultural americana: Emerson y Martí*, Madrid, Editorial Pliegos, 1986, pp. 188-191. Ballón, en su valioso libro, establece además una proyección que asocia a Martí y Emerson por medio de fotografías de los dos hombres con sus hijos.



y su estilo como escritor. Alaba la cólera telúrica y mosaica que sentía Emerson ante la esclavitud del hombre. Luego comenta las ideas del transcendentalista sobre la naturaleza, menciona varias de sus obras, y discute a fondo su filosofía. Martí citaba mucho de Emerson mismo en el ensayo de 1882, ofreciendo, por medio de traducciones perfectamente logradas, un contacto directo, vital y dinámico con el estimado poeta de Concord, y dándole a conocer al público-leyente hispanoamericano una imagen fidedigna, auténtica y viva del estadounidense. Martí apreciaba mucho cómo la naturaleza servía a Emerson de fuente, tanto de ideas como de inspiración, y estimaba la perspectiva serena de Emerson ante la muerte. Y al terminar el ensayo, Martí se postró de nuevo ante Emerson, concediéndole los honores que el autor cubano quisiese tener para todo campeón: el respeto de la espada rendida y el galardón de un camino de palmas.

En el ensayo sobre Emerson, Martí comentó el aspecto físico del autor, se fijó en Concord, ciudad consagrada por haber sido el lugar de donde salió «el cañonazo que dio la vuelta al mundo» (nº 229, p. 1202),<sup>4</sup> insistió en la importancia de Emerson como autor cuya voz era nueva, y valoró la falta de imitación en su obra. Es obvio que Martí, además, quería subrayar la importancia de Emerson como escritor de renombre universal que merecía conocerse a fondo.

Martí no sólo nombró las obras principales de Emerson, sino que también citaba y expresaba en forma suya pensamientos de Emerson, sobre todo de la obra *Nature* (*Naturaleza*), al punto que leer el ensayo de Martí constituye por sí una introducción vigente a las palabras del norteamericano. Martí apreció sumamente la filosofía de Emerson en cuanto a la naturaleza, valorando en especial el concepto de que el mundo natural regala una estupenda comprensión del misterio de la vida para quienes sean capaces de captarla. Martí también comentó los versos de Emerson, señalando que eran un fiel reflejo de su prosa y dándonos a entender que había leído por sí mismo la poesía del filósofo-escritor. Hablando de la poesía emersoniana, señaló: «Suyos son los únicos versos poéticos que consagran la lucha magna de esta tierra» (nº 17, p. 195), comentario sumamente interesante por las múltiples interpretaciones que de él se pudieran sacar. Posiblemente Martí se refería a la lucha por la independencia iniciada por los colonos ingleses de Norteamérica en 1776, o a la lucha contra la esclavitud que Emerson había comentado en el «Boston Hymn» («Himno de Boston»), obra consagrada al Día de Emancipación en los Estados Unidos. Por otra parte, es posible que Martí, por medio de esta alusión a Emerson, quisiera hacer resaltar la gran lucha en los Estados Unidos de aquella época entre los «gusanos», que eran las fuerzas de corrupción y codicia, y las «águilas», que representaban las voces de reforma.

---

<sup>4</sup> Del poema «The Concord Hymn» («El himno de Concord»). R. W. Emerson, *Complete Works*, 12 tomos, Boston, Houghton Mifflin and Company, 1903-1904, tomo IX, p. 158.

Entre las obras de Emerson que figuran en el ensayo de 1882, por ser nombrados específicamente o por ser presentados por medio de citas, contamos con: *Nature* (*Naturaleza*), *English Traits* (*Rasgos ingleses*), *Representative Men* (*Hombres representativos*) y *Conduct of Life* (*La conducta de la vida*). Sobre todo, Martí ofrecía citas de *Naturaleza*, obra que estimó profundamente, pero también tradujo frases claves de «The Over-Soul» («La Supra-Alma»), «Self-Reliance» («La confianza en sí») y «Montaigne or the Skeptic» («Montaigne, o el escéptico»)<sup>5</sup>.

Cuando empezó a tocar el tema del estilo de Emerson, Martí manifestó otra vez la gran afinidad que sentía con el autor estadounidense. Alabó el vigor y la vigencia de sus aforismos, describió la técnica del maestro como de expresión esencial, «esculturada y pura», contempló casi con aire de admiración el pensar celestial de Emerson, apreció la fuerza de indignación moral que cobraban las palabras antiesclavistas, reiteró el énfasis sobre la falta de pretensión del transcendentalista, y creó una imagen visual basada en la naturaleza: Emerson era un árbol firme de tronco fuerte. También comentó Martí la costumbre de Emerson de juntar ideas y notas en sus libros de apuntes, y captó fidedignamente la vitalidad mental del autor, haciéndonos sentir la mezcla y la multitud de ideas y conceptos que llovían sobre la imaginación emersoniana.

Sobre Emerson, Martí ofreció una perspectiva plena y amplia. Mencionó las obras principales, analizó muchos de los ensayos, describió el estilo y método del autor, anotó el uso extenso de aforismos, comentó la tendencia de Emerson de juntar ideas en cuadernos de apuntes, y dejó ante sus lectores una inolvidable estampa del hombre de Concord que a la vez fue un fiel testimonio de admiración. Quien conoce a Martí reconocerá que el tributo a Emerson expresaba además casi a la perfección el criterio de Martí sobre el valor de la literatura y el papel del autor consagrado. Los mismos apuntes de Martí –comentario de unas cuatro páginas que aparece en sus cuadernos de apuntes– confirman los puntos cardinales sobre Emerson y muestran de nuevo la gran empatía que tenía Martí con Emerson (XXII, pp. 156-157).

Otro trabajo escrito de Martí que trata de Emerson es el breve artículo enviado a *La Opinión Nacional* que apareció el 23 de mayo de 1882 en la «Sección constante» del periódico. En estos párrafos se repite mucho del ensayo, pero en forma más condensada: Martí insistió en la importancia de la obra *Essays* (*Ensayos*), y anotó los títulos de varios de las colecciones de ensayos de Emerson: *Conduct of Life* (*La conducta de la vida*), *Society and Solitude* (*Sociedad y soledad*), y *Letters and Social Aims* (*Cartas y asuntos sociales*). El cubano también comentó varios poemas de Emerson, destacando entre ellos la elegía «Threnody» («Trenodia») y «May Day» («Día de mayo»). Aunque Martí no volvió a escribir otro ensayo

<sup>5</sup> Las traducciones de los títulos del inglés siguen las versiones de Martí cuando éstas se hallan indicadas. En otros casos se ha recurrido a traducciones ya establecidas.

sobre Emerson, este autor siguió siéndole fuente de inspiración y tema de paso en muchos de los artículos enviados a los periódicos hispanoamericanos. En *El Partido Liberal*, *La América* y *La Nación* se publicaron ensayos que traían comentarios breves de Martí sobre Emerson. Muchas veces se trataba sólo de mencionar al transcendentalista entre los autores de renombre de los Estados Unidos, y en particular los del Nordeste del país –Longfellow, Whitman, los Alcott, Thoreau y Whittier–; otras veces, el nombre de Emerson figuraba entre crónicas sobre la vida cotidiana, retratos de otros norteamericanos y reseñas literarias. Martí notó que Courtlandt Palmer, el millonario socialista, había creado un club que se reunía en su propia casa para que «la nobleza de Manhattan» viniera a oír debates y escuchar ideas presentadas con vehemencia por hombres ilustres como Emerson (nº 196, p. 1055). También comentó Martí, en una reseña publicada en *El Economista Americano*, de Nueva York, en 1888, lo que había escrito sobre Emerson el ilustre cubano Enrique José Varona, en su obra *Seis conferencias*. Martí aprovechó el estudio de la obra de Varona para enfatizar que Emerson había anticipado diez años antes que Darwin el concepto de la evolución, por ver «al gusano, en su brega por llegar a hombre, “ascendiendo por todas las espiras de la forma”» (V, p. 119). Esta idea emersoniana le fascinaba a Martí, quien veía en los versos que servían de introducción a la segunda edición de *Naturaleza*, una afirmación de que los hombres de letras a veces captan las verdades del mundo físico antes que los científicos. El nombre de Emerson también aparece en la introducción a la traducción que hizo Martí de la novela *Ramona*, de Helen Hunt Jackson. Esta introducción le permitió a Martí señalar la amistad que unía a Jackson y Emerson, y dar a entender que el transcendentalista, como Martí, sabía apreciar el amparo dado por Jackson al indio norteamericano (XXIV, p. 204).

Por otra parte, como se ha sugerido anteriormente, los cuadernos de Martí aportan considerablemente a lo que sabemos de la relación Emerson-Martí. Allí encontramos el comentario de unas cuatro páginas que incluye mucho de lo que apareció en el ensayo de 1882, y allí encontramos abundantes anotaciones breves y citas de Emerson, ambas en inglés y en español. Los apuntes martianos también contienen fragmentos traducidos por Martí de dos poemas de Emerson: «The Test» («La prueba») (XXI, p. 261) y «Blight» («La plaga») (XXII, p. 328). Pero lo más importante de los apuntes de Martí respecto a Emerson es la revelación de una estima creciente por el norteamericano que no tiene paralelo en el criterio martiano. Vale citar este pasaje que proviene de los cuadernos de Martí y al que aparentemente se refirió cuando enumeró los momentos sublimes de su vida y puso en primer lugar «la tarde de Emerson» (XVIII, p. 288). «Yo he andado bastante por la vida, y probado sus varios manjares. Pues el placer más grande, el único placer absolutamente puro que hasta hoy he gozado fue el de aquella tarde en que desde mi cuarto medio des-

nudo vi a la ciudad postrada, y entreví lo futuro pensando en Emerson» (XXII, p. 323).

Las traducciones de versos de Emerson que hizo Martí son escasas, pero importantes. Martí, aunque desempeñó el oficio de traductor durante varios años de exilio y fue calificado de traductor magistral en todo lo que hizo, sólo tradujo para sí mismo las obras por las que sentía motivación especial. Sin duda, las obras de Emerson fueron traducidas por Martí porque se sentía inspirado en los temas y porque se entusiasmaba envolviéndose en el cielo de ideas del escritor estimado. Entre las traducciones de Martí hay una versión de «The World Soul» («El alma del mundo») bajo el título «Emerson», una versión de «Good-bye» («Adiós Mundo») y una traducción muy bien lograda de la fábula, «Fable», poema que Martí llamó «Cada uno a su oficio». Por desgracia, ni «Emerson» ni «Adiós Mundo» fueron desarrollados lo suficiente como para que se publicaran, pero la existencia de las traducciones sirve para indicarnos el interés que tenían para Martí los versos de Emerson, y para enseñarnos la destreza de Martí como traductor aun en el caso de traducciones incompletas.

El poema «Cada uno a su oficio» resultó ser una pulida traducción que ha tenido difusión bastante grande por haberse publicado en *La Edad de Oro*, la revista para niños que Martí escribió en Nueva York en 1889. La fábula es a la vez una hábil traducción literaria y una lección moral para los jóvenes. En el caso de «Cada uno a su oficio», parece que Martí ha podido superar la obra original por lo menos en el aspecto auditivo. Al leerse en voz alta, el poema de Emerson agrada poco. Por el contrario, los versos martianos, destinados a un público de niños, captan con vigor cuando son declamados. Tienen más de armonía y más de fábula que la versión original. «Cada uno a su oficio» exalta el respeto que debemos guardar tanto a grandes (la montaña) como a humildes (la ardilla), y enfatiza el tema de la igualdad que funciona como hilo central de la poesía de *La Edad de Oro*.

Muchos han comentado las semejanzas entre Martí y Emerson, a pesar de sus distintas formaciones culturales y de las enormes diferencias entre los ámbitos de sus vidas. Ambos cultivaron el ensayo y la poesía, y se han hechos famosos por sus inolvidables aforismos; ambos desarrollaron en sus obras una identificación profunda con la naturaleza y una desafiante defensa de la libertad y de la dignidad del ser humano; ambos se mostraron diestros y flexibles en el manejo de la versificación; y ambos son reconocidos por lo genuino y sincero de todo que les salió de la pluma. Schulman, en su libro clave *Símbolo y color en la obra de José Martí*, ha descrito cómo Emerson y Martí compartieron el uso de los símbolos luz, sol y estrella,<sup>6</sup> ha explicado que ambos reconocieron la validez de la

---

<sup>6</sup> Ivan A. Schulman, *Símbolo y color*, op. cit., p. 53.



analogía en cuanto a sonido y color,<sup>7</sup> y ha afirmado que es probable la influencia de Emerson sobre Martí en cuanto al concepto de las analogías en la naturaleza.<sup>8</sup>

Ambos, Martí y Emerson, eran hombres de vastísima lectura y mucha erudición –aspecto que ni el uno ni el otro lucía para impresionar a los demás–, y ambos desempeñan hoy un papel primordial en el patrimonio cultural de sus mundos respectivos. Lo que sí llevaba Martí de ventaja era el disfrutar de una perspectiva cultural más amplia que la de Emerson, por poseer el dominio de varios idiomas (español, inglés y francés) y por conocer y poder interpretar a fondo tanto el mundo anglosajón como el iberoamericano. Durante un amplio lapso, desde 1881 hasta 1890, el tema de Emerson anidó en la obra de Martí –siendo Emerson un verdadero compañero de alma que sin duda amenguaba el ambiente a veces despectivo e inhóspito donde vivió el autor cubano durante los casi quince años de exilio en la nación del Norte–.

## Martí y Whitman

Whitman, el poeta de la democracia, la voz fuerte y varonil de una nación gigantesca y poderosa y la pluma capaz de pintar con ternura las heridas de la guerra o la muerte de un presidente, ocupó un lugar primordial en los anales de la literatura norteamericana que Martí iba formando. Desde los primeros años de su estancia en los Estados Unidos, Martí empezó a escribir sobre Whitman, con alusiones breves y comentarios que dejaron una impresión vigente del poeta. La primera referencia es la que aparece en la «Sección constante» de *La Opinión Nacional* en 1881, y que identifica a Whitman como W., el poeta que dirigía la publicación de sus obras en Boston, y que tenía fama por «el atrevimiento de sus rimas, la osadía de sus pensamientos y el desembarazo, –que raya a veces en descompostura– de su forma» (XXIII, p. 81). En el mismo año, Martí escribió que los versos de Whitman eran «grandes e irregulares como montañas» (nº 13, p. 87), e indicó que Whitman, quien cantó con voz grande e independiente su inmensa nación, sabía apreciar el valor de autores de otro tono e índole, y que cuando visitó las tumbas de Hawthorne y Thoreau, había dejado en la pila de piedras con las que los visitantes honraban la memoria de los dos escritores, su propia piedra de homenaje (XIII, p. 128). Martí también logró sintetizar los rasgos esenciales de Whitman, describiéndolo como autor «rebelde a toda forma, que canta en lenguaje tierno y lleno de matices de luna las cosas del cielo y las maravillas de la naturaleza, y celebra con desnudez primaveral y a veces con osadías paradisíacas las fuerzas rudas y carnales que ac-

<sup>7</sup> *Ibid.*, pp. 395-398.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pp. 51-52.

túan en la tierra, y pinta muy rojas las cosas rojas y muy lánguidas las cosas lánguidas» (XXIII, p. 128). En las demás alusiones breves sobre Whitman, destacan las imágenes de vigor, rebeldía, naturaleza, libertad, poder y energía. Cuando en 1892 Martí escribió de Whitman en *Patria*, lo asoció y lo apreció por su contacto con el pueblo, reconociendo en Whitman una característica que era propia de Victor Hugo –a quien Martí había conocido en Francia,<sup>9</sup> y cuyo retrato Whitman lucía en su casa (nº 156, p. 856). Según Martí, ambos, Whitman y Hugo, sentían gran empatía con la gente obrera, y sabían hablarles y escucharlos –aspectos que cobraban importancia especial en los años 90, cuando Martí se orientaba hacia los tabaqueros y otros obreros cubanos y trabajaba entre ellos a fin de recaudar fondos y levantar ánimos para la causa de Cuba (I, p. 451). Entre los pocos apuntes martianos que hay sobre Whitman, el nombre figura como autor junto con Emerson, Carlyle y Longfellow, que debía de estar incluido en lo que Martí titulaba, en su cuaderno de apuntes, «Mi libro» (XVIII, p. 286). Aunque Whitman no contó con la admiración profunda que tenía Martí por Emerson, es evidente que representó una figura dinámica y robusta –un verdadero «mastín pujante» en las letras estadounidenses, y que fue apreciado por su «naturaleza sin freno en original energía» (nº 156, p. 856)–.

El principal trabajo martiano sobre Whitman es un ensayo publicado en *El Partido Liberal* y *La Nación* en 1887 –obra que sin duda influyó de forma significativa en la introducción del poeta en los países hispanohablantes. El comentario de Martí fue escrito después de una conferencia dada por Whitman en Nueva York, y algunos creen posible que el corresponsal haya asistido a la llamada «Conferencia Lincoln». El ensayo se refiere a esta conferencia pronunciada por Whitman en Nueva York y ofrece una impresión vigente y casi palpable del creador de «versos prohibidos». El tributo que Martí le dedicó al autor de *Leaves of Grass* (*Hojas de hierba* –escrito *Hojas de Yerba* por Martí–) empieza con una descripción del poeta mismo, y desde el principio se dedica a presentar a los lectores hispanoamericanos una voz nueva, profética, original y enérgica que bien merecía el reconocimiento como autor principal de la literatura de su nación. Por medio del ensayo, Martí subrayó las intensas cualidades humanas de Whitman, mientras comentaba aspectos estilísticos y dejaba que el poeta hablara con su propia voz a un nuevo público.

Sobre la vida de Whitman Martí comentó muy poco; sólo hay unos pormenores ofrecidos de paso, y la afirmación, de que el amor carnal descrito en el poema «Calamus» no era un reflejo de amor homosexual. Para Martí, Whitman era uno de los pocos hombres capaces de ser tierno y viril a la vez (nº 156, p. 860), y Martí, tan emotivo e intenso cuando escribía de su propia patria, entendía a

---

<sup>9</sup> Roberto Fernández Retamar, «Nuestra América: cien años y otros acercamientos a Martí, La Habana, Editorial Si-Mar, 1995, pp. 82-83.

fondo el deseo de Whitman de expresar el panorama de una tierra de horizontes amplios y ambiciones hambrientas con un lenguaje propicio. El gran héroe de Cuba también expuso su criterio de que si la gente no valoraba la obra de Whitman era por tener estrechez de entendimiento y pequeñez de perspectiva, y no por ninguna falta del autor. Martí había dicho lo mismo de Emerson, el autor del aforismo «ser grande es no ser entendido» (nº 27, p. 195), y experimentaba en su propia vida las querellas y disputas que acompañaban el trabajo inmenso que hacía por Cuba.

Gran parte del ensayo esencial sobre Whitman es una presentación de la voz del poeta traducida al español por Martí. Tal como había hecho en el ensayo sobre Emerson, Martí construyó su trabajo sobre Whitman alternando citas traducidas del norteamericano con comentarios críticos suyos. Pero, a diferencia del ensayo emersoniano, el trabajo dedicado a Whitman no manifiesta una autoidentificación completa y sentida del autor hacia su sujeto. Por eso, en el caso del «hijo de Manhattan», es posible anotar e identificar pasajes y frases que provienen del norteamericano y separarlos claramente del análisis martiano, aun cuando no vayan indicados por comillas. De Whitman mismo hay tanto en el ensayo, que no es dable señalar todas las traducciones que Martí brindaba en su salutación al hombre que regaba águilas en sus versos y formaba montañas en sus estrofas. Sin embargo, es importante indicar lo mucho de las obras de Whitman que fue presentado e interpretado por los artículos martianos. Martí, traductor/intérprete cabal, nombró varias obras y algunos poemas específicos de Whitman, y ofreció citas y paráfrasis de muchos más.

Comenzó con el libro clave de Whitman, *Hojas de hierba*, obra de varias secciones y gran variedad de poemas individuales. Martí puso muchísimos ejemplos de todas partes de «Song of Myself» («Canto de mí mismo»),<sup>10</sup> ofreció versos de «So Long!» («Adiós»), de la sección «Songs of Parting» («Canciones de partida»), y ofreció citas de «A Broadway Pageant» («El espectáculo de Broadway») y «Song of the Universal» («Canción de lo universal»), de «Birds of Passage» («Aves de paso»). Martí puso ejemplos de «Gods» («Dioses») y tradujo otros versos de «By the Roadside» («A la orilla del camino»). También de *Hojas de hierba* hay selecciones de «Spontaneous Me» («Yo, espontáneo») y «I Sing the Body Electric» («Yo canto al cuerpo eléctrico»), de la sección «Children of Adam» («Los hijos de Adán»). Los versos de «A Clear Midnight» («Una medianoche clara»), que provienen de «From Noon to Starry Night» («Del mediodía a la noche estrellada»), y una línea de «Song of the Broad-Axe» («Canción del hacha») también fueron presentados. Además, Martí enfocó «Calamus», e hizo

<sup>10</sup> Tal como se ha indicado en el caso de Emerson, los títulos traducidos al castellano seguirán las versiones de Martí cuando sea posible.

un análisis breve de «When Lilacs Last in the Dooryard Bloom'd» («Cuando la lilas florecieron a la puerta del jardín»), poema que Martí llamó «una mística trenodia» a la muerte de Lincoln (nº 156, p. 857), y que formaba parte de «Memories of President Lincoln» («Las Memorias del Presidente Lincoln»). Por medio del éxito de sus traducciones y la comprensiva presentación de versos representativos, Martí, sin anunciar que lo iba haciendo, logró crear en el ensayo de 1887 una pequeña antología de lo mejor de Whitman y *Hojas de hierba* –regalo que acaso no se ha apreciado lo suficiente–.

Martí nos ofrece en el ensayo una interpretación acertada de «When Lilacs Last in the Dooryard Bloom'd» y una opinión sobre el contenido de «Calamus». Del poema sobre Lincoln, «aquella poderosa estrella muerta del oeste» (nº 156, p. 857), Martí comentó el concepto de la muerte como cosecha que abre la puerta y es «gran reveladora», y enseñó cómo el poeta hacía que toda la naturaleza acompañara al féretro y cómo el cielo de noche y el cantar de un ave solitaria, el tordo, contribuyeron a la creación de un ambiente de melancolía. No explicó el símbolo de la lila que justo estaba en flor en Brooklyn –el hogar de Whitman– cuando Lincoln murió el 15 de abril de 1865; sólo nota la flor como ofrenda que trae el poeta al ataúd. Sobre «Calamus» describió el afán de Whitman por los mancebos fuertes y «la institución de la camaradería», sin conceder que hubiera afán carnal por estos mismos camaradas. Martí aludió a «I Hear It Was Charged Against Me» («Dicen que se ha dicho contra mí») y parafraseó casi entero el poema «City of Orgies» («Ciudad de orgías»), pero nunca llegó a explicar el significado del «ácoro» –una planta cuyas hojas simbolizan la mortalidad, cuyos fascículos representan amor o amistad, y cuya raíz es símbolo de la vida inmortal– ni a relacionar el título con el tema.<sup>11</sup>

Siempre consciente de cómo Whitman juntaba en su obra voz viril y expresión de ternura, Martí ofreció dos poemas cortos de «By the Roadside» para manifestar este aspecto del poeta. Martí tradujo el poema «Beautiful Women» («Mujeres Hermosas») y parafraseó los versos de «Mother and Babe» («Madre e hijo») como parte del ensayo de 1887. A la vez que ponía ejemplos de ternura y amor maternal, Martí dio a conocer que el lenguaje de Whitman no estaba construido de rimillas ni se aferraba a modelos remilgados. Martí sabía apreciar en Whitman el cantar vigoroso de un hombre que también era capaz de evocar sentimientos profundos de nostalgia y melancolía. Veía en Whitman un gran compositor cuya sinfonía se formaba con un ritmo de grandes olas y cuya «irregularidad aparente» resultaba una «composición sublime» (nº 156, p. 856).

Aunque es cierto que Whitman era uno de los poetas más importantes asumidos por Martí y que hay semejanzas entre los dos, Martí mantuvo cierta distan-

<sup>11</sup> J. D. Hart, *The Oxford Companion to American Literature*, 2ª ed. rev. y amp., Nueva York, Oxford University Press, 1948, p. 110.



cia con respecto a Whitman. Ambos cultivaron versos libres y huían de todo artificio; ambos eran amantes de la libertad y apreciaban la independencia de un nuevo continente; ambos afirmaron una inmortalidad basada en la naturaleza, y ambos escribían con gran originalidad y vigor. Pero Martí nunca trató el tema del amor con desembarazo impaciente y osadía física como Whitman, y la obra de Martí se caracteriza por un tono más serio que el de Whitman.

No cabe duda de que Martí fue influencia principal en la presentación de Whitman ante el mundo iberoamericano. Fernando Alegria lo comenta en su libro *Walt Whitman en Hispanoamérica*,<sup>12</sup> y Esther Elise Shuler también lo afirma, haciendo notar específicamente que el gran poeta modernista Rubén Darío conoció la obra de Whitman por medio de Martí, y que el soneto rubendariano de 1890 sobre Whitman se debe a ese conocimiento.<sup>13</sup>

## Martí y Longfellow

El conocido y muy citado autor de los versos sobre Hiawatha, quien vivía en un hogar histórico que le había servido de cuartel general a Washington en la guerra revolucionaria de los Estados Unidos, quien tradujo magistralmente las obras de Lope de Vega y Jorge Manrique, era profesor de francés y de español en la Universidad de Harvard, y dictaba conferencias inolvidables sobre Dante a sus alumnos, también fue asumido por la pluma de Martí. Aunque los lazos entre Martí y Longfellow no son entrañables, la asociación de Martí con Longfellow es larga. Es muy posible que Longfellow haya sido el primer autor estadounidense conocido por Martí, puesto que se supone que el joven Martí había sabido de Longfellow en el colegio de su maestro y mentor, Rafael María de Mendive. Lo cierto es que Martí, con motivo de la visita del hijo de Longfellow a México, señaló en unos apuntes de 1875 que Longfellow era el autor de *Hiawatha* y *Evangelina* y el poeta de versos «unas veces delicados, siempre profundos» (XXVIII, p. 72).

Longfellow fue también uno de los primeros escritores tratados por Martí cuando éste llegó a los Estados Unidos. En 1880, en la tercera de una serie de impresiones sobre los Estados Unidos escritas en inglés para *The Hour*, periódico neoyorquino de la época, Martí observó que la melodía encantadora de Longfellow se podía escuchar y apreciar en el habla de la gente culta. En el mismo artículo, Martí sugirió que la música y la armonía de Longfellow tenían el don de aliviar los sonidos del áspero idioma anglosajón (Apéndice I, p. 1746), idea que fue repitiendo en comentarios subsecuentes.

<sup>12</sup> F. Alegria, *Walt Whitman en Hispanoamérica*, México, Ediciones Studium, 1954.

<sup>13</sup> E. E. Shuler, «José Martí: Su crítica de algunos autores norteamericanos», *Archivo José Martí*, 16, La Habana, 1950, p. 165.

Mucho de lo que escribió Martí sobre el autor apacible de *Hiawatha* salió publicado en la «Sección constante» de *La Opinión Nacional*. Allí Martí lo describió como poeta asociado con los ideales del Norte del país (XXIII, p. 69), como el que compuso «Última Thule» (XXIII, p. 191), como el poeta que había dedicado «Morituri Salutamus» a la universidad donde estudió de joven, y como el autor de «Excelsior», «El salmo de la vida» («The Psalm of Life»), «El día lluvioso» («The Rainy Day»), «La luz de las estrellas» («The Light of Stars»), «El esqueleto en armadura» («The Skeleton in Armor»), «El herrero de la villa» («The Village Blacksmith») y «El viejo reloj de la escalera» («The Old Clock on the Stairs») (XXIII, p. 273). En este mismo pasaje, Martí calificó los poemas dentro de un marco de ternura y melancolía, y reiteró su opinión de que el encanto y la melodía de las obras de Longfellow eran capaces de melificar la aspereza de la lengua inglesa (XXIII, p. 273).

En otro comentario que Martí envió al periódico venezolano, se dedicó a pintar las escenas dulces y felices que Longfellow brindaba en su poema sobre la instalación del aguilón de chimenea («The Hanging of the Crane») —obra que describe la historia de un «hogar honrado» desde las horas inaugurales de un joven matrimonio hasta la celebración de las bodas de oro de quienes llegaron a ser abuelos (XXIII, pp. 302-303)—. La crítica no ha valorado mucho esta obra de Longfellow que tiene más fama por haberse vendido a un diario neoyorquino a alto precio que por haber logrado un alto nivel literario.<sup>14</sup> Sin embargo, Martí alabó la música del verso y la belleza y dulzura del poema, y acabó insistiendo en un tema muy suyo: la literatura alivia las penas y las letras tienen más vida que los imperios. Según el poeta cubano, «un canto hermoso es una buena acción: quien da huéspedes al corazón le da compañeros para la amarga vida: un buen canto es un buen huésped» (XXIII, p. 303).

En la obra martiana hay varias referencias de paso a Longfellow. Fue nombrado con los autores del Nordeste y asociado frecuentemente con Boston y Massachusetts. Aludió a *Hiawatha* en un breve comentario para *La Nación*, e hizo que los personajes de su novela *Amistad funesta* discutieran brevemente el poema «Excelsior» (XVIII, p. 239).

Las piezas principales sobre Longfellow son dos retratos literarios que se publicaron en *La Opinión Nacional* en 1882. El primer artículo salió en marzo, y empezó con la noticia de que Longfellow se acercaba a la muerte (XIII, pp. 225-228); el segundo salió en abril y confirmó la muerte del autor y el duelo que compartía la nación entera (nº 25, pp. 175-179). En el primer ensayo, Martí enfocó cómo el país se unía para la celebración del cumpleaños del poeta, una descripción del hogar de Longfellow en Cambridge, y un comentario sobre la obra y el

<sup>14</sup> Cecil B. Williams, *Henry Wadsworth Longfellow*, Nueva York, Twayne Publishers, 1964, p. 141.

valor literario del autor. En el segundo, Martí describió el entierro, comentó el valor de la poesía, discutió el ambiente literario y el comentario crítico sobre Longfellow, enmarcó las obras del poeta, y dio fin al artículo con un repaso respetuoso de las memorias enlutadas.

Al enfocar a Longfellow en dos artículos paralelos, Martí logró dar una impresión bastante completa de su voz meliflua. Pintó el ambiente placentero en que pulía el poeta sus versos, anotó el afán por las lenguas que mostraba Longfellow como catedrático de Harvard, y nombró varios poemas: «Voces de la noche» («Voices of the Night»), «Aves de paso» («Birds of Passage»), «Baladas» («Ballads»), «Evangelina» («Evangeline»), «Hiawatha», y «Cuentos de la posada del camino» («Tales of a Wayside Inn») (XIII, pp. 225-228). Martí también comentó mucho el aspecto ameno y venturoso de la vida de Longfellow, hallando en sus obras una voz de fe, de hermosura, de encanto y de consolación, y alabando su dulce tristeza y su versificación perfecta. Longfellow fue caracterizado como «ruiseñor del verso» (XIII, p. 227), pero Martí lamentó la falta de sufrimiento del poeta, insistiendo en que una poesía madura se nutre del dolor. ¿Sabía Martí que Longfellow había sufrido la muerte trágica de una esposa muy querida, y que el «ruiseñor» mismo sufrió grandes quemaduras tratando de salvarle la vida?<sup>15</sup> Al parecer, Martí nunca se fijó en este detalle de la vida de Longfellow, ni apreció que el soneto que escribió Longfellow dieciocho años después de la pérdida de su esposa es uno de sus mejores poemas.<sup>16</sup>

La presentación de Longfellow por Martí también subrayó la tristeza que sintió el propio Martí cuando murió el poeta. Longfellow le había sido voz de consuelo y Martí le rindió un homenaje noble y sentido. Exclamó Martí con voz de angustia y admiración: «¡Oh, cómo acompañan los buenos poetas!» (XIII, p. 228). El autor cubano apreció el estudio de otras literaturas que había hecho Longfellow y el amplio horizonte de temas que su poesía abarcaba. También estimó la comunión que Longfellow sentía con la naturaleza, y la paz y armonía que había experimentado en la vida. Es de notar que Martí alude a la crítica que se hizo de Longfellow empleando los símbolos águila y cuervo: «Le graznaron cuervos que graznan siempre a las águilas. Le mordieron los envidiosos, que tienen dientes verdes» (nº 25, p. 175). ¿A qué o a quién se refería Martí? Posiblemente el cuervo era Edgar Allan Poe, poeta que no siempre apreciaba la obra de Longfellow y que goza de fama por su poema «El cuervo» («The Raven»). Posiblemente Martí sólo deseó establecer un contraste fuerte entre Longfellow y sus detractores. Al hablar del entierro, Martí señaló otro contraste, refiriéndose a lo dicho por el hermano de Longfellow —«se vino del polvo y al polvo

<sup>15</sup> *Ibid.*, pp. 91-92.

<sup>16</sup> *Ibid.*, pp. 92-93.

se vuelve»— con las palabras del poeta, «que no se dijo lo de la vuelta al polvo para el alma» (nº 25, p. 177).<sup>17</sup>

Las notas sobre Longfellow en los cuadernos martianos siguen los temas indicados en los artículos y comentarios: que el poeta-profesor pertenecía al rango literario de Emerson y Whitman (nº 221, p. 1152), que no había sufrido lo suficiente para crear un lirismo puro (XXII, pp. 323-324), y que Longfellow era un gran escritor con versos «tranquilos, blandos [y] perfumados» (XXI, pp. 232-233). Martí también indicó que Longfellow no hacía sus versos «corriendo a través de los bosques, [ni] subiendo a una buhardilla miserable, calentándose a la luz de libros viejos» (XXI, p. 233) —otra posible referencia a Poe y el ambiente sugerido por «El cuervo» (XXI, p. 233)—. Martí notó que el trabajo de Longfellow como maestro era como el suyo: «A la gramática por la lengua: no a la lengua por la gramática. Modelos y no reglas» (XXI, p. 406). También compartió con Longfellow una perspectiva cautelosa en cuanto a los críticos de profesión (XXI, pp. 421-422).

¿Y la traducción? Martí supo apreciar el talento de Longfellow como traductor y declaró que el estadounidense tenía «el don raro de asir la música y el espíritu de las lenguas» (XIII, p. 226). Pero no se dedicó a traducir mucho del traductor apreciado. Sólo hay dos ejemplos de paráfrasis y dos ejemplos de traducciones de Longfellow. Martí intentó traducir «It is not always May» («No es siempre mayo») (XVII, pp. 331-332) y una parte de «The Song of Hiawatha» («La canción de Hiawatha») (XVII, pp. 333-335), y aunque ambas son incompletas, en el caso de «Hiawatha» Martí alcanzó un comienzo prometedor. Parafraseó muy poco de Longfellow; unos versos de «The Psalm of Life» y varios de «Hiawatha».

Longfellow nunca llegó a ser un autor indispensable para Martí. El cubano se sintió aliviado por las cualidades sonoras y los sentimientos dulces de los versos de Longfellow y lo mencionó junto a los autores norteamericanos de alta estima, pero no se entregó con entusiasmo al poeta «ruiseñor» como había hecho con el triunfante Emerson y el atrevido Whitman. Sólo parece haberse aliado con Longfellow respecto a la enseñanza de idiomas y una actitud desafiante ante la crítica. De Longfellow sacó relativamente poco por medio de citas y paráfrasis y dedicó casi todo su comentario relativo a él a *La Opinión Nacional*, aunque la mayoría de lo escrito sobre los Estados Unidos fue enviado a *La Nación*. Longfellow parece haber pasado por la vida de Martí como «riachuelo murmurante que [le bañaba] los pies, cargado de flores» (XIII, p. 225).

---

<sup>17</sup> Los versos de Longfellow son: «Life is real! Life is earnest! / And the grave is not its goal; / Dust thou art, to dust returnest, / Was not spoken of the soul». H. W. Longfellow, *The Complete Poetical Works*, Boston, Houghton Mifflin and Company, 1881, p. 12.



## Una familia famosa

Entre la lista de autores ilustres que se integran a las páginas de Martí, el caso de los Alcott es de interés especial por tratarse de padre distinguido e hija famosa. Amos Bronson Alcott y Louisa May Alcott –productos de un espíritu forjador e independiente y un afán educativo nutrido por los filósofos del Nordeste de los Estados Unidos– eran asumidos con entusiasmo por Martí. Los Alcott eran de indiscutible mérito ante sus ojos por formar parte del grupo transcendentalista que encabezaron Emerson y Thoreau y por ser voces de conciencia en una sociedad que experimentaba grandes ajustes sociales.

Amos Bronson Alcott es presentado en la obra de Martí principalmente por medio de un breve artículo de 1888 que no fue publicado antes de incorporarse a las colecciones de las obras de Martí. Como se notará al leer el ensayo, Alcott fue tratado principalmente por ser hombre de ideales altos y de carácter noble, y por representar por excelencia un contraste con el arrogante espíritu capitalista de su país. Martí lo identificó con Emerson, notando que los dos habían experimentado una vida familiar feliz –aunque el hogar de Alcott fue pobre–, y que habían aprovechado vivir «en el campo» para sacar grandes lecciones de la naturaleza. El admirador del idealismo «platoniano» aprobó las ideas de Alcott sobre la enseñanza –que el castigo corporal era causa para indignarse y que era mejor enseñar con amor y firmeza– y defendió la fundación de la conocida escuela de Alcott, la *Temple School*, donde el aprendizaje se hacía por investigación más que por el método rutinario.

Pero más que nada, Martí alabó la vida virtuosa de Alcott, su abnegación personal y su bondad ejemplar. No comentó mucho su vida de autor; se refirió a los *Tablets* (así dice Martí) y a las contribuciones a *Dial*, conocida revista de los transcendentalistas, sin detenerse a citar específicamente las dotes de Alcott como escritor. Lo principal de Alcott fue para Martí la luz de una vida pura y la lucidez de unos principios filosóficos asociados con el grupo de Emerson. Además Martí admiró mucho el aporte y el apoyo que le daba su mujer industriosa y «un coro fiel de hijas» (nº 189, p. 1022).

Louisa May Alcott, la famosa hija de Bronson Alcott, también fue tema de un artículo de Martí en 1888. Tal como el artículo sobre su padre, el trabajo sobre la hija no salió a la luz antes de ser integrado a las obras martianas. Martí aprovechó el comentario sobre la autora de *Mujercitas* para presentar su propia filosofía sobre la literatura y para subrayar la ventura de la hija Alcott de haberse criado en un ambiente Boston-Concord que contaba con Thoreau, Emerson y Hawthorne. Según Martí, las obras basadas en las experiencias reales cobraban una vitalidad y una veracidad que el artificio académico raramente alcanza. Enumeró varios títulos: *Mujercitas* (*Little Women*), *Hombrecitos* (*Little Men*), *Trabajo* (*Work*), *Ocho Primos* (*Eight Cousins*), *Biblioteca de Lulú* (*Lulu's Library*),

*Bajo las lilas* (*Under the Lilacs*), «Bertha» y «Las primadonnas rivales» («The Rival Prima Donnas»), y alabó lo natural y lo verídico de los personajes creados por Alcott (nº 184, pp. 999-1001).

Una obra que aparentemente impresionó mucho a Martí fue *Hospital Sketches*, narración que pinta las experiencias de Alcott cuando servía de enfermera en un hospital provisional, atendiendo a los heridos de guerra, y poniéndose cara a cara con la miseria producida por el conflicto entre Norte y Sur. Alcott trabajó en condiciones difíciles y deprimentes, y allí, según Martí, fue «iluminada por la ternura» y descubrió su mejor expresión (nº 184, p. 1000). Martí se empeñó en traducir dos pasajes descriptivos del libro –logrando despertar, igual o mejor que la obra original, una comprensión del sufrimiento y un sentido de compasión y ofreciendo una indicación clara del aspecto que más le importaba de la obra de Alcott, hija–.

Los tributos paralelos que rindió Martí a los Alcott son reflejo de lazos familiares y también de la muerte de los dos en el mismo mes; Bronson Alcott murió el 4 de marzo, y Louisa May Alcott el 6 de marzo de 1888.<sup>18</sup> Aunque Martí parece preocuparse por la falta de conocimiento de los Alcott en la América Hispánica, sus ensayos no produjeron un remedio inmediato, porque no fueron publicados durante su vida. Martí creó un bosquejo informativo de una familia famosa de las letras estadounidenses, aunque el elogio que hizo de los Alcott, visto desde una perspectiva actual, deja una impresión simplificada y demasiado idealista de la vida familiar. Se sabe que la madre y las hijas sufrían bastante por la falta de empleo del padre y que las penurias de la casa eran a veces agotadoras.<sup>19</sup> Sin embargo, la obra de Martí sigue siendo una valiosa introducción a los Alcott, y las traducciones son una elocuente presentación de las palabras de la hija.

## Dos voces de conciencia: Helen Hunt Jackson y Harriet Beecher Stowe

Quien leyese sobre las condiciones de los indios norteamericanos a manos de un gobierno imbuido de la misión del «destino manifiesto», y quien llorase de compasión ante el sendero de miseria que caminaron los indígenas que sufrían una larga historia de pactos rotos, comprenderá de inmediato por qué Martí se entusiasmaba por la obra y las obras de Helen Hunt Jackson. También sintió hondamente Martí la causa expuesta por Harriet Beecher Stowe, autora de la famosa novela antiesclavista *La cabaña del tío Tom*.

Martí, gran admirador de todos los que se avergonzaban ante la injusticia, estimó en especial, entre las voces de protesta, a dos escritoras estadounidenses que dejaron huella en la conciencia de la nación: Harriet Beecher Stowe y

<sup>18</sup> R. K. MacDonald, *Louisa May Alcott*, Boston, Twayne Publishers, 1983, p. 9.

<sup>19</sup> *Ibid.*, pp. 2-3.

Helen Hunt Jackson. Martí se interesó en las obras de estas dos mujeres porque representaban una inquietud que reflejaba su propio sentimiento, y al comentar sus obras también realzó el papel de la mujer en el mejoramiento de la moral y en el cambio del orden social.

¿Cómo llegó Martí a conocer las obras de Stowe y Jackson? Probablemente conoció a Jackson por primera vez en los Estados Unidos, pero es posible que su conocimiento de Harriet Beecher Stowe haya comenzado cuando era joven en Cuba, y le llegaron noticias sobre las causas y los eventos de la Guerra Civil de los Estados Unidos. Los sucesos del conflicto entre Norte y Sur en los Estados Unidos se comunicaron a Cuba, y el luto por Lincoln fue motivo de duelo público en La Habana. Los cubanos que apreciaron a Lincoln por su emancipación de los esclavos sintieron hondamente la muerte del presidente norteamericano, y Martí, aún niño, se contó entre los que reaccionaron con emoción ante la noticia.<sup>20</sup> Martí ya había visto el sufrimiento de los negros en Cuba cuando a los nueve años acompañó a su padre a un trabajo en Matanzas, vio la miseria de los barracones y presencié lo criminal de un bocabajo.<sup>21</sup> El alma del niño nunca olvidó el episodio, y muchos años después escribió: «Quien ha visto azotar a un negro, ¿no se considera para siempre su deudor? Yo lo vi cuando era niño y no se me ha apagado en las mejillas la vergüenza» (XXII, p. 189). Martí estuvo pues, desde un principio, dispuesto a apreciar plenamente la importancia de *La cabaña del tío Tom* como obra capaz de despertar vergüenza, remordimiento y compasión.

La primera cita martiana sobre Harriet Beecher Stowe se encuentra en un comentario que envió Martí a la «Sección constante» de *La Opinión Nacional*, de Caracas, en 1881. El pasaje que aparece es breve pero intenso, y ofrece un retrato esencial de la autora norteamericana. Martí señaló que la dramatización de su famosa novela se presentaba casi diariamente en los teatros, y que Stowe pintaba el sufrimiento de los esclavos norteamericanos sin descripciones forzadas y sin exageración, lo que hacía que el libro tuviese más impacto. El autor cubano también notó que la novela de Stowe se vendía en ediciones baratísimas en Londres, comprobación de la fama de que seguía gozando la «voz de lágrimas» (XXIII, pp. 125-126). Las referencias a Stowe, aunque no fueron extensas, siguieron formando parte del comentario martiano sobre los Estados Unidos, y en las cartas que dirigió a *La Nación*, de Buenos Aires, en 1884 (nº 70, p. 386) a 1887 (nº 147, p. 804), Martí reiteraba la admiración que tenía por la conocida y eficaz enemiga de la esclavitud, y alababa la conciencia y la compasión que había arrancado su obra en los corazones de sus conciudadanos.

<sup>20</sup> E. S. Santovenia, *Lincoln in Martí: A Cuban View of Abraham Lincoln*, tr. por Donald F. Fogelquist, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1953, pp. 3-5.

<sup>21</sup> Herminio Almendros, *Martí*, 2ª ed., México D. F., Ediciones Oasis, 1969, pp. 14-18.

Harriet Beecher Stowe también se encuentra en la obra de Martí asociada con su hermano Henry Ward Beecher, famoso predicador protestante de la época, y como hija de una familia distinguida de Nueva Inglaterra que se dedicaba a las empresas humanitarias. Martí nunca comentó el interés que mostró Harriet Beecher Stowe en el sufragio femenino y la abstinencia del alcohol; ni se fijó en su poesía religiosa y las voluminosas obras que expresaron los sentimientos de la clase media de su época. Lo que sí hizo el autor antillano fue unir el nombre de Stowe con el de otra escritora y reformadora asidua, Helen Hunt Jackson, la defensora de los pueblos indígenas de los Estados Unidos.

Helen Hunt Jackson, autora poco estudiada actualmente, tenía fama de poeta, de novelista y de gran promotora de un tratamiento justo para los indios en la época en que Martí vivía en los Estados Unidos. Martí se interesó mucho en Jackson, valorando tanto su destreza literaria como su anhelo de justicia, y dedicándose a traducir varias de sus obras al castellano. En 1881, Jackson publicó un libro clave, *Un siglo de infamia* (*A Century of Dishonor*), sobre la situación de los indios norteamericanos, y luego hizo que cada legislador del Congreso de los Estados Unidos recibiera un ejemplar del libro.<sup>22</sup> Pocos años después, en 1884, Jackson publicó la novela *Ramona*, obra que no sólo denunció el prejuicio anglosajón en cuanto a los indios, sino que alabó la influencia de la raza hispana en California. Martí se entregó completamente a la traducción y publicación, por su propia cuenta, de *Ramona*, y se comunicó con Manuel Mercado, su íntimo amigo mexicano, sobre los pormenores de la promoción y venta del libro en México. Martí se refirió a Jackson varias veces en sus cartas a los diarios hispanoamericanos, sobre todo para *El Partido Liberal*, de México, y *La Nación*, de Argentina, y la relacionó con el poeta cuáquero Whittier, y el imprescindible Emerson. Pero las alabanzas más cálidas de Martí sobre Helen Hunt Jackson son las que se hallan en su introducción a la versión en español de *Ramona* y las que se encuentran en su epistolario. He aquí declaraciones martianas de la introducción de su traducción: «*Ramona* es un libro que no puede dejarse de la mano [...]. Dice la verdad. Pocos libros interesan más que *Ramona*, y pocos dejan una impresión tan dulce [...]. Este libro es real, pero es bello. Las palabras relucen como joyas» (XXIV, p. 203). Y en su carta a Manuel Mercado, Martí explica el valor que tiene *Ramona* para el público hispano:

Lo escogí, quiero decírselo, porque es un libro de México, escrito por una americana de nobilísimo corazón, para pintar con gracia de idilio y color nuestro, lo que padeció el indio de California, y California misma, al entrar en poder de los americanos.

<sup>22</sup> Anne Fountain, «Ralph Waldo Emerson and Helen Hunt Jackson in *La Edad de Oro*», *SECO-LAS Annals*, XII, 1991, p. 47.



Desde que leí el libro, pensé en publicarlo en español: he leído pocos de su especie en que la naturaleza esté pintada con más arte, y un país original tan bien visto por un extranjero, y nuestra raza, a menudo desdeñada sin razón, tratada con tan ingenuo afecto, y en toda su bondad reconocida, por una escritora famosa entre los que más nos desdeñan (XX, pp. 112-113).

En el ensayo sobre los indios de los Estados Unidos publicado en *La Nación* en 1885, Martí nombró a Harriet Beecher Stowe como quien había combatido los abusos de la esclavitud, y declaró que también fue mujer la que había trabajado con ternura y comprensión para aliviar los infortunios de los indios. Aquí anotó Martí que Jackson había escrito al presidente estadounidense, Grover Cleveland, agradeciéndole lo que había hecho por los nativos americanos (nº 94, pp. 549-550). Luego, en otro artículo para *La Nación* (1887), Martí describió a *Ramona* como elegía de los indios, y comentó que los indios de California acudían a la tumba de Jackson con ofrendas y flores (nº 147, p. 804). Los artículos de *La Nación* nos invitan a establecer una linda comparación entre Martí y Jackson; ambos pusieron la pluma en defensa de los desamparados; ambos entendieron el valor de la propaganda en el proceso político; y ambos recibieron grandes muestras de devoción después de muertos.

Uno de los más interesantes nexos entre Martí y Jackson es la exposición de una filosofía de dignidad humana expresada en el campo de la poesía. Martí tiene en su revista para niños, *La Edad de Oro*, un poema titulado «Los dos príncipes», que según Martí es «idea de la poetisa norteamericana Helen Hunt Jackson» (XVIII, p. 372). En realidad, la versión en español del poema de Jackson, «The Prince is Dead» («El príncipe se murió»), es mucho más que «idea»; es adaptación, traducción y sobre todo inspiración. Ambos poemas encarnan el concepto de igualdad de clases y la ternura ante la pérdida de un hijo, y la «traducción» representa un intento instructivo, espiritual y literario de parte de Martí.

## Poe y la poesía

Edgar Allan Poe es uno de los autores estadounidenses mejor conocidos en la América Latina. Sus versos se han difundido en varias traducciones y su obra ha influido en muchos autores. Martí también tuvo conciencia del mérito de Poe, aunque hay escasa referencia al poeta en sus notas y artículos, y las comparaciones con otros escritores estadounidenses no favorecen al autor de «El cuervo». En cuanto a la crítica literaria, lo poco que expresa Martí respecto a Poe no concede mucha validez a la opinión de Poe como crítico literario (XIII, p. 462, y XXI, p. 153). Sobre Poe, Martí enfatizó lo extraño y lo misterioso, y no parecía tener mucho en común con él.

Sin duda, el aspecto más importante del tratamiento de Poe por Martí son las traducciones fragmentarias que inició Martí de «El cuervo» («The Raven») y «Annabel Lee», porque revelan un contacto directo e interesado en los versos de Poe. Son versiones tentativas, pero muestran el talento martiano aun en los albores del esfuerzo.

## Mark Twain, campeón de la justicia

Samuel L. Clemens, a quien el mundo conoce por su nombre de pluma, Mark Twain, interesó a Martí principalmente por una obra singular, que ilusionó al antillano en una época en que los esfuerzos del maestro se enfocaban con mayor intensidad sobre la revolución cubana que planeaba desde los Estados Unidos. La novela *A Connecticut Yankee in King Arthur's Court* (*El yanqui de Connecticut en la corte del rey Arturo*, fue motivo de las palabras más sentidas de Martí sobre Mark Twain, y revelan de forma convincente el lente a través del cual Martí veía la literatura.

Los escritos de Martí sobre Mark Twain comenzaron temprano; Martí lo mencionó por primera vez en 1880, en un artículo en inglés entregado al diario *The Hour*, aludiendo en este comentario breve a los viajes del norteamericano por Alemania (Apéndice I, p. 1746). Luego, en un comentario de 1884, describe la participación del autor en una conferencia con el novelista del Sur George Cable. Aquí Martí anotó el origen del seudónimo, «en dos brazos», y explicó cómo había nacido de la experiencia vivida por Samuel Clemens en el río Misisipí. Martí expuso su propia filosofía literaria, dando a entender que Mark Twain cabía dentro del marco preferido a pesar de no ser «luz mayor» (nº 74, pp. 412-413). El autor proveniente del Misisipí fue descrito como hombre de frontera que trazaba con mano firme personajes reales y que gozaba de perspectiva clara porque había vivido y sufrido (*ibid.*). Lo único que podría faltarle, según Martí, era el no poder «adivinar las alas de las cosas» (nº 74, p. 413). Martí también mencionó su matrimonio, sus viajes, su fama en París, y sus libros *Los Inocentes en viaje* (*The Innocents Abroad*), *Un Vagabundo en viaje* (*A Tramp Abroad*) y *Los Inocentes en casa* (que a lo mejor se refiere a *Roughing It*, libro de viajes sobre el Oeste de los Estados Unidos) (nº 74, p. 412). El sentido del humor de Clemens tenía que mencionarse: «escribe libros de reír, henchidos de sátira, en donde lo cómico no viene de presentar gente risible y excesiva, sino de poner en claro, con cierta picardía de inocente, las contradicciones, ruindades e hipocresías de la gente común» (nº 74, p. 414). Por último, Martí analizó la forma de recitar y leer del humorista —no todo del gusto del cubano por la descompostura y el tono nasal— y ofreció una descripción física del autor (nº 74, p. 414).

Un comentario martiano de 1886 destinado a *La Nación* llevaba una nota breve sobre Mark Twain, dentro del contexto de una reunión de escritores que se juntaban para pedir un tratado justo sobre la propiedad literaria; Mark Twain se destacaba en este esfuerzo (nº 105, p. 591). Al año siguiente, Martí envió un artículo a *La Nación* sobre el mismo tema de los autores y la propiedad literaria –tema que le permitió repetir las características salientes del gran humorista (XI, p. 360)–. Dirigió una carta parecida al periódico mexicano *El Partido Liberal*, pocos días después (nº 179).

Durante su estancia en los Estados Unidos, la opinión de Martí sobre Mark Twain iba evolucionando, tendencia ya estudiada en un valioso trabajo de Ivan A. Schulman.<sup>23</sup> Martí llegó a apreciar de verdad al narrador y humorista cuando leyó *El yanqui de Connecticut en la corte del rey Arturo* y descubrió en la obra de Mark Twain una palpitante conciencia moral y una fuente de esperanza. En su ensayo para *La Nación* de 1890, Martí manifiesta claramente lo que significa el libro.

La parte del artículo que se dedica a Mark Twain comienza comparando el nuevo libro de caballerías con el *Quijote*, y mencionando otras obras del norteamericano: *A la dura* (*Roughing It*), *Inocentes por el mundo* (*Innocents Abroad*) y *Vagabundo en viaje* (*A Tramp Abroad*) (XIII, p. 459). Refiriéndose a la novela sobre el *Yanqui*, el antillano se inspiró en la cólera «sublime» del autor ante «la vileza de que unos hombres se quieran alzar sobre otros, y comer de su miseria y beber de su desdicha» (XIII, p. 459), y declaró que la pintura de los abusos de la época medieval también resultaba ser «la pintura de lo que en los Estados Unidos se comienza a ver» (XIII, pp. 459-460).

Martí mostró que el vocabulario del libro incorporaba el habla del yanqui y la parla medieval, y apreció el tono «enérgico y natural» del lenguaje. Apreció también lo que la obra tenía de humor, pero que fue escrita «después de haber llorado» (XIII, p. 461). Mencionó el argumento de la novela –cosa que no acostumbraba hacer en sus crónicas literarias– y se entusiasmó contando las escenas en las que el yanqui, en el torneo contra «una torre de hierro» o en una batalla contra «defensores de casco y coraza», logró salir victorioso (XIII, pp. 460-461). El Sir Sagamore de la novela se deletrea «Lagoramor» en el artículo de Martí y el protagonista se convierte en «Jin», pero todo lo esencial de la obra se pinta de forma verídica y veraz. Martí se involucra tanto en el tema del *Yanqui*, que declara que le encantaría ir a la casa del autor en Hartford (en el Estado de Connecticut) a darle la mano (XIII, p. 460).

Hay otras referencias de paso a Mark Twain en la obra de Martí, pero las cartas enviadas a sus colaboradores y amigos son quizá la mejor fuente para apre-

<sup>23</sup> Ivan A. Schulman, «José Martí and Mark Twain: A Study of Literary Sponsorship», *Symposium*, XV, nº 2, pp. 104-113.

ciar cómo el hombre del Misisipí, que viajó por todo del mundo y llegó a vivir en Connecticut, fue asumido por Martí. Una carta de 1889 a Manuel Mercado recomienda el *Yanqui* para el hijo de Mercado (XX, p. 144); y una carta a Gonzalo de Quesada, con fecha de 1890, presenta el afán desbordado que sentía Martí por la novela de caballerías norteamericana:

¿No ha leído el último libro de Mark Twain? Nunca lo quise leer mucho, porque en lo que conocía de él nada aprendí, y el chiste era de bota fuerte y camisa colorada.

Pero este *Yankee in King Arthur's Court* es un servicio a la humanidad; de lenguaje característico y ligero, y de idea conmovedora y honda. Al principio recuerda el Quijote, y al fin a Julio Verne; pero no les debe un ápice. Con el Quijote se hembra; y tiene una que otra fantasía científica, pero lleno de caridad y de mente. Y una de ellas es, –y por eso le hablo del libro, –que cincuenta y dos manebos, y no hombres de años preocupados y podridos, ayudaron al yanqui a vencer a veinticinco mil caballeros armados de toda armadura, y con quienes murió la vana caballería. Es un libro de chiste, que suele arrancar lágrimas (XX, p. 363).

Mark Twain llegó a ser autor importante a los ojos de Martí por medio de una novela de sátira social que expresaba angustias e ilusiones hondamente sentidas por el autor cubano. Martí, por su parte, se dedicó a subrayar la importancia del libro a los demás y a sugerir que se leyera. Las palabras de Martí sobre Mark Twain están vigentes y, como afirma Schulman, Martí fue el primero en hacer popular la obra de Samuel L. Clemens en el mundo hispanoparlante.<sup>24</sup>

## Conclusiones

El gran lienzo que Martí pintó de la vida y la sociedad estadounidenses abarcó a muchísimos escritores –casi cuarenta si se incluyen todas las categorías– e incluyó cientos de obras, si se cuentan todos los títulos mencionados. Martí es, por la cantidad y la calidad de su trabajo, un intérprete capital de las obras literarias estadounidenses, especialmente las del siglo XIX, y ha sido verdadero maestro de traducción y difusión de esas obras. Varios de los autores figuraron como parte de un reportaje detallado hecho por un corresponsal responsable, pero pasaron por las páginas de Martí sin dejar huella en su pensamiento y sin recibir su atención enfocada. Otros fueron mencionados sólo por aparecer en las noticias diarias de la época. De autores famosos cuyas obras y actividades se comentaban en la prensa y a quienes Martí dedicara breves comentarios, vale mencionar a Whittier, Lowell, Hawthorne, Holmes y Thoreau. Henry George, el pensador, eco-

---

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 104.



nomista y autor, cuyo libro *Progress and Poverty* según Martí estaba «henchido de simpatía por los humildes» (nº 174, p. 953), también figura en las obras martianas, sobre todo en el campo económico-social.

De los autores asumidos, Martí sacó provecho o ideas: de Emerson, inspiración; de Whitman, admiración; de Longfellow, consolación; de los Alcott, abnegación; de Stowe y Jackson, compasión, y de Mark Twain, ilusión. Aquellos escritores le sirvieron de ejemplo positivo, aliviando el ambiente de mercader y las condiciones propicias a la codicia del pueblo estadounidense, y poniendo de relieve los valores literarios arraigados en el alma de Martí. El autor por excelencia de las Américas presentó por medio de sus obras una perspectiva comprensiva y comprensible de la literatura estadounidense –alabando siempre la voz independiente, la pluma entregada al servicio y al sacrificio, y la visión abarcadora de la humanidad–.

# Ana Cairo

## José Martí y la política en los Estados Unidos

José Martí llegó a Nueva York por segunda vez<sup>1</sup> el 3 de enero de 1880. El 10 de julio se publicó en el periódico *The Hour* la primera de sus impresiones.<sup>2</sup> Viajó a Caracas el 20 de enero de 1881 y retornó a la gran ciudad en agosto de ese mismo año. Desde entonces hasta el 30 de enero de 1895, residió allí, donde se convirtió en corresponsal de periódicos latinoamericanos.<sup>3</sup>

Para cumplir a cabalidad con las exigencias de esa labor, se dedicó al estudio sistemático de esa nación, pues pensaba que «para conocer a un pueblo se le ha de estudiar en todos sus aspectos y expresiones: ien sus elementos, en sus tendencias, en sus apóstoles, en sus poetas y en sus bandidos!» (nº 157, p. 864).

El aprendizaje fue gradual y con reajustes de juicio. Lo realizó leyendo la prensa y libros especializados,<sup>4</sup> prestando atención a las fuentes orales de noticias y opiniones,<sup>5</sup> o participando directamente como testigo.<sup>6</sup>

<sup>1</sup> La primera vez fue entre el 14 y el 26 de enero de 1875, como escala del viaje de Europa a México.

<sup>2</sup> José Martí, «Impressions of America. By a Very Fresh Spaniard», *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba y otras, 1963-1973, t. XIX, pp. 101-126. En lo adelante, al referirse a estas *Obras completas* se mencionarán los tomos en números romanos y las páginas en arábigos. Los textos «Impressions...» fueron publicados el 10 de julio, el 21 de agosto y el 23 de octubre de 1880. El mejor estudio sobre ellos es el de Luis Toledo Sande, «“A very fresh Spaniard”: personaje literario de José Martí», *Anuario del Centro de Estudios Martiianos*, nº 12, La Habana, 1989, pp. 187-200. Cuando se trata de textos reproducidos en nuestra edición, señalamos entre paréntesis el número de la carta y luego la página.

<sup>3</sup> Entre ellos: *La Opinión Nacional*, de Caracas, septiembre de 1881-junio de 1882, *La Nación*, de Buenos Aires, julio de 1882-mayo de 1891, y *El Partido Liberal*, mayo de 1886-mayo de 1892.

<sup>4</sup> El 28 de mayo de 1888 Martí le comentó a su gran amigo Manuel Mercado en una carta: «Entre un mundo de papeles le pongo estas líneas. Se reiría si me viera. De un lado, un rimero de libros políticos, para que ni una sola de las afirmaciones de la Historia de la Campaña vaya sin comentario sólido» (XX, p. 126). Entre los libros que a Martí más le interesaron estaba *Our electoral system*, de Ch. A. O'Neil; le dedicó una reseña en la revista *El Economista Americano*, agosto de 1887 (XIII, pp. 454-455).

<sup>5</sup> Martí le escribió a Bartolomé Mitre y Vedia, director del periódico *La Nación*, en carta fechada el 19 de diciembre de 1882: «Mi método para las cartas de New York [...] ha sido poner los ojos limpios de prejuicios en todos los campos, y el oído a los diversos vientos, y luego de bien henchido el juicio de pareceres distintos e impresiones, dejarlos hervir y dar de sí la esencia;—cuidando no adelantar juicio enemigo sin que haya sido antes pronunciado por boca de la tierra,—porque no parezca mi boca temeraria;—y de no adelantar suposición que los diarios, debates del Congreso, y conversaciones corrientes no hayan de antemano adelantado» (Apéndice III, pp. 1760-1761).

<sup>6</sup> Martí testimonió en la crónica «El cisma de los católicos en Nueva York»: «Acabo de verlos, de sentarme en sus bancos, de confundirme con ellos» (nº 150, p. 820).

La profunda comprensión martiana sobre el sistema de la política en los Estados Unidos se deriva también de su periodización de la historia de esa nación. Él estimaba que existían dos grandes períodos: el colonial (1620-1783) y el republicano, que subdividía en dos etapas: la primera abarcaba desde el surgimiento del gobierno federal hasta el fin de la Guerra de Secesión (1860-1865); y la segunda era la contemporánea y su objeto de estudio privilegiado. Martí identificaba dos fases en esta última: la de la Reconstrucción (1865-1880) y la posterior, la que él mejor conocía por coincidir con sus años de residencia en Nueva York.

## La política como historia

En el período colonial se interesó por dos momentos relevantes: la fundación del primer enclave en 1620 y la Guerra de Independencia contra Inglaterra (1775-1783).

El 11 de diciembre de 1620, en las costas cercanas a la ciudad de Plymouth, desembarcaron los colonizadores del buque *Flor de Mayo*. Estas familias habían partido de Europa «en busca de una playa donde tuviera asilo seguro, so capa de libertad religiosa, la que bajo ellas les daba alientos para arrostrar la muerte: la libertad política» (nº 244, p. 1288).

Desde la perspectiva martiana, este primer enclave ilustraba un nuevo tipo de organización político-social. Aquellos colonizadores desarrollaron paulatinamente una cultura de las libertades individuales como fundamento del trabajo sin esclavitud. Entre 1620 y las seis primeras décadas del siglo XVIII, se fundaron y desarrollaron las Trece Colonias Inglesas de la América del Norte. Unas respondieron a las modalidades del primer enclave; las otras se estructuraron como plantaciones esclavistas. Así, dos alternativas económicas convivieron bajo la dominación británica.

En la década de 1770 se rebelaron las Trece Colonias contra su metrópolis, y con la ayuda de Francia y España obtuvieron la victoria militar. Entonces se pudo fundar una nación nueva, los Estados Unidos de América, primera república de este continente.

Martí utilizó la historia de las Trece Colonias Inglesas en un contrapunteo permanente con la historia de los territorios colonizados por España. Existían dos Américas que convivían en el continente, y en las diferencias de los modelos civilizatorios<sup>7</sup> radicaban algunas claves esenciales de los problemas entre ambas.

---

<sup>7</sup> Las expresiones mejores de dicho contrapunteo fueron su discurso «Madre América» (pronunciado el 19 de diciembre de 1889) y su ensayo «Nuestra América» (publicado en *La Revista Ilustrada de Nueva York*, el 1 de enero de 1891). Ambos textos en VI, pp. 133-140 y 15-33. También podría considerarse un contrapunteo implícito en «La verdad sobre los Estados Unidos» (XXVIII, pp. 290-294).

En la primera etapa del período republicano de los Estados Unidos (1787-1865), Martí realizaba tres acontecimientos políticos de máximo interés: los debates para elaborar la Constitución y la gestión del general George Washington (1732-1799) como primer presidente; la guerra sucia para despojar a México de territorios (1846-1848), y la Guerra de Secesión (1860-1865).

Para escribir la crónica sobre el centenario de la constitución de los Estados Unidos, fechada el 19 de septiembre de 1887 (nº 172, pp. 937-945), Martí realizó una prolija investigación. Detalló la naturaleza de los debates y citó a Washington en carta a un amigo para develar las esencias del conflicto en la Convención Constituyente:

pero mientras se batalle con tanto fuego por la soberanía absoluta de los Estados, mientras las miras locales y el interés especial que influye en cada uno con exceso, no cedan a una concepción más elevada de la política, la incompatibilidad entre las leyes de los Estados diversos y su falta de respeto al gobierno general, han de tener a este gran país débil y al gobierno general impotente y en desgraciada condición (nº 172, pp. 940-941).

Según el relato martiano, tras cuatro meses se alcanzó un consenso para garantizar un gobierno federal presidencialista y los derechos estatales. Él reprochó como transacción funesta la relativa al mantenimiento de la esclavitud en los Estados donde ya existía, porque «aplazar no es resolver. Si existe un mal, con permitir que se acumule no se remedia. El crimen de permitirlo, trae siempre sangre» (nº 172, p. 944).

Su balance final sobre los debates en torno a la Constitución de los Estados Unidos era muy favorable, porque el documento «enseña a los pueblos que sólo echan raíces en las naciones las formas de gobierno que nacen de ellas» (nº 172, p. 944).

En el examen de los grandes acontecimientos políticos, Martí dedicaba especial atención a las personalidades que los protagonizaban, puesto que

[n]o mueren nunca sin dejar enseñanza los hombres en quienes culminan los elementos y caracteres de los pueblos; por lo que, bien entendida, viene a ser un curso histórico la biografía de un hombre prominente.

En la elevación de cada hombre, por más que pueda parecer injusta y casual, hay causas fijas y de gran cuantía, ya residan por fuerza original en el encumbrado, ya dominen por fuerza nacional en el pueblo que los encumbra.

Todo gobernante representa, aun en las formas más extraviadas y degradantes del gobierno, una fuerza activa y considerable, visible u oculta:—y cae, cualesquiera que sean su poder y aparato legal, cuando esta fuerza cesa, o él cesa de representarla (nº 145, p. 791).



Tanto en los combates de la Guerra de Independencia como en la convención constituyente, brilló la figura del general George Washington. Martí leyó numerosas biografías suyas y dejó anotaciones ilustrativas de los rasgos de su carácter, de sus métodos como político y de las razones que avalaban la condición de padre de la nación. Así lo retrató:

En los casos de duda, buscaba de propósito consejo de unos y de otros, no porque no supiese qué hacer, o no tuviera más simpatía por esto que por aquello, sino porque de ese modo no lo podían tachar si erraba y conociendo de antemano la razón de las censuras podía hacer por evitarlas. Hasta en los más mínimos detalles quiere que lo instruyan. [...]

Vio la nación. Cuando muchos no concebían más que el Estado, concibió claramente la nación. [...]

Habla con orgullo de la «América unida», aludiendo, por supuesto, a su América del Norte, sin pensar que hubiese otra Am[érica] más (XXIII, pp. 51, 50, 53).

Él admiró las habilidades como presidente de Washington y las de los que le sucedieron para consolidar el gobierno federal. Censuró las ambiciones expansionistas que defendieron esos mismos políticos y que desencadenaron hechos bélicos en México, Centroamérica y Cuba.

Cuando Martí residió en México (1875-1877), conoció la visión mexicana de la guerra sucia que le impusieron los Estados Unidos y que concluyó con el gran despojo de territorio legalizado con el Tratado Guadalupe Hidalgo en 1848. Se solidarizó con el pueblo mexicano al condenar los frecuentes incidentes en la extensa frontera entre las dos naciones, porque formaban parte de las amenazas para favorecer un nuevo arrebato de tierras. En sus juicios de entonces<sup>8</sup> ya estaban los orígenes de su antimperialismo.

En la guerra contra México se entrenaron como oficiales y soldados algunos de los héroes de la Guerra de Secesión, entre ellos el general Ulysses Grant (1822-1885), quien fue presidente de los Estados Unidos y uno de los partidarios de los incidentes fronterizos entre 1875 y 1876.

Martí tuvo nociones relativas a la Guerra de Secesión desde la infancia, porque en Cuba los periódicos mantuvieron columnas de noticias permanentes sobre ella. Un especial impacto tuvo entre los intelectuales cubanos el decreto de abolición de la esclavitud firmado por el presidente Abraham Lincoln (1809-1865). Martí se educó en la admiración a Lincoln y en la creencia de que la

---

<sup>8</sup> Véase Ibrahim Hidalgo Paz, «Incursión en los orígenes del antimperialismo martiano», en: *Incursiones en la obra de José Martí*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1989, pp. 11-83. Para entender el punto de vista de Martí durante su residencia en México son especialmente importantes los artículos «Los Estados Unidos y México» y «México y los Estados Unidos», en: *Obras escogidas*, en tres tomos, La Habana, Editora Política, 1978-1981, t. 1, pp. 79-81 y 93-97.

Guerra Civil norteamericana había tenido como objetivo cardinal la abolición de la esclavitud.

Tales afirmaciones las mantuvo en crónicas suyas como «Filiación Política. El origen del Partido Republicano de los Estados Unidos», publicada en *La Nación* el 6 de noviembre de 1884 (nº 70, pp. 385-388). No fue hasta 1889 que reconsideró esta versión y se adscribió a juicios definitivos. Sobre Lincoln dijo:

Y cuando de la verdad de la pobreza, con el candor del bosque y la sagacidad y poder de las criaturas que lo habitan, surgió, en la hora del reajuste nacional, el guía bueno y triste, el leñador Lincoln, pudo oír sin ira que un demagogo le aconsejara comprar, para vertedero de los negros armados que le ayudaran a asegurar la unión, el pueblo de niños fervientes y de entusiastas vírgenes que, en su pasión por la libertad, había de ostentar poco después, sin miedo a los tenientes madrileños, el luto de Lincoln; pudo oír, y proveer de salvoconducto, al mediador que iba a proponerle al Sur torcer sus armas sobre México, donde estaba el francés amenazante, y volver con crédito insigne a la República, con el botín de toda la tierra, desde el Bravo hasta el Istmo.<sup>9</sup>

Martí admiró profundamente a los miembros de la Sociedad Abolicionista, quienes entre 1831 y la Guerra de Secesión organizaron un movimiento cívico y moral contra el auge de la esclavitud. Hubo mártires como John Brown (1800-1859) y apóstoles como el orador Wendell Phillips (1811-1884). Este último fue un paradigma ético, y Martí le rindió tributo permanente conservando su retrato en la oficina.<sup>10</sup>

Estudió con profundidad la historia del Partido Republicano desde su fundación en 1854. También examinó la del Partido Demócrata. La violencia de la campaña electoral por la presidencia en 1860 revelaba que el antagonismo por el control político de las instituciones federales había alcanzado su punto máximo. La victoria electoral de Lincoln significó la señal de la contienda. En 1894 escribió:

En una sola guerra, en la de Secesión, que fue más para disputarse entre Norte y Sur el predominio de la República que para abolir la esclavitud, perdieron los Estados Unidos, [...] más hombres que en los que en tiempo igual, y con igual número de habitantes, han perdido juntas todas las repúblicas españolas en América (XXVIII, p. 293).

<sup>9</sup> «Congreso Internacional de Washington» (nº 252, p. 1331). Otros juicios similares en «Carta a Ángel Peláez» (I, pp. 296-297); «El Partido Revolucionario a Cuba» (II, p. 437); «A Cuba» (III, p. 40).

<sup>10</sup> En carta a su secretario Gonzalo de Quesada fechada el 1 de abril de 1895 destinó el retrato de Phillips a Tomás Estrada Palma (XX, pp. 476-479). Una de las más bellas semblanzas de Martí es la dedicada a «Wendell Phillips» (nº 51, pp. 305-309).

La etapa contemporánea de la historia de los Estados Unidos se inició con la fase de Reconstrucción tras el fin de la Guerra de Secesión. La gestión presidencial del general Ulysses Grant daba las claves políticas. Martí la justipreció así:

¿Quién es ese hombre extraño, desigual, ignorante de las más elementales leyes de la República y cortesías y agradecimientos de gobierno; desconocedor absoluto de los límites que señalan en la presidencia de un país los derechos personales del gobernante y su autoridad pública [...]? Grant es ese, que se ha traído las botas de campaña a la Casa Blanca, y yerra (nº 88, p. 522).

Entra, pues, en la Presidencia de la República, el sumo puesto político con estos elementos: abominación a la política y rencor acumulado contra los que la representan; complacencia excesiva en su personalidad y hábitos y deseos de expansión, conquista y marcha; costumbre lisonjeada de mando absoluto y carencia completa del hábito de obedecer; desdén de toda ley minuciosa y progresiva, y carrera súbita hecha fuera de la práctica natural y ordenada de las leyes; hábito de verlo todo a partir de sí y realizarse por su voluntad conforme a ella (nº 88, p. 523).

Desde la perspectiva martiana, Grant encarnó una de las modalidades del fenómeno caudillista en los Estados Unidos. Su gestión autoritaria se oponía a los principios democráticos. Era un grave error que los héroes militares accedieran al gobierno civil, sobre todo si carecían de conocimientos y habilidades para cumplir con las más altas funciones públicas. El nepotismo, la corrupción, la agresividad expansionista hacia las naciones y territorios vecinos caracterizaron sus dos mandatos. El caudillismo personificado en Grant resultaba tan nefasto en los Estados Unidos como Martí lo había comprobado en México,<sup>11</sup> Guatemala y Venezuela.

Entre 1861 y 1885 el Partido Republicano tuvo el control del gobierno federal y del Congreso. Después del asesinato de Lincoln, la personalidad más controvertida dentro del Partido fue la de Grant, quien se convirtió en un factor de discordia y de estructuración de facciones ante la posibilidad de un tercer mandato.

Roscoe Conkling (1829-1888) lideraba (nº 193, pp. 1038-1043) el grupo que quería imponer a Grant tanto en las elecciones presidenciales de 1876 como en las de 1880. James Blaine (1830-1893) emergió<sup>12</sup> como el cabecilla

---

<sup>11</sup> En carta a Manuel Mercado (10 de noviembre de 1877) le dijo: «Usted y yo tenemos decidido que el poder en las Repúblicas debe estar en manos de los hombres civiles. Los sables cortan. Los fracs apenas pueden hacer látigos de sus cortos faldones» (XX, p. 37). En otra misiva a Mercado (22 de abril de 1886) le explicó cómo en la semblanza biográfica de Grant estaban presentes los recuerdos de otras experiencias latinoamericanas. Grant formaba parte de una familia de caudillos (XX, p. 89).

<sup>12</sup> Carta sobre la historia de la caída del Partido Republicano (nº 78, pp. 442-459); «Noche de Blaine» (nº 217, pp. 1128-1131); «El Congreso de Washington» (nº 246, pp. 1301-1306); «Congreso Internacional de Washington» (nº 253, pp. 1336-1342).

más hábil para oponerse desde otra facción. Se utilizó la negociación de un tercer candidato como último recurso en las convenciones del Partido Republicano en 1876 y 1880.

Rutheford Hayes (1822-1893) obtuvo la presidencia en 1876. Para que ganara, fue preciso un escandaloso fraude en los Estados de Luisiana y la Florida, en detrimento de los votos recibidos por el candidato del Partido Demócrata, Samuel Tilden (1814-1886) (XIII, pp. 299-301; n° 99, pp. 566-569): en ambos textos Martí relató el fraude electoral). Los demócratas terminaron aceptando el fraude, porque juzgaron prioritaria la recuperación de alcaldías y gobernaciones de Estados (sobre todo en el Sur), antes que volver a disputar la presidencia. Tilden quedó como la gran víctima de la maquinaria politiquera en los dos partidos.

En las elecciones de 1880, Conkling impidió que Blaine fuera el candidato del Partido Republicano. Volvió a utilizarse una transacción. James Garfield (1831-1881), apoyado por Blaine, alcanzó la nominación para presidente; Chester Arthur (1830-1886), con el respaldo de Conkling, fue escogido para vicepresidente.

Si el cuatrienio de Hayes podría considerarse un grantismo sin el general, el de Garfield fue interrumpido por su dramático asesinato. A Conkling se le juzgaba como instigador de ese acto bárbaro ejecutado por el fanático Charles Guiteau. Arthur juró la presidencia para el resto del mandato. Blaine, quien ocupaba la Secretaría de Estado, a los pocos meses renunció.

## La política como experiencia vital

A partir de la muerte de Garfield y de las revelaciones en las sesiones del juicio público a Guiteau, Martí comenzó a involucrarse apasionadamente en los asuntos políticos de los Estados Unidos, como ya lo había hecho en México, Guatemala y Venezuela.

Desde el gobierno de Arthur hasta el de Benjamin Harrison (1833-1901), Martí estructuró tres problemas simultáneos de análisis sobre la política en los Estados Unidos. El primero fue el examen minucioso de las historias del Partido Republicano y del Partido Demócrata, de cuáles eran sus facciones, de quiénes eran los políticos más poderosos y de cómo ejercían sus funciones.

Las trayectorias de los *bosses* Conkling y Blaine fueron escudriñadas hasta los más mínimos detalles. Conkling, gran orador, hombre cultísimo y rico, podría ilustrar la esterilidad de la inteligencia con ambiciones de poder. Con la reconstrucción de sus vínculos políticos se conocía cómo se interconectaban los intereses económicos con las facciones. Conkling, senador por el Estado de Nueva York, dominaba la ciudad y el Estado de nombres homónimos. Todo arreglo debía aprobarlo, así como la distribución de empleos. Desde los tiempos de



Grant hasta los de Arthur fue *boss* indiscutido, y cuando se retiró de la vida pública conservó poder suficiente para que sus allegados le cerraran el camino de la presidencia a Blaine en las elecciones de 1884 y 1888.

Para Martí, Conkling resultaba una personalidad fascinante por contradictoria: no robó, no quiso ser presidente, tuvo un alto concepto de la amistad (apoyó a Grant hasta el final), perseveró en sus odios. Conkling ilustraba una tradición de personalidades políticas que ya comenzaba a extinguirse en la década de los 80: la del *boss* culto, con orgullo de élite intelectual, con normas éticas para corromper en el ejercicio del poder sin macularse.

Blaine resultaba la personalidad opuesta a Conkling. Se enriqueció vendiendo servicios y favores políticos y económicos. Martí lo consideraba sencillamente amoral, y censuraba su demagogia populachera. Representaba a la nueva generación de políticos, dinámicos, ajustados a las necesidades de un inescrupuloso mercado de influencias:

Blaine, acusado con pruebas, y con su propia confesión escrita de haber empleado espontánea e intencionalmente en anticipo de una recompensa en acciones su autoridad como Presidente de la Cámara de Representantes para que se vetara una ley que favorecía indebidamente los intereses de un ferrocarril en que ya tenía, por servicio no menos criminal, una buena parte; [...] –Blaine, mercadeable, que, a semejanza de sí propio,– en el mercado de hombres compra y vende. [...] [...] Blaine, que llama a la gente familiar por su nombre de pila, y a los José «Pepotes», y a los Migueles «Miquis», y «Tomasetes» y «Juanillos» a los Tomases y a los Juanes, lo que deja a estas gentes gansescas muy llenas de halago; Blaine, que con el rufián habla en su jerga, y con el irlandés contra Inglaterra, y con el inglés contra Irlanda [...] (nº 78, p. 453).

Martí diseñó el segundo problema a partir de los asuntos económicos y sus interrelaciones con las demandas políticas y sociales. El debate entre proteccionistas y librecambistas<sup>13</sup> le permitió adentrarse en las entrañas del sistema de la política y derivar conclusiones sobre ambos partidos. Sus tesis podrían resumirse así: «No son en los Estados Unidos partidos de clases diversas los que se disputan el gobierno. [...] Poderosa ala librecambista tiene el Partido Demócrata: más poderosa acaso la tiene el Republicano» (nº 78, p. 455).

De este modo, los librecambistas republicanos y demócratas pertenecían a un bando único, y los proteccionistas se agrupaban en el bando rival. Así actuaban en alianzas suprapartidistas de acuerdo con sus intereses.

<sup>13</sup> Rafael Almanza ha realizado un estudio pormenorizado al respecto en su libro *En torno al pensamiento económico de José Martí*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1990. Véase el epígrafe «Proteccionismo y librecambio. El surgimiento de los monopolios y el fin de la libre concurrencia» (pp. 216-299).

El tercer problema de análisis para Martí consistía en saber cómo podría hacerse una reforma de la vida política,<sup>14</sup> que erradicara la gran corrupción electoral y administrativa, verdadera gangrena de la estructura republicana.

Martí siguió durante todo el año 1884 la campaña presidencial. Expresó sus simpatías por la candidatura de Grover Cleveland (1837-1908), nominado por el Partido Demócrata. Cleveland<sup>15</sup> clamaba por una reforma moderada, fundada en las siguientes iniciativas: apertura de una política comercial librecambista; ley de empleos públicos para estipular el acceso a los puestos de las administraciones por concursos y promociones; freno a la práctica generalizada de considerar los empleos un botín para satisfacer los compromisos electorales; voluntad moral de luchar contra las modalidades de la corrupción pública; auspicio de una rebaja de los aranceles que protegían los artículos de las industrias; búsqueda de una contención a las excesivas ganancias de los grupos económicos muy ricos; estrategias para disminuir los precios en el mercado interno, lo cual ayudaría a un mayor consumo social de los grupos más pobres; cambios en el trato a los Estados del Sur, a los que se les seguía recordando la condición de vencidos en la Guerra de Secesión; cese de las campañas demagógicas de miedo al Sur; análisis de las problemáticas en torno a las tierras de las tribus indias y a sus condiciones de sobrevivencia; estudios para un replanteo de la distribución de tierras estatales, porque las grandes beneficiarias seguían siendo las compañía ferrocarrileras; atención a la inmigración y sus correlaciones con la inquietud social obrera.

Para Martí, una virtud adicional de la plataforma de Cleveland radicaba en el abandono de los sueños expansionistas<sup>16</sup> que desde la presidencia de Grant se vociferaban y ejecutaban como estrategias gubernamentales. Mientras Grant había promovido conflictos fronterizos, el aventurerismo militar, o la compra forzosa de nuevos territorios, Blaine proclamaba desde 1881 sus ambiciones de diplomacia panamericanista<sup>17</sup> y de nuevos mercados.

---

<sup>14</sup> Hébert Pérez Concepción examinó con acierto las ideas martianas a favor de una reforma que terminara con la corrupción política y social, en su libro *José Martí y la práctica política norteamericana (1881-1889)*, Santiago de Cuba, Ed. Oriente, 1996.

<sup>15</sup> «El gobernador de Nueva York» (nº 65, pp. 368-369: cuando todavía era gobernador del Estado de Nueva York); «Inauguración de un presidente en los Estados Unidos» (nº 77, pp. 433-442); «Cartas de Martí. Sucesos de la quincena», sobre la conducta de Cleveland en el poder (nº 80, pp. 464-468); «Estados Unidos», sobre el mensaje del Presidente (nº 143, pp. 779-784); «La campaña presidencial en los Estados Unidos» (nº 195, pp. 1049-1052); «Elecciones!» (nº 218, pp. 1132-1140); «Narraciones fantásticas» (nº 200, pp. 1074-1079).

<sup>16</sup> Cleveland ganó de nuevo las elecciones presidenciales en 1892. Para entonces, Martí ya estaba inmerso a tiempo completo en las labores del Partido Revolucionario Cubano y en la preparación de la guerra. No obstante, en su periódico, *Patria*, mantuvo un seguimiento sobre las posiciones moderadas en política exterior de Cleveland.

<sup>17</sup> Nº 253, pp. 1336-1342. Manuel Galich, «Martí y el panamericanismo, propósito de un siglo», *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, nº 3, 1980, pp. 308-321.

Cleveland ganó la presidencia porque los agentes electorales todavía afines a Conkling transfirieron votos para derrotar a Blaine. En 1888, cuando aspiró a la reelección, Cleveland perdió frente a Benjamin Harrison<sup>18</sup> (1833-1901), candidato del Partido Republicano, porque los agentes demócratas en el Estado de Nueva York negociaron un pacto. Así, Harrison recibió todos los votos a cambio de que el gobernador de Nueva York fuera el candidato demócrata.

Martí comprendió cómo, ya al concluir el primer año de gobierno, era obvio que Cleveland sabía que sus aspiraciones reformistas estaban eficazmente paralizadas. Al mismo tiempo, seguían creciendo los problemas sociales, en particular las huelgas obreras.

Entre septiembre y diciembre de 1886 se organizó el Partido del Trabajo Unido (*United Labor Party*) en Nueva York, Henry George<sup>19</sup> lo lideraba. Además quería presentarse como candidato a corregidor en la ciudad. Él luchaba por la promoción de ideas para una legítima democracia progresiva; la reforma de las condiciones de trabajo; la transformación de la tierra en propiedad pública; la conversión de los impuestos en un tributo único sobre la tierra ocupada.

El partido de George contra la pobreza injusta ganó adeptos en sectores populares dentro de la ciudad de Nueva York. El sacerdote católico Edward McGlynn<sup>20</sup> movilizó a sus feligreses en favor de George, y desafió a las autoridades del obispado, quienes habían pactado con el Partido Demócrata el voto de los creyentes.

Las Iglesias en los Estados Unidos participaban del tráfico de influencias y de favores electorales con los dos partidos. En 1884, McGlynn obedeció las instrucciones de sus superiores. En 1887, entendió que los georgistas podrían ser una esperanza para las angustias sociales de su grey. Resistió las amenazas y colaboró en las acciones de la Liga contra la Pobreza. Fue excolmogado.

En 1888, George se alejó del Partido del Trabajo Unido por estimar que no tenía posibilidades electorales. Se aproximó a los librecambistas del Partido Demócrata. Martí censuró las veleidades de George y admiró la coherencia ética y política de las acciones de McGlynn.

<sup>18</sup> «Elecciones!» (nº 218, pp. 1132-1140); «En los Estados Unidos», sobre el primer mensaje de Harrison (nº 254, pp. 1342-1348); «En los Estados Unidos. El gabinete de Harrison» (nº 228, pp. 1196-1201).

<sup>19</sup> Rafael Almanza dedicó el epígrafe «Henry George: la nacionalización de la tierra y los servicios públicos» al examen de las simpatías de Martí en torno al georgismo. Véase *En torno...*, op.cit., pp. 260-290; J. M., «Estados Unidos. El mensaje del presidente» (nº 143, pp. 779-784); «México en los Estados Unidos» (nº 154, pp. 845-848).

<sup>20</sup> «El cisma de los católicos en Nueva York» (nº 150, pp. 819-827); «La excomunión de McGlynn» (nº 165, pp. 903-910). Para la trayectoria de McGlynn, véase Rafael Cepeda, *Lo ético-cristiano en la obra de José Martí*, Matanzas, Centro de Información y Estudio Augusto Cotto, 1992, y José Martí. *Su verdad sobre los Estados Unidos*, La Habana, Editorial Caminos, 1995.

Desde 1882 Martí se había interesado por las huelgas obreras y las inquietudes político-sociales derivadas de las inhumanas condiciones de vida de los pobres. Por su íntima conexión, también había escrito sobre los inmigrantes. Examinó los modos de vida y de agrupamiento étnico en las ciudades de Nueva York. Entendió el multiculturalismo como una problemática de la modernidad urbana. Pero también supo captar las distintas formas de la xenofobia contra los inmigrantes. Había campañas para exigir una política de cuotas, o de más requisitos para el ingreso al país, o en la creencia de que la inmigración aumentaba la pobreza, o de que las ideas anarquistas de los europeos debían condenarse.

Entre 1886 y 1887, Martí fue un cronista impar de los dramáticos sucesos de Chicago. El juicio contra los obreros anarquistas<sup>21</sup> lo impulsó a un estudio de las conexiones entre las instituciones judiciales y las políticas. Examinó las diferentes ideologías del movimiento obrero. Intentó comprender la cosmovisión de los anarquistas. Rechazó sus alternativas de violencia con bombas; pero les respetaba la sinceridad de las denuncias contra la pobreza y las acciones de solidaridad y socorro.

En el proceso judicial a los anarquistas no se probaron los cargos criminales imputados. Fueron sancionados por sus creencias ideológicas y no por delitos. Por lo mismo, las sentencias constituyeron flagrantes violaciones de la legalidad jurídica y de los derechos ciudadanos. El jurado, los jueces y el gobernador actuaron bajo la presión política, porque el objetivo cardinal estaba en ofrecer un escarmiento público que aterrorizara a todos los descontentos sociales.

Martí se indignó ante la corrupción de las instituciones judiciales. Explicó cómo aquella profunda crisis moral era un síntoma inequívoco de la necesidad de una reforma de la sociedad estadounidense. Por lo mismo, apoyó de nuevo a Cleveland en las elecciones de 1888, y además porque no se había corrompido; pero ya sabía que si el presidente resultaba electo para otro mandato, no podría ejecutar las acciones de su plataforma.

Una novedad que inspiró su curiosidad fue la del voto femenino.<sup>22</sup> Argumentó que la aceptación en algunos Estados respondía a alianzas electorales.

---

<sup>21</sup> Roberto Fernández Retamar examinó el conjunto de crónicas entre 1886 y 1887 y las implicaciones de la evolución de Martí en «Ante los sucesos de Chicago», *«Nuestra América»: cien años y otros acercamientos a Martí*, La Habana, Ed. Si-Mar, 1995, pp. 97-108. [Se reproduce en el «Dossier» de esta obra, pp. 2077-2085. (Nota del Coord.)] De todas las crónicas martianas, la más importante fue «Un drama terrible» (nº 178, pp. 959-974). En relación con la problemática obrera podrían ser útiles: José Cantón Navarro, «Evolución: el proceso de Chicago», en: *Algunas ideas de José Martí en relación con la clase obrera y el socialismo*, 2ª ed. amp., La Habana, Editora Política, 1981, pp. 38-49; Philip S. Foner, «Visión martiana de los dos rostros de los Estados Unidos», *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, nº 3, 1980, pp. 218-236.

<sup>22</sup> La dirigente feminista Helen Congar redactó el borrador de la ley y pactó su aprobación en la legislatura del Estado de Kansas, a cambio de que las mujeres votaran por el Partido Republicano. «En los Estados Unidos» (nº 153, pp. 839-844).



Cuando Benjamin Harrison asumió la presidencia en 1889, Martí ya dominaba en múltiples aspectos el sistema de la política. Desde su perspectiva, los partidos Republicano y Demócrata funcionaban de modo similar en los cuatro niveles de estructuras organizativas: ciudades y pueblos, condados, Estado y nación. En cada nivel actuaban grupos de políticos profesionales, quienes controlaban el ejercicio del voto, a cambio de empleos, servicios o favores. Cada uno de los partidos «está fraccionado en bandos enemigos, juntos sólo por la necesidad de apoyarse mutuamente para mantener o asaltar el poder» (nº 143, p. 779). Martí precisó todavía más: «Los partidos políticos, que suelen parar en meras asociaciones para el logro del poder, siguen sin escrúpulo al que le parece capaz de conquistarlo» (nº 187, p. 1012).

En ambos partidos, los *bosses* actuaban privilegiando sus intereses locales o estatales, de acuerdo con los beneficios personales o del grupo. Los acuerdos de las convenciones nacionales de los partidos se acomodaban a las prioridades anteriores. Los *boss* podían establecer alianzas con los del otro partido, incluso en perjuicio del suyo, si convenía a los pactos entre ellos.

Los *caucus* (o juntas libres de electores) estaban corrompidos en los cuatro niveles organizativos. Principalmente resultaban elegidos a los mismos quienes tenían un empeño personal, o los ayudantes o adeptos al *boss* interesados en mantener sus empleos. Los objetivos de los *caucus* en los cuatro niveles podrían ser: «conservarse en el goce de los empleos de que derivan sus miembros un bienestar cómodo y un poder grato» (nº 197, p. 1062). En resumen, garantizar «que los asuntos públicos vayan de manera que el poder no se les escape de la mano» (nº 197, p. 1062).

En la campaña electoral de 1888 en el Estado de Nueva York, se efectuaron dos mil dos juntas, y setecientas diecinueve de las mismas «se celebraron de veras, alrededor del barril, y llenos de espuma los vasos» (nº 197, p. 1061) en tabernas.

Durante las campañas electorales se elaboraron mensajes propagandísticos ajustados a las demandas más frecuentes de los votantes. Una vez concluido el proceso, dichos mensajes y promesas asociadas se ignoraban o se cumplían insuficientemente. Un ejemplo significativo al respecto fue la conexión entre la lucha contra la pobreza y la rebaja de los altos aranceles a los artículos de las industrias del país que pedían los librecambistas. La propaganda insistía en que el descenso de los precios y el aumento de la cifra de consumidores en el mercado interno serían beneficiosos para los pobres. De este modo, librecambismo y lucha contra la pobreza se hermanaban en la propaganda electoral.

Otro ejemplo, a la inversa, era la propuesta de la expansión comercial panamericanista. Así se mantenía el proteccionismo y la ayuda a los más ricos. Sin embargo, se propalaba la idea de que dicha política imperial hacia Latinoamérica podría bajar los precios y ayudar en la lucha contra la pobreza.

Un tercer ejemplo estaría en la propaganda contra los inmigrantes, porque ellos aumentaban el número de pobres y empeoraban las condiciones de vida.

Además, los europeos eran portadores de ideologías malignas y violentas (como las anarquistas), peligrosas para el orden ciudadano.

Las instituciones religiosas formaban parte de los cuatro niveles organizativos de ambos partidos. Generalmente tenían representantes en las *caucus*.

Los grandes grupos económicos pagaban servicios políticos en los dos partidos. De hecho, funcionaban alianzas económicas suprapartidistas.

Una élite plutocrática controlaba las funciones del gobierno federal, del Congreso y presionaba al aparato judicial. Se ampliaba la complicidad de los que se apropiaban de los bienes públicos y de los funcionarios encargados de custodiarlos y administrarlos.

El Partido Republicano, por haber sido hegemónico entre 1861 y 1885, había logrado el apoyo de los grupos más ricos. Representaba mejor a la plutocracia:

Para eso son republicanos todos los miembros de las «ligas», que ahogan la competencia e imponen el precio forzoso de los productos, y los agiotistas [...] y los ferrocarriles, que se están comiendo lo mejor de la tierra de los Estados nuevos [...]. Ya es de los ferrocarriles y millonarios del Senado. Mucho de la Casa de Representantes es de ellos, bien por elección hecha con sus fondos, bien por compra parcial (nº 218, p. 1137).

El racismo constituía un factor que se manipulaba en los cuatro niveles organizativos de los partidos.<sup>23</sup> Desde el fin de la Guerra de Secesión, en los Estados sureños el voto de la población negra lo controlaba mayoritariamente el Partido Republicano. Los electores blancos aterrorizaban a la población negra para impedir que ejercieran el sufragio.

La xenofobia contra los inmigrantes podía instigar hasta crímenes como el de los italianos (nº 284, pp. 1484-1488) en Nueva Orleans. Esta práctica se vinculaba con las relaciones de poder en las instancias locales y estatales.

Las prácticas racistas y xenofóbicas contra indios, negros o inmigrantes, acentuaban las desgracias de las víctimas sociales.

El miedo al Sur<sup>24</sup> (al fantasma de una nueva guerra civil) se mantenía como factor político de presión electoral y elemento discriminatorio. No se habían

---

<sup>23</sup> Para una comprensión de las críticas martianas al racismo véase: Juliette Ouillon, «La discriminación racial en los Estados Unidos vista por José Martí», *Anuario Martiano*, La Habana, nº 3, 1971, pp. 9-94.

<sup>24</sup> «Desde el Hudson. El problema del sur» (nº 258, pp. 1364-1368). Henry Grady fue uno de los políticos sureños que denunció el maltrato y el ansia de perpetuar las formas de subordinación. Cleveland tuvo el gesto de devolver las banderas del ejército de los confederados sureños tomadas como botín al final de la Guerra de Secesión. Éste fue uno de los pocos actos que pudo realizar en favor de una mayor cordialidad entre el Norte y el Sur. J. M., «Cleveland. El incidente de las banderas» (nº 164, pp. 899-902).

diseñado estrategias para avanzar en un programa de mayor integración nacional. La victoria del Norte en la Guerra de Secesión había instaurado un tipo de hegemonía y algunos políticos aspiraban a preservarla.

El racismo incidía en la problemática Norte-Sur e impedía el avance hacia una integración nacional cualitativamente más desarrollada, menos dependiente de los resultados de la Guerra de Secesión.

Si bien el principio del sufragio universal y su práctica sistemática eran una gran conquista republicana, indignaba la venta de los votos en todo tipo de elecciones. Martí denunció, por ejemplo, que «[u]n gobernador compra a cincuenta pesos los votos de los delegados a la convención reunida para nombrar el candidato del partido» (nº 139, p. 754). O que «[h]ubo hombre que se vendió por cinco pesos y por dos, y por un vaso de whisky» (nº 218, p. 1133).

Los empleos públicos constituían el primer botín de los vencedores de las elecciones. Todos los políticos estaban obligados a negociar cada empleo para gratificar los favores recibidos.

Hacer dinero y triunfar eran casi sinónimos. Para lograrlos se renunciaba a interrogantes éticas, a averiguar la procedencia del dinero, a saber sobre los fines y medios del éxito.

Se desarrollaba una cultura de la enajenación,<sup>25</sup> en la que se manipulaban distintos tipos de mitos sobre los vencedores. El general Grant, héroe militar devenido presidente y banquero, héroe negociante, podría ser un buen símbolo del mito del éxito.

La república estadounidense había surgido como un acto de descolonización. En la «Declaración de independencia» se había privilegiado una voluntad colectiva de preservar las formas de la libertad inherentes a cada ciudadano y al conjunto de todos, jurídicamente iguales, que era el pueblo. Pero en la práctica política de las décadas de los 80 y 90 se identificaban ya claramente los factores de una crisis moral y de instituciones, porque

[...] lo que se ve es que va cambiando en lo real la esencia del gobierno norteamericano, y que, bajo los nombres viejos de republicanos y demócratas, sin más novedad que la de los accidentes de lugar y carácter, la república se hace cesárea e invasora, y sus métodos de gobierno vuelven, con el espíritu de clase en las monarquías, a las formas monárquicas (nº 224, p. 1173).

En «Nuestra América», Martí enjuició la construcción errónea de las estructuras republicanas en las naciones de América surgidas de la dominación española. Después de las guerras de independencia, se habían adoptado formas político-

---

<sup>25</sup> El historiador Julio Le Riverend publicó una interesantísima reflexión al respecto: «Visión de la alienación humana y la conciencia en la obra de José Martí», *Contracorrientes*, noviembre-diciembre de 1997, pp. 4-13.

sociales (hijas de las mimesis de Europa o de los Estados Unidos) que facilitaron la reproducción de las instituciones coloniales. Las repúblicas continuaban siendo oligárquicas y antidemocráticas. El espíritu monárquico estaba omnipresente en la mentalidad colonial.

La república democrática continuaba siendo una utopía válida para él, como político revolucionario anticolonialista, porque tenía la certeza de que no existía, ni en los Estados Unidos, ni en las naciones de nuestra América.

Martí alcanzó, a través de la interacción cognoscitiva de los procesos políticos en ambas Américas, un dominio teórico más amplio y una experiencia múltiple en torno a las fases de construcción de una república democrática, como resultado de una guerra descolonizadora en Cuba. Dicha república se estructuraría a partir de un corpus jurídico en el que se garantizaría el respeto absoluto a la dignidad plena de los seres humanos,<sup>26</sup> los derechos y las libertades de todos los ciudadanos, el respeto a la justicia y la búsqueda del bien para todos.

Martí enriqueció su eticidad al postular la convergencia de la ética y la política. Se enroló emocional, ética y cívicamente con los acontecimientos y problemas acaecidos en el sistema de la política de los Estados Unidos desde la Guerra de Secesión hasta su muerte. Por lo mismo, su visión de los Estados Unidos resulta imprescindible para el estudio de su vida y su producción ideológica.

---

<sup>26</sup> Uno de los textos paradigmáticos del concepto de república martiana fue su «Discurso en el Liceo Cubano. Tampa, 26 de noviembre de 1891» (IV, pp. 269-279).



---

# Pedro Pablo Rodríguez

## El fantasma de Banquo. El problema social en las escenas norteamericanas. Apuntes para un estudio

Pero ahora los muertos resucitan con veinte heridas  
mortales en la cabeza y nos arrojan de nuestros asientos.

*Macbeth*, escena IV del tercer acto.

### I

La conciencia culpable hace ver a Macbeth lo que nadie más ve: el espectro de su general Banquo, al que ordenó asesinar, que ocupa el puesto del rey en la mesa en un banquete en el palacio.

Los muertos vuelven para atormentar a sus asesinos, es, obviamente, una de las lecturas que puede hacerse de este episodio de la tragedia de Shakespeare. Y es obvio que el dramaturgo también nos quiere decir que lo hacen para situarse en la posición cimera por cuyo disfrute el rey escocés mata a todos aquellos que estima sus posibles rivales.

José Martí, lector sistemático y ahondador del dramaturgo desde su precoz adolescencia, recordó el espectro de Banquo aquel 27 de abril de 1886, mientras escribía una de sus Escenas norteamericanas, con frase que probablemente hizo recordar a muchos de sus lectores el refrán de la lengua castellana: «Más vale prevenir que tener que lamentar».

El buen vivir y el ligero pensar son cosa grata y cómoda; pero no bastan a espantar los problemas de los tiempos, que se sientan mal de nuestro grado en el festín como el fantasma de Banquo.

La referencia literaria nos sitúa ante lo que sería siempre uno de los propósitos de la escritura periodística martiana: prevenir a sus lectores de Hispanoamérica acerca de las características y problemas del mundo moderno y adelantar criterios para que la estimada por él necesaria suma de la región a la marcha del orbe ocurriera desde su propia perspectiva, en función de sus intereses particulares y manteniendo el sentido de la autoctonía. Se trataba, como el mismo

Martí lo practicó a lo largo de su vida y de su obra, de ser creador, de pensar con originalidad merced al conocimiento del alma y de los problemas propios de sus pueblos.

Desde tales prerequisites es que el cubano examinó el problema social en los Estados Unidos, conflicto que se extendía por todo el mundo moderno de la época y que, previsiblemente, no tardaría en manifestarse en los países latinoamericanos, si no era que ya se hacía sentir discretamente en algunos de ellos, de acuerdo con su incipiente desarrollo industrial.

## II

Dentro de la vasta escritura de José Martí acerca de Estados Unidos, uno de los temas que sobresale –tanto por el espacio como por el destaque dado por el propio autor– es lo que la segunda mitad del siglo XIX llamó el problema social, es decir, la lucha de clases entre capitalistas y obreros, cuya creciente algidez e internacionalización la fueron convirtiendo en problema central del capitalismo de la época.

Claro que, por supuesto, ese era todavía un tema constreñido a aquella parte del orbe en que el desarrollo del capitalismo industrial provocaba la relación conflictiva entre ambas clases sociales; para otras regiones, otros eran los problemas sociales que afrontar. Así, para Cuba, la abolición definitiva de la esclavitud en 1886 no eliminó, ni siquiera del lenguaje, la expresión de las desigualdades raciales como el problema social por resolver. El propio Martí empleó la frase referida a ello en más de un caso.<sup>1</sup>

La sociedad estadounidense vio, por su parte, aparecer súbitamente el moderno problema social que atenazaba a Europa desde hacía mucho, justamente en la época en que Martí residía en Nueva York y escribía las Escenas norteamericanas. El decenio de los 80 del siglo XIX puso sobre el tapete los límites que ya iba tocando el impetuoso crecimiento industrial del país, que se había visto favorecido por la solución de la esclavitud, el arcaico problema social mantenido desde la colonia.

Una combinación de factores hizo entonces evidente que el desarrollo industrial de los Estados Unidos requería pasar a nuevas formas que poco a poco se abrirían paso a través de la monopolización de la producción y la influencia del capitalismo bancario dirigido hacia el control de la esfera productiva. Lo que

---

<sup>1</sup> Véanse las cartas a Antonio Maceo, del 20 de julio de 1882, y a Serafín Bello, del 16 de noviembre de 1889. En José Martí, *Obras completas*, 27 tomos, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1965, tomo I, pp. 171 y 253-254, respectivamente. En adelante se citará *OC*, el primer número indica el tomo y los siguientes el paginado. Cuando se trata de textos reproducidos en esta edición, señalamos entre paréntesis el número de la carta y luego el paginado.

Carlos Marx previó como tendencia del capitalismo (la centralización y la concentración productivas) iniciaba su recorrido hacia el imperialismo, como lo conceptuarían más adelante dos de sus seguidores teóricos: Hilferding y Lenin.

Aquel momento de crisis del capitalismo industrial en los Estados Unidos fue potenciado –como siempre sucede– hacia los sectores sociales dominados, en este caso, los granjeros y los obreros: para los segundos, mediante la baja del salario nominal y la negativa a acortar la jornada laboral por parte de sus empleadores; para los granjeros, a través de las tarifas impuestas por los monopolios ferrocarrileros –de los primeros y más rápidos en formarse– que depri-mieron aceleradamente los precios agrícolas.

En consecuencia, granjeros y obreros serían, pues, sectores contestatarios de la sociedad estadounidense durante los años 80, con cuya pelea buscaron –y alcanzaron– formas de actuación unidas en pos de sus reivindicaciones más inmediatas, las que incluso desbordarían hacia el terreno de la política. Fue aquella una época de auge de las luchas populares, que, por más de una razón, atrajo la atención y el seguimiento periodístico de Martí.<sup>2</sup>

### III

Una rápida revisión de las crónicas martianas sobre los Estados Unidos permite apreciar que el tema social se sistematiza en ellas a partir de 1886, y que entre marzo y junio de ese año domina casi completamente sus páginas. Es claro que el poderoso movimiento huelguístico que estremeció a la nación durante esos meses no podía escapar a la mirada del periodista que debía mantener una información actualizada para sus lectores hispanoamericanos acerca de los acontecimientos fundamentales que ocurrían en el país del Norte. Pero ello no quiere decir que hasta entonces el tema estuviera ausente en sus escritos, sino que lo había enfocado esporádicamente. Y aunque, como veremos, le concedió importancia de primer orden para el presente y para el futuro tanto de Estados Unidos como de la humanidad moderna, el problema social queda evidentemente como un asunto secundario hasta 1886 ante su seguimiento sistemático, sobre todo, de los vaivenes de la política y del gobierno estadounidenses.

Por supuesto que no puede olvidarse en modo alguno que las Escenas norteamericanas debían cumplir los requisitos que les imponía su carácter periodístico. En una época en que aún no podía pensarse en la inmediatez informativa

---

<sup>2</sup> Sobre el tema social en Martí resulta imprescindible el libro de José Cantón Navarro, *Algunas ideas de José Martí en relación con la clase obrera y el socialismo*, La Habana, Dirección Política de las FAR, 1970; 2ª ed., La Habana, Editora Política, 1981.

actual, las crónicas de los corresponsales estaban obligadas a ampliar las noticias transmitidas de modo breve por el telégrafo, aunque éstas, en el caso de Martí, se vieran envueltas y hasta superadas por su rica madeja analítica y sus maravillosas narraciones de alto valor literario y estilístico.

Además, como es conocido, él tuvo que ajustar sus textos, en expresión y contenido, a lo que le solicitaban y le permitían las direcciones de los periódicos para los que escribía, aunque es de suponer que en *La Nación*, de Buenos Aires, dada su larga colaboración de una década, se fuera ganando prácticamente ciertas licencias en cuanto a selección de asuntos y enfoque de los mismos.<sup>3</sup>

Que en el cubano hubo una voluntad expresa de asumir el problema social en los Estados Unidos y de ofrecerlo desde su punto de vista personal a sus lectores hispanoamericanos queda de manifiesto cuando en marzo de 1883, después de explicar durante un buen espacio las honras a Marx tras su muerte y de reclamar atención y mejoría a las infrahumanas condiciones de vida y de trabajo de las mujeres obreras de la ciudad, añade lo siguiente respecto a la opinión pública neoyorquina: «Pero la ciudad no habla mucho de estas cosas» (nº 33, p. 241). Es decir, que el periodista cubano entraba, a plena conciencia de su transgresión, en un tema que la prensa y los medios sociales de la gran urbe soslayaban por no considerarlo entonces de primera importancia.

Y si, por otro lado, tenemos presente, como él mismo dijo, que sus escritos pretendían demostrar a sus lectores que los Estados Unidos no tenían por qué ser vistos como un modelo para los pueblos de nuestra América —aspecto éste que me atrevería a afirmar fue el superobjetivo de sus Escenas norteamericanas—,<sup>4</sup> es evidente que sería desacertado convertir el cuerpo de ideas expresadas en esas crónicas en análisis propios de la historia, la sociología, la economía o la politología.

Se trata, pues, desde tales disciplinas sociales, de comprender que la función inmediata y esencial de esos textos es la comunicación periodística y no el examen académico, lo cual —por supuesto— no excluye que en sus páginas se demuestren rigor analítico y hondura, y hasta una perspectiva tan original y creadora que, en más de una ocasión, revelan la realidad social estadounidense con mayor penetración que la de muchos científicos sociales que le fueron con-

---

<sup>3</sup> Véanse las cartas a Martí de Fausto Teodoro y Juan Luis Aldrey, y de Bartolomé Mitre y Vedia, en que se establecen líneas editoriales de sus respectivos periódicos (*La Opinión Nacional*, de Caracas, y *La Nación*, de Buenos Aires) y se fijan los cauces permitidos a su corresponsal en Nueva York. En: *Destinatario José Martí*, compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual, La Habana, Casa Editora Abril, 1999, pp. 73, 76, 79, 96, 97, 100, 101 y 107.

<sup>4</sup> En su carta a Manuel Mercado de 22 de marzo de 1886 dice que con sus crónicas ha «puesto en su lugar ciertas aficiones excesivas que en nuestros países se sienten por este, sin entrar jamás en denuncias ni censuras concretas». José Martí, *Epistolario*, compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1993, tomo I, p. 325.



temporáneos, al punto de que su testimonio de la época aún aporta valiosos elementos para el estudioso de hoy.

Para las élites ilustradas que constituían el universo potencial de lectores de aquellas crónicas, la política era asunto priorizado, mientras que el gran enigma que las asombraba era cómo los Estados Unidos se estaban convirtiendo en una gran potencia productora y en una de las sociedades paradigmáticas de la modernidad. En consecuencia, el problema social tenía que ser presentado por el corresponsal neoyorquino sin violar tales reglas del juego, y nuestro análisis actual de sus ideas al respecto debe comprender esos límites a la expresión plena de su pensamiento.

#### IV

Es la protesta obrera en la forma de huelga lo que hace aparecer el tema en los escritos martianos. En la carta a *La Opinión Nacional*, de Caracas, datada el 12 de marzo de 1882, Martí informa de varias huelgas: de los molineros de Chicago, de los mineros de Cumberland en el Estado de Maryland, de los herreros de Pittsburg, de las hilanderas de Lawrence y de los terrapleneros de Omaha. Es el paro en esta última ciudad lo que narra en la crónica con eficaz dramatismo, justamente porque hubo violencia y fue muerto un obrero, suceso con el que precisamente inicia este epígrafe del escrito, que se refiere también a otros temas.

La huelga, los hechos de Omaha, en el entonces bien lejano Estado de Nebraska, los presenta al final del texto, mientras que, sin embargo, después de las primeras líneas de la crónica dedicadas al desbordamiento del Misisipí, se extiende en consideraciones generales acerca del problema social y su significación para la vida moderna, lo cual permite comprender la alta importancia que él ya concedía al asunto.

Varias ideas expone en ese primer largo párrafo de la crónica. La primera es que las huelgas «son ensayos tímidos» de la revuelta «colosal y desastrosa» que en el futuro provocaría en el país la pelea entre los hombres de labor y los de caudal. El párrafo termina precisamente con una vuelta a esta idea central del texto, cuando señala que esa pelea decidiría las leyes nuevas entre ambos factores sociales. A continuación señala la muy citada frase siguiente: «Aquí, donde los trabajadores son fuertes, lucharán y vencerán los trabajadores» (nº 24, p. 169). Entendida a veces como prueba de su toma de partido por una sociedad de trabajadores, el contexto sólo permite comprenderla, a mi juicio, como que sería en los Estados Unidos donde los obreros, por ser fuertes —a diferencia de Europa—, alcanzarían una justicia social que permitiría un equilibrio, un acodo con los acaudalados, y no el desequilibrio absolutamente desfavorable

para los trabajadores en que se estaba viviendo entonces. Ni en ese texto ni en alguno anterior o posterior se mostró el cubano favorable a una sociedad exclusivamente de trabajadores.

Esta importante idea de que en el país del Norte mediante una lucha tremenda se alcanzaría el equilibrio social es contrastante y a la vez complementaria de su punto de vista en el prólogo al *Poema del Niágara*,<sup>5</sup> escrito probablemente poco antes de esta crónica. En este importante texto, Martí se refiere al momento de «reenquiciamiento y remolde» que vivía el mundo moderno, cuyo destino y rumbo aún oscuros e imprecisos marcaban a la poesía y al pensamiento de la época. La esperanzada profecía respecto a los Estados Unidos como la tierra en que se libraría y se solventaría «la batalla social tremenda» es una muestra más de cómo el pensamiento martiano consideraba a la sociedad del Norte capaz de cumplir los sueños democráticos de sus fundadores, aunque para ello tuviera que ocurrir una gran pelea. Con probabilidad estaba presente en él la también colosal y desastrosa guerra en la que se abolió la esclavitud, pues en textos posteriores insistirá en la relación entre la Guerra de Secesión y la batalla social.

Una segunda idea en esa crónica de 1882 es que el obrero en los Estados Unidos es nativo del país en elevada proporción y que llega de Europa cargado de odios.

La vinculación con el tema de la inmigración era inevitable, como lo continuaría siendo en sus exámenes posteriores del problema social, dada la explosión que estaba ocurriendo en el arribo de europeos, muchos de ellos convertidos en asalariados en América, pero muchos otros también con experiencia anterior en esa condición, con tradiciones organizativas y portadores de fuertes ideologías de contenido social como el anarquismo y el socialismo.

El tema migratorio sabemos que llamó con fuerza la atención a Martí desde los primeros momentos de su estancia en Nueva York, no sólo por su obvia y trascendente importancia en los Estados Unidos, sino además porque era un asunto ampliamente debatido en muchas de las naciones latinoamericanas, incluida la Cuba colonial, al extremo de que para muchos favorecer la inmigración era condición indispensable para el desarrollo económico y social moderno.<sup>6</sup>

Por tanto, apreciar las dificultades que creaba la ola de extranjeros que entonces arribaba a los Estados Unidos era para Martí también una manera de advertir de sus peligros a los latinoamericanos, especialmente a los lectores de *La Nación*, pues Argentina estaba empeñada entonces en la atracción de inmigrantes europeos en gran escala, al extremo de que los obreros del país austral

<sup>5</sup> OC, VII, pp. 223-240.

<sup>6</sup> Véase, de Ramón de Armas, «Conflicto social, violencia y autoctonía en los Estados Unidos», en: *José Martí y los Estados Unidos*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1998. [Se reproduce en el «Dossier» de esta obra, pp. 2109-2129 (Nota del Coord.)]

también serían extranjeros hasta bien entrado el siglo XX, como en los Estados Unidos.

El criterio de que el trabajador europeo llegaba envenenado no es original de Martí, por supuesto. Desde hacía mucho se decía eso en los Estados Unidos, al extremo de constituir uno de los pilares del mito de aquél como el país de la libertad y de la democracia, vocado por la divina providencia para extenderlas a todo el mundo; por lo tanto, los odios sociales –y la lucha de clases– no eran consecuencia de las condiciones sociales de los Estados Unidos sino problemas traídos desde el Viejo Mundo.

Hasta bien entrados los años 80 Martí compartiría ese último juicio, como lo expresó con frecuencia. Sin embargo, en el mismo párrafo presenta otra idea que en escritos anteriores y posteriores sí consideró como una característica peculiar de la psicología social estadounidense, que, de continuarse, pondría en peligro las bases democráticas y republicanas del país. Me refiero al afán de enriquecimiento personal como objetivo supremo, que le hace decir que era «desnudo y formidable el apetito de poseer» tanto en los cultos como en los ignorantes (nº 24, p. 169). En la madurez plena, esa metalificación de aquella sociedad sería para él lo que habría llevado a los Estados Unidos prácticamente a un punto sin retorno en su camino imperial y antidemocrático.<sup>7</sup>

La última idea apuntada en la crónica de 1882 es que los ricos se estaban agrupando y buscaban el gobierno para sí frente a los pobres. Ahí estaba, evidentemente, uno de los elementos de su afirmación en cuanto a que sería colosal la batalla por el equilibrio social que veía acercarse en los Estados Unidos: al poder de la propiedad bajo la lógica de la ganancia se sumaría el del Estado como represor del movimiento obrero. Es probable que tal apreciación fuera un hito hacia su comprensión posterior del movimiento hegemónico en lo económico y en lo político del capital monopolista que se iba formando entre la casta enriquecida con el proteccionismo industrial, la Reconstrucción del Sur, la especulación y la corrupción.

Casi un año después, el 29 de marzo de 1883, Martí dató otra crónica para el mismo diario de Buenos Aires, cuya primera parte dedicó al problema social, en la que incluye sus juicios acerca de Carlos Marx, citados a menudo.

El hecho que suelta su pluma de periodista es precisamente el homenaje a Marx de los socialistas de Nueva York, alemanes en su mayoría, ante su reciente deceso en Londres. Más allá del relato de aquella jornada de recordación, Martí de nuevo enfoca las luchas obreras en los Estados Unidos desde las mismas perspectivas del texto anterior, sin ocultar la antipatía que le ocasiona la violencia

---

<sup>7</sup> Ver «La verdad sobre los Estados Unidos», *Patria*, 1894. OC, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1973, tomo 28, pp. 290-294.

y su descalificación de la misma como vía para alcanzar mejoras para los trabajadores. Así, dice: «La conquista del porvenir ha de hacerse con las manos blancas» (nº 33, p. 240).

Para Martí, la responsabilidad de que se manifieste una corriente de ira y de odio se debe a los «apenados y coléricos de Europa», los alemanes, franceses y rusos, cuyas reacciones estima excrecencias de la monarquía. A diferencia de aquéllos, encuentra que el obrero nativo del país americano contiene la cólera gracias al buen sentido y al haber nacido en cuna libre. De nuevo, para él, la acción que está apreciando entre los trabajadores de los Estados Unidos no es natural de las condiciones del país, sino consecuencia de la inmigración europea (nº 33, p. 240).

Después de exponer esas consideraciones, y antes de describir el acto de Nueva York en honor a Marx, escribe sus conocidas consideraciones acerca del líder de la Primera Internacional. No es del caso ahora precisar hasta dónde acertó o no el cubano en la valoración del pensador socialista; de lo que se trata es de entender cómo se engarza su apreciación del líder con su perspectiva en ese momento acerca del problema social. Su criterio acerca de la persona es eminentemente ético: «Como se puso al lado de los débiles, merece honor». La opinión acerca del dirigente revolucionario descalifica su método de lucha, incitador a la violencia para él: el bien no consiste en señalar el daño y querer ponerle remedio, sino en enseñar «remedio blando al daño».<sup>8</sup>

Y para que no quepan dudas acerca de cuál es el remedio que le parece inadecuado, dice a continuación varias frases que muestran su rechazo a la violencia: «Espanta la tarea de echar a los hombres sobre los hombres. Indigna el forzoso abestiamiento de unos hombres en provecho de otros. Mas se ha de hallar salida a la indignación, de modo que la bestia cese, sin que se desborde y espante» (nº 33, p. 240).

Curioso juicio éste de Martí. No caben dudas de su simpatía intuitiva y emocional hacia los obreros y de su indignación ante la explotación a que son sometidos; sin embargo, no nos dice en concreto cuál era ese remedio blando que impediría la expresión del abestiamiento. Pero el comienzo del párrafo a continuación da el indicio de por dónde se movía su pensamiento: en una república democrática con libertades no tenían lugar esos odios. Veamos sus propias palabras: «New York va siendo a modo de vorágine: cuanto en el mundo hierve, en ella cae. Acá sonríen al que huye; allá, le hacen huir». Y para reafirmar hacia

---

<sup>8</sup> La valoración que Martí amplía sobre Marx algo más adelante no alinea a éste como un apóstol de la violencia sino que la falta esencial que le apunta es que su solución no surgía «de gestación natural y laboriosa». Sin embargo, su enjuiciamiento es a todas luces francamente simpático porque aprueba sus motivaciones éticas: Marx «despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntales rotos»; fue «veedor profundo en la razón de las miserias humanas, y en los destinos del hombre, y hombre comido del ansia de hacer bien».



dónde apunta su opinión del remedio adecuado, concluye así: «De esta bondad le ha venido a este pueblo esta fuerza» (*ibid.*).

Otra vez, pues, la república norteamericana, su sistema político y sus instituciones ofrecen el remedio que no puede brindar Europa, teñida de las desavenencias y odios de tantos siglos de monarquía. Juicios como éstos han apuntalado algunas apreciaciones acerca de que Martí fue tanto un reformista ante el problema social, como un admirador del sistema estadounidense, cuyas críticas buscaban en todo caso perfeccionar su funcionamiento.

Pero quizás ambas valoraciones han pecado por igual de manejar frases e ideas fuera del contexto en que se escribieron y, sobre todo, de acercarse al examen de los temas concretos sin considerar la perspectiva y la visión martianas generales. En el caso que nos ocupa, su preocupación por el problema social en los Estados Unidos, no podemos obviar del análisis –aunque por razones de espacio se haga aquí someramente– que en el cubano se formó un criterio totalizador acerca de aquella nación, presidido por una doble óptica que fundamentó desde jovencito su pensamiento y su actuación: el rechazo moral a la metalificación<sup>9</sup> y el alineamiento expreso con los pobres de la tierra.

Ello no quiere decir que en la formación y maduración de su pensamiento no haya habido el constante ajuste que tal óptica les imprimía a las nociones, problemáticas y lógicas que le habían sido enseñadas o que había ido recibiendo y que hegemonizaban el pensamiento de su tiempo. Para quien se había formado en los círculos liberales y republicanos habaneros en la Cuba colonial sometida al absolutismo monárquico, el sistema político norteamericano, cuyo funcionamiento regular y equilibrado sólo se alteró por la Guerra de Secesión, era incuestionablemente más cercano, y su examen resultaba imprescindible para quienes como Martí, desde 1880 al menos,<sup>10</sup> aspiraban a constituir una república democrática de mayoría popular en Cuba.

Y parece claro en estos primeros acercamientos al problema social en los Estados Unidos<sup>11</sup> que no hay –ni podía haber en modo alguno– una ruptura expresa con el esquema imperante de considerar aquel país como el símbolo de las libertades. Ya eran bastante para la época, inclusive, aquella crítica martiana a la metalificación y su rechazo a entender al país del Norte como el modelo para la América Latina.

---

<sup>9</sup> Véanse sus notas acerca de este asunto en el «Cuadernos de Apuntes 1», presumiblemente escrito en España. *OC*, XXI, pp. 15-16.

<sup>10</sup> Tal propósito lo expone Martí claramente en el discurso de Steck Hall, leído en Nueva York, el 24 de enero de 1880. *OC*, IV, pp. 183-211.

<sup>11</sup> Resultan muy interesantes las apreciaciones de Martí acerca del político francés León Gambetta. La primera y única vez que he visto una inteligente apreciación acerca de este asunto es en el libro de Juan Mestas, insoslayable por demás para el examen del problema social en Martí: *El pensamiento social de José Martí: ideología y cuestión obrera*, Madrid, Editorial Pliegos, 1993.

Similar perspectiva de la sociedad norteamericana como benéfica para moderar y equilibrar el problema social manifiesta en la crónica para el diario bonairense que fechó el 5 de septiembre de 1884. Aquí Martí se refiere a la implementación del día del trabajo, que se celebra en los Estados Unidos el primer lunes de septiembre con desfiles de los trabajadores, y que él llama «la procesión moderna».

Allí dice: «Los que edifican el mundo, quieren enseñarse una vez al año a él: así, ante el espectáculo solemne, se decidirán a obrar en justicia los abusadores, y entrarán en miedo los déspotas; mal le irá, al que quiera sentarse sobre todos esos hombres» (nº 69, p. 376).

Por supuesto que Martí no creía ingenuamente que con organizar una marcha por las calles de las ciudades estadounidenses se resolvía el problema social, sino que es obvio que esa demostración de la fuerza de los obreros permitida por las autoridades revelaba para él la capacidad de esa sociedad para ir haciendo lugar a la justicia social. Inclusive en la crónica hace explícito su concepto entonces del equilibrio social entre capitalistas y obreros, cuando llama enfáticamente gusanos a los ricos que desprecian a los pobres y afirma a continuación «que nadie tenga un derecho que lastime al de otro», por lo que llama a rebanar las pretensiones del pobre cuando éste exagera sus derechos (nº 69, p. 376).

Por eso dedica la totalidad del escrito a narrar con lenguaje solemne y grandioso las incidencias del desfile que evidentemente él vio ese año por las calles de Nueva York y cuya impresión favorable le hace explicitar en varios momentos su acercamiento amoroso a los trabajadores, aunque no deja de insistir en el negativo papel de la inmigración europea que trae los odios que se expanden por las ciudades donde se concentran grandes masas obreras y abren el peligro de una enorme revuelta.

En esta crónica Martí se pronuncia al mismo tiempo de manera decidida contra la metalificación que a su juicio está conduciendo a la formación de los monopolios que se sientan sobre las espaldas de los trabajadores. Ya no se trata solamente para él de un rasgo negativo de la psicología social norteamericana, y de los inmigrantes europeos que aspiran a la fortuna personal de cualquier modo, sino que se refiere al ilimitado afán de enriquecimiento de un grupo que tiende a operar como una casta cerrada y superior. Es aquí donde escribe una frase citada a menudo para sintetizar su criterio acerca de los monopolios: «El monopolio está sentado, como un gigante implacable, a la puerta de todos los pobres» (nº 69, p. 381). Y emite también juicios expresivos de la singular importancia que concedía al asunto para el futuro del país y sus tradiciones democráticas:

El monopolio es un gigante negro. El rayo tiene suspendido sobre la cabeza. Los truenos le están zumbando en los oídos. Debajo de los pies le arden volcanes. La

tiranía acorralada en lo político, reaparece en lo comercial. Este país industrial tiene un tirano industrial. Este problema, apuntado aquí de pasada, es uno de aquellos graves y sombríos que acaso no puedan decidirse, y ha de ser decidido aquí donde se plantea, antes tal vez de que termine el siglo (nº 69, p. 381).

La incidental donde nos dice que sólo se refiere al problema de pasada expresa que el periodista no quiere interrumpir por mucho espacio el relato de la manifestación obrera, aunque es patente su conocimiento del asunto que observa con tanta gravedad, y que desde entonces aparecerá en sus crónicas más de una vez, al extremo de que varias de ellas fueron dedicadas *in extenso* a explicar sus consecuencias internas para los Estados Unidos y sus manifestaciones en la política exterior, en particular para la América Latina, como hará en más de una de las crónicas acerca de la Conferencia Panamericana de Washington, durante 1888 y 1889. Pero lo más significativo es que ya aprecia el problema de los monopolios como algo propio de la sociedad estadounidense, el cual ha de ser afrontado por ésta para su solución en plazo no muy largo.

La esperanza con que cierra el párrafo, alusivo a una decisión desfavorable a los monopolios, es muestra adicional de que todavía Martí veía capacidad al sistema estadounidense para imponer sus tradiciones democráticas. Lo interesante es cómo, en una crónica en que la descripción y la narración del desfile obrero en Nueva York tienen un peso decisivo, su autor introduce el tema del monopolio, la gran amenaza a la estabilidad estadounidense a su juicio, y cuyo desarrollo consiguiente impulsará en Martí a la pérdida de confianza hasta en la capacidad regenerativa de aquel sistema.

Y, por otro lado, es interesante apreciar que al referirse a los monopolios Martí introduce además un sector social al que había prestado poco espacio en sus escritos: a los granjeros. Éstos suelen aparecer desde entonces cuando trata el tema de los monopolios, y también después de 1886, como veremos, cuando ellos se asocian a los obreros para tratar de alcanzar el poder político por la vía electoral.

Por último, en clara demostración de cómo se amplía su análisis social a impulsos de su toma de partido por los pobres, en esta crónica hallamos por primera vez una justificación –tímida, pero explícita– de los «excesos» de los obreros:

[...] pero cuando las castas privilegiadas y sus órganos, que aquí hay aquellas y estos como en todas partes, les niegan lo que en humanidad les pertenece, y por ley será suyo algún día ¿cómo no ha de ser que se exasperen los trabajadores, y soliciten de vez en cuando más de lo que es justo? (nº 69, p. 383)<sup>12</sup>

<sup>12</sup> Apréciase la intención de hacer comprender a sus lectores hispanoamericanos que en los Estados Unidos se repetían problemas similares a los de sus propias tierras.

## V

La primavera de 1886 desheló de súbito y en escala impresionante el problema social en Estados Unidos, y el verano lo calentó a altas temperaturas, de tal modo que los políticos y la sociedad toda cobraron conciencia de hallarse ante un problema de importancia capital que era imprescindible atender y conducir a buen término antes de que una pavorosa contienda social derrumbase el edificio social desde sus propios cimientos.

Justamente las crónicas que entre marzo y junio de aquel año Martí envió para *La Nación* bonaerense y para *El Partido Liberal*, de México, dan cuenta detallada de los acontecimientos de la agitación obrera y sus brotes de violencia, y relacionan las maneras en que el país del Norte reaccionó ante la tempestad social.

La primera la fechó el 25 de marzo, y en clara expresión de la importancia que concedía al asunto que trataba en ella, no se limitó a presentar el habitual epigrafiario tras el nombre de la sección «Cartas de Martí», sino que le dio el significativo título de «La revolución del trabajo» (nº 106).<sup>13</sup> De la lectura resulta bien claro por qué usa ese término, tan cargado de amenazas y desorden social para sus lectores hispanoamericanos. La intención del escrito es precisa: ilustrar, a través de la huelga de los tranviarios de Nueva York, cómo la actuación unida de los asalariados podía afectar a la ciudad y a la nación toda. Luego hay dos sentidos evidentes: se trataba tanto de una revolución en la manera de actuar de aquéllos, como de una revolución porque conmovía el orden social establecido.

La trascendencia del acontecimiento huelguístico fue enorme, a diferencia de otros anteriores alejados geográficamente de los grandes centros poblacionales del Este, donde aún se concentraba la dinámica de la sociedad estadounidense, y cuyas consecuencias se hacían sentir a más largo plazo sobre el conjunto de la sociedad. La protesta ocurría en Nueva York, paralizada en su vida cotidiana, con gigantescas e inmediatas pérdidas económicas, dado su carácter de gran centro industrial, comercial y financiero del país. El cronista lo valora así: «[...] fue el motín mayor de trabajadores que ha habido en Nueva York» (nº 106, p. 595). Se trata, pues, de un paro cuyos efectos no quedan entre los huelguistas y sus empleadores, sino que se hacen sentir de inmediato sobre el conglomerado social. Es el «asunto mayor que hoy conmueve la atención pública» (nº 106, p. 593), nos dice el periodista, quien también vivió sus manifestaciones y sufrió sus efectos directamente.

---

<sup>13</sup> El diario *La Nación* publicó este texto el 7 de mayo de 1886 y dos días después el titulado, a mi juicio por los editores, «Las huelgas en los Estados Unidos», una obvia continuación del anterior, como lo indican el que estén fechados el mismo día en Nueva York, la extensión relativamente breve de ambos trabajos, y la evidente continuidad del análisis.



Lo más importante de este escrito es que en él Martí nos ofrece su rasero para medir moralmente la justeza de la acción obrera. «La justicia de una causa es deslucida muchas veces por la ignorancia y el exceso en la manera de pedir-la» (nº 106, p. 594). Parece que a él mismo le resultó este criterio demasiado empañado de prejuicio burgués, y así reconoce a continuación que el obrero exige sus derechos a su manera, ignorante y excesiva, pues «no se le ha educado en las fuerzas mentales, ni se le ha dispuesto a dulzuras evangélicas». Para él, esa rudeza y bastedad propias de los trabajadores dañan la justeza de sus contiendas, porque las hacen peligrosas en la acción social y obligan al gobernante a reprimirlas.

A pesar de ello, la huelga de los conductores de los tranvías de Nueva York en reclamo de un aumento salarial es justa para Martí dadas sus duras condiciones de trabajo, descritas patéticamente en la crónica. Por eso advierte que esa justeza hizo entonces que no hubiera apenas quien no aplaudiese el movimiento. Y sostiene tal valoración, a pesar de que durante la huelga hubo momento en que los trabajadores dañaron la propiedad al volcar algunos coches que los dueños intentaron hacer circular, cosa que en otros momentos Martí, sin embargo, condena como manifestación de una violencia innecesaria e injusta.

Pero hay tensiones en el escrito; quizás el cronista trata de equilibrar sus juicios entre las distintas partes, pues esta declarada simpatía hacia los huelguistas neoyorquinos no evita el sentido de tragedia que trasuntan sus palabras cuando describe el momento en que se temió la incorporación de los obreros del tren elevado al movimiento, lo que hubiera significado la paralización total de la urbe: «[...] hubo un instante de verdadero pánico, en que la ciudad sintió como que se le encogía el aliento, y se notó en los rostros la inquietud y el trastorno». O la descripción casi ominosa de los habitantes del barrio obrero del Bowery: «[...] tanto hombre robusto y sombrío inspiraba respeto, pero daba miedo».

Parece evidente que el cronista oscila entre la simpatía y el temor por la acción de los obreros, aunque el balance se inclina decididamente hacia lo primero.<sup>14</sup> Su perspectiva no es la de los capitalistas, por supuesto, pero tampoco es definidamente la de los obreros. Quizás es la de la pequeña burguesía atrapada entre ambos polos, atemorizada ante la acción violenta y destructiva que puede afectar sus intereses y sus esperanzas de ascenso social, pero impedido éste también por el creciente poder en aquella sociedad del gran capital. Pudiera tratarse de la perspectiva martiana en sentido estricto o de su ajuste a la que imperaba entre sus lectores y exigían sus editores bonaerenses.

---

<sup>14</sup> Juan Mestas estima que en este trabajo Martí presenta a los obreros como víctimas y como héroes a la vez, y observa que en el caso de esta huelga no reprocha el uso de la fuerza por los huelguistas sino que considera desmedida la represión de las autoridades. *Op. cit.*, pp. 107-108.

Inclina a este punto de vista el rechazo cargado de indignación ética que expresa Martí al inicio del escrito contra quienes se empeñaban en sostener la política proteccionista. Ésos son para él los poderosos y sus aliados que reciben sus migajas, a quienes califica de glotones, es decir, de ambiciosos que desean mucho más de lo que necesitan.

En la continuación de este escrito del 25 de marzo de 1886, publicado el 9 de mayo, se refiere al movimiento huelguístico a lo largo de la Unión, conducido por los Caballeros del Trabajo, lo cual le permite evaluar la política de esta organización, sus métodos de lucha y el momento particular por que atravesaba entonces el movimiento obrero estadounidense.

Dentro de la ola de huelgas de aquellos días menciona las del ferrocarril de Texas –apoyada por los herreros de Pittsburg, los zapateros de Nueva Inglaterra, y los cigarreros de Nueva York–, y la de los mineros de Monongahela, en Virginia Occidental. Ambas acciones de paro, organizadas por los Caballeros del Trabajo, le sirven para pronunciarse de hecho contra el sistema salarial y a favor de entregar a los obreros parte de los productos, como era pedido por los obreros: «Acaso sea el que predomine, como único medio justo de dar en la producción de la obra su porción correspondiente al dueño y a los operarios» (nº 107, p. 596). La justificación de tal sistema distributivo la expresa mediante la crítica a las condiciones de vida del obrero, pues dice que éste trabaja toda la vida y «tiene que vivir de una limosna, que no siempre halla».

Pero cuando se refiere al paro ferrocarrilero del Sudoeste, que tenía detenido el transporte en todo Misuri y Kansas señala con evidente connotación negativa la violencia ejercida contra la propiedad.

De todos modos el conjunto de esta ola huelguística es apreciada por el periodista como «movimientos precursores, prematuros e inevitables» de la labor de quienes preparan a los trabajadores «para un alzamiento general y pacífico, por el que se venga a una reforma esencial en la condición del trabajo». Indudablemente que estas palabras hacen pensar enseguida en la gran batalla futura que, cuatro años atrás, había predicho que sería ganada por los trabajadores. Sin embargo, no explica en qué consistiría esa «reforma esencial» de la condición del trabajo, aunque quizás sus palabras anteriores contra el salario sean un indicio de que estaba pensando entonces en una forma de distribución más directa del producto del trabajo.

Lo interesante es que predice un alzamiento general y pacífico, con lo cual evidencia, por una parte, conciencia del creciente poderío de la protesta obrera y de sus muestras sistemáticas de un actuar unificado, como clase, y, por otro lado, enuncia su deseo de desterrar la violencia, puesto que en la realidad histórica de los Estados Unidos hubo una marcada tendencia a que fuera ésta la que se manifestara desde entonces durante el resto de la década de los ochenta.

Martí considera que se avanza hacia ese fin, obviamente justo y adecuado para sus ideas, desde la unidad, determinación y energía de aquellas huelgas. Por tanto, es positivo el balance martiano del movimiento de los paros laborales de 1886. Inclusive ve el periodista a favor de esas acciones el que hubieran llamado la atención del país y del extranjero, manifestando así nuevamente la importancia que concedía al reconocimiento por parte de la opinión pública.

Y, finalmente, se pronuncia contra la violencia ejercida sobre los rompehuelgas y sobre la propiedad, al extremo de llamarlo el «conflicto mayor» del movimiento huelguístico, pues podía poner en peligro «la simpatía respetuosa con que visiblemente» se saluda a la Orden de los Caballeros del Trabajo por su prudencia. Al referirse a este asunto en el cierre del texto, se aprecia que Martí toma una cierta distancia, como una especie de tono objetivo que desaprueba la violencia de los obreros, pero que al mismo tiempo desea mantenerse distante de la contraviolencia de los propietarios y de las autoridades. Todo parece indicar que su postura se mantiene en los términos en que concebía el problema social desde antes: parece aconsejar prudencia a los trabajadores, quienes despierten su simpatía de luchador por la justicia social, y de quienes espera y desea que mantengan el apoyo de la mayoría a sus reivindicaciones para avanzar hacia la solución definitiva del problema del trabajo.

Un mes después, el 27 de abril, volvió sobre el tema en un largo texto titulado «Las grandes huelgas en los Estados Unidos», impreso en dos partes por *La Nación*, de Buenos Aires, el 4 y el 6 de junio, y en el que plantea una especie de resumen valorativo de las protestas obreras de aquellos meses y de sus propias opiniones acerca del tema.

En su primera parte, el texto ofrece varias consideraciones generales en las que Martí enmarcará el análisis concreto de lo ocurrido.

Primero: el problema social, al que llama «el fantasma de Banquo», es universal, y se manifiesta por Europa y América. En los Estados Unidos cobra los caracteres del mismo país: se ha manifestado como él, «colosal y súbito», aunque estima que sus excesos están templados por el amor arraigado y tradicional al propio país, afectado, sin embargo, por la enorme y reciente inmigración.

Segundo: lo pedido por los obreros es justo: remuneración suficiente para el sustento y la vejez.

Tercero: los trabajadores no entienden que la causa de su miseria radica en el estado de la industria, cuya protección tarifaria provoca exceso de producción y exceso de población obrera.

Cuarto: pero los obreros no pueden ver las causas profundas, sino que solamente aprecian lo inmediato: el desdén y las insolencias del capital organizado que mantiene al obrero en la miseria; y por eso no discute, sino que pelea «con una justicia acá, y allá con una violencia» (nº 109, p. 610).

Quinto: los obreros, además de combatir esa explotación, sienten necesidad de señorío, tienen «veleidades de déspota», y quieren impedir a sus empleadores la misma dignidad y libertad humana que reclaman para sí. Por eso, concluye: «Ahí está su debilidad, en su injusticia: y por esta vez al menos, ahí está su derrota» (nº 109, p. 611).

Así, aunque ha justificado las muestras de violencia obrera por la propia actuación de los dueños, también las condena enérgicamente, por principio: «Todo aquel que no mira por el derecho ajeno como por el propio, merece perder el propio» (nº 109, p. 611).

Queda claro, por tanto, que Martí considera igualmente necesarios ambos polos sociales, el capital y el trabajo.

Y justamente halla la causa del fracaso de varias de las huelgas de aquellos meses en que perdieron el límite entre lo justo y lo injusto, al apelar a formas de violencia y de irrespeto de los derechos de otros, como les ocurrió en su opinión a las del ferrocarril Missouri Pacific, y a las de los tranviarios de Nueva York, Brooklyn y Nueva Jersey. Mientras pidieron lo justo (mayores salarios, evitar su sustitución por rompeshuelgas), los apoyó la opinión pública. Pero cesó este sostén cuando reprimieron a los rompeshuelgas y destruyeron propiedades; entonces perdieron justicia las huelgas.

Sin embargo, como se ha visto en textos anteriores, Martí tiende nuevamente en esta crónica a justificar la acción que estima imprudente, la de violenta confrontación tomada por los trabajadores, y hasta considera que lo que él llama las «extravagancias» de las demandas obreras (como pretender manejar las industrias por los mismos obreros solamente), no son más que respuestas lógicas a los ataques públicos y encubiertos de las compañías contra las asociaciones obreras.

Por eso dedica un buen espacio de la segunda parte del escrito a analizar qué ha significado la ola huelguística para la Orden de los Caballeros del Trabajo, modelo de asociación obrera para él, como sabemos, por su moderación, prudencia y previsión frente al elemento que llama fanático, aunque considera que la agitación expandió de golpe a la organización sin darle tiempo de imponer su disciplina general, y que ella no fue la responsable de los excesos de la huelga ferrocarrilera del Sudoeste.

En resumen, este trabajo muestra que Martí entiende la propiedad capitalista como necesaria y como un derecho justo; que defiende el derecho del obrero a un nivel mejor de vida; y que el verdadero causante social de la agitación obrera era el exceso de la producción industrial debido a la tarifa proteccionista, la cual impedía también el acceso a los mercados exteriores como compensación ante la saturación del mercado interno.

Obsérvese cómo ya en estos escritos de 1886 Martí reitera que la responsabilidad de la agitación social cae sobre lo que él llama «el estado de la industria», que evidentemente, en su opinión, estaba atravesando por una crisis de sobre-



producción, sin mercados exteriores alternativos. Y era la política proteccionista la causante de aquella situación, pues saturaba el mercado interno de productos caros y de baja calidad. Por supuesto que este análisis es bien cuestionable en términos económicos, ya que el cubano situaba el centro del problema en una política, es decir, en una acción económica sostenida por el gobierno, y no en el propio desarrollo del capitalismo industrial estadounidense, y, por supuesto, tal óptica no le permitía comprender –a pesar de toda su simpatía hacia el obrero– que eran los propios mecanismos de funcionamiento del capital los que llevaban a la explotación de la fuerza de trabajo.

Sin embargo, este enfoque –por cierto, compartido entonces por buena parte de la prensa estadounidense y por los críticos del naciente monopolismo en ese país– fue decisivo para el desarrollo del pensamiento martiano hacia una postura clara y definidamente antimperialista desde finales del decenio de los ochenta y principios de los noventa. Dúctil según los basamentos de originalidad y autoctonía de su pensamiento desde la adolescencia, Martí siempre se atuvo al criterio de que cada realidad exigía sus propias soluciones, rasero que aplicó igualmente a sus enfoques acerca de la sociedad estadounidense. Como él mismo escribiera mucho tiempo antes en México, cuando se debatía entre proteccionistas y librecambistas, no se trataba de ajustarse a una teoría o a una política de moda en determinados lugares, sino de emprender acciones de acuerdo con las características y requerimientos de cada sociedad.<sup>15</sup> Y si Martí combatió sistemáticamente la tarifa proteccionista en los Estados Unidos, sabemos que lo hizo no por enemistad conceptual hacia ella sino porque consideraba que ésta, desde mucho tiempo atrás, había cumplido su papel de contribuir al desarrollo de la industria local.

Incluso Martí fue entendiendo que esa política proteccionista favorecía en lo inmediato a los grandes capitales que ya se concentraban y centralizaban, y de los que surgían en aquel decenio de los ochenta las primeras agrupaciones de carácter monopolístico. Y en esta forma de estructuración del capital, el cubano encontró el peligro mayor para la propia democracia republicana estadounidense, para el encauzamiento y solución de las aspiraciones de los sectores populares y explotados como los granjeros y los obreros, y para el mantenimiento de la independencia de la América española en cuanto tales monopolios impulsasen al gobierno de los Estados Unidos a ejercitar una política exterior tendente a abrirles los imprescindibles mercados a su exceso productivo.

Por tanto, desde el rechazo al proteccionismo, el pensamiento martiano avanzó en la comprensión del gran cambio económico y social que se inauguraba en

---

<sup>15</sup> Véase «Boletín. Graves Cuestiones», *OC*, VI, pp. 309-312, y José Martí, *Obras Completas*, edición crítica, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2000, t. II, pp. 168-171.

los Estados Unidos hacia la hegemonía progresiva del capital monopolístico, y contra tal sector y sus aliados y servidores en la política dedicaría su talento y esfuerzo durante los que serían sus últimos años de vida, comidos del ansia de hacer efectiva la independencia de Cuba y Puerto Rico para erigirlas en valladar a la expansión de la emergente potencia imperial.

Pero insisto. Sabemos, porque él mismo lo escribió más de una vez,<sup>16</sup> que su afán era de pretensiones planetarias, para contribuir al equilibrio de América y del mundo, y para salvar la honra republicana de los propios Estados Unidos.

Y sus análisis del problema social en el vecino país le ayudaron a precisar la significación de los nacientes monopolios, su poderío y hegemonía crecientes, así como su progresivo control de las direcciones de los partidos políticos y su marcha hacia el control del propio gobierno de la nación.

Aunque la extensión en algunos asuntos y la reiteración de algunas ideas permitan caracterizar, por supuesto, un pensamiento económico en Martí acerca de los Estados Unidos, no puede olvidarse que ni su voluntad ni su perspectiva fueron las de un economista, y que aquel ejercicio del periodismo no era meramente oficio para la subsistencia ni práctica de renovación literaria, sino, sobre todo, expresión de las ideas que se iban formando en aquel político empeñado cada vez más en que el mundo corriera por cauces de justicia social. Por tanto, lo significativo es comprender para qué le sirvió su enfoque acerca del proteccionismo en su análisis global acerca de los Estados Unidos. Como igualmente está claro que, aunque nos entregara páginas de indudable y originalísimo análisis sociológico respecto a aquella nación, Martí afronta el problema social no con el escalpelo del investigador social, sino con la hondura del revolucionario, que en la misma medida que iba comprendiendo los rasgos del problema y especialmente sus consecuencias para el propio país en su conjunto, para sus vecinos más cercanos y para las relaciones internacionales, se ve conducido por ese examen a un enfrentamiento consciente en el que buscaría de aliados a los propios sectores afectados por los monopolios dentro de los Estados Unidos, incluyendo los sectores de trabajadores.

El mejor resumen de sus ideas sobre el problema social en 1886 lo escribió Martí para iniciar su correspondencia con *El Partido Liberal*, de México. El trabajo, fechado el 15 de mayo, apareció en ese diario el 29 del mismo mes. No se trata en rigor de una crónica, sino de un artículo con corte ensayístico en que el periodista expone su análisis acerca de la agitación obrera estadounidense, aunque narra algunos hechos para explicar sus ideas, como un encuentro entre policías y trabajadores en Chicago, el asalto a una farmacia y los sucesos de

---

<sup>16</sup> Véase, entre otros textos, «El tercer año del Partido Revolucionario Cubano», *Patria*, 17 de abril de 1894, OC, t. III, pp. 138-143.

Haymarket que ocasionaron la muerte de varios agentes del orden. Su título es «El alzamiento de los trabajadores en los Estados Unidos».

Obsérvese la similitud de este título con el empleado en el texto para *La Nación*, del 25 de mayo: «La revolución del trabajo». Obviamente Martí también quiere que sus lectores mexicanos tengan desde el comienzo una impresión de la gran magnitud y trascendencia del movimiento huelguístico en los Estados Unidos.

Conocedor de que ya en México se había dado a conocer la explosión de la bomba en Chicago el 4 de mayo, que ocasionó la muerte de varios policías y que provocó la detención de varios líderes anarquistas acusados del hecho, el periodista comienza por plantear que esos sucesos expresan un problema que no es local sino de alcance nacional e internacional, problema que resume en que había sobreexplotación y extremada miseria entre los obreros, a causa de la concertación «rápida y visible» de la riqueza que provoca también la de los trabajadores en respuesta. Y para que no haya dudas de en qué sector piensa Martí cuando se refiere a la riqueza, dice que se trata de una «casta acaudalada que legisla y gobierna», de los magnates que se apoderan de las tierras públicas y de los ferrocarriles, de las corporaciones «compuestas de príncipes de la Bolsa, que viven a lo monarca». Casta acaudalada, magnates y príncipes de la Bolsa que dominan los principales medios productivos y que pagan a los políticos para que los sirvan. No caben dudas de que no pensaba en la masa de propietarios sino en un sector numéricamente pequeño que concentra capital, recursos financieros y medios de producción, o sea, en el capital monopolístico.

A continuación aclara que cada problema, sin embargo, se conforma en cada país según sus características, porque el problema del trabajo se da en los Estados Unidos con elementos originales: el ejercicio de la libertad, a su juicio, deja aún espacio para los bálsamos. De igual manera, la conformación de la clase trabajadora ha obedecido a esas características, pues aunque el problema nació del mismo país, los obreros del país buscaron afrontarlo con las leyes, y así surgieron las huelgas, los gremios y los asedios (los boicots). Pero el problema se acrecentó y estalló en crisis cuando el proteccionismo condujo al exceso de producción y de obreros, y a precios altos.

La respuesta de los industriales fue bajar los salarios e importar nuevos trabajadores baratos, lo cual favoreció el *boom* migratorio. Pero estos inmigrantes, especialmente los alemanes, traían «el odio del siervo, el apetito de la fortuna ajena, la furia de la rebelión». Y entonces estalló en los Estados Unidos lo que había sido engendrado en Europa: «¡Por eso es posible que no madure aquí el fruto, porque no es de la tierra!»<sup>17</sup> De nuevo se manifiesta la confianza de Martí

---

<sup>17</sup> José Martí, *Otras crónicas de Nueva York*, investigación, introducción e índice de cartas por Ernesto Mejías Sánchez, La Habana, Centro de Estudios Marianos, 1983, p. 23.

en la capacidad del sistema norteamericano para conducir la protesta obrera por el camino de la prudencia. En Alemania hay estallidos porque no hay válvulas; pero en los Estados Unidos los obreros no se levantan como siervos sino como hombres, «puesto que tienen la práctica de serlo». Y en prueba del papel negativo desempeñado por esos inmigrantes, explica que entre los alemanes arribaron los anarquistas presos en Chicago, quienes son presentados de forma bien desagradable, hasta en el físico.

Para el periodista era un justo derecho la demanda de la jornada de ocho horas, pero no era un derecho impedir el trabajo de los rompehuelgas ni atacar las propiedades. Quienes actúan así, dice, «no son los verdaderos trabajadores americanos», los que pueden llegar hasta a «horas de furia», pero no preparan atentados. Y como estaba reciente la explosión de Haymarket, su palabra condena duramente los atentados anarquistas, a los que considera «rabia de las bestias». Sin embargo, de inmediato, quizás preocupado él mismo por ese calificativo, se aproxima a los trabajadores y estima un «delito» de «alma ruin» ver sin piedad la dolorosa vida «del pobre obrero moderno, de la pobre obrera en estas tierras frías», cuya presencia en la nieve antes del amanecer o en la noche, al regreso de la jornada laboral, él mismo describe en más de una de sus Escenas norteamericanas.

En consecuencia con estas ideas, Martí presenta a los Caballeros del Trabajo como originales y luchadores propios de la realidad estadounidense, cuyos principios, política e historia describe en las páginas finales del texto. Por cierto, al referir las ideas de su líder, Uriah Stevens, acota que éste veía a los monopolios de un lado y del otro a todos los que sufren a causa de ellos. Así, los Caballeros del Trabajo se dignifican a sus ojos también por afrontar ese poder en el que Martí encuentra el enemigo principal de su tiempo y del futuro.

En resumen, señala lo mismo que había dicho en su crónica datada el 27 de abril para *La Nación*: las huelgas de los Estados Unidos han sido un enfrentamiento entre la prudencia, representada por los Caballeros del Trabajo, que finalmente lograron tomar las riendas del movimiento, y el fanatismo, representado por la violencia anarquista.

Curiosamente, será el proceso de los siete anarquistas de Chicago lo que, sin embargo, contribuirá directamente a radicalizar la perspectiva martiana acerca del problema social, en la misma medida en que vaya comprendiendo la reunión de esos intereses que llegan hasta ajusticiar a personas inocentes del crimen de que eran acusados. Y esa violencia de la clase dominante, ejercida a través del Estado, será sin dudas elemento decisivo para que arribe Martí a un punto abiertamente crítico del sistema norteamericano.



## VI

Un punto significativo en ese proceso queda marcado en el mismo año de 1886, cuando ya en el verano Martí escribe una crónica en que, al trazar un panorama de lo ocurrido durante el mes de junio, incluye un epígrafe titulado «Los tribunales condenan a los huelguistas». En realidad sólo comenta brevemente la actuación de los tribunales contra los obreros y refiere que ya son enjuiciados los anarquistas de Chicago, pues el mayor espacio lo emplea en destacar qué hacen los dirigentes de los Caballeros del Trabajo, a los que llama hombres originales, que procuran cerrar la puerta al odio y que manejen el criterio distributivo de repartir equitativamente los productos de la tierra, acerca del cual ya vimos antes su opinión favorable.

Sabemos que para Martí la originalidad era característica muy apreciada, tanto en el mundo artístico y literario como en cualquier esfera de la sociedad, y que inclusive la estimaba como una necesidad para que el desarrollo social fuera armónico con la autoctonía de cada pueblo. Por tanto, atribuirles tal carácter a esos líderes obreros es, sin duda alguna, una muestra más de la alta estima que les profesaba, mientras que esa propuesta de distribución planteada es, al mismo tiempo, evidencia de esa originalidad.

Pero más allá de la pertinencia de tal sistema dentro de una economía mercantil de alto desarrollo y complejidad, lo que se ha de observar es que para el cubano ello es una manera concreta de enfrentar la rapaz acción de los nacientes monopolios, a los cuales denuncia con incuestionable virulencia en esa crónica publicada en *La Nación*, de Buenos Aires, el 15 de agosto de 1886. Obsérvese en la cita a continuación, no sólo la importancia que le otorgaba al control de la tierra dentro de ese proceso, sino también su creciente influencia en la vida política.

Del abuso de la tierra pública, fuente primaria de toda propiedad vienen esas atrevidas acumulaciones de riquezas que arruinan en la competencia estéril a los aspirantes pobres: vienen esas corporaciones monstruosas, que inundan o encogen con su avaricia y estremecimientos la fortuna nacional: vienen esos inicuos consorcios de los capitales que compelen al obrero a perecer sin trabajo, o a trabajar por un grano de arroz: vienen esas empresas cuantiosas que eligen a su costo senadores y representantes; o los compran después de elegidos, para asegurar el acuerdo de las leyes que les mantienen en el goce de su abuso; y les reparten con la autoridad de la nación, nuevas porciones de la tierra pública, en cuyo producto siguen amasando su tremenda fuerza (nº 123, pp. 675-676).

No es del caso ahora despejar hasta dónde es exacto y válido su análisis en términos económicos, que se asienta sobre todo en los casos del sector ferrocarrilero, sino que están claros tanto su rechazo a los monopolios y a sus prácticas

—que hacen más inequitativa la distribución— como su comprensión de que éstas no sólo afectan a los obreros sino también a otros sectores sociales mayoritarios de la nación. En dos palabras: tanto el tono como las ideas inducen al lector a verlos como algo peligroso para todo el país del Norte y, eventualmente, para los vecinos cercanos.

Así que la lucha de los Caballeros del Trabajo le resultaba simpática adicionalmente porque se oponía a la «alianza ilícita» entre las empresas y los congresistas (*ibid.*), y estima un triunfo de ellos («un acto de acatamiento al poder de los trabajadores») la aprobación por el Congreso de la ley que prohibía la posesión de la tierra por los extranjeros. Aunque a continuación parece conceder que la administración de justicia aún es fiel a sus principios de igualdad, dado que castiga por igual la violencia de los trabajadores y la practicada por las coaliciones empresariales contra los obreros, y, además, insiste en justificar el castigo judicial contra los trabajadores amotinados.

Un mes después, sin embargo, es enérgico su repudio a la que considera la violencia obrera, cuando dedica una crónica a la imposición de la pena de muerte de los siete de Chicago, en la que narra el juicio y lo presenta como un acto que evidenció claramente la culpabilidad de aquéllos. Su postura parte del criterio de que los reos prepararon y lanzaron la bomba porque traen el odio de Europa, innecesario a su juicio en los Estados Unidos, donde «el más infeliz tiene en la boca la palabra libre que denuncia la maldad, y en la mano el voto que hace la ley que ha de volcarla» (nº 134, p. 723). Por tanto, la libertad de expresión y el derecho al sufragio constituyen para el cubano puntos esenciales del sistema estadounidense que impiden los odios cultivados por las monarquías y la falta de libertades políticas en el Viejo Mundo.

Su descalificación no es solamente de las personas de los acusados sino del anarquismo en su conjunto, cuyo acto violento en Chicago no fue apoyado ni por los socialistas ni por los gremios obreros, quienes no protestaron por la condena a muerte. Así, presenta a los anarquistas como fanáticos, destructores y charlatanes seguidos solamente por los ignorantes, no por los cultos obreros norteamericanos. Es tan manifiesto el repudio, que inclusive, en infrecuente alusión a su propia persona, se considera incapaz de levantar su voz en defensa de la vida de los condenados: «El que más, el extranjero de alma compasiva, el pensador que ve en las causas, se entristecían y callaban» (nº 134, p. 724).

No hay dudas, pues, de que, señalamientos críticos aparte, continuaba Martí expresando confianza en las posibilidades regenerativas del sistema democrático estadounidense, y de que rechazaba enérgicamente la violencia terrorista.

Un año después, en febrero de 1887, ya se evidencia su cambio de perspectiva al referirse a varias huelgas de los inicios de aquel año. El día 2 fecha una crónica en que trata varios temas y que culmina con las huelgas ferroviarias. Considera que éstas son provocadas y agravadas por la injusticia y los aires alti-

vos y alardes de fuerza. Valora que los obreros han avanzado mucho durante ese invierno en la comprensión de la raíz de sus males, y estima que es la condición social de las huelgas lo que debe ser puesto en claro antes de emprender las reformas.

Contrastan estas apreciaciones con las manifestadas durante la ola de paros del año anterior: ahora Martí comienza sus referencias al problema social, si no abiertamente desde el lado opuesto a los propietarios, sí planteando las responsabilidades de éstos en los hechos, así como que la reforma al problema ha de buscarse desde el conocimiento del mismo. Es decir, no fía a las condiciones del sistema estadounidense la capacidad de reformar la sociedad, sino que se trata de estudiar el problema en sí mismo, idea reforzada en un párrafo de tono filosófico en que plantea cómo los problemas de la vida humana no deben ser atendidos a mano ligera y que han de conocerse bien para proceder a su reforma.

Probablemente para dar idea de cuál era esa condición social de las huelgas, debate expresamente con quienes estiman muy buenas las condiciones de vida de los trabajadores sin realmente conocerlas, y añade: «los que deseen hablar con juicio sobre la condición de los obreros deben apearse a ellos, y conocer de cerca su miseria» (nº 151, p. 831). Por eso, para que sus lectores conozcan con propiedad esa miseria obrera, describe vívida y extensamente las duras condiciones de existencia y de trabajo de los mineros, y narra con efectivo patetismo cómo fueron agredidos por los detectives de la célebre agencia Pinkerton.

Los mercenarios cargan sobre los niños, y matan de un balazo a uno de ellos. ¿Qué han hecho los huelguistas? ¿Se han encendido en furia? ¿Han devuelto muerte por muerte? ¿Han despedazado con los dientes la tablazón que guarda las riquezas de la compañía? No. En número de diez mil, con la cabeza descubierta, en silencio, han acompañado en sus funerales al niño infeliz y han dejado sobre su féretro una corona de flores pobres: ¡A nuestro compañero!

Así presenta tanto la violencia cotidianamente ejercida por los propietarios contra los mineros al impedirles una vida decorosa, como la violencia que hace correr la sangre, iniciativa de los agentes represivos de los capitalistas, la cual no es respondida de igual modo, postura evidentemente del agrado del cronista.

Pero quizás lo más significativo en este texto es que Martí en su valoración de las huelgas destaca positivamente que éstas ya van trascendiendo la inmediata reivindicación salarial, y que en muchos casos se han producido en solidaridad con quienes solicitan aumentos salariales; es decir, lo importante para él es la unidad de acción clasista demostrada por los obreros.

Doce días después fechaba el cubano otra crónica, en esta ocasión para *El Partido Liberal*. Se trata de su versión para México de la huelga de los mineros del carbón, a la que se suma la de los vapores.

Explica cómo vencieron los mineros y obtuvieron la reposición de sus antiguos salarios superiores, y cómo contaron con la contribución de los Caballeros del Trabajo. Él mismo declara que lo importante es la enseñanza de esta huelga, aunque considera que no puede dedicarle en la crónica todo el espacio que el asunto merece. La lección que a su juicio ha de extraerse es que los trabajadores podrían algún día llegar a paralizar toda la nación. Por eso plantea los remedios para evitarlo por medios legales, que constituyen un grupo de reformas dentro de la sociedad estadounidense en su conjunto: abaratamiento del costo de la vida mediante la modificación de la tarifa arancelaria, eliminación de impuestos innecesarios y resolución de los daños públicos nacidos de la acumulación de tierras y derechos en compañías privadas. Es obvio el sentido antimonopolista en la primera y la tercera de sus propuestas. Quizás sería demasiado calificar estos puntos de programa antimonopolista, pero la tendencia hacia ello es incuestionable.

De no seguirse estos remedios, concluye que «prosperará esta nación de obreros en la sombra, y acabará por ofrecer batalla a la nación legal de propietarios». De nuevo el cronista cumple su cometido habitual de prever y alertar hacia dónde podrían dirigirse los Estados Unidos. Es el fantasma de Banquo, que amenaza con desplazar al monarca de su asiento privilegiado.

Con todo, tales ideas no son muy distantes de las que vimos que escribía en 1886. Pero en una larga cita de este texto muestra por las claras cómo ya flaquea su convicción anterior de que el país del Norte resolvería el problema social.

Lo más temible de esta lucha es que, mientras los prudentes la afrontan, los demagogos la precipitan, aquellos que se consideran por su enorme fortuna como los magnates del país, se concilian para defender sus privilegios y andan buscando jefe. ¿Dónde está ya aquel respeto del americano por su ciudadanía, aquella fe inquebrantable en el ejercicio del libre albedrío, aquel orgullo de ver levantarse de la humildad a sus apóstoles y a sus cabezas? Fingen aún esas ideas, pero ya las abominan. La guerra que aseguró la Unión y el crédito, creó una generación de agiotistas venturosos, sin práctica ni fe en una libertad oscurecida por la arrogancia del triunfo y sin respeto por las instituciones trocadas en comercio por los encargados de conservarlas. Creó esta generación tribunales serviles y Senados de millonarios, y ha llegado a hacer de la Casa de Representantes, de la fuente de las leyes, un mercado abierto donde éstas se venden y se compran, un cónclave inicuo de agentes poderosos solicitantes o de empresas ricas. Y esta generación ahora se niega, cuando el país se siente rendido y vuelve en sí, a abandonar esta vida de robos disfrazados, a devolver lo que ha adquirido ilegalmente, a permitir que la nación se limpie de ellos y se reconstituya (nº 148, p. 810).

Ese jefe buscado por los ricos, según explica en el epígrafe que continúa la crónica, era Chauncey Depew, abogado de la rica y aristocrática familia de los



Vanderbilt, quien se movía entonces en la búsqueda de la candidatura presidencial por el Partido Republicano. Resalta en el párrafo el análisis histórico y sociológico para explicar aquel presente que se alejaba de las tradiciones democráticas: Martí sabe y expone a sus lectores que los problemas son resultados de procesos largos, en que influyen diversos factores, de manera que las soluciones vayan al fondo, a la raíz, y no queden inocuamente en lo epidérmico. Y, describe la creciente hegemonía –dadas su acumulación de fortunas y su corrupción de los políticos–, de lo que era ya de hecho una oligarquía, como él mismo la calificaría después.

Aún considera que la lucha social es precipitada por los demagogos, palabra de carga negativa evidente, pero lo interesante es que no son ellos los responsables de esa lucha sino esa que llama la generación acaparadora y corrupta, ante la cual, nos dice en sus últimas palabras, hay que *reconstituir* el país. Verbo preciso este que emplea el cronista: hay que volver a comenzar, pues no vale ya la antigua fe en las virtudes democráticas. Queda claro, por tanto, que su criterio acerca del problema social ya no está dominado por el pleno optimismo de que la sociedad norteamericana no sucumbiría a ese conflicto considerado por él de alcance universal.

Nos hallamos, pues, ante un proceso de cambio en su pensamiento, que no se produce de un día para otro, que no puede apreciarse de golpe plena y totalmente de un texto a otro durante un momento dado, y que trasciende a su comprensión del problema social para abarcar a la sociedad estadounidense en su conjunto. El problema social es un aspecto importante para él por supuesto; tanto que, en mi opinión, su acercamiento al mismo será una de las vías concretas para poder apreciar ese proceso de cambio de sus ideas. Pero es sólo un aspecto y no la totalidad. Y es ésta la que siempre importó a Martí, desde su perspectiva e interés latinoamericanos. No hay, por consiguiente, otra manera de apreciar su creciente cambio de mentalidad, que atrapando en sus crónicas periodísticas –ricas en análisis, pero que no son artículos ni monografías de temas sociales– los rasgos y elementos que van mostrando la transformación de la perspectiva.

El 15 de marzo de 1887 termina otra de sus Cartas para *La Nación*, de Buenos Aires, cuyo primer epígrafe sintetiza su contenido: «Movimiento social y político de los Estados Unidos». Su palabra es tajante: «En los Estados Unidos hierve ahora la humanidad nueva. [...] Por la ley o por el diente, aquí ha de haber justicia» (nº 152, p. 834). Se trata, pues, de que en la nación nortea se lucha por la justicia, tal es el hervor de humanidad nueva.

Y esa pelea por la justicia enfrenta a dos clases opuestas, según sus mismas palabras: la desacomodada, que suele pedir mal la justicia o quiere tomarla por su mano, pero que ya se mueve en la cosa pública como morada propia; y los que quieren resistir o retardar el advenimiento de la justicia, a los que, con ira mal contenida, llama Tartufos.

El estado nuevo a que estima se arribará lo describe en términos éticos positivos: el hombre saldría mejorado, sería un estado social «amable y justiciero», y se adelantaría en la libertad y la dicha. Y da respuesta a su disyuntiva afirmando que se entraría en él probablemente por la violencia (*ibid.*).

La causa de esta elección por el diente en lugar de por la ley, la halla en la propia lucha de clases en Estados Unidos, cuya tendencia a enconarse atribuye Martí a los propietarios o, mejor, a los acaudalados, su manera, a mi juicio, de referirse a la oligarquía monopolística.

Veamos sus palabras para apresar su riqueza y matices:

El trabajador que es aquí el Atlas, se está cansando de llevar a cuestras el mundo, y parece decidido a sacudírselo de los hombros, y buscar modo de andar sin tantos sudores por la vida (nº 152, p. 834).

Entonces es evidente que estimaba justa esta aspiración. Pero los acaudalados, los que esperan serlo y quienes prosperan a la sombra de aquellos,

no se ocupan en atender a estas reclamaciones en justicia, sino en sobornar a los que dictan las leyes, para que les pongan atadas a los pies, las libertades públicas (nº 152, p. 834).

Y no hacen caso tampoco del problema ni los partidos políticos, ni la prensa, ni el Congreso.

En consecuencia, el sistema político estadounidense y la misma prensa, cuya eficiencia democrática admiró años atrás, ya no los estima Martí plenamente capaces de propiciar la regeneración, a la luz del gran problema universal que él veía manifestarse en la nación.

«Un drama terrible» es una de las piezas maestras del periodismo martiano. Escrita el 13 de noviembre de 1887 y publicada en *La Nación*, de Buenos Aires, el primero de enero del año siguiente, ésta es una de las crónicas en las que mejor despliega Martí sus recursos literarios, especialmente su capacidad narrativa. No es casual, a mi juicio, tal despliegue en lo formal. A todas luces trabajó cuidadosamente el escrito buscando alcanzar el efecto deseado: convencer a sus lectores de la inocencia de los ahorcados así como despertar la piedad y la simpatía hacia ellos. Repásense al efecto los momentos finales de la narración, cuando Martí cuenta la última noche de los condenados, el amanecer del día fatídico, la salida de las celdas, la marcha hacia el patio de la prisión, y el macabro momento de la muerte.

Un drama que le debe tanto a Shakespeare como a Esquilo y Calderón –paradigmas martianos desde su juventud–, a Beethoven y hasta a Wagner en su grandiosa arquitectura sinfónica. «Un drama terrible» es texto que patentiza cómo se ha efectuado en su autor el cambio de perspectiva ante el pro-

blema social, al extremo de que contradice algunas afirmaciones de años precedentes.

El mismo establece su perspectiva desde el principio del texto, en valioso ejemplo de ética periodística e intelectual:

Ni el miedo a las justicias sociales, ni la simpatía ciega por los que las intentan, debe guiar a los pueblos en sus crisis, ni al que las narra. Sólo sirve dignamente a la libertad el que, a riesgo de ser tomado por su enemigo, la preserva sin temblar de los que la comprometen con sus errores. No merece el dictado de defensor de la libertad quien excusa sus vicios y sus crímenes por el temor mujeril de parecer tibio en su defensa. Ni merecen perdón los que, incapaces de domar el odio y la antipatía que el crimen inspira, juzgan los delitos sociales sin conocer y pesar las causas históricas de que nacieron, ni los impulsos de generosidad que los producen (nº 178, p. 959).

Para explicar todo el proceso que condujo a la muerte de los ejecutados sin razón para ello, desmonta con fino cuidado los factores que se coaligaron para propiciar lo que culminó con un monstruoso crimen jurídico:

Amedrentada la república por el poder creciente de la casta llana, por el acuerdo súbito de las masas obreras, contenido sólo ante las rivalidades de sus jefes, por el deslinde próximo de la población nacional en las dos clases de privilegiados y descontentos que agitan las sociedades europeas, determinó valerse por un convenio tácito semejante a la complicidad, de un crimen nacido de sus propios delitos tanto como del fanatismo de los criminales, para aterrar con el ejemplo de ellos, no a la chusma adolorida que jamás podrá triunfar en un país de razón, sino a las tremendas capas nacientes (nº 178, p. 960).

El sujeto «la república» parece tener varios sentidos, algo nada extraño en la polisémica prosa martiana: parece aludir tanto al Estado norteamericano como a la comunidad nacional, y quizás en algunos momentos hasta a ambas cosas a la vez. Lo cierto es que Martí analiza en el texto cómo se produjo casi unánimemente el rechazo al terrorismo, junto a la voluntad de castigar a los culpables. El cubano dice claramente que el acto de violencia indiscriminada que significa la bomba de Chicago fue consecuencia también de la ausencia de una respuesta positiva a los planteos de los obreros. Luego la culpa no era solamente de los fanáticos que la lanzaron.

Otros dos factores encuentra el cubano que contribuyeron a darle ese alcance represivo y de escarmiento a los sucesos posteriores: «El horror natural del hombre libre al crimen» y el encono de los emigrantes irlandeses contra los alemanes y eslavos implicó entonces que estuvieran de parte de los privilegiados la simpatía y ayuda de buena parte del movimiento obrero norteamericano,

aunque éste sufriera los mismos males, desamparo, bestial trabajo y desgarradora miseria que impulsó a los anarquistas de Chicago.

Obsérvese que, aunque ya Martí sabe que los siete líderes anarquistas eran inocentes, aún parece creer que la bomba fue activada por manos anarquistas, que identifica con el fanatismo. A pesar de ese juicio adverso acerca de esta corriente obrera, se extiende por un buen espacio del texto en analizar cómo y por qué ésta avanzó en Chicago, y demuestra, con sentido justificador para sus actos violentos, la sangrienta violencia represiva ejercida contra los obreros durante las huelgas por reivindicaciones salariales y el acortamiento de la jornada laboral. Por eso ya no deposita la plena responsabilidad en ella por los sucesos sangrientos de Chicago, sino que, inclusive, estima que tales acontecimientos han traído un giro desastroso para el país. Así, señala que la muerte de los anarquistas significa lo siguiente: «Esta república, por el culto desmedido a la riqueza ha caído, sin ninguna de las trabas de las tradiciones, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos». Y más adelante señala: «De una apacible aldea pasmosa se convirtió la república en una monarquía disimulada» (nº 178, p. 960).

Se trata, en dos palabras, de que la república se estaba negando a sí misma; por eso en tiempos posteriores escribirá que los Estados Unidos eran una república imperial, cesárea, la Roma americana. Como había dicho en textos anteriores, considera que el proceso conducente a esa transformación fue impulsado, por la Guerra de Secesión, las fortunas colosales amasadas y la inmigración desordenada. La historia reciente se unía al espíritu de metalificación que apreciaba en aquel país desde su adolescencia.

Estas ideas las vuelve a repetir en la crónica que escribe para *La Nación*, de Buenos Aires, el 10 de abril de 1888: la república vive en su apogeo el problema social y se halla en un punto crítico:

[...] los Estados Unidos han llegado a una hora de recuento,—que al flaquear la prosperidad que les vino de la guerra, examinan y condenan los vicios y falsos sistemas levantados a su sombra,—que la república, caída en manos de un partido conquistador, que ha parado en fundar una casta aristocrática, se decide a restablecer la base antigua de la igualdad y libre lucha que era en tiempos de menos lujos la garantía de la remuneración justa del trabajo del hombre, sacado hoy del combate, a no ser en clase de siervo, por las empresas privilegiadas, bien obren éstas por sí, bien se junten en ligas monstruosas (nº 192, p. 1034).

Martí repudia los monopolios, llama «congregación cada día más descarada y alarmante» a los *trusts*, (nº 192, p. 1035) libre del mundo la más injusta y desvergonzada de las oligarquías» (nº 192, p. 1035).

Por eso su pluma tiende a endurecerse cada vez más frente a las acciones contra los obreros impulsadas por esa oligarquía, lo cual le hace justificar las



respuestas de aquéllos, aunque no muda su opinión favorable a los métodos y propósitos de los Caballeros del Trabajo.<sup>18</sup>

Cuando la nueva huelga de los conductores de tranvías de Brooklyn y de Nueva York, a principios de 1889, escribe el día 31 para el diario bonaerense *La Nación*, y defiende el derecho de los obreros a mantener su organización sindical que la empresa quiere hacer desaparecer. En ese texto, por cierto, varía su criterio acerca de la prensa, y dice: «La Prensa en que los ricos tienen puesta toda la mano, con raras excepciones, defiende a los ricos».

En el caso de este movimiento admite Martí la violencia contra los rompehuelgas cuando emplea en su relato la voz de un obrero, cuyas ideas de acción iracunda el periodista no refuta ni condena: «¡A ladrillazos, a puntapiés, a balazos si es preciso, perseguiremos a los traidores que vengan a ofrecerse de cocheros y conductores a las compañías!» (nº 226, p. 1185). Sin embargo, condena de hecho la brutal represión policial contra los huelguistas cuando, con su mejor estilo de cronista, dedica un buen espacio a narrar el choque de éstos con los esquirols y la intervención de la policía.

La toma de partido por los obreros se ha hecho más definida y explícita, sin que ello quiera decir que el cronista para Hispanoamérica se pronuncie absoluta y favorablemente hacia alguna de las teorías socialistas o hacia alguna de las ideologías obreras. Resulta evidente que Martí preveía y ansiaba un nuevo estado social que brillase por la justicia, y para él ésta debía pasar en las sociedades modernas por un cambio radical en las condiciones de vida de los trabajadores y de sus familias, obligadas a trabajar aún en peores condiciones cuando de mujeres y niños se trataba.

Su perspicacia estriba, pues, tanto en haber comprendido la importancia del problema social y en propiciarle una salida justiciera, como en comprender que el naciente capital monopolista enconaba la lucha de clases y elevaba los grados de violencia en la misma sociedad estadounidense. Y en su condición de pensador y dirigente revolucionario supo comprender que en una estrategia para evitar la dominación de esos monopolios sobre los recursos de Latinoamérica y la expansión territorial del país del Norte, a impulsos de la oligarquía financiera, era imprescindible propiciar la reunión de los múltiples intereses afectados por el crecimiento de los monopolios, a los cuales debería interesarles lo que sucediera en las Antillas españolas y en el resto de las tierras del Sur, y viceversa.

El examen continuado del problema social en los Estados Unidos le permitió perfilar su conocimiento de aquella sociedad, de las íntimas interrelaciones

---

<sup>18</sup> Véanse nº 192, p. 1034 y nº 182. En el segundo paginado encomia la conducción por éstos de la huelga de los mineros de la compañía Reading.

entre sus diversos caracteres y factores, así como la importancia del asunto para el presente y el futuro del continente: Banquo, o mejor, su fantasma, sería un aliado tácito en la descomunal pelea de Martí para impedir que se impusiera la lógica de los monopolios.

---

# Adelaida de Juan

## Arte y entorno en Nueva York según Martí

### La pintura y el mercado de arte en Nueva York

En media docena de crónicas de variada extensión, Martí comenta la pintura en los Estados Unidos, fundamentalmente la expuesta en Nueva York. Además de análisis particulares, esboza allí un criterio general del carácter de tal producción, criterio que, en líneas amplias, coincide con lo expuesto en algunos estudios recientes.<sup>1</sup> Apenas radicado en Nueva York, en 1880, Martí inicia sus crónicas sobre esta manifestación en *The Hour*, siendo la última para *La Nación*, de Buenos Aires, en 1888. En comentarios cuyos hitos son tres amplias exhibiciones –la de la Academia Nacional de Dibujo en 1880, una muestra competitiva en 1885, y otra de los acuarelistas en 1886– Martí traza, sobre el análisis de las obras expuestas, un panorama del ámbito sociocultural en que esta producción artística se manifiesta. Al igual que en otras ocasiones, Martí aborda tanto los rasgos formales de la obra de los artistas, como sus temáticas y su aceptación en el mercado del arte.

La primera crónica, publicada en *The Hour* en 1880,<sup>2</sup> es severa en sus criterios y, como es habitual en Martí, ellos son sus puntos de partida para consideraciones generales. Señala ciertas virtudes que, en crónicas posteriores, habrá de afirmar en la pintura estadounidense expuesta en Nueva York; algunas crónicas

---

<sup>1</sup> Cf., entre otros, M. W. Brown, *American Art to 1900*, Nueva York, Henry N. Abrams, 1977; L. Goodrich *et al.*, *American Art of the 20th Century*, Londres, Thames & Hudson, 1962; P. y L. Murray, *A Dictionary of Art and Artists*, Harmondsworth (Inglaterra), Penguin Books, 1959. También, Catálogo de *American Paintings of the Manoogian Collection*, Art Institute of Detroit and National Gallery of Washington, 1989-1990; F. Duret-Robert, «L'École du Hudson», *Connaissance des Arts*, París, abril de 1982.

<sup>2</sup> J. Martí, «La quincuagésimaquinta exhibición de la Academia Nacional de Dibujo», *The Hour*, 1 de mayo de 1880, *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba y otras, 1963-1973, t. XIII, pp. 471 y ss. (En lo adelante, citamos de esta edición mencionando los tomos en números romanos y las páginas en arábigos salvo cuando se trata de textos reproducidos en nuestra edición. En este caso señalamos entre paréntesis el número de la carta y luego el paginado.) Las citas subsiguientes, salvo indicación, también proceden de este artículo. Debemos la precisión del mes y día de la publicación en *The Hour* a datos (que no se encuentran en las OC) proporcionados por el Centro de Estudios Marianos de La Habana.

revelan ya una mayor familiaridad con las obras de los artistas. Éstos, sin embargo, son fundamentalmente los mismos que luego destacará; entre ellos, Eastman Johnson (1824-1906), John George Brown (1831-1913) y, sobre todo, Winslow Homer (1836-1910). De ellos acentúa Martí una característica en la cual, cinco años atrás, había insistido al analizar a los pintores mexicanos que escogen asuntos americanos. Martí profundiza en este concepto, al cual siempre otorgó gran importancia, no sólo por la afirmación de lo propio americano que implica, sino también, como ganancia secundaria, por su posibilidad de hacer viable la conquista de un mercado que abriera oportunidades a los artistas.

Desde un punto de vista formal, Martí, familiarizado ya en 1880 con la gran pintura española, y la mexicana de la Academia San Carlos, encuentra la estadounidense muy por debajo de sus obras preferidas: «El colorido, en general, carece de animación. Los contornos son vagos e incorrectos [...]. El dibujo sólo puede ser descuidado por aquellos artistas que son dibujantes perfectos» (XIII, pp. 471-472), como pueden hacer no pocos maestros españoles, añadirá Martí.

Martí, amante de artistas cuyos originales conoció durante sus destierros españoles, notablemente Velázquez, Murillo y Goya, encuentra la pintura estadounidense, por contraste, rudimentaria y tosca. No olvidemos que para sus primeras colaboraciones en periódicos neoyorquinos usa el seudónimo «A very fresh Spaniard», lo cual permite suponer que estaba escribiendo para un receptor de los Estados Unidos desde la óptica de un español.

La generalización que ahora hace Martí retoma un punto tocado por él cinco años antes, al analizar la pintura mexicana: la existencia de una escuela nacional de pintura, como hará, en 1882, al escribir sobre Fortuny. Fundamenta su criterio negativo con respecto al arte estadounidense de la siguiente manera: «Desgraciadamente, nosotros todavía no podemos considerar el espíritu general de la escuela [norte]americana<sup>3</sup> de pintura, porque no tiene escuela. Copiar la naturaleza, imitar a los maestros europeos, dar color a caricaturas, no es crear una escuela» (XIII, p. 471). Estos criterios se reafirman al destacar Martí a algunos de los expositores, que «al menos escogen asuntos [norte]americanos y los tratan, por regla general, de una manera inteligente. Pero esto no es suficiente para darle significación al arte de un país» (XIII, pp. 471-472). En otro artículo,

---

<sup>3</sup> Martí escribió sus primeras colaboraciones para *The Sun* en francés; en las *OC* aparecen la versión en inglés publicada en el periódico y su traducción al español. Al no tener lo escrito originalmente por Martí, anteponeamos entre corchetes [norte], cuando se refiere a la pintura estadounidense, en vez de *americano*, como aparece en las *OC*, donde se toma esa traducción del vocablo *American*, que en los Estados Unidos indica lo propio de ese país. En otros casos, cuando Martí denomina lo propio del continente, dejamos el término *americano*. Por supuesto, cuando Martí escribía para publicaciones hispanoamericanas en castellano, prefería el vocablo *norteamericano* para referirse a lo de los Estados Unidos. Recordemos, además, que Martí asume el término «nuestro» teniendo en cuenta el receptor de sus trabajos.



publicado asimismo en *The Hour* en 1880, sobre el Museo Metropolitano de Nueva York, Martí insiste de nuevo: «Sabemos pensar pero no sabemos ejecutar» (XIII, pp. 476-477).

Cinco años después, en una crónica para *La Nación*, de Buenos Aires, aparece insistentemente esta idea, vinculada, como he apuntado, a las exigencias del mercado: «No se inspiran en su propia naturaleza, por lo que no traen su nota propia al arte, ni les es esto posible por desdicha, por ser ya el arte tan adelantado que los que quieren estar en sus mercados, y venderse en él, tienen que tomarlo al paso que van» (X, pp. 228-229). Martí, que ya había apuntado un año antes, refiriéndose a la pintura en los Estados Unidos, las «espantosas correrías en pos de Manet y Courbet» (nº 62, p. 352), ampliará este concepto en 1885, en una de sus generalizaciones fundamentales: «El Arte, como la Literatura, ni se improvisa ni trasplanta; ni trasplantado, da buen fruto. Para ser poderoso, ha de madurar en el árbol como la fruta» (X, p. 228).

El artículo de 1885 para *La Nación* que ya he mencionado constituye una profunda reflexión sobre el ámbito general en el que se manifiesta tal producción artística (X, p. 228). Quiero destacar que en 1977 un estudioso estadounidense caracterizó el arte de su país de finales del XIX de la siguiente manera: «En la última década del siglo, la cultura de los Estados Unidos era insular, de mente estrecha, autosatisfecha, dominada por una complacencia provinciana que era el resultado de una vieja ignorancia y una nueva riqueza».<sup>4</sup> Estos juicios han sido fundamentados casi un siglo después de lo escrito por Martí, quien, al igual que en otros criterios suyos, considera la producción artística de modo poco frecuente en su época y resulta notablemente previsor a la luz de las valoraciones que se han hecho con posterioridad sobre aquellos artistas. Martí, a cinco años de su conocimiento directo del arte estadounidense, lo ubica en su contexto nacional y lo caracteriza del siguiente modo:

Están ahora estos Estados Unidos definiéndose y condensándose, y en un período de monstruosa elaboración e incesante allegamiento, en que apenas se entrevén cuáles elementos han de descartarse, y cuáles de permanecer en la Nación definitiva: de modo que, a más hacer, el americano, por mucho que quisiera apartarse de las seducciones del mercado que lo incita, no podría más que pintar, con los métodos extranjeros, los paisajes de una naturaleza que tiene más de grandiosa que de particular, y los tipos de accidentes que en esta época de formación han alcanzado alguna relativa permanencia (X, p. 229).

Más adelante en el mismo artículo, Martí vincula de nuevo la producción artística a los mecanismos del mercado. Uno de los artistas más destacados en

---

<sup>4</sup> Cf. Brown, *op. cit.*, pp. 560 y 609.

este texto, John George Brown, y precisamente en la vertiente temática que le indica Martí, percibía, por la venta de sus cuadros, una renta anual de \$ 40.000, suma realmente notable para la época. Escribe Martí que

los artistas [norte]americanos que con la buena venta que en estos tiempos alcanzan las pinturas han florecido copiosamente, se limitan, dentro de las maneras de ejecución que gozan ahora mayor precio y boga, a tratar los sujetos usuales del arte moderno, o los correspondientes, y en relación nuevo, que le ofrece directamente su país (X, p. 230).

Esta insistencia en la motivación nacida de un floreciente mercado de arte en Nueva York, reflejo de las condiciones económicas del país después de la expansión hacia el Oeste y la Guerra de Secesión, es retomada por Martí en 1888: «¿El pintar produce? –se dice el norteamericano. ¡Pues a pintar!» (XIII, p. 479).

Martí subraya una característica de los neoyorquinos adinerados: al comentar los festejos por las bodas de plata de *Union League*, se detiene ante «la galería de pinturas» donde «en color nada más tenemos aquí esta noche» –como decía un socio– «quinientos mil pesos» (nº 185, p. 1003). Este papel hegemónico de Nueva York no se reduce al período en el cual Martí vivió y escribió sobre lo que acontecía en esa ciudad. Como centro principal de los coleccionistas de arte, Nueva York tuvo, en la época, una actividad de mercado de arte igualada sólo por el florecimiento ocurrido a partir de la Segunda Guerra Mundial en el siglo xx. Adquiere, pues, añadida relevancia la observación hecha por Martí hace más de un siglo con referencia al arte acumulado en Nueva York: «Al olor de la riqueza se está vaciando sobre Nueva York el arte del mundo [...]. Quien no conoce los cuadros de Nueva York no conoce el arte moderno» (XIX, p. 304). Martí está bien familiarizado con Nueva York, donde pasó los últimos quince años de su existencia, con breves interrupciones, y escribe ampliamente sobre la vida y el arte vistos en la ciudad. Quizá nadie como él ha dejado un corpus testimonial tan amplio y profundo de las características de su época.

## Arquitectura y entorno

En sus crónicas sobre arte, Martí privilegió las manifestaciones pictóricas. Esta particularidad tiene su explicación fundamental en las exigencias periodísticas de las corresponsalías que desempeñó Martí: las exposiciones de pintura ocupaban un lugar mayor en la atención pública. A esto se añade la particular afición del autor por esta expresión plástica; los artistas con los cuales entró en contacto personal y amistoso (algunos en México, como Ocaranza; otros en los

Estados Unidos, y, sobre todo, los conocidos en España, especialmente en el taller de los Madrazo) eran en su mayoría pintores. Además, no puede olvidarse la naturalidad con la cual, en sus cuadernos de apuntes, con frecuencia añadía a los textos escritos, variados dibujos que hacía con línea suelta y ágil, en ocasiones a manera de recordatorios de cosas vistas con interés, en ocasiones como expresión de su pensamiento más íntimo.

Esto no excluye la atención de Martí hacia otras manifestaciones de las artes plásticas. La apreciación martiana de la arquitectura y el urbanismo en los Estados Unidos –especialmente en la ciudad de Nueva York– está matizada por un prolongado conocimiento del devenir cotidiano en ese ámbito, y por sus reiterados amor a la naturaleza y necesidad de su presencia. Como en su poesía, aquella surge, una y otra vez, vinculada frecuentemente a su añoranza por la patria. En otros textos, la naturaleza a menudo está presente como contrapunto de lo realizado por el hombre. Concibe el surgimiento de la arquitectura como imitación de elementos naturales. En busca de esta presencia de la naturaleza, se pasea a menudo por aquellos parajes que en la gran ciudad conservan un espacio donde hay árboles frondosos: el Parque Central de Nueva York es un lugar preferido cuando se siente abrumado por «esta ciudad [tan] grande donde viven las gentes tan solas» (nº 30, p. 214).

Martí establece contactos entre la ciudad estadounidense donde vive, algunas europeas y otras latinoamericanas. Estos contrastes, que obedecen a múltiples causas de índole social y económica, a más de la diferencia entre un crecimiento rápido de tipo migratorio e industrial, y la sedimentación secular que brinda una urdimbre de carácter tradicional, son expresados metafóricamente al inicio de una crónica de 1883, sobre la vida neoyorquina:

La vida en Venecia es una góndola; en París, un carruaje dorado; en Madrid, un ramo de flores; en New York, una locomotora de penacho humeante y entrañas encendidas [...]. Aquí los hombres no mueren, sino que se derrumban: no son organismos que se desgastan, sino Ícaros que caen. No se ven por las calles más que dos clases de hombres [...] el manso ejército de los resignados, vientre de la humanidad, –y el noble ejército de los acometedores, su corazón y su cabeza (nº 43, p. 277).

Con razón Martí aprecia el creciente carácter de gran urbe capitalista que adquiriría Nueva York, «donde está la fuerza del país, acá la cabeza de las industrias, acá el término de los ferrocarriles, acá la mayor población» (nº 243, p. 1285). También aprecia los contrastes violentos de la ciudad que favorece, entre «estos lujos, [...] estos palacios mercantiles, [...] estas calles [...], cansadas de la piedra parda, y la arquitectura monótona, levantar por sobre las torres mismas de las iglesias sus casas de negocios, labradas las paredes, mármol y bronce del techo, el atrio pórvido y granito», basados en el hambre y la miseria

de los obreros más humildes, que no tienen «más asilo que casas hechas de tablas de cajones» (nº 91, pp. 538 y 539). Martí pone así de manifiesto el fenómeno de la llamada «ciudad dual», es decir, la coexistencia de dos ciudades en una, cada una con una tipología arquitectónica diferente, reveladora de una cruel diferenciación social. Esta conciencia aguda de la injusticia está presente en todo el pensamiento martiano; también en sus crónicas sobre arte matizará sus ejercicios del criterio. Recordemos tan sólo cómo, en dos de sus más profundos ensayos sobre pintura, subraya, ante la obra del ruso Vereschagin, que la justicia ha de venir antes que el arte (1889); y, hablando del cubano Tejada, que mientras haya un antro, no hay derecho al sol (1894).

Señalemos que Martí se refiere en ocasiones al eclecticismo, modalidad que dominó gran parte de la arquitectura erigida en Europa, los Estados Unidos y muchos países latinoamericanos hasta finales del siglo XIX. Si bien considera acertada en algunos casos la fusión estilística que preconiza esta escuela, rechaza la profusión decorativa añadida sin otro sentido que el del boato grandilocuente; al recordar su visita a París en 1874, expresa su disgusto ante el Teatro de la Ópera, construido con un «exceso de belleza» por Charles Garnier en 1861: «Grandor no es grandeza».<sup>5</sup>

Este rechazo juvenil ante el decorativismo excesivo, sobre todo si añade el dorado, lo mantendrá luego (dirá que los adornos no deben colocarse por el gusto de adornar o allí donde puedan estorbar), aunque matice sus juicios iniciales sobre este estilo arquitectónico. Para Martí, la piedra de toque de toda arquitectura está en su adecuación a la función para la cual fue construida: esa «analogía con su objeto» da sentido y justificación a toda edificación: de ella le viene su «natural hermosura» (XXVIII, p. 230).

En 1883, en una crónica para *La Nación*, de Buenos Aires, describe la Quinta Avenida de Nueva York, haciendo especial mención de sus edificaciones más importantes, en una de las cuales se encuentra una obra de su conocido Madrazo. Martí traza las filiaciones de los estilos diversos que se entremezclan con mayor o menor suerte en las construcciones:

Bórdanla palacios, que ya tímidamente remedan las portadas suntuosas y lóbregas de las casas ducales de Venecia, y las torrecillas de las Abadías Góticas; ya balcones del Louvre, barbacanas de castillo feudal o minaretes árabes. [...]

Allá, cerca de la Catedral ambiciosa, que copia en vano la de Milán soberbia, desafío afortunado del hombre a su Creador, —se alza, ahogado por casas pardas y sombrías, un palacio risueño, que tal parece de encaje menudo. En macizas

---

<sup>5</sup> «Variedades de París», *Revista Universal*, México, 9 de marzo de 1875 (XXVIII, p. 19). Este artículo, firmado con el seudónimo «Anáhuac», fue dado a conocer por Fina García Marruz, quien lo considera la primera crónica martiana, en *Anuario Martiano*, nº 2, La Habana, 1970, pp. 111-119.



paredes, severas ventanas. En todas las pinturas, esculturas. La piedra, cincelada. El techo, recogiénose en pirámide, remata en torrecilla aguda y graciosa. [...] Domina allí la gracia, que es la mejor especie de hermosura (nº 34, pp. 244-245).

Al considerar que la gracia origina la mejor especie de hermosura, no titubea en emitir un juicio severo ante el amasijo estilístico y decorativo, en manos ambiciosas o inexpertas, del eclecticismo exacerbado. En 1888 comenta que en la ciudad de Sioux han erigido, para la feria del maíz, un palacio que revela «la desdicha del estilo, que es confuso y retacero» (nº 216, p. 1125).

A finales del siglo, los avances tecnológicos posibilitaron otro tipo de edificación, basado en la construcción ferroviaria. A diferencia de lo ocurrido con el eclecticismo, los materiales eran dejados a la vista, carentes de decoración añadida y con el énfasis puesto en el diseño. Los inversionistas no solían conceder a estas estructuras otra función que la relacionada con la industria o sus derivados, como los grandes almacenes o mercados, los puentes o estaciones de ferrocarril. Por su tipología limitada, no entraban a integrar la trama urbana. De ahí que la erección de la Torre Eiffel para la Exposición Universal de París en 1889 motivara en Francia no pocos comentarios peyorativos, hechos públicos por intelectuales, artistas y arquitectos. Martí, sin embargo, destaca la Torre cuando escribe sobre la Exposición en *La Edad de Oro*, saludando a los hombres que lograban avances en el dominio técnico y científico, y construían monumentos como el que describe, alto y atrevido. Estas consideraciones, según veremos más adelante, habían sido desarrolladas ampliamente por Martí en 1883, al considerar el Puente de Brooklyn.

Motivado en gran medida por sus vivencias inmediatas, Martí escribe a lo largo de la década del 80 varias crónicas sobre las construcciones y el entorno de Nueva York. He citado su descripción de la Quinta Avenida, los edificios que remedan diversos estilos del pasado y el ámbito general de esta vía distintiva de la ciudad. También he referido su mención al Parque Central como refugio *natural* dentro de la gran ciudad llena de gente solitaria. Cuando Martí lleva poco más de un año de residencia neoyorquina, dedica una memorable crónica a Coney Island, la cual apareció en *La Pluma*, de Bogotá, a finales de 1881 con la siguiente nota de Adriano Páez: «En el número 64 de *La Pluma* han podido ver nuestros lectores un artículo en que el célebre escritor italiano De Amicis describe a “París de noche”. Recomendamos que se compare esa pintura con la que hace el señor Martí de “Coney Island” en Nueva York. Ambas son admirables» (nº 12, p. 82). Notemos que, en los dos casos, se habla de una «pintura» hecha por un escritor que no pertenece a la ciudad «pintada»: es el extraño quien transmite con visión fresca un panorama caracterizador.

Coney Island fue construida durante la década de 1870 en el perímetro mayor de Nueva York, frente a la costa sudoeste de Long Island; surge como

uno de los primeros parques de entretenimiento controlados administrativa y comercialmente. Ha sido considerado en nuestro siglo como un compendio de «la cultura de la congestión»<sup>6</sup> y como uno de los hitos que marcan la modernidad de la ciudad. Es significativo que en los párrafos iniciales de la crónica de Martí, éste haga referencia precisamente a esta característica:

Los periódicos norteamericanos vienen llenos de descripciones hiperbólicas de las bellezas originales y singulares atractivos de uno de esos lugares de verano, rebosante de gente, sembrado de suntuosos hoteles, cruzado de un ferrocarril aéreo, matizado de jardines, de kioscos, de pequeños teatros, de cervecerías, de circos, de tiendas de campaña, de masas de carruajes, de asambleas pintorescas, de casillas ambulantes, de vendutas, de fuentes (nº 12, pp. 82-83).

Notemos cómo desde el inicio de la crónica Martí establece las dos características esenciales del lugar: por una parte, la multiplicidad de atractivos y de comercios que facilitan la venta de toda suerte de diversión; y, por otra, las grandes multitudes de gentes que acuden a su reclamo. Como elemento secundario –y no olvidemos que Martí, siempre en sintonía con su receptor, está escribiendo para un órgano hispanoamericano de prensa– hay otro contrapunto, esta vez de distanciamiento, que establece un contraste entre el público estadounidense y el hispanoamericano: «ese original amor de los norteamericanos, en que no entra casi ninguno de los elementos que constituyen el pudoroso, tierno y elevado amor de nuestras tierras» (nº 12, p. 85). Reflejando quizá su propio sentir y el de otros desterrados en los Estados Unidos, se refiere a

los que piensan como por estas tierras pensamos [...].

[...] es fama que una melancólica tristeza se apodera de los hombres de nuestros pueblos hispanoamericanos que allá viven [...] porque aquella gran tierra está vacía de espíritu [...].

Aquellas gentes comen cantidad; nosotros clase (nº 12, pp. 84-85).

El distanciamiento está subrayado por el uso de *aquellas* gentes, *aquella* gran tierra, *allá*, frente a *nuestras* tierras, *nosotros*, *pensamos*, *nuestros* pueblos hispanoamericanos. Anotemos que, atento a su destinatario, Martí emplea el término *norteamericano* para indicar lo propio de los Estados Unidos, a diferencia de lo que hace cuando publica en un periódico neoyorquino: en este último caso, utiliza el vocablo *americano* que, en el término inglés usado allí (*American*), es indicador de lo propio del país, y por consiguiente cercano a su lector estadounidense.

---

<sup>6</sup> Cf. R. Koollaas, *Delirious New York: a retrospective manifesto for Manhattan*, Londres, Thames and Hudson, 1978; citado en: M. Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, trad. de Andrea Morales, 4ª ed., México, Siglo XXI, 1991, p. 311.

Las descripciones que hace Martí de Coney Island son vívidas y, al propio tiempo, ofrecen datos factuales de importancia. Escribe sobre «el aspecto sorprendente de Coney Island, esa isla ya famosa, montón de tierra abandonado hace cuatro años, y hoy lugar amplio de reposo, de amparo y de recreo para un centenar de miles de neoyorkinos que acuden a las dichas playas diariamente» (nº 12, p. 83). Al igual que en otras crónicas descriptivas de lugares diversos en los cuales los hombres han erigido construcciones, son precisamente el aspecto del trabajo y los conocimientos científicos los resaltados por Martí. La transformación de «un montón de tierra abandonado hace cuatro años» en un «lugar amplio de reposo, de amparo y de recreo» es el aspecto más importante de esta introducción con que Martí inicia su visión de Coney Island. Incluye en ella, como ya he dicho, la mención a los usuarios, ese «centenar de miles de neoyorkinos» que se suman a las «legiones de intrépidas damas y de galanes campesinos» que «de los lugares más lejanos de la Unión Americana» (nº 12, p. 83) viajan al centro de diversiones.

Martí hace hincapié en el aspecto de Coney Island, en una suerte de caleidoscopio que produce efectivamente un ambiente de vértigo: vías de carruajes, tranvías, ferrocarriles de vapor y aéreo, naves, plazas, muelles, «hoteles que ya no pueblos parecen sino naciones», hotel de construcción pesada, elevador altísimo, muelles de hierro «que avanzan sobre pilares elegantes un espacio de tres cuadras sobre el mar», museos de a cincuenta céntimos, trenes, casillas de baños, mesas de café, comedores, teatros, hotel que sienta cuatro mil comensales a la vez, cervecerías, circos, fuentes, aparatos de fotografía, lugares de concierto, luces eléctricas, faroles rojos, el globo chino, la lámpara veneciana. Se detiene en un hecho significativo: el afamado edificio de Agricultura de la Exposición de Filadelfia, transportado a Nueva York y relevado en «su primera forma, sin que le falte una tablilla, en la costa de Coney Island» para convertirse en el hotel Sea Beach.

Martí no deja de subrayar el carácter masivo y popular que hace de este espacio de esparcimiento un símbolo de la ciudad y la cultura moderna:

lo que asombra allí es, el tamaño, la cantidad, el resultado súbito de la actividad humana, esa inmensa válvula de placer abierta a un pueblo inmenso [...]; ese vertimiento diario de un pueblo portentoso en una playa portentosa [...] esa naturaleza en lo maravilloso; eso es lo que asombra allí (nº 12, p. 84).

El análisis de la crónica de Martí sobre «esa inmensa válvula de placer abierta a un inmenso pueblo» ha llevado a Julio Ramos a afirmar que esa crónica de Martí constituye una de las primeras críticas latinoamericanas a la industria cultural moderna; y a añadir que «impacta la actualidad de esa crítica, la intensidad de su lenguaje, que por cierto anticipa algunos rasgos del Lorca de *Poeta en*

*Nueva York*»<sup>7</sup> (lo que también puede decirse de algunos de los *Versos libres* del cubano). De hecho, en una notable historia de Coney Island, J. F. Kasson afirma que

los parques de diversiones surgieron como laboratorios de la nueva cultura de masas, facilitando lugares y atracciones que inmediatamente afectaron el comportamiento social [...]. Centros de diversión como Coney Island elucidan la transición cultural y la lucha por la autoridad moral, social y estética que se dio en los Estados Unidos en el fin de siglo [...]. Coney Island contribuyó a suplantarse la cultura de élite con una nueva cultura de masas.<sup>8</sup>

Otra obra merece la atención de Martí en varios artículos: el Puente de Brooklyn, inaugurado el 24 de mayo de 1883. La primera mención de la construcción la hace Martí en una crónica escrita en vísperas de la apertura del puente. En dicha crónica, donde toca diversos asuntos, él tiene frases admirativas para la hazaña de sus creadores, sobre todo para Washington Roebling padre, quien trazó con la mano, «en montes de papel, el modo de levantar sobre las aguas montes de piedra» (nº 39, p. 266). Después de puntualizar los datos exactos de la estructura de estos «montes de piedra», alaba «esas torres corpulentas, que los arcos del Puente de Gard no igualan en gracia, y la Gran Pirámide de Egipto sólo vence en altura: ¡la naturaleza es brazo de la idea!». Concluye con algunos comentarios que revelan su sentido de la necesaria armonía de las edificaciones con su entorno:

¡Y aquellos arcos parecen montañas vacías! Y cuando entran en los costados de ambas ciudades, ya parecen, cercados de casas envidiosas y edificios raquíticos, montañas arrodilladas. A los monumentos hace falta, como a los hombres extraordinarios, espacio limpio en torno. Las casas pequeñas, los carros que pasan, los hombres que vocean, distraen los ojos —puertas de monumentos interiores— de la masa empinada e imponente. Las casas de habitación, que por una y otra margen rodean el puente colgante, roen los pies e hincan de rodillas a esas fábricas ciclópicas, icasas del tiempo! (nº 39, p. 267)

Algunas semanas después, dedica a esta estructura una crónica completa —«El puente de Brooklyn» (nº 41, pp. 269-275)—, que, como es frecuente en Martí, es a la vez una reflexión hecha a partir de su análisis de la obra. Con minuciosidad

---

<sup>7</sup> Para un análisis de la crónica sobre Coney Island, cf. J. Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 178 y ss. La cita corresponde a la p. 205. [Estas páginas se reproducen en el «Dossier» de esta obra, pp. 2085-2098. (Nota del Coord.)]

<sup>8</sup> Cf. J. F. Kasson, *Amusing the Million: Coney Island at the Turn of the Century*, Nueva York, Hill & Wang, 1978, p. 8. En J. Ramos, *Desencuentros...*, *op. cit.*



expone el procedimiento y los recursos técnicos empleados, enfatizando el trabajo del hombre, tanto de los que idearon y diseñaron la construcción a partir de los conocimientos de la época, como, sobre todo, de los que laboraron para su ejecución y los que van a servirse de él: «Y los creadores de este puente, y los que lo mantienen, y los que lo cruzan, –parecen, salvo el excesivo amor a la riqueza que como un gusano les roe la magna entraña, hombres tallados en granito, –como el puente».

El puente de Brooklyn será una de las imágenes de la nueva civilización donde él tratará de conciliar una y otra vez el dilema planteado entre el espíritu y la materia, subraya Susana Rotker en su esclarecedor análisis de lo que considera «la escritura como violencia» en las crónicas martianas.<sup>9</sup> En la descripción minuciosa del puente, Martí incorpora varias dimensiones, la del lenguaje tecnológico –elementos de acero, torres de granito, planchas de extensión, juntas móviles, fábricas de amarre, eslabones, ranuras semicilíndricas, madera de pino–; la del lenguaje de la cultura –pirámide egipcia, torres pelágicas, el Nuevo Evangelio, Tebas, la Biblia, el Nilo, Troya, fortalezas almenadas, la Acrópolis; la analogía con la Naturaleza, tema tan profundamente arraigado en el pensamiento martiano: el puente es sierpe, mamut, boa, serpiente, pulpo, cuerpo monstruoso, araña.

Martí busca la unión y define al puente como elemento que salva la brecha entre dos ciudades, y también entre pasado y presente: con ello reitera su afán de unir a los hombres. Las líneas finales de la crónica son elocuentes: «los puentes son las fortalezas del mundo moderno.–Mejor que abrir pechos es juntar ciudades: ¡Esto son llamados ahora a ser sobre todos los hombres: soldados del puente!» (nº 41, p. 275).

En Bedloe, isla situada a la entrada de la bahía neoyorquina, fue colocada el 28 de octubre de 1886 la Estatua de la Libertad donada por los franceses a los Estados Unidos. Martí escribe una larga crónica sobre las fiestas que por su inauguración se celebraron en la ciudad (nº 140, pp. 759-769). Inicia la minuciosa descripción del acto con algunas consideraciones históricas sobre la relación entre ambos pueblos, y se lamenta de que «de Francia, poca gente habla. No hablan de Lafayette, ni saben de él. No se fijan en que se celebra un don magnífico del pueblo francés moderno al pueblo norteamericano» (nº 140, p. 761). Cuando hablan de aquél, escribe Martí, atribuyen la ayuda de Francia a la enemistad de ésta con Inglaterra, o a su interés en la construcción del canal de Panamá. Están alegres sobre todo los inmigrantes, «todos estos infelices, irlandeses, polacos, italianos, bohemios, alemanes [...que] celebran el monu-

---

<sup>9</sup> S. Rotker, *Fundación de una escritura. Las crónicas de José Martí*, La Habana, Casa de las Américas, 1992, pp. 223-230.

mento a la libertad porque en él les parece que se levantan y recobran a sí propios» (nº 140, p. 762). Martí no deja de apuntar su desagrado de hispanoamericano ante el poderío expansivo estadounidense («En la plaza de Madison es la fiesta mayor, [...] frente al impío monumento que recuerda la victoria ingloriosa de los norteamericanos sobre México» nº 140, p. 762) al describir las multitudes que acuden a las fiestas, la presencia de los dignatarios de ambos países, del escultor Bertholdi y del presidente Cleveland.

Al igual que en la crónica sobre Coney Island, Martí pone énfasis en el carácter multitudinario del acto. «La concurrencia», constituida por «el pueblo entero», está formada por «ríos de gente» cuyo peso parecía que «hundía los buques» que la transportaban a la isla. Lo más sobresaliente, sin embargo, es la recreación hecha por Martí, basada en la diversidad cromática de la parada que desfiló ante la tribuna. En aquella parada, escribe, pasan camisas rojas; milicianos grises, azules y verdes; una mancha de gorros blancos; soldados de uniforme azul y la caballería con solapas amarillas: «a un lado y otro las dos aceras negras». (Recuérdese que esta crónica fue escrita unos meses después de su medular ensayo sobre los pintores impresionistas franceses.)

Otro rasgo característico de esta crónica la acerca a la que hiciera Martí sobre el Puente de Brooklyn en cuanto a su incorporación de referencias culturales para hacer resaltar la obra. La Estatua, escribe, es más grande que el Apolo de Rodas, el Júpiter de Fidias, la estatua de Sumnat de los hindúes, las dos estatuas sedentes de Tebas, los cuatro colosos que defienden el templo de Ipsambul (Abusimbel), el San Carlos Borromeo, la Virgen de Puy, el Arminio de los Cheruskos sobre la puerta de Tautenberg, la Germania de Niederwald, la Baviera de Shwautaler en Munich: «por sobre todas las iglesias de todos los credos y por sobre las obras todas de los hombres se levanta de las entrañas de una estrella la “Libertad iluminando al mundo”, sin león y sin espada». Inmediatamente Martí da su razón para esta apreciación meliorativa de la Estatua, apreciación basada en el peso conceptual del símbolo que representa: «Está hecha de todo el arte del universo, como está hecha la libertad de todos los padecimientos de los hombres».

Esta soberbia crónica le reportó a Martí el mayor elogio que recibió en vida por su obra literaria. Se trató de la carta abierta que Domingo Faustino Sarmiento envió a Paul Groussac y apareció en *La Nación*, de Buenos Aires, el 4 de enero de 1887, con el título «La Libertad iluminando al mundo». Al instar a Groussac a que tradujera ese texto de Martí al francés (lo que aquél no hizo), Sarmiento expresó:

Tuvo la inauguración de la Estatua, que es la del advenimiento de la libertad, por historiógrafo a Martí [...], y usted verá que sus emociones son las del que se asoma a la caverna de los cíclopes, u oye la algazara de los titanes, o ve rebullir-

se el mundo futuro. [...] En español, nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí, y después de Víctor Hugo nada presenta la Francia de esta resonancia de metal. [...] Deseo que llegue a Martí este homenaje de mi admiración por su talento descriptivo y su estilo de Goya, el pintor español de los grandes borrones con que habría descrito el caos.<sup>10</sup>

La Quinta Avenida, el Parque Central, Coney Island, el Puente de Brooklyn, la Estatua de la Libertad son los cinco puntos neoyorquinos que, a lo largo de la década del 80, Martí menciona y analiza. Y ellos se encuentran entre los señalados un siglo después por Marshall Berman en su estimulante libro *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, al escribir sobre «las estructuras más impresionantes de la ciudad [que] fueron planificadas específicamente como expresiones simbólicas de la modernidad».<sup>11</sup> El planteo de Berman, ejemplificado por esos hitos de la ciudad, se fundamenta en las siguientes afirmaciones:

Durante más de un siglo, la ciudad de Nueva York ha servido como centro internacional de comunicaciones. La ciudad no solamente se ha convertido en un teatro, sino en una producción, en una presentación en diversos medios cuyo público es el mundo entero. [...] Buena parte de la construcción y el desarrollo de Nueva York durante el siglo pasado debe ser visto como una acción y comunicación simbólica [...] para demostrar al mundo entero lo que pueden construir los hombres modernos y cómo puede ser imaginada y vivida la vida moderna.<sup>12</sup>

Al continuar su análisis de la modernidad simbolizada en la ciudad de Nueva York, Berman narra la destrucción de su barrio de infancia, Bronx, en la década del 50 del siglo XX. Durante unos diez años, hasta mediados de los 60, se procede –según diseños de Robert Moses– a la construcción de un inmenso sistema de viales que cercenó la vida asentada en el centro del Bronx: éste «fue machacado, perforado y aplastado». La construcción de las autopistas significó la expulsión de sus hogares y negocios de unas sesenta mil personas de clase obrera o media baja. Todo ello se hacía en nombre de «el espíritu en movimiento de la modernidad». El clamor de Berman en contra de la fuerza destructiva, del sinsentido de tal devastación, se une a otras voces de denuncia. He mencionado este pasaje del libro citado por sus puntos de contacto con lo escrito por Martí cuando este arrasador impulso en nombre del espíritu adorador de lo nuevo *per se* se manifestaba aún en forma embrionaria. En crónica publicada en *La Nación*,

---

<sup>10</sup> D. F. Sarmiento, «La libertad iluminando al mundo», *La Nación*, Buenos Aires, 4 de enero de 1887, en: *Obras*, Buenos Aires, 1900, t. XLVI, pp. 175-176. [Se reproduce en el «Dossier» de esta obra, pp. 1995-1997. (Nota del Coord.)]

<sup>11</sup> M. Berman, *op. cit.*, p. 302.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 132.

de Buenos Aires, el 26 de junio de 1888, Martí escribe acerca de los efectos negativos del ferrocarril aéreo sobre la vida en Nueva York:

el caso increíble de que una compañía privada y solvente disfrute del uso de las vías principales de la ciudad, sin compensar, con capital contante, o en forma de dividendo, o con un interés fijo sobre la merma de los valores, los daños causados a los dueños de casa en las vías por el demérito súbito e irremediable de sus propietarios.

[...] Pero lo que alarma más a los neoyorquinos de juicio, y a toda la ciudad disgusta principalmente, es el ver cómo, con estos monstruos que turban su sueño, calientan su aire y llenan de humo sus entrañas,—va perdiendo Nueva York la nobleza y hermosura que convienen a una ciudad celosa de llamar con justicia la atención de los hombres (nº 194, p. 1047).

La vigencia de Martí como crítico abarca no sólo su énfasis en la importancia de ciertas temáticas pictóricas fundamentales, su perspicacia en la escogida de determinados creadores y obras, su comprensión de los distintos aspectos del sistema moderno de la producción y el consumo del arte, sino también la forma abarcadora con que aborda las innovaciones de la arquitectura, la ingeniería y el urbanismo de su época. Su ojo discriminador lo lleva a una escogida sagaz del valor perdurable de ciertos elementos novedosos, y a la temprana denuncia del incipiente crecimiento de una cultura lesiva para la calidad de la vida urbana. Este aspecto de sus escenas norteamericanas reafirma a Martí como uno de los más penetrantes comentaristas de la vida y la cultura de los Estados Unidos en momentos en que se conformaban como el modelo grandioso y contradictorio de la modernidad que ha llegado hasta nosotros.





# VI

---

## DOSSIER DE LA OBRA





---

# Recepción



## Domingo Faustino Sarmiento: *La libertad iluminando al mundo*\*

*Señor Pablo Groussac de la redacción de «La Nación»*

Otra vez nos hemos encontrado patrocinando los mismos propósitos de popularizar las ideas y los conocimientos de América, trayendo al castellano los que agitan la mente humana en otras lenguas.

Ahora pídele su concurso para llevar a todas partes con el francés, que es la lengua universal del espíritu humano, la palabra americana, genuina, sintiendo a selva virgen, a cascada del Niágara, a cadena de los Andes, a corrientes de aguas como el Missisipi o el Plata, a Pampa en fin que deja ver la curvatura de la tierra sin obstáculo humano que oponerle, aunque fuera el puente de Brooklyn, o alguna pirámide tlascalteca o de quien sea, que deja enanas las del Egipto. Bret Hart, desde California[,] ha maravillado a Europa con aquellos ronquidos de oso gris, o maldiciones de tahúres que juegan millones en pepitas de oro.

Nosotros también hablamos ese lenguaje, si no es que el castellano es metal poco sonoro hoy, a causa del moho que le han dejado sus pasadas glorias, y peor si sale de esta América del Sud cuya literatura es mal conductor para las ideas.

La Francia que tiene en su cerebro las colosales inspiraciones y en su corazón laten y repercuten los grandes sentimientos sociales, ha hablado a los Estados Unidos con la simbólica estatua de la Libertad iluminando al mundo, y ofreciósela por la mano de Lessepa, el Faraón moderno, y el ministro de obras públicas del Creador.

La estatua debiera tener la cascada del Niágara a sus pies. No pudiendo reunirla, tuvo al pueblo americano, que no es otra cosa que saltos de las corrientes históricas, la historia misma de la libertad humana hecha nación, gobierno, república[,] pueblo de

---

\* En: *Obras*, tomo XLVI, Buenos Aires, Imprenta y Litografía Mariano Moreno, 1900, pp. 173-176. Publicado originalmente en *La Nación*, Buenos Aires, 4 de enero de 1887.



millones y crisol por el que pasa la especie humana en el mundo, terreno y topografía prodigiosos.

Tuvo la inauguración de la estatua que es la del advenimiento de la libertad por los *hechos* [y] por los *millones* en hombres, en lenguas y en dinero sonante, por histógrafo a Martí, un cubano, creo, y Vd. verá que sus emociones son las del que [se] asoma a la caverna de los cíclopes, u oye la algazara de los titanes, o ve rebullirse el mundo futuro. Siento que no haya descripto el escenario. La bahía de Nueva York está calcada para ser el *forum* de las naciones. Es una taza apartada de la masa del mar con dos ansas que se acercan a la estrecha entrada llamándose fuerte de Hamilton y fuerte Lafayette -¡Qué guardianes! El uno era el inglés que escribió la constitución, el otro el marqués de la monarquía, que llevó la república a Francia, como otros traen el cólera en sus vestidos.

Yo he oído en ocasiones menos solemne el aplauso y los hurras de cien cañones, de las campanas de las locomotivas, de los escapes del gas de las calderas, de los pitos de los trenes y vapores, dejando como susurro de abejas el grito y el clamoreo del pueblo; pero Vd. no se imagina lo que será la aclamación de un millon de hombres delante de la estatua de la Libertad, de cien codos de altura, descorrido el velo por la mano de Cleveland el honrado, para matar con su nombre a los salteadores de pueblos y señalada por la mano de Lesseps, que cura a la tierra de dos ligeras lesiones, unos istmos *malentreux* para el tráfico humano[,] y esto al pie del puente de Brooklyn, al lado de la Isla de los Estados (State[n] Island), que es como una Olimpia de palacetes griegos, góticos y yankees para solaz y recreo, al frente de la de Coney que recibe medio millón de emigrantes, entre tres ciudades que cuentan dos millones de habitantes, cuyos barrios determinan un canal del mar y el río Hudson; a fin de hacer peninsular la central por tres leguas y darle espacio para continuar sus calles por agua con la navegación. Los vapores hacen como bosques, y los *lugs* que son mil, parecen moscas, que como remolques constituyen el corre-ve-y-dile de la gran bahía. Siendo Martí cubano, póngase «elocuencia hispano-americana».

Y bien, todas las grandezas que Martí, nuestro representante de la lengua castellana, ha sentido, acogido y descripto van a quedar en Buenos Aires, y pasar como ráfaga perfumada de una hora, para dar lugar a nuestro aire de saladero, de pantano, de mugre política y de cólera morbus; y aquí viene el objeto de la carta, y es pedirle que traduzca al francés el artículo de Martí, para que el teléfono de las letras lo lleve a Europa, y haga conocer esta elocuencia sud-americana áspera, capitosa, relampagueadora, que se cierne en las alturas sobre nuestras cabezas. Tradúzcala usted que es nuestro bibliotecario inmérito, aunque sea nuestro literato francés, y se halle en buen camino de merecer su puesto. En español nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí, y después de Victor Hugo nada presenta la Francia de esta resonancia de metal.

El hecho que celebra es humano, es nuestro, y por tanto el parte detallado de la gran batalla, la grande oración contra Verres, debemos traducirla franceses y sud-americanos, los republicanos de la tierra, por la oración *pro Domo nostra*, que a todos llega la moral del cuento.

Tradúzcala, regáleme el manuscrito o déle publicidad de su cuenta; las letras americanas le deberán un servicio, y hará Vd. uno muy grande a este país donde tiene posición y familia [...]

-(Suprima el epíteto inmérito usado incorrectamente para indicar a nuestro bibliotecario internacional que escasean sus trabajos como tal, y le ofrezco ocasión de producir-

se, pues el de corresponsal literario de la prensa no entra en su oficio y sí el de hacer versiones de estilo a fuer de francés, al francés, como en el caso presente. Su propuesta de hacer pasar al castellano la biblioteca internacional que le recuerdo, es de bibliotecario.

El epíteto no pasa de ahí, no viniendo a cuento otro significado. Deseo que le llegue a Martí este homenaje de mi admiración por su talento descriptivo y su estilo de Goya, el pintor español de los grandes borrones con que habría descrito el caos.

Queda de Vd. afmo.)—

## Rubén Darío: *José Martí*\*

[...]

Anduvo, pues, de país en país, y por fin, después de una permanencia en Centro América, partió a radicarse a Nueva York.

Allá, a aquella ciclópea ciudad, fue aquel caballero del pensamiento a trabajar y a bregar más que nunca. Desalentado, él tan grande y tan fuerte, Dios mío! desalentado en sus ensueños de Arte, remachó con triples clavos dentro de su cráneo la imagen de su estrella solitaria y dando tiempo al tiempo, se puso a forjar armas para la guerra, a golpe de palabra y a fuego de idea. Paciencia, la tenía; esperaba y veía como en una vaga fatamorgana, su soñada Cuba libre. Trabajaba de casa en casa, en los muchos hogares de gentes de Cuba que en Nueva York existen; no desdeñaba al humilde: al humilde le hablaba como un buen hermano mayor, aquel sereno e indomable carácter, aquel luchador que hubiera hablado como Elciis, los cuatro días seguidos, delante del poderoso Otón rodeado de reyes.

Su labor aumentaba de instante en instante, como si activase más la savia de su energía aquel inmenso hervor metropolitano. Y visitando al doctor de la Quinta Avenida, al corredor de la Bolsa, y al periodista y al alto empleado de La Equitativa, y al cigarrero y al negro marinero, a todos los cubanos neoyorkinos, para no dejar apagar el fuego, para mantener el deseo de guerra, luchando aún con más o menos claras rivalidades, pero, es lo cierto, querido y admirado de todos los suyos, tenía que vivir, tenía que comer: entonces eran aquellas cascadas literarias que a estas columnas venían y otras que iban a diarios de Méjico y Venezuela. No hay duda de que ese tiempo fue el más hermoso tiempo de José Martí. Entonces fue cuando se mostró su personalidad intelectual más bellamente. En aquellas kilométricas epístolas, si apartáis una que otra rara ramazón sin flor o fruto, hallaréis en el fondo, en lo macizo del terreno, regentes y ko-hinoores.

Allí aparecía Martí pensador, Martí filósofo, Martí pintor, Martí músico, Martí poeta siempre. Con una magia incomparable hacía ver aquí unos Estados Unidos vivos y palpi-

---

\* En: *Los raros*, Buenos Aires, Tipografía La Vasconia, 1896, pp. 208-210. Publicado originalmente en *La Nación*, Buenos Aires, 1895.

tantes, con su sol y sus almas, por diez centavos. Aquella *Nación* colosal, la sábana de antaño, presentaba en sus columnas, a cada correo de Nueva York, espesas inundaciones de tinta. Los Estados Unidos de Bourget deleitan y divierten; los Estados Unidos de Groussac hacen pensar; los Estados Unidos de Martí son estupendo y encantador diorama que casi se diría aumenta el calor de la visión real. Mi memoria se pierde en aquella montaña de imágenes, pero bien recuerdo un Grant marcial y un Sherman heroico que no he visto más bellos en otra parte; una llegada de héroes del Polo; un puente de Brooklyn literario igual al de hierro; una hercúlea descripción de una exposición agrícola, vasta como los establos de Augías; unas primaveras floridas y unos veranos, oh sí! mejores que los naturales; unos indios sioux que hablaban en lengua de Martí como si Manitu mismo les inspirase; unas nevadas que daban frío verdadero, y un Walt Whitman patriarcal, prestigioso, líricamente augusto, antes, mucho antes de que Francia conociera por Sarrazin al bíblico autor de las *Hojas de yerba*.

Y cuando el famoso congreso pan-americano, sus cartas fueron sencillamente un libro. En ese tiempo escribió Martí el autógrafo que publicó *La Nación*. En aquellas correspondencias hablaba de los peligros del yankee, de los ojos cuidadosos que debía tener la América latina respecto a la Hermana mayor; y del fondo de aquella frase que una boca argentina opuso a la frase de Monroe.

[...]

## Frida Weber: *Martí en La Nación, de Buenos Aires* (1885-1890)\*

Sus crónicas del terremoto de Charleston, escritas sobre las ruinas, entre las carretas y tiendas de la plaza, a la puerta del baile frenético, tienen notas durables de sociólogo, rasgos de naturalista, páginas de poema.

23 de febrero de 1890.

Estas palabras de Martí sobre las crónicas del orador y periodista Henry Grady se adaptan a sus propios rasgos de periodista, reflejados desde las columnas de *La Nación*, por las que pasa la vida de los Estados Unidos con sus alegrías y tristezas, con sus adelantos y sus desventajas. Problemas sociales y luchas políticas, horas de júbilo y momentos de angustia, todo atrae su atención. En todo pone su espíritu amplio y generoso, visible en juicios y observaciones sobre el tema o al margen, y aun en los matices de estilo, o en la manera de disponer el material de cada carta.

\* En: *Revista Cubana*, vol. X, n°s 28-30, La Habana, octubre-diciembre de 1937, pp. 71-84.

Y de esa correspondencia no sólo nos interesan los Estados Unidos a través de Martí: en muchos casos hay un cambio de planos y buscamos a Martí a través de sus crónicas de los Estados Unidos.

## Impresiones de los Estados Unidos

*Amar: he ahí la crítica.*

(De la *Revista Venezolana*)

*Un libro famoso. Jonathan y su continente* es el título de la carta del 24 de mayo de 1889, y allí nos dice Martí cómo debe juzgarse un país: no por lo exterior, pasajero y sin importancia, que nada dice de la verdadera vida de su pueblo, no por el abuso del revólver en el Oeste, o la creencia en brujas, o la facilidad para pedir divorcios; tampoco en forma amable; hay que tener en cuenta que aquél es un pueblo en formación, agregado de millones de seres procedentes de todo el mundo, que no se han consolidado aún: «Cabe, sí, comparar al [norte]americano de ahora con el de antes, y ver si el de hoy vale más, como debe ser...». Y un poco más abajo: «Hay que sentarse sobre el universo y verlo ir y venir, con sus fuerzas que no retuercen, abalanzan y rebotan, como las corrientes y los ríos, para dar juicio sobre este primer ensayo sincero de la libertad humana que acaso fracase porque falte en el amasijo colosal la suma suficiente de las virtudes femeninas».

Dos ideas conviene destacar de este párrafo por el interés que tienen en el círculo de ideas de Martí sobre los Estados Unidos: lo que se refiere a la libertad y a la mujer.

¿Cuáles son para Martí las virtudes femeninas que faltan? Tiene de la mujer un concepto muy latino: suavidad, feminidad, actividad dentro del hogar y el matrimonio. La mujer estadounidense le chocó por sus estudios, su injerencia en política, su independencia. De las que estudian dice: «Acaso inspiren más piedad» (1887-10 de agosto). Mira con un poco de ironía a la que se mezcla en política.<sup>1</sup> Pero intelectualmente ve en la mujer una mayor amplitud mental: «¡Si hay que venir a ver esta tierra, donde de veras el mundo se cambia, se transforman los conceptos antiguos, y por la fuerza de la libertad y la batalla por la vida, parecen mudar de constitución mental, ensancharse, crecer los mismos sexos» (10 de agosto de 1887). Es decir, que la mujer ha variado, dentro de la evolución de la sociedad a que pertenece. Cuando Max O'Rell, el autor de *Jonathan y su continente*, censura a la mujer norteamericana, Martí la defiende –será la salvadora del país– (24 de marzo de 1889). Encuentra la verdadera y honda falla en la parte afectiva: poca sonrisa, poca feminidad.<sup>2</sup>

Volviendo a la educación de la mujer, considera que debe instruirse, no en la misma

---

<sup>1</sup> «Las mujeres que han elegido por candidato a la presidencia a una leguleya de Wáshington, a Silvia Lockwood, que anda en triciclo» (28 de julio de 1888).

<sup>2</sup> «De esta mujer sesuda e independiente, de esta mujer redimida, de esta mujer que sería perfecta si supiera ser tierna, de esta mujer que no sabe sonreír, de esta mujer nueva de los Estados Unidos parece ser tipo cabal la hermana del presidente, Rosa Elizabeth Cleveland» (1º de agosto de 1887).



forma que el hombre, sino para conservar y acrecentar lo que le es distintivo.<sup>3</sup> Así comprenderá y ayudará al hombre: «Sólo el dolor de ver a nuestras mujeres indiferentes a las noblezas del espíritu iguala al gozo, casi perfecto, de verlas padecer y conmovirse a nuestro lado» (4 de septiembre de 1887). Sólo la instrucción puede dar a la generalidad de las mujeres esa comprensión que Martí desea.

Encuentra en los Estados Unidos motivos de elogio y de censura, luces y oscuridades, para usar palabras llenas de sentido en su léxico. (Luz llega a ser, según los casos, sinónimo de belleza, virtud, verdad, alegría...) Uno de los motivos de entusiasmo: los Estados Unidos, tierra de la libertad. A veces esa libertad se empaña, pero siempre queda gigante si se la compara con la de otros pueblos, la querida Cuba, por ejemplo.

Lo que la libertad, conquista máxima de la humanidad, es para Martí, nos lo dice líricamente, en arrebato, al describir las fiestas de la inauguración de la estatua de la Libertad (1º de enero de 1887): «Terrible es, libertad, hablar de ti, para el que no te tiene. Una fiera vencida por el domador no dobla la rodilla con más ira. Se conoce la hondura del infierno, y se mira, desde ella, al hombre vivo. Se muerde el aire, como muerde una hiena el hierro de su jaula. Se retuerce el espíritu en el cuerpo como un envenenado». Hasta aquí lo que el hombre sin libertad siente, pero a continuación el propósito de conquistarla: la acción para conquistar lo admirable: «Del fango de las calles quisiera hacerse, el miserable que vive sin libertad, la vestidura que le sienta. Los que te tienen ¡oh libertad! no te conocen. Los que no te tienen no deben hablar de ti, sino conquistarte».

Ahora, en concreto, la libertad en los Estados Unidos, y un juicio sintético del país:

De este pueblo del Norte hay mucho que temer, y mucho que parece virtud y no lo es, y mucha forma de grandeza que está hueca por dentro como las esculturas de azúcar; pero es muy de admirar... el magnífico concepto de la libertad y decoro del hombre en que todos se mantienen y juntan y producen espectáculos de viril y grandiosa indulgencia, o de pacífico y radical volteamiento, que en nada ceden al brío épico y resplandor marmóreo de la grandeza pública de Grecia (15 de junio de 1886).

Otro elemento positivo en la tabla de los valores de los Estados Unidos es el trabajo. Martí elogia el trabajo: «Trabajar es lo verdadero, y decir sin miedo lo que se piensa: he ahí las dos raíces» (2 de febrero de 1890). (En realidad el mejor elogio de Martí acerca del trabajo es su misma vida.) En la tierra del Norte se honra al trabajo, base de la prosperidad del país: «Parece esta tierra decidida a mantener su aristocracia de pueblo trabajador» (15 de diciembre de 1885).<sup>4</sup> Al hablar de Whitman (26 de junio de 1888), dice: «Oíd lo que canta este pueblo trabajador y satisfecho, oíd a Walt Whitman». Lo segundo, consecuencia de lo primero.

<sup>3</sup> «Pero lo que hay que inquirir es la función de la mujer en el mundo: y educada de modo que sin que el hombre tenga que desdeñarla por nula o ignorante, viva feliz y en digna libertad en su función sublime, —que es la madre—. Hay azadas y aromas» (13 de septiembre de 1890).

<sup>4</sup> «El trabajo es romántico. La vida es romántica. Sólo la necedad no lo es. El que seca el romance seca la vida. El trabajo es piadoso. ¿Quién da más limosna, quién tiene el corazón más blando que los trabajadores?» (22 de noviembre de 1888).

Hay en este pueblo grandeza, inmensidad (que hasta en su arte refleja),<sup>5</sup> fuerza, determinación, inquietud.<sup>6</sup> Es el pueblo que domina la naturaleza, que hace volar una isla para despejar la entrada de un río; en resumen, «[l]leva todo lo de esta tierra un sello tal de enormidad y éxito, que involuntariamente se desea imitar todo lo que se hace en ella» (13 de enero de 1886), como más adelante dirá Rodó para advertirnos contra la imitación involuntaria (*Ariel*, 1900).

Pero pasemos al reverso. Son los Estados Unidos país de hombres recién llegados e impacientes,<sup>7</sup> «áspero e inculto».<sup>8</sup> A los ricos, Martí les reprocha su «aristocracia de máquinas de coser y vara para medir», pero no por ser tal, sino por renegar de ella, por sus costumbres, su ignorancia y su vida sin sentido.<sup>9</sup> Hay osadía y atrevimiento, se olvida el respeto y el derecho.<sup>10</sup> «Pueblo ávido donde se ve la vida como lotería, y se juega el honor contra los premios grandes» (1889-16 de agosto). En un momento nos dice que quizá esa civilización fracase por falta de bondad,<sup>11</sup> pero luego nos va revelando en uno y otro rasgo que la bondad colectiva existe; es pueblo utilitario y egoísta, pero tiene las virtudes que acompañan al trabajo,<sup>12</sup> y es en los momentos colectivamente difíciles cuando se muestra (26 de julio de 1889).

Como los hombres que lo forman, como la humanidad de la que forma parte, tienen los Estados Unidos elementos de altura y elementos de suelo, «ala y hocico».<sup>13</sup>

Por ser país no enteramente formado, si se establecen comparaciones sólo pueden hacerse con él mismo. Y así Martí, junto a esas observaciones que son como la visión estática del norteamericano, nos da una visión dinámica: los Estados Unidos en el tiempo.

La Guerra de Secesión divide la historia de los Estados Unidos independientes en dos épocas. Conlleva importantes cambios, complejas modificaciones. Contribuye a fortalecer los rasgos de la nacionalidad: «[la guerra]... sustituyó a las ideas convencionales e importadas las ideas nuevas que le iba sugiriendo en campo virgen y condiciones locales, la naturaleza...» (27 de septiembre de 1885). Con todo, el triunfo llevó a los Estados Unidos por un camino de riqueza viciosa: «veinticinco años después la república sin

<sup>5</sup> «El norteamericano [...] en sus lienzos como en sus edificios, como en sus negocios, como en sus vías de comunicaciones –cual a lo suyo natural– a lo grandioso» (13 de marzo de 1888).

<sup>6</sup> «[Cleveland] vio claro, habló claro, obró claro. Este país fuerte confió en este hombre fuerte. Este país libre aplaudió a este político libre. Este país determinado admiró a este gobernante determinado. Este país inquieto se encariñó con este enérgico moderador» (30 de junio de 1888).

<sup>7</sup> «Con las avalanchas que de año en año caen del mundo sobre esta caldera, y con lo vivo del fuego en este país afanado y libre, este país de hombres recién llegados e impacientes, en este país de esfuerzo propio y vida sola...».

<sup>8</sup> 17 de noviembre de 1887.

<sup>9</sup> 2 de noviembre de 1888.

<sup>10</sup> «[...] y su conformidad con su pueblo en aquella condición de atreverse a todo sin miedo, sin respeto ni derecho, que es nota del carácter de los norteamericanos» (24 de febrero de 1887).

<sup>11</sup> «[...] en esta jornada grandiosa –que estallará acaso por falta de bondad– [...]» (4 de mayo de 1887).

<sup>12</sup> «Más que a cualesquiera otros convienen estas embestidas de lo desconocido a los pueblos utilitarios, en quienes, como ayer se vio, las virtudes que el trabajo nutre bastan a compensar, en las horas solemnes, la falta de aquellas que se debilitan con el egoísmo» (27 de abril de 1887).

<sup>13</sup> «Por un lado es ala el hombre que mira al cielo; y por el otro es hocico, clavado en la tierra: hay que empujar perennemente el ala» (16 de octubre de 1887).

esclavos ha adelantado de modo que ya empieza a padecer de los vicios de una prosperidad antes desconocida» (8 de abril de 1888). Martí recalca una y otra vez que es la riqueza la que lleva al país por un camino torcido: en lo social y lo político, la ruta que la prosperidad ha elegido es peligrosa y ante las modificaciones que advierte, la palabra que más usa Martí es «monarquía».<sup>14</sup>

La política, pequeña, de intrigas, también denuncia fallas en la vida norteamericana de fines del siglo, agitada por problemas internos y ambiciones continentales. El problema industrial aparece, a través de las cartas a *La Nación*, importante en sí y en sus múltiples derivaciones. La base de la política industrial y comercial está en el proteccionismo y llega un momento en que por la abundancia de productos sin colocación en el mercado interno disminuyen los dividendos, se paraliza la producción, se disminuye el salario a los obreros, y las huelgas se suceden. Son inmensas como el país,<sup>15</sup> enconadas, dolorosas y sangrientas. Ante ellas Martí, que se siente hermano de los pobres, como de todos los buenos y de todos los que sufren,

*El alma heroica [...] piensa  
En abrazar, como en un haz, los pobres  
Y a donde el aire es puro, y el sol claro,  
Y el corazón no es vil, volar con ellos... [...]*

Padece por la miseria de los obreros, sus hijos tristes, sin infancia, sin escuela. Siempre que de este tema se trata se nota la honda tristeza que ese espectáculo le produce, y el verlo en el país que más podría aspirar a dar a todos una relativa felicidad. No considera esta situación como pasajera o modificable con una fácil componenda: de su evolución depende la salvación del país, contra el que se agita la masa obrera.<sup>16</sup>

Y a continuación de esto se presenta la cuestión de la emigración: «La inmigración continúa llegando y el trabajo disminuyendo» (27 de enero de 1888). Los mismos que ayer llegaron, hoy defienden su pan queriendo impedir la llegada de otros. Otros se oponen a la inmigración porque ella trae, a la América sana, humanidad de la vieja y viciada Europa. Para Martí, ni aun por ese motivo debe cerrarse el país a los que llegan de Europa; sería «remedio rudimentario» para los males que se quieren impedir. Reconoce las desventajas, pero considera que debe darse a todo hombre la posibilidad de una

<sup>14</sup> «La república popular se va trocando en una república de clases» (17 de mayo de 1888). «Y lo que se ve es, que va cambiando en lo real la esencia del gobierno norteamericano, y que [...] la república se hace cesárea e invasora, y sus métodos de gobierno, con el espíritu de clases de la monarquía, vuelven a las formas monárquicas. ¡La república llana y castiza, que no resiste, en verdad, con la buena fortuna que debiera» (28 de febrero de 1889).

«De una apacible aldea pasmosa se convirtió la república en una monarquía disimulada».

«Esta república, por el culto desmedido de la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos» (1º de enero de 1888).

<sup>15</sup> «En los Estados Unidos se presenta el problema, como acá se presenta todo y como el país: colosal y súbito» (4 de junio de 1886).

<sup>16</sup> «Y en un país industrial que lleva en sí los gérmenes de un terrible conflicto, hay que sacrificar el provecho desordenado de unos pocos a la necesidad de salvar la nación, por un sistema de tributos cómodos y naturales, de la ira de la masa obrera» (27 de enero de 1888).

mejora, de verdadera vida: «¡Bebe, sediento, aunque me manches la copa! ¡Descansa, peregrino!» (29 de septiembre de 1887).

Asiste Martí a los últimos años, a la desaparición del problema de los indios. Quedan ya pocos y en cambio los negros van creciendo rápidamente. Una guerra noble les dio libertad. Ahora son libres pero se sienten desterrados, extranjeros, indeseables: viven atacados, separados de los blancos: se unen, trabajan, se enriquecen «porque el amontonar riquezas es como una patria para el que no la tiene» (16 de agosto de 1887). Y en esa misma carta acaba profético: «Es el albor de un problema formidable».

Cleveland, a quien Martí admira por su política sana, sostiene el libre cambio, y los republicanos el proteccionismo: ganan éstos las elecciones presidenciales: desilusión para Martí que esperaba de la reelección de Cleveland un desahogo duradero y firme en estas cuestiones. Con todo, aun en la derrota de Cleveland, él, cubano (¡cuándo conocería Cuba libre elecciones de Presidente!), se entusiasma porque el pueblo va a ser gobernado por su elegido. En la elección hubo venta de votos, pero eso no basta para condenar el sistema democrático: son fallas de las primeras elecciones, que sólo el tiempo mejorará.<sup>17</sup>

Los temores que sintió Martí ante la política de los republicanos se confirmaron. Ya en 1890 puede decir: «Alocado con el éxito y corrompido con el uso mercenario del poder, manda en la nación el partido de la victoria» (23 de febrero). Y el 29 de marzo: «El país quiere resultados, y se cuida poco del modo con que se consigan»; había llegado a ser el lema de los republicanos.

Para poder cumplir, con el proteccionismo que sostenían, las promesas formuladas para alcanzar votos, quieren solucionar el problema de la industria vendiendo a los países de América del Sur los productos sin colocación en el mercado interno. Tal es uno de los motivos que llevan a Blaine, secretario de Estado y jefe de los republicanos, a reunir la primera Conferencia Panamericana de Washington. Busca acercarse a la América Latina para que se conozca el poderío de los Estados Unidos, para insinuarse en la vida y el comercio de esas naciones, para alejar a Europa de los mercados de América. Motivos paralelos en el orden del dominio continental lo guían también al reunir la Conferencia.

Martí ve claramente cuál es la posición de los Estados Unidos al reunir la Conferencia: con pretexto de unión y ayuda, de mayor conocimiento y relación, lo que busca es su propia ventaja. Los Estados Unidos son poderosos, pero América hispana se salvará. Martí tiene fe en su América; y aun con la esperanza, fueron estos momentos angustiosos, por su gran amor hacia América y la libertad.

En septiembre de 1889 van llegando los delegados de los países americanos; mas el congreso no será completo. Faltarán Haití, Santo Domingo (debido a la actitud hostil, de conquista o predominio, que con ellos ensayan los Estados Unidos), el Paraguay. Se prepara a los delegados un viaje por el interior del país para

---

<sup>17</sup> «[...] aunque no ha venido el que debía, lo que importa por sobre todas las batallas de los héroes es este ejercicio pacífico de la voluntad de la nación: ¡el triunfo del espíritu público es lo que importa!»

Y hablando de los defectos del sistema democrático, dice Martí: «Vigílese al gusano; pero no, porque lo trae con su belleza, se desprecie o maldiga de la rosa» (14 de diciembre de 1889).



mostrar a los huéspedes la grandeza y esplendor de las ciudades y aquella parte de las industrias que se puede mostrar, a fin de que se les arraigue la convicción a sus pueblos de comprar lo de éste y no lo de otros, aunque lo de éste sea más caro, sin ser en todo mejor, y aunque para comprar de él haya de obligarse a no recibir ayuda ni aceptar tratos de ningún otro pueblo del mundo! (8 de noviembre de 1889)

El 19 de diciembre aparece en *La Nación* una carta enteramente dedicada a la Conferencia Panamericana. Martí ve esos momentos solemnes, decisivos: se le nota hasta en el corte de la prosa: «De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia». Vuelve a hablar del carácter norteamericano, y él, que antes ha dicho que la libertad de los Estados Unidos debe ser otra que «la libertad hipócrita del pueblo inglés, con un tacón clavado en la boca de Irlanda y una rodilla metida en el corazón de los cipayos» (2 de agosto de 1889), dice ahora: «La simpatía por los pueblos libres dura hasta que hacen traición a la libertad, o ponen en riesgo la de nuestra patria».

Para vencer hay que unirse y luchar, no huir. La América del Sur debe mantener su total independencia frente a los Estados Unidos; nunca podrán marchar por caminos paralelos, su tradición y organización son diversas, la vida se desenvuelve alrededor de diferentes principios, y Martí no se cansa de repetir que los pueblos del Sur son frente al Norte «pueblos de origen y fines diversos» (20 de diciembre de 1889). Tan extranjera es Europa como Norteamérica: al referirse a la doctrina de Monroe, dice: «¿Se ha de invocar el dogma contra un extranjero para traer a otro?». Más aún: recordando la actitud hostil o indiferente que siempre observa con los Estados Unidos, llega a llamarlo el «único enemigo» de la América del Sur. En esos mismos momentos, al reunirse el Congreso, se habla de negociaciones entre España y los Estados Unidos, para permitir a aquélla un dominio más seguro en Cuba, o para comprarla éstos.<sup>18</sup> Los Estados Unidos se preparan a dar una batalla comercial a Europa, y América debe negarse a ser su aliada.<sup>19</sup>

En todas estas cartas Martí toca asuntos de íntimo interés, es la vida de su América —la nuestra—, y las ideas se suceden rápidas, en largos párrafos, difíciles de desentrañar, articulados apresuradamente, al correr de las ideas. Estamos muy lejos del párrafo corto de la crónica de actualidad o del otro amplio y reposado de las maravillosas crónicas de arte, cargadas de saber y emoción.

Pero la Conferencia va a llevar un camino distinto del que le querían imponer Blaine y sus compatriotas (salvas muy pocas excepciones). Los pueblos del Sur unidos la orientarán hacia fines más desinteresados. El temor, la angustia con que se cierra la correspondencia de 1889 y que tan certeramente nos llegan, se va disipando. En la carta del 9 de mayo la esperanza vuelve e irá creciendo hasta traducirse en una sinfonía de entusiasmo cuyos primeros acordes están aquí: aún no se atreve a esperar un triunfo comple-

<sup>18</sup> «El adversario común [los Estados Unidos], que pudo mostrar su pasión por la libertad ayudando a Cuba a conquistarla de España, en vez de ayudar contra la libertad a España...» (20 de diciembre de 1889).

<sup>19</sup> 24 de enero de 1890, en el mismo sentido.

to, pero ya dice: «No es hora aún de reseñar, con los ojos en el porvenir, los actos y los resultados de la Conferencia de América, ni de beber el vino del triunfo...». No es hora aún, pero Martí tiene ya en su espíritu la luz que le permite mirar el porvenir sin que lo oscurezca la angustia. Luego, palabras de sereno entusiasmo que el porvenir no desmentirá.<sup>20</sup>

La nota más aguda de su confianza y entusiasmo la dan estas palabras en que augura un futuro de unión americana: «Acaso lave la culpa histórica de la conquista española en América, en la corriente de los siglos, el haber poblado el continente del porvenir con naciones de una misma familia que, en cuanto salgan de la infancia brutal, sólo para estrechárselas tenderán las manos». El verdadero lema de América ha de ser «América para la humanidad». ¡Qué alegría para Martí poder oponer ideas de verdadera libertad, sostenidas por la América del Sur, a los principios cerrados y utilitarios del Norte! Junto a la generosidad e idealismo del Sur respira su propio aire.

Lo más importante de la Conferencia es el arbitraje.<sup>21</sup> Allí también estará la victoria con el Sud y sólo se la alcanzó con lo que Martí pedía: la unión y la lucha. Y muy gratas debieron sonarle las palabras de Quintana, en las que estaban sus propias ideas: «Ante el derecho internacional americano, no existen en América naciones grandes ni pequeñas: todas son soberanas e independientes: todas son igualmente dignas de consideración y respeto» (1890-31 de mayo). Norteamérica quería un tribunal de arbitraje inapelable y único de acción continental y compulsiva sobre las repúblicas de América. También en esto fracasaron los intentos del Norte y se aprueba (aunque modificado) el proyecto del delegado argentino Quintana, por el cual se declara «eliminada para siempre la conquista del derecho público americano». Pero para conseguir que los Estados Unidos firmaran el tratado, se alteró el bello proyecto de Quintana, y se redujo la eternidad a veinte años.

Los elogios que se dirigieron a Quintana por su proyecto contra la conquista los aceptó en nombre de su patria. Ya antes Martí alabó el patriotismo de Sáenz Peña, el otro delegado argentino, y ahora las palabras de Quintana hallan completo acuerdo: «Para mi patria acepto estos cariños». Estas palabras le hacen pensar en su situación de desterrado y para *La Nación* escribe:

Un americano sin patria, hijo infeliz de una tierra que no ha sabido inspirar compasión a las repúblicas de que es centinela natural y parte indispensable, veía, acaso con lágrimas, aquel arrebato de nobleza. Las repúblicas, compadecidas, se volvieron al rincón del hombre infeliz y brindaron por el americano sin patria. Lo que tomaron unos a piedad y otros a profecía (15 de junio de 1890).

Tal fue la primera conferencia en que se reunieron los pueblos de América, tal su ritmo en las crónicas de Martí: empieza en una convocatoria interesada y arbitraria y ter-

<sup>20</sup> «La conferencia de naciones pudo ser, a valer los pueblos de América menos de lo que valen, la sumisión humillante y definitiva de una familia de repúblicas libres, más o menos desenvueltas, a un poder terrible e indiferente, de apetitos gigantescos y objetos distintos. Pero ha sido, ya por el clamor del corazón, ya por el aviso del juicio, ya por alguna levadura de afuera, la antesala de una gran concordia» (9 de mayo de 1890).

<sup>21</sup> «Es el día dramático de la conferencia. Va a discutirse el proyecto de arbitraje. La conferencia ha sido como esas cajas chinas que tienen muchas cajuelas, unas dentro de otras, y a cada una que se quita queda otra cajuela, hasta que en la última sale el misterio de la caja, que es el arbitraje» (31 de mayo de 1890).

mina con el triunfo de lo más noble. Martí siguió en todo el latir de aquella conferencia que vio tan decisiva para el porvenir de América, y sus crónicas nos revelan sucesivos estados de espíritu ante las peripecias, avances y retrocesos de las deliberaciones. El comienzo, con el peligro de un fracaso americano, luego el entusiasmo, más tarde la simple relación objetiva de las sesiones, y hasta la nota personal, la que se refiere a él mismo como cubano, puesto que la patria es para Martí el centro en que se ven culminar los valores de su espíritu hecho de amor, ternura, sensibilidad, comprensión, espíritu, en que el corazón está inverosímilmente cerca de la cabeza.

Ante los errores de los países hispanoamericanos y la grandeza de los Estados Unidos, Martí nunca se desanimó, y aunque la situación de su América no fuera muy halagüeña el optimismo no decayó: en 1885 dice que el futuro mostrará lo que pueden esas patrias; en 1890, en la realidad de esos países y especialmente en su unión encuentra motivos para afirmar su optimismo en la América «que no ha tenido todavía su fiesta», como dice al escribir sobre las fiestas de la estatua de la Libertad. [...]

## Andrés Iduarte: *Estados Unidos\**

### La volcánica y colosal redoma

Por haber sido los Estados Unidos el centro de operaciones de Martí durante catorce años –de sus veintisiete a sus cuarenta y dos, descontando sus cortas ausencias– y por haber ejercido sobre Cuba tan decisiva influencia, tienen capital importancia en su vida y en su obra. Baste decir que sus colaboraciones sobre los Estados Unidos ocupan catorce volúmenes de la Editorial Trópico con el título de *Escenas norteamericanas*, más tres consagradas a *Norteamericanos*. La vida y la obra de Martí están, pues, cuajadas de los Estados Unidos.

Estos diecisiete tomos, más lo que dice en tantas de sus cartas, y muchos de los versos escritos en ese período, son tumultuosos y volcánicos. Volcánicos y tumultuosos eran el hombre y su ciudad, Martí y Nueva York. Hay una comprensión o correspondencia entre hombre universal y moderno, incansable y progresista, y la ciudad atronadora, cosmopolita y en marcha frenética. No un capítulo, ni un libro, sino muchos libros merecen sus páginas sobre los Estados Unidos. «Espesas inundaciones de tinta» [...] las llamó Rubén Darío. Un *film* genial, descomunal y barroco al mismo tiempo, muestra a la América española la vida diaria norteamericana. Allí están la primavera florecida y el duro invierno de Nueva York, los placeres gregarios de Coney Island, la peculiar fiesta de *Christmas*, el

---

\* En: *Martí, escritor*, México, Ediciones Cuadernos Americanos, 1945, pp. 261-286. Las abreviaturas de las referencias incluidas en el texto se entenderán así: XL, p. 20: *Obras completas* de Martí, edición Trópico, volúmenes y página; Ep. III, p. 215: *Epistolario de José Martí*, I a III. Colección de libros cubanos, ordenados por Félix Lizaso; Pap. I, 34: *Papeles de Martí*, I a III, Academia de la Historia de Cuba, ordenados por Gonzalo de Quesada y Miranda.

Año Nuevo de la muchedumbre, los deportes bárbaros como el boxeo y los deportes finos como el *tennis*, las grandes huelgas y los problemas del capital y el trabajo, la ejecución de los obreros de Chicago, la inmigración europea vaciándose en los muelles y las ciudades, las mujeres que quieren votar, los barrios miserables y los barrios opulentos de Nueva York, los judíos, los islandeses, los rusos, los polacos, los italianos, los chinos, el terremoto de Charleston, los accidentes del elevado, el *Thanksgiving Day*, los *commencements* de los colegios y las universidades, los católicos y la excomunión del padre MacGlynn, los linchamientos y las grandes óperas, el retorno de los héroes de *La Jeannette*, la voladura del *Flood Rock*, el *Decoration Day* y el casamiento de Cleveland, la invasión de Oklahoma, el circo Barnum, Buffalo Bill y Jesse James, el teatro chino, Delmónico y su buena comida, las exposiciones de flores, de caballos, de toros, los boxeadores, los políticos, los banqueros, los gobernantes, los sabios, los artistas, los poetas, los actores, los apóstoles y los bandidos. Por sus páginas vaga siempre la figura de Lincoln redimiendo hombres, o la de Edison «que atraviesa como un símbolo la tierra» (III, p. 163). Escribe:

La vida en Venecia es una góndola; en París, un carruaje dorado; en Madrid, un ramo de flores; en Nueva York una locomotora de penacho humeante y de entrañas encendidas. La mente, aturdida, continúa su labor en las horas de la noche dentro del cráneo iluminado. Se siente en las fauces, polvo; en la mente, trastorno; en el corazón, anhelo. Aquella calma conventual de las ciudades de la América del Sur, donde aun con dedos burdos pasa las cuentas de su rosario, desde la ermita empinada, el Padre Pedro, en esta tierra es vida. Se vive a caballo en una rueda. Se duerme sobre una rueda ardiente. Aquí los hombres no mueren, sino que se derrumban, no son organismos que se desgastan, sino Ícaros que caen. No se ven por las calles más que dos clases de hombres: los que llevan en los ojos las pupilas sin lustre de la bestia domada, hecha al pesebre, y los que abren al aire encendido la pupila fiera de la bestia indómita: el manso ejército de los resignados, vientre de la humanidad, y el noble ejército de los acometedores, su corazón y su cabeza (XXIX, p. 167).

En otra crónica resume: «Aquí se coge la flor de la selva y se respira el vapor del antro. En esta colosal redoma, por maravillosa alquimia se renueva la vida» (XXIX, p. 68).

## Actitud

Martí desborda de entusiasmo por el «rebaño de reyes» (*Ep. I*, p. 88) de Nueva York. La vida de los Estados Unidos es admirable, porque es un himno al trabajo. No deja su sueño de Cuba, pero no vive separado de los Estados Unidos, sino en ellos y dentro de ellos. Trabaja con [norte]americanos, lee a los [norte]americanos. Pronto conoce sus costumbres y sus hombres, y se dedica a conocerles las entrañas. Admiración y conocimiento: y a la vez juicio desde fuera. Martí vive en los Estados Unidos, pero es un hispanoamericano siempre. No es un norteamericano, ni lo pretende, ni jamás habla como tal. Tiene ojos para ver lo grande, pero también lo pequeño y lo peligroso. Su obra será, pues, de elogio, a menudo exaltado y reverente, y de censura cuando ve caminos contrarios a la libertad en el país que –insistentemente lo repite– se fundó sobre ella; y de ataque, y aun virulento ataque cuando la contradicción de las buenas tradiciones cae como amenaza sobre su Cuba y su Hispanoamérica.



Estos ataques no dejaron de producirle críticas y tropiezos. Aldrey, de *La Opinión Nacional*, de Caracas, le indicó en 1882: «procure en sus juicios críticos no tocar con acerbos conceptos a los vicios y costumbres de ese pueblo, porque esto no gusta aquí, y me perjudicaría» (*Pap.* III, p. 41). Bartolomé Mitre y Vedia, dueño de *La Nación*, de Buenos Aires, le explica poco después por qué fue suprimida una parte de su primera colaboración:

La parte suprimida de su carta, encerrando verdades innegables, podía inducir en el error de creer que se abría una campaña de «denunciation» contra los Estados Unidos como cuerpo político, como entidad social, como centro económico, con prescindencia de las grandes lecciones que da diariamente a la humanidad esa inmensa agrupación de hombres, tan poderosamente dotados, como el medio en que se agitan, para todas las aplicaciones de la inteligencia, del trabajo y de las levantadas aspiraciones. Y tal no era en su idea. De otras secciones de su misma carta, como de trabajos suyos anteriores, se desprende –y no podía ser de otro modo– que sabe Ud. hacer, y hace, completa justicia a lo que hay de grande, de noble y de hermoso en ese país, estimando en lo que valen las enseñanzas que, en medio de todos sus defectos, ofrece al mundo en los detalles y el conjunto de su portentoso desarrollo (*Pap.* III, p. 84).

Don Domingo Faustino Sarmiento –cuya admiración por Martí está contenida en su carta a Paul Groussac: «en español nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí, y después de Victor Hugo nada presenta la Francia de esta resonancia de metal» [...] –coincide [...] luego] con las observaciones de Mitre y Vedia:

Quisiera que Martí nos diera menos Martí, menos latino, menos español de raza y menos americano del Sur, por un poco más del yankee, el nuevo tipo del hombre moderno, hijo de aquella libertad cuya colosal estatua nos ha hecho admirar al lado de aquel puente colgado de Brookling [*sic*], que parecen responder a la cascada del Niágara por los tamaños...

[...] El *Corresponsal* no es nuestro cónsul, para sostener a lo lejos lo que de su patria anda por allí rozando con intereses extraños. Debiera ser un ojo nuestro que contemple el movimiento humano donde es más acelerado, más intelectual, más libre, más bien dirigido hacia los altos fines de la sociedad, para comunicárnoslo, para corregir nuestros extravíos, para señalarnos el buen camino.

La conveniencia de las empresas periodísticas estorba las expresiones de Martí; pero –ya se ve– no es eso solamente. Hay una diferencia de actitudes: Martí, que vive en los Estados Unidos, quiere combatir el complejo de inferioridad de los hispanoamericanos, que a menudo creen que errores y crímenes universales son exclusivos de sus países; en tanto que Sarmiento y otros ven y quieren ver a los Estados Unidos como ejemplo y como ideal. Es indudable que en Martí hay, además, una pasión de hispanoamericano resentido y de cubano ofendido; pero también que Sarmiento no podía abarcar desde Buenos Aires el espíritu continental del joven proscrito.

La explicación de la posición de Martí la hallaremos en su respuesta a la carta de Mitre. Ésta la escribe en 1882, antes de las críticas de Sarmiento:

Cierto que me parecería cosa dolorosísima ver morir una tórtola a manos de un ogro. Pero ni la naturaleza humana es de ley tan ruin que la oscurezcan y encobren malas ligas mera-

mente accidentales; ni lo que piense un cenáculo de ultra-aguilistas es el pensar de todo un pueblo heterogéneo, trabajador, conservador, entretenido en sí, y por sus mismas fuerzas varias, equilibrado; ni cabe de unas cuantas plumadas pretenciosas dar juicio cabal de una nación en que se han dado cita, al reclamo de la libertad, como todos los hombres, todos los problemas. Ni ante espectáculos magníficos, y contrapeso saludable de influencias libres, y resurrecciones del derecho humano, aquí mismo a veces aletargado, —cumple a un veedor fiel cerrar los ojos, ni a un decidor leal decir menos de las maravillas que está viendo. Hoy, sobre todo, en que en ciertas comarcas de nuestra América, en que arraigó España más hondamente que en otras, se capitanea, bajo bandera literaria y amor poético de la tradición, una mala empresa de vuelta a los estancados tiempos viejos, —urge sacar a luz con todas sus magnificencias, y poner en relieve con todas sus fuerzas, esta espléndida lidia de hombres (*Ep.* I, p. 90).

Su método es claro: alabar más que atacar, injuriar nunca, pero tampoco callar ante la injusticia. No es un pobre colono deslumbrado ni servil, ni un cómplice de lo indebido, ni por la mentira ni por el silencio. Hay un largo párrafo que es necesario citar, porque aclara bien cuánto admiraba Martí lo admirable y cuánto temía y odiaba las torceduras del destino norteamericano; pero cómo prevalecía en él su admiración por el Universo nuevo:

Yo esculpiría en pórfido las estatuas de los hombres maravillosos que fraguaron la Constitución de los Estados Unidos de América: los esculpiría, firmando su obra enorme, en un grupo de pórfido. Abriría un camino sagrado de baldosas de mármol sin pulir, hasta el templo de mármol blanco que los cobijase; y cada cierto número de años, establecería una semana de peregrinación nacional, en otoño, que es la estación de la madurez y la hermosura, para que, envueltas las cabezas reverentes en las nubes de humo oloroso de las hojas secas, fueran a besar la mano de piedra de los patriarcas, los hombres, las mujeres y los niños. El tamaño no me deslumbra. La riqueza no me deslumbra. No me deslumbra la prosperidad material de un pueblo libre, más fuerte que sus vecinos débiles, aislado de rivales peligrosos, favorecido con la cercanía de tierras fértiles necesitadas de comprarles sus productos, y al que afluye, al amor de la libertad y a la facilidad para el trabajo, lo que tiene de más enérgico y emprendedor la Europa sobrancera de habitantes, lo que tienen de más puro y entusiasta los partidos humanitarios de las naciones que no han roto aún la cáscara del feudo. [...] Sé que las causas mismas que producen la prosperidad, producen la indiferencia.

Sé que cuando los pueblos dejan caer de la mano sus riendas, alguien las recoge, y las amarra y azota con ellas, y se sientan en su frente. [...] Sé que el pueblo que no cultiva las artes del espíritu con las del comercio, engorda, como un toro, y se saldrá por sus propias sienes, como un derrame de entrañas descompuestas, cuando se le agotan sus caudales. [...] Pero cuando se ve esta majestad del voto, y esta nueva realza de que todo hombre vivo [...] forma parte [...] se siente como si se tuviera en las rodillas un caballo de luz, y en los hijos le apretásemos los talones alados, y dejásemos tras de nosotros un mundo viejo en ruinas, y se hubiesen abierto, a que lo paseemos y gocemos, las puertas de un universo decoroso: en los umbrales, una mujer, con una urna abierta al lado, lava la frente rota o enlodada de los hombres que entran (XXXI, pp. 9-11).

En su carta de 1889 al *Evening Post* concreta muy claramente: «Amamos a la patria de Lincoln, tanto como tememos a la patria de Cutting» (II, p. 65).

## La patria de Lincoln

En su llamado testamento-literario, la carta a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, dijo: «De Norteamericanos: Emerson, Beecher, Cooper, W. Philips, Grant, Sheridan, Whitman. Y como estudios menores y más útiles tal vez, hallará en mis correspondencias a Arthur, Hendricks, Hancock, Conkling, Alcott y muchos más».

Los trabajos que escribió con más entusiasmo fueron los primeros, y quizá por el mucho fuego le parecieron a última hora «tal vez» menos útiles que otros ensayos menores. En los que él cita a continuación –Arthur, Hendricks, etc.– hay menos emoción y más análisis del hombre y del país, que por lo visto prefería. Todos son fundamentales para conocer sus Estados Unidos; pero hombre de amor y admiración quedó ligado a este país, sobre todo, por su encuentro con Emerson y Whitman, que son sus dioses mayores. No los canta con menos emoción que a sus héroes hispanoamericanos y cubanos. Sin duda en ellos alcanzó el prosista de la fiebre sus más altos acentos. Y agreguemos a Washington, «aquel hombre perfecto, tallado en virtudes», a quien se refería a cada instante como centro de la independencia, formación y nacimiento de los Estados Unidos, hora de la que él habló con el entusiasmo de quien habla del nacimiento de un mundo bueno y gigantesco, en que «Washington aplacó, Madison preparó, Hamilton hacendó, Franklyn aconsejó y espoleó Jefferson» (XXIX, p. 30). Pero envolviéndolo todo hay que poner a Lincoln, la admiración que más lo ligó a los Estados Unidos, y quien para él era emblema de lo mejor del hombre y lo más puro del americano.

«Carácter nacido de la naturaleza» (XV, p. 146) decía de él quien buscaba en el mundo hombres naturales y reales. «¿A quién no venía aquella santa grandeza de Abraham Lincoln...? Cada acto de aquel varón sublime le asegura su hospedaje en lo mejor del corazón» (XVII, p. 17). «Aquel hijo sublime de los de abajo» (XVI, p. 48), lo llama más tarde. Martí sufrirá cambios en cuanto a su posición sobre los Estados Unidos. Verá en ellos más negaciones a la libertad a medida que su poder se sale de sus fronteras. Pero jamás disminuirá su admiración por Lincoln. Está entre los santos y los héroes que hacen su mundo moral. Lo pinta grande, entre el juego peligroso y bajo de la política, natural en medio de la mentira y el artificio del mando, tierno a pesar de las pasiones desencadenadas por la guerra, hijo de los de abajo, labrador de la tierra que purifica y salva, descalzo y pobre. Nadie, sólo Juárez, y sobre todo Juárez por ser –además– de una raza vencida, podría estar tan adentro como Lincoln en lo mejor del corazón de Martí. Bolívar es el ímpetu dionisiaco; Cecilio Acosta la pureza recatada; Emerson y Whitman los altos acentos del pensamiento y la poesía; pero Lincoln es además la sencillez y la santa pobreza de los campesinos. Y por eso Martí admiraba sus escritos: porque eran buenos y grandes, pero no literarios, no profesionalmente literarios. Más alto lo ve en esto que a Washington, «cuyo estilo, aunque siempre señor, no tuvo la intensidad y robustez con que, sin más maestros que la Biblia, Milton y Shakespeare, escribió luego Lincoln» (XVII, p. 161). Y si a Washington le tocó fundar el gran pueblo, Lincoln tuvo misión mayor: la de pelear por la libertad dentro de su propio pueblo: «La independencia de los Estados Unidos vino cuando Washington; y la revolución cuando Lincoln» (IV, p. 120). Y para amarlo, también en su corazón de hispanoamericano lleva Martí agradecimiento por Lincoln: «Aquel» –dice– «que no bien puso su ancho pie de leñador en la casa de las leyes, acusó con nobles voces de justicia la guerra

que el Presidente Polk, hombre del Sur, envía interesadamente contra México» (XXVIII, p. 142).

Como un trasfondo está el espíritu que Lincoln representa cuando Martí habla con elogio de los Estados Unidos. Cuenta en 1884 de cómo recibió Cleveland la noticia de su elección a la Presidencia de los Estados Unidos: «Que la pluma le tembló al Gobernador en la mano es seguro, porque nadie recibe sin temblar la noticia que le pone en camino de ser jefe del pueblo más libre y grandioso de la tierra...» (XVI, p. 171). Sobre el período que va de Washington a Lincoln dice en 1887, a pesar de la espina de la política exterior: «Jamás, como que jamás fue la libertad tan verdadera, adelantaron tanto los hombres en cien años» (XVII, p. 49). En el mismo año, refiriéndose a Henry Ward Beecher, ha dicho: «Su pueblo, que es aún la mejor casa de la libertad, se reflejó en él como era, amigo del hombre, colosal y astuto» (XV, p. 54). Y diecisiete días antes de su caída en Dos Ríos, a modo de llamamiento y apóstrofe –que entonces era más lo que temía que lo que esperaba de los Estados Unidos–, dice al *New York Herald*: «No es en los Estados Unidos ciertamente donde los hombres osarán buscar sementales para la tiranía» (VIII, p. 254).

## La patria de Cutting

Pero teme a los otros, a los que son como Cutting, «un periodista aventurero y de poca vergüenza» (XXXIII, p. 9) que creó en 1886 un serio incidente diplomático en México. Desde antes de pisar los Estados Unidos, viene temiendo. En 1884 dice ya: «Y el pueblo que ha sido la casa de la libertad no ha de convertirse ino, por Dios! en dragón en que cabalgue la conquista, ni en nueva tumba del hombre, como los pueblos despóticos o corrompidos que han envilecido o dominado el Universo» (XVI, p. 187).

Sus preocupaciones se refieren a la expansión de los Estados Unidos, pero también a sus problemas internos, que ve con ojos inquietos. En el proteccionismo económico ve el mayor mal de los males, la raíz de la expansión próxima de los Estados Unidos, la amenaza para la libertad dentro y fuera de ellos.

La situación del negro es uno de ellos: «Y con el brazo izquierdo» –dice de Henry Garnet en 1882– «desviaba de la cabeza de los negros todo golpe que a ellos enderezasen los blancos que los desdeñan sin razón, porque les ven víctimas del mal que les hicieron» (XVI, p. 121).

En el 84 estudia las elecciones, y ve con pena los fraudes electorales: «*Tammany Hall* es el nombre de una poderosa organización del Partido Demócrata de Nueva York. Son como los caciques del voto; y sus compromisos tan estrechos como los de una sociedad secreta [...]. El corcel está en la casa del Gobernador; pero las riendas, las espuelas y el látigo, están en *Tammany*» (XVI, p. 184).

También lo aflige la inmigración europea: ve en ella una espada de dos filos. De un lado, gente desesperada, violenta y a menudo con pésima educación política; del otro, trabajadores fuertes, simples y puros.

«Colosales rufianes», «plaga de la República», «presidio ambulante» y «bandidos» llama desde 1885 a los banqueros en páginas que por su análisis de la situación social de la época, así como por su fuerza literaria, no admiten síntesis. Las citaremos íntegras:



La política tiene sus púgiles. Las costumbres físicas de un pueblo se entran en su espíritu y lo forman a su semejanza. Estos hombres desconsiderados y acometedores, pies en mesa, bolsa rica, habla insolente, puño presto; estos afortunados pujantes, ayer mineros, luego nababs, luego senadores: esta gente búfaga, de rostro colorado, cuello toral, mano de maza, pie chato y ciclópeo; estos aventureros, criaturas de lo imposible, hijos ventrudos de una época gigante, vaqueros rufianes, vaqueros perpetuos; estos mercenarios, nacidos acá como allá, de padres perdidos al viento, de generaciones de deseadores enconados, que al hallarse en una tierra que satisface sus deseos, los expelen más que los cumplen, y se vengan con ira, se repletan, se sacian en la fortuna que viene, de aquella que esperaron generación tras generación, como siervos, [...] que merodean y devastan a la usanza moderna, montados en locomotoras; estos colosales rufianes, elemento temible y numeroso de esta tierra sanguínea, emprenden su política de pugilato, y, recién venidos de la selva, como en la selva viven en la política, y donde ven un débil comen de él, y veneran en sí la fuerza, única ley que acatan, y se miran como sacerdotes de ella, y como con cierta superior investidura e innato derecho a tomar cuanto su fuerza alcance. En Cartago, estos hombres se asentaban en el palacio de Hamílcar; se comían sus bueyes y bebían su vino; se revolcaban ebrios, repletos de germen desocupado, al pie de sus rosales olorosos; se echaban vientre a tierra, cubiertos de oro y de perfumes, y luego se alzaban como la esfinge, las palmas de las manos apoyadas en el césped, en los ojos una mirada redonda, como la de trilobites, asido entre los dientes el rosal roto: y luego cargados de botín, rugiendo por su soldada, se iban como una plaga, por los campos, a juntarse anca a anca para caer, con las lanzas tendidas y secando a su aliento la tierra, contra la República. La inmigración tumultuosa; la fantástica fortuna que la recibió en el Oeste; la fuerza y riqueza mágicas que surgieron y rebosaron con la guerra, produjeron en los Estados Unidos esas nuevas cohortes de gente de presa, plaga de la República, que arremete y devasta como aquélla. El país bueno la ve con encono, pero alguna vez, envuelto en sus redes, o deslumbrado con sus planes, va detrás de ella. Algunos presidentes, como Grant mismo, hecho a tropa y conquista, la aceptan y mantienen, y comercian con ella su apoyo y la acesión de una tierra extranjera. Forman sindicatos, ofrecen dividendos, compran elocuencia e influencia, cercan con lazos invisibles al Congreso, sujetan de la rienda la legislación, como un caballo vencido, y, ladrones colosales, acumulan y se reparten ganancias en la sombra. Son los mismos siempre; siempre con la pechera llena de diamantes; sórdidos, finchados, recios: los senadores los visitan por puertas excusadas; los secretarios los visitan en las horas silenciosas; abren y cierran la puerta a los millones; son banqueros privados.

Si los tiempos sólo se prestan a cábalas interiores, urden una camarilla, influyen en los decretos del gobierno de manera que ayuden a sus fines, levantan por el aire una empresa, la venden mientras excita la confianza pública mantenida por medios artificiales e inmundos, y luego la dejan caer a tierra. Si el gobierno no tiene más que contratos domésticos en que rapacear, caen sobre los contratos, y pagan suntuosamente a los que les auxiliaren en acapararlos. Caen sobre los gobiernos, como los buitres, cuando los creen muertos, huyen por donde no se les ve, como los buitres por las nubes arremolinadas, cuando hallan vivo el cuerpo que creyeron muerto. Tienen soluciones dispuestas para todo: periódicos, telégrafos, damas sociales, personajes floridos y rotundos, polemistas ardientes que defienden sus intereses en el Congreso con palabra de plata y magnífico acento. Todo lo tienen: se les vende todo: cuando hallan algo que no se les vende, se coaligan con todos los vendidos, y lo arrollan.

Es un presidio ambulante, con el que bailan las damas en los saraos, y coquetean los prohombres respetuosos, que esperan en su antesala y comen a su mesa. Esta camarilla, que cuando es descubierta en una empresa, reaparece en otra, ha estudiado todas las posibilidades de la política exterior, todas las combinaciones que pueden resultar de la política interna, hasta las más problemáticas y extrañas. Como con piezas de ajedrez, estudian de

antemano, en sus diversas posiciones, los acontecimientos y sus resultados, y para toda combinación posible de ellos, tienen la jugada lista. Un deseo absorbente les anima siempre, rueda continua de esta tremenda máquina: adquirir: tierra, dinero, subvenciones, el guano del Perú, los Estados del Norte de México.

Esto quiere ahora la camarilla, que cree ver en la suspensión del pago de las subvenciones a los ferrocarriles [norte]americanos, decretada últimamente como medida angustiosa por México, buena ocasión para estimular el descontento [...]. No han hallado todavía, como hubieran hallado en tiempo de Blaine, el camino del gobierno: la Casa Blanca es ahora honrada. Pero insisten; pero pujan; pero azuzan sin escrúpulo el reconocimiento y desdén con que acá en lo general se mira a la gente latina, y más, por lo más cercana, a la de México; pero acusan falsamente a México de traición, y de liga con los ingleses; pero no pasa día sin que pongan un leño encendido, con paciencia satánica, en la hoguera de los resentimientos.

¡En cuerda pública, descalzos y con la cabeza mondada, debían ser paseados por las calles esos malvados que amasan su fortuna con las preocupaciones y los odios de los pueblos!

—¡Banqueros no: bandidos! (XVI, pp. 193-197).

Pero es el Congreso Panamericano de Washington en 1889 el acontecimiento que más influye en él para que vea en peligro las libertades interiores de los Estados Unidos y sobre todo las de los demás países americanos: «...un pueblo» —escribe en *La Nación* de Buenos Aires— «que comienza a mirar como privilegio suyo la libertad, que es aspiración universal y presente del hombre, y a invocarla para privar a los pueblos de ella» (XXI, p. 50).

Martí ha sentido en su carne de cubano las contradicciones de la democracia, no sólo las ha visto. En 1891 más: el Gobierno de España protesta por el hecho de que el insurrecto cubano José Martí sea el Cónsul de la Argentina en Nueva York, ante una nación amiga de España. A pesar de la amistad y la estimación que por él tiene el Ministro de la Argentina en Washington, el conocido historiador don Vicente G. Quesada, se ve obligado a aceptar la renuncia que Martí le presentó enseguida. En enero de 1892 hay otro incidente que, precisamente por no ser personal, por no estar mezclada en él su persona, sino por herir directamente a su causa y en especial a cubanos pobres, lo lanza ya para siempre a un actitud de incitación respecto a los Estados Unidos: hay una huelga de obreros cubanos en Tampa, y son sustituidos por obreros españoles traídos de Cuba. Desde ese instante Martí lucha a escondidas de las autoridades norteamericanas, no sin caer a menudo bajo su vigilancia, como cuando en enero de 1895 es denunciado en [...] Fernandina y decomisada parte de su expedición guerrera. Sus palabras sobre los Estados Unidos alcanzan entonces el tono de condena bíblica que contra España usó cuando salió del presidio.

El apóstol busca «la autoridad del suelo en que se nace» (V, p. 107) que le faltó siempre. En la ausencia de entusiasmo o simpatía por la independencia, o en la abierta hostilidad por ella, halla un acicate más para que los cubanos vayan con él a los campos de la libertad. Martí cree lo que dice, pero lo abulta natural y sinceramente, para animar a los cubanos a dejar los Estados Unidos, haciéndoles profecías tan negras para el Norte como sonrientes para su Isla (V, p. 126).

## Las dos Américas diversas, amigas, pero no aliadas

Martí fue siempre hispanoamericanista. Nunca fue panamericanista en el sentido común y vulgar de la palabra. En su aspecto literario o artístico sí lo conmovió la inmensidad y la grandeza del continente; creía que el nuevo continente debía ser realmente nuevo, personal, propio, diferente de Europa; pero siempre creyó en dos Américas, una del Bravo al Norte y otra del Bravo al Sur.

Lo contrario le parece «un concepto falso y criminal de americanismo».

En América hay dos pueblos, y no más que dos, de alma muy diversa por los orígenes, antecedentes y costumbres, y sólo semejantes en la identidad fundamental humana. De un lado está nuestra América, y todos sus pueblos son de una naturaleza y de una cuna parecida o igual, e igual mezcla imperante; de la otra está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar; y de la que, con el decoro firme y la sagaz independencia, no es imposible y es útil ser amigo (XIX, p. 199).

Esto se lo decía a Honduras en 1894. Pero desde mucho antes, desde siempre estuvo convencido de que había dos Américas diferentes, y más que diferentes: «Es estéril el consorcio de dos razas opuestas» (XX, p. 163), escribió en *La América* en 1883.

Por supuesto que siempre creyó posible una amistad decorosa: «Éste es el acontecimiento grato» –decía cuando en 1884 se tendía el ferrocarril entre México y los Estados Unidos– «si del lado latino de la frontera viene acompañado de una desapasionada previsión, habilidosa vigilancia y permanente entereza. Con todo eso, será el ferrocarril cosa excelente. Sin eso, pudiera no serlo...» (XXII, p. 209). Esa amistad sólo podía fundarse en el conocimiento, y había que crearla, porque no existía:

El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América, y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece (XIX, p. 21).

Y recapitulaba, condenando por igual al demagogo y al servil: «Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles, y otra para quien no les dice a tiempo la verdad» (XIX, p. 21).

Por ser los Estados Unidos tan fuertes y tan diferentes, y porque desconocían al débil creía en la urgencia de enseñarse bien ante aquél y, por lo mismo, la alianza le parecía inconveniente:

Creer [escribía en Nueva York sobre la Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América, en 1891, a la que asistió como representante del Uruguay] en la superioridad incontestable de la raza anglosajona sobre la raza latina. Creer en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy, y de la india, que exterminan. Creer que los pueblos de Hispanoamérica están formados, principalmente, de indios y negros. Mientras no sepan más de Hispanoamérica los Estados Unidos y la respeten más, como con la explicación incesante, urgente, múltiple, sagaz, de nuestros elementos y recursos, podrían llegar a

respetarla, ¿pueden los Estados Unidos convidar a Hispanoamérica a una unión sincera y útil para Hispanoamérica? ¿Conviene a Hispanoamérica la unión política y económica con los Estados Unidos? (XXII, p. 28).

Y aplaude la frase de Sáenz Peña: «Cuando el delegado argentino Sáenz Peña dijo, como quien reta, la última frase de su discurso sobre el *Zollverein*, la frase que es un estandarte, y allí fue una barrera: «Sea la América para la humanidad», todos, como agradecidos, se pusieron en pie, comprendieron lo que se decía, y le tendieron las manos» (XXI, p. 105).

No sólo ve diferencias históricas entre las dos Américas, sino también la actitud: «Una quiere ponerse sobre el mundo, mientras que la otra le quiere abrir los brazos» (XXI, p. 108). «¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud» –ha dicho antes– «en la batalla que los Estados Unidos se prepara a librar con el resto del mundo?» (XXI, p. 59).

Amistad prudente y propaganda legítima para que los Estados Unidos la conozcan es lo que Martí predica a la América Española. Ni el odio negativo ni el prejuicio disolvente, ni la adulación, ni la imitación ciega, ni la alianza económica. Cree que los Estados Unidos la intentan para «buscar un remedio al exceso de productos de una población compacta y agresiva» (XXII, p. 25), piensa que la proposición de alianza sólo «podrá celebrarla sin juicio la juventud prendada de las bellas ideas [y] podrá recibirla como una merced el político venal o demente, glorificarla con palabras serviles» (XXII, p. 25), y advierte que «dos cóndores, o dos corderos, se unen sin tanto peligro como un cóndor y un cordero» (XXII, p. 26).

## El cubano antianexionista

Como cubano nunca deja de reprocharles que, a la vez que predicaban la Doctrina Monroe, permitían la permanencia de España en Cuba, y que cuando ayudaron enviando «una expedición infeliz» era porque «la mayoría esclavista de los Estados Unidos necesitaba un Estado más que asegurarse» (III, p. 173). Ni de arrostrarles que no sólo estorbaban la independencia, sino que perseguían y estorbaban la acción de los insurgentes cubanos honrados. Esto le parecía a Martí un sacrilegio en la tierra que se consideraba la cabeza del americanismo y la casa de la libertad. Pero no sólo ve contradicción, sino malos manejos y torvos designios. Cree que los Estados Unidos pretenden retardar la independencia de Cuba hasta que ellos tengan la posibilidad de meter la mano en las Antillas, y adueñarse de ella. De aquí parte uno de sus más firmes anhelos, y es el de no desencadenar la guerra sino hasta que se esté seguro de que va a ser de corta duración y de triunfo indiscutible de manera que los Estados Unidos no puedan intervenir en ninguna forma.

En figura heroica pone la oposición de los Estados Unidos a la Independencia de Cuba: «Y ya ponía Bolívar el pie en el estribo, cuando un hombre que hablaba inglés...» (XXII, p. 152). Y comparará a menudo el deseo hispanoamericano de darle libertad a Cuba con la frialdad y la oposición norteamericana:

¿Podrá un cubano, a quien estos recursos estremecen, olvidar que, cuando tras dieciséis años de pelea, descansaba por fin la lanza de Páez en el Palacio de la Presidencia de



Venezuela, a una voz de Bolívar saltó sobre la cuja, dispuesta a cruzar el mar con el batallón de «Junín», «que va magnífico», para caer en un puerto cubano, dar libres a los negros y coronar así su gloria de redentores con una hazaña que impidieron la sublevación de Bustamante en el Perú, adonde Junín tuvo que volver a marchas prontas, y la protesta del gobierno de Washington que «no deseaba cambio alguno en la condición ni en la posición política de Cuba»? Bolívar sí lo deseaba, que solicitado por los cubanos de México y ayudado por los mexicanos, quiso a la vez dar empleo feliz al ejército ocioso y sacar de la servidumbre, para seguridad y adelanto de la América, a la isla que parece salir, en nombre de ella, a contar su hermosura y brindar sus asilos al viajero cansado de la mar! Páez sí lo deseaba, que al oír, ya cano y viejo, renovarse la lucha de América en la isla, involvió a pedir su caballo y su lanza! (XVIII, p. 152).

La idea de la anexión es «el peligro mayor, mayor tal vez que casi todos los peligros» (I, p. 107). La sostienen «todos los tímidos, todos los irresolutos, todos los observadores ligeros, todos los apegados a la riqueza» (I, p. 207) que «quisieran gozar de los beneficios de la libertad sin pagarlos con su sangriento precio» (I, p. 207). «Así halagan su conciencia de patriotas, y su miedo de serlo verdaderamente. Pero como ésa es la naturaleza humana, no hemos de ver con desdén estoico sus tentaciones, sino de atajarlas» (I, p. 207). Esto lo decía en carta al General Gómez desde 1882. Cuatro años más tarde, en su conocida carta a Rodríguez Otero insiste en que «tal vez sea nuestra suerte que un vecino hábil y poderoso nos deje sangrar a sus umbrales, para poner al cabo, sobre lo que quede de abono para la tierra, sus manos hostiles, sus manos egoístas e inescrupulosas» (I, p. 243). En el Congreso Panamericano de 1889 crecen sus desconfianzas: «¿Morir» –escribe a Gonzalo de Quesada, que figuraba como Secretario de la Delegación argentina– «para dar pie en que levantarse a estas gentes que nos empujan a la muerte para su beneficio?» (XXI, p. 194). En 1892 repite a Serafin Bello: «Llegó ciertamente para este país, apurado por el proteccionismo, la hora de sacar a plaza su agresión latente, y como ni sobre México ni sobre Canadá se atreve a poner los ojos, los pone sobre las Islas del Pacífico y sobre las Antillas, sobre nosotros. La corriente es mucha y nunca han estado tan al converger los anexionistas ciegos de la isla, y los anexionistas yankis. Para mí, sería morir» (II, p. 92). Porque la anexión es para él «como la alquimia a la química, y a la política verdadera de América como el veneno en la copa» (IV, p. 57). Rechaza el traspaso de España a los Estados Unidos: «¿Quién por huir de un espantapájaros, se echará en un horno encendido?» (X, p. 167), y junto con los veteranos «tiembla de pensar que pueda caer la tierra porque sangraron, en manos burdas y desdeñosas, que hagan botones con los huesos de nuestros muertos» (X, p. 168). Le repugna el «ingreso limosnero» a los Estados Unidos, y ver a Cuba convertida, «si se le acaba el honor, en provincia ruinosa de una nación estéril o en factoría o pontón de un desdeñoso vecino» (V, p. 83). Pero espera y desea verla de amiga de los Estados Unidos, «como intuitiva obediencia a la política de la amistad y del trabajo, que reemplazará al sueño caduco y rudimentario de la anexión, creado en buena fe por nuestros padres en la época idílica y desvanecida de la república norteamericana» (IV, p. 239).

## El hispanoamericano antimperialista

Martí –ya se ha visto– es enemigo de la política exterior de los Estados Unidos. «La simpatía por los pueblos libres dura hasta que hacen traición a la libertad o ponen en riesgo la de nuestra patria» (XXI, p. 41) escribe sobre el Congreso de 1889. La marcha imperial de los Estados Unidos sobre Cuba y toda América la ve comprobada en las palabras de sus gobernantes:

Desde la cuna soñó en estos dominios el pueblo del Norte, con el «nada sería más conveniente de Jefferson»; con «los trece gobiernos destinados» de Adams; con «la visión profética» de Clay; con «la gran luz del Norte», de Webster; con «el fin es cierto, y el comercio tributario» de Sumner; con el verso de Sewall, que va de boca en boca: «vuestro es el continente entero y sin límites»; con «la unificación continental» de Everett; con la «unión comercial» de Douglas; con «el resultado inevitable» de Ingalls, «hasta el istmo y el polo»; con la «necesidad de extirpar en Cuba» de Blaine, «el foco de la fiebre amarilla...» (XXI, pp. 40-41).

Y quizá su pensamiento más definitivo para mostrar hasta qué punto temía a los Estados Unidos y los hacía responsables de las desgracias del Continente es el que escribió en sus últimos meses en Nueva York en *Patria* y en explicación y defensa de «Las guerras civiles de Sud América»: «De nuestra sociología se sabe poco, y de esas leyes, tan precisas como esta otra: los pueblos de América son más libres y prósperos a medida que más se apartan de los Estados Unidos» (XIX, p. 37).

Nunca olvidó la guerra de Texas, «una guerra infame» (XVI, p. 34), la llamó siempre. La condenó punto por punto (XV, p. 117). Dice al referirse a las guerras injustas: «Aunque luego de hechas no haya de faltar quien las tache de crimen, como a la de Texas, que llaman crimen a secas Dana, y Janvier, y los biógrafos de Lincoln, por más que fuera mejor impedir las antes de ser, que lamentarlas cuando han sido» (XXI, p. 64). Que se las condene no lo satisface; que se eviten otros atropellos, que ve venir, es lo que le interesa de su buceo en la historia. Pide a los hispanoamericanos que vean para atrás, y prevean. El *Sun* de Nueva York ha asomado las uñas en plena celebración del Congreso Panamericano de 1889, y ha dicho: «El que no quiera que lo aplaste el Juggernaut, súbbase en su carro» (XXI, p. 50). Subirse al carro le parece a Martí oportunismo, cobardía y, además, torpeza: «Mejor será cerrarle el camino» –afirma–. «Para eso es el genio: para vencer la fuerza con la habilidad. Al carro se subieron los texanos y con el incendio a la espalda, como zorros rabiosos, o con los muertos de la casa a la grupa, tuvieron que salir, descalzos y hambrientos, de su tierra de Texas» (XXI, pp. 50-51).

Cerrarle el camino al Juggernaut –lo dice muy claramente– es su propósito. «Sólo una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede libertar de una vez a los pueblos españoles de América» (XXI, p. 38). Prevé que la debilidad y la venalidad pueden facilitar el avance de los Estados Unidos, a los que llama «un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del universo, como en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no puede vender, y confederarse para su dominio» (XXI, p. 33).

El Congreso sólo pone de bulto para él lo que desde años antes ha dicho. Desde 1885 escribió en *La Nación* de Buenos Aires: «Y vendrán los Estados Unidos a ser, como que les tendrán toda su hacienda, los señores pacíficos y proveedores forzosos de todas las Antillas. Y como sin querella con Francia e Inglaterra no hubieran podido poner estorbo al canal del Istmo de Panamá, por donde querían, como quien aprieta a su seno con un brazo, abarcar esta parte de arriba de nuestra América, intentan ahora, con asentimiento improvisor acaso de nuestra propia gente, pasar el brazo por el corazón de la América Central» (XXIII, p. 176).

El problema de los canales centroamericanos no lo angustia más que la bahía de San Nicolás, haitiana, y que la de Samaná, dominicana. Las Antillas y Centroamérica son la llave del Continente, y ve la llave en manos de los Estados Unidos, por ataque o por contubernio final con España, por atentado o por política corruptora: «porque en algo substancioso y de hecho se le ha de mostrar buena voluntad a Guatemala, para ir demorando con su apoyo, so pretexto de ponerla en su cabeza, la unión de Centroamérica, y avivando los odios aldeanos de las cinco repúblicas, y soplando para que la influencia fraternal de México no crezca en Centroamérica» (XXIII, p. 198). Y el 18 de mayo de 1895, un día antes de morir, envuelve en una sus dos angustias, ver a España y a los Estados Unidos, juntos o separados, pero metidos en Hispanoamérica, y dice en su carta al mexicano Manuel Mercado:

Bryson –el corresponsal del *Herald*– me contó su conversación con Martínez Campos, al fin de la cual le dio a entender éste que sin duda, llegada la hora, España preferiría entenderse con los Estados Unidos a rendir la Isla a los cubanos. Y aún me habló Bryson más: de un conocido nuestro, y de lo que en el Norte se le cuida, como candidato de los Estados Unidos, para cuando el actual Presidente desaparezca, a la Presidencia de México (VIII, p. 272).

## Cuba e Hispanoamérica libres y universales

El hispanoamericanista –ya lo hemos dicho– no es panamericanista. La misma palabra panamericanismo le suena mal:

Estos días han sido de recepciones y visitas para los hispanoamericanos [escribe sobre el Congreso tantas veces citado]. Unos venían de Europa a presentar sus credenciales al congreso que llaman aquí de Pan América, aunque ya no será de toda, porque Haití como que el Gobierno de Washington exige que le den en dominio la península estratégica de San Nicolás, no muestra deseos de enviar sus negros elocuentes a la conferencia de naciones; ni Santo Domingo ha aceptado el convite, porque dice que no puede venir a sentarse a la mesa de los que le piden a mano armada su bahía de Samaná, y en castigo de su resistencia le imponen derechos subidos a la caoba (XXI, p. II).

Su antipanamericanismo, ya se ha visto, recordaba agravios, señalaba amenazas, rechazaba hasta la palabra «panamericanismo», aceptaba la amistad, clamaba contra toda alianza económica, y subrayaba la diferencia de orígenes y de propósitos.

Por eso combatió el arbitraje «como pacto de abdicación, de vasallaje [y] de sometimiento» y aplaudió el acuerdo en que se establecía que «todas y cada una de las nacio-

nes americanas conservarían la dirección exclusiva de su destino político con absoluta prescindencia exclusiva de las demás» (XXI, p. 124), y se felicitó de que «sin ira, sin desvarío, sin imprudencia» (XXI, p. 122) hubiera sido derrotado «por la unión de los pueblos cautos y decorosos de Hispanoamérica [...] el plan norteamericano de arbitraje continental y compulsorio sobre las repúblicas de América, con tribunal continuo e inapelable residente en Wáshington» (XXI, p. 122).

Por lo mismo atacó la Doctrina Monroe, negó el peligro de una invasión europea, mostró cómo los Estados Unidos permitían la permanencia de España en América, afirmó que nada se ganaba con dominio yanqui en vez del europeo, y desnudó la espada de dos filos con estas palabras: «Aparte de lo histórico, en cuanto al espantapájaros que mató de una vez Juárez, a la invasión de un poder europeo en América: ¿no está Europa en las Antillas? ¿Francia? ¿Inglaterra?: ¿pudieron, por tener la Isla, conquistar la América los españoles, ni cuando Barradas, ni cuando Méndez Núñez? [...] Y una vez en Cuba los Estados Unidos, ¿quién los saca de ella?» (II, p. 84).

[...] [E]s muy claro que para Martí Cuba e Hispanoamérica son la misma cosa. Al pelear por Cuba, es la causa de América la que defiende. «Ya estoy todos los días» –le dice [...] la víspera] de su muerte [...] a Mercado]– «en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber [...] de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos, y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América» (VIII, p. 270).

«América para la humanidad», había celebrado del argentino Sáenz Peña. En documento público lo dice el *New York Herald* el 2 de mayo de 1895:

Plenamente conocedor de sus obligaciones con América y con el mundo, el pueblo de Cuba sangra hoy a la bala española, por la empresa de abrir a los tres continentes en una tierra de hombres, la república independiente que ha de ofrecer casa amiga y comercio libre al género humano [...].

A los pueblos de la América española no pedimos ayuda, porque firmará su deshonra aquel que nos la niegue. Al pueblo de los Estados Unidos mostramos en silencio, para que haga lo que deba, estas legiones de hombres que pelean por lo que pelearon ellos ayer, y marchan sin ayuda a la conquista de la libertad que ha de abrir a los Estados Unidos la Isla que hoy le cierra el interés español (VII, p. 260).

Con lo que Martí hace pública su devoción hispanoamericana que no veda, ni limita su sentido de comunión internacional en el cual entran, por supuesto, los Estados Unidos.

## Suma

Ningún otro escritor hispanoamericano, ningún otro escritor de habla española –añadimos esta frase para incluir a los españoles– ha sentido y conocido a los Estados Unidos tanto como Martí. Y difícilmente se le encontrará rival en otras lenguas. Nadie ha admirado tan emocionadamente la grandeza de su independencia y de sus primeros tiempos –creación de un mundo nuevo y colosal–, el heroísmo y la significación de su Guerra de Secesión, el himno al trabajo y a la disciplina edificadores que es la vida diaria del norte-



americano, su sustancial amor al cimiento fundador y su desprecio por el ornamento hueco, su brioso espíritu de empresa y sus conquistas de la ciencia. Se advertirá al leer a Martí una profunda reverencia por la cuna de los Estados Unidos, alguna esperanza de que renazca su pura grandeza, y una admiración mezclada de temor por el crecimiento fabuloso, sudoroso y atlético que realizan en su época. Teme a unos nuevos Estados Unidos que se repletan de emigrantes ansiosos de riquezas, y a la consecuencia natural de este apetito: el agotamiento de los bienes nacionales, la ambición puesta en las tierras ajenas. Ve con horror la preterición del cultivo de las letras y de las artes, el triunfo del espíritu cartaginés sobre el que engendró la república, la sequedad y el individualismo en las relaciones cotidianas, la corrupción de las elecciones y los fraudes de la banca. En la inmigración tumultuosa ve la causa del paso de unos Estados Unidos demócratas a unos Estados Unidos imperiales, pero también ve en ella la brotación de un primer pueblo cosmopolita y universal. «De Europa viene a este país» –dice– «la savia y el veneno» (XXVIII, p. 151). Sin embargo, más frecuentemente se inclina al optimismo: él mismo es uno de esos inmigrantes.

Su permanencia en los Estados Unidos y su admiración por sus virtudes no impusieron silencio a su corazón de hispanoamericano y de cubano. Por eso vio a la vez desde dentro y desde fuera. «Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas, –y mi honda es la de David» (*Ep.* III, p. 272). Hizo campaña de elogio a los Estados Unidos populares y vitales, pero, siempre al lado de ella, otra mayor de denuncia de los Estados Unidos expansionistas y conquistadores. Su indignación ante el atropello militar de ayer y ante el financiero de su época, y el espanto ante una Hispanoamérica y una Cuba mañana encadenadas, lo llevaron al dicterio enconado.

La gama de ternuras, de caricias y latigazos, de admiración y resentimiento que pueblan sus crónicas, y el profundo acento de honradez de todas sus palabras, hacen de ellas un documento literario y humano de valor único.

Recordemos finalmente, en honor de los buenos Estados Unidos –de los de Lincoln–, que esa labor de censor a veces violento la hizo Martí durante catorce años de residencia en los Estados Unidos.

## Manuel Pedro González: *A Plutarchian Portrayer\**

The second arrival of José Martí in New York in August, 1881, coincided very closely with the criminal assault against President Garfield which put an end to his life a few weeks later. With this tragic event as a subject, José Martí began his contributions to Spanish American journals on August 20, 1881. He followed the prolonged agony of the martyred President with deep sympathy and shared in the nation's grief during the

---

\* En: *José Martí Epic Chronicler of the United States in the Eighties*, introducción de Sturgis E. Leavitt, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1953, pp. 31-45; pp. 75-77.

weeks that separated the fatal shooting from the actual death. He wrote extensively on President Garfield. Martí's generous spirit and his sympathy and admiration for the fortitude with which the victim endured suffering made his portrayal of Garfield extremely benevolent and perhaps too idealistic. It was written in a moment of national sorrow and he meant every word he wrote.<sup>1</sup>

With the study of Garfield begins his long series of essays on political figures. Both Ralph Waldo Emerson and Henry W. Longfellow died in 1882, a few months after the President succumbed. On these occasions Martí wrote the first of his critical studies on American men of letters. Up to that moment, cultural relations between the United States and Latin America were practically nonexistent. The lack of interest –and ignorance– had been reciprocal. Martí took in upon himself to reveal to his people the literary values of their northern neighbor. He chose for his first topic the most original and robust thinker the United States had produced, and, for his second, the most popular of its contemporary poets.

Martí's essay on Emerson was the first of a series on that famous poet-philosopher published in Spanish. It still stands out as one of the most powerful syntheses ever written on the Sage of Concord. It was a great revelation for his readers, and demonstrated the close ideological and ethical affinity of the two men. The following paragraph attests to the fidelity of Martí's interpretation and to the reverence with which he regarded Emerson. Unfortunately, it is not possible to translate the captivating beauty of the original.

He was tender towards men and loyal to himself. They had educated him to teach one creed, yet he passed on to the credulous his preacher's coat, feeling that he wore upon his shoulders the august mantle of Nature. Obedience to any system was from his viewpoint proper only to blind men and slaves; nor did he create one, for this seemed to him the course of weak, shallow, and envious minds. He submerged himself in Nature, and emerged radiant. He felt himself a man, and by reason of that, God. He wrote of what he knew, and if unable to observe, he remained silent. He revealed what he perceived, and venerated what was beyond his perception. He looked into the Universe with his own eyes, and spoke a language of his own. He was a creator by not wishing to be one. He felt divine raptures and lived in gratifying and celestial contemplations. He knew the ineffable sweetness of ecstasy. His mind was not for hire, nor his pen, nor his conscience. Like a star, he radiated light. In him the human being attained the highest degree of dignity.<sup>2</sup>

On Henry W. Longfellow he wrote twice, once before his death early in 1882, and later a magnificent obituary when the poet passed away. Both articles are equally beauti-

---

<sup>1</sup> Here is an example of the lyric exaltation of President Garfield in which Martí endows him with the same virtues he himself possessed: «Vivir en estos tiempos y ser puro, ser elocuente, bravo y bello, y no haber sido mordido, torturado y triturado por pasiones; llevar la mente a la madurez que ha menester, y guardar el corazón en verdor sano; triunfar del hambre, de la vanidad propia, de la malquerencia que engendra la valía, y triunfar sin oscurecer la conciencia ni mercadear con el decoro; bracear, en suma, con el mar amargo, y dar miel de los labios generosos, y beber de aire y agua corrompidos, y quedar sano: ¡he ahí maravillas! ¡Cuánta agonía callada! ¡Cuánta batalla milagrosa! ¡Cuánta proeza de héroe! Resistir a la tierra es ya, hoy que se vive de tierra, sobradísima hazaña, y mayor, vencerla» (*Trópico*, XXVIII, p. 146).

<sup>2</sup> Lex, I, p. 1054.

ful and revealing of the lofty ideals of the poet and of his unblemished life. Of the man Longfellow, Martí wrote:

How perfect was his life! He possessed that mystic dignity proper of the noble souls. He had the healthy color of the pure; the magnificent pride of the virtuous; the generosity of the great; the melancholy of those still alive, and that longing for death that makes life beautiful.<sup>3</sup>

The most outstanding, perhaps, of all his critical essays on American men of letters, was the one he devoted to Walt Whitman in 1887. As in the case of Oscar Wilde, Emerson, Longfellow, and so many other great European and American contemporaries, he introduced Whitman to his readers. Very few Latin American poets or writers were acquainted with the author of *Leaves of Grass* in the eighties, and none had attempted to interpret his poetry. Even in the United States, Whitman was still considered something of a reprobate by churches and moral societies. *Leaves of Grass* was still anathema and its circulation through the mail still prohibited. Only among the literary elite was Whitman recognized as a great poet when Martí wrote his study.

The healthy pantheism of Whitman, his love for humanity, his mystic feeling of brotherhood, his pagan or Bacchic attitude toward life and nature, his delight in freedom and liberty, his almost religious exaltation of democracy, his scorn at, and defiance of, all forms of conventionalism and bigotry, his Biblical and unique style, found in Martí an admirable interpreter. Although many Spanish critics and poets have since written on Whitman, Martí's essay still remains the one most worthy of the poet in the Spanish language. This study was simultaneously published in both Mexico and Buenos Aires and provoked earnest interest in Whitman among the literati of the continent and gave impetus to studies and translations of his poems.

Martí also introduced for the first time to the Spanish reading public many other important and minor personalities of American literature and historiography. Among them were Washington Irving, Mark Twain, William Prescott, George Bancroft, Bronson Alcott and his daughter, Louisa May, the Quaker poet Whittier, Helen Hunt Jackson, whose *Ramona* he rendered beautifully into Spanish, and many others.

Another aspect of our culture never explored by Spanish American writers or critics before Martí was painting. For the first time in the Spanish language, Martí evaluated for Spanish American, in many articles and short references, the plastic arts –particularly painting– in the United States. He was deeply interested in this form of artistic expression and was familiar with its history and contemporary manifestations in both Europe and the Americas. At the same time that he propagated knowledge of the artistic progress of this country in Spanish America, he contributed to the esthetic education of North Americans. During the twelve years of his connection with the *New York Sun*, he kept the readers of that paper constantly informed of the European evolution in the field of plastic arts.

Equal in caliber to his critical studies of the men of letters, are his searching character sketches of prominent civic leaders of the day. Most of these men distinguished them-

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 1195.

selves for their integrity and noble qualities, for their profound sense of social responsibility, and for the tenacity and valor with which they fought to defend their ideals. Most of them advocated unpopular causes. None submitted to what is called «group thinking», «group psychology», or «group prejudices and fanaticism.» They were truly free and great men who struggled heroically, sometimes against the bigotry and stupidity prevalent in their social environment. Martí admired these rebels heartily. In them he saw perfect examples of the ideal citizens of a free and democratic republic. Their respective lives and courage inspired some of his best psychological and biographical studies. Because none of these venerable abolitionists and rebellious defenders of freedom and social justice occupied important political positions, history has practically forgotten them, and the youth of today in the United States, hardly knows who they were. In Spanish America, on the other hand, thanks to Martí's writings, the memory of these men is still very much alive.

Among the abolitionists, none was more admired by Martí than Wendell Phillips. This Bostonian was an aristocrat in blood and wealth, but even more in spirit and deeds. Wendell Phillips was an apostle of abolition and social reforms who consecrated his life to these ideals. He preached his crusade with great fervor and eloquence. He was a lawyer by training and vocation, but he never practised his profession, because to do so he would have had to sign an oath upholding the Constitution. Since the Constitution seemed to sanction the ignominy of slavery, he refused to take the constitutional oath and devoted his life to the task of erasing that blot from American history. With unflinching bravery and fiery words he defied the prejudices and the animosity of the masses, the bitter opposition of those who profited from slavery and defended it, and the threats of his enemies. Nobody during the thirty years preceding the Civil War was more ardent, unselfish, and eloquent crusader than Wendell Phillips. Nobody, afterwards, struggled more tenaciously and more generously against the forces of greed and the sanctity of wealth. With uncommon courage he denounced to the end of his life the avarice and the injustices of plutocracy, and consecrated himself to the defense of the humble and the despoiled. In his altruistic wrath, he may have erred or lost sight of the realities and possibilities of his time, but as R. H. Tawney says, «When to speak is unpopular, it is less pardonable to be silent than to say too much».<sup>4</sup> On the occasion of Phillips' death, in 1884, Martí wrote three articles. The last two in particular constitute a fervid tribute to that most extraordinary man and orator, whose life and character in so many ways resembled those of Martí.<sup>5</sup>

To the group of great abolitionists also belonged Henry Ward Beecher, a most remarkable Protestant minister. Though less cultured and not so perfect an orator as Phillips, he was nonetheless a persevering and devoted combatant in the glorious struggle. Martí had little use for organized religion or for mere church men of any denomination. In

---

<sup>4</sup> R. H. Tawney, *Religion and the Rise of Capitalism*, New York, Harcourt, Brace and Co., Inc., 1950, p. 235.

<sup>5</sup> In the history of the United States, Wendell Phillips symbolizes the moral conscience of Puritan New England better perhaps than any other reformer. Phillips is one of the country's truly great human and ethical forces, whose spiritual stature has not yet been duly recognized. At a time when he was condemned and vilified by the advocates and beneficiaries of the big profits system, José Martí proclaimed him as one of the noblest men this country had produced.



Henry Ward Beecher, what he admired and extolled were not the attributes of the preacher but the sterling qualities of the man and his philanthropic endeavors.<sup>6</sup>

Martí did not approve of vast fortunes. The idea of a man's accumulating wealth at the expense of masses of workers who lacked the bare necessities of life was repugnant to him. The spectacle of so much misery existing side by side with so much ostentatious luxury seemed to him a social crime. We find it denounced time and again in his writings. In 1883, exactly fifty years before the inauguration of the New Deal, Martí propounded the same social philosophy when, referring to the poverty of the proletarian districts of New York, he wrote: «And I say that this is a public crime, and that it is the duty of the state to put an end to unnecessary misery».<sup>7</sup>

Nevertheless, Martí did not condemn the acquisition of wealth by honest means. What he repudiated was the idea of elevating the conquest of material success to the rank of an ideal, and the admiration prevalent in American society for those who achieve it regardless of the means employed. He had only scorn for what he called the «cult of wealth» in the United States. Thus he stigmatized it in 1888:

...the disproportionate craving for material wealth, the scorn for those who have not acquired it, and the servile admiration for those who obtain it, even though at the cost of their

---

<sup>6</sup> Martí wrote of Beecher: «Nada es un hombre en sí, y lo que es, lo pone en él su pueblo. En vano concede la Naturaleza a algunos de sus hijos cualidades privilegiadas, porque serán polvo y azote si no se hacen carne de su pueblo, mientras que si van con él, y le sirven de brazo y de voz, por él se verán encumbrados, como las flores que lleva en su cima una montaña. Los hombres son productos, expresiones, reflejos: viven en lo que coinciden con su época, o en lo que se diferencian marcadamente de ella; lo que flota les empuja y pervade: no es aire sólo lo que les pesa sobre los hombros, sino pensamiento: éstas son las grandes bodas del hombre: isus bodas con la patria!»

¿Cómo, sin el fragor de los combates de su pueblo, sin sus antecedentes e instituciones, hubiera llegado a su singular eminencia Henry Ward Beecher, pensador inseguro, orador llano, teólogo flojo y voluble, pastor hombruno y olvidadizo, palabra helada en la iglesia? Nada importa que su secta fuera más liberal que sus rivales; porque los hombres, subidos ya a la libertad entera, no necesitan de una de sus gradas.

Pero Beecher, criado en la hermosura y albedrío del campo por padres en quienes se acumulaban por herencia los caracteres de su nación, creció, palpité, culminó como ésta, y en su naturaleza robusta, nodriza de su palabra pujante y desordenada, se condensaron las cualidades de su pueblo, clamó su crimen, suplicó su miedo, retemblaron sus batallas y sus victorias. Él pudo ser la maravilla: ¡un hombre libre que vive en una época grandiosa!» (Lex, I, p. 1064).

<sup>7</sup> I have translated the last sentence only. Following is the complete description. Indignation and tenderness are mingled here with pity for the innocent victims and rebuke for a social and economic system that tolerated such wretchedness amidst so much showy luxury: «...allá en las calles húmedas donde hombres y mujeres se amasan y revuelven, sin aire y sin espacio...allá en los edificios tortuosos y lóbregos donde la gente de hez y de penuria vive en hediondas celdas, cargadas de aire pardo y pantanoso; allí, como los maizales jóvenes al paso de la langosta, mueren los niños pobres en centenas al paso del verano. Como los ogros a los niños de los cuentos, así el *cholera infantum* les chupa la vida: un boa no los dejará como el verano en New York deja a los niños pobres, como roídos, como mondados, como vaciados y enjutos. Sus ojitos parecen cavernas; sus cráneos, cabezas calvas de hombres viejos; sus manos, manojos de hierbas secas. Se arrastran como los gusanos: se exhalan en quejidos. ¡Y digo que éste es un crimen público, y que el deber de remediar la miseria innecesaria es un deber del Estado!» (*Trópico*, XXIX, pp. 188-189).

honor or by criminal means, brutalizes and corrupts nations. Without question, those who favor or practice the cult of wealth should be denied social esteem and considered an insidious and destructive force within the country, like an infection, or like Shakespeare's Iago. It is admirable to acquire wealth by honest and vigorous labor, its accumulation by destructive or deceitful means which dishonor those who employ them and corrupt the nation in which they are practiced, is palpable proof of moral turpitude and shamelessness, and a crime worthy of legal punishment. The rich, like thoroughbred horses, should have the pedigree of their wealth where everyone can view it.<sup>8</sup>

He had as much contempt for those who accumulate wealth at the expense of others as he had admiration for some of the philanthropic millionaires who used their riches to improve the lot of the less fortunate. One of those rare specimens was Peter Cooper, great industrialist, inventor, and benefactor of mankind. Martí had almost reverent admiration for him. Not even Emerson inspired a more ardent obituary from his pen than did Peter Cooper at the time of his death in 1883. Notice the filial veneration with which he begins the essay:

Flags are at half mast; hearts grieve: Peter Cooper is dead. He leaves behind thousands of grateful and devoted workers. I was not born in this land, nor did he ever know me. Yet, I loved him as a father. If ever our paths had crossed, I would have kissed his hand.<sup>9</sup>

Another millionaire who merited Martí's admiration was Courtlandt Palmer, one of the most eccentric members of New York's aristocracy in the eighties. Palmer was a passionate lover and defender of freedom in the broadest meaning of the word. He advocated not only political freedom, but freedom to think, to believe or not to believe—in God or anything else. He was called the «socialist millionaire» because of his humanitarian ideals and because he would invite socialist and anarchist thinkers to lecture in the debating academy which he founded. He himself was an atheist, but he would invite ministers and priests of all creeds to expound their respective philosophies side by side with agnostics and atheists. Courtlandt Palmer was not afraid of so-called subversive ideas, nor did he refuse the rostrum of his debating society to those who preached revolutionary doctrines. For him culture and society were not static or stagnant organisms, but dynamic, perpetually evolving, ever changing; and whenever culture and society cease to renovate themselves by mutating and assimilating new ideals and goals, they decay and die. Palmer, although very rich, was not afraid of change. His home was actually a temple without liturgy or theology, in which all social, political, philosophical, or religious gospels could be preached. He believed only in one religion: the brotherhood of man. Palmer was devoted disciple of Auguste Comte and his positivistic school. Martí was the opposite, but he had a profound admiration for the sincerity, the courage, and the moral and intellectual integrity of Palmer and wrote a sympathetic panegyric upon his death in 1888.

It does not come within the scope of this brief study to give a full account of the importance of José Martí's articles analyzing public men and the political panorama of

<sup>8</sup> *Ibid.*, XXXV, p. 184.

<sup>9</sup> *Lex*, I, p. 1072.

his times. They constitute the most valuable aspect of his voluminous reporting about the United States. Here will be given only a brief *résumé* of his keen judgments of public leaders and his realistic analysis of political life in the eighties.

Martí was attracted first by the personalities that dominated both parties in his day. We have already seen how he began with a series of articles in which he reported minutely the process of President Garfield's struggle for life, and climaxed them with a biographical and psychological study of the man and his importance in the politics of his time. Martí had an almost religious reverence for the great North American leaders of the past, particularly for Thomas Paine, George Washington, Thomas Jefferson and Abraham Lincoln. He wrote several times about Washington, and though no extensive articles on the other three can be found in his writings, he made hundreds of admiring references to them.

But he was more concerned with contemporary politics and politicians than with historical heroes. He set himself to study the intricacies and intrigues of public life in the United States, and the shoddy economic interests that, behind the curtain, manipulated the politicians of his time. It is astonishing to discover what a profound knowledge he had of the corruption and chicanery prevalent in his day. We must remember that those were the post-Grant administration years in which big business controlled the government and bribed legislators and executives to obtain advantageous and unlawful concessions. Never in the history of the country had corruption in public life reached such scandalous proportions as between 1870 and 1890. Martí witnessed this pernicious influence of big business in public affairs, and also the healthy reaction initiated during the first administration of Grover Cleveland. He recorded both in a long series of vivid articles that constitute today an excellent source of information on the political mores and men of that period.

The two dominant figures of the Republican party at the time that Martí began to write on contemporary political activity, never realized their presidential aspirations. Both are almost forgotten today, but their reciprocal hostility, their implacable rivalry, and their intrigues against each other dominated the policy of the party for years, and decided the political fortunes of many a minor personality. They were Roscoe Conkling, Senator from New York, lawyer, great orator, and powerful leader, who fully controlled his home state, and James G. Blaine of Maine, brilliant, skillful, and equally powerful. They were two giant contenders who never compromised or surrendered their respective ambitions to the advantage of the other. The consequence of this animosity between Blaine and Conkling was the nomination of James A. Garfield and Chester A. Arthur in the Republican convention of 1880. Both Conkling and Blaine were carefully studied by Martí, as we shall see presently.

Martí did not write his penetrating analysis of President Arthur until 1886, when Garfield's running mate and successor died. It is one of the best biographical and psychological sketches he ever wrote. Here his epigrammatic and aphoristic style found perfect expression. It is a much more realistic portrayal than that of Garfield. Martí never deprived any of the men he portrayed of the credit due them. Thus, in the following paragraphs, he depicts perfectly both the astute politician and the urbane man that Arthur was:

The history of Arthur's political career is to be found in the intrigues of his party. He never progressed or advanced by himself and because of his own merits, but as representative of the clique he served within the party.

None of his defeats or triumphs, none of his notable achievements, is a national event in which great ideas clash or are controverted. They are a mere product of intraparty squabbles in which the rival personalities ravage one another's gains and reputation.

Once in office, it is true, he would win the good will of everybody through his gentlemanly moderation, his suave way of tempering his energy, his sincere kindness, and, above all, through his gracious and courteous manners and dignified simplicity, which enhance personal merit and sometimes simulate it or substitute for it.

But if he was affectionate with his subordinates and irreproachable in his handling of public funds, he never failed to take advantage of the influence with which these very acts provided him. Gradually he wove such a strong and tightly knit political organization that throughout the state there was not a single district without an agent employed by him, nor a convention in which his candidates did not emerge triumphant, nor an intrigue possible without his consent, nor an election assured except through his intervention...<sup>10</sup>

He did not sacrifice his honesty to his ambition. This was his glory in the desolation of his political catastrophe... he died celebrated for his personal charms, and for having redeemed himself.<sup>11</sup>

Among Martí's most enduring biographical studies is the one he devoted to General Ulysses S. Grant upon his death in 1885. Grant's military career and achievements, his shortcomings and limitations as president, his unfortunate business connections and scandals, and his final trials and tribulations, which redeemed him in the eyes of the public from his errors and the lax political morals of his administration, are sympathetically but realistically described by Martí in this Plutarchian biography.

There were other famous generals that attracted Martí's interest and whom he depicted with insight and imagination. All of them were heroes of the Civil War, and in later years figured more or less prominently in the political life of the country. When they died, Martí devoted a concise biographical sketch to each one. The most important were the following: T. A. Hendricks, vice-president under Cleveland, a mediocre politician, more ambitious than able, in Martí's estimate; Winfield S. Hancock, inexperienced in the political game, unsuccessful as a candidate of the Democrats in 1880, but prominent as a martial figure and a man endowed with excellent moral qualities; Philip Sheridan, of whose military exploits Martí wrote a vigorous synthesis; George McClellan, opposing candidate to Lincoln, culturally superior to most of his colleagues in arms, and equal to any of them because of his sterling character; John A. Logan, a picturesque orator, running mate of James G. Blaine in 1884 on the Republican ticket; and Benjamin Harrison, Republican presidential candidate elected in 1888.

Among the other political figures portrayed by Martí with great keenness and justice was Samuel J. Tilden, Democratic candidate in 1876, about whom Martí wrote several times with intense sympathy. The patriotic and self-sacrificing attitude with which Tilden accepted the unfair solution given by Congress and the Supreme Court to the indecisive

---

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 1154-1155.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 1160.



election of that year, won the admiration of Martí and endeared Tilden to him. For this reason, his appraisal of that political contender is perhaps more generous than that of some American historians.

Martí did not live long enough to witness the end of the second administration of Grover Cleveland. Furthermore, in the year 1892, when Cleveland was elected for the second time, Martí stopped writing for the Spanish American press and devoted his entire energy to the task of organizing the Cuban Revolutionary Party and preparing the War of Independence. Had he been able to scrutinize Cleveland's second term as closely as he did the first, and had he written his conclusions, we may be sure that his judgment of Cleveland would have been very different from the one he left us. In his second administration, Cleveland became much more reactionary and imperialistic than he had revealed himself to be during his first term in the White House. Martí's rating of Cleveland is, therefore, far more laudatory than that of some historians.

Who, other than scholars, remembers today Judah P. Benjamin, Senator from Louisiana and later Attorney General and Secretary of State of the Confederation? Yet Benjamin was one of the most brilliant and cultivated minds of his time. After the Civil War he went to England and started life anew in London when he was already over sixty. Soon he became known as a writer of note and a pillar of British jurisprudence. When Benjamin died in 1884, Martí published a subtle and concise analysis of his life which has won the unique distinction of being available in English translation.<sup>12</sup>

Roscoe Conkling has already been mentioned. To him, as to so many other once famous orators, could be applied the following words written by Martí apropos of Wendell Phillips: «An orator shines for his speeches; but he remains only for what he does. If he does not sustain his words with his acts, his fame will evaporate even before he dies because he has been standing on a column of smoke».<sup>13</sup>

Conkling was probably the most eloquent and cultured of all political orators in the seventies and early eighties. He was a master of this art at the early age of twenty-five. He had the imagination, the fluency of words, the talent, the culture, even the handsome and dignified physical appearance that a truly great speaker should possess. But Conkling –like his worthy and inexorable rival within the party, James G. Blaine– used his intellectual powers and dexterity to serve his personal ambitions rather than the people. His extraordinary adroitness was always employed to enhance his political fortunes, to defend the interests of big business and the ruling class, or to crush his enemies, but never to uplift the humble or to improve their lot. He was aristocratic by temperament, arrogant, and contemptuous. In spirit and action, he was the exact antithesis of Wendell Phillips. While Phillips, notwithstanding his aristocratic lineage, cast his fate with the slaves and the workers, and devoted his life to their redemption, Conkling remained faithful to the conception of a plutocratic republic, governed by the wealthy. He had little or no use for the masses. As Martí says, his ambition was not to serve the people but to be served by them. With the ascension to power of Garfield and Blaine, Conkling

<sup>12</sup> As far as I have been able to ascertain, this is the only essay of Martí so far translated *in toto* into English. Translated by Louis Gruss, it appeared in *The Louisiana Historical Quarterly*, XXIII, Jan. 1940, pp. 259-264.

<sup>13</sup> Lex, I, p. 1078.

was finally crushed by the latter. During the last five years of his life, he suffered, with stoic dignity, the humiliation of his defeat and the ingratitude and betrayal of his friends and colleagues within the party. In the misfortunes of his last years, he acquired a moral stature that his great triumphs never gave him. Martí expressed this idea in words that read as a perfect epitaph for Conkling: «He achieved glory in his defeat. He began to be great when he ceased to be ambitious».<sup>14</sup>

Given the ethical gulf that separated Martí from Conkling, we can hardly expect him to have written a panegyric when Conkling died in 1888. Yet the interpretative essay does complete justice to its subject. In the very opening paragraph we find a mixture of admiration for Conkling's mental powers and his mastery of the art of handling and dominating men, as well as scorn for the selfish use that he made of his great gifts. Martí begins his splendid portrait with the following words: «It will be difficult to find a more patent demonstration of the sterility of selfish talent than that given by the magnificent orator who died yesterday –the imperial commissar of Grant, the systematic genius during the presidency of Garfield, the implacable enemy of Blaine, the most brilliant and cultured of all the orators of the United States: Roscoe Conkling».<sup>15</sup>

Martí shows in this study a profound knowledge of the idiosyncrasies of Conkling and of the political game in which he played such a paramount role. He demonstrates here his rare insight and acumen in judging men and discovering their innermost impulses and ambitions. In depicting Conkling, Martí deprecates his lack of generosity –his arrogance and contemptuous attitude towards the humble classes. At the same time, he could not but admire Conkling's superb eloquence, his talent and culture, and above all his personal honesty at a time when integrity was not fashionable in public life.

## Paul Estrade:

### *La acción de José Martí en el seno de la Comisión Monetaria Internacional Americana\**

El estudio del pensamiento de Martí, a través de su obra escrita, no estaría completo si no se tomara en cuenta su acción militante. Esta premisa no plantea nada extravagante ni nuevo: Martí no es un «intelectual de gabinete». Martí no es Rodó. Postulamos que ello es igualmente válido en lo que concierne a su antimperialismo, a pesar del carácter discreto –necesaria y trágicamente discreto– de ese difícil combate. La víspera de su muerte José Martí confiesa a su amigo íntimo Manuel Mercado: «Cuanto *hice* hasta hoy,

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 1169.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 1162.

\* En: *José Martí, militante y estratega*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, Editorial Ciencias Sociales, 1983, traducido por Marina Fernández, pp. [37]-53. Publicado originalmente, en francés, en *Cuba Sí*, n° 35-36, París, 1971, pp. 14-22.

y *haré*, es para eso [...] impedir a tiempo, con la independencia de Cuba, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América».<sup>1</sup>

Pero ¿qué pudo él hacer? ¿Cómo actuó? Elementos de respuesta a estas interrogantes se encuentran en algunas de sus cartas confidenciales a Manuel Mercado y Gonzalo de Quesada: en ellas revela los objetivos reales de tal visita, tal gestión, tal intervención, tal prisa (para crear el Partido Revolucionario Cubano, por ejemplo). Sin embargo, aún en nuestros días se ignoran muchos detalles de esa actividad clandestina. ¡Más de un aprendiz de conspirador podría envidiar la vigilancia revolucionaria de Martí! Hay, no obstante, un evento, del cual podemos valernos para discernir con bastante claridad el sentido de su participación y la eficacia de su lucha. Se trata de la Comisión Monetaria Internacional Americana (CMIA) en cuyo seno tuvo la oportunidad de materializar en hechos su pensamiento antimperialista.

Los textos de Martí relativos a ella no son muchos. Existen, esencialmente, el artículo fundamental que escribió para *La Revista Ilustrada de Nueva York*, el informe que presentó ante la comisión plenaria, y fragmentos de su correspondencia con el cubano Gonzalo de Quesada, el argentino Vicente G. Quesada, el uruguayo Manuel Herrero, el mexicano Matías Romero, el norteamericano James Blaine. Estos documentos fueron reunidos en VI, pp. 149-185, pero algunas informaciones complementarias pueden entresacarse de VII, XII y XX. No podemos tampoco olvidar que Martí publicó «Nuestra América» (VI, pp. 15-23) en *La Revista Ilustrada de Nueva York* y en el periódico mexicano *El Partido Liberal*, durante la celebración de la mencionada Conferencia Monetaria.

El artículo que aparece en *La Revista Ilustrada de Nueva York* se intitula «La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América» (VI, pp. 153-[167]). Este texto es, a la vez, muy claro en lo concerniente al enunciado de los principios, y relativamente oscuro en su aspecto de reseña o información, para quien no conozca la complejidad de los problemas monetarios de aquella época y las rivalidades de los intereses imperialistas subyacentes. Por eso se nos permitirá insistir sobre los objetivos y resultados de la CMIA.

Esta Conferencia se reunió en Washington del 7 de enero al 8 de abril de 1891. No sesionó realmente todo ese tiempo, ya que no hubo más que ocho sesiones de trabajo. Ella debe ser considerada como la prolongación concreta de la primera Conferencia Internacional Americana (Washington, octubre de 1889-abril de 1890), que finalmente no tuvo otro resultado palpable que la constitución de la Unión Internacional de las Repúblicas Americanas, primera manifestación e instrumento del panamericanismo en manos de la «república oligárquica e injusta» (la expresión es de Martí en *Patria*).

Entre otras múltiples tareas, y porque le hacía mucha falta encontrar medios de subsistencia, José Martí, desde 1887, ejercía las funciones de cónsul general del Uruguay en Nueva York. Hombre de una inteligencia abierta y lleno de un sentimiento generoso, su americanismo parece nacer de esta práctica de la solidaridad latinoamericana. La pequeña república del Río de la Plata solicita sus servicios, aparentemente apreciados, para que

---

<sup>1</sup> José Martí: Carta a Manuel Mercado, Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895, *Obras completas*, Editora Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1965, t. IV, p. 167. [La cursiva y el orden invertido de las oraciones son del autor. *N. del E.*] En lo adelante, la referencia a esta edición se indicará con los tomos en números romanos y las páginas en arábigos.

asuma SU representación en la CMIA. Martí acepta ese honor. Su situación es, sin embargo, delicada. En primer lugar: ¿cómo él, el patriota cubano que desde hace ya cinco o seis años denuncia las tendencias expansionistas de los plutócratas yanquis, va a poder hablar oficialmente en nombre de una nación menos consciente de esta amenaza? ¿Y cómo no caer en la trampa implícita en toda conferencia interamericana debida a la iniciativa de Estados Unidos? En segundo lugar, el adversario está sobre aviso. Martí no obtiene sin dificultades el asentimiento del secretario de Estado a su designación como representante del Uruguay. Lo que explica su ausencia en la primera sesión de la Conferencia. Él no recibe sino dos días después de iniciada ésta el consentimiento del secretario de Estado, Blaine. Inútil imputar este retraso a algún burócrata negligente; Blaine tenía, sin dudas, razones políticas, y hasta personales, para no desear la presencia de aquel que, en el periódico argentino más leído, había puesto al desnudo sus móviles y sus miras antimperialistas: «¿Qué otra grandeza mostró nunca el Secretario, fuera de la intriga, sino esa [la promesa secreta de acometer, P. E.] sorda y temible?» (XII, p. 360). El hecho cierto es que Blaine no asistió más que a la sesión inaugural.

Recordemos los fines de la CMIA. Habiendo recomendado la Conferencia Panamericana el establecimiento de una Unión Monetaria Internacional, y la acuñación de una o de varias monedas internacionales, uniformes en peso y ley, y que tuvieran curso legal en todos los países americanos, la Comisión es convocada precisamente para estudiar en detalle esas cuestiones: fijación de los cursos, monto de la emisión, valor de la moneda de plata en relación con la de oro. En resumen, todo esto apuntaba a revivir al bimetalismo moribundo, por el aporte de sangre nueva extraída de las venas argentíferas del Nuevo Mundo.

Se conoce el desenlace. La Comisión se separó sin tomar decisiones, y casi a hurtadillas. Para gran satisfacción de Martí, aliviado. Digamos como él, citando la musa gallega: *«N'era cousa de chamar as xentes a guerra, e desertar da bandeira que ún mesmo había levantado»* (XX, p. 493). ¿Cómo explicar este fiasco?

El primer elemento —y él sólo condenaba de golpe el proyecto— es el viraje de los Estados Unidos. La primavera de 1891 no es la de 1890. ¿Cambio de las mayorías? No exactamente: desde 1889 los republicanos habían retomado las riendas del poder, y en la Casa Blanca el republicano Harrison sucedió al demócrata Cleveland por un período de cuatro años. Pero en el interior del Partido Republicano, una viva batalla continúa oponiendo los portavoces del Oeste a los del Este, es decir, si abandonamos la púdica y simplista terminología de la época, los medios financieros ligados a la explotación intensa de las minas de plomo y de plata de las Rocosas, a los medios financieros ligados a la actividad industrial, comercial y bancaria de los Estados de la costa del Atlántico; los primeros, naturalmente partidarios de vender, para la acuñación de monedas, toda su producción de plata al gobierno; y los segundos, poco deseosos, por temor a una depreciación, de ver difundirse la moneda de plata, se mantienen partidarios de un dólar apoyado en el patrón oro. «El Oeste» es representado por Blaine, «condueño de las minas de plomo» (XII, p. 354), observa Martí. «El Este» tiene como líder a Reed, a propósito del cual Martí declara: «los ferrocarriles y los bancos lo protegen» (XII, p. 395). Ahora bien, es Reed quien lleva la delantera durante todo el año 1890: presidencia del Congreso, dirección del Partido Republicano.



El presidente Harrison se encuentra nadando entre dos aguas. «En lo de la plata», observa José Martí, «no le deja el Oeste declararse por el bimetálico, ni el Este tomar fila con los de la plata única y libre» (XII, p. 485).

Tratando de mantener un equilibrio temporal, vacila en comprometerse: así encontramos en la CMIA dos delegados norteamericanos, calificados por Martí, uno como «platista» (Hill) y el otro como «orista» (Tree). Pero Harrison tiene que contar con la derrota de Blaine, y el estrepitoso fracaso de todo el Partido Republicano en las elecciones de noviembre de 1890 a la Cámara de Representantes. Estos cambios en la correlación de fuerzas, los conflictos internos, las vacilaciones presidenciales reflejan y encuentran su salida –algo vergonzosa– en la suspensión de la CMIA que los Estados Unidos, precisamente, habían convocado, de acuerdo con sus deseos, desde 1888. ¿Había madurado la idea demasiado tarde? La acuñación libre de una moneda común de plata lesiona ahora en los propios Estados Unidos a los grupos de intereses que han devenido más poderosos, a los cuales favorece el mantenimiento del *status quo* monetario: bimetalismo defectuoso, que conduce de hecho al monometalismo-oro.

Ese proyecto no tenía tampoco verdaderos defensores entre los Estados latinoamericanos representados en la CMIA: se tiene la impresión de que asistieron por deferencia. Tomemos el caso de México. Si los Estados Unidos han aumentado considerablemente su producción de plata gracias a los progresos de la técnica y de la metalurgia (cianuración), la de México, por esas mismas razones, aumentó con igual rapidez. En un solo año (1890), la producción de plata mexicana aumenta su volumen al doble, debido a la instalación de empresas norteamericanas en Monterrey y San Luis Potosí. Esta superproducción trae como consecuencia una depreciación general de la plata que precipita la condena del bimetalismo en el mundo. En esas condiciones, ¿qué tendría de sorprendente que México, para defender sus intereses, se pronunciara en favor del monometalismo-plata, o de un bimetalismo estricto que estabilizara el valor de la plata en relación con el oro? Ahora bien, paradójicamente, la economía mexicana –tal como la concibió Porfirio Díaz– obtiene ventaja de la coyuntura: la devaluación de su moneda estimula la industrialización y las exportaciones hacia Europa. El 30 de marzo de 1891, ante la Comisión, el delegado mexicano –y presidente de la CMIA–, Matías Romero, concluyó así su intervención: «esto hace que seamos muy cautos en aceptar cualquier cambio en nuestra moneda, que nos prive de esos mercados y de esas ventajas. [...] [México] no tiene ninguna prisa por cambiar el actual estado de cosas».<sup>2</sup> México se mantiene, en consecuencia, fiel a un monometalismo-plata no oficial acarreado por la fuga del oro.

En el otro polo de la América hispánica, Argentina no tenía ningún deseo de escoger un sistema monetario que le haría perder sin lugar a dudas el favor de la Gran Bretaña, por ese tiempo principal cliente y proveedor de fondos en esa región. Ahora bien, la Gran Bretaña, que fue la primera nación que renunció al bimetalismo desde 1798, se mantiene en 1891 como el más firme sostén del patrón oro. Aunque lo hubiera deseado, Argentina no podía ya sustraerse a esta situación: es la Gran Bretaña quien le compra sus cueros, sus carnes, su lana, su trigo, y es ella quien le instala sus puertos, sus vías de

---

<sup>2</sup> José Martí en la *Comisión Monetaria Internacional Americana*, Washington, 1891. Actas de la Comisión Monetaria Internacional Americana, edición facsimilar, Banco Nacional de Cuba, La Habana, 1957, p. 66.

comunicación, sus almacenes frigoríficos. El de Argentina no es un caso aislado: a fines del pasado siglo, los propios Estados Unidos son importadores de capitales (inglés en particular) e importan más capitales de los que exportan. Hasta después de la guerra de 1914-1918, las inversiones británicas en la América Latina sobrepasaban las inversiones norteamericanas, y es a los banqueros de Inglaterra a quienes debe ser reembolsada la deuda de los países latinoamericanos. Martí lo dice con medias palabras: «El que vende no puede ofender a quien le compra mucho, y le da crédito [...]. Ni lastimar, ni alarmar siquiera, debe un deudor necesitado a sus acreedores» (VI, p. 161). En esas condiciones, los «protegidos» de la Gran Bretaña no tenían otra alternativa que aceptar el sistema monetario de su «protectora» y rechazar el canto de sirena del Hudson. «Del Sur vendrán los vigilantes, ya que a México le tiene la cercanía atadas las manos» (VII, p. 397), escribía José Martí, en octubre de 1889, a Miguel Tedín, futuro delegado argentino a la CMIA. Y dentro del número de esos países del Sur, ligados a la Gran Bretaña, y hostiles a los Estados Unidos, está también Uruguay.

Al rendir cuenta de su actividad a su ministro de Relaciones Exteriores, el delegado de Uruguay –cuyo nombre, no hay que olvidarlo, es José Martí– dirá que él ha actuado «en acuerdo estricto con las instrucciones del Superior Gobierno, y con lo que imponen a un observador vigilante los intereses patentes de nuestros países americanos» (VI, p. 183). Indicación preciosa: Martí no se ha contentado con ser el mandatario escrupuloso del gobierno que lo emplea. Sin traicionar sus convicciones ni sus obligaciones, pudo ser, a la vez, en la oposición ágil a las maniobras imperialistas norteamericanas, el patriota cubano antiyanqui y el diplomático uruguayo probritánico.

Teniendo en cuenta la nueva posición de los Estados Unidos y la de los países latinoamericanos presentes, aceptando unos y otros, aunque fuese muy a su pesar, la supervivencia del sistema monetario anárquico e inestable que prevalecía, la CMIA muy bien habría podido reunirse sólo para suspenderse. Esto es lo que estuvo a punto de producirse a petición de los representantes norteamericanos. Pero Martí, de acuerdo con ellos, por otras razones fundamentales expuestas más adelante, no entendía que la Conferencia se hubiera celebrado de balde. La lectura de las actas de la CMIA revela un Martí omnipresente (once intervenciones), el más activo de los participantes después del presidente de las sesiones y el delegado norteamericano L. Tree, normalmente los más locuaces; pero también un Martí polemista que no deja de sorprender. Sin embargo, sus dos cartas a Gonzalo de Quesada esclarecen lo que se esconde en el plan de combate que él se había trazado: «un reglamento bueno, y Tree, uno de los de acá, quiere que se apruebe en conjunto. Se podría: pero el precedente es temible. De la Conferencia no ha de salir nada en conjunto». Y más adelante, a propósito de otra cuestión: «Se va a sentar el precedente de acceder a una demanda excesiva, presentada, fuera de respeto, en un lenguaje descuidado y duro. En la forma, a lo menos, se ha de vencer» (VI, pp. 179, 181).

Ningún frente se descuidaría. Sobre todo el del honor. Estados Unidos invitó a los estados latinoamericanos a un banquete, y el primer brindis fue para anunciar que no se celebraría. ¡Tanto mejor, por supuesto, ya que son los Estados latinoamericanos los que corrían el riesgo de ser devorados!; pero la dignidad de los delegados invitados exige, al menos, una resistencia formal, si son algo más que meros úteres educados. «Nuestra América», piensa José Martí, debe hacerse escuchar y respetar, «Nuestra América» no podría reconocerse en ese lamentable delegado de Honduras, R. Stevens, quien, «hijo de

un almirante norteamericano, no hablaba español». No conviene que diga siempre *sí* sin reserva, aun cuando sea circunstancialmente su interés. Existen unos *sí, pero* redundantes en el debate y tal vez irritantes, que asientan la independencia del asociado y preparan a menudo un *no* que le será necesario pronunciar algún día. «Hay un modo de andar, de espalda vuelta, que aumenta la estatura» (VI, p. 165). ¡No nos equivoquemos al respecto! Tratando de hacer prevalecer un punto de vista diferente al de los Estados Unidos, sobre una cuestión de reglamento interno, o sobre la fecha de una próxima sesión, Martí no actúa por vanidad o mezquindad: prepara moral y psicológicamente a sus auditores para el verdadero combate ulterior, que por el momento él es aún el único en sentir, pero que todos deberán librar: el combate político contra el imperialismo.

Las ideas monetarias de Martí expresan, con seguridad, puntos de vista bastante difundidos en aquella época, pero son notables por su realismo. Para él, las cuestiones monetarias y financieras deben analizarse, en última instancia, en función de los intereses económicos y políticos en juego. Los pretendidos expertos, que lo confunden todo rodeándose de misterio, son falsos profetas que persiguen objetivos deshonestos. La moneda es un instrumento, sin dudas, delicado de manejar, pero no es más que un instrumento al servicio de una política económica. También es necesario esclarecer la opinión americana sobre las realidades que encubren el debate monetario: «En la política, lo real es lo que no se ve» (VI, p. 158). Su artículo en *La Revista Ilustrada de Nueva York*, responde a ese propósito demistificador.

Quien quiera analizar las ideas personales de Martí en materia monetaria, debe apoyarse en este artículo. En el informe que lee el 30 de marzo de 1891, «primero en castellano, y luego en inglés, «según la traducción hecha por él mismo»,<sup>3</sup> ante la Asamblea plenaria de la CMIA, en nombre de la comisión de estudio (Argentina, Brasil, Chile, Colombia y Uruguay), ¿cómo diferenciar con equidad lo que nace de sus propias convicciones de lo que tiene que hacer como delegado oficial del Uruguay, y de lo que resulta de la confrontación (en verdad del compromiso) con los otros cuatro delegados? Sin lugar a dudas, sus preocupaciones, su personalidad, su estilo, aparecen, netamente, en ese documento, pero los términos de *latinoamericanos* o de *latinos*, por ejemplo, empleados en ese informe, no son los que de ordinario utiliza José Martí, quien prefiere en aquella época el de *hispanoamericanos*. Prudencia pues...

Nos parece que el pensamiento de Martí sobre las cuestiones aquí examinadas se articula alrededor de cuatro temas:

*Primero:* «Por el universo todo debiera ser una la moneda. Será una» (VI, p. 161). Martí sueña con pueblos unidos, con una humanidad fraternal, cimentada por una moneda común. Pero esa moneda común él no cree que sea posible, ni siquiera deseable, que se emita por el momento. Está consciente de que la instauración de una sola moneda, en el mundo dividido en que vive, no sería más que la consecuencia de la dominación forzada de un *sistema imperial* (cualquiera que éste sea, aunque cada cual puede sacar sus conclusiones en cuanto a lo que él pensaba) y rechaza la idea, para mayor garantía, aplazando la realización de este sueño para el momento en que los pueblos, al salir del estancamiento en que se encuentran algunos de ellos, sean por fin iguales. «La diferencia de monedas, desaparecerá, cuando ya no haya pueblos primitivos» (VI, p. 161).

<sup>3</sup> José Martí en la Comisión Monetaria Internacional, op. cit., p. xviii.



*Segundo:* «Ha de reconocerse el uso legal de los metales imprescindibles. Ha de establecerse una relación fija entre el oro y la plata» (VI, p. 161). Martí opta por el bimetalismo, defendido entonces firmemente por los países agrupados, desde 1865, alrededor de Francia en la Unión Latina, y él cree en el futuro de ese sistema. «Ya el bimetalismo no es la “Utopía” de Goschen, ni un suceso práctica y materialmente irrealizable» (VI, p. 150). Sobre este punto se equivocaba, porque uno tras otro los países abandonaron la nave averiada: en 1914 todo el mundo se había apartado de este sistema. Sin dudas, a sus ojos, el bimetalismo debía permitir a la América hispánica escapar al dominio exclusivo de una potencia imperialista (desde este punto de vista, Francia no representaba un peligro en América), no vinculándose ni a un campo ni a otro. Volveremos sobre esto. Posiblemente, el bimetalismo le parecía también el sistema menos desfavorable a los pobres: en el propio Estados Unidos, donde Martí observa *las entrañas del monstruo*, ¿el Partido Populista no reúne entonces, bajo la bandera del bimetalismo, masas considerables de agricultores reducidos a la miseria por falta de numerario?

En cuanto a la relación fija entre el oro y la plata, Martí felicita a México por haber dado el ejemplo restableciendo la antigua relación ( $15\frac{1}{2}$  a 1, en lugar de  $16\frac{1}{2}$  a 1). Siente que para la América ha llegado el momento de unificar esa relación –sobre la base menos desventajosa a la plata– y de hacer todo lo necesario para salvaguardarla. ¿Pero podría lograrlo la América sola? Diez años más tarde la relación será de 33 a 1.

*Tercero:* «El porvenir de la moneda de plata está en la moderación de sus productores. Forzarla, es despreciarla» (VI, p. 161). Martí expone, con entereza, que la estabilidad de relación entre los dos metales depende de la sabiduría de las naciones productoras. He aquí la verdad que no debió complacer a los *silver men* de Colorado, ni a los *científicos* de Anahuac, ni a los *caudillos* del Altiplano... En esto encontramos de nuevo, en materia económica, una vieja idea de Martí desarrollada en México, quince años antes: la explotación intensiva de las minas de resultados aleatorios, destruye el equilibrio económico de una nación y no hace más que aumentar su dependencia.

*Cuarto:* «Todo cambio en la moneda ha de hacerse, por lo menos, en acuerdo con los países con que se comercia más» (VI, p. 161). Tomar las realidades, es decir, los intereses de los principales países de Europa, es el consejo de Martí. Gran Bretaña hizo fracasar las conferencias monetarias internacionales de 1878 y 1881, que la hacían correr el riesgo de minar su monopolio de primera potencia industrial, comercial y financiera en el mundo. Martí sacó en conclusión que una nueva conferencia convocada por el Nuevo Mundo, no conduciría a nada, salvo indisponer más a Gran Bretaña. En nombre de la comisión de estudio, rebate la proposición norteamericana: «El oficio del continente americano no es levantar un mundo contra otro, ni amasar con precipitación elementos diversos para un conflicto innecesario e injusto» (VI, p. 150).

Abramos un paréntesis. Puede observarse leyendo el artículo de *La Revista Ilustrada de Nueva York*, que la frase reproducida *ut supra* es omitida en todo el fragmento que Martí cita del informe de la comisión (VI, p. 165). La eventualidad de una guerra *imperialista* angloamericana –que esta frase no rechazaba, según creemos– pudo parecerle finalmente poco fundada. También este argumento pudo haber sido sugerido, de forma aventurera, por algún otro miembro de la comisión, y Martí no lo hace más suyo. Simples hipótesis. En cambio, en la frase siguiente, la supresión de la idea (señalada entre corchetes), se explica claramente: «tratar en paz y con honradez, [como lo propone



noblemente la delegación de los Estados Unidos], con los pueblos que en la hora dudosa de la emancipación nos enviaron sus soldados» (VI, p. 165). En la tribuna de la CMIA, la fórmula halagadora se imponía naturalmente al diplomático, sin que él le atribuyera, por otra parte, una importancia particular. Dirigiéndose a los lectores a quienes quiere hacer entender las segundas intenciones egoístas y expansionistas de los Estados Unidos, el adverbio «noblemente» no puede calificar ninguna de sus proposiciones. No nos queda más que cerrar el paréntesis ya que hemos aquí de regreso a la razón fundamental de la oposición de Martí a los proyectos que estaban en el origen de la convocatoria de la CMIA.

Lo que el cubano debía temer de los trabajos de la CMIA, no era tanto el riesgo de verla comprometerse en la persecución de bellos «sueños fascinantes» (esta fórmula de Tree sorprendió a Martí) cayendo en un estancamiento peligroso (¡alto ahí! Inglaterra no está destruida), era, sobre todo, la puesta en marcha dando un rodeo a través de la unión monetaria, de una unión panamericana que hubiera sido el primer eslabón de una cadena que atara *su* América a los Estados Unidos y la hiciera para siempre dependiente de ellos. Este temor encontraba su origen en los propósitos del *candidato inclemente*, del *político tenaz y osado*. Blaine, en efecto, preconizaba en ese momento la firma de tratados de reciprocidad con cada uno de los países latinoamericanos, a fin de conquistar sus mercados. Martí no pierde de vista lo que se ventila en la Conferencia: «¿Era que la asamblea de pueblos hispanoamericanos iba a servir los intereses de quien los compele a ligas confusas, a ligas peligrosas, a ligas imposibles [...]?» (VI, pp. 166-167). La «liga» monetaria abría la vía a la *política continental* de los adeptos de la *idea imperial*: era necesario refutarla. He aquí las razones de la profunda hostilidad de Martí a los objetivos de la CMIA, y a su existencia misma, y, por tanto, su interés en ver confirmarse el giro que habían tomado los acontecimientos. Por esoiqué ironía para evocar la torpeza del delegado venezolano E. Vetancourt Rendón! Éste había considerado como muy natural –después de leído el informe de la Comisión de Estudio– exponer al detalle su proyecto de moneda común (el *Columbus*) como si nada hubiese ocurrido! ¿Había actuado así sólo por necesidad? Martí parece dudarlo. ¿No da a conocer él intencionalmente que el Consejo de vigilancia propuesto por Vetancourt habría «residido» en Washington? Pero también, ¡qué indignación para fustigar el servilismo del lacayo de Blaine –ese delegado hondureño que ni siquiera habla español– oponiéndose a la clausura de la CMIA!

Retomemos el razonamiento de Martí. La creación de un sistema monetario americano prepararía la unión económica del continente, pero «quien dice unión económica dice unión política». Ahora antes de toda unión, un estudio previo se impone: «Gobernar no es más que prever». La unión de la América hispánica con los Estados Unidos, ¿le aportaría a ella más ventajas que inconvenientes? Para Martí, en 1891, la causa es evidente. Esta unión no puede ser deseada más que por las cabezas locas de la América tropical y por las cabezas frías de la América ambiciosa, igualmente perniciosas. «El caso geográfico de vivir juntos en América no obliga, sino en la mente de algún candidato o algún bachiller, a unión política» (VI, p. 160). Se necesitaría poder citar completo el célebre párrafo del cual hemos extraído la frase precedente. Él constituye en la obra de Martí, la condenación más brillante y más rigurosa del panamericanismo naciente, instrumento futuro del imperialismo norteamericano.

Se ve muy bien en ese mismo párrafo que no es por preferir la dominación de Europa (detrás de esta entidad está entonces... la Gran Bretaña) que Martí rechaza la de los Estados Unidos: «Ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América» (VI, p. 160). La defensa de los intereses de las Repúblicas hispanoamericanas, a sus ojos de hombre realista, resulta del equilibrio que ellas sabrán mantener entre las grandes potencias rivales del momento en el plan económico; ellas deben, pues, velar, para no permitir que se aflojen sus lazos con la Gran Bretaña (lo que un desenlace positivo de la CMIA no hubiera dejado de engendrar); así debilitadas, no serían sino una fácil presa para los Estados Unidos. Deben, pues, aprovechar lo mejor posible las contradicciones entre los dos «pueblos fuertes», no atarse a ninguno de ellos de manera exclusiva e imprudente, y en todo caso, «si se ha de preferir a alguno, prefiera al que lo necesite menos, al que lo desdeñe menos» (VI, p. 160). Sobre esta preferencia no existen dudas de ninguna especie en el espíritu de Martí.

En diversas ocasiones, en el pasado, Martí había elogiado con sinceridad el empuje industrial y la prosperidad material de los Estados Unidos en el momento en que alcanzaban su pleno desarrollo, fecundándose mutuamente el trabajo y la libertad, la instrucción y el civismo; pero no dejó de observar, con sagacidad, las taras persistentes y los cambios temibles que se operaban en la economía y en la mentalidad yanquis (él emplea, llegado el caso, este adjetivo). ¿Qué queda de su admiración por la «Gran República» en estas líneas implacables?:

Creen en la necesidad, en el derecho bárbaro, como único derecho: «esto será nuestro, porque lo necesitamos». Creen en la superioridad incontestable de «la raza anglosajona contra la raza latina». Creen en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy, y de la india, que exterminan. Creen que los pueblos de Hispanoamérica están formados, principalmente, de indios y de negros. Mientras no sepan más de Hispanoamérica los Estados Unidos y la respeten más [...] ¿pueden los Estados Unidos convidar a Hispanoamérica a una unión sincera y útil para Hispanoamérica? (VI, p. 160).

No habiendo olvidado tampoco la historia reciente de México amputado y amenazado, Martí se considera suficientemente advertido del peligro, para intentar evadirlo antes de que sea demasiado tarde. La unión política y económica de los Estados Unidos y de la América Latina sería tan poco razonable como la de la cabra y la col, o la del cóndor y el cordero, para evocar la imagen específicamente americana que utiliza Martí. Ella sería de seguro fatal al indefenso.

Esta es la razón por la cual, durante todo el tiempo que sesionó la CMIA, Martí desplegó en las sesiones de trabajo y fuera del Congreso, en privado, una gran actividad para abrirles los ojos a los representantes latinoamericanos y tratar de hacerlos reaccionar colectivamente. Pero Cuba no estaba ausente de sus preocupaciones. Es por su independencia definitiva que también combate. La libertad futura de su patria estaría comprometida si Blaine y su clan imperialista lograban hacer prevalecer su política y si tenían éxito sus intrigas. Martí escribe al cubano Gonzalo de Quesada después del retroceso de los norteamericanos y de las primeras escaramuzas: «Libre el campo, al fin libre, libre y mejor dispuesto que nunca, para preparar, si queremos, la revolución, ordenada en Cuba, y con los brazos afuera! Sentada la anexión. Los yanquis mismos, valiéndose de la Conferencia Monetaria como de un puñal, lo han clavado en el globo aquel del conti-

nente y de las reciprocidades. Nos mostramos, y fuimos entendidos» (VI, pp. 181-182). El collar de hierro monetario acaba de ser arrinconado en el desván. Victoria efímera, no obstante, ya que las fuerzas imperialistas –todavía dominadas en los Estados Unidos– continuaban creciendo en la medida en que se asociaban el capital bancario y el industrial creando *trusts* monstruosos. Su desbordamiento está cercano. Teodoro Roosevelt conducirá las hordas.

En Cuba, la guerra contra España (1898), la ocupación militar (1898-1901), la Enmienda Platt (1901), el Tratado de Reciprocidad (1903), colmando sus deseos, demostraron sus ambiciones. Martí no utilizó fantasmas para provocar temores cuando denunciaba proféticamente el nuevo peligro: «Sobre nuestra tierra, Gonzalo, hay otro plan más tenebroso que lo que hasta ahora conocemos y es el inicuo de forzar a la Isla, de precipitarla a la guerra, para tener pretexto de intervenir en ella, y con el crédito de mediador y de garantizador, quedarse con ella. Cosa más cobarde no hay en los anales de los pueblos libres: Ni maldad más fría» (VI, p. 128).

En el seno de la CMIA él tampoco combatió con un fantasma, aun cuando numerosos de sus contemporáneos no vislumbraron nada de aquel duelo de gigantes.

## Fina García Marruz: *El tiempo en la crónica norteamericana* de José Martí\*

Se puede hacer un trabajo paralelo al de los símbolos de irrupción en la prosa suramericana de Martí y es el de la presencia del tiempo –causalidad de la naturaleza o la historia– en su crónica de temas norteamericanos. Ello resulta coherente con esa ley central de su ideario estético del ajuste de cada forma a cada nuevo contenido de experiencia, que explica la pluralidad de sus modos estilísticos.

Cuando Martí llega a Nueva York en los primeros días de enero de 1880, ve una ciudad febril, regida por las dos formas esenciales de lo vivo: la actividad y el cambio. La crónica primera de su llegada describe a estos «diligentes neoyorquinos» en invasores gerundios: «comprando», «vendiendo», «sudando», «medrando».<sup>1</sup> Viene de sus más amadas «ciudades literarias» hispanoamericanas, que oscilan, en apasionados vuelcos, de la agitación revolucionaria al estancamiento voluptuoso. Los jóvenes caraqueños aprecian, más que las artes útiles, las clases de retórica u oratoria. Los guatemaltecos parecen ignorar los recursos de su propia tierra «que rebosa maderas, y succulento cacao» (VII, p. 132),

\* En: *Temas martianos. Tercera serie*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, Ediciones ARTEX, 1995, pp. 175-194. Publicado originalmente en *Bulletin Hispanique*, tomo LXXV, bis, Burdeos, 1973 [Actas del Coloquio en torno a José Martí celebrado en la Universidad de Burdeos en 1972], pp. 372-400.

<sup>1</sup> J. M., «Impresiones de América (Por un español muy fresco)», en: *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973, t. XIX, p. 107. En lo sucesivo se citará por esta edición, mencionándose los tomos en números romanos y las páginas en arábigos.

no interesarse mucho en que críe ganados Quetzaltémango o la Alta Verapaz. En los largos mediodías, en la casa patriarcal en que la hija toca lánguidamente el piano, juega el general García Granados al ajedrez. Y en México, el periodista de la *Revista Universal* es amigo de pintores noveles y gentes de teatro, escruta la miseria o pasea por la Alameda, trabajando en sus *Boletines* de Orestes entre sorbo y sorbo de café del Urapan (XX, pp. 89, 160 y 178). Venido de la atmósfera estancada española, entre la indolencia indígena y la del patriciado criollo, se encuentra en Nueva York con gentes que no parecían perseguir con su actividad fin ulterior alguno, con un idioma bárbaro, con un incesante canje comercial, de papeles por cosas. Es la Nueva York atravesada por mil carros y mil vías férreas: el sonido empieza a grabarse en los rollos giradores, recoge la imagen huidiza la placa fotográfica y la actualidad la rotativa de los periódicos. En el cristal del microscopio lo aparentemente fijo revela una agitación incesante. Es la época de Edison, por cuyos ojos relucientes ha pasado la electricidad «profunda y traviesa» (XI, p. 164). Las especies ya no son categorías fijas. Es la época del evolucionismo de Darwin: en la naturaleza misma se ha insertado el devenir del tiempo.

He aquí una experiencia nueva. De las «ciudades literarias» a la gran ciudad práctica, de los «conventos vacíos» zaragozanos o el París impresionista del último cuarto de siglo, a una ciudad donde el sudor y el medro no se ocultan al viajero, al «fresh Spaniard». Alguna vez escribimos que el realismo español estaba fundado en la sustancia y el norteamericano en el tiempo.<sup>2</sup> Pues para el español lo real es lo que está debajo de la apariencia mutable, sub-stare. Lo perteneciente a la clase, al estado, lo ve inmerso en la caducidad y el presente no parece ir al futuro sino al «morir» de las coplas de Manrique. Las duquesas de Goya parecen fantasmas; la corte de Segismundo, sueño. Las personas y objetos en lo que tienen de estructural y fijo, he ahí para el español lo real. Se ha dicho que el cubismo es español. En el mesón segoviano se creería que la jarra de vino y el trozo de queso se miran como dos absolutos. Y el Cristo de Velázquez nada nos cuenta de los incidentes temporales que le rodearon. Despojado de lo anecdótico, nos deja sobriamente enfrente de su contenido estructural, eterno. Martí conservó siempre, como fidelidad a su raíz española, esa palabra igualmente gravitante. Ella distingue su prosa de la de otros cubanos, un Varona o un Sanguily, en que las cosas están disueltas en una atmósfera racional o en un chisporroteo de luz. Es aleccionador a este respecto examinar su crónica sobre las navidades en los Estados Unidos y en España (IX, pp. 199 y 200), comparando la estructura paralela, tan frecuente en Martí, con que evoca estas atmósferas tan distintas.

En los párrafos dedicados a las navidades neoyorquinas abundan los verbos y gerundios, reveladoras de la actividad y el tránsito, tanto como en las españolas predominan los sustantivos que sugieren fijeza. Véase el largo párrafo que comienza: «New York es en estos días ciudad ocupadísima» para asistir a una sucesión de acciones:

Los jefes de familia vuelven a sus casas sonriendo con malicia, como que llevan ocultos en los amplios bolsillos del abrigo los presentes para la esposa y los hijuelos. La abuela generosa vuelve toda azorada de las tiendas, porque no sabe cómo podrán entrar a la casa, sin ser vistos de los vigilantes niños, los regalos [...]. Conciértanse las vecinas para

<sup>2</sup> Cintio Vitier y Fina García Marruz, *Temas martianos*, La Habana, Instituto del Libro, 1969, p. 212.



ir a las tiendas [...] y cuelgan los padres de bujías de colores [...] el árbol de Christmas [...].

Pero en cuanto pasa a describirnos la navidad española, vemos enseguida el predominio de los sustantivos. El interés ha pasado de las acciones a las cosas: «No son, como aquellas de España, fiestas de pavo y lechoncillo». Vemos surgir, como en bodegón español, «atunes y besugos [...] embutidos extremeños y las farinetas salmantinas», chorizos y trufas, botellas de vino añejo recubiertas de «polvo nobiliario», para acabar con frase que une por sus extremos la comida carnal y del espíritu: «La fiesta es la escena que remata en misa». Cena y misa que aparecían en el párrafo anterior a través de dos imágenes dinámicas: «dispone en su mesa el dueño de la casa los asientos de sus amigos más queridos» y «aderezan los pastores el órgano sonoro de sus templos». Las mismas clases se ven más estratificadas: no miran las bajas a las altas «absortas y malhumoradas» ni presagian alteración visible «el duque y el teniente» que comen aparte que «la costurera y la chulilla». Cada objeto, cada clase, son como un todo aislado: ello puede dar origen, a lo sumo, a una relación de contrarios, metafórica más que analógica, poética, no novelesca. En el párrafo de la navidad norteamericana no son las cosas las que se relacionan sino las situaciones: cada una constituye un círculo de experiencia que es el que entra en juego con la situación siguiente. En la española, aun cuando nos habla de las distintas compras que hacen las madres y familiares («éste compra tambor y aquel zampoña»), son las cosas (alas de cera, cachucha de soldado) las que priman en el cuadro sobre la actividad de la compra misma. Y es que para el español, a diferencia del norteamericano, lo que pertenece al tiempo es menos fundamental que lo que se resiste a él y se fija: el hecho de comprar es fugaz, no así la forma de una botella.

Este sentir lo que pertenece al tiempo, a la vida, como sueño, Martí lo recoge en forma que pudiéramos llamar paradigmática en su crónica sobre Calderón, alarde casi virtuosista de prosa barroca. Pues «con los asuntos» se ha de cambiar «de lenguaje» (VII, p. 212), y la vida madrileña se le aparece como teatro, retórica y disfraz, sin el ajuste de forma y fondo que admiró en lo regional y en las manifestaciones auténticamente populares, como la defensa de Zaragoza. La crónica evoca todo un siglo, en el hervidero de sus calles y teatros, sus damas embozadas de breves chapines, sus prodigiosos poetas y escritores, a los que define en sentencias breves como lápidas, desechando también lo anecdótico para fijarse en el rango esencial, en el que coincide la obra de la vida y el juicio que ella deja a la muerte.

La sucesión de actividades de la vida madrileña se le presenta bajo una especie de abigarramiento que parece detenerlas en el tiempo:

Aquí llegan ahora, con trabajados estandartes, los que venden vino, y trabajan en tabla, y trafican en telas y otros tráficos. ¡Ah! ¡Qué pesada la carroza que han construido los buenos vecinos del barrio apartado de Chamberí! Ocho caballos tiran de ella, que es la apoteosis de Calderón, ahogado entre tributos, y lo cerca corona ondeante de mores y banderas (XV, p. 122).

La pesada carroza se diría que no puede moverse, ni ondear los trabajados estandartes. La suntuosidad ahoga pesadamente los movimientos de los carruajes. Cuatro móviles se describen sin un solo verbo: «Allá obuses, cureñas, ruedas, mulas!» (XV, p. 123). Los símbolos de cada cuerpo que coopera al desfile se inmovilizan en pesadas alegorías.

La crónica levanta del polvo un siglo para envolverlo al final en «suaves y diestros mantos de humo» (XV, p. 126), rindiendo así, desde el estilo mismo, homenaje al autor de *La vida es un sueño*.

Acaso piensa en los poetas españoles de su tiempo cuando escribe: «Contra el verso retórico y ornado / El verso natural» (XVI, p. 239). Martí relaciona el estancamiento político con esta retórica española que suplantaba el movimiento libre natural, no sin antes aderezarlo con supuestos «adornos». Del abultado Castelar decía «que se ponía los siglos de gorro de dormir» (XV, p. 184), y de *La España Moderna* que tenía el título en letras góticas (XV, p. 183). Sólo la injusticia le pareció más detestable que la retórica, acaso porque ambas parten de pareja desvinculación con lo que llamó «la maravillosa vida». En nada insistió más que en la necesidad de librar a las palabras de toda frondosidad inútil y ceñirlas a lo etimológico, a la raíz. Pero la raíz, lo radical, es lo activo. «Epopéya es raíz» (IV, p. 381). Por algo elogió la poesía heroica primitiva o «la rugosa y troncal lengua del Génesis» (XXI, p. 214). Llevar las palabras a ese punto que las vinculaba con el origen, era llevarlas a lo genesiaco, al instante de su fecundación por el soplo de la vida. Ahora bien, no creyó que la naturalidad excluyese lo artístico. «Arte soy entre las artes, / En los montes, monte soy» (XVI, p. 63). Hay la abundancia retórica que se sobrepone y ahoga lo adornado. Este adorno que lo natural lleva en sí no se distingue de su desnudez. Es la presencia, en la prosa ceñida del último *Diario*, del «todo es festón y hojeo» (XIX, p. 235). En su crónica sobre Beecher se referiría al agua que se labra en la roca «con tal finura que parece pensamiento» (XIII, p. 37). La abundancia martiana no es castelarina. Es la «precisión tropical»<sup>3</sup> que le señaló Alfonso Reyes, la que definió la Mistral cuando dijo que el trópico no es lo excesivo sino lo intenso.<sup>4</sup> De esta identificación de arte y vida nace su estilo proteico. Por ello ha podido compararse con los tan opuestos de Santa Teresa, natural y abundante, y Gracián, ceñido y artístico. Ello explica que a la vez que haya preconizado un arte con «base de hecho real» (V, p. 191), haya polemizado contra el realismo artístico (XIX, pp. 407-431). Pues no es el artista el que ha de copiar la naturaleza, sino más bien la naturaleza la que no es menos inspirada que un artista. Ella recorta con primor el borde orlado de una hoja, crea el ala para el vuelo, pero antes, con tintes fantásticos, la decora. La imaginación está en la raíz de la vida, de ahí que no creyera que fuese su verdadero uso el de inventar sino el de componer los datos de lo real (XIII, p. 194). La imaginación no ha de suplantar lo vivo, pues es uno de los elementos que el artista necesita para captarlo.

Pero no se trata sólo del aspecto ornamental, sino del interno. Para él la vida misma es «un encadenamiento maravilloso [...] un extraordinario producto artístico» (XIII, p. 426). Es lo que lo distingue de los escritores de su época, parnasianos y simbolistas franceses o de algunos modernistas americanos, para los que el arte era un reino autónomo, desvinculado de la vida; lo que lo distingue a su vez de los naturalistas, que querían «copiarla», partiendo en realidad de un parejo dualismo. Del habla llana, al sentido ya icónico, intencional, social, de la escritura, hay una clara diferencia, pero semejante a la

<sup>3</sup> Alfonso Reyes, «Martí a la luz de la nueva física», en: *Boletín de la Academia Cubana de la Lengua*, La Habana, julio-diciembre de 1953.

<sup>4</sup> Gabriela Mistral, *La lengua de Martí*, La Habana, Secretaría de Educación, 1934.

que media entre las etapas primera y última de un proceso unitario. La relación es a la vez el hecho biológico fundamental y el cognoscitivo. Por ello no pudo considerar aisladamente sujeto y objeto y trató de fundamentar su concepción del mundo en lo que llamó «filosofía de relación» (XIX, p. 367). Es esto lo que le atrae en Krause y en Emerson, quien dijo que conocemos las cosas porque somos parte de ellas. Este eros de participación o relación de la parte con el todo, fundamenta a la vez su ética, su estética y su política y su trascendentalismo religioso. Dichos aspectos pueden ser estudiados, o aceptados, separadamente, pero no pueden ser considerados sino dentro de una totalidad en un pensamiento cuya base fundamental es la relación de analogía entre los diversos órdenes de lo real. No olvidemos que quiso unir –como estaban ya unidas sus fuentes en el equilibrio del mundo– materialismo y espiritualismo (XIX, p. 361), ni que fue varón de eternidades este tan hombre de su tiempo.

Su prosa había conocido siempre la vinculación de pensamiento y vida. Se puede estructurar su pensamiento político dibujando el plano de sus experiencias vitales. Pero la identificación de arte y vida sólo la alcanza en su etapa norteamericana. El acontecimiento más importante que ella registra es el de la volcadura del pensamiento en la imagen. Ello marca una diferencia con su periodismo mexicano: allá aconseja sobre diversos temas: agricultura, minería, política, teatro. Pero su opinión personal sobre la huelga de los sombrereros o el estancamiento indígena, prima sobre las imágenes mismas del huelguista o del indio. Su prosa norteamericana, en cambio, nos adentra en el vértigo del movimiento obrero o en la tristeza de un campamento indio, haciendo que sean las imágenes mismas las que hablen: piensa con imágenes. De modo que tanto como del tema del tiempo podríamos hablar del tiempo del tema. Lenguaje anticipadamente cinematográfico, lo vemos utilizar técnicas de *flash back*, dar, como decía, aire de presente a lo pasado, simultanear imágenes, como si quisiera con ello dar esta totalidad que lo sucesivo parece hurtarnos con su fuga. La asociación vertiginosa funde felizmente los polos más distantes, como esos dedos de los sordomudos que se agitan por el aire, que compara a los kobolds que suben y bajan por las chimeneas de las cocinas de Holanda (XI, p. 291). Al peso exclusivamente doctrinal de su periodismo juvenil ha sucedido el papel generador, impulsor, de la imagen. No es extraño que este momento coincida con el de su máxima eficacia de organizador revolucionario, ni que ella cambie también el giro de su oratoria. Antes ha reunido sus auditorios para evocar o presentar amigos artistas –el poeta Torroella, el violinista Díaz Albertini–, para clases de retórica y oratoria –Guatemala o Caracas–, para debates literarios o filosóficos –Liceo de Guanabacoa o Liceo Hidalgo de México–, pero coincidiendo con su primer año en Nueva York –y desde luego con la presencia allí de una fuerte inmigración cubana– lo vemos utilizar su oratoria para fines propiamente revolucionarios, como en su famosa lectura del *Steek Hall*, primera toma de contacto con los emigrados cubanos. A partir de aquí veremos en sus discursos fundirse aceleradamente al artista y al organizador revolucionario. Su decisiva crónica sobre Bonalde, todavía literaria, marca el fin de una etapa y el comienzo de otra. En ella aparece el reconocimiento de este cambio fundamental del interés humano hacia la vida, el desplome de las viejas estructuras, la sustitución de una literatura libresco por una literatura periodística, atenta a la vibración del instante. Lo habitualmente desdeñado por «prosaico» es para él la nueva poesía moderna, la épica nueva y el taller formidable. «El grito de ¡Extra! ¡Extra! tiene en Nueva York», dice Martí, «algo de toque



de rebato» (XI, p. 224). Al otro día, yacen ya los periódicos en los latones de desechos. Nuevas noticias suplantán a las viejas. La vida parece ser allí la verdadera última noticia. De ella nace su empeño de una «literatura gráfica» (XI, p. 196).

Decimos que las imágenes son las que hablan ahora como en el cine y como en la pintura porque hay precisamente una diferencia entre la forma totalmente pictórica con que Martí se acerca a las cosas en sus diarios centroamericanos y la forma mucho más dinámica como aparecen las imágenes reales en su prosa norteamericana. Allí se ve a veces el color sobrepuesto a las cosas, se sienten los golpes de espátula: «Amarilla es la calle, –amarillas las casas, amarillo, con la puesta del sol, –digna del pincel melodioso de Swain Gifford, –el vasto horizonte, amarillas escuálidas las gentes» (XIX, p. 133).

Ahora la agitación humana no deja «componer» en cuadro cerrado los conjuntos, impide la centralidad de la visión, funde el color, todo se inserta en un nuevo dinamismo. Este tránsito de la imagen-objeto a la imagen dinámica es bien comparable al tránsito de la imagen pictórica a la imagen cinematográfica. No es la naturaleza el baudelairiano «bosque de símbolos»: se trata más bien de los emersonianos símbolos del bosque. Aquel era un círculo cerrado de correspondencias que giraba en torno a los sentidos, éste una escala ascendente de significaciones que van de la naturaleza al espíritu. Nada se cierra en el universo martiano donde, sin embargo, todo se corresponde. No es que abandone los procedimientos pictóricos, ni que aquí o allá deje de dar fugaces toques impresionistas a sus vastos lienzos, pero ellos ocupan un lugar secundario, no determinante o inspirador. Gustó huir del vértigo de la ciudad y adentrarse en las salas de pintura, pero en sus crónicas no aparecerán las cosas disueltas voluptuosamente en el color o la luz, como esos robles de Corot de los que decía: «pero vistos de lejos, como debe ser, están bañados en el resplandor indolente de un gran bosque» (XV, p. 338). En sus crónicas norteamericanas se diría que todo tiene mayor proximidad y crudeza, pero también mayor movimiento y confianza. No obstante, no constituyen del todo una forma abierta. Ellas se cierran casi siempre con una imagen que adquiere un relieve simbólico, un valor ejemplar.

Si en sus acercamientos a lo suramericano aparecen siempre símbolos explícitos, de significación más o menos universal (ala o desinterés, volcán o irrupción libertaria, torrente o vida), en su prosa de tema norteamericano vemos aparecer otro tipo de símbolo, al que llamamos involuntario (en el sentido de que el poeta no lo proyecta intencionalmente sino lo descubre en el decurso mismo de las cosas) y que sería acaso mejor llamar símbolo implícito. No se trata del contenido geométrico sino del individual e indisoluble ligado a un contexto de tiempo. Una exposición de abanicos, de épocas y estilos muy diversos, le musita: la cosa más insignificante cobra valor como «símbolo del tiempo» (XIX, p. 297).

Pues no deja de haber en este símbolo implícito una imagen intencional (como la bandera que arruga imperceptiblemente Blaine cuando sube al estrado) (XIII, p. 362), que cada vez se vuelve más sutilmente alusivo (el gato que mira inmóvil el cadalso de los anarquistas) (XI, p. 351). El poeta no se propone destacar una significación que las cosas por sí mismas, y con más imparcialidad, revelan. Ve que todo lo que es, es símbolo. Pero al identificarse el símbolo con la cosa misma, como en el lenguaje, nos remite, de nuevo, a la pura imagen. Progresivamente pasamos del símbolo al sentido. Él alcanza su mayor nitidez en el último *Diario*. Ahora ve correr, entre piedras y helechos, «el agua limpia»



(XIX, p. 222). A veces aparece el símbolo franco, explícito, de su crónica suramericana, como en la comparación entre el Cauto crecido y turbio y las pasiones feroces de los hombres, pero con mucha mayor frecuencia las cosas desnudas transparentan calladamente una recobrada plenitud. Ferocidad y dulzura invisibilizan ya del todo sus símbolos en el perfecto equilibrio de la última anotación que nos dejó: «Está muy turbia el agua crecida del Contra maestre, -y me trae Valentín un jarro hervido en dulce, con hojas de higo» (XI, p. 243). Nada tan puro en la compleja multiplicidad de su crónica norteamericana.

En lo suramericano había visto siempre el imperio de lo irruptor: el torrente Heredia o el volcán Bolívar, resuelto en equilibrio final de contrarios: Heredia a la vez arrebatado y armonioso, Bolívar que «quema y arroba» (VIII, p. 241). Serpiente y ala juntas de los viejos mitos indígenas, trueque del odio en amor de la prédica de Montecristi. Nuestra ética, nuestra religiosidad, nuestra política, la gran cabalgada telúrica de la gesta libertaria americana, parecían partir de una incondicionalidad histórica: «Sobre las hidras, fundamos» (VI, p. 138), como nuestra revolución poética de esa sacudida del corcel impetuoso que rompe la causal «cadena», pórtico y símbolo de los *Versos libres*. Vemos, por el contrario, en sus observaciones sobre la historia norteamericana, sus figuras políticas o sus procesos judiciales, la motivación causal, la condicionalidad histórica. No concebir ningún acontecimiento aislado sino dentro de un encadenamiento de sus causas es característica lo mismo del historiador Bancroft que del Emerson que escribía: «La Causa y el Efecto siempre: he aquí mi divisa».<sup>5</sup> Para Martí tampoco hay acontecimiento aislado, con la excepción quizá de algunos momentos de *El presidio político*, donde la realidad se le revela como desgarrada de su totalidad, de su sentido (I, pp. 46 y 52), pero la causa no parece determinar completamente el efecto, quedando siempre un margen de autoctonía espiritual de libertad: la ve en la base del hecho histórico, y en la raíz de desinterés del carácter moral. Así vemos saltar de la vivencia de la crueldad del presidio, la idea del bien (I, p. 52). Si la vida de Washington nos la cuenta de grado en grado, Bolívar viene impetuoso, como el samán de las llanuras (VIII, p. 241), sobreabundando del origen. Washington es, esencialmente, un heredero: Bolívar, un rebelde. El norteamericano siente el vínculo racial con sus antepasados sobre el vínculo telúrico, se siente más cerca del inglés que del indio. Martí no explica por qué «se viene de padres de Valencia y de madres de Canarias» (VIII, p. 336) y se siente correr por las venas la sangre de los desnudos y heroicos caracas, por qué «el primer criollo que le nace al español [...] fue un rebelde» (VI, p. 138). Pero este «venir de sí», más que sentirse fruto de una herencia, que él ve como característica americana, ¿no lo es también de la criatura ibérica? España, que es un poco la América de Europa, africana también, siempre ha sido reacia a la historia. O estancamiento, o irrupción súbita, pero no evolución; poesía sin duda, pero no novela. Cada gran español parece ser hijo de sí mismo, arrancar de la propia

---

<sup>5</sup> Ralph Waldo Emerson, *Diario íntimo*, Madrid, La España Moderna, s. a., t. 1, p. 204: «Un hecho considerado aisladamente nos confunde, nos desconcierta: olvidado un instante, pronto encontrará su puesto en el encadenamiento divino» (*ibid.*, p. 207). Y en el comentario de Martí a la historia de Bancroft: «Para Bancroft no hay acontecimiento aislado». Él indica la «relación secreta» entre los sucesos (IX, p. 307).

raíz. No se dan allí esas familias literarias de espíritus afines, la continuidad, por ejemplo, Montaigne-Gide. Ocupa tan poco lugar el tiempo para un español como ese pañuelo en la mano de una de las infantas de Velázquez, del que nació el impresionismo.

El verdadero tema de las crónicas norteamericanas de Martí es la asunción de la naturaleza por el hombre, su inserción en el tiempo. Al comienzo de cada crónica los sucesos de la política o las múltiples actividades humanas cambian a la vez que el colorido de cada mes, como cambia de luz cada hora del bosque en un lienzo impresionista. Gira la luz humana del suceso: «Desde que el sol rojo de agosto quema las hojas pesadas del manzano» (XII, p. 31) hay más ardor en los bailes, más pasión en la política, más arrebató en las carreras de caballos. La miseria de los pobres o las regatas de los ricos mudan el aspecto del verano, como el del otoño el ser temporada de teatros o de preparativos de elecciones. La actividad humana invade la naturaleza. Vemos allí los filósofos naturales (Emerson) (XIII, pp. 15-30), los poetas naturales (Whitman) (XIII, pp. 129-143), los predicadores que como Beecher se inspiraban en la naturaleza y no podían repetir su plegaria de ayer como no podría la espuma repetir la forma como ayer se deshizo en la playa, o su canto la oropéndola (XIII, p. 38). Allí los héroes de la naturaleza (expedicionarios de la Jeannette) (X, p. [19]), los desastres naturales (terremoto de Charleston) (XI, p. 63), los movimientos espontáneos de masas (huelgas y desfiles) (X, pp. 75 y 403-424), los hombres naturales, el vaquero Buffalo Bill, cuyo caballo parece parte de él «por lo fino y sutil de su obediencia» (XI, p. 40), y los indios «húmedos todavía del rebaño de la naturaleza» (X, p. 287). Allí, también, esas delicadas detenciones del ritmo del tiempo, esos domingos en que se visitan asilos y se ven grupos de viejos bajo los castaños: las pobres locas de Blackwell a las que los actores generosos representan una obra de teatro, y la más anciana, «con cortesía de minué», «besó», a la actriz, «que había hecho de madre, [...] el borde de la manta» (XII, p. 125), o esos enamorados sordomudos, cuyo idilio nos cuenta con algo del patetismo de las películas mudas:

Él, conteniendo mal las lágrimas en los ojos azules, se lleva varias veces la mano al corazón: ella, por no enseñar el rubor, no levanta la cabeza: él, como preguntándole si sabe dónde nace la luz, le toma al fin la mano, que acaricia en la suya largamente: ella, ya al venir el tren, alza los ojos, mueve, diciendo que sí, los dedos trémulos: y ya va el tren lejos, lejos, cuando todavía dos pañuelos se hablan por el aire (XI, pp. 291-292).

Y la muerte es allí también la muerte natural, sin el dramatismo de las manchas de sangre con que nos describe el traje de Ángel Pastor en «Un torero moribundo» (XIV, p. 477). Los cementerios parecen jardines. «Acá la muerte es otra cosa» (XI, p. 196) observa. «¿Llorar aquí, por los que descansan, en este cerro matizado de asfodelos?» (XI, p. 195). Y en su crónica sobre Whitman, el fragmento antológico: «Ya sobre las tumbas no gimen los sauces, la muerte es “la cosecha [...]”, del mismo germen son la miel, la luz y el beso» (XIII, p. 134). Mundo de analogías, ya estructurado filosóficamente (Emerson) o cantado simultáneamente (Whitman). Allí esas páginas de un lirismo entremezclado de industriiosidad («Inteligencia de las oropéndolas») (X, pp. 73-74), ya esas otras en que capta esa humanización del animal, que luego recogió el cartón animado, tan norteamericana, como las que dedica a la vaca Jersey, a la que describe, deliciosa y humorísticamente, tendida como una cortesana, «más felina, más femenina que las otras [...] con sus ojos procaces y seguros, de negras ojeras, con su oreja menuda ribeteada de

vello voluptuoso [...], con su cuello de onda y pies de cierva [...], con sus flancos capaces, como para que la maternidad no la fatigue», que parece, «tendida negligentemente sobre su limpia cama de aserrín, damisela entretenida que aguarda sin pasión la hora galante» (XIII, p. 498). Humanización de los pájaros, que hablan mal de los hombres en el colgadizo donde comienza el gavlán la revisión del credo y censuran los vicios de los cristianos las inocentes tórtolas. Humanización de las cosas, como esos abanicos que cuchichean y rememoran, en el centenario de Washington, la fiesta de antaño (XII, p. 216), o esa celda de los anarquistas donde «chisporrotean, cocean, bloquean, las luces eléctricas» (XI, p. 351). Y entre los poetas de la naturaleza y los héroes de la historia, dos símbolos aún sin contexto: la estatua de la Libertad (XI, pp. 99-115) y el puente de Brooklyn (IX, pp. 423-432). Hay que convenir que en estos dos temas, tentadores para un americano, aparece menos la efusión lírica o el símbolo explícito que los pormenores humanos o la construcción minuciosa de la obra de ingeniería.

Pues «aquella compenetración del hombre y la naturaleza, que con su estilo flagelante y lumínico predicaba Emerson» (XI, p. 15) no es la roussoniana o idílica, sino la arrollada por el «esparcimiento del hombre» (XI, p. 15). Sus crónicas cuentan precisamente el brío primitivo con que se derriba el bosque y se alza un pueblo en el Oeste (XI, p. 34), «el triunfo del fuerte y la doma de la naturaleza» (XI, p. 33), el hombre blanco arrollando la solemne espesura (XI, p. 33). Es la transformación de la moral puritana de los padres que abandonaron, por la libertad, la propia tierra, en la moral de los hijos, dispuestos a todo trance a poseerla. Martí fue testigo excepcional, y entre los escritores americanos, el único vidente, del momento en que el imperialismo, pasada ya su etapa de expansión territorial por el continente, empezaba a entrar en su fase de expansión económica. Es el momento de la Conferencia Internacional Americana y del artículo de *The Manufacturer* que provoca su ardiente «Vindicación de Cuba» (I, pp. 236-241). El que no retaceó la admiración ahora puede denunciar el peligro. De la humanización de la naturaleza, a la bestialización del hombre. La ve reflejada en el deporte (véase su crónica sobre «los bárbaros caminadores» [IX, pp. 456-457] que «galopan», «trotan», «adementados») (IX, p. 266), en las especulaciones de la Bolsa, a la que compara con la cacería de la zorra en Newport (XI, p. 198), en el usurero rematador de cuadro, que acude «con viveza de urraca donde huele a compra», y cuya voz se cierne, salta, picotea, se posa sobre el hombre, se abalanza sobre la presa nueva (XIX, p. 313), en el inescrupuloso minero Flood con alguna que otra «gota de sangre en su fortuna» (XXII, p. 198), en el político Blaine, de ojo mineral, «un diamante negro embutido en marfil» (XIII, p. 362). Ella estalla en su página sobre «la política de acometimiento», sin duda la de mayor crudeza que salió de su pluma, que siempre prefirió alabar, o callar:

Estos hombres desconsiderados y acometedores, pies en mesa, bolsa rica, habla insolente, puño presto; estos afortunados pujantes, ayer mineros, luego nababs, luego senadores, esta gente búfaga, de rostro colorado, cuello toral, mano de maza, pie chato y ciclópeo, estos aventureros, criaturas de lo imposible, hijos ventrudos de una época gigante, vaqueros rufianes, vaqueros perpetuos [...] estos tártaros nuevos, que merodean y devastan a la usanza moderna, montados en locomotoras, estos colosales rufianes, elemento temible y numeroso de esta tierra sanguínea, emprenden su política de pugilato. Y, recién venido de la selva, como en la selva viven en la política y donde ven un débil comen de él, y veneran en sí la fuerza, única ley que acatan, y se miran como sacerdotes de ella, y como con cierta



superior investidura e innato derecho a tomar cuanto su fuerza alcance. En Cartago, estos hombres se asentaban en el palacio de Amílcar, se comían sus bueyes y bebían su vino, se revolcaban ebrios, repletos de germen desocupado, al pie de sus rosales olorosos, se echaban vientre a tierra, cubiertos de oro y de perfumes, y luego se alzaban como la esfinge, las palmas de las manos apoyadas en el césped, en los ojos una mirada redonda como la de trilobites, asido entre los dientes el rosal roto; y luego cargados de botín, rugiendo por su soldada, se iban como una plaga, por los campos, a juntarse a anca para caer con las lanzas tendidas y secando a su aliento la tierra, contra la República (XIII, pp. 288-289).

Si en su crónica europea compara el movimiento de la ciudad con el de un carruaje o una góndola, ve el norteamericano en el símbolo de la locomotora (IX, p. 443). El movimiento es tan vertiginoso que cambia de forma: aquí «se anda, se corre, se vuela» (IX, p. 39). «Al que se detiene en el camino, pueblo u hombre, échanlo a tierra, písotéanlo, injúrianlo, despedázanlo» (IX, p. 105). El idioma se contrae; «los sucesos se amontonan» (IX, p. 37), no puede darle cabida a todos en la crónica. Lo que allí se le hace evidente, es la necesidad de combatir lo que se expansiona inmoderadamente, quitando el espacio al otro, con un equilibrio que vendría a ser la salvaguardia del «todos», del honor de los vencidos tanto como el de los vencedores. Estos dolorosos años neoyorquinos dieron la verdadera forma a su política y aun a su estilo, podándolo de sus excesos imaginativos. «Y padecí de veras», escribe, «mientras ponía en equilibrio la imaginación y el juicio, y hacía a éste dueño de aquélla. El inglés y el francés me ayudaron a eso, porque la prosa de acá gasta pocos abalorios» (XII, pp. 251-252). Nótese que dice «la prosa de acá», pues aunque alabó la precisión de la lengua francesa, ella difiere de la precisión norteamericana tanto como la distinción racional entre dos cosas, de su peso específico. Ve que la vida no tiene un secreto distinto que el estilo: el sacrificio. «Saberse sacrificar es el precio del éxito durable en todo» (XXII, p. 203). Es curioso verle usar este término tan norteamericano, y hasta, si se quiere, tan fugazmente comercial del «éxito», sometido a las altas presiones éticas del sacrificio en su antinomia del «éxito durable».

A partir de este equilibrio, ya son sus versos «unos y sinceros» (I, p. 26). No le falta razón al decir que la prosa de su gran crónica sobre Bonalde que ella no había «cuajado» aún (I, p. 27), aunque ese desajuste sea precisamente el tema logrado de la crónica. Pero comparémosla con su Whitman, la palabra ha ganado su «tempo» natural. Es a la vez más sencilla y más artística. Allá el elogio del poeta se sobrepone a sus méritos reales, con exceso evidente: aquí se ajusta y casi se identifica con él. No habla «de» sino «desde». Pero hay más: allá hace residir su «prueba perfecta y absoluta» (VII, p. 236) de la vida eterna en la insuficiencia del lenguaje y de la vida para expresar, o colmar, los juicios, afectos y designios del hombre, como si traspusiese su necesidad de un ajuste perfecto de forma y fondo de la estética y la política a la fe trascendente. Véase el fragmento, que no en balde recuerda al monólogo de Segismundo de *La vida es sueño*, «Nace el árbol en la tierra» (VII, p. 236). Pero en su crónica sobre Whitman es la pujanza de la vida, y no su insatisfacción, la que lo lleva a traspasar las fronteras naturales y transformarse en un elemento más espiritual y fluido. No se trata ya de una compensación, ni de una dubitativa pregunta por la «arboleda de oro» (VII, 236) eterna, sino de una afirmación jubilosa: nótese, de nuevo, la invasión de triunfantes gerundios.



Así, celebrando el músculo y el arrojo: invitando a los transeúntes a que pongan en él, sin miedo, su mano al pasar; oyendo, con las palmas abiertas al aire, el canto de las cosas; sorprendiendo y proclamando con deleite fecundidades gigantescas; recogiendo en versículos édicos las semillas, las batallas y los orbes [...]; pastoreando los siglos amigos hacia el remanso de la calma eterna, aguarda Walt Whitman, mientras sus amigos le sirven en manteles campestres la primera pesca de la Primavera rociada con champaña, la hora feliz en que lo material se aparte de él, después de haber revelado al mundo un hombre veraz, sonoro y armonioso, y en que, abandonado a los aires purificadores, germine y arome en sus ondas, «idesembarazado, triunfante, muerto!» (XIII, 142-143).

Por esos tres adjetivos finales pareciera que la vida se hubiese transformado «en algo más rico y extraño». Pero esta expansión espiritual, contrapartida feliz de la otra, no parece mostrar el contrapeso de una militancia activa a favor de la zona de sombra, lo que Martí llamó «la gran pena del mundo» (XVI, p. 112). Martí leyó mucho a estos trascendentalistas americanos que como Whitman, Thoreau o Emerson, partían de un trascendentalismo basado en la naturaleza. «El hombre crece tanto», escribe, «que ya se sale de su mundo e influye en el otro» (XIII, p. 33). Como ellos, parecer unir en una sola espiral lo visible y lo invisible, pasar de las fronteras de lo natural a las de lo sobrenatural casi sin el requisito de la fe, sólo a virtud de su «teoría de la expansión análoga» (XIII, p. 426), su «Todo se afina, se purifica y crece» (XI, p. 278), su «orden ascendente en la semejanza de», todo «lo creado» (XI, p. 480). Es el mundo «de minotauro yendo a mariposa» (XVI, p. 176) de sus *Versos libres*. Pero distíngase: no se trata de la sola fuerza material, de la cual el espíritu sería una simple derivación, sin garantía de supervivencia, sino de una coexistencia o interrelación que obra desde el origen, y en que el espíritu actúa como libertador. «La alarma viene», dice, «de pensar que cosas tan bellas como los afectos, y tan soberbias como los pensamientos, nazcan, a modo de flor de la carne, o evaporación del hueso, del cuerpo acabable» (XV, p. 373). De modo que admite semejanza, desarrollo paralelo, no derivación; orden ascendente, no anonadamiento; relación, pero doble, no unilateral. Martí ve en Emerson una anticipación de Darwin, y en doctrina tan moderna, huella de la trasmigración hindú (XXII, p. 305), pero ni a una ni a otra se adhiere enteramente. El amor es cosa de dos. «La vida es doble», dirá en su crítica a Darwin. Su evolucionismo espiritualista hoy nos lo acerca mucho más a un Teilhard de Chardin. Pues el minotauro no se transforma en mariposa (como Júpiter en toro) sino que tiende a ir hacia ella, a liberar lo que en él había de ala en el origen. La fuerza bruta del minotauro, que hunde sus raíces en la fábula de lo desconocido, sólo podía llevarlo a la caverna involutiva. Criatura de laberinto, prisionero de algún rey, sólo la gracia de la doncella puede liberarlo. ¿Por qué el toro, que en el culto estelar de Mitra, uno de los más antiguos cultos mediterráneos, es sólo vencido por el ser alado, reaparece en la imaginación de Martí deviniendo psique, mariposa? ¿Por qué «empieza el hombre en fuego y para en ala»? (XVI, p. 239). Emerson, en su ensayo sobre Swedenborg,<sup>6</sup> recuerda que fue un contemporáneo de Newton, descubridor de la ley de gravitación universal, el que vio platónicamente al mundo, como una escala ascendente. Martí, contemporáneo de Emerson,

<sup>6</sup> Ralph Waldo Emerson, *Hombres representativos*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1943, pp. 62-97.

que dijo que la gravitación era quizá sólo la bifurcación de una corriente más poderosa a la que no habíamos hallado el nombre, busca más bien un equilibrio entre lo que gravita y lo que asciende. Ello tiene derivaciones morales y políticas, que no podemos tratar aquí. Por ello al mundo «de minotauro yendo a mariposa» de sus *Versos libres*, de influjo emersoniano, parece contraponer el influjo hispánico, de más fuerte gravitación ética, de los *Versos sencillos*. Tuvo que leer con fruición este ensayo sobre Swedenborg, teólogo y hombres de ciencias, estudioso de los metales y las estrellas, sabio transicional de una época en que el interés por la química y la óptica, la anatomía comparada o la metalurgia, antes conducían que apartaban del conocimiento de Dios y del cielo estrellado. También él, como en nuestra tradición cubana Luz, quiso hermanar ciencia y fe. Creyó que la literatura debía ser científica (XXII, p. 141), no porque utilizara su vocabulario o sus temas, sino porque viese la hermosura en el orden del mundo y en sus leyes fijas e invisibles. Y a su pequeña María dirá que leía pocos libros de versos «porque casi todos son artificiales y exagerados» y donde encontraba poesía mayor era «en los libros de ciencia, en la vida del mundo, en el orden del mundo» (XX, p. 218). Emerson confiesa que una mariposa perdía para él todo su encanto cuando la ciencia le descubría lóbulos y estómagos, ácidos y alcalinos. Su evolucionismo nada quiere saber con las entrañas en cuyos talleres ve Martí forjarse las alas. Hay una radical diferencia entre esta armonía «final» que a Martí le revela el universo y la emersoniana. A la religión de la naturaleza de Emerson le faltó el sentido de la redención y el sacrificio. Ello no le impidió hacer tanto por la independencia intelectual de su país —como señala Edgard Lee Masters—<sup>7</sup> como hizo Martí en el suyo por la independencia política. El trascendentalismo de Emerson no es cristiano, está más cerca del idealismo platónico; el de Martí no se opone al realismo, simplemente lo lleva más allá.

Ve, como Emerson, una relación de analogía entre el orden material y el del espíritu, pero no una relación causal: el paralelismo de cada estrofa de los *Versos sencillos* así lo confirma. El hombre no resulta anonadado, al modo hindú, o impersonalmente transformado: el primer verso del libro es «Yo soy un hombre sincero», el último «O nos salvamos los dos» (XVI, pp. 63 y 126). Hay un quehacer de salvación, de purificación, que no queda librado a «los aires purificadores» sino a los héroes, a quienes por algo incluye en sus claustros de mármol en este librito escrito en medio de la emersoniana naturaleza de Catskills. En vano buscaríamos un héroe entre los *Hombres representativos*, y del mismo modo, sería inimaginable en Martí esta frase de Emerson: «Todo héroe resulta fastidioso al final».<sup>8</sup> Hay en el norteamericano una ruda y encantadora franqueza que falta en Martí, quien es más sincero que franco, acaso porque la sinceridad es un esfuerzo por coincidir con la verdad en difícil equilibrio con el cuidado de no herir ninguna parte, cosa de sobrio linaje ético, más que lujo temperamental. No llega a descubrir Emerson la analogía mayor que nos descubre Martí y es la del sentido griego de la armonía y el cristiano del sacrificio, la analogía del equilibrio y la cruz. El sacrificio que restablecería, como creyeron los viejos mitos nahuatl,<sup>9</sup> la armonía del mundo. Es la reve-

<sup>7</sup> Edgar Lee Masters, *El pensamiento vivo de Emerson*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1940, p. 14.

<sup>8</sup> R. W. Emerson, *op. cit.*, p. 23.

<sup>9</sup> Miguel León Portilla, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, México, D. F., Instituto Indigenista Interamericano, 1956, pp. 117-118.

lación, que recoge su *Diario* dominicano en el símbolo de las dos lanzas, la oxidada por el tiempo y la bruñida por el sol de la batalla, «de la naturaleza universal del hombre» (XIX, p. 192). Parece que nada tuviera que ver con su crónica política de *Patria* o su *Diario* cubano con la excesiva presencia de los sucesos de la vida ordinaria en su artística crónica norteamericana. Pero ella dio una dimensión práctica a su excesivo vuelo que benefició, no sólo al escritor, sino al político. La febril actividad revolucionaria que allí despliega, lejos de desviarlo –como creyó Darío– de la poesía, dio a su palabra un dinamismo nuevo. Había tenido en sus años juveniles una experiencia brutal de la injusticia. Ella se le presentó de modo absoluto, a la española. En sus duros años neoyorquinos aprende a penetrar más sus causas temporales, a preparar mejor el éxito de su gestión. Allí ve analogías entre la situación, la política y la espiritual, la necesidad de frenar lo que se expansionaba unilateralmente en el sentido del espacio o del tiempo. Allí comprende el papel crucial de las Antillas. Descubre el sentido del sufrimiento en el orden del mundo, el valor de las pausas en el de la expresión. La guerra no es ya, como para el joven «*Abdala*», el rápido escenario donde soñará con la muerte de los héroes. Allí ve la necesidad de preparar la guerra como una obra de arte. Su invencible gravitación ética, su raíz hispánica que humanizaba lo eterno, su sentido del deber político, equilibraron las dos poderosas corrientes que allí conoció de un evolucionismo que parecía conducir al triunfo del más fuerte y un trascendentalismo que escapaba por las alas. Allí entra, como el ritmo a su prosa, al corazón del tiempo. Tensas ya las cuerdas para el sacrificio, puede oír el «son, y alma a las hojas» (XIX, p. 218) la música de la naturaleza recobrada. El niño del Hanábana, que vio su paz turbada para siempre por el turbión de la injusticia, se dispone ahora a cumplir un viejo juramento,<sup>10</sup> y al arribar a las costas de Cuba «con un puñado de valientes», entre las fatigas de la marcha, escribe: «Me siento puro y leve», con «algo como la paz de un niño» (XX, p. 228).

## Carlos Ripoll:

### *Martí en Nueva York: la primera visita\**

Al terminar los estudios en Zaragoza, Martí decidió ir a México para reunirse con su familia. Muy poco se sabía de este viaje. Fermín Valdés Domínguez habló de él en su «Ofrenda de hermano», pero ahora vemos que no era cierta la información que allí daba. Según ese escrito, había embarcado en Southampton, hacia México, y con pasaje de primera clase. Sin disponer de otros datos los biógrafos de Martí repiten las palabras de Valdés Domínguez, pero la salida no fue de Southampton, sino de Liverpool; ni cruzó el Atlántico con dirección a México, sino con destino a Nueva York; ni fue en primera, sino como emigrante en tercera clase. Hizo la travesía en el *Celtic*, uno de los más

<sup>10</sup> Referencia al esclavo negro que vio colgado de un seibo en el Hanábana y que recuerda en los *Versos sencillos*: «Un niño lo vio: tembló / De pasión por los que gimen; / ¡Y, al pie del muerto, juró / Lavar con su vida el crimen!» (XVI, p. 107).

\* En: *José Martí. Letras y huellas desconocidas*, Nueva York, Eliseo Torres and Sons, 1976, pp. [9]-22.

modernos trasatlánticos de la *White Star Line*. Dejó el puerto inglés el 2 de enero de 1875, y después de una escala en Queenstown –hoy Cobh, Irlanda–, y doce días de vendavales y tormentas, llegó a Nueva York el 14, con noventa y ocho pasajeros. La memoria había traicionado al buen amigo de Martí cuando evocaba el episodio. Éstas fueron sus palabras:

[...] después de un viaje por París y otra ciudades de Europa, llegó enfermo a Southampton. Allí debía embarcarse para México [...]. El barco que lo llevaba a Veracruz era de emigrantes, pero en aquel gran vapor había buenas cámaras para pasajeros de primera [...]. Luego que lo abrazó, [Valdés Domínguez] fue a la casa consignataria y entregó el importe de un pasaje de primera...

En un artículo que publicó Martí en México describe [...] sus horas de angustia a bordo de aquel trasatlántico. Decía Martí que se le dio un plato sucio y una cuchara, y se vio en un inhumano departamento en que era sofocante el hedor de la suciedad y de la miseria; allí, entre centenares de hombres empujados por la fatalidad, había un caldero apestoso que le hizo recordar el rancho del presidio de La Habana.<sup>1</sup> Y cuando quería buscar en aquellos rostros embrutecidos por el hambre y las enfermedades, ojos en los que brillara algún rastro de inteligencia o una lágrima de dolor, la voz del capitán lo sacó de su triste y dolorosa abstracción:

–¡Mr. Martí!– gritó el marino.

Y decía Martí: «No era el capitán quien me llamaba para que ocupara mi cómoda y elegante litera; era mi hermano el que me estrechaba entre sus brazos: era algo amado de mi Cuba que iba conmigo en aquel viaje triste que me llevaba quizás fatalmente a la muerte».<sup>2</sup>

Se supo que Martí no había ido directamente desde Europa a México al descubrirse en 1933 su llegada a Veracruz, en el *City of Merida*, procedente de Nueva York.<sup>3</sup> Quedaba entonces su viaje a través del Atlántico aún en mayor misterio. Salió de Nueva York el día 26 de enero, pero ¿cómo llegó a esa ciudad?, ¿cuánto tiempo pasó en ella? El manifiesto de pasajeros del *Celtic*, que se conserva en los *National Archives* de Washington, despeja esa incógnita: entre los viajeros se consignan estos nombres: «G. Hippolyte, de 41 años; J. Avar, de 22; Enrico Ma. Dello, de 17; G. Pauzzo, de 24; y José Martí, de 21»; y bajo los siguientes epígrafes los cinco declaran: «Occupation, *Musician*; The Country to which they severally belong, *Italy*; The Country of which they intend to become inhabitants, *U. S. A.*; Part of the vessel occupied by each passenger

<sup>1</sup> Las condiciones para viajar en tercera, en los vapores de la *White Star Line*, parece que no eran tan malas como aquí se describen: los pasajeros, separados los hombres de las mujeres, tenían derecho a litera y comida («unlimited supply of well-cooked food», dice un anuncio de la época), aunque debían adquirir, por su cuenta, el colchón, la ropa de cama y los cubiertos (Roy Anderson, *White Star*, Lancashire, T. Stephenson & Sons, 1964, p. 62).

<sup>2</sup> *Revista Cubana*, XXIX, La Habana, julio de 1951-diciembre de 1952, pp. 250-251. En otra oportunidad, sin embargo, cuando contaba el viaje Valdés Domínguez, afirmó que Martí no había comentado el cambio de tercera clase a primera en un artículo: al terminar la misma narración en su *Diario de Soldado*, agrega: «...siento haber perdido la carta en la que él –amorosamente– me hablaba de esto» (La Habana, Universidad de La Habana, tomo I, 1972, p. 24).

<sup>3</sup> José de Jesús Núñez y Domínguez, *Martí en México*, México, Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1933, pp. 17-18.



during the voyage, *Steerage*).<sup>4</sup> Martí iba a permanecer pocos días en Nueva York, sólo lo necesario para seguir viaje a México. ¿Por qué aparece en esa declaración jurada como un músico italiano que piensa radicarse en los Estados Unidos? Aún no estaba restringido el flujo de inmigrantes en este país, ni debe haber influido su situación legal respecto a España.<sup>5</sup> Por ahora habrá de quedar ese extremo sin aclaración, pero al poder precisar su llegada a Nueva York, y su estancia en la ciudad durante doce días, se revelan aspectos de su vida y de su pensamiento de mayor interés que el mero dato biográfico.

Martí se refirió a ese viaje dos años más tarde, en unas páginas que escribió al terminar su travesía entre La Habana y Progreso, cuando iba a establecerse en Guatemala. Pero sin lo que ahora sabemos no se entendía aquella meditación donde habla de una tempestad en alta mar y concluye con un juicio sobre los Estados Unidos. Mientras estaba en el puerto mexicano, antes de embarcar a Izabal, dice en una carta a Manuel A. Mercado: «Escribo al correr de la pluma, un libro de pensamiento y narración. Más que lo que veo, cuento lo que pienso».<sup>6</sup> Las páginas que interesan aquí estaban destinadas a esa obra que nunca llegó a publicar: forman un breve ensayo perfectamente estructurado en el que tienen igual extensión tres asuntos: el ser humano, el mar, y la vida norteamericana; y en cada caso se vale de una comparación para mejor expresar sus ideas. El hombre «nace como arroyo murmurante, crece airoso y gallardo como abierto río, y luego —a modo de gigante que dilata sus pulmones, se encrespa ciego, y se calma generoso...», y siguen graves consideraciones sobre la conducta humana. El símil con el mar lo lleva al segundo tema: «Mido yo mi grandeza por la de los océanos irritados»; así le viene a la memoria su experiencia de 1875. Durante todo el viaje tuvo el *Celtic* mal tiempo,<sup>7</sup> y como Martí, cuando anotó esos recuerdos, acababa de cruzar el Golfo de México en una travesía apacible, el *City of Havana*, que lo llevó a Progreso, le parece una nave «vulgar, cómoda, apática, sin gallardía en sus velas»; el mar, «sombrio» y «mezquino batallador». Se imponía el paralelo entre las dos experiencias, y su temperamento lo lleva a preferir la de 1875. Con exalta-

<sup>4</sup> Comienza esta relación con el usual juramento: «I, *W. W. Kiddle*, Master of the S.S. "*Celtic*" do solemnly, sincerely, and truly declare that the following List or Manifest, subscribed by me, and now delivered by me to the Collector of the Customs of the Collection District of New York, is a full and perfect List of all the Passengers taken on board the said Steamer "*Celtic*" at *Liverpool* from which Port said Steamer "*Celtic*" has now arrived; and that on the said List is truly designated the age, the sex, and the occupation of each of the said Passengers, the part of the vessel occupied by each during the passage, the country to which each belongs, and also the country of which it is intended by each to become an inhabitant; and that said List or Manifest truly sets forth the number of said Passengers who have died on said voyage, and the names and ages of those who have died. So help me God. *W. W. Kiddle*. Sworn to this 14 Jan'y 1875» (*Passenger Lists of Vessels Arriving at New York, 1820-1897*, edición en microfilme, Washington, D. C., National Archives, 1958, roll 396, 1º de enero-10 de marzo de 1875).

<sup>5</sup> Cuando en semejantes circunstancias llegó a Nueva York en 1880, en el manifiesto de pasaje aparece la información correcta. Véase en este libro «Martí en *The Hour*».

<sup>6</sup> *Obras completas*, 27 vols., La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1966, XX, p. 27. [En lo adelante se citará de esta edición, mencionándose los tomos en números romanos, y las páginas en arábigos.]

<sup>7</sup> La noticia de su llegada la dio el *New York Herald* con estas palabras: «Had continuous gales the entire passage, and violent hurricane on the 7th and 8th insts» («Port of New York. Jan. 14, 1875, Arrivals», *New York Herald*, 15 de enero de 1875, p. 10).

ción parecida a la de Chateaubriand, Wordsworth, Heredia, Espronceda y tantos otros escritores románticos ante semejante espectáculo, evoca la tempestad en el *Celtic*. Identificado con la naturaleza, desafía el peligro, se siente crecer y se entusiasma con místico delirio por la violencia de los elementos:

[...] el negro Atlántico reunía todas las fuerzas de su seno, no cabía su cuerpo dilatado en la implacable orilla de sus mares, y se retorció con sacudimientos montañosos, pidiendo fuerza al cielo, negro también y oscuro, como la frente de sañudo padre, que quiere detener con su ira las impacencias de un hijo rebelado... Bien firmes en las órbitas mis ojos, rey también entre tanta majestad, sentía hercúleas mis espaldas. Un religioso espíritu me transportaba; afán de batalla me poseía, hogar mío creía yo a aquel espacio negro y barco hondo, y regocijado como un niño, adoraba aquel peligro, que al fin me conocía y miraba al cielo alto, que es mi manera de pintarme de rodillas. ¡Qué desdén luego en mis ojos para todo lo que no amaba conmigo la tormenta!

Y concluye transformando la lucha de las olas y la embarcación en torneo de gigantes:

Eran el mar y el buque como masas de espíritus inmensos; placíanse en el combate, y reposaban de sus golpes como generosos enemigos. Allá viene la negra montaña, ladeado el cráter, crecientes las faldas, jadeante y horrible; y hace cresta, se extiende, se yergue, ya se lanza rugiente sobre el buque. Y el gran *Celtic* se dilata, se encorva, se inclina al lado mismo de la ola con su borde poderoso —el hondo aceroso borde, abre sus brazos férreos como para ahogar mejor a la montaña, y se endereza y se sacude, vencedor gigante; conmueve la onda horrible y la echa fuera. Tal vez adolorido, calla el mar esta labor de abismo, fatigado de la lucha, se estremece sobre su base colosal, como si se desatara el ruido de bronce a sus miembros. Ruge sordamente, como monarca perturbado; mas otra vez, en cambio, corre de su férrea cabeza a su ligero extremo onda apacible, y parece, al resplandor de la tiniebla, un león satisfecho que lame con su lengua el pelo de oro.<sup>8</sup>

La descripción de la tormenta le trae entonces a la memoria su visita a Nueva York en 1875, y deriva al último asunto del ensayo. Martí se vio obligado a permanecer allí en espera de un barco para seguir viaje: entre el 14 y el 26 de enero no había ninguno con destino a México. Tuvo así tiempo de recorrer la ciudad y conocer sus principales barrios y atracciones. En un escrito de 1878 dejó constancia de la mala impresión que le había causado «la estatua mezquinísima de Lincoln» en *Unión Square* (VII, p. 173), y en otro, de 1889, habla de los cambios que se habían producido desde su primera visita:

Quien vio a New York hace quince años no lo conocería hoy: En Wall Street, por ejemplo, la gran calle de los bancos, resultan ahora enanos los edificios que parecían gigantescos entonces, y el lujo de aquel tiempo tiene que emperejilarse y echar pisos nuevos para no desmerecer de las babilonias de ladrillo crema y tierra cocida que les han crecido al lado. En lo alto de

<sup>8</sup> XVI. También a su poesía llegó el episodio del *Celtic*. Uno de los [poemas de los] *Versos libres* vuelve a la comparación entre el mar tranquilo de 1877 («Vasto, llano, igual y frío») y el tenebroso de 1875 («honrado luchador»); y en esta oportunidad, se presenta ante la naturaleza enfurecida: «Odio el mar, sólo hermoso cuando gime / del barco domador bajo la hendente / quilla, y como fantástico demonio / de un manto negro colosal tapado / encórvase a los vientos de la noche / ante el sublime vencedor que pasa:— / y a la luz de los astros encerrada / en globos de cristales sobre el puente / vuelve un hombre impasible la hoja a un libro—» (XVI, p. 191).

la ciudad, en la parte de las viviendas, aquellas hileras sombrías de piedra achocolatada han caído, casi totalmente, para abrir lugar a las casas originales y airosas de estos últimos años.<sup>9</sup>

Los días en que Martí conoció por vez primera los Estados Unidos eran de escándalos gubernamentales, agitación popular y crímenes. La administración de Grant hacía gala de arbitrariedades y abusos: por orden del Presidente las tropas federales invadieron Luisiana para imponer un gobierno despótico y venal que protegía el ejecutivo; el Congreso investigaba los sobornos del *Pacific Mail*, pero nadie tenía confianza pues varios legisladores estaban involucrados en el escándalo; en Arkansas se descubrió un complot para derrocar el gobierno del Estado; el comandante George E. Head y las tropas a su mando asaltaron las oficinas del Sheriff electo en Vicksburg, y a bayoneta calada lo depusieron. El 21 de enero el *Journal of Commerce*, de Nueva York, exigía que en ese año terminaran «the corruption, oppression, intolerance, bigotry and fanatism», y clamaba por una «political revolution»; otro día los titulares de los periódicos hablaban del mitin de Boston, en *Faneuil Hall*, donde el pueblo enardecido protestó contra el gobierno; otro se refería al encarcelamiento de Whitelaw Reid, el director del *New York Tribune*, por haber denunciado la corrupción administrativa. Crímenes siempre: asesinatos, robos, violaciones; el *Sun* mantenía en primera plana una sección titulada «Curiosities of Crime». Y con la Guerra de Cuba y las reclamaciones a España por el *Virginius*, Grant procuraba ganarse un tercer período presidencial.

La lucha de intereses que presencié Martí en sus días neoyorquinos le produjo el más desfavorable efecto. No faltaban antecedentes a sus juicios negativos sobre los Estados Unidos, pero es notable que en tan poco tiempo haya entendido los conflictos y las contradicciones de la época: la desmedida ambición, la crisis de los valores morales, la falta de espiritualidad. Dice en aquellas páginas de 1877: «¡Oh! la nación norteamericana morirá pronto, morirá como las avaricias, como las exuberancias, como las riquezas inmorales. Morirá espantosamente como ha vivido ciegamente. Sólo la moralidad de los individuos conserva el esplendor de las naciones». Y justifica en seguida su predicción: el norteamericano no ha sabido compensar sus excesos materiales con la devoción artística y el culto de la belleza, por los que Atenas se aseguró la gratitud y el recuerdo de la historia:

Los pueblos inmorales tienen todavía una salvación: el arte. El arte es la forma de lo divino, la revelación de lo extraordinario... ¡Ay, que esta luz de siglos le ha sido negada al pueblo de la América del Norte! El tamaño es la única grandeza de esa tierra. ¡Qué mucho, si nunca mayor nube de ambiciones cayó sobre mayor extensión de tierra virgen! Se acabarán las fuentes, se secarán los ríos, se cerrarán los mercados, ¿qué quedará después al mundo de esa colosal grandeza pasajera? El ejemplo de la actividad, que si ha asombrado tanto a la tierra, aplicado a la tierra, debe salvarla y equipararla al cielo, cuando anime con igual empuje las naves veleras de las aguas, y las salvadoras realidades del espíritu.

La América del Norte desconoce ese placer de artista que es una especie de aristocracia celestial. Sólo las almas elevadas gustan toda la íntima belleza de ese mundo extramundano. La admiración universal alimenta el ara no apagada de la Grecia; pasó el pueblo, y quedó

<sup>9</sup> XXII, p. 150. Este apunte no tiene fecha pero menciona acontecimientos que luego trata en su crónica del 1 de abril de 1889 (XII, p. 193) y que entonces sucedían en Nueva York: los conciertos wagnerianos de Seidl, las funciones en Madison Square Garden, etc.



su reflejo; se prostituyó su nacionalidad y la Grecia es aún madre perenne y admirable, no ha perdido sus formas, a pesar de haber amamantado tantos hijos. Inagotable es la fuente de sus senos, inmarchitable la verde palma que sobre ellos abandona con molicie; empapados están sus labios todavía de la sabrosa y eterna miel de Himeto (XIX, p. 17).

Las opiniones negativas sobre la América del Norte no podían serle desconocidas a Martí, tanto las de fuente europea como hispanoamericana. En particular con referencia a su falta de espiritualidad y cultura habían sido casi un lugar común.<sup>10</sup> En su más antiguo Cuaderno de Apuntes, quizás en sus años de estudiante en La Habana, Martí hizo esta comparación entre las dos Américas: «Los norteamericanos posponen a la utilidad el sentimiento. Nosotros posponemos al sentimiento la utilidad»; y considera el peligro de imitar sus costumbres y leyes ya que ellas «han dado al Norte alto grado de prosperidad, y lo han elevado también al más alto grado de corrupción. Lo han metalificado para hacerlo próspero».<sup>11</sup> Pero aún no precisa culpas ni desarrolla juicios.

Cuando Martí y Valdés Domínguez vivían en Madrid, en 1872, la emigración cubana leía con elogios un nuevo periódico que apoyaba la causa de la independencia: era *El Americano*, que fundó ese año, y dirigía en París, el orador argentino Héctor F. Varela.<sup>12</sup> Allí publicaba unas crónicas sobre los Estados Unidos, que llamaba «Cartas» —muy semejantes a las que más tarde hizo famosas Martí—, el escritor camagüeyano José de Armas y Céspedes. Este pasaje es de la «Correspondencia de Nueva York» que iniciaba la serie:

La gran República entra en el período más crítico de su existencia pasando a la virilidad con un desarrollo demasiado violento [...]. Entre sus glorias y sus vergüenzas, sus progre-

---

<sup>10</sup> En su «Bosquejo intelectual de los Estados Unidos en 1840», Domingo del Monte, para refutar las acusaciones «que comúnmente se hacen a ese gran país», relaciona su producción de libros y sus adelantos en la enseñanza para concluir: «Carecen absolutamente de fundamento los cargos que con frecuencia se hacen a los angloamericanos de más industriales que letrados» (*Escritos de Domingo del Monte*, La Habana, Cultural, 1929, II, pp. 245 y 253).

<sup>11</sup> XXI, pp. 15 y 16. Estas diferencias y riesgos fueron divulgados en Cuba por los escritos de José Antonio Saco: en sus *Ideas sobre la incorporación de Cuba en los Estados Unidos* (1848), al combatir a los anexionistas advertía: «Nunca olvidemos que la raza anglosajona difiere mucho de la nuestra por su origen —por su lengua, su religión y sus usos y costumbres... Yo desearía que Cuba no sólo fuese rica, ilustrada, moral y poderosa, sino que fuese cubana y no angloamericana» (*Contra la anexión*, La Habana, Cultural, 1928, I, p. 36). Pocos años antes de la llegada de Martí a España, Saco publicó en Madrid varias cartas dirigidas al Ministro de Ultramar en las que señalaba el peligro del materialismo, toda vez que «en la vecindad de Cuba existe un Estado poderoso que ambiciona su posesión» al seguir un programa sin ideales, se destruirían los valores de la nacionalidad: «Cuando un pueblo sólo piensa y se ocupa de los intereses materiales, éste es un pueblo materialista en el sentido social, porque no tiene principios morales ni políticos que lo muevan. Para él es desconocida la voz «patria», pues su patria está únicamente cifrada en los intereses materiales» («Carta primera»: «La política absolutista en las posesiones ultramarinas», *La América*, Madrid, 12 de abril de 1865: recogida en la *Colección póstuma de papeles científicos, históricos y políticos y de otros ramos sobre la isla de Cuba ya publicados ya inéditos*, La Habana, Miguel de Villa, 1881, pp. 209-210).

<sup>12</sup> Valdés Domínguez decía que Martí colaboró en *El Americano*: de sus actividades en esa época, contaba en su *Diario de Soldado*: «[Eduardo F. Plá] nos mandaba recortes de periódicos y detalles importantísimos de cuanto pasaba en Cuba que le servían a Martí para escribir en *El Jurado* y en *El Americano* de París», p. 21.



sos y sus atrasos, sus virtudes y sus crímenes, acaso pronto se decidirá a qué lado se inclina la balanza, si a la civilización verdadera o al refinamiento bizantino.

Prosperó favorecida por dos elementos opuestos: la libertad y la esclavitud; se engrandeció con la generosidad y el egoísmo, y en todas materias siguió presentando en complacido consorcio los más contrarios principios. Pero destruida ya aquella armonía de la Unión Americana de que tantos encomios se propalaban, difícil es prever las modificaciones que puedan seguir operándose en ella; que tantos indicios ofrece de que se reforme radicalmente al calor de las buenas doctrinas republicanas, como de que se lance de lleno en la centralización y el cesarismo.<sup>13</sup>

Y en su segunda «Carta» aún está más cerca de Martí después de su viaje a Nueva York:

No hay nada verdaderamente bello, nada artístico en los referidos entretenimientos de estos pueblos sajones; todo, por el contrario, es rudo y material [...]. Natural es que la raza británica de uno y otro hemisferio que a sus glorias en invenciones útiles y adelantos materiales no han podido añadir las escuelas de arte, no paguen tributo en esas fiestas nacionales al amor de lo bello; pero la raza que ha producido las obras artísticas que más ennoblecen a los humanos, la raza que aún en su época de decadencia ostenta monumentos que envidian las más ricas, y ha conservado su preeminencia en poesía, música, pintura y escultura, deberá, cuando se dedique a esos juegos, hacerlos dignos de los Olímpicos que fueron la escuela de los héroes griegos.<sup>14</sup>

Poco después de la primera visita de Martí a Nueva York, cuando ya vive en México, la *Revista Chilena* reprodujo una conferencia titulada «Los Estados Unidos en 1875». Era del más prestigioso crítico cubano en la emigración: Enrique Piñeyro; allí decía:

[...] ¡Es el país del dinero, del *dólar* omnipotente! En la lucha a brazo partido que cada individuo se prepara a empeñar, apenas desciende a la arena de la vida, toman todos parte, el hombre, la mujer, el niño. Ni el sexo ni la edad entibian en el pecho el ardor de esa ambición vulgar. Hay un cierto grado de instrucción, más generalizado quizás que en otras partes, pero exclusivamente encaminado a la práctica ordinaria de la vida y unido a una aspereza, a una ruda educación de atleta que repugna y que lastima. Las bellas artes, flor divina de la civilización humana, cuyo cultivo es una de las necesidades supremas del corazón, o no existen, o florecen destituidas de encanto y poesía, objeto a menudo de especulaciones y de almoneda [...].<sup>15</sup>

Dos meses antes de aquellas páginas en que Martí hablaba del *Celtic* y de la vida norteamericana, cuando iba en tren hacia Veracruz para seguir después a Cuba, el 30 de diciembre de 1876, escribió su más antigua censura de los Estados Unidos que podemos fechar; eran días de angustia y de incertidumbre para México: con motivo del derrocamiento del presidente Lerdo, el gobierno de Washington se había vuelto más amenaza-

<sup>13</sup> *El Americano*, París, 2 de junio de 1872, p. 251.

<sup>14</sup> *El Americano*, París, 16 de julio de 1872, p. 273.

<sup>15</sup> *Estudios y Conferencias de Historia y Literatura*, Nueva York, Imprenta de Thompson y Moreau, 1880, p. 96.

dor y exigente: Porfirio Díaz se vio obligado a hipotecar el tesoro nacional y gravar el país con impuestos para cumplir los pagos de la deuda americana; entonces Martí dijo: «México crece. Ha de crecer pa. la defensa, cuando sus vecinos crecen pa. la codicia. Ha de ser digno del mundo, cuando a sus puertas se vea librar la batalla del mundo».<sup>16</sup> Y añade con evidente preocupación antimperialista:

¿Qué va a hacer América: Roma o América, César o Espartaco? ¿Qué importa que el César no sea uno, si la nación, como tal una, es cesárea? ¡Abajo el cesarismo americano! ¡Las tierras de habla española son las que han de salvar en Am. la libertad! las que han de abrir el continente nuevo a su servicio de albergue honrado. La mesa del mundo está en los Andes.<sup>17</sup>

Sobre la actitud de Martí hacia los Estados Unidos decía Enrique José Varona en 1902: «Martí admiraba la poderosa democracia, que aplicaba tan felizmente ante sus ojos las teorías que le eran más caras; pero no la amaba. // Todo su amor iba desbordado hacia los pueblos del Sur, hacia lo que él llamaba con mimo espontáneo, nuestra América».<sup>18</sup> Pero no era ésa la única razón: él sabía que el peligro hispanoamericano no estaba en la reserva y la prudencia sino en la exaltación ciega del «vecino formidable», y también por eso, desde que conoció la América sajona en su primer viaje a Nueva York, y la América latina en el que hizo a México, se dedicó, «sin recelo y sin deslumbramiento», a señalar los aspectos negativos de la vida norteamericana.

<sup>16</sup> XIX, p. 21. La idea de «crecer» a la par del peligro que significaban los Estados Unidos por su rápido desarrollo la expresó, respecto a Cuba, Francisco Arango y Parreño: en 1811 publicó en Cádiz una *Representación de la ciudad de La Habana a las Cortes* en la que decía: «Vemos crecer, no a palmos, sino a toesas, en el Septentrión de este mundo un coloso que se ha hecho de todas castas y lenguas y que amenaza ya tragarse, sino nuestra América entera, al menos la parte del norte; y en vez de tratar de darle fuerzas morales y físicas, y la voluntad que son precisas para resistir tal combate; en vez de adoptar el único medio que tenemos de escapar, que es el de crecer a la par del gigante, tomando sus mismos alimentos, seguimos en la idolatría de los errados principios que causan nuestra languidez» (*op. cit.*, Carlos M. Trelles, *Estudio de la bibliografía cubana sobre la Doctrina de Monroe*, La Habana, Imprenta del Siglo XX, 1922, p. 210).

<sup>17</sup> Por error, este escrito se ha creído unas veces de 1875 y otras de 1894. No cabe duda que es del 30 de diciembre de 1876, e iba a formar parte del «libro de pensamiento y narración» a donde también iría el que hablaba del *Celtic*. La prueba definitiva se obtiene comparando ese escrito en el tren —que luego trata del hombre en México, y del país— con su carta de dos días más tarde a Manuel A. Mercado: idéntica afirmación de amor al pueblo mexicano; y los mismos juicios y temores sobre el carácter nacional. Pero las mayores coincidencias se encuentran en la descripción del paisaje: igual entusiasmo ante las bellezas naturales: escribe primero: «Se encoge el corazón de tanta hermosura. Los ojos queman. Se juntan las manos en gracias y en plegaria»; y después: «Es un hombre bueno aquel que admira mucho, y yo debí ser muy bueno antes de ayer. Es grandiosa esa vía». Se repiten las referencias cromáticas: durante el viaje insiste en las tonalidades verdes: la tierra «verdeada a cuartones, a fajas verdes», los «cerros de basalto», «el verdor cesposo»: luego, en las azules: cielos como «esmeraldas vastísimas azules», «montes turquinos», «cuestas tapizadas de violetas». Una vez de «amarillo de oro» en la tierra, «golpe de oro»; otra, sobre las cuestas, «arrebataadas ráfagas de oro». Allá, «el sol tiene color de llama», y «el bosque [es] oscuro»; y en la carta: «[h]abía en el cielo [...] rosados carmíneos», y los «montes [son] oscuros» (XX, pp. 17 y 18).

<sup>18</sup> «Martí en los Estados Unidos», *El Fígaro*, La Habana, 7 de septiembre de 1902; reproducido en: *Archivo José Martí*, 5, La Habana, enero-diciembre de 1942, p. 90.

## Robert G. Mead: *Sarmiento, Martí y los Estados Unidos: semejanzas y divergencias\**

[...]

Semejanzas y diferencias importantes y significativas existen entre Martí y Sarmiento. El cubano, como el argentino, nace en una familia humilde, y muy joven siente Martí la influencia de un poeta y educador extraordinario, Rafael María de Mendive, quien se convierte en su mecenas, protector y animador en las letras. Pronto despuntan en el cubano su talento de escritor, su ansia de saber, y su fina sensibilidad. Más pequeño de cuerpo, su genio es tan enérgico como el del robusto argentino, y su formación intelectual es más sistemática. Individualista y amante de la libertad, Martí aprende tempranamente a anhelar la emancipación de su isla nativa, la última colonia americana de la «Madre Patria». A Sarmiento, en cambio, le toca nacer un año después de consumada la independencia argentina y su gran meta es la liberación de su patria de sus enemigos internos, o sea los bárbaros caudillos de la provincia. Los dos son, entonces, constructores de patrias, pero cada quien a su manera.

Ninguno de los dos evita largas y múltiples frustraciones en sus esfuerzos patrios, pero a Sarmiento le es dado llevar a cabo varios de sus proyectos políticos y educativos en la presidencia y en otros cargos oficiales. Martí en su corta vida (alcanza sólo los 42 años) se dedica al martirio de su deber cubano, preparando, cueste lo que le cueste (¡y cuánto le costó!), la campaña libertadora en el destierro sin verla jamás llegar a la fruíción. Empero la muerte del cubano es heroica, y la bala española que le alcanza en la escaramuza de Dos Ríos el 19 de mayo de 1895 pone fin a la vida esperanzada de un hombre que recién pisa la tierra patria. Sarmiento, en cambio, muere viejo y enfermo, en Asunción del Paraguay, figura patética en quien nunca flaquea la devoción a una patria que ya poco a poco le va olvidando.

Casi niño, Martí escribe prosa y verso en oposición a la política española en Cuba, y poco tarda el gobierno en condenar al joven de 17 años a seis años de trabajos forzados en la cantera-prisión de San Lázaro. Pasmado ante el trato cruel que sufren los presos valerosos que allí encuentra, principia la composición de ese patético y singular documento intitulado «El presidio político en Cuba», publicado en 1871 en Madrid, a donde pasó al destierro Martí, enviado por el gobierno después de cumplir cinco meses de prisión. Estudia en la capital española y en la Universidad de Zaragoza, y en ésta en 1874 se licencia en Derecho y, luego, en Filosofía y Letras. Aprende a amar al pueblo español a la misma vez que se fortalece su oposición a la política oficial del gobierno. A fines de diciembre del mismo año pasa por París rumbo a México con escala en Nueva York. En las dos décadas de vida que le quedan, con la excepción de un par de cortos intervalos pasados en Cuba, vivirá primero en México, en Guatemala y luego, desde agosto de 1881 hasta enero de 1895, casi catorce largos años en Nueva York, en «las entra-

---

\* En: *Cuadernos Americanos*, n° 6, México, noviembre-diciembre de 1976, pp. 146-155.

ñas del monstruo» yanqui que llegaría a conocer tan profundamente. Dedicará la vida primero y siempre a la emancipación de Cuba pero sin olvidar nunca su segunda gran meta: la realización de «Nuestra América», un continente firme, fuerte, y unido espiritualmente desde el Bravo hasta Magallanes, un ideal que el hispanoamericano debería llevar en el corazón «como luz y hostia».<sup>1</sup>

La mayor parte de la energía física y el poder intelectual de José Martí en esta última y fecunda época de su vida indudablemente se dedica primero a la preparación de la libertad patria en el terreno ideológico y, luego, a su activa participación en la organización de los voluntarios que habrían de luchar en la isla misma contra las fuerzas de España. Pero no se agotan sus esfuerzos en estos magnos quehaceres: escritor y maestro nato, el cubano se gana la vida y se autorrealiza a la vez en tareas de maestro de español, traductor y periodista, y ensayista. Publica sus artículos (y cartas y versos) en periódicos hispanoamericanos y algunos neoyorquinos, traduce obras literarias norteamericanas (su inglés, aunque no perfecto, es muy superior al de Sarmiento), da clases de español y, voraz lector de viva sensibilidad, pronto se empapa en la vivencia norteamericana hasta llegar a ser el más perspicaz y ecuaníme de los intérpretes hispanohablantes de mil aspectos de la vida yanqui, tanto de sus virtudes como de sus defectos.

Si la visión de Sarmiento del gran país nortño es la de un viajero bondadoso y apresurado, partidario del «progreso» y ansioso de ver confirmados sus ideales en la «realidad» norteamericana tal como él la concibe, la imagen que nos pinta Martí en sus centenares de escritos acerca de los Estados Unidos es la de un participante en la profunda vida nacional, que ve y siente el país desde adentro con una sutil penetración psíquica y que percibe en el complejo mosaico multicolor norteamericano toda una serie de matices que faltan en la visión demasiado blanco-negra del gran argentino. Resumiéndolas en una palabra: visión romántico-liberal en el primero y esencialmente trágico-modernista en el segundo.

Si resulta ser relativamente fácil sintetizar la imagen que tiene Sarmiento de los Estados Unidos, inmensamente más difícil es lograr el mismo propósito en el caso de Martí. Donde el argentino declara o afirma, el cubano sugiere y simboliza. A los dos, claro está, les importa mucho lo que escriben, pero a Sarmiento le importa más *el qué* que *el cómo*, mientras que Martí se destaca no sólo por sus ideas sino también por su forma expresiva, por su riqueza estilística. Además, y es un hecho sumamente importante, por cada página que dedica el argentino al tema estadounidense, el cubano le consagra diez, doce o más. El tomo III de los *Viajes* de Sarmiento, especie de diario de su rápida gira norteamericana, contiene un total de 200 páginas (14 x 20 cm). En las *Obras completas* de Martí (La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1966) cinco del total de veinticinco volúmenes se destinan a reproducir sus «Escenas norteamericanas», y cada uno contiene aproximadamente 500 páginas (15 x 22 cm). Es decir, *grosso modo*, 2500 páginas o más contra 200. Claro, hay muchas referencias a los Estados Unidos en otras obras de Sarmiento, pero también las hay en todos los otros tomos de las *Obras completas* de Martí, como lo indican los Índices de las obras contenidos en el grueso tomo 26 (726 páginas) de la colección.

<sup>1</sup> «Madre América», en: *Antología crítica de Martí*, Nueva York, Las Américas, 1968, p. 244.



Difícil también, y quizá imposible, es generalizar acerca de los cinco tomos de «Escenas norteamericanas» de Martí. Nos revelan, sin embargo, una tremenda variedad de tópicos y temas. Reproducimos, al azar, una nutrida lista: política, historia, recreación popular, fiestas de año nuevo, en casas de ricos y pobres, Daniel Webster, Whitman, huelgas sangrientas, racismo, atletismo, derechos y mayor libertad para la mujer, el maltrato que reciben los indios, festivales de música, congresos de educadores, el Boston histórico, inundaciones, terremotos, nevadas, honores en la muerte de Karl Marx, chismes del mentidero neoyorquino, la morfina entre las damas elegantes, la inauguración del puente de Brooklyn, modernos contra antiguos en Harvard, Edison y la luz eléctrica, proteccionismo y librecambio en el comercio internacional, el rufianismo neoyorquino, los barrios pobres de Nueva York en verano, el pánico en la Bolsa, las estafas colosales durante la administración del presidente Grant, los millonarios monopolistas, los hermosos negros, una conversación política en un carro público, fiestas y teatro de invierno, el humorista Mark Twain, homenaje a la cantante Adelina Patti, oradores norteamericanos de ayer y de hoy, transformación y significación actual de los partidos republicano y demócrata, el mal de las aspiraciones excesivas, bosquejo del arte en los Estados Unidos, Bismarck y los norteamericanos, exhibición de pintores, policías y anarquistas, huelguistas condenados por los tribunales, romance de la conquista del *Far West*, cisma de los católicos neoyorquinos, rumores de la guerra con México, con el Canadá, Emerson, la bahía de Nueva York en una noche de julio, asamblea anual de la Sociedad para el Adelantamiento de las Ciencias, pueblos del Oeste cubiertos por la nieve, ferrocarriles elevados, el telescopio de Lick, ojeada sobre el carácter del norteamericano, el paseo de los ricos y el paseo de los negros, la política extranjera de *Uncle Sam*, política yanqui en Haití, Longfellow, Jesse James, cómo se imprime un libro en los Estados Unidos, los críticos de Chicago, el Museo Metropolitano de Arte, España, Italia y México en el arte yanqui, el Centenario de Washington, la exhibición de flores.

Cito algo extensamente para demostrar que el cubano presta atención a casi todo lo que ocurre en el gran país en las múltiples fases de su vida: nos da una crónica salpicada de ironía justiciera de los ricos, pero su corazón compasivo y sensible no le permite negar a los pobres la simpatía que siente por ellos; está atento a los crímenes políticos pero discierne, regocijado, los primeros brotes del movimiento feminista; critica las ambiciones muchas veces excesivas de los yanquis, pero no vacila en elogiar triunfos norteamericanos tales como el gran puente de Brooklyn, la luz eléctrica y el ferrocarril elevado y, por fin, se pasea alegremente con los ricos aquí y con los negros allá, compartiendo su *joie de vivre* sin distinciones de raza ni de clase.

El conocido investigador martiano profesor Carlos Ripoll, del Queens College de Nueva York, en un libro reciente, escribe acerca de la primera visita de Martí a la gran metrópoli yanqui. El joven cubano (tenía 22 años) desembarca en ella por unos doce días, del 14 al 26 de enero de 1875, rumbo a México, y no le hizo buena impresión lo que vio. Más tarde, en 1877, Martí se refirió a esta visita (*Obras completas*, XX, p. 27), y Ripoll dedica el siguiente comentario al escrito de Martí:

La lucha de intereses que presencié Martí en sus días neoyorquinos le produjo el más desfavorable efecto. No faltaban antecedentes a sus juicios negativos sobre los Estados Unidos, pero es notable que en tan poco tiempo haya entendido los conflictos y las contradicciones

de la época: la desmedida ambición, la crisis de los valores morales, la falta de espiritualidad. Dice en aquellas páginas de 1877: «¡Oh! la nación norteamericana morirá pronto, morirá como las avaricias, como las exuberancias, como las riquezas inmorales. Morirá espantosamente como ha vivido ciegamente. Sólo la moralidad de los individuos conserva el esplendor de las naciones».<sup>2</sup>

Luego añade Ripoll otro comentario indispensable a la comprensión justa y cabal de todo caso de antiyanquismo en un escritor hispanoamericano:

Las opiniones negativas sobre la América del Norte no podían serle desconocidas a Martí, tanto [...] las de fuente europea como hispanoamericana. En particular con referencia a su falta de espiritualidad y cultura habían sido casi un lugar común. En su más antiguo Cuaderno de Apuntes, quizás en sus años de estudiante en La Habana, Martí hizo esta comparación entre las dos Américas: «Los norteamericanos posponen a la utilidad el sentimiento. Nosotros posponemos al sentimiento la utilidad». Y considera el peligro de imitar sus costumbres y leyes ya que ellas «han dado al Norte alto grado de prosperidad, y lo han elevado también al más alto grado de corrupción. Lo han metalificado para hacerlo próspero.» Pero aún no precisa culpas ni desarrolla sus juicios.<sup>3</sup>

Para hacer justicia completa a la visión martiana de los Estados Unidos, dentro del limitado espacio del presente artículo, creemos esencial exponer otras facetas de dicha visión mediante unas cuantas citas más sacadas en orden cronológico de sus *Obras completas*.

En agosto de 1881 se establece Martí definitivamente en Nueva York y no tarda en ponerse al tanto de los sucesos que le circundan. Ese mismo año envía no menos de catorce artículos a periódicos de Caracas, Buenos Aires y Bogotá. El 4 de febrero de 1882 despacha un artículo a *La Opinión Nacional* (Caracas), el cual se publica el 18 del mismo mes. Su escrito pinta poéticas escenas invernales del gran Parque Central de Nueva York, habla de la temporada de ópera, teatros, bailes y fiestas, de los daños causados por un incendio terrible y los actos heroicos que provoca y, por fin, de dos acontecimientos más trascendentales: «el congreso de damas, convocado para abogar enérgicamente por la concesión del derecho de votar a las mujeres», y la denuncia neoyorquina del cruel trato que sufren los judíos rusos. Elogia grandemente a las congresistas: «¡Qué lisura, en el modo de exponer! ¡Qué brío, en la manera de sentir! ¡Qué destreza, en sus artes de combate! ¡Qué donaire, en los revuelos de su crítica!». Y encomia en particular a la destacada líder del movimiento sufragista, Susan B. Anthony, a quien llama «el Jorge Washington de la causa». Luego pasa Martí a celebrar «los acentos robustos y magnánimos de los prohombres neoyorquinos, congregados a denunciar, como delito humano, que han de execrar las gentes, y de penar el cielo, la causa bárbara y enconosa de que los míseros hebreos son hoy víctimas en Rusia». (Se refiere a los *pogroms* en que morían entonces tantos judíos rusos.) Y, por fin, cita las conmovedoras palabras del «anciano Evarts»[,] quien decía que ante tan triste suceso «el corazón de todos los hombres y

---

<sup>2</sup> Carlos Ripoll, *José Martí. Letras y huellas desconocidas*, Nueva York, Torres, 1976, pp. 16-17. [Las páginas en cuestión se reproducen inmediatamente antes de este trabajo. (Nota del Coord.)]

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 17.

mujeres de la tierra responde al grito de angustia de los hombres y mujeres de Moisés» (*Obras completas*, IX, pp. 243-250).

Casi cinco años más tarde, el 29 de octubre de 1886, manda Martí un escrito importante –y uno de sus más interesantes– a *La Nación* de Buenos Aires, donde aparece el 1 de enero de 1887. Largo (tiene 16 páginas), complejo, simbólico, sus primeras frases nos revelan el tema: «Terrible es, libertad, hablar de ti para el que no tiene... Los que te tienen, oh libertad, no te conocen. Los que no te tienen, no deben hablar de ti, sino conquistarte». Una lectura rápida y somera del artículo nos deja con una impresión de las escenas animadísimas que presencié Martí el día anterior al que escribe, o sea el 28 de octubre, al perderse entre las multitudes que celebraban la inauguración de la Estatua de la Libertad del escultor Bartholdi, regalo de Francia a los Estados Unidos. Incorpora el cubano en su prosa poética alegres y vivos cuadros de la fiesta con recuerdos de los Padres Fundadores de la Gran República y evocaciones de los magnos hechos históricos del primer siglo de vida estadounidense. Pero, en el nivel simbólico, su artículo puede leerse como una parábola, un ejemplo magnífico de lo hondo que el autor había cavado bajo la superficie de la vida norteamericana para captar sus grandes contradicciones morales y éticas.

Resume animadamente Martí los varios discursos pronunciados en la ocasión (hablaron entre otros el ingeniero francés De Lesseps, constructor del Canal de Suez y en 1886 ocupado con la empresa del Canal de Panamá; el senador Evarts; el famoso orador Chauncey M. Depew; y el presidente Cleveland), y en cada caso hábilmente relaciona el cubano las ideas del disertante con la cuestión fundamental que le preocupa: ¿qué entienden los norteamericanos por libertad? Cada orador rinde su culto a la diosa Libertad, la palabra está en los labios de todas las clases sociales, pero para ninguno parece significar la misma cosa. Termina Martí, con una ironía exquisita, mostrando cómo Depew, conocido como gran defensor de las «instituciones libres» del país pero «enseñado por el ímpetu creciente con que se viene encima en los Estados Unidos el problema social», se aprovecha, «con inspirados acentos»[...] de «las mismas frases que ostenta como su evangelio la revolución obrera». Y remata Martí con un tropo característico: «¡Tu sombra, pues, oh libertad, convence: y los que te odian o se sirven de ti se postoran al mando de tu brazo!» (*Obras completas*, XI, pp. 99-115).

Pasan los años y mientras se maduran los planes para la fase activa, militar, del movimiento libertador en Cuba, Martí se preocupa más que antes por la posible anexión de la Isla por fuerzas norteamericanas, instrumentos ciegos de líderes expansionistas inflamados por la doctrina del «Destino Manifiesto» tan en boga en aquella época. Observador en la Primera Conferencia Panamericana en Washington en 1889, el cubano recuerda las honradas luchas por la libertad que caracterizaban la rebelión norteamericana contra la Gran Bretaña, los «días apostólicos» de la vida de la gran república y luego, pensando en sus propios días, describe a Norteamérica como «un pueblo que comienza a mirar como privilegio suyo la libertad... y a invocarla para privar a otros pueblos de ella».<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Citado por José de Onís en su «Martí y los Estados Unidos», en: *Memoria del Sexto Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*, México, Imprenta Universitaria, 1954, p. 137.



El 23 de marzo de 1894 Martí publica en el periódico *Patria* (órgano del movimiento revolucionario cubano) «La verdad sobre los Estados Unidos», artículo importantísimo y único en su género, pues en media docena de páginas logra darnos su concepto más completo de la nación nortea. Ensayo ecuaníme, escueto, justiciero y de tono grave, que sin duda comunica su juicio maduro sobre el tema. «Ni se deben exagerar sus faltas de propósito, por el prurito de negarles toda virtud, ni se han de esconder sus faltas o pregonarlas como virtudes.» En los Estados Unidos, nación gigantesca, hay «mocetones libres» y hay gente soberbia, perezosa, inclemente y desvalida. De tan vasto y variado país no se puede generalizar, y el «hombre honrado ha de observar» que ni en tres siglos de vida común «han podido fundirse» los elementos de origen y tendencias diversos con que se crearon los Estados Unidos sino que la comunidad forzosa exacerba y acentúa sus diferencias primarias, y convierte la federación innatural «en un estado áspero, de violenta conquista». Continúa el cubano recalcando los varios factores sociales, políticos y económicos que contribuyen a disolver la gran unión: «se corrompe y aminora la democracia, y renacen, amenazantes, el odio y la miseria». Los hispanoamericanos no deben ser ni yancófilos ni yancófobos sino recordar siempre que el progreso moral (el único verdadero) de la América hispanohablante se ganará solamente «por el esfuerzo propio y por la adaptación de la libertad humana a las formas requeridas por la constitución peculiar del país». Vuelve a recordar Martí la tendencia «autoritaria y codiciosa, y la sensualidad creciente de los Estados Unidos». Y declara que «es de justicia, y de legítima ciencia social, reconocer que, en relación con las facilidades del uno y los obstáculos del otro, el carácter norteamericano ha descendido desde la independencia, y es hoy menos humano y viril, mientras que el hispanoamericano, a todas luces, es superior hoy, a pesar de sus confusiones y fatigas[,] a lo que era cuando empezó a surgir de la masa revuelta de clérigos, logreros, imperitos ideológicos e ignorantes o silvestres indios». Pone fin el cubano a su escrito anunciando a sus lectores que *Patria* establecerá una sección permanente de «Apuntes sobre los Estados Unidos» que se nutrirá de los sucesos norteamericanos sacados de los primeros diarios del país «con el propósito de demostrar las dos verdades útiles a nuestra América: el carácter crudo, desigual y decadente de los Estados Unidos, y la existencia, en ellos continua, de todas las violencias, discordias, inmoralidades y desórdenes de que se culpa a los pueblos hispanos».

Cerremos esta sección sobre el concepto martiano de los Estados Unidos con una de sus metáforas más memorables e impresionantes: «Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: —y mi honda es la de David» (*Obras completas*, XX, p. 161). Ocurre esta figura tan gráfica en la carta inconclusa que escribe Martí a su amigo entrañable el mexicano Manuel Mercado el 18 de mayo de 1895 desde la misma Cuba, un día antes de su muerte. El propósito de la carta es comunicarle sus preocupaciones por las posibles maniobras hispano-yanquis para frustrar la eventual independencia cubana, y manifestarle a su amigo las esperanzas que abriga Martí de que México sepa hallar un «modo sagaz, efectivo e inmediato» de defender los intereses cubanos. Creo que la citada metáfora, con sus elementos bíblicos, tiene, ante todo, un significado literal. El pequeño Martí de veras se identifica con la persona del David legendario, campeón de su tribu, desafiante frente al colosal Goliat, encarnación del gigantesco país nortea. Pero creo, también, que se puede interpretar el tropo con mayor amplitud y libertad. El cubano puede estar pensando en los Estados Unidos como un pueblo único en su especie,



enorme hervidero de una nueva vivencia que aún no ha cuajado o madurado, o sea un «monstruo de la naturaleza» en el sentido biológico. O puede haber concebido el desarrollo moral y ético de la nación norteamericana como un desenvolvimiento «monstruoso», desequilibrado, asimétrico, deforme, que comenzó como una hazaña de la libertad y ha llegado a ser la expresión del materialismo egoísta, del etnocentrismo miope, del culto del poder, y del imperialismo expansionista. En fin, es probable que para Martí los Estados Unidos representaron una de las visiones más deprimentes (y comunes, podría agregarse) del hombre: la de la Utopía universalmente anhelada destruida una vez más por el ciego egoísmo, la falta de altruismo, y todos los demás defectos contraproducentes de la especie.

Es evidente que las visiones que tienen Sarmiento y Martí de los Estados Unidos, a pesar de poseer algunos elementos comunes, son bien distintas.

El argentino en su rápido paso por Yanquilandia es como un espectador de cinematógrafo quien, sentado en su cómoda butaca, ve pasar ante sus ojos un panorama movidizo poblado de actores arquetípicos que representan personajes ya legendarios para él, habitantes de una fantasía nutrida de sus lecturas y pensamientos de juventud. Ve el argentino lo que quiere ver en el espectáculo que presencia, y siempre lo relaciona a los conceptos y valores ya existentes en su criterio; es decir[,] que asume una actitud estática frente al dinámico panorama que contempla. Para Sarmiento, los Estados Unidos realizaban un magno sueño, el mejor y mayor experimento de la historia humana, y él quisiera que fueran el modelo y la inspiración para la vida futura de los demás países del Nuevo Mundo.

Contemplando la realidad norteamericana cuarenta años después de Sarmiento, Martí no asiste al cinematógrafo sino al teatro real de la vida diaria norteamericana durante tres largos lustros. No contempla el escenario desde su butaca sino que se sube al tablado para inmiscuirse en la vida del pueblo, para bregar, sudar, sufrir y soñar con él. Para el cubano no hay odios implacables ni admiración descomedida cuando se trata del pueblo, del hombre común, del desnudo ser humano. Todos somos iguales, una mezcla inestable del bien y del mal. Para Martí, la gran nación anglohablante había surgido con el triunfo del bien, con el sueño excelso de la libertad para todos y, luego, con el transcurso de los años, se desvía de su inicial rumbo recto, dejándose arrastrar por los caminos torcidos del poder y la riqueza y llegando a reconciliar cada vez más las exigencias del materialismo. Para Martí, entonces, los norteamericanos entraban (inconscientemente en su gran mayoría) en la trágica época histórica que acarrea la traición de su sueño utópico y trascendental. Visto así, el cubano se aproxima a los pensadores de su propia época y de la nuestra que se han dado cuenta de la infausta transformación que se efectuaba en el país mientras éste se hundía paulatinamente en el pantano de la inmoralidad. [...]

## Julio Le Riverend: *Los Estados Unidos: Martí, crítico del capitalismo financiero (1880-1889)\**

Quienes se acerquen a la obra de José Martí, de inmediato se sentirán atraídos por la apretada riqueza y fuerza de los temas, juicios y comentarios acerca de la vida en los Estados Unidos durante la novena década del siglo pasado (1880-1890). Por sus páginas desfila toda aquella sociedad en su desconcertante dinamismo, sus heridas, sus turbulencias más profundas. Los volúmenes del seis al trece de sus *Obras completas*, nutridos de sus *Escenas norteamericanas*, recorren cuanto podía tener significación para los lectores latinoamericanos: el deterioro moral de la política y el Estado, la formación de monopolios, la violencia generalizada, la enconada lucha de clases, la represión física y espiritual, la literatura nueva y su inspiración social, fuese crítica o conformista, el crecimiento tecnológico; y no falta lo anecdótico, las fiestas populares, el matrimonio de un millonario con una flor callejera o el testamento de un ricacho que compraba con piedades extemporáneas la salvación de su alma, o, incluso, las ocasionales fundaciones educativas creadas por algunos capitalistas. Todo, en el andar apresurado de su prosa, está allí, como revelación de su sensibilidad humana y de su pensamiento justiciero. Entre la angustia por el destino del ser humano, dentro de una sociedad peligrosamente considerada como salvadora del hombre, y la indagación o la reflexión sociales, se define el más alto valor de esas crónicas sociales.

Se adentró él en ese hervidero –que llamó «horno de iras»– hasta lo más íntimo en lo bueno y en lo peor. Lo que ocurría, violento y acelerado, casi sin paralelo en la historia del capitalismo, no pudo tener mejor mirada que la de José Martí, porque llegaba con una básica provisión de ideas y de objetivos que, años antes en su incidental querella con las autoridades guatemaltecas, denominó las «nuevas doctrinas», sin ponerles más, puesto que no era necesario hacerlo en ese momento.

La grandeza narrativa y crítica, el énfasis en lo diferente y contradictorio, la penetración en los mecanismos individuales y sociales de los hechos y los personajes, esa inmediatez a lo acontecido que nos transmite como si fuésemos de su mano por calles y ciudades y casas y campos explica que las crónicas fueran acogidas durante muchos años en la prensa principal de nuestra América (México, Buenos Aires, Caracas). Los grupos e intereses reticentes, temerosos, apaciguadores o conformistas –hay que recordar la carta de Bartolomé Mitre y Vedia (1882)– no pudieron silenciarlo, tal era la extraordinaria fuerza de sus artículos. Decenas de miles de lectores contemporáneos buscaban sus famosas cartas en los diarios. Esos y otros «bramidos» que dijo Sarmiento fueron escuchados en nuestra América. Llegaron igualmente a los lectores norteamericanos, aunque en medida menor porque la prensa de los Estados Unidos pre-

---

\* En: Varios, *Simpósio Internacional Pensamiento Político y Antimperialista en José Martí*, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1982, pp. [280]-300.

feriría la podre, el sensacionalismo, según las movedizas circunstancias diarias. Había mucho escándalo. Desde luego, *The Herald*, *The Sun* y *The Hour* acogieron algunos textos, en gran medida ceñidos a un requerimiento específico; no es de extrañar que se contrajesen a cosas de arte o de libros, si bien Martí, aun en ellos, apuntaba hacia lo social-humano trascendente.

Independientemente de los radicales y progresistas de esos años, cuyas ideas conoció y aprovechó Martí, podríamos hallar en nuestro siglo historiadores como Claude Bowers, Charles y Mary Beard, Miriam Beard, Mathew Josephson y numerosos especialistas dispersos y semisilenciados en revistas radicales y marxistas que coinciden en sus juicios. Las verdades de Martí, aunque revertidas a términos de la «nueva historia económica», la que Pierre Vilar denominó *econometría retrospectiva* (que no es nueva, claro está), se hallan en aquellos y otros libros actuales (Vatter, 1975). Lenguajes diferentes no siempre claros, condiciones similares persistentes, muestran que las verdades de Martí subsisten frente a la torrentera del conformismo y la apología –a veces entremezclados en esas obras– desatadas entonces y «modernizadas» hoy día. El aparato conceptual creado para explicar y reafirmar el capitalismo financiero por sí mismo no ha logrado vencer a los testimonios de aquellos años.

1. Esa década reveló, conforme él lo percibía, un giro histórico de dimensiones insospechadas: «Se está, pues, en este país en el momento de un grave cambio histórico, de trascendencia suma para los pueblos de la América» (1885).<sup>1</sup> Era como nueva historia de las viejas, originarias tendencias del capitalismo a la concentración de la riqueza y a la exacerbación en el dominio interno e internacional de los capitales. Tiempos de fortunas colosales, prestidigitadas por la violencia (a la ley o a los hombres), hubo entonces como manifestación de aquel crecimiento económico y de su ajuste unos cuatro años de recesión y depresión (1882-1883; 1884-1885) en medio de los cuales se eliminaban implacablemente, unos a otros, a los empresarios y, después, cuando ya había tal ajuste, también continuaba la «guerra» entre grupos de la burguesía industrial y bancaria contra sus competidores desfavorecidos. La actitud permanente de Martí fue repeler la racionalidad «natural» de todo eso, aun cuando no encontrase respuesta sustitutiva fundamental de su rechazo, pues en aquellas condiciones no la había. Más de veinte años (1870-1890) de forcejeo y de violencia por los mercados, los recursos naturales y el poder político, por los ferrocarriles, el acero, el carbón, los transportes, las finanzas bancarias, los seguros, el petróleo, constituyeron una lección incomparable del tránsito hacia el capitalismo monopolístico. Por eso pudo decir en lo relativo a los derechos del pueblo trabajador: «y éste es un caso de guerra, de guerra en que no se ven las armas, pero en que se combate y se muere, un caso de guerra extraordinario. ¿Y cuántos derechos nuestros, cuántos derechos públicos, cuántos derechos humanos no violan las compañías que usan la propiedad común sin compensación, para su beneficio particular [...]?» (XII, p. 145).

---

<sup>1</sup> José Martí, «Cartas de Martí», en: *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cubas, 1963-1973, t. VIII, p. 90. Se citará por esta edición, mencionándose los tomos en números romanos y las páginas en arábigos. (Los énfasis son del autor de esta ponencia.)

No solamente mencionó a los monopolios, los cárteles, como hecho mayor del momento, sino que describió sus aspectos más visibles tanto en sus elementos políticos y sociales internos como internacionales. Lo que subraya una y otra vez es la formación de capitales enormes personificados en una mínima cuantía de grandes empresarios, cuya asociación y cuya guerra interna y conexiones institucionales destaca y enjuicia.

Veía él la concentración de la riqueza en manos de unos cuantos de los *self-made men* –cuyo mito aparece todavía en la historiografía vulgar del siglo XX (Richard Lewinsohn, *La conquista de la riqueza*, 1929)– y eso le trajo las consecuencias universales: «¿Se debe gruñir, regatear, porque un pueblo tan grande vigile por sus intereses? No: pero se debe vigilar, –porque al defender los suyos no viole los ajenos, y no construya su política como ha construido su riqueza –sobre las ruinas de tantos» (XXII, p. 95). O esta otra manera de ver lo mismo: «Un pueblo es en una cosa como es en todo. Cuando los E. U. empiecen política, serán como sus negocios: ¿cómo podrán ser diferentes?» (XXII, p. 96). No es posible olvidar la respuesta de Cornelius Vanderbilt a sus asociados que preparaban una conjura para desposeerlo de sus intereses: «Caballeros: Han pretendido defraudarme. No les pleitearé pues la ley demora demasiado. Los arruinaré» (Robert Irving Warshow). Y lo hizo.

Estas fortunas innecesarias no son *self-made*, no nacen del ahorro o del genio emprendedor de un hombre solitario y ciclópeo: «Con el trabajo honrado jamás se acumulan esas fortunas insolentes. // El robo, el abuso, la inmoralidad están debajo de esas fortunas enormes» (1889) (XII, p. 251). En ese párrafo se ve claro que la *expropiación* de los bienes y derechos comunes de los recursos naturales, incluso «el agua y la tierra», y la violación de los derechos humanos a que se refería precisamente, constituían una característica principal del cambio social-histórico en proceso, definido en el párrafo transcrito más arriba y que antecede a éste en pocos días.

2. Al llegar Martí a los Estados Unidos, no estaban tan lejanos los días de la famosa quiebra de Jay Cooke (1873), el inspirador del nuevo sistema y las nuevas prácticas bancarias, ni aquellos en que alzaron su caudal a cifras inusitadas las nacidas dinastías de Vanderbilt, Carnegie, Rockefeller, Morgan, Edison, en los transportes, el carbón, el acero, el petróleo, la banca, la electrónica. Los métodos de estos *robber barons* (feudales ladrones) los conoció Martí:

Donde un sembrador, allá en el Oeste, siembra un campo, el monopolio se lo compra a la fuerza o lo arruina: si vende barata su cosecha el sembrador, el monopolio, que tiene grandes fondos a la mano, da la suya de balde: y si decide el sembrador luchar, al año muere de hambre, mientras que el monopolio puede seguir viviendo sin ganancia muchos años. El monopolio está sentado, como un gigante implacable, a la puerta de todos los pobres. Todo aquello en que se puede emprender está en manos de corporaciones invencibles, formadas por la asociación de capitales *desocupados* a cuyo influjo y resistencia no puede esperar sobreponerse el humilde industrial que empeña la batalla con su energía inútil y unos cuantos millares de pesos [...]. Este país industrial tiene un tirano industrial [...] (X, pp. 84-85).

Por aquellos días, coincidiendo con la creciente protesta de los granjeros incorporados –o eliminados– a pura fuerza en las estructuras capitalistas en surgimiento (Solon



J. Buck), había expresado: «En otra población, en Oklahoma City, se vende ya a dos pesos el acre que aún no se tiene, contando con que va por delante el jinete que lo ha de ocupar, el jinete ágil y asesino» (XII, p. 207). De este modo veía entonces, con mirada precisa, la leyenda de la frontera agrícola democrática o de acceso para todos, cuyos caracteres y resultados han sido objeto de numerosos debates en la bibliografía norteamericana desde la afamada obra de Turner.

3. Todos aquellos «monarcas» del dinero –recordemos las numerosas veces en que Martí habla de la república aquella transformada en monarquía, acerca de lo cual volveremos– tenían importantes vínculos con el gobierno y los políticos desde la Guerra de Secesión (1860-1865), directamente o través de agentes y especuladores o de congresistas serviciales que Martí señala enfáticamente. Así pudo decir: «La guerra que aseguró la Unión y el crédito, creó una generación de agiotistas venturosos, sin práctica ni fe en una libertad oscurecida por la arrogancia del triunfo y sin respeto por las instituciones trocadas en comercio por los encargados de conservarlas» (XI, p. 167).

El Sur esclavista había impedido que el capitalismo norteno impusiera sus intereses. Había que destruir ese baluarte precapitalista para sustituir el esclavismo *sans phrase* (Marx) por la esclavitud del capitalismo, con lo cual el progreso deducido de la guerra sería para la acumulación de los capitales. De ahí que, en cuanto Lincoln tomó el gobierno en sus manos, entre 1860 y 1864, el Congreso aprobara las leyes promotoras del máximo desarrollo capitalista (ocupación de tierras nacionales, proteccionismo adecuado, sistema bancario nacional, ferrocarriles, inmigración de obreros): las fuerzas monopolistas no perdieron un día. El Partido Republicano poderoso, sin contradicción, instrumentaba lejos de toda tregua las condiciones de «libertad» necesarias para lo que vendría de inmediato. El financiamiento privado de la guerra, la venta de armas al gobierno federal y el aprovisionamiento de los ejércitos hicieron lo demás en el camino de la creación de los «monarcas» burgueses.

Lo más grave del caso es que esos lucrados a la sombra del poder del Partido Republicano, que encarnaba a la burguesía más agresiva, aunque todavía vacilante en su dominio hasta la muerte de Lincoln, impusieron al país su propia imagen, la transfundieron a las masas: la del *self-made man* que ocultaba el origen espurio de su fortuna bajo el disfraz de un nacimiento humilde cierto, pero con el cual no se acopiaban millones. Como los propios millonarios y su prensa, así como sus agentes políticos inmersos en un combate despiadado de intereses, se encargaron de revelar los mecanismos «naturales» de su éxito, y vino a ser común la idea de que lo esencial era triunfar en la lucha por la riqueza sin importar el medio empleado para lograrla. Así diría él:

en este pueblo de niños educados en la regata funesta por la riqueza, en que sin sueño y sin día de fiesta forcejea la nación; y de hombres desvalidos cuya existencia entera [...] pasa en el combate por asegurarse el bienestar, que para luego en el constante susto de perderlo, o en el vicio censurable de acrecentarlo, –en este pueblo revuelto, suntuoso y enorme, la vida no es más que la conquista de la fortuna: ésta es la enfermedad de su grandeza [...] se le ha entrado por todas las entrañas: lo está trastornando, afeando y deformando todo (X, pp. 62-63).

Jamás en la historia, ni siquiera de la aristocracia capitalista británica, se logró desviar a los desposeídos de un modo lineal como ése, desde su capacidad de generar un nuevo mundo humano a la unívoca contemplación de un camino construido sobre las mentiras (diría Martí) de «sus sermones de domingo y sus libros de lectura». Todavía hoy esas leyendas de lo individual adormecen y desnaturalizan al pueblo norteamericano.

Hablaba Martí de los *self-made men* desde sus primeras impresiones en 1880, publicadas en *The Hour* (XIX, p. 108). Confesaba él que había sabido de eso «cuando era muchacho», mencionando unas *The American Popular Lessons* leídas cuando tenía trece años, o sea en 1866 (XXII, p. 285). Sin embargo, en 1880 ya había ganado nuevas experiencias y destacaba en sus impresiones a los «hombres, demasiado entregados a los asuntos de bolsillo», en «este espléndido pueblo enfermo»; más tarde, traería a sus crónicas lo que decía Henry George acerca de esos humildes convertidos en explotadores prepotentes, una vez encumbrados, o sea, los «dos o tres creadores de genio extraordinario», «sacados con pinzas de entre sesenta millones» y «dotados del loco amor de sí». Martí añadía: «Bello es ver a un pobre mozo de campo levantarse [...] a presidir [...] cinco mil empleados que entre humo y chispas recorren, sembrando pueblos, siete mil millas de suelo cultivado: ipso más bello será ver levantarse a los cinco mil empleados!» (XI, p. 283). Bastaría evocar cómo cambia su juicio sobre Carnegie durante esos años, pues de hombre meritorio lo tradujo a su verdadera imagen de inescrupuloso neocapitalista. No andaba descaminado Martí en sus ideas acrecidas. Carnegie había negado ayuda financiera a Tomás Scott que le había aupado cuando tenía dieciocho años; y compró las partes de sus asociados menos venturosos para convertirse en dueño mayoritario de empresas. Pero, eso sí, la ruina de los demás, amigos o extraños, le causaba «más dolor que todas las pruebas financieras a las cuales ha sido sometido hasta ahora» (Debouzy). Piadoso dolor ante la caída de los hombres de su clase. Se ha hablado mucho de su piedad, semejante a la de Rockefeller (Lewinsohn).

Pero, además, así como se sabía entonces hasta hoy día, revelaba Martí, una vez más, que los millones «vienen siempre del goce de un privilegio sobre las propiedades naturales, sobre los elementos, sobre el agua y la tierra» (XII, pp. 250-251). Antes había glossado esa «acumulación del territorio y los derechos nacionales en compañías privadas» (XI, p. 167). Poco después diría de los ferrocarriles, «que se están comiendo lo mejor de la tierra de los Estados nuevos» (XII, p. 95). Insistía en el fenómeno de la expropiación.

4. Ya adquiere un énfasis denunciador cuando explica (XII, p. 145) cómo se adquieren esos recursos naturales que se dan «en hipoteca, y en señorío a veces», robando a los legítimos accionistas de las empresas los dividendos para repartirlos a «los accionistas ilegítimos» (abogados con conexiones y personajes políticos). No es preciso ser muy perspicaz para comprender por qué la Ley de Distribución de Tierras de 1862 (*Homestead Act*) que beneficiaba a grandes empresarios, o la Ley del Ferrocarril del Pacífico (1862-1864), adjudicaron a los ferrocarriles subsidiados mucho más de veintidós millones de acres. En este caso de la propiedad de la tierra, evocamos también a Henry George, que aspiraba a nacionalizar el suelo en los años en que éste era presa de las grandes corporaciones.

En 1890 solamente el 3,5% de las tierras del oeste del Misisipí habían sido adjudicadas a gente del pueblo (Vatter). Lo demás había sido manipulado por grandes compañías que las revendieron, o por representantes y senadores venales (treinta mil acres a cada uno en diversos Estados de la Unión), o por testaferros de los capitalistas. No ayudó a los simples granjeros –en esa lucha a muerte– la exigencia de capitales para mecanizar, lo que interesaba a la industria McCormick y favorecía de inmediato también en lo agrícola a la concentración. Después, vino la legislación de los espacios carboníferos, de los espacios reforestales o de las tierras semidesérticas que requerían grandes inversiones y, por ende, la presencia de corporaciones.

Todavía en 1893 Martí ha de decir: «Aquí [en los Estados Unidos] se ha repartido mal la tierra; y la producción desigual y monstruosa, y la inercia del suelo acaparado, dejan al país sin la salvaguardia del cultivo distribuido, que da de comer cuando no da para ganar» (II, p. 368).

5. Si hubieran disfrutado solamente de los recursos naturales, apropiándose los «legalmente», esto es, dados por un Congreso que les servía, aquellos magnates hubieran sido unos modestos ambiciosos. También, y en escala mayor, les favorecía el proteccionismo aduanero desde la Ley Merrill (1861). Martí subraya como un mecanismo importante de aquel crecimiento capitalista inusitado esa protección cuantiosa que duró hasta el año 1909. Sus palabras reflejan la relación entre la oligarquía financiera y el poder que, en perjuicio de toda la nación, concedían los altos aranceles (1888) (XII, pp. 24-25). Así increpa a Carnegie (1888) (XII, p. 64), porque vende «al extranjero la nación que lo protege». Es más, ve en esa política de mercado cerrado por los derechos aduanales, que ella «lleva a la fuerza a procurar tratados injustos con los países débiles».

Martí habla simultáneamente de excesos de mercancías no negociables en el mercado interno (la «plétora» mencionada varias veces) y de los caudales «sobranceros» dispuestos a lanzarse sobre los países latinoamericanos. Y no es posible evitar que recordemos el papel que ambos –mercancías y capitales– desempeñaron en la formación del imperialismo (Hobson, 1902; Rosa Luxemburgo, 1914), antes de que Lenin precisara la esencia monopolista del imperialismo.

Ni uno solo de los hombres que tuvo mano decisiva en el Partido Republicano y sus gobiernos desde la muerte de Lincoln fue partidario, no ya del libre cambio, siquiera de aranceles relativamente bajos. Y la relación que eso tiene con la política agresiva y de tratados de reciprocidad en un personaje notorio del Partido Republicano como Blaine no se le escapó a Martí en los años 1889 y 1891, cuando se celebraron las conferencias continentales, la llamada Panamericana y la Monetaria.

Por último, las palabras de Martí sobre la coherencia entre la formación y el imperio de los monopolios, el control del Estado por ellos y el proteccionismo nos remiten a las numerosas referencias acerca de estos problemas que encontramos en las obras del siglo XX relativamente próximas a su tiempo (Hilferding). Aun cuando esta cuestión no constituya parte prevista de este esbozo, y deba abordarse con precisiones en intento ulterior, vale decir que la obra citada, escrita en 1905 y publicada en 1909, junto con otras de la primera década de este siglo sirven para apreciar el acierto iniciador de Martí, dados los años en que publica sus crónicas acerca de algunos aspectos esenciales del capitalismo financiero.

6. La alianza de la política y el capital monopolista constituyó una de las características más reveladoras de los años que presenció Martí. Ya lo había dicho sin mucho ni poco recato Seward –que fue del gabinete de Lincoln– cuando expresó: «el partido es una sociedad por acciones en la cual los que más contribuyen dirigen la acción y la administración de la empresa» (Beard). Pues decía nuestro Maestro: «¡Qué ir entregando, ley a ley, a los capitalistas y asociaciones poderosas, las tierras de la Nación, y hasta sus derechos». A ello vuelve una vez más y sigue: «en pago, estipulado previamente, de los subsidios cuantiosos que para asegurarse en el poder recibía el partido [republicano] de monopolios y bolsistas en horas apuradas!» (X, p. 192). Aun antes, había expresado: «los representantes suelen ser los siervos de las empresas colosales y opulentas que deciden, en pro o en favor, con su peso inmenso en la hora del voto, la elección del candidato» (IX, p. 382). Cuando se terminaron las elecciones en que venció Harrison (1889), los políticos, disputándose cargos magnos, revelaban estas incomparables servidumbres del Partido Republicano. Martí, reflejando o complementando la prensa, decía: «el rival tiene consigo, aunque vencido en las urnas como candidato al gobierno del Estado, la opinión de los magnates ferrocarrileros y bancarios de la *Unión League* que fueron los que aprontaron el dinero para la compra del voto y para lo más de la campaña en todo el país». Y por eso reclaman puestos importantes «sin más títulos al gobierno que el haber llenado las arcas del partido en momento apurado de las elecciones» (XII, pp. 133-134). No por azar pudo decir que el Senado y la Cámara eran de los millonarios (1885; también en 1887 y 1888) (XI, p. 175). Y así como le sucedió con Carnegie, le ocurrió con Blaine, cuyo talento subraya en una primera crónica, aunque más tarde, cuando le conoce las mañas y la servicialidad a los grandes intereses, cuando, en fin, es el centro de los «congresos aterciopelados», lo increpa por poner su vida a la orden de los potentados. Vio Martí que los tratados llamados de reciprocidad eran un nombre endulzante de las desordenadas aspiraciones de dominio de los grandes capitales. Desde 1875 había dicho que las relaciones de la América Latina con los Estados Unidos, Inglaterra y Alemania tenían que basarse en una «relación igual» a sus diferencias, como preguntándonosnos: ¿Cómo ha de haber igualdad entre lo diferente?

¿Qué pueden significar sus alabanzas al capitalista que dona dinero para escuelas o bibliotecas? Los destaca por excepción al tiempo que su análisis de la totalidad del sistema establecido se le revela como una colosal expropiación de las masas, hasta el punto que éstas pierden la capacidad de razonar y enjuiciar por sí ante aquellas condiciones mezquinas de vida.

7. En 1878 comenzaron a actuar los Caballeros del Trabajo, cuya fuerza no tardaría en manifestarse. Ciertamente es que ya entre 1880 y 1890 se producía un evidente crecimiento de los obreros industriales al paso que la inmigración de trabajadores contratados echaba entre 1870 y 1890 alrededor de un millón trescientos mil hombres en los puertos del Este de los Estados Unidos (Clough).

Veamos lo que dice Martí:

¡Y cómo vienen, hacinados en esos vapores criminales! No los llaman por nombres sino los cuentan por cabeza, como a los brutos en los llanos. A un lado y otro del globo, del lóbrego vientre de los buques se alzan jaulas de hierro construidas en camadas superpuestas, subdi-



vididas en lechos nauseabundos, a los que sube por una escalerilla vertical, entre cantares obscenos y voces de ebrios, la mísera mujer cubierta de hijos que viene a América traída del hambre, o del amor al esposo que no ha vuelto. Les dan a comer manjares fétidos, les dan a beber agua maloliente. Como a riqueza a que no tienen derecho, los sacan en majadas a respirar algunos instantes sobre la cubierta del buque el aire fresco. ¡No se concibe cómo reclusión semejante no los mueve al crimen! ¿Dónde está la piedad, que no está donde padecen los desgraciados? (IX, p. 225)

Ni perdonó a la prensa o a las jerarquías eclesiásticas de las diversas denominaciones, porque en ellas tenían «puesta toda la mano» los ricos. Para toda esa gente confabulada con el poder económico llegó a lanzar un neologismo –lamerricos– de una fuerza descriptiva extraordinaria.

Los años de crisis (1884-1885) presenciaron las grandes huelgas que Martí describe. Entre las crónicas de estos años se destacan, por su creciente claridad de visión y su simpatía hacia los obreros, las relativas a la sangrienta provocación de Haymarket aquel 4 de mayo de 1886. Allí diría del Oeste:

donde la vida como más rudimentaria facilita el trato íntimo entre los hombres, más fatigados y dispersos en las ciudades de mayor extensión y cultura; donde la misma rapidez asombrosa del crecimiento, acumulando los palacios de una parte y las factorías, y de otra la miserable muchedumbre, revela a las claras la iniquidad del sistema que castiga al más laborioso con el hambre, al más generoso con la persecución, al padre útil con la miseria de sus hijos, –en el Oeste, donde se juntan con su mujer y su prole los obreros necesitados a leer los libros que enseñan las causas y proponen los remedios de su desdicha [...] donde tiene en fermento a la masa obrera la levadura alemana, que sale del país imperial, acosada e inteligente, vomitando sobre la patria inicua las tres maldiciones terribles de Heine; en el Oeste y en su metrópoli Chicago sobre todo, hallaron expresión viva los descontentos de la masa obrera, los consejos ardientes de sus amigos, y la rabia amontonada por el descaro e inclemencia de sus señores (XI, p. 356).

Los persiguen, los agreden, los condena el juez: impera la represión de clases. «No comprenden», dice de los obreros, «que ellos son mera rueda del engranaje social, y hay que cambiar, para que ellas cambien, todo el engranaje» (XI, p. 338). Creían que la América era lo mismo que Europa, de donde venían sin darse cuenta de que se trataba de un sistema, un engranaje. Martí lo entendía y la experiencia lo acreditaba. Por ejemplo, en 1885 hubo seiscientos cuarenta y cinco huelgas que movilizaron cerca de doscientos mil trabajadores; en 1886 hubo mil cuatrocientos treinta y dos, en las cuales participó medio millón de obreros. Se estaba en el vórtice de la transformación de las estructuras económicas y sociales.

Pero si algunos remedios extremos –que no parecían adecuados a Martí– querían los anarquistas de los Caballeros del Trabajo, no le faltó la comprensión de la alianza de la burguesía y sus lamerricos contra los asalariados permanentemente hostilizados. Así lo describe:

Grande fue la alarma de las camarillas políticas, de las asociaciones de rufianes y logreros que viven regaladamente de la compra y venta del sufragio. Aquellas hordas de votantes se les escapaban, y entraban en la luz. «¡Buscad el remedio de vuestros males en la ley!»

dicen los partidos políticos a los obreros, cuando censuran sus tentativas violentas o anárquicas, pero apenas forman los obreros un partido para buscar en la ley su remedio, los llamaron revolucionarios y anarquistas: los dejó solos la prensa: las castas superiores les negaron su ayuda: los republicanos, partidarios de los privilegios, los denunciaron como enemigos de la patria; y los demócratas, amenazados de cerca en sus empleos e influjo, pidieron auxilio a los poderes aliados a ellos para administrar la ley en el común beneficio. La Iglesia entera cayó sobre los trabajadores que la han edificado [...]. ¡Sólo un párroco, el más ilustre de todos, el único ilustre, no abandonó a las clases llanas, el padre McGlynn! (XI, pp. 146-147).

No pierde ocasión para describir la violencia antiobrera:

La policía les corre atrás, y ase del cuello a un bravo que se le encara: acuden a salvarlo sus amigos; y el bravo, a un balazo de mano oculta, cae de bruces en tierra: «de la policía, de la policía fue esa bala!», saca otro un revólver, y dan sobre él, dos, cuatro, diez, los uniformes: le aporrea la cabeza; amartillan con la cabeza los adoquines, de un portazo le quiebran la pierna con que se defiende: con las rodillas sobre el cuello sujetan al cuello al obrero rabioso; llega chispeando el carro de la policía: a los que vocean les dan de puñadas en la boca. // Los uniformes van triunfantes a la estación, seguidos de la gente, que los alaba o los maldice: dos cargan al moribundo, por las corvas uno y otro por los brazos: los demás, con las mujeres a los lados silenciosas, custodian la hilera de los presos boquisangrientos (XII, p. 147).

Ya, en México, más de diez años antes había criticado el sistema proteccionista porque beneficiaba solamente a un grupo de empresarios, en perjuicio de la masa de consumidores, de los desposeídos. Ahora, al observar los efectos de la política aduanera de los monopolios, exclama, refiriéndose a Carnegie: «gracias a ellos», a los aranceles proteccionistas, «aunque impide a la nación comprar barato el acero que le fabrica, guarda para sí solo la diferencia entre el costo real del acero y el precio a que le permite venderlo el derecho que grava los aceros de afuera: ¡él [Carnegie] sí es el protegido, y la nación la abandonada!» (XII, p. 43). En esos días, las fábricas de Carnegie tenían ante sí la protesta de los trabajadores. Esto movía aún más a Martí para denunciar el fariseísmo democrático de aquel magnate.

Martí escribía aquellas páginas cuando los Caballeros del Trabajo, después de la gran ola de huelgas (1885-1886), perdían rápidamente influencia. También arreciaban las medidas antisindicalistas (leyes contra la llamada conspiración obrera). Pero, además, se alzaba la Federación Americana del Trabajo (AFL), en las memorias de cuyo fundador –Samuel Gompers– se expone claramente que nació (1886) para combatir aquella organización y para responder a los objetivos «apolíticos» y de negociación conciliadora que interesaban a los empresarios.

Hay que convenir en que los textos martianos no están lejos sino más cerca, por lo vívido de su testimonio, de ese «doble patrón de moralidad» –uno para los millonarios, a quienes se permitía todo, y otro para los obreros, a quienes se perseguía sañudamente cuando defendían sus intereses– de que hablan historiadores recientes (S. Eliot Morison y Henry Steele Commager). Por eso aquellos podían movilizar fácilmente el poder militar de los Estados y del gobierno federal, las legislaturas, los jueces, los mercenarios

autorizados por la policía, para romper huelgas y combatir la supuesta violencia proletaria (Vatter).

8. Martí no reiteró arbitrariamente sus referencias a la «monarquía» de hecho que se constituía ante su penetrante mirada. El poder incontrastable de los monopolios, la corrupción de sus servidores, el lujo insolente, la creciente explotación de los demás, eran aproximaciones subyacentes en esas frases de Martí. Lógico era que si la democracia que se disponía llamada a perfeccionarse tras de la abolición de la esclavitud se tornaba extorsionadora y represiva, él considerara que se volvía al pasado. Además, no se ocultaba públicamente –y esto duró hasta nuestro siglo– que los grandes capitanes de las corporaciones eran reyes del petróleo, del acero, del carbón. Más tarde lo hubo hasta de la goma de mascar. No se trata de una simple manera de hablar sino de la añoranza del poder tradicional por parte de una aristocracia que tenía toda la riqueza y la libertad de abuso, y le faltaban los blasones justificativos conseguidos por algunos a través de matrimonios a buen precio con miembros de la nobleza europea en quiebra. Diría él: «Esta república, por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos», añadiendo: «De una apacible aldea pasmosa se convirtió la república en una monarquía disimulada» (XI, p. 335), pues «cabe ver», diría, «si este pueblo hijo de la libertad, se levanta para aumentarla, o para oprimirla» (XII, p. 154). Para eso, para oprimir, había «republicanos de cartón que niegan el derecho divino al rey inglés, y alegan ahora la fuerza y el tamaño como derecho divino nuevo, y destino manifiesto e imperio natural e irresistible» (XII, p. 143). Es que «va cambiando en lo real la esencia del gobierno norteamericano [...] y sus métodos de gobierno vuelven, con el espíritu de clases de las monarquías, a las formas monárquicas». «La república», decía, «se hace cesárea e invasora» (XII, p. 135).

Estas ideas, sin embargo, venían fluyendo desde unos cuantos años antes. En 1881 se enfrenta al joven Astor que quiere «poner mano fuerte sobre el libro sagrado de la patria, y reformar para el favor y privilegio de una clase, la magna carta de generosas libertades». Para este «vulgar poderoso» cuya fortuna nació de las libertades es «cosa de código que su familia, su millonaria familia, debe estar representada, como en los antiguos brazos del Estado en las antiguas Cortes, en el Congreso de la Unión» (IX, 108).

No se le escapó referirse a lo que dijo Holmes, en momentos de sinceridad: «Somos los romanos, y llegarán a ser ocupación constante nuestra la guerra y la conquista» (I, p. 195).

Algunos de sus pensamientos y juicios apuntan en otra dirección, relacionados con su crítica al espíritu de lucro y de fuerza y el desprecio por la cultura. En 1888 ha de decir: «se confirma el divorcio palpable de la riqueza y el buen gusto, como en otra millonaria, sesentona que lleva botas de cabritilla y vestido de brocado persa, recamado de esmeraldas, zafiros y rubíes» (XI, p. 395). Y a continuación describe similares excesos en otras señoras de aquella aristocracia. Thorstein Veblen, contemporáneo de Martí, no hubiera desechado describirlo de esa manera en su *Teoría de la clase ociosa*.

9. Aquellos tiempos amenazantes lo llamaron a observar el fenómeno imperialista. No debemos insistir en aquellos aspectos de su obra que revelan los caracteres de la agresividad de la política internacional de los Estados Unidos. Son conocidos y citados

frecuentemente debido a su iluminante expresión y fuerza. Hemos de señalar aquí otros temas.

Nos interesa entrar en consideraciones acerca de los mecanismos imperialistas. Aun cuando Martí se concentra en la descripción de los hechos y procesos, lo cual es lógico en el nivel de su experiencia (inicios del imperialismo), pueden indagarse las ideas matrices y orientadoras o deductibles de sus juicios. Hubo en él un énfasis en la política determinada por los monopolios (en suma, por la alta y súbita concentración del capital). Que en numerosas ocasiones se refiera a los agiotistas como categoría específica, o a los millonarios como símbolo de un grupo social en que pueden estar incluidos los anteriores monopolios y corporaciones, no reduce aquella afirmación sino, a nuestro ver, la ratifica. Y la ratifica, aun si se vieran aquellos vocablos como simple impresión histórica, o sea, propia del tiempo en que el nuevo vocabulario económico no se halla definido o, a veces, ni siquiera nacido. El «bautizo» de los fenómenos sociales ha sido –como es natural– siempre posterior a su génesis y nacimiento.

No es nada nuevo decir que su pensamiento social entre los años 1880 y 1889 se enriquece, se matiza, o lo que es igual, se define en contornos hasta entonces no precisados, aunque las formulaciones precedentes, entre otras, las anteriores a la primera fecha (1880), sean explícitas y de un posible desarrollo previsible. Sus dudas, sus observaciones críticas sobre la política o la vida en los Estados Unidos datan de la década anterior; sus prevenciones antiproteccionistas y el fondo social de su argumentación, así como su rechazo a la imitación de «modelos», son también anteriores. Nada digamos de su condición de hombre político, con vocación de servicio y de comprensión de su tiempo.

Pero su visión, apenas logra acercarse a la realidad imperialista, da un paso decisivo. A raíz del tratado entre México y los Estados Unidos que se anuncia en 1883, explica, refutando a los que atribuyen a puro interés personal de Grant el empeño norteamericano en ser parte de la compañía constructora de los ferrocarriles: «Cuando existen para un suceso causas históricas, *constantes, crecientes y mayores*, no hay que buscar en una pasajera causa ínfima la explicación del suceso» (VII, p. 22). Las palabras subrayadas, exponen un análisis *retrospectivo* de la ambición norteamericana en México, más la acentuación y mayor fuerza de esa ambición, y la presencia de elementos transindividuales o transanecdóticos en la génesis del proyecto imperialista. Quien dice eso no lo deja ahí porque improvisa sino porque no debe decir más. Hay en todo ello un calar que se revelará progresivamente. Ya se ha dicho que en 1885 lanzó una afirmación –acerca del «gran cambio histórico»– que puede reflejar el primer resumen de sus experiencias. Como idea expresada en esos momentos de crisis económica cíclica y también estructural, porque se evidencia el predominio incontestable de los monopolios, se implica que las «causas constantes, crecientes y mayores» de aquella frase están más definidas. Sería si no ocioso, sumamente prolijo, unir esos dos extremos de un razonamiento histórico certero con los eslabones de su observación crítica de la realidad entre 1883 y 1885.

La afirmación sobre el «grave cambio histórico» estaba unida en la misma crónica a un juicio sobre los tratados firmados por los Estados Unidos y España, México y Santo Domingo. Del uno dice:

De tan absoluta manera liga la existencia de la Isla [Cuba] a los Estados Unidos, que es poco menos que el vertimiento de cada uno de estos países en el otro, lo que acaso vendrá



a parar, con gran dolor [...] en perder para la América española la isla que hubiera debido ser su baluarte [...] // Y vendrán los Estados Unidos a ser, *como que les tendrán toda su hacienda*, los señores pacíficos y proveedores forzosos de todas las Antillas (VIII, p. 88).

Está señalando el aspecto de política comercial. Tan claro lo veía todo, a la luz del conocimiento de los pasos que daban el gobierno y las demás entidades superiores, que especificó en esas palabras, que no fueron únicas, lo que había de suceder durante los años 1902-1958, momento en que la claridad de su pensamiento político-social se abrió paso firme y abarcador en la nueva conciencia revolucionaria cubana.

Valgan estos comentarios acerca de algunos aspectos de la historia de los Estados Unidos en los tiempos de Martí para indicar cómo las crónicas del Maestro fueron un reflejo significativamente fiel de lo que ocurría como proceso mayor, en la sociedad norteamericana. Esto no bastaría para medir la importancia de su testimonio, porque, además, las observaciones y reflexiones, su perspicaz y firme calar en aquellos hechos lograban ir más allá –y más acá– de lo que sucedía. En consecuencia, unía a su aguzada comprensión del pasado y del presente, la previsión fundamental del futuro.

Que todo ello fuese a su manera, suelta, retornante en los textos, con matices e inserciones incidentales diversas, sin pretensiones sistemáticas y fundado en un aprovechamiento óptimo de la experiencia vivida por él y por los contemporáneos, nos permite indagar en el sentido del desarrollo de su pensamiento social. Y nos invita a buscar en el contexto científico, intelectual, norteamericano de esos días, aquellas principales manifestaciones de un pensamiento radical, crítico, en el cual, sin duda, pues nadie puede eximirse de tal vínculo, halló elementos apropiados a sus objetivos en la liberación nacional de las Antillas y el desarrollo social de la América Latina emancipada en el siglo XIX. Esta aproximación a ciertos aspectos no es más que un tanteo inicial de un estudio más extenso de la obra de Martí en sus relaciones inmediatas con el pensamiento de aquellos años y con las ideas que circularon hasta 1910 sobre el capital financiero y el imperialismo.

## Roberto Fernández Retamar: *Ante los sucesos de Chicago\**

En 1987 se cumple un siglo de la fecha en que Martí se solidarizó con los mártires obreros asesinados en Chicago el 11 de noviembre de 1887, tras un proceso inicuo que duró año y medio, y mantuvo en vilo la opinión de los Estados Unidos y del mundo todo. A raíz del ahorcamiento de dichos mártires, Martí escribió, para dos diarios hispanoamericanos en los que solía colaborar (*El Partido Liberal*, de México, y *La Nación*, de la Argentina), una de sus más dramáticas e importantes crónicas.<sup>1</sup>

En ella expresó su adhesión a aquellos mártires, su comprensión de la causa por la cual, siendo inocentes del crimen que se les imputaba, fueron inmolados. Después de una compleja evolución, Martí pudo escribir al frente de esa crónica que es uno de sus grandes honores: «Ni merecen perdón los que, incapaces de domar el odio y la antipatía que el crimen inspira, juzgan los delitos sociales sin conocer y pesar las causas históricas de que nacieron, ni los impulsos de generosidad que los producen» (XI, p. 333). Esta observación corona el crecimiento vivido por Martí frente a uno de los más relevantes momentos de las luchas obreras mundiales del siglo XIX. Recordemos de entrada que el Martí que se pronuncia inicialmente en relación con esos episodios no será el mismo que escriba su definitiva crónica año y medio después. Y esto hay que subrayarlo en homenaje suyo: pues en las varias correspondencias que entre mayo de 1886 y noviembre de 1887 dedica (a veces sólo parcialmente) al asunto,<sup>2</sup> Martí evoluciona ante los ojos del

\* En: «*Nuestra América: cien años y otros acercamientos a Martí*, La Habana, Ed. Si-Mar, 1995, pp. [97]-108. Publicado originalmente en versión algo distinta, con el título «A un siglo de cuando José Martí se solidarizó con los mártires obreros asesinados en Chicago», *Anuario del Centro de Estudios Marianos*, n° 11, La Habana, 1988, pp. 51-62.

<sup>1</sup> José Martí, «Un drama terrible», en: *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973, t. XI, p. 332. En lo adelante se citará de esta edición, mencionándose los tomos en números romanos, y las páginas en arábigos. O, con las siglas *N.C.N.Y.*, *Nuevas crónicas de Nueva York* por José Martí. Investigación, introducción e índice por Ernesto Mejía Sánchez, México, Siglo XXI, 1980.

<sup>2</sup> Se trata de las siguientes crónicas: «Correspondencia particular para *El Partido Liberal*», fechada en Nueva York (como todas las demás) el 15 de mayo de 1886, y aparecida en dicho periódico el 29 de mayo de 1886: se recoge en *N.C.N.Y.*, pp. 19-30; «Grandes motines de obreros» y «Los obreros de Alemania y los de los Estados Unidos»: se trata de una sola crónica, fechada el 16 de mayo de 1886, que reproduce la tercera parte de la anterior mexicana y fue publicada por separado en *La Nación* el 26 de junio y el 2 de julio de 1886: X, pp. 443-450, 450-456; «Correspondencia particular para *El Partido Liberal*», fechada el 22 de agosto de 1886 y aparecida en dicho periódico el 10 de septiembre de 1886: se publicó también, con el título «El proceso de los siete anarquistas de Chicago», y fechada el 2 de septiembre de 1886, en *La Nación*, el 21 de octubre de 1886: XI, pp. 53-61; «Correspondencia particular de *El Partido Liberal*», fechada el 17 de octubre de 1886 y aparecida en dicho periódico el 7 de noviembre de 1886: *N.C.N.Y.*, pp. 78-85; «Correspondencia particular de *El Partido Liberal*», fechada el 27 de octubre de 1886 y publicada en dicho periódico el 12 de noviembre de 1886: *N.C.N.Y.*, pp. 86-93; «Las ferias campestres», fechada el 22 de septiembre de 1887 y aparecida en *El Partido Liberal* [el 7 de octubre de] 1887: XI, pp. 305-319; «Correspondencia particular para *El Partido Liberal*», fechada el 17 de noviembre de 1887 y aparecida en dicho periódico los días 27, 29 y 30 de diciembre de 1887: se publicó también, con el título «Un drama terrible» y fechada el 13 de noviembre de 1887, en *La Nación* el 1° de enero de 1888: XI, pp. 331-356.

lector de una manera que no es fácil encontrar en otros pasajes de su obra. Una vez más supo llegar a entender aspectos fundamentales de un acontecimiento de gran trascendencia para la humanidad, del cual tuvo conocimiento por vivir, con perspectiva de revolucionario anticolonialista, en el seno de la sociedad norteamericana durante las últimas décadas del siglo XIX.<sup>3</sup>

En los Estados Unidos, Martí encontró una poderosa clase obrera, con sus organizaciones, batallas y metas. Pronto respondió a estos hechos desarrollando criterios que había comenzado a mostrar en México. Pero antes de avanzar en este punto, es útil tener presente la opinión de un observador excepcional, Federico Engels, quien en 1887 escribió:

En febrero de 1885, la opinión pública norteamericana era casi unánime sobre este punto: que en los Estados Unidos no existía clase obrera, en el sentido europeo de la palabra; que, por consecuencia, no había ninguna lucha de clases entre trabajadores y capitalistas, como la que desgarró a la sociedad europea, ni era posible en la república norteamericana; y que el socialismo era por tanto un acontecimiento de importación extranjera, incapaz de echar raíces en el país.<sup>4</sup>

Estas palabras de Engels son marco adecuado para acercarnos a las de Martí, que forcejearán con «la opinión pública norteamericana», transgrediéndola en no pocas ocasiones, pero siendo influidas negativamente por ella en otras, sobre todo a raíz de producirse los sucesos de la plaza Haymarket, de Chicago, en mayo de 1886.

Significativamente, entre 1885 y mayo de 1886 Martí dedica varias de sus crónicas a las huelgas obreras cuya efervescencia iba en aumento, y que ayudan a comprender la terrible venganza que al cabo se tomará el amenazado sistema burgués contra los encausados en Chicago.<sup>5</sup> Los lectores de Martí, pues, se encontraban bien informados sobre el ambiente combativo que vivía el movimiento obrero de los Estados Unidos cuando estalló el drama de Haymarket.

El primero de mayo de 1886, en cumplimiento de un acuerdo tomado dos años antes por la Federación de Sindicatos Organizados (*Federation of Organized Trade and Labor Unions*) de los Estados Unidos y Canadá, alrededor de trescientos cincuenta mil obreros en más de once mil establecimientos a lo largo de los Estados Unidos fueron a la huelga en demanda de la jornada laboral de ocho horas.<sup>6</sup> Los obreros de Chicago estuvieron

<sup>3</sup> Cf. José Cantón Navarro, «Influencia del medio social norteamericano en el pensamiento de José Martí», en: *Algunas ideas de José Martí en relación con la clase obrera y el socialismo*, 2ª ed., La Habana, Editora Política, 1981. Me valdré en el presente trabajo, en más de una ocasión, de este libro.

<sup>4</sup> Federico Engels, «Prólogo a la edición norteamericana de 1887» de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, trad. al español de M. Díaz G., La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1974, p. 395.

<sup>5</sup> Se trata de las crónicas «El problema industrial en los Estados Unidos», fechada el 19 de septiembre de 1885 y aparecida en *La Nación* el 23 de octubre de 1885 (X, pp. 301-310); «La revolución del trabajo. Grandes huelgas», y «Las huelgas en los Estados Unidos», fechadas ambas el 25 de marzo de 1886 y aparecidas por separado en *La Nación* el 7 y el 9 de mayo de 1886 (X, pp. 391-399, pp. 401-408); «Las grandes huelgas en los Estados Unidos», fechada el 27 de abril de 1886 y aparecida en dos partes en *La Nación* el 4 y el 6 de junio de 1886 (X, pp. 409-417, pp. 417-424); y «Los trabajadores se apaciguan», fechada el 2 de mayo de 1886 y aparecida en *La Nación* el 19 de junio de 1886 (pp. 435-438 [...]).

<sup>6</sup> Philip S. Foner, *History of the Labor Movement in the United States*, vol. 2, Nueva York, International Publishers, 2ª ed., 1975, p. 96. Me valdré de otros datos aportados por este libro.

entre los más combativos del país tanto en la preparación como en la realización del memorable acontecimiento. Y un hecho local contribuía allí a exacerbar los ánimos: la presencia de esquirols, protegidos por la policía, para hacer marchar la fábrica McCormick, cuyos obreros estaban en huelga por reclamar las ocho horas y otras demandas. Dejemos que Martí nos describa los hechos, en palabras de su crónica de 16 mayo de 1886:

El problema del trabajo se ha erguido de súbito, y ha enseñado sus terribles entrañas. // [...] So pretexto de reclamar la reducción de las horas actuales de trabajo a ocho, ha culminado en batallas campales en las plazas, y en una especie de intentona y alistamiento generales el malestar que empezó con las huelgas de los ferrocarriles y *tramways* [...] // todas las ciudades obreras se levantaron en los mismos días con una petición unánime (X, p. 445).

En sus crónicas iniciales (las de 15 y 16 de mayo de 1886, la de 2 de septiembre de 1886), es decir, sólo durante los primeros cuatro meses, Martí creará las cosas que «opinión, gobierno, prensa, clero, ¡qué! el trabajo mismo» (X, p. 449), en palabras de Martí, vierten contra las llamadas «turbas de fanáticos» constituidas por inmigrantes (sobre todo alemanes) anarquistas. Podrá –y deberá– recordarse que Martí fue siempre hostil al anarquismo (que en los Estados Unidos a veces tomaba el nombre de socialismo); que al escribir su homenaje a Marx en 1883, impugnó a una de las principales figuras del anarquismo en los Estados Unidos, Most (al describir el homenaje rendido en Nueva York a Marx tras su muerte, dijo Martí: «Most habla palabras fanáticas»: IX, p. 309), y que la gran confusión ideológica que vivía entonces el proletariado en aquel país y mereciera la censura incluso de Engels (Engels, pp. 397-403) estaba lejos de ayudarlo a adquirir una comprensión justa del socialismo. Podrá –y deberá– recordarse también que en su juicio negativo hacia una parte de la inmigración no había xenofobia alguna, sino señalamiento del hecho real de que los regímenes atroces imperantes en los países de donde provenía esa inmigración no preparaban adecuadamente para las luchas de distinto tipo que debían ser realizadas en unos Estados Unidos donde se disfrutaban relativas libertades. Esos recordatorios ya se han hecho.

Lo realmente notable, sin embargo, no es que Martí haya sido confundido en algunos puntos, durante un tiempo breve, por la gigantesca campaña; ni que, debido a ello, subrayara sus auténticas discrepancias con los anarquistas o sus reservas frente a grupos de inmigrantes: lo realmente notable es lo que Martí, en medio de aquella avalancha de burdas mentiras que se proponían mermar el prestigio del creciente proletariado norteamericano, pensó y escribió. Así, por ejemplo, en su crónica de 16 de mayo de 1886, apunta:

Pero entre los que azuzan desde las tribunas a los trabajadores [...] no hay sólo alemanes, no, sino patriarcas americanos, hombres de buena fe y alma profética, ancianos encanecidos en la creencia y propaganda de una época más justa, apóstoles a lo John Brown, aquel loco hecho de estrellas (X, p. 446).

Hay que conocer la admiración irrestricta que Martí sentía por los abolicionistas para apreciar esta comparación icon nadie menos que John Brown! Pero quizá cuando más nos impresione la audacia de su juicio sea cuando entre en la selva y nos diga:



Acá [en los Estados Unidos] se acaba de ver, en el alzamiento general, en los arsenales anarquistas sorprendidos, en el desafío y locura de su prensa, en los motines y combates de Chicago, a la luz de los rifles y al estallido de las bombas, se acaba de ver que es colosal y viable el feto (X, p. 447).

Si así pudo manifestarse Martí incluso cuando creía, como no creyó luego, en «arsenales» y «locura», no es extraño que en noviembre de 1887 nos diera ya una versión de los sucesos atendida a la realidad. Hela aquí:

Salía [dice Martí] de las segadoras de McCormick [en Chicago], ocupadas por obreros a quienes la miseria fuerza a servir de instrumentos contra sus hermanos, un hilo de humo que como negra serpiente [...] se enroscaba [...] sobre el cielo azul. // A los tres días de cólera, se fue llenando una tarde nublada [del 3 de mayo] el Camino Negro, que así se llama el de McCormick, de obreros airados [...]. Y hasta ocho mil fueron llegando [...] // arrancan todas las piedras del camino, corren sobre la fábrica, ¡y caen en trizas todos los cristales! ¡Por tierra, al ímpetu de la muchedumbre, el policía que le sale al paso! «aquellos, aquellos son, blancos como muertos, los que por el salario de un día ayudan a oprimir a sus hermanos!» ¡piedras! [...] vomitando fuego viene camino arriba, bajo pedrea rabiosa, un carro de patrulla de la policía [...] saltan del carro, fórmanse en batalla, y cargan a tiros sobre la muchedumbre que a pederadas y disparos locos se defiende [...] entierran los obreros seis cadáveres (XI, pp. 344-345).

Las agresiones llevaron a organizar en la plaza Haymarket, el 4 de mayo, un acto de protesta contra las brutalidades de la policía. El acto se celebraba sin incidentes, con discursos de Spies y Parsons, quienes después se retiraron de la plaza, lo que también hicieron el alcalde de la ciudad y la mayor parte de los asistentes, dando casi por finalizada la reunión. Estaba hablando Fielden. Entonces, volviendo a las palabras de la última crónica de Martí sobre la cuestión,

nótase que la multitud se arremolina; que la policía, con fuerza de ciento ochenta, viene revólver en mano, calle arriba. Llega a la tribuna: íntima la dispersión; no cejan pronto los trabajadores: «¿qué hemos hecho contra la paz?» dice Fielden saltando del carro; rompe la policía el fuego. // Y entonces se vio descender sobre sus cabezas, caracoleando por el aire, un hilo rojo. Tiembla la tierra; húndese el proyectil cuatro pies en su seno; caen rugiendo, unos sobre otros, los soldados de las dos primeras líneas [...]. Repuesta la policía [...] salta por sobre sus compañeros a bala granada contra los trabajadores que le resisten [...]. Y pocos instantes después no había en el recodo funesto más que camillas, pólvora y humo. Por zaguanes y sótanos escondían otra vez los obreros a sus muertos. De los policías, uno muere en la plaza; otro, que lleva la mano entera metida en la herida, la saca para mandar a su mujer su último aliento; otro, que sigue a pie, va agujereado de pies a cabeza (XI, pp. 346-347).

Tales fueron los hechos, presentados por la palabra vívida de un Martí maduro. De inmediato, se desencadenó en forma implacablemente feroz el odio de clase de los patronos de los Estados Unidos: un odio que había crecido a medida que crecía la fuerza del proletariado de aquel país, y se hacía patente en numerosas huelgas y sobre todo en lo que Engels llamó «el *gran movimiento de las ocho horas*» (Engels, 395: el énfasis es suyo). Tres días después del estallido de ese movimiento, lo ocurrido en la plaza Haymarket

ofreció a los opresores yanquis una oportunidad que no desperdiciarían. Editores, oradores, dirigentes obreros fueron arrancados de sus casas o talleres, aunque uno al menos (Parsons) no fue hallado por la policía y se presentó voluntariamente. De los centenares de obreros arrestados, ocho fueron finalmente escogidos para ser llevados a juicio: Albert R. Parsons, August Spies, Samuel J. Fielden, Michael Schwab, Adolf Fischer, George Engel, Louis Lingg y Oscar Neebe. Los primeros retratos que Martí trazara de ellos no son dignos de su pluma, y revelan qué grande llegó a ser la conspiración contra aquellos hombres cuando incluso alguien tan profundo y tan independiente como Martí pudo estar engañado unos meses.

El veredicto del jurado, que se hizo público el 20 de agosto de 1886, al considerar culpables a los acusados, implicó quince años de prisión para Neebe y ahorcamiento para los demás. A raíz de este hecho, Martí escribió su tercera crónica sobre los sucesos, la última en que daría una versión negativa de los héroes obreros de Chicago, a quienes llama allí «meras bocas por donde ha venido a vaciarse sobre América el odio febril acumulado durante siglos europeos en la gente obrera» (XI, p. 55).

Además de las razones que he mencionado ya, debe tenerse en cuenta que indudablemente en esa fecha Martí sobrevaloraba las virtudes de la democracia burguesa estadounidense de entonces. Por eso se pregunta:

¿Quiénes podrán más, los obreros moderados que con la mira puesta en una reorganización social absoluta se proponen ir hacia ella elaborando por medio de su voto unido las leyes que les permitan realizarlo sin violencia, o los que con la pujanza de la ira acumulada siglo sobre siglo, en las tierras despóticas de Europa, se han venido de allá con un taller de odio en cada pecho? (X, p. 447).

Su opinión se inclina inequívocamente en favor de los primeros. De ahí que exprese su acuerdo con la Orden de los Caballeros del Trabajo, con Henry George, con los procedimientos evolutivos en esta esfera, posibles y necesarios, según él, en los Estados Unidos de 1886. La otra vía implicaba a sus ojos «odiosas violencias [...] salpicaduras de su fango ensangrentado que, con la rabia de los que mueren, echa sobre América triunfante, como una reina desdentada, la Europa iracunda». Llega incluso a hablar de los «policías heroicos» (X, pp. 447-448, 454).

Estas opiniones martianas de entonces no las mantendrá a finales de 1887. Es más: ya habrá rectificado al menos varias de ellas cuando el 17 de octubre de 1886 escriba para *El Partido Liberal* una crónica que había permanecido desconocida desde su publicación en ese periódico hasta que Ernesto Mejía Sánchez la dio a conocer en 1980 (*N.C.N.Y.*, pp. 78-83 [...]). En esa crónica comenta la visita a Nueva York de Lucy Parsons,<sup>7</sup> la compañera de Albert Parsons, quien recorría el país explicando la verdad del proceso de Chicago. No cabe duda de que esa visita conmovió a Martí. Además, en octubre, poco antes de la llegada a Nueva York de Lucy Parsons, los condenados de Chicago habían tenido la ocasión de hablar en el juicio, y sus intervenciones fueron formidables alegatos de los que acaso alguna prensa estadounidense se hiciera eco. Lo cierto es que la crónica

---

<sup>7</sup> Cf. de Carolyn Ashbaugh su *Lucy Parsons. American Revolutionary*, Chicago, Charles H. Kerr Publishing Company, 1976.

que le dedica Martí a Lucy Parsons comienza con esta cita: «Santo es el mismo crimen, cuando nace de una semilla de justicia. El horror de los medios no basta en los delitos de carácter público a sofocar la simpatía que inspira la humanidad de la intención. El verdadero culpable de un delito no es el que lo comete, sino el que provoca a cometerlo» (*N.C.N.Y.*, p. 78). De inmediato, escribe Martí:

Eso parecía decir ayer a los que observaban de cerca la reunión de los anarquistas en New York. ¿Y se creía que la sentencia a muerte de los siete anarquistas de Chicago [...] los había hecho enmudecer? ¡Como una condecoración llevan al pecho desde entonces hombres y mujeres la rosa encarnada! (*N.C.N.Y.*, p. 78)

Más adelante añade:

no es en la rama donde debe matarse el crimen, sino en la raíz. No es en los anarquistas donde debe ahorcarse el anarquismo, sino en la injusta desigualdad social que los produce [...] // Los anarquistas no temen al sacrificio, y aun lo provocan, como los héroes cristianos. Sus sufrimientos explican su violencia; pero esta misma parece menos repugnante por la generosa pasión que los inspira (*N.C.N.Y.*, p. 79).

Sintetiza la ardiente exposición de Lucy Parsons y comenta luego:

¿Por qué no ha de decirse? Esa mujer habló ayer con todo el brío de los grandes oradores. Rebosaba la pena; es verdad, en los corazones de los que la oían; y auditorio conmovido quiere decir orador triunfante; pero a ella, más que del arte natural con que gradúa y acumula sus efectos, le viene su poder de elocuencia de donde viene siempre, de la intensidad de la convicción [...] no pide merced para los condenados a muerte, para su propio marido, sino denuncia las causas y cómplices de la miseria que lleva los hombres a la desesperación [...] «¡Ah, la prensa, las clases ricas, el miedo a este levantamiento formidable de nuestra justicia ha[n] falseado la verdad en ese proceso ridículo e inicuo! [...]» (*N.C.N.Y.*, pp. 81-82).

Estos argumentos encontraron en Martí una noble resonancia. A partir de esta fecha, a sólo cinco meses de los sucesos de Haymarket, no hará sino avanzar en su comprensión de los hechos.

No se conoce –pero no es imposible que exista– una crónica de Martí escrita a raíz del 27 de noviembre de 1886, cuando el magistrado superior de la Corte Suprema del Estado de Illinois pospuso la ejecución de los siete sentenciados, los cuales debían haber sido ejecutados el próximo 3 de diciembre. Pero sí se conserva la crónica escrita por Martí el 22 de septiembre de 1887, al saberse que la Suprema Corte de Illinois había ratificado el veredicto de la corte inferior, y que los sentenciados serían ahorcados el 11 de noviembre.

Parte del fragmento de su trabajo que Martí dedica al hecho está consagrado a dos mujeres vinculadas a los reos: de Lucy Parsons, de quien se había vuelto a ocupar positivamente en su correspondencia de 27 de octubre de 1886 (*N.C.N.Y.*, pp. 86-87), dice que tiene el mismo fuego de Vera Zasulich (XI, p. 310); sobre Nina Van Zandt, quien se ha casado por poder con «el apuesto periodista Spies» (XI, p. 310), añade: «Y el mismo Chicago, donde parece por lo unánime de la opinión ser irremediable la muerte de estos hombres, ya no se burla de aquel dolor donde es visible la virtud». De los condenados,

escribe: «Apenas hay quien crea que entre los ocho [sic] llamados a morir, está el que lanzó la bomba» (XI, p. 311).

Ya no pueden extrañarnos las ideas que Martí expondrá en su impresionante crónica final sobre los sucesos, aquella en que describirá con rasgos de Goya la ejecución de los mártires, que al cabo serán cuatro: la víspera del crimen, Fielden y Schwab verán su condena cambiada por cadena perpetua (en 1893 el gobernador de Illinois John Peter Altged indultaría a Fielden, Schwab y Neebe), y Lingg encontrará la muerte por asesinato o suicidio. Pero Martí no sólo pintará con tonos inolvidables el fin de aquellos hombres, sino que hará una síntesis de lo ocurrido desde el 4 de mayo de 1886 hasta la fecha, y enjuiciará los hechos con justicia. He aquí cómo Martí evalúa la importancia del proceso:

Jamás, desde la Guerra del Sur, desde los días trágicos en que John Brown murió como criminal por intentar sólo en Harper's Ferry lo que como corona de gloria intentó luego la nación precipitada por su bravura, hubo en los Estados Unidos tal clamor e interés alrededor de un cadalso (XI, p. 334).

Lo que de hecho ha ocurrido, más allá de los detalles accidentales, es lo siguiente:

Amedrentada la república por el poder creciente de la casta llana, por el acuerdo súbito de las masas obreras [...], por el deslinde próximo de la población nacional en las dos clases de privilegiados y descontentos que agitan las sociedades europeas, determinó valerse, por un convenio tácito semejante a la complicidad, de un crimen nacido de sus propios delitos tanto como del fanatismo de los criminales, para aterrar con el ejemplo de ellos [...] a las tremendas capas nacientes (XI, p. 334).

Es decir, que Martí ve ya inmediato en los Estados Unidos el deslinde de su población entre opresores y oprimidos existente en Europa. No otra cosa diría por entonces Engels, al afirmar que entre 1885 y 1887

se ha llevado a cabo en la sociedad norteamericana una revolución que hubiera requerido por lo menos diez años en cualquier otro país [...]. Las causas que han cavado el abismo entre la clase trabajadora y la clase capitalista son las mismas en los Estados Unidos y Europa; los medios de llenar ese abismo son los mismos en todas partes (Engels, pp. 395 y 397).

Esta convicción es uno de los puntos nodales del trabajo de Martí. Sobre ella vuelve en más de una ocasión. Así, dirá: «Esta república, por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos» (XI, p. 335). Pero quizá cuando de modo más relampagueante aparezca esa triste convicción sea cuando, después de presentar las durezas de la vida del obrero en los Estados Unidos, exclame: «¡América es, pues, lo mismo que Europa!» (XI, p. 338). Atrás ha quedado en Martí la idea de que en la democrática «América triunfante» los obreros puedan resolver por vía pacífica lo que requiere métodos violentos en la «reina desdentada, la Europa iracunda».

Sobre este punto concreto de los métodos, dirá sin equívocos Martí: «Una vez reconocido el mal, el ánimo generoso sale a buscarle remedio: una vez agotado el recurso paci-



fico, el ánimo generoso, donde labra el dolor ajeno como el gusano en la llaga viva, acude al remedio violento» (XI, p. 337).

En cuanto al caso específico del proceso, que al principio creyó ejemplo de la bondad del sistema, ¿qué dirá ahora Martí?

Los testigos [afirma] fueron los policías mismos, y cuatro anarquistas comprados, uno de ellos confeso de perjurio [...] Los siete fueron condenados a muerte en la horca, y Neebe a la penitenciaría, en virtud de un cargo especial de conspiración de homicidio de ningún modo probado, por explicar en la prensa y en la tribuna las doctrinas cuya propaganda les permitía la ley [...].

Y aún más: «La Suprema Corte, en dictamen indigno del asunto, confirma la sentencia de muerte» (XI, pp. 347-348).

Sobre la prensa, que tan alta opinión le merecía, acota ahora Martí: «La prensa entera, de San Francisco a Nueva York, falseando el proceso, pinta a los siete condenados como bestias dañinas, pone todas las mañanas sobre la mesa de almorzar, la imagen de los policías despedazados por la bomba; describe sus hogares desiertos, sus niños rubios como el oro, sus desoladas viudas» (XI, p. 349). La que Martí había creído heroica policía es ahora vista a luz bien distinta: «La policía, con el orgullo de la levita de paño y la autoridad, temible en el hombre inculto, los aporrea [a los obreros] y asesina» (XI, p. 338). Y también: «la policía, ganosa siempre de cebar sus porras en cabezas de gente mal vestida [...] mataba [...] a veces a algún osado que le resistía con piedras, o a algún niño» (XI, p. 339).

En resumen: tanto en Europa como en América (en los países de desarrollo capitalista, diríamos ahora), «ellos [los obreros] son mera rueda del engranaje social, y hay que cambiar, para que ellas cambien, todo el engranaje» (XI, p. 338), hay que cambiar la que llamará luego «esta civilización de esbirros y mastines» (XI, p. 353).

Para apreciar en todo su valor el juicio abiertamente positivo que Martí emitió sobre los mártires obreros de Chicago, y las conclusiones radicales que extrajo de todo el hecho, hay que saber que Terence Powderley, la cabeza de los Caballeros del Trabajo, condenó hasta el último momento a dichos mártires.<sup>8</sup> Martí, pues, disintió en esto abiertamente de un hombre a quien en otras ocasiones no le escatimó elogios.

El escaso tiempo de que dispongo no permite abordar cuestiones que ocurrieron paralelamente a los sucesos de Chicago, como la constitución de un tercer partido, obrero, en los Estados Unidos, desgraciadamente bajo la conducción vacilante de Henry George; el papel allí de los socialistas; el caso del padre McGlynn, al cabo excomulgado por sus simpatías en favor de aquel partido en relación con el cual se mantuvo más firmemente que el propio George. Martí comentó estos hechos y también creció con ellos.

No es posible dejar de subrayar ese crecimiento en Martí. Sin la forma apasionada y lúcida como se sintió involucrado en los grandes acontecimientos obreros ocurridos en los Estados Unidos entre 1886 y 1887, ¿le hubiera escrito esto a Serafin Bello, el 16 de noviembre de 1889?:

<sup>8</sup> Cf. Philip S. Foner, *op. cit.*, p. 113: «Powderly incluso dijo que más que un voto de simpatía, la Orden debía a los condenados “una deuda de odio”».

Lo social está ya en lo político en nuestra tierra, como en todas partes [...] la riqueza se acumula generalmente con sacrificios de la honra [...]. El corazón se me va a un trabajador como a un hermano [...]. A los elementos sociales es a lo que hay que atender, y a satisfacer sus justas demandas, si se quiere estudiar en lo verdadero el problema de Cuba (I, pp. 253-254).

Éste es el Martí que se vincularía en poco tiempo con los obreros de la diáspora cubana, que entendería sus huelgas y sus planteos, y que haría realidad, con ellos como columna vertebral, el Partido Revolucionario Cubano y la nueva etapa de la guerra de liberación.

Quede para otra ocasión acercar la forma vigilante como Martí apreció en los años 80 del siglo XIX el creciente movimiento obrero en los Estados Unidos; y apreció al finalizar esa década, y abrirse otra, brotar de la cabeza del sistema yanqui, armada ya de todas sus armas, la política panamericana, la política imperialista que, con sus migajas, mellaría temporalmente el filo de parte considerable del proletariado estadounidense.

## Julio Ramos: *Masa, cultura, latinoamericanismo\**

La relación entre los intelectuales y el mundo de la producción no es inmediata, como ocurre con los grupos sociales fundamentales, sino que pasa por la «mediación», en grado diverso, de todo el tejido social, del mismo complejo superestructural de que los intelectuales son, precisamente, los «funcionarios».

GRAMSCI<sup>1</sup>

«Coney Island» es un texto menor, de limitada circulación e influencia en su época y hoy prácticamente olvidado. Esa pequeña crónica, sin embargo, registra y participa en algunos de los debates fundamentales del campo literario finisecular, lo que nos recuerda que la confluencia y pugna de discursos que conforman un campo son irreductibles a los espacios perimidos, aunque canónicos, de los «grandes textos».

Ya a comienzos de los años ochenta, «Coney Island» comprueba la operación de un concepto de «cultura» como defensa de los valores espirituales ante el mercado, y dispositivo clave de especificación del territorio del escritor en la sociedad cambiante. Incluso en la superficie de su entonación, en el tipo de autoridad que reclama el sujeto,

---

\* En: *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 202-216. Las *Obras completas* de Martí, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973, se citan mencionándose los tomos en números romanos y las páginas en arábigos.

<sup>1</sup> A. Gramsci, «La formación de los intelectuales», en: *Cultura y literatura*, traducción y edición de J. Solé-Tura, Barcelona, Ediciones Península, 1977, pp. 34-35.

y en su distribución (antitética) del sentido, «Coney Island» proyecta la emergencia de lo que Rodó llamará luego «nuestra moderna literatura de ideas»,<sup>2</sup> ligada al ensayismo arielista del novecientos. Ya en «Coney Island» y en otras *Escenas norteamericanas* el escritor figura como «pensador» en medio de la materialidad de la masa. Figura como *crítico cultural*,<sup>3</sup> defensor, y en muchos sentidos, generador del mundo superior de la *alta cultura*:

En balde procura el antiguo espíritu puritánico, acorralado con esta constante invasión, sujetar las riendas que se le van cayendo de las manos. En balde pretenden los hombres previsores dirigir por la cultura y por el sentido religioso esta masa pujante que busca sin freno la satisfacción rápida y amplia de sus apetitos (XI, p. 84).

Masa/cultura: desde lo alto el crítico cultural mira con extrañeza la bajeza material de la masa: «la muchedumbre que de apetitos sabe más que de ideas» (X, p. 43).

Para Ortega y Gasset –epítome en este siglo de esa especialidad moderna que es la crítica de la cultura de masas– la extrañeza es «el gesto gremial» y el «lujo específico del intelectual». Al menos lo fue para cierto tipo de intelectuales tradicionales en pugna por especificar un lugar en el interior de la redistribución de la autoridad social que implicó la nueva división del trabajo, sobre todo tras la emergencia, ya hacia fines de siglo, de una *industria cultural*, orgánica al mercado.

En efecto, la ciudad produce su «arte». En Coney Island, insiste Martí, hay «museos de a 50 céntimos, en que se exhiben monstruos humanos, peces extravagantes, mujeres barbudas, enanos melancólicos, y elefantes raquíticos, de los que dice pomposamente el anuncio que son los elefantes más grandes de la Tierra» (IX, p. 124). Hay «óperas cantadas sobre mesas de café» (IX, p. 125), y «negros *minstrels* que no deben ser, ¡ay! como los *minstrels* de Escocia» (IX, p. 125). Para Martí esa incorporación del arte al mercado implicaba una degradación:

un grupo admira absorto a una artista que recorta en papel negro que estampa luego en cartulina blanca, la silueta del que quiere retratarse de esta manera singular; otro grupo celebra la habilidad de una dama que en un tendunchín que no medirá más de tres cuartas de vara, elabora curiosas flores con pieles de pescado; con grandes risas aplauden otros la habilidad del que ha conseguido dar un pelotazo en la nariz a un desventurado hombre de color que, a cambio de un jornal miserable, se está día y noche con la cabeza asomada por un agujero hecho en lienzo esquivando con movimientos ridículos y extravagantes

<sup>2</sup> *Ariel*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976, p. 31. Las siguientes referencias al *Ariel* parten de esta edición. Entre paréntesis indicamos la página correspondiente.

<sup>3</sup> No usamos el concepto de crítica cultural en su acepción neutra, descriptiva; lo usamos, siguiendo a Adorno, para referirnos a un tipo de discurso «alto» que legitimó su práctica escindiendo los valores culturales entre bajos y altos, y criticando los males de la sociedad moderna, mercantilizada. (Spengler y Ortega y Gasset serían ejemplos básicos.) Véase «La crítica de la cultura y la sociedad», en: *Crítica cultural y sociedad*, Barcelona, Ariel, 1973, pp. 205-230. Véase también F. Jameson, *Fables of Agression: Wyndham Lewis, the Modernist as Fascist*, Los Ángeles, University of California Press, 1979, particularmente «The Jaundiced Eye», pp. 122-155. También resulta importante la lectura de *El laberinto de la soledad* en J. Aguilar Mora, *La divina pareja: Historia y mito en Octavio Paz*, México, Ediciones Era, 1978.

muecas los golpes de los tiradores; otros barbudos y venerados, se sientan gravemente en un tigre de madera, en un hipogrifo, en una efigie, en el lomo de un constrictor, colocados en círculos, a guisa de caballos, que giran unos cuantos minutos alrededor del mástil central, en cuyo torno tocan descompuestas sonatas unos cuantos sedicentes músicos (IX, p. 127).

El arte incorporado al mercado aparece ahí cruzado por las mismas leyes de lo descomunal que orienta la nueva cultura urbana. La figura del negro abusado, que paradójicamente vive de la agresión de la muchedumbre, no es gratuita: para Martí el mercado somete al artista a una intensa degradación, paralela también a la transformación de los signos de la tradición, del Libro de la Cultura –hipogrifos, efigies y constrictors–, en extrañas máquinas de entretenimiento. La incorporación descompone las sonatas. Hace del artista una figura social *sediciente*.

«Coney Island» es seguramente una de las primeras críticas latinoamericanas a la industria cultural. Su capacidad previsor se desprende, en parte, de la experiencia martiana en Nueva York, donde el debate en torno a la creciente cultura de masas ya era decisivo en el campo intelectual. Como señala J. F. Kasson, en su notable historia de Coney Island:

Los parques de diversiones surgieron como laboratorios de la nueva cultura de masas, facilitando lugares y atracciones que inmediatamente afectaron el comportamiento social. Sus creadores y administradores promovieron una nueva institución cultural que desafió las nociones prevaletentes de la conducta pública y el orden social, el concepto del entretenimiento sano, del arte democrático –de todas las instituciones y los valores de la cultura de carácter elitista y aristocrático. Por lo tanto, los centros de diversión como Coney Island elucidan la transición cultural y la lucha por la autoridad moral, social y estética que se dio en los Estados Unidos en el fin de siglo.<sup>4</sup>

Para Kasson el debate sobre Coney Island comprueba una redistribución de la autoridad cultural que resultó particularmente amenazadora para los intelectuales tradicionales que presentían su eventual desplazamiento o al menos la necesidad de relegitimar sus funciones sociales:

[Coney Island] surgió como la «capital» de la nueva cultura de masas y especialmente provocó el interés de los artistas, escritores y críticos. [...] El parque les causó profundos temores y dudas sobre el carácter de la muchedumbre, el impacto ulterior de ese tipo de entretenimiento y sobre el futuro de la cultura norteamericana en una era urbana e industrial (p. 87).

[...] En efecto, Coney Island contribuyó a suplantarse a la cultura de élite con una nueva cultura de masas (p. 106).

---

<sup>4</sup> J. F. Kasson, *Amusing the Million: Coney Island at the Turn of the Century*, Nueva York, Hill and Wang, 1978, p. 8.



En América Latina esa redistribución de las tareas intelectuales es más lenta, aunque el debate de muchos intelectuales contra el nuevo periodismo, a partir del último cuarto de siglo, registra ya la tensión entre una producción intelectual orgánica al mercado y otra que reclama autonomía y distancia del mismo. Se trata, en efecto, de la escisión (todavía hoy vigente) entre el emergente concepto de literatura y uno de sus gemelos infernales: la producción intelectual «baja» de la industria cultural. Esa producción intelectual *otra* constituye uno de los límites del sujeto literario moderno; sujeto producido a partir de una operación excluyente que posibilita, por el reverso de lo excluido, la formulación de un territorio propio de identidad. El intelectual «alto», nostálgico de «un mundo espiritual superior» («Coney Island», IX, p. 125) representa la cultura de masas como una fuente de la crisis del espíritu, de la «cultura», en la modernidad. Las crisis, es sabido, se institucionalizan. Tendremos aquí que preguntarnos si el campo –otro de la cultura de masas– fue simplemente un generador de la «crisis» de los «verdaderos» valores espirituales, o si en cambio constituye –como límite y chivo expiatorio– una de las condiciones de posibilidad del *discurso de la crisis* que legitima y estimula la proliferación de la «alta cultura» en el fin de siglo.

Hay que aclarar: no descartamos como falsa la crítica martiana a la reificación de la vida diaria en la sociedad capitalista; impacta la actualidad de esa crítica, la intensidad de su lenguaje, que por cierto anticipa algunos rasgos del Lorca de *Poeta en Nueva York*. Sin embargo, no podemos asumir la *ideologización* de los términos (cultura/falsa cultura) que presupone la organización antitética, demasiado esquemática, de esa crítica a la reificación. En cambio, asumimos esa crítica cultural como objeto de nuestro análisis, como estrategia de legitimación del sujeto literario en Martí y el fin de siglo.

Para Ortega y Gasset la ciudad es un espacio lleno: «Lo que antes no solía ser problema, empieza a serlo casi de continuo: encontrar sitio».<sup>5</sup> ¿Dónde cabía el escritor? La «cultura» bien podía ser su territorio social específico, autorizando su palabra como crítica del desplazamiento del espíritu en la ciudad de las masas. Es cierto que Martí, profundamente marcado por la experiencia desublimadora del periodismo y del trabajo asalariado, elabora una crítica de ese concepto *aurático* de cultura. Pero es necesario reconocer que tal concepto de cultura no sólo opera en él, sino que encuentra una de sus primeras formulaciones latinoamericanas en las *Escenas*. En efecto, en su rol de crítico cultural, Martí, en «Coney Island» contribuye a formular una de las grandes narrativas de legitimación que orienta, por lo menos, a una zona amplia del campo literario hasta los Centenarios, ligada también a cierto latinoamericanismo culturalista que prolifera, en parte, a raíz del 98, como respuesta al impulso expansivo del imperialismo norteamericano.

1) *Cultura* y experiencia de lo bello. ¿Qué significa «cultura»? ¿Cuándo se produce su campo semántico por exclusión de «masa»? El *Diccionario de autoridades*, hacia mediados del siglo XVIII, registra dos acepciones principales de «cultura». El primer uso, cercano a su raíz latina, significa cultivo de la tierra. La segunda acepción, metafórica, significa cultivo de las facultades mentales. El ejemplo que cita el *Diccionario* es significativo para nosotros: «Reprehenfible cofa fería en el hombre, fer inferior en la docilidad y cultura,

<sup>5</sup> Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, en: *Obras completas*, IV, Madrid, Alianza Editorial, 1983, p. 144.

à los brutos, haciendole fuperior à ellos el império de la razón». Ya ahí «cultura» está ligada, por analogía, al cultivo de la mente, en oposición a la irracionalidad animal, aunque su campo no distingue entre diferentes facultades intelectuales. Todavía el *Gran diccionario de la lengua castellana* (1902), mantiene ambos significados. Sobre la segunda acepción, señala: «Resultado o efecto de cultivar los conocimientos humanos y de afinarse por medio del ejercicio las facultades intelectuales del hombre». Por otro lado, el *Diccionario enciclopédico de la lengua castellana* (1915) registra la acepción antropológica de «cultura», como el «estado de adelanto o progreso intelectual o material de un pueblo o nación».

Aun en el *Ariel* la ambigüedad del término es notable: puede significar aprendizaje de un saber, en el sentido de cultura «unilateral» de las profesiones, y también se usa en su sentido antropológico, como cultura latina o norteamericana. Pero el campo de la palabra, si bien extenso en Rodó, comienza a relacionarse con un tipo específico de facultades intelectuales, «espirituales», «desinteresadas», y frecuentemente en oposición a la vida práctica: «el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura» (*Ariel*, p. 3). «Cultura» ahí es el territorio de Ariel, opuesto a Calibán –«símbolo de sensualidad y de torpeza»–. «Cultura», «alta cultura» (*Ariel*, pp. 26, 42, 48, etc.), en Rodó ya claramente se opone a la «barbarie irruptora» (p. 26) de la masa urbana. Evidentemente este uso del concepto, nada descriptivo, implica una valoración de connotación clasista.

Por otro lado, en Rodó –y anteriormente en Martí– esta acepción de «cultura» presupone una diferenciación entre distintos tipos de facultades intelectuales; implica cierta reducción del campo de lo cultural al territorio de la actividad intelectual *desinteresada*, relacionada con la experiencia de lo bello y la facultad específicamente estética.<sup>6</sup> «Cultura», en ese uso que comienza a operar a fines de siglo, es corolario del arte en su oposición matriz a la «concepción utilitaria». Rodó:

A la concepción de la vida racional que se funda en el libre desenvolvimiento de nuestra naturaleza e incluye, por lo tanto, entre sus fines esenciales, el que se satisface con la contemplación sentida de lo hermoso, se opone –como norma de conducta humana– la concepción *utilitaria*, por lo cual nuestra actividad, toda entera, se orienta en relación a la inmediata finalidad del interés (*Ariel*, p. 22).

Claro está: la cultura ahí no se opone a racionalidad. Por el contrario, el sentimiento de lo bello forma parte de «los elementos superiores de la existencia racional» (*Ariel*, p. 16). La cultura es antítesis del utilitarismo de la vida económica, y su tiempo en la sociedad corresponde, según Rodó, al «ocio creador»: «la *vida interior* [...], la vida de que son parte la meditación desinteresada, la contemplación ideal, el *ocio* antiguo [...]» (*Ariel*, p. 16); tiempo de una existencia «verdaderamente racional» (p. 15): el énfasis

<sup>6</sup> El concepto de «lo bello» como «desinterés» remite a Schiller (*Sobre la educación estética del hombre*, 1795) que desarrolla el concepto kantiano de la esfera estética como libre interrelación de las facultades, ya autonomizadas. Martí seguramente conoció a Schiller por medio de Emerson y los trascendentalistas norteamericanos, aunque ya en 1822 José de la Luz y Caballero había introducido a Schiller en Cuba con la traducción de una biografía del alemán (reproducida en Luz y Caballero, *Escritos literarios*, La Habana, Ediciones de la Universidad de La Habana, 1946, pp. 3-79).

registra la voluntad de vaciar el concepto de lo racional de su identificación (iluminista) con la racionalidad burguesa, utilitaria, en época de positivismo aún sólido. La «verdadera» racionalidad se hallaba en el reverso de la racionalidad utilitaria, en el territorio de la experiencia estética, en la cultura. La poesía, previsiblemente, se convierte en el paradigma de la «cultura», como ya vemos en «El poeta Walt Whitman» (1887) de Martí:

¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? Hay gentes de tan corta vista mental, que creen que toda la fruta se acaba en la cáscara. La poesía, que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apunala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta les proporciona el modo de subsistir, mientras que aquélla les da el deseo y la fuerza de la vida. [...] Los mejores, los que unge la Naturaleza con el sacro deseo de lo futuro, perderán, en un aniquilamiento doloroso y sordo, todo estímulo para sobrellevar las fealdades humanas, y la masa, lo vulgar, la gente de apetitos, los comunes, procrearán hijos vacíos, elevarán a facultades esenciales las que deben servirles de meros instrumentos y aturdirán con el bullicio de una prosperidad siempre incompleta la aflicción irremediable del alma, que sólo se complace en lo bello y grandioso (XIII, p. 135).

En este texto fundamental es importante notar la diferenciación entre el territorio de lo bello y la industria, oposición que presupone la noción moderna de autonomía, y que hubiese sido impensable entre los patricios, marcados por una noción iluminista, utilitaria, de la «literatura». Ahí también comprobamos la oposición vida práctica/contemplación («¿A dónde irá un pueblo de hombres que hayan perdido el hábito de *pensar* con fe en la significación y alcance de sus *actos*?», énfasis nuestro), aunque no de modo enfático, como en Rodó. Y nuevamente reaparece la «masa» como exterior de «lo bello», como materialidad carente y desplazante de lo cultural.

Se trata, en efecto, de un concepto aurático de la cultura, ligado a la «experiencia verdadera» del arte que se va redefiniendo en oposición a la experiencia masificada de la cotidianidad capitalista. En su arqueología del concepto de «cultura» en Gran Bretaña, R. Williams señala la relación histórica entre su emergencia y la modernización:

La palabra [cultura] que había indicado un proceso de aprendizaje en una sociedad más segura, se transformó en el siglo XIX en el eje de una respuesta profundamente significativa a una sociedad que atravesaba por cambios radicales y angustiosos. Me parece que la idea de la Cultura se estudia mejor como una respuesta de ese tipo: la respuesta de ciertos individuos, afiliados a ciertos valores, que confrontaron el cambio y sus consecuencias. En efecto, la idea de la Cultura forma parte de una respuesta más amplia y compleja de los individuos de los siglos XIX y XX a la Revolución Industrial y sus consecuencias.<sup>7</sup>

Por otro lado, habría que preguntarse desde qué lugar en la sociedad, desde qué territorio en la división del trabajo que instaura la modernización, se enuncia el concepto de cultura.

<sup>7</sup> R. Williams, «The Idea of Culture», en la edición de P. Davison, R. Meyerson y E. Shils, *Literary Taste, Culture, and Mass Culture*, vol. 1, Cambridge, Chadwyck-Healey, 1978, p. 34. Véase también H. Marcuse, «The Affirmative Character of Culture» (1947), en: *Negations*, traducción de J. J. Shapiro, Boston, Beacon Press, 1968, pp. 88-133.

Cuando Martí, Rodó y tantos literatos de su época postulan los riesgos de la modernización y la superioridad de la esfera estética (como respuesta a tales riesgos), lo hacen en función de productores de la misma esfera cultural que ellos defienden y definen. Es decir, su discurso está comprometido con la legitimación de la esfera cultural en el interior de la modernización que ellos pretenden «ver» o representar. En su reclamo de distancia (el «ver de lejos» de Martí) estos intelectuales proyectan la representación objetiva y desinteresada de la sociedad. Pero su representación –su versión, más bien– es en sí un hecho social, sujeto también al impacto de la modernización, y participante en las pugnas que forman el mundo social «representado». La representación –nunca neutra o inocente– está mediada por los intereses, por el lugar que intelectuales como Martí o Rodó ocupan en la competencia entre discursos que la modernización instaaura.

¿Significa esto que la «crisis» de los valores espirituales fue simplemente un objeto *creado* por la representación parcial, interesada, que ciertos intelectuales tradicionales generan sobre (en) la modernización? En *La ciudad letrada*, A. Rama comenta sobre los efectos de la modernización en las ciudades latinoamericanas del último cuarto de siglo:

el problema era más amplio y circunscribía a todos: la movilidad de la *ciudad real*, su tráfico de desconocidos, sus sucesivas construcciones y demoliciones, su ritmo acelerado, las mutaciones que introducían las nuevas costumbres, todo contribuyó a la inestabilidad, a la pérdida de pasado, a la conquista de futuro. La ciudad empezó a vivir para un imprevisible futuro y dejó de vivir para el ayer nostálgico e identificador. Difícil situación para los ciudadanos. Su experiencia cotidiana fue la del extrañamiento.<sup>8</sup>

Sin duda la modernización finisecular significó una intensa transformación de la vida diaria. La experiencia del extrañamiento no fue meramente una ficción maquinada por intelectuales afectados y frecuentemente desplazados por la modernización, que entre otras cosas les retiraba a los letrados la encomienda clave de administrar el proyecto de la racionalización, la puesta en orden de la «bárbara naturaleza» americana.

Sin embargo, habría que precisar la distancia entre las transformaciones (sin duda experimentadas, a veces sufridas) y su representación en términos de una *crisis*. Si bien las transformaciones constituyen un hecho empírico, lo que leemos en los apasionados comentarios de intelectuales finiseculares sobre esos cambios no es un «reflejo» pasivo de una realidad externa al discurso y al campo literario. El comentario mismo, la propia representación, es una actividad inscrita *en* la sociedad que luego podrá aparecer como objeto representado. La crisis es inseparable del comentario,<sup>9</sup> de la representación, y de los proyectos del grupo social –en este caso intelectual, literario– que autorizan a ese sujeto.

En el campo literario finisecular (y seguramente en otras zonas del campo intelectual, en particular la emergente sociología) las transformaciones efectuadas por la modernización se convirtieron en el objeto de un *discurso* de la crisis. Hablar de la muerte de la

<sup>8</sup> A. Rama, *La ciudad letrada*, Hanover, New Hampshire, Ediciones del Norte, 1984, p. 96.

<sup>9</sup> René Thom señala el carácter subjetivo de la crisis en «Crise et catastrophe», *Communications*, 25, *La notion de crise* (1976), pp. 34-39.



cultura, hablar de la crisis de los valores espirituales, hablar de la marginalidad y vulnerabilidad de lo estético en oposición absoluta a la masa y al mercado, toda esa «crisis» paradójicamente posibilitó la expansión del territorio «cultural» que reclamaba autonomía de la vida «alienada» del mercado y de la masa. La «crisis» fue –acaso sigue siendo– una condición de posibilidad de la emergencia de la «cultura», que incluso *ganaba* especificidad social con respecto a otras zonas y discursos de la modernidad. La «crisis» se convirtió en una notable narrativa de legitimación, de apelación carismática, mediante la cual intelectuales desplazados de sus funciones tradicionales (como administradores del sueño racionalizador, modernizador) reclamaban autoridad precisamente argumentando que eran voces autónomas del mercado y por eso capaces de criticar la modernización.

La crítica de la modernización posibilitó la modernización de la crítica, la especificación de las funciones sociales del escritor en el interior de la nueva división del trabajo que la modernización establecía. De ahí la importancia del reclamo de autonomía, el distanciamiento en que los escritores insisten al representar la modernización. *Ver de lejos*: la autonomía, que proyectaba el carácter «puro», incontaminado (por el mercado) del campo literario, fue uno de los fundamentos de su virtual autoridad social. Ellos podían hablar de la crisis de los «verdaderos» valores, porque –según se autorrepresentaban– no estaban sujetos al fluir desestabilizador de la ciudad y el mercado. Podían hablar, tenían autoridad, porque estaban *arriba* y *afuera*. La «marginalidad», ligada al tópico del martirio y el exilio del arte en la sociedad capitalista, permitió la especificación del lugar del escritor *dentro* de la sociedad, e incluso la ampliación relativa de las funciones públicas del escritor, del *literato*, sobre todo a raíz del impacto que los ensayistas del 900 llegan a ejercer sobre la educación, y también a raíz de la identificación, ya comprobable en Martí, de «lo cultural» con el SER latinoamericano, opuesto al poder económico de «ellos».

Ahora bien: ¿significa la voluntad de autonomía, promovedora de la especificación del territorio cultural, una posición asocial por parte de los escritores? La noción de autonomía de lo cultural con respecto a las exigencias del mercado no puede reducirse de ningún modo a la ideología del «arte por el arte», que en América Latina tuvo muy escasos seguidores. Martí es enfático al proponer la función social de la belleza:

Crean otros que la belleza no es más que el florecimiento pasajero de una hora, o la elaborada exhibición de la riqueza, o un simple *intermezzo* en los asuntos serios de la vida. Conformar la vida a la belleza es el único asunto serio de la vida. Allí donde la vida disiente de la belleza [...] allí empieza la desgracia y la real infelicidad y la degradación y mengua de nuestra verdadera existencia.<sup>10</sup>

El propio Rodó se distancia del «arte por el arte» e insiste en la «función realísima» (*Ariel*, p. 21) del arte en la modernidad:

Si os proponéis vulgarizar el respeto por lo hermoso, empezad por hacer comprender la posibilidad de un armónico concierto de todas las legítimas actividades humanas, y ésa será más fácil tarea que la de convertir directamente el amor de la *hermosura*, *por ella misma*, en atributo de la multitud (*Ariel*, p. 22; énfasis nuestro).

<sup>10</sup> Martí, *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, 4, La Habana, 1981, p. 13. El *Anuario* no cita la procedencia.

La cultura, si bien se opone al utilitarismo dominante en la vida práctica, no escatima su funcionalidad. Para Martí «la poesía [...] es más necesaria a los pueblos que la industria misma» (XIII, p. 35). En ese sentido, lejos de consignar una postura asocial, la voluntad de especificar el territorio cultural presupone el carácter socialmente *indispensable* de la autonomía para la sociedad cambiante, propensa a la crisis. Por ser autónoma de las fuerzas generadoras de la crisis, la cultura podía postular su valor compensatorio.

Martí –ya lo hemos visto– relaciona la modernización con la progresiva ineficacia de las imágenes tradicionales, religiosas, para representar y otorgar coherencia al mundo: «Y a más, en esta época de renovación del mundo humano, los ojos desconsolados se vuelven llenos de preguntas al cielo vacío, gimiendo junto a los cadáveres de los dioses [...]. Vivir en ciudad enjuta» (X, p. 226). La literatura, pendiente al cambio, atenta a las transformaciones y necesidades de la vida moderna, negadora de dogmas, bien podía proponerse como la única religión posible en la ciudad. Ya en Martí –fervoroso lector de Whitman– la literatura reclama el lugar vacío que dejan los dioses en el mundo secularizado.<sup>11</sup>

La literatura que anuncie y propague el concierto final y dichoso de las contradicciones aparentes; la literatura que, como espontáneo consejo y enseñanza de la Naturaleza, promulgue la identidad en una paz superior de los dogmas y pasiones rivales que en el estado elemental de los pueblos los dividen y ensangrientan; la literatura que inculque en el espíritu espantadizo de los hombres una convicción tan arraigada de la justicia y belleza definitivas que las penurias y fealdades de la existencia no las descorazonen ni acibaren, no sólo revelará un estado social más cercano a la perfección que todos los conocidos, sino que, hermanando felizmente la razón y la gracia, proveerá a la Humanidad, ansiosa de maravilla y de poesía, con la religión que confusamente aguarda desde que conoció la oquedad e insuficiencia de sus antiguos credos (XIII, p. 135).

Ahí está clara la insistencia en la funcionalidad social de la belleza, aunque no debemos confundir tal reclamo de valor social con indiferenciación o ausencia de especificidad de lo cultural. Ya en Martí lo cultural conforma un territorio social que defiende su autonomía, su especificidad con respecto a las funciones sociales que podían cumplir otros discursos, también sujetos al ineludible régimen de la especialización. La cultura era socialmente indispensable por ser autónoma, diferenciada, y hasta opuesta a los discursos «fuertes» de la modernización.

2) *Cultura*: especialización de la crítica de la especialización. Sobre el rol social del escritor que presupone esta narrativa, ahora nos preguntamos: ¿qué grupo podía administrar el territorio social y discursivamente específico de la cultura? Como la bolsa, el

---

<sup>11</sup> Whitman, prefacio a *Leaves of Grass* (1853): «*There will soon be no more priests. Their work is done. They may wait a while [...] perhaps a generation or two [...] dropping off by degrees. A superior breed shall take their place [...] the gang of kosmos and prophets (the poets) en masse shall take their place*», edición de J. Kaplan, *Complete Poetry and Collected Prose*, Nueva York, The Library of America, 1982, p. 24. Junto a «El poeta Walt Whitman» habría que leer el Prólogo de Martí al «Poema del Niágara», de Pérez Bonalde, donde también opera esta narrativa de legitimación. La noción de la literatura como sustituto religioso en el modernismo es uno de los núcleos del importante trabajo de Rafael Gutiérrez Girardot, *Modernismo*, Barcelona, Montesinos, 1983.

Estado o la ciencia, la cultura requería cuadros especializados, cualificados (por cierto tipo de «saber») para administrar su esfera ya diferenciada de otros «saberes». La defensa de la cultura –la producción de la esfera cultural, más bien– se convirtió en un medio para la refuncionalización de una zona amplia de los intelectuales tradicionales. La cultura, en ese sentido, fue un paradójico dispositivo de adaptación a las exigencias de la modernidad, al requisito de especialización que el capitalismo imponía como modelo a los diferentes tipos de trabajo. *Paradójico* modo de adaptarse, porque si bien estos intelectuales responden a la división del trabajo con una insistente voluntad autonómica, legitiman y representan esa autonomía como condición de su crítica de la especialización. En su papel de críticos culturales, estos intelectuales sistemáticamente condenan la fragmentación de las facultades operada por la especialización.

La reflexión crítica sobre la división del trabajo es fundamental a lo largo de las *Escenas*. Por ejemplo, veamos la siguiente crítica martiana al especialismo en la educación norteamericana, que más allá de los Estados Unidos, era una de las tendencias fomentadas por la modernización también en los países latinoamericanos, ya muy marcados por el pragmatismo positivista:<sup>12</sup>

El hombre, máquina rutinaria, habilísimo en el ramo a que se consagra, cerrado por completo fuera de él a todo conocimiento, comercio o simpatía con lo humano. Ése es el resultado directo de una instrucción elemental y exclusivamente práctica. Como que no hay alma suficiente en este pueblo gigantesco: y sin esa juntura maravillosa, todo se viene en los pueblos, con gran catástrofe, a tierra. Los hombres, a pesar de todas las apariencias, sólo están unidos en este pueblo por los intereses, por el odio amoroso que se tienen entre sí los que regatean por un mismo premio. Es necesario que se unan por algo más durable. Es indispensable crear a los espíritus aislados una atmósfera común.

[...] De este empequeñecimiento es necesario sacar estas almas. En el hombre debe cultivarse el comerciante –sí; pero debe cultivarse también el sacerdote.

[...] La lectura de las cosas bellas, el conocimiento de la armonía del universo, el contacto mental con las grandes ideas y hechos nobles [...] avivan y ensanchan la inteligencia, [...] y crean, por la unión de hombres semejantes en lo alto, el alma nacional (X, pp. 375-376).

La literatura podía proveerle a la sociedad moderna, al borde de la fragmentación, esa mediación con lo uno, la «juntura maravillosa» que la atomización supeditaba.

<sup>12</sup> El ejemplo de Sarmiento es canónico. Menos estudiado, aunque sin duda fundamental en la Cuba de la etapa formativa de Martí, fue José de la Luz y Caballero. Gran admirador del pragmatismo inglés, Luz y Caballero señala en su «Informe sobre la Escuela Náutica» (1833): «Pero ya llegan a los oídos de la Comisión los acentos que se levantan contra este arreglo, clamando por la *división del trabajo*, móvil principal de los adelantamientos industriales y científicos de este siglo esencialmente mejorador. Sin duda que ha obrado prodigios la subdivisión del trabajo particularmente en la soberbia Albión, y acaso entre las inmensas ventajas que ha acarreado, ninguna más provechosa a la causa de las ciencias como la de haber atacado de frente y servido de correctivo al *enciclopedismo* que ha invadido la educación moderna». *Escritos educativos*, La Habana, Editorial de la Universidad de la Habana, 1952, p. 277. Por otro lado, es cierto que Luz y Caballero ahí mismo advierte contra la especialización prematura en el contexto cubano. Pero no cabe duda de la operación en él del modelo de la especialización que comienzan a criticar los literatos hacia el 80. La especialización, en ese modelo, era un rasgo esencial de la modernización deseada, de la racionalización de todos los aspectos de la vida social.

En «El poeta Walt Whitman» añade Martí: «Las universidades y latines han puesto a los hombres de manera que ya no se reconocen; en vez de echarse unos en brazos de los otros, atraídos por lo esencial y eterno, se apartan, piropeándose como placeras, por diferencias de mero accidente» (XIII, p. 132). El contexto de esta semblanza –primer estudio de Whitman en español– es significativo. «El poeta Walt Whitman» forma parte de la serie *Norte-Americanos*, denominada así por el propio Martí, quien proyectaba su publicación en forma de libro desde 1887. Estas semblanzas, publicadas inicialmente como crónicas, fueron en su mayoría notas necrológicas (la de Whitman es una excepción). Su conjunto bien podría leerse como una reflexión, prolongada y fragmentaria, sobre la autoridad social –a veces sobre la «muerte» de la autoridad– de diferentes tipos de intelectuales en la sociedad cambiante: predicadores, políticos, militares, dirigentes obreros, ingenieros, poetas, e incluso figuras de la emergente industria del entretenimiento, como Buffalo Bill. Las semblanzas confirman la constante reflexión martiana sobre la división del trabajo. En el interior de esa especie de mapa martiano de la nueva división del trabajo intelectual, el poeta ocupa un lugar céntrico. El poeta es el héroe mayor, acaso el único héroe posible en la modernidad. Porque el poeta ve la juntura. Su discurso –el de lo bello– articula lo uno, armonizando las diferentes facultades que la especialización disgregaba y ponía en contradicción.

La crítica al especialismo –ya insistente en Martí– es uno de los núcleos fundamentales del ensayismo latinoamericano de comienzos de siglo. Esa crítica de la división del trabajo prácticamente da apertura a la discusión de la crisis moderna que constituye el *Ariel*:

Cuando cierto falsísimo y vulgarizado concepto de la educación, que la imagina subordinada exclusivamente al fin utilitario, se empeña en mutilar, por medio de ese utilitarismo y de una especialización prematura, la integridad natural de los espíritus, y anhela proscribir de la enseñanza todo elemento desinteresado e ideal, no repara suficientemente en el peligro de preparar para el porvenir espíritus estrechos que, incapaces de considerar más que el único aspecto de la realidad con que estén inmediatamente en contacto, vivirán separados por helados desiertos de los espíritus que, dentro de la misma sociedad, se hayan adherido a otras manifestaciones de la vida (*Ariel*, p. 11).

Desde el presente de la fragmentación el sujeto de la cultura recuerda la armonía de Atenas: «La belleza incomparable de Atenas, lo imperecedero del modelo legado por sus manos de diosa a la admiración y el encanto de la humanidad, nacen de que aquella ciudad de prodigios fundó su concepción de la vida en el concierto de todas las facultades humanas [...]» (*Ariel*, p. 12). Atenas es el modelo de una totalidad perdida que sin embargo había que recordar. La ciudad moderna, en cambio, es el espacio segmentado, atomizado, de la especialización. Aunque Rodó *recuerda* –inventa más bien– ese pasado armonioso, a la vez reconoce su ineludible presente en la dispersión: «En nuestros tiempos, la creciente complejidad de nuestra civilización privaría de toda seriedad al pensamiento de restaurar esa armonía, sólo posible entre los elementos de una graciosa sencillez» (*Ariel*, p. 12).

Esta crítica de la división del trabajo, ya operante en Martí, no presupone un concepto de cultura y de literatura *anterior* al régimen de la especialización. El campo literario finisecular genera un discurso de la cultura como respuesta a la fragmentación moderna. La respuesta reconoce su condición de posibilidad en la intensificación del régimen de



la especialidad, en la explosión del discurso, de la racionalidad (indiferenciada hasta entonces de la «literatura», su depósito de formas) en múltiples campos discursivos, con aparatos propios de formalización, que ya no reconocían a las letras como modelo. El «concierto» que la literatura le promete a su mundo no podía ser anterior a la especialización: opera como reacción a la misma, y como respuesta al relativo desplazamiento de la literatura de sus funciones en la administración (del sueño modernizador) de la sociedad tradicional.

Rodó cita a Cuyau: «Hay una profesión universal, que es la de *hombre*» (*Ariel*, p. 11). La literatura, eje de la cultura, podía constituir el refugio de la experiencia total de lo «humano», ya en Martí opuesta a la «máquina rutinaria» de la especialidad. La literatura –mediante su impacto virtual en la educación– podía constituir una *meta-especialidad*, cuya función, perfectamente moderna, sería la de mantener el balance, la organicidad de las facultades que, dada la inevitable especialización, tendían a la dispersión en el actual régimen «utilitario», orientado a la eficiencia, al rigor productivo.

En su tono habitualmente defensivo –que por cierto registra el nerviosismo de un discurso en pugna por justificar y autorizar su existencia– Rodó comenta la importancia del arte para la educación, que en esta época de transformaciones también reorienta su función social:

La superfluidad del arte no vale para la masa anónima los trescientos denarios. Si acaso la respeta, es como un culto esotérico. Y sin embargo, entre todos los elementos de educación humana que pueden contribuir a formar un amplio y noble concepto de la vida, ninguno encierra –según la tesis desenvuelta en elocuentes páginas de Schiller– la virtualidad de una cultura más extensa y completa, en el sentido de prestarse a un acordado estímulo de todas las facultades del alma (*Ariel*, p. 17).

El *Ariel*, en efecto, emerge de (y contribuye a formular) una de las narrativas claves de legitimación (y especialización) de la literatura en el fin de siglo. Narrativa que operaba en Martí desde mediados de los 80, en parte por su lugar, en esto privilegiado, en Nueva York, y su contacto con el campo literario norteamericano.<sup>13</sup> «Cultura»: síntesis de las facultades intelectuales, forma superior de la racionalidad, capaz de articular los fragmentos diseminados por la división del trabajo. Nuevamente, en esta narrativa, encontramos la voluntad de armonía, la mirada distanciada y totalizadora de cierto tipo de intelectual, que a pesar de su voluntad registra –en su insistente búsqueda del todo– el carácter inagotable de la fragmentación.

Paradójico modo de especializarse, decíamos. Y esa paradoja –la especialidad de la crítica de la especialización– acaso elucide la importancia del ensayo como forma, y de su antecedente modernista, la crónica, en la elaboración de esta estrategia de legitimación, defensora y a la vez generadora de la cultura. No es casual que en las primeras décadas de este siglo el ensayo prolifere en concomitancia con el proyecto culturalista. La *forma* del ensayo representa el lugar ambiguo del literato ante la voluntad disciplina-

<sup>13</sup> Sobre el concepto de «cultura» en EUA resulta importante el ensayo de Emerson, «The Progress of Culture», en: *Letters and Social Aims* (1875), *Complete Works*, Cambridge, Riverside Press, 1883, VIII, pp. 216-217.

ria que distingue la modernización. El ensayo –oscilando entre el modo expositivo y argumentativo, y la imagen poética– consigna, en su propia disposición formal, la relación paradójica, de emulación y condena, de los escritores ante la especialización. El ensayo –entre la poesía y la ciencia, como argüía Lukács–<sup>14</sup> se resiste a la norma de pureza discursiva, a la reglamentación de los discursos especializados. El ensayo opera, sin embargo, *sobre* esos discursos: los presupone como materia prima de la mirada integradora, aunque nunca definitiva (teórica), de la cultura. El ensayo es la forma de la metaespecialidad, reflexión sobre la especialización y crítica de la misma.

Por otro lado, la forma del ensayo es el acto de intermediación por excelencia: mediata, gracias al acto interpretativo, entre el interior de lo bello (la poesía) y las exigencias de la sociedad. Y esta mediación fue fundamental para los escritores, que desde que comenzaron a reformular sus roles, en el último cuarto del siglo, solían reflexionar sobre la falta de un público capacitado para recibir su discurso especializado. El literato amplía su territorio social como intérprete y divulgador de lo bello, primero en la crónica y luego en el ensayo, forma privilegiada de los «maestros» de comienzos de siglo. El literato impacta como ensayista y como maestro, prometiéndole a la sociedad la orientación que su novísima especialidad (que rápidamente se fragua una historia tan antigua como la humanidad misma) era capaz de ofrecer.

No es casual que muchas crónicas finiseculares, especialmente las de Martí («Nuestra América» sería el mejor ejemplo) pasaran a la historia literaria y a la antología bajo la rúbrica más noble y prestigiosa del *ensayo*. La asimilación es comprensible: la crónica martiana, como hemos visto en «Coney Island», proyecta un concepto de cultura que en muchos sentidos es matriz del ensayo, de la «moderna literatura de ideas» del 900.

Hay sin embargo una diferencia notable, cuyas consecuencias en Martí, particularmente en «Coney Island», no podemos subestimar: en la crónica el literato está sujeto a las exigencias del periódico. En el ensayo, dado un emergente mercado del libro (que la función divulgadora de la crónica contribuyó a fomentar), el literato ha obtenido mayor autonomía. De ahí la indisciplina, la impureza aún mayor de la crónica con respecto al ensayo, que en la forma del libro al menos podía reclamar distancia del lugar *non grato* del periódico, médula entonces de la industria cultural en la ciudad de las masas. En efecto, el *Ariel* registra la institucionalización de una autoridad que en Martí operaba aún de modo desigual y contradictorio. El *Ariel* marca la consolidación de la «cultura» y, concomitantemente, un cambio decisivo en la relación entre ese discurso y el poder.

A pesar de la aparente continuidad entre las «figuras» del discurso culturalista en ambos, Martí y Rodó no enuncian su crítica de la modernización desde el mismo campo institucional. No nos referimos, simplemente, al hecho –de por sí revelador– de que hacia 1900 la autoridad de la cultura se encuentra cristalizada, relativamente especializa-

---

<sup>14</sup> Cf. G. Lukács, «On the Nature and Form of the Essay» (1910), en: *Soul and Form*, traducción de G. Bostock, Cambridge, Mass., MIT Press, 1974, y T. W. Adorno, «El ensayo como forma», en *Notas sobre literatura*, traducción de M. Sacristán, Barcelona, Ariel, 1962, que sitúa al ensayo entre la disciplina filosófica (particularmente, especializada en Alemania) y la producción literaria. Véase también R. González Echevarría, «The Case of the Speaking Statue: *Ariel* and the Magisterial Rhetoric of the Latin American Essay», en: *The Voice of the Masters: Writing and Authority in Latin American Literature*, Austin, University of Texas Press, 1985, pp. 8-32.

da, en el lugar institucional del libro. Martí, en cambio, opera entre la materia heterogénea y problemática del periódico. Más importante aún, a comienzos de siglo, y particularmente en la época de fervor nacionalista de los centenarios de independencia, la relación entre la autoridad cultural y el Estado cambia notablemente. En esa coyuntura, la mirada estetizante del sujeto culturalista cobraría gran importancia, constituyendo el eje de una crítica ant imperialista que tuvo gran impacto sobre la política de la época.

Aunque en Martí ya comprobamos la tendencia a hipostasiar los contenidos de la cultura y a identificar la autoridad cultural como el eje normativo del «nosotros» latinoamericano, ese discurso implicaba una crítica –desde afuera del poder– contra el proyecto modernizador que aún legitimaba la política de los Estados. En cambio, la influencia del *Ariel* en los sistemas educativos del continente confirma su estrecha relación con los grupos dirigentes que, sobre todo después del 1898, debatían sobre sus posiciones ante la modernización dependiente. [...]

## Hebert Pérez Concepción: *José Martí, historiador de los Estados Unidos, previsor de su desborde imperialista. El alerta a nuestra América\**

En la tercera crónica, del 2 de noviembre de 1889, para *La Nación* de Buenos Aires, sobre la Conferencia Panamericana de Washington, José Martí reconoce que «a ver las cosas en la superficie no habría causa para [...] precauciones». Antes ya había subrayado la esencia imperialista de la convocatoria norteamericana que califica de «planteamiento desembozado de la era del predominio de Estados Unidos sobre los pueblos de América», y había aclarado los intereses económicos y políticos que movían el Congreso: compañías que quieren subvenciones para sus hogares, industrias monopólicas protectionistas que apetecen mercados exteriores, la política de los partidos y sus prohombres, particularmente las ambiciones de James Blaine. «Se unieron» –escribe– «el interés privado y político de un candidato sagaz, la necesidad exigente de los proveedores del partido, la tradición de dominio continental perpetuada en la república y el caso de ponerla a prueba en un país revuelto y débil». Y en el pasaje donde relata la historia de la aprobación del proyecto, Martí subraya el carácter bipartidista de la convocatoria, precisando: «Y de este modo vino a parecer unánime, y como acordado por los dos bandos del país, el proyecto nacido de la conjunción de los intereses protectionistas con la necesidad de un candidato astuto».<sup>1</sup>

\* En: *Universidad de La Habana*, n° 238, mayo-agosto de 1990, pp. [121]-134. Publicado también con ligeras variantes en: *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, 1990, pp. 124-136.

<sup>1</sup> José Martí, «Congreso Internacional de Washington», en: *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba y otras, 1963-1973, t. VI, pp. 46-54. En lo sucesivo, las referencias en textos a

Transcurridos cien años de aquellas crónicas martianas, se confirma la lucidez del análisis del Maestro. «Lo primero en política» —escribe Martí— «es aclarar y prever». Y nuestro Héroe Nacional había aclarado las entrañas del Congreso, donde vio «a un pueblo rapaz de raíz» amenazar a sus vecinos, y convocó a la acción, porque urgía «ponerles cuantos frenos se puedan fraguar, con el pudor de las ideas, el aumento rápido y hábil de los intereses opuestos, el ajuste franco y pronto de cuantos tengan la misma razón de temer, y la declaración de la verdad» (VI, pp. 46, 48).

La revelación de la realidad norteamericana en vísperas de su desborde imperialista no le vino a José Martí de repetir fuentes ajenas ni por inspiración feliz del momento, sino que fue el fruto legítimo del estudio hondo y escrupuloso de la historia y de la vida de los Estados Unidos, desde muy temprano en su quehacer político e intelectual, pero particularmente desde que comenzó a escribir, en agosto de 1881, sus crónicas para la prensa hispanoamericana sobre esa nación donde residía. Se sumaban así las exigencias de su profesión de periodista a sus intereses humanos y políticos y su sentido de responsabilidad con Cuba y América para acuciarle a profundizar en el estudio del país norteamericano y discernir sus intereses diversos, contradicciones y tendencias de su desarrollo. De esa obra de cronista e historiador de la sociedad norteamericana, Martí salió pertrechado con los conocimientos e instrumentos de análisis que le permitieron ver en las entrañas del Congreso Panamericano, prever la política norteamericana en los años posteriores y definir con más claridad su propia misión redentora de la patria y América.

Es de suponer que el primer interés de José Martí por los Estados Unidos se remonta a sus años de niñez, y se deba a los ecos de la Guerra de Secesión y la observación de viajeros y turistas norteamericanos de paso por La Habana.<sup>2</sup> La curiosidad podría haberse alimentado en las visitas que se recibían en el colegio de San Pablo, de Rafael María de Mendive, de un selecto grupo de la clase media cubana, con interés en la historia, la literatura y el arte. La clase a la que pertenecían, junto con la oligarquía criolla, constituía el público lector de las revistas y periódicos que se editaban en La Habana. Y esta prensa, oficial o «cubana» —según un estudio del francés Jean Lamore—, daba las espaldas a los temas de la América Latina, pero estaba abierta a las noticias sobre Europa y los Estados Unidos.<sup>3</sup>

No obstante, las primeras referencias escritas de Martí sobre los Estados Unidos aparecen en sus *Cuadernos de apuntes*, escritos durante su primer destierro en España. En uno de estos textos, que tiene la forma de un aleccionamiento a los partidarios para nuestros países del modelo de legislación norteamericana, José Martí resalta las diferencias éticas de nuestros pueblos con los Estados Unidos, rechaza la invitación servil y descarta que con leyes iguales se puedan regir pueblos diferentes. Tampoco se le oculta el

---

José Martí remiten a esta edición (salvo que se indique de otro modo), mencionándose los tomos en números romanos y las páginas en arábigos.

<sup>2</sup> Véase Julio Le Riverend Brusoe, *La Habana, biografía de una provincia*, La Habana, Academia de Ciencias de Cuba, 1960, pp. 320-321. Jean Lamore, *José Martí et l'Amérique (recherches sur la formation et le contenu de l'idée de «nuestra América» chez José Martí (1853-1895))* (Thèse de doctorat d'état sous la direction de Noël Salomon et Robert Jammes), 1982, vol. I, Université de Toulouse, Mirail, pp. 40-41. Jorge Mañach, *Martí, el apóstol*, La Habana, Editora Popular de Cuba y el Caribe, p. 17.

<sup>3</sup> Lamore, *op. cit.*, anexo I.



grado de prosperidad alcanzado por los Estados Unidos, pero rechaza el precio pagado para lograrlo: la corrupción, la metalización, la insensibilidad (XXI, pp. 15-16).

Nuevas referencias de Martí a los Estados Unidos se encontrarán en México, en sus artículos y boletines en la *Revista Universal*. Al lector de éstos, no puede escapársele el empeño martiano –asegurado con medios importantes y regulares– para mantenerse informado sobre la situación de la causa cubana y los asuntos mexicanos en los Estados Unidos –y sobre los propios Estados Unidos–, y las consecuencias que podría tener la política interna del vecino del Norte para sus vecinos.<sup>4</sup>

En los textos que escribió sobre Cuba, José Martí va más allá de la simple defensa de su patria, y se permite censurar fuertemente a los Estados Unidos, país que no reconocía a los mambises, negándoles a otros el derecho a la libertad que había conseguido para sí (I, pp. 138-139).

En los boletines sobre temas martianos se encuentra un hilo conductor que señala, desde entonces, una actitud permanente del cubano: la voluntad de conocimiento y elevación de una realidad específica, americana, su autoctonía y el rechazo de los modelos extranjeros, incluido el norteamericano, tenidos por superiores por no pocos de sus contemporáneos. En México, Martí también tomó conciencia de la posición agresiva y expansiva de los Estados Unidos en relación con sus vecinos, actitud que un acucioso investigador, Ramón de Armas, califica de «latinoamericanismo defensivo».<sup>5</sup>

Es en las «Impresiones de América», publicadas en inglés en el periódico *The Hour* entre julio y octubre de 1880 (XIX, pp. 101-126), durante su segunda residencia neoyorquina, donde Martí se propone, por primera vez en artículos periodísticos, un examen de conjunto de la sociedad norteamericana. El seudónimo con que firma, «un español muy fresco», le permitirá contrastar el atraso secular de la sociedad peninsular europea con la situación de la norteamericana.<sup>6</sup> De ahí las expresiones de asombro del articulista ante el espectacular desarrollo de los Estados Unidos posterior a la Guerra de Secesión, que bien pueden desconcertar al lector no avisado y llevarle a pensar que nuestro Héroe quedó «deslumbrado» por los Estados Unidos, en contraste con criterios objetivos expresados con anterioridad.

Pero al leerse analíticamente las «Impresiones»,<sup>7</sup> uno pronto se percata de que las críticas a la sociedad norteamericana son muchas más que los elogios, o lo que es más importante aún para conocer el mensaje martiano, que aquéllas pretenden situarse en un plano de objetividad científica en el que la sociedad yanqui es un objeto de estudio, un fenómeno social producido históricamente, al que busca comprender y del cual no asume *a priori* que constituye un modelo a imitar. Todo lo contrario: tanto el método como sus conclusiones implican una impugnación del modelo. Puede reconocer aspectos positivos, dignos de emular, pero nunca hallaremos el deslumbramiento pro-

<sup>4</sup> Véase, de Ibrahím Hidalgo Paz, «Incursión en los orígenes del antimperialismo martiano» (inédito).

<sup>5</sup> Ramón de Armas, «Unidad o muerte: En las raíces del antimperialismo y el latinoamericanismo martianos», *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, n° 11, 1988, p. 86.

<sup>6</sup> Según Luis Toledo Sande, «un español muy fresco» es una personalidad literaria, distinta de la propia, la real. Conferencia en la Biblioteca Elvira Cape, de Santiago de Cuba, mayo 1987.

<sup>7</sup> Las siguientes consideraciones son una síntesis de un análisis del autor de las «Impresiones», recogidas en un trabajo inédito: «Martí y los Estados Unidos, 1853-1880».

pio de la mentalidad de colonizado, que impide ver o buscar las realidades más profundas.

Un análisis de las «Impresiones» no puede dejar de señalar que el reconocimiento que José Martí hace de las virtudes mayores en los Estados Unidos –la libertad, el trabajo, la originalidad– no puede sustraerse del contexto en que deliberadamente las expresa, como muestran claramente la estructura del texto y la elección de los vocablos. Citarle fuera de contexto sería violar el mensaje que se propone comunicar, que es precisamente sembrar o apuntar deficiencias de los Estados Unidos en aquellas cosas en las que precisamente se les toma de modelo.

En las «Impresiones» de 1880, una idea moral recorre la crítica martiana de los Estados Unidos: la censura del amor desmedido por la riqueza. Este aspecto ético será el soporte, el fundamento de la percepción martiana. Pero es notable en Martí que al rechazar la falta de espiritualidad de la nación norteamericana, no impugna mecánicamente el desarrollo material de aquella sociedad. En esto no contrapone los valores de una sociedad feudal, rezagada, agonizante, a la vitalidad del capitalismo norteamericano. Los valores éticos que sustentan sus criterios le permiten mantener los ojos bien abiertos ante la sociedad yanqui y seguir evolucionando hacia concepciones cada vez más profundas, de alejamiento del sistema capitalista y de acercamiento a sus impugnadores radicales.

El juicio moral en José Martí es punto de partida y no término en cuanto a reflexión sintetizadora de experiencias y conocimientos sobre los Estados Unidos. De modo que, según el método de nuestro Héroe Nacional de acercarse a la realidad por medio de la práctica, del aprendizaje en los hechos y no en los moldes preconcebidos a los cuales ajustar la realidad<sup>8</sup> el juicio ético, lejos de estrechar su mirada y limitar su experiencia, le dilata las pupilas y le conduce a una observación multilateral de la sociedad yanqui. Esto se evidenciará más claramente en las crónicas sobre los Estados Unidos que empezará a escribir para la prensa de la América Latina a partir de 1881, después de regresar de Venezuela. Su estudio de la historia y la realidad política contemporánea le dará el secreto del movimiento y tendencias del país.

El estudio de la política en los Estados Unidos surgió desde la primera crónica, con fecha 20 de agosto de 1881, para *La Opinión Nacional*, de Caracas, en que aborda el estado de salud del recién electo presidente James Garfield, víctima de un atentado del que saliera gravemente herido. Martí no se quedó en el simple registro de lo noticioso y del ánimo afligido de la nación, sino que se preguntó sobre las motivaciones del crimen y su posible relación con la política. A través del estudio de ésta, en una acepción inicialmente estrecha, Martí se franqueó el paso para la comprensión de la sociedad en su conjunto, advirtiendo ya, de inicio, sobre «este país, señor en apariencia de todos los pueblos de la tierra, y en realidad esclavo de todas las pasiones de orden bajo que perturban y pervierten a los demás pueblos» (IX, p. 27; véase también pp. 97-98).

Su primera gran revelación fue la desnaturalización de las instituciones democráticas, la corrupción del sistema. En octubre 15 de 1881 escribe sobre cómo los partidos habían caído en manos de políticos profesionales –caciques y camarillas– que tenían un

---

<sup>8</sup> Véase Noël Salomón, «En torno al idealismo de José Martí», *Anuario del Centro de Estudios Marianos*, n° 1, 1978, pp. 41-58.

solo objetivo: ganar las elecciones y aprovechar los cargos públicos para su enriquecimiento personal (IX, p. 64). El dominio de éstos viciaba el sistema de democracia representativa e impedía que se hiciera la voluntad de los electores.

Un catálogo más amplio de los vicios de la política en los Estados Unidos, aplicables tanto a demócratas como a republicanos –porque «donde los demócratas gobiernan, como en Nueva York, muy buenos oficios suelen ser de notorios rufianes»–, se puede espigar en la crónica del 19 de enero de 1883:

1. La alianza de los políticos y los grandes capitalistas.
2. La alianza de los caciques de la política y los empleados públicos.
3. El saqueo del tesoro de la nación.
4. Los mecanismos antidemocráticos de elección de candidaturas y de votación.
5. Las tendencias imperialistas entre los políticos corrompidos y los grandes capitalistas (IX, pp. 338-345).

A esta lista se podría añadir muchos otros vicios denunciados en otras crónicas, como son, por ejemplo, el fraude en las elecciones, la compra de votos, la manipulación de un electorado de inmigrantes ignorantes, etc. (X, pp. 52, 114, 117, etc.).

Sin embargo, a pesar de que José Martí veía, y denunciaba, el gusano que roía la república democrática norteamericana, en un inicio creía que, en lo esencial, ésta triunfaba sobre los males que le amenazaban. La fuente de este optimismo era el movimiento reformista que después de la muerte de Garfield desplegó una campaña de saneamiento moral y público que sacudió la nación y sacó a los hombres honrados de su desidia y pasividad.

José Martí fue un destacado cronista de ese movimiento, y su escrupulosidad científica no sufrió por el entusiasmo comprometido con que saludó sus éxitos. Después de las elecciones parciales de noviembre de 1882, escribe:

¡Qué hermoso encrespamiento el de este pueblo, dos o tres meses hace! Parece como gigante dormido, que seguro de su fuerza en la hora dura, no se da prisa a levantarse; mas se levanta, mueve la maza enorme, aplasta al enemigo o al obstáculo y de nuevo duerme. Y en su sueño, oye (IX, p. 340).

Su confianza en el movimiento de reforma es, a la vez, confianza en el sistema electoral, por medio del cual el primero ostenta algunos triunfos parciales importantes (como la actuación «discreta» del nuevo presidente, el corrompido Arthur, y la aprobación de la Ley Pendleton de reforma del servicio público), y se proyecta hacia una confrontación –con un candidato honrado de portaestandarte– en las elecciones presidenciales de noviembre de 1884.

Paralelamente se desarrolló el debate público sobre la cuestión arancelaria, a la cual Martí prestó particular atención, y que tendría un papel importante en la evolución de su percepción de los Estados Unidos.<sup>9</sup> A través de su estudio, Martí pudo percatarse de una

---

<sup>9</sup> Las siguientes consideraciones son una síntesis del análisis del autor del tema, recogido en *Martí y la práctica norteamericana (1881-1889)*. Inédito.

estrecha relación entre la corrupción y el proteccionismo (a través del manejo de los excesos de ingresos en el Tesoro sobre los egresos), así como de la existencia en los partidos de poderosas fuerzas proteccionistas (constituidas por los monopolios o sus servidores). Esto último determinaba una esencia parecida o igual a los dos partidos, independientemente de ciertas contradicciones secundarias o episódicas.

José Martí conoció cómo de la política proteccionista se derivó, junto al desarrollo industrial, una tendencia a la concentración capitalista y entendió, como Federico Engels en 1892,<sup>10</sup> los problemas que le creaba a la economía global norteamericana. De la dependencia del capitalismo norteamericano de la política proteccionista le nacían el exceso de producción, la falta de competitividad de las mercancías norteamericanas, la ausencia de mercados extranjeros, el desempleo, la pobreza y la inestabilidad social, típico todo esto de la crisis de superproducción.

Las nociones que va elaborando Martí alrededor del problema librecambio-proteccionismo muestran una incisiva penetración en las realidades norteamericanas, entre las cuales no es la menor la inteleción, en la campaña electoral de 1884, de que, a pesar de las apariencias, el problema fundamental era de carácter económico. Por esta vía llegará Martí a comprender los fundamentos económicos del imperialismo norteamericano. Si al principio anota cómo tarifa alta y política proteccionista pueden ir juntas, sin apuntar ninguna relación esencial –de causalidad–, en la segunda mitad de la década verá cómo la falta de mercados, en parte consecuencia del proteccionismo, irremediablemente conduce al país –independientemente de quién ocupe el poder– a la búsqueda de la dominación yanqui de sus «socios» comerciales por diversas vías, entre ellos los tratados de «reciprocidad».

Martí previó que, a pesar del debate proteccionismo-librecambio, el proteccionismo seguiría vigente, porque había una fuerza formidable que cerraba el paso a las reformas arancelarias, aun las más moderadas: el poder de la burguesía monopolista, surgida o nutrida por el proteccionismo. Es esa fuerza de los más ricos y poderosos la que también saca el tema del debate en las elecciones de 1884.

En la campaña de 1884 los temas políticos quedaron diluidos en el enfrentamiento de la personalidad de los candidatos, Grover Cleveland y James G. Blaine, y referidos principalmente al grado de su honradez personal e independencia o no de las camarillas. Blaine encarnaba todo lo que amenazaba a la República: el espíritu de lucro, la corrupción, la alianza de los políticos con los millonarios, el impulso imperialista; Cleveland, su conservación. De Blaine escribió Martí:

Luto sería para este país y para la justicia, luto para algunas tierras de nuestra América que tienen las rodillas flojas, luto para la misma libertad humana, que viniere a la Presidencia de los Estados Unidos, este hombre intrépido, agudo y desembarazado, que de las grandezas de su patria sólo tiene las grandes preocupaciones (X, p. 68).

En Cleveland, Martí veía una manifestación de las fuerzas de regeneración actantes en la sociedad norteamericana. Y en su elección veía la salvación de la nación, deteniéndola en el abismo a que se asomaba. Su confianza en las fuerzas de regeneración la

---

<sup>10</sup> Karl Marx y Frederick Engels, *Marx and Engels on America*, Moscú, Progress Publishers, 1979, p. 30.



expresa, después de la elección de Cleveland como presidente, en este párrafo del 29 de mayo de 1885:

Pero quien observa este país, sin encono, por mucho que en él le disguste la primacía que tienen los apetitos, y el olvido, si no el desdén, en que están las cualidades generosas, ha de reconocer que, con la superioridad de una ley, sucede siempre que cuando parece que un peligro es inminente, o que una institución está ya profanada sin remedio, o que un vicio se ha comido un lado de la Nación, surgen, sin gran aparato, y cuando el mal tiene aún cura, los hombres y sistemas que han de evitar sus estragos (X, pp. 343-344).

El optimismo martiano no es romanticismo irresponsable, sino una toma de posición a favor del legado de los patriotas fundadores de la nación: la república democrática; y está sustentado en el análisis dialéctico y la familiaridad de nuestro Héroe Nacional con los hechos de la historia y de la política norteamericanas, como se demuestra en ese extraordinario ensayo, «Historia de la caída del Partido Republicano», escrito en marzo de 1885 (X, pp. 183-209).

Las primeras crónicas de Martí sobre la administración de Cleveland muestran al cubano confirmado en su optimismo inicial. Pero después se empiezan a asomar algunos elementos en su análisis de la realidad yanqui que, si bien no son enteramente nuevos, a partir de entonces adquieren una jerarquía mayor, definidora, lo suficiente como para poder afirmar que se efectúa un cambio, una profundización en el pensamiento martiano.

Cuatro aspectos se destacan de la nueva concepción:

*Primero*, Martí comprenderá cómo el reformismo de Cleveland se encontrará limitado por corrientes políticas de mayor alcance, dependientes a su vez de factores económicos y sociales, como la estructura clasista de la sociedad.

*Segundo*, hay una mayor comprensión del lugar de la clase obrera en la sociedad y del papel primario, decisivo, que le corresponde en el alineamiento de las fuerzas sanas del país contra las fuerzas de descomposición, que antes reservaba sólo a la intelectualidad progresista.

*Tercero*, una nueva y más profunda percepción de las amenazas imperialistas, que reflejan su vigor creciente y sus resortes impulsores complejos, determinantes, entre ellos los de naturaleza económica.

*Cuarto*, la conciencia del creciente deterioro de las instituciones democráticas norteamericanas, la pérdida de fe en ellas –en la república liberal–, hasta desconfiar de la capacidad de regeneración.

Un rápido recorrido con Martí por la administración de Cleveland, nos debe dar lo esencial de la nueva visión.

Los moderados intentos del presidente por reformar el servicio público y aprobar otras leyes se vieron frenados en el Congreso, donde los demócratas votaban junto a los rivales republicanos contra el jefe de Estado. En diciembre de 1886, Martí refiere la última sesión del poder legislativo, y señala cómo los demócratas han caído en males semejantes a los de sus opositores y no cumplen el programa para el cual fueron elegidos:

Y resulta que después de dos años de goce del poder, con el ejecutivo en sus manos y con la mayoría en la Casa de Representantes, el partido demócrata no ha reformado la tarifa, no

ha discutido con honradez la cuestión de la plata, no ha rebajado el sobrante de cien millones en las cajas públicas, no ha dado muestras de desear la normalidad ofendida por los republicanos en la distribución y ejercicio de los empleos, no ha legislado realmente con espíritu distinto del de los republicanos (XI, p. 120).

Pero Martí sí encuentra cada vez mejor definida –que es la causa del resultado anterior– la unión de los republicanos y los ricos, su alianza o, en lenguaje martiano, «liga», y denuncia cómo se trabaja para levantar un partido de los ricos, compuesto de las fuerzas altas, «la iglesia, el ejército, la banca, el gobierno central». Esta fuerza, precisa después, se forja dentro de los partidos tradicionales –el republicano y el demócrata– y no al margen o fuera de ellos (X, p. 340).

La administración de Cleveland coincide con la crisis económica que se inicia en 1884 y el fortalecimiento paralelo del movimiento obrero y la actividad huelguística, asuntos a los que Martí cada vez presta más atención, hasta convertirse en tema dominante, por el número de crónicas que les dedica en esos años: el «asunto mayor que hoy conmueve la atención pública», escribe en 1886 (X, p. 394). Será cada vez más importante el lugar que ocupará la clase trabajadora en su percepción del conjunto de las realidades de los Estados Unidos. Como escribe José Cantón Navarro, «el contacto con el proletariado norteamericano produce un significativo ascenso en otros aspectos del pensamiento social de Martí».<sup>11</sup>

Sobre tres reflexiones martianas resultantes de ese contacto queremos llamar la atención: *primero*, la creciente influencia del «partido» de los trabajadores en la sociedad; *segundo*, la nueva dimensión que alcanza en él el concepto de *política*, que incluye ahora lo social, y se le hace consustancial; y *tercero*, la revelación de la clase obrera como la principal reserva de la nación, como el escudo de la república y sus libertades. Así, en febrero de 1887 saluda como una de las grandes transformaciones que «interesan el ánimo y merecen la atención universal» «la reaparición del espíritu puritano» –que él identifica con la «afirmación [...] del derecho humano»– «en el partido nuevo en que se amasan los trabajadores» (XI, p. 155). Y en julio de 1889 escribe:

Hacerse oír de esa gente sana es preciso, en todo lo que sea de derecho, porque en ellos está el freno natural, el único freno tal vez de esa otra casta codiciosa que fomenta la política agresiva en un país de lujo donde se comienza a ver con desdén el bienestar modesto y despacioso que viene al hombre asiduo del trabajo (XII, p. 259).

Si al inicio de la administración de Cleveland, Martí pensó que se iniciaba una política en que no habría «menester de falso estímulo, ni de merodeos por tierras ajenas» (X, pp. 176-177), pronto algunos sucesos vinieron a modificar sus criterios. El primero fue una conjura, en agosto de 1886, para provocar la guerra y arrebatarse a México los Estados del norte.

Se evitó la guerra y no se podía inculpar al Presidente personalmente de acciones agresivas dirigidas a la expansión en el exterior. Sin embargo, Martí registraba las siguientes circunstancias:

---

<sup>11</sup> José Cantón Navarro, «Con los pobres de la tierra», *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, n° 11, 1988, p. 42.

1. El incidente ocurre precisamente durante *esta* administración, manifiestamente contraria a la expansión en el extranjero.
2. Involucra a un miembro del Gabinete, el Secretario de Estado.
3. Arrastra a la opinión pública de una región –el Sur– que constituye uno de los núcleos más seguros del Partido Demócrata.
4. Es parte de una maniobra electoral concebida para ganarle popularidad al Secretario de Estado para el futuro.
5. Se vincula con capitales invertidos en México.<sup>12</sup>

En el lector atento no puede dejar de quedar otra impresión de que, independientemente de las declaraciones oficiales o las posiciones subjetivas del presidente, las fuerzas que promueven la expansión sobreviven, actúan y adelantan en esa administración. Aunque factor de moderación, el jefe ejecutivo no es garantía absoluta contra una política exterior agresiva.

Ese mensaje de alerta ante las corrientes expansionistas norteamericanas se desprende también de su estudio de las noticias de la prensa sobre el deseo de anexarse territorios de sus vecinos, o de las propias declaraciones del presidente Cleveland, quien en su mensaje anual al Congreso, en diciembre de 1886, refleja rivalidades interimperialistas en el Pacífico, «interés excepcional» en Cuba, malos pasos en México y política de «reciprocidad comercial» (XI, pp. 125-126, 205-206; VII, p. 52).

Pero, a pesar de todo, José Martí hace un balance positivo del presidente Cleveland. Reconoce en su gestión un espíritu de conciliación entre los principios e intereses reales, de «equilibrio de mano de la justicia», que era el único camino para un presidente honrado e independiente. Para Martí, el presidente sigue encarnando las tendencias sanas y «llegó a ser» –según nos dice en febrero de 1888–, «a pesar de la rabia de la gente podrida de su partido, el símbolo de todo lo que puede conservar la república» (XI, p. 411. Véase también XI, pp. 25, 27; X, pp. 245, 267).

En este sentido, Martí no veía la campaña presidencial de 1888 como una lucha alrededor de un reordenamiento revolucionario del país –presagiado por el alzamiento obrero de 1886–, ni un debate de ideas que pudieran amenazar el orden establecido, ni siquiera un movimiento de reforma contra la corrupción política (como en 1884), sino una confrontación dentro de los cánones del orden burgués, entre los que –por la promoción intransigente de privilegios de clase– amenazaban la libertad y la república (XI, pp. 411).

En la campaña, las principales figuras políticas fueron el presidente Cleveland y el más brillante de los jefes republicanos, James G. Blaine. Lo curioso fue que Cleveland, repudiado por «lo más visible» del aparato del Partido Demócrata, fue el candidato de éste; mientras que Blaine, que era el que mejor representaba al Partido Republicano, fue desestimado y se escogió a Benjamin Harrison. Pero detrás de Harrison estaban Blaine y los intereses que éste representaba.

---

<sup>12</sup> J. M., «Correspondencia particular para *El Partido Liberab*», en: *Otras crónicas de Nueva York*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1983, p. 63. XX, p. 96.

En las crónicas sobre ese proceso, José Martí llevó a cabo un singular estudio, en el que combinó el análisis de la política menuda y corriente con el de las realidades más profundas, que respondían a las grandes fuerzas en tensión y a las corrientes principales y permanentes de la política nacional. De ese modo, logra explicarse esas y otras contradicciones –aparentes o reales– de la democracia burguesa norteamericana. Y va quedando claro que en la contienda electoral de 1888 el tema principal es el de los aranceles, entendiéndose que en un político como Cleveland, sin perspectivas ni posibilidades históricas revolucionarias, el programa de la reforma arancelaria sería el mejor modo de «servir la mayor suma de intereses» (XI, p. 411). Para Blaine, por otro lado, «tan visiblemente ligado con las empresas y monopolios» (XII, p. 42), la posición sería otra: servirse a sí mismo, sirviendo a los intereses minoritarios que se favorecían a la sombra del proteccionismo. Lo que quiere Blaine –lo dice Martí de él y de Sherman, otro aspirante a la candidatura republicana– es «política cesárea, república aristocrática, mano alta con los pobres, y tender las alas del águila hacia el Norte, ¡y hacia el Sur!» (XI, p. 413).

La campaña de 1888 ha quedado como «la más corrompida en la historia norteamericana».<sup>13</sup> Ya antes Martí lo había destacado. En «¡Elecciones!», crónica del 2 de noviembre de 1888 para *La Nación* (XII, pp. 87-100), señala la unión de intereses que se oponían a Cleveland: «los republicanos ricos y atónitos», amigos del arancel proteccionista; los republicanos amigos de la reforma del arancel, pero sectarios; los «monopolios todos, poseídos por los republicanos prominentes»; las asociaciones demócratas que quieren repartir entre sí los empleos públicos, particularmente las asociaciones demócratas de Nueva York. Aquí también hace una pintura vívida y exacta de la corrupción en las elecciones: el voto que se compra, los fraudes que se cometen, los subterfugios para que los trabajadores no puedan votar, la traición de la maquinaria democrática de Nueva York, la agitación de odios...

Pero ahora, después de cuatro años de gobierno reformista de Cleveland, el simple hecho de describir iguales vicios e iguales amenazas a la libertad que a principios de la década, de volver al punto de partida, constituía, aunque no lo dijera expresamente, una derrota y años e ilusiones perdidos. No hay que equivocarse: José Martí profesa aún su credo democrático, pero no se muestra seguro, como antes, de su eficacia práctica en los Estados Unidos para regenerar la sociedad y salvar la república. A Cleveland, se pregunta, «qué suerte había de caberle, sino la que, salvo en las horas de crisis, tiene en la política la virtud» (XII, p. 89).

La significación efectiva y trascendente de las elecciones de ahora (1888), es que llegan al poder los monopolios, y Blaine con ellos, quien pretende llevar fuera del país los desarreglos económicos y sociales causados por las tarifas proteccionistas a cuya sombra florecen los primeros. Y es Martí quien la fija en esos términos, claros y precisos, de triunfo de los ricos y de la política imperialista.

Se advierte fácilmente que a partir de este momento el tema de la amenaza imperialista sobre los pueblos de América se convierte en una obsesión en nuestro Héroe Nacional. Para él este peligro es un fenómeno más sustancial que el de una simple

---

<sup>13</sup> Mary R. Dearing, «Book Review of *Benjamin Harrison: Hoosier Statesman. From the Civil War to the White House, 1865-1888*», *The American Historical Review*, vol. LXV, enero de 1960, p. 393.



coyuntura electoral o de opiniones sustentadas, a título personal, por algunos políticos u hombres de negocios. Más allá de los individuos, o junto a ellos, está la naturaleza del capitalismo norteamericano, que identifica cada vez más con los monopolios, necesitado de territorios «donde vaciar la plétora».

De este modo nuestro compatriota es testigo, durante su residencia en los Estados Unidos, de un proceso de deterioro real de las instituciones democráticas, fenómeno que se revela en su conciencia de la pérdida de fe en el poder de regeneración de la sociedad yanqui y la percepción de la ausencia del justo equilibrio de intereses en la vida interna y la proyección de una política imperialista en lo externo. Pero es después de las elecciones de noviembre de 1888 cuando culmina este ciclo en la evolución de su pensamiento, como se puede observar en estas palabras, escritas el 9 de enero de 1889:

Y lo que se ve es que va cambiando en lo real la esencia del gobierno norteamericano, y que, bajo los nombres viejos de republicanos y demócratas, sin más novedad que la de los accidentes de lugar y carácter, la república se hace cesárea e invasora, y sus métodos de gobierno vuelven, con el espíritu de clases de las monarquías, a las formas monárquicas (XII, p. 135).

Como cronista e historiador de los Estados Unidos, que desentraña, cual se descompone en piezas un reloj, todos los resortes que activan e interfieren el movimiento y la vida de la sociedad norteamericana, José Martí descubrió, y describió, el fenómeno del tránsito al capitalismo monopolista, al imperialismo. Al hacerlo, demostró ser uno de los mejores analistas de su siglo, y todo el que quiera conocer la historia de los Estados Unidos en este período le leerá con fruición y provecho sin límites. Pero si Martí escribía para ilustrar, también lo hacía para alertar y convocar al enfrentamiento al imperialismo norteamericano, de cuyo nacimiento fue excepcional testigo. Hoy, también su obra deviene obligada consulta para la comprensión de la actualidad política norteamericana, porque la república es aún «cesárea e invasora» y «sus métodos de gobierno» vuelven «a las formas monárquicas».

## Ramón de Armas: *Conflicto social, violencia y autoctonía en los Estados Unidos\**

### I

Definida por historiadores estadounidenses<sup>1</sup> como «daño o secuestro de personas o propiedades», la violencia ha desempeñado un papel prominente en toda la historia de aquel país. No ha habido –se afirma– región alguna que haya escapado indemne.<sup>2</sup>

La violencia colectiva en los Estados Unidos se ha caracterizado por presentar un definido sesgo conservador, o una clara tendencia a la defensa de posiciones reaccionarias. En vez de haber sido utilizada –como en la generalidad de los países– por sectores subordinados que se oponen, en situaciones históricas determinadas, a los grupos establecidos en el poder, en los Estados Unidos la violencia –debe entenderse que estamos hablando de *violencia social*– ha sido ejercida fundamentalmente, y ha estado principalmente dirigida, por sectores y grupos dominantes que aspiraban a mantener su propia supremacía.<sup>3</sup>

Como también ha sido destacado por historiadores estadounidenses,<sup>4</sup> en aquel país la violencia social «ha sido utilizada, de manera ostensible, para proteger el modo de vida y los principios morales tanto de los americanos del norte, como de los sureños, de los protestantes blancos, o, simplemente, de la clase media ya establecida».

La violencia social que se erige en defensora del orden de vida establecido se diferencia claramente de la violencia *revolucionaria*, por una parte, y de la violencia *reaccionaria*, por la otra: estas dos son motivadas, en grupos sociales que de un modo u otro resultan excluidos o preteridos, por el deseo –y el propósito– de lograr una *redistribución* participativa del poder.<sup>5</sup>

Sólo en muy contadas ocasiones han tenido lugar en el interior de los Estados Unidos manifestaciones abiertas de violencia revolucionaria, o de violencia reaccionaria. En realidad, pueden considerarse como verdaderos hechos aislados las muertes resultantes de

---

\* En: AA. VV., *José Martí y los Estados Unidos*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1998, pp. 31-54. Publicado originalmente en *Contracorriente*, 2, n.º 4, La Habana, abril-junio de 1996, pp. 5-25.

<sup>1</sup> Robert P. Ingalls, *Urban Vigilantes in the New South: Tampa, 1882-1936*, Knoxville, The University of Tennessee Press, 1988, p. xv. En ésta y en todas las citas de textos en lengua inglesa, la traducción es del autor del presente trabajo.

<sup>2</sup> R. P. Ingalls (*op. cit.*) toma prestada esta caracterización de Charles Tilly, Louise Tilly y Richard Tilly, *The Rebellious Century, 1830-1930*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1975, p. 49.

<sup>3</sup> *Op. cit.*, n. 1.

<sup>4</sup> Richard Hofstadter, «Reflections on Violence in the United States», en: *American Violence: A Documentary History*, ed. Richard Hofstadter y Michael Wallace, Nueva York, Knopf, 1970, p. 9. *Apud.* Ingalls, *op. cit.*

<sup>5</sup> *Op. cit.*, n. 1.

los acontecimientos vinculados, en las últimas décadas del siglo XIX, a las actividades de grupos anarquistas, en lo que a la violencia revolucionaria se refiere, o –ya en el plano de la violencia reaccionaria, y siempre según criterios de historiadores estadounidenses– las intenciones rebeldes de algunos sectores rurales del país que en algunos momentos se opusieron, por medios violentos, a determinados cambios en el orden establecido.

De ese modo, la mayor parte de la violencia social en los Estados Unidos ha tenido carácter *represivo*, y ha sido concebida para controlar a grupos y sectores social o económicamente subordinados,<sup>6</sup> mientras que, por el otro costado, los estadounidenses han sido históricamente responsables de haber dado origen, en las últimas décadas del siglo XIX, a fenómenos sociales tales como el *vigilantismo*, que es considerado como la expresión consumada de la violencia conservadora, y que puede ser definido, simplemente, como «tomar la ley en manos propias» con el fin de *reforzar* las relaciones de poder establecidas, y no con el fin de subvertirlas.<sup>7</sup>

Así, la violencia defensora del *establishment* se mantuvo como un método habitual de reprimir a los llamados «indeseables», denominación que incluía «a los católicos, los judíos, los negros, los emigrantes, los hombres de trabajo y los dirigentes sindicales, los radicales políticos, los defensores de las libertades civiles, y los no-conformistas en general». Tales grupos o sectores eran considerados como una amenaza a los grupos dominantes.<sup>8</sup>

En los Estados Unidos, la historia de los hombres y mujeres del trabajo no ha resultado, por lo tanto, un movimiento que ascendiera desde situaciones opresivas hasta la obtención y establecimiento de derechos fundamentales, ni ha podido contar con momentos de perspectivas democráticas que hayan sido después barridas por la consolidación del capitalismo moderno. Por el contrario, el movimiento obrero estadounidense

ha crecido sólo de manera esporádica y a través de luchas violentas, ha sido interrumpido una y otra vez precisamente cuando parecía haber alcanzado sus más altos niveles, ha superado a sus adversarios sólo para después verlos revivir bajo nuevas y más tremendas formas, y ha sido forzado a retomar lo que se pensaba que ya se había logrado, y volver a empezar.<sup>9</sup>

José Martí pudo calar hondo en esa realidad. A mediados de la década de los años 80, afirmaba en crónica para *La Nación*, de Buenos Aires: a la gente de trabajo en los Estados Unidos

de buena voluntad no se le ha dado nada: ella ha tenido que irlo arrebatando todo: por la organización, por la huelga, por el asedio –que llaman ahora «boicot»–, siempre por un medio

---

<sup>6</sup> La afirmación es de Michael Wallace, «The Uses of Violence in American History», *American Scholar*, 40, invierno de 1970-1971, pp. 82 y 96. *Apud*. Ingalls, *op. cit.*

<sup>7</sup> *Ibid.*

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. XVI.

<sup>9</sup> David Montgomery, *The Fall of the House of Labor. The Workplace, the State, and American Labor Activism, 1865-1925*, Cambridge, Cambridge University Press y Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1989, p. 7.

violento. Mientras pedían, mientras esperaban, mientras no se erguían, sus tristezas no hallaban favor. Asociados en pequeño, comenzaron a obtener victorias tímidas, que les dieron ánimos para mayores acometimientos y para afrontar sin desbandarse considerables derrotas.<sup>10</sup>

Y es que a Martí le tocó vivir, en aquel país, precisamente durante algunos de los años en que la violencia social de signo progresista y revolucionario se manifestó a través de acciones populares y de distintas organizaciones y grupos de trabajadores *en contra* del orden social y económico establecido, o en contra de las regulaciones y legislaciones laborales aceptadas como vigentes, o impuestas por los empresarios y por el propio ordenamiento social existente.<sup>11</sup>

En muchas ocasiones ha sido considerada como expresión de sus ideas sociales y políticas durante este período que nos ocupa –y además, como una expresión de sus criterios con respecto al socialismo–, la descripción que en marzo de 1883 Martí hizo acerca de los «diez mil hombres de manos inquietas, burdos vestidos, sombreros irreverentes y corazones inflamados» –en su mayoría inmigrantes, según la propia afirmación de Martí–, que acuden a la gran sala de *Cooper Union Hall* el día 19 de ese mes «a aplaudir a los fervorosos oradores multilingües *que excitan a la guerra a los hijos del trabajo*, en memoria de aquel alemán de alma sedosa y mano férrea, de Karl Marx famosísimo, cuya reciente muerte honran» (XIII, p. 245).

Se afirma por unos,<sup>12</sup> fundamentalmente, que es un rechazo a los *métodos violentos* lo que lo distancia de la posibilidad de compartir criterios de justicia social para los cuales tiene, en el propio texto, frases que si bien no resultan totalmente aprobatorias, sí pueden ser consideradas como ostensiblemente justificativas. Se afirma por otros, desde el otro polo de la ideología (y en análisis políticamente intencionados del pensamiento de José Martí), que en ese texto queda rechazada, de manera absoluta, *la propia concepción socialista* como solución a los males sociales que afectan –inescondiblemente– a las sociedades capitalistas, desarrolladas o no.

Sin embargo, a nuestro ver, lo que del texto en cuestión claramente se evidencia es que, para José Martí, Karl Marx, si bien «estudió los modos de asentar al mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntales rotos», fue extemporáneo –aun en relación con los países para los cuales concibió, básicamente, sus soluciones–, y «*anduvo de prisa*, y un tanto en la sombra, sin ver que *no*

<sup>10</sup> José Martí, «Las grandes huelgas en los Estados Unidos», en: *Obras completas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, t. X, p. 415. [En lo sucesivo, nos referiremos a esta edición indicando a continuación los tomos en números romanos y las páginas en arábigos. Salvo indicación contraria, en todas las citas de Martí los énfasis son del autor del trabajo.]

<sup>11</sup> Una muy valiosa fuente para el análisis de las luchas sociales en los Estados Unidos durante las tres últimas décadas del siglo XIX es el importante y actualizado estudio de Nell Irvin Painter, *Standing at Armageddon. The United States, 1877-1919*, Nueva York-Londres, W. W. Norton & Company, 1987. Para una visión sintetizadora del período, ver, por ejemplo: José Moya, *Una empresa llamada Estados Unidos*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1994, pp. 335-345 y 349-370.

<sup>12</sup> Ver por ejemplo, entre muchos otros autores: José Cantón Navarro, *Algunas ideas de José Martí en relación con la clase obrera y el socialismo*, La Habana, Dirección Política de las FAR, 1970, y Rafael Almanza Alonso, *En torno al pensamiento económico de José Martí*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1990.



*nacen viables*, ni de seno de pueblo en la historia, ni de seno de mujer en el hogar, *los hijos que no han tenido gestación natural y laboriosa*» (IX, pp. 387-389).

Para Martí, Marx fue, además, «veedor profundo en la *razón* de las miserias humanas, y en los destinos de los hombres», y «hombre comido del ansia de hacer bien».

No discrepa Martí de la esencial justicia implícita en los objetivos de muy distintas variantes socialistas cuyos adeptos se reunían en aquel acto: a Bakunin, por ejemplo, le describe como «tierno y radioso». Pero sí protesta la anticipación o *impaciencia* de los propulsores de aquellas variantes múltiples del socialismo, y protesta de *extemporaneidad* igual a la que atribuye al marxismo, en relación con los intentos transformadores, o renovadores, que no han sido gestados por la realidad nacional de los Estados Unidos –y, quizá, también, de otros países–.

A lo largo de toda la crónica, la generosidad, la impaciencia, la violencia, el odio, la extemporaneidad y la certidumbre de la necesidad de una renovación social aparecen como constantes en la caracterización que Martí hace del pensamiento o la acción de aquellos socialistas, y que es sintetizada, de manera transparente, en algunos momentos específicos del texto: «mas no, ino son *aún* estos hombres *impacientes* y *generosos*, manchados de *ira*, los que han de *poner cimiento al mundo nuevo*». Para Martí, no es ése *todavía* el momento; no es ésa –*todavía*– la vía; no hay –aunque no se niega la justicia esencial y la generosidad de los propósitos ni de la solución aplicable en el momento en que la realidad social determinada pueda requerirlo– que *imponer* soluciones *anticipadas* a problemas sociales para los cuales la propia realidad contemporánea puede ofrecer, aún, remedios oportunos, aunque parciales.

En fin: no quemar etapas. Hay que esperar por la gestación natural –autóctona y oportuna– de las propias respuestas y aquellos propugnadores de las más diversas tendencias del socialismo reunidos en *Cooper Union Hall* y actuantes entre los trabajadores de los Estados Unidos «son la espuela, *y vienen a punto, como la voz de la conciencia*, que pudiera dormirse: pero el acero del acicate no sirve bien para martillo *fundador*». Para Martí, la fundación de un nuevo futuro es irrenunciable, pero debe nacer de la necesidad histórica generada oportuna y auténticamente por la realidad misma que ese futuro debe negar.

No es ése, desde luego –y mencionémoslo ahora sólo a manera de ejemplo–, el caso de Henry George: pocas líneas más abajo, al mencionar que en el acto en honor a Karl Marx es leída una carta suya, enviada al efecto, Martí caracteriza a George como «famoso economista nuevo, amigo de los que padecen, amado por el pueblo, y aquí [en los Estados Unidos–RA] y en Inglaterra famoso».

Pero, sin embargo, en su crónica no hay palabras de condena para la posible justicia de las ideas que aquellos hombres –inmigrantes llegados de otras realidades sociales ajenas a la norteamericana– defienden, sino para el *momento* en que las defienden, para su intención de aplicarlas *en* los Estados Unidos, y para el *método* por el que (siempre pensando Martí en el país desde donde escribe) los propulsores de las ideas socialistas aspiran a lograr la materialización de las radicales soluciones sociales que proponen.

Por ello, al finalizar el acto de homenaje a Karl Marx –y siempre siguiendo la descripción de Martí– «suenan músicas, resuenan coros, pero se nota que no son los de la paz»: para Martí la *paz social*, al igual que la *violencia*, y al igual que las respuestas socialistas, deben tener su propia «gestación natural y laboriosa». O de lo contrario –ya nos lo ha dicho–, «no nacen viables».

Andan por lo tanto errados –con error de impaciencia y extemporaneidad, y a la luz de los criterios de Martí sobre la sociedad norteamericana de su época– aquellos alemanes, y franceses, y polacos, irlandeses, rusos: aquellos inmigrantes que han traído a los Estados Unidos respuestas que la realidad estadounidense aún no ha generado, y a las cuales aún no les ha dado lugar. La sociedad norteamericana no requiere todavía (ni da posibilidades), en opinión de Martí, de ser dirigida por una sola clase social: por los trabajadores.

Pero ha dicho en su crónica que esos hombres «son los pacientes y afligidos, que oyen y esperan». Y añade:

En sus campos [de lucha-RA], el francés no odia al alemán, ni éste al ruso, ni el italiano abomina del austriaco; *puesto que a todos los reúne un odio común*. De aquí *la flaqueza de sus instituciones y el miedo que inspiran*; de aquí que se mantengan lejos de los campos en que se combate por ira, aquellos que saben que *la Justicia misma no da hijos*, isino es el amor quien los engendra!

Expresa entonces allí su criterio de que «más cauto fuera el trabajador de los Estados Unidos, si no le vertieran en el oído sus heces de odio los más apenados y coléricos de Europa». El trabajador norteamericano, dice, «tiende a resolver en sus reuniones el caso concreto: y los de allende, a subirlo al abstracto». Entre los estadounidenses, «el buen sentido, y el haber nacido en cuna libre, dificulta el paso a la cólera». Es decir: que, por entonces, Martí considera que *por las características nacionales de los Estados Unidos*, por su condición republicana y por sus instituciones de intención democrática, los conflictos sociales en los Estados Unidos no deben *generar* aún, de manera espontánea y no trasplantada, soluciones violentas. Ello, a pesar de que a partir de la gran huelga ferrocarrilera de 1877, la propia sociedad estadounidense ha dado espacio –como hemos señalado con anterioridad– a incuestionables actos de violencia social en los enfrentamientos obrero-patronales, aun en contextos en que las organizaciones sindicales que han asumido la dirección de los conflictos (en particular, los Caballeros del Trabajo, que han elevado su membresía de 28.100 afiliados en 1880 a 71.300 en 1884, 104.000 en 1885 y 729.000 en 1886) privilegian y propugnan, de manera prioritaria pero no excluyente, soluciones negociadas.<sup>13</sup>

## II

Así, nos acercamos a los tres elementos que –en nuestra opinión– condicionan el análisis de Martí de los problemas sociales en los Estados Unidos durante el período en cuestión: *primero*, la vinculación entre las luchas sociales y la inmigración; *segundo*, las posibilidades de solución de los conflictos dentro de los mecanismos concebidos como democráticos en la sociedad estadounidense; *tercero*, la no exclusión de elementos y factores que aún tienen un papel que desempeñar en el desarrollo de aquella sociedad.

A esto último se había referido en 1881 (IX, p. 323), cuando señalaba que en los Estados Unidos sí funcionan las organizaciones obreras (que, aunque nacieron en

<sup>13</sup> Ver al respecto, por ejemplo, la ya citada obra de Nell Irvin Painter, *op. cit.*, pp. 44 y ss.

Europa, en Europa no habían funcionado) porque en los Estados Unidos –a pesar de la oposición y el rechazo de los que dominan dentro del sistema: los empresarios capitalistas– las organizaciones obreras han adoptado una política de negociación y no una política de violencia. *Y Martí sí aprobará y respaldará la política de esas organizaciones, hasta que la propia realidad norteamericana –y sin que por ello haya que remitir esa maduración a un momento tan lejano como los sucesos de Haymarket Place, en Chicago– le convenza (como ya ha comenzado a hacerlo desde su radicación en Nueva York en 1881) de que también en los Estados Unidos, y gestada de manera genuina por su propias realidades, la violencia y el enfrentamiento de las fuerzas será, llegarían a ser la única opción viable para la superación de los conflictos sociales: y aunque esta sea una opción que, por todas las vías, él tratará de evitar.*

Por una parte, porque –de acuerdo con estadísticas de la época, que Martí conoce y a las que en más de una ocasión se ha referido–<sup>14</sup> la clase trabajadora en los Estados Unidos está compuesta, en un porcentaje mayoritario, por inmigrantes: por extranjeros que no conocen la realidad del país, y que no conciben, por lo tanto, soluciones *estadunidenses* –sino extranjeras– a los conflictos de dicha sociedad. Ello, tanto desde el prisma de los poderosos, como desde el prisma de los desposeídos:

En la obra americana genuina, se ven las botas del tío Samuel, y los pantalones recortados. ¿Quién dijera que los periódicos mismos norteamericanos, los más notables y típicos, están llenos de extranjeros? El agudo cronista de la Bolsa, de la abominable Bolsa, que entorpece, extravía y amalina a los hombres; el crítico de teatro; el biógrafo de los hombres notables que mueren, de fijo es extranjero (VIII, p. 384).

Pero, por la otra parte, porque para Martí, en el período que analizamos, no hay en la clase obrera de los Estados Unidos la capacidad política ni la cultura suficiente que le permitan tomar en sus manos la dirección de la nación. Y hay un tercer costado aún: ni la ética ni la estrategia revolucionaria de José Martí le permiten aceptar otras exclusiones que no sean la autoexclusión individual, o de grupos políticos y sociales, de la tarea que el conjunto de la nación se proponga –tal como lo había demostrado muy en particular, en el caso de Cuba.

Es más, en el caso de una sociedad republicana cuyos fundamentos y mecanismos legales están concebidos para el ejercicio de la democracia, éstos son los que deben garantizar la aceptación o la exclusión de un pensamiento social determinado, en el cual se sustente una política determinada, nacida o no de la realidad del país.

En nuestra opinión, no se trata –como tantas veces se ha afirmado– de que sus años de residencia en los Estados Unidos hayan modificado sus posiciones de los años 78, 79 y 80. Se trata, más bien, de que José Martí, como principio irrenunciable de su pensamiento político y de sus ideas sociales, sólo acepta las soluciones –los remedios– que cada realidad nacional, en cada momento, genera. Se trata de que el remedio –además de justo– tiene que ser autóctono en relación con el conflicto, y de que no acepta que

<sup>14</sup> Ver, entre otros muchos ejemplos posibles, IX, pp. 223-225, donde Martí detalla las cifras de inmigrantes de distintos países europeos llegados a los Estados Unidos durante 1881, o diversos trabajos suyos sobre temas migratorios publicados en *La América*, de Nueva York, entre 1883 y 1884, y agrupados en VIII, pp. 377-384.

un remedio nacido de otras realidades sea *a priori* superpuesto a una realidad determinada, para la cual la nación (la sociedad) en cuestión no ha generado aún –o sólo está en proceso de generar– otras soluciones que pueden, o no, resultar las verdaderamente necesarias.

En realidad, Martí aún tiene esperanzas –y en ello coincide con una de las tendencias, la nativista, dentro del debate político en los Estados Unidos– de que las elecciones dejen de estar dominadas por la corrupción vinculada al *bossismo* y a la inmigración:

[...] parece, en suma, como que cansados de tanta política mezquina, [1º] corre un aire puro por las asambleas políticas de este país, [2º] señor *en apariencia* de todos los pueblos de la tierra, y [3º] *en realidad esclavo de todas las pasiones de orden bajo que perturban y pervierten a los demás pueblos*. Y es ésta la nación única que tiene el deber absoluto de ser grande. [4º] *En buena hora que los pueblos que heredamos tormentas, vivamos en ellas*. [5º] *Este pueblo heredó calma y grandeza: en ellas ha de vivir* (IX, p. 27).

Pensamos que estos planteamientos escritos el 20 de agosto de 1881 (recordemos que había llegado nuevamente a Nueva York el día 10 de ese mismo mes) resultan determinantes para la comprensión de las posturas de José Martí en relación con la violencia social desde los primeros meses de su residencia en los Estados Unidos.

Un *primer* elemento a destacar es la confianza esperanzada que tiene Martí en que el movimiento de reforma de los vicios y las corrupciones del sistema electoral estadounidense logre efectivamente poner en condiciones de funcionar con eficacia y limpieza los mecanismos de intención democrática establecidos en aquel país.

Un *segundo* elemento viene dado por las consideraciones de que sólo *en apariencia* son los Estados superiores a otros pueblos, dado que, *en realidad* –y éste sería un *tercer* elemento–, ya en su sociedad existen y se manifiestan *todas* las pasiones, corrupciones, odios y luchas frontales que se desarrollan en los demás pueblos.

Pero de la mayor importancia resulta la consideración por Martí –y éste sería el *cuarto* elemento a destacar– de que *la violencia puede ser legítima si es autóctona e inevitable*: si es producto del resultado histórico particular de un país o grupo de países, como lo es entre «los pueblos que heredamos tormentas». Los Estados Unidos, sin embargo, no tienen derecho ni razón para solventar sus problemas sociales y políticos internos por medios violentos: su historia y su fundación dieron espacio para la paz social y la grandeza, y es ésa por tanto la única vía por la que puede transitar de manera legítima.

A la luz de estos criterios de Martí, en el caso de aquella reveladora crónica de los actos a que dio lugar en Nueva York la muerte de Karl Marx, y que se convierte de hecho en una crónica acerca de las ideas socialistas –y de sus portadores y voceros– en los Estados Unidos, lo que realmente se evidencia, por lo tanto, no es un desacuerdo, por principios, con los métodos propugnados por algunos de esos grupos políticos que actúan o intentan actuar en la sociedad estadounidense, sino un desacuerdo de José Martí *con los objetivos mismos*, con los propósitos –porque, a su ver, el país no los genera *aún*– del conjunto de los socialistas, y del marxismo.

No se trata –no– de los métodos. Allí, en los años de su estancia en Guatemala (1877-1878), ya tenía un criterio muy definido –y, evidentemente, muy meditado– al respecto: «Sólo para hacer el bien la fuerza es justa. Sólo para eso. Siempre lo pensé». Y ahora, cuando hacía solamente dos meses que había llegado [de nuevo] a los Estados



Unidos, afirmaba, en relación con la realidad cubana: «El bien se hace a la fuerza. Hay derecho para imponer la libertad».<sup>15</sup>

En todo ello –en el caso estadounidense– está interviniendo una estrecha intervinculación entre el peso de los inmigrantes en la clase obrera de los Estados Unidos, las ideas políticas y sociales de las cuales ellos son portadores, los métodos de lucha social que para la consecución de sus objetivos propugnan, su desvirtuante participación en los mecanismos de representación electoral en aquel país, y las propias realidades y posibilidades de la llamada democracia norteamericana. Y todo, también, en un contexto de objetivos existenciales (la prosperidad, la acumulación de riquezas, la ausencia de valores culturales y espirituales que merezcan la aprobación de Martí), y tanto de evolución histórica de la sociedad y la economía estadounidenses hacia la subordinación total a monopolios y corporaciones, como de predominio, en el plano internacional, de objetivos expansionistas con respecto a –y con los mismos fines anteriores– los demás países de los muy diversos hemisferios en que se enclavan las dos secciones opuestas del continente americano.

Veamos primero hasta qué punto puede tratarse, en el período analizado, de un José Martí que excluya, por principios, la utilización de la violencia.

### III

En nuestra opinión, no hay en José Martí –siquiera en el período de su primera radicación en los Estados Unidos– un rechazo indiscriminado de la violencia. No sólo porque su propia praxis organizativa de una nueva guerra revolucionaria, durante su breve residencia en Cuba entre 1878 y 1879, así lo había demostrado, sino porque sus criterios habían quedado, además, muy claramente expresados durante su corta (y segunda) estancia en España como deportado político.

En efecto (y ello se suma a los numerosos documentos de la época en que expresa las mismas ideas), en apuntes personales suyos, escritos en 1879 durante esta nueva deportación a España –y que después servirían de base a un importante párrafo de su conocida «Lectura en *Steck Hall*», a la cual nos referiremos más adelante– ha quedado recogida la evidencia:

Ésta no es la revolución de la cólera. Es la revolución de la reflexión. –Es la única forma, es la única vía por que podemos llegar tan pronto como *nuestras necesidades imperiosas* quieren, a la realización de nuestros brillantes y enérgicos destinos. –Que, en esto de lo porvenir, la meditación severa y el frío juicio desvanecen los fantasmas que forjan o el interés tímido, o la ignorancia pretenciosa, o el tembloroso miedo. – [...]// Debe hacerse en cada momento lo que en cada momento es necesario. No debe perderse el tiempo en intentar lo que hay fundamentos sobrados para creer que no ha de lograrse. Aplazar no es nunca decidir. Los pueblos no saben vivir en esa acomodaticia incertidumbre de los que, al amparo de las ventajas que la prudencia proporciona, no sienten en el caliente y abrigado hogar las tempestades de los campos, –ni en el adormecido corazón el *real clamor* de un pueblo fusteadado y

<sup>15</sup> Aunque los fragmentos conocidos de este discurso son recogidos por *Obras completas* como de fecha desconocida (XXVIII, p. 330, edición de la Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1973), el autor del presente trabajo ha podido determinar que el mismo fue pronunciado en el *Steck Hall* de Nueva York el 10 de marzo de 1880.

engañado. [...]// La política oportunista, como ahora se llama, pretendiendo erigir en especial escuela *lo que no es más que el predominio del buen sentido en la gestión de los negocios públicos*— la política oportunista que no consiste en esperar, ciegamente y a pesar de todo, sino en *no impacientarse cuando hay derecho a tener esperanzas*, —no puede ser el loco empeño de  *fingir esperanzas allí donde no hay razón alguna que las alimente o autorice*. La libertad cuesta muy cara, y es necesario, o resignarse a vivir sin ella, o *decidirse a comprarla por su precio* (XXI, pp. 107-108).

Es evidente que el de finales de 1879 es —muy por el contrario— un Martí capaz de estimular la violencia de una guerra cuando la realidad requiere llegar a la solución (política, pero también social) de la independencia y la república —que incluyen la erradicación de la esclavitud y de sus secuelas— «tan pronto como nuestras necesidades imperiosas quieren»; un Martí que no teme promover la guerra cuando «el real clamor de un pueblo fustead y engañado» convierte a la guerra en «la única forma», «la única vía», para alcanzar los objetivos que, nacidos de sus propias realidades, la nación como tal requiere, y se ha propuesto alcanzar.

Es justo, desde luego, intentar otros caminos y «no impacientarnos cuando hay derecho a tener esperanzas». Pero lo que no es honrado, ni responde al interés de un pueblo, es «fingir esperanzas allí donde no hay razón alguna que las alimente o autorice» y la realidad obligue a renunciar a la meta que la nación se ha propuesto, o a «decidirse a comprarla por su precio».

La violencia necesaria de la guerra por la independencia nacía de la propia realidad cubana; de la urgencia por dar solución a los más graves problemas vitales de los elementos componentes del pueblo cubano de entonces, y —muy particular y perentoriamente— de erradicar el más grave conflicto social que lo dividía y separaba: la esclavitud.

Sus argumentos del período ante los emigrados cubanos radicados en Nueva York no dejan lugar a dudas. Algunos deben ser traídos aquí, a manera de ejemplo.

De su primer discurso ante ellos, el 24 de enero de 1880 (IV, pp. 190, 191, 192, 194, 200-201, 205 y 207, respectivamente) —veintiún días después de haber llegado, procedente de la deportación a España, a la ciudad de Nueva York—, recordemos los siguientes, en relación con la lucha armada reiniciada en Cuba, y para la cual pide el auxilio económico y el apoyo político de la emigración cubana: «[...] la guerra ruge en Cuba. Un mal no existe nunca sin causa verdadera. Busca la naturaleza el placer, que a sí mismo se mantiene; pero huye todo daño, a menos que *invencibles causas* no la obliguen a él». Allí, igualmente, argumenta: «*Es que este hecho lamentable es un hecho necesario*. Es que lo que teme confusamente la parte del país que influyó menos, en el pasado conflicto, en sus destinos, lo desea de nuevo y *lo somete a la suerte de las armas*, la parte del país que influyó más».

Queda claro el objetivo hondamente meditado —y avalado por su participación en Cuba en los intentos de dar un carácter nacional al nuevo alzamiento de diversos sectores y grupos de la sociedad cubana, y por la deportación a que le condujo esa participación— de lograr la urgente concientización de la emigración cubana en Nueva York en cuanto al carácter *justo e inevitable* de los reclamos de esos sectores que en Cuba estaban dispuestos a exigir —y habían comenzado a hacerlo—, por medio de la violencia social implícita en la guerra, la solución a las situaciones que sobre ellos pesaban.

En efecto, muchas de las ideas esbozadas en aquellos apuntes de su segunda deportación en España, en 1879 (a los cuales nos hemos referido en párrafos anteriores), ahora venían a integrar el cuerpo de su primer discurso ante aquellos cubanos emigrados. Allí, reiteraba:

Ésta no es sólo la revolución de la cólera. Es la revolución de la reflexión. Es la conversión prudente a un objeto útil y honroso, de *elementos inextinguibles, inquietos y activos* que, de ser desatendidos, nos llevarían de seguro a grave desasosiego permanente, y a soluciones cuajadas de amenazas.

Y sentencia: «*Cuando un mal es preciso, el mal se hace*. Y cuando nada basta ya a evitarlo, lo oportuno es estudiarlo y dirigirlo, para que no nos abrume y precipite con su exceso».

La quema de campos de caña por los esclavos que habían sido burlados por la promesa metropolitana de concesión de libertad –promesa que, en gran medida, había conducido a la aceptación del fin de diez duros años de guerra independentista–, era una nueva manifestación, conjuntamente con el alzamiento de una parte de la población de la región oriental, de la violencia social con la que una sección determinante del país aspiraba a dar solución al terrible drama social de la esclavitud. Más adelante tendremos oportunidad de detenernos nuevamente en ello, y de comparar los criterios de José Martí al respecto, con sus criterios en relación con los incendios intencionales de campos agrícolas españoles –que, además, consideraría como un reflejo de los métodos anarquistas que soplan «desde la rebelde estepa siberiana»–.

Pero, antes de pasar a ese análisis, ratifiquemos que, en los siguientes escritos o documentos de Martí correspondientes al período en el cual los alzamientos aislados de la llamada Guerra Chiquita lograron sostenerse en Cuba, aquella misma lógica a la que hemos hecho referencia anterior –y aquel mismo reclamo de autoctonía en el origen de las soluciones, y no el carácter, violento o no, de los métodos a utilizar– son los que han estado determinando su abordaje de los problemas cubanos.

Y aquí, resulta necesario detenernos en estos pasajes del discurso con que Martí intenta, en *Steck Hall*, hacer tomar conciencia a la emigración cubana de la necesidad de no abandonar al país a una violencia social *inevitable*, justa y auténtica, nacida de su propia historia de esclavismo y de su realidad aún colonial, y que, junto con el fuego de las armas, comenzaba a manifestarse con el fuego que destruía los cañaverales en la zona oriental de la isla sometida e insumisa:

Porque, cuando trocados en senos de llamas rojas los canutos de las cañas, hierven, revientan y chispean; cuando se quiebran con ruido seco y sordo los tallos encendidos; cuando bandadas de chispas, como mariposas de fuego recién salidas de la larva, van a anunciar a los que no han cumplido su promesa, que otros cumplieron ya el empeñado juramento; cuando se habla, como señal severa, con esta lengua asoladora [...], entre los clamores del incendio y en la hora silenciosa de los cuartos, y en medio de las cañas, y en el día siguiente a la catástrofe, se oyen *cantos severos y tenaces*, y se perciben distintamente, al compás de una música más viva que aquella que los consolaba en otros tiempos, estas simples palabras, *bondadosas y justas*. –«La libertad no viene; caña no hay». [...]// Ésa es la frase sobria de quien hará lo que promete; ésa es la frase humilde de quien *espera todavía*; ésa es la amenaza prudente de quien *llegará a lo que se propone*, cuando haya perdido ya *toda esperanza de lograr su intento*.

Y ante una guerra que ya era realidad, fustigaba Martí la política de autonomistas y reformistas, que aún alentaban interesadamente a encontrar un ya imposible camino de paz, a costa de ignorar –y mantener incambiada– la grave situación social y económica de la colonia.

¡Qué políticos son esos que intentan elevar a la categoría de soluciones, que para ser salvadoras han de ser generales, y para ser aceptadas han de satisfacer al mayor número, –aspiraciones acomodaticias sin precedente y sin probabilidad de éxito;– que creen que los problemas de un grupo de rezagados, de arrepentidos y de cándidos, son los problemas del país; que en vez de poner la mano sobre *las fibras reales de la patria*, para sentir las vibrar y gemir, cierran airados los oídos y se cubren espantados los ojos, para no ver los problemas verdaderos, como si el débil poder de la voluntad egoísta fuera bastante a apartar de nuestras cabezas las nubes preñadas de rayos! [...]// Los que intentan resolver un problema, –no pueden prescindir de ninguno de sus datos. Ni es posible dar solución a la honda revuelta de un país en que se mueven diversos factores, sin ponerlos de acuerdo de antemano, o hallar un resultado que concuerde con la aspiración y utilidad del mayor número. [...]// Los grandes derechos no se compran con lágrimas, –sino con sangre.

No parece difícil percibir que, *en todos los casos*, la aceptación de la violencia se base en que su necesidad emana, surge, de la realidad social del país, de los propios conflictos nacidos entre los elementos componentes del mismo –los conflictos genuinos, autóctonos y auténticos– y a los que su desarrollo como tal país ha conducido. Y no se trata, por lo tanto, del rechazo o la aceptación de un determinado *método de lucha*, en dependencia de las circunstancias coyunturales dentro de las cuales se pretenda, o no, aplicarlo. Se trata de conocer la propia realidad social, y el propio momento social: si esa realidad y ese momento *han generado la necesidad de un método violento*, y no permiten intentar con honestidad y efectividad otras vías, el método violento resulta *socialmente justo*, y el método violento se aplica.

Las anteriores no son citas seleccionadas con la intención de demostrar teóricamente una hipótesis de trabajo. El acercamiento a la obra martiana durante los años de su permanencia en los Estados Unidos permite percibir una coherencia esencial en sus ideas –y permite, sobre todo, a los efectos del presente análisis, identificar el prisma a través del cual Martí percibirá y analizará, e incorporará a su pensamiento social, la forma en que son abordados tanto los conflictos y enfrentamientos sociales en los Estados Unidos, como las soluciones que las diferentes fuerzas sociales y políticas aspiran a poner en práctica para su superación–. En ello, también, existe una constante, y se mantiene la esencial coherencia.

No sólo porque José Martí no cejará en el intento de organizar una nueva guerra por alcanzar la independencia absoluta de Cuba y auxiliar a la obtención de la de Puerto Rico –logrará finalmente iniciarla en 1895–, sino porque también estará coherentemente aceptando la utilización de los métodos que la realidad social o política imponga para la consecución de sus objetivos *de justicia social* en los mismos años en que está organizando aquella guerra, y que iban mucho más allá de la erradicación de la esclavitud y sus secuelas.

Así quedará enunciado, por ejemplo, en 1894: un año antes de su caída en combate en la guerra que hizo posible, y en relación con tan importante medida de carácter eco-



nómico y social como la redistribución de las tierras en la nueva república cubana –y como ratificación de sus puntos de partida–:

Quando se va a un oficio útil, como el de poner a los hombres amistosos en el goce de la tierra trabajada, –y de su idea libre, que ahorra sangre al mundo,– si sale un leño al camino, y no deja pasar, se echa el leño a un lado, o se le abre en dos, y se pasa: y así se entra, por sobre el hombre roto en dos, si el hombre es quien nos sale al camino. El hombre no tiene derecho a oponerse al bien del hombre (XXIII, p. 257).

También en ese mismo año, al valorar históricamente la justicia de las guerras intestinas que han afectado a nuestros países hispanoamericanos desde el momento mismo de su constitución republicana –y comparar nuestra evolución con el supuesto ordenamiento democrático vigente, desde sus orígenes mismos, y a diferencia de la situación de nuestros pueblos, en los Estados Unidos– las ha considerado como una forma *inevitable* de buscar sus propios modos de participación política y de reordenamiento social. Y así, sostiene que

en relación estricta a sus *diversos* antecedentes, los países de nuestra América asciende a la libertad segura y generosa en la misma proporción en que los Estados Unidos descienden de ella; que las revueltas, siempre exageradas por censores ignorantes, de los pueblos hispanoamericanos, son el procedimiento *forzoso* de ajuste, igual en el *mismo grado de desarrollo de todos los pueblos del orbe*, entre las comarcas aisladas y rivales de las repúblicas nacientes y las *reformas decisivas* a que se opone, primero, la teocracia arraigada en las masas indias y el núcleo soberbio de la clase principal, y luego la vehemencia de los reformadores, *inevitable* ante la resistencia astuta y sorda, y el hábito, fatalmente nacido en los vaivenes de la lucha, de proveer a la vida con los frutos del gobierno. De *nuestra sociología* se sabe poco, y de *esas leyes*, tan precisas como esta otra: los pueblos de América son más libres y prósperos a medida que más se apartan de los Estados Unidos (VI, pp. 26-27).

#### IV

Algunos analistas del pensamiento social de José Martí<sup>16</sup> han considerado que, por ejemplo, en el contexto español, Martí será más generoso que en los Estados Unidos con grupos radicales –nihilistas–, cuyos métodos eran notablemente violentos e iban dirigidos contra las estructuras dominantes en el país. En efecto, hacia 1881 en España estaban siendo quemadas propiedades agrícolas, y Martí señalaba, al respecto, el probable origen anarquista de estas acciones incendiarias: «[...] he ahí el viento ruso que viene encendiendo y ciego desde la rebelde estepa» (XIV, p. 39).

Pero a la luz del análisis de sus ideas sociales en aquel mismo año 1881, ¿qué es lo que diferencia, y qué es lo que iguala e identifica, para Martí, la quema de campos en Cuba, y la quema de campos en España?

<sup>16</sup> Ver, por ejemplo, el excelente libro de Juan E. Mestas, *El pensamiento social de José Martí: Ideología y cuestión obrera*, Madrid, Editorial Pliegos, 1993.

Ya nos hemos detenido en sus criterios con respecto al carácter históricamente necesario de la quema de cañaverales en la Isla. La violencia social que de tal situación nacía, tuvo la clara comprensión, y la más plena –aunque inconforme– justificación de José Martí, a pesar de que estaba dando origen a una de las más violentas expresiones de todo enfrentamiento social: una guerra que, además de perseguir la independencia nacional, desde el punto de vista social debía contener –precisamente por ello, y precisamente para ello– la solución *al más fuerte y extremo enfrentamiento clasista posible*, en la época, dentro de la colonia cubana: la abolición de la esclavitud, y de las secuelas implícitas en la misma:

Y allá, en la sombra de cuyas entrañas tenebrosas amenazaba, y amenaza todavía, nacer un monstruo, tan temido por algunos de sus honrados padres como por los que pudieran llegar a ser sus víctimas; allá, al chasquido del látigo que todavía chasquea; al rumor de nuestros cañaverales, monótonos y melancólicos como los esclavos que los cuidan; al resplandor de hogueras numerosas, *que más que un incendio, anuncian una época*, los oídos atentos escucharon un concierto de ira y de esperanza [...]. ¡Bueno es sentir venir la cólera! (IV, p. 199)

En el caso de España, Martí es igualmente justificativo. Como en Cuba, la más auténtica realidad del país no parece ofrecer otras alternativas: y la realidad –y la violencia– *autóctonas* deben ser reconocidas y aceptadas, sin que por ello dejen de ser lamentadas por Martí:

¡He ahí la miseria pública, empujada al crimen y al odio, que es en sí un crimen, por la escasa cautela y la culpable indiferencia de los que pudieran contenerla!, ¡he ahí *el clamor urgente de una nueva época*, que quiere ser regida con arreglo a sus *necesidades reales y visibles*, y no a la fría soberbia que envuelve tenazmente, con escasez de sentido humano, un plan de gobierno meramente mental y especulativo! Crimen son esas llamas; pero aviso (XIV, pp. 39-40).

Conoce los intentos de una parte de los políticos españoles –y la necesidad del pueblo de la Península– en pos de transformaciones sustanciales y urgentes del ordenamiento vigente, y de acercarse a elementales objetivos de justicia social para las más amplias masas, que la realidad española con fuerza reclama. Pocas semanas después de las afirmaciones anteriores, escribe:

Repele España toda experiencia de gobiernos ideales y quiméricos, que lleven a la gestación de los negocios nacionales unas cuantas teorías seductoras, rencores concretos y odios enfermizos; pero, así, con envidiable buen sentido, *se niega a considerar y estimar fórmulas nacidas de miserias e iras extranjeras*; así anhela, porque ve que todos los pueblos la ganan en la marcha, –una política humana y fecunda, que tienda al logro del bienestar, a la garantía de la voluntad ilustrada y a la aplicación fructuosa de cada hombre a los elementos naturales que le rodean: trabajo, modestia y calma,– he ahí la ansiada política: no pérdida de la fuerza nacional en emigraciones bochornosas y conquistas perniciosas y estériles en lo exterior, sino aprovechamiento, fortificación y empleo de todos los elementos interiores (XIV, p. 95).

Reconoce que «más que otro alguno de los grupos republicanos militantes parece satisfacer esta aspiración el grupo que encarna [Manuel] Ruiz Zorrilla», y lo caracteriza

como «encarnación singularmente típica de la clase social a quien toca en turno la gobernación y representación de España». Pero sabe que todo ello corresponde a la esfera de los anhelos y las aspiraciones, y no a la de la realidad política española, ni a la de los que ejercen en la Península el poder: «sólo gobierna a los pueblos quien los refleja», dice. Y –en esos momentos– la quema de campos en España (y la violencia implícita en ella) es genuina, es legítima, ante la realidad de la política de los que gobiernan: es violencia que no nace de «miserias e iras extranjeras», sino que la genera –inevitable y lamentablemente– la propia realidad del país.

Así, tanto en la colonia como en su metrópoli –y, en cada una, determinadas por sus propias circunstancias económicas, políticas y sociales– hay una «nueva época» clamando, que requiere desarrollarse según «sus necesidades reales y visibles». No podemos detenernos aquí en esta certeza de José Martí –muy reiteradamente sostenida y expresada, desde sus más tempranos escritos– en relación con el advenimiento de una nueva época para la totalidad de los pueblos, para la humanidad. Pero en el momento histórico por el que cada una de aquellas dos sociedades atraviesa, para Martí, tanto en la colonia como en su metrópoli, el enfrentamiento violento que resulta de los conflictos sociales cardinales y mayores es inevitable y autóctono: nace de las condiciones peculiares y propias vigentes en cada una de aquellas dos realidades políticas y sociales.

En relación con España, donde (al igual que en Cuba) la indiferencia culpable de los que ocupan el poder no permite otra alternativa, Martí no desea ni apoya los métodos incendiarios de cariz «anarquista» que allí estallan: no aprueba la violencia nihilista, pero comprende y acepta su inevitabilidad. Y es la misma posición que sostenía con respecto al conflicto social que estallaba en Cuba: «cuando un mal es preciso, el mal se hace».

Sin embargo, *no solamente se trata* de que su postura se adapte, básicamente, a las condiciones que definen cada circunstancia.<sup>17</sup> Es mucho más que eso. Salvo excepciones, en una buena parte de los países europeos las estructuras sociales y económicas (y los odios, impotencias y enfrentamientos que ellas generan) *sí han dado lugar* a que nazcan y se desarrollen ideas como las anarquistas o «nihilistas», o socialistas en general. De ahí que, para la generalidad de Europa, Martí acepte con relativa facilidad su manifestación –del mismo modo que para Cuba acepta, aunque lamenta, la *necesidad* histórica de la nueva guerra, e intenta lograr que sea lo menos costosa posible desde el punto de vista humano y social–. Pero no lo hace así en relación con países europeos específicos, como Francia, donde las elecciones y la democracia son, en su criterio, «ordenadas». Allí, para Martí, todo puede lograrse por la vía de un acceso *democrático* al poder.

En el caso francés, para Martí, «el natural temor y repulsión que inspiran los rencorosos, imprudentes y vulgares partidos radicales a los franceses, –parecen razones bastantes para asegurar un nuevo triunfo de la noble y ordenada democracia que se levanta en Francia» (XIV, p. 49). Al barrio parisién de Belleville lo considera como la «madriguera sombría en que se refugian los desairados de la fortuna, y en que predicán, *generosos* los unos, *malvados* los otros, las ideas *imposibles* o *sinistras* con que mentes *utopistas*, o corazones *impacientes*, o celos *ambiciosos* conmueven a las turbas» (XIV, p. 49).

<sup>17</sup> Juan E. Mestas, *op. cit.*, p. 73.

Considera las elecciones de Francia como «sanas, claras y francas, donde se conquista el voto con la persuasión, donde se cultiva el sufragio por una propaganda abierta y lícita, donde se asegura el triunfo por una actividad simpática y honesta». Pero en esa misma crónica caracteriza las elecciones *estadunidenses* como un proceso en el que «avarientos inmigrantes extranjeros, lisonjeados o heridos en los más bajos intereses, deciden comúnmente de la suerte del país que los *nativos degenerados* abandonan a los especuladores y los intrusos» (XIV, pp. 58-59).

Su rechazo mayor a las doctrinas radicales importadas es fundamentalmente en relación con América, y para América, donde esas ideas no son resultado autóctono del contexto americano (ni en el norte, ni en el sur del continente), y donde el sistema republicano democrático –ajustado a las realidades americanas, y no copiado de otras realidades– sí puede dar espacio a la «nueva época» por la que clama, sin que necesaria e inevitablemente tenga que recurrir a métodos y soluciones importados, como es el caso del anarquismo, etcétera.

Martí se plantea esas diferencias, fundamentalmente, en el caso de las ideas. Las huelgas, por ejemplo, no las censura: sólo la violencia con que se desarrollan. Al igual que en lo relacionado con su criterio acerca de la libertad del Continente y de Cuba, y en lo relacionado con el liberalismo y el intento de llegar a ser *liberal americano*, parecería ser que, también en el caso de las organizaciones obreras, «se ha de estudiar, de adivinar, de prevenir, de crear mucho en el arte de la aplicación» (VII, p. 349), para ser sindicalista americano. Por el momento, Martí no parece considerar que haya que llegar todavía a transformaciones radicales en el ordenamiento social estadounidense, pues aún no parecen estar agotadas para él –como muy pronto considerará que están– las posibilidades de dar efectiva solución a los conflictos sociales que el sistema genera, sin aspirar sino solamente a la reforma sustancial del sistema económico-social, según las necesidades y los conflictos que cada sociedad americana genera.

En México fue «socialista», pero un «socialista» *autóctono*, un «socialista *mexicano*» (como lo llamó, sin esa intención y sin hacer esta lectura del asunto, Paul Estrade),<sup>18</sup> porque era un «socialismo» que generaba sus propias soluciones. En el caso de Martí, podría decirse «dentro de la autoctonía, todo; fuera de la autoctonía, nada». Y, de igual modo, «dentro de la propia identidad, todo; fuera de la propia identidad, nada».

Es el mismo espíritu –dentro de la excepcional dialéctica entre lo autóctono y lo universal que caracteriza su pensamiento y su acción– que se destaca en su crónica para la *Revista Universal* de México, escrita el 7 de mayo de 1876, después de haber visitado Tlutepec, invitado «con el objeto principal de que conociéramos un pueblo de indígenas».<sup>19</sup>

Después del recorrido, admirado, reporta el modo en que allí ha sido arreglada –y llamamos la atención de que no se trata de una población aislada, sino totalmente integrada a la realidad económica, política y social de un México que comparte y aprovecha, en la Reforma Juarista, la experiencia histórica universal– la vida de todos. «Tlutepec está

<sup>18</sup> Ver: Paul Estrade, «Un “socialista” mexicano: José Martí», en: *José Martí, militante y estratega*, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1983, pp. 11-35.

<sup>19</sup> Esta y las siguientes citas son tomadas de: J. M., «Fiesta en Tlutepec», en: *Obras completas, Edición Crítica*, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Casa de las Américas, 1985, t. II, pp. 34 y ss.



dividido en corporaciones: aquí los gallineros, allí los pulqueros, acá los comerciantes: cada ramo tiene su grupo, y cada grupo fraternal organización.» Allí, «todo habitante tiene su propiedad: todos tienen asegurada manera de vivir. –Allí cada casa tiene jardín, y cada jardín da a un campo de magueyes: unos son naturalmente mayores que otros; pero la *riqueza* está bien dividida, *el trabajo* está garantizado, *el comercio* está protegido, y el hambre y la miseria no tienen nada que hacer en aquel pueblo».

En Tultepec, ha descubierto Martí la validez de lo autóctono en la organización de un modo de vida propio y genuino que le había hecho afirmar: «Una vez en la vida, habíamos sentido la manera de amar, habíamos visto a un pueblo honrado [...]» Un modo de vida en el que el respeto mayor era para un anciano indio

aquel Sr. Mariano, anciano de ochenta años, juez patriarcal a quien el pueblo acude para decidir en sus diferencias, *electo por el sufragio íntimo, tantas veces más legítimo que el sufragio legal*; el Sr. Mariano que hasta hace algunos meses resolvía en la paz de las familias y en las contiendas de la propiedad, e iba luego a inclinarse ante la que acaban de inclinarse con respeto familias enteras. D. Mariano es la prenda de paz, la palabra infalible, el juez amigo; es la razón severa y el hermano y el padre cariñoso.

Y de ahí, del modo de vida autóctono y a la vez civilizado de Tultepec, la conclusión de la máxima defensa de lo propio, para la vida propia de un pueblo:

Para el que tenga una filosofía vacilante, para los que creen de una manera débil en la bondad y en la justicia, fuera cosa salvadora respirar un momento aquella atmósfera de *fraternidades no impuestas, de deberes no obligados, de instituciones primitivas*, llenas todas y bellas con los primeros elementos de la vida. *La naturaleza humana es pura todavía, allí donde ella misma no se ha querido pervertir.*

No es posible desvincular estos criterios del 7 de mayo de 1875, de los expresados en la propia *Revista Universal* poco más de una semana después (el día 15 del mismo mes) en relación con un tema que, por aquellos tiempos, no era aún abordado por Martí con la frecuencia con que lo haría más tarde, ya en un país de tan trascendente y nutrida inmigración como los Estados Unidos. Dice entonces, en México:

Gravísimas cuestiones surgen de la necesidad y conveniencias de la inmigración. ¿No fuera urgente buscar un medio de aprovecharse de la inmigración de brazos, sin haber de temer la inmigración de costumbre de una *raza extraña*, y de las inteligencias *desesperadas y perturbadoras* que forman *en todos los países* la masa de inmigrantes? (VI, p. 205)

## V

Ya durante los primeros años de la década del 80, que es el período que analizamos, se percibe la toma de conciencia, por Martí, de que los problemas y conflictos sociales que van teniendo lugar –y van siendo conocidos por él en los Estados Unidos– son *autóctonos*, y de que en tales conflictos participan no sólo las inmigraciones, sino la propia clase obrera norteamericana. Y critica que se vayan apartando –los ricos norteamericanos, y los norteamericanos pobres– de aquella identidad original de los fundadores (descen-

dientes de los *pilgrims* o peregrinos), que implicaba el trabajo propio, y el hacerse con sus propias manos la fortuna (XIX, p. 108). Ése es uno de los fundamentales elementos que admira en los Estados Unidos, cuando vive unos meses en Nueva York en 1880:

[...] the true Americans preserve national greatness, constitutional rights, old and honorable names, from the vulgar storm of immigration, that brings in strength and possibilities of wealth, what they lack of intellectual height and moral deepness.<sup>20</sup>

No es de extrañar, por ello, que Martí acepte soluciones como las propuestas por Henry George, que emanan del análisis de los conflictos más genuinos de la sociedad estadounidense, y no acepte soluciones socialistas (nihilistas, anarquistas, marxistas) europeas. Porque, además, Martí considera que en América (en las dos Américas): a) la clase obrera no está madura para asumir la dirección de la sociedad; b) la democracia debe hacer factible llevar a esa dirección, por vías no violentas, a quienes representen bien a la totalidad del pueblo, y, c) la propiedad privada pequeña, que debe garantizar pequeña riqueza para todos, tiene aún todas las posibilidades de desarrollo.

Sin embargo, ya en esta época de primeros años de la década del 80, a la vez que conoce los conflictos sociales (y sus correlatos con el mundo de la política oligárquica y plutocrática, la «aristocracia del dinero») comienza a ver la corrupción del sistema electoral, supuesto puntal, o base, o pivote, de la democracia popular estadounidense –aunque aún tiene esperanza en el sistema–. Más tarde, ya dudará totalmente de los procedimientos electorales establecidos, y en algún momento de su vida se confesará a sí mismo, en la intimidad de uno de sus cuadernos de apuntes personales (presumiblemente de 1894), y después de haberse referido a tres temas de índole existencial: «Eso, y *el sufragio* son tal vez las únicas cosas que me han hecho dudar».<sup>21</sup>

Del mismo modo, también enseguida comenzará a denunciar, con transparencia dramática, que el capitalismo monopolista que está conociendo en los Estados Unidos ya ha conducido a la pobreza al pueblo trabajador de aquel país, incluidos los antiguamente prósperos pequeños propietarios del campo y la ciudad. Jay Gould, aunque no es sino un monopolista más entre otros, representa bien al monopolio. Gould

ha centralizado en enormes compañías, empresas múltiples, las cuales impiden con su inaudita riqueza y el poder social que con ella se asegura, el nacimiento de cualquiera otra compañía de su género, y gravan con precios caprichosos, resultados de combinaciones y falseamientos inicuos, el costo natural de los títulos y operaciones necesarias al comercio (X, p. 84).

<sup>20</sup> XIX, p. 105. La traducción al español que se ofrece en *Obras completas* es la siguiente: «...el verdadero americano resguarda del vulgar asedio de la inmigración, que trae en vigor y posibilidades de riqueza, lo que le falta de elevación intelectual y profundidad moral, la grandeza nacional, los derechos constitucionales, los antiguos y honorables apellidos» (p. 109).

<sup>21</sup> XXI, pp. 414-415. En esta importante anotación íntima, Martí se cuestiona a sí mismo en relación con «mis tres problemas»: el primero, qué es lo que se ha de hacer con un cadáver: si sepultarlo, o cremarlo; el segundo, si el hombre tiene derecho a alimentarse de otras criaturas que también tienen, como él, sensibilidad; el tercero, cómo debe un padre iniciar decorosamente a su hijo varón –sobre todo, en las ciudades– en el conocimiento de la vida sexual.

Las consecuencias para el *verdadero* productor, para el hombre que *verdaderamente* trabaja, son dramáticas:

Donde un sembrador, allá en el Oeste, siembra un campo, el monopolio se lo compra a la fuerza o lo arruina: si vende barata su cosecha el sembrador, el monopolio, que tiene grandes fondos a la mano, da la suya de balde: y si decide el sembrador luchar, al año muere de hambre, mientras que el monopolio puede seguir viviendo sin ganancia muchos años (X, p. 84).

Y entonces, la conclusión a nivel societal: la denuncia del papel que dentro de la totalidad de la sociedad estadounidense han desempeñado, y desempeñan, los monopolios:

El monopolio está sentado, como un gigante implacable, a la puerta de todos los pobres. Todo aquello en que se puede emprender está en manos de corporaciones invencibles, formadas por la asociación de capitales desocupados a cuyo influjo y resistencia no espera sobreponerse el humilde industrial que empeña la batalla con su energía inútil y unos cuantos millares de pesos. [...] La tiranía acorralada en lo político, reaparece en lo comercial. Este país industrial tiene *un tirano industrial*. Este problema, apuntado aquí de pasada, es uno de aquellos graves y sombríos *que acaso en paz no puedan decidirse*, y ha de ser decidido, *aquí donde se plantea*, antes tal vez de que termine el siglo (X, pp. 84-85).

Así, la lucha social que la existencia de los monopolios desencadena<sup>22</sup> (y recordemos que, en la época, el monopolio era identificado, fundamentalmente, con las empresas ferrocarrileras que ya en la segunda mitad de la década del 70 habían generado los mayores y más cruentos enfrentamientos sociales de los Estados Unidos –si no se tienen en cuenta las defensivas acciones de la población india norteamericana ante el agresivo y sangriento despojo de sus tierras, sus medios y sus modos de vida: que sí fue tenido muy en cuenta, y fue muy frecuentemente denunciado, en esos mismos años, por el propio Martí–) es ya una lucha genuina, nacida de las propias circunstancias económicas y políticas inherentes al desarrollo de aquella sociedad. Era ya un fenómeno legítimo, nacido del país mismo; la respuesta también sería legítima y autóctona: ni importada ni mimética, sino nacida de la propia realidad estadounidense, y de la propia evolución del país hacia una supuesta prosperidad.

Tan incuestionable texto de condena, escrito en 1884, no resultaba, sin embargo, sino una continuación de las denuncias iniciadas en los mismos meses primeros de su radicación en los Estados Unidos.<sup>23</sup> Y entraba, con coherencia total, en su reclamo de lo que

<sup>22</sup> La temprana y acertada percepción de Martí en relación con las tremendas consecuencias económicas y sociales del desarrollo de los monopolios en los Estados Unidos se evidencia al repasar la historia de su evolución. Ver, por ejemplo: Alfred D. Chandler, Jr., *La mano visible. La revolución en la dirección de la empresa norteamericana*, Madrid, Colección Historia Social, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1988, capítulo 10, pp. 444-450.

<sup>23</sup> Desde mucho antes, en 1871, recién deportado a España, y con dieciocho años de edad, Martí dejaba constancia de sus muy definidos criterios –seguramente nacidos de las posiciones del antianexionismo cubano, y de su propia precoz actividad política dentro del independentismo– del alto costo moral y social de la prosperidad económica de los Estados Unidos, que era acompañada por el «más alto grado de corrupción», y por la «metalificación helada» de la sociedad estadounidense

alguna vez Martí llamaría (en apuntes posteriores: de 1886) *política viva*, y que hoy muy bien pudiéramos llamar –aproximándonos al aparato conceptual del debate contemporáneo– *política autóctona*: «política viva: no es esa política muerta, *que no nace directamente de las necesidades y naturaleza del país, ni lo satisface, ni lo dejará tranquilo cuando se le aplique*» (XXI, p. 280).

De ese modo, para ser legítimos –y para ser, por lo tanto, eficaces–, la *democracia* tiene que ser autóctona; los *conflictos sociales* tienen que ser autóctonos (nacidos de la propia realidad laboral y social del país, y no importados o trasplantados junto con los viejos odios que hicieron salir de Europa a las grandes masas de inmigrantes); las *soluciones* tienen que ser autóctonas; y la *violencia* también tiene que ser autóctona, y nacida como única vía para lograr –«con este nombre o aquel»–<sup>24</sup> los objetivos más radicales de justicia social.

Es, en su enjundia y en su esencia, *la misma posición* con respecto a los conflictos e ideas sociales –y son también los mismos principios y criterios– que ya había asumido y expresado en sus años mexicanos (1875 y 1876) en relación con aquella sociedad:

---

(XXI, p. 16). Durante su primera estancia [larga] en Nueva York (todo el año 1880), al describir sus primeras impresiones sobre el país (XIX, pp. 101-126), hace resaltar, con fuerte sentido crítico, el «amor a la riqueza» de los norteamericanos, «demasiado entregados a los asuntos de bolsillo», describe la «metalificación» que desde antes había censurado, y enfatiza en la miseria que padecen miles de neoyorquinos. Pero al volver nuevamente a la ciudad en agosto de 1881, y radicarse en ella, su análisis ya vincula el poder económico con el poder político, como, por ejemplo, cuando habla de la necesidad de «volver a la nación, *en manos ya de unos cuantos despreciados mercaderes*, el uso de sí misma» (IX, p. 97). Hacia noviembre de 1881, Martí reporta el poder de «Jay Gould mismo, a cuya merced suben y bajan los valores públicos, y se tienden y enmudecen los cables, y hienden altos techos y desiertos vastos los hilos del telégrafo» (IX, p. 131). Resulta evidente que se trata de un proceso de profundización en *las causas* de los resultados morales y sociales que censura, y que ese proceso corre paralelo con su creciente conocimiento de los mecanismos económicos que –en lo interno– llevan a la sociedad estadounidense a tales resultados. En otro plano de análisis, no es posible dejar de mencionar aquí su percepción de que, al mismo tiempo, la evolución económica, social y política de los Estados Unidos como país está condicionando –en lo externo– un nuevo vertimiento (también tempranamente detectado por el cubano) de aquel país sobre los territorios latinoamericanos más cercanos: «encrépanse en silencio dos grandes hidras», escribe en noviembre de 1881, «una que vuelve la fauce a México, y otra que la vuelve a Panamá» (IX, p. 132).

<sup>24</sup> A Fermín Valdés Domínguez, compañero en sus luchas independentistas desde los dieciséis años de edad, en carta enviada presumiblemente desde Nueva York en mayo de 1894, le ratifica que ambos lucharán por la verdadera justicia, y le comenta críticamente los elementos del «socialismo» importado que ha conocido: «Una cosa te tengo que celebrar mucho, y es el cariño con que tratas; y tu respeto de hombre, a los cubanos que por ahí buscan sinceramente, *con este nombre o aquel*, un poco más de orden cordial, y de equilibrio indispensable, en la administración de las cosas de este mundo. Por lo noble se ha de juzgar una aspiración: y no por esta o aquella verruga que le ponga la pasión humana. Dos peligros tiene la idea socialista, *como tantas otras*: –el de las lecturas extranjerizas, confusas e incompletas,– y el de la soberbia y rabia disimulada de los ambiciosos, que para ir levantándose en el mundo empiezan por fingirse, para tener hombros en que alzarse, frenéticos defensores de los desamparados. [...] Pero en nuestro país no es tanto el riesgo, como en sociedades más iracundas, y de menos claridad natural: *explicar será nuestro trabajo*, y liso y hondo, como tú sabrás hacer: el caso es no comprometer *la excelsa justicia* por los modos equivocados o excesivos de pedirla. Y siempre con la justicia, tú y yo, porque los errores de su forma no autorizan a las almas de buena cuna a *desertar* de su defensa. Muy bueno, pues, lo del 1º de Mayo. Ya aguardo tu relato, ansioso» (III, p. 168). [Énfasis de Ramón de Armas. (Nota del Coord.)]



[...] cada país crea su especial Economía. Esta ciencia no es más que el conjunto de soluciones a distintos *conflictos entre el trabajo y la riqueza*: no tiene leyes inmortales: sus leyes han de ser, y son, reformables por esencia. *Tienen en cada país especial historia el capital y el trabajo*: peculiares son de cada país ciertos disturbios entre ellos, *con naturaleza exclusiva y propia, distinta de la que en tierra extraña por distintas causas tengan*. A propia historia, soluciones propias.

Y, sin desconocer el necesario aprendizaje de la experiencia histórica de otros países –de la experiencia histórica de la humanidad–, concluye con su bien conocido reclamo de autoctonía, y de necesaria correspondencia de las soluciones con las exigencias de cada realidad:

A vida nuestra, leyes nuestras. No se ate servilmente el economista mexicano a la regla, *dudosa aun en el mismo país que la inspiró*. Aquí se va creando una vida: créese aquí una Economía. Álzanse aquí conflictos que nuestra situación peculiarísima produce; discútanse aquí leyes, *originales y concretas*, que estudien, y se apliquen, y estén hechas *para nuestras necesidades exclusivas y especiales* (VI, pp. 311-312).

Y es ésa también –digámoslo antes de terminar– la misma posición (y los mismos principios) que continuará manteniendo posteriormente para Cuba y Puerto Rico –ya en los inicios de la década del 90–, cuando advierta acerca de que sólo la praxis republicana concreta podrá decir qué es lo justo y qué no lo es en cada una de las dos nuevas futuras repúblicas; o cuando –hablando de la organización de la nueva guerra revolucionaria por la independencia ante un auditorio de emigrados cubanos, entre los que había trabajadores de tendencia anarquista– afirme: «¡Que hay otras batallas que librar, santas y vitales! Pues primero es ensanchar las condiciones del combate, para poderlo librar más fácilmente» (I, p. 337). O cuando, también en el proceso de organización de la nueva guerra, defina:

Moriremos por la libertad verdadera; no por la libertad que sirve de pretexto para mantener a unos hombres en el goce excesivo, y a otros en el dolor innecesario. Se morirá por la república después, si es preciso, como se morirá por la independencia primero. Desde los mismos umbrales de la guerra de independencia, que ha de ser breve y directa como el rayo, habrá quien muera –idígase desde hoy!– por conciliar la energía de la acción con la pureza de la república. Volverá a haber, en Cuba y en Puerto Rico, *hombres que mueran puramente*, sin mancha de interés, *en la defensa del derecho de los demás hombres* (II, p. 255).

Tales fueron, en nuestra opinión, las constantes que han configurado el pensamiento social de José Martí durante los primeros años de la década del 80, y las bases y principios a partir de los cuales ha analizado –y ha profundizado en ellos– los conflictos sociales y la violencia en los Estados Unidos durante el período. En la raíz de esas bases y esos principios ha estado siempre presente su permanente y temprano reclamo de autoctonía, acompañado –también siempre– de la avidez de asimilar *críticamente* cada experiencia útil de otras sociedades, cualquiera que sea la latitud de que proceda. Lo sintetizaría, a finales de la misma década, en la intimidad de una carta a su hermano y confidente mexicano Manuel Mercado:

[...] para que ayude a lo que quisiera yo ayudar, que es a llenar nuestras tierras de hombres originales, criados para ser felices en la tierra en que viven, y *vivir conforme a ella*, sin divorciarse de ella, ni vivir infecundamente en ella, como ciudadanos retóricos, o extranjeros desdeñosos nacidos por castigo en *esta otra parte* del mundo. *El abono se puede traer de otras partes; pero el cultivo se ha de hacer conforme al suelo* (XX, p. 147).

Y en la coherencia de su pensamiento –fecunda e ininterrumpidamente enriquecido con cada nueva experiencia de las diversas sociedades que estudió, o conoció directamente, en *nuestra América*, en *la otra*, y en Europa– su decisión de impedir que el nacimiento republicano de Cuba a la revolución por la independencia y por la justicia social

fracase por precipitación o la mala dirección nuestra [...], o caiga, por no haberla sabido dirigir nosotros, en un grupo de cubanos egoístas, que no la han deseado jamás, ni comprenden su espíritu, ni llevan la intención de aprovechar la libertad en beneficio de los humildes, que son los que han sabido defenderla (I, p. 212).

## Arcadio Díaz Quiñones: *Martí: La guerra desde las nubes\**

Las guerras deben verse desde las nubes. Bien está que medio millón de seres humanos mueran para mantener seguro a la Humanidad su único lugar libre sobre el Universo.

MARTÍ: «Grant», 1885

Los tiempos eran aquellos de la más noble cruzada que jamás vieron los hombres. De un mar a otro hervían los Estados del Norte: «No ha de haber más esclavos».

MARTÍ: «Grant», 1885

El topos de *las armas y las letras* es esencial en toda la obra de Martí (1853-1895). La guerra –espiritual, nacional, social– está en el centro de su poética y en sus mitos de linaje, desde su poema dramático «Abdala» (1869). Martí recoge el pensamiento de Emerson, para quien el heroísmo se define en el combate, que es moral y guerrero. Es

---

\* En: *Op. cit. Revista del Centro de Investigaciones Históricas*, Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, nº 9, edición extraordinaria, 1997, pp. [201]-227. [N. del Coord.] Quiero agradecerle a Agnes Lugo Ortiz su atenta y perspicaz lectura de la primera versión de este trabajo [...]. También deseo expresar mi gratitud a Cristián Roa de la Carrera, James Irby, Oscar Montero, Rafael Rojas, Karl D. Uitti, y a los amigos del Centro de Estudios Martianos de La Habana, cuyas preguntas y observaciones me llevaron a introducir cambios en el texto. [N. del A., como todas las restantes.]

también un estado de alma: «to this military attitude of the soul, we give the name of Heroism», había escrito Emerson.<sup>1</sup>

Para Martí, su propio cuerpo era un campo de lucha entre la tentación y el ascetismo exigido por la *areté* del guerrero, como se evidencia en *Ismaelillo*, en sus cuadernos de apuntes, y en sus crónicas.<sup>2</sup> La guerra «nacional», sagrada para Martí, se reconceptualiza una y otra vez en sus discursos sobre la independencia y en sus retratos de los héroes hispanoamericanos y norteamericanos. La guerra «social» fue observada con ambigüedad por Martí sobre todo en los Estados Unidos, como ocurre, por ejemplo, en sus crónicas sobre los anarquistas y la tragedia del Haymarket de Chicago.

La Guerra Civil norteamericana, con su prestigio político y literario, abría un espacio especialmente atractivo para la imaginación épica de Martí durante los años ochenta. Son los años en que Martí se construía un lugar político en el exilio separatista mientras se ganaba la vida como corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires y otros diarios. La muerte de Ulysses S. Grant (1822-1885), el renombrado general del Ejército del Norte durante la Guerra Civil norteamericana, motivó una crónica que es una de las expresiones más plenas del topos de *las armas y las letras*.<sup>3</sup> En su retrato de Grant, Martí anuncia temas fundamentales para su conceptualización del poder y para la definición de los fines y medios de la guerra. Es un retrato de estructura cuidadosa, con ecos de los *Representative Men* y los hombres «naturales» de Emerson, cuyos retratos Martí elogia: «Escribió un libro maravilloso, suma humana, en que consagra, y estudia en sus tipos, a los hombres magnos».<sup>4</sup> El texto «Grant» tiene mucho de relato épico nacional, de discurso necrológico, y de ficción filosófico-política en la que Martí aborda la contradicción entre el caudillismo y la democracia.

En este trabajo me propongo estudiar, en primer lugar, la construcción de las figuras del héroe guerrero y del héroe letrado en relación con la teoría de la guerra «legítima»

<sup>1</sup> En: *The Essays of Ralph Waldo Emerson*, edición de Alfred R. Ferguson y Jean Ferguson Carr, Cambridge, Harvard University Press, 1987. Cito del ensayo «Heroism», p. 148. Emerson añade: «Self-trust is the essence of heroism. It is the state of the soul at war...» (p. 149). Las nociones de Emerson sobre lo heroico y sobre el espíritu visionario están presentes en Martí, y en su caracterización del guerrero y del letrado. En cuanto al topos de *las armas y las letras* Ernst Robert Curtius indicó que «adquirió nuevo sentido durante el romanticismo francés, bajo el influjo de la grandeza de Napoleón». Véase *Literatura europea y Edad Media latina*, traducción de Margit Frenk y Antonio Alatorre, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, p. 258.

<sup>2</sup> En otro ensayo, del cual éste es la continuación, he tratado la guerra espiritual, la voz profética de Martí y su ética del sacrificio. «Martí: las guerras del alma», publicado en *Apuntes Posmodernos*, V; n° 2, primavera de 1995, pp. 4-13. Ahí planteo también la continuidad de su lectura religiosa de lo político.

<sup>3</sup> El texto se encuentra en las *Obras completas*, t. XIII, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, pp. 83-115. Citaré siempre por esta edición. [Se mencionarán los tomos en números romanos y las páginas en arábigos. N. del Coord.] La crónica se publicó en *La Nación* de Buenos Aires el 27 de septiembre de 1885. También en *El Avisador Cubano* en Nueva York. Ver para estos datos, de Ibrahím Hidalgo Paz, *José Martí: Cronología 1853-1895*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1992. Hay traducción al inglés del «Grant» de Martí, con notas, en el volumen preparado por Philip S. Foner, *Inside the Monster*, Nueva York, Monthly Review Press, 1975, pp. 71-122. Martí se refiere a Grant en otros textos contemporáneos. Ver, por ejemplo, XIII, pp. 73-82.

<sup>4</sup> Cito del texto «Emerson», XIII, p. 28.

en Martí. Merece atención, además, el proceso mediante el cual quedan unidos –en la imagen histórica creada por Martí– el héroe y el poeta que le otorga gloria. Veremos que Martí le asigna un lugar elevado a la figura del «consejero sabio», representado en la crónica por John Rawlins, el ayudante de Grant, arquetipo del letrado apostólico y visionario que interviene en las cosas de la vida pública. Al identificarse con Rawlins, Martí reconoce un antecedente para su propia genealogía, y define el lugar de enunciación del intelectual nacionalista y moderno.

Es importante considerar otra dimensión: la situación de Martí «between empires», como aquí la entendemos. El contexto colonial produce una interdependencia cultural y política entre dominantes y subalternos que genera nuevos significados y permite estudiar el lugar y las condiciones de enunciación de los letrados.<sup>5</sup> ¿Hasta qué punto inscribe Martí el debate nacional y social cubano en su apropiación de los mitos nacionales norteamericanos? Es necesario pensar más el *entre*, es decir, las dinámicas y a menudo asimétricas relaciones que se establecen en el marco del imperio. Martí era un poeta nacionalista cubano que desde su exilio en los Estados Unidos participaba en los preparativos de la guerra contra el régimen colonial español, al mismo tiempo que interpretaba como periodista la Guerra Civil norteamericana para sus lectores del diario *La Nación*. Se encontraba, en efecto, «entre imperios», traduciendo, representando y representándose a través del marco más amplio del modelo nacional y bélico norteamericano. La perspectiva «between empires» permite iluminar muchas zonas de las crónicas de Martí, y ver cómo leía la nacionalidad, la democracia y la utopía modernas en la confluencia con la cultura norteamericana.

Una lectura detenida de su relato de la Guerra Civil indica que hay un segundo contexto: el debate interno cubano sobre las corrientes antidemocráticas en el movimiento separatista en los años ochenta. El propio Martí afirmó que mientras escribía «Grant» tenía siempre presente a Cuba y México, y que en esas páginas iba «mucho de mis dolores patrióticos». Y precisaba que había conocido a Grant «en los hombres», porque «los espíritus humanos se dividen en familias».<sup>6</sup> En ese sentido, el texto va más allá de la

<sup>5</sup> De esa compleja conexión y de las múltiples relaciones entre centros metropolitanos y colonias habla Edward W. Said en su libro, *Culture and Imperialism*, Nueva York, Knopf, 1993. Said insiste, sobre todo, en las relaciones culturales y plantea nuevas preguntas sobre la producción literaria y cultural en el marco de la dominación, aunque sin olvidar otros aspectos del poder imperial moderno. El papel mediador de la élite intelectual y política en el mundo colonial –y cómo su visión de la nación se apoya y se separa del modelo metropolitano– ha sido replanteado con nuevos enfoques teóricos por Partha Chatterjee en sus libros *Nationalist Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse?*, Londres, Zed Books, 1986; y también en *The Nation and Its Fragments*, Princeton, Princeton University Press, 1993. Para el contexto cubano, son indispensables los libros de Louis A. Pérez, Jr., *Cuba between Empires*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1983; y, con más amplia información sobre las relaciones de Cuba con los Estados Unidos desde el siglo XVIII, *Cuba and the United States: Ties of Singular Intimacy*, Athens, Georgia, University of Georgia Press, 1990. Desde la perspectiva metropolitana, véase los ensayos incluidos en el volumen *Cultures of United States Imperialism*, editado por Amy Kaplan y Donald E. Pease, Durham, Duke University Press, 1993.

<sup>6</sup> Véase la «Carta a Manuel Mercado, Nueva York, 22 de abril, 1886», en: *Epistolario. 1862-1887*, tomo I, compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1993, pp. 329-334. Cito de la p. 331. Martí escribe: «con la mente puesta en México y en mi país escribí un estudio



figura de Grant, e invita a ser interpretado teniendo en cuenta las posibles analogías y parentescos de las «familias» espirituales.

Mientras reescribía la vida de Grant, Martí se encontraba en medio de un debate en torno al caudillismo y la república futura que se dio en el interior del movimiento separatista. En 1884 se había producido la ruptura entre Martí y los dos principales jefes militares del movimiento separatista, Máximo Gómez (1836-1905) y Antonio Maceo (1845-1896). Martí rechazó el Plan Gómez-Maceo para un nuevo alzamiento en Cuba. Le envió al general Gómez la famosa carta en la que puso de manifiesto su posición frente al plan de los generales de crear una dictadura militar que rigiera el país mientras durara la lucha independentista. Las palabras de Martí expresan un profundo antagonismo: «Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento», distanciándose de lo que entendía que era un proyecto de «invasión despótica». El retrato de Grant está asociado precisamente al fundado temor de Martí a las posibilidades de una dictadura en Cuba.<sup>7</sup>

Su reflexión sobre el héroe militar del Norte se enuncia sobre ese horizonte polémico. El marco ostensible del texto es la guerra en una nación «moderna» con tradición heroica e ilustrada: «el espectáculo sublime de una nación pacífica exaltada hasta la guerra tremenda por conciencia del decoro humano» (p. 109). En general, Martí suscribe la interpretación de los vencedores y de los abolicionistas radicales: se trataba de una guerra nacional y santa, debido a la causa suprema de la emancipación, en oposición al Sur «feudal», «emпинado sobre sus esclavos» (p. 90). Es una época en la que «renace el fuego de los mártires y los apóstoles», y la guerra una inmolación necesaria para la refundación progresiva de la unidad nacional (p. 91). Martí usa un término clave: la Guerra Civil fue una «cruzada», dirigida a abolir la esclavitud. En efecto, la acción militar –en una época máxima de la historia norteamericana– aparecerá cargada de connotaciones religiosas:

---

sobre Grant de que no creo haberle hablado, y que ha tenido en la América del Sur mucha fortuna: allí saco del revés esa especie de caracteres de fuerza, para que se les vea, sin exageración ni mala voluntad, todo lo feo y rugoso del interior de la vaina, que tanto hambriento y desvergonzado rebruñen por de fuera a lamidos! –Un personaje de aquí, me dijo, después de leer ese ensayo: “¿Dónde conoció V. al hombre, que parece que lo ha retratado V. por dentro?” –¡Lo conocí en los hombres! –Los espíritus humanos se dividen en familias, como los animales. –En esas páginas –¿no le he hablado antes de ellas?– va mucho de mis dolores patrióticos, primer peldaño que bajé del cielo!».

<sup>7</sup> La carta, del 20 de octubre de 1884, en el *Epistolario*, t. 1, ya citado, pp. 280-283. La cita en la p. 280. Aunque rara vez citan los textos sobre la Guerra Civil norteamericana y el retrato de Grant, algunos historiadores cubanos han vuelto al estudio de esa difícil coyuntura política, en un esfuerzo por interpretar las relaciones de Martí con Gómez y Maceo. Ver, por ejemplo, el ensayo de Jorge Ibarra, *José Martí. Dirigente político e ideólogo revolucionario*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1980. Ibarra sitúa la preocupación civilista de Martí en el destierro guatemalteco, y analiza la controversia de los años 1884 hasta 1886. El marco nacionalista y marxista de la lectura de Ibarra le lleva a subrayar siempre la «síntesis» martiana. Véase, además, el libro de Francisco Pérez Guzmán y Rodolfo Sarracino *La Guerra Chiquita: una experiencia necesaria*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1982. Los autores estudian la experiencia de Martí en la Guerra Chiquita, el caudillismo regional y los conflictos raciales que rodean el Pacto del Zanjón (1878). En su ensayo, «Concepciones teórico-militares en el democratismo revolucionario de José Martí», *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, 3 (1980), pp. 355-377, Joel Sosa estudia los métodos de la guerra en Martí, pero tampoco cita sus textos sobre la Guerra Civil.

«Los tiempos eran aquellos de la más noble cruzada que jamás vieron los hombres» (p. 90). En Martí hay ecos claros de las palabras canónicas de Lincoln: «that this nation under God shall have a new birth of freedom».<sup>8</sup> La futura guerra cubana –y la república futura– se desdoblan y reaparecen en la Guerra Civil, paradigmática, que las contiene.

## La guerra sagrada y la memoria épica

La guerra sagrada y nacional era la genealogía –y el *telos*– del profeta. Así se comprueba en la visión religiosa del martirio tan vigorosamente expresada por Martí desde *El presidente político en Cuba* (1871).<sup>9</sup> Su voluntad épica es temprana y constante, y está ligada a su deseo de convertirse en depositario de la memoria de la Guerra de los Diez Años (1868-1878), en preparación para una nueva guerra de independencia. Desde muy joven quería rendirles tributo a los héroes con el fin de crear los fundamentos sagrados de la nacionalidad, en una historia concebida –a la manera de Michelet– como «resurrección» y experiencia religiosa.<sup>10</sup> En 1878, en Guatemala, le escribe a José Joaquín Palma (1844-1911): «Nosotros tenemos héroes que eternizar, heroínas que enaltecer, admirables pujanzas que encomiar: tenemos agraviada a la legión gloriosa de nuestros mártires que nos pide, quejosa de nosotros, sus trenos y sus himnos».<sup>11</sup>

<sup>8</sup> Cito de su famoso discurso de Gettysburg, en *Abraham Lincoln: Speeches and Writings 1859-1865*, Nueva York, The Library of America, 1989, p. 536. El carácter sagrado de la guerra de independencia es análogo, para Martí, a la «cruzada» de la emancipación. En 1895, ya reanudada la guerra, proclama: «La guerra por la independencia de un pueblo útil y por el decoro de los hombres vejados, es una guerra sagrada, y la creación del pueblo libre que con ella se conquista es un servicio universal». Véase la importante «Circular a los jefes» en que se ordena el castigo a los «traidores», IV, pp. 136-137.

<sup>9</sup> Cuando se refiere a la Guerra de los Diez Años, para él fundacional, Martí evoca la «década magnífica, llena de épicos arranques y necesarios extravíos». Ver su discurso de Steck Hall de Nueva York de 1880 (IV, p. 184). En el ensayo titulado «El escritor», Fina García Marruz comenta el significado de lo épico en Martí: «lo épico para Martí no fue género caduco ni cosa de cides y roldanes, sino que lo descubre en “el espíritu épico de la independencia”, atravesando la América toda y encendiéndola [...], y aun en cada hombre que es “creador de sí”, porque “el que ve en sí, es la epopeya”, porque “epopeya es raíz”». Ver Cintio Vitier y Fina García Marruz, *Temas martianos* (2ª ed.), Río Piedras, Puerto Rico, Ediciones Huracán, 1981 (1969), p. 210.

<sup>10</sup> La memoria histórica construida por Martí en sus discursos y en sus textos tiene muchos puntos de contacto con la historiografía romántica de Michelet. Al respecto, véase el libro de Hayden White *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, traducción de Stella Mass-trangelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1992. White escribe: «Michelet *tramaba* sus historias como dramas de descubrimiento, de liberación de un poder espiritual que luchaba por liberarse de las fuerzas de las tinieblas, una redención» (p. 150). Más adelante volveré sobre este tema y su relación con la imagen «desde las nubes».

<sup>11</sup> Véase la «Carta a José Joaquín Palma, Guatemala, 1878», en: *Epistolario, 1862-1887*, t. I, citado antes, pp. 109-112. La cita está en la p. 111. Los proyectos épicos se afirman recurrentemente a lo largo de la obra de Martí. Por ejemplo, en una carta a Mercado de 1888 afirma: «Si yo escribiese sobre México, no me parecería que escribía, sino que hacía un ramo [...]. Yo podría hacer de México una epopeya nueva, aunque dicen que ya no se puede hacer, si me fuera dado por unos cuantos años emanciparme de la fatiga del mundo». En: *Epistolario 1888-1891*, tomo II, pp. 50-53. Cito de la p. 51.

Martí formaba parte de la diáspora cubana que se había desperdigado por América y Europa. Tenía alrededor de veinticinco años cuando en 1877, en una carta destinada a Máximo Gómez, dio fe de su propósito de establecer una relación obligada entre memoria y literatura. Ya en su exilio guatemalteco, Martí había conocido a algunos combatientes de la Guerra de los Diez Años, y sus versiones de la contienda. Se reprochaba el no haber sido nunca soldado: «aquí vivo» –le escribió a Gómez– «muerto de vergüenza porque no peleo».<sup>12</sup> En la carta, Martí le expresa al guerrero su gratitud y su reverencia, y lamenta haberse mantenido al margen del campo de batalla.

La Guerra de los Diez Años había quebrantado para siempre su vida: «de la escuela fui a la cárcel y a un presidio, y a un destierro, y a otro» (p. 84). Cintio Vitier ha comentado la marca perdurable de la prisión en el propio cuerpo de Martí: «La experiencia del presidio colonial fue la experiencia decisiva en la vida de Martí, como lo demuestra simbólicamente el anillo de hierro, donde estaba grabado el nombre de Cuba, que se mandara a hacer con un fragmento de la cadena que le causó lesiones incurables».<sup>13</sup> El anillo era un constante recordatorio de los sufrimientos, y también de su triunfo moral. Sin embargo, en la carta, que es como un imaginario diálogo con los héroes militares, Martí enunció lacónicamente su angustia y su desasosiego: «envidio a los que luchan». Hay en él, en esos años, una intensa reacción de culpabilidad por no haber participado como soldado en la guerra.

A la luz de su posterior práctica política y literaria, resultan evidentes ciertos hilos futuros. La Guerra de los Diez Años dominaba su imaginación histórica, y Martí quería fijar los hechos militares fundacionales que no conoció directamente. Su deseo era participar como «cronista», ocupando un lugar que lo sacara de la ambigüedad. No había podido ser guerrero, ni testigo presencial, pero sería escritor: «seré cronista, ya que no puedo ser soldado» (p. 84). Al igual que el martirio político sufrido en prisión, la actividad literaria y la historiografía poética le conferirían una identidad pública.

Como Walt Whitman, quien manifestó varias veces su deseo de escribir un libro-testimonio de lo que vio durante la Guerra Civil norteamericana, Martí anuncia un libro: «Sirvase darme las noticias históricas que le pido» –le requiere a Gómez– «que tengo prisa de estudiarlas y de publicar las hazañas escondidas de nuestros grandes hombres». Las hazañas se transmitían oralmente, pero era indispensable contarlas por escrito. La guerra se haría escritura, dotando de perfil a los héroes acosados por el olvido: «Las glorias no de deben enterrar sino sacar a luz», agrega en la carta. La guerra ya no sería una memoria privada ni una simple sucesión de acontecimientos. Sería una historia compartida, hecha pública en los diarios y en los libros.

Martí manifiesta expresamente que se sentía compelido a poner la memoria al servicio del presente: le pide a Gómez información sobre los móviles de la conducta de

<sup>12</sup> Véase *Epistolario 1862-1887*, tomo I, citado antes, p. 84. Se ha pensado siempre que el destinatario de esta carta era Máximo Gómez. Sin embargo, en la edición crítica del *Epistolario* se indica que pudo ser Maceo u otro general sobresaliente de la Guerra de los Diez Años (p. 83, nota 2). De todos modos, se trata de un borrador, y no hay constancia de que Martí enviara la carta. No obstante, los historiadores siguen identificando a Gómez como el destinatario principal.

<sup>13</sup> Véase Vitier, *Ese sol del mundo moral*, México, Siglo XXI, 1975, pp. 68-69.



Céspedes, afirmando que «puesto que escribo, es para defender» (p. 83).<sup>14</sup> Pero ¿con qué autoridad podía fundar su voz de cronista épico y «defender» a los héroes, es decir, dar una visión del modo en que condujeron la guerra y gobernaron? En la carta, Martí estableció de forma explícita su linaje: «Rafael Mendive fue mi padre» (p. 84). Insistía, no en un árbol genealógico que no poseía este hijo de humildes inmigrantes españoles, sino en la tradición ilustrada y liberal nacional a la cual se afiliaba. La identidad como *hijo* de su maestro y padre espiritual Rafael María de Mendive (1821-1886) le tenía que ser reconocida porque lo colocaba al centro de una tradición de liderazgo, aunque se encontraba fuera de los límites del territorio y de la guerra.

En la carta le prometía a Gómez que «algún día he de escribir su historia». Por tanto, necesitaba documentarse: «deseo comenzar ya haciendo colección de sus autógrafos» (p. 84). Que sepamos, Martí nunca llegó a escribir el libro, pero la guerra, en efecto, se hizo escritura. Cobraba «forma» en innumerables versos, crónicas y discursos. Martí no abandonó nunca la pasión por constituir el archivo. En 1893, en el prólogo a la antología *Los poetas de la guerra*, insistía en la urgencia de afianzar la tradición noble de la edad heroica, vinculada con su visión profética de marchar a la cabeza del culto público nacional. Para el profeta, esa escritura se relaciona con el fundamento sagrado de la nación:

¿Y quedará perdida una sola memoria de aquellos tiempos ilustres, una palabra sola de aquellos días en que habló el espíritu puro y encendido, un puñado siquiera de aquellos restos que quisiéramos revivir con el calor de nuestras propias entrañas? De la tierra, y de lo más escondido y hondo de ella, lo recogeremos todo, y lo pondremos donde se le conozca y reverencie [...].<sup>15</sup>

## La Guerra Civil norteamericana: un depósito de imágenes

¿Por qué Grant? Martí tendría razones de sobra para rechazarlo. Durante la Guerra de los Diez Años, que coincidió con la presidencia de Grant, la política de su gobierno había sido primero ambigua, y luego francamente indiferente u hostil a los insurrectos cubanos. Salvo John A. Rawlins (1831-1869), quien fue un decidido amigo de los revolucionarios mientras era Secretario de Guerra de Grant, todo se inclinaba a la política

<sup>14</sup> Cintio Vitier se ha referido a esta primera carta de Martí a Gómez, para subrayar el deseo de Martí de «defender» a los próceres. Ver los ensayos titulados «Ese sol del mundo moral» y «La eticidad revolucionaria martiana» en *Temas martianos*, Segunda Serie, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1982. Vitier asume la poética de Martí, y comenta: «El factor decisivo de su pensamiento no le viene de los pensadores: le viene de los héroes y los mártires». La cita se encuentra en la p. 306. Luis Toledo Sande estudia las cartas de Martí a Gómez en *Con el remo de proa. Catorce aproximaciones*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1990.

<sup>15</sup> Véase V, p. 229. Para el género de la biografía en el contexto cubano, véase los trabajos de Agnes I. Lugo Ortiz, «Discurso revolucionario y estructuras mitificadoras: para una lectura de la biografía en guerra en la Cuba del siglo XIX», *La Torre (NE)*, VII, n° 25 (1993), pp. 55-77; y «El alma cubana»: poética y política del sujeto nacional en las crónicas biográficas de José Martí en *Patriarq.*, *Apuntes Postmodernos*, 5, n° 2, primavera de 1955, pp. 39-45.



aconsejada por el Secretario de Estado, Hamilton Fish, quien terminó apoyando a España.<sup>16</sup> De ello no habla Martí en su crónica. Además, Grant había apoyado la anexión de Santo Domingo, a lo cual sí alude Martí. ¿Cómo es, entonces, que habló de Grant con veneración? Esto se explica cuando se toma en cuenta que la verdadera admiración de Martí era por el héroe militar y por la guerra nacional paradigmática, y no por el gobierno civil de Grant.<sup>17</sup> De hecho, Martí condensa en el texto sus reflexiones sobre la democracia, y ahí –como veremos– hace la crítica de Grant. Contrapone el innoble gobierno del presidente Grant, quien se había convertido en un caudillo prepotente, con su larga fama como guerrero: «Grant es ése, que se ha traído las botas de campaña a la Casa Blanca» (p. 106). Grant, por ser norteamericano, le permite a Martí un distanciamiento crítico.<sup>18</sup>

Hay todavía algo más que explica el interés de Martí en la figura de Grant: Martí exigía un campo de acción para el letrado ilustrado en los asuntos de la nación, análogo al que tuvo John Rawlins, a quien destaca como «un árbol de virtud, todo hecho de valor y de justicia» (p. 89). Los casos ejemplares de Grant y Rawlins le permitían, pues, una analogía clave, una suerte de «vida paralela».

Sin embargo, este interés sólo es posible si tenemos en cuenta el extraordinario fermento intelectual y político de Martí durante los años neoyorquinos, la compleja experiencia metropolitana de la modernidad *between empires* y sus lecturas del trascendentalismo de Emerson, de los abolicionistas radicales como Wendell Phillips, y de Whitman. Lo vio bien Rubén Darío, en su libro *Los raros* (1905), en el que se refería al periodismo de Martí, y a la impresión que le causaron las «kilométricas epístolas» publicadas en *La Nación*, y en especial la lectura del retrato de Grant: «mi memoria se pierde en aquella montaña de imágenes, pero bien recuerdo un Grant marcial y un Sherman heroico que no he visto más bellos en otra parte [...]». «No hay duda» –añadió Darío– «de que ese tiempo fue el más hermoso tiempo de José Martí».<sup>19</sup>

La literatura, el periodismo y la fotografía de la Guerra Civil norteamericana le proporcionaron a Martí un relato nacional arquetípico y un depósito de imágenes.<sup>20</sup> La

<sup>16</sup> Ramiro Guerra y Sánchez, *En el camino de la independencia*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1974, pp. 87-95. Para ese período es muy útil el libro de Luis Martínez Fernández, *Torn between Empires*, Athens, Georgia, University of Georgia Press, 1994. Sobre todo el capítulo 5, «The Rearrangement of Political and Commercial Ties», que trata sobre el impacto de la Guerra Civil en Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo, pp. 153-186.

<sup>17</sup> El historiador Emeterio S. Santovenia comentó la admiración que Martí sintió por Lincoln y por Grant en su libro *Lincoln in Martí*, traducción de Donald F. Fogelquist, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1953. Sin embargo, Santovenia fuerza la analogía entre Lincoln y Martí, y no tiene en cuenta el debate cubano sobre el caudillismo y la ambigua herencia de las guerras de independencia.

<sup>18</sup> Martí no se podía tomar esta libertad con los héroes latinoamericanos de la independencia. Su crítica a estos héroes –en contraste con su visión de Grant– es, por lo general, más ambigua, y en sus referencias concluye que la relación filial con esos héroes fundadores exige que se les perdone: «Quisieron algunas veces lo que no debían querer; pero ¿qué no le perdonará un hijo a su padre?», escribe en «Tres héroes», de *La Edad de Oro* (1889). En XVIII, p. 308.

<sup>19</sup> 2ª ed., Barcelona, Editorial Maucci, 1905, p. 222.

<sup>20</sup> Edmund Wilson, en su inspirado libro *Patriotic Gore: Studies in the Literature of the American Civil War*, estudió esa producción, que incluye a Harriet Beecher Stowe, Abraham Lincoln, Mark

continua representación de la guerra y sus actores contribuyó al desarrollo de una nueva historiografía nacionalista y a la formación de un canon literario e iconográfico. Walt Whitman, por ejemplo, cultivó su persona poética en la posguerra leyendo en público en innumerables ocasiones sus textos sobre Lincoln y declamando el popular poema «O Captain! My Captain!».<sup>21</sup> La constelación de textos martianos en torno a la Guerra Civil forma parte de este canon. Martí no contaba con estos recursos –ni con la experiencia– para escribir sobre las guerras de independencia hispanoamericanas.

La producción periodística en torno a la guerra norteamericana fue particularmente rica en los años ochenta, aunque predominó la memoria de los vencedores y se excluyó la perspectiva de los críticos así como la participación de los afroamericanos en los monumentos que iban poblando el Norte y el Sur.<sup>22</sup> Edmund Wilson y James M. McPherson destacan la importancia, no sólo de libros y memorias, sino de publicaciones como la *Century Magazine*, que durante dos años (1884-1886) dio a conocer la serie *Battles and Leaders of the Civil War*.<sup>23</sup> Esas publicaciones dedicaron amplio espacio a popularizar los hechos y los mitos de

---

Twain, George Washington Cable, Jr., Ulysses S. Grant, William T. Sherman, Mary Chesnut, Ambrose Bierce y Walt Whitman, entre otros. «The period of the American Civil War» –escribe Wilson– «was not one in which belles lettres flourished, but it did produce a remarkable literature which mostly consists of speeches and pamphlets, private letters and diaries, personal memoirs and journalistic reports. Has there ever been another historical crisis of the magnitude of 1861-65 in which so many people were so articulate?». Cito la edición: Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1977, p. IX. Sobre la continuidad y la abundancia de la producción intelectual en torno a la Guerra Civil, véase: «The War that Never Goes Away», de James M. McPherson, en *Drawn With the Sword. Reflections on the American Civil War*, Nueva York, Oxford University Press, 1996, pp. 55-65. Las colecciones fotográficas de la Guerra Civil son abundantes. Véase la reciente *The Photographic History of the Civil War*, ed. de William C. Davis y Bell I. Wiley, 2 tomos, Nueva York, Black Dog & Leventhal Publishers, 1994 (1981-1983).

<sup>21</sup> Véase libro compilado por Walter Lowenfels, *Walt Whitman's Civil War*, que contiene una selección de sus artículos, cartas y poemas escritos durante los años de la guerra. Nueva York, Da Capo Press [1961]. Whitman, como ha demostrado David S. Reynolds, estableció una identidad entre la Guerra y su poética en la nueva edición de 1881 de *Leaves of Grass*. Ver su reciente biografía (*Walt Whitman's America*, Nueva York, Knopf, 1995), en la que Reynolds estudia las transformaciones del discurso de Whitman durante y después de la guerra, y destaca cómo el poeta construyó su figura pública con nuevas connotaciones patrióticas asociadas a Lincoln y a la guerra. Ver los capítulos titulados «My Book and the War are One» y «Reconstructing a Nation, Reconstructing a Poet: Postbellum Institutions», pp. 412-494. Entre 1879 y 1880, Whitman repitió públicamente su discurso sobre Lincoln alrededor de veinte veces. Es patente que ese Whitman es el celebrado por Martí en su famoso retrato del poeta.

<sup>22</sup> Los museos, efemérides y monumentos se establecieron ya durante el período de Reconstrucción, con algunas polémicas. Ver el libro de Michael Kammen, quien estudia la memoria selectiva y los conflictos de la conmemoración: *Mystic Chords of Memory: the Transformation of Tradition in American Culture*, Nueva York, Vintage Books, 1993. Sobre la canonización de Lincoln, véase el libro de Merrill D. Peterson, *Lincoln in American Memory*, Nueva York, Oxford University Press, 1994, sobre todo el cap. 3, «Filling up the Image», pp. 82-140.

<sup>23</sup> Esta serie fue publicada poco después en 4 tomos compilados por Robert Underwood Johnson y Clarence C. Buel, *Battles and Leaders of the Civil War*, Nueva York, Century Co., 1884-1888. En el tomo III se reproduce el relato de la batalla de Chattanooga escrito por el propio Grant para sus *Memoirs*. En esa versión de Grant, la toma de Lookout Mountain no tiene la importancia que le atribuyeron otros al convertirla en la «Battle Above the Clouds». Ver tomo III, pp. 679-711; y

la guerra, y las escenas de combate, a menudo con vertientes melodramáticas y sensacionalistas, para satisfacer el amplio mercado editorial. Martí leyó esa producción y se dedicó a reinterpretar la guerra, sometiendo sus «fuentes» a un proceso de elaboración. El *cronista-profeta* construía su propio archivo, y manejaba con libertad sus lecturas. Recogía información procedente de diferentes publicaciones, periódicos y cartas de corresponsales. Martí tenía conciencia de las condiciones de su producción periodística: dice escribir sus crónicas «entre un mundo de papeles» y un «rimero de libros políticos», y reuniendo materiales heterogéneos que le servían para su propia escritura.<sup>24</sup>

En la modernidad, como certeramente ha observado Julio Ramos, «hasta los héroes están sujetos a las leyes de intercambio» del mercado, aunque «es precisamente esa sujeción lo que posibilita un discurso crítico que bien puede asumir el aura de la pureza y el heroísmo».<sup>25</sup> Podríamos conjeturar que a partir de las fuentes contemporáneas que encontró, Martí elaboró su retrato de Grant. En primer lugar, él mismo señala que, después de la muerte de Grant, mientras se preparaba el funeral, «los detalles más menudos de la vida del general llenan, de la fecha al pie de imprenta, los periódicos».<sup>26</sup> En segundo lugar, Martí era lector asiduo de la *Century Magazine*, revista de enorme éxito comercial: en 1884 escribía con entusiasmo sobre la modernidad de la revista, y comentaba los materiales que la publicación presentaba sobre la Guerra Civil.<sup>27</sup> Contaba, en tercer lugar, con la ayuda del libro de su amigo Charles Dana, *The Life of Ulysses S. Grant* (1868), a quien cita textualmente; con la propia autobiografía de Grant, *The Personal Memoirs of U. S. Grant* (1885) a la cual alude en su retrato; y acaso con el libro de John Russel Young titulado *Around the World with General Grant*.<sup>28</sup>

---

en especial la p. 695. Una edición reciente de las *Personal Memoirs of U.S. Grant*, ed. de E. B. Long, e introducción de William S. McFeely, Nueva York, Da Capo, 1982. Es indispensable el libro de James M. McPherson, *Battle Cry of Freedom: the Civil War Era*, Nueva York, Ballantine Books, 1989.

<sup>24</sup> Véase lo que Martí le relata a Manuel Mercado: «Entre un mundo de papeles le pongo estas líneas. Se reiría de mí si me viera. De un lado, un rimero de libros políticos, para que ni una de las afirmaciones de la *Historia de la campaña* vaya sin cimiento sólido. De otro, Historias italianas, para refrescar recuerdos de Garibaldi, sobre quien tuve que hablar ayer. Al codo, Darwines y Antropologías; —porque ahora hay aquí un Congreso Antropológico [...]. Y Cuba en el corazón, pidiéndome mis mejores pensamientos». Ver «Carta del 28 de mayo, 1888», en: *Epistolario 1888-1891*, tomo II, p. 36. Fina García Marruz ha contrastado el periodismo practicado por Martí en México y en Nueva York, en «El escritor», citado antes, p. 195. Sobre periodismo de Martí, véase Susana Rotker, *La invención de la crónica*, Buenos Aires, Ediciones Letra Buena, 1992; y el libro de Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, sobre todo los capítulos titulados «Maquinaciones: literatura y tecnología» y «Esta vida de cartón y gacetilla: literatura y masa», pp. 153-201.

<sup>25</sup> *Desencuentros de la modernidad*, citado antes, p. 91. Desde luego, es necesario tener en cuenta los trabajos pioneros de Ángel Rama, por ejemplo, «La dialéctica de la modernidad en José Martí», en: *Estudios martinianos*, Puerto Rico, Editorial Universitaria, 1974, pp. 129-197. Es también de gran interés el ensayo reciente de Rafael Rojas «Fugas de la modernidad en José Martí», *Apuntes Posmodernos*, V, n° 2, primavera de 1995, pp. 21-26.

<sup>26</sup> Véase XIII, p. 80.

<sup>27</sup> El artículo se publicó en *La América*, de febrero de 1884. Ver XIII, pp. 430-432 y 447-450.

<sup>28</sup> Charles A. Dana (1819-1897) fue co-autor de un libro con J. H. Wilson titulado *The Life of Ulysses S. Grant: General of the Armies of the United States*, Springfield, Massachusetts, Curdon Bill & Company, 1868. Dana, quien trabajó como ayudante del Secretario de la Guerra Stanton en el



En parte de ese corpus reaparece intensamente mitificada la llamada «Battle Above the Clouds», batalla que fue parte de la decisiva campaña de Grant en Chattanooga (Tennessee) y abrió las puertas para la conquista del Sur. Según McPherson, se trató de la toma de Lookout Mountain (noviembre de 1863): «The Yankee infantry scrambled uphill over boulders and fallen trees through an intermittent fog that in later years became romanticized as the “Battle Above the Clouds”».<sup>29</sup> Como veremos más adelante, Martí se refiere específicamente a toda la campaña de Chattanooga, a la toma de Lookout Mountain y a la «batalla sobre las nubes», uno de los «gloriosos sucesos» que inspira los códigos alegóricos e icónicos centrales de su propia crónica (pp. 99-100). Por otra parte, veremos también que la biografía de Grant escrita por Dana fue una de las fuentes de las metáforas, epítetos y anécdotas que Martí asimiló y elaboró.

### El guerrero heroico y la nación: Ulysses S. Grant

La crónica de Martí pretendía ser un retrato del hombre y de su pueblo, ambos arquetípicos. La figura de Grant proyectaba una armonía ideal preestablecida entre el guerrero y la nación. Para la guerra del Norte, Grant era el «caudillo que le dio su espíritu natural, ingenio, y expelió de ella el espíritu académico, exótico, nació como su pueblo, de la pobreza y de las privaciones» (p. 104). La «perfecta analogía» entre el hombre y la tierra —una comunidad nacional y trascendente— era condición indispensable en la visión épica maritiana. Además, la guerra se presentaba como una expresión «artística» del pueblo, una expresión «espontánea y completa», un todo en sí, que expresa también lo «universal»:

[...] verdad que tuvo detrás de sí, supliendo sus filas con una abundancia y determinación análogas al tamaño de la lucha, un pueblo de su mismo origen y tendencias, que en aquel hombre que adelantaba y arrollaba reconocía con placer su propio espíritu [...]. Pero

---

Cabinete de Lincoln, fue después el editor del diario *The Sun* de Nueva York. Martí colaboró en su diario y se consideró su amigo. En 1863 Dana fue enviado al Misisipi con el propósito de verificar la situación de Grant, y elogió su capacidad y la lealtad de sus soldados. (Ver McPherson, *Battle of Freedom*, pp. 589-590.) Dana reunió sus *Recollections of the Civil War: With the Leaders at Washington and in the Field in the Sixties*, Nueva York, Appleton, 1898. Edmund Wilson destaca el verdadero «revival» de la Guerra Civil que generó la *Century Magazine* entre 1884 y 1887, la cual publicó capítulos y extractos de las memorias de Grant y una serie sobre «Battles and Leaders of the Civil War». John Russell Young recogió entrevistas a Grant que incluyen opiniones sobre batallas y generales en el libro *Around the World with General Grant*, 2 vols., Nueva York, The American News Company, 1879.

<sup>29</sup> *Battle Cry of Freedom*, p. 678. Es curioso que el propio Grant no le otorgara ninguna importancia a la toma de Lookout Mountain: «The battle of Lookout Mountain is one of the romances of the war. There was no such battle, and no action even worthy to be called a battle on Lookout Mountain. It is all poetry», declara en una entrevista, en *Around the World with General Grant*, citado antes, vol. II, p. 306. La bibliografía sobre la campaña de Chattanooga, y específicamente sobre la toma de Lookout Mountain, es muy abundante. En la biografía de Dana, *The Life of Ulysses S. Grant*, citado antes, Chattanooga es una campaña memorable para la historia y un triunfo glorioso para Grant (p. 150). Desde la historia militar, y para una valoración positiva de Grant, véase el libro de J. F. C. Fuller, *The Generalship of Ulysses S. Grant*, Nueva York, Da Capo, 1991 (1929). Fuller sostiene que la guerra norteamericana fue la primera guerra moderna.



mirando en aquella asombrosa guerra, con el superior sentido que el íntimo conocimiento de ella crea, nada sobrenatural se nota en ella, sino una de las expresiones humanas más espontáneas y completas; la más completa y artística, acaso con el gran arte de las cosas universales, de cuantas hasta hoy conoce el hombre; por cuanto estuvieron con ella en perfecta analogía, desenvueltos pujantemente al calor de una libertad ilimitada, los elementos del acto con sus agentes y sus métodos (pp. 103-104).

El marco heroico y redentor está puesto de entrada. Grant, quien «nació de pobres», llegó a ser «general en jefe de un ejército activo de doscientos cincuenta mil soldados que peleaba por la libertad del hombre» (p. 83). Se exalta a Grant como paradigma: «Culminan las montañas en picos y los pueblos en hombres. Veamos cómo se hace un gran capitán en un pueblo moderno» (p. 84). Para explicarse, Martí abandona el modo narrativo de la crónica por un lenguaje más discursivo: «Los hechos legítimamente históricos son tales, que cada uno en sí, a más de reflejar en todo la naturaleza humana, refleja especialmente los caracteres de la época y la nación en que se produce; y dejan de ser fecundos, y aun grandiosos, en cuanto se apartan de su nación y de su época» (p. 104). En contraste, resulta iluminador el caso del general George B. McClellan (1826-1885), uno de los generales «académicos», a quien Martí en otra crónica opone a Grant, precisamente porque no se encontraba en armonía con su pueblo:

Pero no iba con el espíritu de su pueblo, a quien excedió siempre en moderación y cultura. No entendió que esta nación, levantada a la cumbre en una hora, quería la guerra de Grant: una guerra de hora. [...] ¡Vencer, vencer de cualquier modo, vencer de prisa!<sup>30</sup>

El héroe nacional se presenta en el texto como una fuerza surgida de la *naturaleza*. Grant es representado como una figura provinciana que ascendió a militar heroico admirado por amigos y adversarios, porque estuvo dispuesto a cumplir con su misión nacional: «no batallas que brillan, sino golpes que aturden» (p. 102). Demostró su superioridad sobre el campo de batalla, dispuesto, dice Martí, a «exterminar el poder militar del Sur» (p. 102). «Vio que, dejando caer su fuerza enorme sobre el enemigo, debilitado, podía extinguirlo; y la dejó caer» (p. 103).

La violencia de Grant era para Martí funcional y sagrada, puesto que se trataba de una guerra redentora, con clara dirección política de Lincoln y con confianza absoluta en la nueva sociedad que surgiría de ella.<sup>31</sup> La necesidad de subyugar al enemigo en una

<sup>30</sup> Véase XIII, p. 293. La crónica es de noviembre de 1885, y la escribió con motivo de la muerte de McClellan.

<sup>31</sup> Los historiadores más destacados han estudiado el carácter totalitario y exterminador de la guerra concebida por Lincoln y Grant, y defendida por Martí desde el punto de vista histórico y filosófico. Ver los ensayos de McPherson titulados «Lincoln and the Strategy of Unconditional Surrender», en el cual interpreta la Proclama de Emancipación de 1863 como un acto de justicia pero también como una necesidad militar, como medio y como fin. En *Lincoln, the War President: the Gettysburg Lectures*, ed. Gabor S. Boritt, Oxford-Nueva York, Oxford University Press, 1992, pp. 29-62. Y también: «From Limited to Total War: 1861-1865», en: *Drawn With the Sword*, citado antes, pp. 66-86. Por otra parte, Gerald F. Linderman estudia agudamente la guerra de terror defendida por Grant y Sherman, así como la relación entre valentía y masculinidad en el discurso de la guerra.

guerra breve pero contundente es justamente lo que Martí elogia cuando habla de los generales William T. Sherman (1820-1891) y Philip H. Sheridan (1831-1888) en otra crónica, de 1888:

El modo más generoso de pelear es destruir todos los recursos de guerra del enemigo, sus caballos, sus reses, sus cosechas, sus posadas, sus aperos de labranza. Conque ¿a comer vienen al valle? ¡Pues que coman cenizas! ¡Y así en un año, con Sherman partiéndolos en dos, Oeste abajo; con Grant amartillándoles el frente; con Sheridan picándoles el riñón en Shenandoah, flacas las bestias hasta el hueso y los hombres hasta el esternón, se acabó la guerra!<sup>32</sup>

Martí articula una visión con símbolos compactos y con hipérboles épicas. Exalta la resistencia física de Grant, todo lo que lo hacía implacable con el enemigo, al que estaba dispuesto a aniquilar. Abundan las fórmulas paralelas que traen ecos de los cantares de gesta: «Donde todo general se hubiese retirado, Grant resistía y vencía. Ya le tenían la mano sobre el cuello; ya no tenía donde poner el pie el caballo, de tanto muerto en torno; ya lo acorralaban contra un río; él concentra sus fuerzas, fuma su cigarro, espera en calma...» (p. 96). Acumula las metáforas orgánicas que ponen de relieve la grandiosa desmesura del héroe en la batalla, su poder y su carisma. Grant era una *montaña*: «Y cuando Grant avanzaba sobre Lee, poderoso e impenetrable como montaña que se mueve, los federales estuvieron muriendo de un mayo a un junio, en un solo campo de operaciones, mil por día». Era una *mole*: «Grant no pelea contra Lee como general que proyecta, sino como mole que avanza» (p. 101).

El destino de Grant estaba ya prefigurado en las referencias a la «montaña encendida» que encontró en la genealogía y los blasones de la familia Grant que le ofrecía el libro de Dana, y que Martí transformó en alegoría. Casi nunca cita directamente, pero hay frecuentes alusiones y paráfrasis, como se comprueba cuando Martí evoca los símbolos del linaje de los Grant como marcas de su originalidad y promesa:

De ocho generaciones americanas vino Grant; generaciones de campesinos y soldados. ¿Se acendran las cualidades de los padres al pasar por los hijos? ¿Serán los hombres meras representaciones de fuerzas espirituales que se condensan y acentúan? «¡Firme! ¡ifirme!» rezan los motes del linaje de Grant; uno sobre una montaña que humea, otro sobre cuatro eminencias encendidas: «¡Firme, Craig Ellachie!» (pp. 84-85).<sup>33</sup>

Véase su excelente libro *Embattled Courage: The Experience of Combat in the American Civil War*, Nueva York, The Free Press, 1989, sobre todo el capítulo 10, «A Warfare of Terror», pp. 180-215.

<sup>32</sup> Véase el texto en XIII, p. 127. En esta crónica sobre el general Sheridan publicada en *La Nación* en 1888, Martí vuelve a tratar el problema del militar en la república.

<sup>33</sup> Compárese el texto de Martí con las referencias a los escudos de armas de los Grant en el libro de Dana: «In "Collectanea Topographica et Geneologica", vol. VII, it is stated that Lieutenant General Francis Grant was buried in Hampshire, England, December 2, 1781, and that his monument bears as a crest a burning mount with the motto: "Steadfast" in "Farbairn's Crests of the Families of Great Britain and Ireland" twenty-one different crests of the Grant family are given. One of them represents a burning hill with four peaks, each surmounted by a flame, with the motto: "Stand sure: Stand fast: Craig Ellachie!"». Ver el texto completo en *The Life of Ulysses S. Grant*, citada antes, pp. 19-20. Un cotejo con el libro de Dana proporcionaría otros casos de relación concreta,

Grant pasa a ser, en el relato épico, la «montaña encendida» anunciada ya en el escudo familiar, convertida por Martí en emblema del héroe, que volvería a usar después cuando retrata a Bolívar en 1893.<sup>34</sup> La «montaña», además, tiene claras resonancias proféticas, que recuerdan el paradigma de Moisés, el «monte bíblico» y las Tablas de la Ley:

[...] Montaña encendida, regimiento, firmeza, todo eso se encuentra en Grant, y va con él, maceando, aplastando, arremolinando, tundiendo. En Chickahominy, cuando en un cuarto de hora acaba de perder once mil hombres, sin moverse de la silla manda renovar el ataque. [...] En Chattanooga: «¡arriba, arriba!» por la montaña, entre las nubes, por encima de las nubes; se ven de abajo como cintas de fuego y se oyen estampidos graneados; al resplandor de la fusilería, la bandera sube; en lo más alto del pico ruedan las balas tras los confederados, monte abajo; ¡la montaña encendida! (p. 85)<sup>35</sup>

## La democracia norteamericana y la crítica al caudillo

Sin embargo, el héroe de la guerra alberga al mismo tiempo al tirano en la paz. Esa antítesis organiza el texto. Martí reacciona vigorosamente contra la política veleidosa y personalista de Grant, y su no reconocimiento de las leyes: «todo lo feo y rugoso del interior de la vaina», como le había escrito a su amigo Mercado.<sup>36</sup> Grant presidente se entregó a la corrupción pública, y a hombres de negocios sin escrúpulos. Pretendió hacer valer sus deseos en desmedro del bien común, rebajando inevitablemente la concepción democrática del poder: «costumbre lisonjeada de mando absoluto y carencia del hábito

---

como la anécdota heroica de los leños que acarrea a la joven Ulysses (p. 23); y el elogio que hace Dana del genio militar de Grant, «a perfect embodiment of the great American characteristic, faith in the manifest destiny of the republic» (pp. 198-415). Cito de la p. 406.

<sup>34</sup> En el discurso en honor de Simón Bolívar, Martí lo presentó bajo la misma metáfora: «de Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojito de pueblos libres en el puño, y la tiranía descabezada a los pies...!» (p. 241). Luego lo compara con un monte: «Como los montes era él ancho de base, con las raíces en las del mundo, y por la cumbre enhiesto y afilado, como para penetrar mejor en el cielo rebelde [...]» (pp. 242-243). Usa la misma imagen para referirse a San Martín: «murió frente al mar, sereno y canoso, clavado en su sillón de brazos, con no menos majestad que el nevado de Aconcagua en el silencio de los Andes» (p. 233). Véase el texto sobre Bolívar, de 1893, en VIII, pp. 241-248. El retrato de San Martín en el mismo tomo, pp. 225-233.

<sup>35</sup> Pasajes como éste recuerdan la visión religiosa que tenía Martí de la lucha por la independencia de Cuba, que es la otra «cruzada» implícita en «Grant». Para el profeta, la Guerra de los Diez Años era la Ley: «Pero todavía tiene oficio la palabra» —escribe Martí— «si ha de servir al cumplimiento de la profecía del 10 de Octubre». (En el «Discurso del 10 de octubre de 1888», IV, p. 230.) Más sobre la figura de Moisés y el cruce de lo religioso y lo nacional en Martí en mi ensayo anterior, «Martí: las guerras del alma», citado antes.

<sup>36</sup> En la carta de abril de 1886, citada antes, p. 331. Sería productivo comparar el texto de Martí con el retrato que de Napoleón hace Emerson. En líneas generales Emerson sitúa a Napoleón como hombre «natural», de origen humilde, quien, como Grant, no llegaba a las alturas de los espíritus «superiores». Véase el texto en *Selected Writings of Emerson*, ed. de Donald McQuade, Nueva York, The Modern Library, 1981, pp. 479-498. Sin embargo, la herencia que deja el Napoleón de Emerson es sólo la destrucción y la desolación. Ver los comentarios críticos sobre la concepción de los «representative men» de Emerson en el libro de Robert D. Richardson Jr., *Emerson. The Mind on Fire*, Berkeley, University of California Press, 1995, pp. 413-417.



de obedecer; desdén de toda ley minuciosa y progresiva y carrera súbita hecha fuera de la práctica natural y ordenada de las leyes» (p. 108).<sup>37</sup> Pero ante su muerte el pueblo le perdona su despreciable conducta presidencial. El guerrero escapa a la «decadencia» porque era portador de la identidad esencial de la nación con la que tenía una relación profunda y orgánica, y porque contribuyó a refundar su pueblo para la modernidad. Toda la primera parte del texto había exaltado su marcha ascensional. Sin embargo, Grant, incapaz de cumplir con el ideal de buen gobernante, se olvidó de las leyes de la *polis*. En todas estas consideraciones hay una dilatada reflexión indirecta, entre imperios, sobre el problema del caudillismo cubano y la concepción de la república futura.<sup>38</sup> Éste continuó siendo un tema fundamental para Martí; en su texto de 1891 sobre San Martín presenta los peligros del caudillismo como una lección ejemplar en la vida del héroe:

Vio en sí cómo la grandeza de los caudillos no está, aunque lo parezca, en su propia persona, sino en la medida en que sirven a la de su pueblo, y se levantan mientras van con él, y caen cuando la quieren llevar detrás de sí [...].<sup>39</sup>

La crítica de Martí a Grant también está articulada explícitamente: «Perdió su majestad por haber comprometido la de las leyes» (p. 113). Martí contrasta la caída de Grant con las formas y las reglas de la cultura política democrática norteamericana, reglas producidas en el transcurso de su propia historia. La tradición democrática exaltada por Martí se sustenta en instituciones religiosas, políticas y legales que protegen a los miem-

<sup>37</sup> En un texto anterior había escrito sobre Grant: «La silla de la Presidencia le parecía caballo de montar; la Nación regimiento; el ciudadano recluta», XIII, p. 82.

<sup>38</sup> Jorge Ibarra en su *José Martí. Dirigente político e ideólogo revolucionario*, citado antes, deja claro que Martí se oponía a la dictadura que veía en el plan Gómez-Maceo: «La simple lectura de los documentos [...] nos lleva a la conclusión de que se proclamó demasiado ostentosa y descarnadamente la necesidad de una dictadura revolucionaria» (p. 57). Aparte de los trabajos citados, ver el ensayo de Jean Lamore «José Martí frente a los caudillos de la época liberal (Guatemala y Venezuela)», *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, 3, La Habana, 1980, pp. 133-149. Lamore se detiene en la etapa guatemalteca para examinar la actitud de Martí ante los gobiernos «liberales». Según Lamore, Martí observó en Guatemala una «forma nueva de caudillismo hecho de una mezcla de paternalismo y mano férrea» (p. 141). Comenta, además, la estancia de Martí en Venezuela, y el caudillismo de Guzmán Blanco. Ver también el libro de Ibrahím Hidalgo Paz, *Incursiones en la obra de José Martí*, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1989. Sobre todo, la información que ofrece en el primer capítulo, pp. 11-83.

<sup>39</sup> En el texto «San Martín», citado antes, p. 233. En otra crónica, sobre el general Sheridan, Martí reitera enfáticamente su posición en el debate sobre la dictadura militar. Los términos en que se enuncia la posición de Sheridan describen perfectamente también la de Martí: «¡Pelear es una cosa y gobernar es otra! Subordínese, decía Sheridan, el empleo militar, que es el agente de la ley, al gobierno civil, que es la ley. La guerra no inhabilita para el gobierno; pero tampoco es la escuela propia del arte de gobernar». Véase XIII, p. 121. La crónica, escrita con motivo de la muerte de Sheridan, está fechada en agosto de 1888. Desde luego, la preocupación por el caudillismo militar es constante, y se intensifica a medida que se prepara la reanudación de la guerra, como se observa en sus discursos revolucionarios de Nueva York. En 1890, declara: «yerra a sabiendas el que diga [...] que el cubano libre que tiene en algo la salud de la patria y el honor, no es más que silla de monta, para que el tirano militar se pavonee, después de la guerra triunfante, sobre una tribu de demagogos sumisos». Cito del «Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868», en IV, p. 251.



bros de la comunidad contra las amenazas de la corrupción del poder. La visión negativa del caudillo queda subrayada por el contraste con lo que parece ser la utopía de la pureza nacional que acaso coincida con al utopía democrática «americana» de Martí:

[...] un país de pregunta y de respuesta, donde a todo hombre se pone desnudo y se le mira del revés, y a cada acto se lo ve en la entraña, y si no sale puro, se le quiebra; un país de «junta de oraciones», de *prayer meeting*, donde en las salas de las iglesias aprenden hombres y mujeres a usar de su palabra revelando en voz alta sus pecados, denunciando los del vecino y pidiendo al pastor que les explique sus dudas sobre el dogma; un país de periódico vivo, donde cada interés, no bien asoma, ya tiene su diario, y en él acceso todos los interesados en común, de modo que no hay injuria ni sospecha sin voz, y prensa que la publique, y tribunal dispuesto a censurarla; un país prendado, sí, de aquel hombre marcial, terco y arremetedor como él, que había quebrantado a sus rivales y abierto vías a la prosperidad mayor que la historia escrita recuerda en los siglos; pero un país que, por encima de todo, al que le escatima o amenaza su derecho, lo denuncia y lo vuelca (pp. 109-110).

La segunda parte del retrato de Grant es, pues, la crítica del tirano. No obstante, la voz narrativa al final del texto insiste en la *reconciliación nacional* y en la utopía moderna hecha posible por el héroe y su gesta. La última proeza del guerrero es su muerte, que hace posible la reconciliación nacional. Los ritos funerales le permiten a la comunidad restaurar su integridad, recuperando una armonía desarticulada. Muere en paz: hasta sus adversarios reconocieron su fama y su honra. Martí mismo le otorga fama mediante su texto, con admiración por el guerrero que logró mantener intacta la nación. El lector de la crónica deberá retener la reflexión sobre la muerte del héroe que cierra el texto, en la que el narrador se identifica con la trascendencia nacional y moderna que ha adquirido el país:

Desde sus ojos profundos, enternecidos por el agradecimiento al pueblo que le perdonaba sus yerros y lo miraba en su hora de morir, contemplaba con un digno y elevado cariño a los héroes equivocados a quienes le fue dado un día combatir sin reposo y someter sin ira; y su mano descarnada, extendida al Sur desde la orilla de su tumba con buena voluntad, ha sido recogida por amorosa admiración, como tesoro nacional, por sus gallardos enemigos. La nación de los hombres ha empezado, y este muerto, a pesar de sus grandes errores, ayudó a abrir camino para ella (p. 115).

## La guerra desde las nubes: el lugar del letrado visionario

Martí se identifica obviamente con John Rawlins, el letrado virtuoso que cumplía la función de consejero: «De los labios de Rawlins salían, acabadas y perfectas, las ideas que, en su forma rudimentaria de instinto, fatigaban el cerebro de Grant» (p. 89).<sup>40</sup> Su fun-

<sup>40</sup> Sobre Rawlins, también hay que ver las páginas que Dana le dedica a su encuentro con Grant, *Life of Ulysses*, pp. 47-48. Véase también el libro de James Harrison Wilson, *The Life of John A. Rawlins*, Nueva York, 1916. Hay información sobre la amistad entre Rawlins y Grant en la biografía de William S. McFeely (*Grant: A Biography*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 1982), pp. 85-87 y 329-331. Jacob Dolson Cox como Secretario del Interior durante la presidencia de Grant, y vete-

ción era articular la visión de la totalidad, poner en guardia al héroe, velar su persona pública y corregir sus excesos: «Verdad es que en el principio de la guerra [Grant] tuvo de consejero a Rawlins, que para él meditaba, abatía intrigas, disponía planes de conducta y refería batallas» (p. 103). Rawlins, como Lincoln, y como quería ser el propio Martí, era un ser «superior», revestido de una importancia absoluta en el orden del espíritu, y descrito con ecos del «filósofo» platónico emersoniano, caracterizado por la «intelectualidad y la hermosura». Son las virtudes del ciudadano visionario que puede verlo todo *desde las nubes*, y cumplir su función de mediador en la *polis* conforme a sus valores y paradigmas.

El texto «Grant» trabaja autorreferencialmente la pareja Martí/Rawlins, a la vez que establece una jerarquía, un rango más alto para la «intelectualidad y la hermosura». Rawlins pertenecía a la «familia» de espíritus a la cual se afiliaba Martí:

Rawlins había vivido de hacer carbón hasta sus veintitrés años; Rawlins, que murió más tarde, de Secretario de la Guerra. Solo se educó; solo se hizo abogado; solo impuso respeto a sus cofrades; se habituó a pensar y a obrar solo. Y solo podía pensar y obrar sin miedo, porque no le dominó más pasión que la justicia [...] (p. 89).

Martí describe a Rawlins con simpatía, pero va mucho más allá; pretende conocer su espíritu. Hay un efecto especular y aun mimético en la representación de Rawlins, una relación íntima entre el observador y el observado. Rawlins acompaña al héroe épico como consejero y se opone a la figura del tirano. Representa la fuerza, pero también el respeto a las leyes, la vigilancia constante. La antropología que se descubre en los textos martianos afirma un orden jerárquico: las diferencias entre «caracteres» que traen sólo la fuerza, y los que poseen la comprensión de lo universal. Los caracteres «superiores» tienen la capacidad de enunciación. Su mención legítima al propio Martí:

Otros caracteres hay, entre esos primarios y originales nacidos derechamente o con pocas trabas de la Naturaleza, que no traen de ella sólo la fuerza, como el de Grant, y cierta generosidad que viene siempre con la fuerza verdadera; sino que, como el de Lincoln, como el de Garfield, como el de Rawlins mismo, traen con la fuerza, constituyendo un grado superior en los caracteres primarios, la intelectualidad y la hermosura, y de ellas la capacidad y la necesidad activa de asimilarse el resultado entero del trabajo humano [...] (p. 108).

La imagen más poderosa para el lugar del letrado –y para la historiografía romántica en la que podríamos situar a Martí– es, precisamente, la de las *nubes*, que proviene de la batalla de Lookout Mountain conocida como «The Battle Above the Clouds». *Las guerras deben verse desde las nubes*, afirmó Martí ofreciendo una metáfora platónica del conocimiento. La acentuación del contraste entre lo superior y lo inferior permite también distinguir entre el mundo visible y el inteligible. La contemplación desde lo alto hace posible que la guerra sea vista no como un caos de episodios inconexos, sino desde la comprensión que le permite al letrado fijar y expresar el sentido del exterminio y del

---

rano de la guerra, confirma que Rawlins era «the good genius of his friend in every crisis of Grant's wonderful career [...] as courageous to speak in a time of need as Nathan the prophet, and as absolutely trusted as Jonathan by David». Citado por McFeely, p. 299.

sacrificio.<sup>41</sup> Desde la altura, el letrado puede comprender los arquetipos de la historia, e insistir en la capacidad redentora del sacrificio. Esta concepción corresponde, además, a la posibilidad de «resurrección», a una especie de *vita nuova*, una nueva era inaugurada por el sacrificio de los muertos.<sup>42</sup>

De la canonización de Lookout Mountain en la postguerra, extrae Martí la imagen *desde las nubes*. Vale la pena recordar aquí el pasaje poético en el que Martí recreó el triunfo de los federales en dicha batalla, «montaña arriba», y cada uno con la bayoneta que «brilla como una serpiente de anillos de plata»:

El día viene; un día hermosísimo, que convida al triunfo. Pero la bruma envuelve la cumbre de la más elevada de las ciudadelas. Sin que lo sienta el enemigo, le han tomado los federales [...]. ¡Montaña arriba van los federales, a la bayoneta, que, al Sol que resplandece, brilla como una serpiente de anillos de plata que adelanta sobre el vientre a saltos! Suben con arrebato irresistible. Un cañonazo divide las filas, como un relámpago en las nubes; ciérranse las filas tras el cañonazo, como las nubes tras el relámpago. Entran los asaltantes por la bruma de las cumbres, donde ya apenas se les ve desde abajo (pp. 99-100).

*Las nubes*: la totalidad puede ser vista teatralmente por el *veedor sutil*, para utilizar el término que Martí traduce en su «Emerson» (1882), quien vivió «viendo lo invisible y revelándolo».<sup>43</sup> Es también el lugar de enunciación que dinamiza el viejo topos de *las armas y las letras* dominante en su carta de 1877 a Máximo Gómez. El narrador, guiado constantemente por la razón ilustrada y por la poesía visionaria, puede ver –comprender– más y mejor que el propio héroe épico. Martí debe recurrir al lenguaje místico, pues sólo unos «pocos» pueden deslumbrar en la imagen de la humanidad desgarrada la «suprema dicha» que le aguarda a la «especie humana»:

Las guerras deben verse desde las nubes. Bien está que medio millón de seres humanos mueran para mantener seguro a la Humanidad su único hogar libre sobre el Universo. Allá, desde arriba, los hombres deben parecer –ondulando, fabricando, abrazándose cuerpo a cuerpo, hasta para guerrear,– como esos bulbos vivos, henchidos de gusanos invisibles, que en grandes masas pugnan, con movimientos incesantes y torpes, por romper las raíces de los árboles que acaso en ellos mismos se convierten en una forma más libre y animada de la vida. Son como un puño cerrado que viene pujando por salir de lo hondo de la tierra. ¿Quién no entrevé, en la magnitud de los pesares que acarrea el estado rudimentario de la

<sup>41</sup> En su estudio sobre los tropos de Martí, Ivan A. Schulman ofrece ejemplos del símbolo «nube» en Martí, asociándolo con otros símbolos como el «monte», y con la tradición profética y neo-platónica. En la lectura de Schulman, «nube» remite a una esfera superior del ser y del artista. Ver su libro *Símbolo y color en la obra de José Martí*, Madrid, Editorial Gredos, 1960. Sobre todo las pp. 183-185.

<sup>42</sup> Hayden White en su libro, citado antes, se refiere a la concepción de Michelet del «papel del historiador como un custodio de la memoria de los muertos» (p. 157). Lionel Gossman, en relación con Michelet y la tradición romántica, pone de relieve la definición de la historia como «resurrección», y la importancia de la redención en el entramado [en] sus relatos históricos. Ver *Between History and Literature*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1990. Estas concepciones son muy pertinentes para el estudio de Martí.

<sup>43</sup> Cito del texto «Emerson» en XIII, p. 20.

especie humana, la claridad dichosa que la aguarda, después de su acendramiento y paso doloroso por los mundos? ¡Qué paz para equilibrar este comienzo! Arrebata el pensar en esa suprema dicha; ¡a cuán pocos es dado vislumbrarla, satisfechos de su pequeña máquina, desde su cáscara de huesos! (p. 93)

En ese pasaje puede leerse una visión cosmogónica de la nación: es una imagen de violencia y descomposición corporal en que la masa orgánica se hace trascendente y da origen a un nuevo nacimiento. Esa transcendencia es obra del guerrero, pero debe ser sostenida por el letrado que la aprehende desde la altura profética y filosófica, en contraste con el «hacia abajo» de la inmediatez concreta. Más tarde, en su bello texto sobre la *Iliada* (publicado en su revista para niños *La Edad de Oro*), Martí trabaja de nuevo la altura como el lugar de la épica y la inspiración: «Se siente uno como gigante o como si estuviera en la cumbre de un monte, con el mar sin fin a los pies, cuando lee aquellos versos de la *Iliada* que parecen de letras de piedra».<sup>44</sup>

En su retrato de Emerson, Martí había incorporado y fundido también, significativamente, el motivo de las nubes con la narración épica: «Toma puesto familiarmente a la mesa de los héroes. Narra con lengua homérica los lances de los pueblos. Tiene la ingenuidad de los gigantes. Se deja guiar de su intuición, que le abre el seno de las tumbas, como el de las nubes». El tributo que le rinde a Emerson condensa su propia poética visionaria y profética: «Se oía su voz como la de un mensajero del futuro, que hablase de entre nube luminosa».<sup>45</sup>

El topos de *las armas y las letras* reaparece en su texto «Simón Bolívar» con la misma metáfora de las nubes como lugar de enunciación:

Escribe, y es como cuando en lo alto de una cordillera se coge y cierra de súbito la tormenta, y es bruma y lóbreguez el valle todo; y a tajos abre la luz celeste la cerrazón, y cuelgan de un lado y otro las nubes por los picos mientras en lo hondo luce el valle fresco con el primor de todos sus colores [...].<sup>46</sup>

## Entre líneas, entre imperios, entre cubanos

Al narrar las campañas militares de Grant, Martí se amoldó a la poética épico-histórica de su carta a Gómez de 1877, enriquecida con la «traducción» del mundo norteamericano que le aportó el modelo de guerra nacional moderna. Martí lee la historia de los Estados Unidos para establecer sus posiciones ante el conflicto cubano, colocándose así en el *entre imperios*, en la frontera entre dos culturas. El texto «Grant» puede leerse como una reflexión que gira alrededor de la nacionalidad, la democracia y la utopía modernas norteamericanas, y, *entre líneas*, alrededor de la cubana. Análoga lectura hizo Martí de *La*

<sup>44</sup> Cito por XVIII, p. 331.

<sup>45</sup> Cito de XIII, pp. 28 y 19.

<sup>46</sup> En el discurso en honor a Simón Bolívar, citado antes, p. 242. Más adelante dirá: «Ya ve el mundo allá arriba, áureo de sol cuajado, y los asientos de la roca de la creación, y el piso de las nubes [...]» (p. 243).



*Niada*, que le enseñó «que los países no se pueden gobernar por el capricho de un tirano, sino por el acuerdo y el respeto de los hombres principales que el pueblo escoge para explicar el modo con que quiere que lo gobiernen».<sup>47</sup>

En su «Grant» inserta un «autorretrato» del letrado y de su quehacer hermenéutico. Desde lo alto –y con su «veedor» ojo– el letrado puede interpretar el significado de las muertes, de los arquetipos, y de la «resurrección» posible. Era necesario comprender la violencia tremenda de las guerras liberadoras *desde las nubes*, para descifrar los sentidos trascendentes del orden espiritual e histórico y para distanciarse del dolor y sacrificio que son indispensables para fundar la nación. El poeta-profeta se encuentra situado en una espiritualizada frontera, el lugar obligado de enunciación de la guerra nacional. En su lectura de la Guerra Civil, Martí había resuelto el lugar del letrado. El topos de *las armas y las letras* cumple la función de presentar una alianza –a veces incómoda– entre intelectuales y guerreros en el interior de la misma comunidad. Grant encarnaba en forma primaria las fuerzas fundamentales de la nación. Por su parte, Rawlins permitía encauzar de modo constructivo ese instinto elemental y le otorgaba voz a Martí, dándole una tradición y una identidad que le permitía afirmarse a sí mismo.

A través de los mitos y símbolos que utilizó en «Grant», Martí recreó poéticamente su relación con los jefes militares cubanos. En «Grant» celebró la gesta militar y destacó la contradicción perturbadora que suponía la figura de un héroe, poderoso y brillante en la guerra, pero incapaz de articular los principios democráticos de la nación moderna.

---

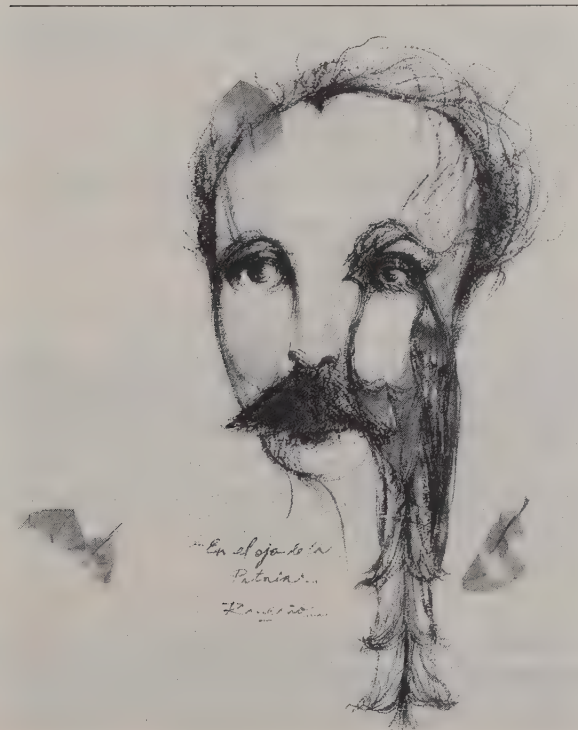
<sup>47</sup> En XVIII, p. 330. Este parece haber sido el sentido fundamental de la «poética de la guerra» en Martí como concluye Julio Ramos en su artículo «El reposo de los héroes», *Apuntes Postmodernos*, V, n° 2, primavera de 1995, pp. 14-20.

# VII

---

## BIBLIOGRAFÍA

---





---

# Araceli García Carranza

## OBRAS DEL AUTOR

### Obras completas

#### 1900-1919

*Obras.* Varias ciudades, G. de Quesada, 1900-1919. 15 tomos.

Contenido de interés: t. 3, t. 4, t. 8, t. 9, t. 13.

#### 1936-1949

*Obras completas.* La Habana, Editorial Trópico, 1936-1949. 74 tomos: il.

Contenido de interés: t. 15, t. 17, t. 21, t. 22, t. 27, t. 40, t. 53, t. 54.

#### 1946

*Obras completas.* Edición conmemorativa del cincuentenario de su muerte. Pról. y síntesis biográfica por M. Isidro Méndez. La Habana, Editorial Lex, 1946. 2 tomos. 2ª ed. (popular), 1948. 2 tomos en 4 volúmenes. Edición conmemorativa del centenario, 1953. 2 tomos.

Contenido de interés: vol. I, partes tercera y cuarta; vol. II, parte segunda.

#### 1963-1973

*Obras completas.* Pról. Juan Marinello. La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973. 28 tomos. Varias reimpressiones por la Editorial de Ciencias Sociales.

Contenido de interés: t. 16: Nuestra América; t. 9-13: En los Estados Unidos; t. 26: Índice.



**1983-2000 (en desarrollo)**

*Obras completas*. Edición crítica. Pról. Fidel Castro Ruz. La Habana, Centro de Estudios Martianos, tomo I, 1983 (2ª ed., 2000); 1985 (2ª ed., 2000); tomos III y IV, 2000.

## Selección de textos en español

**1939**

*Páginas selectas*. Sel., pról. y notas de Raimundo Lida. Buenos Aires, Ángel Estrada y Cía., 1939.

Contenido de interés: Emerson. Longfellow. Walt Whitman. Buenos y malos americanos. El General Grant. Exposición de pintura. El terremoto de Charleston. Los chinos en Nueva York.

**1944**

*Estados Unidos*. Pról., ordenación y notas de Dardo Cúneo. Buenos Aires, Editorial Americalee, 1944.

Contiene: Martí, el americano / Dardo Cúneo. Impresiones de América. Las fiestas de la Constitución de Filadelfia. Cómo se crea un pueblo en los Estados Unidos. Carlos Marx. La guerra social en Chicago. R. W. Emerson. La Estatua de la Libertad. El librepensamiento en los Estados Unidos.

**1953**

*Obras escogidas*. Sel., pról. y notas de Rafael Esténger. [Madrid] publicado por Ed. Aguilar para la Librería Económica [de] La Habana, 1953.

Contenido de interés: Emerson. Henry Ward Beecher. Peter Cooper. Wendell Phillips. El general Grant. El general Sheridan. El poeta Walt Whitman. El centenario americano. La Conferencia Monetaria. El Museo Metropolitano de Nueva York. El desnudo en el salón. El arte en los Estados Unidos. Las pascuas en Nueva York. El puente de Brooklyn. Los indios en los Estados Unidos. Grandes motines obreros. El terremoto de Charleston. Fiestas de la Estatua de la Libertad. La guerra social en Chicago. ¡Elecciones! Un funeral chino en Nueva York. Cómo se crea un pueblo [nuevo] en los Estados Unidos. El centenario americano. La verdad sobre los Estados Unidos.

**1961**

*Los Estados Unidos*. La Habana, Editorial Prensa Libre.

Contiene: Las fiestas de la Constitución en Filadelfia. Política internacional y religión. La excomunión del Padre McGlynn. El gran monumento de los peregrinos y los Cristos que han aparecido en el sur. El centenario de Washington. México en los Estados Unidos. El centenario norteamericano. La República Argentina en Estados Unidos. El cisma de los católicos en Nueva York. La guerra social en Chicago. La religión en los Estados Unidos. El terremoto de Charleston. La Estatua de la Libertad. El libre pensamiento en los Estados Unidos. La campaña presidencial en los Estados Unidos. El arte en Nueva York. Los chinos en Nueva York. Exposición de ganado.

## 1965

*Páginas escogidas.* Sel. y pról. de Roberto Fernández Retamar. La Habana, Editora Universitaria, 1965. 2 tomos. Otras eds. (Editorial Ciencias Sociales): 1971, 1974 y 1985.

Contenido de interés: t. 1. *Los Estados Unidos.* Henry Ward Beecher. El General Grant. Fiestas de la Libertad. El cisma de los católicos en Nueva York. La guerra social en Chicago. El asesinato de los italianos. La verdad sobre los Estados Unidos.

## 1968

*José Martí: antología crítica.* Sel., estudios y notas de Susana Redondo de Feldman y Anthony Tudisco. Nueva York, Las Américas Publishing Company, 1968.

Contenido de interés: Cuba-Estados Unidos. Carta a Bartolomé Mitre y Vedia. El poeta Walt Whitman. Nueva York bajo la nieve... Narraciones fantásticas... El problema negro... Cuba y los Estados Unidos. La verdad sobre los Estados Unidos.

*En los Estados Unidos.* Ed., pról. y notas de Andrés Sorel. Madrid, Alianza Editorial, 1968.

Contiene: Introducción de Andrés Soler. 1. *Crónicas de los Estados Unidos.* Muerte de Guiteau. El terremoto de Charleston. Fiestas de la Estatua de la Libertad. Inauguración: Cómo entra y sale un presidente en los Estados Unidos. Cómo se crea un pueblo nuevo en los Estados Unidos. 2. Unidad y racismo. Los indios en los Estados Unidos. Los Cristos del Sur. El problema negro. San Francisco y los Estados Unidos cierran sus puertas a los chinos. Un funeral chino. Los chinos en Nueva York. El asesinato de los italianos. 3. *Aspectos sociales.* Un domingo de junio. La procesión moderna. Un drama terrible. 4. *Norteamericanos.* Emerson. Jesse James, gran bandido. El general Grant. Walt Whitman. 5. *Aspectos culturales.* Las leyes de la herencia. Clubs y libros. Sobre la ciencia. El arte en los Estados Unidos. Colegios y universidades. 6. *Nuestra América.* Notas. Cuadro cronológico.

## 1970

*Sus mejores páginas.* Estudio, notas y sel. de textos por Raimundo Lazo. México, Editorial Porrúa, 1970. Otras eds.: 1972, 1982.

Contenido de interés: *Norteamérica. Cartas de Nueva York*. 1. Gran batalla política. Convención republicana y convención democrática. El «Boss». Purificación de la democracia (fragmento, 1881). 2. Pueblos perezosos. Elecciones honradas. Un millonario es vencido por un trabajador. Una campaña electoral (dos fragmentos, 1881). 3. Las Pascuas. Pascuas Christmas (fragmento, 1881). 4. Una pelea de premio. Los hombres peleadores (fragmento, 1882). 5. Suma de sucesos. Los trabajadores: sus fuerzas; sus objetivos; sus caudillos, europeos y americanos. 6. El hombre del oeste y el neoyorkino. La raza puritana (1884). 7. Un domingo de junio. Nueva York en verano. Los barrios pobres (fragmento, 1884). 8. Historia de la caída del Partido Republicano en los Estados Unidos y del ascenso al poder del Partido Demócrata. Antecedentes, transformaciones y significación actual de los Partidos (fragmento, 1885). 9. Las grandes huelgas en los Estados Unidos. Aspectos del problema social. Causas de la depresión industrial. Las angustias del gran Tío Sam (1886).

*Martí*. Prólogo de Roberto Fernández Retamar. Montevideo, Biblioteca de Marcha, 1970.

Contenido de interés: La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América. La verdad sobre los Estados Unidos. Vindicación de Cuba. El alma de la Revolución y el deber de Cuba en América. Carta a Manuel Mercado.

## 1971

*Escritos desconocidos de José Martí: Cuba. Puerto Rico. Propaganda revolucionaria. Juicios. Crítica. Estados Unidos*. Recopilación, prólogo y notas de Carlos Ripoll. Nueva York, Eliseo Torres and Sons, 1971.

Contenido de interés: *Los Estados Unidos*. Pueblos nuevos. La reunión de Filadelfia. La «Princesa Nicotina». La huelga en el norte.

## 1972

*Antología*. Ed., introd. y notas de Julio Ortega. Navarra, Salvat Editores, 1972, 166 p.

Contenido de interés: II. Los indios en los Estados Unidos. Fiestas de la Estatua de la Libertad. Un drama terrible. III. Emerson.

## 1973

*Cuba, Nuestra América, los Estados Unidos*. Sel. y pról. de Roberto Fernández Retamar. México, Siglo XXI, 1973.

Contenido de interés: Congreso Internacional de Washington. La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América. El tratado comercial entre los Estados Unidos y México. México y los Estados Unidos. México en los Estados Unidos. Los Estados Unidos. El cisma de los católicos en Nueva York. La guerra social en Chicago. Cómo se crea un pueblo nuevo en los Estados Unidos. El asesinato de los italianos. La verdad sobre los Estados Unidos.

## 1974

*Nuestra América*. Sel. y pról. de Roberto Fernández Retamar. La Habana, Casa de las Américas, 1974.

Contenido de interés: Contra el pensamiento. A) Conferencia Internacional Americana. B) Comisión Monetaria Internacional Americana.

## 1976

*Escritos sobre educación*. Sel. y edición de Pedro Álvarez Tabío. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1976.

Contenido de interés: *La educación en los Estados Unidos*. New York en otoño. Una distribución de diplomas en un colegio de los Estados Unidos. Las fiestas. La graduación en los Estados Unidos.

## 1977

*Nuestra América*. Pról. de Juan Marinello, selec. y notas de Hugo Achugar, cronología de Cintio Vitier. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977.

Contenido de interés: Las Conferencias Internacional y Monetaria.

*Política de Nuestra América*. Sel. y pról. de Roberto Fernández Retamar. México, Siglo XXI, 1977.

Contenido de interés: Contra el «Panamericanismo». El Congreso de Washington. Cartas a Gonzalo de Quesada. La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América.

## 1978-1981

*Obras escogidas en tres tomos*. Sel. y pról. Centro de Estudios Martianos. La Habana, Centro de Estudios Martianos, Editora Política, tomo I, 1978; tomo II, 1979; tomo III, 1981. 2ª ed., Centro de Estudios Martianos, Editorial de Ciencias Sociales, 1992.

## 1980

*Nuevas cartas de Nueva York*. Investigación, introd. e índice por Ernesto Mejía Sánchez. México, Siglo XXI, 1980. 2ª ed., con el título: *Otras crónicas de Nueva York*. La Habana, Centro de Estudios Martianos, Editorial de Ciencias Sociales, 1983.

Contiene: Introducción: José Martí en *El Partido Liberal* (1886-1892) / E. Mejía Sánchez. I (1) Correspondencia particular para *El Partido Liberal*, Nueva York, 15 de mayo de 1886. II (5)



Correspondencia particular de *El Partido Liberal*, Nueva York, 18 de junio de 1888. III (6) Correspondencia particular para *El Partido Liberal*, Nueva York, 26 de junio [de 1886]. IV (8) Correspondencia particular para *El Partido Liberal*, Nueva York, 6 de julio de 1886. VI (12) Correspondencia particular para *El Partido Liberal*, Nueva York, 6 de agosto [de 1886]. VI (12) Correspondencia particular para *El Partido Liberal*, Nueva York, 19 de agosto [de 1886]. VI (16) Correspondencia particular para *El Partido Liberal*, Nueva York, 15 de octubre de 1886. VIII (17) Correspondencia particular para *El Partido Liberal*, Nueva York, 17 de octubre de 1886. IX (18) Correspondencia particular para *El Partido Liberal*, Nueva York, 27 de octubre de 1886. X (23) Correspondencia particular para *El Partido Liberal*, Nueva York, 22 de diciembre de 1886. X (23) Correspondencia particular para *El Partido Liberal*, Nueva York, 8 de enero de 1887. XI (36) Correspondencia particular para *El Partido Liberal*, Nueva York, 1º de junio de 1887. XII (51) Estados Unidos: Nueva York, 7 de diciembre de 1887. XIII (71) Correspondencia particular para *El Partido Liberal*, Nueva York, 18 de agosto de 1888. XIV (74) La inmigración en los Estados Unidos y en Hispanoamérica. Aviso a México. XV (107) El proyecto de Zollverein. XVI (108) Correspondencia particular para *El Partido Liberal*, Nueva York, 21 de noviembre de 1889. XVII (115) Edison. XVIII (121) Carta de los Estados Unidos: La organización municipal en New York, Nueva York, 8 de junio de 1890. XIX (122) Carta de Nueva York, Nueva York, 1º de julio de 1890. XX (24) Cómo murió [Martín] Barrundia. XXI (127) Cartas de verano II: La universidad de los pobres, Nueva York, 2 de septiembre de 1890. XXII (136) Carta de los Estados Unidos, Nueva York, 11 de febrero de 1891. XXIII (137) De Washington: La comedia de *El senador*, Washington, 18 de febrero [de 1891]. XXIV (139) Carta de José Martí, Nueva York, 4 de noviembre de 1891. XXV (142) El mensaje del presidente Harrison. XXVI (143) Carta de José Martí, Nueva York, 9 de febrero de 1892. XXVII (144) Carta de José Martí, Nueva York, 23 de febrero de 1892. XXVIII (145) Carta de José Martí, Nueva York, 23 de marzo de 1892. [Apéndice:] De Washington: El baile de nuestro ministro. Índice de cartas. Índice de nombres.

## 1981

*Letras fieras*. Sel. y pról. de Roberto Fernández Retamar. La Habana, Centro de Estudios Martianos, Editorial Letras Cubanas, 1981. Reimp.: 1985.

Contenido de interés: *Los Estados Unidos*. Wendell Phillips. El general Grant. Fiestas de la Estatua de la Libertad. El cisma de los católicos en Nueva York. Henry Ward Beecher: Su vida y su oratoria. La guerra social en Chicago. Cómo se crea un pueblo nuevo en los Estados Unidos. El asesinato de los italianos. La verdad sobre los Estados Unidos. *Letras, educación y pintura*. Emerson. El poema del Niágara. El poeta Walt Whitman.

## 1982

*Mi tiempo: un mundo nuevo: una antología general*. Sel. y pról. de Jaime Labastida, México, SEP/UNAM, 1ª ed., 1982.

Contenido de interés: El general Grant. El alzamiento de los trabajadores en los Estados Unidos. México y Estados Unidos. Estudio indispensable para comprender los acontecimientos venideros en los Estados Unidos. El millonario Stewart y su mujer. México en los Estados Unidos. El poeta Walt Whitman. México en los Estados Unidos; sucesos referentes

a México. La guerra social en Chicago. La inmigración en los Estados Unidos y en Hispanoamérica. Aviso a México. Cómo se crea un pueblo nuevo en los Estados Unidos. Congreso Internacional de Washington. La cuestión social y el remedio del voto. El asesinato de los italianos. La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América.

## 1984

*En las entrañas del monstruo.* Sel. y presentación del Centro de Estudios Martianos. La Habana, Centro de Estudios Martianos, Editorial Ciencias Sociales, 1984.

Contiene: Los Estados Unidos y México (1875). México y los Estados Unidos (1876). México [s.a.]. Impresiones de América, I-III (1880). Carta de Nueva York: Pueblos perezosos (1881). Carta de Nueva York: El Mississippi desbordado (1882). Longfellow (1882). Jesse James, gran bandido (1882). Emerson (1882). Carta de los Estados Unidos: Muerte de Guiteau (1882). El comercio, proteger es destruir (1883). Carta de Martí: Suma de sucesos (1883). Peter Cooper (1883). Libertad, ala de la industria (1883). Wendell Phillips (1884). William F. Cody: Búfalo Bill (1884). Carta de Martí: La procesión moderna (1884). Cartas de Martí: Un día de elecciones en Nueva York (1884). Cartas de Martí: Historia de la caída del Partido Republicano en los Estados Unidos y del ascenso al poder del Partido Demócrata (1885). Cartas de Martí: Los secretarios del Presidente (1885). Los indios en los Estados Unidos (1885). Las huelgas en los Estados Unidos (1886). Carta de Nueva York: La vida de verano en los Estados Unidos: Pobres, ricos, campamentos religiosos, sucesos notables (1886). Correspondencia particular de *El Partido Liberal*: Estudio indispensable para comprender los acontecimientos venideros en los Estados Unidos (1886). Correspondencia particular de *El Partido Liberal*: La mujer norteamericana (1886). Estados Unidos (1886). Henry Ward Beecher (1887). El cisma de los católicos en Nueva York (1887). El poeta Walt Whitman (1887). Cartas de Martí: Movimiento social y político de los Estados Unidos (1887). La excomunión del Padre McGlynn (1887). Cosas del otro mundo (1887). Un drama terrible (1887). Bronson Alcott, el platoniano (1888). Carta abierta a Ricardo Rodríguez Otero (1886). ¿A los Estados Unidos? (1888). Noche de Blaine (1888). ¡Elecciones! (1888). Vindicación de Cuba (1889). Cómo se crea un pueblo nuevo en los Estados Unidos (1889). De Nueva York (1889). Congreso Internacional de Washington: su historia, sus elementos y sus tendencias (1889). La Conferencia de Washington (1890). Prólogo a los versos sencillos (1891). La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América (1891). Carta de José Martí: El negro en los Estados Unidos (1892). La crisis y el Partido Revolucionario Cubano (1893). A la raíz (1893). ¡A Cuba! (1894). La verdad sobre los Estados Unidos (1894). El tercer año del Partido Revolucionario Cubano: El alma de la revolución y el deber de Cuba con América (1894). Carta a Manuel Mercado (1895).

## 1987

*Un drama terrible.* Sel., presentación y notas del Centro de Estudios Martianos. La Habana, Editora Política, 1987.

Contiene: Presentación. Correspondencia particular para *El Partido Liberal* [Carta al Sr. Director de El Partido Liberal, Nueva York, 15 de mayo de 1886]: El alzamiento de los trabajadores en los Estados Unidos. Motivos y antecedentes del alzamiento. Aspectos originales del problema obrero en los Estados Unidos. Nacionales y extranjeros. Peligros de la

inmigración. Angustia de las industrias norteamericanas. Lo que los alemanes se trajeron: Schawbs, Spies, Most. Escena de los motines de Chicago. Una bomba de dinamita: casas asaltadas: tiendas despedazadas: de Norteamérica. Los Caballeros del Trabajo condenan a los anarquistas. Orígenes, composición y tendencias de la Orden de los Caballeros del Trabajo. Un anciano Uriah Stevens. Programa y medios legales de la Orden: Cómo creció y cómo lucha. El fin del siglo [publicada el 26 de mayo de 1886]. El proceso de los siete anarquistas de Chicago [Carta al Sr. Director de *La Nación*, Nueva York, 2 de septiembre de 1886]: El problema del trabajo en Europa y en América. Estudio de caracteres. El proceso. El veredicto: aplauso unánime [publicada el 21 de octubre de 1886]. Correspondencia particular de *El Partido Liberal*. [Carta al Sr. Director de *El Partido Liberal*, Nueva York, 17 de octubre de 1886]: La mujer norteamericana. La «mulata» Lucy Parsons, mestiza de mexicano e indio. Lucy Parsons recorre los Estados Unidos hablando en defensa de su marido, condenado a muerte entre los anarquistas de Chicago. La sentencia no ha amedrentado a las asociaciones anarquistas. Lucy Parsons en Nueva York. Su elocuencia. Escena memorable en Clarendon Hall. Carácter viril de la mujer norteamericana y su razón. Una mujer decide el debate en la convención política. La mujer en los teatros: Helen Daubray: Lilian Oleot y la Fedora de Sardou. Mrs. Langtry [publicada el 7 de noviembre de 1886]. *Cartas de Martí*. [Carta al Sr. Director de *La Nación*, Nueva York, 13 de noviembre de 1887]: Un drama terrible. La guerra social en Chicago. Anarquía y represión. El conflicto y sus hombres. Escenas extraordinarias. El choque. El proceso. El cadalso. Los funerales. [Publicada el 1º de enero de 1888].

## 1990

*Textos antimperialistas* [...]. Sel., presentación y comentarios de Fina García Marruz. La Habana, Centro de Estudios Martianos, Editorial Pueblo y Educación, 1990.

Contiene: Presentación / Fina García Marruz. México. El millonario Jay Gould. En vísperas de un viaje en la historia de los Estados Unidos. Nuestras tierras latinas. La política de acontecimiento. Artículos sobre el incidente Cutting. Carta a Ricardo Rodríguez Otero. Vindicación de Cuba. Carta a Serafín Bello. Heredia. Madre América. Artículos sobre la Confederación Internacional Americana de Washington de 1889. Diez cartas dirigidas a Gonzalo de Quesada. Prólogo a los *Versos sencillos*. Nuestra América. La Confederación Monetaria de las Repúblicas de América. Bases del Partido Revolucionario Cubano. Editoriales y artículos de *Patria* (1892-1895). Nota de Patria. La primera conferencia. El remedio anexionista. Carácter. El *Evening Telegraph* de Filadelfia. La crisis y el Partido Revolucionario Cubano. Pobreza y patria. Otro Cuerpo de Consejo. ¡A Cuba! Los cubanos de Jamaica y los revolucionarios de Haití. El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El lenguaje reciente de ciertos autonomistas. Las guerras civiles en Sudamérica. La verdad sobre los Estados Unidos. Carta a Federico Henríquez y Carvajal. Manifiesto de Montecristi. Manifiesto al *New York Herald*. La última carta a Mercado.

## 1993

*Crónicas. Antología crítica*. Prólogo, selección y notas de Susana Rotker. Madrid, Alianza Editorial, 1993.

Contiene: Prólogo / Susana Rotker. Nota sobre la presente edición. Garfield. Longfellow (1 y 2). Jesse James. Emerson. El poeta Walt Whitman. Coney Island. El puente de Brooklyn. El terre-

moto de Charleston. Gran exposición de ganado. La exhibición de flores. El proceso de los siete anarquistas de Chicago. Un drama terrible. Narraciones fantásticas. Un funeral chino. Cómo se crea un pueblo nuevo en los Estados Unidos. El Centenario americano. Un rostro rehecho.

1997

*Todo lo olvida Nueva York en un instante*. Sel. y presentación de Jorge de Jesús Aguirre y María Antonieta Juliá. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1997.

Contiene: Presentación / J. de J. Aguirre y M. A. Juliá. I. Con paso ligero y mirada alerta, 1881-1886. II. El ceño fruncido y la mirada preocupada, 1887-1889. III. Afinado el olfato, andar seguro, aguda mirada, 1890-1891.

## ESTUDIOS CRÍTICOS

ABAD, Diana. «Notas sobre Martí en Nueva York». *Revista cubana de ciencias sociales*, n° 30, La Habana, 1995, pp. 182-187.

ARIAS, Salvador. «Está de bárbaros el país», un ejemplo de crónica martiana». *Anuario de Estudios Americanos*, LIII, n° 1, Sevilla, 1996, pp. 215-231.

ARMAS DELAMARTER-SCOTT, Ramón de. «Conflicto social, violencia y autonomía en los Estados Unidos». *Contracorriente*, 2, n° 4, La Habana, abril-junio de 1996, pp. 5-25.

— «José Martí y la época histórica del imperialismo». *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, n° 3, La Habana, 1980, pp. 237-257.

— «Martí en Nueva York: en busca de respuestas». *Temas*, n° 8, La Habana, octubre-diciembre de 1996, pp. 30-37.

AUGIER, Ángel I. «Martí: tesis antimperialista en la cuna del Panamericanismo». *Casa de las Américas*, 14, n° 82, La Habana, enero-febrero de 1974, pp. 52-64.

BALLÓN, José C. *Autonomía cultural americana: Emerson y Martí*. Madrid, Editorial Pliegos, 1986.

BARRADAS, Efraín. «Martí, Emerson y Buffalo Bill». *La Torre. Revista de la Universidad de Puerto Rico*, año III, n° 11, San Juan de Puerto Rico, Nueva Época, julio-septiembre de 1989, pp. 459-471.

BENÍTEZ, José A. *Martí y Estados Unidos*. La Habana, Editora Política, 1983.

BOYDSTON, Jo Ann Harrison. «José Martí en Oklahoma». *Archivo José Martí*, n° 12, La Habana, 1948, pp. 195-201.



- CAIRO BALLESTER, Ana. «Visión de los Partidos Republicano y Demócrata en Escenas Norteamericanas (1880-1889)». *Universidad de la Habana*, n° 220, mayo-agosto de 1983, pp. [41]-67.
- CALLEJAS, Bernardo. «José Martí: 1989 en la batalla antimperialista». *Universidad de la Habana*, n° 214, mayo-agosto de 1981, pp. 192-206.
- CANTÓN NAVARRO, José. «Crítica martiana de la vida política en Estados Unidos». *Cuba socialista*, n° 19, La Habana, enero-febrero de 1986, pp. 34-52.
- «Influencia del medio social norteamericano en el pensamiento de José Martí». *Moncada*, 9, n°s 1-2, La Habana, mayo-junio de 1974, pp. 46-54. Publicado también en: *Anuario Martiano*, 6, n°s 22-38, La Habana, 1973 [i.e. 1976], pp. 23-38.
  - «José Martí y los mártires de Chicago». *Islas*, n° 75, Las Villas, Cuba, mayo-agosto de 1983, pp. 33-44.
- CEPEDA, Rafael. «Algunos rostros en la Conferencia Internacional Americana». *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, n° 13, La Habana, 1990, pp. 225-243.
- *José Martí: su verdad sobre los Estados Unidos*. La Habana, Editorial Caminos, 1995.
- CHAILLOUX LAFFITA, Graciela. «Estrategia y pensamiento económico de José Martí frente al imperialismo norteamericano». *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, n° 13, La Habana, 1990, pp. 198-211.
- CORBITT, Roberta Day. *This Colossal Theater: The United States Interpreted by José Martí*. Disertación presentada para optar por el grado de Doctor en Filosofía en la Universidad de Kentucky, 1988. (Xerox.)
- CRUZ, Mary. «Centenario de "El poeta Walt Whitman" de Martí». *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, n° 10, La Habana, 1987, pp. [136]-158.
- «Centenario de Ramona» (I-II). *Bohemia*, 80, n° 27, La Habana, 1° de julio de 1988, pp. 16-18; 80, n° 28, 8 de julio de 1988, pp. 16-18.
  - «Emerson en Martí». *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, n° 5, La Habana, 1982, pp. [78]-101.
  - «Versión martiana a *Leaves of grass*: cotejo y análisis». *Revista de literatura cubana*, 1, n° 1, La Habana, julio de 1983, pp. 6-30.
- DÍAZ QUINONES, Arcadio. «Martí: la guerra desde las nubes». *Op. cit. Revista del Centro de Investigaciones Históricas*, n° 9, edición extraordinaria, Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1997, pp. [201]-227.
- ESTRADE, Paul. «La acción de José Martí en el seno de la Comisión Monetaria». En: *José Martí, militante y estratega*. Trad. por Marina Fernández. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1983, pp. [37]-53. Publicado originalmente, en francés, en *Cuba Sí*, n°s 35-36, París, 1971, pp. 14-42.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto. «A un siglo de cuando José Martí se solidarizó con los mártires obreros asesinados en Chicago». *Anuario del Centro de Estudios Martianos*,

- nº 11, La Habana, 1988, pp. 51-62; publicado también en: *Universidad de La Habana*, nº 332, mayo-agosto de 1988, pp. [59]-70; y en versión algo distinta, con el título «Ante los sucesos de Chicago», en: «*Nuestra América*»: cien años y otros acercamientos a Martí. La Habana, Ed. Si-Mar, 1995, pp. [97]-108.
- «Martí: la verdad sobre los Estados Unidos». *Cuba socialista*, 7, nº 26, La Habana, marzo-abril de 1987, pp. 95-113.
- «Del anticolonialismo al antiimperialismo». En: «*Nuestra América*»: cien años... *Op. cit.*, pp. [129]-139.
- FONER, Philip S. «Visión martiana de los dos rostros de los Estados Unidos». *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, nº 3, La Habana, 1980, pp. 218-236.
- FOUNTAIN, Anne Owen. *José Martí and North American Authors*. Presentado para optar por el grado de Doctor en Filosofía en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Columbia, [Nueva York], 1973. (Xerox.)
- «Ralph Waldo Emerson and Helen Hunt Jackson in *La Edad de Oro*». *Secolas Annales*, XII, 1991.
- GARCÍA MARRUZ, Fina. «El tiempo en la crónica norteamericana de José Martí». *Bulletin Hispanique*, tomo LXXV, bis [En torno a José Martí], Burdeos, pp. 379-402; publicado también en su *Temas martianos. Tercera Serie*. La Habana, Centro de Estudios Martianos, ARTEX, 1995, pp. 175-194.
- CONZÁLEZ, Manuel Pedro. *José Martí: Epic Chronicler of the United States in the Eighties*. Introducción de Sturgis E. Leavitt. Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1953.
- CONZÁLEZ PATRICIO, Rolando. «José Martí: una estrategia para las relaciones Cuba-Estados Unidos». *Patria*, nºs 6-7, La Habana, 1993-1994 [i.e. 1995], pp. 74-81.
- HANSEN, Jorn Ralph. «La política en los Estados Unidos vista por Martí». *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, nº 5, La Habana, 1982, pp. [102]-128.
- HIDALGO PAZ, Ibrahim. «Las entrañas del monstruo». *Bohemia*, 74, nº 12, La Habana, 19 de marzo de 1982, pp. 84-87.
- «Pueblo y gobierno estadounidense en la política martiana (1892-1895)». *Cuadernos americanos*, 3, nº 51, México, mayo-junio de 1995, pp. [193]-206.
- IDUARTE, Andrés. «Estados Unidos». En: *Martí escritor*. México, Cuadernos Americanos, 1945, pp. 261-286.
- ICLESIAS, José. «José Martí en Ybor City». *Casa de las Américas*, 35, nº 198, La Habana, enero-marzo de 1995, pp. 81-89.
- ISAACSON, William D. «Un análisis de la crítica de José Martí del ensayo *La Naturaleza* de Ralph Waldo Emerson». *Memoria del Congreso de Escritores Martianos...* *Op. cit.*, pp. [706]-713.

*José Martí antimperialista*. Sel. del Centro de Estudios Martianos. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1984.

Contiene: El internacionalismo antimperialista en la obra político-revolucionaria de José Martí / E. Roig de Leuchsenring. El primer Partido Revolucionario-antimperialista de la historia / A. O. Caballero. La acción de Martí en el seno de la Comisión Monetaria Internacional Americana / P. Estrade. La discriminación racial en los Estados Unidos / J. Oullion. Fuentes y raíces del pensamiento antimperialista de José Martí / J. Marinello. Influencia del medio social norteamericano en el pensamiento de José Martí / J. Cantón Navarro. 1887: un año clave en la radicalización martiana / B. Callejas. Notas sobre el origen del antimperialismo martiano / I. Hidalgo Paz. José Martí y la época histórica del imperialismo / R. de Armas Delamarter-Scott. Anticipaciones de José Martí a la teoría leninista del imperialismo / Á. Augier. Visión martiana de los dos rostros de los Estados Unidos / P. S. Foner. Martí y el Panamericanismo: propósito de un siglo / M. Calich. Visión martiana del imperialismo / J. Le Riverend. El Plan de Fernandina y los espías del diablo / N. Sarabia. Vigencia del latinoamericanismo de José Martí / J. A. Portuondo. José Martí y nuestra América / R. Fernández Retamar.

*José Martí in the United States: The Florida Experience*. Edición de Louis A. Pérez, Jr. Tempe, Arizona, ASU Center for Latin American Studies, Arizona State University, 1995.

Contiene: Dedication. Contributors. List of Figures. Preface / K. L. Stoner and D. Abad. Chapter I. Introduction / L. A. Pérez, Jr. II. En un rincón de la Florida: Exile and Nationality in José Martí's Biographic Chronicles in Patria / A. I. Lugo Ortiz. III. Engendering independence: Los patriotas of Tampa and the Social Vision of José Martí / N. A. Hewitt. IV. Beyond Literature? Martí's Key West Album / I. A. Schulmann. V. José Martí. Cuban Independence and the North American Economic, Political Social Agenda / C. N. Ronning. VI. «Más que negro»: José Martí and the Politics of Unity / N. R. Byrabal. VII. José Martí, the Cuban Patriotic League of Tampa and the Cuban Revolutionary Party / E. Collazo Pérez, ed. and trans. K. Lynn Stoner. VIII. Martí City: Cubans in Ocala / L. Glenn Westfall. IX. Model for the Martí Project Political Realism and Feasible Ideal / A. Ronda Varona; trans. J. R. Gálvez. X. Martí en Ybor City / J. Iglesias.

*José Martí y los Estados Unidos*. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1998.

Contiene: Nota introductoria. Discurso y cultura de la nación cubana o el deseo de perfección / I. A. Schulmann. Conflicto social, violencia y autoctonía en los Estados Unidos / R. de Armas. José Martí en New York: dos hitos de su lectura cultural / J. Ballón. «Definir, avisar, poner en guardia». Visión martiana de Estados Unidos en la América / P. P. Rodríguez. Pueblo y gobierno estadounidense en la política martiana (1892-1895) / I. Hidalgo Paz. Prosa última: algunos aspectos formales / E. Almenas Rosa. Tópicos de la fundación: poesía y nacionalidad en José Martí / J. Ramos.

JUAN, Adelaida de. «La pintura en los Estados Unidos [...]». En: *José Martí. Imagen, crítica y mercado de arte*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1998, pp. 60-81.

LAMORE, Jean. «Histoire et biologie dans l'Amérique métisse de José Martí». En: *Centre d'Études Cubaines. Cuba: les étapes d'une libération*. Toulouse, Université de Toulouse Le Mirail, 1979, pp. [131]-149. Trad. del francés por Pedro de Arce. *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, n° 2, La Habana, 1979, pp. 92-110.

- LEAVITT, Sturgis. «José Martí, intérprete de los Estados Unidos». *Memoria del Congreso de Escritores Marianos...* *Op. cit.*, pp. [362]-374.
- LIZASO, Félix. «Emerson visto por Martí». *Humanismo*, III, n° 23, La Habana, 1954, pp. 31-38.
- MEAD, Robert G. «Sarmiento, Martí y los Estados Unidos: Semejanzas y diferencias». *Cuadernos americanos*, n° 16, México, noviembre-diciembre de 1976, pp. [141]-155.
- MESTAS, Juan Eugenio. *El pensamiento social de José Martí: ideología y cuestión obrera*. Madrid, Editorial Pliegos, 1993.
- ONÍS, José de. «Martí y los Estados Unidos». En: *Memorias del Sexto Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*. México, Imprenta Universitaria, 1954.
- OULLION, Juliette. «La discriminación racial en los Estados Unidos vista por José Martí». *Anuario Martiano*, 3, n° 3, La Habana, 1971, pp. 9-94.
- PEÑATE DÍAZ, Florencia. «José Martí a cien años del Congreso de Washington». *Anuario del Centro de Estudios Marianos*, n° 13, La Habana, 1990, pp. 163-174.
- *José Martí y la Primera Conferencia Panamericana*. La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1977.
- PÉREZ CONCEPCIÓN, Hebert. «José Martí, historiador de los Estados Unidos, previsor de su desborde imperialista. El alerta a Nuestra América». *Universidad de La Habana*, n° 238, mayo-agosto de 1990, pp. 121-134; publicado también con ligeras variantes en: *Anuario del Centro de Estudios Marianos*, n° 13, La Habana, 1990, pp. 124-136.
- *José Martí y la práctica política norteamericana (1881-1889)*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 1996.
- PHILLIPS, Allen W. «Sobre una prosa de José Martí: El terremoto de Charleston». En: *Estudios y notas sobre literatura hispanoamericana*. México, D. F., Ed. Cultura, 1965, pp. [5]-18.
- RÍPOL, Carlos. «Martí en Nueva York: la primera visita». En: *José Martí, letras y huellas desconocidas*. Nueva York, Eliseo Torres and Sons, 1976, pp. [9]-22.
- RODRÍGUEZ, Pedro Pablo. «El dirigente de la emigración. Martí en Nueva York 1880-1881». *Bohemia*, 73, n° 5, La Habana, 30 de enero de 1981, pp. 82-87.
- «Salvar el honor de la América inglesa. Estados Unidos dentro del programa revolucionario de José Martí». *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, n° 30, La Habana, 1995, pp. 108-121.
- «El 98 epifanía del nuevo imperialismo». *Debates americanos*, n° 4, La Habana, julio-diciembre de 1997, pp. 99-103.
- ROTKER, Susana. «La otra patria: el exilio». *Primer plano*. Buenos Aires, Argentina, 28 de mayo de 1995; publicado también en: *La Época*, Chile, 9 de julio de 1995.
- SANTOVENIA, Emeterio S. *Lincoln en Martí*. Pról. de Félix Lizaso. La Habana, Editorial Santovenia, Trópico, 1948.



SARMIENTO, Domingo Faustino. «La libertad iluminando al mundo». *La Nación*, Buenos Aires, 4 de enero de 1887; publicado también en: *Obras*. Buenos Aires, Imprenta y Litografía Mariano Moreno, 1900, tomo XLVI, pp. 173-176.

SCHULER, Esther Elise. «José Martí: Su crítica de algunos autores norteamericanos». *Archivo José Martí*, 16, La Habana, 1950, pp. 164-192.

SCHULMAN, Ivan A. «José Martí and Mark Twain: A Study of Literary Sponsorship». *Symposium*, XV, n° 2, Siracuse, 1961, pp. 104-113.

– «José Martí y *La Revista Ilustrada de Nueva York*». *Cuadernos Americanos*, XXVII, n° 4, México, 1968, pp. 141-153.

– «Un nuevo mundo: Martí y la sociedad multicultural de los Estados Unidos». *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, n° 16, La Habana, 1993 [i.e. 1995], pp. [252]-266.

*Simpósio Internacional Pensamiento Político y Antimperialista en José Martí. Memorias*. La Habana, Centro de Estudios Martianos, Editorial Ciencias Sociales, 1989.

Contenido de interés: José Martí: bolivarismo y antimperialismo / R. Soler. Aspectos del concepto antimperialista en José Martí / K. Schnelle. Algunos aspectos del antimperialismo en *Patria* / I. Hidalgo Paz. El precoz antimperialismo de José Martí / A. Herrera Franyutti. Los Estados Unidos: crítico del capitalismo financiero (1880-1889) / J. Le Riverend.

«Simposio Internacional José Martí contra el Panamericanismo Imperialista». *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, n° 13, La Habana, 1990, pp. [13]-391.

Contenido de interés: Palabras de apertura / R. Fernández Retamar. Antimperialismo en Bolívar y Martí / R. Losada Aldana. Martí y Mariátegui, forjadores de la lucha antimperialista latinoamericana / A. Caballero Méndez. José Martí y Ernesto Che Guevara en la lucha por la liberación de nuestra América / A. Aguilar Monteverde. Martí, historiador de los Estados Unidos y previsor de su desborde imperialista / H. Pérez Concepción. Ante el empuje yanqui: las contraofensivas europeas por el dominio continental y la batalla martiana por un latinoamericanismo liberador / P. Estrade. José Martí a cien años del Congreso de Washington / F. Peñate. «Aquel invierno de angustia»: la primera Conferencia Internacional de Washington, ante la América de Martí / A. Herrera Franyutti. Estrategia y pensamiento económico de José Martí frente al imperialismo norteamericano / G. Chaillous Laffita. Algunos rostros en la Conferencia Internacional Americana / R. Cepeda. Transtextualización y socialización fictivas: *Misterio y Ramona* / I. A. Schulman. Raíz y luz de José Martí en Nicaragua: acerca del panamericanismo imperialista / A. Amador.

SINCLAIR, W. Ward. *Los Estados Unidos de Martí*. Tesis presentada para optar por el grado de Maestro en Artes de la Escuela de Verano de la Universidad Nacional Autónoma de México. México, D. F., 1959. (Mimeo.)

SOLER, Ricaurte. «De Nuestra América de Blaine a Nuestra América de Martí». *Casa de las Américas*, 20, n° 119, La Habana, marzo-abril de 1980, pp. 9-61.

TOLEDO SANDE, Luis. «Contra los cegadores de la luz. A propósito de las crónicas de José Martí sobre el sacerdote Edward McGlynn». *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, n° 11, La Habana, 1988, pp. [186]-205; publicado también en: *Universidad de La Habana*, n° 232, 1989, pp. [187]-200.

- «A very fresh Spaniard: personaje literario de José Martí». *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, n° 12, La Habana, 1989, pp. [187]-200.
- VARONA, Enrique José. «Martí en los Estados Unidos». *El Fígaro*, La Habana, 7 de septiembre de 1902; reproducido en: *Archivo José Martí*, n° 5, enero-diciembre de 1942, pp. 88-90.
- WEBER, Frida. «Martí en *La Nación*, de Buenos Aires (1885-1890)». *Revista Cubana*, vol. X, n° 28-30, La Habana, octubre-diciembre de 1937, pp. 71-84.
- WILGUS, A. Curtis y Karma S. WILGUS. «Las crónicas de José Martí sobre la Primera Conferencia Internacional Americana celebrada en Washington». *Memoria del Congreso de Escritores Martianos... Op. cit.*, pp. [318]-335.
- YOSKOWITZ, Marcia. «El arte de síntesis e interpretación: un estudio de "El terremoto de Charleston" de José Martí». *Cuadernos americanos*, XXVII, n° 6, México, noviembre-diciembre de 1968, pp. [135]-148.
- ZÉNDEGUL, Guillermo de. «Martí en Nueva York». *Américas*, XXV, n° 1, Washington, 1973, pp. 7-12.

Contiene: Introducción: José Martí en *El Partido Liberal* (1886-1892 / E. Mejía Sánchez; I (1) Correspondencia particular para *El Partido Liberal*, New York, 15 de mayo de 1886; II (5) Correspondencia particular para *El Partido Liberal*, New York, 18 de junio de 1886; III (6) Correspondencia particular para *El Partido Liberal*, New York, 26 de junio [de 1886]; IV (8) Correspondencia particular para *El Partido Liberal*, New York, 6 de julio de 1886; VI (12) Correspondencia particular para *El Partido Liberal*, New York, 6 de agosto [de 1886]; VI (12) Correspondencia particular para *El Partido Liberal*, New York, 19 de agosto [de 1886]; VII (16) Correspondencia particular para *El Partido Liberal*, New York, 15 de octubre de 1886; VIII (17) Correspondencia particular para *El Partido Liberal*, New York, 17 de octubre de 1886; IX (18) Correspondencia particular para *El Partido Liberal*, New York, 27 de octubre de 1886; X (23) Correspondencia particular para *El Partido Liberal*, New York, 22 de diciembre de 1886; X bis (25) Correspondencia particular para *El Partido Liberal*, New York, 8 de enero de 1887; XI (36) Correspondencia particular para *El Partido Liberal*, New York, junio 1° de 1887; XII (51) Estados Unidos: Nueva York, diciembre 7 de 1887; XIII (71) Correspondencia particular para *El Partido Liberal*, New York, agosto 18 de 1888; XIV (74) La inmigración en los Estados Unidos y en Hispanoamérica. Aviso a México; XV (107) El proyecto de Zollverein; XVI (108) Correspondencia particular para *El Partido Liberal*, New York, noviembre 21 de 1889; XVII (115) Edison; XVIII (121) Carta de los Estados Unidos: La organización municipal en New York, 8 de junio de 1890; XIX (122) Carta de Nueva York, Nueva York, julio 1° de 1890; XX (24) Cómo murió [Marín] Barrundia; XXI (127) Cartas de verano II: La Universidad de los pobres, Nueva York, 2 de septiembre de 1890; XXII (136) Carta de los Estados Unidos, New York, febrero 11 de 1891; XXIII (137) De Washington: La Comedia de *El senador*, Washington, 18 de febrero [de 1891]; XXIV (139) Carta de José Martí, Nueva York, 4 de noviembre de 1891; XXV (142) El mensaje del presidente Harrison; XXVI (143) Carta de José Martí, New York, 9 de febrero de 1892; XXVII (144) Carta de José Martí, New York, febrero 23 de 1892; XXVIII (145) Carta de José Martí, New York, 23 de marzo de 1892. [Apéndice:] De Washington: El baile de nuestro ministro. Índice de cartas. Índice de nombres.



# Índice general



## *Introducción* p. XIII

- Liminar  
*José Juan Arrom* p. XV
- Introducción del Coordinador.  
Para conocer los Estados Unidos de Martí  
*Roberto Fernández Retamar* p. XVII
- Estudio filológico preliminar  
*Pedro Pablo Rodríguez* p. XXI



## *El Texto* p. 1

- *En los Estados Unidos. Periodismo de 1881 a 1892.*  
**José Mari**  
(Establecimiento del texto, *Pedro Pablo Rodríguez*.  
Notas explicativas, *Pedro Araya*) p. 3
- 1881
  - [1] Carta de Nueva York – Nueva York, 20 de agosto de 1881 [*La Opinión Nacional*, Caracas, 5 septiembre de 1881] p. 7
  - [2] Cartas de Nueva York. Noticias de los Estados Unidos – Nueva York, 3 de septiembre de 1881 [*La Opinión Nacional*, Caracas, 17 de septiembre de 1881] p. 12
  - [3] Cartas de Nueva York. Noticias de los Estados Unidos – Nueva York, 16 de septiembre de 1881 [*La Opinión Nacional*, Caracas, 1º de octubre de 1881] p. 15



[4] Cartas de Nueva York. Expresamente escritas para <i>La Opinión Nacional</i> . Garfield ha muerto – Nueva York, 1º de octubre de 1881 [ <i>La Opinión Nacional</i> , Caracas, 14 de octubre de 1881]	p.	25
[5] Carta de Nueva York – Nueva York, 1º de octubre de 1881 [ <i>La Opinión Nacional</i> , Caracas, 19 de octubre de 1881]	p.	41
[6] Carta de Nueva York – Nueva York, 15 de octubre de 1881 [ <i>La Opinión Nacional</i> , Caracas, 26 de octubre de 1881]	p.	46
[7] James A. Garfield – [ <i>La Ofrenda de Oro</i> , Nueva York, octubre de 1881; <i>La Habana</i> , 7 (6): 8-9, octubre, 1881]	p.	51
[8] Carta de Nueva York – Nueva York, 15 de octubre de 1881 [ <i>La Opinión Nacional</i> , Caracas, 27 de octubre de 1881]	p.	54
[9] Carta de Nueva York – Nueva York, 29 de octubre de 1881 [ <i>La Opinión Nacional</i> , Caracas, 14 de noviembre de 1881]	p.	60
[10] Carta de Nueva York – Nueva York, 29 de octubre de 1881 [ <i>La Opinión Nacional</i> , Caracas, 15 de noviembre de 1881]	p.	66
[11] Carta de Nueva York – Nueva York, 12 de noviembre de 1881 [ <i>La Opinión Nacional</i> , Caracas, 26 de noviembre de 1881]	p.	71
[12] Coney Island – [ <i>La Pluma</i> , Bogotá, 3 de diciembre de 1881]	p.	82
[13] Carta de Nueva York – Nueva York, 26 de noviembre de 1881 [ <i>La Opinión Nacional</i> , Caracas, 10 de diciembre de 1881]	p.	86
[14] Carta de Nueva York – Nueva York, 26 de noviembre de 1881 [ <i>La Opinión Nacional</i> , Caracas, 12 de diciembre de 1881]	p.	95
[15] Carta de Nueva York – Nueva York, 10 de diciembre de 1881 [ <i>La Opinión Nacional</i> , Caracas, 26 de diciembre de 1881]	p.	106
[16] Carta de Nueva York – Nueva York, 10 de diciembre de 1881 [ <i>La Opinión Nacional</i> , Caracas, 27 de diciembre de 1881]	p.	114

- [17] Carta de Nueva York – Nueva York, 24 de diciembre de 1881 [*La Opinión Nacional*, Caracas, 7 de enero de 1882] p. 125

## ■ 1882

- [18] Carta de Nueva York – Nueva York, 7 de enero de 1882 [*La Opinión Nacional*, Caracas, 20 de enero de 1882] p. 133
- [19] Carta de Nueva York. El proceso de Guiteau. El estetismo – Nueva York, 7 de enero de 1882 [*La Opinión Nacional*, Caracas, 21 de enero de 1882] p. 136
- [20] Carta de Nueva York – Nueva York, 21 de enero de 1882 [*La Opinión Nacional*, Caracas, 6 de febrero de 1882] p. 141
- [21] Carta de Nueva York – Nueva York, 4 de febrero de 1882 [*La Opinión Nacional*, Caracas, 18 de febrero de 1882] p. 148
- [22] Carta de Nueva York – Nueva York, 17 de febrero de 1882 [*La Opinión Nacional*, Caracas, 4 de marzo de 1882] p. 154
- [23] Carta de Nueva York – Nueva York, 4 de marzo de 1882 [*La Opinión Nacional*, Caracas, 22 de marzo de 1882] p. 161
- [24] Carta de Nueva York – Nueva York, 12 de marzo de 1882 [*La Opinión Nacional*, Caracas, 31 de marzo de 1882] p. 169
- [25] Longfellow – Nueva York, 1º de abril de 1882 [*La Opinión Nacional*, Caracas, 11 de abril de 1882] p. 175
- [26] Cartas de Nueva York – Nueva York, 15 de abril de 1882 [*La Opinión Nacional*, Caracas, 1º de mayo de 1882] p. 180
- [27] Emerson – Nueva York, 6 de mayo de 1882 [*La Opinión Nacional*, Caracas, 19 de mayo de 1882] p. 186
- [28] Carta de Nueva York – Nueva York, 23 de mayo de 1882 [*La Opinión Nacional*, Caracas, 31 de mayo de 1882] p. 196

- [29] Carta de los Estados Unidos – Nueva York, 15 de julio de 1882 [*La Nación*, Buenos Aires, 13 de septiembre de 1882] p. 203

### ■ 1883

- [30] Cartas de Martí – Nueva York, 19 de enero de 1883 [*La Nación*, Buenos Aires, 18 de marzo de 1883] p. 213
- [31] Cartas de Martí – Nueva York, 21 de febrero de 1883 [*La Nación*, Buenos Aires, 31 de marzo de 1883] p. 226
- [32] Cartas de Martí – Nueva York, 25 de febrero de 1883 [*La Nación*, Buenos Aires, 1° de abril de 1883] p. 231
- [33] Cartas de Martí – Nueva York, 29 de marzo de 1883 [*La Nación*, Buenos Aires, 13 de mayo de 1883] p. 237
- [34] Cartas de Martí – Nueva York, 29 de marzo de 1883 [*La Nación*, Buenos Aires, 13 y 16 de mayo de 1883] p. 244
- [35] Peter Cooper – [*La Ofrenda de Oro*, Nueva York, mayo de 1883] p. 248
- [36] Peter Cooper – Nueva York, 9 de abril de 1883 [*La Nación*, Buenos Aires, 3 de junio de 1883] p. 251
- [37] Carta de Martí – Nueva York, 1° de mayo de 1883 [*La Nación*, Buenos Aires, 16 de junio de 1883] p. 256
- [38] Carta de Martí – [*La Nación*, Buenos Aires, 17 de junio de 1883] p. 259
- [39] Cartas de Martí – Nueva York, 14 de mayo de 1883 [*La Nación*, Buenos Aires, 20 de junio de 1883] p. 262
- [40] Dos damas norteamericanas – [*La América*, Nueva York, junio de 1883] p. 268
- [41] El puente de Brooklyn – [*La América*, Nueva York, junio de 1883] p. 269
- [42] Trigo y Maíz – Nueva York, junio de 1883 [*La América*, Nueva York, junio de 1883; *La Nación*, Buenos Aires, 26 de agosto de 1883] p. 276

[43] Cartas de Martí – Nueva York, julio 8 de 1883 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 15 de agosto de 1883]	p.	277
[44] Cartas de Martí – Nueva York, 2 de julio de 1883 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 16 de agosto de 1883]	p.	280
[45] El puente de Brooklyn. Los ingenieros Roebling – [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 18 de agosto de 1883]	p.	283
[46] La exposición de Boston – [ <i>La América</i> , Nueva York, agosto de 1883; <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 2 de octubre de 1883]	p.	286
[47] El puente colgante de Brooklyn. Sus dimensiones – [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 7 de septiembre de 1883; <i>La Nación</i> , Montevideo, 11 de septiembre de 1883]	p.	288
[48] Libertad, ala de la industria – [ <i>La América</i> , Nueva York, septiembre de 1883]	p.	290
[49] Cartas de Martí – Nueva York, septiembre 1º de 1883 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 21 de octubre de 1883]	p.	292
[50] Cartas de Martí. Estados Unidos de América – Nueva York, 15 de setiembre de 1883 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 28 de octubre de 1883]	p.	300
[51] Wendell Phillips – [ <i>La América</i> , Nueva York, febre- ro de 1884]	p.	305
[52] ¿Cuál es el objeto de la torre? – [ <i>La América</i> , Nue- va York, octubre de 1883]	p.	310
[53] Botes de papel – [ <i>La América</i> , Nueva York, noviem- bre de 1883; <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 9 de enero de 1884]	p.	312
[54] Las asociaciones de obreros – [ <i>La América</i> , Nueva York, diciembre de 1883]	p.	314
[55] Cartas de Martí – Nueva York, 21 de diciembre de 1883 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 27 de enero de 1884]	p.	316

## ■ 1884

[56] La ley de la Herencia (libro nuevo) – Nueva York, 19 de enero de 1884 [ <i>La América</i> , Nueva York, enero de 1884; <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 5 de marzo de 1884]	p.	325
---	----	-----



- |  |    |     |
|--|----|-----|
| [57] Wendell Phillips- Nueva York, 11 de febrero de 1884 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 28 de marzo de 1884]   | p. | 327 |
| [58] Cartas de Martí - Nueva York, 3 de marzo de 1884 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 13 de abril de 1884]  | p. | 333 |
| [59] Cartas de Martí. Los héroes del Polo - Nueva York, 28 de febrero de 1884 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 17 de abril de 1884]  | p. | 338 |
| [60] Cartas de Martí - Nueva York, marzo 27 de 1884 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 8 de mayo de 1884]  | p. | 342 |
| [61] Cartas de Martí - Nueva York, marzo 28 de 1884 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 9 de mayo de 1884]  | p. | 347 |
| [62] Carta de Nueva York - Nueva York, 28 de abril de 1884 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 6 de junio de 1884]  | p. | 351 |
| [63] El gran Búfalo Bill - [ <i>La América</i> , Nueva York, junio de 1884; <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 16 de agosto de 1884]   | p. | 358 |
| [64] Cartas de Martí - Nueva York, junio 7 de 1884 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 16 de julio de 1884]   | p. | 361 |
| [65] El gobernador de Nueva York - [ <i>La América</i> , Nueva York, julio de 1884]  | p. | 368 |
| [66] Grover Cleveland - [ <i>La América</i> , Nueva York, julio de 1884; <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 1° de octubre de 1884]   | p. | 369 |
| [67] Una novela en el Central Park. Inteligencia de las oropéndolas - [ <i>La América</i> , Nueva York, julio de 1884; <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 1° de octubre de 1884] | p. | 372 |
| [68] Del Viejo al Nuevo Mundo. Escenas neoyorquinas - [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 14 de octubre de 1884]  | p. | 373 |
| [69] Cartas de Martí - Nueva York, septiembre 5 de 1884 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 26 de octubre de 1884]  | p. | 376 |
| [70] Filiación política. El origen del Partido Republicano de los Estados Unidos - [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 6 de noviembre de 1884]                                  | p. | 385 |

- [71] Proa al mar. La salida de un vapor – Nueva York, noviembre 1° de 1884 [*La Nación*, Buenos Aires, 10 de diciembre de 1884] p. 389
- [72] Zig-Zags Neoyorquinos – Noviembre 1° de 1884 [*La Nación*, Buenos Aires, 18 de diciembre de 1884] p. 391
- [73] Cartas de Martí. Un día de elecciones en Nueva York – Nueva York, 6 de noviembre de 1884 [*La Nación*, Buenos Aires, 7 de enero de 1885] p. 394
- [74] Cartas de Martí – Nueva York, 27 de noviembre de 1884 [*La Nación*, Buenos Aires, 11 de enero de 1885] p. 407

## ■ 1885

- [75] Cartas de Martí – Nueva York, enero 15 de 1885 [*La Nación*, Buenos Aires, 22 de febrero de 1885] p. 417
- [76] Cartas de Martí – New York, febrero 9 de 1885 [*La Nación*, Buenos Aires, 20 de marzo de 1885] p. 426
- [77] Inauguración de un Presidente de los Estados Unidos – Nueva York, marzo 13 de 1885 [*La Nación*, Buenos Aires, 7 de mayo de 1885] p. 433
- [78] Cartas de Martí – Nueva York, marzo 15 de 1885 [*La Nación*, Buenos Aires, 9 y 10 de mayo de 1885] p. 442
- [79] Sucesos de la quincena – Nueva York, abril 14 de 1885 [*La Nación*, Buenos Aires, 2 de junio de 1885] p. 460
- [80] Cartas de Martí. Sucesos de la quincena – Nueva York, abril 15 de 1885 [*La Nación*, Buenos Aires, 5 de junio de 1885] p. 464
- [81] Cartas de Martí – Nueva York, abril 23 de 1885 [*La Nación*, Buenos Aires, 13 de junio de 1885] p. 469
- [82] Cartas de Martí – Nueva York, abril 24 de 1885 [*La Nación*, Buenos Aires, 14 de junio de 1885] p. 475
- [83] Cartas de Martí – Nueva York, mayo 29 de 1885 [*La Nación*, Buenos Aires, 15 de junio de 1885] p. 478
- [84] Cartas de Martí – Nueva York, junio 12 de 1885 [*La Nación*, Buenos Aires, 24 de julio de 1885] p. 486

[85] Cartas de Martí – Nueva York, julio 6 de 1885 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 20 de agosto de 1885]	p.	493
[86] Cartas de Martí – Nueva York, julio 6 de 1885 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 21 de agosto de 1885]	p.	498
[87] Cartas de Martí. Muerte de Grant – Nueva York, agosto 3 de 1885 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 20 de septiembre de 1885]	p.	503
[88] El general Grant – Nueva York, agosto 12 de 1885 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 27 de septiembre de 1885]	p.	506
[89] Cartas de Martí – New York, agosto de 1885 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 3 de octubre de 1885]	p.	529
[90] Cartas de Martí – New York, agosto de 1885 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 4 de octubre de 1885]	p.	533
[91] Placeres y problemas de setiembre – New York, septiembre 19 de 1885 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 22 de octubre de 1885]	p.	536
[92] El problema industrial en los Estados Unidos – New York, septiembre 19 de 1885 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 23 de octubre de 1885]	p.	540
[93] Cartas de Martí – Nueva York, octubre 25 de 1885 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 2 de diciembre de 1885]	p.	545
[94] Los indios en los Estados Unidos – Nueva York, octubre 25 de 1885 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 4 de diciembre de 1885]	p.	549
[95] La explosión mayor del mundo – New York, octu- bre 25 de 1885 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 6 de diciembre de 1885]	p.	554
[96] Cartas de Martí – Nueva York, noviembre 9 de 1885 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 15 de diciembre de 1885]	p.	556
[97] Campaña electoral – Nueva York, noviembre 9 de 1885 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 16 de diciembre de 1885]	p.	560
[98] Muerte del general McClellan – Nueva York, no- viembre 9 de 1885 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 20 de diciembre de 1885]	p.	564

- [99] Muerte repentina de Hendricks – Nueva York, diciembre 5 de 1885 [*La Nación*, Buenos Aires, 9 de enero de 1886] *p.* 566
- [100] Cartas de Martí – Nueva York, diciembre 5 de 1885 [*La Nación*, Buenos Aires, 13 de enero de 1886] *p.* 570

## ■ 1886

- [101] De Año Nuevo – Nueva York, enero 16 de 1886 [*La Nación*, Buenos Aires, 17 de febrero de 1886] *p.* 577
- [102] El problema indio en los Estados Unidos – Nueva York, enero 16 de 1886 [*La Nación*, Buenos Aires, 18 de febrero de 1886] *p.* 580
- [103] El general Hancock – Nueva York, febrero 12 de 1886 [*La Nación*, Buenos Aires, 26 de marzo de 1886] *p.* 584
- [104] Un gran escándalo – Nueva York, febrero 12 de 1886 [*La Nación*, Buenos Aires, 28 de marzo de 1886] *p.* 587
- [105] El Senado y el Presidente – Nueva York, marzo 12 de 1886 [*La Nación*, Buenos Aires, 1º de abril de 1886] *p.* 590
- [106] La revolución del trabajo – Nueva York, marzo 25 de 1886 [*La Nación*, Buenos Aires, 7 de mayo de 1886] *p.* 592
- [107] Las huelgas en los Estados Unidos – New York, marzo 25 de 1886 [*La Nación*, Buenos Aires, 9 de mayo de 1886] *p.* 596
- [108] Correspondencia particular para *El Partido Liberal* – Nueva York, 15 de mayo de 1886 [*El Partido Liberal*, México, 29 de mayo de 1886] *p.* 600
- [109] Las grandes huelgas en Estados Unidos – Nueva York, abril 27 de 1886 [*La Nación*, Buenos Aires, 4 de junio de 1886] *p.* 609
- [110] Las grandes huelgas en Estados Unidos – Nueva York, abril 27 de 1886 [*La Nación*, Buenos Aires, 6 de junio de 1886] *p.* 613



[111]	Primavera – Nueva York, mayo 2 de 1886 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 17 de junio de 1886]	p.	618
[112]	Cartas de Martí – Nueva York, mayo 2 de 1886 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 19 de junio de 1886]	p.	623
[113]	Grandes motines de obreros – Nueva York, mayo 16 de 1886	p.	626
[114]	Grandes motines de obreros – Nueva York, mayo 16 de 1886 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 2 de julio de 1886]	p.	630
[115]	Correspondencia particular para <i>El Partido Liberal</i> – Nueva York, 18 de junio de 1886 [ <i>El Partido Liberal</i> , México, 6 de julio de 1886]	p.	635
[116]	Correspondencia particular para <i>El Partido Liberal</i> – Nueva York, 26 de junio de 1886 [ <i>El Partido Liberal</i> , México, 13 de julio de 1886]	p.	641
[117]	Gran fiesta confederada – Nueva York, junio 3 de 1886 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 15 de julio de 1886]	p.	645
[118]	Célebre proceso por cohecho – Nueva York, junio 3 de 1886 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 16 de julio de 1886]	p.	649
[119]	Matrimonio del Presidente Cleveland – Nueva York, junio 3 de 1886 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 21 de julio de 1886]	p.	653
[120]	Correspondencia particular para <i>El Partido Liberal</i> – Nueva York, 6 de julio de 1886 [ <i>El Partido Liberal</i> , México, 25 de julio de 1886]	p.	659
[121]	Correspondencia – Nueva York, 2 de agosto de 1886	p.	663
[122]	Carta a <i>La República</i> – Nueva York, 8 de julio de 1886 [ <i>La República</i> , Tegucigalpa, 14 de agosto de 1886]	p.	670
[123]	Nueva York en junio – Nueva York, julio 2 de 1886 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 15 de agosto de 1886]	p.	673

- [124] Nueva York y el arte. Nueva exhibición de los pintores impresionistas – Nueva York, julio 2 de 1886 [La Nación, Buenos Aires, 17 de agosto de 1886] p. 678
- [125] Carta de Nueva York – Nueva York, agosto 12 de 1886 [La República, Tegucigalpa, 11 de septiembre de 1886] p. 681
- [126] Correspondencia particular para *El Partido Liberal* – Nueva York, 6 de agosto de 1886 [El Partido Liberal, México, 20 de agosto de 1886] p. 685
- [127] Correspondencia particular para *El Partido Liberal* – Nueva York, 19 de agosto de 1886 [El Partido Liberal, México, 8 de septiembre de 1886] p. 690
- [128] México y Estados Unidos – Nueva York, 9 de agosto de 1886 [La Nación, Buenos Aires, 18 de septiembre de 1886] p. 694
- [129] Cleveland y su partido – Nueva York, agosto 9 de 1886 [La Nación, Buenos Aires, 21 de septiembre de 1886] p. 698
- [130] ¡Magnífico espectáculo! – Nueva York, agosto 9 de 1886 [La Nación, Buenos Aires, 25 de septiembre de 1886] p. 702
- [131] Carta a *La República* – Nueva York, 12 de agosto de 1886 [La República, Tegucigalpa, 25 de septiembre de 1886] p. 709
- [132] El terremoto de Charleston – New York, septiembre 10 de 1886 [La Nación, Buenos Aires, 14 de octubre de 1886] p. 713
- [133] El terremoto de Charleston (conclusión) – New York, septiembre 10 de 1886 [La Nación, Buenos Aires, 15 de octubre de 1886] p. 717
- [134] El proceso de los siete anarquistas de Chicago – Nueva York, septiembre 2 de 1886 [La Nación, Buenos Aires, 21 de octubre de 1886] p. 722
- [135] Correspondencia particular de *El Partido Liberal* – Nueva York, 15 de octubre de 1886 [El Partido Liberal, México 4, 5 y 6 de noviembre de 1886] p. 727

- [136] Correspondencia particular de *El Partido Liberal* – Nueva York, 17 de octubre de 1886 [*El Partido Liberal*, México, 7 de noviembre de 1886] p. 737
- [137] Correspondencia particular de *El Partido Liberal* – Nueva York, 27 de octubre de 1886 [*El Partido Liberal*, México, 12 de noviembre de 1886] p. 743
- [138] Cartas de Martí – Nueva York, septiembre 28 de 1886 [*La Nación*, Buenos Aires, 14 de noviembre de 1886] p. 749
- [139] Cartas de Martí – Nueva York, octubre 3 de 1886 [*La Nación*, Buenos Aires, 7 de diciembre de 1886] p. 754
- [140] Fiesta de la Estatua de la Libertad – Nueva York, octubre 29 de 1886 [*La Nación*, Buenos Aires, 1º de enero de 1887] p. 759
- [141] Correspondencia particular de *El Partido Liberal* – Nueva York, 22 de diciembre de 1886 [*El Partido Liberal*, México, 11 de enero de 1887] p. 770
- [142] Correspondencia particular de *El Partido Liberal* – Nueva York, 8 de enero de 1887 [*El Partido Liberal*, México, 28 de enero de 1887] p. 774
- [143] Estados Unidos – Nueva York, diciembre 8 de 1886 [*La Nación*, Buenos Aires, 26 de enero de 1887] p. 779
- [144] Carta sobre arte – Nueva York, diciembre 2 de 1886 [*La Nación*, Buenos Aires, 28 de enero de 1887] p. 785
- [145] Muerte del Presidente Arthur. Análisis de carácter – Nueva York, diciembre 15 de 1886 [*La Nación*, Buenos Aires, 4 y 5 de febrero de 1887] p. 790

## ■ 1887

- [146] Muerte del General Logan. Candidato a la Presidencia – Nueva York, 3 de enero de 1887 [*La Nación*, Buenos Aires, 24 de febrero de 1887] p. 801
- [147] Sobre los Estados Unidos – Nueva York, enero 3 de 1887 [*La Nación*, Buenos Aires, 25 de febrero de 1887] p. 803

- |       |   |    |     |
|-------|---|----|-----|
| [148] | Correspondencia particular de <i>El Partido Liberal</i> – Nueva York, 14 de febrero de 1887 [ <i>El Partido Liberal</i> , México, 5 de marzo de 1887] | p. | 807 |
| [149] | Henry Ward Beecher – Nueva York, marzo 13 de 1887 [ <i>El Partido Liberal</i> , México, 2 de abril de 1887]   | p. | 811 |
| [150] | El cisma de los católicos en Nueva York – Nueva York, 16 de enero de 1887 [ <i>El Partido Liberal</i> , México, febrero 9 de 1887]                    | p. | 819 |
| [151] | Cartas de Martí – Nueva York, febrero 2 de 1887 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 15 de abril de 1887]   | p. | 828 |
| [152] | Cartas de Martí – Nueva York, marzo 15 de 1887 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 4 de mayo de 1887]  | p. | 833 |
| [153] | En los Estados Unidos – Nueva York, abril 10 de 1887 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 21 de mayo de 1887]   | p. | 839 |
| [154] | México en los Estados Unidos – Nueva York, mayo 9 de 1887 [ <i>El Partido Liberal</i> , México, 26 de mayo de 1887]                                   | p. | 845 |
| [155] | El arte en Nueva York – Nueva York, Abril 15 de 1887 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 22 de junio de 1887]  | p. | 849 |
| [156] | El poeta Walt Whitman – Nueva York, abril 23 de 1887 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 26 de junio de 1887]  | p. | 855 |
| [157] | México en los Estados Unidos. Sucesos referentes a México – Nueva York, 23 de junio de 1887 [ <i>El Partido Liberal</i> , México, 7 de julio de 1887] | p. | 864 |
| [158] | Correspondencia particular para <i>El Partido Liberal</i> – Nueva York, junio 1º de 1887 [ <i>El Partido Liberal</i> , México, 23 de junio de 1887]   | p. | 869 |
| [159] | Gran exposición de ganado – Nueva York, mayo 24 de 1887 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 2 de julio de 1887]  | p. | 872 |
| [160] | El monumento de la prensa. Los periodistas de Nueva York – [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 28 de julio de 1887]                                    | p. | 880 |



- |       |   |    |     |
|-------|---|----|-----|
| [161] | Varios sucesos – Nueva York, Agosto 8 de 1887 [ <i>El Partido Liberal</i> , México, 25 de agosto de 1887]   | p. | 885 |
| [162] | Primer aniversario de las bodas del Presidente – Nueva York, Junio 10 de 1887 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 10 de agosto de 1887]  | p. | 889 |
| [163] | Historia de un proceso famoso. Áspero verano – Nueva York, junio 30 de 1887 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 14 de agosto de 1887]  | p. | 894 |
| [164] | Cleveland. El incidente de las banderas – Nueva York, julio 8 de 1887 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 16 de agosto de 1887]  | p. | 899 |
| [165] | La excomunión del padre McGlynn – Nueva York, Julio 20 de 1887 [ <i>El Partido Liberal</i> , México, 12 de agosto de 1887]  | p. | 903 |
| [166] | Las ferias campestres – Nueva York, Septiembre 22 de 1887 [ <i>El Partido Liberal</i> , México, 7 de octubre de 1887]   | p. | 911 |
| [167] | Cartas de Martí – Nueva York, agosto 17 de 1887 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 2 de septiembre de 1887]   | p. | 915 |
| [168] | Sobre la ciencia. Asamblea anual de la «Sociedad para el adelanto de las ciencias» – Nueva York, Agosto 17 de 1887 [ <i>El Partido Liberal</i> , México, 8 de septiembre de 1887] | p. | 920 |
| [169] | Postrimerías del verano. Principales sucesos – Nueva York, Septiembre 4 de 1887 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 16 de octubre de 1887]   | p. | 925 |
| [170] | En los Estados Unidos – Nueva York, Septiembre 7 de 1887 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 26 de octubre de 1887]  | p. | 930 |
| [171] | Desde los Estados Unidos. Los sucesos – Nueva York, Septiembre 3 de 1887 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 9 de noviembre de 1887]   | p. | 933 |
| [172] | Cartas de Martí – Nueva York, 19 de septiembre de 1887 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 13 de noviembre de 1887]  | p. | 937 |

- |       |  |    |     |
|-------|--|----|-----|
| [173] | La República Argentina en los Estados Unidos. Un artículo del <i>Harpers Monthly</i> – Nueva York, octubre 22 de 1887 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 4 de diciembre de 1887] | p. | 946 |
| [174] | Cosas del otro mundo – Nueva York, Noviembre 9 de 1887 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 29 de diciembre de 1887]   | p. | 950 |
| [175] | Whittier. Un poeta de 80 años  | p. | 954 |
| [176] | Críticos de Chicago  | p. | 956 |
| [177] | Recuerdos. Franklin, Washington, Lincoln y Webster   | p. | 957 |
| [178] | Un drama terrible – Nueva York, noviembre 13 de 1887 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 1º de enero de 1888]   | p. | 959 |
| [179] | La propiedad de la tierra y la propiedad literaria – Nueva York, Diciembre 15 de 1887 [ <i>El Partido Liberal</i> , 22 de enero de 1888]   | p. | 975 |
| [180] | Congreso norteamericano – Nueva York, diciembre 7 de 1887 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 27 de enero de 1888]  | p. | 979 |
| [181] | La Pascua en los Estados Unidos – Nueva York, diciembre 25 de 1887 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 12 de febrero de 1888]   | p. | 984 |

## ■ 1888

- |       |   |    |      |
|-------|---|----|------|
| [182] | Invierno norteamericano – Nueva York, enero 27 de 1888 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 9 de marzo de 1888]         | p. | 991  |
| [183] | Cartas de Martí – Nueva York, 27 de enero de 1888 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 13 de marzo de 1888]             | p. | 995  |
| [184] | La originalidad literaria en los Estados Unidos. Louisa May Alcott  | p. | 999  |
| [185] | Un gran baile en Nueva York – Nueva York, 7 de febrero de 1888 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 8 de abril de 1888] | p. | 1001 |

- |       |  |    |      |
|-------|--|----|------|
| [186] | Tema de actualidad – Nueva York, febrero 12 de 1888 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 15 de abril de 1888]                              | p. | 1007 |
| [187] | La Presidencia de Estados Unidos – Nueva York, 27 de febrero de 1888 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 22 de abril de 1888]             | p. | 1011 |
| [188] | Nueva York bajo la nieve – Nueva York, 15 de marzo de 1888 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 27 de abril de 1888]                       | p. | 1014 |
| [189] | Caracteres norteamericanos – Nueva York, 15 de marzo de 1888 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 29 de abril de 1888]                     | p. | 1018 |
| [190] | La República Argentina en el exterior – Nueva York, mayo 3 de 1888 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 22 de junio de 1888]               | p. | 1023 |
| [191] | La religión en los Estados Unidos – Nueva York, abril 8 de 1888 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 17 de mayo de 1888]                   | p. | 1028 |
| [192] | De José Martí – Nueva York, abril 10 de 1888 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 26 de mayo de 1888]                                      | p. | 1034 |
| [193] | Muerte de Roscoe Conkling – Nueva York, abril 25 de 1888 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 19 de junio de 1888]                         | p. | 1038 |
| [194] | Ferrocarriles elevados – Nueva York, 6 de mayo de 1888 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 26 de junio de 1888]                           | p. | 1044 |
| [195] | La campaña presidencial en los Estados Unidos – Nueva York, 17 de mayo de 1888 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 30 de junio de 1888]   | p. | 1049 |
| [196] | El libre pensamiento en los Estados Unidos – Nueva York, 28 de julio de 1888 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 9 de septiembre de 1888] | p. | 1053 |
| [197] | Elecciones – Nueva York, junio 1° de 1888 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 28 de julio de 1888]  | p. | 1058 |
| [198] | Un congreso antropológico en los Estados Unidos – Nueva York, junio 18 de 1888 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 2 de agosto de 1888]   | p. | 1066 |

- [199] En los Estados Unidos – Nueva York, julio 15 de 1888 [*La Nación*, Buenos Aires, 23 de agosto de 1888] p. 1071
- [200] Narraciones fantásticas – Nueva York, 28 de junio de 1888 [*La Nación*, Buenos Aires, 25 de agosto de 1888] p. 1074
- [201] Correspondencia particular de *El Partido Liberal*. Calores de agosto – Nueva York, agosto 18 de 1888 [*El Partido Liberal*, México, 2 de septiembre de 1888] p. 1080
- [202] Por la bahía de Nueva York – Nueva York, agosto 3 de 1888 [*La Nación*, Buenos Aires, 19 de septiembre de 1888] p. 1084
- [203] La inmigración en los Estados Unidos y en Hispanoamérica. Aviso a México – [*El Partido Liberal*, México, 26 de septiembre de 1888] p. 1088
- [204] El general Sheridan. ¡Felipín! – Nueva York, agosto 18 de 1888 [*La Nación*, Buenos Aires, 3 de octubre de 1888] p. 1091
- [205] Agosto norteamericano – Nueva York, agosto 22 de 1888 [*La Nación*, Buenos Aires, 6 de octubre de 1888] p. 1098
- [206] La campaña electoral en los Estados Unidos – Nueva York, agosto 30 de 1888 [*La Nación*, Buenos Aires, 11 de octubre de 1888] p. 1102
- [207] El abogado de los ricos – [*El Economista Americano*, Nueva York, octubre de 1888] p. 1107
- [208] Una novedad en educación pública – [*El Economista Americano*, Nueva York, octubre de 1888] p. 1109
- [209] Escenas neoyorquinas. Los vendedores de diarios – [*El Economista Americano*, Nueva York, octubre de 1888] p. 1110
- [210] Curiosidades americanas. Egipto y América. La masonería en América – [*El Economista Americano*, Nueva York, octubre de 1888] p. 1112



- |   |    |      |
|---|----|------|
| [211] De <i>Yankeelandia</i> – [ <i>El Economista Americano</i> , Nueva York, octubre de 1888]  | p. | 1114 |
| [212] Oratoria popular – [ <i>El Economista Americano</i> , Nueva York, octubre de 1888]  | p. | 1115 |
| [213] <i>Revista del mercado</i> – [ <i>El Economista Americano</i> , Nueva York, octubre de 1888]  | p. | 1115 |
| [214] En los Estados Unidos – Nueva York, septiembre 24 de 1888 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 2 de noviembre de 1888]                    | p. | 1117 |
| [215] Nueva York en octubre – Nueva York, octubre 6 de 1888 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 17 de noviembre de 1888]                       | p. | 1121 |
| [216] Un día en Nueva York – Nueva York, octubre 7 de 1888 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 22 de noviembre de 1888]                        | p. | 1124 |
| [217] Noche de Blaine – Nueva York, octubre 20 de 1888 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 10 de diciembre de 1888]                            | p. | 1128 |
| [218] ¡Elecciones! – Nueva York, Noviembre 2 de 1888 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, diciembre 11 de 1888]                                 | p. | 1132 |
| [219] Un funeral chino. Los chinos en Nueva York – Nueva York, octubre 29 de 1888 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 16 de diciembre de 1888] | p. | 1141 |
| [220] Vida norteamericana – Nueva York, diciembre 6 de 1888 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 1º de febrero de 1889]                         | p. | 1145 |
| [221] Crónica norteamericana – Nueva York, diciembre 20 de 1888 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 7 de febrero de 1889]                      | p. | 1149 |

## ■ 1889

- |   |    |      |
|---|----|------|
| [222] Correspondencia particular de <i>El Partido Liberal. Jonathan y su continente</i> – Nueva York, Febrero 7 de 1889 [ <i>El Partido Liberal</i> , México, 7 de marzo de 1889] | p. | 1157 |
|---|----|------|

- [223] En los Estados Unidos – Nueva York, Enero 9 de 1889 [*La Nación*, Buenos Aires, 24 de febrero de 1889] p. 1166
- [224] En los Estados Unidos – Nueva York, enero 9 de 1889 [*La Nación*, Buenos Aires, 28 de febrero de 1889] p. 1169
- [225] La exhibición de pinturas del ruso Vereschagin – Nueva York, enero 13 de 1889 [*La Nación*, Buenos Aires, 3 de marzo de 1889] p. 1174
- [226] En los Estados Unidos – Nueva York, enero 31 de 1889 [*La Nación*, Buenos Aires, 30 de marzo de 1889] p. 1181
- [227] Inauguración – Nueva York, 5 de marzo de 1889 [*La Nación*, Buenos Aires, 16 de abril de 1889] p. 1187
- [228] En los Estados Unidos. El gabinete de Harrison – Nueva York, 7 de marzo de 1889 [*La Nación*, Buenos Aires, 17 de abril de 1889] p. 1196
- [229] El centenario de Washington – New York, abril 18 de 1889 [*El Partido Liberal*, México, 2 de mayo de 1889] p. 1202
- [230] Cómo se crea un pueblo nuevo en los Estados Unidos – Nueva York, 25 de abril de 1889 [*La Opinión Pública*, Montevideo, 1889] p. 1207
- [231] El centenario americano – Nueva York, mayo 11 de 1889 [*La Nación*, Buenos Aires, 21 de junio de 1889] p. 1214
- [232] Cartas de Martí – Nueva York, 29 de marzo de 1889 [*La Nación*, Buenos Aires, 24 de mayo de 1889] p. 1221
- [233] Cartas de Martí – Nueva York, 1º de abril de 1889 [*La Nación*, Buenos Aires, 30 de mayo de 1889] p. 1226
- [234] Un viaje a México – Nueva York, 25 de abril de 1889 [*La Nación*, Buenos Aires, 1º de junio de 1889] p. 1231
- [235] El centenario americano – Nueva York, mayo 11 de 1889 [*La Nación*, Buenos Aires, 22 de junio de 1889] p. 1241

- |  |           |      |
|--|-----------|------|
| [236] Cartas de Martí – Nueva York, 30 de junio de 1889 [ <i>La Opinión Pública</i> , Montevideo, 1889]                            | <i>p.</i> | 1247 |
| [237] Cartas de Martí – Nueva York, 8 de julio de 1889 [ <i>La Opinión Pública</i> , Montevideo, 1889]                             | <i>p.</i> | 1250 |
| [238] Johnstown – Nueva York, 9 de junio de 1889 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 26 de julio de 1889]                           | <i>p.</i> | 1254 |
| [239] De Nueva York – Nueva York, Junio 13 de 1889 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 2 de agosto de 1889]                         | <i>p.</i> | 1260 |
| [240] En los Estados Unidos – Nueva York, Julio 6 de 1889 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 16 de agosto de 1889]                 | <i>p.</i> | 1264 |
| [241] En los Estados Unidos – Nueva York, 9 de julio de 1889 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 17 de agosto de 1889]              | <i>p.</i> | 1272 |
| [242] Cartas de Martí – Nueva York, agosto 19 de 1889 [ <i>La Opinión Pública</i> , Montevideo, 1889]                              | <i>p.</i> | 1276 |
| [243] Cartas de Martí – Nueva York, agosto 26 de 1889 [ <i>La Opinión Pública</i> , Montevideo, 1889]                              | <i>p.</i> | 1282 |
| [244] Cartas norteamericanas – Nueva York, 15 de agosto de 1889 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 6 de octubre de 1889]           | <i>p.</i> | 1288 |
| [245] La exposición de Nueva York de 1892 – Nueva York, agosto 20 de 1889 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 9 de octubre de 1889] | <i>p.</i> | 1294 |
| [246] El Congreso de Washington – Nueva York, 28 de septiembre de 1889 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 8 de noviembre de 1889]  | <i>p.</i> | 1301 |
| [247] En los Estados Unidos – Nueva York, 30 de septiembre de 1889 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 10 de noviembre de 1889]     | <i>p.</i> | 1307 |
| [248] El Congreso de Washington – Nueva York, octubre 4 de 1889 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 14 de noviembre de 1889]        | <i>p.</i> | 1312 |
| [249] En los Estados Unidos – Nueva York, 30 de octubre de 1889 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 22 de noviembre de 1889]        | <i>p.</i> | 1316 |

- [250] El proyecto de Zollverein – [*El Partido Liberal*, México, 3 de diciembre de 1889] p. 1322
- [251] Correspondencia particular de *El Partido Liberal*. La cuestión social y el remedio del voto – Nueva York, noviembre 21 de 1889 [*El Partido Liberal*, México, 11 de diciembre de 1889] p. 1325
- [252] Congreso Internacional de Washington. Su historia, sus elementos y sus tendencias I – Nueva York, noviembre 2 de 1889 [*La Nación*, Buenos Aires, 19 de diciembre de 1889] p. 1330
- [253] Congreso Internacional de Washington. Su historia, sus elementos y sus tendencias II – Nueva York, noviembre 2 de 1889 [*La Nación*, Buenos Aires, 20 de diciembre de 1889] p. 1336
- [254] En los Estados Unidos – Nueva York, diciembre 6 de 1889 [*La Nación*, Buenos Aires, 23 de enero de 1890] p. 1342
- [255] La conferencia americana – Nueva York, 11 de diciembre de 1889 [*La Nación*, Buenos Aires, 24 de enero de 1890] p. 1349

## ■ 1890

- [256] Edison – [*El Partido Liberal*, México, 5 de febrero de 1890] p. 1357
- [257] Desde el Hudson – Nueva York, enero 9 de 1890 [*La Nación*, Buenos Aires, 20 de febrero de 1890] p. 1360
- [258] Desde el Hudson – Nueva York, enero 1º de 1890 [*La Nación*, Buenos Aires, 23 de febrero de 1890] p. 1364
- [259] Política internacional y religión. Haití y los Estados Unidos – Nueva York, marzo 4 de 1890 [*El Partido Liberal*, México, 19 de marzo de 1890] p. 1369
- [260] En los Estados Unidos – Nueva York, enero 13 de 1890 [*La Nación*, Buenos Aires, 12 de marzo de 1890] p. 1374



- |       |   |    |      |
|-------|---|----|------|
| [261] | Boletín de <i>El Partido Liberal</i> – [ <i>El Partido Liberal</i> , México, 12 de marzo de 1890]   | p. | 1379 |
| [262] | El ferrocarril interamericano y la conferencia panamericana – [ <i>El Partido Liberal</i> , México, 13 de marzo de 1890]  | p. | 1381 |
| [263] | La política internacional de los Estados Unidos – Nueva York, 3 de febrero de 1890 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 20 de marzo de 1890]                            | p. | 1383 |
| [264] | En los Estados Unidos – Nueva York, febrero 5 de 1890 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 26 de marzo de 1890]   | p. | 1388 |
| [265] | En los Estados Unidos – Nueva York, febrero 7 de 1890 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 29 de marzo de 1890]   | p. | 1393 |
| [266] | La conferencia de Washington – Washington, 18 de abril de 1890 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 31 de mayo de 1890]   | p. | 1399 |
| [267] | Congreso de Washington – Nueva York, 3 de mayo de 1890 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 15 de junio de 1890]  | p. | 1411 |
| [268] | Los delegados argentinos en Nueva York – Nueva York, 5 de mayo de 1890 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 19 de junio de 1890]  | p. | 1415 |
| [269] | Carta de los Estados Unidos. La organización municipal en Nueva York – Nueva York, 8 de junio de 1890 [ <i>El Partido Liberal</i> , México, 20 y 21 de junio de 1890] | p. | 1419 |
| [270] | En los Estados Unidos – Nueva York, julio 1º de 1890 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 13 de septiembre de 1890]   | p. | 1424 |
| [271] | Desde Nueva York – Nueva York, 30 de junio de 1890 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 16 de agosto de 1890]   | p. | 1428 |
| [272] | Los asuntos hispanoamericanos en Washington – Nueva York, junio 28 de 1890 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 31 de agosto de 1890]                                   | p. | 1433 |

- [273] Cartas de verano. En los pueblos de baños I – Nueva York, 20 de agosto de 1890 [*La Nación*, Buenos Aires, 17 de octubre de 1890] p. 1437
- [274] En los Estados Unidos – Nueva York, septiembre 9 de 1890 [*La Nación*, Buenos Aires, 20 de octubre de 1890] p. 1441
- [275] Cartas de verano. La universidad de los pobres – Nueva York, agosto 19 de 1890 [*La Nación*, Buenos Aires, 22 de octubre de 1890] p. 1445
- [276] Los Estados Unidos – Nueva York, agosto 29 de 1890 [*La Nación*, Buenos Aires, 2 de noviembre de 1890] p. 1450
- [277] En los Estados Unidos – Nueva York, 11 de octubre de 1890 [*La Nación*, Buenos Aires, 2 de diciembre de 1890] p. 1453
- [278] De los Estados Unidos – Nueva York, 11 de noviembre de 1890 [*La Nación*, Buenos Aires, 24 de diciembre de 1890] p. 1458
- [279] En los Estados Unidos – Nueva York, 13 de noviembre de 1890 [*La Nación*, Buenos Aires, 26 de diciembre de 1890] p. 1462
- [280] La exhibición de flores – Nueva York, 28 de noviembre de 1890 [*La Nación*, Buenos Aires, 11 de enero de 1891] p. 1465
- [281] En los Estados Unidos – Nueva York, 2 de diciembre de 1890 [*La Nación*, Buenos Aires, 13 de enero de 1891] p. 1470

## ■ 1891

- [282] Carta de los Estados Unidos – Nueva York, febrero 11 de 1891 [*El Partido Liberal*, México, 25 de febrero de 1891] p. 1477
- [283] De Washington. La comedia de *El senador* – Nueva York, 18 de febrero de 1891 [*El Partido Liberal*, México, 6 de marzo de 1891] p. 1481

[284]	Estados Unidos de América – Nueva York, 26 de marzo de 1891 [ <i>La Nación</i> , Buenos Aires, 20 de mayo de 1891]	p.	1484
[285]	Carta de José Martí – Nueva York, 4 de noviembre de 1891 [ <i>El Partido Liberal</i> , México, 17 de noviembre de 1891]	p.	1489
[286]	Carta de José Martí – Nueva York, diciembre 7 de 1891 [ <i>El Partido Liberal</i> , México, 17 de diciembre de 1891]	p.	1492
[287]	El mensaje del presidente Harrison – [ <i>El Partido Liberal</i> , México, 18 de diciembre de 1891]	p.	1495
■ 1892			
[288]	Carta de José Martí – Nueva York, 9 de febrero de 1892 [ <i>El Partido Liberal</i> , México, 20 de febrero de 1892]	p.	1501
[289]	Carta de José Martí – Nueva York, febrero 23 de 1892 [ <i>El Partido Liberal</i> , México, 5 de marzo de 1892]	p.	1505
[290]	Carta de José Martí – Nueva York, 25 de marzo de 1892 [ <i>El Partido Liberal</i> , México, 8 de abril de 1892]	p.	1508
[291]	Carta de José Martí – Nueva York, abril 28 de 1892 [ <i>El Partido Liberal</i> , México, 12 de mayo de 1892]	p.	1512
[292]	De Washington. El baile de nuestro ministro – [ <i>El Partido Liberal</i> , México, 18 de febrero de 1892]	p.	1518
■	Notas explicativas	p.	1521
■	Índice onomástico	p.	1665
■	APÉNDICES	p.	1727
■	Apéndice I	p.	1729
	Impressions of America (by a very fresh spaniard) I	p.	1731
	Impresiones de América I	p.	1735
	Impressions of America (by a very fresh spaniard) II	p.	1739
	Impresiones de América II	p.	1742

Impressions of America (by a very fresh spaniard) III	p.	1745
Impresiones de América III	p.	1748
■ Apéndice II	p.	1751
La verdad sobre los Estados Unidos	p.	1753
■ Apéndice III	p.	1757
Carta a Bartolomé Mitre y Vedia	p.	1759
Fragmento de la carta a Manuel Mercado, del 13 de noviembre de 1884	p.	1763
Fragmento de la carta a Manuel Mercado, del 22 de marzo de 1886	p.	1764



## *Cronología* p. 1765

■ Establecida por <i>Ibrahím Hidalgo Paz</i>	p.	1767
--	----	------



## *Historia del texto* p. 1781

■ Itinerario de un pensamiento <i>Pedro Araya</i>	p.	1783
■ Los Estados Unidos en que vivió Martí <i>Gail Martin y Gerald Martin</i>	p.	1802
■ Los Estados Unidos vistos con ojos de nuestra América <i>David Lagmanovich</i>	p.	1848
■ Intérprete de dos mundos. Las crónicas de José Martí y la prensa norteamericana <i>Susana Rotker</i>	p.	1862
■ Textualizaciones sociales y culturales del proyecto moderno martiano: las crónicas norteamericanas <i>Ivan A. Schulman</i>	p.	1881





## Lecturas del texto

p. 1907

- Autores estadounidenses asumidos por Martí  
*Anne Fountain* p. 1909
- José Martí y la política en los Estados Unidos  
*Ana Cairo* p. 1933
- El fantasma de Banquo. El problema social en las  
escenas norteamericanas. Apuntes para un estudio  
*Pedro Pablo Rodríguez* p. 1948
- Arte y entorno en Nueva York según Martí  
*Adelaida de Juan* p. 1978



## Dossier de la obra

p. 1993

- RECEPCIÓN p. 1995
- La libertad iluminando al mundo  
*Domingo Faustino Sarmiento* p. 1995
- José Martí  
*Rubén Darío* p. 1997
- Martí en *La Nación*, de Buenos Aires (1885-1890)  
*Frida Weber* p. 1998
- Estados Unidos  
*Andrés Iduarte* p. 2006
- A Plutarchian Portrayal  
*Manuel Pedro González* p. 2020
- La acción de José Martí en el seno de la Comisión  
Monetaria Internacional Americana  
*Paul Estrade* p. 2029

El tiempo en la crónica norteamericana de José Martí <i>Fina García Marruz</i>	p.	2038
Martí en Nueva York: la primera visita <i>Carlos Ripoll</i>	p.	2050
Sarmiento, Martí y los Estados Unidos: semejanzas y divergencias <i>Robert C. Mead</i>	p.	2058
Los Estados Unidos: Martí, crítico del capitalismo financiero (1880-1889) <i>Julio Le Riverend</i>	p.	2065
Ante los sucesos de Chicago <i>Roberto Fernández Retamar</i>	p.	2077
Masa, cultura, latinoamericanismo <i>Julio Ramos</i>	p.	2085
José Martí, historiador de los Estados Unidos, previsor de su desborde imperialista. El alerta a nuestra América <i>Herbert Pérez Concepción</i>	p.	2098
Conflicto social, violencia y autoctonía en los Estados Unidos <i>Ramón de Armas</i>	p.	2109
Martí: La guerra desde las nubes <i>Arcadio Díaz Quiñones</i>	p.	2129

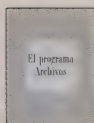


## Bibliografía

p. 2149

■ Establecida por *Araceli García Carranza*

p. 2151



## *Programa Archivos* *p. 2195*

- Presentación
- Efemérides
- Títulos publicados
- Cátedras
- CD-Rom Hipermedia  
(El ejemplo de *El beso de la mujer araña* de Manuel Puig)
- Estructuras operativas y financieras
- Organigrama
- Plan general de edición
- Coeditores y distribuidores







*Esta edición de*  
EN LOS ESTADOS UNIDOS  
*de José Martí*  
*se terminó de imprimir*  
*en el mes de junio de 2003*  
*en los talleres gráficos*  
*de Unigraf S.L. Móstoles (Madrid)*





























Programa internacional y  
Catálogo



Archivos

1971-2003



# Presentación

**P**ara comprender el lugar y la función que desempeña hoy en el mundo editorial internacional la Colección Archivos, es interesante, y quizás imprescindible, recordar cómo, por qué y dónde nació. Sin embargo, me ceñiré aquí a resumir los servicios singulares que Archivos presta a sus lectores, puesto que la cronología que presentamos a continuación expone en detalle la memoria de su itinerario y de sus artífices.

La primera característica de Archivos es su *repertorio general* que cubre todos los países y todos los idiomas de Iberoamérica: el español y el portugués, pero también el francés y el inglés del Caribe.

La segunda es la procedencia sumamente diversificada (países, disciplinas, tradiciones culturales) de sus 692 colaboradores.



La Université de Paris X - Nanterre, donde el profesor Charles Minguet instaló la sede oficial de Archivos en 1971.

La tercera es la estructura funcional de sus libros que se organiza en tres bloques fácilmente reconocibles:

- *Texto*: esta sección comprende el establecimiento de un texto fidedigno que respeta integralmente las voluntades del autor y ofrece el registro cronológico del itinerario verbal de la obra. O sea, el monumento escritural restaurado en su forma original y al lado, el proceso de su taller que lo ilumina y lo comenta.

El primer aspecto permite al investigador explayarse en una realidad textual segura y completa; el segundo asistir a las tensiones ideológicas y estilísticas de su verbalización, así como a la cronología de estas tensiones.

- *Contexto*: a través de estudios específicos y de instrumentos como la cronología general, las notas explicativas y la historia de la recepción, esta sección trata de situar la obra en sus tiempos y en su tradición.
- *Hermenéutica*: las informaciones de las secciones anteriores confluyen aquí y producen lecturas que, además de la doxa canónica, utilizan una pluralidad de enfoques pluridisciplinarios y de intervenciones nacionales e internacionales.



Tal y como aparecen especularmente organizadas, estas tres secciones contribuyen a proponer al usuario europeo y latinoamericano un objeto de conocimiento insólito que ostenta prioritariamente:

- una preocupación concreta por la salvaguarda y el acceso a la memoria escrita de la región,
- una circulación cruzada de saberes,
- el ejercicio obligado de diálogos metodológicos transdisciplinarios.

Esta finalidad y estas estructuras constituyen una síntesis heterogénea y unificadora de varias experiencias editoriales (*Biblioteca Ayacucho*, *Bibliothèque de la Pléiade*, *Library of America*) y de varias escuelas críticas (genética y recepción).

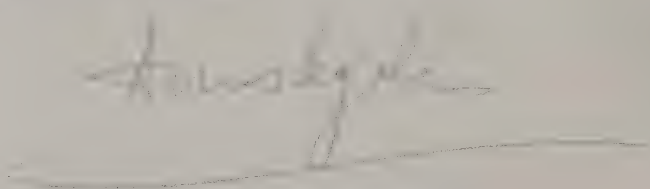


Amos Segala  
Director internacional de la Colección

Lo que sigue no es un catálogo tradicional sino un repertorio de informaciones y de explicaciones que los lectores de la Colección han solicitado varias veces, para entender más allá de lo que sugieren los libros de por sí, la especificidad metodológica y programática de la Colección.

En atención a esta exigencia de claridad, nos pareció funcional evocar en sendos apartados los criterios de selección de los títulos, la función y el ámbito de los coordinadores, la estrategia de diversificación nacional y disciplinaria de los colaboradores, así como el funcionamiento técnico y financiero del programa. Además de este balance retrospectivo, tres grandes novedades son anunciadas y comentadas en esta publicación:

- Las ediciones multimedia de la Colección.
- La institución de Cátedras que funcionarán como talleres formativos de nuevos investigadores, y ocasión para renovar y diversificar los equipos que nos han acompañado con pasión y talento hasta la fecha.
- La inclusión de los textos francófonos y anglófonos del Caribe que han sido, desde siempre, un aspecto ineludible e inseparable de la estrategia integradora de la Colección.



# Efemérides

---

## 1971

---

Miguel Ángel Asturias lega sus manuscritos y archivos a la Biblioteca Nacional de Francia.

## 1973

---

El 13 de julio se crea la *Association Amis de Miguel Ángel Asturias. Archives de la Littérature latino-américaine, des Caraïbes et africaine du XX<sup>ème</sup> siècle*, asociación francesa (Ley 1901 sin fines de lucro), responsable de la gestión científica y editorial de la donación Asturias.



Miguel Ángel Asturias el 17 de octubre de 1967, día del Premio Nobel.

Su comité directivo está integrado por Marcel Brion, Roger Caillois, Georges Pillement, Alain Bosquet, Amos Segala y su Comité de Honor por Léopold Sédar Senghor, André Malraux y Luis Echevarría Álvarez.

## 1974

---

Miguel Ángel Asturias y las Ediciones Klincksieck de París deciden emprender, con la ayuda del CNRS de Francia y la Universidad de Paris X - Nanterre la edición crítica de las obras completas del Premio Nobel bajo la dirección de Amos Segala.

La Biblioteca Nacional de Francia organiza un homenaje solemne al Escritor en ocasión de su fallecimiento y el Profesor Charles Minguet establece en la Universidad de Paris X - Nanterre un Centro de investigaciones dedicado a su obra.

La Universidad de Nanterre es desde entonces, la sede oficial del Programa Asturias / Archivos.

# 1976

---

El 7 de mayo se firma un contrato de coedición entre el Fondo de Cultura Económica (sucursal de Madrid) y las Ediciones Klincksieck de París. Las dos editoriales publican, sucesivamente, *Tres de Cuatro Soles* (1977), *Viernes de dolores* (1977), *El Señor Presidente* (1978) y *Hombres de maíz* (1981).

# 1979

---

El 12 de diciembre, la UNESCO aprueba en el Consejo Ejecutivo la atribución del Estatuto Consultivo C de la UNESCO al Programa Archivos.



Homenaje a Miguel Ángel Asturias  
en la Biblioteca Nacional de Francia.

# 1981

---

En mayo, el Presidente Léopold Sédar Senghor presenta el proyecto Archivos en el Congreso de la UNESCO sobre las políticas culturales MONDIAULT celebrado en México.

El 23 de diciembre, la UNESCO aprueba en el Consejo Ejecutivo, la atribución del Estatuto Consultivo B de la UNESCO al Programa Archivos.

# 1983

---

El CNRS de Francia, el CNR de Italia y la UNESCO, organizan en París un Coloquio en el cual participan 18 países de Europa y América Latina y más de un centenar de especialistas, directores de colecciones, filólogos y responsables de bibliotecas nacionales, sobre el tema: *Literatura y pensamiento en América Latina y el Caribe: conservación, difusión y edición crítica de los manuscritos* que aplica, a escala del continente, la metodología experimentada en la edición Asturias.

# 1984

---

En el mes de mayo, el Profesor Giuseppe Tavani acompañado, entre otros, por Louis Hay, Manuel Alvar y Jean-Louis Lebrave, dictan un Seminario en la Biblioteca Nacional de París, que determina los aspectos filológicos, lingüísticos y genéticos de la Colección.

El 28 de septiembre, en Buenos Aires, representantes de España, Francia, Italia, Portugal, Argentina, Brasil, Colombia y México firman el *Acuerdo de Colaboración Científica y Cultural para la conservación y publicación de la literatura latinoamericana y del Caribe del Siglo XX* que sienta las bases científicas, técnicas y financieras de la Colección Archivos, así como su repertorio de autores y los primeros coordinadores.

El Presidente Betancourt de Colombia invita al Presidente Senghor a Bogotá y encomienda al Instituto Caro y Cuervo la realización del programa editorial colombiano de Archivos.



Florence Callu, Directora del Departamento de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Francia y Paul Verdevoye, uno de los fundadores de la Colección.

# 1985

---

En Oporto se realiza un Seminario de verificación para estudiar la aplicación de las normas filológicas del Profesor G. Tavani. Se exponen las dificultades encontradas en los primeros volúmenes de la Colección y se formula el Esquema tipo de la misma.

La obra de Fernando Pessoa, de Unamuno y de Valle-Inclán se incluyen en la lista de autores de la Colección.

# 1987

---

La UNESCO y la Asociación Archivos reúnen en la Biblioteca Nacional de París a responsables de veinte Bibliotecas Nacionales de Europa, América y Asia para discutir el problema de la salvaguarda y el acceso a los manuscritos literarios del siglo XX, cuyas recomendaciones serán luego adoptadas por la UNESCO en esta área del patrimonio cultural.



# 1988

Se renueva el Acuerdo Archivos en Roma, por un período de cinco años. Se presentan los primeros doce títulos de la Colección.

Este año se publica la primera edición de los siguientes libros: *París 1924-1933. Periodismo y creación literaria* de Miguel Ángel Asturias (Nº 1); *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes (Nº 2); *Paradiso* de José Lezama Lima (Nº 3); *Obra poética* de César Vallejo (Nº 4); *Los de abajo* de Mariano Azuela (Nº 5); *Macunaíma* de Mário de Andrade (Nº 6); *El Chulla Romero y Flores* de Jorge Icaza (Nº 8); *Las memorias de Mamá Blanca* de Teresa de la Parra (Nº 9); *La carreta* de Enrique Amorim (Nº 10); *Raza de Bronce – Wuata Wuara* de Alcides Arguedas (Nº 11); *Poesía y Poética* de José Gorostiza (Nº 12) y *A Paixão Segundo G. H.* de Clarice Lispector (Nº 13).



Reunión en el CNRS entre una Delegación de la UNAM y el Comité Científico Internacional de la Colección.

# 1990

Se realiza la primera edición de los tomos siguientes:

*Obra completa* de José Asunción Silva (Nº 7) y *El zorro de arriba y el zorro de abajo* de José María Arguedas (Nº 14).

# 1991

Primera edición de los tomos siguientes: *Los días terrenales* de José Revueltas (Nº 15); *Rayuela* de Julio Cortázar (Nº 16); *Crônica da casa assassinada* de Lúcio Cardoso (Nº 18); *Radiografía de la Pampa* de Ezequiel Martínez Estrada (Nº 19) y *Canaima* de Rómulo Gallegos (Nº 20).

# 1992

---

Primera edición de los tomos siguientes: *Toda la obra* de Juan Rulfo (Nº 17); *Hombres de maíz* de Miguel Ángel Asturias (Nº 21) y *Al filo del agua* de Agustín Yáñez (Nº 22).

Restauración en Buenos Aires del manuscrito de *El gaucho Martín Fierro* de José Hernández.

# 1993

---

En diciembre, se renueva en París, por diez años, el Acuerdo Archivos de Buenos Aires. En esta ocasión, se decide abrir la Colección a los autores de lengua inglesa y francesa del Caribe y centralizar la producción editorial en el país que ofrezca mejores condiciones logísticas y financieras. A partir de esa fecha se confirma la coordinación científica del Programa en París, y en Madrid la producción editorial.



Antonio Candido, Silviano Santiago y José Jobson de Andrade Arruda, miembros brasileños del Comité Científico Internacional de la Colección.

Se vuelve a confirmar la gestión de todo el Programa a la Asociación, y su Dirección Internacional a Amos Segala.

Se publican *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma (Nº 23); *El árbol de la Cruz* de Miguel Ángel Asturias (Nº 24); *Museo de la novela de la Eterna* de Macedonio Fernández (Nº 25); *Todos los cuentos* de Horacio Quiroga (Nº 26); *Viajes* de Domingo Faustino Sarmiento (Nº 27) y *Mensagem – Poemas esotéricos* de Fernando Pessoa (Nº 28).

# 1995

---

El 1º de enero, el CNRS de Francia crea un laboratorio integrado por Archivos y el Centro de Investigaciones Latinoamericanas de la Universidad de Poitiers (URA 2007) que asume la coordinación científica y técnica de la Colección.

El 18 de septiembre se firma en México un acuerdo entre el Programa Archivos y la Universidad Nacional Autónoma de México para la realización de la Colección en CD-Rom.

En noviembre se incorporan al Acuerdo el Ministerio de Cultura y Deportes de Guatemala y la Universidad de Costa Rica.

El 13 de diciembre se incorpora la Biblioteca Nacional del Perú al Acuerdo, como Miembro Signatario para los Países Andinos.

## 1996

Se publica la segunda edición de los primeros 28 títulos de la Colección puesto que las ediciones *nacionales* anteriores presentaban lagunas y cronogramas incompatibles con el espíritu de la Colección.



Giuseppe Tavani, geneticista italiano que organizó la sección filológica de la Colección y su diagramación.

A la derecha, la profesora brasileña, Telê Porto Ancona Lopez.

## 1997

En noviembre, se incorpora al Acuerdo Archivos la Editorial Universitaria de Chile.

Se publican los siguientes títulos: *El hombre que parecía un caballo* de Rafael Arévalo Martínez (Nº 29); *Triste fim de Policarpo Quaresma* de Lima Barreto (Nº 30) y *Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal (Nº 31).

## 1998

En enero se incorporan al Acuerdo Archivos la Secretaría de Cultura de la Nación Argentina, como Signatario, y las Bibliotecas Populares de Argentina (CONABIP), como Coeditor.

En el mes de julio se incorporan al Acuerdo Círculo de Lectores de España, Galaxia Gutenberg y Sudamericana de Argentina, del Grupo Editorial Bertelsmann.

A partir de este año, el Centro de Investigaciones Latinoamericanas – Archivos (UMR 6132, ex URA 2007, CNRS – Universidad de Poitiers) asume la coordinación de la Colección en soporte electrónico. En coedición con la *University of Pittsburgh Press* se inaugura una versión en inglés de la Colección (seis títulos) y una versión en francés de los títulos de la Colección, con las Ediciones *Stock* (tres títulos). Ambas gozan del apoyo financiero de la UNESCO para las traducciones.

Se publican los siguientes títulos:

*Poesía completa y Prosas* de Julio Herrera y Reissig (Nº 32); *Libertinagem – Estrela da Manhã* de Manuel Bandeira (Nº 33); *Sudeste – Ligados* de Haroldo Conti (Nº 34); *Ensayos* de Pedro Henríquez Ureña (Nº 35) y *Obra poética* de Ramón López Velarde (Nº 36).



Congreso Archivos UNESCO sobre *La salvaguarda de la memoria escrita del siglo XX* (1987).

A la derecha, Virginia Betancourt de Venezuela y Enrique Fierro de Uruguay con los entonces directores de las Bibliotecas Nacionales de Roma y de Moscú.

## 1999

Se incorporan al Acuerdo el Ministerio de Cultura de Cuba, como Signatario, y la Casa de las Américas, como Coeditor. Se realiza la exposición *La riqueza de la diversidad. Vida, obra y herencia de Miguel Ángel Asturias* organizada por la UNESCO y Archivos en el marco de la XXX Conferencia General de la UNESCO con motivo del Centenario del Nacimiento del Premio Nobel guatemalteco.

Se publican los siguientes títulos de la Colección:

*Obra completa* de Oliverio Girondo (Nº 38) y *Obra completa* de Severo Sarduy (Nº 40, dos tomos).

## 2000

El 6 de julio se firma un Acuerdo de cooperación entre la Colección Archivos y el Consejo Regional de Poitou-Charentes.



Se publican los siguientes títulos de la Colección:

*Ulises Criollo* de José Vasconcelos (Nº 39); *Obra completa* de Pablo Palacio (Nº 41); *Los siete locos – Los lanzallamas* de Roberto Arlt (Nº 44); *Cuentos y Leyendas* de Miguel Ángel Asturias (Nº 46); *El Señor Presidente* de Miguel Ángel Asturias (Nº 47) y *Mulata de Tal* de Miguel Ángel Asturias (Nº 48).

## 2001

El 20 de febrero se integran al Acuerdo Archivos el Consejo Nacional de Cultura de Venezuela (CONAC) y el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG).

El 18 de abril, la UNESCO aprueba en el Consejo Ejecutivo la atribución del Estatuto Operacional de la UNESCO al Programa Archivos.

Este año aparecen publicados los siguientes volúmenes:

*Martín Fierro* de José Hernández (Nº 51) y *Obra poética* de José Antonio Ramos Sucre (Nº 52).

## 2002

En este año se publican los siguientes títulos:

*El beso de la mujer araña* de Manuel Puig (Nº 42, primer título de la Colección con CD-Rom hipermedia); *El atentado – Los relámpagos de agosto* de Jorge Ibargüengoitia (Nº 53); *La sombra del Caudillo* de Martín Luis Guzmán (Nº 54); *Casa-grande & senzala* de Gilberto Freyre (Nº 55) y *Las lanzas coloradas – Primera narrativa* de Arturo Úslar Pietri (Nº 56).

Los Países Signatarios de Archivos presentan un proyecto de apoyo al Programa por parte de la Unión Europea. Esta propuesta –canalizada por la Cancillería española durante el semestre de su Presidencia comunitaria– es integrada en la Agenda Cultural de la Cumbre de Presidentes y Jefes de Estado de la Unión Europea y de Amé-



Exposición para el Centenario del nacimiento de Miguel Ángel Asturias en la UNESCO (1999).

rica Latina y el Caribe (UE-ALC) que se celebra en Madrid, los días 19 y 20 de mayo.

Los Jefes de misión ante la Unión Europea de todos los países latinoamericanos y del Caribe, reunidos en Bruselas, el 29 de agosto, por iniciativa de los representantes de México y Costa Rica, deciden, por unanimidad, incorporar el Programa Archivos en el marco de los proyectos de cooperación birregional. El Programa es inscrito en la Agenda de la reunión de Directores de Desarrollo UE-ALC, celebrada en San José de Costa Rica los días 28 y 29 de noviembre.



Giuseppe Bellini y Alberto Boscolo, catedráticos de literatura hispano-americana y *décodeurs* del CNR italiano.

Se inician negociaciones con las autoridades italianas para que, con su iniciativa, el Programa Archivos sea definitivamente adoptado como proyecto birregional UE-ALC en el 2003, durante los períodos en los que Grecia e Italia asumen la presidencia de la Unión Europea. El 19 de mayo se firma un acuerdo, con la Fundación Ortega y Gasset de Madrid, para la organización conjunta de un programa de seminarios «Cátedras Archivos» (ver *infra*). Este acuerdo prolonga el ya firmado con la Universidad de Poitiers

con la misma finalidad, y prefigura el que se firmará en 2003 con las Universidades de Génova, San Pablo/Belo Horizonte, Buenos Aires/La Plata, Santiago de Chile/Valparaíso, Brown/Harvard/Boston. Este mismo año, se incorporan al programa Archivos la Agencia Interuniversitaria de la Francofonía, la Universidad de Antioquia de Colombia y la Pontificia Universidad Católica del Perú.

## 2003

En este año se publican los siguientes títulos:

*Obra Incompleta* de Oswald de Andrade (Nº 37); *En los Estados Unidos. Periodismo de 1881 a 1892* de José Martí (Nº 43, dos tomos); *Obra poética* de Vicente Huidobro (Nº 45); *Maladrón y Teatro* de Miguel Ángel Asturias (Nºs 49 y 50); *Obra poética completa* de Aurelio Arturo (Nº 57); *Œuvres complètes* de Jacques Roumain (Nº 58); *Poesia* de Carlos Drummond de Andrade (Nº 59).

# *Títulos publicados*

---

**L**os autores y los títulos de Archivos han sido, en su mayoría, escogidos en los Congresos preparatorios de la Colección, sobre todo en el de París, en 1983. El criterio de selección de los autores, de los títulos y de los coordinadores es su reconocida y unánimemente aceptada excelencia.

El coordinador de un volumen de la Colección Archivos es un director de orquesta que debe armonizar en su equipo voces, instancias e instrumentos analíticos casi siempre deseosos de ocupar el terreno como solistas. Debe negociar y distribuir el peso y la función de cada uno de ellos



Charles Minguet, catedrático de literatura hispanoamericana que ofreció la Universidad de Nanterre como sede del Proyecto Archivos.

y resistir, a veces, a la tentación de protagonizar él mismo, un discurso que es necesariamente plural. Los libros de Archivos dependen del talento, la cultura y la capacidad de negociación del coordinador. Éste convoca, organiza y anima su equipo sobre la base de un proyecto personal de relectura de la obra en el cual confluyen e interactúan la nueva textualidad (como lo exigen las informaciones y los indicios genéticos), los enfoques pluridisciplinarios, la procedencia nacional, regional e internacional de sus colaboradores.

Los colaboradores de Archivos deben ser escogidos por el coordinador en base a algunas consideraciones obligatorias: su procedencia, su complementaridad disciplinaria, su voluntad y capacidad a atenerse a un proyecto que los engloba y del cual son tan sólo uno de los elementos de la síntesis global, aunque esto frustre el protagonismo habitual de los especialistas. Las diversificaciones de procedencia y de disciplinas corresponden a la convicción de que los textos literarios latinoamericanos requieren varios asedios para ser entendidos y transmitidos al público lector.

La recepción crítica, tan desequilibrada cuando depende de un único lugar de emisión, puede modificarse si se establece un diálogo real entre las diferentes provincias del iberoamericanismo y entre los diferentes

enfoques críticos. Además de esta razón científica, el diálogo que impone Archivos transforma autores y obras de un país, en autores y obras del continente y del mundo. La comprensión y apropiación de obras latinoamericanas poco o mal frecuentadas, el acercamiento lingüístico entre el español, portugués, francés e inglés del Caribe, abre horizontes, establece vínculos, rompe límites y complejos artificiales, fortalece las identidades y el diálogo de los latinoamericanos entre sí y de los latinoamericanos con los otros países que hicieron su historia.

La nómina de autores que integra el plan general de edición de la Colección Archivos es muy interesante, porque al lado de países cuyos clásicos son obvios por su ya afirmada circulación, hay otros que nunca han entrado en los circuitos de la industrias culturales y editoriales por razones históricas que la Colección ha tratado de averiguar y poner en discusión. El repertorio actual y futuro de Archivos no pretende erigirse en un canon monumentalizante. Es sencillamente un espacio donde se releen, con otros enfoques y otros instrumentales analíticos, clásicos muy frecuentados; se proponen reorganizaciones textuales que restituyen a la obra su vocación y su respiración cronológica de origen (Martí, Mariátegui), se rescatan registros discursivos y temas marginalizados y/o rechazados (Manso, Novo). Nuestros libros tienen la ambición de redescubrir obras injustamente olvidadas, o introducir en el canon voces todavía al margen por su tema, sus registros y su pertenencia generacional. Cada vez que el Comité Científico Internacional se reúne, se examinan nuevas propuestas, se indican prioridades, se señalan lagunas. En la actualidad, para que Archivos acepte un nuevo título se necesita que el ciclo vital de su autor haya terminado y que exista un *dossier* genético representativo y accesible de la obra propuesta.

El repertorio de autores, títulos y coordinadores de la Colección fue precedido por una serie de publicaciones que lo prepararon como una suerte de espacio experimental donde se afirmaron las principales características de la Colección.

Los cuatro títulos de Miguel Ángel Asturias, que aprovecharon directamente y sin limitaciones de la Donación del Premio Nobel a la Biblioteca Nacional de Francia, nos enseñaron, por ejemplo, que la fijación de un texto y un *dossier* genético bien organizado pueden modificar el sentido



y la recepción de obras literarias ya hartamente comentadas que parecían condenadas a una doxa crítica sin sorpresas. Otro indicio importante ofrecido por estos cuatro títulos fue el interés hermenéutico que consiste en reunir equipos armados para un asedio textual no solamente nacional, ni solamente literario, de las obras.

Son esas cuatro ediciones asturianas las que nos enseñaron concretamente la utilidad de un esfuerzo organizado y constante en estas direcciones, puesto que este cruce de enfoques no se había trabajado sistemáticamente en ninguna colección literaria y en ningún idioma y que su delicado arte combinatorio ofrecía respuestas solventes y aceptables al lector de todas las latitudes y de todas las opciones metodológicas. Esos cuatro textos y los que Archivos se preparaba a publicar en la Colección a partir de 1984, hallaron por fin una articulación científica e histórica adecuada en el Manual de Giuseppe Tavani (*Théorie et pratique de l'édition critique*) que, desde entonces, es el referente filológico-genético de nuestras ediciones.

En esta reseña de resultados figuran también las traducciones al inglés y al francés que Archivos emprendió con la ayuda de la UNESCO y de dos editoriales de Estados Unidos y Francia: *University of Pittsburgh Press* y *Éditions Stock*.

Su principal interés era, y es, proponer una traducción especialmente controlada que incorpora las modificaciones textuales de la edición original y una síntesis histórico-crítica adaptada al nuevo ámbito lingüístico. La utilidad pedagógica de estas experiencias es considerable porque introducen, fuera del contexto cultural iberoamericano, temas y tesis poco conocidas fuera del ámbito regional y ayudan a un contacto intercultural menos folklórico y superficial.

Nº 1

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS  
París 1924-1933  
Periodismo y creación literaria

---

Coordinador: Amos Segala  
CVIII + 972 p.  
ISBN: 84-89666-00-8

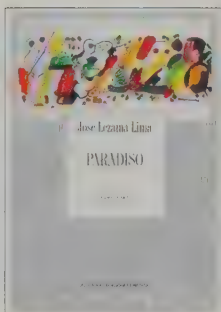
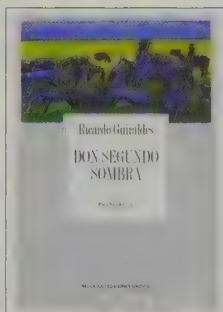
Nº 3

JOSÉ LEZAMA LIMA  
Paradiso

---

Coordinador: Cintio Vitier  
XL + 790 p.  
ISBN: 84-89666-02-4

### *Guatemala*



### *Cuba*

### *Argentina*

Nº 2

RICARDO GÜIRALDES  
Don Segundo Sombra

---

Coordinador: Paul Verdevoye  
LXII + 538 p.  
ISBN: 84-89666-01-6

Nº 4

CÉSAR VALLEJO  
Obra poética

---

Coordinador: Américo Ferrari  
XLI + 760 p.  
ISBN: 84-89666-03-2

### *Perú*

Nº 5

MARIANO AZUELA  
Los de abajo

---

Coordinador: Jorge Ruffinelli  
XLIII + 355 p.  
ISBN: 84-89666-04-0

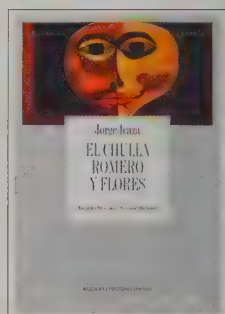
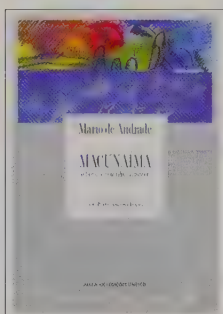
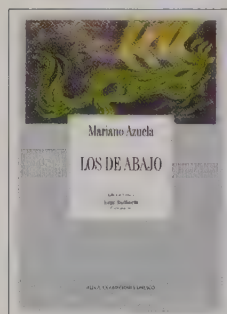
Nº 7

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA  
Obra completa

---

Coordinador: Héctor H. Orjuela  
LXVI + 747 p.  
ISBN: 84-8966-06-7

*México*



*Colombia*

*Brasil*

Nº 6

MÁRIO DE ANDRADE  
Macunaíma  
o herói sem nenhum caráter

---

Coordinadora: Telê Porto Ancona Lopez  
LXIII + 589 p.  
ISBN: 84-89666-05-9

Nº 8

JORGE ICAZA  
El Chulla Romero y Flores

---

Coordinadores: Ricardo Descalzi  
& Renaud Richard  
XXIII + 323 p.  
ISBN: 84-89666-07-5

*Ecuador*

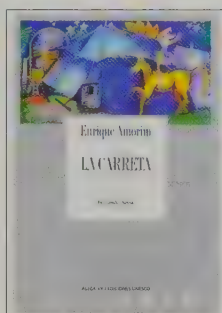
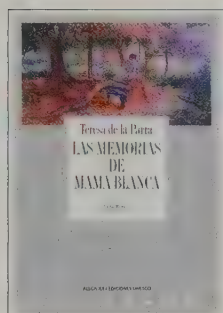
N° 9

TERESA DE LA PARRA  
Las memorias de Mamá Blanca

---

Coordinadora: Velia Bosch  
XLIII + 327 p.  
ISBN: 84-89666-08-3

*Venezuela*



*Uruguay*

N° 10

ENRIQUE AMORIM  
La carreta

---

Coordinador: Fernando Aínsa  
LVII + 491 p.  
ISBN: 84-89666-09-1

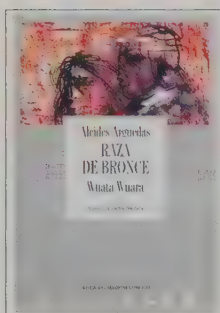
N° 11

ALCIDES ARGUEDAS  
Raza de Bronce –  
Wuata Wuara

---

Coordinador: Antonio Lorente Medina  
XXXVI + 574 p.  
ISBN: 84-89666-10-5

*Bolivia*



*México*

N° 12

JOSÉ GOROSTIZA  
Poesía y Poética

---

Coordinadora: Edelmira Ramírez  
XLVII + 538 p.  
ISBN: 84-89666-11-3



Nº 13

CLARICE LISPECTOR  
A Paixão Segundo G. H.

---

Coordenador: Benedito Nunes  
XXXIX + 389 p.  
ISBN: 84-89666-12-1

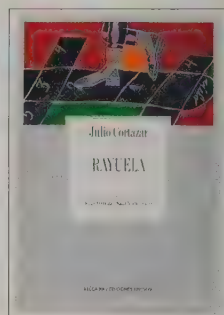
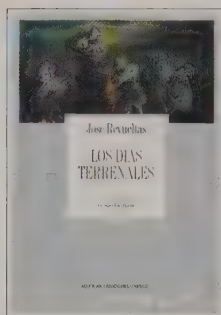
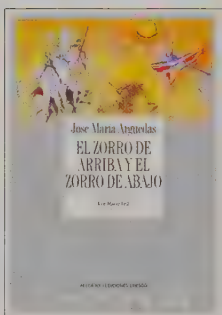
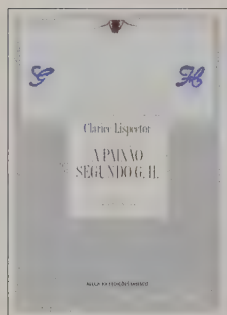
Nº 15

JOSÉ REVUELTAS  
Los días terrenales

---

Coordinador: Evodio Escalante  
XXXVII + 482 p.  
ISBN: 84-89666-14-8

*Brasil*



*México*

*Perú*

*Argentina*

Nº 14

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS  
El zorro de arriba y  
el zorro de abajo

---

Coordinadora: Ève-Marie Fell  
XXXI + 465 p.  
ISBN: 84-89666-13-X

Nº 16

JULIO CORTÁZAR  
Rayuela

---

Coordinadores: Julio Ortega  
& Saúl Yurkiévich  
XXXV + 857 p.  
ISBN: 84-89666-15-6

Nº 17

JUAN RULFO  
Toda la obra

---

Coordinador: Claude Fell  
XLVI + 1044 p.  
ISBN: 84-89666-16-4

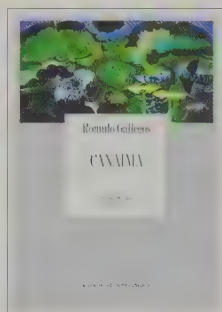
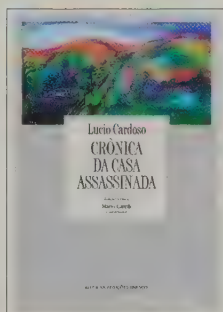
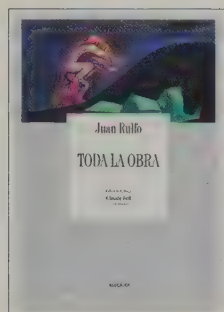
Nº 19

EZEQUIEL MARTÍNEZ  
ESTRADA  
Radiografía de la Pampa

---

Coordinador: Leo Pollmann  
XXIV + 586 p.  
ISBN: 84-89666-18-0

*México*



*Argentina*

*Brasil*

*Venezuela*

Nº 18

LÚCIO CARDOSO  
Crônica da casa assassinada

---

Coordinador: Mario Carelli  
XXXVII + 820 p.  
ISBN: 84-89666-17-2

Nº 20

RÓMULO GALLEGOS  
Canaima

---

Coordinador: Charles Minguet  
XXIV + 562 p.  
ISBN: 84-89666-19-9

Nº 21

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS  
Hombres de maíz

---

Coordinador: Gerald Martin  
XXXIII + 764 p.  
ISBN: 84-89666-20-2

Nº 23

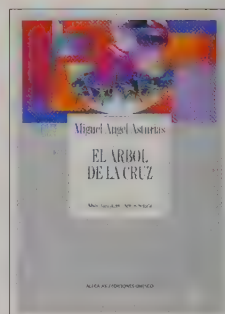
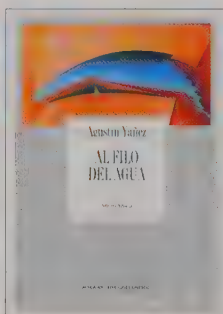
RICARDO PALMA  
Tradiciones peruanas

---

Coordinadores: Julio Ortega  
& Flor María Rodríguez-Arenas  
XXIX + 658 p.  
ISBN: 84-89666-22-9

*Guatemala*

*Perú*



*México*

*Guatemala*

Nº 22

AGUSTÍN YÁÑEZ  
Al filo del agua

---

Coordinador: Arturo Azuela  
XXXVI + 406 p.  
ISBN: 84-89666-21-0

Nº 24

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS  
El árbol de la Cruz

---

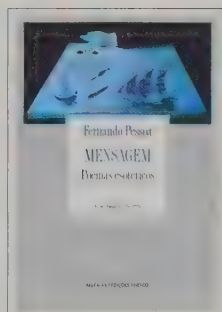
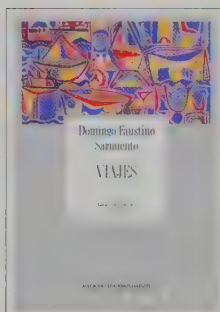
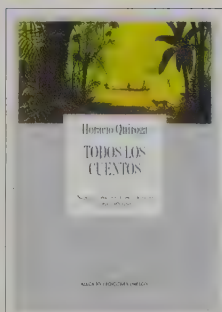
Coordinadores: Amos Segala  
& Aline Janquart  
XLV + 330 p.  
ISBN: 84-89666-23-7

Nº 25

MACEDONIO FERNÁNDEZ  
Museo de la novela  
de la Eterna

Coordinadores: Ana María Camblong &  
Adolfo de Obieta  
LXXIX + 591 p.  
ISBN: 84-89666-24-5

*Argentina*



*Uruguay*

Nº 26

HORACIO QUIROGA  
Todos los cuentos

Coordinadores: Napoleón Baccino Ponce  
de León & Jorge Lafforgue  
LIV + 1460 p.  
ISBN: 84-89666-26-1

Nº 27

DOMINGO FAUSTINO  
SARMIENTO  
Viajes

Coordinador: Javier Fernández  
XXIX + 1108 p.  
ISBN: 84-89666-26-1

*Argentina*

*Portugal*

Nº 28

FERNANDO PESSOA  
Mensagem –  
Poemas esotéricos

Coordenador: José Augusto Seabra  
LIII + 531 p.  
ISBN: 84-89666-27-X



Nº 29

RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ

El hombre que parecía  
un caballo y otros cuentos

Coordinador: Dante Liano

XLIII + 660 p.

ISBN: 84-89666-28-8

Nº 31

LEOPOLDO MARECHAL

Adán Buenosayres

Coordinadores: Jorge Lafforgue

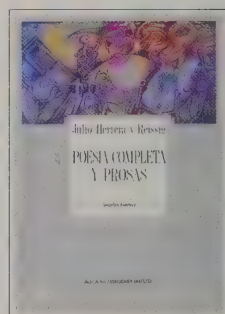
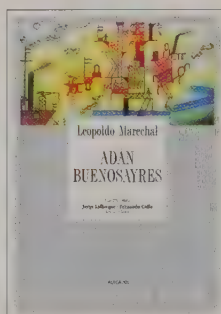
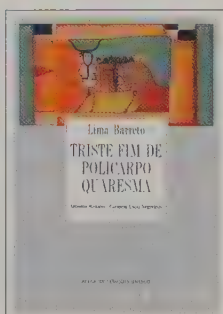
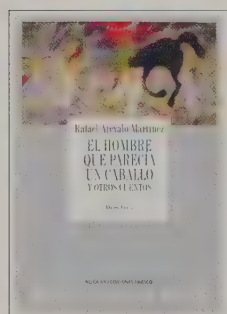
& Fernando Colla

XXXIX + 978 p.

ISBN: 84-89666-30-X

*Guatemala*

*Argentina*



*Brasil*

*Uruguay*

Nº 30

LIMA BARRETO

Triste fim de Policarpo  
Quaresma

Coordinadores: Antonio Houaiss  
& Carmen Lúcia Negreiros de Figueiredo

XXXV + 655 p.

ISBN: 84-89666-29-6

Nº 32

JULIO HERRERA Y REISSIG

Poesía completa y Prosas

Coordinadora: Ángeles Estévez

XVII + 1178 p.

ISBN: 84-89666-31-8

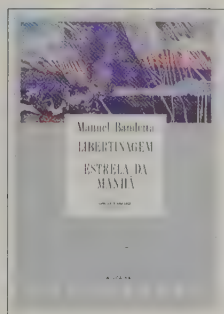
Nº 33

MANUEL BANDEIRA  
Libertinagem –  
Estrela da Manhã

---

Coordenadora: Giulia Lanciani  
LVII + 781 p.  
ISBN: 84-89666-32-6

*Brasil*



*Argentina*

Nº 34

HAROLDO CONTI  
Sudeste – Ligados

---

Coordenador: Eduardo Romano  
LVIII + 736 p.  
ISBN: 84-89666-33-4

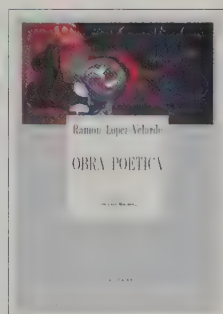
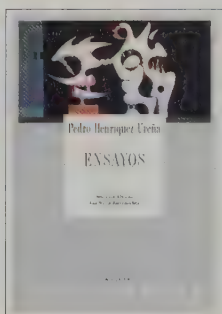
Nº 35

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA  
Ensayos

---

Coordinadores: José Luis Abellán  
& Ana María Barrenechea  
XXVIII + 939 p.  
ISBN: 84-89666-34-2

*República  
Dominicana*



*México*

Nº 36

RAMÓN LÓPEZ VELARDE  
Obra poética

---

Coordenador: José Luis Martínez  
LIX + 841 p.  
ISBN: 84-89666-35-0

Nº 37

OSWALD DE ANDRADE  
Obra Incompleta

---

Coordinador: Jorge Schwartz  
ISBN: 2-914273-03-7

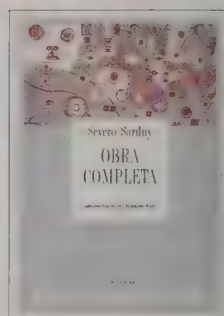
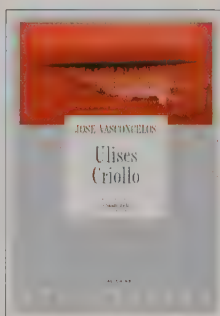
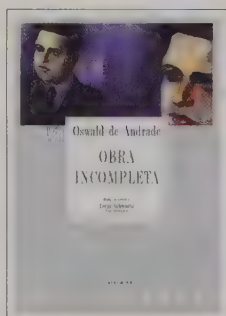
Nº 39

JOSÉ VASCONCELOS  
Ulises Criollo

---

Coordinador: Claude Fell  
XLI + 1019 p.  
ISBN: 2-914273-00-2

*Brasil*



*México*

*Argentina*

Nº 38

OLIVERIO GIRONDO  
Obra completa

---

Coordinador: Raúl Antelo  
XC + 729 p.  
ISBN: 84-89666-37-7

Nº 40

SEVERO SARDUY  
Obra completa  
(2 tomos)

---

Coordinadores: Gustavo Guerrero  
& François Wahl  
Tomo 1: XXXIII + 1005 p.  
Tomo 2: 1896 p.  
ISBN: 84-89666-41-5

*Cuba*

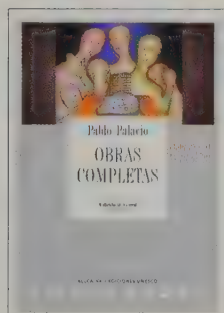
Nº 41

PABLO PALACIO  
Obras completas

---

Coordinador: Wilfrido H. Corral  
LI + 748 p.  
ISBN: 2-914273-01-0

*Ecuador*



*Argentina*

Nº 42

MANUEL PUIG  
El beso de la mujer araña

---

Coordinadores: José Amícola  
& Jorge Panesi  
LXXVIII + 847 p.  
ISBN: 84-89666-45-8

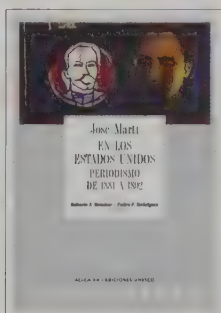
Nº 43

JOSÉ MARTÍ  
En los Estados Unidos.  
Periodismo de 1881 a 1892

---

Coordinadores: Pedro Pablo Rodríguez &  
Roberto Fernández Retamar  
XXIV + 2500 p.  
ISBN: 84-89666-46-6

*Cuba*



*Argentina*

Nº 44

ROBERTO ARLT  
Los siete locos –  
Los lanzallamas

---

Coordinador: Mario Goloboff  
LXIII + 873 p.  
ISBN: 2-914273-02-9



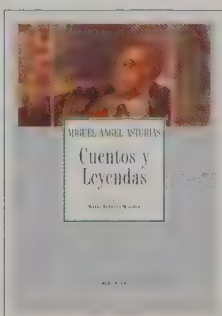
Nº 45

VICENTE HUIDOBRO  
Obra poética

---

Coordinador: Cedomil Goic  
LVI + 1817 p.  
ISBN: 84-89666-49-0

*Chile*



*Guatemala*

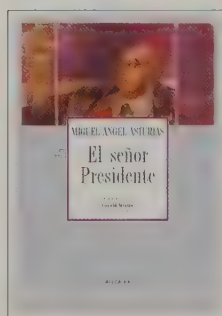
Nº 47

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS  
El Señor Presidente

---

Coordinador: Gerald Martin  
LI + 1088 p.  
ISBN: 84-89666-51-2

*Guatemala*



*Guatemala*

Nº 46

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS  
Cuentos y Leyendas

---

Coordinador: Mario Roberto Morales  
XXXVIII + 932 p.  
ISBN: 84-89666-50-4

Nº 48

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS  
Mulata de Tal

---

Coordinador: Arturo Arias  
LXXVII + 1097 p.  
ISBN: 84-89666-53-9

Nº 49

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS  
Maladrón

---

Coordinadores: Amos Segala  
& Aline Janquart  
ISBN: 84-89666-54-7

*Guatemala*



*Guatemala*

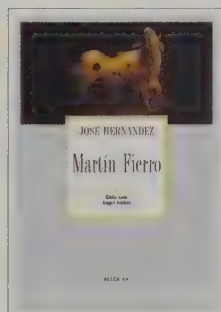
Nº 51

JOSÉ HERNÁNDEZ  
Martín Fierro

---

Coordinadores: Élidea Lois  
& Ángel Núñez  
CVI + 1429 p.  
ISBN: 84-89666-58-X

*Argentina*



*Venezuela*

Nº 50

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS  
Teatro

---

Coordinadora: Lucrecia Méndez  
de Penedo  
ISBN: 84-89666-52-0

Nº 52

JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE  
Obra poética

---

Coordinadora: Alba Rosa Hernández  
Bossio  
XXXIV + 1178 p.  
ISBN: 84-89666-59-8

Nº 53

JORGE IBARGÜENGOITIA  
El atentado –  
Los relámpagos de agosto

Coordinadores: Juan Villoro  
& Víctor Díaz Arciniega  
XLVIII + 602 p.  
ISBN: 84-89666-62-8

*México*



*México*

Nº 54

MARTÍN LUIS GUZMÁN  
La sombra del Caudillo

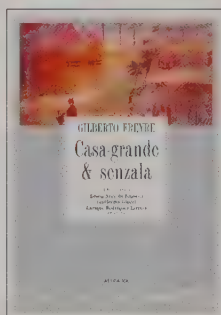
Coordinador: Rafael Olea Franco  
XXXX + 872 p.  
ISBN: 84-89666-63-5

Nº 55

GILBERTO FREYRE  
Casa-grande & senzala

Coordinadores: Guillermo Gucci,  
Edson Nery da Fonseca  
& Enrique Rodríguez Larreta  
XXX + 1251 p.  
ISBN: 84-89666-64-4

*Brasil*



*Venezuela*

Nº 56

ARTURO ÚSLAR PIETRI  
Las lanzas coloradas –  
Primera narrativa

Coordinador: François Delprat  
XXXX + 957 p.  
ISBN: 84-89666-65-2

Nº 57

AURELIO ARTURO  
Obra poética completa

Coordinador: Rafael Humberto  
Moreno-Durán  
XXX + 692 p.  
ISBN: 84-89666-67-9

Nº 59

CARLOS DRUMMOND DE  
ANDRADE  
Poesía

Coordinador: Silviano Santiago  
ISBN: 84-89666-69-5

## Colombia

## Brasil



## Haití

Nº 58

JACQUES ROUMAIN  
Œuvres complètes

Coordinateur: Léon-François Hoffmann  
LI + 1690 p.  
ISBN: 84-89666-68-7

### Próximos títulos:

- Pedro Nava: *Beira Mar, Memórias 4*
- César Moro: *Obra completa*
- José Carlos Mariátegui: *Periodismo (1923-1930)* (dos tomos)
- Manuel Payno: *Los bandidos del Río Frío* (dos tomos)
- Carlos Monsiváis: *Amor perdido. La crónica en México. La crónica en Latinoamérica*
- Ernesto Sábato: *Sobre héroes y tumbas*

Desde 2002, se lanzó una nueva sección de la Colección, o sea, la edición de títulos francófonos del Caribe y africanos:

- Léon-Contran Damas: *Œuvres complètes*
- Aimé Césaire: *Poésie complète*
- Léopold Sédar Senghor: *Poésie complète*
- Lautréamont (Isidore Ducasse, dit le comte de):  
*Chants de Maldoror*



MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS  
Tres de cuatro soles

---

Coordinadora: Dorita Nouhaud  
Editions Klincksieck  
Fondo de Cultura Económica  
XCI + 120 p.  
ISBN Obra completa:  
84-375-0113-X  
ISBN: 2-252-01920-4  
1977



MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS  
Hombres de Maíz

---

Coordinador: Gerald Martin  
Editions Klincksieck  
Fondo de Cultura Económica  
CCLXXX + 474 p.  
ISBN Obra completa:  
84-375-0113-X  
ISBN: 84-375-0209-8  
1981



MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS  
El Señor Presidente

---

Coordinadores: Ricardo Navas Ruiz  
& Jean-Marie Saint-Lu  
Editions Klincksieck  
Fondo de Cultura Económica  
CCXIII + 306 p.  
ISBN Obra completa:  
84-375-0113-X  
ISBN: 84-375-0146-6



GIUSEPPE TAVANI et al.  
Théorie et pratique  
de l'édition critique

---

Coordinateur: Amos Segala  
Editions Bulzoni  
364 p.  
1988



MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS  
Viernes de dolores

---

Coordinador: Iber H. Verdugo  
Editions Klincksieck  
Fondo de Cultura Económica  
LXXXV + 474 p.  
ISBN Obra completa:  
84-375-0113-X  
ISBN: 84-375-0147-4  
1978



LÉXICO  
argentino – español – francés.  
LEXIQUE argentin – espagnol –  
français

---

Coordinador científico: Paul Verdevoye  
Coordinador técnico: Fernando Colla  
ALLCA XX  
XLVII + 271 p.  
ISBN: 84-00-072230-8  
1992



MARIANO AZUELA  
The Underdogs

---

Editor: Seymour Menton  
Translation: Frederick H. Fornoff  
University off Pittsburgh Press  
UNESCO – ALLCA XX  
165 p.  
ISBN: 0-8229-5484-2  
1992



MARIO DE ANDRADE  
Macounaïma

---

Coordinateur: Pierre Rivas  
Traduction: Jacques Thiériot  
Editions Stock  
UNESCO – CNRS – ALLCA XX  
345 p.  
ISBN: 2-234-04703-X  
ISBN Unesco: 92-3-203379-8  
1997



TERESA DE LA PARRA  
Mama Blanca's Memoirs

---

Editor: Doris Sommer  
Translation: Harriet de Onís  
University off Pittsburgh Press  
UNESCO – ALLCA XX  
183 p.  
ISBN: 0-8229-5910-0  
1993



JOSÉ ASUNCION SILVA  
Œuvres

---

Coordinateur: Jacques Gilard  
Traduction: Jacques Gilard  
& Claire Pailler  
Editions Stock –  
UNESCO – CNRS – ALLCA XX  
523 p.  
ISBN: 2-234-04671-8  
ISBN Unesco: 92-3-203386-0  
1997



ROMULO GALLEGOS  
Canaima

---

Editor: Michael J. Doudoroff  
Translation : Will Kirland  
University off Pittsburgh Press  
UNESCO – ALLCA XX  
348 p.  
ISBN: 0-8229-5561-X  
1996



La riqueza de la diversidad.  
Vida, obra y herencia de  
MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS  
(1899-1999)

---

Coordinador: Amos Segala  
ALLCA XX - UNESCO  
691 p.  
ISBN: 84-89666-55-5  
1999



# Cátedras

Llegada a 58 títulos, la Colección puede hoy funcionar en dos vertientes igualmente interesantes: como ejemplo de un discurso crítico pluridisciplinario que el lector disfruta sin intervenir o como posibilidad de participar personal y concretamente en este nuevo discurso.

Para la segunda disyuntiva Archivos y la Fundación Ortega y Gasset organizan *Seminarios de capacitación* que se proponen formar especialistas jóvenes deseosos de participar y/o protagonizar el programa de ediciones Archivos. Los ejes principales de los cursos que se celebrarán en el contexto de los estudios doctorales de las Universidades sedes del Programa, son los siguientes:



Fundación Ortega y Gasset  
en Madrid.

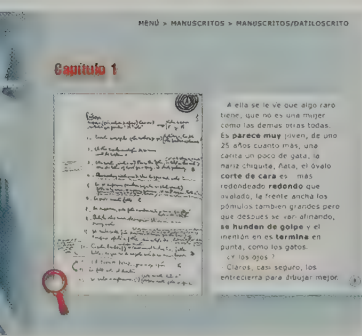
- Los coordinadores y filólogos de los libros de Archivos explicarán a los doctorandos cómo armaron su equipo, qué dificultades encontraron y los principios esenciales que gobiernan la conservación, el tratamiento y la interpretación de los manuscritos. Sobre todo, tratarán de explicar el salto hermenéutico que significa registrar genética y leer genética.
- Los libros de Archivos ostentan una gran variedad de tipologías y de soluciones, así que estos cursos gozarán de posibilidades de iniciación muy diversificadas.
- Los cursos funcionarán como un taller en el cual los especialistas convocados y los estudiantes trabajarán en equipo para preparar títulos cuyos manuscritos están disponibles *in situ* sin problemas ni dificultades logísticas.
- El objetivo de estos cursos no es entonces solamente el de informar y enseñar nuevas maneras de entender y descodificar las obras literarias, sino de ser capaz luego de aplicar estas pedagogías transdisciplinarias a casos concretos y a autores que no han sido todavía tratados de esta manera (el Fondo Rubén Darío en la Biblioteca Nacional de Madrid, el Fondo Carlos Droguett en Poitiers, etc.).

Los cursos han empezado en Madrid, coordinados por Fernando Rodríguez Lafuente y en Poitiers, coordinados por Fernando Moreno. Existen compromisos firmes con la Universidad de Génova, donde serán coordinados por Pier Luigi Crovetto. Asimismo, hay compromisos con: Université de Toulouse (Francia), Università degli Studi di Brescia y Università di Modena e Reggio Emilia (Italia), Brown University, Boston University y Harvard University (Estados Unidos), Universidad de Buenos Aires y Universidad de La Plata (Argentina), Université de Fort-de-France (Martinica) y Universidade de Belo Horizonte (Brasil).

# CD-Rom Hipermedia

## El ejemplo de *El beso de la mujer araña* de Manuel Puig

La Colección ARCHIVOS en CD-Rom representa la realización acabada de las tres *navegaciones* (intratextual, contextual y postextual) que han constituido hasta el presente la originalidad de la Colección en soporte papel. La interactividad que brindan las tecnologías hipermedia ha significado una profundización y un enriquecimiento exponencial de las finalidades y de la metodología instauradas por Archivos. La edición simultánea en soporte papel y en soporte electrónico permite una serie de interrelaciones inéditas entre libro y CD-Rom.



La principal originalidad del CD Archivos consiste en permitir al investigador ingresar en el fondo del escritor, la mayor parte del tiempo de difícil –o imposible– acceso. Pone a disposición del usuario un importante dossier textual que constituye el corpus esencial del CD.

El caso de *El beso de la mujer araña*, de Manuel Puig es ejemplar por la profusión de material genético e ilustrativo disponible, pro-

fusión que hizo necesaria la publicación complementaria en los dos soportes.

La misma profusión de materiales autorizará la publicación simultánea en los dos soportes (papel y electrónico) de *Maladrón* de Miguel Ángel Asturias (2003) y de la *Trilogía* de Augusto Roa Bastos (2004).

El CD Puig cumple una doble función de archivo y de instrumento de investigación. En él, ponemos a disposición del investigador los pretextos de la novela (articulaciones narrativas, notas sobre la cárcel), el manuscrito completo y su transcripción, así como la de las variantes del dactiloscrito (etapa intermediaria), anotadas, lo que permite



cotejar, por una parte, el manuscrito con el dactiloscrito y por la otra, manuscrito y dactiloscrito con el texto base, o texto «definitivo» aprobado por el autor (publicado en el soporte papel). El acceso directo a los manuscritos, además de ofrecer una gran intimidad con el texto al entrar en el laboratorio del escritor, abre la posibilidad para el lector de seguir paso a paso las fases redaccionales de la novela –una función *lupa* permite visualizar cada elemento de manera legible, facilitando el estudio de las variantes textuales.



Por otra parte, el CD permite al usuario disponer de una serie de documentos biográficos poco difundidos, ordenados cronológicamente: notas y declaraciones de Manuel Puig, proyectos redaccionales, fotografías, fragmentos sonoros de una mesa redonda, con su transcripción. Esta *ampliación* de la Cronología publicada en el libro vincula más detalladamente las obras con el itinerario biográfico del autor, en particular

en lo que se refiere a *El beso de la mujer araña*, de la cual se presentan las distintas ediciones, traducciones y adaptaciones.

Finalmente, completan el material incluido en el CD-Rom, un diaporama comentado (Puig en imágenes), que brinda un rápido panorama de la vida y de la obra de Puig; un *link* directo a la base de datos bibliográficos de y sobre Manuel Puig –con múltiples entradas temáticas– disponible en el sitio *archivos.com.fr*, y otro que remite a una lista de sitios pertinentes relativos al escritor. En cualquier etapa de la consulta del CD, el lector puede también acceder al portal del sitio Archivos para efectuar cualquier consulta relativa a la historia del Programa, al catálogo de la Colección, a las actualidades, a la lista de difusión o a los seminarios.

# Estructuras operativas y financieras

---

**L**a UNESCO en los años 80, gracias al apoyo de varias personalidades (Léopold Sédar Senghor, César F. Moreno, Mahtar M. Bow, Gonzalo Abad, Eduardo Portella, Roger Callois, Moenis Taha Hussein, Juan Carlos Langlois, Fernando Aínsa) decidió que las lecciones de las ediciones Asturias se aplicaran a escala continental y financió los Coloquios preparatorios de la Colección Archivos (ver efemérides).

Se trató de financiamientos modestos pero estratégicos y bien calculados ya que su *demonstration effect* no tardó a operar en Francia (CNRS, Bernard Pottier, Jacqueline Mirabel), en Italia (CNR, Alberto Boscolo, Giuseppe Bellini), en Brasil, en Argentina, en Colombia y en México y permitió una propuesta editorial e investigativa que luego el Acuerdo de Buenos Aires consagró definitivamente.

Después de la firma del Acuerdo Multilateral de Coedición de 1984, los organismos oficiales y de investigación representantes de los países miembros se constituyeron en un Consejo de Signatarios. Este Consejo se reúne periódicamente para evaluar los resultados del Programa y renovar el mandato de la Dirección.

En estas ocasiones, se reúnen los miembros del Comité Científico Internacional quienes proponen nuevos autores y nuevos títulos para incorporar el Plan General de Edición, así como ajustes metodológicos y hermenéuticos que vienen a enriquecer el esquema tipo de la Colección.

Gracias al apoyo sostenido del Signatario francés, dos estructuras ejecutivas se han constituido para coordinar la producción editorial:

## ALLCA XX

Université de Paris X-Nanterre

Bât F. 411-412

200, avenue de la République

92001 NANTERRE CEDEX - FRANCE

Tel.: 33 1 40 97 76 61

Fax: 33 1 40 97 76 15

E-mail: ALLCA@u-paris10.fr

Web : [www.archivos.com.fr](http://www.archivos.com.fr)

■ la DIRECCIÓN INTERNACIONAL del programa, con sede en la Universidad de París X – Nanterre, encargada de la gestión del plan general de publicaciones y de los recursos internacionales que lo financian, la contratación de coordinadores y derechos de autor, las relaciones con el Consejo de Signatarios, el Comité Científico Internacional y los coeditores y distribuidores en las distintas áreas de difusión de la Colección.

ALLCA XX de Poitiers  
Université de Poitiers - UMR 6132  
- CNRS - MSHS  
99, avenue du Recteur Pineau -  
BP 632  
86022 POITIERS CEDEX - FRANCE  
Tel.: 33 5 49 45 46 70  
Fax: 33 5 49 45 46 72  
E-mail:  
Archivos@mshs.univ-poitiers.fr

ALLCA XX de Madrid  
Vitruvio, 8.2ª planta  
28006 MADRID - ESPAÑA  
Tel./Fax: 34 91 564 32 44

■ La OFICINA DE COORDINACIÓN CIENTÍFICA Y EDITORIAL (laboratorio del CNRS francés, UMR 6132 con sede en la *Maison des Sciences de l'Homme et de la Société de Poitiers*) y la OFICINA DE COORDINACIÓN Y PRODUCCIÓN EDITORIAL (Madrid), que asumen las relaciones con los coordinadores, durante la fase de producción de los volúmenes, los talleres de fotocomposición y los correctores.

Mientras el repertorio de autores y la metodología quedaron establecidos desde el primer momento, la producción de los libros de Archivos, su

financiación y su mercado atravesaron fases alternas hasta llegar a la situación actual.

- La Asociación, designada en Buenos Aires, en 1984 y luego en Roma, en 1988 como ejecutora y gestora del Proyecto aseguró la solvencia y el cronograma de todas las investigaciones (financiadas por los Miembros Europeos).
- La Asociación distribuyó luego en Argentina, Brasil, México y Colombia los fotolitos correspondientes a los tomos preparados para que los países latinoamericanos realizaran sus ediciones.

**Director internacional: Amos Segala**

## COMITÉ CIENTÍFICO INTERNACIONAL

Fernando Ainsa;  
Manuel Alvar;  
Telê Porto Ancona Lopez;  
José Balza;  
Rubén Bareiro Saguier;  
Ana María Barrenechea;  
Rebeca Barriga Villanueva;  
Giuseppe Bellini;  
Ligia Bolaños;  
Antônio Braz de Oliveira;  
Florence Callu;  
Antonio Candido de  
Mello e Souza;

José Jobson de Andrade  
Arruda;  
François Delprat;  
Claude Fell;  
Roberto Fernández  
Retamar;  
Margo Glantz;  
Gustavo Guerrero;  
Louis Hay;  
Giulia Lanciani;  
Dante Liano;  
Élida Lois;  
Gerald Martin;

Bias Matamoro;  
Wander Melo Miranda;  
Carlos Monsiváis;  
Carlos Montemayor;  
Pablo Montoya;  
Fernando Moreno;  
Abelardo Oquendo;  
Julio Ortega;  
María Salvadora Ortiz;  
José Emilio Pacheco;  
Eduardo Portella;  
Bernard Pottier;

Fernando Rodríguez  
Lafuente;  
Carmen Ruiz Barrionuevo;  
Silviano Santiago;  
Jorge Schwartz;  
José Augusto Seabra;  
Bernard Sesé;  
Ricardo Silva Santisteban;  
Giuseppe Tavani;  
Paul Verdevoye;  
Gregorio Weinberg;  
Leopoldo Zea;  
Sergio Zoppi.

Coordinación científica y editorial: Fernando Colla y Sylvie Josserand

Producción editorial: Aurore Baltasar

Asistente del Director: Patricia Roa

Las dificultades de la operación fueron rápidamente evidentes:

- Asincronía y lagunas ejecutivas
- Disparidad tecnológica, de papel y de encuadernación
- Imposibilidad de ofrecer la Colección desde estos polos a mercados no nacionales

Se decidió en 1993, consensualmente, que los recursos de los latinoamericanos podían ser utilizados directamente por ellos mismos para adquirir un número de ejemplares equivalente a sus compromisos financieros (40,000 US-\$ anuales que cubren los costos de los 500 ejemplares de los

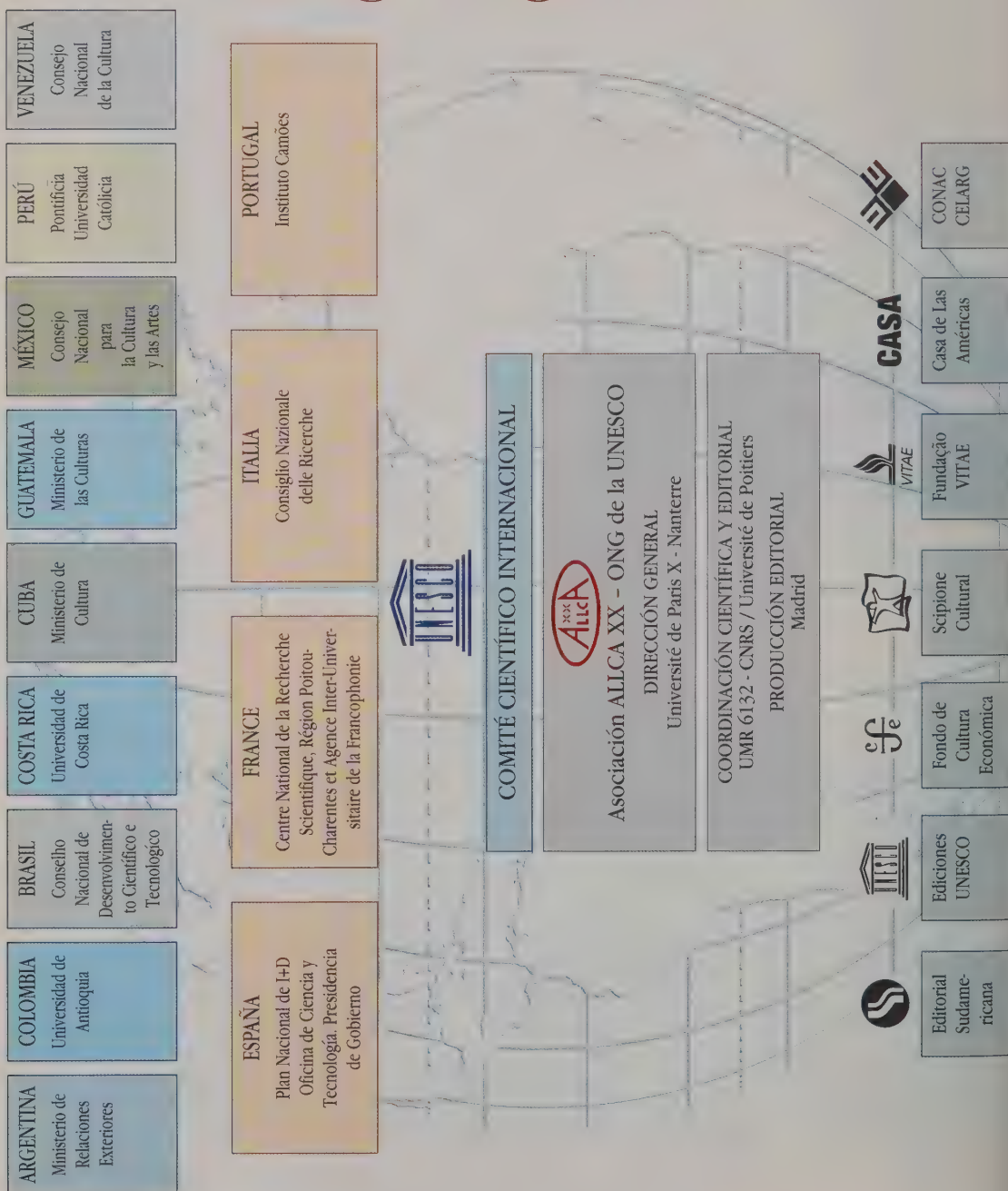
ocho títulos anuales producidos, o sea, 4000 ejemplares a 10 US-\$ por unidad). Esta solución, que es la actual, permite, centralizando la producción de 10.000 ejemplares para cada título, disminuir sus costos, abastecer los mercados asociados de manera simultánea y ostentar, hasta físicamente, la existencia de una iniciativa compartida.



Maison des Sciences de l'Homme  
et de la Société  
(Université de Poitiers - CNRS).



# Organigrama



# Plan general de edición

## ARGENTINA

ALMAFUERTE  
*Obra completa*

Javier Fernández  
María Minellono

**44•** ROBERTO ARLT  
*Los siete locos*  
*Los lanzallamas*  
Mario Goloboff

ADOLFO BIOY  
CASARES  
*El sueño de los héroes*

**16•** JULIO CORTÁZAR  
*Rayuela*  
Julio Ortega  
Saúl Yurkiévich

**34•** HAROLDO CONTI  
*Sudeste - Ligados*  
Eduardo Romano

**25•** MACEDONIO  
FERNÁNDEZ  
*Museo de la novela  
de la Eterna*  
Ana María Camblong  
Adolfo de Obieta

BALDOMERO FERNÁNDEZ  
MORENO  
*Poesía*  
Jorge Monteleone

MANUEL GÁLVEZ  
*Escenas de la guerra  
del Paraguay*

ALBERTO CERCHUNOFF  
*Los gauchos judíos*  
Saúl Sosnowski

**38•** OLIVERIO GIRONDO  
*Obra completa*  
Raúl Antelo

**2•** RICARDO GÜIRALDES  
*Don Segundo Sombra*  
Paul Verdevoye

**51•** JOSÉ HERNÁNDEZ  
*Martín Fierro*  
Élida Lois  
Ángel Núñez

JUANA MANSO  
*Los misterios del Plata*

Élida Lois  
Sylvia Paixão  
Paul Verdevoye

**31•** LEOPOLDO MARECHAL  
*Adán Buenosayres*  
Jorge Lafforgue  
Fernando Colla

**19•** EZEQUIEL MARTÍNEZ  
ESTRADA  
*Radiografía de la Pampa*  
Leo Pollmann

MANUEL MUJICA LÁINEZ  
*Misteriosa Buenos Aires*  
Fernando Colla

HÉCTOR A. MURENA  
*El pecado original  
de América*  
Walter Mignolo

SILVINA OCAMPO  
*Los cuentos*  
Edgardo Cozarinsky  
Daniel Balderston

VICTORIA OCAMPO  
*Testimonios literarios*  
Cristina Iglesias  
Noé Jitrik

**42•** MANUEL PUIG  
*El beso de la mujer araña*  
José Amicola  
Jorge Panesi

ERNESTO SÁBATO  
*Sobre héroes y tumbas*  
María Lojo

**27•** DOMINGO FAUSTINO  
SARMIENTO  
*Viajes*  
Javier Fernández

## BOLIVIA

**11•** ALCIDES ARGUEDAS  
*Raza de Bronce -  
Wuata Wuara*  
Antonio D. Lorente Medina

AUGUSTO CÉSPEDES  
*Sangre de mestizos*  
Renato Prada Oropeza

RICARDO JAIMES FREIRE  
*Poesía*  
Óscar River-Rodas

MARCELO QUIROGA  
SANTA CRUZ  
*Los deshabitados*  
Concha Reverte

## BRASIL

**59•** CARLOS DRUMMOND  
DE ANDRADE  
*Poesía*  
Silviano Santiago

**6•** MÁRIO DE ANDRADE  
*Macunaíma*  
Telê Porto Ancona Lopez

**37•** OSWALD DE ANDRADE  
*Obra Incompleta*  
Jorge Schwartz

Los títulos en rojo, indican la producción  
prevista para 2003/2004

JOAQUIM MARIA  
MACHADO DE ASSIS  
*Os contos*

33• MANUEL BANDEIRA  
*Libertinagem –  
Estrela da manhã*  
Giulia Lanciani

30• LIMA BARRETO  
*Triste fim de Policarpo  
Quaresma*  
Antonio Houaiss  
Carmem Lúcia Negreiros  
de Figueiredo

18• LÚCIO CARDOSO  
*Crônica da casa assassi-  
nada*  
Mario Carelli

EUCLIDES DA CUNHA  
*Os Sertões*  
Leopoldo Bernucci

55• GILBERTO FREYRE  
*Casa-grande & senzala*  
Guillermo Giucci  
Enrique Rodríguez Larreta  
Edson Nery da Fonseca

GILBERTO FREYRE  
*Sobrados e mucambos*  
Evaldo Cabral de Mello  
Guillermo Giucci  
Enrique Rodríguez Larreta

SERCIO BUARQUE  
DE HOLANDA  
*Raízes do Brasil*  
Fernando Novaes

13• CLARICE LISPECTOR  
*A Paixão segundo G. H.*  
Benedito Nunes

PEDRO NAVA  
*Beira Mar, Memórias 4*  
Eneida Maria de Souza

CAIO PRADO JR.  
*A formação do Brasil  
contemporâneo*  
José Jobson de Andrade  
Arruda

GRACILIANO RAMOS  
*Memórias do cárcere*  
Wander Melo Miranda  
Godofredo de Oliveira Neto

JOSÉ LINS DO REGO  
*Fogo Morto*

JOÃO GUIMARÃES ROSA  
*Grande Sertão: Veredas*  
Walnice Nogueira Galvão

## COLOMBIA

57• AURELIO ARTURO  
*Obra poética completa*  
Rafael Humberto  
Moreno-Durán

PORFIRIO BARBA JACOB  
*Obra periodística*

EDUARDO CARRANZA  
*Poesía*

TOMÁS CARRASQUILLA  
*Los cuentos*  
Juana Martínez Gómez

LEÓN DE GREIFF  
*Obra completa*  
Antonio García Lozada  
Rafael Gutiérrez Girardot  
Hjalmar de Greiff

LUIS CARLOS LÓPEZ  
*Poesía*

JOSÉ EUSTASIO RIVERA  
*Obra completa*  
Hernán Lozano  
Françoise Perus

BALDOMERO SANÍN CANO  
*Escritos políticos  
y periodísticos*  
Juan Gustavo Cobo Borda

7• JOSÉ ASUNCIÓN SILVA  
*Obra completa*  
Héctor H. Orjuela

GUILLERMO VALENCIA  
*Poesía*  
Trinidad Barrera López

## COSTA RICA

JOAQUÍN GARCÍA MONGE  
*Escritos en Repertorio  
Americano*  
María Salvadora Ortiz

MAX JIMÉNEZ  
*Un pluridiscursio artístico*  
Maria Lourdes Cortés  
Amalia Chaverri

## CUBA

EMILIO BALLAGAS  
*Poesía*

REGINO BOTI  
*Poesía*

JOSÉ LEZAMA LIMA  
*Oppiano Licario*  
Jean-Philippe Barnabé  
César López

3• JOSÉ LEZAMA LIMA  
*Paradiso*  
Cintio Vitier

JUAN MARINELLO  
*Ensayos*

42• JOSÉ MARTÍ  
*En los Estados Unidos.  
Periodismo de 1881  
a 1892*  
Roberto Fernández Retamar  
Pedro Pablo Rodríguez

FERNANDO ORTIZ  
*Hacia lo cubano*  
Miguel Barnet  
Françoise Moulin-Civil

VIRGILIO PIÑERA  
*Teatro*

40• SEVERO SARDUY  
*Obra completa*  
Custavo Guerrero  
François Wahl

## CHILE

MARÍA LUISA BOMBAL  
*La última niebla –  
La amortajada –  
Los cuentos*  
Sonia Mattalía  
Lucía Guerra

CARLOS DROGUETT  
*Los asesinados del seguro  
obrero*  
Fernando Moreno

JUAN EMAR  
*Un año-Ayer-Militin  
1934-Diez*  
Alejandro Canseco-Jerez

45• VICENTE HUIDOBRO  
*Obra poética*  
Cedomil Goic

MARIANO LATORRE  
*Los cuentos*  
Osvaldo Rodríguez Pérez

GABRIELA MISTRAL  
*Prosa y crítica*

MANUEL ROJAS  
*Hijo de ladrón*

## DOMINICA

JEAN RHYS  
*Wide Sargasso Sea*

## ECUADOR

DEMETRIO AGUILERA  
MALTA  
*Siete lunas  
y siete serpientes*  
Antonio D. Lorente  
Medina

JORGE CARRERA  
ANDRADE  
*Edades poéticas  
y otros textos*

BENJAMÍN CARRIÓN  
*Ensayos*

José Carlos Rovira

JOSÉ DE LA CUADRA  
*Los Sangurimas  
y otros cuentos*  
Diego Araújo

GONZALO ESCUDERO  
*Poesía*

8• JORGE ICAZA  
*El Chulla Romero  
y Flores*  
Ricardo Descalzi  
Renaud Richard

## ESPAÑA

MIGUEL DE UNAMUNO  
*Escritos sobre América*  
Carmen Ruiz Barriounevo

RAMÓN DEL VALLE-  
INCLÁN  
*Tirano Banderas*  
María del Rocío Oviedo Pérez  
de Tudela



## GUADALUPE

ST. JOHN PERSE  
*Éloges*

SONNY RUPAIRE  
*Cette igname brisée  
qu'est ma terre natale*

41• PABLO PALACIO  
*Obras completas*  
Wilfrido H. Corral

GONZALO ZALDUMBIDE  
*Ensayos*

## EL SALVADOR

ROQUE DALTON  
*Poesía*  
Claire Pailler

SALARRUÉ  
*Los cuentos*  
Carmen de Mora Valcárcel

## GUATEMALA

29• RAFAEL ARÉVALO  
MARTÍNEZ  
*El hombre que parecía  
un caballo y otros cuentos*  
Dante Liano



**1• MIGUEL ÁNGEL  
ASTURIAS**

*París 1924-1933.  
Periodismo  
y creación literaria.*  
Amos Segala

**21• MIGUEL ÁNGEL  
ASTURIAS**

*Hombres de maíz*  
Gerald Martin

**24• MIGUEL ÁNGEL  
ASTURIAS**

*El árbol de la Cruz*  
Aline Janquart  
Amos Segala

**47• MIGUEL ÁNGEL  
ASTURIAS**

*El Señor Presidente*  
Gerald Martin

**46• MIGUEL ÁNGEL  
ASTURIAS**

*Cuentos y Leyendas*  
Mario Roberto Morales

**48• MIGUEL ÁNGEL  
ASTURIAS**

*Mulata de Tal*  
Arturo Arias

**49• MIGUEL ÁNGEL  
ASTURIAS**

*Maladrón*  
Aline Janquart  
Amos Segala

**50• MIGUEL ÁNGEL  
ASTURIAS**

*Teatro*  
Lucrecia Méndez de Penedo

**MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS**

*Trilogía bananera*

Dante Liano

**LUIS CARDOZA Y ARAGÓN**

*Poesía y Estética*

**GUAYANA FRANCESA**

**LÉON-CONTRAN DAMAS**  
*Œuvres complètes*  
Antonella Emina  
Sergio Zoppi

**GUY TIROLIEN**  
*Balles d'or*

**GUYANA**

**EDGAR MITTHELHOLZER**  
*A Morning at the Office*

**HAÏTI**

**JEAN PRICE MARS**  
*Ainsi parla l'oncle*  
Alessandro Costantini

**58• JACQUES ROUMAIN**  
*Œuvres complètes*  
Léon-François Hoffmann

**JACQUES STEPHEN  
ALEXIS**  
*Œuvres rares et inédites*

**JAMAICA**

**ROGER MAIS**  
*Brother Man*

**CLAUDE Mc KAY**  
*Banana Bottom*

**MARTINICA**

**SALVAT ETCHAND**  
*Les Nègres serrent  
o'exemple*

**RAPHAEL TARDON**  
*La Caldeira*

**VINCENT PLACOLY**  
*Œuvres*

**AIMÉ CÉSAIRE**  
*Poésie et théâtre*  
Philippe Ollé-Laprune

**MEXICO**

**5• MARIANO AZUELA**  
*Los de abajo*  
Jorge Ruffinelli

**ROSARIO CASTELLANOS**  
*Balún-Canán*  
Elena Poniatowska

**JORGE CUESTA**  
*Obra completa*

**FEDERICO GAMBOA**  
*Santa*

**12• JOSÉ COROSTIZA**  
*Poesía y poética*  
Edelmira Ramírez

**54• MARTÍN LUIS  
GUZMÁN**  
*La sombra del Caudillo*  
Rafael Olea Franco

**53• JORGE  
IBARCÜENGOITIA**  
*El atentado –  
Los relámpagos de agosto*  
Juan Villoro  
Victor García Arciniega

**36• RAMÓN LÓPEZ  
VELARDE**  
*Obra poética*  
José Luis Martínez

**CARLOS MONSIVÁIS**  
*Amor perdido. La crónica  
en México. La crónica en  
Latinoamérica*  
Sergio Pitol

**RAFAEL F. MUÑOZ**  
*Los cuentos*  
Antonio Saborit

**SALVADOR NOVO**  
*Obras autobiográficas*  
Carlos Monsiváis

**GILBERTO OWEN**  
*Obra completa*  
Vicente Quirarte

MANUEL PAYNO  
*Los bandidos de Río Frío*

Margo Glantz

CARLOS PELLICER  
*Poesía*

15• JOSÉ REVUELTAS  
*Los días terrenales*  
Evodio Escalante

ALFONSO REYES  
*En busca del alma nacional.*  
*Escritos sobre México*  
Adolfo Castañón

17• JUAN RULFO  
*Toda la obra*  
Claude Fell

39• JOSÉ VASCONCELOS  
*Ulises Criollo*  
Claude Fell

XAVIER VILLAUURUTIA  
*La poesía*  
Guillermo Sheridan

22• AGUSTÍN YÁÑEZ  
*Al filo del agua*  
Arturo Azuela

#### NICARAGUA

RUBÉN DARÍO  
*Azul. Prosas profanas.*  
*Cantos de Vida*  
*y Esperanza*

JOAQUÍN PASOS  
*Poesía*

#### PANAMÁ

RAMÓN H. JURADO  
*Desiertos*  
Francisco Tovar

#### PARAGUAY

GABRIEL CASACCIA  
*La Babosa*  
Rubén Bareiro Saguier

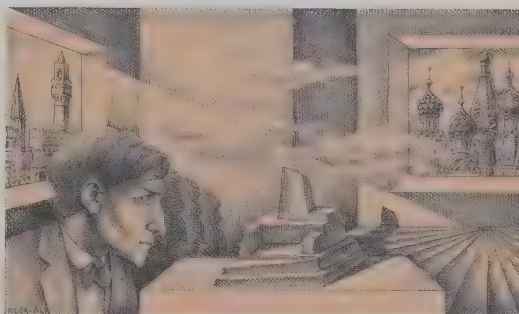
AUGUSTO ROA BASTOS  
*Hijo de Hombre.*  
*Yo el Supremo. El Fiscal*  
Milagros Ezquerro  
Alain Sicard

MANUEL GONZÁLEZ PRADA  
*Ensayos y poesías*  
Ève-Marie Fell  
Isabelle Tauzin Castellanos

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI  
*Periodismo (1923-1930)*  
Antonio Melis

CÉSAR MORO  
*Obra completa*  
Andre Coyné  
Julio Ortega

23• RICARDO PALMA  
*Tradiciones peruanas*  
Julio Ortega  
Flor María Rodríguez-Arenas



#### PERU

MARTÍN ADÁN  
*Poesía y prosa*

CIRO ALEGRÍA  
*El mundo es ancho y ajeno*  
Jorge Cornejo Polar

14• JOSÉ MARÍA ARGUEDAS  
*El zorro de arriba y el zorro de abajo*  
Ève-Marie Fell

JOSÉ MARÍA EGUREN  
*Poesía*  
Ricardo González Vigil

4• CÉSAR VALLEJO  
*Obra poética*  
Américo Ferrari

#### PORTUGAL

28• FERNANDO PESSOA  
*Mensagem – Poemas esotéricos*  
José Augusto Seabra

EÇA DE QUEIRÓS  
*O crime do Padre Amaro*  
Carlos Reis

**PUERTO RICO**

JULIA BURGOS  
*Poesía*

Yvette Jiménez de Báez

EUGENIO MARÍA  
DE HOSTOS  
*La peregrinación  
de Bayoán y otros textos*  
María Caballero  
Wangüemert

LUIS PALES MATOS  
*Poesía*

ANTONIO S. PEDREIRA  
*Insularismo*

**REPÚBLICA  
DOMINICANA**

**35•** PEDRO HENRÍQUEZ  
UREÑA

*Ensayos*  
José Luis Abellán  
Ana María Barrenechea

**SENEGAL**

LÉOPOLD SÉDAR  
SENGHOR  
*Poésie complète*  
Pierre Brunel

**TRINIDAD**

V. S. NAIPAUL  
*Fireflies*

**URUGUAY**

EDUARDO ACEVEDO  
DÍAZ  
*Ismael*  
Fernando Aínsa

DELMIRA AGUSTINI  
*Poesía*  
Martha Canfield

**10•** ENRIQUE AMORIM  
*La carreta*  
Fernando Aínsa

**32•** JULIO HERRERA  
Y REISSIG  
*Poesía completa y Prosas*  
Ángeles Estévez

LAUTRÉAMONT  
(ISIDORE DUCASSE)  
*Les Chants de Maldoror*  
Juan Carlos Mondragón

JUAN CARLOS ONETTI  
*Novelas cortas*  
Daniel Balderston

**26•** HORACIO QUIROGA  
*Todos los cuentos*  
Napoleón Baccino Ponce  
de León y Jorge Lafforgue

JOSÉ ENRIQUE RODÓ  
*Ariel. Motivos de Proteo*  
Belén Castro

FLORENCIO SÁNCHEZ  
*Teatro completo*  
Jorge Ruffinelli

**VENEZUELA**

RUFINO BLANCO  
FOMBONA  
*Diarios*  
François Delprat

**9•** TERESA  
DE LA PARRA  
*Las memorias  
de Mamá Blanca*  
Velia Bosch

**20•** RÓMULO GALLEGOS  
*Canaima*  
Charles Minguet

JULIO GARMENDIA  
*Los cuentos*

GUILLERMO MENESES  
*El falso cuaderno  
de Narciso Espejo*  
José Balza  
Gustavo Guerrero

MARIANO PICÓN SALAS  
*Ensayos*

**52•** JOSÉ ANTONIO  
RAMOS SUCRE  
*Obra poética*  
Alba Rosa Hernández Bossio

**56•** ARTURO ÚSLAR PIETRI  
*Las lanzas coloradas*  
*Primera narrativa*  
François Delprat

WITHDRAWN



# Coeditores y distribuidores



## ALLCA XX

Université de Paris X-Nanterre  
Bât F. 411-412  
200, avenue de la République  
92001 NANTERRE CEDEX - FRANCE  
E-mail: ALLCA@u-paris10.fr



## EDICIONES UNESCO

1, rue Miollis  
75732 PARIS CEDEX 15 - FRANCE  
Web: [www.unesco.org/publishing/](http://www.unesco.org/publishing/)



## AGENCE INTER-UNIVERSITAIRE DE LA FRANCOPHONIE

4, Place de la Sorbonne  
75005 PARIS - FRANCE  
Web: [www.aupelf-uref.org](http://www.aupelf-uref.org)



## FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE MÉXICO (FCE)

Carr. Picacho Ajusco, 227  
Col. Bosques del Pedregal  
14200 MÉXICO DF - MÉXICO  
Web: [www.fce.com.mx](http://www.fce.com.mx)



## CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES DE MÉXICO (CNCA)

Dirección General de Publicaciones  
Av. México-Coyoacán 371 (Col. Xoxo)  
03330 MÉXICO DF - MÉXICO  
Web: [www.cnca.gob.mx](http://www.cnca.gob.mx)



## UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA DE COLOMBIA

Ciudad Universitaria  
Calle 67 N° 53-108 - Apartado 1226  
MEDELLÍN - COLOMBIA  
Web: [www.udca.edu.co](http://www.udca.edu.co)



## UNIVERSIDAD DE COSTA RICA (CIICLA)

Facultad de Letras - Oficina 121  
Universidad de Costa Rica  
SAN JOSÉ - COSTA RICA  
E-mail: [ciicla@cariari.ucr.ac.cr](mailto:ciicla@cariari.ucr.ac.cr)

## CASA

## CASA DE LAS AMÉRICAS

3ra y G El Vedado  
10400 La Habana 4 - CUBA  
E-mail: [presidencia@casa.cult.cu](mailto:presidencia@casa.cult.cu)



## MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTES DE GUATEMALA

Dirección de Arte y Cultura  
11 Calle 11 - 54, Zona 1  
CIUDAD DE GUATEMALA -  
GUATEMALA  
E-mail: [compunicude@gold.guate.net](mailto:compunicude@gold.guate.net)



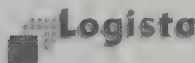
## PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Av. Abancay 4ta. Cuadra  
LIMA 100 - PERÚ  
Web: [www.pucp.edu.pe](http://www.pucp.edu.pe)



## CELARG

Casa Rómulo Gallegos  
Av. Luis Roche  
Altamira  
Caracas 1062  
Apartado 69132  
VENEZUELA  
E-mail: [celarg2@reaccun.ve](mailto:celarg2@reaccun.ve)



## COMPAÑÍA DE DISTRIBUCIÓN INTEGRAL LOGISTA, S.A.

Trigo, 39  
Pol. Ind. Polvoranca  
28914 Leganés (Madrid)  
Tel.: 91 484 39 00  
Fax: 91 662 14 42  
E-mail de contacto: [mkt@logista.es](mailto:mkt@logista.es)  
Web: [www.logista.es](http://www.logista.es)



## ALLCA XX



ARGENTINA



BRASIL



COLOMBIA



COSTA RICA



CUBA



ESPAÑA



FRANCE



GUATEMALA



ITALIA



MÉXICO



PERÚ



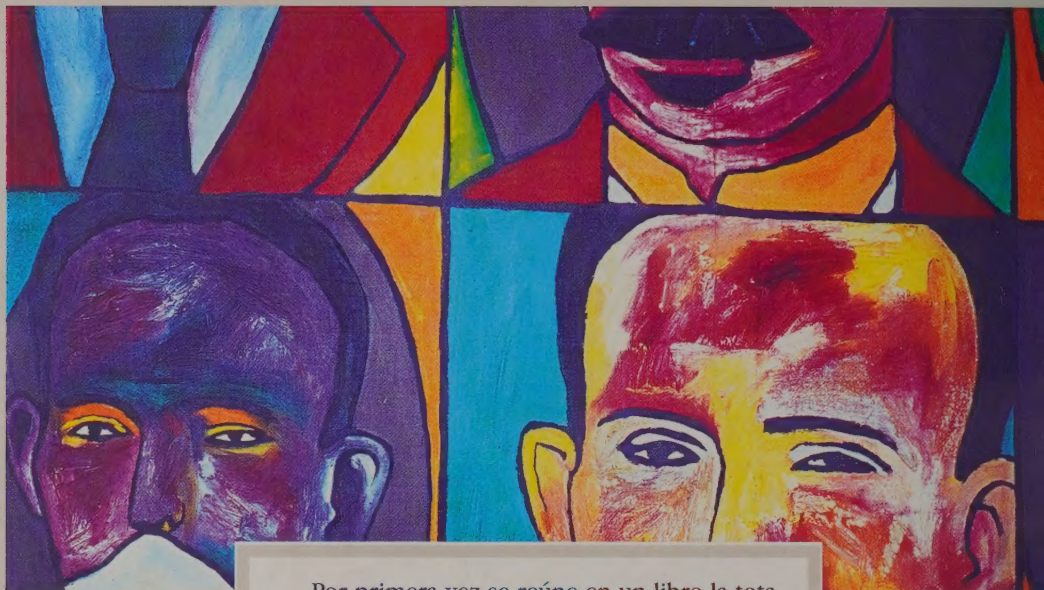
PORTUGAL











Por primera vez se reúne en un libro la totalidad de las crónicas de José Martí acerca de los Estados Unidos que se han encontrado hasta la fecha. Escritas a lo largo de once años, durante buena parte de la estancia del cubano en Nueva York, se presentan en esta ocasión ordenadas cronológicamente, con los textos tal y como fueron publicados, cotejados con los ejemplares de los periódicos en que fueron publicados. Ese ha sido el propósito esencial: fijar los textos con la mayor fidelidad posible, sólo con los cambios que implica la modernización de la ortografía y salvando las erratas que se han podido precisar hasta el momento. Se han añadido algunas notas referenciales y contextuales para ayudar al lector. Y estudios sobre esa zona fundamental en la obra martiana.

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ

COLECCIÓN ARCHIVOS

ISBN 84-89666-46-6



9 788489 666467